

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

Volumen 1 - Mateo I

Traductor de la obra completa: Alberto Araujo

© por C. William Barclay. Publicado originalmente en 1970 y actualizado en 1991 por The Saint Andrew Press, 121 George Street, Edimburg, EH 2 4YN, Escocia. © 1995 por Clie para la versión española.

Depósito Legal: B. 40.057-1997
ISBN 84-7465-749-9 Obra completa
ISBN 84-7645-952-1 Volumen 1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. n° 2.910 SE -Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n- 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 0215 COMENTARIOS COMPLETOS N.T.-Mateo
C.T.C. 01-02-0215-08

Referencia: 22.38.47

MATEO

PRESENTACIÓN

Además de las citas abundantes de los clásicos griegos y latinos y universales a las que nos tiene acostumbrados, y de sus referencias a escoceses famosos como Sir James Y. Simpson, el descubridor del cloroformo, y Sir James Barrie, el de Peter Pan, y a los libros de actualidad en su tiempo, William Barclay nos introduce repetidas veces en la literatura rabínica tradicional sirviéndonos ejemplos abundantes en los que se muestra la encarnadura de Jesús en la cultura judía, dichos de los rabinos y sabios judíos a los que presenta tan positivamente como negativamente a los escribas y fariseos, con viñetas tomadas de fuentes judías. En esto también recalca el interés de Mateo en presentar en el evangelio que iba dirigido especialmente a los judíos al Ungido Rey Que vino, no para anular, sino para cumplir el A.T. Pero para nosotros, estudiantes de la Palabra de Dios, este comentario nos abre los secretos del evangelio que presenta más sistemáticamente la enseñanza de Jesucristo, al haber sido escrito por alguien que poseyó el don de la enseñanza aun por encima de otros.

El traducir estos dos tomos ha sido para mí una experiencia renovadora que no puedo por menos de desear compartir con todos vosotros, mis discípulos. He revivido las clases interesantísimas y sumamente edificantes de William Barclay; pero, más aún, he recordado la experiencia que sufrió William Barclay el verano de 1956, cuando estaba escribiendo este comentario y perdió a su hija Bárbara al zozobrar la barca en que ella iba con unos amigos, la larga espera desesperada de William Barclay y esposa en Irlanda hasta que se encontró el cuerpo sin vida de su hija... experiencia a la que aludió después varias veces como su tempestad particular, testificando que < en la presencia de Jesús las más terribles tempestades se convierten en paz.> Muchas de estas páginas llevan el ardor de las lágrimas de los ojos y la sangre del corazón doliente que, a partir de aquella experiencia, adquirió una nueva ternura para asumir y consolar el dolor de otros corazones atormentados. «A cada uno de nosotros nos suceden cosas en este mundo que no podemos entender; es entonces cuando la fe se pone a prueba hasta su último límite; y en tales momentos es dulzura para el alma recordar que Jesús también lo pasó en Getsemaní... Cada persona. tiene su propio Getsemaní, y

cada persona tiene que aprender a decir: "Hágase Tu voluntad..."» Y sobre el grito de Jesús en la Cruz, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»: «Puede ser que haya algo aquí -si podemos decirlo así- más humano. A mí me parece que Jesús no sería Jesús si no hubiera sondeado las simas más profundas de la experiencia humana. En la experiencia humana, en el transcurso de la vida, cuando las más amargas tragedias la invaden, hay momentos cuando nos parece sentir que Dios Se ha olvidado de nosotros; cuando estamos inmersos en una situación que sobrepasa nuestro entendimiento y nos sentimos abandonados hasta de Dios... Aquí vemos a Jesús sondeando las más negras profundidades de la situación humana, para que no hubiera ninguna de la que pudiéramos decir que Él no la pasó antes que nosotros... Aquí tenemos algo de valor incalculable. Jesús pasó por el abismo más insondable, y salió de nuevo a la luz. Nosotros también, si nos aferramos a Dios aun cuando parece que no hay Dios, manteniendo los restos de nuestra fe desesperada e invenciblemente, no cabe duda que la aurora romperá y saldremos victoriosos. El vencedor es el que se niega a creer que Dios Se ha olvidado de él aun cuando todas las fibras de su ser se sientan abandonadas. Vencedor es aquel que no deja que se le pierda nunca la fe, aun cuando sienta que ya ha perdido toda su base. Vencedor es el que se ha sumido hasta las profundidades, y todavía se aferra a Dios, porque eso es lo que hizo En un abrir y cerrar de ojos.»

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Mateo, Marcos y Lucas se conocen generalmente como los *Evangelios Sinópticos*. *Sinóptico* viene de dos palabras griegas que quieren decir *ver juntamente*, y quiere decir por tanto lo *que se puede ver juntamente*. La razón de este nombre es la siguiente. Cada uno de estos tres evangelios hace un relato de los mismos acontecimientos de la vida de Jesús. Cada uno de ellos añade u omite algo; pero, hablando en general; sus materiales y distribución son los mismos. Por tanto es posible colocarlos en columnas paralelas para compararlos entre sí.

Cuando se hace eso, se ve claramente que existe la más íntima relación imaginable entre ellos. Si, por ejemplo, comparamos la historia de la alimentación de los cinco mil (*Mateo* 14:12-21; *Marcos* 6:30-44; *Lucas* 9:10-17) nos encontramos con exactamente la misma historia contada en casi exactamente las mismas palabras.

Otro ejemplo es la historia de la curación del paralítico (*Mateo* 9:1-8; *Marcos* 2:1-12; *Lucas* 5:17-26). Los tres relatos son tan parecidos que hasta un pequeño paréntesis -«dijo entonces al paralítico»- ocurre en los tres exactamente en el mismo lugar. La correspondencia entre los tres evangelios es tan considerable que no podemos evitar llegar a la conclusión de que, o los tres extrajeron el material de una fuente común, o dos de ellos se basaron en el otro.

EL PRIMERO DE LOS EVANGELIOS

Cuando examinamos el asunto más detenidamente vemos que hay razones para creer que *Marcos* fue el primer evangelio que se escribió, y que los otros dos, *Mateo* y *Lucas*, usaron *Marcos* como base.

Marcos se puede dividir en 105 secciones. De éstas, 93 secciones aparecen en *Mateo* y 81 en *Lucas*. De las 105 secciones de *Marcos* hay sólo 4 que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas*.

Marcos tiene 661 versículos; *Mateo* tiene 1.068, y *Lucas* 1.149. *Mateo* reproduce no menos de 606 de los versículos de *Marcos*; y *Lucas* 320. De los 55 versículos de *Marcos* que *Mateo* no reproduce, *Lucas* reproduce 31; así que no hay más que 24 versículos en todo *Marcos* que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas*.

No es solamente la sustancia de los versículos lo que se reproduce, sino hasta las mismas palabras. *Mateo* usa el 51 por ciento de las palabras de *Marcos*; y *Lucas* el 53 por ciento.

Como regla general, tanto *Mateo* como *Lucas* siguen el orden de los acontecimientos de *Marcos*. A veces uno de los dos se aparta; pero nunca están de acuerdo los dos en diferir de *Marcos*; siempre por lo menos uno de ellos sigue el orden de *Marcos*.

MEJORAS A MARCOS

Como *Mateo* y *Lucas* son los dos más largos que *Marcos*, se podría sugerir que *Marcos* es un resumen de *Mateo* y *Lucas*; pero hay otra serie de hechos que demuestran que *Marcos* es anterior. *Mateo* y *Lucas* tienen la costumbre de mejorar y corregir a *Marcos*, si podemos decirlo así. Vamos a fijarnos en algunos ejemplos.

Algunas veces *Marcos* parece limitar el poder de Jesús; por lo menos, algún crítico mal intencionado podría tratar de demostrar que eso es lo que hace. Aquí tenemos tres relatos del mismo incidente:

Marcos 1:34: Y sanó a muchos que padecían de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios;

Mateo 8:16: y con la palabra echó fuera a los demonios y sanó a todos los enfermos,

Lucas 4:40: y Él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba.

Vamos a tomar otros tres ejemplos parecidos:

Marcos 3:10: como había sanado a muchos, Mateo 12:15: y sanaba a todos, Lucas 6:19: y sanaba a todos.

Mateo y *Lucas* cambian el muchos de *Marcos* por todos para que no quede ninguna sugerencia de que el poder de Jesucristo fuera limitado.

Hay un cambio similar en el relato de los acontecimientos de la visita de Jesús a Nazaret. Vamos a comparar el relato de *Marcos* con el de *Mateo*.

Marcos 6:5-6: No pudo hacer allí ningún milagro... Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos.

Mateo 13:58: Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos.

Mateo se resiste a decir que Jesús no pudo hacer ningún milagro; y cambia la expresión en consecuencia.

Algunas veces *Mateo* y *Lucas* omiten pequeños detalles de *Marcos* que pudieran tomarse como para minimizar a Jesús. *Mateo* y *Lucas* omiten tres afirmaciones de *Marcos*:

Marcos 3:5: Entonces, mirándolos con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones,

Marcos 3:21: Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderlo, porque decían: «Está fuera de Sí.»

Marcos 10:14: Jesús, se indignó.

Mateo y *Lucas* se resisten a atribuir emociones humanas de ira e indignación a Jesús, y se rebelan a creer que nadie pudiera sugerir que Jesús estaba loco.

A veces *Mateo* y *Lucas* alteran ligeramente las cosas de *Marcos* para librarse de afirmaciones que podría parecer que muestran a los apóstoles en una luz negativa. No citamos más que un ejemplo, el de la ocasión en que Santiago y Juan trataron de asegurarse los puestos principales en el Reino venidero. Comparemos la introducción a esa historia en *Marcos* y *Mateo*:

Marcos 10:35: Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se Le acercaron y Le dijeron:

Mateo 20:20: Entonces de Le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante Él y pidiéndole algo.

Mateo se resiste a atribuirles motivos de ambición directamente a los dos apóstoles, y se los atribuye a su madre.

Todo lo dicho deja suficientemente claro que *Marcos* es el primero de los evangelios. *Marcos* hace una narración sencilla, clara y directa; pero *Mateo* y *Lucas* ya han empezado a sentir la influencia de consideraciones doctrinales y teológicas, lo que los hace más cuidadosos con lo que dicen.

LA ENSEÑANZA DE JESÚS

Ya hemos visto que *Mateo* tiene 1.068 versículos; y *Lucas*, 1.149; y que entre los dos reproducen 582 de los versículos de *Marcos*. Eso quiere decir que en *Mateo* y *Lucas* hay otros materiales que *Marcos* no suple. Cuando examinamos ese material nos encontramos con que más de 200 versículos de él aparecen casi idénticos en *Mateo* y *Lucas*. Por ejemplo, pasajes como *Lucas 6:41s.*, y *Mateo 7:3,5; Lucas 10:21s* y *Mateo 11:25-27; Lucas 3:7-9* y *Mateo 3:7-10* son casi exactamente iguales, respectivamente.

Pero aquí notamos otra diferencia. El material que *Mateo* y *Lucas* tomaron de *Marcos* era casi exclusivamente el que contenía hechos de la vida de Jesús; pero estos 200 versículos adicionales comunes a *Mateo* y *Lucas* contienen, no lo que Jesús *hizo*, sino lo que Jesús *dijo*. Es evidente en estos versículos que *Mateo* y *Lucas* están usando *un libro de dichos de Jesús como fuente común*.

Ese libro ya no existe; pero los investigadores le han asignado la letra Q que representa *Quelle*, que quiere decir *fente* en alemán. Tiene que haber sido un libro extraordinariamente importante en su tiempo, porque sería el primer manual de las enseñanzas de Jesús.

LUGAR DE MATEO EN LA TRADICIÓN EVANGÉLICA

Aquí es donde nos encontramos con el apóstol Mateo. Los estudiosos, están de acuerdo en que el primer evangelio, tal como ha llegado hasta nosotros no fue obra de Mateo. Uno que hubiera sido testigo presencial de la vida de Cristo no habría necesitado usar *Marcos* como fuente para la vida de Jesús como hizo *Mateo*. Pero uno de los primeros historiadores de la Iglesia, un hombre que se llamaba Papias, nos da este importantísimo detalle de información: «Mateo recogió los dichos de Jesús en lengua hebrea.»

Así que podemos creer que no fue sino Mateo mismo el que escribió ese libro que había de ser la fuente a la que todos acudieran si querían saber lo que Jesús había enseñado. Y fue porque mucho de ese libro-fuente se incorporó en el primer evangelio por lo que se le adscribió el nombre de Mateo. Debemos estar agradecidos a Mateo siempre al recordar que es a él a quien debemos el Sermón del Monte y casi todo lo demás que sabemos de las enseñanzas de Jesús. Hablando en general, le debemos a Marcos nuestro conocimiento de los *acontecimientos* de la vida de Jesús, y a Mateo el de la esencia de la *enseñanza* de Jesús.

MATEO EL PUBLICANO

De Mateo mismo sabemos muy poco. Leemos de su vocación en *Mateo 9:9*. Sabemos que era publicano, y que sería un hombre intensamente odiado, porque los judíos odiaban a los miembros de su propia raza que se habían puesto al servicio de sus conquistadores. Considerarían a Mateo un colaboracionista.

Pero había un don que Mateo poseía. La mayor parte de los discípulos eran pescadores. Tendrían poco conocimiento y práctica en eso de reflejar palabras en un papel; pero Mateo sería un experto en ello. Cuando Jesús llamó a Mateo, que estaba sentado en el puesto de los tributos públicos, Mateo se levantó y le siguió dejándolo todo atrás menos una cosa: su pluma. Y Mateo usó noblemente su habilidad literaria para llegar a ser el primer hombre que compiló las enseñanzas de Jesús.

EL EVANGELIO DE LOS JUDÍOS

Veamos ahora las características principales del evangelio de Mateo para seguirlas atentamente cuando lo leamos.

En primero y principal lugar, *Mateo es el evangelio que fue escrito para los judíos*. Lo escribió un judío para convencer a los judíos.

Uno de los propósitos principales de *Mateo* es demostrar que las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron en Jesús, y que por tanto Él tiene que ser el Mesías. Tiene una

frase que resuena por todo el evangelio como un tema sinfónico: < Esto sucedió para que se cumpliera lo que fue dicho por el Señor por medio de los profetas. » Esta frase aparece en el evangelio no menos de 16 veces: El nacimiento de Jesús y Su nombre fueron el cumplimiento de la profecía (1:21-23); también lo fue la huida a Egipto (2:14s); la matanza de los niños (2:16-18); el que José fijara su residencia en Nazaret y Jesús creciera allí (2:23); el uso que Jesús hizo de parábolas (13:34s); la entrada triunfal (21:5-11); la traición por treinta piezas de plata (27:9), y el echarse a suertes la ropa de Jesús cuando pendía de la cruz (27:35). El propósito

primario y deliberado de *Mateo* es mostrar que las profecías del Antiguo Testamento tuvieron su cumplimiento en Jesús; que todos los detalles de Su vida fueron vislumbrados por los profetas, y así obligar a los judíos a reconocer que Jesús era el Mesías.

A *Mateo* le interesaban principalmente los judíos. La conversión de los judíos era lo que más anhelaba el corazón del escritor. Cuando la mujer siriofenicia busca Su ayuda, la primera respuesta de Jesús es: «Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (15:24). Cuando Jesús envía a los Doce al trabajo de evangelización, Sus instrucciones son: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos en entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (10:5s). Sin embargo no se ha de pensar que este evangelio excluye a los gentiles. Muchos vendrán de Oriente y Occidente a asentarse en el Reino de Dios (8:11). El Evangelio se ha de predicar a todo el mundo (24:14); y es *Mateo* el que nos da la gran comisión de la Iglesia: «Id y haced mis discípulos a todos los pueblos» (28:19). Está claro que el interés primario de *Mateo* son los judíos, pero prevé el día en que todas las naciones se incorporarán.

El judaísmo de *Mateo* también se ve en su actitud para con la Ley. Jesús no vino para destruirla, sino para cumplirla. Ni la parte más insignificante de ella debe omitirse. No hay que enseñar a nadie a quebrantar la Ley. La integridad de los cristianos debe exceder a la de los escribas y fariseos (5:17-20).

Mateo lo escribió uno que conocía y amaba la Ley, y que veía que aún la Ley tiene su lugar en la economía cristiana.

Una vez más encontramos una aparente paradoja en la actitud de *Mateo* hacia los escribas y fariseos. Se les reconoce una autoridad especial: «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo» (23:2). Pero al mismo tiempo es el evangelio que más sería y constantemente los condena.

El mismo principio nos encontramos en la salvaje denuncia de ellos que hace Juan el Bautista llamándolos raza de víboras (3:7-12). Objetaban a que Jesús comiera con publicanos y pecadores (9:11). Atribuía el poder de Jesús, no a Dios, sino al príncipe de los demonios (12:24). Conspiraban para eliminarle (12:14). Jesús advierte a sus discípulos contra la levadura de los escribas y fariseos, su mala enseñanza (16:12). Son como malas hierbas condenadas a ser desarraigadas (15:13). Son incapaces de leer las señales de los tiempos (16:3). Son los asesinos de los profetas (21:41). No hay capítulo en todo el Nuevo Testamento que contenga una condenación más violenta. que *Mateo 23*, que no es una condenación de lo que enseñaban los escribas y los fariseos, sino de cómo eran. Jesús los condena porque no estaban a la altura de sus propias enseñanzas y sí muy por debajo de cómo deberían ser.

Hay algunos otros intereses especiales en *Mateo*. *Mateo muestra un interés especial en la Iglesia*. De hecho, es el único de los Evangelios Sinópticos que usa la palabra iglesia. Sólo *Mateo* introduce el pasaje acerca de la Iglesia después de la confesión de Pedro en Cesárea de Filipo (*Mateo 16:13-23*; cp. *Marcos 8:27-33*; *Lucas 9:18-22*). Sólo *Mateo* dice que hay que zanjar las diferencias en la iglesia (18-17). Para cuando *Mateo* se escribió la Iglesia ya se había convertido en una gran organización e institución; y, por supuesto, era el factor dominante de la vida cristiana.

Mateo especialmente tiene un fuerte interés apocalíptico. Es decir, que *Mateo* tiene un fuerte interés especialmente en todo lo que Jesús dijo acerca de Su Segunda Venida, el fin del mundo y el Juicio Final. *Mateo 24* nos da un relato más completo que ninguno de los otros evangelios del discurso apocalíptico de Jesús. *Mateo* es el único que tiene las parábolas de los Talentos (25:14-30); las Vírgenes prudentes e insensatas, y las Ovejas y los Cabritos (25:31-46). *Mateo* tiene un interés especial en las últimas cosas y en el Juicio Final.

Pero hasta ahora no habíamos llegado a la más importante de todas las características de *Mateo*. Es, por encima de todo, el evangelio de la enseñanza.

Ya hemos visto que el apóstol Mateo fue el que hizo la primera colección y el primer manual de las enseñanzas de Jesús. Mateo era un gran sistematizador. Tenía costumbre de agrupar en un Jugar todo lo que sabía de la enseñanza de Jesús sobre cualquier, asunto. El resultado es que en *Mateo* encontramos cinco grandes bloques en los que se reúne y sistematiza la enseñanza de Jesús. Todas estas secciones se refieren al Reino de Dios. Son las siguientes:

- (a) El Sermón del Monte, o La Ley del Reino (5-7).
- (b) Las Obligaciones de los Mensajeros del Reino (10).
- (c) Las Parábolas del Reino (13).

(d) La Grandeza y el Perdón en el Reino (18).

(e) La Venida del Rey (24-25).

Mateo hace mucho más que reunir y sistematizar. Hay que recordar que Mateo estaba escribiendo mucho antes de que se descubriera la imprenta, cuando los libros escaseaban y eran muy caros, porque tenían que escribirse a mano. En aquellos tiempos, comparativamente pocas personas podían poseer un libro; y, por tanto, si querían conocer y usar la enseñanza y la historia de Jesús, tenían que llevarlas en la memoria.

Mateo, por tanto, siempre organiza las cosas de manera que le sea más fácil al lector memorizarlas. Coloca las cosas en grupos de tres en tres o de siete en siete. Hay tres mensajes de Dios a José; tres negaciones de Pedro; tres preguntas de Pilato; siete parábolas del Reino en el capítulo 13; siete ayes a los escribas y fariseos en el capítulo 23.

La genealogía de Jesús con la que empieza el evangelio es un buen ejemplo de esto. Tiene por objeto demostrar que Jesús es el Hijo de David. En hebreo no había" signos numéricos; cuando hacía falta indicarlos se usaban las letras del alfabeto. En hebreo no se escriben las vocales. Por ejemplo, las letras de David son DWD; si estas letras se toman como números, suman 14; y la genealogía consta de tres grupos de nombres en cada uno de los cuales hay catorce. Mateo hace todo lo posible para colocar las enseñanzas de Jesús de tal manera que se puedan asimilar y recordar.

Todos los maestros tienen una deuda de gratitud con Mateo, por que Mateo escribió lo que es por encima de todo el evangelio del maestro.

Mateo tiene una última característica final. *La idea dominante de Mateo es la de Jesús como Rey*. Escribe para demostrar la realeza de Jesús.

En el mismo principio, la genealogía está para demostrar que Jesús es el Hijo de David (1:1-17). El título Hijo de David se usa con más frecuencia en *Mateo* que en ningún otro evangelio (15:22; 21:9; 21:15). Los Magos vinieron buscando al que había nacido Rey de los judíos (2:2). La Entrada Triunfal es una presentación deliberadamente dramática de Jesús como Rey (21:1-11). Ante Pilato, Jesús acepta el título de Rey (27:11). Hasta en la Cruz, el título que figura sobre Su cabeza es el de Rey, aunque fuera en burla (27:37). En el Sermón del Monte *Mateo* nos muestra a Jesús citando la Ley, y cinco veces abrogándola con un regío: «más yo os digo...» (5:21,27,34, 38,43). Su proclamación final es: «Toda autoridad me ha sido dada» (28: i 8).

La descripción de Jesús que encontramos en *Mateo* es la de un Hombre nacido para ser Rey. Jesús recorre sus páginas revestido de la púrpura y el oro de la realeza.

EL LINAJE DEL REY

Mateo 1:1-17

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham:

Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos. Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón. Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí. Isaí engendró al rey David.

El rey David engendró de la que fue mujer de Urías a Salomón. Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, y Abías a Asa. Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías. Uzías engendró a Jotam, Jotam a Acaz, y Acaz a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amón, y Amón a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el tiempo de la deportación a Babilonia.

Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud, Abiud a Eliaquim, y Eliaquim a Azor. Azor engendró a Sadoc, Sadoc a Aquim y Aquim a Eliud. Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob. Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.

De manera que todas las generaciones de Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.

Al lector moderno le parecerá que Mateo escogió una manera muy extraña de empezar su evangelio, y le alucinará tener que vadear una larga lista de nombres propios justamente al principio de todo. Pero, para un judío, esto era lo más natural y lo más interesante; y, desde luego, la manera más esencial de empezar la historia de la vida de cualquier persona.

Los judíos tenían un interés tremendo en las genealogías. Mateo llama a esta parte *el libro de la generación (biblos guenéseós)* de Jesucristo. Esa era una frase corriente entre los judíos; y quería decir la partida del linaje de una persona, con unas pocas frases explicativas donde fueran necesarias. En el Antiguo Testamento nos encontramos frecuentemente con listas de *generaciones* de personas famosas (*Génesis 5:1; 10:1; 11:10; 11:27*). Cuando Josefo, el gran historiador judío, escribió su propia autobiografía, empezó por su propio pedigrí que, nos dice, encontró en los registros públicos.

La razón de este interés en los pedigrís era que los judíos daban la mayor importancia a la pureza de linaje. Si hubiera en alguna persona la más ligera mezcla de sangre extranjera, perdería su derecho de ciudadanía como judía y como miembro del pueblo de Dios. Un sacerdote, por ejemplo, estaba obligado a presentar el certificado ininterrumpido de su pedigrí remontándose hasta Aarón; y, si se casaba, su mujer tenía que presentar su pedigrí por lo menos de las últimas cinco generaciones. Cuando Esdras estaba reorganizando el culto de Dios, después que el pueblo volvió del exilio, y estaba instalando el sacerdocio en su ministerio, los hijos de Habaía, los de Cos y los de Barzilai fueron excluidos del sacerdocio y considerados contaminados porque «buscaron su registro genealógico pero no lo hallaron» (*Esdras 2:62*).

Estos registros genealógicos los guardaba el sanedrín. A Herodes el Grande siempre le despreciaron los purasangres judíos porque era medio edomita; y podemos advertir la importancia que el mismo Herodes concedía a estas genealogías por el hecho de que hizo destruir todos los registros oficiales para que nadie pudiera demostrar un pedigrí más puro que el suyo. Este puede que nos parezca un pasaje sin ninguna importancia, pero para un judío contiene un asunto de la máxima importancia: el que la genealogía de Jesús se pudiera trazar hasta Abraham.

Además ha de notarse que esta genealogía está dispuesta con sumo cuidado. Comprende tres grupos de catorce nombres cada uno. Es, de hecho, lo que técnicamente llamaríamos mnemotécnica; es decir, algo que se coloca de manera que se pueda memorizar fácilmente. Debemos recordar siempre que los evangelios se escribieron siglos antes de que existiera tal cosa como libros impresos. Muy pocas personas serían capaces de poseer ejemplares de ellos; así que, si querían poseerlos, los tenían que memorizar. Esta genealogía, por tanto, está organizada de tal manera que sea fácil de memorizar. Su invalidad es demostrar que Jesús fue el Hijo de David, y está dispuesta para que resulte fácil conservarla en la memoria.

LAS TRES ETAPAS

Mateo 1:1-17 (continuación)

Hay algo representativo en la manera como está organizada esta genealogía: hay en ella tres secciones, que corresponden a las tres grandes etapas de la historia de Israel.

La primera sección incluye la historia hasta David. David fue el hombre que fraguó a Israel como nación, e hizo de los judíos un poder en el mundo. La primera sección sigue la historia hasta el surgimiento del más grande rey de Israel.

La segunda sección continúa la historia hasta la cautividad de Babilonia. Es la sección que nos cuenta la vergüenza, y la tragedia, y el desastre de la nación.

La tercera sección continúa la historia hasta Jesucristo. Jesucristo fue la Persona Que liberó a la humanidad de la esclavitud, Que la rescató del desastre, y en Quien la tragedia se transformó en triunfo.

Estas tres secciones representan tres etapas de la historia espiritual de la humanidad.

(i) *El hombre fue creado para la grandeza.* «Y creó Dios al hombre a Su imagen, a imagen de Dios lo creó» (*Génesis 1:27*). Dios dijo «Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza» (*Génesis 1:26*). Adán -el primer hombre y la raza humana- fue creado a imagen de Dios. El sueño de Dios para el hombre era un sueño de grandeza. El hombre estaba diseñado para la comunión con Dios. Fue creado para nada menos que vivir en intimidad con Dios. Como lo veía el pensador latino Cicerón: « La única diferencia entre el hombre y Dios es en cuanto al tiempo.» Adán nació esencialmente para ser rey.

(ii) *El hombre perdió su grandeza.* En vez de ser siervo de Dios, se convirtió en esclavo del pecado. Como dijo G. K. Chesterton: «Entre otras cosas tal vez, lo que es seguro es que el hombre no es lo que se supuso

que fuera.» Usó su libre albedrío para desafiar y desobedecer a Dios más bien que para entrar en una relación de amistad y comunión con Él. Culpablemente frustró el designio y el plan de Dios en Su creación.

(iii) *El hombre puede recuperar su grandeza.* Aun entonces, Dios no abandonó al hombre a su destino frustrado, Dios no permitió que el hombre fuera destruido por su propia necedad. No dejó que la historia acabara en tragedia. A este mundo Dios mandó a Su Hijo Jesucristo para que rescatara al hombre de la ciénaga del pecado en que se había perdido, y le liberara de las cadenas del pecado. en las que él mismo se había aherrojado, para que por medio de Él el hombre pudiera recuperar la comunión con Dios que había perdido.

En su genealogía Mateo nos muestra la realeza original; la tragedia de la libertad perdida; la gloria de la libertad restaurada. Y esa, por la misericordia de Dios, es la historia de la humanidad y de cada persona humana.

REALIZACIÓN DE LOS SUEÑOS HUMANOS

Mateo 1:1-17 (continuación)

Este pasaje hace hincapié en dos cosas especiales acerca de Jesús:

(i) Subraya el hecho de que era el Hijo de David. Era, desde luego y principalmente, para demostrar este hecho para lo que se compuso la genealogía. El Nuevo Testamento lo subraya una y otra vez.

Pedro lo afirmó en el primer sermón cristiano del que tenemos referencia, el del día de Pentecostés (*Hechos 2:29-36*). Pablo dice que Jesucristo fue descendiente de David según la carne (*Romanos 1:3*). El autor de las epístolas pastorales nos exhorta a recordar que Jesucristo, descendiente de David, resucitó de entre los muertos (*2 Timoteo 2:8*). El autor del Apocalipsis oye decir al Cristo resucitado: «Yo soy la raíz y el linaje de David» (*Apocalipsis 22:16*).

Repetidamente se Le llama así a Jesús en la historia evangélica. Después de la curación del hombre ciego y mudo, la gente exclamó: « ¿Será Éste aquel Hijo de David?» (*Mateo 12:23*). La mujer de Tiro y Sidón que le pedía a Jesús que ayudara a su hija le llamó «Hijo de David» (*Mateo 15:22*). Los dos ciegos que clamaron a Jesús cuando pasaba Le llamaron «Señor, Hijo de David» (*Mateo 20:30s*). Fue como Hijo de David como las multitudes Le saludaron y aclamaron cuando entró en Jerusalén por última vez (*Mateo 21:9,15*). Aquí hay algo sumamente significativo. Está claro que fue la multitud, la gente corriente, la que llamaba a Jesús Hijo de David. Los judíos eran un pueblo a la expectativa. Nunca olvidaban, y nunca podían olvidar, que eran el pueblo escogido de Dios. Aunque su historia era una larga serie de desastres, aunque entonces eran un pueblo sometido, nunca olvidaron su destino. Y era el sueño de la gente del pueblo que algún día vendría a este mundo un descendiente de David que los conduciría a la gloria que ellos creían que les pertenecía por derecho.

Es decir: Jesús es la respuesta a los sueños humanos. Es verdad que muchas veces no se ve así. Se ve la respuesta a los sueños en el poder, en la riqueza, en la abundancia material, y en la realización de las ambiciones que se han acariciado. Pero si han de cumplirse los sueños de paz y amor, de grandeza y satisfacción, solamente podrá ser en Jesucristo.

Jesucristo y la vida que ofrece son la respuesta a los sueños humanos. En la vieja historia de José :hay un texto que sobrepasa la historia misma. Cuando José estaba en la cárcel, el copero y el panadero principales del Faraón estaban presos con él. Tuvieron cada uno un sueño que los dejó turbados y les hizo clamar en confusión: «Hemos tenido sueños, pero no hay nadie que nos los interprete» (*Génesis 40:8*). Porque el hombre es hombre, porque es una criatura de la eternidad, el hombre está siempre alucinado por su sueño; y la única manera de que pueda realizarse está en Jesucristo.

(ii) Este pasaje también hace hincapié en que Jesús es el cumplimiento de la profecía. En Él se hace realidad el mensaje de los profetas. En nuestro tiempo tomamos bastante a la ligera la profecía. No tenemos interés la mayor parte de nosotros en buscar los dichos del Antiguo Testamento que se cumplen en el Nuevo. Pero es verdad que la profecía, contiene esta gran verdad eterna: Que en este universo hay un propósito y un diseño, y que Dios quiere y se propone que sucedan ciertas cosas.

J. H. Withers cita un dicho de la obra de Gerald Healy *El extranjero negro*. La escena tiene lugar en Irlanda, en los terribles días de hambre de mediados del siglo diecinueve. Por falta de nada mejor que hacer, y por carecer de ninguna otra solución, el gobierno había enviado hombres que hicieran carreteras sin ningún

sentido y que no conducían a ninguna parte. Michael lo descubre y vuelve a casa un día diciéndole a su padre con angustiada sorpresa: «Están haciendo carreteras que no van a ninguna parte.»

Si creemos en la profecía, eso es lo que no podemos decir nunca. La Historia no puede nunca ser una carretera que no lleva a ninguna parte. Puede que no usemos la profecía de la misma manera que nuestros padres; pero, tras el hecho de la profecía descansa el eterno hecho de que la vida y el mundo no siguen un camino que no lleva a ninguna parte, sino el camino cuya meta es Dios.

NO JUSTOS, SINO PECADORES

Mateo 1:1-17 (conclusión)

Con mucho lo más maravilloso de este pedigrí son los nombres de mujeres que aparecen en él.

No es normal encontrar nombres de mujeres en las genealogías judías. La mujer no tenía derechos legales; se la consideraba, no como una persona, sino como una cosa. No era más que una posesión de su padre o de su marido, quienes podían hacer con ella lo que quisieran. En la fórmula tradicional de oración matutina, el judío le da gracias a Dios por no haberle hecho ni un gentil, ni un esclavo, ni una mujer. La misma existencia de estos nombres en cualquier pedigrí es ya un fenómeno de lo más sorprendente y extraordinario.

Pero cuando nos fijamos en quiénes eran estas mujeres y en lo que hicieron, la cosa se vuelve todavía más alucinante. Rajab -o como se la llama en el Antiguo Testamento, Rahab, era una prostituta de Jericó (Josué 2:1-7). Rut no era judía, sino moabita (*Rut 1:4*), ¿y es que no establecía la ley misma que: « No entrará el amonita ni el moabita en la congregación del Señor, ni siquiera en su décima generación; no entrarán nunca en la congregación del Señor?» (*Deuteronomio 23:3*)? Rut pertenecía a un pueblo ajeno y aborrecido. Tamar fue una seductora y adúltera (*Génesis 38*). Betsabé, la madre de Salomón era la mujer de Urías a la que David sedujo con una crueldad imperdonable (*2 Samuel 11 y 12*). Si Mateo hubiera escarbado las páginas del Antiguo Testamento buscando candidatas improbables no podría haber descubierto cuatro antepasadas de Jesucristo más increíbles. Pero sin duda hay algo encantador en esto. Aquí; justamente al principio, Mateo nos da una muestra del Evangelio de Dios en Jesucristo, porque nos muestra las barreras que se vienen abajo.

(i) *Desaparece la barrera entre judío y gentil.* Rahab, la mujer de Jericó, y Rut, la mujer de Moab, hallan su sitio en el pedigrí de Jesucristo. Ya está aquí la gran verdad de que en Cristo no hay judío ni griego. Aquí, en el mismo principio, encontramos el universalismo del Evangelio y del amor de Dios.

(ii) *Desaparece la barrera entre varón y mujer.* En ningún pedigrí ordinario se encontraría el nombre de ninguna mujer; pero sí en el de Jesús. El viejo desprecio ha desaparecido; y varones y mujeres se encuentran en el mismo nivel en el amor de Dios y son igualmente importantes en Sus propósitos.

(iii) *Desaparece la barrera entre santo y pecador.* Dios se las arregla para usar para Su propósito a los que han sido grandes pecadores. «Yo he venido -dijo Jesús-, no para llamar a los justos, sino a los pecadores (*Mateo 9:13*).

Aquí, al principio mismo del evangelio, se nos da un adelanto de la amplitud del amor de Dios que lo abarca todo. Dios puede encontrar servidores entre aquellos que los respetables ortodoxos evitarían con horror.

LA LLEGADA DEL SALVADOR AL MUNDO

Mateo 1:18-25

El nacimiento de Jesucristo tuvo lugar de la siguiente manera.

María, Su Madre, era la prometida de José; y, antes que llegasen a ser marido y mujer, se supo que ella estaba embarazada por obra del Espíritu Santo.

Aunque José, su marido, era cumplidor de la Ley, no quiso humillarla públicamente; decidió divorciarse de

ella en secreto. Y cuando estaba haciendo los preparativos, fijos: un ángel del Señor se le apareció en sueños, y le dijo:

José, hijo de David: no dudes en tomar por mujer a María; porque lo de su embarazo procede del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él es el Que salvará a Su pueblo de sus pecados. Todo esto ha sucedido para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: «He aquí que la muchacha concebirá y dará a luz un Hijo, y le llamarás de nombre Emanuel, que significa "Dios está con nosotros."»

Así es que, cuando José se despertó del sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor: tomó a María por mujer, y no la conoció hasta después que ella dio a luz a un niño; y él Le puso por nombre Jesús.

Para nuestra manera occidental de pensar, las relaciones que salen en este pasaje son muy extrañas. En primer lugar, se nos dice que María estaba *desposada* (Reina-Valera, revisiones anteriores a la del 95) con José; luego hemos traducido que él estaba haciendo los preparativos para divorciarse de ella en secreto; y luego se la llama su mujer o esposa. Pero la relación entre ambos representa el procedimiento judío normal, en el que había tres pasos.

(i) Estaba el *compromiso*. Este se hacía a menudo cuando la pareja no eran más que niños. Lo hacían corrientemente los padres, o por medio de un casamentero profesional. Y se hacía a menudo sin que los que formaban la pareja se hubieran visto nunca. El matrimonio se consideraba que era un paso demasiado serio para dejarlo a los dictados del corazón humano.

(ii) Estaba el *desposorio*. Este era lo que podríamos llamar la ratificación del compromiso que ya había contraído la pareja. Hasta este momento, el compromiso que se había establecido por medio de los padres o del casamentero, se podía romper si una de las dos partes no quería continuar con él. Pero una vez que se llegaba al desposorio era absolutamente vinculante. Duraba un año. Durante ese año la pareja se consideraban marido y mujer, aunque todavía no tenían esa relación. El desposorio no se podía dar por concluido de ninguna manera más que por el divorcio. En la ley judía nos encontramos frecuentemente lo que nos parece una frase curiosa. Una chica cuyo prometido había muerto durante el año de los desposorios se llamaba «una virgen que es viuda.» En esta etapa se encontraban José y María. Estaban desposados; y si José quería acabar el desposorio no lo podía hacer más que con el divorcio; y ese año de desposorio a María se la conocía legalmente como su esposa.

(iii) La tercera etapa era *el matrimonio propiamente dicho*, que tenía lugar al final del año de desposorio.

Si tenemos presentes las costumbres matrimoniales normales de los judíos, entonces la relación que se indica en este pasaje está perfectamente clara.

Así que en esta etapa se le dijo a José que María iba a tener un Niño, que había sido concebido por obra del Espíritu Santo, y que él, José, debería ponerle por nombre Jesús. *Jesús* es la forma griega del nombre hebreo *Josué*, que quiere decir *Jehová es salvación*. Hacía mucho tiempo, el salmista había oído decir a Dios: « El redimirá a Israel de todos sus pecados» (*Salmo 130:8*). Y a José se le dijo que el Niño que nacería llegaría a ser el Que salvara al pueblo de Dios de sus pecados. Jesús fue, aún más que el Hombre nacido para ser Rey, el Hombre nacido para ser Salvador. Vino a este mundo no por Su propia cuenta, sino por la de los hombres y su salvación.

NACIDO DEL ESPÍRITU SANTO

Mateo 1:18-25 (continuación)

Este pasaje nos dice que Jesús nació por la acción del Espíritu Santo. Nos habla de lo que llamamos el Nacimiento

Virginal. De momento lo único que nos concierne es descubrir lo que quiere decir para nosotros.

Si miramos este pasaje con naturalidad y lo leemos como si fuera la primera vez encontramos que lo que subraya no es tanto que Jesús naciera de una mujer virgen como que el nacimiento de Jesús fue la obra del Espíritu Santo. «Se supo que María estaba embarazada del Espíritu Santo.» «Lo que ella ha concebido es del Espíritu Santo.» Es como si estas frases estuvieran subrayadas o impresas en tipo grande. Eso es lo que Mateo quiere decirnos en este pasaje. Entonces, ¿qué quiere decir que en el nacimiento de Jesús el Espíritu Santo de Dios estuvo especialmente operativo? Dejemos las cuestiones dudosas o debatibles, y concentrémonos en esa gran verdad, como Mateo querría que hiciéramos.

En el pensamiento judío el Espíritu Santo tenía ciertas funciones muy definidas. No podemos traer a este pasaje la idea *cristiana* del Espíritu Santo en toda su plenitud, porque José no sabría nada de eso. Debemos interpretarlo a la luz de la idea *judía* del Espíritu Santo, porque esa sería la interpretación que José le daría inevitablemente a este pasaje, porque era la única que conocía.

(i) Según la idea judía, *el Espíritu Santo era la Persona Que traía a los hombres la verdad de Dios*. Era el Espíritu Santo el Que enseñaba a los profetas lo que habían de decir; era el Espíritu Santo el Que enseñaba a los hombres lo que debían hacer; era el Espíritu Santo Quien a lo largo de edades y generaciones traía la verdad de Dios a la humanidad. Así que Jesús es la única Persona que trae la verdad de Dios a la humanidad.

Para decirlo de otra manera: Jesús es la única Persona que nos puede decir cómo es Dios y lo que Dios quiere que seamos. Solamente en Él podemos ver cómo es Dios y cómo debemos ser nosotros. Antes de que Jesús viniera, la humanidad no tenía más que unas ideas vagas e imprecisas, y a menudo erróneas, acerca de Dios; lo único que podía era suponer y andar a tientas; pero Jesús pudo decir: «El que Me ha visto ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). En Jesús vemos el amor, la compasión, la misericordia, el corazón buscador, la pureza de Dios, como no los podemos ver en ningún otro lugar del mundo. Con la venida de Jesús, el tiempo de las suposiciones ha terminado, y ha llegado el de las certezas. Antes de que Jesús viniera no sabíamos realmente lo que era la bondad. Solamente en Jesús podemos ver lo que son la verdadera humanidad, la verdadera bondad, la verdadera obediencia a la voluntad de Dios. Jesús vino al mundo a decirnos la verdad acerca de Dios y acerca de nosotros mismos.

(ii) Los judíos creían que el Espíritu Santo no sólo traía la verdad de Dios a los hombres, sino también *capacitaba a los hombres para reconocer esa verdad cuando la vieran*. Así es que Jesús nos abre los *ojos* a la verdad. Los hombres son cegados por su propia ignorancia; son descarriados por sus propios prejuicios; tienen la mente y los *ojos* oscurecidos por su propio pecado y por sus pasiones. Jesús puede abrir nuestros ojos para que podamos ver la verdad.

En una de las novelas de William J. Locke hay una descripción de una mujer que tenía más dinero del que podía contar, y que había pasado la mitad de su vida visitando los museos de pintura del mundo. Estaba cansada y aburrida. Entonces conoció a un francés que tenía muy poco de las cosas de este mundo, pero que tenía un conocimiento amplio y un amor profundo por la belleza. Fue con ella, y en su compañía las cosas aparecieron totalmente diferentes. « Yo nunca supe cómo eran las cosas -le dijo ella- hasta que tú me enseñaste a mirarlas.»

La vida se convierte en algo totalmente diferente cuando Jesús nos enseña a mirar las cosas. Cuando Jesús viene a nuestro corazón, nos abre los *ojos* para que veamos las cosas tal como son de veras.

CREACIÓN Y RECREACIÓN

Mateo 1:18-25 (conclusión)

(iii) Especialmente, los judíos *conectaban al Espíritu de Dios con la obra de la creación*. Fue por medio de Su Espíritu como Dios realizó Su obra creadora. En el principio, el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas y el caos llegó a ser un mundo (*Génesis 1:2*). «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos -dijo el salmista-; y todo el ejército de ellos por el aliento de Su boca» (*Salmo 33:6*). (Tanto en hebreo, *rúaj*, como en griego, *pneuma*, la palabra para *aliento* y *espíritu* es la misma). «Envías Tu Espíritu, son creados y renuevas la faz de la tierra» (*Salmo 104:30*). « El Espíritu de Dios me hizo -decía Job- y el soplo del Omnipotente me dio vida» (*Job 33:4*).

El Espíritu es el Creador del mundo y el Dador de la vida. Así que en Jesús vino al mundo el poder vivificador y creador de Dios. Ese poder, que convirtió en orden el caos primigenio, ha venido a traer orden a nuestra desordenada vida. Ese poder, que alentó vida donde antes no la había, ha venido a alentar vida en nuestra debilidad y frustración. Podríamos decir realmente que no estamos vivos de veras hasta que Jesús entra en nuestras vidas.

(iv) Los judíos conectaban al Espíritu especialmente, no sólo con la obra de la creación, sino también *con la obra de la re-creación*. Ezequiel traza un cuadro sombrío del valle de los huesos secos. Pasa luego a contar cómo los huesos secos volvieron a la vida; y entonces oye decir a Dios: « Yo hago entrar espíritu en vosotros y viviréis» (*Ezequiel 37:1-14*). Los rabinos tenían un dicho: «Dios dijo a Israel: "En este mundo Mi Espíritu ha puesto sabiduría en vosotros, pero en el futuro Mi Espíritu os hará vivir de nuevo."» Cuando los

hombres están muertos en pecado y en letargo, es el Espíritu de Dios el Que puede despertarlos a una vida nueva.

Así pues, en Jesús vino a este mundo el poder que puede re-crear la vida. Puede traer otra vez a la vida al alma que está muerta en pecado; puede reavivar otra vez los ideales que han muerto; puede hacer fuerte otra vez la voluntad de la bondad que ha perecido. Puede renovar la vida, cuando las personas han perdido todo lo que la vida representa.

Hay mucho más en este capítulo que el hecho escueto de que Jesucristo nació de una madre virgen. La esencia de la historia de Mateo es que, en el nacimiento de Jesús, el Espíritu de Dios estuvo operativo como nunca antes en este mundo. Es el Espíritu el Que trae a la humanidad la verdad de Dios; el Que capacita a las personas a reconocer esa verdad cuando la ven; el Que fue el Agente de Dios en la creación del mundo; el único Que puede re-crear el alma humana que ha perdido la vida que debería tener.

Jesús nos capacita para ver cómo es Dios y cómo debemos ser nosotros; nos abre los ojos de la mente para que podamos ver la verdad de Dios para nosotros; es el poder creador venido entre los hombres; es el poder re-creador que puede liberar las almas humanas de la muerte del pecado.

EL LUGAR DEI NACIMIENTO DEL REY

Mateo 2:1-2

Quando nació Jesús en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, sucedió que llegaron a Jerusalén unos sabios del Oriente. Y preguntaron:

-¿Dónde está el recién nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto aparecer Su estrella, y venimos a rendirle homenaje.

Fue en Belén donde nació Jesús. Belén era un pueblecito a unos ocho kilómetros al Sur de Jerusalén. Antiguamente se había llamado Efrat o Efratá. El nombre completo en hebreo es *Bedéjem*, que quiere decir *casa de pan*, y Belén estaba situado en una región fértil, lo que justificaba su nombre.

Estaba ubicado sobre unas montañas de caliza gris a más de ochocientos metros sobre el nivel del mar. Tenía una cima a cada lado y un hondón como una silla de montar entre las dos. Así que, por su posición, Belén parecía un pueblo asentado en un anfiteatro de colinas.

Belén tenía una larga historia. Fue allí donde Jacob enterró a Raquel y erigió un pilar en su memoria junto a la tumba (*Génesis 48:7; 35:20*). Fue allí donde vivió Rut después de casarse con Booz (*Rut 1:22*), y desde Belén Rut podía ver la tierra de Moab, su antigua patria, al otro lado del valle del Jordán. Pero, sobre todo, Belén fue el hogar y la ciudad de David (*1 Samuel 16:1; 17:12; 20:6*); y era del agua del pozo de Belén de lo que David tenía tanta nostalgia cuando era un fugitivo perseguido por las colinas, lo que motivó una preciosa escena de lealtad y de piedad (*2 Samuel 23:14s*).

En tiempos posteriores leemos que Jeroboam fortificó el pueblo de Belén (*2 Crónicas 11:6*). Pero, en la historia de Israel y en las mentes del pueblo, Belén era supremamente la ciudad de David. Era de la dinastía de David de la que Dios haría venir al gran Libertador de Su pueblo. Como dijo el profeta Miqueas: «Pero tú, Belén Efratá, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti ha de salir el que será Señor en Israel; Sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad» (*Miqueas 5:2*).

Era en Belén, la ciudad de David, donde los judíos esperaban que naciera el mayor Hijo del gran David; era de allí de donde esperaban que viniera al mundo el Ungido de Dios. Y así fue.

La imagen del establo y del pesebre como el lugar del nacimiento de Jesús está grabada indeleblemente en nuestras mentes; pero puede que no sea totalmente correcta. Justino Mártir, uno de los más grandes de los primeros padres, que vivió hacia 150 d.C. y que procedía del distrito cercano a Belén, nos dice que Jesús nació en una cueva cerca de la aldea (Justino Mártir, *Diálogo con Trifón 78, 304*); y puede que la información de Justino fuera correcta. Las casas de Belén están construidas en la ladera de la montaña de- piedra caliza; y era muy corriente en aquel entonces el tener establos en forma de cuevas en la roca vaciada por debajo de las casas mismas; y muy probablemente fue en un tipo de cueva-establo así donde nació Jesús.

Hasta este día se enseña en Belén una cueva así como el lugar del nacimiento de Jesús, sobre la que se ha construido la Iglesia de la Natividad. Hace mucho tiempo que se enseña esta cueva como el lugar del nacimiento de Jesús. Ya era así en los días del emperador romano Adriano; porque éste, en un deliberado

intento de profanar el lugar, erigió un altar al dios pagano Adonis sobre él. Cuando el imperio romano se hizo cristiano, a principios del siglo IV, Constantino, el primer emperador cristiano, construyó allí una gran iglesia que es la que todavía puede verse, considerablemente reformada y restaurada posteriormente.

H. V. Morton nos cuenta su visita a la Iglesia de la Natividad de Belén. Llegó a una gran muralla en la que había una puerta tan baja que uno se tenía que encorvar para entrar; y al otro lado de la puerta, y al otro lado de la muralla, estaba la iglesia. Por debajo del altar mayor de la iglesia está la cueva, y cuando el peregrino desciende a ella se encuentra con una pequeña caverna de unos trece metros de largo por cuatro de ancho, alumbrada por lámparas de plata. En el suelo hay una estrella y alrededor de ella una inscripción latina: «Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.»

Cuando el Señor de la Gloria vino a esta Tierra nació en una cueva en la que se guardaban los animales. La cueva de la Iglesia de la Natividad de Belén puede que sea la misma, o que no. Eso nunca lo sabremos de seguro. Pero hay algo hermoso en el simbolismo de la iglesia en la que la puerta es tan baja que uno tiene que inclinarse para entrar. Es supremamente apropiado el que todos nos acerquemos al Niño Jesús de rodillas.

EL HOMENAJE DEL ORIENTE

Mateo 2:1-2 (conclusión)

Cuando Jesús nació en Belén vinieron a rendirle homenaje unos sabios de Oriente. El nombre que se les da en el original es magoj, una palabra que es difícil de traducir. Heródoto (1: 101, 132) tiene cierta información acerca de los Magoj. Dice que eran en su origen una tribu de Media. Los medos eran parte del imperio de Persia. Trataron de desplazar a los persas sustituyendo su poder por el de los medos. El intento fracasó. Desde entonces, los Magoj dejaron de tener ninguna ambición de poder o de prestigio, y se convirtieron en una tribu de sacerdotes. Llegaron a ser en Persia algo parecido a lo que eran los levitas en Israel. Se convirtieron en los maestros e instructores de los reyes persas. En Persia no se podía ofrecer ningún sacrificio a menos que estuviera presente uno de los Magoj. Llegaron a ser hombres de santidad y sabiduría.

Estos magos eran hombres versados en filosofía, medicina y ciencias naturales. Eran profetas e intérpretes de sueños. En tiempos posteriores la palabra magos adquirió un significado mucho más bajo, y llegó a querer decir poco más que adivino, brujo o charlatán. Tal era Elimas el mago (*Hechos 13:6-8*), y Simón, conocido corrientemente como Simón Mago (*Hechos 8:9,11*). Pero en su mejor época los Magoj eran hombres buenos y santos, que buscaban la verdad.

En aquellos días de la antigüedad, todo el mundo creía en la astrología. Creían que se podía predecir el futuro por las estrellas, y creían que el destino de una persona quedaba decidido por las estrellas bajo las que nacía. No es difícil de comprender cómo surgió esa creencia. Las estrellas siguen cursos invariables; representan el orden del universo. Y entonces, si repentinamente aparecía alguna estrella brillante, si el orden invariable de los cielos se quebrantaba por algún fenómeno especial, parecía como si Dios estuviera interviniendo en Su propio orden, y anunciando algo muy especial.

No sabemos cuál fue la brillante estrella que vieron aquellos antiguos Magoj. Se han hecho muchas sugerencias. Hacia el año 11 a.C., el cometa Halley estuvo visible cruzando brillantemente los cielos. Hacia el año 7 a.C. hubo una brillante conjunción de Saturno y Júpiter. En los años 5 a 2 A.C. hubo un fenómeno astronómico inusual. En esos años, el primer día del mes egipcio, Messori, Sirio, la estrella perro, salió helicalmente, es decir, al amanecer, mostrando un brillo extraordinario. Ahora bien, el nombre *Messori* quiere decir *el nacimiento de un príncipe*, y para aquellos antiguos astrólogos tal estrella querría decir indudablemente el nacimiento de algún gran rey. No podemos decir cual fue la estrella que vieron los Magoj; pero su profesión consistía en observar los cielos, y algún brillo celestial les anunció la entrada de un gran Rey en el mundo.

Puede que nos parezca extraordinario el que aquellos hombres iniciaran un viaje desde Oriente para encontrar a un rey; pero lo extraño es que, precisamente en el tiempo en que nació Jesús, hubo en el mundo un sentimiento extraño de expectación de la venida de un rey. Hasta los historiadores romanos lo sabían. No mucho tiempo después, Suetonio podía escribir: «se había extendido por todo el Oriente una vieja creencia establecida de que estaba programado para aquel tiempo que vinieran hombres de Judea a regir el mundo» (Suetonio: *Vida de Vespasiano 4: 5*). Tácito nos habla de la misma creencia de que «había una firme

convicción... de que por este mismo tiempo el Oriente habría de tener mucho poder, y gobernantes que vinieran de Judea adquirirían un imperio universal» (Tácito: *Historias*, 5: 13). Los judíos tenían la creencia de que «hacia ese tiempo uno de su país se convertiría en el gobernador de todo el mundo habitado» (Josefo: *Guerras de los judíos*, 6: 5, 4). En un tiempo ligeramente posterior encontramos a Tirídates, rey de Armenia, visitando a Nerón en Roma acompañado con sus Magui (Suetonio: *Vida de Nerón* 13: 1). Encontramos a los Magui en Atenas sacrificando en memoria de Platón (Séneca: *Epístolas*, 58: 31). Casi por el mismo tiempo en que nació Jesús encontramos al emperador Augusto aclamado como el Salvador del Mundo; y Virgilio, el poeta latino, escribe en su Cuarta égloga, que se conoce como la Égloga Mesianica, acerca de los dorados días por venir.

No tenemos ni la más mínima necesidad de pensar que la historia de la llegada de los Magos a la cuna de Cristo sea simplemente una preciosa leyenda. Es exactamente la clase de cosa que podía suceder fácilmente en aquel mundo antiguo. Cuando vino Jesucristo, el mundo estaba en una ansiedad de expectación. La humanidad estaba esperando a Dios, y el deseo de Dios estaba en sus corazones. Habían descubierto que no podían construir la edad de oro sin Dios. Fue a un mundo en expectativa al que vino Jesús; y, cuando vino, los fines de la Tierra se reunieron a Su cuna. Fue la primera señal y símbolo de la conquista universal de Cristo.

EL REY ASTUTO

Mateo 2:3-9

Cuando el rey Herodes se enteró de la noticia, se quedó muy preocupado, y lo mismo toda Jerusalén. Así es que convocó a todos los principales sacerdotes y a los escribas del pueblo, y les preguntó dónde había de nacer el Ungido de Dios. Y ellos le dijeron:

-En Belén de Judea, porque así está escrito en los profetas: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos el menor entre los jefes de Judá; porque de ti saldrá un Pastor que apacentará a Mi pueblo Israel.»

Entonces Herodes citó en secreto a los sabios y los interrogó astutamente acerca de cuándo había aparecido la estrella. Luego los envió a Belén, diciéndoles:

-Id vosotros allá; y haced todo lo posible por descubrir lo que sea de ese Niño. Y cuando Le encontréis, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarlo.

Después de esta entrevista con el rey, los sabios siguieron su camino.

Llegó a los oídos de Herodes la noticia de que habían llegado de Oriente unos sabios, y que estaban buscando a un Niño que había nacido para ser el Rey de los judíos. Cualquier rey se habría preocupado de la noticia de que había nacido un niño que iba a ocupar su trono. Pero Herodes se preocupó por partida doble.

Herodes era medio judío y medio edomita. Tenía sangre edomita en las venas. Se había hecho útil a los romanos en las guerras y en los levantamientos de Palestina, y confiaban en él. Le habían nombrado gobernador en el año 47 a.C.; el 40 a.C. había recibido el título de rey; y su reinado se prolongó hasta el 4 a.C. Había ejercido el poder mucho tiempo. Se le llamaba Herodes el Grande, y en muchos sentidos merecía ese título. Fue el único gobernador de Palestina que consiguió mantener la paz e imponer el orden. Fue un gran constructor; fue el que construyó el templo de Jerusalén. Sabía ser generoso. En los tiempos difíciles reducía los impuestos para hacerle las cosas más fáciles al pueblo; y en el hambre del año 25 a.C. llegó hasta fundir su propia vajilla de oro para comprar trigo para el pueblo hambriento.

Pero había un fallo terrible en el carácter de Herodes. Era suspicaz hasta casi la locura. Siempre había sido suspicaz; y cuanto más viejo se hacía, también se hacía más suspicaz hasta que, en su vejez, era, como dijo alguien, < un viejo asesino. » Si sospechaba que alguien pudiera ser su rival en el poder, eliminaba a esa persona a toda prisa. Asesinó a su esposa Mariamne y a su madre Alejandra. Su hijo mayor, Antípater, y otros dos de sus hijos, Alejandro y Aristóbulo, también fueron asesinados por orden suya. Augusto, el emperador romano, había dicho amargamente que estaba más a salvo un cerdo de Herodes que un hijo de Herodes. (Este dicho resulta todavía más epigramático en griego, porque *hus* es la palabra para *cerdo*, y *hyiós* es la palabra para *hijo*). Algo de la naturaleza salvaje, amargada y retorcida de Herodes se puede ver en los preparativos que hizo cuando veía cerca la muerte. Cuando tenía setenta años, sabía que se iba a morir. Se retiró a Jericó, la más encantadora de todas sus ciudades. Dio órdenes para que se hiciera una recolección de los ciudadanos más distinguidos de Jerusalén, que los arrestaran con acusaciones amañadas y los metieran

en la cárcel. Y dio orden de que en el momento en que él muriera, los mataran a todos. Dijo sarcásticamente que se daba cuenta de que nadie lloraría su muerte, y estaba decidido a que se derramaran lágrimas cuando él muriera.

Está claro lo que un hombre así sentiría cuando le llegó la noticia de que había nacido un Niño que estaba destinado a ser Rey. Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él porque Jerusalén sabía muy bien los pasos que daría Herodes para comprobar esa noticia y eliminar a ese chico. Jerusalén conocía a Herodes y temblaba esperando su inevitable reacción.

Herodes convocó a los principales sacerdotes y los escribas. Los escribas eran los expertos en las Escrituras y en la Ley. Los principales sacerdotes formaban un grupo que consistía en dos clases de personas. Por una parte, los ex-sumo-sacerdotes. El sumo-sacerdocio estaba confinado a muy pocas familias. Eran la aristocracia sacerdotal, y los miembros de estas familias selectas se llamaban los principales sacerdotes. Así que Herodes convocó a la aristocracia religiosa y a los principales teólogos de su tiempo, y les preguntó dónde, según las Escrituras, había de nacer el Ungido de Dios. Ellos le citaron el texto de *Miqueas 5:2*. Herodes mandó buscar a los sabios, y los envió por delante para que hicieran una investigación diligente acerca del Niño que había nacido. Dijo que él igualmente quería ir y adorar al Niño; pero su único deseo era matarle.

Tan pronto como nació Jesús vemos a los hombres agrupándose en los tres partidos que aparecerán siempre en relación con Jesucristo. Consideremos sus tres reacciones.

(i) Tenemos la reacción de Herodes, *la reacción del odio y la hostilidad*. Herodes tenía miedo de que este Niño pudiera interferir en su vida, su posición, su poder, su influencia; y por tanto, su primer instinto fue destruirle.

Todavía hay personas que destruirían de buena gana a Jesucristo, porque ven en Él al Que interfiere en sus vidas. Quieren hacer lo que les plazca, y Cristo no les dejará; así que querrían matarle. La persona cuyo único deseo es hacer lo que le venga en gana no necesita para nada a Jesucristo. El cristiano es el que ha dejado de hacer lo que quiere para dedicar su vida a hacer lo que Cristo quiere.

(ii) Tenemos la reacción de los principales sacerdotes y los escribas, *la reacción de una indiferencia total*. No les importaba lo más mínimo. Estaban tan inmersos en el ritual de su templo y en sus discusiones legales que pasaban completamente de Jesús. No les decía nada.

Todavía hay personas que están tan interesadas en sus propios asuntos que Jesucristo no les dice nada. Todavía se puede hacer la entrañable pregunta del profeta: «¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?» (*Lamentaciones 1:12*).

(iii) Tenemos la reacción de los sabios, *la reacción de piadoso servicio*, el deseo de poner a los pies de Jesucristo los dones más nobles que pudieran aportar.

Sin duda, cuando uno se da cuenta del amor de Dios en Jesucristo, también se pierde como ellos en admiración, alabanza y adoración.

REGALOS PARA CRISTO

Mateo 2:9-12

Y fijaos: la estrella que habían visto en ascendente los siguió guiando hasta que llegó a encontrarse por encima del lugar donde estaba el Niño.

Cuando volvieron a ver la estrella se pusieron jubilosos de alegría. Y cuando entraron en la casa vieron al Niño con Su madre María, y cayeron de rodillas

y Le adoraron. Luego abrieron sus tesoros y Le ofrecieron de regalo oro, incienso y mirra.

Y, comoquiera que recibieran un mensaje de Dios en sueños advirtiéndoles que no volvieran a Herodes, se volvieron a su propia tierra por otro camino.

Así que los sabios encontraron la manera de llegar a Belén. No tenemos que pensar necesariamente que la estrella se moviera como un guía por los cielos. Esto es poesía, y no debemos convertirla en prosa cruda y sin vida. Pero la estrella estaba brillando sobre Belén. Hay una leyenda preciosa que nos dice que la estrella, una vez cumplida su misión de guía, se cayó en el pozo de Belén, y que está todavía allí, y todavía la pueden ver a veces los limpios de corazón.

Leyendas posteriores se han ocupado afanosamente de los sabios. Al principio, la tradición oriental decía que habían sido doce; pero ahora, la tradición de que fueron tres es casi universal. El Nuevo Testamento no dice cuántos fueron, pero la idea de que fueron tres surgió sin duda de los tres regalos que trajeron. Leyendas posteriores los hicieron reyes. Y una leyenda aún más posterior les puso nombres: Gaspar, Melchor y Baltasar. Todavía más tarde se asignó a cada uno una descripción personal, y se especificó el regalo que aportó cada uno a Jesús. Melchor era anciano, de pelo blanco y con una barba larga, y fue él el que trajo el regalo del oro. Gaspar era joven y lampiño y claro de rostro, y fue el que contribuyó el incienso. Baltasar era negro, con una barba nueva, y fue el que trajo el don de la mirra.

Desde tiempos muy primitivos se ha visto lo apropiados que fueron los regalos que trajeron los sabios. Se ha visto en cada uno de ellos algo que armonizaba especialmente con alguna característica de Jesús y de Su obra.

(i) *El oro es el regalo para un rey.* Séneca nos dice que en Partia había la costumbre de que nadie se pudiera acercar al rey sin un regalo. Y el oro, el rey de los metales, era regalo apropiado para el Rey de los hombres.

Así que Jesús fue «el Hombre nacido para ser Rey.» Pero había de reinar, no por la fuerza, sino por el amor; no desde un trono, sino desde una Cruz.

Haremos bien en recordar que Jesucristo es Rey. No podemos nunca encontrarnos con Él en igualdad de términos. Siempre debemos acercarnos a Él con una sumisión total. Nelson, el gran almirante, siempre trataba a sus enemigos vencidos con la mayor amabilidad y cortesía. Después de una de sus victorias navales, el almirante derrotado fue traído a bordo del buque bandera de Nelson y a su alcázar. Conociendo la reputación de cortesía que tenía Nelson, y pensando aprovecharse de ella, avanzó por el alcázar con la mano extendida, como para saludar a un igual. Nelson mantuvo la mano en el costado. «Primero vuestra espada -dijo-, y luego vuestra mano.» Antes de tratar a Cristo como amigos debemos someternos a Él.

(ii) *El incienso es el regalo para un sacerdote.* Era en el culto del templo y en sus sacrificios donde se usaba el dulce aroma del incienso. La función de un sacerdote es abrirles a los hombres el camino hacia Dios. La palabra latina para *sacerdote* es *pontifex*, que quiere decir *el que hace de puente*. Esta es la misión y el privilegio del sacerdote: servir de puente entre Dios y los hombres.

Eso es Jesús. Abrió el camino a Dios; nos hizo posible llegar a la misma presencia de Dios.

(iii) *La mirra es el regalo para uno que va a morir.* La mirra se usaba para embalsamar los cuerpos de los muertos.

Jesús vino al mundo para morir. Holman Hunt tiene un famoso cuadro de Jesús. Nos muestra a Jesús a la puerta del taller de carpintero de Nazaret. Todavía no es más que un muchacho, y ha salido a la puerta para estirar Sus miembros que se Le han quedado agarrotados con el trabajo. Está de pie en el umbral con los brazos extendidos, y detrás de Él, en la pared el sol poniente proyecta su sombra, y es la sombra de una cruz. Al fondo está María, y al ver esa sombra se refleja en sus ojos el temor de la tragedia inminente.

Jesús vino al mundo a vivir por los hombres y a morir por los hombres. Vino a dar por los hombres tanto Su vida como Su muerte.

El oro para un rey, el incienso para un sacerdote, la mirra para uno que había de morir -estos fueron los regalos de los sabios que, aun a los pies de la cuna de Cristo, predecían que había de ser el verdadero Rey, el perfecto Sumo Sacerdote y, por último, el supremo Salvador de los hombres.

LA HUIDA A EGIPTO

Mateo 2:13-15

Después de marcharse los sabios, mirad: un ángel del Señor se le apareció a José en sueños, y le dijo:

-Levántate, toma al Niño y a Su Madre y huye con ellos a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga; porque Herodes está a punto de ponerse a buscar al Niño para quitarle la vida.

Así es que José se levantó, y tomó al Niño con Su Madre de noche y se marchó a Egipto, y se quedó allí hasta la muerte de Herodes. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que Dios había dicho por medio del profeta: «He llamado a Mi Hijo para que saliera de Egipto.»

El mundo antiguo no ponía en duda que Dios mandara Sus mensajes a los hombres en sueños. Así es que José fue advertido en un sueño para que huyera a Egipto para escapar de las intenciones asesinas de Herodes. La huida a Egipto era totalmente natural. A menudo, a lo largo de los siglos turbulentos que precedieron a la venida de Jesús, cuando algún peligro o alguna tiranía o alguna persecución les hacían la vida insoportable a los judíos, buscaban refugio en Egipto. El resultado fue que en todas las ciudades de Egipto había una colonia de judíos; y en la ciudad de Alejandría había de hecho más de un millón de judíos, y algunos de sus distritos estaban ocupados exclusivamente por ellos. José, en su hora de peligro, hizo lo que muchos judíos habían hecho antes; y cuando José y María llegaron a Egipto, no se encontrarían totalmente entre extranjeros, porque en todos los pueblos y ciudades encontrarían a judíos que se habían refugiado allí.

Es un hecho interesante que en días posteriores los enemigos del Cristianismo y los enemigos de Jesús solían atribuir a Su estancia en Egipto el origen de muchas cosas de las que Le calumniaban. Egipto era proverbialmente la tierra de la brujería y de la magia. El Talmud dice: «Diez medidas de brujería descendieron al mundo; Egipto recibió nueve, y el resto del mundo la otra.» Así que los enemigos de Jesús pretendían que había sido en Egipto donde Jesús había aprendido la magia y la brujería que Le permitieron hacer milagros y engañar a la gente.

Cuando el filósofo pagano Celso dirigió su ataque contra el Cristianismo en el siglo III, ataque que arrojó y derrotó Orígenes, dijo que Jesús se había criado como un hijo ilegítimo, que alquiló sus servicios en Egipto, que adquirió el conocimiento de ciertos poderes milagrosos, y volvió a su propio país para usarlos proclamándose Dios (Orígenes: Contra Celso 1: 38). Un cierto rabino, Eliezer ben Hyrcanus, dijo que Jesús tenía todas las fórmulas mágicas necesarias tatuadas en el cuerpo para no olvidarlas. Tales eran las calumnias que mentes retorcidas conectaban con la huida a Egipto; pero son obviamente absurdas, porque Jesús llegó a Egipto cuando era un bebé y era un chico pequeño cuando volvió.

Dos de las más preciosas leyendas relacionadas con el Nuevo Testamento están conectadas con la huida a Egipto. La primera es acerca del ladrón penitente, al que llama Dimas, y nos cuenta la historia como sigue. Cuando José y María iban con el Niño hacia Egipto, fueron asaltados por unos ladrones. Uno de sus jefes quería matarlos inmediatamente para robar su reducido equipaje. Pero algo acerca del Niño Jesús penetró en el corazón de Dimas, que era uno de aquellos ladrones. Él impidió que se les hiciera ningún daño a Jesús y a Sus padres. Miró a Jesús y Le dijo: «¡Oh, el más bendito de los niños! Si alguna vez llega el momento de tener misericordia de mí, acuérdate de mí y no olvides esta hora.» Y la leyenda dice que Jesús y Dimas se encontraron otra vez en el Calvario, y Dimas encontró en la cruz el perdón y la misericordia para su alma y la seguridad de la Salvación.

Una variante de esta leyenda es aún mejor conocida en España, porque se encuentra en el «Libro de los Tres Reyes de Oriente», una joyita de los orígenes de la literatura española. Cuenta esta variante que, cuando iba huyendo de Belén a Egipto la Sagrada Familia, fue apresada por dos bandoleros; el uno era cruel, y quería matar al Niño Jesús; y el otro, compasivo, que Le salvó la vida e invitó a la Sagrada Familia a pasar la noche en su cueva. La mujer de este «buen ladrón» le cuenta a María que tiene un hijito recién nacido que está leproso. María le baña en la misma agua en la que ha bañado a Jesús, y el niño queda sano y limpio. Pasado el tiempo, en el Calvario, el hijo del ladrón alevoso muere a la izquierda de Jesús, y el del compasivo a la derecha, y este fue el que pasó al santoral de la Iglesia Católica sencillamente como « el buen ladrón», aunque diversas tradiciones le llamaron Dimas, Dismas o Dimsas.

La otra leyenda es una historia de niños, pero muy encantadora. Cuando José y María y Jesús iban de camino a Egipto, cuenta la historia, a la caída de la tarde estaban cansados, y se refugiaron en una cueva. Hacía mucho frío, tanto que el suelo estaba blanco de escarcha. Una arañuela vio al bebé Jesús y quiso hacer algo para que estuviera calentito aquella fría noche. Lo único que sabía hacer era tejer telas de araña; así es que eso fue lo que hizo: urdió su tela a través de la entrada de la cueva para hacer, como si dijéramos, una cortina.

Por el sendero llegaba un destacamento de soldados buscando niños para matarlos en cumplimiento a la sangrienta orden de Herodes. Cuando llegaron a la cueva estuvieron a punto de entrar violentamente; pero su capitán notó la tela de araña, cubierta de escarcha, que cerraba la entrada de la cueva. < Fijaos -dijo- en esa tela de araña. Está intacta y no puede haber nadie en la cueva, porque cualquiera que hubiera entrado la habría roto.»

Así que los soldados pasaron, y dejaron a la Sagrada Familia en paz, gracias a que una arañuela había tejido su red en la entrada de la cueva. Y esa, por así decirlo, es la razón de que hasta este día pongamos hilillos luminosos de plata en nuestros árboles de Navidad, que representan la tela de la araña, blanca de

escarcha, que se extendía de un lado a otro de la entrada de la cueva de la huida a Egipto. Es una historia preciosa; y por lo menos contiene una gran verdad: Que no hay don que Jesús reciba que se olvide nunca.

Las últimas palabras de este pasaje nos introducen en una costumbre que es característica de Mateo. El vio en la huida a Egipto el cumplimiento del dicho de Oseas. Lo cita en esta forma: «He llamado a mi hijo para que saliera de Egipto.» Es una cita de *Oseas 11:1*, que dice: «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a Mi hijo.»

Está claro que, en su forma original, este dicho de Oseas no tenía nada que ver con Jesús ni con la huida a Egipto. No era más que una simple afirmación de la manera como Dios había librado a la nación de Israel de la esclavitud y de la opresión en tierra de Egipto.

Veremos una y otra vez que esto es típico del uso que hace Mateo del Antiguo Testamento. Esta dispuesto a usar como una profecía acerca de Jesús cualquier texto que pueda encajar verbalmente, aunque originalmente no tuviera nada que ver con el tema en cuestión, ni nunca se supusiera que tuviera nada que ver con ello. Mateo sabía que casi la única manera de convencer a los judíos de que Jesús era el prometido Ungido de Dios era demostrar que en Él se cumplieron las profecías del Antiguo Testamento. Y en su ansiedad por llevarlo a cabo encuentra profecías en el Antiguo Testamento que nunca se pretendió que lo fueran. Cuando leemos un pasaje como este debemos recordar que, aunque nos parece extraño e inconclusivo, llamaría la atención de aquellos para quienes Mateo estaba escribiendo.

LA MATANZA DE LOS NIÑOS

Mateo 2:16-18

Cuando Herodes vio que los sabios le habían burlado, mandó matar a todos los niños de Belén y sus alrededores. Mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, calculándolo por el tiempo que había investigado de los sabios. Entonces se cumplió lo que se había dicho por medio del profeta Jeremías: «Se oyó una voz en Ramá, llanto y grandes lamentaciones; era Raquel llorando a sus hijos inconsolablemente, porque no le quedaba ninguno.»

Ya hemos visto que Herodes era un genio en el arte del asesinato. No había hecho más que subir al trono y ya empezó aniquilando el sanedrín, el tribunal supremo de los judíos. Más tarde hizo una matanza improvisada de trescientos oficiales de la corte. Después mató a su mujer Mariamne, a la madre de ésta, Alejandra, a su propio primogénito Antípater, a otros dos hijos suyos, Alejandro y Aristóbulo. Y a la hora de su muerte hizo los preparativos para la matanza de muchos nobles de Jerusalén.

No se podía esperar que Herodes aceptara tranquilamente la noticia de que había nacido un Niño que llegaría a ser Rey. Ya hemos leído cómo inquirió cuidadosamente de los sabios cuándo habían visto la estrella. Aun entonces, estaba deduciendo astutamente la edad del niño para dar los pasos para eliminarle, y en este punto puso sus planes en acción rápida y salvajemente. Dio la orden de que todos los niños de dos años para abajo de Belén y sus alrededores fueran asesinados.

Hay dos cosas que debemos notar. Belén no era un pueblo grande, y el número de los niños no pasaría de los veinte o treinta. No debemos pensar en términos de centenares. Es verdad que esto no hace el crimen de Herodes nada menos terrible, pero debemos hacernos una idea clara.

En segundo lugar, hay algunos críticos que mantienen que esta matanza no puede haber tenido lugar, porque no se menciona en ningún otro lugar fuera de este único pasaje del Nuevo Testamento. El historiador judío Josefo, por ejemplo, no lo menciona. Hay dos cosas que se deben decir. La primera, como acabamos de ver, es que Belén era un lugar relativamente pequeño, y estaba en una zona en la que el asesinato era tan corriente que la matanza de veinte o treinta bebés no causaría gran conmoción, y querría decir muy poco salvo para las afligidas madres de Belén. En segundo lugar, Carr hace notar que Macaulay, en su historia, indica que el famoso autor de diarios Evelyn, que fue de lo más asiduo y voluminoso reportero de acontecimientos contemporáneos, nunca menciona la matanza escocesa de Glencoe. El hecho de que algo no se mencione, ni siquiera allí donde uno esperaría que se mencionara, no es prueba concluyente de que no sucediera. Todo este incidente es tan típico de Herodes que no tenemos por qué dudar que Mateo nos transmitió la verdad.

Aquí tenemos una terrible ilustración acerca de lo que hacen algunos para librarse de Jesucristo. Si una persona está empeñada en seguir los dictados de su propia voluntad, y ve en Cristo a Alguien que es

probable que le cierre el camino de su ambición y se oponga a sus métodos, su deseo será eliminar a Cristo; y luego se lanzará a las cosas más terribles, porque si no llega a destrozar los cuerpos de la gente, es seguro que destrozar su corazón.

De nuevo vemos la manera característica que tiene Mateo de usar el Antiguo Testamento. Cita *Jeremías 31:15*: < Así ha dicho el Señor: "Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo: Es Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron." >

El versículo de Jeremías no tiene ninguna relación con la matanza de los niños que hizo Herodes. La escena de Jeremías es lo siguiente. Jeremías retrataba al pueblo de Israel llevado en cautiverio. En su triste caminar hacia una tierra ajena pasaron Ramá, que era donde estaba enterrada Raquel (*1 Samuel 10:2*); y Jeremías retrata a Raquel llorando, aun en su tumba, por la suerte que ha sobrevenido al pueblo.

Mateo está haciendo lo que hace a menudo. En su ansiedad, encuentra una profecía donde no la había. Pero, de nuevo, debemos recordar que lo que a nosotros nos parece extraño no se lo parecería a aquellos para los que Mateo estaba escribiendo entonces.

LA VUELTA A NAZARET

Mateo 2:19-23

Cuando murió Herodes, fijaos: el ángel del Señor se le apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: -Levántate, toma al Niño y a Su Madre y vete al país de Israel; porque los que intentaban acabar con Su vida ya han muerto.

Así que se levantó y tomó al Niño y a Su Madre y volvió al país de Israel. Y cuando se enteró de que Arquelao había quedado como rey de Judea después de la muerte de su padre Herodes, tuvo temor de ir allí. Así pues, después de recibir un mensaje del Señor en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue, y se instaló en un pueblo llamado Nazaret. Esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio de los profetas: «Se le llamará el Nazareno.»

A su debido tiempo Herodes murió, y entonces todo el reino que había regido se dividió. Los romanos habían confiado en Herodes, y le habían permitido reinar sobre un territorio muy considerable; pero Herodes sabía muy bien que a ninguno de sus hijos se le permitiría detentar un poder semejante. así que hizo dividir su reino en tres, y en su testamento dejó una parte a cada uno de sus tres hijos: Judea, a Arquelao; Galilea, a Herodes Antipas, y la región lejana al Nordeste y al otro lado del Jordán, a Felipe.

Pero la muerte de Herodes no resolvió el problema. Arquelao fue un mal rey, y no había de durar mucho en el trono. De hecho, había empezado su reinado tratando de ser más Herodes que Herodes, porque inició su gobierno con la matanza deliberada de tres mil de los más influyentes del país. Está claro que, aun cuando Herodes ya había muerto, todavía era inseguro volver a Judea cuando estaba en el trono el salvaje y despiadado Arquelao. Así es que José fue guiado a ir a Galilea donde reinaba Herodes Antipas, mucho mejor rey.

Fue en Nazaret donde José se afincó, y fue allí también donde se crió Jesús. No se debe pensar que Nazaret fuera un lugarejo insignificante que no tuviera contacto con la vida y con los acontecimientos.

Nazaret estaba situado en una vaguada en medio de las colinas al sur de Galilea. Pero un chico no tenía más que escalar las colinas para tener a la vista medio mundo. Podía mirar hacia el Oeste, y sus ojos se encontrarían con las aguas del Mediterráneo, azul en la distancia; y vería los navíos que salían hacia los fines de la Tierra. Sólo tenía que mirar a la llanura que se deslizaba hacia la costa, y vería, serpeando alrededor del pie de la misma colina en la que se encontraba, la carretera de Damasco a Egipto, el puente terrestre con África. Era una de las rutas de caravanas más importantes del mundo.

Era la carretera por la que, siglos atrás había ido José a Egipto vendido como un esclavo. Era la carretera que había seguido Alejandro Magno con sus legiones trescientos años antes. Era la carretera por la que siglos después había de marchar Napoleón. Era la carretera que había de tomar Allenby en el siglo veinte. Algunas veces se la llamaba el Camino del Sur, y algunas veces la Carretera del Mar. En ella vería Jesús toda clase de viajeros de toda clase de naciones en toda clase de misiones, yendo y viniendo de los términos de la Tierra.

Pero había otra carretera. Se separaba de la costa en Acre o Tolemaida y se dirigía hacia el Este. Era la Carretera del Este. Conducía al extremo y a la frontera orientales del imperio romano. De nuevo la cabalgata de las caravanas con sus sedas y especias pasaría continuamente por allí; y también las legiones romanas en marcha hacia las fronteras.

Está claro que Nazaret no era ningún rincón. Jesús se crió en un pueblo al pie de cuyas colinas pasaban los términos de la Tierra. Desde los días de Su niñez debe de haber visto escenas que le hablan de un mundo para Dios.

Ya hemos visto que Mateo enlaza todos los acontecimientos del principio de la vida de Jesús con un pasaje del Antiguo Testamento que considera que lo profetiza. Aquí cita Mateo una profecía: < Será llamado Nazareno; > y aquí nos plantea Mateo un problema insoluble, porque no hay tal texto en el Antiguo Testamento. De hecho, ni siquiera se menciona a Nazaret en el Antiguo Testamento. Nadie ha resuelto satisfactoriamente el problema de la parte del Antiguo Testamento que Mateo tenía en mente.

Los antiguos escritores eran muy aficionados a los retruécanos y juegos de palabras. Se ha sugerido que Mateo está jugando con las palabras de *Isaías 11:1*: «Saldrá una vara del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces.» La palabra para vástago es *nétser*, la Rama prometida del tronco de Jesé, el Descendiente de David, el prometido Ungido Rey de Dios; y *nétser* se parece a *nótsrí*, *Nazareno*. No se puede asegurar nada. Seguirá siendo un misterio la profecía que Mateo tenía en mente.

Así que ahora ya está montada la escena; Mateo ha traído a Jesús a Nazaret, y en un sentido muy real Nazaret era la puerta del mundo entero.

LOS AÑOS DE ENTREMEDIAS

Antes de pasar al tercer capítulo del evangelio de Mateo hay algo que haremos bien en tener en cuenta. El capítulo segundo del evangelio cierra con Jesús como un chico; el tercer capítulo del evangelio se abre con Jesús como un hombre de treinta años (cp. Lucas 3:23). Es decir, que entre los dos capítulos hay treinta años de silencio. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Qué sucedió en esos años de silencio? Jesús vino al mundo para ser el Salvador del mundo, y pasó treinta años sin salir de los límites de Galilea excepto para ir a Jerusalén para la Pascua. Murió cuando tenía treinta y tres años, y de ellos pasó treinta, de los que no sabemos casi nada, en Nazaret. Para decirlo de otra manera, diez onceavas partes de la vida de Jesús transcurrieron en Nazaret. ¿Qué pasaba entonces?

(i) Jesús fue creciendo y haciéndose un joven, y luego un hombre, en un buen hogar; y no puede haber mejor principio que ese para una vida. J. S. Blackie, el famoso profesor de Edimburgo, dijo una vez en público: «Quiero dar gracias a Dios por la buena casta, por así decirlo, que heredé de mis padres para el negocio de la vida.» George Herbert dijo una vez: «Una buena madre vale como cien maestras.» Así pasaban los años para Jesús, silenciosamente modelándole en el círculo de un buen hogar.

(ii) Jesús estaba cumpliendo los deberes que corresponden al hijo mayor. Parece muy probable que José muriera antes de que toda la familia fuera mayor de edad. Puede que ya fuera mucho mayor que María cuando se casaron. En la historia de la fiesta de bodas de Caná de Galilea no se menciona a José, aunque María sí estaba allí; y es natural suponer que José habría muerto.

Así es que Jesús pasó a ser el artesano del pueblo de Nazaret para mantener a Su Madre y a Sus hermanos menores. Todo un mundo Le estaba esperando y llamando, y, sin embargo, antes de acudir, tuvo que cumplir con Su obligación para con Su familia y hogar. Cuando murió la madre de Sir James Barrie, este pudo escribir: «Puedo mirar atrás, y no puedo descubrir la menor cosa que dejara sin hacer.» Ahí se encuentra la felicidad. Es gracias a los que aceptan los deberes más sencillos con fidelidad y sin refunfuñar como se va edificando el mundo.

Uno de los grandes ejemplos de esto fue el gran médico Sir James Y. Simpson, el descubridor del cloroformo. Venía de un hogar pobre. Un día, su madre le puso en sus rodillas y empezó a zurcirle los calcetines. Cuando terminó, miró su minucioso trabajo, y le dijo: « Mi Jamie, acuérdate cuando tu madre se haya ido de que era una gran zurcidora.» Jamie (el diminutivo de James) era «el chaval listo», « la cajita de sesos», y su familia lo sabía. Tenían sus sueños para él. Su hermano Sandy decía: « Ya me figuraba yo que sería famoso algún día.» Y así, sin envidia y con generosidad, sus hermanos trabajaban en el taller a sus tareas para que el chaval pudiera ir a la universidad y tener una oportunidad. No habría habido un Sir James Simpson si no hubiera sido por gente humilde y generosa dispuesta a hacer cosas sencillas y negarse a sí mismos para que el chico listo tuviera una oportunidad.

Jesús es el gran ejemplo del Que aceptó los sencillos deberes de una familia.

(iii) Jesús estaba aprendiendo lo que es ser un obrero. Estaba aprendiendo lo que costaba ganarse la vida, ahorrar para comida y ropa, y puede que a veces algún extra; tratar con el cliente crítico y difícil de complacer, y con el moroso. Si Jesús había de ayudar a los hombres, tenía que empezar por saber cómo era la vida de la gente. No vino a una vida protegida y almohadillada, sino a la que cualquier hombre tenía que vivir. Tenía que hacerlo para llegar a comprender la vida de la gente normal y corriente.

Hay una historia famosa de María Antonieta, la reina de Francia, en los días cuando se estaba fraguando la Revolución Francesa por todo el país antes de estallar. La gente se moría de hambre; el gentío se amotinaba. La reina preguntó la causa de todo el jaleo, y se le dijo: «No tienen pan.» « ¡Pues que coman bollos!» -contestó. La idea de una vida sin abundancia no le entraba en la cabeza.

Jesús trabajó en Nazaret todos esos años de silencio a fin de poder conocer por propia experiencia cómo es nuestra vida; y para, comprendiéndolo, poder ayudarnos.

(iv) Jesús estaba cumpliendo fielmente en el trabajo menos importante antes de que se Le confiara el más importante. El gran hecho es que, si Jesús hubiera fallado en los deberes menores, la tarea impresionante de ser el Salvador del mundo no se Le habría podido confiar a Él. Fue fiel en lo poco para encargarse de lo mucho. No debemos olvidar nunca que en los deberes cotidianos de la vida hacemos o deshacemos un destino, y ganamos o perdemos una corona.

SURGIMIENTO DE JUAN EL BAUTISTA

Mateo 3:1-6

Por aquel tiempo apareció en escena Juan el Bautista, predicando en el desierto de Judea:

- ¡Arrepentíos, que el Reino del Cielo está cerca!

Fue de este hombre del que hablaba el profeta Isaías cuando dijo: < La voz de uno de clama en el desierto: "¡Preparad el camino por donde ha de venir el Señor, y enderezad las sendas por donde ha de viajar!" >

El mismo Juan llevaba una ropa hecha de pelo de camello, con un cinturón de cuero en la cintura; y su comida consistía en langostas y miel silvestre. Entonces la gente de Jerusalén y Judea y todos los distritos de alrededor del Jordán salía a su encuentro, y él los bautizaba en el río Jordán mientras ellos confesaban sus pecados.

El surgimiento de Juan fue como el repentino resonar de la voz de Dios. En aquel tiempo los judíos habían aceptado tristemente el hecho de que la voz profética ya no se dejaba oír. Decían que hacía cuatrocientos años que no había profetas. Como ellos mismos decían, «no se escuchaba la voz, y no había nadie que respondiera.» Pero en Juan volvió a resonar la voz. Ahora debemos preguntarnos cuáles eran las características de Juan y de su mensaje.

(i) Denunciaba intrépidamente el mal cuando y dondequiera que lo encontraba. Si era el mismo rey Herodes el que pecaba contrayendo un matrimonio malvado e ilegal, Juan le reprendía. Si los escribas y los fariseos, los líderes del judaísmo ortodoxo, los jefes de la iglesia de aquellos tiempos, estaban inmersos en un formalismo ritualista, Juan no dudaba en declararlo. Si la gente corriente vivía volviéndole las espaldas a Dios, Juan se lo decía.

Siempre que Juan veía el mal -en el estado, en la iglesia, en la sociedad-, lo denunciaba. Era como una luz que iluminaba los lugares tenebrosos; era como el viento de Dios que barría todo el país. Se decía de un famoso periodista que era grande, pero que nunca cumplió plenamente la obra que hubiera podido llevar a cabo, que « no se indignaba lo suficiente.» Hay siempre un lugar en el mensaje cristiano para la advertencia y para la denuncia. «La verdad -decía Diógenes- es como la luz para los ojos irritados.» « El que no ofende nunca a nadie -decía- nunca le hace ningún bien a nadie.»

Puede que haya habido tiempos en los que la Iglesia ha tenido demasiado cuidado de no ofender; pero hay situaciones en las que ya ha pasado la hora de la cortés suavidad, y ha llegado la de la reprensión terminante.

(ii) Convocaba urgentemente a la gente a la justicia. El mensaje de Juan no era una mera denuncia negativa; era una positiva presentación de las exigencias morales de Dios. No sólo denunciaba el mal que se hacía; también emplazaba al bien que se debía hacer. No sólo condenaba a los hombres por cómo eran;

también los desafiaba a ser como podían ser. Era como una voz que convocaba a cosas más elevadas. No sólo reprendía el mal, sino también presentaba el bien.

Puede que haya habido tiempos en los que la Iglesia estaba demasiado ocupada en decirle a la gente lo que no tenía que hacer, y demasiado poco en presentarle la cima del ideal cristiano.

(iii) Juan venía de Dios. Procedía del desierto. Llegó hasta los hombres después de años de solitaria preparación con Dios. Como decía Alexander Maclaren, «fue como si Juan saltara a la palestra plenamente desarrollado y armado.» Y traía, no algunas opiniones personales suyas, sino un mensaje de Dios. Antes de hablar a los hombres había estado largo tiempo en comunión con Dios.

El predicador, el maestro de voz profética, deben siempre venir a presentarse ante los hombres de la presencia de Dios.

(iv) Juan señalaba más allá de sí mismo. Era no solamente una luz que iluminaba el mal, una voz que reprendía el pecado; era también un indicador hacia Dios. No era a sí mismo al que quería que miraran, sino quería prepararlos para que reconocieran al Que había de venir.

Los judíos creían que Elías volvería antes de que llegara el Mesías, y que sería el heraldo del Rey en Su venida. «Yo os envío al profeta Elías antes que llegue el día grande y terrible del Señor» (*Malaquías 4:5*). Juan llevaba una ropa de pelo de camello, sujeta con un cinturón de cuero a la cintura. Esa era la descripción de cómo había ido vestido Elías (*2 Reyes 1:8*).

Mateo le conecta con una profecía de Isaías (40:3). En los tiempos antiguos en Oriente, las carreteras eran muy malas. Había un proverbio oriental que decía: «Hay tres situaciones miserables: la enfermedad, el hambre y el viajar.» Antes de ponerse en camino para un largo viaje, se aconsejaba: «Pagar las deudas, proveer para la familia, hacer regalos de despedida, devolver todos los depósitos y hacer acopio de dinero y de buen humor para el viaje; y, por último, decir adiós a todos.» Las carreteras ordinarias no eran más que senderos. No estaban en absoluto pavimentadas, porque el suelo de Palestina es duro, y soporta el tráfico de mulas, borricos, bueyes y carretas. Un viaje por esas carreteras era toda una aventura, y, por supuesto, algo que no se hacía nada más que cuando no se tenía más remedio.

Había algunas carreteras pavimentadas y construidas artificialmente. Josefo, por ejemplo, nos refiere que Salomón cubrió las calzadas que iban a Jerusalén de basalto negro para facilitarles el viaje a los peregrinos y «para hacer alarde del buen estado de la economía de su gobierno.» Todas las carreteras trazadas y pavimentadas las construían los reyes y para el uso de los reyes. De ahí que se las llamara «calzadas reales.» Se mantenían en buen estado de conservación sólo si el rey las necesitaba para sus viajes. Antes de que llegara el rey a una zona, se pregonaba un mensaje para que la gente tuviera la carretera real en orden para la visita del rey.

Juan estaba preparándole el camino al Rey. El predicador y el maestro de voz profética no llaman la atención a sí mismos, sino a Dios. Lo que se proponen no es que la gente se fije en su propia inteligencia, sino en la majestad de Dios. El verdadero predicador se hace invisible en su mensaje.

La gente reconocía a Juan como profeta, aun cuando hacía muchos años que no se escuchaba la voz profética, porque era *una luz* que alumbraba las cosas malas, *una voz* que convocaba a la justicia, *un indicador* que señalaba hacia Dios; y porque tenía en sí esa autoridad incontestable que irradian los que vienen de la presencia de Dios a presentarse ante los hombres.

EL MENSAJE DE JUAN - LA AMENAZA

Mateo 3:7-12

Cuando vio Juan que muchos de los que acudían a su bautismo eran de los fariseos y de los saduceos, les dijo:

-¡Raza de víboras! ¿Quién os puso en la mente el huir de la ira venidera? Producid frutos que acrediten vuestro arrepentimiento. No creáis que os podéis decir: «Tenemos a Abraham por padre.» Porque os digo que Dios puede suscitarle hijos a Abraham hasta de estas piedras. Ya está dispuesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo el que no dé buen fruto está a punto de que lo corten y echen al fuego. Yo os bautizo con agua para que os arrepintáis; pero el Que viene detrás de mí es más fuerte que yo y yo no sirvo ni para llevarle las sandalias: Él es el Que os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Ya tiene el soplillo en la mano para limpiar afondo Su era; y luego recogerá el grano en Su granero, y quemará la paja con un fuego que nadie podrá extinguir.

En el mensaje de Juan había amenaza y había promesa. Todo su mensaje estaba lleno de ilustraciones vívidas.

Juan llama a los fariseos y a los saduceos raza de víboras, y les pregunta que quién les ha aconsejado huir de la ira venidera. Puede que haya aquí una de dos imágenes.

Juan conocía el desierto. Había en algunos sitios yerbajos secos y espinos achaparrados por la falta de humedad. Algunas veces se producía un fuego, que se extendía rápidamente por la hierba seca y los arbustos resecos como la yesca. Y adelantándose al fuego se veían escabullirse a toda prisa las serpientes y los alacranes y todos los animalejos que tenían su hábitat en la poca maleza disponible. El río de fuego los echaba de sus guaridas, y corrían como locos huyendo de la quema.

Pero puede que haya aquí otra imagen. Hay muchos animalillos en un campo de trigo: ratones de campo, ratas, conejos, pájaros. Pero cuando llegan los segadores, los echan de sus nidos y guaridas y, como el campo queda al descubierto, tienen que huir para salvar la vida.

Es en estas escenas en las que está pensando Juan. Si los fariseos y los saduceos venían buscando de veras el bautismo, eran como esas alimañas escabulléndose del fuego que se les echaba encima o de la hoz del segador que estaba poniendo fin a su precaria seguridad.

Juan les advierte que no les va a servir de nada alegar que Abraham es su padre. Para los judíos ortodoxos esa era una afirmación alucinante. Para los judíos, Abraham era único. Tan único era en su bondad y en el favor de Dios que sus méritos bastaron, no sólo para él mismo, sino también para todos sus descendientes. Había allegado tal tesoro de méritos que no podían agotarlo todas las pretensiones y necesidades de todos sus descendientes. Así es que los judíos creían que simplemente por ser judíos, sin ningún mérito propio, estaban a salvo en la vida por venir. Decían: «Todos los israelitas tienen segura su porción en el mundo venidero.» Hablaban de «los méritos liberadores de los padres.» Decían que Abraham se sentaba a las puertas de la gehena para darle la vuelta a cualquier israelita que resultara haber sido destinado a sus terrores. Decían que eran los méritos de Abraham lo que permitía que los barcos navegaran a salvo por los mares; lo que hacía que la lluvia descendiera sobre la tierra; lo que hizo que Moisés pudiera acceder al Cielo para recibir la Torá; lo que hizo que David fuera oído. Los méritos de Abraham eran suficientes hasta para los malvados. « Si tus hijos -decían de Abraham- no fueran más que cuerpos muertos, sin venas y sin huesos, ¡tus méritos les serían suficientes!»

Era ese espíritu lo que Juan estaba reprendiendo. Puede que los judíos lo llevaran al último extremo, pero siempre hay que advertir que no se puede vivir del capital espiritual del pasado. Una edad degenerada no puede esperar obtener la salvación gracias a un pasado heroico; y un mal hijo no puede alegar a su favor los méritos de sus piadosos padres.

Así que Juan, otra vez, vuelve a la metáfora de la cosecha. A1 final de la estación, el guarda de las viñas y de las higueras y de los olivos pasaría revista a sus árboles; y quitaría de en medio los que no habían dado fruto. No harían más que esquilmar el terreno. La inutilidad siempre invita al desastre. La persona que es inútil para Dios y para sus semejantes corre un grave peligro y está bajo condenación.

EL MENSAJE DE JUAN - LA PROMESA

Mateo 3:7-12 (continuación)

Pero inmediatamente después de la amenaza de Juan venía la promesa -que también contenía una amenaza. Como ya hemos dicho, Juan señalaba más allá de sí mismo a Uno Que había de venir. De momento, Juan disfrutaba de una gran reputación, y blandía una influencia muy poderosa. Sin embargo dijo que no merecía ni llevarle las sandalias al Que había de venir y llevar las sandalias era una labor de esclavo. La actitud total de Juan era de auto-obliteración, no de autoexaltación. Él reconocía que su importancia consistía en que era un indicador que señalaba al Que había de venir.

Dijo que el Que había de venir los bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego.

A lo largo de toda su historia, los judíos había estado esperando el tiempo en que había de venir el Espíritu. Ezequiel oyó decir a Dios: «Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros... Pondré dentro de vosotros Mi Espíritu, y haré que andéis en Mis estatutos y que guardéis Mis preceptos y los pongáis por obra» (*Ezequiel 36:26s*). «Pondré Mi Espíritu en vosotros y viviréis» (*Ezequiel 37:14*). « No esconderé más de ellos Mi rostro; porque habré derramado sobre ellos de Mi Espíritu sobre la

casa de Israel, dice el Señor Dios» (*Ezequiel 39:29*). «Porque Yo derramaré aguas sobre el sequedal, ríos sobre la tierra seca. Mi Espíritu derramaré sobre tu descendencia, y Mi bendición sobre tus renuevos» (*Isaías 44:3*). «Después de esto derramaré Mi Espíritu sobre todo ser humano» (*Joel 2:28*).

Entonces, ¿qué es el don y la obra del Espíritu de Dios? Al tratar de contestar esta pregunta debemos recordar que tenemos que hacerlo en términos hebreos. Juan era judío, y hablaba a los judíos. Pensaba y hablaba, no en los términos de la doctrina cristiana del Espíritu Santo, sino en los de la doctrina judía del Espíritu.

(i) La palabra hebrea para *espíritu* es *rúaj*, y *rúaj*, como *pneuma* en griego, quiere decir no sólo *espíritu*, sino también *aliento*. *El aliento es la vida; y por tanto, la promesa del Espíritu es la promesa de la vida*. El Espíritu de Dios alienta la vida de Dios en las personas. Cuando el Espíritu de Dios entra en nosotros, nuestra vida cansada, desvaída y derrotada desaparece, y una oleada de nueva vida entra en nosotros y nos hace nuevas criaturas.

(ii) Esta palabra *rúaj* no sólo quiere decir *aliento*, sino también *viento*. Es la palabra que designa el viento de la tempestad, el poderoso turbión que una vez oyó Elías. *Viento quiere decir poder*. La tempestad de viento se lleva los navíos por delante y desarraiga los árboles. El viento tiene un poder irresistible. *El Espíritu de Dios es el Espíritu de poder*. Cuando el Espíritu de Dios entra en un hombre, su debilidad se reviste del poder de Dios. Es capaz de hacer lo irrealizable, y de arrostrar lo imposible, y de soportar lo insoportable. Se desvanece la frustración, y llega la victoria.

(iii) El Espíritu de Dios se conecta con *la obra de la creación*. Fue el Espíritu de Dios Quien, moviéndose sobre las aguas, volvió el caos un cosmos, cambió el desorden en orden, e hizo el mundo de las nieblas increadas. El Espíritu de Dios puede re-crearnos a nosotros. Cuando el Espíritu de Dios penetra en una persona, el desorden de la naturaleza humana se convierte en el orden de Dios; nuestras vidas embarulladas, desordenadas, descontroladas, las introduce el Espíritu en la armonía de Dios.

(iv) Los judíos atribuían al Espíritu algunas funciones especiales. *El Espíritu traía la verdad de Dios a las personas*. Todo nuevo descubrimiento en cualquier reino del pensamiento es un don del Espíritu. El Espíritu penetra en la mente, y convierte las suposiciones humanas en certeza divina, y cambia la ignorancia humana en conocimiento divino.

(v) *El Espíritu capacita alas personas a reconocer la verdad de Dios cuando la ven*. Cuando el Espíritu entra en nuestro corazón, nos abre los ojos. Quita los prejuicios que antes nos tenían ciegos. Elimina la propia voluntad que nos tenía en la oscuridad. El Espíritu capacita a la persona para ver.

Tales son los dones del Espíritu como los vio Juan, y tales los que traería el Que había de venir.

EL MENSAJE DE JUAN: PROMESA Y AMENAZA

Mateo 3:7-12 (continuación)

Hay una palabra y una imagen en el mensaje de Juan que combinan la *promesa* y la *amenaza*.

Juan dice que el Bautismo del Que había de venir sería de *fuego*. En esto del Bautismo de fuego hay tres ideas.

(i) Está la idea de la *iluminación*. El destello de una llamarada lanza una luz en medio de la noche e ilumina los rincones oscuros. La llama del faro guía al marino al puerto y al viajero a su destino. En el fuego hay luz y guía. Jesús es la luz del faro que guía a la humanidad a la verdad y la dirige a su hogar en Dios.

(ii) Está la idea del *calor*. Un hombre eminente fue descrito como uno que encendía la chimenea en las habitaciones frías. Cuando llega Jesús a la vida de una persona, enciende su corazón con el calor del amor hacia Dios y hacia sus semejantes. El Cristianismo es la religión del corazón ardiente.

(iii) Está la idea de la *purificación*. En este sentido, la purificación conlleva destrucción, porque la llama purificadora destruye todo lo falso y deja lo auténtico. La llama templea y fortalece y purifica el metal. Cuando Cristo llega a la vida de una persona, la purga de toda la escoria del mal. Algunas veces tiene que suceder mediante experiencias dolorosas; pero, si creemos que en todas las experiencias de la vida Dios coopera con todas las cosas para nuestro bien, saldremos de ellas con un carácter limpio y purificado de forma que, puros de corazón, podamos ver a Dios.

Así pues, la palabra fuego contiene la iluminación, el calor y la purificación que trae consigo la venida de Jesucristo a nuestro corazón.

Pero hay también una imagen que contiene una promesa y una amenaza: la imagen de la era de la trilla. El bieldo era un palo largo que acababa en un transversal con cuatro puntas de madera que se usaba, como hasta hace muy poco en España, para aventar el cereal después de la trilla, lanzándolo al aire de manera que el grano fuera cayendo en un montón mientras que la brisa se llevaba más lejos la paja. Después, el grano se recogía y almacenaba, y la paja se usaba como yesca para encender, cualquier fuego, como el del horno.

La venida de Cristo implica por necesidad separación. Las personas pueden, o aceptarle, o rechazarle. Cuando se encuentran frente a frente con Él, se enfrentan con una elección que no se puede evitar ni posponer indefinidamente. Están por o contra Él. Y es precisamente esa elección lo que determina el destino. La separación se hace por la reacción ante Jesucristo.

En el Cristianismo no hay manera de evitar la decisión eterna. En el verde prado de Bedford, Juan Bunyan oyó la voz que le levantó de repente y le dejó mirando a la eternidad: «¿Dejarás tus pecados e irás al Cielo, o seguirás con tus pecados e irás al infierno?» En último análisis esa es la elección de la que nadie se puede evadir.

EL MENSAJE DE JUAN: LA DEMANDA

Mateo 3:7-12 (continuación)

En la predicación de Juan había una demanda básica: «¡Arrepentíos!» (*Mateo 3:2*). Esa fue también la demanda básica del mismo Jesús, que inició Su ministerio proclamando: « ¡Arrepentíos y creed la Buena Noticia!» (*Marcos 1:15*). Haremos bien en tratar de entender lo que quiere decir esta demanda básica del Rey y de Su heraldo.

Hay que advertir que tanto Jesús como Juan usan la palabra *arrepentíos* sin explicar su significado. La usan con la seguridad de que los oyentes la conocen y entienden.

Veamos cuál era la doctrina judía acerca del arrepentimiento.

Para los judíos, el arrepentimiento era algo esencial en toda fe religiosa y en toda relación con Dios. G. F. Moore escribe: « El arrepentimiento es la sola, pero inexorable, condición para recibir el perdón de Dios y ser restaurados a Su favor, y el perdón y el favor divinos nunca se le niegan al que está genuinamente arrepentido.» Y también escribe: «Que Dios remite plena y gratuitamente los pecados del penitente es una doctrina cardinal del judaísmo.» Los rabinos decían: «Grande es el arrepentimiento, porque trae sanidad al mundo. Grande es el arrepentimiento, porque alcanza al trono de la gloria.» C. G. Montefiori escribió: « El arrepentimiento es el gran nexo mediatorial entre Dios y el hombre.»

La Ley fue creada dos mil años después de la Creación; pero los rabinos enseñaban que el arrepentimiento era una de las seis cosas que fueron creadas antes que la Ley; las seis eran: el arrepentimiento, el paraíso, el infierno, el glorioso trono de Dios, el templo celestial y el nombre del Mesías. «Uno -puede disparar una flecha a unos pocos estadios, pero el arrepentimiento alcanza hasta el trono de Dios.»

Hay un famoso pasaje rabínico que coloca el arrepentimiento por delante de todo lo demás: « ¿Quién es como Dios un maestro de pecadores que los conduce al arrepentimiento?» Recorriendo las distintas partes del Antiguo Testamento, le preguntaron primero a la Sabiduría: "¿Cuál será el castigo de los pecadores?" La Sabiduría contestó: "El mal persigue a los pecadores" (*Proverbios 13:21*). Entonces le preguntaron a la Profecía; y esta contestó: "El alma que peque esa morirá" (*Ezequiel 18:4*). Después le preguntaron a la Ley, que contestó: "Que ofrezca un sacrificio!" (*Levítico 1:4*). Por último le preguntaron directamente a Dios, y Él contestó: "Que se arrepienta, y obtendrá la expiación. Hijos Míos, ¿qué es lo que Yo os pido? *Buscadme y viviréis* (*Amós 5:4*). "» Así es que, para los judíos, la única puerta de acceso a Dios es la del arrepentimiento.

La palabra hebrea que se usa corrientemente para el arrepentimiento es *teshúbá*, que es el nombre de la raíz *shúb* que quiere decir *volver*. Arrepentirse es volverle la espalda al pecado y volverse hacia Dios..

G. F. Moore escribe: «El sentido primario transparente del arrepentimiento en el judaísmo es siempre un cambio de actitud del hombre hacia Dios; y, en la conducta de la vida, una reforma religiosa y moral del pueblo y del individuo.» C. G. Montefiore escribe: «Para los rabinos, la esencia del arrepentimiento radicaba en un total cambio de mentalidad tal que conducía a un cambio de vida y de conducta.» El cordobés Maimónides, la mayor autoridad judía de la Edad Media, define así el arrepentimiento: « ¿Qué es el arrepentimiento? Es que el pecador abandona su pecado y lo arroja de sus pensamientos y decide totalmente

en su mente no cometerlo otra vez. Como está escrito: «Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos» (*Isaías 55:7*). >

G. F. Moore señala muy interesante y certeramente que, con la única excepción de las dos palabras entre paréntesis, la definición del arrepentimiento de la Confesión de Westminster sería totalmente aceptable para un judío: «El arrepentimiento para vida es una gracia salvadora por la cual el pecador, movido por un sincero sentimiento de pecado, y aprehensión de la misericordia de Dios (en Cristo), se vuelve de veras, con dolor y aborrecimiento de su pecado, se vuelve de él a Dios, con pleno propósito y esfuerzo de nueva obediencia.» Una y otra vez la Biblia habla de este *volver la espalda* al pecado, y este *volverse hacia* Dios. Ezequiel lo expresa diciendo: «Vivo Yo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?» (*Ezequiel 33:11*). Jeremías lo expresa de la siguiente manera: «Convíérteme, y seré convertido, porque Tú eres el Señor mi Dios» (*Jeremías 31:18*). Y Oseas dice: « ¡Vuelve, Israel, al Señor tu Dios...! Llevad con vosotros palabras de súplica, volved al Señor» (*Oseas 14:1 s*).

En todo esto se ve claramente que, en el judaísmo, el arrepentimiento incluye una demanda ética. Es un volverse del mal hacia Dios, con un cambio correspondiente de conducta. Juan estaba claramente enmarcado en la tradición de su pueblo cuando demandaba que sus oyentes produjeran frutos dignos del arrepentimiento. Hay una hermosa oración sinagoga que dice: «Haznos volver, oh Padre, a Tu Ley; acércanos, oh Rey, a Tu servicio; devuélvenos a Tu presencia en perfecto arrepentimiento. Bendito seas Tú, oh Señor, que Te deleitas en el arrepentimiento.» Pero ese arrepentimiento había de mostrarse en un verdadero cambio de vida.

Un rabino, comentando *Jonás 3:10*, escribió: «Hermanos, no se dice de los ninivitas que Dios vio su cilicio y su ayuno, sino que Dios vio sus obras, que se volvieron de su mal camino.> Los rabinos decían: «No seáis como los necios, que, cuando pecan, ofrecen un sacrificio pero no se arrepienten. Si uno dice: "Pecaré y me arrepentiré, pecaré y me arrepentiré," no se le permite arrepentirse.» Hay una lista de cinco pecados imperdonables que incluye: «Los que pecan para arrepentirse, y los que se arrepienten mucho pero siempre vuelven a pecar.> Decían: < Si uno tiene una cosa inmunda en las manos, aunque se las lave en todos los mares del mundo nunca será limpio; pero si arroja la cosa inmunda, le bastará con un poco de agua.> Los maestros judíos hablaban de lo que llamaban «las nueve normas del arrepentimiento,» las nueve cosas necesarias para que un arrepentimiento lo sea de verdad. Las encontraron en la serie de mandamientos de *Isaías 1:16*: < Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de Mis ojos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.> Ben Sirá escribe en el *Eclesiástico*: < No digáis: Pequé, y ¿qué fatiga me ha venido? Porque el Señor es paciente; no te dejará. Del perdón del pecado no te asegures del todo, para añadir pecados a pecados. Y no digas: Grande es Su misericordia; Él me perdonará la multitud de mis pecados. Porque así la ira como la misericordia vendrá de Él apresuradamente; y Su enojo descansará sobre los pecadores. No tardes de volverte al Señor, ni lo dilates de día en día» (*Eclesiástico 5:4-8*, B.O.). Y en otro lugar: < El que se lava por haber tocado un muerto, y otra vez lo toca, ¿de qué le sirve su lavatorio? Así el hombre que ayuna por sus pecados, y va otra vez a cometer los mismos, ¿quién oirá sus oraciones? ¿O de qué le sirvió su afligirse? (*Eclesiástico 34:29-30*, B.O.; otras biblias, 34:25-26).

Los judíos mantenían que el verdadero arrepentimiento se manifiesta, no en un mero dolor sentimental, sino en un verdadero cambio de vida -y los cristianos, lo mismo. Los judíos mantenían que el verdadero arrepentimiento produce frutos que demuestran su autenticidad -y también los cristianos.

Pero los judíos tenían todavía más cosas que decir acerca del arrepentimiento, y debemos pasar a considerarlas.

EL MENSAJE DE JUAN: LA DEMANDA

Mateo 3:7-12 (conclusión)

Hay una nota casi aterradora en la demanda ética de la idea judía del arrepentimiento, pero hay también en ella otras cosas consoladoras.

El arrepentimiento siempre es posible. < El arrepentimiento es como el mar decían-: uno se puede bañar en él a cualquier hora.> Puede que haya veces cuando hasta las puertas de la oración están cerradas; pero las puertas del arrepentimiento no se cierran nunca.

El arrepentimiento es totalmente esencial. Hay una historia de una especie de discusión que Abraham tuvo con Dios. Abraham le dijo a Dios: < Tú no puedes agarrar los dos cabos del cordón al mismo tiempo. Si quieres estricta justicia, el mundo no puede subsistir. Si quieres conservar el mundo, la estricta justicia no puede permanecer.> El mundo no puede continuar existiendo sin la misericordia de Dios y la puerta del arrepentimiento. Si no hubiera más que la justicia de Dios, sería el fin de todas las personas y de todas las cosas. Tan esencial es el arrepentimiento que, para hacerlo posible, Dios cancela Sus propias demandas: «Amado es el arrepentimiento ante Dios, porque por causa de él Dios cancela Sus propias palabras.> La amenaza de la destrucción del pecador queda cancelada al aceptar Dios el arrepentimiento del pecador por sus pecados.

El arrepentimiento dura toda la vida. Mientras hay vida, hay posibilidad de arrepentirse. «Dios extiende Su mano bajo las alas de Su carroza celestial para rescatar al arrepentido del poder de la justicia.> Rabí Simeón ben Yojai dijo: < Si un hombre hubiera sido completamente justo todos los días de su vida, y se rebelara al final, destruye todo lo anterior, porque dicho está: < La justicia del justo no lo librará el día que se rebele» (*Ezequiel 33:12*); y si un hombre ha sido un completo malvado todos los días de su vida, y se arrepiente al foral, Dios le recibe; porque dicho está: «Y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se vuelva de su impiedad»» (*Ezequiel 33:12*). < Muchos dicen- pueden introducirse en el mundo para venir sólo después de años y años; mientras que otros lo ganan en una hora.> Muchos buscan y hallan la misericordia, como decía Cervantes, «puesto ya el pie en el estribo;> o, como dice un poeta inglés, < entre el estribo y el suelo,> es decir, en el acto de desmontar.

Tal es la misericordia de Dios que recibirá aun el arrepentimiento tácito. Rabí Eleazar decía: < La costumbre del mundo es que, cuando un hombre ha insultado a su prójimo en público, y pasado el tiempo quiere reconciliarse con él, el otro le dice: "Tú me insultaste públicamente, ¿y ahora quieres que nos reconciliemos en privado los dos solos? ¡Vete a traer a todos los que estaban presentes cuando me insultaste, y me reconciliaré contigo!" Pero Dios no es así. Una persona puede plantarse en el mercado, y blasfemar, mientras el Santo dice:

"Arrepiéntete entre nosotros dos, y Yo te recibiré."» La misericordia de Dios está abierta a la persona que está tan avergonzada de sí misma que no puede mostrarle su vergüenza nada más que a Dios.

Hay mudos que dicen: < Yo perdono, pero no olvido.> Dios no se olvidó de nada, porque es Dios; pero Su misericordia es tal que no solo perdona, sino, aunque parezca increíble, también olvida el pecado del penitente: < ¿Qué Dios hay como Tú, que perdone la maldad y olvide el pecado del remanente de Su heredad?» (*Miqueas 7:18*). < Yo, Yo soy Quien borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no Me acordaré de tus pecados» (*Isaías 43:25*). «Porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado» (*Jeremías 31:34*).

Pero lo más maravilloso es que Dios sale hasta la mitad del camino, y más aún, para encontrar al penitente: «Volveos lo más que podáis, y Yo os saldré al encuentro hasta ese punto del camino.> Los rabinos, desde su cima más alta, vislumbraron al Padre que, en Su amor, salió corriendo para darle la bienvenida a Su hijo pródigo.

Sin embargo, hasta recordando toda Su misericordia, queda en pie el caso de que, en el verdadero arrepentimiento, es necesario hacer reparación hasta donde se pueda. Los rabinos decían: < Hay que reparar la injuria, y hay que buscar y recibir el perdón. El verdadero penitente es

el que tiene la misma oportunidad de cometer el mismo pecado otra vez, en las mismas circunstancias, y no lo comete.> Los rabinos subrayaban una y otra vez la importancia de las relaciones humanas, y de rectificarlas cuando es necesario.

Hay un curioso pasaje rabínico. < El que es bueno con el Cielo y no con sus semejantes, es un mal *tsaddiq*. (*Un tsaddiq es un hombre íntegro*). El que es malvado contra el Cielo y contra sus semejantes es un pecador de lo peor. El que es malvado contra el Cielo, pero no contra sus semejantes no es un pecador de lo peor.>

Precisamente porque la reparación es tan necesaria es por lo que el que enseña a otros a pecar es el peor de los pecadores; porque no puede hacer reparación, ya que no puede decir nunca hasta dónde ha llegado su pecado y a cuántos ha llegado a influenciar.

La reparación no es lo único necesario en un verdadero arrepentimiento; también lo es la confesión. Una y otra vez nos encontramos esa demanda en la Biblia. < El hombre o la mujer que cometa cualquiera de los pecados con que los hombres son infieles contra el Señor... confesará su pecado que cometió> (*Números 5:6s*). «El que oculta sus pecados no prosperará; pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia» (*Proverbios 28:13*). < Mi pecado Te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: "Confesaré mis rebeliones al Señor" y Tú perdonaste la maldad de mi pecado» (*Salmo 32: S*). Es la persona que dice que es inocente, y que se niega a admitir que ha pecado, la que es condenada (*Jeremías 2:35*). Maimónides propone la fórmula que se puede usar para confesar el pecado: < Oh Dios, he pecado, he obrado iniquidad, he transgredido delante de Ti, y he hecho esto y esto. Estoy apenado y avergonzado de mi obra, y no la haré nunca más.> El verdadero arrepentimiento necesita la humildad de admitir y confesar el pecado.

No hay ningún caso desesperado para el arrepentimiento, ni ninguna persona a la que le resulte imposible arrepentirse. Los rabinos decían: «Que nadie diga: «Como he pecado, no tengo remedio.> Que confíe en Dios y se arrepienta, y Dios le recibirá.» El ejemplo clásico de una aparentemente imposible reforma fue el caso de Manasés: dio culto a los baales, introdujo dioses extraños en Jerusalén, y hasta sacrificó niños a Moloc en el valle de Hinnom. Luego fue llevado cautivo a Asiria donde, encadenado, se humilló al Dios de sus padres, oró y fue atendido y volvió a Jerusalén. «Entonces reconoció Manasés que el Señor es Dios» (*2 Crónicas 33:13*). Algunas veces requiere la amenaza de Dios y Su disciplina el hacerlo, pero nadie está fuera del poder de Dios para recuperarlo.

Hay una última creencia judía en relación con el arrepentimiento, y es la que debe de haber estado en la mente de Juan.

Algunos, a lo menos, de los maestros judíos enseñaban que si Israel se pudiera arrepentir perfectamente aunque solo fuera por un día, vendría el Mesías. Era solo la dureza de corazón de la gente lo que retrasaba la venida del Redentor de Dios al mundo.

El arrepentimiento era el centro mismo de la fe judía, como lo es también de la fe cristiana; porque el arrepentimiento es cambiar de sentido en la vida volviéndonos del pecado hacia Dios, y hacia la vida que Dios quiere que vivamos.

JESÚS Y SU BAUTISMO

Mateo 3:13-17

Entonces Jesús vino desde Galilea al Jordán, a Juan, para que Le bautizara. Pero Juan intentó impedirselo.

-Soy yo -Le dijo- el que necesita ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?

Déjalo por ahora -le contestó Jesús-, porque esta es la manera en que nos corresponde cumplir toda justicia.

Entonces dejó que Jesús fuera bautizado.

Inmediatamente después de ser bautizado, salía Jesús del agua, y en ese mismo momento se abrieron los cielos a Juan, y vio al Espíritu de Dios descender como una paloma y posarse sobre Jesús. Y, fijaos, llegó una voz desde el Cielo que decía:

-Este es Mi Hijo, el Amado, en Quien encuentro plena satisfacción.

Cuando vino Jesús a Juan para que Le bautizara, Juan se quedó perplejo y no quería bautizarle. Juan estaba convencido de que era él mismo el que necesitaba lo que Jesús tuviera para él, y no Jesús el Que necesitara nada de Juan.

Desde que se empezó a pensar en el relato evangélico, el bautismo de Jesús ha resultado difícil de entender. El bautismo de Juan era una llamada al arrepentimiento, con el fin de obtener el perdón de los pecados; pero, si Jesús era el Que creemos que era, no tenía necesidad de arrepentirse, ni necesitaba por tanto que Dios Le perdonara. El bautismo de Juan era para los pecadores que reconocieran su pecado, y por tanto no parecía aplicable a Jesús en absoluto.

Un escritor del principio de la Iglesia sugirió que Jesús vino a bautizarse solamente para complacer a Su Madre y a Sus hermanos, y que fue la insistencia de ellos lo que casi Le obligó a someterse a aquello. *El Evangelio según los Hebreos*, que fue uno de los evangelios que no fueron incluidos en el Nuevo Testamento, tiene un pasaje sobre esto: < He aquí que la Madre del Señor y Sus hermanos Le dijeron: "Juan el Bautista está bautizando para la remisión de los pecados; vayamos a ser bautizados por él." Pero Él les dijo: "¿Qué pecado he cometido Yo para tener que ir a que Me bautice? Salvo, tal vez, que esto que acabo de decir sea ignorancia." >

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, los pensadores estaban perplejos con el hecho de que Jesús Se sometiera al bautismo. Pero había razones, y buenas razones, para que lo hiciera.

(i) Jesús había estado esperando treinta años en Nazaret, cumpliendo fielmente los deberes normales del hogar y del taller de carpintería. Todo ese tiempo sabía que había un mundo que Le estaba esperando. Todo ese tiempo fue haciéndose más y más consciente de Su expectativa. El éxito de cualquier empresa viene determinado por la sabiduría con que se elige el momento de embarcarse en ella. Jesús tiene que haber estado esperando que llegara Su momento, que sonara Su hora. Y cuando surgió Juan, Jesús reconoció que Su hora había llegado.

(ü) ¿Por qué había de ser así? Había una razón muy sencilla y vital. Es un hecho que nunca en toda la historia antes de este hecho había tenido que bautizarse ningún judío. Los judíos conocían y usaban el bautismo, pero solamente para los prosélitos que llegaban al judaísmo de otra o de ninguna religión. Era natural que fueran bautizados los prosélitos, que estaban manchados por el pecado y contaminados; pero ningún judío había concebido jamás que él, un miembro del pueblo elegido, un hijo de Abraham, seguro de la salvación de Dios, pudiera nunca necesitar ser bautizado. El bautismo era para los pecadores, y ningún judío se consideraba pecador y excluido de Dios. Entonces, por primera vez en toda su historia nacional, los judíos reconocían su propio pecado y su perentoria necesidad de Dios. Nunca antes había habido un movimiento así de arrepentimiento y búsqueda de Dios.

Ese era el mismísimo momento que Jesús había estado esperando. El pueblo era consciente de su pecado y de su necesidad de Dios como nunca antes. Esta era Su oportunidad; y en Su bautismo Se identificó con todas las personas que había venido a salvar, en el momento del nuevo despertar de su conciencia y de su búsqueda de Dios.

La voz que oyó Jesús en Su bautismo es de suprema importancia. «Este es Mi Hijo amado -dijo-, en Quien encuentro plena satisfacción.» La frase está formada por dos citas: «Este es Mi Hijo amado» es una cita del *Salmo 2:7*. Todos los judíos creían que ese salmo era una descripción del Mesías, el poderoso Rey Que había de venir de Dios. < En Quien Mi alma tiene contentamiento > se encuentra en *Isaías 42:1*, que es una descripción del Siervo Doliente, una descripción que culmina en *Isaías 53*.

Así es que, en Su bautismo, Jesús recibió dos confirmaciones: la seguridad de que Él era sin duda el Escogido de Dios, y la seguridad de que el camino que tenía delante conducía a la Cruz. En ese momento supo Jesús sin la menor duda que Su trono había de ser la Cruz. En ese momento supo que estaba destinado a ser conquistador, pero que Su conquista habría de lograrse con la sola arma del poder del amor doliente. En ese momento se Le pusieron delante tanto Su misión como la única manera en que habría de cumplirla.

EL TIEMPO DE LA PRUEBA

Mateo desarrolla la vida de Jesús paso a paso. Empieza mostrándonos como nació Jesús en este mundo. Sigue mostrándonos, al menos por implicación, que Jesús tuvo que cumplir fielmente Sus obligaciones para con Su hogar antes de cumplir Su deber para con el mundo, que Jesús tenía que mostrarse fiel en las pequeñas tareas antes de que Dios Le confiara la tarea más importante del mundo y de la Historia.

Ahora pasa a mostrarnos cómo, al surgir en la escena Juan el Bautista, Jesús supo que había sonado Su hora y Le había llegado el momento de asumir Su obra. Juan nos muestra a Jesús identificándose con un pueblo que buscaba a Dios como nunca antes. En ese momento nos muestra a Jesús dándose cuenta de que Él era sin duda el Escogido de Dios, pero que el camino de la victoria había de pasar por la Cruz.

Cuando una persona tiene una visión, su problema inmediato es cómo hacerla realidad; tiene que encontrar la manera de convertir el sueño en un hecho. Ese era el problema con que se enfrentaba Jesús. Había venido a conducir a la humanidad de vuelta a Dios. ¿Cómo habría de hacerlo? ¿Qué método tendría que adoptar: el del conquistador poderoso, o el del amor doliente y sacrificial? Ese era el problema con que se enfrentaba Jesús en Sus tentaciones. Se Le había encomendado una labor. ¿Qué método habría de escoger para cumplir la tarea que Dios Le había encargado llevar a cabo?

LAS TENTACIONES DE JESÚS

Mateo 4:1-11

A continuación el Espíritu guió a Jesús al desierto para que el diablo Le tentara. Después de pasarse voluntariamente cuarenta días y noches sin comer, estaba hambriento. Fue entonces cuando el tentador se Le presentó.

-Si es verdad que eres el Hijo de Dios Le dijo a Jesús-, diles a estas piedras que se conviertan en pan.

-Escrito está -le contestó Jesús-: una persona no vive sólo de pan, sino de toda palabra que proceda de la boca de Dios.

Luego el diablo Le llevó a la santa ciudad, y Le colocó encima del pináculo del templo.

-Si es verdad que tú eres el Hijo de Dios -Le dijo-, tírate desde aquí; porque escrito está: «Les dará órdenes a Sus ángeles para que Te cuiden y Te levanten en sus brazos para que nunca ni siquiera tropieces con Tus pies en una piedra.»

-También está escrito -le contestó Jesús-: «No has de intentar poner a prueba al Señor tu Dios.»

El diablo Le llevó otra vez a una montaña muy alta, y Le mostró desde allí todos los reinos del mundo y su gloria, y Le dijo:

-Te daré todas estas cosas si Te postras a mis pies y me adoras.

-¡Quítate de en medio, Satanás! -le contestó Jesús-. Porque escrito está: «Adorarás al Señor tu Dios, y Le servirás sólo a Él.»
Entonces ya el diablo Le dejó en paz, y vinieron ángeles a prestarle servicio.

Hay algo en lo que debemos fijarnos bien justamente al principio de nuestro estudio de las tentaciones de Jesús, y es el sentido de la palabra *tentar*. La palabra que se usa aquí en el original es *peirazein*. En español, la palabra *tentar* tiene un sentido uniforme y sistemáticamente malo. Siempre quiere decir inducir a una persona a hacer algo que no está bien, procurar seducirla al pecado, tratar de persuadirla a tomar una decisión contraria a la moral o, a la ley de Dios. Pero *peirazein* tiene un elemento completamente diferente en su significado. Quiere decir *probar* mucho más que *tentar* en nuestro sentido de la palabra.

Uno de los grandes relatos del Antiguo Testamento es el que nos cuenta por qué poco evitó Abraham sacrificar a su hijo único Isaac. Ahora bien, ese relato empezaba diciendo: < Y aconteció después de estas cosas, que tentó Dios a Abraham» (*Génesis 22:1*. R-V >09). Está claro que la palabra *tentar* no puede querer decir aquí *tratar de seducir al mal*. Es impensable el que Dios intentara hacer a un hombre un malhechor. Pero todo queda totalmente claro cuando entendemos que quiere decir: «Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham» (R-V 60>). Había llegado la hora para la prueba suprema de la lealtad de Abraham. Lo mismo que tiene que probarse el metal sometiéndolo a una presión y tensión superiores a las que tendrá que soportar antes de usarlo para un uso práctico, así un hombre tiene que ser probado antes de que Dios pueda usarlo para Su propósito. Los judíos tenían un dicho: «El Santo, bendito sea Su nombre, no eleva a un hombre a una dignidad hasta después de probarle y analizarle; y si resiste la tentación, entonces Dios le eleva a la dignidad.>

Aquí tenemos, pues, una gran verdad edificante. Lo que llamamos tentación no nos viene para hacernos pecar, sino para capacitarnos para conquistar el pecado; no para hacernos malos, sino buenos; no para debilitarnos, sino para que surjamos de la prueba más fuertes y auténticos y puros. La tentación no es un castigo por ser humanos, sino la gloria de serlo. Es la prueba que sobreviene a una persona que Dios quiere usar. Así que debemos pensar en todo este incidente, no tanto como la *tentación*, sino como la *prueba* de Jesús.

Tenemos también que fijarnos en dónde tuvo lugar esta prueba. Fue en *el desierto*. Entre Jerusalén, en la meseta central que es la espina dorsal de Palestina, y el Mar Muerto se extiende el desierto. El Antiguo Testamento lo llama *yesimón*, que quiere decir *la devastación*, un nombre apropiado. Se extiende por un área de 50 por 25 kilómetros.

Sir George Adam Smith que se lo recorrió, nos lo describe. Es un área de arena amarilla, de caliza quebradiza y de cantos dispersos. Es un área de estratos deformes en los que las arrugas van en todas las direcciones como si estuvieran alabeadas y retorcidas. Las colinas son como montones de polvo; La piedra caliza está erosionada y pelada; las rocas están desnudas y puntiagudas; a menudo hasta el mismo suelo suena a hueco cuando lo pisan los pies humanos o los cascos de las caballerías. Deslumbra y reluce con el calor como un horno inmenso. Se precipita hacia el Mar Muerto en una caída de cuatrocientos metros de piedra caliza, pedernal y marga, entre salientes y entrantes y precipicios.

En ese desierto, Jesús podía estar más solo que en ningún otro lugar de Palestina. Jesús se fue al desierto completamente solo. Había recibido Su tarea; Dios Le había hablado; tenía que pensar cómo iba a emprender la obra que Dios Le había confiado; tenía que tener las cosas claras antes de empezar; tenía que estar solo.

Puede que a menudo erremos sencillamente porque nunca hacemos lo posible para estar solos. Hay ciertas cosas que una persona tiene que resolver a solas. Hay momentos cuando no nos sirve de nada el consejo que se nos pueda dar. Hay veces cuando una persona tiene que retenerse de

actuar, y empezar a pensar. Puede que cometamos muchos errores precisamente porque no nos damos la oportunidad de estar a solas con Dios.

EL SAGRADO RELATO

Mateo 4:1-11 (continuación)

Hay algunas consideraciones que debemos hacernos antes de proceder al estudio detallado del relato de las tentaciones.

(i) Los tres evangelistas sinópticos parecen hacer hincapié en que las tentaciones siguieron inmediatamente al bautismo de Jesús. Como dice Marcos «*Inmediatamente* el Espíritu Le impulsó al desierto» (*Marcos 1:12*; R-V sigue manteniendo la palabra *luego* en su primera acepción: «Prontamente, sin dilación», D.R.A.E.).

Es una de las realidades de la vida el que después de todo gran momento viene un momento de reacción -y una y otra vez es en la reacción donde se oculta el peligro. Eso fue lo que le sucedió a Elías. Con un coraje imponente, Elías se enfrentó completamente solo y derrotó a los profetas de Baal en el monte Carmelo (*1 Reyes 18: 17-40*). Ese fue el gran momento del valor y del testimonio de Elías. Pero la matanza de los profetas de Baal provocó la ira de la malvada Jezabel, que se propuso acabar con Elías. «Entonces tuvo miedo y se levantó y huyó para salvar la vida a Beerseba» (*1 Reyes 19:3*). El hombre que se había mantenido intrépidamente frente a todos sus rivales huye ahora para salvar la vida con el terror en los talones. Había llegado el momento de la reacción.

Parece ser ley de vida que precisamente después que nuestro poder de resistencia ha estado en su punto más alto se achanta hasta lo más bajo. El tentador escogió cuidadosa, sutil y astutamente su momento para atacar a Jesús -pero Jesús le venció. Haremos bien en mantenernos especialmente en guardia después de cada vez que la vida nos ha llevado a las alturas, porque es precisamente entonces cuando asalta el más grave peligro de las simas.

(ü) No tenemos por qué considerar esto como una experiencia externa de Jesús. Fue una lucha que tuvo lugar en Su propio corazón y mente y alma. La prueba está en que no existe ninguna montaña desde la que se puedan ver todos los reinos de la Tierra, pese al Tibidabo. Fue una batalla interior.

Es en nuestros pensamientos y deseos más íntimos como viene a nosotros el tentador. Lanza su ataque en nuestras propias mentes. Es verdad que es tan real que casi podemos hasta ver al diablo. Hasta este día se puede ver una mancha de tinta en la pared de la habitación de Lutero en el castillo de Wartburg en Alemania: Lutero le tiró el tintero al diablo que le estaba tentando. Pero el poder del diablo estriba en el hecho de que supera nuestras defensas y nos ataca desde dentro. Encuentra aliados y armas entre nuestros pensamientos y deseos más íntimos.

(üi) No tenemos que creer que Jesús derrotó definitivamente al tentador en una sola campaña, y que éste no volvió a atacarle ya nunca más. El tentador Le habló otra vez a Jesús en Cesarea de Filipo cuando Pedro trató de disuadirle de seguir el camino de la Cruz, y cuando tuvo que decirle a Pedro las mismas palabras que le había dicho al tentador en el desierto: «¡Quítate de en medio, Satanás!» (*Mateo 16:23*). Al final de su recorrido, Jesús pudo decirles a sus discípulos: < Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas > (*Lucas 22:28*). Y nunca en toda la historia humana ha habido una lucha con la tentación como la que Jesús mantuvo en Getsemaní con el tentador que trataba de apartarle del camino de la Cruz (*Lucas 22:42-44*).

< La vigilancia eterna es el precio de la libertad.> En la milicia cristiana no hay licencia ni se dan permisos. A veces nos preocupamos porque creemos que deberíamos alcanzar una etapa en la que estuviéramos más allá de la tentación, una etapa en la que el poder del tentador ya estuviera

quebrantado para siempre. Jesús nunca alcanzó esa etapa. Desde el principio hasta el fin de su carrera tuvo que mantenerse en la lucha; por eso puede ayudarnos a pelear la nuestra.

(iv) Una cosa sobresale en esta historia: Las tentaciones fueron tales que no podían sobrevenirle a una persona que no tuviera unos poderes muy especiales y supiera que los tenía. Sanday describe las tentaciones como < el problema de qué hacer con los poderes sobrenaturales.> Las tentaciones que sobrevinieron a Jesús sólo le podían atacar a uno que supiera que había cosas extraordinarias que él podría hacer.

Debemos recordar siempre que una y otra vez somos atacados *por medio de nuestros dones*. La persona dotada con algún encanto tendrá la tentación de usarlo para salirse con la suya. La persona dotada con el poder de la palabra tendrá la tentación recurrir a la labia para presentar disculpas que justifiquen cualquier comportamiento suyo. La persona con una imaginación viva y gráfica sufrirá agonías de tentación que una persona flemática no experimentará nunca. La persona con grandes talentos mentales estará tentada a usarlos para su propio bien y no para el de otros, para convertirse en amo y no en servidor de la humanidad. Es un hecho inexorable de la tentación que es precisamente donde nos consideramos más fuertes donde debemos tener más cuidado de no bajar la guardia.

(v) Nadie puede leer este relato sin darse cuenta de que su fuente tiene que haber sido el mismo Jesús. No había nadie con Él en el desierto cuando se estaba librando esta batalla. Y tenemos noticias de ella solamente porque Jesús mismo tiene que habérselo contado a sus hombres. Es como si Jesús nos estuviera relatando una parte de su autobiografía espiritual.

Debemos siempre acercarnos a esta historia con una reverencia única y especial, porque Jesús nos descubre en ella Su más íntimo corazón y alma. Está refiriéndonos Su experiencia. Es la más sagrada de todas las historias, porque Jesús nos está diciendo en ella que puede ayudar a los demás en sus tentaciones porque Él mismo fue tentado. Nos descubre el velo de Sus propias luchas para ayudarnos en las nuestras.

EL ATAQUE DEL TENTADOR

Mateo 4:1-11 (conclusión)

El tentador lanzó su ataque contra Jesús en tres frentes, en cada uno de los cuales había algo inevitable.

(i) Está la tentación de hacer que las piedras se volvieran pan. El desierto estaba sembrado de pequeños cantos de caliza que parecían exactamente panecillos; hasta ellos le sugerirían a Jesús esta tentación.

Era una tentación doble. La tentación de que Jesús *usara Sus poderes egoístamente y para Su propio provecho*, y eso fue precisamente lo que Jesús siempre se negó a hacer. Siempre hay la tentación de usar egoístamente cualesquiera poderes que Dios nos haya dado.

Dios le ha dado un don a cada persona, y cada persona puede hacerse una de dos preguntas. Puede preguntarse: «¿Qué partido puedo yo sacar de este don?» o: «¿Cómo puedo yo usar este don para el bien de los demás?» Esta clase de tentación se nos puede presentar en la cosa más sencilla. Una persona puede poseer, por ejemplo, una voz agradable de escuchar; puede proponerse sacarle partido, y negarse a usarla a menos que se le pague. No hay razón para rehusar que se le pague, pero hay toda clase de razones para no deber usarla solamente para que se le pague. No hay persona que no tenga la tentación de usar egoístamente el don que Dios le haya asignado.

Pero esto de la tentación tiene otra cara. Jesús era el Mesías de Dios, y Él lo sabía. En el desierto se estaba enfrentando con la elección del método para ganar las almas para Dios. ¿Qué método había de usar para la tarea que Dios Le había asignado? ¿Cómo había de materializar Su visión y sueño?

Un camino infalible para convencer a la gente a que Le siguiera era darles pan, es decir, cosas materiales. ¿Acaso no lo justificaba la historia? ¿No había dicho Dios: < Os haré llover pan del cielo? » ¿No incluían las visiones de la futura edad de oro ese mismo sueño? ¿No había dicho Isaías: < No tendrán hambre ni sed? » (*Isaías 49:1 D*) ¿No era el Banquete Mesiánico una figura consagrada entre los Testamentos de los sueños del Reino? Si Jesús hubiera querido darle pan a la humanidad, tendría suficiente justificación para hacerlo.

Pero el haberles dado pan a los hombres habría sido una doble equivocación. En primer lugar, habría sido sobornarlos para que Le siguieran. Habría sido convencer a la gente para que Le siguiera por lo que pudieran sacar, mientras que la recompensa que Jesús tenía para ofrecer era una Cruz. Llamaba a la gente a una vida de dar, no de obtener. Sobornar a la humanidad con cosas materiales habría sido la negación de todo lo que Él vino a decir y habría sido finalmente la derrota de Sus propios fines.

En segundo lugar, habría sido suprimir los síntomas sin tratar la enfermedad. La gente está hambrienta; pero debemos preguntarnos: ¿Por qué está hambrienta? ¿Es por culpa de su propia estupidez, y descuido, y holgazanería? ¿O es porque hay algunos que poseen egoístamente demasiado mientras otros carecen de lo necesario? La verdadera manera de curar el hambre es eliminar sus causas -y las causas están en el alma de las personas. Y, sobre todo, hay un hambre del corazón que no se puede satisfacer con cosas materiales.

Así es que Jesús contestó al tentador con las mismas palabras que expresan la lección que Dios había tratado de enseñarle a Su pueblo en el desierto: «La persona no vive solo de pan, sino de todo lo que proceda de la boca del Señor» (*Deuteronomio 8:3*). La única manera de encontrar la verdadera satisfacción es aprender a depender totalmente de Dios.

(ü) Entonces el tentador reforzó su ataque en otro frente. En una visión, llevó a Jesús al *pináculo del templo*. Eso puede querer decir una de dos cosas.

El templo estaba edificado en la cima del monte de Sión, que formaba como una meseta donde estaban situados los edificios del templo. Había una esquina en la que se unían el pórtico de Salomón y el pórtico Real, y en esa esquina había una caída de ciento cincuenta metros al valle del torrente de Cedrón. ¿Por qué no había de ponerse Jesús en ese pináculo, tirarse y aterrizar ileso en el fondo del valle? El pueblo seguiría admirado al que fuera capaz de semejante hazaña.

Otra posibilidad sería que, en la cubierta del templo mismo había un saliente donde se colocaba todas las mañanas un sacerdote con una trompeta en la mano, esperando el primer arrebol de la aurora a través de las colinas de Hebrón. A la primera señal del alba tocaba la trompeta para anunciar la hora del sacrificio de la mañana. ¿Por qué no podía Jesús ponerse allí, y saltar precisamente al patio del templo, haciendo que Le siguieran todos estupefactos? ¿No había dicho Malaquías: < Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor? » (*Malaquías 3:1*). ¿No había una promesa de que los ángeles llevarían en sus manos al hombre de Dios para que no le sobreviniera ningún daño? (*Salmo 91: 11 s*).

Esto era precisamente lo que prometían los falsos mesías que surgían cada dos por tres. Un tal Teudas había hecho salir al pueblo prometiéndole que a su palabra se dividirían las aguas del Jordán en dos partes. Un famoso pretendiente egipcio (*Hechos 21:38*) había prometido que con una sola palabra arrasaría las murallas de Jerusalén. Simón Mago, se dice, había prometido volar por los aires, pero pereció en el intento. Estos pretendientes habían ofrecido credenciales que no pudieron cumplir. Jesús podía cumplir todo lo que prometiera. ¿Por qué no había de seguir ese método?

Jesús tenía dos buenas razones para no adoptar ese curso de acción. La primera, que el que busque atraer a sí a las personas proveyéndolas de sensaciones habrá elegido un camino que, literalmente, no tiene futuro. La razón es bien sencilla: para conservar el poder tendría que seguir produciendo sensaciones cada vez más grandes. Las maravillas tienen un tiempo limitado. La sensación de este año será algo corriente el que viene. Un evangelio basado en el sensacionalismo estaría condenado al fracaso. La segunda, que esa no es la manera en que se ha de usar el poder de Dios. < No intentarás someter al Señor tu Diosa prueba,» dijo Jesús (*Deuteronomio 6:16*). Lo que quería decir era que no es bueno querer ver hasta dónde puede uno llegar con Dios; no tiene sentido ponerte deliberadamente en una situación peligrosa, atrevida e innecesariamente, y esperar que Dios te libre de las consecuencias.

Dios espera que asumamos riesgos por fidelidad a Él, pero no para elevar nuestro prestigio. La fe que depende de las señales y los milagros no es la verdadera fe. Si la fe no puede creer sin las sensaciones es que no es realmente fe, sino una duda que está buscando una prueba, y buscándola donde no la puede encontrar. El poder salvador de Dios no es algo con lo que se puede jugar ni experimentar, sino algo en lo que hay que confiar sin aspavientos en la vida diaria.

Jesús rechazó el sensacionalismo porque sabía que conducía, y conduce, al fracaso; y porque buscar sensaciones no es confiar, sino desconfiar de Dios.

(üi) Así es que el tentador atacó todavía por otro frente. Era el mundo lo que Jesús había venido a salvar, y Le vino a la mente una representación del mundo. La voz del tentador Le dijo: .«¡Póstrate y adórame, y yo Te daré todos los reinos del mundo!» ¿No había dicho Dios mismo a Su escogido: < Pídeme, y Te daré por herencia las naciones, y como posesión Tuya los confines de la Tierra»? (*Salmo 2:8*).

Lo que quería decir el tentador era: «¡Transige! ¡Lleguemos a un acuerdo! ¡No pongas el listón demasiado alto! Hazte un poco el ciego al mal y a las cosas discutibles, y Te harás con las masas.» Esta era la tentación a pactar con el mundo en vez de presentarle clara y terminantemente las demandas de Dios. Era la tentación a avanzar retirándose, y a tratar de cambiar el mundo haciéndose como él.

La contestación de Jesús no se hizo esperar: < Al Señor tu Dios temerás, a Él solo servirás y por Su nombre jurarás> (*Deuteronomio 6:13*). Jesús estaba absolutamente seguro de que no se puede vencer al mal entrando en componendas con él. Estableció la insobornabilidad de la fe cristiana. El Cristianismo no se puede doblegar para ponerse al nivel del mundo, sino elevar al mundo a su propio nivel. Ningún otro principio funcionará.

Así es que Jesús hizo Su decisión. Decidió que nunca sobornaría a nadie para que Le siguiera; decidió que el camino del sensacionalismo no era para Él, y decidió que no podía transigir en el mensaje que predicara ni en la fe que demandara. Su elección significaba inevitablemente la Cruz -pero la Cruz significaba también inevitablemente la victoria final.

EL HIJO DE DIOS EN CAMPAÑA

Mateo 4:12-17

Cuando se enteró Jesús de que habían entregado a Juan a las autoridades, se retiró a Galilea. Se marchó

de Nazaret y fue a fijar Su residencia a Cafarnaún, que está a la orilla del lago, en el distrito de Zabulón y Neftalí. Esto se hizo para que se cumpliera lo que había dicho Dios por medio del profeta Isaías: < ¡Tierra de Zabulón, y tierra de Nefatlí, camino de la mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles! La gente que moraba en las tinieblas ha visto una gran luz, una

gran luz les ha resplandecido a los que estaban asentados en la tierra y ala sombra de la muerte.»

Desde aquel tiempo Jesús se puso a proclamar Su Mensaje y a decir:

-¡Arrepentíos, que el Reino del Cielo se ha acercado!

No pasó mucho tiempo antes que le sobreviniera el desastre a Juan. Le detuvieron y le metieron en la cárcel en las mazmorras del castillo de Maqueronte por orden del rey Herodes. Su crimen había sido el denunciar públicamente que Herodes había seducido a la mujer de su hermano, y luego se había casado con ella después de divorciarse de la mujer anterior. No está uno nunca a salvo si denuncia a un déspota oriental, y el valor de Juan le trajo en consecuencia primero la cárcel y luego la muerte. Más tarde volveremos a los detalles de esa historia que Mateo no nos dice hasta *Mateo 14:3-12*.

Jesús supo que Le había llegado el momento de ponerse en campaña.

Fijémonos en lo que fue lo primero que hizo. Se marchó de Nazaret y puso su residencia en el pueblo de Cafarnaún. Había una especie de finalidad simbólica en esa mudanza. En aquel momento Jesús se marchó de su casa para no volver a vivir en ella nunca más. Es como si se cerrara la puerta que dejaba atrás antes de abrir la que tenía delante. Era un corte limpio entre lo antiguo y lo nuevo. Se había terminado un capítulo y empezaba otro. A veces llegan a la vida esos momentos de decisión. Siempre es mejor recibirlos con un corte hasta quirúrgico que vacilar indecisamente entre dos cursos de acción.

Fijémonos adónde fue Jesús. Se fue a Galilea. Cuando Jesús se fue a Galilea para empezar Su misión y Su ministerio, Él sabía lo que estaba haciendo. Galilea era el distrito más septentrional de Palestina. Se extendía desde el río Litani, el antiguo Leontes, al Norte hasta la llanura de Esdrelón al Sur. Por el Oeste no llegaba hasta la costa del Mediterráneo, porque la banda costera estaba en posesión de los fenicios. Limitaba por el Nordeste con Siria, y su frontera oriental eran las aguas del Mar de Galilea. Galilea no era muy extensa; sólo ochenta kilómetros de Norte a Sur por cuarenta de Este a Oeste.

Pero, aunque fuera pequeña, Galilea estaba densamente poblada; era con mucho la región más fértil de Palestina; su fertilidad era fenomenal y proverbial. Había un dicho de que era más fácil criar una legión de olivos en Galilea que un chico en Judea. Josefo, que fue en un tiempo gobernador de la provincia, dice: < Es rica por todas partes de suelo y pastos, produciendo todas las variedades de árboles e invitando por su productividad hasta a los que tienen menos interés en la agricultura; está toda labrada; no se deja ninguna parte en barbecho, y es productiva en su totalidad.» En consecuencia, Galilea tenía una enorme población comparada con su tamaño. Josefo nos dice que había doscientos cuatro pueblos en ella, ninguno con menos de quince mil habitantes. Jesús empezó Su misión en la parte de Palestina donde había más personas que pudieran oírle; empezó Su obra en un área que hervía de gente a la que se podía proclamar el Evangelio.

Pero Galilea no era sólo un distrito populoso; sus habitantes tenían ciertas características. De todas las partes de Palestina, Galilea era la más abierta a las nuevas ideas. Josefo dice de los galileos: < Siempre les gustaban las innovaciones, y estaban dispuestos por naturaleza a los cambios, y alucinaban con las sediciones.» Siempre estaban dispuestos a seguir a un líder y empezar una insurrección. Eran notoriamente vivos de genio y dados a las peleas. Pero, a pesar de todo, eran de lo más caballerosos. «Los galileos -dice Josefo- no están nunca desprovistos de coraje.» «La cobardía no fue nunca una característica de los galileos.» «Les importaba más el honor que la ganancia.» Las características innatas de los galileos eran tales que los hacían tierra fértil para que se les predicara el Evangelio.

Su apertura a nuevas ideas se debía a ciertos hechos.

(i) El nombre de *Galilea* viene de la palabra hebrea *Galil*, que quiere decir círculo. El nombre completo de la zona era *Galilea de los gentiles*. Plummer sugiere que quería decir < la pagana

Galilea.» Pero la frase procedía del hecho de que Galilea estaba literalmente rodeada de gentiles. Por el Oeste, sus vecinos eran los fenicios. Por el Norte y el Este, los sirios. y hasta por el Sur estaba el territorio de los samaritanos. Galilea era de hecho la única parte de Palestina que estaría inevitablemente en contacto con influencias e ideas no judías. Galilea no tenía más remedio que estar abierta a nuevas ideas más que ninguna otra parte de Palestina.

(ü) Por Galilea pasaban las grandes carreteras del mundo, como ya hemos visto cuando hablábamos del pueblo de Nazaret. El Camino del Mar iba de Damasco a Egipto y África pasando por Galilea. La carretera del Este que llegaba hasta las últimas fronteras pasaba por Galilea. El tráfico del mundo pasaba por Galilea. Allá lejos al Sur, Judea estaba remetida en una esquina, aislada y encerrada. Como se ha dicho muy bien, < Judea no está de camino a ninguna parte; Galilea está de camino a todas partes.> Judea podía erigir una valla para protegerse de todas las influencias extranjeras y de todas las nuevas ideas; Galilea nunca podría hacerlo. Era inevitable que llegaran las nuevas ideas a Galilea.

(üi) La posición geográfica de Galilea había afectado su historia. Una y otra vez había sido invadida y conquistada, y las oleadas de extranjeros habían fluido a menudo sobre ella y algunas veces la habían inundado.

En sus orígenes había sido asignada a las tribus de Aser, Neftalí y Zabulón cuando los israelitas llegaron por primera vez a la tierra (Josué 9); pero estas tribus no habían tenido nunca un éxito total en expulsar a los habitantes nativos cananitas, y desde el principio Galilea tuvo una población mezclada. Más de una vez las invasiones extranjeras la habían barrido desde el Norte y el Este desde Siria, y en el siglo VIII a.C. los asirios la habían inundado totalmente, llevándose al exilio a la mayor parte de su población y asentando a extranjeros en su tierra. Inevitablemente esto produjo una considerable inyección de sangre extranjera en Galilea.

Desde el siglo VIII hasta el II a.C. había estado mayormente en manos gentiles. Cuando volvieron los judíos del exilio bajo Nehemías y Esdras, muchos de los galileos se mudaron al Sur para vivir en Jerusalén. En 164 a.C., Simón Macabeo persiguió a los asirios al Norte, echándolos de Galilea a su propia tierra; y en su viaje de vuelta se llevó consigo a Jerusalén el resto de los Galileos que quedaba.

La cosa más sorprendente de todas fue que el año 104 a.C. Aristóbulo reconquistó Galilea para la nación judía e hizo circuncidar a la fuerza a los habitantes de Galilea, haciéndolos así judíos quisieran que no. La historia había obligado a Galilea a abrir sus puertas a nuevos tipos de sangre y a nuevas ideas y a nuevas influencias.

Las características naturales de los galileos, y la preparación de la historia, habían hecho de Galilea el único lugar de toda Palestina donde un nuevo maestro con un nuevo mensaje tenía una oportunidad bien real de que le oyeran, y fue allí donde Jesús empezó Su misión y anunció por primera vez Su Mensaje.

EL HERALDO DE DIOS

Mateo 4:12-17 (conclusión)

Antes de salirnos de este pasaje hay algunas cosas más que debemos notar.

Fue al pueblo de Cafarnaún a donde se mudó Jesús. La forma correcta del nombre es *Capernaúm*. La forma *Capernaúm* no aparece en absoluto hasta el siglo V d.C., pero a algunos se nos ha lijado en la memoria de tal manera que sigue manteniéndose en la Reina-Valera.

Ha habido mucha discusión acerca de la localización de Cafarnaún. Se han sugerido dos lugares. La identificación más corriente, y la más probable, es que Cafarnaún es Tell Hum que está al lado occidental del extremo norte del Mar de Galilea; la identificación alternativa y menos probable, es

que fuera Jan Minyeh, que está a unos cuatro kilómetros más al suroeste. En cualquier caso, no quedan más que unas ruinas para mostrar dónde estuvo Cafarnaún una vez.

Mateo tenía la costumbre de encontrar en el Antiguo Testamento algo que podía usar como una profecía acerca de cualquier acontecimiento de la vida de Jesús. Encuentra esta profecía en *Isaías 9:1 s.* De hecho, es otra de las profecías que Mateo extrae violentamente de su contexto y usa en su extraordinaria manera. Es una profecía que se retrotrae al reinado de Peka. En aquellos días, la parte septentrional de Palestina, incluyendo Galilea, había sido arrasada por el ejército invasor de los asirios; y ésta fue originalmente una profecía de la liberación de estos territorios conquistados que tendría lugar algún día. Mateo encuentra en ella una profecía que anunciaba la luz que traería Jesús.

Por último, Mateo nos da un breve resumen del mensaje que proclamaba Jesús. La Reina-Valera dice que Jesús comenzó a *predicar*. La palabra *predicar* ha bajado de categoría en el mundo; se conecta en las mentes de muchas personas con el aburrimiento. La palabra en griego es *kéryssein*, que es la que se usa para la proclamación de un heraldo del rey. *Kéryx* es la palabra griega para *heraldo* y el heraldo era el que traía un mensaje directamente del rey.

Esta palabra nos comunica ciertas características de la predicación de Jesús, y éstas son las características que debería tener toda predicación.

(i) El heraldo tenía en su voz una nota de *seguridad*. No había la menor duda acerca de su mensaje; no venía con tal vez ni con puede que o probablemente; venía con un mensaje definitivo. Goethe decía: «Háblame de tus certezas; que para dudas ya tengo yo bastantes.» La predicación es la proclamación de certezas, y nadie puede hacer que otros acepten como seguro lo que para él está en duda.

(ü) El heraldo tenía en su voz una nota de *autoridad*. Hablaba en nombre del rey; establecía y anunciaba la ley del rey, la orden del rey, la decisión del rey. Como se dijo de un gran predicador, «no suponía entre nebulosas; sabía.» La predicación, como se ha dicho, es la aplicación de la autoridad profética a la situación presente.

(üi) El mensaje del heraldo procedía de *una fuente más allá de sí mismo*; procedía del rey. La predicación habla desde una fuente más allá del predicador. No es la expresión de las opiniones personales de un hombre; es la voz de Dios transmitida al pueblo por medio de una persona. Era con la voz de Dios como Jesús hablaba a los hombres.

El mensaje de Jesús constaba de un mandamiento que era la consecuencia de una nueva situación. < ¡Arrepentíos!> -decía. «Volveos de vuestros propios caminos, y volved a Dios. Levantad vuestra mirada de la tierra y ponedla en el cielo. Cambiad el sentido de vuestra dirección, y dejad de alejaros de Dios y empezad a caminar hacia Dios.» Ese mandamiento había llegado a ser urgentemente necesario porque el Reinado de Dios estaba a punto de empezar. La eternidad había invadido el tiempo; Dios había invadido la Tierra en Jesucristo, y por tanto era de suprema importancia el escoger la dirección y el lado correctos.

CRISTO LLAMA A UNOS PESCADORES

Mateo 4:18-22

Quando Jesús iba pasando por la orilla del Mar de Galilea vio a dos hermanos - Simón, al que llaman

Pedro, y su hermano Andrés- que estaban echando la red al mar, porque eran pescadores. Y Jesús les dijo:

- ¡Seguidme, y Yo os haré pescadores de hombres!

Ellos dejaron las redes inmediatamente y Le siguieron. Jesús pasó más adelante y vio a otros dos hermanos, Santiago hijo de Zebedeo y su hermano Juan. Estaban en una barca con

su padre Zebedeo preparando las redes para la pesca. Jesús también los llamó, y ellos dejaron inmediatamente la barca y a su padre, y siguieron a Jesús.

Toda Galilea se centraba alrededor del Mar de Galilea. Éste tiene veinte kilómetros de largo de Norte a Sur y catorce de ancho de Este a Oeste. El Mar de Galilea es por tanto pequeño, y es interesante el hecho de que Lucas, el gentil, que había visto mucho mundo, nunca lo llama *mar* (*thalassa*), sino siempre *lago* (*limné*). Tiene una forma ovalada, más ancho por arriba que por abajo. Se encuentra en una gran falla de la superficie de la Tierra por la que corre el valle del Jordán, y la superficie del Mar de Galilea está a doscientos diez metros bajo el nivel del mar. El hecho de encontrarse a esta profundidad en la superficie de la Tierra le da un clima muy cálido y hace la tierra de alrededor inmensamente fértil. Es uno de los lagos más encantadores del mundo. W. M. Thomson lo describe: < Visto desde cualquier punto de las alturas circundantes es una bella extensión de agua -un espejo bruñido engastado en un marco de colinas y de montañas abruptas que se erigen y ruedan hacia atrás y hacia arriba hasta donde cuelga el cuadro de Hermón sobre la bóveda azul de los cielos.>

En los días de Josefo había no menos de nueve ciudades populosas en sus orillas. En la década de los treinta, cuando H. V. Morton lo vio, sólo quedaba Tiberíades, que era poco más que una aldea. Hoy es la ciudad mayor de Galilea, y sigue creciendo.

En los días de Jesús, el Mar de Galilea estaba abarrotado de barcas de pesca. Josefo, en una cierta expedición, no tuvo dificultad para reunir doscientas cuarenta barcas de pesca para salir de Tariquea; pero ahora los pescadores son pocos y dispersos.

Había tres métodos de pesca. Estaba la pesca de anzuelo.

Estaba la pesca con red. Esta solía ser circular y de unos tres metros de ancho. Se lanzaba hábilmente al agua desde la tierra o desde los bajíos al borde de la orilla del lago. Llevaba unas pesas de plomo alrededor de la circunferencia. Se hundía en el mar y rodeaba a los peces; entonces se tiraba de ella a través del agua como si se tratara de una tienda de campaña con forma de campana, en la que se cogían los peces. Esa era la clase de red que estaban manipulando Pedro y Andrés, y Santiago y Juan, cuando Jesús los vio. Se llamaba *amfiblestron*.

La red barredera se usaba desde una barca, o mejor desde dos. Se echaba al agua con cuerdas en las cuatro esquinas. Llevaba pesas en un lado; así que, como si dijéramos, se quedaba derecha de pie en el agua. Cuando las barcas iban remando con la red por detrás, ésta tomaba la forma de un gran cono, en el que cogían los peces y se traían a las barcas. Esta clase de red es la que se menciona en la parábola de la red; y se llamaba *saguéné*.

Jesús pasaba por la orilla del lago; conforme iba andando, llamó a Pedro y Andrés, y a Santiago y Juan. No tenemos que creer que era la primera vez que los veía, o ellos a Él. Según Juan el Evangelista, por lo menos algunos de ellos ya eran discípulos de Juan el Bautista (*Juan 1:35*). Sin duda ya habían hablado con Jesús y Le habían escuchado; pero fue en este momento cuando les llegó el desafío de una vez para siempre de asociarse con Él.

Los griegos solían contar cómo habían encontrado Jenofonte a Sócrates por primera vez. Sócrates se le encontró en una callejuela, y le cerró el paso con el bastón. Primero le preguntó si sabía dónde podía comprar esto y aquello, y si sabía dónde se hacía esto y lo otro. Jenofonte le dio la información requerida. A continuación Sócrates le preguntó:

-¿Sabes dónde hacen a los hombres buenos y virtuosos? -No -le contestó Jenofonte. Y entonces Sócrates le dijo:

-¡Pues sígueme y aprende!

Jesús también llamó así a estos pescadores a seguirle. Es interesante ver la clase de personas que eran. No eran gente de gran preparación intelectual, o influyente, o rica, o de posición social. Tampoco eran pobres. Eran simplemente trabajadores, sin una posición social especial y, seguro

que cualquiera habría dicho, sin un gran futuro. Eran hombres normales y corrientes los que Jesús escogió.

Una vez acudió a Sócrates un hombre que no tenía nada especial, que se llamaba Esquines.

-Soy un pobre hombre -le dijo-; no tengo nada más, pero me doy a ti.

-¿Te das cuenta -le dijo Sócrates- de que me das lo que tiene más valor?

Lo que Jesús necesita es gente corriente que se Le den a sí mismos. Jesús puede hacer cualquier cosa con personas así.

Además, estos hombres eran pescadores. Muchos investigadores han indicado que un buen pescador tiene que tener estas cualidades que le pueden hacer un buen pescador de hombres.

(i) Debe tener *paciencia*. Debe aprender a esperar pacientemente hasta que piquen los peces. Si es inquieto y no se puede estar quieto nunca hará un buen pescador. El buen pescador de hombres tendrá necesidad de paciencia. Rara vez obtenemos resultados rápidos en la predicación o en la enseñanza. Tenemos que aprender a esperar.

(ü) Debe tener *perseverancia*. Tiene que aprender a no desanimarse nunca, sino seguir intentando. El buen predicador y maestro no debe desanimarse cuando no parece que sucede nada. Siempre debe estar dispuesto a intentar otra vez.

(üi) Debe tener *coraje*. Como decía un viejo griego cuando rezaba por la protección de los dioses: < ¡Mi barca es tan pequeña y el mar tan grande! > Debe estar dispuesto a arriesgarse y a arrostrar la furia de la mar y de la tempestad. El buen predicador y maestro debe ser consciente de que hay siempre un peligro en decirle a la gente la verdad. La persona que dice la verdad, más a menudo que lo contrario, se juega la reputación y la vida.

(iv) Debe tener *vista para el momento oportuno*. El pescador sensato sabe muy bien que hay veces que es inútil intentar pescar. Sabe cuándo echar la red y cuándo no. El buen predicador y maestro elige el momento. Hay veces que la gente recibe la verdad, y veces cuando la resiente. Hay veces que la verdad los mueve, y veces que la verdad los endurece en su oposición a la verdad. El predicador y maestro sensato sabe que hay un tiempo de hablar, y un tiempo de callar.

(v) Debe *escoger el cebo de acuerdo con el pez*. Un pez acudirá a un cebo, y otro a otro. Pablo decía que se hacía todo a todos para estar en condiciones de ganar a algunos. El predicador y maestro sensato sabe que el mismo enfoque no sirve para todas las personas. Puede que tenga que descubrir y reconocer sus propias limitaciones. Puede que tenga que descubrir que hay ciertos ambientes en los que puede trabajar y otros en los que no.

(vi) El pescador sensato tiene que *mantenerse fuera de la vista*. Si hace notar su presencia, o aun su sombra, seguro que los peces no picarán. El predicador y maestro sensato siempre tratará de presentarle a su audiencia, no su propia persona, sino a Jesucristo. Su objetivo es que la gente fije la mirada, no en él, sino en la Figura que está detrás.

EL MÉTODO DEL MAESTRO

Mateo 4:23-25

Jesús hizo un viaje circular por toda Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando toda clase de enfermedades y dolencias entre la gente; y la fama de Sus actividades

se corrió por toda Siria, de forma que Le traían a todos los que estaban enfermos, los que estaban aquejados de las dolencias y dolores más diversos, los que estaban poseídos por

demonios, epilépticos y paralíticos; y Jesús los sanaba. Y Le seguían grandes multitudes procedentes de Galilea, y de Decápolis, y de Jerusalén, y de Judea, y del otro lado del Jordán.

Jesús había escogido Galilea para empezar Su misión, y ya hemos visto lo bien preparada que estaba Galilea para recibir la semilla. Dentro de Galilea, Jesús escogió empezar Su campaña en las sinagogas.

La sinagoga era la institución más importante de la vida judía. Había una diferencia entre las sinagogas y el templo. No había más que un solo templo, el de Jerusalén, pero dondequiera que hubiese la más pequeña colonia de judíos, había una sinagoga. El templo existía exclusivamente para ofrecer sacrificios; allí no había predicación ni enseñanza. La sinagoga era esencialmente una institución docente. Las sinagogas se han desmido como «las universidades religiosas populares de su tiempo.» Si un hombre tenía alguna enseñanza o ideas religiosas que quería propagar, la sinagoga era incuestionablemente donde debía empezar.

Además, el culto de la sinagoga ofrecía al nuevo maestro una oportunidad. Constaba de tres partes. La primera eran oraciones. La segunda parte, lecturas de la Ley y de los Profetas, en las que tomaban parte miembros de la congregación. La tercera parte era la plática. El hecho importante y curioso era que no había una persona fija que hiciera la plática. No había tal cosa como un ministerio profesional. El presidente de la sinagoga se encargaba de los preparativos del culto. Se le podía pedir a cualquier forastero distinguido que hiciera la plática, y cualquiera que tuviese un mensaje que compartir se ofrecía voluntario para hacerlo; y, si el gobernador o presidente de la sinagoga le consideraba persona capacitada para hablar, se lo permitía. Así que, al principio, la puerta y el púlpito de la sinagoga estaban abiertos para Jesús. Empezó en la sinagoga porque era allí donde podía encontrar las personas más sinceramente religiosas de aquel tiempo, y se le ofrecía la oportunidad de hablarles. Después de la plática había un tiempo de coloquio, preguntas y discusión. La sinagoga era el lugar ideal para presentarle al pueblo una nueva enseñanza.

Pero Jesús no sólo predicaba; también sanaba a los enfermos. No nos sorprende que las noticias de lo que estaba haciendo se divulgaran, y acudieran multitudes a oírle, y a verle, y a beneficiarse de su piedad.

Venían de Siria. Siria era la gran provincia romana de la que formaba parte Palestina. Se extendía hacia el Norte y el Nordeste, con la gran ciudad de Damasco como su centro. Eusebio nos transmite una de las leyendas más preciosas, que se remonta a este tiempo (*Historia Eclesiástica 1: 13*). Esta historia relata que había un rey llamado Abgar en Edesa que estaba enfermo. Así que, se dice, Le escribió una carta a Jesús: < Abgar, gobernador de Edesa, a Jesús el muy excelente Salvador Que ha aparecido en el país de Jerusalén: Saludos. He tenido noticias de Ti y de Tus curaciones, realizadas sin medicina ni hierbas; porque se dice que haces que los ciegos vean y los cojos anden, limpias a los leprosos, echas a los espíritus y demonios, sanas a los afligidos de enfermedades crónicas y levantas a los muertos. Ahora bien, como he sabido todo esto acerca de Ti, he llegado a la conclusión de que una de dos cosas debe ser verdad: O bien Tú eres Dios, Que, habiendo descendido del Cielo, haces estas cosas, o bien eres un hijo de Dios por lo que haces. Te escribo, por tanto, para pedirte que vengas a curarme la enfermedad que padezco. Porque he oído que los judíos murmuran contra Ti y conspiran males contra Ti. Ahora bien: Yo tengo una ciudad pequeña pero excelente que es lo bastante grande para nosotros dos.> Se decía que Jesús le había contestado: < ¡Bendito seas por haber creído en Mí sin haberme visto; porque está escrito acerca de Mí que los que Me han visto no creerán en Mí, mientras que los que no Me han visto creerán y serán salvos. Pero, en cuanto a tu invitación para que vaya allí, tengo que cumplir aquí todas las cosas para las que he sido enviado; y, después de cumplirlas, volver otra vez al Que Me envió. Sin embargo, después de ascender, te enviaré a uno de mis discípulos para que te cure de tu enfermedad y para lora vida a ti y a los tuyos.> La leyenda continúa diciendo que Tadeo fue a Edesa y curó a Abgar. Tal vez sea sólo una leyenda; pero muestra que se creía que hasta en la

lejana Siria se había oído de Jesús y se anhelaba de todo corazón la ayuda y la sanidad que únicamente Él podía dar.

Naturalmente venían de toda Galilea; y las noticias acerca de Jesús se extendieron hacia el Sur hasta Judea y Jerusalén, y también de allí venían. Venían también de la región al otro lado del Jordán que se llamaba Perea, que se extendía desde Pela al Norte hasta Petra al Sur. También venían de Decápolis, que era una federación de diez ciudades griegas independientes, todas ellas, excepto Escitópolis, estaban al otro lado del Jordán.

Esta lista es simbólica, porque en ella vemos no sólo judíos sino también gentiles que acudían a Jesucristo por lo que sólo Él podía darles. Ya se estaban uniendo a Él los fines de la Tierra.

LAS ACTIVIDADES DE JESÚS

Mateo 4:23-25 (conclusión)

Este pasaje tiene mucha importancia porque nos da un breve resumen de las tres grandes actividades de la vida de Jesús.

(i) Vino *proclamando* el Evangelio; o como dice la Reina Valera, vino *predicando*. Ahora bien: como ya hemos visto, la predicación es la proclamación de certezas. Por tanto, *Jesús vino a derrotar la ignorancia humana*. Vino a decirnos la verdad acerca de Dios, lo que nunca habríamos podido descubrir por nosotros mismos. Vino a poner el punto final al suponer y al andar a tientas, y a mostrarnos cómo es Dios.

(ü) Vino *enseñando* en las sinagogas. ¿Cuál es la diferencia entre *enseñar* y *predicar*? Predicar es la proclamación sin reserva de certezas; la enseñanza es la explicación de su significado y relevancia. Por tanto, *Jesús vino para derrotar los malentendidos humanos*. Hay veces cuando se conoce la verdad y se malinterpreta. Se conoce la verdad y se sacan conclusiones erróneas de ella. Jesús vino a revelarnos el sentido de la verdadera religión.

(üi) Vino *sanando* a todos los que tenían necesidad de sanidad. Es decir: *Jesús vino para derrotar el dolor humano*. Lo importante acerca de Jesús es que no se conformó con decirnos la verdad meramente en *palabras*; vino para poner la verdad en acción. Florence Allshorn, la gran maestra misionera decía: < Un ideal no es nunca tuyo hasta que se te sale por la punta de los dedos.> El ideal no es nuestro hasta que se materializa en obras. Jesús hacía realidad Su propia enseñanza en obras de ayuda y sanidad.

Jesús vino *predicando* para derrotar toda *ignorancia*. Vino *enseñando* para derrotar todos los *malentendidos*. Vino *sanando* para derrotar todo *dolor*. Nosotros, también, debemos proclamar nuestras certezas; nosotros, también, debemos estar dispuestos a explicar nuestra fe; nosotros, también, debemos traducir el ideal a la acción y a las obras.

EL SERMÓN DEL MONTE

Como ya hemos visto, Mateo tiene un esquema cuidadosamente preparado en su evangelio.

En su relato del bautismo de Jesús nos muestra dándose cuenta de que ha sonado Su hora, de que Le ha llegado la llamada a la acción y que tiene que iniciar Su cruzada. En su relato de las tentaciones de Jesús nos Le presenta eligiendo deliberadamente el método que va a usar para llevar a cabo Su labor, y rechazando deliberadamente otros métodos que Él sabía que eran contrarios a la voluntad de Dios. Si uno asume una gran tarea necesita ayudantes, asistentes y personal; así es que Mateo pasa a mostrarnos a Jesús seleccionando los hombres que serán Sus colaboradores.

Pero si los ayudantes y asistentes han de hacer su trabajo inteligente y eficazmente habrá que empezar por instruirlos. Y aquí, en el Sermón del Monte, Mateo nos muestra a Jesús instruyendo a Sus discípulos en el Mensaje que era Suyo y que ellos habían de transmitir a la humanidad. En el

relato de Lucas del Sermón del Monte esto aparece aún más claro. Sigue inmediatamente a lo que podríamos llamar la elección oficial de los Doce (*Lucas 6:13ss*).

Por esta razón, un gran investigador. llamó al Sermón del Monte «El sermón de ordenación de los Doce.» De la misma manera que hay que presentarle su tarea a un joven pastor que está a punto de encargarse de su primer trabajo; así Jesús les dirigió a los Doce este sermón de ordenación antes de que salieran a realizar su labor. Por esa razón otros investigadores le han dado al Sermón del Monte otros títulos. Se ha llamado < El compendio de la doctrina de Cristo,> < La Carta Magna del Reino,> < El manifiesto del Rey.> Todos están de acuerdo en que en el Sermón del Monte tenemos la esencia de la enseñanza de Jesús al círculo más íntimo de Sus seguidores.

EL SUMARIO DE LA FE

Es un hecho que esto es aún más verdad de lo que parece a primera vista. Hablamos del Sermón del Monte como si fuera un sermón determinado predicado en una sola ocasión. Pero es mucho más que eso. Hay buenas e indiscutibles razones para creer que el Sermón del Monte es mucho más que un sermón; que es, de hecho, una especie de epítome de todos los sermones que predicó Jesús.

(i) Cualquiera que lo oyera por primera vez en su forma actual estaría agotado mucho antes del final. Hay demasiado material es él para una sola audición. Una cosa es sentarse y *leerlo*, haciendo pausas o deteniéndose a pensar cuando se quiere, y otra *escucharlo* seguido por primera vez. Podemos leerlo a nuestro paso, reconociendo y saboreando cada palabra; pero oírlo por primera vez en su forma presente sería deslumbrarnos del exceso de luz mucho antes de que se terminara.

(ü) Hay algunas secciones del Sermón del Monte que surgen, por así decirlo, sin previo aviso; no tienen conexión con lo precedente ni con lo consiguiente. Por ejemplo: *Mateo 5:31 s*, y *Mateo 7:7-11* están desconectadas de su contexto. Hay una cierta dislocación en el Sermón del Monte.

(üi) Lo más importante es que, tanto Mateo como Lucas nos dan una versión del Sermón del Monte. En la versión de Mateo hay 107 versículos. De estos 107, 29 se encuentran juntos en *Lucas 6:20-49*; 47 no tienen paralelo en la versión de Lucas, y 34 se encuentran desperdigados por todo el evangelio de Lucas en diferentes contextos.

Por ejemplo: el símil de la sal está en *Mateo 5:13* y en *Lucas 14:34s*; el símil de la lámpara está en *Mateo 5:15* y en *Lucas 8:16*; el dicho de que no se omitirá ni un punto ni una tilde de La ley está en *Mateo 5:18* y en *Lucas 16:17*. Es decir, que pasajes que son consecutivos en el evangelio de Mateo aparecen en capítulos ampliamente separados del evangelio de Lucas.

Para tomar otro ejemplo: el dicho acerca de la mota en el ojo de nuestro hermano y la viga en el nuestro está en *Mateo 7:1-5* y en *Lucas 6:37-42*; y el pasaje en que Jesús exhorta a pedir y buscar y encontrar está en *Mateo 7:7-12* y en *Lucas 11:9-13*.

Si tabulamos estos pasajes lo vemos todavía más claro.

<i>Mateo 5:13</i>	=	<i>Lucas 14:34s</i>
<i>Mateo 5:15</i>	=	<i>Lucas 8:16</i>
<i>Mateo 5:18</i>	=	<i>Lucas 16:17</i>
<i>Mateo 7:1-5</i>	=	<i>Lucas 6:37-42</i>
<i>Mateo 7:7-12</i>	=	<i>Lucas 11:9-13</i>

Ahora bien: como ya hemos visto, *Mateo* es esencialmente el evangelio de la enseñanza; su característica es que recoge la enseñanza de Jesús bajo ciertos epígrafes importantes; y es mucho más probable que Mateo agrupara las enseñanzas de Jesús en un esquema general, que que Lucas tomara ese esquema y lo desmembrara, y dispersara sus piezas por todo su evangelio. El Sermón del Monte no es un sermón único que Jesús predicara en una ocasión determinada; es el sumario de Su enseñanza. Se ha sugerido que, después de escoger definitivamente a los Doce, puede que

Jesús se retirara con ellos a algún lugar tranquilo durante una semana o más, y que durante ese tiempo les enseñara todo el tiempo; y el Sermón del Monte es la destilación de esa enseñanza.

LA INTRODUCCIÓN DE MATEO

De hecho, la frase introductoria de Mateo ya nos aclara esto considerablemente.

Viendo las multitudes, Jesús subió a un monte; y Se sentaba, y Sus discípulos se Le acercaban, y Él abría Su boca y les enseñaba.

En este breve versículo hay tres claves acerca del verdadero sentido del Sermón del Monte.

(i) Jesús se puso a enseñarles *después de sentarse*. Cuando un rabino judío estaba impartiendo su enseñanza oficialmente, se sentaba para hacerlo. Nosotros seguimos hablando de las *cátedras* de los profesores, y el que un papa hable *ex cátedra* quiere decir que lo hace desde el asiento de su autoridad. A menudo los rabinos enseñaban cuando estaban de pie o iban andando; pero su enseñanza oficial la daban cuando habían ocupado un asiento. Así pues, la misma observación de que Jesús se sentara es ya una indicación de que Su enseñanza era central y oficial.

(ü) Mateo sigue diciendo que, *abriendo Su boca*, les enseñaba. Esta frase *abriendo Su boca* no es simplemente una perífrasis decorativa para *decir*. Esta frase tiene en griego un doble significado. (a) Se usa para un pronunciamiento solemne, grave y dignificado. Se usa, por ejemplo, del dicho de los oráculos. Es el prefacio natural para un dicho de importancia. (b) Se usa de la manifestación de una persona que abre de veras su corazón y deja fluir su mente y sentimientos totalmente. Se usa de una enseñanza íntima y sin barreras entre maestro y discípulos. De nuevo el mismo uso de esta frase indica que el material del Sermón del Monte no es una pieza ocasional de enseñanza. Es el grave y solemne pronunciamiento sobre cosas centrales; Jesús abría y exponía aquí Su corazón y mente a los que habían de ser Sus hombres de confianza.

(üi) En griego hay, como en español, dos pasados simples: el *aoristo*, que corresponde a nuestro pretérito indefinido y que expresa una acción que tuvo lugar y se completó en el pasado; y el *imperfecto*, como el pretérito imperfecto nuestro, que describe una acción repetida, continua o habitual en el pasado. Compárese: «*asistió* a una conferencia una vez» (aoristo), con «*asistía* a clase regularmente (imperfecto).

Ahora bien: la cosa es que el griego en esta oración que estamos estudiando no está en *aoristo*, sino en *imperfecto*, y por tanto describe una acción repetida o habitual, y podríamos traducirla: «Esto es lo que solía enseñarles.» Mateo nos ha dicho en griego para mayor claridad que el Sermón del Monte no es un sermón de Jesús entre otros, sino la esencia de todo lo que Jesús enseñaba constante y habitualmente a Sus discípulos.

El Sermón del Monte es aún más importante de lo que pensamos. Mateo, en su introducción, quiere hacernos comprender que se trata de la enseñanza oficial de Jesús; que en el Sermón del Monte Jesús les abrió Su mente y corazón a Sus discípulos; que es el sumario de la enseñanza que Jesús solía impartir en Su círculo íntimo. El Sermón del Monte no es nada menos que la memoria concentrada de muchas horas de comunicación de corazón a corazón entre el Maestro y Sus discípulos.

En nuestro estudio del Sermón del Monte vamos a colocar a la cabecera de cada bienaventuranza la traducción de la Reina-Valera; y luego, al foral de su estudio, expresaremos su significado en el lenguaje de hoy.

LA SUPREMA BIENAVENTURANZA

Mateo 5:3

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Antes de estudiar en detalle cada una de las bienaventuranzas hay dos hechos generales que debemos apuntar.

(i) En la primera parte de cada bienaventuranza no hay ningún verbo. Se podría esperar *son* después de la primera palabra, como aparece en las biblias inglesas, en cursiva para indicar que se ha añadido. ¿Por qué es así? Jesús no dijo las bienaventuranzas en griego; Él hablaba arameo, una lengua emparentada con el hebreo. Estas dos tienen una forma de expresión muy corriente, que es en realidad una exclamación y que quiere decir: «¡Oh la bienaventuranza de...!» Esa expresión (*ashré* en hebreo) es muy corriente en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, el primer salmo empieza en hebreo: < ¡Oh la bienaventuranza del hombre que no anda en el consejo de los impíos! » (*Salmo 1:1*), que es la forma que usó Jesús en las bienaventuranzas. Es decir, que las bienaventuranzas no son simplemente afirmaciones, sino exclamaciones: < ¡Oh la bienaventuranza de los pobres en espíritu! »>

Esto tiene mucha importancia, porque quiere decir que las bienaventuranzas no son pías esperanzas de algo que puede ser; no son luminosas pero irreales profecías de alguna futura bienaventuranza; son felicitaciones de algo que ya se es.

La bienaventuranza que pertenece al cristiano no se pospone a algún futuro reino de gloria; es una bienaventuranza que existe aquí y ahora. No es algo en lo que el cristiano *entrará*; es algo donde *ya ha entrado*.

Es verdad que alcanzará su plenitud y su consumación en la presencia de Dios; pero a pesar de eso es una realidad presente que se disfruta aquí y ahora. Las bienaventuranzas dicen en efecto: < ¡Oh la bendición de ser cristiano! ¡Oh el gozo de seguir a Cristo! ¡Oh la diáfana felicidad de conocer a Jesucristo como Maestro, Salvador y Señor! » La misma forma gramatical de las bienaventuranzas es una afirmación de la emoción jubilosa y la radiante dicha de la vida cristiana. Ante la realidad de las bienaventuranzas, un cristianismo triste y tenebroso es inconcebible.

(ü) La palabra *bienaventurado* que se usa en cada una de las bienaventuranzas es una palabra muy especial. Es la palabra griega *makarios*. *Makarios* es un término que se aplica especialmente a los dioses. En el Cristianismo se participa de la alegría de Dios.

El sentido de *makarios* se puede comprender mejor por un uso particular de esta palabra. Los griegos siempre llamaban a la isla de Chipre *hé makaria* (la forma femenina del adjetivo), que quiere decir *La Isla Feliz*, porque creían que Chipre era tan preciosa, tan rica, y tan fértil que no habría necesidad de buscar más allá de sus costas para encontrar la vida perfectamente feliz. Tenía tal clima, tales flores y frutos y árboles, tales minerales, tales recursos naturales que contenía todos los materiales necesarios para la perfecta felicidad.

Makarios, pues, describe ese gozo que tiene su secreto en sí mismo, ese gozo que es sereno e inalterable y autosuficiente, ese gozo que es completamente independiente de todos los azares y avatares de la vida. La palabra española *bienaventuranza* delata su origen. Contiene la palabra *ventura*, que indica que es algo que depende de las circunstancias cambiantes de la vida, algo que la vida puede dar pero puede igualmente destruir. La bendición cristiana es totalmente inexpugnable e indestructible. «Nadie -dijo Jesús- os quitará vuestro gozo» (*Juan 16:22*). Las bienaventuranzas nos hablan de ese gozo que nos busca a través del dolor, ese gozo que la tristeza y la pérdida, el dolor y la angustia, no pueden afectar, ese gozo que brilla a través de las lágrimas, y que nada en la vida o en la muerte puede arrebatar.

El mundo puede ganar sus goces, y los puede igualmente perder. Los cambios de la fortuna, el colapso de la salud, el fracaso de un plan, la desilusión de una ambición, hasta un cambio atmosférico pueden llevarse el gozo frágil que el mundo puede dar. Pero el cristiano tiene el gozo

sereno e inalterable que viene de caminar para siempre en la compañía y en la presencia de Jesucristo.

La grandeza de las bienaventuranzas es que no son vislumbres imaginadas de alguna futura belleza; no son promesas doradas de alguna gloria distante; son gritos triunfantes de bendición por un gozo permanente que nada en el mundo puede arrebatarse.

LA BENDICIÓN DE LOS INDIGENTES

Mateo 5:3 (conclusión)

Parece una manera sorprendente de empezar a hablar acerca de la felicidad el decir: «¡Benditos los pobres en espíritu!» Hay dos enfoques para llegar al sentido de la palabra *pobre*.

Como aparece en las bienaventuranzas en griego, la palabra que se usa para *pobre* es la palabra *ptójos*. Está la palabra *pénes*. *Pénes* describe a la persona que tiene que trabajar para ganarse la vida; la definían los griegos como la palabra que describe a un hombre como *autodiákonos*, es decir, *el hombre que subviene sus propias necesidades con sus propias manos*. *Pénes* describe al trabajador, que no tiene nada superfluo, que no es rico pero tampoco es un indigente. Pero, como ya hemos visto, no es *pénes* la palabra que se usa en esta bienaventuranza sino *ptójos*, que describe *la pobreza absoluta y abyecta*. Está conectada con la raíz *ptóssein*, que quiere decir *encogerse o acobardarse*; y describe la pobreza que golpea hasta poner de rodillas. Como se ha dicho, *pénes* describe al hombre que no tiene nada superfluo; *ptójos* describe al hombre que no tiene absolutamente nada. Eso hace esta bienaventuranza aún más sorprendente. Bendito el hombre que está aquejado por una pobreza abyecta y absoluta. Bendito es el hombre que está absolutamente indigente.

Como ya hemos visto también, las bienaventuranzas no se dijeron originalmente en griego, sino en arameo. Ahora bien, los judíos tenían una manera especial de usar la palabra *pobre*. En hebreo la palabra es *`aní o ebyón*. Estas palabras experimentaron en hebreo un desarrollo de cuatro etapas en su significado. (i) Empezaron significando simplemente *pobre*. (ii) Pasaron a significar, *porque pobre, por tanto no teniendo influencia o poder o ayuda, o prestigio*. (iii) Pasaron a significar, *por no tener influencia, por tanto avasallados y oprimidos por los hombres*. (iv) Por último pasaron a describir *al hombre que, porque no tiene absolutamente ningunos recursos terrenales, pone toda su confianza en Dios*.

Así es que en hebreo la palabra *pobre* se usaba para describir a la persona humilde e indigente que pone toda su confianza en Dios. Es así como usa la palabra el salmista cuando escribe: < Este *pobre* clamó, y le oyó el Señor, y le libró de todos sus temores > (*Salmo 34:6*). De hecho es cierto que en los salmos el pobre, en este sentido del término, es el hombre bueno al que Dios ama. «La esperanza de los pobres no perecerá perpetuamente» (*Salmo 9:18*). Dios libra a los pobres (*Salmo 35:10*). «Por tu bondad, Dios, has provisto para el pobre» (*Salmo 68:10*). < Defenderá la causa de los pobres del pueblo > (*Salmo 72:4*). «Levanta de la miseria al pobre y hace multiplicar sus familias como a rebaños de ovejas» (*Salmo 107:41*). < A sus pobres saciaré de pan > (*Salmo 132:1 132:15*). En todos estos casos, el *pobre* es el humilde, la persona indefensa que ha puesto su confianza en Dios.

Ahora tomemos los dos lados, el griego y el arameo, y juntémoslos. *Ptójos* describe al hombre totalmente indigente, que no tiene absolutamente nada; *`aní y ebyón* describe al pobre, humilde e indefenso que ha puesto toda su confianza en Dios. Por tanto, < benditos los pobres en espíritu > quiere decir:

¡Bendita la persona que es consciente de su total indefensión, y que pone toda su confianza en Dios!

Si una persona es consciente de su total destitución y ha puesto toda su confianza en Dios, entrarán en su vida dos cosas que son como las dos caras de la misma realidad. Estará totalmente *desligado de las cosas*, porque sabrá que las cosas no tienen la capacidad de dar felicidad o seguridad; *dependerá totalmente de Dios*, porque sabrá que sólo Dios puede darle ayuda, y esperanza, y fuerza. La persona que es pobre en espíritu se ha dado cuenta de que las cosas no quieren decir nada, y Dios quiere decir todo.

Debemos tener cuidado con pensar que esta bienaventuranza considera una cosa buena la actual pobreza material. La pobreza no es nada bueno. Jesús no habría llamado nunca bendito a un estado en que las personas viven en chabolas y no tienen suficiente de comer, y en que la salud se deteriora porque todo está en su contra. Esa clase de pobreza es un mal que el Evangelio trata de eliminar. Tampoco se refiere a ser pobres *de espíritu* en el sentido corriente de ser faltos de carácter. La pobreza que es bendita es la pobreza *en espíritu*, cuando la persona se da cuenta de su absoluta falta de recursos para enfrentarse con la vida, y encuentra su ayuda y fuerza solamente en Dios.

Jesús dice que a tal pobreza pertenece el Reino del Cielo. ¿Por qué había de ser así? Si tomamos las dos peticiones de la Oración Dominical y las ponemos juntas:

Venga Tu Reino.

Hágase Tu voluntad en la Tierra como en el Cielo, obtenemos la definición: El Reino de Dios es una sociedad en la que la voluntad de Dios se realiza tan perfectamente en la Tierra como en el Cielo. Eso quiere decir que sólo el que hace la voluntad de Dios es ciudadano del Reino; y sólo podemos hacer la voluntad de Dios cuando somos conscientes de nuestra absoluta indefensión, ignorancia e incapacidad para enfrentarnos con la vida, y cuando ponemos toda nuestra confianza en Dios. La obediencia se funda siempre en la confianza. El Reino de Dios es la posesión de los pobres en espíritu, porque son ellos los que se han dado cuenta de su absoluta incapacidad aparte de Dios, y han aprendido a confiar y a obedecer.

Así pues, esta bienaventuranza quiere decir:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DEL QUE ES CONSCIENTE DE SU PROPIA Y TOTAL INDEFENSIÓN, Y QUE HA PUESTO TODA SU CONFIANZA EN DIOS PORQUE SÓLO ASÍ PUEDE RENDIR A DIOS AQUELLA PERFECTA OBEDIENCIA QUE LE HARÁ CIUDADANO DEL REINO DEL CIELO

LA BIENAVENTURANZA DEL CORAZÓN QUEBRANTADO

Mateo 5:4

Bienaventurados los que lloran, porque recibirán consolación.

Tenemos que notar desde el principio al estudiar esta bienaventuranza que la palabra para *llorar* que se usa aquí es la más fuerte que existe en griego. Es la que se usa para *hacer duelo* por los difuntos, para expresar el apasionado lamento por la muerte de alguien que se ha amado entrañablemente. En la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, se usa del llanto de Jacob cuando dio por muerto a su hijo José (*Génesis 37:34*). Se define como la clase de pesar que se apodera de una persona y que no se puede ocultar. No es sólo un dolor que produce dolor de corazón, sino que hace incontenibles las lágrimas. Aquí tenemos una alucinante clase de bienaventuranza:

¡Bendito el que está de duelo como aquel al que se le ha muerto un ser querido!

Hay tres maneras de tomar esta bienaventuranza.

(i) Se puede tomar literalmente: ¡Bendita la persona que ha soportado el dolor más amargo que puede producir la vida! Los árabes tienen un proverbio: < La luz del sol produce un desierto.> La tierra sobre la que siempre brilla el sol acabará por convertirse en un lugar árido en el que no pueda crecer la vida. Hay ciertas cosas que sólo la lluvia puede producir; y ciertas experiencias que sólo puede germinar el dolor.

La aflicción puede hacer dos cosas por nosotros. Puede mostrarnos, mejor que ninguna otra cosa, la esencial amabilidad de nuestros semejantes; y puede mostrarnos, mejor que ninguna otra cosa, el consuelo y la compasión de Dios. Muchas y muchas personas a la hora del dolor han descubierto a sus semejantes y a Dios como nunca antes. Cuando todo nos va bien es posible vivir años en la superficie de las cosas; pero cuando llega la aflicción le hace a uno profundizar en las cosas de la vida y, si se acepta debidamente, produce una nueva fuerza y belleza en el alma.

Anduve con el Placer, y no hizo más que charlar, pero no me hizo más sabio lo que me llegó a contar.

Anduve con el dolor y no pronunció palabra; ¡y hay que ver lo que aprendí en una breve jornada!

(ü) Algunos han considerado que lo que quiere decir esta bienaventuranza es:

¡Benditas los que están desesperadamente apenados por el dolor y el sufrimiento que hay en el mundo!

Cuando estábamos pensando en la primera bienaventuranza veíamos que siempre está bien desligarse de *las cosas*, pero no desligarse de *las personas*. Este mundo habría sido un lugar mucho más pobre si no hubiera habido en él personas que se interesaban intensamente por las angustias y los sufrimientos de los demás. El Lord Shaftesbury hizo probablemente más por los hombres y mujeres trabajadores y por los niños de lo que haya hecho nunca ningún otro reformador social. Todo ello empezó muy sencillamente. Cuando era un muchacho estudiando en Harrow, iba por una calle un día cuando se encontró con el entierro de un pobre. El ataúd era una caja fea y mal hecha. Lo llevaban en un carro de mano del que iban tirando cuatro hombres que estaban borrachos; mientras tiraban y empujaban iban cantando canciones indecentes y gesticulando y bromeando entre ellos. Cuando iban subiendo una cuesta con el carro, la caja que era el ataúd se cayó del carro, y se reventó. Algunas personas habrían pensado que todo el asunto era de risa; algunos se habrían vuelto, asqueados; algunos habrían movido los hombros y se habrían dicho que aquello no iba con ellos, aunque fuera una pena el que sucedieran esas cosas. El joven Shaftesbury lo vio y se dijo a sí mismo: «Cuando sea mayor voy a dedicar mi vida a que no sucedan cosas así.» Así que dedicó su vida a cuidarse de los demás.

El Cristianismo es cuidarse de los demás. Lo que quiere decir esta bienaventuranza es: ¡Bendito el que se interesa intensamente por los sufrimientos, las angustias y las necesidades de otros!

(üi) Sin duda las dos ideas están en esta bienaventuranza, pero su principal pensamiento es: Bendita la persona que está desesperadamente dolorida por su propio pecado e indignidad.

Como ya hemos visto, el primer mensaje de Jesús fue: «¡Arrepentíos!» Arrepentirse quiere decir tener pesar por los pecados. Lo que realmente cambia a una persona es el encontrarse de pronto cara a cara con algo que le abre *los ojos* a lo que es y puede hacer el pecado. Un chico o una chica pueden vivir a su aire sin pensar en los efectos o las consecuencias; pero cuando algún día sucede algo y el chico o la chica ven la tristeza dolorida en los *ojos* de su padre o su madre, entonces, de pronto, descubren lo que es el pecado.

Ese es el efecto que produce la Cruz en todos nosotros. Cuando miramos a la Cruz, no tenemos más remedio que decir: «Eso es lo que el pecado puede hacer. El pecado puede apoderarse de la vida más encantadora del mundo y aplastarla en una Cruz.» Uno de los grandes efectos de la Cruz es abrirles los ojos a hombres y mujeres al horror del pecado. Y cuando una persona ve el pecado en todo su horror, no puede por menos de experimentar intenso pesar por su pecado.

El Cristianismo empieza por un sentimiento de pecado. Bendita la persona que está intensamente apesadumbrada por su pecado, cuyo corazón se quebranta al pensar en lo que Le ha hecho a Dios y a Jesucristo, la persona que ve la Cruz y se siente oprimida por el estrago que ha causado el pecado.

La persona que ha tenido esta experiencia será, sin duda, consolada; porque esa experiencia es lo que llamamos penitencia -del latín *poenitere*, *dolerse*, *condolerse*-, y al corazón contrito y humillado Dios no despreciará jamás (*Salmo 51:17*). El camino que conduce al gozo del perdón pasa por el dolor desesperado del corazón quebrantado.

El verdadero sentido de la segunda bienaventuranza es:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LA PERSONA QUE TIENE EL CORAZÓN DESTROZADO ANTE EL SUFRIMIENTO DEL MUNDOS Y POR SU PROPIO PECADOS PORQUE EN SU DOLOR ENCONTRARÁ EL GOZO DEL SEÑOR LA BIENAVENTURANZA DE LA VIDA BAJO EL CONTROL DE DIOS

Mateo 5:5

Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad.

En el español actual la palabra *manso* no es una de las palabras honorables de la vida. Ahora conlleva la idea de servilismo, bajeza de carácter, consentimiento al mal e incapacidad o falta de voluntad para resistirse a una afrenta vergonzosa. Nos presenta el retrato de una criatura sumisa e ineficaz. Pero resulta que la palabra *manso* -en griego *praüsera* una de las grandes palabras éticas.

Aristóteles tenía mucho que decir de la cualidad de *la mansedumbre (praotés)*. Aristóteles seguía un método para definir cualquier virtud que consistía en encontrar el término medio entre dos extremos. Por una parte estaba el extremo por exceso; y por la otra, por defecto; y entre ambos estaba la virtud misma, el término medio feliz. Para dar un ejemplo: En un extremo se encontraría el pródigo, y en el otro, el tacaño; y entre ambos, la persona generosa.

Aristóteles define la *mansedumbre (praotés)*, como el término medio entre *orguilotés*, que quiere decir *ira excesiva*, y *aorguésía*, que quiere decir *pasotismo*. *Praotés, mansedumbre*, como veía aristóteles, es el feliz término medio entre la excesiva, y la falta de, ira. Así es que la primera traducción posible de esta bienaventuranza sería:

¡Bendito el que se indigna a su debido tiempo y por la debida causa, y no al contrario!

Si nos preguntamos cuál es el debido tiempo y cuál el contrario diríamos que, por regla general, en la vida no se debe uno enfurecer por un insulto o una injuria que se le hace a 61

personalmente; eso es algo que un cristiano no debe nunca tener en cuenta; pero se debe uno indignar por las injurias que se les hacen a otras personas. La ira egoísta es siempre un pecado; la ira limpia de egoísmo puede ser una de las grandes dinámicas del mundo.

Pero la palabra *praüs* tiene un segundo uso general en griego. Es la que se usa con referencia a un animal que ha sido domesticado, que está acostumbrado a obedecer la palabra de mando, que

ha aprendido a obedecer las riendas. Es la palabra que se usa de un animal que ha aprendido a aceptar el control. Así que la segunda posible traducción de esta bienaventuranza sería:

¡Bendita la persona que tiene bajo control todos sus instintos, impulsos y pasiones! ¡Bendito el que se mantiene total y constantemente bajo su propio control!

Pero en el momento en que decimos esto nos damos cuenta de que necesita un cambio. No se trata tanto de la bendición de la persona que se controla *a sí misma*, porque eso está fuera de la capacidad humana; sino más bien de la persona que está totalmente bajo el control *de Dios*, porque sólo en Su servicio encontramos la perfecta libertad, y en hacer Su voluntad, la paz.

Pero hay todavía un tercer enfoque de esta bienaventuranza. Los griegos contrastaban siempre la cualidad que llamaban *praotés*, y que la Reina-Valera traduce por *mansedumbre*, con la cualidad que llamaban *hysélokardía*, que quiere decir *altivez de corazón*. En *praotés* se encuentra la verdadera humildad que destierra todo orgullo.

Sin humildad no se puede aprender, porque el primer paso en el aprendizaje es ser conscientes de nuestra propia ignorancia. Quintiliano, el gran maestro de oratoria hispanorromano, decía de algunos de sus alumnos: < No me cabe duda de que serían excelentes alumnos si no estuvieran convencidos de que ya lo saben todo. > No se le puede enseñar nada a una persona que cree que ya lo sabe todo. Sin humildad no puede haber tal cosa como amor, porque el verdadero principio del amor es el sentimiento de indignidad. Sin humildad no puede haber verdadera religión, porque toda verdadera religión empieza por un darse cuenta de la propia debilidad y necesidad de Dios. Una persona sólo alcanza su verdadera humanidad cuando es siempre consciente de que es una criatura y Dios es el Creador; y que sin Dios no puede hacer nada.

Praotés describe la humildad, la aceptación de la necesidad de aprender y de la necesidad de ser perdonados. Describe la única actitud adecuada del hombre para con Dios. Así que la tercera posible traducción de esta bienaventuranza sería:

¡Bendito el que tiene la humildad de reconocer su propia ignorancia, debilidad y necesidad!

Es esta mansedumbre, dice Jesús, la que heredará la Tierra. Es un hecho de la Historia que siempre han sido las personas que tenían este don de autocontrol, que teman sus pasiones, instintos e impulsos bajo disciplina, las que han sido verdaderamente grandes. *Números* dice de Moisés, el más grande líder y legislador que ha conocido el mundo: < Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la Tierra > (*Números 12:3*). Moisés no tenía un carácter aguado; no era una ameba que no pudiera erguirse y mantenerse firme; podía ponerse al rojo de ira; pero siempre era un hombre que tenía la ira en la tralla, soltándola sólo en el momento debido. El autor de *Proverbios* dice: < El que domina su espíritu es mejor que el que conquista una ciudad > (*Proverbios 16:32*).

Fue la falta de esa misma cualidad lo que fue la ruina de Alejandro Magno que, en un ataque de genio incontrolado, en medio de una orgía, le arrojó una lanza a su mejor amigo y le mató. Uno no puede guiar a otros a menos que sea dueño de sí mismo; ni puede servir a otros hasta que se haya sometido a sí mismo; ni estar en control de otros si no ha aprendido a controlarse a sí mismo. Pero la persona que se ha sometido al perfecto control de Dios obtendrá esta mansedumbre que de veras de permitirá heredar la Tierra.

Está claro que esta palabra *praūs* quiere decir mucho más y otra cosa que lo que quiere decir ahora la palabra española *manso*; está claro, de hecho, que no hay ninguna palabra española que la traduzca perfectamente, aunque tal vez la palabra *apacible* sea la que más se le aproxime. La traducción completa de esta tercera bienaventuranza debería ser:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DEL QUE SE INDIGNA SIEMPRE A SU DEBIDO TIEMPO Y POR LA CAUSA DEBIDA, Y NO AL CONTRARIOS Y QUE TIENE BAJO CONTROLA PORQUE ÉL MISMO ESTÁ BAJÓ EL CONTROL DE DIOSA TODO INSTINTOS IMPULSO Y PASIÓN Y QUE TIENE LA HUMILDAD DE RECONOCER SU PROPIA IGNORANCIA Y DEBILIDAD: PORQUE TAL PERSONA ES SOBERANA ENTRE LOS SERES HUMANOS

LA BIENAVENTURANZA DEL ESPÍRITU HAMBRIENTO

Mateo 5: 6

Bienaventurados- los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Las palabras no tienen una existencia aislada; existen sobre el trasfondo de la experiencia y del pensamiento; y el significado de cualquier palabra está condicionado por el trasfondo de la persona que la pronuncia. Eso es particularmente cierto de esta bienaventuranza. Les haría a los que la oyeron por primera vez una impresión totalmente diferente de la que nos hace a nosotros.

El hecho es que muy pocos de nosotros en las condiciones modernas de vida sabemos realmente lo que es tener hambre o sed. En el mundo antiguo era muy diferente. El salario diario de un obrero sería el equivalente a 10 pesetas; y, aun teniendo en cuenta la diferencia del valor adquisitivo del dinero, uno no se ponía gordo con tal sueldo. En Palestina, un obrero comía carne sólo una vez por semana; y en Palestina un trabajador o un jornalero nunca estaban muy lejos de la línea que marca la verdadera hambre y la muerte por inanición.

Y esto era todavía más real en el caso de la sed. A la inmensa mayoría de la gente no le era posible abrir un grifo y recibir agua clara y fresca en su casa. Uno podía estar de viaje, y sorprenderle el viento cálido que traía tormentas de arena. No podía hacer nada más que taparse la cabeza con el blusón y ponerse de espaldas al viento y esperar mientras los remolinos de arena se le metían por la nariz hasta la garganta a punto de sofocarle y hasta que se apergaminaba todo de una sed imperiosa. En las condiciones de la vida moderna de Occidente no hay nada parecido a eso.

Así pues, el hambre que describe esta bienaventuranza no es el agradable apetito que se satisface con un bocadillo de media mañana; la sed de la que habla no se podía mitigar con una taza de café o bebida fresca. Era el hambre de la persona a punto de morir de inanición, o la sed del que se morirá si no bebe.

En ese caso, esta bienaventuranza contiene realmente una pregunta y un desafío. En efecto demanda: «¿Hasta qué punto quieres la bondad? ¿La quieres tanto como quiere un hambriento la comida, o el agua el que se está muriendo de sed?» ¿Hasta qué punto es intenso nuestro deseo de bondad?

La mayoría de la gente tiene un deseo instintivo de bondad; pero ese deseo es imaginario y nebuloso más bien que agudo e intenso; y cuando llega el momento de la decisión no están preparados a hacer el esfuerzo y el sacrificio que demanda la bondad real. La mayor parte de la gente sufre de lo que llamaba Roben Louis Stevenson < la enfermedad, tan española, de la desgana.> Sin duda implicaría una gran diferencia en el mundo el que deseáramos la bondad más que ninguna otra cosa.

En primer lugar, hacemos constar que hemos traducido aquí la palabra original *dikaïosyné* por *bondad o integridad* en vez de por *justicia*, porque esta última sugeriría más bien, o exclusivamente, la idea de la justicia que debe reinar en la sociedad, y aun que se nos debe como oprimidos. Naturalmente que es algo que debemos desear apasionadamente; pero en esta bienaventuranza creemos que se trata de una cualidad que uno desea poseer personalmente; no del deseo natural de

que se nos haga justicia o de que haya justicia en el mundo, sino de que la justicia, la bondad de Cristo reine en nuestra vida. En la biblia inglesa se usa en esta bienaventuranza y en otros muchos lugares con este sentido la palabra *righteousness*, no *justice*.

Cuando enfocamos esta bienaventuranza desde este punto de vista es la más exigente, y hasta la más aterradora, de todas. Pero no sólo es la bienaventuranza más exigente; a su propia manera es también la más consoladora. Por detrás de ella está el sentido de que la persona que es bienaventurada no lo es necesariamente porque alcance esta bondad, sino porque la anhela con todo su ser. Si la bendición viniera solamente a la persona que alcanza su objetivo, entonces nadie sería bendito; pero la bendición alcanza a la persona que, a pesar de fallos y fracasos, todavía aspira con un apasionado amor a lo más alto.

H. G. Wells dijo en algún sitio: «Uno puede ser un mal músico, pero estar apasionadamente enamorado de la música.» Robert Louis Stevenson hablaba de los que han llegado hasta a hundirse en las simas más profundas y «llevan todavía adheridos restos de virtud en el burdel o en el cadalso.» Sir Norman Birkett, el famoso abogado y juez, una vez, hablando de los criminales con los que había estado en contacto en su trabajo, hablaba de eso inextinguible de cada persona. La bondad, «el implacable cazador,» está siempre a nuestros talones. La peor de las personas está «condenada a alguna especie de nobleza.»

Lo más maravilloso del hombre no es que es pecador, sino que aun en su pecado le acecha la bondad de tal manera que, hasta en el cieno, nunca puede olvidar del todo las estrellas. David siempre había querido construir el templo de Dios; nunca logró su ambición; se le negó y prohibió; Dios le dijo: «Bien has hecho en tener tal deseo» (1 Reyes 8:18). En Su misericordia, Dios nos juzga, no solamente por nuestros logros, sino también por nuestros sueños. Aunque un hombre nunca alcance la bondad, si toda su vida tiene esta hambre y sed de ella, no está excluido de la bendición.

Hay todavía otro detalle en esta bienaventuranza que aparece claramente en el original. Es una regla de gramática griega (y en esto coincide con la española) que los verbos que indican tener hambre o sed se construyen con el genitivo, que es el caso que se suele expresar en español con la preposición *de*; *del hombre* es el genitivo de *el hombre*. El genitivo que sigue a los verbos de hambre y sed se llama en gramática griega *genitivo partitiva*, porque indica que se tiene hambre o sed de una parte de aquello. Cuando se dice en griego, como es español: «Tengo hambre *de pan*», o: «Tengo sed *de agua*», ya se supone que no quiere todo el pan o el agua que exista, sino solo una parte.

Pero en esta bienaventuranza, lo más corriente es que *justicia* se ponga en acusativo directo y no en genitivo. Ahora bien: cuando un verbo de hambre o sed se pone en griego en acusativo en vez de en genitivo se hambrea *toda aquella cosa*. En el caso del pan quema decir todo el pan, y en el del agua, todo el cacharro que la contiene. Por tanto aquí, la traducción correcta sería:

¡Benditos los que tienen hambre y sed de verdadera y total integridad!

Esto es de hecho lo que pocas veces se quiere. Nos contentamos con parte de la integridad. Un hombre, por ejemplo, puede que sea bueno en el sentido de que, por mucho que se

le buscara, no se le podría encontrar ninguna falta moral. Su honradez y respetabilidad están fuera de duda; pero tal vez sería la clase de persona a la que uno no acudiría para desahogarse contándole algo muy íntimo; se congelaría si lo intentara. Hay una clase de integridad que suele ir acompañada de dureza, intolerancia o falta de simpatía. Esa integridad no es más que parcial.

Esta bienaventuranza nos dice que no hay que conformarse con una bondad parcial. Bendita la persona que tiene hambre desesperada y sed ardiente de la bondad que es total. Ni una gélida impenetrabilidad ni una sensiblera amabilidad bastan.

Así es que la traducción de la cuarta bienaventuranza podría ser algo así:

yAH, LA BIENAVENTURANZA DEL QUE ANHELA UNA INTEGRIDAD TOTAL COMO ANSÍA EL QUE ESTÁ MURIENDO DE HAMBRE EL ALIMENTO Y EL AGUA EL QUE ESTÁ PERECIENDO DE SEDA PORQUE TAL PERSONA ALCANZARÁ UNA COMPLETA SATISFACCIÓN

LA BIENAVENTURANZA DE LA PERFECTA SIMPATÍA

Mateo 5: 7

Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Hasta así expresado, este es sin duda un gran dicho; y es la afirmación de un pensamiento que recorre todo el Nuevo Testamento, que insiste en que para ser perdonados tenemos que ser perdonadores. Como decía Santiago: «Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no muestre misericordia» (*Santiago 2:13*). Jesús termina la parábola del deudor que se negó a perdonar con la advertencia: «Eso es lo que hará Mi Padre celestial con cualquiera de vosotros si no perdonáis de corazón a vuestros hermanos» (*Mateo 18:35*). La Oración Dominical va seguida de dos versículos que explican y subrayan la petición: «Perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.» «Porque si perdonáis a vuestros semejantes sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los demás sus ofensas, tampoco os perdonará vuestro Padre vuestras ofensas» (*Mateo 6:12, 14s*). La enseñanza inconfundible del Nuevo Testamento es que sólo se tendrá misericordia de los misericordiosos.

Pero hay más que eso en esta bienaventuranza. La palabra griega para misericordioso es *eleémón*. Pero, como ya hemos visto repetidas veces, el griego del Nuevo Testamento tal como lo tenemos se remonta a un original hebreo o arameo. La palabra hebrea para misericordia es *jésed*; y es una palabra intraducible. No quiere decir simplemente simpatizar con una persona en el sentido popular de esta palabra; no quiere decir sólo darle a uno lástima de otro que lo pasa mal. *Jésed, misericordia*, quiere decir la capacidad de ponerse uno totalmente en el lugar de otro de manera que ve con sus ojos, piensa con su mente y siente con sus sentimientos.

Está claro que esto es mucho más que una oleada emocional de lástima; exige un esfuerzo deliberado de la mente y de la voluntad. Denota una simpatía que no se da, por así decirlo, desde fuera, sino que viene de una deliberada identificación con la otra persona hasta el punto de ver y sentir como ella. Esto es lo que quiere decir literalmente la palabra *simpatía*. *Simpatía* de deriva de dos palabras griegas -*syn*, que quiere decir *juntamente con*, y *pasjein*, que quiere decir *experimentar o sufrir*-. *Simpatía* quiere decir etimológicamente *experimentar las cosas juntamente con otra persona*, pasar literalmente lo que está pasando.

Esto es precisamente lo que muchas personas ni siquiera intentan jamás, y hasta lo evitan conscientemente. La mayor parte de la gente está tan preocupada con sus propios sentimientos que no tiene gran interés en los de los demás. Cuando les da pena de alguien es, como si dijéramos, desde fuera; no hacen el esfuerzo consciente de meterse dentro del corazón y de la mente de la otra persona hasta el punto de ver y sentir las cosas como las ve y siente ella.

Si hiciéramos de veras este esfuerzo deliberado, y si llegáramos a identificarnos -hacernos idénticas- con la otra persona, las cosas nos parecería muy diferentes.

(i) Nos salvaría de ser amables equivocadamente. Hay en el Nuevo Testamento un ejemplo sobresaliente de amabilidad instintiva y equivocada. Se encuentra en el relato de la visita que hizo Jesús a Sus amigos de Betania (*Lucas 10:38-42*). Cuando Jesús los fue a ver, la Cruz estaba ya

esperándole a pocos pasos. Lo que más quema Jesús sería una oportunidad para descansar y relajarse de aquella terrible tensión un poquito de tiempo.

Marta amaba a Jesús; Él era su huésped más bienvenido; y como Le amaba tanto, quería ofrecerle la mejor comida que pudiera preparar. Estaba yendo y viniendo entre el tintineo de platos y cacharros y cubiertos... que serían una tortura para los nervios tensos de Jesús, Que lo que más necesitaba era tranquilidad.

Marta quería ser amable... y no podría haber sido más cruel. Pero María comprendió que lo único que quería Jesús era paz. A menudo, cuando queremos ser amables, ofrecemos la amabilidad a nuestra manera, y la otra persona la tiene que aceptar así, quiéralo o no. Nuestra amabilidad sería doblemente amable, y evitaría mucha crueldad involuntaria, si nos tomáramos la molestia de introducirnos en el interior de la otra persona.

(ü) Nos haría el perdonar y la tolerancia mucho más fáciles. Hay un principio en la vida que olvidamos muchas veces: que siempre hay una razón para que una persona piense y actúe de cierta manera; y, si conociéramos esa razón, nos sería mucho más fácil comprender y simpatizar y perdonar. Si una persona actúa, según nuestra manera de pensar, equivocadamente, puede que sea porque ha pasado por experiencias que hacen actuar así. Una persona inquieta o descortés puede que se manifieste así porque está preocupada o sufriendo algún dolor. Si una persona nos trata mal, puede que sea por algo que tiene en la mente, equivocado... o no.

El proverbio francés puede que tenga razón: «Conocerlo todo es perdonarlo todo;» pero nunca llegaremos a conocerlo todo si no hacemos el esfuerzo determinado de meternos dentro del corazón y la mente de la otra persona.

(üi) En último análisis, ¿no fue eso lo que hizo Dios en Jesucristo? En Jesucristo, en el sentido más literal, Dios se introdujo en el interior de la persona humana. Vino como un hombre: viendo las cosas con ojos humanos, sintiéndolas con sentimientos humanos, pensándolas con una mente humana. Dios sabe cómo es la vida, porque Se introdujo hasta su interior más íntimo.

La reina Victoria de Inglaterra era muy amiga del rector Tulloch, de la universidad de Saint Andrews, y su esposa. El príncipe Albert murió, y la reina Victoria se quedó sola. Precisamente por el mismo tiempo murió el rector Tulloch, y la señora Tulloch se quedó sola. Sin previo aviso, la Reina vino a visitar a la señora Tulloch, que estaba descansando en su habitación. Cuando le anunciaron a la Reina, la señora Tulloch se dio toda la prisa que pudo para levantarse y hacer una reverencia. La Reina dio un paso al frente y le dijo: < Querida mía, no te levantes. Hoy no vengo como la Reina a una de sus súbditas, sino como una mujer que ha perdido a su marido a otra en la misma situación.>

Eso es precisamente lo que hizo Dios; vino a la humanidad, no como el Dios soberano, distante, remoto, aislado, mayestático; sino como un hombre. El ejemplo supremo de *misericordia, jésed*, es la venida de Dios al mundo en Jesucristo.

Sólo los que muestren esta misericordia recibirán misericordia. Esto es verdad a nivel humano, porque es la gran verdad de la vida que veremos en otras personas el reflejo de nuestras actitudes. Si no tenemos interés por nadie, así serán ellos con nosotros. Si ven que nos preocupamos, su corazón responderá preocupándose. Y es absolutamente cierto en el lado divino, porque el que muestra esta misericordia ha llegado nada menos que a parecerse a Dios.

Así que la traducción de la quinta bienaventuranza podría ser:

JAH, LA BIENAVENTURANZA DE LA PERSONA QUE SE PONE HASTA TAL PUNTO EN EL LUGAR DE LOS DEMÁS QUE PUEDE VER CON SUS OJOS PENSAR CON SU MENTE Y SENTIR CON SU CORAZÓN PORQUE EL QUE ES ASÍ CON LOS DEMÁS DESCUBRIRÁ QUE LOS DEMÁS HACEN LO MISMO CON ÉL Y SABRÁ QUE ESO ES LO QUE DIOS HA HECHO EN JESUCRISTO LA BIENAVENTURANZA DEL CORAZÓN LIMPIO

Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios.

Aquí tenemos una bienaventuranza que exige que toda persona que la lea se detenga, piense y haga un examen de conciencia.

La palabra griega para limpio es *katharós*, que tiene una variedad de usos, cada uno de ellos con algo nuevo que añadir al sentido de esta bienaventuranza para la vida cristiana.

(i) En su origen quería decir simplemente limpio, y podía usarse, por ejemplo, de la ropa sucia que se había lavado para que volviera a estar limpia.

(ü) Se usa frecuentemente del trigo que se había aventado y cribado para dejarlo limpio de polvo y paja. En sentido figurado se usa de un ejército que se ha limpiado de soldados descontentos, cobardes o flojos, y que está formado exclusivamente de luchadores de primera categoría.

(üi) Suele aparecer corrientemente en compañía de otro adjetivo griego, *akératos*. *Akératos* se usa de la leche o el vino sin adulterar, y del metal que no tiene ni la más ligera aleación.

Así pues, el sentido básico de *katharós* es *sin mezcla ni adulterio ni aleación*. Es por esto por lo que esta bienaventuranza es tan exigente. Podría traducirse:

¡Bendita la persona cuyos motivos son siempre totalmente sin mezcla, porque verá a Dios!

Rara vez se da el caso, hasta en nuestras acciones mejores, de que no haya la menor mezcla de motivos. Si nos entregamos total y generosamente a alguna buena causa, puede que nos quede en el corazón algún resto de propia satisfacción y aprobación, alguna complacencia en la gratitud y alabanza y crédito que cosechamos. Si hacemos algo bueno que requiere algún sacrificio por nuestra parte, puede que no estemos totalmente libres del sentimiento de que otros verán en nosotros algo heroico, y nos considerarán mártires.

Hasta un predicador que sea sincero no está totalmente libre del peligro de la propia satisfacción de haber predicado un buen sermón. ¿No fue Juan Bunyan el que le contestó tristemente a uno que le dijo que su sermón había sido muy bueno: «Sí, ya lo sé; ya me lo ha dicho el diablo cuando me bajaba del púlpito»?

Esta bienaventuranza nos exige el más severo examen de conciencia. ¿Hacemos nuestro trabajo para aportar un servicio o para que nos lo paguen? ¿Cumplimos con nuestro trabajo por motivos de servicio o de paga? ¿Prestamos nuestro servicio por generosidad o por egoísmo? ¿Hacemos lo que hacemos en la iglesia para el Señor o para nuestro propio prestigio? ¿Vamos a la iglesia para encontrarnos con Dios o para cumplir con una costumbre o para que se nos considere respetables? ¿Es nuestra vida de oración y meditación inspirada por un deseo sincero de comunión con Dios o porque nos da un sentimiento agradable de superioridad? ¿Cultivamos la vida espiritual porque somos supremamente conscientes de nuestra necesidad de Dios en lo más íntimo de nuestro ser, o porque nos producen un sentimiento de comodidad y bienestar los pensamientos piadosos? El examinar nuestros propios motivos produce inquietud y vergüenza, porque hay pocas cosas en este mundo que aun los mejores de nosotros pueden hacer sin tener motivos diversos y discutibles.

Jesús pasó a decir que sólo los puros de corazón verán a Dios. Es uno de los simples hechos de la vida que vemos sólo lo que estamos dispuestos a ver. Y eso es verdad no solamente en el sentido físico, sino en todos.

Si una persona comente mira los cielos en una noche clara, no ve nada más que una inmensidad de puntitos de luz; ve sólo lo que está capacitado para ver. Pero en los mismos cielos un astrónomo podrá llamar a las estrellas y los planetas por sus nombres, y moverse entre ellos como entre amigos; y un marino podrá encontrar en los mismos cielos el medio para llevar su navío al puerto

deseado por un mar sin caminos trazados. Francisco García Navarro nos cuenta su llegada a Jaca el 1/1/32, donde le estaba esperando el pastor y maestro don Salvador Ramírez con sus hijos varones. < En el camino de la estación de Jaca -nos cuenta-, ya anochecido, la conversación emprendida por D. Salvador, más dirigida a sus hijos que a mí, consistió en una grata y eficaz lección planetaria, mientras nos hacía contemplar el firmamento tan pletórico de belleza como de estrellas rutilantes. Pura lección que corroboraba, decía, las palabras del Salmista: < Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de Sus manos» (Salmo 19:1). Fue para mí un placer escucharle en silencio, porque planteó la localización de estrellas y sus nombres, el movimiento y función de cada una, las constelaciones y su distinción, las galaxias y su formación, los años luz de distancia que nos separan de ellas y la perfección del Universo regido por leyes inalcanzables dictadas por el único Dios y Creador.> Buen comienzo, pensó Francisco García Navarro, de los descubrimientos que había de hacer con tan sabio < ayo» en los caminos de la teología, la moral y la educación.

Una persona comente que vaya dándose un paseo por los caminos del campo no verá en los setos nada más que un amasijo de arbustos y espinos. Un botánico experimentado se fijará en cada cosa, llamándola por su nombre y conociendo su uso; y puede que hasta descubra algo de rareza y valor extraordinarios, porque tiene ojos para ver.

Si ponemos a dos personas en una habitación llena de cuadros antiguos, la que no tenga conocimiento ni habilidad no verá la diferencia que hay entre una pieza maestra y una copia sin valor, mientras que un experto crítico de arte descubrirá un valor incalculable en una pintura que otros pasarían de largo sin fijarse siquiera.

Hay personas de mente sucia que ven en cualquier situación un material para una observación soez o un chiste sucio. En cualquier esfera de la vida, cada uno ve lo que está capacitado para ver.

Así, dice Jesús, son solamente los puros de corazón los que verán a Dios. Es una seria advertencia para que recordemos que cuando mantenemos la limpieza de corazón por la gracia de Dios, o cuando lo ensuciamos por malicia humana, estamos capacitándonos o incapacitándonos para ver algún día a Dios.

Así pues, esta sexta bienaventuranza podría leerse de la forma siguiente

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LA PERSONA CUYOS
MOTIVOS SON ABSOLUTAMENTE PUROS PORQUE AL
GÚN DÍA ESTARÁ CAPACITADA PARA CONTEMPLAR A
Dios!

LA BIENAVENTURANZA
DE RECONCILIAR A LOS DESAVENIDOS

Mateo 5:9

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.

Debemos empezar el estudio de esta bienaventuranza investigando algunas cuestiones de significado de palabras.

(i) Primero, tenemos la palabra *paz*. En griego la palabra es *eiréné*, y en hebreo *shalóm*. En hebreo, *paz* no es nunca un estado negativo; nunca quiere decir exclusivamente la ausencia de guerra; siempre quiere decir *todo lo que contribuye al bienestar supremo del hombre*. En el Oriente cuando un hombre le dice a otro: *¡Salám!* -que es la misma palabra- no quiere decir que le desea al otro solamente la ausencia de males; le desea la presencia de todos los bienes. En la Biblia, *paz*

quiere decir no solamente liberación de todos los problemas, sino disfrutar de todas las cosas buenas.

(ü) Segundo, debemos fijarnos con cuidado en lo que nos dice esta bienaventuranza. La bendición es para los *que hacen* la paz fue es lo que quiere decir etimológicamente *pacificadores o apaciguadores*- no necesariamente para los *que aman* la paz. Sucede a menudo que, si una persona ama la paz de una manera equivocada, conseguirá crear problemas y no paz. Puede que permitamos, por ejemplo, que se desarrolle una situación amenazadora y peligrosa, y que nuestra defensa sea no intervenir para mantener la paz. Hay mucha gente que piensa que eso es amar la paz, cuando lo que se está haciendo en realidad es amontonar problemas para el futuro, porque se rehuye arrostrar la situación y tomar las medidas que demanda. La paz que la Biblia llama bendita no viene de evadir las situaciones conflictivas, sino de arrostrarlas, tratarlas y conquistarlas. Lo que esta bienaventuranza demanda no es una aceptación pasiva de las cosas por miedo a los contratiempos que pueda traer el intervenir en ellas, sino el enfrentarnos activamente con las cosas y hacer la paz, aunque el camino de la paz pase por el conflicto.

(üi) La versión Reina-Valera dice que los pacificadores serán llamados *hijos* de Dios. Esto es lo que quiere decir literalmente la palabra griega *hyioí*. Esta es una expresión típicamente hebrea. El hebreo no es rico en adjetivos, y cuando quiere describir algo, a menudo usa, no un adjetivo, sino la frase *hijo de...* seguido de un nombre abstracto. De aquí que se llame a un hombre *un hijo de paz* en vez de *una persona pacífica*. A Bernabé se le llama *hijo de consolación* en vez de *consolador y confortador*. Esta bienaventuranza dice: Benditos los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios; lo que quiere decir: Benditos los pacificadores porque realizarán una obra característica de Dios. El que hace la paz está involucrado en la misma obra que hace el Dios de paz (*Romanos 1 S: 33; 2 Corintios 13:11; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 13:20*).

Se ha buscado el sentido de esta bienaventuranza por tres líneas diferentes.

(i) Se ha sugerido que, puesto que *Shalom* quiere decir todo lo que contribuye al bien supremo del hombre, esta bienaventuranza quiere decir: Benditos los que hacen este mundo un lugar más idóneo para que viva en él toda la humanidad. Abraham Lincoln dijo una vez: «Me moriré cuando sea, pero me gustaría que se dijera de mí que arranqué una ortiga y planté una flor donde pensé que podía crecer.» Según esto, ésta sería la bienaventuranza de los que han elevado un poco el mundo.

(ü) La mayor parte de los primeros estudiosos de la Iglesia tomo esta bienaventuranza en un sentido puramente espiritual, y sostuvo que quería decir: Bendita la persona que hace la paz en su propio corazón y alma. En cada uno de nosotros hay un conflicto interior entre el bien y el mal, que tiran de nosotros en sentidos opuestos; todos somos hasta cierto punto una guerra civil en marcha. Feliz, por tanto, es el que ha ganado la paz interior en la que ha quedado superado su conflicto íntimo, y puede darle todo su corazón a Dios.

(üi) Pero queda todavía otro significado para esta palabra *paz*. Es un sentido sobre el cual les encantaba discurrir a los rabinos judíos, y es casi seguro el sentido que Jesús tenía en mente. Los rabinos judíos sostenían que la tarea suprema que una persona puede llevar a cabo es establecer *relaciones correctas* entre persona y persona. Eso era lo que Jesús quería decir.

Hay personas que son siempre centros tempestuosos de problemas y amargura y lucha. Dondequiera que están, están siempre metidos en peleas entre ellos o provocándolas entre los demás. Son personas que causan problemas. Hay muchas así en casi todas las sociedades e iglesias, que están realmente haciéndole al diablo su trabajo. Por otra parte -gracias a Dios- hay personas en cuya presencia no puede sobrevivir la amargura, personas que hacen de puentes, que cierran las grietas, que endulzan las amarguras. Tales personas hacen un trabajo semejante al de Dios, porque el gran propósito de Dios es hacer que haya paz para cada persona consigo misma y entre unas y otras personas. El que divide a las personas está haciendo la obra del diablo; el que une a las personas está haciendo la obra de Dios.

Así pues, esta bienaventuranza podría leerse:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LOS QUE PRODUCEN RELACIONES COMO ES DEBIDO ENTRE LAS PERSONAS PORQUE ESTÁN HACIENDO ALGO QUE RECUERDA A Dios!

LA BIENAVENTURANZA DE SUFRIR POR CRISTO

Mateo 5:10-12

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros.

Una de las cualidades sobresalientes de Jesús era su honradez diáfana. Nunca dejó a nadie en duda en cuanto a lo que le sucedería si escogía seguirle. Estaba seguro de que había venido < No para hacer la vida fácil, sino para hacer a la gente grande.»

Nos cuesta darnos cuenta de lo que tuvieron que sufrir los primeros cristianos. Todos los compartimientos de su vida se desquiciaron.

(i) Su cristianismo descabalaría su *trabajo*. Supongamos que uno era mampostero. Esa parece una profesión bastante inofensiva. Pero supongamos que su empresa tenía un contrato para construir un templo de uno de los dioses paganos. ¿Qué haría ese hombre? Supongamos que un cristiano era sastre, y que encargaban en su taller túnicas para los sacerdotes paganos. ¿Qué haría ese hombre? En una situación semejante en la que los primeros cristianos se encontrarían, apenas existiría algún trabajo en el que un cristiano no tuviera conflicto entre sus intereses comerciales y su lealtad a Jesucristo.

La Iglesia estaría sin duda donde estaba la obligación de la persona. Más de cien años después de esto, un hombre le fue a Tertuliano con este mismo problema. Le hablo de sus dificultades comerciales. Acabó diciendo: «¿Qué puedo hacer? ¡Tengo que vivir!» «¿Estás seguro?», dijo Tertuliano. Si había que escoger entre la lealtad y la vida, un verdadero cristiano no dudaba nunca en escoger la lealtad.

(ü) Su cristianismo descabalaría sin duda su vida *social*. En el mundo antiguo, la mayor parte de las fiestas se celebraban en el templo de algún dios. En muy pocos sacrificios se quemaba todo el animal en el altar. A veces no se quemaban más que unos pelillos de la cabeza de la bestia como un sacrificio simbólico. Los sacerdotes recibían como gajes de su oficio parte de la carne, y otra parte se le devolvía al adorador. Con su parte, hacía una fiesta con sus parientes y amigos. Uno de los dioses más comentados era Serapis. Cuando la fiesta se celebraba en su templo, las invitaciones decían algo así: < Te invito a cenar conmigo a la mesa de nuestro señor Serapis.»

¿Podría un cristiano participar en una fiesta que se celebraba en un templo pagano? Hasta las comidas ordinarias en las casas empezaban con una libación, una copa de vino que se derramaba en honor de los dioses. Era como nuestro dar gracias a Dios por la comida. ¿Podía un cristiano participar en un gesto de culto pagano así? De nuevo vemos que la respuesta cristiana era clara. Un cristiano tenía que desconectarse de sus compañeros antes que prestar su aprobación a tales cosas con su presencia. Uno tenía que estar dispuesto a quedarse solo para ser cristiano.

(üi) Lo peor de todo: su cristianismo podía llegar a traerle problemas en su vida *familiar*. Sucedió una y otra vez el que un miembro de la familia se hacía cristiano y los otros no. Una mujer se podía hacer cristiana y su marido no. Lo mismo podía suceder con un hijo o una hija. Inmediatamente

surgía una división en la familia. A menudo se le cerraba la puerta en la cara para siempre al que había aceptado a Cristo.

El cristianismo traía a menudo, no paz, sino una espada que dividía las familias. Era literalmente cierto que una persona tenía que amar a Cristo más que a su padre, madre, esposa, hermano o hermana. El cristianismo suponía a menudo escoger entre las personas más queridas y Jesucristo. Además, los castigos que tenía que sufrir un cristiano eran terribles más allá de toda descripción. Todo el mundo sabe de los cristianos que se les echaban a los leones o se quemaban en el patíbulo; pero éstas eran muertes piadosas. Nerón envolvía a los cristianos en betún y les prendía fuego para usarlos como antorchas vivientes en sus jardines. Los cubría con pieles de animales salvajes y les lanzaba perros de caza para que los descuartizaran. Eran torturados en el potro; les arrancaban la piel con garfios; les echaban por encima plomo derretido; les fijaban planchas de bronce al rojo vivo en las partes más sensibles del cuerpo; les vaciaban los ojos; les cortaban partes del cuerpo y las asaban ante sus ojos; les abrasaban las manos y los pies mientras les echaban agua fría para prolongar su agonía. No es agradable pensar en estas cosas; pero uno tenía que estar dispuesto a sufrirlas si estaba de parte de Cristo. Podríamos muy bien preguntarnos por qué perseguían los romanos a los cristianos. Parece algo extraordinario el que una persona que viviera la vida cristiana se considerara una víctima apropiada para la persecución y la muerte. Había dos razones.

(i) Se habían extendido algunas calumnias acerca de los cristianos, de las cuales los judíos eran responsables en no poca medida.

(a) Se acusaba a los cristianos de canibalismo. Las palabras de la última Cena -«Esto es Mi cuerpo» «Esta copa es el nuevo Testamento en Mi sangre»- se tomaban y tergiversaban para hacer creer que los cristianos sacrificaban a un niño para comérselo.

(b) Se acusaba a los cristianos de prácticas inmorales, y se decía que sus reuniones eran orgías indecentes. La reunión semanal de los cristianos se llamaba Agapé, la Fiesta del Amor; y ese nombre se interpretaba maliciosamente. Los cristianos se saludaban con el beso de la paz; y también esto se usó para construir acusaciones calumniosas.

(c) Se acusaba a los cristianos de ser incendiarios. Es verdad que hablaban del próximo fin del mundo, y revestían su mensaje con cuadros apocalípticos del mundo en llamas. Sus calumniadores tomaban esas palabras y las interpretaban como amenazas de terrorismo político y revolucionario.

(d) Se acusaba a los cristianos de deshacer los vínculos familiares. De hecho, por causa del Cristianismo se producían divisiones en las familias, como ya hemos visto; así que el Cristianismo se representaba como algo que causaba división entre marido y mujer, y que desarticulaba el hogar. Había suficientes calumnias inventadas por gente maliciosa.

(ii) Pero el mayor campo de persecución era, de hecho, el político. Pensemos en la situación. El imperio romano abarcaba a casi todo el mundo conocido, desde las Islas Británicas hasta el Éufrates, y desde Alemania hasta el Norte de África. ¿Cómo podía amasarse hasta cierto punto una amalgama tan vasta de pueblos? ¿Qué principio unificador se podía encontrar? En un principio se encontró en el culto de la diosa Roma, el espíritu de Roma. Este era un culto que los pueblos de las provincias daban de buena voluntad, porque Roma les había traído paz y buen gobierno, orden y justicia. Se limpiaron las carreteras de bandidos y los mares de piratas; los déspotas y tiranos fueron desterrados por la imparcial justicia romana. La gente de las provincias estaba muy dispuesta a ofrecer sacrificios al espíritu del Imperio que había hecho tanto por ella.

Pero del culto de Roma se pasó a otro objeto. Había un hombre que era la personificación del imperio romano, en quien podría decirse que Roma se encarnaba, y ese hombre era el emperador; así es que llegó a considerársele un dios, y se le empezaron a dar honores divinos y a levantarse templos a su divinidad. No fue el gobierno romano el que inició este culto; de hecho, en su principio, hizo todo lo posible para desanimarlo. El emperador Claudio, decía que lamentaba que se le dieran honores divinos a cualquier ser humano. Pero, con el paso de los años, el gobierno romano vio en el culto al emperador la única práctica que podía unificar el vasto imperio romano; ahí había un centro

en el que se podían reunir todos sus habitantes. Así es que acabó por, no sólo aceptar, sino imponer el culto al emperador. Una vez al año, todas las personas tenían que presentarse y quemar una pizca de incienso a la divinidad del César y decir: «César es señor.» Y eso era precisamente lo que los cristianos se negaban a hacer. Para ellos, Jesucristo era el único Señor, y no le darían a ningún ser humano ese título que pertenecía exclusivamente a Cristo.

Está claro que el culto al César era una prueba de lealtad política más que ninguna otra cosa. De hecho, cuando un hombre había quemado su pizquita de incienso y repetido la fórmula, recibía un certificado, un *libellus*, de que lo había hecho, y luego podía ir y dar culto a cualquier dios, siempre que no fuera contra la decencia y el orden público. Los cristianos se negaron a someterse. Al enfrentarse con el dilema «César o Cristo» no vacilaban en su elección: sólo Cristo. Se negaban en redondo a una componenda. El resultado era que, por muy bueno que fuera el hombre, aunque fuera un ciudadano excelente, quedaba fuera de la ley automáticamente. En el vasto imperio romano no se podían tolerar bloques de desafectos, y eso era exactamente lo que las autoridades romanas consideraban ser las congregaciones cristianas. Un poeta ha hablado de «*El agobiado, acurrucado rebañito cuyo crimen era Cristo.*»

El único crimen de los cristianos era que colocaban a Cristo por encima del César; y por esa suprema lealtad murieron los cristianos a millares y arrojaron la tortura por causa de la exclusiva supremacía de Jesucristo.

LA BIENAVENTURANZA DEL SENDERO ENSANGRENTADO

Mateo 5:10-12 (conclusión)

Cuando vemos cómo surgió la persecución, estamos en posición de ver la verdadera gloria del sendero de los mártires. Puede que nos parezca extraordinario el hablar de la bienaventuranza de los perseguidos; pero para los que tengan ojos para ver más allá del presente inmediato, y una mente capaz de comprender la grandeza de las cuestiones implicadas, tiene que haber habido gloria en el sendero ensangrentado.

(i) El tener que sufrir persecución era una oportunidad de demostrar la fidelidad a Jesucristo. Uno de los mártires más famosos fue Policarpo, el anciano obispo de Esmirna. El populacho le arrastró al tribunal del magistrado romano. Se le presentó la disyuntiva de costumbre: ofrecer sacrificio a la divinidad del César o morir. «Ochenta y seis años -fue su respuesta inmortal- he servido a Cristo, y jamás me ha hecho ningún mal. ¿Cómo voy a blasfemar a mi Rey, Que me salvó?» Así es que le llevaron al patíbulo, donde él hizo su última oración: « ¡Oh Señor Dios todopoderoso, Padre de Tu muy amado y siempre bendito Hijo, por medio de Quien hemos recibido Tu conocimiento... Te doy gracias por considerarme digno en Tu gracia de este día y hora.» Se le había concedido la oportunidad suprema de demostrar su lealtad a Jesucristo.

En la 1 Guerra Mundial, el poeta Rupert Brooke fue uno de los que murieron demasiado jóvenes. Antes de salir al combate, escribió:

«Gloria sea a Dios, que nos ha tenido por dignos de esta hora.»

Muchos de nosotros puede que no hayamos hecho nunca en nuestra vida nada que pudiera considerarse un verdadero sacrificio por Jesucristo. El momento en que parece probable que el Cristianismo nos cueste algo es el momento cuando tenemos la posibilidad de demostrar nuestra lealtad a Jesucristo de una manera que otros puedan ver.

El tener que sufrir persecución es, como dijo el mismo Jesús, recorrer el mismo camino que recorrieron los profetas, y los santos, y los mártires. El sufrir por lo justo es ganarse un puesto en una gran sucesión. La persona que tiene que sufrir algo por su fe puede levantar bien alta la cabeza y decir

< Hermanos, vamos marchando por la senda que abrieron los santos.>

(iii) Tener que sufrir persecución es participar en una gran ocasión. Siempre resulta emocionante aunque sólo sea estar presente en las grandes ocasiones, el estar allí cuando algo memorable y crucial está teniendo lugar. Pero hay una emoción todavía mayor en tomar parte, aunque sea pequeña, en el acontecimiento. Ese era el sentimiento acerca del cual escribió Shakespeare un pasaje inolvidable de su *Enrique V*, en las palabras que puso en boca del rey antes de la batalla de Agincourt:

«EL que viva este día y llegue a la vejez festejará a los suyos de este día la víspera, porque dirá: «Mañana es día de san Crispín.» Mostrará remangado todas sus cicatrices, y dirá: «Estas heridas obtuve en san Crispín.»»

Caballeros ingleses que ahora están en la cama se tendrán por malditos porque aquí no estuvieron, y los tendrán por menos siempre que alguno hable que luchó con nosotros el día de san Crispín.»

Cuando uno es llamado a sufrir algo por el Evangelio, ese es siempre un momento crucial. Es la gran ocasión; es la colisión entre el mundo y Cristo; es un momento del drama de la eternidad. Tener un papel en tal escena no es un castigo, sino una gloria. «Alegraos de ese momento -dice Jesús- y estad contentos.» La palabra para *estar contentos* es el verbo griego *agal. liasthai*, que procede de dos palabras que quieren decir *dar un salto extraordinario*. Es un gozo como para saltar de alegría. Como se ha dicho acertadamente, es el gozo del escalador que ha alcanzado la cima, y que salta de alegría porque ha conquistado la montaña.

(iv) Sufrir persecución es ponérselo más fácil a los que vendrán detrás: Hoy disfrutamos la bendición de la libertad gracias a las personas que estuvieron dispuestas a pagar por ella sangre, sudor y lágrimas. Nos lo pusieron más fácil; y mediante un firme e inalterable testimonio de Cristo nosotros también se lo pondremos más fácil a los que vengan detrás.

En la construcción del gran pantano de Hoover en América hubo hombres que perdieron la vida en aquel proyecto que había de volver una región polvorienta en tierra fértil. Cuando se completaron las obras, se pusieron los nombres de los que habían muerto en la empresa en una lápida que se colocó en el gran muro del pantano, con esta inscripción: «Estos murieron para que el desierto se regocijara y floreciera como la rosa.»

El que pelea la batalla por Cristo siempre hará las cosas más fáciles para los que vengan detrás. Para ellos habrá un obstáculo menos que superar en el camino.

(v) Además, otra cosa: no hay nadie que sufra persecución en solitario. Si un cristiano es llamado a sufrir pérdidas materiales, el fallo de los amigos, calumnia, soledad, hasta la muerte por amor, por sus principios... no se encontrará solo. Cristo estará más cerca de él que en ninguna otra situación de su vida.

La antigua historia del libro de *Daniel* nos cuenta que echaron en el horno, ardiente siete veces más de lo corriente, a Sadrac, Mesac y Abednego por no ceder en su lealtad a Dios. Los consejeros observaban. « ¿No echaron al fuego a tres hombres atados? -preguntó el rey; y exclamó:- ¡Pues yo veo a cuatro, desatados, paseándose en medio del fuego, y no les ha pasado nada; y el aspecto del cuarto es de hijo de los dioses!» (*Daniel 3:19-25*).

Como dice Browning en *Christmas Eve and Easter Day -Nochebuena y el Día de Resurrección-*, poniendo estas palabras en boca de un mártir cristiano de las catacumbas:

Nací débil, y no teniendo nada, un pobre esclavo; pero la miseria no podía guardarnos de la envidia del César a los que Dios había dado en Su gracia la perla de gran precio.

Por tanto, con las fieras en el circo luché dos veces, y otras tres sus leyes crueles sobre mis hijos se ensañaron.

Pero, por fin, mi libertad obtuve, aunque tardaron en quemarme vivo. Entonces una Mano descendió, y sacando mi alma de las llamas la condujo de Cristo a la presencia, a Quien ahora veo en plena gloria. Mi hermano Sergio es el que ha escrito en la pared este mi testimonio. En cuanto a mí, ya lo he olvidado todo.

Cuando un cristiano tiene que sufrir algo por su fe, es entonces cuando se encuentra en la más íntima compañía posible con Cristo.

Sólo nos queda por hacer una pregunta: ¿Por qué es esta persecución tan inevitable? Lo es porque la Iglesia, cuando es realmente la Iglesia, no tiene más remedio que ser la conciencia de la nación y de la sociedad. La Iglesia debe alabar lo bueno; pero debe igualmente condenar lo malo, y se hará todo lo posible para silenciar la molesta voz de la conciencia. No es el deber del cristiano individual el descubrir las faltas, criticar y condenar; pero bien puede ser que su misma actitud y conducta sea una condena tácita de las vidas de los no cristianos, y él no podrá escapar a su odio.

No es probable que nos espere la muerte por nuestra lealtad a la fe cristiana; pero los insultos le esperan siempre al que es fiel al honor cristiano. Las burlas le esperan al que practica el amor y el perdón cristiano. Puede que al cristiano le espere una persecución real en la industria si insiste en cumplir fielmente con su trabajo diario. Cristo sigue necesitando Sus testigos; Necesita personas que estén dispuestas, no sólo a morir por Él, sino también a vivir por Él. La contienda cristiana y la gloria cristiana siguen existiendo como entonces.

LA SAL DE LA TIERRA

Mateo 5:13

Vosotros sois la sal de la tierra; pero cuando la sal ha perdido su sabor, ¿cómo se le podrá restaurar? Ya no sirve para nada bueno, así es que se tira a la calle para que la pisoteen.

Cuando Jesús dijo esto puso a disposición de la humanidad una expresión que se ha convertido en el mayor cumplido que se le puede hacer a nadie. Cuando queremos hacer hincapié en los quilates del carácter y de la utilidad de alguien decimos: «personas así son la sal de la tierra.»

En el mundo antiguo la sal se apreciaba altamente. Los griegos llamaban a la sal *divina (theion)*. En una frase que en latín es una especie de trabalenguas, los romanos decían «no hay nada más útil que el sol y la sal» (*Nil utilius sole et sale*). En los tiempos de Jesús la sal se relacionaba en la mente de la gente con tres cualidades especiales.

(i) La sal se conectaba con la *pureza*. Probablemente su blancura resplandeciente sugería esta conexión. Los latinos decían que la sal era la cosa más pura, porque procedía de las cosas más puras que son el sol y el mar. La sal fue de hecho la más primitiva de todas las ofrendas que se hacían a los dioses, y hasta sus últimos tiempos los sacrificios judíos se ofrecían con sal. Así pues, si el cristiano ha de ser la sal de la tierra, debe ser *un ejemplo de pureza*.

Una de las características del mundo en la época en que vivimos es que han bajado los niveles. Los niveles de honradez, de diligencia en el trabajo, de responsabilidad, morales, todos tienden a reducirse. El cristiano debe ser una persona que mantenga bien alto su nivel de absoluta pureza en

su manera de hablar, su conducta y pensamiento. Cierta escritor le dedicó un libro a J. Y. Simpson, «que hace que lo mejor nos resulte fácilmente creíble.» Ningún cristiano puede salirse de los niveles de la estricta honradez. Ningún cristiano puede pensar con ligereza en reducir los niveles morales en un mundo en el que en las calles de cualquier gran ciudad se induce deliberadamente al pecado. Ningún cristiano se puede permitir los gestos y términos sugestivos y soeces que son a menudo parte de la conversación social. El cristiano no se puede retirar del mundo, pero debe, como decía Santiago, «guardarse sin mancha del mundo» (*Santiago 1:27*).

(ii) En el mundo antiguo, la sal era el más corriente de todos *los conservantes*. Se usaba para evitar que las cosas se corrompieran, y para contener la putrefacción. Plutarco tiene una manera curiosa de decirlo. Dice que la carne es un cuerpo muerto y parte de un cuerpo muerto, y, si se deja a sí misma, se descompondrá; pero la sal la conserva y mantiene fresca, y es por tanto como si se le hubiera insertado un alma nueva a un cuerpo muerto.

Así que la sal preserva de la corrupción. Si el cristiano ha de ser la sal de la tierra, debe tener una cierta influencia antiséptica en la vida.

Todos sabemos que hay ciertas personas en cuya compañía es fácil ser buenos; y que también hay ciertas personas en cuya compañía es fácil bajar el listón moral. Hay ciertas personas en cuya presencia se podría contar sin reparos una historia sucia, y hay otras personas a las que a uno no se le ocurriría contársela. El cristiano debe ser un antiséptico purificador en cualquier sociedad en que se encuentre; debe ser la persona que, con su presencia, excluye la corrupción y les hace más fácil a otros ser limpios.

(iii) Pero la más grande y la más obvia cualidad de la sal es que *la sal presta sabor a las cosas*. Los alimentos sin sal son tristemente insípidos y hasta desagradables. El Cristianismo es a la vida lo que la sal es a la comida. El Cristianismo le presta sabor a la vida.

Lo trágico es que la gente conecta a menudo el Cristianismo precisamente con lo contrario. Lo identifican con algo que le quita el sabor a la vida. Swinburne llegó a decir:

Tú has conquistado, pálido Galileo; el mundo se ha puesto gris de Tu aliento.

Aun después de que Constantino hiciera del Cristianismo la religión del imperio romano, subió al trono otro emperador llamado Juliano que - quería atrasar el reloj y volver a los antiguos dioses. Su queja era, como la expresa Ibsen:

¿Les habéis mirado a la cara a esos cristianos? Ojos hundidos, mejillas pálidas, pechos de tabla; pierden la vida reconcomiéndose, inincentivados por la ambición: para ellos también brilla el sol, pero no lo ven; la tierra les ofrece su plenitud, pero ellos no la quieren; lo único que desean es renunciar y sufrir para morir lo antes posible.

Para Juliano, el Cristianismo le quitaba la vivacidad a la vida.

Oliver Wendell Holmes dijo una vez: « Yo podría haber entrado en el ministerio si algunos clérigos a los que conocía no hubieran parecido y actuado tanto como enterradores.» Robert Louis Stevenson escribió una vez en su diario, como si estuviera recordando algún fenómeno extraordinario: «Hoy he estado en la iglesia, y no me ha dado la depre.»

El mundo tiene derecho a descubrir otra vez el fulgor perdido de la fe cristiana. En un mundo ansioso, el cristiano debería ser la única persona que se mantuviera serena. En un mundo deprimido, el cristiano debería ser la única persona que siguiera llena de la alegría de vivir. Debería haber una sencilla luminosidad en cada cristiano, pero demasiado a menudo anda por la vida como si estuviera de duelo, y habla como un espectro en una fiesta. Dondequiera que esté, si ha de ser la sal de la tierra, el cristiano debe difundir gozo.

Jesús pasó a decir que, si la sal se vuelve insípida, ya no sirve para nada, y se tira para que todo el mundo la pise. Eso es difícil de entender, porque la sal nunca pierde su sabor y su salinidad. E. F. Bishop, en su libro *Jesús de Palestina*, cita una explicación muy plausible que dio Miss F: E. Newton. En Palestina, los hornos ordinarios están fuera de la casa y se construyen de piedra sobre una base de azulejos. En esos hornos, «para conservar el calor se pone una gruesa capa de sal debajo del suelo de azulejo. Después de cierto tiempo la sal se ha descompuesto. Se levantan los azulejos, se saca la sal y se tira en el camino a la puerta del horno... ha perdido su poder para calentar los azulejos y se tira.» Puede que sea eso lo que se representa aquí.

Pero la idea principal sigue siendo en cualquier caso, y es algo en lo que el Nuevo Testamento insiste constantemente: Que la inutilidad invita al desastre. Si un cristiano no está cumpliendo su propósito como cristiano, está abocado al desastre. El sentido de nuestra vida consiste en ser la sal de la tierra; y si no le damos a la vida la pureza, el poder antiséptico y la luminosidad que le debemos, no estamos cumpliendo nuestro cometido y vamos al desastre.

Todavía nos falta por decir que algunas veces en la Iglesia Primitiva se hacía un uso muy extraño de este texto. En la sinagoga, entre los judíos, había la costumbre de, si un judío se volvía apóstata y luego volvía a la fe, antes de recibirle otra vez en la sinagoga, tenía como penitencia que tumbarse a la puerta de la sinagoga e invitar a todos los que iban entrando a que le pisaran. En algunos lugares, la Iglesia Cristiana adoptó esa costumbre; y a un cristiano que había sido expulsado de la Iglesia por disciplina, se le obligaba, antes de admitirle otra vez, a tumbarse a la puerta de la iglesia e invitar a los que entraban: «Pisoteadme porque soy la sal que ha perdido su sabor.»

LA LUZ DEL MUNDO

Mateo 5:14-15

Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada en una colina no puede pasar inadvertida. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino para ponerla a la vista para que dé luz a todos los de la casa.

Podría decirse que éste es el mayor cumplido que se le haya hecho jamás al cristiano individual, porque en él Jesús manda al cristiano que sea lo que Él mismo afirmó ser. Jesús dijo: «Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo» (*Juan 9:5*). Cuando Jesús mandó a sus seguidores que fueran las luces del mundo, les pedía que fueran como Él mismo, ni más ni menos.

Cuando Jesús dijo estas palabras, estaba usando una expresión que les resultaría familiar a los judíos que la oyeron por primera vez. Ellos llamaban a Jerusalén «una luz para los gentiles;» y a un famoso rabino le solían llamar «una lámpara de Israel.» Pero la forma en que usaban los judíos esta expresión nos da la clave de cómo la usó Jesús.

De una cosa estaban los judíos completamente seguros: ninguna persona encendía su propia luz. Jerusalén era sin lugar a duda una luz para los gentiles, pero había sido Dios el que había encendido la lámpara de Israel. La luz que brillaba en la nación o en la persona piadosa era una luz prestada. Así sucede también con el cristiano. La exigencia de Jesús no es que cada uno de nosotros deba, como si dijéramos, producir su propia luz. Debemos brillar con el reflejo de Su luz. El resplandor que se advierte en la vida del cristiano viene de la presencia de Cristo en su corazón. A veces hablamos de una *novia radiante*, pero la luz que irradia viene del amor que ha nacido en su corazón.

Cuando Jesús dijo que los cristianos debemos ser la luz del mundo, ¿qué quería decir?

(i) Una luz es algo que en primer lugar y principalmente está para que se vea. Las casas de Palestina eran muy oscuras, con una sola ventana circular de medio metro de diámetro. La lámpara era como una salsera llena de aceite y con una mecha. No era nada fácil encender una lámpara

cuando no había ni cerillas. Normalmente la lámpara se colocaba en un candelero o soporte, que en muchos casos no era más que un soporte de madera toscamente tallada; pero cuando la gente se salía de la habitación, por seguridad, quitaban la lámpara del candelero y la ponían debajo de un cajón de arcilla de medir el grano para que siguiera ardiendo sin riesgo hasta que volviera alguien. El deber primario de la luz de la lámpara era que se pudiera ver.

Así es que el Cristianismo es algo que se tiene que dejar ver. Como ha dicho bien alguien: « No puede haber tal cosa como un discipulado secreto; porque, o el secreto acaba con el discipulado, o el discipulado con el secreto.» Nuestro cristianismo tiene que ser perfectamente visible a todo el mundo.

Además, este Cristianismo no tiene que dejarse ver solamente en la iglesia. Un cristianismo cuyos efectos no salen de las puertas de la iglesia no le sirve a nadie gran cosa. Debería ser más visible todavía en las actividades normales y corrientes. Nuestro Cristianismo debe dejarse ver en la manera como tratamos al dependiente de la tienda al otro lado del mostrador, en nuestra manera de encargar una comida en el restaurante, en nuestra forma de tratar a nuestros empleados o de servir a nuestros superiores, en nuestra manera de practicar un deporte o jugar a un juego, o conducir o aparcar un vehículo, en el lenguaje cotidiano que usamos y en lo que leemos cada día. Un cristiano debe serlo en la fábrica, el taller, los astilleros, la mina, la escuela, la consulta médica, la cocina, el campo de fútbol, exactamente lo mismo que en la iglesia. Jesús no dijo: «Vosotros sois la luz de la *Iglesia*», sino: «Vosotros sois la luz del *mundo*.» Así que nuestro cristianismo se tiene que hacer evidente a todos por nuestra manera de vivir en el mundo.

(ii) Una luz es un guía. En cualquier ría podemos ver una serie de luces que marcan el camino que deben seguir los barcos para su seguridad. Sabemos lo difícil que resulta transitar por las calles de la ciudad cuando hay un apagón. Una luz es algo que facilita el camino.

Así que un cristiano debe indicarles el camino a los demás. Es decir: el cristiano está obligado a ser un ejemplo. Una de las cosas que más necesita este mundo son personas que estén preparadas a ser focos de bondad. Supongamos que hay un grupo de gente, y que alguien propone que se haga algo dudoso. A menos que alguien se oponga abiertamente, aquello se hará. Pero si alguien se pone en pie y dice: «No contéis conmigo para eso,» otro, y otro, y otro se levantarán y dirán: «Ni conmigo tampoco.» Pero si no se les hubiera dado ejemplo, se habrían callado.

Hay muchas personas en este mundo que no tienen la fuerza moral ni el coraje para mantenerse firmes en solitario; pero si otro se adelanta, le seguirán; si cuentan con alguien suficientemente fuerte o seguro en quien apoyarse, harán lo que deben. Es el deber del cristiano adoptar la posición que luego secundará el hermano más débil, iniciar la marcha que otros con menos coraje seguirán después. El mundo necesita luces guadoras; hay personas esperando y anhelando la dirección para hacer lo que no se atreverían a emprender solas.

(iii) Una luz esa menudo *una advertencia*. A menudo se usa la luz para advertir de un peligro que acecha más adelante.

Algunas veces el cristiano tiene la obligación de presentarles a los demás la necesaria advertencia. Eso es a menudo difícil, especialmente hacerlo de forma que no haga más daño que bien; pero una de las más desgarradoras tragedias de la vida es que nos venga alguno, especialmente un joven, y nos diga: « No me encontraría en esta situación si me lo hubieras advertido a tiempo.»

Se decía de la famosa maestra y educadora que, si alguna vez tenía ocasión de corregir a sus estudiantes lo hacía « poniéndole el brazo alrededor de los hombros.» Si hacemos nuestra advertencia, no con enfado ni crítica, sino con amor, será eficaz.

El cristiano debe ser una de estas luces que se pueden ver, que advierten y que guían.

BRILLANDO PARA DIOS

Mateo 5:16

Que brille así vuestra luz delante de la gente, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el Cielo.

Aquí hay dos cosas de suprema importancia.

(i) La gente tiene que ver nuestras *buenas* obras. En griego hay dos palabras para *bueno*. Hay la palabra *agathós*, que simplemente define la calidad de una cosa como buena; y hay la palabra *kalós*, que quiere decir que una cosa es no sólo buena, sino también hermosa y atractiva. La palabra que se usa aquí es *kalós*.

Las buenas obras del cristiano tienen que ser no sólo *buenas*, sino también *atractivas*. Tiene que haber un cierto encanto en la bondad cristiana. La tragedia de mucho de lo que se considera bueno es que tiene un elemento de dureza y de frialdad y de austeridad. Hay una bondad que atrae, y una bondad que repele. Hay un cierto encanto en la verdadera bondad cristiana que la hace encantadora.

(ii) También tenemos que notar que nuestras buenas obras deben atraer la atención, no a nosotros, sino a Dios. Este dicho de Jesús es una prohibición total de lo que alguien ha llamado «bondad teatral.»

En una conferencia en la que estaba presente D. L. Moody había también algunos jóvenes que tomaban su fe cristiana muy en serio. Una noche tuvieron una vigilia de oración. Cuando llegaban de ella por la mañana se encontraron con Moody, que les preguntó qué habían estado haciendo. Se lo dijeron, y añadieron: «¡Señor Moody, vea cómo nos brilla el rostro!» Moody les contestó muy cortésmente: «Moisés no sabía que le relucía el rostro.» La bondad que es consciente, que llama la atención a sí misma, no es la bondad cristiana.

Uno de los historiadores antiguos escribió acerca de Enrique V después de la batalla de Agincourt: «Tampoco permitió que se hicieran canciones ni que las cantaran los juglares acerca de su gloriosa victoria; porque quería que toda la alabanza y la gloria y la acción de gracias se Le dieran a Dios.» El cristiano no piensa nunca en lo que él ha hecho, sino en lo que Dios le ha capacitado para hacer. Nunca trata de atraer las miradas de la gente, sino siempre en dirigir las a Dios. Mientras las personas estén pensando en las alabanzas, las gracias y el prestigio que obtendrán por lo que han hecho, no han empezado todavía a recorrer el camino cristiano de veras.

LA LEY ETERNA

Mateo 5:17-20

-No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolirlos, sino a cumplirlos. Os digo la pura verdad: Hasta que desaparezcan los cielos y la Tierra, ni un punto ni una coma de la Ley se suprimirán hasta que se cumpla en su plenitud. Así que, el que quebrante uno de los mandamientos más pequeñitos y enseñe a otros a hacer lo mismo, será llamado el menor del Reino del Cielo; pero, el que los cumpla y enseñe a otros a hacer lo mismo, será llamado grande en el Reino del Cielo. Porque os aseguro que no entraréis ninguno en el Reino del Cielo a menos que vuestra integridad exceda a la de los escribas y los fariseos.

A primera vista esto podría parecer el pronunciamiento más alucinante que Jesús hizo en todo el Sermón del Monte. En este pasaje Jesús establece el carácter eterno de la Ley; y sin embargo Pablo podía decir: «Cristo es el fin de la Ley» (*Romanos 10:4*).

Repetidas veces Jesús quebrantó lo que los judíos llamaban la Ley. No cumplía el lavado de las manos que la Ley establecía; sanaba a los enfermos en sábado, aunque la Ley prohibía tales

sanidades; de hecho fue condenado y crucificado como quebrantador de la Ley; y sin embargo aquí parece hablar de la Ley con una veneración y una reverencia que ningún rabino o fariseo podría superar. La letra más pequeña -que la Reina-Valera llama *jota*- era la letra hebrea yod. Era algo parecido a lo que llamamos apóstrofe '-'; ni siquiera una letra no mucho más grande que un puntito se omitiría. La parte más pequeña de la letra -lo que la Reina-Valera llama una *tilde*, como la de la *eñe*- eran los puntos diacríticos que distinguían unas letras de otras, como la *sin* y la *sin*. Jesús parece establecer que la Ley es tan sagrada que ni el más mínimo detalle de ella desaparecerá.

Algunas personas se han sorprendido tanto con este dicho que han llegado a la conclusión de que no es posible que Jesús lo dijera. Han sugerido que, puesto que *Mateo* es el más judaico de los evangelios, y puesto que Mateo lo escribió especialmente para convencer a los judíos, éste es un dicho que Mateo puso en los labios de Jesús, Que no dijo nada semejante. Pero ése es un razonamiento muy pobre, porque éste es un dicho que es de lo más improbable que nadie se inventara; tanto es así que Jesús tiene que haberlo dicho; y cuando lleguemos a ver lo que quiere decir verdaderamente, comprenderemos que era inevitable que Jesús lo dijera.

Los judíos usaban la expresión *La Ley* de cuatro maneras diferentes. (i) La usaban con referencia a los Diez Mandamientos. (ii) La usaban en relación con los cinco primeros libros de la Biblia, a los que llamamos *Pentateuco* fue quiere decir literalmente Los Cinco Rollos- que eran para los judíos la *Ley par excellence*, y con mucho la parte más importante de la Biblia. (iii) Usaban la frase *La Ley y los Profetas* con el sentido de toda la Escritura; la usaban como una descripción global de todo lo que llamamos el Antiguo Testamento. (iv) La usaban con el sentido de *Ley de los escribas u oral*.

En tiempos de Jesús era el cuarto sentido el más corriente; y fue de hecho esta Ley de los escribas la que tanto Jesús como Pablo condenaron tajantemente. ¿Qué era, entonces, la Ley de los escribas?

En el Antiguo Testamento mismo encontramos muy pocas reglas y normas; lo que sí encontramos son grandes principios generales que cada uno ha de asumir e interpretar bajo la dirección de Dios, y aplicar a las situaciones concretas de la vida. En los Diez Mandamientos no se nos dan reglas ni normas; son todos y cada uno de ellos grandes principios en los cuales hemos de encontrar la norma de nuestra vida. Para los judíos posteriores estos grandes principios no eran suficientes. Mantenían que la Ley era divina, y que en ella Dios había dicho la última palabra, y que por tanto todo debía estar en ella. Si una cosa no estaba en la Ley *explícitamente*, tendría que estar *implícitamente*. Por tanto discutían que debe ser posible deducir de la Ley una regla y una norma para cada posible situación de la vida. Así surgió la raza de los llamados escribas, cuyo cometido era reducir los grandes principios de la Ley a literalmente miles de miles de reglas y normas.

Vamos a ver esto en acción. La ley establece que el día del sábado ha de mantenerse santo, y que no se puede hacer ningún trabajo en él. Eso es un gran principio. Pero los legalistas judíos tenían pasión por las definiciones; así es que preguntaron: ¿Qué es un trabajo?

Como trabajo se clasificaron toda clase de cosas. Por ejemplo, *el llevar una carga* el día del sábado era un trabajo. Pero entonces había que definir qué era una carga. Para la Ley de los escribas una carga era «comida equivalente al peso de un higo seco, vino suficiente para mezclarlo en una copa, bastante leche para un trago, la miel necesaria para poner en una herida, el aceite necesario para ungir un pequeño miembro, el agua necesaria para humedecer un colirio, el papel necesario para escribir un recibo de impuestos, tinta suficiente para escribir dos letras del alfabeto, caña suficiente para hacer una pluma» -y así hasta el infinito. Pasaban horas sin cuento discutiendo si un hombre podía o no mover una lámpara de un lado a otro en sábado, si un sastre cometía un pecado si salía con una aguja prendida en la solapa, si una mujer podía usar un broche o una peluca, hasta si se podía llevar en sábado dentadura postiza o alguna prótesis, si se podía coger en brazos a un niño el día de sábado. Para ellos estas cosas eran la esencia misma de la religión. Su religión era un legalismo de reglas y normas insignificantes.

Escribir era un trabajo, y por tanto prohibido el sábado. Pero había que definir escribir. Su definición decía: «El que escribe dos letras del alfabeto, con la mano derecha o con la izquierda, de una clase o de dos clases, tanto si se escriben con diferente tinta o en lenguas diferentes, es culpable. Aunque escriba dos letras sin darse cuenta, es culpable; las haya escrito con tinta o con pintura, con tiza roja o con vitriolo, o cualquier cosa que deje una marca permanente. También el que escribe en dos paredes que forman un ángulo, o en dos tabletas de su libro de cuentas para que se lean juntas, es culpable... Pero si uno escribe con un líquido oscuro, con zumo de fruta, o en el polvo de la carretera, o en arena, o en cualquier cosa que no deje una marca permanente, no es culpable... Si escribe una letra en el suelo, y otra en la pared de la casa, o en dos páginas de un libro que no se pueden leer juntas, no es culpable.» Esto es un pasaje típico de la Ley de los escribas; y esto es lo que un judío ortodoxo consideraba verdadera religión y servicio de Dios.

Curar era otro trabajo prohibido en sábado. Obviamente esto había que definirlo. Estaba permitido hacer una cura si había peligro de muerte, especialmente en el caso de enfermedades de garganta, nariz y oídos; pero, aun entonces, se debían adoptar medidas solamente para que el paciente no se pusiera peor, pero no para que se pusiera mejor. Así que se podía poner una venda en una herida, pero no unguento; se podía poner un algodón en un oído dolorido, pero sin medicación.

Los escribas eran los que deducían estas reglas y normas. *Los fariseos*, cuyo nombre quiere decir los *separados*, eran los que se separaban de todas las actividades normales de la vida para observar todas estas reglas y normas.

Podemos ver hasta qué punto llegaban por los siguientes hechos. Durante muchas generaciones esta Ley de los escribas no se escribió; era la Ley *oral*, y se transmitía de memoria en las generaciones de escribas. A mediados del siglo 111 d.C. se hizo un sumario de ella y se codificó. Eso es lo que se conoce como la *Misná*; contiene 63 tratados sobre varios asuntos de la Ley, lo que la hace un libro casi tan grande como la Biblia. Los estudiosos judíos posteriores se tomaron el trabajo de hacer comentarios para explicar la *Misná*. Estos comentarios son lo que se conoce como los *Talmudes*. El *Talmud* de Jerusalén tiene doce volúmenes impresos, y el *Talmud* de Babilonia, sesenta.

Para un judío ortodoxo estricto de tiempos de Jesús, la religión, servir a Dios, era cuestión de cumplir miles de reglas y normas legales; consideraban estas ridículas reglas y normas cuestiones literalmente de vida o muerte y destino eterno. Está claro que Jesús no quería decir que ninguna de estas reglas y normas no hubiera de desaparecer; repetidamente las quebrantó Él mismo, y repetidamente las condenó. Eso no era lo que Jesús entendía por la Ley, sino la clase de ley que condenaban tanto Jesús como Pablo.

LA ESENCIA DE LA LEY

Mateo 5:17-20 (continuación)

Entonces, ¿qué entendía Jesús por la Ley? Dijo que no había venido para abolir la Ley, sino para *cumplirla*. Es decir, vino **realmente para descubrir el verdadero sentido** de la Ley. ¿Cuál era el verdadero sentido de la Ley? Aun detrás de la Ley oral de los escribas había un gran principio que los escribas y los fariseos no habían captado más que imperfectamente. El único principio supremo de la Ley era que el hombre debe buscar en todas las cosas la voluntad de Dios; y que, cuando la conoce, debe dedicar toda su vida a obedecerla. Los escribas y los fariseos tenían razón en buscar la voluntad de Dios, y más aún en dedicar sus vidas a obedecerla; pero no la tenían en identificar esa voluntad con sus montones de reglas y normas hechas por los hombres.

¿Cuál, entonces, es el principio verdadero que hay detrás de la Ley, ese principio que Jesús vino a cumplir, el verdadero sentido que Él vino a revelar?

Cuando consideramos los Diez Mandamientos, que son la esencia y el fundamento de toda ley, podemos ver que todo su significado se puede sumar en una palabra -*respeto*, o aún mejor *reverencia*. Reverencia para con Dios, y el nombre de Dios, y el día de Dios; respeto para con los padres, la vida, la propiedad, la personalidad, la verdad y el buen nombre de los demás, y por uno mismo, de tal manera que los malos deseos no puedan nunca dominarnos -estos son los principios fundamentales detrás de los Diez Mandamientos, principios de reverencia para con Dios y respeto para con nuestros semejantes y nosotros mismos. Sin ellos no puede haber tal cosa como ley. En ellos se basa toda ley.

Esa reverencia y ese respeto son lo que Jesús vino a cumplir. Vino a mostrarnos en la misma vida cómo son la reverencia para con Dios y el respeto para con las personas. La justicia, decían los griegos, consiste en darle a Dios y a los hombres lo que les es debido. Jesús vino a mostrarnos en una vida normal lo que quiere decir darle a Dios la reverencia, y a las personas el respeto, que les son debidos.

Esa reverencia y ese respeto no consistían en obedecer una multitud de reglas y normas mezquinas. No consistían en sacrificios, sino en misericordia; no en el legalismo, sino en el amor; no en prohibiciones que demandaran lo que no se podía hacer, sino en la instrucción de amoldar nuestras vidas al mandamiento positivo del amor.

La reverencia y el respeto que son la base de los Diez Mandamientos nunca puede pasar; son la sustancia permanente de las relaciones de una persona con Dios y con las demás.

LA LEY Y EL EVANGELIO

Mateo 5:17-20 (conclusión)

Cuando Jesús habló así acerca de la Ley y el Evangelio, estaba estableciendo implícitamente ciertos principios generales.

(i) Estaba diciendo que hay una continuidad definida entre el pasado y el presente. No debemos considerar la vida nunca como una especie de batalla entre el pasado y el presente. El presente crece del pasado.

Después de Dunkerque, en la II Guerra Mundial, hubo una tendencia general a buscar a alguien para echarle las culpas del desastre que había acontecido a las fuerzas británicas, y hubo muchos que quisieron intervenir en amargas discriminaciones con los que habían dirigido la política en el pasado. En aquel tiempo, Winston Churchill dijo una cosa muy sabia: < Si nos enzarzamos en una pelea entre el pasado y el presente, nos encontraremos con que hemos perdido el futuro.>

Tenía que haber Ley antes que pudiera venir el Evangelio. La humanidad tenía que aprender la diferencia entre bien y mal; las personas tenían que aprender su propia incapacidad humana para cumplir las demandas de la Ley y responder a los mandamientos de Dios; tenían que aprender el sentimiento de pecado y la indignidad y la incapacidad. Culpamos al pasado por muchas cosas -y, a menudo, correctamente-; pero es igualmente, o aún más necesario, reconocer nuestra deuda con el pasado. Jesús veía que es el deber de toda persona no olvidar ni intentar destruir el pasado, sino construir sobre el fundamento del pasado. Hemos entrado en las labores de otros, y debemos laborar de manera que otros entren en las nuestras.

(ii) En este pasaje, Jesús nos advierte claramente que no pensemos que el Cristianismo es nada fácil. Algunos podrían decir: «Cristo es el fin de la Ley; ahora puedo hacer lo que me dé la gana.» Algunos podrían pensar que todos los deberes, todas las responsabilidades, todas las demandas son cosas del pasado; pero Jesús nos advierte que la integridad del cristiano debe *exceder* a la de los escribas y los fariseos. ¿Qué quería decir?

La motivación que tenían los escribas y los fariseos era la de la Ley; su única finalidad y deseo era satisfacer las demandas de la Ley. Ahora bien, al menos en teoría, es perfectamente posible satisfacer las demandas de la ley; en un sentido puede que llegue un tiempo en que uno diga: « He cumplido todas las demandas de la Ley; he cumplido mi deber; la Ley ya no tiene ningún derecho sobre mí.» Pero la motivación que tiene el cristiano es la del amor; el único deseo del cristiano es mostrar su maravillada gratitud por el amor con que Dios le ha amado en Jesucristo. Ahora bien: No es posible, ni siquiera en teoría, satisfacer las demandas del amor. Si amamos a alguien con todo nuestro corazón, estamos obligados a sentir que si le diéramos toda una vida de servicio y adoración, si le ofreciéramos el Sol y la Luna y las estrellas, todavía no habríamos ofrecido bastante. Para el amor, todo el reino de la naturaleza sería una ofrenda demasiado pequeña, como dice un himno.

Los judíos trataban de satisfacer la *ley* de Dios; y siempre hay un límite a las demandas de la ley. El cristiano trata de mostrar su gratitud por el *amor* de Dios; y para las demandas del amor no hay límite, ni en el tiempo ni en la eternidad. Jesús nos presenta, no la Ley de Dios, sino el amor de Dios. Hace mucho, Agustín decía que la vida cristiana se podía compendiar en una frase: «Ama, y haz lo que quieras.» Pero cuando nos damos cuenta de cómo nos ha amado Dios, nuestro único anhelo es responder a ese amor, y esa es la mayor tarea del mundo; porque nos presenta una tarea tal que el que piensa en términos de ley nunca soñó, y con una obligación más vinculante que la de ninguna ley.

LA NUEVA AUTORIDAD

Mateo 5:21-48

Esta sección de las enseñanzas de Jesús es una de las más importantes del Nuevo Testamento. Antes de estudiarla en detalle hay ciertas cosas generales que debemos mencionar.

Jesús habla en ella con una autoridad que ningún otro hombre soñaría con atribuirse. La autoridad que Jesús asumió sorprendía siempre a los que entraban en contacto con Él. Al principio mismo de Su ministerio, después de predicar en la sinagoga de Pafarnaum, se nos dice de Sus oyentes: «Y se admiraban de Su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (*Marcos 1:22*). Mateo concluye su relato del Sermón del Monte diciendo: «Cuando terminó Jesús estas palabras, la gente estaba admirada de Su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (*Mateo 7:28s*).

Nos es difícil darnos cuenta exactamente de lo sorprendente que debe de haberles parecido a los judíos que Le escuchaban esta autoridad de Jesús. Para los judíos, la Ley era absolutamente santa y divina; es imposible exagerar hasta qué punto la reverenciaban. « La Ley -decía Aristeeas- es santa, y ha sido dada por Dios.» «Sólo los decretos de Moisés -decía Filón- son perdurables, inalterables e inamovibles, como si la naturaleza misma los hubiera firmado con su sello.» Los rabinos decían: «Los que niegan que la Ley procede del Cielo no tienen parte en el mundo venidero.» Y también: «Hasta si uno dice que la Ley es de Dios con la excepción de este o aquel versículo que dijo Moisés, no Dios, hablando por su boca, entonces se le aplica el juicio. Ha despreciado la Palabra del Señor: ha dado muestras de la irreverencia que merece la destrucción de su alma.» Lo primero en el culto de la sinagoga era sacar los libros de la Ley del arca donde se guardaban, y el llevarlos dando la vuelta a la congregación, para que esta pudiera mostrarles su reverencia.

Eso era lo que los judíos pensaban de la Ley; y aquí Jesús cita la Ley no menos de cinco veces (*Mateo 5:21, 27, 33, 38, 43*), sólo que para contradecirla y sustituirla por Su propia enseñanza. Se atribuía el derecho de indicar las deficiencias de las Escrituras más sagradas del mundo, y corregirlas con Su propia sabiduría. Los griegos definían *exusía, autoridad*, como «el poder para añadir o quitar a voluntad.» Jesús reclamaba ese poder aun en relación con lo que los judíos creían

que era la Palabra eterna e inmutable de Dios. Esto no lo discutió Jesús, ni se puso a justificarse de ninguna manera por hacerlo, ni trató de demostrar su derecho a hacerlo. Reposadamente y sin cuestión asumió ese derecho.

Nadie había oído nunca nada semejante. Los grandes maestros judíos usaban frases características en su enseñanza. La frase característica del profeta era: «Así dice el Señor.» No pretendía tener ninguna autoridad personal; lo único que pretendía era hablar lo que Dios le había dicho. La frase característica del escriba y del rabino era: «Hay una enseñanza acerca de...» El escriba o el rabino jamás se atrevían a expresar ni siquiera una opinión propia a menos que pudieran respaldarla con citas de los grandes maestros del pasado. La independencia era la última cualidad que se atribuirían. Pero para Jesús una afirmación no requería más autoridad que el hecho de que Él la hiciera. Él era Su propia autoridad.

Una de dos: O Jesús era un loco, o era único; o era un megalómano, o era el Hijo de Dios. Ninguna persona ordinaria podría atreverse a cambiar lo que se consideraba la eterna Palabra de Dios.

Lo maravilloso de la autoridad es que es autoevidente. Tan pronto como una persona se pone a enseñar se sabe inmediatamente si tiene derecho a enseñar o no. La autoridad es como una atmósfera alrededor de una persona. No necesita atribuírsela; o la tiene, o no.

Las orquestas que tocaron bajo la dirección de Toscanini decían que tan pronto como ocupaba el atril podían sentir una ola de autoridad que fluía de él. Julian Duguid cuenta que una vez cruzó el Atlántico en el mismo barco que Wilfred Grenfell; y dice que cuando Grenfell entraba en alguna de las habitaciones públicas del barco, se podía decir (sin dirigirle la mirada) que había entrado en la habitación; porque una ola de autoridad salía del hombre. Era supremamente así con Jesús.

Jesús tomaba la sabiduría humana más elevada y la corregía, porque Él era el Que era. No tenía que discutir; Le bastaba con hablar. Nadie puede honradamente estar cara a cara con Jesús y escucharle sin sentir que es la última Palabra de Dios al lado de Quien todas las otras palabras son inadecuadas, y toda otra sabiduría, desfasada.

EL NUEVO NIVEL

Mateo 5:21-48 (conclusión)

Pero aunque el acento de autoridad de Jesús era alucinante, aún lo era más el nivel que proponía a los hombres. Jesús decía que, ante Dios, no era solamente culpable el hombre que cometiera asesinato; el que se enfadaba con su hermano sería juzgado y hallado culpable. No era solamente culpable el que cometiera adulterio; el que permitiera que un deseo impuro se le asentara en el corazón también sería culpable.

Aquí había algo que era completamente nuevo, algo que la humanidad no ha captado todavía suficientemente. La enseñanza de Jesús era que no era suficiente no cometer asesinato; lo único que sería suficiente sería no haber deseado nunca cometer asesinato. La enseñanza de Jesús era que no era bastante no cometer adulterio; lo único suficiente sería no desear siquiera cometerlo nunca.

Puede que no hayamos golpeado nunca a una persona; pero, ¿quién puede decir que nunca *deseó* hacerlo? Puede que nunca hayamos cometido adulterio; pero, ¿quién puede decir que ha experimentado nunca el deseo de lo prohibido? La enseñanza de Jesús era que los pensamientos son tan importantes como las obras, y que no basta con no cometer pecado; lo que sí bastaría sería no *querer* cometerlo. La enseñanza de Jesús era que no se juzga solamente a una persona por sus obras, sino aún más por los deseos que nunca se materializaron en obras. Según los niveles del mundo, una persona es una buena persona si no hace nunca lo que está prohibido. Al mundo no le concierne juzgar los pensamientos. Pero para el nivel de Jesús, una persona no es buena hasta que

ni siquiera desea hacer lo prohibido. Jesús está intensamente preocupado con los pensamientos de una persona. De esto surgen tres cosas.

(i) Jesús estaba totalmente en lo cierto, porque Su camino es el único que conduce a la salvación y a la seguridad. Hasta cierto punto todos tenemos una personalidad dividida. Hay una parte de nosotros que es atraída al bien, y otra parte de nosotros que es atraída al mal. Mientras una persona sea así, se está librando una batalla en su interior. Una voz la está incitando a tomar la cosa prohibida; la otra voz se lo está prohibiendo.

Platón comparaba el alma con un auriga que tuviera que gobernar dos caballos. Uno era dócil y obediente a las riendas y a la palabra de mando; el otro, salvaje, indómito y rebelde. El nombre de un caballo era la razón; el del otro, la pasión. La vida es siempre un conflicto entre las exigencias de las Pasiones y el control de la razón. La razón son las riendas que mantienen las pasiones a raya. Pero, *las riendas se pueden romper en cualquier momento*. El dominio propio puede bajar la guardia un instante, ¿y qué sucede entonces? Mientras exista esta tensión interior, este conflicto interior, la vida se mantiene insegura. En tales circunstancias no hay tal cosa como estar a salvo. La única manera, nos dice Jesús, es erradicar para siempre el deseo de lo prohibido. Sólo entonces está a salvo la vida.

(ii) En ese caso, sólo Dios puede juzgarnos. Nosotros no vemos nada más que las acciones exteriores de una persona; sólo Dios ve los secretos del corazón. Y habrá muchas personas que exteriormente son un modelo de rectitud, pero cuyos pensamientos íntimos son culpables delante de Dios. Habrá muchas personas que puedan ser declaradas no culpables en el juicio humano, que no puede ser nada más que de cosas externas, pero cuya bondad se colapsa ante la mirada todo escrutadora de Dios.

(iii) Y en ese caso, esto quiere decir que cada uno de nosotros es culpable; porque no hay ni uno solo que pueda resistir este juicio de Dios. Aun si hemos vivido una vida de perfección moral externa, no hay nadie que pueda decir que no ha experimentado nunca el deseo prohibido de cosas malas. Para la perfección interior, lo único que es suficiente alegar es decir que el yo ha muerto y Cristo vive en uno. «Con Cristo estoy juntamente crucificado -dice Pablo-, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (*Gálatas 2:20*).

El nuevo nivel mata todo orgullo, y nos impulsa a Jesucristo, Que es el único que puede permitirnos alcanzar ese nivel que Él mismo nos propone.

LA IRA PROHIBIDA

Mateo 5:21-22

Habéis oído que se decía entre dos de tiempos antiguos: «No matarás;» y «cualquiera que mate será llevado a la sala de juicio. » Pero Yo os digo que cualquiera que se enfade con su hermano será llevado a juicio; y el que le llame a su hermano «¡Estúpido idiota!» tendrá que comparecer ante el tribunal supremo; y al que le llame a su hermano: «¡Necio!» se le echará a la Guehenna de fuego.

Aquí tenemos el primer ejemplo del nuevo nivel que Jesús propone. La antigua Ley había establecido: « No matarás» (*Éxodo 20:13*); pero Jesús establece que hasta el enfado con un hermano está prohibido. En la traducción clásica inglesa se encuentran las palabras *sin causa*, que no están en ninguno de los grandes manuscritos; esto no es nada menos que una total prohibición de la ira. No basta con no golpear a una persona; lo único que sería suficiente es no desear siquiera golpearle; ni siquiera tener un sentimiento duro contra él en el corazón.

En este pasaje Jesús sigue el razonamiento a la manera de los rabinos. Se muestra experto en el manejo de los métodos de discusión que tenían costumbre de usar los sabios de Su tiempo. Hay en este pasaje una sutil gradación de la ira, y una correspondiente sutil gradación del castigo.

(i) En primer lugar tenemos al que está *enojado contra su hermano*. En el original el verbo que se usa aquí es *orguizesthai*. En griego hay dos palabras para ira. Está *thymós*, que se comparaba con la llama que prende en la paja seca. Es la ira que se inflama rápidamente y que se consume con la misma rapidez. Es una ira que surge de prisa y que también pasa de prisa. Está *orgué*, que se describía como una ira que se hace inveterada. Es la ira de larga vida; es la ira de la persona que arropa su rabia para mantenerla calentita; es la ira que uno cultiva, y no deja morir.

La ira está sujeta a juicio. Este juicio era el tribunal local que dispensaba justicia. Estaba formado por ancianos de la localidad, y variaba en su número desde tres en las aldeas de menos de ciento cincuenta habitantes, hasta siete en los pueblos mayores y veintitrés en las ciudades todavía mayores.

Así pues, Jesús condena toda ira egoísta. La Biblia deja claro que la ira está prohibida « La ira del hombre -dice Santiago- no obra la justicia de Dios» (*Santiago 1:20*). Pablo manda a los suyos que depongan toda «ira, enojo, malicia, blasfemia» (*Colosenses 3: 8*). Hasta el más elevado pensamiento pagano reconocía la insensatez de la ira. Cicerón decía que cuando entraba la ira en escena « no se podía hacer nada a derechas ni con sensatez.» En una frase lapidaria, Séneca llama a la ira «una locura breve.»

Así es que Jesús prohíbe definitivamente la ira que se cultiva, la ira que no se quiere olvidar, la ira que se niega a pacificarse, la ira que busca venganza. Si hemos de obedecer a Jesús, hemos de desterrar de la vida toda clase de ira, y especialmente la que se mantiene demasiado tiempo. Es una advertencia el recordar que uno no se puede llamar cristiano y perder los estribos por cualquier ofensa personal que haya sufrido.

(ii) De aquí Jesús pasa a hablar de dos casos en los que la ira se manifiesta en palabras insultantes. Los maestros judíos prohibían tal ira y tales palabras. Hablaban de «opresión en palabras,» y de « el pecado del insulto.» Tenían un dicho: «tres tipos descienden a la gehena para no volver: el adúltero, el que avergüenza a su prójimo en público, y el que le pone a su prójimo un mote insultante.» Están igualmente prohibidas la ira del corazón y la ira de las palabras.

INSULTOS

Mateo 5:21-22 (conclusión)

Lo primero, se condena al que llama a su hermano *neccio*. La Reina-Valera antigua ponía la palabra casi intraducible *raca*, que describe un tono de voz más que otra cosa. Su acento es el de *desprecio*. Llamar a una persona *raca* era llamarle idiota sin sentido, un tonto imbécil, un enredador cabeza-hueca. Es el término que usa uno que desprecia a otro con una superioridad arrogante.

Hay una historia rabínica de rabí Simón ben Eleazar. Venía de la casa de su maestro, y se sentía orgulloso al pensar en su inteligencia, erudición y bondad. Un viandante muy poco favorecido físicamente le dirigió el saludo. El rabí no se lo devolvió, sino le dijo: « ¡So raca! ¡Qué feo eres! ¿Son todos los de tu pueblo tan feos como tú?» «Eso -le contestó el pobre hombre- yo no lo sé. Ve a decirle a mi Hacedor que me creó lo fea que es la criatura que ha hecho.» Así se reprendió aquel pecado de desprecio.

El pecado de desprecio merece un juicio todavía más severo. Habría que llevarlo a juicio ante el sanedrín, (*synedrion*); el tribunal supremo de los judíos. Esto, por supuesto que no hay que tomarlo literalmente. Es como si Jesús dijera: «El pecado de la ira inveterada es malo; el de desprecio es peor.»

No hay pecado que sea más contrario al espíritu de Cristo que el desprecio. Hay un desprecio que surge del orgullo de casta, y la cursilería es realmente algo muy feo. Hay un desprecio que surge de la posición y del dinero, y el orgullo que se basa en cosas materiales es también una cosa muy fea. Hay un desprecio que viene del conocimiento. Y de todas las cursilerías, la cursilería intelectual es la más difícil de entender, porque lo que más le impresiona a un sabio es el sentimiento de su propia ignorancia. No deberíamos nunca mirar con desprecio a cualquier persona por quien Cristo murió.

(iii) Jesús menciona a continuación al que llama a su hermano *mórós*. *Mórós* también quiere decir *tonto*, pero el hombre que es *mórós* es el necio *moral*. Es el hombre que *se hace el tonto*. El salmista habla del necio que se ha dicho en su corazón que no hay Dios (*Salmo 14:1*). Ese era un necio moral, un hombre que vivía una vida inmoral y al que le convenía que no hubiera Dios. El llamar a alguien *mórós* no era criticar su capacidad mental; era poner en duda su carácter moral; era ensuciar su nombre y reputación, y marcarle como persona de mala vida e inmoral.

Así que Jesús dice que el que destruye el nombre y la reputación de su hermano merece el juicio más severo de todos, el juicio del *fuego de la gehena*.

Guehenna en hebreo *Guehinnom* y *gehena* en el **D.R.A.E.**, que no llega más allá del latín en su etimología es una palabra que tiene historia; a partir de 1960 la Reina Valera la traduce por *infierno*, como aquí. Los judíos la usaban frecuentemente (*Mateo 5:22, 29, 30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Marcos 9:43, 45, 47; Lucas 12: 5; Santiago 3: 6*). Literalmente quería decir el Valle de Hinnon, que es un valle al Sureste de Jerusalén que fue notorio porque fue donde Acaz introdujo el culto del dios pagano Moloc, al que se le ofrecían sacrificios de niños. «Quemó también incienso en el valle de los hijos de Hinnom, y quemó a sus hijos como ofrenda» (*2 Crónicas 28:3*). Josías, el rey reformador, acabó con ese culto, y ordenó que ese valle fuera en lo sucesivo un lugar maldito. «Asimismo quitó a Tofet -el nombre antiguo de aquel valle-- toda pretensión de lugar sagrado, para que nadie quemara a su hijo o hija como ofrenda a Moloc» (*2 Reyes 23:10*). En consecuencia, el Valle de Hinnom se convirtió en el basurero público de Jerusalén, en el que se quemaban todos los residuos de la ciudad. El fuego se mantenía latente; y había como un hongo de humo por encima de él, y criaba una clase asquerosa de gusanos que parecía que no se morían nunca (*Marcos 9:44-48*). Así es que *Guehenna*, el Valle de Hinnom, se identificaba en las mentes del pueblo con todo lo inmundo y maldito, el lugar donde todo lo inútil y malo se destruía. Así fue como llegó a ser sinónimo del lugar de la destrucción eterna, el infierno de fuego.

Así pues, Jesús insiste en que lo más grave es destruir la reputación de una persona y manchar su buen nombre. No hay castigo que sea demasiado severo para el chismoso malicioso, o la charla calumniosa que asesina el buen nombre de otro. Tal práctica, en el sentido más literal, merece el infierno.

Como ya hemos dicho, todas estas gradaciones de castigos no se han de tomar literalmente. Lo que Jesús quiere decir aquí es lo siguiente: « En la antigüedad se condenaba por asesinato, y eso siempre será condenable. Pero Yo os digo que no son sólo las acciones externas las que merecen ira juicio; los más íntimos pensamientos también están bajo el escrutinio y el juicio de Dios. La ira interminable es mala; el habla despectiva es peor, y el chisme descuidado y malicioso que destruye el buen nombre de una persona es lo peor de todo.» El que es esclavo de la ira, el que habla en un tono de desprecio, el que destruye el buen nombre de otro, puede que nunca hayan cometido un asesinato de hecho, pero sí en el corazón.

LA BARRERA INSUPERABLE

Mateo 5:23-24

Así que, si estás trayendo tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; y luego vienes a presentar tu ofrenda.

Cuando Jesús dijo esto, estaba simplemente recordándoles -a los judíos un principio que ellos conocían muy bien y que nunca deberían haber olvidado. La idea detrás del sacrificio era muy sencilla: si una persona hacía algo malo, su acción interrumpía su relación con Dios, y el sacrificio tenía por finalidad restaurar esa relación.

Pero hay que notar dos cosas muy importantes. La primera es que nunca se creyó que el sacrificio pudiera expiar un pecado deliberado, que los judíos llamaban « el pecado de una mano alta.» Si una persona cometía un pecado sin darse cuenta, o impulsado por un momento de pasión que quebrantaba su dominio propio, el sacrificio era efectivo; pero si uno cometía un pecado deliberado, desafiante, insensiblemente y con los ojos abiertos, entonces el sacrificio era impotente para expiar.

La segunda es que para ser efectivo, un sacrificio tenía que incluir la confesión del pecado y el verdadero arrepentimiento; y el verdadero arrepentimiento incluía el propósito de rectificar cualesquiera consecuencias hubiera tenido el pecado. El gran Día de la Expiación se celebraba para expiar los pecados de toda la nación, pero los judíos sabían muy bien que ni siquiera los sacrificios del Día de la Expiación se le podían aplicar a nadie *a menos que antes estuviera reconciliado con su prójimo*. La interrupción de la relación entre el hombre y Dios no se podía subsanar a menos que se hubiera sanado la que había entre hombre y hombre. Si una persona estaba haciendo una ofrenda por el pecado, por ejemplo, para expiar un robo, la ofrenda se creía que era totalmente ineficaz hasta que se hubiera restaurado la cosa robada; y, si se descubría que la cosa robada no se había restaurado, entonces había que destruir el sacrificio como inmundo y quemarlo fuera del templo. Los judíos sabían muy bien que tenían que hacer todo lo posible para arreglar las cosas a nivel humano antes de poder estar en paz con Dios.

En cierto sentido, el sacrificio era sustitutivo. El símbolo de esto era que, cuando la víctima estaba a punto de ser sacrificada, el adorador ponía sus manos sobre la cabeza del animal apretando bien hacia abajo, como para transferirle su propia culpa. Cuando lo hacía decía: «Te suplico, oh Dios; he pecado, he obrado perversamente, he sido rebelde; he cometido ... (aquí el oferente especificaba sus pecados); pero vuelvo en penitencia, y sea esto mi cobertura.»

Para que un sacrificio fuera válido, la confesión y la restauración tenían que estar implicadas. El cuadro que Jesús está pintando es muy gráfico. El adorador, desde luego, no hacía su propio sacrificio; se lo traía al sacerdote, que era el que lo ofrecía en su nombre. Un adorador ha entrado en el templo; ha pasado por la serie de atrios: el Atrio de los Gentiles, el de las Mujeres, el de los Hombres. A continuación se encontraba el atrio de los sacerdotes, en el que no podían entrar los laicos. El adorador se queda a la verja, dispuesto a entregarle su víctima al sacerdote; pone las manos sobre el animal para hacer su confesión; y entonces se acuerda de que ha roto con su hermano, del mal que le ha hecho; si su sacrificio ha de ser válido, debe volver y arreglar la ofensa y restaurar el daño, o no servirá de nada.

Jesús deja bien claro este hecho fundamental: No podemos estar en paz con Dios, a menos que lo estemos con nuestros semejantes; no podemos esperar el perdón a menos que hayamos confesado nuestro pecado, no sólo a Dios, sino también a los hombres, y a menos que hayamos hecho todo lo posible para evitar sus consecuencias prácticas. Algunas veces nos preguntamos por qué hay una barrera entre nosotros y Dios; a veces nos preguntamos por qué nuestras oraciones parece que no sirven para nada. La razón podría ser muy bien que somos nosotros los que hemos levantado esa barrera al estar desavenidos con nuestros semejantes, o porque hemos ofendido a alguno y no hemos hecho nada para rectificar.

HACER LAS PACES A TIEMPO

Mateo 5:25-26

Llega a un acuerdo con tu adversario sin pérdida de tiempo mientras vayas de camino con él, no sea que tu adversario te entregue al juez, y el juez te entregue a la policía, y acabes en la cárcel; porque entonces fijate bien lo que te digo- ya no saldrás de allí hasta que pagues hasta la última peseta.

Aquí Jesús está dando un consejo de lo más práctico; nos dice que arreglemos las cosas a tiempo, antes que se amontonen y causen aún más problemas en el futuro.

Jesús describe la escena de dos oponentes que van de camino hacia el tribunal; y les dice que aclaren y arreglen las cosas antes de llegar al tribunal; porque, si no lo hacen, y la ley sigue su curso, habrá todavía peores consecuencias por lo menos para uno de ellos en días sucesivos.

La escena de los dos oponentes que van juntos de camino al tribunal nos parece muy extraña, y hasta más bien improbable. Pero en el mundo antiguo sucedía a menudo.

En la ley griega había un proceso de detención que se llamaba *apagógué* que quiere decir *arresto sumarísimo*. En él el demandante mismo arrestaba al ofensor.: Le cogía por el cuello de la ropa y se lo sujetaba de tal manera que, si se resistía, se podía estrangular a sí mismo. Ya se supone que los casos en que ese arresto era legal eran muy pocos y había que coger al malhechor con las manos en la masa.

Los crímenes por los que se podía arrestar sumariamente a una persona como se ha descrito eran el robo, el robo de ropa (los ladrones de ropa eran la maldición de los baños públicos en la antigua Grecia), robar carteras, asaltar casas y secuestrar (el secuestro de esclavos especialmente dotados y habilidosos era muy corriente). Además, se podía arrestar sumariamente a alguien cuando se le descubría ejerciendo los derechos de ciudadanía cuando se le había desposeído de ellos, o si volvía a su estado o ciudad de los que había sido exiliado. En vista de esta costumbre no era raro ver a un demandante y a un ofensor juntos de camino al tribunal en una ciudad griega.

Está claro que es mucho más probable que Jesús estuviera pensando en términos de la ley judía; pero esta situación no era ni mucho menos imposible bajo la ley judía. Este era obviamente un caso de deuda; porque, si no se hacían las paces, habría que pagar hasta la última peseta. Casos semejantes se saldaban en los tribunales locales de ancianos. Se les fijaba una fecha en que el demandante y el ofensor tenían que presentarse juntos; en cualquier pueblo y aldea sería probable que se encontraran de camino al tribunal. Cuando se declaraba culpable a una persona, se la entregaba al oficial de la corte. Mateo llama a éste el *hyperétés*; Lucas le llama, en su versión de este dicho, con el término más corriente *praktór* (*Lucas 12:58s*). El deber del oficial del tribunal era asegurarse de que la deuda se pagaba debidamente y, en caso contrario, tenía autoridad para meter en la cárcel al ofensor hasta que la pagara. Esta es la situación que Jesús estaba considerando. El consejo de Jesús puede querer decir una de dos cosas.

(i) Puede que sea una muestra del consejo más práctico. Una y otra vez confirma la experiencia de la vida que, si una pelea, o desavenencia, o disputa no se resuelve inmediatamente, puede seguir generando peores y peores dificultades con el tiempo. La amargura engendra amargura. Ha sucedido a menudo que una pelea entre dos personas se ha transmitido a sus familias, y la han heredado generaciones futuras, y ha acabado por dividir una iglesia o una sociedad en dos.

Si en el mismo comienzo una de las partes hubiera tenido la gracia de disculparse o admitir su falta, una situación lamentable no tendría por qué haberse producido. Si alguna vez estamos desavenidos con otro, debemos arreglar la situación sin pérdida de tiempo. Puede que esto suponga que se es lo suficientemente humilde para confesar que nos hemos equivocado y disculparnos; puede que quiera decir que, aun en el caso de que tengamos razón, tenemos que dar el primer paso para restablecer la relación. Cuando las relaciones personales se deterioran, en nueve casos de

cada diez una acción inmediata las puede remediar; pero si esa acción inmediata no tiene lugar, seguirán deteriorándose, y se extenderá la amargura en círculos cada vez más amplios.

(ii) Puede que Jesús tuviera en mente algo más definitivo que esto. Puede que estuviera diciendo: «Arreglad las cosas con vuestros semejantes *mientras dure vuestra vida*; porque algún día -no sabéis cuando- la vida llegará a su fin, e iréis a presentaros ante Dios, el Juez final de todos.» El más grande de todos los días judíos era el Día de la Expiación. Sus sacrificios se creía que expiaban por los pecados conocidos y no conocidos; pero hasta este día tenía sus limitaciones. El *Talmud* establece claramente: < El Día de la Expiación expía las ofensas entre el hombre y Dios. El Día de la Expiación no expía las ofensas entre el hombre y su prójimo, a menos que el hombre haya arreglado las cosas con su prójimo. » Aquí tenemos otra vez un hecho fundamental: Uno no puede estar en paz con Dios si no lo está con sus semejantes. Una persona debe vivir de tal manera que el final la encuentre en paz con todo el mundo.

Bien puede ser que no tengamos que escoger sólo una de estas dos interpretaciones del dicho de Jesús. Bien puede ser que tuviera las dos en mente, y que lo que Jesús está diciendo es: < Si quieres la felicidad en el tiempo, y la felicidad en la eternidad, no dejes nunca una desavenencia sin zanjar entre ti y tu hermano. Actúa inmediatamente para quitar las barreras que la ira haya levantado. »

EL DESEO PROHIBIDO

Mateo 5:27-28

Habéis oído que se dijo: «No debes cometer adulterio.» Pero Yo os digo: El que mira a una mujer de tal forma que despierta en sí mismo deseos prohibidos hacia ella, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.

Aquí tenemos el segundo ejemplo del nuevo nivel de Jesús. La Ley establecía: < No cometerás adulterio » (*Éxodo 20:14*). Los maestros judíos tenían una opinión tan seria del adulterio que las partes culpables no se podían castigar nada más que con la muerte (*Levítico 20:10*); pero, una vez más Jesús establece que no constituye delito a *los ojos* de Dios solamente la acción prohibida, sino también el pensamiento prohibido.

Es necesario que entendamos lo que Jesús está diciendo aquí. No está hablando de un deseo natural, normal, que es parte del instinto y de la naturaleza humana. Según el sentido literal del original el hombre que se condena es el que mira a una mujer con la intención deliberada de desear aprovecharse de ella. El hombre que se condena es el que usa deliberadamente sus *ojos* para despertar su concupiscencia, el hombre que mira de tal manera que despierta la pasión y estimula deliberadamente el deseo.

Los rabinos judíos conocían muy bien la manera en que se pueden usar los *ojos* para estimular los malos deseos. Tenían sus dichos. «Los *ojos* y *las* manos son los agentes del pecado.» «El *ojo* y el corazón son las dos asistentes del pecado.» «Las pasiones se aposentan solamente en el que ve.» «¡Ay del que sigue a sus ojos, porque son adúlteros!» Y alguien ha dicho: «Hay un deseo interior del que el adulterio es solamente el fruto.»

En un mundo tentador hay muchas cosas diseñadas deliberadamente para excitar el deseo: libros, carteles, revistas, fotografías, películas y anuncios. El hombre que Jesús condena aquí es el que usa deliberadamente sus ojos para estimular sus deseos; el hombre que encuentra un extraño placer en cosas que despiertan su deseo de lo prohibido. Todas las cosas son limpias para los limpios. Pero el hombre cuyo corazón está contaminado encuentra algo para despertar y excitar el mal deseo en cualquier situación.

EL REMEDIO QUIRÚRGICO

Mateo 5:29-30

Así es que, si tu ojo derecho va a hacerte caer en pecado, sácatelo y tíralo; porque es mejor perder una parte de tu cuerpo que que todo tu cuerpo se vaya a la gehena. Y si tu mano derecha te va a hacer caer en pecado, córtatela y tírala; porque es mejor perder una parte de tu cuerpo que que todo tu cuerpo se vaya a la gehena.

Aquí Jesús hace una gran demanda, una demanda quirúrgica. Insiste en que todo lo que cause, o que seduzca al pecado debe eliminarse totalmente de la vida.

La palabra que usa para *hacer caer* es interesante. Es la palabra *skándalon*. *Skándalon* es una forma de la palabra *skandaléthron*, que quiere decir el *soporte del cebo* de una trampa. Era el palito o el brazo en el que se fijaba el cebo y que operaba la trampa para cazar al animal seducido para su propia destrucción. En sentido figurado la palabra llegó a significar *cualquier cosa que causa la destrucción de una persona*.

Detrás de esto hay dos figuras. La primera es la de una piedra escondida en un sendero en la que uno puede tropezar, o una cuerda colocada a través de un sendero deliberadamente para hacer que alguien se caiga; la segunda es la figura de un pozo excavado en el suelo y tapado engañosamente con una capa ligera de ramas y hojarasca dispuesto para que el viajero despistado lo pise y se caiga irremediabilmente al pozo. El *skándalon*, *la piedra de tropiezo*, es algo que hace tropezar y caer, que le manda a uno a su propia destrucción, algo que le seduce para su propia ruina.

Desde luego, estas palabras de Jesús no se deben tomar con un literalismo crudo. Lo que quieren decir es que hay que desarraigar de la vida sin sentimentalismos cualquier cosa que sirva para-seducirnos al pecado. Si tenemos un hábito que puede ser una incitación al mal, o una relación que nos puede descarriar, o un placer que podría acabar por arruinar nuestra salud física o moral, tenemos que extirparlo quirúrgicamente de nuestra vida.

Viniendo como viene inmediatamente después del que trata de los pensamientos y deseos prohibidos, este pasaje nos impulsa a preguntar: ¿Cómo podemos vernos libres de esos deseos inmundos y pensamientos contaminantes? Es un hecho de experiencia que los pensamientos y las imágenes se introducen involuntariamente en nuestra mente, y es la cosa más difícil del mundo el cerrarles la puerta.

Hay una manera en que no se consigue nada frente a estos pensamientos y deseos, y es sentándose y diciéndose: No voy a pensar más en estas cosas. Cuanto más nos decimos que no vamos a pensar en tal y tal cosa, tanto más se nos concentra en ella el pensamiento.

El ejemplo sobresaliente de la manera errónea de tratar con tales pensamientos y deseos era el de los monjes y ermitaños que se iban al desierto en los primeros tiempos de la Iglesia. Eran hombres que querían liberarse de todas las cosas terrenales, y especialmente de los deseos sensuales. Para ello se retiraban al desierto de Egipto con el propósito de vivir aisladamente y no pensar nada más que en Dios.

El más famoso de ellos fue san Antonio. Vivía como un ermitaño; ayunaba; se privaba del sueño; torturaba su cuerpo. Así vivió treinta y cinco años en el desierto que fueron una batalla sin descanso ni tregua con las tentaciones. Leemos en su biografía: « En primer lugar, el diablo trató de apartarle de la disciplina, susurrándole el recuerdo de sus riquezas, los cuidados de su hermana, los derechos de su familia, el amor al dinero y a la gloria, los diversos placeres de la mesa y las demás relajaciones de la vida; y, por último, la dificultad de la virtud y sus trabajos... El uno sugería pensamientos inmundos, y el otro respondía con oraciones; el uno le incitaba con la lujuria, y el otro, como pareciendo ruborizarse, fortalecía su cuerpo con oraciones, fe y ayunos. El diablo, hasta una

noche se presentó en forma de mujer, e imitó todas sus tretas sencillamente para seducir a Antonio.» Así prosiguió la lucha durante treinta y cinco años.

El hecho es que, si alguien se buscaba problemas, ese era Antonio, y sus amigos igual. Es la inevitable ley de la naturaleza humana que, cuanto más dice uno que no va a pensar el algo, tanto más ese algo está presente en sus pensamientos. No hay más que dos maneras de derrotar los pensamientos prohibidos.

La primera es la acción cristiana. La mejor manera de derrotar tales pensamientos es hacer algo, llenarse la vida hasta tal punto de trabajos y servicios cristianos que no nos quede tiempo para esos pensamientos; pensar tanto en los demás que acabemos por no pensar tanto en nosotros mismos; desembarazarnos de una introspección enfermiza y morbosa concentrándonos, no en nosotros mismos, sino en los demás. La cura real de los malos pensamientos no se consigue nada más que consagrándose a las buenas acciones.

La segunda es llenar la mente de buenos pensamientos. Hay una escena famosa en el *Peter Pan* de Barrie. Peter está en el dormitorio de los niños, que le han visto volar, y quieren volar ellos también. Han probado desde el suelo, y desde las camas, con un resultado nulo. «¿Cómo lo haces tú?», le preguntó John. Y Peter le contestó: «No tienes más que pensar cosas bonitas, pensamientos maravillosos, y ellos te levantan por los aires.» La única manera de vencer los malos pensamientos es ponernos a pensar en otra cosa.

Si uno está asediado por pensamientos de cosas sucias y prohibidas, puede estar seguro de que nunca los vencerá retirándose de la vida y diciéndose: « Ya no voy a pensar más en esas cosas.» Lo conseguirá solamente sumergiéndose en la acción cristiana y en el pensamiento cristiano. Nunca lo conseguirá tratando de salvar su propia vida; sólo dedicándola, -dándola- por otros.

EL VINCULO QUE NO SE DEBE ROMPER

1. *El matrimonio entre los judíos*

Mateo 5:31-32

También se dijo: «El que se divorcie de su mujer, que le dé un certificado de divorcio.» Pero Yo os digo que el que se divorcia de su mujer por algo que no sea la fornicación, la obliga a cometer adulterio; y el que se casa con una mujer divorciada, comete adulterio.

Cuando Jesús estableció esta ley para el matrimonio, lo hizo en el trasfondo de una situación determinada. No había habido ninguna época de la historia antigua en la que el vínculo matrimonial hubiera estado en mayor peligro de destrucción que en los días en que llegó al mundo el Cristianismo. En aquel tiempo el mundo estaba en peligro de ser testigo de la casi total desaparición del matrimonio y del colapso del hogar.

El Cristianismo tuvo históricamente un doble trasfondo. Tenía el trasfondo del mundo judío, y el del mundo grecorromano. Consideremos la enseñanza de Jesús sobre el fondo de esas dos culturas.

En teoría, no ha habido nación que tuviera un concepto más elevado del matrimonio que la nación hebrea. El matrimonio era un deber sagrado que había de asumir todo varón. Podía diferirlo o abstenerse de él solamente por una razón: para dedicarle todo su tiempo al estudio de la Ley. Si uno se negaba a casarse y engendrar hijos se decía que había quebrantado el mandamiento positivo de dar fruto y multiplicarse, y que «había reducido la imagen de Dios en el mundo» y «matado su posteridad.»

En principio, los judíos aborrecían el divorcio. La voz de Dios había dicho: « Yo aborrezco el divorcio» (*Malaquías 2:16*). Los rabinos tenían dichos preciosos. «Encontramos que Dios es

longánimo con todos los pecados excepto con el de la falta de castidad.» «La falta de castidad hace partir a la gloria de Dios.» «Cualquier judío debe dar la vida antes que cometer idolatría, asesinato o adulterio.» « El mismo altar derrama lágrimas cuando un hombre se divorcia de la esposa de su juventud.»

Lo trágico era que la práctica se quedaba muy rezagada del ideal. Había algo que viciaba toda la relación matrimonial: una mujer era, a los ojos de la ley, una cosa. Estaba totalmente a disposición de su padre o de su marido. Virtualmente no tenía ningún derecho legal. No podía, en ningún caso, divorciarse de su marido por ningún motivo, mientras que el marido podía divorciarse de ella por cualquier razón. «Uno puede divorciarse de una mujer decía la ley rabínica- contando o no con la voluntad de ella; basta con la voluntad de él.»

El asunto se complicaba por el hecho de que la ley judía del divorcio se formulaba muy sencillamente, pero su significado era discutible. Se formulaba en *Deuteronomio* 24:1: «Cuando alguien toma una mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, se la entregará en la mano y la despedirá de su casa.» Este proceso de divorcio era extremadamente sencillo. El documento de divorcio decía sencillamente:

Sea esto por mi parte tu escritura de divorcio y carta de despedida y acta de liberación, para que te puedas casar con quien quieras.

Todo lo que tenía que hacer el marido era entregar ese papel a su mujer en presencia de dos testigos, y quedaba divorciada.

Está claro que el punto álgido del asunto estaba en la interpretación de la frase *alguna cosa indecente*. En todos los asuntos de ley judía había dos escuelas. Estaba la escuela de Sammay, que era la más estricta, severa y austera; y estaba la escuela de Hil.lél, que era la escuela liberal, amplia y generosa. Sammay y su escuela definían *alguna cosa indecente* como falta de castidad y nada más. «Aunque una esposa sea tan zascandil como la mujer de Acab -decían-; que si no es por adulterio no se la puede divorciar.» Para la escuela de Sammay no había más base legal para el divorcio que el adulterio y la inmoralidad sexual.

Por otra parte, la escuela de Hil.lél definía *alguna cosa indecente* de la manera más general. Decían que quería decir que un hombre se podía divorciar de su esposa si le estropeaba la comida poniendo demasiada sal, o si aparecía en público con la cabeza descubierta, si hablaba con hombres en la calle, si era alborotadora, si hablaba sin el debido respeto de los padres de su marido en su presencia, si era metijona o pendenciera. El famoso rabí Aqibá dijo que la frase quería decir *si no le resulta agradable*, y que eso le daba derecho a un marido a divorciarse de su mujer si encontraba otra que le parecía más atractiva.

Siendo como es la naturaleza humana, es fácil suponer cuál de las dos escuelas llegó a tener más influencia. En el tiempo de Jesucristo el divorcio se había ido haciendo cada vez más fácil hasta tal punto que las jóvenes no se querían casar, porque el matrimonio era inseguro.

Cuando Jesús dijo esto no estaba hablando como idealista teórico, sino como reformador social práctico. Trataba de sanar una situación en la que la estructura de la vida familiar se estaba colapsando, y en la que la moralidad nacional se iba haciendo cada vez más laxa.

EL VÍNCULO QUE NO SE DEBE ROMPER

2. El matrimonio entre los griegos

Mateo 5:31-32 (continuación)

Hemos visto cómo estaba el matrimonio en Palestina en el tiempo de Jesús; pero no pasará mucho tiempo antes de que el Cristianismo saliera de Palestina, y es necesario que veamos cómo estaba el matrimonio en el mundo más amplio al que llegarían las enseñanzas del Cristianismo.

En primer lugar, vamos a ver cómo estaba el matrimonio entre los griegos. Dos cosas viciaban la situación del matrimonio en el mundo griego.

El gran investigador clásico A. W. Verrall decía que una de las principales enfermedades de las que murió la civilización antigua era el bajo concepto de las mujeres. Lo primero que arruinó la situación del matrimonio entre los griegos fue el hecho de que las relaciones extramatrimoniales no tenían ningún estigma, y hasta eran algo esperado y aceptado. A tales relaciones no se les daba la menor importancia; eran parte de la rutina de la vida. Demóstenes estableció como práctica reconocida y aceptada: «Tenemos prostitutas para el placer; concubinas, para la cohabitación diaria, y esposas, para tener hijos legítimos y una fiel guardiana de los asuntos del hogar.» Posteriormente, cuando las ideas griegas se habían introducido y habían arruinado la moralidad romana, Cicerón, en su *En defensa de Cecilio*, dice « Si hay alguien que piense que hay que negarles a los jóvenes el amor de las prostitutas, sería extremadamente severo. No puedo negar el principio en que se apoya; pero estaría en desacuerdo, no sólo con la permisividad de su propia edad, sino también con las costumbres y con la licencia de nuestros antepasados. ¿Cuándo no se ha hecho así? ¿Cuándo se ha considerado que era reprobable? ¿Cuándo se negó la licencia? ¿Cuándo no ha sido legal lo que lo es ahora?» El punto de vista de Cicerón, como había sido el de Demóstenes, era que las relaciones extramatrimoniales eran perfectamente normales y aceptables.

El punto de vista griego del matrimonio era una tremenda paradoja. La decencia griega exigía que la mujer respetable viviera en tal estado de aislamiento que ni siquiera podía ir por la calle sola, y que no tomaba sus comidas en las mismas habitaciones que los hombres. No tomaba la menor parte en la vida social. Los griegos les exigían a sus mujeres la más absoluta pureza moral, mientras que para ellos reclamaban la licencia moral más absoluta. Para decirlo claro: los griegos se casaban para que la mujer se hiciera cargo de la seguridad doméstica, pero se buscaban el placer en otra parte. Hasta Sócrates decía: «¿Hay alguien a quien le confías cuestiones más serias que a tu mujer, y alguien con quien hables menos?» A Vero, el colega de Marco Aurelio en el poder imperial, le echaba en cara su mujer el asociarse con otras mujeres. Su respuesta era que tenía que tener presente que el nombre de esposa era un título de dignidad, no de placer.

Así pues, en Grecia surgió una situación extraordinaria. El templo de Afrodita de Corinto tenía un millar de sacerdotisas, que eran en realidad prostitutas religiosas. Bajaban a las calles de Corinto por las tardes para llevar a cabo su misión, lo que dio origen a un dicho: « No todo el mundo se puede permitir un viaje a Corinto.» Esta sorprendente alianza de la religión con la prostitución se puede ver en situaciones tan increíbles como que Solón fuera el primero en permitir la entrada de prostitutas en Atenas y la construcción de burdeles, con el producto de los cuales se le construyó un templo nuevo a Afrodita, la diosa del amor. A los griegos no les parecía mal construir un templo con las rentas de la prostitución.

Pero, totalmente aparte de la práctica de la prostitución corriente, surgió en Grecia una clase sorprendente de mujeres llamadas las *hetairai*. Eran las queridas de hombres famosos; eran las mujeres más cultas y mejor situadas en la sociedad de su tiempo; sus hogares no eran nada menos que salones, y muchos de sus nombres pasaron a la historia compartiendo la fama con la de los hombres con los que estuvieron asociadas. Thais fue la *hetaira* de Alejandro Magno, a la muerte del cual pasó a ser la esposa de Tolomeo y la madre de la familia real egipcia.

Aspasia fue la *hetaira* de Pericles, probablemente el mayor gobernante y orador de Atenas; y se dice que fue ella la que le enseñó a Pericles oratoria y le escribía sus discursos. Epicuro, el famoso filósofo, tuvo a su igualmente famosa Leontion, y Sócrates, a Diotima. Cómo se consideraba a estas mujeres se puede deducir de la visita que le hizo Sócrates a Theodota, que nos cuenta Jenofonte. Fue a ver si era tan hermosa como se decía. Le habló con amabilidad; le dijo que le cerrara la puerta

a los insolentes y que cuidara de sus amantes en la enfermedad y se congratulara con sus honores, y que amara tiernamente a los que le dieran su amor.

De modo que vemos en Grecia todo un sistema basado en relaciones extramatrimoniales; vemos que esas relaciones se aceptaban y consideraban naturales y normales, y nada vergonzosas; vemos que esas relaciones podían, de hecho, llegar a ser el factor dominante de la vida de un hombre. Vemos una situación sorprendente en la que los griegos mantenían a sus esposas absolutamente recluidas en una pureza obligatoria, mientras ellos se buscaban el placer y hasta el amor en relaciones fuera del matrimonio.

La segunda cosa que viciaba la situación en Grecia era que el divorcio no requería el más mínimo proceso legal. Todo lo que tenía que hacer el hombre era despedir a su mujer en presencia de dos testigos. La única cláusula que se le imponía era que tenía que devolver la dote íntegra.

Es fácil ver la increíble novedad que suponía la enseñanza cristiana de la castidad y fidelidad en el matrimonio en una civilización así.

EL VÍNCULO QUE NO SE DEBE ROMPER

3. El matrimonio entre los romanos

Mateo 5:31-32 (conclusión)

La historia del desarrollo de la situación matrimonial entre los romanos es trágica. Tanto la religión como la sociedad romanas estaban basadas originalmente en el hogar. La base de la comunidad romana era la *patria potestas*, el poder del padre; el padre tenía literalmente poder de vida y muerte sobre su familia. Un hombre no era nunca mayor de edad mientras viviera su padre. Podía llegar a ser cónsul; podía llegar a los más altos honores y responsabilidades que el estado pudiera ofrecer; pero, mientras su padre estuviera vivo, seguía bajo la autoridad de su padre.

Para los romanos, el hogar lo era todo. La matrona romana no estaba recluida como su equivalente en Grecia. Tomaba parte en la vida totalmente. «El matrimonio -decía el jurista latino Modestino- es una comunidad de por vida de todos los derechos divinos y humanos.» Desde luego, había prostitutas; pero se las despreciaba, y el asociarse con ellas era vergonzoso. Hubo, por ejemplo, un magistrado romano al que asaltaron en una casa de mala fama, y que se negó a denunciar el caso o a llevarlo a los tribunales, porque habría tenido que confesar que había estado en tal sitio. El nivel de la moralidad romana era tan alto que, durante los primeros quinientos años del estado romano no hubo ni un solo caso de divorcio que se tramitara. El primer hombre que se divorció de su mujer fue Spurius Carvilius Ruga, el año 234 a.C., y lo hizo porque ella era estéril, y él quería tener hijos.

Entonces llegaron los griegos. En el sentido militar e imperial, Roma conquistó a Grecia; pero en el sentido moral y social, Grecia conquistó a Roma. Para el siglo II a.C., la moralidad griega había empezado a infiltrarse en Roma, y el declive fue catastrófico. El divorcio llegó a ser tan común como el matrimonio. Séneca habla de mujeres que se casaban para divorciarse, y que se divorciaban para casarse. Dice que había mujeres que contaban los años, no por los nombres de los cónsules, sino por los de sus maridos. Juvenal escribe: «¿Le basta con un marido a Iberina? ¡Antes la convencerías que se conformara con no tener más que un ojo!» Cita el caso de una mujer que tuvo ocho maridos en cinco años. Marcial cita el caso de una mujer que había tenido diez maridos. Un orador romano, Metillus Numidicus, dio una conferencia extraordinaria: « Si se pudiera amar sin tener esposa, romanos, nos libraríamos de los problemas; pero, como es la ley de la naturaleza que no se pueda vivir tranquilo con ellas ni sin ellas, debemos responsabilizarnos de la continuidad de la raza más bien que de nuestra propia tranquilidad.» El matrimonio había llegado a ser una necesidad desagradable. Había un chiste romano cínico: « El matrimonio no nos da nada más que dos días

buenos: el día que el marido la estrecha por primera vez contra su pecho, y el día que la coloca en la tumba.»

Hasta tal punto llegaron las cosas que fue necesario subirles los impuestos a los solteros y prohibirles hacerse cargo de herencias. Se concedían privilegios especiales a los que tuvieran hijos -porque los hijos se consideraban una desgracia. Hasta se manipulaban las mismas leyes para intentar rescatar la institución necesaria del matrimonio.

Ahí estaba la tragedia romana, lo que llamaba Lecky « la eclosión de una depravación ingobernable y casi frenética que siguió al contacto con Grecia.» De nuevo nos resulta fácil ver con qué alucinación tiene que haber oído el mundo antiguo las exigencias de la castidad cristiana.

Dejaremos la presentación del ideal cristiano del matrimonio para cuando lleguemos a *Mateo* 19: 3-9. De momento baste notar que con el Cristianismo había venido al mundo un ideal de castidad con el que la humanidad no había ni soñado.

LA PALABRA ES UNA PRENDA

Mateo 5:33-37

Además habéis oído que se les dijo a los de la antigüedad: «No hagas un juramento en falso, sino cumple tus juramentos al Señor.» Pero Yo os digo: No juréis nunca, ni por el Cielo porque es el Trono de Dios-, ni por la Tierra porque es el estrado de Sus pies-, ni por Jerusalén porque es la ciudad del Gran Rey-, ni por tu cabeza -¡porque no puedes hacer ni que un pelo tuyo sea negro o blanco! Cuando dices Sí, que sea sí; y cuando dices No, que sea no. Todo lo que se le añade a eso tiene su raíz en el mal.

Una de las cosas que nos extrañan en el Sermón del Monte es el número de ocasiones en que Jesús les recuerda a los judíos cosas que ya sabían. Sus maestros ya les habían insistido en la obligación suprema de decir la verdad. « El mundo se mantiene en pie sobre tres cosas: la justicia, la verdad y la paz.» «Cuatro tipos de personas son excluidas de la presencia de Dios: el burlón, el hipócrita, el mentiroso y el divulgador de calumnias.» « El que ha dado su palabra y luego cambia es tan malo como el idólatra.» La escuela de Sammay estaba tan casada con la verdad que prohibía los cumplimientos -«cumpló y miento», que decía don Juan Fliedner de la sociedad; como, por ejemplo, el decirle a la novia que estaba encantadora cuando la verdad era que estaba corriente, si acaso.

Los maestros judíos insistían todavía más en la verdad si se había reforzado con un juramento. Este principio se establece repetidamente en el Nuevo Testamento. El mandamiento decía: «No pronunciarás el nombre del Señor tu Dios en vano; porque el Señor no dará por inocente al que pronuncie Su nombre en vano» (*Éxodo* 20:7). Ese mandamiento no se refiere exclusiva ni necesariamente a las blasfemias, sino a jurar que una cosa es verdad cuando no lo es, o cuando se hace algún juramento en falso. (Jurar es < Afirmar o negar una cosa, poniendo por testigo a Dios, o en sí mismo o en sus criaturas», según el primer sentido que recoge el D.R.A.E.). «Cuando alguien haga un voto al Señor, o haga un juramento ligando su alma con alguna obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca» (*Números* 30:2). «Cuando hagas voto al Señor tu Dios, no tardes en pagarlo, porque ciertamente te lo demandará el Señor tu Dios, y cargarías con un pecado» (*Deuteronomio* 23:21).

Pero en tiempos de Jesús había dos cosas reprobables sobre los juramentos.

La primera era lo que podríamos llamar los *juramentos* frívolos, el tomar o hacer juramento cuando no era necesario ni adecuado. Se había hecho muy corriente el empezar una aseveración diciendo: « ¡Por mi vida!», o « ¡Por mi cabeza!», o «¡Que no vea yo el consuelo de Israel si...!» Los rabinos establecían que el usar cualquier fórmula de juramento en una simple aseveración era pecado. «El sí de los justos es sí --decUi-- y su no es no.»

Es necesario hacer aquí una seria advertencia, y más aún a los hispanohablantes. Demasiado a menudo se usa un lenguaje de lo más sagrado sin la menor necesidad ni sentido. Se pronuncian nombres sagrados sin el menor sentido ni relevancia. Los nombres sagrados deben reservarse para temas sagrados.

La segunda costumbre judía era, en cierto sentido, todavía peor. Se podrían llamar *juramentos evasivos*. Los judíos dividían los juramentos en dos clases: los que eran absolutamente vinculantes, y los que no. Cualquier juramento que incluía el nombre de Dios era absolutamente vinculante; cualquier juramento que se las ingeniaba para evitar en nombre de Dios, no era vinculante. El resultado era que, si una persona juraba por el nombre de Dios en cualquier forma, estaría obligada a cumplir su juramento; pero, si hacía un juramento por el Cielo, o por la Tierra, o por Jerusalén, o por su cabeza, se sentía perfectamente libre para incumplirlo. En consecuencia, se hacían verdaderas virguerías en este arte de la evasión en los juramentos.

La idea detrás de todo esto era que, si se usaba el nombre de Dios, Dios era parte de la transacción; mientras que si no se Le nombraba, no tenía nada que ver con el asunto.

El principio que Jesús establece está muy claro. En efecto, lo que Jesús dice es que, lejos de tener que hacer a Dios parte en ningún asunto, no se Le puede excluir de ninguno. Dios está en todo. El Cielo es el trono de Dios; la Tierra es el estrado de Sus pies; Jerusalén es la ciudad de Dios; la cabeza de un hombre no le pertenece a él, sino a Dios; su vida pertenece a Dios; no hay nada en el mundo que no pertenezca a Dios; y, por tanto, el que se Le nombre con todas las letras o no, no es esencial; el hecho es que Dios está en todo.

Aquí tenemos una gran verdad eterna. La vida no se puede dividir en compartimientos estancos, en algunos de los cuales está Dios y en otros no. No puede haber una clase de lenguaje en la iglesia, y otra en el mercado, en la fábrica o en la oficina. No puede haber un nivel de conducta en la iglesia y otro en el mundo de los negocios. El hecho es que Dios no necesita que se Le invite a ciertos departamentos de la vida, y se Le impida la entrada en otros. Está en todo; en toda la vida y en todas las actividades. No oye sólo lo que Le decimos en la iglesia dirigiéndonos a Él por nombre. Lo oye todo. No puede haber ciertas **expresiones que eviten que esté implicado en una transacción**. Consideraremos sagradas todas las promesas si tenemos presente que siempre se hacen en Su presencia.

EL FIN DE LOS JURAMENTOS

Mateo 5:33-37 (conclusión)

Este pasaje concluye con el mandamiento de que, cuando uno tenga que decir que sí, debe decir que sí, y nada más; y cuando tenga que decir que no, que diga que no, y nada más.

El ideal es que una persona no necesite nunca un juramento para reforzar o garantizar la verdad de lo que diga. Su carácter debería hacer el juramento totalmente innecesario. Su garantía y su testimonio deberían estar en la clase de persona que es. Sócrates, el gran maestro y orador griego, decía: «Una persona debe llevar una vida que genere más confianza en ella que la que pueda producir nunca un juramento.» Clemente de Alejandría insistía en que los cristianos deberían vivir de tal manera y demostrar tal carácter que a nadie se le ocurriera nunca exigirles un juramento. La sociedad ideal sería una en la que la palabra de una persona no requiriera nunca un juramento que garantizara su veracidad, y ninguna promesa suya necesitara un juramento para asegurar su cumplimiento.

¿Prohíbe entonces esta palabra de Jesús el hacer un juramento en cualquier caso -por ejemplo, como testigo de un juicio? Ha habido dos clases de personas que se negaban rotundamente a hacer un juramento. La primera fueron los esenios, una antigua secta judía. Josefo escribe acerca de ellos: «Son eminentes en su fidelidad, y son ministros de la paz. Lo que quiera que digan es más firme que

un juramento. Evitan el jurar, y lo consideran peor que el perjurio. Porque dicen que el que tiene que jurar para que se le crea se autocondena.»

La segunda fueron, y todavía son, los cuáqueros, que se niegan a hacer juramentos en ninguna situación. A lo más que llegaba su fundador George Fox era a usar la palabra bíblica *Verily, de cierto*. Escribe: « No he defraudado jamás a ningún hombre o ninguna mujer en todo ese tiempo [que trabajó en los negocios]. Cuando hacía ese servicio, usaba en mis contratos la palabra *Verily*, y todos decían: "Si George Fox dice *Verily*, no habrá nada que le haga cambiar."»

En la antigüedad, los esenios no hacían un juramento en ninguna circunstancia, y hasta el día de hoy los cuáqueros hacen lo mismo.

¿Tienen razón en seguir esta línea de conducta? Hubo ocasiones en las que Pablo, por así decirlo, recurrió al juramento. «*Invoco a Dios por testigo sobre mi alma* -escribe a los corintios-, que por ser indulgente con vosotros no he pasado todavía a Corinto» (2 *Corintios* 1:23). «En esto que os escribo escribe a los gálatas-, ¡os aseguro *delante de Dios* que no miento!» (*Gálatas* 1:20). En estas ocasiones, Pablo recurre a un juramento. El mismo Jesús no protestó cuando se Le sometió a juramento. En Su juicio ante el sumo sacerdote, este Le conjuró por Dios mismo: « ¡Te conjuro por el Dios viviente -Te increpo con un juramento por Dios mismo- que nos digas si eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios!» (*Mateo* 26:63). ¿Qué hacer en esa situación?

Veamos la última parte del versículo 37, que dice que se debe contestar sencillamente sí o *no*, porque «todo lo que se le añada a eso tiene su raíz en el mal.» ¿Qué quiere decir esto? una de dos cosas.

(a) Si se le tiene que tomar juramento a una persona, eso proviene del mal que hay en la humanidad. Si no existiera ese mal, no harían falta tomar juramento. Es decir: el hecho de que sea necesario a veces hacer que alguien haga un juramento es una prueba del mal que hay en la criatura humana sin Cristo.

(b) El hecho de que sea necesario tomarle juramento a una persona en algunos casos procede del hecho de que este es un mundo malo. En un mundo ideal, en un mundo que fuera el Reino de Dios, no haría falta recurrir a juramentos. Es necesario porque el mundo es malo.

Lo que Jesús está diciendo es: una persona realmente buena no necesita recurrir a juramentos; la veracidad de sus dichos y la realidad de sus promesas no necesitan más garantía. Pero el hecho de que los juramentos sean a veces necesarios es prueba de que ni las personas ni el mundo son buenos.

Así que este dicho de Jesús nos coloca bajo dos obligaciones. La primera es la de ser tales, que los demás vean en nosotros nuestra bondad transparente y no nos exijan nunca un juramento; y la segunda es la de hacer que este mundo sea tal que la falsedad y la infidelidad sean tan eliminadas en él que se pueda abolir la necesidad de juramentos.

LA LEY ANTIGUA

Mateo 5:38-42

Habéis oído lo que se dijo: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero Yo os digo que no os resistáis al mal; sino, al que te dé una bofetada en la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda; y si alguien quiere obtener sentencia contra ti para quitarte la túnica, dale también la capa; y si alguien te requisas para que recorras una milla de servicio público, ve con él dos millas. Dale al que te pida, y no te despistes del que quiera pedirte prestado.

Pocos pasajes del Nuevo Testamento contienen tanta esencia de la ética cristiana como éste. Aquí tenemos la ética característica de la vida cristiana, y la conducta que debería distinguir a los cristianos de los que no lo son.

Jesús empieza citando la ley más antigua del mundo -*ojo por ojo*, y diente por diente. Esa ley se conoce como la *Lex Talionis*, y se puede describir como la ley del toma y daca aplicada a las ofensas. Aparece en el código de leyes más antiguo de los que se conocen, el Código de Hammurabi, que reinó en Babilonia de 2.285 a 2.242 a.C. El Código de Hammurabi hace una curiosa distinción entre el caballero y el trabajador: « Si alguien causa la pérdida del *ojo* de un caballero, perderá un *ojo* suyo. Si ha dañado el miembro de un caballero, el miembro suyo correspondiente será dañado. Si ha sido la causa de que un pobre perdiera un *ojo*, o quedara con un miembro dañado, pagará una mina de plata... Si ha causado el que a un hombre que es su igual se le caiga un diente, se le hará caer uno de los suyos. Si ha hecho que se le caiga a un pobre, pagará un tercio de una mina de plata.» El principio está claro y es aparentemente sencillo: Si un hombre ha infligido una injuria a otro, deberá sufrir una injuria igual.

Esa ley llegó a formar parte integrante de la ética del Antiguo Testamento. En él la encontramos establecida no menos de tres veces: «Pero si le causan otro daño, entonces pagarás vida por vida, *ojo por ojo*, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe» (*Éxodo 21:23-25*). «El que cause una lesión a su prójimo, según lo hizo, así le sea hecho: Rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente; según la lesión que le haya causado al otro, igual se hará con él» (*Levítico 24:19s*). « No lo compadecerás: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» (*Deuteronomio 19:21*). Estas leyes se citan a menudo entre las más sanguinarias, salvajes y despiadadas del Antiguo Testamento; pero antes de empezar a criticar, deberíamos notar ciertas cosas.

(i) La *Lex Talionis*, la ley del toma y daca, lejos de ser una ley salvaje y sanguinaria, es de hecho *el principio de la misericordia*. Su finalidad original era sin duda *la limitación de la venganza*. En los días más primitivos la venganza de sangre era característica de la sociedad tribal. Si un hombre de una tribu causaba un daño a un hombre de otra tribu, inmediatamente *todos* los miembros de la tribu del perjudicado salían a vengarse de *todos* los miembros de la tribu del que había hecho el daño; y la venganza deseada no era nunca menos que la muerte. *Esta ley limita deliberadamente la venganza*. Establece que solamente el hombre que ha causado el daño debe ser castigado, y su castigo no debe exceder al equivalente del que él mismo ha causado. Vista en el trasfondo de su situación histórica, ésta no es una ley sanguinaria, sino misericordiosa.

(ii) Además, ésta no fue nunca una ley que le diera a *la persona individual* el derecho a vengarse por sí misma; siempre fue una ley que establecía cómo tenía que estipular el castigo *un juez* de un tribunal legal (cp. *Deuteronomio 19:18*). Esta ley nunca tuvo la finalidad de darle al individuo el derecho a complacerse ni siquiera en la venganza del toma y daca. Siempre se pretendió que fuera una guía para un juez en la estipulación del castigo que debía recibir cualquier obra violenta o injusta.

(iii) Y además, esta ley no se cumplió nunca literalmente, por lo menos en ninguna de las sociedades semi-civilizadas. Los juristas judíos razonaban acertadamente que el cumplirla literalmente podría ser de hecho lo contrario de la justicia, porque obviamente podría suponer el pago de un buen *ojo* o buen diente con un mal *ojo* o un mal diente. Y se llegó muy pronto a compensar el daño causado con dinero; y la ley judía establece meticulosamente en el tratado *Baba Kamma* cómo se ha de valorar el daño. Si una persona ha perjudicado a otra, puede haber sido de una de estas cinco maneras: Con injuria, dolor, tratamiento médico, pérdida de tiempo, e indignidad. En cuanto a la *injuria*, el injuriado se considera como un esclavo que se pone a la venta en el mercado. Su valor *antes y después* de la injuria se estipula, y el responsable de la injuria tiene que pagar la diferencia. Había sido responsable de la pérdida de valor de la persona injuriada. En cuanto a *dolor*, se estimaba cuánto dinero aceptaría una persona por estar dispuesta a sufrir el dolor de la injuria infligida, y el responsable de la injuria tenía que pagar esa suma. En cuanto a *tratamiento médico*, el causante del mal tenía que pagar todos los gastos del tratamiento médico necesario hasta que se llegara a una cura total. En cuanto a *la pérdida del tiempo*, el ofensor tenía que pagar la

compensación por los salarios perdidos mientras el ofendido estuviera incapacitado para trabajar, y también tenía que pagar compensación si el ofendido había tenido una posición bien pagada, y luego quedaba, a consecuencia del daño, capacitado solamente para un trabajo menos remunerado. En cuanto a la *indignidad*, el ofensor tenía que pagar los daños por la humillación y la indignidad que la injuria había infligido. En esta práctica legal, el tipo de compensación que establecía la *Lex Talionis* es sorprendentemente moderna.

(iv) Y lo más importante de todo: Hay que recordar que la *Lex Talionis* no es ni mucho menos toda la ética del Antiguo Testamento. Hay atisbos y hasta esplendores de misericordia en el Antiguo Testamento. «No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo» (*Levítico 19:18*). «Si el que te aborrece tiene hambre, dale de comer pan, y si tiene sed, dale de beber agua» (*Proverbios 25:21*). «No digas: "Haré con él como el hizo conmigo"» (*Proverbios 24:29*) «Dé la mejilla al que lo hiere y sea colmado de afrentas» (*Lamentaciones 3:30*). Hay abundante misericordia en el Antiguo Testamento.

Así que la ética antigua se basaba en la ley del toma y daca. Es verdad que esa ley era ya misericordiosa; es verdad que era una ley para un juez y no para la persona individual; es verdad que nunca se llevaba a cabo literalmente; es verdad que había acentos de misericordia que se percibían al mismo tiempo. Pero Jesús obliteró el mismo principio de esa ley, porque la venganza, por muy controlada y restringida que esté, no tiene lugar en la vida cristiana.

EL FIN DEL RESENTIMIENTO Y DE LA VENGANZA

Mateo 5:38-42 (continuación)

Así que para el cristiano, Jesús abole la antigua ley de la venganza limitada e introduce el nuevo espíritu que excluye el resentimiento y la venganza. De ahí pasa a dar tres ejemplos del espíritu cristiano en acción. El tomarlos con un literalismo crudo y obtuso sería perderse totalmente su enseñanza. Por tanto, es muy necesario, comprender lo que Jesús está diciendo.

(i) Dice que si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha debes ofrecerle también la otra. Hay aquí más de lo que parece a simple vista, mucho más que una mera cuestión de bofetadas.

Supongamos que el hombre es diestro, y quiere darle una bofetada al que tiene delante en la mejilla diestra, ¿cómo lo haría? A menos que haga las contorsiones más complicadas, lo cual privaría al golpe de toda su fuerza, no puede dar la bofetada más que de una manera: *Con el revés de la mano*. Ahora bien, según la ley judía rabínica, el golpear a una persona con el *revés* de la mano era doblemente insultante que si se le hubiera dado con el *derecho* de la mano. Así que, lo que Jesús está diciendo es: «Aun en el caso de que un hombre te dirija el insulto más calculado y peor, no debes vengarte de ninguna manera ni guardarle el menor resentimiento.»

No es probable que nos suceda a menudo, ni casi alguna vez, que alguien nos dé una bofetada; pero una y otra vez la vida nos brinda insultos, grandes o pequeños; Jesús está diciendo aquí que el verdadero cristiano ha aprendido a no tener resentimiento ni buscar venganza de ningún insulto o desprecio. A Jesús mismo le llamaban glotón y borracho. Le llamaban amigo de publicanos y de prostitutas, sugiriendo que era como ellos. A los primeros cristianos los llamaron caníbales e incendiarios, y los acusaron de inmoralidad brutal y desvergonzada, porque sus cultos incluían La Fiesta del Amor. Cuando Shaftesbury asumió la causa de los pobres y de los oprimidos le advirtieron de que eso querría decir que «se haría impopular con sus amigos y la gente de su propia clase,» y que «tendría que renunciar a toda esperanza de llegar a ser nunca miembro del parlamento.» Cuando Wilberforce empezó su cruzada para liberar a los esclavos se divulgaron deliberadamente acusaciones calumniosas de ser un cruel marido, de golpear a su esposa, y de que estaba casado con una negra.

Una y otra vez en la iglesia alguien se siente ofendido porque no le han invitado a una fiesta, o han omitido su nombre en el voto de gracias, o no se le dio el puesto o el reconocimiento que merecía. El verdadero cristiano ya no se acuerda de lo que quiere decir que le insulten; ha aprendido de su Maestro a aceptar cualquier insulto sin resentimiento, y sin buscar jamás la venganza.

(ii) Jesús pasa a decir que si alguien trata de quitarnos la túnica en un juicio, no sólo debemos permitirselo sino ofrecerle también la capa. Aquí también hay mucho más de lo que aparece a simple vista.

La túnica, *jitón*, era la camisa larga interior que se hacía de algodón o de lino. Hasta el más pobre tendría una muda de túnicas. La capa era la pieza de ropa exterior grande, de abrigo que uno se ponía encima de la túnica, y que usaba como manta por la noche. De ésta no tenía un judío corrientemente más que una. Ahora bien, decía expresamente la ley judía que la túnica de un hombre se le podía retener en prenda, pero no la capa: «Si tomas en prenda el vestido (capa) de tu prójimo, a la puesta del sol se lo devolverás, porque sólo eso es su abrigo, el vestido para cubrir su cuerpo. ¿Con qué dormirá?» (Éxodo 22:26s). El detalle es que no era legal retenerle a una persona la capa permanentemente.

Así que, lo que Jesús está diciendo es que: « El cristiano no insiste nunca en sus derechos; nunca discute sus derechos legales; no considera que tiene derechos legales en absoluto.» Hay personas que no hacen más que insistir en sus derechos, que se aferran a sus privilegios y no se los dejarán arrebatar, que irán a los tribunales militantemente antes que sufrir lo que consideren la más ligera infracción de ellos. Las iglesias están trágicamente llenas de personas así: encargados cuyo territorio ha sido invadido, o a los que no se ha asignado el lugar merecido; de juntas que realizan su cometido con el reglamento siempre encima de la mesa, no sea que se le invadan a alguien sus derechos. Esas personas no han ni siquiera empezado a ver lo que es el Cristianismo. El cristiano no piensa en sus derechos sino en sus deberes; no en sus privilegios, sino en sus responsabilidades. El cristiano es una persona que ha olvidado si tiene derechos o no; y el que lucha hasta la muerte legal por sus derechos, dentro o fuera de la iglesia, está lejos del camino cristiano.

(iii) Jesús pasa entonces a hablar de que le obliguen a uno a ir una milla; y dice que en tal caso, el cristiano debe estar dispuesto a ir dos millas.

Aquí tenemos una escena que se refiere a un país ocupado. La palabra que se usa para *obligar* es el verbo *angareuein*, que es una palabra con historia. Se deriva del nombre *angareus*, que era la palabra persa para un *correo*. Los persas desarrollaron un sistema postal maravilloso. Todas las carreteras estaban divididas en etapas a recorrer en un día. En cada etapa había comida para el correo y agua y pienso para los caballos, y caballos de repuesto. Pero, si algo faltaba por lo que fuera, se podía *requisar* a cualquier persona, obligándola a dar comida, alojamiento, caballos, ayuda, y hasta a llevar él mismo el mensaje una etapa. La palabra que indicaba esa obligación era *angareuein*.

Por último esta palabra acabó por usarse para cualquier clase de requisa obligatoria para cualquier servicio en un país ocupado. En tal situación se podía obligar a los ciudadanos a que proveyeran alimentos, o alojamiento, o llevaran el equipaje. Algunas veces el poder imponía su derecho de requisa de la manera más tiránica y desconsiderada. Este peligro siempre pendía sobre las cabezas de los ciudadanos. Palestina era un país ocupado. En cualquier momento un soldado romano podía darle un golpe en el hombro con lo plano de la espada, y ya sabía el ciudadano que estaba obligado a servirle, hasta de la manera más vulgar. Eso fue lo que le pasó a Simón de Cirene cuando le obligaron (*angareuein*) a llevar la cruz de Jesús.

Así que, lo que Jesús está diciendo es: «Suponte que tus amos se te presentan y te obligan a actuar de guía o de mozo una milla. No la recorras con un resentimiento amargo y obvio. Está dispuesto a ir dos millas con buena disposición y gracia.» Lo que Jesús está diciendo es: « No estés siempre pensando en tu libertad para hacer lo que te dé la gana; piensa siempre en tu deber y en tu

privilegio de ser útil a otros. Cuando se te imponga una tarea, aunque sea injusta y odiosa, no la cumplas de mala gana y con resentimiento; sino como un servicio que se presta de buena gana.»

Hay dos maneras de hacer las cosas. Se puede hacer el mínimo irreductible, y ni una pizca más; se puede hacer de forma que quede bien claro que le asquea el asunto; puede hacerlo con el mínimo de eficacia, y nada más. O se puede hacer con una sonrisa, con simpática cortesía; con el propósito, no sólo de hacer lo que sea, sino de hacerlo bien y con agrado. Puede hacerse, no sólo tan bien como se debe, sino mucho mejor de lo que nadie tenga derecho a esperar de uno. El obrero incompetente, el subordinado resentido, el ayudante obligado, no han empezado ni a hacerse idea de lo que es la vida cristiana. Al cristiano no le corresponde hacer las cosas como quiera, sino simplemente ayudar, aunque la demanda de ayuda sea descortés, irrazonable y tiránica.

Así es que, en este pasaje, bajo la guisa de cuadros orientales gráficos, Jesús establece tres grandes reglas: El cristiano no debe tener resentimiento ni buscar revancha por un insulto, por muy calculado y humillante que sea; el cristiano no debe regirse por sus derechos legales u otros que crea poseer; el cristiano no debe reclamar su derecho a hacer lo que le dé la gana, sino saber que su deber es siempre ser de ayuda. La cuestión es: ¿Cómo se consigue eso?

EL DAR GENEROSO

Mateo 5:38-42 (conclusión)

Por último, Jesús nos demanda dar a todo el que nos pida, y no evadirnos del que quiera que le prestemos algo. En su cima, la ley judía del dar era encantadora. Se basaba en *Deuteronomio 15:7-11*:

«Cuando haya algún pobre entre tus hermanos en alguna de las ciudades de la tierra que el Señor tu Dios te da, no le endurezcas tu corazón ni le cierres la mano a tu hermano pobre, sino ábresele liberalmente y préstale lo que realmente necesite. Guárdate de albergar en tu corazón este pensamiento perverso: «Está próximo el séptimo año, que es el de la remisión, » para mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada; pues él podría clamar contra ti al Señor, y se te imputaría como un pecado. Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des, porque por ello te bendecirá el Señor tu Dios en todas tus obras y en todo lo que emprendas. Pues nunca faltarán pobres en medio de la tierra; por eso te mando: ¡Ábrele tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso de tu tierra!

El detalle del *séptimo año* es que cada siete años se cancelaban todas las deudas, y el que fuera tacaño y mezquino podría rehusar prestar nada cuando estaba cerca ese año, por si se le cancelaba la deuda y se quedaba sin lo que hubiera prestado.

Era en ese pasaje en el que se basaba la ley judía sobre el dar. Los rabinos establecieron cinco principios que debían gobernar el dar.

(i) No se le puede negar a nadie. «Ten cuidado de no rehusar la caridad, porque a todos los que la rehúsan se los pone en la misma categoría que a los idólatras.» Si una persona se negaba a dar, podría llegar el día que tuviera que pedir limosna, y tal vez de las mismas personas a las que les había negado su ayuda.

(ii) Lo que se da debe corresponder a la persona a la que se le da. La ley del *Deuteronomio* había dicho que hay que darle a la persona lo *que necesite*. Es decir, que no se le debe dar lo imprescindible para seguir viviendo, sino lo necesario para retener al menos algo del nivel y comodidad que tuvo un día. Así, se dice que Hilliel arregló las cosas para que al hijo de una familia noble que había venido a menos se le diera, no simplemente lo necesario para que no se muriera de hambre, sino, además, un caballo para cabalgar y un esclavo para que corriera delante de él; y una

vez, cuando no había ningún esclavo disponible, Hil.lél mismo actuó como su esclavo y fue corriendo delante de él. Hay mucho de generosidad y de encanto en la idea de que el dar no debe ser exclusivamente para sobrellevar la pobreza, sino también para aliviar la humillación que conlleva.

(iii) El dar se ha de llevar a cabo privada y secretamente. Nadie tiene que estar presente. Los rabinos hasta llegaron a decir que, en la clase más elevada de dar, el que da no debe saber a quién da, y el que recibe no debe saber de quién lo recibe. Había un cierto lugar en el templo al que iba la gente en secreto para hacer sus ofrendas; y esas ofrendas secretas se usaban en secreto para ayudar a los miembros empobrecidos de familias que habían sido nobles, y para proveer a las hijas de esas familias empobrecidas las dotes sin las cuales no se podrían casar. Los mejores judíos habrían despreciado el dar que se hiciera por prestigio, publicidad o autoglorificación.

(iv) La manera de dar debe estar en consonancia con el carácter y el temperamento del que lo recibe. La regla era que si una persona tenía medios, pero era demasiado tacaña para usarlos, se le debía hacer una donación, pero luego reclamarla de su estado como un préstamo. Pero si la persona era demasiado orgullosa para pedir ayuda, rabí Ismael sugería que el dador debería dirigirse a ella y decirle: «Hijo mío, a lo mejor necesitas un préstamo.» Así se respetaba su dignidad; pero luego no se le reclamaba el préstamo, porque en realidad había sido un regalo. Se llegaba hasta a establecer que, si una persona era incapaz de responder a una petición de ayuda, su misma negativa debía ser tal que mostrara que, si no podía dar otra cosa, por lo menos contribuía con su simpatía. Hasta una negativa había de hacerse de tal manera que ayudara y no ofendiera. El dar había de llevarse a cabo de forma que la manera como se hiciera ayudara tanto como la aportación.

(v) El dar era al mismo tiempo un privilegio y una obligación, porque en realidad era a Dios a Quien en realidad se daba. El darle alguna ayuda a una persona necesitada era algo que uno tal vez no *escogía* hacer, sino algo que *debía* hacer; porque, si se negaba, se lo estaba negando realmente a Dios. « A1 Señor presta el que da al pobre; el bien que ha hecho, se lo devolverá»

(*Proverbios 19:17*). « A todo aquel que tiene misericordia de otras personas se le muestra misericordia desde el Cielo; pero al que no tiene misericordia de los demás, no se le muestra misericordia desde el Cielo.» A los rabinos les encantaba indicar que la misericordia era una de las pocas cosas a las que la Ley no les ponía límite.

¿Quiere esto decir que Jesús impuso a los hombres solamente lo que podría llamarse un dar indiscriminado? No se puede dar una respuesta sin matizaciones. Está claro que el efecto del dar en el que recibe debe tenerse en consideración. El dar nunca debe ser tal que le anime a la persona que lo recibe a la pereza o a la irresponsabilidad, porque entonces sería sólo perjudicial. Pero, al mismo tiempo, hay que recordar que muchas personas que dicen que no darán nada más que a través de canales oficiales, y que se niegan a ayudar directamente en casos personales, están en realidad frecuentemente haciendo una excusa para no dar, y están suprimiendo completamente el elemento personal en el dar. Y hay que tener presente también que es mejor ayudar a una veintena de pedigüños fraudulentos que correr el riesgo de rechazar a uno que esté verdaderamente necesitado.

EL AMOR CRISTIANO

1. Su significado

Mateo 5:43-48

Habéis oído que se ha dicho: Ama a tu prójimo, y odia a tu enemigo; pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen, para que lleguéis a ser los hijos de

vuestro Padre Que está en el Cielo; porque Él hace que Su sol salga sobre malos y buenos, y les manda la lluvia a los justos y a los injustos. Si no amáis más que a los que os aman, ¿qué recompensa podéis esperar? ¿Es que no hacen eso hasta los publicanos? Si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de extraordinario? ¿Es que no lo hacen hasta los gentiles? Así que debéis ser perfectos hasta como lo es vuestro Padre celestial.

El investigador judío C. G. Montefiore llama a ésta «la sección central y más famosa» del Sermón del Monte. Es indudablemente cierto que no hay ningún otro pasaje en el Nuevo Testamento que contenga una expresión tan concentrada de la ética cristiana de las relaciones personales. Para cualquier persona normal, este pasaje describe el Cristianismo esencial en acción, y hasta la persona que no pisa jamás el umbral de la iglesia sabe que Jesús dijo estas cosas, y muy a menudo condena a los cristianos profesantes por quedarse muy cortos en el cumplimiento de sus demandas.

Cuando estudiamos este pasaje, debemos en primer lugar tratar de descubrir lo que Jesús estaba realmente diciendo, y lo que demandaba de Sus seguidores. Si vamos a tratar de vivirlo de veras, obviamente debemos antes de nada estar completamente seguros de lo que se nos pide. ¿Qué quiere decir Jesús con *amar a nuestros enemigos*?

El griego es una lengua rica en sinónimos; sus palabras tienen a menudo matices que no posee el español. En griego hay cuatro palabras diferentes para *amor*.

(i) Está el nombre *storgué*, con el verbo correspondiente *storguein*. Estas palabras son las más características de *la familia amor*. Son las que describen el amor de los padres a los hijos, y de los hijos a los padres. «Un hijo -decía Platón- *storguein* y es amado por los que le trajeron al mundo.» «Dulce es un padre a sus hijos -decía Filemón- si les tiene *amor (storgue)*.» Estas palabras describen el afecto familiar.

(ii) Está el nombre *erós*, con el verbo correspondiente *eran*. Estas palabras describen el amor entre un hombre y una mujer; siempre conlleva pasión y es siempre amor sexual. Sófocles describía *erós* como «un anhelo terrible.» En estas palabras no hay nada esencialmente malo; simplemente describen la pasión del amor humano; pero, con el paso del tiempo empezaron a ensuciarse con la idea de la concupiscencia, y no aparecen nunca en el Nuevo Testamento.

(iii) Está *filía*, con el verbo correspondiente *filein*. Éstas son las palabras griegas más cálidas y mejores para el amor.

Describen el amor verdadero, el verdadero afecto. Hoi *filuntes*, el participio de presente, es la palabra que describe a los amigos más auténticos e íntimos de una persona. Es la palabra que se usa en el famoso dicho de Menandro: «El que los dioses *aman*, muere joven.» *Filein* puede querer decir *acariciar o besar*. Es la palabra que indica la clase más sublime de amor, el afecto cálido y tierno.

(iv) Está *agapé*, con el verbo correspondiente *agapan*. *Estas palabras indican una benevolencia inconquistable, una buena voluntad invencible.* (*Agapé* es la palabra que se usa aquí). Si miramos a una persona con *agapé*, esto quiere decir que no importa lo que esa persona nos haga, o cómo nos trate; no importa que nos insulte o injurie u ofenda: No dejaremos que nos invada el corazón ninguna amargura contra ella, sino la seguiremos mirando con esa benevolencia inconquistable y esa buena voluntad que no procurará sino su bien supremo. De aquí surgen algunas cosas.

(i) Jesús no nos ha pedido nunca que amemos a nuestros enemigos de la misma manera que amamos a nuestros íntimos y próximos. La misma palabra es ya diferente; amar a nuestros enemigos de la misma manera que amamos a nuestra familia no sería posible ni justo. Ésta es una clase de amor diferente.

(ii) ¿Dónde está la diferencia? En el caso de nuestros familiares, no podemos evitar amarlos. Hablamos de *enamorarnos*; es algo que nos sucede sin buscarlo; es algo que nace de las emociones del corazón. Pero en el caso de nuestros enemigos, el amor no es algo solamente del

corazón; es también algo de la *voluntad*. No es algo que no podemos evitar; es algo que tenemos que estimularnos a hacer. Es, de hecho, una victoria sobre lo que le sucede instintivamente al hombre natural.

Agapé no quiere decir un sentimiento del corazón, que no podemos evitar, y que nos sucede sin quererlo ni buscarlo; quiere decir una decisión de la mente mediante la cual conseguimos esta inconquistable buena voluntad aun para los que nos hacen daño u ofenden. *Agapé*, ha dicho alguien, es el poder para amar a los que no nos gustan y a los que no gustamos. De hecho, sólo podemos tener *agapé* cuando Jesucristo nos permite conquistar nuestra tendencia natural a la ira y al resentimiento, y lograr esta buena voluntad invencible para con todo el mundo.

(iii) Es totalmente obvio que lo que no quiere decir *agapé*, el amor cristiano, es que dejemos a la gente hacer absolutamente lo que les dé la gana, sin nuestra más mínima intervención. Nadie diría que un padre ama de veras a su hijo si le deja hacer y vivir como le dé la gana. Si miramos a una persona con una invencible buena voluntad, a menudo esto querrá decir que tenemos que castigarla, reprimirla, disciplinarla y protegerla contra sí misma. Pero también querrá decir que no la castigaremos para satisfacer nuestro deseo de venganza, sino para que se realice como persona. Querrá decir que toda disciplina y todo castigo cristiano debe proponerse, no la venganza, sino la cura. El castigo no debe ser nunca meramente retributivo; tiene que ser curativo.

(iv) Hay que notar que Jesús estableció este amor como la base para *las relaciones personales*. La gente usa este pasaje como una base para el pacifismo y como un texto en relación con las relaciones internacionales. Por supuesto que lo incluye todo, pero lo primero y principal es que se refiere a nuestras relaciones personales con nuestra familia y con nuestros vecinos y con las personas que encontramos en nuestra vida diaria. Es mucho más fácil ir por ahí declarando que no debería haber tal cosa como guerra entre las naciones, que vivir una vida en la que nunca permitamos que las desavenencias invadan nuestras relaciones con los que tratamos a diario. En primer lugar y principalmente, este mandamiento de Jesús se refiere a nuestras relaciones personales. Es un mandamiento del que tenemos que decir en primer lugar y principalmente: «Esto va por mí.»

(v) Debemos notar que este mandamiento es sólo posible para un cristiano. Sólo la gracia de Jesucristo puede capacitar a una persona para tener esta inconquistable benevolencia y esta buena voluntad invencible en sus relaciones personales con otros. Sólo cuando Cristo vive en nuestros corazones llega a morir la amargura y brota este amor a la vida. Se dice a menudo que este mundo sería perfecto con que sólo la gente viviera según los principios del Sermón del Monte; pero el hecho escueto es que nadie puede ni empezar a vivir según estos principios sin la ayuda de Jesucristo. Necesitamos a Cristo para que nos capacite para obedecer el mandamiento de Cristo.

(vi) Finalmente -y esto puede que sea lo más importante de todo- debemos notar que este mandamiento no solamente no implica dejar que la gente haga lo que quiera con nosotros; también implica que nosotros debemos hacer algo por ellos. *Se nos manda orar por ellos*. Nadie puede orar por otra persona y seguir odiándola. Cuando se presenta ante Dios con la otra persona que tiene la tentación de odiar, algo sucede. No podemos seguir odiando a nadie en la presencia de Dios. La manera más eficaz de acabar con la amargura es orar por la persona que estamos tentados a odiar.

EL AMOR CRISTIANO

2. Su razón de ser

Mateo 5:43-48 (conclusión)

Ya hemos visto lo que quería decir Jesús cuando nos mandó tener este amor cristiano; y ahora debemos pasar a ver por qué nos demandó que debíamos tenerlo. ¿Por qué, entonces, demanda

Jesús que una persona tenga este amor, esta benevolencia inconquistable y esta buena voluntad invencible? La razón es muy sencilla y tremenda: Es que ese amor hace que la persona se parezca a Dios.

Jesús señalaba la acción de Dios en el mundo, que es la de la benevolencia inconquistable. Dios hace que Su sol salga sobre los buenos y sobre los malos; envía Su lluvia sobre los justos y los injustos. Rabí Yoshua ben Nehemiah solía decir: «¿Te has fijado que la lluvia caiga en el campo de A, que es justo, y no en el campo de B, que es injusto? ¿O que el sol salga y brille sobre Israel, que justo, y no sobre los gentiles, que son malvados? Dios ,hace que Su sol brille tanto sobre Israel como sobre las naciones, porque el Señor es bueno con todos.» Hasta a este rabino judío le conmovía e impresionaba la prístina benevolencia de Dios, lo mismo con los santos que con los pecadores.

Hay una leyenda rabínica que cuenta la destrucción de los egipcios en el Mar rojo. Cuando las aguas los cubrieron, así dice la historia, los ángeles iniciaron un himno de alabanza; pero Dios dijo tristemente: « La obra de Mis manos está sepultada en el mar, ¿y vosotros queréis cantar delante de Mí?» El amor de Dios es tal que no puede complacerse nunca por la destrucción de ninguna de las criaturas que han formado Sus manos. El salmista decía: «Los ojos de todos esperan en Ti, y Tú les das su comida a su tiempo. Abres Tu mano y colmas de bendición a *todo ser viviente*» (*Salmo 145:15s*). En Dios hay esta benevolencia universal hasta para con los que han quebrantado Sus leyes y Su corazón.

Jesús dice que debemos tener este amor para llegar a ser «hijos de nuestro Padre que está en el cielo.» El hebreo no es rico en adjetivos; por esa razón usa muchas veces *hijo de...* con un nombre abstracto donde nosotros usaríamos un adjetivo. Por ejemplo: *un hijo de paz es una persona pacífica; un hijo de consolación es un hombre consolador*. Así que *un hijo de Dios es un hombre que se parece a Dios*. La razón por la que debemos tener esta benevolencia y buena voluntad inconquistable es que Dios las tiene; y, si las tenemos llegamos a ser nada menos que *hijos de Dios, personas que se parecen a Dios*.

Aquí tenemos la clave de una de las frases más difíciles del Nuevo Testamento: La frase con que termina este pasaje. Jesús dijo: «Por tanto, tenéis que ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» A primera vista, esto suena como un mandamiento que no es posible que se refiera a nosotros. No hay nadie que considere que podemos ni acercarnos a la perfección de Dios.

La palabra griega para *perfecto* es *teleios*. Esta palabra se usa a menudo en griego en un sentido muy especial. No tiene nada que ver con lo que podríamos llamar perfección abstracta o metafísica. Una víctima que es apta para el sacrificio a Dios, que no tiene defecto, es *teleios*. Un hombre que ha alcanzado su plena estatura es *teleios* en contraposición a un chico que está creciendo. Un estudiante que ha alcanzado un conocimiento maduro de su asignatura es *teleios* en oposición a otro que no ha hecho más que empezar y que todavía no ha captado suficientemente las ideas.

Para decirlo de otra manera: La idea griega de la perfección es *funcional*. Una cosa es perfecta si cumple plenamente el propósito para el que fue pensada, diseñada, y hecha. De hecho, ese sentido se implica en los derivados de esta palabra. *Teleios* es el adjetivo que se forma del nombre *telos*. *Telos* quiere decir *fin, propósito, objetivo, meta*. Una cosa es *teleios*, si cumple el propósito para el que fue planificada; una persona es perfecta si cumple el propósito para el cual fue creada.

Tomemos una analogía muy sencilla. Supongamos que tenemos un tornillo suelto en casa y queremos ajustarlo. Echamos mano de un destornillador, y vemos que se ajusta perfectamente a la mano y a la cabeza del tornillo. No es ni demasiado grande ni demasiado pequeño, ni demasiado áspero ni demasiado suave. Lo ajustamos a la muesca del tornillo, y nos damos cuenta de que encaja perfectamente. Le damos las vueltas necesarias y el tornillo queda fijo. En el sentido griego, y especialmente en el del Nuevo Testamento, ese destornillador es *teleios*, porque cumple perfectamente el propósito para el que lo necesitábamos.

Así pues, una persona es *teleios* si cumple el propósito para el que fue creada. ¿Con qué propósito fue creada la persona humana? La Biblia no nos deja en la menor duda en esto. En la antigua historia de la creación hallamos a Dios diciendo:

«Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza» (*Génesis 1:26*). *El hombre fue creado para parecerse a Dios*. La característica de Dios es esta benevolencia universal, esta inconquistable buena voluntad, este constante buscar el bien supremo de cada criatura. La gran característica de Dios es Su amor al santo y al pecador por igual. No importa lo que los hombre Le hagan: Dios no busca nada más que su bien supremo. Eso es lo que ve en Jesús.

Cuando se reproduce en la vida de una persona la benevolencia incansable, perdonadora, sacrificial de Dios, esa persona se parece a Dios, y es por tanto *perfecta* en el sentido de la palabra en el Nuevo Testamento. Para decirlo de una manera todavía más sencilla: La persona que se interesa más por los demás será la persona más perfecta.

La enseñanza de la Biblia es unánime en decir que realizamos nuestra humanidad solamente pareciéndonos a Dios. Lo único que nos hace semejantes a Dios es el amor que nunca deja de preocuparse por los hombres, le hagan lo que le hagan. Realizamos nuestra humanidad, alcanzamos la perfección cristiana, cuando aprendemos a perdonar como Dios perdona, y a amar como Dios ama.

LA MOTIVACIÓN DE LA RECOMPENSA EN LA VIDA CRISTIANA

Mateo 6:1-18

Cuando estudiamos los versículos iniciales de *Mateo 6*, nos enfrentamos inmediatamente con una cuestión de lo más importante: ¿Qué lugar tiene la motivación de la recompensa en la vida cristiana? Tres veces en esta sección, Jesús dice que Dios recompensa a los que Le han prestado la clase de servicio que Él desea (*Mateo 6:4, 6, 18*). Esta cuestión es tan importante que haremos bien en detenernos a examinarla antes de iniciar nuestro estudio del capítulo en detalle.

Se afirma muy a menudo que la motivación de la recompensa no tiene absolutamente ningún lugar en la vida cristiana. Se mantiene que debemos ser buenos por ser buenos; que la virtud es su propia recompensa, y que hay que desterrar de la vida cristiana la misma idea de la recompensa. Hubo un antiguo santo que solía decir que quería apagar todos los fuegos del infierno con agua, y abrasar todos los gozos del cielo con fuego, para que la gente buscara la bondad solamente por amor a la bondad misma, para que la idea de recompensa y castigo fuera eliminada totalmente de la vida. Algo de esto fue lo que inspiró el gran soneto español:

No me mueve, mi Dios, para quererte el Cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno, tan temido, para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte clavado en esa Cruz y escarnecido; muéveme ver Tu cuerpo tan herido, muévenme Tus afrentas y Tu muerte.

Muéveme en fin Tu amor, y en tal manera que aunque no hubiera Cielo yo Te amara, y aunque no hubiera infierno, Te temiera.

No me tienes que dar porque Te quiera; porque, si lo que espero no esperara, lo mismo que Te quiero Te quisiera.

Sin duda esta es la expresión de una gran nobleza espiritual. Sin embargo, Jesús no se retrajo de hablar de las recompensas de Dios, como ya hemos visto que lo hace por tres veces en este pasaje.

El dar limosna, el hacer oración y el ayunar como es debido, Jesús nos asegura que no quedarán sin su recompensa correspondiente.

Tampoco es este un ejemplo aislado de la idea de la recompensa en la enseñanza de Jesús. Dice a los que sufran lealmente la persecución y el insulto sin amargura, que su recompensa será grande en el Cielo (*Mateo 5:12*). Dice que el que le dé a uno de Sus pequeñitos un vaso de agua fresca por cuanto es discípulo, no quedará sin su recompensa (*Mateo 10:42*). La enseñanza de la Parábola de los Talentos es, por lo menos en parte, que el servicio fiel recibirá la recompensa correspondiente (*Mateo 25:14-30*). En la Parábola del Juicio Final, la enseñanza obvia es que hay recompensa y castigo para nuestra reacción a las necesidades de nuestros semejantes (*Mateo 25:31-46*). Está suficientemente claro que Jesús no dudó de hablar en términos de recompensa y castigo. Y bien pudiera ser que tendríamos que tener más cuidado con intentar ser más espirituales que el mismo Jesús en esto de las recompensas. Hay ciertos hechos innegables que no debemos olvidar, y sí debemos tener en cuenta.

(i) Es una regla indiscutible de la vida que cualquier acción que no produce ningún resultado es fútil y sin sentido. Una bondad que no tuviera ningún fruto carecería de sentido. Como se ha dicho muy bien: «A menos que algo sirva para algo, no sirve para nada.» A menos que la vida cristiana tenga un propósito y una meta que valga la pena obtener, se convierte en un despropósito. El que cree en el Evangelio y en sus promesas no puede creer que la bondad no tenga resultados más allá de sí misma.

(ii) El desterrar todas las recompensas y castigos de la vida espiritual sería decir que la injusticia tiene la última palabra. No se puede mantener razonablemente que el bueno y el malo acaben igual. Eso sería tanto como decir que a Dios no Le importa si somos buenos o no. Querría decir, para decirlo crudamente, que no tiene sentido ser bueno, y no habría razón para vivir de una manera en vez de otra. El eliminar todas las recompensas y los castigos sería tanto como decir que en Dios no hay ni justicia ni amor.

Las recompensas y los castigos son necesarios para darle sentido a la vida. Si no los hubiera, la lucha -¡y no se diga el sufrimiento!- por el bien, se los llevaría el viento.

(i) El concepto cristiano de la recompensa

Habiendo llegado hasta aquí con la idea de la recompensa en la vida cristiana, hay ciertas cosas acerca de ella que debemos tener claras.

(i) Cuando Jesús hablaba de recompensas, definitivamente no estaba pensando en términos de recompensas materiales. Es indudablemente cierto que, en el Antiguo Testamento, las ideas de bondad y de prosperidad material están íntimamente relacionadas. Si una persona prosperaba, si sus campos eran fértiles y sus cosechas abundantes, si tenía muchos hijos y mucha fortuna, eso se tomaba como una prueba de que era una buena persona.

Ese es precisamente el problema que subyace en el *Libro de Job*. Job se encuentra en desgracia; sus amigos vienen a convencerle de que esa desgracia tiene que ser el resultado de su pecado, acusación que Job niega vehementemente. «Piensa ahora -le dice Elifaz-: ¿quién, siendo inocente, se ha perdido nunca? ¿Desde cuándo son los rectos los que desaparecen?» (*Job 4: 7*). « Si fueras puro y recto -decía Bildad-,seguro que Él velaría por ti, y te recompensaría con una posición justa» (*Job 8: 6*). «Porque tú dices: Mi doctrina es ortodoxa, y soy limpio a los ojos de Dios -decía Zofar-. ¡Ojalá que Dios hablara, y te dirigiera la palabra!» (*Job 11:4*). La misma idea que quería contradecir el *Libro de Job* era la de que la bondad y la prosperidad material van siempre de la mano.

«Joven fui, y he envejecido decía el salmista-, y no he visto a ningún justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan» (*Salmo 37:25*). «Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra -decía el salmista-; pero a ti no llegarán. Ciertamente, con tus propios ojos mirarás y verás la retribución de los impíos. Como has dicho al Señor: ¡Tú eres mi esperanza!, y has hecho que el Altísimo sea tu

residencia permanente, no te sobrevendrá ningún mal, ni ninguna plaga se acercará a tu morada» (*Salmo 91:7-10*). Estas son cosas que Jesús no habría dicho. No era la prosperidad material lo que Jesús prometía a Sus seguidores. De hecho les prometía pruebas y tribulaciones, sufrimiento, persecución y muerte. Seguro que Jesús no estaba pensando en recompensas materiales.

(ii) Lo segundo que tenemos que recordar es que la recompensa más elevada nunca se le da al que la está buscando. Si uno está siempre buscando una recompensa, siempre contabilizando lo que cree haberse ganado y merecer, se perderá la recompensa que busca. Y se la perderá porque ve a Dios y la vida equivocadamente. El que siempre está calculando su recompensa, piensa en Dios como un juez, o como un contable, sobre todo piensa en la vida en términos de *ley*. Está y pensando en hacer tanto y ganar tanto. Está pensando en la vida en términos de *debe y haber*. Está pensando presentarle a Dios una cuenta, y decirle: «Todo esto he hecho yo. Reclamo mi recompensa.»

El error básico de este punto de vista es que concibe la vida en términos de *ley* en vez de *amor*. Si amamos profunda y entrañablemente a una persona, con humildad y sin egoísmo, estaremos completamente seguros de que, aunque le diéramos a esa persona todo el universo, aún estaríamos en deuda; lo último que se le ocurriría pensar sería que se había ganado una recompensa. Si uno tiene el punto de vista *legal* de la vida, puede que no haga más que pensar en la recompensa que se ha ganado; pero si uno tiene el punto de vista del *amor*, la idea de la recompensa no se le pasará nunca por la cabeza.

La gran paradoja de la recompensa cristiana es esta: la persona que anda buscando una retribución, y que calcula lo que se le debe, no lo recibe; la persona cuya única motivación es la del amor, y que nunca piensa haber merecido ninguna recompensa, es la que la recibe. Lo curioso es que la recompensa es al mismo tiempo el subproducto y el último de la vida cristiana.

(ü) La recompensa cristiana

Ahora debemos pasar a preguntar: ¿Cuales son las recompensas de la vida cristiana?

(i) Empezaremos señalando una verdad básica y general. Ya hemos visto que Jesucristo no piensa en términos de recompensa material en absoluto. *Las recompensas de la vida cristiana son recompensas solamente para una persona que tenga mentalidad espiritual*. Para una persona de mentalidad materialista no serían recompensas de ninguna clase. Las recompensas cristianas son recompensas sólo para los cristianos.

(ii) La primera de las recompensas cristianas es *la propia satisfacción*. El hacer lo que es debido, la obediencia a Jesucristo, el seguir Su camino, cualesquiera otras cosas pueda aportar, siempre produce satisfacción. Bien puede ser que, si una persona hace lo que es debido, y obedece a Jesucristo, pierda su fortuna y su posición, acabe en la cárcel o en el patíbulo, y no coseche más que impopularidad, soledad y descrédito; pero todavía poseerá esa íntima satisfacción, que vale más que todo lo demás. A esto no se le puede poner precio; no se puede evaluar en términos de riqueza terrenal, pero no hay nada como ello en todo el mundo. Aporta ese contentamiento que es la corona de la vida.

El poeta George Herbert formaba parte de una pequeña tertulia de amigos que solían reunirse para tocar juntos instrumentos musicales como una pequeña orquesta. Una vez iba de camino a reunirse con el grupo, cuando se encontró con un carretero al que se le había atascado la carreta en el barro de la cuneta. George Herbert dejó a un lado su instrumento y fue a ayudar al hombre. Les llevó mucho tiempo sacar la carreta, y acabó todo lleno de barro. Cuando llegó a la casa de sus amigos, ya era demasiado tarde para la música. Les contó lo que le había detenido en el camino. Uno le dijo: « Te has perdido toda la música.» George Herbert sonrió. « Si -le contestó- pero la escucharé a media noche.» Tenía la satisfacción de haber hecho algo de acuerdo con Cristo.

Godfrey Winn habla de un hombre que era el mejor cirujano plástico de Inglaterra. Durante la guerra, dejó su consulta particular que le reportaba diez mil libras esterlinas al año, una gran cantidad entonces, para dedicar todo su tiempo a remodelar las caras y los cuerpos de aviadores quemados o mutilados en combate. Godfrey Winn le dijo: «¿Cuál es tu ambición, Mac?» La respuesta que le llegó de rebote fue: «Quiero ser un buen artesano.» Sus ingresos anuales no eran nada comparados con la satisfacción de un trabajo desinteresado bien hecho.

Una señora paró una vez a Dale de Birmingham en la calle. «Que Dios le bendiga, doctor Dale» -dijo. Se negó en redondo a dar su nombre. Sólo le dio las gracias y le bendijo y siguió su camino. Dale había estado muy deprimido en aquel momento. «Pero -se dijo- la niebla se abrió y me llegó la luz del sol; respiré el aire libre de las montañas de Dios.» En cuanto a riqueza material, no tenía un duro más que antes; pero en cuanto a la profunda satisfacción que siente un predicador que descubre que ha ayudado a alguien, había ganado una riqueza indecible.

La primera recompensa cristiana es la satisfacción que no hay dinero en todo el mundo que pueda comprar.

(iii) La segunda recompensa de la vida cristiana es *más trabajo todavía que hacer*. Una paradoja de la idea cristiana de la recompensa es que una labor bien hecha no trae descanso y comodidad y facilidades; trae todavía mayores demandas y esfuerzos más intensos. En la Parábola de los Talentos, la recompensa de los servidores fieles fue una responsabilidad todavía mayor (*Mateo 25:14-30*). Cuando un maestro tiene un estudiante realmente brillante y capaz, no le exime de trabajo; le da más trabajo que a ningún otro. Al joven músico brillante se le dan a dominar piezas de música, no más fáciles, sino más difíciles. Al jugador que ha hecho un buen papel en el segundo equipo, no se le pasa al tercero, donde se podría pasear por el partido sin sudar; se le pasa al primer equipo, donde tiene que poner en juego todo lo que tiene. Los judíos tenían un curioso dicho. Decían que un maestro sabio tratará al alumno «como a un buey joven al que se le aumenta la carga todos los días.» La recompensa cristiana es al revés que la del mundo. La recompensa del mundo sería ponérselo a uno más fácil; la recompensa del cristiano consiste en que Dios le pone sobre los hombros más cosas que hacer por El y por sus semejantes. Cuanto más duro el trabajo que se nos dé, mayor debemos considerar que ha sido la recompensa.

(iv) La tercera y última recompensa cristiana es lo que se ha llamado a través de las edades *la visión de Dios*. Para una persona mundana, que no Le ha dedicado a Dios ningún pensamiento nunca, el enfrentarse con Dios es un terror y no un gozo. Si uno sigue su propio camino, alejándose cada vez más de Dios, la sima entre él y Dios se va haciendo cada vez mayor, hasta que Dios se convierte en un extraño a Quien se quiere sólo evitar. Pero si una persona ha buscado toda su vida caminar con Dios, si ha buscado obedecer a su Señor, si la bondad ha sido la búsqueda de todos sus días, entonces ha estado acercándose más y más a Dios toda la vida, hasta que por fin pasa a la presencia más íntima de Dios, sin temor y con gozo radiante -y ésa es la mayor recompensa de todas.

LO CORRECTO POR UN MOTIVO ERRÓNEO

Mateo 6:1

Guardaos de tratar de demostrarles a los demás lo buenos que sois para que os vean. Si lo hacéis, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial.

Para los judíos, había tres grandes obras cardinales en la vida religiosa, tres grandes pilares sobre los que se **asentaba una vida buena**: *La limosna, la oración y el ayuno*. **Jesús no lo habría discutido ni por un momento; lo que Le desazonaba era que tan a menudo en la vida humana las cosas más auténticas se hacen por motivos falsos.**

Lo que parece extraño es que estas tres grandes buenas obras cardinales se presten tan fácilmente a los motivos erróneos. Jesús advertía que, cuando estas cosas se hacen con la única intención de dar gloria al agente, pierden con mucho la parte más importante de su valor. Puede que una persona dé limosna, no realmente para ayudar a la persona a que se la da, sino simplemente para demostrar su propia generosidad, y para refocilarse al calorillo del agradecimiento de alguno y de la alabanza de muchos. Puede que una persona haga oración de tal manera que su oración no vaya dirigida realmente a Dios, sino a sus semejantes. El hacer oración era simplemente un intento de demostrar su piedad excepcional de manera que nadie dejara de darse cuenta. Puede que una persona ayune, no realmente para el bien de su alma, ni para humillarse delante de Dios, sino simplemente para mostrarle al mundo lo espléndidamente disciplinada y sacrificada que se es. Puede que una persona haga buenas obras simplemente para ganarse las alabanzas de la gente, para aumentar su propio prestigio y para mostrarle al mundo lo buena que es.

Según lo veía Jesús, no hay duda de que esa clase de cosas reciben una cierta clase de recompensa. Tres veces usa Jesús la frase: < De cierto os digo que ya tienen su recompensa» (Mateo 6:2, 5, 16). Sería mejor traducirla: «Ya han recibido su paga completa.» La palabra que se usa en el original es el verbo *apejein*, que era el término técnico comercial y contable para recibir un pago en total. Era la palabra que se usaba en los recibos. Por ejemplo, un hombre firma el recibo que le da a otro: « He recibido (*apejó*) de ti el pago del alquiler de la almazara.» Un publicano da un recibo que pone: « He recibido (*apejó*) de ti el impuesto debido.» Un hombre vende un esclavo y da un recibo que dice: «He recibido (*apejó*) el precio total que se me debía.»

Lo que Jesús está diciendo es lo siguiente: « Si das limosna para hacer gala de tu propia generosidad, recibirás la admiración de la gente -pero eso será todo lo que recibas nunca. Eso será tu paga en total. Si haces oración de tal manera que despliegas tu piedad a la vista de la gente, ganarás una reputación de ser una persona extremadamente devota -pero eso será todo lo que recibas nunca. Si ayunas de tal manera que todo el mundo sepa que estás ayunando, se te conocerá como una persona extremadamente abstemia y ascética - pero eso será todo lo que recibas nunca.» Jesús está diciendo: < Si todo lo que te propones es conseguir las recompensas del mundo, no cabe duda de que las conseguirás -pero no debes esperar las recompensas que sólo Dios puede dar.» Y sería un tipo lastimosamente miope el que se aferrara a las recompensas del tiempo, y dejara escapar las de la eternidad.

CÓMO NO DAR

Mateo 6:2-4

Así que, cuando des limosna, no lo proclames a toque de trompeta como hacen los hipócritas en la sinagoga y por la calle para que los alaben. Os digo la pura verdad: ¡Ya tienen su paga completa! Pero tú, cuando des limosna, no dejes que se entere tu mano izquierda de lo que hace tu derecha, para que la limosna sea algo que haces en secreto; y tu Padre, que ve lo que pasa en secreto, será el que te dé tu recompensa en total.

Para los judíos, el dar limosna era el más sagrado de todos los deberes religiosos. Hasta qué punto era sagrado se ve por el hecho de que los judíos usaban la misma palabra -*tsedaqá* tanto para *justicia* como para *limosna*. El dar limosna y el ser justo eran una y la misma cosa. El dar limosna era ganar méritos a la vista de Dios, y era hasta ganar la propiciación y el perdón de pecados pasados. «Es mejor dar limosna que amontonar oro; la limosna libra de la muerte, y purga todo pecado» (Tobías 12:8).

*La limosna que se le da a un padre no se borrar , y como restituci3n por pecados arraigar  firmemente.
En el día de la aflicci3n se tendrá presente en tu crédito. Borrar  tus iniquidades como el calor la escarcha.*

(Eclesiástico 3:14s).

Había un dicho rabínico: «Mayor es el que da limosna que el que ofrece todos los sacrificios.» La limosna est  a la cabeza en el catálogo de buenas obras.

Así es que era natural e inevitable el que una persona que quisiera ser buena se concentrara en dar limosna. La enseñanza más elevada de los rabinos era exactamente la misma que la de Jesús. También ellos prohibían dar limosna ostentosamente. « El que da limosna en secreto -decían- es mayor que Moisés.» El dar limosna que salva de la muerte es «cuando el recipiente no sabe de quién lo recibe, y cuando el dador no sabe a quién lo da.» Hubo un rabino que, cuando quería dar limosna, dejaba caer monedas a su paso para no ver quién las recogía. « Es mejor decían- no darle a un mendigo nada, antes que darle algo avergonz ndole.» Había una costumbre especialmente encantadora conectada con el templo de Jerusalén. En el templo había una habitaci3n que se llamaba La Cámara del Silencio. Los que querían hacer expiaci3n por algún pecado ponían dinero all ; y personas pobres de buena familia que habían venido a menos en el mundo recibían ayuda de estas contribuciones.

Pero como en tantas otras cosas, la práctica se quedaba muy por debajo del precepto. Demasiado a menudo el dador daba de forma que todo el mundo pudiera ver lo que daba, y daba mucho más para glorificarse a sí mismo que para ayudar a otro. Durante los cultos de la sinagoga se hacían ofrendas para los pobres, y había algunos que se cuidaban muy bien de que los otros vieran lo que daban. J. J. Wetstein cita una costumbre oriental de los tiempos antiguos: « En Oriente, el agua es tan escasa que algunas veces había que comprarla. Cuando una persona quería hacer una buena obra, y traer bendici3n sobre su familia, se dirigía al aguador y en voz bien alta le encargaba: " Dale un trago a los sedientos!" El aguador llenaba el pellejo e iba al mercado. " Oh, sedientos -gritaba- venid a beber de gracia!" Y el generoso estaba a su lado y decía: "Bend ceme, porque soy yo el que te ofrezco este trago."» Esa es precisamente la clase de cosa que Jesús condena. Llama *hip3critas* a los que hacen tales cosas. La palabra *hypokrités* quiere decir *actor* en griego. Esa clase de gente son realmente farsantes que hacen su papel para que los aplaudan.

RAZONES PARA DAR

Mateo 6:2-4 (conclusi3n)

Veamos ahora algunas de las razones que hay detrás del acto de dar.

(i) Puede que uno d  *por sentimiento del deber*. Puede que d , no porque quiere dar, sino porque piensa que es un deber del que uno no se puede evadir. Puede que hasta una persona llegue a considerar -tal vez inconscientemente- que los pobres est n en el mundo para permitirle a él .cumplir con ese deber y adquirir así méritos a ojos de Dios.

Catherine Carswell, en su autobiografía *Lying Awake*, cuenta sus años mozos en Glasgow: «Los pobres, uno podría decir, eran nuestros animales de compa a. Decididamente, siempre estaban con nosotros. En nuestra arca particular se nos enseñaba a amar, honrar y atender a los pobres.» La nota clave, como ella misma advertía, era de superioridad y condescendencia. El dar se consideraba como un deber; pero a menudo iba acompañado de un serm3n que producía un placer cursi al que lo daba. En aquellos días, Glasgow estaba lleno de borrachos la noche del sábado. Ella escribe: «Todos los domingos por la tarde, durante años, mi padre hacía la ronda de las celdas de las

estaciones de policía, pagando fianzas de medias coronas para que soltaran a los borrachos del fin de semana, para que no perdieran el trabajo el lunes por la mañana. Les hacía firmar a cada uno el compromiso de devolverle la media corona del sueldo de la semana siguiente.» No cabe duda de que aquello estaba muy bien; pero él le daba un cierto aire de respetabilidad, e incluía un sermón. Estaba claro que él se sentía de una categoría moral completamente diferente de aquellos a los que daba. Se dijo de un gran hombre, pero superior: «Con todo lo que da, nunca se da a sí mismo.» Cuando se da, como si dijéramos, desde un pedestal; cuando se da siempre con un cierto cálculo; cuando se da por sentimiento del deber -hasta por un sentimiento cristiano del deber-, se puede ser generoso con las cosas, pero lo único que uno no da nunca es a sí mismo, y por tanto ese tipo de dar es incompleto.

(ii) Puede que uno dé *por razones de prestigio*. Puede que dé para recibir la gloria de dar. Lo más probable es que si nadie lo supiera, o si no se le diera ninguna publicidad, no daría nada. Si no se le dan las gracias y se le reconoce y alaba y honra, se da por ofendido. Da, no para la gloria de Dios, sino para la suya propia. Da, no exclusivamente para Dios a una persona necesitada, sino para gratificar su propia (vanidad Y su, propio sentido de poder.

(iii) Puede que uno dé sencillamente *porque tiene que hacerlo*. Porque el amor y la amabilidad que fluyen de su corazón no le dejarán hacer otra cosa. Puede que dé porque, por mucho que lo intente, no puede por menos de sentirse obligado a ayudar al necesitado.

El doctor Johnson difundía una atmósfera de amabilidad. Había una pobre criatura que se llamaba Robert Levett, que había sido en tiempos camarero en París y médico en las partes más pobres de Londres. Tenía una apariencia y unos modales, como decía Johnson, que asqueaban a los ricos y aterraban a los pobres. Fuera como fuera llegó a formar parte de la casa de Johnson. Boswell estaba alucinado con todo el asunto, pero Goldsmith conocía mejor a Johnson. Decía de Levett: «Es pobre y honrado, lo que ya es suficiente recomendación para Johnson. Ahora ya es pobre de solemnidad, y eso le asegura la protección de Johnson.» La indigencia era el pasaporte al corazón de Johnson.

Boswell cuenta esta anécdota de Johnson: < Cuando volvía una vez tarde a casa se encontró a una pobre mujer tirada en el suelo, tan agotada que no podía ni hablar. Se la echó a la espalda y la llevó a su casa, donde descubrió que era una de esas pobres mujeres que han caído hasta lo más bajo del vicio, de la pobreza y de la enfermedad. En vez de echárselo en cara con dureza, hizo que se tuviera cuidado de ella largo tiempo con toda ternura por un precio considerable hasta que recuperó la salud, e hizo lo posible para ponerla en una manera virtuosa de vida.» Todo lo que Johnson sacó de aquello fueron suspicacias indignas acerca de su propio carácter; pero había sido su corazón el que le había obligado a ayudar.

Una de las páginas más preciosas de la historia de la literatura es la que nos presenta a Johnson, en los días de su pobreza, volviendo a casa de madrugada y, a medida que iba pasando por el Strand, dejando peniques en las manos de los pobres y vagabundos que dormían en los portales porque no tenían otro sitio. Hawkins nos cuenta que alguien le preguntó cómo podía tener la casa llena de «vagos y de gente de mal vivir.» Johnson le contestó: « Si yo no los ayudo, nadie lo hará; y no se deben perder de necesidad.» Ahí tenemos el dar como es debido, que surge del amor de un corazón humano, que es lo que rebosa del amor de Dios.

Tenemos el dechado de este perfecto dar en Jesucristo mismo. Pablo escribió a sus amigos de Corinto: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, Que, aunque era rico, por causa de vosotros Se hizo pobre para enriqueceros con Su pobreza» (2 Corintios 8:9). Nuestro dar no debe ser nunca el hosco y superior resultado del sentimiento del deber; y menos todavía hemos de hacerlo para ensalzar nuestra gloria y prestigio entre la gente; debe ser el fluir instintivo de un corazón amante; debemos dar a otros como Jesucristo Se nos ha dado a Sí mismo a nosotros.

CÓMO NO ORAR

Mateo 6:5-8 (continuación)

(ii) Además, la liturgia judía proveía oraciones fijas para todas las ocasiones. Sería difícil encontrar un suceso o una situación de la vida que no tuviera su fórmula de oración particular. Había oraciones para antes y después de cada comida; en relación con la luz, el fuego, el rayo; al ver la luna nueva, cometas, lluvia, tempestad, el mar, lagos, ríos; al recibir buenas noticias, al estrenar nuevos muebles, al entrar o salir de una ciudad, etc., etc. Todo tenía su oración. Está claro que aquí hay algo infinitamente precioso. Revela la intención de que todo lo que suceda en la vida se traiga a la presencia de Dios. Pero, precisamente porque las oraciones se prescribían tan meticolosa y literalmente, todo el sistema se prestaba al formulismo, y el peligro era que se musitaran las oraciones dándoles muy poco sentido. La tendencia era repetir rutinariamente la oración correcta en el momento correcto. Los grandes rabinos lo reconocían y trataban de evitarlo. «Si una persona -enseñaban- dice sus oraciones para salir del paso, eso no es orar.» « No consideres la oración un deber formal, sino un acto de humildad para obtener la misericordia de Dios.» Rabí Eliezer estaba tan preocupado con el peligro del formulismo que tenía la costumbre de componer una oración nueva todos los días, para que fuera siempre algo fresco. Está muy claro que esta clase de peligro no está confinada a la religión judía. Hasta los que empiezan siendo momentos devocionales pueden acabar en el formalismo de un punto rígido y ritualista del horario.

(iii) Y además, el devoto judío tenía horas fijas de oración. Eran la tercia, la sexta y la nona, es decir, las nueve de la mañana, las doce del mediodía y las tres de la tarde. Se encontrara donde se encontrara estaba obligado a orar. Podría ser, sin duda, que se acordara de Dios genuinamente; pero también podría ser que estuviera cumpliendo con un formalismo habitual. Los musulmanes tienen la misma costumbre. Se cuenta que un musulmán iba persiguiendo a un enemigo con la daga desenvainada para matarle. El almuédano hizo la llamada; el hombre se paró, desenrolló su esterilla de oración, se arrodilló y rezó todo lo deprisa que pudo; luego se levantó y siguió con su persecución asesina. Es precioso esto de acordarse de Dios por lo menos tres veces al día; pero existe el peligro muy real de que se haga esto tres veces al día hasta sin pensar en Dios.

(iv) Existía la tendencia a relacionar la oración con ciertos lugares, y especialmente con la sinagoga. Es innegablemente cierto que hay algunos lugares en los que se siente a Dios más cerca; pero había algunos rabinos que llegaban hasta a decir que la oración no era eficaz a menos que se ofreciera en el templo o en la sinagoga. Así se produjo la costumbre de ir al templo a las horas de oración. En los primeros días de la Iglesia Cristiana, hasta los discípulos de Jesús pensaban en estos términos, porque leemos que Pedro y Juan se dirigían al templo a la hora de la oración (*Hechos 3:1*).

Aquí también había un peligro: el de pensar que Dios estaba confinado a ciertos lugares sagrados, y olvidar que toda la Tierra es el templo de Dios. Los más sabios de los rabinos vieron este peligro. Decían: «Dios le dice a Israel: Orad en la sinagoga de vuestra ciudad; si no podéis, orad en el campo; si no podéis, orad en vuestra casa; si no podéis, orad en la cama; si no podéis, medita en vuestro corazón estando en vuestra cama, y guardad silencio.»

El problema de cualquier sistema no está en el sistema, sino en los que lo usan. Uno puede hacer de cualquier sistema de oración un medio de devoción o un puro formulismo, practicándolo rutinaria e inconscientemente.

(v) Los judíos tenían una tendencia indudable a alargar las oraciones. Esa tendencia tampoco es exclusiva de los judíos. En los cultos escoceses del siglo XVIII, la longitud se interpretaba como devoción. En aquellos cultos escoceses había una lectura bíblica versículo por versículo que duraba una hora, y un sermón que duraba otra hora. Las oraciones eran largas e improvisadas. El doctor W. D. Maxwell escribe: « La eficacia de la oración se medía por el ardor y la fluidez, y no menos por su fervida longitud.» El rabí Leví decía: «El que hace oraciones largas es oído.» Otra máxima era: «Cuando los justos hacen oraciones largas, sus oraciones son oídas.»

Había -y todavía hay- una especie de idea inconsciente de que si aporreamos suficientemente la puerta de Dios, contestará; que se Le puede hablar, y hasta dar la lata a Dios, hasta que nos haga caso. Los rabinos más sabios eran conscientes de este peligro. Uno de ellos decía: «Está prohibido alargar innecesariamente la alabanza del Santo. Se nos dice en los *Salmos*: "¿Quién puede expresar las poderosas obras del Señor, o proclamar toda su alabanza?" (*Salmo 106:2*). Según esto, sólo *el que puede* puede alargarse y mostrar su alabanza *pero nadie puede*.» «Sean siempre pocas las palabras de un hombre delante de Dios, como se dice: "No te precipites con tu boca ni se apresure tu corazón a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras" (*Eclesiastés 5:2*).» «La mejor adoración consiste en guardar silencio.» Es fácil confundir la verborrea con la piedad, y la labia con la devoción; y en ese error caían muchos judíos, y otros.

CÓMO NO ORAR

Mateo 6:5-8 (conclusión)

(vi) Había otras formas de repetición que los judíos, como otros pueblos orientales, eran propensos a usar y abusar. Los pueblos orientales tenían la costumbre de autohipnotizarse mediante la incesante repetición de una frase o hasta de una palabra. En 1 *Reyes 18:26* leemos que los profetas de Baal se pasaron medio día gritando: « ¡Baal respóndenos!» En *Hechos 19:34* leemos que el gentío efesio estuvo dos horas gritando:

«¡Grande es la Artemisa de los efesios!» Algunos musulmanes se pasan horas y horas repitiendo una palabra sagrada, corriendo en círculos hasta que se provocan un éxtasis, y caen por último inconscientes y agotados. Los judíos lo hacían con la *Semá`*. Es como sustituir la oración por el autohipnotismo.

Había otra forma en que la oración judía caía en las repeticiones. Se apilaban todos los títulos y adjetivos imaginables cuando se Le dirigía una oración a Dios. Una de las más famosas empieza:

¡Bendito, alabado y glorificado, exaltado, ensalzado y honrado, magnificado y laudado sea el nombre del Santo!

Hay una oración judía que empieza con dieciséis adjetivos diferentes que se aplican al nombre de Dios. Existía una clase de intoxicación con las palabras. Cuando uno empieza a pensar más que en qué decir en cómo decirlo, se le muere la oración en los labios.

(vij) El último fallo que Jesús les encontraba a algunos de los judíos era que hacían las oraciones para que la gente los viera. El método judío de la oración facilitaba el que se cayera en la ostentación. Los judíos oraban de pie, con los brazos extendidos, las palmas de las manos hacia arriba y la cabeza inclinada. Había que hacer oración a las 9 de la mañana, a las 12 del mediodía y a las 3 de la tarde. Había que hacerla donde uno se encontrará, y le era fácil al que quisiera el asegurarse de que a esas hora estaría en alguna esquina despejada, o en alguna plaza abarrotada de gente, para que todo el mundo viera lo piadoso que era orando. Le era fácil a uno detenerse en los peldaños de la entrada de la sinagoga, y hacer allí su oración larga y elocuentemente para que todo el mundo se admirara de su excepcional piedad. Era fácil representar una escena de oración a la vista del público.

Los más sabios de los rabinos judíos comprendían plenamente y condenaban incansablemente esta actitud. «Una persona hipócrita atrae la ira de Dios sobre el mundo, y su oración no es escuchada.» «Cuatro clases de personas no perciben el resplandor de la gloria de Dios: los burladores, los hipócritas, los mentirosos y los calumniadores.» Los rabinos decían que nadie puede

orar de veras a menos que tenga el corazón sintonizado para ello. Establecían que para la perfecta oración se necesitaba antes una hora de preparación personal, y una hora de meditación después. Pero el sistema judío de oración se prestaba a la ostentación si había orgullo en el corazón de un hombre.

Jesús establece dos grandes reglas de la oración.

(i) Insiste en que toda verdadera oración se ha de dirigir a Dios. El fallo verdadero de los que Jesús criticaba era que le ofrecían la oración a la galería, y no a Dios. Cierta gran predicador describió una vez una oración elaborada y adornada que se hizo en una iglesia de Boston como «la oración más elocuente que se ofreciera jamás a una audiencia de Boston.» El «orador» se había preocupado más de impresionar a la congregación que de establecer contacto con Dios. Tanto en la oración privada como en la pública, no debemos albergar ningún pensamiento en la mente ni deseo en el corazón aparte de Dios.

(ii) Insiste en que debemos tener presente que el Dios a Quien oramos es un Dios de amor, Que está más dispuesto a contestar de lo que nosotros estamos a pedir. No tenemos que sacarle los dones o la gracia como si no estuviera dispuesto a concedérmolos. No acudimos a un Dios al Que hay que engatusar, o dar la lata, o bombardear para que conteste a nuestras oraciones, sino a Uno Cuyo único deseo es dar. Cuando recordamos eso, no hay duda de que es suficiente acudir a Dios con un suspiro de deseo en el corazón, y en los labios las palabras: «Hágase Tu voluntad.»

LA ORACIÓN DEL DISCÍPULO

Mateo 6:9-15

*Así que orad de esta manera: Padre nuestro del Cielo,
que Tu nombre sea tenido por santo; venga Tu Reino;
que Tu voluntad se haga, como en el Cielo, así en la Tierra; danos hoy el pan para este día;
perdónanos nuestras deudas
como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores; y no nos metas en tentación,
sino líbranos del maligno.*

Porque, si les perdonáis a vuestros semejantes sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros las vuestras; pero si no les perdonáis a vuestros semejantes sus ofensas, tampoco os perdonará las vuestras vuestro Padre.

Antes de empezar a pensar en la Oración Dominical en detalle, hay algunos hechos generales que nos vendrá bien recordar.

Debemos advertir, antes de nada, que esta es una oración que Jesús les enseñó a Sus *discípulos*. Tanto Mateo como Lucas lo dejan bien claro. Mateo pone todo el Sermón del Monte en el contexto de la enseñanza de Jesús a Sus discípulos (*Mateo 5:1*); y Lucas nos dice que Jesús les enseñó esta oración a Sus discípulos a petición de uno de ellos (*Lucas 11:1*). Hacemos bien en llamarla La Oración Dominical, porque fue el Señor -*Dominus*- Quien nos la enseñó y legó como algo Suyo; pero es una oración que no puede hacer suya más que un discípulo de Jesús; que sólo uno que ha reconocido a Jesucristo como su Salvador y Señor puede tomar en sus labios con sentido.

La Oración Dominical no es la oración de un niño, como se la suele considerar; de hecho, no tiene sentido para un niño. Tampoco es la Oración Familiar, como se la llama a veces, a menos que por *familia* entendamos *la familia de la Iglesia*.

La Oración Dominical se nos presenta específica y definidamente como la oración *del discípulo*, y *sólo* en los labios de un discípulo adquiere su pleno significado. Para decirlo de otra manera: sólo la

puede hacer suya la persona que sabe lo que está diciendo en ella, y no lo puede saber a menos que haya entrado en el discipulado.

Debemos advertir *el orden* de las peticiones de la Oración Dominical. Las primeras tres tienen que ver con Dios y con Su gloria; las tres siguientes se refieren a nuestras necesidades. Es decir, que se empieza por darle a Dios el lugar supremo que Le corresponde, y después, y sólo después, nos volvemos hacia nosotros y nuestras necesidades. Sólo cuando se Le da a Dios el lugar que Le corresponde, todo lo demás pasa a ocupar el lugar que le corresponde. La oración no debe ser nunca un intento de forzar la voluntad de Dios a nuestros deseos, sino siempre un intento de someter nuestra voluntad a la de Dios.

La segunda parte de la oración, la que trata de nuestras necesidades, tiene una unidad preciosamente ensamblada. Trata de las tres necesidades esenciales de la persona humana, y las tres esferas del tiempo en que se mueve. Primero, pide *pan*, lo que necesita para *mantener la vida*, y de esta manera presenta las necesidades del *presente* ante el trono de Dios. Segundo, pide *perdón*, y así trae el pasado a la presencia de Dios. Y tercero, pide *ayuda en la tentación*, y *deja así* el futuro en las manos de Dios. En estas tres breves peticiones se nos enseña a depositar el pasado, el presente y el futuro en el estrado de la gracia de Dios.

Pero esta oración no se limita a presentarle a Dios la totalidad de la vida; también es una oración que trae la totalidad de Dios a nuestras vidas. Cuando pedimos *pan* para sostener nuestra vida terrenal, esa petición dirige nuestro pensamiento inmediatamente a *Dios el Padre*, Creador y Sustentador de toda la vida. Cuando pedimos *perdón*, esa petición nos dirige el pensamiento inmediatamente a *Dios el Hijo*, Jesucristo nuestro Salvador y Redentor. Y cuando pedimos ayuda en las tentaciones futuras, esa petición dirige inmediatamente nuestro pensamiento a *Dios el Espíritu Santo*, el Confortador, iluminador, Guía y Guardián de nuestras almas.

De la manera más maravillosa, esta breve segunda parte de la Oración Dominical toma el presente, el pasado y el futuro, y los presenta a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; es decir, a Dios, en toda Su plenitud. Jesús nos enseña en la Oración Dominical a presentar la totalidad de la vida a la totalidad de Dios, y a traer la totalidad de Dios a la totalidad de la vida.

EL PADRE EN EL CIELO

Mateo 6:9a

Padre nuestro dl Cielo.

Bien se podría decir que la palabra *Padre* aplicada a Dios es un resumen breve de la fe cristiana. El gran valor de esta palabra *Padre* está en que establece todas las relaciones de esta vida.

(i) *Establece nuestra relación con el mundo invisible.* Los misioneros nos dicen que uno de los más grandes desahogos que el Cristianismo trae a la mente y al corazón paganos es la certeza de que hay un solo Dios. Los paganos creen que hay innumerables dioses, que cada corriente o río, árbol o valle, colina o bosque, y todas las fuerzas de la naturaleza tienen su propio dios. El pagano vive en un mundo infestado de dioses. Todavía más: Todos estos dioses son celosos y tacaños y hostiles. Hay que aplacarlos, y uno no puede nunca estar seguro de no haber omitido nada del honor debido a alguno de ellos. La consecuencia es que el pagano vive en terror de los dioses; está «asediado y no ayudado por su religión.»

La leyenda griega más significativa sobre los dioses es la de Prometeo. Prometeo era un dios. Corrían los días antes de que la humanidad poseyera el fuego; y la vida sin fuego era fría, triste e incómoda. Por piedad, Prometeo tomó el fuego del cielo y se lo dio como un regalo a la humanidad. Zeus, el rey de los dioses, se airó extraordinariamente de que la humanidad recibiera este regalo; así que se apoderó de Prometeo y le encadenó a una roca en medio del mar Adriático, donde era

atormentado con el calor y la sed del día, y el frío de la noche. Y todavía más: Zeus preparó un buitre que le rasgara el hígado a Prometeo, que volvía a crecer, solamente para ser destrozado otra vez.

Eso fue lo que le sucedió a un dios que trató de ayudar a la humanidad. Toda esta concepción se basa en la convicción de que los dioses son celosos, vengativos, y tacaños; y lo que menos les interesa hacer es ayudar a los humanos. Esa es la idea pagana de la actitud del mundo invisible hacia la humanidad. Los paganos se sienten asediados por el miedo a una horda de dioses celosos, crueles y tacaños. Así pues, cuando descubren que el Dios al Que Jesucristo nos ha venido a revelar tiene el nombre y el corazón de *Padre*, eso transforma completamente todas las cosas del mundo. Ya no tenemos por qué temblar de miedo ante una horda de dioses celosos; podemos descansar en el amor de un Padre.

(ii) *Establece nuestra relación con el mundo visible*, este mundo del espacio y el tiempo en el que vivimos. Es fácil pensar que este mundo es hostil. Hay circunstancias y eventualidades en la vida; hay leyes férreas del universo que quebrantamos a nuestro riesgo; hay sufrimiento y muerte; pero, si podemos estar seguros de que detrás de este mundo hay, no un dios caprichoso, celoso, y burlón, sino un Dios cuyo nombre es Padre, entonces, aunque todavía haya muchas cosas que nos parezcan oscuras, todo es ahora soportable porque detrás de todo está el amor. Siempre nos ayudará creer que este mundo está organizado, no para nuestra comodidad, sino para nuestro entrenamiento.

Tomemos, por ejemplo, *el dolor*. Puede parecer algo malo; pero el dolor tiene su lugar en el orden de Dios. Algunas veces sucede que una persona está constituida tan anormalmente que es incapaz de sentir el dolor. Una persona así es un peligro para sí misma, y un problema para todos los demás. Si no hubiera tal cosa como el dolor, nunca sabríamos si estamos enfermos, y a menudo nos moriríamos antes de que se pudieran dar pasos para tratar la enfermedad. Esto no es decir que el mal no puede *convertirse* en una cosa mala; pero es decir que innumerables veces el dolor es la lucecita roja de Dios que nos avisa de un peligro en el camino.

Lessing solía decir que, si se le permitiera hacerle una pregunta a la Esfinge, sería: «¿Es éste un universo amigable?» Si podemos estar seguros de que el Dios que creó este mundo es *Padre*, entonces podremos también estarlo de que éste es fundamentalmente un universo amigable. Llamar a Dios *Padre* es establecer una nueva relación con el mundo en que vivimos.

EL PADRE EN EL CIELO

Mateo 6:9a (continuación)

(iii) Si creemos que Dios es Padre, *esto establece nuestra relación con nuestros semejantes*. Si Dios es Padre, es el Padre de todos los seres humanos. La Oración Dominical no nos enseña a decir *Mi Padre*; nos enseña a decir *Padre nuestro*. Es muy significativo el hecho de que en la Oración Dominical no aparecen las palabras yo, mi, y mío; es verdad decir que Jesús vino para quitar esas palabras de nuestra vida y poner en su lugar *nosotros*, y *nuestro*. Dios no es la posesión exclusiva de ninguna persona. La misma frase *Padre nuestro* implica *la eliminación del yo*. La paternidad de Dios es la única base para la fraternidad humana.

(iv) Si creemos que Dios es Padre, *esto establece nuestra relación con nosotros mismos*. Hay veces que uno se desprecia y se odia a sí mismo, se reconoce como la criatura más miserable que se arrastra por la tierra. El corazón conoce su propia, amargura, y nadie conoce la indignidad de una persona mejor que ella misma.

Mark Rutherford proponía añadir otra bienaventuranza: «Bienaventurados los que nos sanan de despreciarnos a nosotros mismos.» Benditos sean los que nos devuelven nuestro propio respeto. Eso es precisamente lo que hace Dios. En esos momentos terribles, tenebrosos y crudos, todavía

nos podemos recordar a nosotros mismos que, aunque no le importemos a ninguna otra persona, Le importamos a Dios; que, en la infinita misericordia de Dios somos linaje regio, hijos del Rey de reyes.

(v) Si creemos que Dios es Padre, *eso establece nuestra relación con Dios. No es que eso excluya Su santidad, majestad y poder. Eso no hace a Dios menos Dios; pero nos hace asequibles esa santidad, y . majestad, y poder.*

Hay una antigua historia romana que nos habla de un emperador que estaba entrando en Roma en triunfo. Tenía el privilegio, que Roma concedía a sus grandes héroes, de hacer marchar sus tropas por las calles de Roma, con todos los trofeos y prisioneros que había capturado. El emperador iba desfilando con sus tropas. Las multitudes, alineadas en todas las calles, le vitoreaban. Los corpulentos legionarios alineaban los bordes de las calles para mantener en su sitio a la gente. En cierto punto de la ruta triunfal había una plataforma en la que estaban sentadas la emperatriz y su familia, para ver al emperador pasar en toda la gloria de su triunfo. En la plataforma, con su madre estaba el hijo menor del emperador, un chiquillo. Cuando se acercaba el emperador, el chico saltó de la plataforma, se abrió paso entre la multitud, regateó su paso entre las piernas de los legionarios y salió al centro de la carretera al encuentro de la carroza de su padre. Un legionario se inclinó y le detuvo, tomándole en sus brazos: «No puedes hacer eso, chico -le dijo-. ¿Es que no sabes quién va en esa carroza? ¡ES el emperador! No puedes dirigirte a ella.» El chiquillo le contestó riendo: «Puede que sea tu emperador -le dijo-, pero es mi padre.» Ese es exactamente el sentir del cristiano para con Dios. La santidad, la majestad y el poder son los de Aquel a Quien Jesús nos ha enseñado a llamar *Padre nuestro*.

EL PADRE EN EL CIELO

Mateo 6:9a (conclusión)

Hasta ahora hemos estado pensando en las dos primeras palabras que dirigimos a Dios -*Padre nuestro*; pero Dios no es solamente *nuestro Padre*: Es nuestro Padre *Que está en el Cielo*. Estas palabras tienen una importancia capital. Nos conservan dos grandes verdades.

(i) Nos recuerdan *la santidad* de Dios. Es fácil convertir en sensiblería toda la idea de la paternidad de Dios, haciéndola una excusa para una religiosidad cómoda y permisiva. « Es un buen tipo, y le da todo igual.» Como dijo Heine de Dios: «Dios me perdonará. Para eso está.» Si dijéramos sólo *Padre nuestro* y nos paráramos ahí, podríamos tener alguna disculpa; pero es a nuestro Padre *del Cielo* a Quien nos dirigimos. El amor está presente, pero la santidad también.

Es extraordinario lo rara vez que Jesús usa la palabra Padre refiriéndose a Dios. El evangelio de Marcos es el más antiguo, y por tanto el más próximo a un reportaje de lo que Jesús dijo e hizo; y en el evangelio de Marcos Jesús llama a Dios *Padre* sólo seis veces, y nunca fuera del círculo de los discípulos. Para Jesús, la palabra *Padre* era tan sagrada que casi no podía soportar el usarla; y no la podía usar a menos que fuera entre los que ya habían captado algo de lo que quería decir.

No debemos usar nunca la palabra *Padre* refiriéndonos a Dios con ligereza, superficialidad y sentimentalismo. Dios no es un padre de manga ancha que cierra los ojos tolerantemente a todos los pecados y faltas y errores. Este Dios a Quien llamamos Padre, es el Dios al Que debemos acercarnos con reverencia y adoración, y temor y admiración. Dios es nuestro Padre del Cielo, y en Dios se dan en perfecta armonía el *amor* y la *santidad*.

(ii) Nos recuerdan *el poder* de Dios. En el amor humano se da muy a menudo la tragedia de la frustración. Puede que amemos a una persona, y sin embargo seamos incapaces de ayudarla a conseguir algo o a dejar algo. El amor humano puede ser intenso -y sin embargo impotente. Cualquier padre con un hijo extraviado, o cualquier enamorado con una amada errática lo sabe muy bien. Pero cuando decimos *Padre nuestro -del Cielo*, ponemos juntas dos cosas. Colocamos el *amor* de Dios al lado del *poder* de Dios. Nos decimos que el poder de Dios siempre está motivado por el

amor de Dios, y nunca se ejerce sino para nuestro bien; nos decimos que el amor de Dios está respaldado por el poder de Dios, y que, por tanto, su propósito no puede ser nunca frustrado ni derrotado. Pensamos en términos de amor, pero es el amor de Dios. Cuando oramos *Padre nuestro del Cielo* debemos recordar siempre la santidad de Dios y el amor de Dios que se mueven en amor, y el amor que está detrás del poder invencible de Dios.

LA SANTIFICACIÓN DEL NOMBRE

Mateo 6:9a

Que Tu nombre sea tenido por santo.

«Santificado sea Tu nombre» -probablemente es cierto que, de todas las peticiones de la Oración Dominical, ésta es la nos sería más difícil explicar. Así que, en primer lugar, concentrémonos en el sentido determinado de las palabras.

La palabra que traducimos por *santificar* es el verbo griego *haguiázesthai*, relacionado con el adjetivo *haguios*, que quiere decir *tratar a una persona o cosa como haguios*. *Haguios* es

la palabra que traducimos corrientemente por *santo*; pero el sentido básico de *haguios* es *diferente o separado*. Algo que es *haguios* es *diferente* de otras cosas: Una persona que es *haguios* es *separada* de las otras personas. Así, un templo es *haguios* porque es *diferente* de los otros edificios. Un altar es *haguios* porque existe para un propósito *diferente* del de las cosas ordinarias. El día del Señor es *haguios* porque es *diferente* de otros días. Un sacerdote es *haguios* porque está *separado* para un ministerio especial. Así que, esta petición quiere decir: < Que el nombre de Dios se trate de una manera diferente de los otros nombres; que se dé al nombre de Dios una posición que sea absolutamente única.>

Pero hay algo que añadir a esto. En hebreo, el nombre no quiere decir simplemente el nombre propio por el que se conoce a una persona -Juan o Santiago, o el nombre que sea. En hebreo, el *nombre* quiere decir *la naturaleza, el carácter, la personalidad* de la persona en tanto en cuanto nos es conocida o revelada. Esto resulta claro cuando vemos cómo usan la expresión los autores bíblicos.

El salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu *nombre*» (*Salmo 9:10*). Está claro que esto no quiere decir que los que saben que Dios se llama Jehová pondrán en Él su confianza. Quiere decir los que saben cómo es Dios, los que conocen la naturaleza y el carácter de Dios. El salmista dice: «Unos presumen de carros de combate y otros de caballería; pero nuestro orgullo es el *nombre* del Señor nuestro Dios» (*Salmo 20:7*). Está claro que esto no quiere decir que en tiempos difíciles el salmista se acordará de que Dios se llama Jehová. Quiere decir que, en tales momentos, algunos confían en las ayudas y defensas humanas y materiales; pero el salmista se acordará de la naturaleza y el carácter de Dios; se acordará de cómo es Dios, y ese recuerdo le dará confianza.

Así que, tomemos estas dos cosas y pongámoslas juntas. *Haguiázesthai*, que se traduce por *santificar*, quiere decir *considerar como diferente*, dar un lugar único y especial. El *nombre* es *la naturaleza, el carácter, la personalidad* de la persona en tanto en cuanto nos es conocida y revelada. Por tanto, cuando oramos: «Santificado sea Tu nombre,» queremos decir: «Capacitanos para darte el lugar único y soberano que merecen Tu naturaleza y carácter.»

LA ORACIÓN POR LA REVERENCIA

Mateo 6:9 (conclusión)

¿Hay alguna palabra en español que quiera decir darle a Dios el lugar único y soberano que requieren Su naturaleza y carácter? La hay, y es *reverencia*. Pedimos ser capacitados para reverenciar a Dios como Dios merece ser reverenciado. En toda auténtica reverencia de Dios hay cuatro elementos esenciales.

(i) A fin de reverenciar a Dios, debemos creer que Dios existe. No podemos reverenciar a alguien que no exista; debemos empezar por estar seguros de la existencia de Dios. Para la Biblia, Dios es un axioma. Un axioma es un hecho autoevidente que no necesita demostración, sino que es la base de todas las otras pruebas. Por ejemplo: «La línea recta es la distancia más corta entre dos puntos;» o: «las líneas paralelas son las que, hallándose en un mismo plano, no se encuentran nunca.» Estos son axiomas.

Los autores bíblicos habrían dicho que era superfluo intentar demostrar la existencia de Dios, porque ellos *experimentaban* la presencia de Dios en todos los momentos de su vida. Habrían dicho que un hombre no necesita demostrar que Dios existe más de lo que necesita demostrar que existe su mujer. Se encuentra con ella y convive con ella todos los días, y así con Dios.

Pero supongamos que necesitáramos demostrar que Dios existe usando nuestras propias mentes para hacerlo; ¿por dónde empezaríamos? Podríamos empezar por *el mundo en que vivimos*. El antiguo argumento de Paley no está todavía totalmente desfasado. Supongamos que una persona va andando por un camino. Tropezaba con el pie con un reloj que está en el suelo. Supongamos que esa persona no había visto un reloj en la vida; no sabía lo que era eso. Lo recoge; ve cómo está hecho y la colocación en su interior de ruedecillas y muelles. Ve que está andando y funcionando de una manera deliciosamente ordenada, y que las manillas se mueven alrededor de la esfera con una regularidad obviamente predeterminada. ¿Qué es lo que se dice? No se dice: «Todos estos metales y piezas diversas han llegado aquí del fin del mundo por casualidad, y se han hecho ruedas y muelles por casualidad, y se han reunido en este mecanismo por casualidad, y se dan cuerda y se ponen en marcha a sí mismos por casualidad, llegando a este funcionamiento obviamente ordenado por casualidad.» No; sino dice: « Me he encontrado un reloj; de modo que tiene que existir un relojero.»

Un orden presupone una mente. Cuando miramos al mundo vemos una máquina inmensa que funciona con orden. El Sol sale y se pone en sucesión invariable. Las mareas tienen su flujo y reflujo cronométricamente. Las estaciones se suceden en orden. Cuando miramos al mundo no tenemos más remedio que decir: «Tiene que existir el Relojero.» La existencia del mundo nos empuja a reconocer la de Dios. Como decía sir James Jeans: « Un astrónomo no puede ser ateo.» El orden del universo revela la mente de Dios que está detrás.

Podríamos empezar por *nosotros mismos*. Lo único que el ser humano no ha llegado a crear es la vida. Puede alterar y cambiar y reorganizar las cosas; pero no puede crear un ser viviente. ¿De dónde, entonces, nos hemos sacado la vida? De nuestros padres. ¿Y ellos, de dónde se sacaron la suya? De los suyos. ¿Y ellos? La vida tiene que haber empezado alguna vez en el mundo; tiene que venir de fuera del mundo, porque nosotros no podemos crearla. Y, de nuevo, el misterio de la vida nos empuja a Dios.

Cuando miramos a nuestro interior, y al mundo exterior, nos sentimos empujados hacia Dios. Como decía Kant hace mucho: «Dos cosas nos sobrecogen de admiración: la ley moral dentro de nosotros mismos, y los cielos estrellados por encima de nosotros.» Y nos empujan hacia Dios.

(ii) Antes de reverenciar a Dios tenemos que creer, no solamente que Dios existe, sino también tenemos que saber cómo es Dios. No se podía sentir reverencia por los dioses griegos, con sus amoríos, y celos, y rivalidades, y odios, y adulterios, y trampas y villanías. No se pueden reverenciar dioses caprichosos, inmorales, impuros. Pero en el Dios que Jesucristo nos ha venido a revelar hay tres grandes cualidades. Hay *santidad*; hay *justicia*, y hay *amor*. Debemos reverenciar a Dios, no sólo porque existe, sino por ser el Dios Que sabemos que es.

(iii) Pero puede que una persona crea que hay Dios; puede que esté intelectualmente convencida de que Dios es santo, justo y amoroso; y puede que todavía no Le reverencie. Porque para tenerle reverencia es menester *ser conscientes permanentemente de Dios*. Reverenciar a Dios es vivir en un mundo que está lleno de Dios, una vida que sucede en Su presencia. Esta consciencia no se limita a la iglesia, ni a los llamados lugares santos; tiene que ser una consciencia que nos acompaña siempre y en todas partes. El salmista lo expresa bellamente:

*Señor: Tú me has escudriñado, y me conoces.
Sabes cuándo estoy en reposo, y cuándo en acción.
Comprendes mis pensamientos antes de que los tenga. Has escudriñado mi conducta y mi carácter, y tienes a la vista los planos de mis planes. Aun antes de que profiera una palabra, Tú, Señor, ya sabes lo que iba a decir. Estás presente en mi pasado y en mi futuro, y mantienes Tu mano sobre mí en cada momento. El saber esto es demasiado maravilloso para mí; es algo sublime, y más allá de lo que puedo comprender.
¿Adónde me podría ir para desligarme de Tu Espíritu? ¿Adónde podría huir que no estuviera en Tu presencia? Si subiera al Cielo, es allí donde Tú estás;*

y si me ocultara en el seol, allí me encontrarías. Si tomara las alas del alba, e hiciera mi morada al otro lado del mar, aun allí sería Tu mano la que me guiara, y Tu diestra la que me cobijara.

Si dijera: «¡Seguro que la oscuridad me esconderá!, » hasta en la noche Te sería tan visible como al mediodía; porque las tinieblas tampoco encubren de Tu vista:

y la noche Te es tan clara como el día.

¡Lo mismo Te dan las tinieblas que la luz!

(Salmo 139:1-12).

Dios en la iglesia, y en el campo, y en el hogar; Dios en el taller, y en la tienda, y en la mina; Dios entre los pucheros y en medio del tráfico... Lo malo es que, para la mayoría, la consciencia de Dios es algo espasmódico, con altibajos, presencias y ausencias. Reverencia quiere decir la consciencia constante de Dios.

(iv) Todavía nos falta otro ingrediente de la reverencia. Tenemos que creer que Dios existe; tenemos que saber qué clase de Dios es; debemos ser siempre conscientes de Dios. Pero puede que una persona tenga todo esto, y no tenga todavía reverencia. A todo esto hay que añadir la obediencia y la sumisión a Dios. Reverencia es conocimiento más sumisión. Lutero preguntaba en su catecismo: < ¿Cómo es santificado el nombre de Dios entre nosotros? > Y su respuesta era: «Cuando tanto nuestra vida como nuestra doctrina son verdaderamente cristianas.» Es decir: cuando nuestro convencimiento intelectual y todas nuestras acciones están perfectamente sometidas a la voluntad de Dios.

El saber que Dios existe, el saber la clase de Dios que es, el ser siempre consciente de Dios y el serle siempre obediente -esa es la reverencia y lo que pedimos cuando oramos: < Santificado sea Tu nombre. > Que Dios reciba la reverencia que merece por Su carácter y Su naturaleza.

EL REINO DE DIOS Y LA VOLUNTAD DE DIOS

Mateo 6:10

Venga Tu Reino; que Tu voluntad se haga, como en el Cielo, así en la Tierra.

La frase *El Reino de Dios* es característica de todo el Nuevo Testamento. Es una de las frases que más se usan en la oración, y en la predicación, y en la literatura cristiana. Por tanto, es de importancia capital que sepamos lo que quiere decir.

Es evidente que el Reino de Dios era central en el mensaje de Jesús. La primera vez que apareció Jesús en el escenario de la Historia fue cuando llegó a Galilea predicando la Buena Noticia del Reino de Dios (*Marcos 1:14*). Jesús mismo describía la predicación del Reino como la obligación que se Le había impuesto: «Vamos a los lugares vecinos para que predique también allí, porque para esto he venido» (*Marcos 1:38; Lucas 4:43*). La descripción que nos hace Lucas de la actividad de Jesús es que Él iba por todas las aldeas y pueblos predicando y mostrando la Buena Noticia del Reino de Dios (*Lucas 8:1*). Está claro que tenemos que tratar de entender el significado del Reino de Dios.

Cuando así lo hacemos nos encontramos con algunos hechos paradójicos. Encontramos que Jesús hablaba del Reino de tres maneras diferentes. Hablaba del Reino como ya existente en *el pasado*. Decía que Abraham, Isaac y Jacob, y todos los profetas estaban en el Reino (*Lucas 13:28; Mateo 8:11*). Por tanto está claro que el Reino se remonta largo tiempo en la Historia. Jesús hablaba del Reino como *presente*: « El Reino de Dios -decía- está en medio de vosotros» (*Lucas 17:21*). Así que el Reino de Dios es una realidad presente aquí y ahora. Y hablaba del Reino de Dios como *futuro*, porque Él enseñó a orar por la venida del Reino en esta Su propia oración. ¿Cómo puede ser el Reino pasado, presente y futuro a la vez? ¿Cómo puede ser el Reino al mismo tiempo algo que existió, que existe y cuya venida estamos obligados a pedir?

Encontramos la clave en esta doble petición de la Oración Dominical. Una de las características más corrientes del estilo literario hebreo es la que se conoce técnicamente como *el paralelismo*. En hebreo se tendía a decir la misma cosa dos veces. Se decía de una manera, y luego de otra que repetía o ampliaba o explicaba la primera. Casi en cada versículo de los *Salmos* encontramos este paralelismo en acción. Los versículos se dividen en dos partes por el centro; y la segunda parte repite o amplía o explica la primera parte.

Vamos a tomar algunos ejemplos, y la cosa nos resultará clara:

Dios es nuestro amparo y fortaleza

- *nuestro pronto auxilio en las tribulaciones* (Salmo 46:1). *¡El Señor de los ejércitos está con nosotros!*
- *¡Nuestro refugio es el Dios de Jacob!* (Salmo 46:7). *Del Señor es la Tierra y su plenitud,*
- *el mundo y los que en él habitan* (Salmo 24:1).

Ahora apliquemos este principio a las dos peticiones de la Oración Dominical. Pongámoslas en paralelo:

Venga Tu Reino,

- *hágase Tu voluntad en la Tierra como en el Cielo.*

Supongamos que la segunda petición explica, y amplía y define la primera. Entonces tenemos la perfecta definición del Reino de Dios: *El Reino de Dios es una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo*. Aquí tenemos la explicación de cómo el Reino de Dios puede ser pasado, presente y futuro, todo al mismo tiempo. Cualquier persona que en cualquier momento de la Historia hizo perfectamente la voluntad de Dios, estaba en el Reino; cualquier persona que hace perfectamente la voluntad de Dios, está en el Reino; pero, como el mundo está muy lejos de ser un lugar en el que voluntad de Dios se haga perfecta y universalmente, la consumación del Reino está todavía en el futuro, y es todavía algo por lo que debemos orar.

El estar en el Reino es obedecer la voluntad de Dios. Inmediatamente vemos que el Reino no es una cosa que tiene que ver primariamente con las naciones y los pueblos y los países, sino con cada

uno de nosotros. El Reino es, de hecho, la cosa más personal del mundo. El Reino demanda la sumisión de *mi* voluntad, *mi* corazón, *mi* vida. El Reino viene sólo cuando cada uno de nosotros hace su propia y personal decisión y sumisión.

Un chino cristiano hacía la conocida oración: < Señor, aviva a Tu Iglesia, empezando por mí. » Y nosotros podríamos parafrasearla y decir: «Señor, trae Tu reino, empezando por mí.» Orar por el Reino del Cielo es pedir que *nosotros* sometamos totalmente nuestras voluntades a la voluntad de Dios.

EL REINO DE DIOS Y LA VOLUNTAD DE DIOS

Mateo 6:10 (conclusión)

Por lo que acabamos de ver resulta claro que la cosa más importante del mundo es obedecer la voluntad de Dios; y la petición más importante del mundo es: «Hágase Tu voluntad.» Pero queda igualmente claro que la actitud mental y el tono de voz con que se haga esta petición supone toda la diferencia del mundo.

(i) Se puede decir «hágase Tu voluntad» con un tono de resignación derrotada, no porque se quiere decir, sino porque se ha aceptado el hecho de que no se puede decir otra cosa; se puede decir porque se ha aceptado el hecho de que Dios es demasiado poderoso; y es inútil darnos de cabezazos contra las murallas del universo. Se puede decir pensando solamente en el poder ineludible de Dios, Que nos tiene en un puño. Como decía `Umar Jayyám:

*Como con piezas de ajedrez Él juega en tablero de días y de noches moviéndolas, les da
jaque y las mata y las mete en la caja sin reproches.*

No admite noes, ni ayes, ni preguntas;

*de un lado a otro mueve el Jugador,
y cuando te derriba en el tablero,
del resultado Él solo es sabedor.*

Una persona puede que acepte la voluntad de Dios por la sola razón de que se ha dado cuenta de que no puede hacer otra cosa.

(ii) Se puede decir «hágase Tu voluntad» con un tono de amargo resentimiento. Swinburne hablaba de sentir el pisotón de los férreos pies de Dios, y del mal supremo: Dios. Beethoven estaba solo cuando murió; y se dice que cuando encontraron su cuerpo tenía los labios echados hacia atrás con una mueca de rabia y los puños cerrados como amenazando a Dios y al Cielo. Puede que uno considere a Dios su enemigo, pero un enemigo tan fuerte que es imposible resistirle. Por tanto, puede que se acepte la voluntad de Dios, pero con un resentimiento amargo y una rabia difícilmente contenida.

(iii) Se puede decir «hágase Tu voluntad» con perfecto amor y confianza. Se puede decir gozosa y voluntariamente, sea cual sea esa voluntad. Debería ser fácil para un cristiano decir así «hágase Tu voluntad;» porque el cristiano puede estar absolutamente seguro de dos cosas acerca de Dios.

(a) Puede estar seguro de *la sabiduría* de Dios. Algunas veces, cuando queremos edificar o alterar o reparar algo, se lo consultamos al técnico. Puede que haga algunas sugerencias, y muchas veces acabamos diciendo: «Bueno, pues hágalo como le parezca. Usted es el experto.» Dios es el experto en la vida, y Su dirección no nos descarriará nunca.

Cuando mataron al reformista escocés Richard Cameron, le cortó la cabeza y las manos un cierto Murray y las llevó a Edimburgo. « Su padre estaba en la cárcel por la misma causa. El enemigo se las llevó para añadirle más dolor en su dura situación, y le preguntó si las conocía. Tomando la

cabeza y las manos de su hijo que eran muy hermosas (de una complexión como la suya) las besó y dijo: "Las conozco, las conozco. Son las de mi hijo, mi querido hijo. Es el Señor. Buena es la voluntad del Señor, Que no puede hacernos daño ni a mí ni a los míos, sino que ha hecho que el bien y la misericordia nos sigan todos los días de nuestra vida."» Cuando uno puede hablar así, cuando está totalmente seguro de que sus tiempos están en las manos de la infinita sabiduría de Dios es fácil decir: «Hágase Tu voluntad.»

(b) Puede estar seguro del *amor* de Dios. Los cristianos no creemos en un dios caprichoso y burlón, ni en un fatalismo ciego y cruel. Thomas Hardy acaba su novela *Tess* con las sombrías palabras: «El Presidente de los Inmortales había terminado su juego divertido con Tess.» Pero nosotros creemos en un Dios Cuyo nombre es amor. Como dice el himno de Juan Bautista Cabrera:

Cual bálsamo que mitiga - tenaz y acerbo dolor es para el alma angustiada - saber que Dios es amor. Venero que proporciona - riquezas de gran valor es para el alma salvada - sentir que Dios es amor.

Y como decía Pablo: «El Que no nos escatimó ni aun a Su propio Hijo, sino que Le entregó por todos nosotros, ¿no nos dará también con El todas las cosas?» (*Romanos 8:32*). No se puede mirar a la Cruz y seguir dudando del amor de Dios; y cuando se está seguro del amor de Dios, es fácil decir: «Hágase Tu voluntad.»

NUESTRO PAN COTIDIANO

Mateo 6:11

Danos hoy el pan para este día.

Uno pensaría que ésta es la única petición de la Oración Dominical sobre cuyo significado no puede haber la menor duda. Parece ser la más sencilla y directa de todas. Pero es un hecho que muchos intérpretes han ofrecido muchas interpretaciones de ella. Antes de considerar su significado más sencillo y obvio, veamos algunas de las otras explicaciones que se han propuesto.

(i) El pan se ha identificado con el de la Mesa del Señor. Desde un principio, la Oración Dominical se ha conectado íntimamente con la Mesa del Señor. En los órdenes de culto más antiguos que poseemos, siempre se establecía que la Oración Dominical se dijera en algún momento de la celebración de la Comunión. De ahí que algunos hayan tomado esta petición como una oración para que se nos conceda el privilegio diario de sentarnos a la Mesa del Señor, y de comer el alimento espiritual que recibimos allí.

(ii) El pan se ha identificado con el alimento espiritual de la Palabra de Dios, como cantamos en himnos cristianos: Así es que esta petición se ha tomado como una oración por la verdadera enseñanza, la verdadera doctrina, la verdad esencial, que están en las Escrituras y la Palabra de Dios, y que son sin duda comida para la mente y el corazón y el alma de toda persona creyente.

(iii) El pan se ha considerado que representa al mismo Jesús. Jesús se llamó a sí mismo *el pan de la vida* (*Juan 6:33-35*), y ésta se ha tomado como una oración para que podamos alimentarnos diariamente de Él, Que es el pan vivo. Así que esta petición se ha interpretado como una oración para que también nosotros seamos animados y fortalecidos con Cristo, el pan vivo.

(iv) Esta petición se ha tomado en un sentido puramente judío. El pan se ha tomado como el pan del Reino Celestial. Lucas nos dice que uno de los presentes Le dijo a Jesús: «¡Bienaventurado el que coma pan en el Reino de Dios» (*Lucas 14:15*). Los judíos tenían una idea algo extraña pero tremendamente inspiradora. Creían que cuando viniera el Mesías y amaneciera la edad de oro, habría lo que llamaban el banquete mesiánico, del que participarían los escogidos de Dios. Los

cuerpos de los monstruos Behemot y Leviatán proveerían los platos de carne y de pescado en ese banquete. Sería como una especie de fiesta de bienvenida que Dios ofrecía a Su pueblo. Así que, esto se ha tomado como una petición de participar en el banquete mesiánico final del pueblo de Dios.

Aunque no tenemos por qué estar de acuerdo en que cualquiera de estas explicaciones contiene el sentido de esta petición, tampoco tenemos por qué rechazar ninguna de ellas como falsa. Cada una contiene su propia verdad y aplicación.

La dificultad en la interpretación de esta petición se aumentaba por el hecho de que había una duda considerable en cuanto al sentido de la palabra *epiúsios*, que se suele traducir por *cotidiano*. El hecho extraordinario era que, hasta hace poco, no se había encontrado ningún otro lugar en que apareciera esta palabra en toda la literatura griega. Orígenes lo advirtió, y hasta mantenía que Mateo se había inventado la palabra. Por tanto, no se podía estar seguro de lo que realmente quería decir. Pero no hace mucho, se descubrió el fragmento de un papiro que contenía esta palabra; ¡y el trocito de papiro era precisamente la lista de la compra de una mujer! Al lado de uno de los artículos estaba la palabra *epiúsios*, para acordarse de comprar las provisiones para el día siguiente. Así que, muy sencillamente, lo que esta petición quiere decir es: «Dame las cosas que necesitamos para comer el día que viene. Ayúdame a conseguir las cosas que tengo en la lista de la compra cuando salga esta mañana. Dame las cosas que necesitamos para comer cuando vuelvan los chicos de la escuela, y los hombres del trabajo. Concédenos que nuestra mesa no esté vacía cuando nos sentemos juntos hoy.» Esta es una oración sencilla para que Dios nos supla con las cosas que necesitamos para el día que tenemos por delante.

NUESTRO PAN COTIDIANO

Mateo 6:11 (conclusión)

Cuando vemos que ésta es una sencilla petición por las necesidades de cada día, de aquí surgen algunas verdades tremendas.

(i) Esto quiere decir que Dios se cuida de nuestros cuerpos. Jesús nos lo mostró; Él pasó mucho tiempo sanando enfermedades y satisfaciendo el hambre física. Estaba angustiado cuando se daba cuenta de que el gentío que le había seguido a lugares solitarios se encontraba muy lejos de su casa y no tenía nada que comer. Haremos bien en tener presente que Dios tiene interés en nuestros cuerpos. Cualquier enseñanza que minimiza, y desprecia, y calumnia el cuerpo, es equivocada. Podemos ver lo que Dios piensa de nuestros cuerpos cuando recordamos que El mismo, en Jesucristo, asumió un cuerpo humano. El Cristianismo aspira, no sólo a la salvación del *alma*, sino a la salvación de *toda la persona*: cuerpo, mente y espíritu.

(ii) Esta petición nos enseña a pedir el pan nuestro *de cada día*, o el pan *para el día que tenemos por delante*. Nos enseña a vivir al día, y no preocuparnos o estar ansiosos acerca del futuro distante y desconocido. Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a hacer esta petición, sin duda Su mente se retrotraía a la historia del maná en el desierto (Éxodo 16:1-21). Los israelitas no tenían nada que comer en el desierto, y Dios les envió el maná, el pan del cielo; pero con una condición: tenían que recoger sólo lo suficiente para sus necesidades inmediatas. Si trataban de recoger demasiado, y almacenarlo, se les echaba a perder. Tenían que darse por satisfechos con tener lo suficiente para el día. Como decía un rabino: «La porción para el día-cada día, porque el Que creó el día creó el sustento **para** el día.» Y otro rabino decía: «El que posee lo que puede comer hoy, y dice: "¿Qué voy a comer mañana?" es un hombre de poca fe.» Esta petición nos habla de vivir al día. Nos prohíbe la angustiada preocupación tan característica de la vida que no ha aprendido a confiar en Dios.

(iii) Por implicación, esta petición Le da a Dios el lugar que Le corresponde. Reconoce que es Dios de Quien recibimos el alimento necesario para sostener la vida. Ningún ser humano ha sido

nunca capaz de crear una semilla que creciera. Un hombre de ciencia puede analizar una semilla y conocer sus elementos constituyentes, pero ninguna semilla sintética puede crecer. Todas las cosas vivas vienen de Dios. Lo que comemos, por tanto, es un regalo que nos hace Dios.

(iv) Esta petición nos recuerda muy sabiamente cómo funciona la oración. Si uno hiciera esta oración, y luego se sentara tranquilamente a esperar que el pan le cayera del cielo en las manos, seguro que se moriría de hambre. Nos recuerda que la oración y el trabajo van de la mano, y que cuando oramos debemos pasar a trabajar para hacer que nuestras oraciones se hagan realidad. Es verdad que la semilla viva viene de Dios; pero también es verdad que tenemos la obligación de cultivarla. A Dick Sheppard le encantaba contar la siguiente historia: «Érase un hombre que tenía una parcela; la había obtenido con mucho sacrificio, y con mucho trabajo la había limpiado de piedras y de toda clase de malas hierbas, había labrado y enriquecido la tierra convenientemente hasta que le produjo las flores y hortalizas más estupendas. Una tarde le estaba enseñando su parcela a un piadoso amigo. Éste le dijo: -Es maravilloso lo que Dios puede hacer con un terrenito así, ¿verdad.? -Sí -dijo el hombre que había hecho todo el trabajo-. ¡Pero tendrías que haber visto esta parcela cuando Dios la estaba cuidando Él solo!» La generosidad de Dios y el trabajo humano deben combinarse. La oración, como la fe, sin las obras es cosa muerta. Cuando hacemos esta petición, reconocemos dos verdades básicas: Que sin Dios no podemos hacer nada, y que sin nuestro esfuerzo y cooperación Dios no puede hacer nada por nosotros.

(v) Debemos advertir que Jesús no nos enseñó a pedir: «Dame *mi* pan cotidiano.» Nos enseñó a pedir: «Danos *nuestro* pan cotidiano.» El problema del mundo no es que no haya bastante para todos; hay bastante para dar y tomar. El problema no está en *la provisión* de las cosas esenciales de la vida, sino en su *distribución*. Esta oración nos enseña a no ser nunca egoístas en nuestras oraciones. Es una oración que podemos ayudarle a Dios a contestarnos compartiendo lo que tenemos con otros menos afortunados. Esta oración no se refiere exclusivamente a *recibir* nuestro pan cotidiano; también incluye el *compartirlo* con otros.

PERDÓN, HUMANO Y DIVINO

Mateo 6:12,14,15

Perdónanos nuestras deudas como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores.

Porque, si les perdonáis a vuestros semejantes sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros las vuestras; pero si no les perdonáis a vuestros semejantes sus ofensas, tampoco os perdonará las vuestras vuestro Padre.

Antes que uno pueda hacer suya honradamente esta petición de la Oración Dominical, debe darse cuenta de que necesita hacerla. Es decir: Antes de que una persona puede hacer esta petición debe tener sentimiento de pecado. El pecado no es una palabra popular hoy en día. A los hombres y a las mujeres más bien les fastidia que los llamen, o que los traten como pecadores que merecen el infierno.

Lo malo es que casi todo el mundo tiene una idea equivocada del pecado. Están de acuerdo en que un ladrón, un borracho, un asesino, un adúltero, un blasfemo, son pecadores; pero ellos no son culpables de ninguno de estos pecados; viven una vida decente, normal y corriente, respetable y nunca han estado en peligro de que los llevaran a juicio, o a la cárcel. Por tanto creen que eso del pecado no tiene nada que ver con ellos.

El Nuevo Testamento usa cinco palabras diferentes para *pecado*.

(i) La palabra más corriente es *hamartía*. Ésta era en su origen una palabra relacionada con el tiro, y quiere decir *no dar en el blanco*. *Hamartía* era fallar el tiro. Por tanto, *pecado es fallar en ser lo que nos habría sido posible y teníamos capacidad para llegar a ser*.

Charles Lamb nos presenta un personaje llamado Samuel le Grice. Le Grice era un joven brillante que nunca llegó a ser lo que prometía. Lamb dice que hubo tres etapas en su carrera. Hubo un tiempo cuando la gente decía: «Éste hará algo.» Hubo un tiempo en que la gente decía: «Podría hacer algo si quisiera.» Hubo un tiempo en que la gente decía: «Podría haber hecho algo, si hubiera querido.» Edwin Muir dice en su *Autobiografía*: «Al llegar a una cierta edad, todos nosotros, buenos y malos, estamos apesadumbrados a causa de poderes que había en nosotros que nunca se han hecho realidad; porque, en otras palabras, no somos lo que debiéramos.»

Eso es exactamente *hamartía*; y ésta es precisamente la situación en que todos nos encontramos. ¿Somos tan buenos maridos o esposas como podríamos ser? ¿Somos tan buenos hijos o hijas como podríamos ser? ¿Somos tan buenos trabajadores o empresarios como podríamos ser? ¿Hay alguien que pretenda ser todo lo que hubiera podido ser, o haber hecho todo lo que hubiera podido hacer? Cuando nos damos cuenta de que pecado quiere decir errar el blanco, fracasar en la empresa de ser todo lo que nos habría sido posible y teníamos capacidad para llegar a ser, entonces está claro que cada uno de nosotros es un pecador.

(ii) La segunda palabra para pecado es *parábasis*, que quiere decir literalmente *traspasar*. *El pecado es pasarse de la raya que separa el bien y el mal.*

¿Estamos siempre del lado debido de la línea que divide la honestidad de la deshonestidad? ¿No ha habido nunca en nuestras vidas ningún detalle deshonesto?

¿Estamos siempre del lado debido de la línea que divide la verdad de la falsedad? ¿Es que no hemos tergiversado o evadido o distorsionado nunca la verdad, con nuestra palabra o actitud o silencio o inhibición?

¿Estamos siempre del lado debido de la línea que divide la amabilidad y la cortesía del egoísmo y la aspereza? ¿Es que no ha habido nunca en nuestras vidas ninguna acción o palabra desamable o descortés?

Cuando pensamos en estos términos, no hay ninguno que pueda pretender haberse mantenido siempre del lado debido de la línea divisoria.

(iii) La tercera palabra para pecado es *paraptóma*, que quiere decir *deslizarse al otro lado*. Es lo que le pasa a uno en un suelo resbaladizo o helado. No es tan deliberado como *parábasis*, pero sin duda es algo que todos hemos experimentado. Una y otra vez decimos que se nos ha escapado una frase, o un gesto; una y otra vez hay algo que nos hace perder el equilibrio, un impulso o una pasión que se ha apoderado de nosotros momentáneamente haciéndonos perder el control. Los mejores de nosotros pueden deslizarse así al pecado cuando una situación nos sorprende con la guardia baja.

(iv) La cuarta palabra para pecado es *anomía*, que quiere decir *ilegalidad*. *Anomía* es el pecado de la persona que sabe lo que debe hacer, y sin embargo no lo hace o hace lo contrario; el pecado de la persona que conoce la ley, pero que la quebranta. El primero de todos los instintos humanos es el de hacer lo que nos gusta; y por tanto llegan a la vida de cualquier persona momentos cuando querría saltarse las normas y desafiar las leyes y hacer o tomar lo prohibido. En *Mandalay*, Kipling hace decir al viejo soldado:

Mándame adonde sea al Este de Suez donde los mejores son como los peores, donde no existen los Diez Mandamientos y uno puede provocar una hambruna.

Aunque haya algunos que puedan decir que no han quebrantado nunca los Diez Mandamientos, no hay nadie que pueda decir que no ha querido quebrantar ninguno de ellos.

(v) La quinta palabra para pecado es *ofeiléma*, que es la que se usa en el cuerpo de la Oración Dominical; y que quiere **decir deuda**. *Quiere decir faltar al pago de lo que se debe*, dejar de hacer lo que es debido. No puede haber ninguna persona que se atreva nunca a pretender haber cumplido

plenamente su deber para con Dios y para con sus semejantes: No existe tal perfección en la humanidad.

Cuando llegamos a ver lo que es realmente el pecado, nos damos cuenta de que es una enfermedad universal que padecemos todas las personas. La respetabilidad externa a la vista de los demás, y la pecaminosidad interna a la vista de Dios puede que vayan mano a mano. Ésta, de hecho, es una petición de la Oración Dominical que todo ser humano necesita hacer.

PERDÓN, HUMANO Y DIVINO

Mateo 6: 12, 14, 15 (conclusión)

Uno no sólo tiene que darse cuenta de que necesita hacer esta petición de la Oración Dominical; también necesita darse cuenta de lo que está haciendo cuando la hace. De todas las peticiones de la Oración Dominical, ésta es la más aterradora.

«Perdónanos nuestras deudas como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores.» El sentido literal es: «Perdónanos nuestros pecados *en la misma proporción en que* nosotros perdonamos a los que han pecado contra nosotros.» En los versículos 14 y 15, Jesús dice de la manera más clara posible que si perdonamos a otros, Dios nos perdonará; pero si nos negamos a perdonar a otros, Dios se negará a perdonarnos. Por tanto, está totalmente claro que, si hacemos esta petición con una grieta abierta con una desavenencia sin zanjar en nuestra vida, le estamos pidiendo a Dios *que no nos perdone*.

Si decimos: «No le perdonaré nunca a Fulano lo que me ha hecho;» si decimos: « No perdonaré nunca lo que Fulano me ha hecho,» y pasamos a tomar esta petición en nuestros labios, estamos deliberadamente pidiéndole a Dios que no nos perdone. Como ha dicho alguien: « El perdón, como la paz, es uno e indivisible.» El perdón humano y el divino están inseparablemente intercomunicados. Nuestro perdón a nuestros semejantes y el perdón de Dios a nosotros no se pueden separar; están intervinculados y son interdependientes. Si pensáramos en lo que estamos diciendo cuando hacemos esta petición habría veces que no nos atreveríamos a hacerla.

Cuando Robert Louis Stevenson vivía en las Islas del Mar del Sur solía hacer el culto familiar por las mañanas. Siempre terminaba con la Oración Dominical. Una mañana, en medio de la Oración Dominical, se puso en pie -había estado de rodillas- y salió de la habitación. Su salud era siempre muy precaria, y su mujer salió detrás de él pensando que podría sentirse mal. «¿Te pasaba algo?» -Le dijo. «Sólo una cosa -dijo Stevenson-: Que no estoy en condiciones de hacer la Oración Dominical hoy.» Nadie está en condiciones de hacer la Oración Dominical cuando su corazón esté dominado por un espíritu de resentimiento. Si uno no ha arreglado las cosas con sus semejantes, tampoco las puede arreglar con Dios.

Si ha de haber este perdón cristiano en nuestra vida, son necesarias tres cosas.

(i) Debemos aprender *a comprender*. Siempre hay una razón para que alguien haga algo. Si está antipático o descortés o de mal genio, a lo mejor es porque está preocupado o angustiado. Si nos trata con suspicacia o desagrado, a lo mejor es que ha entendido mal o le han informado mal acerca de algo que hemos dicho o hecho. Puede que sea víctima de su entorno o de su herencia. Puede que tenga tal temperamento que la vida le resulte difícil, y las relaciones humanas le sean un problema. El perdón nos sería mucho más fácil si hiciéramos un esfuerzo por comprender, antes de permitirnos condenar.

(ii) Debemos aprender *a olvidar*. Mientras sigamos dándole vueltas al desprecio o a la ofensa, no hay esperanza de que lleguemos a perdonar. Decimos a menudo: «No puedo olvidar lo que me hizo Fulano;» o: « No me olvidaré nunca de cómo me trató Mengano,» o « se me trató en tal lugar.» Son

dichos peligrosos, porque podemos llegar a hacer que nos sea humanamente imposible el perdonar. Podemos imprimirlo indeleblemente en nuestra memoria.

Una vez, el famoso hombre de letras escocés Andrew Lang escribió y publicó algo muy amable acerca de un libro de un autor novel, que se lo pagó con un ataque de insultos y calumnias. Como tres años después, Andrew Lang estaba parando con el poeta laureado Robert Bridges. Robert vio que Andrew leía un cierto libro, y le dijo: «Ese es otro libro de aquel cachorro desagradecido que se portó tan vergonzosamente contigo.» Pero, para su sorpresa, descubrió que a Andrew Lang ni siquiera le sonaba el asunto. Se había olvidado completamente de aquel ataque insultante y calumnioso. El perdonar, dijo Bridges, era la señal de un gran hombre; pero el olvidar era sublime. Solo el espíritu purificador de Cristo puede quitar de entre nuestros recuerdos las viejas amarguras que debemos olvidar.

(iii) Debemos aprender *a amar*. Ya hemos visto que el amor cristiano, *agapé*, es esa benevolencia inconquistable, esa buena voluntad invencible que no buscará nunca nada más que el bien supremo de la persona amada, sin tener en cuenta cómo nos trata ni lo que nos hace. Ese amor puede venir a nosotros solamente cuando Cristo, Que es ese amor, viene a morar en nuestro corazón -y no vendrá si no Le invitamos.

Para ser perdonados tenemos que perdonar, y esa es una condición que sólo el poder de Cristo nos puede ayudar a cumplir.

LA TENTACIÓN COMO PRUEBA

Mateo 6:13

Y no nos metas en tentación, sino líbranos del maligno.

Hay dos cuestiones de significado de palabras que debemos resolver antes de empezar el estudio de esta petición en detalle.

(i) A oídos modernos la palabra *tentar* siempre tiene un mal sentido; siempre quiere decir *tratar de inducir al mal*. Pero en la Biblia, el verbo *peirazein* se traduciría mejor por la palabra *probar* que por *tentar*. En el Nuevo Testamento, *tentar* a una persona no es tanto tratar de inducirla al pecado como probar su fuerza y su lealtad y su habilidad para el servicio.

En el Antiguo Testamento tenemos el relato de cuando Dios probó la lealtad de Abraham haciendo que le demandaba el sacrificio de su hijo único Isaac. En la antigua versión ReinaValera la historia empezaba: « Y aconteció después de estas cosas, que tentó Dios a Abraham» (*Génesis 22:1*). Está claro que aquí la palabra *tentar* no puede querer decir que Dios tratara de inducir a Abraham al pecado. Quiere decir más bien poner a prueba su lealtad y obediencia. Cuando leemos el relato de las tentaciones de Jesús, vemos que empieza: «Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (*Mateo 4:1*). Si tomamos aquí la palabra *tentar* en el sentido de inducir al pecado, hacemos al Espíritu Santo un cómplice en la conspiración de obligar a Jesús a pecar. Una y otra vez en la Biblia encontraremos que la palabra *tentar* contiene la idea de *probar* por lo menos tanto como la idea de tratar de hacer caer en pecado.

Así es que aquí tenemos una de las grandes verdades preciosas acerca de la tentación. La tentación no está diseñada para hacernos caer, sino para hacernos más fuertes y mejores personas; no para hacernos pecadores, sino para hacernos buenos. Puede que fallemos en la prueba, pero no es eso lo que se pretende. Se espera que surjamos más fuertes y más puros.

En cierto sentido la tentación no es *el castigo* de haber nacido, sino *la gloria* de ser una persona humana. Cuando se va a usar un metal en un gran proyecto de ingeniería se somete a tensiones y presiones muy por encima de las que se supone que tendrá que soportar nunca. Así tiene que ser probada una persona antes de que Dios pueda usarla totalmente en Su servicio.

Todo esto es cierto; pero también lo es que la Biblia nunca pone en duda la existencia de un poder del mal en el mundo. La Biblia no es un libro especulativo, y no discute el origen de ese poder del mal; pero sabe que está ahí. Es seguro que esta petición de la Oración Dominical no debe traducirse por: «Líbranos del mal,» sino: «Líbranos del maligno.» La Biblia no considera el mal como un principio abstracto o como una fuerza impersonal, sino como un poder activo y personal en oposición a Dios.

El desarrollo de la idea de Satanás en la Biblia es de gran interés. En hebreo, la palabra *satán* quiere decir simplemente *un adversario*. Se usa a menudo de seres humanos. El adversario de una persona es su *satán*. Los filisteos tenían miedo de que David se volviera su *satán* (1 Samuel 29:4); Salomón declara que Dios le ha dado tanta paz y prosperidad que no queda ningún *satán* que se le oponga (1 Reyes 5:4); David considera a Abisai su *satán* (2 Samuel:19:22). En todos estos casos *satán* quiere decir *un adversario o un enemigo*. De ahí la palabra *satán* pasa a significar *uno que presenta acusaciones en un juicio contra otro*. De ahí, por así decirlo, esta palabra deja la Tierra y se va al Cielo. Los judíos tenían la idea de que en el Cielo había un ángel que estaba a cargo de establecer el juicio contra una persona, una especie de ángel fiscal: y esa llegó a ser la visión de *Satán*. En esa etapa, *Satán* no es un poder malvado, sino parte de la judicatura celestial. En Job 1: 6, *Satán* se menciona entre los hijos de Dios: « Un día acudieron a presentarse delante del Señor los Hijos de Dios, y entre ellos vino también *Satán*.» En esta etapa, *Satán* es el fiscal celestial correspondiente a la raza humana.

Pero no hay tanto trecho entre *presentar* el caso contra una persona y urdir *un caso* contra una persona. Y ese es el siguiente paso. El otro nombre de *Satán*, o *Satanás*, es el *Diablo*; y *Diablo* viene de la palabra griega *Diábolos*, que es la palabra corriente para *un calumniador*. Así es como *Satán* llega a ser *el Diablo*, el calumniador *par excellence*, el adversario de la humanidad, el poder que se propone hacer fracasar los propósitos de Dios y destruir a la humanidad. *Satán* llega a representar todo lo que está en contra de la humanidad y de Dios. De ese poder destructor es del que Jesús nos enseña a pedirle a Dios que nos libre. El origen de ese poder no se discute; no se presentan especulaciones. Como alguien ha dicho: «Si uno se despierta y ve que la casa está ardiendo, no se sienta en un sillón para escribir o leer un tratado sobre el origen del incendio en las casas particulares, sino aplica todo su conocimiento y habilidad a extinguir el fuego y salvar su hogar.» Así que la Biblia no pierde el tiempo con especulaciones acerca del origen del mal, sino nos equipa para pelear la batalla contra el mal que está sin duda ahí.

EL ATAQUE DE LA TENTACIÓN

Mateo 6:13 (continuación)

La vida está siempre en el punto de mira de la tentación; pero ningún enemigo se puede lanzar a una invasión si no cuenta con una cabeza de puente. ¿Dónde encuentra la tentación su cabeza de puente? ¿De dónde proceden nuestras tentaciones? Si estar advertido es estar preparado; y si sabemos de dónde es probable que venga el ataque, tendremos más posibilidades de vencer.

(i) Algunas veces el ataque de la tentación nos llega de fuera de nosotros. Hay personas que son una mala influencia. Otras, en cuya compañía sería sumamente difícil hasta sugerir una acción deshonestas; y otras en cuya compañía sería de lo más fácil hacer lo que no se debe. Cuando el poeta escocés Robert Burns era joven fue a Irvine para aprender a trabajar con el lino. Allí conoció a un cierto Robert Brown, que había visto mucho mundo y tenía una personalidad fascinante. Burns nos dice que le admiraba y se esforzaba en imitarle. Burns prosigue: «Era el único hombre que he conocido que era más idiota que yo cuando la Mujer era la estrella Polar... Hablaba de cierta debilidad de moda con ligereza, aunque hasta entonces yo la había mirado con horror... En eso su

amistad me hizo mucho daño.» Hay amistades y compañías que nos pueden hacer mucho daño en un mundo tentador, cada persona debe tener cuidado cuando escoge sus amigos y la sociedad en que se va a mover. Se les deben dar a las tentaciones que vienen de fuera, cuantas menos oportunidades, mejor.

(ii) Uno de los trágicos hechos de la vida es que las tentaciones nos pueden venir de los que nos aman; y esas son las tentaciones más difíciles de resistir. Vienen de personas que nos quieren, y que no tienen la menor intención de hacernos daño.

Puede que uno sepa que debería seguir un cierto plan de acción; puede que sienta una verdadera vocación por una cierta carrera; pero el seguir ese impulso puede suponer impopularidad y riesgo; el asumir esa vocación puede llevar consigo renunciar a todo lo que el mundo llama éxito. Puede suceder que, en tales circunstancias, los que aman a esa persona traten de disuadirla de actuar como ella cree que debe, y lo hagan porque la aman. Aconsejan precaución, prudencia, sensatez; no quieren verle tirar por la borda sus buenas posibilidades, y tratan de impedirle lo que ella considera que debe hacer.

Tennyson cuenta en *Gareth and Lynette* la historia de Gareth, el hijo más joven de Lot y Bellicent. Gareth quiere unirse a sus hermanos en el servicio del Rey Arturo, pero Bellicent, su madre, no quiere que lo haga. «¿No te da pena de mi soledad?» -le pregunta. Su padre, Lot, es viejo y está «como un tronco ya casi quemado del todo.» Sus dos hermanos han ido a la corte de Arturo. ¿Debe él ir también? Si se queda en casa, su madre le organizará las cacerías, y le encontrará una princesa que sea su esposa y le haga feliz: Precisamente porque le amaba, quería mantenerle en casa; el tentador estaba hablando con la misma voz del amor:

-Oh madre

¿Cómo puedes mantenerme atado a ti? ¡Qué vergüenza! Hombre soy entero, y he de vivir cual tal.

¿Perseguir ciervos, o seguir a Cristo el Rey?

Vivir puro, decir verdad, enderezar el mal, seguir al Rey... Si no, ¿para qué nací?

El mozo marchó, a pesar de que la voz del amor le tentaba a quedarse.

Eso fue lo que le sucedió a Jesús. «Los enemigos de un hombre -dijo Jesús- serán los de su casa» (*Mateo 10:36*). Vinieron a tratar de llevárselo a casa, porque creían que había perdido la cabeza. (*Marcos 3:21*). Les parecía que estaba echando a perder su vida y su carrera; les parecía que estaba haciendo una locura, y trataron de detenerle. Algunas veces las tentaciones más amargas nos hablan con la voz del amor.

(iii) La tentación puede venir de una manera muy extraña, especialmente a los jóvenes. Casi todos nosotros tenemos una extraña manía que, por lo menos en cierta compañía, nos mueve a parecer peores de lo que somos. No queremos parecer blandos ni beatos. Antes preferiríamos parecer de cuidado, aventureros peligrosos, gente de mundo y nada inocentes Agustín tiene un pasaje famoso en sus *Confesiones*: «Entre mis iguales me daba vergüenza ser menos desvergonzado que otros cuando los oía presumir de sus maldades... y yo me complacía, no sólo en el placer de la acción, sino en la alabanza... Me presentaba peor de lo que era, para no ser menos, y si en algo no había pecado como los más pervertidos decía que había hecho lo que no había hecho para que no se burlaran de mí.» Muchas personas se han permitido alguna libertad o se han metido en algún hábito por no parecer menos experimentados en las cosas del mundo que los de la pandilla con quienes iban. Una de las grandes defensas contra la tentación es sencillamente el coraje de ser auténticos.

EL ATAQUE DE LA TENTACIÓN

Mateo 6:13 (continuación)

(iv) Pero la tentación no viene sólo de fuera de nosotros; algunas veces también viene de nuestro interior. Si no hubiera nada en nosotros a lo que la tentación pudiera apelar, entonces sería incapaz de vencernos. En cualquiera de nosotros hay un punto débil; y es a ese al que la tentación lanza su ataque.

El punto vulnerable es distinto en todas las personas. Lo que es una tentación rabiosa para uno, no le afecta para nada a otro. Sir James Barrie tiene una comedia que se llama *La Voluntad*. El señor Devizes, abogado, se da cuenta de que un anciano empleado que llevaba muchos años a su servicio, parecía muy enfermo. Le preguntó si le pasaba algo. El anciano le dijo que su médico le había informado de que estaba sufriendo de una enfermedad fatal e incurable.

DEVIZES (incómodo).- Estoy seguro de que no es... lo que usted se teme. Cualquier especialista se lo diría.

SURTEES (sin levantar la vista).- Ya he ido a uno... señor... ayer.

DEVIZES.- ¿Y qué?

SURTEES.- Es... eso, señor.

DEVIZES.- No puede ser que esté seguro.

SURTEES.- Sí, señor.

DEVIZES.- Una operación...

SURTEES.- Ya es demasiado tarde, me dijo. Si se me hubiera operado hace tiempo, podría tener alguna posibilidad.

DEVIZES.- Pero usted no lo tenía entonces.

SURTEES.- No tenía conocimiento, señor; pero dice que estaba ahí todo el tiempo, siempre dentro de mí, un punto negro, tan pequeño como la cabeza de un alfiler, pero esperando extenderse y destruirme cuando llegara su tiempo.

DEVIZES (impotente).- Parece una cosa terriblemente injusta.

SURTEES (humildemente).- No lo sé, señor. Dice que casi todo el mundo tiene un punto de esa clase, y que si no hacemos algo acaba con nosotros.

DEVIZES.- No. No. No.

SURTEES.- Lo llamaba «la maldita cosa.» Creo que quería decir que deberíamos saberlo, y estar en guardia.

En toda persona hay un punto débil que, si no se tiene cuidado, puede acabar con ella. En algún lugar de nuestra persona hay un fallo de temperamento, algún instinto o pasión tan fuerte que puede que en cualquier momento rompa la trailla, algún detalle de nuestra naturaleza que hace que lo que es un placer para otros sea una amenaza para nosotros. Deberíamos darnos cuenta, y no bajar la guardia.

(v) Pero, aunque parezca extraño, la tentación viene a veces, no de nuestro punto débil, sino de nuestro punto fuerte. Si hay algo de lo que tengamos la costumbre de decir: < Eso es algo que yo no haría jamás, > ¡cuidado! Ya nos advierte la sabiduría popular: «Nunca digas: "¡De esa agua no beberé"! > .La Historia está llena de casos de castillos que se asaltaron precisamente por donde se consideraban tan inexpugnables que no, necesitaban guardia. Nada le ofrece una ocasión mejor a la tentación que el exceso de . confianza. Debemos mantener la vigilancia en nuestros puntos más débiles y en los más fuertes.

LA DEFENSA CONTRA LA TENTACIÓN

Mateo 6:13 (conclusión)

Hemos pensado en el ataque de la tentación. Vamos a considerar ahora nuestras defensas contra ella.

(i) Está la sencilla defensa de *la propia dignidad*. Cuando la vida de Nehemías estaba en peligro, se le sugirió que dejara el trabajo y se encerrara en el templo hasta que pasara el peligro. Y él respondió: «¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién que fuera como yo se metería en el templo para salvar la vida? ¡No entraré!» (*Nehemías 6:11*). Uno puede dar la espalda a muchas cosas, pero no a sí mismo. No tiene más remedio que vivir con sus recuerdos, y el de haber perdido la dignidad es intolerable. Una vez le aconsejaron al presidente Garfield, de los Estados Unidos, que siguiera un curso de acción muy rentable, aunque no honorable. Se le dijo: «Nadie se enterará.» Y contestó: «El presidente Garfield lo sabrá, y no tengo más remedio que dormir con él.» Cuando somos tentados, bien podemos defendernos diciendo: «¿Y una persona como yo va a hacer eso?»

(ii) Está la defensa de *la herencia*. Uno no puede faltar fácilmente a sus tradiciones y a su herencia, que son el producto y el esfuerzo de generaciones. Cuando Pericles, el mayor de los estadistas de Atenas, iba a dirigirle la palabra a la asamblea de los ciudadanos, siempre se decía para sus adentros: «Pericles, recuerda que eres ateniense y vas a dirigirte a los atenienses.»

Una de las hazañas épicas de la II Guerra Mundial fue la defensa de Tobruk. Los soldados de la Coldstream Guard se abrieron paso para salir, pero sólo un puñado de ellos sobrevivieron, y parecían sombras de hombres. La R.A.F. (Fuerzas Aéreas Reales) se hicieron cargo de los doscientos supervivientes de los dos batallones. Uno de los oficiales de los Guards estaba en el comedor, y uno de la R.A.F. le dijo: «Después de todo, como soldados de los Guards no podáis haber hecho otra cosa que intentar lo imposible.» Y otro añadió: «Debe de ser terrible ser de los Guards; porque la tradición te obliga a seguir adelante cualesquiera que sean las circunstancias.»

El poder de la tradición es uno de los más grandes de la vida. Pertenece a un país, a una escuela, a una familia, a una iglesia. Lo que hagamos afectará a lo que hemos recibido. No podemos traicionar la tradición que hemos heredado.

(iii) Está la defensa de los *que amamos y nos aman*. Muchos se meterían en pecado si fueran ellos los únicos que habrían de sufrir las consecuencias; pero los salva el temor al dolor que causarían a sus seres amados.

Laura Richards tiene la siguiente parábola:

Un hombre estaba sentado a la puerta de su casa fumando la pipa, y su vecino se sentó a su lado y empezó a tentarle:

-Eres pobre -le dijo el vecino- y estás en el paro. Aquí tienes la manera de vivir mejor. Será un trabajillo fácil, y te dará dinero, y no es menos honrado que muchas cosas que hace la gente respetable todos los días. Serás un estúpido si desperdicias una ocasión como esta. Vente conmigo, y zanjaremos la cuestión en seguida.

En aquel momento llegó su esposa a la puerta de la chabola con el niño en los brazos.

-¿Me puedes tener al bebé un minuto? -le preguntó-. Está inquieto, y yo tengo que tender la ropa.

El hombre tomó al niño y se le puso en las rodillas. Mientras le tenía así, el niño le miró, y parecía decirle con los ojos:

-Soy carne de tu carne, y alma de tu alma. Donde tú me guíes, te seguiré. Dirige el camino, padre. Mis pisadas seguirás a las tuyas.

Entonces el hombre se volvió al vecino, y le dijo:

-¡Vete de aquí, y no vuelvas en la vida!

Una persona podría estar dispuesta a pagar las consecuencias del pecado si no tuviera que pagarlas más que ella. Pero si se da cuenta de que su pecado les quebrantará el corazón a otros que ama, eso le será de ayuda para resistir la tentación.

(iv) Está la defensa de *la presencia de Jesucristo*. Jesús no es el personaje de un libro; es una presencia viva. A veces preguntamos: «¿Qué harías si de pronto te encontraras con que Jesús estaba a tu lado? ¿Cómo vivirías si Jesús fuera un huésped de tu casa?» Pero la realidad de la fe cristiana es que Jesucristo *está* a nuestro lado, y es el huésped de nuestro hogar. Su presencia es constante, y por tanto debemos llevar una vida que sea digna de que Él la vea. Tenemos una gran defensa frente a la tentación en el recuerdo de la constante presencia de Jesucristo.

CÓMO NO AYUNAR

Mateo 6:16-18

Quando ayunéis, no pongáis cara de circunstancias, como hacen los hipócritas, que se desfiguran el rostro para que todo el mundo se dé cuenta de que están ayunando. Os digo la pura verdad: eso va a ser todo lo que van a sacar. Pero tú, cuando ayunes, péinate bien y lávate la cara, para que no sea la gente la que se dé cuenta de que ayunas, sino tu Padre que está en secreto; y tu Padre, Que ve lo que pasa en secreto, te dará tu cumplida recompensa.

Hasta este día, el ayuno es una parte esencial de la vida religiosa en Oriente. Los musulmanes observan rigurosamente el ayuno en el mes de ramadán, que es el noveno mes del año musulmán, en el que se conmemoran las primeras revelaciones que recibió Mahoma. Ese ayuno se mantiene desde la salida del sol -cuando hay bastante luz para distinguir un hijo blanco de uno negro- hasta la puesta del sol. En ese tiempo está prohibido comer, beber, bañarse, fumar, oler perfumes, y cualquier cosa que no sea esencial. Las mujeres que están criando o esperan bebés están exentas. Los soldados en campaña y los que están de viaje también pueden dejar de cumplirlo, pero comprometiéndose a ayunar en otro tiempo durante un número equivalente de días. Si una persona tiene que tomar alimento por razones de salud, debe compensar el haber quebrantado el ayuno dando limosnas a los pobres.

Las costumbres de ayuno de los judíos eran exactamente las mismas. Hay que advertir que, como ya hemos dicho, el ayuno duraba desde la salida hasta la puesta del sol; fuera de ese tiempo se podía comer normalmente. Los judíos de tiempos de Jesús, como en nuestros días, no tenían más que un ayuno obligatorio: el del Día de la Expiación. Ese día, todos los hombres tenían que «afligir sus almas» (*Levítico 16:31*). La ley tradicional estipulaba: « El Día de la Expiación está prohibido comer, beber, bañarse, ungirse, llevar sandalias, y hacer uso del matrimonio.» Hasta los niños tenían que ser entrenados en cierta medida de ayuno el Día de la Expiación para que, cuando fueran mayores, estuvieran preparados para cumplir el ayuno nacional.

Pero, aunque sólo había un día de ayuno general obligatorio, los judíos practicaban corrientemente los ayunos privados.

(i) Estaba *el ayuno que se relacionaba con el luto*. Entre la muerte y el entierro de un ser querido, los que estaban de duelo se tenían que abstener de carne y de vino.

(ii) Estaba *el ayuno que se hacía para expiar un pecado*. Se decía, **por ejemplo, que Rubén** ayunó siete días por su responsabilidad en la venta de José: « No bebió vino ni ninguna otra bebida alcohólica; no probó la carne ni ninguna otra cosa apetitosa» (*Testamento de Rubén 1:10*). Por la misma razón, « Simeón afligió su alma con ayuno durante dos días, porque había odiado a José» (*Testimonio de Simeón 3:4*). Por arrepentimiento por su pecado con Tamar, se decía que Judá, en su ancianidad, « no tomaba ni vino ni carne, ni se permitía ningún placer» (*Testamento de Judá 15:4*). Hay que decir que el pensamiento judío no le veía ningún valor al ayuno si no iba acompañado

del arrepentimiento. El ayuno era la expresión externa de una aflicción interna. El autor del *Eclesiástico* (31:30) dice: « El que ayuna para librarse de sus pecados, y va y hace las mismas cosas otra vez, ¿quién tomará en serio su oración, y de qué le servirá el humillarse?»

(iii) En muchos casos el ayuno era un acto de *penitencia nacional*. Así ayunó la nación entera después del desastre de la guerra civil con la tribu de Benjamín (*Jueces 20:26*). Samuel hizo que el pueblo ayunara porque se habían extraviado tras Baal (1 *Samuel 7:6*). Nehemías hizo que el pueblo ayunara confesando sus pecados (*Nehemías 9:1*). A veces la nación entera ayunaba en señal de penitencia nacional delante de Dios.

(iv) En ocasiones el ayuno era *una preparación para recibir una revelación*. Moisés ayunó cuarenta días y cuarenta noches en la montaña (*Éxodo 24:15*). Daniel ayunó esperando la Palabra de Dios (*Daniel 9:3*). Jesús mismo ayunó esperando el enfrentamiento con el tentador (*Mateo 4:2*). Este era un principio sano; porque, cuando el cuerpo está más bajo control, es cuando las facultades mentales y espirituales están más alerta.

(v) Y a veces el ayuno era *una llamada a Dios*. Por ejemplo, si faltaba la lluvia, y había peligro de que se perdieran las cosechas, se proclamaría un ayuno nacional para invocar la ayuda de Dios.

En el ayuno judío había tres ideas principales.

(i) El ayuno era un intento deliberado de *llamar la atención de Dios*. Esta era una idea muy primitiva. El ayuno estaba diseñado para atraer la atención de Dios y hacer que Se fijara en la persona que se afligía voluntariamente.

(ii) El ayuno era un intento deliberado de *demostrar que el arrepentimiento era auténtico*. El ayuno era la garantía de la sinceridad de las palabras y de las oraciones. A la vista está que aquí había un peligro; porque, lo que se suponía que era *una prueba* de arrepentimiento podía llegar a considerarse *un sustituto* del arrepentimiento.

(iii) Mucho del ayuno era *vicario*. No estaba diseñado para salvar el alma de una persona tanto como para mover a Dios a salvar a la nación de sus angustias. Era como si los especialmente devotos dijeran: «Las personas corrientes no pueden hacer esto. Están inmersos en las tareas del mundo. Nosotros haremos este extra para compensar la necesaria deficiencia de la piedad de los demás.»

CÓMO NO AYUNAR

Mateo 6:16-18 (continuación)

Aunque el ideal del ayuno fuera elevado, su práctica conllevaba ciertos peligros inevitables. El mayor peligro era que uno ayunara para hacer alarde de una piedad superior; que su ayuno fuera una demostración, no a Dios, sino a las gentes, de lo devoto y disciplinado que era. Eso era precisamente lo que Jesús condenaba aquí. Condenaba el ayuno que se usaba para hacer ostentación de piedad. Los días del ayuno judío eran el lunes y el jueves. Esos eran los días de mercado, y los pueblos y las aldeas, y especialmente Jerusalén, estaban abarrotados de gente del campo; el resultado era que los que ayunaban para presumir de piedad tenían esos días una audiencia más numerosa para ver y admirar su piedad. Había algunos que tomaban ciertas medidas para asegurarse de que la gente no pudiera por menos de darse cuenta de que estaban ayunando: se paseaban por las calles despeinados y macilentos, cuidadosamente descuidados en cuanto a la ropa; hasta llegaban a pintarse la cara de blanco para exagerar su palidez. Esos no eran gestos de humildad, sino de orgullo y presunción espiritual.

Los más sabios de los rabinos no habrían regateado esfuerzos para condenar esa actitud lo mismo que Jesús. Tenían muy claro que el ayunar por ayunar no tenía ningún valor. Decían que un voto de abstinencia era como el collar de hierro que les ponían a los presos; y que el que se lo

imponía a sí mismo se parecía al que se encontraba un collar de esos por ahí, y metía la cabeza en él estúpidamente, sometiéndose a una esclavitud inútil. Una de las cosas mejores que dijeron los rabinos fue: «Uno tendrá que dar cuenta el Día del Juicio por todas las cosas buenas que habría podido disfrutar, y se pasó por alto.»

El doctor Boreham hace un relato que es un comentario sobre la idea equivocada del ayuno. Un viajero que iba por las Montañas Rocosas se encontró con un sacerdote católico muy anciano; y se sorprendió, naturalmente, al verle esforzarse por aquellos parajes difíciles y aun peligrosos. El viajero le preguntó al sacerdote: «¿Qué está usted haciendo aquí?» Y el anciano sacerdote le contestó: «Estoy disfrutando de la belleza del mundo.» «Pero -le dijo el viajero-, ¿no lo ha dejado usted para un poco tarde?» Y entonces el sacerdote le contó su historia. Se había pasado casi toda la vida en un monasterio; no había salido nunca más allá de los claustros. Cayó muy enfermo, y tuvo una visión. Vio un ángel que estaba al lado de su cama. «¿Para qué has venido?» -le preguntó. Y el ángel le dijo: «Para llevarte a casa.» «¿Y es muy bonito el mundo al que me llevas?» -preguntó el anciano. Y el ángel le contestó: «Es muy bonito el mundo que vas a dejar.» «Y entonces -siguió contándole el anciano al viajero- me di cuenta de que no había visto nada de este mundo más que lo que había dentro de las tapias del monasterio.» Así es que le dijo al ángel: «Pero yo no he visto casi nada del mundo que voy a dejar.» «Entonces -le respondió el ángel- me temo que vas a ver muy poca belleza en el mundo al que vas.» «Estaba confuso -siguió contando el anciano sacerdote-, y pedí que se me permitiera seguir otros dos años en este mundo. Se me concedió mi oración, y estoy gastando todo el dinero de que dispongo y todo el tiempo que me queda explorando la belleza del mundo. ¡Y la encuentro maravillosa!»

Toda persona está obligada a aceptar y disfrutar las maravillas del mundo. No tiene ningún mérito el ayunar por ayunar, y menos el ayunar para presumir de piadoso.

EL AYUNO AUTÉNTICO

Mateo 6:16-18 (conclusión)

Aunque Jesús condenó la clase errónea de ayuno, Sus palabras implican que hay una forma auténtica en la que Él esperaba que Sus seguidores tomaran parte. Esto es algo en lo que muchos de nosotros, especialmente en las iglesias protestantes, rara vez pensamos. Hay muy pocas personas normales y corrientes de cuya vida forma parte el ayuno. Y sin embargo hay muchas razones por las cuales el ayuno sabiamente practicado es una cosa excelente.

(i) El ayuno es *bueno para la salud*. Muchos de nosotros llevamos una vida en la que es fácil volverse blando y flojo. A veces es posible llegar al punto en que se vive para comer en vez de comer para vivir. A muchas personas les haría mucho bien físico practicar el ayuno más de lo que lo hacen.

(ii) El ayuno es *bueno para la disciplina personal*. Es fácil llegar a pasarse de autocomplacientes. Es fácil llegar a un estado en el que no nos privamos de nada que podamos tener o adquirir. A muchas personas les haría un montón de bien el dejar por algún tiempo todas las semanas que sus deseos y caprichos fueran sus únicos señores, y ejercitarse en una autodisciplina severa y antiséptica.

(iii) El ayuno nos libra de ser *esclavos del hábito*. No hay pocos que se permiten ciertos hábitos sencillamente porque les resulta imposible dejarlos. Han llegado a sernos tan esenciales que no los podemos quebrantar; desarrollamos tal dependencia de ciertas cosas que, lo que debería ser un placer, se convierte en una necesidad; y el vernos privados de lo que nos hemos acostumbrado a desear puede convertirse en un purgatorio. Si practicáramos un ayuno prudente, ningún placer se convertiría en una cadena, ni ningún hábito en un tirano. Seríamos los dueños de nuestros placeres, y no viceversa.

(iv) El ayuno protege *la habilidad de pasarnos sin algunas cosas*. Una de las características que definen la vida de una persona es el número de cosas que ha llegado a considerar esenciales. Está claro que, cuantas menos sean, más independientes seremos. Cuando todas las cosas llegan a sernos esenciales, estamos a merced de los lujos de la vida. Es un buen ejercicio pasearse por una calle comercial, y mirar todas las cosas que se exponen en los escaparates sin las que uno se puede pasar perfectamente. Alguna forma de ayuno nos conserva la habilidad de pasarnos sin las cosas que nunca debiéramos permitir que nos parecieran esenciales.

(v) El ayuno nos permite *apreciar las cosas mucho más*. Puede que haya habido un tiempo en la vida cuando algún placer se nos presentaba tan de tarde en tarde que nos suponía un placer extraordinario cuando llegaba. Puede que tengamos como el apetito, y el paladar insensible, que hayan perdido su agudeza. Lo que era a veces un placer agudo se ha convertido en una droga sin la que no nos podemos pasar. El ayuno mantiene la emoción del placer haciendo que sea siempre nuevo y vivo.

El ayuno ha quedado excluido casi completamente de la vida de muchas personas normales y corrientes. Jesús condenó la clase equivocada de ayuno, pero nunca pretendió que el ayuno se eliminara totalmente de la vida y la práctica. Haremos bien en practicarlo cada uno a nuestra propia manera y según nuestra necesidad personal. Y la razón para hacerlo así es que «las bendiciones de la tierra sean nuestro guía, y no nuestra cadena.»

EL VERDADERO TESORO

Mateo 6:19-21

No os almacenéis tesoros en la Tierra, donde la polilla y la roña los destruyen y los ladrones hacen un butrón y se los llevan. Poned vuestros tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni la roña pueden destruirlos,

y donde no hay ladrones que hagan el butrón y os los roben. Porque donde pongáis vuestro tesoro, allí tendréis también el corazón.

La manera más corriente y normal de organizar la vida consiste sencillamente en dar prioridad a las cosas que duran. Sea que nos estemos comprando ropa, o un coche, o una alfombra, o muebles, es de sentido común mirar más allá de las apariencias y comprar cosas que se han hecho con solidez y buena técnica para durar. Eso es exactamente lo que Jesús nos está diciendo aquí. Nos dice que nos concentremos en las cosas que duran.

Jesús se refiere a tres cosas de las que dependía la riqueza en Palestina.

(i) Les dice a Sus seguidores que no consideren su tesoro cosas que *la polilla puede destruir*.

En Oriente, una parte importante de la riqueza de una persona consistía en ropa fina y elaborada. Cuando Guiezi, el criado de Eliseo, quería sacarle algo de provecho al general sirio Naamán, que se había curado de la lepra siguiendo las instrucciones de Eliseo, le pidió un talento de plata y *dos vestidos de gala nuevos (1 Reyes 5:22)*. Una de las cosas que tentaron a Acán para que pecara fue un manto hermosísimo de Sinar (*Josué 7:21*).

Pero tales cosas eran indignas de que se hiciera consistir en ellas el tesoro de una persona, porque las polillas las podían destruir, y su valor y belleza desaparecerían totalmente. No eran posesiones duraderas.

(ii) Les dice a Sus seguidores que no consideren su tesoro cosas que *la roña puede destruir*.

La palabra que traducimos por *roña* es *brósis*. Quiere decir literalmente algo *que devora*, pero no se usa en ningún otro texto con el sentido de *roña*. Lo más probable es que represente algo así: en Oriente, mucho de la riqueza de una persona consistía en cereales almacenados en grandes silos.

Pero a ese grano podían atacarlo gusanos y ratones y ratas dejando el depósito contaminado y destruido. Lo más probable es que esta frase se refiera a estos y otros parásitos que se podían introducir en un granero y destruir o comer el contenido. No eran posesiones duraderas.

(iii) Les dice a Sus seguidores que no consideren su tesoro cosas que *los ladrones hacen un butrón y se las llevan*.

La palabra que se usa para *hacer el butrón -R-V 95 entrar, antes minar- es doirysssein*. En Palestina, las paredes de muchas casas estaban hechas de adobes, y se podían perforar fácilmente; aunque las de los ricos, que es de las que se habla aquí, eran más sólidas, y requerirían más industria en los ladrones. Aquí se hace referencia al que ha almacenado en su casa cosas de valor, y descubre al volver un día que los ladrones han hecho un butrón y se han llevado su tesoro. No eran posesiones duraderas si estaban a merced de la intervención de cualquier ladrón emprendedor.

Así es que Jesús nos advierte de la fragilidad de tres clases de placeres y posesiones.

(i) Nos advierte de la brevedad de los placeres que se desgastan y quedan tan inservibles como la ropa vieja. Los trajes y vestidos más lujosos, con o sin polillas, acaban por desintegrarse. Todos los placeres puramente físicos tienen la característica de desgastarse. Cada vez que se disfrutan, satisfacen menos que la anterior. Se necesita más para producir el mismo efecto. Son como las drogas, que pierden su efecto inicial y se hacen cada vez menos efectivas. Uno tendría que ser estúpido para buscar su sumo bien en cosas que cada vez resultan menos rentables.

(ii) Nos advierte de la fragilidad de los placeres que se corroen. El granero está expuesto al acecho de las ratas y los ratones, que lo mordisquean y roen todo. Hay ciertos placeres que pierden inevitablemente su atractivo conforme avanza la edad. Puede que sea porque se es físicamente menos capaz para disfrutar; o porque se madura algo y ciertas cosas dejan de satisfacer. Una persona no debería nunca entregarle su corazón a placeres que los años van a desvanecer; debería encontrar su delicia en las cosas cuyo atractivo el tiempo es impotente para erosionar.

(iii) Nos advierte de lo inseguros que son los placeres que se nos pueden robar. Eso pasa con todas las posesiones materiales: no hay ni una entre ellas que sea segura; y, si uno edifica su felicidad sobre ellas, está edificando sobre una base que no es estable ni segura. Supongamos que uno organiza su vida de tal manera que su felicidad depende de su posesión de dinero; supongamos que llega una quiebra, y se despierta una mañana para descubrir que su dinero ya no vale nada. Entonces, con su dinero, se ha desvanecido su felicidad.

Si una persona es prudente, edificará su felicidad sobre cosas que no puede perder, y que son independientes de los azares y avatares de la vida. Bums escribió de las cosas transitorias:

Los placeres son cual las amapolas: al tomarlas, su flor se desvanece; o cual la nieve al caer sobre el arroyo: blanca un instante, pronto desaparece.

Una persona cuya felicidad dependa de cosas así, está condenada a una desilusión trágica. Cualquier persona cuyo tesoro consista en *cosas*, está abocada a perderlo, porque las cosas no son estables, ni duran para siempre.

TESOROS EN EL CIELO

Mateo 6:19-21 (conclusión)

La frase *tesoros en el Cielo* era corriente entre los judíos. Identificaban tales tesoros con dos cosas en particular.

(i) Decían que las obras de caridad que se hacían en la Tierra se convertían en su tesoro en el Cielo.

Los judíos contaban una famosa leyenda de un cierto rey Izates de Adiabena, que se convirtió al judaísmo: «Izates distribuyó todos sus tesoros entre los pobres el año del hambre. Sus hermanos le mandaron recado para decirle: "Tus padres añadieron nuevos tesoros a los que habían heredado de sus padre, pero tú has perdido tus tesoros y los suyos" Y él les contestó: "Mis padres reunieron tesoros para aquí abajo, pero yo los he reunido para Arriba; ellos almacenaron tesoros en un sitio sobre el que puede gobernar el poder humano, pero yo los he almacenado en un lugar sobre el que no puede gobernar el poder humano; mis padres coleccionaron tesoros que no producen ningún interés, pero yo he reunido tesoros que sí lo producen; mis padres allegaron tesoros de dinero, pero yo los he allegado de almas; mis padres reunieron tesoros para otros, pero yo los he reunido para mí; mis padres allegaron tesoros en este mundo, pero yo los he allegado para el mundo por venir."»

Tanto Jesús como los rabinos judíos estaban seguros de que lo que se almacena con fines egoístas se pierde, mientras que lo que se comparte generosamente produce tesoros en el Cielo.

Ese era el principio de la Iglesia Cristiana en sus primeros días. La Iglesia Primitiva siempre se cuidaba amorosamente de los pobres, los enfermos, los abatidos, los indigentes y todos los que no le importaban a nadie. En los días de la terrible persecución del emperador Decio, las autoridades romanas entraron violentamente en una iglesia. Iban a expoliarla de los tesoros que creían que guardaba. El prefecto romano le exigió al diácono Laurentio: «Muéstrame tus tesoros inmediatamente.» Laurentio señaló a las viudas y huérfanos que alimentaban, a los enfermos que cuidaban, a los pobres que ayudaban, y dijo: «Estos son los tesoros de la Iglesia.»

La Iglesia siempre ha creído que «perdemos lo que guardamos, y conservamos lo que damos.»

(ii) Los judíos conectaban siempre la frase *tesoros en el Cielo* con *el carácter*. Cuando le preguntaron al rabí Yosé ben Kisma si estaba dispuesto a vivir en una ciudad pagana con la condición de que le pagaran generosamente sus servicios, replicó que no viviría en ningún lugar excepto en un hogar de la Ley; < porque -dijo- cuando parte una persona, no la acompañan ni la plata, ni el oro, ni las piedras preciosas, sino sólo el conocimiento de la Ley, y las buenas obras que haya hecho. » La Religión, el personaje de *El gran teatro del mundo*, de Calderón, le dice al Mundo, que estaba despojando de todo a los que salían de él: < No me puedes quitar mis buenas obras. Estas solas del mundo se han sacado. » «Y oí una voz que me decía desde el cielo: "Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor." Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen» (*Apocalipsis 14:13*).

Como dice el macabro refrán español: «Una mortaja no tiene bolsillos.» Lo único que una persona puede sacar de este mundo al más allá es ella misma; y cuanto más persona sea, mayor será su tesoro en el Cielo.

(iii) Jesús concluye esta sección afirmando que, donde esté el tesoro de una persona, allí estará también su corazón. Si todo lo que valora y aprecia una persona está en la Tierra, no tendrá ningún interés en un mundo más allá de este; si a lo largo de toda su vida ha tenido los ojos puestos en la eternidad, valorará poco las cosas de este mundo. Si todo lo que una persona aprecia y valora está en este mundo, entonces saldrá de él a regañadientes; pero si sus pensamientos se han mantenido en el mundo más allá, saldrá de este con alegría, porque va por fin a Dios.

Una vez le enseñaron al doctor Johnson un gran palacio con sus jardines. Cuando lo había visto todo, se volvió a su acompañante, y le dijo: «Estas son las cosas que le hacen difícil a una persona el morir.»

Jesús no dijo nunca que este mundo no tenía importancia; pero dijo explícita e implícitamente muchas veces que su importancia no está en sí mismo, sino en aquello a lo que nos conduce. Este mundo no es un fin en sí mismo, sino una etapa en el camino; y, por tanto, una persona no debe rendirle su corazón a este mundo y a lo que hay en él, sino debe tener los ojos puestos en la meta más allá.

LA VISIÓN DEFORMADA

Mateo 6:22-23

EL ojo es por donde entra la luz al cuerpo. Así que, si tu ojo es generoso, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si es tacaño, todo tu cuerpo estará en la oscuridad. Así que, si lo que debe dar luz está oscuro, ¿cómo estará todo lo que es de por sí oscuro?

La idea que hay tras este pasaje es de una sencillez infantil. Se considera el *ojo* como la ventana por la que entra la luz a todo el cuerpo. El estado de la ventana decide la cantidad de luz que entra en la habitación. Si la ventana está diáfana, limpia y sin obstáculos, la luz entrará a chorros en la habitación; iluminando todos sus rincones. Si el cristal de la ventana tiene un color, o está escarchado, mal hecho, sucio u oscuro, la luz tendrá dificultad para entrar y la habitación no se iluminará debidamente.

La cantidad de luz que penetra en una habitación depende del estado de la ventana por la que tiene que pasar. Así que, dice Jesús, la luz que penetre en el corazón y alma y ser de una persona depende del estado espiritual del *ojo* por el que ha de pasar, porque el *ojo* es la ventana del cuerpo, es decir, de toda la persona.

La opinión que tengamos de la gente dependerá de la clase de ojo con que la miremos. Hay ciertas cosas obvias que pueden cegar o deformar nuestra visión.

(i) *El prejuicio* puede deformar nuestra visión. No hay nada que destruya el juicio de una persona tanto como el prejuicio. Le impide formarse el juicio claro, razonable y lógico que debe formarse todo ser humano. Le ciega igualmente a los hechos y a su significado.

Casi todos los nuevos descubrimientos han tenido que abrirse paso a través de prejuicios irracionales. Cuando Sir James Simpson descubrió las virtudes del cloroformo, tuvo que luchar contra los prejuicios del mundo médico y religioso de su tiempo. Uno de sus biógrafos escribe: «El prejuicio, esa mutiladora determinación de caminar solamente por los caminos trillados de la tradición y de rechazar todos los nuevos senderos, se levantó contra él, e hizo todo lo posible por ahogar la bendición recién encontrada.» «Muchos de los clérigos mantenían que tratar de suprimir la maldición original sobre las mujeres de dar a luz con dolor era luchar contra la ley divina.»

Una de las cosas más necesarias de la vida es el valiente autoexamen que nos permitirá ver cuándo estamos actuando por principio y cuándo somos víctimas de nuestros propios prejuicios injustificados e irracionales. En cualquier persona desviada por el prejuicio el *ojo* se oscurece y la visión se deforma.

(ii) *Los celos* pueden deformar nuestra visión. Shakespeare nos dejó el ejemplo clásico de ello en la tragedia de *Othello*. El moro Othello se había hecho famoso por sus hazañas heroicas, y se había casado con Desdémona, que le amaba con absoluta devoción y fidelidad total. Como general del ejército de Venecia, Othello ascendió a Cassio sobrepasando a Iago. A Iago le consumieron los celos. Mediante una conspiración sutil y la manipulación de los hechos, Iago sembró en la mente de Othello la sospecha de que Cassio y Desdémona estaban intrigando secretamente. Manufacturó la evidencia para probarlo, y movió a Othello a tal pasión de celos, que finalmente asesinó a Desdémona ahogándola con una almohada. A. C. Bradley escribe: «Unos celos como los de Othello convierten en caos la naturaleza humana, y liberan la bestia . en el hombre.»

Muchos matrimonios y muchas amistades han naufragado en el acantilado de .los celos, que deforma incidentes perfectamente inocentes haciéndolos aparecer como acciones culpables, así cegando la visión a la verdad y a los hechos.

(iii) *La presunción* puede deformar nuestra visión. En su biografía de Mark Rutherford, Catherine Macdonald Maclean le dedica una frase curiosamente caústica al librero y editor John Chapman, que había empleado en el pasado a Mark Rutherford: «Apuesto a la manera de Byron y de modales

refinados, resultaba sumamente atractivo a las mujeres, y él se creía todavía más atractivo de lo que lo era.»

La presunción afecta doblemente la visión humana, porque nos hace incapaces de vernos a nosotros mismos como somos en la realidad, e incapaces de ver a otros como realmente son. Si una persona está convencida de su propia extraordinaria sabiduría, nunca será capaz de darse cuenta de su propia necesidad; y si es ciega a todo lo que no sean sus propias virtudes, nunca será consciente de sus propias faltas. Siempre que se compare a sí misma con otras personas, saldrá ganando en la comparación, y no perdiendo. Será siempre incapaz de someterse a sí misma a juicio, e incapaz por tanto de mejorarse a sí misma. La luz en la que debiera verse a sí misma y a las demás personas será oscuridad.

NECESIDAD DE UNA VISIÓN GENEROSA

Mateo 6:22-23 (conclusión)

Pero aquí Jesús habla de una virtud especial que ilumina la visión, y un defecto especial que la ensombrece. La versión Reina-Valera habla aquí del ojo *bueno* y del *malo*. No cabe duda de que ese es el sentido literal del original; pero las palabras *bueno* y *malo* se usan aquí con un sentido especial que era bastante corriente en el griego en que se escribió el Nuevo Testamento.

La palabra para *bueno* es *haplus*, con su nombre correspondiente *haplotés*. En el griego de la Biblia, por lo general estas palabras quieren decir *generoso* y *generosidad*. Santiago nos dice que Dios da *generosamente* (*Santiago 1:5*), y el adverbio que usa es *haplós*. En *Romanos 12:8*, Pablo exhorta a sus amigos a dar con generosidad (*haplós*); y le recuerda a la iglesia corintia la *liberalidad* (*haplotés*) de las iglesias de Macedonia, y los exhorta a tener generosidad con todos los hombres (*2 Corintios 9:11*). *Es el ojo generoso* lo que Jesús recomienda aquí.

La palabra que la Reina-Valera traduce por *malo* es *ponérós*. No cabe duda de que ese es el sentido normal de la palabra; pero tanto en el Nuevo Testamento como en la Septuaginta *ponérós* quiere decir corrientemente *tacaño* o *avaricioso*. *Deuteronomio* habla del deber de prestarle a un hermano que tiene necesidad. Pero la cosa se complicaba por el hecho de que cada siete años había uno cuando se cancelaban todas las deudas. Podría ser, por tanto, que estuviera cerca ese séptimo año, y que un hombre calculador se negara a ayudar, no fuera que el otro se aprovechara del séptimo año para no devolver su deuda. Por eso la ley establece: «Guárdate de albergar en tu corazón este pensamiento perverso: "Cerca está el séptimo año, el de la remisión," para mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada, pues él podría clamar contra ti al Señor y se te contaría como pecado» (*Deuteronomio 15:9*). Está claro que *ponérós* aquí quiere decir *tacaño*, *avaricioso*, *egoísta*. El consejo del proverbio es: « No comas pan con el avaro ni codicies sus manjares, porque como son sus pensamientos íntimos, así es él. "Come y bebe" -te dirá, pero su corazón no está contigo. Vomitarás el bocado que comiste, y habrás malgastado tus suaves palabras» (*Proverbios 23:6*). Es decir: « No aceptes la hospitalidad de uno que hace que se te atragante cada bocado.» Otro proverbio dice: « El avaro se apresura a enriquecerse, sin saber que caerá en la indigencia» (*Proverbios 28:22*).

Así es que Jesús está diciendo: « No hay nada como la generosidad para darte una visión clara y sin deformaciones de la vida y de las personas; y no hay nada como un espíritu tacaño y mezquino para deformar tu visión de la vida y de las demás personas.»

(i) Debemos ser generosos en nuestro *juicio de los demás*. «Piensa mal y acertarás,» proclama con deleite malicioso el dicho español una tendencia general de la naturaleza humana a pensar lo peor. Todos los días de la vida se masacran reputaciones de personas inocentes mientras se toman unas cañas, o en grupos chismosos cuyos juicios están empapados de veneno. El mundo se libraría

de muchos quebraderos de cabeza y de corazón si atribuyéramos a las acciones de nuestros semejantes, no las peores, sino las mejores intenciones.

(ii) En su biografía de Mark Rutherford, Catherine Macdonald Maclean habla de los días cuando Mark Rutherford vino a trabajar en Londres: «Fue por aquel tiempo cuando se puede notar en él el principio de esa "entrañable piedad por las almas humanas," que había de llegar a ser algo habitual en él... La pregunta ardiente que se hacía, asediado como estaba a veces por la fatalidad de muchos en el distrito en que vivía, era: "¿Qué puedo yo hacer? ¿En qué puedo yo ayudarlos?" Le parecía entonces, como siempre, que cualquier clase de acción tenía más valor que la indignación más vehemente que se pudiera derrochar en palabras.» Cuando Mark Rutherford estaba con el editor Chapman, George Eliot =o Marian Evans, como se llamaba realmente- vivía y trabajaba en el mismo sitio. Algo le impresionó acerca de ella: «Era pobre. Tenía unos ingresos muy reducidos; y, aunque esperaba ganarse la vida como mujer de letras, su futuro era muy incierto. Pero era fantásticamente generosa. Siempre estaba ayudando a los perros cojos en las cercas, y la pobreza de los demás la acongojaba más que la suya propia. Lloraba más amargamente por no poder aliviar debidamente la pobreza de su hermana que por ninguna de sus propias privaciones.»

Es cuando empezamos a tener estos sentimientos cuando empezamos a ver a las personas y las cosas claramente. Es entonces cuando nuestro ojo, y con él todo nuestro cuerpo, llega a estar lleno de luz.

El ojo tacaño, o el espíritu egoísta y mezquino produce tres grandes males.

(i) Nos hace *imposible vivir con nosotros mismos*. Si uno está siempre envidiando el éxito de otros, y lamentando la felicidad de otros, cerrándole el corazón a la necesidad de otros, llega a ser la más digna de compasión de todas las criaturas: una persona rencorosa, resentida. Le crece dentro una amargura y un resentimiento que le roba su propia felicidad, la priva de su paz y le destruye toda satisfacción.

(ii) Nos hace *imposible vivir con otras personas*. Todos evitan a una persona mezquina; todos desprecian a una persona de corazón miserable. La caridad cubre una multitud de pecados, pero el espíritu mezquino hace inútiles una multitud de virtudes. Por muy mala que sea una persona generosa, siempre tendrá otras que la quieran; y por muy buena que sea una persona mezquina, todos la aborrecerán.

(iii) Nos hace *imposible vivir con Dios*. No hay nadie tan generoso como Dios; y, en último análisis, no puede haber ninguna relación entre dos personas que dirigen sus vidas con principios diametralmente opuestos. No puede haber ninguna relación entre el Dios que tiene el corazón inflamado de amor y la persona que lo tiene congelado de mezquindad.

El ojo tacaño deforma nuestra visión; sólo el ojo generoso ve claramente, porque sólo él ve como Dios ve.

EL SERVICIO EXCLUSIVO

Mateo 6:24

Nadie puede ser esclavo de dos amos; porque, o aborrecerá a uno y querrá al otro, o se pondrá de parte de uno y despreciará al otro. No se puede ser esclavo de Dios y de las cosas materiales.

Para los que vivían en el mundo antiguo, este dicho era todavía más gráfico que para nosotros. La Reina-Valera lo traduce: «**Ninguno puede servir a dos señores.**» Pero eso no se acerca a **la fuerza del original. La palabra que traduce servir es duleuein; dulos es un esclavo; y duleuein quiere decir ser esclavo de alguien.** La palabra que la R-V traduce *señores* es *kyrios*, y *kyrios* es la palabra que

denota *absoluta propiedad*. Comprendemos mejor el sentido si lo traducimos: «Nadie puede ser esclavo de dos amos.»

Para entender todo lo que esto quiere decir e implica debemos recordar dos cosas sobre los esclavos en el mundo antiguo. Primero, un esclavo no era una persona, sino una cosa, a los ojos de la ley. No tenía absolutamente ningunos derechos; su amo podía hacer con él lo que le diera la gana. A los ojos de la ley, el esclavo era *una herramienta viva*. Su amo le podía vender, apalear, expulsar y hasta matar. Su amo era su propietario tan totalmente que poseía todo lo que fuera o tuviera. Segundo, en el mundo antiguo un esclavo no tenía literalmente nada de tiempo para sí mismo. Cada momento de su vida pertenecía a su amo. En las condiciones actuales de vida, una persona tiene ciertas horas para trabajar y, fuera de esas horas de trabajo, las restantes son suyas. De hecho es posible a menudo el que una persona encuentre los intereses reales de su vida fuera de las horas de su trabajo. Puede que trabaje en una oficina durante el día, y que toque el violín en una orquesta por la noche; y puede que sea en su música donde encuentre su vida real. O puede que trabaje en una mina o en una fábrica durante el día y dirija un club de jóvenes por la noche, y que sea en esto último donde encuentre más compensaciones y la expresión verdadera de su personalidad. Pero esto no le era posible a un esclavo. El esclavo no tenía ni un momento de tiempo que le perteneciera. Todos sus momentos pertenecían a su amo, y toda su persona estaba siempre a disposición de su amo.

Esta es, pues, nuestra relación con Dios. En relación con Dios no tenemos derechos propios; Dios debe ser el dueño indiscutible de nuestras vidas. No podemos preguntarnos nunca: «¿Qué quiero yo hacer ahora?» Siempre debemos preguntarnos: «¿Qué quiere Dios que haga ahora?» No tenemos tiempo que sea exclusivamente nuestro. No podemos decir unas veces: «Haré lo que Dios quiera que haga,» y otras: «Haré lo que yo quiera.» El cristiano no tiene un tiempo en que no es cristiano; no hay ningún momento en que puede bajarse el listón o estar fuera de servicio. Un servicio de Dios a tiempo parcial o intermitente no basta. Ser cristiano tiene que ser a pleno tiempo. En ningún otro sitio de la Biblia se nos presenta más claramente el servicio exclusivo que Dios demanda.

Jesús continúa diciendo: «No podéis servir a Dios y a mamóná» (R-V.95, nota). Esta era la palabra hebrea para *las posesiones materiales*. En su origen no era una palabra mala. Los rabinos, por ejemplo, tenían un dicho: «Que el *mamóná* de tu prójimo te sea tan digno de respeto como el tuyo propio.» Es decir: uno debería considerar las posesiones materiales de su prójimo como algo tan sagrado como las suyas. Pero la palabra *mamóná* tuvo una historia de lo más curiosa y reveladora. Procede de una raíz que quiere decir *confiar un depósito*; y *mamóná* era lo que uno le confiaba al banquero o a la empresa de seguridad que fuera para que se lo guardara de todo riesgo. Pero, conforme fueron pasando los años, *mamóná* llegó a significar, no *lo que uno confía*, sino *aquello en lo que uno confía*. Así pues, *mamóná* acabó escribiéndose con mayúscula *Mamóná*- y a considerarse como nada menos que un dios.

La historia de esta palabra muestra bien a las claras que las posesiones materiales pueden llegar a usurpar un lugar en la vida que no estaba programado que ocuparan. En principio, las posesiones materiales de una persona eran las cosas que se confiaban a otra persona para que las tuviera a salvo; por último, llegaron a ser las cosas en las que la persona ponía su confianza.

No se puede describir mejor el dios de una persona que diciendo que es el poder en el que confía; y cuando se pone la confianza en las cosas materiales, estas se han convertido, no en su apoyo, sino en su dios.

LUGAR DE LAS POSESIONES MATERIALES

Mateo 6:24 (continuación)

Este dicho de Jesús nos obliga a plantearnos el lugar que deben ocupar en nuestra vida las posesiones materiales. La enseñanza de Jesús descansa sobre tres grandes principios.

(i) En último análisis, *todas las cosas pertenecen a Dios*. La Escritura lo deja bien claro. < Del Señor es la Tierra y todo lo que hay en ella; el mundo, y todos los que lo habitan» (*Salmo 24:1*). «Porque Mías son todas las bestias del bosque, y el ganado de un millar de collados... Si Yo tuviera hambre, no te lo diría a ti, porque el mundo y todos los seres que habitan en él son Míos» (*Salmo 50:10,12*).

En las parábolas de Jesús, es el amo el que les confía sus talentos a sus siervos (*Mateo 25:15*), y el propietario el que les confía su viña a sus campesinos (*Mateo 21:33*). Este principio tiene consecuencias incalculables. Las personas pueden comprar y vender cosas; hasta cierto punto pueden cambiarlas y organizarlas, pero no crearlas. El propietario indiscutible de todas las cosas es Dios. No hay nada en el mundo que uno pueda decir: «Esto es mío,» sino solamente: «Esto pertenece a Dios, Que me permite usarlo.»

De aquí surge un gran principio de la vida. No hay nada en el mundo de lo que nadie pueda decir: «Esto es mío, y hago con ello lo que me da la gana.» Por el contrario, lo que *debe* decir es: «Esto es de Dios, y debo usarlo como quiere su Propietario.» Se cuenta de una niña de la ciudad a la que llevó su maestra un día al campo. No había visto nunca tantas flores juntas. Se volvió a su maestra, y le dijo: «¿Cree usted que a Dios Le molestará que coja algunas de Sus flores?» Esa es la actitud correcta con la vida y todo lo que hay en el mundo.

(ii) El segundo principio básico es que *las personas son siempre más importantes que las cosas*. Si se adquieren las posesiones, si se amasa el capital, si se acumula la riqueza a costa de tratar a las personas como cosas, entonces todas esas riquezas son malas. Siempre y cuando se olvide ese principio, o no se tenga en cuenta, o se viole, se producirá irremisiblemente un desastre a gran escala.

En muchos países industrializados, en el día de hoy estamos sufriendo en el mundo de las relaciones industriales las consecuencias de haber tratado a las personas como cosas en los días de la revolución industrial. Sir Arthur Bryant cuenta en su *English Saga* algunas de las cosas que sucedían entonces. Se empleaban niños de siete y ocho años -y hasta hay un caso de uno de tres años- para trabajar en las minas. Algunos de ellos arrastraban carretillas por aquellas galerías andando a gatas; otros bombeaban el agua metidos en ella hasta las rodillas doce horas al día; otros, a los que llamaban «los tramperos,» abrían y cerraban las puertas para la ventilación, encerrados en cámaras hasta dieciséis horas al día. En 1815 los niños trabajaban en los molinos desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche sin ni siquiera medio día libre los sábados, y con nada más que media hora para el desayuno y otra media para la comida. En 1833 había 84,000 niños menores de 14 años en las fábricas. Hasta se conoce el caso de niños que ya no se necesitaban, que los echaban a la deriva. Los empresarios objetaban a la expresión «echar a la deriva,» y decían que los niños habían sido puestos en libertad. Reconocían que los niños lo podían tener crudo. «Tendrían que intentar sobrevivir pidiendo limosna o algo así.» En 1842, a los tejedores de Bumley les pagaban siete peniques y medio al día, y a los mineros de Staffordshire dos chelines y medio. Hubo algunos que reconocieron la locura criminal de aquella sociedad. Carlyle tronaba: « Si la industria del algodón está fundada sobre los cuerpos de niños escuálidos, debe desaparecer; si el diablo se apodera de tus fábricas de algodón, ciérralas.» Se pretendía que la mano de obra barata era necesaria para mantener los precios bajos. Coleridge contestaba: «Habláis de hacer este artículo más barato reduciendo su precio en el mercado de 8 peniques a 6. Pero daos cuenta de que al hacerlo habéis debilitado a vuestro país frente a los enemigos extranjeros; daos cuenta de que habéis desmoralizado a miles de vuestros compatriotas, y habéis sembrado el descontento entre una y otra clases de la sociedad. Vuestro artículo sale intolerablemente caro por lo que yo veo.»

Es indudable que las cosas han cambiado considerablemente desde entonces; pero hay tal cosa como la memoria de la raza. En lo hondo de la memoria inconsciente de la gente quedó grabada indeleblemente la impresión de aquellos días. Siempre que se trata a las personas como cosas, como máquinas, como instrumentos de producción y de enriquecimiento de los que los emplean, el

desastre será la consecuencia de esa situación tan naturalmente como al día sigue la noche. Una nación solo olvida a su riesgo el hecho fundamental de que las personas son siempre más importantes que las cosas.

(iii) El tercer principio es que *la riqueza material es siempre un bien subordinado*. La Biblia no dice que « el dinero es la causa de todos los males;» pero sí dice que «*el amor al dinero es la raíz de todos los males*» (1 *Timoteo 6:10*). Es muy posible encontrar en las cosas materiales lo que ha llamado alguien «una salvación rival.» Una persona puede que crea que, porque es rica, puede comprarlo todo, y salir airosa de cualquier situación. La riqueza se puede convertir en su vara de medir; puede llegar a ser un único deseo, la única arma para enfrentarse con la vida. Si se desean los bienes materiales para tener una independencia honrosa, para ayudar a la familia y hacer algo por los semejantes, eso está bien; pero si se desean simplemente para amontonar placeres, y para multiplicar el lujo; si la riqueza se ha convertido en el fin principal del hombre, por y para lo que uno vive, ha dejado de ser un bien subordinado, y ha usurpado el lugar que sólo Dios debe ocupar en la vida.

Una cosa surge de todo esto: el poseer riqueza, dinero, cosas materiales, no es un pecado, pero sí una tremenda *responsabilidad*. Si uno posee muchas cosas materiales, no es algo por lo que se le deba felicitar, sino por lo que se deba orar, para que las use como Dios manda y quiere.

DOS GRANDES CUESTIONES ACERCA DE LAS POSESIONES

Mateo 6:24 (conclusión)

Las posesiones nos plantean dos cuestiones importantes, y todo dependerá de las respuestas que demos a esas cuestiones.

(i) *¿Cómo obtuvo una persona sus posesiones? ¿De una manera que le gustaría que Jesucristo pudiera ver, o de una manera que querría ocultarle a Jesucristo?*

Una persona puede obtener sus posesiones a expensas de su honradez y honor. George Macdonald nos cuenta la historia de un tendero de aldea que se hizo muy rico. Siempre que medía tela, la medía con los dos dedos gordos dentro de la medida, así que siempre medía de menos. George Macdonald dice de él: «Se lo restaba a su alma, y se lo sumaba a su bolsa.» Uno puede enriquecer su cuenta corriente a expensas de empobrecer su alma.

Una persona puede obtener sus posesiones aplastando intencionadamente a algún rival más débil. El éxito de muchos está basado en el fracaso de otros. La prosperidad de muchos se ha conseguido a base de echar a la cuneta a otros. Es imposible comprender cómo una persona que prospera así puede dormir por la noche.

Una persona puede obtener sus posesiones a expensas de obligaciones más elevadas. Robertson Nicoll, el gran editor, nació en una casa pastoral del Nordeste de Escocia. Su padre tenía una sola pasión: Comprar y leer libros. Era pastor y nunca ganaba más de doscientas libras al año; pero se hizo con la biblioteca privada más grande de Escocia, llegando a los 17.000 libros. No los usaba para sus sermones; sencillamente estaba loco por poseerlos y leerlos. Cuando tenía cuarenta años se casó con una chica de veinticuatro. A los ocho años, ella murió de tuberculosis; de una familia de cinco, sólo dos pasaron de los veinte años. El crecimiento canceroso de los libros llenaba todas las habitaciones y pasillos de la casa pastoral.

Puede que fuera la delicia del poseedor de los libros, pero mató a su mujer y a su familia.

Hay posesiones que se adquieren a un precio demasiado elevado. Uno se debe preguntar: «¿Cómo adquiero yo las cosas que poseo?»

(ii) *¿Cómo usa una persona sus posesiones?* Una persona puede que use las cosas que ha adquirido de varias maneras.

Puede que no las use en absoluto. Puede que padezca la manía avarienta que se deleita sencillamente en poseer. Sus posesiones puede que sean totalmente inútiles -y la inutilidad siempre invita al desastre.

Puede que las use de una manera totalmente egoísta. Puede que una persona quiera tener más sueldo simplemente para tener un coche más grande, un aparato nuevo de televisión, y unas vacaciones más caras. Puede que piense en sus posesiones sencilla y únicamente en términos de lo que pueden hacer por él.

Puede que las use malvadamente. Uno puede usar sus posesiones para persuadir a algún otro a hacer las cosas que no tiene derecho a hacer, o vender lo que no tiene derecho a vender. Se ha sobornado o seducido al pecado a muchos jóvenes con el dinero de algún otro. La riqueza da poder, y una persona corrompida puede usar sus posesiones para corromper a otros -y eso es un pecado muy terrible a los ojos de Dios.

Una persona puede que use sus posesiones para su propia independencia y para la felicidad de otros. No se necesita una gran fortuna para hacer eso, porque una persona puede ser lo mismo de generosa con cien pesetas como con un millón. Uno no puede equivocarse mucho si usa sus posesiones para ver cuánta felicidad puede llevar a otros. Pablo recuerda un dicho de Jesús que se habría olvidado a no ser por él: « Es más bienaventurado el dar que el recibir» (*Hechos 20:35*). Es una característica de Dios el dar; y, si en nuestras vidas apreciamos el dar por encima del recibir, usaremos lo que poseamos como es debido, sea mucho o poco.

LA ANSIEDAD PROHIBIDA

Mateo 6:25-34

Yo, por tanto, os digo: No os preocupéis por vuestra vida, de lo que vais a comer, o a beber; ni os preocupéis por vuestro cuerpo, de lo que os vais a poner. ¿Es que no consiste vuestra vida nada más que en comida, o vuestra persona en cómo vestís? Fijaos en los pajarillos del aire, que ni siembran, ni siegan, ni recogen en silos, y sin embargo vuestro Padre celestial los alimenta. ¿Es que no valéis vosotros más que ellos? ¿Es que le vais a sacar al preocuparos el prolongar vuestra vida una cuarta? ¿Y por qué os preocupáis tanto de cómo vais a vestir? Aprended la lección de los lirios del campo, y de cómo se arreglan. Ni se afanan, ni hilan; pero os aseguro que ni Salomón, con toda la gloria que tuvo, se vistió nunca como cualquiera de ellos. Si Dios viste así la hierba del campo, que existe hoy y mañana la echan al horno, ¿no os vestirá a vosotros con mucha más razón, so «poca fes»?

Así que no os preocupéis por nada preguntándoos qué vais a comer, o a beber, o a vestir; porque es típico de los paganos el no afanarse más que por esas cosas. Pero vosotros, dad prioridad en vuestras vidas al Reino de Dios y a Su Justicia, y todo lo demás se os dará de propina.

Así que, no os preocupéis por el día de mañana, que ya se preocupará él de sí mismo. Bastantes problemas tiene ya uno con los de cada día.

Debemos empezar nuestro estudio de este pasaje asegurándonos de que entendemos lo que Jesús está prohibiendo y lo que está demandando. La Versión Autorizada inglesa lo traduce por algo así como: « No penséis en el mañana.» Parecerá extraño, pero esa fue la primera versión inglesa que lo tradujo de esa manera. De los traductores anteriores, Wyclif puso el equivalente de: «No os afanéis por vuestra vida,» que es lo que decía la Reina-Valera. 1960. Otros traductores ingleses anteriores, Tyndale, Cranmer y la Biblia de Ginebra ponían algo así como: < No tengáis cuidado por vuestra vida.» Usaban la expresión en el sentido literal de *estar llenos de cuidados*. Las versiones antiguas eran de hecho más acertadas. No es la previsión normal y prudente que es propia del ser

humano lo que Jesús prohíbe aquí; es *la preocupación*. Jesús no aboga aquí por una actitud descuidada, imprevisora, pasota, de ir a salto de mata por la vida; lo que prohíbe es el cuidado timorato y paralizador que se quita toda la alegría de la vida.

La palabra que se usa aquí en el original es *merimnán*, que quiere decir *preocuparse ansiosamente* (cp. «No os congojéis,» antigua Reina-Valera; «No os angustiéis,» Reina-Valera 1995). El nombre correspondiente es *mérimna*, que quiere decir *preocupación, ansiedad*. En una carta escrita en un papiro, una mujer le escribe a su marido ausente: «No puedo dormir ni de noche ni de día, por la *preocupación (mérimna)* que tengo de si te encontrarás bien.» Una madre, al tener noticias de la buena salud y prosperidad de su hijo, le contesta a su carta: «Esa era toda mi oración y toda mi *ansiedad (mérimna)*.» El poeta Anacreonte escribe: «Cuando bebo vino, se me adormecen las preocupaciones (*mérimna*).» Esta palabra es la normal en griego para la ansiedad, la preocupación y el cuidado.

Los mismos judíos estaban muy familiarizados con esta actitud ante la vida. Sus grandes rabinos enseñaban que un hombre debía enfrentarse con la vida con una combinación de prudencia y serenidad. Insistían, por ejemplo, que todos los padres debían enseñarles a sus hijos una profesión; porque, decían, el no enseñarles una profesión era enseñarles a robar. Es decir: creían en dar todos los pasos necesarios para llevar una vida prudente. Pero al mismo tiempo decían: « El que tiene un pan en la cesta, y dice: "¿qué comeré mañana?" es un hombre de poca fe.»

Jesús está aquí enseñando una lección que sus compatriotas ya sabían muy bien: la lección de la prudencia y de la previsión y de la serenidad y de la confianza combinadas.

LA PREOCUPACIÓN Y SU CURA

Mateo 6:25-34 (continuación)

En estos diez versículos Jesús establece siete distintos argumentos y defensas contra la preocupación.

(i) Empieza indicando (versículo 25) que Dios nos dio la vida; y, si Él nos dio la vida, no debemos dudar en confiar en Él para las cosas más pequeñas. Si Dios nos dio la vida, seguro que podemos confiar en que Él nos dará el alimento para sustentarla. Si Dios nos dio cuerpos, seguro que podemos confiar en que Él nos dará la ropa para vestirlos. Si alguien nos hiciera un regalo de precio incalculable, seguro que no se tratará de una persona tacaña, y mezquina, y descuidada, y olvidadiza acerca de regalos menos costosos. Así que, el primer argumento es que, si Dios nos ha dado la vida, podemos confiar en que Él nos dará las cosas necesarias para mantenerla.

(ii) Jesús pasa a hablar de los pájaros (versículo 26). No viven con ansiedad, no intentan amontonar recursos para un futuro invisible e imprevisible; y sin embargo se mantienen vivos. Más de un rabino judío encontraba fascinante la manera de vivir de los animales. « En toda mi vida -decía rabí Simeón- no he visto nunca a un ciervo que se dedicara a secar higos, ni a un león que fuera mozo de cuerda, o a un zorro que fuera comerciante; y sin embargo todos vivían sin preocupación. Si ellos, que fueron creados para estar a mi servicio, se mantienen sin preocupación, ¡cuánto más debería yo, que he sido creado para servir a mi Hacedor, alimentarme sin preocupación! Pero he corrompido mis caminos, y así he echado a perder mi sostenimiento.» El detalle de lo que Jesús está diciendo no está en que los pájaros no trabajan; se ha dicho que nadie trabaja tanto como un gorrión medio para ganarse la vida; la lección que quiere enseñarnos es que los pájaros no se preocupan. No se puede encontrar en ellos el estrés de las personas acerca de un futuro que no pueden ver ni prever, tratando de encontrar su seguridad en las cosas que almacenan y acumulan para el futuro.

(iii) En el versículo 27, Jesús pasa a demostrar que la preocupación es inútil en cualquier caso. El versículo admite dos sentidos. Puede querer decir que ninguna persona, a base de preocuparse puede añadir un codo a su estatura; pero un codo son 45 centímetros, ¡y seguro que no hay nadie

que quiera añadir 45 centímetros a su estatura! Puede querer decir que ninguna persona, a fuerza de preocuparse, puede alargar su vida un breve espacio; y este sentido es el más probable. Lo que Jesús dice es que la preocupación no tiene sentido en ningún caso.

(iv) Jesús pasa a hablar de las flores (versículos 28-30), y habla como Uno que las ama. Los lirios del campo eran las amapolas y las anémonas escarlatas. Eran flores de un día en las laderas de Palestina; y sin embargo, en su breve vida, se vestían con una belleza que superaba la de los mantos de los reyes. Cuando morían, las usaban para nada mejor que encender el fuego. El detalle es el siguiente. Los hornos de Palestina se hacían de arcilla. Eran como una caja de arcilla colocada sobre unos ladrillos encima del fuego. Cuando se quería subirle la temperatura rápidamente, se echaban unos manojos de hierba y de flores silvestres secas *dentro del* horno, y se les prendía fuego. Las flores no tenían más que un día de vida; y luego les prendían fuego para ayudar a una mujer a calentar el horno cuando estaba cocinando con prisa; y sin embargo Dios las viste con una belleza que está más allá de la capacidad humana de imitar. Si Dios le da tal belleza a una florecilla efímera, ¡cuánto más tendrá cuidado de una persona! No cabe duda que a la generosidad que es tan pródiga con la flor de un día no se le pasará por alto la persona humana, que es la corona de la creación.

(v) Jesús pasa a presentar un argumento fundamental contra la preocupación. La preocupación, dice, es característica de los paganos, y no de los que saben cómo es Dios (versículo 32). La preocupación es en esencia desconfiar de Dios. Tal desconfianza se puede entender en un pagano que cree en un dios celoso, caprichoso e impredecible; pero es incomprensible en una persona que ha aprendido a llamar a Dios con el nombre de Padre. El cristiano no se puede preocupar, porque cree en el amor de Dios.

(vi) Jesús pasa a presentar dos maneras en que se puede derrotar la preocupación. La primera es buscar primero, concentrarse, en el Reino de Dios. Ya hemos visto que estar en el Reino y hacer la voluntad de Dios son una y la misma cosa (*Mateo 6:10*). El concentrarse en hacer, y en aceptar, la voluntad de Dios es la manera de derrotar la preocupación. Sabemos cómo, en nuestra propia vida, un gran amor puede desplazar cualquier otro interés. Una amor así puede inspirar la obra de una persona, intensificar su estudio, purificar su vida, dominar todo su ser. Jesús estaba seguro de que se destierra la preocupación cuando Dios llega a ser el poder dominante de nuestras vidas.

(vii) Por último, Jesús dice que podemos derrotar la preocupación cuando adquirimos el arte de vivir al día (versículo 34). Los judíos tenían un dicho: «No te preocupes por los males del mañana, porque no sabes lo que traerá el día de hoy. Tal vez mañana no estés vivo, y te habrás preocupado por un mundo que ya no será el tuyo.» Si viviéramos cada día como viene, si cumpliéramos cada tarea como se nos presenta, entonces la suma de todos los días no podría ser sino buena. Jesús nos aconseja que atendamos a las demandas de cada día según nos vayan llegando, sin preocuparnos acerca del futuro desconocido y de cosas que a lo mejor no suceden nunca.

LA LOCURA DE LA ANSIEDAD

Mateo 6:25-34 (conclusión)

Veamos ahora si podemos agrupar los argumentos de Jesús en contra de la preocupación.

(i) *La preocupación es innecesaria, inútil y hasta positivamente perjudicial.* La preocupación no puede afectar al pasado, porque el pasado ha pasado. Umar Jayyám estaba lúgubrememente en lo cierto:

El dedo ágil escribe, y habiendo escrito pasa; ni toda la piedad ni la sabiduría le podrán inducir a borrar media línea, ni del mundo las lágrimas a borrar una letra.

El pasado ha pasado. No es que uno pueda o deba disociarse de su pasado; pero debe usarlo como un acicate y una guía para actuar mejor en el futuro, y no como algo que sigue rumiando hasta sumirse en el estrés.

El preocuparse tampoco puede afectar al futuro. Alistair MacLean, en uno de sus sermones, cuenta una historia que había leído. El héroe era un médico de Londres. «Estaba paralizado y reducido a la cama, pero casi incontinentemente alegre, y tenía una sonrisa tan valiente y radiante que hacía que nadie le tuviera lástima. Sus hijos le adoraban; y, cuando uno de sus chicos estaba a punto de dejar el nido para lanzarse a la aventura de la vida, el doctor Greatheart le dio un buen consejo: "Johnny -le dijo-, lo que hay que hacer, chico, es mantener la cabeza bien alta, como un caballero; y ten la bondad de acordarte de que los problemas más gordos que hay que arrostrar son los que nunca se presentan."» El preocuparse por el futuro es trabajo perdido, y el futuro de la realidad rara vez es tan malo como nos lo presentan nuestros miedos.

Pero la preocupación es todavía peor que inútil; a menudo es activamente perjudicial. La dos enfermedades típicas de la vida moderna son la úlcera de estómago y la trombosis coronaria, y en muchos casos ambas son el resultado del estrés. Es un hecho en medicina que el que más ríe es el que tiene una vida más larga. La preocupación que desgasta la mente desgasta también todo el cuerpo. La preocupación afecta el juicio de una persona, reduce sus poderes de decisión y le hace cada vez más incapaz de enfrentarse con la vida. Que cada uno se porte lo mejor posible en cada situación -no se le puede pedir más-, y que Le deje el resto a Dios.

(ii) *La preocupación es ciega.* La preocupación se niega a aprender la lección de *la naturaleza*. Jesús nos invita a fijarnos en los pájaros, y ver la abundancia generosa que hay en la naturaleza, y a poner nuestra confianza en el amor que inspira esa generosidad. La preocupación se niega a aprender la lección de *la Historia*. Hubo un salmista que se animaba al recordar la Historia. < Dios mío, mi alma está abatida en mí -clamaba; y entonces prosigue-: *Por tanto*, me acordaré de Ti desde la tierra del Jordán y del Hermón, desde el monte Mizar» (*Salmo 42:6; cp. Deuteronomio 3: 9 y Salmo 77*). Cuando todo se ponía en contra suya, se animaba con el recuerdo de lo que Dios había hecho. La persona que alimenta su corazón con la historia de lo que Dios ha hecho en el pasado no se angustiara nunca por el futuro. La preocupación se niega a aprender la lección de *la vida*. Todavía estamos vivos y tenemos la cabeza fuera del agua; y todavía, si alguien nos hubiera dicho que teníamos que pasar todo lo que ya hemos pasado, le habríamos dicho que era imposible. La lección que nos da la vida es que, de alguna manera, se nos ha capacitado para soportar lo insoportable y hacer lo imposible y pasar la barrera del dolor sin desintegrarnos. La lección de la vida es que la preocupación es innecesaria.

(iii) *La preocupación es esencialmente atea.* No son las circunstancias externas las que causan la preocupación. En la misma circunstancia, una persona puede estar perfectamente serena, y otra se muere de ansiedad. Tanto la preocupación como la serenidad vienen, no de las circunstancias, sino del corazón. Alistair MacLean cita una historia del místico alemán Taulero. Cierta día, Taulero se encontró con un mendigo. «Que Dios te dé un buen día, amigo,» le dijo; y el mendigo le contestó: «Gracias a Dios, no he tenido nunca un mal día.» Entonces Taulero le dijo: «Que Dios te dé una vida feliz, amigo.» « Gracias a Dios -dijo el mendigo-, siempre soy feliz.» Taulero le dijo sorprendido: < ¿Qué quieres decir?» «Bueno -dijo el mendigo-, cuando hace bueno, doy gracias a Dios; cuando llueve, doy gracias a Dios; cuando tengo bastante, doy gracias a Dios; cuando tengo hambre, doy gracias a Dios; y puesto que la voluntad de Dios es mi voluntad, y lo que a El Le agrada me agrada a mí, ¿por qué iba yo a decir que no soy feliz cuando lo soy?» Taulero se le quedó mirando alucinado, y le preguntó: « ¿Quién eres tú?» «Soy un rey,» le contestó el mendigo. Taulero le preguntó: «¿Y dónde está tu reino?» Y el mendigo le contestó tranquilamente: «*En mi corazón.*»

Ya lo dijo Isaías hace mucho tiempo: « Tu guardarás en perfecta paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera, porque en Ti ha confiado» (*Isaías 26:3*). Como decía la mujer del Norte: «Yo soy siempre feliz; y mi secreto es navegar siempre los mares, y mantener mi corazón en el puerto.»

Puede que haya pecados más graves que la preocupación, pero seguro que no hay ninguno que incapacite más. « No penséis angustiosamente en el mañana» -es el mandamiento de Jesús; y es el camino, no solo a la paz, sino también al poder.

EL ERROR DE JUZGAR

Mateo 7:1-5

No juzguéis a otras personas, para que no os juzguen a vosotros; porque el baremo que apliquéis a otros os la aplicarán a vosotros, y con la medida que midáis a otros os medirán a vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota de polvo que tiene tu hermano en un ojo, y no te das cuenta de que tienes una viga en el tuyo? ¿Cómo le vas a decir a tu hermano: «Déjame que te quite la mota de polvo que tienes en el ojo», cuando tienes una viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Quítate primero la viga que tienes en tu ojo, y entonces verás bien para quitarle a tu hermano la mota de polvo que tiene en el suyo.

Cuando Jesús hablaba así, como lo hizo tan frecuentemente en el Sermón del Monte, estaba usando palabras e ideas familiares en los pensamientos elevados de los judíos. Muchas veces los rabinos habían advertido del peligro de juzgar a los demás. « El que juzga a su prójimo favorablemente -decíansená juzgado favorablemente por Dios.» Establecían que había seis grandes buenas obras que le daban crédito a una persona en este mundo y provecho en el mundo venidero: el estudio, el visitar a los enfermos, la hospitalidad, la práctica de la oración, la educación de niños en la Ley, y *el pensar siempre lo mejor de los demás*. Los judíos sabían que la benevolencia en el juicio es, además de un gesto sumamente simpático, nada menos que un deber sagrado.

Uno habría creído que éste sería un mandamiento fácil de obedecer, porque la Historia está alfombrada de recuerdos de los más sorprendentes errores de juicio. Ha habido tantos que se habría podido pensar que esto sería una advertencia para no juzgar en absoluto.

Así ha pasado, por ejemplo, en la historia de la literatura. En la *Edinburgh Review* de noviembre de 1814, Lord Jeffrey hizo una revista del poema recién publicado de Wordsworth *The Excursion*, en la que dictaba la ya famosa, o infame, sentencia: « No servirá nunca para nada.» En una revista del *Endymion* de Keats, *The Quarterly* se pronunciaba en tono paternalista: «Una cierta medida de talento que merecería aplicarse como es debido.»

Una y otra vez, hombres y mujeres que han llegado a ser famosos han sido tratados como nulidades. En su autobiografía, Gilbert Frankau cuenta que, en tiempos de la Reina Victoria, la casa de su madre tenía un salón donde se reunían las personas más brillantes. Su madre se encargaba de programar el entretenimiento de sus huéspedes. Una vez contrató a una joven soprano australiana. Después que cantó, la madre de Frankau dijo: « **¡Qué voz tan horrible!** ¡Habría que ponerle un bozal para que no volviera a cantar más!» La joven soprano era Nellie Melba.

El propio Gilbert Frankau estaba montando una comedia. Mandó buscar en una agencia teatral un joven actor que hiciera el papel principal. El joven fue sometido a una entrevista y a una prueba. Después, Gilbert Frankau le dijo por teléfono al agente: «Este hombre no vale para nada. No sabe actuar, y nunca podrá actuar, y lo mejor que puedes hacer es decirle que se busque otra profesión para no morirse de hambre. Por cierto, dime otra vez su nombre para que lo tache de mi lista.» El actor era Ronald Colman, que llegó a ser uno de los más famosos actores de cine de todos los tiempos.

Una y otra vez ha habido personas que han cometido los más flagrantes errores morales de juicio. Collie Knox cuenta lo que les sucedió a él y a un amigo. Él había quedado malherido en un accidente aéreo mientras servía en las fuerzas aéreas británicas. Su amigo había recibido una condecoración en el palacio de Buckingham por su valor. Iban vestidos corrientemente y estaban comiendo juntos

en un famoso restaurante de Londres, cuando llegó una chica y le dio a cada uno una pluma blanca -el emblema de la cobardía.

Será difícil encontrar alguien que no haya sido culpable de algún grave juicio erróneo; o que lo haya sufrido de otras personas. Y sin embargo, lo raro es que no habrá otro mandamiento de Jesús que se olvide o quebrante con más frecuencia.

SÓLO DIOS PUEDE JUZGAR

Mateo 7:1-5 (conclusión)

Hay tres grandes razones para no juzgar a nadie.

(i) Nunca conocemos totalmente los hechos o a la persona.

Hace mucho, el famoso rabí Hil. le dijo: «No juzgues a nadie hasta que hayas estado tú en sus mismas circunstancias o situación.» Nadie conoce la fuerza de las tentaciones de otro. Uno que tenga un temperamento plácido y equilibrado no sabe nada de las tentaciones de otro que tenga un genio explosivo y unas pasiones volcánicas. Una persona que se haya criado en un buen hogar y en círculos cristianos no sabe nada de las tentaciones de la que se ha criado en una chabola, o entre gente del hampa. Un hombre que haya tenido buenos padres no sabe nada de las tentaciones del que ha recibido de los suyos un mal ejemplo y una mala herencia. El hecho es que, si supiéramos lo que algunas personas tienen que pasar, en vez de condenarlas, nos admiraríamos el que hubieran conseguido ser tan buenas como son.

Y todavía conocemos menos a la persona total. En un cúmulo de circunstancias, una persona puede ser vulgar y desagradable, mientras que en otro entorno esa misma persona sería una torre de gracia y fortaleza. Mark Rutherford nos presenta en una de sus novelas a un hombre que se casó por segunda vez. Su mujer también había estado casada antes, y tenía una hija adolescente. La hija parecía una criatura desagradable, sin una pizca de atractivo. El hombre no la podía entender. Entonces, inesperadamente, la madre se puso enferma. Inmediatamente se produjo una transformación en la hija. Se convirtió en una perfecta enfermera, la encarnación del servicio y de la devoción incansable. Su hosquedad se iluminó repentinamente con un fulgor radiante, y apareció en ella una persona que nadie habría soñado que estuviera allí.

Hay una clase de cristal, el espato de labrador que, a primera vista está turbio y sin brillo; pero si se va moviendo poco a poco, se llega de pronto a una posición en la que la luz le penetra de cierta manera y centellea con una belleza casi deslumbrante. Hay personas que son así. Pueden resultar antipáticas simplemente porque no las conocemos del todo. Hay algo bueno en todo el mundo. Nuestro deber es no condenar ni juzgar por lo que aparece a la superficie, sino buscar la belleza interior. Eso es lo que querríamos que los demás hicieran con nosotros, y lo que debemos hacer con ellos.

(ii) A todos nos es prácticamente imposible el ser estrictamente imparciales en nuestros juicios. Una y otra vez presentamos reacciones instintivas e irracionales con la gente.

Se dice que a veces, cuando los griegos tenían un juicio particularmente importante y difícil, lo tenían a oscuras para que ni el juez ni el jurado pudieran ver a la persona que juzgaban, para que no fueran influenciados nada más que por los hechos del caso.

Montaigne tiene una historia macabra en uno de sus ensayos. Hubo un juez persa que había dado un veredicto parcial bajo la influencia del soborno. Cuando el rey Cambises descubrió lo que había sucedido, mandó ejecutar al juez. Luego mandó que le quitaran la piel al cadáver para conservarla; y tapizó con ella el sillón en que se sentaban los jueces en el tribunal para dictar sentencia, para que les recordara que no debían permitir nunca que ningún prejuicio o consideración personal, y menos el cohecho, afectara jamás sus veredictos.

Sólo una persona totalmente imparcial tendría derecho a juzgar. No le es posible a la naturaleza humana ser completamente imparcial. Sólo Dios puede juzgar.

(iii) Pero fue Jesús Quien estableció la razón suprema por la que no debemos juzgar a los demás. *Nadie es lo bastante bueno para juzgar a otro.* Jesús hace la caricatura de un hombre que tiene una viga metida en un *ojo*, que se ofrece para quitarle una mota de polvo que tiene otro en el *ojo*. El humor de esa escena provocaría una carcajada que grabaría la lección indeleblemente.

Sólo uno que no tuviera ninguna falta tendría derecho a buscarles a los demás las suyas. Nadie tiene derecho de criticar a otro a menos que por lo menos esté preparado a intentar hacer mejor lo que critica. En todos los partidos de fútbol o del deporte que sea están las gradas llenas de críticos violentos que harían un pobre papel si bajaran al terreno de juego. Todas las asociaciones y todas las iglesias están llenas de personas dispuestas a criticar desde sus puestos, y aun sillones, de miembros, pero que no están dispuestos a asumir ninguna responsabilidad. El mundo está lleno de personas que reclaman su derecho a criticarlo todo y a mantener su independencia cuando se trata de arrimar el hombro.

Nadie tiene derecho a criticar a otro si no está dispuesto a ponerse en la misma situación. No hay nadie que sea suficientemente bueno para tener derecho a criticar a otros.

Tenemos de sobra que hacer para poner en orden cada uno su propia vida sin ponernos a ordenar criticonamente las de los demás. Haríamos bien en concentrarnos en nuestros propios defectos, y dejarle a Dios los de los demás.

LA VERDAD Y EL OIDOR

Mateo 7: 6

No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que os las pisoteen, y encima se vuelvan contra vosotros y os despedacen.

Este es un dicho difícil de Jesús porque, a primera vista, parece demandar un exclusivismo que es lo opuesto al mensaje cristiano. De hecho, es un dicho que se usó de dos maneras en la Iglesia Primitiva.

(i) Lo usaron los judíos, que creían que los dones y la gracia de Dios eran solo para ellos. Lo usaron los judíos que eran enemigos de Pablo, que trataban de imponer que los gentiles se circuncidaran y asumieran toda la Ley y se hicieran judíos para poder ser cristianos. Era sin duda in texto que se podía usar -y abusar- en interés del exclusivismo judío.

(ü) La Iglesia Primitiva usaba este texto con un sentido especial. La Iglesia Primitiva estaba amenazada desde dos frentes. Uno era *exterior*: la Iglesia Primitiva era una isla de pureza cristiana rodeada por un mar de inmoralidad pagana, y estaba siempre en peligro de contraer la infección del mundo circundante. La otra amenaza era *interior*. En aquellos días se pensaban a fondo las cosas, y era inevitable que a algunos sus especulaciones los llevaran por senderos de herejía; había algunos que trataban de llegar a una componenda entre el Evangelio y el pensamiento pagano, y así llegar a algún tipo de síntesis que incluyera a ambos. Si la Iglesia Cristiana había de sobrevivir, tenía que defenderse tanto del peligro exterior como del interior, o habría quedado reducida a una de tantas religiones que competían en el imperio romano.

En particular, la Iglesia Primitiva tenía mucho cuidado con los que admitía a la Mesa del Señor, y con ese contexto se asoció este versículo. La celebración de la Comunión empezaba con las palabras: «Las cosas santas son para los santos.» Teodoreto cita lo que dice ser un dicho de Jesús: «Mis misterios son Míos y de Mi pueblo.» *Las Constituciones Apostólicas* establecen que el diácono debe decir al principio del culto de Comunión: «Que ninguno de los catecúmenos -es decir, los que

están preparándose para llegar a ser miembros-, ni de los oyentes -es decir, los que han venido al culto porque tienen interés en el Evangelio, pero aún no son cristianos-, ni de los incrédulos, ni de los herejes, permanezca aquí.» Se hacía lo que se llamaba «vallar la Mesa» para todos los que no fueran cristianos consagrados. *La Didajé* -o, para darle su nombre completo, *La Enseñanza de los Doce Apóstoles*, que se remonta al año 100 d.C. y que es el primer libro de orden de la Iglesia Cristiana-, establecía: «Que nadie coma o beba de tu Eucaristía excepto los bautizados en el nombre del Señor; porque, en relación con esto, el Señor ha dicho: "No deis lo santo a los perros."» Tertuliano se quejaba de que los herejes admitían a toda clase de gente, aun a paganos, a la Mesa del Señor; y que, al hacerlo, «echarán a los perros lo que es santo, y las perlas (aunque ciertamente no son auténticas) a los cerdos» (*De Praescriptione* 41).

En todos estos ejemplos se usa este texto como base para la exclusión. No era que la Iglesia no tuviera una proyección misionera; la Iglesia original estaba inflamada por el deseo de ganar almas; pero también era plenamente consciente de la necesidad imperiosa de mantener la pureza de la fe, no fuera que el Cristianismo fuera gradualmente asimilado y finalmente deglutido por el paganismo circundante.

Es fácil comprender el uso *coyuntural* de este texto; pero debemos tratar de descubrir también su sentido *permanente*.

ALCANZANDO A LOS QUE NO ESTÁN PREPARADOS PARA OÍR

Mateo 7:6 (conclusión)

Es posible hasta cierto punto que este dicho de Jesús se haya alterado accidentalmente en la transmisión. Es un ejemplo excelente de la costumbre hebrea del paralelismo que ya hemos encontrado (*Mateo 6:10*). Devolvámosle su forma natural:

No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos.

Con la excepción de una sola palabra, el paralelismo es perfecto. *Dar* es el paralelo de *echar*; *perros*, de *cerdos*; pero *lo santo* no corresponde naturalmente a *perlas*. Ahí el paralelismo se quiebra. Pero resulta que hay dos palabras hebreas que son muy parecidas, especialmente si recordamos que en hebreo no se escriben las vocales. La palabra para *santo* es *qadós* (QDS), y la palabra aramea para *pendientes* es *qadasá* (QDS). Las consonantes son exactamente las mismas, y en la ortografía hebrea antigua las palabras serían idénticas. Y además, en el *Talmud* «*un pendiente en el hocico de un cerdo*» es una frase proverbial para algo totalmente incongruente y fuera de lugar. No es ni mucho menos imposible que la expresión original fuera:

No les deis un pendiente a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos.

En ese caso el paralelismo sería perfecto.

Si era ese el sentido original de la frase, querría decir sencillamente que hay algunas personas que no están preparadas, que no son capaces de recibir el mensaje que la Iglesia está tan dispuesta a dar. En tal caso no sería una expresión exclusivista, sino la presentación de una dificultad práctica en la comunicación con la que se encuentra el predicador en cada generación. Es absolutamente cierto que hay ciertas personas a las que resulta imposible impartir verdad. Tiene que suceder algo en ellos para que puedan recibir enseñanza espiritual. Hay de hecho un dicho rabínico: «Lo mismo que no hay que enseñarle un tesoro a todo el mundo, así sucede con

las palabras de la Ley; uno no puede profundizar en ellas excepto en la compañía de personas idóneas.»

Esto es realmente una verdad universal. No podemos hablar de todos los temas con todas las personas. En un grupo de amigos, podemos sentarnos y hablar de nuestra fe; podemos dejar que nuestras mentes emprendan investigación y aventura; podemos hablar de lo que nos resulta confuso o alucinante; y podemos dejar que nuestras mentes vayan por caminos de especulación. Pero, si entra en ese grupo una persona de mentalidad inquisitorial, puede que nos ponga la etiqueta de herejes peligrosos; o si entra una persona sencilla y sin complicaciones, podríamos escandalizarla o inquietarla. Una película de medicina puede abrirle los ojos a una experiencia valiosa y saludable; pero a otro le podría parecer obscena y peligrosa. Se dice que una vez estaban el doctor Johnson y un grupo de amigos hablando y gastándose bromas, porque tenían confianza. Johnson vio acercarse a una criatura desagradable. «Guardemos silencio -dijo-: se acerca un estúpido.»

Así que hay algunas personas que no pueden recibir la verdad cristiana. Puede que tengan la mente cerrada; puede que hayan tenido un trato brutal, y tengan la mente cubierta con una película de cieno; puede que hayan llevado una vida que les ha oscurecido la capacidad de ver la verdad; puede que sean burlones crónicos de todo lo espiritual, y puede que sea, y esto es frecuente, que ellos y nosotros no tengamos un terreno común en el que nos podamos entender.

Una persona puede entender solamente aquello que está preparada para entender. No es a cualquiera al que le podemos destapar los secretos de nuestro corazón. Siempre hay personas a las que sería necedad predicar el Evangelio, en cuyas mentes la verdad, expresada con palabras, encontraría una barrera infranqueable.

¿Qué se puede hacer con esas personas? ¿Las tenemos que dejar por imposibles? ¿Hay que excluirlas sin más del mensaje cristiano? Lo que no pueden hacer las palabras lo puede hacer a menudo la vida. Una persona puede ser completamente ciega e impermeable al mensaje cristiano en palabras, pero no tendría nada que oponer a la demostración de una vida cristiana.

Cecil Northcott cuenta en *Una Epifanía moderna* una discusión entre jóvenes en un campamento en el que están conviviendo representantes de muchas naciones. «Una noche húmeda, los del campamento estaban discutiendo varias maneras de hablarle de Cristo a la gente. Se volvieron a una chica africana. "María -le preguntaron-, ¿qué hacéis en tu país?" "Oh -contestó María-, no tenemos misioneros, ni repartimos folletos. Simplemente *enviamos* a una o dos familias cristianas a vivir y trabajar en esa aldea y, cuando la gente ve cómo son los cristianos, quieren ser cristianos también ellos."» A fin de cuentas, el único argumento incontestable es el de la vida cristiana.

A menudo es imposible hablar con ciertas personas acerca de Jesucristo. Su insensibilidad, su ceguera moral, su orgullo intelectual, su sarcasmo cínico, la película que los empaña, los hacen impermeables a las palabras acerca de Jesucristo. Pero siempre es posible mostrarles a Cristo a las personas; y la debilidad de la Iglesia no está en la falta de argumentos doctrinales, sino en la falta de vidas cristianas.

LA CARTA MAGNA DE LA ORACIÓN

Mateo 7:7-11

Seguid pidiendo hasta que se os dé; seguid buscando hasta que encontréis; seguid llamando hasta que os abran. Porque el que pide de esta manera, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre.

¿Qué hombre hay que, si su hijo le pide pan, va y le da una piedra? ¿O, si le pide pescado, le dé una serpiente? Pues si vosotros, que sois mezquinos, sabéis darles cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más les dará vuestro Padre celestial cosas buenas a los que Le piden!

Cualquier persona que se pone a orar quiere saber la clase de Dios al Que se dirige. Quiere saber en qué clase de atmósfera se oirán sus oraciones. ¿Estará orando a un Dios mezquino al Que hay que sacarle los dones con sobornos? ¿Estará orando a un Dios sarcástico, Que nos dé dones de doble filo? ¿Estará orando a un Dios Cuyo corazón es tan amable Que está más dispuesto a darnos de lo que nosotros estamos a pedirle?

Jesús vino de una nación que amaba la oración. Los rabinos judíos dijeron las cosas más preciosas acerca de la oración. «Dios está tan cerca de Sus criaturas como lo está el oído de la boca.» «Los seres humanos apenas podemos oír a dos personas que están hablando al mismo tiempo; pero Dios, si todo el mundo Le estuviera invocando al mismo tiempo, oiría el clamor de cada uno.» « A las personas les fastidia que las molesten sus amigos con peticiones; pero Dios, siempre que Le exponemos nuestras necesidades y peticiones, cada vez nos ama más.» Jesús se había educado en el amor de la oración; y en este pasaje nos da la carta magna cristiana de la oración.

El argumento de Jesús es muy sencillo. Uno de los rabinos judíos preguntaba: «¿Hay algún hombre que aborrezca alguna vez a su hijo?» El argumento de Jesús es que ningún padre le niega nunca a su hijo lo que le pide; y Dios, el gran Padre no les negará jamás sus peticiones a Sus hijos.

Los ejemplos de Jesús están maravillosamente seleccionados. Pone tres ejemplos -porque *Lucas* añade un tercero a los dos que da *Mateo*. Si un hijo pide un panecillo, ¿le va a dar su padre una piedra? Si un hijo pide un pescado, ¿le va a dar su padre una serpiente? Si un hijo pide un huevo, ¿le va a dar su padre un alacrán? (*Lucas 11:12*). El detalle está en que en cada caso las dos cosas que se citan tienen una cierta semejanza externa.

Los pequeños y redondos cantos rodados calizos de la orilla tenían exactamente la forma y el color de panecillos. Si un hijo pide pan, ¿se va a burlar de él su padre ofreciéndole una piedra, que parece un panecillo pero que no se puede comer?

Si un hijo pide un pescado, ¿le va a dar su padre una serpiente? Es casi seguro que *la serpiente* sería *una anguila*. Según las leyes alimentarias judías, las anguilas no se podían comer, porque eran peces inmundos. «Tendréis por inmundo todo lo que en las aguas no tiene aletas y escamas» (*Levítico 11:12*). Esa disposición descartaba la anguila como comestible. Si un hijo pide un pescado, ¿le va a dar su padre un pescado, sí, pero un pescado que está prohibido comer? ¿Se va a burlar un padre del hambre de su hijo de esa manera?

Si el hijo pide un huevo, ¿le va a dar su padre un alacrán? El alacrán es un animalejo peligroso. En acción se parece bastante a una langosta pequeña, con pinzas con las que sujeta a sus víctimas. El veneno lo lleva en la cola, que voltea hacia delante para liquidar a su víctima. El veneno puede ser sumamente doloroso, y algunas veces hasta mortal. Cuando el alacrán está descansando tiene las pinzas y la cola recogidas hacia dentro, y hay una clase blanca de alacrán que, cuando está enroscado, se parece totalmente a un huevo. Si un hijo pide un huevo, ¿se va a burlar de él su padre dándole un alacrán vivo?

Dios no desoye nunca nuestras oraciones; ni se burla de ellas. Los griegos tenían leyendas de dioses que contestaban las oraciones de los humanos, pero dándoles cosas que ocultaban un anzuelo, o tenían doble filo. Aurora, la diosa del alba, se enamoró del joven mortal Titón según una leyenda. Zeus, el rey de los dioses, le ofreció a Aurora el don que eligiera para su amante mortal. Ella, naturalmente, escogió que Titón fuera inmortal; pero se le olvidó pedir que Titón fuera siempre joven; así es que Titón se iba haciendo cada vez más viejo y no se podía morir, y el don resultó ser una maldición.

Aquí hay una lección: Dios contestará siempre nuestras peticiones, *pero a Su manera, y Su manera* será la de la perfecta sabiduría y el perfecto amor. A menudo, si contestara nuestras peticiones como queremos en ese momento, sería lo peor para nosotros, porque en nuestra

ignorancia pedimos muchas veces cosas que serían nuestra ruina. Este dicho de Jesús nos enseña, no sólo que Dios contesta, sino que Dios contesta con sabiduría y amor.

Aunque ésta es la carta magna de la oración, nos impone ciertas obligaciones. En griego hay dos clases de imperativo; está el imperativo *aoristo*, que formula una orden definida. «¡Cierra la puerta cuando entres!» Eso sería un imperativo *aoristo*. Y está el imperativo *presente*, que formula una orden de hacer algo siempre, o seguir haciéndolo. «Cierra la puerta siempre que entres» sería un imperativo presente. Los imperativos aquí son imperativos *presentes*; por tanto Jesús está diciendo: «Sigue pidiendo; persiste en buscar; insiste en llamar.» Nos está diciendo que seamos constantes en la oración; que no nos desanimemos nunca y dejemos de orar. Está claro que esa es la prueba de nuestra sinceridad. ¿Queremos de veras lo que pedimos? ¿Se trata de algo que podemos presentar-le a Dios insistentemente? Porque la mayor prueba de legitimidad de nuestro deseo es: ¿Puedo presentárselo a Dios en oración?

Jesús establece aquí los hechos gemelos de que Dios siempre contesta nuestras oraciones *a Su manera*, con sabiduría y amor y de que debemos ofrecerle a Dios una vida de oración indesmallable, lo que pone a prueba la legitimidad de las cosas que Le pedimos, y nuestra propia sinceridad en pedir las.

EL EVEREST DE LA ÉTICA

Mateo 7:12

Por tanto, todo lo que queráis que los demás hagan por vosotros, hacedlo vosotros por ellos; porque esto es la Ley y los Profetas.

Esta es probablemente la cosa más universalmente famosa que dijo Jesús. Con este mandamiento el Sermón del Monte alcanza su cima. Este dicho de Jesús se ha llamado «la piedra clave de todo el discurso.» Es la cima más alta de la ética social, y el Everest de toda la enseñanza ética.

Se pueden citar paralelos rabínicos para casi todo lo que dijo Jesús en el Sermón del Monte; pero este dicho de Jesús no tiene paralelo. Es algo que no se había dicho nunca antes. Es nueva enseñanza, y una manera nueva de ver la vida, con sus obligaciones.

No es difícil encontrar muchos paralelos de este dicho en su forma negativa. Como ya hemos visto, hubo dos maestros judíos famosísimos. Uno era Sammay, famoso por su austeridad a ultranza; y el otro Hil.lél, famoso por su dulce comprensión. Los judíos contaban la siguiente anécdota: «Un pagano vino a Sammay y le dijo: "Estoy dispuesto a que me aceptéis como prosélito a condición de que me enseñes toda la Ley mientras yo me mantenga sobre una pierna." Sammay se le quitó de encima con la regla que llevaba en la mano. Luego el pagano fue a Hil.lél, que le recibió como prosélito. Le dijo: "Lo que no te gustaría que te hicieran, no se lo hagas a nadie; eso es toda la Ley, y lo demás es comentario. Ve y aprende."» Aquí tenemos la Regla de Oro en su forma negativa.

En el *Libro de Tobías* hay un pasaje en el que el anciano Tobías le enseña a su hijo todo lo que le hace falta para la vida. Una de sus máximas es: «Lo que no te gusta, no se lo hagas a nadie» (*Tobías 4:16*).

Hay una obra judía que se llama *La Carta de Aristeas*, que pretende ser el informe de los eruditos judíos que fueron a Alejandría para traducir las Escrituras hebreas al griego, y produjeron la Septuaginta. El rey de Egipto les hizo un banquete en el que les dirigió algunas preguntas difíciles. «¿Cuál es la enseñanza de la sabiduría?» -preguntó. Un erudito judío le contestó: «Como tú quieres que no te sobrevenga ningún mal, sino participar de todas las cosas buenas, así debes actuar sobre el mismo principio con tus súbditos y ofensores, y amonestar suavemente a los nobles y a los

buenos. Porque Dios atrae a todos los seres humanos a Sí mismo con Su benignidad» (*La Carta de Aristeas 207*).

Rabí Eliezer se acercó más a la formulación de Jesús cuando dijo: «Que la honra de tu marido te sea tan querida como la tuya propia.» El salmista también lo presentó en una forma negativa cuando dijo que sólo el que no hace mal a su prójimo tiene acceso a Dios (*Salmo 15:3*).

No es difícil encontrar esta regla en la enseñanza judía en su forma *negativa*; pero no tiene paralelo en la forma *positiva* que le dio Jesús. Lo mismo pasa en la enseñanza de otras religiones. La forma negativa es uno de los principios básicos de Confucio. Tsze-Kung le preguntó: «¿Hay alguna palabra que pueda servir de regla de conducta para toda la vida?» Confucio dijo: « ¿No sería tal palabra *reciprocidad*? Lo que no quieres que te hagan, no se lo hagas a otros.»

Hay algunas líneas hermosas en los *Himnos de la Fe* budista que se acercan mucho a la enseñanza cristiana:

Todos tiemblan a la vara, pues todos temen la muerte; poniéndote en el lugar de otros, ni mates ni hagas matar.

Todos tiemblan a la vara, y todos aman la vida; haciendo como quieres que te hagan, ni mates ni hagas matar.

Lo mismo tenían los griegos y los romanos. Y Sócrates nos relata que el rey Nicocles aconsejaba a sus oficiales: «No hagáis a otros lo que os irrita cuando lo experimentáis a manos de otras personas.» Epicteto condenaba la esclavitud sobre el principio siguiente: « Lo que vosotros evitáis padecer, no tratéis de infligírselo a otros.» Los estoicos tenían como una de sus máximas básicas: « Lo que no quieres que se te haga, no se lo hagas a otro.» Y se dice que el emperador Alejandro Severo tenía esa frase tallada en las paredes de su palacio para no olvidarla nunca como regla de vida.

En su forma negativa, ésta regla es de hecho la base de toda enseñanza ética, pero nadie más que Jesús la puso nunca en su forma positiva. Muchas voces habían dicho: « No hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti.» Pero no se había oído decir nunca: «Todo lo que queráis que los demás hagan por vosotros, hacedlo vosotros por ellos.»

LA REGLA DE ORO DE JESÚS

Mateo 7:12 (conclusión)

Veamos hasta qué punto la forma positiva de la regla de oro difiere de la forma negativa; y veamos cuánto más demanda Jesús que ningún otro maestro.

Cuando esta regla se pone en su forma negativa, cuando se nos dice que debemos resistirnos a hacer a los demás lo que no querríamos que nos hicieran a nosotros, ésta no es una regla esencialmente religiosa. Es sencillamente una formulación de sentido común sin la cual no sería posible ningún trato social en absoluto. Sir Thomas Browne dijo una vez: «Siempre que nos encontramos con una persona, esperamos que no nos mate.» En cierto sentido, eso es cierto; pero, si no pudiéramos dar por sentado que la conducta y el comportamiento de otras personas hacia nosotros se ajustaría a los baremos aceptados de la vida civilizada, entonces la vida resultaría insoportable.

La forma negativa de la Regla de Oro no es ningún extra en ningún sentido; es algo sin lo cual la vida no podría continuar.

Además, la forma negativa de la Regla no implica nada más que *no* hacer ciertas cosas; quiere decir abstenerse de ciertas acciones. Nunca es demasiado difícil *no* hacer ciertas cosas. Que no debemos hacer daño a otras personas no es un principio especialmente religioso; es más bien un

principio legal. Es la clase de principio que podría muy bien cumplir una persona que no tuviera ninguna fe ni ningún interés en la religión. Una persona podría abstenerse siempre de causar ningún daño a ninguna otra persona, y serles sin embargo totalmente inútil a sus semejantes. Una persona podría cumplir la forma negativa de la Regla mediante la simple inacción; no haciendo nada que la quebrantara. Una bondad así sería la contradicción de todo lo que quiere decir la bondad cristiana.

Cuando se formula esta Regla en sentido positivo, cuando se nos dice que debemos actuar activamente con los demás como querríamos que ellos actuaran con nosotros, entra un nuevo principio en la vida y una nueva actitud hacia nuestros semejantes. Una cosa es decir: «No debo hacer daño a nadie; no debo hacerles lo que no me gustaría que me hicieran.» Eso, la ley nos podría obligar a cumplirlo. Pero es totalmente otra cosa el decir: «Debo dejar lo que esté haciendo para ayudar a otras personas y ser amable con ellos, como me gustaría que ellos hicieran y fueran conmigo.» Eso, sólo el amor nos puede obligar a hacerlo. La actitud que dice: «No debo hacerle daño a nadie,» es algo totalmente distinto de la actitud que dice: «Debo procurar por todos los medios ayudar a la gente.»

Para poner un ejemplo muy sencillo: Si uno tiene un coche, la ley le obliga a conducirlo de tal manera que no sea un peligro para los demás; pero no le puede obligar a llevar a un peatón cansado. Es bien simple abstenerse de hacer daño a otros; no es tan difícil respetar sus principios y sus sentimientos, y es mucho más difícil tener por norma voluntaria y constante el dejar lo nuestro para ser tan amables con los demás como querríamos que ellos lo fueran con nosotros.

Y sin embargo es precisamente esa nueva actitud la que hace que la vida sea hermosa. Jane Stoddart cita un incidente de la vida de W. H. Smith: «Cuando Smith estaba en el Ministerio de la Guerra, su secretario particular Mr. Fleetwood Wilson se dio cuenta de que al final del trabajo de una semana, cuando su jefe estaba preparándose para ir a Groenlandia el sábado por la tarde, solía hacer un paquete de los papeles que tenía que llevarse, para llevárselos en su viaje. Mr Wilson comentó que el señor Smith se podría ahorrar mucho trabajo si hiciera lo que tenían costumbre de hacer los otros ministros: dejar los papeles para que se los enviaran por vía diplomática. Pero el señor Smith pareció avergonzado por un momento; y luego, levantando la vista hacia su secretario, le dijo: "Bien, mi querido Wilson, el hecho es que el cartero que nos trae las cartas desde Henley lleva mucho peso. Yo me le quedé mirando una mañana, que se acercaba con todo lo mío además de su cartera de costumbre, y decidí ahorrárselo siempre que pudiera."» Un detalle así muestra bien a las claras una cierta actitud para con otras personas: la de creer que debemos tratarlas, no como la ley nos permite, sino como el amor nos demanda.

Es perfectamente posible para un hombre del mundo el observar la forma negativa de la Regla de Oro. Podría disciplinar su vida sin grandes dificultades para no hacer a los demás lo que no querría que le hicieran ellos; pero la única persona que puede tan siquiera empezar a observar la forma positiva de la Regla es la que tiene el amor de Cristo en su corazón. Tratará de perdonar, como quisiera que la perdonaran a ella; de ayudar, como querría que la ayudaran; de alabar, como querría que la alabaran; de comprender, como querría que la comprendieran. Nunca evitará el hacer lo que sea; estará siempre buscando cosas que hacer. Está claro que esto le complicará mucho la vida; que tendrá menos tiempo para hacer lo que le gusta y sus propias actividades, porque una y otra vez tendrá que dejar lo que esté haciendo para ayudar a otra persona. Este será el principio que domine su vida en casa, en el trabajo, en el autobús, en el mercado, en la calle, en el tren, en los juegos... en todas partes. No podrá hacerlo perfectamente hasta que se le seque y se le muera el yo dentro del corazón. Para obedecer este mandamiento uno tiene que llegar a ser una nueva criatura, con un nuevo centro en su vida; y si el mundo estuviera compuesto de personas que trataran de obedecer esta Regla, sería un mundo nuevo.

Mateo 7:13-14

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta de acceso, y amplio el camino que conduce a la desgracia, y hay muchos que pasan por ellos; pero estrecha es la puerta, y difícil el camino que conduce a la vida, y son pocos los que los encuentran.

La vida tiene siempre una cierta cualidad dramática; porque, como se ha dicho: «Todas las posibilidades se concentran en las encrucijadas.» En cualquier instante de la vida, la persona se enfrenta con una alternativa; y no puede nunca evitar el tener que elegir, porque no se puede quedar parado. Tiene que seguir un camino u otro. Por eso, siempre ha sido una de las supremas misiones de las grandes personalidades de la Historia el confrontar a las gentes con la elección inevitable. Cuando se le acercaba el fin, Moisés le dijo al pueblo: «Fíjate que te he puesto delante hoy la vida y el bien, y la muerte y el mal... escoge la vida, para que podáis vivir tú, y tu descendencia» (*Deuteronomio 30:15-20*). Cuando Josué estaba deponiendo su liderato de la nación al final de su vida, les presentó la misma alternativa: «Escoged hoy a quién vais a servir» (*Josué 24:15*). Jeremías oyó la voz de Dios que le decía: « Y a este pueblo dirás: Así dice el Señor: Mirad, Yo os presento el camino de la vida, y el camino de la muerte» (*Jeremías 21:8*).

Esta es la alternativa que Jesús nos presenta en este pasaje. Hay un camino espacioso y fácil, y son muchos los que lo siguen; pero acaba en desgracia. Hay otro camino, estrecho y difícil, y son pocos los que lo recorren; pero su destino es la vida. Cebes, el discípulo de Sócrates, escribe en *Tabula*: «¿Ves una puertecita, y un camino al otro lado de la puerta que no está muy transitado, sino con pocos viajeros? Ese es el que conduce a la verdadera instrucción.» Examinemos las diferencias entre los dos caminos.

(i) Hay una diferencia entre *el camino difícil* y *el camino fácil*. No hay camino fácil que conduzca a la grandeza; la grandeza es siempre el resultado del esfuerzo. El antiguo poeta griego Hesíodo escribe: « La maldad se puede tener en abundancia fácilmente; suave es la carretera, y vive muy cerca; pero delante de la virtud han puesto el sudor los dioses inmortales.» Epicarmo dijo: «Los dioses nos exigen esfuerzo como el precio de todas las cosas buenas.» «Bellaco -advierte-, no aspire a las cosas fáciles, no sea que heredes las difíciles.»

Una vez Edmund Burke hizo un gran discurso en la Cámara de los Comunes. Después se vio a su hermano Richard Burke sumido en profundos pensamientos. Le preguntaron en qué estaba pensando, y contestó: «Estaba preguntándome cómo es que Ned se las ha agenciado para monopolizar todos los talentos de nuestra familia; y entonces me acordé de que, cuando estábamos jugando, él estaba estudiando o trabajando.» Aun cuando se hace algo con una apariencia de facilidad, esa facilidad es el producto de una labor concentrada y constante. La habilidad del maestro al piano, o del campeón en el campo de golf no se adquirió sin sudor y lágrimas. No ha habido nunca otro camino a la grandeza que el del trabajo y el esfuerzo, y lo que prometa un camino más fácil es una fantasía y una red.

(ii) Hay una diferencia entre *el camino largo* y *el corto*. Rara vez surge nada completo y perfecto en un abrir y cerrar de ojos, pero mucho más a menudo la grandeza es el resultado de una larga labor y una constante atención al detalle. Horacio, en *El arte poética*, aconseja a Pisón que, cuando escriba algo, lo tenga a mano nueve años antes de publicarlo. Cuenta que un alumno le llevaba artículos al famoso crítico Quintilio. Este decía: «Ráspalo. No se ha trabajado debidamente. Devuélvelo al fuego y al yunque.» La *Eneida* de Virgilio le tuvo ocupado los últimos diez años de su vida; y, cuando estaba muriendo, la habría destruido, porque le parecía tan imperfecta, si no se lo hubieran impedido sus amigos. La *República* de Platón empieza con una sencilla frase: «Bajé al Pireo ayer con Glauco, el hijo de Aristón, para ofrecerle una oración a la diosa.» En el manuscrito

autógrafo de Platón hay no menos de trece versiones diferentes de esa frase inicial. El gran escritor había trabajado en arreglo tras arreglo para conseguir la cadencia exactamente a punto. La *Elegy written in a Country Churchyard* de Thomas Gray es uno de los poemas inmortales. Lo empezó el verano de 1742; por último empezó a circular privadamente el 12 de junio de 1750. Su perfección lapidaria le había tenido ocupado ocho años. Nadie ha llegado jamás a una obra maestra por un atajo. En este mundo tenemos que enfrentarnos constantemente con el camino corto, que promete resultados inmediatos, y el camino largo, cuyos resultados están en la lejanía. Pero las cosas duraderas nunca se hacen de prisa; el mejor camino resulta ser el más largo.

(iii) Hay una diferencia entre *el camino disciplinado* y *el indisciplinado*. Nada se ha conseguido nunca sin disciplina, y muchos atletas y otras personas no han llegado a nada porque han abandonado la disciplina y se han ido ablandando. Coleridge es la suprema tragedia de la indisciplinada. Nunca hubo una mente tan grande que produjera tan poco. Salió de la Universidad de Cambridge para irse al ejército; dejó el ejército porque, a pesar de su erudición, no sabía cepillar un caballo; volvió a Oxford, y salió sin ningún título. Empezó a publicar un periódico llamado *The Watchman*, que vivió diez números y murió. Se ha dicho de él: « Se perdía en visiones de trabajos que había que hacer, que siempre estaban por hacer. Coleridge tenía todos los dones de la poesía menos uno: el del esfuerzo mantenido y concentrado.» Tenía toda clase de libros en la mente, como él mismo decía: «Sólo a falta de escribirlos.» «Estoy en vísperas decía- de mandar a la imprenta dos volúmenes en octavo.» Pero los libros no existían nada más que en la mente de Coleridge, porque no podía someterse a la disciplina de sentarse a escribirlos. Nadie ha llegado nunca a la eminencia, y si la ha alcanzado no la ha mantenido, sin disciplina.

(iv) Hay una diferencia entre *el camino meditado* y *el improvisado*. Aquí llegamos al corazón de la cuestión. Nadie tomaría el camino fácil, corto e indisciplinado... si simplemente se lo pensara un poco. Cualquier cosa de este mundo tiene dos aspectos: lo que parece al momento, y lo que parecerá en el tiempo por venir. El camino fácil puede que parezca muy seductor al momento, y el camino difícil, descorazonador. La única manera de tener claros nuestros valores es ver, no el principio, sino el fin del camino; ver las cosas, no a la luz del tiempo, sino de la eternidad.

LOS FALSOS PROFETAS

Mateo 7:15-20

¡Cuidado con los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces! Los reconoceréis por sus frutos. Seguro que no se cosechan uvas en los espinos, ni higos de los cardos... Así es que todo buen árbol produce buen fruto; pero todo árbol estropeado da mal fruto. Un árbol bueno no puede dar mal fruto, ni el árbol estropeado dar buen fruto. El árbol que no da buen fruto, se corta y se echa al fuego. Así es que los conoceréis por sus frutos.

Casi todas las frases y las palabras de esta sección les sonarían familiares a los judíos que las oyeron por primera vez.

Los judíos ya estaban bien informados acerca de los *falsos profetas*. Jeremías, por ejemplo, tuvo un conflicto con los profetas que decían: «Paz, paz,» cuando en realidad no había paz (*Jeremías 6:14; 8:11*). Lobos era el nombre que se les daba a los malos gobernantes y a los falsos profetas. En los malos días, Ezequiel había dicho: < Sus príncipes en medio de ella son como lobos que destrozan la presa, derramando sangre y destruyendo vidas para obtener ganancias injustas» (*Ezequiel 22:27*). Sofonías hace una descripción sombría del estado de cosas en Israel cuando < sus oficiales en medio de él son leones rugientes; sus jueces son lobos nocturnos que no dejan nada para la mañana. Sus profetas son tipos altaneros y fraudulentos» (*Sofonías 3:3*). Cuando Pablo

estaba advirtiendo en su discurso de despedida a los ancianos de Éfeso de los peligros por venir, les dijo: «Entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño» (*Hechos 20:29*). Jesús dijo que enviaba a sus discípulos como ovejas en medio de lobos (*Mateo 10:16*); y hablo del Buen Pastor que protege Su rebaño de los lobos con Su vida (*Juan 10:12*). Aquí tenemos sin duda una figura que todos podrían reconocer y entender.

Aquí dice Jesús que los falsos profetas son como lobos *disfrazados de ovejas*. Cuando el pastor estaba vigilando sus rebaños en las colinas, iba vestido de pieles de oveja, con la piel para fuera y el pelo por dentro. Pero uno podía llevar puesta una piel de oveja y no ser un pastor. Los profetas solían llevar un atuendo convencional. Elías se ponía un manto (1 *Reyes 19:13, 19*) que estaba hecho de una piel peluda (2 *Reyes 1:8*). El manto de piel de oveja había llegado a ser el uniforme de los profetas, lo mismo que los filósofos griegos llevaban una ropa típica. A los profetas se los podía distinguir de los demás por aquel manto característico. Pero algunas veces se lo ponían los que no tenían el menor derecho, porque Zacarías, en su descripción de los grandes días por venir, dice: «No se pondrán el manto veloso para dar el pego» (*Zacarías 13:4*). Había algunos que iban vestidos como profetas, pero que vivían como todo lo contrario.

Había falsos profetas en los tiempos antiguos, pero también en los del Nuevo Testamento. *Mateo* se escribió hacia el año 85 d.C., y en aquel tiempo los profetas eran todavía una institución en la Iglesia. No tenían residencia fija, porque lo habían dejado todo para asumir un ministerio ambulante llevando a las iglesias el mensaje que creían haber recibido directamente de Dios.

En el mejor de los casos, los profetas eran la inspiración de la Iglesia, porque eran personas que lo habían dejado todo para servir a Dios y a la Iglesia de Dios; pero el oficio de profeta se prestaba a abusos. Había quienes lo usaban para ganar prestigio y para abusar de la generosidad de las congregaciones locales, y darse así una vida confortable, y hasta de regalada pereza. *La Didajé* fue el primer libro de orden eclesiástico; data de alrededor del año 100 d.C.; y sus disposiciones acerca de estos profetas itinerantes son muy iluminadoras. A un verdadero profeta había que mostrarle respeto; se le debía recibir de buena gana; no había que menospreciar nunca su palabra, ni limitar su libertad nunca; pero «se quedará un día, o, si es necesario, también otro; pero si se queda tres días, es un falso profeta.» No debe pedir nunca nada más que pan. «Si pide dinero, es un falso profeta.» Todos los que se presentaban como profetas pretendían hablar en el Espíritu; pero había una prueba ácida: «Se distinguirán los verdaderos profetas de los falsos por su carácter.» «Todo profeta que enseña la verdad, si no hace lo que enseña, es un falso profeta.» Si un profeta, pretendiendo hablar en el Espíritu, manda que le pongan la mesa y le presenten una comida, es un falso profeta. «A quienquiera que diga en el Espíritu: "Dadme dinero o cualquier otra cosa," no le hagáis caso; pero si os dice que deis a otros que tienen necesidad, que nadie le juzgue.» Si un forastero llega a una congregación y quiere quedarse allí, si tiene un oficio, «que trabaje y coma.» Si no tiene oficio, «considerad con sabiduría cómo puede vivir entre vosotros como cristiano, pero no inactivo... Y si no quiere hacerlo así, está comerciando con Cristo. Cuidado con los tales» (*Didajé*, capítulos 11 y 12).

La historia antigua y los acontecimientos contemporáneos hacían que las palabras de Jesús tuvieran mucho sentido para los que las oyeron por primera vez, y para aquellos a los que Mateo se las transmitió.

RECONOCIDOS POR SUS FRUTOS

Mateo 7:15-20 (continuación)

Los judíos, los griegos y los romanos, todos usaban la idea de que a un árbol se le juzga por sus frutos. Un proverbio decía: «Como la raíz, así el fruto.» Epicteto había de decir más adelante: «

¿Cómo podrá una cepa no crecer como tal sino como un olivo; o, cómo podrá un olivo no crecer como tal sino como una vid?» (Epicteto, Discursos 2:20). Séneca declaraba que el bien no puede crecer del mal como tampoco puede salir una higuera de una aceituna.

Pero todavía hay aquí más de lo que parece a simple vista. «Seguro que no se cosechan uvas en los espinos,» decía Jesús. Hay una clase de espino, el espino cerval, que produce unas bayas pequeñas y negras que parecen uvas pequeñas. «Ni higos en los cardos.» Hay una especie de cardo que tiene una flor que por lo menos a cierta distancia, se podría tomar por un higo chumbo.

La lección es real, relevante, y salutífera. Puede que haya una semejanza superficial entre un verdadero y un falso profeta. El falso profeta puede que lleve la vestimenta correcta y use el lenguaje característico; pero no se puede sustentar la vida con las bayas del espino cerval o las flores del cardo; y la vida del alma nunca se puede sustentar con el alimento que ofrece un falso profeta. La verdadera prueba de cualquier enseñanza es: ¿Fortalece a una persona para sobrellevar las cargas de la vida, y para recorrer el camino del deber?

Fijémonos, pues, en los falsos profetas y veamos sus características. Si el camino es difícil y la puerta es tan estrecha que es difícil encontrarla, entonces debemos tener cuidado de obtener maestros que nos ayuden a encontrarla, y no que nos seduzcan para que entremos por otra.

El defecto básico del falso profeta es *el propio interés*. El verdadero pastor tiene más cuidado del rebaño que de su propia vida; el lobo no se cuida más que de satisfacer su propia codicia y glotonería. El falso profeta está en el negocio de la enseñanza, no por lo que pueda aportar a otros, sino por lo que pueda sacar para sí mismo.

Los judíos eran sensibles a este peligro. Los rabinos eran los maestros judíos; pero era un principio cardinal de la Ley judía que un rabino debía tener un oficio con el que ganarse la vida, y no podía recibir un sueldo por enseñar en ningunas circunstancias.

Rabí Sadok decía: « No hagas dei conocimiento de la Ley, ni una corona para presumir, ni una azada para cavar.» Hil.lél decía: « El que usa la corona de la Ley con fines externos, se desvanece.» Los judíos conocían muy bien al maestro que usaba su enseñanza en beneficio propio y para obtener provecho para sí mismo. Hay tres maneras en las que un maestro puede estar dominado por el interés propio.

(i) Puede que enseñe solamente por *la ganancia*. Se dice que había problemas en la iglesia de Ecclefechan, donde el padre de Carlyle era anciano. Hubo una disputa entre la congregación y el pastor por el asunto del dinero y el sueldo. Cuando ya se había dicho casi todo por ambas partes, el padre de Carlyle se levantó y lanzó una sentencia devastadora: «Dadle al asalariado su salario, y que se vaya.» No se puede vivir del aire, y pocas personas pueden cumplir perfectamente con su trabajo cuando la presión de las cosas materiales las abrumba; pero el gran privilegio de la enseñanza no está en el sueldo que proporciona, sino en el encanto de abrir las mentes de chicos y chicas y de hombres y mujeres a la verdad.

(ii) Puede que enseñe solamente por *prestigio*. Puede que uno enseñe principalmente para ayudar a otros, pero también que enseñe para hacer gala de lo listo que es. Denney dijo una vez algo salvaje: «Nadie puede demostrar al mismo tiempo que es muy listo y que Cristo es poderoso para salvar.» El prestigio es lo último que desean los grandes maestros. J. P. **Struthers** era un santo de Dios. Pasó toda su vida al servicio de una pequeña iglesia reformada presbiteriana, cuando podría haber ocupado cualquier púlpito famoso del país. La gente le adoraba, y tanto más cuanto más le conocía. Dos hombres estaban hablando acerca de él. Uno sabía todo lo que Struthers **había hecho**, pero no le conocía personalmente. Recordando el santo ministerio de Struthers, dijo: «Struthers tendrá un asiento en primera línea en el Reino del Cielo.» El otro, que había conocido a Struthers personalmente le contestó: «Struthers se sentiría muy incómodo en un asiento de primera fila en cualquier sitio.» Hay cierta clase de maestro y de predicador que usará su mensaje para encumbrarse. El falso profeta está interesado en hacer alarde de sí mismo; el verdadero profeta desea desaparecer tras el mensaje.

(iii) Puede que enseñe solamente *para transmitir sus propias ideas*. El falso profeta no quiere más que diseminar su versión de la verdad; el verdadero profeta no quiere más que proclamar la verdad de Dios. La verdad es que todos debemos pensar las cosas por nosotros mismos; pero se decía de John Brown de Haddington -el antepasado escocés de la querida familia evangélica española Fliedner- que, cuando predicaba, de vez en cuando hacía una pausa «como si estuviera escuchando una voz.» El verdadero profeta escucha a Dios antes de hablar a los hombres. Nunca olvida que él no es nada más que una voz que habla de parte de Dios y un canal por el que puede fluir hacia los hombres la gracia de Dios. La obligación de un maestro y de un predicador es llevar a los hombres, no su idea privada y personal de la verdad, sino la verdad tal como se encuentra en Jesucristo.

LOS FRUTOS DE LA FALSEDAD

Mateo 7:15-20 (conclusión)

Este pasaje tiene mucho que decir acerca de los malos frutos de los falsos profetas. ¿Cuáles son los efectos negativos, los malos frutos, que puede producir un falso profeta?

(i) La enseñanza es falsa si produce *una religión que consiste exclusiva o principalmente en la observancia de cosas externas*. Eso era lo malo de los escribas y fariseos. Para ellos la religión consistía en la observancia de la ley ceremonial. Si uno cumplía el ceremonial correcto del lavamiento de manos, si nunca llevaba en sábado un peso superior a dos higos secos, si nunca andaba el sábado más de la distancia prescrita, si era meticuloso en dar los diezmos de todo, hasta de las especias de su huerto, entonces era una buena persona.

Es fácil confundir la religión con las prácticas religiosas. Es posible -y desgraciadamente no infrecuente- enseñar que la religión consiste en ir a la iglesia, observar el Día del Señor, cumplir las obligaciones económicas personales con la iglesia y leer la Biblia. Puede que uno haga todas esas cosas y esté muy lejos de ser cristiano, porque el Cristianismo es una actitud del corazón hacia Dios y hacia nuestros semejantes.

(ii) La enseñanza es falsa si produce *una religión que consiste en prohibiciones*. Cualquier religión que se basa en una serie de «no harás» es una religión falsa. Hay un tipo de maestro que le dice a la persona que ha emprendido el camino cristiano: «Desde ahora en adelante, no irás más al cine, ni al baile; desde ahora en adelante no fumarás ni te pintarás; desde ahora en adelante no leerás ninguna novela ni ningún periódico del domingo; desde ahora en adelante no entrarás en ningún teatro.» Si se pudiera ser cristiano simplemente absteniéndose de hacer ciertas cosas, el Cristianismo sería una religión más fácil de lo que es. Pero toda la esencia del Cristianismo es que no consiste en *no* hacer cosas, sino en hacer cosas. Un Cristianismo negativo por nuestra parte no puede nunca ser la respuesta al amor positivo de Dios. .

(iii) Una enseñanza es falsa si produce *una religión fácil*: Había falsos maestros en los días de Pablo, un eco de cuya enseñanza podemos percibir en *Romanos 6*. Le decían a Pablo: «¿Tú crees que la gracia de Dios es la cosa más grande del universo?» « Sí.» « ¿Tú crees que la gracia de Dios es suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado?» « Sí.» «Bueno; pues entonces, si así están las cosas, sigamos pecando a gusto: Dios nos perdonará. Y, después de todo, nuestro pecado no está más que dándole a la maravillosa gracia de Dios una oportunidad de operar.» Una religión así es una parodia de la religión, porque insulta el amor de Dios.

Cualquier enseñanza que le quita a la religión la firmeza de la roca, cualquier enseñanza que excluye la Cruz del Cristianismo, cualquier enseñanza que elimina la amenaza de la voz de Cristo, cualquier enseñanza que pone el juicio fuera de la perspectiva y que hace que la gente piense con ligereza en el pecado es una enseñanza falsa.

(iv) Una enseñanza es falsa cuando *divorcia la religión y la vida*. Cualquier enseñanza que aparta al cristiano de la vida y de la actividad del mundo es falsa. Ese fue el error que hicieron los monjes y

los ermitaños. Creían que para vivir la vida cristiana tenían que retirarse a un desierto o a un monasterio, que tenían que escindirse de la vida absorbente y tentadora del mundo, que no podían ser verdaderos cristianos si no dejaban de vivir en el mundo. Jesús dijo, y pidió al Padre para sus discípulos: « No Te pido que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno» (*Juan 17:1 S*). Hemos sabido, por ejemplo, de un periodista que tenía dificultad en mantener sus principios cristianos en el trabajo de un diario, y que lo dejó para entrar en un periódico exclusivamente religioso.

Ninguno puede ser un buen soldado si no hace más que huir, y el cristiano es un soldado de Cristo. ¿Como podrá cumplir su misión la levadura si se niega a introducirse en la masa? ¿Para qué sirve el testimonio a menos que se dirija a los que no creen? Cualquier enseñanza que anima a las personas a sentarse en lo que llamaba John Mackay, el autor de *El otro Cristo español*, « un palco desde el que se ve la vida» es equivocada. El puesto del cristiano no es el de un mero espectador sino en medio de la refriega de la vida.

(v) Una enseñanza es falsa si produce *una religión arrogante y separatista*. Cualquier enseñanza que anima a una persona a retirarse a una senda estrecha, y a considerar el resto del mundo como pecadores, es una enseñanza falsa. La misión de la religión no es erigir paredes separatistas, sino derribarlas. El sueño de Jesucristo era que hubiera un solo rebaño y un solo Pastor (*Juan 10:16*). El exclusivismo no es una cualidad religiosa sino todo lo contrario. H. E. Fosdick cita cuatro versos ramplones:

Somos los pocos que Dios ha elegido, y todos los otros están condenados; ni tú ni los tuyos cabéis en el Cielo, porque el Cielo no debe estar abarrotado.

La religión está diseñada para acercar a las personas, no para separarlas. La religión debe servir para reunir a las personas en una gran familia, no para dividir las en grupos hostiles. Una enseñanza que proclame que una iglesia o una secta determinada tiene el monopolio de la gracia de Dios, es una enseñanza falsa; porque Cristo no es un Cristo que divide, sino el Cristo que une.

FALSAS PRETENSIONES

Mateo 7:21-23

No será el que Me llame <¡Señor, Señor!> el que entre en el Reino del Cielo, sino el que haga la voluntad de Mi Padre Que está en el Cielo. Muchos Me dirán ese Día: < ¡Señor, Señor! ¿Es que no profetizamos en Tu nombre, y echamos muchos demonios en Tu nombre, e hicimos muchas obras de poder en Tu nombre?> Entonces les comunicaré públicamente: «No os conozco de nada. ¡Alejaos de Mí, obreros de iniquidad!»

Este pasaje contiene un detalle que parece sorprendente. Jesús está totalmente dispuesto a conceder que es un hecho que muchos de los falsos profetas dicen y hacen obras maravillosas e impresionantes.

Debemos tener presente cómo era el mundo antiguo. Los milagros eran acontecimientos corrientes. Esto tenía que ver con la idea que se tenía entonces de la enfermedad. En el mundo antiguo se creía que todas las enfermedades eran obra de los demonios. Si una persona estaba enferma era porque algún demonio había conseguido ejercer una influencia maligna sobre ella, o se habían introducido en alguna parte de su cuerpo. Las curaciones por tanto se tenían que lograr por vía de exorcismo. La consecuencia de esto era que muchas de las enfermedades eran lo que llamaríamos psicológicas, y había muchas formas de curarlas. Si una persona conseguía convenirse -o autosugestionarse- llegando a creer que tenía dentro un demonio o que un demonio la tenía

en su poder, esa persona estaría indudablemente enferma. Y si otro conseguía convencerla de que el poder del demonio había sido quebrantado y ella ya estaba libre, entonces esa persona se pondría buena muy probablemente.

Los líderes de la iglesia nunca negaron los milagros paganos. Como respuesta a los milagros de Cristo, Celso citaba los atribuidos a Esculapio y Apolo. Orígenes, que se opuso a sus argumentos, ni por un momento negó la existencia de esos milagros. Sencillamente respondió: «Tal poder curativo no es en sí mismo ni bueno ni malo, y está en principio al alcance de gente piadosa e impía» (Orígenes *Contra Celso* 3:22). Hasta en el Nuevo Testamento leemos acerca de exorcistas judíos que añadieron el nombre de Jesús a su repertorio, y que echaban demonios por este medio (*Hechos 19:13; cp. Marcos 9:38*). Había muchos charlatanes que ofrecían a Jesús un reconocimiento de labios, y que usaban su nombre para producir efectos maravillosos en personas poseídas de demonios. Lo que Jesús está diciendo es que, si una persona usa su nombre con pretensiones falsas, llegará el día en que tenga que rendir cuentas. Sus motivos verdaderos serán expuestos, y él será desterrado de la presencia de Dios.

Hay dos grandes verdades de valor permanente en este pasaje. No hay más que una sola manera en que se puede demostrar la sinceridad de una persona, y es su conducta. Las palabras bonitas nunca pueden ocupar el lugar de las obras verdaderas. No hay más que una manera de demostrar el amor y es mediante la obediencia. No tiene sentido el decir que amamos a una persona, y luego hacer cosas que quebrantan su corazón.

Cuando éramos pequeños, tal vez solíamos decirle a nuestra madre: «Mamá, te quiero mucho.» Y puede ser que nuestra madre nos sonriera a veces y dijera: «Me gustaría que me lo demostraras un poquito más en tu comportamiento.» También se puede confesar a Dios con los labios, negándole en la vida. No es difícil recitar un credo, pero sí lo es vivir la vida cristiana. La fe sin la práctica es una contradicción en términos y el amor sin la obediencia es una imposibilidad.

Por detrás de este pasaje se encuentra la idea del juicio. Por todo él fluye la seguridad de que el Día del Juicio está al llegar. Una persona puede conseguir mantener las pretensiones y los disfraces, pero llega el día en que todo esto aparece tal como es, y los disfraces desaparecen. Podemos engañar a los hombres con nuestros pensamientos, pero a Dios no. «Tú disciernes mis pensamientos desde lejos,» decía el salmista (*Salmo 139:2*). Ninguna persona puede engañar en última instancia al Dios que ve el corazón *Y sí que -siguió diciendo Jesús-, cualquiera que me oiga estas palabras y las haga, se parecerá a un hombre sensato que se construyó la casa sobre la roca: cayó la lluvia, se desbordó el río y sopló el viento contra aquella casa, y no se cayó, porque estaba cimentada en la roca; y cualquiera que me oiga estas palabras pero no las haga, se parecerá a un hombre insensato que se construyó la casa sobre la arena: cayó la lluvia, se desbordó el río y sopló el viento contra aquella casa, y se cayó, y su ruina fue irreparable.*

Cuando Jesús acabó de hablar todo esto, la gente se admiraba de Su enseñanza; porque les enseñaba como Quien tenía autoridad, y no como sus escribas.

Jesús era un experto en un doble sentido. Era un experto en la Escritura. El autor de *Proverbios* le dejó una sugerencia para Su alegoría: «Cuando pasa el torbellino, el malo no permanece, pero el justo está establecido para siempre» (*Proverbios 10:25*). Aquí tenemos el boceto del cuadro que Jesús pintó de las dos casas y los dos constructores. Pero Jesús era también un experto en la vida. Era un artesano que sabía todo lo que había que saber sobre cómo construir casas, y cuando hablaba acerca de los cimientos de una casa sabía de lo que estaba hablando. Esta no es una ilustración inventada por un literato en su despacho; es la ilustración de un hombre práctico.

Esta tampoco era una ilustración traída por los pelos; sino la historia de la clase de cosa que podía suceder muy fácilmente. En Palestina el constructor tenía que tener previsión. Había muchos valles que en verano parecían arenales agradables, pero que en invierno eran el lecho de furiosos torrentes. Podía ser que alguien estuviera buscando dónde construirse la casa; vería ese huequecito

arenoso agradablemente protegido, y pensaría que era el lugar ideal. Pero, si no era hombre previsor, a lo mejor construía su casa en el lecho seco de un torrente; y, cuando llegara el invierno, se le desintegraría la casa. Hasta en un lugar ordinario sería tentador empezar a construir en un terreno arenoso y nivelado, sin tener que preocuparse de profundizar hasta encontrar la roca; pero de esa manera el desastre acechaba a corto plazo.

Sólo una casa cuyo cimiento sea firme podrá resistir la tormenta; y sólo una vida cuyos cimientos sean estables podrá superar la prueba. Jesús demandaba dos cosas.

(i) Demandaba que se Le *escuchara*. Una de las grandes dificultades que tenemos que arrostrar hoy en día es el simple hecho de que la gente a menudo no sabe lo que Jesús dijo o lo que la Iglesia enseña. De hecho, la cosa es peor todavía. A menudo se tiene una idea totalmente equivocada de lo que dijo Jesús y de lo que la Iglesia enseña. No forma parte de la obligación de ninguna persona respetable el condenar a una persona, o a una institución que no se ha escuchado -y eso es hoy precisamente lo que hacen muchos. El primer paso hacia la vida cristiana es sencillamente darle a Jesucristo una oportunidad de que se Le escuche.

(ii) Demandaba que las personas *hicieran*. El conocimiento sólo llega a ser pertinente cuando se traduce en acción. Es perfectamente posible sacar sobresaliente en un examen de ética cristiana, y sin embargo no ser cristiano. El conocimiento debe convertirse en acción; la teoría debe materializarse en la práctica; la teología debe convertirse en vida. No tiene mucho sentido ir al médico, a menos que se esté preparado a hacer lo que nos diga. No tiene mucho sentido acudir a un experto, a menos que se esté preparado a poner en práctica su consejo. Y sin embargo hay miles de personas que escuchan la predicación de Jesucristo todos los domingos, y que tienen suficiente conocimiento de lo que Jesús enseñó, y sin embargo se esfuerzan poco o nada en ponerlo en práctica. Si queremos ser seguidores de Jesús en algún sentido que merezca ese título, debemos *oír y hacer*.

¿Hay alguna -palabra que incluya *oír y hacer*? Sí la hay, y es *obediencia*. Jesús demanda nuestra obediencia implícita. Aprender a obedecer es la cosa más importante de la vida.

Hace algún tiempo se habló del caso de un marino de la marina real británica al que se impuso un castigo muy severo por quebrantar la disciplina. Tan severo fue el castigo que en algunos círculos civiles se creyó que había sido excesivo. Un periódico ofreció a sus lectores la oportunidad de manifestar sus opiniones. Uno de los que contestaron era un hombre que había servido varios años en la marina real. A él no le parecía que el castigo había sido demasiado severo. Creía que la disciplina era absolutamente esencial, porque su finalidad era preparar a las personas a obedecer las órdenes automática e incuestionablemente, y de tal obediencia podía depender la vida de una persona o de varias. Citó un caso de su propia experiencia: Iba en una lancha que estaba remolcando un barco mucho- más pesado en un mar encrespado. El barco iba sujeto a la lancha con un cable de acero. De pronto, en medio del viento y las salpicaduras llegó una única e insistente voz de mando del oficial a cargo de la lancha: «¡Abajo!» Inmediatamente todo el personal se tiró al suelo. Precisamente entonces se rompió el cable del remolque, y sus trozos empezaron a azotar el aire como una serpiente loca de acero. Si se hubiera quedado de pie alguno de los hombres, no habría podido escapar con vida; pero afortunadamente toda la tripulación obedeció la orden automáticamente y nadie sufrió daño. Si alguno se hubiera puesto a discutir la orden o a preguntar sus razones, habría sido hombre muerto. La obediencia salvó vidas.

Es una obediencia así la que Jesús demanda. Jesús asegura que obedecerle es el único cimiento seguro en la vida; y Su promesa es que la vida que se basa en la obediencia a El está a salvo, vengan las tormentas que vengan.

EL AMOR EN ACCIÓN

Mateo es el más ordenado de todos los evangelistas. Nunca presenta su material sin un plan. Si en *Mateo* una cosa está detrás de otra en una cierta secuencia, habrá una razón para esa colocación. Y eso es lo que vemos aquí. En los capítulos 5, 6 y 7, Mateo nos ha presentado el Sermón del Monte. Es decir: en esos capítulos nos ha dado su versión de *las palabras* de Jesús; en el capítulo 8, nos da el relato de los *hechos* de Jesús. Los capítulos 5, 6 y 7 nos presentan la sabiduría de Dios en palabras; el capítulo 8 nos presenta el amor de Dios en acción.

En capítulo 8 nos relata milagros. Veamos esos milagros en conjunto antes de proceder a tratarlos en detalle. En este capítulo hay siete acontecimientos milagrosos.

(i) Está la curación del leproso (versículos 1-4). Aquí vemos a Jesús tocando lo intocable. El leproso estaba desterrado de la sociedad; tocarle, y hasta acercarse a él, era quebrantar la Ley. Aquí vemos al amor de Dios abrazando con piedad y compasión a una persona que todos mantenían a una distancia prudencial.

(ii) Está la curación del siervo del centurión (versículos 513). El centurión era un gentil; y, por tanto, los judíos fanáticos habrían dicho que era leña para el fuego del infierno; estaba al servicio del gobierno extranjero, y era parte de la fuerza de ocupación; y, por tanto, los judíos fanáticos habrían dicho que se le podía asesinar, y no ayudar; su siervo era un esclavo, y un esclavo no era más que una herramienta viva. Aquí vemos el amor de Dios saliendo a ayudar a una persona que todos odiaban, y a un esclavo que todos despreciaban.

(iii) Está la curación de la suegra de Pedro (versículos 1415). Este milagro tuvo lugar en una humilde cabaña de Palestina. No tuvo publicidad; ni una audiencia entusiasta: no estaban allí nada más que Jesús y aquella familia. Aquí vemos el amor infinito del Dios de todo el universo desplegando todo Su poder cuando no había nadie más que el círculo familiar que lo pudiera contemplar.

(iv) Está la curación de todos los enfermos que trajeron a la puerta de la casa por la tarde (versículos 16-17). Aquí vemos la indudable universalidad del amor de Dios en acción. Para Jesús, nadie era nunca una molestia. No tenía horas cuando estaba de servicio y horas cuando estaba libre. Cualquiera podía venir a Él a cualquier hora, y recibir la ayuda voluntaria y generosa del amor de Dios.

(v) Está la reacción del escriba (versículos 18-22). Parecería que esta breve sección está fuera de lugar en un capítulo de milagros; pero este es el milagro de la personalidad. El que un escriba fuera movido a seguir a Jesús no es menos que un milagro. Extrañamente, este escriba olvidó su devoción a la ley tradicional; extrañamente, aunque Jesús contradecía todas las cosas a las que había dedicado su vida, vio en Jesús, no a un enemigo, sino a un Amigo; no un contrario, sino un Maestro.

Debe de haber sido una reacción instintiva. Negley Farson nos dice que, cuando era pequeño, no conocía la historia de su abuelo y de todo lo que había hecho; pero nos dice: < Todo lo que sabía era que hacía que se sintieran como chuchos todos los que estaban a su alrededor. » Aquel escriba vio en Jesús un esplendor y una magnificencia que no había visto nunca en ninguna persona. Sucedió un milagro, y al escriba se le salió el corazón al encuentro de Jesús.

(vi) Está el milagro de calmar la tempestad (versículos 2327). Aquí vemos a Jesús frente a las tempestades y olas que amenazan con anegar a las personas. Como dijo Pusey cuando . murió su esposa: «Era como si hubiera una Mano debajo de mi barbilla manteniéndome en pie.» Aquí tenemos al amor de Dios trayendo paz y serenidad al tumulto y a la confusión.

(vii) Está la curación de los endemoniados gadareños (versículos 28-34). Aquí vemos el poder de Dios enfrentándose con el poder del diablo; la bondad de Dios invadiendo el dominio del mal, el amor de Dios presentando batalla a la malignidad y malevolencia del mal. Aquí vemos la bondad y el amor que salvan a las personas venciendo el mal y el odio que las destruyen.

LA MUERTE EN VIDA

Mateo- 8:1-4

Cuando Jesús bajó del monte, Le seguía un gentío tremendo. Y, fijaos: se le acercó un leproso, y se puso de rodillas delante de Él.

-Señor Le dijo-, Tú me puedes limpiar si quieres.

Jesús extendió la mano y le tocó, mientras decía:

-Sí quiero: ¡Sé limpio!

Inmediatamente el enfermo quedó limpio de lepra. Y Jesús le dijo:

-Guárdate de decírselo a nadie. Simplemente ve a mostrarte al sacerdote, y presenta la ofrenda que mandó Moisés, para que queden convencidos de que estás curado.

En el mundo antiguo, la lepra era la más terrible de todas las enfermedades. E.W.G. Masterman escribe: «Ninguna otra enfermedad reduce a un ser humano por tanto tiempo a una ruina repugnante.»

Podía empezar con pequeños nódulos que se iban ulcerando. Las úlceras desarrollaban una supuración repulsiva; se les caían los párpados; los ojos se les quedaban como mirando fijamente; las cuerdas vocales se les ulceraban, y la voz se les ponía áspera, y la respiración silbante. Las manos y los pies siempre se ulceraban. Poco a poco, el paciente se convertía en una masa de crecimientos ulcerosos. El proceso normal de esa clase de lepra dura nueve años y acaba en desequilibrio, coma, y por fin, la muerte.

La lepra podía empezar con la pérdida de la sensibilidad en alguna parte del cuerpo; afectaba los troncos nerviosos; los músculos se descomponían; los tendones se contraían hasta hacer que las manos parecieran garras. Seguía la ulceración de las manos y los pies. Luego llegaba la pérdida progresiva de los dedos de las manos y de los pies, hasta acabar por caérseles toda la mano o todo el pie. La duración de esa clase de lepra podía alcanzar entre veinte y treinta años. Es una clase terrible de muerte progresiva en la que la persona va muriendo poco a poco.

La condición física del leproso era terrible; pero había algo que la hacía todavía peor. Josefo nos dice que se trataba a los leprosos «como si fueran, en efecto, personas muertas.» Tan pronto como se diagnosticaba la lepra, se desterraba al leproso absoluta y totalmente de la sociedad humana. «Todo el tiempo que tenga las llagas, será impuro. Estará impuro y habitará solo; fuera del campamento vivirá» (*Levítico 13:46*). El leproso tenía que llevar ropas rasgadas, el pelo revuelto, con el labio inferior tapado y, por dondequiera que fuera iba gritando: « ¡Impuro! ¡Impuro!» (*Levítico 13:45*). En la Edad Media, si una persona contraía la lepra, el sacerdote se ponía la estola y tomaba el crucifijo, y la llevaba a la iglesia, y leía sobre ella el oficio fúnebre. Aquella persona era como si hubiera muerto.

En Palestina en tiempos de Jesús, al leproso se le impedía la entrada en Jerusalén y en todos los pueblos vallados. En la sinagoga se proveía para ellos una habitación aislada de tres por dos metros, llamada *mejitsá*. La ley enumeraba sesenta y un contactos diferentes que podían contaminar, y la contaminación que implicaba el contacto con un leproso sólo era menos grave que la que se contraía por contacto con un cadáver. Con que un leproso metiera la cabeza en una casa, esa casa quedaba inmundada hasta las vigas del tejado. Hasta en un espacio abierto era ilegal saludar a un leproso. Nadie se le podía acercar más de cuatro codos -es decir, unos dos metros. Si soplaban el viento en el sentido del leproso hacia la persona sana, el leproso debía mantenerse por lo menos a cien codos de distancia. Cierta rabinos no se comería ni siquiera un huevo que se hubiera comprado en una calle por la que había pasado un leproso. Otro rabinos llegaba a presumir de tirarles piedras a los leprosos para que se mantuvieran lejos. Otros rabinos se escondían, o ponían pies en polvorosa, cuando veían un leproso en la distancia.

No ha habido nunca ninguna enfermedad que separara tanto como la lepra a una persona de sus semejantes. Fue a un hombre así al que Jesús tocó. Para un judío no habría una frase más sorprendente en todo el Nuevo Testamento que la sencilla afirmación: «Y Jesús extendió la mano y tocó al leproso.»

COMPASIÓN MÁS ALLÁ DE LA LEY

Mateo 8:1-4 (continuación)

En esta historia debemos notar dos cosas: *La aproximación* del leproso, y la *respuesta* de Jesús. En la aproximación del leproso había tres elementos.

(i) El leproso vino con *confianza*. No tenía duda que, si Jesús quería, podía limpiarle.

Ningún leproso se habría acercado jamás a un escriba o rabino ortodoxos; sabía demasiado bien que le habrían alejado a pedradas; pero este hombre vino a Jesús. Tenía perfecta confianza en la disposición de Jesús a recibir a una persona que todos los demás habrían rechazado. Nadie tiene por qué sentirse demasiado inmundo para venir a Jesucristo.

Tenía una confianza absoluta en el poder de Jesús. La lepra era la única enfermedad para la que no se prescribía un remedio rabínico. Pero este hombre estaba seguro de que Jesús podía hacer lo que no podía hacer nadie más. Nadie tiene por qué sentirse incurable de cuerpo o imperdonable de alma mientras exista Jesucristo.

(ii) El leproso vino con *humildad*. No demandó la curación; simplemente dijo: « Si *quieres*, Tú puedes limpiarme.» Era como si dijera: « Yo sé que yo no importo; sé que otras personas huirían de mí y no querrían tener nada que ver conmigo; sé que no tengo ningún derecho sobre Ti; pero tal vez en Tu divina condescendencia aplicarás Tu poder hasta a uno como yo.» El corazón humilde que no pretende tener nada más que su necesidad, encuentra abierto el acceso a Cristo.

(iii) El leproso vino con *reverencia*. En la antigua versión Reina-Valera se decía que *Le adoraba*. El verbo griego es *proskynein*, que nunca se usa sino de la *adoración a los dioses*; siempre describe el sentimiento y la acción de una persona ante lo divino. Probablemente el leproso no podría haberle dicho nunca a nadie lo que pensaba que era Jesús; pero sabía que en presencia de Jesús estaba en la presencia de Dios. No tenemos por qué poner esto en términos teológicos o filosóficos; bástenos la convicción de que cuando nos encontramos cara a cara con Jesucristo, nos encontramos ante el amor y el poder del Dios Todopoderoso.

A esa aproximación del leproso llegó la reacción de Jesús. Lo primero y principal es que esa reacción fue de *compasión*. La Ley decía que Jesús debía evitar el contacto con ese hombre y Le amenazaba con una terrible contaminación si permitía que el leproso se Le acercara más de dos metros; pero Jesús extendió la mano y le tocó. El conocimiento médico de entonces habría dicho que Jesús estaba corriendo un riesgo desesperado de una infección horrible; pero Jesús extendió la mano y le tocó.

Para Jesús no había más que una única obligación en la vida: la de ayudar. No había más que una sola Ley: la del amor. La obligación del amor estaba por encima de todas las reglas y leyes y reglamentos; Le hacía desafiar todos los riesgos físicos. Para un buen médico, una persona que padece una enfermedad repugnante no es un espectáculo desagradable, sino un ser humano que necesita de su ciencia y habilidad. Para un médico, un niño con una enfermedad contagiosa no es una amenaza; es un niño que necesita ayuda. Así era Jesús: Así es Dios: Así debemos ser nosotros. El verdadero cristiano quebrantará cualquier convencionalismo y asumirá cualquier riesgo para ayudar a un semejante necesitado.

LA VERDADERA PRUDENCIA

Mateo 8:1-4 (conclusión)

Pero nos quedan todavía dos cosas en este incidente que nos muestran que, aunque Jesús obraba con una independencia que estaba por encima de la Ley y se arriesgaba a una infección para ayudar, no era insensatamente descuidado, ni olvidaba las demandas de la verdadera prudencia.

(i) Le mandó al hombre que guardara silencio, y que no divulgara lo que había hecho por él. Esta orden del silencio era corriente en labios de Jesús (*Mateo 9:30; 12:16; 17:9; Marcos 1:34; 5:43; 7:36; 8:26*). ¿Por qué mandaba Jesús que se mantuviera ese silencio?

Palestina era un país ocupado, y los judíos eran una raza orgullosa. Nunca olvidaban que eran el pueblo escogido de Dios. Soñaban con el día en que vendría el Divino Libertador. Pero en su mayor parte soñaban con ese día en términos de conquista militar y poder político. Por esa razón, Palestina era el país más inflamable del mundo. Vivía en medio de revoluciones. Un líder tras otro surgían, tenían su momento de gloria y eran eliminados por el poder de Roma. Ahora bien: Si este leproso hubiera ido por ahí divulgando lo que Jesús había hecho por él, habría habido un levantamiento para instalar a un hombre con los poderes que Jesús poseía como el líder político y el jefe del ejército.

Jesús tenía que educar las mentes de las personas, tenía que cambiar sus ideas; tenían que permitirles de alguna manera ver que Su poder era amor y no fuerza de armas. Tenía que obrar casi en secreto hasta que la gente Le conociera tal como Él era, el amador y no el destructor de las vidas humanas. Jesús exigía silencio a los que ayudaba no fuera que se Le usara para hacer realidad sueños terrenales en lugar de esperar el cumplimiento del sueño de Dios. Tenían que guardar silencio hasta que hubieran aprendido lo que podían decir correctamente acerca de Él.

(ii) Jesús envió al leproso a los sacerdotes para que **hiciera** la ofrenda prescrita y recibiera el certificado de que estaba limpio. Los judíos le tenían tanto terror a la infección de la que había un ritual prescrito para el caso sumamente improbable de una cura.

El ritual se describe en *Levítico 14*. El leproso tenía que ser examinado por un sacerdote. Había que llevar dos avecillas, y matar una sobre agua corriente. Además había que llevar cedro, escarlata e hisopo. Estas cosas se llevaban, juntamente con la avecilla viva, se untaban con la sangre de la muerta, y entonces se dejaba libre a la viva. El hombre lavaba su cuerpo y su Topa y se afeitaba. Se dejaban pasar siete días, y se le examinaba otra vez. Entonces tenía que afeitarse el pelo de la cabeza y de las cejas. Entonces se hacían ciertos sacrificios que consistían en dos corderos sin defecto y una cordera; tres décimas de un efa de flor de harina mezclada con aceite, y un log de aceite. Se tocaba al leproso restaurado con la sangre y el aceite el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y del pie derecho. Por último le examinaban por última vez y, si se confirmaba la curación, se le permitía volver a la vida normal con un certificado de que era limpio.

Jesús le dijo a este hombre que pasara todo ese proceso. Aquí hay dirección. Jesús le estaba diciendo a ese hombre que no se inhibiera de las disposiciones que había a su disposición en aquellos días. No seremos beneficiarios de milagros si despreciamos el tratamiento médico y científico que está a nuestro alcance.

Debemos hacer todo lo que nos es humanamente posible antes de que el poder de Dios pueda cooperar con nuestros esfuerzos. Un milagro no viene cuando esperamos inactivos a que Dios lo haga todo, sino en respuesta a la colaboración de un esfuerzo lleno de fe por parte del hombre con la ilimitada gracia de Dios.

EL RUEGO DE UN HOMBRE BUENO

Mateo 8:5-13

Cuando llegó Jesús a Cafarnaum, se Le acercó un centurión y se puso a rogarle:

- Señor, mi siervo está acostado en casa, sin poder moverse y sufriendo terriblemente.

-¿Quieres que vaya y le ponga bueno? -le dijo Jesús.

-Señor -Le contestó el centurión-, no me merezco que entres en mi casa; pero sólo di la palabra, y mi siervo se curará. Porque yo también estoy acostumbrado a la disciplina, y tengo soldados a mis órdenes. Si le digo a un soldado: «¡Ve!, v va; y a otro: «¡Haz esto!, » y lo hace.

Jesús se quedó alucinado cuando le oyó decir aquello, y les dijo a los que Le iban siguiendo:

-Os doy Mi palabra, que no he hallado una fe tan grande ni siquiera en Israel. Os aseguro que muchos de Oriente y de Occidente van a venir a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino del Cielo, pero a los hijos del Reino los van a echar a la oscuridad de fuera. Allí será el lloro y el rechinar de dientes.

Y a continuación le dijo al centurión:

-Vete, y que se te cumpla lo que has creído.

Y su criado se puso bueno en aquel mismo momento.

Aun en la breve aparición que hace en la escena de la historia del Nuevo Testamento, este centurión es uno de los personajes más atractivos de los evangelios. Los centuriones eran la espina dorsal del ejército romano. En una legión había 6.000 soldados; la legión se dividía en 60 centurias, cada una con 100 soldados al mando de un centurión. Estos centuriones eran los militares regulares profesionales del ejército romano. Eran responsables de la disciplina del regimiento, y eran el cemento que mantenía unido al ejército. Tanto en tiempo de paz como de guerra, la moral del ejército romano dependía de ellos. Polibio presenta en su descripción del ejército romano cómo debía ser un centurión: «No deben ser tanto aventureros en busca del peligro como hombres que saben mandar, firmes en la acción y de confianza; no deben estar demasiado deseosos de entrar en batalla, pero cuando se ven obligados deben estar dispuestos a defender su terreno y a morir en sus puestos.» Los centuriones eran los hombres selectos del ejército romano.

Es interesante notar que siempre que se menciona un centurión en el Nuevo Testamento se hace con aprecio. Tenemos al centurión que reconoció a Jesús en la Cruz como el Hijo de Dios; tenemos a Cornelio, el primer convertido gentil que fue admitido en la Iglesia Cristiana; tenemos al centurión que descubrió repentinamente que Pablo era ciudadano romano, y que le rescató de la furia del populacho; tenemos al centurión que fue informado de que los judíos habían hecho un complot para asesinar a Pablo entre Jerusalén y Cesárea, y que dio pasos para hacer fracasar su plan; tenemos al centurión al que Félix mandó que cuidara de Pablo; tenemos al centurión que acompañó a Pablo en su último viaje a Roma, que le trató con toda cortesía y le aceptó como líder cuando la tormenta hizo embarrancar el navío (*Mateo 27:54; Hechos 10:22, 26; 22:26; 23:17, 23; 24:23; 27:3, 43*).

Pero había algo muy especial en este centurión de Cafarnaum, y era su relación con su siervo. Este siervo sería un esclavo; pero el centurión estaba apenado porque su siervo estaba enfermo, y estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en su poder para salvarle.

Esto era lo contrario de la actitud normal de un amo para con un esclavo. En el imperio romano no tenían la menor importancia. A nadie le preocupaba lo más mínimo el que uno de ellos sufriera o se muriera. Aristóteles, hablando de las amistades que son posibles en la vida, escribe: « No puede haber verdadera amistad ni justicia con las cosas inanimadas; ni tampoco, por supuesto, con un caballo o un toro, ni tampoco con un esclavo como tal. Porque amo y esclavo no tienen nada en común; un esclavo es una herramienta viva, lo mismo que una herramienta es un esclavo inanimado.»

Un esclavo no era mejor que una cosa. No tenía derechos legales en absoluto; su amo tenía libertad para tratarle, o maltratarle, como quisiera. Gayo, el experto legal romano, establece en sus *Instituciones*: «Podemos advertir que se acepta universalmente que el amo tiene poder de vida o muerte sobre el esclavo.» Varrón, el escritor romano sobre agricultura, tiene un pasaje sombrío en el que divide los instrumentos de agricultura en tres clases: los articulados, los inarticulados y los mudos: «Los articulados comprenden los esclavos; los inarticulados, el ganado, y los mudos, los

vehículos.» La única diferencia entre un esclavo y una bestia y una carreta era que el esclavo podía hablar.

Catón, otro autor latino sobre agricultura, tiene un pasaje que muestra lo inusual que era la actitud del centurión. Está dándole consejos a uno que se va a hacer cargo de una granja: «Pasa revista al ganado, y haz una venta. Vende el aceite, si te convienen los precios, y el exceso que tengas de vino y de cereales. Vende los bueyes viejos, el ganado inferior, las ovejas dañadas, la lana, las pieles, las carretas y los aperos viejos, los esclavos viejos o enfermos y todo lo demás que esté de más.» El consejo despiadado de Catón era que se echara de la finca y se dejara morir al esclavo enfermo. Pedro Crisólogo resume así la cuestión: « Lo que hace un amo con un esclavo, sea inmerecidamente, por ira, queriendo o sin querer, por olvido, después de pensárselo mucho, a sabiendas o sin darse cuenta, es juicio, justicia y ley.»

Está claro que este centurión era un hombre extraordinario, porque amaba a su esclavo. Bien puede que fuera su absolutamente inusual e inesperada gentileza lo que conmovió a Jesús tan pronto como se le acercó el centurión. El amor cubre siempre una multitud de pecados; la persona que se preocupa por los demás siempre estará cerca de Jesucristo.

EL PASAPORTE DE LA FE

Mateo 8:5-13 (continuación)

Este centurión no era sólo extraordinario por su actitud para con su siervo; también lo era por tener una fe de lo más extraordinaria. Quería que el poder de Jesús ayudara y sanara a su siervo, pero había un problema: él era gentil, y Jesús era judío; y, según la ley judía, un judío no podía entrar en la casa de un gentil, porque todas las casas de los gentiles eran inmundas. La *Misná* establecía: < Las moradas de los gentiles son inmundas. » Era a eso a lo que se refería Jesús al preguntar: < ¿Tengo que ir a curarle? »

No es que esa ley tuviera ningún sentido para Jesús; no es que Él se habría negado a entrar a la casa de ninguna persona; es sencillamente que estaba poniendo a prueba la fe de aquel hombre. Y fue entonces cuando la fe del centurión llegó a la cima. Como soldado, sabía muy bien lo que era dar una orden y que se cumpliera instantánea e incuestionablemente; así es que Le dijo a Jesús: « No tienes por qué venir a mi casa; no merezco que entres en ella; todo lo que tienes que hacer es decir la orden, y será obedecida. » Ahí hablaba la voz de la fe, y Jesús estableció que la fe es el único pasaporte a la bendición de Dios.

Aquí Jesús usa una figura judía famosa y gráfica. Los judíos creían que, cuando viniera el Mesías, habría un gran banquete en el que todos los judíos se sentarían a la mesa para festejarlo. Behemot, el más grande de los animales terrestres, y leviatán, el más grande de los habitantes del mar, proveerían los platos de carne y de pescado respectivamente para los invitados. «Tú los has reservado para que se los coman los que Tú quieras y cuando Tú quieras» (4 *Esdra* 6:52). «Y behemot será revelado desde su lugar, y leviatán ascenderá del mar, los dos grandes monstruos que Yo creé el quinto día de la creación, y que habré guardado para ese día; y serán el menú de todos los que queden» (2 *Baruc* 29:4).

Los judíos esperaban con corazones anhelantes ese banquete mesiánico; pero nunca se les pasaba por la mente ni siquiera por un momento que ningún gentil participara de él. Para entonces los gentiles habrían sido destruidos. < La nación y el reino que no os sirvan, perecerán; esas naciones serán devastadas totalmente » (*Isaías* 60:12). Pero aquí tenemos a Jesús diciendo que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se sentarán a la mesa en el banquete.

Y aún peor: dice que muchos de los hijos del Reino serán excluidos. Un hijo es un heredero; y por tanto los hijos del Reino eran los que habían de heredarlo, porque un hijo es siempre heredero; pero

los judíos iban a perder su herencia. En el pensamiento judío, siempre < la heredad de los pecadores son las tinieblas» (*Odas de Salornón* 15:11). Los rabinos tenían el dicho: «A los pecadores en la Gehena los cubrirá la oscuridad.» Para los judíos, el hecho sorprendente y extraordinario era que un gentil, que ellos esperaban que estuviera excluido absolutamente, hubiera de ser huésped del banquete mesiánico, mientras que los judíos, que esperaban que los recibieran con los brazos abiertos, quedarían excluidos en las tinieblas de fuera. Las tornas se iban a volver, y todas las expectativas se iban a dar la vuelta.

Los judíos tenían que aprender que el pasaporte a la presencia de Dios no es el hecho de pertenecer a una nación determinada, sino la fe. Los judíos creían que ellos pertenecían al pueblo escogido de Dios, y que, por el hecho de ser judíos, Le eran muy queridos a Dios. Pertenecían a la nobleza de Dios, y eso era bastante para obtener automáticamente la salvación. Jesús enseñaba que la única aristocracia en el Reino de Dios era la de la fe. Jesucristo no es la posesión de ninguna raza humana en particular, sino la posesión de toda persona de cualquier raza en cuyo corazón haya fe.

EL PODER QUE ANULA LA DISTANCIA

Mateo 8:5-13 (conclusión) .

Así es que Jesús dijo la palabra, y el siervo del **centurión** se sanó. No hace mucho esto habría sido un **milagro que habría** alucinado a mucha gente. No es tan difícil creer que Jesús curaba a los enfermos cuando estaba en contacto con ellos; pero pensar que Jesús sanara a distancia, simplemente diciendo una palabra, a una persona a la que no había visto ni tocado **nunca**, parecía casi, si no completamente, demasiado maravilloso para creerse. Pero lo extraño es que la misma ciencia ha llegado a ver que hay fuerzas que obran de una manera que sigue pareciéndonos misteriosa, pero que no se puede negar.

Una y otra vez nos vemos confrontados con un poder que no viaja por los contactos y las rutas y los canales ordinarios.

Uno de los ejemplos clásicos de esto viene de la vida de Emanuel Swedenborg. En 1759 estaba en Góteborg. Describió un incendio que estaba teniendo lugar en Estocolmo, a 500 kilómetros. Hizo una descripción del incendio a las autoridades de la ciudad. Les dijo cuándo y dónde había empezado, el nombre del propietario de la casa, y cuándo consiguió apagarse -y la investigación posterior demostró que era correcto en todos los detalles. Aquel conocimiento le había llegado por una ruta que no era una de las conocidas.

W. B. Yeats, el famoso poeta irlandés, tuvo experiencias semejantes. Tenía ciertos símbolos para ciertas cosas; y experimentaba, no tanto científicamente, pero sí en la vida cotidiana, con la transmisión de estos símbolos a otras personas por lo que podría llamarse el simple poder del pensamiento. Tenía un tío en Sligo que no era precisamente un hombre místico o devoto o espiritual. Solía visitarle todos los veranos. «Hay algunas colinas de arena y acantilados bajos, y yo adquirí la práctica de andar por la orilla mientras él iba por los acantilados y las colinas; yo, sin hablar, me imaginaba el símbolo, y él notaría lo que se le pasaba por la mente; y en poco tiempo él prácticamente nunca fallaba en captar la visión apropiada.» Yeats cuenta un incidente de una cena en Londres en la que todos eran íntimos amigos: «Yo había escrito en un trocito de papel: "Dentro de cinco minutos York Powell hablará de una casa ardiendo. Metí el papel debajo del plato de mi vecino, imaginé mi símbolo del fuego, y esperé en silencio. Powell fue pasando de un tema a otro y a los cinco minutos estaba describiendo un fuego que había visto de joven.»

Siempre se han contado cosas así; pero en nuestra propia generación, el doctor J. B. Rhine empezó algunos experimentos científicos definidos de lo que llamó percepción extrasensorial, un fenómeno que ha llegado a ser muy discutido. El doctor Rhine ha llevado a cabo en la Duke University de América, miles de experimentos que demuestran que se pueden percibir cosas por

otros medios distintos de los sentidos normales. Se usaba, por ejemplo, una baraja de veinticinco cartas marcadas con ciertos símbolos. Se le preguntaba a una persona cuáles eran las cartas que se iban repartiendo, sin verlas. Uno de los estudiantes que tomaban parte en estos experimentos se llamaba Hubert Pearce. De los primeros cinco mil intentos -cada intento incluía todas las cartas- consiguió diez respuestas correctas de cada veinticinco, cuando el cálculo de probabilidades habría dicho que se podían esperar cuatro aciertos. En una ocasión, en condiciones de concentración especial, nombró correctamente las veinticinco. Las probabilidades matemáticas en contra de esta hazaña si se tratara de pura casualidad serían 298,023,223,876,953,125 a 1.

Un investigador llamado Brugman llevó a cabo otro experimento. Seleccionó dos temas. Puso al transmisor de los mensajes en una habitación del piso de arriba, y al receptor en el de abajo. Entre las habitaciones había una abertura cubierta con dos cristales con un espacio entre medias, lo que hacía imposible una transmisión del mensaje por medio del sonido. Por los cristales, el transmisor miraba las manos del receptor. Delante del receptor había una mesa con cuarenta y ocho cuadrados. El receptor tenía los ojos vendados. Entre él y la mesa de los cuadrados había una cortina gruesa. Tenía una varilla que pasaba a la mesa a través de la cortina. El experimento consistía en que el transmisor tenía que querer que el receptor moviera la varilla a un cierto cuadrado. Según el cálculo de probabilidades, el receptor habría acertado cuatro de ciento ochenta intentos. De hecho apuntó correctamente sesenta. Es difícil evitar la conclusión de que la mente del transmisor influenciaba la del receptor.

Es un hecho definitivamente probado que un cierto doctor Janet, en dieciocho casos de veinticinco, pudo hipnotizar sujetos a distancia, y en otros cuatro casos lo consiguió 'parcialmente.

No cabe duda que la mente puede actuar sobre la mente a través de distancias de una manera que empezamos a descubrir; aunque todavía estamos muy lejos de entender. Si las mentes humanas pueden alcanzar estos límites, ¡cuánto más la de Jesús! Lo extraño de este milagro es que el pensamiento moderno, en vez de hacerlo más increíble, lo hace más creíble.

UN MILAGRO EN UN HOGAR

Mateo 8:14-15

Cuando Jesús fue a casa de Pedro supo que la suegra de Pedro estaba en cama, enferma de unas fiebres. Jesús le tocó la mano, y la fiebre se le fue. Luego ella se levantó, y se dedicó a servirles a ellos.

Si comparamos el relato de los hechos que nos hace Marcos con el de Mateo, vemos que este incidente tuvo lugar en Cafarnaum, un sábado, después de estar Jesús en el culto de la sinagoga. Cuando Jesús estaba en Cafarnaum, Su cuartel general era la casa de Pedro, porque Jesús no tenía nunca un hogar propio. Pedro estaba casado y se nos dice que posteriormente la mujer de Pedro fue su colaboradora en la obra del Evangelio. Clemente de Alejandría (*Stromata* 7.-6) nos cuenta que Pedro y su mujer sufrieron juntos el martirio. Pedro sufrió la prueba terrible de ver morir a su mujer antes que él. < A1 ver que llevaban a la muerte a su mujer, Pedro se regocijó de que fuera llamada y trasladada al Hogar, y la llamó por su nombre, animándola y confortándola: "¡Acuérdate del Señor!" >

En esta ocasión, la madre de la esposa de Pedro estaba enferma de unas fiebres. Había tres clases de fiebres que eran corrientes en Palestina. Estaban las fiebres que se llaman de Malta, y que se caracterizan por debilidad, anemia y agotamiento, y que duraban meses, y a menudo acababan en la muerte. Estaba lo que se llamaba una fiebre intermitente, que muy bien puede haber sido las fiebres tifoideas. Y, sobre todo, estaba la malaria. En las regiones en que el río Jordán entraba en el Mar de Galilea y salía de él había terrenos pantanosos; Allí se criaban y multiplicaban los mosquitos de la malaria, y tanto Cafarnaum como Tiberíades eran lugares donde la malaria era muy corriente.

Iba acompañada a menudo de ictericia y jaqueca, y dejaba al paciente en una situación lastimosa. Es lo más probable que fuera de malaria de lo que estaba sufriendo la suegra de Pedro.

Este milagro nos dice mucho acerca de Jesús y no poco acerca de la mujer que Él curó.

(i) Jesús había venido de la sinagoga; allí había tratado con un hombre poseído del demonio, y le había curado (*Marcos 1:21-28*). En *Mateo* encontramos que había sanado al siervo del centurión de camino a casa. No debemos pensar que los milagros no le costaban nada a Jesús; el poder salía de Él en cada curación; y no cabe duda que estaría cansado. Fue para descansar a la casa de Pedro, y en cuanto llegó encontró que allí le estaba esperando otra necesidad de ayuda y curación.

Aquí no hubo publicidad; aquí no hubo una multitud que mirara y admirara y se maravillara. Aquí no había nada más que una casa humilde y una pobre mujer que padecía de una fiebre corriente. Y sin embargo, en aquellas circunstancias, Jesús aplicó todo Su poder.

Jesús nunca estaba demasiado cansado para ayudar; las demandas de la necesidad humana nunca le parecían una molestia insoportable. Jesús no era una de esas personas que están en su mejor actitud en público y en su peor en privado. Ninguna situación era demasiado humilde para que Él ayudara. No necesitaba una audiencia de admiradores para estar en Su mejor momento. Su amor y Su poder estaban a disposición de cualquiera que los necesitara.

(ii) Pero este milagro también nos dice algo de la mujer que Jesús sanó. Tan pronto como se sintió bien se ocupó de atender a las necesidades de sus huéspedes. Sin duda se consideraba «salva para servir.» Jesús la había sanado; y ahora su único deseo era usar su salud recién encontrada para ser de utilidad y servicio a Jesús y a otros.

¿Cómo usamos los dones de Cristo? Oscar Wilde escribió una vez lo que llamó « la mejor novela corta del mundo.» W. B. Yeats la cita en su autobiografía entre todo lo que llama « de una belleza terrible.» Yeats lo cita en su sencillez original antes de que fuera decorado y estropeado con los trucos literarios de su forma final:

Cristo vino de una llanura blanca a una ciudad púrpura; y, al pasar por la primera calle, oyó unas voces por encima, y vio a un joven borracho tumbado en el alféizar de una ventana. «¿Por qué desperdicias tu alma en la bebida?» Le dijo. El hombre respondió: «Señor, yo era leproso, y Tú me curaste, ¿qué otra cosa puedo hacer?» Un poco más adelante en la población vio a un joven que iba detrás de una prostituta, y le dijo: «¿Por qué disuelves tu alma en la concupiscencia?» Y el joven le contestó: «Señor, yo era ciego y Tú me sanaste, ¿qué otra cosa puedo hacer?» Por último, en medio de la ciudad, vio a un viejo retorcido, llorando en el suelo; y, cuando le preguntó por qué lloraba, el viejo respondió: «Señor, yo estaba muerto, y Tú me devolviste a la vida, ¿qué otra cosa puedo hacer sino llorar?»

Esta es una parábola terrible de cómo usan las personas los dones de Cristo y la misericordia de Dios. La suegra de Pedro usó el don de su salud restaurada para servir a Jesús y a otros. Así es como debemos usar todos los dones de Dios.

MILAGROS EN MEDIO DE LA MULTITUD

Mateo 8:16-17

Y, cuando ya era tarde aquel día, le trajeron a muchos que estaban bajo el poder de espíritus malos, y Jesús expulsó los espíritus con una palabra, y sanó a todos los que estaban enfermos. Esto sucedía para que se cumpliera el dicho que se había hablado por medio del profeta Isaías: «El asumió nuestras debilidades y cargó con nuestros pecados. »

Como ya hemos visto, el relato de Marcos de esta serie de incidentes deja bien claro que tuvieron lugar en sábado (*Marcos 1:21-34*). Eso explica por qué esta escena tuvo lugar por la tarde, al final del día. Según la ley del sábado, que prohibía hacer ningún trabajo ese día, era ilegal curar en sábado. Se podían tomar medidas para impedir que un enfermo se pusiera peor, pero no para hacer que se pusiera mejor. La ley general era que los sábados se podía prestar atención médica solamente a los que estuvieran en peligro de muerte. Además, era ilegal llevar una carga en sábado, y se entendía por carga cualquier cosa que pesara más que dos higos secos. Por tanto era ilegal llevar a una persona enferma de un lugar a otro en una camilla, o en brazos, o a hombros, porque eso habría sido llevar una carga. Oficialmente el sábado terminaba cuando se podían ver dos estrellas en el cielo, porque no había relojes que dijeran la hora en aquellos días. Por eso la multitud de Cafarnaum esperó hasta la tarde para venir a Jesús para que sanara a sus enfermos.

Pero debemos pensar en lo que Jesús había estado haciendo aquel sábado. Había estado en la sinagoga y había curado al hombre poseído por un demonio. Le había enviado la sanidad al siervo del centurión. Había curado a la suegra de Pedro. Sin duda había pasado todo el día predicando y enseñando; y sin duda se había encontrado con los que se Le oponían amarga e insistentemente. Ahora era por la tarde. Dios dio a los hombres el día para trabajar, y la tarde para descansar. La tarde es el momento de tranquilidad cuando se deja el trabajo. Pero no era así con Jesús. Cuando podría haber esperado descanso, se vio rodeado por las demandas insistentes de la necesidad humana; y generosamente y sin quejarse se ocupó de todos. Mientras hubiera un alma en necesidad, no había descanso para Jesús.

Esa escena trajo a la mente de Mateo el dicho de Isaías (*Isaías 53:4*) en el que se dice que el Siervo del Señor sobrellevó nuestras debilidades y cargó con nuestros pecados.

El seguidor de Cristo no puede buscar descanso mientras haya personas que ayudar y sanar; y lo extraño y maravilloso es que encontrará refrescado su cansancio y su propia debilidad fortalecida en el servicio de los demás. De alguna manera encontrará que, conforme llegan las demandas, también llegan las fuerzas; y de alguna manera encontrará que es capaz de proseguir por amor a otros cuando siente que ya no puede dar ni un paso más por sí mismo.

LA OBLIGACIÓN DE CALCULAR EL PRECIO

Mateo 8:18-22

Cuando Jesús vio el gran gentío que Le rodeaba, dio la orden de marcha cruzando al otro lado. Y un escriba se Le acercó y Le dijo:

- ¡Maestro, Te seguiré adondequiera que vayas!

- Las zorras tienen guaridas -le contestó Jesús---, y

las aves de los cielos, nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene ni dónde recostar la cabeza.

Otro de Sus discípulos Le dijo:

- Señor, déjame que antes de nada me vaya a enterrar a mi padre.

Y Jesús le contestó:

- Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos.

A primera vista esta sección parece fuera de sitio en este capítulo, un capítulo de milagros; y a primera vista estos versículos no parecen encajar en él. ¿Por qué lo puso aquí Mateo?

Se ha sugerido que Mateo insertó aquí este pasaje porque sus pensamientos iban siguiendo a Jesús como el Siervo Doliente. Acaba de citar *Isaías 53:4*: < Él tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias > (*Mateo 8:17*); y naturalmente, se dice, ese cuadro guió los pensamientos de Mateo a la imagen de Uno que no tenía donde reposar la cabeza. Como Plummer decía: < La vida

de Jesús empezó en un establo prestado y acabó en una tumba prestada.» Se ha sugerido que Mateo insertó este pasaje aquí porque tanto este mismo como los versículos inmediatamente precedentes muestran a Jesús como el Siervo Doliente de Dios.

Puede que sea así; pero es aún más probable que Mateo insertara este pasaje en este capítulo-de milagros porque vio en él un milagro. Era un escriba el que quería seguir a Jesús. Le dio a Jesús el título de más alto honor que conocía. «Maestro,» le llamó; en griego es *didáskalos*, que es la traducción normal de la palabra hebrea *rabbí*. Para él Jesús era el más grande maestro que él había escuchado y visto nunca.

Claro que era un milagro el que un escriba le diera ese título a Jesús y quisiera seguirle. Jesús representaba la destrucción y el final de todo ese legalismo estrecho en que se basaba la religión de los escribas; y fue indudablemente un milagro el que un escriba llegara a ver nada precioso o deseable en Jesús. Este es el milagro del impacto de la personalidad de Jesús.

El impacto de una personalidad sobre otra puede, por cierto, producir los efectos más maravillosos. Muy a menudo una persona se ha embarcado en una carrera de investigación por el impacto que le ha producido la personalidad de un gran maestro; muchas personas han aceptado el Evangelio y asumido una vida de servicio cristiano por el impacto en sus vidas de una gran personalidad cristiana. La predicación misma se ha definido como «la verdad a través de la personalidad.»

W. H. Elliott, en su autobiografía *Fines por descubrir*, cuenta una cosa de la gran actriz Edith Evans: «Cuando murió su marido, vino a nosotros, llena de aflicción... En nuestra salita de la plaza de Chester se desahogó de sus sentimientos durante una hora o así, y eran sentimientos que le fluían de manantiales muy profundos. Su personalidad llenaba toda la habitación. ¡La habitación no era bastante grande!... Durante días aquella habitación nuestra estuvo electrificada, como dije entonces. Las tremendas vibraciones no habían desaparecido.»

Esta es la historia del impacto de la personalidad de Jesús en la vida de un escriba judío. Sigue siendo verdad hasta el día de hoy que lo que más se necesita no es tanto hablar con las personas acerca de Jesús como enfrentarlas con Él, y dejar que la personalidad de Jesús haga el resto.

Pero hay más que eso. Tan pronto como el escriba experimentó esta reacción, Jesús le dijo que las zorras tienen guaridas y las aves de los cielos encuentran lugares en los árboles donde descansar, pero el Hijo del Hombre no tenía ningún sitio en la tierra para reposar la cabeza. Es como si Jesús le dijera a aquel hombre: «Antes de seguirme, *piensa en lo que vas a hacer*. Antes de seguirme, *calcula el precio*.»

Jesús no quería seguidores arrebatados en un momento de emoción, que se inflamaran como la paja y desaparecieran con la misma rapidez. No quería personas arrastradas por el flujo, y luego por el reflujo de una marea de meros sentimientos. Quería personas que supieran lo que estaban haciendo. Hablaba de cargar con la cruz (*Mateo 10:38*). Hablaba de ponerle a Él por encima de las relaciones más queridas de la vida (*Lucas 14:26*); y de renunciar a todo y dárselo a los pobres (*Mateo 19:21*). Siempre decía: «Sí, sé que se te viene el corazón conmigo, pero *Me quieres lo bastante para eso?*»

En cualquier esfera de la vida hay que enfrentarse con los hechos. Si un joven muestra deseos de dedicarse a la investigación, debemos decirle: «Eso está bien; pero, ¿estás dispuesto a decirles que no a los placeres y consagrarte al estudio y al trabajo para toda la vida?» Cuando un explorador está preparando su equipo, habrá muchos que le ofrezcan sus servicios, pero él tendrá que descartar a los románticos y a los idealistas diciéndoles: «Está bien, pero ¿estáis preparados para la nieve y el hielo, para los pantanos y el calor, para el cansancio y el agotamiento de todo ello?» Cuando un aficionado quiere llegar a ser un atleta, el entrenador debe decirle: «Está bien; pero, ¿estás dispuesto a las privaciones y la disciplina que son imprescindibles para llegar al podio de tus sueños?» Esto no es enfriar el entusiasmo, pero sí decir que el entusiasmo que no se enfrenta con los hechos pronto será ceniza en vez de llama.

Nadie podrá decir jamás que siguió a Jesús engañado. Jesús era transparentemente claro y sincero a ultranza. Le hacemos a Jesús un flaco servicio si hacemos alguna vez que la gente piense que el camino cristiano es fácil. No hay nada más emocionante que el camino de Cristo, ni gloria como la que hay al final de ese camino; pero Jesús nunca dijo que era fácil. El camino a la gloria pasa necesariamente por la Cruz.

LA TRAGEDIA DE LA OPORTUNIDAD PERDIDA

Mateo 8:18-22 (conclusión)

Pero había otro que quería seguir a Jesús. Dijo que Le seguiría, si se le permitía ir a enterrar a su padre. La respuesta de Jesús fue: «Tú sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos.» A primera vista esto parece muy duro. Para los judíos era una obligación sagrada el asegurarle un entierro digno a un **padre. Cuando murió Jacob, José le pidió permiso** al faraón para ir a enterrar a su padre: «Mi padre me hizo jurárselo cuando me dijo: "Yo estoy a punto de morir. Entiérrame en la tumba que me cavé en la tierra de Canaán." Por tanto, déjame que me vaya ahora a enterrar a mi padre, y después volveré» (*Génesis 50:5*). A este dicho de Jesús se le han dado diversas explicaciones para disipar su aparente hosquedad e insensibilidad.

(i) Se ha sugerido que se ha cometido una equivocación, al traducir el arameo original de este dicho al griego, y que lo que Jesús le dice al hombre es que puede encargar el entierro de su padre a enterradores profesionales. Hay un extraño versículo en *Ezequiel 39: 15*: «Pasarán los que vayan por el país, y el que vea los huesos de algún hombre pondrá junto a ellos una señal, hasta que los entierren los sepultureros en el valle de Harnóngog.» Eso parece indicar que había una especie de servidores públicos llamados *sepultureros*; y se ha sugerido que Jesús le está diciendo al hombre que les deje encargarse del entierro de su padre. Esta explicación no parece muy probable dada la responsabilidad filial de los judíos.

(ii) Se ha sugerido que éste es en verdad un dicho muy duro, y que Jesús estaba diciéndole al hombre que la sociedad en la que vivía estaba muerta en el pecado, y debía salir de ella lo más pronto posible, aunque ello supusiera dejar sin enterrar a su propio padre; que nada, ni siquiera el deber más sagrado, debía aplazar el que se embarcara en el camino cristiano.

(iii) Pero la verdadera explicación está sin duda en la forma en que los judíos usaban esta frase -«Debo enterrar a mi padre»- y en que se sigue usando en Oriente.

Wendt cita un incidente que le contó un misionero. Este misionero tenía un amigo turco, rico e inteligente. Le aconsejó que viajara por Europa cuando acabara sus estudios para completar su educación y ampliar sus perspectivas. El turco le contestó: «Antes de eso tengo que enterrar a mi padre.» El misionero le dio el pésame y le expresó su condolencia, creyendo que el padre de su amigo acababa de morir; pero el joven turco le explicó que su padre estaba vivo y perfectamente de salud, y que lo que había querido decir era que tenía que cumplir sus obligaciones con sus padres' y familiares antes de poder marcharse en el viaje sugerido; que, de hecho, no podía marcharse de casa hasta después que muriera su padre, que podría ser después de muchos años.-

Eso era sin duda lo que quería decir el hombre del incidente evangélico: «Te seguiré algún día, cuando haya muerto mi padre y pueda marcharme de casa.» Lo que estaba haciendo de hecho era aplazar su decisión indefinidamente.

Jesús era sabio: conocía el corazón humano, y sabía -muy bien que si aquel hombre no empezaba entonces a seguirle, nunca empezaría. A veces sentimos el impulso de hacer cosas elevadas; pero dejamos que se nos pase sin hacer nada.

La mayor tragedia de la vida es muchas veces la de las oportunidades perdidas. Nos sentimos movidos a hacer algo bueno, a abandonar alguna debilidad o hábito, a decirle a alguien una palabra de simpatía, o de advertencia, o de aliento; pero se nos pasa el momento, y no lo hacemos nunca; la

debilidad queda sin conquistarse, y la palabra sin pronunciarse. En el mejor de nosotros hay algo de letargo, de inercia; el hábito de dejar las cosas para un mañana que no llega nunca, una cierta indecisión; y a menudo el buen impulso no se traduce nunca en acción.

Jesús le estaba diciendo a aquel hombre: «Ahora tienes la convicción de que debes salir de esa sociedad muerta en la que te mueves; dices que ya lo harás cuando pasen los años y haya muerto tu padre; sal ahora mismo, o no saldrás nunca.»

En su autobiografía, H. G. Wells menciona un momento crucial de su vida. Era aprendiz de guarnicionero, y no parecía tener mucho futuro. Se le presentó un día lo que él llamaba «una voz íntima y profética: "Salte de este oficio antes de que sea demasiado tarde; te cueste lo que te cueste."» No espero; se salió, y llegó a ser H. G. Wells.

Que Dios nos conceda la fuerza de decisión que nos puede salvar de la tragedia de la oportunidad perdida.

LA PAZ DE LA PRESENCIA

Mateo 8:23-27

Jesús se metió en la barca, y Sus discípulos Le siguieron. Y, fijaos: se produjo tal cataclismo en el mar, que las olas ocultaban la barca; y Jesús estaba dormido. Los discípulos se pusieron a despertarle.

-¡Señor -le decían-, sálvanos, que estamos perdidos!

-¿Por qué estáis tan acobardados -les dijo Jesús-, vosotros, los de la poca fe?

Entonces, cuando se desentumeció, regañó a los vientos y a la mar, y se produjo una calma total.

Los discípulos estaban alucinados.

-¿Qué clase de Hombre es Éste -se decían ; que hasta los vientos y la mar Le obedecen?

En cierto sentido ésta era una escena muy corriente en el Mar de Galilea. El Mar de Galilea es pequeño; no tiene más que 20 kilómetros de Norte a Sur y 12 de Este a Oeste por lar más ancho. El valle del Jordán ocupa una profunda falla de la superficie de la Tierra, y el Mar de Galilea es parte de esa falla. Está a 210 metros por debajo del nivel del Mediterráneo. Eso hace que su clima sea templado y benigno, pero también crea peligros. Al Oeste hay colinas con valles y barrancos; y cuando sopla el viento frío del Oeste, estos valles y torrenteras actúan como soplillos gigantescos. El viento parece que se comprime en ellos, y se precipita sobre el lago con una violencia salvaje y con una rapidez alucinante, de manera que la calma de un momento se convierte en un instante en una tormenta rugiente. Las tormentas del Mar de Galilea se producen repentina y violentamente de una manera totalmente imprevisible y única.

W. M. Thomson, en *La Tierra y el Libro*, describe su experiencia a orillas del Mar de Galilea:

En la ocasión a la que me estoy refiriendo, pusimos a continuación las tiendas a la orilla, y pasamos tres días y tres noches expuestos a este viento tremendo. Teníamos que poner dos clavos a todas las cuerdas de la tienda, y a menudo teníamos que colgarnos con todo nuestro peso para que toda la tienda con tantas sacudidas no saliera volando por la fuerza del viento... Todo el lago, como hemos dicho, estaba como azotado furiosamente; las olas rodaban repetidamente hasta la puerta de nuestra tienda, sacudiendo las cuerdas con tal violencia que sacaban los clavos del suelo. Y además, estos vientos no son solamente violentos, sino que bajan repentinamente, y frecuentemente cuando el cielo está perfectamente claro. Yo fui una vez a bañarme cerca de los baños calientes y, antes de que pudiera darme cuenta, el viento llegó rugiendo por los acantilados con tal fuerza que tuve grandes dificultades para alcanzar la orilla.

El doctor W. M. Christie, que pasó muchos años en Galilea, dice que en estas tempestades los vientos parecen soplar en todas direcciones al mismo tiempo, porque se precipitan por los estrechos pasos de las colinas y golpean el agua en ángulo. Nos cuenta de una ocasión:

Una compañía de turistas estaba de pie a la orilla en Tiberíades y, notando la superficie cristalina del agua y el reducido tamaño del lago, expresaron dudas sobre la posibilidad de tormentas tales como las que se describen en los evangelios. Casi inmediatamente, se levantó el viento. En veinte minutos, el mar estaba blanco de la espuma que encrespaba las olas. Grandes oleadas se quebraban contra las torres a las esquinas de los muros de la ciudad, y los turistas no tuvieron más remedio que buscar refugio de las rociadas cegadoras del agua, aunque estaban ya a doscientos metros de la orilla.

En menos de media hora, el plácido solecito se había convertido en una ronca tempestad.

Eso fue lo que sucedió aquí. La tormenta se llama *seismós*, que es la palabra para *terremoto*. Las olas alcanzaban tal altura que la barca quedaba oculta (*kalyptesthai*) entre las olas, porque la cresta de las olas se remontaba por encima de ella. Jesús estaba dormido. (Si leemos el relato de *Marcos* 4:1-35, vemos que, antes de iniciar la travesía Jesús había usado la barca como púlpito para dirigirse a la gente; y, sin duda, estaba agotado). En un instante de terror, los discípulos le despertaron, y la tormenta se convirtió en calma.

CALMA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

Mateo 8:23-27 (conclusión)

En este relato hay mucho más que la calma que siguió a la tempestad en la mar. Supongamos que Jesús calmó literal y físicamente aquella rugiente tempestad en el Mar de Galilea hacia el año 28 de nuestra era; eso sería, sin duda, una hazaña maravillosa, pero no tendría mucho que ver con nosotros. Sería la historia de una maravilla aislada, que no sería pertinente para nosotros en el siglo XX. Si eso es todo lo que quiere decir esta historia, podríamos preguntar: «¿Por qué no lo hace Jesús ahora? ¿Por qué permite que los que Le aman en este tiempo se hundan en el rugiente mar sin intervenir para salvarlos?» Si no vemos en esta historia nada más que el relato de algo que hizo Jesús hace veinte siglos, no sólo no resuelve ningún problema, sino que los produce aún mayores y de los que quebrantan el corazón.

Pero el sentido de esta historia es mucho mayor que eso. No se limita a decirnos que Jesús calmó una tempestad en Galilea, sino nos dice que *dondequiera está Jesús, se calman las tormentas de la vida*. Quiere decir que, en la presencia de Jesús, las más terribles tempestades se convierten en paz.

Cuando sopla el frío y crudo viento del dolor, -hay calma y consuelo en la presencia de Jesucristo. Cuando ruge la ráfaga ardiente de la pasión, hay paz y seguridad en la presencia de Jesucristo. Cuando las tormentas de la duda tratan de desarraigar los fundamentos mismos de la fe, hay una estable seguridad en la presencia de Jesucristo. En todas las tormentas que sacuden el corazón humano hay paz con Jesucristo.

Margaret Avery cuenta una historia maravillosa. En la escuela de una aldeíta de las montañas, una maestra les había contado a sus alumnos esta historia evangélica. Poco tiempo después hubo una ventisca terrible. Cuando se cerró la escuela aquel día, la maestra tenía casi que arrastrar a los niños contra la tempestad. Estaban en verdadero peligro. En medio de todo aquello le oyó decir a un niño, como hablando consigo mismo: «Nos vendría bien tener a Jesús con nosotros aquí y ahora.» El chiquillo lo había entendido perfectamente. Su maestra tiene que haber sido estupenda. La lección

de esta historia es que, cuando las tormentas de la vida nos sacuden el alma, Jesucristo está con nosotros, y en Su presencia la rugiente tempestad se convierte en una paz que nada nos puede arrebatarnos.

UN UNIVERSO PLAGADO DE DEMONIOS

Mateo 8:28-34

Cuando llegaron al otro lado, al territorio de los gadarenos, Le salieron al encuentro dos hombres endemoniados que salieron de entre las tumbas. Eran muy fieros, tanto que nadie podía pasar por aquella carretera. Y fijaos, se pusieron a gritar:

- ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido a atormentarnos antes de tiempo?

A una buena distancia de ellos había un hato de muchos cerdos que estaban pastando. Los diablos Le suplicaron a Jesús:

- Si nos echas de aquí, déjanos que vayamos a ese hato de cerdos.

Id -les dijo Jesús.

Los demonios salieron de los hombres y fueron a meterse en el hato de los cerdos. Y fijaos: todo el hato se abalanzó al mar por los acantilados, y se ahogaron en el agua. Los que estaban apacentándolos salieron huyendo, y se fueron lejos al pueblo y contaron todo lo que había pasado con los endemoniados. Y fijaos: todo el pueblo salió al encuentro de Jesús; y cuando Le vieron, Le pidieron que Se fuera de su territorio.

Antes de empezar a estudiar este pasaje en detalle, trataremos de resolver una dificultad que acecha al estudiante de los evangelios. Se ve que había una cierta incertidumbre en las mentes de los evangelistas en cuanto al lugar donde sucedió este incidente. Esa incertidumbre se refleja en las diferencias que hay entre los tres evangelios sinópticos. La *ReinaValera'95* de estudio ya hace constar las diferencias en el nombre de la región -*gergesenos o gadarenos o gerasenos*.

La dificultad consiste en que no se ha logrado identificar este lugar con toda seguridad. *Gerasa* es difícil que sea correcto, porque la única *Gerasa* de que tenemos información estaba a más de cincuenta kilómetros tierra adentro, al Sudeste del lago, en Galaad; y es seguro que Jesús no recorrió esa distancia cuando desembarcó. *Gadara* es casi seguro que es el nombre correcto, porque era un pueblo a menos de diez kilómetros tierra adentro desde la orilla del lago, y es normal que el cementerio estuviera a esa distancia, así como los campos para apacentar los cerdos. *Gergesa* es probable que se deba a la conjetura de Orígenes, el gran erudito alejandrino del siglo III. Él sabía que *Gerasa* era imposible; dudaba también de la posibilidad de *Gadara*, y conocía una aldea llamada *Gergesa*, en la parte oriental del Mar de Galilea, y sugirió que ese debía de ser el lugar. Lo más probable es que las diferencias se deban al hecho de que los que copiaban los manuscritos antiguos no conocían Palestina lo suficiente como para estar seguros de dónde estaba ese lugar y cómo se llamaba.

Este milagro nos enfrenta con la idea de la posesión diabólica, que es tan corriente en los evangelios. El mundo antiguo creía incuestionable e intensamente en los malos espíritus. El aire estaba tan lleno de estos espíritus que no era posible insertar en él la punta de una aguja sin encontrarse con alguno. Algunos decían que había siete millones y medio de ellos; había diez mil en la mano derecha de cada persona, y otros diez mil en su izquierda; y todos estaban esperando la oportunidad para hacerle daño. Vivían en lugares inmundos, como las tumbas, y en otros en los que no había agua para limpiar. Vivían en los desiertos, en los que se podían oír sus aullidos. Eran especialmente peligrosos para los viajeros solitarios, las mujeres de parto, la esposa y el esposo recién casados, los niños que salían por la noche y los que viajaban de noche. Eran especialmente

peligrosos en el calor del mediodía, y entre la puesta y la salida del sol. Los demonios masculinos se llamaban *sedim*, y los femeninos *lilin*, de Lilit. Los demonios femeninos tenían pelo largo, y eran especialmente peligrosos para los niños; por eso tenían los niños ángeles de la guarda (cp. *Mateo 18:10*).

En cuanto al origen de los demonios había diferentes opiniones. Algunos mantenían que existían desde el principio del mundo. Otros, que eran los espíritus de los malvados que habían muerto, y que hasta después de la muerte trataban de hacer daño. Lo más corriente de todo era relacionarlos con la extraña historia del *Génesis b:1-8*. Ese pasaje dice que los ángeles pecadores vinieron a la Tierra y sedujeron a mujeres mortales. Los demonios se creía que eran los descendientes de los que nacieron de aquellas malas uniones.

A estos demonios se les atribuían todas las enfermedades. Se los suponía responsables, no solo de enfermedades como la epilepsia y los trastornos mentales, sino también de las enfermedades corporales. Los egipcios mantenían que el cuerpo constaba de treinta y seis partes diferentes, cada una de las cuales podía ser la guarida de un demonio. Una de sus maneras favoritas de conseguir introducirse en el cuerpo de una persona era acechar mientras estaba comiendo, y colarse con la comida.

A nosotros nos parecerá fantástico todo esto; pero los pueblos antiguos creían a pies-juntillas en los demonios. Si una persona estaba convencida de que estaba poseída por un demonio, se dedicaría a reproducir todos los síntomas de la posesión diabólica. Se podía convencer auténticamente de que tenía dentro un demonio. Hasta el día de hoy, uno se puede autosugestionar y convencer de qué tiene un dolor o ,está enfermo; eso podía suceder todavía más fácilmente cuando había tanto de lo que hoy llamamos supersticiones, y cuando el conocimiento humano era mucho más primitivo que ahora. Aunque no hubiera demonios, una persona que se creyera poseída sólo podía curarse si se admitía que, por lo menos para ella; los demonios eran la cosa más real del mundo.

LA DERROTA DE LOS DEMONIOS

Mateo 8:28-34 (conclusión)

Cuando Jesús llegó al otro lado del lago, se Le enfrentaron dos endemoniados que vivían entre las tumbas, porque las tumbas eran el lugar de residencia normal de los demonios. Eran tan feroces que constituían un peligro para los que pasaran por allí, y un viajero prudente evitaría un encuentro con ellos a toda costa.

W. M. Thomson, en *La Tierra y el Libro*, nos cuenta que él mismo, en el siglo XIX, vio personas que estaban en exactamente la misma situación de aquellos dos endemoniados de las tumbas de Gadara:

Actualmente se , dan casos muy semejantes -locos furiosos y peligrosos que deambulan por las montañas y duermen en cuevas y en tumbas. Cuando tienen uno

de sus peores paroxismos no hay quien los domine, y son tremendamente fuertes... Y es uno de los rasgos más corrientes de esta locura que los que la padecen se niegan a usar ropa. Los he visto a menudo totalmente desnudos por las calles de Beirut y de Sidón. También hay casos que corren salvajemente por los despoblados y aterran a todos los de la vecindad.

Aparte de todo lo demás, Jesús dio muestras de un valor extraordinario al pararse a hablar con aquellos dos hombres.

Si de veras queremos saber los detalles de, esta historia tenemos que acudir a *Marcos*. El relato de Marcos (*Marcos* 5:1-19) es mucho más largo, y lo que nos da Mateo no es más que un resumen. Esta es una historia de milagro que ha causado mucha discusión, y la discusión se ha centrado en torno a la destrucción del hato de cerdos. Muchos la han encontrado extraña, y han considerado cruel el que Jesús destruyera así una manada de animales. Pero es casi seguro que Jesús no destruyó deliberadamente los cerdos.

Debemos tratar de visualizar lo que sucedió. Los endemoniados estaban chillando y gritando (*Marcos* 5: 7; *Lucas* 8:28). Debemos tener presente que estaban totalmente convencidos de que estaban invadidos de demonios. Ahora bien, era una creencia normal y ortodoxa que todos compartían que cuando viniera el Mesías y hubiera un juicio final, los demonios serían destruidos. Eso es lo que los hombres querían decir cuando le preguntaron a Jesús por qué había venido a atormentarlos antes del tiempo de terminar. Estaban tan convencidos de que estaban poseídos por demonios que nada los podía haber librado de su convicción que no fuera una demostración visible de que los demonios habían salido de ellos.

Había que hacer algo que fuera para ellos una prueba indubitable. Lo más seguro es que sus gritos y chillidos alarmaran el hato de los cerdos, que, en su terror, huyeron en desbandada y se cayeron al lago. El agua era fatal para los demonios. Ante eso, Jesús aprovechó la ocasión que se le presentaba.

«¡Fijaos! -les dijo-'Fijaos en esos cerdos: se han hundido en el fondo del lago, y se han llevado vuestros demonios para siempre.» Jesús sabía que no había otra manera de convencer a esos dos hombres de que estaban definitivamente curados. Si fue así, Jesús no destruyó aposta la manada de cerdos; simplemente usó su estampida para ayudar a aquellos dos pobres pacientes a creer en su curación.

Pero aunque Jesús hubiera causado deliberadamente la destrucción de aquel hato de cerdos, no debería nunca habersele culpado por ello. Hay tal cosa como pasarse de chinche. T. R. Glover hablaba de las personas que creen que son muy religiosas cuando lo que son es muy fastidiosas.

No podemos comparar el valor de un hato de cerdos con el de dos almas humanas inmortales. No es comente negarse a comer un bocadillo de jamón o chuletas de cerdo para la comida por motivos de conciencia. Nuestra simpatía hacia los cerdos no nos lleva tan lejos como para impedirnos comérmolos; ¿y vamos a quejarnos de que Jesús devolviera la salud a dos mentes humanas a costa de un hato de cerdos? Esto no quiere decir, ni mucho menos que animemos, o ni siquiera disculpemos la crueldad con los animales. Es sencillamente que debemos conservar en la vida un sentido de la proporción.

La tragedia suprema de esta historia radica en su conclusión. Los que habían estado pastoreando a los cerdos volvieron corriendo al pueblo y dijeron lo que había sucedido; y el resultado fue que los del pueblo le pidieron a Jesús que saliera inmediatamente de su territorio.

Aquí encontramos el peor egoísmo humano. A esa gente no le importaba que dos personas hubieran recuperado la razón; lo único que les importaba era que se habían quedado sin sus cerdos. Eso es lo que sucede muchas veces cuando se dice: « Me importa un pito lo que les pase a los demás, siempre que no sufran mis ganancias y mi comodidad y mi tranquilidad.» Nos podemos alucinar ante la insensibilidad de aquella gente de Gadara, pero debemos tener cuidado de no objetar a que se ayude a otros para no perder nuestros privilegios.

CRECE LA OPOSICIÓN

Ya hemos visto repetidamente que en el evangelio de Mateo no aparece nada colocado al azar. Todo está planificado y diseñado cuidadosamente.

En el capítulo 9 vemos otro ejemplo de esta cuidadosa planificación, porque contiene las primeras sombras de la tormenta que se está fraguando. Vemos cómo empieza a crecer la oposición; oímos

las primeras insinuaciones de las acusaciones que se van a urdir contra Jesús, y que acabarán finalmente por llevarle a la muerte. En este capítulo se Le hacen a Jesús cuatro acusaciones.

(i) Se Le acusaba de *blasfemia*. En Mateo 9:1-8 vemos a Jesús curando al paralítico perdonándole sus pecados; y oímos a los escribas acusarle de blasfemia porque pretendía hacer lo que sólo Dios puede hacer. Acusaban a Jesús de blasfemia porque hablaba con la voz de Dios. *Blasfémia* quiere decir literalmente *insulto o calumnia*; y los enemigos de Jesús le acusaban de insultar a Dios porque Se arrogaba los poderes exclusivos de Dios.

(ii) Se Le acusaba de *inmoralidad*. En Mateo 9:10-13 vemos a Jesús participando en una fiesta con publicanos y pecadores. Los fariseos se escandalizaban de que Él comiera con tal gentuza. La implicación era que Él era igual que ellos. «Dime con quién andas, y te diré quién eres.»

A Jesús Le acusaron de hecho de ser una persona inmoral porque se Le veía con gente inmoral. Una vez que una persona cae en desgracia es la cosa más fácil del mundo tergiversar y falsificar todo lo que hace.

Harold Nicolson cuenta una conversación que tuvo con Stanley Baldwin. Nicolson estaba por entonces empezando su carrera política, y fue a pedir a Baldwin, político veterano, el consejo que le pudiera dar. Baldwin le dijo algo así: «Vas a tratar de ser un estadista, y a manejar los asuntos del país. Bien, yo tengo una larga experiencia de ese tipo de vida, y te daré tres reglas que harás bien en seguir. La primera, si ya estás suscrito a una agencia de recortes de periódicos, cante la suscripción inmediatamente. La segunda, no te **ríase** nunca de los errores de tus oponentes. La tercera, **ármate d paciencia cuando te atribuyan falsos motivos.**» Una de las armas favoritas de los enemigos de cualquier hombre publica es atribuirle falsos motivos; eso es lo que Le hicieron a Jesús Sus enemigos. ;

(iii) Se Le acusaba de *laxitud en la piedad*. En Mateo 9:14: 17, los discípulos de Juan les preguntaron a los de Jesús qué su Maestro no ayunaba. Jesús no observaba las prácticas ortodoxas de la religión, y por tanto los ortodoxos no se fiaban de Él. Cualquiera que se aparte de los convencionalismo sufrirá por ello; y cualquiera que quebrante los convencionalismos religiosos, más todavía. Jesús quebrantaba los convencionalismos ortodoxos de la piedad farisaica, y se le criticaba por ello.

(iv) Se le acusa de *actuar de acuerdo con el diablo*. En Mateo 9:31-34 Le vemos curando a un mudo, y Sus enemigos atribuyen la curación a Su asociación con el diablo. **Siempre** que entra un nuevo poder en la vida -se ha dicho, por ejemplo, del poder espiritual- hay quienes dicen: < Debemos **tener** cuidado; esto podría ser obra del diablo y no de Dios. » Es curioso que cuando la gente se encuentra con algo que no le gusta, o que no entiende, o que no está de acuerdo con sus ideas preconcebidas, a menudo se lo atribuyen al diablo y no a Dios. ..

Así que aquí tenemos el principio de la campaña contra Jesús. Sus calumniadores ya están actuando. Las lenguas chismosas están envenenando la verdad y atribuyendo falsos motivos. El movimiento para eliminar a este conflictivo Jesús ha comenzado.

ESTAR A BUENAS CON DIOS

Mateo 9:1-8

Jesús Se subió a la barca y pasó al otro lado del lago, a Su propio pueblo. Y fijaos: Le trajeron a un paralítico en una camilla. Cuando Jesús vio la fe de los que le traían, le dijo al paralítico:

- ¡Anímate, hijo! Tus pecados se te han perdonado.

Y fijaos: algunos de los escribas se dijeron para sí:

- ¡Este está blasfemando!

Jesús sabía lo que estaban pensando, y les dijo:

- ¿Por qué pensáis mal para vuestros adentros? ¿Qué es más fácil, decirle «Tus pecados se te han perdonado,» o decirle «Levántate y ponte a andar»? Pero, para que entendáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la Tierra para perdonar pecados -dijo dirigiéndose al paralítico-: Levántate, recoge tu camilla y vete a tu casa.

Y el paralítico se levantó y se fue a su casa.

Y cuando la concurrencia lo vio, se conmovieron de temor, y dieron gloria a Dios por haberles dado a los hombres tal poder.

Por *Marcos 2:1* sabemos que este incidente tuvo lugar en Cafarnaum; y es interesante notar que para este tiempo Jesús había llegado a identificarse tanto con Cafarnaum que a éste se le podía llamar Su propio pueblo. En esta etapa de Su ministerio, Cafarnaum era el centro de Su obra.

Le trajeron a un paralítico, que llevaban unos amigos en una camilla. Aquí tenemos una escena maravillosa de un hombre que fue salvo por la fe de sus amigos. Si no hubiera sido por ellos, nunca habría podido llegar a la presencia sanadora de Jesús de ninguna manera. Bien puede ser que hubiera llegado a estar impotentemente resignado y derrotadamente desesperanzado, y que ellos le llevaran a Jesús casi contra su voluntad. En cualquier caso, lo que le salvó fue la fe de sus amigos.

W. B. Yeats, en su comedia *El Gato y la Luna*, tiene una frase: «¿Has conocido alguna vez a un santo que tuviera a un malvado por camarada y lo más querido a su corazón?»

realmente característico de un verdadero santo el asociarse con una persona realmente mala o totalmente insensata, hasta **traerla** a la presencia de Jesús. Si uno tiene un amigo que no conoce a Cristo, o que no le interesa Cristo, o que es hasta hostil a Cristo, su deber como cristiano es no dejarle en paz hasta conseguir traerle a la presencia de Cristo.

No podemos obligar a una persona a aceptar a Cristo contra su voluntad. Coventry Patmore dijo una vez que no podemos enseñarle a otro la verdad religiosa; lo único que podemos es indicarle el camino por el que puede llegar a ella por sí mismo. No podemos hacer que una persona sea cristiana, pero podemos hacer todo lo posible para llevarla a la presencia de Cristo.

La manera que tuvo Jesús de tratar a este hombre puede parecernos sorprendente. Empezó por decirle que sus pecados estaban perdonados. Había una doble razón para eso. En Israel era creencia universal que *toda* enfermedad era el resultado del pecado, y que ninguna enfermedad se podía curar nunca si no se perdonaba el pecado. Rabí Ami dijo: «No hay muerte sin pecado, ni dolor sin trasgresión.» Rabí Alejandro dijo: «El enfermo no se levanta de su enfermedad hasta que se le perdonen los pecados.» Rabí Jiya ben Abba dijo: «Ninguna persona enferma se cura de su enfermedad hasta que se le perdonan todos sus pecados.» Esta relación inquebrantable entre el sufrimiento y el pecado era parte de la fe judía ortodoxa en tiempos de Jesús. Por esa razón, no cabe la menor duda que este hombre no podría nunca haber recuperado la salud hasta tener la seguridad de que sus pecados se le habían perdonado. Es sumamente probable que hubiera sido un pecador, y que estuviera convencido de que su enfermedad era el resultado de su pecado, y que además esa fuera la verdad; y sin la certeza del perdón, no podría haber recibido nunca la sanidad.

De hecho, la medicina moderna estaría totalmente de acuerdo en que la mente puede influir, y de hecho influye, en las condiciones físicas del cuerpo, y que una persona no puede nunca tener un cuerpo sano si su mente no está en un estado sano.

Paul Tournier, en *El Diario de un Médico*, cita un ejemplo precisamente de eso: «Había, por ejemplo, una chica a la que uno de mis amigos llevaba varios meses tratando de anemlia, sin mucho éxito. En última instancia, mi colega decidió enviársela al inspector médico del distrito en que ella trabajaba, para obtener su permiso para enviarla a un sanatorio en las montañas. Al cabo de una semana la paciente trajo la respuesta del inspector. Éste demostró ser una buena persona y concedió el permiso, pero añadió: "Por el análisis de sangre, sin embargo, no llego a nada que se le parezca a las cifras que usted cita." Mi amigo, bastante perplejo, tomó enseguida una muestra de sangre y la llevó a toda prisa a su laboratorio. Era verdad que las cifras habían cambiado

repentinamente. "Si yo no hubiera sido una de esas personas que siguen meticulosamente la rutina del laboratorio -prosigue la historia de mi amigo y si yo no hubiera comprobado el análisis de cada uno de mis pacientes antes de su visita, podría haber creído que había cometido un error." Se volvió a la paciente y le preguntó: "¿Le ha sucedido algo fuera de lo ordinario desde su última visita?" "Sí, me ha sucedido algo -replicó ella-. De pronto he sido capaz de perdonar a alguien al que le tenía un rencor sucio; ¡y de pronto me he dado cuenta de que podía por fin decirle sí a la vida!"» Su actitud mental había cambiado, y con ella cambió también el mismo estado de su sangre. Se le había curado la mente, y su cuerpo llevaba camino de alcanzar una curación total.

Este hombre de la historia evangélica sabía que era pecador; porque era pecador, estaba seguro de que Dios era su enemigo; porque creía que Dios era su enemigo, estaba parálítico. Una vez que Jesús le trajo el perdón de Dios supo que Dios ya no era su enemigo, sino su amigo, y por tanto se curó.

Pero fue la manera como se efectuó la cura lo que escandalizó a los escribas. Jesús se había atrevido a perdonar pecado; eso era prerrogativa exclusiva de Dios; por tanto, **Jesús había** insultado a Dios. Jesús no se puso a discutir. Trató la cuestión con ellos en su propio terreno. «¿Cuál de las dos cosas es más fácil decir -les preguntó-: "Tus pecados te son perdonados," o decir: "Levántate y sal andando"»? Ahora bien; recordemos qué estos escribas no creían que nadie **podiera** levantarse y echar a andar a menos que se le perdonarían sus pecados. Si Jesús podía hacer que este hombre se levantara y anduviera, entonces eso era la prueba incontestable de que los pecados del hombre estaban perdonados, y de que el derecho de Jesús a perdonar pecados era legítimo. Así que Jesús demostró que era capaz de traer el perdón al alma de una persona y la salud a su cuerpo. Y sigue siendo eternamente verdad que no podemos estar como es debido físicamente hasta que lo estemos espiritualmente, que la salud del cuerpo y la paz con Dios van de la mano.

EL HOMBRE QUE TODOS ODIABAN

Mateo 9:9

Quando Jesús se marchó de allí, vio a un hombre que se llamaba Mateo, que estaba sentado a la mesa de cobro de los impuestos. Y Jesús le dijo:

- ¡Sígueme!

Y él se levantó, y empezó a seguir a Jesús.

No se puede pensar en nadie que fuera menos «apostolable» que Mateo. Era lo que se llama tradicionalmente un *publicano*; los *publicani* eran los cobradores de impuestos, y se los llamaba así porque manejaban dinero y fondos públicos.

El imperio romano tenía el problema de diseñar un sistema de cobro de impuestos lo más barato y eficaz posible. Lo consiguió subastando el derecho a cobrar impuestos en cada zona. El que compraba ese derecho se comprometía a entregarle al gobierno romano una cierta cantidad; todo lo que cobrara de más era su comisión.

Está claro que este sistema se prestaba a graves abusos. La gente no sabía realmente cuánto tenía que pagar en aquel tiempo en que no había periódicos ni radio ni televisión, ni tenía derecho a apelar en contra del publicano. El resultado era que muchos publicanos se enriquecían abusando ilegalmente de sus derechos. El sistema había dado lugar a tantos abusos que ya se había cambiado en Palestina antes del tiempo de Jesús; pero había que seguir pagando impuestos, y seguían los abusos.

Había tres impuestos: legales. Estaba el impuesto sobre la tierra, que obligaba al pago de una décima parte de los cereales y un quinto de las frutas y vino al gobernador, en dinero o en especie.

Estaba el impuesto sobre la renta, que era del uno por ciento de los ingresos. Estaba el impuesto personal, que tenía que pagar todo varón desde los 14 hasta los 65 años de edad, y las hembras desde 12 hasta 65. Esos eran impuestos estatutarios que no podían usar fácilmente los publicanos para hacerse ricos.

Pero además de estos había un montón de impuestos diversos. Estaba el impuesto del dos y medio al doce y medio por ciento sobre todas las mercancías que se importaran o exportaran. Había que pagar un impuesto para usar las carreteras principales, cruzar los puentes, y entrar en los mercados, pueblos o puertos. Había que pagar un impuesto por los animales de carga, y por las ruedas y los ejes de los carros. Había impuestos por la compra y por la venta de mercancías. Había algunos productos que eran monopolio del gobierno; por ejemplo, en Egipto, el comercio del nitrato, la cerveza y el papiro estaba totalmente bajo el control del gobierno.

Aunque se había dejado el antiguo método de subastar los impuestos, se necesitaba un montón de gente para cobrarlos. Los funcionarios encargados de ello se contrataban entre los provinciales. A menudo eran voluntarios. Lo corriente era que en cada distrito hubiera una persona responsable de cada impuesto, y -no le era difícil a esa persona forrarse los bolsillos además de cobrar lo legalmente estipulado.

A estos publicanos se les tenía un odio feroz. Se habían puesto al servicio de los conquistadores de su nación, y amasaban sus fortunas a expensas de las desgracias de sus compatriotas. Eran notoriamente deshonestos. No sólo despellejaban a sus propios compatriotas, sino que hacían todo lo posible por defraudar al gobierno, y tenían unos impuestos florecientes aceptando sobornos de los ricos que querían ahorrarse los impuestos que tenían que pagar.

En todos los países se odia a los cobradores de impuestos; pero el odio de los judíos era doblemente violento. Los judíos eran nacionalistas furibundos; pero lo que más los excitaba era su convicción religiosa de que Dios era su único Rey, y que el pagarle impuestos -a ningún gobernador humano era una infracción de los derechos de Dios y un insulto a Su Majestad. La ley judía excomulgaba de la sinagoga a los publicanos, los incluía entre las cosas y los animales inmundos, y les aplicaba *Levítico 20:5*; se les impedía ser testigos en los juicios, y se metía en el mismo saco a los < ladrones, asesinos y publicanos.>

Cuando Jesús llamó a Mateo, llamó a un hombre que todos odiaban. Aquí tenemos uno de los grandes ejemplos que hay en el Nuevo Testamento del poder de Jesús para ver en una persona, no sólo lo que era, sino lo que podría llegar a ser. No ha habido nunca nadie que tuviera tanta fe en las posibilidades de la naturaleza humana como Jesús.

DESAFÍO LANZADO Y ACEPTADO

Mateo 9:9 (conclusión)

Cafarnaum estaba en el territorio de Herodes Antipas, y la más probable es que Mateo no estuviera al servicio de los romanos sino de Herodes. Cafarnaum era el punto de unión de muchas carreteras. En especial la gran carretera de Egipto a Damasco, la carretera de la costa, pasaba por Cafarnaum. Era allí donde entraba en los dominios de Herodes con fines comerciales; y sin duda Mateo era uno de los empleados de aduana que cobraba los impuestos de todas las mercancías y productos que entraban y salían por aquel territorio.

No tenemos por qué pensar que Mateo no había visto nunca antes a Jesús. Sin duda habría oído del joven galileo que traía un mensaje que cortaba la respiración de puro nuevo, que hablaba con una autoridad que no se había conocido nunca, y que contaba entre sus amigos a hombres y mujeres que habrían evitado con asco las buenas personas ortodoxas de entonces. Probablemente Mateo le habría oído desde las afueras de la multitud, y habría sentido que le vibraba el corazón en el pecho. Tal vez Mateo se había planteado anhelantemente si todavía estaría a tiempo de hacerse a

la vela hacia un nuevo mundo dejando su vieja vida y su vieja vergüenza para empezar de nuevo. Y un día se encontró con Jesús allí delante de él, y Le oyó lanzarle el desafío, y Mateo aceptó aquel desafío, y se levantó, y lo dejó todo, y siguió a Jesús.

Debemos fijarnos en *lo que perdió Mateo, y en lo que encontró*. Perdió un cómodo trabajo, y encontró un destino. Perdió unos buenos ingresos, y encontró la dignidad. Perdió una cómoda seguridad, y encontró una aventura como no soñara nunca. Puede que si aceptamos el desafío de Cristo nos encontremos más pobres de cosas materiales. Puede que tengamos que renunciar a las ambiciones del mundo. Pero sin duda encontraremos una paz y un gozo y un interés en la vida que nunca habíamos conocido. En Jesucristo se encuentran riquezas que superan con creces todo lo que se pueda abandonar por Él.

Debemos fijarnos en *lo que dejó Mateo, y en lo que tomó*. Dejó el puesto de los impuestos, pero se llevó una cosa: su pluma. Aquí tenemos un ejemplo luminoso de cómo puede usar Jesús cualesquiera dones que uno pueda llevarle. No es probable que ningún otro de los Doce tuviera soltura con la pluma. Los pescadores galileos no es de esperar que tuvieran una habilidad especial en eso de colocar debidamente las palabras; pero Mateo, sí. Y este hombre, cuyo trabajo le había entrenado en el uso de la pluma, usó esa habilidad para componer el primer manual de las enseñanzas de Jesús, que figura entre los libros más importantes que se hayan escrito en el mundo.

Cuando Mateo dejó el puesto de los impuestos aquel día renunció a mucho en sentido material, pero espiritualmente recibió en herencia una fortuna incalculable.

DONDE HAY MÁS NECESIDAD

Mateo 9:10-13

Después, Mateo estaba sentado a la mesa en su casa, y fijos: vinieron muchos cobradores de impuestos y pecadores a sentarse a comer con Jesús y Sus discípulos.

Cuando vieron aquello los fariseos, les dijeron a los discípulos de Jesús:

- ¿Cómo es que vuestro Maestro come con cobradores de impuestos y pecadores?

Jesús lo oyó, y dijo:

- No son los que están bien los que necesitan un médico, sino los que están enfermos. Id a aprender lo que quiere decir el dicho: «Lo que Yo quiero es misericordia, y no sacrificios.» Yo no he venido a invitar a los «justos», sino a los pecadores.

Jesús no se limitó a llamar a Mateo para que fuera uno de Sus hombres y seguidores, sino que se sentó a la mesa con hombres y mujeres como Mateo, con cobradores de impuestos y «pecadores».

Aquí surge una pregunta muy interesante: ¿Dónde tuvo lugar esta comida en la que fueron comensales Jesús y los cobradores de impuestos y los pecadores? Lucas es el único que especifica que fue en la casa de Mateo o Leví (cp. *Marcos 2:14-17*, y *Lucas 5:27-32*). Si nos atenemos al relato de *Mateo y Marcos*, podría muy bien haber sido en casa de Jesús, o en la casa en que estaba parando. Si fue en la casa de Jesús, Su dicho resulta aún más impactante: < Yo no he venido a llamar -a invitar- a justos, sino a pecadores.>

La palabra que se usa en el original es *kalein*, que es la que se usa corrientemente en griego para *invitar* a un huésped a una casa o para una comida. En la parábola de la Gran Cena (*Mateo 22:1-10*; *Lucas 14:15-24*) se nos dice que los invitados rechazaron la invitación, y fueron los pobres, cojos, mancos y ciegos los que vinieron de los caminos y de los vallados a sentarse a la mesa del Rey. Puede que Jesús estuviera diciendo: < Cuando hacéis una fiesta, invitáis a los religiosos y a los beatos; pero cuando la hago Yo, invito a los que son conscientes de su pecado y tienen más necesidad de Dios.>

Fuera en casa de Mateo o en la que estaba parando Jesús, fue un escándalo para los escribas y fariseos ortodoxos. Hablando en general, los habitantes de Palestina se dividían en dos clases: los ortodoxos que cumplían rígidamente la ley tradicional en sus más mínimos detalles, y los que no, todos los demás. La segunda clase la llamaban los de la primera *la gente de la tierra*; y al ortodoxo le estaba prohibido hacer un viaje con ninguno de los otros, o hacer ningún trato comercial, o darle o recibir de él nada, o hacerles o aceptar de ellos ninguna invitación. Al estar en compañía de gente así, Jesús estaba haciendo algo que los < piadosos » de su tiempo no hartan nunca.

La defensa de Jesús fue perfectamente sencilla; simplemente dijo que Él estaba donde más se le necesitaba. Sería un médico miserable si no fuera nada más que a las casas de los que gozaran de buena salud; el lugar de un médico está donde la gente está enferma; su gloria y su misión es ir adonde se le necesite.

Diógenes fue uno de los grandes maestros de la antigua Grecia. Amaba la virtud, y tenía una lengua mordaz. No se cansaba de comparar la decadencia de Atenas, donde pasó la mayor parte de su vida, con la vigorosa sencillez de Esparta. Un día, alguien le dijo: «Si te gusta tanto Esparta y tan **poco** Atenas, ¿por qué no te marchas de Atenas y te vas a Esparta:

Y él respondió: «Aparte de lo que yo quiera, debo estar **donde** se me necesita más.» Eran los «pecadores» los que necesitaban a Jesús, y por eso estaba entre ellos.

Cuando Jesús dijo « Yo no he venido a invitar a los "justos", sino a los pecadores,» debemos entender lo que quería decir. No decía que hubiera gente tan buena que no necesitara nada de Él; y todavía menos que Él no tuviera interés en los buenos. Este es un dicho muy comprimido. Jesús decía: « Yo no he venido a invitar a los que están tan satisfechos consigo mismos -que están convencidos de que no necesitan la ayuda de nadie; sino a los que son conscientes de su pecado y se dan cuenta de que necesitan desesperadamente un Salvador.» Estaba diciendo: «Los únicos que aceptan mi invitación son los que reconocen lo mucho que Me necesitan.»

Aquellos escribas y fariseos tenían una idea de la religión que no está muerta ni mucho menos.

(i) Estaban más interesados en mantener su propia «santidad» que en ayudar a otro con sus pecados. Eran como médicos que se negaran a visitar a los enfermos por miedo a que les contagiaran la enfermedad. Se mantenían a distancia del pecador con fastidioso puritanismo; no querían tener nada que ver con los tales. Su religión era egoísta en esencia. Les preocupaba mucho más salvar sus almas que contribuir a que se salvaran las de otros. Y habían olvidado que esa era la manera más segura de perder sus propias almas.

(ii) Estaban más interesados en criticar que en animar. Estaban más interesados en señalar las faltas de otras personas que en ayudarlas a conquistarlas. Cuando un médico descubre una enfermedad especialmente repugnante, que le revolvería el estómago a cualquiera que la mirara, no se llena de repugnancia, sino de deseo de ayudar. Nuestra primera reacción no debería ser nunca el condenar al pecador, sino el ayudarle.

(iii) Profesaban una bondad que desembocaba en la condenación más bien que en el perdón y en la simpatía. Estaban más dispuestos a dejarle a uno en la cuneta que en tenderle una mano para que saliera de ella. Eran como médicos que estuvieran interesados en diagnosticar la enfermedad, pero que no tuvieran el menor interés en curarla.

(iv) Profesaban una religión que consistía en una ortodoxia externa más bien que en una ayuda práctica. A Jesús Le encantaba el dicho de Oseas 6:6 que decía que Dios desea la misericordia más que el sacrificio, porque lo citó más de una vez (cp. *Mateo 12:7*). Uno puede que cumpla diligentemente con todos los pasos de la piedad ortodoxa; pero, si nunca hace lo más mínimo para ayudar a otro ser humano en su necesidad, no es una persona cristiana.

PLACER PRESENTE Y DOLOR FUTURO

Mateo 9:14-15

A eso se Le acercaron los discípulos de Juan, y Le preguntaron:

-¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, mientras que Tus discípulos no ayunan?

-Seguro que los amigos más íntimos del novio no se ponen a hacer duelo cuando están con él en las bodas. Ya llegará el día en que les arrebaten al Novio, y entonces sí que ayunarán.

Para los judíos de tiempos de Jesucristo, la limosna, la oración y el ayuno eran los tres grandes pilares de la vida religiosa. Ya hemos descrito suficientemente el ayuno judío cuando tratamos del pasaje de *Mateo 6:16-18*. A. H. McNeile sugiere que este incidente puede que tuviera lugar porque las lluvias de otoño no habían llegado y se había ordenado un ayuno público.

Cuando le preguntaron a Jesús por qué no -practicaban el ayuno ni Él ni Sus discípulos, respondió con una- ilustración gráfica. Por lo menos desde la Biblia del Oso se hacía constar en, una nota que los: *que están de bodas* se decía en el origine *los hijos del tálamo nupcial*, expresión de claro sabor semítico.

Una boda judía era una ocasión de fiesta extraordinaria. Una de sus características era que la areja de recién casados no se iba de su casa para pasar la luna de miel. Durante una semana después de la boda tenían la puerta abierta a sus visitantes; al -esposo y a la esposa se los trataba; y hasta se les dirigía la palabra; como a un rey y a una reina: Y durante esa semana sus amigos íntimos participaban con ellos de la alegría y de la fiesta; sus amigos íntimos se llamaban los *hijos del tálamo nupcial*. En tales ocasiones tenía la gente pobre y sencilla una alegría; un regocijo, una fiesta, una abundancia, que a lo mejor no se les presentaban otra vez en la vida.

Así que Jesús se compara a Sí mismo con el esposo y a sus discípulos como los amigos íntimos del esposo. ¿Cómo podría una compañía así estar triste y lúgubre? Esta no era una ocasión propicia para el ayuno sino para la mayor fiesta de la vida. Hay tres grandes ideas en este pasaje.

(i) Nos dice que estar con Jesús es estar de fiesta; nos dice que en la presencia de Jesús hay una preciosa efervescencia emocionante de vida; nos dice que un cristianismo sumido en la melancolía es un absurdo. El que camina con Cristo camina con un gozo radiante.

(ii) También nos dice que ninguna alegría dura para siempre. Para los discípulos de Juan había llegado un tiempo de aflicción, porque Juan ya estaba en la cárcel. Ese tiempo de dolor les llegaría inevitablemente a los discípulos de Jesús. Es una de las muchas cosas inevitables de la vida el que las alegrías más queridas lleguen a su fin.

Epicteto decía lúgubremente: «Cuando estás besando a tu niño, dite: "Tienes que morir un día."» Por eso tenemos que conocer a Dios y a Jesucristo. Sólo Jesús es el mismo ayer, hoy y para siempre; sólo Dios permanece inmutable entre todos los azares y avatares de la vida. Las más preciosas relaciones humanas tienen que acabarse algún día; sólo el gozo del Cielo dura para siempre; y si lo tenemos en nuestros corazones, nada nos lo podrá quitar.

(iii) Aquí hay también un desafío. Puede que en aquel momento los discípulos no lo vieran, pero Jesús les estaba diciendo: «Estáis experimentando el gozo que produce el seguirme; ¿podréis también superar la prueba, la lucha, el sufrimiento de la cruz de un cristiano?» La vida cristiana produce gozo; pero también conlleva sangre, sudor y lágrimas, que no pueden disipar. el gozo, pero que hay que arrostrar de todas maneras. Así que Jesús dice: « ¿Estáis preparados para las dos cosas -el gozo cristiano y la cruz cristiana?»

(iv) Engastado en este dicho está el valor de Jesús. Jesús no se hacía nunca ilusiones; veía claramente al final del camino la Cruz que le estaba esperando. Aquí se descubre la cortina, y la mente de Jesús vislumbra algo. Sabía que para Él el camino de la vida era el camino de la Cruz, y

sin embargo no se desvió ni un paso. Aquí tenemos el valor de Uno que sabe lo que cuesta el camino de Dios, y que sigue adelante.

EL PROBLEMA DE LA NUEVA IDEA

Mateo 9:16-17

Nadie le pone un remiendo de paño que no se haya lavado nunca a una ropa usada; porque el remiendo que se pone para tapar el agujero rasgaría el paño, y el desgarrón sería peor que el de antes. Ni se pone el vino nuevo en odres viejos; porque se reventarían, y se derramaría el vino y se echarían a perder completamente los odres. El vino nuevo se pone en odres nuevos para que se conserven las dos cosas.

Jesús era plenamente consciente de que había venido a la humanidad con nuevas ideas y con una nueva concepción de la verdad y se daba perfecta cuenta de lo difícil **que es introducir una idea realmente** nueva en las mentes humanas. Así es que usó dos ilustraciones que cualquier **judío podría entender**.

(i) < Nadie -dijo- pone un remiendo de paño nuevo en una ropa vieja. Porque si lo hace, a la primera que se moje la ropa, el remiendo nuevo encoge y rasga todo lo demás y se produce un desgarró peor que el del principio.>

A los judíos les encantaba apasionadamente ver las cosas tal como son. La Ley era para ellos la última y **definitiva Palabra** de Dios. El añadirle o el sustraerle una sola palabra era pecado mortal. El propósito del trabajo de los escribas y fariseos era < construir una valla alrededor de la Ley.> Para ellos una nueva idea no era tanto un error como un pecado.

Ese espíritu no ha muerto ni muchísimo menos. Muy a menudo en una iglesia, si se sugiere una nueva idea o un nuevo método o cualquier cambio, enseguida surge la objeción: < Eso no lo hemos hecho nunca.>

Una vez oí hablar entre sí a dos teólogos. Uno era joven y estaba intensamente interesado en todo lo que los nuevos pensadores tuvieran que decir; el otro era un hombre mayor, de ortodoxia rígida y convencional. El mayor escuchaba al más joven con una especie de tolerancia medio despectiva, y por último acabó la conversación diciendo: < Lo viejo es mejor.>

A lo largo de toda su historia la Iglesia se ha aferrado a lo viejo. Lo que Jesús está diciendo aquí es que llega un momento en que poner parches es una estupidez, y cuando lo único que se puede hacer es desechar definitivamente algo y empezar de nuevo. Hay formas de gobierno eclesiástico, de culto, de expresar nuestras creencias, que a menudo tratamos de ajustar y lijar para ponerlas al día; tratamos de remendarlas. Nadie está dispuesto a abandonar despiadada e insensiblemente lo que las generaciones anteriores encontraron útil y provechoso; pero sigue siendo verdad que éste es un universo en constante crecimiento y expansión; y llega un momento cuando los parches son inútiles, y cuando una persona y una iglesia tienen que aceptar la aventura de lo nuevo, o quedarse empantanadas dando culto, no a Dios, sino al pasado.

(ii) Nadie, decía Jesús, trata de meter vino nuevo en odres viejos. Hace tiempo se solía almacenar el vino en pellejos, y no en botellas. Cuando se echaba el vino nuevo en un pellejo el vino estaba todavía fermentando. Los gases que producía ejercían presión en el pellejo. En un pellejo nuevo había una cierta elasticidad, y no sufría ningún daño porque cedía a la presión. Pero un pellejo viejo ya se había quedado rígido y había perdido la elasticidad y, si se llenaba de vino nuevo en plena fermentación, no podía ceder y se reventaba.

Para traducirlo a términos contemporáneos: Debemos tener mentes suficientemente elásticas para recibir y contener nuevas ideas. La historia del progreso es la historia de la victoria sobre los

prejuicios de una mente hermética. Todas las nuevas ideas han tenido que luchar por su existencia contra la oposición instintiva de la mente humana. El automóvil, el ferrocarril, el avión, se recibieron con suspicacia al principio. Simpson tuvo que luchar para introducir el cloroformo, y Lister para que se aceptaran los antisépticos. A Copérmico se le obligó a que se retractara de su afirmación de que la Tierra giraba alrededor del Sol y no viceversa. Hasta Jonas Hanway, que introdujo el paraguas en este país, tuvo que sufrir montones de misiles y de insultos que le arrojaban cuando iba paseando por la calle bajo su paraguas.

Este rechazamiento de lo nuevo se da en todas las esferas de la vida. Un experto en ferrocarriles, Norman Marlow, hizo muchos viajes en locomotoras. En su libro *Fomplate and Signal Cabin La plataforma del maquinista y la cabina de señales* cuenta un viaje que hizo no mucho después que se amalgamaron los ferrocarriles. Las locomotoras que se había estado usando en cada rama de ferrocarriles se probaron en las otras. Él estaba en la tarima de un expreso de Manchester a Penzance, un «Jubilee» clase 4-6-0. El conductor estaba acostumbrado a llevar locomotoras de la clase < Casfe,» y no hacía más que disertar con nostálgica elocuencia sobre la inutilidad de la máquina que iba conduciendo comparada con las < Castle.» Se negaba a usar la técnica necesaria para la nueva máquina, aunque le habían reciclado y la conocía perfectamente bien. Se empeñaba en conducir su «Jubilee» como si hubiera sido una « Castle,» y se iba quejando todo el camino de que no podía superar los 80 kilómetros por hora. Estaba acostumbrado a las « Castle,» y no le daba opción a ninguna otra. En Crewe cambiaron de maquinista; y el nuevo, que estaba dispuesto a adoptar la nueva técnica necesaria, pronto puso la « Jubilee» a 120 kilómetros por hora. Hasta para conducir locorriotoras algunos rechazaban las nuevas ideas.

En la Iglesia, el resentimiento por todo lo nuevo es crónico, y el intento de poner las cosas nuevas en los moldes antiguos es casi universal. Tratamos de introducir las actividades de una congregación moderna en el edificio de una iglesia antigua que nunca se hizo para ellas. Tratamos de introducir la verdad de los nuevos descubrimientos en los credos basados en la metafísica griega. Tratamos de introducir la instrucción moderna en un lenguaje desgastado que no la puede expresar. Leemos la Palabra de Dios a hombres y mujeres ya casi del siglo XXI en el lenguaje de Cervantes, y tratamos de presentarle a Dios en oración las necesidades de hombres y mujeres de la era posneontemporánea en un lenguaje que tiene medio milenio de antigüedad.

Puede que nos hiciera bien recordar que cuando cualquier cosa viviente deja de crecer, empieza a morir. Puede que tuviéramos que empezar a pedirle a Dios que nos libre de la mente cerrada.

Porque sucede que estamos viviendo en una época de cambios rápidos y tremendos. El vizconde Samuel nació en 1870, y empieza su autobiografía con la descripción del Londres de su niñez. «No teníamos coches, ni autobuses, ni taxis, ni metro; no había bicicletas -excepto sus precursores los extraños biclos-; no había luz eléctrica ni teléfonos, ni cines ni radio.» Eso era poco más. de hace un siglo. Vivimos en un mundo en constante cambio y expansión. Jesús nos advierte que la Iglesia no se atreva a ser una institución que vive en el pasado.

FE IMPERFECTA Y PODER PERFECTO

Mateo 9:18-31

Antes de estudiar este pasaje en detalle debemos considerarlo en conjunto, porque en él hay algo maravilloso.

Contiene tres relatos de milagros: la curación de la hija del gobernador (versículos 18, 19, 23-26); la curación de la mujer que padecía flujo de sangre (versículos 20-22); y la curación de los dos ciegos (versículos 27-31). Todos estos relatos tienen algo en común. Veámoslos ahora uno a uno.

(i) No cabe duda que el gobernador acudiría a Jesús cuando todo lo demás le había fallado. Era, como veremos, el gobernador de la sinagoga; es decir: un pilar de la ortodoxia judía. Era uno de los

que despreciaban y odiaban a Jesús, y a los que les habría gustado eliminarle. Sin duda probó todas clases de médicos, y de curas; y sólo por pura desesperación, y como último recurso, acudió a Jesús.

Es decir: *el gobernador vino a Jesús con motivos inadecuados*. No acudió a Jesús impulsado por un corazón desbordado de amor; vino a Jesús porque había probado todo lo demás, y no le quedaban más posibles remedios a que acudir. Herbert dice al final de una de sus poesías que Dios dice de Su hijo extraviado:

Si toda Mi bondad no le guiara, que la inquietud le arroje hacia Mi pecho.

Este hombre vino a Jesús impulsado por la desesperación.

(ii) La mujer con el flujo de sangre se abrió paso entre la multitud por detrás de Jesús y tocó el borde Su túnica. Vamos a suponer que estamos leyendo ese relato con una actitud distante y crítica, ¿de qué diríamos que dio muestra aquella mujer? Diríamos, sencillamente, que de superstición. Tocar el borde de la túnica de Jesús era parecido a buscar la sanidad en las reliquias o en los pañuelos de los santos.

Esta mujer vino a Jesús con lo que podríamos llamar una fe inadecuada. La trajo algo que más parecía superstición que fe.

(iii) Los dos ciegos se llegaron a Jesús gritando: < ¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David! > *Hijo de David* no era un título que Jesús apreciara; *Hijo de David* era la clase de título que usaría un nacionalista. Muchos de los judíos estaban `esperando un gran líder de la dinastía y casta de David, un general victorioso que los condujera al triunfo militar y político sobre los romanos invasores. Esa era la idea que subyacía bajo el título *Hijo de David*.

Así es que *aquellos ciegos acudieron a Jesús con una idea muy inadecuada de Quién era*. No veían en Él más que al conquistador heroico de la dinastía de David.

Aquí tenemos algo maravilloso. El gobernador vino a Jesús *con motivos inadecuados*; la mujer vino a Jesús *con una fe inadecuada*; los ciegos vinieron a Jesús *con una idea inadecuada* de Quién era -o, si preferimos decirlo así, *con una teología inadecuada*. Y sin embargo encontraron Su amor y Su poder esperándolos en sus necesidades. Aquí vemos algo tremendamente maravilloso. No importa cómo vengamos a Cristo, con tal que vengamos. No importa lo inadecuada e imperfectamente que vengamos: Su amor y Sus brazos están abiertos para recibirnos.

Aquí hay una doble lección. Quiere decirnos que no tenemos que esperar para venir a Cristo hasta que nuestros motivos, nuestra fe y nuestra teología sean perfectos; podemos venir tal como estemos. Y quiere decir que no tenemos derecho a criticar a otros cuyos motivos, fe o teología creamos equivocados. No es cómo vengamos a Cristo lo que importa, sino que de veras vengamos a Él, porque Él está deseando recibirnos tal como somos para hacernos como debemos ser.

EL TOQUE QUE DESPIERTA

Mateo 9:18-19, 23-26

Mientras Jesús les estaba diciendo estas cosas, fijaos, llegó un gobernador y se arrodilló ante Él en actitud de adoración.

Mi hija Le dijo- acaba de morírseme; pero ven a poner Tu mano sobre ella para que vuelva a la vida.

Jesús se levantó para ir con él, y Sus discípulos también fueron con Él.

Cuando Jesús llegó a la casa del gobernador, y vio a los flautistas y el jaleo del gentío, les dijo:

Dejadnos, porque la chiquilla no está muerta; sólo dormida.

*Y se rieron de Él.
Cuando hubieron desalojado a toda aquella gente, Jesús entró, y tomó a la chica de la mano, y ella se levantó.
La noticia de este suceso se difundió por todo el país.*

Mateo nos relata esta historia mucho más brevemente que los otros sinópticos. Si queremos saber más detalles tenemos que acudir a *Marcos 5:21-43* y a *Lucas 8:40-56*. Allí descubrimos que el gobernador lo era de la sinagoga, y que se llamaba Jairo (*Marcos 5: 22, y Lucas 8:41*).

El gobernador de la sinagoga era una persona muy importante. Se le elegía de entre los ancianos. No estaba a cargo de la predicación ni de la enseñanza, sino «al cuidado del orden externo del culto público, y la supervisión de todo lo concerniente a la sinagoga en general.» Elegía los que habían de hacer las lecturas y los que las oraciones en cada culto, e invitaba a los que habían de predicar. Era su deber asegurar que nada estaba o sucedía fuera de orden en la sinagoga; y tenía que supervisar el estado de los edificios de la sinagoga. Toda la administración práctica de la sinagoga estaba en sus manos.

Está claro que una persona así sólo acudiría a Jesús como último recurso. Sería uno de los judíos superortodoxos que consideraban a Jesús un hereje peligroso; y sería sólo cuando todo lo demás le había fallado cuando acudió a Jesús en su desesperación. Jesús le podría haber dicho: < Cuando las cosas te iban bien, querías matarme; ahora que las cosas te van mal, acudes a Mí para que te ayude. » Y Jesús podría haberle negado Su ayuda a un hombre como él. Pero no le guardaba ningún rencor. Ahí estaba un hombre que Le necesitaba, y lo único que deseaba Jesús era ayudarle. El orgullo ofendido y el espíritu reacio a perdonar no tenían lugar en Jesús.

Así es que Jesús fue con el gobernador de la sinagoga hasta su casa; y allí se encontró con todo lo que se podía esperar y temer en tal ocasión. Los judíos estimaban mucho la obligación de hacer duelo por los difuntos. «Quienquiera que sea remiso -decían- en hacer duelo por el fallecimiento de un sabio, merece que le quemem vivo.» Había tres costumbres de duelo que caracterizaban a todas las familias judías afligidas por la muerte de un ser querido.

Estaba el *rasgarse las vestiduras*. Había no menos de treinta y nueve diferentes reglas y normas para establecer cómo se habían de rasgar las vestiduras. Había que hacerlo de pie. La ropa se tenía que rasgar hasta el corazón, para exponer la piel. Por el padre o la madre había que rasgarse las vestiduras justamente sobre el corazón; por otros parientes, por el lado derecho. El desgarrón tenía que ser lo bastante grande como para que cupiera el puño, y tenía que dejarse boquiabierto durante siete días; los treinta días siguientes se llevaba ligeramente hilvanado para que pudiera seguir viéndose; sólo después se podía zurcir definitivamente. Era obvio que habría sido indecente el que las mujeres rasgaran sus vestidos de forma que se les viera el pecho; así es que estaba establecido que las mujeres tenían que rasgarse la ropa interior en privado, y luego darse la vuelta a la prenda de manera que se viera lo rasgado en la espalda; y luego en público rasgaban su ropa exterior.

Estaba el *plañir por los muertos*. En la casa del duelo se mantenía el plañido ininterrumpidamente. Estaba a cargo de plañideras profesionales. Todavía existen en oriente, y W. M. Thomson las describe en *La Tierra y el Libro*: < En todas las ciudades y comunidades hay mujeres supremamente habilidosas en este oficio. Siempre se las manda buscar y se las mantiene dispuestas. Cuando llega una nueva compañía al duelo, estas mujeres se ponen a plañir inmediatamente para que les sea más fácil a los recién llegados unir sus lágrimas a las de la familia de duelo. Se saben la historia doméstica de cada persona, e improvisan repentinamente lamentaciones espontáneas en las que introducen los nombres de los familiares que han muerto recientemente, tocando así las cuerdas sensibles de todos los corazones; y así cada persona llora por sus propios muertos, y la representación, que de otra manera sería difícil y aun imposible, resulta fácil y natural. »

Estaban los *flautistas*. La música de la flauta se asociaba especialmente con la idea de la muerte. El *Talmud* establece: « El marido está obligado a enterrar a su difunta esposa, y hacer lamentaciones y duelo por ella según la costumbre de todos los países. Y también los más pobres entre los israelitas no le concederán menos de dos flautas y una plañidera; pero, si el marido es rico, que todas las cosas se hagan conforme a sus cualidades.» Aun en Roma, los flautistas eran un elemento constitutivo de los días de duelo. Hubo flautistas en el funeral del emperador romano Claudio, y Séneca nos dice que hacían un ruido tan estridente que hasta al mismo Claudio, que era el muerto, le silbaban los oídos. Tan insistente y tan chillón era el plañido de la flauta que la ley romana limitaba el número de flautistas en cada funeral a no más de diez.

Así es que nos podemos figurar la escena de la casa del gobernador de la sinagoga. Todos estaban rasgándose las ropas; las plañideras lanzaban sus chillidos como entregándose al más profundo dolor; las flautas producían sus sonidos horripilantes. En aquella casa se había dado cita toda la parafernalia de los duelos orientales.

En esa atmósfera excitada e histérica, entró Jesús. Con serena autoridad hizo que todos se salieran. Les dijo tranquilamente que la muchacha no estaba muerta, sino sólo dormida y los presentes se rieron burlescamente de Él. Era un detalle extrañamente humano aquel. Los presentes se habían entregado tan totalmente al duelo que se daban por ofendidos de cualquier esperanza de que todo aquello no fuera necesario.

Es probable que, cuando Jesús dijo que la muchacha no estaba muerta sino sólo dormida, quisiera decir precisamente aquello. En griego, como en español, muchas veces se alude a la muerte aplicándole la terminología del sueño. < Descanse en paz.> De hecho, la palabra internacional *cementerio* viene del griego *koiméterion*, que quiere decir *lugar donde duermen las personas, dormitorio*. En griego hay dos palabras para *dormir*; una es *kiomasthai*, que se usa muy corrientemente tanto del sueño natural como del sueño de la muerte, y la otra *katheudein*, que no se usa tan frecuentemente del sueño de la muerte y sí más corrientemente del sueño natural. Y es *katheudein* la que se usa en este pasaje.

En Oriente, el coma cataléptico no era ni mucho menos infrecuente. El entierro en Oriente sigue al fallecimiento muy de cerca, porque las condiciones climatológicas lo hacen necesario. Tristram escribe: < Los entierros siempre tienen lugar lo más tarde posible el mismo día del fallecimiento, frecuentemente por la noche si el fallecido había estado vivo hasta después de la puesta del sol.> A causa de lo corriente que era el estado de coma, y por lo corriente del entierro inmediato, no era imposible que se enterraran algunas personas vivas, como muestra la evidencia de muchas tumbas. Puede que aquí tengamos un ejemplo, no tanto de una resurrección, como de un diagnóstico divino; y que Jesús salvó a esta chica de un final terrible.

De una cosa podemos estar seguros: aquel día en Cafarnaum Jesús rescató a una muchacha judía de las mismas garras de la muerte.

TODO EL PODER DEL CIELO PARA UNO

Matea 9:20-22

Y fijaos: una mujer que hacía doce años que padecía de hemorragias se Le acercó por detrás y tocó la borla de Su manto, diciéndose para sus adentros:

Aunque no haga más que tocar Su ropa, me pondré buena.

Jesús Se dio la vuelta y la vio.

- ¡Ten ánimo, hija! -le dijo-. Tu fe es lo que te ha devuelto la salud.

Y la mujer estuvo sana desde aquel momento.

Desde el punto de vista judío esta mujer no podía haber sufrido de ninguna enfermedad más terrible y humillante que el flujo de sangre. Era una dolencia muy corriente en Palestina. *El Talmud* indica no menos de once curas diferentes para ella. Algunas consistían en tónicos y astringentes que puede que fueran eficaces en algunos casos; otras eran meramente remedios supersticiosos. Una de éstas era llevar las cenizas de un huevo de avestruz en una bolsa de lino en el verano, y de algodón en invierno; otra era llevar por ahí una espiga de cebada que se hubiera encontrado en el estiércol de una burra blanca. Cuando Marcos cuenta esta historia, deja bien claro que esta mujer lo había intentado todo, y había ido a todos los médicos que había podido, y estaba cada vez peor en vez de mejor (*Marcos 5:26*).

Lo más terrible de esta enfermedad era que hacía a la paciente inmunda. La Ley establecía: < Cuando una mujer tenga flujo de sangre por muchos días fuera del tiempo de su menstruación, o cuando tenga flujo de sangre más allá de su menstruación, todo el tiempo de su flujo quedará impura como en los días de su menstruación. Toda cama en que duerma mientras dure su flujo será como la cama de su menstruación, y todo mueble sobre el que se siente será inmundo como la impureza **de su menstruación. Cualquiera que toque** esas cosas será impuro y lavará sus vestidos, se lavará a sí mismo con agua, y quedará impuro hasta la noche» (*Levítico 15:25-27*).

Es decir: una mujer con flujo de sangre era inmunda; todas las cosas y las personas que tocara quedaban infectadas de su inmundicia. Quedaba totalmente excluida del culto, y del trato con hombres y mujeres. No debería ni siquiera haber estado entre la multitud que rodeaba a Jesús; porque, si lo hubieran sabido, no la habrían dejado, porque habría estado contaminando a todos. No nos sorprende lo más mínimo que estuviera probando ansiosamente todo lo que pudiera rescatarla de una vida de aislamiento y humillación.

Así que se deslizó por detrás de Jesús y tocó la *orla* de su manto. La palabra griega es *kráspedon*, la hebrea es *zizit*.

Esta orla eran cuatro borlas de azul jacinto que llevaban los judíos en las esquinas de su manto exterior. Se llevaban obedeciendo lo que mandaba la Ley en *Números 15:37-41* y *Deuteronomio 22:12*. Mateo vuelve a mencionarla en 14:36 y 23:5. Consistían en cuatro hebras que pasaban por las cuatro puntas del manto y se encontraban en ocho puntos. Una de las hebras era más larga que las otras. Estaba trenzada siete veces alrededor de las otras, formando un nudo doble; luego ocho veces, luego once veces y luego trece veces. La hebra y los nudos representaban los cinco libros de la Ley. La razón de la orla era doble. Servía para identificar a un judío como tal, y como miembro del pueblo escogido, no importaba donde estuviera; y servía para recordarle al judío cada vez que se pusiera y se quitara la ropa que él pertenecía a Dios. En tiempos posteriores, cuando se perseguía universalmente a los judíos, las borlas se usaban en la túnica interior, y hoy en día se usan en el chal que usan los judíos devotos para la oración.

Fue la borla de la ropa de Jesús lo que tocó esta mujer.

Cuando la tocó, fue como si el tiempo se detuviera. Como si estuviéramos viendo una película y de pronto se quedara inmóvil la imagen y siguiéramos viendo lo mismo. Lo extraordinario y conmovedoramente hermoso de esta escena es que repentinamente Jesús se detuvo en medio de aquella multitud; y por un momento parecía que nada ni nadie existía para Él salvo aquella mujer y su necesidad. No era simplemente una pobre mujer perdida en la multitud; era una persona a la que Jesús dio la totalidad de Sí mismo.

Para Jesús nadie está nunca perdido entre la multitud, porque Jesús es como Dios. W. B. Yeats escribió una vez en uno de sus momentos de mística belleza: < El amor de Dios es infinito para toda alma humana, porque toda alma humana es única; ninguna otra cosa puede satisfacer la misma necesidad en Dios.» Dios le da la totalidad de Sí mismo a cada persona.

El mundo no es así. El mundo tiende a dividir a las personas en los que son importantes y los que no lo son.

En *Una noche para recordar*, Walter Lord cuenta un detalle de la historia del naufragio del Titanic en abril de 1912. Hubo una abrumadora pérdida de vidas cuando aquel trasatlántico nuevo y que se consideraba tan seguro chocó con un iceberg en medio del Atlántico. Cuando se publicó la noticia de la tragedia el periódico de Nueva York *The American* le dedicó un editorial. Este editorial estaba dedicado exclusivamente a la muerte del millonario John Jacob Astor; y sólo al final, casualmente, se mencionaba que también habían perecido otros 1800. El único que realmente importaba, el único que era noticia, era el millonario. Los otros 1800 no tenían ninguna importancia.

Los hombres puede que sean así, pero Dios no. Bain, el psicólogo, dijo en un contexto muy diferente que la persona sensual tiene lo que él llamaba cuna ternura voluminosa.» En el más elevado y mejor sentido hay una ternura voluminosa en Dios. James Agate dijo de G. K. Chesterton: «Al contrario que algunos pensadores, Chesterton entendía a sus semejantes; las angustias de un juglar le eran tan familiares como las preocupaciones de un juez... Chesterton, más que ningún otro hombre que yo haya conocido, tenía el tacto común. Le dedicaría toda su atención a un limpiabotas. Tenía esa bondad de corazón que la gente llama amabilidad y que hace que todo el mundo sea su familia.» Ese es el reflejo del amor de Dios, para Quien ninguno se pierde en la multitud.

Vale la pena recordar esto en un día y una edad en que el individuo está en peligro de perderse. Las personas tienden a convertirse en números en un sistema de seguridad social; tienden casi a perder su derecho como individuos cuando son miembros de una asociación o de un sindicato. W. B. Yeats dijo de Augustus John, el famoso artista y retratista: < Estaba interesado supremamente en la revolución contra todo lo que hace a un ser humano igual a otro.» Para Dios una persona no es nunca lo mismo que otra; cada una es su bebé individual, y cada una tiene todo el amor de Dios y todo el poder de Dios a su disposición.

Para Jesús esta mujer no se perdió en la multitud; en su hora de necesidad, para Él era la única que importaba. Jesús es así con cada uno de nosotros.

LA PRUEBA Y LA RECOMPENSA DE LA FE

Mateo 9:27-31

Cuando Jesús ya se iba de allí, dos ciegos Le fueron siguiendo y gritando:

- ¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!

Cuando llegó Jesús a la casa, los ciegos se Le acercaron; y Jesús les dijo:

- ¿Creéis que Yo puedo hacer esto?

- ¡Sí, Señor! -Le contestaron.

Entonces Jesús les tocó los ojos, y les dijo:

- Que os suceda lo que habéis creído que podría hacer por vosotros.

Y recuperaron la vista.

Jesús les encargó muy en serio:

- Procurad que nadie se entere de esto.

Pero ellos fueron por todo el país hablando de Jesús.

La ceguera era -una dolencia angustiosamente corriente en Palestina. Procedía en parte del deslumbramiento que el sol oriental causaba a ojos sin protección, y en parte porque la gente no sabía nada de la importancia de la limpieza y la higiene. Particularmente las nubes de moscas sucias transmitían infecciones que conducían a la pérdida de la vista.

El nombre que le dieron estos dos ciegos a Jesús fue *Hijo de David*. Cuando estudiamos los lugares en que se encuentra ese título en los evangelios encontramos que lo usó casi exclusivamente la multitud o personas que conocían a Jesús solamente, como si dijéramos, a distancia (*Mateo 15:22; 20:30s; Marcos 10:47; 12:35ss*). El término *Hijo de David* describe a Jesús según el

concepto popular del Mesías. Los judíos llevaban ya siglos esperando al prometido libertador de la dinastía de David, el líder que no sólo les devolvería la libertad, sino que también los conduciría al poder y la gloria y la grandeza. Así era como estos ciegos consideraban a Jesús; veían en Él al obrador de maravillas que conduciría al pueblo a la libertad y a la conquista. Vinieron a Jesús con una idea muy inadecuada de Quién y de lo que era, y sin embargo Jesús los sanó. La manera como Jesús los trató es iluminadora.

(i) Está claro que no respondió a sus gritos inmediatamente. Jesús quería estar completamente seguro de que eran sinceros y querían en serio lo que Él pudiera darles. Podría muy bien ser que ellos hubieran adoptado un grito popular simplemente porque todos los demás estaban gritando y que, tan pronto como Jesús pasara, Le olvidaran completamente. Quería en primer lugar estar seguro de que la petición de ellos era genuina, y real su sentimiento de necesidad.

Después de todo tiene ventajas eso de ser mendigo; uno se libra de la responsabilidad de trabajar y de ganarse la vida.

Tiene ventajas el ser un inválido.

Hay personas que de hecho no quieren que se les rompan las cadenas. W. B. Yeats nos habla de Lionel Johnson, el poeta e investigador. Johnson era alcohólico. Tenía, como él decía, «un ansia que hacía clamar a cada átomo de su cuerpo.» Pero, cuando se le sugirió que se sometiera a un tratamiento para vencer esa ansia, su franca respuesta fue: < No quiero librarme de esto.»

No son pocos los que en lo más íntimo de su ser no les disgustan sus debilidades; y hay muchos que, si fueran sinceros, tendrían que decir que no quieren perder sus pecados. Jesús tenía que estar seguro antes de nada de que esos hombres deseaban sinceramente y en serio la sanidad que Él podía darles.

(ii) Es interesante observar que Jesús realmente obligó a estas personas a estar con Él a solas. Como no les contestó en las calles, tuvieron que acudir a Él en la casa. Es una ley de la vida espiritual que más tarde o más temprano uno tiene que enfrentarse con Jesús a solas. Está bien eso de hacer una decisión por Cristo en la marea emocional de alguna gran reunión; o en algún grupito cargado de poder espiritual. Pero después de estar con otros uno debe volver a casa y estar solo; después de estar en compañía uno debe volver al aislamiento esencial de toda alma humana; y lo que realmente importa no es lo que uno hace en la multitud, sino lo que hace cuando está a solas con Cristo. Jesús obligó a estos hombres a enfrentarse con Él a solas.

(iii) Jesús les hizo una sola pregunta: «¿Creéis que yo puedo hacer esto?» Lo único esencial para que se produzca un milagro es la fe. Aquí no hay nada misterioso ni teológico. Ningún médico puede curar a un enfermo que acuda a él con una actitud mental de absoluta desconfianza. Ninguna medicina le hará ningún bien a ninguna persona que piense que eso tendrá el mismo efecto que beberse un vaso de agua. El camino al milagro pasa por poner toda la vida de uno en las manos de Jesucristo y decir: « Yo sé que Tú puedes hacerme el que debo ser.»

LAS DOS REACCIONES

Mateo 9:32-34

Cuando se iban los ciegos, fijaos: Le trajeron a Jesús a uno que estaba mudo porque tenía un demonio; y cuando Jesús le echó el demonio, ya pudo hablar. Y las multitudes estaban alucinadas, y decían:

*- ¡No se ha visto nunca nada semejante en Israel!
Pero los fariseos decían:*

- Este expulsa los demonios porque está de acuerdo con el príncipe de los demonios.

Pocos pasajes nos muestran tan claramente como éste la imposibilidad de una actitud de neutralidad frente a Jesús. Aquí tenemos el retrato de dos reacciones ante Él: la de las multitudes era de sorprendida admiración; la de los fariseos, de odio virulento. Siempre ha de ser verdad que lo que el ojo vea dependerá de lo que el corazón sienta.

Las multitudes miraban a Jesús con admiración porque eran gente sencilla con un sentido intenso de necesidad; y veían que Jesús podía suplir su necesidad de una manera de lo más sorprendente. Jesús siempre le parecerá maravilloso al que tiene sentimiento de necesidad; y cuanto más profundo sea el sentimiento de necesidad tanto más maravilloso parecerá Jesús.

Los fariseos veían a Jesús como uno que actuaba de acuerdo con los poderes del mal. No negaban esos poderes maravillosos; pero se los atribuían a Su complicidad con el príncipe de los demonios. Este veredicto de los fariseos era debido a algunas de sus actitudes mentales.

(i) Estaban demasiado afianzados en su posición para cambiar. Como ya hemos visto, por lo que a ellos respectaba no se podía añadir ni sustraer una sola palabra de la Ley. Para ellos todas las cosas grandes y maravillosas pertenecían al pasado. Para ellos, cambiar una tradición o un convencionalismo era pecado mortal. Cualquier novedad era errónea. Y cuando vino Jesús con una nueva interpretación de lo que era en realidad la religión, Le odiaron como habían odiado sus antepasados a los profetas de tiempo antiguo.

(ii) Estaban demasiado orgullosos de su propia autosuficiencia para someterse. Si Jesús tenía razón, ellos estaban equivocados. Los fariseos estaban tan satisfechos consigo mismos que no veían ninguna necesidad de cambiar; y odiaban a todo el que quisiera cambiarlos. El arrepentimiento es la puerta por la que todas las personas deben entrar al Reino; y el arrepentimiento quiere decir reconocer el error de nuestros caminos y darnos cuenta de que sólo en Cristo hay vida; y someternos a Él y a Su voluntad y poder, que es lo único que nos puede cambiar.

(iii) Tenían demasiados prejuicios para ver. Tenían los ojos tan cegados por sus propias ideas que no podían ver en Jesucristo la verdad y el poder de Dios.

Uno que tenga sentimiento de necesidad siempre verá maravillas en Jesucristo. El que está tan seguro de su posición que no quiere cambiar, el que está tan orgulloso de su propia justicia que no se quiere someter, el que está tan cegado por sus prejuicios que no puede ver, siempre resentirá y odiará y tratará de eliminar a Jesucristo.

LA TRIPLE OBRA

Mateo 9:35

Jesús recorrió todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas y proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando toda dolencia y toda enfermedad.

Aquí tenemos en una sola frase la triple actividad que era la esencia de la vida de Jesús.

(i) Jesús era el *Heraldo*. El heraldo es el que trae un mensaje del rey: Jesús era el Que traía un mensaje de Dios. La función

del heraldo es la proclamación de certezas; la predicación siempre debe ser la proclamación de certezas. Una iglesia no se puede nunca formar con personas que están seguras, como si dijéramos, por delegación. No debe ser el predicador el único que esté seguro. Los miembros también.

No ha habido nunca una época en la que esta certeza se necesitara más que en nuestro tiempo. Geoffrey Heawood, director de un gran instituto inglés, ha escrito que la gran tragedia y el gran problema de esta edad es que estamos en una encrucijada, y se han caído las señales.

Beverly Nichols escribió una vez un libro de entrevistas con gente famosa. Uno de los entrevistados fue Hilaire Belloc, uno de los más famosos católicos ingleses. Después de la entrevista Nichols escribió: < A mí me daba pena Belloc porque me parecía que había puesto por lo menos algunas de sus banderas en un asta equivocada; pero todavía me dio más pena de mí mismo y de mi propia generación porque sabía que no tenemos banderas de ninguna clase que poner en ningún asta.»

Vivimos en una era de incertidumbre, una era en la que la gente ha dejado de estar segura de nada. Jesús era el Heraldo de Dios, Que vino proclamando las certezas por las que viven las personas; y nosotros también debemos poder decir: «Yo conozco a Aquel en Quien he creído.»

(ii) Jesús era el *Maestro*. No basta con proclamar las certezas cristianas, y dejar así las cosas; también debemos poder mostrar la diferencia que aportan esas certezas para la vida y la conducta. La importancia y el problema de esto radica en el hecho de que enseñamos el Evangelio, no meramente hablando de él, sino viviéndolo. No es el deber del cristiano discutir el Cristianismo con los demás, sino más bien mostrarles lo que es el Cristianismo.

Un escritor que vivió en la India escribe lo siguiente: «Recuerdo un batallón inglés que, como tantos otros, venía al culto en formación como era su deber, cantaba los himnos como quería, oía el sermón si le parecía interesante y pasaba de la iglesia el resto de la semana. Pero su labor de rescate en el tiempo del terremoto de Quetta impresionó de tal manera a un brahmán que pidió el bautismo inmediatamente, porque sólo la religión cristiana podía hacer que los hombres se condujeran de esa manera.»

Lo que le enseñó a aquel brahmán lo que era el Cristianismo fue verlo en acción. Para decirlo bien claro: nuestro deber no es hablarle a la gente de Jesucristo, sino mostrarles a Jesucristo. Se ha definido un santo como alguien en quien Cristo vive otra vez. Todo cristiano debe ser un maestro, y debe enseñarles a los demás lo que es el Cristianismo, no con palabras, sino con su vida toda.

(iii) Jesús era el *Sanador*. El Evangelio que trajo Jesús no se quedaba en palabras; se traducía en obras. Conforme vamos leyendo los evangelios vemos que Jesús pasó mucho más tiempo sanando a los enfermos, y alimentando a los hambrientos, y consolando a los afligidos, que meramente hablando de Dios. El traducía las palabras de la verdad cristiana en obras del amor cristiano. No seremos de veras cristianos hasta que nuestra fe cristiana desemboque en acción cristiana. El sacerdote habría dicho que la esencia de la religión es el sacrificio; el escriba, que la Ley; pero Jesucristo decía y mostraba que la esencia de la religión es el amor.

LA COMPASIÓN DIVINA

Mateo 9:36

Quando veía las multitudes, Se conmovía de compasión hasta lo más íntimo de Su ser, porque estaban desconcertadas y abatidas como ovejas que no tuvieran pastor.

Quando Jesús vio aquel gentío de hombres y mujeres normales y corrientes *Se conmovió de compasión*. La palabra que se usa en el original es *splanjnistheis*, la palabra más fuerte que

hay en griego para la piedad. Procede de la palabra *splanjna*, que quiere decir *las entrañas*, así es que describe la compasión que le conmueve a uno en lo más íntimo de su ser. En los evangelios, aparte de algunas parábolas, sólo se usa de los sentimientos de Jesús (*Mateo 9:36; 14:14; 15:32; 20:34; Marcos 1:41; Lucas 7:13*). Cuando estudiamos estos pasajes vemos las cosas que conmovieron especialmente á Jesús.

(i) Se conmovía de compasión por *el dolor del mundo*. Se conmovía de compasión por los enfermos (*Mateo 14:14*); por los ciegos (*Mateo 20:34*); por los oprimidos por los demonios (*Marcos 9:22*). En todas nuestras aflicciones Él fue afligido. No podía ver a nadie padecer sin desear librarle de su padecimiento.

(ii) Se conmovía de compasión por *el sufrimiento del mundo*. Al ver a la viuda de Naín siguiendo hasta la tumba el cadáver de su único hijo, el corazón de Jesús se conmovió (*Lucas 7:13*). Le embargaba un deseo irreprimible de enjugar las lágrimas de todos los ojos.

(iii) Se conmovía de compasión por *el hambre del mundo*. El ver las multitudes cansadas y hambrientas era una llamada a Su poder (*Mateo 15:32*). Ningún cristiano debe darse por contento por tener de más cuando otros tienen de menos.

(iv) Se conmovía de compasión por *la soledad del mundo*. El ver a un leproso desterrado de la sociedad, llevando una vida que era una muerte continua de soledad y abandono universal era una llamada a Su compasión y a Su poder (*Marcos 1:41*).

(v) Se conmovía de compasión por *el desconcierto del mundo*. Eso fue lo que Le conmovió en esta ocasión. La gente normal anhelaba a Dios desesperadamente; y los escribas y los fariseos, los sacerdotes y los saduceos, los pilares de la ortodoxia de Su tiempo, no tenían nada que ofrecer. Los maestros ortodoxos no ofrecían ni dirección, ni consuelo, ni estímulo.

Las palabras que se usan para describir el estado de la gente corriente son gráficas. La que hemos traducido por *desconcertados* es *eskylmenoi*. Puede describir un cadáver *despellejado* y *mutilado*; algo que ha sido *saqueado* por gente rapaz, o *vejado* por gente sin piedad, o tratado con *insolencia desenfrenada*; alguien que está totalmente *exhausto* de un viaje que parece interminable. La palabra que hemos traducido por *abatidas* es *errimenoí*. Quiere decir *yacer postrado*. Puede describir a una persona derribada por heridas morales.

Los líderes judíos, que deberían dar fuerza para vivir, estaban desconcertando a las personas con argumentos sutiles acerca de la Ley que no ofrecían ni ayuda ni consuelo. Cuando deberían estar ayudando a las personas a mantenerse en pie, estaban despegándolas bajo el peso insoportable de la ley de los escribas. Les ofrecían a las personas una religión que era un obstáculo en vez de un apoyo. Debemos recordar siempre que el Cristianismo existe, no para desanimar, sino para animar; no para doblegar a las personas con cargas, sino para hacer que se remonten con alas como de águilas.

LA COSECHA QUE ESPERA

Mateo 9:37-38

Entonces Jesús les dijo a Sus discípulos:

-La cosecha es abundante, pero hay pocos obreros. Así que pedidle al Señor de la cosecha que envíe obreros a Su cosecha.

Aquí tenemos una de las cosas más características que dijo nunca Jesús. Cuando Él y los líderes religiosos de Su tiempo miraban a las multitudes de personas normales y corrientes, las veían de maneras completamente diferentes. Los fariseos veían a la gente normal como paja que no servía para nada más que para quemarla; Jesús los veía como una cosecha que había que recoger y poner a salvo. En su orgullo, los fariseos esperaban la destrucción de los pecadores; en Su amor, Jesús murió por la salvación de los pecadores.

Pero aquí tenemos también una de las verdades supremas y uno de los supremos desafíos cristianos. La cosecha no se siega sola, y hacen falta segadores que la siegan. Es una de las

verdades luminosas de la fe y de la vida cristiana que *Jesucristo necesita personas*. Cuando estaba en el mundo, podía alcanzar con Su voz a unos pocos. Nunca estuvo fuera de Palestina, y había todo un mundo que estaba esperando. Jesús sigue queriendo que la gente oiga la buena noticia del Evangelio, pero no podrán oírla a menos que haya quien se la dé. Quiere que todo el mundo oiga la Buena Noticia; pero nunca la oirá a menos que haya personas dispuestas a cruzar los mares y las montañas para llevársela.

La oración no es suficiente. Puede que alguien diga: < Voy a orar todos los días de mi vida para que venga el Reino de Dios. » Pero en esto, como en tantas otras cosas, la oración sin las obras es una cosa muerta. Martín Lutero tenía un amigo que pensaba como él acerca de la fe cristiana. Era otro fraile. Llegaron a un acuerdo: Lutero saldría al campo de batalla para que hubiera una Reforma, y su amigo se quedaría en el monasterio sosteniendo a Lutero en oración. Y así empezaron. Una noche, el amigo de Lutero tuvo un sueño: Vio un gran campo de trigo tan grande como el mundo, y a un solo hombre que estaba tratando de segar, una tarea imposible y descorazonadora. De pronto le vio la cara al segador solitario, y vio que era Martín Lutero. Y entonces el amigo se dio cuenta de todo. < Debo dejar la oración -se dijo- e ir a trabajar en el campo. »

Es el sueño de Cristo que todos y cada uno seamos misioneros y segadores. Hay algunos que no pueden hacer más que orar, porque la vida los ha dejado inútiles para ninguna otra cosa, y sus oraciones son la fuerza de los obreros. Pero esa no es la labor que nos corresponde a los más, los que tenemos fuerzas y salud física y mental. Ni siquiera el dar dinero es suficiente. Si se ha de segar la cosecha del mundo, cada uno de nosotros tiene que ser un segador, porque hay alguien a quien cada uno de nosotros puede -y debe- llevar a Dios.

LOS MENSAJEROS DEL REY

Mateo 10:1-4

Y una vez que reunió a Sus doce discípulos, les dio poder para expulsar los espíritus inmundos y para curar todas las enfermedades y dolencias.

Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero y principal era Simón, también llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás, y el publicano Mateo; Santiago hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el Celota y Judas Iscariote, que además fue el que Le traicionó.

Metódicamente, pero también dramáticamente, Mateo va desarrollando la historia de Jesús. En el relato del bautismo, Mateo nos muestra a Jesús aceptando Su misión. En el relato de las tentaciones, Mateo nos muestra a Jesús decidiendo el método que usará al embarcarse en Su tarea. En el Sermón del Monte escuchamos las palabras de sabiduría de Jesús. En *Mateo 8* vemos las obras de poder de Jesús. En *Mateo 9* vemos la creciente oposición concentrándose contra Jesús. Y ahora vemos a Jesús escogiendo Sus hombres.

Cuando un líder está a punto de embarcarse en una gran empresa, lo primero que tiene que hacer es escoger su personal. De ellos dependerá el efecto presente y el éxito futuro de su trabajo. Aquí Jesús está escogiendo Su equipo de personal, los hombres de Su mano derecha, Sus ayudantes en los días de Su humanidad, y los que continuarían Su trabajo cuando Él dejara la Tierra y volviera a Su gloria.

Advertimos dos cosas en estos hombres que no pueden por menos de sorprendernos inmediatamente.

(i) Eran personas normales y corrientes. No tenían riqueza; ni una educación académica; ni posición social. Los escogió de entre la gente, hombres que hacían las cosas ordinarias, que no tenían una educación especial ni compromisos sociales.

Se ha dicho que Jesús .no busca tanto hombres extraordinarios como hombres corrientes que puedan hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien. Jesús ve en cada persona, no sólo lo que es, sino también lo que Él la puede hacer. Jesús escogió a estos hombres, no sólo por lo que eran, sino también por lo que podrían llegar a ser bajo Su influencia y por Su poder.

Nadie tiene por qué pensar que no tiene nada que ofrecer a Jesús, porque Él puede tomar lo que Le pueda ofrecer la persona más corriente y usarlo en grande.

(ii) Eran la mezcla más extraordinaria. Ahí estaba, por ejemplo, Mateo, el ex-cobrador de impuestos. Todo el mundo le consideraría un colaboracionista; alguien que se había vendido por dinero a los invasores de su país, lo contrario de un patriota que amara a su país. Y con Mateo estaba .Simón el *Cananita*. Lucas (*Lucas 6:16*) le llama Simón *Zélátés*, que quiere decir Simón el Celota (D.R.A.E.).

Josefo (*Antigüedades 8.1.6*) describe a estos celotas; los llama el cuarto partido judío; los otros tres eran los fariseos, los saduceos y los esenios. Dice que tenían «una inviolable adscripción a la libertad,» y que decían que «Dios había de ser su único Gobernador y Señor.» Estaban dispuestos a arrostrar cualquier clase de muerte por su país y no se acobardaban al ver a sus seres queridos morir en la lucha por la libertad. Se negaban a darle a ningún hombre el nombre y el título de Rey. Tenían una voluntad inamovible que podía soportar cualquier dolor. Estaban preparados hasta a cometer .asesinatos secretos para tratar de liberar a su país del dominio extranjero. Eran los patriotas *par excellence* entre los judíos, los más nacionalistas, que los romanos consideraban sencillamente terroristas.

Lo natural es que si Simón el Celota se hubiera encontrado con Mateo el Publicano en cualquier otro sitio que no hubiera sido la compañía de Jesús, le habría metido la daga en el cuerpo. Aquí tenemos la estupenda verdad de que hombres que se odian pueden aprender a amarse cuando ambos aman a Jesucristo. Demasiado a menudo la religión ha sido y es un medio para causar divisiones. Estaba diseñada para ser -y en la presencia viva de Jesús era- el- medio para unir a los que sin Cristo estarían irremisiblemente separados.

Podríamos preguntar por qué Jesús escogió *doce* Apóstoles especiales. La razón es probablemente porque había *doce tribus*; como en la antigua dispensación había habido doce patriarcas del pueblo de Dios, así en la nueva dispensación hay doce Apóstoles en el nuevo. Israel. El mismo Nuevo Testamento no nos dice gran cosa de estos hombres. Como dice Plummer: «En el Nuevo Testamento es la obra, y no los obreros, lo que se glorifica.» Pero, aunque no sabemos casi nada de ellos, el Nuevo Testamento es muy consciente de su importancia en la Iglesia, porque *Apocalipsis* nos dice que sus nombres están inscritos en las doce piedras fundacionales de la Santa Ciudad. (*Apocalipsis 21.14*). Estos hombres, hombres sencillos sin especial trasfondo, hombres de muchas esferas divergentes, fueron las mismas piedras fundacionales sobre las que se edificó la Iglesia. Es en la casta de hombres y mujeres normales donde se funda la Iglesia de Cristo.

EL ENTRENAMIENTO DE LOS MENSAJEROS

Mateo 10:1-4 (conclusión)

Cuando vemos juntos los tres relatos del llamamiento de los Doce (*Mateo 10:1-4; Marcos 3:13-19; Lucas 6:13-16*) surgen algunos hechos iluminadores.

(i) Jesús los *escogió*. *Lucas 6:13* dice que Jesús llamó a Sus discípulos, y *escogió de entre ellos a doce*. Es como si Jesús hubiera recorrido con la mirada las multitudes que le seguían, y el grupo más pequeño que se quedaba con Él cuando se iba la mayoría, y como si todo el tiempo estuviera

buscando los hombres a los que podía confiar Su obra. Se ha dicho: «Dios está siempre buscando manos para usar.» Dios está diciendo «¿A quién enviaré y quién irá por Nosotros?» (Isaías 6:8).

Hay muchas tareas en el Reino: la tarea del que tiene que ir muy lejos y la del que tiene que quedarse en casa, la tarea del que tiene que usar las manos y la tarea del que tiene que usar la mente, la tarea que concentrará las miradas de todos en el que la realice y la tarea que nadie verá. Y siempre la mirada de Jesús está recorriendo las multitudes en busca de los que han de hacer Su obra.

(ii) Jesús los *llamó*. Jesús no obliga a nadie a hacer Su obra; ofrece trabajo. Jesús no impone; invita. Jesús no llama a filas; busca voluntarios. Como se ha dicho todos somos libres para ser fieles y libres para ser infieles. Pero a todos nos llega la invitación que podemos aceptar o rechazar.

(iii) Jesús los *nombró*. La palabra que traducimos por *nombrar* es la sencilla palabra griega *poiein*, que quiere decir *hacer*, pero que se usa a menudo con el sentido técnico de *nombrar a una persona para un cargo*. Jesús era como un rey que estuviera nombrando sus ministros; era como un general asignando sus puestos a sus oficiales. No se daba el caso de entrar casualmente en el servicio de Jesucristo; era el caso de ser nombrados expresamente para él. Una persona podría sentirse orgullosa si fuera nombrada para algún cargo público por algún rey terrenal; ¡cuánto más cuando el que la nombra es el Rey de reyes!

(iv) Estos hombres fueron nombrados de *entre los discípulos*. La palabra discípulo quiere decir *aprendiz*. Las personas que Jesús necesita y desea son las que están dispuestas a aprender. La mente cerrada no Le sirve. El siervo de Cristo debe desear aprender más cada día. Cada día debe estar un paso más cerca de Jesús y un poco más cerca de Dios.

(v) Las razones por las que estos hombres fueron escogidos son igualmente significativas. Fueron escogidos *para estar con Él* (Marcos 3:14). Si habían de hacer Su trabajo en el mundo, tendrían que vivir en Su presencia antes de salir al mundo; tendrían que ir de la presencia de Jesús a la humanidad.

Se dice que en una ocasión Alexander Whyte predicó un sermón maravillosamente poderoso y conmovedor. Después del culto le dijo un amigo: «Hoy has predicado como si vinieras directamente de la presencia de Jesucristo.» Whyte respondió: «Tal vez fue así.»

Ninguna obra de Cristo la puede hacer nunca más que uno que viene de la presencia de Cristo. Algunas veces, en la complejidad de las actividades de una iglesia moderna, estamos tan ocupados con juntas y comités y administración y haciendo que todo siga su curso que corremos peligro de olvidar que ninguna de estas cosas importa si las llevan a cabo personas que no han estado con Cristo antes de estar con los demás.

(vi) Fueron llamados para ser *apóstoles* (Marcos 3:14; Lucas 6:13). La palabra apóstol quiere decir literalmente *uno que es enviado*; es la palabra que se usa para un *enviado* o un *embajador*. Un cristiano es un embajador de Jesucristo a los demás. Sale de la presencia de Cristo llevando consigo la palabra y la belleza de su Maestro.

(viij) Fueron llamados para ser *heraldos* de Cristo. En Mateo 10:7 fueron enviados *a predicar*. La palabra original es *kéryssein*, que viene del nombre *kéryx*, que quiere decir *heraldo*. El cristiano es un heraldo de Cristo. Por eso debe empezar en la presencia de Cristo. El cristiano no está para presentar sus propias opiniones a la gente; lleva un mensaje de certezas divinas de Jesucristo -y no puede llevar ese mensaje a menos que lo haya recibido primero en la presencia de Cristo.

LA COMISIÓN DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:5-8a

Jesús envió a estos doce, y estas fueron las instrucciones que les dio:

No sigáis ningún camino que vaya hacia los gentiles, ni entréis en ninguna ciudad de los samaritanos, sino limitaos a las ovejas de la casa de Israel que están descarriadas. Por donde vayáis, haced esta proclamación: < ¡El Reino del Cielo está cerca! > Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios»

Aquí tenemos el principio de la comisión del Rey a Sus mensajeros. La palabra que se usa en griego para *mandar* Jesús a Sus hombres, o *darles órdenes*, es interesante e iluminadora. Es la palabra *paranguelein*. Esta palabra tiene en griego cuatro usos especiales. (i) Es la palabra corriente para las órdenes en el ejército; Jesús era como un general mandando a sus oficiales en campaña y dándoles las órdenes oportunas. (ii) Es la palabra que se usa para llamar a los amigos de uno para que le ayuden. Jesús era como un hombre que tuviera un gran proyecto y reuniera a sus amigos para que le ayudaran a hacer que llegara a ser realidad. (iii) Es la palabra que se usa de un maestro que les da reglas e instrucciones a sus alumnos. Jesús era como un maestro que mandara a sus estudiantes al mundo equipados con su enseñanza y su mensaje. (iv) Es la palabra que se usa corrientemente para una orden o un decreto del emperador. Jesús era como un rey que estuviera enviando a sus embajadores al mundo a realizar su programa y hablar en su nombre.

Este pasaje empieza con lo que a uno le parecería una instrucción muy difícil. Empieza prohibiéndoles a los Doce que fueran a los gentiles o a los samaritanos. A muchos les resulta muy difícil creer que Jesús dijera esto nunca. Este aparente exclusivismo no nos suena a Jesús; y hasta se ha sugerido que este dicho lo pusieron en Su boca los que en días posteriores querían reservar el Evangelio para los judíos, los mismos que se opusieron vigorosamente a Pablo cuando quería llevar el Evangelio a los gentiles.

Pero hay ciertas cosas que hay que recordar. Este dicho es tan opuesto a la actitud de Jesús que nadie lo podría haber inventado; tiene que haberlo dicho, así que tiene que tener alguna explicación.

Podemos estar completamente seguros de que éstas no fueron unas órdenes *permanentes*. En los mismos evangelios vemos a Jesús hablando con gracia e intimidad con una mujer samaritana y revelándose a ella (*Juan 4:4-42*). Le vemos contando una de Sus historias inmortales acerca del *Buen Samaritano* (*Lucas 10:30-37*); Le vemos sanando a la hija de una mujer sirofenicia (*Mateo 15:28*); y Mateo mismo nos dice que la comisión final de Jesús a Sus hombre fue que fueran a todo el mundo y trajeran a todas la naciones al Evangelio (*Mateo 28:19s*). ¿Cuál es entonces la explicación?

Les prohibió a los Doce ir a los gentiles; eso quería decir que no debían ir a Siria al Norte, ni a la Decápolis al Este, que era una región mayoritariamente gentil. No podían ir a Samaria al Sur porque se lo prohibió. El efecto de esta orden era de hecho limitar los primeros viajes de los Doce a Galilea. Había tres buenas razones para esto.

(i) Los judíos ocupaban un lugar muy especial en el esquema divino de las cosas; en la justicia de Dios tenían que recibir la primera invitación del Evangelio. Es verdad que la rechazaron; pero la totalidad de la Historia estaba diseñada para concederles la primera oportunidad de aceptar.

(ii) Los Doce no estaban equipados para predicar a los gentiles. No tenían ni el trasfondo, ni el conocimiento, ni la técnica. Antes que el Evangelio pudiera ser presentado eficazmente a los gentiles tenía que surgir un hombre con la vida y la educación de Pablo. Un mensaje tiene pocas posibilidades de éxito si el mensajero está insuficientemente preparado para transmitirlo. Si un predicador o maestro es sabio, se dará cuenta de sus limitaciones y verá claramente lo que puede y lo que no puede hacer.

(iii) Pero la gran razón para esta orden es sencillamente la siguiente: Cualquier general consciente sabe que tiene que limitar sus objetivos. Tiene que dirigir su ataque a un punto determinado. Si dispersa sus fuerzas por aquí y por allá y por todos los frentes, disipa sus fuerzas y se arriesga a la derrota. Cuanto más limitadas sean sus fuerzas más limitados tendrán que ser sus objetivos

inmediatos. Intentar atacar en un frente demasiado extenso es arriesgarse a la derrota. Jesús lo sabía, y por eso concentró esta primera campaña a Galilea, porque Galilea era, como ya hemos visto, la que más abierta estaba al nuevo mensaje del Evangelio (cp. *Mateo 4:12-17*). Esta orden de Jesús era *coyuntural*. Jesús era el sabio general que se negaba a desparramar Sus fuerzas, y concentraba Su ataque hábilmente a un objetivo limitado para obtener una victoria definitiva y universal.

LAS PALABRAS Y LAS OBRAS DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:5-8a (conclusión)

Había palabras y obras que los mensajeros del Rey tenían que decir y hacer.

(i) Tenían que anunciar la inminente llegada del Reino. Como ya hemos visto (cp. *Mateo 6:10s*), el Reino de Dios es una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se cumple tan perfectamente como en el Cielo. De todas las personas que han vivido en el mundo, Jesús era, y es, la única Persona que siempre hizo perfectamente, y obedeció, y cumplió, la voluntad de Dios. Por tanto, en Él había venido el Reino. Es como si los mensajeros del Rey hubieran de decir: «¡Fijaos! Habéis soñado con el Reino, y habéis anhelado el Reino. Aquí *está* el Reino, en la vida de Jesús. Miradle a Él, y ved lo que quiere decir estar en el Reino.» En Jesús, el Reino de Dios había venido a la humanidad.

(ii) Pero. la tarea de los Doce no se limitaba a decir palabras: también implicaba realizar obras. Tenían que sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos y expulsar a los demonios. Todas estas instrucciones hay que tomarlas en un doble sentido. Hay que tomarlas *físicamente*, porque Jesucristo vino a traer salud y sanidad a los cuerpos de las personas; pero hay que tomarlas también *espiritualmente*: describen el cambio que obra Jesucristo en las almas de las personas.

(a) Habían de *sanar a los enfermos*. La palabra que se usa para *enfermos* es muy sugestiva. Es una parte del verbo *asthenein*, cuyo sentido primario es *ser o estar débil*. *Asthenés* es el adjetivo normal para *débil* -cp. en español *astenia*, *asténico* y sus derivados y compuestos-. Cuando Cristo vine a una persona, fortalece la voluntad débil, fortifica la débil resistencia, infunde fuerza al débil brazo para la lucha, reafirma la débil resolución. Jesucristo llena nuestra debilidad humana con Su poder divino.

(b) Habían de *resucitar a los muertos*. Una persona puede estar muerta en el pecado. Puede tener quebrantada la voluntad para resistir; puede tener oscurecida la visión para el bien hasta haberla perdido del todo; puede estar desesperada e irremisiblemente en las garras del pecado, ciego para la bondad y sordo para Dios. Cuando Jesucristo viene a la vida de una persona, la resucita para la bondad, revitalizando la bondad en nuestro interior que había matado el pecado.

(c) Habían de *limpiar a los leprosos*. Como ya hemos visto, a los leprosos se los consideraba ritualmente impuros. *Levítico* dice: < Todo el tiempo que tenga las llagas será impuro. Estará impuro y habitará solo; fuera del campamento vivirá » (*Levítico 13:46*).² *Reyes 7:3s* nos muestra a unos leprosos que sólo en circunstancias de hambruna desesperada se atrevieron a entrar en la ciudad. *2 Reyes 15:5* nos cuenta que el rey Azarías fue herido con lepra y tuvo que vivir hasta el día de su muerte en un lazareto real, separado de todos los demás. Es interesante que en la antigua Persia también se creía que los leprosos eran inmundos. Heródoto (1:138) nos dice que «si una persona tiene lepra en Persia no se la permite entrar en una ciudad ni tener relación con otros persas; debe de ser, dicen ellos, porque ha pecado contra el Sol.»

Así que los Doce habían de llevar la purificación a los contaminados. Una persona puede manchar su vida con el pecado, contaminar su mente, su corazón y su cuerpo con las consecuencias del

pecado. Sus palabras, sus acciones, llegan a estar tan contaminadas que son una influencia inmunda sobre todo aquello con lo que se ponen en contacto. Jesucristo puede limpiar el alma que se ha manchado de pecado; puede traer a las personas el antiséptico divino contra el pecado; limpia el pecado humano con la pureza divina.

(d) Habían de *expulsar a los demonios*. Una persona poseída era una persona en las garras de un poder maligno; ese poder la tenía dominada. Una persona puede estar dominada por el mal; puede ser esclava de malos hábitos; el mal puede ejercer una fascinación esclavizante sobre ella. Jesús viene no sólo a cancelar el pecado, sino además a quebrantar su poder. Jesucristo trae a las personas esclavizadas por el pecado el poder libertador de Dios.

EQUIPAMIENTO DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:8b-10

No os ha costado nada lo que habéis recibido, así es que dadlo de la misma manera. No os propongáis recibir oro o plata o bronce en vuestras carteras; no llevéis bolsa para el viaje, ni muda de túnicas, ni calzado, ni bastón. El obrero merece su sustento.

Este es un pasaje en el que cada oración y cada frase les sonaría familiar a los judíos que lo escucharon. En él Jesús está dándoles a Sus hombres las instrucciones que daban los mejores rabinos a; sus estudiantes y discípulos.

« De gracia recibisteis -les dice Jesús-, dad de gracia.» Un rabino estaba obligado por la ley a dar su enseñanza gratuitamente y sin cobrar nada; al rabino le estaba prohibido terminantemente recibir dinero por enseñar la Ley que Moisés había recibido gratuitamente de Dios. Sólo en un caso podía un rabino aceptar que se le pagara: por enseñar a un niño, porque eso era la obligación de los padres, y a ningún otro se le podía exigir que dedicara tiempo y trabajo haciéndoles a los padres lo que era su obligación; pero la enseñanza más elevada tenían que darla sin dinero y sin precio.

En la *Misncí* la Ley establece que si un hombre acepta dinero por actuar como juez, su sentencia no es válida; que si recibe una paga por dar evidencia como testigo, su testimonio no ha de tenerse en cuenta. Rabí Sadoc decía: «No hagas de la Ley una corona para engrandecerte, ni una azada con la que cavar.» Hil.lél decía: «El que hace un uso mundano de la corona de la Ley se desvanecerá. De ahí debes colegir que el que desea obtener un provecho material de las palabras de la Ley está contribuyendo a su propia destrucción.» Estaba establecido: «Como Dios le enseñó a Moisés gratis, así hazlo tú.»

Se cuenta una anécdota de Rabí Tarfón. Al final de la recolección de los higos iba paseando por un huerto, y comió algunos de los higos que habían dejado por el suelo. Los vigilantes se le echaron encima y le golpearon. Él les dijo quién era, y como era un rabino famoso le dejaron ir en paz. Toda su vida tuvo remordimientos por haber usado su posición como rabino en su propio provecho. «Todos sus días se sintió avergonzado, porque decía: "¡Ay de mí, porque he usado la corona de la Ley en mi propio provecho!"»

Jesús les dijo a los Doce que no se les ocurriera recibir oro o plata o bronce para sus *bolsas*; la palabra griega quiere decir literalmente para sus *cintos*. El cinturón que llevaban los judíos a la cintura era más bien ancho; y era doble por los dos extremos, para llevar allí el dinero; así es que el cinturón era el equivalente del monedero o la cartera. Jesús les dijo también a los Doce que no llevaran *bolsa* para el viaje. Esto se puede referir a una de dos cosas. Puede que fuera como una mochila en la que se llevaban corrientemente provisiones; pero hay otra posibilidad. La palabra original es péra, que puede querer decir *la bolsa de un mendigo*; a veces los filósofos ambulantes recogían una colecta después de dirigirse al público.

En todas estas instrucciones Jesús no estaba imponiéndoles a Sus hombres incomodidades deliberadas y calculadas. Les estaba diciendo cosas que les sonarían familiares, como judíos que eran. El *Talmud* nos dice: «Nadie puede ir al recinto del templo con bastón, cinturón con dinero o pies polvorientos.» La idea era que, cuando se entraba en el templo, se tenía que haber dejado atrás todo lo que tuviera que ver con su trabajo o negocio u ocupación temporal. Lo que Jesús les estaba diciendo a Sus hombres era: «Tenéis que tratar todo el mundo como el templo de Dios. Si sois hombres de Dios, no debéis nunca dar la impresión de que sois hombres de negocios y vais buscando ganancias materiales.» Las instrucciones de Jesús quieren decir que un hombre o una mujer de Dios debe mostrar en su actitud hacia las cosas materiales que no le interesa nada más que Dios.

Para terminar, Jesús dice que el obrero merece su sustento. También esto les sonaría familiar a los judíos. Es verdad que a un rabino no se le permitía recibir salario por enseñar, pero también es verdad que se consideraba un privilegio y una obligación el mantener a un rabino si era de veras un hombre de Dios. Rabí Eliezer ben Yaqob decía: «El que recibe a un rabino en su casa, o como su huésped, y le deja disfrutar de sus posesiones, la Escritura dice que eso se le cuenta como si hubiera ofrecido el sacrificio continuo.» Rabí Yojanán estableció que era la obligación de todas las comunidades judías el mantener a sus rabinos, especialmente porque los rabinos suelen descuidar sus propios negocios para dedicarse a los negocios de Dios.

Así que aquí hay una doble verdad. El hombre de Dios no debe estar excesivamente pendiente de las cosas materiales, pero el pueblo de Dios no debe nunca faltar a su deber de asegurarse que el hombre o la mujer de Dios recibe un apoyo razonable. Este pasaje impone una obligación tanto en el obrero del Señor como en los que se benefician de su servicio.

LA CONDUCTA DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:11-15

Quando lleguéis a una ciudad o aldea, informaos de quién hay que tenga buena fama, y quedaos en su casa hasta que salgáis de aquel lugar. Cuando entréis en una casa, dadle vuestro saludo. Si la casa es digna, que vuestra paz repose sobre ella; y si no lo es, que vuestra paz se vuelva a vosotros. Si nadie os recibe, ni quiere escuchar vuestras palabras, cuando salgáis de aquella casa o ciudad sacudid de vuestros pies el polvo de allí. Os aseguro que lo tendrá más fácil la tierra de Sodoma y Gomorra el Día del Juicio que esa ciudad.

Aquí tenemos un pasaje lleno de consejos de lo más prácticos para los mensajeros del Rey.

Cuando entraban en una ciudad o pueblo tenían que buscar una casa que fuera digna. La punta de esto está en que si se albergaban en una casa de mala reputación por su moral o por su conducta o por su gente eso dañaría seriamente su utilidad. No tenían que identificarse con nadie que pudiera suponerles un obstáculo. Eso no quiere decir ni por un momento que no debieran tratar de ganar a tales personas para Cristo, pero sí quiere decir que el mensajero de Cristo debe tener cuidado con quién se relaciona.

Cuando se albergaran en una casa tenían que quedarse allí hasta que pasaran a otro lugar. Esto es una cuestión de cortesía. Podrían estar tentados, después de ganar a algunos conversos o simpatizantes en un lugar, a mudarse a una casa que les ofreciera más comodidades, más lujo y mejor compañía. El mensajero de Cristo nunca debe dar la impresión de que busca a las personas para conseguir cosas materiales, y que lo que le dicta sus movimientos es la búsqueda de su propia comodidad.

El pasaje acerca de dar un saludo y de recibir la respuesta de rigor es típicamente oriental. En Oriente, una palabra que se dice se considera que tiene una especie de existencia activa e

independiente. Salió de la boca como la bala de un arma de fuego. Esta idea surge regularmente en el Antiguo Testamento, especialmente en relación con las palabras que dice Dios. Isaías oyó decir a Dios: «Por Mí mismo hice juramento, de Mi boca salió palabra en justicia y no será revocada» (*Isaías 45:23*). «Así será Mi palabra que sale de Mi boca: No volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié» (*Isaías 55:11*). Zacarías ve el rollo volador y oye la voz: «Esta es la maldición que se extiende sobre la faz de toda la Tierra» (*Zacarías 5:3*).

Hasta el día de hoy en Oriente, si una persona le da su bendición a un viandante y luego descubre que es de otra religión, vuelve a pedirle que le devuelva su bendición. Aquí la idea es que los mensajeros del Rey pueden enviar su bendición para que descansa sobre la casa; y si la casa es indigna de ella, pueden recuperarla.

Si se rechaza su mensaje en algún lugar, los mensajeros del Rey deben sacudirse el polvo de aquel lugar que se les haya pegado a los pies y seguir su camino. Para un judío, el polvo de un pueblo o de una carretera gentiles era contaminante; por tanto, cuando un judío cruzaba la frontera de Palestina y entraba en su patria después de un viaje por tierras gentiles, se sacudía el polvo de las carreteras gentiles de los pies para librarse hasta de la última partícula de contaminación. Así es que Jesús dijo: « Si alguna ciudad o pueblo no os recibe, debéis tratarlos como si fueran lugares gentiles.» De nuevo debemos tener claro lo que Jesús está diciendo. En este pasaje encontramos una verdad coyuntural y una verdad eterna.

(i) La verdad coyuntural es ésta: Jesús no estaba diciendo que hubiera que dejar a nadie fuera del mensaje del Evangelio y del alcance de la gracia. Éstas eran unas instrucciones como las que dio al principio acerca de no ir a los gentiles y a los samaritanos. Se referían a la situación en que se dieron. Esto se debía exclusivamente al factor tiempo; el tiempo era corto; todos los posibles debían oír la proclamación del Reino; así es que no había tiempo para discutir con los diletantes o para tratar de ganar a los testarudos; eso llegaría más tarde. De momento, los discípulos tenían que recorrer el país lo más rápido posible, y por tanto tenían que pasar a otro lugar cuando no se recibía el mensaje que llevaban.

(ii) La verdad permanente es la siguiente. Es uno de los grandes hechos básicos de la vida que la oportunidad llega a una persona una y otra vez -y ya no se presenta más. Para aquellas personas de Palestina llegaba la oportunidad de recibir el Evangelio; pero si no la aceptaban, podría ser que no volviera nunca. como dice el proverbio: «Hay tres cosas que nunca vuelven: la palabra hablada, la flecha lanzada y la oportunidad perdida.»

Esto sucede en todas las esferas de la vida. En su autobiografía, *Chiaroscuro*, Augustus John cuenta un incidente y añade un comentario lacónico. Estaba en Barcelona: «Era hora de salir para Marsella. Había mandado mi equipaje por delante, e iba andando a la estación cuando me encontré a tres gitanas ocupadas en comprar flores en un puesto. Me impresionaron de tal manera su belleza y su elegancia deslumbrante que casi perdí el tren. Hasta cuando llegué a Marsella y me encontré con mi amigo, aquella visión me seguía fascinando, y no tuve más remedio que volver. Pero ya no encontré a las tres gitanas. *Eso nunca pasa.*» El artista estaba siempre buscando atisbos de belleza que trasladar al lienzo -pero sabía muy bien que si no pintaba la belleza cuando la encontraba, todas las probabilidades estaban en contra de que volviera a captar esa vislumbre otra vez. Lo más trágico de la vida es a menudo la oportunidad perdida.

Por último, dice que lo tendrán más fácil Sodoma y Gomorra en el Día del Juicio que los pueblos y aldeas que rechacen el mensaje de Cristo y el Reino. Sodoma y Gomorra se mencionan en el Nuevo Testamento como el arquetipo de la maldad (*Mateo 11:23s; Lucas 10:12s; 17:29; Romanos 9:29; 2 Pedro 2:6; Judas 7*). Es interesante y pertinente notar que precisamente antes de su destrucción Sodoma y Gomorra habían sido culpables de quebrantar grave y viciosamente las leyes de la hospitalidad (*Génesis 19:1-11*). Ellas también habían rechazado a los mensajeros de Dios. Pero hasta en su peor momento, Sodoma y Gomorra nunca habían tenido la oportunidad de recibir el mensaje de Cristo y de Su Reino. Por eso es por lo que lo tendrían más fácil al final que los

pueblos y aldeas de Galilea; porque siempre es verdad que cuanto más grande ha sido el privilegio mayor es la responsabilidad.

EL DESAFÍO DEL REY A SUS MENSAJEROS

Mateo 10:16-22

Fijaos: Soy Yo Quien os envía como ovejas en medio de lobos. Demostrad que sois tan prudentes como las

serpientes, y tan inocentes como las palomas. ¡Cuidado con la gente! Porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en sus sinagogas. Os llevarán ante los gobernadores y los reyes por causa de Mí para que podáis darles vuestro testimonio a ellos y a los gentiles. Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo habéis de hablar o de lo que habéis de decir. Lo que hayáis de hablar os será dado en aquel momento; porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino que será el Espíritu de vuestro Padre el que hablará por vosotros. El hermano entregará a la muerte a su hermano, y el padre a su propio hijo. Los hijos se levantarán contra los padres, y los matarán; y os odiarán todos por causa de Mi nombre. Pero el que resista hasta lo último, ese estará a salvo.

Antes de estudiar este pasaje en detalle debemos notar dos cosas acerca de él en general.

Cuando estábamos estudiando el Sermón del Monte (páginas 102-332), ya vimos que una de las grandes características de Mateo era su interés en la disposición ordenada de su material. Vimos que Mateo tenía la costumbre de reunir en un lugar todo el material referente a un tema, aunque Jesús lo hubiera dicho en diferentes ocasiones. Mateo era sistematizador. Este pasaje es uno de los ejemplos en que Mateo reúne su material de diferentes tiempos. Aquí recoge las cosas que dijo Jesús en distintas ocasiones acerca de la persecución.

No cabe duda que, hasta cuando Jesús envió a Sus hombres por primera vez, les dijo lo que podían esperar. Pero al principio Mateo relata que Jesús les dijo a Sus hombres que no fueran esa vez a los gentiles o a los samaritanos; y sin embargo en este pasaje Mateo nos presenta a Jesús anunciando persecución y proceso ante gobernadores y reyes, es decir, muy lejos de Palestina. La explicación es que Mateo recoge las referencias de Jesús a la persecución y reúne tanto lo que Jesús dijo cuando envió a Sus hombres en su primera expedición como lo que Jesús les dijo después de Su resurrección, cuando los estaba enviando por todo el mundo. Aquí tenemos las palabras, no sólo de Jesús en Galilea, sino también del Cristo Resucitado.

Además, debemos notar que en estas palabras Jesús estaba haciendo uso de ideas e imágenes que formaban parte del pensamiento judío. Ya hemos visto una y otra vez que era la costumbre de los judíos en sus descripciones del futuro el dividir el tiempo en dos edades. Estaba la edad presente, totalmente mala, y la edad por venir, que sería la edad de oro de Dios; y entre las dos estaría el Día del Señor, que sería un tiempo terrible de caos y destrucción y juicio. Ahora bien, uno de los rasgos que aparecían frecuentemente en el pensamiento judío acerca del Día del Señor era que dividiría a los amigos y a los familiares en dos bandos, y que los vínculos más estrechos de la Tierra se destruirían en amargas enemistades.

«Todos los amigos se destruirán entre sí» (2 Esdras 5:9). « En ese tiempo los amigos se harán la guerra unos contra otros como enemigos» (2 Esdras 6:24). «Y se pelearán entre sí, los jóvenes con los viejos, y los viejos con los jóvenes, los pobres con los ricos, y los humildes con los grandes, y los mendigos con los príncipes» (Jubileos 23:19). « Y se aborrecerán unos a otros, y se provocarán para luchar; y los miserables gobernarán sobre los honorables, y los de baja estofa serán alabados más

que los famosos» (*Apocalipsis de Baruc* 70:3). « Y empezarán a pelear entre ellos, y su mano derecha será fuerte contra ellos, y ninguno reconocerá a su hermano, ni un hijo a su padre o a su madre, hasta que sean innumerables los cadáveres de sus matanzas» (*Enoc* 56:7). «Y en aquellos días los marginados se irán y se llevarán a sus niños y los abandonarán, de forma que sus niños perecerán por su culpa; sí, abandonarán a sus niños todavía de pecho y no volverán a ellos; y no tendrán lástima de sus seres queridos» (*Enoc* 99:5). « Y en aquellos días, en un mismo lugar, los padres juntamente con sus hijos serán heridos, y los hermanos unos con otros caerán muertos hasta que fluyan arroyos con su sangre. Porque un hombre no retendrá su mano de matar a sus hijos y a los hijos de sus hijos, y el pecador no retendrá su mano de su hermano respetable; desde el amanecer hasta el ocaso se matarán unos a otros» (*Enoc* 100: 1 s).

Todas estas citas se han tomado de los libros que los judíos escribían y conocían y amaban, y con los que alimentaban sus corazones y sus esperanzas en los días entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Jesús conocía estos libros; Sus hombres también los conocían; y cuando Jesús hablaba de los terrores por venir, y de las divisiones que rasgarían los lazos más íntimos de la Tierra, estaba diciéndoles en efecto: « *El Día del Señor ha llegado.*» Y Sus hombres sabrían lo que les estaba diciendo, y saldrían convencidos de que estaban viviendo los días más grandes de la Historia.

LA HONESTIDAD DEL REY CON SUS MENSAJEROS

Mateo 10:16-22 (continuación)

No podemos leer este pasaje sin quedar profundamente impresionados con la honestidad de Jesús. Él nunca se resistió a decirles a las personas lo que podrían esperar si Le seguían. Es como si dijera: «Tengo una tarea para vosotros -es de lo más horrible y de lo peor- ¿la aceptáis?» Plummer comenta: «Ésta no es la manera que tiene el mundo de ganar adeptos.» El mundo le ofrece a una persona un sendero de rosas, comodidad, tranquilidad, progreso, el cumplimiento de sus ambiciones mundanas. Jesús les ofreció a los Suyos tribulación y muerte. Y sin embargo la Historia demuestra que Jesús estaba en lo cierto. En lo más íntimo de nuestro corazón a todos nos encanta una invitación a la aventura.

Después del sitio de Roma, en 1849, Garibaldi hizo la siguiente proclamación a sus seguidores: «Soldados, todos nuestros esfuerzos contra fuerzas superiores han sido inútiles. No tengo para ofreceros más que hambre y sed, sufrimiento y muerte; pero llamo a todos los que aman su país a que se me unan.» Y se le unieron a millares.

Después de Dunkerque, Churchill le ofreció a su país «sangre, brega, sudor y lágrimas.» Prescott cuenta que. Pizarro, aquel inveterado aventurero ofreció a su pequeña banda la tremenda elección entre la seguridad conocida de Panamá y el esplendor todavía desconocido del Perú. Echó mano a su espada y trazó con ella una raya en la arena de Este a Oeste: «¡Amigos y camaradas! -les dijo- A ese lado está la brega, el hambre, la falta de ropa, las tormentas que calan hasta los huesos, la destitución y la muerte; a este lado, la facilidad y el placer. Ahí está Perú con sus riquezas aquí Panamá con su pobreza. Que escoja cada hombre lo que le corresponde mejor a un bravo castellano. Por mi parte, yo voy al Sur.» Y cruzó la línea. Trece hombres escogieron la aventura con él.

Cuando Shackleton propuso dirigirse al Polo Sur, pidió voluntarios para la marcha entre ventiscas a través del hielo polar. Esperaba tenerlo difícil; pero le inundaron con cartas, de jóvenes y viejos, ricos y pobres, los de más arriba y los de más abajo, todos deseando participar en esa gran aventura.

Puede que la Iglesia tenga que aprender otra vez que no atraeremos nunca a las personas a una vida fácil; es la llamada de lo heroico la que habla a fin de cuentas al corazón.

Jesús ofreció a sus hombres tres clases de adversidades:

(i) El *Estado* los perseguiría; los llevarían a los consejos, y a los reyes y a los gobernadores. Mucho antes de esto Aristóteles se había preguntado si un hombre bueno podía ser realmente un buen ciudadano; porque, decía, el deber de un ciudadano es dar su apoyo y obediencia al Estado, y hay veces en que a un hombre bueno eso le resultaría imposible. Cuando llevaran a los hombres de Cristo a tribunales y a juicios no tendrían que preocuparse por lo que habían de decir; porque Dios les daría las palabras. « Yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar,» le prometió Dios a Moisés (Éxodo 4:12). No era la humillación lo que los primeros cristianos temían; ni tampoco los dolores crueles y la agonía. Pero muchos de ellos temían que su falta de habilidad en el uso de las palabras y la defensa dejara en mal lugar su fe. La promesa de Dios es que cuando uno de los Suyos está enjuicio por su fe, le vendrán las palabras que deba usar.

(ii) La Iglesia los perseguiría; los azotarían en las sinagogas. A la Iglesia no le gusta que la inquieten, y tiene su forma de lidiar a los que alteran la tranquilidad. Los cristianos eran, y somos, los que ponen el mundo patas arriba (*Hechos 17: 6*). Ha sucedido muchas veces que uno que venía con un mensaje de Dios tuviera que arrostrar el odio y la enemistad de una ortodoxia fosilizada.

(iii) La familia los perseguiría; los que tenían más cerca y les eran más queridos los tomarían por locos, y les cerrarían la puerta de su casa en la cara. En todos los tiempos se da a veces el caso de que el cristiano tiene que enfrentarse con la disyuntiva más terrible: la de escoger entre su lealtad a Cristo, y su lealtad a su familia y amigos.

Jesús les advirtió a Sus hombres que en los días por venir podría ser que se confabularan contra ellos el Estado y la Iglesia y la familia.

LAS RAZONES PARA LA PERSECUCIÓN DE LOS MENSAJEROS DEL REY

Mateo 10:16-22 (conclusión)

Mirando las cosas desde nuestro punto de vista encontramos difícil de entender por qué cualquier gobierno podría querer perseguir a los cristianos, cuyo único propósito era vivir en pureza, en caridad y en respeto. Pero en días posteriores el gobierno romano tuvo lo que consideraba buenas razones para perseguir a los cristianos (ver sobre esto páginas 135-138).

(i) Corrían algunas calumnias sobre los cristianos. Los acusaban de ser caníbales por las palabras de la Santa Cena que hablan de comer el cuerpo de Cristo y beber Su sangre. Los acusaban de inmoralidad, porque el nombre que le daban a su fiesta semanal era agapé, la fiesta del amor. Los acusaban de incendiarios, por el cuadro que los predicadores cristianos pintaban del fin del mundo. Los acusaban de ser ciudadanos desleales y desafectos al régimen porque se negaban a confesar la divinidad del emperador.

(ii) Es dudoso que los mismos paganos creyeran realmente estas acusaciones calumniosas. Pero había otras que eran más serias. Se acusaba a los cristianos de deshacer los vínculos familiares. Era verdad que el cristianismo a veces dividía familias, como ya hemos visto; y a los paganos les parecía que era algo que enfrentaba a los padres con los hijos y a los maridos con sus mujeres.

(iii) Una dificultad auténtica la presentaba la posición de los esclavos en la Iglesia Cristiana. En el imperio romano había 60,000,000 de esclavos. Siempre era uno de los temores del imperio el que se rebelaran los esclavos. Si la estructura del imperio había de permanecer intacta, había que mantener a los esclavos en su lugar; no se debía hacer nada para animarlos a rebelarse, o las consecuencias serían más terribles de lo que se podía imaginar.

Ahora bien: la Iglesia Cristiana no trataba de liberar a los esclavos, o de condenar la esclavitud; pero sí trataba a los esclavos como iguales dentro de la Iglesia. Clemente de Alejandría mantenía que «los esclavos son como nosotros,» y a ellos también se les aplicaba la - regla de oro. Lactancio escribió: «Los esclavos no son esclavos para nosotros. Los consideramos hermanos en el Espíritu, consiervos en la fe.» Es un hecho notable que, aunque había millares de esclavos en la Iglesia Cristiana, la palabra *esclavo* nunca aparece en las inscripciones de las tumbas cristianas romanas.

Y peor todavía: Era perfectamente posible que un esclavo tuviera cargos en la Iglesia Cristiana. Dos obispos de Roma de principios del siglo II, Calixto y Pío, habían sido esclavos. Y no era raro encontrar ancianos y diáconos que eran esclavos.

Y todavía peor: En el año 220 d.C. Calixto, que como ya hemos visto había sido esclavo, decidió que a partir de entonces la Iglesia Cristiana consentiría el matrimonio de una joven de la clase alta con un liberto, un matrimonio que era de hecho ilegal bajo la ley romana, y por tanto no era considerado matrimonio.

Por su manera de tratar a los esclavos, la Iglesia Cristiana debe de haber parecido a las autoridades romanas una fuerza que estaba resquebrajando las bases mismas de la civilización y amenazando la misma existencia del imperio al dar a los esclavos una posición que no debieran haber tenido nunca según la ley romana.

(iv) No cabe duda que el Cristianismo afectó seriamente algunos intereses creados en relación con la religión pagana. Cuando el Cristianismo llegó a Éfeso la industria de los plateros recibió un golpe mortal, porque cada vez eran menos los que deseaban comprar las imágenes que ellos fabricaban (*Hechos* 19:24-27). Plinio fue gobernador de Bitinia en el reinado de Trajano, y en una carta al emperador (Plinio: *Cartas* 10:96) le dice que había tomado medidas para arrestar el rápido crecimiento del Cristianismo para que «los templos que habían sido desertados cierto tiempo volvieran a ser frecuentados; los festivales sagrados, interrumpidos hacía tiempo, revivieran; mientras que hay una demanda general de sacrificios animales que hacía algún tiempo que tenían pocos compradores.» Está claro que la extensión del Cristianismo suponía la abolición de algunas industrias y actividades;* y los que perdían su negocio y su dinero no es extraño que se quejaran.

El Cristianismo predica una visión de la persona que no puede aceptar un Estado totalitario. El Cristianismo se proponía deliberadamente obliterar algunos negocios y profesiones y maneras de hacer dinero. Todavía sigue siendo así; y por tanto es probable que el cristiano sufra persecución por su fe.

LA PRUDENCIA DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:23

Quando os persigan en una ciudad, huid a otra. Os aseguro que no completaréis vuestro recorrido a las ciudades de Israel antes que llegue el Hijo del Hombre.

Este pasaje aconseja una prudencia cristiana y sabia. En los días de persecución siempre amenazaba al testigo cristiano un cierto peligro. Siempre hubo algunos que cortejaban el mar tirio; habían llegado a tal intensidad de entusiasmo fanático e histérico que hacían lo que fuera para convertirse en mártires de la fe. Jesús era sabio. Les dijo a Sus hombres que no tenía que haber un desperdicio caprichoso de vidas cristianas; que no debían malgastar sus vidas sin necesidad ni sentido. Como ha dicho alguien, la vida de todo testigo cristiano es preciosa, y no hay que tirarla por la borda. < La bravata no es el martirio. » A menudo los cristianos tenían que morir por su fe, pero no debían perder sus vidas de una manera que no ayudaba realmente a la fe. Como se dijo en tiempo posterior uno debe contender *legalmente* por la fe.

Cuando Jesús decía esto, estaba hablando de una manera que los judíos reconocerían y entenderían. No ha habido nunca ningún pueblo que haya sido más perseguido que los judíos; y ningún pueblo ha tenido nunca más claro en qué consistían los deberes del mártir. La enseñanza de los grandes rabinos era muy clara. Cuando era una cuestión de *santificación pública o profanación abierta* del nombre de Dios, la obligación estaba clara: había que estar dispuesto a dar la vida. Pero cuando esa declaración pública no estaba en cuestión; uno podía salvar la vida quebrantando la Ley; pero no había justificación posible para cometer idolatría, adulterio o asesinato.

El caso que los rabinos citaban era el siguiente: Supongamos que a un judío le detiene un soldado romano que se pone a decirle burlescamente y sin otra intención que la de humillar y dejar por tonto a un judío: «Come de este cerdo.» En tal caso el judío puede comer, porque «las leyes de Dios se dan para la vida y no para la muerte.» Pero supongamos que el romano dice: «Come de este cerdo en señal de que abjuras del judaísmo; come de este cerdo en señal de que estás dispuesto a dar culto a Júpiter y al emperador,» entonces el judío debe morir antes que comer. En cualquier tiempo de persecución oficial, el judío debe morir antes que abjurar de su fe. Como decían los rabinos: «Las palabras de la Ley son solamente firmes para el hombre que está dispuesto a morir por ellas.»

A1 judío se le prohibía perder la vida en un acto innecesario de martirio; pero cuando era cuestión de verdadero testimonio, tenía que estar preparado a morir.

Haremos bien en recordar que, aunque estamos obligados a aceptar el martirio por nuestra fe, se nos prohíbe cortejar el martirio. Si el sufrir por la fe nos llega en el cumplimiento de **nuestro deber, hay que aceptarlo; pero no hay que invitarlo innecesariamente; el invitarlo** causa más daño que bien a la fe que confesamos. El constituirse a uno mismo como mártir es muy corriente en todos los asuntos humanos.

Se ha dicho que hay a veces más heroísmo en atreverse a huir del peligro que en esperarlo. Requiere verdadera sabiduría el reconocer cuándo hay que escapar. André Maurois, en *Por qué cayó Francia*, cuenta una conversación que tuvo con Winston Churchill. Hubo un tiempo al principio de la II Guerra Mundial cuando Gran Bretaña parecía extrañamente inactiva e indispuesta a actuar. Churchill le dijo a Maurois: «¿Ha observado usted los hábitos de las langostas?» «No,» respondió Maurois a esta sorprendente pregunta. Churchill prosiguió: «Bueno, pues si tiene usted oportunidad, estúdielas. En ciertos períodos de su vida la langosta pierde su caparazón protector. Cuando está mudando el caparazón hasta el más bravo crustáceo se retira a una grieta de la roca y espera pacientemente hasta que el nuevo caparazón haya tenido tiempo de salirle. Tan pronto como esta nueva armadura está fuerte, sale de su escondite y vuelve a ser el luchador dueño de los mares. Inglaterra, por culpa de ministros imprevisores, ha perdido su caparazón; debemos esperar en nuestra gruta hasta que esté fuerte de nuevo.» Ese era un tiempo en el que la inacción era más sabia que la acción; y cuando el huir era más sabio que el atacar.

Si uno es débil en la fe, hará bien en evitar las discusiones acerca de cosas dudosas, y no lanzarse a ellas. Si uno sabe que es vulnerable a cierta tentación, hará bien en evitar los lugares en que puede esperar que se le presente, y no frecuentarlos. Si uno sabe que hay personas que le ponen nervioso y le fastidian y que le provocan a lo que no debe hacer, será sabio evitar esa compañía en vez de buscarla. El valor no es la temeridad; no es nada bueno correr riesgos innecesarios; la gracia de Dios no está para proteger a los temerarios sino a los prudentes.

LA LLEGADA DEL REY

Mateo 10:23 (conclusión)

Este pasaje contiene un extraño dicho que honradamente no podemos pasar por alto. Mateo nos describe a Jesús enviando a Sus hombres y diciéndoles: «No completaréis vuestro recorrido de las ciudades de Israel antes de que llegue el Hijo del Hombre.» A primera vista esto parece querer decir

que antes de qué Sus hombres hubieran completado su campaña de evangelización, llegaría Su día de gloria y Su vuelta al poder. La dificultad está precisamente en que *eso* no sucedió; y, sí Jesús lo esperaba, se equivocó. Si dijo esto en ese sentido, predijo algo que no sucedió. Pero hay una explicación perfectamente buena y suficiente de esta aparente dificultad.

La Iglesia Primitiva creía intensamente en la Segunda Venida de Jesús, y creía que iba a suceder pronto, en su misma generación. No podía haber nada más natural que, como estaban viviendo días de salvaje persecución, anhelaran el día de su liberación y su gloria. El resultado era que se aferraban a cualquier posible dicho de Jesús que se pudiera interpretar como alusión a Su vuelta triunfante y gloriosa; y a veces y con toda naturalidad usaron cosas que Jesús había dicho, leyendo en ellas algo distinto de lo que decían originalmente.

Podemos observar cómo tuvo lugar este proceso en las páginas del Nuevo Testamento. Hay tres versiones de un único dicho de Jesús. Vamos a colocarlas una detrás de otra:

Os aseguro que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte antes de ver al Hijo del Hombre que viene en Su Reino (Mateo 16:28). Os aseguro que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte antes de ver el Reino de Dios venir con poder (Marcos 9:1). Os digo de seguro que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte antes de ver el Reino de Dios (Lucas 9:27).

Está **bien claro qué .-éstas son tres versiones** del mismo dicho. *Marcos* es el -más primitiva de los tres, y por tanto la versión de Marcos es la que tiene más probabilidades de ser estrictamente exacta. *Marcos* dice que había algunos de los que estaban escuchando a Jesús que no morirían antes de ver el Reino de Dios viniendo con poder. Eso fue gloriosamente cierto, porque a los treinta años de la Cruz el mensaje del Cristo Crucificado y Resucitado se había extendido por todas partes y había llegado a Roma, la capital dei mundo. Era cierto que muchos estaban entrando en el Reino; era cierto que el Reino estaba viniendo con poder. *Lucas* transmite el dicho en la misma forma que *Marcos*.

Ahora fijaos en *Mateo*. Su versión es ligeramente diferente: dice que hay algunos que no morirán hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo con poder. Eso, literalmente, no sucedió. La explicación es que *Mateo* estaba escribiendo entre los años 80 d.C. y 90 d.C., cuando estaba teniendo lugar una terrible persecución. Los cristianos se aferraban a todo lo que recordara la prometida liberación de la agonía; y él tomó el dicho que anunciaba la difusión del Reino y lo expresó de una manera que anunciaba la Segunda Venida de Cristo en la vida de una persona... ¿Y quién se lo reprocharía?

Eso es lo que ha hecho aquí *Mateo*. Tomad este dicho de nuestro pasaje y escribidlo como lo habrían escrito Marcos y Lucas: « No completaréis vuestro recorrido de las ciudades de Israel antes que venga *el Reino de Dios*.» Esa fue una verdad bendita; porque a medida que iban avanzando en su misión, los corazones se iban abriendo a Jesucristo y recibéndole como Maestro y Señor.

En un pasaje como este no debemos pensar que Jesús se equivocó, sino más bien que *Mateo* interpretó la promesa de la venida del Reino como una promesa de la Segunda Venida de Jesucristo. Y lo hizo porque en días de terror los creyentes se aferraban a la esperanza de Cristo; y Cristo vino para ellos en el Espíritu, porque nadie sufrió jamás por Cristo a solas.

EL MENSAJERO DEL REY Y LOS SUFRIMIENTOS DEL REY

Mateo 10:24-25

El alumno no está por encima de su maestro, ni el esclavo por encima de su amo. Ya es bastante para el alumno el ser como su maestro, y para el esclavo ser como su amo. Si al Amo de la casa Le han llamado Beelzebul, ¿cuánto más se lo llamarán a los de Su casa!

Jesús advirtió a Sus discípulos que debían esperar que les sucediera a ellos lo que Le sucedió a El. Los judíos conocían muy bien el dicho: < Bástele al esclavo ser como su amo.> En años sucesivos habrían de usarla con un sentido especial. En el año 70 d.C. Jerusalén fue destruida, y de tal manera que se pasó un arado por sus ruinas. El templo de Dios y la ciudad de Dios quedaron en ruinas. Los judíos se dispersaron por todo el mundo, y muchos de ellos lamentaron e hicieron duelo de la suerte terrible que les había correspondido a ellos personalmente. Fue entonces cuando los rabinos les dijeron: «Cuando el templo de Dios ha sido destruido, ¿cómo puede ningún judío lamentar sus propias desgracias personales?»

En este dicho de Jesús hay dos cosas.

(i) Hay *una advertencia*: la de que, como Jesús tuvo que llevar una cruz, también cada cristiano individual debe llevar una cruz. La palabra que se usa para los *miembros de su casa* es una sola en griego, *oikiakoi*. Esta palabra tiene un sentido técnico: se refiere a los *miembros de la casa oficial de un gobierno*: es decir, los *miembros del gobierno*. Es como si Jesús dijera: «Si Yo, el supremo dignatario y jefe del ejército, debo sufrir, vosotros que estáis a mis órdenes en mi gobierno no podéis salir mejor parados.» Jesús nos llama a participar, no sólo de Su gloria, sino también de Su sacrificio. Cuando el ser cristiano conlleva dificultades, nos podemos decir, no sólo: «Hermanos, estamos recorriendo el camino que anduvieron los **santos**,» **sino también**: «Hermanos, vamos por el camino que hollaron **los mismos pies de Cristo**.»

Siempre es emocionante pertenecer a una noble compañía. Eric Linklater cuenta en su autobiografía su experiencia en la desastrosa marcha de retirada de la Primera Guerra Mundial. Estaba en la compañía Black Watch, que después de la batalla había quedado reducida a un oficial, treinta soldados y un gaitero. « A1 día siguiente, marchando pacíficamente a la luz de la mañana de Francia por un camino vecinal, nos encontramos con los fragmentos deshilachados de un batallón de los Foot Guards; y el gaitero, dándole aliento a su gaita, y tañéndola de tal manera que llenaba todo el aire como si fuera toda la banda de la División de las Highlands, saludó a los altos Coldstreamers, a los que les quedaban un tambor o dos y algunos instrumentos de bronce que también iban haciendo una música gallarda. Tiesos nos pasamos, hinchando el pecho, mirando a la derecha, con las faldas escocesas balanceándose en respuesta al contoneo de los Guards, y con el pompón rojo en las boinas en prueba de una fe machacada pero en recuperación. Estábamos sin afeitarse y llenos de barro. Los Guards -los cincuenta que quedaban del batallón- estaban con los botones brillantes y bien afeitados -nosotros parecíamos mineros recién salidos de las minas de carbón de Fife o de las chabolas de Dundee, pero pisábamos a paso rápido al compás marcial de nuestra canción escocesa "Hielan' Laddie", y de pronto me encontré gritando de pura juerga y alegría de encontrarme en tal compañía.» Una de las grandes emociones de la vida es estar en buena compañía y pertenecer a una gran comunidad.

Cuando nuestra fe nos cuesta algo estamos más cerca que nunca de la comunión con Jesucristo; y, si participamos de la comunión de Sus padecimientos, también experimentaremos el poder de Su resurrección.

LA LIBERACIÓN DEL MIEDO DEL MENSAJERO DEL REY

Así que no les tengáis miedo; porque no hay nada que esté velado que no haya de ser desvelado, ni nada escondido que no llegue a saberse. Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz del día; lo que se os susurra al oído, proclamadlo desde las azoteas.

No les tengáis miedo a los que pueden matar el cuerpo, pero no el alma; temed más bien al que tiene poder para destruir tanto el cuerpo como el alma en la gehena.

¿No es verdad que se venden dos pajarillos por una pesetas, y ni uno de ellos se posará en el suelo sin que lo sepa vuestro Padre? Dios lleva la cuenta hasta de los pelos que tenéis en la cabeza; así que no tengáis miedo: vosotros valéis más que muchos pajarillos.

Tres veces en este breve pasaje Jesús exhorta a Sus discípulos que no tengan miedo. El mensajero del Rey tiene que tener una cierta intrepidez valerosa que le distinga de otras personas.

(i) La primera orden está en los versículos 26 y 27, y habla de una doble intrepidez.

(a) *No* tienen que tener miedo, porque no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni escondido que no llegue a saberse. El sentido de esto es que *la verdad triunfará*. «Grande es la verdad -decía un proverbio latino-, y prevalecerá.» Cuando Jaime VI de Inglaterra amenazó a Andrew Melville con desterrarle o ahorcarle, la respuesta del reformador fue: « Tú no puedes desterrar o ahorcar la verdad.» Cuando el cristiano se encuentra atacado por el sufrimiento, el sacrificio y aun el martirio por su fe, debe recordar que llegará un día cuando se verán las cosas como son en realidad; y entonces el poder del perseguidor y el heroísmo del testigo cristiano se apreciarán en su justo valor, y cada uno recibirá su merecido.

(b) *No* tienen que tener miedo de proclamar con coraje el mensaje que han recibido. Lo que Jesús les había dicho, tenían que decírselo a todo el mundo. Aquí en este versículo único (el 27) se encuentra la verdadera función del predicador.

En primer lugar, el predicador debe *escuchar*; debe estar en el consejo secreto con Cristo, para que en las horas tenebrosas Cristo le hable, y para que en la soledad Cristo le susurre al oído. Nadie puede hablar por Cristo a menos que Cristo le haya hablado; nadie puede proclamar la verdad a menos que haya escuchado a la verdad; porque nadie puede comunicar a otros lo que no sabe.

En los grandes días en que la Reforma estaba llegando a nacer, Colet invitó a Erasmo a que fuera a Oxford a dar una serie de conferencias sobre Moisés o Isaías; pero Erasmo sabía que no estaba listo, y le mandó su respuesta: «Pero yo, que he aprendido a vivir conmigo mismo, y sé cuán escaso es mi bagaje, no puedo pretender la preparación que se requiere para esa tarea, ni creo poseer la fuerza de mente para resistir los celos de tantos que estarán ansiosos por mantener su propio terreno. Esa campaña es tal que requiere, no un novato, sino un experto general. Ni tampoco quiero que me consideres inmodesto por declinar una posición que sería más inmodesto aceptar. No estás actuando sabiamente, Colet, al pedirle agua a una roca pómez, como decía Plauto. ¿Con qué cara voy yo a enseñar lo que nunca he aprendido? ¿Cómo voy a calentar a otros cuando yo mismo estoy tiritando de frío?»

En segundo lugar, el predicador debe hablar lo que le ha escuchado a Cristo, y debe hablar aunque lo que diga le granjee el odio de muchos; y aun si, por hablar, tiene que tomar su vida en sus manos.

A la gente no le gusta la verdad; porque, como decía Diógenes, la verdad es como la luz para los ojos irritados. Una vez estaba predicando Latimer en presencia del rey. Sabía que iba a decir algo que al rey no le agradaría; así es que en el púlpito mantuvo un soliloquio consigo mismo: « ¡Latimer, Latimer, Latimer! - se decía - Cuidado con lo que dices: El Rey Enrique VIII está aquí.» Hizo una pausa, y luego prosiguió: «¡Latimer, Latimer, Latimer! Ten cuidado con lo que dices. ¡El Rey de reyes está aquí!»

El que tiene un mensaje habla a los hombres, pero habla en la presencia de Dios. Se dijo del gran reformador escocés John Knox cuando le estaban enterrando: «Aquí yace uno que temía a Dios tanto que nunca tuvo el más mínimo temor delante de ningún hombre.»

El testigo cristiano es alguien que no conoce el miedo, porque sabe que el juicio de la eternidad corregirá los juicios del tiempo. El predicador y maestro cristiano es una persona que escucha con reverencia y luego habla con coraje; porque sabe que, ya sea que escuche o que hable, está en la presencia de Dios.

LA LIBERACIÓN DEL MIEDO Y EL CORAJE DE LA JUSTICIA DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:26-31 (conclusión)

La segunda orden está en el versículo 28. Para decirlo sencillamente, lo que Jesús está diciendo aquí es que ningún castigo que los hombres puedan imponer se puede comparar con el destino final del que haya sido culpable de infidelidad y desobediencia a Dios. Es verdad que los hombres pueden matar el cuerpo físico; pero Dios puede condenar a muerte el alma. Hay tres cosas en que debemos fijarnos aquí.

(a) Algunas personas creen en lo que se llama *inmortalidad condicional*. Esta creencia sostiene que la recompensa de la bondad es que el alma se eleva más y más hasta que es una con toda la inmortalidad, la bienaventuranza y la bendición de Dios; y que el castigo del malvado que se niegue a enmendar sus caminos a pesar de las llamadas de Dios es que su alma irá cayendo cada vez más hasta que al final desaparezca y deje de ser. No podemos construir una doctrina basándonos en un solo texto; pero eso es algo muy parecido a lo que Jesús está diciendo aquí.

Los judíos sabían que el castigo de Dios era algo terrible.

Porque Tú tienes potestad sobre la vida y la muerte. Y Tú guías hacia abajo hasta las puertas del Hades; y otra vez de -vuelta hacia arriba. Pero, aunque el hombre puede matar en su malignidad, sin embargo no puede traer de nuevo el espíritu que ha marchado, ni liberar al alma que el Hades ha recibido.

(Sabiduría de Salomón 16:13s).

Durante los tiempos de las matanzas de la lucha de los Macabeos, los siete hermanos mártires se animaban unos a otros diciendo: « No temamos al que cree que puede matar; porque gran lucha y dolor del alma espera en el tormento eterno a los que quebrantan las ordenanzas de Dios.> (4 *Macabeos 13:14s*).

Haremos bien en recordar que los castigos y las recompensas de los hombres no son nada comparados con los castigos que Dios puede imponer y las recompensas que puede otorgar.

(b) La segunda cosa que enseña este pasaje es que todavía hay lugar en la vida del cristiano para lo que podríamos llamar un santo temor.

Los judíos conocían muy bien el temor de Dios. Una de sus historias rabínicas cuenta que rabí Yojanán estaba enfermo. «Sus discípulos fueron a visitarle. Cuando los vio, empezó a llorar. Sus discípulos le dijeron: "¡Oh lámpara de Israel, pilar de la mano derecha, maza poderosa! ¿Por qué lloras?" Y él les contestó: "Si me llevaran a la presencia de un rey humano que hoy está aquí y mañana está en la tumba, que, si estuviera airado conmigo, su ira no sería eterna; que, si me metiera en la cárcel, no sería para toda eternidad; que, si me condenara a muerte, esa muerte no sería para siempre, y a quien podría apaciguar con palabras o soborno de dinero... aun entonces lloraría. Pero ahora, cuando voy a comparecer ante la presencia del Rey de reyes, el Santo, bendito

sea, Que vive y permanece por toda eternidad; Que, si está airado conmigo, Su ira es eterna; Que, si me manda a la cárcel, será para toda eternidad; Que, si me condena a muerte, esa muerte será para siempre, y á Quien no puedo apaciguar con palabras o con sobornos de dinero... Sí, y más que eso: Cuando se extienden delante de mí dos caminos, uno que conduce al jardín del Edén y el otro a la gehena, y no sé por cuál se me encaminará... ¿Y no he de llorar?">

No es que los pensadores judíos se olvidaran de que existe el amor, y de que el amor es lo más grande que hay. «La recompensa de aquel cuyo móvil es el amor -decían- es doble y cuádruple. Actúa por amor, porque no hay amor donde hay temor, o temor donde hay amor, excepto en relación con Dios.» Los judíos siempre estuvieron seguros de que en la relación con Dios hay temor y amor. «Teme a Dios y ama a Dios, la Ley dice ambas cosas; obra tanto por amor como por temor; por amor porque, si odiaras, ningún amador odiaría; por temor porque, si cocearas, ningún temeroso cocearía.» Pero los judíos nunca olvidaron -ni debemos olvidar nosotros- la absoluta santidad de Dios.

Y para el cristiano el asunto es aún más convincente, porque nuestro temor no es a que Dios nos castigue, sino a que nosotros podamos herir Su amor. El judío no estaba nunca en peligro de ver con sensiblería el amor de Dios, ni tampoco Jesús. Dios es amor, pero Dios es también santidad, porque Dios es Dios; y debe haber un lugar en nuestros corazones y en nuestros pensamientos tanto para el amor que responde al amor de Dios, como para el respeto, la reverencia y el temor que responden a la santidad de Dios.

(c) Además, este pasaje nos dice que hay cosas que son peores que la muerte; la deslealtad es una de ellas. Si uno es culpable de deslealtad, si compra la seguridad a expensas del deshonor, la vida ya no es tolerable. No se puede dar la cara a los demás; no se puede dar la cara a uno mismo; y, finalmente, **uno no puede dar** la cara a Dios. Hay veces en que la comodidad, la seguridad, la tranquilidad,, la misma vida pueden costar demasiado caras.

LA LIBERACIÓN DEL MIEDO DEL MENSAJERO DE REY: ¡DIOS. SE PREOCUPA!

Mateo 10:26-31 (conclusión)

(iii) La tercera orden de no tener miedo se encuentra en el versículo 31; y se basa en la certeza del cuidado minucioso de Dios. Si Dios se cuida de los pajarillos, no cabe duda de que se cuidará de las personas.

Mateo dice que dos pajarillos se venden por una peseta, y sin embargo ninguno de ellos cae al suelo sin que Dios lo sepa. Lucas nos da este dicho de Jesús en una forma ligeramente diferente: «¿No se venden cinco pajarillos por dos pesetas? ¡Pues Dios no se ha olvidado de ninguno de ellos!» (Lucas 12:6). La punta es la siguiente: Dos pajarillos se vendían por una pesetas. (La moneda que se menciona aquí era el *assarion*, que era una dieciseisava parte de un *denarius*; un *denarius* sería aproximadamente ocho pesetas; así que el *assarion* sería media pesetas.) Pero si el comprador estaba dispuesto a gastarse dos pesetas, le daban no cuatro pajarillos; sino *cinco*. Le daban uno de propina como si no tuviera ningún valor. Dios se cuida aun del pajarillo que se da de propina y que nadie considera que tiene ningún valor: Hasta el pajarillo olvidado Le es querido a Dios.

La imagen es aún más pictórica. En este contexto, la palabra *caer* nos hace pensar naturalmente en la *muerte*; pero lo más probable es que el texto griego sea traducción de un original arameo en el que la misma palabra quiere decir *posarse* en el suelo. No es que Dios se fije solamente en el pajarillo cuando cae muerto; es mucho más que eso: es que Dios se fija en el pajarillo cada vez que

se pasa y salta sobre el suelo. Así es que el razonamiento de Jesús es que, si Dios se cuida tan constantemente de los pajarillos, cuánto más se cuidará de las personas.

También aquí los judíos entenderían lo que Jesús estaba diciendo. Ninguna otra nación tuvo nunca una impresión comparable del cuidado detallado de Dios por Su creación. Rabí Janina decía: < Ninguna persona se hace daño en un dedo aquí abajo a menos que así lo disponga Dios. » Hay un dicho rabínico: < Dios se sienta y se pone a alimentar al mundo desde los cuernos del bisonte hasta las liendres. » Hil.lél tiene una maravillosa interpretación del *Salmo* 136. Ese Salmo empieza contando la historia, en poesía lírica, acerca del Dios que es el Dios de la creación, el Dios que hizo los cielos y la Tierra, y el Sol y la Luna y las estrellas (versículos 1-9); luego pasa a contar la historia del Dios que es el Dios de la Historia, el Dios que rescató a Israel de Egipto y que luchó en su favor (versículos 11-24); y finalmente habla de Dios como el Dios «Que da sustento a toda carne» (versículo 25). El Dios que hizo el universo y que controla la Historia de la humanidad es el Dios que nos alimenta día a día. El origen de nuestro pan cotidiano es la obra de Dios tanto como la obra de la creación y el poder salvador de la cautividad de Egipto. El amor de Dios por la humanidad no se ve solamente en la omnipotencia. de la creación y en los grandes acontecimientos de la Historia; se ve también en el cuidado que tiene a diario de los cuerpos de las personas.

El coraje del mensajero del Rey se funda sobre la convicción de que, pase lo que pase, nada le puede arrastrar más allá del amor de Dios. Sabe que sus tiempos están siempre en las manos de Dios; que Dios no le dejará ni le abandonará; que siempre está rodeado por el cuidado de Dios. Y si es así, ¿de quién o de qué hemos de tener miedo?

LA LEALTAD DEL MENSAJERO DEL REY Y SU RECOMPENSA

Mateo 10:32-33

Al que se declare como seguidor Mío ante sus semejantes, yo también le declararé como tal delante de Mi Padre. Y al que niegue tener nada que ver conmigo ante los demás, Yo también negaré lo mismo delante de Mi Padre.

Aquí se establece la doble lealtad de la vida cristiana. Si una persona es leal a Jesucristo en esta vida, Jesucristo será leal con ella en la vida por venir. Si una persona está orgullosa de declarar que Jesucristo es su Maestro, Jesucristo estará orgulloso de declarar que es Su servidora.

Es un hecho indudable de la Historia que si no hubiera sido por hombres y mujeres de la Iglesia Primitiva que se negaron a negar a su Maestro arrojando la muerte y la agonía, hoy no habría Iglesia Cristiana. La Iglesia de hoy está construida sobre la inquebrantable lealtad de aquellos que se mantuvieron firmes en la fe.

Plinio, el gobernador de Bitinia, escribe al emperador Trajano contándole como trataba a los cristianos de su provincia. Delatores anónimos ofrecían información de que algunas personas eran cristianas. Plinio cuenta que les daba a estas personas la oportunidad de invocar a los dioses de Roma y de ofrecer vino e incienso a la imagen del emperador, y que les demandaba como prueba final el maldecir el nombre de Cristo. Y entonces añade: « Se dice que a los que son de veras cristianos no se les puede obligar a hacer estas cosas. » Hasta un gobernador romano confiesa su impotencia para sacudir la lealtad de los que eran cristianos de veras.

Todavía le es posible a una persona negar a Jesucristo.

(i) Podemos negarle con nuestras *palabras*. Se dice de J. P. Mahaffy, el famoso erudito y hombre de mundo de Trinity College, Dublín, que cuando le preguntaban si era cristiano, respondía: «Sí, pero no agresivamente.» Quería decir que no permitía que su cristianismo interfiriera con la sociedad que frecuentaba y el placer que amaba. Algunas veces les decimos a los demás, puede que no con

todas las palabras, que somos miembros de iglesia pero que no nos preocupa mucho la cosa; que no pretendemos ser diferentes de los demás; que estamos dispuestos a participar de todos los placeres del mundo, y que no esperamos que nadie se preocupe de respetar los vagos principios que tengamos.

El cristiano no puede nunca evadir el deber de ser diferente del mundo. Nuestro deber no es amoldarnos al mundo, sino transformarnos en algo distinto de él.

(ii) Podemos negarle con nuestro *silencio*. Un escritor francés cuenta la llegada de una esposa joven a una vieja familia.

La vieja familia no había dado su conformidad al matrimonio, aunque eran tan convencionalmente corteses que nunca expresaban sus objeciones con palabras o críticas. Pero la joven esposa dijo después que le habían hecho desgraciada la vida con « la amenaza de lo que no se decía.»

Puede haber tal cosa como la amenaza de lo que no se dice en la vida cristiana.

Una y otra vez la vida nos ofrece oportunidad para decir algo de Cristo, para denunciar algún mal, para asumir alguna posición y para mostrar de qué parte estamos. Una y otra vez en tales ocasiones es más fácil guardar silencio que hablar. Pero guardar silencio es negar a Jesucristo. Probablemente es cierto

que hay más personas que niegan a Cristo con un silencio cobarde que expresamente con palabras.

(iii) Podemos negarle con nuestras *acciones*. Podemos vivir de tal manera que nuestra vida sea una negación continua de la fe que profesamos.

El que ha rendido pleitesía al Evangelio de la pureza puede que sea culpable de toda clase de deshonestidades mezquinas y de quebrantamiento del honor estricto. El que se ha comprometido a seguir al Maestro que le mandó tomar una cruz puede que viva una vida dominada por el cuidado de su propia tranquilidad y comodidad. El que ha entrado al servicio de Aquel Que perdonaba y Que mandaba a Sus seguidores perdonar, puede que viva una vida de amargura y resentimiento y desavenencia con los demás. El que ha fijado sus ojos en el Cristo que murió por amor a la humanidad puede que viva una vida en la que el servicio y el amor y la generosidad de Cristo brillen solamente por su ausencia. En la conferencia de Lambeth de 1948 se compuso una oración especial:

Todopoderoso Dios: concédenos Tu gracia para que seamos no solamente oidores sino hacedores de. Tu santa palabra; para que no solamente admiremos sino obedezcamos Tu doctrina; no solamente profesemos, sino practiquemos Tu religión; no solamente amemos, sino vivamos Tu Evangelio. Concédenos que lo que aprendemos de Tu gloria podamos recibirlo en nuestros corazones y mostrarlo en nuestras vidas. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Esta es una oración que bien podemos recordar y usar continuamente cada uno de nosotros.

LA GUERRA DEL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:34-39

No creáis que he venido a traer la paz a la Tierra: no he venido a traer la paz, sino la espada. He venido a poner a un hombre en desacuerdo con su padre, a una hija con su madre, a una nuera con su suegra... y los enemigos de una persona serán los miembros de su propia familia. El que ame a su padre o a su madre más que a Mí, no merece ser Mi seguidor; y el que no tome su cruz y Me siga, no merece ser Mi seguidor. El que piense en encontrar la vida será el que la pierda; y el que pierda la vida por causa de Mí será el que la halle.

En ningún otro pasaje se despliega más claramente que en éste la absoluta honestidad de Jesús. Aquí coloca el listón de la demanda cristiana en lo más alto y menos asequible. Dice a los suyos exactamente lo que pueden esperar si aceptan la comisión de mensajeros del Rey. Jesús ofrece aquí en este pasaje cuatro cosas.

(i) Ofrece *la guerra*; y en esa guerra sucederá a menudo que los enemigos de una persona serán los de su propia casa.

El caso es que Jesús estaba usando un lenguaje que les era perfectamente familiar a los judíos. Los judíos creían que una de las características del Día del Señor, el día en que Dios intervendría en la Historia, sería la división de las familias. Los rabinos decían: «En el tiempo cuando venga el Hijo de David, una hija se levantará contra su madre, una nuera contra su suegra.» « El hijo desprecia al padre, la hija se rebela contra su madre, la nuera contra su suegra, y los enemigos de un hombre son los de su propia familia.» Es como si Jesús dijera: «El fin que habéis estado esperando ha llegado, y la intervención de Dios en la Historia ya está dividiendo las familias y los grupos y los hogares.»

Cuando surge una gran causa, la gente se divide irremisiblemente; no se puede evitar que haya quienes acepten, y quienes rechacen el desafío. El encontrarse cara a cara con Jesús supone tener que decidir si se Le acepta o se Le rechaza; y el mundo siempre estará dividido entre los unos y los otros.

Lo más amargo de esta guerra era que los enemigos de una persona fueran los de su propia casa. Puede suceder que el amor que uno tenga a su esposa y a su familia le haga renunciar a alguna gran aventura, a algún curso de servicio, a alguna llamada al sacrificio; ya sea porque no se quiere separar de ellos o porque no quiere someterlos a ningún peligro.

T. R. Glover cita una carta de Oliver Cromwell al lord Wharton del 1 de enero de 1649, y Cromwell tenía en mente la sospecha de que Wharton estuviera tan unido a su esposa y hogar que se negara a escuchar la llamada a la aventura y a la lucha y decidiera quedarse en casa: «Mis respetos a la querida señora; querría que no la convirtieras en una tentación mayor de lo que es. Guárdate- de todos los parientes. Las misericordias no deben ser tentaciones; pero a veces es en eso en lo que las convertimos.»

A veces sucede que uno desoye la llamada de Dios a algún servicio arriesgado porque se deja inmovilizar por los lazos familiares. Esta es una disyuntiva frecuente. Puede que uno pase por la vida sin tener que arrostrarla; pero es un hecho que es posible que los más queridos se conviertan en los peores enemigos si son ellos los que de alguna, manera le impiden a uno hacer lo que Dios quiere que haga.

(iii), Les ofrece una *elección*; y una persona tiene que escoger a veces entre los lazos más íntimos de la Tierra y la lealtad a Jesucristo.

Bunyan experimentó dramáticamente este dilema. Lo que más le angustiaba en la cárcel era el efecto que tendría en su esposa e hijos. ¿Qué sería de ellos, privados de su apoyo? < El separarme de mi mujer y de mis pobres hijitos se me hacía en este lugar algo tan desgarrador como si me arrancaran la carne de los huesos; y eso, no sólo porque aprecio en gran manera esas bendiciones, sino también porque me venían a menudo a la mente las muchas dificultades, miserias y necesidades que tendría que soportar mi pobre familia si me separaran de ella, *especialmente mi pobre hijita ciega*, que pesaba en mi corazón más que todo lo demás. ¡Oh, la idea de las adversidades que tendría que pasar mi ciegucecita me destrozaba el corazón... ! Pero, volviendo en mí, pensé que lo tenía que aventurar todo por Dios, aunque fuera como separar la uña de la carne. ¡Oh, al verme en esta condición me comparaba con un hombre que estuviera derribando su casa encima de su esposa e hijos! Pero pensé: Lo tengo que hacer, lo tengo que hacer.» Es verdad que esta terrible disyuntiva no es muy frecuente; por la misericordia de Dios, puede que no se nos

presente nunca a muchos de nosotros; pero sigue siendo un hecho que todas las lealtades deben ceder el paso a la lealtad a Dios.

EL PRECIO DE SER UN MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:34-39 (conclusión)

(iii) Jesús ofrece *una cruz*. Los habitantes de Galilea sabían muy bien lo que era una cruz. Cuando el general romano Varo aplastó el levantamiento de Judas el Galileo, crucificó a dos mil judíos; colocando las cruces al borde de todas las carreteras que conducían a Galilea. En la antigüedad, los criminales llevaban a cuestas el travesaño de la cruz al lugar de la ejecución, y los hombres a los que hablaba Jesús habían visto a los reos marchar tambaleándose bajo el peso de las cruces y muriendo en agonía sobre ellas.

Los grandes hombres cuyos nombres están en el cuadro de honor de la fe sabían muy bien lo que estaban haciendo. Después de ser juzgado -en el castillo de Scarborough, George Fox escribió: «Y los oficiales me amenazaban a menudo con que me iban a ahorcar en la muralla... hablaban mucho de ahorcarme. Pero yo les dije que si eso era lo que querían, y los dejaban hacerlo, yo estaba *preparado*.» Cuando trajeron a Bunyan a presencia del magistrado, dijo: «Señor, la ley de Cristo ofrece dos formas de obediencia: la una, hacer lo que creo en conciencia que estoy obligado a hacer, activamente; y cuando no puedo obedecer activamente, estoy dispuesto a yacer y sufrir lo que me hayan de hacer.»

El cristiano puede que tenga que sacrificar sus ambiciones personales, la tranquilidad y la comodidad que podría haber disfrutado, la carrera que podría haber completado; puede que tenga que renunciar a sus sueños, puede que tenga que darse cuenta de que las cosas luminosas que había vislumbrado no serían nunca para él. Seguramente tendrá que sacrificar su voluntad, porque ningún cristiano puede nunca hacer lo que a él le agrada; tiene que hacer lo que a Cristo Le agrada. En el Cristianismo hay siempre una cruz, porque por eso es la religión de la Cruz.

(iv) Jesús ofrece aventura..Les dijo que el que encuentra su vida es el que la pierde; y el que la pierde, - la encuentra.

Una y otra vez eso ha sido verdad en el sentido más literal. Siempre ha sido verdad que muchas personas hubieran podido salvar la vida fácilmente; pero, si la salvaban, la habrían perdido, porque nunca habría oído nadie hablar de ellos, y habrían perdido el lugar que- ocupan en, la Historia..

Epicteto decía de Sócrates: «Muriendo, se salvó, porque no huyó.» Podría haber salvado la vida; pero en ese- caso, el verdadero Sócrates habría muerto, y no se le habría recordado. Cuando acusaron a Bunyan de negarse a acudir a los cultos de la religión oficial y de celebrar reuniones prohibidas por su cuenta, pensó muy en serio si su deber era salir huyendo para salvar la vida, o mantenerse firme en lo que creía que era la verdad. Como todo el mundo sabe, escogió esto último. T. R. Glover concluye su estudio sobre Bunyan manifestando: « Y suponiendo que le habían comido el coco, y que él había dado su consentimiento a dejar de "abstenerse perniciosamente y diabólicamente de ir a la iglesia para escuchar el culto divino," y dejar de ser "promotor de ciertas reuniones ilegales y conventículos que causaban gran confusión y desviación a los buenos ciudadanos del reino contra las leyes de nuestro soberano señor el rey", Bedford habría preferido mantener a un quinquí antes que a él -y posiblemente no uno- de los mejores, porque no hay nada que demuestre que los renegados resultan buenos pensadores-; pero ¿cuánto habría perdido Inglaterra?»

No hay lugar para una táctica de seguridad en la vida cristiana. El que busca en primer lugar la tranquilidad y la comodidad y la seguridad y el cumplimiento de sus ambiciones personales, puede que obtenga todo eso, pero no será un hombre feliz; porque vino a este mundo para servir a Dios y a sus semejantes. Uno puede amasar la vida, si es eso lo que quiere; pero de esa manera perderá

todo lo que hace valiosa la vida para los demás, y digna de vivir para sí mismo. El camino del servicio a sus semejantes, el camino de cumplir el propósito de Dios en nuestra vida, el camino de la verdadera felicidad consiste en gastar la vida generosamente, porque sólo así podemos encontrar la vida, aquí y en el más allá.

LA RECOMPENSA DE LOS QUE RECIBEN AL MENSAJERO DEL REY

Mateo 10:40-42

El que os reciba a vosotros es como si Me recibiera a Mí en persona; y el que Me reciba a Mí, recibirá realmente al Que Me envió. El que reciba a un profeta como tal, recibirá la recompensa de un profeta; y el que reciba a un hombre justo como lo que es, recibirá la recompensa de un hombre justo. Y el que le dé a uno de estos pequeñitos un trago de agua fresca porque es Mi discípulo y esto que os digo es la pura verdad no se quedará sin su recompensa.

Cuando Jesús dijo esto, estaba hablando de una manera que era comente entre los judíos. Los judíos creían que el recibir al enviado o mensajero de una persona era como recibir a la misma persona. El hacer los honores a un embajador era lo mismo que hacérselos al rey que le había enviado. El recibir con amor al mensajero de un amigo era lo mismo que recibir al amigo mismo. Los judíos siempre creyeron que el honor que se hacía al representante de una persona era el mismo que el honor que se hacía a la persona cuyo era el representante. Esto era particularmente cierto en relación con los sabios y con los que enseñaban la verdad de Dios. Los rabinos decían: « El que da hospitalidad a los sabios es como si trajera las primicias de sus frutos a Dios.» «El que recibe con afecto a los instruidos es como si recibiera a Dios.» Si uno es un verdadero hombre de Dios, el recibirle es recibir al Dios que le envió.

Este pasaje define los cuatro eslabones de la cadena de la salvación. (i) Está Dios, en Cuyo amor empezó todo el proceso de la salvación. (ii) Está Jesús, Que trajo ese mensaje a la humanidad.

(iii) Está el mensajero humano, el profeta que habla, el hombre bueno que es un ejemplo, el discípulo que aprende, quienes a su vez pasan a otros la buena noticia que han recibido. (iv) Está el creyente que recibe a los hombres y el mensaje de Dios y que así encuentra la vida para su alma. Aquí hay algo muy precioso para toda alma sencilla y humilde.

(i) No todos podemos ser profetas, y predicar y proclamar la palabra de Dios, pero el que ofrece al mensajero de Dios el sencillo don de la hospitalidad recibirá no menos recompensa que el mismo profeta. Hay muchas personas que han sido grandes figuras públicas; hay muchas personas cuya voz ha inflamado los corazones de millares; hay muchas personas que han asumido una carga casi insoportable de responsabilidad y servicio público, todas las cuales habrían dado testimonio con gusto de que no podrían haber sobrevivido al esfuerzo y las exigencias de su tarea si no hubiera sido por el amor y el cuidado y la simpatía y el servicio de alguien en casa de quien el público no sabía nada. Cuando la verdadera grandeza se mida a los ojos de Dios se verá una y otra vez que la persona que movió el mundo dependía totalmente de otra que, por lo que concierne al mundo, era una desconocida. Hasta el profeta tiene que tomar el desayuno, y que su ropa esté lista. Que las que tienen la ingrata tarea de hacer un hogar, preparar comidas, lavar la ropa, hacer la compra, cuidar de los niños... no lo consideren una rutina o un aburrimiento. Es la mayor tarea de Dios; y será más probable que reciban la recompensa del profeta ellas que otros cuyo horario está lleno de reuniones de comités y cuyos hogares son inhóspitos.

(ii) No todos podemos ser ejemplos luminosos de bondad; no todos podemos descollar a los ojos del mundo por nuestra integridad; pero la persona que ayuda a una persona buena a ser buena recibe la recompensa de una persona buena.

H. L. Gee tiene una historia preciosa. Había un chico en una aldea que, después de una gran lucha, llegó al ministerio pastoral. El que le ayudó en sus estudios era el zapatero de la aldea. El zapatero, como muchos de su profesión, era un hombre muy leído y buen pensador, y había hecho mucho por el otro. A su debido tiempo el joven fue ordenado. Y ese día el zapatero le dijo: < Siempre he deseado ser ministro del Evangelio, pero las circunstancias de mi vida lo hicieron imposible. Pero tú estás logrando lo que estuvo cerrado para mí; y quiero que me prometas una cosa: Quiero que me permitas hacer y arreglar tus zapatos, sin pagarme nada, y que te los pongas para subir al púlpito a predicar; y entonces yo sabré que estás predicando el Evangelio que yo siempre quise predicar con mis zapatos puestos.» (En inglés «estar en los zapatos de otro» es como en español «estar en el pellejo de otro».) El zapatero estaba sirviendo a Dios lo mismo que el predicador, y su recompensa sería un día la misma.

(iii) No todos podemos enseñar a un niño; pero hay maneras de servir al niño que nos son asequibles a todos. Puede que no tengamos ni los conocimientos ni la técnica para enseñar, pero hay que hacer otras muchas cosas sencillas sin las cuales el niño no podría vivir. Puede que en este pasaje no sea en los *niños en edad* en los que Jesús está pensando sino en los *niños en la fe*. Parece muy probable que los rabinos llamaban a sus discípulos los *pequeñitos*. Puede que no podamos enseñar en el sentido técnico y académico; pero hay una enseñanza mediante la vida y el ejemplo que hasta la persona más sencilla puede impartir a los demás.

(iv) La gran belleza de este pasaje está en su insistencia en cosas sencillas. La Iglesia y Cristo siempre necesitarán grandes oradores, ejemplos luminosos de santidad, grandes maestros, cuyos nombres se conocerán en todos los hogares; pero la Iglesia y Cristo siempre necesitarán también a aquellos en cuyos hogares se ofrece hospitalidad, cuyas manos están siempre dispuestas a los servicios que hacen un hogar, y de cuyos corazones fluye el cuidado que es esencial en el amor cristiano; y, como decía la señora Browning: «Todo servicio cuenta igual para Dios.»

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO -Tomo 2-

Evangelio según san Mateo (II)

LOS SEIS ACENTOS EN LA VOZ DE JESÚS

Mateo 11 es un capítulo en el que Jesús está hablando todo el tiempo; y, como habla con diferentes personas y de cosas diferentes, oímos cómo cambia el acento de Su voz. Será de sumo interés percibir uno a uno los seis acentos en la voz de Jesús.

EL ACENTO DE LA CONFIANZA

Mateo 11:1-6

Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a Sus doce discípulos, Se marchó de allí para seguir enseñando y predicando en las ciudades de ellos.

Cuando Juan se enteró en la prisión de las cosas que estaba haciendo el Ungido de Dios, Le envió a sus discípulos a preguntarle:

-¿Eres Tú el Que ha de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?

-Volved a Juan -les dijo Jesús- y contadle lo que estáis oyendo y viendo: los ciegos recuperan la vista, y los cojos vuelven a andar; los leprosos se encuentran limpios, y los sordos pueden oír; los muertos resucitan, y los pobres reciben la Buena Noticia. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de Mí!

La carrera de Juan el Bautista había acabado en tragedia. Juan no tenía por cosa dorarle la píldora a nadie; y no podía ver el mal sin denarlo. En muchas ocasiones, y en una especialmente, había hablado demasiado atrevidamente y *demasiado claro para su propia seguridad*.

Herodes Antipas de Galilea le había hecho una visita a su hermano en Roma. Durante esa visita había seducido a la mujer de su hermano. Cuando volvió a su casa, despidió a su mujer y se casó con su cuñada, a la que había apartado de su marido. Juan reprendió a Herodes pública e inflexiblemente. Nunca fue sin riesgo el reprender a un déspota oriental, y Herodes se vengó; metió a Juan en la mazmorra del castillo de Maqueronte, en las montañas cerca del Mar Muerto.

Para cualquier hombre aquello habría sido una suerte terrible; pero era incalculablemente peor para Juan el Bautista. Él era un hijo del desierto; había vivido siempre en los amplios espacios abiertos, con el viento limpio en el rostro y la espaciosa bóveda del cielo por techo. Y ahora estaba confinado en una mazmorra pequeña y subterránea entre recios muros. Para un hombre como Juan, que tal vez no había vivido nunca en una casa, esto debe de haber sido agonía.

En el castillo escocés de Carlisle hay una pequeña celda. Una vez hace mucho tuvieron allí encerrado durante años un jefe de las tribus fronterizas. En esa celda no hay más que una ventana pequeña, situada demasiado arriba para que una persona pudiera mirar por ella poniéndose en pie. En el alféizar de la ventana hay dos depresiones desgastadas en la piedra. Son las huellas de las

manos del jefe prisionero, los lugares donde, día tras día, se encaramaba para mirar con ansia los verdes valles que no volvería a cabalgar ya nunca.

Juan debe de haber sufrido una experiencia semejante; y no debe sorprendernos, y menos debemos criticarlo, el que surgieran en su mente ciertos interrogantes. Había estado seguro de que Jesús era el Que había de venir. Ese era uno de los nombres más corrientes del Mesías que los judíos esperaban con tan ansiosa expectación (*Marcos 11:9; Lucas 13:35; 19:38; Hebreos 10:37; Salmo 118:26*). Un condenado a muerte no puede permitirse tus dudas; tiene que estar seguro; así que Juan Le envió sus discípulos a Jesús con la pregunta: «¿Eres Tú el Que ha de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?» Esa pregunta podía encerrar muchas cosas.

(i) Algunos piensan que aquella pregunta se hizo, no por causa de Juan, sino por *causa de sus discípulos*. Puede ser que cuando Juan y sus discípulos hablaran en la prisión, los discípulos le preguntaran si Jesús era de veras el Que había de venir, y que la respuesta de Juan fuera: «Si tenéis alguna duda, id a ver lo que está haciendo Jesús.» En ese caso, fue una buena respuesta. Si alguien se pone a discutir con nosotros sobre Jesús, y a poner en duda Su supremacía, la mejor de todas las respuestas no sería contestar a unos argumentos con otros, sino decir: «Dale tu vida, y verás lo que El puede hacer con ella.» La suprema demostración de Quién es Cristo no se alcanza en el debate intelectual, sino se experimenta en Su poder transformador.

(ii) Puede que la pregunta de Juan surgiera de su *impaciencia*. Su mensaje había sido un mensaje de juicio (*Mateo 3:7-12*). El hacha estaba a la raíz del árbol; el proceso de aventar había comenzado; el fuego divino del juicio purificador había empezado a arder. Puede que Juan estuviera preguntándose: «¿Cuándo va a empezar Jesús Su obra? ¿Cuándo va a barrer a Sus enemigos? ¿Cuándo va a empezar el día de la santa destrucción?» Bien puede ser que Juan estuviera impaciente con Jesús porque no actuaba de la manera que él esperaba. Los que esperen una ira salvaje siempre se llevarán el chasco con Jesús; pero los que esperen el amor nunca serán defraudados.

(iii) Unos pocos han pensado que esta pregunta era nada menos que la del amanecer de *una fe y esperanza*. Juan había visto a Jesús en Su bautismo; en la prisión había pensado más y más en Él; y cuanto más pensaba, tanto más seguro estaba de que Jesús era el Que había de venir; y ahora ponía a prueba todas sus esperanzas en esta única pregunta. Puede que ésta no sea la pregunta de un hombre impaciente y desesperanzado, sino la de uno que empieza a vislumbrar la luz de la esperanza, y que pregunta exclusivamente para confirmarla.

Y entonces vino la respuesta de Jesús; y en ella oímos *el acento de la confianza*. La respuesta de Jesús a los discípulos de Juan fue: «Volved, y no le digáis a Juan lo que Yo digo; *decidle la que está sucediendo*.» Jesús demandaba que se le sometiera a la más dura de las pruebas: la de las obras. Jesús es la única Persona que ha demandado nunca el ser juzgado sin paliativos, no por lo que decía, sino por lo que hacía. El desafío de Jesús sigue en pie. Él no dice tanto: < Escucha lo que tengo que decirte,» como: «Mira lo que puedo hacer por ti; mira lo que he hecho por otros.»

Las cosas que Jesús hizo en Galilea las sigue haciendo. En Él se les abren los ojos a los que están ciegos a la verdad acerca de sí mismos, acerca de sus semejantes y acerca de Dios; en Él se les afirman los pies a los que nunca fueron suficientemente fuertes para mantenerse en el buen camino; en Él quedan limpios los contaminados con la enfermedad del pecado; en Él empiezan a oír los que eran sordos a la voz de la conciencia y de Dios; en Él resucitan a una vida nueva y hermosa los que estaban muertos e impotentes en las garras del pecado; en Él los más pobres heredan las riquezas del amor de Dios.

Por último, aparece la advertencia: «Bienaventurado el que no se escandaliza de Mí.» Esto se refería a Juan, porque había captado sólo media verdad. Juan predicó el evangelio de la santidad divina con la destrucción divina. Jesús predicó el Evangelio de la santidad divina con el amor divino. Así que Jesús le dice: «Puede que no esté haciendo las cosas que tú esperabas; pero los poderes

del mal están siendo derrotados, no por un poder irresistible, sino por un amor inalterable.» Algunos pueden escandalizarse de Jesús porque Jesús parece violar las ideas que ellos tienen de lo que debe ser la religión.

EL ACENTO DE LA ADMIRACIÓN

Mateo 11:7-11

Cuando iban por el camino, Jesús empezó a hablarle de Juan a la gente:

¿Qué fue lo que salisteis a ver al desierto? ¿Era una caña que sacudía el viento? Si no era eso, ¿qué fue lo que salisteis a ver? ¿Fuisteis a ver a uno que iba vestido con ropas de lujo? Fijaos: los que se visten lujosamente se encuentran en los palacios de los reyes. Entonces, si no fue eso, ¿qué fue lo que salisteis a ver? ¿Era un profeta? Claro que sí, os lo aseguro; y más que un profeta. De él fue de quien se escribió: «Fijate, Yo envío por delante de Ti a Mi mensajero para que Te vaya preparando el camino.» Esto que os digo es la pura verdad: entre todos los nacidos de madre no ha surgido jamás en la Historia ninguna figura por encima de Juan el Bautista; pero el más pequeñito en el Reino del Cielo es más que él.

De pocas personas hizo Jesús un elogio tan extraordinario como de Juan el Bautista. Empezó preguntándole a Su audiencia qué fue lo que salieron a ver al desierto cuando salieron en masa al encuentro de Juan.

(i) ¿Salieron a ver una caña sacudida por el viento? Eso puede querer decir una de dos cosas. (a) En las orillas del Jordán crecían muchas cañas; y la frase «Una caña sacudida» era una especie de proverbio para referirse a la cosa más corriente del mundo. Cuando la gente bajada a manadas a ver a Juan, ¿salían a ver algo tan ordinario como las cañas que mece el viento a las orillas del Jordán? (b) Una caña sacudida puede querer decir una persona débil e insegura, uno que no podía mantenerse firme frente a los vientos del peligro mejor que una caña a la orilla del río podía estar erguida cuando soplabla el viento del desierto.

Cualquier cosa que fuera lo que la gente se lanzó al desierto a ver, seguro que no fueron a ver a una persona vulgar y corriente. El mismo hecho de salir en multitudes era prueba de lo extraordinario que era Juan, porque nadie cruzaría la calle, y mucho menos andaría por el desierto, para ver a una especie de persona de lo más corriente. Cualquiera que fuera lo que salieron a ver, no era una persona débil y vacilante. El señor Flexible de *El Peregrino* no acabó en la cárcel como los mártires de la verdad. Juan no era ni tan ordinario como una caña sacudida, ni tan flojuchito como una caña que se inclina haciendo reverencias ante cualquier brisa.

(ii) ¿Habían salido a ver a alguien que llevara una ropa lujosa y delicada? Tal persona sería un cortesano, y eso sí que no era Juan: no sabía nada de la afectación ni de los halagos de las cortes; cumplía la peligrosa misión de decirles la verdad a los reyes. Era embajador de Dios, no cortesano de Herodes.

(iii) ¿Habían salido a ver a un profeta? El profeta es *el pregonero* de la verdad de Dios. Es la persona de confianza de Dios. «Está claro que Dios no hará nada sin declararle Su plan a Sus siervos los profetas» (Amós 3:7). El profeta es dos cosas: es la persona que trae un mensaje de Dios, y que además tiene el valor de proclamar ese mensaje. Es una persona que tiene en su mente la sabiduría de Dios, la verdad de Dios en los labios y el coraje de Dios en el corazón. Todo eso era Juan.

(iv) Pero Juan era algo más que un profeta. Los judíos tenían, y tienen todavía, una creencia fija. Creían que antes que viniera el Mesías volvería Elías para anunciar Su llegada. Hasta el día de hoy, cuando una familia judía celebra la Pascua, dejan un asiento vacante para Elías. «Fijaos: Yo os enviaré al profeta Elías antes que llegue el Día grande y terrible del Señor» (*Malaquías 4:5*). Jesús

declaró que Juan era nada menos que el heraldo divino cuya misión y cuyo privilegio sería anunciar la llegada del Mesías. Juan era nada menos que el heraldo de Dios, y no se puede tener una misión más gloriosa que esa.

(v) Tal fue el maravilloso tributo que Jesús dedicó a Juan con acento de admiración. No había habido nunca una figura más gloriosa en la Historia; y entonces leemos la sorprendente declaración: «Pero el más pequeñito en el Reino del Cielo es más que él.»

Aquí tenemos una verdad completamente general. Con Jesús vino al mundo algo totalmente nuevo. Los profetas eran estupendos; pero con Jesús surgió algo todavía mayor, y un mensaje todavía más maravilloso. C. G. Montefiore, un judío no cristiano, escribe: « El Cristianismo determina una nueva era en la historia religiosa y en la civilización humana. Lo que el mundo Le debe a Jesús y a Pablo es incalculable; nada puede ya ser, ni se puede ya pensar, como antes de que vivieran estos dos grandes hombres.» Hasta uno que no es cristiano tiene que admitir que ya nada puede ser lo mismo que antes de que Jesús viniera.

Pero, ¿qué era lo que le faltaba a Juan? ¿Qué es lo que tiene un cristiano que Juan no pudiera tener? La respuesta es sencilla y fundamental: *Juan no vio nunca la Cruz*. Por tanto, había algo que Juan no podía conocer: la plena revelación del amor de Dios. Conocía, sí, la santidad de Dios; y podía proclamar la justicia de Dios; pero al amor de Dios en toda su plenitud no lo llegó a conocer. No tenemos más que oír el mensaje de Juan y el de Jesús. Nadie podría llamar el mensaje de Juan *un evangelio*, una buena noticia; era básicamente una amenaza de destrucción. Hizo falta Jesús, con Su Cruz, para mostrar a la humanidad la longitud, anchura, profundidad y altura del amor de Dios. Es algo inmensamente maravilloso que le es posible al más humilde cristiano saber más acerca de Dios que al mayor de los profetas del Antiguo Testamento. El que ha visto la Cruz ha visto el corazón de Dios de una manera que ninguno que viviera antes de la Cruz habría podido ver. Es indudable que el más pequeño en el Reino del Cielo es mayor que cualquiera que viviera antes.

Así es que Juan tuvo el destino que a veces corresponde a algunas personas; tuvo la misión de señalar a otros una grandeza en la que él mismo no pudo entrar. A algunas personas se les concede ser indicadores que señalan a Dios. Señalan hacia un nuevo ideal y una nueva grandeza en la que otros entrarán, pero ellos no. Rara vez es un gran reformador el primero que ha luchado por la reforma con la que se relaciona su nombre. Muchos que le precedieron vislumbraron la gloria, a menudo también trabajaron por ella, y aun a veces murieron por ella.

Alguien ha relatado cómo desde las ventanas de su casa solía observar todas las tardes a un farolero que pasaba por las calles encendiendo los faroles -*¡y aquel farolero era ciego!* Llevaba a otros la luz que él mismo no podía percibir. Que nadie se desanime si en la iglesia o en cualquier otro lugar de la vida el sueño que ha soñado y por el que se ha afanado no se materializa antes del final de su día. Dios necesitaba a Juan; Dios necesita Sus indicadores ~ que señalan el camino a la humanidad, aunque ellos no lleguen al destino que señalan.

LA VIOLENCIA Y EL REINO

Mateo 11:12-15

Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino del Cielo está en liza, y los violentos lo toman por la fuerza. Porque hasta Juan todos los profetas y la Ley hablaron con la voz de la profecía; y, si queréis aceptarlo como un hecho, este era el Elías que había de venir. El que tenga oídos para oír, que oiga.

En el versículo 12 hay un dicho muy difícil: «El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.» *Lucas* tiene este dicho en otra forma: «Desde entonces es anunciado el Reino de Dios y todos entran en él violentamente» (*Lucas 16:16*). Está claro que en alguna ocasión Jesús debe de

haber dicho algo que conectaba *la violencia* con *el Reino*, algo que no estaba claro y era difícil de entender, y que nadie entendió entonces totalmente. Es indudable que Lucas y Mateo lo entendieron de distinta forma.

Lucas dice que todos los hombres entran en el Reino al asalto; quiere decir, como comentaba Denney, que « el Reino del Cielo no es para los que tienen buenas intenciones, sino para los desesperados,» nadie entra en el Reino deslizándose, que el Reino sólo les abre sus puertas a los que están dispuestos a hacer tan gran esfuerzo para entrar como los soldados que están asaltando una ciudad.

Mateo dice que desde el tiempo de Juan hasta ahora el Reino del Cielo sufre violencia y los violentos lo toman por la fuerza. La misma forma de esa expresión parece indicar un tiempo considerable. Hasta suena más como un comentario de Mateo que como un dicho de Jesús. Suena como si Mateo estuviera diciendo: «Desde los días de Juan, al que metieron en la cárcel, hasta nuestro propio tiempo el Reino del Cielo sufre violencia y persecución a manos de los violentos.»

Es posible que obtengamos el sentido completo de este dicho difícil aunando los recuerdos de Lucas y Mateo. Lo que puede ser muy bien que dijera Jesús es: « Mi Reino siempre sufrirá violencia; siempre habrá hombres salvajes que tratarán de destruirlo, de asaltarlo y de destruirlo; y por tanto, sólo el que lo tome desesperadamente en serio, sólo uno en quien la violencia de su total consagración corresponda y derrote a la violencia de la persecución conseguirá entrar en Mi Reino.» Bien puede ser que este dicho de Jesús fuera en principio tanto una advertencia de la violencia que se les vendría encima a los seguidores de Jesús como un desafío a entregarse con una consagración que fuera aún más fuerte que la violencia.

Parece extraño encontrar en el versículo 13 que la Ley hablaba con la voz de la profecía; pero era la misma Ley la que declaraba confiadamente que la voz de la profecía nunca moriría. « Un profeta como yo te levantará el Señor tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos... Un profeta como tú les levantaré Yo en medio de sus hermanos; pondré Mis palabras en su boca» (*Deuteronomio* 18:15,18). Era porque Jesús quebrantaba la Ley, según ellos lo veían, por lo que los judíos ortodoxos odiaban a Jesús; pero, si hubieran tenido ojos para verlo, tanto la Ley como los profetas Le señalaban a Él.

Una vez más Jesús le dice a Su audiencia que Juan es el heraldo y el precursor que llevaban tanto tiempo esperando *-si estaban dispuestos a aceptar el hecho*. En esa última frase está toda la tragedia de la situación humana. Un viejo proverbio dice que se puede llevar el caballo a la fuente, pero no se le puede hacer que beba. Dios puede mandar Su mensajero, pero **la humanidad puede negarse** a reconocerle, y Dios puede comunicar Su verdad, pero la humanidad puede negarse a verla. La revelación de Dios es impotente sin la respuesta humana. Por eso Jesús acaba con la advertencia al que tenga oídos para que los use para escuchar.

EL ACENTO DE DOLORIDA REPRENSIÓN

Mateo 11:16-19

¿Con qué podría Yo comparar esta generación? Es como los chiquillos que juegan en el mercado, y les dicen a sus amigos: «Os tocamos la flauta, y no quisisteis bailar; os endechamos, y no quisisteis jugar a duelos.» Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y decían: «¡Está loco!» Y viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: «¡Fijaos! ¡Es un glotón y un borrachín, amigo de publicanos y de pecadores!» Pero la sabiduría siempre se manifiesta en sus obras.

Jesús se entristecía ante la indudable perversidad de la naturaleza humana. Para Él las personas parecían ser como chiquillos jugando en la plaza del pueblo. Un grupo le decía al otro: « ¡Venga,

vamos a jugar a bodas!» y los otros respondían: «Hoy no queremos jugar a nada alegre.» Y otra vez el primer grupo decía: «Está bien; venga, vamos a jugar a entierros.» Y los otros contestaban: «Hoy no queremos jugar a nada triste.» Eran lo que llamamos el *espíritu de la contradicción*. Cualquier cosa que se sugiriera, no les gustaba; a todo le encontraban faltas.

Vino Juan, que vivía en el desierto, ayunaba y se pasaba sin muchas cosas, fuera de la sociedad urbana; y decían de él: «Este hombre está loco al separarse de la sociedad y de los placeres humanos de esa manera.» Vino Jesús, relacionándose con toda clase de personas, compartiendo sus tristezas y sus alegrías, participando de sus fiestas; y decían de Él: «Es un juerguista; no se pierde una fiesta; es amigo de marginados con los que no se relacionaría ninguna persona decente.» Llamaban al ascetismo de Juan locura; y al carácter sociable de Jesús, laxitud moral; en todo encontraban base para la crítica.

El hecho es que cuando la gente no quiere tomar en serio la verdad, les es muy fácil encontrar una disculpa para no hacerle caso. Ni siquiera procuran ser consecuentes en sus críticas; criticarán a la misma persona y a la misma institución desde puntos de vista opuestos. Si la gente está decidida a no reaccionar ante algo se mantendrán testarudamente insensibles cualquiera que sea la invitación que se les haga. Hombres y mujeres mayorcitos puede que se comporten como los chiquillos caprichosos que se niegan a jugar a todo lo que se les sugiera.

Y aquí llega la sentencia final de Jesús en esta sección: « La sabiduría siempre se manifiesta en sus obras.» El veredicto final no depende de los críticos vocingleros y perversos sino de los acontecimientos. Podría ser que los judíos criticaran a Juan por su soledad aislacionista, pero Juan había guiado los corazones de muchos a Dios de una manera que hacía siglos que no se experimentaba; podría ser que los judíos criticaran a Jesús por involucrarse demasiado en la vida y con gente ordinaria; pero algunos estaban encontrando en El una nueva vida y una nueva bondad y un nuevo poder para vivir como es debido y un nuevo acceso a Dios.

Estaría bien que dejáramos de juzgar a las personas y a las iglesias por nuestros propios prejuicios y perversidades; y si empezáramos a dar gracias por cualquier persona y cualquier iglesia que puede acercar a la gente a Dios, aunque sus métodos no sean de nuestro gusto.

EL AGENTO DE UNA CONDENACIÓN QUE ROMPE EL CORAZÓN

Mateo 11:20-24

Entonces Jesús empezó a reprocharles a las ciudades en las que había realizado muchas de Sus obras de poder divino el que no se hubieran arrepentido:

- ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si las obras de poder divino que se han hecho en vosotras hubieran tenido lugar en Tiro y en Sidón, se habrían arrepentido en saco y en ceniza hace mucho tiempo. ¡Pero os aseguro que lo tendrán más fácil Tiro y Sidón en el Día del Juicio que vosotras! Y en cuanto a ti, Cafarnaum, ¿no es verdad que has sido encubierta hasta el Cielo? ¡Pues caerás hasta el infierno! Porque, si las obras de poder que han tenido lugar en ti hubieran sucedido en Sodoma y Gomorra, habrían sobrevivido hasta este día. Pero os aseguro que lo tendrán más fácil los antiguos habitantes de Sodoma en el Día del Juicio que vosotros.

Cuando Juan llegaba al final de su evangelio, escribió una frase en la que indicaba lo imposible que era escribir un relato completo de la vida de Jesús: «Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús; las cuales, si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» (*Juan 21:25*). Este pasaje de *Mateo* es una prueba de la verdad de ese dicho. Corazín era probablemente un pueblo que estaba a una hora de viaje al norte de Cafarnaum;

Betsaida era una aldea de pescadores en la orilla occidental del Jordán, precisamente en el punto en que el río entraba por el extremo norte del lago, y claro que en estos pueblos sucedieron las cosas más tremendas, y sin embargo no tenemos de ellas ni el más mínimo relato. No se dice nada en los evangelios de lo que hizo Jesús ni de las maravillas que realizó en estos lugares, aunque deben de haber sido de las más notables. Un pasaje como éste nos muestra lo poco que sabemos de Jesús; nos muestra -y es algo que debemos tener siempre presente que en los evangelios no tenemos más que una mínima selección de las obras de Jesús. Las cosas que no sabemos acerca de Jesús son mucho más numerosas que las que sabemos.

Debemos poner cuidado para captar el acento de la voz de Jesús cuando dijo esto. La Reina-Valera traduce: «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida!» La palabra griega para *ay de* que hemos traducido por *pobre de* es *uai*, que expresa *una piedad dolorida* por lo menos tanto como una amenaza. Éste no es el acento de uno que esté furioso porque se ha ofendido su dignidad; no es el acento de uno que esté ardientemente enfadado porque le han insultado. Es el acento del dolor, del que ha ofrecido a unas personas la cosa más preciosa del mundo y se la han despreciado. La condenación que Jesús hace del pecado es ira santa; pero la indignación viene, no de una dignidad ofendida, sino de un corazón quebrantado.

¿Cuál fue entonces el pecado de Corazín, de Betsaida, de Cafarnaum, ese pecado que era peor que el de Tiro y Sidón, y Sodoma y Gomorra? Tiene que haber sido muy serio, porque Tiro y Sidón fueron denunciadas repetidas veces por su maldad (*Isaías 23; Jeremías 25:22; 47:4; Ezequiel 26:3-7; 28:12-22*), y Sodoma y Gomorra eran y son el prototipo de la iniquidad.

(i) Fue el pecado de los que olvidan las responsabilidades del privilegio. A las ciudades de Galilea se les había concedido un privilegio que no habían tenido nunca Tiro y Sidón, o Sodoma y Gomorra; porque las ciudades de Galilea habían visto y oído a Jesús en persona. No podemos condenar a alguien que no ha tenido nunca la oportunidad de saber; pero si uno que ha tenido todas las oportunidades para conocer el bien obra el mal, merece la condenación. No condenamos a un niño por lo que condenaríamos a un adulto; no condenaríamos a un salvaje por una conducta que condenaríamos en una persona civilizada; no esperamos que el que se ha criado en la pobreza de un barrio de chabolas viva la vida de una persona que ha vivido siempre en un hogar bueno y cómodo. Cuanto mayores son nuestros privilegios, mayor es nuestra condenación si fallamos en asumir las responsabilidades y aceptar las obligaciones que conllevan estos privilegios.

(ii) Era el pecado de la indiferencia. Estas ciudades no atacaron a Jesucristo; no le echaron de su entorno; no trataron de crucificarle; simplemente no le prestaron atención. No hacer caso puede ser tan mortal como la persecución. Un autor escribe un libro; se lo manda a los críticos; algunos puede que lo alaben, otros puede que lo condenen; no importa, siempre que le presten atención; la única cosa que puede dejar a un libro tan muerto como una piedra es que no se le preste la menor atención para hacerle una crítica positiva o negativa.

Un pintor hizo un cuadro de Cristo en pie en uno de los famosos puentes de Londres. Le representó con las manos extendidas en actitud de llamada o invitación a la gente que pasaba a Su lado sin prestarle atención. Sólo una joven enfermera demostraba darse cuenta de Su presencia. Ahí tenemos la situación moderna de muchos países hoy en día. No hay hostilidad hacia el Cristianismo; ni deseo de destruirlo: sólo una total indiferencia. Se relega a Cristo al nivel de los que no importan. La indiferencia también es un pecado, y de los peores, porque la indiferencia mata. No quema viva una religión: la mata por congelación. No la decapita; le quita la vida despacito por asfixia.

(iii) Así que nos encontramos cara a cara con una gran verdad amenazadora: *también es un pecado no hacer nada*. Hay pecados de acción, que se cometen; pero también los hay de inacción, que se omiten. El pecado de Corazín, Betsaida y Cafarnaum fue el pecado de no hacer nada. La defensa de muchos es alegar: «¡Yo no he hecho nunca nada!» Esa puede que sea su condenación.

EL AGENTO DE AUTORIDAD

Mateo 11:25-27

En aquel momento dijo Jesús:

-¡Gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, por esconderles estas cosas a los sabios y entendidos, y revelárselas a los pequeñitos! Así es, oh Padre, porque así Te ha parecido bien a Ti.

»Mi Padre me ha confiado todas las cosas; y nadie conoce de veras al Hijo sino el Padre, y nadie conoce de veras al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se Le quiera revelar.

Aquí Jesús está hablando por propia experiencia, la experiencia de que los rabinos y los sabios de Su tiempo Le rechazaban, mientras que las personas sencillas Le aceptaban.

A los intelectuales no les decía nada, pero los humildes Le recibían. Debemos hacer lo posible por entender lo que Jesús quería decir aquí. Está muy lejos de condenar la actividad intelectual; lo que condena es *el orgullo intelectual*. Como dice Plummer: «El corazón, no la cabeza, es el hogar del Evangelio.» No es la inteligencia lo que le cierra la puerta, sino el orgullo. No es la necedad lo que le admite, sino la humildad. Uno puede ser tan sabio como Salomón; pero si no tiene sencillez, confianza e inocencia, se excluye a sí mismo.

Los mismos rabinos veían el peligro del orgullo intelectual; reconocían que a menudo la gente sencilla estaba más cerca de Dios que los rabinos más eruditos. Tenían una parábola acerca de esto: «Una vez estaba el rabino Beroká de Chuza en el mercado de Lapet cuando se le apareció Elías. El rabino le preguntó: "¿Hay alguno entre los que están en el mercado que esté destinado a participar de la vida del mundo venidero?" En un principio Elías le dijo que no había nadie; pero luego señaló a un hombre, y dijo que ese participaría de la vida del mundo venidero. Rabí Beroká se dirigió a él, y le preguntó qué hacía. "Soy carcelero -le contestó-, y mantengo separados a los hombres de las mujeres. Por las noches pongo mi cama entre los hombres y las mujeres para que no se cometa nada indebido." Elías señaló a otros dos hombres, y dijo que ellos también participarían de la vida por venir. Rabí Beroká les preguntó lo que hacían. "Somos juglares -le contestaron-, y cuando vemos a alguno que está abatido, le animamos; y cuando vemos a dos que se están peleando, tratamos de ponerlos en paz."» Los que hacían cosas sencillas, como el carcelero que mantenía a los presos debidamente y los que hacían aflorar la sonrisa y la paz, estaban en el Reino.

Aquí también había una historia rabínica: «Una vez se declaró una epidemia en Sura, pero en la vecindad de la residencia de Rab (un famoso rabino) no hubo ningún caso. La gente creyó que eso era debido a los méritos de Rab; pero en un sueño se les dijo... que era por los méritos de uno que había estado dispuesto a prestar una azada y una pala a otro que quería hacer una tumba. Una vez se produjo un incendio en Drokeret, pero la vecindad de rabí Huna no sufrió daño. La gente pensó que era debido a los méritos de rabí Huna,... pero se les hizo saber en un sueño que había sido por los méritos de una cierta mujer que calentaba su horno y lo ponía a disposición de sus vecinos.» El hombre que le prestó las herramientas a otro que las necesitaba, y la mujer que ayudaba a sus vecinos en lo que podía no tenían ninguna categoría intelectual, pero sus sencillas obras de amor humano ganaron la aprobación de Dios. Las distinciones académicas no son necesariamente distinciones a los ojos de Dios.

Este pasaje termina con las credenciales más gloriosas que hizo jamás Jesús, y que figuran en el centro de la fe cristiana: que El es el único que puede revelar a Dios a la humanidad. Otros puede que sean hijos de Dios; pero Él es *El Hijo*. Juan lo expresa de una manera un poco diferente cuando nos cuenta que Jesús dijo: «El que ha visto a Mí, ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). Lo que Jesús quiere decir es: « Si queréis ver cómo es Dios, si queréis ver la mente de Dios, el corazón de Dios, el

carácter de Dios, si queréis ver la actitud total de Dios hacia la humanidad, ¡miradme a Mí!» Los cristianos estamos convencidos de que en Jesucristo y sólo en Él podemos ver cómo es Dios; y es también la convicción cristiana que Jesús puede dar ese conocimiento a todo el que sea suficientemente humilde y confiado para recibirlo.

EL ACENTO DE LA COMPASIÓN

Mateo 11:28-30

¡Venid a Mí todos los que estáis agotados y rendidos bajo el peso de vuestras cargas, y Yo os daré descanso! Asumid Mi yugo y aprended de Mí, Que soy benigno y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas; porque Mi yugo es suave, y Mi carga es ligera.

Jesús hablaba a personas que estaban tratando desesperadamente de encontrar a Dios, y tratando desesperadamente de ser buenas, pero que estaban encontrándolo imposible, y que se hallaban sumidas en el agotamiento y la desesperación.

Les dice: «Venid a Mí todos los que estáis rendidos bajo vuestras cargas.» Para un judío ortodoxo, la religión era cosa de cargas. Jesús dijo de los escribas y los fariseos: «Atan cargas pesadas e insoportables, y se las ponen a los demás sobre los hombros» (*Mateo 23:4*). Para un judío, la religión era cosa de reglas interminables. Se vivía en una selva de normas que regulaban todas las situaciones de la vida. Se tenía que estar escuchando constantemente: «No hagas eso.»

Hasta los rabinos se daban cuenta de eso. Hay una clase de parábola lóbrega que se pone en boca de Koré, que muestra lo impositivas y pesadas e imposibles que podían llegar a ser las demandas de la Ley: «Había una pobre mujer en la vecindad que tenía dos hijas y un campo. Cuando empezaba a arar, Moisés (es decir, la Ley de Moisés) le decía: "No debes arar con un buey y un asno juntos." Cuando empezaba a trillar, él le decía: "Dame para la ofrenda elevada, y el primero y el segundo diezmos." Ella se sometía a la ordenanza, y se lo daba todo. ¿Qué hizo entonces la pobre mujer? Vendió el campo, y se compró dos ovejas para vestirse con su lana y sacar algún provecho de los corderos. Cuando tuvieron los corderos, Aarón (es decir, el sacerdocio) vino y le dijo: "Dame los primogénitos." Ella cumplió la decisión, y se los dio: Cuando llegó el tiempo de esquilar, y se puso a esquilar sus ovejas, vino Aarón y le dijo: "Dame las primicias de la lana de las ovejas" (*Deuteronomio 18:4*). Entonces ella pensó: "No puedo resistir a este hombre. Mataré mis ovejas y me las comeré." Cuando hizo la matanza, llegó Aarón y le dijo: "Dame la pierna, las quijadas y el cuajar." (*Deuteronomio 18:3*). Entonces ella le dijo: "Ni siquiera matándolas estoy a salvo de ti. Pues, venga: *las consagro por voto*" Y entonces Aarón le dijo: "En ese caso me pertenecen enteras." (*Números 18:14*). Y se marchó con ellas y la dejó llorando con sus dos hijas.» Esta historieta es una parábola de las demandas continuas que hacía la Ley sobre las personas en todas las circunstancias de la vida. Esas demandas eran, sin duda, una carga.

Jesús nos invita a tomar Su yugo sobre nuestros hombros. Los judíos usaban la palabra *yugo* con el sentido figurado de *someterse* a algo. Hablaban del yugo de la Ley, el yugo de los mandamientos, el yugo del Reino, el yugo de Dios. Pero puede ser que Jesús tomara las palabras de esta invitación de algo mucho más próximo a Su hogar.

Dijo: « Mi yugo es fácil.» La palabra fácil es *jréstós* en griego, que quiere decir realmente *que encaja bien*. Los yugos de los bueyes se hacían en Palestina, como en España, de madera; se llevaba el buey al carpintero para que le tomara las medidas; luego se desbastaba la madera, y se llevaba otra vez al buey para probarse: se le ajustaba bien, para que no le hiciera daño en la testuz al paciente animal. Es decir: que el yugo se hacía a medida, como una prenda de vestir, para que le encajara bien al buey.

Cuenta una leyenda que Jesús hacía los mejores yugos de bueyes de toda Galilea, y que iban a Su taller de todas partes a comprarle los yugos para los animales. En aquellos días, como ahora en muchos sitios, los talleres tenían lemas y carteles encima de la puerta; y se ha sugerido que los del taller de Jesús eran un yugo y la frase < **MIS YUGOS ENCAJAN BIEN**>. Es posible que Jesús estuviera usando aquí un cuadro de Su taller de carpintero de Nazaret en el que trabajó fielmente durante Sus años de silencio.

Jesús dice: «Mi yugo encaja bien.» Lo que esto quiere decir es: « La vida que Yo te doy no es una carga que te desuelle; tu misión está diseñada a tu medida para que te vaya bien.» Lo que quiera que sea que Dios nos proponga encajará exactamente con nuestras necesidades y habilidades.

Jesús dice: « Mi carga es ligera.» Como decía un rabino: «Mi carga se ha convertido en mi canción.» No es que sea siempre fácil de llevar; pero se nos impone con amor; se nos propone llevarla con amor; el amor hace ligeras hasta las cargas más pesadas. Cuando recordamos el amor de Dios, cuando nos damos cuenta de que nuestra carga es amar a Dios y amar a nuestros semejantes, entonces nuestra carga se convierte en nuestra canción. Se cuenta que uno se encontró una vez a un chiquillo que llevaba a cuestas a otro aún más pequeño, que era cojo. «Esa es mucha carga para que tú la lleves,» le dijo el hombre. Y el chiquillo respondió: « No es una carga, señor; es mi hermanito.» La carga que se impone con amor y se lleva con amor es siempre ligera.

CRISIS

En *Mateo* 12 leemos la historia de una serie de acontecimientos cruciales de la vida de Jesús. En la vida de todas las personas hay momentos, circunstancias y acontecimientos decisivos, que son como las bisagras sobre las que gira toda su vida. Este capítulo nos presenta la historia de esa clase de período de la vida de Jesús. En él vemos a los dirigentes religiosos ortodoxos de Su tiempo llegar a la decisión final con respecto a Jesús -que era la de rechazarle. Y esto, no sólo en el sentido de que no querían tener nada que ver con Él; su rechazamiento los llevaba a la conclusión de que nada que fuera menos que la total eliminación de Jesús podía ser suficiente.

En este capítulo vemos los primeros pasos que se dieron en un camino que no podía conducir sino a la Cruz. Los personajes se nos retratan con toda claridad. Por una parte tenemos a los escribas y los fariseos, los representantes de la ortodoxia religiosa. Podemos descubrir cuatro etapas en su actitud de creciente hostilidad malévola contra Jesús.

(i) En los versículos 1-8 -la historia de los discípulos arrancando espigas de trigo en sábado-, vemos cómo crecen *las sospechas*. Los escribas y los fariseos observaban con creciente suspicacia a un maestro que estaba dispuesto a permitir que sus seguidores pasaran por alto las minucias de la ley del sábado. Ésta era la clase de cosa que no se podía permitir que se extendiera indiscriminadamente.

(ii) En los versículos 9-14 -la historia de la curación del hombre con un brazo paralítico en sábado-, vemos *una investigación* activa y hostil. No fue por casualidad por lo que los escribas y los fariseos estaban en aquella sinagoga aquel sábado. Lucas dice que estaban allí para observar a Jesús (*Lucas 6: 7*). A partir de ese momento Jesús tendría que actuar siempre bajo la mirada malévola de los dirigentes ortodoxos. Le vigilarían los pasos como detectives privados, buscando la evidencia que les permitiera acusarle legalmente.

(iii) En los versículos 22-32 -la historia de cómo los dirigentes ortodoxos acusaron a Jesús de curar por el poder del demonio, y de lo que Él les dijo acerca del pecado que no tiene perdón-, vemos la historia de *una ceguera* voluntaria y malintencionada. Desde aquel momento todo lo que hiciera Jesús sería bajo la vigilancia de estos hombres. Habían cerrado tanto los *ojos* a Dios que eran totalmente incapaces de ver nunca Su belleza y Su verdad. La ceguera de sus prejuicios los había puesto en un sendero en el que eran totalmente incapaces de volver atrás.

(iv) En el versículo 14 vemos *una determinación* malvada. Los ortodoxos no se conformaban con vigilar y criticar; estaban dispuestos a *actuar*. Habían ido al concilio para buscar la manera de acabar con ese Galileo inquietante. La suspicacia, la investigación y la ceguera habían iniciado el camino a la acción abierta.

A la vista de todo esto, la respuesta de Jesús se traza claramente. Podemos ver cinco maneras en que Él se enfrentó con esta creciente oposición.

(i) La arrostró con *un desafío* valiente. En la historia de la curación del hombre con el brazo paralizado (versículos 9-14) Le vemos desafiando abiertamente a los escribas y los fariseos. Esto no se hizo en un rincón, sino en una sinagoga abarrotada. No lo hizo en su ausencia, sino cuando ellos estaban presentes con la intención deliberada de formular una acusación contra Él. Lejos de evitar el desafío, Jesús está a punto de aceptarlo a cara descubierta.

(ii) La arrostró con *advertencia*. En los versículos 22-32 vemos a Jesús haciendo la más terrible de las advertencias. Estaba advirtiendo a aquellos hombres que, si persistían en cerrarle *los ojos* a la verdad de Dios, estaban abocados a llegar a una situación que, por su propia acción, los excluiría de la gracia de Dios. Aquí Jesús pasa de la defensa al ataque. Les pone bien claro adónde los está llevando su actitud.

(iii) La arrostró con una serie alucinante de *credenciales*. Él era más grande que el templo (versículo 6), que era el lugar más santo de todo el mundo. Era más grande que Jonás, el predicador que produjo el arrepentimiento masivo más admirable (versículo 41). Era más grande que Salomón, que era el máximo pináculo de la sabiduría (versículo 42). Según estas credenciales no hubo nunca nada en la historia espiritual que Jesús no superara. Aquí no hay apologías; sólo la presentación de las credenciales de Cristo a su más alto nivel.

(iv) La arrostró con la afirmación de que Su enseñanza era *esencial*. La punta de la extraña parábola de la Casa Vacía (versículos 43-45) es que la Ley puede que vacíe negativamente de mal a una persona, pero sólo el Evangelio la puede llenar de bien. Por tanto la Ley deja simplemente a una persona como una invitación para que todos los males fijen su residencia en su corazón; el Evangelio la llena de bondad positiva de tal manera que el mal no puede entrar. Aquí Jesús hace la proclamación de que el Evangelio puede hacer por las personas lo que la Ley nunca puede hacer.

(v) Por último la arrostró con *una invitación*. Los versículos 46-50 son en esencia una invitación a identificarnos con Él. Estos versículos no son tanto ser una descastada de sus parientes y amigos como una invitación a toda la humanidad a entrar en una relación familiar con Él mediante la aceptación de la voluntad de Dios tal como ha venido a la humanidad en Él. Estos versículos son una invitación a abandonar nuestros propios prejuicios y voluntad egoísta y aceptar a Jesucristo como Señor y Maestro. Si rehusamos, nos vamos deslizando cada vez más lejos de Dios; si aceptamos, entramos en la familia y en el corazón mismo de Dios.

QUEBRANTANDO LA LEY DEL SÁBADO

Mateo 12:1-8

Por aquel tiempo, iba Jesús una vez por los trigales en sábado. Sus discípulos tenían hambre, y se pusieron a arrancar espigas de trigo y a comérselas.

Cuando los fariseos lo vieron, Le dijeron a Jesús:

-¡Fíjate! ¡Tus discípulos están haciendo lo que no está permitido en sábado!

-¿No habéis leído -les contestó Jesús- lo que hicieron David y sus compañeros cuando tenían hambre, cómo entraron en la casa de Dios y se comieron los panes de la proposición que no les estaba permitido comer ni a él ni a los que estaban con él, sino sólo a los sacerdotes? ¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes profanan el sábado, y sin embargo no pecan? Os aseguro que aquí hay Uno que es mayor que el templo. Si os hubierais

enterado de lo que quiere decir: «Es la misericordia lo que Yo quiero, y no los sacrificios,» no habríais condenado a los que no tienen ninguna culpa. Y es que el Hijo del Hombre también es el Señor del sábado.

En Palestina y en tiempos de Jesús, los campos de cereales y hortalizas estaban dispuestos en tiras largas y estrechas; y el terreno entre las parcelas era un camino de paso. Fue por uno de esos senderos entre los trigales por donde iban caminando Jesús y Sus discípulos cuando sucedió este incidente.

No se hace ninguna insinuación de que los discípulos estuvieran robando. La Ley establecía expresamente que un viandante hambriento tenía derecho a hacer precisamente lo que hicieron los discípulos, siempre que no usara más que las manos para coger las espigas, y no una hoz: < Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con la mano, pero no aplicarás la hoz a la mies de tu prójimo» (*Deuteronomio 23:25*). W. M. Thomson nos dice en *La Tierra y el Libro* que, cuando iba viajando por Palestina, había la misma costumbre. Uno de los platos favoritos de la tarde para un viajero era el trigo maduro. < Cuando iba viajando en el tiempo de la siega -escribe Thomson mis muleteros preparaban a menudo trigo tostado por las tardes después de montar la tienda. Tampoco se considera nunca como robo el recoger estas espigas verdes para tostarlas... También he visto a menudo a mis muleteros, al pasar entre los trigales, arrancar espigas, restregarlas en las manos, y comerse los granos sin tostar exactamente como se dice que hicieron los apóstoles.»

Para los escribas y los fariseos el delito de los discípulos no era coger espigas y comerse los granos, sino el haberlo hecho en sábado. La ley del sábado era muy complicada y minuciosa. El mandamiento prohibía trabajar el sábado; pero los intérpretes de la Ley no se daban por satisfechos con esa simple prohibición. Había que definir lo que era un trabajo; así que se especificaron treinta y nueve acciones básicas que estaban prohibidas en sábado, y entre ellas figuraban segar, trillar, aventar y preparar una comida. Los intérpretes no estaban dispuestos tampoco a dejar así las cosas. Había que definir cuidadosamente cada entrada en la lista de trabajos prohibidos. Por ejemplo, estaba prohibido llevar una carga. ¿Pero qué era una carga? Una carga era cualquier cosa que pesara tanto como dos higos secos. Estaba prohibida hasta la menor insinuación de trabajo; hasta cualquier cosa que se pudiera considerar simbólicamente como un trabajo. Posteriormente, el gran maestro judío cordobés Maimónides había de decir: < Arrancar espigas es una especie de siega.» En su acción los discípulos fueron culpables de mucho más que un sólo quebrantamiento de la Ley. Al arrancar las espigas eran culpables de segar; al restregarlas con las manos eran culpables de trillar; al separar el grano de la paja, probablemente soplando, eran culpables de aventar; y en todo ese proceso eran culpables de preparar una comida en sábado, porque todo lo que se hubiera de comer en sábado había que prepararlo el día antes.

Los judíos ortodoxos tomaban la ley del sábado con suma seriedad. El *Libro de los Jubileos* tiene un capítulo (el 50) acerca de la observancia del sábado. El que se acuesta con su mujer, o se propone hacer algo en sábado, o tiene intención de hacer un viaje (hasta la planificación de un trabajo estaba prohibida), o se hace el plan de comprar o vender, o sacar agua o levantar una carga es culpable. Cualquier persona que haga cualquier trabajo en sábado (ya sea en su casa o en cualquier otro lugar), o hace un viaje, o labra una granja, cualquier persona que enciende un fuego o monta una cabalgadura, o viaja en barco por el mar, cualquier persona que golpea o mata algo, cualquiera que atrapa a un animal, un ave o un pez, cualquiera que ayuna o hace la guerra en sábado -la persona que haga estas cosas debe morir.

El guardar estos mandamientos era cumplir la Ley de Dios; el quebrantarlos era quebrantar la Ley de Dios. No cabe la menor duda que, desde su punto de vista, los escribas y los fariseos estaban

totalmente justificados al acusar a los discípulos de quebrantar la Ley, y a Jesús por permitírselo, si es que no los animó a hacerlo.

LA EXIGENCIA DE LA NECESIDAD HUMANA

Mateo 12:1-8 (continuación)

Para salir al paso de la crítica de los escribas y los fariseos Jesús presentó tres argumentos.

(i) Citó la acción de David (1 *Samuel 21:1-6*) cuando él y sus hombres estaban tan hambrientos que entraron en el tabernáculo -no en el templo, porque esto sucedió antes que se construyera el templo- y comieron el pan de la proposición, que sólo podían comer los sacerdotes. El pan de la proposición se nos describe en *Levítico 24:5-9*. Eran doce panes que se colocaban todas las semanas en dos filas de seis en el lugar santo. Sin duda eran una ofrenda simbólica para dar gracias a Dios por el don de los alimentos. Estos panes se cambiaban todas las semanas, y los que se quitaban quedaban para los sacerdotes, que eran los únicos que los podían comer. En aquella ocasión, en su hambre, David y sus hombres tomaron y se comieron aquellos panes sagrados, y no cometieron ningún delito. Las exigencias de la necesidad humana tenían prioridad por encima de cualquier costumbre ritual.

(ii) Citó el trabajo del templo en sábado. El ritual del templo siempre implicaba trabajo -encender fuegos, matar y preparar animales, cargarlos para colocarlos encima del altar y un montón de cosas parecidas. Estos trabajos realmente se duplicaban los sábados, porque había doble número de ofrendas (cp. por ejemplo *Números 28:9*). Cualquiera de estas acciones habría sido ilegal que la hiciera cualquier persona en sábado.

Encender un fuego, matar un animal, ponerlo sobre el altar habría supuesto quebrantar la Ley, y por tanto profanar el sábado. Pero para los sacerdotes era perfectamente legal hacer estas cosas, porque el culto del templo tenía que proseguir. Es decir: el culto que se ofrecía a Dios tenía prioridad sobre todas las leyes y normas del sábado.

(iii) Citó la palabra que Dios le dio al profeta Oseas: «Porque misericordia quiero y no sacrificios» (*Oseas 6:6*). Lo que Dios desea mucho más que los sacrificios rituales es la amabilidad, el espíritu que no reconoce otra ley que la que impulsa a responder a la llamada de la necesidad humana haciendo todo lo posible por ayudar.

En este incidente Jesús establece que la exigencia de la necesidad humana debe tener prioridad sobre todas las demás exigencias. Las exigencias del culto, del ritual, de la liturgia son importantes; pero la exigencia de la necesidad humana tiene prioridad sobre todas ellas.

Uno de los santos modernos de Dios es el padre George Potter, que de la ruinosa iglesia de San Crisóstomo en Peckham hizo un ejemplo luminoso de culto y de servicio cristiano. Para propiciar la obra fundó la Fraternidad de la Orden de la Santa Cruz, cuyo emblema era la toalla que se ciño Jesús para lavar los pies de Sus discípulos. No había ningún servicio que fuera demasiado vulgar para que los hermanos lo prestaran; su trabajo a favor de los marginados y de los chicos sin hogar con antecedentes delictivos o potencial criminal está por encima de toda alabanza. El padre Potter tenía la idea más elevada del culto; y sin embargo, cuando estaba explicando la obra de la Fraternidad, escribió que cualquiera que quisiera hacer el triple voto de pobreza, castidad y obediencia: «no debe amohinarse si no puede llegar a vísperas en la fiesta de San Termógeno. Puede que esté sentado en una comisaría esperando a un "cliente"... No debe ser mm- de esos tipos que llegan a la cocina jipiando porque se le ha acabado el incienso... Ponemos la oración y los sacramentos en primer lugar. Sabemos que nos hacen falta para hacer las cosas lo mejor posible; pero de hecho tenemos que pasar más tiempo al pie del Monte de la Transfiguración que en la cima.» Cuenta que llegó un -candidato cuando él estaba a punto de darles a los chicos un tazón de cacao y meterlos en la cama. «Así es que le dije: "¿Quieres limpiar el cuarto de baño ahora que está

mojado?" Se quedó tan alucinado que apenas pudo musitar: "¡Yo no esperaba tener que ir limpiando detrás de chicos sucios!" ¡Bien, bien! Su vida de servicio consagrado al Bendito Maestro duró sólo unos siete minutos. Ni siquiera deshizo las maletas.» Florence Allshom, la gran directora del colegio de misioneras, habla del problema de la candidata que siempre descubre que su hora de devociones privadas es precisamente cuando hay que fregar cacharros grasientos con agua no muy caliente.

Jesús insistía en que el mayor servicio ritual es el de la necesidad humana. Es extraño pensar que, con la posible excepción de aquel día en la sinagoga de Nazaret, no tenemos evidencia de que Jesús dirigiera nunca un culto en toda Su vida en la Tierra, y sí tenemos abundante evidencia de que alimentó a los hambrientos y consoló a los tristes y atendió a los enfermos. El servicio cristiano no consiste fundamentalmente en seguir una liturgia o un ritual; es el servicio de la necesidad humana. El servicio cristiano no consiste en retirarse a un monasterio; es involucrarse en todos los problemas y tragedias y demandas de la situación humana.

-Eso es lo que queremos decir -o deberíamos querer decir- cuando decimos: «¡Vamos a servir al Señor!»

SEÑOR AUN DEL SÁBADO

Mateo 12:1-8 (conclusión)

Queda en este pasaje otra dificultad que no se puede resolver con absoluta seguridad. Está en la última frase: « El Hijo del Hombre es Señor del sábado.» Esto puede querer decir una de dos cosas.

(i) Puede querer decir que Jesús se presenta como Señor también del sábado, en el sentido de que Él puede usar el sábado como estime conveniente. Ya hemos visto que la santidad del ministerio del templo sobrepasaba y desplazaba las reglas y las leyes del sábado; Jesús acababa de presentarse como Uno que era mayor que el templo; por tanto, Él tenía perfecto derecho a omitir las leyes del sábado y hacer lo que estimara conveniente en sábado. Esa podríamos decir que es la interpretación tradicional de esta frase, pero presenta algunas dificultades reales.

(ii) En esta ocasión Jesús no estaba defendiéndose a *Sí mismo* de nada que hubiera hecho en sábado; estaba defendiendo a *Sus discípulos*; y la autoridad que subraya aquí no es tanto Su propia autoridad como la de la necesidad humana. Y hay que notar que, cuando Marcos cuenta este incidente, introduce otro dicho de Jesús como parte del clímax: « El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado» (*Marcos 2:27*).

A esto debemos añadir el hecho de que en hebreo y arameo la frase *hijo de hombre* no es corrientemente un título, sino otra manera de decir *un hombre*. Cuando los rabinos contaban una parábola, solían empezarla: «Hubo una vez un hijo del hombre que...» El salmista escribe: « ¿Qué es *el hombre* para que Te acuerdes de él, o *el hijo del hombre* para que le visites?» (*Salmo 8:4*). Una y otra vez Dios se dirige a Ezequiel como *hijo de hombre*: « Me dijo: "Hijo de hombre, ponte sobre tus pies y hablaré contigo"» (*Ezequiel 2:1,6,8; 3:1,4,17,25*). En todos estos casos *hijo de hombre*, sin mayúsculas, quiere decir sencillamente *hombre*.

En los primeros y mejores manuscritos griegos del Nuevo Testamento, todo estaba escrito con mayúsculas. En estos manuscritos (llamados *unciales* precisamente por estar escritos con mayúsculas) no se puede decir cuándo se necesitan las mayúsculas. Por tanto, en Mateo 12:8 puede ser muy bien que *hijo de hombre* se deba poner con minúsculas, y que la frase no se refiera a Jesús, sino a cualquier hombre.

Si consideramos que en lo que Jesús estaba insistiendo era en el derecho de la necesidad humana; si recordamos que no estaba defendiéndose a Sí mismo, sino a Sus discípulos; si recordamos que Marcos nos dice que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado, entonces puede que concluyamos que lo que Jesús estaba diciendo era: «El ser humano no es el esclavo del sábado, sino su señor, y tiene derecho a usarlo para su propio bien.» Puede que

Jesús estuviera reprendiendo a los escribas y los fariseos por esclavizarse a sí mismos y a sus semejantes con un montón de leyes tiránicas; y muy bien puede ser que estuviera estableciendo aquí el gran principio de la libertad cristiana, que se aplica al sábado como a todo lo demás de la vida.

LA LEY Y EL AMOR

Mateo 12:9-14

Jesús salió de allí y fue a la sinagoga de ellos. Y, fijaos: había allí un hombre que tenía un brazo paralítico. Y Le dijeron a Jesús:

- ¿Está permitido sanar en sábado?

Eso se lo preguntaron para encontrar algo de que acusarle. Y Jesús les contestó:

- ¿Hay alguno de vosotros que, si se le cae una oveja a un pozo en sábado, no le eche mano y la saque? ¡Pues cuánto más valiosa es una persona que una oveja! Así que está permitido hacer una buena obra en sábado.

Y a continuación le dijo al del brazo paralítico:

- ¡Extiende el brazo!

Y el hombre lo extendió, y se le quedó tan sano como el otro. Así que los fariseos se marcharon y tuvieron una consulta entre ellos para ver la manera de eliminar a Jesús.

Este incidente es un momento crucial en la vida de Jesús, en el que deliberada y públicamente quebrantó la ley del sábado; y el resultado fue una reunión de los dirigentes ortodoxos para buscar la manera de eliminarle.

No entenderemos la actitud de los ortodoxos a menos que entendamos la sorprendente seriedad con que tomaban la ley del sábado. La ley prohibía todo trabajo el día del sábado, así que los judíos ortodoxos literalmente morirían antes de quebrantarla.

En los tiempos del levantamiento bajo Judas Macabeo, algunos judíos buscaron refugio en las cuevas del desierto. Antíoco mandó un destacamento de hombres a atacarlos; el ataque se hizo en sábado; y aquellos insurgentes judíos murieron sin hacer el menor gesto de lucha o de defensa, porque a ellos no les estaba permitido pelear en sábado. 1 *Macabeos* nos cuenta que las fuerzas de Antíoco «les dieron la batalla a toda prisa. A pesar de que ellos no reaccionaban, ni siquiera arrojándoles una piedra ni cerrando los lugares en los que estaban escondidos; sino dijeron: "Muramos en nuestra inocencia: el Cielo y la Tierra testificarán a nuestro favor, que nos habéis dado la muerte injustamente." Así es que los atacaron en sábado, y los masacraron con sus mujeres y niños y ganado, un número como de un millar» (1 *Macabeos* 2:31-38). Hasta en una crisis nacional, los judíos no pelearían en sábado ni siquiera para salvar la vida ni para proteger a sus seres queridos.

Fue por cumplir la ley del sábado los judíos por lo que Pompeyo pudo tomar Jerusalén. En la antigua técnica militar era costumbre que los atacantes erigieran una estructura imponente por encima de las fortificaciones de la ciudad sitiada, desde cuya altura atacaban las defensas. Pompeyo construyó su terraplén un sábado, mientras los judíos se limitaban a mirar sin hacer nada para **pararla**: Josefo dice: «Si no hubiera sido por la costumbre, desde los días de nuestros antepasados, de descansar el séptimo día, ese terraplén no se habría completado nunca, por la oposición que los judíos habrían ofrecido; porque aunque nuestra ley nos daba permiso para defendernos contra los que empezaban a pelear contra nosotros y asaltarnos (esto era una concesión), sin embargo no nos permite oponernos a nuestros enemigos cuando están haciendo otra cosa» (Josefo: *Antigüedades* 14.4.2).

Josefo recuerda la sorpresa del historiador griego Agatárquides por cómo se le permitió capturar Jerusalén a Tolomeo Lagos. Agatárquides escribió: «Existe un pueblo llamado los judíos, que vive en

una ciudad de las más fuertes, que sus habitantes llaman Jerusalén, y que tienen costumbre de descansar cada séptimo día; ese día no hacen uso de sus armas, ni trabajan el campo, ni se ocupan de ninguno de los negocios de la vida, sino extienden sus brazos en sus lugares santos, y oran hasta la tarde. Ahora bien: Sucedió que cuando Tolomeo el hijo de Lagos llegó con su ejército a esa ciudad, aquella gente, cumpliendo su loca costumbre, en vez de guardar la ciudad permitieron que su país fuera sometido a un señor cruel; y se demostró claramente que su Ley les había impuesto una práctica estúpida. Este suceso enseñó a todos los hombres menos a los judíos a descartar tales sueños, y a no seguir semejantes sugerencias perezosas transmitida como una ley cuando en tal incertidumbre de razonamiento humano no saben lo que deben hacer» (Josefo *Contra Apión* 1:22). La observancia rigurosa de la ley del sábado por los judíos les parecía a las demás naciones sencillamente una locura, puesto que podía conducirlos a derrotas y desastres nacionales tan sorprendentes.

Era con esa actitud mental absolutamente inamovible con lo que se enfrentaba Jesús. La Ley prohibía expresamente curar en sábado. Es verdad que la Ley establecía expresamente que «todos los casos de peligro de muerte dejan en suspenso la ley del sábado.» Este era el caso particularmente de las enfermedades del oído, la nariz, el cuello y los ojos, pero aun entonces se establecía con igual claridad que se podían tomar medidas para que el paciente no se pusiera peor, pero no para mejorarle. Así es que se podía poner una venda en una herida, pero no se podían aplicar medicinas, etcétera.

En este caso no era cuestión de que la vida del paralítico estuviera en peligro; tampoco se podía suponer que estuviera peor al día siguiente. Jesús conocía la Ley; sabía lo que estaba haciendo; sabía que los fariseos le estaban observando y acechando; y sin *embargo sanó al hombre*. Jesús no estaba dispuesto a aceptar ninguna ley que impusiera el que una persona tuviera que sufrir, aunque fuera sin peligro de muerte, ni un momento más de lo necesario. Su amor a la humanidad sobrepasaba su respeto a la ley ritual.

EL DESAFÍO ACEPTADO

Mateo 12:9-14 (conclusión)

Jesús fue a la sinagoga, y allí estaba el hombre con el brazo paralítico. Nuestros evangelios no nos dicen nada más acerca de este hombre; pero el *Evangelio según los Hebreos*, que fue uno de los primeros evangelios pero que no consiguió entrar en el Nuevo Testamento, nos cuenta que vino a Jesús con la petición: « Yo era mampostero, y me ganaba la vida con las manos. Te pido, Jesús, que me devuelvas la salud para que no tenga que mendigar mi comida con vergüenza.»

Pero los escribas y los fariseos también estaban allí. No les importaba el hombre con el brazo paralítico; sólo les importaban las minucias de sus leyes y normas. Así es que le preguntaron a Jesús: « ¿Está permitido curar en sábado?» Jesús conocía perfectamente bien la respuesta oficial a esa pregunta; sabía que, como ya hemos visto, a menos que hubiera peligro de muerte, la atención médica estaba prohibida, porque se consideraba un trabajo.

Pero Jesús era sabio. Si querían discutir acerca de la Ley, tenía habilidad para sustentarse con ellos en su propio terreno. «Decidme -les dijo-, supongamos que uno tiene una oveja, y se le cae a un pozo en sábado. ¿Es que no la va a sacar del pozo?» Ese era, de hecho, un caso que la Ley preveía. Si un animal doméstico se caía a un pozo en sábado, la Ley permitía llevarle comida, lo que por otra parte ya era llevar una carga y prestar asistencia. «Así que dijo Jesús- está permitido hacer una buena obra en sábado; y si está permitido hacerle un bien a una oveja, mucho más debe poder hacersele a una persona, que es de mucho más valor que ningún animal.»

Jesús le dio la vuelta al argumento. «Si es legal hacer el bien en sábado -lijo-, entonces negarse a hacer bien está mal:» El principio básico de Jesús era que no hay tiempo que sea tan sagrado que

no se pueda usar para ayudar a un semejante en necesidad. No se nos juzgará por el número de cultos a los que hayamos ido, ni de capítulos de la Biblia que hemos leído, ni siquiera por el número de horas que hemos dedicado a la oración, sino por el número de personas que hemos ayudado cuando su necesidad nos llamaba. A esto de momento, los escribas y los fariseos no podían contestar, porque su argumento les había rebotado en su contra.

Así es que Jesús sanó al hombre, y al sanarle le dio tres cosas.

(i) Le devolvió *la salud*. Jesús está vitalmente interesado en los cuerpos de las personas. Paul Tournier, en su libro *Diario de un médico*, tiene algunas cosas importantes que decir acerca de la curación y de Dios. El profesor Courvoisier escribió que la vocación médica es « un servicio para el que, los que son llamados, por medio de sus estudios y los dones naturales con los que el Creador los ha dotado... están especialmente capacitados para atender a los enfermos y curarlos. Ya sea que se den cuenta o no, o sean o no creyentes, esto es fundamental desde el punto de vista cristiano: que los médicos son, por su profesión, colaboradores de Dios.» « La enfermedad y la curación -decía el doctor Pouyanne- son actos de gracia.» «El médico es un instrumento de la paciencia de Dios,» escribe el pastor Alain Perrot. «La medicina es una dispensación de la gracia de Dios, Que en Su bondad tiene piedad de las personas y provee remedios para las malas consecuencias de sus pecados.» Calvino describe la medicina como un don de Dios. El que cura a las personas está ayudando a Dios. La cura de los cuerpos humanos es una tarea dada por Dios lo mismo que la cura de las almas; y el médico en el ejercicio de su profesión es tan siervo de Dios como el pastor en su iglesia.

(ii) Al devolverle Jesús a este hombre la salud, le devolvió también *el trabajo*. Sin trabajo, uno es un medio hombre; en el trabajo uno encuentra su satisfacción y a sí mismo. A lo largo del tiempo la inactividad puede ser tan insoportable como el dolor; y si se tiene trabajo, hasta la aflicción pierde por lo menos algo de su amargura. Una de las cosas más positivas que se pueden hacer por los demás es darles trabajo.

(iii) Al devolverle Jesús a este hombre la salud y el trabajo, le devolvió *la dignidad*. Podríamos añadir una nueva bienaventuranza: Bienaventurados los que devuelven a las personas la dignidad. Uno llega a ser otra vez una persona cuando, sobre sus dos piernas y con sus dos brazos, puede enfrentarse con la vida y subvenir con independencia sus propias necesidades y las de los que dependen de él.

Ya hemos dicho que este incidente era una crisis. Al final de él los escribas y los fariseos empezaron a programar la muerte de Jesús. En cierto sentido, el mayor cumplido que se le puede hacer a una persona es perseguirla. Muestra que se la considera no sólo peligrosa, sino efectiva. La acción de los escribas y los fariseos es la medida del poder de Jesucristo. El verdadero Cristianismo se puede odiar, pero es algo que no se puede pasar por alto.

LAS CUALIDADES DEL SIERVO DEL SEÑOR

Mateo 12:15-21

Cuando Jesús Se enteró de lo que estaban tramando, se retiró de allí. Y Le seguía mucha gente, y Él los sanaba a todos, pero les insistía mucho en que no Le hicieran

publicidad. Todo esto sucedía así en cumplimiento de la palabra que vino por medio del profeta Isaías, que dijo:

*«¡Fijaos en Mi Siervo, Mi Elegido,
Mi Amado, en Quien Mi alma se deleita! Pondré Mi Espíritu sobre Él,*

y *ÉL* declarará a las naciones lo que es la justicia. No se enfrentará con nadie, ni gritará, ni se oirá Su voz por las calles.
No quebrará la caña cascada,
ni apagará el pábilo humeante, hasta que envíe por doquier Su juicio triunfador, y en Su nombre pongan los gentiles su esperanza. »

Dos cosas que encontramos aquí acerca de Jesús muestran que Él nunca confundió la temeridad con el coraje. En primer lugar, de momento se retiró. Todavía no había llegado la hora para una colisión frontal. Jesús tenía mucho que hacer antes que la Cruz le tomara en sus brazos. En segundo lugar, Él prohibía a la gente que Le rodeara de publicidad. Sabía demasiado bien cuántos falsos mesías habían surgido; sabía demasiado bien lo inflamable que era la gente. Si se difundía la idea de que había surgido Alguien con poderes maravillosos, seguro que surgiría una rebelión política y se perderían vidas innecesariamente. Jesús tenía que enseñar que el mesiazgo no consistía en un poder demoledor sino en un servicio sacrificial, no un trono sino una cruz, antes de que pudieran divulgar Su historia.

La cita que usa Mateo para compendiar la obra de Jesús es de *Isaías 42:1-4*. En cierto sentido es una cita curiosa, porque en primera instancia se refería a *Ciro*, el rey persa (cp. *Isaías 45:1*). La referencia original de la cita era que *Ciro* iba barriendo territorios con sus conquistas; y el profeta veía esas conquistas como parte del plan deliberado y definido de Dios. Aunque él no lo sabía, el persa *Ciro* era un instrumento de Dios. Además, el profeta veía a *Ciro* como un conquistador benigno, lo cual era en realidad. Pero aunque las palabras originales se refirieran a *Ciro*, el total cumplimiento de la profecía vino indudablemente en Jesucristo. En su día, el rey persa dominó el mundo oriental; pero el verdadero Señor de todo el mundo es Jesucristo. así que vamos a ver lo maravillosamente que Jesús cumplió esta profecía de *Isaías*.

(i) Él diría a las naciones lo que es la justicia. Jesús vino a traer *la justicia* a la humanidad. Los griegos definían *la justicia* como *dar a Dios y a los hombres lo que les es debido*. Jesús mostró a la humanidad cómo vivir de tal manera que tanto Dios como los seres humanos ocupan el lugar que les corresponde en nuestras vidas. Nos mostró cómo debemos comportarnos con Dios y con nuestros semejantes.

(ii) Él no se enfrentaría con nadie, ni gritaría de forma que se Le oyera por las calles. La palabra que se usa para *gritar* se usa corrientemente del ladrido de los perros, el graznido de los cuervos, el escándalo de los borrachos, la bronca de la audiencia descontenta en el teatro. Quiere decir que Jesús no se pelearía con la gente. Ya conocemos los enfrentamientos de los partidos rivales en los que cada uno trata de superar con sus gritos los del otro. El odio de los teólogos, *odium theologicum*, es una de las tragedias de la historia de la Iglesia Cristiana. Ya tenemos bastante con las peleas de los políticos y sus ideologías, y con todos los tipos de *oposiciones* características de la < cultura > española. En Jesús se da la callada, inalterable serenidad del Que busca conquistar mediante el amor y no por logomaquia o demagogia.

(iii) No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo humeante. La caña puede que esté astillada y no pueda mantenerse erguida, y haya que sujetarla o vendarla; el pábilo puede que no dé más que una luz «melancólica» como el del quinqué de Espronceda, porque esté quemado o falta de combustible, y haya que recortarlo o alimentarlo. El testimonio de una persona puede que sea vacilante y débil; la luz de su vida puede que sea parpadeante; pero Jesús no vino para desanimar, sino para animar. No trata con desprecio al débil, sino con comprensión; no extingue la llama vacilante, sino la cuida para que dé una luz más fuerte y brillante.

(iv) En Él pondrán los gentiles su esperanza. Con Jesús vino al mundo una invitación, no a una sola nación, sino a toda la humanidad, a participar del amor de Dios y aceptarlo. En Él Dios se acerca a cada cual con el ofrecimiento de Su amor.

BRECHA EN LAS DEFENSAS DE SATÁN

Mateo 12:22-29

Entonces Le llevaron a Jesús a un endemoniado, ciego y mudo; y Él le curó totalmente, de manera que el que antes estaba ciego y mudo podía ver y hablar. La gente estaba alucinada de admiración, y decía:

-¿No será Éste el Hijo de David?

Pero los fariseos dijeron cuando lo oyeron:

La única manera en que puede este tipo expulsar a los demonios es con la ayuda de Belzebul, el príncipe de los demonios.

Cuando Jesús vio lo que estaban pensando, les dijo:

-Cualquier reino que ha llegado a un estado de división interna, se desintegra; y cualquier ciudad o región que ha llegado a un estado de división contra sí misma, desaparece. Si Satanás está arrojando a Satanás, es que está dividido contra sí mismo. ¿Cómo se va a mantener su reino entonces? Además, si Yo arrojo los demonios con el poder de Belzebul, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Ellos los arrojan, y por tanto ellos serán los que demuestren vuestra hipocresía al acusarme a Mí. Pero si Yo arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, eso prueba que el Reino de Dios ha venido a vosotros. Porque, ¿cómo va a poder nadie entrar en la casa de un hombre fuerte y apoderarse de sus bienes si no le ata antes? Entonces será cuando pueda desvalijarle la casa.

En el mundo oriental no eran solamente las enfermedades mentales y psicológicas las que se les atribuían a los demonios y diablos; todas las enfermedades se achacaban a su poder maligno. Era corriente recurrir al exorcismo; y de hecho era eficaz con frecuencia.

No hay nada sorprendente en eso. Cuando se cree en la posesión diabólica, es fácil convencerse de que se está poseído; y una vez que se cae en esa sugestión, los síntomas se presentan automáticamente. También entre nosotros uno puede provocarse un dolor de cabeza, o convencerse de que tiene síntomas de una determinada enfermedad. Cuando una persona bajo ese estado de sugestión se encontraba con un exorcista en el que tenía confianza, a menudo se disipaba la sugestión y se producía la cura. En tales casos, si una persona estaba convencida de que se había curado, se había curado.

En este pasaje Jesús curó a un hombre que estaba ciego y sordo, y cuyo mal se atribuía a posesión diabólica. La gente se maravilló. Empezaron a preguntarse si este Jesús no podría ser el prometido y esperado Hijo de David, el gran Salvador y Libertador. Si aún les quedaban dudas era porque Jesús no se parecía nada al retrato robot del Hijo de David que todos tenían en la cabeza. No era un príncipe glorioso con pompa y séquito; no iba acompañado de choque de espadas ni de ejércitos con banderas; no se presentaba con señales del cielo llamando a los hombres a la batalla; era un sencillo carpintero de Galilea con palabras de sabiduría benigna y serena, en Cuyos ojos brillaba sólo la compasión, y en Cuyas manos no había más armas que el extraño toque sanador.

Los escribas y los fariseos estaban observándolo todo con astucia. Tenían la solución del problema: Jesús expulsaba los demonios porque estaba en liga con el príncipe de los demonios. Y Jesús dio una triple respuesta a aquella acusación.

(i) Si estaba expulsando los demonios con la ayuda del príncipe de los demonios, eso no podía querer decir nada más que había un cisma en el reino de los demonios. Si el príncipe de los demonios estaba prestando su poder para la destrucción de sus propios agentes demoníacos, entonces había una guerra civil en el reino del mal, y estaba condenado a desaparecer. Una casa o ciudad o distrito no pueden sobrevivir cuando están divididos contra sí mismos. La disensión interior es el fin del poder. Así que, si los escribas y los fariseos tenían razón, los días de Satanás estaban contados.

(ii) Tratamos del tercer argumento de Jesús antes del segundo porque hay tanto que decir del segundo que queremos tratarlo por separado. Jesús dijo: < Si Yo estoy expulsando demonios -y eso es algo que no podéis negar-, eso quiere decir que he invadido el territorio de Satanás, y que estoy desvalijando sus fortalezas. Está claro que no se puede entrar en la casa de un hombre poderoso si antes no se le ata y se le deja indefenso. Por tanto, el hecho de que he sido capaz de invadir el territorio de Satanás con éxito es la demostración de que está atado y no tiene poder para resistir.» La escena del hombre fuerte que es atado está tomada de Isaías 49:24-26.

Hay una pregunta que este argumento nos hace querer hacer. ¿Cuándo fue atado el fuerte armado? ¿Cuándo fue encadenado el príncipe de los demonios de forma que Jesús pudiera dismantelar sus defensas? Puede que esa pregunta no tenga respuesta; pero si la tiene, no puede ser otra que que Satanás fue atado por Jesús en las tentaciones del desierto.

A veces sucede que, aunque un ejército no está totalmente fuera de combate, sufre tal derrota que su potencial de lucha ya no es lo que era antes. Ha sufrido pérdidas tan considerables, ha perdido la confianza hasta tal punto que ya no podrá tener la potencia de antes. Cuando Jesús arrojó al tentador en el desierto y le derrotó, sucedió algo tremendamente importante. Satanás se enfrentó por primera vez con Alguien a Quien todas sus asechanzas no podían seducir, ni conquistar todos sus asaltos. Desde entonces Satanás ya no volvió a ser el mismo poder invencible de las tinieblas; es el poder derrotado del pecado. Sus defensas están dismanteladas; todavía no está conquistado, pero ya no es invencible, y Jesús puede ayudar a los Suyos a obtener la victoria que El ganó.

LOS EXORCISTAS JUDÍOS

Mateo 12:22-29 (conclusión)

(iii) Ahora llegamos al segundo argumento de Jesús, que era que los judíos también practicaban el exorcismo; había judíos que expulsaban demonios y realizaban curaciones. Si Jesús estaba practicando exorcismos porque estaba aliado con el príncipe de los demonios, entonces los judíos estarían en el mismo caso, porque trataban de la misma manera las enfermedades y tenían, por lo menos a veces, el mismo resultado. Vamos a mirar las costumbres y los métodos de los exorcistas judíos, que nos presentan un sorprendente contraste con los de Jesús.

Josefo, un historiador de solvencia reconocida, dice que el poder de expulsar demonios era parte de la sabiduría de Salomón, y nos describe un caso que él mismo presencié (Josefo: *Antigüedades 8.2.5*): «Dios también permitió que Salomón aprendiera la habilidad de expulsar demonios, que es una ciencia útil y que devuelve la salud a las personas. Salomón también componía encantamientos para aliviar la destemplanza. Y dejó técnicas de realizar exorcismos para expulsar demonios de forma que no vuelvan, y este método de cura sigue teniendo una gran vigencia; porque yo he visto a uno de mi propio país, que se llamaba Eleazar, que liberaba a los endemoniados en presencia de Vespasiano, y sus hijos, y sus capitanes, y toda la multitud de sus soldados. La forma de cura era la siguiente: Ponía un anillo que contenía una raíz de las que mencionaba Salomón en las fosas nasales del poseso, tras lo cual sacaba al demonio por la nariz del paciente; y cuando este caía al suelo inmediatamente, conjuraba al demonio para que no volviera, mencionando a Salomón y recitando los encantamientos que él compuso. Y cuando Eleazar quería convencer y persuadir a la audiencia de que tenía tal poder, colocaba a cierta distancia una palangana o un cacharro de agua, y mandaba al demonio que lo volcara, para que el público supiera que había salido de la persona; y de esta manera se mostraba manifiestamente la habilidad y la sabiduría de Salomón.» Aquí tenemos un ejemplo del método judío, y de toda la parafernalia de la magia. ¡Qué diferente de la sencilla palabra de poder que Jesús simplemente pronunciaba!

Josefo tiene más información sobre cómo actuaban los exorcistas judíos. Una cierta raíz se usaba mucho en los exorcismos. Josefo nos lo cuenta: «En el valle de Maqueronte hay una cierta raíz que

toma de él su nombre. Su color es como el de una llama, y por la tarde despide una especie de rayos como relámpagos. No es fácil de adquirir, porque se retrae de las manos, ni se deja atrapar sin más hasta que se le echa la orina de una mujer o su sangre menstrual; sí, y hasta entonces produce la muerte a los que la tocan, a menos que uno la tome y se la cuelgue de la mano para llevársela. También hay otra manera de tomarla sin peligro, y es la siguiente: se cava una cerca alrededor hasta que la parte oculta de la raíz sea muy pequeña; entonces se la ata a un perro, y cuando este trata de seguir al que le ató, saca la raíz con facilidad, aunque el perro muere en el acto, como si fuera en lugar del hombre que quería llevarse la planta; después ya no hay por qué tener miedo de cogerla en la mano. Pero después de tanto trabajo para cogerla, no sirve nada más que por la virtud que posee, si se la lleva a una persona enferma, para expulsar lo que llamamos los demonios» (Josefo: *Guerras de los judíos* 7.6.3). ¡Qué diferencia tan incalculable había entre la palabra de poder de Jesús, y esas artes de hechicería que usaban los exorcistas judíos!

Podemos añadir otra ilustración sobre los exorcismos judíos. Se encuentra en el libro apócrifo o deuterocanónico de *Tobías*. El ángel le dijo a Tobías que se casara con Sara, la hija de Raquel, que era una joven muy hermosa y con una gran dote y una buena mujer; pero se había casado sucesivamente con siete hombres, que murieron todos la noche de bodas, porque había un demonio que estaba enamorado de Sara y que no dejaba que nadie se le acercara. Tobías tenía miedo, pero el ángel le dijo: < La noche que entres en la cámara nupcial, lleva cenizas aromáticas, y ponlas encima del corazón y el hígado del pez, y haz humo con todo; y el diablo huirá cuando lo huela, y ya no volverá más» (*Tobías* 6:16). Tobías lo hizo, y el demonio se desvaneció para siempre (*Tobías* 8:1-4).

Esas eran las cosas que hacían los exorcistas judíos; y, como suele pasar, eran simbólicas. La gente buscaba la liberación de los males y los dolores de la humanidad en la magia y en los encantamientos. Puede que hasta estas cosas, por la misericordia de Dios, produjeran alivio por algún tiempo; pero en Jesús vino la Palabra de Dios con su sereno poder para traerles a los seres humanos la liberación definitiva que buscaban ansiosa y hasta desesperadamente, y que hasta que llegó no habían podido encontrar nunca.

Una de las cosas más interesantes de este pasaje es el dicho de Jesús: < Si es por el Espíritu de Dios como Yo expulso los demonios, entonces es que el Reino de Dios ha venido a vosotros» (versículo 28). Es significativo que la señal de la venida del Reino no eran iglesias llenas ni grandes campañas de avivamiento, sino *la derrota del dolor*.

LA NEUTRALIDAD IMPOSIBLE

Mateo 12:30

El que no está conmigo, está en contra de Mí; y el que no recoge conmigo, no hace más que esturrear.

La figura de *recoger* y *esturrear* puede proceder de uno de dos trasfondos. De la *cosecha*: el que no colabora en la recogida de la cosecha está dispersando el grano de forma que no se pueda recuperar; o puede venir del *pastoreo*: el que no ayuda a mantener el rebaño a salvo llevándolo al redil lo está descarriando y exponiendo a los múltiples peligros que acechan en los descampados.

En esta sola frase impactante Jesús establece la imposibilidad de mantener la neutralidad. W. C. Allen escribe: < En esta guerra contra las fortalezas de Satanás hay dos lados, con Jesús o en contra de Él, recogiendo con Él o desparramando con Satanás.» Podemos usar una analogía muy sencilla. Podemos aplicar este dicho a la iglesia o a nosotros mismos. Si *nuestra presencia no fortalece la Iglesia, entonces nuestra ausencia la debilita. No hay término medio. En todas las cosas*

tenemos que escoger un bando; decidir no escoger, aplazar la decisión, no son una salida; porque el rehusar ayudar a un bando es en realidad prestar apoyo al contrario.

Hay tres cosas que hacen que una persona busque esta imposible neutralidad.

(i) Está la simple *inercia de la naturaleza humana*. Es verdad que lo único que quieren muchos es que los dejen en paz. Se esconden automáticamente de todo lo que suponga un compromiso, y toda decisión lo es.

(ii) Está la simple *cobardía de la naturaleza humana*. muchos rechazan el camino de Cristo porque tienen miedo de asumir las demandas que el Cristianismo impone. Lo que básicamente los detiene es el temor a lo que digan los demás. La voz del prójimo les llega con más fuerza que la voz de Dios.

(iii) Está la simple *flojera de la naturaleza humana*. La mayor parte de las personas prefieren el camino trillado a la aventura, y más cuando se van haciendo mayores. La aventura siempre supone un desafío; Cristo nos presenta el desafío de la aventura con Él, y la respuesta que recibe muchas veces es que preferimos la comodidad de la inactividad egoísta.

El dicho de Jesús -«El que no está conmigo, está en contra de Mí»- nos presenta un problema, porque tanto Marcos como Lucas contienen un dicho que parece querer decir lo contrario: « El que no está en contra de nosotros está con nosotros» *Marcos 9:40; Lucas 9:50*). Pero no son tan contradictorios como parecen. Hay que fijarse que Jesús dijo el segundo cuando Sus discípulos llegaron diciéndole que habían visto a uno que expulsaba demonios en Su nombre, y se lo habían prohibido, porque no era de su compañía. Así que se ha hecho una sugerencia muy convincente. «El que no está conmigo está en contra de Mí» es una prueba que debemos aplicarnos a *nosotros* mismos. ¿Estoy yo de veras en el lado de Jesús, o estoy tratando de vivir mi vida en un estado de neutralidad cobarde? « El que no está en contra de nosotros está con nosotros» es una prueba que debemos aplicar a *otros*. ¿Soy yo dado a condenar a cualquiera que no participa de mi teología y culto y liturgia e ideario? ¿Estoy limitando el Reino de Dios a los que piensan como yo?

El dicho de este pasaje es una prueba que nos debemos aplicar a nosotros mismos; el de *Marcos* y *Lucas* es una prueba que podemos aplicar a los demás; porque debemos tratarnos a nosotros mismos con seriedad, y a los demás con tolerancia.

EL PECADO QUE EXCLUYE EL PERDÓN

Mateo 12:31-33

Por eso es por lo que os digo que a las personas se les podrá perdonar todo pecado y toda blasfemia; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará.

Si uno dice algo contra el Hijo del Hombre, se le podrá perdonar; pero ad que diga algo contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero. O se supone que el árbol es bueno y su fruto es bueno, o se supone que el árbol está podrido y su fruto está podrido. Porque un árbol se conoce por sus frutos.

Es alucinante encontrar una referencia a un pecado imperdonable en los labios de Jesús el Salvador de la humanidad. Tanto es así que alguna han tratado de limar la agudeza del carácter definitivo del significado. Lo toman como un ejemplo de la manera gráfica oriental de hablar como, por ejemplo, cuando Jesús dijo que uno tiene que *odiar* padre y madre para ser de veras Su discípulo; y que no se ha de entender en todo su terrible sentido literal, sino simplemente en el sentido de que el pecado contra el Espíritu Santo es de suma gravedad.

Esa interpretación se apoya con las citas de algunos pasajes del Antiguo Testamento: «Pero la persona que haga algo con soberbia, sea el natural o el extranjero, ultraja al Señor; esa persona será eliminada de en medio de su pueblo. Por cuanto tuvo en poco la palabra del Señor y menospreció Su mandamiento, esa persona será eliminada por completo y su pecado caerá sobre

ella» (*Números 1 S: 30s*). «Por tanto Yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de su casa no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas» (1 *Samuel 3:14*). «Esto fue revelado a mis oídos de parte del Señor de los ejércitos: "Este pecado no os será perdonado hasta que muráis," dice el Señor Dios de los ejércitos» (*Isaías 22:14*).

Se pretende que estos textos dicen exactamente lo mismo que Jesús dice aquí, y que están simplemente haciendo hincapié en la gravedad del pecado en cuestión. Sólo podemos decir que estos textos del Antiguo Testamento no tienen el mismo aire ni tampoco producen la misma impresión. Hay algo mucho más alarmante al oír lo que dice acerca del pecado que no tiene perdón el Que es la encarnación del amor de Dios.

Hay una parte de este dicho que es por demás alucinante. En la Reina-Valera se presenta a Jesús diciendo que el pecado contra el Hijo del Hombre es perdonable, mientras que el pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable. Si tomamos esas palabras al pie de la letra no cabe duda que es un dicho difícil. Mateo ya ha dicho que Jesús es la piedra de toque de toda verdad (*Mateo 10:32s*); y es difícil comprender dónde está la diferencia entre los dos pecados.

Pero bien puede ser que aquí no se comprendió lo que Jesús quería decir. Ya hemos visto (cp. la explicación de *Mateo 12:16*) que la frase hebrea *un hijo de hombre* quiere decir lo mismo que *un hombre*, y que los judíos usaban esta frase cuando se referían a *cualquier persona*. Cuando nosotros diríamos: «Había un hombre...», los rabinos decían: «Había un hijo de hombre...» Puede ser que lo que dijera Jesús fuera: «Si uno dice algo contra *una persona*, se le puede perdonar; pero si dice algo contra el Espíritu Santo, no se le perdonará.»

Es completamente posible que malentendamos a un mero mensajero humano de Dios; pero no podemos malentender -excepto deliberadamente- lo que Dios nos dice por medio de Su propio Espíritu Santo. Un mensajero humano siempre está expuesto a la confusión; pero el Mensajero divino habla tan claramente que solo se Le puede malentender cuando no se Le quiere entender. Esta interpretación hace este dicho más comprensible, si consideramos que la diferencia entre los dos pecados está en que uno es contra un mensajero humano de Dios, lo cual ya es bastante serio pero no imperdonable, y un pecado contra el Mensajero divino, que es totalmente intencionado y que, como veremos, puede llegar a ser imperdonable.

LA CONCIENCIA PERDIDA

Mateo 12:31-33 (conclusión)

Tratemos ahora de entender lo que quería decir Jesús con el pecado contra el Espíritu Santo. Tenemos que tener en cuenta que Jesús no estaba hablando del Espíritu Santo *en el pleno sentido cristiano del término*. Eso habría sido imposible, porque tenía que llegar Pentecostés para que el Espíritu Santo viniera sobre los creyentes en todo Su poder y luz y plenitud. Tenemos que interpretar este dicho a la luz de las concepciones *judía* del Espíritu Santo.

Según la enseñanza judía, el Espíritu Santo tenía dos funciones supremas. La primera, el Espíritu Santo traía la verdad de Dios a las personas; la segunda, el Espíritu Santo capacitaba a las personas a reconocer y comprender esa verdad cuando les llegaba. Así que una persona, según los judíos, necesitaba al Espíritu Santo tanto para recibir como para reconocer la verdad de Dios. Podríamos decirlo de otra manera:

El Espíritu de Dios le ha dado a la persona una facultad que le permite reconocer la bondad y la verdad cuando las ve.

Ahora debemos dar otro paso en nuestro intento de comprender lo que quería decir Jesús. *Una persona puede perder una facultad si se niega a usarla*. Esto es verdad en cualquier esfera de la

vida. Es verdad físicamente: si se dejan de usar ciertos músculos, se atrofian. Es verdad intelectualmente: muchas personas llegaron a saber algo de latín o de trigonometría, por ejemplo, cuando iban al instituto; pero lo han olvidado casi completamente porque no lo han practicado. Es verdad de cualquier clase de percepción: uno puede perder el gusto por la música clásica si no escucha nada más que música barata; puede perder la capacidad de la lectura si no lee nada que valga la pena; puede perder la facultad de disfrutar de un placer limpio y sano si no cultiva nada más que los que ensucian y degradan.

Por tanto una persona puede perder la capacidad de reconocer la bondad y la verdad cuando las vea. Si mantiene cerrados los ojos y los oídos a las cosas de Dios; si no hace más que volverle la espalda a los mensajes que Dios le envía; si no ocupa la mente nada más que en sus propias ideas, negándoles la entrada a las que Dios quiere sugerirle... al final acabará por no poder reconocer la verdad y la belleza y la bondad de Dios cuando las vea. Llegará a un estado en que su propio mal le parecerá el bien, y el bien de Dios le parecerá el mal.

Este era el estado en que se encontraban aquellos escribas y fariseos. Habían permanecido ciegos y sordos tanto tiempo a la dirección y a las sugerencias del Espíritu de Dios, y se habían empecinado tanto y tanto tiempo en su propio camino que habían acabado por no reconocer la verdad y la bondad de Dios cuando las veían. Podían estar viendo la bondad de Dios en Persona, y llamarla la personificación del mal; podían estar viendo al Hijo de Dios, y llamarle aliado de Satanás. El pecado contra el Espíritu Santo consiste en rechazar la voluntad de Dios tan insistentemente que se acaba por no reconocerla cuando se nos despliega a la luz del día.

¿Por qué ha de ser *imperdonable* ese pecado? ¿Qué lo distingue tan terriblemente de otros pecados? La respuesta es sencilla. *Cuando se llega a ese estado, el arrepentimiento es imposible.* Si una persona no puede reconocer la bondad cuando la ve, no la puede desear. Si no se reconoce el mal como mal, no se puede lamentar ni desear evitarlo. Y si no se puede, aunque sea con fracasos, amar el bien y aborrecer el mal, entonces uno no se puede arrepentir; y si no se puede arrepentir, no se le puede perdonar, porque el arrepentimiento es la única condición del perdón. Ahorraría muchas angustias el que la gente se diera cuenta de que una persona que no puede haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo es la que tiene temor de haberlo cometido, porque el pecado contra el Espíritu Santo se puede describir como la pérdida de todo sentido del pecado.

A ese estado era al que habían llegado aquellos escribas y fariseos. Habían pasado tanto tiempo haciéndose los sordos y ciegos a Dios que habían perdido la facultad de reconocerle cuando se encontraban cara a cara con Él. No es que Dios los hubiera desterrado de los límites del perdón, sino que ellos mismos se habían excluido. Años de resistencia a Dios los habían vuelto así.

Aquí hay una advertencia terrible. Debemos tener en cuenta a Dios todos nuestros días para que no se nos atrofie la sensibilidad, ni ensordezca el oído espiritual. Es ley de vida que no oiremos nada más que lo que queramos oír, o nos hayamos capacitado para oír.

Se cuenta de un campesino que estaba en la oficina de un amigo, en medio de todo el ruido del tráfico y el tráfago de la ciudad, y le dijo de pronto: «¡Escucha!» « ¿Qué?» le preguntó el amigo de la ciudad. « ¡Un grillo!» le contestó el campesino. Tenía los oídos habituados a los sonidos del campo que no podían percibir los de la ciudad. Por otra parte, el tintineo de una moneda al caer a la acera habría hecho que muchos pares de ojos localizaran el punto, y habría pasado inadvertido para el campesino, que tal vez no lo habría oído nunca antes.

Sólo el experto, el que se ha habituado a oírlo, puede reconocer el canto característico de cada ave en el concierto del bosque. Sólo el experto que ha entrenado el oído distingue los sonidos de los diferentes instrumentos de la orquesta hasta el punto de poder localizar el fallo de una nota solitaria que ha salido de los segundos violines.

Es ley de vida que oímos lo que nos hemos entrenado a oír; Día a día debemos escuchar a Dios, para que día a día se nos haga Su voz, no cada vez más tenue, hasta que llegemos a no poder

percibirla, sino cada vez más clara, de forma que sea el sonido al que tengamos los oídos más sintonizados.

Así que Jesús acaba con el desafío: «Si he hecho una buena obra, debéis reconocer que soy un hombre bueno; si he hecho una mala obra, entonces podéis pensar que soy malo. No podéis saber cómo es un árbol nada más que por la calidad de sus frutos, ni el carácter de una persona si no es por sus obras.» Pero, ¿y si uno se ha vuelto tan ciego para Dios que no puede reconocer la bondad cuando la ve?

CORAZONES Y PALABRAS

Mateo 12:34-37

¡Raza de víboras! ¿Cómo vais a decir vosotros nada bueno siendo tan malos como sois? Porque es lo que rebosa el corazón lo que sale por la boca. Una buena persona saca cosas buenas del buen almacén; y una mala persona saca cosas malas de su mal almacén. Os aseguro que de todo lo inútil que haya dicho la gente tendrá que dar cuenta el Día del Juicio; porque por tus palabras se te exculpará, y por tus palabras se te inculpará.

No es extraño que Jesús eligiera hablar aquí de la tremenda responsabilidad de las palabras dichas. Los escribas y los fariseos acababan de decir las cosas más terribles. Habían puesto su mirada en el Hijo de Dios, y Le habían llamado aliado del diablo. Tales palabras habían sido realmente terribles. Así es que Jesús estableció dos leyes.

(i) Se puede ver cómo está el corazón por las cosas que dice. Hace mucho tiempo ya dijo el dramaturgo griego Menandro: «El carácter de una persona se conoce por sus palabras.» Lo que hay en el corazón no puede salir a la superficie nada más que a través de los labios; y una persona no puede producir a través de sus labios nada más que lo que tiene en el corazón. No hay nada que sea más revelador que las palabras. No nos hace falta hablar largamente con una persona para darnos cuenta de si tiene una mente limpia o sucia; no tenemos que escucharle mucho tiempo para descubrir si tiene una mente amable o cruel; no tenemos que oírle mucho a uno que se dedica a predicar o a enseñar o a dar conferencias para descubrir si tiene una mente clara o confusa. Estamos revelando constantemente lo que somos por lo que decimos.

(ii) Jesús estableció que una persona tendría que dar cuenta especialmente de sus palabras *inútiles*. La palabra que se usa aquí para inútil es *aergós*; *érgon* es la palabra griega para *obra*; y el prefijo *a* quiere decir *sin*; *aergós* describe lo que *no está destinado a producir ningún efecto*. Se usa, por ejemplo, de un árbol estéril, de tierra en barbecho, del día de sábado en el que no se puede hacer ninguna obra, de una persona perezosa. Jesús estaba diciendo algo que es profundamente cierto. De hecho hay dos grandes verdades aquí.

(a) Son las cosas que uno dice sin darse cuenta, las palabras que se le escapan cuando no hay barreras convencionales, las que muestran de veras cómo es. Como lo expresa Plummer: «Las palabras que se dicen cuidadosamente puede que sean una hipocresía calculada.» Cuando una persona está en guardia conscientemente, pondrá cuidado en lo que dice y en cómo lo dice; pero cuando no está en guardia, sus palabras revelan su carácter. Es totalmente posible que los pronunciamientos públicos de una persona sean correctos y nobles, y que su conversación privada sea áspera y desabrida. En público se escoge cuidadosamente lo que se dice; en privado se despiden los centinelas y cualquier palabra sale por el puesto de guardia de los labios. Así sucede con la ira: puede que uno diga cuando está enfadado lo que piensa de veras y ha querido decir muchas veces, pero se lo ha impedido el frío control de la prudencia. Muchas personas son un modelo de encanto y de cortesía en público, cuando saben que los están observando y son especialmente cuidadosos con sus palabras; mientras que en su propia casa son un ejemplo terrible de

irritabilidad, sarcasmo, mal genio, crítica y quejiconería porque no hay nadie que lo vea u oiga. Es humillante -y alertante- el recordar que las palabras que muestran lo que somos son las que se nos escapan cuando tenemos la guardia baja.

(b) A menudo son esas las palabras que hacen más daño. Puede que se diga cuando se está descontrolado lo que no se diría nunca cuando se está controlado. Puede que diga después que no era aquello lo que quería decir; pero eso no le libera de la responsabilidad de haberlo dicho; y el hecho de haberlo dicho deja a menudo una herida que no se cura con nada, y levanta una barrera que ya no se puede eliminar. Puede que uno diga cuando está relajado algo ofensivo y cuestionable que no diría nunca en público -y eso es precisamente lo que se alberga inolvidablemente en la memoria de alguien. Pitágoras, el gran filósofo griego, decía: «Antes lanza una piedra al azar, que una palabra.» Una vez que se ha dejado escapar una palabra ofensiva o sucia, nada la hará volver atrás; y seguirá una trayectoria de daño por dondequiera que vaya.

Que cada uno se examine a sí mismo. Que examine sus palabras para descubrir el estado de su corazón. Y que tenga presente que Dios no le juzgará por las palabras que diga cuidadosa e intencionadamente, sino por las que se le escapan cuando no haya restricciones convencionales y suban borbollando a la superficie los verdaderos sentimientos del corazón.

LA SEÑAL ÚNICA

Mateo 12:38-42

Entonces Le dijeron unos escribas y fariseos:

Maestro, queremos que nos des alguna señal acerca de Ti mismo.

La generación que demanda una señal es malvada y apóstata -les contestó Jesús-. No se le dará más señal que la del profeta Jonás. Porque, como estuvo Jonás tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará en el corazón de la Tierra tres días y tres noches. En el Juicio, las gentes de Nínive darán testimonio contra esta generación y demostrarán su culpabilidad; porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás, y fijaos, aquí está Uno que es más que Jonás. La reina del Sur se levantará en el Juicio contra esta generación y la inculpará: porque ella vino desde el fin del mundo para escuchar la sabiduría de Salomón, y fijaos, aquí está Uno que es más que Salomón.

< Los judíos-dijo Pablo-demandan señales» (1 *Corintios* 1:22). Era característico de los judíos eso de pedir señales y milagros de los que pretendían ser mensajeros de Dios. Era como si dijeran: < Presenta tus credenciales haciendo algo extraordinario.» Edersheim cita un pasaje de las historias rabínicas para ilustrar la clase de cosa que esperaba del Mesías la opinión popular: < Cuando le preguntaban a un rabino sus discípulos acerca de la venida del Mesías, él respondía: "Me temo que también me vais a exigir a mí una señal." Y cuando le prometían no hacerlo, les decía que la puerta de Roma se caería y se reconstruiría, y caería otra vez y ya no habría tiempo para restaurarla antes que viniera el Hijo de David. Ellos le seguían insistiendo, aunque él se resistía a decirles una señal. Se les dio una señal: que las aguas que salían de la cueva de Banías se volverían sangre.

»Otra vez, cuando desafiaban la enseñanza de rabí Eliezer, él adujo ciertas señales. En primer lugar, un algarrobo se trasladó de su sitio cuando él se lo mandó cien codos, según algunos, y cuatrocientos según otros. Después, los canales de agua empezaron a correr hacia atrás. Las paredes de la academia se inclinaron hacia adelante, y solo se detuvieron a la orden de otro rabino. Por último, Eliezer exclamó: "Si la Ley es como yo la enseño, que el Cielo lo demuestre." Y se oyó una voz del cielo que decía: "¿Por qué os metéis vosotros con rabí Eliezer? Porque la instrucción es como él la enseña."»

Esa era la clase de señal que querían los judíos, porque eran culpables de un error fundamental: querían ver a Dios en lo *anormal*; olvidaban que no estamos nunca más cerca de Dios, y Dios no Se nos muestra tanto y tan continuamente como en las cosas normales de cada día.

Jesús dijo que eran una generación malvada y adúltera. La palabra *adúltera* no hay que tomarla literalmente; quiere decir *apóstata*. Detrás de ella hay una figura favorita de la literatura profética del Antiguo Testamento. La relación entre Dios e Israel se concebía como un vínculo matrimonial con Dios como marido e Israel como esposa. Por tanto, cuando Israel era infiel y les daba su amor a otros dioses, se decía que la nación había cometido adulterio y se había prostituido con dioses extranjeros. *Jeremías 3:6-11* es un pasaje típico. Allí se dice que la nación ha subido a todos los montes altos, y se ha tendido bajo todos los árboles frondosos para hacer de ramera. Hasta cuando Dios se había divorciado de Israel por sus infidelidades, Judá no se dio por enterada y se prostituyó. Sus prostituciones habían contaminado la tierra, y ella había cometido adulterio con la roca y el árbol, es decir, con ídolos de piedra y de madera. Así se describe algo aún peor que el adulterio físico: la infidelidad que es el origen de todo pecado físico o espiritual.

Jesús dice que la única señal que se le dará a esa nación es *la señal del profeta Jonás*. Aquí se nos presenta un problema. Mateo dice que la señal consiste en que, como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, el Hijo del Hombre estará en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Hay que notar que estas no son las palabras de Jesús, sino la explicación del evangelista. Cuando Lucas relata este incidente (*Lucas 11:29-32*) no hace referencia a que Jonás estuviera en el vientre de la ballena. Sólo que Jesús dijo: «Porque como Jonás fue una señal para la gente de Nínive, así lo será el Hijo del Hombre para esta generación» (*Lucas 11:30*).

El hecho es que Mateo entendió equivocadamente el sentido de lo que dijo Jesús; y cometió una extraña equivocación, porque Jesús no estuvo en el corazón de la Tierra tres noches, sino solo dos: fue sepultado la noche del primer Viernes Santo, y resucitó la mañana del primer Domingo de Resurrección. El detalle es que *Jonás mismo* fue la señal de Dios, y sus palabras fueron el mensaje de Dios para los ninivitas.

Jesús está diciendo: «Vosotros pedís una señal; pues bien: *Yo soy la señal de Dios*. Habéis fallado al no reconocerme. Los ninivitas reconocieron en Jonás la advertencia de Dios; la reina de Sabá reconoció la sabiduría de Dios en Salomón. En Mi Persona os ha llegado una sabiduría que es más que la de Salomón, y un mensaje mayor que el de Jonás; pero vosotros estáis tan ciegos que no podéis ver la verdad, y tan sordos que no podéis oír la advertencia. Y por esa misma razón, llegará el Día cuando esas personas de la antigüedad que reconocieron a Dios cuando Le vieron darán testimonio contra vosotros, que habéis tenido una oportunidad mucho mejor, y habéis fallado por no reconocer a Dios porque no habéis querido.»

Aquí tenemos una profunda verdad: *Jesús es la señal de Dios*, lo mismo que Jonás fue el mensaje de Dios a los ninivitas, y Salomón fue la sabiduría de Dios para la reina de Sabá. La cuestión fundamental de la vida es: « ¿Cómo reaccionamos cuando nos encontramos cara a cara con Dios en Jesucristo?» ¿Hostilmente como los escribas y los fariseos, o aceptando humildemente la advertencia y la verdad de Dios como los ninivitas y la reina de Sabá? La pregunta supremamente importante es: «¿Qué piensas tú de Cristo?»

EL PELIGRO DEL CORAZÓN VACÍO

Mateo 12:43-45

Cuando un espíritu inmundo sale de una persona, va por lugares secos buscando reposo, pero no lo encuentra. Entonces se dice: «Me volveré a mi casa, de la que me marché,» y cuando llega, se la encuentra deshabitada, barrida y en perfecto orden. Entonces va y se trae

otros siete espíritus peores que él, y entran y se quedan residiendo allí. Y la persona acaba peor de como estaba en un principio; y eso será lo que le pase a esta malvada generación.

Hay todo un mundo de verdades de las más prácticas en esta parábola concisa y horripilante acerca de la casa vacía.

(i) Se destierra de la persona, pero no se destruye el espíritu malo. Es decir: que, en esta era presente, se puede conquistar y desterrar el mal, pero no destruirlo. Siempre estará buscando la oportunidad para contraatacar y recuperar el terreno perdido. El mal es una fuerza que se puede mantener a raya, pero no eliminar totalmente.

(ii) Eso tiene que querer decir que una religión negativa no puede ser suficiente nunca. Una religión que consiste en *no hagas eso ni lo otro* acaba en fracaso. Lo malo de esa religión es que puede que pueda limpiar a una persona prohibiéndole todas las malas acciones, *pero no la puede mantener limpia.*

Consideremos un caso práctico. Un borracho se puede reformar; puede que decida no seguir perdiendo el tiempo en la taberna, pero debe buscarse algo que hacer, tiene que encontrarse algo con lo que llenar el tiempo que está ahora vacante, o volverá a caer en la vieja situación. Una persona que no se ha dedicado más que a buscarse placeres puede que decida ponerle punto final; pero debe encontrar algún otro objetivo por lo menos igualmente absorbente con el que llenar su tiempo, o no hará más que volver a la carga si se encuentra con la vida vacía. No basta con que la vida de una persona esté esterilizada; tiene que fertilizarse para producir el bien. Siempre será verdad que < Satanás siempre encuentra faena para las manos ociosas. » Y si se destierra de la vida una clase de acción, hay que sustituirla con otra, porque la vida no puede estar vacía.

(iii) De aquí se deduce que la única cura definitiva para las malas acciones son las acciones cristianas. Cualquier enseñanza que se detiene después de decirle a las personas lo que no tienen que hacer está condenada al fracaso; debe pasar de ahí a decirles lo que tienen que hacer. La única enfermedad fatal es la inactividad; hasta una inactividad esterilizada llega pronto a infectarse. La manera más fácil de eliminar las ortigas de un jardín es llenarlo de plantas útiles. La manera más fácil de guardarse del pecado es llenarse de actividad sana.

Para decirlo claro: la iglesia mantendrá de lo más fácilmente a sus miembros si les da suficiente trabajo cristiano que hacer. Lo que debemos proponernos no es simplemente la ausencia negativa de malas obras, sino la presencia positiva de obras para Cristo. Si encontramos muy amenazadoras las tentaciones al mal, una de las mejores maneras de vencerlas es sumergirse en actividad para Dios y nuestros semejantes.

EL VERDADERO PARENTESCO

Mateo 12:46-50

Mientras Jesús estaba hablando a la gente, fijaos: Su madre y Sus hermanos se presentaron fuera, buscando una oportunidad para hablar con Él. Y se Le dijo:

-Mira: Tu Madre y tus hermanos están ahí fuera, y quieren tener oportunidad de hablar contigo.

Jesús le contestó al que Se lo dijo:

-¿Qué madre, y qué hermanos? -Y, extendiendo el brazo hacia Sus discípulos, añadió-: Mira: ¡estos son mi madre y mis hermanos! La persona que hace la voluntad de Mi Padre del Cielo, es Mi hermano y Mi hermana y Mi madre.

Una de las grandes tragedias humanas de la vida de Jesús fue que, durante Su vida, los que tuvo más cerca y Le eran más queridos no Le comprendieron. < Porque ni siquiera Sus hermanos -nos

dice Juan- creían en Él» (*Juan 7:5*). Marcos nos dice que, cuando Jesús emprendió -Su misión pública, Sus amigos trataron de impedirselo, porque decían que estaba loco (*Marcos 3:21*). Les parecía que se estaba dedicando a tirar Su vida por la borda en una locura.

Ha sucedido muchas veces que, cuando una persona se embarca en la Obra de Jesucristo, sus parientes y amigos no la pueden entender y le son hostiles. < Un cristiano no tiene más parientes que los santos,» dijo uno de los primeros mártires. Muchos de los primeros cuáqueros pasaron esta -amarga experiencia. Cuando Edward Burrough se sintió llamado al nuevo camino, «sus padres desintieron de su "espíritu fanático" y le echaron de casa.» Le suplicó humildemente a su padre: «¡Déjame que me quede, y seré tu servidor! Haré para ti el trabajo de un jornalero. ¡Déjame quedarme!» Pero, como dice un biógrafo: « Su padre se mantuvo impertérrito; y por más que el joven amaba su hogar y su ambiente familiar, su padre no quiso saber más de él.»

La verdadera amistad y el verdadero amor se basan en ciertas cosas sin las que no pueden existir.

(i) La amistad se basa en un ideal común. Personas que son muy diferentes de ambiente, de equipamiento intelectual y aun de métodos, pueden ser buenos amigos si tienen un ideal común por el que trabajan y que tienen por meta.

(ii) La amistad se basa en una experiencia común, y en los recuerdos que deja. Muchas veces la amistad surge de haber pasado por alguna gran experiencia que pueden revivir juntos.

(iii) El verdadero amor se basa en la obediencia. «Vosotros sois mis amigos -dice Jesús- *si hacéis lo que Yo os mando*»

(*Juan 15:14*). No hay manera de demostrar la realidad del amor más que por el espíritu de obediencia.

Por todas estas razones, el verdadero parentesco no es siempre una cuestión de carne y hueso. Sigue siendo verdad que la sangre es un vínculo que nada puede romper, y que muchas personas encuentran su deleite y su paz en el círculo familiar; pero también es verdad que a veces los más allegados familiarmente de una persona son los que menos la entienden, y que encuentra la verdadera amistad entre los que trabajan con ella por un ideal común y con, los que comparte una experiencia común. No se puede negar que, aunque un cristiano se encuentre con que los que están más cerca de él son los que menos simpatizan con él, siempre tendrá la comunión con el Señor Jesucristo y la amistad de todos los que aman al Señor.

MUCHAS COSAS EN PARÁBOLAS

Mateo 13 es un capítulo muy importante en el esquema del evangelio.

(i) Muestra el gran cambio en el ministerio de Jesús. Al principio de Su ministerio Le encontramos enseñando *en las sinagogas*; pero ahora Le encontramos enseñando *a la orilla del mar*. El cambio es muy significativo. No es que ya se Le hubieran cerrado definitivamente las puertas de la sinagoga, pero se Le estaban cerrando. Todavía Le recibía con gusto en la sinagoga la gente corriente; pero los responsables oficiales de la ortodoxia judía se Le oponían abiertamente. Cuando entraba en una sinagoga ahora, no sería para encontrar sólo una multitud deseosa de escuchar; también sería para encontrar una compañía de espías escribas y fariseos y ancianos que sobrepasaban y filtraban cada una de Sus palabras y observaban cada acción Suya para tener algo de que acusarle.

Una de las tragedias supremas es que a Jesús se le expulsó de la iglesia de Su tiempo; pero eso no le podía detener de hacer Su invitación a las personas; porque cuando se le cerraron las puertas de la sinagoga, Se dirigió al templo del aire libre y enseñó a la gente por las calles- de las aldeas y por las carreteras, a la orilla del lago y en sus propios hogares. La persona que tiene un mensaje auténtico que transmitir, y un auténtico deseo de transmitirlo, siempre encontrará o creará las oportunidades.

(ii) Lo verdaderamente interesante de este capítulo es que en él vemos a Jesús empezando a usar a tope Su método característico de enseñanza *por parábolas*. Hasta este momento había tenido una manera de enseñar que incorporaba parábolas en ciernes. El símil de la sal y de la luz (5:13-16), la alusión a las aves y a los lirios (6:26-30), la historia del constructor prudente y del imprudente (7:24-27), la ilustración de la ropa y de los odres de vino (9:16s), el cuadro de los chiquillos jugando en la plaza (11:16s) son parábolas en embrión. Son enseñanza gráfica.

Es en este capítulo donde encontramos el uso que Jesús hacía de las parábolas plenamente desarrollado y con toda su vivacidad. Como ha dicho alguien, centre otras muchas cosas que se podrían decir de Él, no cabe duda que era un maestro en el arte de la narración breve.» Antes de empezar a estudiar cada una de estas parábolas en detalle, preguntémonos por qué usó Jesús este método, y cuáles son las ventajas didácticas que ofrece.

(a) La parábola siempre *hace concreta la verdad*. Hay muy pocas personas que pueden captar y entender las ideas abstractas; casi todos pensamos en imágenes. Podríamos pasar mucho tiempo tratando de decir con palabras lo que es *la belleza*, y puede que no consiguiéramos hacérselo entender a nuestra audiencia; pero si podemos señalar algo o a alguien y decir: «¡Mirad qué belleza!», no hará falta más explicación. Podríamos pasarnos mucho tiempo tratando de definir *la bondad*, y al final no habría una idea más clara de ella en las mentes de nuestros oyentes; pero todo el mundo reconoce a una buena persona y una buena obra cuando las ve. Para comprenderse, toda palabra se tiene que hacer carne, tiene que personificarse; y la primera gran cualidad de la parábola es que presenta la verdad en una escena que puede ver y entender todo el mundo.

(b) Se ha dicho que toda gran enseñanza empieza *en el aquí y ahora para llegar al allí y entonces*. Si uno quiere enseñar acerca de cosas que su audiencia no entiende, debe empezar por cosas que sí entiende. La parábola empieza con materiales que entiende todo el mundo porque forman parte de su vida y experiencia, y de allí pasa a cosas que no entiende y le abre los ojos a cosas que no ha conseguido ver. La parábola abre la mente y los ojos de la persona empezando por donde está y conduciéndola adonde debería estar.

(c) La gran virtud pedagógica de la parábola es que *despierta interés*. La manera más segura de despertar el interés de la gente es contarle cuentos. La parábola pone la verdad en forma de cuento; la definición más sencilla de la parábola es cuna historia terrenal con una enseñanza celestial.» La gente no escuchará, ni se captará su atención, a menos que esté interesada; a la gente sencilla se le despierta y retiene el interés con historietas, y eso es lo que es una parábola.

(d) La parábola tiene la gran virtud de capacitar e impulsar a la persona **a descubrir la verdad por sí misma**. No piensa por nadie; dice: < Aquí tienes una historieta. ¿Qué te parece? ¿Qué verdad contiene? ¿Qué quiere decir *para ti*? Piénsatelo.»

Hay algunas cosas que no se le pueden decir a nadie; cada cual tiene que descubrirlas por sí mismo. Walter Pater dijo una vez que a una persona no se le puede decir la verdad; lo único que se puede hacer es ponerla en una posición en que la pueda descubrir por sí misma. A menos que descubramos la verdad por nosotros mismos, será algo de segunda mano y que siga fuera de nosotros; y además, si no descubrimos la verdad por nosotros mismos, lo más seguro es que pronto se nos olvidará. La parábola, como obliga a cada uno a pensárselo por sí y a sacar sus propias conclusiones, de una vez para siempre hace que la verdad sea algo real y la fija en la memoria.

(e) La otra cara de esto es que la parábola *esconde la verdad de los que son demasiado perezosos para pensar, o están demasiado cegados por prejuicios para ver*. Deja la responsabilidad clara y justamente al individuo. Le *revela* la verdad al que desea la verdad, y se la *oculta* al que no quiere verla.

(f) Hay algo más que se debe recordar. La parábola, tal como la usaba Jesús, era *hablada*; no leída. Tenía que hacer un impacto inmediato, no tras largo estudio con diccionarios y comentarios. Hacía brillar la verdad como el relámpago ilumina repentinamente la noche oscura. En nuestro estudio de las parábolas, esto quiere decir dos cosas para nosotros.

La primera, quiere decir que debemos reunir toda la información que podamos acerca de la vida en Palestina en aquel tiempo -especialmente en aquellos detalles en que fuera muy diferente de la nuestra actualmente en España, al otro lado del Mediterráneo, o donde estemos- para que la parábola nos impacte como a los que la escucharon por primera vez. Tenemos que pensar y estudiar y figurarnos que somos los que estaban escuchando a Jesús.

La segunda, quiere decir que una parábola, hablando en general, *tendrá sólo una lección*. Una parábola no es una alegoría; esta es una historia en la que todos los detalles encierran un significado; una alegoría tiene que *leerse y estudiarse*; pero una parábola *se escucha*. Debemos tener cuidado para no hacer de las parábolas alegorías, y recordar que estaban diseñadas para hacer que una verdad impactante se le iluminara a cada uno en cuanto la oyera.

EL SEMBRADOR SALIÓ A SEMBRAR

Mateo 13:1-9, 18-23

Aquel día se marchó Jesús de la casa y se sentó a la orilla del mar; y vino tanta gente a escucharle que Él se subió a una barca y se sentó, mientras toda la gente se quedaba de pie a la orilla; y Él les dijo muchas cosas por parábolas.

-¡Fijaos! -les dijo-. El sembrador salió a sembrar; y, cuando estaba sembrando, algunas semillas cayeron junto al sendero, y vinieron los pájaros y se las comieron. Algunas semillas cayeron en un terreno pedregoso, que no tenía mucha tierra; y, como no había profundidad de tierra, brotaron en seguida; pero cuando salió el sol, se agostaron y se secaron, porque no tenían bastante raíz. Otras semillas cayeron entre espinos, que crecieron y las ahogaron. Pero otras cayeron en buena tierra, y produjeron fruto, algunas a ciento por uno, otras a sesenta y otras a treinta por uno. El que tenga oídos, que se entere.

»Ahora escuchad el significado. de la Parábola del Sembrador. Cuando uno oye el Mensaje del Reino, pero no lo entiende, viene el maligno y hurta lo que se sembró en el corazón. Esto es lo que representa la semilla que cayó junto al sendero. EL significado de la semilla que se sembró en terreno pedregoso representa al que oye la Palabra, y la recibe en seguida con alegría; pero no tiene raíz en sí, sino que está a merced del momento; así que, cuando se presentan la aflicción y la persecución por causa de la Palabra, tropieza en seguida. La figura de la semilla que se sembró entre espinos representa al que oye la Palabra, pero los cuidados de este mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y no produce nada. La figura de las semillas que se sembraron en buena tierra representa al que oye la Palabra, y la entiende. Este sí que lleva fruto; y algunos producen a ciento por uno, otros a sesenta y otros a treinta por uno. »

Aquí tenemos un cuadro que cualquiera entendería en Palestina. Aquí vemos **claramente** a Jesús usando el aquí y ahora para llegar al allí y entonces.

Lo que es probable que estuviera sucediendo es que, cuando Jesús estaba usando la barca como púlpito, en uno de los campos cerca de la orilla había un sembrador sembrando en aquel momento; y Jesús tomó a aquel sembrador, al que todos podían ver, como texto de predicación, y empezó: < ¡Fijaos en ese sembrador que está sembrando la semilla en ese campo! » Jesús empezó por algo que en aquel preciso momento todos podían ver, para abrir sus mentes a la verdad que todavía no habían visto.

En Palestina tenían dos maneras de hacer la siembra. El sembrador podía ir lanzando la semilla mientras andaba arriba y abajo por su campo. Si soplaban el viento, se llevaría parte de la semilla a

toda clase de sitios, y a veces hasta fuera del campo. La segunda manera era más perezosa, pero de uso corriente. Consistía en ponerle encima a un burro un saco de semilla, cortarle o abrirle un agujero y hacer que el animal recorriera el campo mientras la semilla iba cayendo. En este caso, también algunas semillas caerían en sitios menos preparados o cerca del sendero cuando se acercara por allí el animal o lo cruzara.

En Palestina los campos eran largos y estrechos, y estaban separados solo por los senderos, por los que podía pasar todo el mundo, lo que quiere decir que estaban endurecidos por el constante paso de gente y animales. Eso era lo que quería decir Jesús al hablar del borde del sendero. La semilla que cayera allí -y era normal que cayera alguna, de cualquier forma que se sembrara- no tenía más posibilidad de penetrar en la tierra que si hubiera caído en la carretera.

Lo que traducimos como el terreno pedregoso no es que estuviera lleno de piedras, sino algo corriente en Palestina: había una capa poco profunda de tierra sobre grandes lanchas de roca caliza. A lo mejor no había más que unos pocos centímetros de tierra encima de la roca. En tal caso, la semilla germinaría más pronto que en terreno más profundo, porque la tierra se calentaría antes cuando saliera el sol; pero cuando las raíces tiraran para abajo buscando nutrientes y humedad, se encontrarían con la roca, y el sol se encargaría de agostar la poca vida que tuviera.

El terreno espinoso engañaba. Cuando se estaba sembrando, parecería bastante limpio. Es fácil hacer que un terreno parezca limpio simplemente labrándolo; pero si siguen por debajo las raíces fibrosas de la grama, de las ortigas y de las zarzas, entre otras plantas parásitas perennes, se apoderarán del terreno disponible a la primera oportunidad. Cualquier labrador sabe que las malas yerbas crecen más deprisa y más fuertes que ninguna planta cultivada. El resultado fue que la buena semilla y las malas que estaban latentes crecieron juntas; pero los hierbajos eran tan fuertes que estrangulaban las buenas plantas.

El buen terreno era profundo y suave y limpio; la semilla podía introducirse; podía encontrar alimento; podía crecer sin impedimento; y produjo una cosecha abundante.

LA PALABRA Y EL OYENTE

Mateo 13:1-9, 18-23 (continuación)

Esta parábola se dirige realmente a dos clases de personas.

(i) Se dirige a los *que oyen la Palabra*. Los investigadores dicen con cierta frecuencia que la interpretación de la parábola que encontramos en los versículos 18-23 no es la del mismo Jesús, sino la de los predicadores de la Iglesia Primitiva, y que no es del todo correcta. Se dice que incumple la ley de que una parábola no es una alegoría, y que es demasiado detallada para que la pudieran captar los oyentes a la primera. Si Jesús estaba realmente señalando a un sembrador que estaba haciendo su labor, esa no parece ser una objeción válida; en cualquier caso, la interpretación que identifica las distintas clases de terreno con distintas clases de oyentes ha mantenido siempre su puesto en el pensamiento de la Iglesia, y tiene que proceder de alguna fuente autorizada. Y en tal caso, ¿por qué no de Jesús mismo?

Si tomamos esta parábola como una advertencia a los oyentes, quiere decir que hay diferentes maneras de recibir la Palabra de Dios, y que el fruto que produzca dependerá del corazón del que la reciba. La suerte de cualquier palabra hablada depende del oído. Como se suele decir, «el éxito de un chiste no depende de la lengua del que lo cuenta, sino del oído del que lo oye.» Un chiste será un éxito si se le dice a una persona que tiene sentido del humor y está de humor para escucharlo. Será un fracaso si se le cuenta a una criatura sin humor y que está decidida a no verle la gracia. ¿Quiénes son los oídos a los que se describe y advierte en esta parábola?

(i) Tenemos al oído *de mente cerrada*. No tiene la Palabra más posibilidad de introducirse en la mente de algunas personas que la semilla que ha caído en un sendero endurecido por muchos pares

de pies de penetrar en la tierra. Hay muchas cosas que pueden cerrar la mente de una persona. Los prejuicios pueden hacer que uno esté ciego a todo lo que no quiera ver. El espíritu que se niega a aprender puede levantar una barrera que no se pueda sobrepasar ni eliminar. Este espíritu puede proceder de dos cosas. Puede ser la consecuencia del orgullo que no quiere reconocer que necesita aprender; o del miedo a toda nueva verdad y el rechazo a aventurarse por el camino del pensamiento. A veces un carácter inmoral y la forma de vida de una persona pueden cerrarle la mente. Puede que haya una verdad que condene las cosas que ama, y que denuncie las cosas que hace; y muchos se niegan a escuchar o a reconocer la verdad que los condena, porque no hay peor ciego que el que no quiere ver.

(ii) Tenemos al oidor de mente tan superficial como el terreno que apenas cubre la roca. Es la persona *que se niega a pensarse las cosas por sí y en serio*.

Algunas personas están a merced de las novedades. Recogen lo que sea sin pensárselo un momento, y lo dejan igual. Tienen que estar siempre a la moda. Empiezan cualquier pasatiempo nuevo o a adquirir alguna nueva técnica con entusiasmo, pero en cuanto les presenta la más mínima dificultad o simplemente se enfrían lo abandonan. Las vidas de algunas personas están llenas de restos de cosas que empezaron y que lo terminaron. Se puede ser así con la Palabra. Cuando uno la oye, se entusiasma; pero no se puede vivir de emociones pasajeras. Tenemos una mente, y la obligación moral de usarla y de tener una fe inteligente. El Cristianismo tiene sus exigencias, y hay que mirarlas de frente antes de aceptarlas. El ofrecimiento cristiano no es solo un privilegio, sino también una responsabilidad. Un entusiasmo repentino puede convertirse en cenizas tan rápidamente como un fuego moribundo.

(iii) Tenemos al oidor *con tantos intereses en la vida que a menudo no le queda espacio para las cosas más importantes*. Es característico de la vida moderna que cada vez se llena más y va más deprisa. Se está demasiado ocupado para orar; tan preocupado con muchas cosas que se olvida de estudiar la Palabra de Dios; se puede estar tan metido en juntas y comités y empresas y planes que no le dejan tiempo a uno para Aquel de Quien proceden el amor y el servicio. Los negocios le pueden tener a uno tan acogotado que está demasiado cansado para pensar en ninguna otra cosa. No son las cosas manifiestamente malas las más peligrosas en este sentido. Muchas veces son cosas buenas, pero «lo bueno es siempre el enemigo de lo mejor.» No es que uno destierre deliberadamente de su vida la oración y el estudio de la Palabra de Dios y la iglesia; puede que piense en estas cosas con frecuencia y trate de tener tiempo para ellas; pero, por lo que sea, nunca dispone de él en su abarrotada vida. Debemos tener cuidado de no desplazar a Cristo del lugar supremo que Le corresponde.

(iv) Tenemos al oidor que es como la buena tierra. Recibe la Palabra en cuatro etapas. *Tiene mente abierta*. Siempre está dispuesto a aprender. *Está listo para oír*. No es demasiado orgulloso, ni está demasiado ocupado para escuchar. Muchos se habrían ahorrado muchos quebraderos de cabeza y de corazón si se hubieran detenido a escuchar la voz de un amigo sensato o de Dios. *Entiende*. Se lo ha pensado y sabe lo que quiere decir para él, y está preparado a aceptarlo. *Traduce la audición en acción*. Produce la buena cosecha de la buena semilla. El verdadero oidor es el que escucha, entiende y obedece.

NO HAY QUE DESESPERAR

Mateo 13:1-9, 18-23 (conclusión)

(b) Dijimos que esta parábola tenía un doble impacto. Ya hemos mirado al impacto que estaba diseñada para hacer en *los que oyen la Palabra*. Pero también estaba diseñada para hacer un impacto en los *que predicán la Palabra*. No solo se pretendía que les dijera algo a las multitudes que formaban la audiencia; también al círculo más íntimo de los discípulos.

No es difícil ver que a veces debe de haber habido en los corazones de los discípulos un cierto desaliento. Para ellos Jesús lo era todo, el más sabio y el más poderoso. Pero, humanamente hablando, tenía poco éxito. Se Le estaban cerrando las puertas de la sinagoga. Los representantes de la religión oficial eran Sus más severos críticos, y no podía caber duda que estaban organizando Su destrucción. Ciertamente que las multitudes venían a escucharle; pero había tan pocos realmente cambiados, y tantos que acudían solo a cosechar los beneficios de Su poder sanador y que, cuando lo habían recibido, se marchaban y olvidaban. Había tantos que venían a Jesús solo por lo que pudieran recibir. Los discípulos se encontraban cara a cara con una situación en la que parecía que Jesús no suscitaba más que la hostilidad de los dirigentes de la iglesia, y nada más que una respuesta evanescente en las multitudes. No es nada sorprendente que hubiera a veces una profunda desilusión en los corazones de los discípulos. ¿Qué le dice esta parábola al predicador desanimado?

La lección está clara: *la cosecha es segura*. Para los predicadores de la Palabra que estén desanimados la lección está en el clímax de la parábola, en la descripción de la semilla que produjo una cosecha abundante. Algo de la semilla puede que caiga al borde del sendero y se la lleven los pájaros; algo de la semilla puede que caiga en la tierra superficial, y no llegue a madurar; algo de la semilla puede que caiga entre espinos que la ahoguen; pero, a pesar de todo, *llega la cosecha*. Ningún labrador espera que den fruto todas las semillas que siembra. Sabe muy bien que algunas se las llevará el viento, y otras caerán en lugares donde no podrán crecer; pero eso no hace que deje de sembrar. Ni que desespere de la cosecha. El labrador siembra con la confianza de que, aunque parte de la semilla se malogre, sin embargo es seguro que la cosecha llegará.

Así que esta es una parábola de aliento para los que siembran la semilla del Evangelio.

(i) Cuando alguien siembra la Palabra, no sabe el efecto que está haciendo la semilla. H. L. Gee cuenta lo siguiente. En la iglesia de la que era miembro había un anciano solitario, el viejo Thomas. Había sobrevivido a todos sus amigos, y ya casi nadie le conocía. Cuando murió, Gee tenía la impresión de que no iría nadie al entierro, así que decidió ir él para que hubiera por lo menos uno que acompañara al viejecillo a su última morada en la tierra.

No fue nadie más, y hacía un tiempo frío y desapacible. El funeral llegó al cementerio; y a la puerta había un soldado esperando. Era un oficial, pero no llevaba galones en la bocamanga ni en los hombros. Estuvo cerca de la tumba para la ceremonia; y cuando terminó se acercó hasta el borde y le brindó un saludo militar digno de un rey. H. L. Gee se retiró con el soldado; y, cuando iban andando, el viento abrió el abrigo del militar mostrando las estrellas de general de brigada. El general le contó a Gee: < Usted tal vez estará preguntándose qué estoy yo haciendo aquí. Hace años Thomas era mi profesor de escuela dominical. Yo era un chico difícil, y se lo hacía pasar muy mal. Él no supo nunca lo mucho que había hecho por mí; pero yo le debo todo lo que soy o llegaré a ser al viejo Thomas, y hoy tenía que venir a saludarle al fin. » Thomas no supo nunca el resultado de su siembra. Ningún predicador o maestro lo sabe nunca. Nuestra misión es sembrar la semilla, y dejarle a Dios el resto.

(ii) Cuando uno siembra, no puede esperar resultados rápidos. La naturaleza no tiene prisa en sus crecimientos. La bellota necesita mucho tiempo para hacerse encina; y la semilla de la Palabra puede que tarde mucho tiempo en germinar en el corazón de una persona. Pero a menudo una palabra que se ha dejado caer en el corazón de un niño sigue latente hasta que un buen día despierta y le salva en alguna gran tentación o a su alma de la muerte. Vivimos en una edad que espera siempre resultados rápidos; pero en la siembra de la semilla debemos tener paciencia y esperanza, y a veces darle años a la cosecha para que grane.

LA VERDAD Y EL OIDOR

Mateo 13:10-17, 34-35

Entonces los discípulos de Jesús se Le acercaron y Le preguntaron:

- ¿Por qué les hablas por medio de parábolas?

A vosotros -les contestó Jesús- se os ha concedido conocer los secretos del Reino que solamente un discípulo puede entender; pero a ellos no se les ha concedido; porque se le dará al que ya tiene, para que tenga conocimiento hasta desbordar. Pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso es por lo que les hablo por parábolas; porque, aunque pueden ver, no ven; y aunque pueden oír, ni oyen ni entienden. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías que dice: < Oiréis de seguro, pero no entenderéis; y seguro que miraréis, pero no veréis; porque el corazón de este pueblo se ha entorpecido, de forma que oyen torpemente con sus oídos, y tienen los ojos legañosos, no sea que lleguen a ver con los ojos, y oír con los oídos, y entender con el corazón, y volver, y que Yo los sane. Pero, benditos vuestros ojos, porque veis; y vuestros oídos, porque oís. > Os digo la pura verdad: Muchos profetas y justos anhelaron ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo, y no lo oyeron.

Jesús decía todas estas cosas a la gente por medio de parábolas, y no acostumbraba decirles nada sino por parábolas. Lo hacía así para que se cumpliera lo que Dios dijo por medio del profeta: «Hablaré en público por medio de parábolas, proclamaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.»

Este es un pasaje que está lleno de dificultades, y tendremos que tomarnos el tiempo necesario para solventarlas. En primer lugar, hay dos cosas generales al principio que, si las entendemos bien, ayudarán a iluminar todo el pasaje.

La palabra griega que se usa en el versículo 11, que he traducido por *secretos* (como muchas traducciones), es en el original *mysteria*, *misterios*, como dice la Reina-Valera. En los tiempos del Nuevo Testamento, la palabra *misterio* se usaba con un sentido técnico especial. Para nosotros quiere decir sencillamente algo oscuro, difícil o imposible de entender, a veces *misterioso*. Pero en los tiempos del Nuevo Testamento era el nombre técnico de algo que era ininteligible para el de fuera, pero claro como el agua para el iniciado.

En el tiempo de Jesús, tanto en Grecia como en Roma, las religiones más intensas y reales eran las que se llamaban *religiones misteriosas o misterios*. Estas religiones tenían todas un cierto carácter en común. Eran en esencia dramas o autos de pasión en los que se representaba la historia de algún dios o diosa que había vivido y sufrido y muerto y resucitado gloriosamente. Al iniciado se le daba un largo curso de instrucción en el que se le explicaba el sentido íntimo del drama; ese curso de instrucción duraba muchos meses o hasta años. Antes que se le llegara a permitir ver el drama tenía que pasar un período de ayunos y abstinencias. Todo conducía a un estado de emoción y de expectación. Entonces se le llevaba a ver el drama; el ambiente estaba cuidadosamente preparado: iluminación sugestiva, inciensos y perfumes, música sensual y en muchos casos una liturgia exquisita. Entonces se representaba el drama, que se pretendía que produjera en el adorador una identificación total con el dios cuya historia se representaba en el escenario. Se pretendía que el adorador participara en la vida y sufrimientos y muerte y resurrección de la divinidad, y participara así de la inmortalidad. El adorador clamaba al final: «¡yo soy Tú, y Tú eres yo!»

Vamos a poner un ejemplo concreto. Uno de los misterios más famosos era el de Isis. Osiris era un rey sabio y bueno. Set, su malvado hermano, le odiaba, y con setenta y dos conspiradores le indujo a acudir a un banquete. Allí le persuadió a entrar en un ataúd astutamente diseñado que tenía sus mismas medidas. Cuando Osiris estaba en el ataúd, se le cerró la tapa y se arrojó al Nilo. Tras larga y fatigosa búsqueda, Isis, la fiel esposa de Osiris, encontró el ataúd y se lo llevó a su casa con duelo. Pero cuando ella estaba ausente de su casa, el malvado Set volvió y robó el cuerpo de Osiris, lo cortó en catorce piezas y las distribuyó por todo Egipto. De nuevo Isis inició su búsqueda agotadora y dolorida. Después de mucho consiguió todas las piezas; por un poder maravilloso los

trozos se ensamblaron entre sí, y Osiris resucitó, y llegó a ser desde entonces y para siempre el rey inmortal de los vivos y los muertos.

Es fácil comprender lo conmovedora que podía hacerse esta historia a uno que hubiera recibido la larga enseñanza y que entonces la contemplaba en un ambiente cuidadosamente calculado. Estaba la historia del buen rey; el ataque del pecado; la búsqueda ansiosa del amor; el hallazgo triunfante; la resurrección a una vida que había conquistado la muerte. Con todo eso se pretendía que se identificara el adorador, y que surgiera de ello, según una frase famosa de las religiones misteriosas, «nacido de nuevo para la eternidad.»

Eso era un *misterio*: algo sin sentido para el que estaba fuera, pero supremamente precioso para el iniciado. De hecho, algo así es la Santa Cena. Para el que no la hubiera visto nunca, parecería una compañía de gente que toma un trocito de pan y bebe un sorbito de vino, y puede que hasta le pareciera algo ridículo. Pero para la persona que sabe lo que está haciendo, que ha sido iniciada en su sentido, es el acto de culto más precioso y conmovedor de la Iglesia Cristiana.

Así es que Jesús les dijo a Sus discípulos: < Los que están fuera no pueden entender lo que Yo digo; pero vosotros Me conocéis; sois Mis discípulos; podéis entender. » El Evangelio *sólo se puede entender desde dentro*. Sólo se puede entender después de un encuentro personal con Jesucristo. Criticarlo desde fuera es criticar en ignorancia. Sólo la persona que está dispuesta a entrar en el discipulado tiene acceso a las cosas más preciosas de la fe cristiana.

Adolfo Araujo, al final de su libro *Cristianidad*, aplica al Evangelio el romance del encuentro del Conde Arnaldos con aquel misterioso Marinero que cantaba una canción tan maravillosa que hacía posarse las aves en el mástil y salir a la superficie a los peces; y que, cuando el Conde le pide que le diga ese cantar, le contesta:

Yo no digo esa canción sino a quien conmigo va.

«Conde Arnaldos, si quieres embelesarte con el cántico sublime, tienes que embarcarte con el Marinero que te viene a buscar, y, dejando la tierra de tu extrañamiento, volver a tu patria. Y así, lector, si quieres sentir lo inefable del cantar cristiano, entra en el barco de la fe. O, puesto de otro modo, encuéntrate dentro, aunque sea sin saber cómo.»

LA DURA LEY DE LA VIDA

Mateo 13:10-17, 34-35 (continuación)

La segunda cosa general es el dicho del versículo 12 de que todavía se le dará más al que tenga, y al que no tenga se le quitará aun lo que tenga. A primera vista parece cruel; pero lejos de ser cruel, expresa una indiscutible ley de la vida.

En todas las esferas de la vida se le da más al que tiene, y se le quita lo que tiene al que no tiene. Como decía Calderón:

En fin, que este mundo triste al que está vestido viste, y al desnudo le desnuda.

En el mundo de la investigación, el estudiante que se esfuerza por adquirir conocimientos adquiere más conocimientos. Es a él al que se le ofrecen cursos avanzados, investigación, y las cosas más interesantes; y es así porque con su tenacidad y fidelidad se ha capacitado para recibirlos y usarlos. Por otra parte, el estudiante perezoso que hace lo menos posible pierde hasta los conocimientos que tuviera.

Muchas personas llegan a saber algo de latín, inglés u otra lengua, pero con el paso del tiempo pierden lo que sabían porque no procuran desarrollarlo y usarlo. Muchas personas tenían habilidad en algún arte o juego y la perdieron porque lo abandonaron; el vago acaba perdiendo hasta lo que tenía. Todos los dones se pueden desarrollar; pero, como nada permanece inmóvil en la vida, lo que no se desarrolla se pierde.

Así sucede también con la bondad. Cada tentación que vencemos nos hace más fácil vencer la siguiente, y cada tentación a la que sucumbimos nos hace menos capaces de vencer la siguiente. Siempre que hacemos una buena obra, un acto de autodisciplina o de servicio, nos capacitamos más para hacer el siguiente; y cada vez que desperdiciamos una oportunidad nos hacemos menos capaces de aprovechar la siguiente que se nos presente.

La vida es un constante proceso en el que se gana más o se pierde más. Jesús estableció la verdad de que cuanto más cerca vivamos de Él más creceremos hacia el ideal de la vida cristiana. Y cuanto más se aleje una persona de Cristo o deje que le alejen las circunstancias, menos capacitada estará para alcanzar la bondad; porque la debilidad, como la fuerza, crece.

CEGUERA HUMANA Y PROPÓSITO DIVINO

Mateo 13:10-17, 34, 35 (conclusión)

Los versículos 13-17 de este pasaje son de los más difíciles de los evangelios. Y el hecho de aparecer en diferente forma en los diferentes evangelios muestra hasta qué punto se reconocía su dificultad en la Iglesia Primitiva. Por ser el primero de los evangelios que se escribió, esperaríamos que *Marcos* fuera el que más se aproximara a las palabras originales de Jesús. Así nos las presenta (4:11,12, R-V):

A vosotros os es dado saber el misterio del Reino de Dios; pero a los que están fuera, por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que- no se conviertan y les sean perdonados los pecados.

Si se toman estos versículos por su valor facial sin intentar entender su sentido real, hacen la extraordinaria afirmación de que Jesús hablaba a la gente por parábolas para que no entendieran, y para impedir que se arrepintieran y se les perdonaran los pecados.

Mateo es posterior a *Marcos*, e introduce un cambio importante:

Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden (13, R-V).

Según *Mateo*, Jesús hablaba en parábolas porque la gente era demasiado ciega y sorda para entender la verdad de ninguna otra manera.

Hay que notar que este dicho de Jesús da paso a la cita de *Isaías 6: 9-10*. Ese era otro pasaje que provocaba mucha inquietud angustiosa. Veámoslo en la versión Reina-Valera:

Anda, y dile a este pueblo: «Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis. » Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos ni su corazón entienda, ni se convierta y haya para él sanidad.

De nuevo parece que Dios hubiera cegado los ojos y ensordecido los oídos y endurecido los corazones del pueblo intencionadamente para que no pudieran entender. La falta de comprensión del pueblo de Israel se atribuye a la acción deliberada de Dios.

Exactamente como *Mateo suavizó Marcos, la Septuaginta* -la traducción griega del Antiguo Testamento que usaban casi todos los judíos de la Diáspora en los tiempos de Jesús suavizó el original hebreo:

Ve, dile a este pueblo: «De veras oiréis, pero no entenderéis; y viendo veréis y no percibiréis.» Porque el corazón de este pueblo se ha insensibilizado, y oyen torpemente con sus oídos, y han cerrado sus ojos no sea que alguna vez vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con sus corazones, y se conviertan, y Yo los sane.

La Septuaginta, por. así decirlo, descarga a Dios de la responsabilidad y se la impone claramente al pueblo.

¿Cómo se puede explicar todo esto? De una cosa podemos estar seguros: sea lo que sea lo que quiera decir este pasaje, no puede querer decir que Jesús comunicó intencionadamente Su mensaje de forma que la gente no pudiera entenderlo. Jesús no vino para ocultarle la verdad al mundo, sino para revelársela. Y sin duda hubo momentos cuando la gente la entendía.

Cuando los dirigentes judíos ortodoxos oyeron la amenaza de la parábola de los Viñadores Malvados, la entendieron muy bien, y regularon aterrados diciendo: «¡No lo quiera Dios!» (*Lucas 20:16*). Y en los versículos 34 y 35 de este mismo pasaje, Jesús cita el dicho del salmista:

Presta oído, oh pueblo Mío, a Mi enseñanza; aplica tus oídos a las palabras de Mi boca. Enseñaré públicamente por medio de parábolas, comunicaré antiguos dichos misteriosos, cosas que hemos oído y que sabemos, porque nos las dijeron nuestros padres.

Es una cita del *Salmo 78:1-3*, en el que el salmista sabe que lo que está diciendo se entenderá, y que está recordándole al pueblo verdades que tanto ellos como sus padres ya conocían.

La verdad es que las palabras de Isaías, y el uso que Jesús hizo de ellas, han de leerse con intuición, y tratando de ponernos en la situación en que se encontraban tanto Isaías como Jesús. Estas palabras nos dicen tres cosas.

(i) Nos hablan de *la perplejidad* del profeta. El profeta le traía al pueblo un mensaje que estaba para él tan claro como el agua; y le alucinaba el que no lo pudieran entender. Esta es frecuentemente la experiencia del maestro y del predicador. A menudo, cuando predicamos o enseñamos o discutimos cosas con la gente, tratamos de decirles algo que consideramos que tiene sentido y que es pertinente y de un interés absorbente y de una importancia suprema; y nos oyen como el que oye llover, sin el menor interés, o comprensión, o urgencia. Y nos maravilla y alucina el que, lo que quiere decir tanto para nosotros, al parecer no les dice nada a ellos; que lo que nos provoca un incendio en los huesos, como decía Jeremías (20:9), los deja fríos, y que lo que nos entusiasma y conmueve las entrañas les provoca solo una gélida indiferencia. Esa es la experiencia de todo maestro y predicador y evangelista.

(ii) Nos hablan de *la desesperación* del profeta. El sentimiento de Isaías era que su predicación parecía hacer más daño que bien, que sería lo mismo si estuviera hablando a un muro de piedra, que no había acceso a las mentes y los corazones de esos sordos y ciegos que, a juzgar por los resultados, parecían ir a peor en vez de a mejor. De nuevo, esta es la experiencia de todo maestro o predicador. Hay veces que los que tratamos de ganar, a pesar de todos nuestros esfuerzos, parece que cada vez están más lejos, en lugar de más cerca, del Evangelio. Nuestras palabras se las lleva silbando el viento; nuestro mensaje choca con una barrera impenetrable de indiferencia; el resultado

de todo nuestro trabajo parece menos que nada, porque al final parece que la gente está más lejos de Dios de lo que estaban al principio.

(iii) Pero estas palabras nos dicen más que la perplejidad y la desesperación del profeta; también nos hablan de *la fe a ultranza* del profeta. Aquí nos encontramos cara a cara con una convicción judía sin la que mucho de lo que decían el profeta, o Jesús, o la Iglesia Primitiva no nos resultaría inteligible.

Para decirlo sencillamente, era uno de los primeros artículos de fe judíos que *nada sucede en este mundo fuera de la voluntad de Dios; y cuando* decían *nada* querían decir *absolutamente nada*. Era tanto la voluntad de Dios cuando la gente prestaba oído como cuando no; cuando se negaban a entender la verdad como cuando la recibían. El judío se arrojaba pronto a la convicción de que todo ocupaba su lugar en el propósito de Dios y que, de alguna manera, Dios tejía juntamente fracasos y éxitos, bien y mal, en la trama de Su diseño.

El propósito final de Dios en todo era siempre bueno. Este es el pensamiento que expresa Pablo en *Romanos*, capítulos 9 al 11, en los que nos habla de cómo fue que los judíos, el pueblo escogido de Dios, rechazó de hecho la verdad de Dios y crucificó al Hijo de Dios cuando vino a ellos. Parecía absurdo; pero, ¿cuál fue la consecuencia? Que el Evangelio salió al mundo gentil; y el resultado final será que los gentiles introducirán algún día a los judíos. Lo que parecía ser un mal y una tragedia se incorpora en un bien más amplio, porque todo está en el plan de Dios.

Ese era el sentir de Isaías. En un principio estaba perplejo y desesperado; luego, se le hizo la luz y dijo en efecto: «No puedo entender el comportamiento de este pueblo, pero sé que todo este fracaso está incluido de alguna manera en el plan de Dios, y Él lo usará para Su gloria y para el bien final de la humanidad.» Jesús tomó estas palabras de Isaías y las usó para animar a Sus discípulos; y en efecto les dijo: «Sé que esto parece descorazonador; sé cómo os sentís cuando las mentes y los corazones de la gente se niegan a recibir la verdad y cuando sus ojos se cierran a verla; pero también en esto hay un propósito, y algún día lo veréis.»

La actitud que tenían en relación con esta doctrina, la de la predestinación, ha separado a teólogos e iglesias en la historia de la Iglesia; pero lo que a fin de cuentas hace que los cristianos aceptemos con gozo los designios de la voluntad omnímota de Dios es la revelación de Su carácter en Jesucristo que los judíos no habían recibido en el Antiguo Testamento. Si Dios es como Le vemos en Su Hijo, y esa es la revelación suprema del Nuevo Testamento, podemos estar seguros de que a los que Le aman todas las cosas los conducen a bien.

Aquí encontramos nosotros también estímulo y aliento. A veces contemplamos nuestra cosecha, y estamos contentos; pero otras veces no vemos más que terreno estéril, nada más que una falta absoluta de interés, nada más que fracaso. Así puede que parezca a mentes y sentidos humanos; pero detrás de todo y en todo está Dios, incluyendo hasta ese fracaso en el plan divino de Su mente omnisciente y de Su poder omnipotente. No hay fracasos ni cabos sueltos en el propósito eterno de Dios.

«Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Corintios 15:58).

LA OBRA DEL ENEMIGO

Mateo 13:24-30, 36-43

Jesús les contó otra parábola:

-El Reino del Cielo es como un hombre que sembró su campo de buena semilla; pero mientras dormían sus hombres llegó un enemigo suyo y sembró cizaña entre el trigo y se marchó.

»Cuando el trigo empezó a granar, salió también la cizaña. Los siervos fueron al amo de la finca y le dijeron:

-Señor, ¿es que no sembramos tu campo de buena semilla? ¿Pues de dónde ha salido la cizaña?

-Esto es obra de un enemigo -les contestó.

-¿Quieres que nos pongamos a recoger la cizaña? -le preguntaron. Y él les contestó:

No; porque si recogéis la cizaña hay peligro de que también arranquéis el trigo al mismo tiempo. Dejad que crezcan juntos hasta el tiempo de la siega; y entonces ya les diré yo a los segadores: "Recoged primero no cizaña, y atadla en manojos para quemarla. Pero el trigo lo lleváis a mi granero. "»

Después de despedir a la gente, Jesús se retiró a la casa; y los discípulos se Le acercaron y Le pidieron:

-Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

-El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre -les contestó Jesús-. EL campo es el mundo; la buena semilla representa a los hijos del Reino, y la cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que los siembra es el diablo. La cosecha es el fin de esta era, y los segadores son los ángeles. De la manera que se recoge la cizaña para prenderle fuego, así sucederá al fin de esta era: El Hijo del Hombre mandará a Sus ángeles a recoger todos los que causan tropiezo y los que obran injustamente, los sacarán del Reino y los echarán al horno de fuego. Entonces vendrá el lloro y el crujiir de dientes. Pero los íntegros resplandecerán como el Sol en el Reino de su Padre. El que tenga entendederas, que se entere.

Los detalles de esta parábola le resultarían claros y familiares a la audiencia de Palestina. La cizaña es una de las plagas que el campesino tiene que estar combatiendo constantemente en este clima. « Se cría espontáneamente en los sembrados y la harina de su semilla es venenosa» (D.R.A.E.). Al principio se parece tanto al trigo que es imposible distinguirlos. Cuando echan espiga se los distingue perfectamente, pero para entonces ya se han enredado las raíces de forma que no se puede arrancar la una sin dañar el otro.

Thomson, en *La Tierra y el Libro*, nos cuenta que vio la cizaña en el Wady Haman: « El grano está en el momento ideal de su desarrollo para ilustrar la parábola. Cuando el trigo o la cebada ya están granados, la cizaña también, y cualquier niño notaría la diferencia; pero antes, hasta cuando se observan con cuidado se puede uno confundir. Yo no podría distinguirlos con absoluta seguridad. Hasta los campesinos, que escardan los campos regularmente en esta tierra, no intentan separarlos al principio. No solo es que los confundirían; sino que, como las raíces están entremezcladas, sería imposible separarlos sin dañar lo bueno con lo malo. Hay que dejarlos crecer al mismo tiempo hasta el tiempo de la siega.»

La cizaña se parece tanto al trigo que los judíos la llaman *trigo bastardo*. Se llama en hebreo *zúnim*, que viene, como *cizaña* en español, del griego *zizánion*, plural *zizánia*. Se dice que *zúnim* viene de la raíz *zaná*, que quiere decir *fornicar*; y cuenta la leyenda que la cizaña se originó en el tiempo de maldad que precedió al Diluvio, porque entonces toda la creación, seres humanos, animales y plantas, se descarriaron y cometieron fornicación y produjeron descendientes contra la naturaleza. En sus primeras etapas, el trigo y la cizaña se parecen tanto que la idea popular era que la cizaña era trigo que se había corrompido.

El trigo y la cizaña no se pueden separar fácilmente cuando están creciendo; pero al final hay que separarlos, porque el grano de la cizaña es ligeramente venenoso. Causa mareos y náuseas, y tiene efectos narcóticos, y hasta en pequeñas cantidades tiene un sabor amargo y desagradable. Por último hay que separarlos a mano. Levison describe el proceso: «Se suelen emplear mujeres para quitar los granos de cizaña del trigo que se va a moler... Por lo general, la separación se hace

después de la trilla. Se extiende el grano en grandes bandejas que se ponen delante de las mujeres para que puedan separar la cizaña, que tiene un tamaño y una forma semejante al trigo, pero se distingue por su color pizarra.»

Así que en sus primeras etapas de crecimiento la cizaña no se puede distinguir del trigo, y al final tiene que separarse so pena de graves consecuencias.

La escena de un hombre sembrando cizaña aposta en el campo de otro no es solo figurada. Sucedió a veces. Hasta el día de hoy, una de las amenazas más horribles que se pueden dirigir a un enemigo en la India es: «¡Te voy a sembrar mala semilla en tu campo!» Y en el derecho romano codificado se prohíbe este crimen y se establece su castigo.

Todas las escenas de esta parábola les eran familiares a las gentes de Galilea que la oyeron por primera vez.

LA HORA DEL JUICIO

Mateo 13:24-30, 36-43 (conclusión)

Bien se puede decir que, por su enseñanza, esta es una de las parábolas más prácticas que contó Jesús.

(i) Nos enseña que hay siempre un poder hostil en el mundo, buscando y esperando destruir la buena semilla. Sabemos por experiencia que ambas influencias actúan en nuestra vida: la influencia que ayuda a florecer y producir la semilla de la Palabra, y la influencia que trata de destruir la buena semilla antes que pueda llegar a producir fruto. La lección es que debemos estar siempre en guardia.

(ii) Nos enseña lo difícil que es distinguir entre los que están en el Reino y los que no. Una persona puede parecer buena y ser de hecho mala; y otra, parecer mala, y sin embargo ser buena. Nos damos demasiada prisa a clasificar a las personas y ponerles la etiqueta de buena o mala sin conocer todos los hechos.

(iii) Nos enseña a no precipitarnos en nuestros juicios. Si hubiera sido por los segadores, habrían tratado de arrancar la cizaña arrancando también el trigo. El juicio tenía que esperar a que llegara la siega. Cada persona será juzgada, no por una sola acción o etapa de su vida, sino por toda su vida. El juicio no se puede hacer hasta el final. Puede que una persona cometa una equivocación terrible, y luego se redima a sí misma y, por la gracia de Dios, expiarla viviendo dignamente el resto de su vida. Y una persona puede que viva honorablemente, y al final lo arruine todo con un colapso repentino en el pecado. Nadie que vea sólo una parte de una cosa puede juzgarla en su conjunto; ni nadie que no conozca a una persona nada más que en parte puede juzgarla en su totalidad.

(iv) Nos enseña que el juicio llega al final. No es precipitado, pero llega irremisiblemente. Puede que, humanamente hablando, el pecador parezca escapar las consecuencias en esta vida, pero hay otra vida por venir. Puede que, humanamente hablando, la bondad no parezca recibir nunca su recompensa, pero hay un mundo nuevo en el que se ajustarán los ejercicios del viejo.

(v) Nos enseña que el único que tiene derecho a juzgar es Dios. Dios es el único que puede discernir entre el mal y el bien, el único que ve la totalidad de la persona y su vida. Dios es el único que puede juzgar.

Así que, esta parábola contiene dos advertencias: una es que no debemos juzgar a nadie, y la otra es que, al final, vendrá el juicio-de Dios.

EL COMIENZO MODESTO

Mateo 13:31-32

Jesús les propuso otra parábola:

-EL Reino del Cielo es como un granito de mostaza, que va uno y lo siembra en su campo. Es verdad que es la más pequeña de las semillas; pero cuando se desarrolla es la mayor de las hortalizas, hasta tal punto de que se hace un árbol, y los pájaros vienen a anidar en sus ramas.

La planta de la mostaza que se da en Palestina es muy diferente de la de otros países, pero igual que la de la Península Ibérica. Estrictamente hablando, no es la más pequeña de las semillas, porque aún es más pequeña la del ciprés, por ejemplo; pero era proverbial por su pequeñez en el Oriente, como sucede con el comino en español. Por ejemplo: los judíos hablaban de una gota de sangre tan pequeña como un granito de mostaza; o, refiriéndose a un punto minúsculo de la ley ceremonial dirían que era una trasgresión tan pequeña como un grano de mostaza; y el mismo Jesús usó esta expresión refiriéndose a la más mínima expresión de la fe (*Mateo 17:20*).

En Palestina, la planta de la mostaza llegaba a ser casi como un árbol. Thomson dice en *La Tierra y el Libro*: «He visto esta planta tan alta como un caballo con su jinete en la fértil llanura de Akkar.» Y también: «Con la ayuda de mi guía arranqué una planta de mostaza auténtica que tenía más de tres metros de altura.» No se exagera en esta parábola.

Además, era corriente ver una grey de pájaros revoloteando en torno a un arbusto de mostaza, porque les encantan los granitos negros que produce, y se posan en sus ramas para comerlos.

Jesús dijo que Su Reino era como un granito de mostaza, que se hace como un árbol cuando crece. La lección estaba más clara que el agua. El Reino del Cielo parte del comienzo más humilde, pero nadie sabe dónde terminará. En el lenguaje oriental, y también en el del Antiguo Testamento, una de las figuras más corrientes de un gran imperio es la de un árbol frondoso, y las naciones vasallas se representan como los pajarillos que encuentran cobijo y descanso entre sus ramas (*Ezequiel 31:6*). Esta parábola nos enseña que el Reino del Cielo empieza muy pequeñito, pero llegará el momento cuando reúna en su seno muchas naciones.

La Historia nos confronta con el hecho de que las cosas más grandes siempre tienen que empezar por los principios más humildes.

(ii) Una idea que puede cambiar una civilización empieza en una persona. En el Imperio Británico fue William Wilberforce el que inició el proceso de la liberación de los esclavos. Le vino la idea leyendo una exposición del comercio de esclavos de Thomas Clarkson. Era amigo de Pitt, que era entonces primer ministro; y un día estaba charlando con él y con George Grenville en el jardín de Pitt en Holwood. Tenían una vista muy hermosa, con el valle de Keston enfrente; pero los pensamientos de Wilberforce discurrían por un paisaje muy desagradable. De pronto Pitt se volvió hacia él y le dijo: «Wilberforce, ¿por qué no haces una propuesta sobre el tráfico de esclavos?» Se sembró una idea en la mente de un hombre, y esa idea cambió la vida de centenares de miles de personas. Una idea tiene que encontrar una persona dispuesta a dejarse poseer por ella; y, cuando la encuentra, empieza a avanzar una marea incontenible.

(ii) Un testimonio tiene que empezar por una persona. Cecil Northcott cuenta en uno de sus libros que hubo una reunión de jóvenes de muchos países paró estudiar cómo se podía extender el Evangelio. Hablaron de propaganda, de literatura... en fin: de todos los medios al uso en el siglo XX. Entonces habló una chica de África: «Cuando queremos llevar la fe cristiana a una de nuestras aldeas, no les mandamos libros. Escogemos una familia cristiana, y la enviamos allí, y hacen que sea una aldea cristiana viviendo en ella.» En un grupo, o en una sociedad, o escuela, o fábrica, o tienda, u oficina, una y otra vez es el testimonio de una persona lo que lleva el Cristianismo. Es esa persona que brilla con el fuego de Cristo la que inflama a todas las demás.

(iii) Una reforma empieza por una persona. Una de las grandes historias de la Iglesia Cristiana es la de Telémaco. Era un ermitaño en el desierto, pero algo le dijo -la llamada de Dios- que tenía que ir a Roma. Y fue. Roma ya era nominalmente cristiana; pero hasta en la cristiana Roma seguía habiendo luchas de gladiadores a muerte, y multitudes que rugían de sed de sangre. Telémaco se dirigió a los juegos: ochenta mil personas los estaban contemplando. Se horrorizó. ¿No eran hijos de

Dios esos que se mataban? Saltó de su asiento a la arena, y se colocó entre los gladiadores. Le apartaron de un empujón. Volvió. La multitud se enfureció: se pusieron a apedrearle. Él siguió luchando por colocarse entre los gladiadores. El prefecto dio la orden. Una espada resplandeció al sol. Telémaco cayó muerto. Inmediatamente la multitud dejó de gritar. Se dio cuenta de pronto de lo que había sucedido: un hombre santo yacía muerto. Algo sucedió aquel día en Roma, porque ya no volvió a haber peleas de gladiadores. Con su muerte, un solo hombre había puesto en movimiento algo que iba a limpiar el Imperio Romano de una de sus lacras. < El monje Telémaco, que se interpone en la arena del circo entre los combatientes y consigue con su sacrificio la proscripción de los juegos de los gladiadores; el eclesiástico que da asilo en el templo al perseguido por la venganza, o a la presunta víctima de error judicial; Francisco de Asís con sus frailes menores, prontos a todo servicio humanitario, sin miras a la recompensa; Bartolomé de las Casas, procurando librar a sus indios de la opresión y la crueldad; Concepción Arenal y Juan Howard, mitigando la suerte de los presos; Josefina Butler, abogando la causa de las mujeres desgraciadas; Lincoln, libertando a los esclavos; el padre Damián, consagrando su vida a los leprosos, todos estos, y muchos más, han buscado el Reino de Dios y aquella pura justicia que le es propia, y han ensanchado los dominios donde la voluntad divina se cumple, si no como en el Cielo, mejor que se cumplía antes. Si no nos está reservado hacer obra tan grande como la de estos héroes, no faltarán a nuestra alrededor cositas pequeñas en las cuales nuestro esfuerzo pueda introducir algo del espíritu y atmósfera del Reino de Dios» (Adolfo Araujo, *Cristianidad*, pág. 105)

*1 Escuchad, Jesús nos dice: - ¿Quiénes van a trabajar? Campos blancos hoy aguardan - que los vayan a segar. Él nos llama cariñoso, - nos constriñe con Su amor.
¿Quién responde a Su llamada: - Heme aquí, yo iré, Señor?*

2 Si por tierras y por mares - no pudieres transitar, tu vecino está a tu puerta - a quien puedes auxiliar. Si careces de riquezas, - de lo que tuvieres da: si por el Señor lo dieres, - Él te recompensará.

3 Si cual inspirado apóstol - no te es dado predicar, bien decir a todos puedes - cuánto supo Cristo amar. Si el peligro no logras - que comprenda el pecador, puedes conducirle niños - al divino Salvador.

(Daniel March - traductor: Thomas M. Westrup).

Una reforma tiene que empezar en algún sitio. Puede que no sea en una nación, sino en un hogar o en un trabajo; pero una vez que empiece nadie podrá saber hasta dónde llegará.

(iv) Esta fue una de las parábolas más personales de todas las de Jesús. Algunas veces Sus discípulos tienen que haber estado desanimados. Su compañía era tan reducida, y el mundo tan extenso. ¿Cómo podrían llegar a ganarlo y cambiarlo? Sin embargo, una fuerza invencible había entrado en el mundo con Jesús. Hugh Martin cita lo -que dijo H. G. Wells: < La Suya es con mucho la Figura dominante de la Historia... Cualquiera historiador sin anteojeras teológicas tiene que darse cuenta de que no puede representar el progreso de la humanidad sin darle el lugar supremo que Le corresponde a un Maestro sin blanca de Nazaret.» Jesús les estaba diciendo a Sus discípulos, y les está diciendo a Sus seguidores de hoy, que no debe haber desaliento, que deben servir y testificar cada uno en su sitio, que cada uno debe ser el humilde principio desde el que el Reino crezca hasta que todos los reinos del mundo lleguen a ser de nuestro Señor y de Su Cristo (*Apocalipsis 11:15*).

EL PODER TRANSFORMADOR DE CRISTO

Mateo 13:33

Jesús les contó también otra parábola:

-El Reino del Cielo se parece a la levadura que las mujeres cogen y meten en tres medidas de harina para que se leude toda la masa.

Lo más significativo de este capítulo son las fuentes de las que dedujo Jesús Sus parábolas: cada una de ellas refleja escenas y actividades de la vida cotidiana. Jesús partía de cosas que les eran familiares a Sus oyentes para conducirlos a otras que no se les habían pasado nunca por la cabeza. Tomó la Parábola del Sembrador del campo del labrador, y la de la Mostaza de la huerta del campesino; la del Trigo y la Cizaña, del eterno problema del agricultor en su lucha con las plagas, y la de la Red Barredera de las orillas del Mar de Galilea. Tomó la Parábola del Tesoro Escondido en el Campo de las labores diarias de la labranza, y la de la Perla de Gran Precio del mundo del comercio y los negocios. Pero en esta Parábola de la Levadura Jesús se introduce más que en ninguna otra en el hogar, porque Se inspira en la cocina de cualquier casa.

En Palestina, como en muchos pueblos de España hasta mediados de este siglo, el pan se hacía en las casas; tres medidas de harina era, como señala Levinson, la cantidad media que se usaría para cocer el pan de una familia numerosa como la de Jesús en Nazaret. Jesús tomó esta parábola del Reino de lo que había visto hacer muchas veces a Su madre María. La levadura era sencillamente un pellizco de la masa de la hornada anterior, que se había fermentado totalmente.

En el lenguaje y pensamiento judíos, la levadura se usa casi siempre en relación con una *mala* influencia; y esto, porque los judíos identificaban la fermentación con la putrefacción, y la levadura representaba todo lo malo (Cp. *Mateo 16:6; 1 Corintios 5:6-8; Gálatas 5:9*). Una de las ceremonias de la preparación de la Pascua consistía en buscar y descubrir y quemar todos los restos de levadura o de pan leudado que hubiera en la casa, aunque fueran las miguitas del suelo. Puede que Jesús escogiera deliberadamente esta ilustración del Reino. Produciría un cierto escándalo el oír que el Reino de Dios se comparaba con la levadura; y el escándalo despertaría interés y atención, como suele suscitarlos una ilustración tomada de una fuente peregrina e inesperada.

El detalle de la parábola está en una cosa: *el poder transformador de la levadura*. La levadura cambiaba el carácter de toda la hornada. El pan sin leudar es duro y seco y nada apetitoso; el que se cuece con levadura es suave, poroso y esponjoso y apetitoso. Al introducir la levadura se origina una transformación en la masa; y la llegada del Reino del Cielo causa una transformación en la vida.

Reunamos las características de esta transformación.

(i) El Evangelio transforma la vida de *la persona individual*. En *1 Corintios 6:9s*, Pablo agrupa las clases más terribles y repelentes de pecadores, y entonces, en el versículo siguiente, lanza la tremenda denuncia: «Y eso es lo que erais algunos.» Como decía Denney, no debemos olvidar nunca que la función y misión del Evangelio es hacer buenos a los malos. Esta transformación empieza en la vida individual; porque en Cristo, la víctima de la tentación puede llegar a ser el vencedor de la tentación.

(ii) Hay cuatro áreas principales en las que el Cristianismo transformó la vida de la sociedad.

(a) Transformó la vida para *las mujeres*. El judío; en sus oraciones matutinas, Le daba gracias a Dios por no haberle hecho ni un gentil, ni un esclavo, ni una mujer. En la civilización griega, la mujer llevaba una vida absolutamente, recluida, sin más responsabilidad que las tareas del hogar. K. J. Freeman describe la vida del niño o del joven griego aun en los grandes días de Atenas: «Cuando llegaba a casa no encontraba nada que se le pareciera a una vida de familia. Su padre rara vez estaba en casa. Su madre era simplemente una figura sin personalidad que vivía en las habitaciones de las mujeres; probablemente tampoco la veía con frecuencia.» En los países orientales se solían ver familias que iban de viaje: el padre iría montado en un asno; la madre iría andando detrás, a

menudo encorvada bajo una pesada carga. Una verdad indiscutible de la Historia es que el Cristianismo transformó radicalmente la vida para las mujeres.

(b) El Cristianismo transformó la vida para los *enfermos y los débiles*. En la vida pagana, los débiles y los enfermos eran una molestia. En Esparta, cuando nacía un niño, se le sometía a examen: si era fuerte y sano se le permitía vivir; si era débil o tenía algún defecto se le exponía a la muerte en el monte. El doctor A. Rendle Short refiere que el primer asilo para los ciegos lo fundó Talasio, un monje cristiano; el primer consultorio médico gratuito lo fundó Apolonio, un comerciante cristiano; el primer hospital del que se tiene noticia lo fundó Fabiola, una dama cristiana. El Cristianismo fue la primera fe que se interesó por los destrozados por la vida.

(c) El Cristianismo transformó la vida para *los ancianos*. Lo mismo que los débiles, los ancianos eran una molestia. Catón, el escritor latino de cosas de agricultura, aconsejaba a los que se hicieran cargo de una granja: «Pasa revista al ganado, y pon a la venta lo que te convenga. Vende el aceite si te lo pagan bien, y lo mismo lo que te sobre del vino y los cereales. Vende los bueyes que estén agotados, el ganado defectuoso lanar y vacuno, la lana, las pieles, los carros viejos, los aperos desgastados, los *esclavos viejos y los enfermos y todo* lo que sea superfluo.» Los viejos que ya no rendían en el trabajo, ya no servían para nada y se abandonaban en los basureros de la vida: El Cristianismo fue la primera fe que consideró a los ancianos como personas, y no como instrumentos que habían dejado de servir para el trabajo.

(d) El Cristianismo transformó la vida para los *niños*. In el trasfondo inmediato del Cristianismo, la relación matrimonial estaba deshecha y el hogar en peligro de muerte. El divorcio era tan corriente que no tenía nada de particular ni de reprochar el que una mujer (se supone rica y aristocrática) cambiara de marido todos los años. En tales circunstancias, los niños eran un' desastre; y la costumbre de exponer los bebés a la muerte era trágicamente corriente. Hay una carta muy conocida de una tal Hilario, que se había ido a Alejandría, a su mujer, que seguía en casa: < Bueno, si tienes la suerte de que sea un niño lo que des a luz, déjale que viva; pero si es una niña, tírala. » En la civilización moderna, la vida casi se organiza en torno a los niños; en el mundo antiguo, un niño era corriente que muriera antes de empezar a vivir.

Cualquier oponente que pregunte qué ha hecho el Cristianismo por el mundo, se encuentra desarmado ante la respuesta de un cristiano. No hay nada en la Historia que esté más claro que el poder transformador de Cristo en la vida de la persona y de la sociedad.

LA ACCIÓN DE LA LEVADURA

Mateo 13:33 (conclusión)

Sólo nos queda por considerar una cuestión en relación con la Parábola de la Levadura. Casi todos los investigadores estarían de acuerdo en que nos presenta el poder transformador de Cristo y de Su Reino en la vida de la persona y del mundo; pero hay diferencias de opinión en cuanto a cómo actúa ese poder transformador.

(i) Algunas veces se dice que la lección de esta parábola es que el Reino obra de manera imperceptible. No podemos ver cómo actúa la levadura en la masa, lo mismo que no podemos ver crecer una flor; pero la acción de la levadura prosigue hasta conseguir su fin. Así tampoco podemos ver cómo actúa el Reino, pero siempre está actuando y acercando las personas y el mundo a Dios.

Según esto, aquí tendríamos un mensaje de aliento. Querría decirnos que siempre debemos ver las cosas a largo plazo, que no debemos comparar las cosas de hoy con las de la semana, o el mes, o el año pasados, sino que debemos considerar el transcurso de los siglos, y entonces veremos el progreso incesante del Reino. Como dice el poema de A. H. Clough:

No digas que la lucha no valía la pena, que el esfuerzo y las llagas se aplicaron en vano; que el contrario no ceja ni retrocede nunca, y que todas las cosas son lo mismo que siempre.

Si la ilusión se engaña, el miedo es mentiroso; ¿no ocultará esa nube de humo en lontananza a los tuyos que alcanzan al enemigo que huye, y que solo tú faltas por poseer la victoria?

Mientras las olas rompen cansadas en la arena sin parecer ganar ni una sola pulgada, allá atrás la marea entre rocas y riscos avanza silenciosa entrando incontenible.

No sólo las ventanas de Oriente lentamente adivinan la luz conforme el Sol se eleva; sino, ¡mirad!, a Occidente las lomas ya saltan jubilosas reflejando su luz.

Según esto, la parábola enseña que con Jesucristo y Su Evangelio ha inundado el mundo una nueva energía, y que, silenciosa pero inconteniblemente, está obrando a favor de la justicia en el mundo, y Dios está realizando Su propósito conforme cada año sucede al anterior.

(ii) Pero algunos han dicho a veces, C. H. Dodd por ejemplo, que la lección de la parábola es precisamente la contraria; y que, lejos de ser invisible, la acción del Reino está a la vista de cualquiera que tenga ojos para ver. La influencia de la levadura se puede ver claramente. En cuanto se mete en la masa, la transforma de algo insensible e inactivo en algo que burbujea y se hincha. Eso es precisamente lo que quieren decir las palabras *levadura* y *leudar*, de *leváre*, levar, levantar. Así de enérgico e inquietante es el obrar del Reino, y tan a la vista de todo el mundo. Cuando llegó el Evangelio a Tesalónica, sus habitantes decían preocupados: «¡Esos hombres que están poniendo el mundo patas arriba han llegado aquí también!» (*Hechos 17:6*). La acción del Evangelio es desintegradora, inquietante y violenta en sus efectos.

Hay aquí una verdad indiscutible. Es verdad que los hombres crucificaron a Jesucristo porque desafiaba sus convencionalismos y tradiciones; y una y otra vez es verdad que se ha perseguido a los cristianos porque representaban una fuerza transformadora y renovadora. Es abundantemente cierto que no hay nada en el mundo tan inquietante como el Evangelio; esa es, de hecho, la razón por la que tantas personas lo rechazan y tratan de eliminarlo.

Cuando lo pensamos un poco nos damos cuenta de que no tenemos que escoger entre una de las dos interpretaciones de la parábola, porque ambas son verdaderas. Hay un sentido en el que el Reino, el poder de Cristo, el Espíritu de Dios, siempre está actuando, aunque no lo veamos; y hay un sentido en que está a la vista su acción. Cristo cambia muchas vidas personales e individuales manifiesta y violentamente; y al mismo tiempo hay una operación silenciosa del propósito de Dios a lo largo de la Historia.

Podemos presentarlo de la siguiente manera. El Reino, el poder de Cristo, el Espíritu de Dios, es como el Guadiana, que una parte de su curso fluye invisiblemente por debajo de la superficie de la tierra, para surgir otra vez en todo su poder, a la vista de todo el mundo. Esta parábola nos enseña tanto que el Reino está siempre obrando invisiblemente como que hay momentos en la vida individual y colectiva en los que la acción del Reino es tan patente y tan manifiestamente poderosa que todos la pueden ver.

TODO EN LA LABOR DIARIA

Mateo 13:44

También se parece el Reino del Cielo a un tesoro que estuviera escondido en un campo. Va uno, y lo descubre, y lo oculta otra vez; y de la alegría que tiene, va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

Aunque esta parábola nos suena extraña, les sonaría perfectamente natural a los que vivían en Palestina en tiempos de Jesús; y aun en nuestro tiempo, a las gentes del Oriente les parecerá un tema muy actual.

En el mundo antiguo había bancos, pero la gente comente no los podía usar. Lo más frecuente era que usara el campo como el lugar más seguro para guardar sus más preciadas posesiones. En la Parábola de los Talentos, el siervo inútil escondió su talento en la tierra para no perderlo (*Mateo 25:25*). Los rabinos tenían un dicho proverbial de que no había más que un lugar seguro para guardar el dinero: la tierra.

Esto era todavía más real en una tierra en la que el jardín de cualquiera podía convertirse en un campo de batalla de la noche a la mañana. Palestina fue probablemente el país en que se dieron más batallas en el mundo antiguo; y, cuando la marea de la guerra amenazaba con anegarla, lo que casi todo el mundo hacía era esconder lo que tuviera de valor en la tierra antes de emprender la huida, con la esperanza de volver algún día y recuperarlo. Josefo menciona « el oro y la plata y todos los muebles valiosos que tenían los judíos, y que depositaron bajo tierra ante las fortunas inciertas de la guerra.»

Thomson nos cuenta en *La tierra y el libro*, que se publicó por primera vez en 1876, el caso del descubrimiento de un tesoro que él conoció personalmente en Sidón. Había en aquella ciudad una famosa avenida con acacias. Unos obreros, cavando en uno de los jardines de dicha avenida, descubrieron varios cacharros de cobre llenos de monedas de oro. Tenían la intención de quedárselas; pero eran tantos los que se creían con derecho a una parte, y estaban tan indeciblemente emocionados que se descubrió su secreto y el gobierno local se hizo cargo. Todas las monedas eran del tiempo de Alejandro Magno y de su padre Felipe. Thomson sugiere que, cuando Alejandro murió inesperadamente en Babilonia, se recibió la noticia en Sidón, y algún gobernador macedonio enterró aquellas monedas con la intención de apropiárselas en el caos que sin duda seguiría a la muerte de Alejandro. Thomson añade que hay personas que se dedican al negocio de buscar tesoros escondidos; y que viven en una tensión tan constante que se da el caso de que se desmayan cuando encuentran una sola moneda. Cuando Jesús refirió esta parábola hablaba de algo que les sonaría muy familiar e interesante a los habitantes de Palestina y del Oriente en general.

Se podría pensar que Jesús pone como ejemplo en esta parábola a un hombre culpable de una práctica más que dudosa, porque escondió otra vez su hallazgo en vez de dar parte al dueño de la finca o a las autoridades, y dio pasos para quedárselo él. A eso se pueden decir dos cosas. La primera que, aunque Palestina estaba en tiempos de Jesús bajo el dominio de Roma y sus leyes, en las cosas ordinarias, menudas y cotidianas era la ley tradicional judía la que se aplicaba; y, en cuanto a los tesoros escondidos, la ley rabínica judía era muy clara: « ¿Qué hallazgos pertenecen al que los encuentre, y de cuáles tiene éste que dar parte? Estos son los que pertenecen al que los encuentra. Si uno encuentra fruta caída, o dinero caído... eso le pertenece al que lo encuentre.» Así que, legalmente, este hombre tenía derecho a lo que se había encontrado.

Y segunda: hasta aparte de eso, cuando se trata de una parábola, no hay que fijarse tanto en los detalles; las parábolas tienen una lección especial, y todo lo demás es secundario. En esta parábola, el tema es el gozo del descubrimiento, que hace que el hombre esté dispuesto a renunciar a todo lo demás para que el tesoro le pertenezca sin lugar a dudas. Ningún otro detalle de la parábola tiene importancia.

(i) La lección de esta parábola es, primero, que el hombre se encontró con algo de valor inmenso, no tanto por casualidad, sino *en medio de su trabajo cotidiano*. Es verdad que dio con ello inesperadamente, pero fue *cuando estaba ocupado en sus quehaceres habituales*. Y es legítimo deducir que estaba cumpliendo con su deber con diligencia y eficacia, porque tiene que haber estado cavando bien hondo, y no meramente arañando la superficie, para haberse encontrado con aquel

tesoro. Sería una pena que fuera solo en las iglesias, en los lugares que se consideran santos y en las ocasiones que se tienen por religiosas, donde pudiéramos encontrarnos con Dios y sentirnos cerca de Él.

Hay un dicho de Jesús que no se encuentra en los evangelios pero que suena a auténtico: «Levanta la piedra, y Me encontrarás; tala la madera, y estaré en ella.» Cuando el albañil está trabajando la piedra o el carpintero la madera, allí está Jesucristo con ellos. La verdadera felicidad y satisfacción, el sentir a Dios y la presencia de Cristo se han de encontrar en el trabajo cotidiano hecho con honradez y a conciencia. El hermano Lorenzo, gran santo y místico, pasó la mayor parte de su vida laboral en la cocina del monasterio entre cacharros, y pudo decir: «Sentía a Jesucristo tan cerca de mí en la cocina como en el santísimo sacramento.» Y Teresa de Jesús, si no citaba al hermano Lorenzo por lo menos coincidía totalmente con él cuando decía, animando a sus monjas a las labores cotidianas: «También entre los pucheros anda el Señor.»

(ii) La lección de esta parábola es, segundo, que merece la pena cualquier sacrificio para entrar en el Reino. ¿Qué quiere decir entrar en el Reino? Cuando estudiamos la Oración Dominical (*Mateo 6:10*), encontramos que podíamos decir que el Reino de Dios es un estado social en la Tierra en el que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo. Por tanto, entrar en el Reino es aceptar y hacer la voluntad de Dios. Así que vale la pena, cualquier pena, hacer la voluntad de Dios. De pronto, como el que descubre un tesoro escondido, puede que se nos presente, en algún momento de iluminación, la convicción de cuál es la voluntad de Dios para nosotros. Aceptarla puede suponer renunciar a algunos objetivos y ambiciones que apreciamos mucho, abandonar ciertos hábitos y maneras de vivir que son difíciles de renunciar, asumir una disciplina y una autonegación que no son fáciles ni mucho menos; en una palabra: tomar nuestra cruz y seguir a Jesús. Pero no hay otra manera de conseguir la paz en la mente y en el corazón en esta vida y la gloria en la vida por venir. Sin duda vale la pena renunciar a todo para aceptar y hacer la voluntad de Dios.

LA PERLA DE VALOR INCALCULABLE

Mateo 13:45-46

El Reino del Cielo se parece también a un comerciante que anda buscando buenas perlas. Cuando encuentra una de gran valor va y vende todo lo que tiene y la compra.

En el mundo antiguo las perlas eran algo especialmente valioso. Muchas personas anhelaban poseer una perla preciosa, no tanto por su valor en dinero como por su belleza. Hallaban un gran placer simplemente tocándola y contemplándola. Encontraban un placer estético en poseer y mirar una perla. Las principales fuentes de perlas-eran entonces las orillas del Mar Rojo y de las lejanas Islas Británicas; pero un comerciante se peinaría los mercados del mundo para encontrar una perla que tuviera una belleza extraordinaria.

Hay algunas verdades de lo más sugestivas ocultas en esta parábola.

(i) Es sugestivo descubrir que el Reino del Cielo se compara con una perla. En el mundo antiguo, como hemos visto, una perla era la posesión más maravillosa; eso quiere decir que el Reino del Cielo es lo más maravilloso del mundo. Recordemos lo que es el Reino: estar en el Reino es aceptar y hacer la voluntad de Dios. Es decir: hacer la voluntad de Dios no es algo hosco, gris y agónico, sino la cosa más maravillosa. Más allá de la disciplina, el sacrificio, la autonegación, la cruz... se encuentra la suprema hermosura que excede -a todas las hermosuras y que no se encuentra en ningún otro lugar. No hay más que una manera de traer paz al corazón, gozo a la mente, belleza a la vida, y es aceptar y hacer la voluntad de Dios.

(ii) Es sugestivo descubrir que hay otras perlas, pero sólo una de valor incalculable. Es decir: hay muchas cosas preciosas en este mundo, y muchas en las que se puede encontrar belleza. Se puede encontrar en el conocimiento y en los horizontes de la mente humana, en el arte y en la música y en la literatura y en todos los logros del espíritu humano; se puede encontrar en el servicio de nuestros semejantes, aun cuando ese servicio surja de motivos puramente humanitarios y no puramente cristianos; se puede encontrar en las relaciones humanas. Todas estas cosas son preciosas, pero tienen un valor inferior. La suprema belleza se halla en la aceptación de la voluntad de Dios. Esto no es minimizar las otras cosas; son también perlas; pero la perla suprema es la obediencia voluntaria que nos hace amigos de Dios.

(iii) Encontramos en esta parábola la misma enseñanza que en la anterior, pero con una diferencia. El hombre que estaba labrando el campo no estaba buscando ningún tesoro; se lo encontró casualmente. Pero este hombre estaba buscando buenas perlas: ese era su negocio.

Pero no es tan importante el que el descubrimiento sea cosa de un momento de suerte o el resultado de la búsqueda de toda una vida; la reacción es la misma: hay que sacrificarlo todo para obtener en posesión lo que tiene un valor incalculable. Una vez más nos encontramos con la misma verdad: que, ya sea . que uno descubre la voluntad de Dios para su vida en el destello instantáneo de un relámpago iluminador, o después de una búsqueda prolongada y concienzuda, vale la pena aceptarla sin dudar a cualquier coste.

LA REDADA Y LA SEPARACIÓN

Mateo 13:47-50

El Reino del Cielo se parece también a una red que se echa a la mar y que recoge toda clase de peces. Cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y recogen lo que vale en cestas y tiran lo que no vale. Así sucederá al final de esta era: vendrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos y los echarán ad fuego del horno. Allí será el lloro y el rechinar de dientes.

Era la cosa más natural del mundo el que Jesús usara ilustraciones de la pesca cuando estaba hablando con pescadores. Es como si les dijera: «Fijaos en cómo os habla de las cosas del Cielo vuestro diario faenar.»

En Palestina había dos maneras de pescar. Una era con la red arrojadiza, *amfibréstron*, en castellano atarraya o esparavel, red manual que se lanzaba desde la orilla. Thomson nos describe cómo: « La red tiene la forma un poco como una tienda de campaña redonda, con una cuerda larga atada a la parte de arriba. Se ata al brazo, doblada de forma que cuando se lanza se extiende en toda su forma circular, con pesas de plomo en la circunferencia exterior para que baje al fondo rápidamente. Ahora, fijaos en el pescador: medio doblado y más que medio desnudo, observa atentamente la superficie para descubrir sus presas que se le acercan juguetonas. Salta adelante a su encuentro, lanza la red, que se desdobra en el vuelo y ameriza circularmente llegando al fondo antes de que los inocentes peces se den cuenta de que están atrapados. Tirando tranquilamente de la cuerda, el pescador arrastra la red y los peces hasta la orilla. Este método requiere una vista aguda, una mente rápida y una gran habilidad en el lanzamiento. El pescador tiene que ser paciente, atento, despierto, y con buenos reflejos para lanzar la red en el instante propicio.»

La otra manera de pescar era con la red: barredera, *seguéné*. De esta se trata en la parábola. La red barredera era grande y cuadrada, con cuerdas atadas a las esquinas y con pesas en uno de los lados para que, en reposo, estuviera colgando verticalmente en el agua. Cuando la barca empezaba a moverse, la red tomaba la forma de un gran cono en el que quedaban atrapados peces de todas clases.

La red se arrastraba entonces a tierra, y se separaban los peces. Los inservibles se tiraban, y los buenos se colocaban en las cestas. Es interesante advertir que a veces se mantenían los peces vivos en cestas impermeables llenas de agua. No había otra manera de transportarlos frescos durante un cierto tiempo y a cierta distancia. Por eso, al pescado fresco se le llama en Israel *dag jay*, pescado vivo, no congelado.

Hay dos grandes lecciones en esta parábola.

(i) Por naturaleza la red barredera no selecciona ni puede seleccionar los peces. No tiene más remedio que recoger toda clase de cosas en su recorrido por el agua. Su contenido no puede por menos de ser una gran mezcla. Si aplicamos esto a la Iglesia, que es el instrumento del Reino de Dios en la Tierra, quiere decir que la Iglesia no puede ser discriminatoria, sino que tiene que ser una mezcla de toda clase de personas, buenas y malas, útiles e inútiles.

Siempre ha habido dos opiniones de la Iglesia: la exclusiva y la inclusiva. El punto de vista exclusivo mantiene que la Iglesia es para los buenos, para los sinceramente consagrados y para los que son totalmente diferentes de los del mundo. Es atractivo ese punto de vista, pero no es el del Nuevo Testamento porque, aparte de todo lo demás, *¿quién es el que va a juzgar*, cuando se nos ha dicho que no juzguemos? (*Mateo 7: 1*). Nadie tiene derecho a decir quién está consagrado a Cristo y quién no. El punto de vista inclusivo siente instintivamente que la Iglesia debe estar abierta a todo el mundo, y que, como la red barredera, en tanto en cuanto es una institución humana, no puede evitar ser una mezcla. Eso es exactamente lo que enseña la parábola.

(ii) Pero también enseña que llegará la hora de separar los buenos de los malos, y de mandarlos a sus respectivos destinos. Sin embargo la separación, aunque es inevitable, no ha de ser obra del hombre sino de Dios. Por tanto tenemos la obligación de recoger todo lo que nos venga, sin juzgar ni separar, dejándole el juicio final a Dios.

DONES ANTIGUOS USADOS DE NUEVO

Mateo 13:51-52

Jesús les preguntó:

- ¿Habéis entendido todo esto?

- Sí -Le respondieron. Y Él les siguió diciendo:

-Por eso es por lo que todos los escribas que hayan recibido enseñanza acerca del Reino del Cielo serán como padres de familia que sacan de sus alacenas cosas nuevas y cosas antiguas.

Cuando Jesús acabó de hablar acerca del Reino, les preguntó a Sus discípulos si lo habían entendido. Sí; lo habían entendido, por lo menos en parte. Entonces Jesús pasó a hablarles acerca del escriba versado en el Reino del Cielo, que saca de su depósito cosas nuevas y cosas antiguas. Lo que Jesús estaba diciendo de hecho era: «Vosotros podéis entender porque vinisteis a Mí con una herencia preciosa. Trajisteis toda la enseñanza de la Ley y de los Profetas. Un escriba viene a mí después de toda una vida de estudio de la Ley y de los mandamientos.

Ese trasfondo os ayuda a entender. Pero después de recibir Mi enseñanza tenéis el conocimiento, no sólo de las cosas que sabíais antes, sino también de otras de las que no teníais noticias, y el conocimiento que teníais antes se os ilumina ahora con lo que Yo os he enseñado.»

Aquí hay algo muy sugestivo: porque quiere decir que Jesús nunca quiso ni pretendió que nadie olvidara todo lo que supiera antes de venir a Él, sino que lo viera en una nueva luz y lo usara en una nueva proyección de servicio. Cuando nos sucede eso, lo que sabíamos antes se convierte en un tesoro mayor del que había sido nunca.

Todos venimos a Cristo con algún don y con alguna capacidad. Jesús no nos pide que renunciemos a nuestro don. Muchas personas creen que cuando se entregan a Cristo tienen que renunciar a todo y concentrarse en los valores llamados religiosos. Pero un investigador no tiene que renunciar a su formación cuando se hace cristiano, sino más bien usarla para Cristo. Un hombre de negocios no tiene que renunciar a su profesión, sino más bien practicarla como cristiano que es. El que vale para cantar, o bailar, o representar, o pintar, no tiene por qué abandonar su arte, sino más bien debe usar su arte como cristiano que es. El deportista no tiene por qué renunciar al deporte, sino practicarlo como cristiano que es. Jesús no vino para vaciar la vida, sino para llenarla; no para empobrecerla, sino para enriquecerla. Aquí vemos a Jesús diciéndonos que no abandonemos nuestros dones, sino que los usemos aún más consagradamente a la luz de Su conocimiento.

LA BARRERA DE LA INCREULIDAD

Mateo 13:53-58

Cuando Jesús acabó de relatarles estas parábolas, se marchó de allí. Se fue a Su tierra, y se puso a enseñarles en la sinagoga.

Su enseñanza era tal que estaban alucinados y decían: -¿De dónde ha sacado Este esta sabiduría y estos poderes? ¿Es que no es el hijo del carpintero? ¿No le dicen a Su madre María, y a Sus hermanos Santiago y José y Simón y Judas? ¿No viven también aquí Sus hermanas? ¿De dónde se ha sacado Él todo esto?

Y se escandalizaban de Él.

Jesús les dijo:

No hay profeta en su propia tierra y en su propia casa.

Y no realizó allí muchas obras de poder por culpa de la incredulidad de ellos.

Era natural que Jesús hiciera alguna visita más tarde o más temprano a Nazaret, que era donde se había criado. Pero había que echarle valor. Donde le es más difícil predicar a un predicador es en la iglesia donde todos le conocen desde su infancia; el lugar más difícil para que un médico ejerza su profesión es donde se le conoce desde pequeño.

Y sin embargo Jesús fue a Nazaret.

En el culto de la sinagoga no había una persona encargada de hacer el sermón con carácter permanente. El encargado de la sinagoga podía pedirle que predicara a cualquier extranjero distinguido que estuviera presente, y cualquiera que creyera tener un mensaje se podía aventurar a darlo. No había peligro de que a Jesús se Le negara el derecho de hablar. Pero cuando habló, todo lo que encontró fue hostilidad e incredulidad: no Le prestaron ninguna atención porque conocían a Su padre y a Su Madre y a Sus hermanos y hermanas. No podían concebir que nadie que hubiera vivido entre ellos tuviera derecho a hablar como hablaba Jesús. El Profeta, como sucede a menudo, no recibía honores en Su propia tierra. Y la actitud de ellos para con Él levantaba una barrera que impedía que Jesús ejerciera ninguna influencia en ellos.

Aquí hay una gran lección. En cualquier culto, la congregación predica más de la mitad del sermón. La congregación trae y crea una atmósfera, y esa atmósfera puede ser una barrera que no pueden penetrar las palabras del predicador, o una expectativa que hace que hasta el sermón más flojo sea una llama viva.

De nuevo, no se debe juzgar a una persona por su entorno ni por su familia, sino por lo que es en sí misma. Muchos mensajes se han quedado tan muertos como las piedras, no porque no valiera nada su contenido, sino porque las mentes de los oyentes estaban tan cerradas con prejuicios contra el mensajero que no le dieron ninguna oportunidad.

Cuando nos reunimos para escuchar la Palabra de Dios debemos acercarnos con viva expectación, y pensar, no en la persona que va a hablar, sino en el Espíritu que habla por medio de ella.

LA TRAGEDIA DE JUAN EL BAUTISTA

Mateo 14:1-12

Por aquel tiempo el tetrarca Herodes tuvo noticias de la fama de Jesús, y les dijo a sus siervos:

-Ese es Juan el Bautista que ha resucitado, y por eso realiza esas obras de poder.

Herodes había detenido a Juan el Bautista, le había encadenado y metido en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Felipe, porque Juan le denunciaba insistentemente:

-No tienes derecho a estar casado con ella.

Herodes quería matar a Juan; pero tenía miedo a la reacción de la gente, porque consideraban que Juan era un profeta.

Con ocasión de la fiesta de cumpleaños de Herodes, bailó la hija de Herodías en medio de la compañía, y a Herodes le cayó muy bien. De ahí que le prometiera con juramento que le daría lo que pidiera. Aconsejada por su madre, dijo:

-Dame aquí y ahora la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja.

El rey se encontró en un compromiso por el juramento que había hecho a oídos de todos sus invitados; así es que dio orden de que se concediera la petición; y mandó a algunos a que decapitaran a Juan en la cárcel. Luego trajeron la cabeza en una bandeja, y se la dieron a la joven, que se la llevó a su madre.

Los discípulos de Juan fueron a recoger su cuerpo y lo enterraron. Seguidamente fueron a Jesús y se lo contaron todo.

En este drama trágico de la muerte de Juan el Bautista se nos delinean clara y vivamente los diferentes personajes.

(i) Tenemos al mismo Juan. Por lo que respectaba a Herodes, Juan había cometido dos faltas.

(a) Era demasiado popular. Josefo también nos cuenta la historia de la muerte de Juan, y lo hace desde este punto de vista: < Ahora bien: cuando muchos otros venían a Juan en multitud, porque se conmovían profundamente al oír sus palabras, Herodes, que temía que la gran influencia que Juan tenía sobre la gente le pudiera poner en posición e inclinación de hacer un levantamiento (porque la gente parecía dispuesta a hacer todo lo que él le aconsejara), pensó que lo mejor sería matarle para prevenir cualquier conflicto que pudiera causar, y no meterse en dificultades perdonándole la vida, de lo que podría ser que se arrepintiera cuando fuera demasiado tarde. De acuerdo con esto, ante las sospechas de Herodes, este mandó a Juan prisionero a Maqueronte... y allí le hizo ajusticiar.» (Antigüedades de los judíos, 18.5.2). Según Josefo fueron los celos suspicaces de Herodes los que le hicieron dar muerte a Juan. A Herodes, como a cualquier otro tirano débil, suspicaz y timorato, no se le podía ocurrir otra manera de resolver la presencia de un posible rival que matándole.

(b) Pero los evangelistas vieron la historia desde otro punto de vista. Para ellos, Herodes mandó matar a Juan porque este era un hombre que decía la verdad. Siempre es peligroso denunciar a un tirano, y eso fue precisamente lo que hizo Juan.

Los hechos eran bien sencillos. Herodes Antipas estaba casado con una hija de los árabes nabateos. Tenía un hermano en Roma que se llamaba igual que él; los evangelistas llaman a ese Herodes de Roma Felipe; su nombre completo puede que fuera Herodes Felipe, o puede que se

confundieran en la maraña de las relaciones matrimoniales de los Herodes. El Herodes que residía en Roma era un individuo adinerado que no tenía reino propio. En una visita a Roma, Herodes Antipas sedujo a su cuñada y la convenció para que abandonara a su marido y se casara con él. Para eso tenía que repudiar a su anterior mujer, lo que le trajo unas consecuencias desastrosas. Al dar ese paso, aparte del aspecto moral de la cuestión, Herodes quebrantó dos leyes: se divorció sin causa de su mujer, y se casó con su cuñada en vida del marido de esta, que era un matrimonio prohibido en la ley judía. Juan no dudó en reprochárselo.

Siempre es peligroso enfrentarse con un déspota oriental, y Juan firmó su propia sentencia de muerte cuando reprendió a Herodes. Juan era un hombre que denunciaba intrépidamente el mal cuando lo veía. Cuando el reformador escocés John Knox estaba defendiendo sus principios ante la reina Mary, ella le preguntó si creía que se podía resistir la autoridad de los gobernantes. Su respuesta fue: < Si los príncipes se exceden de sus atribuciones, señora, es lícito resistirlos, y hasta deponerlos. > El mundo les debe mucho a los grandes hombres que arriesgaron sus vidas y tuvieron el valor de decirles aun a los reyes y las reinas que hay una ley moral que quebrantan a riesgo propio.

(ii) Tenemos a Herodías. Como veremos, fue la ruina de Herodes en todos los sentidos, aunque no carecía del sentido de la grandeza. De momento advertimos que tenía un triple delito: era una mujer inmoral e infiel; vengativa, que abrigaba los rencores para mantenerlos calentitos, y que procuraba vengarse hasta cuando se la condenara-justamente; y probablemente lo peor de todo- era capaz de utilizar hasta a su propia hija para llevar a cabo sus planes de venganza. -Ya habría sido suficientemente malo el que se hubiera buscado los medios para vengarse del hombre de Dios que la hizo enfrentarse con su propia vergüenza; pero fue infinitamente peor el usar a su hija para su funesto propósito haciéndola -cómplice del delito más horrible. Hay poco que decir del progenitor que mancha su prole de delito con el fin de obtener algún propósito personal malvado.

(iii) Tenemos a la hija de Herodías, Salomé. Sería entonces joven, tal vez de dieciséis o diecisiete años: Aunque después. Llegara a ser lo que fuera, no cabe duda de que en esta ocasión fue más utilizada que culpable. Probablemente ya tenía una raíz, de desvergüenza en su carácter: toda una princesa haciendo de bailarina solo para hombres. Las danzas en tales ocasiones eran sugestivas e inmorales. Para una princesa real ya era bastante deshonesto el bailar en público. Herodías no le daba ninguna importancia a la falta de pudor y dignidad de su hija con tal de obtener su venganza del hombre que la había reprendido tan justamente.

LA CAÍDA DE HERODES

Mateo 14:1-12 (conclusión)

(iv) Tenemos al mismo Herodes. Sé le llama *el tetrarca*, que quiere decir literalmente *gobernador de la cuarta parte*; pero llegó a usarse en sentido general, como aquí, de gobernador subordinado de una parte de un país. Herodes el Grande tuvo muchos hijos. Antes de morir dividió su territorio en tres partes y, con el consentimiento de Roma, se las legó a tres de sus hijos. A Arquelao le dejó Judea y Samaria; a Felipe, el territorio septentrional de Traconítide e Iturea, y a Herodes Antipas -el de esta historia-, Galilea y Perea. Herodes Antipas no fue un rey extremadamente malo, pero aquí le vemos iniciar el descenso hacia la ruina total. Podemos notar especialmente tres cosas acerca de él.

(a) Tenía conciencia de su culpabilidad. Cuando Jesús llegó a tener cierta importancia en el pueblo, Herodes llegó inmediatamente a la conclusión de que era Juan que había vuelto a la vida. Orígenes hace una sugerencia muy interesante acerca de esto: recuerda que María, la madre de Jesús, e Isabel, la madre de Juan, eran parientes próximas (Lucas 1:36). Y Orígenes cita una tradición que decía que Jesús y Juan se parecían físicamente. En ese caso, la conciencia culpable de Herodes tendría aún más razones para su sospecha. Es la gran prueba de que nadie se puede

librar definitivamente de un pecado librándose de la persona que se lo denuncia. Existe tal cosa como la conciencia; y, aunque se elimine al acusador de una persona, no se silencia al Acusador divino.

(b) La acción de Herodes fue típica de un hombre débil. Mantuvo un juramento insensato, y quebrantó una gran ley. Había prometido a Salomé darle lo que le pidiera, sin prever lo que pudiera ser. Sabía muy bien que concederle su petición para cumplir su juramento era quebrantar una ley mucho más importante; y sin embargo eligió hacerlo porque era demasiado débil para reconocer su error. Le tenía más respeto a las rencillas de una mujer que a la ley moral. Le tenía más miedo a la crítica, o a las burlas, de sus invitados, que a la voz de la conciencia. Herodes era un hombre que podía mantenerse firme en cosas equivocadas hasta cuando sabía que eran otras las verdaderas; y tal firmeza es señal, no de fuerza, sino de debilidad.

(c) Ya hemos dicho que la acción de Herodes en este pasaje fue el principio de su ruina. Las consecuencias de seducir a Herodías y divorciarse de su anterior mujer fueron, muy naturalmente, que Aretas, el padre de esta y gobernador de los nabateos, se sintió normal y personalmente resentido por el insulto que se le había perpetrado a su hija. Le hizo la guerra a Herodes y le infligió una seria derrota. Josefo comenta:

«Algunos de los judíos creyeron que la detracción del ejército de Herodes había sido cosa de Dios, y muy justa, en castigo por lo que había hecho con Juan, llamado el Bautista» (*Antigüedades de los judíos, 18.5.2*). Herodes tuvo que ser rescatado por los romanos, a los que apeló para que le ayudaran.

Desde el principio, la relación ilegal e inmoral con Herodías no le trajo a Herodes más que disgustos. Pero la influencia de Herodías no acabó ahí. Pasaron los años, y Calígula llegó al trono de Roma. El Felipe que había sido tetrarca de Traconítide e Iturea murió, y Calígula le dio la provincia a otro de la familia de los Herodes que se llamaba Agripa; y con la provincia le otorgó el título de rey. El hecho de que Agripa fuera rey llenó de envidia a Herodías. Josefo dice: «Ella no podía ocultar lo desgraciada que se sentía por la envidia que le tenía» (*Antigüedades de los judíos, 18.7.1*). Como consecuencia de su envidia incitó a Herodes a ir a Roma para pedirle a Calígula que le concediera también a él el título de rey, porque Herodías estaba decidida a ser reina. «Vamos a Roma -le dijo-; y no ahorremos molestias ni gastos, ni plata ni oro, que no se pueden emplear en nada mejor que en obtener un reino.»

Herodes se resistía a tomar medidas; era naturalmente perezoso, y también preveía serios problemas; pero su testaruda mujer se salió con la suya. Herodes se preparó para ir a Roma; pero Agripa mandó mensajeros para advertir a Calígula que Herodes estaba preparándose para rebelarse contra Roma. Calígula dio crédito a las acusaciones de Agripa, despojó a Herodes de su posición y de su dinero y le desterró a la lejana Galia, donde se fue consumiendo en el exilio hasta que le llegó la hora de la muerte.

Herodes acabó por perder la fortuna y el reino, arrastrando una vida miserable en algún lugar remoto de Galia, por culpa de Herodías. Y fue entonces cuando Herodías dio muestra de grandeza y de magnanimidad. -Era en realidad la hermana de Agripa, y Calígula le dijo que no pretendía privarla de su fortuna particular, y que, por consideración a Agripa, ella no estaba obligada -a acompañar a su marido al destierro. Herodías respondió: «Sin duda tú, oh Emperador, actúas de forma magnánima y como corresponde a tu dignidad en lo que me ofreces; pero el amor que le tengo a mi marido me impide aceptar el favor que me otorgas; porque no es justo que yo, que he participado de su prosperidad, le abandone en su desgracia» (*Antigüedades de los judíos, 18.7.2*). Así es que Herodías acompañó a Herodes al destierro, y eso es lo último que sabemos de ella.

Si ha habido alguna vez una prueba de que el pecado atrae su propio castigo, esa prueba es evidente en la historia de Herodes. Fue un día aciago cuando Herodes sedujo a Herodías. A aquel acto de infidelidad siguió el asesinato de Juan, y por último el desastre en el que lo perdió todo excepto la mujer que le amó y le arruinó.

COMPASIÓN Y PODER

Mateo 14:13-21

Cuando Jesús escuchó la noticia (de la muerte de Juan), se retiró de allí en una barca a un lugar desierto, Él solo. Cuando la gente se enteró, Le siguieron a pie desde los pueblos.

Cuando Jesús desembarcó, vio un gentío numeroso, y se Le conmovieron las entrañas de compasión por ellos, y sanó a sus enfermos.

Cuando ya era tarde, se Le acercaron Sus discípulos y Le dijeron:

-Este lugar está desierto, y ya se ha pasado la hora de cenar. Despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse comida.

Pero Jesús les contestó:

-Dadles vosotros de comer.

No tenemos más que cinco panecillos y dos pescados -Le contestaron ellos.

-Traédmelos aquí -les dijo Jesús.

Entonces Jesús mandó a la gente que se recostara en la hierba verde. Tomó los cinco panecillos y los dos pescados, elevó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panecillos y se los dio a Sus discípulos, y estos los repartieron entre la gente; y comieron todos todo lo que quisieron. Luego recogieron lo que había sobrado: doce cestas llenas de trozos. Los que habían comido eran unos cinco mil varones, aparte de las mujeres y los niños.

Galilea tiene que haber sido un sitio en el que era muy difícil estar solo. Era un país pequeño, de 80 kilómetros de Norte a Sur por cuarenta de Este a Oeste, y Josefo nos dice que por aquel tiempo había en aquella área 204 pueblos, ninguno de menos de 15,000 habitantes. En un lugar tan densamente poblado no era fácil escaparse de la gente por mucho tiempo. Pero había tranquilidad al otro lado del lago, que por la parte más ancha no tenía más que 13 kilómetros. Los amigos de Jesús eran pescadores, y no Le sería difícil embarcarse en una de sus barcas y navegar a la parte oriental del lago. Eso fue lo que hizo Jesús cuando se enteró de la muerte de Juan el Bautista.

Había tres motivos perfectamente razonables para que Jesús buscara la soledad. Era humano, y necesitaba un poco de descanso. Él nunca se metió temerariamente en peligros, y era prudente retirarse para no compartir demasiado pronto el fin de Juan. Y, por encima de todo, ante la perspectiva cada vez más cercana de la Cruz, Jesús necesitaba encontrarse a solas con Dios antes de enfrentarse con las multitudes. Buscaba descanso para el cuerpo y tranquilidad para el alma en la soledad.

Pero no los encontró. Sería fácil ver la barca iniciar la travesía y adivinar hacia dónde se dirigía; el caso es que la gente rodeó el lago por la parte superior, y Le estaba esperando al otro lado cuando desembarcó. Así es que Jesús sanó a sus enfermos y, cuando atardeció, los alimentó antes de que volvieran a emprender el largo camino a sus casas. Pocos de los milagros de Jesús son tan reveladores como este.

(i) Nos habla de la compasión de Jesús. Cuando vio a la gente se Le conmovieron las entrañas de compasión por ellos. Esto es una cosa de lo más maravillosa. Jesús había ido allí buscando paz, tranquilidad y soledad; en su lugar, Se encontró con una gran multitud expectante de lo que Él le pudiera dar. Otro cualquiera se habría molestado. ¿Qué derecho tenían a invadir Su intimidad con sus continuas exigencias? ¿Es que no podía tener ni un poco de tranquilidad y descanso, ni de tiempo para Sí mismo?

Pero Jesús no era así. Lejos de sentirse molesto, se conmovió de compasión. Premanand, el gran cristiano indio que había sido un rico de casta superior, cuenta en su autobiografía: «Como en los

días de la antigüedad, ahora también tiene que ser el mismo el mensaje para el mundo no cristiano: que Dios *se preocupa*.» En ese caso, no podemos estar nunca demasiado cansados para atender a la gente, ni que nos resulte un incordio o una molestia. Premanand sigue diciendo: « Mi propia experiencia ha sido siempre que cuando yo u otro misionero o sacerdote indio nos mostrábamos inquietos o impacientes ante cualquier visitante educado e interesado, cristiano o no, y le hacíamos pensar que estábamos demasiado apretados de tiempo, o que era nuestra hora del té o de la comida y que no podíamos quedarnos con ellos, entonces perdíamos aquella persona y ya no volvía.» No podemos atender a las personas con un ojo en el reloj, como si tuviéramos prisa en deshacernos de ellas lo antes posible.

Premanand pasa a relatar un incidente que no sería exagerado decir que pudo haber cambiado todo el curso de la extensión del Cristianismo en Bengala: «Se cuenta en alguna parte que el primer obispo metropolitano de la India dejó de recibir al antes Pandit Iswar Chandar Vidyasagar de Bengala por motivos oficiales. El Pandit había venido comisionado por la comunidad hindú de Calcuta para entrar en relaciones amistosas con el obispo y con la Iglesia. Vidyasagar, que era el fundador de una universidad hindú en Calcuta y reformador social, autor y educador de renombre, se marchó desencantado sin celebrar la entrevista, y formó un partido influyente de ciudadanos educados y ricos de Calcuta para oponerse a la Iglesia y al obispo, y para oponerse a la extensión del Cristianismo El cumplimiento de las formalidades por uno que era conocido como representante de la Iglesia Cristiana convirtió a un amigo en un enemigo.» ¡Qué oportunidad para el Cristianismo se perdió porque la intimidad de alguien no se podía invadir nada más que a través de los canales oficiales! Para Jesús no era nunca una molestia ninguna persona, ni siquiera cuando todo Su ser estaba clamando por un poco de descanso y tranquilidad... Y así debe ser para Sus seguidores.

(ii) En este pasaje vemos a Jesús testificando que todos los dones proceden de Dios. Tomó el pan y pronunció la bendición. La acción de gracias de los judíos antes de las comidas era muy sencilla: «Bendito seas, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que haces brotar el pan de la tierra.» Esa sería la bendición que pronunció Jesús, porque era la que se usaba ya entonces en todas las familias. Aquí vemos a Jesús mostrando que son los dones de Dios los que Él trae a la humanidad. Es bastante raro que se den las gracias a las personas, pero más aún que se Le den gracias a Dios.

EL LUGAR DEL DISCÍPULO EN LA OBRA DE CRISTO

Mateo 14:13-21 (continuación)

(iii) Este milagro nos informa muy claramente sobre el lugar que ocupa el discípulo en la obra de Cristo. El relato nos dice que Jesús les dio a Sus discípulos, y los discípulos a la multitud. Jesús obró mediante las manos de Sus discípulos aquel día, y lo sigue haciendo.

Una y otra vez nos encontramos cara a cara con la verdad que está en el corazón de la Iglesia. Es verdad que el discípulo no puede hacer nada sin el Señor, pero también lo es que el Señor no puede hacer nada sin Su discípulo. Si Jesús quiere que se haga algo, si quiere que se enseñe a un niño o que se ayude a un necesitado, tiene que encontrar una persona que lo haga. Necesita personas por medio de las cuales pueda obrar y hablar.

Muy al principio de su búsqueda, Premanand se puso en contacto con el obispo Whitney de Ranchi, y nos lo cuenta así: «El obispo leía la Biblia conmigo todos los días, y algunas veces yo la leía en bengalí y hablaba con él en bengalí. Cuanto más tiempo viví con el obispo, más cerca me sentí de él, y encontré que su vida me revelaba a Cristo, y sus obras y palabras me hacían más fácil entender la mente y la enseñanza de Cristo acerca de las cuales leía diariamente en la Biblia. Tuve

una nueva visión de Cristo cuando de hecho vi Su vida de amor, sacrificio y autonegación en la vida diaria del obispo: Él llegó a ser realmente una epístola de Cristo para mí.»

Jesucristo necesita discípulos a través de los cuales pueda obrar y Su verdad y amor se puedan transmitir a las vidas de otros. Necesita personas a las dar, para que den a otros. Sin tales personas no puede lograr que se hagan las cosas, y es nuestra tarea el ser tales personas para Él.

Sería fácil acobardarse y desanimarse ante una tarea de tal magnitud. Pero hay otra cosa en esta historia que nos eleva el corazón. Cuando Jesús les dijo a Sus discípulos que alimentaran ellos a la multitud, Le contestaron que no tenían más que cinco panecillos y dos pescados; y sin embargo, con lo que pusieron a Su disposición Jesús obró el milagro. Jesús nos presenta a cada uno la tremenda tarea de comunicarle a las gentes; pero no nos demanda esplendores y magnificencias que no poseemos. Nos dice sencillamente: «Ven a mí tal como eres, aunque no estés bien equipado; tráeme lo que tengas, aunque sea poco, y lo usaré en Mi servicio.» Poco es siempre mucho en las manos de Cristo.

(iv) Al final del milagro encontramos el detalle de que se, recogieron los trozos sobrantes. Aun cuando un milagro alimentó a la multitud señorialmente, no hubo desperdicio. Hay algo que debemos aprender aquí. Dios da con magnificencia pero eso no justifica el derroche. El generoso dar dé Dios y, nuestra utilización responsable deben ir juntos.

LA REALIZACIÓN DE UN MILAGRO

Mateo 14:13-21 (conclusión)

Hay algunas personas que, cuando leen los milagros de Jesús, no sienten ninguna necesidad de entender nada. Esas personas pueden seguir así indefinidamente sin que nada estorbe la dulce sencillez de su fe. Pero hay otras cuyas mentes hacen preguntas, y sienten la necesidad de comprender: Que no se avergüencen de su actitud, porque Dios sale al encuentro hasta más de la mitad del camino de su mente inquisitiva.

De cualquier manera que nos acerquemos a los milagros de Jesús, una cosa es cierta: no debemos contentarnos nunca con considerarlos algo que *sucedió*; debemos mirarlos siempre como algo que *sucede*. No son acontecimientos aislados de la Historia, sino demostraciones del poder de Cristo que está siempre y para siempre activo. Hay tres maneras de considerar este milagro.

(i) Podemos verlo como una sencilla multiplicación de pan y de pescado. Eso sería muy difícil, de entender, y sería algo que sucedió una sola vez y que nunca se repitió. Si lo consideramos así, démonos por satisfechos; pero no critiquemos, y menos condenemos, a los que crean que tienen que buscar alguna explicación.

(ii) Muchas personas ven en este milagro un sacramento. Han supuesto que los que estuvieron presentes no recibieron más que una cantidad muy reducida de alimento, y sin embargo recibieron las fuerzas para un largo viaje y se sintieron satisfechos. Habían comprendido que aquello no era una comida material para saciar el apetito físico, sino una comida en la que participaron del alimento espiritual de Cristo. Si fue así, este es un milagro que se reproduce siempre que nos sentamos a la mesa del Señor; porque entonces se nos comunica el alimento espiritual que nos impulsa a recorrer con paso más firme y más fuerza y estabilidad el camino de la vida que conduce a Dios.

(iii) Hay algunas personas que ven en este milagro algo que es perfectamente natural en cierto sentido, pero que en otro es un verdadero milagro, y, que es muy precioso en cualquier sentido. Imaginemos la escena. Hay una gran muchedumbre; es tarde; todos tienen hambre. Pero, ¿era natural el que, la inmensa mayoría de esa multitud se hubiera puesto en camino rodeando el lago sin llevar nada de comida? ¿No llevarían algo, aunque fuera poco? Estaba anocheciendo y tenían hambre. *Pero también eran egoístas. Y ninguno quería sacar lo que llevaba para no tener que*

compartirlo y que no le quedara bastante para sí mismo. Jesús dio el primer paso. Lo que Él y Sus discípulos tenían, empezó a compartirlo con una bendición, y una invitación, y una sonrisa. Y seguidamente todos se pusieron a compartir, y antes de que supieran lo que estaba pasando, hubo bastante y de sobra para todos.

Si fue algo así lo que sucedió, no fue literalmente la multiplicación de los panes y de los pescados; fue el milagro de la transformación de personas egoístas en personas generosas al contacto de Jesús. Fue el milagro del nacimiento del amor en corazones reservados. Fue el milagro de hombres y mujeres cambiados, con algo de Cristo en ellos que desterraba el egoísmo. Cuando pasó eso, entonces en el sentido más real Cristo los alimentó consigo mismo y envió Su Espíritu a morar en sus corazones.

No importa cómo entendamos este milagro. Una cosa es segura: Donde está Cristo, los cansados encuentran reposo y las almas hambrientas son alimentadas.

EN LA HORA DE LA PRUEBA,

Mateo 14:22-27

Acto seguido Jesús hizo que Sus discípulos se metieran en la barca y se Le adelantaran hacia el otro lado del lago dejándole tiempo para despedir a toda la gente. Cuando lo hubo hecho, se subió al monte a solas paces orar. Cuando ya era tarde, se encontraba allí Él solo. La barca estaba por entonces en medio del mar, combatida por las olas, con el viento en contra. PexA a eso de las tres de la madrugada Jesús se dirigió hacia ellos andando sobre el mar. Cuando los discípulos vieron andando sobre el mar, les entró mucho miedo -¡Es un fantasma! -dijeron, gritando de miedo(. Pero Jesús les dijo en seguida: -¡Tranquilos, que soy Yo! No tengáis miedo.

La lección de este pasaje está suficientemente clara, pero no así lo que realmente sucedió. En primer lugar, vamos a reconstruir la escena.

Después de darle de comer a aquella multitud, Jesús envió por delante a Sus discípulos. Mateo dice que *los obligó* ,a meterse en la barca e ir por delante de Él al otro lado del Mar de Galilea. A primera vista, la palabra *obligar* nos resulta extraña; pero si comparamos este relato con el de Juan, seguramente encontraremos la explicación. Juan nos dice que después de alimentar a la multitud, esta quería hacerle rey a la fuerza (*Juan 6:15*). Había peligro de que se produjera una aclamación popular, y en la inflamable Galilea podía iniciarse allí y entonces mismo una revolución. Era una situación peligrosa, y bien pudiera ser que los discípulos la complicaran más todavía, porque también ellos pensaban todavía en Jesús en términos de poder terrenal. Jesús envió a Sus discípulos por delante porque había surgido una situación que Jesús podía manejar mejor solo, y no quería que ellos se involucraran.

Cuando se quedó solo, subió a orar a un cerro; para entonces ya se había hecho de noche. Los discípulos habían iniciado la travesía de vuelta. Se había producido una de las tormentas repentinas que son características del Mar de Galilea, y los discípulos estaban en serios apuros peleando con el viento y las olas y avanzando escasamente.

Ya entrada la noche Jesús se puso a rodear el lago por el Norte para llegar al otro lado. Mateo ya nos ha dicho que, cuando Jesús alimentó a la multitud, hizo que se sentaran todos en la *hierba verde*. De ahí deducimos que estarían en primavera. Es muy probable que fuera cerca de la Pascua, que caía a mediados de abril. En ese caso habría luna llena. En la antigüedad la noche se dividía en cuatro *vigilias*: desde las 6 de la tarde hasta las 9; desde las 9 hasta la medianoche; desde la medianoche hasta las 3 de la madrugada, y desde las 3 hasta las 6 de la mañana. Así que, a eso de

las 3 de la madrugada, Jesús, andando por los terrenos elevados al Norte del lago, vio claramente la barca combatida por las olas, y bajó a la orilla a prestar ayuda.

Aquí es donde aparece una dificultad para saber lo que sucedió realmente. En los versículos 25 y 26 leemos dos veces que Jesús iba andando *sobre el mar*, y lo curioso es que en el original las dos frases *en el mar* son diferentes. En el versículo 25 es *epi tén thalassan*, que puede querer decir tanto *por encima del mar* como *hacia el mar*. En el versículo 26 es *epi tés thalassés*, que puede querer decir *sobre el mar*, y que es de hecho la misma frase que se usa en *Juan 21:1* con el sentido incuestionable de *a la orilla del mar* de Tiberíades. Y además, la palabra que se usa para *andando* es en los dos versículos 25 y 26 *peripatein*, que quiere decir *pasearse*.

La verdad es que hay dos interpretaciones perfectamente posibles de este pasaje por lo que se refiere al original. Puede tratarse de un milagro en el que Jesús anduvo sobre el agua; o puede querer decir igualmente que la tempestad había llevado la barca de los discípulos a la orilla septentrional del lago, que Jesús bajó de la colina a ayudarlos porque los había visto a la

luz de la luna luchando con la tempestad, y que vino andando a través de la espuma y las olas hacia la barca, y llegó inesperadamente que se llenaron de miedo porque creían que era un fantasma. Ambas interpretaciones son igualmente y válidas; unos prefieren una, y otros la otra.

Pero, sea cual sea la interpretación que escojamos del original, el sentido está perfectamente claro. *Cuando los discípulos se encontraban en una necesidad perentoria, Jesús acudió en su ayuda.* Cuando el viento les era contrario y la vida es una lucha a muerte, Jesús estaba allí para ayudarlos. Cuando parecía que la situación era irremediable, Jesús estaba allí para ayudar y para salvar.

En la vida tenemos que arrostrar a menudo vientos contrarios. A veces nos encontramos entre la espada y la pared, y la vida es una lucha desesperada con nosotros mismos, con las circunstancias, con las tentaciones, con el dolor y con largas decisiones. En tales casos, nadie tiene que pelear solo, porque Jesús acude a través de las tormentas de la vida con Su brazo; extendido para salvar, y con Su clara y tranquila voz animándonos a tener ánimo y a no tener miedo.

No importa demasiado cómo nos figuremos este incidente; en cualquier caso, es mucho más que la historia de algo que Jesús hizo una vez en una tormenta de la lejana Palestina; es, una señal y un símbolo de lo que Él hace siempre por los Suyos cuando el viento nos es contrario y estamos en peligro de que nos traguen las tormentas de la vida.

COLAPSO Y RECUPERACIÓN

Mateo 14:28-33

Entonces Pedro se dirigió a Jesús diciéndole:

- ¡Señor, si eres Tú de veras, mándame que vaya hacia Ti sobre las aguas!

- ¡Ven! -le contestó Jesús.

Pedro se bajó de la barca e iba andando por el agua hacia Jesús. Pero cuando vio el viento, le dio miedo; y, cuando empezó a hundirse bajo el agua, gritó:

- ¡Señor, sálvame!

Jesús le tendió la mano y le sujetó mientras decía:

- ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué te pusiste a dudar?

Y, cuando los dos se subieron a la barca, amainó el viento; y los que iban en la barca se arrodillaron reverentes ante Jesús, diciendo:

- ¡No cabe duda que Tú eres el Hijo de Dios!

No hay ningún otro pasaje del Nuevo Testamento en el que se nos revele el carácter de Pedro mejor que en este. Nos dice tres cosas acerca de él.

(i) Pedro era propenso a actuar por impulso sin pensar lo que hacía. Era su debilidad el actuar una y otra vez sin darse cuenta de la situación ni calcular el coste. Había de hacer exactamente lo mismo cuando hizo protestas de lealtad a Jesús a toda prueba y hasta la muerte (*Mateo 26:33-35*), negando al poco tiempo que Le conocía. Y sin embargo, hay pecados peores que ese, porque todo el problema de Pedro era que en él mandaba el corazón; y, aunque fallara a veces, siempre tenía el corazón en su sitio, y el instinto de su corazón era amar siempre.

(ii) Como Pedro actuaba por impulso, fallaba a menudo y luego se angustiaba. Jesús siempre insistía en que una persona tiene que considerar todos los contras en cada situación antes de actuar (*Lucas 9:57s; Mateo 16:24s*). Jesús era siempre completamente honesto con las personas: siempre las hacía comprender, antes de que iniciaran la andadura cristiana, lo difícil que era seguirle. Un montón de fracasos cristianos se deben a actuar en un momento de emoción sin contar el precio.

(iii) Pero Pedro nunca falló para no recuperarse, porque siempre, en el peor momento, se aferraba a Cristo. Lo maravilloso es que, cada vez que cayó, se levantó otra vez; y que tiene que haber sido verdad que hasta sus fracasos le acercaron más y más a Jesucristo. Como se ha dicho muy bien, un santo no es uno que no falla nunca, sino uno que se levanta y sigue adelante cada vez que cae. Los fracasos de Pedro sólo le hicieron amar más a Jesucristo.

Estos versículos terminan con otra gran verdad de carácter permanente. Cuando Jesús se subió a la barca, amainó el viento. La gran verdad es que, dondequiera que Jesús está, la tormenta más salvaje se convierte en calma. Olive Wyon, en su libro *Considérale a Él*, cita algo de las cartas de Francisco de Sales. Este se había fijado en una costumbre popular del distrito en que vivía. Había visto a menudo a una criada de una granja sacar agua del pozo, y que, antes de sacar el cubo rebosando, siempre le echaba un trozo de madera. Una vez se dirigió a una chica y le preguntó por qué hacía eso. Ella le miró sorprendida y le contestó, como si fuera algo de cajón: < ¿Que por qué? ¡Para que no se me derrame el agua... para hacer que se esté quieta! » Escribiéndole más tarde a un amigo, el obispo.. le contó esta historia y añadió: «Así que cuando tienes el corazón inquieto y agitado, ¡ponle la Cruz en medio para que se mantenga firme!» En tiempos de tormenta y tensión, la presencia de Jesús y el amor que fluye de la Cruz traen paz, serenidad y calma.

EL MINISTERIO DE CRISTO

Mateo 14:34-36

Quando llegaron al otro lado se dirigieron a la tierra, de Genesaret. Y la gente de aquel lugar, en cuanto le reconocieron, hicieron correr la voz de que había venido Jesús por todo el distrito de alrededor, y se pusieron a traerle a todos los enfermos que tenían, y le suplicaban que les dejara tocar aunque sólo fuera el borde de su manto; y todos los que le tocaban recuperaban la salud.

Este es simplemente uno de los breves pasajes de enlace de Mateo. Son una o dos frases de la narración evangélica que se podrían pasar por alto como de poca importancia; sin embargo es muy revelador de Jesús.

(i) Hay belleza aquí. Tan pronto como Jesús aparecía en algún sitio, la gente se agolpaba y clamaba por Su ayuda; y Él nunca la negaba. Sanaba a todos. No se nos dice aquí que predicara o enseñara; sólo se menciona que sanó. Lo más estupendo de Jesús era que enseñaba a la gente cómo es Dios *mostrándose*. No le *decía* a la gente que Dios se preocupa; se lo *mostraba*. De poco vale predicar el amor de Dios con palabras cuando no se muestra el amor de Dios en acción.

(ii) Pero hay también patetismo aquí. No se puede leer este pasaje sin ver en él que había cientos y miles de personas que querían a Jesús sólo por lo que Le pudieran sacar. Una vez que conseguían la sanidad que buscaban, no estaban realmente interesados en pasar más allá. Siempre ha sido un hecho que hay personas que querían los privilegios del Evangelio sin sus responsabilidades. Siempre ha sido un hecho que muchos de nosotros nos acordamos de Dios sólo cuando Le necesitamos. La ingratitud hacia Dios y hacia Jesucristo es el más feo de los pecados; y no hay pecado del que seamos culpables más frecuentemente y más despreocupadamente.

PUREZA E IMPUREZA LEGAL

Mateo 15:1-9

A eso se Le acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, y Le dijeron:

-¿Por qué Tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros antepasados? La quebrantan al no lavarse las manos antes de comer pan.

-¿Y por qué vosotros quebrantáis también el mandamiento de Dios para seguir vuestra tradición? –les contestó Jesús-. Porque fue Dios Quien dijo: «Honra a tu padre y a tu madre, > y «El que maldiga a su padre o a su madre, que muera,-» pero, con todo, vosotros decís: «El que le diga a su padre o a su madre: "Lo que podría haberte dado de ayuda Se lo he dedicado a Dios como ofrenda, " aunque deje de honrar a su padre y a 'su madre no comete pecado. > Habéis anulado el mandamiento de Dios mediante vuestra tradición. ¡Hipócritas! Bien os describió Isaías en su profecía: «Este pueblo me honra de labios para fuera, pero su corazón no puede estar más lejos de Mí. Es en vano como me reverencian, porque son mandamientos de humana hechura los que enseñan en su doctrina.»

No es demasiado decir que, por muy difícil y oscuro que nos parezca este pasaje, es uno de los más importantes de la narración evangélica, y de constante actualidad para el pueblo de Dios. Representa la colisión frontal entre Jesús y los representantes de la ortodoxia judía. Las frases iniciales ya dejan bien claro que los escribas y fariseos habían venido desde Jerusalén a Galilea para interrogar a Jesús. En esta ocasión no hay por qué suponer que las preguntas fueran malintencionadas. Los escribas y fariseos no estaban tratando de enredar a Jesús astutamente; estaban genuinamente alucinados; y en breve van a sentirse genuinamente ofendidos y escandalizados, porque la importancia fundamental de este pasaje es que no se trata tanto de un enfrentamiento entre Jesús y los fariseos a título personal, sino de mucho más: es la colisión entre dos puntos de vista de la religión y de las demandas de Dios.

Y no había posibilidad de llegar a un compromiso, ni siquiera a una tregua entre esos dos tipos de religión. Era inevitable que uno destruyera «al otro». Aquí pues, insertada en este pasaje, tenemos una de las supremas contenciones religiosas de la Historia. Para entenderla tenemos de tratar de entender el trasfondo de la religión de los escribas y fariseos.

En este pasaje nos, sale al encuentro toda la concepción de *lo limpio o puro y lo inmundo o impuro*. Debemos tener bien claro que esta idea no tiene nada que ver con la limpieza física o, salvo remotamente, con la higiene. Es un asunto exclusivamente ceremonial. El que alguien estuviera limpio quería decir que estaba en un estado que le permitía participar del culto y acercarse a Dios; y estar inmundo era estar en un estado en que le estaban vedados el culto y el acceso a Dios.

Esta impureza se contraía por el contacto con ciertas personas o cosas. Por ejemplo: una mujer estaba impura si tenía una hemorragia, aunque fuera la normal de la menstruación; permanecía impura durante un tiempo establecido después de dar a luz; todos los cuerpos muertos eran inmundos, y tocarlos suponía contraer la inmundicia. Todos los gentiles eran inmundos.

La impureza era transferible. Era, por decirlo así, infecciosa. Por ejemplo: si un ratón tocaba una vasija, esta quedaba inmunda, y a menos que se lavara y purificara ritualmente, todo lo que se pusiera en ella quedaba inmundo. En consecuencia, todos los que tocaran esa vasija o comieran o bebieran algo que había contenido contraían la inmundicia; y a su vez, todo el que tocara a la persona que había quedado inmunda así, también quedaba inmundo.

Esta no es una, idea exclusivamente judía. También se encuentra en otras religiones. Para un indio de alta casta, todos los que no pertenecen a ella son inmundos; si una de esas personas se convierte al Cristianismo, es aún más seriamente inmunda. Pre-manand nos cuenta lo que le sucedió a él: se hizo cristiano, y su familia le expulsó. A veces volvía a ver a su madre, que estaba tras de dolor por lo que consideraba la apostasía de su hijo, pero que le seguía queriendo entrañablemente: Pre-manand cuenta: «Tan pronto como se enteró mi padre de que yo estaba visitando a mi hermano por el día mientras él estaba en, la oficina, ordenó al portero; campesino res Ram Rup que no me permitiera ir a la casa. > Ratn Rup fue persuadido de que éste relajará la vigilancia: «y mi madre

acabó por ganarse al portero Ram Rup, y pude entrar a su presencia. El .prejuicio era tan considerable que hasta los domésticos hindúes de la casa no querían fregar los platos en los que me había puesto comida mi madre. Algunas veces mi tía purificaba el lugar y el asiento en que yo había estado rociándolo con agua del Ganges, o con agua mezclada con estiércol de vaca.» Premanand era inmundo, y todo lo que tocaba se volvía inmundo.

Debemos advertir que no se trataba de nada moral. El contacto con ciertas cosas producía la impureza ritual que excluía de la sociedad humana y de la presencia de Dios. Era como si alguna infección especial formara como un aura en torno a ciertas personas o cosas. Podremos entender esto un poco mejor si recordamos que esta idea no ha muerto totalmente tampoco en la civilización occidental, aunque en ella afecta principalmente al revés. Hay todavía algunos que creen que encontrarse un trébol de cuatro hojas, o una herradura, o un gato negro (que para los ingleses es señal de buena suerte, al contrario que para los españoles) traen buena fortuna.

Así que aquí tenemos una idea que considera la religión como algo que consiste en evitar el contacto con ciertas personas y cosas que se tienen por inmundas; y entonces, si se ha producido ese contacto, en tomar las medidas rituales necesarias para librarse de la impureza contraída. Pero debemos investigar esta cuestión todavía más a fondo.

LOS ALIMENTOS QUE SE INGIEREN

Mateo 15:1-9 (continuación) ,

Las leyes de la pureza y de la impureza tenían un área de aplicación todavía más amplia. Establecían lo que se podía comer y lo que no. Por lo general todas las frutas y las verduras eran limpias. Pero en cuanto a los animales, las leyes eran muy estrictas. Estas leyes se encuentran en *Levítico 11*.

Podemos resumirlas brevemente. Los únicos animales que se podían comer eran los que tienen la puzuña hendida y que rumian. Por eso es por lo que los judíos no pueden comer carne de cerdo, conejo o liebre. Tampoco se puede comer la carne de un animal que haya muerto por causas naturales (*Deuteronomio 14:21*). En todos los casos hay que desangrar totalmente el cuerpo del animal; los judíos ortodoxos todavía no comprar carne nada más que en las carnicerías *koser*, donde se vende carne debidamente sacrificada. La grasa ordinaria que haya sobre la carne se puede comer, pero la que hay en los riñones y el abdomen, lo que llamamos sebo, no se puede comer. En cuanto a los animales marinos, solo se pueden comer los que tienen escamas y aletas. Esto excluye todos los mariscos, como las gambas o los cangrejos, que son inmundos. Todos los insectos son inmundos, con la sola excepción de las langostas. En el caso de los animales terrestres y los peces hay una prueba estándar, como hemos visto, para determinar los que se pueden comer y los que no; pero en el caso de las aves no hay una regla general, así es que se da la lista de las inmundas, que están prohibidas (*Levítico 11:13-21*).

Hay ciertas razones identificables para todo esto.

(i) La prohibición de tocar cadáveres, o de comer la carne de un animal que hubiera muerto por causas naturales puede que tuviera que ver con la creencia en los espíritus malos o inmundos. Sería fácil figurarse que un demonio había hecho su residencia en tal cuerpo para así conseguir introducirse en el cuerpo del que lo comiera.

(ii) Algunos animales eran sagrados en otras religiones; por ejemplo: el gato y el cocodrilo eran sagrados en Egipto, y sería muy natural para los judíos considerar inmundo cualquier animal que otra nación adoraba. En tal caso el animal sería una especie de ídolo, y por tanto peligrosamente inmundo.

(iii) Como indica el doctor Randle Short en su utilísimo libro *La Biblia y la medicina moderna*, algunas de las reglas eran de hecho sabias desde la óptica de la salud y de la higiene. El Dr. Short escribe: «Cierto que comemos cerdo, conejo y liebre; pero esos animales son propensos a infecciones parasitarias, y son inocuos solo si están bien cocinados. El cerdo come cosas inmundas, y puede albergar dos gusanos, la triquina y la tenia o solitaria, que pueden contagiarse al ser humano. El peligro es mínimo en los países civilizados, pero tiene que haber sido muy grave en la antigua Palestina, por lo que era mejor evitar esas carnes.» La prohibición de comer carne en la que quedara algo de sangre procede del hecho de que la sangre era la vida para el pensamiento judío. Esta es una idea muy natural, porque, cuando un animal se desangra, se le va también la vida. Y la vida pertenece a Dios, y solo a Él. La misma idea explica la prohibición de comer sebo: porque es la parte más rica de un cuerpo muerto, y debe ofrecerse a Dios en sacrificio. En algunos casos, escasos, el sentido común subyacía bajo las prohibiciones y las leyes alimentarias.

(iv) Queda un gran número de casos en los que las cosas y los animales eran inmundos sencillamente porque lo eran, sin más razón aparente. Los tabúes son inexplicables casi siempre; son muchas veces supersticiones por las que ciertos seres vivos se relacionaron con la buena o con la mala fortuna, con la limpieza o con la inmundicia.

Estas cosas no tendrían gran importancia en sí mismas si no fuera porque, desgraciadamente, habían llegado a ser cuestiones de vida o muerte para los escribas y fariseos. Para ellos servir a Dios, ser religiosos, era observar estas buenas leyes. Veremos el resultado si expresamos este asunto de la siguiente manera: Para la mentalidad de los fariseos, la prohibición de comer carne de conejo o de cerdo era un mandamiento de Dios tan importante como no cometer adulterio; por tanto, era un pecado tan serio comer cerdo o conejo como seducir a una mujer y practicar una relación sexual ilegal. La religión se había mezclado con toda clase de reglas y normas externas; y, como es mucho más fácil observar éstas y acechar a los que no las cumplen, estas reglas y normas *habían llegado a ser* la verdadera religión de los judíos ortodoxos.

MANERAS DE PURIFICAR

Mateo 15:1-9 (continuación)

Ahora entramos en el impacto concreto de todo esto en el pasaje que estamos estudiando. Estaba claro que era imposible evitar toda clase de impureza ceremonial. Una persona podría evitar cosas impuras; pero, ¿cómo podría saber cuando rozaba en la calle a otro que estaba impuro? Además, esto se complicaba por el hecho de que había gentiles en Palestina, y hasta el polvo que pisara el pie de un gentil era impuro.

Para combatir la impureza se desarrolló un complicado sistema de abluciones cada vez más elaboradas. Al principio se tenía el lavamiento de manos al levantarse por la mañana. Luego se desarrolló un sistema elaborado de abluciones que tenían que hacer los sacerdotes en el templo antes de comer la parte del sacrificio que les correspondía por oficio. Más tarde, estas complicadas abluciones se las exigían los más estrictos judíos ortodoxos a sí mismos, y también a todos los que pretendieran ser verdaderamente religiosos.

Edersheim, en *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*, describe las más elaboradas de esas abluciones. Las jarras de agua se tenían preparadas para su uso antes de las comidas. La cantidad mínima de agua que se debía usar era la cuarta parte de un log, que se definía como la cantidad de agua necesaria para llenar una cáscara de huevo y media. El agua se derramaba primero sobre las dos manos manteniendo las puntas de los dedos hacia arriba, y tenía que correr hasta la muñeca, desde donde ya se vertía, porque para entonces ya era impura por haber tocado las manos impuras, y si volvía a pasar otra vez por los dedos los contaminaría. El proceso se repetía con las manos en la posición contraria, con las puntas de los dedos hacia abajo; y luego, ya por último, se limpiaba cada

mano restregándola con el puño cerrado de la otra. Un judío verdaderamente estricto hacía todo esto, no sólo antes de cada comida, sino también entre cada dos platos.

La pregunta que Le hicieron a Jesús los dirigentes de los judíos ortodoxos era: « ¿Por qué Tus discípulos no cumplen las abluciones que establece nuestra tradición?»

Hablaban de *las tradiciones de los ancianos*. Para los judíos, la Ley tenía dos secciones. Estaba *la Ley escrita*, que estaba en la Sagrada Escritura; y estaba *la ley oral*, que incluía las deducciones, tales como los lavamientos de manos, que los escribas y los expertos habían desarrollado a través de muchas generaciones; y todas estas elaboraciones eran la tradición de los ancianos, y se consideraban tan obligatorias, si no más, como la Ley escrita. De nuevo debemos detenernos a recordar el punto principal: para los judíos ortodoxos todas estas ceremonias rituales eran *la religión*; era eso, ellos creían, lo que Dios demandaba. Hacer estas cosas era agradar a Dios y ser buenas personas. Para decirlo de otra manera: Todo este asunto de las abluciones rituales se consideraba tan importante y tan vinculante como los Diez Mandamientos. Identificaban la religión con un montón de reglas externas. Era tan importante lavarse las manos de una cierta manera como obedecer el mandamiento: « No codiciarás.»

QUEBRANTAR LA LEY DE DIOS PARA CUMPLIR LAS LEYES HUMANAS

Mateo 15:1-9 (conclusión)

Jesús no contestó directamente la pregunta de los fariseos. Lo que hizo fue tomar un ejemplo del funcionamiento de la ley oral y ceremonial para mostrar que su observancia, lejos de ser obediencia a la Ley de Dios, podía convertirse en la contradicción de esa Ley.

Jesús dice que la Ley de-Dios establece que una persona tiene que honrar a su padre y a su madre; y de ahí pasa a decir que si uno dice: «Es un don,» queda libre de la obligación de honrar a su padre y a su madre. Si miramos el pasaje paralelo de *Marcos* vemos que la frase característica era: « *Es korbán.*» ¿Qué quiere decir para nosotros este oscuro pasaje? De hecho puede tener dos sentidos, porque *korbán* tiene dos sentidos.

(i) *Korbán* puede querer decir lo que se le ha consagrado a Dios. Ahora bien: supongamos que uno tiene un padre o una madre en pobreza y en necesidad, y supongamos que acuden a él con una petición de ayuda. Había una manera «legal» de evitar dársela. Podía dedicar todo su dinero y sus posesiones a Dios y al templo; sus propiedades serían entonces *korbán*, dedicadas a Dios; entonces le podía decir a su padre o a su madre: « Lo siento, no te puedo dar nada; todas mis posesiones están consagradas a Dios.» Podía usar una práctica ritual para evadir la obligación fundamental de ayudar y honrar a su padre y a su madre. Podía usar una ley de los escribas para borrar uno de los Diez Mandamientos.

(ii) Pero *korbán* tenía otro sentido, que es posible que sea el que tenga aquí. *Korbán* se usaba como fórmula de juramento o compromiso formal. Uno podía decirle a su padre o a su madre: « ¡Korbán si algo de lo que yo tengo lo usara alguna vez para ayudarte!» Supongamos que más tarde a esa persona le remuerde la conciencia; supongamos que ha negado la ayuda en un momento de mal genio o de irritación; supongamos que cambia de actitud y se da cuenta de que, después de todo, tiene obligación de ayudar a sus padres. En tal caso, cualquier persona razonable diría que el hombre se había arrepentido genuinamente, y que su cambio de actitud era una buena cosa; y que, puesto que en última instancia estaba dispuesto a hacer lo que debía y obedecer la Ley de Dios, habría que animársele a que lo hiciera. Un escriba estricto diría: « ¡No! Nuestra ley dice que no se debe incumplir ningún juramento.» Citaría *Números 30:2*: «Cuando alguien haga un voto al Señor, o haga un juramento ligando su alma con alguna obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca.» El escriba razonaría jurídicamente: «Has hecho un juramento, y no

puedes incumplirlo de ninguna manera.» Es decir: el escriba comprometería al hombre a cumplir un juramento impropio, dado en un momento de pasión, y que obligaba, a quebrantar la Ley suprema de la humanidad y de Dios.

Eso es lo que Jesús quería decir: «Estáis usando vuestras propias interpretaciones y vuestras tradiciones para impulsar a las personas a deshonorar a su padre y a su madre aun cuando ellas mismas se habían arrepentido y habían decidido cumplir la ley de Dios.»

Lo extraño y trágico era que los escribas y fariseos de aquel tiempo iban en contra de lo que habían enseñado los grandes rabinos del pasado. Rabí Eliezer había dicho: «La puerta *está* abierta para un hombre por causa de su padre y de su madre;» con lo cual quería decir que si un hombre había hecho *un* juramento que faltaba al honor debido a su padre y a su madre, y se había arrepentido tenía la puerta abierta para cambiar de sentido y seguir un curso diferente aun cuando hubiera hecho un juramento. Como a menudo, Jesús no estaba presentándoles una verdad desconocida, sino recordándoles lo que Dios ya les había dicho, que habían sabido y olvidado porque preferían sus propias ingeniosidades a las grandes sencilleces de la Ley de Dios.

Aquí tenemos el choque y la colisión; aquí está el enfrentamiento entre *dos* clases de religión y dos clases de adoración. Para los escribas y fariseos la religión era la observancia de ciertas reglas y normas y ritos externos tales como la manera correcta de lavarse las manos antes de comer; era la estricta observancia de un enfoque legalístico de toda la vida. Para Jesús la religión era algo que tiene su asiento en el corazón; algo que se manifestaba en la compasión y en la amabilidad, que están por encima y más allá del legalismo.

Una de las mejores definiciones de la adoración que se hayan propuesto nunca fue la de William Temple: «Adorar a Dios, darle culto; es avivar la conciencia con la santidad de Dios, alimentar la mente con la verdad de Dios, purificar la imaginación con la belleza de Dios, abrir el corazón al amor de Dios, consagrar la voluntad al propósito de Dios.» Debemos tener cuidado, no sea que nos escandalice la aparente ceguera de los escribas y fariseos y su insistencia en las ceremonias exteriores, y al mismo tiempo seamos culpables de la misma falta a nuestra manera. La religión *no* se puede basar nunca en las ceremonias y en el ritual, sino siempre en la relación personal entre la persona y Dios.

EL BIEN Y EL MAL VERDADEROS

Mateo 15:10-20

Jesús indicó a la gente que se Le acercara, se puso a decirles:

-Escuchad bien para enteraros: No es lo que entra por la boca lo que contamina a una persona, sino lo que sale por la boca: eso es lo que contamina a una persona.

Entonces Sus discípulos se Le acercaron y Le dijeron:

-¿Sabes que cuando los fariseos oyeron lo que decías se dieron por ofendidos?

Jesús les contestó:

-Todas las plantas que no plantó Mi Padre celestial serán arrancadas. ¡Dejadlos! Son ciegos guías de ciegos. Si un ciego se pone a guiar a otro, los dos acabarán por caerse en alguna zanja.

Pedro Le preguntó a Jesús:

Dinos lo que quiere decir esa historia negra. Y Jesús les contestó:

-¿Es que vosotros tampoco os enteráis todavía? ¿No sabéis que todo lo que entra por la boca pasa al estómago y acaba en el retrete? Pero lo que sale por la boca es lo que procede del corazón, y eso es lo que contamina a la persona. Porque es del corazón de donde salen los malos pensamientos, las obras asesinas, el adulterio, el robo, el falso testimonio, la calumnia.

Esas son las cosas que contaminan la persona. El comer con las manos sin lavar no contamina a nadie.

Bien se podría decir que para un judío esto era lo más escandaloso que Jesús dijo nunca. Porque en estas palabras Jesús no sólo condena la religión ritualista y ceremoniosa de los escribas y fariseos, sino que llega a borrar pasajes enteros del libro de *Levítico*. Aquí no se limita a contradecir la tradición de los ancianos, sino hasta la misma Escritura. Este dicho de Jesús cancela todas las leyes alimentarias del Antiguo Testamento. Posiblemente tales leyes podrían seguir existiendo como cuestiones de salud e higiene y sentido común y medicina general; pero no podrían seguir existiendo más como cuestiones de religión: De una vez para siempre, Jesús establece que lo que importa no son las observaciones rituales de una persona; sino el estado de su corazón:

No es extraño que los escribas y fariseos se escandalizaran. Jesús les quitó de debajo de los pies el terreno en que se basaba su religión. La afirmación de Jesús era más que alarmante: era revolucionaria. Si Jesús tenía razón, toda la religión de ellos estaba equivocada. Identificaban la religión y el hacer la voluntad de Dios con la observancia de leyes y normas acerca de la pureza y la impureza; con lo que se podía comer y lo que no, y con cómo se lavaban las manos antes de las comidas; y Jesús identificaba la religión con el estado del corazón, y decía abiertamente que aquellas reglas de los fariseos y los escribas no tenían nada que ver con la religión. Jesús dijo que los fariseos eran ciegos guías, que no tenían ni la menor idea del camino hacia Dios, y que, si la gente los seguía, lo único que se podía esperar era que se salieran de la carretera y se cayeran en la cuneta. Y Jesús tenía toda la razón.

(i) Si la religión consiste en reglas externas y su cumplimiento, es dos cosas. Es *demasiado fácil*. Es muchísimo más fácil abstenerse de ciertos alimentos y lavarse las manos de una cierta manera que amar lo inamable y lo desamable, y que ayudar a los necesitados a costa del tiempo y del dinero y de la comodidad y del gusto de uno mismo.

Todavía no hemos aprendido del todo esta lección. El asistir regularmente a la iglesia, echar generosamente en la colecta, ser miembro de un círculo de estudio bíblico son todo cosas externas. Son medios que conducen a la religión, pero no son la religión. Nunca nos podremos recordar a nosotros mismos suficientemente que la religión consiste en una relación personal y en una actitud hacia Dios y nuestros semejantes.

Además, si la religión consistiera en el cumplimiento de normas eternas, sería *engañosa*. Muchos tienen una vida intachable en cuanto a lo exterior, pero tienen amargura y los peores pensamientos en su interior. La enseñanza de Jesús es que todas las observancias externas del mundo no pueden expiar la amargura y el orgullo y la codicia que dominan el corazón.

(ii) La enseñanza de Jesús es que lo que más importa de una persona es el corazón. < Bienaventurados los limpios de corazón, porque serán los que vean a Dios» (*Mateo 5:88*). Lo que importa en relación con Dios es no es tanto *cómo* actuamos *como por qué* actuamos; no tanto lo *que hacemos* sino lo *que querríamos hacer en lo íntimo de nuestro corazón*. < El hombre -decía Tomás de Aquino- mira la acción, pero Dios mira la intención.»

La enseñanza de Jesús ---que nos condena a cada uno de nosotros- es que ninguno se puede considerar bueno porque cumpla las reglas y normas externas, sino sólo cuando su corazón sea limpio. Ese mismo hecho le pone fin al orgullo; y la razón por la que cala uno de nosotros lo único que puede decir es < Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.»

LA FE PROBADA Y CONFIRMADA

Mateo 15:21-28

Cuando Jesús se marchó de allí, Se retiró a los distritos de Tiro y de Sidón. Y fijaos: Una mujer cananita de aquella región se dirigió a Él gritándole:

-¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David! Hay un demonio que no hace más que atormentar a mi hija.

Pero Jesús no le contestó nada, y Sus discípulos se dirigieron a Él y Le pidieron:

Despídela, pues viene detrás de nosotros chillando.

Entonces Jesús le dijo a la mujer:

-Yo no he sido enviado nada más que a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

Pero ella se Le acercó más y se puso de rodillas delante de Él suplicándole:

-¡Señor, ayúdame!

-No está bien -le contestó Jesús- quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perrillos.

Es verdad, Señor -Le contestó ella-; pero también los perrillos comen las migas que caen de la mesa de los señores.

A eso le contestó Jesús:

-¡Cuánta fe tienes, mujer! Que se te conceda lo que quieres.

Y la hija de la mujer recobró la salud en aquel mismo momento.

Este pasaje tiene unas implicaciones tremendas. Aparte de todo lo demás, describe la única ocasión en que Jesús salió del territorio judío. La significación suprema del pasaje está en que preannuncia la salida del Evangelio a todo el mundo; nos muestra el principio del fin de todas las barreras.

Para Jesús- este era un tiempo de retirada deliberada. El fin se aproximaba, y Él quería estar un poco tranquilo para prepararse para el final. No era tanto que quisiera prepararse El mismo, aunque sin duda eso también lo tendría en mente, sino más bien quería disponer de algún tiempo para preparar a Sus discípulos para el día de la Cruz. Había cosas que tenía que decirles, y que tenía que hacerles entender.

No había ningún lugar en Palestina donde pudiera estar seguro de que Le dejaran tranquilo; dondequiera que iba, Le encontraba la gente. Así es que se fue al extremo Norte de Galilea, y de allí pasó a la tierra de Tiro y de Sidón donde vivían los fenicios. Allí, por lo menos por algún tiempo, estaría a salvo de la maligna hostilidad de los escribas y fariseos, y de la peligrosa popularidad de la gente, porque ningún judío se atrevería a seguirle a territorio gentil.

Este pasaje nos presenta a Jesús buscando un tiempo de tranquilidad antes de la conflagración del final. Esto no es una evasión en ningún sentido, sino la preparación que hizo Jesús de Sí mismo y de Sus discípulos para la batalla final y definitiva que habría de producirse muy pronto.

Pero hasta en esas regiones extranjeras Jesús no se vería libre de las demandas clamorosas de la necesidad humana. Allí estaba una mujer que tenía una hija gravemente asediada. Tiene que haber oído algo de las obras maravillosas que realizaba Jesús, y se puso a seguirle clamando desesperadamente por ayuda. Al principio parece que Jesús no le hace ningún caso. Los discípulos se sentían incómodos, y Le dijeron: «Dale ya lo que sea, para que nos deje en paz.» La reacción de los discípulos no era de compasión precisamente, sino todo lo contrario: aquella mujer les resultaba molesta, y lo que querían era librarse de ella lo más pronto posible. Conceder una petición para librarse del solicitante que es, o puede llegar a ser, una molestia para uno es una reacción de lo más corriente; pero es muy diferente de la respuesta de la piedad, la compasión y el amor cristianos.

Pero para Jesús aquello no era un problema. No podemos poner en duda que Se sintió movido a misericordia hacia aquella mujer. Pero era una gentil. Y no sólo eso: pertenecía al pueblo cananeo antiguo, que eran los enemigos ancestrales de los judíos de los que son probablemente descendientes los actuales palestinos. Todavía en aquel tiempo, o no mucho después, Escribía Josefo: < Entre los filisteos, los que más rabia nos tienen son los brios. » Ya hemos visto que, si Jesús había de hacer algún efecto, tenía que limitar Su campo de acción y sus objetivos como sabio

estratega. Tenía que empezar por los judíos; y aquí estaba una gentil clamando por misericordia. Jesús no podía hacer más que una cosa: tenía que despertar la verdadera fe en el corazón de aquella mujer.

Así es que Jesús se volvió hacia la mujer, y le dijo: «No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perrillos.» Comparar a una persona con un perro siempre ha sido, especialmente entre los semitas, uno de los peores insultos. Los judíos hablaban con insolencia arrogante de «los perros gentiles,» «perros infieles» y más tarde «perros cristianos.» En aquellos días los perros eran carroñeros inmundos por las calles -escuálidos, salvajes, a menudo enfermos. Pero tenemos que recordar dos cosas.

Muchas veces todo depende del tono y el gesto con que se diga una cosa. Algo que parecería brutal se puede decir con una sonrisa y una palmadita cariñosa. Esto lo sabemos muy bien los españoles y los hispanos, que a menudo usamos los peores insultos como elogios, dependiendo naturalmente del contexto y del tono: « ¡Anda, que eres un...! » Podemos estar absolutamente seguros de que la sonrisa en el rostro de Jesús y la compasión en Sus labios y ojos despojaban la comparación de todo sentido ofensivo.

Y también, que Él usó la terrible palabra en diminutivo, no *perros*, sino *perrillos* (*kynaria*), que no eran los perros callejeros sino los animales de comía que vivían en las casas, muy diferentes de los perros parias que andaban por las calles y escarbaban las basuras en busca de comida.

La mujer sería griega de cultura, y por tanto rápida de ingenio para captar la diferencia y la oportunidad. « Es verdad Señor –Le contestó ella-; pero también los perrillos saca algo de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Y los ojos se Le iluminaron de gozo a Jesús ante una fe tan indómita, y concedió la demanda, la bendición y la sanidad que ella tanto deseaba.

LA FE QUE OBTUVO LA BENDICIÓN

Mateo 15:21-28 (conclusión)

Hay algunas cosas en esta mujer en las que debemos fijarnos. (i) Lo primero y principal es que tenía *amor*. Como Bengel dijo de ella: «Hacía suya la miseria de su hija.» Puede que fuera pagana, pero tenía en el corazón ese amor hacia su hija que es siempre el reflejo del amor de Dios hacia Sus hijos. Fue el amor lo que la impulsó a salirle al encuentro a aquel Extranjero; fue el amor lo que la hizo aceptar Su silencio y sin embargo seguir suplicando; fue el amor lo que le hizo encajar el aparentemente duro rechazo; fue el amor lo que le hizo ver la compasión por debajo y por detrás de las palabras de Jesús. La fuerza motriz del corazón de esta mujer era el amor; y no hay nada más fuerte ni más cerca de Dios que esa misma cosa.

(ii) Esta mujer tenía *fe*. (a) Una *fe que creció* en el contacto con Jesús. Empezó llamándole *Hijo de David*; ese era un título popular y hasta político. Se Le aplicaba a Jesús como el gran y poderoso Obrador de maravillas, pero todavía sólo en términos de poder y de gloria *terrenales*. Llegó pidiendo una merced a Uno al Que tomaba por el *Hombre* más grande y poderoso. Llegó con una especie de superstición, como si acudiera a cualquier mago. Acabó llamando a Jesús *Señor*.

Jesús, por así decirlo, la obligó a mirarle a Él, y en Él descubrió algo que no se podía expresar en términos terrenales, porque no era nada menos que divino. Eso era precisamente lo que Jesús quería despertar en ella antes de concederle su petición. Quería que viera que *la súplica dirigida a un gran hombre* tiene que transformarse en *una oración al Dios viviente*. Podemos ver crecer la fe de esta mujer al encontrarse cara a cara con Cristo hasta el punto de verle, aunque como a través de la niebla, como El Que Es.

(b) Era una fe que *adoraba*. Empezó por seguirle, pero acabó de rodillas delante de El; empezó dirigiéndole una petición, pero acabó hablándole en oración. Siempre que venimos a Cristo,

debemos empezar por adorar Su Majestad, y sólo entonces podremos presentarle nuestra necesidad.

(iii) La mujer tenía *una perseverancia indómita*. Era impermeable al desaliento. Muchas personas, ha dicho alguien, acuden a la oración porque no quieren dejar de probarlo todo. No creen realmente en la oración; pero no descartan la posibilidad de que sirva para algo. Pero esta mujer vino a Jesús, no como a alguien que a 1o mejor la ayudaba, sino como a su única esperanza. Vino con una esperanza apasionada, con un sentimiento de necesidad que clamaba al Cielo y con una determinación de no dejarse desanimar. Tenía la única cualidad que es supremamente eficaz en la oración: *iba tremendamente en serio*. La oración no era para ella una fórmula ritual, sino su manera de derramar delante de Dios el apasionado deseo de su alma, que de alguna manera pensaba que no podía -ni debía, ni tenía por qué- aceptar una respuesta negativa.

(iv) Esta mujer tenía *el don del optimismo*. Estaba rodeada de problemas; tomaba las cosas apasionadamente en serio; y sin embargo sabía sonreír. Tenía un corazón soleado. Dios ama los corazones alegres, la fe en cuyos ojos brilla siempre la luz de la esperanza, la fe con una sonrisa que puede disipar las sombras.

Esta mujer vino a Cristo con un amor gallardo y audaz, con una fe que siguió creciendo hasta arrodillarse adorante a los pies de lo Divino, con una perseverancia indómita que brotaba de una esperanza irrenunciable, con una alegría que disipaba el desaliento. Esa es la manera de acudir que no puede por menos de encontrar la respuesta a sus oraciones.

EL PAN DE LA VIDA

Mateo 15:29-39

Jesús se fue de allí al Mar de Galilea, Se subió a un cerro y Se sentó allí; pero se Le acercó un gran gentío trayendo a cojos, ciegos, sordos y mancos, y Se los dejaron a Sus pies; y El los puso buenos, de manera que toda la gente estaba maravillada oyendo hablar a los mudos, y viendo recuperados a los mancos, y andando a los cojos, y a los ciegos viendo; y alababan al Dios de Israel.

Jesús llamó a Sus discípulos, y les dijo:

-Me da mucha pena de esta gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen nada que comer. No los quiero despedir hambrientos, no sea que se desmayen por el camino.

Entonces los discípulos Le respondieron:

-¿De dónde podríamos sacar panes bastantes en un descampado como este para que comiera tanta gente?

Jesús les preguntó:

-¿Cuántos panes tenéis?

Ellos Le respondieron:

-Siete, y unos pocos pescaditos.

A continuación Jesús mandó a la gente que se sentara en el suelo, tomó los siete panes y los pescados, y después de dar gracias a Dios los partió en trozos y se los dio a Sus discípulos para que se los repartieran a la gente, y todos comieron todo lo que quisieron. Y recogieron los trozos que quedaron, siete canastas llenas. Los que habían comido sumaban cuatro mil hombres, aparte de las mujeres y los chicos.

Después de despedir a la gente Jesús Se subió a la barca y Se dirigió al distrito de Magdala.

Ya hemos visto que cuando Jesús Se dirigió al distrito de las ciudades fenicias iniciaba un período de retirada consciente para prepararse y para preparar a Sus discípulos para los próximos días, que ya estaban próximos. Una de las dificultades que, encontramos en los evangelios es que no nos dan ninguna indicación en cuando a las fechas, que tenemos que deducir a base de sugerencias que encontramos en la narración. Cuando lo hacemos, descubrimos que el tiempo que Jesús Se retiró con Sus discípulos fue mucho más largo de lo que habríamos supuesto leyendo superficialmente la historia.

Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil (*Mateo 14:15-21; Marcos 6:31-44*), era primavera, porque en ninguna otra estación había hierba verde en aquella tierra tan calurosa (*Mateo 14:19; Marcos 6:39*). Después de Sus discusiones con los escribas y fariseos, Jesús se retiró a las regiones de Tiro y de Sidón (*Marcos 7: 24; Mateo 15:21*). Eso ya no era en sí un viaje corto, sobre todo si se hacía a pie.

Para la siguiente referencia al tiempo y lugar tenemos que pasar a *Marcos 7:31*: < Entonces volvió de la región de Tiro, pasando por Sidón, al Mar de Galilea, por toda la Decápolis. » Esa era una ruta de lo más extraña: Sidón está *al Norte* de Tiro, el Mar de Galilea *al Sur*, y Decápolis, la confederación de las diez ciudades griegas, *al Este* del Mar de Galilea. Es decir: que Jesús se dirigió *al Norte* para acabar yendo *al Sur*. Para ir de un lado a otro de la base de un triángulo pasó por el vértice. Es como si fuera de Valencia a Madrid pasando por Zaragoza, o de Buenos Aires a San Rafael pasando por Santiago del Estero. Está claro que Jesús alargó intencionadamente el viaje para pasar todo el tiempo posible con Sus discípulos antes de dirigirse por última vez a Jerusalén.

Por último Se encontró en Decápolis donde, como sabemos por Marcos, tuvo lugar este incidente (*Marcos 7: 31*). Aquí tenemos la **siguiente indicación**. En esta ocasión, cuando dijo a la gente que se sentara, se sentaron en el suelo (*epi tén guén*), en la tierra; para entonces ya era verano, y la hierba estaba agostada,;dejando la tierra reseca.

Es decir: este viaje por el Norte Le llevó a Jesús *casi seis meses*. No sabemos nada de lo que sucedió en esos seis meses; pero podemos estar seguros de que serían los seis meses más importantes de la vida de los discípulos, porque fue entonces cuando Jesús Se dedicó a enseñarles y prepararlos y abrirles la mente a la verdad. Vale la pena recordar que los discípulos pasaron seis meses retirados del mundanal ruido con Jesús antes que llegara la prueba final.

Muchos investigadores creen que la alimentación de los cinco mil y la de los cuatro mil son versiones diferentes del mismo incidente; pero no hay tal. Como ya hemos visto, la fecha es diferente: el primero tuvo lugar en la primavera, y el segundo al final del verano. La gente y el lugar son diferentes. La alimentación de los cuatro mil tuvo lugar en Decápolis. *Decápolis* quiere decir literalmente *diez ciudades*, y Decápolis era una cierta federación de diez ciudades griegas independientes. En esta ocasión habría muchos gentiles presentes, tal vez más que judíos. Ese hecho explica la curiosa frase del versículo 31: «Y alababan *al Dios de Israel*. » Para la multitud gentil esta fue una demostración del poder del Dios de Israel. Hay otro curioso detalle que muestra la diferencia: En la alimentación de los cinco mil, las cestas que se usaron para recoger los trozos sobrantes se llaman *kofinoi*; y en la de los cuatro mil, *sfyrides*. El *kofinos* tenía un cuello estrecho, como un cantarillo, que los judíos usaban siempre para llevar su propia comida y no verse obligados a comer cosas que hubieran tocado los gentiles y que fueran, por tanto, inmundas. El *sfyris* se parecía más bien al cesto o canasta; podía llegar a ser tan grande como para llevar a una persona, y lo usaban más bien los gentiles.

Lo maravilloso de esta historia es que en estas sanidades y en esta alimentación de los hambrientos vemos la misericordia y la compasión de Jesús alcanzando a los gentiles. Aquí tenemos un símbolo y adelanto de que el Pan de Dios no sería sólo para los judíos, sino para todo el mundo; que los gentiles también participarían del Que es el Pan de la Vida.

LA GRACIA DE JESÚS

Mateo 15:29-39 (conclusión)

En este pasaje vemos desplegada ampliamente la gracia y la amabilidad de Jesucristo. Le vemos mitigando toda clase de necesidades humanas.

(i) Le vemos curando la *incapacidad* física. Pusieron a Sus pies a cojos, mancos, ciegos y sordos, y Él los curó. Jesús está infinitamente preocupado por el sufrimiento corporal que hay en el mundo; y los que devuelven la sanidad y la salud siguen haciendo la obra de Jesucristo.

(ii) Le vemos preocupado por los *cansados*. La gente estaba cansada, y Él quería fortalecerles los pies para un camino largo y duro. Jesús está infinitamente preocupado por los viandantes del mundo, por los trabajadores del mundo, por todos los que tienen la vista y las manos cansadas.

(iü) Le vemos alimentando a los *hambrientos*. Le vemos dándolo todo para aliviar el hambre y la necesidad físicas. Jesús está infinitamente preocupado por los cuerpos de los seres humanos, lo mismo que por sus almas.

Aquí vemos el poder y la compasión de Dios salir al encuentro de las muchas necesidades que tiene la condición humana.

Al comentar este pasaje Edersheim expone una idea preciosa: señala que Jesús, en tres etapas sucesivas de Su ministerio, acabó cada una de ellas sirviéndole de comer a Su pueblo. La primera, cuando dio de comer a los cinco mil, tuvo lugar al final de Su ministerio en Galilea, porque Jesús ya no volvería a enseñar y a predicar y a sanar allí. La segunda, cuando dio de comer a los cuatro mil, al final de Su breve ministerio entre los gentiles fuera de las fronteras de Palestina -primero en los distritos de Tiro y de Sidón, y luego en la Decápolis. La tercera y última, la última Cena en Jerusalén, cuando Jesús llegó al final de Sus días en la carne.

CIEGOS A LAS SEÑALES

Mateo 16:1-4

Los fariseos y los saduceos se Le acercaron a Jesús para tentarle, y Le pidieron que les diera una señal del Cielo. Jesús les contestó:

-Cuando está anocheciendo decís: < Hará buen tiempo, porque los cielos están rojos. » Y de madrugada decís: < Hoy habrá tormenta, porque los cielos están rojos y nubosos.» Sabéis interpretar el aspecto de los cielos, ¿y no sabéis distinguir las señales de los tiempos?

Esta generación malvada y apóstata anda buscando una señal; pero no se le dará más señal que la de Jonás.

Y los dejó, y Se marchó.

La hostilidad, como la necesidad, se asocia con lo que sea. Es de lo más extraño el descubrir una coalición de fariseos y saduceos. Representaban creencias y políticas que eran diametralmente opuestas. Los fariseos vivían pendientes de los detallitos más insignificantes de la ley oral de los escribas; los saduceos rechazaban totalmente esa ley, y no reconocían más autoridad que la ley escrita en el Antiguo Testamento como su única norma de fe y de conducta. (Mal comparado, en este aspecto sus posturas nos hacen pensar en las diferencias entre católicos y protestantes.) Los fariseos creían en los ángeles y en la resurrección del cuerpo y los saduceos no, cosa que aprovechó Pablo cuando se presentó a juicio ante el sanedrín (*Hechos 23:6-10*). Y -en este caso lo más importante- los fariseos no eran un partido político y estaban dispuestos a vivir bajo cualquier gobierno que les permitiera vivir conforme a sus principios religiosos, mientras que los saduceos eran los aristócratas ricos que estaban dispuestos a someterse y a colaborar con el gobierno romano

para conservar su posición y sus privilegios. Además, los fariseos esperaban y anhelaban la venida del Mesías, mientras que los saduceos no creían en esas cosas. Habría sido punto menos que imposible encontrar dos sectas o partidos más diferentes; y sin embargo se unieron en el deseo hediondo de eliminar a Jesús. Todos los errores tienen esto en común: el ser hostiles a Jesucristo.

Lo que pedían los fariseos y los saduceos era una señal. Como ya hemos visto, los judíos esperaban que un profeta o un mensajero de Dios acreditaran su misión con alguna señal extraordinaria (*Mateo 12:38-40*). Jesús les dice en Su respuesta que la señal ya está presente para los que tienen ojos para ver. Eran expertos en el pronóstico del tiempo. Sabían muy bien lo que dicen los del campo: < El cielo rojo por la noche es señal de bonanza, y por la mañana de destemplanza. » Sabían muy bien que los cielos rojos por la tarde presagian tiempo agradable, mientras que los cielos rojos al romper el día advierten que se acerca la tormenta. Pero estaban ciegos a las señales de los tiempos.

Jesús les dijo que la única señal que se les daría sería *la señal de Jonás*. Ya hemos visto lo que era la señal de Jonás (*Mateo 12:38-40*). Jonás fue el profeta que logró que se convirtieran los habitantes de Nínive y los hizo volver de sus malos caminos al de Dios. Ahora bien: la señal que hizo que se convirtieran los habitantes de Nínive no fue el hecho de que se le tragara un gran monstruo marino. De eso no sabían nada, y Jonás no lo usó nunca para demostrar la autenticidad de su ministerio. La señal de Jonás fue *Jonás mismo, y el mensaje que daba de parte de Dios*. Fue el que surgiera un profeta y el mensaje que traía lo que cambió la vida del pueblo de Nínive.

Así que lo que estaba diciendo Jesús era que la señal de Dios era *el mismo Jesús y Su mensaje*. Es como si les dijera: < En Mi Persona os encontráis cara a cara con Dios y con Su verdad. ¿Qué más podéis necesitar? Pero sois tan ciegos que no lo podéis ver. » Aquí hay una gran verdad, y también una seria advertencia. Jesucristo---es la última Palabra de Dios. La revelación de Dios no puede llegar más allá. Aquí tenemos a Dios haciéndose visible para todo el mundo. Aquí está el mensaje de Dios para todos los que lo quieran oír. Aquí está la señal que Dios da a la humanidad. Aquí tenemos la seria advertencia de que, si Cristo no les dice nada a las personas, nada les sonará a Dios. Si Jesús no les convence a los hombres, nada los satisfará. Los que no pueden ver a Dios en Jesús, menos Le verán en ninguna otra parte o persona. Cuando nos encontramos cara a cara con Jesús, nos encontramos cara a cara con la última Palabra de Dios y con Su invitación final. Y en este caso, ¿qué esperanza le quedará al que rechace esta última oportunidad, al que se niegue a prestar atención a ese último mensaje, al que rechace esta última invitación?

LA LEVADURA PELIGROSA

Mateo 16:5-12

Cuando los discípulos llegaron al otro lado se dieron cuenta de que se habían olvidado de llevar pan. Jesús les dijo:

- Tened cuidado de guardaros de la levadura de los fariseos y de los saduceos.

Los discípulos se pusieron a discutir entre ellos:

- Eso nos lo dice porque no hemos traído el pan.

Jesús se dio cuenta de lo que estaban pensando, y les dijo:

- ¿Por qué discutís, so poca féis, si tenéis o no tenéis pan? ¿Es que no habéis entendido todavía; ni os acordáis de lo que pasó cuando repartisteis los cinco panes entre los cinco mil, y cuántas cestas recogisteis, ni de los siete panes entre los cuatro mil, y cuántos canastos recogisteis? ¿Cómo es que no comprendéis que Yo no me refería ad pan? ¡Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos!

Entonces se dieron cuenta de que Jesús no les había dicho que tuvieran cuidado con la levadura del pan, sino con la de lo que enseñan los fariseos y los saduceos.

Aquí nos encontramos con un pasaje que presenta grandes dificultades. De hecho, sólo podemos aventurar alguna explicación.

Jesús y Sus discípulos se habían dirigido al otro lado del lago, y los discípulos se habían olvidado de llevar pan. Por alguna razón estaban más que preocupados con su despiste; y Jesús les dijo: < Tened cuidado de guardaros de la levadura de los fariseos y de los saduceos. » Ahora bien: la palabra *levadura* tiene dos sentidos. Uno físico y literal, que designa un poco de masa fermentada sin la que no se puede hacer el pan ordinario, que fue en el que lo tomaron los discípulos al principio. Como estaban preocupados porque se habían olvidado del pan, lo único que podían pensar era que Jesús les estaba advirtiendo de alguna clase peligrosa de levadura. El haberse olvidado el pan quería decir que, cuando fueran a buscarlo, tendrían que comprárselo a los gentiles del otro lado del lago. Ahora bien: ningún judío que fuera estrictamente ortodoxo podía comer el pan cocido o manipulado por los gentiles. Así que el problema de conseguir pan al otro lado del lago se presentaba insoluble. Los discípulos puede que pensaran que Jesús les estaba diciendo: «Os habéis olvidado de traer pan limpio; tened cuidado cuando vayáis a la otra parte del lago de no contaminaros comprando pan que contenga una levadura inmunda.»

A los discípulos no se les pasaba por la cabeza nada más que el pan material, así es que Jesús les hizo que se acordaran de algo. «Acordaos -les dijo- de cuando les dimos de comer a los cinco mil y a los cuatro mil; y acordaos de lo abundante que estuvo el pan y de lo mucho que sobró. Cuando os acordéis de esas cosas, dejaréis de preocuparos por pequeñeces. Ya habéis visto que, en Mi presencia, esos problemas insignificantes se resolvieron, y se pueden resolver otra vez. Dejad de preocuparos; y confiad en Mí.»

Era la manera corriente de los judíos para referirse a *una mala influencia*. Para la mentalidad judía la levadura era el símbolo de lo malo. Es masa fermentada. Los judíos identificaban la fermentación con la putrefacción; por tanto; la levadura representaba todo lo malo y corrompido. La levadura tiene la propiedad de extenderse por una masa en la que se introduce; por tanto, la levadura representaba cualquier mala influencia capaz de invadir la vida y corromperla.

Entonces se dieron cuenta los discípulos de que Jesús no les estaba hablando del pan, sino advirtiéndoles contra la mala influencia de la enseñanza y las creencias de los fariseos y de los saduceos:

¿Qué tendría en mente Jesús cuando advirtió contra la mala influencia de la enseñanza de los fariseos y- de los saduceos? Eso es algo que no podemos más que suponer; pero ya conocemos las características de la mentalidad de los fariseos y de los saduceos.

(i) Los fariseos entendían por religión un conjunto de leyes, mandamientos, reglas y normas. Veían la religión en términos de pureza y ritual externos. Así que Jesús quería decir: «Tened cuidado de no hacer de vuestra religión una serie de reglas como hacen los fariseos. Tened cuidado con no identificar la religión con una serie de acciones externas, olvidando que lo que realmente importa es el estado del corazón humano.» Esta era una advertencia contra una actitud legalista que invadiera el campo de la religión; contra una religión que no se fija más que en las acciones externas olvidando el estado interior del corazón.

(ii) Los saduceos tenían dos características íntimamente entrelazadas. Eran ricos y aristócratas, y estaban involucrados totalmente en la política, así es que Jesús puede que quisiera decir: «Tened cuidado con identificar el Reino del Cielo con los bienes externos, o con poner vuestras esperanzas de traerlo en la política.» Esto puede que fuera una advertencia contra el dar a las cosas materiales una importancia demasiado elevada en nuestra escala de valores, y contra la idea de que la reforma se puede llevar a cabo mediante la acción política. Puede que Jesús estuviera recordando a la gente que la prosperidad material está muy lejos de ser el sumo bien, y la acción política de producir los resultados más importantes. Las verdaderas bendiciones son las del corazón, y el verdadero cambio no es el de las circunstancias sino el del corazón.

LA ESCENA DEL GRAN DESCUBRIMIENTO

Mateo 16:13-16

Quando Jesús Se dirigió a la región de Cesarea de Filipo, les preguntó a Sus discípulos:

- ¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?` Y ellos Le contestaron:

- Unos dicen que Juan el Bautista; otros, que Elías, y otros, que Jeremías o algún otro antiguo profeta.

Entonces Jesús les preguntó a ellos:

- Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Simón Pedro Le contestó:

- ¡Tú eres el Ungido, el Hijo del Dios viviente!

Aquí tenemos el relato de otra vez que Jesús Se apartó de la gente. Su fin estaba muy próximo, y Jesús necesitaba todo el tiempo con que pudiera contar para estar a solas con *Sus* discípulos. Le quedaba mucho qué decirles y que enseñarles, aunque todavía ellos no parecían estar preparados para recibirlo o entenderlo.

Con ese fin Se retiró con ellos a la región de Cesarea de Filipo. Cesarea estaba a unos cuarenta kilómetros al Nordeste del Mar de Galilea. *Estaba* fuera del dominio de Herodes Antipas, que era el gobernador de Galilea, y dentro del área del tetrarca Felipe. La población era principalmente gentil, así es que Jesús podría tener allí paz para enseñar a los Doce.

Jesús se enfrentaba entonces con un problema supremo y perentorio. Le quedaba poco tiempo; Sus días en la carne estaban contados. El problema era: ¿Había alguien que Le hubiera entendido? ¿Alguien que Le hubiera reconocido como el Que era? ¿Había personas que, cuando Él ya no estuviera en la carne, pudieran continuar Su obra, y trabajar para Su Reino? No cabe la menor duda de que ese era un problema crucial, que implicaba la supervivencia de la fe cristiana. Si no había nadie que hubiera captado, ni siquiera intuido, la verdad, entonces toda Su obra se había perdido; si había algunos pocos que se daban cuenta de la verdad, Su obra estaba a salvo. Así es que Jesús decidió hacer la prueba en intensidad, y preguntarles a Sus seguidores quién creían que era Él.

Es del máximo interés dramático ver *dónde* escogió Jesús hacerles la pregunta clave. Puede que hubiera pocos lugares en Palestina que tuvieran más asociaciones religiosas que Cesarea de Filipo.

(i) Toda la zona estaba jalonada con templos del dios sirio Baal. Thomson, en *La Tierra y el Libro*, enumera no menos de catorce tales templos que había en los alrededores. Aquella era una zona cuya atmósfera era el aliento de la antigua religión, que estaba toda ella a la sombra de los dioses antiguos.

(ii) Pero no eran los dioses de Siria los únicos que se adoraban allí. En las proximidades de Cesarea de Filipo se erguía una gran colina en la que había una profunda caverna que se decía que había sido el lugar de nacimiento del gran dios Pan, el dios de la naturaleza. Hasta tal punto estaba identificada Cesarea de Filipo con ese dios que su nombre original había sido Paneas, y hasta hoy en día se la conoce como Bányás. Las leyendas de los dioses de Grecia se concentraban en torno a Cesarea de Filipo.

(iii) Además, esa cueva se decía que era donde nacía el río Jordán. Josefo escribió: «Hay una cueva muy hermosa en la montaña bajo la cual hay una gran cavidad en la tierra; y la caverna es abrupta, y prodigiosamente honda, y llena de agua en calma. Sobre ella se eleva una gran montaña, y por debajo de la caverna surge el río Jordán.» La sola idea de que ese era el nacimiento del río Jordán haría que rezumara todas las memorias de la historia de Israel. La antigua fe del judaísmo estaría en el aire para cualquier judío devoto y piadoso.

(iv) Pero había allí algo más. En Cesarea de Filipo había un gran templo de mármol blanco dedicado a la divinidad del César. Lo había construido Herodes el Grande. Josefo dice: « Herodes decoró el lugar, que ya era sobresaliente, aún más con la edificación de este templo dedicado a César.» En otro lugar, Josefo describe la cueva y el templo: «Y cuando César le concedió a Herodes otro país más, construyó también allí un templo de mármol blanco, cerca de las fuentes del Jordán. El lugar se llama Panium, donde hay una montaña de altura inmensa, en cuya ladera, por debajo de ella o en su base, se abre una cueva oscura; allí hay un horrible precipicio que se proyecta abruptamente a una gran profundidad. Contiene una inmensa cantidad de agua estable; y cuando se hace bajar algo para medir a qué profundidad está el fondo, no se puede alcanzar este.» Más tarde Felipe, el hijo de Herodes, hermoseó y enriqueció aún más el templo, cambiándole el nombre al lugar por el de Cesarea -es decir, la Ciudad de César-, y añadiéndole su propio nombre Philippi, que quiere decir *de Felipe*-, para distinguirla de la Cesarea que está en la costa del Mediterráneo. Aún más tarde, Herodes Agripa había de llamar al lugar Neroneas, en honor del emperador Nerón. Cuando se miraba Cesarea, aun desde una distancia considerable, se veía la mole de mármol reluciente y se pensaba en el poder y en la divinidad de Roma.

Este fue el dramático escenario. En él se encuentra un Carpintero galileo sin dinero y sin hogar, con doce hombres corrientes a Su alrededor. Ya entonces, los judíos ortodoxos están programando y conspirando para destruirle como hereje peligroso. Se encuentra en un área jalonada de templos de dioses sirios, en un lugar bajo la sombra de los dioses griegos, en el que también se daba cita toda la historia de Israel, en el que el esplendor de mármol blanco de la sede del culto al César dominaba el paisaje y sojuzgaba la vista. Y allí, tenía que ser precisamente allí, ese extraordinario Carpintero se dirige a los otros hombres y les pregunta quién creen que es Él, esperando la respuesta: «¡El Hijo de Dios!» Es como si Jesús Se colocara contra el trasfondo de las religiones del mundo con toda su historia y esplendor, y demandara que se Le comparara con ellas y recibir un veredicto a Su favor. Habrá pocas escenas en las que brille con luz más deslumbradora la conciencia que Jesús tenía de Su propia divinidad.

INSUFICIENCIA DE LAS CATEGORÍAS HUMANAS

Mateo 16:13-16 (conclusión)

Así es que en Cesarea de Filipo Jesús decidió demandar el veredicto de Sus discípulos. Tenía que saber, antes de ponerse en camino a Jerusalén y a la Cruz, si alguien había captado, aunque fuera ligeramente, Quién y qué era él. No hizo la pregunta directamente; la fue delineando. Empezó por preguntar lo que la gente decía de Él y por quién Le tomaban.

(i) Algunos decían que era Juan el Bautista. Herodes Antipas no era el único que creía que Juan el Bautista era una figura tan extraordinaria que bien podía haber vuelto a la vida.

(ii) Otros decían que era Elías. De esa manera estaban diciendo dos cosas acerca de Jesús: Que era tan grande como el mayor de los profetas, porque consideraban a Elías la cima y el príncipe de la línea profética; y también que Jesús era el precursor del Mesías. Según *Malaquías*, Dios había prometido: « Yo os envío al profeta Elías antes que venga el día grande y terrible del Señor» (*Malaquías 4:5*). Hasta hoy día los judíos siguen esperando la vuelta de Elías antes de la venida del Mesías, y dejan una silla vacante para él cuando celebran la Pascua. Así es que algunos veían en Jesús al heraldo del Mesías y el precursor de la directa intervención de Dios.

(iii) Otros decían que Jesús era Jeremías. El profeta Jeremías ocupaba un lugar importante y curioso en: las. expectativas del pueblo de Israel. Se creía que, antes de que el pueblo fuera al exilio, Jeremías había tomado el arca y el altar del incienso del templo y los había escondido en una cueva solitaria del monte Nebo; y que, antes que viniera.

Mesías, volvería a recuperarlos, para que volviera a brillar la gloria de Dios sobre Su pueblo otra vez (2 Macabeos 2:1-12),¹ En 2 Esdras 2:17 se presenta otra promesa de Dios: « En tu ayuda mandaré a mis siervos Isaías y Jeremías.»

Hay una extraña leyenda de los días de las guerras de los Macabeos. Antes de la batalla con Nicanor, en la que el general judío fue el gran Judas Macabeo, Onías, el hombre bueno que -había sido sumo sacerdote, tuvo una visión cuando estaba orando por la victoria: «Hecho esto, se le apareció la semblanza de un hombre de pelo blanco y sumamente glorioso, de excelente y extraordinaria majestad. Entonces Onías se dijo: "Este es uno que ama a los hermanos, que ora mucho por el pueblo y por la santa ciudad, es decir, Jeremías, el profeta de Dios." A lo cual Jeremías, tendiéndole la mano, le dio a Judas una espada de oro, y al dársela le dijo: "Toma esta espada santa, un don de Dios, con la que herirás a los enemigos de Mi pueblo Israel"» (2 Macabeos 15:1-14). Jeremías había de ser también el precursor de la venida del Mesías, y el ayudador del pueblo de Israel en tiempos de angustia.

Cuando la gente identificaba a Jesús con Elías y con Jeremías, según la luz que habían recibido, estaban haciéndole un gran elogio y colocándole en un nivel muy alto, porque Jeremías y Elías eran nada menos que los esperados precursores del Ungido de Dios. Cuando ellos se presentaran, el Reino de Dios había de estar ya muy cerca.

Cuando Jesús oyó los veredictos de la multitud, les dirigió a Sus discípulos la preguntó:-más importante: « Y vosotros, quién decís que soy?» Puede que se produjera un instante de silencio, mientras pasaban por las mentes de los discípulos pensamientos que casi les daba miedo expresar en palabras; y entonces Pedro hizo el gran descubrimiento y la gran confesión; y Jesús supo que Su obra estaba a salvo, porque había por lo menos uno que comprendía.

Es interesante comprobar que cada uno de los evangelios sinópticos nos da su versión particular del dicho de Pedro. Mateo dice: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» Marcos es el más breve: « Tú eres el Cristo» (Marcos 8:29). Y Lucas, el más claro: « Tú eres el Cristo de Dios» (Lucas 9:20).

Jesús sabía entonces que había por lo menos alguien que Le había reconocido como el Mesías, el Ungido de Dios, el Hijo del Dios viviente. Las palabras *Mesías*, en hebreo, y *Cristo*, en griego, quieren decir lo mismo, *Ungido*. Los reyes empezaban a reinar cuando eran ungidos, como aún sucede en muchos países. El Mesías, el Cristo, el Ungido, es el Rey de Dios sobre la humanidad.

En este pasaje hay dos grandes verdades.

(i) En esencia, el descubrimiento de Pedro fue que las categorías humanas, hasta las más elevadas, son inadecuadas para describir a Jesucristo. Cuando la gente describía a Jesús como Elías o Jeremías u otro profeta creían que estaban colocándole en la más alta categoría que existe. Los judíos creían que hacía cuatrocientos años que la voz de la profecía estaba callada; pero que en Jesús se había vuelto a escuchar la voz directa y auténtica de Dios. Estos eran grandes elogios; pero no bastaban para contener toda la verdad, porque no hay categorías humanas que sean adecuadas para describir a Jesucristo.

Una vez Napoleón dio su veredicto acerca de Jesús: «Yo conozco a los hombres, y Jesucristo es más que un hombre.» Sin duda Pedro no sabía exponer teológicamente ni expresar filosóficamente lo que quería decir cuando dijo que Jesús era el Hijo del Dios viviente; de lo único que Pedro estaba completamente seguro era que ninguna descripción puramente humana era adecuada para aplicarse a Jesús.

(ii) Este pasaje enseña que el descubrimiento de Jesucristo tiene que ser *un descubrimiento personal*. La pregunta de Jesús fue: «Vosotros, ¿qué pensáis vosotros de Mí?» Cuando Pilato le preguntó a Jesús si era el rey de los judíos, Jesús le contestó: « ¿Dices eso por ti mismo, o te lo han dicho otros de Mí?» (Juan 18:33s).

Nuestro conocimiento de Jesús no debe ser de segunda mano. Puede que uno sepa todo lo que se ha dicho acerca de Jesús, que conozca todas las cristologías que se han enseñado y que sea

capaz de hacer un resumen de lo que han dicho los grandes teólogos acerca de Jesús... y, sin embargo, no ser cristiano. El Cristianismo no consiste en *saber acerca de* Jesús, sino en *conocer a* Jesús. Jesucristo demanda un veredicto personal. No solo a Pedro, sino igualmente a cada uno de nosotros: «Tú, ¿qué piensas tú de Mí?»

LA GRAN PROMESA

Mateo 16:17-19

Entonces Jesús le dijo a Pedro:

-¡Bendito seas, Simón hijo de Jonás, porque eso no te lo ha dicho ninguna persona, sino Mi Padre que está en el Cielo! Y Yo también te digo a ti que, como te llamas Pedro, sobre esta Roca edificaré Mi Iglesia, y las puertas del Hades no la podrán resistir. Yo te daré las llaves del Reino del Cielo; y todo lo que ates en la Tierra quedará atado en el Cielo, y todo lo que desates en la Tierra quedará desatado en el Cielo.

Este pasaje es uno de los centros neurálgicos de la interpretación del Nuevo Testamento. Desde la Reforma, siempre ha sido difícil enfrentarse con él tranquilamente y sin prejuicios, porque para la Iglesia Católica es la base de su posición acerca del Papa y de la Iglesia. La Iglesia Católica Romana interpreta que se le dieron a Pedro las llaves para admitir o excluir a las personas del Cielo, y para absolver o no a las personas de sus pecados. Además, la Iglesia Católica Romana deduce que Pedro, con este tremendo derecho, llegó a ser el obispo de Roma; y que este poder se transmitió a todos los obispos de Roma, y que está personificado hoy en el Papa, que es el cabeza de la Iglesia y el obispo de Roma.

Es fácil comprender que tal doctrina es inaceptable para un creyente protestante; y también que, tanto protestantes como católicos romanos, se acercan a este pasaje, no tanto con un deseo sincero de descubrir su significado, sino con la firme voluntad de no ceder nada de su propia posición; sino, si les es posible, destruir la posición del otro. Hagamos un esfuerzo sincero y honradamente para descubrir el verdadero sentido de este pasaje.

Aquí hay un juego de palabras. En griego *Pedro* es *Petros*, y una roca es *petra*. La forma aramea del nombre de Pedro era *Kefa*, que significa en arameo *una roca*. En las dos lenguas hay aquí un juego de palabras. En cuanto Pedro hizo su gran descubrimiento y su confesión, Jesús le dijo: «Tú eres *petros*, y sobre esta *petra* edificaré Mi Iglesia.»

En primer lugar, esto era un elogio tremendo. Es una metáfora en nada extraña ni inusual al pensamiento judío.

Los rabinos le aplicaban la palabra *roca* a Abraham. Tenían el siguiente dicho: «Cuando el Dios Santo vio que Abraham iba a levantarse, le dijo: "Mira, he descubierto una roca (*petra*) para edificar el mundo encima." Por tanto, Dios llamó a Abraham *roca (tsúr)*, como está escrito: "Mirad a la roca de la que fuisteis cortados, al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados"» (*Isaías 51:1s*). Abraham era la roca en la que se fundaban la nación y el propósito de Dios.

Pero con mucha más frecuencia se le aplica la palabra *roca (tsúr)* a Dios mismo. «Él es la Roca, Cuya obra es perfecta» (*Deuteronomio 32:4*). «Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca» (*Deuteronomio 32:31*). «No hay roca como nuestro Dios» (1 *Samuel 2:2*; *R-V.*- «refugio»). «El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador» (2 *Samuel 2:22*). La misma frase aparece en *Salmo 18:2*. «¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?» (*Salmo 18:31*). La misma frase está en 2 *Samuel 22:32*.

Una cosa está clara. El llamar a alguien *roca* era el más grande de los elogios; y ningún judío que conociera el Antiguo Testamento podía usar nunca la frase sin que su pensamiento se volviera hacia Dios, Que era la única Roca de su defensa y salvación. Entonces, ¿qué quiso decir Jesús cuando

usó la palabra *roca* en este pasaje? Por lo menos cuatro contestaciones se han propuesto a esta pregunta.

(i) Agustín tomó que la *roca* se refería a Jesús *mismo*. Es como si Jesús dijera: < Tu eres Pedro; y en Mí mismo como la Roca fundaré Mi Iglesia; y llegará el día en que, como recompensa por tu fe, serás grande en la Iglesia.>

(ii) La segunda explicación es que *la roca* es la verdad de que Jesucristo es el Hijo del Dios viviente. A Pedro le había sido revelada divinamente esa gran verdad. El hecho de que Jesucristo es el Hijo de Dios es sin duda la piedra fundamental de la fe de la Iglesia; pero esta interpretación apenas saca a luz el juego de palabras que hay aquí.

(iii) La tercera explicación es que la roca es la fe de Pedro. En la fe de Pedro está fundada la Iglesia. Su fe fue la chispa que inflamó la fe de la Iglesia Universal. Fue el impulso inicial que habría de llamar a la existencia un día a la Iglesia Universal.

(iv) La última interpretación es la mejor. Es que Pedro mismo es la roca, pero en un sentido especial. No es la roca en que se funda la Iglesia; esa Roca es Dios. Pedro es la primera piedra de toda la Iglesia. Pedro fue la primera persona que descubrió Quién era Jesús; la primera persona que dio el salto de la fe y vio en Jesús al Hijo del Dios viviente. En otras palabras: Pedro fue el primer miembro de la Iglesia y, en ese sentido, toda la Iglesia se construyó sobre él. Es como si Jesús le dijera a Pedro: < Pedro, tú eres la primera persona que ha comprendido Quién soy Yo; por tanto, tú eres la primera piedra, la piedra fundamental, el verdadero principio de la Iglesia que Yo estoy fundando.> Y a partir de entonces, todos los que hacen el mismo descubrimiento que Pedro son piedras vivas añadidas al edificio de la Iglesia de Cristo.

Hay dos cosas que nos ayudarán a clarificar la idea.

(i) A menudo la Biblia usa imágenes para poner algo en claro. No hay que fijarse mucho en los detalles de la imagen; solo hay una enseñanza principal. En relación con la Iglesia, el Nuevo Testamento usa repetidas veces la imagen del *edificio*, pero la usa en muchos sentidos y desde muchos puntos de vista. Aquí Pedro es la piedra fundamental, en el sentido de que él es la primera persona sobre la que se ha seguido construyendo toda la Iglesia, porque él fue la primera persona que descubrió Quién era Jesús. En Efesios 2:20, los profetas y los apóstoles se dice que son el fundamento de la Iglesia. Fue sobre su trabajo, testimonio, fidelidad, sobre lo que depende, humanamente hablando, la Iglesia de la Tierra. En ese mismo pasaje, se dice que Jesucristo es la principal *piedra angular*; El es la fuerza que mantiene unida a la Iglesia. Sin él, todo el edificio se desintegraría y derrumbaría. En 1 *Pedro* 2:4-8, todos los cristianos somos piedras vivas que se van usando en la edificación de la fábrica de la Iglesia. En 1 *Corintios* 3:11, Jesús es el único fundamento, y nadie puede poner otro. Está claro que los autores del Nuevo Testamento tomaron la imagen del *edificio*, y *la* usaron de muchas maneras. Pero detrás de todas ellas está siempre la idea de que Jesucristo es el verdadero cimiento de la Iglesia, y el único poder que la mantiene unida. Cuando Jesús le dijo a Pedro que edificaría Su Iglesia sobre él, no quiso decir que la Iglesia *dependiera* de Pedro, porque depende del mismo Jesucristo y de Dios como su Roca. Lo que sí quiso decir era que la Iglesia *empezó* con Pedro; en ese sentido Pedro es la piedra fundamental de la Iglesia, y ese es un honor que nadie le puede quitar. (Piedra fundamental: La primera que se pone en los edificios. D.R.A.E.).

(ii) El segundo punto es que la misma palabra *Iglesia* (*ekklesiá*) en este pasaje nos despista un poco. Propendemos a pensar en la Iglesia como una institución y una organización con edificios y oficinas, cultos y reuniones, y organizaciones y toda clase de actividades. La palabra que usaría Jesús probablemente sería *qahal*, que es la se usa en el Antiguo Testamento para *la congregación de Israel*, la asamblea de todo el pueblo del Señor. Lo que Jesús le dijo a Pedro fue: «Pedro, tú eres el principio del Nuevo Israel, el nuevo pueblo del Señor, la nueva compañía de todos los que creen en Mi nombre.» Pedro fue el primero de la congregación de los creyentes en Cristo. No fue una iglesia en el sentido corriente, y menos en el de una denominación, lo que empezó con Pedro, sino la

comuni3n de todos los creyentes en Jesucristo, que no se identifica con ninguna iglesia, ni se limita a ninguna iglesia, sino que abarca a todos los que aman al Se1or.

As3 que podemos decir que la primera parte de este pasaje controvertido quiere decir que Pedro es la piedra fundamental de la Iglesia en el sentido de que 3l fue el primero de esa gran compa1a que confiesa gozosamente su descubrimiento de que Jesucristo es el Se1or; pero que, en 3ltima instancia, es Dios mismo la Roca sobre la que est3 edificada la Iglesia.

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Mateo 16:17-19 (continuaci3n)

Jes3s prosigue diciendo que las puertas del Hades no prevalecer3n contra Su Iglesia. 3Qu3 quiere decir esto? La idea de *puertas que prevalecen* no es precisamente una figura corriente o f3cil de entender. De nuevo nos encontramos con m3s de una posible explicaci3n.

(i) Puede que se trate de la figura de *una fortaleza*. Esta sugerencia puede que encuentre apoyo en el hecho de que en la cima de la monta1a que dominaba Cesarea de Filipo se encuentran hoy las ruinas de un gran castillo que puede que se irguiera all3 en toda su gloria en tiempos de Jes3s. Puede que Jes3s estuviera pensando en su Iglesia como una fortaleza, y en las fuerzas del mal como una fortaleza contraria; y que lo que quisiera decir fuera que el poder del mal nunca prevalecer3a contra la Iglesia.

(ii) Richard Glover presenta una explicaci3n interesante. En el Oriente antiguo, la puerta era tradicionalmente el lugar en que los ancianos y los gobernantes se reun3an para dirimir las causas y dictar justicia, especialmente en los pueblos peque1os y en las aldeas. Por ejemplos: la Ley establec3a que, si un hombre ten3a un hijo rebelde y desobediente, que le trajera «ante los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar donde viva» (*Deuteronomio 21:19*), y *all3* se har3a juicio, se dictar3a la sentencia. En *Deuteronomio 25:7*, se dice que, cuando un hombre se niega a cumplir la ley del levirato, «ir3 entonces su cu1ada a la puerta donde est3n los ancianos.» La puerta era el lugar donde se reun3an los ancianos para hacer justicia. Seg3n esto, *la puerta* puede haber llegado a significar *la sede del gobierno*. Durante mucho tiempo, por ejemplo, el gobierno de Turqu3a se llamaba *La sublime porte* (*porte* es la palabra francesa para *puerta*). As3 que esta frase podr3a querer decir: Los poderes, el gobierno del Hades, no prevalecer3n nunca contra la Iglesia.

(iii) Existe una tercera posibilidad. Supongamos que volvemos a la idea de la Roca en la que est3 fundada la Iglesia, y que Jes3s es el Hijo del Dios viviente. Ahora bien, el Hades no era el lugar de castigo de los condenados, sino donde, seg3n las creencias jud3as primitivas, se encontraban todos los muertos. Obviamente, la funci3n de las puertas es *mantener algo dentro*, confinarlo, encerrarlo, controlarlo. Hubo una Persona Que las puertas del Hades no pudieron retener, y fue Jesucristo. 3l rompi3 las ligaduras de la muerte. Como el autor de *Hechos* dice: «Era imposible que fuera retenido por la muerte... No dejar3s mi alma en el Hades, ni permitir3s que Tu Santo vea corrupci3n» (*Hechos 2:24,27*). As3 que esta puede ser una referencia triunfal a la pr3xima Resurrecci3n. Jes3s puede que estuviera diciendo: «T3 has descubierto, Pedro, que Yo soy el Hijo del Dios viviente. Pronto llegar3 el momento en que Yo sea crucificado, y las puertas del Hades se cerrar3n tras M3. Pero no podr3n retenerme; las puertas del Hades no tienen poder contra M3, el Hijo del Dios viviente.»

Como quiera que tomemos esta frase, expresa triunfalmente la indestructibilidad de Cristo y de Su Iglesia.

EL LUGAR DE PEDRO

Mateo 16:17-19 (conclusión)

Ahora llegamos a dos frases en las que Jesús describe algunos privilegios que se le concedieron a Pedro y algunas obligaciones que se le impusieron.

(i) Dice que Él, Jesús, le dará a Pedro *las llaves del Reino*. Esta es una frase indiscutiblemente difícil; haremos bien en empezar por establecer las cosas de que podemos estar seguros acerca de ella.

(a) Esta frase siempre significa alguna especie de poder especial. Por ejemplo, los rabinos tenían un dicho: < Las llaves del nacimiento, de la lluvia y de la resurrección de los muertos pertenecen a Dios. > Es decir: sólo Dios tiene poder para crear la vida, para enviar la lluvia y para hacer que los muertos vuelvan otra vez a la vida. Esta frase siempre indica un poder especial.

(b) En el Nuevo Testamento esta frase se refiere regularmente a Jesús. Es en Sus manos, y no en las de ningún otro, donde están las llaves. En *Apocalipsis 1:18*, el Cristo Resucitado dice: < Yo soy el Viviente. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. > De nuevo, en *Apocalipsis 3: 7*, el Cristo Resucitado se describe como < el Santo, el Verdadero, el Que tiene la llave de David, el Que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre. > Hay que interpretar esta frase en referencia a un derecho divino; y cualquiera que fuera la promesa que recibió Pedro, no se puede tomar como, la anulación, o la infracción, de un derecho que solo pertenece a Dios y al Hijo de Dios.

(c) Todas estos usos y figuras del Nuevo Testamento se remontan ¿ una alegoría que se encuentra en *Isaías 22:22*, en la que el Señor dice que Eliaquim llevará al hombro la llave de la casa de David, y será el único que la cierre y abra.

Ahora bien: Eliaquim había de ser *el mayordomo fiel de la casa*. Es el mayordomo el que lleva las llaves de la casa, el que abre la puerta por la mañana, y la cierra por la tarde, y es el que introduce a los visitantes a la presencia real. Así que lo que Jesús le está diciendo a Pedro es que, en -días por venir, él será *el mayordomo del Reino*. Y en el caso de Pedro, su misión consistiría en *abrir*, no en cerrar la puerta del Cielo.

Eso se cumplió sin dejar lugar a dudas.. En Pentecostés, Pedro abrió la puerta a tres mil almas (*Hechos 2:41*). Más tarde le abrió la puerta al centurión gentil Cornelio, con lo cual hizo que la puerta girara sobre sus goznes para admitir al gran mundo gentil (*Hechos 10*). *Hechos 15* nos cuenta cómo se abrió la puerta de par en par al mundo gentil en el Concilio de Jerusalén, y que fue el testimonio de Pedro lo que hizo posible aquella decisión emblemática (*Hechos 15:14; Simeón es Pedro*). La promesa de que Pedro usaría las llaves del Reino quería decir que él sería el encargado de abrir la puerta de Dios a miles y miles de personas en los días por venir. Pero en este sentido no es solamente Pedro el que tiene las llaves del Reino; cualquier cristiano las puede usar también para abrirle la puerta del Reino a otras personas, entrando así a participar de la gran promesa de Cristo.

(ii) Jesús le prometió a Pedro además que lo que él *atará*, quedaría *atado*, y lo que él *desatará*, quedaría *desatado*. Richard Glover toma esto en el sentido de que Pedro expondría los pecados humanos, los ataría, a las conciencias de las personas, y que luego las desataría de sus pecados notificándoles el amor y el perdón de Dios. Ese es un pensamiento precioso, y sin duda cierto, porque tal es el deber de todo predicador y maestro cristiano; pero aquí hay todavía más que eso.

Desatar y *atar* eran palabras que se usaban corrientemente con sentido figurado entre los judíos. Se referían frecuentemente a las decisiones de los grandes maestros y de los grandes rabinos. El sentido corriente que cualquier judío reconocería era *permitir* y *prohibir*. *Atar* algo era *declararlo prohibido*; *desatar* era *declararlo permitido*. Eran expresiones corrientes en relación con la ley. Era de hecho lo único que podían querer decir en ese contexto. Así que lo que Jesús le estaba diciendo a Pedro era: «Pedro, vas a tener responsabilidades graves y pesadas sobre ti. Vas a tener que hacer decisiones que afectarán al bienestar de toda la Iglesia. Serás el guía y el director de la joven Iglesia.

Y las decisiones que harás serán tan importantes que afectarán a las almas de las personas en el tiempo y en la eternidad.»

El privilegio de las llaves quería decir que Pedro sería el mayordomo de la casa de Dios, abriéndoles la puerta a las personas para que entraran en el Reino. El deber de atar y desatar quería decir que Pedro tendría que hacer decisiones sobre la vida y la práctica de la Iglesia que tendrían las consecuencias más amplias. Y por supuesto, cuando leemos los primeros capítulos de *Hechos*, vemos que eso fue precisamente lo que tuvo que hacer Pedro en Jerusalén.

Si parafraseamos este pasaje que ha causado tantas discusiones y controversias vemos que trata, no de formas eclesíásticas, sino de cosas que corresponden a la Salvación. Jesús le dijo a Pedro: «Pedro, tu nombre quiere decir roca, y tu destino será ser una roca. Eres la primera persona que Me ha reconocido como el Que soy, y por tanto eres la primera piedra del edificio de la comunión de los Míos. Contra esa comunión, las aguerridas fuerzas del mal no podrán prevalecer, como tampoco Me podrán mantener cautivo en el reino de la muerte. Y en días por venir serás el mayordomo que abrirá las puertas del Reino para que entren los judíos y los gentiles; pero debes ser un sabio administrador y guía que resuelva los problemas y dirija la obra de la Iglesia naciente y creciente.»

Pedro había hecho el gran descubrimiento; y a Pedro se le concedió un gran privilegio y una gran responsabilidad. Es un descubrimiento que cada persona ha de hacer por sí misma; y cuando lo haya hecho, se le impondrán el mismo privilegio y la misma responsabilidad que a Pedro.

LA GRAN REPRESIÓN

Mateo 16:20-23

Jesús les dio órdenes a Sus discípulos de que no le dijeran a nadie que Él era el Ungido de Dios.

A partir de ese momento Jesús empezó a enseñar a Sus discípulos que ÉL tenía que ir a Jerusalén, que sufrir mucho de parte de los ancianos y los principales sacerdotes y los escribas, y que Le darían muerte, y que resucitaría al tercer día.

Pedro Le agarró, y se puso a advertirle:

- ¡No quiera Dios que .Te pase nada de eso! ¡Eso no Te tiene que suceder nunca!

Jesús se volvió a Pedro y le dijo:

- ¡Quítate de en medio y ponte detrás de Mí, Satanás! Estás poniéndome obstáculos en el camino. Tu manera de pensar no es la de Dios, sino la de los hombres.

Aunque los discípulos habían captado el hecho de que Jesús era el Mesías de Dios, todavía no habían comprendido todas las implicaciones de aquel gran hecho. Ellos estaban pensando todavía en términos de un Mesías conquistador, un rey guerrero, que barrería a los romanos de Palestina y conduciría a Israel al poder. Por eso fue por lo que Jesús les mandó que guardaran silencio. Si se hubieran dirigido a la gente y hubieran predicado sus propias ideas, todo lo que habrían logrado habría sido suscitar una trágica rebelión; no podrían haber producido más que otro levantamiento violento condenado al desastre. Antes de predicar que Jesús era el Mesías, tenían que aprender lo que aquello quería decir. De hecho, la reacción de Pedro muestra lo lejos que estaban todavía los discípulos de darse cuenta precisamente de lo que Jesús quiso decir cuando se presentó como el Mesías y el Hijo de Dios.

Así es que Jesús empezó a buscar la manera de abrirles los ojos al hecho de que para Él no había más camino que el de la Cruz. Les dijo que tenía que ir, a Jerusalén a sufrir bajo el poder de «los ancianos y principales sacerdotes y escribas.» Estos tres grupos eran de hecho los que componían el sanedrín. Los ancianos eran hombres respetados por el pueblo; los principales

sacerdotes eran principalmente saduceos; y los escribas eran fariseos. En efecto, Jesús estaba diciendo que había de sufrir bajo el poder de los dirigentes religiosos del país.

Tan pronto como Jesús dijo aquello, Pedro reaccionó con violencia. Pedro había crecido con la idea de un mesías de poder y gloria y conquista. Para él, la idea de un Mesías doliente, el conectar la obra del mesías con una cruz, era increíble. Así es que «echó mano» de Jesús. Casi seguro el significado es que él puso sus brazos protectores alrededor de Jesús, como para impedirle que siguiera ese curso de acción suicida. «Eso -Le dijo Pedro- no debe y no puede sucederte.» Y entonces vino la gran reprensión que nos deja sin aliento: « ¡Quítate de delante de Mí, Satanás!» Hay ciertas cosas que debemos captar para poder entender esta escena dramática y trágica.

Debemos tratar de captar el tono de la voz de Jesús. Podemos estar seguros de que no hubo un tono de ira en Su voz ni un destello de indignación en Sus ojos. Lo dijo con el corazón herido, con un dolor punzante y con una especie de horror insoportable. ¿Por qué reaccionó Jesús así?

En aquel momento volvieron a Él con una fuerza cruel las tentaciones con las que se había enfrentado en el desierto al empezar Su ministerio. Allí había sentido la tentación de seguir el camino del poder: «Dales pan, dales cosas materiales -Le dijo el tentador-, y Te seguirán.» «Dales sensaciones -Le dijo el tentador-, dales maravillas, y Te seguirán.» «Llega a un acuerdo con el mundo -Le dijo el tentador-, rebaja tu nivel, y Te seguirán.» Eran precisamente las mismas tentaciones las que Pedro Le presentaba a Jesús otra vez.

Tampoco estuvieron estas tentaciones totalmente ausentes de la mente de Jesús. Lucas ahondó en el corazón del Maestro cuando, al final de la historia de las tentaciones, escribió: «Y cuando el diablo había agotado todas sus tentaciones, se apartó de Él hasta que surgiera otra ocasión propicia» (*Lucas 4:13*). Una y otra vez el tentador Le lanzó su ataque. Nadie quiere una cruz; nadie quiere morir en agonía; hasta en el huerto de Getsemaní, esa misma tentación Le sobrevino a Jesús: la tentación de seguir otro camino.

Y aquí Pedro Se la está ofreciendo a Jesús. El carácter abrupto y violento de la respuesta de Jesús fue debido sin duda al hecho de que Pedro estaba sugiriéndole las mismas cosas que el tentador Le había estado sugiriendo todo el tiempo, las mismas cosas contra las que Él había cerrado Su corazón. Pedro estaba confrontando a Jesús con la manera de evitar la Cruz que hasta el fin se Le proponía.

Por eso fue Pedro *Satanás*. *Satanás* quiere decir literalmente *el adversario*. Por eso era por lo que las ideas de Pedro no eran las de Dios sino las de los hombres. *Satanás* es cualquier fuerza que trata de apartarnos del camino de Dios; *Satanás* es cualquier influencia que trata de desviarnos de camino difícil que Dios nos propone; *Satanás* es cualquier poder que trata de hacer que los deseos humanos ocupen el lugar del imperativo divino.

Lo que hizo la tentación más aguda fue el hecho de que viniera de uno que amaba a Jesús. Pedro habló de aquella manera solamente porque amaba a Jesús tanto que no podía soportar pensar que Él hollara ese terrible sendero y muriera esa muerte terrible. La tentación más dura de todas es la que nos viene de un amor protector. Hay veces cuando el amor entrañable trata de desviarnos de los peligros del sendero de Dios; pero el verdadero amor no es el que retiene al caballero en su castillo, sino el que le lanza a cumplir las demandas de su condición de caballero, que le son dadas, no para hacer la vida fácil, sino para hacerla grande. Es perfectamente posible para el amor el ser tan protector que busca defender a aquellos que ama de la aventura de la milicia del soldado de Cristo, y de las adversidades del camino del peregrino de Dios. Lo que realmente Le hirió el corazón a Jesús y Le hizo hablar de esa manera fue que el tentador utilizó en aquella ocasión el tierno pero equivocado amor del cálido corazón de Pedro.

EL DESAFÍO TRAS LA REPRENSIÓN

Mateo 16:20-23 (conclusión)

Antes de salirnos de este pasaje, es interesante considerar dos interpretaciones muy tempranas de la frase: «¡Ponte detrás de Mí, Satanás!» Orígenes sugirió que Jesús le estaba diciendo a Pedro: «Pedro, tu lugar está *detrás de* Mí, no *delante de* Mí. Tu cometido es *seguirme* en el camino que Yo escoja, no tratar de *guiarme* por el camino que tú quieres que vaya.» Si la frase se puede interpretar de esa manera, por lo menos algo de su acritud se elimina, porque no destierra a Pedro de la presencia de Cristo, sino simplemente le recuerda cuál es el lugar que le corresponde como seguidor que va por las huellas de Jesús. Es verdad para todos nosotros que siempre debemos seguir al camino de Cristo, y nunca intentar hacerle seguir el nuestro.

Un nuevo desarrollo de este dicho de Jesús lo encontramos a la luz de lo que le dijo a Satanás al final de las tentaciones que encontramos en *Mateo 4:10*. En la versión Reina-Valera ese texto dice: «Vete, Satanás,» y aquí: « ¡Quítate de delante de mí, Satanás!» -y en la nota se hace referencia al pasaje anterior. En el original, en 4:10 dice: «*Hypague Satana,* » y *aquí* se añaden dos palabras: < *Hypague opiso mu, Satana,* » es decir: « ¡Vete, Satanás!,» y « ¡Vete detrás de Mí, Satanás!»

Lo que hay que notar es que la orden de Jesús a Satanás es sencillamente: « ¡Vete!,» mientras que la orden a Pedro es: «¡Vete detrás de Mí!» Es decir: «Vuelve a ser Mi seguidor.» Satanás es desterrado de la presencia de Cristo; a Pedro le llama de nuevo para que sea Su seguidor. Lo único que Satanás no podía nunca llegar a ser era seguidor de Cristo; en su orgullo diabólico, jamás se sometería a eso; por eso es Satanás. Por otra parte, Pedro podría estar equivocado y caer en pecado, pero para él siempre existía el desafío y la oportunidad de convertirse otra vez en seguidor. Es como si Jesús le dijera a Pedro: «Acabas de hablar como hablaría Satanás. Pero el que habló no era el verdadero Pedro. Tú te puedes redimir a ti mismo. Ven detrás de Mí, y sé otra vez Mi seguidor, y volverás a estar bien en tu sitio.» La diferencia fundamental entre Pedro y Satanás está precisamente en el hecho de que Satanás nunca se colocaría detrás de Jesús. Siempre que una persona esté dispuesta a seguir, aun después de haber caído, hay para ella esperanza de gloria aquí y en el más allá.

EL GRAN DESAFÍO

Mateo 16:24-26

A continuación, Jesús les dijo a Sus discípulos:

El que quiera ser mi seguidor, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y Me siga. Porque el que quiera mantener su vida a salvo, la perderá; pero el que pierda su vida por Mi causa, la encontrará. Porque, ¿de qué le servirá a una persona llegar a ser el amo del mundo si le cuesta su alma? ¿Qué puede dar una persona a cambio de su vida?

Este es uno de los temas dominantes y frecuentes en la enseñanza de Jesús. Estas son cosas de Jesús dijo una y otra vez (*Mateo 10:37-39; Marcos 8:34-37; Lucas 9:23-27; 14:25-27; 17:33; Juan 12:25*). Una y otra vez Jesús les hacía enfrentarse con el desafío de la vida cristiana. Hay tres cosas que una persona debe estar dispuesta a hacer si quiere de veras vivir la vida cristiana.

(i) Debe *negarse a sí misma*. Corrientemente usamos la palabra *autonegación* en un sentido limitado. Nos referimos a renunciar a algo. Por ejemplo, una semana de autonegación puede ser una semana en que nos privamos de ciertos placeres o lujos a fin de conseguir alguna buena causa. Pero eso es solo una mínima parte de lo que Jesús quería decir por autonegación. El negarse a sí mismo quiere decir en todos los momentos de la vida decirle no al yo y sí a Dios. Negarse a sí mismo quiere decir una vez y por todas y para siempre destronar el yo y entronizar a Dios. Negarse a sí mismo quiere decir borrar el yo como principio dominante de la vida, y hacer que Dios sea el

principio rector, o más aún, la pasión dominante de la vida. Una vida de constante negación al yo es una vida de constante afirmación de Dios.

(ii) Debe *cargar con su cruz*. Es decir: debe asumir la carga del sacrificio. La vida cristiana es la vida del servicio sacrificial. Puede que el cristiano tenga que abandonar la ambición personal para servir a Cristo; puede ser que descubra que el lugar donde puede rendir a Jesucristo el mayor servicio sea donde la recompensa sea más pequeña y el prestigio ni siquiera exista. Probablemente tendrá que sacrificar tiempo y ocio y placer para servir a Dios por medio del servicio a sus semejantes.

Para decirlo sencilla y llanamente: la comodidad junto a la chimenea, el placer de una visita a un lugar de entretenimiento, puede que hayan de sacrificarse por los deberes de una responsabilidad en la iglesia, la dedicación a un grupo de jóvenes, la visita al hogar de algún alma triste o solitaria. Bien puede que se tengan que sacrificar algunas cosas que uno se podría permitir poseer, a fin de dar más a los demás. La vida cristiana es la vida sacrificial.

Lucas, con un destello de intuición diáfana, añade una palabra a este mandamiento de Jesús: «Que cargue con su cruz *diariamente*.» Lo realmente importante no son los grandes momentos de sacrificio, sino la vida que se vive en constante conciencia de las demandas de Dios y las necesidades de los demás. La vida cristiana es una vida que se preocupa por los demás más que por uno mismo.

(iii) Debe *seguir a Jesucristo*. Es decir: debe rendirle a Jesucristo una obediencia total. Cuando yo era joven, solíamos jugar a una cosa que llamábamos < seguir al líder. » Todo lo que hacía el líder, aunque fuera difícil o, en el caso del juego, hasta ridículo, se tenía que imitar. La vida cristiana es un constante seguir a nuestro Líder, una obediencia constante en pensamiento, palabra y obra, a Jesucristo. El cristiano sigue las huellas de Cristo, dondequiera que Él guíe.

PERDER Y ENCONTRAR LA VIDA

Mateo 16:24-26 (conclusión)

Hay todo un mundo de diferencia entre *existir* y *vivir*. Existir es simplemente tener pulmones que respiran y un corazón que late; vivir es estar vivo en un mundo en el que todo vale la pena, en el que hay paz en el alma, gozo en el corazón, e interés en cada cosa y momento. Jesús nos da aquí la receta para *la vida* como distinta de *la existencia*.

El que va a lo seguro, ama la vida. Mateo estaba escribiendo allá por los años '80 d.C. Por tanto, estaba escribiendo en algunos de los días más amargos de la persecución. Estaba diciendo: < Puede que llegue el momento en que puedas salvar la vida abandonando la fe; pero, en ese caso, lejos de salvar la vida, lo que haces es perderla. » El que es fiel puede que muera, pero morirá para vivir; el que abandone la fe para tener seguridad, puede que viva, pero vivirá para morir.

En nuestro tiempo y país no es probable que sea una cuestión de martirio, pero sigue siendo un hecho que, si nos enfrentamos con la vida en una constante búsqueda de seguridad, facilidad y comodidad, si todas las decisiones las hacemos por motivos mundanos de prudencia, estamos perdiéndonos todo lo que hace que la vida valga la pena. La vida se convierte en algo incoloro y blandengue, cuando podría haber sido una aventura. La vida se convierte en algo egoísta, cuando podría haber estado radiante en el servicio. La vida se vuelve una cosa atada a la tierra, cuando podría haber estado escalando las estrellas. Alguien escribió una vez un amargo epitafio a otro: «Nació hombre, y murió tendero.» En vez de tendero podemos poner cualquier otra profesión. El que siempre juega a lo seguro deja de ser un hombre, porque el hombre fue hecho a imagen de Dios.

(ii) El hombre que lo arriesga todo -y puede que parezca que lo ha perdido todo- por Cristo, encuentra la vida. La sencilla lección de la Historia es que siempre han sido las almas aventureras,

que dijeron adiós a la seguridad y a la tranquilidad, las que escribieron sus nombres en la Historia y ayudaron grandemente a la humanidad. Si no hubiera sido por los que, estuvieron dispuestos a asumir riesgos, no habría existido ninguna cura médica. Si no hubiera sido por los que estuvieron dispuestos a asumir riesgos, muchos de los aparatos que hacen la vida más fácil no se habrían inventado. Si no hubiera sido por las madres que estuvieron dispuestas a asumir riesgos, no habría nacido ningún niño. Siempre es la persona que está dispuesta « a jugarse la vida a que hay Dios» la que a fin de cuentas encuentra la vida.

(iii) Entonces Jesús hace una advertencia: «Supongamos que uno va a lo seguro; supongamos que se gana todo el mundo; supongamos también que la vida no vale la pena... ¿Qué puede hacer para recuperar la vida?» Y la hosca conclusión es que no puede hacer nada para recuperarla. En cualquier decisión de la vida estamos haciéndonos algo a nosotros mismos; nos estamos haciendo una clase de persona; estamos construyendo paulatina e inevitablemente una cierta clase de carácter; estamos capacitándonos para hacer ciertas cosas e incapacitándonos para hacer otras. Es posible que uno consiga todo lo que se propone, y que se despierte una mañana para darse cuenta de que ha perdido todo lo que era más importante.

El mundo representa aquí las cosas materiales que son opuestas á Dios; y de todas ellas se pueden decir tres cosas.

(a) Uno no se las puede llevar consigo al final; no puede llevarse nada más que a sí mismo; y, si se ha degradado a sí mismo para conseguirlas, más amargo será su pesar.

(b) No le pueden ayudar a uno en las circunstancias aciagas de la vida. Las cosas materiales no pueden sanar un corazón quebrantado ni alegrar a un alma -solitaria.

(c) Si resultara que una persona hubiera ganado sus posesiones materiales de una manera deshonrosa, llegará el día cuando hable la conciencia, y experimentará el infierno a este lado de la tumba.

El mundo está lleno de voces que advierten que es un loco el que vende la vida real por cosas materiales.

(iv) Por último, Jesús pregunta: « ¿Qué puede dar un hombre a cambio de su alma?» La palabra griega es: «¿Qué *antal-lagma* dará un hombre por su alma?» *Antal-lagma* es una palabra interesante. En el libro del *Eclesiástico* leemos: «No hay *antal-lagma* por un amigo fiel,» y « No hay *antal-lagma* por un alma disciplinada» (*Eclesiástico* 6:15; 26:14). Quiere decir que no hay dinero en el mundo para comprar un amigo fiel o un alma disciplinada; que son cosas que no tienen precio. Así es que este dicho final de Jesús puede querer decir dos cosas.

(a) Puede querer decir: Una vez que una persona ha perdido la vida real por su deseo de cosas materiales y de seguridad, no hay precio que pueda pagar para recuperarla. Se ha producido un perjuicio que no podrá borrar jamás.

(b) Puede querer decir: Una persona se debe a sí misma y todo lo demás a Jesucristo; y no hay nada que Le pueda dar a Cristo a cambio de su vida. Es muy posible que trate de darle a Cristo su dinero para quedarse con su vida. Y aún más posible que Le dé a Cristo un tributo de labios para fuera y siga reteniendo su vida. Muchas personas contribuyen económicamente al mantenimiento de la iglesia, pero no asisten. Está claro que eso no satisface las demandas de la membresía. Lo único que podemos darle a la Iglesia esa nosotros mismos; y la única donación que podemos hacerle a Cristo es toda nuestra vida. No hay ningún sustituto. Ninguna otra cosa valdrá.

LA ADVERTENCIA Y LA PROMESA

Mateo 16:27-28

Jesús siguió diciéndoles:

Porque el Hijo del Hombre vendrá con la gloria de Su Padre, con Sus ángeles, y entonces sancionará a cada persona según su curso de acción. Os digo la pura verdad: Hay algunos de dos que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre llegando en Su Reino.

Hay aquí dos dichos bastante distintos.

(i) El primero contiene *una advertencia*, el anuncio de un juicio inevitable. La vida se dirige a alguna parte, y habrá de enfrentarse a un juicio. En cualquier esfera de la vida se llega inevitablemente al momento de rendir cuentas. No hay más remedio que reconocer el hecho de que el Cristianismo enseña que después de la vida en el mundo viene el juicio; y si tomamos este pasaje en relación con el que le precede vemos inmediatamente cuál es el criterio del juicio. El que acapara la vida para sí mismo egoístamente, el que no se interesa más que en su propia seguridad y salvación y comodidad, a los ojos del Cielo ha fracasado aunque parezca haber conseguido muchos éxitos y riquezas y prosperidad. El que se da a sí mismo a los demás y vive la vida como una generosa aventura es el que recibe la aprobación del Cielo y la recompensa de Dios.

(ii) El segundo es *una promesa*. Según nos transmite la frase Mateo, parece como si Jesús hablara como si esperara que Su Segunda Venida tuviera lugar durante la vida de algunos de los que Le estaban escuchando. Si fue eso lo que quiso decir, y de la manera que nosotros lo entendemos, entonces Se equivocó. Pero vemos el sentido real de lo que dijo Jesús cuando leemos cómo nos lo transmite Marcos, que nos dice: «También les dijo: --De cierto os digo que algunos de los que están aquí no gustarán la muerte hasta que hayan visto el Reino de Dios venir con poder» (Marcos 9:1).

Jesús está hablando del poderoso obrar de Su Reino; y lo que Él dijo resultó divinamente cierto. Había algunos allí presentes que habían de ver la venida del Espíritu el día de Pentecostés. Había allí algunos que habían de ver a judíos y gentiles entrar en tromba en el Reino; habían de ver la marea del Evangelio inundar las tierras de Asia Menor y pasar a Europa hasta llegar a Roma. Durante la vida de muchos de los que oyeron hablar a Jesús, el Reino vino con poder.

De nuevo tenemos que tomar esto en estrecha relación con lo que hay antes. Jesús advirtió a Sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, y sufrir allí muchas cosas, y morir. Esa era la vergüenza; pero la vergüenza no sería el fin. Después de la Cruz vino la Resurrección. La Cruz no habría de ser el final; solo el principio del desatamiento de ese poder que había de inundar a todo el mundo. Esta es la promesa que Jesús les hizo a Sus discípulos: que nada que el mundo pueda hacer podrá impedir el avance del Reino de Dios.

EL MONTE DE LA TRANSFIGURACIÓN

Mateo 17:1-8

Seis días después, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y al hermano de éste, Juan, a un monte alto a solas, y allí cambió de apariencia en presencia de ellos. Su rostro relucía como el Sol, y Su ropa se volvió tan blanca como la luz. Y, fijaos: Se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él. Pedro Le dijo a Jesús:

-¡Señor, qué bien que estamos aquí! Voy a hacer tres cabañas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Antes de que acabara de decirlo, fijaos: Los envolvió una nube luminosa; y fijaos: Salió una voz de la nube que decía:

-¡Este es Mi Hijo amado, en Quien Me complazco plenamente! ¡Oídle a ÉL!

Cuando los discípulos oyeron aquello, cayeron rostro a tierra y les entró mucho miedo. Jesús Se les acercó, los tocó y dijo:

Levantaos, y no tengáis miedo.

Cuando ellos levantaron la vista no vieron allí a nadie más que a Jesús.

A1 gran momento de Cesarea de Filipo siguió el gran momento del monte de la Transfiguración. Reconstruyamos primeramente la escena en que vino este momento de gloria a Jesús y a Sus tres discípulos escogidos. Hay una tradición que identifica el monte de la Transfiguración con el monte Tabor, pero no es probable. En la cima del monte Tabor había una fortaleza armada y un gran castillo; parece casi imposible que la Transfiguración pudiera tener lugar en una montaña que era una fortaleza. Mucho más probable es que la escena de la Transfiguración tuviera lugar en el monte Hermón. Hermón estaba a unos 25 kilómetros de Cesarea de Filipo. Hermón tiene 2,800 metros de altitud sobre el Mediterráneo, y 3,000 sobre el nivel del mar de Galilea, y 3,400 sobre el del mar Muerto. Es tan alto que se puede ver perfectamente desde el mar Muerto, al otro extremo de Palestina, a más de 150 kilómetros.

No puede haber sido en el pico más alto donde esto sucedió. Sería demasiado alto. El canon Tristram nos cuenta cómo lo escalaron él y su equipo. Pudieron cabalgar hasta casi la cima, en lo que tardaron cinco horas. No es fácil mantenerse activo a esas alturas. Tristram dice: «Pasamos una gran parte del día en la cima, pero nos sentimos penosamente afectados por lo enrarecido de la atmósfera.»

Sería en algún lugar de las laderas del hermoso y majestuoso monte Hermón donde tuvo lugar la Transfiguración. Tiene que haber sido por la noche. Lucas nos dice que los discípulos estaban rendidos de sueño (*Lucas 9:32*). Ya era el día siguiente

cuando Jesús y Sus discípulos bajaron a la llanura, y se encontraron esperándoles al padre del muchacho epiléptico (*Lucas 9:37*). Así es que sería a la caída de la tarde, o ya de noche, cuando tuvo lugar esta maravillosa escena.

¿Por qué fue allí Jesús? ¿Por qué hizo esta expedición a aquellas solitarias laderas? Lucas nos da la clave. Nos dice que Jesús estuvo orando (*Lucas 9:29*).

Debemos colocarnos, hasta donde nos sea posible, en el lugar de Jesús. Para entonces estaba de camino hacia la Cruz. De eso estaba totalmente seguro; una y otra vez se lo dijo a Sus discípulos. En Cesarea de Filipo Le hemos visto enfrentándose con un problema y resolviéndolo. Le hemos visto tratando de descubrir si había alguno que hubiera reconocido Quién y qué era Él. Hemos visto que aquella pregunta tuvo una respuesta triunfal, porque Pedro había captado el gran hecho de que a Jesús solamente podía describirse como el Hijo de Dios. Pero había una pregunta todavía más grande que esa, que Jesús tenía que contestar antes de iniciar Su último viaje.

Tenía que estar totalmente seguro, sin la menor sombra de duda, de que estaba haciendo lo que Dios quería que hiciera. Tenía que estar seguro de que era de veras la voluntad de Dios el que Él fuera a la Cruz. Jesús subió al monte Hermón a preguntarle a Dios: «¿Estoy haciendo Tu voluntad al afirmar Mi rostro para ir a Jerusalén?» Jesús subió al monte Hermón para escuchar la voz de Dios. Nunca quería dar ningún paso sin consultárselo a Dios. ¿Cómo iba a dar el paso más importante de todos sin consultárselo? En toda situación hacía una pregunta y sólo una: «¿Es la voluntad de Dios para Mí?» Y esa era la pregunta que Le estaba haciendo a Dios en la soledad de las laderas del Hermón.

Es una de las diferencias supremas entre Jesús y nosotros, que Jesús siempre preguntaba: «¿Qué quiere Dios que Yo haga?» y nosotros casi siempre preguntamos: «¿Qué es lo que yo quiero hacer?» Decimos a menudo que la única característica de Jesús era *que no tenía pecado*. ¿Qué queremos decir con eso? Precisamente esto: que Jesús no tenía más voluntad que la voluntad de Dios. La actitud del cristiano debe ser siempre la que expresó Teresa de Jesús: «Lo que da valor a nuestra voluntad es juntarla con la de Dios, de manera que no quiera otra cosa sino lo que Su Majestad quiere.» Y en forma poética:

Vuestra soy, para Vos nació, ¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad, Eterna Sabiduría, Bondad buena al alma mía, Dios, Alteza, un Ser, Bondad, la gran vileza mirad que hoy os canta amor así: *¿Qué mandáis hacer de mí?*

Vuestra soy, pues me criastes; vuestra, pues me redimistes; vuestra, pues que me sufristes; vuestra, pues que me llamaste; vuestra, pues que me esperastes; vuestra, pues no me perdí. *¿Qué mandáis hacer de mí?*

¿Qué mandáis, pues, buen Señor, que haga tan vil criado? ¿Cuál oficio le habéis dado a este esclavo pecador? Veisme aquí, mi dulce Amor; Amor dulce, veisme aquí. *¿Qué mandáis hacer de mí?*

. . Dadme muerte,, dadme vida, dad salud o enfermedad, honra o deshonra me dad, dadme guerra o paz crecida,

flaqueza o fuerza cumplida, que a todo digo que sí. *¿Qué mandáis hacer de mí?*

. Dadme .Calvario o Tabor, desierto o tierra abundosa, sea Job en el dolor, o Juan que al pecho reposa; sea viña fructuosa o estéril si cumple así. *¿Qué mandáis hacer de mí?*

Cuando Jesús tenía un problema, no trataba de resolverlo solamente mediante el poder de Su propio pensamiento; tampoco se lo presentaba a otros para recibir un consejo humano; se lo llevaba a un lugar solitario y se lo presentaba a Dios.

LA BENDICIÓN DEL PASADO

Mateo 17:1-8 (continuación)

Allí, en las laderas de la montaña, se Le aparecieron a Jesús dos grandes figuras: Moisés y Elías. Es fascinante ver en cuántos aspectos la experiencia de estos dos grandes siervos de Dios armonizaba con la de Jesús. Cuando Moisés descendió del monte Sinaí, no sabía que la piel de su rostro resplandecía (*Éxodo 34:29*). Tanto Moisés como Elías tuvieron sus experiencias más íntimas de Dios en la cima de las montañas. Moisés subió al monte Sinaí para recibir las tablas de la Ley (*Éxodo 31:18*). Fue en el monte Horeb donde Elías encontró a Dios, no en el viento, ni en el terremoto, sino en el silbo apacible y delicado (*1 Reyes 19:9-12*). Es curioso que no hubo nada terrible acerca de las muertes de Moisés y Elías. *Deuteronomio 34:5s* nos cuenta la solitaria muerte de Moisés en el monte Nebo. Parece como si Dios mismo hubiera enterrado al gran líder del pueblo: < Y Él le enterró en la tierra de Moab, enfrente de Bet Peor; pero nadie conoce el lugar de su sepultura hasta hoy mismo.> En cuanto a Elías, el antiguo relato nos dice que marchó del lado del sobrecogido Eliseo en una carroza de fuego con caballos de fuego (*2 Reyes 2:11*). Las dos grandes figuras que se Le aparecieron a Jesús cuando iniciaba Su marcha hacia Jerusalén fueron hombres que parecían demasiado grandes para morir.

Además, como ya hemos visto, era la creencia general de los judíos que Elías había de ser el precursor y heraldo del Mesías, y también creían, por lo menos algunos maestros judíos, que, cuando el Mesías viniera, Le acompañaría Moisés.

Nos es fácil ver lo adecuada que era esta visión de Moisés y Elías. Pero ninguna de las razones expuestas es la razón verdadera por la que Jesús tuvo la visión de Moisés y Elías.

Una vez más, hemos de volver al relato que nos hace Lucas de la Transfiguración. Nos dice que Moisés y Elías hablaron con Jesús, como dice la versión Reina-Valera, «de Su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén» (*Lucas 9:31*). La palabra que se usa para *partida* en el original griego es muy significativa. Es *éxodos*, que es de la que se deriva la palabra *éxodo* en castellano.

La palabra *éxodo* tiene un trasfondo especial; es la que se ha utilizado siempre en relación con la salida del pueblo de Israel de la tierra de Egipto, por un camino desconocido del desierto que acabaría conduciéndolos a la Tierra Prometida. La palabra *éxodo* es la que describe lo que bien podríamos llamar el viaje más aventurero de la Historia humana, un viaje en el que todo un pueblo, en absoluta dependencia de Dios, salió a lo desconocido.

Eso era precisamente lo que Jesús iba a hacer. En absoluta dependencia de Dios iba a ponerse en camino en una aventura tremenda en ese viaje hacia Jerusalén, un viaje erizado de peligros, que conducía inevitablemente a la Cruz, pero un viaje que desembarcaría en la Gloria.

En el pensamiento judío, estas dos figuras, Moisés- y Elías, siempre representaban ciertas cosas. Moisés fue el más grande de todos los *legisladores*; fue suprema y singularmente el hombre que trajo a la humanidad la Ley de Dios. Elías fue el más grande de todos los profetas; por medio de él habló la voz de Dios a los hombres de una manera inconfundible. Estos dos hombres eran las cimas gemelas de la historia y la evolución religiosa de Israel. Es como si las figuras más grandes de la historia de Israel vinieran a Jesús cuando se ponía en camino en la última y más grande aventura hacia lo desconocido, y Le dijeran que siguiera adelante. En ellos, toda la Historia se levantaba y Le señalaba a Jesús el camino. En ellos, toda la Historia reconocía a Jesús como su consumación. El más grande de los legisladores y el más grande de los profetas reconocieron a Jesús como Aquel con Quien ellos habían soñado, como el Que ellos habían anunciado. La aparición de ellos fue la señal para Jesús para seguir adelante. Así pues, las más grandes figuras humanas testimoniaron a Jesús que seguía el auténtico camino, y Le animaron a salir en Su aventurado *éxito* a Jerusalén y al Calvario.

Pero hubo más que eso; no fueron solos el más grande legislador y el más grande profeta los que aseguraron a Jesús que iba bien; la misma voz de Dios resonó para decirle que estaba en el verdadero camino. Todos los evangelistas hablan de la nube luminosa que los envolvió. La nube era parte de la historia de Israel. A lo largo de toda su historia, la nube luminosa representaba la *sejiná*, que era nada menos que la gloria del Dios todopoderoso.

En *Éxodo* leemos acerca de *la columna de nube* que había de guiar al pueblo por el camino durante el día, que se volvía una columna de fuego por la noche (*Éxodo 13:21 s*). En otro lugar de *Éxodo* leemos acerca de la construcción y terminación del Tabernáculo; y al final del relato encontramos estas palabras: «Entonces *la nube* cubrió el Tabernáculo de reunión, y la gloria del Señor llenó el Tabernáculo» (*Éxodo 40:34*). Fue en *la nube* como el Señor descendió para dar las tablas de la Ley a Moisés (*Éxodo 34:5*). Una vez más nos encontramos con esta *misteriosa nube luminosa* en la dedicación del templo de Salomón: < Al salir los sacerdotes del santuario, *la nube* llenó la casa del Señor» (*1 Reyes 8: 10s; cp. 2 Crónicas 2:13s; 7:2*). Por todo el Antiguo Testamento nos encontramos con esta imagen de *la nube* en la que se encontraba la misteriosa gloria de Dios.

Podemos añadir otro detalle gráfico a lo dicho. Los viajeros nos cuentan un curioso y característico fenómeno relacionado con el monte Hermón. Edesheim escribe: < Una extraña peculiaridad se ha notado acerca de Hermón; en "la extrema rapidez con que se forma una nube en su cima. En pocos minutos, una espesa capa se forma sobre la cima de la montaña, y se dispersa con la misma rapidez hasta desaparecer completamente." > No hay duda que en esta ocasión se formó una nube en las laderas de Hermón; ni tampoco que, en un principio, los discípulos no le dieron ninguna importancia, porque Hermón era célebre por las nubes que iban y venían en él. Pero algo extraordinario sucedió; no nos es dado suponer lo que fue; pero la nube se hizo luminosa y misteriosa, y de ella llegó la voz de la Majestad divina, poniéndole el sello de la aprobación de Dios a

Jesús Su Hijo. Y en ese momento fue contestada la oración de Jesús; y Él supo sin que Le quedara la menor duda que lo correcto era seguir adelante.

El monte de la Transfiguración fue para Jesús una cima espiritual. Su éxodo se extendía delante de Él. ¿Estaba siguiendo el camino correcto? ¿Tenía razón en aventurarse hacia Jerusalén y esperar los brazos abiertos de la Cruz? En primer lugar, recibió el veredicto de la Historia: el más grande de los legisladores y el más grande de los profetas Le dijeron que siguiera adelante. Y después, algo infinitamente más grande Le vino: la voz que Le transmitía nada menos que la aprobación de Dios. La experiencia del monte de la Transfiguración fue la que Le permitió a Jesús recorrer inflexiblemente el camino a la Cruz.

LA INSTRUCCIÓN DE PEDRO

Mateo 17:1-8 (conclusión)

Pero podemos suponer que el episodio de la Transfiguración contribuyó algo, no solamente para Jesús, sino también para Sus discípulos.

(i) Los discípulos tienen que haberse quedado con la mente desconcertada y apesadumbrada ante la insistencia con que Jesús les decía que tenía que ir a Jerusalén a sufrir y a morir. Tiene que haberles parecido como si no les esperara nada más que una vergüenza tenebrosa. Pero, de principio a fin, toda la atmósfera del monte de la Transfiguración fue gloria. El rostro de Jesús brilló como el Sol, y Su ropa destellaba y relucía como la luz.

Los judíos conocían muy bien la promesa de Dios a los justos victoriosos: < Sus rostros brillarán como el Sol > (2 Esdras 7:97). Ningún judío podría haber visto nunca esa nube luminosa sin pensar en la *sejiná*, la gloria de Dios que se cernía sobre Su pueblo. Hay un pequeño detalle muy revelador en este pasaje. No menos de tres veces en sus ocho breves versículos aparece la pequeña interjección: «¡He aquí! ¡Fijaos!» Es como si Mateo no pudiera ni contar la historia sin tomar aliento de vez en cuando ante su asombrosa maravilla.

Aquí había algo sin duda alucinante para elevar los corazones de los discípulos y permitirles ver la gloria a través de la vergüenza; el triunfo, a través de la humillación; la corona, más allá de la Cruz. Está claro que todavía no podían entenderlo todo; pero sin duda captarían algún ligero atisbo de que la Cruz no era solo humillación, sino que, de alguna manera, también estaba teñida de gloria; de que, de alguna manera, la gloria era la misma atmósfera del éxodo hacia Jerusalén y hacia la muerte.

(ii) Además, Pedro tiene que haber aprendido dos lecciones aquella noche. Cuando Pedro despertó a lo que estaba sucediendo, su primera reacción fue hacer tres tabernáculos: uno para Jesús, otro para Moisés y otro para Elías. Pedro era hombre de acción; siempre estaba dispuesto a hacer algo. Pero hay un tiempo para la quietud; hay un tiempo para la contemplación, para la admiración, para la adoración, para la temerosa reverencia en la presencia de la gloria suprema. «Estad tranquilos, y comprobad que Yo soy Dios» (Salmo 46:10). Puede que algunas veces estemos demasiado ocupados tratando de hacer algo cuando sería mejor guardar silencio, y escuchar, y maravillarnos, y adorar en la presencia de Dios. Antes de que uno pueda luchar y emprender la marcha de la aventura, debe arrodillarse ante la maravilla, y orar y adorar.

(iii) Pero esto tiene otra cara. Está claro que Pedro quena esperar en la ladera de la montaña. Quería que se prolongara aquel gran momento. No quería descender a las cosas cotidianas y ordinarias otra vez, sino quedarse para siempre en el resplandor de la gloria.

Ese es un sentimiento que todos hemos tenido alguna vez. Hay momentos de intimidad, de serenidad, de paz, de proximidad a Dios, que todos hemos conocido y querido prolongar alguna vez. Como ha dicho A. H. McNeile: « El monte de la Transfiguración siempre nos encanta más que el ministerio cotidiano o el camino de la Cruz. »

Pero el monte de la Transfiguración nos es dado solamente para proveernos de la fuerza para el ministerio cotidiano, y para ayudarnos a recorrer el camino de la Cruz. Susanna Wesley tenía una oración: «Ayúdame, Señor, a recordar que la religión no se limita a la iglesia o al retiro, ni se practica solamente en oración y meditación, sino que siempre y en todo lugar estoy en Tu presencia.»

El momento de gloria no existe independientemente; existe para revestir las cosas normales y comunes con un resplandor que nunca antes tuvieron.

ENSEÑANDO EL CAMINO DE LA CRUZ

Mateo 17:9-13, 22-23

Conforme iban bajando del monte, Jesús les dio instrucciones rigurosas:

No le digáis nada a nadie de la visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado.

Los discípulos Le preguntaron a Jesús:

Entonces, ¿por qué dicen los escribas que Elías tiene que venir antes?

-Es verdad lo que dicen de que Elías ha de venir a restaurar todas las cosas -les contestó Jesús-; pero os aseguro que Elías ya ha venido, y no le reconocieron, sino que hicieron con él lo que quisieron. De la misma manera tiene que sufrir a sus manos el Hijo del Hombre.

Entonces comprendieron los discípulos que Jesús les hablaba de Juan el Bautista.

Cuando se reunieron en Galilea, Jesús les dijo:

El Hijo del Hombre va a ser entregado a manos de hombres que Le matarán; pero al tercer día resucitará.

Y los discípulos se quedaron tremendamente apesadumbrados.

Aquí tenemos otra vez la orden de mantener el secreto, que era sumamente necesaria. El gran peligro consistía en que se proclamara a Jesús como Mesías sin saber Quién ni Qué era el Mesías. La concepción general tanto acerca del precursor como acerca del Mesías, tenía que ser radical y fundamentalmente cambiada.

Iba a requerir mucho tiempo el desaprender la idea de un mesías conquistador; hasta tal punto formaba parte de la mentalidad judía que fue difícil, casi imposible, alterarla. Los versículos 9-13 son un pasaje muy difícil. Detrás de ellos está esta idea. Los judíos estaban de acuerdo en que antes de que viniera el Mesías, volvería Elías como Su heraldo y precursor. «He aquí que Yo os enviaré al profeta Elías antes que llegue el día grande y terrible del Señor.» Así escribía Malaquías, -y proseguía: « Y él hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, no sea que Yo venga y castigue la Tierra con una maldición» (*Malaquías 4: Ss*). Poco a poco, a la idea de la venida de Elías se iban agregando detalles, hasta que los judíos llegaron a creer, no solamente que vendría Elías, sino que restauraría todas las cosas antes de la venida del Mesías; que él, digamos, haría que el mundo estuviera dispuesto para la llegada del Mesías. La idea era que Elías sería un reformador grande y terrible, que pasaría por el mundo destruyendo todo lo malo y enderezando todas las injusticias. El resultado era que tanto el precursor como el Mesías se concebían en términos de *poder*.

Jesús corrigió eso. «Los escribas -dijo- dicen que Elías vendrá como una bocanada de fuego purificador y vengativo. *Él ya ha venido*; pero su carácter fue doliente y sacrificado, como también ha de serlo el del Hijo del Hombre.» Jesús ha establecido que el método del servicio de Dios nunca consiste en acabar violentamente con la humanidad, sino en atraérsela con arrullos amorosos y un amor sacrificial.

Eso era lo que los discípulos tenían que aprender; y por eso tenían que guardar silencio hasta que lo hubieran aprendido. Si se hubieran puesto a predicar a un mesías conquistador, la consecuencia

no habría sido más que una tragedia. Se ha calculado que el siglo antes de la Crucifixión de Jesús hubo no menos de 200,000 que perdieron la vida en rebeliones inútiles. Antes de que se pudiera predicar a Cristo, había que saber Quién y Qué era Cristo; y hasta que Jesús enseñara a Sus seguidores la necesidad de la Cruz, tenían que guardar silencio y aprender. No son nuestras ideas, sino el mensaje de Cristo lo que debemos, comunicar a la humanidad; y nadie puede enseñar a otros hasta que Jesucristo le haya enseñado a él.

LA FE ESENCIAL

Mateo 17:14-20

Cuando llegaron adonde estaba la gente, se Le acercó a Jesús un hombre que se postró a Sus pies y Le dijo:

-Señor, ten piedad de mi hijo, que es epiléptico y sufre terriblemente; porque muchas veces se cae en el fuego, y otras en el agua. Y se le he traído a Tus discípulos, pero no han podido curarle.

Jesús exclamó:

-¡Oh generación infiel y perversa! ¿Cuánto tiempo voy a tener que seguir con vosotros? ¿Cuánto tiempo os voy a tener que soportar? ¡Tráemele!

Y Jesús se dirigió a él con autoridad, y el demonio salió de él, y el chico quedó curado al momento.

Cuando los discípulos se reunieron con Jesús en privado, Le dijeron:

-¿Por qué nosotros no pudimos echar al demonio?

-Porque tenéis muy poca fe -les contestó Jesús-. Os aseguro que si tuvierais una fe como un grano de mostaza, le diríais a este monte: «¡Quítate de en medio!, » y se quitaría. Así es que nada tiene que seros imposible.

Tan pronto como bajó Jesús de la gloria celestial se encontró con un problema terrenal y una demanda práctica. Un hombre había traído a su hijo epiléptico a los discípulos cuando Jesús estaba ausente. Mateo describe al chico con el verbo *seléniazesthai*, que quiere decir literalmente *afectado por la luna, lunático*. Como era normal en aquel tiempo, el padre atribuía la condición del chico a la influencia maligna de espíritus inmundos. Tan seria era su condición que ponía en peligro su persona, y a otras. Casi podemos oír el suspiro de alivio cuando apareció Jesús, e inmediatamente se hizo cargo de una situación que había estado totalmente fuera de control.

Con una fuerte y enérgica palabra mandó salir al demonio, y el chico quedó curado. Esta historia está llena de cosas significativas.

(i). No podemos por menos de conmovernos ante la fe del padre del chico. Aunque los discípulos habían recibido poder para echar demonios (*Mateo 10:1*), aquí tenemos un caso en que fallaron notoriamente en público: Y .sin embargo, a pesar del fracaso de los discípulos, el padre no dudó nunca del poder de Jesús. Es como si se dijera: «Si consigo llegar al mismo Jesús, mi necesidad y mi problema estarán solucionados.»

Aquí hay algo muy conmovedor; y hay -algo que es muy universal y actual: Hay muchos que creen que la iglesia, los que profesan ser los discípulos de Jesús en su día y generación, han fracasado y son impotentes para resolver los males de la situación humana; y sin embargo, en el fondo; tienen el sentimiento: « Si pudiéramos llegar más allá de Sus seguidores humanos, si pudiéramos pasar al otro lado de la fachada de la iglesia y el fracaso de la iglesia, si pudiéramos llegar hasta el mismo Jesús, podríamos recibir las cosas que necesitamos.» Es al mismo tiempo nuestra condenación y nuestro desafío el que todavía en nuestro tiempo, aunque hay muchos que han dejado de creer en la iglesia, no han perdido del todo la fe en el Señor Jesucristo.

(ii) Aquí vemos las demandas constantes que se Le hacían a Jesús. Viniendo directamente de la gloria de la cima del monte, Se enfrentó con el sufrimiento humano. Inmediatamente después de escuchar la voz de Dios, vino a oír las demandas angustiosas de la necesidad humana. La persona que más se parece a Cristo en el mundo es la que nunca encuentra que sus semejantes son una molestia. Es fácil sentirse cristiano en el momento de la oración y la meditación; es fácil sentirse cerca de Dios cuando estamos de espaldas al mundo. Pero eso no es religión: es evasión. La religión real es levantarse después de haber estado de rodillas ante Dios para salir al encuentro de las personas y de los problemas de la situación humana. La verdadera religión consiste en recibir la fuerza de Dios *para transmitírsela a otros*. La verdadera religión incluye tanto el encuentro con Dios en el lugar secreto como encontrarse con la gente en el mercado. La verdadera religión quiere decir presentarle nuestras propias necesidades a Dios, no para disfrutar de la .paz y de la tranquilidad y de la comodidad sin molestias, sino para ser capacitados generosa, efectiva y poderosamente para resolver las necesidades de los demás. Las alas de la paloma no son para el cristiano que quiere seguir a Su Maestro haciendo el bien.

(iii) Vemos aquí el dolor de Jesús. No es que Jesús dijera que quería librarse de Sus discípulos. Es que Él dice: «¿Cuánto tiempo voy a tener que estar con vosotros hasta que lleguéis a comprender?» No hay nada más propio de Cristo que la paciencia. Cuando nos parece que vamos a perderla paciencia ante las locuras y las necedades humanas, recordemos la infinita paciencia de Dios con los extravíos y las deslealtades y la indocilidad de nuestra propia alma.

(iv) Vemos aquí la necesidad central de la fe, sin la cual nada puede suceder. Cuando Jesús habló de *desplazar montañas*, estaba usando una frase que los judíos conocían muy bien. Un gran maestro que pudiera realmente presentar y exponer las Escrituras y explicar y resolver las dificultades, recibía el nombre de *un desarraigador*, o hasta *un pulverizador* de montañas. Deshacer, desarraigar y pulverizar montañas eran imágenes que se usaban para resolver las dificultades. Jesús nunca pretendió que se tomara esto literalmente en su sentido físico. Después de todo, una persona normal no se encuentra frecuentemente en la necesidad de tener que desplazar montañas físicas. Lo que quería decir era: «Si se tiene suficiente fe, todas las dificultades se pueden resolver, y cumplir hasta la tarea más difícil.» La fe en Dios es el instrumento que permite a las personas eliminar las colinas de dificultades que bloquean el camino.

EL IMPUESTO DEL TEMPLO

Mateo 17:24-27

Cuando llegaron , a Cafarnaum, se le acercaron a Pedro los cobradores del medio siclo del impuesto del templo y le dijeron:

¿Es que tu Maestro no paga el impuesto? .

-¡Claro que sí! -contestó Pedro. Y cuando entró en la casa, antes de que dijera nada, Jesús le dijo:

-¿Qué crees tú, Simón? ¿De quiénes cobran impuestos y tributos los reyes de la tierra,, de sus ciudadanos o de los extranjeros?

Cuando Pedro Le contestó que de los extranjeros, Jesús le dijo:

Así, es que. los ciudadanos están exentos. Pero, para no hacer que se escandalicen, vete al mar, echa la red, y coge el pez que caiga; y cuando le abras la boca encontrarás en ella un siclo. Tómalo, y dalo por ti y por Mí.

El templo de Jerusalén tenía unos gastos de mantenimiento elevadísimos. En todos los sacrificios de la mañana y de la tarde se ofrecía un cordero de un año, con vino, harina y aceite. El incienso que se quemaba todos los días tenía que comprarse y prepararse. Había que reponer con frecuencia las cortinas y las ropas de los sacerdotes, que eran caras; y las vestiduras del sumo sacerdote costaban no menos que el rescate de un rey. Todo esto suponía dinero.

Así que, sobre la base de *Éxodo 30:13*, estaba- establecido que todos los varones judíos de veinte años para arriba debían pagar el impuesto anual del templo de medio siclo. En los días de Nehemías, cuando el pueblo era pobre, se redujo a la tercera parte de un siclo. Medio sielsequivalía a dos *dracmas* griegas; por eso se llamaba corrientemente al impuesto *didrajm*, como aparece en este pasaje. Para hacernos una idea de su equivalencia actual diremos que era igual al salario de dos días de un jornalero. Este impuesto hacía que ingresaran en el tesoro del templo unos 15,000,000 de pesetas al año; pero no olvidemos en este cálculo que el salario diario sería de 10 pesetas. En teoría, el impuesto era obligatorio, y las autoridades del templo tenían poder para deducírselo a una persona de sus bienes si dejaba de pagarlo.

El método de cobro estaba cuidadosamente organizado. El día 1 del mes de adar, correspondiente a marzo, se anunciaba en todos los pueblos y aldeas de Palestina que había llegado el tiempo de pagar el impuesto. El día 15 del mismo mes se instalaban puestos en todos los pueblos y aldeas, donde se pagaba el impuesto. Si no se pagaba antes del 25 de adar, se podía abonar directamente en el templo de Jerusalén.

En este pasaje vemos a Jesús pagando el impuesto del templo. Los cobradores se dirigieron a Pedro y le preguntaron si su Maestro pagaba Sus impuestos. Es probable que la pregunta se hiciera con una intención maliciosa, esperando que Jesús rehusara pagar; porque, en ese caso, los ortodoxos tendrían algo de que acusarle. Pedro contestó inmediatamente que claro que su Maestro pagaba el impuesto. Después fue, y se lo dijo a Jesús, y Jesús usó una especie de parábola en los versículos 25 y 26.

La escena representada tiene dos posibilidades de interpretación, pero en ambos casos su sentido es el mismo.

(i) En el mundo antiguo, las naciones que conquistaban y colonizaban a otras no tenían mucha idea ni intención de gobernar para favorecer a los pueblos sometidos. Más bien lo que consideraban era que los pueblos sometidos existían para ponerles a ellos las cosas más fáciles. En consecuencia, la nación conquistadora nunca pagaba tributo, aunque las demás sí lo pagaran. Eran las naciones sometidas las que soportaban la carga y pagaban los-impuestos. Así es que Jesús puede que quisiera decir: «Dios es el Rey de Israel; pero nosotros somos el verdadero Israel, porque somos ciudadanos del Reino del Cielo; los extranjeros puede que tengan que pagar, pero nosotros somos libres.»

(ü) Pero es probable que la alegoría fuera mucho más sencilla. Si algún rey imponía tributo a una nación, está claro que no incluía en la obligación de pagarlo a su propia familia. Los impuestos se

cobraban para el mantenimiento de su propia casa. El impuesto en cuestión era para el templo, que era la casa de Dios. Jesús era el Hijo de Dios. Él dijo cuando Sus padres Le encontraron en Jerusalén: < ¿Es que no sabíais que Yo tendría que estar en *la casa de Mi padre?*» (Lucas 2:49). ¿Cómo iba a estar obligado el Hijo a pagar el impuesto que se cobraba para la casa de Su Padre?

A pesar de todo, Jesús dijo que tenían que pagar, no porque estuvieran sometidos a la ley, sino por una obligación superior. Dijo que debían pagar < para no ofender a nadie. » El Nuevo Testamento usa siempre el verbo *ofender* (*skandalizein*) y el nombre *ofensa* (*skándalon*) en un sentido especial. El verbo no se usaba nunca con el sentido de insultar, o molestar, u ofender el orgullo de nadie. Siempre quena decir *ponerle una piedra de tropiezo en el camino a alguien*. Hacer que alguien tropezara y cayera. Por tanto, Jesús está diciendo: «Debemos pagar para no dar a otros mal ejemplo. No debemos conformarnos con cumplir con nuestro deber, sino que debemos actuar de tal manera que los demás puedan ver lo que tienen que hacer.» Jesús no Se permitiría nada que pudiera hacer que otra persona menospreciara las obligaciones normales de la vida. En la vida ,puede que haya a veces exenciones que se pueden reclamar; puede que haya cosas que nos podemos permitir hacer u omitir sin riesgo. Pero no debemos reclamar nada ni permitirnos nada que pueda ser un mal ejemplo para los demás.

Nos podríamos preguntar por qué se transmitió esta historia. Por razones de espacio, los evangelistas tuvieron que seleccionar su material. ¿Por qué incluyeron esta historia? El evangelio de Mateo se escribió entre los años 80 y 90 d.C. Ahora bien, un poco antes de entonces los judíos y los cristianos israelitas tuvieron que enfrentarse con un problema real e inquietante. Ya vimos que todo varón judío a partir de los veinte años de edad tenía que pagar el impuesto del templo; pero el templo fue destruido totalmente el año 70 d.C., y ya no se reconstruyó. Después de la destrucción del templo, el emperador romano Vespasiano decretó que el medio siclo del impuesto del templo tenía que pagarse entonces a la tesorería del templo de Júpiter Capitolino de Roma.

Aquí sí que surgió un problema. Muchos de los judíos y de los cristianos israelitas se sintieron tentados a rebelarse contra esta imposición. Cualquier rebelión semejante que se produjera tendría consecuencias desastrosas, porque sería aplastada inmediatamente, y habría reportado a los judíos y a los cristianos la reputación de ser ciudadanos desleales y desafectos.

Esta historia se incluyó en los evangelios para decirles a los cristianos, especialmente a los del pueblo de Israel que, por muy desagradable que les resultara, tenía que asumir sus obligaciones como ciudadanos. Esta historia nos dice a nosotros que el Cristianismo y la buena ciudadanía van mano a mano. El cristiano que se exime de las obligaciones de la buena ciudadanía, no solamente está fallando como ciudadano, sino también como cristiano.

CÓMO PAGAR NUESTRAS DEUDAS

Mateo 17:24-27 (conclusión)

Ahora llegamos a la historia misma. Si la tomamos con un miope y crudo literalismo, quiere decir que Jesús le dijo a Pedro que fuera a pescar un pez, y que encontraría un *stater* en la boca del pez, que sería suficiente para pagar el impuesto de ellos dos. No es irrelevante advertir que el evangelio no nos dice si Pedro lo hizo. La historia acaba con el dicho de Jesús.

Antes de empezar a examinar el pasaje debemos recordar que a todos los pueblos orientales les encanta contar las cosas de la manera más dramática y vivaz posible; y que les encanta decir las cosas con una sonrisa radiante y sugestiva. Este milagro es difícil en tres sentidos.

(i) Dios no realiza un milagro para hacer lo que podemos hacer nosotros. Eso nos perjudicaría más que ayudarnos. Por muy pobres que fueran los discípulos, no necesitaban un milagro para ganarse dos medios siclos. No estaba fuera de las posibilidades humanas el ganar esa cantidad.

(ii) Este milagro transgrede la gran decisión de Jesús de no usar nunca Su poder milagroso para Su propio fin. Él podría haber convertido las piedras en pan para satisfacer Su propia hambre, pero rehusó hacerlo. Podría haber usado Su poder para elevar Su propio prestigio como obrador de maravillas, pero rehusó hacerlo. En el desierto, Jesús decidió de una vez para siempre no usar Su poder para Sus propios fines. Si se toma esta historia con un crudo literalismo, nos muestra a Jesús usando Su poder divino para satisfacer Su necesidad, y eso es algo que Jesús no haría jamás.

(iii) Si tomamos este milagro literalmente, hay un sentido en que llega a ser hasta inmoral. La vida sería un caos si una persona pudiera pagar sus deudas encontrando monedas en las bocas de los peces. Nunca se pretendió que la vida se organizara de tal manera que la gente pudiera cumplir sus obligaciones de una manera tan fácil y despreocupada. «Los dioses -dijo uno de los grandes griegos- han dispuesto que el sudor fuera el precio de todas las cosas.» Eso es tan cierto para el pensador cristiano como lo era para el griego.

En tal caso, ¿qué podemos decir a esto? ¿Tenemos que decir que esto no es más que una historia legendaria, mera invención imaginativa, y que no encierra ninguna verdad? ¡Nada de eso! No cabe duda de que *algo* sucedió.

Recordemos otra vez el amor de los orientales para las narraciones vivaces. Indudablemente lo que sucedió fue lo que sigue. Jesús le dijo a Pedro: « Sí, Pedro, tienes razón. Nosotros también debemos pagar nuestras deudas justas y legales. Bien, tú sabes cómo hacerlo. Vuele a pescar un día más. Recibirás dinero suficiente, y encontrarás dinero suficiente para pagar nuestras deudas en las bocas de los peces. Un día de pesca nos producirá todo lo que necesitamos.»

Jesús estaba diciendo: «Vuelve a tu trabajo, Pedro. Esa es la manera como debemos pagar nuestras deudas.» De igual manera, el mecanógrafo encontrará una camisa nueva en las teclas y la cinta de su máquina de escribir. El mecánico encontrará comida para sí mismo y para su mujer y familia en el cilindro del coche. El maestro encontrará dinero para cubrir sus gastos en la pizarra y la tiza. El empleado encontrará lo suficiente para mantenerse a sí mismo y a los suyos en el archivador y en los libros de oficina.

Cuando Jesús dijo esto, lo dijo con esa sonrisa sugestiva Suya, y con Su característico don para el lenguaje dramático. No estaba diciéndole a Pedro literalmente que encontraría una moneda en la boca del pescado. Lo que estaba diciéndole era que obtendría lo que necesitaba para pagar su deuda con un día de trabajo honrado.

RELACIONES PERSONALES

Mateo 18 es un capítulo sumamente importante para la ética cristiana, porque trata de las cualidades que deben caracterizar las relaciones personales del cristiano. Trataremos en detalle de estas relaciones cuando estudiemos el capítulo sección por sección; pero antes de hacerlo, será bueno que lo consideremos en conjunto. En él se especifican siete cualidades que deben caracterizar las relaciones personales del cristiano.

(i) La primera y principal es la cualidad de *la humildad* (versículos 1-4). Solo la persona que es tan humilde como un niño es ciudadana del Reino del Cielo. La ambición personal, el prestigio personal, la publicidad personal y el provecho personal son móviles que no tienen lugar en la vida del cristiano. El cristiano es una persona que se olvida de sí en su devoción a Jesucristo y en su servicio a sus semejantes.

(ii) En segundo lugar está la cualidad de *la responsabilidad* (versículos 5-7). El más grande de todos los pecados es enseñar a otro a pecar, especialmente si ese otro es un hermano más débil, más joven, menos experimentado. El juicio más severo de Dios está reservado para los que ponen una piedra de tropiezo en el camino de otros. El cristiano es consciente constantemente de ser responsable del efecto de su vida, sus obras, sus palabras, su ejemplo, en otras personas.

(iii) Les sigue la cualidad de la *autorrenuncia* (versículos 8-10). El cristiano es como un atleta para el que ningún entrenamiento es demasiado duro si le ayuda a obtener el premio; es como el estudiante que sacrifica el placer y el ocio a alcanzar su meta. El cristiano está dispuesto a seccionar quirúrgicamente de su vida cualquier cosa que le impida rendir una perfecta obediencia a Dios.

(iv) Está *el cuidado individual* (versículos 11-14). El cristiano se da cuenta de que Dios se cuida de él individualmente, y de que él mismo debe reflejar ese cuidado individual cuidándose de otros. Nunca piensa en términos de multitudes; siempre en términos de personas. Para Dios no hay nadie que carezca de importancia ni que se pierda en la multitud; para el cristiano todas las personas son importantes e hijas de Dios que, si está perdidas, deben ser halladas. El cuidado individual del cristiano hacia los demás es de hecho la razón y la dinámica del evangelismo.

(v) Está la cualidad de *la disciplina* (versículos 15-20). La amabilidad y el perdón cristianos no quieren decir que a una persona que esté en el error se le debe permitir hacer lo que le dé la gana. Hay que guiar y corregir a tal persona y, si fuera necesario, imponerle una disciplina que la haga volver al buen camino. Pero esa disciplina se ha de administrar siempre con un amor humilde, y no con una actitud de condenación basada en una propia justicia. Siempre se ha de administrar por deseo de reconciliación, y nunca por deseo de venganza.

(vi) Está la cualidad de *la solidaridad* (versículos 19-20). Se podría decir que los cristianos son personas que oran juntas. Son personas que buscan la voluntad de Dios en compañía, que escuchan y adoran juntas en comunión. El individualismo es lo contrario del cristianismo.

(vii) Está *el espíritu de perdón* (versículos 23-35); y el perdón del cristiano a sus semejantes se funda en el hecho de que él mismo es una persona perdonada. Perdona a otros de la misma manera que Dios, por causa de Cristo, le ha otorgado el perdón a él.

LA ACTITUD DE UN NIÑO

Mateo 18:1-4

Aquel día los discípulos se Le acercaron a Jesús, y Le dijeron:

-Entonces, ¿quién es el más grande en el Reino del Cielo?

Jesús llamó a un chiquillo, y le puso en medio de ellos, diciéndoles:

-Os diré la pura verdad: A menos que os volváis y os hagáis como niños, no entraréis en el Reino del Cielo. El que sea tan humilde como este chiquillo, ese es el más grande en el Reino del Cielo.

Aquí tenemos una pregunta muy reveladora, seguida de una respuesta muy reveladora. Los discípulos Le preguntaron a Jesús quién era el más grande en el Reino del Cielo. Jesús tomó a un chico y dijo que a menos que ellos se volvieran y llegaran a ser como ese chiquillo, no entrarían en el Reino de ninguna manera.

La pregunta de los discípulos era: «¿Quién será -el más grande en el Reino del Cielo?» Y el mismo hecho de que hicieran esa pregunta mostraba que no tenían ni idea de lo que era el Reino del Cielo. Jesús dijo: «A menos que os volváis.» Estaba advirtiéndoles que iban en un sentido totalmente equivocado, alejándose en lugar de acercarse al Reino del Cielo. En la vida, todo depende de lo que una persona se proponga; si su meta es el cumplimiento de una ambición personal, la adquisición de poder personal, el disfrutar de prestigio personal, la exaltación del yo, se está proponiendo lo contrario del Reino del Cielo; porque ser ciudadano del Reino quiere decir olvidarse completamente de uno mismo, borrar el yo, consumir el yo en una vida que se propone el servicio y no el poder. Mientras uno considere su persona como la cosa más importante del mundo, está de

espaldas al Reino; si quiere alcanzar el Reino debe darse la vuelta y encaminarse en sentido opuesto.

Jesús tomó a un chiquillo. Según una tradición, el chiquillo era Ignacio de Antioquia, que llegaría a ser una gran figura de la Iglesia, un gran escritor y finalmente un mártir de Cristo: Ignacio recibió el apodo de *Theóforos*, que quiere decir *llevado por Dios*, y la tradición desarrolló la idea de que había sido porque Jesús le había llevado en brazos o puesto sobre Sus rodillas. Puede que fuera así. Pero puede que sea más probable que fuera Pedro el que hiciera la pregunta, y que fuera su hijo el que Jesús tomó y puso en medio, porque sabemos que Pedro estaba casado (*Mateo 8:14; 1 Corintios 9:5*).

Así es que Jesús dijo que en un niño vemos las cualidades que deben caracterizar a los del Reino. Un niño tiene muchas cualidades encantadoras: la capacidad de maravillarse, hasta que llega a dar por sentada la maravilla del mundo; la capacidad de perdonar y olvidar, hasta cuando los mayores y aun sus padres le tratan injustamente, como sucede con tanta frecuencia; la inocencia, que, como dice hermosamente Richard Glover, lleva consigo el que un niño no tiene más que aprender, y no que desaprender; solo que hacer, no que deshacer. Sin duda Jesús estaba pensando en estas cosas; pero, con ser tan maravillosas, no eran las principales en Su mente. El niño tiene tres grandes cualidades que le hacen el símbolo de los ciudadanos del Reino.

(i) Lo primero y principales la cualidad que es la clave de todo el pasaje: *la humildad* del niño. Un niño no quiere pretender; más bien prefiere pasar inadvertido. No desea ser prominente; prefiere más bien quedar en la sombra. Solo cuando ya va creciendo y empieza a iniciarse en un mundo competitivo, con su lucha feroz y competencia por premios y primeros lugares, es cuando deja atrás su humildad instintiva.

(ii) Tenemos *la dependencia* del niño. Para el niño, un estado de dependencia es completamente natural. Nunca cree que puede enfrentarse solo con la vida. Está contento con ser totalmente dependiente de los que le quieren y cuidan. Si aceptáramos el hecho de nuestra dependencia de Dios, entrarían en nuestras vidas una nueva fuerza y una nueva paz.

(iii) Está *la confianza* del niño. El niño es instintivamente dependiente, y instintivamente también confía en sus padres para la provisión de sus necesidades. Cuando éramos niños, no podíamos comprar nuestros alimentos ni nuestra ropa, ni mantener nuestra casa; sin embargo, nunca dudábamos de que podríamos vestirnos y alimentarnos, y que encontraríamos protección y calor y comodidad esperándonos cuando volviéramos a casa. Cuando éramos niños, salíamos de viaje sin dinero para pagar el billete, sin idea de cómo llegaríamos a nuestro destino; y sin embargo nunca se nos ocurría dudar de que nuestros padres nos llevaran y nos trajeran de vuelta a salvo.

La humildad de un niño es el dechado del comportamiento del cristiano con sus semejantes, y la dependencia y la confianza del niño son el dechado de la actitud del cristiano para con Dios, el Padre de todos.

CRISTO Y EL NIÑO

Mateo 18:5-7, 10

- Todo el que reciba a un niño así en Mi nombre, Me recibe a Mí. Pero todo el que le ponga una piedra de tropiezo en el camino a uno de estos pequeños que creen en Mí, mejor le fuera que se le colgara una piedra de molino al cuello y se le hundiera en lo más profundo del mar. ¡Pobre del mundo por culpa de los tropiezos!

Los tropiezos se tienen que producir; pero, ¡ay de la persona que los produce!

Guardaos .muy, mucho .de despreciar a uno de estos pequeños; porque os aseguro que sus ángeles en el Cielo contemplan el rostro de Mi Padre Que está en el Cielo.

Hay una cierta dificultad de interpretación en este pasaje que debemos tener en mente. Como hemos visto a menudo, Mateo tiene la costumbre de reunir la enseñanza de Jesús bajo ciertos grandes epígrafes; la coloca sistemáticamente. En la primera parte de este capítulo, está agrupando la enseñanza de Jesús acerca de los *niños*; y debemos tener presente que los judíos usaban la palabra *niño* en dos sentidos. La usaban literalmente de *personas de muy poca edad*; pero a los discípulos de un maestro se los llamaba corrientemente sus *hijos o sus niños*. Por tanto, un niño también quiere decir *un principiante en la fe*, uno que acaba de empezar a creer, uno que no es todavía maduro ni experimentado en la fe, uno que acaba de empezar en el buen camino y que todavía puede que se aparte. En este pasaje, el niño representa muy a menudo al *de poca edad, y al principiante en el camino cristiano*.

Jesús dice que todo el que reciba a un niño así en Su nombre, Le recibe a Él. La frase *en Mi nombre* puede querer decir una de dos cosas. (i) Puede que quiera decir *por amor de Mí*. El cuidado de los niños es algo que se lleva a cabo solamente por amor a Jesucristo. Enseñar a un niño, educar a un niño en el camino que debe seguir, es algo que se hace, no solamente por amor al niño, sino por amor a Jesucristo mismo. (ii) Puede querer decir *con una bendición*. Puede querer decir recibir al niño y, como si dijéramos, invocar el nombre de Jesús sobre él. El que trae a Jesús y la bendición de Jesús a un niño está haciendo algo conforme al carácter de Cristo.

Recibir al niño es también una frase que puede tener más de un sentido. (i) Puede que quiera decir, no tanto recibir a un niño como recibir a una persona que tenga esta cualidad infantil de la humildad. En este mundo altamente competitivo es muy fácil prestar la máxima atención a una persona que es luchadora, agresiva y llena confianza en sí misma. Es fácil prestar la máxima atención a la persona que, en el sentido terrenal del término, ha tenido éxito en la vida. Bien puede ser que Jesús estuviera diciendo que la gente más importante no son los que avanzan a empujones y alcanzan la cima arrollando o echando a la cuneta a todos los demás, sino las personas tranquilas, humildes y sencillas que tienen un corazón de niño.

(ii) Puede que quiera decir sencillamente recibir a un niño, darle el cuidado y el amor y la enseñanza que necesita para llegar a ser una persona cabal. El ayudar a un niño a vivir bien y a conocer mejor a Dios es ayudar a Jesucristo.

(iii) Pero esta frase puede que tenga otro sentido muy maravilloso. Puede querer decir ver a Cristo en el niño. El enseñar a niños inquietos, desobedientes y rebeldes, puede ser una tarea agotadora. El satisfacer las necesidades físicas de un niño, lavarle la ropa, vendarle las heridas y hacerle las comidas puede parecer a menudo una tarea nada romántica; la cocina y la pila y la cesta de la ropa no tienen nada de ideales; pero no hay nadie en todo el mundo que ayude a Jesucristo más que el maestro de los párvulos y la madre agotada y oprimida en el hogar. Los tales encontrarán una gloria en la tarea si a veces intuyen en el niño a nada menos que al mismo Jesús.

LA TERRIBLE RESPONSABILIDAD

Mateo 18:5-7, 10 (conclusión)

Pero la clave principal de este pasaje está en el terrible peso de responsabilidad que nos deja a cada uno de nosotros.

(i) Subraya el terror de enseñarle a otro a pecar. Es cierto que nadie peca sin que se le invite; y el portador de la invitación es a menudo un semejante. Una persona siempre tiene que enfrentarse con la primera tentación al pecado; siempre tiene que recibir la primera invitación a hacer lo que no debe; siempre tiene que experimentar el primer empujón hacia el camino de las cosas prohibidas. Los judíos tenían el punto de vista de que el más imperdonable de todos los pecados es enseñar a pecar a otro; y por esta razón: porque los pecados de una persona se le pueden perdonar, porque en cierto

sentido tienen consecuencias limitadas; pero si enseñamos a otro a pecar, él puede enseñar a otro a su vez, y el tren del pecado se pone en movimiento hacia una meta imprevisible.

No hay nada en este mundo más terrible que destruir la inocencia de alguien. Y, si a uno le queda algo de conciencia, no hay nada que le pueda remorder más.. Alguien cuenta lo que le sucedió a un viejo que estaba muriendo; estaba claro que algo le turbaba profundamente. Por último, consiguieron que dijera qué. «Jugando con otros chicos -dijo-, un día cambiamos la posición de un indicador de direcciones en una encrucijada de manera que señalara en sentido contrario, y no he dejado de preguntarme a cuántas personas haría que tomaran una dirección equivocada.» El pecado más grave de todos es enseñar a otro a pecar.

(ii) Subraya el terror del castigo de los que enseñan a otro a pecar. Si una persona enseña a otra a pecar, mejor le sería que le colgaran al cuello una piedra de molino y la arrojaran a lo más profundo del mar.

La piedra de molino que se menciona aquí es una *mylos onikós*. Los judíos molían el grano entre dos piedras circulares. Esto se hacía en las casas; y en cualquier cabaña se podía ver un molino así. La piedra superior, que giraba encima de la inferior, estaba equipada con una manilla, y era corrientemente de un tamaño que permitía que el ama de casa la manejara, porque era ella la que molía los cereales para el uso del hogar. Pero una *mylos onikós* era una piedra de molino de tal tamaño que tenía que moverla un bffrro (*onos* es la palabra griega para *asno*, y *mydos* es la palabra griega para piedra de molino). El mismo tamaño de la piedra de molino muestra lo terrible de la condenación.

Además, en griego se dice, no tanto que sería mejor para la persona hundirse en las profundidades del mar, sino que sería mejor que le tiraran a uno al fondo en alta mar. Los judíos temían al mar. Para ellos el Cielo era un lugar en el que ya no habría mar (*Apocalipsis 21:1*). El que enseñaba a otro a pecar estaría mejor si le hundieran en alta mar en el lugar más solitario de todos. Más aún: La misma imagen de sumergir producía horror a los judíos. Sumergir era a veces un castigo romano, pero nunca judío. Para un judío era el símbolo de la destrucción total. Cuando los rabinos enseñaban que había que destruir completamente los objetos paganos y gentiles decían que había que «tirarlos a la mar salada.» Josefo (*Antigüedades de los judíos 14.15.10*) tiene un relato terrible de un levantamiento en el que los galileos apresaron a los partidarios de Herodes y los echaron al mar de Galilea. La misma frase contendría para los judíos un cuadro de destrucción total. Las palabras de Jesús estaban cuidadosamente escogidas para mostrar el fin que aguardaba al que enseña a otro a pecar.

(iii) Contiene una advertencia que silencia toda evasión: Este es un mundo infectado de pecado y un mundo tentador; nadie puede pasar por él sin encontrarse las seducciones del pecado. Esto es especialmente cierto cuando se sale de un hogar protegido, en el que no se ha estado expuesto a ninguna mala influencia. Jesús dice: «Eso es absolutamente cierto; este mundo está lleno de tentaciones; son inevitables en un mundo en el que ha entrado el pecado; pero eso no disminuye la responsabilidad de la persona que es la causa de que haya una piedra de tropiezo en el camino de un joven o de un principiante en la fe.»

Sabemos que este es un mundo tentador; es por tanto el deber del cristiano quitar las piedras de tropiezo, nunca ser el causante de que aparezcan en el camino. de nadie. Esto quiere decir que no es solo un pecado poner una piedra de tropiezo en el camino de otro; también es pecado llevar a otra persona a una situación o circunstancia o ambiente en el que pueda encontrar una piedra de tropiezo. Ningún cristiano puede darse por satisfecho y en letargo en una civilización en la que las condiciones de vida y de hogar en que viven los jóvenes no les dejan posibilidad de escapar a las seducciones del pecado.

(iv) Por último, subraya la suprema importancia del niño: «Sus ángeles -dice Jesús- contemplan siempre el rostro de Mi Padre Que está en el Cielo.» En tiempos de Jesús, los judíos tenían una angelología sumamente desarrollada. Cada nación tenía su

ángel; cada fuerza natural, tal como el viento y el trueno y el rayo y la lluvia, tenía su ángel. Hasta llegaban a decir, muy poéticamente, que todas las hojas de hierba tenían su ángel. Así que creían que cada niño tenía su ángel de la guarda.

Decir que esos ángeles contemplaban el rostro de Dios en el Cielo quiere decir que siempre tenían el derecho de acceso directo a Dios. Se representa el Cielo como una gran corte real en la que solo los más favorecidos cortesanos y ministros y oficiales tienen acceso directo al Rey. A los ojos de Dios, los niños son tan importantes que sus ángeles de la guarda siempre tienen derecho de acceso directo a la presencia íntima de Dios.

Para nosotros, el gran valor de un niño depende siempre de las posibilidades que encierra. Todo depende de cómo se le enseñe y prepare. Las posibilidades puede que no se hagan realidad nunca; puede que se reduzcan o supriman; que lo que se podría haber usado para el bien se desvíe a los propósitos del mal; o que se desaten de tal manera que inunde la Tierra una nueva marea de poder.

Allá por el siglo XI, el duque Roberto de Burgundia era uno de los grandes guerreros y de las grandes figuras caballerescas. Estaba a punto de emprender una campaña. Tenía un hijo que era su heredero; y, antes de partir, hizo que sus barones y nobles vinieran a jurar fidelidad al pequeño infante, en caso de que a él le sucediera algo. Llegaron con sus plumas ondulantes y el estruendo de sus cabalgaduras, y se arrodillaron ante el niño. Un gran barón se sonrió, y el duque Roberto le preguntó por qué, Él le contestó: «¡El niño es tan pequeñito!» « Sí -dijo el duque Roberto-, es pequeño, pero crecerá.» ¡Y vaya si creció! Porque aquel bebé llegó a ser Guillermo el Conquistador de Inglaterra.

En todo niño hay posibilidades ilimitadas para el bien o para el mala Es la suprema responsabilidad de los padres, de los maestros, de la Iglesia Cristiana, ver que se hagan realidad sus posibilidades dinámicas para el bien. Ahogarlas, dejarlas sin explorar, tergiversarlas al servicio del mal, es pecado.

LA AMPUTACIÓN QUIRÚRGICA

Mateo 18:8-9

-Si tu mano o tu pie te resultan una piedra de tropiezo, córtatelos y tíralos. Mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que te echen al fuego eterno con dos manos y dos pies. Y si tu ojo se te convierte en una piedra de tropiezo, sácatelo y tíralo. Mejor cuenta te trae entrar en la vida tuerto que te tiren a la gehena de fuego con los dos ojos.

Este pasaje se puede tomar en dos sentidos. Se puede tomar *personalmente*; puede estar diciéndonos que vale la pena cualquier sacrificio o renuncia para escapar del castigo de Dios.

Tenemos que entender con claridad lo que implica ese castigo. Aquí se llama *perdurable*, y esta palabra aparece con frecuencia en las ideas judías acerca del castigo. La palabra griega es *aiónios*. *El Libro de Enoc* habla del juicio *eterno*, del *juicio para siempre*, del castigo y tormento *para siempre*, del fuego que arde *para siempre*. Josefo llama al infierno una prisión *perdurable*. *El Libro de los Jubileos* habla de una maldición *eterna*. *El Libro de Baruc* dice que « no habrá oportunidad de arrepentirse, *ni un límite a los tiempos.*» Hay una historia rabínica de rabí Yojanán ben Zakkai, que lloraba amargamente ante la perspectiva de la muerte. Cuando le preguntaron por qué, respondió: «Tanto más lloro ahora porque estoy a punto de que me lleven a la presencia del Rey de reyes, el Único Santo, bendito sea, Que vive y permanece para siempre y por siempre y por siempre; Cuya ira, si estuviera airado, es una ira eterna; y si me apresara, sería para toda eternidad, y si me matara, su muerte es una muerte eterna; al Que no puedo aplacar con palabras, ni sobornar con riquezas.»

En todos estos pasajes se usa la palabra *niónios*; pero debemos tener cuidado en recordar lo que quiere decir. Quiere decir literalmente lo *que pertenece a las edades*; no hay más que una Persona a

la Que se puede aplicar la palabra *aiónios* con propiedad, y es Dios. Hay mucho más en *aiónios* que una simple descripción de lo que no tiene fin. El castigo que es *aiónios* es un castigo que corresponde a Dios imponer, y un castigo que solamente Dios puede imponer. Cuando pensamos en un castigo, solo podemos decir: < ¿Es que el Juez de toda la Tierra no juzgará correctamente?> Nuestros bocetos humanos y nuestros esquemas temporales nos fallan; esto está en las manos de Dios.

Pero hay una clave que sí tenemos. Este pasaje nos habla de *la gehena del fuego*. *Gehena* era el valle de Hinom, un valle bajo la montaña de Jerusalén. Era un lugar maldito para siempre, porque había sido el lugar en que, en los días del reino, los judíos renegados habían sacrificado a sus hijos en el fuego al dios pagano Moloc. El rey Josías lo había convertido en un lugar maldito. En días posteriores llegó a ser el vertedero de Jerusalén, una especie de incinerador general. Siempre había basuras ardiendo allí, y un velo de humo y un fuego continuo lo rodeaba.

Así pues, ¿qué era esta gehena, este valle de Hinom? Era el lugar donde se tiraba y se destruía todo lo que era inútil. Es decir: el castigo de Dios es para los que son inútiles, para los que no contribuyen nada a la vida, para los que retienen la vida en lugar de dejarla avanzar, los que arrastran la vida en lugar de elevarla, para los que son un tropiezo y no una inspiración para los demás. Una y otra vez el Nuevo Testamento enseña que *la inutilidad invita al desastre*. La persona que es inútil, la que es una mala influencia en las demás, la que no puede justificar el simple hecho de su existencia, corre peligro de recibir el castigo de Dios, a menos que ampute de su vida las cosas que le hacen ser el tropiezo que es.

Pero es también posible que este pasaje no haya de tomarse tanto personalmente como *en relación con la iglesia*. Mateo ya ha usado este dicho de Jesús en un contexto diferente en *Mateo 5:30*. Aquí puede que haya una diferencia. Todo el pasaje es acerca de los niños, y tal vez especialmente acerca de los niños en la fe. Este pasaje puede que esté diciendo: < Si en vuestra iglesia hay alguien que es una mala influencia, si hay alguien que es un mal ejemplo para los que son jóvenes en la fe, si hay alguien cuya vida y conducta están dañando al cuerpo de la Iglesia, debe ser desarraigado y expulsado:> Eso puede que sea lo que quiere decir. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo; si ese cuerpo ha de estar sano y de irradiar salud, lo que contiene las semillas de cáncer y de infección mortífera en sí debe amputarse hasta quirúrgicamente.

Una cosa es segura: En cualquier persona y en cualquier iglesia, sea cual fuere la seducción al pecado, debe suprimirse, por muy dolorosa que sea la escisión; porque si la dejamos florecer, la seguirá un castigo más severo. En este pasaje puede muy bien que se subraye tanto la necesidad de autorrenuncia en el cristiano individual como de disciplina en la iglesia cristiana.

EL PASTOR Y LA OVEJA PERDIDA

Mateo 18:12-14

-¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas, y se le pierde una, ¿no dejará las noventa y nueve, y saldrá por los cerros a buscar a la oveja descarriada? Y cuando la encuentre -os estoy diciendo la pura verdad- se alegra más con ella que con las noventa y nueve que nunca se le perdieron. Así que no es la voluntad de vuestro Padre que perezca ni uno de estos pequeñitos.

Esta es sin duda la más sencilla de todas las parábolas de Jesús, porque es el sencillo relato de una oveja perdida y de un pastor que la busca. En Judea era trágicamente fácil el que una oveja se descarriara. Los pastizales se encuentran en la parte montañosa que corre como una columna vertebral por en medio del país. Esta meseta zigzagueante es estrecha, con solo unos pocos kilómetros de anchura. No hay vallas protectoras. En el mejor de los casos, el pasto es escaso, y por

tanto hay que dejar que las ovejas deambulen en su busca; y, si se apartan de los prados de la meseta a los arroyos y los barrancos que la rodean, corren peligro de caerse en algún saliente del que no podrán salir ni hacia arriba ni hacia abajo, y de quedarse aisladas allí hasta morir de hambre. Los pastores palestinos eran expertos en eso de seguir el rastro de sus ovejas perdidas. Podían seguirlo a lo largo de kilómetros; y se arriesgarían a pasar por acantilados y precipicios para recuperarlas.

En los tiempos de Jesús, los rebaños eran muchas veces comunales; pertenecían, no a una sola persona, sino a todo el pueblo. Había por tanto por lo general dos o tres pastores con el rebaño. Por eso el pastor podía dejar las noventa y nueve. Si las hubiera dejado sin que hubiera nadie a su cuidado, cuando hubiera vuelto se habría encontrado con que se habían perdido más; pero podía dejarlas al cuidado de su camarada mientras buscaba la extraviada. Los pastores siempre realizaban los esfuerzos más sacrificados y agotadores para encontrar la oveja perdida. La regla era que, si no se podía traer la oveja viva, había que traer por lo menos, si era posible, un trozo de la piel o algún hueso de ella para demostrar que había muerto.

Podemos imaginar que volverían los otros pastores con sus rebaños al corral del pueblo por la tarde, y cómo dirían que un pastor estaba todavía recorriendo las montañas en busca de una oveja extraviada. Podemos figurarnos cómo todos los del pueblo dirigirían la mirada una y otra vez a las montañas tratando- de descubrir al pastor que no había vuelto a casa; y podemos imaginar el grito de alivio y alegría que resonaría cuando le vieran acercarse por el sendero con su agotada vagabunda a hombros, por fin a salvo; y podemos imaginarnos cómo le recibiría todo el pueblo, y se reuniría a su alrededor con alegría para escuchar la historia de la oveja perdida y hallada. Aquí tenemos lo que era la ilustración favorita de Jesús acerca de Dios y de Su amor. Esta parábola nos enseña muchas cosas acerca de ese amor.

(i) El amor de Dios es *un amor individual*. Las noventa y nueve no eran suficientes; una oveja estaba por ahí, por las montañas, y el pastor no podía quedarse tranquilo hasta traerla a casa. Por muy numerosa que sea una familia, un padre no puede prescindir de ninguno de sus hijos; no hay ninguno que no importe. Así es Dios; Dios no puede estar tranquilo hasta que el último extraviado llegue al hogar.

(ii) El amor de Dios es *un amor paciente*. Las ovejas son proverbialmente unas criaturas muy tontas. La oveja no le podía echar las culpas a nadie más que a ella misma del peligro en que se había metido. La gente suele tener muy poca paciencia con los tontos. Cuando se meten en líos, se suele decir: < No es más que culpa suya. Se lo han buscado ellos. No malgastes tu lástima con los tontos. » Pero Dios no es así. La oveja puede que fuera estúpida, pero el pastor arriesgaría su vida para salvarla de todas maneras. Las personas puede que sean tontas, pero Dios ama hasta a los tontos que no le pueden echar las culpas nada más que a sí mismos de su propio pecado y sufrimiento.

(iii) El amor de Dios es *un amor que busca*. El pastor no se dio por satisfecho esperando que volviera la oveja; fue a buscarla. Eso era lo que un judío no podía entender acerca de la idea cristiana de Dios. El judío estaría muy dispuesto a reconocer que, si el pecador llegaba arrastrándose penosamente al hogar, Dios le perdonaría. Pero nosotros sabemos que Dios es mucho más maravilloso que todo eso, porque en la Persona de Jesucristo vino a buscar y a salvar a los que se habían perdido. Dios no se contenta con esperar hasta que todas las personas vuelvan a casa; Él sale a buscarlas sin pensar en lo que Le puede costar.

(iv) El amor de Dios es *un amor que se regocija*. Aquí no hay nada más que alegría. No hay recriminaciones, ni hay tal cosa como recibir al que vuelve a regañadientes y con un sentimiento de desprecio superior; todo es alegría. A menudo recibimos a una persona arrepentida echándole un sermón y dejándole muy claro que debe considerarse despreciable, y con la afirmación práctica de que no nos hace ninguna falta y no tenemos intención de liarnos más de ella. Es humano no ol-

vidarse nunca del pasado de una persona, y recordar siempre sus pecados en su contra. Dios se echa nuestros pecados a la espalda; y cuando volvemos a Él, todo es alegría.

(v) El amor de Dios es *un amor protector*. Es el amor que busca y salva. Hay amores que destruyen; puede que haya amores que ablanden; pero el amor de Dios es un amor protector que salva a la persona para el servicio de sus semejantes, un amor que hace al descarriado sabio, al débil fuerte, al pecador puro, al cautivo del pecado, una persona libre para la santidad, y al derrotado por la tentación, su conquistador.

BUSCANDO AL PORFIADO

Mateo 18:15-18

-Si tu hermano peca contra ti, dirígete a él y trata de hacerle comprender su error estando él y tú solos. Si te hace caso, has recuperado a un hermano. Si no te quiere hacer caso, lleva a uno o dos contigo, para que todo el asunto se establezca por boca de dos o tres testigos. Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia. Y si se niega a hacer caso a la iglesia, tenle poro gentil y publicano. Esto que os digo es la pura verdad: todo lo que atéis en la Tierra, quedará atado en el Cielo; y todo lo que desatéis en la Tierra, quedará desatado en el Cielo.

En muchos sentidos este es uno de los pasajes más difíciles de interpretar de todo el Nuevo Testamento. Su dificultad radica en el hecho indudable de que no suena a cierto; no suena a Jesús; suena mucho más a los acuerdos-de un comité eclesiástico.

Todavía podemos ir más lejos: No es posible que Jesús dijera esto en esta forma. Jesús no pudo decirles a Sus discípulos que llevaran el asunto a la iglesia, porque la iglesia no existía todavía; y el pasaje implica una iglesia plenamente desarrollada y organizada, con un sistema de disciplina eclesiástica. Y más aún: Habla de publicanos y paganos como de los que están fuera sin remedio. Sin embargo a Jesús Le acusaron de ser amigo de publicanos y pecadores; y Él nunca habló de ellos en un sentido despectivo o negativo, sino siempre con simpatía y amor, y aun con alabanza (Cp. *Mateo 9: 10ss; 11:19; Lucas 18:10ss; y especialmente Mateo 21: 31 ss*, donde se dice precisamente que los publicanos y las rameras entrarán en el Reino antes que los religiosos ortodoxos de aquel tiempo). Además, el tono general del pasaje es que el perdón tiene un límite, que llega el momento en que se puede tomar a una persona como un caso perdido, cosa que no podemos entender que dijera Jesús. Y el último versículo parece realmente darle a la iglesia el poder de retener y de perdonar pecados. Hay muchas razones que nos hacen creer que esto, *tal como está aquí*, no puede ser un dicho original de Jesús, sino una adaptación hecha por la iglesia en tiempo posterior, cuando la disciplina eclesiástica era más bien cosa de reglas y normas, y no de amor y perdón.

Aunque este pasaje podemos estar seguros de que no es una transcripción exacta de lo que dijo Jesús, es igualmente cierto que se remonta a algo que El sí dijo. ¿Podemos penetrar en su trasfondo para encontrar el verdadero mandamiento de Jesús?

En su sentido más amplio, lo que Jesús dijo sería: «Si alguien peca contra ti, no ahorres esfuerzos para hacer que reconozca su falta, y para poner las cosas en su sitio otra vez entre vosotros dos.» En el fondo, lo que quiere decir es que no debemos nunca tolerar ninguna situación en la que se rompa la relación, personal entre uno de nosotros y otro miembro de la comunidad cristiana..

Supongamos que algo va mal, ¿qué tenemos que hacer para rectificarlo? Este pasaje nos presenta todo un esquema de acción para arreglar una relación deteriorada en la comunidad cristiana:

(i) Si estamos convencidos de que alguien nos ha ofendido, debemos expresar nuestra queja inmediatamente. Lo peor que podemos hacer con una ofensa es rumiarla. Eso es fatal. Puede envenenar toda la mente y la vida hasta tal punto que no podamos pensar en nada más que en

nuestro sentimiento de haber sido ofendidos personalmente. Cualquier sentimiento de ese tipo debe sacarse a la luz, arrostrarse, expresarse, y a menudo el hecho de exponerlo mostrará lo poco importante y lo trivial que es todo el asunto.

(ii) Si estamos convencidos de que alguien nos ha ofendido, debemos ir directamente al supuesto ofensor personalmente. Más problemas ha causado el escribir cartas que casi ninguna otra cosa en el mundo. Una carta puede que se lea o entienda equivocadamente; puede que transmita inconscientemente un tono que no era la intención original. Si tenemos alguna diferencia con otro, solo hay una manera de zanjarla, y es cara a cara. La palabra hablada puede muchas veces resolver una diferencia que la palabra escrita no habría hecho más que exacerbar.

(iii) Si una entrevista privada y personal no consigue su propósito, debemos llevar a alguna persona, o a algunas personas, que sean prudentes. *Deuteronomio* 19:15 dice: « No se tomará en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación.» Ese era el dicho que Mateo tenía en mente. Pero en este caso el llevar testigos no era para tener una manera de demostrarle a una persona que había cometido una ofensa, sino para ayudar en un proceso de reconciliación. Una persona suele odiar a los que más ha ofendido; y bien puede ser que nada -que nosotros digamos pueda hacer que le recuperemos. Pero el hablar del asunto con algunas personas prudentes y -amables presentes es crear una nueva atmósfera en la que hay por lo menos una posibilidad de vernos como nos ven los demás. Los rabinos tenían un dicho sabio: « No juzgues a solas, porque no hay nadie que pueda juzgar a solas salvo Uno, es decir, Dios.»

(iv) Si también eso fracasa-, debemos llevar nuestros problemas personales a la comunidad cristiana. ¿Por qué? Porque los problemas no se resuelven nunca llevándolos a los tribunales, o discutiéndolos sin Cristo. El legalismo no hace más que producir más problemas. Es en un ambiente de oración, de amor cristiano y de comunión fraternal donde se pueden enderezar las relaciones deterioradas. Lo que se da por sentado es que la comunidad eclesial es cristiana, y trata de juzgarlo todo, no a la luz de un libro de práctica y disciplina, sino a la luz del amor.

(v) Ahora es cuando llegamos a lo más difícil. Mateo dice que, si tampoco eso tiene éxito, entonces hay que considerar a la persona que nos ha ofendido como si fuera un pagano o un publicano. La primera impresión que nos hace este dicho es que hay que dejar a la persona por imposible y como irrecuperable, pero eso es precisamente lo que Jesús no puede haber querido decir. Él nunca le puso límites al perdón humano. Entonces, ¿qué es lo que quiso decir?

Ya hemos visto que cuando Jesús habla de publicanos y de pecadores siempre lo hace con simpatía y amabilidad, y con aprecio de sus buenas cualidades. Puede que lo que Jesús quisiera decir fuera: «Cuándo hayáis hecho todo esto, cuando le hayáis dado al ofensor todas las oportunidades sin que deje de estar obstinado y testarudo, puede que le consideres en nada mejor que un publicano renegado o hasta que un pagano idólatra. Bueno, puede que tengas razón; pero Yo no he encontrado que los publicanos y los paganos sean casos perdidos. Mi experiencia con ellos es que ellos también tienen un corazón que se puede tocar; y hay muchos de ellos, como Mateo y Zaqueo, que han llegado a ser mis mejores amigos. Aun en el caso de que el ofensor testarudo sea como un publicano, o un pagano, todavía le puedes recuperar, como Yo.»

De hecho eso, *no* es un mandato de perder la paciencia con nadie, dé consideración a una persona un caso perdido; es un desafío a ganárnosla con el amor que puede tocar hasta el más duro corazón. No es decir que hay casos desesperados; es una afirmación de que Jesucristo no ha encontrado que ninguna persona fuera un caso perdido -y nosotros tampoco tenemos por qué llegar a esa conclusión.

(vi) Por último, tenemos el dicho acerca de atar y desatar. Es un dicho difícil. No puede querer decir que la iglesia puede remitir o perdonar pecados, y así zanjar el destino de una persona en el tiempo y en la eternidad. Lo que sí puede querer decir es que las relaciones que establecemos con

nuestros semejantes duran no solo un tiempo, sino se transfieren a la eternidad -por tanto tenemos la obligación de mantenerlas como Dios manda.

EL PODER DE LA PRESENCIA

Mateo 18:19-20

De nuevo os digo que si dos de vosotros os ponéis de acuerdo en la Tierra sobre alguna cosa por la que vais a orar, la recibiréis de Mi Padre Que está en el Cielo. Donde dos o tres se reúnan en Mi nombre, allí estaré Yo entre ellos.

Aquí tenemos uno de esos dichos de Jesús cuyo sentido debemos investigar, porque si no nos quedaremos con el corazón deshecho y con una gran desilusión. Jesús dice que si dos se ponen de acuerdo en la Tierra sobre cualquier cosa por la que estén orando, la recibirán de Dios. Si hubiéramos de tomar eso literalmente, y sin ninguna limitación, resultaría claramente incierto. Innumerables veces, dos personas se han puesto de acuerdo para orar por el bienestar físico o espiritual de alguien que les era querido y su oración no ha sido contestada en el sentido literal. Innumerables veces, el pueblo de Dios se ha puesto de acuerdo para orar por la conversión de su propio país, o por la conversión de los incrédulos y la venida del Reino, y esa oración sigue todavía muy lejos de ser contestada plenamente. Hay personas que se ponen de acuerdo para orar y oran desesperadamente y no reciben lo que piden. No tiene sentido negarse a aceptar los hechos del caso, y nada más que daño puede ser el resultado de enseñarles a las personas que esperen lo que no sucede. Pero cuando llegamos a comprender lo que quiere decir este dicho, descubrimos en él una preciosa oportunidad.

(i) Lo primero y principal es que esto quiere decir que la oración nunca puede ser egoísta, y que una oración egoísta no puede recibir una respuesta satisfactoria. No se supone que hemos de pedir solamente por nuestras propias necesidades, sin tenernos en cuenta nada más que a nosotros mismos; se supone que oramos como miembros de una comunidad, de común acuerdo, recordando que la vida y el mundo no están organizados conforme a nuestro capricho individual, sino para el bien de la comunidad en su totalidad. De otra manera sucedería a menudo que, si nuestras oraciones fueran contestadas, las de otras personas tendrían que ser denegadas. A menudo el éxito que pedimos para nosotros mismos supondría el fracaso de algunos otros. La oración eficaz debe ser la oración en la que se está de acuerdo, de la que se ha suprimido el elemento de concentración egoísta en nuestras propias necesidades y nuestros propios deseos.

(ii) La oración que está totalmente limpia de egoísmo es siempre contestada. Pero aquí, como en todos los otros casos, debemos recordar la ley fundamental de la oración: que en la oración recibimos, no la respuesta que deseamos, sino la que Dios en Su sabiduría y en Su amor sabe que es lo mejor para nosotros. Simplemente porque somos seres humanos, con corazones y temores y esperanzas y deseos humanos, la mayor parte de nuestras oraciones son oraciones de evasión. Pedimos ser librados de alguna prueba, de algún dolor, de alguna desilusión, de alguna situación dolorosa y difícil. Y la respuesta de Dios es siempre ofrecernos, no una evasión, sino una victoria. Dios no nos da el escape de una situación humana; nos permite aceptar lo que no podemos entender; nos permite soportar lo que sin Él nos sería insoportable; nos permite arrostrar lo que sin Él sería inaceptable. El perfecto ejemplo de todo esto lo encontramos en Jesús en Getsemaní. Él pidió ser librado de la terrible situación que se Le presentaba; No Se libró de ella; pero recibió poder para salirle al encuentro, para sufrirla y para conquistarla. Cuando oramos sin mezcla de egoísmo, Dios envía Su respuesta pero Su respuesta: la respuesta es siempre Su respuesta, y no necesariamente la que nosotros esperábamos.

(iii) Jesús pasa a decir que donde se reúnen dos o tres en Su nombre, Él está entre ellos. Los mismos judíos tenían un dicho: < Donde se sientan dos para ocuparse en el estudio de la Ley, la gloria de Dios está entre ellos. » Podemos tomar esta gran promesa de Jesús en dos esferas.

(a) Podemos aplicarla a la esfera de *la iglesia*. Jesús está tan presente en una pequeña congregación como en una gran reunión de masas. Está tan presente en una reunión o en un círculo de estudio bíblico de un puñado de personas como en una catedral abarrotada. Él no es esclavo de los números. Está dondequiera se reúnan corazones fieles, aunque sean muy pocos, porque Él Se da totalmente a cada persona.

(b) Podemos aplicarla a la esfera del *hogar*. Una de las primeras interpretaciones de este dicho de Jesús era que *los dos o tres* eran *padre, madre e hijo*, y eso quiere decir que Jesús es el Huésped invisible de cada hogar.

Hay algunos que nunca se presentan lo mejor posible excepto en las que se consideran grandes ocasiones; pero para Jesucristo cada ocasión en la que, aunque solo sea dos o tres, se reúnen en Su nombre, es una gran ocasión.

COMO PERDONAR

Mateo 18:21-35

Entonces se Le acercó Pedro, y Le dijo:

-Señor, ¿cuántas veces le tengo que perdonar a mi hermano el que peque contra mí? ¿Hasta siete veces?

No te digo que hasta siete veces -le contestó Jesús-, sino hasta setenta veces siete. Por eso es por lo que el Reino del Cielo se puede comparar con lo que le pasó a un rey que quería hacer cuentas con sus siervos. Cuando empezó a revisar las cuentas, le trajeron a un deudor que le debía 500,000,000 de pesetas. Como no tenía posibilidad de pagarle, su amo mandó que le vendieran, juntamente con su mujer e hijos y todo lo que tuviera, para saldar la deuda. El siervo se postró rostro a tierra y le suplicó: «Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.» Al amo del siervo le dio pena de él, y le dejó en libertad, perdonándole la deuda. Pero cuando salió el siervo, se encontró con un consiervo suyo que le debía 1,000 pesetas. Le echó mano, y le agarró por el cuello: «¡Paga lo que debes!» -le dijo. El consiervo se postró y le suplicó: «Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.» Pero el otro no quiso tener paciencia; sino que fue y le metió en la cárcel hasta que pagara lo que le debía. Así que, cuando sus consiervos vieron lo que había pasado, se disgustaron mucho, y fueron a informar al amo de lo que había sucedido. Entonces el amo citó a su siervo y le dijo: «¡Siervo malvado! Yo te perdoné toda esa deuda solo porque tú me lo pediste. ¿No debías tú tener piedad de tu consiervo como yo la tuve de ti?» Y el amo se enfadó tanto con él que le entregó a los carceleros hasta que pagara todo lo que debía. Eso será lo que haga con vosotros Mi Padre celestial si no perdonáis cada uno a vuestro hermano de todo corazón.

Le debemos mucho al hecho de que Pedro tuviera la lengua tan dispuesta. Una y otra vez se precipitó a decir algo de tal manera que su impetuosidad dio motivo a que Jesús impartiera enseñanzas que son inmortales. En esta ocasión, Pedro se creía que estaba siendo muy generoso. Le preguntó a Jesús hasta cuándo tenía que perdonarle a su hermano el que le ofendiera, respondiendo a su propia pregunta con la sugerencia de que podría llegar hasta siete veces.

Pedro no estaba tan despistado con su pregunta. La enseñanza rabínica era que uno debía perdonar a su prójimo *tres* veces. Rabí Yosé ben Janina decía: < El que le pide perdón a su prójimo no debe repetirlo más de tres veces. » Rabí Yosé ben Yahuda decía: < Si uno comete una ofensa una vez, se le perdona; si comete una ofensa una segunda vez, se le perdona; si comete una ofensa

una tercera vez, se le perdona; pero la cuarta vez, ya no se le perdona.» La prueba bíblica de que eso era lo correcto se tomaba de *Amós*. En los primeros capítulos de *Amós* hay una serie de condenaciones de las diferentes naciones *por tres transgresiones y por cuatro* (*Amos 1:3, 6, 9, 11, 13; 2:1, 4, 6*). De ahí se deducía que el perdón de Dios se extendía hasta tres ofensas, y que Él visita a un pecador con un castigo a la cuarta. Una persona no podía ser más tolerante que Dios, así que el perdón se limitaba a tres veces.

Pedro creía que llegaba demasiado lejos, porque tomaba las tres veces de los rabinos, las multiplicaba por dos y les añadía una de propina, y sugería, convencido de su generosidad, que sería suficiente si perdonara siete veces. Pedro esperaba que se le alabara; pero la respuesta de Jesús fue que el cristiano debe perdonar setenta veces siete. En otras palabras: que el perdón no tiene un límite computable.

Jesús contó entonces la historia del siervo al que se había perdonado una gran deuda, y que, tan pronto como se vio libre, trató despiadadamente a un consiervo que le debía una deuda que era una fracción infinitesimal de lo que él le había debido a su amo, y que fue totalmente condenado sin remedio por su actitud. Esta parábola enseña ciertas lecciones que Jesús no se cansaba nunca de enseñar.

(i) Enseña la lección que se presenta en todo el Nuevo Testamento de que es imprescindible perdonar para ser perdonado. El que no esté dispuesto a perdonar a sus semejantes, no puede esperar que Dios le perdone a él. < Bienaventurados los misericordiosos -dijo Jesús -, porque ellos obtendrán misericordia» (*Mateo 5:7*). Inmediatamente después de enseñar a Sus hombres Su oración, Jesús pasó a exponer y explicar una de sus peticiones: < Porque si perdonáis a los demás sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará; pero si no perdonáis a los demás sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará las vuestras» (*Mateo 6:14s*). Como dice Santiago: «Porque se hará juicio inmisericorde al que no haya mostrado misericordia» (*Santiago 2:13*). El perdón divino y el humano van de la mano.

¿Por qué debe ser así? Uno de los grandes detalles de esta parábola es el contraste entre las dos deudas.

El primer siervo le debía a su amo 10,000 talentos, es decir, 60,000,000 de denarios; el denario hemos puesto en algún otro lugar que equivalía a 10 pesetas, que era el sueldo diario de un jornalero; por tanto, 10,000 talentos serían 600,000,000 de pesetas. Esa era una deuda increíble. Sería superior al presupuesto de una provincia. Los ingresos totales de la provincia que incluía a Idumea, Judea y Samaria no eran más que 600 talentos; la renta total de aun una provincia rica como Galilea era solamente 300 talentos. Aquí tenemos una deuda que era superior al rescate de un rey. Eso fue lo que se le perdonó al primer siervo.

Por otra parte, lo que le debía a ese siervo su consiervo era una cantidad insignificante; solamente 100 *denariu*; un *denarius* valla unas 10 pesetas; y por tanto la deuda era de 1,000 pesetas. Era aproximadamente un seiscientos-mil-avo de su propia deuda. .

A. R. S. Kennedy¹ hace una comparación para que comprendamos la diferencia cuantitativa que había entre las dos deudas. Supongamos .que esas cantidades se reunieran en monedas de 25 pesetas. La -deuda de 100 denarios se podría llevar en un bolsillo. 100 denarios = 1,000 pesetas. Los 10.000 talentos requerirían para llevarlos un ejército de unos 8,000-cargueros, cada uno con un saco de 50 kilos; y la fila-de los portadores ocuparía, yendo a un. metro de distancia el uno del otro, 8 kilómetros. El contraste entre las dos deudas es alucinante. La lección es que nada que los hombres puedan hacernos se puede comparar ni remotamente con lo que nosotros hemos hecho a Dios; y si Dios nos ha perdonado la deuda que teníamos con Él, nosotros también debemos perdonar a nuestros semejantes las deudas que tengan con nosotros. Nada que nosotros tengamos que perdonar se podría comparar ni remotamente con lo que se nos ha perdonado a nosotros.

Se nos ha perdonado una deuda que no podríamos haber pagado jamás -porque nuestros pecados causaron la muerte del Hijo de Dios-; y por eso, debemos perdonar a los demás como Dios nos ha perdonado a nosotros, o no podremos esperar ser tratados con misericordia.

MATRIMONIO Y DIVORCIO EN ISRAEL

Mateo 19:1-9

Cuando Jesús acabó; de darles estas enseñanzas, Se marchó de Galilea y Se dirigió a los distritos de Judea que están al lado de allá del Jordán. Le siguieron grandes Multitudes, y Él los sanó allí.

*- Los fariseos se dirigieron a Él presentándole un caso difícil, para probarle, y Le dijeron: . . .
¿Es legal el que un hombre se divorcie de su mujer por cualquier, causa?*

- ¿Es que no habéis leído -les contestó Jesús que desde el principio el Creador los hizo varón y hembra, y dijo: «Por esta razón un hombre dejará a su padre y a su madre, y -se unirá a su mujer, y los dos formarán una sola persona»? Por tanto, ya no son dos personas, sino una sola. Pues entonces, lo que Dios ha unido, que no lo separe nadie:

Ellos Le dijeron: .

- ¿Por qué entonces estableció Moisés que se le podía dar a la mujer un certificado de divorcio y divorciarse de ella?

- Fue por vuestra dureza de corazón por lo que Moisés os permitió divorciaros de vuestras mujeres -les contestó Jesús-; pero en un principio no fue ese el estado de cosas que se pretendía. Os digo que el que se divorcia de su mujer, a no ser por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con una divorciada, comete adulterio.

Aquí estaba tratando Jesús de una cuestión que era un problema de ardiente actualidad en Su tiempo, como lo es en el nuestro. El divorcio era algo sobre lo que no había unanimidad entre los judíos; y los fariseos Le hicieron aquella pregunta con la intención de involucrarle en la controversia.

Ninguna nación ha tenido nunca un concepto más alto del matrimonio que los judíos. El matrimonio era un deber sagrado. El quedarse soltero un hombre pasados los veinte años, salvo si era para concentrarse en el estudio de la Ley, era quebrantar el mandamiento positivo de < llevar fruto y multiplicarse.> El que no tenía hijos «mataba su propia posteridad,» y < limitaba la imagen de Dios en la Tierra.> «Cuando marido y mujer son como es debido, la gloria del Señor está con ellos.»

En el matrimonio no se entraba a la ligera ni descuidadamente. Josefo delinea el concepto judío del matrimonio basado en la enseñanza mosaica (*Antigüedades de los judíos 4.8.23*). Un hombre había de casarse con una virgen de buena ascendencia. No debía nunca corromper a la mujer de otro hombre; y no debía casarse con una mujer que hubiera sido esclava o prostituta. Si un hombre acusaba a su mujer de no haber sido virgen cuando se casó con ella, tenía que presentar pruebas de su acusación. El padre o el hermano de la mujer tenía que defenderla. Si se vindicaba el honor de la mujer, el marido debía seguir teniéndola como esposa, y no podía nunca divorciarse de ella, excepto por el más flagrante pecado. Si se demostraba que la acusación había sido infundada y maliciosa, el marido tenía que recibir los cuarenta azotes menos uno, y pagarle 50 siclos al padre de la mujer. Pero si podía probar su acusación y se encontraba culpable a la mujer, si era una persona corriente, la ley imponía que debía ser lapidada; y si era la hija de un sacerdote, había de ser quemada viva.

Si un hombre seducía a una joven que estaba prometida a otro, y la seducción tenía lugar con el consentimiento de ella, ambos recibían la muerte. Si el hombre forzaba a la joven en un lugar solitario o donde nadie pudiera defenderla, solo el hombre había de morir. Si un hombre seducía a

una joven no comprometida, debía casarse con ella o, si el padre de la muchacha no estaba conforme con aquel matrimonio, el seductor debía pagarle 50 siclos.

Las leyes judías del matrimonio y de la pureza colocaban el listón muy alto- En principio se aborrecía el divorcio. Dios había dicho: « Yo aborrezco el divorcio» (*Malaquías 2:16*). Se decía que el mismo altar derramaba lágrimas cuando un hombre se divorciaba de la esposa de su juventud.

Pero el ideal y la realidad no iban de la mano. Había dos elementos que eran peligrosos y dañinos.

El primer lugar, a los ojos de la ley judía una mujer era una cosa. Era propiedad de su padre, o de su marido; y por tanto no tenía realmente ningunos derechos legales. La mayor parte de los matrimonios los concertaban, o los padres, o algún casamentero profesional. Una mujer podía estar comprometida desde la niñez, o a menudo se la comprometía para que se casara con un hombre al que ni siquiera había visto. Había una salvaguardia: cuando llegaba a la edad de 12 podía repudiar al marido que le hubiera asignado su padre. Pero, en relación con el divorcio, la ley general era que solo el marido tenía la iniciativa. La ley estipulaba: «Se puede divorciar a una mujer, con o sin su consentimiento; pero a un hombre no se le puede divorciar nada más que con su consentimiento.» La mujer no podía nunca iniciar el proceso del matrimonio; no se podía divorciar ella, sino solo ser divorciada por el marido.

Había ciertas salvaguardias. Si un hombre se divorciaba de su mujer por razones que no fueran de flagrante inmoralidad, debía devolver la dote de ella; y esto debe de haber sido una barrera para los divorcios irresponsables. Los tribunales podían hacer presión para que un hombre se divorciara de su mujer en el caso, por ejemplo, de que se negara a consumar el matrimonio, o por impotencia, o por incapacidad demostrada de mantenerla como era debido. Una mujer podía obligar a su marido a divorciarse de ella si contraía una enfermedad repugnante como la lepra, o si era curtidor, lo que obligaba a reunir estiércol de perro, o si él le proponía marcharse de la Tierra Santa. Pero, con mucho, la ley dejaba bien claro que la mujer no tenía derechos legales, y que el derecho de divorcio correspondía exclusivamente al marido.

En segundo lugar, el proceso del divorcio era fatalmente fácil. Ese proceso se fundaba en el pasaje de la ley de Moisés al que se refirieron los interlocutores de Jesús: «Cuando alguien toma una mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, se la entregará en mano y la despedirá de su casa» (*Deuteronomio 24:1*). El certificado de divorcio era una declaración bien simple, de una sola frase, diciendo que el marido despedía a su mujer. Josefo escribe: « El que desee divorciarse de su mujer por la razón que sea (y muchas de tales razones se presentan entre los hombres), que establezca por escrito que no la tendrá nunca más como su esposa; porque de esta manera ella puede ser libre para casarse con otro hombre.» La única salvaguardia contra la peligrosa facilidad del proceso de divorcio era el hecho de que, a menos de que la mujer fuera una pecadora notoria, tenía que devolver la dote.

BASE JUDÍA PARA EL DIVORCIO

Mateo 19:1-9 (continuación)

Uno de los grandes problemas que presentaba el divorcio judío dependía de la formulación mosaica. Esa formulación establecía que un hombre podía divorciarse de su mujer «si ella no hallaba gracia en sus ojos, porque él había encontrado *algo indecente* en ella.» La cuestión era: ¿Cómo se había de interpretar la frase *algo indecente*?

En este punto los rabinos judíos estaban divididos diametralmente, y era aquí donde los interlocutores de Jesús querían involucrarle. Los de la escuela de Sammay estaban seguros de que *una cuestión de indecencia* quería decir fornicación, y solo eso; y que no se podía despedir a una mujer por ninguna otra causa. Aunque una mujer fuera tan malvada como Jezabel, en tanto en

cuanto no cometiera adulterio no se la podía despedir. Por otra parte, los de la escuela de Hil.lél interpretaban eso del *asunto de indecencia* de una manera más amplia. Decían que quería decir que un hombre podía divorciarse de su mujer si ella le estropeaba la comida, si llevaba el pelo suelto, si hablaba con hombres en la calle, si hablaba con poco respeto de los padres de su marido, si era alborotadora y se la podía oír en la casa de al lado. Rabí Aqiba llegó hasta el punto de decir que la frase si *ella no encuentra gracia en los ojos de él* quería decir que un hombre podía divorciarse de su mujer si encontraba otra que le gustara más o que considerara más bonita.

La tragedia era que, como era de temer, fue la enseñanza de la escuela de Hil.lél la que prevaleció; el vínculo matrimonial se tomaba a menudo a la ligera, y el divorcio se hizo corriente por las causas más triviales.

Para completar el cuadro, hay que añadir algunos otros hechos. Es pertinente notar que bajo la ley rabínica el divorcio era *obligatorio* por dos razones. Era obligatorio por adulterio. «Una mujer que ha cometido adulterio debe ser divorciada.» Segundo, el divorcio era obligatorio por *esterilidad*. La finalidad del matrimonio era la procreación de hijos; y el divorcio era obligatorio si después de tres años una pareja seguía sin tener hijos. En este caso, la mujer se podía casar de nuevo, pero la misma disposición se aplicaba al segundo matrimonio.

Hay que mencionar otras dos disposiciones judías interesantes en relación con el divorcio. La primera, *el abandono* no era nunca causa para el divorcio. Si había deserción había que demostrar la muerte. El único atenuante por relajación era que, aunque todos los otros hechos tenían que ser corroborados por dos testigos según la ley judía, bastaba un testigo para demostrar la muerte del cónyuge que había desaparecido y no había vuelto.

En segundo lugar, aunque resulte raro, *la locura* no era razón para el divorcio. Si la mujer se volvía demente, el marido no podía divorciarla; porque, si la divorciaba, ella no tendría protector en su desgracia. Hay una misericordia conmovedora en tal disposición. Si el marido se volvía demente, el divorcio era imposible, porque en tal caso quedaba incapacitado para escribir el certificado de divorcio, y sin tal documento, que él debía escribir y entregar, no podía haber divorcio.

Cuando Le hicieron a Jesús aquella pregunta, por detrás de ella había una situación que molestaba y preocupaba. Jesús la iba a contestar de una manera que resultó alucinante para los dos bandos empeñados en la disputa, y que sugirió un cambio radical en toda la situación.

LA RESPUESTA DE JESÚS

Mateo 19:1-9 (continuación)

Lo más probable es que los fariseos Le estuvieran preguntando a Jesús si estaba de acuerdo con la opinión estricta de Sammay o con la más suave de Hil.lél; y que buscaran de esta manera implicarle en la controversia.

La respuesta de Jesús retrotraía la cuestión a su mismo origen, al ideal de la Creación. En el principio, dijo Jesús, Dios creó a Adán y Eva como un hombre y una mujer. No cabe duda que en las circunstancias del relato de la Creación Adán y Eva fueron creados el uno para el otro, y para nadie más; su unión fue necesariamente completa e indisoluble. Ahora bien, dice Jesús, aquellos dos eran el modelo y el símbolo de todos los que vendrían después. Como dice A. H. McNeile: < Toda pareja matrimonial es la reproducción de Adán y Eva, y su unión es por tanto no menos indisoluble. »

El razonamiento es totalmente claro. En el caso de Adán y Eva, el divorcio era, no solo desaconsejable; era, no solamente equivocado: era totalmente imposible, por la sencilla razón de que no había ninguna otra persona con la que cualquiera de ellos se pudiera casar. De esta manera Jesús estaba estableciendo el principio de que el divorcio no es nunca la solución correcta de nada. Desde ahora mismo ya debemos notar que esto no es *una ley*; es *un principio*, que es una cosa muy diferente.

Aquí vieron en seguida los fariseos un punto en el que podían atacar. Moisés (*Deuteronomio 24:1*) había dicho que, si un hombre quería divorciarse de su mujer porque ella no había encontrado gracia a ojos de él, y a causa de algún detalle indecente en ella, él podía darle un certificado de divorcio, y el matrimonio quedaba disuelto. Aquí tenían los fariseos la oportunidad que deseaban. Ahora podían decirle a Jesús: «¿Estás acaso diciendo que Moisés estaba equivocado? ¿No estarás Tú Tratando de abrogar la Ley divina que se le dio a Moisés? ¿Te estás colocando por encima de Moisés como legislador?»

Jesús les contestó que lo que dijo Moisés no había sido *una ley*, sino nada más que *una concesión*. Moisés no *mandó* el divorcio; en el mejor de los casos, él solamente lo *permitió* para regular una situación que habría llegado a ser caóticamente promiscua. La disposición de Moisés no era más que una concesión a la naturaleza humana caída. En *Génesis 2:23s* tenemos el ideal que Dios Se había propuesto, el ideal de dos personas que se casan debería ser tan indisoluble que las dos personas formaran una sola personalidad. La respuesta de Jesús fue: < Es verdad que Moisés *permitió* el divorcio; pero eso era *una concesión* en vista de que el ideal se había perdido. El ideal del matrimonio se ha de encontrar en la indisoluble y perfecta unión de Adán y Eva. Eso es lo que Dios quería que fuera el matrimonio.»

Es ahora cuando nos encontramos cara a cara con una de las dificultades más reales y agudas del Nuevo Testamento. ¿Qué quería decir Jesús? Hay una pregunta previa a esa: ¿Qué fue lo que dijo Jesús? La dificultad, que es insoslayable, es que Marcos y Mateo reproducen las palabras de Jesús de manera diferente.

Mateo dice:

Y Yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera (Mateo 19:9).

Marcos pone:

Y les dijo: Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio (Marcos 10:11s).

Lucas nos da todavía otra versión de este dicho:

Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera (Lucas 16:18).

Aquí tenemos la dificultad relativamente pequeña de. que Marcos supone que una mujer se puede divorciar de su marido; un proceso que, como ya hemos visto, no era posible bajo la ley judía. Pero la explicación puede ser que Jesús debe de haber conocido muy bien que, bajo la ley gentil, una mujer podía divorciarse de su marido; y en esa cláusula particular, Él estaba mirando más allá del mundo judío, al que se dirigió el evangelio de Mateo especialmente. La dificultad real estriba en que tanto Marcos como Lucas hacen la prohibición del divorcio *absoluta*. Para ellos no caben excepciones. Pero Mateo tiene una cláusula dirimente: El divorcio está permitido en caso de adulterio. En este caso hay que decantarse por una de las dos formulaciones. La única salida posible sería decir que de hecho el divorcio por adulterio era para la ley judía obligatorio, como ya hemos visto, y que por tanto Marcos y Lucas no consideraron que hacía falta mencionarlo; pero en tal caso estaba también el divorcio por esterilidad.

En último análisis tenemos que escoger entre la versión de Mateo del dicho de Jesús y la de Marcos y Lucas. Creemos que no se puede dudar de que la versión de Marcos y Lucas es correcta.

Hay dos razones. Solo la absoluta prohibición de separarse satisface el ideal de la completa unión simbólica de Adán y Eva. Y las alucinadas palabras de los discípulos implican esta prohibición absoluta, porque, en efecto, dicen (versículo 10) que si el matrimonio es tan vinculante como todo eso, lo más seguro es no casarse. No cabe duda de que aquí tenemos a Jesús estableciendo el *principio -no la ley-* de que el ideal del matrimonio es una unión indisoluble. Aquí se podría decir mucho más; pero *el ideal*, como Dios lo concibió, está establecido, y la cláusula dirimente de Mateo es posiblemente una interpretación posterior que se insertó a la luz de la práctica de la Iglesia cuando esto se escribió.

EL ELEVADO IDEAL

Mateo 19:1-9 (conclusión)

Pasemos ahora a considerar el alto ideal del estado del matrimonio que Jesús propone a los que están dispuestos a aceptar Sus mandamientos. Veremos que el ideal judío sienta las bases del ideal cristiano. La palabra hebrea para matrimonio era *kiddusin*. *Kiddusin* quería decir *santificación o consagración*. Se usaba al describir algo que se dedicaba a Dios como Su exclusiva y particular posesión. Cualquier cosa totalmente consagrada a Dios era *kiddúsin*. Esto quería decir que en el matrimonio el marido estaba consagrado a la mujer, y la mujer al marido: Cada uno llegaba a ser posesión exclusiva del otro, de la misma manera que una ofrenda se convertía en la posesión exclusiva de Dios. Eso era lo que Jesús quería decir cuando dijo que por causa del matrimonio un hombre dejaría a su padre y a su madre y se uniría a su mujer, y eso es lo que Él quiso decir cuando dijo que marido y mujer llegaban a ser tan totalmente una sola cosa que se podían llamar una sola persona. Ese era el ideal que Dios tenía del matrimonio, como lo presenta la historia del *Génesis* (*Génesis 2:24*), y ese es el ideal que Jesús ratificó. Esta idea tiene ciertas consecuencias.

(i) Esta unidad total quiere decir que el matrimonio no se da para un solo acto de la vida, por muy importante que ese acto sea, sino para todos. Es decir: que, aunque el sexo es una parte sumamente importante del matrimonio, no lo es todo. Cualquier matrimonio en el que se entra simplemente por un deseo físico imperioso que no puede satisfacerse de ninguna otra manera está condenado al fracaso de antemano. El matrimonio está diseñado, no para que dos personas hagan una cosa juntas, sino para que hagan todas las cosas juntas.

(ii) Otra manera de expresar esto sería diciendo que el matrimonio es la unión total de dos personalidades. Dos personas pueden existir juntas de muchas maneras. Una de ellas puede ser la parte dominante hasta tal punto que nada importa sino sus deseos y conveniencias y necesidades, mientras que la otra está totalmente subordinada y no existe nada más que para satisfacer los deseos y las necesidades de la primera. O también, dos personas pueden existir en una especie de neutralidad armada, en la que se dan una tensión continua y una continua colisión entre sus dos voluntades. La vida puede ser una larga discusión, y la relación estar basada, en el mejor de los casos, en una difícil componenda. O también, dos personas pueden basar su relación en una más -o menos resignada aceptación mutua. Para todos los efectos y propósitos, mientras vivan juntas, cada una va por su propio camino, y cada una vive su vida. Comparten la misma casa, pero sería una exageración decir que comparten el mismo hogar.

Está claro que ninguna de estas relaciones es ideal. El ideal es que en el estado del matrimonio dos personas encuentren el complemento de cada una de sus personalidades. Platón tenía una idea extraña. Tenía una especie de leyenda de que en su origen los seres humanos eran el doble de lo que somos ahora. Como su tamaño y fuerza los hizo arrogantes, los dioses los cortaron por la mitad; y la verdadera felicidad se produce cuando las dos mitades se encuentran otra vez y se unen en el matrimonio, completándose así mutuamente.

El matrimonio no debe empequeñecer la vida, sino completarla. A ambos cónyuges debe traerles una nueva plenitud, una nueva satisfacción, un nuevo contentamiento. Es la unión de dos personalidades en la que las dos se completan mutuamente. Esto no quiere decir que no haya que hacer ajustes, y aun sacrificios; pero sí quiere decir que la relación final es más plena, más gozosa, más satisfactoria de lo que puede ser un tipo de vida aislado.

(iii) Podríamos decir todo esto aún más prácticamente: el matrimonio debe ser el compartir todas las circunstancias de la vida. Hay un cierto peligro en la etapa encantadora del noviazgo. En ese período es casi inevitable el que las dos personas se vean mutuamente en el mejor estado de ambas. Hay días románticos. Se ven en su mejor ropa. Es corriente que tengan algún gran interés en común; es corriente que el dinero no haya llegado a ser todavía un problema. Pero en el matrimonio, los dos deben verse cuando no están en su mejor momento; cuando están cansados o débiles; cuando los hijos trastornan la casa y el hogar como es natural que suceda; cuando escasea el dinero, y las cuentas de la comida y de la ropa se convierten en un problema; cuando la luz de la luna y las rosas dejan el puesto a la pila de la cocina y a la cesta de la ropa y a pasear por el pasillo al niño llorón por las noches. A menos que dos personas estén dispuestas a enfrentarse juntas con la rutina de la vida tanto como con sus encantos, el matrimonio no puede ser más que un fracaso.

(iv) A todo esto sigue una cosa que no es universalmente cierta, pero que es mucho más probable que lo contrario. El matrimonio es mucho más probable que sea un éxito después de un conocimiento bastante largo, cuando las dos personas que lo forman conocen realmente el trasfondo mutuo. El matrimonio quiere decir vivir constantemente juntos. Es perfectamente posible que choquen los hábitos y los gustos y las costumbres de ambos. Cuanto más completo sea el conocimiento mutuo antes de decidirse a vincular sus vidas indisolublemente, mejor. Esto no es negar que puede haber tal cosa como el amor a primera vista, y que el amor puede conquistarlo todo; pero el hecho es que, cuanto mayor conocimiento tengan el uno del otro más probable será que tengan éxito en hacer su matrimonio lo que debe ser.

(v) Todo esto nos conduce a la conclusión práctica final: la base del matrimonio es *mantenerse unidos*, y la base de mantenerse unidos no es otra que *ser considerados el uno con el otro*. Para que el matrimonio sea un éxito, los cónyuges deben pensar siempre más en términos el uno del otro que cada uno en sí mismo. El egoísmo es el asesino de cualquier relación personal; y esto es especialmente cierto cuando dos personas están vinculadas en el matrimonio.

Somerset Maughan, hablando de su madre, dice que era una persona amable y encantadora, y que todo el mundo la quería. Su padre no era un hombre bien parecido, y tenía pocos dotes y gracias sociales. Alguien le dijo una vez a ella: «Cuando todo el mundo está enamorado de ti, y cuando tú podrías tener al que quisieras, ¿cómo puedes seguir siendo fiel a ese monigote fecho de marido que tienes?» Ella contestó sencillamente: «Él nunca hiere mis sentimientos.» No se podría haber hecho mejor elogio.

La verdadera base del matrimonio no es complicada o recóndita; es sencillamente el amor que tiene más en cuenta la felicidad del otro que la propia, el amor que se honra en servir, que puede comprender y, por tanto, que siempre está dispuesto a perdonar. Es decir: es el amor que vemos en Cristo, que sabe que olvidándose de sí mismo se encuentra a sí mismo, y que perdiéndose a sí mismo se completa a sí mismo.

EL IDEAL QUE SE HACE REALIDAD

Mateo 19:10-12

A eso los discípulos Le dijeron a Jesús:

-Si la única razón para el divorcio entre un hombre y una mujer es esa, más vale no casarse.

Jesús les contestó:

-No todos son capaces de aceptar eso, sino solo aquellos a los que se les concede. Hay eunucos que lo son de nacimiento; otros, a los que hacen eunucos los otros, y hay eunucos que se hacen eunucos por causa del Reino del Cielo: Rt que sea capaz de aplicarse esta enseñanza, que, se la aplique.

Aquí llegamos a una ampliación necesaria de lo que iba antes. Cuando los discípulos oyeron el ideal de matrimonio que Jesús les proponía, se quedaron desalentados. Les volverían a la mente muchos dichos rabínicos. Los rabinos tenían muchas sentencias sobre los matrimonios desgraciados. «Entre los que no contemplarán el rostro de la gehena estará el que haya tenido una mala mujer.» ¡Tal persona se salvaba del infierno porque ya había expiado sus pecados en la Tierra! «Entre los que tienen una vida que no es vida está el hombre al que domina su mujer.» «Una mala mujer es como la lepra para su marido. ¿Cuál es el remedio? Que se divorcie de ella, y así se curará de su lepra.» Hasta se llegó a establecer: « Si uno tiene una mala esposa, su deber religioso es divorciarse de ella.»

Para hombres acostumbrados a escuchar tales dichos, las demandas de Jesús eran algo terrible. Su reacción fue que, si el matrimonio es una relación vinculante para siempre, y si el divorcio está prohibido, es mejor no casarse, ya que no hay salida, así lo veían ellos, para una mala situación. Jesús da dos respuestas.

(i) Jesús dice claramente que no todo el mundo puede aceptar de hecho esta situación, sino solamente aquellos a los cuales se les ha concedido. En otras palabras, solo *un cristiano puede asumir la ética cristiana*. Solo la persona que tiene la ayuda continua de Jesucristo y la continua dirección del Espíritu Santo puede edificar la relación personal que demanda el ideal del matrimonio. Solamente con la ayuda de Jesucristo puede uno desarrollar la simpatía, la comprensión, el espíritu de perdón, el amor considerado, que requiere el verdadero matrimonio. Sin esa ayuda estas cosas son imposibles. El ideal cristiano del matrimonio implica el requisito previo de que los cónyuges sean cristianos.

Aquí tenemos una verdad que llega mucho más lejos que su aplicación particular. Siempre estamos oyendo decir: «Aceptamos la ética del Sermón del Monte; pero, ¿Por qué preocuparse de la divinidad de Jesús, de Su Resurrección, de Su presencia resucitada, de Su Espíritu Santo, y toda esa clase de cosas? Estamos de acuerdo en que era un Hombre bueno, y que Su enseñanza es la más elevada que se haya dado jamás. ¿Por qué no dejar ahí la cosa, y vivir de acuerdo con esa enseñanza sin preocuparnos de la teología?» La respuesta es muy sencilla. Nadie puede vivir de acuerdo con la enseñanza de Jesucristo sin Jesucristo. Y si Jesús no era más que un gran hombre bueno, aunque fuera el más grande y el mejor de todos los seres humanos, en el mejor de los casos no es más que un gran ejemplo. Su enseñanza se hace posible solamente con la condición de que Él no está muerto, sino presente aquí y ahora para ayudarnos a llevarla a cabo. La enseñanza de Cristo requiere la presencia de Cristo; si no es así, solo se trata de un ideal imposible -y angustioso. Así que tenemos que arrostrar el hecho de que el matrimonio cristiano es solo posible para cristianos.

(ii) El pasaje termina con un versículo acerca de los eunucos que nos deja perplejos. Es posible que Jesucristo dijera eso en alguna otra ocasión, y que Mateo lo pusiera aquí porque estaba agrupando la enseñanza de Jesús sobre el matrimonio, porque Mateo tenía la costumbre de agrupar la enseñanza sobre cualquier tema particular.

Un eunuco es un hombre que no puede realizar el acto sexual. Jesús distingue tres clases de eunucos. Hay algunos que, por algún defecto o deformidad física, no pueden tener relaciones sexuales. Hay algunos a los que los hombres hacen eunucos. Esto representa prácticas que nos son extrañas a los occidentales. Muy frecuentemente en los palacios reales los siervos, especialmente los que estaban a cargo del harén real, eran castrados. También muy frecuentemente los sacerdotes

que servían en los templos eran castrados; eso sucedía, por ejemplo, en el templo de Diana de Éfeso.

A continuación, Jesús menciona a los que se hacen a sí mismos eunucos por causa del Reino de Dios. Hemos de estar seguros de que esto no se ha de tomar literalmente. Una de las tragedias de la Iglesia Primitiva fue el caso de Orígenes. Cuando era joven, tomó este texto literalmente, y se castró, aunque posteriormente se dio cuenta de que había cometido un error. Clemente de Alejandría estuvo muy cerca de hacer lo mismo. Dice: «El verdadero eunuco no es el que no puede, sino el que elige no practicar los deseos de la carne.» En esta frase, Jesús se refería a los que; por causa del Reino de Dios, renuncian voluntariamente al matrimonio y a la paternidad y al amor físico humano.

¿Cómo puede ser eso? Puede ser que una persona tenga que escoger entre alguna llamada específica y el amor humano. Se ha dicho: «El que viaja más rápido es el que viaja solo.» Una persona puede llegar a la conclusión de que no puede trabajar en algún terrible suburbio viviendo en circunstancias en las que el matrimonio y la familia serían un impedimento. Puede que uno llegue a la conclusión de que debe aceptar la vocación misionera para ir a un lugar al que no puede en conciencia llevar a su esposa e hijos. Otro caso sería el de uno que estuviera enamorado, y entonces se le ofrezca una oportunidad de servicio a pleno tiempo y rendimiento que la persona que ama no podría compartir. Entonces debe escoger entre el amor humano y la tarea a la que Cristo le llama.

Gracias a Dios esa elección no se le presenta a menudo a una persona; pero hay algunos que han asumido voluntariamente votos de castidad, celibato, pureza, pobreza, abstinencia, continencia. Esa no es la conducta corriente de una persona normal, pero el mundo se habría empobrecido si no hubiera habido quienes aceptaran el desafío de vivir en solitario por causa de la obra de Cristo.

EL MATRIMONIO Y EL DIVORCIO

Mateo 19:10-12 (conclusión)

Sería un error dar por terminado este tema sin hacer un esfuerzo para ver lo que quiere decir actualmente para la cuestión del divorcio en nuestros días.

Podemos al principio notar esto. *Lo que Jesús estableció fue un principio y no una ley.* Convertir este dicho de Jesús en una ley sería malentenderlo seriamente. La Biblia no nos da *leyes*; nos da *principios* que debemos aplicar con oración e inteligencia en cualquier situación dada.

Acerca del sábado dice la Biblia: < No hagas en él obra alguna > (Éxodo 20:10). Sabemos muy bien que un cese absoluto del trabajo no fue nunca posible en ninguna civilización. En una civilización agrícola, hay que atender al ganado, y hay que ordenar las vacas, sea el día que sea. En una civilización desarrollada ciertos servicios públicos tienen que proseguir, o el transporte se interrumpiría, o el agua y la luz y el calor no estarían disponibles. En cualquier hogar, especialmente donde, hay niños, tiene que haber una cierta medida de trabajo.

Un principio nunca se puede convertir en una ley inflexible; un principio siempre se tiene que aplicar en, una situación individual: Por tanto, no podemos zanjar la cuestión del divorcio simplemente citando las palabras de Jesús. Eso sería legalismo; tenemos que tomar las palabras de Jesús como un principio a aplicar en los casos individuales que se nos presenten. En ese caso, surgen ciertas verdades.

(i) No cabe duda de que *el ideal* es que el matrimonio sea una unión indisoluble entre dos personas, y que se debe entrar en él como una unión total de dos personalidades, no diseñada para hacer posible un acto solamente, sino para hacer posible toda la vida un compartir satisfactorio y mutuamente realizador. Ese es el principio esencial del que debemos partir.

(ii) Pero la vida no es, ni nunca podrá ser, un asunto completamente nítido y ordenado. En la vida no se puede evitar que se presente a veces el elemento de lo impredecible. Supongamos, pues, que dos personas entran en la relación matrimonial; supongamos que lo hacen con las esperanzas y los ideales más elevados; y también supongamos que algo imprevisto va mal, y que la relación que debería ser la alegría más grande de la vida se convierte en un infierno. Supongamos que se solicita toda la ayuda disponible para remediar esta situación rota y terrible. Supongamos que se llama al médico para que ayude en cuestiones físicas; al psiquiatra, para tratar de problemas psicológicos; al sacerdote o al pastor para: cosas espirituales. Supongamos que el problema sigue ahí; supongamos que uno de los cónyuges del matrimonio está constituido física, mental o espiritualmente de tal manera que el matrimonio es imposible, y supongamos que el descubrimiento no se podría haber hecho hasta que se hiciera la prueba. ¿Es que, en tal caso estas dos personas han de estar para siempre encadenadas la una a la otra en una situación que no puede sino sumir en la infelicidad a los dos para toda la vida?

Es, sumamente difícil reconocer que tal razonamiento se pueda llamar cristiano; es extremadamente difícil ver a Jesús condenando legalísticamente a dos personas a una situación tal. Esto no es decir que se deba facilitar el divorcio, pero sí que, cuando todos los recursos físicos y mentales y espirituales se han aplicado a la situación, y esta permanece incurable y hasta peligrosa, hay que ponerle un límite; y la iglesia, lejos de considerar a las personas implicadas en tal situación como algo fuera de su responsabilidad, debe hacer algo, debe hacer todo lo posible con energía y ternura para ayudarlas. No parece que haya otra solución más que aplicar el verdadero espíritu de Cristo.

(iii) Pero en este asunto nos encontramos cara a cara con una situación de lo más trágica. Sucede a menudo que las cosas que hacen naufragar el matrimonio son de hecho cosas que la ley no puede tocar. Una persona, en un momento de pasión y falta de control, comete adulterio, y pasa el resto de la vida en vergüenza y en dolor por lo que ha hecho. El que pudiera repetirse su caída es por lo menos posible en el mundo. Otra persona es un modelo de rectitud en público; el cometer adulterio es lo más remoto que podría ocurrirle; y sin embargo, con una crueldad sádica constante, con un egoísmo diario, con una crítica y sarcasmo y crueldad mental constantes, le hace la vida un infierno a los que viven con ella; y lo hace con una determinación encallecida.

Bien podemos recordar que los pecados que aparecen en los periódicos, y los pecados cuyas consecuencias son más obvias, no tienen que ser necesariamente los pecados más graves a los ojos de Dios: Muchos hombres y mujeres arruinan la relación matrimonial; y, sin embargo, presentan ante el mundo exterior una fachada de rectitud impecable.

Todo este asunto es tal que requiere más simpatía y menos condenación, porque el fracaso de un matrimonio es el que menos se ha de plantear en términos legalistas, y más en términos de amor. En este caso; no es tanto la ley lo que hay que mantener, sino el corazón y el alma de las personas: Lo que se requiere es que haya oración y pensamiento antes del matrimonio; que si un matrimonio está en peligro de fracasar, todos los recursos posibles -médicos, psicológicos y espirituales- deben movilizarse para salvarlo; pero que si la situación es irremediable, debe plantearse, no con legalismo rígido, sino con amor comprensivo.

LA BIENVENIDA DE JESÚS A LOS NIÑOS

Mateo 19:13-15

Le trajeron a Jesús unos niños para que les impusiera las manos y orara por ellos. Los discípulos hablaron muy ásperamente a los que los traían. Jesús dijo:

Dejad que vengan a Mí los niñitos, y no se lo impidáis; porque es a los que son como ellos a los que pertenece el Reino del Cielo.

Y Jesús puso Sus manos sobre ellos, y luego se marchó de allí.

Bien podemos decir que este es el incidente más simpático de toda la historia evangélica. Todos los personajes resaltan con claridad, aunque este pasaje no ocupa más que tres versículos.

(i) Tenemos a los que trajeron a los niños. Sin duda serían sus madres.

No nos sorprende que quisieran que Jesús les impusiera Sus manos. Habían visto lo que esas manos podían hacer; habían visto que la enfermedad y el dolor desaparecían a su contacto; las habían visto devolver la vista a *ojos* ciegos, y la paz a mentes angustiadas; y querían que esas manos tocaran a sus hijos. Esta es una de las historias que nos muestran claramente el supremo encanto de la vida de Jesús. Las personas que trajeron los niños no sabrían Quién era Jesús; estarían al tanto de que Jesús era todo menos popular con los escribas y fariseos, y los sacerdotes y saduceos y los representantes de la religión ortodoxa; pero se daban cuenta de que era una Persona extraordinaria.

Premanand cuenta una cosa que le dijo una vez su madre. Cuando Premanand se hizo cristiano, su familia le echó de casa y le cerró las puertas para que no volviera; pero a veces él se introducía para ver a su madre. Ella estaba muy apesadumbrada porque él se había hecho cristiano, pero no por eso dejó de amarle. Le dijo que cuando le llevaba en su vientre, un misionero le había dado un ejemplar de uno de los evangelios. Ella lo había leído, y todavía lo tenía. Le dijo a su hijo que no tenía ningún deseo de hacerse cristiana, pero que a veces, en los días antes de darle a luz, ella anhelaba que su hijo llegara a ser un hombre como Jesús.

Hay algo encantador en Jesucristo que todo el mundo puede ver. Es fácil creer que estas madres de Palestina creían que el toque de un Hombre así en las cabezas de sus niños les traería una bendición, aunque ellas no comprendieran cómo.

(ii) Estaban los discípulos. Los discípulos parece que fueron ásperos y hoscos; pero, si lo fueron, fue el amor lo que los movió. Su deseo era proteger a Jesús. Veían lo cansado que estaba; veían lo que Le costaba impartir sanidad. Les hablaba a menudo acerca de una cruz, y ellos tienen que haber notado en Su cara la tensión de Su corazón y alma. Lo único que querían era que no se molestara a Jesús. Eso era lo único que podían pensar entonces: que los niños eran una molestia para el Maestro. No debemos pensar que eran duros, ni condenarlos; lo único que querían era librar a Jesús de otra de esas demandas insistentes que siempre estaban drenando Sus fuerzas.

(iii) Está el mismo Jesús. Esta historia nos revela mucho acerca de Él.

Era la clase de Persona que aman los niños. George Macdonald solía decir que nadie puede ser seguidor de Cristo si a los niños les da miedo jugar a su puerta. Seguro que Jesús no era un asceta ceñudo, si los niños Le amaban. Además, para Jesús nadie carecía de importancia. Algunos podrían decir: < No es más que un niño. No le dejes que Te moleste. > Pero Jesús no diría eso nunca. Nadie fue jamás una molestia para Jesús. Él no estaba nunca demasiado cansado u ocupado para darse totalmente a cualquier persona que Le necesitara. Hay una extraña diferencia entre Jesús y muchos famosos predicadores y evangelistas. A menudo es punto menos que imposible llegar a su presencia. Tienen una especie de cortejo y de guardaespaldas para mantener a la gente a distancia para que no cansen ni molesten al gran hombre. Jesús era todo lo contrario. El camino a Su presencia siempre estaba abierto para la persona más humilde y el chiquillo más pequeño.

(iv) Estaban los niños. Jesús decía de ellos que estaban más cerca de Dios que nadie más. La sencillez del niño está, desde luego, más próxima a Dios que ninguna otra cosa. La tragedia de la vida es que, a medida que nos hacemos mayores, nos vamos alejando de Dios en lugar de irnos acercando a Él.

LA GRAN RENUNCIA

Mateo 19:16-22

Y, fijaos: Un hombre se Le acercó a Jesús y Le dijo: Maestro, ¿qué tengo yo que hacer que sea bueno para poseer la vida eterna?

- ¿Por qué Me preguntas acerca de lo bueno? -le dijo Jesús-. No hay más que Uno que es bueno. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

El hombre Le dijo a Jesús:

- ¿Qué clase de mandamientos?

Jesús le contestó:

- «No mates; no cometas adulterio; no robes; honra a tu padre y a tu madre.» Y «Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo. »

El joven Le dijo:

- Todo eso ya lo he cumplido. ¿Qué más me falta? Jesús le contestó:

- Si quieres ser íntegro, anda, vende todas tus posesiones, y dales el producto a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo; ¡y entonces ven, y sígueme!

Cuando el joven oyó estas palabras, se marchó triste, porque tenía muchas posesiones.

Aquí tenemos una de las historias más conocidas y apreciadas del Evangelio. Una de las cosas más interesantes acerca de ella es la manera que la mayor parte de nosotros, inconscientemente, reunimos diferentes detalles tomados de los diferentes evangelios para tener el cuadro completo. Por lo general la llamamos la Historia del Joven Rico, o del Joven Gobernante.

Todos los evangelios nos dicen que este hombre era *rico*, porque ese es el detalle característico de la historia; pero solo Mateo dice que fuera *joven* (Mateo 19:20, 22); y sólo Lucas dice que fuera *un gobernador* (Lucas 18:18). Es interesante comprobar que, inconscientemente, nos hemos hecho una escena compuesta con elementos tomados de los tres evangelios (Mateo 19:16-22; Marcos 10:17-22; Lucas 18:18-23).

Hay otro detalle interesante en esta historia. Mateo altera la pregunta que el hombre Le hizo a Jesús. Tanto Marcos como Lucas dicen que la pregunta fue: < ¿Por qué Me llamas bueno? No hay nadie que sea bueno más que Dios» (Marcos 10:18; Lucas 18:19). Mateo dice: «¿Por qué Me preguntas acerca de lo bueno? -le dijo Jesús-. No hay más que Uno que es bueno» (Mateo 19:17). (La versión Reina-Valera comete aquí un error, aunque en la edición del '95 lo corrige en una nota, como otras versiones modernas). El de Mateo es el último de los tres primeros evangelios, y su respeto a Jesús es tal que no puede soportar presentar a Jesús haciendo la pregunta: « ¿Por qué Me llamas bueno?» Eso casi le sonaba como si Jesús rechazara que se Le llamara bueno, así que lo cambió por: « ¿Por qué Me preguntas acerca de lo bueno?» a fin de evitar la posible irreverencia.

Esta historia enseña una de las lecciones más profundas, porque contiene la base total de la diferencia entre la idea correcta y la equivocada de lo que es la religión.

El hombre que vino a Jesús estaba buscando lo que él llamaba *la vida eterna*. Estaba buscando la felicidad, la satisfacción, la paz con Dios. Pero la misma manera de hacer la pregunta le delató. Él preguntó: < ¿Qué debo yo *hacer*? » Estaba pensando en términos de *obras*. Era como los fariseos: pensaba en términos de reglas y normas. Estaba pensando en engrosar su balance de crédito con Dios cumpliendo las obras de la Ley. Está claro que no sabía nada de una religión de gracia, así que Jesús trató de conducirlo al punto de vista correcto.

Jesús le contestó en sus propios términos. Le dijo que cumpliera los mandamientos. El hombre Le preguntó qué clase de mandamientos. A eso Jesús citó cinco de los diez mandamientos. Aquí hay dos cosas importantes acerca de los mandamientos que Jesús escogió citar.

La primera es que eran todos de la segunda tabla, los que tratan no de nuestro deber para con Dios, sino de nuestro *deber para con los hombres*. Son los mandamientos que gobiernan nuestras *relaciones personales*, y nuestra *actitud para con nuestros semejantes*.

La segunda es que Jesús cita un mandamiento, como si dijéramos, fuera de sitio. Cita el mandamiento de honrar a los padres el último, cuando de hecho debería ser el primero. Está claro que Jesús quería hacer hincapié especialmente en ese mandamiento. ¿Por qué? ¿No sería porque este joven se había hecho rico y había tenido éxito en su carrera, y luego se había olvidado de sus padres, que puede que fueran muy pobres? Puede que subiera en el mundo, y que se medio avergonzara de los de su propio hogar; y también puede que se justificara a sí mismo perfectamente mediante la ley del *korbán* que Jesús había condenado tan irremisiblemente (*Mateo 15:1-6; Marcos 7:9-13*). Estos pasajes muestran que él podía muy bien haber hecho eso, y todavía pretender que había obedecido los mandamientos. En el mismo mandamiento que cita, Jesús le está preguntando a este joven cuál era su actitud para con sus semejantes y para con sus padres; es decir, cómo eran sus relaciones personales.

La respuesta del joven fue que él había cumplido esos mandamientos; y sin embargo había todavía algo que él sabía que debía tener y no tenía. Así que Jesús le dijo que lo vendiera todo, que se lo diera a los pobres y que Le siguiera.

Sucede que tenemos otro relato de este incidente en el *Evangelio según los Hebreos*, que fue uno de los evangelios primitivos, que no logró entrar en el Nuevo Testamento. Su relato nos da una información adicional valiosa. Aquí está:

El segundo de los ricos Le dijo: «Maestro, ¿Qué buena cosa puedo yo hacer para vivir?» Él le dijo: «Oh hombre, cumple la Ley y los Profetas. » Él Le contestó: «Los he guardado.» El le dijo: «Ve, vende todo lo que posees, y distribúyeselo a los pobres, y ven, sígueme.» Pero el hombre rico empezó a rascarse la cabeza, y no le agradó. Y el Señor le dijo: «¿Cómo dices tú: "He guardado la Ley y los Profetas"? Porque está escrito en la Ley: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"; y he aquí, muchos de tus hermanos, hijos de Abraham, se visten de harapos, se mueren de hambre, y tu casa está llena de muchas cosas buenas; pero ninguna de ellas sale hacia ellos. >

Aquí está la clave de todo el pasaje. El Joven Rico pretendía haber cumplido la Ley. En un sentido legalista, aquello podría ser cierto; pero en el sentido espiritual, no lo era, porque su actitud hacia sus semejantes era errónea. En último análisis, su actitud era totalmente egoísta. Fue por eso por lo que Jesús le hizo enfrentarse con el desafío de vender todo y dárselo a los pobres. Este hombre era prisionero de sus posesiones de tal manera que nada que no fuera una incisión quirúrgica para separarle de ellas sería suficiente. Si una persona considera sus posesiones como algo que le ha sido dado exclusivamente para su propia comodidad y conveniencia, son una cadena que le hace falta romper; si viera sus posesiones como un medio para ayudar a otros, serían su corona.

La gran verdad de esta historia radica en la manera en que ilumina el sentido de la vida eterna. La vida eterna es la vida de Dios. La palabra *eterno* es *aiómos*, que no quiere decir lo *que dura para siempre*, sino algo que corresponde a Dios, o que pertenece a Dios, o que es una característica de Dios. La gran característica de Dios es que Él, de tal manera amó, que dio. Por tanto, la esencia de la vida eterna no es una observancia calculada cuidadosamente de los mandamientos y las reglas y las normas; la vida eterna se basa en una actitud de amor y generosidad sacrificial para con nuestros prójimos. Si quisiéramos encontrar la vida eterna, la felicidad, el gozo, la paz de la mente y la serenidad del corazón, no sería amontonando una balanza de crédito con Dios, guardando mandamientos y observando leyes y normas; sería reproduciendo la actitud del amor y del cuidado de Dios para con nuestros semejantes. Seguir a Cristo y en gracia y generosidad servir a las personas por las cuales Cristo murió son la misma cosa.

Por último, el Joven Rico volvió la espalda con gran tristeza. No aceptó el desafío, porque tenía muchas posesiones. Su tragedia era que amaba las cosas más que a las personas; y se amaba a sí mismo más de lo que amaba a otros. Cualquier persona que ponga las cosas por delante de las personas, y al yo antes que a los demás, debe volver la espalda a Jesucristo.

EL PELIGRO DE LA RIQUEZA

Mateo 19:23-26

Jesús les dijo a Sus- discípulos:

-Esto que os digo es la pura verdad: ¡Qué difícil le es a un rico entrar en el Reino del Cielo! Y otra vez os lo repito: Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino del Cielo.

Cuando los discípulos oyeron esto, se quedaron alucinados.

Entonces, ¿qué rico conseguirá salvarse? -dijeron. Y Jesús Se los quedó mirando, y les dijo:

-Para los hombres, es imposible; pero a Dios todas las cosas Le son posibles.

El caso del Joven Rico arrojaba una luz clara y trágica sobre el peligro de la riqueza; ahí estaba un hombre que había hecho la gran repulsa porque tenía muchas posesiones. Jesús ahora pasa a hacer hincapié en este peligro. «Es difícil les dijo para un rico entrar en el Reino del Cielo.»

Para ilustrar lo difícil que era, puso una metáfora gráfica. Dijo que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como le sería a un camello pasar por el ojo de una aguja. Se han propuesto diversas explicaciones a la imagen que Jesús trazó.

El camello era el animal más grande que conocían los judíos. Se dice que algunas veces había dos puertas en las ciudades amuralladas. Una era la gran puerta principal por la que entraba y salía todo el tráfico y el comercio. Al lado había a veces una portezuela baja y estrecha. Cuando la principal estaba cerrada y guardada por la noche, la única manera de entrar en la ciudad era por la puerta pequeña, por la que hasta una persona casi no podía pasar erguida. Se dice que a veces llamaban a la portezuela «el ojo de la aguja.» Así que se sugiere que Jesús estaba diciendo que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como a un corpulento camello pasar por la portezuela por la que casi no podía entrar una persona.

Hay otra sugerencia muy atractiva. La palabra griega para *camello* es *kamélos*; y la palabra griega para *una guindaleza de barco* es *kamilos*. Fue característico del griego helenístico que los sonidos vocálicos tendieron a perder sus diferencias claras, y a parecerse más entre sí. En ese griego casi no habría ninguna diferencia notoria entre los sonidos de la *é* y de la *i*. Los dos se pronunciarían como la *i* en castellano. Así que lo que Jesús puede que dijera es que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como sería enhebrar una aguja de coser con una guindaleza. Esa también sería una metáfora clara.

Pero lo más probable es que Jesús utilizara la metáfora literalmente, y que de hecho dijera que le era tan difícil a un rico entrar en el Reino del Cielo como a un camello pasar por el ojo de una aguja. ¿Por qué esa extrema dificultad? Las riquezas tienen tres efectos principales en la actitud de una persona.

(i) *La riqueza produce una falsa independencia.* Si uno tiene una buena provisión de bienes de este mundo, puede que se crea capaz de resolver cualquier situación que se le pueda presentar.

Hay un ejemplo claro de esto en la carta a la Iglesia de Laodicea en *Apocalipsis*. Laodicea era la ciudad más rica de Asia Menor. Fue destruida por un terremoto en el año 90 a.C. El gobierno romano ofreció ayuda y una gran suma de dinero para reconstruir los edificios afectados. Laodicea rehusó, diciendo que ella era muy suficiente para resolver la situación por sí misma. «Laodicea -dijo el historiador romano Tácito se levantó de sus ruinas totalmente con sus propios recursos y sin ninguna

ayuda nuestra> El Cristo Resucitado oyó decir a Laodicea: « Yo soy rica, he prosperado, y no me hace falta nada» (*Apocalipsis 3:17*). El dramaturgo inglés Walpole acuñó el cínico epigrama de que todo hombre tiene su precio. Si un hombre es rico, se figura que todo tiene un precio, y si quiere algo, no tiene más que comprarlo; y que si se le presenta una situación difícil, puede encontrar la salida. Puede llegar a pensar que puede comprar el derecho a la felicidad y la exclusión de la aflicción. Así es que llega a pensar que Dios no le hace ninguna falta, y que es perfectamente capaz de resolverse la vida por sí mismo. Llega un punto cuando descubre que eso es una ilusión, que hay cosas que no se pueden comprar con dinero, y cosas de las que el dinero no nos puede salvar. Pero siempre existe el peligro de que las muchas posesiones produzcan la falsa independencia que considera -hasta que se entera de lo contrario- que ha eliminado la necesidad de Dios.

(ii) *La riqueza encadena al hombre a este mundo.* < Donde esté vuestro tesoro -dijo Jesús-, allí estará también vuestro corazón» (*Mateo 6:21*). Si todo lo que una persona desea se encuentra en este mundo, si todos sus intereses están aquí, no piensa nunca en el otro mundo ni en el más allá. Si una persona tiene un interés demasiado grande en la Tierra, puede llegar a olvidarse de que hay un Cielo. Después de una visita a un cierto castillo y estado rico y lujoso, el doctor Johnson observó sobriamente: «Estas son las cosas que le hacen a uno difícil morir.» Es perfectamente posible que un hombre esté tan interesado en cosas terrenales que olvide las celestiales, que esté tan involucrado en las cosas que se ven que olvide las cosas que no se ven -y ahí está la tragedia, porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

(iii) *La riqueza tiende a hacer a la persona egoísta.* Por mucho que tenga una persona, es humano desear tener todavía más; porque, como se ha dicho epigramáticamente: «Suficiente es siempre un poco más de lo que se tiene.» Además, una vez que uno ha disfrutado de comodidad y lujo, siempre tiende a temer el día en que los pueda perder. La vida se convierte en una pelea preocupada y tensa para retener lo que se tiene. El resultado es que, cuando uno se hace rico, en vez de tener el impulso de dar, a menudo tiene el de retener. Su instinto es amasar más y más cosas, porque cree que le darán la seguridad. El peligro de la riqueza es que tiende a hacer que uno se olvide de que pierde lo que guarda, y gana lo que da.

Pero Jesús no dijo que era *imposible* que un rico entrara en el Reino del Cielo. Zaqueo era uno de los hombres más ricos de Jericó, e inesperadamente encontró la entrada (*Lucas 19:9*). José de Arimatea era rico (*Mateo 27:57*); Nicodemo debe de haber sido muy rico, porque compró especias para ungir el cuerpo muerto de Jesús que costaban el rescate de un rey (*Juan 19:39*). No son los que tienen riqueza los que quedan excluidos. No es que la riqueza sea un pecado -pero están en peligro. La base de todo el Cristianismo es un sentimiento imperioso de necesidad; cuando una persona tiene muchas cosas en la Tierra, corre peligro de creer que no necesita a Dios; cuando una persona tiene pocas cosas en la Tierra, a menudo se arroja en los brazos de Dios porque no tiene otro al que acudir.

RESPUESTA SABIA A PREGUNTA ERRÓNEA

Mateo 19:27-30

Entonces Pedro Le dijo a Jesús:

Fíjate: Nosotros lo hemos dejado todo para seguirte. ¿Qué vamos a sacar?

Jesús le contestó:

-Cuando se regeneren todas las cosas, y cuando el Hijo del Hombre Se sienta en Su trono glorioso, vosotros también, los que Me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o tierras por Mi nombre, recibirá el ciento por uno y entrará a poseer la

vida eterna.-.Pero muchos que estaban los primeros estarán los últimos, y muchos que estaban los últimos estarán los primeros.

Habría sido natural, humanamente hablando, no hacer caso de la pregunta de Pedro, y hasta darse por ofendido. En cierto sentido, era una pregunta de lo más impertinente. Para decirlo claro, Pedro estaba preguntando: «¿Qué vamos a sacar por seguirte?» Jesús podría muy bien haber dicho que los que Le siguieran con esa actitud no tenían ni la menor idea de lo que era seguirle. Y sin embargo, era una pregunta natural. Es verdad que habría una reprensión implícita en la parábola que Jesús contó a continuación; pero no le echó la bronca a Pedro. Aceptó su pregunta, y de ella dedujo tres grandes leyes de la vida cristiana.

(i) Siempre es verdad que el que comparte la campaña de Cristo compartirá la victoria de Cristo. En las campañas humanas, muchas veces resulta que los soldados que pelearon en la batallas son olvidados en cuanto termina la guerra y se ha ganado la victoria, porque ya no se necesitan para nada. En las campañas humanas ha sido verdad muchas veces que los hombres que lucharon para hacer un país en el que los héroes pudieran vivir, encontraron que ese mismo país se había convertido en un lugar en el que los héroes se podían morir de hambre. Eso no pasa con Jesucristo. El que comparte la campaña de Cristo, compartirá el triunfo de Cristo; y el que lleva la Cruz, llevará la corona.

(ii) Es siempre cierto que el cristiano recibirá mucho más de lo que haya tenido que dejar; pero lo que reciba no serán posesiones materiales, sino una nueva compañía, humana y divina.

Cuando uno se hace cristiano, entra en una nueva comunidad *humana*. Mientras exista una iglesia cristiana, un cristiano no debe tener falta de amigos. Si su decisión por Cristo ha supuesto tener que renunciar a amigos, también debería querer decir que ha entrado en un círculo más amplio de amistad que el que conoció antes. Debería ser cierto que no hay apenas ningún pueblo o aldea o ciudad en ningún sitio en el que el cristiano se pueda sentir solo. Porque donde hay una iglesia, hay una comunidad en la que él tiene derecho a incorporarse.

Puede que el cristiano que es forastero sea demasiado tímido para introducirse como es debido; puede que la iglesia del lugar al que ha llegado el forastero se haya convertido en un club privado más de la cuenta, para abrirle sus brazos y sus puertas. Pero, si el ideal cristiano se está haciendo realidad, no hay lugar en todo el mundo con una iglesia cristiana en el que el cristiano individual se pueda sentir- solo o aislado. Simplemente por el hecho de ser cristiano ha entrado a formar parte de una compañía que se extiende hasta los últimos confines de la Tierra.

Además, cuando uno se hace cristiano entra en una nueva comunidad *divina*. Entra a poseer la vida eterna, la vida que es la misma vida de Dios. De otras cosas podrá verse separado un cristiano, pero nunca puede estar separado del amor de Dios en Cristo Jesús su Señor.

(iii) Por último, Jesús establece que habrá sorpresas en las asignaciones finales. Los baremos de Dios no son como los de los hombres, aunque no sea nada más que porque Dios ve los corazones de las personas. Hay un nuevo mundo en el que se han de enderezar los tuertos del antiguo; hay una eternidad para rectificar los malentendidos del tiempo. Y puede que los que fueron humildes en la Tierra sean grandes en el Cielo, y que los que fueron grandes en este mundo sean humildes en el mundo por venir.

EL PROPIETARIO BUSCA OBREROS

Mateo 20:1-16

Jesús siguió diciéndoles:

-Porque en el Reino del Cielo se presentarán casos como el que le sucedió a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar jornaleros para su viña. Cuando llegó a un

acuerdo con ellos de que trabajarían por diez pesetas al día, los envió a su viña. Salió otra vez a eso de las 9 de la mañana, y vio a otros que estaban parados en la plaza del mercado; y les dijo:

Id vosotros también a la viña, y os pagaré lo que sea justo.

Y ellos fueron. Y él salió otra vez a eso de las 12 del mediodía; y luego alrededor de las 3 de la tarde, e hizo lo mismo. A eso de las 5 de la tarde salió otra vez y encontró a otros que estaban allí, y les dijo:

-¿Por qué estáis ahí todo el día sin hacer nada?

-Porque nadie nos ha contratado -le contestaron. Y él les dijo

-Id vosotros también a la viña.

Cuando cayó la tarde, el amo de la viña le dijo a su administrador:

Llama a los jornaleros para darles su paga, empezando por los últimos y siguiendo por ese orden hasta llegar a los primeros.

Así pues, cuando se acercaron los que habían sido contratados a las 5 de la tarde recibieron cada uno 10 pesetas. Los que habían llegado los primeros creyeron que ellos recibirían más; pero también les dieron 10 pesetas a cada uno. Cuando cogieron su jornal, se pusieron a murmurar y a quejarse del amo.

-Estos últimos -dijeron-, no han trabajado más que una hora, y tú les has pagado lo mismo que a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor de todo el día.

Amigo -le contestó él a uno de ellos-, yo no te he estafado. ¿No te pusiste de acuerdo conmigo en trabajar por 10 pesetas? ¡Pues toma lo que es tuyo, y vete! Es mi deseo darle a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo yo hacer lo que me dé la gana con mi propio dinero? ¿O es que te sienta mal que yo sea generoso?

Así sucederá que los últimos estarán los primeros, y los primeros estarán los últimos.

Esta parábola puede que nos suene a una historia puramente imaginaria, pero sería entonces de lo más real. Aparte del método de pago, la parábola describe -la clase de cosa que sucedía- frecuentemente en ciertas épocas del año en Palestina. La cosecha de la uva maduraba hacia finales de septiembre, y- las lluvias venían pisándole los talones. Si no se acababa la vendimia antes de que rompieran las lluvias, se podía perder toda la cosecha. Así que la vendimia era una carrera de locos contra el tiempo. Cualquier jornalero era bien venido, aunque no pudiera trabajar más que una hora. La paga era perfectamente normal: un *denarius*, o una *drajma*, era el jornal normal de un obrero; y, aun contando con la diferencia en el valor adquisitivo del dinero, 10 pesetas al día no era un jornal que dejara mucho margen.

Los hombres que se ponían en la plaza del mercado no eran vagos que estuvieran allí pasando el tiempo. La plaza del mercado era donde se contrataban normalmente los obreros. Un hombre iba allí a primera hora de la mañana con sus herramientas, y esperaba hasta que alguien le contratara. Los hombres que estaban todavía esperando trabajo hasta las 5 de la tarde es prueba de lo desesperada que era su situación.

Estos hombres eran jornaleros; pertenecían a la clase más baja de los trabajadores, y la vida era para ellos desesperadamente precaria. Los esclavos y los siervos se consideraban, por lo menos hasta cierto punto, parte de una familia; estaban en un grupo; su fortuna variaría de acuerdo con la de la familia; pero nunca estarían en ningún peligro inminente de morir de hambre en circunstancias normales. Pero los jornaleros lo tenían muy diferente. No pertenecían a ningún grupo. Estaban totalmente a merced del empleo casual. Siempre vivían al borde del hambre. Como ya hemos visto, la paga eran 10 pesetas al día; y, si no trabajaban un día, los niños se quedarían con hambre en casa, porque ríó se podía ahorrar mucho con 10 pesetas al día. Un día sin trabajo era una desgracia.

Las horas de la parábola eran las del horario normal judío. La jornada laboral judía empezaba al amanecer, como a las 6 de la mañana; y desde entonces se contaban las horas hasta las 6 de la tarde, que era cuando empezaba oficialmente el nuevo día. Contando desde las 6 de la mañana, por tanto, la tercera hora eran las 9, la sexta las 12 de mediodía, y la undécima las 5 de la tarde.

Esta parábola nos da una descripción gráfica de la clase de cosa que sucedería en la plaza del mercado de cualquier aldea o pueblo de Palestina cuando había prisa para recoger la cosecha antes que viniesen las lluvias.

OBRA Y PAGA EN EL REINO DE DIOS

Mateo 20:1-16 (conclusión)

C. G. Montefiori califica esta parábola como cuna de las más grandes y más gloriosas de todas.» Es posible que tuviera una aplicación relativamente limitada cuando se dijo por primera vez, pero contiene una verdad que penetra hasta el mismo corazón del Evangelio. Empezaremos por la significación comparativamente limitada que consideramos que tuvo originalmente.

(i) En cierto sentido es una advertencia a los discípulos. Es como si Jesús les dijera: «Habéis tenido el gran privilegio de entrar en la comunidad del Reino muy temprano, en su mismo principio. Otros entrarán después. No debéis reclamar un honor ni un lugar especial por haber sido cristianos desde antes que ellos. Todas las personas, independientemente de cuando entraran, Le son igualmente preciosas a Dios.»

Hay personas que creen que, porque son miembros de una iglesia desde hace mucho, la iglesia les pertenece y ellos pueden dictar su política. A tales personas les molesta lo que les parece una intromisión de la nueva sangre o el surgimiento de una nueva generación con planes y métodos diferentes. En la Iglesia Cristiana la antigüedad no representa necesariamente un grado.

(ii) Contiene una advertencia igualmente definida a los judíos. Ellos sabían que eran el pueblo escogido, y por nada del mundo lo olvidarían. En consecuencia, miraban a los gentiles por encima del hombro. Corrientemente los odiaban y despreciaban, y no esperaban más que su destrucción. Esta actitud amenazaba con transmitirse a la Iglesia Cristiana. Si se dejaba entrar a los gentiles de alguna manera tendría que ser como inferiores.

< En la economía de Dios -como ha dicho alguien- no hay tal cosa como una cláusula de nación privilegiada.» El Cristianismo no sabe nada de la idea de un *Herrenfolk* una raza superior. Bien puede ser que los que somos cristianos desde hace mucho tengamos mucho que aprender de las iglesias jóvenes que han ingresado mucho después en la comunidad de la fe.

(iii) Estas son las lecciones originales de esta parábola, pero tiene mucho más que decirnos.

En ella se encuentra *el consuelo de Dios*. Quiere decir que no importa cuándo haya entrado una persona en el Reino, si más tarde o más temprano, si en el primer hervor de la juventud, o en el vigor del mediodía, o cuando se alargan las sombras; se es igualmente querido para Dios. Los rabinos tenían un dicho: «Algunos entran en el Reino en una hora; otros necesitan toda una vida.» En la descripción de la Santa Ciudad que encontramos en Apocalipsis hay doce puertas. Hay puertas que dan al *Este*, que es por donde amanece, por las que una persona puede entrar en la alegre aurora de sus días; hay puertas que dan al *Oeste*, que es por donde se pone el sol, por las que una persona puede entrar en el ocaso de sus días. No importa cuándo llegue una persona a Cristo; le es igualmente querida.

¿No podríamos ir todavía más lejos con este pensamiento del consuelo? Algunas veces una persona muere llena de años y de honores, con su labor concluida y su tarea completada. Algunas veces muere joven, casi antes de que se le haya abierto la puerta de la vida y de la oportunidad. Ambos recibirán de Dios la misma bienvenida, a ambos los estará esperando Jesucristo, y para ninguno de los dos, en el sentido de Dios, ha terminado la vida demasiado pronto o demasiado tarde.

(iv) Aquí encontramos igualmente *la infinita compasión* de Dios. Brilla un elemento de ternura humana en esta parábola.

No hay nada más trágico en este mundo que una persona que se pasa la vida en el paro, cuyos talentos se están enmohecendo en la inactividad porque no se le ofrece ninguna oportunidad. Hugh Martin nos recuerda que un gran maestro solía decir que las palabras más tristes de todas las de Shakespeare son: «La oportunidad de Otelo se le cerró.» En el mercado de contratación algunos estaban esperando porque nadie los había contratado; en su compasión, el propietario les dio trabajo. No podía soportar verlos ociosos.

Además, en estricta justicia, cuantas menos horas trabajara un hombre, menos paga debía recibir. Pero el amo sabía muy bien que 10 pesetas no era un gran sueldo; sabía muy bien que, si un jornalero llegaba a casa con menos, se encontraría con una mujer preocupada y con chicos hambrientos; y por consiguiente fue más allá de la justicia y les dio más de lo que les correspondía.

Como se ha dicho, esta parábola expresa implícitamente dos grandes verdades que son la carta magna de los obreros: el derecho al trabajo, y el derecho a un salario que le permita vivir.

(v) Aquí está también *la generosidad* de Dios. Estos hombres no hicieron todos el mismo trabajo, pero recibieron el mismo jornal. Aquí hay dos grandes lecciones. La primera es, como ya se ha dicho: «Todo servicio cuenta lo mismo para Dios.» No es la cantidad de servicio lo que cuenta, sino el amor con que se presta. Puede que uno dé de lo que le sobra una ayuda de 10,000 pesetas, y es verdad que se le agradece; un niño puede que haga un regalo de cumpleaños o de navidad que cueste unas pocas pesetas que fueron cariñosa y laboriosamente ahorradas para ese regalo que, aunque costaba poco dinero, llegaba al corazón mucho más que el otro. Dios no mira solo la magnitud de nuestro servicio. Siempre que sea todo lo que podemos aportar, todo servicio cuenta lo mismo para Dios.

La segunda lección es aún más grande: Todo lo que Dios da es pura gracia. Nunca podríamos ganar lo que Dios nos da; no podemos merecerlo; Dios nos lo da movido por la bondad de Su corazón. Lo que Dios da no es paga, sino regalo; no es un salario, sino una gracia.

(vi) Sin duda esto nos conduce a la suprema lección de la parábola: *Lo más importante del trabajo es el espíritu con que se hace*. Los siervos estaban divididos naturalmente en dos clases. Los de la primera habían llegado a un acuerdo con el propietario, tenían un contrato; dijeron: «Trabajaremos para ti si nos das tal jornal.» Como mostró su comportamiento, todo lo que les interesaba era recibir lo más posible por su trabajo. Pero los que se incorporaron después, no se menciona ningún contrato; lo que querían era la posibilidad de trabajar, y dejaron todo lo referente al jornal al criterio del propietario.

Uno no es cristiano si no tiene interés nada más que en la paga. Pedro preguntó: «¿Qué vamos a sacar nosotros de todo esto?» El cristiano trabaja por el gozo de servir a Dios y a sus semejantes. Por eso es por lo que los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros. Muchas personas que han obtenido grandes galardones en este mundo tendrán un lugar poco importante en el Reino si en lo único en que pensaban era en las recompensas. Muchos que, según lo valora el mundo, son pobres, serán grandes en el Reino, porque nunca pensaron en términos de compensaciones, sino trabajaron por la ilusión de trabajar y por la alegría de servir. Es la paradoja de la vida cristiana que el que trabaja por la recompensa, la pierde; y el que olvida la recompensa, la encuentra.

HACIA LA CRUZ

Mateo 20:17-19

Conforme iba subiendo hacia Jerusalén, Jesús tomó aparte a los doce discípulos y les dijo mientras iban de camino:

Fijaos: Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, que Le condenarán a muerte y Le entregarán a los gentiles para que se burlen de Él y Le azoten y Le crucifiquen; pero al tercer día resucitará.

Esta fue la tercera vez que Jesús anunció a Sus discípulos que iba de camino a la Cruz (*Mateo 16:21; 17:22s*). Tanto Marcos como Lucas añaden sus propios detalles al relato para mostrar que en esta ocasión había en el grupo apostólico una atmósfera tensa y un presagio de tragedia inminente. Marcos dice que Jesús iba caminando solo por delante, y los discípulos estaban alucinados y atemorizados (*Marcos 10:32-34*). No comprendían lo que estaba sucediendo, pero podían ver en cada línea del cuerpo de Jesús la lucha de Su alma. Lucas también nos dice que Jesús Se llevó consigo aparte a los discípulos a solas para tratar de hacerles comprender lo que les esperaba más adelante (*Lucas 18:31-34*). Aquí tenemos el primer paso decisivo hacia el último acto de la inevitable tragedia. Jesús Se puso en camino hacia Jerusalén y la Cruz deliberadamente y con los ojos abiertos.

Había una extraña totalidad en el sufrimiento que Jesús Se anticipaba; era un sufrimiento en el que no faltaría ningún dolor de corazón o mente o cuerpo.

Había de ser *entregado traidoramente* a manos de los principales sacerdotes y los escribas; ahí vemos el sufrimiento del *corazón quebrantado por la deslealtad de los amigos*. Había de ser *condenado a muerte*; ahí vemos el sufrimiento de la injusticia, que es tan difícil de soportar. Había de ser *objeto de burlas* para los romanos; ahí vemos el sufrimiento de *la humillación* y de los *insultos deliberados*. Había de ser azotado; pocas torturas ha habido en el mundo que se pudieran comparar con el látigo romano, y aquí vemos el sufrimiento del *dolor físico*. Por último, había de ser *crucificado*; allí vemos el sufrimiento supremo de *la muerte*. Es como si Jesús hubiera de reunir en Sí mismo toda clase de sufrimiento físico, emocional y mental, que el mundo pudiera infligir.

Aun en tal momento Sus palabras no terminaron ahí, sino que Jesús pasó a anunciar confiadamente Su Resurrección. Al otro lado del telón del sufrimiento se encontraba la revelación de la gloria; al otro lado de la Cruz estaba la Corona; al otro lado de la derrota estaba la victoria, y al otro lado de la muerte, la vida.

FALSA Y VERDADERA AMBICIÓN

Mateo 20:20-28

Por aquel tiempo vino a Jesús la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se arrodilló delante de Él pidiéndole algo. Y Jesús le preguntó:

-¿Qué quieres?

Dispón -Le dijo ella- que estos dos hijos míos se sienten uno a Tu derecha y otro a Tu izquierda en Tu Reino.

-Tú no sabes lo que pides -le contestó Jesús-. ¿Podéis vosotros beber la copa que Yo he de beber?

-Podemos- Le contestaron. Y Él les dijo:

-Mi copa habréis de beber; pero el sentaros a Mi derecha y a Mi izquierda no Me corresponde a Mí concederlo, sino pertenece a los- que Mi Padre se lo ha asignado.

Cuando los otros diez discípulos se enteraron de esto, se enfadaron mucho con los dos hermanos. Jesús los llama para que se Le acercaran, y les dijo:

-Ya sabéis que los gobernantes de los gentiles ejercen señorío sobre ellos, y que sus grandes hombres tienen autoridad sobre ellos. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera demostrar que es grande entre vosotros debe ser vuestro siervo; y el que quiera ocupar

un lugar preeminente será vuestro esclavo, de la misma manera que el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos.

Aquí vemos en acción la ambición mundana de los discípulos. Hay una pequeña diferencia muy reveladora entre los relatos de este incidente de Mateo y de Marcos. En *Marcos* 10:35-45, son Santiago y Juan los que vienen a Jesús con esta petición. En *Mateo*, es su madre. Se sugiere que la razón para este cambio es que Mateo escribía veinticinco años después que Marcos; para entonces, se les había colocado a los discípulos una especie de halo de santidad. Mateo no quería mostrar que Santiago y Juan habían sido culpables de ambición mundana, así es que coloca la solicitud en labios de la madre de ellos más que en los de ellos mismos.

Puede que hubiera una razón muy natural para esta petición. Es probable que Santiago y Juan fueran parientes cercanos de Jesús. Mateo, Marcos y Juan nos dan la lista de las mujeres que estaban al pie de la Cruz. Vamos a ponerlas por orden.

La lista de Mateo es:

María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo (Mateo 27:56).

La lista de Marcos es:

María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé (Marcos 15:40).

La lista de Juan es:

La Madre de Jesús, la hermana de Su Madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena (Juan 19:25).

María Magdalena aparece en todas las listas; María la madre de Santiago y José debe de ser la misma que María la mujer de Cleofás; por tanto, la tercera mujer se describe de tres maneras diferentes. Mateo la llama *la madre de los hijos de Zebedeo*; Marcos la llama *Salomé*, y Juan la llama *la hermana de la madre de Jesús*. Así que se nos dice que la madre de Santiago y Juan se llamaba Salomé, y que era hermana de María la Madre de Jesús. Eso quiere decir que Santiago y Juan eran primos hermanos de Jesús; puede ser que creyeran que su parentesco les daba derecho a un lugar especial en Su Reino.

Este es uno de los pasajes más reveladores del Nuevo Testamento. Arroja luz en tres direcciones.

Primero, ilumina a los *discípulos*. Nos dice tres cosas acerca de ellos. (a) Nos habla de su *ambición*. Todavía estaban pensando en términos de recompensas y de distinciones personales; y en el éxito personal sin el sacrificio personal. Querían que Jesús, por decreto real, les asegurara una vida de príncipes. Todos tenemos que aprender que la verdadera grandeza reside, no en el dominio, sino en el servicio; y que en cualquier esfera, el precio de la grandeza ha de ser pagado.

Esto está en la cara del *debe* en la cuenta de los discípulos; pero hay mucho más en la cara del *haber*. No hay incidente que muestre mejor que este su *invencible* fe en Jesús. Consideremos cuándo se hizo esta petición. Se hizo después que Jesús anunciara repetidas veces que lo que tenía por delante era la inescapable Cruz; se hizo en un momento en que el aire estaba sobrecargado con la atmósfera de la tragedia y el sentido del presagio. Sin embargo; a pesar de eso, los discípulos estaban pensando en un Reino. Es de la mayor significación el ver que, aun en un mundo del que se iban apoderando las tinieblas, los discípulos se negaban a abandonar la seguridad

de que la victoria pertenecía a Jesús. En la actitud cristiana siempre tiene que haber este optimismo invencible cuando las cosas conspiran para sumirnos en la desesperación.

Todavía más: Aquí se demuestra *la inquebrantable lealtad* de los discípulos. Hasta cuando se les había dicho con toda claridad que lo que esperaba al final del camino era una copa amarga, nunca se les ocurrió volver la espalda; estaban decididos a beberla. Si conquistar con Cristo quiere decir sufrir con Cristo, estaban totalmente dispuestos a arrostrar ese sufrimiento.

Es fácil condenar a los discípulos, pero la fe y la lealtad en que se apoyaba su ambición no deben olvidarse nunca.

LA ACTITUD DE JESÚS

Mateo 20:20-28 (continuación)

Segundo, este pasaje arroja luz sobre *la vida cristiana*. Jesús dijo que los que quisieran compartir Su triunfo debían beber Su copa. ¿Cuál era esa copa? Jesús Se estaba dirigiendo a Santiago y Juan. Ahora bien, la vida trató a Santiago y a Juan de maneras muy diferentes. Santiago fue el primer mártir de la banda apostólica (*Hechos 12:2*). Para él la copa fue el martirio. Por otra parte, con mucho la mayor parte del peso de la tradición está de acuerdo en que Juan llegó a una bendita ancianidad en Éfeso y murió de muerte natural cuando ya tenía cerca de cien años de edad.. Para él la copa fue la constante disciplina y lucha de la vida cristiana a través de los años.

Sería equivocado pensar que para el cristiano la copa siempre quiere decir la lucha breve, aguda, amarga, agonizante del martirio; la copa puede muy bien ser la larga rutina de la vida cristiana, con todos sus sacrificios cotidianos, su lucha diaria y sus quebrantos y desilusiones y lágrimas. Una vez se encontró una moneda romana con la efigie de un buey; el buey estaba entre dos cosas: un altar y un arado; y la inscripción decía: < Dispuesto para cualquiera de los dos.> El buey tenía que estar listo, ya fuera para el momento supremo del sacrificio en el altar, o para la larga labor del arado en la granja. No hay una sola copa para los cristianos. Puede que tengan que beber su copa en un gran momento, o a lo largo de toda una vida cristiana. Beber la copa quiere decir sencillamente seguir a Cristo dondequiera que Él guíe, y ser como Él en cualquier situación que la vida nos presente.

(iii) Este pasaje arroja luz sobre *Jesús*. Nos muestra Su *amabilidad*. Lo maravilloso de Jesús es que Él nunca perdió la paciencia ni Se alteró. A pesar de todo lo que había dicho, aquí estaban estos dos hombres y su madre todavía hablando de puestos de honor en un gobierno y un reino terrenal. Pero Jesús no Se indignó ante su ceguera, ni Se puso furioso con su necedad, ni desesperó por su incomprensión. Con amabilidad, con simpatía, con amor, nunca con una palabra impaciente, Él trata de conducirlos a la verdad.

Nos muestra Su *honradez*. Él estaba seguro de que Le esperaba una copa amarga que tenía que beber, y no dudaba en decirlo. No habrá nunca nadie que pretenda haber empezado a seguir a Jesús con expectativas que resultaron fallidas. Jesús nunca dejó de decir que, aunque la vida termine con una corona, es la Cruz lo que hay que llevar constantemente.

Nos muestra Su *confianza* en los hombres. Él nunca dudó que Santiago y Juan siguieran firmes en su lealtad. Tenían sus ambiciones equivocadas; tenían su ceguera; tenían sus ideas equivocadas; pero Él nunca soñó con descartarlos porque no sirvieran. Jesús creía que ellos podían y habrían de beber la copa, y que, al final, todavía se encontrarían de Su parte. Uno de los grandes hechos fundamentales a los que nos podemos aferrar es que, aunque nos aborrezcamos y despreciemos a nosotros mismos, Jesús siempre cree en nosotros. El cristiano es una persona en quien -Cristo ha puesto Su confianza.

LA REVOLUCIÓN CRISTIANA

Mateo 20:20-28 (continuación)

La petición de Santiago y Juan molestó naturalmente a los otros discípulos. No comprendían por qué los dos hermanos habían de sacarles ventaja, aunque fueran primos de Jesús. No comprendían por qué a esos se les permitía presentar supuestos derechos a honores especiales. Jesús sabía lo que estaban pensando; y les dirigió una palabras que son la misma base de la vida cristiana. En el mundo, dijo Jesús, es totalmente cierto que los grandes hombres están en control de los demás; son hombre a cuya voz de mando los otros tienen que obedecer; hombres que con un mero gesto hacen que se les supla la más insignificante necesidad. En el mundo había un gobernador romano con su corte, y un potentado oriental con sus esclavos. El mundo los consideraba grandes. Pero entre Mis seguidores el servicio es el único emblema de grandeza. La grandeza no consiste en obligar a otros a hacer cosas para uno, sino en hacer cosas para los demás; y cuanto mayor es el servicio, mayor es el honor. Jesús usa una especie de gradación. < Si quieres ser *grande* -dijo-, sé *un siervo*; si quieres ser *el primero de todos*, sé *un esclavo*.» Aquí está la revolución cristiana; aquí tenemos la total inversión de todos los valores del mundo. Una nueva escala de valores se ha introducido en la vida.

Lo curioso es que el mundo mismo ha aceptado instintivamente esos nuevos valores. El mundo sabe muy bien que un hombre bueno es el que sirve a sus semejantes. El mundo respetará, admirará, y algunas veces temerá al hombre de poder; pero amará al hombre de amor. El médico que va a cualquier hora del día a servir y salvar a sus pacientes; el sacerdote o pastor que está siempre entre los suyos donde se le necesita; el empresario que se toma un interés activo en las condiciones y en los problemas de sus empleados; la persona a la que todo el mundo puede acudir sabiendo que le atenderá, que no considerará una molestia atenderle esas son las personas que todo el mundo ama, y en las que instintivamente ven a Jesucristo.

Cuando aquel gran santo japonés Toyohiko Kagawa entró en contacto con el Cristianismo por primera vez, sintió su atractivo, hasta que un buen día surgió de sus entrañas el grito: «¡Oh Dios, hazme como Cristo!» Para ser como Cristo, se fue a vivir en las chabolas, aunque él mismo padecía tuberculosis. Parecía el último lugar de la Tierra al que un hombre en sus condiciones debiera ir.

Cecil Northcott, en su *Famosas decisiones de la vida*, cuenta lo que hizo Kagawa. Se fue a vivir a una choza de dos por dos metros en un suburbio de Tokio. < La primera noche le pidieron que compartiera la cama con uno que sufría una sarna contagiosa. Esa fue la prueba de su fe. ¿Querría volver a su punto de no vuelta atrás? No. Aceptó a su compañero de cama. Luego un mendigo le pidió su camisa, y él se la dio. Al día siguiente volvió por la chaqueta y los pantalones, y Kagawa se los dio. Kagawa se quedó con un viejo kimono raído. Los moradores del suburbio de Tokio se reían de él al principio, pero llegaron a respetarle. Se ponía en cualquier sitio, en medio de la lluvia, tosiendo todo el tiempo. "¡Dios es amor " -gritaba- "¡Dios es amor! Donde hay amor, allí está Dios." Muchas veces se caía agotado, y la ruda gente de los suburbios le llevaba con cuidado a su choza.»

Kagawa mismo escribía: < Dios mora entre los más desventurados de los hombres. Se sienta en los montones de basura con los condenados a muerte. Se encuentra entre los delincuentes juveniles. Está entre los mendigos. Está entre los enfermos. Espera con los parados. Por tanto, el que quiera encontrar a Dios, que visite las celdas de la cárcel antes que el templo. Antes que ir a la iglesia, que vaya al hospital. Antes de leer la Biblia, que ayude al mendigo.»

Ahí está la grandeza. El mundo puede que mida la grandeza de una persona por el, número de hombres que puede controlar y que están a sus órdenes; o por su talla intelectual y por su eminencia académica; o por el número de juntas en las que es consejero; o por el tamaño de su cuenta corriente y de las posesiones materiales que ha amasado; pero para la valoración de Jesucristo esas cosas no tiene importancia. Su valoración es bien sencilla: ¿A cuántas personas ha ayudado?

Mateo 20:20-28 (conclusión)

Lo que Jesús requiere de Sus seguidores lo cumplió Él mismo. Él no vino para ser servido, sino para servir. No vino a ocupar un trono, sino una Cruz. Fue precisamente por eso por lo que la gente religiosa de Su tiempo no Le pudo entender. A lo largo de toda su historia, los judíos habían soñado con el Mesías; pero el mesías con el que soñaban era siempre un rey conquistador, un poderoso caudillo, que derrotaría a los enemigos de Israel y reinaría con poder sobre todos los reinos de toda la Tierra. Buscaban un conquistador; recibieron a un Hombre quebrantado en una Cruz. Buscaban al rugiente León de Judá; recibieron al manso Cordero de Dios. Rudolf Bultmann escribe: < En la Cruz de Cristo se desmoronan los niveles de juicio y las ideas humanas acerca del esplendor del Mesías. > Aquí se demuestra la nueva grandeza del amor doliente y del servicio sacrificial. Aquí se reafirman y renuevan la soberanía y la realeza. Jesús resumió toda Su vida en una breve frase impactante: «El Hijo del Hombre vino a dar Su vida en rescate por muchos.» Vale la pena detenerse a ver lo que las rudas manos de la teología han hecho con ese dicho precioso. Desde muy al principio, algunos empezaron a preguntarse: «Jesús dio Su vida en rescate por muchos. Bueno; pero, ¿a quién se pagó el rescate?» Orígenes no tenía la menor duda de que el rescate se había pagado al diablo. « El rescate no se Le podía haber pagado a Dios; por tanto se le pagó al Maligno, que tenía a los hombres cautivos hasta que se le pagara el rescate: la vida de Jesús.» Gregorio de Nisa se dio cuenta del flagrante fallo de esa teoría. Colocaba al diablo en el mismo nivel que a Dios; quería decir que el diablo podía dictarle sus términos a Dios antes de dejar libres a los hombres. Así que Gregorio de Nisa tuvo una extraña idea: Dios le puso un cebo al diablo. El diablo picó al ver la aparente impotencia de Jesús; confundió a Jesús con un mero hombre; trató de retener a Jesús, y al tratar de hacerlo perdió su poder y fue derrotado para siempre. Gregorio el Grande llevó la alegoría a términos todavía más grotescos, casi repugnantes. La Encarnación, dijo, fue una estratagema divina para atrapar al gran Leviatán. La divinidad de Cristo fue el anzuelo; Su humanidad fue el cebo; el cebo estaba colgando delante de Leviatán; este lo tragó, y fue apresado. Pedro Lombardo llegó al límite cuando dijo: < La Cruz fue la ratonera (*muscipula*) para cazar al diablo con el cebo de la sangre de Cristo. >

Esto es lo que sucede cuando se toma la poesía del amor, y se trata de convertirla en teorías de hombres. Jesús vino a dar Su vida en rescate por muchos. ¿Qué quiere decir eso? Sencillamente que los hombres estaban en las garras de un poder maligno del que no podía librarse; sus pecados los arrastraban al abismo; sus pecados los separaban de Dios; sus pecados arruinaban la vida para ellos y para el mundo. Un rescate es algo que se paga para librar a una persona de una situación de la que le es imposible librarse por sí misma. Por tanto este dicho quiere decir simplemente que *costó la vida y la muerte de Jesucristo el hacer volver la humanidad a Dios.*

No hay que preguntar a quién se pagó el rescate. Lo cierto e innegable es la gran, tremenda verdad de que sin Jesucristo y Su vida de servicio y Su muerte de amor, nunca habríamos podido encontrar la manera de volver al amor de Dios. Jesús lo dio todo para traer a la humanidad de vuelta a Dios; y nosotros debemos caminar-en Sus pisadas, siguiendo los pasos del que amó hasta lo último.

LA RESPUESTA DEL AMOR AL CLAMOR DE LA NECESIDAD

Mateo 20:29-34

Cuando iban saliendo de Jericó, había mucha gente siguiendo a Jesús. Y, fijaos: Dos ciegos estaban sentados al borde del camino que, cuando oyeron que pasaba Jesús por allí, se pusieron a gritar:

- ¡Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David!

La gente se puso a reprenderlos para que se callaran. Jesús Se paró, y los llamó.

- ¿Qué queréis que haga por vosotros? -les dijo.

- Señor -Le contestaron-, lo que queremos es que nos abras los ojos a la luz.

Jesús Se conmovió de compasión en lo íntimo de Su ser, y les tocó los ojos; e inmediatamente ellos pudieron ver, y Le siguieron.

Aquí tenemos la historia de dos hombres que encontraron el camino al milagro. Es una historia muy significativa, porque pinta el espíritu y la disposición de mente y corazón a los que se abren los dones más preciosos de Dios.

(i) Estos dos ciegos estaban esperando, y cuando se les presentó la oportunidad, la agarraron con las dos manos. Sin duda habían oído acerca de las maravillosas obras de poder de Jesús; sin duda se habían preguntado si ese poder podría alcanzarlos también a ellos. Jesús iba pasando por allí. Si Le hubieran dejado pasar de largo, su oportunidad habría pasado para siempre; pero, cuando se les presentó, le echaron mano.

Hay un montón de cosas que tienen que hacerse en el momento, o no se harán nunca. Hay un montón de decisiones que tienen que hacerse en un momento dado, o no se harán jamás. El momento de actuar se pasa; el impulso para decir, se desvanece. Cuando Pablo acababa de predicar en el Areópago, algunos le dijeron: «Ya te oiremos acerca de eso otra vez»

(Hechos 17:32). Aplazaron la cuestión hasta un momento más conveniente, pero ese momento no llegó, como sucede muchas veces.

(ii) Estos dos ciegos eran indeseables. La gente les decía que dejaran de gritar, que estaban haciendo el ridículo. Era la costumbre de Palestina que un rabino enseñara mientras iba de camino; y sin duda los que estaban alrededor de Jesús no podían oírle por el jaleo que armaban los ciegos. Pero no se podía conseguir que se callaran; para ellos la cuestión era ver o no ver, y nada los iba a detener.

A menudo sucede que nos desanimamos muy fácilmente al buscar la presencia de Dios. Es el hombre que se resiste a que se le impida ponerse en contacto con Cristo el que Le encuentra al final.

(iii) Estos dos ciegos tenían una fe imperfecta, pero estaban decididos a ponerla en acción. Se dirigieron a Jesús como *Hijo de David*. Eso quería decir que creían que Jesús era el Mesías, pero también quería decir que pensaban en su mesiazgo en términos de poder regio y terrenal. Era una fe imperfecta, pero que los movía; y Jesús la aceptó. Si se tiene fe, Jesús la acepta.

(iv) A estos dos ciegos no les daba miedo presentar una gran petición. Eran pordioseros, pero no era dinero lo que pedían, ni nada menos que la vista.

Ninguna petición es demasiado grande para Jesús.

(v) Estos dos ciegos fueron agradecidos. Cuando hubieron recibido el chollo que anhelaban, no se marcharon y se olvidaron de Jesús, sino Le siguieron.

Tanta gente, tanto en las cosas materiales como en las espirituales, reciben lo que desean, y luego se olvidan hasta de dar las gracias. La ingratitud es el más feo de todos los pecados. Estos ciegos recibieron de Jesús la vista, y Le dieron su agradecida lealtad. Nunca podremos pagar a Dios todo lo que ha hecho por nosotros; pero por lo menos podemos estarle agradecidos.

EL PRINCIPIO DEL ÚLTIMO ACTO DEL DRAMA

Mateo 21:1-11

Cuando llegaron cerca de Jerusalén, a la altura de Betfagué, en el Monte de los Olivos, Jesús envió por delante a dos de Sus discípulos y les dijo:

-Entrad en la aldea que tenemos delante, y en seguida os encontraréis una asna atada con su pollino. Soltadlos y traédmelos. Y si alguien os dice algo, contestadle: «El Maestro los necesita. Luego los devolverá.»

Esto se hizo para que se cumpliera lo que se dijo por medio del profeta cuando dijo: «Decidle a la Hija de Sión: "Fíjate: Tu Rey viene a ti, benigno y cabalgando en una asna con su asnillo, hijos de animal de yugo. "»

Así que los discípulos fueron, y cumplieron las órdenes de Jesús, y trajeron el asna y el asnillo, pusieron sus túnicas sobre ellos, y Él se montó encima.

El gentío innumerable extendía las túnicas en el camino. Otros cortaban ramas de los árboles y las extendían a Su paso. Y la gente que iba delante y la que iba detrás gritaban:

- ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito en el nombre del Señor sea el Que viene! ¡Hosanna en las alturas!

Cuando entraba en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió.

- ¿Quién es Este? -preguntaban; y la gente decía:

- ¡Este es el profeta Jesús, que viene de Nazaret de Galilea!

Con este pasaje nos introducimos en el último acto de la vida de Jesús; y aquí tenemos un momento dramático de veras en un doble sentido.

Era el tiempo de la Pascua, y Jerusalén y todo el país de alrededor estaba abarrotado de peregrinos. Treinta años después, un gobernador tuvo que hacer el censo de los corderos que se mataron en Jerusalén para la Pascua, y descubrió que su número se aproximaba al cuarto de millón. La norma de, la Pascua era que tenían que reunirse por lo menos diez: personas para cada cordero, lo que quiere decir que en esa Pascua hubo en Jerusalén más de dos millones y medio de personas. La ley era que todos los varones judíos que vivieran en un radio de cuarenta kilómetros de Jerusalén tenían que venir a la Pascua; pero no solo venían judíos de Palestina, sino de todos los rincones del mundo para estar presentes en la mayor de sus fiestas nacionales. Jesús no podía haber escogido un momento más dramático. Se dirigió a una ciudad abarrotada de gente y cargada de expectativas religiosas.

No creemos que esta fuera una decisión repentina de Jesús, adoptada casualmente en un momento. Era algo que había preparado de antemano. La impresión que nos hace el relato es que Él estaba llevando a cabo planes que había preparado de antemano. Envío a sus discípulos «a la aldea» para recoger la asna y su asnillo. Mateo menciona Betfagué solamente; pero Marcos menciona también a Betania (*Marcos 11:1*). Sin duda se trataba de Betania. Jesús ya había hecho los preparativos para que Le prepararan una asna y su asnillo, porque debe de haber tenido muchos amigos en Betania; y la frase: « El Maestro los necesita» parece haber sido una contraseña convenida para que los amos de los animales supieran que había llegado la hora convenida por Jesús.

Así es que Jesús entró cabalgando en Jerusalén. El hecho de que el asno no se había usado nunca antes es especialmente apropiado para el santo propósito. La becerra roja que se usaba en ceremonias de purificación debía ser un animal «sobre el cual no se había puesto yugo» (*Números 19:2; Deuteronomio 21:3*); la carreta en el que se llevaba el arca del Señor había de ser una que no se hubiera usado antes para ningún otro propósito (*1 Samuel 3:7*). La especial santidad de la ocasión se subrayaba por el hecho de que en el asno no había cabalgado antes ninguna persona.

La multitud recibió a Jesús como Rey. Extendieron sus túnicas a Su paso. Eso había sido lo que habían hecho los amigos de Jehú cuando le proclamaron rey (*2 Reyes 9:13*). Arrancaron ramas de los árboles y ondearon ramas de palmera. Eso es lo que habían hecho cuando entró en Jerusalén Simón Macabeo después de una de sus más notables victorias (*1 Macabeos 13:51*).

Recibieron a Jesús con el saludo que se daba a los peregrinos que venían ala fiesta: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (*Salmo 118:26*).

Gritaban: « ¡Hosanna!» Debemos tratar de comprender lo que esto quería decir. *Hosanna* quiere decir *salva ahora*, y era la llamada de auxilio que un pueblo en angustia dirigía a su rey o a su Dios. Es realmente una cita del *Salmo 118:25*: « ¡Sálvanos, Te suplicamos, oh Señor!» La frase « ¡Hosanna en las alturas!» debe de querer decir: « ¡Que hasta los ángeles en lo más alto de las alturas del Cielo griten a nuestro Dios: "¡Salva ahora!"»

Puede que la palabra *hosanna* hubiera perdido algo de su sentido original, y se hubiera convertido en un grito de bienvenida y aclamación, como « ¡Hola!» Pero esencialmente es un grito de un pueblo pidiendo liberación y ayuda en el día de su angustia; es el clamor del pueblo oprimido a su Salvador y Rey.

LA INTENCIÓN DE JESÚS

Mateo 21:1-11 (continuación)

Podemos suponer que las acciones y los gestos de Jesús en este incidente eran programados y deliberados. Estaba siguiendo un método para despertar las conciencias que estaba íntimamente relacionado con los métodos de los profetas. Una y otra vez en la historia religiosa de Israel, cuando un profeta presentía que las palabras no conseguían penetrar la barrera de la indiferencia o la

incomprensión, presentaba su mensaje en una acción dramática que la gente no podía por menos de ver y entender. De entre los muchos ejemplos que encontramos en el Antiguo Testamento vamos a escoger dos de los más sobresalientes.

Cuando se vio claro que el reino no podría soportar los excesos y extravagancias de Roboam, y que Jeroboam estaba destinado a representar el nuevo poder, el profeta silonita Ahías eligió una manera dramática para predecir el futuro. Se puso una capa nueva, y salió a encontrar a Jeroboam a solas; tomó la capa nueva, y la rasgó en doce piezas; luego tomó diez de ellas y se las dio a Jeroboam, y se quedó con dos; con esta acción dramática anunció que diez de las doce tribus estaban a punto de rebelarse apoyando a Jeroboam, mientras que solo dos seguirían fieles a Roboam (*1 Reyes 11:29-32*). Aquí tenemos el mensaje profético presentado en forma dramática.

Cuando Jeremías se convenció de que Babilonia estaba a punto de conquistar Palestina, a pesar de lo confiado que estaba el pueblo, hizo coyundas y yugos, y los envió a Edom, a Moab, a Amón, a Tiro y a Sidón; y se colocó un yugo al cuello para que todos lo vieran. Mediante esta acción dramática presentó claramente el hecho de que nada sino la esclavitud los esperaba (*Jeremías, 27:1-6*); y cuando Hananías, el falso profeta con un optimismo equivocado, quiso mostrar que creía que las premoniciones sombrías de Jeremías estaban totalmente equivocadas, tomó el yugo de los hombros de Jeremías y lo rompió (*Jeremías 28:10s*).

Los profetas tenían la costumbre de expresar su mensaje en forma dramática cuando presentían que las palabras no eran suficientes. Y eso fue lo que hizo Jesús cuando entró en Jerusalén.

Hay dos alegorías tras-la-acción dramática de Jesús.

(i) Está la visión de *Zacarías 9:9*, en la que el profeta vio venir al Rey a Jerusalén «humilde, cabalgando sobre un asno, sobre un Jóllino hijo de asna.» En primera instancia, la acción dramática de Jesús era una presentación deliberada como Mesías. Se estaba ofreciendo a Sí mismo al pueblo, en un momento en que Jerusalén estaba hirviendo de judíos de todo el país y de todo el mundo, como el Ungido de Dios. Veremos a continuación lo que Jesús quería decir con Su presentación; pero no hay duda de que eso fue lo que hizo.

(ii) Puede que hubiera otra intención en el gesto de Jesús. Uno de los mayores desastres de la historia judía fue la captura de Jerusalén por Antíoco Epífanes, hacia 175 a.C. Antíoco estaba decidido a erradicar el judaísmo y a introducir en Palestina la manera de vivir y la religión griega. Profanó el templo ofreciendo carne de puerco en el altar, y sacrificios al Zeus Olímpico, y hasta convirtiendo las cámaras del templo en prostíbulos públicos. Fue entonces cuando los Macabeos se rebelaron contra él, consiguiendo por último rescatar su tierra. A su debido tiempo Jerusalén fue rescatada y el templo profanado fue restaurado y purificado y rededicado. En *2 Macabeos 10:7* leemos acerca del regocijo de aquel gran día: «Por tanto tomaron ramas, brotes tiernos, y palmas, y cantaron salmos al Que les había permitido purificar Su santo lugar.» Aquel día la gente llevaba palmas y ramas y cantaba salmos; es casi la misma descripción de la reacción de la multitud que recibió a Jesús en Jerusalén.

Es por lo menos posible que Jesús conociera aquello, y que entrara en Jerusalén con la intención de purificar la Casa de Dios como lo había hecho Judas Macabeo doscientos años antes. Eso fue exactamente lo que hizo Jesús. Bien puede ser que estuviera diciendo en forma dramática, no solamente que El era el Ungido de Dios, sino también que había venido a limpiar la Casa de Dios de los abusos que profanaban su culto. ¿No había dicho Malaquías que el Señor vendría repentinamente a Su templo? (*Malaquías 3:1*). Y en su visión de juicio, ¿no había visto Ezequiel que el terrible juicio de Dios empezaría en el santuario? (*Ezequiel 9:6*).

LAS CREDENCIALES DEL REY

Mateo 21:1-11 (conclusión)

Para concluir nuestro estudio de este incidente, observemos a Jesús en el centro de la escena. Nos muestra tres cosas acerca de Él.

(i) Nos muestra Su *coraje*. Jesús sabía perfectamente bien que estaba entrando en una ciudad hostil. Por muy entusiasmada que se mostrara la multitud, las autoridades Le odiaban y habían jurado eliminarle; y eran ellas las que tenían la última palabra. En tales circunstancias, cualquiera habría considerado que el valor era compatible con la prudencia; y, si Jesús tenía que ir a Jerusalén, bien hubiera podido entrar a cubierto de la noche, y dirigirse a Su refugio por las calles traseras. Pero Jesús entró en Jerusalén de una manera que Le colocaba en el centro del escenario, y atraía todas las miradas. En Sus últimos días hubo en todas Sus acciones un desafío magnífico y sublime; y aquí empieza el último acto al arrojar el guante y desafiar a las autoridades para que llegaran con Él a lo peor de sus planes.

(ii) Nos muestra Sus *credenciales*. Jesús se presentó con toda claridad como el Mesías de Dios, como el Ungido de Dios. También probablemente mostró Sus credenciales como el Purificador del templo. Si Jesús Se hubiera conformado con proclamarse profeta, lo más seguro es que no Le habrían quitado la vida. Pero Él no podía darse por satisfecho con nada menos que el lugar que Le correspondía. Con Jesús es todo o nada. Hemos de reconocerle como Rey, o no recibirle de ninguna manera.

(iii) Igualmente nos muestra Su *invitación*. No era sentarse en un trono lo que pretendía, sino ser Rey de los corazones. Vino humildemente y cabalgando sobre un asnillo. Debemos tener cuidado de entender el verdadero sentido de ese gesto. En Occidente, el burro es una acémila despreciable; pero en Oriente el asno se consideraba un animal noble. Era corriente que un rey entrara en una ciudad cabalgando sobre un asno; pero en ese caso era señal de que *venía en son de paz*. El caballo era la montura para *la guerra*; el asno era la montura para *la paz*. Así que cuando Jesús Se presentó como Rey, Se presentó como Rey de Paz. Mostró que había venido, no para destruir, sino para amar; no para condenar, sino para salvar; no por la fuerza de las armas, sino por la del amor.

Así pues, a la misma vez, vemos el coraje de Cristo, las credenciales de Cristo, la invitación de Cristo. Era Su última invitación a que Le abrieran, no las puertas de sus palacios, sino las de sus corazones.

LA ESCENA DEL TEMPLO

Mateo 21:12-14

Seguidamente Jesús entró en el recinto del templo de Dios, y echó de allí a todos los que estaban vendiendo y comprando, y trastornó las mesas de los cambistas y de los que vendían palomas. Y les dijo:

-Escrito está: «Mi Casa se conocerá como una casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.»

Y los ciegos y los cojos acudían a Él en el templo, y Él los sanaba.

Si la entrada en Jerusalén había constituido un desafío, aquí tenemos otro desafío que se añadió al anterior. Para contemplar la escena que se desarrolla ante nuestros ojos tenemos que visualizar la forma del templo.

En el Nuevo Testamento griego hay dos palabras que se traducen por *templo*. Y con propiedad. Pero hay una clara diferencia entre ellas. El templo mismo se llama el *naós*. Era un edificio relativamente pequeño, que contenía el Lugar Santo, y el Lugar Santísimo en el que solamente entraba el sumo sacerdote una vez al año el solemne Día de la Expiación: Pero. el *naós* mismo estaba rodeado de un amplio espacio que ocupaban los atrios de manera sucesiva y ascendente. En primer lugar desde fuera estaba el *Atrio de los Gentiles*, en el que podía entrar cualquiera, pero más

allá del cual no podían pasar los gentiles bajo pena de muerte. A continuación estaba el *Atrio de las Mujeres*, al que se entraba por la Puerta Hermosa del templo, en el que podían entrar todos los israelitas. Después estaba el *Atrio de los Israelitas*, al que se entraba por la llamada Puerta de Nicanor, una gran puerta de bronce corintio para abrir y cerrar la cual se necesitaban veinte hombres. Era en este atrio donde se reunían los varones para los cultos del templo. Por último estaba el *Atrio de los Sacerdotes*; al que solo los sacerdotes podían entrar. En él se encontraban el gran altar de los holocaustos, el altar del incienso, el candelabro de los siete brazos, la mesa de los panes de la proposición y el gran estanque de bronce; y en la parte posterior de este atrio se encontraba el *naós* propiamente dicho. Toda esta área, incluyendo todos los atrios, también se llama en las traducciones de la Biblia *templo*; la palabra griega es *hierón*. Sería mejor conservar la diferencia del original, y retener la palabra *templo* para el templo propiamente dicho, es decir, el *naos*, y usar la expresión *el recinto del templo* para toda el área, es decir, el *hierón*.

El escenario de este incidente fue el Atrio de los Gentiles, en el que cualquiera podía entrar. Siempre había gente y actividad en él; pero en la Pascua estaba abarrotado a más no poder de peregrinos de todo el mundo. Habría allí, en cualquier época, muchos gentiles, porque el templo de Jerusalén era famoso en todo el mundo, hasta tal punto que hasta los escritores latinos lo describían como uno de los edificios más maravillosos del mundo.

En este Atrio de los Gentiles se llevaban a cabo dos clases de transacciones. Una era *el cambio de dinero*. Todos los judíos tenían que pagar el impuesto del templo de medio siclo, y ese impuesto se pagaba poco antes de la Pascua. Un mes antes, se instalaban puestos en todos los pueblos y aldeas; donde se podía pagar en dinero; pero después de una cierta fecha solo se podía pagar en el templo mismo; y sería allí donde lo pagaría la inmensa mayoría de los peregrinos judíos de otras tierras:

Este impuesto tenía que pagarse en cierta moneda en curso, aunque para los propósitos generales se usaba en Palestina toda clase de monedas. No se podía pagar en lingotes de plata, sino en moneda en curso; no se podía pagar en monedas de aleaciones inferiores o que estuvieran deformadas, sino solo en monedas de plata pura. Se podía pagar en los siclos: del santuario, en los medios siclos galileos y especialmente en la moneda tiria, que era de calidad reconocida.

La función de los cambistas era cambiar la moneda no aceptable por otra aceptable. Esa parecía ser a todas luces una función necesaria; pero el problema era que estos cambistas cargaban el equivalente de 2 pesetas por hacer el cambio; y, si la moneda era de más valor que el medio siclo, cargaban otras dos pesetas por devolver el cambio. Es decir: muchos peregrinos tenían que pagar, no solamente su medio siclo -que sería el equivalente de unas 15 pesetas-, sino otras 4 pesetas de comisión; y esto hay que compararlo con el salario de un trabajador que sería de unas 10 pesetas al día.

Esta comisión se llamaba el *qolbón*. No todo se lo embolsaban los cambistas. Una parte se consideraban ofrendas voluntarias; parte de ello se dedicaba a mantener las carreteras en buen estado; parte se dedicaba a la compra de planchas de oro con las que había la intención de cubrir totalmente la techumbre del templo propiamente dicho, y parte de ello se ingresaba en el tesoro del templo. El asunto no era necesariamente un abuso en su totalidad; pero el problema era que se prestaba al abuso. Se prestaba a la explotación de los peregrinos que habían venido a adorar a Dios, y no cabe duda de que los cambistas obtenían grandes beneficios.

La venta de palomas era peor. Para la mayor parte de los visitantes del templo alguna clase de ofrenda era esencial. Las palomas, por ejemplo, se necesitaban cuando una mujer venía a purificarse después de tener un hijo, o cuando un leproso venía a que se le diera el certificado de curación (*Levítico 12:8; 14:22; 15:14,29*). Era fácil comprar animales para el sacrificio fuera del templo; pero los animales que se ofrecieran tenían que ser sin defecto. Había inspectores oficiales de animales, y era de temer que, por lo que fuera, rechazarían los animales comprados fuera, y dirigirían a la persona a los puestos del templo.

Eso no tendría por qué causar un gran perjuicio si los precios hubieran sido iguales dentro y fuera del templo; pero un par de palomas podía costar 8 pesetas fuera del templo, y tanto como 150 dentro. Este era un abuso antiguo. Un cierto rabino, Simón Ben Gamaliel, era recordado con gratitud porque < había hecho que se vendieran palomas por monedas de plata en lugar de oro.> Está claro que había atacado un abuso. Además, estos puestos donde se vendían las víctimas se llamaban los bazares de Anás, porque eran propiedad privada de la familia del sumo sacerdote de ese nombre.

Aquí tampoco había por qué cometer abusos. Tiene que haber habido muchos comerciantes honrados y comprensivos. Pero los abusos se introdujeron rápida y fácilmente. Burkitt decía que «el templo se había convertido en el lugar de reunión de los mangantes,» la peor clase de monopolio comercial e intereses económicos. Sir George Adam Smith escribía: « En aquellos días, cada sacerdote tiene que haber sido un comerciante.» Por todas partes acechaban a los pobres y humildes peregrinos toda clase de peligros de explotación desvergonzada y fue esa explotación lo que puso al rojo vivo la indignación de Jesús.

LA IRA Y EL AMOR

Mateo 21:12-14 (conclusión)

Sería difícil encontrar otra historia evangélica en la que tuviéramos que hacer un esfuerzo tan deliberado y consciente para ser honrados con un pasaje. Es fácil usar este como base para una condenación global de todo el culto del templo. Hay que decir dos cosas.

Había muchos comerciantes y buhoneros en el atrio del templo, pero también había muchos que buscaban a Dios de corazón. Como había dicho Aristóteles mucho antes, una persona y una institución han de juzgarse por sus mejores, no por sus peores resultados.

La otra cosa que debe decirse es sencillamente esta: Que la persona o la iglesia que no tenga pecado arroje la primera piedra. Los vendedores no eran todos explotadores, y hasta los que aprovechaban la oportunidad para obtener un rápido provecho no eran sencillamente buitres de dinero. El gran investigador judío Israel Abrahams hace un comentario sobre la explicación tradicional cristiana más corriente de este pasaje: «Cuando Jesús trastornó las mesas de los cambistas y echó a los vendedores de palomas del templo hizo un gran servicio al judaísmo... Pero, -¿eran los cambistas y los vendedores de palomas las únicas personas que había en el templo? ¿Y eran todos los que compraban o vendían una paloma meros ritualistas? La Semana Santa pasada estuve en Jerusalén, y por toda la fachada de la Iglesia del Santo Sepulcro vi los puestos de los vendedores de reliquias, de cuenquecitas pintadas, de cintas grabadas, de velas de colores, de crucifijos dorados, de botellas de agua del Jordán. Allí, los cristianos pregonaban y discutían y regateaban, una multitud de vendedores y compradores delante de la iglesia consagrada a la memoria de Jesús. ¡Como me habría gustado que Jesús viniera otra vez a trastornar y echar a esos falsos siervos Suyos, de la misma manera que lo hizo a Sus falsos hermanos en Israel hace mucho!» Y en España, entre otros, debemos un juicio parecido a José María Gironella en su *El escándalo de la Tierra Santa*.

Este incidente nos muestra ciertas cosas acerca de Jesús.

(i) Nos muestra la más violenta manifestación de Su ira dirigida contra los que explotaban a sus semejantes, y especialmente contra los que los explotaban en el nombre de la religión. Fue Jeremías el que dijo que hay quienes convierten el templo en una cueva de ladrones (*Jeremías 7:11*). Jesús no podía soportar el ver cómo se explotaba a la gente sencilla.

La Iglesia ha guardado silencio demasiadas veces en situaciones semejantes; tiene el deber de proteger a los que no se pueden proteger a sí mismos en situaciones económicas altamente competitivas.

(ii) Nos muestra que Su ira se dirigía especialmente contra los que les hacen imposible a las personas sencillas dar culto a Dios en la Casa de Dios. Fue Isaías el que dijo que la Casa de Dios era una casa de oración para todos los pueblos (*Isaías 56:7*). El Atrio de los Gentiles era de hecho la única parte del templo donde podían entrar los gentiles. No tenemos por qué pensar que los gentiles que fueran allí serían solo turistas. Algunos por lo menos deben de haber ido con un profundo anhelo en sus almas de orar y de adorar a Dios. Pero en medio de ese rugido de comprar y vender y regatear y ofertar, la oración era imposible. Se les impedía entrar a la presencia de Dios a los que la buscaban en la Casa de Dios.

Dios no dará nunca por inocentes a los que les hacen imposible a otros adorarlo. Puede suceder todavía. Un espíritu de amargura, de discusión, de rivalidad, se puede introducir en la iglesia haciendo imposible la oración y el culto. Los miembros y los responsables pueden llegar a estar tan preocupados con sus derechos y sus siniestros, con sus dignidades y sus prestigios, con la práctica y el procedimiento, que al final nadie puede adorar a Dios en el ambiente que se ha creado. Hasta los ministros de Dios pueden estar más interesados en imponerle a la congregación sus maneras de hacer las cosas que en predicar el Evangelio, y lo que se produce es un culto con un ambiente que hace imposible la verdadera adoración. El culto de Dios y las discusiones de los hombres no pueden desarrollarse juntos. Tengamos siempre presente la ira, de Jesús contra lo que les bloqueaban a sus semejantes el acceso a Dios.

(iii) Aún nos queda otra cosa que notar. Nuestro pasaje termina diciéndonos que Jesús sanaba a los ciegos y a los cojos en el atrio del templo. Todavía estaban allí; Jesús no echó del templo a todo el mundo. Solamente los que tenían conciencias culpables huyeron ante Su mirada airada. Los que necesitaban a Jesús, se quedaron.

Jesucristo nunca despidió a la necesidad con las manos vacías. La ira de Jesús nunca fue meramente negativa; nunca se quedó en el ataque a lo que estaba mal; siempre pasó a ayudar positivamente a los que estaban en necesidad. En una Persona verdaderamente grande, la ira y el amor pueden ir mano a mano. La ira se enfrentó con los que explotaban a los sencillos y cerraban el paso a los buscadores; pero el amor recibió a los que tenían una gran necesidad. La fuerza destructiva de la ira debe ir de la mano del poder sanador del amor.

EL CONOCIMIENTO DE LOS SENCILLOS DE CORAZÓN

Mateo 21:15-17

Cuando los principales sacerdotes y los escribas vieron las obras maravillosas que realizaba Jesús, y a los niños gritando en el templo: «¡Hosanna al Hijo de David, » se pusieron furiosos, y Le dijeron:

-¿Es que no oyes lo que están diciendo estos?

-¡Sí! -les contestó Jesús. ¿Y es que vosotros no habéis leído: «De la boca de los bebés y de los lactantes Tú has hecho que proceda la alabanza perfecta?»

Y Jesús los dejó, y se fue de la ciudad a Betania para alojarse allí.

Algunos estudiosos han tenido dificultad con este pasaje. Se dice que era improbable que hubiera multitudes de niños en el recinto del templo; y que, si hubiera niños allí, la policía del templo se habría encargado de ellos rápida y eficazmente si hubieran osado gritar como supone este pasaje. Ahora bien, en un momento anterior del relato *Lucas* tiene un incidente en el que los *discípulos* aparecen lanzando gritos entusiastas a Jesús, y donde las autoridades se describen, tratando de silenciarlos (*Lucas 19:39s*). Los discípulos de un rabino se llamaban a menudo sus *hijos o niños*. Vemos, por ejemplo, la frase *hijitos míos* que aparece en los escritos de Juan. Así que se sugiere

que Lucas y Mateo están realmente contando la misma historia, y que los *niños* eran realmente los *discípulos* de Jesús.

Pero no hay que recurrir a esa explicación. El uso que hace Mateo de la cita de *Salmo 8:2* deja bien claro que tenía en mente *niños* en sentido literal; y en cualquier caso, estaban sucediendo cosas aquel día en el atrio del templo que no habían sucedido nunca antes. No pasaba todos los días eso de que los comerciantes y los cambistas fueran expulsados del templo; ni tampoco cada día eran sanados los ciegos y los cojos. Puede que normalmente habría sido imposible que hubiera niños gritando en el templo, pero aquel día no era un día ordinario.

Si tomamos esta historia como se nos presenta, y escuchamos de nuevo las frescas, cristalinas voces de los niños gritando sus alabanzas, nos encontramos cara a cara con un gran hecho. Hay verdades que solamente los sencillos de corazón pueden ver, y que están ocultas a los sabios y a los entendidos y a los sofisticados. Sucede muchas veces que el Cielo está más cerca de un niño que del más inteligente de los mayores.

Thorvaldsen, el gran escultor noruego, hizo una vez una escultura de Jesús. Querían ver si la escultura hacía la debida impresión en los que la vieran. Trajo a verla a un chiquillo, y le preguntó: «¿Quién crees que es?» El chico contestó: «Un gran hombre.» Thorvaldsen se dio cuenta de que no había acertado. Así que deshizo la escultura y empezó de nuevo. Cuando la terminó trajo otra vez al niño y le hizo la misma pregunta: «¿Quién crees que es?» El niño sonrió y respondió: «Es el Jesús Que dijo: "Dejad a los niños venir a Mí."» Thorvaldsen se dio cuenta de que esa vez sí había acertado. La escultura había pasado la prueba de los ojos de un niño.

Esa no era una mala prueba. George Macdonald dijo una vez que él no le daba mucho valor al supuesto cristianismo de una persona a cuya puerta, o a la puerta de cuyo jardín, los niños tuvieran miedo de jugar. Si un niño cree que una persona es buena, lo más probable es que lo sea; si un niño se mantiene a distancia, la persona puede que sea grande, pero seguro que no se parece a Cristo. En alguno de sus escritos, Barrie traza el retrato de una madre metiendo a su niño en la cama por la noche cuando está medio dormido con una pregunta muda en sus ojos y en su corazón: «Hijo mío, ¿me he portado bien hoy?» La bondad que puede encontrarse con la clara mirada de un niño y pasar la prueba de la sencillez de un niño es la auténtica. Era sencillamente natural e1 que los niños reconocieran a Jesús cuando los eruditos estaban ciegos.

EL CAMINO DE LA HIGUERA

Mateo 21:18-22

Quando Jesús iba volviendo a la ciudad por la mañana temprano, sintió hambre. Entonces vio una higuera al borde del camino y se dirigió a ella, pero no encontró nada más que -hojas. Y le dijo:

- ¡Que no produzcas fruto nunca más!

E inmediatamente la higuera se secó.

Quando los discípulos lo vieron, se quedaron atónitos; y dijeron:

- ¿Como es que se secó la higuera de pronto?

- Os digo la pura verdad -les contestó Jesús-: Si tenéis fe y no lo dudáis, no solo haréis lo que le sucedió a la higuera; sino que hasta diréis a este monte: «¡Desarráigate y tírate al mar!,» y sucederá. Todo lo que pidáis en oración, si lo creéis, lo recibiréis.

Pocos sinceros lectores de la Biblia negarán que este es tal vez el pasaje que nos hace sentirnos más incómodos de todo el Nuevo Testamento. Si lo tomamos literalmente, nos muestra a Jesús en una acción que es incompatible con todo lo que creemos de Él. Debemos, por tanto, acercarnos a

este pasaje con un sincero deseo de descubrir la verdad que contiene y con el valor de pensar hasta resolverlo.

Marcos también nos cuenta esta historia (*Marcos 11:12-14*, 20s), pero con una diferencia notable. En Mateo, la higuera se secó *inmediatamente*. En griego, *parajréma*, que la antigua Reina-Valera traducía por *luego* con el sentido clásico de *inmediatamente*. Por otra parte, en *Marcos* no le sucedió nada al árbol en seguida, y fue solo la mañana siguiente cuando iban pasando por allí, cuando los discípulos vieron que la higuera se había secado. De la existencia de estas dos versiones de la historia podemos concluir sin lugar a duda que el relato experimentó algunos cambios; y, puesto que *Marcos* es el evangelio más antiguo, es igualmente claro que su versión debe de estar más próxima a los hechos históricos.

Es necesario entender los hábitos de crecimiento y producción de la higuera. La higuera es el favorito de todos los árboles. La descripción de la Tierra Prometida era cuna tierra de trigo y cebada, de viñas y de higueras» (*Deuteronomio 8: 8*). Las granadas y los higos fueron parte de los tesoros que trajeron los exploradores para mostrar la maravillosa fertilidad de la tierra (*Números 13:23*). El panorama de paz y prosperidad que es corriente en todo el Antiguo Testamento es la descripción de un tiempo en el que cada uno se sentará bajo su propia parra y bajo su propia higuera (*1 Reyes 4:25; Miqueas 4:4; Zacarías :10*). La descripción de la ira de Dios es la del día en que 1 herirá y destruirá las higueras (*Salmo 105:33; Jeremías 8:13; Oseas -2:12*). La higuera, era el símbolo mismo de la fertilidad y la paz y la prosperidad:

La higuera misma es un árbol de aspecto agradable; su tronco puede tener hasta 1 metro de diámetro. Alcanza una altura de 5 a 8 metros; y la copa puede extenderse de 8 a 10 metros.

Su sombra era, por tanto, .muy apreciada: En Chipre, cómo en los otros países mediterráneos, se ven higueras a la puerta de las casas de campo, y Tristram nos cuenta que a menudo se refugiaba a su sombra para encontrar alivio al calor. Es corriente que las higueras den sombra a los pozos, lo que hace que se encuentren agua y sombra en el mismo sitio. A menudo era a la sombra de una higuera donde uno buscaba tranquilidad para meditar y orar; por eso se sorprendió Natanael de que Jesús se hubiera fijado en él cuando estaba debajo de la higuera (*Juan 1:48*).

Pero es el hábito de la higuera de producir fruto lo que es pertinente aquí. La higuera es única en dar dos cosechas al año, las brevas y los higos. La primera la da en las ramas viejas. Muy al principio del año aparecen pequeños bultitos verdes al final de las ramas. Se llaman *pagguim*, que son los que llegarán a ser las brevas: Estos brotes de fruto aparecen en abril, pero no son comestibles. Poco a poco aparecen *las* hojas y se abren las flores; y otra cosa única acerca de la higuera es que está en la plenitud de fruto y hoja y flor todo al mismo tiempo; eso sucede en junio; ninguna higuera da nunca fruto en abril; eso sería demasiado pronto. El proceso se repite con las ramas nuevas, y la segunda cosecha está lista para el otoño.

Lo más raro de esta historia es doble. Primero, nos dice que una higuera estaba llena de hojas en abril. Jesús estaba en Jerusalén para la Pascua; la Pascua caía el 15 de abril; y este incidente tuvo lugar una semana antes. La segunda cosa es que Jesús esperaba encontrar higos en la higuera cuando no podía tenerlos; y Marcos especifica: «Porque no era tiempo de higos» (*Marcos 11:13*).

La dificultad de esta historia no es tanto la de la posibilidad, sino una dificultad *moral*; y es doble. Primero, vemos a Jesús maldiciendo una higuera por no hacer lo que no podía hacer. El árbol no podía haber producido fruto la segunda semana de abril, y sin embargo vemos que Jesús lo maldijo por no tener fruto. Segundo, vemos a Jesús usando sus poderes milagrosos para sus propios fines. Eso es precisamente lo que decidió no hacer nunca en las tentaciones del desierto. Jesús se negó entonces a hacer que las piedras se convirtieran en pan para satisfacer Su propia hambre. La verdad escueta es esta: Si hubiéramos leído que alguien había maldecido una higuera por no dar higos en abril, hubiéramos dicho que era un gesto de petulancia malhumorada, que surgía de una desilusión personal. En Jesús, eso nos resulta inconcebible; por tanto debe de haber alguna explicación. ¿Cuál?. Algunos han encontrado la explicación en las siguientes líneas. En *Lucas* tenemos la

parábola de la higuera estéril. Por dos veces, el hortelano pidió que se tuviera paciencia con ella; por dos veces se le concedieron misericordia y espera; por último, en vista de que seguía sin dar fruto, fue destruida (*Lucas 13:6-9*). Lo curioso es que Lucas tiene la parábola, pero no cuenta este incidente de la higuera que se secó. Mateo y Marcos tienen este incidente, pero no cuentan la parábola. Parece que los evangelistas se dieron cuenta de que si incluían la una no tenían por qué incluir la otra. Se sugiere que la parábola de la higuera estéril se malentendió y se convirtió en un incidente real. La confusión cambió *una historia* que Jesús *contó* en *una acción* que Jesús *realizó*. Eso no es imposible ni mucho menos; pero nos parece que la verdadera explicación se debe buscar en alguna otra parte. Y ahora vamos a buscarla.

PROMESA SIN CUMPLIMIENTO

Mateo 21:18-22 (continuación)

Cuando estábamos estudiando la entrada de Jesús en Jerusalén vimos que los profetas acostumbraban hacer acciones

simbólicas; que, cuando presentían que las palabras no penetraban, hacían algo dramático que las hiciera penetrar en las conciencias. Supongamos que hubiera alguna acción simbólica en esta historia.

Jesús, supongamos, iba de camino a Jerusalén. Junto al camino vio un árbol frondoso. Era perfectamente legítimo coger higos, si hubiera habido algunos. La ley judía lo permitía (*Deuteronomio 23:34s*), y Thomson, en *La Tierra y el Libro*, nos dice que, aun en tiempos modernos, las higueras al borde del camino son propiedad común. Jesús se acercó a la higuera sabiendo muy bien que no podía tener fruto, y sabiendo muy bien que algo raro le pasaría para tener ese aspecto. Podría ser una de dos cosas. La higuera podría haber vuelto a su estado silvestre, como les sucede a los rosales que se vuelven a veces escaramujos. O podría ser un árbol enfermo de algo. Entonces Jesús dijo: «Este árbol nunca producirá fruto; de seguro que se secará.» Era el diagnóstico de Alguien que conocía la Naturaleza. Y al día siguiente se confirmó que el diagnóstico de la experta mirada de Jesús era perfectamente correcto.

Si esta fue una acción simbólica, tenía por finalidad enseñar algo. Lo que pretendía enseñar eran dos cosas acerca de la nación judía.

(i) Enseñaba que *la inutilidad invita al desastre*. Esa es una ley de vida. Cualquier cosa que es inútil lleva camino de ser eliminada; todas las cosas pueden justificar su existencia solamente cumpliendo el fin para el que fueron creadas. La higuera era inútil; por tanto, estaba condenada.

La nación de Israel había sido creada con un solo propósito: que de ella viniera el Ungido de Dios. Él había venido; la nación había fracasado al no reconocerle; más: estaba a punto de crucificarle. La nación había fracasado en su propósito, que era recibir y reconocer al Hijo de Dios; por tanto estaba condenada.

El fracasar en la realización del propósito de Dios trae como consecuencia el desastre. Cualquier persona es juzgada en el mundo en términos de utilidad. Aun si una persona está impedida en la cama, puede ser de la mayor utilidad por su paciente ejemplo y su oración.

Nadie tiene por qué ser inútil; y el que es inútil está abocado al desastre.

(ii) Enseñaba que *la profesión sin práctica está condenada*. El árbol tenía hojas. Las hojas eran el reclamo de tener higos; aquella higuera no tenía higos; su pretensión era falsa; por tanto fue condenada. La nación judía profesaba tener fe en el propósito de Dios, pero en la práctica estaba tras la vida del Hijo de Dios; por tanto, estaba condenada.

La profesión sin la práctica no era solamente la maldición de los judíos; ha sido a lo largo de los siglos la maldición de la Iglesia. Durante sus primeros días en África del Sur, en Pretoria, Gandhi

hizo investigaciones con el Cristianismo. Fue a una iglesia cristiana varios domingos; pero nos dice: < La congregación no me hizo la impresión de ser especialmente religiosa, no era una asamblea de almas devotas, sino parecían más bien personas mundanas que iban a la iglesia para pasar el rato o para cumplir con una costumbre. » Por tanto Gandhi concluyó que no había nada en el Cristianismo que él no tuviera ya, y la Iglesia Cristiana se perdió a Gandhi, lo que tuvo consecuencias incalculables para la India y para el mundo.

La profesión sin la práctica es algo de lo que todos somos más o menos culpables. Produce un daño incalculable a la Iglesia Cristiana, y está condenado al desastre, porque produce una fe que no puede hacer más que secarse. Bien podemos creer que Jesús usó la lección de una higuera enferma y degenerada para decirles a los judíos -y a nosotros- que la inutilidad invita al desastre, y la profesión sin práctica está condenada. Eso es seguramente lo que quiere decir esta historia, porque no podemos pensar que Jesús, literal y físicamente, maldijera una higuera por no dar fruto en una estación en que no le era posible darlo.

LA DINÁMICA DE LA ORACIÓN

Mateo 21:18-22 (conclusión)

Este pasaje concluye con ciertas palabras de Jesús acerca de la dinámica de la oración. Si estas palabras se entienden mal, no pueden producir sino quebranto; pero si se entienden correctamente no pueden producir sino poder.

En ellas Jesús dice dos cosas: Que la oración puede eliminar montañas, y que, si pedimos con fe, recibiremos. Está abundantemente claro que estas promesas no se han de tomar física y literalmente. Ni Jesús mismo ni ningún otro trasladó jamás una montaña física, geográfica, mediante la oración. Más aún, muchas y muchas personas han pedido con fe apasionada que algo sucediera o que no sucediera, que algo les fuera concedido o que alguien no tuviera que morir; y aquellas oraciones no fueron contestadas afirmativamente. ¿Qué es entonces lo que Jesús nos promete acerca de la oración?

(i) Promete que la oración nos da *la capacidad para hacer*. La oración nunca fue una evasión fácil; no consistió nunca en dejarle a Dios las cosas para que Él las haga por nosotros. *La oración es poder*. No es pedirle a Dios que haga algo; es pedirle que nos capacite para hacerlo nosotros. La Oración no es seguir el camino más fácil; es la manera de recibir poder para seguir el camino difícil. Es el canal por el que nos llega el poder para asumir y arrostrar y eliminar montañas de dificultad por nosotros mismos con la ayuda de Dios. Si fuera simplemente un método para que las cosas se nos hagan, la oración nos sería muy perjudicial, porque nos volvería blandos, perezosos e ineficaces. La oración es el medio por el que recibimos poder para hacer cosas por nosotros mismos. Por tanto, nadie debe orar y luego sentarse y esperar; debe orar, y levantarse y obrar; pero descubrirá que, cuando lo haga así, una nueva dinámica entrará en su vida, y que es cierto que con Dios todas las cosas son posibles, y lo imposible se convierte en algo que se puede hacer.

(ii) La oración es *capacidad para aceptar, y al aceptar, transformar*. No está diseñada para traer liberación de una situación; sí para capacitar para aceptarla y transformarla: Hay dos grandes ejemplos de esto en el Nuevo Testamento.

Uno es el ejemplo de Pablo. Desesperadamente pidió ser librado del aguijón que tenía en su carne. No fue librado de esa situación; fue capacitado para aceptarla; y en aquella misma situación descubrió la fortaleza que se hacía perfecta en su necesidad y la gracia que era suficiente para asumir todas las cosas. En esa fuerza y gracia la situación fue no solamente aceptada sino transformada en gloria (2 *Corintios* 12:1-10).

El otro es el de Jesús mismo. En Getsemaní oró que pasara de Él aquel cáliz, y ser librado de la situación agónica en que se encontraba; esa petición no podía serle concedida, pero en aquella

oración Jesús encontró la capacidad para aceptar la situación; y al ser aceptada, la situación fue transformada, y la agonía de la Cruz condujo directamente a la gloria de la Resurrección. Debemos recordar siempre que la oración no trae liberación de una situación; trae su conquista. La oración no es una manera de huir de una situación, sino el medio por el que podemos arrostrarla caballeramente.

(iii) La oración trae *la capacidad para soportar*. Es natural e inevitable que, en nuestra necesidad humana y con nuestros corazones y debilidades, haya cosas que temamos no poder soportar. Vemos alguna situación desarrollarse; vemos algún suceso trágico aproximarse con un fatalismo sombrío; vemos alguna tarea acechándonos de frente que obviamente va a demandar más de lo que nosotros podemos aportar. En tales momentos, nuestro sentir inevitable es que no podemos soportar aquello. La oración no elimina la tragedia, ni nos proporciona una evasión, ni la exención de la tarea; nos hace capaces de soportar lo insoportable; de arrostrar lo inaceptable; de llegar más allá de nuevas posibilidades sin sucumbir.

Mientras la oración sea una evasión, no cosecharemos más que desilusiones; pero cuando la consideremos el medio para conquistar y la dinámica divina, sucederán cosas.

LA IGNORANCIA OPORTUNA

Mateo 21:23-27

Cuando Jesús entró en el recinto del templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se Le acercaron cuando estaba enseñando y Le dijeron:

- ¿Con qué autoridad haces estas cosas- ? ¿Y quién es el que Te ha dado esa autoridad?

- Yo también os haré una pregunta -les contestó Jesús-, y si Me la contestáis, Yo también os diré con qué autoridad hago estas cosas: ¿De dónde procedía el bautismo de Juan? ¿Era del Cielo, o de los hombres?

Ellos se pusieron a discutir entre sí, y se decían: «Si decimos que del Cielo, nos dirá que por qué no le creímos; y si decimos que de los hombres, tenemos miedo de la gente, porque todos consideran a Juan un profeta. » Así es que Le contestaron a Jesús:

No lo sabemos.

Y Jesús también les dijo a ellos:

-Pues tampoco Yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Cuando pensamos en las cosas extraordinarias que Jesús había estado haciendo, no podemos sorprendernos de que las autoridades judías Le preguntaran qué derecho tenía para hacerlas. En aquel momento, Jesús no estaba dispuesto a darles la respuesta directa de que Su autoridad venía del hecho de ser Hijo de Dios. El hacerlo habría supuesto precipitar el fin. Había obras que todavía tenía que realizar; y enseñanza que tenía que impartir.

A veces requiere más coraje esperar el momento oportuno que lanzarse sobre el enemigo y precipitar el final. Para Jesús todo tenía que suceder en el tiempo de Dios. Y aún no había llegado la hora en que había de producirse el desenlace final de toda Su misión en el mundo.

Así que esquivó la preguntó de. las autoridades judías con otra pregunta propia que los colocaba en un dilema. Les preguntó si el ministerio de Juan el Bautista era cosa del Cielo o de los hombres; si tenía un origen divino o meramente humano. Los que salieron al Jordán para bautizarse, ¿respondían a un impulso meramente, humano, o estaban de hecho reaccionando a un desafío divino? Ese era el dilema de las autoridades judías. Si decían que el ministerio de Juan procedía de Dios, no tenían más remedio que admitir que Jesús era el Mesías, porque Juan había dado un testimonio claro y terminante de ello. Y, si decían que el ministerio de Juan no procedía de Dios, tendrían que enfrentarse con la ira de la gente, que estaba convencida de que Juan era un mensajero de Dios.

Por un momento, los principales sacerdotes y los ancianos judíos guardaron silencio; y luego salieron con la respuesta más anodina de todas las respuestas posibles. Dijeron :«No lo sabemos.» Era la manera más lastimosa de confesar su falta de autoridad. Tenían la obligación de saber; era parte del deber del sanedrín, del que eran miembros, el distinguir entre los profetas verdaderos y los falsos; y estaban confesándose incapaces de distinguirlos. Su dilema los condujo a una vergonzosa autohumillación.

Aquí tenemos una sombría advertencia. Hay tal cosa como la cobardía de una ignorancia voluntariamente asumida. Si una persona consulta la *conveniencia* más que *el principio*, su primera pregunta no será: < ¿Dónde está la verdad?> sino: « ¿Qué es lo menos arriesgado decir?» Una y otra vez su sumisión a la conveniencia la conducirá a un silencio cobarde. Dirá torpemente: < No sé la respuesta,» cuando la sabe perfectamente pero tiene miedo de darla. La verdadera pregunta no es: « ¿Qué es lo menos peligroso que puedo decir?» sino: «¿Qué es lo que debo decir?»

La ignorancia del miedo de liberadamente asumida, el silencio cobarde de la conveniencia; son cosas vergonzosas. Si uno sabe la verdad, está obligado a decirla, aunque se le caiga el cielo encima.

EL MEJOR DE DOS MALOS HIJOS

Mateo 21:28-32

Jesús entonces les dijo.-

-¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y se dirigió al primero y le dijo: «Hijo, ve a trabajar hoy en mi viña. > Y el hijo le contestó: «¡No me dala gana!» Pero después cambió de actitud y fue. Entonces el padre se dirigió al otro hijo, y le habló de la misma manera. Y él le contestó: « Sí, señor. Iré con mucho gusto. » Pero no fue. ¿Cuál de estos dos hizo la voluntad de su padre?

-¡El primero! -Le contestaron a Jesús.

-Os diré la pura verdad-les dijo entonces Jesús-: Los publicanos y las ramera se os adelantan a entrar en el Reino del Cielo. Porque os vino Juan con una demanda de justicia, y no creísteis en él; pero los publicanos y las ramera sí le creyeron; y cuando vosotros lo visteis, ni siquiera entonces cambiasteis de actitud y creísteis en él.

El sentido de esta parábola está claro como el agua. Los dirigentes judíos eran los que decían que obedecerían a Dios, pero no lo hicieron; los publicanos y las ramera eran los que decían que vivirían su vida, pero siguieron el camino de Dios.

La clave de la interpretación correcta de esta parábola está en que no alaba realmente a ninguno de los dos hijos. Nos presenta el retrato de dos clases de personas muy imperfectas, de las que una clase es sin embargo mejor que la otra. Ninguno de los dos hijos de la parábola era la clase de hijo que le produce una gran satisfacción y alegría a su padre. Los dos dejaban mucho que desear; pero el que al final obedeció era incalculablemente mejor que el otro. El hijo ideal habría sido el que aceptara las órdenes del padre con obediencia y respeto, y que las cumpliera sin discusión ni demora. Pero hay verdades en esta parábola que van más allá de la situación en que se pronunció por primera vez.

Nos dice que hay dos clases de personas muy corrientes en este mundo. La primera son las personas cuya profesión es mucho mejor que su práctica. Prometen y se comprometen a cualquier cosa; hacen grandes protestas de piedad y de fidelidad; pero se quedan muy atrás en la práctica y el cumplimiento. La segunda son aquellos cuya práctica es mucho mejor que su profesión. Pretenden ser inflexibles materialistas hasta la médula, pero a veces los descubrimos haciendo cosas amables y generosas casi en secreto, como si les diera vergüenza. Profesan no tener ningún interés en la

iglesia ni en la religión, y sin embargo, cuando se llega al grano, viven vidas más cristianas que muchos que se confiesan cristianos.

Todos nos hemos encontrado con gente así, con algunos cuya práctica está a mucha distancia de la piedad que profesan, y con otros cuya práctica está muy por delante de la profesión cínica y hasta atea que hacen a veces. La verdadera lección de la parábola es que, aunque la segunda ciase es con mucho preferible a la primera, ninguna de las dos es perfecta. La persona realmente buena es aquella en que se dan en armonía la profesión y la práctica. Además, esta parábola nos enseña que las promesas no pueden nunca ocupar el lugar de las obras, y que las palabras bonitas nunca pueden sustituir a las buenas obras. El hijo que dijo que iría, y no fue, tenía todos los síntomas de la cortesía y del respeto. Al contestar a su padre le llamó < señor» con todo respeto; pero la cortesía que no pasa de palabras es totalmente ilusoria. La verdadera cortesía es la obediencia voluntaria y agradablemente otorgada. Por otra parte, la parábola nos enseña que uno puede echar a perder muy fácilmente lo bueno que haga por la manera como lo haga. Puede hacer una cosa que esté bien con una falta de gracia y de agrado que echa a perder toda la obra. Aquí aprendemos que la manera cristiana está en la promesa y en su cumplimiento, y que la señal del cristiano es la obediencia cortés y amablemente cumplida. .

LA VIÑA DEL SEÑOR

Mateo 21:33-46

Jesús les dijo:

-Escuchadme otra parábola. Había un propietario que plantó una viña, y le hizo una valla todo alrededor, y cavó un lagar en ella, y edificó una torre, se la arrendó a unos campesinos, y se fue de la tierra. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, les mandó a sus siervos a los labradores a recoger el producto; pero los labradores echaron mano a los siervos, y apalearon a uno de ellos, y mataron a otro, y apedrearon a otro. De nuevo el propietario les envió a otros siervos como la primera vez, e hicieron lo mismo con ellos. Más tarde les mandó a su hijo. «Le tendrán respeto a mi hijo, > se dijo. Pero los labradores, cuando vieron al hijo, se dijeron entre sí: «¡Ese es el heredero! Venid, matémosle, y quedémonos con la herencia.» Y le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando el propietario de la viña venga, ¿qué les hará a aquellos campesinos?

-¡Les dará a esos malvados su merecido -contestaron los oyentes-, y arrendará la viña a otros campesinos que le paguen los frutos a su debido tiempo!

-¿Es que no habéis leído en las Escrituras -les siguió diciendo Jesús-: «La piedra que rechazaron los edificadores ha llegado a ser la principal piedra del ángulo? Esto es cosa del Señor, y algo maravilloso a nuestros ojos»? Por eso es por lo que os digo que el Reino de Dios os será arrebatado, y se dará a una nación que produzca sus frutos. Y el que caiga contra la piedra se destrozará; pero al que le caiga encima, le reducirá a polvo.

Cuando los principales sacerdotes y los fariseos oyeron Sus parábolas, sabían que iban por ellos. Trataron de encontrar la manera de echarle mano a Jesús, pero tenían miedo de la gente, que Le consideraba un profeta.

A1 interpretar una parábola, lo normal es tener en cuenta el punto principal, y no hay que darle mucha importancia a los detalles. Normalmente, al tratar de encontrarle un sentido a cada detalle se comete la equivocación de tratar la parábola como si fuera una alegoría. Pero en este caso es diferente. En esta parábola los detalles tienen un significado, y los principales sacerdotes y los fariseos sabían muy bien lo que Jesús quería decirles con esta parábola.

Todos los detalles se fundaban en lo que, para los que la oían, eran hechos conocidos. La nación judía como la viña del Señor era una imagen profética familiar. «La viña del Señor de los Ejércitos es

la casa de Israel» (Isaías 5:7). La valla era un seto de espinos muy cerrados para que no entraran ni los jabalíes que estropearían la viña ni los ladrones que pudieran robar las uvas. Las viñas grandes tenían su lagar, que consistía en dos surcos, ya fueran hechos en la roca o contruidos de ladrillos; uno estaba algo más alto que el otro, y estaba conectado con este por un canal. Las uvas se pisaban en el irás alto, y el zumo pasaba al más bajo. La torre cumplía un doble propósito. Servía como atalaya de vigilancia, para que no entraran ladrones cuando las uvas estaban maduras; y servía también de refugio para los trabajadores.

Las medidas que tomó el propietario de la viña eran muy normales. En tiempos de Jesús, Palestina era un lugar dedicado a pequeños lujos; era por tanto muy familiar que los propietarios se ausentaran y dejaran sus propiedades a cargo de otros que se lo pagaban a su debido tiempo. La renta se podía pagar de cualquiera de tres maneras. Podía ser una cantidad fija de dinero, o una cantidad de frutos independientemente de cómo fuera la cosecha, o un tanto por ciento concertado de la cosecha.

Aun la actuación de los arrendatarios de la parábola no era del todo inaudita. El país estaba hirviendo de problemas económicos; los obreros eran rebeldes y causaban problemas muchas veces, y la acción de los arrendatarios al eliminar al hijo no era ni mucho menos imposible.

Como ya hemos dicho, sería fácil para los oyentes de esta parábola el hacer las identificaciones. Antes de estudiar esta parábola en detalle, vamos a dejar sentadas estas identificaciones. La viña es la nación de Israel, y su propietario es Dios. Los labradores son los líderes religiosos de Israel, que estaban a cargo de mantener el buen estado de la nación. Los mensajeros que fue mandando el propietario sucesivamente son los profetas que Dios enviaba y que eran a menudo rechazados y asesinados. El hijo que llegó al final no era otro que Jesús mismo. Allí, en una historia verosímil, Jesús presentó al mismo tiempo Su destino y la condenación de Israel.

PRIVILEGIO Y RESPONSABILIDAD

Mateo 21:33-46 (continuación)

Esta parábola tiene mucho que decirnos en tres direcciones.

(i) Tiene mucho que decirnos acerca de Dios.

(a) Dice que Dios confió en los hombres. El propietario de la viña se la confió a los labradores. No les estuvo vigilando todo el tiempo; se marchó del país, y los dejó a cargo de su tarea. Dios nos concede a los humanos el honor de confiarnos Su trabajo. Cualquier tarea en que nos ocupemos nos ha sido encomendada por Dios.

(b) Habla de la paciencia de Dios. El propietario mandó un mensajero tras otro. No se presentó repentinamente para vengarse cuando el primer mensajero fue maltratado. Les dio a los agricultores oportunidad tras oportunidad para que respondieran a su requerimiento. Dios tiene paciencia con las personas a pesar de sus pecados y no quiere descartarlas.

(c) Habla del juicio de Dios. Por último, el propietario de la viña se la quitó a los agricultores y se la entregó a otros. El juicio severo de Dios tiene lugar cuando nos quita la tarea que nos había encomendado. Una persona ha llegado a su más bajo nivel cuando ha dejado de serle útil a Dios.

(ii) Tiene mucho que decirnos acerca de las personas.

(a) Habla del *privilegio* humano. La viña estaba perfectamente equipada con la cerca, el lagar, la torre, cosas que les facilitarían la tarea a los agricultores, y les permitirían cumplirla bien. Dios no solamente nos da una tarea; también nos da los medios para realizarla.

(b) Habla de la *libertad* humana. El propietario dejó que los agricultores hicieran su tarea como quisieran. Dios no es un capataz tiránico; es como un comandante sabio que asigna sus servicios a sus hombres y confía en que los cumplan.

(c) Habla de la *responsabilidad* humana. A todas las personas les llega el día de rendir cuentas. Tenemos que responder de la manera en que hemos llevado a cabo la tarea que Dios nos ha asignado.

(d) Habla de la *deliberación* del pecado humano. Los labradores llevaron a cabo una táctica consciente de rebelión y desobediencia con el amo. El pecado es la voluntaria oposición a Dios; consiste en seguir nuestro propio camino cuando sabemos muy bien cuál es el camino de Dios.

(iii) Tiene mucho que decirnos acerca de Jesús.

(a) Nos habla de *las credenciales de Jesús*. Nos muestra con total claridad a Jesús colocándose por encima de la sucesión de los profetas. Los que habían venido antes que Él eran mensajeros de Dios; no se les podía negar ese honor; pero eran *siervos*. Él era el *Hijo*. Esta parábola contiene una de las más claras presentaciones que Jesús hizo nunca de ser único, de ser diferente hasta de los más grandes de los que Le habían precedido.

(b) Nos habla del *sacrificio de Jesús*. Deja claro que Jesús sabía lo que Le esperaba. En la parábola, las manos de los malvados mataron al hijo. Jesús no tuvo nunca la menor duda acerca de lo que Le esperaba. Él no murió porque no tuviera más remedio; fue a la muerte voluntariamente y con los ojos abiertos.

EL SÍMBOLO DE LA PIEDRA

Mateo 21:33-46 (conclusión)

La parábola concluye con la referencia a la piedra. Contiene realmente dos figuras.

(i) La primera está bien clara. Es la figura de una piedra que los constructores rechazaron, pero que llegó a ser la más importante del edificio: La figura está tomada del *Salmo 118:22*: «La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo.» En un principio el salmista se refería en esta figura a la nación de Israel; que era la nación despreciada y rechazada. A los judíos los odiaba todo el mundo. Habían sido siervos y esclavos de muchas naciones; pero, a pasar de todo, la nación que despreciaba todo el mundo era el pueblo escogido de Dios.

Puede ser que los hombres rechazaran a Cristo, y Le negaran, y trataran de eliminarle; pero llegará el día cuando descubran que el Cristo que rechazaron es la Persona más importante del mundo y de la Historia. El emperador romano Juliano el Apóstata trató de retrasar el reloj, de desterrar el Cristianismo y reinstaurar los viejos dioses paganos. Falló en toda la línea; y al final, un autor dramático le hace decir: « El desplazar a Cristo del pináculo más alto de la Historia no estaba a mi alcance.» El Hombre en la Cruz, ha llegado a ser el Juez y el Rey de todo el mundo.

(ii) La segunda imagen de la piedra está en el versículo 44, aunque ha de notarse que algunos manuscritos lo omiten. Es una figura más difícil, de una piedra que quebranta a una persona que tropieza en ella, y que reduce a polvo a una persona si cae sobre ella. Es una figura compuesta de tres pasajes del Antiguo Testamento. El primero es *Isaías 8:13-15*: «Al Señor de los Ejércitos, a Él santificad; sea Él vuestro temor, y Él sea vuestro miedo. Entonces Él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, por tropezadero para caer y por lazo y red al morador de Jerusalén. Muchos de entre ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados.» El segundo está en *Isaías 28:16*: «He aquí que Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada; angular, preciosa, de cimiento estable.» El tercero está en *Daniel 2:34,44*, donde se nos presenta la figura extraña de una piedra, no cortada por manos humanas, que destroza a los enemigos de Dios.

La idea detrás de esto es que todas las figuras del Antiguo Testamento acerca de una piedra se resumen en Jesucristo. Jesús es la piedra fundamental sobre la que se construye todo, y la piedra angular que mantiene unido todo el edificio. Que el rechazar Su camino es golpear la cabeza contra los muros de la Ley de Dios. El desafiarle es a fin de cuentas quedar desintegrado. Por muy extrañas

que estas imágenes nos parezcan, les resultarían familiares a todos los judíos que conocieran los Profetas.

GOZO Y JUICIO

Mateo 22:1-10

Jesús volvió a dirigirse a ellos en parábolas:

-El Reino del Cielo se puede comparar con la situación que se produjo cuando un hombre que era rey hizo los preparativos- para la boda de su hijo. Envió a sus siervos a decirles a los que habían sido invitados que vinieran a la boda, pero ellos se negaron a venir. El rey volvió a enviar a otros siervos. «Decidles a los invitados -les dijo-: Fijaos, ya tengo el banquete todo preparado; ya hemos matado los bueyes y los animales especialmente engordados; y todo está dispuesto. ¡Venid a la boda!» Pero ellos no hicieron caso a la invitación, y se fueron, uno a su hacienda, y otro, a sus negocios. El resto, hasta echare mano a los siervos y los trataron vergonzosamente y los mataron. El rey se puso furioso, y mandó sus ejércitos a destruir a aquellos asesinos y a prenderle fuego a su ciudad. Y luego, les dijo a sus siervos: < La boda está preparada. Los que estaban invitados no merecían venir. Así que salid por los caminos, e invitad a la boda a todos los que encontréis.» Así que los siervos salieron por las carreteras y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos; y hubo numerosos huéspedes en la boda.

Los versículos 1-14 de este capítulo no contienen una parábola, sino *dos*; y captaremos su significado mucho más fácilmente y de una manera más completa si las tomamos por separado.

Los acontecimientos que se relatan en la primera de las dos parábolas están totalmente de acuerdo con las costumbres judías normales. Cuando se hacían las invitaciones a una gran fiesta, como una fiesta de bodas, no se especificaba cuándo tendría lugar; y cuando ya todo estaba preparado, se enviaban los siervos con la notificación final para decirles a los invitados que vinieran. Así que, el- rey de esta parábola hacía tiempo que había hecho las invitaciones; pero mandó aviso a los invitados de que ya podían venir cuando ya todo estuvo preparado -y se negaron de una manera insultante. Esta parábola tiene dos significados. .

(i) Tiene un significado puramente local: remachaba lo que ya se había dicho en la parábola de los labradores malvados; de nuevo se trataba de una acusación a los judíos. Los invitados que se negaron a ir cuando llegó el momento representan a los judíos. Desde tiempo inmemorial Dios los había invitado a ser Su pueblo escogido; sin embargo, cuando vino al mundo el Hijo de Dios, y fueron invitados a seguirle, se negaron despectivamente. El resultado fue que la invitación de Dios se hizo por los caminos y los senderos; y los que iban por ellos representan a los pecadores y a los gentiles que no esperaban nunca una invitación al Reino.

Como lo comprendió el evangelista, las consecuencias del rechazamiento fueron terribles. Hay un versículo en la parábola que nos da la impresión de estar fuera de lugar; y es porque probablemente no formaba, parte de la parábola original tal como la dijo Jesús, sino que fue una interpretación del evangelista. Es el versículo 7, que dice que el rey mandó sus ejércitos contra los que rechazaron la invitación, y quemaron su ciudad.

Esta introducción de los ejércitos y esta quema de la ciudad parece a primera vista totalmente fuera de lugar en el contexto de las invitaciones a una fiesta de bodas. Pero Mateo estaba componiendo su evangelio en algún momento entre los años 80 y 90 d.C. ¿Qué había sucedido durante el período entre el ministerio de Jesús y entonces? La respuesta es obvia: La *destrucción de Jerusalén por los ejércitos de Roma* en el año 70 d.C. El templo fue saqueado y quemado; y la

ciudad, destruida de tal manera que se hizo pasar por toda ella un arado. Un terrible desastre había acontecido a los que se negaron a reconocer al Hijo de Dios cuando vino.

El evangelista añade como comentario suyo las cosas terribles que sucedieron de hecho a la nación que se negó a aceptar el camino de Cristo. Y es, por supuesto, el sencillo hecho histórico que, si los judíos hubieran aceptado el camino de Cristo, y se hubieran conducido con amor, humildad y sacrificio, nunca habrían sido el pueblo rebelde y guerrero que acabó por provocar la ira vengativa de Roma, que no puedo soportar más sus maquinaciones políticas.

(ii) Igualmente, esta parábola tiene mucho que decir en una escala mucho más amplia.

(a) Nos recuerda que la invitación de Dios es a una fiesta tan alegre como una fiesta de bodas. Su invitación es a la alegría. El considerar el Cristianismo como una renuncia lúgubre a todo lo que trae risa y regocijo y gozosa compañía es confundir toda su naturaleza. Es al gozo a lo que se invita al cristiano; y es el gozo lo que se pierde si se rechaza la invitación.

(b) Nos recuerda que las cosas que hacen a las personas sordas a la invitación de Cristo no son necesariamente cosas malas. Un hombre se fue a su hacienda; otro, a sus negocios. No se descarriaron por caminos de vicios salvajes o de aventuras inmorales. Fueron a ocuparse de las excelentes tareas de la administración eficaz del negocio de su vida comercial. Es muy fácil estar tan ocupado con las cosas del tiempo que se olvidan las de la eternidad, estar tan preocupado con las cosas que se ven que se olvidan las que no se ven, escuchar las demandas insistentes del mundo que no se oye la suave invitación de la voz de Cristo. La tragedia de la vida es que son a menudo las cosas menos buenas las que desplazan a las mejores, las cosas que son buenas en sí mismas las que excluyen a las cosas excelentes. Una persona puede estar tan ocupada ganándose honradamente la vida que no se da cuenta de que está realmente perdiendo la vida; puede estar tan ocupada con la administración y organización de la vida que se olvida de vivir.

(c) Nos recuerda que la llamada de Cristo no es tanto a considerar el castigo que se nos viene encima como a ver lo que nos perderemos si no seguimos Su camino. Los que no quisieron ir fueron castigados, pero su verdadera tragedia fue que se perdieron la alegría de una fiesta de bodas. Si rechazamos la invitación de Cristo, algún día nos daremos cuenta de que lo peor no es lo que suframos, sino el darnos cuenta de las cosas preciosas que nos habremos perdido.

(d) Nos recuerda que en último análisis la invitación de Dios es la invitación de la gracia. Los que iban por los caminos y los senderos no tenían ningún derecho a la atención del rey; no podrían nunca haberse esperado el ser invitados a una fiesta de bodas reales, y todavía menos se les habría podido ocurrir que se lo habían ganado. No se les presentó de ninguna otra manera que por la hospitalidad que les ofrecía el rey a brazos y corazón abiertos. Fue la gracia la que ofreció la invitación, y la que congregó a aquellos invitados.

EL ESCRUTINIO DEL REY

Mateo 22:11-14

Jesús continuó diciendo:

-El rey entró a ver a los que estaban sentados a la mesa, y vio allí a uno que no llevaba ropa de boda. «Amigo -le dijo-, ¿cómo viniste aquí sin vestirte de boda?» El hombre se quedó mudo de miedo. Entonces el rey dio orden a sus sirvientes: «¡Atadle de pies y manos, y tiradle a la oscuridad de fuera! ¡Que lllore y rechine los dientes allí!» Porque muchos son invitados, pero pocos son seleccionados.

Esta es otra parábola distinta, pero es también una continuación y una ampliación de la anterior. Es la historia de un invitado que se presentó en la fiesta de bodas sin ir adecuadamente vestido.

Uno de los grandes intereses de esta parábola consiste en que vemos en ella a Jesús haciendo uso de una historia que ya les era familiar a Sus oyentes para Su propio fin. Los rabinos tenían dos historias acerca de reyes y ropa. La primera era acerca de un rey que invitó a sus cortesanos a una fiesta, sin decirles exactamente la fecha ni la hora; pero les dijo que debían lavarse, ungirse y vestirse para estar preparados para cuando se les avisara. Los que fueron prudentes se prepararon en seguida, y se pusieron a esperar a la puerta del palacio, porque creían que en el palacio se podía preparar una fiesta tan deprisa que no habría tiempo que esperar. Los insensatos creyeron que llevaría mucho tiempo el hacer los preparativos necesarios, y que tendrían tiempo de sobra. Así que se fueron, el albañil a su pasta, el alfarero a su arcilla, el herrero a su fragua, el lavandero a su lavandería, y prosiguieron con su trabajo. Pero, de pronto, la llamada a la fiesta les vino sin más aviso. Los prudentes estaban listos para sentarse, y al rey le cayeron muy bien, y comieron y bebieron; pero los que no se habían preparado ni puesto sus ropas de boda tuvieron que quedarse fuera tristes y hambrientos, contemplando la gran gozada que se habían perdido. Esa parábola rabínica habla de la obligación de estar preparados para la llamada de Dios, y la ropa de boda representa la preparación que debemos hacer.

La segunda parábola rabínica hablaba de un rey que les confió a sus siervos ropas reales. Los que fueron prudentes, tomaron las ropas y las guardaron cuidadosamente manteniéndolas en perfecto estado y en toda su prístina magnificencia. Los que fueron insensatos se pusieron las ropas para ir a su trabajo, y las arrugaron y ensuciaron. Llegó el día cuando el rey reclamó sus ropas. Los prudentes se las devolvieron limpias y preparadas; así que el rey las colocó en sus armarios y les dijo que se fueran en paz. Los insensatos se las devolvieron arrugadas y sucias. El rey mandó que se mandaran las ropas al lavandero, y que a esos siervos insensatos los metieran en la cárcel. Esta parábola enseña que uno debe devolverle su alma a Dios en toda su pureza original, y que la persona que devuelva un alma sucia quedará condenada.

Es probable que Jesús tuviera estas dos parábolas en mente cuando contó la Suya propia. Entonces, ¿qué estaba tratando de enseñar? Esta parábola contiene también tanto una lección local como otra universal.

(i) La lección local es esta. Jesús acaba de decir que el rey, para llenar de invitados su fiesta, envió a sus mensajeros por los caminos y los senderos para recoger gente. Esa era la parábola de la puerta abierta. Predecía que los gentiles y los pecadores serían recibidos en el Reino. Esta parábola presenta el equilibrio necesario. Es verdad que la puerta está abierta para todos, pero cuando vengan, deben traer una vida que trate de ajustarse al amor que se les ha ofrecido. La gracia no es solo un regalo que se nos da; es también una grave responsabilidad que contraemos. Uno no puede seguir viviendo como vivía antes de encontrarse con Jesucristo. Debe vestirse de una nueva pureza y santidad y bondad. La puerta está abierta para el pecador que quiera ser santo.

(ii) Esta es una lección permanente. La manera como venga una persona a algo demostrará el espíritu en que venga. Si vamos de visita a casa de un amigo, no vamos con el mono que usamos en la obra o en la huerta. Sabemos muy bien que no es la ropa lo que le importa al amigo. Es una cuestión de respeto el presentarnos en casa de nuestro amigo tan decentes como podamos. El hecho de prepararnos para ir allí es una manera de mostrarle externamente a nuestro amigo nuestro afecto y nuestra estima. Así debe ser en la casa de Dios. Esta parábola no tiene nada que ver con lo *que nos ponemos* para ir a la iglesia; sí con *el espíritu* en que vamos a la casa de Dios. Hay una manera de disponer la mente y el corazón y el alma: la ropa de la expectación, del sincero arrepentimiento, de la fe, del respeto; y esa es la ropa sin la que no deberíamos venir a la presencia de Dios. Demasiado a menudo vamos a la casa de Dios sin la menor preparación; si todos los hombres y las mujeres de la congregación fueran a la iglesia *preparados para dar culto a Dios*, después de una breve oración, de un breve pensamiento, de un breve examen de conciencia, entonces el culto sería un culto de verdad; el culto en que suceden cosas en las almas de las personas y en la vida de la iglesia y en los asuntos del mundo.

EL DERECHO HUMANO Y EL DIVINO

Mateo 22:15-22

A eso llegaron los fariseos, e intentaron hacerse un plan para enredar a Jesús en Sus propias palabras. Así es que Le enviaron a sus discípulos, de acuerdo con los herodianos, que Le dijeron:

Maestro, sabeíít0s que eres sincero, y que enseñas el camino de Dios de verdad, sin hacer discriminaciones. Dinos entonces Tu opinión: ¿Es justo pagar tributo al &sar, o no?

Jesús Se dio perfecta cuenta de la malicia de ellos; así es que les contestó:

- ¡Hipócritas! ¿Por qué tratáis de someterme a pruebas? Mostradme la moneda del tributo.

Ellos Le presentaron un denario. Entonces Jesús les preguntó:

- ¿De quién son la imagen y la inscripción?

De César Le contestaron.

Pues entonces -les contestó Jesús-, dad al César lo que le pertenece al César, y a Dios lo que Le pertenece a Dios.

Cuando Le oyeron esta respuesta, se quedaron alucinados; y Le dejaron y se fueron.

Hasta este momento hemos visto a Jesús, como si dijéramos, a la ofensiva. Había dicho tres parábolas en las que había acusado directamente a los dirigentes ortodoxos judíos. En la parábola de los dos hijos (*Mateo 21:28-32*), los líderes judíos aparecían bajo el disfraz del hijo hipócrita que no hizo la voluntad de su padre. En la parábola de los viñadores malvados (*Mateo 21:33-46*), éstos eran ellos. En la parábola de la fiesta del rey (*Mateo 22:1-14*), eran los invitados condenados.

Ahora vemos a los líderes judíos lanzando su contraataque; y lo hacen dirigiéndole a Jesús preguntas cuidadosamente formuladas. Le hacen esas preguntas en público, mientras la multitud observa y escucha, y su objetivo es hacer que Jesús Se desacredite con Sus propias palabras en presencia de la gente. Así es que aquí tenemos la pregunta de los fariseos, que estaba enmarcada sutilmente. Palestina era un país ocupado, y los judíos estaban sometidos al Imperio Romano. Y la pregunta era: «¿Es o no es legal pagar tributo a Roma?»

Había, de hecho, tres impuestos regulares que cobraba el gobierno romano. Estaba el impuesto *de la tierra*, que tenían que pagarle los labradores al gobierno, y que era un décimo del grano y un quinto del vino y del aceite que produjeran; este impuesto se pagaba parcialmente en especie, y parcialmente en el dinero equivalente. Estaba el impuesto sobre la *renta*, que era el 1 por ciento de los ingresos de cada persona. Estaba el impuesto de capitación, este, lo tenían que pagar todos, los varones desde la edad de 14 años hasta la de 65 años, y todas las mujeres desde los 12 hasta los 65 años; era de 1 *denarius* -eso era lo que Jesús llamó *la moneda del tributo*, y era el equivalente de unas 15 pesetas, cantidad que hay que evaluar recordando que 10 pesetas era: el jornal medio de un obrero. El impuesto que se menciona aquí era el de capitación.

La pregunta que los fariseos Le hicieron a Jesús era un verdadero dilema. Si contestaba que era ilegal el pago del impuesto, le acusarían inmediatamente a los oficiales del Imperio Romano como persona sediciosa, y Su arresto se produciría inmediatamente con toda seguridad. Si decía que era legal el pago del impuesto, Se desacreditaría a los ojos de la multitud. La gente, no solo resentía el impuesto como se resienten todos los impuestos; lo resentía aún más por razones religiosas. Para un judío; Dios era el único Rey; su nación era una teocracia; pagar impuestos a un rey terrenal era admitir la validez de su soberanía y, por tanto, insultar a Dios. Así que los más fanáticos .entre los judíos insistían en que cualquier impuesto. que se pagara a un rey extranjero era ilegal por necesidad. Contestara Jesús -como contestara -eso creían sus interrogadores- se metería en líos.

La seriedad de este ataque se muestra en el hecho de que *los fariseos y los herodianos* se pusieron de acuerdo para presentarlo, porque normalmente estos dos partidos eran diametralmente opuestos. Los fariseos eran los supremamente ortodoxos, que resentían el pago del impuesto a un rey extranjero como una ofensa al derecho de Dios. Los herodianos eran el partido de Herodes, rey de Galilea, que les debía su poder a los romanos, y que funcionaba mano a mano con ellos. Los fariseos y los herodianos eran unos cómplices de lo más extraños; olvidaron sus diferencias movidos por un odio común a Jesús y el deseo común de eliminarle. Cualquiera que insista en su manera de ver las cosas, sea cual sea., odiará a Jesús.

Esta pregunta del pago del impuesto, no tenía un interés exclusivamente histórico: Mateo estaba escribiendo entre los años 80 y 90 d.C. El templo había sido destruido el año 70 d.C. Mientras estuvo en pie; todo judío había estado obligado a pagar el medio siclo del impuesto del templo. Después de la destrucción del templo, el gobierno romano demandó que ese impuesto se pagará al templo de Júpiter Capitolino en Roma. Está claro que esa disposición les revolvía el estómago á todos los judíos. El asunto de los impuestos era un problema real durante el ministerio de Jesús, y seguía siéndolo en los días de la Iglesia Primitiva.

Pero Jesús fue sabio. Pidió que le enseñaran un *denarius*, que estaba estampado con la efigie del emperador. El acuñar moneda era una señal de soberanía. Tan pronto como un rey subía al trono acuñaba su propia moneda. Hasta un pretendiente producía moneda para mostrar la realidad de su realeza; y esa moneda se consideraba propiedad del rey cuya imagen llevaba. Jesús preguntó de quién era la imagen de la moneda. La respuesta fue que de César. < Bien; pues entonces dijo Jesús-, devolvédsela a César; es suya. Dadle a César lo que le pertenece, y dadle a Dios lo que Le pertenece.»

En Su sabiduría incomparable, Jesús nunca estableció reglas ni normas; por eso Su enseñanza es atemporal, y nunca pierde su actualidad. Jesús siempre establecía principios. Aquí establece uno sumamente grande e importante.

Todo cristiano tiene una doble nacionalidad. Es ciudadano de un país, en el que está viviendo. A ese país le debe muchas cosas. Le debe la seguridad frente a personas sin ley que solamente puede proveer un gobierno organizado; le debe todos los servicios públicos. Para poner un ejemplo, pocas personas son lo suficientemente ricas como para tener su propio sistema de iluminación, o de limpieza, o de provisión de agua. Estos son servicios públicos. En el estado del bienestar, el ciudadano le debe al estado todavía más: enseñanza, servicios médicos, provisión en caso de desempleo y jubilación. Esto coloca al cristiano en una deuda de obligación. Porque el cristiano es una persona de honor, debe ser un ciudadano responsable. El fallar como ciudadana es también fallar como cristiano. Problemas indecibles pueden sobrevenirle aun país o a una industria cuando los cristianos se niegan a asumir su parte en la administración, y se la dejan a personas no cristianas, egoístas, interesadas, partidistas. El cristiana, tiene un deber para con el César en compensación por los privilegios que le aporta el gobierno del César.

El cristiano es también un ciudadano del Cielo. Hay asuntos de religión y dé principio en los que la responsabilidad del cristiano es para con Dios. Bien puede ser que las dos ciudadanías nunca entren en conflicto. No tienen por qué. Pero cuando el cristiano está convencido de que es la voluntad de Dios que haga algo, debe hacerlo; o si está convencido de que algo es contra la voluntad de Dios, debe oponerse a ello, y no participar en ello. ¿Dónde se encuentra la frontera entre los dos deberes? Jesús no lo dice. Eso es algo que tiene que discernir la propia conciencia de cada cual. Pero un auténtico cristiano y esta es una verdad permanente que Jesús establece aquí es al mismo tiempo un buen ciudadano de su país y un buen ciudadano del Reino del Cielo. No debe faltar a sus deberes para con Dios ni para con los hombres. Debe decirse, con Pedro: «Temed a Dios. Honrad al emperador» (1 Pedro 2:17).

Mateo 22:23-33

Aquel mismo día, los saduceos, que niegan que haya resurrección, se dirigieron a Jesús y le cuestionaron.

Maestro - dijeron-, Moisés dijo: « Si alguno muere sin dejar hijo, Y su hermano se casará con su mujer, y tendrán descendencia para el hermano muerto.» Había entre nos los siete hermanos. El primero se casó, y murió sin dejar hijos; así que le dejó su mujer a su hermano. Lo mismo. sucedió con el segundo, y con el tercero, y así hasta el séptimo de ellos. La última de todos en morir fue la mujer. ¿De cuál de los siete será esposa en la Resurrección? Porque todos la tuvieron por tal.

Estáis en un error -les contestó Jesús-, porque no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios. En la Resurrección no se casan ellos ni ellas, sino que son como los ángeles del Cielo. Ahora bien, en cuanto a la Resurrección de los muertos, ¿es que no habéis leído nunca lo que dijo Dios? «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos.

Cuando la gente escuchó esta respuesta de Jesús, se quedaron admirados de Su enseñanza.

Como los fariseos Le habían hecho a Jesús el contraataque y habían sido derrotados, los saduceos los relevaron en la lucha.

Los saduceos no eran muy numerosos, pero eran la clase rica, aristocrática y gobernante. Los principales sacerdotes, por ejemplo, eran saduceos. En política eran colaboracionistas; totalmente dispuestos a cooperar con el gobierno romano si así podían conservar su posición y privilegios. En su manera de pensar estaban bastante dispuestos a aceptar las ideas griegas.

En cuanto a sus creencias judías, eran tradicionalistas. Rechazaban la ley oral de los escribas, que para los fariseos tenía tanta importancia como la Ley escrita. Pero llegaban más lejos todavía: la única parte de las Escrituras que consideraban normativa era el Pentateuco, la Ley *por excellence*, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. No aceptaban como Escritura ni los Profetas ni los Libros Poéticos. Particularmente se oponían a los fariseos porque negaban completamente cualquier vida después de la muerte, que era uno de los puntos en los que insistían los fariseos. Los fariseos, por supuesto que establecían que cualquier persona que negara la Resurrección de los muertos estaba excluida de todas las bendiciones de Dios.

Los saduceos insistían en que la doctrina de la vida después de la muerte no se podía demostrar con el Pentateuco. Los fariseos decían que sí, y eran curiosos los versículos que citaban como pruebas. Citaban *Números 18:28*, que dice: «Dad la ofrenda del Señor al sacerdote Aarón.» Esa es una ordenanza de carácter permanente. El verbo está en el tiempo presente; ¡por tanto Aarón está todavía vivo! Citaban *Deuteronomio 31:16* como prueba de la Resurrección « Y este pueblo se levantará,» aunque la segunda mitad del versículo prosigue: «para prostituirse tras los dioses ajenos de la tierra.» Citaban *Deuteronomio 32:39*: «Yo hago morir, y Yo hago vivir.» Fuera del Pentateuco citaban *Isaías 26:19*: «Tus muertos vivirán.» No se puede decir que ninguna de las citas de los fariseos fuera concluyente; y no se había podido presentar nunca ningún argumento real a favor de la Resurrección de los muertos basado en el Pentateuco.

Los fariseos insistían mucho en la resurrección del cuerpo. Discutían detalles rebuscados, tales como si se resucitaría vestido o desnudo; si vestido, ¿resucitaría uno con la ropa que tenía puesta cuando murió, o con otra? Usaban *1 Samuel 28:14* (el pasaje de la pitonisa de Endor que hizo subir el espíritu de Samuel a petición de Saúl) para demostrar que después de la muerte las personas conservan la apariencia que tuvieron en este mundo. Hasta discutían si las personas resucitaban con los defectos físicos con los que, o de los que habían muerto; ¡si no fuera así, no serían las mismas personas! Todos los judíos resucitarían en la Tierra Santa, así es que decían que había pasillos bajo la tierra y, cuando enterraban a un judío en una tierra extranjera, su cuerpo venía rodando por esos pasillos hasta la patria. Los fariseos mantenían como doctrina fundamental la Resurrección corporal de los muertos. Los saduceos la negaban totalmente.

Los saduceos presentaron un problema que ellos creían que reducía al absurdo la doctrina de la resurrección de los muertos. Había una costumbre día que se llamaba *el levirato*. Es discutible ¿hasta qué punto se practicaba. Si un hombre casado moría sin dejar hijos, su hermano estaba obligado a casarse con la viuda, y el primer hijo que tuvieran recibiría el nombre del difunto. Si el hombre se negaba a casarse con la viuda, los dos se presentaban ante los ancianos; la mujer tenía que desatarle el zapato al hombre, escupirle en la cara y maldecirle; y el hombre quedaba bajo el estigma de haber rehusado tener un hijo para su hermano (*Deuteronomio 25:5-10*). Los saduceos citaron un caso de matrimonio de levirato en el que siete hermanos fueron muriendo sucesivamente sin dejar descendencia, aunque casándose con la misma mujer, y entonces preguntaron: «Cuando tenga lugar la Resurrección, ¿de quién será esposa la mujer que estuvo casada con todos?» Era una trampa de pregunta.

Jesús empezó estableciendo un principio: Toda aquella cuestión se basaba en un error fundamental, el de pensar que el Cielo es como la Tierra, y la vida en la eternidad es como la vida en el tiempo. La respuesta de Jesús fue que cualquiera que lea las Escrituras se dará cuenta de que ese problema no existe; porque el Cielo no va a ser simplemente la continuación o la extensión de este mundo. Habrá relaciones nuevas y mejores que trascenderán las relaciones físicas del tiempo.

De ahí pasó Jesús a demoler toda la posición de los saduceos. Habían mantenido siempre que no había ningún texto en el Pentateuco que se pudiera usar para demostrar la Resurrección de los muertos. Ahora bien, ¿cuál era el título más corriente de Dios en el Pentateuco? « El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob.» Dios no puede ser un Dios de muertos, y de cadáveres en putrefacción. El Dios viviente tiene que ser el Dios de los vivientes. La posición de los saduceos quedó demolida. Jesús había hecho lo que no habían conseguido hacerlos rabinos más sabios. Refutó a los saduceos con textos de la misma Escritura, y demostró que hay una vida después de la muerte que no se puede concebir en términos terrenales. La gente se admiró de un Hombre que era un maestro de la discusión, y hasta los mismos fariseos tendrían que contenerse para no vitorearle.

EL DEBER CON DIOS Y CON LOS HOMBRES

Mateo 22:34-40

Cuando los fariseos se enteraron de que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron. Uno de ellos; que era un experto en la Ley, Le dirigió a Jesús. una pregunta de prueba: .

- ¿Cuál de los mandamientos de la Ley es el más importante?

Jesús le contestó:

- «Ama al Señor tu Dios con todo el corazón, y el alma, y la mente.» Este es el mandamiento más grande. e importante; y hay un segundo que se le parece: «Ama a tu prójimo como a ti mismo. » De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas. .

En *Mateo*, esta pregunta parece más bien la vuelta de los fariseos al ataque; pero en *Marcos*; la atmósfera es diferente. Según nos cuenta Marcos la historia (*Marcos 12:28-34*), el escriba no le hizo esta pregunta a Jesús para hacerle caer. Se la dirigió en señal de aprobación por lo que había dicho, y para ofrecerle a Jesús la oportunidad de contestar correctamente otra vez. Y al final del pasaje el escriba y Jesús están muy cerca.

Bien podemos decir que aquí Jesús estableció la definición completa de la religión.

(i) La religión consiste en amar a Dios. El versículo que Jesús cita es *Deuteronomio 6: 5*. Ese versículo era parte de la *semá* , el credo básico y esencial del judaísmo; la frase con la que empiezan todos los cultos judíos, y el primer texto que todos los niños judíos aprenden de memoria. Esto quiere decir que hay que darle a Dios un tenor total, un amor que domine nuestras emociones, que deje nuestros pensamientos y que sea la dinámica de nuestras acciones. La religión empieza con el amor que es la entrega tal de la vida a Dios.

(ii) El segundo mandamiento que cita Jesús procede de *Levítico 19:18*. Nuestro amor a Dios debe desembocar en el amor a nuestros semejantes. Pero debe notarse el orden en que aparecen estos mandamientos. El amor a Dios es primero, y el amor a los hombres, segundo. Solo cuando amamos a Dios podemos amar a nuestros semejantes. La enseñanza bíblica acerca del hombre no es que el hombre es una colección de elementos químicos, ni parte de la creación animal, sino una criatura que está hecha a la imagen de Dios (*Génesis 1:26s*). Es por esta razón por la que debe amarse a los hombres. La verdadera base de toda democracia. es de hecho el amor de Dios. Suprimid el amor de Dios, y podemos airarnos con el hombre por su torpeza para aprender; podemos volvernos pesimistas por su dificultad, para mejorar; podemos insensibilizarnos ante la mecánica de su pensamiento: El amor al ser humano está profundamente enraizado en el amor de Dios.

Ser verdaderamente religioso es amar a Dios y amar a los seres humanos que Dios ha hecho a Su imagen; y amar a Dios y a la humanidad, no con un sentimentalismo nebuloso, sino con esa entrega total que conduce a la devoción a Dios y al servicio práctico a los seres humanos.

NUEVOS HORIZONTES

Mateo 22:41-46

Cuando se reunieron allí los fariseos, Jesús les hizo una pregunta:

¿Qué opináis vosotros del Mesías? ¿De quién es hijo? -Hijo de David -Le contestaron. Y Jesús les dijo: Pues entonces, ¿cómo es que David, en el Espíritu, Le llama Señor, cuando dice: «El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a Mi diestra hasta que ponga a Tus enemigos bajo Tus pies?» Si David le llama Señor, ¿cómo puede ser su hijo?

Y nadie podía darle la respuesta; así es que desde aquel día ya no se atrevió nadie a hacerle preguntas,

A nosotros puede que esto nos parezca una de las cosas más oscuras que dijo nunca Jesús. Puede que lo sea, pero es una afirmación sumamente importante. Aun si, a primera vista, no captamos totalmente el significado, podemos presentir la atmósfera de terror y admiración y misterio que lo rodea.

Ya hemos visto que Jesús se negaba a permitir que, sus seguidores Le proclamaran Mesías hasta que Él les hubiera enseñado lo que quena decir el mesiazgo. Las ideas que ellos tenían del Mesías requerían el cambio más radical.

El título más corriente del Mesías era *Hijo de David*. Detrás de él .se ocultaba la expectación de que algún día llegaría un gran Príncipe . de la dinastía de David que derrotaría a. los enemigos de Israel y conduciría al pueblo a la conquista de todo el mundo. Se pensaba en el Mesías corrientemente en términos de poder y de gloria nacionalista, política y militar. Este es otro intento que hace Jesús de alterar esa concepción.

Jesús les preguntó a los fariseos de quién entendían ellos que era hijo el Mesías; y contestaron como Él esperaba: < Hijo de David.» Jesús entonces les citó el *Salmo 110:1*: «El Señor dice a mi Señor: Siéntate a Mi diestra.» Todos estaban de acuerdo en que ese texto se refería al Mesías. En él, el primer *Señor* es Dios; y el segundo *Señor* es el Mesías. Eso supone decir que David llama *Señor* al Mesías. Pero, si el Mesías es hijo de David, ¿cómo pudo llamar David a su propio hijo *Señor*?

La conclusión obvia del razonamiento es que *es inadecuado llamar al Mesías Hijo de David*. No es el Hijo de David; es el *Señor* de David. Cuando Jesús sanó a los ciegos, ellos Le habían llamado Hijo de David (*Mateo 20:30*). Cuando entró en Jerusalén, la multitud Le saludó y aclamó como Hijo de David (*Mateo 21: 9*). J s está diciendo aquí: « No es bastante llamar al Mesías Hijo e David. No es bastante crearle un Príncipe de la dinastía de David y un conquistador terrenal, debéis ir más allá, porque el Mesías es el *Señor* de David.»

¿Qué quería decir Jesús? No podía querer decir más que una cosa: qué Su verdadera descripción *es Hijo de Dios*. *Hijo de David* no es un título adecuado; Hijo de Dios sí lo es. Y en ese caso, el mesiazgo no se ha de concebir en términos de conquistas davídicas; sino en términos de amor divino y sacrificial. Aquí, pues, Jesús presenta Sus mayores credenciales. En él vino, no un conquistador terrenal que repetiría los triunfos militares de David, sino el Hijo de Dios que demostraría el amor de Dios sobre la Cruz.

Habría pocos aquel día- que captaran algo de la grandeza de lo que Jesús quería decir; pero cuando Jesús pronunció estas palabras, aun el más torpe de ellos sentiría el escalofrío de la presencia del misterio eterno: Tendrían el sentimiento sobrecogedor de que habían oído la voz de Dios; y por un momento; en este Hombre Jesús vislumbraron el rostro del mismo Dios.

ESCRIBAS Y FARISEOS

Si una persona es característica y temperamentalmente una criatura irritable, de mal genio e irascible, propensa a entregarse a exabruptos incontrolados de ira apasionada, su ira no es ni efectiva ni impresionante. Nadie le presta mucha atención a la ira de una persona de mal genio. Pero cuando una persona que es característicamente mansa y humilde, cortés y amable, rompe de pronto en una ira ardiente, hasta la persona menos perspicaz se sorprende y lo toma en serio. Por eso es por lo que la ira de Jesús es un espectáculo tan sobrecogedor. Rara vez en la literatura encontramos una denuncia tan sostenida y descarnada como la que encontramos en este capítulo en el que la ira de Jesús se dirige contra los escribas y los fariseos. Antes de empezar a estudiar este capítulo en detalle, será conveniente que veamos brevemente lo que representaban los escribas y los fariseos.

Los judíos tenían un profundo y constante sentido de la continuidad de su religión; y la mejor manera de ver lo que representaban. los *fariseos* y *los* escribas será investigando cuándo entraron en el esquema de la-religión judía. Al principio de un tratado de la Misná que figura en todas sus liturgias, *Pirqé Abót*, *Los Dichos de los Padres*, leemos: < Moisés recibió la Ley en el Monte Sinaí, y se la transmitió a Josué; Josué a los ancianos; los ancianos, a los profetas; los profetas, a *los* hombres de la Gran Sinagoga.> Toda la religión judía está basada en primer lugar en los Diez Mandamientos, y luego en el Pentateuco, la Ley.

La historia de los judíos estaba diseñada para hacerlos el pueblo de la Ley. Como cualquier otra nación, ellos tenían sus sueños de grandeza; pero las experiencias de la historia habían hecho que ese sueño tomara una dirección característica. Habían sido conquistados por los asirios, los babilonios, los persas, y Jerusalén se había quedado desolada. Estaba claro que no podrían ser preeminentes en poder político. Pero, aunque el poder político era una imposibilidad obvia, ellos sin embargo poseían la Ley, y para ellos la Ley era la misma Palabra de Dios, la posesión más grande y preciosa del mundo.

Llegó un día en su historia cuando esa preeminencia de la Ley fue asumida públicamente; llegó lo que no se podría llamar sino un deliberado acto de decisión en el cual el pueblo de Israel llegó a ser en el sentido más exclusivo el pueblo de la Ley. Bajo Esdras y Nehemías, se le permitió al pueblo volver a Jerusalén, y reedificar su ciudad en ruinas, e iniciar de nuevo su vida nacional. Cuando aquello sucedió, llegó un día en el que Esdras, el Escriba, tomó el Libro de la Ley y se lo leyó al pueblo; y allí sucedió algo que fue nada menos que una dedicación nacional de todo el pueblo a la observancia de la Ley (*Nehemías 8:1-8*).

Desde aquel día, el estudio de la Ley se convirtió en la más grande de todas las profesiones; y ese estudio de la Ley se confió a los hombres la Gran Sinagoga; *los* escribas.

Ya hemos visto cómo se desmenuzaban los grandes principios de la Ley en mil y miles de reglas y normas (véase lo dicho , fin la sección bre Mateo 5:17-20). Ya hemos visto que la Ley decía que no se debe trabajar el sábado, y cuánto habían trabajado los escribas para definir lo que es un trabajo, cómo establecieron hasta los pasos que se podían andar en sábado, y las cargas mínimas que se podían llevar, y las cosas que se podían o que no -se podían hacer. Para cuando esta interpretación de la Ley se terminó, hicieron falta más de sesenta volúmenes para contener la masa de preceptos resultantes.

La vuelta del pueblo a Jerusalén y la primera dedicación a la Ley tuvo lugar hacia el año 450 a.C., pero no fue hasta mucho después cuando surgieron los fariseos. Hacia el año 175 a.C., Antíoco Epífanes de Siria hizo un intento deliberado y brutal para erradicar la religión judía e introducir la religión y la forma de vida de Grecia. Fue entonces cuando surgieron los fariseos como un grupo separado. El nombre quiere decir *los separados*, y eran hombres que dedicaban toda su vida al cumplimiento detallado y minucioso de todas las reglas y disposiciones que los escribas habían desarrollado. A la vista de la amenaza que se cernía sobre ellos, decidieron dedicar toda su vida a una larga observancia del judaísmo en su forma más elaborada y ceremonial y legal. Eran hombres que aceptaron el siempre creciente número de reglas y normas religiosas extraídas de la Ley.

Nunca fueron muy numerosos; cuando más, no pasaron de los seis mil; porque el hecho escueto era que, si un hombre iba a aceptar y cumplir todas las reglas y normas de la Ley, no le quedaría tiempo para nada más; tenía que retirarse, que separarse de la vida ordinaria para dedicarse a guardar la Ley.

Así que los fariseos podían ser una de dos cosas. Primero, eran consagrados legalistas; la religión era para ellos la observancia de todos los detalles de la Ley. Pero, segundo -y esto es algo que no se debe olvidar nunca-, eran hombres que tomaban la religión desesperadamente en serio; porque nadie habría aceptado la tarea imposible de vivir una vida así, a menos que lo tomara absolutamente en serio. Podían, por tanto, desarrollar al mismo tiempo todos los defectos del

legalismo, y todas las virtudes de una autodedicación completa. Un fariseo podría ser, o un legalista disecado, arrogante, o un hombre con una sincera y ferviente devoción a Dios.

El decir esto no es pronunciar un veredicto típicamente cristiano sobre los fariseos, porque los mismos judíos: expresaban. El *Talmud* distingue siete clases diferentes de fariseos.

(i) Estaba *el fariseo del hombro*. Era meticuloso en la observancia de la Ley, pero llevaba sus buenas obras siempre al hombro. Buscaba una reputación de pureza y bondad, verdad que obedecía la Ley, pero con la finalidad de que lo miraran y admiraran los demás.

(ii) Estaba *el fariseo espera-un-poco*. Era el fariseo que siempre podía presentar una disculpa legalmente válida para aplazar una buena obra. Profesaba el credo de los fariseos más rigurosos, pero siempre tenía una disculpa para quedarse atrás en la práctica. Hablaba mucho, pero obraba poco.

(iii) Estaba *el fariseo acardenalado y sangrante*. El *Talmud* habla de la plaga de *fariseos auto fastidiantes*. Recibieron estos nombres por la siguiente razón. Las mujeres ocupaban el estrato más bajo en la escala social en Palestina. Ningún rabino que se apreciara sería sorprendido hablando con una mujer en público, aunque fuera su mujer o su hermana. Estos fariseos llegaban todavía más lejos; no se permitirían ni siquiera mirar a una mujer por la calle. Para evitarlo, cerraban los ojos y se chocaban con las paredes y las esquinas y todo obstáculo imaginable. Así era como se hacían los cardenales que les granjeaban una reputación de piedad extraordinaria.

(iv) Estaba el fariseo que se describía diversamente como *el fariseo del mortero con su mano, o el fariseo de la joroba, o el fariseo tambaleante*. Los tales andaban con tal apariencia de humildad que iban torcidos como la mano del mortero en el mortero, o como jorobados. Eran tan «humildes» que ni siquiera levantaban los pies del suelo, lo que los hacía tropezar en todos los obstáculos que se encontrarán. Su humildad era una mankra de hacerse la publicidad ostentadamente.

(v) Estaba *el fariseo siempre contabilizante o contador*. Esta clase de fariseo siempre estaba llevando la cuenta de sus buenas obras, haciendo el balance entre sí mismo y Dios, y creía que a cada buena obra suya ponía a Dios un poco más en deuda con él. Para él la religión se había de valorar en términos de una cuenta de debe y haber.

(vi) Estaba *el fariseo tímido o timorato*. Siempre tenía miedo del castigo divino. Por tanto, siempre estaba limpiando lo de fuera del vaso y el plato, para parecer siempre bueno. Veía la religión en términos de juicio, y la vida en términos de una evasión aterrada de este juicio.

(vii) Finalmente estaba *el fariseo temeroso de Dios*. Era el fariseo que real y verdaderamente amaba a Dios y se deleitaba en obedecer la Ley de Dios, por muy difícil que fuera.

Esa era la clasificación que hacían de los fariseos los mismos judíos; y conviene notar que había seis tipos malos para solo uno bueno. No pocos de los que escucharon la denuncia que hizo Jesús de los fariseos estarían de acuerdo con cada una de Sus palabras.

HACER DE LA RELIGIÓN UNA CARGA

Mateo 23:1-4

Entonces Jesús les dijo a las multitudes y a Sus discípulos:

-Los escribas y los fariseos ocupan la cátedra de Moisés. Por tanto, haced y cumplid todo lo que os digan, pero no obréis como ellos, porque hablan, pero no ponen por obra. Atan cargas que son pesadas y difíciles de llevar, y se las ponen en los hombros a los demás; pero ellos mismos se niegan a mover ni un dedo para empujarlas.

Aquí vemos que ya empiezan a aparecer los lineamentos de los fariseos. Aquí vemos la convicción judía de la continuidad de la fe. Dios dio la Ley a Moisés; Moisés se la pasó a Josué.

Josué se la transmitió a los ancianos; los ancianos se la pasaron a los profetas; y los profetas se la dieron a los escribas, y fariseos.

No debemos pensar ni por un momento que Jesús está aquí alabando a los escribas y fariseos por todas sus reglas y normas. Lo que está diciendo es esto: < En tanto en cuanto estos escribas y fariseos os han enseñado los grandes principios de la Ley que Moisés recibió de Dios, debéis obedecerlos. » Cuando estábamos estudiando *Mateo 5:17-20*, vimos lo que eran estos principios. La totalidad de los Diez Mandamientos se basan en dos grandes principios. Se basan en *la reverencia*, reverencia con Dios, con el nombre de Dios, con el día de Dios, con los padres que Dios nos ha dado. Y se basan en *el respeto*, respeto a la vida de las personas, a sus posesiones, a su personalidad, a su buen nombre, a ellas mismas. Estos principios son eternos; y, en la medida en que los escribas y los fariseos enseñan la reverencia a Dios y el respeto a los hombres, su enseñanza es eternamente vinculante y válida.

Pero su actitud general acerca de la religión tenía un efecto fundamental. La convertía en una cosa de miles y miles de reglas y normas; y por tanto, *la convertía en una carga insoportable*. Aquí tenemos la prueba de cualquier presentación de la religión. ¿Es como unas alas que les hacen remontarse a las personas, o como un peso muerto que las hunde cada vez más? ¿Estimula o deprime? ¿Es algo que ayuda a las personas o que las acecha? ¿Es algo que le lleva a uno, o es algo que uno tiene que llevar? Siempre que la religión se convierte en un asunto deprimente de cargas y prohibiciones, deja de ser verdadera religión.

Los fariseos tampoco se permitían el más ligero alivio. El propósito que ellos mismos confesaban era: «Hacer una valla alrededor de la Ley.», No, suavizaban ni relajaban ninguna regla. Siempre que, la religión se convierte en una carga, deja de ser verdadera religión.

LA RELIGIÓN DE LA OSTENTACIÓN

Mateo 23:5-12

-Realizan todas sus acciones para que los vean los demás. Se ponen las filacterias bien anchas; llevan flecos extralargos. Les encantan los sitios más honorables en los banquetes, y los asientos de primera fila en las sinagogas, y los saludos en el mercado, y que los llame «Rabí» la gente. Vosotros no debéis llamaros rabinos; porque no tenéis más que un maestro, y vosotros sois todos simplemente hermanos. No llaméis «padre» a nadie en la Tierra; tenéis un solo Padre: vuestro Padre del Cielo. Ni tampoco debéis llamaros dirigentes; porque tino es vuestro Dirigente: Cristo. El que sea el más importante entre vosotros, que sea vuestro siervo. Cualquiera que se enaltezca, será humillado; y cualquiera que se humille, será exaltado.

La religión de los fariseos se convertía casi inevitablemente en una religión de ostentación. Si la religión consiste en obedecer innumerables reglas y normas, llega a ser fácil para una persona el cuidarse de que todo el mundo se dé cuenta de lo bien que las cumple, y de lo perfecta que es su religiosidad. Jesús selecciona ciertas acciones y costumbres de las que los fariseos hacían gala.

Se ponían unas *filacterias muy anchas*. Se decía acerca de los mandamientos de Dios: «Te será como una señal en la mano, y como un recordatorio entre los ojos» (*Éxodo 13:9*). El mismo dicho se repite: « Te será, pues, como una señal en la mano y como un recordatorio entre los ojos» (*Éxodo 13:16; cp. Deuteronomio 6: 8; 11: 18*). Para cumplir estos mandamientos, los judíos llevaban para la oración, y todavía llevan, lo que llaman *tefilin* o *filacterias*. Se llevan puestas todos los días excepto sábados y fiestas especiales. Son como unas cajitas de piel que se atan con correas en la muñeca y en la frente. La de la muñeca es una cajita con un solo compartimiento, en el que se guarda un rollito de pergamino con los siguientes cuatro pasajes de la Escritura: *Éxodo 13:1-10; 11-16; Deuteronomio*

6:4-9; 11:13-21. La de la frente es igual, excepto que tiene cuatro compartimientos, en cada uno de los cuales se guarda un rollito con cada uno de esos cuatro pasajes. Los fariseos, para llamar más la atención, no solo usaban filacterias, sino que las llevaban lo más grandes posible, para demostrar su ejemplar obediencia a la Ley y su piedad ejemplar.

Llevaban por fuera unos *flecós*; los flecos se llamaban en griego *kraspeda*, y en hebreo *zizit*. En *Números 15: 37-41* y en *Deuteronomio 22:12* leemos que Dios mandó a Su pueblo que se hiciera *borlas* en los bordes de sus vestiduras, para que cuando las vieran se acordaran de los mandamientos de Dios. Estas borlas eran como pompones que se usaban en las cuatro esquinas de la túnica exterior. Posteriormente se pusieron en la ropa interior, y hoy en día se mantienen, en el chal que se ponen los devotos judíos para hacer oración. Se hacían los flecos de un tamaño especialmente largo para hacer ostentación de piedad, y usarlos, no para recordarle a nadie los mandamientos, sino para atraer la atención hacia el que los llevaba.

Además, a los fariseos les encantaba que les asignaran los puestos principales en las comidas, a la izquierda y a la derecha del anfitrión. Les encantaban los asientos en la primera fila de las sinagogas.- En Palestina, los últimos asientos eran para los niños y ,para la gente menos importante. Cuanto más adelante estaba el asiento, mayor era el honor. Los sitios más honorables eran los de los ancianos, que se sentaban de cara a la congregación. Si un hombre se sentaba allí, todos podían ver que estaba presente y que se conducía durante el culto con mucha devoción. Todavía más: a los fariseos les encantaba que los llamaran «Rabí», y que los trataran con el máximo respeto. Reclamaban de hecho un respeto mayor que el que se debía a los padres, porque decían que los padres no dan más que la vida ordinaria, física, mientras que el maestro da la vida eterna. Hasta llegaban a pretender que los llamaran *padre* como Eliseo llamaba, Elías (*2 Reyes 2:12*).

Jesús dice que el cristiano debe recordar que tiene un sólo Maestro que es Cristo; y un solo Padre en la fe que es Dios.

Todo el interés de los fariseos era vestirse y actuar de manera que llamara la atención e hiciera que todo el mundo se fijara en ellos. Todo el propósito del cristiano- debe ser: pasar inadvertido, para que; si los demás ven sus buenas obras, no le glorifiquen a él, sino a su Padre del Cielo. Cualquier religión que produce ostentación en las obras y orgullo en el corazón es una religión falsa.

CERRANDO LA PUERTA A OTROS

Mateo 23:13

-¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes, porque les cerráis la puerta del Reino del Cielo en la cara a los demás! Vosotros mismos no entráis, pero tampoco les dejáis entrar a los que lo intentan.

Los versículos 13 al 26 forman la denuncia más terrible y explícita que encontramos en el Nuevo Testamento. Como Plummer escribía, < estos ayes son como un trueno por su incontestable severidad, y como un relámpago por su exposición indiscriminada... Iluminan al mismo tiempo que hieren.>

Aquí Jesús dirige una serie de siete ayes contra los escribas y fariseos hipócritas. La versión Reina-Valera empieza cada uno de ellos con la exclamación «¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!» La palabra griega para *ay* es *uai*. Es difícil de traducir, porque incluye no solo *ira* sino también *lástima*. Hay aquí justa indignación; pero es la indignación del corazón de amor, quebrantado por la ceguera testaruda de las personas. Hay aquí, no solamente un aire de denuncia manifiesta; también hay una atmósfera de tragedia lamentable. La palabra *hipócrita* sale aquí una y otra vez. La palabra griega *hypokrités* quería decir en un principio *uno que contesta*; y luego llegó a usarse especialmente para designar al que tomaba parte en un diálogo en la escena; es la palabra

griega normal para actor. De ahí pasó a significar un actor en el peor sentido de la palabra, *un farsante*, uno que representa un papel, que se pone una máscara, para ocultar sus verdaderas intenciones, que representa un personaje ficticio mientras interiormente sus pensamientos y sentimientos son muy diferentes. Para Jesús; los escribas y fariseos eran hombres que estaban representando un papel. Lo que quería decir era que su idea de la religión consistía en gestos externos, ponerse filacterias y flecos elaborados, la meticulosa representación de reglas y normas de la Ley. Pero en el corazón no tenían más que amargura y envidia y orgullo y arrogancia. Para Jesús, estos escribas y fariseos eran hombres que, bajo una máscara de piedad elaborada, ocultaban corazones en los que dominaban sentimientos y emociones que nada agradaban a Dios. Y esa acusación sigue aplicándose en mayor o menor grado a cualquier persona que lleva una vida con la suposición de que la religión consiste en observancias y actos externos.

Hay un supuesto dicho de Jesús que no figura en los evangelios: «La llave del Reino han escondido.» Su condenación de aquellos escribas y fariseos era porque, no solo no entraban en el Reino ellos mismos, sino porque le cerraban la puerta en la cara a los que procuraban entrar. ¿Qué quería decir Jesús con esta acusación?

Ya hemos visto (*Mateo 6:10*) que la mejor manera de entender el Reino es como una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo: Ser un ciudadano del Reino del Cielo, y hacer la voluntad de Dios, son una y la misma cosa. Los fariseos creían que hacer la voluntad de Dios era observar sus millares de reglas y normas insignificantes; y nada podía estar más lejos de ese Reino cuyo componente básico es el amor. Cuando la gente trataba de encontrar la manera de entrar en el Reino del Cielo, los fariseos les presentaban estas reglas y normas, lo que equivalía realmente a cerrarles la puerta en la cara.

Los fariseos preferían sus ideas de la religión a la de Dios. Habían olvidado la verdad fundamental de que, si uno quiere enseñar a otros, debe primero escuchar a Dios. El peligro más grave que acecha a cualquier maestro o predicador es el de elevar sus propios prejuicios a la categoría de principios universales, y sustituir la verdad de Dios por sus propias ideas. Cuando hace eso, ya no es un guía, sino una barrera que impide la entrada al Reino; porque descarriado él, descarría también a otros.

MISIONEROS DEL MAL

Mateo 23:15

-¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes! Porque peináis tierra y mar para hacer un prosélito, -y cuando lo conseguís le hacéis un hijo del infierno el doble que vosotros.

Una extraña característica del mundo antiguo era la atracción y la repulsa que el judaísmo ejercía al mismo tiempo sobre diversas personas. No había pueblo que fuera más odiado que los judíos. Su exclusivismo y su aislamiento y su desprecio de las otras naciones le granjeaban la hostilidad general. De hecho, se creía que una parte fundamental de su religión era un juramento de no ayudar jamás a ningún gentil en ninguna necesidad, ni siquiera diciéndole cómo ir a un sitio cuando lo preguntaba. Su observancia del sábado les granjeó una reputación de perezosos; su repulsa de la carne de cerdo les ganó burlas, hasta el punto del rumor de que adoraban a un cerdo como su dios. El antisemitismo era una fuerza real y universal en el mundo antiguo.

Y sin embargo, ejercían atracción. La creencia en un solo Dios llegó como una cosa maravillosa a un mundo que creía en una multitud de dioses. La pureza ética judía y sus niveles de moralidad ejercían fascinación en un mundo sumergido en la inmoralidad, especialmente entre las mujeres. El resultado fue que muchos fueron atraídos al judaísmo.

Su atracción se notaba a dos niveles. Estaban los que llamaban *temerosos de Dios*. Estos aceptaban la doctrina de un solo Dios; aceptaban la ley moral judía; pero no tomaban parte en la ley ceremonial, ni se circuncidaban. Existía un gran número de tales personas, y se las podía encontrar escuchando y participando en el culto de cualquier sinagoga, y fueron los que produjeron a Pablo sus principales frutos en el campo de la evangelización. Eran, por ejemplo, los *devotos griegos* de Tesalónica (*Hechos 17:4*).

Era la invalidez de los fariseos el hacer que los *temerosos de Dios* llegaran a ser *prosélitos*. La palabra prosélito es la transcripción castellana de la palabra griega *prosélytos*, que quiere decir *uno que se ha acercado*. El prosélito era el convertido total, que había aceptado la ley ceremonial y la circuncisión, y que se había hecho judío en el sentido más pleno. Como sucede a menudo, «los más convertidos eran los más pervertidos.» Un convertido se vuelve a menudo el devoto más fanático de su nueva religión; y muchos de estos prosélitos eran más fanáticos de la ley judía que los judíos tradicionales.

Jesús acusaba a los fariseos de ser misioneros del mal. Era verdad que muy pocos llegaban a ser prosélitos; pero los que llegaban, llegaban hasta el final. El pecado de los fariseos era que no trataban realmente de conducir a las personas a Dios, sino al fariseísmo. Uno de los más graves peligros que corre cualquier misionero es el de tratar de convertir a la gente a una secta más bien que a una religión, y el tener más interés en traer gente a una iglesia que a Jesucristo. .

Premanand tiene algunas cosas que decir acerca de este sectarismo que tantas veces desfigura al Cristianismo: «Yo hablo como cristiano. Dios es mi Padre, la Iglesia es mi madre. Me llamo cristiano; católico es mi apellido. Católico porque pertenezco a nada menos que la Iglesia Universal. ¿Necesitamos entonces otros nombres? ¿Por qué añadir anglicano, episcopal, protestante, presbiteriano, metodista, congregacionalista, bautista, etc., etc.? Estos términos son divisorios, sectarios, estrechos. Le encogen a uno el alma.»

No era a Dios a quien los fariseos trataban de llevar a otros; era a su propia secta del fariseísmo. Ese era de hecho su pecado. ¿Y no es ese pecado el que todavía sigue infectando el mundo cuando se sigue insistiendo en ciertos círculos en que una persona debe salirse de una iglesia y hacerse miembro de otra antes de poder acercarse a la Mesa del Señor? La mayor de todas las herejías es la convicción pecadora de que una iglesia tiene el monopolio de Dios o se Su verdad, y que una iglesia es la única puerta de entrada al Reino de Dios.

EL ARTE DE LA EVASIÓN

Mateo 23:16-22

-¡Pobres de vosotros, guías ciegos!, que decía: «Si se jura por el templo, no tiene importancia; pero si se jura por el oro del templo, se está obligado a cumplirlo.»

¡Necios y ciegos! ¿Qué es más importante, el oro o el templo que santifica el oro? Vosotros decís: «Si se jura por el altar, no tiene importancia; pero si se jura por la ofrenda que hay sobre él, se está obligado a cumplir el juramento.» ¡Ciegos! ¿Qué es más importante, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? El que jura por el altar, jura por el altar y por todo lo que haya sobre él; el que jura por el templo, jura por el templo y por el Que lo habita. Y el que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios y por el Que Se sienta sobre él.

Ya hemos visto que en materia de juramentos los legalistas judíos eran unos artistas de la evasión (*Mateo 5:33-37*). El principio general de la evasión funcionaba de la manera siguiente. Para los judíos un juramento era absolutamente vinculante según las palabras que se usaran. Generalmente hablando, un juramento vinculante era aquel en el que se empleaba el nombre de Dios expresa y voluntariamente. Tal juramento había de guardarse cualquiera que fuera su costo.

Cualquier otro juramento se podía quebrantar legítimamente. Si se usaba expresamente el nombre de Dios, entonces Dios era parte en la transacción, y el no cumplirlo era no sólo faltar a la palabra con los hombres, sino también insultar a Dios.

El arte de la evasión había alcanzado una gran perfección. Es muy probable que en este pasaje Jesús esté presentando una caricatura de los métodos legalistas judíos. Está diciendo: < Vosotros habéis convertido la evasión, en un arte tan sofisticado que es posible considerar un juramento por el templo como no vinculante, mientras que por el oro del templo sí lo sería; y un juramento por el altar como no vinculantes, mientras que por la ofrenda que está sobre el altar sí lo sería. » Esto ha de considerarse más como una *reductio ad absurdum* de los métodos judíos que como una descripción literal.

La idea tras el pasaje es la siguiente. Todo el tema de tratar los juramentos de esta manera, toda la concepción de una técnica de evasión se basa fundamentalmente en el engaño. Una persona cristiana no hará nunca una promesa con la intención de incumplirla; ni se reservará una serie de evasiones que pueda usar si le resulta difícil mantener su promesa.

No tenemos por qué condenar el arte de evasión de los fariseos con una conciencia de superioridad. Todavía no ha terminado el tiempo en que una persona busque evadir alguna obligación basándose en la aplicación de tecnicismos o referencias a la letra pequeña del contrato para evitar hacer lo que el espíritu de la ley exige que se haga.

Para Jesús, el principio de obligatoriedad era doble. Dios escucha cada palabra que decimos, y Dios ve todas las intenciones del corazón. En consecuencia, el arte bello de la evasión es algo totalmente ajeno a -un cristiano. La técnica de la evasión puede que armonice por las prácticas astutas del mundo, pero nunca con la clara honradez de la mente cristiana.

EL SENTIDO PERDIDO DE LA PROPORCIÓN

Mateo 23:23-24

-¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes! Porque vosotros diezmarís la menta y el anís y el comino, y pasarís de los asuntos más importantes de la Ley: la justicia y la misericordia y la fidelidad. Estas son las cosas que deberíais poner por obra; sin olvidar las otras. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!

El diezmo era una parte importante de las leyes judías. < Indefectiblemente diezmarás todo el producto -del grano que rinda tu campo todo el año» (*Deuteronomio 14:22*). «El diezmo de la tierra, tanto de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, es del Señor; es cosa dedicada al Señor» (*Levítico 27:30*). Este diezmo se dedicaba especialmente al sostenimiento de los levitas, cuya misión consistía en hacer todo el trabajo material del templo. Las cosas que habían de diezmarse estaban especificadas en la ley: «Todo lo que es comestible, y se conserva, y se alimenta del suelo, está sujeto al diezmo.» Se establecía: «Del anís, uno debe diezmar las semillas, las hojas y los tallos.» Así que estaba establecido que todos debían apartar el diezmo de todos los productos de su tierra y de su trabajo para Dios.

El sentido de lo que Jesús dijo es el siguiente. Se aceptaba universalmente que los diezmos de las principales cosechas se debían dar; pero la menta y el anís y el comino eran hierbas del huerto que no se cultivaban en cantidad; cada campesino tendría unas pocas matas de cada. Las tres se usaban como condimentos, y el anís y el comino se usaban también en medicina. El diezmarlas suponía diezmar una parte infinitesimal de la cosecha, puede que nada más que el producto de una planta. Solo los que fueran superlativamente meticulosos diezmarían las plantas aisladas de la huerta.

Así eran precisamente los fariseos. Eran tan absolutamente meticulosos acerca del diezmo que diezaban hasta un manojito de menta. Y sin embargo estos mismos hombres culpables de injusticia, podían ser duros y arrogantes y crueles, olvidando las demandas de la misericordia; podían hacer juramentos y, promesas con 1a intención de no cumplirlos, olvidando la fidelidad. En otras palabras: muchos de ellos observaban las minucias de la ley, y olvidaban las cosas verdaderamente importantes.

Ese espíritu no ha muerto; no morirá hasta que Cristo gobierne en los corazones. Hay muchos hombres que van bien vestidos a la iglesia, que echan religiosamente al viento; adoptan las posturas debidas en las diferentes partes del culto; no faltan nunca a la comunión, y sin embargo -no cumplen- en su trabajo; y tienen mal genio, y son tacaños con su dinero las mujeres que siempre están ocupadas en buenas obras- y que forman parte de muchos comités, pero cuyos hijos están solos y tristes por la noche en casa. No hay nada más fácil que cumplir todo lo externo de la religión, y sin embargo ser completamente irreligioso.

No hay nada que haga más falta que un sentido de proporción que nos salve de confundir las prácticas religiosas con la verdadera devoción.

Jesús usa una ilustración graciosa en el versículo 24. Como dice una nota de la versión Reina-Valera'95, de los animales mencionados en la ley mosaica como inmundos el mosquito era el más pequeño (*Levítico 11:20-23*) y el camello el más grande (*Levítico 11:4*). Para evitar el riesgo de tragarse algo inmundo, las bebidas se colaban con una gasa de muselina para que no pasaran posibles impurezas. Esta es una ilustración que debe de haber provocado la risa: un hombre colaba cuidadosamente el vino para no tragarse ningún mosquito, y sin embargo se trababa un pelo como quien no quiere la cosa. Es la caricatura de una persona que ha perdido todo sentido de proporción.

LA LIMPIEZA VERDADERA

Mateo 23:25-26

-¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, que limpiáis lo de fuera -del vaso y del plato, pero por dentro. estáis llenos de rapacidad y codicia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera esté limpio

La idea de la suciedad surge continuamente en la ley judía. Pero hay que tener presente que no se trata aquí de la suciedad material. Una vasija sucia no quería decir que no estuviera limpia. En el sentido que le daríamos nosotros. El que una persona estuviera ceremonialmente sucia o inmunda quería decir que no podía entrar en el templo ni en la sinagoga. Quedaba excluida del culto de Dios. Uno estaba sucio' inmundo, si tocaba un cuerpo muerto, o entraba en contacto con un gentil. Una mujer estaba sucia o inmunda si tenía una hemorragia, aunque esta hemorragia fuera perfectamente normal y saludable. Si una persona que estuviera en estado de inmundicia tocaba cualquier vasija, esta quedaba inmunda; y así sucesivamente: cualquier otra persona que tocara y usara aquella vasija contraía su impureza. Era, por tanto; de importancia suprema el tener los cacharros limpios; y las leyes de la limpieza eran tremendamente, complicadas. Podemos citar solo algunos ejemplos típicos:

Un cacharro de arcilla que fuera hueco se ensuciaba sólo por dentro y no por fuera; y no se podía limpiar nada más que rompiéndolo. Los siguientes no podían ensuciarse de ninguna manera: un plato llano sin reborde, un recogedor de carbón abierto, una parrilla de hierro con agujeros para tostar el trigo. Por otra parte, un plato con reborde, o una vasija de arcilla para especias, o un escritorio podían estar en estado de inmundicia; de los recipientes hechos de cuero, hueso, madera y cristal, los planos no se contaminaban; los profundos, sí. Si se rompían, ya no contaminaban. Cualquier recipiente de metal que fuera al mismo tiempo liso y hueco, podía contaminarse; pero una puerta, un picaporte; una cerradura, una bisagra, una aldaba, no podían estar contaminadas. Si una

cosa estaba hecha de madera y metal, entonces la madera podía estar inmunda, pero el metal no. Estas distinciones nos parecen fantásticas; y sin embargo eran las que los fariseos observaban meticulosamente.

La comida o la bebida dentro de un recipiente podía haberse obtenido engañando o extorsionando o robando; podía excitar al lujo o a la glotonería, pero eso no importaba, siempre que el recipiente estuviera ceremonialmente limpio (*Números 19:16*). Aquí tenemos otro ejemplo de los distinguos sobre fruslerías, cuando se pasaba de las cosas realmente importantes.

Aunque todo este asunto nos pueda parecer grotesco, toda vía se -da. Se puede dividir una congregación por el color de una alfombra, o por el paño del púlpito, o por la forma o el metal de las copas que se usan en la Comunión. Lo último que parece que aprendemos en materias de religión es el relativo valor de las cosas. Y la tragedia es que es a menudo el darle demasiada importancia a cosas que no la tienen lo que destruye la paz.

DESCOMPOSICIÓN OCULTA

Mateo 23:27-28

-¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque sois como las tumbas enjalbegadas, que parecen muy bonitas por fuera, pero por dentro están llenas de huesos de muertos V-de cuerpos en descomposición. Así sois vosotros: exteriormente os mostráis justos a la gente, pero interiormente estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

Aquí tenemos otra vez una imagen que cualquier judío entendería. Uno de los sitios en que se encontraban las tumbas era al borde del camino. Ya hemos visto que cualquiera que tocara un cuerpo muerto quedaba poluto (*Números 19:16*). Por tanto; cualquiera que rozara una tumba, se contaminaba.

En cierta época en particular las carreteras de Palestina estaban abarrotadas de peregrinos: en la época de la Pascua. El que uno quedara inmundo de camino a la celebración de la Pascua sería un verdadero desastre, porque querría decir que quedaba excluido de participar en la fiesta. Entonces era costumbre, en el mes de Adar, enjalbegar todas las tumbas cerca de los caminos, para que los peregrinos no entraran en contacto con una de ellas accidentalmente, quedando en estado de impureza ceremonial. Así que, cuando uno iba de viaje por los caminos de Palestina un día de primavera, estas tumbas relucían de blancas, y estaban casi bonitas al sol; pero dentro estaban llenas de huesos y de cadáveres en descomposición. Así, dijo Jesús, era como eran los fariseos. Sus acciones exteriores los mostraban como personas intensamente religiosas, pero en lo íntimo de su corazón estaban asquerosos y podridos de pecados.

Esto puede que suceda todavía. Como decía Shakespeare, uno puede que sonría y sonría, y sea un villano. Uno puede que vaya con la cabeza baja y con pasos reverentes y con las manos entrelazadas en una postura de humildad, y estar todo el tiempo mirando por encima del hombro con frío desprecio a los que considera pecadores. Su misma aparente humildad puede que no sea más que una pose de orgullo; y, al caminar tan humildemente, puede que esté pensando con deleite en el cuadro de piedad que representa a todos los que le ven. No hay nada más difícil para una buena persona que no darse cuenta de que es buena; y una vez que sabe que es buena, ya deja de serlo, independientemente de cómo les parezca a los demás.

LA MANCHA DEL ASESINATO

Mateo 23:29-36

- ¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque erigís mausoleos a los profetas y monumentos bellísimos en memoria de los justos, y decís: «Si nosotros hubiéramos vivido en los días de nuestros antepasados, no habríamos tomado parte con ellos en el asesinato de los profetas. » Así atestiguáis en vuestra contra de que sois los hijos de los que asesinaron a los profetas. ¡Completad la medida de vuestros antepasados! Sierpes, raza de víboras, ¿creéis que vais a escapar a la condenación del infierno de fuego? Por esto mismo, fijaos: Yo os envío profetas y sabios y escribas. A algunos de ellos mataréis y crucificaréis; a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y a otros no dejaréis de perseguirlos de ciudad en ciudad; para que recaiga sobre vosotros la responsabilidad de toda la sangre justa que se ha derramado en la tierra desde la del justo Abel hasta la de Zacarías hijo de Berequías a quien matasteis entre el templo y el altar. Os estoy diciendo la pura verdad: La responsabilidad de todos esos asesinatos recaerá sobre esta generación.

Jesús está acusando a los judíos de que la mancha del asesinato está en su historia, y de que esa mancha todavía no se había extendido todo lo que se había de extender. Los escribas y los fariseos mantenían las tumbas de los mártires, y embellecían sus monumentos pretendiendo que, si hubieran vivido en aquellos días, no habrían participado en la matanza de los profetas y de los hombres de Dios. Pero eso era precisamente lo que habrían tete, y lo que iban a hacer.

La acusación de Jesús es que la historia de Israel está llena de asesinatos de hombres de Dios. Dice que fueron asesinados hombres justos desde Abel hasta Zacarías. ¿Por qué elige a esos dos precisamente? El asesinato de Abel por Caín es conocido de todos, pero no así el de Zacarías. La historia se nos cuenta en un pequeño camafeo macabro en *2 Crónicas* 24:20-22. Sucedió en los días de Joas. Zacarías reprendió a la nación por su pecado, y Joas incitó a la gente para que le lapidara en el mismo recinto del templo; y Zacarías murió exclamando: < ¡Que el Señor lo vea y lo demande!> (A Zacarías se le llama aquí hijo de Berequías, aunque en realidad era el hijo de Joiada; sin duda fue un error del evangelista al citar la historia de memoria).

¿Por qué se menciona precisamente a Zacarías? En la Biblia hebrea, *Génesis* es el primer libro, como en la nuestra; pero *2 Crónicas* es el último libro de la Biblia hebrea. Podría decirse que el asesinato de Abel fue el primero de la historia bíblica, y el de Zacarías, el último. De principio a fin, la historia de Israel es el rechazamiento, y aun el asesinato, de los hombres de Dios.

Jesús ve con toda claridad que la mancha del asesinato permanece. Sabe que pronto va a morir, y que en días por venir Sus mensajeros serán perseguidos y maltratados y rechazados y asesinados.

Aquí tenemos una tragedia; la nación que Dios escogió en Su amor se volvió contra El; y el día de ajustar cuentas había de llegar.

Esto nos hace pensar. Cuando la Historia nos juzgue, ¿será su veredicto que Le hemos sido una ayuda o un obstáculo a Dios? Esa es una pregunta que cada persona y cada nación debe hacerse.

RECHAZANDO LA INVITACIÓN DEL AMOR

Mateo 23:37-39

- ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he tratado de reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de las alas, pero te negaste! Ríjate: Ahora tu casa se te deja desolada; porque te aseguro que ya no Me verás más desde ahora hasta el día que digas: «¡Bendito en el nombre del Señor en Que viene!»

Aquí está toda la tragedia entrañable del amor rechazadas. Aquí habla Jesús, no como el Juez severo de toda la Tierra, sino como el Enamorado de todos los seres humanos.

Este pasaje ilumina curiosamente la vida de Jesús de una manera que no podemos pasar por alto. Según los Evangelios Sinópticos, Jesús no estuvo nunca en Jerusalén desde que empezó Su ministerio público hasta que llegó para esta última fiesta de la Pascua. Podemos ver aquí cuánto no se incluye en la historia evangélica; porque Jesús no podría haber dicho esto si no hubiera visitado Jerusalén repetidas veces y dirigido a su pueblo insistentes llamadas. En los evangelios no tenemos más que un boceto esquemático de la vida de Jesús.

Este pasaje nos muestra cuatro grandes verdades.

(i) Nos muestra *la paciencia de Dios*. Jerusalén había matado a los profetas y apedreado a los mensajeros de Dios; sin embargo Dios no la había rechazado; y, por último, le envió a Su Hijo. Hay una paciencia ilimitada en el amor de Dios que soporta el pecado humano sin rechazar a la humanidad.

(ii) Nos presenta *la invitación de Jesús*. Jesús habla como un Enamorado. No entra nunca en ningún sitio por la fuerza; la única arma que puede usar es la invitación del amor. Permanece con los brazos extendidos en invitación, una invitación que los humanos tenemos la responsabilidad de aceptar o rechazar.

(iii) Nos muestra *la culpabilidad del pecado humano*. Los hombres contemplaron a Cristo en todo el esplendor de Su invitación -y Le rechazaron. No hay manija por fuera de la puerta del corazón humano. Tiene que abrirse desde dentro; y el pecado es el consciente rechazamiento a ojos abiertos de la llamada de Dios en Jesucristo.

(iv) Nos muestra *las consecuencias de rechazar a Cristo*. Sólo cuarenta años habían de pasar hasta que el año 70 d.C.

Jerusalén quedara convertida en un montón de ruinas. Ese desastre fue la consecuencia directa de haber rechazado a Jesucristo. Si los judíos hubieran aceptado Su amor y abandonado el camino del poder político, Roma nunca se habría abalanzado sobre ellos con todo su poder vengativo. Es un hecho de la Historia -aun en el tiempo- que la nación que rechaza a Dios queda condenada al desastre.

LA VISIÓN DE COSAS POR VENIR

Ya hemos visto que una de las grandes características de Mateo es que agrupa en grandes bloques la enseñanza de Jesús acerca de distintos temas. En el capítulo 24 reúne cosas que Jesús dijo acerca del futuro, y nos da la visión de cosas por venir. Al hacerlo, Mateo entreteje dichos de Jesús acerca de distintos aspectos del futuro; y hará este difícil capítulo mucho más fácil de entender el que desenredemos los varios hilos, y los consideremos uno a uno.

El entrelazado de los hechos de Jesús que nos hace Mateo se prolonga por los primeros 31 versículos del capítulo. Lo mejor será que, en primer lugar, coloquemos estos versículos en conjunto; después estableceremos los diversos aspectos del futuro del que tratan; y por último trataremos de asignarle a cada sección el lugar que le corresponde en el conjunto. No podemos pretender absoluta certeza y finalidad en el esquema que obtengamos; pero, el cuadro general aparecerá claro.

Así que, en primer lugar, ponemos los versículos, y los numeramos para facilitar su localización en el esquema.

LA VISIÓN DEL, FUTURO

Mateo 24:1-31

1. - Cuando Jesús ya había salido del recinto del templo y se marchaba, sus discípulos se le acercaron y le señalaron
2. los edificios del área del templo. Jesús les dijo:
- ¿Veis todas estas cosas? Pues os digo la pura verdad: No se dejará aquí una piedra sobre otra que no sea derribada.
3. Sus discípulos se le acercaron en privado cuando estaba sentado en el Monte de los Olivos, y le dijeron:
Dinos cuándo sucederán estas cosas; y dinos también cuál será la señal de tu venida y de la consumación de esta edad.
4. - Manteneos alerta - les contestó Jesús; no sea que
5. alguien os extravíe; porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: «Yo soy el Ungido de Dios,» y desca-
6. rriarán a muchos. Oiréis de guerras y de rumores de gue-
7. rras. Fijaos bien para no espantaros; porque estas cosas
8. habrán de suceder, pero no será todavía el final. Porque las naciones se enfrentarán unas con otras, y los reinos entre sí, y habrá hambrunas y terremotos en diversos lugares.
9. Estas cosas no serán más que el principio de la agonía.
10. Entonces os entregarán a la aflicción, y os matarán, y
11. todos os odiarán por causa de mi nombre. Entonces muchos tropezarán, y se traicionarán entre sí, y se odia-
12. rán. Se presentarán muchos falsos profetas. que extraviarán
13. a muchos. Y el amor de muchos se enfriará, porque se
14. habrá multiplicado la maldad. Pero el que resista hasta el fin será el que se salve. Y el Evangelio del Reino se proclamará en todo el mundo habitado para testimonio a
15. las naciones, y entonces llegará el final. Cuando veáis la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel colocada en el Lugar Santo (el que lo lea, que
16. lo entienda, los que estén, en Judea, que huyan a los montes; el
17. que esté en la terraza, que no baje a casa para recoger
18. nada; y el que esté en el campo, que no se vuelva atrás
19. para recoger la capa. -- ¡Pobres de las que estén embarazadas ó criando, esos días!
20. Pedidle a Dios que no tengáis
21. que huir en el invierno ni en sábado. Porque en ese tiempo. habrá una, gran aflicción, como no la ha habido nunca desde el principio del mundo hasta ahora, ni la
22. habrá. Y si no fuera porque esos días serán breves, ningún ser humano sobreviviría. Pero esos días se acortarán por
23. causa de los elegidos. Entonces, si alguien os dice: «¡Fijaos, aquí o allí está el Ungido de Dios!,» no le
24. creáis. Porque surgirán falsos mesías y falsos profetas, que presentarán grandes señales y maravillas con el fin de
25. descarriar, si fuera posible, a los elegidos. Estad alerta, porque para eso os he hablado de estas cosas antes de que
26. sucedan. Si alguien os dice: «¡Fijaos, está en el desierto!,» no salgáis. «¡Fijaos, está en las habitaciones interiores!» ,
27. no le creáis. Porque, como relumbra el relámpago yendo desde el Este hasta el Oeste, así será la venida del Hijo
28. del Hombre. Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los
29. buitres. Inmediatamente después de la aflicción de esos días, el Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su luz, y las estrellas caerán desde los cielos, y los poderes de los
30. cielos sufrirán sacudidas. Entonces aparecerá en los cielos la señal del Hijo del Hombre, y entonces todas las tribus de la Tierra harán endecha. Y veréis al Hijo del Hombre venir en las nubes del Cielo con poder y mucha gloria.

31. Y Él enviará a Sus ángeles con un gran toque de trompeta a reunir a los elegidos de los cuatro puntos cardinales, desde un extremo de los cielos hasta el otro.

LOS TEMAS QUE SE ENTRELAZAN

Aquí tenemos la visión compuesta del futuro que Mateo recoge para nosotros; ahora debemos tratar de desenredar sus varios hilos. En esta etapa, solamente indicaremos los hilos; dejando la explicación más plena para el comentario detallado:

(i) Algunos versículos que anuncian los terribles días del *asedio de Jerusalén* por el general romano Tito, que fue uno de los más terribles de toda la Historia: Esto se encuentra en los versículos 15-22.

(ii) Algunos versículos hablan de la *destrucción de Jerusalén* completa y definitiva, y de su reducción a un montón de ruinas. Estos son los versículos 1 y 2.

(iii) Algunos versículos trazan cuadros tomados de la -concepción judía. del *Día del Señor*. Hemos hablado antes sobre esa concepción, pero debemos ahora bosquejarla en breve. Los judíos dividían todo el tiempo en dos edades: esta edad presenta, y la edad por venir. La edad presente es totalmente mala y fuera de toda esperanza de reforma humana. Sólo se puede remediar por la directa intervención de Dios. Cuando Dios intervenga, llegará la edad de oro, la edad por venir. Pero entre las dos edades estará el *Día del Señor*, un tiempo de terribles cataclismos, como los dolores de parto de una nueva era.

En el Antiguo Testamento mismo hay muchas descripciones del Día del Señor; y en los libros judíos que se escribieron en el período entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, estos cuadros se desarrollan más y resultan todavía más terribles.

Será tiempo de *terror*. «Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento.» (*Sofonías 1:14-18*). Las descripciones de ese terror, se iban haciendo más y más horripilantes.

Vendrá *repentinamente* <El Día del Señor vendrá así como ladrón en la noche> (1 *Tesalonicenses 5:2*). Los rabinos tenían un dicho: «Tres cosas -decían- se presentan inesperadamente: La veda del Mesías, un descubrimiento y un escorpión.»

Habrá *una sacudida que hará trizas* el universo. El Sol se volverá oscuro, y la Luna se convertirá en sangre (*Joel 2:30s; Isaías 13:10,13*).

Será un tiempo de *caos moral*, en el que los niveles morales se trastornarán, y hasta la naturaleza actuará contra sus propias leyes, y cuando las nieblas y la violencia y el odio serán la atmósfera general de la vida. Schürer (*El pueblo judío en tiempos de Cristo 11, 154*) resume las ideas judías acerca del Día del Señor, de las que estaba llena la literatura judía que se leía en los tiempos de Jesús. «El Sol y la Luna se oscurecerán, aparecerán espadas en los cielos, columnas de caballos e infantes marcharán por las nubes. Toda la naturaleza sufrirá una conmoción. El Sol saldrá por la noche, y la Luna de día. Los bosques rezumarán sangre, y las piedras darán voces, y el agua dulce se volverá salada. Los terrenos cultivados se volverán barbechos, los graneros llenos se encontrarán vacíos, y -las fuentes de los pozos cesarán. Entre los seres humanos, las restricciones impuestas por el orden se disolverán, el pecado y la impiedad regirán sobre la Tierra. Y los hombres pelearán unos con otros como aquejados de locura, el amigo contra el amigo, y el hijo contra el padre, y la hija contra la madre. Las naciones se levantarán unas contra otras, y a la guerra se añadirán terremotos, fuegos y hambrunas que arrebatarán a los seres humanos.»

Tales eran los cuadros terribles del Día del Señor. Los versículos son 6-8 y 29-31.

(iv) Algunos versículos tratan de *la persecución* que sufrirán los seguidores de Cristo. Este tema se halla en los vv. 9 y 10.

(v) Algunos versículos tratan de *las amenazas* que acecharán la vida y la pureza de la Iglesia. Son los vv. 4 y 5, 11-13, 23-26.

(vi) Algunos versículos hablan claramente de *la Segunda Venida* de Cristo. Son los vv. 3, 14, 27 y 28.

Así que en los primeros 31 versículos de este capítulo difícil y maravilloso de *Mateo*, tenemos una especie de visión sextuple del futuro. Ahora pasamos a considerar esta visión, no siguiendo los versículos en el orden de nuestras biblias, sino según los temas que hemos visto que aparecen aquí.

LA DESTRUCCIÓN DE LA SANTA CIUDAD

Mateo 24:1-2

Quando Jesús ya había salido del recinto del templo y se marchaba, sus discípulos se le acercaron y le señalaron los edificios del área del templo. Jesús les dijo:

-¿Veis todas estas cosas? Pues os digo la pura verdad: No se dejará aquí una piedra sobre otra que no sea derribada.

Es probable que algunos de los discípulos no hubieran estado nunca en Jerusalén. Eran galileos, hombres del Norte del país y del campo, pescadores que conocían el lago mucho mejor que la ciudad. Algunos de ellos por lo menos serían como los campesinos que vienen a visitar nuestras grandes ciudades, y que se quedan alucinados con lo que ven; y era normal, porque no había nada parecido al templo de Jerusalén en el mundo antiguo.

La cima del Monte de Sión se había allanado para dejar una tarima de 1,000 pies cuadrados. Al final de ella se encontraba el templo propiamente dicho (el *naós*). Estaba construido de mármol blanco chapado en oro, y relucía al sol de tal manera que apenas se podía mirar. Entre la ciudad de abajo y el cerro del templo estaba el valle del Tiropeón, que atravesaba un puente colosal. Sus arcos tenían de luz 41,5 pies, y sus pilares tenían 24 pies de altura por 6 pulgadas de grosor. El área del templo estaba rodeada de grandes pórticos: el Pórtico de Salomón y el Pórtico Real. Estos pórticos estaban sostenidos por pilares esculpidos en una pieza de bloque de mármol. Tenían 37,5 pies de altura y tal anchura que tres hombres cogidos de la mano apenas los podían abarcar. En las esquinas del templo, las piedras regulares se ha descubierto que medían de 20 a 40 pies de longitud, y que pesaban más de 100 toneladas. Cómo las cortaron y colocaron en su posición es uno de los misterios de la ingeniería antigua. No nos sorprende que los pescadores galileos se quedaran alucinados, y le hicieran notar a Jesús toda aquella grandeza.

Jesús les contestó que llegaría el día en que ninguna de esas piedras seguiría en su sitio -y tenía razón. En el año 70 d.C., los romanos, provocados fatalmente por la intransigencia rebelde de los judíos, renunciaron a todo proyecto de pacificación y se lanzaron a la destrucción, y Jerusalén y el templo fueron arrasados de tal manera que la profecía de Jesús se cumplió literalmente.

Aquí habla el profeta Jesús. Jesús sabía que el camino del poder político solo conduce a la destrucción. La persona y la nación que no toman el camino de Dios, están abocadas al desastre -también en las cosas materiales. La persona y la nación que rechazan el sueño de Dios descubren que sus propios sueños también se desmoronan.

EL INEXORABLE TERROR DEL ASEDIO

Mateo 24:15-22

-Cuando veáis la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel colocada en el Lugar Santo (el que lo lea, que lo entienda), los que estén en Judea, que huyan a los montes; el que esté en la terraza, que no baje a casa para recoger nada; y el que esté en el campo, que no se vuelva atrás para recoger la capa. ¡Pobres de las que estén embarazadas o criando esos

días! Pedidle a Dios que no tengáis que huir en el invierno ni en sábado. Porque en ese tiempo habrá una gran aflicción, como no la ha habido nunca desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si no fuera porque esos días serán breves, ningún ser humano sobreviviría. Pero esos días se acortarán por causa de los elegidos.

El asedio de Jerusalén fue uno de los más terribles de la Historia. Jerusalén era sin duda una ciudad difícil de tomar, ya que estaba situada en una montaña, y defendida por fanáticos religiosos. Así es que Tito decidió conquistarla. por el hambre.

No se sabe exactamente lo que es *la abominación desoladora*. La frase procede de *Daniel 12:11*. Allí se dice que *la abominación que causa desolación* está establecida en el templo. La referencia de *Daniel* es muy clara. Hacia el año 170 a.C., el rey de Siria Antíoco Epífanes se decidió a erradicar, el judaísmo y a introducir en Judea la religión y la manera de vivir griega. Capturó Jerusalén, y profanó el templo erigiendo en él un altar a Zeus Olímpico, y ofreciendo sobre él carne de cerdo, y convirtiendo las habitaciones de los sacerdotes y las cámaras del templo en burdeles públicos. Fue un intento deliberado de erradicar la religión judía.

La profecía de Jesús era que aquello sucedería otra vez, y que de nuevo el Lugar Santo sería profanado, como lo fue de hecho. Jesús vio que venía sobre Jerusalén. una repetición de las cosas terribles que le habían sucedido 200 años antes; solo que esta vez no surgiría ningún Judas Macabeo; esta vez no habría recuperación ni purificación; no habría más que una destrucción definitiva.

Jesús predijo acerca del asedio que, si no hubiera sido porque duró un tiempo limitado, ningún ser humano lo habría sobrevivido. Es curioso ver que Jesús dio consejos prácticos que no se siguieron, lo cual multiplicó el desastre. El consejo de Jesús fue que, cuando llegara ese día, la gente se fuera a las montañas. No lo hicieron; se apiñaron en la ciudad y dentro de los muros de Jerusalén los habitantes de todo el país, y esa misma necedad multiplicó por cien el macabro horror del hambre del asedio.

Si acudimos a la historia de Josefo, vemos la razón que tuvo Jesús acerca del terrible futuro. Josefo escribe acerca de los días terribles del asedio y el hambre: «Entonces se extendió el hambre por doquier, y devoró a la gente por casas y familias enteras. Las habitaciones superiores estaban llenas de mujeres y de niños que se morían de hambre; y las callejas de la ciudad estaban llenas de cadáveres de ancianos; también los niños y los jóvenes vagaban por los mercados como sombras, hinchados por el hambre, y se caían muertos donde los pillaba su miseria. En cuanto a enterrarlos, los que estaban enfermos no podían hacerlo, y los que estaban algo mejor de ánimo tenían miedo de hacerlo por la gran multitud de cadáveres y por la incertidumbre que tenían de lo pronto que morirían ellos mismos, porque muchos morían mientras estaban enterrando a otros, y muchos acababan en el ataúd. antes de que les llegara la hora fatal. Tampoco se hacía ningún duelo por aquellas calamidades, ni se oían endechas; pero el hambre trastocaba todas las pasiones naturales; porque los que estaban a punto de morir miraban a los que iban a su descanso antes que ellos con los ojos secos y las bocas abiertas. Un profundo silencio, y una especie de noche mortal, se cernían sobre la ciudad... Y cada uno moría con la mirada fija en el templo» (Josefo, *Guerras de dos judíos*, S. 12. 3).

Josefo cuenta la historia macabra -de una mujer que en aquellos días mató y asó y se comió a su propio bebé (6. 3. 4). Nos cuenta que hasta los romanos, cuando ya habían tomado la ciudad e iban buscando botín, se quedaban tan impresionados por el horror de lo que veían que no podían por menos de retener sus manos: < Cuando los romanos llegaban a las casas para saquearlas, encontraban en ellas familias enteras de cadáveres, y lo mismo en las habitaciones superiores... Entonces se quedaban parados del horror de lo que veían, y salían sin tocar nada» (6. 8. 5). Josefo mismo compartió los horrores del asedio, y dice que fueron llevados cautivos como esclavos 97,000, y murieron 1,100,000.

Eso fue lo que previó Jesús; estas fueron las cosas que advirtió. No debemos olvidar nunca que no son solo las personas, sino también las naciones las que necesitan la sabiduría de Cristo. A

menos que los dirigentes de las naciones se dejen guiar por Cristo, no pueden hacer más que guiarlas, no solo al desastre espiritual, sino también al desastre material.

Jesús no era ningún soñador .idealista; estableció las únicas leyes por las que una nación puede prosperar, que si no se tienen en cuenta solo se consigue perecer miserablemente.

EL DÍA DEL SEÑOR

Mateo 24:6-8, 29-31

-Oiréis de guerras y de rumores de guerras. Fijaos bien para no espantaros; porque estas cosas habrán de suceder, pero no será todavía el final. Porque las naciones enfrentarán, unas con otras, y los reinos entre sí, y habrá hambrunas y terremotos en diversos lugares. Estas cosas no serán más que el principio de la agonía.

-Inmediatamente después de .la .aflicción de esos días, el Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su luz, y las estrellas caerán desde los cielos, y los poderes de los cielos sufrirán sacudidas. Entonces aparecerá en los cielos la señal del Hijo del Hombre, y entonces todas las tribus de la Tierra harán endecha. Y verás al Hijo del Hombre venir en las nubes del Cielo con poder u mucha gloria. Y Él enviará a Sus ángeles con un gran toque de trompeta a reunir a los elegidos de los cuatro puntos cardinales, desde un extremo de los cielos hasta el otro.

Ya hemos visto que una parte esencial del, pensamiento judío acerca del futuro era *el Día del Señor*, ese día en que Dios iba a intervenir directamente en la Historia, cuando la edad presente, con todo su mal incurable, empezaría a transformarse en la edad por venir.

Era natural que los autores del Nuevo Testamento identificaran en gran medida la Segunda Venida de Jesús con el Día del Señor; y que adoptaran toda la imaginería que tenía relación con el día del Señor y la aplicaran a la Segunda Venida.

Ninguna de estas figuras -se ha de tomar literalmente; *son* figuras, son visiones; son intentos de expresar lo indescriptible con palabras humanas, y de encontrar alguna clase de representación para acontecimientos que no se pueden expresar en lenguaje humano.

Pero de estas imágenes surgen ciertas grandes verdades.

(i) Nos dicen que Dios no ha abandonado al mundo; a pesar de toda su maldad, el mundo sigue siendo el escenario en el que el propósito de Dios se desarrolla. Dios no tiene intención de abandonar, sino de intervenir.

(ii) Nos dicen que ni siquiera la multiplicación de maldad nos debe desanimar. Una parte esencial del cuadro judío del Día del Señor es que un derrumbamiento total de -todos los niveles morales y una, al parecer, completa desintegración del mundo lo precederían. Pero, a pesar de todo, este no es el preludio de la destrucción, sino de la re-creación.

(iii) Nos dicen que tanto el juicio como una nueva creación son seguros. Nos dicen que Dios contempla el mundo con justicia y con misericordia; y que Dios no tiene el propósito de obliterar el mundo, sino el de crear un mundo nuevo que esté más cerca de Su corazón.

El valor de estas imágenes no está en sus detalles, que en el mejor de los casos no son más que símbolos, y que usan solamente figuras que pueden concebir las mentes humanas, sino en la eterna verdad que conservan; y la verdad fundamental en ellas es que, a pesar de ser el mundo como es, Dios no lo ha abandonado.

LA PERSECUCIÓN POR VENIR

Mateo 24:9-10

-Entonces os entregarán -a la aflicción, y os matarán, y todos os odiarán por causa de Mi nombre. Entonces muchos tropezarán y se traicionarán entre sí y se odiarán.

Este pasaje muestra la honestidad -a toda prueba de Jesús: Él nunca les prometió a Sus discípulos un camino fácil; ICÉ prometió muerte y sufrimiento y persecución. En cierto sentido, la Iglesia verdadera será siempre una Iglesia perseguida mientras exista en un mundo que no es cristiano. ¿De dónde procede esa persecución?

(i) Cristo ofrece *una nueva lealtad*; y una y otra vez declara que esta nueva lealtad debe estar por encima de todas las ligaduras terrenales. La más grande causa de odio en los días de la Iglesia Primitiva era el hecho de que el Cristianismo dividía hogares y familias cuando uno de sus miembros se decidía por Cristo y los otros no. El cristiano es una persona que se ha comprometido a darle a Jesucristo el primer lugar en su vida -y muchos conflictos humanos es probable que resulten de eso.

(ii) Cristo ofrece *un nuevo nivel*. Hay costumbres y prácticas y maneras de vivir que puede que estén bien para el mundo, pero están lejos de ser aceptables para el cristiano. Para muchas personas,- la dificultad del Cristianismo está en que hace un juicio sobre ellas mismas y sobre su proceder en los negocios o en las relaciones personales. Lo extraño del Cristianismo es que el que no quiera cambiar no tiene más remedio que odiarlo y rechazarlo.

(iii) El cristiano, si es cristiano de verdad, introduce *un nuevo ejemplo* en este mundo. Hay una belleza diaria en su vida que afea las vidas de los demás. El cristiano es la luz del mundo porque muestra en sí mismo la belleza de la vida llena de Cristo, y por tanto la fealdad de la vida vacía de Cristo.

(iv) Todo esto es decir que el Cristianismo trae *una nueva conciencia* a la vida. Ni la persona ni la Iglesia cristiana pueden tener nunca nada que ver con un ocultamiento o con un silencio cobarde. La Iglesia y la persona cristiana deben constituir en todo tiempo la conciencia del Cristianismo y es característico de las personas que muchas veces preferirían silenciar la conciencia.

AMENAZAS A LA FE

Mateo 24:4-5, 11-13, 23-26

Manteneos alerta -les contestó Jesús-, no sea que alguien os extravíe; porque muchos vendrán en Mi nombre diciendo: «Yo soy el Ungido de Dios, » y descarriarán a muchos.

» Se presentarán muchos falsos profetas que extraviarán a muchos. Y el amor de muchos se enfriará, porque se habrá multiplicado la maldad. Pero el que resista hasta el fin será el que se salve.

»Entonces, si alguien os dice: «¡Fijaos, aquí o allí está el Ungido de Dios!, » no le creáis. Porque surgirán falsos mesías y falsos profetas, que presentarán grandes señales y maravillas con el fin de descarriar, si fuera posible, a los elegidos. Estad alerta, porque para eso os he hablado de estas cosas antes de que sucedan. Si alguien os dice: «¡Fijaos, está en el desierto!,» no salgáis. «¡Fijaos, está en las habitaciones interiores!,» no le creáis.

En los días por venir, Jesús veía que dos peligros amenazarían a la Iglesia.

(i) Habría el peligro de los *falsos dirigentes*. Un falso dirigente es una persona que trata de propagar su propia versión de la verdad más bien que la verdad como se encuentra en Jesucristo; y una persona que trata de vincular a otros consigo misma más bien que con Jesucristo. La consecuencia inevitable de esto es que un falso dirigente produce división en lugar de edificar la unidad. La prueba de cualquier dirigente es si se parece a Cristo.

(ii) El segundo peligro es el del *desaliento*. Hay algunos a los que se les enfriará el amor a causa de la creciente impiedad del mundo. El verdadero cristiano es aquel que mantiene su fe cuando esta se encuentra en las mayores dificultades; y que, en las circunstancias más descorazonadoras, se niega a creer que el brazo de Dios se haya acortado o que Su poder haya disminuido.

LA LLEGADA DEL REY

Mateo 24, 14, 27-28

Sus discípulos se Le acercaron en privado cuando estaba sentado en el Monte de los Olivos, y Le dijeron:

Dinos cuando sucederán estas cosas; y dinos también cuál será la señal de Tu venida y de la consumación de esta edad.

Y el Evangelio del Reino se. proclamará en todo el mundo habitado para testimonio a las naciones, y entonces llegará el final.

Porque como. relumbra , el . relámpago yendo desde el Este hasta el Oeste, así será la venida del Hijo del Hombre. Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres.

Aquí habla Jesús directamente de Su Segunda Venida. El Nuevo Testamento no usa nunca la frase *la Segunda Venida*. La palabra que usa para describir la vuelta de Cristo, en gloria es *Parusía*; esta palabra ha pasado al castellano y a otras lenguas como un sinónimo de la Segunda Venida; es muy corriente en el resto del Nuevo Testamento, pero en los evangelios este es el único lugar en que aparece (versículos 3, 27, 37, 39). Lo interesante es que es la palabra corriente para la llegada de un gobernador a su provincia, o de un rey a sus súbditos. Describe una llegada en autoridad y en poder.

El resto de este capítulo tiene mucho que decirnos acerca de este tema; pero de momento notamos que, cualquier otra cosa que sea verdad acerca de la doctrina de la Segunda Venida, es cierto que conserva dos grandes hechos.

(i) Conserva el hecho del triunfo definitivo de Cristo. Aquel a Quien los hombres crucificaron será un día el Señor de toda la humanidad. Para Jesucristo, el final estaba seguro -y era Su soberanía universal.

(ii) Conserva el hecho de que la Historia se dirige a alguna parte. Algunas veces se ha supuesto que la Historia se iba precipitando a un caos cada vez más salvaje, y que no es nada más que «la historia de los pecados y las locuras humanas.» Algunas veces se ha supuesto que la Historia era cíclica, y que el mismo ciclo de cosas sucedía una y otra vez. Los estoicos creían que hay ciertos períodos fijos, y que al final de cada uno se destruye el mundo en una gran conflagración, y que entonces la misma historia tiene lugar de nuevo hasta en sus más mínimos detalles.

Como decía Crisipo: «Entonces el mundo es restaurado de nuevo otra vez, y con una organización precisamente igual a la anterior. Las estrellas se mueven otra vez en sus órbitas, cada una siguiendo su curso como en el período anterior, sin ninguna variación. Sócrates y Platón y cada persona individual vivirán de nuevo con los mismos amigos y compatriotas. Pasarán las mismas experiencias y realizarán las mismas actividades. Todas las ciudades y las aldeas y los campos serán restaurados exactamente como fueron. Y esta restauración del universo tiene lugar, no una vez, sino una y otra y otra veces -de cierto, por toda eternidad, sin fin.» Este es un pensamiento lúgubre, el de que las gentes están abocadas a un eterno molino en el que no hay progreso ni posibilidad de escapar.

Pero la Segunda Venida contiene en sí esta verdad esencial: Que hay « un acontecimiento divino en lontananza, al que toda la creación se dirige,» y ese acontecimiento no es la disolución general, sino el gobierno universal y eterno de Dios.

LA VENIDA DEL REY

Mateo 24:32-41

Aprended la lección que os enseña la higuera. Cuando se le ponen las ramas tiernas y empieza a echar hojas, sabéis que ya viene el verano. Pues lo mismo vosotros: cuando veáis que suceden todas estas cosas, tomad nota de que Él está cerca, a las puertas. Os digo la pura verdad: Esta generación no pasará sin que todas estas cosas hayan tenido lugar. Antes pasarán los cielos y la Tierra que Mis palabras. ,

»Nadie sabe el día ni la hora, ni siquiera los ángeles del Cielo ni el Hijo, sino solo el Padre. Como sucedió el tiempos de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque, así como en aquellos días antes del Diluvio pasaban el tiempo comiendo y bebiendo, casándose los hombres y las mujeres, hasta el día que Noé se metió en el arca, y no se dieron cuenta de lo que iba a pasar hasta que vino el Diluvio y los barrió a todos, así será la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos hombres en el campo, y uno será tomado y el otro dejado. Habrá dos mujeres moliendo con un molino, y una será tomada y la otra dejada.

Pocos pasajes nos presentan mayores dificultades que este. Está en dos secciones que parecen contradecirse mutuamente. La primera (versículos 32-35) parece indicar que, como uno puede decir por las señales de la naturaleza cuando el verano está próximo, así puede decir por las señales del mundo cuando estará al llegar la Segunda Venida. Y entonces parece que sigue diciendo que la Segunda Venida sucederá durante la vida de la generación..que-estaba escuchando a Jesús en aquel momento.

La segunda sección (versículos 36-41) dice definitivamente que nadie sabe cuándo será la Segunda Venida: ni los ángeles, ni el mismo Jesús, sino solo Dios; y que llegará sobre la humanidad tan repentinamente como una tormenta.

Hay aquí una dificultad muy real que, aunque no podamos resolverla totalmente, debemos por lo menos intentarlo.

Tomemos como punto de partida el versículo 34: «Os digo la pura verdad: Esta generación no pasará sin que todas estas cosas hayan` tenido lugar.» Cuando consideramos ese dicho, surgen tres posibilidades.

(i) Si Jesús lo dijo refiriéndose a Su Segunda Venida, se equivocó, porque no tuvo lugar durante la vida de la generación que Le estaba escuchando. Muchos aceptan ese punto de vista, creyendo que Jesús tenía un conocimiento limitado como hombre, y creía que volvería en la vida de aquella generación. Podemos aceptar que, en Su humanidad, Jesús tenía un conocimiento limitado; pero es difícil creer que cometió un error en relación con una verdad espiritual tan importante como esta.

(ii) Es posible que Jesús dijera algo parecido, que se ha alterado en la transmisión. En *Marcos 9:1* leemos que Jesús dijo: «De verdad os digo que hay algunos que están aquí que no probarán la muerte antes de ver el Reino de Dios venir con poder.» Eso fue gloriosa y triunfalmente cierto. En la vida de aquella generación, el Reino de Dios se extendió poderosamente hasta el punto de que hubo cristianos en todo el mundo.

Ahora bien, los cristianos originales esperaban que la Segunda Venida tuviera lugar inmediatamente. En su situación de sufrimiento y persecución esperaban y anhelaban la liberación que traería la venida de su Señor, y algunas veces tomaron dichos que se suponía que hablaban del *Reino*, y los relacionaron con la *Segunda Venida*, que era una cosa diferente. Algo así puede que

sucediera aquí. Lo que Jesús puede que dijera es que Su *Reino* vendría poderosamente antes que pasara aquella generación.

(iii) Pero hay una tercera posibilidad. ¿Podría ser que la frase *sin que todas estas cosas hayan tenido lugar* no se refiriera a la Segunda Venida? ¿No es posible de hecho que se refiriera a la profecía con la que empezó el capítulo, el asedio y la caída de Jerusalén? Si aceptamos ésta, no queda ninguna dificultad. Lo que Jesús está diciendo es que estas serias advertencias Suyas acerca de la caída de Jerusalén se cumplirían en el marco de aquella generación -y se cumplieron de hecho 40 años más tarde. Parece con mucho lo mejor el tomar los versículos 32-35 como refiriéndose, no a la Segunda Venida, de Cristo, sino a la destrucción de Jerusalén; porque entonces se eliminan todas las dificultades.

Los versículos 36 al 41 sí se refieren a la Segunda Venida, y nos dicen algunas verdades de suma importancia.

(i) Nos dicen que el día y la hora de tal acontecimiento .no los sabe más que Dios. Está claro, por tanto, que el especular acerca del tiempo de la Segunda Venida no es menos que una blasfemia; porque el que así especula está tratando de hurtarle a Dios secretos que solo Le pertenecen a Él. Nuestro deber es prepararnos y esperar.

(ii) Nos dicen que ese tiempo llegará repentinamente y por sorpresa sobre los que estén inmersos en las cosas -materiales. En la antigua historia del *Génesis*, Noé se preparó cuando hacía buen tiempo para el Diluvio que había de venir; y cuando vino, él estaba preparado. Pero el resto de la humanidad estaba perdido comiendo y bebiendo y casándose, y fueron sorprendidos totalmente de improviso, y fueron por tanto barridos. Estos versículos son una advertencia para que no estemos tan inmersos en el tiempo que olvidemos la eternidad, .para que nunca permitamos que los intereses del mundo, por muy necesarios que sean, nos distraigan totalmente de recordar que hay Dios, que las consecuencias de la vida y de la muerte están en Sus manos, y que citando nos llegue Su llamada, sea a la mañana o al mediodía o por la tarde, debe hallarnos preparados.

(iii) Nos dicen que la venida de Cristo será un tiempo de separación y de juicio cuándo Él recogerá a los Suyos.

No podemos ver más allá; porque Dios Se ha reservado ese conocimiento en Su sabiduría.

LISTOS PARA LA VUELTA DEL REY

Mateo 24:42-51

Así que velad, .porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Daos cuenta de que, si el dueño de una casa supiera a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría despierto y no le dejaría meterse. Por eso vosotros también debéis estar dispuestos; porque el Hijo del Hombre volverá a la hora que menos os figuréis.-

»¿Quién, entonces, será el servidor prudente y de confianza al que su amo ponga a cargo de todo el personal de su casa, para que les dé su comida a su debido tiempo? ¡Feliz el servidor al que su amo, cuando vuelva, le encuentre obrando así! Esta es la pura verdad: que le pondrá a cargo de todas sus posesiones. Pero si fuera un mal servidor, y se dijera para sus adentros: "Mi amo tardará todavía. mucho en volver," y se pusiera a maltratar a sus conserjos y a comer y beber con los borrachos, entonces el amo de ese servidor vendrá cuando menos le espere, el día y ala hora que no se figure, y de hará polvo, poniéndole entre los que no son de fiar. Entonces será cuando llore y rechiné los dientes.

Aquí tenemos la consecuencia práctica de todo lo precedente. Si el día y la hora de la Segunda Venida de Cristo no los conoce nadie más que Dios, entonces toda la vida debe ser una constante preparación para ese acontecimiento. Y, en ese caso, hay ciertos pecados fundamentales.

(i) El vivir descuidadamente invita el desastre. Un ladrón no manda una carta diciendo cuándo va a asaltar una casa; su arma principal para llevar a cabo su empresa inicua es la sorpresa; por tanto, un propietario que tiene cosas de valor en casa debe estar en guardia constantemente. Pero, para ver la escena que se nos muestra, debemos recordar que la vigilancia del cristiano que espera la Segunda Venida de Cristo no debe estar inspirada por el terror y la aprensión, sino por la anhelante expectación de Su venida en gloria y alegría.

(ii) El espíritu que conduce al desastre es el que dice que hay tiempo de sobra. Es el cómodo engaño del servidor el pensar que siempre tendrá tiempo para poner las cosas en orden antes que vuelva su amo.

Hay una fábula que cuenta los planes de tres aprendices de diablos que venían a la Tierra a hacer prácticas. Estaban hablando con Satanás, el jefe de los diablos, de lo que harían para tentar y perder a la gente. El primero dijo: «Les diré que Dios no existe.» Satanás le contestó: «Eso no engañará a muchos, porque saben de sobra que hay Dios.» El segundo dijo: «Les diré que no hay infierno.» Satanás le contestó: «No engañarás a nadie con eso, porque los humanos saben muy bien ya que el pecado conduce al infierno.» El tercero dijo: «Les diré que no tengan prisa.» «¡Adelante -le contestó Satanás-, porque tú vas a hacer que se pierdan a millares!» El más peligroso de todos los engaños es que hay tiempo de sobra para todo. El día más peligroso de la vida de una persona es cuando aprende que hay tal palabra como *mañana*. Hay cosas que no se pueden dejar para mañana, porque no se sabe si habrá tal día para uno.

(iii) Se despide al que no cumple con su deber, y se recompensa al que cumple fielmente. El servidor que cumplió con su deber fielmente recibió una responsabilidad todavía mayor; y el que falló, recibió su merecido. La conclusión inevitable es que debemos procurar que cuando vuelva Jesucristo no nos encuentre ocupados en nada mejor ni mayor que en cumplir con nuestro deber.

Hay un espiritual negro que dice:

Hay un Rey y Gran General, que está a punto de llegar, y me hallará sacando algodón cuando venga. Ya se oyen Sus legiones a la carga.

En los campos del cielo, y me hallará sacando algodón cuando venga.

Hay un Hombre al que echaron a la cuneta, y le torturaron hasta matarle, y me hallará sacando algodón cuando venga. Fue odiado y rechazado, burlado y crucificado, y me hallará sacando algodón cuando venga. ¡Cuando venga, cuando venga! Le coronarán los santos y los ángeles cuando venga, y le gritarán ¡Hosanna! al Hombre Que negaron los hombres. y yo me arrodillaré entre mi algodón cuando venga.

Si uno está cumpliendo con su deber, por muy sencillo que este sea, el día que Cristo vuelva será un día de alegría y de gloria para él.

EL DESTINO DE LOS DESPREVENIDOS

Mateo 25:1-13

Lo que sucederá en el Reino del Cielo se parece a lo que pasó una vez cuando diez chicas jóvenes tomaron sus lámparas para salir a dar la bienvenida a un novio que venía a su boda. Cinco de las chicas eran simples, y las otras cinco eran sensatas. Las simples no llevaban más que las lámparas, pero sin aceite de reserva; pero las sensatas llevaban aceite en sus alcuza aparte de las lámparas.

Como el novio tardaba en llegar, todas se pusieron a descansar, y se quedaron dormidas. A mitad de la noche se oyeron gritos: «¡Atención! ¡El novio! ¡Salid a recibirle!» Entonces se despertaron todas las chicas, y se pusieron a preparar las lámparas. Las simples les dijeron a

las sensatas: «Dadnos un poco de vuestro aceite, porque se nos están apagando las lámparas. » Pero las sensatas les contestaron: «No podemos hacer eso, porque podría ser que no tuviéramos bastante para nosotras y para vosotras. Lo mejor que podéis hacer es ir al aceitero y comprarle para vosotras.»

Mientras iban a comprar aceite, llegó el novio, y las que estaban preparadas entraron con él a la fiesta de la boda, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras chicas, y se pusieron a llamar y a decir: «¡Señor, señor, ábrenos la puerta!» Pero él les contestó: «Os digo la verdad: yo no sé quiénes sois.»

Así es que estad alerta, porque no sabéis el día ni la hora en que ha de volver el Hijo del Hombre.

Si miramos esta parábola con ojos occidentales nos parecerá muy poco natural y muy peregrina. Pero, de hecho, cuenta una historia que podría haber sucedido en cualquier tiempo en un pueblo de Palestina, y que podría suceder ahora.

Una boda era una gran ocasión. Todo el pueblo salía a acompañar a la pareja a su nuevo hogar, e iban por el camino más largo posible para recibir las felicitaciones de los más posible. < Todo el mundo -decían los judíos- entre los 6 y los 60 seguirá el tambor del matrimonio. » Los rabinos estaban de acuerdo en que uno debía hasta interrumpir el estudio de la Ley para participar de la alegría de una fiesta de boda.

Lo interesante de esta historia depende de una costumbre judía que es muy diferente de las nuestras. Cuando se casaba una pareja, no se iban de luna de miel, sino se quedaban en casa. Durante una semana tenían la puerta abierta á los que los quisieran visitar; los amigos los trataban, y hasta se dirigían a ellos, como príncipe y princesa. Era la semana más dichosa de la vida. A las celebraciones de esa semana estaban invitados sus amigos más íntimos; así es que no fue solamente la ceremonia, sino toda una semana de fiesta lo que se perdieron las chicas simples por no estar preparadas.

El relato de cómo se lo perdieron todo está perfectamente de acuerdo con aquellas costumbres. El Dr. J. Alexander Findlay cuenta lo que él mismo vio en Palestina: < Cuando estábamos acercándonos á la entrada de un pueblo de Galilea -escribe-, vi a diez chicas alegremente vestidas, y que iban tocando alguna clase de instrumentos, que venían bailando por la carretera delante de nuestro coche. Cuando pregunté qué estaban haciendo, el guía me dijo que iban a hacerle compañía a la novia hasta que llegara el novio. Pregunté si tendríamos ocasión de ver la boda; pero el movió negativamente la cabeza mientras decía: "Puede que sea esta noche, o mañana por la noche, o dentro de quince días; eso no se sabe nunca de seguro." Y entonces pasó a explicar que una de las mayores suertes que se podían tener en una boda de clase media en Palestina era encontrarse con el cortejo nupcial descansando, y que el novio llegara inesperadamente, a veces en medio de la noche; es verdad que la opinión pública espera que mande un mensajero por la calle gritando: "¡Atención, que viene el novio!" Pero eso puede suceder a cualquier hora; de modo que el cortejo nupcial tiene que estar preparado para salir a la calle a cualquier hora a recibir al novio cuando se le ocurra llegar... Otros detalles importantes son que a nadie se le permite estar en la calle cuando anochece sin una lámpara, y también que, una vez que ha llegado el novio, y se ha cerrado la puerta, los que lleguen tarde a la ceremonia ya no pueden entrar. » Así es que el drama de la parábola de Jesús se representa exactamente en el siglo XX. Aquí no tenemos ninguna historia imaginaria, sino un gajo de la vida de una aldea de Palestina.

Como tantas parábolas de Jesús, esta tiene un sentido inmediato y local, y también un sentido más amplio y universal.

En su significado inmediato, iba dirigida a los judíos. Ellos eran el pueblo elegido de Dios; toda su historia debiera haber sido una preparación para la venida del Hijo de Dios; deberían haber estado preparados para cuando Él viniera. Pero, por el contrario: estaban totalmente desprevenidos, y por

tanto se encontraron excluidos. Aquí tenemos, en forma dramática, la tragedia de la falta de preparación de los judíos.

Pero la parábola tiene al menos dos advertencias universales.

(i) Nos advierte que hay ciertas cosas que no se pueden obtener en el último minuto. Es demasiado tarde para un estudiante el preparar los exámenes la noche antes. Es demasiado tarde para una persona el adquirir la habilidad o el carácter, si no los posee anticipadamente, cuando se le presenta la oportunidad de un buen trabajo. También es fácil dejar las cosas para tan tarde que ya no nos podemos preparar para encontrarnos con Dios. Cuando María de Orange estaba muriendo, su capellán trató de hablarle del camino de la salvación. Ella contestó: «No he dejado esa cuestión para esta hora.» Llegar, demasiado tarde es siempre una tragedia.

(ii) Nos advierte que hay ciertas cosas que no se pueden pedir prestadas. A las chicas simples les resultó imposible conseguir aceite prestado cuando descubrieron que les hacía falta. No se puede recibir prestada una relación con Dios. Cada cual debe poseerla por sí. No se puede pedir prestado un carácter. Se tiene que llevar puesto. No podemos estar viviendo siempre de prestado del capital espiritual que han reunido otros: Hay ciertas cosas que tenemos que ganarnos o adquirir por nosotros mismos, porque no nos las pueden prestar otros.

No hay toque de difuntos más cargado de remordimiento que el sonido de las palabras «¡Demasiado tarde!»

EL TALENTO ENTERRADO

Mateo 25:14-30

Hubo una vez un hombre que se tenía que marchar al extranjero, y llamó a sus siervos y les confió sus bienes. A uno le dio 250, 000 pesetas; a otro, 100, 000, y a otro 50,000. A cada uno de ellos según su capacidad; y luego se marchó: Lo más pronto que pudo, el que había recibido las 250,000 pesetas fue y las invirtió, y obtuvo otras 250,000. De la misma manera, el que había recibido 100, 000, sacó otras 100, 000. Pero el que había recibido 50,000 se retiró, y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su amo. Después de mucho tiempo volvió el amo de aquellos sirvientes, y echó cuentas con ellos. El que había recibido 250,000 pesetas llegó trayendo otras 250,000. «Señor -le dijo-, tú me diste 250,000 pesetas. Mira; he obtenido un beneficio de otras 250,000.» El amo le dijo: < ¡Bien hecho, buen siervo y fiel! Me has sido fiel en un pequeño negocio; te pondré a cargo de muchas cosas; ven a celebrarlo con tu amo. » El que había recibido 100,000 pesetas llegó, diciendo: «Señor, tú me dejaste un depósito de 100,000 pesetas. ¡Mira! He obtenido unas ganancias de otras 100,000.» Su amo le dijo: «¡Bien hecho, buen siervo y fiel! Me has sido fiel en un pequeño negocio; te pondré a cargo de muchas cosas; ven a celebrarlo con tu amo:» El que había recibido 50,000 pesetas también se presentó. «Señor -le dijo-, sabía que eras un hombre implacable, que siegas lo que no labraste y que recoges lo que no sembraste. Así que me dio miedo, y .me aparté y escondí tus 50, 000 pesetas en la tierra. Mira: Aquí tienes lo que es tuyo.» El amo le respondió: «¡Siervo malvado y cobarde! ¿Conque sabías que siego donde no he labrado y recojo lo que no he sembrado? Deberías haber depositado mi dinero en el banco, para que cuando yo volviera lo recibiera con intereses. Así que, quitadle las 50,000 pesetas y dádselas al que tiene 250,000. Porque al que tenga se le dará para que tenga en abundancia; pero al que no tenga, hasta lo que tenga se le quitará. Y echad a este siervo inútil a la oscuridad de fuera. Que llore y rechine los dientes allí.»

Como la parábola anterior, esta tenía una lección inmediata para los que la oyeron por primera vez, y toda una serie de lecciones para nosotros hoy. Se la conoce como La Parábola de los Talentos. En nuestra traducción hemos cambiado los *talentos* por la moneda actual. *El talento* no era

una moneda, sino un peso; y por tanto su valor dependía del metal del que se tratara, cobre, oro o plata. El metal que se usaba más corrientemente era la plata, y el valor de un talento de plata era de unas 50,000 pesetas. Pero para tener una idea de su valor adquisitivo, recuérdese que el jornal de un obrero era de 100 pesetas. Sobre esa base hemos hecho las equivalencias de las varias sumas.

No cabe la menor duda de que la atención original se centraba en el siervo inútil. No hay duda de que representaba a los escribas y los fariseos por su actitud ante la Ley y la verdad de Dios. El siervo inútil enterró su talento en la tierra para podérselo devolver a su amo intacto. Todo, el propósito de los escribas y fariseos era guardar la Ley exactamente como era. Según la frase que ellos mismos usaban, debían «construir una cerca alrededor de la Ley.» Cualquier cambio, -cualquier desarrollo, cualquier cosa nueva, era para ellos anatema: Su método implicaba la parálisis de la verdad religiosa.

Como el hombre con un talento, deseaban mantener las cosas exactamente como habían estado siempre -y era por eso por lo que estaban condenados. En esta parábola Jesús nos dice que no puede haber religión sin aventura, y que a Dios no le sirve para nada una mente cerrada. Pero hay mucho más que eso en esta parábola.

(i) Nos dice que Dios da a las personas diferentes dones. Uno recibió cinco talentos, otro dos, y otro uno. No es el talento de la persona lo que importa; lo que importa es cómo lo use. Dios nunca exige de nadie habilidades que no tenga; pero exige que cada persona use a tope las habilidades que posea. Todas las personas no tienen los mismos talentos; pero pueden ser iguales en el esfuerzo. La parábola nos dice que sea cual fuere el talento que tengamos, pequeño o grande, debemos ponerlo al servicio de Dios.

(ii) Nos dice que la recompensa por un trabajo bien hecho es aún más trabajo para hacer. A los dos siervos que habían cumplido bien no se les dijo que podían sentarse a descansar, sino se les dieron mayores tareas y responsabilidades más grandes. En el trabajo de su amo.

(iii) Nos dice que la persona que es castigada es la que ni siquiera intentó hacer nada. El que tenía un talento no lo usó, no hizo nada con él. Si lo hubiera arriesgado y perdido, habría sido mejor que no hacer nada en absoluto. Siempre es una tentación para el que no tiene - más que un talento el decir: «Tengo tan poco, y puedo hacer tan poco con ello, que no vale la pena intentarlo para lo poco que voy a sacar.» La condenación recae sobre la persona que, aunque no tenga nada más que un talento, no intente usarlo ni arriesgarlo para el bien común.

(iv) Establece una ley de la vida que es universalmente cierta. Nos dice que al que tiene se le dará más, y el que no tiene perderá hasta lo que tenga. El sentido es el siguiente. Si una persona tiene un talento y lo ejercita, se hace progresivamente más capaz de usarlo más. Pero si tiene un talento y deja de utilizarlo, inevitablemente lo perderá. Si se nos da bien un juego o un arte, si tenemos algún don para algo, cuanto más lo ejercitemos más capaces seremos de asumir mayores tareas en esa área. Mientras que, si dejamos de usarlo, lo perdemos. Eso es igualmente cierto de jugar al tenis, o tocar el piano, o cantar, o predicar, o tallar madera, o pensar - ideas. Es la lección de la vida que la única manera de conservar un don es usarlo en el servicio de Dios y de nuestros semejantes.

EL BAREMO DE DIOS

Mateo 25:31-46-

-Cuando venga el Hijo del Hombre con todos Sus ángeles, ocupará Su puesto en Su trono glorioso, y todas las naciones se reunirán delante de Él; y Él separará a unos de otros como separa un pastor las ovejas de las cabras, colocando las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces el Rey les dirá a los de Su mano derecha: «Venid, vosotros a quienes ha bendecido Mi Padre, entrad en posesión del Reino que se os ha preparado desde la creación del mundo! Porque cuando Yo estaba hambriento Me disteis de comer; cuando estaba

sediento, Me disteis de beber; cuando era un forastero, Me recibisteis; cuando estaba desnudo, Me vestisteis; cuando estaba enfermo, vinisteis a visitarme; cuando estaba en la cárcel, vinisteis a verme. » Entonces los íntegros Le contestarán: «Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento, y Te dimos de comer; o sediento, y Te dimos de beber; ó cuando Te vimos forastero, y Te recibimos en nuestras casas; o desnudo, y Te vestimos? ¿Cuándo Te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a verte?» Y entonces el Rey les contestará: «Os digo la pura verdad: En tanto en cuanto se lo hicisteis a uno de los más pequeñitos de estos Mis hermanos, Me lo hicisteis a Mí: » Entonces les dirá a los de Su izquierda: «¡Alejaos de Mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles! Porque estuve hambriento, y no Me disteis de comer; sediento, y no Me disteis de beber; fui forastero, y no Me recibisteis entre vosotros; desnuda, y no Me vestisteis, enfermo y en la cárcel, y no vinisteis a visitarme.» Entonces esos también Le contestarán: «Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no Te prestamos ningún servicio?» Entonces Él les responderá: «Os digo la pura verdad: En tanto en cuanto no se lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos, no Me lo hicisteis a Mí.» Y estos se retirarán al castigo eterno, y los íntegros irán a la vida eterna.

Esta es una de las parábolas más gráficas que Jesús dijo nunca, y su lección está clara como el agua: Que Dios nos juzgará de acuerdo con nuestra reacción a las necesidades humanas. Su juicio no será en función de los conocimientos que hayamos amasado, o de la fama que hayamos adquirido, o de la fortuna que hayamos ganado, sino de la ayuda que hayamos restado.

Hay ciertas cosas que esta parábola nos enseña acerca de la ayuda que debemos prestar a otros.

(i) Debe ser la ayuda en cosas sencillas. Las cosas que Jesús escoge mencionar -dar una comida a un hambriento, o algo de beber a un sediento, recibir a un forastero, animar a un enfermo, visitar a un preso- son cosas que cualquiera puede hacer. No se trata de dar millones de pesetas, ni de escribir nuestros nombres en los anales de la Historia; sino de prestar una sencilla ayuda a personas que nos encontramos todos los días. No hay ninguna otra parábola que le abra el camino de la gloria de tal manera a la gente sencilla.

(ii) Debe ser una ayuda desinteresada. Los que la prestaron no lo hicieron pensando que estaban ayudando a Cristo o haciendo méritos para la eternidad; ayudaban porque no podían por menos. Era la reacción natural, instintiva, totalmente desinteresada, del corazón amante. Mientras que, por la otra parte, la actitud de los que dejaron de ayudar era: < Si hubiéramos sabido que eras Tú, Te habríamos ayudado con mil amores; pero creímos que era simplemente una persona corriente que no valía la pena ayudar. » Sigue siendo verdad que hay algunos que ayudarían si hubieran de recibir por ello alabanzas y gracias y publicidad; pero ayudar de esa manera no es ayudar; es apilarse méritos. No es prestar por generosidad, sino por egoísmo disfrazado. La ayuda que obtiene la aprobación de Dios es la que se da nada más que para ayudar.

(iii) Jesús nos coloca cara a cara con la maravillosa verdad de que toda ayuda de esta clase que prestemos a nuestros semejantes se Le da a Él, y toda la ayuda que se niega, se Le niega a Él. ¿Cómo puede ser esto? Si de veras queremos alegrar el corazón de un padre, si de veras queremos moverle a gratitud, la mejor manera de hacerlo es ayudando a uno de sus hijos. Dios es el gran Padre; y la manera de alegrar el corazón de Dios es ayudando a Sus hijos, nuestros semejantes.

Hubo dos hombres que encontraron esta parábola benditamente cierta. Uno fue Francisco de Asís; era rico y de elevado nacimiento y clase, pero no era feliz, porque tenía el sentimiento de que la vida era incompleta. Un buen día iba dándose un paseo a caballo, y se encontró con un leproso, horrible y repulsivo por la fealdad de su enfermedad. Algo movió a Francisco a bajar del caballo y abrazar a aquel miserable doliente; y en sus brazos el rostro del leproso se transformó en el rostro de Cristo.

El otro fue Martín de Tours. Era soldado romano, y cristiano. Un frío día de invierno, cuando entraba en una ciudad, le paró un mendigo para pedirle limosna. Martín no tenía dinero; pero el mendigo estaba azul y tiritando de frío, y Martín le dio lo que tenía. Se quitó su capa militar, usada y desgastada como estaba, la cortó en dos y le dio la mitad al mendigo.

Aquella noche tuvo un sueño. En él vio los lugares celestiales, y a todos los ángeles, y a Jesús en medio de ellos; y Jesús llevaba puesta la media capa de un soldado romano. Uno de los ángeles Le preguntó: < Maestro, ¿por qué llevas esa capa vieja y desgastada? ¿Quién Te la ha dado?> Y Jesús le contestó suavemente: «Me la ha dado Mi siervo Martín.»

Cuando aprendemos la generosidad que ayuda sin interés a las personas en las cosas más sencillas, nosotros también experimentamos el gozo de ayudar a Jesucristo mismo.

EL PRINCIPIO DEL ÚLTIMO ACTO DE LA TRAGEDIA

Mateo 26:1-5

Cuando Jesús acabó todas estas conversaciones, les dijo a Sus discípulos:

-Ya sabéis que dentro de dos días se celebra la -Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para que Le crucifiquen.:

Por entonces, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote, que se llamaba Caifás, e hicieron los planes para apresar a Jesús con engaños y matarle. Pero decían:

Pero que no sea durante la fiesta, no sea que se produzca un alboroto entre la gente.

Aquí tenemos el principio definitivo del último acto de la tragedia divina. De nuevo Jesús advierte a Sus discípulos de lo que va a suceder. Los últimos pocos días había estado actuando de una manera tan magníficamente desafiante que ellos podrían haber pensado que Jesús se proponía desafiar a las autoridades judías; pero aquí, una vez más, Jesús deja bien claro que Su destino es la Cruz.

Para entonces las autoridades judías ya estaban organizando su complot y sus estratagemas. José Caifás, para darle su nombre completo, era el sumo sacerdote. Sabemos muy poco acerca de él, pero sí conocemos un hecho de lo más significativo. En los días antiguos, el puesto de sumo sacerdote había sido hereditario y vitalicio; pero desde que los romanos se habían apoderado de Palestina, los sumos sacerdotes se sucedieron en una rápida serie, porque los romanos los nombraban y deponían según les convenía. Entre los años 37 a.C. y 67 d.C., cuando fue nombrado el último antes de la destrucción del templo, hubo no menos de veintiocho sumos sacerdotes. Lo sugestivo es que Caifás fue sumo sacerdote desde el año 18 d.C. hasta el 36. Ese fue un tiempo extraordinariamente largo para que un sumo sacerdote se mantuviera en el puesto, así es que Caifás tiene que haber llegado a una técnica perfecta de colaboración con los romanos. Y precisamente ahí era donde estaba su problema.

Lo que menos toleraban los romanos eran los desórdenes sociales. Si había el más mínimo levantamiento, Caifás perdía el puesto. En el tiempo de la Pascua la atmósfera de Jerusalén estaba de lo más cargada. La ciudad estaba abarrotada de gente. Josefo nos cuenta una ocasión en la que se hizo un censo de los presentes (Josefo, *Guerras de los judíos*, 6.9.3). Sucedió de la siguiente manera.

El Gobernador de aquel tiempo era Cestio, que presintió que Nerón no tenía idea del número de judíos ni de los problemas que se le planteaban a un gobernador. Así es que le pidió al sumo sacerdote que hiciera un censo de los corderos que se sacrificaban en una cierta Pascua. Josefo continúa diciendo «Una compañía de no menos de diez es el mínimo que corresponde a cada

sacrificio (porque no es legal el celebrar la fiesta. siendo un número inferior) y muchas veces nos juntamos veinte.» Se descubrió que en aquella ocasión el número de corderos sacrificados ascendió a 256,500. Según el cálculo que Josefo habría en Jerusalén para aquella Pascua no menos de dos millones y tres cuartos de personas.

No nos sorprende que Caifás buscara alguna estratagema para detener a Jesús secretamente, porque muchos de las peregrinos que iban a Jerusalén para la Pascua eran galileos que creían que Jesús era un profeta. El plan de Caifás era realmente aplazar la cuestión hasta después de la fiesta de la Pascua, cuando la ciudad estuviera más tranquila; pero Judas había de proveerle de la solución a su problema.

LA PRODIGALIDAD DEL AMOR

Mateo 26:6-13

Estando Jesús en Betania, en la casa de Simón el leproso, se le acercó una mujer con un pomito de alabastro lleno de un perfume muy costoso, y lo vertió sobre la cabeza de Jesús cuando estaba reclinado a la mesa. Cuando los discípulos vieron aquello, se disgustaron mucho, y se pusieron a decir:

- ¿Para qué sirve este derroche? Ese perfume se habría podido vender por mucho dinero, y habérselo dado a los pobres.

Jesús sabía lo que estaban hablando, y les dijo:

_- ¿Por qué os metéis con esta mujer? Lo que ha hecho conmigo ha sido una cosa preciosa; porque a los pobres siempre los tenéis, pero a Mí no Me vais a tener siempre. Al derramar este perfume sobre Mi cuerpo lo ha hecho para prepararme de antemano para el entierro. Podéis creerme que, dondequiera que se predique el Evangelio por todo el mundo, se recordará esto que ha hecho ella en su memoria.

La historia de la unción en Betania nos la cuentan también Marcos y Juan. El relato de Marcos es casi exactamente el mismo que el de Mateo; pero Juan añade el detalle significativo de que la mujer que ungió a Jesús fue nada menos que María, la hermana de Marta y de Lázaro. Lucas no nos cuenta esta historia, pero sí la de la unción en la casa de Simón el fariseo (*Lucas 7:36-SO*); pero en la historia de Lucas la mujer que ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos era una conocida pecadora.

Siempre quedará la interesante posibilidad de que la historia que nos cuenta Lucas sea la misma que nos cuentan los otros tres evangelistas. En ambos casos el nombre del anfitrión es Simón, aunque en *Lucas* es Simón el fariseo, mientras que en *Mateo* y *Marcos* es Simón el leproso. En Juan, el anfitrión no se nombra, aunque el relato parece dar la impresión de que se trataba de la casa de Marta y María y Lázaro. Simón era un nombre muy corriente. Hay por lo menos diez Simones en el Nuevo Testamento, y más de veinte en el libro de historia de Josefo. La mayor dificultad para identificar las historias de Lucas y de los otros tres evangelistas es que Lucas nos dice que la mujer era una conocida pecadora, y no tenemos la menor indicación de que ese fuera el caso de María de Betania. Por otra parte, la misma intensidad con que María amaba a Jesús podría sugerir las profundidades de las que Él la rescató.

Sea cual fuere la respuesta que se dé a la cuestión de la identificación, la historia es desde luego lo que Jesús la llamó: la historia de una cosa muy hermosa; y nos atesora ciertas verdades muy preciosas.

(i) Nos muestra *la prodigalidad* del amor. La mujer tomó lo más precioso que tenía; y se lo derramó a Jesús en la cabeza. A las mujeres judías les encantaban los perfumes; y era corriente que llevaran un frasquito de alabastro con perfume corriente en el collar. Ese perfume era muy

costoso. Tanto Marcos como Juan nos relatan que los discípulos dijeron que ese perfume podría haberse vendido por trescientos *denarios* (*Marcos 14: S; Jbi12: S*); lo que quiere decir que ese frasquito de perfume representaba casi el sueldo de un año de un obrero. O podemos verlo de esta otra manera. Cuando Jesús -y Sus discípulos estaba hablando de cómo se podría dar de comer a la multitud, la respuesta de Felipe fue que 200 *denarios* apenas bastarían para alimentarlos. Este frasco de perfume, por tanto, costaba tantos como la comida necesaria para cinco mil personas:

Era algo tan precioso como todo eso lo que esta mujer U dio a Jesús, y Se lo dio porque era lo más precioso que tenía. El amor nunca calcula; al amor siempre le parece demasiado poco todo lo que da; el único deseo del amor es dar hasta 'lo último; y, cuando ha dado todo lo que tenía, aún le parece demasiado poco. No hemos ni empezado a ser cristianos si pensamos en darle a Cristo y a Su Iglesia lo menos que resulte aceptable.

(ii) Nos muestra que hay momentos en los que se falla viendo las cosas con sentido común. En esta ocasión, la voz del sentido común decía: «¡Qué derroche!» Y no hay duda que era verdad. Pero hay un mundo de diferencia entre la economía del sentido común y la economía del amor. El sentido común obedece los dictados de la prudencia; pero el amor obedece los dictados del corazón. En la vida hay que aplicar el sentido común en muchos casos; pero hay momentos en los que solo la prodigalidad puede satisfacer las demandas del amor. Un regalo no es nunca realmente un regalo cuando es algo que nos podemos permitir fácilmente; un regalo llega a ser un regalo solamente cuando implica un sacrificio, y cuando damos mucho más de lo que podemos permitirnos.

(iii) Nos muestra que algunas cosas han de hacerse cuando surge la oportunidad, o no se harán nunca. Los discípulos estaban interesados en ayudar a los pobres; pero los mismos rabinos decían: «Dios permite que haya pobres siempre con nosotros para que no nos falten nunca las oportunidades para hacerles bien.» Hay algunas cosas que podemos hacer en cualquier momento; hay algunas cosas que podemos hacer solo una vez; y el desaprovechar la ocasión de hacerlas entonces es perder la oportunidad para siempre. A menudo nos sentimos movidos por un impulso generoso, pero no nos dejamos llevar por él; y todas las posibilidades están en contra de que se nos vuelvan a presentar las circunstancias, la .persona, el tiempo y el impulso. Para muchos de nosotros lo trágico es que nuestra vida es la historia de las oportunidades de hacer el bien que no hemos aprovechado.

(iv) Nos dice que la fragancia de una acción hermosa no se desvanece nunca. Hay tan pocas cosas hermosas, que cada una brilla como una luz en un mundo .oscuro... Al final de la vida de Jesús había tanta amargura, tanta traición, tanta intriga, tanta tragedia, que esta historia brilla como un oasis de luz en un mundo tenebroso. En este mundo hay pocas cosas más grandes que se puedan hacer que dejar el recuerdo de una obra hermosa.

LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA VIDA DEL TRAIADOR

En vez de seguir la historia de Judas por trozos como aparece en el relato evangélico, la tomaremos en conjunto leyendo uno tras otro los últimos incidentes hasta el suicidio del traidor.

EL FLACO NEGOCIO DEL TRAIADOR

Mateo 26:14-16

Entonces uno de los Doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes y les dijo: _i

-¿Cuánto estáis dispuestos a darme si os Le entrego?

Ellos concertaron con él un total de treinta siclos,- y desde aquel momento él buscaba la oportunidad parí traicionarle.

Ya hemos visto que las autoridades judías querían encontrar la manera de arrestar a Jesús sin provocar disturbios, y ahora se les presentaba la oportunidad con la venida de Judas. Solo puede haber tres razones por las que Judas traicionara a Jesús. Todas las otras sugerencias son variaciones de estas tres.

(i) Puede haber sido por avaricia. Según Mateo y Marcos, fue inmediatamente después de la unción en Betania cuando Judas cerró el trato terrible; y cuando Juan nos cuenta ese acontecimiento, dice que Judas hizo su protesta contra la unción porque era un ladrón y sabía del dinero que había -en la caja (*Juan 12:6*). En ese caso, Judas hizo el negocio más mezquino de la Historia. La suma por la que acordó traicionar a Jesús fue de treinta *arguria*. Un *argurion* era un siclo, que valía unas 33 pesetas. Por tanto, Judas vendió a Jesús por menos de mil pesetas. Si la avaricia fue la causa de su traición, es el ejemplo más terrible de la Historia de la bajeza a la que puede llegar, el amor al dinero.

(ii) Puede que fuera por un odio terrible basado en una desilusión fatal. Los judíos siempre habían tenido un sueño de poder; por tanto, tenían sus nacionalistas extremos, que estaban preparados a cometer crímenes y violencia para echar a los romanos de Palestina, Estos nacionalistas se llamaban los *sicarios*, los portadores de dagas, porque seguían una deliberada política de asesinatos. Puede que Judas fuera uno de ellos, y que ése fuera el origen de su mote, *Sicarius* > *Iscariote*. Y que se había adherido a Jesús creyéndole el dirigente divinamente inspirado Que, con Su poder milagroso, podría dirigir la gran revolución. Puede que hubiera notado que Jesús había tomado otro camino, que no conducía más que a la Cruz. Y, a causa de su amarga desilusión, la devoción de Judas se convirtió, primero en desencanto, y luego en un odio tal que le condujo a buscar la muerte del Hombre del Que él había esperado tanto. Puede que Judas llegara a odiar a Jesús tanto porque no era el Cristo que él quería que fuera.

(iii) Puede ser que Judas nunca pretendiera que Jesús muriera. Puede ser que, como ya hemos visto, viera en Jesús al Dirigente divino. Puede que pensara que Jesús iba demasiado despacio; y puede que no deseara otra cosa que obligarle a actuar. Puede que traicionara a Jesús con la intención de obligarle a revelarse. Ese es de hecho el punto de vista que encaja mejor con todos los datos. Y eso explicaría por qué Judas se suicidó cuando su plan resultó un fracaso.

Lo miremos como lo miremos, la tragedia de Judas consistió en que se negó a aceptar a Jesús como era, y trató de hacerle como él quería que fuera. No somos nosotros los que podemos cambiar a Jesús a nuestro gusto, sino Jesús el Que ha de cambiarnos a nosotros a Su imagen. No Le podemos usar nunca para que se realicen nuestras ideas; debemos someternos a Él para que se realicen las Suyas. La tragedia de Judas fue la de una persona que creyó que sabía más que Dios.

LA ULTIMA INVITACIÓN DEL AMOR

Mateo 26:20-25

Cuando anocheció, Jesús estaba reclinado a la mesa con los doce discípulos. Mientras estaban comiendo, Jesús les dijo:

-Os digo la pura verdad: Uno de vosotros Me va a traicionar.

Ellos se inquietaron terriblemente, y empezaron a preguntarle a Jesús uno tras otro:

-Señor, no seré yo, ¿verdad?

-Uno que mete la mano conmigo en la fuente es el que Me va a traicionar -les contestó Jesús-. El Hijo del Hombre va a desaparecer, como está escrito acerca de Él; ¡pero ay de aquel hombre por quien es traicionado el Hijo del Hombre! Le habría sido mejor no haber nacido.

Judas, el que Le traicionó, Le dijo:

Maestro, ¿es posible que sea yo?

-Tú eres el que lo has dicho, -le contestó Jesús.

Hay momentos en estas últimas escenas de la historia evangélica en que Jesús y Judas parecen encontrarse en un mundo aparte, en el que no hay nadie más. Una cosa es segura: Judas tiene que haber estado planificando su horrible negocio con un secreto total. Tiene que haber hecho sus idas y venidas, o bien a escondidas, o como parte de sus quehaceres normales; porque, si el resto de los discípulos hubieran sabido lo que se traía entre manos, no le habrían dejado salir con vida de la habitación.

Sin duda les había ocultado sus planes a sus condiscípulos -pero no podía ocultárselos a Cristo. Eso es lo que pasa siempre: una persona puede ocultarles sus pecados a sus semejantes, pero no los puede ocultar nunca de los ojos de Cristo, que ve los secretos del corazón. Jesús sabía, aunque nadie más lo supiera, lo que Judas se traía entre manos.

Y ahora podemos ver el método de Jesús con el pecador. Podría haber usado Su poder para aterrar a Judas, para paralizarle, hasta para matarle. Pero la única arma que Jesús usará nunca es la de la invitación amorosa. Uno de los grandes misterios de la vida es la manera que tiene Dios de respetar la iniciativa humana. Dios no obliga nunca; solo invita.

Cuando Jesús trata de hacer que una persona deje de pecar, hace dos cosas.

La primera, le pone cara a cara con su pecado. Trata de hacerle que se detenga y piense en lo que está haciendo. Es como si le dijera: «Mira lo que estás pensando hacer: ¿Puedes tú realmente hacer algo así?» Se ha dicho que nuestra mayor seguridad frente al pecado está en el horror que nos causa. Y una y otra vez Jesús invita a cada persona a detenerse y mirar y darse cuenta, para que el mismo horror de su pecado la haga volver a sus cabales.

La segunda, le pone cara a cara consigo mismo, con el mismo Cristo. Invita a la persona a que Le mire, como si dijera: «¿Puedes mirarme? ¿Puedes enfrentarte con Mis ojos y marcharte a hacer lo que te habías propuesto?» Jesús trata de hacer que la persona se dé cuenta del horror de lo que estaba a punto de hacer, y del amor que anhela impedirselo.

Es precisamente aquí donde vemos lo terrible que es el pecado, por su terrible libertad. A pesar de la última llamada del amor, Judas siguió adelante. Aun cuando se encontró cara a cara con su pecado y con el rostro de Cristo, no quiso dar marcha atrás. Hay pecados y pecados. Existe el pecado del corazón apasionado, de la persona que, en el impulso del momento, se ve arrastrada a hacer lo que no debe. Que nadie tome a la ligera tal pecado; sus consecuencias pueden ser muy terribles; pero mucho peor es el pecado decidido, calculado, insensible, que sabe lo que está haciendo a sangre fría, que se enfrenta con lo terrible de la acción y con el amor de *los ojos* de Jesús, y sin embargo todavía sigue con su plan. El corazón se nos revuelve contra el hijo o la hija que quebranta a sangre fría el corazón paternal -que es lo que Judas hizo con Jesús-, y la tragedia es que esto es lo que todos hacemos muchas veces.

EL BESO DEL TRAIADOR

Mateo 26:47-50

Mientras Jesús estaba todavía hablando, vino Judas, que era uno de los Doce, con una gran multitud con espadas y garrotes de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado como consigna: «El Que yo bese, Ese es el Hombre. ¡Echadle mano!» Así es que se dirigió a Jesús en seguida y Le dijo:

-¡Saludos, Maestro! -al tiempo que Le besó afectuosamente.

-¡Camarada -le dijo Jesús-, sigue adelante con lo que te ha traído aquí!

Entonces avanzaron, y Le echaron mano a Jesús y Le detuvieron.

Como ya hemos visto, la intervención de Judas puede que surgiera de uno de dos motivos. Puede que realmente, fuera por avaricia o por desilusión, quería que mataran a Jesús; o puede que estuviera tratando de obligarle a manifestarse y actuar, y que no quisiera verle morir.

Hay, por consiguiente, dos maneras de interpretar este incidente. Si no había en el corazón de Judas nada más que un odio negro o una especie de avaricia insensata, este es sencillamente el más terrible beso de la Historia; y una señal de traición. En ese caso, no se puede decir nada de Judas que sea demasiado malo.

Pero hay señales de que era más que eso. Cuando Judas le dijo al gentío armado que les indicaría con un beso al Hombre a Quien tenían que arrestar, la palabra que se usa en griego es *filein*, que es la palabra -Corriente para besar; pero cuando se dice que Judas realmente Le dio un beso a Jesús, la palabra que se usa es *katafilein*, que es la palabra que indica un beso de amor, y quiere decir que Judas besó a Jesús repetidas veces y fervientemente. ¿Por qué había de hacer eso Judas?

Además, ¿por qué hacía falta ninguna identificación de Jesús? Lo que los esbirros necesitaban que se les indicara no era quién era Jesús, sino el lugar y el momento oportuno para arrestarle. Los que Judas llevó a Getsemaní eran siervos de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo; deben de haber sido de la policía del templo, la única fuerza que tenían a su disposición los principales sacerdotes. Es increíble que la policía del templo no supiera ya muy bien Quién era el Hombre Que hacía pocos días había limpiado el templo y echado de él a los cambistas y a los vendedores de palomas. Es increíble que no pudieran reconocer al Hombre que había estado enseñando diariamente en los atrios del templo. Una vez que Judas los habían llevado a Getsemaní, ya ellos sabían muy bien a Qué Hombre tenían que arrestar.

Parece lo más probable que Judas besara a Jesús como un discípulo a su maestro, como la cosa más natural del mundo, pero también sinceramente; y que entonces diera un paso atrás con orgullo expectante, esperando que Jesús actuara por fin. Lo curioso es que desde el momento del beso Judas desaparece de la escena del huerto para no reaparecer hasta que decidió cometer suicidio. Ni siquiera aparece como testigo en el juicio contra Jesús. Es mucho más probable que en un momento de aturdimiento, de ceguera, de pasmo, de vacilación, Judas viera hasta qué punto se había equivocado en sus cálculos, y se retirara tambaleando en la noche, un hombre destrozado para siempre y por siempre apesadumbrado. Si esto es cierto, en ese momento Judas entró en el infierno que había creado para sí, porque la peor clase de infierno es la plena conciencia de las terribles consecuencias del pecado.

EL FINAL DEL TRAIADOR

Mateo 27:3 10

Cuando el traidor de Judas vio que habían condenado a Jesús, se arrepintió y trajo los treinta siclos wi los principales sacerdotes y los ancianos, y les dijo::

-Yo he pecado traicionando a un Hombre inocente

-¿Qué tenemos nosotros que ver con eso? ---le dijeron-. ¡Eso es tu problema!

Judas tiró el dinero en el templo y se marchó; luego fue, y se ahorcó.

Los principales sacerdotes recogieron el dinero,-y dijeron:

No podemos echar esto en el tesoro del templó; porque es el precio de una vida.

Después de deliberar, compraron con ese dinero el campo del alfarero para cementerio, de extranjeros. Por eso es por lo que hasta este día se le llama el Campo de la Sangre: Así se cumplió lo que se había dicho por medio del profeta Jeremías cuando dijo: «Y tomaron. los treinta siclos,. el precio de Aquel a cuya vida habían puesto precio los hijos. de Israel, y los dieron por el campo del alfarero, como el Señor me había advertido.-»

Aquí se nos presenta con todo su colorido macabro el último acto de la tragedia de Judas. Comoquiera que interpretemos su mentalidad, una cosa está clara: que Judas entonces comprendió el horror de lo que había hecho. Mateo nos dice que Judas llevó el dinero y lo tiró en el templo; y es interesante que la palabra que usa no es la palabra más general para todos los edificios del templo (*hierón*), sino la palabra para el templo propiamente dicho (nūósj: Se recordará que el templo estaba formado por una serie de atrios cada uno a continuación del precedente. Judas, en su ciega desesperación, entró por el Atrio de los "Gentiles; pasó por el Atrio de las Mujeres; pasó hasta el final del Atrio, de los Israelitas; no podía entrar más allá: había llegado a la barrera que impedía la entrada en el Atrio de los Sacerdotes, al final del cual se encontraba el templo propiamente dicho. Judas llamó a los sacerdotes para que recogieran el dinero; no acudieron, y él se lo tiró desde lejos, y se marchó, y se ahorcó. Los sacerdotes recogieron el dinero, tan contaminado que no podía echarse al tesoro del templo, y compraron con él un campo para cementerio de los gentiles, para enterrar los cuerpos inmundos de los gentiles que murieran en la ciudad. -

El suicidio de Judas sería la prueba concluyente de que su plan había fracasado. Había pretendido que Jesús Se manifestara como conquistador; pero lo único que había conseguido había sido empujarle hacia la Cruz, y la vida ya no tenía para Judas ningún sentido. Hay dos grandes verdades aquí acerca del pecado.

(i) Lo terrible del pecado es que no podemos atrasar el reloj. No podemos deshacer lo que hemos hecho. Una vez que se ha hecho algo, nada lo puede alterar o hacer volver.

No hace falta ser muy viejo para sentir el anhelo de vivir otra vez alguna hora. El recordar que no se puede traer al presente nada que ya esté en el pasado debería hacernos tener mucho cuidado con nuestras acciones.

(ii) Lo extraño del pecado es que una persona puede llegar a odiar lo que ganó cometiéndolo. El mismo precio que recibió por. pecar puede llegar a asquearle hasta tal punto que su único deseo sea desembarazarse de él. La mayor parte de la gente peca porque cree que, si puede simplemente conseguir la cosa prohibida, le hará feliz. Pero lo que era el deseo del pecado puede convertirse en la cosa de la que uno querría librarse -y a menudo no puede.

Como ya hemos visto, Mateo encuentra profecías de los acontecimientos de la vida de Jesús en los lugares más insospechados. Aquí comete una equivocación. Mateo está citando de memoria; y la cita que hace no es de *Jeremías*, como dice, sino de *Zacarías*. Es de un extraño pasaje (*Zacarías 11:10-14*) en que el profeta nos dice que recibió una recompensa indignó y se la tiró al alfarero. En aquella antigua alegoría, Mateo vio un anuncio simbólico de lo que sucedió con el dinero de Judas.

Si Judas hubiera seguido fiel a Jesús, podría haber acabado su vida como un mártir; pero, como prefirió escoger su propio camino, fue su propia mano la que le causó la muerte. Se perdió la gloria de la corona del martirio para darse cuenta de que la vida le resultaba insoportable a causa de su pecado.

LA ÚLTIMA CENA

Como hemos ido recorriendo los pasajes que cuentan la historia de Judas, ahora tenemos que volver atrás al que nos relata la última Cena.

LA FIESTA ANCESTRAL

Mateo 26:17-19

El primer día de la fiesta de los Panes sin Levadura, los discípulos se acercaron a Jesús para preguntarle:

-¿Dónde quieres que hagamos los preparativos necesarios para comer la Pascua?

Id a la ciudad, a tal y tal hombre -les contestó Jesús-, y decidle: «El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; celebraré la Pascua con Mis discípulos en tu casa. H

Y los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús, e hicieron los preparativos para la Pascua.

Jesús había ido a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Ya hemos visto lo abarrotada que estaba la ciudad en ese tiempo. Durante la fiesta de la Pascua, todos los judíos se suponía que se alojaban en la ciudad y sus alrededores, pero el número de visitantes desbordaba esa posibilidad; y para todos los efectos oficiales, pueblos como Betania, donde Jesús estaba parando, contaban como la ciudad.

Pero la misma fiesta tenía que celebrarse dentro de la ciudad. Los discípulos querían saber qué preparativos tenían que hacer. Está claro que Jesús no había dejado ese asunto para el último momento. Ya había hecho los arreglos con un amigo de Jerusalén, y había quedado de acuerdo en un santo y seña: «El Maestro dice: Mi tiempo está cerca.» Así es que mandó por delante a dos discípulos para que dieran el santo y seña e hicieran todos los preparativos necesarios.

Toda la semana de la que la fiesta de la Pascua ocupaba la primera tarde se llamaba la fiesta de los Panes sin Levadura. Al seguir los acontecimientos, debemos recordar que para los judíos el día empezaba a las 6 de la tarde. En este caso, la fiesta de los Panes sin Levadura empezaba el jueves por la mañana, cuando todas las partículas de levadura se destruían después de una búsqueda ceremonial y ceremoniosa por toda la casa.

Había una doble razón para eso. La fiesta conmemoraba el primero de los grandes acontecimientos con los que empezó la historia de Israel: la liberación de la esclavitud de Egipto. Cuando los israelitas huyeron de Egipto, huyeron con tanta prisa que no tuvieron tiempo de cocer su pan leudado (*Éxodo 12:34*). La masa sin levadura, es decir, sin un poco de la masa fermentada anterior, se cuece muy deprisa, pero produce un pan que se parece más bien a una galleta; y así fue el pan de la primera Pascua. Y por eso se excluía la levadura, y se tomaba esa semana el pan sin leudar para repetir el acontecimiento de la noche en que el pueblo salió de Egipto dejando atrás la esclavitud.

En segundo lugar, según la manera judía de pensar, la levadura es el símbolo de la corrupción. Como ya hemos dicho, la levadura es masa fermentada, y los judíos identificaban la fermentación con la putrefacción; así que la levadura representaba todo lo que está podrido y corrompido, y era por tanto eliminada en señal de purificación.

Entonces, ¿cuando tenían que hacer los discípulos los preparativos? El jueves por la mañana se tenía que preparar el pan sin levadura, y limpiar la casa de todo resto de levadura. El otro ingrediente esencial de la fiesta era el cordero pascual. De él tomaba su nombre la fiesta. La última terrible plaga que les sobrevino a los egipcios, obligándolos a dejar salir al pueblo de Israel, fue que el ángel de la

muerte pasó por toda la tierra de Egipto matando a los primogénitos de todas las casas. Para que se identificaran sus casas, los israelitas tenían que matar un cordero, y pintar con su sangre el dintel y por postes de sus puertas, para que el ángel vengador, viendo esa señal, *pasara por alto* -que es lo que quiere decir *pascua*- esa casa (*Éxodo* 12:21-23). Después del mediodía del jueves había que llevar el cordero al templo y matarlo y ofrecer su sangre -que era su vida- a Dios en sacrificio.

Había otros cuatro ingredientes necesarios que no podían faltar en la fiesta.

(i) Un cacharro de *agua salada* se tenía que colocar en la mesa para recordar las lágrimas que tuvieron que derramar los israelitas cuando eran esclavos en Egipto, y las aguas saladas del Mar Rojo por las que el brazo de Dios hizo pasar tan maravillosamente a Su pueblo en el *Éxodo*.

(ii) Se tenía que preparar una ensalada de *hierbas amargas*, compuesta de rábano, achicoria, endivia, lechuga, marrubio y otras verduras semejantes. Esto también tenía por propósito recordarles la amargura de la esclavitud, y el manojo de hisopo con el que se habían marcado el dintel y los postes de las puertas con la sangre del cordero.

(iii) Se hacía una pasta que se llamaba *jaróset*. Era una mezcla de manzanas, dátiles, granadas y nueces. Aquello servía para recordarles la arcilla con la que los habían obligado a hacer ladrillos en Egipto, y se atravesaba con palitos de canela en recuerdo de la paja que había que meter en los ladrillos.

(iv) Por último, había *cuatro copas de vino*. Estas eran para recordarles las cuatro promesas de *Éxodo* 6:6s: < Yo os sacaré de debajo de las pesadas tareas de Egipto, os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido y con gran justicia. Os tomaré como Mi Pueblo, y seré vuestro Dios.>

Esos eran los preparativos que había que hacer el jueves por la mañana y por la tarde. Estas eran las cosas que los discípulos tenían que preparar; y a partir de las 6 de la tarde empezaba el viernes, el 15 de Nisán, y se reunirían los comensales.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Mateo 26:26-30

Cuando estaban comiendo, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo pasó a Sus discípulos diciendo:

- Tomad, comed: esto es Mi Cuerpo.

Después tomó la copa, dio gracias y se la pasó a ellos diciéndoles:

Bebed todos de ella, porque esto es Mi sangre, la sangre del pacto, que se derrama por muchos para que se les perdonen los pecados. Os aseguro que desde ahora en adelante no beberé de este fruto de la vid hasta ese día en que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de Mi Padre.

Y después de cantar un himno salieron hacia el Monte de los Olivos.

Ya hemos visto que los profetas, cuando querían decir algo de forma que sus oyentes no pudieran por menos de entenderlo, hacían uso de acciones simbólicas. Ya hemos visto que Jesús también usó ese método en la Entrada Triunfal y en el incidente de la higuera. Y eso es lo que Le vemos hacer aquí. Todo el simbolismo de la fiesta de la Pascua era una representación de lo que quería decirle a la humanidad, porque era una alegoría de lo que Él había venido a hacer por ella. ¿Qué ilustración usó Jesús, y qué verdad se ocultaba en ella?

(i) La fiesta de la Pascua era *la conmemoración de la liberación*. Todo su propósito era recordarle al pueblo de Israel cómo los había librado Dios de la esclavitud de Egipto. Lo primero y principal entonces era que Jesús se presentaba como *el gran Libertador*. Vino para libertar a la humanidad

del temor y del pecado. Libera a las personas de los miedos que las acechan y de los pecados que las tienen cautivas.

(ii) Particularmente el cordero pascual era *el símbolo de la salvación*. En aquella noche de destrucción, fue la sangre del cordero pascual la que hizo que Israel estuviera a salvo. Así que *Jesús Se presenta como el Salvador*. Había venido a salvar a la humanidad de sus pecados y de las consecuencias de estos. Había venido a darles a las personas salvación en la Tierra y en el Cielo, salvación en el tiempo y en la eternidad.

Hay aquí una palabra que es la palabra clave, y que encierra la totalidad de la obra y del propósito de Jesús. Es la palabra *pacto*. Jesús dijo que Su sangre era *la sangre del pacto*. ¿Qué quiso decir con eso? Un pacto es una relación entre dos personas. Pero el pacto del que Jesús hablaba no era entre dos personas humanas, sino entre Dios y el hombre. Es decir: era una nueva relación entre Dios y la humanidad. Lo que Jesús estaba diciendo en la última Cena era: «Como consecuencia de Mi vida, y sobre todo como consecuencia de Mi muerte, se hace posible una nueva relación entre vosotros y Dios.» Es como si dijera: «Vosotros Me habéis visto; y, en Mí, habéis visto a Dios; os he dicho, os he mostrado lo mucho que Dios os ama; os ama hasta el punto de sufrir todo esto que Yo estoy pasando; así es como es Dios.» Gracias a lo que Jesús hizo, el camino para la humanidad está abierto a todo lo precioso que hay en esta nueva relación con Dios.

Este pasaje concluye diciendo que, cuando Jesús y los discípulos cantaron un himno, salieron hacia el monte de los Olivos. Una parte esencial del ritual de la Pascua era el canto del *Hal.lel*. *Hal.lel* quiere decir *¡Alabad a Dios!* El Hal-lel consistía en los salmos 113 a 118, que son todos salmos de alabanza. En diferentes momentos de la fiesta de la Pascua se cantaban estos salmos por secciones; y al final se cantaba *el gratthaLlel*, que es el Salmo 136. Ese fue el himno que cantaron Jesús y Sus discípulos antes de salir hacia el monte de los Olivos.

Aquí debemos notar un último detalle. Jesús dice que no celebrará la fiesta con Sus discípulos otra vez hasta que la celebre en el Reino de -Su Padre. Aquí se hallan sin duda la fe divina y el optimismo divino. Jesús Se dirigía a Getsemaní, al juicio ante el sanedrín, a la Cruz... ¡y sin embargo *aún seguía pensando en términos de un Reino!* Para Jesús, la Cruz no fue nunca una derrota; fue el camino a la gloria. Iba de camino al Calvario, pero también de camino al Trono.

EL COLAPSO DE PEDRO

Ahora vamos a reunir los pasajes que nos cuentan la historia de Pedro.

LA ADVERTENCIA DEL MAESTRO

Mateo 26:31-35

Entonces Jesús les dijo:

-Cada uno de vosotros va a tropezar esta noche por causa de Mí, porque está escrito: «Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño se desperdigarán.» Pero, cuando resucite, iré por delante de vosotros a Galilea.

-Si todos tropiezan con respecto a Ti, yo no tropezaré -Le dijo Pedro.

-Te diré la verdad -le contestó Jesús-: Esta misma noche, antes que se oiga el canto del gallo habrás negado tres veces que Me conoces.

-¡Aunque tenga que morir contigo -Le dijo Pedro a Jesús-, no Te negaré!

Y lo mismo dijeron todos los discípulos.

En este pasaje se nos muestran algunas cualidades de Jesús. (i) Vemos *el realismo* de Jesús. Sabía lo que Le esperaba. Mateo ve la huida de los discípulos anunciada en el Antiguo Testamento, en *Zacarías 13:7*. Jesús no era ningún optimista iluso que cerrara los ojos despreocupadamente ante los hechos. Preveía lo que era inevitable que sucediera, y seguía adelante.

(ii) Vemos *la confianza* de Jesús. < Cuando resucite -les dijo-, iré por delante de vosotros a Galilea.> Jesús siempre vio más allá de la Cruz. Estaba tan seguro de la gloria como del sacrificio.

(iii) Vemos *la simpatía* de Jesús. Sabía que Sus hombres iban a huir ante el peligro, abandonándole en el momento de Su mayor necesidad; pero no se lo echa en cara, ni los condena por ello, ni los abrumba con acusaciones, ni los llama inútiles ni cobardes. Lejos de ello, les dice que cuando pase ese momento terrible se encontrará con ellos de nuevo. La grandeza de Jesús se ve en el hecho de que conocía a Sus hombres en su peor faceta, pero los seguía amando. Él conoce nuestra debilidad humana; sabe lo propensos que somos a cometer equivocaciones y a fallar en nuestra lealtad; pero ese conocimiento no convertía Su amor en resentimiento o desprecio. Jesús no tiene más que simpatía con la persona que sucumbe al pecado por debilidad.

Además, este pasaje nos muestra algo acerca de Pedro. No se puede discutir su falta: *exceso de confianza en sí mismo*. Sabía que amaba a Jesús -eso no se ponía nunca en duda-, y creía que tenía fuerzas para resistir cualquier situación que surgiera. Se creía más fuerte de lo que le creía Jesús. Solo estaremos a salvo, cuando sustituyamos la confianza que presume por la humildad que reconoce su debilidad y que depende, no de sí mismo, sino de la ayuda de Cristo.

Los romanos y los judíos dividían la noche en cuatro vigilias: de 6 de la tarde a 9, de 9 a medianoche; de medianoche a 3, y de 3 a 6 de la mañana. Se suponía que el gallo cantaba entre las 3 y las 6 de la madrugada: Jesús quería decir que antes de la 4 hora Pedro Le negaría tres veces.

EL FALLO BEL CORAJE

Mateo 26:57-58, . 69-75

Los que habían detenido a Jesús se Le llevaron a la casa del sumo sacerdote Caifás, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro siguió a Jesús a distancia hasta el patio de la casa del sumo sacerdote, y entró y se sentó entre los servidores para ver en qué paraba todo.

Pedro estaba fuera, sentado en el patio. Una criada se le acercó y le dijo:

- ¡Tú también estabas con Jesús el Galileo!

Pedro lo negó delante de todos los que estaban allí, y dijo: -

- ¡No sé de lo que estás hablando!

Cuando se salió del porche, le vio otra mujer y le dijo a los que estaban allí: -

- ¡Este también estaba con Jesús de Nazaret!

Y de nuevo Pedro lo negó, jurándolo:

- ¡Yo ni siquiera conozco a ese Hombre!

Un poco después, los que se encontraban allí le dijeron a Pedro:

- Seguro que tú también eras uno de ellos; se te nota por el acento.

Entonces Pedro se puso a maldecir y a jurar:

- ¡No conozco a ese Hombre!

Inmediatamente después cantó el gallo. Entonces se acordó Pedro de que le había dicho Jesús: «Antes que cante el gallo, Me negarás tres veces.» Y salió, y lloró amargamente.

No se puede leer este pasaje sin sentirse impresionado por la sorprendente sinceridad del Nuevo Testamento. Si hubo alguna vez un incidente que uno habría esperado que se silenciara, sería este;

y sin embargo se nos cuenta aquí con todo su vergonzoso realismo. Sabemos que Mateo siguió muy de cerca la narración de Marcos; y esta historia se cuenta en el evangelio de Marcos todavía con más detalles (Marcos 14:66-72). También sabemos, por Papiás, que el evangelio de Marcos no es otra cosa que el texto escrito de los materiales de la predicación de Pedro. Así es que llegamos al hecho sorprendente de que poseemos la historia de la negación de Pedro porque el mismo Pedro la contaba.

Lejos de suprimir esta historia, Pedro la incluía como una parte esencial del Evangelio; y lo hacía por las mejores razones. Cada vez que contara la historia, diría: «Así es como perdona. Jesús. Él me perdonó a mí cuando Le fallé en la hora de Su máxima amargura. Eso es lo que Jesús es capaz de hacer. Me tomó a mí, el cobarde de Pedro, -y hasta a mí me usó.» No, debemos leer nunca esta historia sin recordar que fue el mismo Pedro el que tuvo un interés especial en que nos llegara la vergüenza de su pecado para que todos conociéramos la gloria del amor perdonador y el poder purificador de Jesucristo.

Y, sin embargo, sería un error mirar a Pedro con nada más que una condenación inflexible. El hecho luminoso es que el desastre que le sucedió a Pedro es el que solamente le podía suceder a una persona que tuviera el coraje más heroico. Todos los otros discípulos huyeron; Pedro fue el único que no huyó. En Palestina, las casas- de la gente bien estaban construidas en forma de cuadrado hueco alrededor de un patio al que daban las habitaciones. Para Pedro, el entrar en el patio que estaba en el centro de la casa del sumo sacerdote era meterse en la boca del lobo; y sin embargo lo hizo. Cualquiera que fuera el final de esta historia, empezó con Pedro como un hombre de valor.

La primera negación tuvo lugar en el patio; sin duda la criada se había fijado en Pedro como uno de los más señalados seguidores de Jesús, y le había reconocido. Después de que le reconocieron, cualquiera habría supuesto que Pedro habría salido huyendo; un cobarde se habría perdido en la oscuridad de la noche lo más pronto posible; pero Pedro no; sólo se retiró al porche. Estaba desgarrado entre dos sentimientos: tenía en el corazón un miedo que le hacía querer huir; pero tenía también en el corazón un amor que le mantenía allí. De nuevo, alguien le reconoció en el porche; y esta vez juró que no conocía a Jesús. Y todavía no se fue. Aquí tenemos una muestra del coraje más persistente.

Pero la segunda negación de Pedro le delató. Por su acento se le había notado que era galileo. Los galileos hablaban con un deje especial; los puristas lo consideraban tan inaceptable que a ningún galileo se le permitía pronunciar la bendición en el culto de la sinagoga. Una vez más Pedro fue acusado de ser seguidor de Jesús. Pedro llegó más lejos esta vez: no solamente juró que no conocía a Jesús, sino que llegó hasta a maldecir Su nombre. Pero con todo y con eso aún está claro que Pedro no tenía intención de marcharse del patio. Y entonces cantó el gallo.

Hay una curiosa posibilidad aquí que prestaría un curioso colorido al pasaje. Puede que el canto del gallo no fuera el de esa ave de corral; y que desde un principio no se entendió que lo fuera. Después de todo, la casa del sumo sacerdote estaba en el mismo centro de Jerusalén, y no se supone que había corrales en esa zona. Había de hecho una regla de la ley judía de que era ilegal tener gallos y gallinas en la Santa Ciudad porque contaminaban las cosas santas. Pero la hora de las 3 de la madrugada se llamaba el canto del gallo, y esto por la siguiente razón. A esa hora cambiaba la guardia romana en el castillo de la torre Antonia; y la señal del canto de la guardia era *un toque de trompeta*. El nombre latino para el toque de trompeta era *gallicinium*, que quiere decir *el canto del gallo*. Es por lo menos posible que precisamente en el momento que Pedro hizo su tercera negación la trompeta de las almenas de la torre Antonia tocó el *gallicinium* sobre la ciudad dormida; y Pedro se acordó, y salió y derramó su corazón en llanto.

Lo que sucedió con Pedro después de esto no lo sabemos, porque la historia evangélica corre un amable velo sobre la agonía de su vergüenza. Pero antes de condenarle debemos reconocer que pocos de nosotros habríamos tenido el coraje de permanecer en aquel patio. Y hay otra cosa que

debemos decir: fue el amor lo que le dio a Pedro aquel coraje; fue el amor lo que le clavó allí a pesar del hecho de que le habían reconocido tres veces; y fue el amor lo que le hizo recordar las palabras de Jesús; y fue el amor lo que le echó afuera para llorar; y es el amor lo que cubre multitud de pecados. La impresión que nos deja esta historia no es la de la cobardía de Pedro, sino la de su amor.

LA BATALLA DEL ALMA EN EL HUERTO

Mateo 26:36-46

Entonces Se dirigió Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y les dijo a Sus discípulos:

-Quedaos aquí, mientras Yo me retiro -a orar más adelante.

Entonces Se llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y empezó a abatirse y angustiarse en gran manera. Entonces les dijo:

Mi alma está muy abatida, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.

Jesús Se retiró un poco más adelante, y Se postró rostro a tierra en oración diciendo:

Padre, si es posible, haz que pase de Mí esta copa; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú.

Seguidamente volvió adonde estaban ellos, y Se los encontró durmiendo, y le dijo a Pedro:

-¿Es que no habéis podido estar despiertos conmigo ni siquiera una hora? Velad y orad, pura que no se os someta a prueba. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

Jesús volvió a retirarse por segunda vez a orar; y decir:

Padre, si no es posible que esto pase de Mí sin que Yo -lo beba, hágase Tu voluntad.

Y volvió otra vez, y se los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados de sueño.

Entonces los dejó, y Se retiró otra vez, y oro por tercera vez repitiendo las mismas palabras. Luego volvió a Sus discípulos, y les dijo:

Ahora ya podéis seguir durmiendo y descansar. Fijaos: la hora se acerca en que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de pecadores. Levantaos, vámonos. Fijaos: el que Me entrega está cerca.

Este es un pasaje al que debemos acercarnos de rodillas. Aquí, del estudio se debe pasar a la adoración.

En la misma Jerusalén no hay jardines de tamaño considerable; porque en una ciudad situada en la cima de una montaña no hay sitio para los espacios abiertos; todos los metros cuadrados son valiosos para la construcción. Así que los ciudadanos pudientes tenían sus jardines privados en las laderas del monte de los Olivos. La palabra *Getsemaní* quiere decir probablemente *almazara, o molino de aceite*; y sin duda era un huerto de olivos al que Jesús tenía derecho a entrar. Es curioso, y conmovedor, el pensar en los amigos anónimos que tuvo Jesús en Sus últimos días. Estaba el que Le prestó el asnillo para hacer la Entrada Triunfal en Jerusalén; estaba el que Le prestó el aposento alto en el que celebró la última Cena; y ahora se supone que otro amigo le prestó su huerto del monte de los Olivos para que Se retirara a orar. En un desierto de odio, todavía había oasis de amor.

Llevó consigo al huerto a los tres discípulos que habían estado con Él en el monte de la Transfiguración, y allí oró; más aún: Se debatió en oración. Al contemplar con santa reverencia la batalla de Su alma en el huerto, vemos algunas cosas.

(i) Vemos *la agonía* de Jesús. Ahora estaba seguro de que la muerte Le esperaba. Sentía su fétido aliento en Su rostro. Nadie quiere morir a los treinta y tres años, y menos en la agonía de una cruz. Era su lucha suprema, y el resultado estaba en la balanza. La salvación del mundo estaba en

peligro en el huerto de Getsemaní, porque aun entonces, Jesús podría haberse vuelto atrás, y el propósito de Dios se habría frustrado.

En este momento, lo único que sabía Jesús era que tenía que seguir adelante, y delante Le esperaba una cruz. Con toda reverencia podemos decir que aquí vemos a Jesús aprendiendo la lección que todos los seres humanos debemos aprender algún día: Aceptar lo que no podemos comprender. Lo único que sabía era que la voluntad de Dios Le llamaba imperiosamente a seguir adelante. A cada uno de nosotros nos suceden cosas en este mundo que no podemos entender; es entonces cuando la fe se pone a prueba hasta su último límite; y en tales momentos es dulzura para el alma recordar que Jesús también lo pasó en Getsemaní. Tertuliano (*De Bapt. 20*) nos conserva un dicho de Jesús que no está en los evangelios: «El que no haya sido tentado no puede entrar en el Reino del Cielo.» Es decir: Cada persona tiene su propio Getsemaní, y cada persona tiene que aprender a decir: «Hágase Tu voluntad.»

(ii) Vemos *la soledad* de Jesús. Tomó consigo a Sus tres discípulos selectos; pero ellos estaban tan agotados con el drama de los últimos días y horas, que no pudieron mantenerse despiertos. Y Jesús tuvo que pelear Su batalla a solas. Eso también es verdad de todas las personas. Hay algunas cosas que una persona tiene que arrostrar, y algunas decisiones que una persona tiene que hacer, en una soledad terrible de su alma; hay momentos en que fallan los que podrían ayudar, y los consuelos se disipan; pero en esa soledad está con nosotros Aquel Que en Getsemaní la experimentó y superó.

(iii) Aquí vemos *la confianza* de Jesús. Aún la vemos mejor en el relato de Marcos, en el que Jesús empieza Su oración diciendo: «*Abba, Padre*» (*Marcos 14:36*). Hay todo in mundo encantador en esta palabra *Abba*, que estará oculto a nuestros oídos occidentales a menos que conozcamos su contenido. Joaccim Jeremias, en su libro *Las palabras de Jesús*, escribe: « El uso que hace Jesús de la palabra *Abba* dirigiéndose a Dios no tiene paralelo en toda la literatura judía. La explicación de este hecho ha de encontrarse en la afirmación de los padres Crisóstomo, Teodoro y Teodoreto, de que *Abba* (como *yaba* se usa todavía en árabe) era la palabra que usaba un niño para dirigirse a su padre, cuya traducción en castellano sería *Papá*; era una palabra familiar, cotidiana, que nadie se había atrevido a usar para dirigirse a Dios. Jesús sí. Él hablaba con Su Padre celestial de la manera infantil, confiada e íntima de un hijo pequeño con su padre.» Sabemos cómo nos hablan nuestros hijos, y cómo nos llaman a sus padres. Así era como hablaba Jesús con Dios. Aun cuando no Le entendiera totalmente; aun cuando Su única convicción era que Dios Le empujaba hacia la Cruz; Le llamaba *Abba*, como un hijo pequeño. Aquí tenemos confianza, una confianza que nosotros debemos tener en ese Dios al Que Jesús nos, ha enseñado a conocer como nuestro Padre.

(iv) Vemos *el coraje* de Jesús. < Levantaos dijo Jesús-, vámonos. El que Me traiciona se acerca.» Celso, el filósofo pagano que atacó el Cristianismo, usó esa frase para demostrar que Jesús intentó huir. Es precisamente lo contrario. «Levantaos -dijo-, la hora de la oración y la hora del huerto ha pasado. Ahora es la hora de la acción. Enfrentémonos con la vida y con los hombres en su aspecto más terrible.» Jesús Se levantó de la posición arrodillada para emprender la batalla de la vida. Para eso está la oración. En la oración, una persona se arrodilla delante de Dios para poder estar erguido ante los hombres y las circunstancias de la vida: En la oración una persona entra en el Cielo para poder arrostrar las batallas de la Tierra.

EL ARRESTO EN EL HUERTO

Mateo 26:50-56

Entonces se Le echaron encima a Jesús y Le echaron mano y Le detuvieron. Y, fijaos: Uno de los que estaban con Jesús le echó mano a la espada y la desenvainó e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole una oreja. Entonces Jesús le dijo:

- ¡Vuelve a ponerla espada en su sitio, porque todos los que manejan la espada perecerán a espada: ¿Es que no te das cuenta de que puedo orar a Mi Padre, y Él mandaría en Mi ayuda al instante más de doce regimientos de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se habrían de cumplir las Escrituras acerca de lo que es necesario que suceda?

En aquel momento; Jesús le dijo a aquel gentío:.

- ¿Habéis salido a detenerte con espadas y con palos como si fuera-un-'bandido? Diariamente Me sentaba a enseñar en el templo, y no Me echasteis mano. Todo esto ha sucedido para que se cumplieran los escritos de los profetas.

Entonces todos Sus discípulos Le abandonaron 'y huyeron.

Había sido Judas el que había dado información a las autoridades de que podían encontrar a Jesús en Su retiro del huerto de Getsemaní: Las fuerzas a disposición de las autoridades judías eran la policía del templo; al mando del sagán o capitán del templo. Pero el gentío que se introdujo tras Judas en el huerto eran más bien una chusma dispuesta a linchar qué un destacamento dispuesto para-una detención ordenada. Jesús no iba a ofrecer resistencia. Mateo nos dice sencillamente que uno de los discípulos sacó un cuchillo, y, preparado para resistir hasta la muerte y vender cara su vida; hirió a un siervo del sumo sacerdote.

Cuando Juan nos cuenta la misma historia (*Juan 18:10*), nos dice que el discípulo era Pedro, y el siervo se llamaba Malco. La razón por la que Juan menciona a Pedro mientras que Mateo no lo hace puede ser sencillamente porque Juan escribió bastante después, mientras que cuando escribió Mateo todavía no era prudente nombrar al discípulo que había estado dispuesto a defender a su Maestro. Aquí tenemos otro ejemplo del casi fantástico coraje de Pedro. Estuvo dispuesto a enfrentarse con toda una Compañía armada él solo; y recordemos también que fue después de aquello,, cuando ya sería un hombre marcado, cuando Pedro siguió a Jesús hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Pero en todos estos incidentes de la última hora es en Jesús en Quien se concentra toda nuestra atención; y aquí aprendemos dos cosas más acerca de Él.

(i) Aceptó Su muerte *voluntariamente*. No tenía por qué ir a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Una vez allí, no tenía por qué haber seguido esta política de desafío imponente. Aun en el huerto, podría haberse evadido para ponerse a salvo, porque eran de noche, y tenía amigos que Le habrían ayudado a salir de la ciudad. Aun aquí; Él podría haber invocado en Su ayuda el poder de Dios, y -haber derrotado a Sus enemigos. Todos Sus pasos durante los últimos días dejan bien claro que Jesús entregó Su vida, y que nadie. Se la quitó- Jesús no murió porque los hombres Le mataron, sino porque Él escogió morir.

(ii) Escogió morir porque sabía que ese era *el propósito de Dios*. Siguió ese camino porque era lo que los profetas habían anunciado. Lo asumió porque el amor es el único camino. «El que, maneja la espada, perecerá a espada.» .La violencia no puede producir nada más que violencia; una espada desenvainada no se puede encontrar nada más que, con otra espada desenvainada. Jesús sabía que la guerra y la fuerza no resuelven nada, y solo producen una sucesión de males, y engendran una cadena de consecuencias peores que ellas mismas. Sabía que el propósito de Dios se puede llevar a cabo sólo mediante el amor sacrificial. Y la Historia ha demostrado que Jesús tenía razón; porque los judíos que se apoderaron de El por la fuerza, y que se gloriaban en la violencia, y que hubieran teñido con gusto sus espadas de sangre romana, vieron cuarenta años más tarde su ciudad destruida para siempre; mientras que el Hombre que no quiso pelear está entronizado para siempre en los corazones de los hombres.

EL JUICIO ANTE LOS JUDÍOS

Mateo 26:57, 59-68

Los que habían apresado a Jesús Le condujeron a la casa del sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los escribas y los ancianos.

Los principales sacerdotes y todo el sanedrín trataban de encontrar testimonio falso contra Jesús para condenarle a muerte; pero no lo podían encontrar, aunque se presentaron muchos testigos falsos. Después de un tiempo salieron al frente dos que dijeron:

-Este tipo dijo: «Puedo destruir el templo de Dios, y en tres días lo puedo reedificar.»

El sumo sacerdote se levantó y Le dijo a Jesús:

-¿Es que no vas a contestar nada? ¿Qué es lo que dicen estos testigos contra Ti?

Pero Jesús guardaba silencio. El sumo sacerdote Le dijo:

-Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios.

-Tú eres el que lo has dicho -le contestó Jesús. Pero Yo os digo que desde ahora en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo en las nubes del Cielo.

Entonces el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo:

-¡Ha blasfemado! ¿Para qué necesitamos más testigos? Fijaos, vosotros mismos acabáis de oír Su blasfemia. ¿Qué opináis?

-¡Se ha hecho reo de la pena de muerte! -contestaron; y se pusieron a escupirle en la cara; y a abofetearle; y algunos Le golpeaban las mejillas diciéndole:

-¡Profetízanos, Tú, el Ungido de Dios! ¿Quién es e? que Te ha pegado?

El proceso de Jesús no resulta fácil de seguir. Parece haberse desarrollado en tres partes. La primera parte tuvo lugar después del arresto en el huerto, durante la noche y en la casa del sumo sacerdote, y se describe en esta sección. La segunda parte tuvo lugar de madrugada, y se describe brevemente en *Mateo 27:1-2*. La tercera parte tuvo lugar ante Pilato, y se describe en *Mateo 27:11-26*. La pregunta que queda pendiente es la siguiente: ¿Fue la reunión de la noche una reunión del sanedrín, convocada apresuradamente, o fue meramente un interrogatorio preliminar a fin de formular una acusación, y la reunión de la madrugada fue la reunión oficial del sanedrín? Comoquiera que se conteste esa pregunta, los judíos violaron sus propias leyes en el juicio de Jesús; pero si la reunión de la noche fue una reunión del sanedrín, la violación fue aún más flagrante. En conjunto, parece que Mateo consideró la reunión nocturna la del sanedrín, porque en el versículo 59 dice que todo el sanedrín buscaba un falso testimonio para condenar a muerte a Jesús. Veamos primero este proceso desde el punto de vista judío.

El sanedrín era el tribunal supremo de los judíos. Lo componían escribas, fariseos, saduceos y ancianos del pueblo; en total, setenta y un miembros; y lo presidía el sumo sacerdote. Para un juicio como este, el quorum era de veintitrés. Había ciertas reglas. Todos los casos criminales tenían que juzgarse durante el día, y que terminarse durante el día. Los casos criminales no se podían juzgar durante la Pascua de ninguna manera. Solamente si el veredicto era «No culpable» podía un caso terminarse el mismo día que se había empezado; de otra manera, había que dejar pasar una noche antes de pronunciar el veredicto, para dar tiempo a que surgieran sentimientos de misericordia. Además, ninguna decisión del sanedrín era válida a menos que se reuniera en su sede oficial, el salón de la Piedra Tallada, en el recinto del templo. Toda evidencia tenía que probarse por dos testigos examinados separadamente, y que no tuvieran ninguna relación entre sí. Y el falso testimonio se castigaba con la muerte. La seriedad de la ocasión se le hacía sentir al testigo en los casos en que una vida estaba en litigio: < No olvides, oh testigo, que una cosa es dar evidencia en un caso de dinero, y otra en un juicio por la vida. En un caso de dinero, si el que da testimonio lo hiciera falsamente, el dinero puede compensar el error; pero en este caso, por una vida, si tú pecas, la sangre del acusado y la de su simiente hasta el fin de los tiempos se te imputará a ti.» Todavía

más, en cualquier juicio el proceso empezaba poniendo delante del tribunal toda la evidencia a favor de *la inocencia* del acusado, antes de presentar la evidencia en su contra.

Estas eran las reglas del propio sanedrín, y está suficientemente claro que en su ansia de desembarazarse de Jesús quebrantaron sus propias leyes. Los judíos habían llegado a tal cima del odio que cualquier medio estaba justificado para acabar con Jesús.

EL CRIMEN DE CRISTO

Mateo 26:57, 59-68 (conclusión)

El propósito principal de la reunión nocturna de las autoridades judías era la formulación de la acusación contra Jesús. Como ya hemos visto, toda evidencia tenía que garantizarse con dos testigos, separadamente interrogados. Durante un tiempo, ni siquiera dos testigos falsos se podía conseguir que estuvieran de acuerdo; y entonces se encontró una acusación, la de que Jesús había dicho que destruiría el templo y lo reedificaría en tres días.

Está claro que era una tergiversación de algo que Jesús había dicho. Él predijo -y correctamente- la destrucción del templo. Esto se había tergiversado para convertirlo en una acusación de que Él había dicho que El mismo destruiría el templo. Ya hemos visto que Jesús predijo que Le quitarían la vida, y en tres días resucitaría. Eso se tergiversó para que pareciera que había dicho que reedificaría el templo en tres días.

Esta acusación se formuló repitiendo e interpretando deliberada y maliciosa y falsamente algunas cosas que Jesús había dicho. A esa acusación, Jesús se negó en rotundo a contestar. En eso la ley estaba de Su parte, porque a nadie se le podía obligar a contestar en un juicio a una pregunta que le inculpara.

Fue entonces cuando el sumo sacerdote lanzó la pregunta decisoria. Ya hemos visto que Jesús había advertido repetidas veces a Sus discípulos que no le dijeran a nadie que Él era el Mesías. Entonces, ¿cómo llegó a saber el sumo sacerdote hacer la pregunta que Jesús no podía rehusar contestar? Bien puede ser que, cuando Judas presentó información contra Jesús, también les dijo a las autoridades judías que Jesús les había revelado a Sus discípulos que Él era el Mesías. Bien puede ser que Judas quebrantara entonces intencionadamente el secreto que Jesús les había impuesto a Sus discípulos que no dijeran a nadie.

En cualquier caso, el sumo sacerdote hizo la pregunta, y la hizo formulándola con un juramento: «¿Eres Tú el Mesías? -preguntó- ¿Pretendes ser el Hijo de Dios?» Este fue el momento crucial del juicio. Bien podríamos decir que todo el universo contuvo la respiración esperando la respuesta de Jesús. Si Jesús decía: « No,» el juicio perdía su razón de ser; no se Le podía acusar de nada. Jesús podía decir simplemente: « No» , y salía libre y Se escapaba antes de que el sanedrín pudiera urdir otra manera de enredarle. Por otra parte, si decía: « Sí», firmaba Su propia sentencia de muerte. Nada más que un simple «Sí» se necesitaba para convertir la Cruz en algo definitivo e inescapable.

Puede ser que Jesús Se detuviera y guardara silencio un momento otra vez para calcular el costo antes de hacer la gran decisión; y entonces dijo « Sí». Pero dijo más: Citó a *Daniel 7:13* con su gráfica profecía del triunfo definitivo y de la majestad del Escogido de Dios. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Inmediatamente surgió el clamor de «¡Blasfemia!» Se rasgaron vestiduras en una especie de horror sintético e histórico; y Jesús fue condenado a muerte.

Luego siguió el escupirle, el abofetearle, el golpearle el rostro en burla. Hasta las cosas externas de la justicia se olvidaron, y la hostilidad venenosa de las autoridades judías se manifestó. Esa reunión nocturna había empezado como un tribunal de justicia, y acabó en una manifestación frenética de odio, en la que no se hizo el menor intento de mantener ni siquiera las superficialidades de una justicia imparcial.

Hasta el día de hoy, cuando una persona se encuentra cara a cara con Jesucristo, tiene que odiarle o amarle; no puede hacer más que someterse a El o desear destruirle. Ninguna persona que se dé cuenta de lo que Jesucristo exige puede ser neutral. Tiene que ser, o Su aliada, o Su enemiga.

EL HOMBRE QUE CONDENÓ A MUERTE

A JESÚS

Mateo 27:1-2, 11-26

Cuando se hizo de día, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron una consulta para condenar a muerte a Jesús; así es que Le ataron y Le llevaron para entregársele al gobernador Pilato.

Jesús estaba de pie ante el gobernador, y este Le preguntó directamente:

- ¿Eres Tú el Rey de los judíos?

- Tú eres el que lo has dicho -le contestó Jesús.

Mientras los principales sacerdotes y los ancianos Le

estaban acusando, Jesús no daba respuesta. Entonces Pilato Le preguntó:

- ¿Es que no oyes la evidencia que estos están presentando contra Ti?

Jesús no contestó ni una sola palabra, lo que sorprendió mucho al gobernador.

Por el tiempo de la fiesta de la Pascua, el gobernador tenía costumbre de soltarle al pueblo a un preso, el que ellos quisieran. Por aquel entonces estaba detenido un preso muy conocido que se llamaba Barrabás. Así que, cuando estaban reunidos, les preguntó Pilato:

- ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús al que llaman el Cristo?

Porque se daba perfecta cuenta de que le había entregado a Jesús maliciosamente. Mientras Pilato estaba sentado en el sillón del juicio, su mujer le envió un mensaje:

No te dejes enredar en nada que tenga que ver con este Justo -le decía ella-, porque hoy he tenido una experiencia extraordinaria en sueños en relación con Él.

Los principales sacerdotes y los ancianos convencieron al gentío que pidiera la liberación de Barrabás y la condena a muerte de Jesús.

- ¿Cuál de los dos.- dijo el gobernador- os tengo que soltar?

- ¡Barrabás! -gritaron.

Entonces -les dijo Pilato-, ¿qué voy a hacer con Jesús, al que llaman el Cristo?

- ¡Que Le crucifiquen! -dijeron todos.

- ¿Qué crimen ha cometido? preguntó Pilato. Y la gente siguió gritando cada vez más:

- ¡Que Le crucifiquen!

Cuando Pilato vio que no se podía hacer nada, y que había peligro de que se produjera un desorden, tomó agua y se lavó las manos en presencia de la gente.

- Vosotros veréis lo que hacéis.

-¡Que la responsabilidad de Su sangre recaiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! -contestó todo el pueblo.

Entonces Pilato les soltó a Barrabás, e hizo que azotaran a Jesús, y después Le entregó para que Le crucificaran.

Los dos primeros versículos de este pasaje describen lo que debe de haber -sido una reunión muy breve. del sanedrín,. celebrada de -madrugada con: la finalidad de formular una acusación oficial contra Jesús. Eso =era necesario debido al hecho de que, aunque los judíos podían juzgar casos ordinarios, no podían imponer la pena: de muerte. Esa sentencia solo la podía pronunciar el gobernador romano, y solo podían ejecutarla las autoridades romanas. El sanedrín, por tanto, tenía que formular una acusación con la que pudieran dirigirse a Pilato y solicitar la pena de muerte para Jesús.

Mateo no -nos dice cuál fue la acusación;.pero Lucas sí. En el sanedrín-, la- acusación que se había aceptado contra Jesús era la de blasfemia (*Mateo 26: 65s*). Pero nadie sabía mejor que las autoridades judías que eso no era una acusación válida ante Pilato. Les diría que se marcharan y zanjaran solos sus desavenencias religiosas. Así que, como nos dice Lucas, se presentaron delante de Pilato con una triple acusación, cada una de cuyas partes era una mentira, y una mentira deliberada. Acusaron a Jesús, en primer lugar, de ser un revolucionario; en segundo, de incitar al pueblo a no pagar los impuestos, y en tercero, de presentarse como un rey (*Lucas 23:2*). Pergeñaron tres acusaciones *políticas*, mentiras conscientes, porque sabían que esas eran las únicas que podían obligar a Pilato a actuar.

Así que todo dependía de la actitud de Pilato. ¿Qué clase de hombre era el gobernador romano?

Pilato era oficialmente el procurador de la provincia; y era responsable directamente, no. al senado romano, sino al mismo emperador. Tendría por lo menos treinta y siete años, porque esa era la edad mínima para hacerse cargo del puesto de procurador. Debe de haber sido un hombre de experiencia considerable; porque había toda una escala de cargos, incluyendo los de mando militar, por los que se tenía que ascender para poder llegar a ser gobernador. Pilato tiene que -haber sido un soldado y administrador probado y . cualificado. Llegó a ser procurador de Judea en él año 26 d:C., y se mantuvo en oficio durante diez años, al final de los cuales fue depuesto.

Cuando Pilato llegó a Judea,-encontró problemas en abundancia, y otros muchos se los buscó él mismo. Su principal dificultad era que no les tenía absolutamente ninguna simpatía a los judíos. Por, el contrario, trataba despectivamente lo que consideraba prejuicios irracionales y fanáticos de sus súbditos, que. eran lo que ellos consideraban sus principios. Los romanos conocían la intensidad de la religión judía, y el carácter irrompible de la fe judía, y muy sabiamente siempre habían tratado a los judíos con guante, blanco. Pilato propuso arrogantemente usar el guantelete.

Empezó con un problema. El cuartel general romano estaba en Cesarea. Los estandartes romanos no eran simplemente banderas; eran palos largos con el águila romana o la imagen del emperador en el extremo. Por consideración con el odio judío a las imágenes, todos los anteriores gobernadores habían quitado las águilas y las imágenes de las banderas antes de entrar en Jerusalén para la visita oficial. Pilato se negó a quitarlas. El resultado fue una oposición y una intransigencia tales que Pilato tuvo que acabar por ceder; porque no era posible ni detener ni matar a toda una nación.

Más adelante, Pilato decidió que Jerusalén necesitaba un mejor sistema de conducción de agua una sabia decisión. Para ese fin construyó un nuevo acueducto =pero tomó dinero del tesoro del templo para pagarlo.

Filón, el gran filósofo judeoalejandrino, hace un estudio psicológico de Pilato. Y Filón, recordemos, no era cristiano, sino que hablaba desde el punto de vista judío. Los judíos, nos dice Filón; habían amenazado con hacer uso de su derecho de delatar a Pilato al emperador por sus fechorías. Esta amenaza «exasperó a Pilato hasta lo sumo, porque se temía que enviaran una embajada al .emperador, que le. hicieran iniciar una investigación con respecto a otros detalles de

su gobierno -su corrupción, sus actos de insolencia, su rapiña, su hábito de insultar al pueblo, su crueldad, sus constantes asesinatos de personas sin juicio ni condena y -su inhumanidad interminablemente gratuita y sádica.» La reputación de Pilato con los judíosapestaba; y el que pudieran delatarle le dejaba en una posición totalmente insegura.

Podemos seguir la carrera de Pilato hasta el final. Acabaron por llamarle a Roma para que rindiera cuentas de su brutalidad en un incidente de Samaria. Cierta impostor había citado al pueblo en el monte Gerizín pretendiendo que les mostraría las vasijas sagradas que Moisés había ocultado allí. Desgraciadamente, muchos de los asistentes vinieron armados, y se reunieron en una aldea llamada Tirabata. Pilato se lanzó sobre ellos y los masacró con un salvajismo totalmente innecesario, porque se trataba de un movimiento inofensivo. Los samaritanos presentaron una queja a Vitelio; el legado de Siria, que era el superior inmediato de Pilato, y Vitelio le ordenó ir a Roma para responder de su conducta.

Cuando Pilato iba de camino a Roma, murió el emperador Tiberio; y parece ser que Pilato no tuvo que presentarse a juicio. Una leyenda dice que acabó cometiendo suicidio; su cuerpo se arrojó al Tíber, pero los espíritus malos revolvían las aguas de tal manera que los romanos se llevaron el cuerpo de Pilato a Galia y lo tiraron al Ródano. La supuesta tumba de Pilato se enseña todavía en Vienne. Lo mismo sucedió allí, y el cuerpo se llevó por último a un lugar cerca de Lausana, y fue sepultado en un pozo de las montañas. Enfrente de Lucerna hay una colina que se llama el monte de Pilato. Originalmente se llamaba *Pileatus*, que quiere decir *con la cabeza cubierta de nubes*; pero, como se conectó con Pilato, el nombre se cambió por el de *Pilatus*.

Más tarde, la leyenda cristiana mostró cierta compasión con Pilato, y acabó por echarle toda la culpa de la muerte de Jesús a los judíos. Naturalmente en cierto modo, la leyenda llegó a mantener que la mujer de Pilato, que se dice que era prosélita del judaísmo y que se llamaba Claudia Prócula, se convirtió al Cristianismo. También se llegó a decir que el mismo Pilato también se había hecho cristiano; y hasta el día de hoy la iglesia copta incluye a Pilato y a su mujer en el número de los santo:

Concluimos nuestro estudio de Pilato con un documento muy interesante. Pilato debe de haber enviado a Roma un informe del juicio y ejecución de Jesús; eso sería una parte normal de la administración. Un libro apócrifo llamado *Los hechos de Pilato y Pablo* contiene una supuesta copia de ese informe. Ese informe lo citan también Tertuliano y Justino Mártir y Eusebio. El informe que ha llegado hasta nosotros no es probable que sea genuino, pero es interesante leerlo:

Poncio Pilato a Claudio: ¡Saludos!

Sucedió últimamente un asunto en el que yo mismo hice el juicio; porque los judíos, por envidia, se han castigado a sí mismos y a su posteridad con juicios terribles por su propia culpa; porque, aunque sus padres habían prometido que su Dios les enviaría del Cielo a Su Santo, Que debería ser Rey por derecho propio, y prometió que Él Le mandaría a la Tierra en nacimiento virginal; entonces vino cuando yo era gobernador de Judea, y los judíos Le vieron dar vista a los ciegos, limpiar a los leprosos, sanar a los paralíticos, expulsar a los demonios, resucitar a los muertos, reprender a los vientos, andar sobre las olas del mar a pie enjuto y hacer muchas otras maravillas, y aunque todo el pueblo de los judíos Le llamaba Hijo de Dios, los principales sacerdotes, movidos por envidia contra Él, Le apresaron y me Le presentaron haciendo toda clase de falsas acusaciones una tras otra, diciendo que era hechicero y que hacía muchas cosas en contra de su ley.

Pero yo, creyendo que estas cosas eran ciertas, después de azotarle, Le entregué a su voluntad, y ellos Le crucificaron; y cuando Le enterraron pusieron una guardia al cuidado de la tumba. Pero mientras los soldados vigilaban, Él se levantó de nuevo al tercer día; sin embargo,

hasta tal punto se inflamó la malicia de los judíos que les dieron dinero a los soldados diciéndoles: Vosotros decid que Sus discípulos robaron Su cuerpo.

Pero ellos, aunque tomaron el dinero, no fueron capaces de guardar silencio acerca de lo que había sucedido, porque ellos también han testificado que Le vieron resucitado, y que recibieron, dinero de los judíos. Y de estas cosas he informado a vuestra alteza por esta causa, no sea que algún otro os mienta, y consideréis que debéis creer los falsos cuentos de los judíos.

Aunque ese informe no es más que una leyenda, Pilato sabía de cierto que Jesús era inocente; pero sus errores pasados pusieron en las manos de los judíos una palanca con la que le obligaron a hacer la voluntad de ellos contra los propios deseos y sentido de la justicia de él.

PILATO PIERDE LA CONTIENDA

Mateo 27:1-2, 11-26 (conclusión)

Todo este pasaje nos da la impresión de que Pilato estaba peleando una batalla perdida. Está claro que Pilato no quería condenar a Jesús. Ciertas verdades surgen de aquí.

(i) A Pilato le impresionó vivamente Jesús. Está claro que no tomó muy en serio que pretendiera ser el Rey de los judíos. Pilato reconocía a un revolucionario a primera vista, y Jesús no lo era. Su silencio digno hizo que Pilato sintiera que no era Jesús el que estaba en tela de juicio, sino él mismo, Pilato. Pilato fue un hombre que sintió el poder de Jesús -y tuvo miedo de someterse a El. Hay todavía personas que tienen miedo de ser tan cristianos como saben que deben serlo.

(ii) Pilato buscó la manera de evadir su responsabilidad. Parece que era costumbre soltar a un preso para la Pascua. En la cárcel había un cierto Barrabás. No era ningún ladronzuelo. Lo más probable es que fuera, o un bandolero, o un revolucionario político.

Se han hecho dos especulaciones interesantes acerca de él. Su nombre *Bar-Abbás* quiere decir *Hijo del Padre*. *Padre* era el título que se asignaba a los más respetados rabinos. Bien puede ser que Barrabás fuera hijo de una antigua familia distinguida, que se había salido del cauce tradicional y embarcado en una carrera de crímenes por todo lo alto. Un hombre así haría del crimen algo romántico, y tendría de su parte a una buena parte del pueblo.

Aún más interesante es la casi seguridad de que Barrabás también se llamara Jesús. Algunas de las más antiguas traducciones del Nuevo Testamento -por ejemplo, las antiguas versiones siríaca y armenia le llaman *Jesús Barrabás*; y tanto Orígenes como Jerónimo tenían noticia de esa variante y creían que podía ser correcta. Es curioso que por dos veces Pilato especifica que *Jesús, al Que llaman el Cristo* (versículos 17 y 22), como para distinguirlo de algún otro Jesús. Jesús era un nombre corriente. Es el mismo que Josué en hebreo, y el grito frenético de la multitud es probable que fuera: < ¡No Jesús el Cristo, sino Jesús Barrabás! >

Pilato buscaba una salida de emergencia, pero la multitud eligió al criminal violento y rechazó al tierno Jesús. Prefirieron al hombre de violencia al Hombre de Amor.

(iii) Pilato trató de zafarse de la responsabilidad de condenar a Jesús. Se conserva esa extraña y trágica ceremonia de Pilato lavándose las manos. Esa era una costumbre judía. Hay una extraña regla en *Deuteronomio 21:1-9*. Si se encontraba un cadáver, y no se sabía quién lo había matado, se medía la proximidad del lugar con los pueblos cercanos, y los ancianos del pueblo más próximo tenían que sacrificar una becerro y lavarse las manos con su sangre para quedar libres de culpa. Pilato fue advertido por su sentido de la justicia, y por su conciencia, y por el sueño de su angustiada mujer; pero Pilato no podía resistir a la multitud; y Pilato recurrió al gesto estéril de lavarse las manos. La leyenda dice que hasta el día de hoy hay veces que la sombra de Pilato surge de su tumba y repite la ceremonia de lavarse las manos una vez más.

Hay algo de lo que una persona no puede librarse nunca -y es la responsabilidad. No es nunca posible ni para Pilato ni para ninguna otra persona el decir: « Me lavo las manos de toda responsabilidad.» Porque eso es algo que nadie ni nada puede borrar.

Esta imagen de Pilato inspira en nuestras mentes más bien piedad que condenación; porque aquí tenemos a un hombre tan inmerso en su pasado y tan incapacitado por él que fue incapaz de mantenerse firme en su debida posición. Pilato es una figura de tragedia más que de villanía.

LAS BURLAS DE LOS SOLDADOS

Mateo 27:27-31

*Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús a su cuartel, y reunieron allí a todo el destacamento. Le quitaron a Jesús lo que llevaba puesto, y Le pusieron la túnica púrpura de un soldado; luego trenzaron una corona de espinos, y Se la pusieron en la cabeza, y Le colocaron una caña en la mano derecha; y doblaban la rodilla delante de Él, y se burlaban de Él diciendo:
-¡Salve, Rey de los judíos! -Y Le escupían, y Le quitaban la caña y Le golpeaban con ella en la cabeza.*

Cuando se hubieron divertido con Él, Le quitaron la túnica, y Le pusieron Su propia ropa, y Le condujeron al lugar de la ejecución.

La terrible rutina de la crucifixión había comenzado. La última sección acababa diciéndonos que Pilato mandó que azotaran a Jesús. Eso era una terrible tortura romana. Desnudaban a la víctima; le ataban las manos a la espalda, y le ataban a una columna con la espalda doblada y convenientemente expuesta al látigo. El látigo era una tira larga de cuero en la que se ponían incrustado a trozos huesos agudos y piezas de plomo. Tal tortura solía preceder a la crucifixión, y «reducía el cuerpo desnudo del reo a tiras de carne cruda, y a sangrantes y ardientes verdugones.» Muchos morían en la tortura, y otros perdían la razón, y pocos se mantenían conscientes hasta el fin.

Después de eso entregaron a Jesús a los soldados mientras se preparaban los últimos detalles de la crucifixión y la cruz. Los soldados Le llevaron a su cuartel en la sede del gobernador, y reunieron a todo el destacamento. El destacamento se llama una *speira*; una *speira* completa era seiscientos hombres. No es probable que hubiera tantos en Jerusalén. Estos soldados eran la guardia personal de Pilato, que le habían acompañado desde Cesarea, donde estaba su cuartel general.

Puede que nos horricemos ante lo que hicieron los soldados; pero, de todos los que intervinieron en la pasión de Jesús, fueron los menos culpables. No estaban fijos en Jerusalén; no tenían ni la menor idea de Quién era Jesús. Por supuesto que no eran judíos, porque los judíos eran los únicos que estaban exentos del servicio militar en el imperio romano; puede que procedieran de los límites del imperio. Hicieron una parodia de la realeza de Jesús; pero, al contrario que los judíos y el mismo Pilato, actuaban en ignorancia.

Puede que para Jesús, de todo lo que sufrió, esto fuera lo más soportable; porque, aunque se burlaron de Su realeza, no había odio en sus ojos. Para ellos no se trataba más que de un iluso galileo que iba a la cruz. No carece de significado el que Filón nos cuente que un gentío judío hizo algo muy parecido con un joven demente: «Tomaron una tira de tela, y se la colocaron en la cabeza como si fuera una diadema... y le dieron como cetro una caña del junco nativo del papiro que se encontraron tirado al borde del camino. Y, como estaba disfrazado de rey... algunos se dirigían a él como para saludarle, y otros como para presentarle alguna demanda.» Así se divertían con un chaval medio idiota; y eso fue lo que los soldados hicieron con Jesús.

Seguidamente se prepararon para conducirlo al lugar de la crucifixión. Algunas veces se nos dice que no debemos detenernos morbosamente en el aspecto físico de la crucifixión; pero no podemos hacernos una idea muy clara de lo que Jesús hizo y padeció por nosotros. Klausner, el escritor judío,

dice: < La crucifixión es la muerte más terrible y cruel que han diseñado los seres humanos para vengarse de sus semejantes. » Cicerón la llamaba < la tortura más cruel y más horrible. » Tácito la llamaba < una tortura apropiada solo para esclavos. »

La inventaron en Persia; y puede que su razón de ser fuera que la tierra se consideraba consagrada al dios Ormuz, así que el criminal se colocaba fuera del contacto con ella, para que no la contaminara; porque era la propiedad del Dios. De Persia pasó a Cartago en el Norte de África, y fue de los cartagineses de los que la aprendieron los romanos, aunque estos no la aplicaban más que a los rebeldes, esclavos fugitivos y la clase más baja de criminales. Era una ejecución que no se podía aplicar legalmente a un ciudadano romano.

Klausner pasa a describir la crucifixión. Se ataba a la cruz al criminal, que ya era una masa sangrante después de los azotes. Allí colgaba hasta morir de hambre y sed y exposición a la intemperie, incapaz de defenderse ni siquiera de los tábanos, que acudían a su cuerpo desnudo y a sus heridas sangrantes. No es una escena agradable de contemplar, sino horrible la que Jesucristo sufrió -voluntariamente- por nosotros.

LA CRUZ Y LA VERGÜENZA

Mateo 27:32-44

Cuando iban saliendo, se encontraron a un cireneo que se llamaba Simón, y le requisaron para que llevara la Cruz de Jesús. Cuando llegaron al lugar que se llama Gólgota (que quiere decir El lugar de la Calavera), Le ofrecieron vino mezclado con hiel para que lo bebiera; pero, cuando Jesús lo probó, no quiso seguir bebiendo. Cuando ya Le habían crucificado, se repartieron Su ropa echándola a suertes; y, allí sentados, Le observaban. Habían colocado sobre Su cabeza un cartel escrito con la acusación por la que Le ajusticiaban: «Este es Jesús, el Rey de los judíos. » Luego crucificaron a dos malhechores, uno a Su derecha y otro a Su izquierda. Los que pasaban por allí no hacían más que lanzarle insultos. No hacían más que sacudir la cabeza y decir:

- ¡El que destruías el templo y lo edificabas en tres días: Sálvate a Ti mismo! ¡Si eres de veras el Hijo de Dios, bájate de la Cruz!

Lo mismo hacían los principales sacerdotes y los escribas y los ancianos burlándose de Él:

- ¡Salvó a otros -no hacían más que decir-, y no se puede salvar a Sí mismo! ¡El Rey de Israel! ¡Que baje ahora de la Cruz, y creeremos en Él! ¡Confió en Dios: Que Dios Le libre ahora si Le quiere; porque Él dijo: «Yo soy el Hijo de Dios»!

Hasta los bandidos que estaban crucificados con Él Le lanzaban los mismos oprobios.

La historia de la crucifixión no necesita comentario; todo su poder reside sencillamente en contarla. Lo único que podemos hacer es pintar su trasfondo para que el cuadro aparezca lo más claro posible.

Cuando se había condenado a un criminal, se le conducía al lugar de la crucifixión. Se le colocaba entre cuatro soldados romanos. Era costumbre que llevara el travesaño de su propia cruz; el madero vertical le estaba esperando en el lugar de la ejecución. El crimen por el que se le ejecutaba estaba escrito en un tablero; lo llevaba el reo colgado al cuello, o lo exponía el oficial que iba al frente de la procesión; más tarde se colocaba sobre la misma cruz. Al criminal se le conducía a la muerte por un camino lo más largo posible para que pudieran verle y escarmentar en él los más posibles.

Jesús ya había pasado los terribles azotes; después, había soportado las burlas de los soldados; antes de todo eso, le habían estado interrogando casi toda la noche; estaba, por tanto, físicamente agotado, y vacilaba bajo el peso de la Cruz. Los soldados romanos sabían muy bien lo que podían hacer en tales circunstancias. Palestina era una tierra ocupada; todo lo que un oficial tenía que hacer

era tocarle el hombro con lo plano de su lanza a un judío para confiscarle para el servicio que fuera, y este tenía que realizar cualquier tarea, por muy humillante y desagradable que fuera. Hacia la ciudad, de una de las aldeas próximas, llegaba entonces, un hombre de la lejana Cirene, en el Norte de África, que se llamaba Simón. Puede que se hubiera pasado años economizando y ahorrando para celebrar una Pascua en Jerusalén -y ahora le correspondía asumir esta terrible indignidad y vergüenza, porque se le obligaba a llevar la Cruz de Jesús. Cuando Marcos nos cuenta este episodio, identifica a Simón como «el padre de Alejandro y de Rufo» (Marcos 15:21). tal identificación solo puede querer decir que Alejandro y Rufo eran conocidos en la Iglesia. Y puede ser que aquel día terrible, Jesús tomó posesión del corazón de Simón. Que aquello que le había parecido a Simón la mayor vergüenza llegó a ser para él su mayor gloria.

El lugar de la crucifixión fue una colina llamada Gólgota, porque tenía la forma de una calavera. Cuando se llegaba al lugar de la ejecución, al criminal se le colgaba de la cruz. Se le clavaban las manos al travesaño, pero lo corriente era que se le ataran los pies a la cruz. En ese momento, para matar un poco el dolor, se le daba al criminal un vino drogado, preparado por un grupo de mujeres ricas de Jerusalén como obra de misericordia. Un escritor judío escribe: «Cuando se saca a un hombre para matarle, le permiten beber un grano de incienso en una copa de vino para amortiguar sus sentidos... Mujeres ricas de Jerusalén solían aportar estas cosas y ofrecerlas.» La copa drogada se le ofreció a Jesús, pero Él no quiso beberla porque estaba decidido a acatar la muerte en todo su horror y amargura, sin evitar ninguna partícula de dolor.

Ya hemos visto que el criminal se le conducía a la ejecución en moho de cuatro soldados romanos; a los criminales se los crucificaba desnudos, excepto por un paño en los lomos; y las ropas del criminal eran el gaje al que tenían derecho los soldados encargados de la ejecución. Los judíos llevaban normalmente cinco artículos de ropa: las sandalias, el turbante, el cinto, la túnica interior y la capa exterior. Así es que había cinco artículos para cuatro soldados. Los primeros cuatro artículos tenían aproximadamente el mismo valor; pero la capa exterior tenía más valor que las otras piezas. Fue esa túnica exterior de Jesús la que los soldados se jugaron a los dados, como nos dice Juan (Juan 19:23s). Cuando los soldados se había repartido la ropa de Jesús, se sentaron, montando la guardia hasta que llegara el final. Así es que había en Gólgota un grupo de tres cruces, en la de en medio el Hijo de Dios, y a cada lado un bandolero. Ciertamente estuvo con los pecadores en Su muerte. Los versículos finales describen las burlas que Le lanzaban a Jesús los que pasaban, las autoridades judías y hasta los bandoleros que estaban crucificados con Él. Todas las burlas se centraban en una cosa: La afirmación que Jesús había hecho, y Su obvia indefensión en la Cruz. Precisamente en eso era en lo que más se equivocaron los judíos. Estaban usando la gloria de Cristo como un objeto de burla. « ¡Baja de la Cruz -Le decían-, y creemos en Ti!» Pero como dijo una vez el general Booth: «Es precisamente porque no quiso bajar, por lo que creemos en Él.» Los judíos no veían a Dios nada más que en el poder; pero Jesús nos ha mostrado que Dios está en el amor sacrificial.

EL TRIUNFO FINAL

Mateo 27:45-50

Desde las doce del mediodía cubrieron la tierra las tinieblas hasta las tres de la tarde. A eso de las tres de la tarde, Jesús clamó a gran voz:

-Elj, Elj, ¿lama sabajthuni? -(Que quiere decir: < Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me has desamparado?»).

Algunos de los que se encontraban allí, oyeron esto y dijeron:

-Este Hombre está llamando a Elías.

E inmediatamente uno de ellos fue corriendo, y tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y la puso en una caña, y Le dio de beber. Los demás dijeron:

-¡Déjale, a ver si viene Elías a salvarle!

Jesús clamó otra vez a gran voz, y entregó el espíritu.

Conforme hemos estado leyendo la historia de la Crucifixión, todo parece haber estado pasando muy deprisa; pero en realidad las horas iban resbalando. Marcos es el más preciso en relación con el tiempo. Nos dice que Jesús fue crucificado a la hora tercera, es decir, las 9 de la mañana (*Marcos 15:25*), y que murió a la hora novena, es decir, las 3 de la tarde (*Marcos 15:34*). Es decir: Jesús estuvo clavado en la Cruz seis horas. Para Él, la agonía fue misericordiosamente breve, porque se daba el caso de que algunos criminales estuvieran colgando de sus cruces varios días hasta que les llegaba la muerte.

En el versículo 46 tenemos lo que tiene que haber sido la frase más alucinante de toda la historia evangélica: El grito de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué Me has desamparado?» Este es un dicho ante el que debemos postrarnos en reverencia, aunque también debemos tratar de comprenderlo. Ha habido muchos intentos de penetrar en su misterio; solo podemos considerar tres de ellos.

(i) Es extraña la manera en que el *Salmo 22* fluye por toda la narración de la Crucifixión; y esta palabra es de hecho el primer versículo de ese salmo. Más tarde dice: «Todos los que Me buscan se burlan de. Mí; tuercen la boca y menean la cabeza, diciendo: "Él apeló al Señor, líbrele El; sálvele, si es verdad que Se deleita en Él"» (*Salmo 22:7s*). Y todavía más adelante leemos: «Se repartieron entre ellos Mis vestidos, y se jugaron mi ropa a los dados» (*Salmo 22:18*). El Salmo 22 está entrelazado en la misma historia de la Crucifixión.

Se ha sugerido que Jesús estaba de hecho repitiendo ese salmo para Sí; y aunque empieza con un grito de abatimiento, acaba remontándose en triunfo: «De Ti viene Mi alabanza en la congregación... porque el dominio pertenece al Señor, y El gobierna sobre las naciones» (*Salmo 22:25-31*). Así que se sugiere que Jesús estaba repitiendo el Salmo 22 en la Cruz como una descripción de Su situación y como canción de alabanza, sabiendo muy bien que empezaba en las profundidades y acababa en las alturas.

Es una sugerencia atractiva; pero un crucificado no recita poesía ni para sus adentros; aunque sea la poesía de un salmo; y además, toda la atmósfera es de tragedia despiadada.

(ii) Se sugiere que en ese momento todo el peso del pecado del mundo cayó sobre el corazón y el ser de Jesús; que ese fue el momento en que el Que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros (*2 Corintios 5:21*); y que el castigo que Él sufrió por nosotros implicó la inevitable separación de Dios que produce el pecado. Nadie puede decir que eso no fuera verdad; pero, si lo es, es un misterio que no podemos más que vislumbrar, y ante el que solo podemos adorar.

(iii) Puede ser que haya algo aquí -si podemos decirlo así- más humano. A mí me parece que Jesús no sería Jesús si no hubiera sondeado las simas más profundas de la experiencia humana. En la experiencia humana, en el transcurso de la vida, cuando las más amargas tragedias la invaden, hay momentos cuando nos parece sentir que Dios Se ha olvidado de nosotros; cuando estamos inmersos en una situación que sobrepasa nuestro entendimiento y nos sentimos abandonados hasta de Dios. A mí me parece que eso fue lo que Le sucedió a Jesús aquí. Ya hemos visto que en Getsemaní Jesús sólo sabía que tenía que seguir adelante, porque esa era la voluntad de Dios, y Él tenía que aceptar hasta lo que no podía comprender totalmente. Aquí vemos a Jesús

sondeando las más negras profundidades de la situación humana, para que no hubiera ninguna de la que pudiéramos decir que Él no la pasó antes que nosotros.

Los que Le oyeron, no Le comprendieron: Algunos creyeron que estaba llamando a Elías; esos serían judíos. En los escritos del Mar Muerto se encuentran ejemplos que parecen indicar que «Elí, Elí» se podría pronunciar «Elía, Elía.» Tal vez Jesús pronunció el versículo en su dialecto galileo del arameo. Pero también puede ser que entendieran perfectamente que estaba usando palabras de la Sagrada Escritura, y hasta en eso se burlaron de Él.

Uno de los grandes dioses del paganismo era el Sol -Helios. Una invocación al dios Sol habría empezado: «¡Helie!,» y se ha sugerido que los soldados puede que pensaran que Jesús estaba llamando al más grande de sus dioses, que había oscurecido su rostro de espanto ante aquella escena. En cualquier caso, el clamor de Jesús fue un misterio para los espectadores.

Pero aquí hay algo importante. Habría sido terrible el que Jesús hubiera muerto con un grito de angustia en Sus labios; pero no fue así. La narración evangélica prosigue diciéndonos que, cuando Jesús clamó con una gran voz, entregó Su espíritu. Esa gran voz dejó su impronta en las mentes de los testigos. Está en todos los evangelios (*Mateo 27:50; Marcos 15:37; Lucas 23:46*). Pero hay un evangelio que llega más allá: Juan nos dice que Jesús murió dando un gran grito: «¡Consumado es!» (*Juan 19:30*). *Consumado* es son dos palabras en español, pero en griego es solo una: *Tetélestai* -como sería también en arameo. Y *tetélestai* es un grito de triunfo; es el grito de Uno Que ha completado Su tarea; es el grito del Que ha vencido en la contienda; es el grito de la Persona Que ha salido de las tinieblas a la gloria de la luz, y Que ha alcanzado la corona. Así es que Jesús murió como vencedor, con un grito de triunfo en los labios.

Aquí tenemos algo de valor incalculable. Jesús pasó por el abismo más insondable, y salió de nuevo a la luz. Nosotros también, si nos aferramos a Dios aun cuando parece que no hay Dios, manteniendo los restos de nuestra -fe desesperada e invenciblemente, no cabe duda que la aurora romperá y saldremos victoriosos. El vencedor es el que se niega a creer que Dios Se ha olvidado de él aun cuando todas las fibras de su ser se sientan abandonadas. Vencedores aquel- que no, deja que se le- pierda nunca la fe, aun cuando sienta que ya ha perdido toda su base. Vencedor, es, el que se ha sumido hasta las profundidades, y todavía se aferra a Dios; porque eso es lo que hizo Jesús.

LA REVELACIÓN DESLUMBRANTE

Mateo 27:51-56 .

Y fijaos: El velo del templo se rasgó en dos parte, de arriba abajo, y la tierra se sacudió, y las rocas se quebraron, y- las tumbas se abrieron, y resucitaron. dos Y cuerpos, de muchos de los que habían vivido consagrados a Dios, y salieron de las tumbas después de Su Resurrección y vinieron ala. Santa Ciudad y se les aparecieron a muchos.

El centurión y los- que .estaban observando. a Jesús con él vieron el terremoto -y las cosas que habían-sucedido,, y sintieron un profundísimo temor.

No cabe duda -decían-, que este. Hombre era el Hijo de Dios.

Muchas mujeres estaban allí observando a distancia. Eran las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, prestándole sus servicios. Entre ellas estaban María de Magdala, y María, la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Este pasaje se divide naturalmente en tres secciones.

(i) Tenemos el relato de *las cosas sorprendentes* que sucedieron cuando murió Jesús. Ya las tomemos literalmente o no, nos enseñan dos grandes verdades.

(a) El velo del templo se rasgó de arriba abajo. Ese era el velo que cubría la entrada del Lugar Santísimo, al otro lado del cual no podía entrar más que el sumo sacerdote el día de la Expiación; era el velo que, ocultaba la presencia del Espíritu de Dios: Aquí hay un profundo simbolismo. Hasta ese momento, Dios había estado oculto y remoto, y nadie sabía cómo era. Pero, en la muerte de Jesús vemos el amor oculto de Dios, y el acceso a la presencia de Dios que había estado cerrado a toda la humanidad está ahora abierto.. La vida y la muerte de Jesús nos muestran cómo es Dios, y quitan para siempre el velo que Le ocultaba a la humanidad.

(b) Se abrieron las tumbas. La verdad que esto nos revela es que Jesús conquistó la muerte. Al morir y resucitar, Él destruyó el poder de la tumba. A causa de Su vida, Su muerte y Su Resurrección, la tumba ha perdido su poder, el sepulcro ha perdido su terror, la muerte ha perdido su tragedia. Porque estamos seguros de que, como Él vive, nosotros también viviremos:

(ii) Tenemos el relato, de la adoración del centurión. Jesús había dicho: « Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a Mí a todas las personas» (*Juan 12:32*). Jesús anunció el poder magnético de la Cruz; y el centurión fue su primer fruto. La Cruz le movió a ver la majestad- de Jesús, como ninguna otra cosa le había movido.

(iii) Tenemos la sencilla mención de las mujeres que vieron el final. Todos los discípulos Le abandonaron y huyeron, pero las, mujeres se mantuvieron. Se ha dicho que, al contrario que los hombres, las mujeres no tenían nada que temer, porque su posición pública era tan poco importante que nadie se fijaría en las discípulas. Pero á más que eso. Estaban allí porque amaban a Jesús; y para ellas, como para tantos otros, el perfecto amor desecha el temor.

- EL REGALO DE UNA TUMBA

Mateo 27:57-61

Más adelante aquel mismo día vino un hombre rico de Arimatea que se llamaba José, que era un discípulo de Jesús. Se dirigió a Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se le diera; así es que José tomó el cuerpo, y lo envolvió en lino limpio, y lo puso en una tumba nueva que había abierto en la roca. Y rodó una piedra muy grande para cerrar la entrada de la tumba, y se marchó. Y María de Magdalena estaba allí, y la otra María, sentadas enfrente de la tumba.

Según la ley judía, *ni siquiera* el cuerpo de un criminal debía dejarse expuesto toda la noche, sino que tenía que, enterrarse el -mismo día. «Su cuerpo no permanecerá toda la noche sobre el madero, sino que lo enterraréis el mismo día» (*Deuteronomio 21: 22s*). Esto era doblemente obligatorio cuando, tomo en el caso de Jesús, el día siguiente era sábado. Según la ley romana, los parientes de un criminal podían solicitar su cuerpo para enterrarlo; y si no lo solicitaba nadie se dejaba a merced de los perros y de los animales carroñeros..

Ahora bien, ninguno de los parientes de Jesús estaba en posición de reclamar Su *cuerpo*, porque eran todos galileos, y ninguno tenía una tumba en Jerusalén. Así que el pudiente José de Arimatea intervino. Se dirigió a- Pilato y solicitó que le permitiera hacerse cargo del cuerpo de Jesús. Se le concedió, y lo puso en una tumba en la roca en la que no se había enterrado a nadie. José será siempre recordado como el hombre que Le dio una tumba a Jesús.

Han surgido muchas leyendas en torno a la figura de José de Arimatea, algunas de las cuales tienen un interés especial para los ingleses. La más conocida dice que en el año 61 d.C., Felipe envió a José, desde la Galia, a predicar el Evangelio en Inglaterra. José fue, llevando consigo el cáliz

que se usó en la Última Cena, y que entonces contenía la sangre que Jesús derramó en la Cruz. Ese cáliz llegaría a ser conocido como el Santo Graal, famoso en las historias de los caballeros del rey Arturo. Cuando José y su grupo de misioneros escalaron la colina Weary-all y llegaron al otro lado, se encontraron en Glastonbury; allí José pinchó su bordón en la tierra, -y de él creció el famoso espino de Glastonbury. Es absolutamente cierto que Glastonbury fue mucho tiempo- el lugar más sagrado de Inglaterra, y todavía es un centro de peregrinación. La leyenda dice que el espinó original lo taló un puritano, pero que el espinó que crece allí hasta el día de hoy brotó de la misma raíz antigua; y hasta el día de hoy se nían dan esquejes de él por todo el mundo. Así que la leyenda conecta a José de Arimatea con Glastonbury e Inglaterra.

Pero hay una leyenda menos conocida, recordada en uno de los himnos y poemas más famosos de la literatura inglesa. Es una leyenda todavía muy viva en Somerset. José, dice la leyenda, era mercader de estaño, y vino mucho antes de que le enviara Felipe en visitas frecuentes a las minas de estaño de Cornwall. El pueblo de Marazion en Cornwall tiene otro nombre: algunas veces se le llama Market Jew, «el judío del mercado», y se dice que fue el centro de una colonia de judíos que eran mercaderes de estaño-. La leyenda llega más lejos: José de Arimatea, nos dice, era tío de María la Madre de Jesús. (¿Podría ser que José hiciera uso del derecho que le concedía la ley romana de reclamar el cuerpo de Jesús porque era pariente Suyo?). Y se dice que trajo al niño Jesús consigo en uno de sus viajes a Cornwall. Es una preciosa leyenda que nos gustaría que fuera verdad -sobre todo a los ingleses-; porque sería emocionante pensar que los pies del niño Jesús tocaron en tiempos la tierra inglesa.

Se dice muchas veces que José le dio una tumba a Jesús cuando murió, pero no le acercó durante Su vida. José era miembro del sanedrín (*Lucas 23:50*); y Lucas nos dice que no había dado su conformidad al plan y a la acción (del tribunal) (*Lucas 23:51*). Es posible que la reunión del sanedrín que se convocó en la casa de Caifás durante la noche fuera selectiva. No parece probable que todo el sanedrín estuviera allí. Bien puede ser que Caifás citara solamente a los que quería que estuvieran presentes, los que estaba seguro de que le apoyarían, y que José no tuviera oportunidad de estar allí.

No cabe duda de que al final José desplegó el mayor valor. Se manifestó como simpatizante de un criminal crucificado; arrojó el resentimiento posible de Pilato; y también el previsible odio de los judíos. Bien puede ser que José de Arimatea hiciera todo lo que le fue posible hacer.

Todavía queda una incógnita. La mujer que se llama *la otra María* se identifica como María la madre de José en *Marcos 15:47*. Ya hemos visto que estas mujeres estuvieron presentes en Gólgota; su amor les hizo seguir a Jesús en la vida y en la muerte.

UNA TAREA IMPOSIBLE

Mateo 27:62-66

AL día siguiente, que era el día después de la Preparación, los principales sacerdotes y los fariseos vinieron a una a Pilato.

-Señor-le dijeron-, recordamos que ese impostor decía cuando estaba vivo: «A los tres días, resucitaré. » Da órdenes, por tanto, para que la tumba esté vigilada hasta después de los tres días, no sea que vengan. Sus discípulos, y roben el cuerpo, y digan luego a la gente: «Ha resucitado de entre los muertos.» Si pasara eso, el engaño final sería peor que el primero.

-Contáis con una guardia -dijo Pilato-. Id, y aseguradla lo más posible.

Ellos fueron y aseguraron la tumba poniéndole un sello en la entrada y dejando allí la guardia.

Este pasaje empieza de una manera muy curiosa. Dice que los principales sacerdotes y los fariseos se dirigieron a Pilato al día siguiente, que era el día después de la Preparación. Ahora bien: Jesús fue crucificado el viernes. El sábado era el día de descanso de los judíos. Las horas desde las 3 hasta las 6 de la tarde del viernes se llamaban la víspera o la preparación. Ya hemos visto que, según la manera judía de contar, el nuevo día empezaba a las 6 de la tarde. Por tanto, el sábado empezaba a las 6 de la tarde del viernes, y las últimas horas del viernes eran la preparación. Si esto es exacto, solo puede querer decir una cosa: que los principales sacerdotes y los fariseos se dirigieron de hecho a Pilato con su petición *el sábado*. Si fue eso lo que hicieron, está claro que quebrantaron la ley del sábado. Si esto es exacto, no hay ningún otro incidente en la historia evangélica que muestre más claramente que este lo desesperadamente ansiosas que estaban las autoridades judías en eliminar a Jesús. A fin de asegurarse de que estaba definitivamente fuera de su camino, estaban dispuestos a quebrantar hasta sus leyes más sagradas.

Aquí hay una ironía macabra. Estos judíos acudieron a Pilato diciéndole que Jesús había dicho que resucitaría a los tres días. No reconocían haber tenido en cuenta la posibilidad de que pudiera ser cierto; pero creían que los discípulos podían ingeniárselas para robar el cuerpo, y decir que había resucitado. Ellos, por tanto, querían tomar medidas para vigilar la tumba. La respuesta de Pilato fue complaciente: «Aseguraos todo lo que podáis.» Es como si Pilato, desde luego inconscientemente, dijera: «Mantened a Cristo en la tumba -si podéis.»

Ellos tomaron todas las medidas que pudieron. La entrada de estas tumbas en la roca se cerraba con una gran piedra redonda, como de molino, que se rodaba por un surco. Ellos la sellaron, y colocaron allí una guardia especial. No se habían dado cuenta de que no había tumba en el mundo que pudiera retener al Cristo Resucitado. Todos los planes humanos no podrían atar al Señor Resucitado. El intentar ponerle ligaduras a Jesucristo es una tarea desesperada.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Mateo 28:1-10.

EL sábado, ya tarde, cuando el primer día de la semana estaba empezando a amanecer; María de Magdalena y la otra María vinieron a ver la tumba. Y, fijaos: Hubo un gran terremoto; porque el ángel del Señor descendió del Cielo, y llegó, e hizo rodar la piedra, y se sentó sobre ella. Su apariencia era como un relámpago, y sus vestiduras, tan blancas como la nieve. Los que estaban vigilando tuvieron tal sacudida de miedo que se quedaron como muertos. Pero el ángel les dijo a las mujeres:

-No tengáis miedo; porque sé que buscáis al Jesús Que fue crucificado. Él ya n4 está aquí, porque ha resucitado, como os lo anunció. Acercaos a ver el lugar donde pusieron al Señor. Daos prisa, e id a decirles a Sus discípulos: «Él ha resucitado de entre los muertos; y fijaos: El va por delante de vosotros a Galilea; allí Le veréis. > Fijaos bien en lo que os he dicho.

Ellas se marcharon a toda prisa de la tumba con temor y con un gozo inmenso, corriendo para darles la noticia a Sus discípulos. Y fijaos: ¡Jesús les salió al encuentro!

-¡Saludos! -les dijo.

Ellas se Le acercaron, y Le abrazaron los pies, adorándole. Entonces Jesús les dijo:

-¡No tengáis miedo! Id a decirles a Mis hermanos que se marchen a Galilea, y allí Me verán.

En el relato de Mateo de la tumba vacía hay algo que encaja característicamente, y es el hecho de que María Magdalena y la otra María fueran las primeras en recibir la noticia del Señor Resucitado y en encontrarse con Él. Ellas habían estado presentes en el Gólgota; habían estado cuando se Le puso en la tumba, y ahora recibían la recompensa del amor: ellas fueron las primeras que experimentaron el gozo de la Resurrección.

Al leer esta historia de las primeras dos personas del mundo que se encontraron con el hecho de la tumba vacía y el Cristo Resucitado, tres imperativos parecen descollar.

(i) Se las desafió a *creer*. Aquello era tan alucinante que podría resultarles increíble. Demasiado bueno para ser verdad. El ángel les recordó la promesa de Jesús, y las colocó ante la realidad indudable de la tumba vacía. Cada una de sus palabras era una llamada a creer. Todavía sigue siendo un hecho que hay muchos que creen que las promesas de Cristo son demasiado buenas para ser verdad. Esa vacilación solo se puede disipar creyendo en Su palabra.

(ii) Se las desafió a *compartir*. Una vez que ellas habían descubierto por sí mismas el hecho del Cristo Resucitado, su obligación suprema era proclamarlo y compartirlo con otros. «¡Id a decirlo!», es el primer mandamiento que recibe todo aquel que ha descubierto la maravilla del Jesucristo Que ha vencido a la muerte.

(iii) Se las desafió a *regocijarse*. El saludo del Cristo Resucitado fue: *Jaírete*; esa era la palabra normal de saludo; pero su sentido literal es < ¡Regocijaos! » La persona que ha encontrado al Señor Resucitado recibe el privilegio de vivir para siempre en el gozo de Su presencia, de la que ya nada la puede separar.

EL ÚLTIMO RECURSO

Mateo 28:11-15

Mientras ellas iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad a decirles todo lo que había sucedido a los principales sacerdotes. Estos se reunieron con los ancianos, y entre todos hicieron un plan. Les dieron a los soldados una cantidad considerable de dinero, y les dijeron:

-Decid: «Sus discípulos vinieron de noche, y Le robaron mientras nosotros estábamos dormidos.» Y si esto llega a oídos del gobernador, usaremos de nuestra influencia para que vosotros no tengáis que preocuparos por nada.

Los soldados aceptaron el dinero y siguieron las instrucciones de ellos. Y esta es la historia que se repite entre los judíos hasta el día de hoy.

Cuando algunos de la guardia se dirigieron a los principales sacerdotes y les contaron lo sucedido en la tumba vacía, las autoridades judías se quedaron desesperadamente preocupadas. ¿Era posible que hubiera fracasado todo su plan? Entonces se trazaron otro: sobornaron a los soldados de la guardia para que dijeran que los discípulos de Jesús habían ido mientras ellos estaban dormidos, y habían robado el cuerpo.

Es interesante notar los medios que usaron las autoridades judías en su intento desesperado de eliminar a Jesús. Usaron la traición para apoderarse de Él: Usaron la ilegalidad para juzgarle. Usaron la calumnia para acusarle ante Pilato. Y ahora estaban usando el soborno para silenciar la verdad acerca de Él. Y todo les falló. *Magna est veritas et praevalabit*, decía el proverbio latino: Grande es la verdad, y ella prevalecerá. El dictamen de la Historia es que todas las maquinaciones malvadas de los hombres no pueden acabar por eliminar la verdad. El Evangelio de la bondad es más poderoso que las conjuras de la maldad.

LA GLORIA DE LA PROMESA FINAL

Mateo 28:16-20

Así es que los once discípulos se fueron a Galilea, a la montaña que Jesús les había indicado. Y Le vieron, y Le adoraron; pero algunos no estaban seguros. Jesús Se les acercó, y les dijo:

- Todo poder se Me ha dado en el Cielo y en la Tierra; así es que, id a-hacer Mis :discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles aguardar los mandamientos que Yo ,os he dado. Y fijaos, Yo estoy con vosotros todos los; días hasta el fin del mundo.

Aquí llegamos al final de la historia evangélica, y escuchamos las últimas palabras que les dijo Jesús a Sus hombres. Y en esta última reunión con ellos, Jesús hizo tres cosas. .

(i) Les dio la seguridad de Su poder. No había absolutamente nada que estuviera fuera del peder del Que había muerto y conquistado la muerte. Ahora estaban al servicio de un Señor Cuya autoridad en el Cielo y en la Tierra era indiscutible.

(ii) Les dio una comisión. Los envió a hacer al mundo entero Su discípulo. Se ha sugerido, y se puede discutir hasta la saciedad, que la mención del bautismo puede que se haya elaborado posteriormente. El hecho indiscutible es que la comisión de Jesús es ganar a toda la humanidad para Él.

(iii) Les prometió una presencia. Tiene que haber sido una cosa alucinante para aquellos once humildes galileos el que Jesús los mandara a la conquista del mundo. Aunque lo estaban escuchando, tiene que haberles fallado el corazón. Pero, tan pronto como se les dio la orden, la promesa se hizo realidad. Fueron enviados -y nosotros lo mismo- a la más grande tarea de la Historia; pero con ellos estaba la más grande Presencia del universo.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO - Tomo 3 -

Evangelio según San Marcos

PRESENTACIÓN

¿Qué se puede decir del *Comentario de Marcos* que no hayamos dicho en la presentación de los comentarios de William Barclay a los otros evangelios y los otros libros del Nuevo Testamento que ya hemos publicado en la nueva edición española? Al traducir cada uno de ellos he tenido la impresión, como probablemente vosotros al leerlo, de que *aquél* era, sin duda, el libro del Nuevo Testamento preferido de William Barclay, con el que se identificaba más. Por lo menos es cierto que conocía íntimamente todos ellos, y se sentía como en su propia casa en cada uno; cosa rara entre los teólogos y autores de comentarios, que suelen tener sus preferencias, y residir en algunos libros -por ejemplo, los paulinos-, y no pasar de hacer visitas turísticas a los otros por ejemplo, los joaninos-; y entre los profesores, no son raros los que se niegan a incluir algunos en su programa, como *Hebreos*, *2º de Pedro* y, no se diga, *Apocalipsis*. William Barclay los explicaba todos, y sobre todos escribió su comentario. Ya hemos publicado la mayoría de ellos, y en cada uno hemos percibido sus dotes de intuición, comprensión y exposición. A *Lucas* le llamaba el evangelio universal y el libro más encantador del mundo, y se superaba al resaltar sus encantos; en *Juan*, al colocarlo en su trasfondo histórico y cultural, desplegaba sus conocimientos enciclopédicos del helenismo; al comentar *Mateo*, el compendio supremo de la enseñanza de Jesús, mostraba sus extraordinarias cualidades como maestro al presentarlo en el trasfondo de la tradición judía. Parecería que no nos quedaba nada por decir al presentar *Marcos*.

Pues sí he revivido al traducir el *Comentario de Marcos* el encanto y la ilusión de las clases de William Barclay, y su capacidad extraordinaria para comentar supremamente este evangelio, el primero en el tiempo, el más sencillo, el menos elaborado, el que más se parece a un reportaje de la vida de Jesús, y en el que percibimos los ecos de un testigo más allá de cualquier excepción: ¡nada menos que Pedro, el testarudo y leal pescador galileo, que recordaba con todo detalle las escenas que contaba, los gestos y las mismísimas palabras del Carpintero de Nazaret, a quien él fue descubriendo paso a paso como el Mesías prometido, tan distinto, ¡pero tanto mejor!, que el que él y su pueblo esperaban: cómo tomó en Sus brazos a los niños, Se quedó dormido en la barca en plena tempestad, Se conmovía de compasión por las multitudes hambrientas y cansadas, y pronunciaba con amor y autoridad la palabra sanadora: ¡*Effatha!*, ¡*Ábrete!*, ¡*Talitha, kumí!* ¡*Chiquilla, levántate!*

Tenía que ser Willy Barclay el que nos hiciera ver todo esto que nos desvela aquí, porque así era él: con su voz carrasposa, que no le fue obstáculo para ser el comunicador excepcional del Evangelio por radio y televisión entre otros medios -¡sólo él, sordo desde niño, podía decirnos que el impedimento del habla le vendría de su sordera al que sanó Jesús en *Marcos* 7:31-37! ; y en sus libros con su estilo azoriniano claro, sencillo, conversacional, natural y jamás afectado ni erudito -el que nos transmitiera a nosotros, las personas normales y corrientes que él amaba tanto, los recovecos y entresijos del libro más sencillo del Nuevo Testamento, que bien puede considerarse, como dice Barclay, el libro más importante del mundo.

Por todo lo dicho no es extraño que este sea el comentario preferido de muchas personas, entre ellas mi escocesa querida, cuyo criterio es para mí el de más valor.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Los tres primeros evangelios, *Mateo*; *Marcos* y *Lucas*, se conocen como los evangelios sinópticos. La palabra *sinóptico* viene de dos palabras griegas que quieren decir *ver juntamente*; y estos tres libros se llaman los evangelios sinópticos porque se pueden colocar en columnas paralelas para ver los materiales que tienen en común. Se podría afirmar que *Marcos* es el más importante de los tres. Hasta sería posible ir más lejos todavía, y afirmar que es el libro más importante del mundo, porque se está de acuerdo casi universalmente en que es el primero de los evangelios, y por tanto la primera vida de Jesús entre las que se escribieron y han llegado hasta nosotros. Marcos puede que no fuera el primero que escribiera la vida de Jesús. No cabe duda de que se hicieron intentos más sencillos de escribirla; pero el evangelio de Marcos es indudablemente la primera vida de Jesús que ha sobrevivido.

EL PEDIGRÍ DE LOS EVANGELIOS

. Cuando consideramos cómo llegaron a escribirse los evangelios, tenemos que retrotraernos a un tiempo en el que no existía en todo el mundo tal cosa como un libro impreso. Los evangelios se escribieron mucho antes de que se inventara la imprenta, y se compusieron cuando había que escribir a mano cuidadosa y laboriosamente todos los libros. Está claro que en ese caso no habría muchos ejemplares de cada libro.

¿Cómo sabemos, o cómo podemos deducir, que *Marcos* fue el primero de los evangelios? Cuando leemos los evangelios sinópticos, aunque sea en español, vemos que hay semejanzas sorprendentes entre ellos. Contienen los mismos incidentes, contados a menudo con las mismas palabras; y pasajes de la enseñanza de Jesús que son muchas veces idénticos. Si comparamos la historia de la Multiplicación de los Panes y los Peces en los tres evangelios (*Marcos 6:30-44*; *Mateo 14:12-21*; *Lucas 9: 10-17*) vemos que se cuenta casi exactamente con las mismas palabras y exactamente de la misma manera. Otro ejemplo muy claro es el relato de la curación del paralítico (*Marcos 2:1-12*; *Mateo 9:1-8*; *Lucas 5:17-26*). Los relatos son tan parecidos que hasta un pequeño paréntesis -«le dijo al paralítico»- aparece en los tres exactamente en el mismo lugar. Las coincidencias son tan obvias que nos obligan a una de dos conclusiones: o los tres están tomando sus materiales de alguna fuente común, o dos de ellos se basan en el otro.

Cuando estudiamos el problema más en detalle descubrimos que *Marcos* se puede dividir en 105 secciones. De ellas, 93 aparecen en *Mateo* y 81 en *Lucas*. Son sólo 4 las que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas*. Y todavía más indudable: *Marcos* tiene 661 versículos; *Mateo*, 1,068; *Lucas*, 1,149. De los 661 versículos de *Marcos*, *Mateo* reproduce no menos de 606. Algunas veces cambia ligeramente las palabras, pero reproduce el 51 por ciento de las palabras exactas de *Marcos*. De los 661 versículos de *Marcos*, *Lucas* reproduce 320, y utiliza de hecho el 53 por ciento de las palabras de *Marcos*. De los 55 versículos de *Marcos* que no reproduce *Mateo*, 31 se encuentran en *Lucas*. Así que el resultado es que no hay más que 24 versículos de *Marcos* que no se encuentran en ningún lugar de *Mateo* o de *Lucas*., Esto presenta como muy probable el que *Mateo* y *Lucas* estuvieran usando a *Marcos* como la base de sus evangelios. Lo que confirma todavía más esta hipótesis es que tanto *Mateo* como *Lucas* siguen mayormente el orden de los acontecimientos de *Marcos*. A veces *Mateo* cambia el orden de *Marcos*, y otras veces es *Lucas* el que lo hace; pero *nunca*

coinciden *Mateo y Lucas* al apartarse del orden de *Marcos*. Siempre por lo menos uno de ellos retiene el orden de *Marcos*.

Un examen detallado de los tres evangelios deja bien claro que *Mateo y Lucas* tenían delante *Marcos* cuando escribían, y que usaron ese evangelio como la base en la que encajaron los materiales extra que querían incluir.

Es emocionante recordar cuando leemos el evangelio de *Marcos* que es la primera vida de Jesús, en la que se basaron por necesidad todas las que se escribieron después.

MARCOS, EL AUTOR DEL EVANGELIO

Entonces, ¿quién fue este *Marcos* que escribió el evangelio? Por el Nuevo Testamento sabemos bastantes cosas acerca de él. Era hijo de una señora acomodada de Jerusalén que se llamaba *María*, y cuya casa fue el punto de encuentro y de reunión de la iglesia original (*Hechos 12:12*). Desde el principio, *Marcos* se crió en el mismo centro de la naciente Iglesia Cristiana.

Marcos era también sobrino de *Bernabé*, y cuando *Pablo y Bernabé* emprendieron su primer viaje misionero le llevaron como secretario y ayudante (*Hechos 12:25*). Aquel viaje fue de lo más desafortunado para *Marcos*. Cuando llegaron a *Perge*, *Pablo* propuso que siguieran tierra adentro hacia la meseta central; y por esa razón *Marcos* abandonó la expedición y se volvió a su casa (*Hechos 13:13*).

Puede que se volviera a casa porque tenía miedo de enfrentarse con los peligros de la carretera, que se reconocía como una de las más peligrosas del mundo, que hacía difícil el tránsito y estaba infestada de bandoleros. O puede que se volviera a casa porque se iba viendo cada vez más claro que era *Pablo* el que asumía la dirección de la expedición, y puede que a *Marcos* no le agradara que su tío ocupara un lugar subordinado. Puede que se volviera a casa porque no estuviera de acuerdo con lo que *Pablo* estaba haciendo, *Crisóstome* probablemente con un destello de imaginación- dice que ¡*Marcos* se volvió a casa porque echaba de menos a su madre!

Pablo y Bernabé completaron su primer viaje misionero, y se pusieron a programar el segundo. *Bernabé* tenía interés en volver a llevar a *Marcos*; pero *Pablo* se negó rotundamente a tener nada que ver con < el que los había desertado la otra vez en *Panfilia* > (*Hechos 15:37-40*). Tan seria fue la discrepancia entre ellos que se separaron y, por lo que sabemos, ya no volvieron a viajar juntos.

Marcos se desvanece de la escena durante algunos años. Una tradición refiere que fue a *Egipto* y fundó allí la iglesia de *Alejandro*. No podemos estar completamente seguros de eso; pero sí sabemos que *Marcos* reaparece en escena de una manera de lo más sorprendente. Comprobamos para nuestra sorpresa que cuando *Pablo* escribe su carta a los cristianos colosenses desde la cárcel de *Roma*, *Marcos* está allí con él (*Colosenses 4:10*). En otra carta desde la cárcel, la que dirige a *Filemón*, *Pablo* cuenta a *Marcos* entre sus colaboradores (versículo 24). Y cuando *Pablo* está esperando el cumplimiento de su sentencia de muerte, le escribe a *Timoteo*, su brazo derecho, y le dice: < Toma a *Marcos* y tráetele, porque me es un ayudante de lo más útil > (2 *Timoteo 4:11*). ¡Qué lejos estamos de aquella vez cuando *Pablo* descartó despectivamente a *Marcos* como irresponsable! Fuera como fuera, *Marcos* se redimió a sí mismo. Era la persona que *Pablo* quería tener cerca al final de su vida.

LAS FUENTES DE INFORMACIÓN DE MARCOS

El valor de cualquier narración histórica dependerá de las fuentes de información de su autor. Entonces, ¿dónde obtuvo *Marcos* su información acerca de la vida y obra de Jesús? Ya hemos visto que su hogar fue desde el principio el centro cristiano de Jerusalén. Muchas veces tiene que haber oído contar a los primeros cristianos sus recuerdos personales de Jesús. Pero es muy probable que tuviera una fuente de información aún más insuperable.

A principios del siglo II hubo un hombre llamado Papías, que se complacía en obtener y transmitir toda la información que pudiera espigar sobre los primeros días de la Iglesia. Nos dice que el evangelio de Marcos no es otra cosa que la recopilación de los materiales de la predicación de Pedro, el más grande de los apóstoles. Marcos estuvo muy cerca de él, y tan cerca de su corazón que Pedro le podía llamar < Marcos, mi hijo» (1 *Pedro* 5:13). Aquí tenemos lo que dice Papías:

Marcos, que fue el intérprete de Pedro, tomó nota cuidadosamente, aunque no por orden, de todo lo que pudo recoger de lo que Cristo había dicho o hecho. Porque él mismo no había escuchado al Señor, ni había sido seguidor Suyo. Lo fue de Pedro, como he dicho, en fecha posterior, y Pedro adaptaba su enseñanza a las necesidades prácticas sin proponerse dar las palabras del Señor de una manera sistemática. Así que Marcos no se equivocó al escribir algunas cosas así, de memoria; porque su única intención era no omitir ni desvirtuar nada de lo que había oído.

Así que podemos aceptar como un hecho que Marcos nos dejó en su evangelio lo que recordaba del material de la predicación del mismo Pedro.

Así es que tenemos dos grandes razones para considerar que *Marcos* es un libro de importancia suprema. La primera, que es el primero de todos los evangelios; si fue escrito al poco tiempo de la muerte de Pedro, sería hacia el año 65 d.C. La segunda, que contiene lo que Pedro predicaba y enseñaba acerca de Jesús. Podríamos de *Marcos* es lo más próximo que tendremos nunca del relato de un testigo presencial de la vida de Jesús.

EL FINAL PERDIDO DEL EVANGELIO DE MARCOS

Hay un detalle muy interesante acerca del evangelio de Marcos. En su forma original se detiene en el versículo 8 del capítulo 16. Eso lo sabemos por dos razones. La primera es que los versículos que siguen (*Marcos* 16:9-20) no se encuentran en ninguno de los manuscritos antiguos; sólo los contienen manuscritos posteriores e inferiores. Lo segundo es que el estilo del griego es tan diferente que no puede haberlo escrito la misma persona que el resto del evangelio.

Pero el evangelio no estaba programado que terminara en *Marcos* 16:8. ¿Qué fue lo que sucedió? Puede que muriera Marcos, y hasta que sufriera el martirio antes de completar su evangelio. Pero lo más probable es que, cuando no había nada más que un ejemplar del evangelio, se rasgó la última página. Hubo un tiempo en que la Iglesia no apreciaba gran cosa *Marcos*, prefiriendo a *Mateo* y *Lucas*. Bien puede ser que el evangelio de Marcos estuviera tan olvidado que todos los ejemplares se habían perdido menos el que estaba mutilado. Si fue ese el caso, estuvimos a punto de perder el evangelio que es en muchos sentidos el más importante de todos.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL EVANGELIO DE MARCOS

i Veamos las características del evangelio de Marcos para que las podamos descubrir al leerlo y estudiarlo.

(i) Es lo más próximo que podemos conseguir nunca de un reportaje de la vida de Jesús. Marcos se proponía pintarnos a Jesús tal como fue. Westcott lo llamaba « un reportaje de la vida de Jesús.» A. B. Bruce decía que se escribió «desde el punto de vista de un testigo presencial que contara sus memorias amorosa y gráficamente,»- y .que su característica suprema es *el realismo*.

Si vamos a conseguir alguna vez algo que se aproxime a una biografía de Jesús, habrá de basarse en Marcos, que se deleitaba en contar los hechos de la vida de Jesús de la manera más sencilla y dramática.

(ii) Marcos nunca se olvidaba del lado divino de Jesús. Empieza su evangelio con una confesión de fe: < Así empieza el Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios. » No nos deja en duda en cuanto a Quién era Jesús para él. Una y otra vez nos habla del impacto que producía Jesús en la mente y el corazón de los que Le escuchaban. El temor y la admiración que evocaba Jesús siempre estaban presentes en la mente de Marcos. < Se admiraban de Su enseñanza » (1:22). < Estaban todos alucinados » (1:27). Expresiones semejantes aparecen una y otra vez. No sólo se daba esa actitud en las muchedumbres que escuchaban a Jesús; aún se daba más en las mentes de los que formaban el círculo íntimo de Sus discípulos. «Y estaban todos llenos de temor, y se decían unos a otros: "Entonces, ¿Quién es Éste, que hasta el viento y la mar Le obedecen?"» (4:41). « Y estaban maravillados a tope » (6:51). «Los discípulos estaban alucinados con Sus palabras» (10:24, 26).

Para Marcos, Jesús no era simplemente un hombre como otro cualquiera, sino Dios entre los hombres, moviéndolos siempre a una admiración maravillada con Sus palabras y obras.

(iii) Al mismo tiempo, ningún otro evangelio nos presenta un cuadro tan humano de Jesús. A veces sus trazos son tan humanos que los evangelistas posteriores los alteran un poco porque casi tenían miedo de decir lo que decía Marcos. Para Marcos, Jesús era sencillamente « el carpintero » (6:3). Más tarde, Mateo lo cambia por «el hijo del carpintero» (*Mateo* 13:55), como si el decir que Jesús era el artesano del pueblo fuera demasiado atrevido. Cuando Marcos nos está hablando de las tentaciones de Jesús, escribe: « El Espíritu Le *lanz*ó al desierto » (1:12). A Mateo y Lucas no les gusta esta palabra, *lanz*ó, en relación con Jesús, así es que la suavizan poniendo en vez «Le *condujo* al desierto » (*Mateo* 4:1; *Lucas* 4:1). Ninguno nos dice tanto acerca de las emociones de Jesús como Marcos. Jesús suspiró hondo en Su espíritu (7:34; 8:12). Se conmovió de lástima (6:34). Se maravilló de la incredulidad de ellos (6:6). Sintió una justa indignación (3:5; 8:33; 10:14). Sólo Marcos nos dice que cuando Jesús miró al joven rico le amó (10:21). Jesús podía sentir los retortijones del hambre (11:12). Podía estar cansado y necesitar descansar (6:31).

Es en el evangelio de Marcos sobre todo donde obtenemos una descripción del Jesús Que tenía pasiones como las nuestras. La simple humanidad de Jesús en la descripción de Marcos nos Le aproxima absolutamente.

(iv) Una de las grandes características de Marcos es que una y otra vez inserta detalles en la narración que sólo pueden venir de un testigo ocular. Tanto Mateo como Marcos nos cuentan que Jesús tomó a un chiquillo y le colocó en medio de todos. Mateo (18:2) dice: «Llamando hacia Sí a un niño, le colocó en medio de todos.» Marcos añade algo que ilumina toda la escena (9:36): « Y tomó a un niño, y le puso en medio de ellos; y *tomándole en Sus brazos*, les dijo... » En el precioso cuadro de Jesús con los niños, cuando Jesús reprendió a los discípulos por no dejarles a los niños que se Le acercaran, sólo Marcos termina diciendo: « Y los tomaba en Sus brazos, y los bendecía poniendo Sus manos sobre ellos » (*Marcos* 10:13-16; *cp. Mateo* 19:13-15; *Lucas* 18:15-17). Toda la ternura de Jesús se refleja en estos detalles gráficos. Cuando Marcos nos cuenta la Multiplicación de los Panes y los Peces, él es el único que nos dice que la gente se sentó *en grupos de cien y de cincuenta*, que parecían lechos de flores en un jardín (6:40), e inmediatamente toda la escena cobra vida ante nosotros. Cuando Jesús y Sus discípulos se dirigían por última vez a Jerusalén, sólo Marcos nos dice que Jesús «*iba andando por delante de ellos*» (10:32; *cp. Mateo* 20:17; *Lucas* 18:31); y con esa única frase vívida nos resalta la absoluta soledad de Jesús. Cuando Marcos nos cuenta la historia de cómo Jesús calmó la tempestad incluye una frase que no se encuentra, en ninguno de los otros evangelios: « Y 71 estaba a la popa de la barca *durmiendo apoyado en un cabezal* » (4:38). Y ese detalle le infunde vida a toda la escena ante nuestros ojos.

No nos cabe la menor duda de que todos estos detalles se deben al hecho de que Pedro fue testigo ocular, y estaba viendo éstas cosas de nuevo con los *ojos* de la memoria.

(v) El realismo de Marcos y su sencillez descuellan en el estilo de su griego.

(a) Su estilo no es elaborado ni pulido cuidadosamente. Cuenta las historias como las contaría un niño. Añade unas cosas a otras conectándolas sencillamente con la palabra < y». En el tercer capítulo del evangelio, en griego hay 34 frases u oraciones una detrás de la otra, introducidas por < y» seguido de un verbo principal. Es la manera en que un chico impaciente contaría su historia.

(b) Le gustan mucho las frases «y acto seguido», «e inmediatamente» (En la Reina-Valera se usa la palabra *luego* con el primer sentido del D.R.A.E.: «Prontamente, sin dilación»). Aparecen en el evangelio casi 30 veces. A veces se dice de un relato que «marcha»; pero la historia de Marcos no sólo marcha, sino que corre con una especie de intento jadeante para relatar la historia tan gráficamente como le aparece al mismo narrador.

(c) Es muy aficionado al presente histórico. Es decir: cuenta los acontecimientos en el tiempo presente griego en lugar de en el pasado. « Y cuando Jesús lo oyó, les *dice*: "Los que están buenos no necesitan un médico, sino los que están enfermos"» (2:17). Casi podríamos traducir *dice*, como en las narraciones que hacen los chiquillos, por *Se pone...* « Y cuando *llegan* cerca de Jerusalén a Betfagué y a Betania, al monte de los Olivos, *Él manda* a dos de Sus discípulos, y les *dice*: "Entrad en la aldea que tenéis delante..."» (11:1 s). «Y acto seguido, antes que acabara de hablar, Judas, uno de los Doce, *viene*» (14:43).

Hablando en general, no traducimos literalmente estos presentes históricos al español, porque no sonarían bien; pero muestran lo viva y real que era la cosa a ojos de Marcos, como si estuviera sucediendo delante de él.

(d) Bastante a menudo nos transcribe las mismas palabras arameas que usó Jesús. A la hija de Jairo, Jesús le dijo:

«*Talitha, kumi*» (5:41). A1 sordo con un impedimento en el

habla le dijo: «*Effatha*» (7:34). Un don que se dedica a Dios es «*korbán*» (7:11). En Getsemaní, Jesús dice: «*Abba, Padre*» (14:36). En la Cruz, clama: «*Elói, Elói, ¿lama sabajthani?*» (15:34).

Había veces que Pedro parecía oír otra vez la mismísima voz de Jesús, y no podía por menos de contar las historias reproduciendo Sus mismísimas palabras.

EL EVANGELIO ESENCIAL

No sería injusto llamar a *Marcos el evangelio esencial*. Haríamos bien en estudiar con atención y amor el más antiguo de los evangelios que poseemos, el evangelio en el que escuchamos predicar al mismo Pedro.

MARCOS

EL PRINCIPIO DE LA HISTORIA

Marcos 1:1-4

Este es el principio de la historia de cómo Jesucristo, el Hijo de Dios, trajo la Buena Noticia a la humanidad. Hay un pasaje del libro del profeta Isaías que dice: «¡Fíjate! Yo envío a Mi mensajero por delante de Ti, y él Te preparará el camino. Será como una voz clamando: "¡Preparadle el camino al Señor en el desierto, allanad la senda por la que ha de venir!"»

Esto se cumplió cuando Juan el Bautista surgió en el desierto anunciando un bautismo que era la señal de un arrepentimiento por el que una persona podía encontrar el perdón de sus pecados.

Marcos empieza la historia de Jesús desde muy atrás. No empezó con el nacimiento de Jesús; ni siquiera con la predicación de Juan el Bautista en el desierto; empezó con los sueños de los profetas mucho tiempo atrás; es decir: empezó mucho, mucho tiempo antes: en la mente de Dios.

Los estoicos creían firmemente en el plan ordenado de Dios. «Las cosas de Dios -decía Marco Aurelio- están henchidas de previsión. Todas las cosas fluyen del Cielo.» Hay cosas que podemos muy bien aprender aquí.

(i) Se ha dicho que «los pensamientos de la juventud son pensamientos largos, muy largos,» y así son los pensamientos de Dios. Dios Se caracteriza por ser un Dios que lleva a cabo Sus propósitos. La Historia no es un caleidoscopio fortuito de acontecimientos inconexos; es un proceso dirigido por el Dios que ve el final desde el principio.

(ii) Nosotros estamos en ese proceso; y por estar en él podemos contribuir a que se cumpla o a que se frustre. En cierto sentido es tan gran honor el ayudar en algún gran proyecto como es un privilegio el ver su culminación final. La vida sería muy diferente si, en lugar de anhelar algún objetivo distante e inalcanzable en el presente, hiciéramos todo lo posible para acercarlo.

Cuando era más joven, como no era cantante, ni siquiera intenté hacer una canción; ni plantar arbolitos al borde del 'camino que tardarían mucho en llegar a sazón.

Pero ahora, que los años me han hecho más prudente, sé que, aunque humilde, puedo hacer mi aportación plantando un arbolito para que otros lo rieguen, o para que otros canten dejarles mi canción.

Los objetivos no se alcanzarán nunca a menos que haya algunos que se esfuercen para hacerlos posibles.

La cita profética que usa Marcos es sugestiva: *Yo envío a Mi mensajero por delante de Ti, y él Te preparará el camino.* Está tomada de *Malaquías 3:1*. En su contexto original, es una amenaza. En los tiempos de Malaquías, los sacerdotes estaban incumpliendo sus deberes. Las ofrendas eran de animales defectuosos y tarados; el culto del templo les resultaba fastidioso. El mensajero había de *limpiar y purificar* el culto del templo antes de que surgiera en la tierra el Ungido de Dios. Así que la venida de Cristo fue *una purificación de la vida*, y el mundo necesitaba esa purificación. Séneca llamaba a Roma «un pozo negro de iniquidad.» Juvenal hablaba de ella como «la atarjea asquerosa por la que fluían las heces fétidas de las corrientes sirias y aqueas.» Dondequiera que llega el Evangelio trae purificación.

Eso se puede demostrar claramente con hechos. Bruce Barton nos cuenta cómo le llegó la primera asignación periodística importante para escribir una serie de artículos encaminados a ridiculizar al evangelista Billy Sunday. Se escogieron tres ciudades. < Yo hablé con los comerciantes -escribe Bruce Barton-, y me dijeron que durante el tiempo de los cultos y después la gente se acercaba al mostrador para pagar cuentas tan antiguas que ya se habían -borrado de los libros.» Fue a visitar al presidente de la cámara de comercio de una ciudad que había visitado Billy Sunday hacía tres años. < Yo no soy miembro de ninguna iglesia -le dijo-, pero te diré una cosa: Si se propusiera traer a Billy Sunday a esta ciudad ahora, y si supiéramos anticipadamente tanto acerca de los resultados de su trabajo como sabemos ahora; y si las iglesias no reunieran el dinero necesario para traerle, yo podría reunir el dinero en medio día entre personas que no van nunca a la iglesia. Nos costó once mil dólares traerle la otra vez; pero cualquier circo que venga aquí se lleva esa cantidad en un día y no deja nada. El dejó una atmósfera moral diferente.» El reportaje que se

suponía que había de hacer Bruce Barton para poner en ridículo a Billy Sunday resultó ser una proclamación del poder purificador del mensaje cristiano.

Cuando Billy Graham predicó en Shreveport, Louisiana, las ventas de licores descendieron un 40 %, y la venta de biblias se triplicó. Durante una misión en Seattle, entre los resultados se dijo sencillamente: < Se cancelaron varios trámites de divorcio que estaban pendientes. » En Greensboro, North Carolina, el informe fue que < la estructura social total de la ciudad había sido afectada positivamente. »

Una de las grandes historias de lo que el Evangelio puede hacer surgió de la < rebelión a bordo » del navío *Bounty*. Los amotinados fueron desembarcados en la isla de Pitcairn. Había nueve amotinados, seis varones nativos, diez mujeres nativas y una chica de 15 años. Uno de ellos consiguió producir alcohol crudo. Se produjo una situación terrible. Todos murieron, excepto Alexander Smith. Resultó que Smith se encontró una biblia. La leyó, y decidió construir un estado con los indígenas de aquella isla basado directamente en la Biblia. Pasaron veinte años antes de que una corbeta americana atracara en la isla. Encontraron una comunidad totalmente cristiana. No había cárcel, porque no había crímenes. No había hospital, porque no había enfermedades. No había manicomio, porque no había locos. No había analfabetos; y en ningún lugar del mundo estaban tan seguras la vida y la propiedad humanas. El Evangelio había limpiado aquella sociedad.

Donde y cuando se le permite la entrada a Cristo, el antiséptico del Evangelio limpia el veneno moral de la sociedad y la deja pura y limpia.

Juan vino anunciando *un bautismo de -arrepentimiento*. Los judíos estaban familiarizados con las abluciones rituales. *Levítico 11-15* nos las detalla. < Los judíos -dice Tertuliano- se lavan todos los días porque todos los días están contaminados. » El lavamiento simbólico y el de purificación estaban entrelazados en la misma textura del ritual judío. Un gentil era inmundo por necesidad, porque nunca había cumplido nada de la ley judía. Por tanto, cuando un gentil se hacía prosélito, es decir, cuando se convertía a la fe judía, tenía que someterse a tres cosas. La primera era *la circuncisión*, que era la señal del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento; la segunda, se tenía que ofrecer *un sacrificio por él*, porque estaba necesitado de reconciliación con Dios, y sólo la sangre podía hacer expiación por su pecado; y la tercera, tenía que someterse al *bautismo*, que simbolizaba su purificación de toda la contaminación de su vida pasada. Por tanto, naturalmente, el bautismo no consistía en rociar con un poco de agua, sino en un baño en el que todo el cuerpo se sumergía.

Los judíos conocían el bautismo; pero lo sorprendente del bautismo de Juan era que él, un judío, estaba pidiéndoles a los judíos que se sometieran, lo que se suponía que los gentiles eran los únicos que lo necesitaban. Juan había hecho el tremendo descubrimiento de que no era el ser judío en el sentido racial lo que hacía ser miembro del pueblo escogido de Dios; un judío podía encontrarse en exactamente la misma posición que un gentil; no la vida judía, sino la vida limpia era lo que pertenecía a Dios.

El bautismo iba acompañado de *la confesión*. En cualquier vuelta a Dios, la confesión ha de hacerse a tres personas.

(i) Una persona tiene que hacerse la confesión *a sí misma*. Es parte de la naturaleza humana el cerrar los ojos a lo que no queremos ver, y sobre todo a nuestros propios pecados. Alguien contó de la siguiente manera cómo dio el primer paso hacia la gracia. Cuando se estaba afeitando una mañana, se miró la cara al espejo, y de pronto se dijo: < ¡Eres un cerdo asqueroso! » Y desde ese día empezó a ser otro hombre.

Cuando el hijo pródigo se marchó de casa se creía un tipo simpático y aventurero. Antes de dar el primer paso de vuelta al hogar tuvo que mirarse a sí mismo y decirse: «Me levantaré, y volveré a casa, y le diré a mi padre que soy un desastre.»

No hay nadie en todo el mundo a quien nos cueste más trabajo arrostrar que a nosotros mismos; y el primer paso al arrepentimiento y a la debida relación con Dios es reconocernos a nosotros mismos nuestro pecado.

(ii) Una persona debe hacer confesión *a los que ha ofendido o defraudado*. No servirá de mucho el decirle a Dios que lo sentimos hasta que les digamos que lo sentimos a los que hemos ofendido y dañado. Las barreras humanas tienen que desaparecer antes que las barreras divinas. En la iglesia del Este de África, un hombre y su mujer eran miembros de un grupo. Uno de ellos vino e hizo confesión de que había una pelea en su casa. En seguida el pastor dijo: «No deberías haber venido a confesar esa pelea aquí; deberías haberla resuelto, y *entonces* venir a confesarla.»

Muchas veces puede que nos resulte más fácil hacerle la confesión a Dios que a otras personas. Pero no puede haber perdón sin humillación.

(iii) Uno debe hacer confesión *a Dios*. El final del orgullo es el principio del perdón. Es cuando uno dice: «He pecado,» cuando Dios tiene ocasión de decir: «Yo te perdono.» No es el que desea encontrarse con Dios en igualdad de términos el que descubre el perdón, sino el que se arrodilla en humilde confesión y musita avergonzado: «Dios, ten piedad de mí, pecador.»

EL HERALDO DEL REY

Marcos 1:5-8

Y todo el país de Judea salió a su encuentro, y lo mismo todos los habitantes de Jerusalén, y fueron bautizado por él en el río Jordán cuando confesaban sus pecado

Juan llevaba un túnica de pelo de camello que se sujetaba por la cintura con un cinto de cuero; y se alimentaba de langostas y miel silvestre.

El tema de su predicación era:

-Uno que es más poderoso que yo viene detrás de mí. Yo no merezco ni postrarme a desatarle la correa de las sandalias. Yo os bautizo con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo.

Está claro que el ministerio de Juan era poderosamente eficaz, porque acudían a escucharle y a someterse a su bautismo. ¿Por qué razón hizo Juan tal impacto en su nación?

(i) Era un hombre que vivía su mensaje. No sólo sus palabras, sino toda su vida era una protesta. Había tres cosas en él que marcaban la realidad de su protesta contra la vida contemporánea.

(a) Estaba el lugar en que vivía: el desierto de Judea. Entre el centro de Judea y el mar Muerto se extiende uno de los desiertos más terribles del mundo. Es un desierto de piedra caliza; parece informe y retorcido; hierve bajo un calor agobiante; la roca está ardiendo -y abrasada, y suena a hueca cuando se pisa como si hubiera un horno gigantesco por debajo; se extiende hacia el mar Muerto, y de pronto desciende en precipicios e inescalables hasta la misma orilla. En el Antiguo Testamento se lo llama a veces *Yeshimón*, que quiere decir *la devastación*. Juan no era un habitante de la ciudad. Era un hombre del desierto y de sus soledades y desolaciones. Era un hombre que se daba la oportunidad de escuchar la voz de Dios.

(b) Estaba la ropa que llevaba: una túnica tejida de pelo de camello sujeta por la cintura con un cinto de cuero. Así era como había vestido Elías (2 Reyes 1:8). Al ver a este hombre, uno se acordaba, no de los oradores de moda del momento, sino de los antiguos profetas, que vivían al borde de las grandes sencillez y evitaban los lujos blandos y afeminados que matan el alma.

(c) Estaba la comida de que se alimentaba: langostas y miel silvestre. Resulta que las dos palabras se prestan a dos interpretaciones. Las langostas podían ser los saltamontes que la Ley permitía comer (*Levítico 11:22s*); pero también puede que fuera una especie de judía o fruto seco, el *jarob*, la algarroba, que era el alimento de los más pobres de los pobres. La miel puede que fuera la que hacían las abejas silvestres; o puede que fuera una especie de sabia dulce que destila la corteza de algunos árboles. No importa mucho lo que quieran decir las palabras exactamente. En cualquier caso, la dieta de Juan era de lo más simple.

Así surgió Juan. La gente tenía que prestarle atención a un hombre así. Se decía de Carlyle que «predicó el evangelio del silencio en veinte volúmenes.» Muchos vienen con un mensaje que niegan con sus vidas, con una cómoda cuenta corriente y predicando que no se deben hacer tesoros en la Tierra. Muchas personas exaltan las bendiciones de la pobreza desde un hogar confortable y aun lujoso. Pero en el caso de Juan, el hombre era el mensaje, y por eso le escuchaba la gente.

(ii) Su mensaje era eficaz porque le decía a la gente lo que ya sabía en lo más íntimo del corazón, y le traía lo que estaba esperando en lo más hondo del alma.

(a) Los judíos tenían un dicho: « Si Israel cumpliera la Ley de Dios perfectamente un solo día, el Reino de Dios se haría realidad.» Cuando Juan convocó al pueblo al arrepentirse estaba invitando a una decisión que todos sabían en lo más íntimo de su corazón que debían hacer. Mucho tiempo antes Platón había dicho que la educación no consistía en decirle a la gente cosas nuevas, sino en extraer de su memoria lo que ya sabía. Ningún mensaje es tan eficaz como el que habla la propia conciencia de la persona, y ese mensaje llega a ser casi irresistible cuando el que lo presenta es una persona que tiene derecho a hablar.

(b) El pueblo de Israel era plenamente consciente de que hacía trescientos años que había estado callada la voz de 1 profecía. Estaba esperando alguna auténtica palabra de Dios; Y en Juan la oyó. Al experto se le puede reconocer en cualquier estrato de la vida. Un famoso violinista nos dice que tan pronto como Toscanini llegaba al atril la orquesta sentía una ola de autoridad que fluía de él hacia ella. Reconocemos en seguida al médico que tiene verdadera ciencia. Reconocemos instantáneamente al conferenciante que domina su tema. Juan había venido de Dios, y no lo podía por menos de notar cualquier que le oyera.

(iii) Su mensaje era efectivo porque él era totalmente humilde. Su propio veredicto acerca de sí mismo era que no merecía hacer ni la labor de un esclavo. Las sandalias estaba hechas sencillamente de una suela de material que se sujetaba al pie con unas correas que pasaban entre los dedos. Las carreteras no estaban pavimentadas. En tiempo seco estaba llenas de polvo, y en tiempo húmedo, de barro. El quitarle las sandalias al que llegaba a la casa era algo que no correspondía nada más que a un esclavo. Juan no esperaba nada para sí mismo, y sí todo para el Cristo al que proclamaba. Se olvidaba totalmente de sí mismo, se entregaba totalmente, se perdía totalmente en su mensaje, y eso era lo que hacía que la gente le escuchara.

(iv) Su mensaje era eficaz porque señalaba a algo y a alguien más allá de sí mismo. Le decía a la gente que si bautismo los empapaba de agua, pero el que venía lo empapaba del Espíritu Santo; y mientras el agua podía limpiar el cuerpo de una persona, el Espíritu Santo podía limpiar su vida interior y corazón. El doctor G. J. Jeffrey tenía una ilustración favorita: Cuando estaba haciendo una llamada telefónica por medio del operador y había algún retraso, el operador solía decir: «Estoy tratando de ponerle a usted en contacto.» Y cuando estaba establecido el contacto, el operador se desvanecía y le dejaba en contacto directo con la persona con la que quería hablar.

El único propósito de Juan era no ocupar él mismo el centro de la escena, sino tratar de poner a las personas en contacto con Uno que era más grande y poderoso que él. Y la gente le escuchaba porque él no se señalaba a sí mismo, sino al que todas las personas necesitaban.

EL DÍA DE LA DECISIÓN

Marcos 1:9-11

Por aquellos días llegó Jesús de Nazaret de Galilea, y Juan Le bautizó en el Jordán. Y tan pronto como salió Jesús del agua vio que los cielos se abrían, y el Espíritu descendía sobre Él como si fuera una paloma. Y vino una voz del Cielo:

-Tú eres Mi Hijo amado; en Ti me complazco plenamente.

Para cualquiera que piense un poco, el bautismo de Jesús presenta un problema. El bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento, y concernía a los que eran consecuentes de sus pecados y deseaban expresar su decisión de acabar con ellos. ¿Qué tenía que ver tal bautismo con Jesús? ¿No estaba Él sin pecado, y no era tal bautismo innecesario y hasta irrelevante por lo que a Él se refería? Para Jesús el bautismo representaba cuatro cosas.

(i) Fue el momento de *decisión*. Había pasado treinta en Nazaret cumpliendo fielmente con Su trabajo cotidiano con Sus obligaciones familiares. Había comprendido que ha llegado Su hora de manifestarse, y estaba esperando una señal. El surgimiento de Juan fue esa señal. Este, reconoció Él, el momento en que tenía que lanzarse a cumplir Su misión.

En todas las vidas hay un momento decisivo que hay que aceptar o rechazar. Aceptarlo es realizarse; rechazarlo es fracasar. La vida que rehuye la decisión es la vida gastada, frustrada, fracasada, y a menudo trágica. La vida que se deja arrastrar a la deriva no es nunca la vida feliz. Jesús cuando surgió Juan que había llegado para Él el momento la decisión. Nazaret era tranquilo, y Su hogar dulce; pero Jesús acudió a la cita y al desafío de Dios.

(ii) Fue el momento de *la identificación*. Es verdad que Jesús no necesitaba arrepentirse del pecado; pero había en el pueblo un movimiento de vuelta a Dios; y Él decidió identificarse con ese movimiento hacia Dios. Puede que uno tenga tranquilidad y comodidad y riqueza, y sin embargo se identifique con un movimiento a favor de los marginados, los oprimidos, los explotados y los desafortunados. La identificación realmente grande es la del que se identifica con un movimiento no por lo que pueda sacar para sí mismo, sino para otros. El sueño de Juan Bunyan, Cristiano se unió con Intérprete en su viaje hacia el Palacio que estaba sumamente guardado y que requería luchas para entrar en él. Había un hombre sentado a la puerta, con una pluma y tinta, para escribir los nombres de los que se arriesgaran al asalto del Palacio. Todos se iban retirando, cuando Cristiano vio « a un hombre de firme rostro dirigirse al que estaba allí sentado para escribir, y decirle: "Señor, apunte mi nombre."» Cuando se esperan grandes cosas; el cristiano está obligado a decir: «Señor, apunta mi nombre,» porque eso fue lo que, hizo Jesús cuando vino a bautizarse.

(iii) Fue el momento de *la aprobación*. Nadie deja a la ligera su hogar para embarcarse en una empresa desconocida. Tiene que estar muy seguro de que es lo que debe hacer. Jesús había decidido Su curso de acción, y entonces estaba buscando la señal de la aprobación de Dios. En los días de Jesús los judíos hablaban de lo que ellos llamaban *Bat Qól*, que quiere decir. *la hija de una voz*. Entonces creían en una serie de cielos, en el más elevado de los cuales moraba Dios en luz inaccesible para ningún ser humano. Había momentos especiales en los que los cielos se abrían y Dios hablaba; pero, para ellos, Dios estaba tan distante que lo único que se podía oír era un eco lejano de Su voz. Pero a Jesús Le llegó la voz directamente de Dios. Según nos lo cuenta Marcos, esta fue una experiencia personal que tuvo Jesús, y no una demostración para la multitud. La voz no dijo: «Este es Mi hijo amado,» como lo pone Mateo (*Mateo 3:17*), sino: «Tú eres Mi Hijo amado,» hablándole directamente a Jesús. En Su bautismo, Jesús -Le sometió a Dios Su decisión, y Dios Se la aprobó sin dejarle lugar a dudas.

(iv) Fue el momento *del equipamiento*. En aquel momento, el Espíritu Santo descendió sobre Él. Hay aquí un gran simbolismo. El Espíritu descendió como una paloma. El símil no se escogió casualmente.- La paloma es el símbolo de *la ternura*. Tanto Mateo como Lucas nos hablan de la predicación de Juan (*Mateo 3:7-12; Lucas 3: 7-13*). El mensaje de Juan era el del hacha a la raíz de los árboles, de una criba terrible, de un fuego devorador. Era un mensaje de juicio y no de buenas noticias. Pero desde el mismo principio la imagen del Espíritu como una paloma es un cuadro de benevolencia. Él conquistará; pero la Suya será la conquista del amor.

EL TIEMPO DE LA PRUEBA

E inmediatamente el Espíritu Le impulsó al desierto. Estuvo allí cuarenta días, durante los cuales Le estuvo tentando Satanás. Las fieras Le hacían compañía, y los ángeles Le ayudaban.

Tan pronto como pasó la gloria de la hora del bautismo llega la de la batalla con las tentaciones. Una cosa resalta aquí tal manera que no podemos pasarla por alto. Fue *el Espíritu* el Que impulsó a Jesús a retirarse al desierto, para someterse a la prueba. El mismo Espíritu que descendió sobre Él en S bautismo ahora Le sacó de Su descanso.

En esta vida es imposible escapar a los asaltos de la tentación; pero una cosa es segura: las tentaciones no se nos envían para que caigamos, sino para fortalecer los nervios los tendones de nuestras mentes y almas. No se pretende que nos traigan la ruina, sino la fuerza. Están diseñadas para sé pruebas de las que surjamos mejores guerreros y atletas de Dios.

Supongamos que hay un futbolista que está haciendo u buen papel en el segundo equipo y dando señales de ser una promesa; ¿qué hará el entrenador? Seguro que no le sacará para que juegue en el tercer equipo, que sería un paseo para él y no le haría sudar; sino que le pondrá en el primer equipo donde se le someterá a una prueba como nunca antes, y tendrá una oportunidad de probarse a sí mismo. Eso es lo que se pretende con la tentación: permitirnos demostrar nuestra madurez y hacernos surgir más capaces para la lucha.

Cuarenta días es una frase que no hay por qué tomar literalmente. Es una expresión hebrea que quiere decir un tiempo considerable. Se nos dice que Moisés estuvo en la montaña con Dios cuarenta días (*Éxodo 24:18*); Elías anduvo cuarenta días con la fuerza de la comida que le dio el ángel (*1 Reyes 19:8*). En hebreo *cuarenta días* puede querer decir sencillamente un *tiempo considerable*.

Fue Satanás el que tentó a Jesús. El desarrollo de la idea de Satanás es muy interesante.

La palabra *satán* en hebreo quiere decir sencillamente *adversario*; y en el Antiguo Testamento se usa corrientemente de adversarios y oponentes humanos normales. El ángel del Señor fue el *satán* que le cerraba el camino a Balaam (*Números 22: 22*); los filisteos temían que David se volviera su *satán* (*1 Samuel 29:4*); David considera a Abisai su *satán* (*2 Samuel 19:22*); Salomón declara que Dios le ha dado tal paz y prosperidad que no le queda ningún *satán* que se le oponga (*1 Reyes 5:4*). La palabra empezó significando *un adversario* en el sentido más amplio del término.

Pero da un paso considerable hacia adelante; empieza a querer decir *uno que presenta una acusación contra una persona*. Es en este sentido como se usa en el primer capítulo de *Job*. Allí Satán es nada menos que uno de los *hijos de Dios* (*Job 1:6*); pero esta tarea particular le obligaba a considerar a los hombres (*Job 1: 7*) y buscar alguna acusación que pudiera presentar contra ellos en la presencia de Dios. Era el acusador de los hombres ante Dios. Así se usa la palabra en *Job 2:2*, y *Zacarías 3:2*. La tarea de Satán era decir todo lo que se pudiera decir en contra de una persona.

El otro título de Satán es *El Diablo*; la palabra *diablo* viene del griego *diábolos*, que quiere decir literalmente *un calumniador*. Es un paso adelante pasando de la idea de uno que investiga todo lo que se pueda decir en contra de una persona a la idea de uno que deliberada y maliciosamente calumnia a una persona en la presencia de Dios. Pero en el Antiguo Testamento Satán es todavía un emisario de Dios, y todavía no el supremo y maligno enemigo de Dios. Es *el Adversario de las personas*.

Pero entonces la palabra da un salto importante en su carrera descendente. Durante su cautividad, los judíos aprendieron algo del pensamiento persa. El pensamiento persa se basa en la concepción de que en el universo hay dos poderes: el poder de la luz, y el de las tinieblas, Ormuzd y Ahrimán. El universo entero es un campo de batalla entre ellos, y el hombre tiene que escoger su lado en ese conflicto cósmico. De hecho, eso es precisamente lo que parece ser la vida y se experimenta. Para decirlo con una palabra, en este mundo están Dios y *el Adversario de Dios*. Era

casi inevitable el que Satanás llegara a ser considerado como *El Adversario par excellence*. Eso es lo que su nombre quiere decir, eso es lo que él ha sido siempre para el hombre; Satanás llega a ser la esencia de todo lo que ese en contra de Dios.

Eso fue lo que expresó Gaspar Núñez de Arce en su poema

La luz y las tinieblas
La fiera, la tiránica batalla „
dura y persiste aún:
es el combate entre la ciega sombra
y la fecunda luz.

¡Ni un instante de tregua y de reposo!
En la tierra, en el mar,
en el espacio, en la conciencia humana
siempre lidiando están.

Al través de los siglos que se empujan
con sorda confusión,
ruedan mezclados la verdad, el día,
la noche y el error.

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
nunca terminará.

Cuando la creación rota y deshecha
vuelva al caos otra vez;
cuando desierta impenetrable y muda
la inmensidad esté;

en el seno,, del tiempo, en el espacio sin mundos y sin sol seguirá eterno el duelo
formidable entre Satán y Dios.

Cuando pasamos al Nuevo Testamento nos encontramos con que es el Diablo o Satanás el que está detrás de la enfermedad y el sufrimiento humanos (*Lucas 13:16*); fue Satanás el que sedujo a Judas (*Lucas 22:3*); es al Diablo al que debemos resistir y pelear (*1 Pedro 5:8s*; *Santiago 4:7*). El Nuevo Testamento nos le presenta como el poder que se opone a Dios, pero que ya ha sido vencido por nuestro Salvador en la Cruz (*Hebreos 2:14*) y que está destinado para la destrucción final (*Mateo 25:41*).

Aquí tenemos toda la esencia de la historia de las tentaciones. Jesús tenía que decidir cómo iba a llevar a cabo Su obra. Era consciente de una tremenda tarea y de unos poderes extraordinarios. Dios Le estaba diciendo: < Lleva Mi amor a la humanidad; ama a los seres humanos hasta morir por ellos; conquíсталos con este amor inconquistable aunque tengas que morir por ellos en una cruz.> Satanás estaba diciéndole a Jesús: < Usa Tu poder para someter a la humanidad; barre a Tus enemigos; gana al mundo por la fuerza y el poder y la muerte.> Dios Le decía a Jesús: «Instaura un Reino de amor.» Satanás Le decía: «Instaura una dictadura de poder.» Jesús tenía que escoger entonces entre el camino de Dios y el del Adversario de Dios.

La breve historia de las tentaciones en *Marcos* termina con dos detalles gráficos.

(i) *Las fieras Le hacían compañía.* Por el desierto vagaban el leopardo, el oso, el jabalí y el chacal. Esto se suele tomar como un detalle gráfico que añade más terror a la escena. Pero tal vez no era eso. Tal vez fuera un detalle amable, porque tal vez quisiera decir que las fieras eran amigas de Jesús. Entre los sueños de la edad de oro cuando viniera el Mesías, los judíos soñaban con el día en que dejara de existir la enemistad entre los seres humanos y las bestias. « En aquel tiempo haré en favor de ellos un pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y las serpientes de la tierra» (Oseas 2:18). «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... El niño de pecho jugará sobre la cueva de la cobra... No harán mal ni dañarán en todo Mi santo monte» (Isaías 11:6-9). Siglo después, san Francisco predicaría a los animales; y puede que aquí tengamos un adelanto de la bendita situación en que los seres humanos y los animales vivirán en paz. Puede ser que aquí tengamos un cuadro en el que veamos que las fieras se conocieron, antes que las personas, a su Amigo y su Rey.

(ii) *Los ángeles Le estaban ayudando.* También estaban allá los refuerzos divinos en la hora de la prueba. Cuando Eliseo y su siervo estaban encerrados en Dotán, con los enemigos acechándolos y sin ninguna salida imaginable, Eliseo le pidió a Dios que abriera los ojos del joven para que viera los caballos y carros de fuego que pertenecían a Dios que estaban rodeándolos por todas partes (2 Reyes 6:17). Jesús no se encontraba solo para pelear Su batalla ni tampoco nosotros.

EL MENSAJE DE LA BUENA NOTICIA

Marcos 1:14s

Después que metieron a Juan en la cárcel, Jesús llegó a Galilea anunciando la Buena Noticia acerca de Dios y diciendo:

-¡Ha llegado la hora señalada, y el Reino de Dios está aquí! ¡Arrepentios y creed la Buena Noticia!

Hay en este resumen del mensaje de Jesús tres grandes palabras características de la fe cristiana.

(i) Tenemos *la Buena Noticia*. Fue por encima de todo una buena noticia lo que Jesús vino a traer a la humanidad. Si seguimos la palabra *euangelion*, *buena noticia*, *evangelio* por todo el Nuevo Testamento podemos descubrir por lo menos algo de su contenido.

(a) Es la buena noticia de *la verdad* (Gálatas 2:5; Colosenses 1:5). Hasta que vino Jesús, la humanidad no podía hacer más que suposiciones, y buscar a Dios a tientas. « ¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!» (Job 23:3). Marco Aurelio decía que el alma no puede ver más que confusamente; y la palabra que usa quiere decir en griego *ver las cosas a través del agua*. Pero con la llegada de Jesús podemos ver claramente cómo es Dios. Ya no tenemos que hacer suposiciones y andar a tientas; podemos saber.

(b) Es la buena noticia de *la esperanza* (Colosenses 1:23). El mundo antiguo era un mundo pesimista. Séneca hablaba de «nuestra indefensión en las cosas necesarias.» En su lucha por la bondad, las personas eran derrotadas. La llegada de Jesús trae esperanza a corazones desesperados.

(c) Es la buena noticia de *la paz* (Efesios 6: 15). El precio de ser persona es tener una personalidad dividida. En la naturaleza humana, la bestia y el ángel están inseparablemente entremezclados. Se dice que una vez Schopenhauer, el filósofo lúgubre, fue hallado vagando. Se le preguntó: < ¿Quién eres tú? » «Eso es lo que me gustaría que tú me pudieras decir,» contestó. Robert Burns decía de sí mismo: « Mi vida me recuerda un templo en ruinas. ¡Qué fortaleza, qué proporción en algunas partes! ¡Qué desdentados tan feos, qué ruinas tan irre recuperables en otras!» El problema humano siempre ha consistido en que uno se siente asediado tanto por el pecado como

por la bondad. La venida de Jesús unifica esa personalidad desintegrada. Uno encuentra victoria sobre un yo en guerra cuando Jesucristo le conquista.

(b) Es la buena noticia de *la promesa de Dios (Efesios 3: 6)*. Es verdad que los seres humanos siempre han pensado más bien en un Dios de amenazas que en un Dios de promesas. Todas las religiones no cristianas conciben un Dios exigente; sólo el Cristianismo nos habla de un Dios que está más dispuesto a dar de lo que nosotros estamos a pedir.

(e) Es la buena noticia de *la inmortalidad (2 Timoteo 1:10)*. Para los paganos la vida era el camino hacia la muerte; la persona humana se caracterizaba por ser un ser moribundo; pero Jesús nos trajo la buena noticia de que vamos de camino a la vida, no a la muerte.

(f) Es la buena noticia de *la salvación (Efesios 1:13)*. Esta salvación no es meramente negativa; es también positiva. No-, es simplemente la liberación del castigo y la evasión del pecado,, pasado; es el poder para vivir la vida victoriosamente y para conquistar el pecado. El mensaje de Jesús es una buena noticia sin duda.

(ii) Tenemos la palabra *arrepentios*. Ahora bien, el arrepentimiento no es tan fácil como pensamos. La palabra griega?` ; *metánoia* quiere decir *un cambio de mentalidad*. Somos propensos a confundir dos cosas: el dolor por las consecuencias del pecado, y el dolor por el pecado mismo. Muchas personas están apesadumbradas por el lío en que las ha metido el pecado, pero saben muy bien que si pudieran estar razonablemente. seguras de que podían librarse de las consecuencias, no les importaría volver a hacerlo todo igual que antes. No es el pecado lo que odian, sino sus consecuencias.

El verdadero arrepentimiento quiere decir que la persona ha llegado, no sólo a sentir las consecuencias de su pecado, sino a odiar el pecado mismo. Hace mucho, aquel anciano y sabio escritor Montaigne escribió en su autobiografía: «Habría que enseñar a los niños a odiar el vicio por su propia naturaleza para que no solamente evitaran caer en él, sino que lo abominaran en sus corazones -que el solo pensamiento del vicio les repugnara en cualquier forma que tomara.» El arrepentimiento quiere decir que la persona que estaba enamorada del pecado llega a aborrecerlo a causa de su indudable pecaminosidad.

(iii) Tenemos la palabra *creed*. «Creed -dice Jesús- la buena noticia.» Creer la Buena Noticia quiere decir simplemente tomarle la palabra a Jesús, creer que Dios es la clase de Dios que Jesús nos ha presentado, creer que Dios ama de tal manera al mundo que hará cualquier sacrificio para hacerlo volver a Él, creer que lo que nos parece demasiado bueno para ser verdad es verdad en realidad.

JESÚS ESCOGE A SUS AMIGOS

Marcos 1:16-20

Quando Jesús iba andando por la orilla del mar de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando las redes al mar, porque eran pescadores. Entonces Jesús les dijo:

-¡Seguidme, y Yo os haré pescadores de hombres! Y ellos dejaron las redes al momento, y Le siguieron. Jesús fue un poco más adelante y vio a Santiago hijo de Zebedeo y a su hermano Juan que estaban en la barca remendando las redes. Acto seguido, Jesús los llamó, "y ellos dejaron a su padre Zebedeo en la barca con sus empleados y siguieron a Jesús.

Tan pronto como Jesús hizo Su decisión y escogió Su método, Se puso a preparar Su personal. Un líder tiene que empezar en alguna parte. Tiene que conseguirse un grupo reducido de almas semejantes a quienes pueda descargar su propio corazón y en cuyos corazones pueda escribir su

mensaje. Así es que Marcos nos muestra aquí a Jesús literalmente echando los cimientos de Su Reino y llamando a Sus primeros seguidores.

Había muchos pescadores en Galilea. Josefo, el gran historiador de los judíos, que fue gobernador de Galilea, nos dice que en su tiempo había trescientas treinta barcas de pesca en las aguas del lago. Las personas corrientes de Palestina rara vez comían carne, probablemente no más de una vez por semana. El pescado era su dieta diaria (*Lucas 11:11; Mateo 7:10; Marcos 6:30-44; Lucas 24:42*). Lo más corriente era salar el pescado, porque no había medios para transportarlo fresco. El pescado fresco era una de las golosinas de las grandes ciudades como Roma. Los mismos nombres de las poblaciones alrededor del lago muestran la importancia del negocio del pescado. *Betsaida* quiere decir *Casa de pescado*; *Tariquea* quiere decir *Lugar del pescado salado*, y era allí donde preparaba el pescado para exportarlo a Jerusalén y aun a 1 misma Roma. La industria del pescado salado era un negocio importante en Galilea.

Los pescadores usaban dos clases de redes, que se mencionan o se implican en los evangelios. Usaban la red que llama ban *saguéné*. Esta era una clase de red barredera. Se dejaba caer desde la punta de la barca, y tenía pesas que la hacían mantenerse, digamos, de pie en el agua. Entonces la barca se movía hacia adelante tirando juntamente de los cuatro extremos de la red, que era como un gran saco que se moviera por el agua encerrando a los peces. La otra clase de red, la que estaban usando aquí Pedro y Andrés, se llamaba *anfíbléstron*. Era mucho más pequeña; se echaba al agua hábilmente a mano, y tenía la forma como de una sombrilla.

Naturalmente, es de sumo interés estudiar a los hombres que escogió Jesús como Sus primeros seguidores.

(i) Debemos fijarnos en *lo que eran*. Eran personas sencillas. No procedían de las escuelas ni de los colegios; no eran eclesiásticos ni aristócratas; no eran ni eruditos ni adinerados. Eran pescadores. Es decir: eran gente corriente y moliente. Nadie creyó tanto en las personas normales y corrientes como Jesús. Una vez dijo George Bernard Shaw: «No he sentido nunca ningún interés en las clases trabajadoras, excepto el deseo de acabar con ellas y reemplazarlas por personas sensatas.» En *The Patrician -El Patricio-*, John Galsworthy hace decir a Miltoun, uno de sus personajes: « ¡La masa! ¡Cómo me repugna! Aborrezco su mezquina estupidez, me repelen el sonido de su voz y sus gestos, ¡tan vulgares, tan insignificantes!» Una vez declaró Carlyle en un momento de mal genio que había veintisiete millones de personas en Inglaterra -¡la mayor parte, estúpidos! Jesús no tenía esa actitud. Lincoln decía: «Dios- tiene que querer mucho a las personas corrientes por eso ha hecho tantas.» Era como si Jesús dijera: «Dadme doce personas normales y corrientes, y con ella si se entregan a Mí, cambiaré el mundo.» Uno no debería pensar tanto en lo que es como en lo que Jesucristo puede hacer con él.

(ii) Debemos fijarnos en *lo que estaban haciendo* cuando los llamó Jesús. Estaban haciendo lo de todos los días, pescando y remendando las redes. Así había sucedido con muchos profetas. «No soy profeta ni hijo de profeta -decía Amós-, sino boyero y recogedor de higos silvestres, y el Señor me tomó de detrás del ganado, y me dijo: "Ve a profetizarle a Mi pueblo Israel"> (*Amós 7:14s*). La llamada de Dios le puede llegar a una persona, no solamente en la casa de Dios o en un retiro espiritual, sino en medio del trabajo diario. La persona que vive en un mundo que está lleno de Dios no puede nunca escaparse de Él.

(iii) Debemos fijarnos en *cómo los llamó* Jesús. La invitación de Jesús fue: « ¡Seguidme!» No tenemos por qué pensar que aquel día fue el primero que Le vieron. Es muy probable que hubieran estado antes escuchándole entre la multitud; y aun que se hubieran quedado para hablar con Él cuando la multitud ya se había dispersado. Es más que probable que hubieran sentido ya la magia de Su presencia y el magnetismo de Sus ojos. Jesús no les dijo: «Tengo un sistema teológico que Me gustaría que investigarais; tengo algunas teorías que querría que pensarais; tengo un sistema de ética que querría discutir con vosotros.» Jesús dijo: « ¡Seguidme!» Todo empezó con una reacción personal a Jesús; todo empezó con ese impulso del corazón que engendra una lealtad inalterable.

Esto no es decir que no haya personas que lleguen al Evangelio por el camino del pensamiento; pero para la mayor parte de nosotros el seguir a Cristo es como enamorarse. Se ha dicho que «admiramos a las personas por ciertas razones; las amamos sin ninguna razón.» Simplemente sucede porque ellos son ellos y nosotros somos nosotros. «Yo dijo Jesús-, cuando Me levanten de la tierra, atraeré hacia Mí a todo el mundo» (*Juan 12:32*). Con mucho en la mayor parte de los casos uno sigue a Jesucristo, no por nada que Jesús dijera o hiciera, sino por todo lo que es Jesús.

(iv) Por último debemos notar *lo que Jesús les ofreció. ofreció una tarea*. No los llamó a la inactividad, sino servicio. Como ha dicho Ortega y Gasset: «Descubrir, caer la cuenta de que la vida en su última sustancia consiste en tener que ser dedicada a algo, ... tomar en vilo nuestra existencia entera y entregarla a algo, dedicarla..., esa es la averiguación fundamental del cristianismo, lo que indeleblemente ha puesto en la historia, es decir, en el hombre... Díganme ustedes qué otra cosa significa la frase tan repetida en el Nuevo Testamento y como casi todo el Nuevo Testamento tan paradójica: "El que pierde su vida es el que la gana." Es decir Da tu vida, enajénala, entrégala; entonces es verdaderamente tuya, la has asegurado, ganado, salvado» (*En torno a Galileo*) Jesús llamó a Sus hombres, no a una cómoda tranquilidad, ni, a un letargo inactivo, sino a una tarea en la que tendrían que gastarse y consumirse y, al final, morir por Él y por sus semejantes. Los llamó a una tarea en la que habrían de ganar algo por sí mismos solamente entregándose por completo a Él y a los demás.

JESÚS EMPIEZA SU CAMPAÑA

Marcos 1:21s

Así es que entraron en Cafarnaum; y seguidamente, á el día del sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar; y la gente estaba totalmente alucinada de su manera de enseñar, porque les enseñaba como el que tenía autoridad personal, y no como los maestros de la Ley.

La historia de Marcos se desarrolla en una serie de pasos lógicos y naturales. Jesús reconoció en el surgir de Juan el Bautista la llamada de Dios a la acción. Fue bautizado, y recibió el sello de la aprobación de Dios, y el equipamiento de Dios para Su tarea. Fue probado por el diablo, y escogió el método que había de usar y la manera a seguir. Escogió a Sus hombres para tener un círculo reducido de espíritus semejantes para escribir Su mensaje en sus corazones. Y ahora tenía que lanzarse a la campaña sabiendo lo que hacía. Si un hombre tenía un mensaje de Dios que quería comunicar, el lugar al que se dirigiría naturalmente sería la iglesia en la que se reunía regularmente el pueblo de Dios. Eso fue precisamente lo que hizo Jesús. Empezó Su campaña en la sinagoga.

Hay algunas diferencias básicas entre la sinagoga de entonces y la iglesia de nuestros días.

(a) La sinagoga era primordialmente *un institución de enseñanza*. El culto de la sinagoga constaba solamente de tres cosas: oración, lectura de la Palabra de Dios, y exposición de ella. No había música, ni canto, ni sacrificios. Se podría decir que *el Templo* era el lugar *de la adoración y de los sacrificios*; la sinagoga era el lugar *de la enseñanza y la instrucción*. La sinagoga era con mucho más influyente, porque no había nada más que un templo, pero la Ley establecía que donde hubiera diez familias judías tenía que haber una sinagoga; y por tanto, dondequiera que había una colonia de judíos, había una sinagoga. Si uno tenía un mensaje que predicar, la sinagoga era el lugar normal para predicarlo.

(b) La sinagoga ofrecía la oportunidad para comunicar tal mensaje. La sinagoga tenía algunos responsables. Estaba *el príncipe, o principal, o alto dignatario de la sinagoga*, que de todas esas maneras se llama a Jairo en las diferentes revisiones de la Reina-Valera en *Marcos 5:22*. Era responsable de la administración de los asuntos de la sinagoga y de la organización de sus servicios.

Estaban *los encargados de las limosnas*. Diariamente se hacía una colecta en dinero y en especie entre los que podían dar, y luego se distribuía entre los pobres. A los más pobres se les daban alimentos para catorce comidas a la semana. Estaba *el jazzán*. Era el que la Reina-Valera llama *el ministro* (Lucas 4:20). Era responsable de sacar y guardar los rollos de las Escrituras; de la limpieza de la sinagoga; de tocar la trompeta de plata para anunciar la llegada del sábado y de la educación elemental de los niños de la comunidad. Lo que no tenía la sinagoga era un predicador o maestro realmente. Cuando se reunían para el culto, el principal podía llamar a cualquier persona competente para que hiciera el sermón la exposición. No existía tal cosa como un ministerio profesional. Por eso le fue posible a Jesús empezar Su campaña en las sinagogas. Todavía no se había endurecido la oposición hasta convertirse en hostilidad. Se sabía que Jesús tenía mensaje, y por esa razón la sinagoga de cualquier comunidad pon' a Su disposición un púlpito desde el que podía instruir y llamar a la gente.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga, la totalidad de Su método y la atmósfera de Su enseñanza eran toda una revelación. Él no enseñaba como los escribas, los maestros de la Ley ¿Quiénes eran estos escribas?

Para los judíos, la cosa más sagrada de este mundo era la Torá, la Ley. La esencia de la Ley se contenía en los Diez Mandamientos, pero por Ley se entendía los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, el Pentateuco. Para los judíos esta Ley era totalmente divina. Creían que se la había dado Dios directamente a Moisés. Era absolutamente santa y totalmente vinculante. Decían: < El que diga que la Torá no es de Dios, no tiene parte en el mundo futuro. » «El que diga que Moisés escribió un solo versículo por sí mismo, niega y desprecia la Palabra de Dios.»

Si la Torá era tan divina, eso tenía dos consecuencias. La primera, tenía que ser la regla suprema de fe y de conducta; y la segunda, tenía que contener todo lo necesario para guiar y para dirigir la vida. Si así eran las cosas, la Torá exigía dos cosas. La primera: había de dársele el máximo cuidado y el estudio más meticuloso. La segunda: la Torá contiene grandes principios generales; pero si se supone que contiene directrices para *toda* la vida, lo que está implícito en ella tiene que hacerse explícito. Las grandes leyes deben convertirse en reglas y normas particulares. Así se razonaba.

Para darse a este estudio y suplir este desarrollo surgió una clase de investigadores, los *escribas*, los maestros de la Ley. Los más grandes entre ellos recibían el título de *Rabí*. Los escribas tenían tres cometidos.

(i) Extraer de los grandes principios morales de la Torá las normas y reglas para cada situación concreta de la vida. Esta era una tarea sin fin. La religión judía empezó con grandes leyes morales, y acabó con un sinnúmero de normas y reglas. Empezó siendo una religión, y acabó siendo un legalismo.

(ii) La misión de los escribas era transmitir y enseñar la Ley y su desarrollo. Las reglas y normas que se deducían y extraían de la Ley no se escribían nunca; se las conocía por el nombre de *La Ley Oral*. Aunque no estuvieran escritas se las consideraba aún más vinculantes que la Ley Escrita. Se enseñaban y se guardaban en la memoria de los escribas de generación en generación. Un buen estudiante tenía una memoria que era como < un pozo bien encalado que no pierde ni una gota. »

(iii) Los escribas tenían la obligación de dar el veredicto en casos individuales; porque era un hecho que cualquier caso individual tenía que plasmarse en una nueva ley.

¿Por qué era la enseñanza de Jesús tan diferente de la de los escribas? Porque Jesús enseñaba con *autoridad personal*. Ningún escriba daba nunca un veredicto por sí mismo. Siempre empezaba diciendo: «Hay una enseñanza de que...» Y entonces citaba todas sus autoridades. Si hacía una afirmación, la respaldaba con esta y esa y aquella citas de los grandes maestros legales del pasado. Jamás se le ocurriría emitir un juicio personal. ¡Qué diferente era Jesús! Cuando Él hablaba, no necesitaba citar ninguna autoridad fuera de Sí mismo: Hablaba con una independencia absoluta. No citaba autoridades ni mencionaba a expertos. Hablaba con la autoridad de la voz de Dios. Para los que Le escuchaban era como percibir una brisa del Cielo. La seguridad tremenda y positiva de Jesús

era la antítesis de las cuidadosas citas de los escribas. La nota de autoridad personal resonaba en todas Sus palabras -y esa es la nota que capta la atención de todas las personas.

LA PRIMERA VICTORIA SOBRE LOS PODERES DEL MAL

Marcos 1:23-28

Había en la sinagoga un hombre -al que tenía en sus garras un espíritu inmundo. De pronto, se puso a gritar

-¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús Nazaret? -dijo-. Has venido a destruirnos. Sé muy bien Quién eres: el Santo de Dios.

Jesús le reprendió seriamente, y le dijo:

-¡Cállate, y sal de él!

EL espíritu inmundo le produjo convulsiones al hombre, y le hizo dar gritos, y finalmente salió de él. Todos los presentes estaban tan alucinados que no hacían que preguntarse unos a otros:

-¿Qué es esto? ¡Es una nueva clase de enseñanza

Le da órdenes con autoridad hasta a los espíritus inmundos, y Le obedecen.

Y la noticia de Jesús se difundió en seguida por todo los alrededores del distrito de Galilea.

Si las palabras de Jesús habían sorprendido a la gente de la sinagoga, Sus obras los dejaron alucinados. En aquella sinagoga había un hombre al que tenía dominado un espíritu inmundo. Este armó una gran confusión, y Jesús le sanó.

En los evangelios nos encontramos constantemente como personas que tenían espíritus inmundos y que estaban poseídas por demonios o diablos. ¿Qué había detrás de todo eso?

Los judíos, y por supuesto todos los pueblos de la antigüedad, creían firmemente en los demonios y los diablos. Como dijo Harnack: «Todo el mundo y la atmósfera que lo circundaba estaban llenos de diablos; no solamente la idolatría, sino todas las fases y las formas de la vida estaban gobernadas por ellos. Se sentaban en los tronos, jugueteaban en las cunas. La Tierra era literalmente un infierno.»

El doctor A. Rendle Short cita un hecho que muestra la intensidad con que el mundo antiguo creía en los demonios. En muchos cementerios antiguos se han encontrado cráneos trepanados; es decir, en los que se había hecho un agujero. En un cementerio, seis cráneos de ciento veinte estaban trepanados. Con la técnica quirúrgica limitada de que disponían, aquella no era una operación fácil. Además, estaba claro que los habían trepanado en vida porque el hueso había crecido después de la operación. También estaba claro que el agujero del cráneo era demasiado pequeño para tener ninguna utilidad quirúrgica; y se sabe que el disco de hueso que se extraía se llevaba colgado al cuello como un amuleto. La razón para estas trepanaciones era permitir que el demonio escapara del cuerpo de la persona. Si los cirujanos primitivos estaban dispuestos a realizar tal operación, y las personas dispuestas a sufrirla, la creencia en la posesión diabólica tiene que haber sido real.

¿De dónde procedían los demonios? Se proponían tres respuestas a esa pregunta. (i) Algunos creían que eran tan antiguos como la misma creación. (ii) Algunos creían que eran los espíritus de hombres malos que ya habían muerto, y que seguían llevando a cabo su obra maligna. (iii) Los más, por lo menos entre los judíos, relacionaban a los demonios con la vieja historia de *Génesis 6:1-8*. (Cp. *2 Pedro 2:4s*).

Los judíos elaboraban la historia de la siguiente manera. Hubo dos ángeles que vinieron a la Tierra atraídos por la belleza de las mujeres mortales. Se llamaban Assael y Shemaisai. Uno de ellos

volvió a Dios; el otro se quedó en la Tierra para satisfacer su concupiscencia; y los demonios son las criaturas que engendró, y sus descendientes.

El término colectivo para demonios en hebreo es *mazziqim*, que quiere decir los *que hacen daño*. Eran seres malignos entre Dios y la humanidad que trataban de hacer daño.

Los demonios, según la creencia judía, podían comer y beber y engendrar hijos. Eran atterradoramente numerosos. Según algunos, había siete millones y medio de ellos; todas las personas tenían diez mil a su mano derecha y otros diez mil a su izquierda. Vivían en lugares inmundos tales como tumbas y sitios en los que no había agua para limpiarlos. Vivían el desierto, donde se podían escuchar sus aullidos. De ahí expresión < un desierto aullante.> Eran especialmente peligrosos para los viajeros solitarios, para las mujeres que estaba de parto, para la novia y el novio, para los niños que estaba fuera de casa después de ponerse oscuro y para todos los q iban de viaje por la noche. Estaban especialmente activos e el calor del mediodía y entre la puesta y la salida del sol. Había un demonio de la ceguera, y un demonio de la lepra, y un demonio de las enfermedades de corazón. Podían pasarles a laS personas sus dones malignos. Por ejemplo, el mal de ojo, que podía dar mala suerte y en el que todos creían, se lo transmitía los demonios a ciertas personas. Realizaban su obra utilizando ciertos animales -la serpiente, el toro, el asno y el mosquitos Los demonios machos se llamaban *shedim*, y las hembras *lilin*; de Lilit. Las hembras tenían el pelo largo, y eran las enemigas de los niños. Por eso los niños necesitaban a sus ángeles de la guarda (*Mateo 18:10*).

No importa que creamos o no en todo esto; no viene a cuento si es verdad o no. De lo que no cabe duda es de que los que vivían en los tiempos del Nuevo Testamento sí creían. Todavía conservamos muchas expresiones, como *¡pobre diablo!*, *andar el diablo suelto*, *darse al diablo*, *llevarse a uno los demonios*, *tener el diablo en el cuerpo*, *ponerse uno hecho un demonio...* amplio repertorio en el D.R.A.E., que son reliquias de unas creencias no tan distantes. Cuando una persona creía que estaba poseída, era «consciente de sí misma y al mismo tiempo de otro ser que la obligaba y controlaba desde dentro.» Esto explica por qué los posesos de Palestina gritaban a menudo cuando se encontraban con Jesús. Sabían que el Reinado del Mesías sería el fin de los demonios; y la persona que se creía poseída hablaba como un demonio cuando se encontraba en la presencia de Jesús.

Había muchos exorcistas que pretendían poder expulsar a los demonios. Tan real era esta creencia que el año 340 d.C. La iglesia Cristiana tenía de hecho una orden de exorcistas. Pero había una gran diferencia entre los exorcistas ordinarios judíos o paganos que usaban conjuros o ensalmos o fórmulas mágicas, y Jesús, Que con una sencilla palabra de autoridad personal echaba al demonio de la persona. Aquello era algo inaudito. El poder no estaba en el ensalmo, sino en Jesús mismo, y la gente se quedaba alucinada.

¿Qué podemos decir de todo esto? Paul Tournier dice en *su Libro de casos de un médico*: «No cabe duda de que hay muchos médicos que en su lucha contra la enfermedad han tenido, como yo mismo, la impresión de que estaban enfrentándose con un enemigo listo e ingenioso.» El doctor Rendle Short sugiere la conclusión de que «las cosas que suceden en este mundo, de hecho, y sus desastres morales, sus guerras y maldad, sus catástrofes físicas y sus enfermedades, pueden ser parte de una gran guerra entre fuerzas tales como las que vemos en el *Libro de Job*, la malicia del diablo por una parte, y los límites impuestos por Dios por la otra.»

Este es un tema en el que podemos caer en el dogmatismo. Podemos adoptar tres posiciones diferentes. (i) Podemos relegar todo el asunto de la posesión diabólica a la esfera de la mentalidad primitiva, y decir que era la manera de explicar los fenómenos en un tiempo cuando. no se sabía gran cosa acerca de los cuerpos y de las mentes. (ii) Podemos aceptar la posesión diabólica como un hecho de nuestro tiempo como en los tiempos del Nuevo Testamento. (iii) Si adoptamos la primera posición tenemos que explicar la actitud y las acciones de Jesús. O bien Él no sabía más acerca de este asunto que la gente de Su tiempo -lo cual podemos aceptar fácilmente, porque Jesús

no era ningún hombre de ciencia ni vino para enseñarnos cosas de la ciencia-; o Él sabía perfectamente bien que no podía curar a una persona que tuviera estos problemas a menos que asumiera lo que el paciente consideraba la causa de su enfermedad. Esa era la realidad para la persona, y tenía que ser tratada como tal, o no se curaría nunca. Hay cuestiones cuya razón desconocemos.

UN MILAGRO EN PRIVADO

Marcos 1:29-31

Y acto seguido, cuando salieron de la sinagoga; fueron con Pedro y Juan a casa de Simón y Andrés:'

La suegra de Pedro estaba acostada con un ataque de fiebre. Inmediatamente Le dijeron a Jesús lo que le pasaba. Él se dirigió a ella, la tomó de la mano y levantó; y la fiebre le desapareció, y ella se hizo cargo de lo que ellos necesitaban.

Jesús había hablado y actuado en la sinagoga de la mane ' más sorprendente. Cuando terminó el culto de la sinagoga; Jesús se fue con Sus amigos a la casa de Pedro. Los judíos tenían la costumbre de tomar la comida principal del sábado inmediatamente después del culto de la sinagoga, a la hora sexta, es decir, a las 12 del mediodía. (El día judío empezaba a las 6 de la mañana, y las horas se contaban desde entonces)

Jesús podría muy bien haber reclamado el derecho a descansar después de la experiencia emocionante y agotadora del culto de la sinagoga. Pero una vez más se Le hizo saber la necesidad de Su poder, y una vez más Él Se dio a los demás. Este milagro nos dice algo acerca de tres personas.

(i) Nos dice algo acerca de *Jesús*. Él no necesitaba una gran audiencia para ofrecer Su poder; estaba tan dispuesto a sanar en el pequeño círculo de una cabaña como entre la gran concurrencia de una sinagoga. Nunca estaba demasiado cansado para ayudar. La necesidad de otros siempre tenía prioridad sobre Su propio deseo de descansar. Pero, sobre todo, vemos aquí, como vimos en la sinagoga, el carácter exclusivo de los métodos de Jesús. Había muchos exorcistas en los tiempos de Jesús, que actuaban con ensalmos elaborados y fórmulas y encantamientos y parafernalia mágica. Jesús había dicho en la sinagoga una palabra de autoridad, y la sanidad se había producido.

Aquí tenemos lo mismo otra vez. La suegra de Pedro estaba sufriendo de lo que el *Talmud* llamaba «una fiebre ardiente.» Era, y todavía es, muy corriente en esa región particular de Galilea. El *Talmud* establece de hecho los métodos para tratarla. Se tenía que atar con un mechón de pelo un cuchillo totalmente hecho de hierro a un espino. En días sucesivos se repetía, el primero, *Éxodo 3:2s*; el segundo, *Éxodo 3:4*, y por último *Éxodo 3:5*. Entonces se pronunciaba una cierta fórmula mágica, y así se suponía que se conseguía la curación. Jesús pasó completamente de toda esa parafernalia de la magia popular, y con un gesto y una palabra de autoridad y poder sanó a la mujer.

La palabra que se usa en griego para *autoridad* en el pasaje anterior es *exusía*; y *exusía* se definía como un conocimiento total unido a un poder total; eso era precisamente lo que Jesús poseía, y lo que estaba dispuesto a ejercer en una cabaña. Paul Toumier escribe: «Mis pacientes me dicen muy a menudo: «Es admirable la paciencia que tiene usted para escuchar todo lo que yo le digo.» Y yo les digo: « No es paciencia lo que tengo, sino interés.»» Un milagro no era para Jesús una manera de aumentar Su prestigio; el ayudar no era un deber pesado y desagradable; El ayudaba instintivamente porque estaba totalmente interesado en todos los que necesitaban Su ayuda.

(ii) Nos dice algo acerca de los *discípulos*. No hacía mucho que conocían a Jesús, pero ya habían empezado a aprender a presentarle todos sus problemas. La suegra de Pedro estaba enferma; el

sencillo hogar estaba desquiciado, y la cosa más natural del mundo para los discípulos era decírselo a Jesús.

Paul Tournier nos cuenta cómo le llegó uno de los grandes descubrimientos de la vida. Solía visitar a un anciano pastor, que nunca le dejaba marchar sin hacer oración con él. A él le conmovía la extremada sencillez de las oraciones del anciano. Parecía sencillamente que continuaba una conversación íntima e ininterrumpida con Jesús. Paul Tournier prosigue: «Cuando yo volvía a casa y hablaba de ello con mi mujer, juntos Le pedíamos a Dios que nos diera a nosotros también aquel íntimo compañerismo con Jesús que tenía el anciano pastor. Des entonces Él es siempre el centro de mi devoción y mi compañero de viaje. A Él Le complace lo que yo hago (C *Eclesiastés 9: 7*), y Se toma interés en ello. Jesús es un amigo, con el Que puedo discutir todo lo que me sucede en la vida. Él comparte mi gozo y mi dolor, mis esperanzas y mis temores. Él está allí cuando un paciente me habla de corazón, escuchándole conmigo y mejor que yo. Y cuando el paciente se va, y puedo hablar con El acerca de él.»

Ahí está la verdadera esencia de la vida cristiana. Como dice el himno: < Cuéntaselo en oración. » En tan poco tiempo, ya lo discípulos habían aprendido lo que llegaría a ser el hábito su vida: el llevarle todos sus problemas a Jesús y pedirle ayuda para resolverlos.

(iii) Nos dice algo acerca de *la suegra de Pedro*. Tan pronto como se sintió bien, empezó a atender a las necesidades de los demás. Usó su salud recuperada para un servicio renovado. Una gran familia escocesa tiene el lema: < Salvos para servir. Jesús nos ayuda para que podamos ayudar a otros.

EL PRINCIPIO DE LAS MULTITUDES

Marcos 1:32-34

Cuando llegó la tarde y ya se había puesto el sol, empezaron a traerle a Jesús a todos los que estaban enfermos o poseídos de demonios. Todo el pueblo se agolpó a la puerta; y Jesús sanó a muchos que estaban enfermos de diversas dolencias, y echó a muchos demonios; y les prohibía a los demonios hablar, porque Le conocían.

Las cosas que había hecho Jesús en Cafarnaum no podían mantenerse secretas. El surgimiento de un nuevo poder y de una nueva autoridad tan grandes era algo que no se podía ocultar. Así es que la tarde sorprendió a la casa de Pedro asediada por multitudes que buscaban el toque sanador de Jesús. Esperaron hasta la tarde porque la Ley prohibía llevar ninguna carga por el pueblo el día del sábado (Cp. *Jeremías 17:24*). Eso habría sido hacer un trabajo, y todos los trabajos estaban prohibidos los sábados. Por supuesto que no tenían relojes de ninguna clase en aquellos días; el sábado llegaba desde las 6 de la tarde del viernes hasta las 6 de la tarde del sábado; y la Ley establecía que el día terminaba y empezaba el siguiente cuando se podían ver tres estrellas en el cielo. Así que los de Cafarnaum esperaron hasta la puesta del sol y: la aparición de tres estrellas en el cielo, y entonces vinieron trayéndole sus enfermos a Jesús, y Él los sanó.

Ya hemos visto a Jesús sanando a enfermos tres veces. La primera, en la sinagoga; la segunda, en la casa de Sus amigos, y ahora, en la calle. Jesús atendía la necesidad dondequiera que se encontrara y de quienquiera que fuera. Se decía del doctor Johnson que tener alguna desgracia era una recomendación para recibir su atención y ayuda. Dondequiera que había problemas, Jesús estaba dispuesto a usar Su poder. Él no seleccionaba ni el lugar ni a la persona; reconocía el derecho universal de la necesidad humana.

La gente acudía en tropel a Jesús porque reconocía en Él a un Hombre *Que podía hacer cosas*. Había muchos que podían hablar y exponer y leer y predicar; pero aquí estaba Uno Que usaba, no sólo palabras, sino también acciones. Se ha dicho que < si uno sabe hacer mejores

ratoneras que sus vecinos, la gente hará pronto un sendero para ir a su casa aunque viva en medio de un bosque.» La persona que quiere la gente es la persona eficaz. Jesús podía, y puede, producir resultados.

Pero aquí tenemos también el principio de la tragedia. Las multitudes venían, pero era *porque querían sacarle algo a Jesús*. No venían porque Le amaban; ni porque hubieran captado un destello de una nueva visión; en último análisis, querían utilizar a Jesús. Eso es lo que casi todo el mundo quiere hacer con Dios y con Su Hijo. Por cada oración que se eleva a Dios en días de prosperidad, diez mil se le dirigen en tiempo de adversidad. Muchas personas que no han hecho nunca oración cuando brillaba el sol empiezan a orar cuando sopla los vientos fríos.

Alguien ha dicho que muchas personas consideran que , religión «pertenece al servicio de ambulancias, y no a la p`mera línea de fuego de la vida.» La religión es para es personas un recurso para las crisis. Es sólo cuando se h metido en líos, o cuando la vida les asesta algunos de sus gol terribles cuando empiezan a acordarse de Dios. Debemos todos ir a Jesús porque Él es el único que nos puede dar las cos . necesarias para la vida; pero si ese ir y esos dones no producen nosotros una respuesta de amor y agradecimiento y entre hay algo trágicamente erróneo en nuestra situación. Dios no simplemente Alguien a Quien podemos usar en el día de 1 desgracia; es Alguien a Quien debemos amar y recordar todo los días de nuestra vida.

EL RETIRO DEVOCIONAL Y EL DESAFÍO DE LA ACCIÓN

Marcos 1:35-39

Muy temprano, cuando era todavía de noche, Jesús Se levantó y salió. Se fue a un despoblado, y estuvo? orando allí.

Simón y sus amigos Le siguieron el rastro, y Le dijeron:

- Todo el mundo Te está buscando.

- Vamos a algún otro lugar -les dijo Jesús-; a los pueblos cercanos, para que proclame la Buena Noticia también allí; porque para eso es para lo que he venido.

Así es que iba a. las sinagogas por toda Galilea proclamando la Buena Noticia y echando a los demonios por dondequiera que iba.

Aunque no se haga más que leer el relato de Marcos sobre las cosas que sucedieron en Cafarnaum, uno se da cuenta de ,Ve a Jesús no Le quedaba ningún tiempo para Sí mismo. Ahora bien, Jesús sabía muy bien que no podía vivir sin Dios; que, si había de seguir dando constantemente, tenía que recibir por lo menos algunas veces; que si había de consumirse por los demás, tenía que reponer Sus fuerzas espirituales de vez en cuando. Sabía que no podía vivir sin oración. En un pequeño libro titulado *La práctica de la oración*, el doctor A. D. Belden propone algunas grandes definiciones. «La oración se puede definir como el clamor del alma a Dios.» No orar es ser culpable de la increíble necedad de ignorar «la posibilidad de añadir a Diosa nuestros recursos.» « En la oración Le damos a la perfecta mente de Dios la oportunidad de alimentar nuestros poderes mentales.» Jesús sabía todo esto; Él sabía que si había de encontrarse con los hombres, primero tenía que encontrarse con Dios. Si la oración era algo necesario para Jesús, ¡cuánto más lo será para nosotros!

Hasta allí Le siguieron el rastro. Jesús no tenía manera de cerrar la puerta y aislarse. Una vez la novelista Rose Macaulay dijo que todo lo que le pedía a la vida era «una habitación que fuera suya propia.» Eso es precisamente lo que nunca tuvo Jesús. Un gran médico decía que la misión de la medicina es «algunas veces, curar; a menudo, aliviar, y siempre consolar.» Jesús siempre sentía ese deber. Se ha dicho que el deber de un médico es «ayudar a las personas a vivir y a morir» -y la

gente no hace más que vivir y morir. Es propio de la naturaleza humana el tratar de levantar barreras para tener tiempo y paz para uno mismo; eso es lo que nunca hizo Jesús. Consciente como era de Su propio cansancio y agotamiento, todavía era más consciente del clamor insistente de la necesidad humana. Así es que, cuando Le encontraron, Se levantó de Sus rodillas para salir al encuentro del desafío de Su tarea. La oración nunca hará nuestro trabajo por nosotros; lo que sí hará es darnos las fuerzas y capacitarnos para el trabajo que tenemos que hacer.

Jesús hizo una campaña de predicación por las sinagogas de Galilea. En *Marcos* esta campaña se resume en un s versículo, pero debe de haber durado semanas y hasta me A Su paso, Él *predicaba y sanaba*. Hay tres pares de cosas Jesús nunca separaba.

(i) Jesús nunca separaba *las palabras de las obras*. Y creía que una labor estaba terminada cuando no se había hecho más que empezarla; Él nunca creía que había cumplido misión cuando había exhortado a la gente a volver a Dios. a la bondad. Siempre había que pasar de la afirmación y exhortación a la acción. Fosdick cuenta en alguna parte que estudiante compró los mejores libros que pudo y el mejor equipo que pudo, y se hizo con una silla especial para estudiar con un atril especial para sostener el libro; y entonces se sen en aquella silla, y se quedó dormido. La persona que cultiva las palabras pero no las acciones hace algo parecido.

(ii) Jesús nunca separaba *el alma del cuerpo*. Ha habido tipos de cristianismo que hablaban como si el cuerpo no i portara. Pero la persona se compone de alma y cuerpo; y tarea del Cristianismo es redimir la persona total, y no sólo un parte de ella. Es, desde luego, benditamente cierto que u persona puede que esté muriéndose de hambre, viviendo en un chabola, en angustia y en dolor, y sin embargo tenga momento deliciosos de comunión con Dios; pero eso no es razón p que se la deje en tal estado. Las misiones a las razas primitivas no llevan solamente la Biblia; también llevan la educación la medicina; llevan la escuela y el hospital además de la iglesia. Es un absurdo hablar del *evangelio social* como si fue un extra, o una opción, o hasta una parte separable del mensaje cristiano. El mensaje cristiano es uno solo, y se expresa e palabras y acciones para bien de los cuerpos tanto como de 1 almas.

(iii) Jesús nunca *separaba la Tierra y el Cielo*. Hay alguno que están tan preocupados con el Cielo que se olvidan de 1 Tierra, y se convierten en unos visionarios inútiles. También hay algunos que están tan preocupados con la Tierra, y se olvidan del Cielo, y limitan el bien a los bienes materiales. El sueño de Jesús era un tiempo cuando la voluntad de Dios se haría en la Tierra como en el Cielo (*Mateo 6:10*) y la Tierra y el Cielo serían una misma cosa.

UN LEPROSO ES LIMPIADO

Marcos 1:40-45

Un leproso acudió a Jesús pidiéndole que le ayudara. Se puso de rodillas delante de Él y Le dijo:

-Si quisieras, Tú podrías limpiarme.

Jesús Se conmovió de compasión en lo más íntimo de Su ser; extendió el brazo y le tocó, diciéndole:

-¡Sí quiero! ¡Queda limpio!

Inmediatamente le desapareció la lepra, y quedó limpio. Y acto seguido Jesús le despidió, advirtiéndole:

-Guárdate bien de decirle esto a nadie, sino preséntate al sacerdote para que te reconozca, y lleva la ofrenda de la purificación que estableció Moisés para demostrarles que estás curado de veras.

Pero el que había sido leproso se marchó y empezó a contar lo que -le había pasado con todo detalle y por todas partes. En consecuencia, ya no Le era posible a Jesús entrar

abiertamente en los pueblos, sino que tenía que quedarse fuera en lunares deshabitados; y la gente no dejaba de acudir a El de todas partes.

En el Nuevo Testamento no había enfermedad que se considerara con más terror y lástima que la lepra. Cuando Jesús envió a los Doce, les mandó: «Sanad a los enfermos, limpiad a los leprosos» (*Mateo 18:8*). La suerte del leproso era realmente terrible. E. W. G. Masterman, en su artículo sobre la lepra en *Dictionary of Christ and the Gospels*, del que tomamos mucho de la información que sigue, dice: «Ninguna otra enfermedad reduce a un ser humano por tantos años a una tan repulsiva.» Consideremos en primer lugar los hechos:

Hay tres clases de lepra. (1) Está la lepra tuberculosa. Empieza por un letargo inexplicable y dolores en las articulaciones. Más tarde aparecen en el cuerpo, especialmente en la espalda, manchas simétricas descoloridas. En ellas se forman pequeños nódulos, al principio rosas, que luego se vuelven marrones. La piel se pone más gruesa. Los nódulos se agrupan especialmente en los pliegues de las mejillas, la nariz, los labios y la frente. Cambia de tal manera el aspecto total de la cara, que la persona pierde su aspecto humano y parece más, decían los antiguos, como un león o un sátiro. Los nódulos van haciendo cada vez más grandes; se ulceran y echan un pus repugnante. Se les caen las cejas; los ojos se les ponen saltones, la voz se vuelve áspera, y le silba el aliento a causa de la ulceración de las cuerdas vocales. También se les ulceran las manos y los pies. Poco a poco el paciente se convierte en masa de bultos ulcerados. El curso normal de la enfermedad es de nueve años, y acaba en la pérdida de la razón, coma por fin, la muerte. El paciente se convierte en un ser repulsivo para sí mismo y para los demás.

(ii) Está la lepra anestésica. Las etapas iniciales son las mismas; pero quedan afectados los nervios. El área infecta pierde la sensibilidad. Esto puede suceder sin que el paciente se dé cuenta; y puede que no lo note hasta que sufra algunas quemaduras y descubra que no siente los dolores que serían normales. Conforme se desarrolla la enfermedad el daño que se produce en los nervios causa manchas descoloridas y ampollas. Los músculos se degeneran; los tendones se contraen, hasta el punto de dejar las manos como garras. Siempre se le deforman las uñas. Se producen ulceraciones crónicas en los pies y en las manos seguidas de la progresiva pérdida de los dedos hasta que al final se les cae la mano o el pie enteros. La duración de la enfermedad puede llegar hasta entre veinte y treinta años. Es una especie de terrible muerte lenta por un deterioro progresivo de todo el cuerpo.

(iii) La tercera clase de lepra es el tipo más corriente, en el que se mezclan la lepra tuberculoide y la anestésica. Esta es la lepra propiamente dicha, y no hay duda de que había muchos leprosos de esta clase en Palestina en tiempos de Jesús.

De la descripción de Levítico 13 se deduce claramente que en los tiempos del Nuevo Testamento el término lepra se usaba aplicándolo a otras enfermedades de la piel. Parece habersele aplicado a la psoriasis, una enfermedad que cubre el cuerpo de escamas blancas, lo que podría ser el origen de la frase < un leproso blanco como la nieve> (Cp. *Exodo 4:6*; *Números, 12:10*; *2 Reyes 5:27*). Parece que también incluía la tiña, que sigue siendo muy corriente en Oriente. La palabra hebrea que se usa en Levítico es tsará'at. Ahora bien, Levítico 13:47 habla de una tsará'at de la ropa, y la de las casas se menciona en Levítico 14:33. El deterioro de la ropa sería una clase de hongos o moho; y el de las casas sería carcoma o líquenes que destruyen la piedra. La palabra tsará'at, lepra, en el pensamiento judío parece haber cubierto cualquier clase de enfermedad de la piel. Naturalmente, con los conocimientos médicos en un estado extremadamente primitivo, la diagnosis no distinguía entre las diferentes clases de enfermedades de la piel, e incluía tanto las incurables y mortales como otras no tan fatales y comparativamente leves bajo un término general.

Cualquier enfermedad de la piel de las descritas hacía que el paciente quedara inmundo. Se le echaba de la sociedad; tenía que vivir solo, o con otros que estuvieran en la misma situación, fuera

del pueblo. Tenía que llevar la ropa desgarrada, la cabeza descubierta, el labio superior tapado, y, cuando iba andando, tenía que gritar para advertir su presencia: < ¡Inmundo, inmundo!> Descubrimos la misma situación en la Edad Media, en la que se aplicaba también la Ley de Moisés. El sacerdote, con la estola y el crucifijo, llevaba al leproso a la iglesia y le leía el oficio de difuntos. El leproso era un muerto en vida. Tenía que llevar una túnica negra que todos pudieran reconocer, y vivir en un lazareto. No podía asistir a los oficios religiosos, que sólo podía atisbar por una < grieta de los leprosos> que había en los muros. El leproso tenía que asumir no sólo el sufrimiento físico de su enfermedad, sino también la angustia mental y espiritual de estar totalmente desterrado de la sociedad y evitado aun por los suyos.

Si se diera alguna vez el caso de que un leproso se curara -y la verdadera lepra era incurable, así es que se trataría cualquiera de las otras enfermedades de la piel- tenía que pasar por una complicada ceremonia de restauración que describe en *Levítico 14*. Le reconocía un sacerdote. Llevar dos avecillas, y se mataba una sobre agua corriente. Cosas se llevaba madera de cedro, grana e hisopo. Estas cosas y la avecilla viva se mojaban en la sangre de la avecilla muerta; entonces se soltaba la viva. El hombre se lavaba, así como la ropa, y se afeitaba. Se dejaban pasar siete días, y luego se reconocía otra vez. Entonces tenía que afeitarse todo el pelo del cuerpo. Ofrecía algunos sacrificios celos corderos y una cordera de un año sin tacha; tres décimos de un efa de flor harina mezclada con aceite y un log de aceite. Las cantidades eran menores para los pobres. Al paciente restaurado se le tocaba el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y del pie derecho con la sangre de la víctima y luego con el aceite. Se le reconocía por última vez y, si no le quedaban restos de la enfermedad, se le permitía volver a la sociedad con un certificado de que estaba limpio.

Aquí tenemos una de las escenas más reveladoras de Jesús

(i) No rechazó a una persona que estaba quebrantando la Ley. El leproso no tenía derecho a acercársele y hablarle, pero Jesús no le rechazó. Salió al encuentro de una necesidad humana con una compasión comprensiva.

(ii) Jesús extendió el brazo, y le tocó. Tocó a un hombre intocable, porque era inmundo. Para Jesús no lo era; era simplemente un alma humana con una necesidad desesperada.

(iii) Después de limpiarle, Jesús le envió a cumplir las normas legales. Él cumplía las leyes y la justicia humanas. Él no desafiaba impunemente los convencionalismos; sino, cuando era necesario, los aceptaba y cumplía.

Aquí vemos la compasión, el poder y la prudencia en perfecta armonía.

LA FE QUE SUPERA OBSTÁCULOS

Marcos 2:1-6

Algún tiempo después, cuando volvió Jesús a Cafarnaum, se corrió la voz de que estaba en una casa, y se abarrotó de gente de tal manera que no quedaba sitio para nadie más ni siquiera a la puerta.

Cuando Jesús estaba dándoles Su mensaje llegó un grupo trayéndole a Jesús a un paralítico al que llevaban entre cuatro. Como no podían llegar hasta Él a causa de la gente, descubrieron urca parte de la cubierta de la casa donde estaba, e hicieron un agujero por el que bajaron la camilla con el paralítico.

*Cuando Jesús vio la fe de ellos le dijo al paralítico:
Hijo, tus pecados se te han perdonado.*

Cuando Jesús terminó su campaña en las sinagogas, volvió a Cafarnaum. En seguida se corrió la voz de que había vuelto. La vida era muy abierta en Palestina. Por la mañana se abrían las puertas de las casas, y cualquiera podía entrar o salir. No se cerraba nunca la puerta a menos que se quisieran evitar las visitas. Una puerta abierta era una invitación a todos los que quisieran entrar. En las casas más humildes, como esta tiene que haber sido, no había recibidor, y la puerta de la calle daba acceso al interior de la casa directamente. Así es que, de pronto, un gentío considerable había abarrotado la casa y se extendía por fuera de la puerta; y todos estaban escuchando atentamente el mensaje de Jesús.

A esta multitud llegó un grupo de hombres que llevaban en una camilla a un amigo suyo que estaba parálítico. No pudieron abrirse paso entre la gente; pero eran personas de iniciativa. La techumbre de las casas de Palestina era plana, como terraza, que se usaba para estar tranquilos y para descansar así es que era corriente que hubiera una escalera exterior para subir. Los materiales de la cubierta se prestaban a lo que hicieran estos cuatro amigos decididos. La cubierta estaba formada por vigas planas que iban de una pared a otra se rasaban cosas de un metro entre sí. El espacio entre las vigas se llenaba de cañizo y de tierra, y la superficie se alisaba por fuera. La mayor parte de la cubierta era de tierra, y no era que creciera la hierba en el tejado de la casa palestina. Fue cosa más fácil del mundo descubrir una parte del relleno en dos vigas, hacer un agujero suficientemente grande y bajar él al enfermo justamente a los pies de Jesús. Aquello no era un destrozo considerable, ya que sería fácil dejarlo como estaba antes. Cuando Jesús vio la fe que se reía de los obstáculos, de haber sonreído complacido y comprensivo. Miró al hombre y le dijo: «Hijo, tus pecados se te han perdonado.»

Esta puede parecer una manera un poco extraña de comenzar una cura. Pero en Palestina, en tiempos de Jesús, era natural e inevitable. Los judíos relacionaban necesariamente pecado y el sufrimiento. Creían que si una persona estaba sufriendo, sería porque había pecado. Ese era de hecho el razonamiento de los amigos de Job. «Piensa ahora, ¿qué inocente se pierde? ¿Dónde los rectos son destruidos?» (Job 4: 7). Los rabinos tenían un dicho: «Ningún enfermo puede curarse hasta que todos sus pecados se le hayan perdonado. Todavía seguimos encontrando estas mismas ideas entre los pueblos primitivos. Paul Tournier escribe: «¿Es que no informan los misioneros de que la enfermedad es una deshonra a los ojos del salvaje? Hasta los que se convierten al Cristianismo no osan ir a la comunión cuando están enfermos, porque se consideran rechazados por Dios.» Para los judíos, un enfermo era alguien con quien Dios estaba enfadado. Es verdad que gran número de enfermedades se deben al pecado; y más verdad todavía que vez tras vez se deben, no al pecado del que padecía enfermedad, sino de otros. Nosotros no establecemos la relación de causa a efecto que hacían los judíos; pero cualquier judío habría estado de acuerdo en que el perdón de los pecados era condición previa y *sine qua non* para la curación.

Bien puede ser, sin embargo, que esta historia nos quiera decir más que eso. Los judíos establecían esa relación entre la enfermedad y el pecado, y bien puede ser que en este caso *la conciencia del hombre estuviera de acuerdo*, y bien puede ser que esa conciencia de pecado hubiera producido de hecho la parálisis. El poder de la mente, especialmente del inconsciente, sobre el cuerpo es sorprendente e innegable.

Los psicólogos citan el caso de una chica que tocaba el piano en un cine en los tiempos del cine mudo. Normalmente se encontraba bien; pero, en cuanto se apagaban las luces, y el local se llenaba del humo de los cigarrillos, empezaba a paralizarse. Ella trataba de combatirlo; pero la parálisis acabó por hacerse permanente, y había que hacer algo. Un examen reveló que no había ninguna causa física. Bajó hipnosis se descubrió que cuando era muy pequeña, una bebé de pocas semanas, estaba acostada en una de aquellas cunas antiguas muy elaboradas, con un lazo de tul por encima de la cara. Su madre se inclinó una vez hacia ella fumando un cigarrillo, y se prendieron los adornos de la cuna. El fuego se apagó inmediatamente, y ella no sufrió ningún daño físico; pero su mente

inconsciente recordaba aquel terror. La oscuridad, además del olor del tabaco, actuaba en su inconsciente y le paralizaba el cuerpo -y ella no sabía por qué.

El hombre de esta historia puede ser que estuviera parálítico porque, consciente o inconscientemente, su conciencia le acusaba de que era pecador, y ese pensamiento le produjo la enfermedad que él creía que era la consecuencia inevitable del pecado. Lo primero que Jesús le dijo fue: «Hijo, Dios no está enfadado contigo. No te preocupes.» Era como hablarle con cariño a un chiquillo atemorizado en la oscuridad. La carga del terror de Dios y del alejamiento de Dios desaparecieron de su corazón, y aquel mismo hecho fue decisivo para su curación.

Es una historia preciosa, porque lo primero que Jesús hace por cada uno de nosotros es decirnos: < Hijo, Dios no este enfadado contigo. Vuelve a casa, y no tengas miedo.»

LA PRUEBA IRREFUTABLE

Marcos 2:7-12

Algunos de los maestros de la Ley estaban allí sentados, y se pusieron a cavilar para sus adentros:

- ¿Cómo puede hablar así este tipo? ¡Está blasfemando! ¿Es que hay alguien que pueda perdonar los pecados más que Dios?

Jesús se dio cuenta inmediatamente en Su interior lo que se les estaba pasando a ellos por la mente, así e, que les dijo:

- ¿Por qué estáis cavilando en vuestro interior? ¿Que es más fácil, decirle a un parálítico: «Tus pecados están perdonados», o decirle: «Levántate, carga con tu camilla, y ponte a andar»? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la Tierra para perdonar los pecados - entonces le dijo al parálítico-, esto te lo digo a ti: ¡Levántate, carga con tu camilla y vete a casa!

Y el parálítico se levantó, e inmediatamente cargó con su cama y salió delante de todos ellos. Todos reaccionaron quedándose alucinados, y no dejaban de alabar a Dios ni de repetir:

- ¡Esto es algo que no se había visto nunca en la vida!

Jesús, como ya hemos visto, ya había atraído a las multitudes. En consecuencia, también había suscitado la atención de los responsables oficiales de los judíos. El Sanedrín era su: tribunal supremo, y una de sus funciones era ser guardián de la ortodoxia. Por ejemplo: uno de los deberes del Sanedrín era descubrirla los falsos profetas. Aquí parece que el Sanedrín había mandado un comando teológico para comprobar quién era Jesús; y allí estaban en Cafarnaum. Sin duda se habían reservado unos puestos honorables en primera fila, y estaban sentados observando críticamente todo lo que sucedía. .

Cuando oyeron a Jesús decirle al parálítico que sus pecados estaban perdonados, aquello los escandalizó en extremo. Era una parte esencial de la fe judía que sólo Dios podía perdonar los pecados. El que una persona pretendiera perdonar pecados era por tanto una blasfemia, y el castigo del blasfemo era morir apedreado (*Levítico 24:16*). Inmediatamente se dispusieron a lanzarse al ataque en público, pero no le era difícil a Jesús ver lo que se les estaba pasando por la mente. Así es que Él decidió lanzarles un desafío y encontrarse con ellos en su propio terreno.

Era la firme creencia de ellos que el pecado y la enfermedad eran inseparables. Una persona enferma era una persona que había pecado; así es que Jesús les preguntó: < ¿Qué es más fácil, decirle a este hombre: «Tus pecados están perdonados», o decirle: «Levántate y anda»? > Cualquier charlatán podría decir: «Tus pecados están perdonados.» No habría posibilidad de demostrar si sus palabras eran verdad o no. Esa afirmación no se podía comprobar de ninguna manera. Pero el decir: «Levántate y anda,» era algo que se podía comprobar inmediatamente si era un farol o una

manifestación de un poder más que humano. Así es que Jesús dijo: « ¿Vosotros decís que Yo no tengo derecho a perdonar pecados? ¿Vosotros mantenéis como un artículo de fe que si este hombre está enfermo es porque es un pecador, y no se puede curar hasta que se le perdone? Pues bien, entonces, ¡fijaos en esto!» Entonces Jesús dio la orden, y el hombre fue curado.

A los maestros de la Ley les salió el tiro por la culata. Según sus propias creencias oficiales, el hombre no podía curarse a menos que se le perdonaran los pecados. *Fue curado*, Y por tanto, *había sido perdonado*. Por tanto, el derecho de Jesús de perdonar pecados *tenía que ser auténtico*. Jesús tiene que haberlos dejado totalmente boquiabiertos a aquellos maestros de la Ley; y, peor: tiene que haberlos dejado con rabia tanto mayor cuanto impotente. Ahí tenían un problema que tenían que resolver; si la cosa continuaba, toda su religión ortodoxa se colapsaría y destruiría. En este incidente Jesús firmó Su propia sentencia de muerte a sabiendas.

Por todo lo cual este es un incidente sumamente difícil ¿Qué quiere decir que Jesús puede perdonar el pecado? Hay tres posibles maneras de considerar esto.

(i) Podemos tomarlo en el sentido de que Jesús estaba comunicando a los hombres el perdón de Dios. Después de t reprensión de Natán, David reconoció su pecado con temor;: el profeta le dijo: «El Señor ha perdonado tu pecado; morirás» (2 *Samuel* 12:1-13). Natán no le perdonó su peccad a David, sino le comunicó el perdón de Dios, y le dio comd señal de la seguridad del perdón el hecho de que no moriría Así podemos decir que lo que Jesús hizo fue asegurarle al hombre el perdón de Dios, comunicándole algo que Dios y le había concedido. Esto es indudablemente cierto; pero no parece agotar toda la verdad.

(ii) Podríamos tomarlo como que Jesús estaba actuando como representante de Dios. Juan dice: «El Padre no juzga nadie, sino que ha dejado todo el juicio al Hijo» (*Juan* 5:22). Si se Le ha encargado del juicio a Jesús, también se Le tiene que haber encargado del perdón. Tomemos una analogía humana. Las comparaciones son siempre imperfectas, pero no podemos prescindir de ellas. Una persona puede darle a otra *unos poderes notariales*. Eso quiere decir que le ha confiado sus bienes y propiedades. Está conforme con lo que su representante haga en su nombre, y que las acciones de su representante se consideren tan vinculantes como si fueran realizadas por él mismo. Podemos tomarlo como que eso es lo que Dios hizo con Jesús: delegar en Él Sus poderes y privilegios de tal manera que la palabra de Jesús no fuera menos que la palabra de Dios mismo.

(iii) Podemos tomarlo todavía en otro sentido. Toda la esencia de la vida de Jesús es que en Él se nos muestra claramente la actitud de Dios para con los hombres. Ahora bien, esa actitud era todo lo contrario de lo que la gente había pensado antes que era la actitud de Dios. No era una actitud de justicia hosca, severa, austera, ni una actitud de constante demanda. Era una actitud de perfecto amor de un corazón anhelante de perdonar.

Veamos de nuevo una analogía humana. Lewis Hind nos cuenta en uno de sus ensayos cómo descubrió realmente el amor de su padre. Él siempre había respetado y admirado a su padre; pero siempre le había tenido un poco de miedo. Un domingo estaba en la iglesia con su padre. Hacía un calor pegajoso. Él empezó a sentir cada vez más sueño, hasta el punto de que no podía mantener los ojos abiertos, y se le caía la cabeza hacia adelante. Las olas del sueño amenazaban anegarle totalmente. Vio levantarse el brazo de su padre hacia él, y creyó que le iba a zarandear o a golpear; y entonces vio a su padre sonreírle cariñosamente y rodearle con su brazo. Le estrechó con ternura para que pudiera descansar sin caerse de lado o hacia adelante, y le mantuvo así abrazado cariñosamente. Aquel día descubrió Lewis Hind que su padre no era como él había pensado, y que su padre le amaba. Eso es lo que Jesús hizo por nosotros y por Dios. Literalmente trajo a la humanidad el perdón de Dios. Sin Él, no habríamos tenido nunca ni la más remota idea acerca de Dios. «Yo os digo -nos dijo-, y os lo digo aquí y ahora en la Tierra, que estáis perdonados.» Jesús mostró perfectamente la actitud de Dios hacia la humanidad. Él podía decir: « Yo perdono,» porque en Él Dios estaba diciendo: «Yo perdono.»

INVITANDO AL QUE TODOS ODIABAN

Marcos 2:13s

Así es que Jesús salió otra vez a la orilla del lago, y toda la gente salió a buscarle, y Él siguió enseñándoles.

Cuando iba andando por allí vio a Leví hijo de Ale sentado en la cabina donde se pagaban las aduanas,: le dijo:

- ¡Sígueme!

Y Leví se levantó y siguió a Jesús.

Cautelosa e inexorablemente la puerta de la sinagoga se iba cerrando a Jesús. Los guardianes de la ortodoxia judía L habían declarado la guerra. Ahora Jesús enseñaba, no en l sinagoga, sino a la orilla del lago. Su iglesia estaría al aire libre sin más techumbre que el cielo azul, y con la colina o la barca de pesca como púlpito. El Hijo de Dios fue excluido de lo que se consideraba la casa de Dios.

Jesús iba paseando por la orilla del lago y enseñando. Esa era una de las maneras más corrientes de enseñar que tenía los rabinos. Cuando los rabinos judíos iban de camino de u lugar a otro o se daban un paseo al aire libre, sus discípulos se agrupaban a su alrededor andando con ellos y escuchando la que les decían. Jesús estaba haciendo lo que cualquier rabino:

Galilea era uno de los grandes centros de comunicaciones del mundo antiguo. Se ha dicho que < Judea no estaba de camino a ningún sitio; Galilea estaba de paso a todo el mundo.>~ Palestina era una tierra puente entre Europa y África; todo el tráfico terrestre tenía que pasar por ella. La gran carretera del mar iba desde Damasco, pasando por Galilea, por Cafarnaum, por debajo del Carmelo, a lo largo de la llanura de Sarón, pasando por Gaza y hacia Egipto. Era una de las grandes carreteras del mundo. Otra carretera iba desde Acre en la costa, atravesaba el Jordán y seguía hacia Arabia y las fronteras del imperio, una carretera transitada constantemente por regimientos y caravanas.

Palestina estaba dividida por aquel tiempo. Judea era una provincia romana bayo un procurador romano; Herodes Antipas, uno de los hijos de Herodes el Grande, gobernaba Galilea; el territorio hacia el Este que incluía Gaulonítida, Traconítida y Batanea, era gobernado por Felipé, otro de los hijos de Herodes. De camino entre el territorio de Felipe y el de Herodes, Cafarnaum era la única población que encontraba el viajero. Por tanto, era como un pueblo fronterizo; y de ahí que fuera también un centro aduanero. En aquellos días se pagaban impuestos de importación y exportación, y Cafarnaum tiene que haber sido un lugar donde se cobraban. Allí era donde trabajaba Mateo. Es verdad que él no estaba, como Zaqueo, al servicio de los romanos; era un funcionario de Herodes Antipas; pero era igualmente un odiado *publicano*. (La versión Reina-Valera sigue usando esta palabra heredada de la Vulgáta via Biblia del Oso y otras traducciones de la Reforma. *Publicano*, del latín *publicanus*, era centre los romanos, arrendador de los impuestos o rentas públicas y de las minas del estado», como dice el D.R.A.E.).

Esta historia nos revela algunas cosas tanto de Mateo como de Jesús.

(i) Mateo era un hombre muy odiado. Los cobradores de impuestos nunca son populares en ninguna comunidad, pero en el mundo antiguo eran odiados. La gente no sabía nunca exactamente cuánto tenía que pagar; los cobradores de impuestos les sacaban todo lo que podían y se forraban los bolsillos con el extra que les quedaba después de pagar al estado la parte convenida. Hasta un escritor griego como Luciano asocia a los cobradores de impuestos con «adúlteros, alcahuetes, aduladores y sicofantas.» Jesús quiso al que nadie quería. Le ofreció Su amistad al que todos se habrían avergonzado de considerar su amigo.

(ii) Mateo tiene que haber sido en aquel momento un hombre con un gran vacío en el corazón. Tiene que haber oído acerca de Jesús, o probablemente había escuchado Su mensaje desde el borde de la multitud; y algunas veces tiene que haberle vibrado el corazón. No podría haberse dirigido a los buenos ortodoxos de su tiempo. Para ellos eran inmundo y se habrían negado a relacionarse con él.

Hugh Redwood nos cuenta la historia de una mujer que vivía en el distrito de los astilleros de Londres, que venía a la reunión de señoras. Había estado viviendo con un chino, y te un bebé mestizo que llevaba con ella. Le gustaba la reuní y volvía una y otra vez. Entonces el pastor se dirigió a ella t le dijo: < Debo pedirle que no vuelva por aquí. » La mujer l devolvió la pregunta con la mirada; y él le contestó: « otras mujeres dicen que dejarán de venir si usted continua viniendo. » Ella se le quedó mirando con una sorpresa dolorida y le dijo: « Señor, ya sé que soy una pecadora; ¿pero no hay ningún sitio adonde pueda ir una pecadora? » Afortunadamente el Ejército de Salvación encontró a aquella mujer y la rescató para Cristo.

Eso era precisamente lo que Mateo tenía que arrostrar h que encontró a Uno que vino al mundo a buscar y a salvar 1 que se había perdido.

(iii) Esta historia nos dice algo acerca de Jesús. Fue cuando iba paseando por la orilla del lago cuando llamó a Mateo. Co N decía un gran profesor: «Hasta cuando estaba dándose un pasea estaba buscando oportunidades.» Jesús no estaba nunca fuer de servicio. Si podía encontrar a una persona para Dios mies tras se estaba dando un paseo, la encontraba. ¡Qué cosecha. podríamos reunir si buscáramos gente para Cristo cuand6 vamos andando por ahí! ~:!

(iv) De todos los discípulos, Mateo fue el que renunció a' más. Literalmente lo dejó todo para seguir a Jesús. Pedro y Andrés, Santiago y Juan podían volver a la pesca. Siempre habría peces que pescar y siempre podrían volver a su antiguo trabajo; pero Mateo quemó las naves definitivamente. En una' sola acción, en un momento del tiempo, con una rápida deci sión, se excluyó de su trabajo para siempre; porque una vez que se dejaba el trabajo de cobrador de impuestos, ya no se podía recuperar. Requiere un gran hombre el hacer una gran decisión; y sin embargo, a toda vida le llega el momento de decidir. '11 -11

Cierto hombre famoso tenía la costumbre de darse largos paseos por el campo en Dartmoor. Cuando llegaba a un arroyo demasiAo ancho para cruzarlo fácilmente, lo primero que

hacía era tirar la chaqueta al otro lado. Así se comprometía a no darse la vuelta. Hacía la decisión de pasar al otro lado, y se aseguraba de no claudicar.

Mateo fue un hombre que se lo jugó todo por Cristo, y no se equivocó.

(v) De su decisión sacó Mateo por lo menos tres cosas.

(a) *Salió con las manos limpias.* Desde aquel momento podía mirarle a la cara a todo el mundo. Puede que fuera mucho más pobre, y que la vida le resultara mucho más dura, y que se le acabaran los lujos y las comodidades; pero desde`aquel momento tuvo las manos limpias; y, porque tenía las manos limpias, tenía la mente en paz.

(b) *Perdió un trabajo, pero consiguió otro mucho mejor.*

Se ha dicho que Mateo lo dejó todo menos una cosa: la pluma. Los investigadores no creen que el Primer Evangelio, tal como lo tenemos ahora, sea obra de Mateo; pero sí creen que incorpora uno de los más importantes documentos de toda la Historia, el primer compendio escrito de las enseñanzas de Jesús, y que ese documento sí fue escrito por Mateo. Con su mente ordenada, su manera

metódica de trabajar, su familiaridad con la pluma, Mateo fue el primer hombre que le dio al mundo un libro de las enseñanzas de Jesús.

(c) Lo curioso es que la decisión repentina de Mateo le proporcionó la única cosa que estaría buscando -*le trajo una fama inmortal y universal*. Todo el mundo conoce el nombre de Mateo como el de uno que hizo posible que se conociera la historia de Jesús. Si Mateo se hubiera negado a aceptar la llamada de Jesús, se le habría recordado localmente por un cierto tiempo como seguidor de una profesión despreciable que todos odiaban; al aceptar la llamada de Jesús ganó una fama internacional como el hombre que nos dejó el primer compendio de las enseñanzas de Jesús. Dios nunca se queda corto con el que se lo juega todo por Él.

DONDE ES MAYOR LA NECESIDAD

Marcos 2:15-17

Jesús era uno de los comensales en casa de Leví;~ muchos cobradores de impuestos y pecadores estab sentados con Jesús y Sus discípulos, porque eran m chos los que buscaban Su compañía.

Quando los maestros de la Ley, que pertenecían a escuela de los fariseos, vieron que Jesús estaba conlíí do en compañía de pecadores y cobradores de impue tos, empezaron a decirles a Sus,discípulos:

- ¡Es con cobradores de impuestos y pecadores c los que está comiendo y bebiendo vuestro Maestro! ;,

Jesús los oyó, y dijo:

Los que necesitan un médico no son los que dis~ frutan de buena salud, sino los que están enfermos. Y no he venido a invitar a los que creen que no tiene defectos, sino a los que saben que son pecadores.

Una vez más Jesús está lanzando el guante del desafío a *los* escribas y los fariseos.

Quando Mateo se entregó a Jesús, Le invitó a su casa. Le parecía lo más natural, una vez que había descubierto a Jesús por sí mismo, el compartir su gran descubrimiento con sus amigos -y sus amigos eran como él. No podían ser de otra= manera. Mateo había escogido un trabajo que le excluía de la sociedad de todas las personas ortodoxas y respetables, y había tenido que buscar sus amigos entre los marginados como él. Jesús aceptó encantado aquella invitación; y aquellos marginados de la sociedad decente buscaron Su compañía.

No hay nada que pueda mostrar mejor la diferencia que había entre Jesús, y los escribas y los fariseos y las buenas personas ortodoxas de Su tiempo. Estos no eran la clase de gente cuya compañía habría buscado un pecador. Le habrían mirado ¿In una actitud de condenación y de superioridad

erogante. Se le habrían helado hasta los huesos en tal compañía aun antes de ser admitido en ella.

Había una clara diferencia entre los que guardaban la Ley y los que aquellos llamaban *la gente de la tierra*, que eran las personas corrientes que no cumplían todas las reglas y normas de los escribas. Los primeros tenían prohibida toda relación con los segundos en absoluto. No debían hablar con ellos, ni hacer un viaje con ellos. El casar a una hija con uno de ellos les parecía tan horrible como entregársela a una fiera. No debían aceptar hospitalidad de ninguno de ellos ni ofrecérsela. Por el hecho de ir a la casa de Mateo y sentarse a la mesa en compañía de aquella gente, Jesús estaba desafiando los convencionalismos ortodoxos de Su tiempo.

No tenemos que suponer ni por un momento que todas esos fueran pecadores en el sentido moral de la palabra. La palabra *pecador (hamartólós)* tenía dos significados. Quería decir una persona que quebrantaba la Ley moral; pero también querían decir una persona que no cumplía la ley de los escribas. El hombre que cometía adulterio y el que comía cerdo eran pecadores los dos; el que era culpable de robo o asesinato y el que no se lavaba las manos todas las veces que requería el ritual eran ambos pecadores. Entre los invitados de Mateo probablemente habría muchos que habían quebrantado la Ley moral y que iban por libres en la vida; pero sin duda se incluían muchos cuyo único pecado era que no observaban las reglas y normas de los escribas.

Quando acusaron a Jesús de conducta escandalosa, Su respuesta fue muy sencilla: < Un médico -dijo- va donde se le necesita. La gente que goza de buena salud no le necesita, y sí los enfermos. Eso es lo que hago Yo: voy a los que están enfermos del alma y más Me necesitan.>

El versículo 17 está muy concentrado. A primera vista parece como si Jesús no tuviera interés en las buenas personas; pero el detalle es que la única persona por la que Jesús no puede hacer nada es la que se considera tan buena que no necesita nada de Él; y la única persona por la que Jesús puede

hacerlo todo es la persona que es y se sabe _ pecadora, y anhela de corazón la cura. No tener ningún sentido de sidad es haber erigido una barrera entre nosotros y Jesús; te un sentimiento de necesidad es poseer el pasaporte a Su sencia.

La actitud de los judíos ortodoxos para con los pecado se componía realmente de dos cosas.

(i) Se componía de desprecio. «El hombre ignorante d y Ley -decían los rabinos- no puede nunca ser piadoso.» F filósofo griego Heráclito era un aristócrata arrogante. Un cie~ Escitino se propuso poner en verso los discursos de Herác " para que la gente menos intelectual pudiera leerlos y entend los. La reacción de Heráclito se plasmó en un epigr « Heráclito soy. ¿Por qué me arrastráis arriba y abajo, vosotr ignorantes? No fue para vosotros para los que yo trabajé, si para los que me entienden. Uno de ellos a mis ojos vale treinta mil, mientras que las hordas innumerables no valen que uno de ellos.» La masa no le inspiraba más que despreci Los escribas y los fariseos despreciaban a las personas corrie tes; Jesús las amaba. Los escribas y los fariseos se colocab en sus pequeños pedestales de piedad ritualista, y miraban p encima del hombro al pecador; Jesús se acercaba a él, y sentarse a su lado le elevaba.

(ii) Se componía de miedo. Los judíos ortodoxos le tenía un miedo terrible al contagio del pecado; tenían miedo de que se les pegara algo malo del pecador. Eran como un médico que se negara a tratar un caso de enfermedad infecciosa no fuera que la contrajera. Jesús era Uno que se olvidaba de Sí mismcp en Su gran deseo de salvar a otros. C. T. Studd, el gran mi.; sionero de Cristo, tenía un epigrama de cuatro versos que le encantaba citar:

Hay quienes quieren vivir en el radio
que alcanzan las campanas de su iglesia;
yo tengo mi servicio de rescate
a un palmo del infierno.

El que tiene desprecio y miedo en el corazón no puede ser nunca pescador de hombres.

LA GOZOSA COMPAÑÍA

Marcos 2:18-20

Los discípulos de Juan tenían costumbre de ayunar, lo mismo que dos fariseos. Así es que vinieron a Jesús y Le preguntaron:

-¿ Cómo es que los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y los Tuyos no?

-No cabe duda -les contestó Jesús- que los que están convidados a una boda no se ponen a ayunar cuando el novio está con ellos. Mientras tienen al novio, no ayunan. Pero sucederá que algún día el novio les será arrebatado; y entonces, ese día ayunarán.

Entre los judíos más estrictos, el ayuno era una práctica regular. En la religión judía había solamente un día de ayuno obligatorio, el del Día de la Expiación. El día que la nación entera confesaba su pecado y recibía el perdón era El Ayuno par excellence. Pero los judíos estrictos ayunaban dos días por semana, los lunes y los jueves. Conviene notar que el ayuno no era tan serio como parece, porque duraba desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, y después se podía comer normalmente.

Jesús no estaba en contra del ayuno como tal. En el Sermón del Monte lo incluyó entre los pilares de la piedad juntamente con la oración y la limosna (Mateo 6:1-18). Hay muy buenas razones para practicar el ayuno. Uno puede abstenerse de cosas que le gustan por mor de la disciplina personal,

para estar seguro de que las domina, y no ellas a él; para estar seguro de no llegar a depender~de ellas tanto como para no poder vivir sin ellas. Puede negarse por algún tiempo comodidades y cosas

agradables para poder apreciarlas aún más. Una de las mejores maneras de aprender a apreciar nuestros hogares es tener pasar algún tiempo fuera de ellos; y una de las mejores maneras de apreciar los dones de Dios es prescindir de ellos por un tiempo.

Estas son buenas razones para ayunar. Lo malo de los fariseos era que en demasiados casos ayunaban por exhibición, para llamar la atención de *la gente* a su piedad. Llegaba hasta a pintarse la cara de blanco y salir descuidadamente vestidos los días de ayuno para que no se pudiera por parte de ellos notar que estaban ayunando, y para que todos observaran y admiraran su devoción. Era para llamar la atención de Dios a su piedad. Creían que ese acto especial de piedad extraña que Dios se fijara en ellos. Su ayuno era un rito y un ritual exhibicionista. Para tener algún valor, el ayuno no debe ser rito; debe ser la expresión de un sentimiento del corazón.

Jesús usó una alegoría gráfica para decirles a Sus discípulos por qué Sus discípulos no ayunaban. Después de una boda judía, la pareja no se iba para la luna de miel, sino se quedaba en casa. Durante una semana o así mantenían su casa abierta y estaban de fiesta y de celebración. En un tiempo en que la vida era tan dura, la semana de la boda era la más feliz de la vida de una persona. Los más íntimos amigos y amigas de los novios estaban invitados aquella semana; y se los llamaba «los hijos del tálamo nupcial.» Jesús comparó Su pequeña compañía con los hijos del tálamo nupcial, los huéspedes especiales de una fiesta de bodas. Había una disposición rabínica concreta que decía: «Todos los que están al servicio del novio quedan relevados de todas las prácticas religiosas que hubieran reducido su alegría.» Los invitados a una boda estaban exentos de ayunar.

Este incidente nos dice que la actitud característicamente cristiana en la vida es la alegría. El descubrir a Cristo y el estar en Su compañía es la clave de la felicidad. Hubo un famoso criminal japonés llamado Tockichi Ishii. Era un despiadado total y bestial. Había asesinado brutalmente a

hombres, mujeres y niños en su carrera de crímenes. Le detuvieron y metieron en la cárcel. Dos señoras canadienses le visitaron en la prisión. No consiguieron hacerle hablar; solamente lo observaba con un gesto de fiera. Cuando se marcharon le dejaron un ejemplar de la Biblia con la esperanza de que la leyera. Él la leyó, y la historia de la Crucifixión de Jesús le hizo un hombre cambiado. «Más tarde, cuando llegó el carcelero a llevar al condenado a la ejecución, no encontró al bruto endurecido y hosco que esperaba, sino a un hombre con una sonrisa radiante. Porque el asesino había nacido de nuevo.» La señal de su nuevo nacimiento era una sonrisa radiante. La vida que se vive en Cristo no puede ser más que una vida de alegría.

Pero el pasaje termina con un presagio nebuloso. Sin duda cuando Jesús habló del día en que se les había de arrebatarse el novio, sus amigos no le entendieron en aquel momento. Pero aquí, tan al principio de Su carrera, Jesús ya veía la Cruz que le esperaba. La muerte no le pillaría desprevenido; ya Él había contado el precio y escogido el camino. Aquí tenemos el verdadero coraje en acción; aquí tenemos la figura de un Hombre que no se aparta del camino aunque al final de él le espere una Cruz.

SE NECESITA UNA MENTE JOVEN

Marcos 2:21s

No se cose un remiendo de tela nueva en una ropa vieja; porque si se hace eso el trozo que se suponía que taparía el agujero lo rasga más todavía, tirando lo nuevo de lo viejo, ¡y el desgarrón se hace peor! Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos; porque el vino reventaría los odres, y se perderían tanto el vino como los odres. ¡El vino nuevo requiere odres nuevos!

Jesús sabía muy bien que había venido con un me alucinantemente nuevo; y también sabía que su manera de era alucinantemente diferente de la de un rabino ortod. También sabía lo difícil que les es a las mentes hu aceptar y retener una verdad nueva; y usa aquí dos ilustracio para mostrar lo necesario que es tener una mente aventar

Nadie tuvo jamás un don comparable al de Jesús descubrir y utilizar ilustraciones hogareñas. Una y otra encuentra en las cosas sencillas caminos e indicadores apuntan a Dios. No ha habido nadie tan experto en guiar «aquí y ahora» al «allí y entonces.» Para Jesús < la Tierra es henchida de Cielo.» Jesús vivía tan cerca de Dios que todo hablaba de Dios. Alguien ha dicho que lo! sábados por la t solía ir a dar un paseo por el campo con uno de los más fumo predicadores escoceses. Tenían largas conversaciones. Habl do de ellas después, decía: «De cualquier tema en que e zara nuestra conversación, él siempre encontraba el atajo q conducía a Dios.» Dondequiera que Jesús fijaba la mirada v un destello de Dios.

(i) Jesús nos habla aquí del peligro de coser un remien de tela nueva en una ropa vieja. La palabra que se usa aql quiere decir que la tela nueva no se había lavado nunca, y poni tanto no había encogido; así que, cuando la ropa se mojó pop la lluvia o por lo que fuera, el remiendo encogió, y como era mucho más fuerte que la tela vieja, la rasgó todavía más. Llega un momento cuando ya no se pueden seguir poniendo parches y hay que plantearlo todo de nuevo. En los tiempos de Luterá ya no era posible remendar más los abusos de la Iglesia Católica Romana. Había llegado el momento de *la Reforma*. En tiempos de John Wesley, por lo menos para él, el tiempo de remendar la Iglesia de Inglaterra había pasado. No quería salirse, pero al final tuvo que hacerlo, porque sólo una nueva manera de vivir la vida cristiana podía bastar. Puede ser que haya veces que tratemos de. poner parches, cuando lo que se necesita es prescindir totalmente de lo viejo y aceptar totalmente lo nuevo,,

(ii) El vino se guardaba en odres. Cuando los odres eran nuevos tenían una cierta elasticidad; pero al hacerse viejos se ponían duros y no cedían. El vino nuevo está todavía fermentando; produce gases; estos gases producen presión; si el odre es nuevo cede a la presión, pero si es viejo y duro y seco se revienta, y el vino y el odre se pierden irremisiblemente. Jesús estaba recomendando una cierta elasticidad de mente. Es fatalmente fácil plantarse en las cosas viejas. J. A Findlay cita el dicho de uno de sus amigos: < Cuando llegas a una conclusión, estás muerto.» Lo que quería decir era que cuando nuestras mentes se fijan y establecen y adoptan posturas inmovilistas, cuando se vuelven incapaces de aceptar nuevas verdades y de contemplar nuevas posibilidades, puede que estemos físicamente vivos, pero estamos mentalmente muertos.

Conforme nos vamos haciendo más viejos, casi todos desarrollamos un rechazo instintivo de todo lo que es nuevo y no nos resulta familiar. Nos volvemos reacios a hacer cualquier ajuste en nuestros hábitos y formas de vida. Lesslie Newbiggin, que estuvo implicado en las discusiones que dieron origen a la Iglesia Unida de la India del Sur, nos cuenta que una de las cosas que más detenían las cosas era que algunos no hacían más que preguntar: «Pero, si hacemos eso, ¿adónde vamos a parar?» Al final, alguien tenía que decir tajantemente: « El cristiano no tiene derecho a preguntar adónde va.» Abraham salió sin saber adónde iba (*Hebreos 11:8*). Hay un gran versículo en ese mismo capítulo de *Hebreos*: «Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y adoró apoyado sobre el extremo de su bastón» (*Hebreos 11:21*). Con el aliento de la muerte ya sobre él, el viejo viajero todavía tenía el bordón de peregrino en la mano. Hasta el fin del día, con el ocaso a la vista, seguía dispuesto a emprender el camino. Si vamos a ponernos de veras a la altura del desafío cristiano debemos conservar la mente aventurera. Yo recibí una vez una carta que terminaba: « Tu amigo de 83 años, todavía creciendo...» -Y con las inescrutables riquezas de Cristo por delante, ¿por qué no?

PIEDAD, VERDADERA Y FALSA

Marcos 2:23-28

Cierto sábado, Jesús iba pasando por unos trigales. Sus discípulos se pusieron a arrancar espigas e iban pasando por allí y a comerse los granos. Los fariseos empezaron a decirle a Jesús:

- ¡Fíjate! ¿Por qué están haciendo lo que no es permitido hacer en sábado?

- ¿Es que no habéis leído nunca -les contestó, Jesús- lo que hizo David cuando él y sus amigos estaban necesitados y hambrientos? ¿No habéis leído nunca entró en la Casa de Dios, cuando Abiatar era el sacerdote, y comió los panes de la proposición, que podía comer nadie más que los sacerdotes, y les - " también a sus amigos? El sábado -continuó diciéndoles Jesús- se hizo para el servicio de las personas; no las personas para el servicio del sábado. Por tan el Hijo del Hombre también es el Señor del sábado.

f

Una vez más Jesús entró en conflicto con las reglas y normas de los escribas. Cuando Él y Sus discípulos iban pasando por unos trigales en sábado, Sus discípulos se pusieron a arrancar espigas y a comerse los granos. Cualquier otro día de la semana aquello estaba totalmente permitido (*Deuteronomio 23:25*). Siempre que el viajero no usara una hoz, podían arrancar las espigas. Pero esto lo hicieron un sábado, y el sábado estaba terminantemente prohibido hacer ningún trabajo: Los trabajos se clasificaban en treinta y nueve categorías diferentes, que se llamaban «los trabajos de los padres», cuatro de los cuales eran segar, aventar, trillar y preparar una comida. Con su acción, los discípulos resultaron culpables de haber quebrantado estas cuatro prohibiciones. A nosotros nos parecerá algo fantástico; pero para los rabinos judíos era una cuestión de pecados mortales y, la vida o muerte.

Los fariseos aprovecharon inmediatamente la ocasión para acusar a los discípulos de Jesús de quebrantar la Ley. Sin duda esperaban que Él los parara inmediatamente. Pero Jesús les contestó en su propio lenguaje. Citó la historia que se cuenta en *1 Samuel 21:1-6*. David iba huyendo para salvar la vida; llegó al tabernáculo de Nob; pidió algo de comida, y no había más que los panes de la proposición. *Éxodo 25:23-30* nos dice lo que era este pan. Consistía en doce panes que se colocaban en una mesa de oro de un metro de longitud por medio de anchura y medio de altura. La mesa estaba en el tabernáculo delante del lugar santísimo, y los panes eran una especie de ofrenda a Dios. Se cambiaban una vez por semana; los que se retiraban podían comerlos los sacerdotes, pero nadie más (*Levítico 24:9*). Sin embargo entonces, en su necesidad, David y sus amigos comieron de aquel pan. Jesús mostró que la misma Escritura contiene un precedente de que la necesidad humana tiene prioridad aun sobre la Ley divina.

< El sábado -les dijo- fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado. » Era evidente: El ser humano fue creado antes de que se promulgaran las elaboradas leyes del sábado. El ser humano no fue creado para ser la víctima y el esclavo de las reglas y normas sabáticas, que se hicieron en un principio para hacerles la vida mejor y más fácil a las personas. El hombre no debe ser un esclavo del sábado, que existe realmente para su bien.

Este pasaje nos enfrenta con algunas verdades esenciales que sería peligroso olvidar.

(i) El Cristianismo no consiste en cumplir normas y reglas. Vamos a referirnos a un asunto parecido al de este pasaje evangélico. La observancia del Día del Señor -es lo que quiere decir la palabra *domingo*- es importante; pero si el Cristianismo consistiera en no trabajar e ir a misa o al culto el domingo, rezar o leer la Biblia y abstenerse de ciertas cosas, ser cristiano sería muy fácil.

Siempre que nos olvidamos del amor y del perdón y del servicio y de la misericordia que son el corazón del Cristianismo, y los sustituimos por el cumplimiento de

reglas y normas, el Cristianismo ha perdido su esencia. Cristianismo siempre ha consistido mucho más en hacer cosas que en abstenerse de hacer cosas.

(ii) La primera obligación es la de atender a la necesidad humana. Hasta todos los catecismos y las confesiones admiten que es perfectamente legal en el Día del Señor el cumplimiento del deber y la práctica de las buenas obras y *miserericordia*. Si la religiosidad de una persona no la mueve a ayudar a los que están en necesidad, su religión no merece nombre. La gente importa más que los sistemas; las personas son mucho más importantes que el ritual; la mejor manera de honrar a Dios es ayudar a nuestros semejantes.

(iii) La mejor manera de usar las cosas santas es usarlas para ayudar a nuestros semejantes necesitados. En realidad, esa es la única manera de dedicar las cosas a Dios.

Una de las historias más encantadoras es la de *El Cuartero y el Rey Mago*. Se llamaba Artabán. Había decidido seguir la estrella, y llevaba un zafiro, un rubí y una perla de precio incalculable como regalos para el Rey. Iba cabalgando a toda prisa para encontrarse en el lugar convenido con sus tres amigos Melchor, Gaspar y Baltasar. Iba con el tiempo justo; le dejarían atrás si llegaba tarde. Pero de pronto vio una figura confusa en el suelo por delante de él. Era otro viajero, que había contraído unas fiebres. Si Artabán se detenía a ayudarlo, perdería a sus amigos. Y se detuvo a ayudar al necesitado hasta que se puso bueno. Pero ahora estaba solo. Necesitaba camellos y mozos que le ayudaran a cruzar el desierto, porque había perdido a sus amigos y su caravana. Tuvo que vender el zafiro para cubrir sus necesidades; Le dio pena que esa preciosa joya no fuera para su Rey.

Siguió su viaje, y a su debido tiempo llegó a Belén; pero de nuevo era demasiado tarde. José y María y el Niño se habían ido. Entonces llegaron los soldados para cumplir las crueles órdenes de Herodes y matar a todos los niños. Artabán estaba en una casa en la que había un niño. Los soldados llegaron a la puerta. Se oía a las otras madres llorar su desconsuelo.

Artabán se puso a la puerta, alto y oscuro de piel como era, con el rubí en la mano, y sobornó al capitán para que no entrara. Así se salvó el niño de la casa, y la madre estaba gozosa; pero Artabán ya no tenía el rubí para su Rey.

Durante años vagó por todas partes buscando en vano a su Rey. Más de treinta años después llegó a Jerusalén. Había una crucifixión aquel día. Cuando Artabán se enteró de que era a Jesús al que iban a crucificar, comprendió que era su Rey, y se dirigió a toda prisa al Calvario. Podría ser que su perla, la más maravillosa del mundo, pudiera comprar la vida del Rey.

Calle abajo corría una joven huyendo de un grupo de soldados. « ¡Mi padre tiene deudas -gritaba-, y me van a vender como esclava para pagarlas! ¡Sálvame!» Artabán vaciló un instante; pero en seguida sacó la perla, y se la dio a los soldados para comprar la libertad de la joven.

De pronto los cielos se oscurecieron. Hubo un terremoto, y una piedra volante le golpeó a Artabán en la cabeza. Cayó medio inconsciente en el suelo, y la chica le sujetó la cabeza en su regazo. De pronto, él empezó a mover los labios: « No, Señor, ese no puedo ser yo; porque ¿cuándo Te he visto hambriento y te he dado de comer? ¿O sediento y Te he dado de beber? ¿Cuándo Te he recibido cuando eras forastero? ¿O desnudo y Te he vestido? ¿Cuándo he sabido que estabas en la cárcel y he ido a visitarte? Llevaba treinta y tres años buscándote; pero no había visto nunca Tu rostro, ni Te he prestado ningún servicio, mi Rey.» Y entonces se oyó una voz, como un susurro que llegara de muy lejos: « De cierto te digo, que en cuanto lo has hecho con Mis hermanos necesitados, Me lo has hecho a Mí.» Y Artabán sonrió al morir, porque supo que el Rey había recibido sus dones.

La mejor manera de consagrar cosas a Dios es usándolas para ayudar a los necesitados. Se ha sabido de niños a los que no se permitía entrar en una iglesia porque era un monumento y estaba llena de cosas valiosas. Desgraciadamente puede que una iglesia esté más preocupada por la solemnidad de su ritual que de ayudar a los humildes y aliviar a los pobres. Pero las

cosas realmente sagradas se deben usar para **remediar el dolo** y la necesidad. Los panes de la proposición no fueron nunca tan sagrados como cuando se usaron para alimentar a un hambrientos. El sábado no fue nunca tan sagrado como cuando se usó para ayudar a los necesitados. El árbitro final acerca de uso de todas las cosas es el amor y no la ley.

CONFLICTO DE IDEAS

~n

Marcos 3:1-6

Jesús fue otra vez a la sinagoga; y había allí un hombre que tenía un brazo seco; y estaban observando cuidadosamente a Jesús para ver si le curaría en sábado, para presentar una acusación contra Él.

Jesús le dijo al hombre que tenía el brazo seco:

Levántate, y ponte aquí en medio de la congregación-. Entonces dijo dirigiéndose a todos-: ¿Es conforme a la Ley el hacer una buena obra en sábado o hacer una mala obra? ¿Salvar una vida o matar?

Y todos se quedaron callados. Jesús miró a Su alrededor con ira, porque estaba dolorido por la dureza de corazón de ellos, y le dijo al hombre:

-¡Extiende el brazo!

Y él lo extendió, y se le puso bueno del todo.

Los fariseos salieron inmediatamente, y empezaron a urdir una conspiración con los del bando de Herodes para eliminar a Jesús.

Este es un incidente crucial en la vida de Jesús. Ya estaba claro que Él y los líderes ortodoxos de los judíos tenían posturas irreconciliables. Para Él, el volver a la sinagoga era dar muestras de un valor extraordinario. Era la acción de un Hombre que rehusaba buscar Su seguridad, y que estaba decidido a arrostrar una situación peligrosa. En la sinagoga se

encontraba una delegación del Sanedrín. Eran inconfundibles, porque los primeros asientos eran los sitios de honor, y allí se encontraban. Uno de los deberes del Sanedrín era descubrir y pararle los pies a cualquiera que pudiera descarriar al pueblo apartándolo del camino correcto. Y eso era precisamente lo que aquella delegación consideraba que estaba haciendo Jesús. Lo que menos les interesaba era el culto o la predicación de la Palabra de Dios. Estaban allí para investigar las acciones y las palabras de Jesús con la intención de eliminarle.

En la sinagoga había un hombre con un brazo paralizado. La palabra griega indica que no era una incapacidad de nacimiento, sino el resultado de alguna enfermedad o accidente. El *Evangelio según los Hebreos*, un evangelio que se ha perdido salvo unos pocos fragmentos, nos dice que aquel hombre era mampostero, y que le pidió a Jesús que le ayudara porque su medio de vida estaba en sus manos y le daba vergüenza pedir limosna. Si Jesús hubiera sido cauto y astuto habría evitado encontrarse con aquel hombre en público; porque Él sabía muy bien que el curarle en sábado era buscarse problemas. Estaba prohibido hacer ningún trabajo en sábado, y curar a un enfermo era un trabajo. La ley judía era definida y detallada en este punto. La atención médica se podía otorgar solamente si había peligro de muerte. Para dar algunos ejemplos: Se podía ayudar el sábado a una mujer que estuviera de parto; se podía tratar una infección de garganta; si se le caía un muro encima a alguien, se le podía descubrir lo suficiente para ver si estaba vivo; si estaba vivo, se le podía ayudar; pero si estaba muerto, se dejaba allí el cuerpo hasta el día siguiente. No se podía entablillar una fractura. No se podía echar agua fresca en una mano o en un pie dañados. Se podía vendar un corte con un vendaje sencillo, pero no se podía poner ungüento. Es decir: que como mucho se podía procurar que el enfermo o herido no se pudiera peor, pero no que se pusiera mejor.

Nos es sumamente difícil comprender una actitud así. Lo mejor que podemos hacer para comprender aquel punto de vista tan estricto acerca del sábado es recordar que un judío

ortodoxo rehusaría defender su vida en sábado. En las de los Macabeos, cuando se inició la resistencia, algunos' los rebeldes judíos se refugiaron en cuevas. Los soldados s' los persiguieron. El historiador judío Josefo nos dice que= ofrecieron que se rindieran, pero ellos se negaron; «así que atacaron en sábado, y los abrasaron cuando se encontraban r las cuevas sin que ellos ofrecieran la menor resistencia siquiera para impedirles la entrada en las cuevas. Se negar a defenderse a sí mismos aquel día porque no estaban dise __. tos a quebrantar el honor que debían al sábado ni siquiera p ~` salvar sus vidas; porque nuestra Ley nos manda descansar e día.» Cuando el general romano Pompeyo estaba sitian Jerusalén, los defensores se refugiaron en el recinto del templ -Pompeyo se puso a construir una empalizada hasta la altu conveniente desde la que pudiera atacarlos. Conocía las **cases**. tumbres de los judíos, y construía en sábado; y los judíos no movieron ni una mano para defenderse o para impedir lá construcción, aunque sabían que con su inactividad sabática estaban firmando su propia sentencia de muerte. Los romanos; que tenían servicio militar obligatorio, tuvieron que acabar por eximir de él a los judíos, porque se negaban a pelear en sábado: La actitud judía ortodoxa para con el sábado era totalmente rígida e inflexible.

Jesús lo sabía. La vida de aquel hombre no corría peligro en absoluto. Físicamente no estaría peor si se le hacía esperar hasta el día siguiente. Para Jesús esto era una prueba, y El se enfrentó con ella limpia y claramente. Le dijo al hombre que se levantara y se pusiera donde todos le pudieran ver. Probablemente eso lo hizo por dos razones. Una sería, para despertar la compasión de los presentes hacia aquel desgraciado mostrándoles a todos su desgracia. Y también porque Jesús quería dar aquel paso de tal manera que nadie pudiera por menos de verlo.

Entonces les hizo a los maestros de la Ley dos preguntas: « ¿Qué es conforme a la Ley, hacer una buena obra en sábado o hacer un*mala obra?» Jesús los puso en un aprieto. Estaban

obligados a admitir que era legal hacer el bien, y era una buena obra lo que El se proponía hacer. Estaban obligados a negar que fuera legal hacer mal; y sin embargo, seguramente no cabía duda que era una mala obra dejar a un hombre en una situación lastimosa cuando se tenía la posibilidad de ayudarle. Y entonces les preguntó: «¿Es legal salvar una vida o destruirla?» Aquí Jesús estaba poniendo el dedo en la llaga. Él estaba haciendo lo posible para salvarle la vida a aquel hombre; ellos estaban programando acabar con Él. Se mirara como se mirara, no cabía duda de que era mejor pensar en ayudar a un hombre que pensar en matar a un hombre. ¡No nos sorprende que no pudieran contestarle!

Entonces Jesús, con una palabra de poder, sanó al hombre; y los fariseos salieron y trataron de urdir un complot con los herodianos para matarle. Esto muestra hasta dónde estaban dispuestos a llegar los fariseos. Ningún fariseos tendría nada que ver con un gentil o con un hombre que no guardara la Ley. Tales personas eran inmundas. Los herodianos eran los funcionarios de herodes. Estaban relacionados permanentemente con los romanos. En todos los sentidos normales los fariseos los consideraban inmundos; pero ahora estaban dispuestos a entrar con ellos en lo que siempre les habría parecido una alianza impía. Tenían tal odio en el corazón que no se paraban ante nada.

Este pasaje es fundamental, porque muestra la colisión entre dos conceptos de religión.

(i) Para los fariseos religión era ritualismo. Consistía en obedecer ciertas reglas y normas. Jesús quebrantaba aquellas reglas, y ellos estaban genuinamente convencidos de que era una mala persona. Eran como el que cree que -la religión consiste en ir a la iglesia, leer la Biblia o rezar, dar gracias a Dios antes de las comidas, hacer el culto familiar o rezar el rosario, y llevar a cabo todos los actos externos que se consideran religiosos, y que sin embargo nunca está dispuesto a hacer nada por nadie, que no siente nunca compasión ni tiene ningún deseo de sacrificarse por nadie; que tiene bastante con

su religiosidad, y que es sordo a la llamada de la necesidad ' ciego a las lágrimas del mundo.

(ii) Para Jesús religión era *servicio*. Era amar a Dios y a las personas. El ritual era irrelevante comparado con el amor en acción. Para Jesús la cosa más importante del mundo no era: llevar a cabo correctamente un ritual, sino la respuesta espontánea al clamor de la necesidad humana.

EN MEDIO DE LAS MULTITUDES

Marcos 3:7-12 '

Así que Jesús se retiró con Sus discípulos a la orilla del lago, y Le siguió una gran multitud de Galilea, y de Judea y de Jerusalén; y de Idumea y la región de Transjordania; y del territorio alrededor de Tiro y de Sidón; venía a El gran cantidad de gente, porque se enteraban de las cosas maravillosas que hacía.

Jesús les dijo a Sus discípulos que tuvieran preparada una barca esperándole a causa de la multitud, para que no Le aplastaran; porque Él sanó a muchos, y el resultado fue que todos los que sufrían los azotes de la enfermedad se lanzaban hacia Él para tocarle. Y tan pronto como Le veían los espíritus inmundos se postraban en tierra ante Él gritando:

- ¡Tú eres el Hijo de Dios!

Muchas veces Jesús les prohibía terminantemente que Le dieran a conocer.

A menos que Jesús quisiera verse involucrado en una colisión frontal con las autoridades, tenía que dejar de utilizar las sinagogas. No es que se retirara por temor a las consecuencias; sino que Su hora no había sonado todavía. Le quedaba todavía mucho por hacer y por decir antes que llegara el conflicto mal.

Así que se retiró de las sinagogas y salió a la orilla del lago y al aire libre. Hasta allí Le siguieron en tromba las multitudes viniendo desde lejos. Procedían de toda Galilea; muchos habían recorrido más de ciento cincuenta kilómetros desde Jerusalén y otros lugares de Judea para verle y escucharle. Idumea era el antiguo reino de Edom, en el extremo Sur, entre la frontera de Palestina y Arabia. También venían del Este del Jordán; y hasta de territorio extranjero, de las ciudades fenicias de Tiro y de Sidón en la costa del Mediterráneo al Noroeste de Galilea.

Tan numerosas eran las multitudes que la cosa se puso peligrosa, y había que tener una barca dispuesta cerca de la orilla en caso de que el gentío estuviera a punto de aplastarle. Las curaciones Le atraían aún más número; aún más peligro, porque los enfermos ni siquiera esperaban a que los tocara, sino se lanzaban a tocarle ellos.

Para entonces tenía que enfrentarse con un problema especial: el de los que estaban poseídos por demonios. Recordemos que, sea cual sea nuestra opinión acerca de ese asunto, aquellas personas estaban convencidas de que estaban poseídas por un poder malo ajeno a sí mismos. Aquellos llamaban a Jesús *Hijo de Dios*. ¿Qué querían decir con eso? Seguramente no usaban la expresión en lo que podríamos llamar un sentido teológico. En el mundo antiguo, *hijo de Dios* no era un título infrecuente. Los reyes de Egipto se autoproclamaban hijos de Ra, su dios. Desde Augusto en adelante, muchos de los emperadores romanos se describen en las inscripciones como hijos de Dios. El Antiguo Testamento tiene cuatro maneras de usar esta expresión. (i) *Los ángeles* son los *hijos de Dios*. La antigua historia de *Génesis 6:2* dice que los *hijos de Dios* vieron a las hijas de los hombres y se sintieron fatalmente atraídos por ellas. *Job 1:6* nos habla del día cuando los *hijos de Dios* vinieron a presentarse delante del Señor. Era un título corriente para los ángeles. (ii) *El pueblo de Israel* era el *hijo de Dios*. Dios llamó a *Su hijo* para que saliera de Egipto (*Oseas 11:1*). En *Éxodo 4:22* Dios dice de la nación: «*Israel es mi*

primogénito.» (iii) El rey de Israel era el hijo de Dios. Samuel 7:14, la promesa que se le hace al rey es: «Yo seré Padre, y él será Mi hijo.» (iv) En los libros posteriores, que escribieron entre los dos Testamentos, un hombre bueno es hijo de Dios. Para Sirá, la promesa que se le hace al que bueno con los huérfanos es:

Así llegarás a ser un hijo del Altísimo, y ÉL te amará más que tu propia madre.
(Eclesiástico 4:10)

En todos estos casos el término *hijo* describe a alguien que está especialmente cerca de Dios. Tenemos paralelos de esto en el Nuevo Testamento que nos muestran algo de su significado. Pablo llama a Timoteo *su hijo* (1 Timoteo 1:2; 1:1 Timoteo no era ni siquiera pariente de Pablo; pero no había otro, como Pablo les dice a los filipenses (2:19-22), que conociera y estuviera de acuerdo con él tanto como Timoteo. Pedro llama a Marcos *su hijo* (1 Pedro 5:13), porque no había otro que pudiera interpretar su pensamiento tan bien como Marcos. Cuando nos encontramos este título en la sencillez de la historia evangélica no tenemos que pensar en términos de teología o en la doctrina de la Trinidad; tenemos que verlo como una manera de expresar el hecho de que la relación de Jesús con Dios era tan íntima que ninguna otra palabra podría describirla nada más que *Hijo*. Ahora bien, aquellos poseídos por demonios sentían que había en ellos un espíritu malo independiente; y se daban cuenta de alguna manera de que Jesús estaba cerca y muy próximo a Dios; se daban cuenta de que en la presencia de esa proximidad a Dios los demonios no podían vivir, y por tanto tenían miedo.

Debemos preguntarnos: «¿Por qué les ordenaba Jesús tan seriamente que guardaran silencio?» La razón era muy sencilla y necesaria. Jesús era el Mesías, el Rey Ungido por Dios; pero Su idea del mesiazgo era totalmente diferente de la idea popular. Él veía en el mesiazgo un camino de servicio, de

sacrificio y de amor, con una Cruz al final de él. La idea popular del Mesías era como un Rey conquistador que barrería a los romanos y conduciría a los judíos a un dominio universal con sus poderosos ejércitos. Por tanto, si se difundía el rumor de que el Mesías había llegado, la consecuencia inevitable serían rebeliones y levantamientos, especialmente en Galilea, donde la gente estaba dispuesta a seguir a cualquier líder nacionalista.

Jesús pensaba en el mesiazgo en términos de amor; el pueblo, en términos de nacionalismo judío. Por tanto, antes de que pudiera haber ninguna proclamación de Su mesiazgo, Jesús tenía que enseñarle al pueblo el verdadero sentido que tenía para Él. En aquella etapa, sólo dolor y problemas y desastres serían la consecuencia de la proclamación de que el Mesías había llegado. Sólo habría desembocado en una guerra inútil y en un baño de sangre. Lo primero que todos tenían que aprender era la verdadera idea de la misión y el carácter del Mesías; un anuncio prematuro podría haber sido la ruina de toda la misión de Jesús.

LA COMPAÑÍA ELEGIDA

Marcos 3:13-19

Jesús subió a la montaña e invitó a Su servicio a los hombres que había escogido; y nombró a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos como Sus heraldos y para que tuvieran poder para echar demonios. Escogió a Simón, al que le puso por nombre Pedro; a Santiago hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, a los que puso por mote Boanerges, que quiere decir < hijos del trueno >; a Andrés y a Felipe y a Bartolomé y a Mateo y a Tomás, y a Santiago hijo de Alfeo y a Tadeo y a Simón el Cananeo y a Judas Iscariote que fue el que Le traicionó.

Jesús había llegado a un momento muy importante de su vida y obra. Se había presentado con Su mensaje; había seguido Su método; había recorrido Galilea predicando y sanando. Para entonces ya había hecho un impacto considerable en la opinión pública. Ahora tenía que enfrentarse con dos problemas muy prácticos. En primer lugar, tenía que encontrar, manera de hacer que permaneciera Su mensaje en caso de algo que Le sucediera a Él, y que ese algo había de sucederle .. lo dudaba. Segundo, tenía que encontrar la manera de extender Su mensaje; y en una época en que no había tal cosa como periódicos o libros, ni ninguna manera de alcanzar grandes audiencias a la vez, esa no era una tarea fácil. No había sino más que una forma de resolver los dos problemas: tenía escoger algunas personas para escribir Su mensaje en corazones y vidas, y que salieran de Su presencia para decirlo a los cuatro vientos. Eso exactamente es lo que Le vemos hacer aquí.

Es significativo que *el Cristianismo empezó con un grupo* La fe cristiana es algo que estaba diseñado desde el principio que se había de descubrir y vivir en compañía. La esencia de la manera de vivir de los fariseos era que separaba a los honrados de su entorno. El mismo nombre de *fariseo* quiere decir *separado*; la esencia del Cristianismo es que vincula a cada uno con sus semejantes, y le presenta la tarea de vivir en compañía con los demás.

Además, el Cristianismo empezó con un grupo muy heterogéneo. En él se encontraban los dos extremos: Mateo era cobrador de contribuciones, y por tanto un marginado; era un renegado y un traidor a sus compatriotas; y Simón el Cananeo, al que Lucas llama correctamente el Celota; y los celotas eran una pandilla de nacionalistas ardientes y violentos que se comprometían hasta a cometer crímenes y asesinatos para librar a su país del yugo extranjero. El hombre que había perdido totalmente el sentido de patriotismo y el patriota fanático estaban

juntos en aquel grupo, y sin duda habría entre aquellos dos extremos toda clase de trasfondos y opiniones. El Cristianismo

empezó insistiendo en que las personas más diferentes deben vivir juntas, y ofreciéndoles la oportunidad de hacerlo conviviendo con Jesús.

juzgar por los baremos del mundo, los hombres que

escogió Jesús no tenían ninguna cualificación especial. No eran ricos, ni tenían una posición social especial, ni tenían una cultura elevada, ni tenían preparación teológica, ni tenían una posición elevada en la iglesia. Eran doce personas normales y corrientes. Pero sí *tenían* dos cualificaciones especiales. La primera: habían sentido la atracción magnética de Jesús. Había algo en Él que les había hecho querer tenerle por Maestro.

Y la segunda: tenían el coraje de mostrar que estaban de Su parte. No nos equivoquemos: aquello requería coraje. Ahí estaba Jesús, pasando tranquilamente por alto normas y reglas; ahí estaba Jesús siguiendo un camino que conducía inevitablemente a una colisión con los líderes ortodoxos; ahí estaba Jesús, ya marcado como pecador y como hereje; y sin embargo tuvieron el coraje de asociarse con Él. Ningún grupo de hombres lo arriesgó todo nunca antes ni después a una esperanza traspasada como aquellos galileos, y ninguna banda de hombres lo hizo ni lo haría nunca jamás con los ojos más abiertos que ellos. Aquellos Doce tenían toda clase de faltas; pero dijérase lo que se dijera de ellos, amaban a Jesús y no tenían miedo de decirle al mundo que Le amaban -y eso es ser cristianos.

Jesús los eligió con dos propósitos. Primero, los eligió *para que estuvieran con Él*; los eligió para que fueran Sus constantes y fieles compañeros. Otros podrían ir y venir; la multitud podría estar allí un día y no al siguiente; otros pueden que fluctuaran y cambiaran en su relación con Él; pero estos Doce habían de identificar sus vidas con Su vida y vivir con Él todo el tiempo. Segundo, los eligió

para enviarlos. Quería que fueran Sus representantes; que le hablaran a otros de Él. Ellos mismos habían sido ganados para que pudieran ganar a otros.

Para la tarea, Jesús los equipó con dos cosas. En primer lugar, les dio *un mensaje*. Habían de ser Sus heraldos. Un

sabio dijo una vez que nadie tiene ningún derecho a ser maestro ; a menos que tenga una enseñanza propia que ofrecer, o la enseñanza de otro que desee apasionadamente propagar. La gente siempre escuchará al que tenga un mensaje. Jesús les dio a Sus amigos algo que decir. Segundo, les dio *un poder*. También habrían de echar demonios. Porque estaban en Su compañía, algo de Su poder se reflejaba en sus vidas.

Si queremos aprender lo que es el discipulado, haremos bien en fijarnos en estos primeros discípulos.

EL VEREDICTO DE LOS SUYOS

Marcos 3:20s

Jesús entró en una casa; e inmediatamente se reunió otra vez un gentío tan compacto que no se podía ni tomar un bocado. Cuando Su propia gente supo lo que estaba pasando, salieron a buscarle para llevárselo a casa, porque decían: < Ha perdido el juicio. »

Algunas veces a una persona se le escapa una observación que no se puede interpretar sino como el producto de una amarga experiencia. Una vez, cuando Jesús estaba enumerando las cosas que una persona tendría que arrostrar por seguirle a

Él, dijo: «Los enemigos de una persona serán los de su propia familia» (*Mateo 10:36*). Su propia familia había llegado a la conclusión de que Jesús había perdido el juicio, y de que ya era hora de que se Le llevaran a casa. Veamos si podemos entender lo que les hizo pensarlo.

(i) Jesús Se había marchado de casa y del taller de carpintero de Nazaret. Parece ser que era un trabajo seguro, en el que por lo menos Él podía ganarse la vida. Y de pronto lo tiró todo por la borda y salió como predicador ambulante. Ningún hombre sensato, tienen que haber pensado, abandonaría un negocio ewel que entraba regularmente todas las semanas un

sueldo seguro, para convertirse en un vagabundo que no tuviera ni dónde reclinar la cabeza.

(ii) Jesús iba camino de llegar a una colisión frontal con los líderes ortodoxos de Su tiempo. Hay ciertas personas que le pueden perjudicar mucho a un hombre; personas con las que conviene llevarse bien, cuya posición puede ser muy peligrosa. Ninguna persona sensata, deben de haber estado pensando, se enfrentaría con los estamentos superiores. Nadie se podía enfrentar con los escribas y los fariseos y los líderes ortodoxos, y tener esperanzas de salirse con la suya.

(iii) Jesús había iniciado hacía poco una pequeña sociedad particular-y, por cierto, muy particular. Había en ella algunos pescadores; un cobrador de impuestos convertido, y un nacionalista fanático. No eran la clase de personas con las que ningún hombre ambicioso querría relacionarse especialmente. Desde luego que no eran la clase de personas que podrían ser de utilidad para uno que empezara una carrera. Ningún hombre sensato, deben de haber estado pensando, escogería una pandilla de amigos así. Desde luego, no eran la clase de gente con la que se querría mezclar un hombre prudente.

Con Sus acciones, Jesús había dejado bien claro que las tres leyes por las que los hombres tienden a organizar sus vidas no tenían ninguna importancia para Él.

(i) Había tirado por la borda *la seguridad*. La única cosa que la mayor parte de la gente quiere más que ninguna otra es esa precisamente. Por encima de todo se quiere un trabajo y una posición seguros, y en los que haya los menos riesgos materiales y económicos posibles.

(ii) Había tirado por la borda *el mantenerse a salvo*. La mayor parte de la gente tiende siempre a estar a salvo. Les preocupa más esto en cualquier empresa que su calidad moral, su legalidad o su

ilegalidad. Un curso de acción que implica riesgo es algo de lo que se desmarca uno instintivamente.

(iii) Se había mostrado totalmente indiferente al *veredicto de la sociedad*. Había dado muestras de no importante lo más mínimo lo que se dijera de Él. De hecho, como decía H. G.

Wells, para la mayor parte de la gente « la voz de sus vecinos suena más alto que la voz de Dios.» «¿Qué dirá la gente?» es una de las primeras preguntas que la mayor parte de nosotros tenemos costumbre de preguntar.

Lo que más horrorizaba a los familiares de Jesús eran los riesgos que estaba asumiendo; riesgos que, pensaban ellos, ninguna persona sensata asumiría.

Cuando Juan Bunyan estaba en la cárcel, tenía muchos temores. « Mi encarcelamiento pensaba podría acabar en el patíbulo por lo que yo puedo ver.» No le gustaba pensar que le ahorcaran. Pero llegó un día cuando se avergonzó de haber tenido miedo. «Pensé que me avergonzaría morir por una causa como esta con el rostro demacrado y la's rodillas temblorosas.» Así es que llegó a la conclusión, viéndose subir la escalera del patíbulo: «Por tanto, pensé, estoy decidido a seguir adelante y a arriesgar el todo por el todo con Cristo, tenga aquí consuelo o no; si Dios no interviene, pensé, pegaré un salto a ojos cerrados de la escalera a la eternidad, me hunda o nade, sea al Cielo o al infierno; Señor Jesús, si me quieres recoger, recógeme; si no, yo *me lo juego todo por Tu nombre.*» Eso era precisamente lo que Jesús estaba decidido a hacer. Yo *me lo juego todo por Tu nombre.* Esa era la esencia de la vida de Jesús, y esa -ni a salvo ni estar seguro- debería ser el lema del cristiano y el manantial de la vida cristiana.

¿ALIANZA O CONQUISTA?

Marcos 3:22-27

Los maestros de la Ley vinieron desde Jerusalén, y dijeron:

-¡Tiene a Beplzebub de Su parte! Es por medio del jefe de los demonios como echa los demonios.

Jesús los llamó aparte, y les habló por medio de una alegoría:

-¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, no podrá mantenerse. Y si una casa está dividida contra sí misma, no podrá mantenerse en pie. Pues lo mismo si Satanás se levanta contra sí mismo y está dividido: no podrá mantenerse. ¡Está acabado! Nadie puede penetrar en la casa de un hombre poderoso y saquearla a manos que primero ate al poderoso: entonces sí podrá desmantelar su casa.

Los representantes oficiales del Sanedrín nunca pusieron en duda el poder de Jesús para echar demonios. No tenían por qué; porque el exorcismo era entonces un fenómeno corriente, como lo es todavía en Oriente. Lo que sí dijeron fue que el poder de Jesús era debido al hecho de que estaba en coalición con el rey de los demonios; que, como dice un comentarista: «Era de acuerdo con el gran demonio como Jesús echaba a los demonios pequeños.» La gente ha creído siempre en la «magia negra», y eso era lo que pretendían que Jesús practicaba.

Jesús no tuvo dificultad en desbaratar ese argumento. La esencia del exorcismo consiste en que el exorcista invoca la ayuda de un poder superior para echar a los demonios inferiores. Así es que Jesús dijo: « ¡Figuraos! Si hay una disensión interna en un reino, ese reino no puede durar mucho. Si hay peleas en una casa, esa casa no durará mucho. Si Satanás está en guerra con sus propios demonios, entonces está acabado como poder a tener en cuenta, porque ha empezado una guerra civil en su reino.» «Para decirlo de otro modo -dijo Jesús-, supongamos que alguien quiere robar en la casa de un hombre muy poderoso. No hay manera de hacerlo, hasta que haya sometido a ese hombre poderoso. Cuando le tiene bien atado, entonces podrá desmantelar sus bienes, pero no antes.» La derrota de los demonios no mostraba que Jesús estuviera aliado con Satanás, sino que las defensas de Satanás se habían resquebrajado. Se había presentado un Nombre superior y más poderoso. La conquista de Satanás había empezado.

Dos cosas surgen de aquí.

(i) Jesús reconoce que la vida es un conflicto entre el poder del mal y el poder de Dios. No perdió el tiempo con especulaciones acerca de problemas cuya solución no podemos alcanzar los seres humanos. No se detuvo a discutir de dónde viene el mal; pero sí lo combatió de la manera más efectiva. Una de las cosas más curiosas es que pasamos mucho tiempo discutiendo el origen del mal, pero dedicamos muy poco tiempo a poner en práctica métodos para resolverlo. Alguien lo ha expresado de la siguiente manera: Supongamos que uno se despierta, y se encuentra con que en su casa se ha producido un incendio. No se sienta en una silla y se pone a leer un libro sobre < El origen de los fuegos en las casas particulares,» sino echa mano de los medios a su alcance,, y se pone a combatir el fuego. Jesús vio el conflicto esencial entre el bien y el mal que está en el centro de la vida y cebándose en el mundo. No se puso a especular acerca del mal; se enfrentó con él, y dio a otros el poder para vencer el mal y obrar el bien.

(ii) Jesús consideraba la derrota de la enfermedad como parte de la conquista del reino de Satanás. Esto es una parte esencial del pensamiento de Jesús. Él deseaba, y podía, salvar los cuerpos de las personas lo mismo que sus almas. El médico y el hombre de ciencia que se enfrentan con el desafío de la enfermedad están colaborando en la derrota de Satanás tanto como el predicador del Evangelio. El médico y el pastor no están luchando en frentes diferentes, sino en el mismo. No son rivales, sino colaboradores en la guerra de Dios contra el poder del mal.

EL PECADO IMPERDONABLE

Marcos 3:28-30

-Esto que os' digo es la pura verdad: Todos los pecados se les podrán perdonar a los seres humanos; quiq-o decir, todas las blasfemias que digan; pero al

que insulte al Espíritu Santo no se le perdonará nunca, porque habrá cometido el pecado que ni siquiera la eternidad puede borrar.

Esto lo dijo Jesús porque habían dicho que Él tenía un espíritu inmundo.

Si hemos de entender lo que quiere decir esta terrible palabra debemos primero entender las circunstancias en que se dijo. Lo dijo Jesús cuando los escribas y los fariseos declararon que las curas que Él obraba, no las realizaba por el poder de Dios, sino por el del diablo. Aquellos hombres habían contemplado el amor de Dios encarnado, y creían que era el poder encarnado de Satanás.

Debemos empezar por reconocer que Jesús no se referiría al Espíritu Santo con todo el sentido de la doctrina cristiana. El Espíritu no vino al mundo en toda Su plenitud hasta que Jesús volvió a la gloria. Fue en Pentecostés cuando los creyentes tuvieron la experiencia suprema del Espíritu Santo. Jesús hizo referencia al Espíritu Santo en un sentido que Sus oyentes podían entender. Ahora bien, en el pensamiento judío el Espíritu Santo tenía dos funciones principales: La primera, revelaba la verdad de Dios a las personas; la segunda, capacitaba a las personas para que reconocieran esa verdad cuando la vieran. Esto nos dará la clave del sentido de este pasaje.

(i) El Espíritu Santo permitía a las personas reconocer la verdad de Dios cuando entraba en sus vidas. Pero, si una persona se niega a ejercitar alguna facultad dada por Dios, acabará por perderla. Si vive en la oscuridad suficiente tiempo, acabará por perder la capacidad de ver. Si permanece en la cama demasiado tiempo, perderá la capacidad de andar. Si se resiste a hacer ningún estudio serio, perderá la capacidad de estudiar. Y si una persona rechaza la dirección del Espíritu de Dios insistentemente, acabará por incapacitarse para reconocer la verdad cuando la vea. El mal se convertirá para él en bien, y el bien en mal. Podrá contemplar la bondad de Dios y llamarla la obra de Satanás.

(ii) ¿Por qué no tiene perdón ese pecado? H. B. Swete dice: < El identificar la fuente del bien con la representación del mal implica una ruina moral para la que la misma Encarnación no ofrece remedio. » A. J. Rawlinson lo llama < la maldad esencial; » como si aquí tuviéramos la quintaesencia de todo mal. Bengel dice que todos los otros pecados son *humanos*, pero este es *satánico*. ¿Por qué es así?

Consideremos el efecto que hace Jesús en una persona. La primera impresión es hacerle ver su propia indignidad esencial en comparación con la belleza y la amabilidad de la vida de Jesús. «¡Apártate de mí -dijo Pedro-, porque soy un pecador!» (*Lucas 5:8*). Cuando Tockichi Ishii leyó por primera vez el Evangelio, dijo: « Me paré. Estaba como si me hubieran atravesado el corazón con un puñal de una cuarta. ¿Le puedo llamar a eso el amor de Cristo? ¿O Su compasión? No sé cómo llamarlo; sólo sé que yo creí, y que la dureza de mi corazón desapareció. » Su primera reacción fue como sentirse apuñalado. El resultado de ese sentimiento y el resultado de ese corazón apuñalado es un arrepentimiento profundo y sincero, y el arrepentimiento es la única condición para el perdón. Pero, si una persona ha llegado a un estado en el que, por haberse negado repetidas veces a prestar atención a las advertencias del Espíritu Santo, no puede ver nada atractivo en Jesús, entonces el contemplar a Jesús no le producirá ningún sentimiento de pecado; como no tiene sentimiento de pecado, no puede arrepentirse; y como no puede arrepentirse no puede recibir el perdón.

Una de las leyendas de Lucifer nos cuenta que un día un sacerdote vio en su congregación a un joven maravillosamente atractivo. Después de la misa, el joven se quedó para confesarse. Confesó tantos y tan terribles pecados que al sacerdote se le ponían los pelos de punta. «Tienes que haber vivido mucho tiempo para hacer todo eso -le dijo el sacerdote. » «Mi nombre es Lucifer-le contestó el joven-; y yo caí del Cielo al principio del tiempo. » «Pues, a pesar de todo -le dijo el sacerdote- di que lo sientes, di que te arrepientes, y aun tú

mismo serás perdonado. » El joven se quedó mirando al sacerdote un momento, y después se dio la vuelta y se marchó. No podía ni quería decirlo, y por tanto tenía que marcharse desolado y condenado.

Sólo hay una condición para recibir el perdón, y es el, arrepentimiento. Siempre que una persona vea lo preciosa que es la vida de Cristo; siempre que odie su pecado, aunque no lo pueda dejar, aunque esté en el polvo y en el cieno, se le puede perdonar. Pero si una persona, por rechazar repetidamente la dirección de Dios, ha perdido la capacidad de reconocer la bondad cuando la ve; si tiene los valores morales tan invertidos que llama bien al mal y mal al bien, entonces, aun cuando se encuentre cara a cara con Cristo, no tendrá ninguna conciencia de pecado; no se podrá arrepentir, y por tanto no se le podrá perdonar nunca. Ese es el pecado contra el Espíritu Santo.

CONDICIONES DEL PARENTESCO

Marcos 3:31-35

Llegaron la madre y los hermanos de Jesús. Se quedaron fuera, y mandaron a alguien que entrara a darle un recado a Jesús. Toda la gente estaba sentada alrededor de Él.

-¡Mira! -Le dijeron-. Tu madre y Tus hermanos están ahí fuera preguntando por Ti.

-¿Quiénes son Mi madre y Mis hermanos? -dijo Jesús; y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de Él dijo-: ¡Mirad! ¡Mi madre y Mis hermanos! Todos los que hacen la voluntad de Dios son Mis hermanos y mis hermanas y Mi madre.

Aquí Jesús establece las condiciones del verdadero parentesco. No es cosa de carne y sangre exclusivamente. Puede **suceder que una persona. esté-realmente más cerca de uno-que**

no es pariente suyo que de los que están relacionados con ella por los lazos más estrechos de parentesco y de sangre. Entonces, ¿de qué depende, el verdadero parentesco?

(i) El verdadero parentesco depende de *una experiencia común*, especialmente cuando es una experiencia en la que dos o más personas han pasado por situaciones importantes juntas. Se ha dicho que dos personas llegan a ser realmente amigas cuando se pueden decir la una a la otra: «¿Te acuerdas?» Y entonces siguen hablando acerca de cosas que han pasado juntas. Uno conoció una vez a una anciana negra. Se le había muerto una amiga. «Habrás sentido mucho -le dijo- que se haya muerto esa señora.» «Sí» -respondió ella, no dando señales de mucho dolor. «Os vi la semana pasada -le dijo el otro- hablando y riendo entre vosotras. Tenéis que haber sido grandes amigas.» «Sí -contentó ella-. Éramos amigas. Nos lo pasábamos bien juntas. Pero, para ser realmente amigas, las personas tienen que llorar juntas.» Eso es profundamente cierto. La base de un verdadero parentesco radica en una común experiencia; y los cristianos comparten la experiencia de ser pecadores perdonados.

(ii) El verdadero parentesco depende de *un interés común*. A. M. Chirgwin nos dice una cosa muy interesante en su *La Biblia en el evangelismo internacional*. Una de las mayores dificultades que tienen los colportores y los distribuidores de las escrituras no es tanto vender sus libros como hacer que la gente los lea. Y prosigue: «Un colportor en la China precomunista había mantenido por años la costumbre de ir de tienda en tienda y de casa en casa. Pero a menudo se llevaba un chasco, porque muchos de sus nuevos lectores de la Biblia perdían el interés; hasta que se le ocurrió un plan: ponerlos en contacto entre sí y formar con ellos un grupo de adoración y estudio, que a su tiempo llegaban a organizarse como iglesia.» Sólo cuando esas unidades aisladas llegaban a ser parte de un grupo unido por un interés común se daba entre ellas el verdadero parentesco. Los cristianos tenemos ese interés común, por ser personas que deseamos conocer a Jesucristo más íntimamente.

(iii) El verdadero parentesco depende de *una obediencia común*. Los discípulos eran un grupo muy heterogéneo. Entre ellos se daban toda clase de creencias y opiniones. Un cobrador de impuestos como Mateo y un nacionalista fanático como Simón el Celota tendrían que haberse odiado mutuamente a muerte, y probablemente se habrían odiado antes. Pero ahora estaban vinculados, porque habían aceptado a Jesucristo como su Maestro y Señor. Cualquier pelotón de soldados estará formado por hombres de diferentes trasfondos y profesiones y convicciones; sin embargo, si están un tiempo suficiente juntos, formarán un grupo de camaradas a causa de la obediencia que comparten. Las personas pueden llegar a ser amigas cuando comparten un jefe en común. Las personas pueden amarse solamente cuando aman a Jesucristo.

(iv) El verdadero parentesco consiste en *una meta común*. No hay nada que una tanto a las personas como una finalidad común. Aquí hay una gran lección para la Iglesia. A. M. Chirgwin, hablando de un interés renovado en la Iglesia, pregunta: «¿Señala esto la posibilidad de un nuevo enfoque al problema ecuménico, basado más bien en consideraciones bíblicas que en cuestiones eclesiásticas?» Las iglesias nunca se aproximarán entre sí mientras discutan acerca de la ordenación de sus ministros, la forma de gobierno eclesiástico, la administración de los sacramentos y todo lo demás. La única cosa en la que se pueden encontrar es el hecho de que todas están tratando de ganar almas para Jesucristo. Si el parentesco viene de una finalidad común, entonces los cristianos poseemos el secreto por encima de todos los demás seres humanos, porque todos nos estamos esforzando por conocer mejor a Jesucristo e introducir a otros en Su Reino. Aunque no estemos de acuerdo en otras cosas, en eso podemos encontrar y reconocer nuestra unidad.

ENSEÑANDO POR PARÁBOLAS

Marcos 4:1s

Jesús se puso a enseñar otra vez a la orilla del lago. Se reunió para escucharle una multitud tan grande de gente que Él tuvo que subirse a una barca, y sentarse en ella en el lago. Toda la inmensa multitud de gente estaba a la orilla, mirando hacia el lago. Él se puso a enseñarles muchas cosas por parábolas; y en Su enseñanza empezó a decirles:

- ¡Escuchad! ¡Mirad! ¡El sembrador ha salido a sembrar!

En esta sección vemos a Jesús iniciando una nueva etapa. Ya no estaba enseñando en la sinagoga, sino a la orilla del lago. Había intentado llegar al pueblo de una manera ortodoxa; ahora tenía que seguir métodos menos convencionales.

Haremos bien el fijarnos en que Jesús estaba dispuesto a utilizar nuevos métodos. Estaba dispuesto a trasladar la predicación y la enseñanza fuera del ambiente convencional de la sinagoga al aire libre y entre las multitudes de hombres y mujeres corrientes. John Wesley fue durante muchos años un servidor fiel y ortodoxo de la Iglesia de Inglaterra. Su amigo George Whitefield estaba en Bristol predicando a los mineros, tantos como veinte mil a la vez, al aire libre; y en su audiencia se convertían a centenares. Mandó a buscar a John Wesley. Wesley dijo: «A mí me encanta un salón amplio, un cojín blandito y un púlpito bonito.» Lo de la predicación al aire libre más bien le escandalizaba. Se decía a sí mismo: «Difícilmente podía identificarme al principio con esos métodos extravagantes -habiendo sido toda mi vida, hasta bien tarde, tan cumplidor de todo lo relativo a la decencia y al orden-, hasta tal punto que habría creído que era casi un pecado salvar almas si no se hacía en la iglesia.» Pero Wesley vio que la predicación al aire libre ganaba almas, y dijo: «No puedo discutir una cuestión de hechos.»

Tiene que haber habido muchos entre los judíos ortodoxos que consideraran esta nueva salida como acrobática y sensacionalista; pero Jesús era suficientemente sabio para saber cuándo hacían falta nuevos métodos, y era lo suficientemente aventurero como para usarlos. Sería bueno que la Iglesia fuera igualmente sabia y emprendedora.

Esta nueva etapa requería un método nuevo; y el nuevo método que escogió Jesús consistía en hablarle a la gente *por parábolas*. *Parábola* quiere decir literalmente *algo que se pone al lado de algo*; es decir, *una comparación*. *Es una historia terrenal con un sentido celestial*. Algo de la Tierra se compara con algo del Cielo, para que la verdad celestial se pueda captar mejor a la luz de la ilustración terrenal. ¿Por qué escogió Jesús este método? ¿Y cómo llegó a ser tan característico que llegó a ser el Maestro de la parábola?

(i) La primera y principal razón es que Jesús eligió el método parabólico para hacer que la gente le escuchara. Ya no se estaba dirigiendo a una audiencia de personas religiosas en una sinagoga, que estaban más o menos obligadas a permanecer allí hasta que terminara el culto. Tenía una audiencia multitudinaria y diversa al aire libre, que tenía libertad para marcharse cuando quisiera. Por tanto, la prioridad esencial era *despertar y mantener su interés*. En caso contrario, sencillamente se marcharían. Sir Philip Sidney habla del secreto del poeta: «Con una historia peregrina viene a ti, con un cuento que hace que los niños dejen de jugar y los viejos abandonen la chimenea.» La mejor manera de despertar el interés de la gente es contarles historias, y Jesús lo sabía.

(ii) Además, cuando Jesús usaba el método parabólico estaba siguiendo un método que les era totalmente familiar a las audiencias y los maestros judíos. Hay parábolas en el Antiguo Testamento,

la más famosa de las cuales es la historia de la corderita que Natán le contó a David cuando se había deshecho traicioneramente de Urías y tomado posesión de Betsabé (2 *Samuel* 12:1-7). Los rabinos usaban parábolas corrientemente en su enseñanza. Se decía de Rabí Meír que hablaba una

tercera parte de cuestiones legales; otra tercera parte de explicaciones, y otra tercera parte en parábolas.

Aquí tenemos dos ejemplos de parábolas rabínicas. La primera es de Rabí Yehudá ha-Nasí, Judá el Príncipe (c. 190 d.C.). El emperador romano Antonino le preguntó cómo podía haber castigo en el más allá; porque, puesto que el cuerpo y el alma no podían haber cometido pecado después de separarse, podrían echarse las culpas mutuamente por los pecados cometidos en este mundo. El rabino le contestó con una parábola:

Un cierto rey tenía un hermoso huerto que daba una fruta excelente; y puso a cargo de él a dos vigilantes, uno ciego y el otro cojo. El cojo le dijo al ciego: «Veo una fruta exquisita en el huerto. Llévame allí para que la coja, y nos la comeremos entre los dos.» El ciego estuvo de acuerdo, y ambos se comieron la fruta. Después de algunos días llegó el amo del huerto, y les preguntó a los guardianes por la fruta. Entonces el cojo le dijo: «Como yo no tengo piernas, no podía llegar allí; así es que no es culpa mía.» Y el ciego le dijo: «Como yo soy ciego, ni siquiera podía ver la fruta; así es que no es culpa mía.» ¿Qué hizo el amo del huerto? Hizo que el ciego cargara con el cojo, y así demostró la culpabilidad de ambos. Así repondrá Dios las almas en sus cuerpos, y los castigará juntos por sus pecados.

Cuando Abín, el hijo de Rabí Jiyya, murió a la temprana edad de veintiocho años, Rabí Zera pronunció la oración fúnebre utilizando una parábola:

*Un rey tenía una viña en la que empleó a muchos trabajadores, uno de los, cuales era especialmente capaz y hábil. ¿Qué fue lo que hizo el rey? Retiró a ese trabajador de la faena, y estuvo paseando por toda la viña con él. Cua*do los obreros fueron a cobrar su sueldo por la*

tarde, el obrero habilidoso apareció entre ellos, y recibió del rey la totalidad del salario del día. Los otros trabajadores se enfadaron mucho, y dijeron: «Nosotros hemos trabajado todo el día, mientras que este no ha trabajado más que dos horas. ¿Por qué le da el rey a él el mismo sueldo que a nosotros?» El rey les contestó: «¿Por qué os enfadáis? Con su habilidad, él ha hecho más en las dos horas que vosotros en todo el día. » Así ha sucedido con Rabí Abín ben fiyya: En los veintiocho años de su vida, él ha aprendido más que otros en cien años; así que él ha cumplido el trabajo de su vida, y se le ha permitido entrar en el Paraíso desde su trabajo en la Tierra antes que otros; y no se perderá nada de su recompensa.

Cuando Jesús usaba el método parabólico de enseñanza estaba usando un método al que los judíos estaban acostumbrados y podían entender muy bien.

(iii) Y aún más: cuando Jesús usó el método parabólico de enseñanza estaba haciendo concretas las ideas abstractas. Pocas personas son capaces de captar las ideas abstractas; casi todos pensamos en imágenes. Podríamos pasar mucho tiempo hablando de *la belleza*, y ninguno sacaríamos nada en claro; pero reconocemos a una mujer bella. Podemos pasar mucho tiempo hablando de la bondad sin llegar a una definición; pero todos reconocemos una buena acción cuando la vemos. Hay un sentido en el que *toda* palabra tiene que hacerse carne; cada idea se tiene que encarnar en una persona. Cuando el Nuevo Testamento habla de la fe, pone el ejemplo de Abraham para que la idea de la fe se haga carne en la persona de Abraham. Jesús era un maestro sabio. Sabía que era inútil esperar que las mentes sencillas captaran las ideas abstractas; así es que incorporó las ideas abstractas en historias concretas; las mostró en acción; las presentó en personas, para que la gente las pudiera captar y comprender.

(iv) Por último, la gran virtud de la parábola es que obliga a la persona a pensar por sí misma. Obliga a todo el mundo

a hacer su propia deducción y a descubrir la verdad por sí. La peor manera de ayudar a un niño es hacerle los deberes. No le ayuda en absoluto el que le hagamos sus sumas, le escribamos sus redacciones, le resolvamos sus problemas y le hagamos sus traducciones. Sí le ayuda de veras que le ayudemos a hacer las cosas *por sí mismo*. Eso era lo que se proponía Jesús. La verdad tiene siempre un doble impacto cuando es un descubrimiento personal. Jesús no quería ahorrarnos el sudor mental de pensar; quería hacernos pensar. No quiere hacer mentes perezosas, sino activas. No quiere asumir la responsabilidad por nadie, sino que cada uno la asuma por sí. Así es que usó el método parabólico, no para pensar por nadie, sino para animar a cada uno a pensar por sí mismo. Presentaba la verdad de manera que, si hacía el debido esfuerzo con la debida actitud, cada uno podía descubrirla por sí, y por tanto poseerla de una manera que la hacía real y verdaderamente suya propia.

DE LA TIERRA AL CIELO

Marcos 4:3-9

- ¡Escuchad! ¡Fijaos! El sembrador salió a sembrar. Cuando estaba sembrando, una parte de la semilla cayó a lo largo del sendero, y vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte de la semilla cayó en terreno rocoso, donde no había mucha tierra; y brotó en seguida, porque no tenía profundidad de tierra, pero cuando salió el sol se agostó y se secó completamente porque no tenía raíz. Otra parte de la semilla cayó entre espinos; y los espinos la ahogaron hasta el punto de quitarle la vida, y no produjo nada. Y otra parte cayó en buena tierra; y como creció y se desarrolló bien produjo fruto, dando treinta, sesenta y ciento por uno. -Y añadió Jesús-: El que tenga oídos para oír, que oiga.

Dejamos la interpretación de esta parábola para cuando lleguemos a la interpretación que nos da Marcos, y de momento la consideramos sólo como un ejemplo de la enseñanza parabólica de Jesús en acción. La escena es a la orilla del lago; Jesús está sentado en la barca, un poco separada de la orilla. La costa desciende suavemente hasta el borde del agua, y forma un anfiteatro natural para la multitud. Mientras está hablando, Jesús ve a un sembrador trabajando en su campo cerca del lago. «¡Fijaos! -dijo-. El sembrador ha salido a sembrar.» Aquí encontramos toda la esencia del método parabólico.

(i) Jesús partió del *aquí y ahora* para llegar al *allí y entonces*. Partió de algo que estaba sucediendo en aquel preciso momento en la tierra a fin de conducir los pensamientos de Sus oyentes al Cielo. Partió de algo que todos podían ver para llegar a cosas que no eran visibles; partió de algo que todos conocían para llegar a algo que no se figuraban. Esa era la misma esencia de la enseñanza de Jesús. El no alucinaba a la gente empezando con cosas que fueran extrañas y abstrusas y rebuscadas; empezaba por cosas tan sencillas que hasta un niño las podía entender.

(ii) A1 hacerlo así, Jesús mostraba que creía que hay un parentesco real entre la Tierra y el Cielo. Jesús no habría estado de acuerdo en que «La tierra es un valle de lágrimas.» Jesús creía que en las cosas normales y corrientes de cada día se podía ver a Dios. Como decía William Temple: «Jesús enseñó a la gente a ver la obra de Dios en lo regular y en lo normal -en la salida del sol y en la caída de la lluvia y en el crecimiento de la planta.» Hace mucho ya Pablo tuvo la misma idea cuando dijo que el mundo visible está diseñado para darnos a conocer las cosas invisibles de Dios (*Romanos 1:20*). Para Jesús este mundo no era un lugar malo y perdido, sino la vestidura del Dios viviente. Sir Christopher Wren fue enterrado en la catedral de San Pablo, la gran iglesia que su propio genio había planificado y construido. En su tumba hay una sencilla inscripción en latín que quiere decir: « Si quieres ver su

monumento, mira a tu alrededor.» Jesús habría dicho: «Si quieres ver a Dios, mira a tu alrededor.» Jesús encuentra en las cosas normales de la vida una mina inagotable de señales que conducen a las personas a Dios si quieren leerlas como es debido.

(iii) La verdadera esencia de las parábolas consiste en que eran espontáneas, improvisadas y no ensayadas. Jesús mira a Su alrededor buscando un punto de contacto con la multitud. Ve al sembrador, y al instante lo toma como su texto de predicación. Las parábolas no eran historias elaboradas en la tranquilidad de un estudio; no eran cuidadosamente pensadas y pulimentadas y ensayadas. Su suprema grandeza consiste en que Jesús compuso estas breves historias inmortales en un instante, ante la demanda de la ocasión y en el fragor del debate.

C. J. Cadoux dijo de las parábolas: «Una parábola es arte enjaezado para el servicio y el conflicto. Aquí tenemos la razón de que las parábolas sean tan poco frecuentes. Requiere un grado considerable de arte, pero de arte ejercitado en condiciones difíciles. En tres parábolas típicas de la Biblia, el que las dijo se estaba jugando la vida. Jotam (*Jueces 9:8-15*) refirió su parábola de *Los Árboles* a los hombres de Siquem, e inmediatamente después salió huyendo. Natán (*2 Samuel 12:1-7*) con la parábola de *La Corderita* le declaró a un déspota oriental su pecado. Jesús, en la parábola de *Los Viñadores Malvados* usó Su propia sentencia de muerte como un argumento a Su favor En su utilización más característica, la parábola es un arma de controversia, no pulida como un soneto en la ininterrumpida concentración del despacho, sino improvisada en el conflicto para salir al paso de una situación imprevista. En su uso más elevado, muestra la sensibilidad del poeta; la iniciativa, rapidez e imaginación del protagonista, y el valor que permite a tal mente obrar, sin trabas en la refriega y el peligro de los conflictos mortales.»

Cuando tenemos presente que las parábolas de Jesús son repentinas o, improvisadas, su encanto se multiplica por cien.

(iv) Esto nos trae a un punto que debemos recordar siempre en nuestros intentos de interpretar las parábolas. No eran, en primera instancia, para ser *leídas*, sino para ser *escuchadas*. Es decir: en primera instancia nadie se podía sentar a estudiarlas frase por frase y palabra por palabra. Se dijeron, no para ser estudiadas extensa y tranquilamente, sino para producir un impacto y una reacción inmediatos. Es decir: *las parábolas no se deben tratar nunca como alegorías*. En una alegoría, cada escena y personaje y detalle de la historia encierra un significado. El *Peregrino* de Juan Bunyan es una alegoría; en él, todos los acontecimientos y las personas tienen un sentido simbólico. Una alegoría es para ser leída y estudiada y examinada; pero una parábola es algo que se oye una vez y sólo una vez. Por tanto, lo que debemos buscar en una parábola no es una situación en la que todos los detalles representan algo, sino una situación en la que se presenta una gran idea que reluce como un relámpago. Siempre es erróneo intentar hacer que todos los detalles de una parábola quieran decir algo. Siempre es correcto decir: « ¿Qué idea única resaltaría en la mente de una persona que oyera esta historia por primera vez?»

EL MISTERIO DEL REINO

Marcos 4:10-12

Cuando Jesús estaba solo, el círculo más íntimo de Su gente, con los Doce, Le preguntó acerca de las parábolas. Jesús les dijo:

A vosotros se os concede el conocimiento del Reino de Dios que solamente pueden conocer los iniciados. Para los que están fuera, todo se expone por medio de parábolas, para que puedan, sí, ver, y sin embargo no perciban el sentido de las cosas; y puedan, sí, oír, sin comprender, no sea que en cualquier momento se arrepientan y sean perdonados.

Este pasaje siempre ha sido uno de los más difíciles de los evangelios. La versión Reina-Valera habla del *misterio* del Reino de Dios. Esta palabra *misterio* tiene un sentido técnico en griego; no quiere decir algo que es muy complicado y misterioso en el sentido normal de la palabra; quiere decir algo que es ininteligible para la persona que no ha sido iniciada en su significado, pero que está perfectamente claro para la persona que ha sido debidamente iniciada.

En los tiempos del Nuevo Testamento, en el mundo pagano, una de las grandes ofertas de la religión popular era lo que se llamaban *Religiones misteriosas o de Misterio*. Estas religiones prometían la comunión con un cierto dios, y hasta la identificación con él, mediante la cual desaparecían todos los terrores de la vida y de la muerte. Casi todas estas religiones misteriosas estaban basadas en la historia de algún dios que había sufrido, muerto y resucitado; casi todas ellas se presentaban como una representación de pasión.

Uno de los misterios más famosos era el que se llamaba el Misterio de Isis. Osiris era un rey sabio y bondadoso. Set, su malvado hermano, le odiaba, y con setenta y dos conspiradores le persuadió a que asistiera a un banquete. Allí le indujo a meterse en un ataúd artificioso que tenía sus mismas medidas. Cuando estaba dentro, se cerró la tapa, y echaron el ataúd al Nilo. Isis, su fiel esposa, después de una prolongada y dolorosa búsqueda, encontró el ataúd y se lo llevó en duelo a casa. Cuando ella estaba ausente, llegó otra vez el malvado Set, robó el cuerpo, lo cortó en catorce trozos y los desperdigó por todo Egipto. Una vez más, Isis inició su pesada y triste búsqueda. Acabó por encontrar todos los trozos, y con sus poderes mágicos los unió y le devolvió la vida a Osiris; y desde aquel momento él se convirtió en el rey inmortal de los vivos y los muertos.

Lo que sucedía era lo siguiente. El candidato pasaba por una larga preparación de purificación y de ayuno y de ascetismo y de instrucción en cuanto al sentido interior de la historia. Entonces se representaba el drama, con su dolor y su angustia

y su muerte y su resurrección y su triunfo final como un drama de la pasión. La música y el incienso y la iluminación y la espléndida liturgia se usaban para crear una atmósfera tensa.

Conforme se iba representando el drama, el adorador se sentía uno con el dios tanto en sus sufrimientos como en su triunfo.

Pasaba por la muerte y entraba en la inmortalidad en unión con el dios. Lo importante es que para una persona no iniciada todo aquello no tendría ningún sentido; pero para el iniciado estaba henchido del sentido que se le había enseñado a ver.

Ese es el significado técnico de esta palabra *mystérion*. Cuando el Nuevo Testamento habla del *misterio* del Reino, no quiere decir que el Reino sea remoto y abstruso y difícil de comprender; lo que sí quiere decir es que es totalmente ininteligible para la persona que no le haya entregado su corazón

a Jesús, y que solamente la persona que ha recibido a Jesús como Maestro y Señor puede entender lo que significa el Reino de Dios.

La dificultad real de este pasaje se encuentra en lo que viene a continuación. Si lo tomamos en el sentido que parece tener, dice que Jesús enseñaba por parábolas a propósito para ocultarles el significado a los hombres y las mujeres corrientes. Cualquiera que fuera el sentido original del pasaje, no puede haber querido decir eso, porque si algo está tan claro como el agua es que Jesús usaba las parábolas, no para tapar el significado y ocultar la verdad, sino para permitirle a Su audiencia recibirlo y entenderlo.

¿Entonces, cómo llegó este pasaje a su forma actual? Es una cita de *Isaías 6:9s*. Desde hace mucho tiempo viene causando problemas a los intérpretes. Se habían pasado más de doscientos años preocupándose antes de que Jesús hiciera uso de él. El texto hebreo dice, como traduce la Reina-Valera,95:

Y dijo: Anda, y dile a este pueblo: < Oíd bien, y no entenddis; ved por cierto, pero no comprendáis». Embota

el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos

ni su corazón entienda, ni se convierta y haya para él sanidad.

A primera vista parece que Dios le está diciendo a Isaías que tiene que seguir un camino diseñado a propósito para hacer que el pueblo no entienda.

En el siglo ffl a.C. se tradujeron las Escrituras hebreas al griego, y la versión griega, llamada la *Septuaginta*, llegó a ser uno de los libros que ejercieron mayor influencia en el mundo, porque llevó el Antiguo Testamento a dondequiera que se hablaba el griego. Los traductores de la Septuaginta estaban alucinados con este pasaje, y lo tradujeron dándole otro sentido:

y Él dijo: < Ve y dile a este pueblo: "De hecho oiréis, pero no entenderéis; y en cuanto a ver, veréis, pero no percibiréis. " Porque el corazón de este pueblo se ha embotado, y con sus oídos oyen pesadamente, y han cerrado los ojos, no sea que alguna vez vieran con sus ojos y oyeran con sus oídos y comprendieran con su corazón y fueran convertidos y Yo los sanara. »

La versión griega no dice que Dios tuviera la intención de que el pueblo fuera tan torpe que no entendiera; dice que ellos se habían vuelto tan torpes que no podían entender -lo que es una cosa muy diferente. La explicación es que no hay nadie que pueda traducir o expresar por escrito un tono de voz. Cuando hablaba Isaías, hablaba medio en ironía y medio en desesperación, pero con un amor total. Él estaba pensando: «Dios me envió a llevarle Su verdad a este pueblo; y a pesar de todo el bien que les estoy haciendo, parece que les he sido enviado para cerrarles la mente al mensaje. Podría estar hablando a un muro de piedra. Se.. paría pensar que Dios les había cerrado la mente a Su mensaje.»

Así es como usaba sus palabras Jesús. Su intención era que iluminaran las mentes para comprender la verdad de Dios.

Pero en muchos ojos Él veía una torpe incomprensión. Veía tantas personas cegadas por los prejuicios, ensordecidas por sus propios deseos, demasiado perezosas para pensar. Se volvió a Sus discípulos y les dijo: «¿Os acordáis de lo que dijo una vez Isaías? Dijo que cuando él llegó con el mensaje de Dios al pueblo de Dios en su tiempo, la gente era tan torpe para entenderlo que se hubiera pensado que Dios les había cerrado la mente en lugar de abrísela; así Me siento Yo hoy.> Cuando Jesús dijo aquello, no lo dijo con ira o irritación o amargura o desesperación; lo decía con el anhelo ardiente de un amor frustrado, con el dolor punzante de un Hombre que quería hacer un regalo estupendo, pero que Su pueblo era ciego y no quería aceptar.

Si leemos esto, no escuchando un tono de amargura sino de amor anhelante y dolido, nos sonará diferente. Nos enseñará, no que Dios cegó a la gente aposta y le ocultó Su verdad, sino que los hombres eran tan torpes de entendimiento, que parecía que no tenía sentido ni siquiera para Dios el tratar de penetrar el telón de acero de su incomprensión perezosa. ¡Que Dios nos libre de escuchar Su Palabra así!

LA COSECHA ES SEGURA

Marcos 4:13-20

- ¿No entendéis esta parábola? -les dijo Jesús-.

Entonces, ¿cómo vais a entender todas las parábolas?

Lo que está sembrando el sembrador es la Palabra. La clase de personas que representa la semilla que cayó al borde del camino son aquellas en las que se siembra la Palabra; pero en cuanto la oyen, inmediatamente llega

Satanás y arrebató la Palabra que se ha sembrado en ellos. Así también, las personas representadas por la semilla que se sembró en terreno rocoso son las que, en cuanto oyen la Palabra, acto seguido la reciben con

alegría; pero no tienen raíz en sí, por lo que son completamente inestables; y después, cuando se les presentan problemas y persecuciones a causa de la Palabra, en seguida tropiezan y caen. También hay algunos que están representados por la semilla que se siembra entre espinos. Estas son las personas que oyen la Palabra, pero las ansiedades de este mundo y la atracción engañosa de la riquezas y los deseos de otras cosas penetran en ellas y ahogan la vida de la Palabra, que no tiene ninguna oportunidad de producir fruto. La clase de personas que están representadas por la semilla que cayó en buena tierra son los que oyen la Palabra, y la reciben, y llevan fruto, treinta, sesenta y ciento por uno.

Todos los detalles de esta parábola les sonarían a la audiencia de Jesús, porque estaban tomados de la vida diaria. Se mencionan cuatro clases de terreno.

(i) Había un suelo duro al borde del camino. La semilla podría ser que cayera en esta clase de suelo por dos razones. Los campos de Palestina tenían la forma de tiras largas y estrechas. Estas tiras estaban divididas por senderillos de tierra que permitían el paso. El resultado era que se habían puesto duros de tanto pasar la gente por allí. Cuando el sembrador echaba la semilla, una parte era inevitable que cayera allí; y no tenía posibilidad de crecer.

Pero había otra manera de sembrar. Algunas veces se ponía un saco de semilla en un burro, se le abría un agujerito en el extremo del saco, y cuando el animal iba arriba y abajo la semilla se iba cayendo. Inevitablemente, cuando el burro llegaba cerca del camino del campo, algo de la semilla caía en el camino; y no se podía evitar que los pájaros vinieran y se la comieran.

Hay algunas personas en cuyos corazones no puede penetrar la verdad cristiana. Esto es debido a la falta de interés del oyente; y esa falta de interés es debida a la incapacidad de darse cuenta de lo importante que es la decisión cristiana. El

Evangelio no consigue hacer un impacto en tales personas, no porque sean hostiles, sino porque son indiferentes. Creen que es irrelevante para la vida, y que se pueden pasar sin él perfectamente. Eso podría ser verdad si la vida fuera siempre un camino fácil en el que no hubiera ni tensiones ni lágrimas; pero de hecho le viene a toda persona un tiempo cuando necesita un poder que no tiene. La tragedia es que muchos se dan cuenta de esto demasiado tarde.

(ii) Había un terreno rocoso. No es que estuviera lleno de piedras; era más bien una capita de tierra que cubría una lancha de roca caliza. Gran parte de Galilea era así. En muchos terrenos se podía ver aflorar la roca. La semilla que caía allí germinaba pronto; pero, como el suelo era tan superficial y contenía tan pocos nutrientes y humedad, el calor del sol pronto secaba las plantitas que brotaban.

Siempre es más fácil empezar una cosa que acabarla. Cierta famoso evangelista decía: < Hemos aprendido que requiere algo así como el cinco por ciento del esfuerzo el ganar a una persona para Cristo, y el noventa y cinco por ciento el mantenerle en Cristo hasta que alcanza la madurez.> Muchas personas empiezan la vida cristiana para quedarse poco después en la cuneta.

Hay dos problemas que causan este colapso. Uno es el no conseguir pensar la cosa del todo y a fondo, no llegar a darse cuenta de lo que quiere decir y de lo que cuesta, antes de empezar. El otro es el hecho de que hay miles de personas que se sienten atraídas por el Cristianismo, pero que nunca penetra más allá de la superficie de sus vidas. Es un hecho que el Evangelio es una cuestión de todo o nada. Uno está a salvo solamente cuando se ha entregado totalmente a Cristo.

Efímera es la vida y sus placeres, los goces huyen, la ilusión fenece; mas quien está a Tu lado no perece, y nada teme, porque espera en Ti.

(iii) Había un terreno que estaba lleno de espinos. Los campesinos palestinos eran perezosos. Cortaban lo que sobresalía de las malas plantas; a veces hasta quemaban lo de fuera, y el campo puede que pareciera limpio; pero las raíces seguían allí por debajo de la superficie; y a su debido tiempo brotaban con toda su fuerza. Y crecían con tal rapidez y virulencia que ahogaban la vida de la buena semilla.

Es fácil llenar la vida con tantos intereses que no queda tiempo para Cristo. Como dijo un poeta, los cuidados de la vida pueden ser como el polvo que atasca hasta tal punto que «nos olvidamos porque nos vemos obligados, no porque queremos.» Cuanto más complicada se hace la vida más necesario es tener las prioridades en su sitio; porque hay muchas cosas que tratan de desplazar a Cristo del lugar supremo que Le corresponde.

(iv) Había un terreno bueno, limpio y profundo en el que la semilla germinaba y llevaba fruto.

Si hemos de beneficiarnos del mensaje cristiano, la parábola nos dice que debemos hacer tres cosas.

(a) Debemos *oírla*, y no podemos oírla si no escuchamos. Es característico de muchos de nosotros que estamos tan ocupados hablando, que no tenemos tiempo para oír; tan ocupados discutiendo, que no tenemos tiempo para escuchar; tan ocupados exponiendo nuestras propias opiniones, que no tenemos tiempo para prestar atención a las opiniones de Cristo; tan ajetreados, que no tenemos tiempo para la calma esencial.

(b) Hemos de *recibirla*. Cuando oímos el mensaje cristiano debemos realmente darle entrada en nuestra vida. La mente humana es una máquina extraña y peligrosa. Estamos hechos de tal manera, en la sabia providencia de la creación, que siempre que un cuerpo extraño amenaza con metérsenos en un ojo, se nos cierra automáticamente. Esa es una acción instintiva, refleja. Siempre que la mente oye algo que no quiere oír, automáticamente le cierra la puerta. Hay veces que la verdad puede hacer daño; pero otras hay que aceptar una medicina que no nos gusta o un tratamiento desagradable para conservar la

salud. El cerrar la mente a la verdad que no queremos oír puede que sea escoger un camino que conduce al fracaso y a la tragedia.

(c) Hemos de *ponerla en acción*. El producto en la parábola era del treinta, sesenta o ciento por uno, lo cual era verdaderamente provechoso; pero el suelo volcánico de Galilea era famoso por sus cosechas. La verdad cristiana siempre debe manifestarse en acción. En último análisis, el cristiano recibe el desafío, no a especular, sino a actuar.

Todo esto es el significado de esta parábola *cuando nos sentamos a estudiarla tranquilamente*. Pero es totalmente imposible el que todo eso surja instantáneamente en la mente humana cuando se oye por primera vez. Entonces, ¿cuál sería la única cosa que le sugeriría a la multitud que la oía por primera vez junto al mar de Galilea? Sin duda esta: *Que,*

aunque parte de la semilla nunca crezca, el hecho es que al final se recoge una cosecha espléndida. Esta es la parábola que acaba con la desesperación. Puede que parezca que mucho de

nuestro esfuerzo no produce resultados; puede que parezca que una gran parte de nuestra labor se pierde. Ese sería el sentir de los discípulos cuando veían a Jesús desterrado de la sinagoga y tenido por sospechoso. En muchos lugares, Su mensaje parecía haber fracasado, y estaban desanimados y deprimidos. Pero esta parábola les decía, y nos dice a nosotros: « ¡Paciencia! Haz tu labor. Siembra la semilla. Déjale a Dios el resto. La cosecha es segura.»

LA LUZ ESTÁ PARA QUE SE VEA

Este era uno de los dichos de Jesús: «¿Verdad que no se trae una lámpara para meterla debajo de un cajón de medir o debajo de la cama? ¿Es que no se trae más bien para ponerla en el candelero?»

Los versículos 21-25 son interesantes porque muestran los problemas con los que se enfrentaban los evangelistas. Estos versículos contienen cuatro dichos diferentes de Jesús. En el versículo 21 tenemos el dicho acerca de la lámpara; en el 22 hay un dicho sobre revelar cosas secretas; en el 24 hay un dicho que establece que recibiremos conforme a la medida que hayamos usado para dar, y en el 25 está el dicho acerca de que al que tiene se le dará todavía más. En *Marcos*, estos versículos vienen seguidos uno detrás de otro; pero el versículo 21 aparece en *Mateo 5:15*; el 22, en *Mateo 10:26*; el 24, en *Mateo 7:2*; y el 25, en *Mateo 13:12*, y también en *Mateo 25:29*. Los cuatro versículos consecutivos de *Marcos* están desperdigados por todo: *Mateo*. Aquí surge una cuestión práctica para nuestro estudio. No debemos tratar de encontrar ninguna conexión entre estos versículos. Está claro que no tienen ninguna relación entre sí, así es que vamos a tomarlos uno por uno.

¿Cómo fue eso de que Marcos pusiera estos dichos de Jesús uno detrás de otro y Mateo los desperdigara por todo su evangelio? La razón es bien sencilla. Jesús tenía un dominio único del lenguaje. Podía decir las cosas más pintorescas y las cosas más jugosas. Podía decir las cosas de tal manera que se grabaran en la memoria y se resistieran a ser olvidadas. Además, Él tiene que haber dicho muchas de estas cosas más de una vez. Iba pasando de un lugar a otro y de una audiencia a otra, y tiene que haber repetido mucho de Su enseñanza por dondequiera que iba. En consecuencia, la gente recordaba las cosas que había dicho Jesús -las decía de tal manera que no se podían olvidar-, pero olvidaba la ocasión en que las había dicho. El resultado fue que hubo muchos de los dichos de Jesús que se quedaron, como si dijéramos, «huérfanos». Un dicho echaba raíces en la memoria de las personas y era recordado para siempre, pero el contexto y la ocasión se olvidaban. Así es que tenemos que tomar estos dichos gráficos y examinarlos independientemente.

El primero era que no se enciende una lámpara y se pone debajo de.,an cajón de medir, que sería como ponerle una caja

encima, ni se pone debajo de la cama. La lámpara está para que se ponga a la vista y para que se vea. De este dicho podemos aprender dos cosas.

(i) *La verdad es para que se vea.* No está para que se la oculte. Puede que haya veces cuando sea peligroso decir la verdad; cuando sea la manera más rápida de atraerse la persecución y los problemas. Pero la persona veraz, y el verdadero cristiano, estarán de parte de la verdad frente a todo.

Cuando Lutero decidió adoptar su postura frente a la Iglesia Católica Romana, en primer lugar atacó *las indulgencias*. *Las indulgencias* eran para todos los efectos remisiones de pecados que uno podía comprar de un sacerdote por un precio. Lutero trazó noventa y cinco tesis contra las indulgencias. ¿Y qué hizo con aquellas noventa y cinco tesis? Había una iglesia en Wittenberg que se llamaba la Iglesia de Todos los Santos. Estaba íntimamente relacionada con la universidad donde Lutero era profesor. Los anuncios de la universidad se solían poner en las puertas de aquella iglesia, entre ellos los de los debates académicos. No había otro tablón de anuncios en la ciudad. En aquella puerta fijó Lutero sus tesis. ¿Cuándo? El día que iba a aquella iglesia más gente, que era el día de Todos los Santos, el 1 de noviembre. Resultaba ser el aniversario de aquella iglesia, y había varios oficios religiosos a los que acudía mucha gente. Fue en la víspera del día de Todos los Santos cuando Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia. Si hubiera sido un hombre cauteloso, en primer lugar no habría escrito sus noventa y cinco tesis. Si hubiera sido un hombre preocupado por su propia seguridad, nunca las habría clavado a la puerta de la iglesia. Y, si tenía que clavarlas allí, cualquier idea de seguridad propia le habría aconsejado no escoger el día de Todos los Santos para hacer su declaración. Pero Lutero tenía el sentimiento de que había descubierto la verdad; y lo único que le interesaba era exponerla y ofrecer su vida por ella.

En cualquier circunstancia de la vida hay veces que sabemos perfectamente lo que exige la verdad, lo que se debe hacer

y lo que un cristiano tiene obligación de hacer. En cualquier nivel de vida hay veces que dejamos de actuar como debiéramos porque sería arriesgar nuestra popularidad, y aun cosas peores. Deberíamos recordar que la lámpara de la verdad se ha de poner bien alta y no ocultarse por los intereses de una seguridad cobarde.

(ii) *Nuestro Cristianismo se ha de ver.* En la Iglesia Primitiva, algunas veces el mostrarse cristiano suponía la muerte. El imperio romano era tan extenso como el mundo civilizado. Para conseguir alguna clase de unidad vinculante en aquel vasto imperio se inició el culto al emperador. El emperador era la personificación del estado, y se le daba culto como a un dios. Ciertos días señalados se exigía que cada ciudadano fuera e hiciera un sacrificio a la deidad del emperador. Era realmente una prueba de lealtad política. Después le daban a uno un certificado en el que se decía que había cumplido con aquel deber, y entonces podía ir a dar culto al dios que quisiera.

Se conservan muchos de aquellos certificados. Decían lo que sigue:

A los que están a cargo de los sacrificios de Inareus Akeus del pueblo de Theoxenis, juntamente con sus hijos Ajax y Hera, que viven en el pueblo de Theadelpheia. Nosotros sacrificamos regularmente a los dioses; y ahora en tu presencia, como está mandado, hemos sacrificado y derramado nuestra libación y probado las ofrendas, y te pedimos que nos des el certificado correspondiente. Que te vaya bien.

Y aquí seguía la atestación:

Nosotros, Serenas y Hermás, damos fe de que habéis sacrificado.

Todo lo que un cristiano tenía que hacer era prestarse a cumplir a4uel acto formal, recibir el certificado, y ya estaba

a salvo. Y el hecho de la Historia es que miles de cristianos murieron antes que hacerlo. Podían haber ocultado el hecho de que eran cristianos con la mayor facilidad; podían haber segui-

do siendo cristianos privadamente sin ninguna dificultad. Pero para ellos su Cristianismo era algo de lo que tenían que dar fe y testificar en presencia del mundo. Estaban orgullosos de

que todos supieran lo que eran. A los tales les debemos que el Cristianismo haya llegado hasta nosotros.

A menudo es más fácil no decir que pertenecemos a Cristo y a Su Iglesia; pero nuestro Cristianismo debe ser siempre como la lámpara que todos pueden ver.

LA VERDAD QUE NO SE PUEDE SOSLAYAR

Marcos 4:22s

< Porque no hay nada secreto que no se haya de descubrir; no se hace nada para mantenerlo escondido, sino para exponerlo y que todos lo vean. El que tenga oídos para oír, que oiga. >

Jesús estaba completamente convencido de que la verdad

no se puede mantener siempre escondida. Este dicho se aplica en dos direcciones.

(i) *Se aplica a la verdad misma.* Hay algo en la verdad que es indestructible. La gente puede que se niegue a arrostrarla; puede que trate de eliminarla; puede que hasta intente borrarla; puede que se niegue a aceptarla, pero < grande es la verdad, y al final prevalecerá.>

A principios del siglo XVI, un astrónomo llamado Copérnico hizo el descubrimiento de que la Tierra no es el centro del universo; que de hecho se mueve alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra. Era un hombre prudente, y man-

tuvo secreto su descubrimiento durante treinta años. Pero en 1543, cuando ya tenía sobre sí el aliento de la muerte, persuadió

a un impresor aterrado a que imprimiera su gran obra *Las órbitas de los cuerpos celestes*. Copérnico murió poco después; pero otros heredaron la tempestad.

A principios del siglo XVII, Galileo aceptó la teoría de Copérnico y lo afirmó públicamente. En 1616 le citó la Inquisición a Roma, y condenó su teoría. Se pronunció el veredicto: < La primera proposición de que el Sol es el centro, y no gira alrededor de la Tierra, es necia, absurda, falsa en teología y herética, porque contradice la Sagrada Escritura... La segunda proposición, que la Tierra no es el centro sino que gira alrededor del Sol, es absurda, falsa en filosofía, y desde un punto de vista teológico por lo menos, opuesta a la verdadera fe. » Galileo cedió. Prefirió someterse a morir; y durante años guardó silencio.

Un nuevo papa ascendió a la Santa Sede, y Galileo pensó que Urbano VIII era un hombre con amplia simpatía y más cultura que su predecesor; así es que, una vez más, salió al exterior con su teoría. Estaba equivocado en su esperanza. Esta vez tuvo que firmar una recantación o sufrir tortura. Firmó: < Yo, Galileo, estando en mi septuagésimo años, estando prisionero y de rodillas, y en presencia de vuestras eminencias, teniendo ante mis ojos el Santo Evangelio, sobre el que pongo mi mano, abjuro, maldigo y detesto el error y la herejía del movimiento de la Tierra. » Su recantación le salvó de la muerte, pero no de la cárcel; y al final se le negó el derecho a ser enterrado en el panteón familiar.

No fue sólo la Iglesia Católica Romana la que trató de suprimir la verdad. Lutero escribió: «La gente ha prestado oído a un aprendiz de astrónomo -quería decir Copérnico-, que se empeñó en demostrar que la Tierra se mueve, y no los cielos o el firmamento, el Sol y la Luna... Este necio quería desbaratar toda la ciencia de la astronomía; pero la Sagrada Escritura no nos dice que Josué mandó pararse a la Tierra, sino que mandó pararse al Sol.»

Pero el tiempo sigue su marcha. Se puede amenazar con **torturar a -luna persona per descubrir la. ve-- se la puede-**

llamar estúpida y tratar de echarla del tribunal con burlas; pero eso no altera la verdad. < No está en vuestro poder -dijo el reformador escocés Andrew Melville- ahorcar o desterrar la verdad. » La verdad se puede atacar, aplazar, ocultar o insultar; pero con el tiempo prevalece. Uno tiene que tener cuidado, no sea que esté luchando contra la verdad.

(ii) Se aplica a nosotros y a nuestra propia vida y conducta.

Cuando uno hace una cosa mala, lo que quiere es que no se descubra. Eso es lo que hicieron Adán y Eva cuando desobedecieron el mandamiento de Dios (*Génesis 3: 8*). Pero la verdad se las arregla para salir a la luz. En último análisis nadie puede ocultarse la verdad a sí mismo; y el que trata de mantener algo secreto no puede ser nunca feliz. La tela de araña del engaño no es nunca un escondite de confianza. Y, cuando se llega al final de la cosa, nadie puede guardarle secretos a Dios. A fin de cuentas es literalmente cierto que no hay nada que no se haya de revelar en la presencia de Dios. Cuando tenemos presente esto, estamos abocados a desear por encima de todo que nuestra vida sea tal que todo el mundo la pueda contemplar, y que Dios le pueda pasar revista sin que nos consuma la vergüenza.

EL EQUILIBRIO DE LA VIDA

Marcos 4:24

Este fue otro de los dichos de Jesús: «¡Atención a lo que estáis oyendo! Lo que recibís depende de lo que dais. Será lo que deis lo que se os devuelva con creces. »

En la vida siempre se nivelan las cosas. Lo que obtenga una persona estará determinado por lo que dé.

(i) Esto es verdad del *estudio*. Cuanto más estudio se esté preparado a dedicarle a un asunto, tanto más se sacará de él. En la antigua nación de los partos no se le daba nunca de

comer a los jóvenes hasta que la habían sudado. Tenían que trabajar antes que comer. Así son todos los temas de estudio: dan placer y satisfacción en proporción al esfuerzo que se les aplique. Así sucede especialmente con el estudio de la Biblia. Puede que a veces pensemos que hay ciertas partes de la Biblia que no nos dicen nada; pero si las estudiamos a menudo e intensamente llegan a ser las que nos dan una cosecha más abundante. Un estudio superficial de un asunto ni siquiera nos despertará interés; mientras que un estudio realmente intensivo nos dejará encantados y satisfechos.

(ii) Es verdad del *culto*. Cuanto más llevemos al culto de la casa de Dios, tanto más recibiremos en él. Cuando vamos al culto en la iglesia, hay tres actitudes equivocadas que debemos evitar.

(a) Podemos ir sólo para recibir. Si vamos de esa manera, lo más probable es que critiquemos al organista, y al coro, y le encontremos faltas a la predicación y a todo lo demás. Juzgaremos todo el culto como si fuera un espectáculo programado para entretenernos. Debemos ir preparados a dar; debemos recordar que el culto es un acto corporativo, y que cada uno de nosotros tiene que contribuir con algo. Si preguntamos, no: < ¿Qué puedo yo sacar de este culto? > sino: < ¿Qué puedo yo contribuir a este culto? >, sacaremos mucho más de él que si hubiéramos venido simplemente para recibir.

(b) Podemos ir sin ilusión. Sólo por costumbre o por rutina. Puede que sea simplemente una parte del programa de la semana. Pero, después de todo, vamos a tener un encuentro con Dios, y en tales circunstancias pueden suceder cosas realmente maravillosas.

(c) Podemos ir sin prepararnos. Es fácil ir al culto de la casa de Dios sin ninguna preparación de mente o de corazón simplemente porque tenemos que darnos prisa para llegar a tiempo. Pero sería muy diferente, si, antes de ir, pasáramos algún tiempo tranquilos en oración. Como los rabinos judíos decían a sus discípulos: «Oran mejor juntos los que antes han orado a solas.»

(iii) Es verdad de *las relaciones personales*. Una de los grandes principios de la vida es que vemos nuestro reflejo en otras personas. Si estamos enfadados y cabreados y de mal genio, probablemente los demás nos resultarán igualmente desagradables. Si somos criticones y no hacemos más que encontrar faltas, lo más probable es que los demás nos parezcan iguales. Si somos suspicaces y desconfiados, lo más probable es que los demás nos lo parezcan. Si queremos que los demás nos quieran, tenemos que empezar por quererlos. Como decía el sabio, el que quiera tener amigos tiene que empezar por portarse como un amigo (*Proverbios 18:24*). Era precisamente porque Jesús creía en las personas por lo que las personas creían en Él.

LA LEY DE LA RENTABILIDAD

Marcos 4:25

«Al que ya tenga, se le dará todavía más; y al que no tenga, se le quitará hasta lo que tenga.»

Este puede parecer un dicho injusto; pero la vida nos enseña que es inevitable y profundamente cierto.

(i) Es verdad del *conocimiento*. Cuanto más sabe una persona, tanto más es capaz de conocer. Uno no puede entrar en las riquezas de la literatura griega sin antes haber trillado su camino a través de la gramática griega. Cuando ya tiene la gramática elemental, se le pueda dar más, pero no si no. Uno no puede disfrutar de lo mejor de la música hasta que aprende algo de la estructura de una sinfonía. Pero, cuando tiene ese conocimiento, se le abren las puertas para que disfrute más y más de las riquezas y bellezas de la música. Es igualmente cierto que a menos que una persona se dedique a la tarea de aumentar sus conocimientos, a fin de cuentas perderá hasta los conocimientos que tenía. Muchas personas, de jóvenes tenían

un conocimiento suficiente de un idioma extranjero, o de ciencias naturales o de historia cuando estaban estudiando; pero dejaron de cultivarlo, y han perdido hasta el conocimiento que tenían.

Cuantos más conocimientos tenga una persona, más fácil le será adquirir más. Y si no está dispuesta a aumentarlos, pronto perderá los que tenía. Los maestros judíos tenían un dicho extrañamente expresivo. Decían que el estudiante tenía que ser tratado como un becerro joven: cada día se le debía aumentar la carga un poco. En el conocimiento no nos podemos quedar parados: o estamos ganando o perdiendo todo el tiempo.

(ii) Es verdad del *esfuerzo*. Cuanta más fuerza física tenga un hombre, tanta más podrá adquirir dentro de los límites de la naturaleza. Cuanto más entrene su cuerpo, tanto más podrá hacer con él. Por otra parte, si deja que su estructura física se vuelva blanda y perezosa, acabará por perder hasta la forma que tenía. A veces haremos bien en recordar que nuestros cuerpos pertenecen a Dios tanto como nuestras almas. Muchos se han visto imposibilitados de conseguir un trabajo porque se han dejado llegar a una condición física que los incapacita.

(iii) Así sucede con *cualquier arte o habilidad*. Cuanto más desarrolla una persona la habilidad de sus manos, o de sus ojos, o de su mente, tanto más será capaz de desarrollarla. Si se contenta con ir a la deriva no intentando hacer nada nuevo nunca, no adoptando nunca ninguna nueva técnica, se quedará atascado en un trabajo sin progresar. Si descuida su habilidad particular se encontrará después con que la ha perdido completamente.

(iv) Eso sucede con *la capacidad para asumir responsabilidad*. Cuanta más responsabilidad asuma una persona, más podrá asumir. Cuantas más decisiones haya estado obligado a hacer, mejor capacitado estará para hacer más. Pero si una persona evita sus respnsabilidades, si se desmarca de las decisiones y vacila todo el tiempo, a fin de cuentas será una criatura blanducha y sin firmeza, y totalmente incapaz de asumir responsabilidad y tomar ninguna decisión.

Una y otra vez en Sus parábolas, Jesús deja bien sentado que la recompensa de un trabajo bien hecho es más trabajo para hacer. Es una de las leyes fundamentales de la vida, una ley que es peligroso olvidar, que cuanto más se ha ganado, más se puede ganar; y que, si no se hace ningún esfuerzo, se acaba perdiendo hasta lo que se tuvo.

EL CRECIMIENTO INVISIBLE Y EL RESULTADO SEGURO

Marcos 4:26-29 .

Jesús les dijo también:

-Os diré a lo que se parece el Reino de Dios. Es como lo que pasa cuando una echa la semilla en la tierra. El labrador duerme y se despierta noche y día, y la semilla brota y crece ¡sin que él sepa cómo! La tierra produce fruto sin que nadie la ayude; primero el tallo, luego la espiga, luego el grano lleno en la espiga. Y cuando el tiempo lo permite, inmediatamente se coge la hoz, porque ha llegado la hora de recoger la cosecha.

Esta es la única parábola que no nos cuenta más que Marcos. El Reino de Dios quiere decir literalmente *el reinado de Dios*. Quiere decir el día cuando la voluntad de Dios se cumpla tan perfectamente en la Tierra como se cumple en el Cielo. Ese es el objetivo de Dios para todo el universo. Esta parábola es corta, pero está llena de verdades insoslayables.

(i) Nos habla de *la impotencia humana*. El labrador no hace crecer la semilla. En último análisis, ni siquiera sabe cómo crece. La semilla tiene el secreto de la vida y del crecimiento en sí misma. Nadie ha poseído nunca el secreto de la vida. Ninguna persona ha creado nunca nada en el sentido exacto

de la palabra. El ser humano puede descubrir cosas; puede organizarlas; puede desarrollarlas; pero no puede crearlas.

Nosotros no *creamos* el Reino de Dios; el Reino es *de Dios*. Es verdad que lo podemos frustrar o impedir; y que podemos producir una situación en el mundo en la que se le da la oportunidad de que venga más plenamente y más rápidamente. Pero por detrás de todas las cosas está Dios, y el poder y la voluntad de Dios.

(ii) Nos dice algo acerca del *Reino*. Es un hecho notable el que Jesús usara tan a menudo ilustraciones del crecimiento de la naturaleza para describir la venida del Reino de Dios.

(a) El crecimiento natural es a menudo *imperceptible*. Si vemos una planta todos los días no nos damos cuenta de su crecimiento. Es sólo cuando la vemos de tarde en tarde cuando notamos la diferencia. Así sucede con el Reino. No nos cabe la menor duda que el Reino está avanzando si comparamos, no hoy con ayer, sino este siglo con cualquiera de los pasados.

Cuando Elizabeth Fry fue a la cárcel de Newgate en 1817, encontró en el pabellón de las mujeres a trescientas mujeres e innumerables niños apiñados en dos pequeñas salas. Vivían y cocinaban y comían y dormían en el suelo. Los únicos que estaban a cargo eran un anciano y su hijo. Las mujeres estaban apelmazadas, medio desnudas, casi como bestias, mendigando dinero que gastaban en bebida alcohólica en el bar de la misma cárcel. Elizabeth encontró allí a un chico de nueve años que estaba esperando que le ahorcaran por romper una ventana y robar unos dibujos valorados en dos peniques. En 1853, los tejedores de Bolton estaban de huelga pidiendo un sueldo de diez peniques y medio al día, y los mineros de Stafford estaban en huelga pidiendo una paga de dos chelines y medio a la semana. (2 peniques son ahora 1 peseta; había 12 peniques en 1 chelín).

Ahora esas cosas no se pueden ni imaginar. ¿Por qué? Porque el Reino sigue avanzando. Puede que el crecimiento del Reino, como el de la planta, sea imperceptible de un día para otro; pero con el paso de los años es indudable.

(b) El crecimiento natural es *constante*. Noche y día, mientras el c[^]pesino duerme, el crecimiento prosigue. No hay

nada irregular en la obra de Dios. Lo malo del esfuerzo humano y de la bondad humana es que son espasmódicos. Un día damos un paso adelante, y al día siguiente retrocedemos dos. Pero la obra de Dios prosigue calladamente; Dios desarrolla Su plan sin cesar.

(c) El crecimiento natural es *inevitable*. No hay nada tan poderoso como el crecimiento. Un árbol puede quebrar una acera de hormigón con el poder de su crecimiento. Una planta puede asomar su cabecita verde en un camino de asfalto. Nada puede detener el crecimiento. Así sucede con el Reino. A pesar de la rebeldía y la desobediencia humanas, la obra de Dios sigue adelante; y nada puede acabar por detener el plan de Dios.

(iii) Nos dice que hay *una consumación*. Llegará el día de la cosecha. Inevitablemente, cuando llegue la cosecha sucederán dos cosas, que son como las dos caras de la misma moneda: los frutos buenos se recogen, y los hierbajos y la cizaña se destruyen. La cosecha y el juicio van inseparablemente de la mano. Cuando pensamos en ese día por venir, se nos imponen tres cosas.

(a) Se nos convoca a *la paciencia*. Somos criaturas del momento, e inevitablemente pensamos en términos del momento. Dios tiene toda la eternidad para realizar Su obra. < Mil años para Ti son como el día de ayer, que ya ha pasado, y como una de las vigilias de la noche > (*Salmo 90:4*). En vez de la prisa humana malhumorada, impaciente, nerviosa, debemos cultivar en nuestra alma la paciencia que aprende a esperar en Dios.

(b) Se nos convoca a *la esperanza*. Estamos viviendo hoy en día en una atmósfera de desesperación. Se desespera de la Iglesia; se desespera del mundo; se otea el futuro con un estremecimiento de temor. «El hombre -dijo H. G. Wells- que empezó en una cueva a cubierto del viento terminará en las ruinas infectadas de un chabolarío.» Entre las dos guerras mundiales, Sir Philip Gibbs escribió un libro en el que miraba hacia adelante pensando en la posibilidad de una guerra de

gases asfixiantes; y decía algo así como: «Si huelo un gas asfixiante en la calle principal de Kensington, no voy a ponerme una máscara antigás. Voy a salir a la calle, y llenarme bien los pulmones, porque sabré que *la farsa ha terminado*.» Eso es lo que piensa mucha gente. Ahora bien: nadie puede pensar eso si cree en Dios. Si Dios es el Dios en Quien creemos, no cabe el pesimismo. Puede que haya remordimientos y pesar; puede que haya arrepentimiento y contrición; puede que haya examen de conciencia y reconocimiento del fracaso y del pecado; pero no puede haber nunca lugar para la desesperación.

(c) Se nos convoca a *estar preparados* para la consumación. Será demasiado tarde para prepararnos' cuando se nos eche encima. Tenemos que estar preparados, literalmente, para encontrarnos con nuestro Dios.

Si vivimos en la paciencia que no puede ser derrotada, en la esperanza que no puede resultar fallida y en la preparación que contempla siempre la vida a la luz de la eternidad, por la gracia de Dios estaremos listos para la consumación de Su plan cuando llegue.

DE PEQUEÑO A GRANDE

Marcos 4:30-32

Jesús dijo:

-¿Cómo podremos encontrar algo con lo que comparar el Reino de Dios? ¿O qué imagen usaremos para representarlo? Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra, es la más pequeña de todas las semillas que se ponen en la tierra; pero cuando se siembra, se pone a crecer, y llega a ser más grande que todas las hortalizas, y echa grandes ramas de tal manera que las aves de los cielos pueden encontrar cobijo a su sombra.

Hay en esta parábola dos cuadros que cualquier judío podría reconocer fácilmente. Primero, en Palestina se usaba proverbialmente el grano de mostaza como la cosa más pequeña que se pudiera imaginar. Por ejemplo, «una fe como un grano de mostaza» quiere decir «la cantidad más pequeña imaginable de fe.» Este grano de mostaza crecía de hecho hasta hacerse algo como un árbol. Un viajero en Palestina nos habla de haber visto una planta de mostaza que, en altura, sobrepasaba a un caballo con su jinete. A los pájaros les encantan las semillitas negras del árbol, y era corriente ver una nube de pájaros en una planta de mostaza.

Segundo, en el Antiguo Testamento se describe un gran imperio como un árbol, y los países súbditos como las aves que encuentran cobijo a la sombra de sus ramas (*Ezequiel 17:22ss; 31:1 ss; Daniel 4:10, 21*). La figura de un árbol con pájaros en sus ramas representa por tanto un gran imperio y las naciones que forman parte de él.

(i) Esta parábola dice: *No te desanimes nunca por los principios humildes*. Puede parecer que de momento no pueden producir más que un efecto muy pequeño; pero si ese efecto pequeño se repite y se repite, llegará a ser muy grande. Hay un experimento científico que muestra el efecto de los tintes. Se tiene una gran vasija de agua clara, y un frasquito de tinte. Gota a gota se deja caer el tinte en el agua clara. Al principio parece que no produce absolutamente ningún efecto, y el agua no parece colorearse lo más mínimo. Pero poco a poco el agua empieza a teñirse de color; poco a poco el color se hace más intenso hasta que todo el recipiente se colorea. Es el efecto de las gotas repetidas sucesivamente.

Algunas veces pensamos que, para todo lo que podemos hacer, realmente apenas vale la pena empezarlo. Pero debemos siempre tener presente esto: *Todo* tiene que tener un principio. Nada nace como Minerva de la cabeza de Zeus en la mitología griega, teniendo su forma definitiva. Debemos hacer lo que podamos; y el efecto acumulativo de todos los pequeños esfuerzos acabará produciendo un resultado sorprendente.

(ii) **Esta parábola habla del imperio de la Iglesia. El árbol** y los pájaros, como hemos visto, representan un gran imperio y todas las naciones que encuentran cobijo en él. La Iglesia empezó por una persona, y está diseñada para abarcar todo el mundo. Hay dos direcciones en las que esto es verdad.

(a) La Iglesia es un imperio en el que pueden tener su lugar todas las opiniones y todas las teologías. Tenemos la manía de tachar de herejes a todos los que no piensan como nosotros: John Wesley fue el mayor ejemplo de tolerancia de la Historia. «Pensamos -decía-, y dejamos pensar.» «Yo no tengo más derecho -decía- a objetar a uno que tiene una opinión diferente de la mía del que tengo a diferir de uno porque lleva peluca mientras que yo tengo todavía mi pelo.» Wesley tenía un saludo: «¿Es tu corazón como el mío? ¡Entonces, dame la mano!» Está bien que uno esté seguro de tener razón; pero eso no es razón para pretender que ningún otro la tenga.

(b) La Iglesia es un imperio en el que tienen cabida todas las naciones. Una vez, se estaba construyendo una iglesia. Una de sus muchas bellezas iba a ser una vidriera de colores. El comité de construcción buscaba un tema, y finalmente se decidió por los versos del himno

*Del trono eterno en derredor
niños mil están.*

Contrataron a un gran artista para que hiciera el modelo del que luego se haría la vidriera. Tan pronto como empezó su trabajo, se entregó a él totalmente. Cuando lo terminó, se acostó y se quedó dormido; pero por la noche creyó oír un ruido en el estudio. Fue a investigar, y vio a un extraño, con la paleta y el pincel en la mano, trabajando en su pintura. «¡Estate quieto! -gritó- ¡Vas a estropearme el cuadro!» «Creo -dijo el extraño- que ya lo has estropeado tú.» «¿Por qué me dices eso?» -preguntó el artista. «Porque - le contestó el otro- tienes muchos colores en la paleta, pero no has usado nada más que Mo para los rostros de los niños. ¿Quién te dijo que

el Cielo es un lugar en el que no hay más que niños blancos?» «Nadie -confesó el artista-; pero así es como yo me lo figuré.» «¡Mira! -dijo el extraño-. Voy a poner algunas de sus caritas amarillas, y otras negras, y otras rojas, y otras grises. Todos están allí, porque han aceptado Mi invitación.» «¿Tu invitación? ¿Quién eres Tú?» El Extraño sonrió, y dijo: «Una vez hace mucho Yo dije: "Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el Reino del Cielo" -¡Y lo sigo diciendo!» Entonces el artista se dio cuenta de que era el Maestro en persona; y cuando se dio cuenta, Él desapareció. El cuadro parecía tanto más maravilloso ahora que tenía niños negros y amarillos y rojos y grises y blancos. Por la mañana, el artista se despertó y fue corriendo al estudio. Su cuadro estaba como lo había dejado el día antes; y se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Aunque aquel mismo día venían los del comité a ver el cuadro, él cogió los pinceles y la paleta, y empezó a pintar los niños de todos los colores que tienen las razas humanas en todo el mundo. Cuando llegó el comité, todos pensaron que el cuadro era maravilloso; y uno dijo conmovido: «¡Vamos a tener la familia de Dios en nuestra iglesia!»

La Iglesia es la familia de Dios; y en esa Iglesia que empezó en Palestina tan pequeña como un granito de mostaza, hay sitio para todas las naciones del mundo. No hay barreras en la Iglesia de Dios. Los hombres las levantan, pero Dios en Cristo las elimina.

EL SABIO MAESTRO Y
EL ALUMNO APROVECHADO

Marcos 4:33s

Era con muchas parábolas así como Jesús seguía

comunicándoles la Palabra, acomodando Su enseñanza a la capacidad que ellos tenían. Tenía la costumbre de

no hablarles sin una parábola; y cuando estaban en privado, les descubría a Sus discípulos lo que quería decir todo.

Aquí tenemos una definición breve pero perfecta tanto del sabio maestro como del alumno sabio. Jesús acomodaba Su enseñanza a la capacidad de Su audiencia. Esa es la primera necesidad de la enseñanza sabia.

Hay dos peligros que un maestro sabio debe evitar a toda costa.

(a) Debe evitar todo *exhibicionismo*. El deber de un maestro no es llamar la atención, sino dirigir la atención a su tema. El deseo que exhibirse puede hacer que uno intente alucinar a expensas de la verdad. Puede hacerle pensar más en las maneras sorprendentes de decir una cosa que en la cosa misma. O puede hacerle desear desplegar su propia erudición hasta tal punto que se hace tan oscuro y elaborado y rebuscado que las personas normales no le pueden entender en absoluto. No hay ninguna virtud en hablar por encima de las cabezas de la audiencia. Como ha dicho alguien: «El tirar por encima del blanco sólo demuestra que se es mal tirador.» Un buen maestro debe estar enamorado de su asignatura, y de sus alumnos, pero no de sí mismo.

(b) Debe evitar *un sentimiento de superioridad*. La verdadera enseñanza no consiste en decirle cosas a la gente, sino en aprender juntamente. La idea de Platón era que la enseñanza quería decir sencillamente extraer de la mente y la memoria de los alumnos lo que ya sabían. El maestro que se pone en un pedestal y habla de arriba abajo no tendrá nunca éxito. La verdadera enseñanza consiste en compartir y en descubrir la verdad juntos. Es una exploración en equipo de los paisajes de la mente. Bien lo dijo Antonio Machado:

¿Tu verdad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela.

Hay ciertas cualidades que siempre debe tratar de adquirir el que desea enseñar.

(a) El maestro debe tener *comprensión*. Una de las grandes dificultades del experto es comprender por qué el no-experto encuentra una cosa tan difícil de entender o de hacer. Al maestro le es necesario pensar con la mente del alumno, y ver con los ojos del alumno antes de poder realmente explicar o impartir ninguna clase de conocimiento.

(b) El maestro debe tener *paciencia*. El rabino judío Hillel establecía: «Un hombre irascible no puede ser maestro,» e insistía en que la primera cualidad esencial de un maestro es la tranquilidad. Los judíos establecían que si un maestro se daba cuenta de que sus alumnos no comprendían una cosa tenía que empezar otra vez desde el principio sin rencor ni irritación, y explicarlo todo de nuevo. Eso era precisamente lo que hacía Jesús siempre.

(c) El maestro debe tener *amabilidad*. Las reglas de la enseñanza judía prohibían los castigos excesivos, especialmente los que humillaran al estudiante. El deber del maestro era siempre animar, y nunca desanimar. Anna Buchan cuenta que su anciana abuela tenía una frase favorita: «Nunca desanimes a un joven.» Al maestro le es fácil usar el látigo de la lengua con un discípulo de mente saltarina. A menudo es una tentación a apuntarse un tanto haciendo de ese alumno la meta de sarcasmos y agudezas que le convierten en el hazmerreír de la clase. El maestro que es amable nunca lo haría.

Este pasaje también nos muestra al alumno sabio. Nos pinta el cuadro del círculo íntimo al que Jesús podía explicar las cosas real y verdaderamente.

(a) El alumno sabio *no se olvida cuando se marcha de la clase*. Cuando se va, piensa en lo que ha oído. Lo rumia hasta digerirlo y asimilarlo. Epicteto, el sabio maestro estoico, solía molestarse con algunos de sus alumnos. Decía que las personas deberían usarla filosofía que aprendían, no para discutir, sino para vivir. En una metáfora cruda, decía que las ovejas no vomitan la hierba para que vea el pastor cuánto han comido,

sino la digieren y la convierten en lana y leche. El alumno sabio se va, no para olvidar lo que ha aprendido, ni para presumir de ello, sino para meditarlo reposadamente hasta descubrir lo que quiere decir en su caso y en su vida.

(b) Por encima de todo, el alumno sabio *busca la compañía de su maestro*. Después de oír a Jesús, las muchedumbres se dispersaban; pero había una pequeña compañía que se quedaba con Él y no tenía prisa en marcharse. Era a ellos a los que Jesús desarrollaba el sentido de cada cosa. En último análisis, si uno es de veras un gran maestro no es tanto su enseñanza lo que se quiere conocer, sino a él mismo. Su mensaje siempre consistirá, no tanto en lo que dice sino en cómo es. Él que quiere aprender de Cristo debe buscarle y estar en Su compañía. Si lo hace ganará, no sólo conocimientos, sino la vida misma.

LA PAZ DE LA PRESENCIA

Marcos 4:35-41

Cuando llegó la tarde de aquel día, Jesús les dijo: -Vamos a cruzar a la otra orilla.

Así que se apartaron de las multitudes y Le tomaron a Jesús tal como estaba en su barca. Y había otras barcas allí.

Entonces se levantó una gran tempestad de viento, y las olas combatían la barca, que estaba a punto de anegarse. Y Jesús estaba a la popa, durmiendo apoyado en un cabezal. Los discípulos Le despertaron diciéndole:

- ¡Maestro! ¿Es que no te importa que perezcamos?

Así que, cuando Le despertaron, El se dirigió con autoridad al viento, y al mar y les dijo:

- ¡Cállate! ¡Cálmate!

Y el viento amainó, y se produjo una gran calma. Jesús, y les dijo:

¿Por qué teníais miedo? ¿Es que todavía no tenéis fe? Y ellos estaban embargados de un profundo temor, y se decían unos a otros:

- ¿Quién va a resultar Éste? ¡Porque hasta el viento y la mar Le obedecen!

El lago de Galilea era famoso por sus tempestades. Se producían inesperadamente y tan de pronto que sorprendían y aterraban. Un escritor las describe de la siguiente manera: «No es raro ver aparecer terribles tempestades, hasta cuando el cielo está perfectamente despejado, sobre estas aguas que están ordinariamente tranquilas. Los numerosos arroyos que desembocan por la parte superior del lago, por el Nordeste y el Este, actúan como peligrosos desfiladeros por los que se lanzan los vientos de las alturas de Haurán, la meseta de Traconítide y la cima del monte Hermón, y se encauzan y comprimen de tal manera que, precipitándose con una fuerza tremenda por un espacio estrecho y luego soltándose de pronto, agitan el pequeño lago de Genesaret de una manera aterradora.» Uno que fuera cruzando el lago siempre estaba expuesto a encontrarse con una de estas tempestades repentinas. Jesús iba en la barca en la posición que se le permitiría a cualquier huésped distinguido. Se nos dice que « en estos barquitos, el lugar para cualquier extranjero distinguido es un pequeño asiento colocado en la popa, donde suele haber una esterilla y un cojín. El timonel suele ir de pie un poco más adelante en la cubierta, aunque cerca de la popa, para tener una visión clara hacia adelante.»

Es interesante notar que las palabras que Jesús le dirigió al viento y a las olas son exactamente las mismas que le dijo al poseso de *Marcos 1:25*. Lo mismo que un malvado demonio poseía a aquel hombre, así el poder destructor de la tormenta era, así lo creían en Palestina en aquellos días, el poder malvado de los demonios actuando en el reino de la naturaleza.

No le hartamos justicia a esta historia si la tomáramos sólo en un sentido literal. Si no describe más que un milagro físico

en el que Jesús calmó una tempestad, es muy maravillosa, y es algo que nos produce admiración, pero que solamente sucedió una vez y no se repetirá nunca. En tal caso es algo totalmente externo a nosotros. Pero si la leemos también en un sentido simbólico es de mucho más valor. Cuando los discípulos se dieron cuenta de que la presencia de Jesús estaba con ellos, la tempestad se convirtió en calma. Una vez que se dieron cuenta de que Él estaba allí, una paz intrépida vino a sus corazones. Viajar con Jesús era viajar en paz aun en medio de la tormenta. Ahora bien: eso es universalmente cierto. No es algo que sucedió una vez y no más; es algo que sigue sucediendo, y que nos puede suceder a nosotros también. En la presencia de Jesús podemos tener paz aun en medio de las más violentas tempestades de la vida.

(i) Jesús nos da la paz en la tormenta del *duelo*. Cuando nos viene una pérdida como es inevitable, Jesús nos habla de la gloria de la vida por venir. Él cambia la oscuridad de la muerte en la luminosidad del pensamiento de la vida eterna. El nos habla del amor de Dios. Hay una antigua historia de un jardinero que tenía en su jardín una flor favorita que quería mucho. Cierta día llegó al jardín, y se encontró con que aquella flor no estaba. Se entristeció y enfadó mucho, y se puso a proferir quejas. En medio de su resentimiento se encontró con el dueño del jardín, al que comunicó sus quejas también. < ¡Cállate! -le dijo el dueño- La he recogido yo para mí.» En la tormenta del duelo, Jesús nos dice que los que amamos han ido para estar con Dios, y nos da la seguridad de que nos reuniremos otra vez con los que hemos amado y perdido por un tiempo.

(ii) Jesús nos da la paz cuando *los problemas* de la vida nos envuelven en una tempestad de duda y tensión e incertidumbre. Hay momentos en los que no sabemos qué hacer; cuando nos encontramos en alguna, de las encrucijadas de la vida, y no sabemos qué camino seguir. Si entonces nos volvemos a Jesús y Le decimos: < Señor, ¿qué quieres que haga?» -el camino aparecerá claro. Lo trágico no es no saber qué hacer, sino que

a menudo no nos sometemos humildemente a la dirección de Jesús. El buscar Su voluntad y someternos a ella es el camino a la paz en tales momentos.

(iii) Jesús nos da la paz en las tormentas de *la ansiedad*. El principal enemigo de la paz es la preocupación, por nosotros, acerca del futuro desconocido, y por los que amamos. Pero Jesús nos habla de un Padre Cuya mano no causará nunca a Sus hijos una lágrima innecesaria, y de un amor más allá del cual ni nosotros ni los que amamos podemos ser arrastrados nunca. En la tormenta de la ansiedad Jesús nos trae la paz del amor de Dios.

LA EXPULSIÓN DE LOS DEMONIOS

Marcos 5:1-13

Llegaron a la otra orilla del lago, al territorio de los gerasenos. En cuanto Jesús desembarcó, Le salió al encuentro de las tumbas un hombre dominado por un espíritu inmundo. Este hombre vivía entre las tumbas. Nadie había sido capaz nunca de atarle con una cadena, porque muchas veces le habían atado con grillos y con cadenas, pero él se soltaba haciendo añicos las cadenas y los grillos, y no había nadie que fuera suficientemente fuerte para dominarle. Estaba siempre, noche y día, por las tumbas y por los montes, gritando y rajándose con las piedras. Vio a Jesús cuando estaba todavía a mucha distancia, y corrió y se arrodilló delante de Él.

-¿Qué tenemos Tú y yo que ver el uno con el otro? -dijo- ¡Jesús, Hijo del Dios altísimo! Te conjuro por el nombre de Dios que no me atormentes.

Eso lo decía porque Jesús le había estado ordenando al espíritu inmundo que saliera del hombre. Y entonces Jesús le preguntó:

-¿Cómo te llamas?

Me llamo Legión -Le contestó el hombre-, porque somos muchos.

Y siguió pidiéndole a Jesús con muchas súplicas que no los enviara fuera del país.

Había una gran piara de puercos paciendo en la ladera de la montaña. Y los espíritus Le pidieron a Jesús:

Envíanos a los puercos para que entremos en ellos.

Y Jesús les permitió que entraran en los puercos. Y los espíritus inmundos salieron del hombre y entraron en los puercos, y toda la manada -había como dos mil animales- se lanzaron por un precipicio al lago, y se ahogaron.

Aquí tenemos una historia gráfica y° bastante macabra. Es la clase de historia en la que tenemos que esforzarnos por leer entre líneas, porque representa una forma de pensar que era muy familiar entre la gente de Palestina en los días de Jesús, pero que nos resulta sumamente extraña.

Si esto se ha de tomar en estrecha relación con lo que precede -y esa era la intención de Marcos-, debe de haber sucedido ya muy tarde por la tarde o hasta ya entrada la noche. La historia resulta todavía más fantástica y misteriosa si tenemos en cuenta que tuvo lugar en las sombras de la noche.

El versículo 35 nos dice que era ya tarde por la tarde cuando Jesús y Sus amigos se hicieron a la mar. El lago de Galilea tiene 20 kilómetros por lo más largo, y 11 por lo más ancho. En el lugar de nuestra historia hay unos 8 kilómetros de lado a lado. Habían hecho el viaje; y, durante la travesía, se habían enfrentado con la tormenta y habían conseguido por fin llegar a tierra. Era una parte de la orilla del lago en la que hay muchas cuevas en la roca caliza, muchas de las cuales se usaban como tumbas. En sus mejores momentos era un paraje misterioso; cuando caía la noche tiene que haber sido verdaderamente macabro.

i y

De las tumbas vino corriendo hacia ellos un hombre poseído por el demonio. Era un lugar especialmente adecuado para él, porque los demonios, según se creía entonces, vivían en los

lugares **sucios, en sitios solitarios y desolados y entre las tumbas.** Era en **medio de la noche y antes del canto del gallo cuando los demonios estaban especialmente activos.** Era peligroso dormir a solas en una casa vacía por la noche; saludar a cualquier persona en la oscuridad, porque podría ser un demonio; salir por la noche sin una luz o una antorcha era arriesgarse demasiado. Aquel era un lugar peligroso, y una hora peligrosa, y el hombre era un hombre peligroso.

Hasta qué punto. este hombre se sentía poseído se ve por su manera de hablar. Algunas veces usa el singular como si fuera él mismo el que hablaba; pero otras usa el plural, como si todos los demonios estuvieran hablando. Estaba tan convencido de que tenía demonios que sentía como que hablaban por medio de él. Cuando Jesús le preguntó cómo se llamaba, contestó que Legión. Probablemente había dos razones para aquello.

Una legión era un regimiento romano de 6,000 soldados. Probablemente aquel hombre había visto una de aquellas legiones romanas en marcha por la carretera, y estaba convencido de que tenía una legión de demonios dentro. En cualquier caso, los judíos creían que ninguna persona podría sobrevivir si se diera cuenta del número de demonios que la rodeaban. Eran «como la tierra que se echa alrededor de un bancal cuando se planta.» Había un millar a la mano derecha de un hombre y diez millares a su izquierda. La reina de los espíritus femeninos tenía no menos de 180,000 seguidoras. Había un dicho judío: «Una legión de espíritus dañinos está acechando a las personas,» diciéndoles: « ¿Cuándo caerán estos en las manos de una de estas cosas y le apresarán?» Sin duda este desgraciado sabía todas estas cosas, y su pobre mente peregrina estaba segura de que una masa de aquellos demonios había hecho en él su residencia.

Además, Palestina era un país ocupado. Las legiones romanas, cuando más salvajes e irresponsables, podían a veces ser culpables de atrocidades que le helarían a uno la sangre. Bien puede ser que este hombre hubiera visto, y hasta tal vez

experimentado, cómo sus seres amados sufrían los asesinatos y la rapiña que acompañaban a veces a las legiones. Bien puede ser que fuera alguna terrible experiencia así la que le hubiera dañado la mente. La palabra *Legión* conjuraba en él una visión de terror y muerte y destrucción. Estaba convencido de que tenía dentro demonios de esa clase.

No podremos ni empezar a entender esta historia a menos que veamos lo grave que era el caso de este hombre. Está claro que Jesús intentó más de una vez curarle. El v. 8 nos dice que Jesús había empezado usando Su método habitual una orden de autoridad al demonio para que saliera. En esta ocasión no fue suficiente. A continuación, le preguntó a aquel deomino cómo se llamaba. Siempre se suponía en aquel tiempo que, si se podía descubrir el nombre de un demonio, se adquiriría un cierto poder sobre él. Una antigua fórmula mágica decía: < Te conjuro, cualquier espíritu demoníaco que seas, que digas quién eres.> Se creía que si se sabía el nombre, el poder del demonio quedaba quebrantado. En este caso aun aquello no resultó suficiente.

Jesús vio que no había nada más que una matraera de curar a este hombre -y era darle una demostración indudable de que los demonios habían salido de él, por lo menos indudable en tanto en cuanto concernía a su propia mente. No importa si creemos en la posesión diabólica o no; aquel hombre sí creía. Aun en el caso de que todo fuera una invención de su mente desquiciada, los demonios eran para él algo muy real. El doctor Randle Short, hablando de la supuesta mala influencia de la Luna (*Salmo 121:6*) que ha quedado en palabras como *lunático* y *alunado*, dice: < La ciencia moderna no reconoce ningún daño particular que produzca la Luna. Sin embargo es una creencia muy extendida que la Luna afecta realmente la mente de las personas... Es bueno saber que el Señor nos puede librar de los peligros imaginarios tanto como de los reales. A menudo los imaginarios son más difíciles de afrontar.>

Este hombre necesitaba liberación; ya fuera liberación de la posesión ~iabólica real, o de una ilusión sumamente poderosa,

no importa. Aquí es donde entra la manada de cerdos. Estaban paciendo en la ladera de la colina. El hombre sentía que los demonios estaban pidiendo que no se los destruyera del todo, sino que se los enviara a los cerdos. Todo ese tiempo estaba dando gritos y alaridos y experimentando paroxismos que eran señales de su mal. De pronto, cuando sus chillidos alcanzaron una intensidad superior, toda la manada salió huyendo y se precipitó por una ladera escarpada en el mar. ¡Allí estaba la prueba que el hombre necesitaba! Esto era casi la única cosa del mundo que podía convencerle de que estaba curado. Jesús, como sabio médico que entendía con tanta amabilidad y simpatía y psicología la mente enferma, usó aquel acontecimiento para ayudar a aquel hombre a recuperar su sanidad, y su mente turbulenta recuperó la paz.

Hay personas excesivamente detallistas que culpan a Jesús por devolverle la salud a un hombre a costa de la muerte de unos cerdos. No cabe duda de que es una manera muy ciega de ver las cosas. ¿Cómo puede llegar a compararse el destino de los cerdos al de una persona con un alma inmortal? No tenemos ningún reparo, supongo yo, en que nos pongan carne de cerdo para la comida, ni la rechazamos porque haya supuesto la vida de un animal. Sin duda, si matamos animales para no pasar hambre, no podemos presentar ninguna objeción si la salvación de la mente y el alma de una persona supuso la muerte de una manada de esos mismos animales. Hay una sensiblería blandengue que languidece de lástima por el daño que sufre un animal, y nunca mueve ni un dedo para remediar el estado lastimoso de millares de hombres y mujeres y niños de Dios. Esto no es decir que no tenemos por qué preocuparnos de lo que le sucede a la creación animal de Dios, porque Dios ama todas las criaturas que Sus manos han hecho; pero sí es decir que debemos conservar un sano sentido de la proporción, y en el baremo de Dios no hay nada tan importante como un alma humana.

PEDIRLE A CRISTO QUE SE VAYA

Marcos 5:14-17

Los que estaban apacentando los puercos salieron huyendo, y dieron la noticia de lo que había sucedido en el pueblo y en las granjas. Y salió la gente a ver qué era lo que había pasado. Llegaron hasta donde estaba Jesús, y vieron al poseso -el hombre que había tenido la legión de demonios- sentado, totalmente vestido y en su sano juicio, y les dio mucho miedo. Y los que habían visto lo que había pasado les contaron lo que le había sucedido al poseso, y les dijeron lo de los puercos; y ellos se pusieron a insistirle a Jesús que se marchara de su territorio.

Naturalmente, los hombres que estaban a cargo de los puercos fueron al pueblo y a las granjas con la noticia de este suceso extraordinario. Cuando la gente curiosa llegó al lugar, encontraron al hombre que había estado tan mal, sentado, normalmente vestido y en plena posesión de sus facultades. El loco salvaje y desnudo se había convertido en un ciudadano sano y sensato.

Y entonces viene la sorpresa, la paradoja, lo que nadie realmente esperaría. Habríamos supuesto que aquella gente se habría alegrado mucho; pero reaccionaron más bien con miedo. Y se habría esperado que Le pidieran a Jesús que se quedara con ellos y ejerciera aún más Su extraordinario poder; pero Le dijeron que se marchara de su territorio lo más pronto posible. ¿Por qué? Un pobre desgraciado había recuperado la salud, pero ellos habían perdido los cerdos, y por tanto no querían saber más de Jesús. Aquello había alterado la rutina de la vida, y ellos querían que el elemento perturbador desapareciera lo más pronto posible.

Un frecuente grito de batalla de la mente humana es: «¡No me compliques la vida!» En general, lo único que quiere la gente es que se la deje en paz.

(i) La gente dice instintivamente: «¡No alteres mi tranquilidad!» Si alguien viniera a nosotros y nos dijera: « Te **puedo dar un mundo** que será mejor para la masa de gente en general, pero supondrá que **tu comodidad, por** lo menos por cierto tiempo, se verá perturbada e inquietada, y que tendrás que pasarte con algo menos que ahora por bien de los demás,» la mayor parte de la gente diría: «Prefiero que las cosas sigan como están.» De hecho, esa es casi exactamente la situación que estamos viviendo en la actual revolución social. Estamos pasando una época de redistribución, no sólo en este país, sino también en las naciones en vías de desarrollo. Estamos en una época en que se vive muchísimo mejor que en cualquier tiempo pasado; pero eso ha supuesto que la vida no sea tan cómoda como lo era para un número considerable de personas; y por esa misma razón hay resentimiento, porque algunas de las comodidades de la vida han desaparecido.

Se habla un montón de lo que *nos debe* la vida. La vida no nos debe absolutamente nada; somos nosotros los que le debemos a la vida todo lo que le podamos dar. Somos seguidores de Uno que dejó la gloria del Cielo por la estrechez de la Tierra, y el gozo de Dios por el dolor de la Cruz. Es humano no querer que nos alteren nuestra comodidad; es divino estar dispuestos a sufrir molestias para que otros estén mejor.

(ii) La gente dice instintivamente: «No te metas con mis posesiones.» Aquí tenemos otro aspecto de la misma cosa. Ninguna persona renuncia voluntariamente a nada que posea. Cuanto más tenemos, más queremos retener para nosotros mismos. Borrow, que conocía a los gitanos, nos cuenta que la técnica de echar la buena ventura del gitano es prometerle al joven toda clase de placeres, y anunciarle al viejo riquezas y sólo riquezas. «Porque ellos tienen suficiente conocimiento del corazón humano para darse cuenta de que la avaricia es la última pasión que se extingue en todos nosotros.» La manera más rápida de ver si una persona realmente acepta su fe y si realmente cree en sus principios es si está dispuesta a volverse más pobre por ellos.

(iii) La gente dice instintivamente: «No me compliques mi religión. »

(a) La gente dice: < No hagas que los temas desagradables estropeen el decoro agradable de mi religión. » Edmund Gosse señala una curiosa omisión en los sermones del famoso predicador Jeremy Taylor: < Estos sermones figuran entre los más elocuentes y profundos de la lengua inglesa; pero apenas alguna vez mencionan a los pobres, casi nunca sus angustias, y no muestran prácticamente ningún interés en su situación. Estos sermones se predicaron en el Sur de Gales, donde abundaba la pobreza. El clamor de los pobres y de los hambrientos, de los pobremente vestidos y de los necesitados ascendía al Cielo sin cesar, y clamaba por piedad y remedio; pero este elocuente predicador no parecía oírlo nunca; vivía y escribía y predicaba rodeado de sufrimiento y de necesidades, y sin embargo se mantenía casi inconsciente de su existencia. »

Es mucho menos inquietante predicar acerca de las sutilezas de las creencias y doctrinas teológicas que acerca de las necesidades humanas y de las miserias de la vida. De hecho, hemos sabido de congregaciones que informaban a sus posibles pastores que los aceptarían con la condición de que no predicaran sobre ciertos asuntos. Es una cosa notable que no fue lo que dijo Jesús acerca de Dios lo que Le trajo problemas; fue lo que dijo acerca del *hombre y acerca* de las necesidades del hombre lo que inquietó a los ortodoxos de Su tiempo.

(b) Se ha sabido de gente que decía: < No hagas que las relaciones personales me compliquen la religión. » James Bums cita algo sorprendente en relación con este tema de la vida de Angela di Foligras, la famosa mística italiana. Tenía el don de retirarse

completamente de este mundo, y de volver de sus trances con historias de una comunión inefablemente dulce con Dios. Fue ella la que dijo: < En ese tiempo, y por la voluntad de Dios, murió mi madre, que era un gran obstáculo para que yo pudiera seguir el camino de Dios. Mi marido también murió, y en un tiempo relativamente breve murieron todos mis hijos. Y como yo había empezado a seguir el camino mencionado,

y Le había pedido a Dios que me librara de ellos, tuve gran consuelo con sus muertes, aunque también sentí algún dolor.» Su familia era un obstáculo en su religión.

Hay una clase de religión a la que le gustan más los comités que el trabajo de casa, y tiene más interés en los momentos devocionales que en los actos de servicio. Presume de servir a la iglesia y de dedicarse a la devoción -pero a los ojos de Dios lo tiene todo al revés.

(c) Hay personas que dicen: < No compliques mis creencias.» Hay una clase de religión que dice: < Lo que estaba bien para mis antepasados es suficientemente bueno para mí.» Hay personas que no quieren saber nada nuevo, porque sospechan que en ese caso tendrían que pasar muchos sudores mentales y pensar de nuevo las cosas y llegar a nuevas conclusiones. Hay tal cosa como una cobardía de pensamiento y un letargo de mente y un sueño del alma que son cosas terribles.

Los gerasenos se deshicieron del Cristo inquietante -y sigue habiendo muchos que tratan de hacer lo mismo.

UN TESTIGO DE CRISTO

Marcos 5:18-20

Cuando Jesús se estaba subiendo a la barca, el hombre que había estado poseído por el demonio Le pidió insistentemente que le dejara estar con Él. Jesús no se lo permitió, sino le dijo:

-Vuelve a tu pueblo y a los tuyos, y diles todo lo que el Señor ha hecho por ti.

Y él se marchó, y empezó a proclamar por toda Decápolis la historia de todo lo que Jesús había hecho por él.

Es sumamente interesante que este acontecimiento tuvo lugar en la Decápolis. *Decápolis* quiere decir *Las Diez Ciudades*. Cerca del Jordán y hacia el Este, había diez ciudades que tenían un carácter bastante especial. Eran esencialmente griegas. Se llamaban Escitópolis, que era la única al Oeste del Jordán, Pela, Dión, Gerasa, Filadelfia, Gadara, Rafana, Canata Hipos y Damasco. Con las conquistas de Alejandro Magno había habido una penetración griega en Palestina y Siria.

Las ciudades griegas que se fundaron allí y entonces tenían una curiosa posición. Estaban dentro de Siria, pero eran considerablemente independientes. Tenían sus propios consejos, y acuñaban su propia moneda; tenían el derecho de la administración local, no sólo de sí mismas, sino del área a su alrededor. Tenían el derecho de asociarse entre sí para la defensa mutua y para fines comerciales. Se mantuvieron en una especie de semi-independencia hasta el tiempo de los Macabeos, a mediados del siglo 11 a.C., cuando los conquistadores judíos sometieron la mayor parte de estas ciudades al gobierno judío.

Fueron liberadas del control judío por el emperador romano Pompeyo hacia el año 63 a.C. Todavía estaban en una posición curiosa. Eran independientes hasta cierto punto, pero estaban sujetas a los impuestos y al servicio militar romanos. No tenían una guarnición, pero eran con frecuencia el cuartel general de las legiones romanas en las campañas orientales. Ahora bien, Roma gobernaba casi toda esta parte del mundo por un sistema de reyes tributarios. El resultado era que Roma podía ofrecerles a estas ciudades muy poca protección; así es que se asociaban entre sí en una especie de confederación para defenderse de la presión de los judíos y de los árabes. Eran ciudades hermosas. Eran tozudamente griegas: tenían sus dioses griegos y sus templos griegos y sus anfiteatros griegos; estaban consagradas a la manera griega de vivir.

Así es que aquí tenemos algo muy interesante. Si Jesús estuvo en la Decápolis, este es uno de los primeros indicios de cosas por venir. Habría judíos allí, pero era fundamentalmente un área griega. Aquí tenemos las primicias de un mundo para Cristo. Aquí tenemos la primera señal del Cristianismo rompiendo los límites del judaísmo y saliendo a todo el mundo. Cómo eran estas ciudades y la importancia que tenían se puede

ver por el hecho de que de Gadara solo procedían Filodemo, el gran filósofo epicúreo, que era contemporáneo de Cicerón; Meleagro, el maestro del epigrama griego; Menipo -cuyo supuesto retrato pintó Velázquez-, el famoso satírico, y el retórico Teodoro, que fue nada menos que el tutor del emperador reinante Tiberio. Algo sucedió aquel día que Jesús puso Su pie en Decápolis.

Había una buena razón para que Jesús mandara al hombre que había sido un poseso de vuelta a su tierra.

(i) Había de ser un testigo del Evangelio. Había de ser una demostración viva, andante, visible e incontestable de lo que Cristo puede hacer por una persona. Nuestra gloria debe consistir siempre, no en lo que nosotros podemos hacer por Cristo, sino en lo que Cristo puede hacer y ha hecho por nosotros. La prueba incontestable del Cristianismo es un hombre nacido de nuevo.

(ii) Había de ser la primera semilla de lo que a su tiempo llegaría a ser una cosecha poderosa. El primer contacto con la civilización griega se hizo en la Decápolis. Todo tiene que empezar en algún sitio; y la gloria de todo el Cristianismo que un día florecería en la mente y el genio helénico empezó con un hombre que había estado poseído por demonios y a quien Cristo sanó. Cristo siempre tiene que empezar por alguien. En nuestro propio círculo y sociedad, ¿por qué no ha de empezar Él por nosotros?

EN LA HORA DE LA NECESIDAD

Marcos 5:21-24

Cuando Jesús había vuelto otra vez en la barca al otro lado, se reunió con Él una gran multitud; y Él se encontraba a la orilla del lago. Uno de los gobernadores de la sinagoga que se llamaba Jairo se dirigió a Jesús; y cuando Le vio se postró a Sus pies y se puso a suplicarle:

-Tengo una hijita que está a las puertas de la muerte. Ven a imponerle las manos para que se cure y viva. Jesús fue con él; y las multitudes Le iban siguiendo y estrujando por todos lados.

Aquí tenemos todos los elementos de una tragedia. Siempre es trágico que un niño esté enfermo. Esta historia nos dice que la hija del gobernador de la sinagoga tenía doce años. Según la costumbre judía, una niña se hacía mujer al cumplir los doce años. Esta chica estaba en el umbral de la feminidad, y cuando llega la muerte en esa edad es doblemente trágica.

La historia nos dice algo acerca de este hombre que era el gobernador de la sinagoga. Tiene que haber sido una persona de considerable importancia. El gobernador era el responsable administrativo de la sinagoga. Era el presidente de la junta de ancianos, y el responsable de la buena marcha de la sinagoga. Tenía a su cargo el orden de los cultos. No solía tomar parte en ellos él mismo, pero era responsable de la distribución de obligaciones y de ver que todo se llevaba a cabo decentemente y con orden. El gobernador de la sinagoga era uno de los hombres más importantes y más respetados de la comunidad. Pero algo le sucedió cuando su hija cayó enferma, y él pensó en Jesús.

(i) Se olvidó de sus *prejuicios*. No hay duda que Jairo debe de haber considerado a Jesús un marginado, un hereje peligroso, uno para Quien las puertas de la sinagoga estaban justificadamente cerradas, y Uno al que haría bien en evitar todo el que apreciara su relación con los guardianes de la ortodoxia. Pero era lo suficientemente persona como para abandonar sus prejuicios a la hora de su necesidad. *Prejuicio* quiere decir realmente juicio *que se hace antes de tiempo*. Es juzgar antes de haber examinado la evidencia, o dar un veredicto antes de examinar aquella. Pocas cosas han contribuido más que esta a detener las cosas. Casi cada paso hacia adelante se ha tenido que dar oponiéndose a un prejuicio inicial. Cuando Sir James Simpson descubrió el uso del cloroformo como anestésico,

especialmente en los partos, se dijo que eso no era más que «una treta de Satanás, presentada como una bendición para las mujeres, pero que acaba endureciéndolas y robando a Dios de los clamores profundos y serios que deben elevarse a Él en tiempo de prueba.» Una mente dada a los prejuicios le cierra el camino a muchas bendiciones.

(ii) Se olvidó de su *dignidad*. Él, el gobernador de la sinagoga, vino a se postró a los pies de Jesús, el Maestro ambulante. No pocas veces una persona tiene que olvidar su dignidad para salvar su vida o su alma.

Hay una historia famosa de Diógenes, el filósofo cínico. Le capturaron unos piratas, y le iban a vender como esclavo. Mirando a los que pasaban y envidaban por él, se fijó en un hombre. «Véndeme a ese hombre --dijo-. Necesita un maestro.» El hombre le compró; le confió a Diógenes la dirección de su casa y la educación de sus hijos. «Fue un buen día para mí -solía decir aquel hombre-cuando Diógenes entró en mi casa.» Ciertamente; pero le costó a aquel hombre abdicar de su dignidad.

A menudo sucede que una persona mantiene su dignidad y cae de la gracia.

(iii) Se olvidó de su *orgullo*. Tiene que haberle costado un esfuerzo consciente de humillación a este gobernador de la sinagoga el venir a pedirle ayuda a Jesús de Nazaret. A nadie le gusta deberle un favor a otro; todos queremos resolverlo todo solos. El primer paso en la vida cristiana es darnos cuenta de que no podemos por menos de estar en deuda con Dios.

En una antigua historia, eso fue precisamente lo que tuvo que hacer Naamán (2 Reyes 5). Tuvo que venir a Eliseo para curarse de la lepra. La prescripción de Eliseo fue que fuera y se bañara en el Jordán siete veces. ¡Esa no era manera de tratar al primer ministro de Siria! Eliseo ni siquiera había comunicado el mensaje personalmente. ¡Se lo había enviado con un criado! Y, ¿es que no había ríos mucho mejores en Siria que ese riachuelo polvoriento y cenagoso del Jordán? Estos fueron los primeros pensamientos de Naamán; pero acabó por tragarse su orgullo, y se libró de su lepra.

(iv)- Aquí llegamos al reino de la especulación; pero me parece que podemos decir que este hombre se olvidó de sus amigos. Puede que, de todas todas, objetaran a que él acudiera a Jesús. Es bastante extraño que él viniera en persona en vez de mandar a un mensajero. Parece extraño de estuviera dispuesto a dejar a su hija, que estaba a las puertas de la muerte. Puede ser que fuera él porque ningún otro estaba dispuesto. Los de su círculo fueron sospechosamente rápidos en decirle que no molestará más a Jesús. Suena casi como si se alegraran de no solicitar Su ayuda. Bien puede ser que este gobernador desafiara la opinión pública y él consejo privado al dar el paso de acudir a Jesús. Muchas personas se muestran más sabias cuando sus amigos sabios-según-el-mundo creen que están actuando como unos estúpidos.

Aquí tenemos a un hombre que lo olvidó todo excepto que quería la ayuda de Jesús; y gracias a ese olvido recordaría siempre que Jesús es el Salvador.

LA ÚLTIMA ESPERANZA DE UNA PACIENTE

Marcos 5:25-29

Ahora bien, había una mujer que llevaba ya doce años, sufriendo de hemorragias. Se había sometido a muchos tratamientos a manos de muchos médicos; se había gastado todo el dinero que tenía, y no le había servido de nada. De hecho, había ido de mal en peor. Cuando oyó lo que decían de Jesús, se acercó a Él por detrás entre la gente, y Le tocó la ropa, diciéndose: «Aunque no haga más que tocar Su ropa, me curaré.» E inmediatamente se le secó la fuente de la sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su tormento.

La mujer de este pasaje sufría un mal que era muy corriente y muy difícil de tratar. El mismo *Talmud* propone no menos de once curas para esa dolencia. Algunas de ellas no son más que tónicos y astringentes; pero otras son sencillamente supersticiones, como llevar las cenizas de un huevo de avestruz en una faja de lino en el verano y de algodón en invierno; o llevar una espiga de cebada que se hubiera encontrado en el estiércol de una burra blanca. Sin duda esta pobre mujer había probado hasta esos remedios desesperados. Lo malo era que aquello no solamente afectaba la salud de una mujer, sino que la mantenía en una condición de impureza ritual y le impedía participar en el culto a Dios y en el trato con las demás personas (*Levítico 15:25-27*).

Marcos se mete aquí un poco con los médicos. La mujer había acudido a todos los que había podido, y había sufrido mucho con los tratamientos, y se había gastado todo lo que tenía; y el resultado había sido, no ponerse mejor, sino peor. La literatura judía es interesante en el tema de los médicos. «Yo solía ir a los médicos -dice una persona- para que me curaran; pero cuanto más me ungían con sus pócimas, más se me nublaban los ojos, hasta que me quedé completamente ciego» (*Tobías 2:10*). Hay un pasaje en la *Misná*, que es un sumario de la ley tradicional, hablando acerca de los negocios a los que se puede dedicar a un hijo. «Rabí Yehudá dice: "Los muleros son en su mayoría unos canallas; los camelleros son en su mayoría gente como es debido; los marinos son casi todos santos; los mejores entre los médicos están destinados a la gehena, y los más aceptables de los carniceros son colegas de Amalec."» Aquí hay que tener en cuenta el humor característicamente judío, aplicado a una profesión digna y respetada en la que los judíos siempre descollaron. Y afortunada y justamente hay voces en el sentido opuesto. Uno de los elogios más grandes que se han hecho de los médicos está en *El Libro de Sirá* (uno de los apócrifos o deuterocanónicos que se escribieron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento), que tomamos de la *Biblia del Oso*:

Honra al médico de sus honras para las necesidades: porque el Señor lo crió. Porque la medicina viene del Altísimo, y de los reyes será honrada. La ciencia del médico hace alzar su cabeza, y delante de los príncipes es admirable. El Señor crió de la tierra las medicinas, y el hombre prudente no las despreciará con fastidio. ¿El agua no recibió dulzura del madero, para que su virtud fuese notoria al hombre? Él es el Que dio a los hombres la ciencia para ser glorificado en sus maravillas. Él es el Que sana por estas cosas, y mitiga el dolor del hombre. El boticario con estas cosas hace sus compuestos (suaves, y sus unciones salutíferas,) y sus obras no tienen fin; mas de Él procede la prosperidad sobre toda la tierra. Hijo, en tu enfermedad no seas negligente, mas ora al Señor, y El te sanará. Apártate del pecado, y endereza la mano; y de toda culpa limpia tu corazón. Ofrece perfume de suave olor, y memorial de flor de harina; engrasa la ofrenda, que no eres tú el primero que das estos dones. Y da luego lugar al médico, porque Dios lo crió; y no se aparte de ti, porque lo has menester. (Porque) hay tiempo cuando el buen suceso está en sus manos. Porque también ellos orarán al Señor que les prospera la ayuda y la cura por causa de la vida. El que peca contra Aquel Que lo hizo, caiga en las manos del médico.

Los médicos no habían tenido éxito en el caso de esta mujer, y ella había oído hablar de Jesús. Pero ella tenía este problema: su dolencia era doblemente embarazosa; el meterse entre la gente y confesarlo abiertamente era imposible, porque contaminaba a todos los que tocara, aunque fuera un roce mínimo; pero a pesar de todo decidió tratar de tocar, aunque sólo fuera la ropa de Jesús, en secreto. Cualquiera judío devoto llevaba una ropa exterior con cuatro flecos, uno en cada extremo. Estos flecos se

llevaban obedeciendo el mandamiento de *Números 15:38-40*, para indicarles a los demás, y al mismo que las usaba, que era un miembro del pueblo escogido de

Dios. Eran el emblema de todo judío piadoso. Fue uno de esos flecos lo que tocó la mujer escurriéndose entre la multitud; y en cuanto lo tocó sintió la emoción de saberse curada.

Aquí tenemos a una mujer que vino a Jesús como su última esperanza; había probado todas las otras curas que el mundo pudiera ofrecer, y finalmente probó con Jesús. Muchas y muchas personas han venido a buscar la ayuda de Jesús cuando estaban al borde de la desesperación. Puede que hubieran luchado contra la tentación hasta no poder más, y Le extendieron la mano gritando: < ¡Señor, sálvame, que estoy perdido! » Puede que hubieran luchado con alguna responsabilidad agotadora hasta no poder más, y entonces clamaron por una fuerza que ya no tenían en sí mismos. Puede que fueran personas que habían trabajado para alcanzar la bondad que anhelaban, sólo para verla cada vez más lejos, hasta sentirse totalmente frustrados. Ninguna persona tendría por qué acudir a Cristo obligada por las circunstancias; y sin embargo muchos vienen así; pero aunque sea así como venimos, El no nos despedirá con las manos vacías. Aunque todo nos falle, Él no nos fallará.

EL COSTO DE LA SANIDAD

Marcos 5:30-34

Jesús Se dio perfecta cuenta del poder que había salido de Él; y Se volvió inmediatamente en medio de la multitud y dijo:

- ¿Quién ha sido el que Me ha tocado la ropa?

Los discípulos Le dijeron:

- ¡Mira toda la gente que Te está apretujando por todas partes! ¿Y dices que quién Te ha tocado la ropa?

Jesús siguió mirando a Su alrededor a ver quién había sido. La mujer estaba muy asustada y temblando. Sabía muy bien lo que le había sucedido; así es que vino, y se postró en tierra delante de Jesús y Le confesó toda la verdad.

- ¡Hija! -le dijo Jesús- ¡Tu fe te ha curado! Vete, y disfruta de buena salud, libre del mal que ha sido tu tormento.

Este pasaje nos dice algo acerca de tres personas.

(i) Nos dice algo acerca de Jesús. Nos habla del costo *de la sanidad*. Cada vez que Jesús curaba a alguien, algo salía de Él. Aquí tenemos un principio universal de la vida. Nunca produciremos nada que valga la pena a menos que estemos dispuestos a poner algo en ello de nosotros, de nuestra misma alma. Ningún pianista ofrecerá nunca una interpretación realmente grande si se limita a tocar la pieza de música con una técnica perfecta. La interpretación no será grande a menos que al final de ella el intérprete esté agotado por la entrega de sí mismo. Ningún actor ofrecerá nunca una gran interpretación si no hace más que repetir las palabras con la debida inflexión y con los gestos correctos, como un autómata perfectamente programado. Sus lágrimas han de ser lágrimas reales; sus sentimientos tienen que ser sentimientos reales; tiene que dar algo de sí mismo en su representación. Ningún predicador que haya predicado nunca un verdadero sermón se bajará del púlpito sin un sentimiento de que se ha drenado de algo.

Si hemos de ayudar alguna vez a otros, tenemos que estar dispuestos a entregarnos a nosotros mismos. Todo depende de nuestra actitud hacia los demás. Una vez, el gran crítico literario Matthew Arnold dijo de la clase media: < Fijaos en estas personas; la ropa que se ponen, los libros que leen; la textura de mente que fragua sus pensamientos; ¿hay alguna cantidad de dinero que compense por ser así como uno de estos? » Ahora bien, *el sentido* de ese dicho puede que sea verdad o no; pero de lo que no cabe duda es del *desprecio* del que nació. Arnold miraba a las personas con una especie de estremecimiento de repulsa. Y nadie que mire a los demás de esa manera podrá jamás ayudarlos.

Considerad por otra parte a Moisés después que el pueblo había hecho el becerro de oro cuando él estaba en la cima de la montaña. Recordad cómo Le pidió a Dios que le borrara del libro de Sus memorias a cambio de que perdonara al pueblo (*Éxodo 32:30-32*). Recordad también el sentimiento de Pablo hacia Israel, y que estaba dispuesto hasta a condenarse para que su pueblo se salvara (*Romanos 9:1-3*).

La grandeza de Jesús se ve en que estaba dispuesto a pagar el precio de ayudar a otros, y que ese precio era derramar Su propia vida. Seguimos Sus huellas solamente cuando estamos dispuestos a gastar, no nuestro dinero, sino nuestra fuerza y nuestra alma, por otros.

(ii) Nos dice algo acerca de los discípulos. Nos muestra muy gráficamente las limitaciones de lo que se llama < el sentido común. » Los discípulos tenían un punto de vista de sentido común. ¿Cómo podía evitar Jesús que Le tocaran y que Le

apretujaran en medio de una muchedumbre así? Esa era la manera sensata de considerar las cosas. Aquí surge el hecho extraño y punzante de que no se habían dado cuenta de que a Jesús Le costara nada sanar a los enfermos.

Una de las tragedias de la vida es la falta de sensibilidad de la mente humana. A menudo dejamos de darnos cuenta de lo que otros están pasando. Puede que sea porque no tengamos experiencia de algo, y nunca pensamos en lo que ese algo le está costando a otro. Porque algo nos sería fácil, nunca nos damos cuenta del esfuerzo terrible que puede suponer para otra persona. Por eso es por lo que tan a menudo herimos de la peor manera a los que amamos. Uno puede que Le pida a Dios sentido común; pero algunas veces sería mejor pedirle esa percepción sensible y clarividente para ver lo que hay en los corazones de otros.

(iii) Nos dice algo acerca de la mujer. Nos habla del alivio de la confesión. Todo había sido tan difícil, y tan humillante. Pero, una vez que Le dijo toda la verdad a Jesús, el terror y el temblor pasaron, y una oleada de alivio le inundó el corazón. Y una vez que hizo su confesión lastimosa, encontró a Jesús muy amable. No debe costarnos confesarle las cosas a Uno Que nos entiende como Jesús.

DESESPERACIÓN Y ESPERANZA

Marcos 5:35-39

Mientras Jesús estaba hablando, llegaron mensajeros de la casa del gobernador de la sinagoga que le dijeron:

-Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?

Jesús oyó por encima el mensaje que traían, y le dijo al gobernador de la sinagoga:

- ¡No tengas miedo! ¡Sigue creyendo!

Jesús no dejó que nadie Le acompañara más que Pedro y Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Cuando llegaron a la casa del gobernador de la sinagoga, Jesús vio la conmoción, y a la gente llorando y chillando. Y entró y les dijo:

-¿Por qué estáis tan afligidos? ¿Y por qué estáis llorando? La niña no ha muerto: está dormida.

Y se rieron burlonamente de Él.

Las costumbres judías de duelo eran expresivas y detalladas, y estaban diseñadas prácticamente para subrayar la desolación y la separación final que causa la muerte. La esperanza victoriosa de la fe cristiana no existía todavía.

En cuanto tenía lugar una muerte, se levantaba un griterío terrible para que todos se dieran cuenta de que la muerte había asestado su golpe final. Los gemidos se repetían en el momento del entierro, cuando se llegaba a la tumba. Los afligidos se colgaban sobre el cuerpo muerto, suplicando una respuesta de sus labios callados para siempre. Se herían el pecho, se arrancaban el pelo y se rasgaban la ropa.

El rasgarse las vestiduras tenía que hacerse de acuerdo con ciertas reglas y costumbres. Se hacía justamente antes de que el cuerpo se ocultara definitivamente de la vista. Las vestiduras tenían que rasgarse hasta el corazón; es decir, hasta que se expusiera la piel, pero no se debían rasgar por debajo del ombligo. Por padres y madres se rasgaba el lado izquierdo, sobre el corazón; por otros familiares, el lado derecho. Una mujer tenía que rasgarse la ropa en privado; y entonces ponerse del revés la ropa interior para que lo rasgado quedara a la espalda; entonces se rasgaba la ropa exterior, de manera que no se le viera el cuerpo. La ropa rasgada se llevaba puesta treinta días. Después de los primeros siete días se podía zurcir lo que se había rasgado; pero de manera que se pudiera reconocer claramente. Después de los treinta días se podía coser adecuadamente la ropa.

Los flautistas eran esenciales. En la mayor parte del mundo antiguo, en Roma, Grecia, Fenicia, Asiria y Palestina, el sonido de la flauta se relacionaba inseparablemente con la muerte y la tragedia. Estaba establecido que, por muy pobre que fuera un hombre, debía haber por lo menos dos flautistas en el funeral de su esposa. W. Taylor Smith, en el *Dictionary of Christ and the Gospels* de Hastings, cita dos ejemplos interesantes del uso de los flautistas que muestran lo extendida que estaba esta costumbre. Hubo flautistas en el funeral del emperador romano Claudio. Cuando el año 67 d.C. llegó a Jerusalén la noticia de la toma de Jotapata por los ejércitos romanos, Josefo nos dice que «la mayor parte del pueblo contrató a flautistas para que dirigieran sus lamentaciones.»

El lamento de las flautas, los chillidos de las pañideras, las apasionadas llamadas a los muertos, las vestiduras rasgadas, el pelo arrancado, tienen que haber convertido una casa judía en un lugar lúgubre y patético en un día de luto.

Cuando llegaba la muerte, a los que estaban de duelo se les prohibía trabajar, usar perfumes y llevar calzado. Hasta el hombre más pobre tenía que dejar de trabajar tres días. No tenía que viajar con mercancías; y la prohibición de trabajo se extendía también a sus servidores. No se podía sentar con la cabeza apoyada, ni afeitarse, ni < hacer nada para su consuelo. » No podía leer la Ley o los Profetas, porque el leer estos libros produce alegría. Se le permitía leer *Job*, *Jeremías* y *Lamentaciones*. Tenía que tomar alimento solamente en su casa, y se tenía que abstener totalmente de carne y de vino. No podía salir del pueblo por treinta días. Era costumbre no comer a la mesa, sino sentado en el suelo, usando una silla como mesa. Era costumbre, y todavía lo es, comer huevos untados de ceniza y sal.

Había una curiosa costumbre. Se vaciaba toda el agua de la casa y de las tres casas vecinas a cada lado, porque se decía que el Ángel de la Muerte administraba la muerte con una espada que limpiaba en el agua cercana. Había una costumbre peculiarmente patética. En el caso de una persona que hubiera muerto demasiado joven, si no estaba casada, el ritual del matrimonio era parte de los ritos funerarios. Durante el tiempo del duelo, el afligido estaba exento de guardar la Ley, porque se suponía que estaba fuera de sí, loco de aflicción.

El que estaba de duelo tenía que ir a la sinagoga; y cuando entraba, los demás le miraban a la cara y le decían: < Bendito sea el Que consuela al afligido. » En el libro judío de oraciones hay una oración especial que se ha de usar antes de comer en la casa del duelo:

Bendito eres Tú, oh Dios, nuestro Señor, Rey del universo, Dios de nuestros padres, nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestro Santificador, el Santo de Jacob, el Rey de la vida, Que eres bueno y haces el bien; el Dios de verdad, el Juez justo Que juzgas con rectitud, Que llevas el alma a juicio, y eres el Único que gobiernas en el universo, Tú obras en él según Tu voluntad, y todos Tus caminos son en juicio, y nosotros somos Tu pueblo y Tus siervos, y en todas las situaciones estamos obligados a alabarte y bendecirte, Que proteges de todas las calamidades a Israel, y nos escudará en esta calamidad,

y de este duelo nos sacará a vida y paz. Consuela, oh Dios, nuestro Señor, a todos los afligidos de Jerusalén que están de duelo con dolor. Consuélalos en su duelo, y haz que se regocijen en su agonía como aquel a quien consuela su madre. Bendito seas Tú, oh Dios, el Consolador de Sión, Tú que reedificas Jerusalén.

Esta oración es posterior a los tiempos del Nuevo Testamento, pero está inspirada en expresiones angustiadas de dolor que nosotros podemos leer en esta historia de la niña que había muerto.

LA DIFERENCIA QUE HACE LA FE

Marcos 5:40-43

Pero Jesús hizo salir de allí a todos, y no tomó consigo más que al padre y a la madre de la niña, y a Sus amigos, y entraron en la habitación en la que estaba la niña. Jesús le tomó la mano a la niña, y le dijo:

- ¡Jovencita, a ti te digo, levántate!

Inmediatamente la muchacha se levantó y se puso a andar por allí, porque tenía unos doce años de edad. E inmediatamente todos se maravillaron sobremanera. Jesús les advirtió muy en serio que no le dijeran a nadie lo que había sucedido. Y dio orden de que le dieran a la muchacha algo de comer.

Hay aquí un detalle conmovedor. En el mismo texto original, «¡Jovencita, a ti te digo, levántate!» aparece en arameo: « Talitha, kumí. » ¿Cómo llegó esta frase en arameo a incorporarse en el griego del evangelio? No puede haber más que una explicación. Ya hemos visto que Marcos fue el intérprete de Pedro. Pedro, que había estado allí, había sido uno de los tres escogidos, del círculo íntimo que había presenciado este acontecimiento, y no podía olvidar nunca la voz y las palabras de Jesús. En su mente y memoria siguió oyendo aquel < Talitha, kumí » toda su vida. El amor, la dulzura, la caricia de aquellas palabras no se le borraron nunca, y las citaba siempre textualmente cuando contaba la historia, y así pasaron a la memoria de Marcos.

Este pasaje es una historia de contrastes.

(i) Hay un contraste entre *la desesperación* de los que estaban de duelo y *la esperanza* de Jesús. «No molestes al Maestro -dijeron-. Ya no se puede hacer nada.» « No tengas miedo -le dijo Jesús-, sino sigue teniendo fe.» Por una parte es la voz de la desesperación la que habla; por la otra, la voz de la esperanza.

(ii) Hay un contraste entre *la angustia desbordante* de los del duelo, y *la tranquila serenidad* de Jesús. Estaban lamentando y llorando y arrancándose los cabellos y rasgándose las vestiduras en un paroxismo de aflicción; Él estaba tranquilo y callado y sereno, y en control de Sí mismo y de la situación.

¿Por qué esta diferencia? Era debida a la perfecta confianza que Jesús tenía en Dios. La peor tragedia humana se puede afrontar con coraje y dignidad cuando se está con Dios. Se rieron y burlaron de Jesús porque creían que Su esperanza y Su tranquilidad eran absurdas. Pero el gran hecho de la vida cristiana es, que cuando nos parece a las personas totalmente imposible, es posible para Dios. Cuando sobre una base meramente humana algo es demasiado bueno para ser verdad, se convierte en algo benditamente bueno y benditamente cierto cuando Dios está en ello. Se rieron de El con burlas, pero su risa tiene que haberse transformado en admiración sin límites cuando se dieron cuenta de lo que Dios puede hacer. No hay nada que

pueda resistir a ese enfrentarse y a ese conquistar -ni siquiera la muerte- cuando el enfrentarse y el conquistar se hacen en el amor de Dios que se ha manifestado en nuestro Señor Jesucristo.

SIN HONOR EN SU PROPIA TIERRA

Marcos 6:1-6

Jesús se marchó de allí y fue a Su tierra natal en compañía de Sus discípulos. Cuando llegó el sábado, fue y se puso a enseñar en la sinagoga. Muchos, al escucharle, se admiraban y decían:

- ¿De dónde se ha sacado Este este conocimiento? ¿Qué sabiduría es esta que se Le ha dado? ¿Y cómo puede obrar con Sus manos cosas tan maravillosas? ¿Es que no es Este el carpintero, el hijo de María, y Sus hermanos Santiago y José y Judá y Simón? ¿No viven Sus hermanas también aquí en el pueblo?

Y se escandalizaban de El. Entonces Jesús les dijo:

-No hay profeta sin honra nada más que en su tierra natal y entre sus conocidos y en su propia familia.

Y Jesús no pudo hacer allí ninguna obra milagrosa, salvo que puso Sus manos sobre unos pocos enfermos y los sanó. Y estaba sorprendido de lo poco dispuestos que estaban a creer. E hizo un recorrido enseñando por los pueblos.

Para Jesús, el volver a Nazaret era someterse a una prueba muy severa. Volvía a su pueblo; y nadie encuentra críticos más rigurosos que los que le han conocido desde la niñez. No pretendía que aquello fuera una visita privada, solamente para ver otra vez su propio hogar y a su propia familia. Fue acompañado de Sus discípulos. Eso es decir que fue como rabino. Los rabinos solían recorrer el país acompañados por el pequeño círculo de sus discípulos; y fue como maestro, con Sus discípulos, como llegó Jesús.

Fue a la sinagoga, y se puso a enseñar. Recibieron su enseñanza, no con admiración, sino con un cierto desprecio. « Se escandalizaron de Él.» Se escandalizaron de que Uno que procedía de un trasfondo como el de Jesús dijera e hiciera aquellas cosas. La familiaridad había engendrado un desprecio equivocado.

Se resistían a prestar atención a lo que Jesús pudiera decir por dos razones.

(i) Decían: «¿Es que no es Este el carpintero?» La palabra que se usa para *carpintero* es *tektón*. Ahora bien, *téktón* quiere decir un obrero de la madera, pero abarca mucho más que *carpintero*. Quiere decir *artesano*. Homero llamaba *tektón* al que construía barcos y casas y templos. Antiguamente, y todavía en muchos sitios, se podía encontrar en pueblecitos y en aldeas a un artesano que construyera cualquier cosa desde un gallinero hasta una casa; la clase de hombre que podía arreglar una valla, un tejado o una puerta; el artesano, el «manitas», que con pocas herramientas y medios podía encargarse de cualquier trabajo. Precisamente eso era Jesús. Lo cierto es que los de Nazaret despreciaban a Jesús *porque era un obrero*. Era un hombre del pueblo, un laico, uno de tantos; y, por tanto Le despreciaban.

Uno de los líderes del movimiento *labour* -en el Reino Unido *obrero o socialista*- fue el alma grande Will Crooks, vida paralela de la del español Pablo Iglesias. Nació en un hogar en el que uno de sus más tempranos recuerdos era ver llorar a su madre porque no sabía de dónde sacar la comida siguiente. Empezó a trabajar en un taller de herrería ganando cinco chelines a la semana. Llegó a ser un buen artesano, y uno de los hombres más valientes e íntegros que haya habido. Entró en la política municipal, y llegó a ser el primer alcalde socialista de un distrito de Londres. Hubo muchos que se escandalizaron cuando Will Crooks fue elegido alcalde de Poplar. En medio de una multitud, una señora dijo con gran disgusto: «Han hecho alcalde a ese tipo vulgar que no es más que un obrero.» Uno que estaba allí -el mismo Will Crooks- se volvió hacia ella, se destocó y le dijo: «Tiene usted razón, señora: No soy nada más que un obrero.»

Los de Nazaret despreciaban a Jesús porque era un obrero. Para nosotros, esa es Su gloria, porque quiere decir que Dios,

cuando vino a la Tierra, no pretendió eximirse de las durezas. Asumió la vida corriente con todas sus tareas cotidianas.

Las circunstancias de nacimiento y fortuna y alcurnia no tienen nada que ver con el valor de una persona. Como decía Pope:

La valía hace al hombre, y el carecer de ella al cualquiera. Lo demás es el pellejo o el pelaje.

Debemos estar en guardia para no caer en la tentación de valorar a las personas por las circunstancias externas y no por su valía personal.

(ii) Decían: «¿Es que no es Este el Hijo de María? ¿Es que no conocemos a Sus hermanos y hermanas?» El hecho de que llamaran a Jesús « el hijo de María» nos sugiere que probablemente José ya había muerto. Ahí tenemos la clave de uno de los enigmas de la vida de Jesús. Jesús no tenía más que treinta y tres años cuando murió; no salió de Nazaret hasta que tenía treinta (*Lucas 3:23*). ¿Por qué esa larga espera? ¿Por qué permaneció en Nazaret cuando había un mundo esperando la Salvación? La razón era que José ya había muerto, y Jesús asumió la responsabilidad de mantener a Su madre y a Sus hermanos y hermanas; y

sólo cuando fueron lo suficientemente mayores para defenderse por sí, Jesús salió de casa. Fue fiel en lo pequeño, y por tanto Dios Le dio una gran tarea.

Pero los de Nazaret Le despreciaban porque conocían a Su familia. Thomas Campbell fue un poeta de mérito. Su padre no sabía nada de poesía. Cuando se publicó el primer libro con el nombre de Thomas, su hijo le mandó un ejemplar a su padre. El viejecillo lo tomó, y lo miró. Era realmente la encuadernación, y no el contenido, lo que miraba. « ¡Quién iba a pensar -dijo admirado- que nuestro Tom podría hacer un libro como este!» A veces, cuando la familiaridad debería engendrar un creciente respeto, no engendra más que familiaridad excesiva y fácil. A veces estamos demasiado cerca de ciertas personas para ver su grandeza.

El resultado de todo esto fue que Jesús no pudo hacer grandes obras en Nazaret. El ambiente no era propicio; y hay algunas cosas que no se pueden hacer si no hay ambiente.

(i) Todavía sigue siendo verdad que nadie se puede curar si no quiere curarse. Margot Asquith cuenta la muerte de Neville Chamberlain. Todo el mundo sabe que su política tuvo unas consecuencias que le destruyeron el corazón. Margot Asquith se entrevistó con su médico, Lord Horder. < Usted no puede valer gran cosa como médico -le dijo-, porque Neville Chamberlain no era más que unos pocos años mayor que Winston Churchill, y yo habría dicho que era un hombre fuerte. ¿Le apreciaba usted?» Lord Horder contestó: < Yo le apreciaba mucho. Me gustan los que no le gustan a nadie. Chamberlain sufría de timidez. No quería vivir; y cuando una persona llega a ese punto, *no hay médico que le salve.*» Podemos llamarlo fe; o voluntad de vivir; pero sin eso no hay nadie que sobreviva.

(ii) No se puede predicar cuando el ambiente está en contra. Nuestras iglesias serían diferentes si las congregaciones se dieran cuenta de que son ellas las que predicán más de la mitad del sermón. En una atmósfera de expectación, el esfuerzo más modesto puede inflamar. En un ambiente de frialdad crítica o de indiferencia cómoda, la palabra más llena del Espíritu cae a tierra sin vida.

(iii) No puede haber pacificación en un ambiente adverso. Si la gente se reúne para odiar, odiarán; si se han reunido para resistirse a entender, malentenderán; si se han reunido para no ver más punto de vista que el suyo propio, no verán otro. Pero si la gente se ha reunido amando a Cristo y tratando de amarse entre sí, hasta los que estén más ampliamente separados se pueden encontrar en Él.

Sobre nosotros recae la tremenda responsabilidad de ayudar o dificultar la labor de Jesucristo. Podemos abrirle la puerta de par en par, o cerrársela en la cara.

LOS HERALDOS DEL REY

Marcos 6:7-11

Jesús llamó a Sí a los Doce, y empezó a enviarlos de dos en dos. Les dio poder sobre los espíritus inmundos. Les mandó que no llevaran nada más que un bastón para el camino. Les mandó que no llevaran pan, ni bolsa, ni moneda en la faja. Les mandó llevar sandalias, y les dijo:

-No debéis llevar dos túnicas-. Y también les dijo: -Siempre que entréis en una casa, quedaos allí hasta que os marchéis de aquel lugar; y, si en algún lugar se niegan a daros hospitalidad, o no quieren escucharos, cuando salgáis de allí sacudíos el polvo de la suela de las sandalias como testimonios de que fueron culpables de tal actitud.

Entenderemos mejor todas las referencias que se hacen en este pasaje si sabemos cómo era la ropa de un judío de Palestina en tiempos de Jesús. Se componía de cinco artículos.

(i) La ropa interior era el *jitón o sinddn, túnica*. Era muy simple. No era más que una pieza larga de tela enrollada y cosida por un lado. Era lo suficientemente larga como para llegarle casi hasta los pies. Tenía agujeros por arriba para la cabeza y los brazos. Esa pieza se vendía corrientemente sin esos agujeros, como prueba de que no lo había usado nadie antes, y para que el comprador se hiciera el escote a su gusto. Por ejemplo: El escote era diferente para hombres y para mujeres. Llegaba más abajo en el caso de las mujeres para que pudieran darle el pecho a sus bebés. En su forma más sencilla era poco más que un saco con agujeros arriba y en las esquinas. Una forma más desarrollada se hacía con mangas, y algunas veces estaba abierto por delante y se podía abrochar.

(ii) La túnica exterior se llamaba *himation*. Se usaba como capa de día y como manta de noche. Estaba formado por un trozo de tela de dos metros de izquierda a derecha por uno y medio de arriba abajo. Medio metro a cada lado estaba remetido, y en el extremo superior de los dobleces se hacían los cortes para pasar los brazos. Así es que era casi cuadrado. Generalmente se hacía con dos tiras de tela, cada una de dos metros por menos de uno cosidas entre sí. La costura se ponía a la espalda. Pero un *himation* se podía tejer de una sola pieza, como la túnica de Jesús (*Juan 19:23*). Esta era la pieza principal de la ropa.

(iii) Estaba *el cinturón*. Se llevaba encima de las dos piezas ya descritas. Las faldas de la túnica se podían recoger hacia arriba del cinturón para trabajar o para correr, o para llevar cosas en el hueco de la ropa. El cinturón era corrientemente doble hacia la mitad de su longitud. La parte doblada formaba un bolsillo en el que se llevaba el dinero.

(iv) Estaba *lo que cubría la cabeza*. Era una pieza de algodón o de lino de un metro cuadrado. Podía ser blanco, o azul, o negro. Algunas veces se hacía de seda de colores. Se doblaba diagonalmente, y luego se colocaba en la cabeza de forma que protegiera la parte posterior del cuello, los pómulos y los ojos del calor y del deslumbramiento del sol. Se mantenía en posición con una rueda de una lana semielástica que se ponía alrededor de la cabeza.

(v) Estaban *las sandalias*. Eran simplemente unas suelas de cuero, madera o esparto. Tenían unas correas con las que se sujetaban a los pies.

La bolsa podía ser de dos clases.

(a) Podía ser un morral corriente de viaje. Se hacía muchas veces de piel de cabrito. Corrientemente se le quitaba la piel al animal entera, conservando toda su forma: ¡patas, rabo, cabeza y todo! Tenía una correa a cada lado, y se colgaba de los hombros. Allí llevaba el pastor, o el peregrino, o el viajero, pan y pasas y aceitunas y queso suficiente para dos días.

(b) Se ha hecho una sugerencia muy interesante. La palabra griega, *péra*, quiere decir *la bolsa de la colecta*. A veces en el mundo griego, los sacerdotes y los piadosos salían con estas cestas para recoger ofrendas de la gente para su templo o para

sus dioses. Se los describía como «ladrones piadosos cuyo botín iba creciendo de pueblo en pueblo.» Hay una inscripción en la que un hombre que se llamaba a sí mismo esclavo de una diosa siria dice que «traía setenta bolsas llenas en cada viaje que hacía para su señora.»

Si tomamos el primer significado, Jesús quería decir que Sus discípulos no debían llevar provisiones para el camino, sino confiar en Dios para todo. Si se toma en el segundo sentido, quiere decir que no tenían que ser rapaces como los sacerdotes paganos. Tenían que ir a todas partes dando, y no recibiendo.

Hay otras dos cosas interesantes aquí.

(i) La ley rabínica decía que cuando uno entrara en los atrios del templo tenía que despojarse del bastón, el calzado y el cinto del dinero. Todas las cosas ordinarias tenían que dejarse a la entrada del lugar sagrado. Bien puede ser que Jesús estuviera pensando en eso, y que quisiera decir que Sus hombres tenían que considerar los humildes hogares en que entraran como tan sagrados como los atrios del templo.

(ii) La hospitalidad era un deber sagrado en Oriente. Cuando un forastero llegaba a una aldea, no era su obligación el buscar hospitalidad, sino la obligación de la aldea el ofrecérsela. Jesús les dijo a Sus discípulos que si se les negaba la hospitalidad, y si se les cerraban las puertas y los oídos, tenían que sacudir de sus pies el polvo de aquel lugar antes de marcharse. La ley rabínica decía que el polvo de un país gentil estaba contaminado, y que cuando uno entrara en Palestina viniendo de otro país tenía que sacudirse todas las partículas de polvo de la tierra inmunda. Era una repulsa formal y gráfica de que un judío pudiera tener ninguna asociación ni siquiera con el polvo de una tierra pagana. Es como si Jesús dijera: « Si se niegan a escucharos, lo único que podéis hacer es tratarlos como trataría un judío estricto la casa de un gentil. No puede haber ninguna relación entre vosotros y ellos.»

Así es que podemos ver que la señal del discípulo cristiano era la sencillez total, y la total confianza y la generosidad que siempre está dispuesta a dar y nunca a exigir.

EL MENSAJE Y LA MISERICORDIA DEL REY

Marcos 6:12s

Así es que los Doce fueron por ahí proclamando la llamada al arrepentimiento; y expulsaron a muchos demonios, y sanaron a muchos enfermos ungiéndolos con aceite.

Tenemos aquí, en un breve resumen, el reportaje de la obra que llevaron a cabo los Doce cuando Jesús los envió.

(i) Llevaron al pueblo el mensaje de Jesús. La palabra que se usa quiere decir literalmente *la proclamación de un heraldo*. Cuando los apóstoles salieron a predicar, no *crearon* un mensaje; *transmitieron* un mensaje. No le decían a la gente lo que ellos creían y lo que consideraban probable, sino lo que Jesús les había encargado. No eran sus propias opiniones lo que llevaban a la gente, sino la verdad de Dios. Los profetas siempre empezaban su mensaje diciendo: «Así dice el Señor.» El que quiera llevar a otros un mensaje efectivo debe antes recibirlo de Dios.

(ii) Le comunicaban al pueblo *el Mensaje del Rey*; y *el mensaje del Rey* era: «¡Arrepentíos!» Está claro que aquel era un mensaje inquietante. Arrepentirse quiere decir cambiar de mentalidad, y seguidamente ajustar toda la vida a ese cambio.

Arrepentimiento quiere decir un cambio de corazón y de acción. No puede por menos de *hacer daño*, porque conlleva la amargura de darse cuenta de que el camino que se ha estado siguiendo era equivocado. No puede por menos de *inquietar*, porque supone una inversión total de la vida de arriba abajo. Precisamente por eso son tan pocos los que se arrepienten -porque lo que menos quiere la gente es que se la inquiete. Lady Asquith, en una frase lapidaria, habla de personas que «se deslizan perezosamente hacia la muerte.» Hay muchos que son así. Se resisten a toda actividad que requiera esfuerzo, y no

sólo físico. La vida es para ellos < una tierra en la que siempre es la hora de la siesta. » En cierto sentido, es más atractivo, o menos repelente, el pecador positivo, activo, fanfarrón, que va lanzado hacia alguna meta que se ha propuesto, que el vago, **negativo, nebuloso, que se deja arrastrar** sin resistencia y sin dirección por la vida.

Hay un pasaje en la novela *¿Quo vadis?* en el que Vicinio, el joven romano, se ha enamorado de una chica que es cristiana. Como él no lo es, ella no quiere saber nada de él. La sigue a una reunión nocturna secreta del pequeño grupo de cristianos; y allí, desconocido para todos, escucha el culto. Oye predicar a Pedro; y, cuando está escuchando, algo le sucede. «Sintió que, si quisiera seguir esa enseñanza, tendría que hacer un montón con todos sus pensamientos, costumbres y carácter, toda su vida hasta aquel momento, prenderle fuego y dejar que se redujera a ceniza, y entonces llenarse de una vida totalmente diferente y un alma totalmente nueva.» Eso *es* el arrepentimiento. Pero, ¿qué si uno no quiere más que que le dejen en paz? Lo que hay que dejar atrás no tiene que ser necesariamente asaltar, robar, asesinar, violar y otros pecados deslumbrantes. Puede que sea dejar una vida que es completamente egoísta, instintivamente exigente, totalmente inconsiderada; el cambio de una vida centrada en el yo a una vida centrada en Dios -y un cambio así duele. W. M. Macgregor cita un dicho del obispo de Los *Miserables*: «Yo siempre molestaba a algunos de ellos; porque, a través de mí, les llegaba el aire del exterior; mi presencia les hacía sentir como si se hubiera dejado abierta una puerta y estuvieran en la corriente.» El arrepentimiento no es nada sensiblero, sino algo revolucionario. Por eso son tan pocos los que se arrepienten.

(iii) Le llevaban al pueblo *la misericordia del Rey*. No sólo llevaban a las personas esa demanda inquietante; también llevaban ayuda y sanidad. Llevaban liberación a los pobres hombres y mujeres poseídos. Desde el principio, el Cristianismo se ha propuesto traer la salud al cuerpo y al alma; no sólo la salvación del alma, sino la salvación total. No sólo ofrecían

una mano para salir del naufragio moral, sino una mano para elevarse del dolor y el sufrimiento físico. Es de lo más sugestivo que ungieran con aceite. En el mundo antiguo, el aceite se consideraba una panacea. El gran médico griego Galeno decía: < El aceite es el mejor de todos los medios para curar las enfermedades del cuerpo. » En las manos de los siervos de Cristo, las viejas curas adquirían una nueva virtud. Lo extraño es que usaran las cosas que el conocimiento parcial de la humanidad había sabido desde siempre; pero el Espíritu de Cristo daba al sanador un nuevo poder, y a la vieja cura una nueva virtud. El poder de Dios se ponía a disposición de la fe de las personas en las cosas ordinarias.

Así que los Doce llevaron al pueblo el mensaje y la misericordia del Rey, y esa sigue siendo la tarea de la Iglesia hoy y siempre y en todas partes.

TRES VEREDICTOS SOBRE JESÚS

Marcos 6:14s

El rey Herodes oyó acerca de Jesús, porque Su nombre se conocía por todas partes. Y se dijo: «Juan el Bautista ha resucitado. Por eso obran en Él esos poderes milagrosos.» Otros decían: «¡Es Elías!» Otros: «Es un profeta como los famosos profetas de la antigüedad. »

Para entonces ya se tenían noticias de Jesús en todo el país. El informe llegó a los oídos de Herodes. La razón por la que no había sabido de Jesús hasta aquel momento puede haber sido debida al hecho de que su residencia oficial en Galilea estaba en Tiberíades, una ciudad mayormente gentil y que, por lo que sabemos, Jesús no visitó nunca. Pero la misión de los Doce había llevado la fama de Jesús por toda Galilea, de manera que Su nombre se oía por todas partes. En este pasaje tenemos tres veredictos sobre Jesús.

(i) Tenemos el veredicto de una conciencia culpable. Herodes había sido responsable de la ejecución de Juan el Bautista, y su conciencia no le dejaba tranquilo. Siempre que una persona comete una mala acción, el mundo entero se convierte en su

enemigo. Interiormente, no puede dominar sus pensamientos; y, siempre que los deja correr, vuelven a la acción malvada que ha cometido. Nadie puede evitar vivir consigo mismo; y cuando su ser interior se convierte en su acusador, la vida resulta un infierno. Externamente, vive en constante temor de ser descubierto, y de que algún día le alcancen las consecuencias de su mala acción.

Hace algún tiempo, un preso se escapó de una cárcel de Glasgow. Después de cuarenta y ocho horas de libertad, le detuvieron otra vez, helado y hambriento y agotado. Dijo que no había valido la pena: «No he tenido ni un minuto bueno. Perseguido, perseguido todo el tiempo. No se puede uno parar para comer ni para dormir.»

Perseguido, esa es la palabra que a menudo describe la vida del que ha hecho algo malo. Cuando Herodes oyó de Jesús, lo primero que se le pasó por la mente fue que Ese era Juan el Bautista, el que él había matado, que venía a ajustarle las cuentas. El pecado no vale nunca la pena, porque la vida de pecado es una vida asediada.

(ii) Tenemos el veredicto del nacionalista. Algunos pensaban que ese Jesús era Elías redivivo. Los judíos esperaban al Mesías. Había muchas ideas acerca del Mesías, pero la más corriente era que sería un gran Rey conquistador que les devolvería a los judíos su libertad política, y después los conduciría victoriosamente a la conquista del mundo entero. Era una parte esencial de esa creencia que, antes de la venida del Mesías, Elías, el más grande de los profetas, volvería otra vez para ser Su heraldo y precursor. Hasta nuestros días, cuando los judíos celebran la Pascua en sus hogares, ponen una silla de más a su mesa que llaman la silla de Elías, y le ponen un vaso de vino delante en la mesa. Y en cierto momento de la celebración van a la puerta y la abren de par en par para que

Elías pueda entrar y traerles por fin las largo tiempo esperadas noticias de que ha venido el Mesías.

Este era el veredicto de los que deseaban encontrar en Jesús el cumplimiento de *sus propias ambiciones*. Creían que Jesús era, no Alguien a Quien debían someterse y obedecer, sino alguien que podían usar. Los tales piensan más en sus propias ambiciones que en la voluntad de Dios.

(iii) Tenemos el veredicto de los que estaban esperando escuchar la voz de Dios. Había algunos que veían en Jesús a un profeta. Por aquel entonces los judíos eran tristemente conscientes de que hacía trescientos años que estaba callada la voz de la profecía. Escuchaban los argumentos y las discusiones legales de los rabinos; escuchaban las pláticas morales de la sinagoga; pero hacía tres largos siglos que no escuchaban una voz que proclamara: «¡Así dice el Señor!» Había personas en aquellos días que esperaban escuchar la auténtica voz de Dios -y la oyeron en Jesús. Es verdad que Jesús era más que un profeta. Él no se limitó a traer la voz de Dios. Trajo a la humanidad el poder y la vida y el ser de Dios mismo. Pero los que vieron en Jesús a un profeta estaban mucho más cerca que la conciencia inquieta de Herodes y la expectación de los nacionalistas. Si habían llegado a ese punto en su idea de Jesús, no les serían difícil dar un paso adelante más y ver en Él al Hijo de Dios.

LA VENGANZA DE UNA MALVADA

Marcos 6:16-29

Pero cuando Herodes lo oyó, se dijo: «Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado. » Porque había sido Herodes el que había enviado a su gente a detener a Juan y le había encarcelado por el asunto de Herodías, la mujer de su hermano Felipe porque Herodes se había casado con ella. Y es que Juan le había dicho a Herodes:

No tienes derecho a estar casado con la mujer de tu hermano.

Herodías se había puesto en contra de Juan, y quería matarle; pero no lo podía conseguir porque Herodes le tenía miedo a Juan, porque sabía muy bien que era un hombre justo y santo; así es que le mantuvo a salvo. Cuando Herodes escuchaba a Juan, no sabía qué hacer; porque encontraba un cierto placer en escucharle.

Pero un día se presentó la ocasión cuando, en el cumpleaños de Herodes, estaba dándoles un banquete a sus cortesanos y capitanes y hombres importantes de Galilea. La hija de la misma Herodías entró a bailar delante de todos, y a Herodes y a los que estaban a la mesa con él les agradó mucho.

El rey le dijo a la joven:

-Pídemelo que te dé la gana, que yo te lo daré. -Y se lo juró-: Me pidas lo que me pidas, te lo daré; hasta la mitad de mi reino.

La joven salió a decirle a su madre:

-¿Qué le puedo pedir para mí?

La cabeza de Juan el Bautista -le contestó su madre.

Inmediatamente ella se dirigió corriendo al rey, y le hizo su petición:

-Quiero que aquí y ahora me des la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja.

El rey se afligió mucho; pero, como se lo había jurado, y además delante de todos sus huéspedes, no quería faltar a su palabra. Así es que el rey mandó inmediatamente a un verdugo a que le trajera la cabeza de Juan. El verdugo fue, y le cortó la cabeza a Juan en la cárcel, y la trajo en una fuente, y se la dio a la joven, y la joven se la dio a su madre.

Cuando los discípulos de Juan se enteraron, vinieron a llevarse su cuerpo, y lo enterraron.

Esta historia tiene toda la sencillez de las grandes tragedias. Primero, veamos *la escena*. Fue en el castillo de Maqueronte, que se elevaba en un acantilado solitario, entre torrentes terribles, mirando al lado oriental del Mar Muerto. Era una de las fortalezas más solitarias, hoscas e inexpugnables. Hasta este día se conservan las mazmorras, y los viajeros pueden ver todavía los grillos y los ganchos de hierro en las paredes donde Juan estuvo encarcelado. Fue en aquella fortaleza inhóspita y desolada donde tuvo lugar el último acto de la vida de Juan.

Segundo, veamos los *caracteres*. Los líos matrimoniales de la familia de Herodes son realmente increíbles, y sus entrecruces son tan complicados que casi no se pueden desenredar. Cuando nació Jesús, el rey era Herodes el Grande. Fue el que mandó matar a los niños de Belén (*Mateo 2:16-18*). Herodes el Grande se casó muchas veces. Hacia el final de su vida se volvió locamente suspicaz, y asesinó a miembro tras miembro de su propia familia hasta que llegó a decirse: < Está más a salvo un cerdo en casa de Herodes que un hijo de Herodes.>

Primero se casó con Doris, de la que le nació su hijo Antípatro, al que más tarde asesinó. También se casó con' Mariamne la Asmonea, de la que tuvo dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, a los que también asesinó. Herodías, la villana de este drama, era la hija de Aristóbulo. Herodes el Grande se casó también con otra Mariamne llamada la Betusiana. De ella tuvo un hijo, Herodes Felipe, que se casó con Herodías, la hija de su hermanastro Aristóbulo, que era, por tanto, su sobrina. De Herodías, Herodes Felipe tuvo una hija llamada Salomé, que es la joven que bailó ante Herodes de Galilea en nuestro pasaje. Herodes el Grande se casó también con Maltake, de la que tuvo dos hijos: Arquelao, y Herodes Antipas, que es el de nuestro pasaje, el gobernador de Galilea. El Herodes Felipe que fue el primer marido de Herodías y el padre de Salomé, no heredó ninguno de los dominios de Herodes el Grande. Vivió como un ciudadano privado rico en Roma. Herodes Antipas le visitó allí. Allí sedujo a Herodías, y la persuadió para que abandonara a su marido y se casara con él.

Fijémonos en quién era Herodías: (a) Era la hija de Aristóbulo, hermanastro de Herodes, y por tanto sobrina de este; y (b) había sido la mujer de Herodes Felipe, hermanastro de Herodes, y por tanto cuñada de este. Anteriormente, Herodes Antipas había estado casado con la hija del rey de los nabateos, un país árabe. Ella se volvió huyendo con su padre, que invadió el territorio de Herodes para vengar el honor de su hija, y derrotó duramente a Herodes. Para completar este cuadro sorprendente, Herodes el Grande se había casado por último con Cleopatra de Jerusalén, de la que había tenido un hijo que se llamó el tetrarca Felipe. Este Felipe se casó con Salomé, que era al mismo tiempo (a) la hija de Herodes Felipe, su hermanastro, y (b) la hija de Herodías, que era hija de Aristóbulo, otro de sus hermanastros. Salomé era por tanto al mismo tiempo la sobrina y la sobrina nieta de su marido. Si colocamos toda esta información en una tabla nos será más fácil de comprender. Véase la página siguiente.

Al casarse con Herodías, la mujer de su hermano, Herodes había quebrantado la ley judía (*Levítico 18:16; 20:21*) y había ofendido las leyes de la decencia y de la moralidad.

Por este matrimonio adulterino y por la deliberada seducción de su cuñada, Juan reprendió a Herodes públicamente. Requería valor el reprender públicamente a un déspota oriental que tenía poder de vida y muerte sobre sus súbditos, y el valor de Juan al hacerlo se conmemora en la colecta del día de san Juan Bautista en algunas liturgias:

Dios todopoderoso, por Cuya providencia Tu siervo Juan el Bautista nació milagrosamente y le enviaste para preparar el camino de Tu Hijo nuestro Salvador mediante la predicación del arrepentimiento: Concédenos que sigamos sus doctrina y vida santa de tal manera que nos arrepintamos de veras conforme a su predicación; y, siguiendo su ejemplo, hablemos siempre la verdad, reprendamos valerosamente el vicio, y suframos pacientemente por causa de la verdad.

A pesar de que Juan le había reprendido, Herodes todavía le temía y respetaba, porque Juan era indudablemente un hombre sincero y bueno; pero la actitud de Herodías eran diferente. Era implacablemente hostil a Juan, y estaba decidida a eliminarle. Se le presentó la oportunidad en la fiesta del cumpleaños de Herodes, que este celebraba con sus cortesanos y jefes del ejército. En aquella fiesta salió a bailar su hija Salomé. Los bailes de una sola bailarina en aquellos días y sociedad eran pantomimas vulgares y licenciosas. El que una princesa de sangre real se expusiera y degradara de esa manera es increíble, porque tales bailes estaban a cargo de prostitutas profesionales. El mismo hecho de que lo hiciera es un comentario sombrío sobre el carácter de Salomé, y de su propia madre, que la animó a hacerlo. Pero Herodes se mostró muy complacido, y le ofreció la recompensa que pidiera; así es que Herodías aprovechó la oportunidad que esperaba desde hacía tiempo; y Juan fue ejecutado para satisfacer el rencor de una mala mujer.

Podemos aprender aquí algo acerca de cada uno de los personajes de esta historia.

(i) Se nos revela Herodes.

(a) Era una curiosa mezcla. Temía y respetaba a Juan al mismo tiempo. Temía la lengua de Juan, y sin embargo encontraba placer en escucharle. No hay nada en este mundo tan extraño como la mezcla que se da en algunos seres humanos. Les es característico el ser tales mezclas. Boswell, en su *Diario de Londres*, nos dice que asistía a la iglesia y participaba del culto al mismo tiempo que hacía sus planes para encontrarse con una prostituta en las calles de Londres aquella misma tarde. Lo raro de algunas personas es que están igualmente atraídas por el pecado y por la bondad. Robert Louis Stevenson habla de personas <

aferrándose a los restos de la virtud en el burdel o en el patíbulo.» Sir Norman Birkett, el famoso consejero de la Reina y juez, dice de los criminales que había juzgado: «Puede que intenten evadirse, pero no pueden; están condenados a una cierta nobleza; a lo largo de toda su vida los sigue a los talones el deseo del bien, el

implacable cazador.» Herodes era capaz de temer y amar a Juan al mismo tiempo; podía aborrecer su mensaje, y sin embargo no podía sustraerse a su atractivo. Herodes no era más que un ser humano. ¿Somos nosotros tan distintos de él?

(b) Herodes era una persona que actuaba por impulso. Le hizo aquella promesa insensata a Salomé sin pensar en las consecuencias. Puede que la hiciera cuando estaba ya más que medio bebido. Que cada uno tenga cuidado. Que piense antes de hablar. Que nunca se encuentre por autoindulgencia en un estado en que pierda sus poderes de juicio y sea capaz de hacer cosas que luego le van a pesar.

(c) Herodes tenía miedo al qué dirán. Le cumplió su promesa a Salomé porque se la había hecho delante de su pandilla, y no quería quedar mal. Le tenía miedo a su risa y burla y chistes. Le tenía miedo a que le tuvieran por débil. Muchas personas han hecho cosas que después han lamentado amargamente porque no tuvieron el coraje moral de hacer lo que debían. Muchas personas se han hecho a sí mismas aparecer peores de lo que son porque le tenían miedo a las risas de sus supuestos amigos.

(ii) Salomé y Herodías se nos revelan aquí totalmente. Herodías tenía una cierta grandeza. Unos años después de esto, su Herodes procuró conseguir el título de rey. Se fue a Roma a solicitarlo. En vez de dárselo, el emperador le desterró a la Galia por tener la insolencia y la insubordinación de pedir tal título. Se le dijo a Herodías que no tenía necesidad de compartir el destierro de Herodes, que podía ser libre; pero ella contestó con orgullo que iría donde fuera su marido.

Herodías nos muestra lo que es capaz de hacer una mujer amargada. No hay nada mejor en el mundo que una buena mujer, ni nada peor que una mala. Los rabinos judíos tenían un dicho pintoresco. Decían que *una buena mujer* podía casarse con *un mal hombre*, y hacerle tan bueno como ella. Pero también decían que *un buen hombre* nunca debía casarse con *una mala mujer*, porque ella le arrastraría inevitablemente a su propio nivel. Lo malo de Herodías era que quería eliminar, y

eliminó, al único hombre que tuvo el coraje de enfrentarla consigo misma. Ella quería vivir su vida sin que nadie le recordara sus fallos. Ella asesinó a Juan para poder vivir a su aire en paz. Se olvidó de que, aunque ya no tuviera que enfrentarse con Juan, todavía tenía que enfrentarse con Dios.

(iii) Juan el Bautista se nos revela totalmente como un hombre de coraje. Era un hijo del desierto y de los amplios espacios abiertos, y el encerrarle en las mazmorras oscuras de Maqueronte tiene que haber sido el colmo de la tortura más refinada. Pero Juan prefería la muerte a la falsedad. Vivía para la verdad, y murió por la verdad. La persona que les trae a sus semejantes la voz de Dios hace el papel de su conciencia. Muchos acallarían su conciencia si pudieran; así es que el que habla de parte de Dios siempre tiene que arriesgarse a sí mismo y su vida.

LO PATÉTICO DE LA MULTITUD

Marcos 6:30-34

Los apóstoles se reunieron otra vez con Jesús, y Le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y Jesús les dijo: -Veníos a un lugar tranquilo, a descansar un poco de tiempo.

Porque había tanto jaleo que no podían encontrar tiempo ni para comer. Así es que se marcharon en la barca a un lugar solitario ellos solos. Pero muchos los vieron marcharse, y los reconocieron; y fueron corriendo juntos de todos los pueblos de por allí, y se les adelantaron.

Cuando Jesús desembarcó, vio una gran multitud, y se Le conmovieron las entrañas de piedad, porque Le parecían como ovejas que no tenían pastor; y Se puso a enseñarles muchas cosas.

Cuando los discípulos volvieron de su misión, informaron a Jesús de todo lo que habían hecho. Las multitudes a la expectativa eran tan insistentes que Jesús y los suyos no tenían tiempo ni para comer; así es que Jesús les dijo a los apóstoles que fueran con Él a un lugar solitario al otro lado del lago para tener tranquilidad y descansar un poco de tiempo.

Aquí vemos lo que podríamos llamar *el ritmo de la vida cristiana*. La vida cristiana es un constante entrar en la presencia de Dios desde la presencia de la sociedad, y salir de la presencia de Dios a la presencia de nuestros semejantes. Es como el ritmo del descanso y el trabajo. No podemos trabajar a menos que tengamos un tiempo de descanso; y el sueño no nos vendrá a menos que hayamos trabajado hasta cansarnos.

Hay dos peligros en la vida. El primero es el peligro de una actividad demasiado constante. Ninguna persona puede trabajar sin descansar; y ninguna persona puede vivir la vida cristiana a menos que se tome tiempo con Dios. Bien pudiera ser que todos los problemas de nuestras vidas estuvieran en que no Le damos a Dios la oportunidad de hablarnos, porque no sabemos estar nos quietos y escuchar; no Le damos tiempo a Dios para recargar nuestras energías y fuerza espiritual, porque no apartamos un tiempo para esperar en Él. ¿Cómo podremos asumir las cargas de la vida si no tenemos contacto con el Que es el Señor de toda la vida? ¿Cómo podremos hacer la obra de Dios a menos que sea con las fuerzas que Dios da? ¿Y cómo podremos recibir esas fuerzas si no buscamos en tranquilidad y a solas la presencia de Dios?.

Segundo, existe el peligro de retirarnos demasiado. La devoción que no desemboca en la acción no es la verdadera devoción. La oración que no desemboca en las obras de servicio no es la verdadera oración. No debemos nunca buscar la comunión con Dios *a fin de* evitar la comunión con nuestros semejantes, sino *para* prepararnos mejor para ella. El ritmo de la vida cristiana es el encuentro alternativo con Dios en el lugar secreto y con nuestros semejantes en los diversos campos de la actividad humana.

Pero el descanso que Jesús buscaba para Sí mismo y para Sus discípulos no tendría lugar. Las multitudes vieron marcharse a Jesús y a Sus hombres. En este lugar determinado, el lago no tiene más que seis kilómetros de ancho yendo en barca, y quince kilómetros por tierra, rodeando el lago por la parte superior. En un día sin viento, o con viento contrario, se podría necesitar un cierto tiempo para cruzar en barca, y una persona que anduviera de prisa podría rodear el lago a pie y llegar antes que la barca. Eso fue lo que sucedió aquel día; y cuando Jesús y Sus hombres desembarcaron al otro lado, la misma multitud de la que se habían querido retirar para estar tranquilos un tiempo los estaba esperando allí.

Cualquier persona corriente se habría molestado mucho. El descanso que Jesús deseaba y necesitaba y se había ganado con creces se Le negaba. Le invadían Su intimidad. Cualquier persona normal se habría enfadado, pero Jesús Se conmovió de misericordia: por la condición lastimosa de la multitud. Los miró; iban desesperadamente en serio; querían tanto lo que Él solo les podía dar; Le parecían como ovejas que no tuvieran pastor. ¿Qué quería decir con eso?

(i) Una oveja sin pastor no puede encontrar el camino. Dejados a nosotros mismos, nos perdemos en la vida. El doctor Cairns hablaba de personas que se sienten como < chiquillos en la lluvia. » Dante tiene un verso en el que dice: < Me desperté en medio del bosque, y estaba oscuro, y no se veía ningún camino. » La vida puede llenarnos de confusión. Puede que nos encontremos en un cruce de caminos, y no sepamos cuál tomar. Es solamente cuando Jesús nos guía y nosotros Le seguimos cuando podemos encontrar el camino:

(ii) Una oveja sin pastor no puede encontrar pastos ni agua. En esta vida tenemos que buscar sustento. Necesitamos fuerzas para seguir adelante; necesitamos inspiración para elevarnos por encima de nosotros mismos. Cuando buscamos estas cosas en otro sitio, nuestra mente sigue insatisfecha, nuestro corazón inquieto, nuestra alma en ayunas. Sólo podemos obtener las fuerzas para la vida del Que es el Pan de la Vida.

(iii) Una oveja sin pastor no tiene defensa frente a los peligros que la acechan. No se puede defender ni de los ladrones ni de las fieras. Si la vida nos ha enseñado algo es que no podemos vivir solos. Nadie se puede defender a sí mismo de las tentaciones que le asedian y del mal del mundo que le ataca. Sólo en la compañía de Jesús podemos caminar por el mundo y librarnos del mal. Sin Él no tenemos defensa; con Él estamos a salvo.

POCO ES MUCHO EN LAS MANOS DE JESÚS

Marcos 6:35-44

Cuando ya era tarde, los discípulos vinieron a decirle a Jesús:

-Este es un lugar solitario, y ya es tarde. Despide a la gente para que vayan a los caseríos y a las aldeas de alrededor a comprarse algo de comer.

Dadles vosotros algo de comer-les contestó Jesús:

-¿Es que quieres que vayamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para que coman algo? Le preguntaron ellos.

-¿Cuántos panes tenéis? -les preguntó Jesús-. ¡Id a verlo!

Cuando lo comprobaron, Le dijeron a Jesús:

-Cinco, y dos pescados.

Jesús les mandó que hicieran que todos se sentaran en secciones sobre la hierba. Y así hicieron: se sentaron en secciones de cien y de cincuenta personas.

Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados, miró al cielo y los bendijo, y los partió en trozos. Se los dio a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente. Y repartió también los dos pescados entre todos ellos.

Y todos comieron hasta quedar satisfechos; y se recogieron los trozos de pan y los restos de pescado: doce

cestas llenas. Y los que habían comido sumaban cinco mil hombres.

Es un hecho indudable que ningún milagro de Jesús parece haberles hecho tanta impresión a los discípulos como este, porque es el único que nos cuentan los cuatro evangelios. Ya hemos visto que el evangelio de Marcos realmente incorpora los materiales de la predicación de Pedro. El leer esta historia, tan sencilla pero también tan dramáticamente contada, es leer algo que suena al relato de un testigo presencial. Notemos algunos de sus detalles peculiares y realistas.

La multitud se sentó en *la hierba verde*. Es como si Pedro estuviera viendo otra vez toda la escena con los ojos de la memoria. Resulta que esta breve frase descriptiva nos provee de un montón de información. La única parte del año cuando

la hierba estaría verde sería al final de la primavera, al final de abril. Así es que sería por entonces cuando tuvo lugar este milagro. En esa época, el sol se pone hacia las seis de la tarde; así es que esto tiene que haber sucedido algo antes de esa hora.

Marcos nos dice que se sentaron en *secciones* de cien o de cincuenta. La palabra que se usa para *secciones* (*prasiai*) es una palabra muy pictórica. Es el término griego normal para lechos de plantas en una huerta o de flores en un jardín. Mirando a esos pequeños grupos, sentados ordenadamente, parecerían como bancales de plantas en una huerta.

Al final recogieron doce cestas de pedazos sobrantes. Ningún judío ortodoxo viajaba nunca sin su cesta característica (*kofinos*). Los autores latinos nos han dejado chistes que se hacían de los judíos con sus cestas. Había dos razones para llevar esa cesta, que estaba hecha de mimbre y tenía un cuello estrecho que se iba ensanchando hacia abajo. La primera era que un judío ortodoxo tenía que llevar sus provisiones de comida para estar seguro de comer alimentos pernitidos por la Ley. Segunda, muchos judíos iban por la vida de pordioseros profesionales, y metían lo que les daban en su cesta. La razón de que hubiera *doce cestas* es sencillamente que los apóstoles eran *doce*. Fue en sus propias cestas donde recogieron ahorrativamente los trozos sobrantes para que no se perdiera nada.

Lo más maravilloso de esta historia es que por toda ella discurre el contraste implícito entre la actitud de Jesús y la de Sus discípulos.

(i) Nos muestra *dos reacciones a la necesidad humana*. Cuando los discípulos vieron lo tarde que era y lo cansada y hambrienta que estaba la gente, dijeron: «Despídelos para que puedan encontrar algo de comer.» Lo que equivalía a decir: «Estas personas están cansadas y hambrientas. Líbrate de ellas, y que sea otro el que se preocupe de ellos.» Pero Jesús dijo: «Dadles *vosotros* algo de comer.» Lo que Jesús estaba diciendo de hecho era: «Estas personas están cansadas y hambrientas. Tenemos que ayudarlas.» Siempre hay personas que se dan perfecta cuenta de que hay otras que tienen dificultades y problemas, pero que quieren pasarle la responsabilidad de hacer algo para ayudarlos a algún otro; y hay algunas personas que, cuando ven que alguien está pasando apuros, se sienten impulsados a ayudarle por sí mismos. Hay algunos que dicen: «Que se encarguen otros.» Y hay quienes dicen: «La necesidad de mi hermano es mi responsabilidad.»

(ii) Nos muestra *dos reacciones a los recursos humanos*. Cuando Jesús les pidió a Sus discípulos que le dieran a la gente algo de comer, insistieron en que doscientos denarios no bastarían para comprar solamente el pan. La palabra que usan casi todas las versiones es *denario*. Esta era una moneda de plata que representaba el salario diario de un obrero. Lo que los discípulos estaban diciendo realmente era: «Lo que ganara un obrero en seis meses no bastaría para darle a cada uno de estos el pan de una comida.» Realmente querían decir: «Lo que nosotros podemos tener es totalmente insuficiente.»

Jesús les preguntó: «¿Cuánto tenéis?» Tenían cinco panes. No serían hogazas grandes, sino más bien panecillos. *Juan* (6:9) nos dice que eran panecillos de cebada, que eran el alimento de los más pobres de los pobres. El pan de cebada era el más barato y áspero de todos. También tenían dos pescados,

que serían probablemente del tamaño de sardinas. Teriquea -que quiere decir < el pueblo del pescado salado>- era un lugar muy conocido en las **proximidades del lago, del que** se mandaba pescado salado a todo el mundo. Los pescaditos salados se comían con delicia con los panecillos secos.

No parecía gran cosa. Pero Jesús lo tomó en Sus manos, e hizo maravillas con ellos. En las manos de Jesús, poco es siempre mucho. Puede que creamos que tenemos poco talento o pocos medios que ofrecerle a Jesús. Esa no es razón para un pesimismo derrotista como el de los discípulos. Lo único fatal es decir: «Para lo que yo puedo hacer, no vale la pena intentarlo.» Si nos ponemos en manos de Jesucristo, está por ver lo que Él puede hacer con nosotros y por medio de nosotros.

LA CONQUISTA DE LA TEMPESTAD

Marcos 6:45-52

Acto seguido Jesús hizo que los discípulos se embarcaran para cruzar con dirección a Betsaida por delante de Él mientras Él despedía a la multitud. Después de despedirse de ellos Se marchó a orar al monte.

Cuando ya era tarde la barca estaba cruzando el lago a mitad de camino, y Jesús Se había quedado solo en tierra. Los vio remando con mucha dificultad, porque tenían el viento en contra. Hacia la cuarta vigilia de la noche Se dirigió a ellos andando sobre la mar, y parecía como si fuera a adelantarlos. Cuando Le vieron andando sobre la mar creyeron que era un fantasma y se pusieron a chillar de terror, porque todos Le veían y estaban fuera de sí de miedo. Pero Él les dijo en seguida:

- ¡Ánimo, soy Yo, no tengáis miedo!

Y Se subió con ellos a la barca, y amainó el viento. Y estaban totalmente alucinados, porque no habían entendido lo de los panes y estaban hechos un lío.

Después de calmar el hambre de la multitud, Jesús despidió inmediatamente a Sus discípulos para que se Le adelantaran mientras Él despedía a la gente. ¿Por qué tenía que hacerlo así? Marcos no nos lo dice, pero lo más probable es que tengamos la

explicación en el relato de Juan. Juan nos dice que, cuando la multitud se sintió satisfecha, surgió la idea de apoderarse de Jesús y hacerle rey. Eso era lo último que Jesús deseaba. Precisamente ese había sido el camino del poder que Jesús había rechazado de una vez para siempre en Sus tentaciones. Ahora Se lo veía venir. No quería que Sus discípulos se contagiaran de aquel impulso nacionalista. Galilea era un polvorín de revoluciones. Si no se atajaba ese movimiento, podía conducir a una rebelión que lo arruinara todo y que llevara al desastre a todos los implicados. Así es que Jesús mandó por delante a Sus discípulos, no fuera que se inflamaran con ese movimiento, y entonces Jesús calmó a la multitud y la despidió.

Cuando Se quedó solo, subió a una colina a orar. Los problemas se Le echaban encima a barullo: la hostilidad de los religiosos; la suspicacia supersticiosa de Herodes Antipas; los exaltados políticos que querían convertirle contra Su voluntad en un Mesías nacionalista. En este momento concreto se agolpaban muchos problemas en la mente de Jesús y muchas cargas en Su corazón.

Pasó algunas horas solo en el monte con Dios. Como ya hemos visto, esto debe de haber sucedido a mediados de abril, que era el tiempo de la Pascua. La Pascua se celebraba el primer plenilunio de la primavera, como ahora la Semana Santa. La noche duraba desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana, y se dividía en cuatro viglias: 6 a 9, 9 a 12, 12 a 3 y 3 a 6. A eso de las 3 de la mañana, Jesús miró desde la colina al lago. El lago no tenía más que 6 kilómetros de ancho en ese punto, y se extendía ante Su vista a la luz de la luna llena de la Pascua. El viento estaba rugiendo, y Jesús veía la barca y a Sus hombres en ella luchando denodadamente para alcanzar la otra orilla.

Veamos lo que sucedió. En cuanto Jesús vio a Sus amigos en dificultad, puso a un lado Sus propios problemas; el momento de la oración había pasado; había llegado el momento de la acción; Jesús Se olvidó de Sí mismo, y acudió a ayudar a Sus amigos. Así era, y es, Jesús. Para Él, el clamor de la necesidad humana tenía prioridad sobre todos los otros compromisos. Sus amigos Le necesitaban, y tenía que acudir.

Lo que sucedió físicamente no lo sabemos, ni tal vez lo sepamos nunca. La historia está revestida de un misterio que excluye toda explicación. Lo que sí sabemos es que Jesús se acercó adonde ellos estaban, y su tormenta se convirtió en calma. Con Él a su lado nada podía angustiarnos.

Cuando Agustín estaba escribiendo acerca de este incidente dijo: < Vino hollando las olas; y así pone bajo Sus pies todos los tumultos de las marejadas de la vida. Cristianos, ¿por qué temer? > Es un hecho indiscutible de la vida, un hecho que han experimentado incontables millares de hombres y mujeres de cada generación, que cuando Cristo está presente la tormenta se convierte en calma, el tumulto deja paso a la paz, lo imposible se realiza, lo insoportable se hace soportable y se superan las limitaciones sin sucumbir. Caminar con Cristo será también para nosotros conquistar la tempestad.

LAS MULTITUDES ANSIOSAS

Marcos 6:53-56

Cuando completaron la travesía y arribaron a tierra se encontraron en Genesaret, donde amarraron la barca. En cuanto desembarcaron, la gente reconoció inmediatamente a Jesús, y empezaron a venir corriendo de todos los campos de alrededor, y en todos los lugares donde supieron que estaba se pusieron a traerle sus enfermos en camillas. Y, en cuanto llegaba a aldeas o pueblos o caseríos, colocaban los enfermos en los espacios abiertos, y se ponían a pedirle que les permitiera tocar el borde de Su manto; y todos los que lo tocaban se ponían buenos.

En cuanto arribó Jesús al otro lado del lago, las multitudes Le rodearon otra vez. Algunas veces, Jesús debe de haber mirado a las multitudes con una cierta tristeza de decepción; porque no había ninguna persona allí que no hubiera venido a sacar algo de Él. Venían para recibir; venían con peticiones insistentes. Venían -para decirlo claramente- para aprovecharse de Él. ¡Qué diferente habría sido si hubiera habido algunos entre todos aquellos que vinieran a dar y no a recibir! En cierto sentido es natural que acudamos a Jesús para que nos dé cosas, porque son muchas las que sólo Él nos puede dar; pero siempre es vergonzoso no hacer nada más que recibir sin dar nada a cambio; y sin embargo es lo característico de la naturaleza humana.

(i) Hay algunos que se aprovechan de sus *hogares*. Esto sucede especialmente con algunos jóvenes, pero no exclusivamente. Se comportan como si sus hogares no estuvieran más que para su conveniencia y comodidad. Esperan que se les sirvan las comidas, que se les arregle la ropa y que se los deje descansar y disfrutar. Pero el hogar es un bien en el que todos debemos poner de nuestra parte, y no meramente estar siempre recibiendo.

(ii) Hay algunos que se aprovechan de sus *amigos*. Hay algunos de los que no recibimos nunca una carta o una visita como no sea para pedirnos algo. Hay algunos que consideran que los demás no están ahí nada más que para servirlos y ayudarlos en sus necesidades y caprichos, y para olvidarlos cuando sean ellos los que nos necesiten.

(iii) Hay algunos que se aprovechan de *la iglesia*. Quieren que bautice a sus niños, que case a sus jóvenes y entierre a sus muertos. Será raro verlos por allí a menos que esperen algo. Tienen la actitud inconsciente de que la iglesia está para servirlos, y que no comporta ninguna responsabilidad por su parte.

(iv) Hay algunos que quieren igualmente aprovecharse de Dios. Nunca se acuerdan de Él nada más que cuando creen que Le necesitan para algo. Sus únicas oraciones son peticiones, y hasta demandas que Le hacen a Dios. Alguien ha dicho que es algo así como lo que sucede en los hoteles: Hay un botones al que se puede llamar con la campanilla para que nos haga todos los recados y nos traiga todos los caprichos que se nos ocurran. Para algunos, Dios es una especie de «Botones universal» al que podemos llamar cuando Le necesitamos.

Si nos examinamos a nosotros mismos nos daremos cuenta de que todos somos culpables hasta cierto punto de estas actitudes. Le alegraríamos el corazón a Jesús si acudiéramos a Él más a menudo para ofrecerle nuestro amor, nuestro servicio, nuestra devoción... y menos a menudo sólo para reclamar la ayuda que necesitamos.

LIMPIO E INMUNDO

Marcos 7:1-4

También se Le acercaron a Jesús los fariseos, y algunos maestros de la Ley que habían bajado de Jerusalén. Vieron a algunos de Sus discípulos comer sin tener las manos ceremonialmente limpias, es decir, que no se las habían lavado como estaba prescrito; porque los fariseos, y todos los judíos que observan la tradición de los antepasados, no comen sin antes lavarse las manos ritualmente usando los puños como manda la ley; y cuando vuelven del mercado no comen sin antes bañarse de cuerpo entero; y tienen otras muchas tradiciones que observan en relación con los lavatorios de tazas y jarras y cacharros de bronce.

La diferencia que había entre Jesús y los fariseos y los maestros de la Ley, y la discusión que tuvo con ellos y que se relata en este capítulo tienen una importancia tremenda, porque nos muestran la esencia misma y la raíz de la divergencia entre Jesús y los judíos ortodoxos de Su tiempo.

La pregunta que se hizo fue: ¿Por qué Jesús y Sus discípulos no cumplían la tradición de los antepasados? ¿Cuál era esta tradición, y cuál su espíritu motor?

Originalmente, la Ley quería decir dos cosas para los judíos. Quería decir, como lo primero y lo más importante, los Diez Mandamientos; y en segundo lugar, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, que los judíos llaman la Torá y nosotros el Pentateuco. Ahora bien, es verdad que el Pentateuco contiene un cierto número de reglas y normas puntuales; pero, en relación con las cuestiones morales, lo que propone es una serie de grandes principios morales que cada uno debe interpretar y aplicar por sí mismo. Por algún tiempo, los judíos tuvieron bastante con esto; pero en los siglos V y IV antes de Cristo surgió una clase de expertos legales que conocemos como los *escribas*, que no se conformaban con grandes principios morales; padecían de lo que podríamos llamar «la manía de las definiciones.» Querían ampliar, desmenuzar y concretar estos grandes principios en miles y miles de reglas y normas que gobernarán todas las posibles acciones y situaciones de la vida. Estas reglas y normas no se escribieron hasta bastante después del tiempo de Jesús. Son lo que se llama *la ley oral*, o, como se la llama aquí, *la tradición de los antepasados*.

La palabra *antepasados* no quiere decir en este contexto los jefes de la sinagoga, sino los antiguos, los grandes expertos legales del pasado como Hillel y Shammai. Mucho más tarde, en el siglo III d.C., se hizo y se escribió un resumen de todas estas reglas y normas, que es lo que se llama la *Misná*.

Hay dos aspectos de estas reglas y normas que aparecen en la confrontación de este pasaje. Uno es acerca del *lavatorio de manos*. Los escribas y los fariseos acusaron a los discípulos de Jesús de comer con las manos sucias. La palabra que se usa en el original es *koinós*. Normalmente *koinós* quiere decir *común*;

de ahí pasa a describir algo que es ordinario en el sentido de que no es sagrado, algo que es *profano* como opuesto a las cosas santas; y finalmente describe algo, como sucede aquí, que es ceremonialmente impuro e inhábil para el servicio y culto de Dios.

Había reglas establecidas rígidamente para el lavamiento de las manos. Nótese que no era una cuestión de higiene, sino de *la limpieza ceremonial* de la que se trataba. Antes de cada comida, y entre los distintos platos, había que lavarse las manos, y de cierta manera. Las manos, al empezar, no tenían que tener nada de tierra, polvo o sustancias con las que se hubiera estado trabajando. El agua para las abluciones tenía que guardarse en cántaros especiales de piedra para que estuviera limpia en el sentido ceremonial y fuera seguro que no se usaba para otro fin, y que no se había caído nada dentro de ella ni tenía ninguna mezcla. Primero, tenían que ponerse las manos con la punta de los dedos *hacia arriba*; se echaba el agua sobre la punta de los dedos para que corriera por lo menos hasta la muñeca; la cantidad mínima de agua debía ser un cuarto de log, que equivalía al contenido de la cáscara de un huevo y medio. Con las manos todavía mojadas, se limpiaba cada una con el puño de la otra. A

eso se refiere la mención del puño en nuestro texto; se restregaba el puño de cada mano en la palma y el revés de la otra. Esto quiere decir que en esa etapa las manos estaban todavía mojadas, pero esa agua estaba contaminada, porque había tocado las manos contaminadas. Así es que después se tenían que poner las manos con la punta de los dedos hacia abajo, y verter el agua de manera que bajara desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Después de todo ese proceso, las manos quedaban puras.

El dejar de hacer todo esto era, a los ojos de los judíos, no una falta de higiene, sino estar en estado de impureza a los ojos de Dios. El que comía con las manos impuras estaba sujeto a los ataques de un demonio que se llamaba Sibta. El descuidar el lavatorio de manos era exponerse a la pobreza y a la destrucción. Lo que se comía con las manos impuras era tan inmundo como el excremento. Un **rabino que omitió una vez la ceremonia del lavatorio** fue enterrado excomulgado. Otro rabino, preso de los romanos, usaba el agua que le daban para lavarse ritualmente antes que para beber, y casi se murió de deshidratación, porque estaba decidido a cumplir las reglas de la pureza antes que a satisfacer la sed.

Para un judío ortodoxo a la manera de los fariseos y los escribas, eso era la religión. Eran esas reglas rituales y ceremoniales las que consideraban que eran la esencia del servicio a Dios. La religión ética se enterraba bajo una masa de tabúes.

Los últimos versículos del pasaje amplían este concepto de pureza e impureza. Una cosa podía ser totalmente limpia en el sentido ordinario, y sin embargo ser ceremonialmente inmunda. Tenemos algo acerca de esta concepción de la impureza en *Levítico 11-15* y en *Números 19*. Ahora diríamos más bien que había cosas que eran *tabú* más bien que inmundas. Algunos animales eran inmundos (*Levítico 11*). Una mujer quedaba impura después del parto; un leproso era inmundo; cualquiera que tocara un cadáver, quedaba impuro. Y cualquiera que hubiera contraído la impureza ritual se la pasaba a todo lo que tocara. Un gentil era impuro; la comida tocada por un gentil era inmunda; cualquier recipiente que tocara un gentil, quedaba impuro. Así que, cuando un judío estricto volvía del mercado, se bañaba de cuerpo entero en agua pura para librarse de las contaminaciones que hubiera podido adquirir.

Está claro que las vasijas podían contaminarse fácilmente; podía tocarlas una persona en estado de impureza, o cualquier cosa inmunda. Esto es lo que quiere decir nuestro pasaje con los lavatorios de tazas y jarras y vasijas de bronce. En la *Misná* hay no menos de doce tratados sobre esta clase de impureza. Si tomamos algunos ejemplos concretos veremos hasta dónde llegaba la cosa. Una vasija *hueca* hecha de arcilla podía contraer la impureza *dentro*, pero no *fuera*; es decir: no importaba quién o qué la tocara por fuera, pero sí por dentro. Si se volvía inmunda, había que romperla; y no se debía dejar ningún trozo suficientemente grande para contener bastante

aceite para ungir **el dedo pequeño del pie**. Un plato llano sin reborde no podía **estar inmundo nunca; pero** si tenía reborde, sí. Si los recipientes de cuero, hueso o cristal eran planos no podían contraer impureza; pero si eran *huecos* podían contraerla *por fuera y por dentro*. Si estaban inmundos, había que romperlos haciéndoles un agujero suficientemente grande para que pasara una granada mediana. Para quitar la impureza, las vasijas de arcilla se tenían que romper; otros cacharros se podían sumergir, cocer o purificar con fuego -en el caso de los cacharros de metal- y luego rasparlos. Una mesa de tres patas podía contaminarse. Si perdía una o dos patas, ya no. Si perdía tres patas, sí, porque entonces era un tablero, y un tablero podía estar inmundo. Las cosas de metal podían estar inmundas, excepto una puerta, un cerrojo, una cerradura, una bisagra, un picaporte y un canalón. La madera que estuviera en utensilios de metal podía contaminarse; pero el metal que estaba en utensilios de madera, no. Así que una llave de madera con los dientes de metal podía estar impura; pero una llave de metal con los dientes de madera, no.

Nos hemos tomado algún tiempo con estas leyes de los escribas o la tradición de los antepasados porque *con esto era con lo que Jesús se enfrentaba*. Para los escribas y los fariseos estas reglas y normas eran la esencia de la religión. El cumplirlas era agrandar a Dios; el quebrantarlas era pecado. Esa era la idea que tenían de la bondad y del servicio a Dios. En el sentido religioso, Jesús y esas personas hablaban lenguas diferentes. Fue precisamente porque Él no concedía ninguna importancia a todas esas reglas por lo que Le consideraban un mal hombre. Hay aquí una escisión fundamental entre la persona que ve la religión como ritual, ceremonial, reglas y normas, y la persona que considera la religión como amar a Dios y a sus semejantes.

El pasaje siguiente desarrollará este punto; pero está claro que la idea que tenía Jesús de la religión y la que tenían los escribas y los fariseos no tenían nada en común.

LAS LEYES DE DIOS Y LAS REGAS DE LOS HOMBRES

Marcos 7:5-8

Así es que los fariseos y los maestros de la Ley Le preguntaron a Jesús:

-¿Por qué tus discípulos no se comportan de acuerdo con la tradición de los antepasados, sino que comen con las manos inmundas?

Jesús les contestó:

Hizo bien Isaías en profetizar acerca de vosotros, hipócritas, como está escrito: «Este pueblo Me honra de labios para fuera, pero su corazón no puede estar más lejos de Mí. Esto que los hombres llaman reverencia es un cosa huera, porque la doctrina que enseñan no son más que reglas y normas humanas. » Con tanto mantener la tradición de los hombres abandonáis el mandamiento de Dios.

Los escribas y los fariseos se fijaron en que los discípulos de Jesús no cumplían la casuística de la tradición y el código de la ley oral en relación con el lavatorio de manos antes de y durante las comidas, y Le preguntaron a Jesús por qué. Jesús empezó por citarles un pasaje de *Isaías 29:13*, en el que Isaías acusaba a sus contemporáneos de honrar a Dios con sus labios mientras que sus corazones estaban realmente muy lejos de Él. En principio Jesús acusaba a los escribas y fariseos de dos cosas.

(i) Los acusaba de *hipocresía*. La palabra *hypocrités* tiene una historia interesante y reveladora. Empezó por querer decir sencillamente *el que contesta*; luego pasó a significar *el que contesta en un diálogo o conversación preparada de antemano*, es decir, *un actor de teatro*. Y por último llegó a querer decir, no simplemente el que actúa en el teatro, sino *aquel cuya vida entera es una pura farsa sin ninguna sinceridad personal*.

Cualquiera para quien la religión es una cuestión legal; cualquiera para quien la religión quiere decir cumplir determinadas leyes y normas externas; cualquiera para quien la religión depende exclusivamente del cumplimiento de ciertos ritos y de mantener cierto número de tabúes, a fin de cuentas está abocado a ser, en este sentido, un hipócrita. La razón es la siguiente: cree que es una buena persona si cumple con las prácticas correctas *independientemente de cómo sean su corazón y sus pensamientos*.

Aplicando esto a los judíos legalistas de tiempos de Jesús, podían odiar a sus semejantes con todo su corazón, podían estar llenos de envidia y de celos y de amargura y de rencor y de orgullo ocultos; eso no tenía importancia siempre que realizaran los lavatorios correctos y observaran las leyes precisas acerca de la limpieza y la impureza. El legalismo tiene en cuenta las acciones externas de una persona, pero no sus sentimientos interiores. Se puede estar sirviendo meticulosamente a Dios en cosas externas, y sin embargo desobedeciéndole en las internas. Eso es la Hipocresía.

Un musulmán devoto debe rezar cierto número de veces al día. Para hacerlo correctamente lleva su esterilla de oración; donde se encuentre en el momento preciso, desenrolla la esterilla, se pone de rodillas, hace sus rezos y sigue su camino. Hay una historia de un musulmán que iba persiguiendo a un hombre con un puñal en alto para matarle. Precisamente entonces se oyó la llamada a la oración. El hombre se detuvo inmediatamente, desenrolló su esterilla, se arrodilló, hizo sus rezos tan deprisa como pudo, se levantó y continuó su persecución asesina. La oración era simplemente un ritual, una observancia externa, el interludio en una carrera de crimen. No hay mayor peligro para la religión que el confundirla con la observancia externa. No hay error más corriente en religión que el de identificar la bondad con ciertos actos que se consideran religiosos. El ir a la iglesia, el leer la Biblia, ofrendar regularmente en las colectas, hasta la oración regular no hacen que nadie sea una buena persona. La cuestión fundamental es cómo

está el corazón de la persona en relación con Dios y con sus semejantes. Y si tiene enemistad, amargura, resentimiento, orgullo, todas las observancias religiosas externas del mundo no le convierten nada más que en un farsante, en un hipócrita.

(ii) La segunda acusación que Jesús hizo implícitamente contra aquellos legalistas era que *sustituían las leyes de Dios por normas inventadas por los hombres*. Para su dirección en la vida no dependían de escuchar a Dios, sino de escuchar las discusiones y debates, la casuística, las ingeniosas interpretaciones de los expertos legales. La casuística nunca puede ser la base de la verdadera religión, que no puede ser nunca el producto de la mente humana. Tiene siempre que venir, no de los ingeniosos descubrimientos de las personas, sino de escuchar y seguir sencilla y humildemente la voz de Dios.

UNA REGLA INICUA

Marcos 7:9-13

Jesús les dijo a los escribas y fariseos:

- ¡Hacéis maravillas anulando el mandamiento de Dios para cumplir con vuestra tradición! Porque lo que dijo Moisés fue: < Honra a tu padre y a tu madre. > Y también: «El que hable mal de su padre o de su madre, que lo pague con la vida. > Pero lo que decís vosotros es que, si uno le dice a su padre o a su madre: «Lo que te podría haber dado para ayudarte es Korbán» -que quiere decir consagrado a Dios-, ya no le dejáis hacer nada por su padre o por su madre, y de esa manera anuláis la Palabra de Dios con la tradición que seguís. Y hacéis otras muchas cosas por el estilo.

El sentido exacto de este pasaje es difícil de descubrir. Gira en torno a la palabra *korbán*, que parece haber pasado por varias etapas en la evolución de su significado.

(i) En un principio quería decir *don, regalo*, y se usaba para describir algo que se dedicaba especialmente a Dios. Una cosa que era *korbán* estaba como si ya se hubiera colocado sobre el altar; es decir, totalmente aparte de todos los usos ordinarios, y era propiedad de Dios. Si una persona quería dedicar parte de su dinero o propiedades a Dios declaraba que aquello era *korbán*, y desde aquel momento ya no se podía usar para nada ordinario o secular.

Parece que, aun en esta etapa, esta palabra se podía usar con mucha astucia. Por ejemplo: Un acreedor que tuviera un deudor moroso podía decirle: < Lo que me debes es *korbán* » -es decir: tu deuda está dedicada a Dios. A partir de aquel momento, el deudor dejaba de estar en deuda con un semejante y pasaba a estarlo con Dios, lo cual era mucho más serio. Puede ser que el acreedor pudiera cumplir su parte del asunto pagando una cantidad simbólica al templo y guardándose el resto para sí. En cualquier caso, el introducir la idea de *korbán* en esta clase de transacciones era una especie de chantaje religioso que convertía una deuda que se tenía con un hombre en una deuda que se tenía con Dios.

No parece que la idea de *korbán* fuera todavía capaz de un uso abusivo. Si se trataba de eso, el pasaje habla de una persona que declaraba que su propiedad era *korbán*, consagrada a Dios, y por tanto, cuando su padre o su madre estaban en necesidad perentoria y acudían a su hijo para pedirle ayuda, este podía decirles: «Siento mucho no poder darte ninguna ayuda, porque todo lo que pudiera poner a vuestra disposición está dedicado a Dios.» El voto se hacía como una excusa para no ayudar a los padres necesitados. El voto en el que insistía el religioso legalista implicaba quebrantar uno de los diez mandamientos de Dios, que son la Ley de Dios. Además, ya se comprende que esta podía ser una mentira de la peor especie, ya que se faltaba a la Ley de Dios pretendiendo una piedad dudosa que ni siquiera se cumplía.

(ii) Llegó un tiempo en que *korbán* se convirtió en un juramento mucho más amplio. Cuando una persona declaraba que algo era *korbán* es que lo ponía totalmente fuera del alcance de la persona con la que estuviera hablando. Uno podía decir: < ¡Korbán es todo lo tuyo que me pudiera ser de provecho! » -, y al hacerlo así juramentaba a la otra persona para que no pudiera ni tocar ni gustar ni usar nada que poseyera. O podía decir < *Korbán* sea cualquier cosa que yo tenga de la que tú te podrías aprovechar, » y al decirlo, se juramentaba a no ayudar ni beneficiar al otro con nada suyo. Si es eso lo que se quiere decir aquí, el pasaje quiere decir que, en algún momento, tal vez bajo los efectos de la ira o de la rebeldía, una persona podría decirles a sus padres: «*Korbán* es todo lo que

podría dar para ayudaros.» Y desde ese momento, aunque se arrepintiera de su juramento precipitado, los legalistas escribas declaraban que aquello era inquebrantable, y que ya nunca podría dar a sus padres ninguna ayuda.

En cualquiera de estos casos -y no nos es posible saber de cuál se trata aquí-, de una cosa sí podemos estar seguros: Que había casos es que el estricto cumplimiento de la ley de los escribas hacía imposible el que una persona cumpliera la ley de los Diez Mandamientos.

Jesús estaba atacando un sistema que ponía las reglas y normas por encima de la llamada de la necesidad humana. El mandamiento de Dios era que la llamada del amor humano tenía prioridad. El mandamiento de los escribas era que la llamada de las reglas y normas legales debía ocupar el primer lugar. Jesús estaba totalmente seguro de que cualquier reglamento que le impidiera a una persona ayudar al necesitado no era ni más ni menos que una contradicción de la Ley de Dios.

Debemos tener cuidado de no dejar nunca que las reglas bloqueen las llamadas del amor. Nada que nos impida ayudar a un semejante en necesidad puede ser nunca una regla que Dios apruebe.

LA VERDADERA CONTAMINACIÓN

Marcos 7:14-23

Jesús llamó otra vez a Sí a la multitud y les dijo: -Prestadme atención todos vosotros, y enteraos bien. No hay nada que entre en una persona desde fuera que la pueda contaminar; son las cosas que salen del interior de la persona las que la hacen inmunda.

Cuando llegó a la casa, ya sin la gente, Sus discípulos Le preguntaron acerca de ese dicho tan difícil, y Jesús les dijo:

Entonces, ¿es que vosotros también sois incapaces de captar las cosas? ¿No comprendéis que todo lo que entra en el cuerpo desde fuera no lo puede contaminar, porque no penetra en el corazón, sino en el estómago, y de ahí lo evacua el cuerpo por el proceso natural? -(El sentido de este dicho es que todos los alimentos son limpios). Pero Él siguió diciendo:- Lo que sale del interior de la persona, eso es lo que hace inmunda a una persona. Es del interior, del corazón, de donde salen las malas intenciones, los deseos sexuales incontrolados, los hurtos, los asesinatos, los adulterios, las ansias codiciosas, las malas acciones, la astucia, la maldad desmadrada, la envidia, la calumnia, el orgullo, la locura; todas estas cosas malas vienen del interior, y son las que hacen inmunda a una persona.

Aunque no nos lo parezca, este pasaje, cuando se dijo por primera vez, debió de ser casi el más revolucionario del Nuevo Testamento. Jesús había estado discutiendo con los expertos legales acerca de diversos aspectos de la ley tradicional. Había mostrado la irrelevancia de los lavatorios elaborados. Había mostrado que la adherencia rígida a la ley

tradicional podía conducir realmente a la desobediencia a la Ley de Dios. Pero aquí dice algo aún más alucinante. Declara que nada que entre

en el cuerpo desde el exterior puede contaminarla, porque el cuerpo tiene un proceso natural y normal para deshacerse de ello. Ningún judío creyó eso nunca, ni hasta nuestros días. *Levítico 11* tiene una larga lista de animales que son inmundos, y por tanto no se pueden comer. Hasta qué punto esto se tomaba en serio se puede ver en muchos de los incidentes de los tiempos de los Macabeos. En aquel tiempo, en rey sirio Antíoco Epifanes estaba decidido a erradicar la fe judía. Una de las cosas que les exigía a los judíos era que comieran cerdo; pero ellos estaban dispuestos a morir a centenares antes que hacer eso. «Sin embargo, muchos de Israel estaban plenamente decididos y firmes en sí mismos a no comer ninguna cosa inmunda. Por tanto, elegían antes morir que contaminarse con comidas, para no quebrantar el pacto santo; así es que morían» (1 *Macabeos 1: 62s*). 4 *Macabeos 7* cuenta la historia de una viuda y sus siete hijos. Se les exigió que comieran carne de cerdo. Ellos se negaron. Al primero, le arrancaron la lengua, le cortaron los extremos de sus miembros, y luego le asaron vivo en una gran caldera; al segundo, le arrancaron el pelo y el cuero cabelludo; así los torturaron a todos uno tras otro hasta la muerte mientras su anciana madre los miraba y los animaba a ser fieles. Murieron antes que comer una carne que era para ellos inmunda.

En ese contexto Jesús hizo esta afirmación revolucionaria de que nada que entre en el cuerpo de una persona puede hacerla inmunda. Estaba borrando con un solo gesto las leyes por las que los judíos habían sufrido y dado la vida. No nos sorprende que los discípulos estuvieran alucinados.

En realidad, Jesús estaba diciendo que *las cosas* no pueden ser limpias o inmundas en un sentido religioso. Solamente lo pueden ser *las personas*; y lo que contamina a una persona son sus propias acciones, que son el producto de su propio corazón. Esto era una nueva doctrina, y de lo más sorprendente. Los judíos tenían, y todavía tienen, todo un sistema de *cosas* que son limpias o inmundas. Con un pronunciamiento definitivo, Jesús declaró toda la cuestión irrelevante, y que la inmundicia

no tenía nada que ver con lo que una persona comiera, sino con todo lo que le saliera del corazón.

Veamos las cosas que Jesús lista que proceden del corazón humano y hacen inmundas a las personas.

Empieza por *las malas intenciones (dialoguismoi)*. Cualquier pecado externo procede de una decisión interior; por tanto, Jesús empieza por los malos pensamientos de los que se deriva toda mala acción. Luego vienen *los deseos sexuales incontrolados (porneíai)*; a continuación incluye en la lista *acciones adúlteras (moijeíai)*; pero la primera palabra es la más general, y quiere decir cualquier clase de tráfico en el vicio sexual. Siguen los *robos (klopai)*. En griego hay dos palabras para ladrón -*kléptés* y *léstés*. *Léstés* es un *bandolero*; Barrabás era un *léstés* (*Juan 18:40*), y un *bandolero* puede ser muy valiente, aunque esté fuera de la ley. *Kléptés* es un *ladrón*; Judas era un *kléptés*, que sisaba de la caja (*Juan 12:6*). Un *kléptés* es un *ratero* vulgar, engañoso, cobarde, sin ni siquiera la cualidad positiva del *bandolero* audaz de las viejas historias. *Los asesinatos (fonoí)* y *los adulterios* vienen a continuación, y su significado está claro.

Luego vienen *las ansias (pleonexíai)*. *Pleonexía* viene de dos palabras griegas que quieren decir *tener más*. Se ha definido como *un deseo maldito de poseer*. También como «el espíritu que se apropia de lo que no tiene ningún derecho a poseer,» «la funesta hambre de lo que pertenece a otros.» Es el espíritu que arrebatara cosas, no para atesorarlas como un avaro, sino para gastarlas en lujos y excesos desmedidos. Cowley lo definía como «un apetito voraz de ganancias, no por sí mismas, sino por el placer de malgastarlas inmediatamente por vías de lujo y orgullo.» No es meramente el deseo de dinero o de cosas; incluye también el de poder, la insaciable codicia de la naturaleza humana caída. Platón decía: «El deseo de una persona es como una criba o un recipiente con un agujero, que no se puede llenar nunca por mucho que se intente.» *Pleonexía* es la codicia de poseer que tiene en el corazón el que busca la felicidad en las cosas en vez de en Dios.

Siguen *las malas acciones*. En griego hay dos palabras para *malo*: *kakós*, que describe una cosa que es mala en sí, y *ponérós*, que describe a una persona o cosa que es *activamente* mala. *Ponériai* es la palabra que se usa aquí. El hombre que es *ponérós* es aquel en cuyo corazón hay un deseo de dañar. Está, como decía Bengel, «entrenado en toda clase de crimen, y totalmente equipado para infligir mal a cualquier otra persona.» Jeremy Taylor definía esta *ponería* como «aptitud para jugar malas pasadas, para deleitarse en desgracias y tragedias; complacencia en causar problemas y en complicar la vida. Irritación, perversidad y retorcimiento en nuestras relaciones.» *Ponería* no solamente corrompe al que la practica, sino también a los demás. *Ponérós* -el Maligno- es el título de Satanás. El peor de los hombres, el que hace la obra de Satanás, es el que, siendo malo en sí mismo, hace a otros tan malos como él.

A continuación viene *dolos*, que traducimos como *la astucia*. Viene de una palabra que quiere decir *el cebo*; se usa con astucia y engaño; por ejemplo, en una ratonera. Cuando los griegos estaban sitiando Troya, no pudiendo ganar una entrada, les enviaron a los troyanos el regalo de un gran caballo de madera como señal de buena voluntad. Los troyanos abrieron sus puertas y lo metieron dentro; pero el caballo estaba lleno de griegos, que salieron por la noche y sembraron la muerte y la destrucción en Troya. Eso es exactamente *dolos*. Es una traición inteligente, astuta y engañosa.

Lo siguiente en la lista es *la maldad desmadrada (asélgueia)*. Los griegos definían *asélgueia* como «la actitud del alma que rechaza toda disciplina,» como «el espíritu que no acepta restricciones, que lo arriesga todo para conseguir su capricho e insolencia desmadrada.» La gran característica de la persona que es culpable de *asélgueia* es que ha perdido todo sentido de vergüenza y decencia. Uno que es malo puede que oculte su pecado; pero el que tiene *asélgueia* peca sin remordimientos y no

vacila en escandalizar a sus semejantes. Jezabel fue el ejemplo clásico de *asélgueia* cuando construyó un altar pagano en la santa ciudad de Jerusalén.

La envidia se traduciría literalmente por *el mal ojo*, el ojo que mira el éxito y la felicidad de otro como si quisiera echarle una maldición si pudiera. La palabra siguiente es **blasfemia**. Cuando se usa en relación con las personas quiere decir *ca-lumnia*; cuando se usa en relación con Dios es *la blasfemia*. Quiere decir insultar a las personas o a Dios.

Sigue en la lista *el orgullo (hyperéfanía)*. La palabra griega quiere decir literalmente «ponerse uno por encima de los demás.» Describe la actitud de la persona «que siente desprecio hacia todo lo que no sea ella misma.» Lo interesante de esta palabra como la usaban los griegos es que describe una actitud que puede que nunca se manifieste públicamente. Puede que en lo más íntimo de su corazón uno se esté siempre comparando con los demás. Podría ser que se presentara hipócritamente humilde, y sin embargo fuera orgulloso de corazón. Algunas veces, por supuesto, el orgullo es autoevidente. Los griegos tenían una leyenda sobre este orgullo. Decían que los gigantes, los hijos de Tártaro y de Gué, trataron en su orgullo de asaltar el Cielo, pero Hércules los echó otra vez abajo. Eso es *hyperéfanía*. Es ponerse contra Dios; es «invadir las prerrogativas de Dios.» Eso es lo que se ha llamado «el Everest de todos los vicios,» y por lo que «Dios resiste a los soberbios» (*Santiago 4:6*).

Por último viene *la locura (afrosyné)*. No quiere decir la necedad debida a la falta de sensatez o de cabeza, sino la locura moral. Describe, no al que es un estúpido insensato, sino al que se hace el tonto para salirse con la suya.

Es una lista verdaderamente terrible de las cosas que salen del corazón humano la que nos presenta Jesús. Cuando la examinamos, sentimos un escalofrío. Sin embargo, es un desafío, no a evitar tales cosas por vergüenza, sino a examinar honradamente nuestros corazones.

EL ANUNCIO DE UN MUNDO PARA CRISTO

Marcos 7.24_30

Jesús Se marchó de allí, y Se fue a las regiones de Tiro y de Sidón. Se alojó en una casa, y no quería que nadie lo supiera; pero no pudo evitar que la gente se enterara de que estaba allí.

Cuando lo supo una mujer que tenía una hija poseída por un espíritu inmundo, fue inmediatamente y se arrojó a Sus pies, y Le pidió que expulsara de su hija al demonio. Era griega, siriofenicia de nacimiento. Jesús le dijo:

--Primero tienes que dejar que se sacien los hijos; no está bien quitarles a ellos el pan que les corresponde paro, echárselo a los perros.

--Es verdad- contestó ella-; pero también los perros comen debajo de la mesa las migajas de pan que tiran los niños.

Jesús entonces le dijo:

--Por lo que has dicho, ¡vuélvete en paz! ¡Ya ha salido de tu hija el demonio!

La mujer se marchó, y encontró a la niña acostada en lcx cama, ya libre del demonio.

Cuando este incidente se coloca en su debido trasfondo se aprecia como uno de los más extraordinarios y conmovedores de la vida de Jesús.

En prinnler lugar, veamos la geografía de la historia. Tiro y Sidón eran ciudades de Fenicia, que era parte de Siria. Fenicia se extendía hacia el Norte desde el monte Carmelo, por toda la llanura costera. Estaba entre Galilea y la costa. Fenicia, como expresaba Josefo, < rodeaba Galilea.>

Tiro se, encontraba a 65 kilómetros al Noroeste de Cafarnaum, Su nombre quería decir *La Roca*. Se llamaba así porque habVa en la costa dos peñascos unidos por un acantilado de mil metros de longitud. Esto formaba un rompeolas natural,

y Tiro era uno de los grandes puertos naturales del mundo antiguo. Las rocas no eran simplemente un rompeolas, sino también una defensa; y Tiro era famosa, no sólo como puerto, sino también como fortaleza. Fue de Tiro y de Sidón de donde salieron los primeros marinos que navegaron mirando a las estrellas. Hasta que se aprendió a encontrar el camino en la mar mirando a las estrellas, los barcos tenían que mantenerse a la vista de la costa, y detenerse por las noches; pero los marineros fenicios recorrieron el Mediterráneo y pasaron las Columnas de Hércules, el Estrecho de Gibraltar, y llegaron a Gran Bretaña y a las minas de estaño de Comwall. Puede ser que hasta se aventuraran a circunnavegar África.

Sidón estaba a 45 kilómetros al Nordeste de Tiro, y a 100 kilómetros al Norte de Cafarnaum. Tenía, lo mismo que Tiro, un rompeolas natural que lo convertía en otro puerto extraordinario. Su origen como puerto y ciudad era tan antiguo que no se recordaba quién había sido su fundador.

Aunque las ciudades fenicias eran parte de Siria, eran independientes y rivales. Tenían sus propios reyes, sus propios dioses y su propia moneda. En un radio de 25 ó 30 kilómetros eran supremas. Hacia fuera miraban al mar; tierra adentro, a Damasco; y los barcos del mar y las caravanas de muchas tierras fluían a través de ellas. Sidón acabó por perder su comercio y grandeza frente a Tiro, y su sumergió en una degeneración desmoralizada; pero los marineros fenicios siempre serán recordados como los primeros que encontraron su camino en el mar siguiendo a las estrellas.

(i) Así que la primera cosa extraordinaria que nos encontramos aquí es que *Jesús estaba en territorio gentil*. ¿Fue por accidente el que este incidente tuviera lugar aquí? La escena anterior nos mostraba a Jesús borrando la diferencia entre los alimentos limpios y los inmundos. ¿Podrá ser que aquí, simbólicamente, Le contemplemos borrando las diferencias entre personas limpias e inmundas? Del mismo modo que los judíos no se ensuciaban los labios con alimentos prohibidos, tampoco ensuciaban sus vidas con el contacto con los gentiles inmundos.

Bien puede ser que aquí Jesús esté diciendo por implicación

que los gentiles no son inmundos, sino que tienen también un lugar en el Reino.

Jesús tiene que haber ido hacia el Norte a esta región buscando un escape temporal. En Su propio país Le atacaban por todas partes. Hacía tiempo que los escribas y los fariseos Le habían marcado como pecador porque quebrantaba sus reglas y normas. Herodes Le consideraba un peligro público. La gente de Nazaret había reaccionado en contra de Él con un disgusto de escándalo. Llegaría la hora en que tendría que enfrentarse con Sus enemigos en un desafío abierto, pero no había sonado todavía. Antes de que llegara esa hora Jesús buscaría la paz y la tranquilidad del retiro, y en esa retirada de la enemistad de los judíos puso los cimientos para el Reino entre los gentiles. Es el anuncio de toda la historia del Cristianismo. El rechazamiento de los judíos se convirtió en la oportunidad para los gentiles.

(ii) Pero aquí hay más que eso. Estas ciudades fenicias habían sido idealmente parte del reino de Israel. Cuando, bajo Josué, se repartió la tierra, a la tribu de Aser se le asignó la tierra «hasta la gran Sidón ... y hasta la ciudad fortificada de Tiro» (Josué 19:28s). Israel nunca había conseguido conquistarlas ni entrar en ellas. ¿Habrà aquí algo simbólico? Donde el poder de las armas había resultado inútil, el amor conquistador de Jesucristo fue victorioso. El pueblo de Israel terrenal no había logrado nunca incluir como propio el territorio de los fenicios; ahora, el verdadero Israel los había visitado. No era a una tierra extraña a la que Se dirigía Jesús, sino a una tierra que Dios Le había asignado como propia mucho tiempo antes. No estaba introduciéndose en territorio extranjero, sino entrando en su herencia.

(iii) Hay que leer esta historia con intuición. La mujer acudió a Jesús para pedirle por su hija. Jesús le respondió que no estaba bien quitarles el pan a los hijos para dárselo a los perros. En principio esta parece una respuesta de lo más descorazonadora.

El perro no era el querido guardián de la casa que es ahora para muchos; más corrientemente, sobre todo en Oriente, era un símbolo del deshonor. Para los griegos, la palabra perra se aplicaba a las mujeres livianas y desvergonzadas, como todavía se conserva en español. Para los judíos era también un calificativo despectivo. «No deis lo santo a los perros» (Mateo 7:6; cp. Filipenses 3:2; Apocalipsis 22:15).

Los judíos llamaban corrientemente perros a los gentiles. Rabí Yoshúa ben Leví tiene una parábola. Vio las bendiciones de Dios que disfrutaban los gentiles, y preguntó: « Si los gentiles sin Ley disfrutaban tales bendiciones, ¡cuántas más disfrutará Israel, el pueblo de Dios!» «Es como un rey que hizo una fiesta, y trajo a sus invitados a la puerta de su palacio. Estos vieron salir a los perros con faisanes y cabezas de aves engordadas y de terneras en la boca. Entonces los invitados empezaron a decir: "Si así se ha tratado a los perros, ¡cuánto mejores manjares nos estarán reservados a nosotros!" Las naciones del mundo se comparan con los perros, como está escrito (Isaías 56: II): "Estos perros voraces son insaciables."»

No importa cómo lo veamos, pero el término perro es un insulto. ¿Cómo vamos a explicar entonces el que Jesús usara esa palabra aquí?

(a) No usó la palabra corriente, sino un diminutivo. que describía, no a los perros callejeros y salvajes, sino a los perrillos domésticos. En griego, como en español, los diminutivos tienen a menudo cariñosos. Jesús le quitó la amargura a la palabra.

(b) Sin duda el tono de Su voz mostraba claramente la diferencia. La misma palabra puede ser un insulto de muerte o un apelativo cariñoso según el tono de la voz, como sucede también en español. El tono de Jesús despojó la palabra de todo su veneno.

(c) En cualquier caso, Jesús no cerró la puerta. Primero, dijo, los hijos deben recibir su alimento; pero sólo primero; queda comida para los perrillos caseros. Es cierto que la invitación del Evangelio se dirigió primero a Israel, pero sólo *primero*; había otros que vendrían después. La mujer era griega, y los griegos estaban acostumbrados a discernir matices; se dio cuenta en seguida de que Jesús le estaba hablando con una sonrisa. Sabía que la puerta estaba entreabierta. En aquellos días no se usaban cuchillos ni tenedores ni servilletas. Se comía con las manos. Se restregaban las manos sucias con trozos de pan que se tiraban después a los perrillos de la casa. Así que la mujer dijo: « Ya sé que a los hijos se les da de comer primero; pero, ¿no se me va a dejar a mí alguna migaja de las sobras de los hijos?» A Jesús Le encantó aquello. Ahí se veía una fe luminosa, que no aceptaba la negativa como respuesta; ahí estaba una mujer con la tragedia de una hija desdichada en casa, pero que tenía suficiente luz en el corazón para replicar con una sonrisa. Su fe había sido sometida a prueba, y había salido triunfante, y su

oración había sido contestada afirmativamente. Simbólicamente esta mujer representa al mundo gentil que recibió tan ansiosamente el Pan del Cielo que los judíos rechazaron y arrojaron.

HACIENDO BIEN TODAS LAS COSAS

Marcos 7:31-37

Jesús Se marchó después de la región de Tiro y se dirigió pasando por Sidón al mar de Galilea a través de la Decápolis.

Le trajeron a un hombre que era sordo y que tenía un impedimento en el habla, y Le pidieron que le impusiera las manos. Jesús le tomó aparte de la multitud, a solas; le metió los dedos en los oídos, y escupió y le tocó la lengua. Entonces elevó la mirada al cielo, y gimió, y le dijo al sordo:

- ¡Effatha! -que quiere decir < ¡Ábrete!>

Y se le abrieron los oídos, y se le soltó la ligadura de la lengua, y pudo hablar correctamente.

Jesús les encargó que no se lo dijeran a nadie; pero cuanto más se lo decía, más lo divulgaban por ahí.

Todos estaban alucinados a tope, y decían:

- ¡Jesús ha hecho todas las cosas bien! ¡Ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos!

Esta historia empieza describiéndonos lo que tuvo que ser un viaje alucinante. Jesús fue de Tiro al territorio del mar de Galilea, de Tiro, al Norte, a Galilea, al Sur; y empezó por ir a Sidón. Es decir: ¡se dirigió hacia el Sur pasando por el Norte! Algo así como si hubiera ido de Zaragoza a Valencia pasando por Barcelona.

Ante este hecho aparentemente extraño, algunos han pensado que el texto está equivocado, y que Sidón no debería aparecer en él. Pero es bastante cierto que el texto es correcto tal como está. Otros han pensado que este viaje tuvo que prolongarse durante no menos de ocho meses, lo cual es perfectamente probable.

Puede ser que este largo viaje fuera la paz antes de la tormenta; un largo período de comunión con Sus discípulos antes de que se desencadenara la tempestad final. En el capítulo siguiente, Pedro hace el gran descubrimiento de que Jesús es el Mesías (*Marcos 8:27-29*), y bien puede ser que fuera en este largo viaje en que estuvieron los discípulos a solas con Jesús cuando se le hizo la luz en el corazón a Pedro. Jesús necesitaba este período extenso con Sus hombres antes del estrés y la tensión del próximo final.

Cuando Jesús llegó otra vez a la región de Galilea, pasó por el distrito de la Decápolis, y fue allí donde Le trajeron a un hombre que era sordo y tenía un impedimento en el habla. Lo más probable es que las dos cosas estuvieran relacionadas; sería su incapacidad para oír lo que hiciera su habla tan imperfecta. No hay milagro que nos muestre más hermosamente la manera que tenía Jesús de tratar con las personas.

(i) Jesús apartó al hombre de la multitud. Aquí tenemos una consideración de lo más tierna. Los sordos siempre tienen un sentido del ridículo muy agudo. En algunos sentidos es más vergonzoso ser sordo que ser ciego. Un sordo sabe que no puede oír; y cuando alguien de la multitud le grita y trata de hacerlo comprender algo, por su nerviosismo se coloca en una situación aún más desesperada. Jesús mostró la consideración más sensible hacia los sentimientos de un hombre para quien la vida era muy difícil.

(ii) En todo este episodio Jesús representa lo que está haciendo con gestos, como en una escena muda. Puso las manos en los oídos del hombre y le tocó la lengua con saliva. En aquel tiempo se creía que la saliva tenía una cualidad curativa. El historiador romano Suetonio cuenta un incidente de la vida del emperador Vespasiano. < Sucedió que un cierto plebeyo totalmente ciego y otro hombre que tenía una pierna coja y débil se llegaron juntos a él cuando estaba sentado en el tribunal, suplicándole la ayuda y el remedio para sus dolencias que les había revelado Serapis en sueños: que el Emperador habría de restaurarle al uno la vista con solo escupirle en los ojos, y fortalecerle la pierna al otro simplemente consintiendo tocársela con su talón. Ahora bien: aunque Vespasiano no podía creer en la eficacia de esos gestos, y por tanto no se atrevía ni a hacer la prueba, por último, ante la insistencia de sus amigos, probó los dos medios en presencia de la asamblea, y resultaron efectivos» (Suetonio, *Vida de Vespasiano* 7). Jesús elevó la mirada al cielo para mostrar que la ayuda había de venir de Dios. Entonces dijo la palabra, y el hombre fue sanado.

Todo el relato nos muestra claramente que Jesús no consideraba a aquel hombre meramente como *un caso clínico*; le consideraba *una persona individual*. Aquel hombre tenía una necesidad y un problema especiales, y con la consideración más tierna, Jesús le trató de una manera que respetaba sus sentimientos y que él podía entender.

Cuando concluyó la curación, la gente declaró que Jesús había hecho todas las cosas bien. Ese había sido el veredicto de Dios cuando completó Su propia creación en el principio

(Génesis 1:31). Cuando vino Jesús trayendo sanidad a los cuerpos y salvación a las almas, empezó una nueva creación. En el principio, todo había sido bueno; el pecado humano lo había echado todo a perder; y ahora Jesús estaba devolviéndole la belleza de Dios al mundo afeado por el pecado humano.

COMPASIÓN Y DESAFÍO

Marcos 8:1-10

Por aquel tiempo, cuando se había reunido otra vez una gran multitud, y no tenían nada que comer, Jesús llamó a Sus discípulos y les dijo:

-Se Me conmueve el corazón de lástima por la multitud, porque ya llevan conmigo tres días y no tienen nada de comer. Si los despidó para que se vayan a sus casas en ayunas, se desmayarán por el camino; y algunos de ellos han venido de muy lejos.

Los discípulos de Jesús Le contestaron:

-¿Dónde se podría encontrar pan para satisfacerlos en un descampado como este?

-¿Cuántos panes tenéis? -les preguntó Jesús.

-Siete -Le contestaron.

Jesús mandó que la multitud se sentara en el suelo. Tomó los siete panes, dio gracias a Dios por ellos, y los partió en trozos, y se los pasó a Sus discípulos para que los repartieran entre la gente.

Así que ellos los repartieron entre la multitud. Y también tenían unos pocos pececillos. Jesús los bendijo, y les dijo que los repartieran también entre la gente. Así es que comieron todos hasta quedar totalmente satisfechos. Recogieron lo que quedó de los trozos: siete cestos. Había allí unas cuatro mil personas. Seguidamente Jesús los despidió, e inmediatamente se subió a la barca con Sus discípulos, y se dirigieron al distrito de Dalmanuta.

En este incidente hay dos grandes realidades que están íntimamente entrelazadas.

(i) Está la compasión de Jesús. Una y otra vez nos encontramos con que Jesús se conmovía de compasión por la gente. Lo más maravilloso de Él es Su prístina consideración. Ahora bien, la consideración es una virtud que no se olvida nunca de los detalles de la vida. Jesús miró a la multitud; llevaban ya tres días con Él; y se acordó de que estaban a una distancia considerable de sus casas. Aquel Cuya misión era traerles a toda la humanidad el esplendor y la majestad de la verdad y el amor de Dios podría haber estado por encima de detalles aparentemente tan insignificantes como lo que le podía pasar a Su audiencia en el camino de vuelta a casa; pero Jesús no era así. Confrontado con un alma perdida o con un cuerpo cansado, Su primera reacción era ayudar.

Desgraciadamente es muy cierto que la primera reacción de demasiadas personas es *no* ayudar. Un vez conocía un hombre en una conferencia, y estuve hablando con él de los peligros de un cierto tramo de la carretera que llevaba al lugar en que nos encontrábamos. < Sí -dijo él-. Es una parte de la carretera que está en pésimas condiciones. Cuando venía para acá vi una colisión allí.» «¿Te paraste a ayudar?»-le pregunté. «¡Qué va! -dijo-. ¡No iba yo a llegar tarde por haberme metido en líos!» Es humano querer evitarse problemas por ayudar; pero es divino conmoverse con una compasión y piedad que obliga a ayudar al necesitado.

(ii) Tenemos el desafío de Jesús. Cuando Jesús sintió compasión por la multitud y quiso darles algo de comer, los discípulos reaccionaron inmediatamente haciendo constar las dificultades prácticas, por encontrarse en un descampado y a muchos kilómetros de ningún lugar en el que se pudiera conseguir comida. Jesús les dirigió inmediatamente la pregunta: « ¿De qué disponéis *vosotros* con lo que podáis ayudar?» La compasión se convirtió en un desafío. Lo que Jesús estaba diciendo realmente era: « No tratéis de pasarle a otro la responsabilidad de ayudar. No digáis que ayudaríais si tuvierais

algo que dar. No digáis que en estas circunstancias os es imposible ayudar. Tomad lo que tengáis, y dadlo, y veréis lo que sucede.»

Una de las fiestas judías más alegres es la Fiesta de Purim. Cae el 14 de marzo, y conmemora la liberación que cuenta el *Libro de Ester*. Por encima de todo es una ocasión para hacer regalos; y una de sus normas es que, por muy pobre que sea una persona, debe buscar a otra que sea más pobre todavía, y hacerle un regalo. Jesús no aceptaba el espíritu que espera que todas las circunstancias sean ideales antes de pensar en ayudar. Jesús dice: < Si ves que alguien está en apuros, ayúdale con lo que tengas a tu disposición en aquel momento. Nunca se sabe lo que eso puede representar.»

Hay dos cosas interesantes en el trasfondo de esta historia que debemos tener presentes en nuestro estudio.

(i) La primera es que este incidente tuvo lugar en la orilla opuesta del mar de Galilea, en el distrito de la Decápolis. ¿Por qué se reunió allí aquella tremenda multitud de cuatro mil personas? No cabe duda que la curación del sordo con un impedimento en el habla ayudaría a suscitar interés y a reunir a la gente. Pero un comentarista ha hecho una sugerencia de lo más interesante. En Marcos 5:1-20, ya hemos leído que Jesús sanó al endemoniado garaseno. Aquel incidente también tuvo lugar en la Decápolis. Su resultado fue que los de allí le insistieron a Jesús en que se marchara. Pero el poseso curado quería seguir a Jesús, y Jesús le

envió de vuelta a su propia gente para que les dijera las grandes cosas que el Señor había hecho por él. ¿No será posible que parte de aquella gran multitud estuviera allí debido a la actividad misionera del poseo curado? ¿Tenemos aquí una vislumbre de lo que puede hacer por Cristo el testimonio de una sola persona? ¿Había allí en aquella multitud personas aquel día que vinieron a Cristo y encontraron sus almas porque un hombre les había dicho lo que Cristo había hecho por él? Juan Bunyan, el autor de *El Peregrino*, nos cuenta que debió su conversión al hecho de oír a tres o cuatro ancianitas que estaban hablando sentadas al sol

< acerca de un nuevo nacimiento, la obra de Dios en sus corazones. » Estaban hablando de lo que Dios había hecho por ellas. Bien puede ser que hubiera muchos aquel día en aquella multitud de la Decápolis que estaban allí porque habían oído hablar a un hombre de lo que Jesucristo había hecho por él cuando estaba irremisiblemente perdido.

(ii) La segunda cosa es que es curioso qué la palabra para *cesto* sea diferente en este historia de la que se usó en el relato del milagro paralelo de *Marcos 6*, como se refleja en casi todas las traducciones españolas de la Biblia. En *Marcos 6:44*, la palabra para cesto es *kófinos*, que describe la cesta en la que los judíos llevaban su comida, una cestilla estrecha por la parte de arriba y más ancha por abajo, que parecía un jarroncillo; y además se nos dice que fueron doce cestas las que se recogieron, un número que nos recuerda el de las tribus de Israel. La palabra que se usa aquí es *sfyris*, que describe una cesta como una canastilla; era la clase de cesta que usaron para bajar a Pablo por el muro de Damasco (*Hechos 9:25*); y describe la cesta que usaban los gentiles, a los que se aplicaba el número siete. Este incidente tuvo lugar en la Decápolis, en la orilla opuesta del lago, que contaba con una población mayormente gentil. ¿Es posible que podamos ver en el Milagro de los Panes y los Peces de *Marcos 6* la venida del Pan de Dios a los judíos, y en este incidente la venida del Pan de Dios a los gentiles? ¿Es posible que cuando ponemos juntas estas dos historias haya algo detrás de ellas que sugiera y anuncie y simbolice el hecho de que Jesús vino a satisfacer el hambre tanto de los judíos como de los gentiles, y que en Él realmente estaba el Dios Que abre Su mano y satisface la necesidad de todo ser viviente?

LA CEGUERA QUE RECLAMA UNA SEÑAL

Marcos 8:11-13

Entonces salieron los fariseos y se pusieron a hacerle preguntas. Estaban buscando una señal del Cielo, y tratando de poner a prueba a Jesús. Jesús suspiró en Su espíritu y les dijo:

-¿Por qué busca una señal esta generación? Esto que os digo es la pura verdad: No se le dará ninguna señal a esta generación.

Jesús los despidió, y se subió otra vez a la barca y Se marchó a la otra orilla.

La época en que vivió Jesús tenía la tendencia de buscar a Dios en lo extraordinario. Se creía que, cuando viniera el Mesías, sucederían las cosas más alucinantes. Antes que llegemos al final de este capítulo examinaremos más en detalle la clase de señales que se esperaban. Podemos tomar nota por ahora de que cuando surgían falsos mesías, cosa que sucedía bastante a menudo, seducían al pueblo a seguirlos prometiéndoles señales sobrenaturales. Les prometían, por ejemplo, dividir las aguas del Jordán en dos partes dejando un camino por en medio, o hacer caer los muros de la ciudad con sólo decir una palabra.

Esa era la clase de señal que demandaban los fariseos. Querían presenciar algún acontecimiento alucinante que desafiara las leyes de la naturaleza y sorprendiera a la gente. Para Jesús, tal demanda no era debida al deseo de ver la mano de Dios, sino al hecho de que eran ciegos a Su mano. Para Jesús, todo el mundo estaba lleno de señales; los cereales de los campos, la levadura del pan, las amapolas de las colinas... todo Le hablaba de Dios. No pensaba que Dios tenía que introducirse en el mundo desde fuera; sabía que Dios ya estaba en el mundo para cualquiera que tuviera ojos para ver. La señal de un hombre verdaderamente religioso no está en que viene a la iglesia para encontrar a Dios, sino en que Le encuentra en todas partes; no en que da una gran importancia a los lugares sagrados, sino en que santifica los lugares corrientes.

NO APRENDER POR EXPERIENCIA

Marcos 8:14-21

Los discípulos habían olvidado comprar panes, y no tenían más que uno en la barca. Jesús les advirtió:

-¡Tener cuidado! ¡Guardaos de la mala influencia de los fariseos y de Herodes!

Ellos se pusieron a discutir la situación entre ellos y a decir:

-No tenemos panes.

Jesús sabía lo que estaban diciendo, y les dijo:

-¿Por qué seguís hablando de que no tenéis panes? ¿Es que no os fijáis y entendéis? ¿Sois tan duros de mollera? ¿Es que no podéis ver lo que tenéis delante de las narices? ¿Es que no os sirven para nada los oídos? ¿Es que no os acordáis? Cuando repartí los cinco panes entre los cinco mil, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis?

Doce -Le contestaron ellos.

-Cuando repartí los siete panes entre los cuatro mil, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis?

-Siete -Le contestaron ellos.

Entonces Jesús les dijo:

-¿Y todavía no lo entendéis?

Este pasaje arroja un haz de luz muy intensa sobre las mentes de los discípulos. Estaban pasando al otro lado del mar de Galilea, y se habían olvidado de llevar suficiente pan. Obtendremos mejor el sentido de este pasaje si lo relacionamos estrechamente con lo precedente. Jesús estaba pensando en la

demanda que los fariseos Le habían hecho de una señal, y también en la reacción aterrada de Herodes hacia Sí mismo. «¡Cuidado -les dijo, traduciendo literalmente- con la levadura de los fariseos y la de Herodes!» Para los judíos, la levadura era un símbolo de la corrupción. La levadura era una pizquita de masa fermentada de la hornada anterior que se había guardado. Para los judíos, la fermentación era lo mismo que la putrefacción, y de ahí que la levadura representara el mal, sobre todo el mal moral.

Algunas veces los judíos usaban la palabra *levadura* en el sentido del *pecado original*, o de la maldad de la naturaleza humana. Rabí Alejandro decía: «Está claro para Ti que nuestra voluntad es hacer Tu voluntad. ¿Y qué lo impide? La levadura que está en la masa, y la esclavitud a los reinos de este mundo. Sea Tu voluntad libranos de sus manos.» Representaba, por así decirlo, la mancha de la naturaleza humana, el pecado original, la levadura corruptora que impedía al hombre hacer la voluntad de Dios. Así que, cuando Jesús dijo esto, lo que quería decir era: «Manteneos en guardia frente a la mala influencia de los fariseos y de Herodes. No sigáis el camino por el que ellos van.»

¿Qué relación existía entre los fariseos y Herodes? Los fariseos acababan de pedir una señal. Para un judío -veremos esto más claramente dentro de poco- lo más fácil del mundo era pensar en el Mesías en términos de maravillas y conquistas y sucesos milagrosos y triunfos nacionalistas y supremacía política. Herodes había tratado de edificar la felicidad adquiriendo poder y riqueza e influencia y prestigio. En un sentido, el Reino de Dios era un reino terrenal tanto para los fariseos como para Herodes; se basaba en poder y grandeza terrenales, y en las victorias que podía obtener la fuerza. Era como si Jesús, con Su sugerencia, estuviera preparando a Sus discípulos para algo que había de suceder muy pronto. Era como si les dijera: «Puede que pronto os amanezca el hecho de que Yo soy el Ungido de Dios, el Mesías. Cuando lleguéis a esa convicción, no penséis en términos de poder y gloria terrenales, como hacen los fariseos y Herodes.» Del verdadero sentido no les dijo nada de momento. Aquella sombría revelación habría de esperar su momento.

De hecho, esta insinuación de Jesús les pasó por encima de la cabeza a los discípulos. No podían pensar en nada más que en el hecho de que se habían olvidado de llevar pan, y que pasarían hambre. Jesús vio que estaban preocupados por el pan material. Bien puede ser que les hiciera estas preguntas, no enfadado, sino con una sonrisa, como el que trata de conducir a un torpe chiquillo a descubrir una verdad evidente. Les recordó que por dos veces había satisfecho el hambre de grandes multitudes con comida suficiente y de sobra. Es como si les dijera: «¿Por qué os preocupáis? ¿No os acordáis de lo que ha sucedido antes? ¿No habéis aprendido por propia experiencia que no tenéis que preocuparos por esas cosas cuando estáis conmigo?»

Lo extraño es que no aprendemos nada más que la mitad de las lecciones de la experiencia. Demasiado a menudo la experiencia nos llena de pesimismo, nos enseña lo que no podemos hacer; nos enseña a mirar la vida con una especie de desesperanza resignada. Pero hay otras experiencias. Nos sobrevino el dolor -y salimos de él íntegros. Nos atacó la tentación -y no caímos. Nos alcanzó la enfermedad -y nos recuperamos. El problema parecía insoluble -y se resolvió. Estábamos sin recursos -pero seguimos adelante. Llegamos a no poder más -y no nos deshicimos. También nosotros somos ciegos. Si aprendiéramos las lecciones de la experiencia como es debido nos enseñaran, no el pesimismo de las cosas que no se pueden realizar, sino la esperanza que no deja de maravillarse de que Dios nos haya sacado adelante hasta aquí a salvo, y en la seguridad y confianza de que nos puede sacar con bien de todo lo que nos sobrevenga.

UN CIEGO APRENDE A VER

Marcos 8:22-26

Fueron a Betsaida; y Le trajeron a Jesús a un ciego, y Le pidieron que le tocara. Jesús le tomó de la mano, y le sacó del pueblo. Le puso saliva en los ojos, y le impuso las manos, y le preguntó:

- ¿Ves algo?

El ciego levantó la vista, y dijo:

- Veo hombres, pero los veo que andan como si fueran árboles.

Jesús le puso las manos en los ojos. Él miró fijamente, y se le restauró la vista y vio todo claramente. Jesús le despidió para que se fuera a su casa, y le dijo:

No entres ni siquiera en el pueblo.

La ceguera era, y es todavía, una de las grandes desgracias en Oriente. La causa en parte la oftalmia, y en parte el deslumbramiento despiadado que produce el sol. Lo agravaba seriamente el hecho de que no se sabía lo suficiente de higiene y de limpieza. Era corriente ver personas con los *ojos* legañosos y llenos de moscas. Naturalmente, esto hacía que se extendiera la infección fácilmente, y la ceguera era una verdadera plaga.

Solamente Marcos nos cuenta esta historia; y sin embargo hay en ella ciertas cosas tremendamente interesantes.

De nuevo descubrimos lo maravillosamente considerado que era Jesús. Se llevó al ciego de entre la multitud y fuera del pueblo para poder estar a solas con él. ¿Por qué? Piénsalo. Este hombre era ciego, y probablemente había nacido ciego. Si hubiera recibido la vista de pronto, en medio de toda la gente, habrían invadido sus *ojos* inmediatamente después de abrirsele toda clase de figuras y de colores chillones que le habrían producido un estado de total aturdimiento. Jesús sabía que sería mucho mejor si se le podía llevar a un lugar en el que la

sorpresa y la emoción de ver se le presentaran menos repentinamente. Cualquier gran médico y cualquier gran maestro tiene una característica sobresaliente. Un gran médico es capaz de introducirse en lo íntimo de la mente y el corazón de su paciente; comprende sus temores y sus esperanzas; literalmente simpatiza -sufre con- él. Un gran maestro penetra en la mentalidad de su alumno. Ve sus problemas, sus dificultades, sus tropezaderos. Por eso Jesús era tan supremamente grande. Podía entrar en la mente y en el corazón de las personas a las que trataba de ayudar. Tenía el don de la consideración porque podía pensar con los pensamientos de ellos y sentir con sus sentimientos. Que Dios nos conceda esa cualidad de Cristo.

(ii) Jesús usaba métodos que el paciente pudiera entender. El mundo antiguo creía en el poder sanador de la saliva. Esa creencia no es tan extraña si tenemos presente que nuestro primer instinto es meternos en la boca o chupar un corte o una quemadura para aliviar el dolor. Por supuesto, el ciego sabía eso, y Jesús usó un método para curarle que él podría entender. Jesús era sabio. No empezaba con palabras y métodos que no estuvieran al alcance de la mentalidad de la gente sencilla. Les hablaba y actuaba con ellos de manera que sus mentes sencillas pudieran captar y comprender lo que les hacía. Ha habido veces cuando se ha considerado una virtud y una señal de grandeza la ininteligibilidad. Jesús tenía una grandeza superior: la de hacerse comprender por una mente sencilla.

(iii) En una cosa es único este milagro: es el único que se puede decir que se produjo gradualmente. Por lo general, los milagros de Jesús se producían repentina y totalmente. En este milagro, se le dio la vista a un ciego por etapas.

Aquí hay una verdad simbólica. No hay nadie que perciba toda la verdad de Dios de una vez. Uno de los peligros de cierto tipo de evangelismo es que hace suponer que cuando una persona acepta a Cristo ya es cristiana madura. Uno de los peligros de entrar en la membresía de una iglesia es que se puede pensar que cuando una persona se compromete como miembro de iglesia ha llegado al final de su carrera. Lejos de

ser ese el caso, la decisión por Cristo y la incorporación como miembro de iglesia son el principio de la carrera cristiana. Son el descubrimiento de las riquezas de Cristo, que son inagotables; y si uno viviera cien años, o mil, o un millón de años, todavía tendría que seguir creciendo en la gracia, y aprendiendo más y más acerca de la maravilla y la belleza infinita de Jesucristo.

Es gloriosamente cierto que una conversión repentina es una posibilidad de la gracia; pero es igualmente cierto que nos tenemos que convertir de nuevo todos los días. Con toda la gracia y la gloria de Dios por delante, uno puede seguir aprendiendo toda la vida, y necesitará la eternidad para conocer como Dios le conoce a él.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Marcos 8:27-30

Jesús Se fue con Sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo. Conforme iban andando, Jesús les hizo una pregunta a Sus discípulos:

- ¿Quién dice la gente que soy Yo?

Algunos dicen que Juan el Bautista Le contestaron

otros dicen que Elías, y otros que uno de los profetas.

- Y vosotros - les preguntó Jesús-- , ¿quién decís que soy? Pedro Le contestó:

- Tú eres el Ungido de Dios.

Y Jesús les insistió que no le hablaran a nadie de Él.

Cesarea de Filipo estaba totalmente fuera de Galilea. No estaba en el territorio de Herodes, sino en el de Felipe. Era un pueblo con una historia sorprendente. Anteriormente se había llamado *Badinas*, porque había sido un gran centro del culto de Baal. Hasta nuestros días se llama *Bániyás*, que es una forma de *Paneas*. Este nombre se inspiraba en el hecho de que hay una caverna en la **ladera de la montaña que se decía que era** el lugar de nacimiento del dios griego Pan, el dios de la naturaleza, donde nace el río Jordán. **Más arriba en la misma ladera** se erguía un templo de mármol blanco reluciente que había mandado construir Felipe a la divinidad del César, el emperador romano, el soberano del mundo, al que se consideraba un dios.

Es sorprendente que fuera precisamente allí donde Pedro descubrió en el Carpintero ambulante galileo al Hijo de Dios. La religión antigua de Palestina estaba en el aire, y la memoria de Baal se cernía a su alrededor. Los dioses de la Grecia clásica también se invocaban en todo aquel lugar, y sin duda se creían oír las flautas de Pan y se podían vislumbrar las ninfas de la foresta. El Jordán les traería a la memoria episodio tras episodio de la historia de Israel y de la conquista de aquella tierra. Y al sol naciente relucía y deslumbraba el mármol del lugar santo que recordaba a todo el mundo que César era un dios. Precisamente en aquel lugar, como si hubiera sido contra el trasfondo de todas las religiones y de toda la Historia, Pedro descubrió que un Maestro ambulante de Nazaret, que iba de camino hacia una cruz, era el Hijo de Dios. No hay casi nada en toda la historia evangélica que muestre tan claramente como este incidente la fuerza absoluta de la personalidad de Jesús. La encontramos en el mismo centro del *Evangelio de Marcos*, y esto a propósito, porque representa la cima del Evangelio. En un sentido por lo menos este fue el momento crítico de la vida de Jesús. Pensaran Sus discípulos lo que pensaran, Él estaba seguro de que Le esperaba inevitablemente una cruz. Las cosas no podían prolongarse mucho. La oposición se estaba concentrando para asestar el golpe mortal. El problema que se Le presentaba a Jesús era este: ¿Había producido algún efecto Su vida? ¿Había logrado algo? O, para decirlo de otra manera, ¿había descubierto alguien Quién era Él de veras? Si hubiera vivido y enseñado y actuado entre los hombres sin que nadie hubiera vislumbrado a Dios en Él, entonces toda Su Obra habría sido inútil. No había más

que una manera de dejar un mensaje a la humanidad, y era escribirlo en el corazón de alguna persona.

Así que, en este momento, Jesús lo puso todo a prueba. Preguntó a Sus discípulos qué se estaba diciendo acerca de Él, y Le comunicaron los rumores y los comentarios populares. Entonces se produjo un silencio sobrecogedor, y Jesús les hizo a Sus discípulos la pregunta clave: <¿Quién decís vosotros que soy?> Y Pedro se dio cuenta en aquel instante de lo que siempre había sabido en lo más íntimo de su corazón: Era el Mesías, el Cristo, el Ungido, el Hijo de Dios. Y por esa respuesta supo Jesús que no había fracasado.

Ahora llegamos a la cuestión que se ha planteado y contestado a medias más de una vez hasta ahora, pero que debemos contestar ahora en detalle, o toda la historia evangélica será totalmente ininteligible. Tan pronto como Pedro hizo este descubrimiento, Jesús le dijo que no se lo dijera a nadie. ¿Por qué? Porque, en primer lugar y por encima de todo, Jesús tenía que enseñarles a Pedro y a los demás lo que quería decir en realidad el mesiazgo. Para comprender la Obra que Jesús había de realizar y el verdadero sentido de esta necesidad, tenemos que preguntarnos en detalle cuáles eran las ideas acerca del Mesías que había en tiempos de Jesús.

IDEAS JUDÍAS ACERCA DEL MESÍAS

A lo largo de toda su historia, los judíos no se olvidaron nunca que eran, en un sentido muy especial, el pueblo escogido de Dios. Por esa causa, pensaban que les correspondía un puesto muy importante en el mundo. En los días antiguos esperaban lograr esa posición por lo que podríamos llamar medios naturales. Siempre consideraron que los días más grandes de su historia habían sido los del rey David; y soñaban con un día en el que surgiera otro rey de la dinastía de David, un rey que los hiciera grandes en justicia y en poder (*Isaías 9:7; 11:1; Jeremías 22:4; 23:5; 30:9*).

Pero, conforme fue pasando el tiempo, se fueron convenciendo a su pesar de que esa grandeza soñada no se lograría nunca por medios naturales. Las diez tribus fueron deportadas a Asiria, y se perdieron para siempre. Los babilonios conquistaron Jerusalén, y se llevaron cautivos a los judíos. Luego vinieron los persas como sus amos; después los griegos, y por último los romanos. Lejos de llegar a nada que pareciera dominio universal, los judíos pasaron siglos sin conocer lo que era ser completamente libres e independientes.

Entonces surgió otra línea de pensamiento. Es verdad que la idea de un gran rey de la dinastía de David nunca se desvaneció del todo y estuvo siempre entrelazada de alguna manera en su pensamiento; pero más y más empezaron a soñar con el día en que Dios interviniera en la Historia y lograra por medios sobrenaturales lo que no se podría lograr jamás por medios naturales. Esperaban que el poder divino hiciera lo que le era absolutamente imposible hacer al poder humano.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hubo una verdadera floración de libros acerca de los sueños y pronósticos acerca de esta nueva edad y de la intervención de Dios. Se llama en general a estos libros *apocalipsis*, que quiere decir *revelaciones*. Estos libros se presentaban como revelaciones acerca del futuro. Es a ellos adonde debemos acudir para descubrir lo que creían los

judíos de tiempos de Jesús acerca del Mesías y de la nueva edad. Es sobre el trasfondo de sus sueños donde debemos colocar el sueño de Jesús.

En estos libros aparecen ciertas ideas básicas. Seguimos aquí la clasificación de esas ideas que hace Schürer en su *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesucristo*.

(i) Antes que viniera el Mesías habría un tiempo de terrible tribulación. Sería el alumbramiento mesiánico, los dolores de parto de una nueva era. Todos los horrores imaginables explotarían sobre el mundo; todos los baremos de honor y de decencia serían arruinados; el mundo se convertiría en un caos físico y moral.

Y el honor se volverá vergüenza, y la fuerza será humillada despectivamente, y la probidad será destruida, y la belleza se convertirá en fealdad...

*Y la envidia se erguirá en los que nunca se consideraron
lde ningún valor y la violencia se apoderará de los pacíficos,
y a muchos impulsará la ira a dañar a muchos, y levantarán ejércitos para derramar sangre,
y todos acabarán por perecer juntamente.*

(2 Baruc 27)

Habría «en el mundo temblor de tierra, y alboroto de pueblos» (4 Esdras 9:3; ep. Mateo 24:7 y 29).

De los cielos caerán a la tierra objetos ardientes. Se producirán luces, grandes y deslumbrantes, reluciendo en medio de las gentes; y la Tierra, la madre universal, se sacudirá en esos días a la mano del Eterno. Y los peces de la mar y las bestias de la tierra y las innumerables greyes de las aves y todas las personas humanas y todos los mares tendrán sacudidas en la presencia del Eterno, y habrá pánico. Y los excelsos picos de las montañas y las gigantescas colinas rasgará, y los lóbregos abismos se harán visibles a todos. Y los altos torrentes de las excelsas montañas se llenarán de cadáveres y las rocas fluirán con sangre y todos los torrentes inundarán las llanuras... Y Dios juzgará a todos con guerra y con espada, y caerá de los cielos azufre, y piedras y lluvia y granizo continuo y dañino. Y la muerte cabalgará sobre los cuadrúpedos Sí: la tierra misma beberá la sangre de los que vayan pereciendo, y las fieras se hartarán de su sangre.

(Oráculos Sibilinos 3:363ss).

La Misná enumera como señales de la proximidad de la venida del Mesías:

La arrogancia aumenta, la ambición se dispara, la vid produce fruto pero el vino está caro. La autoridad se convierte en herejía. No hay instrucción, la sinagoga se dedica a la obscenidad. Galilea es destruida, Gablán queda desierto. Los habitantes de un distrito van de ciudad en ciudad sin encontrar compasión. Se aborrece la sabiduría de los entendidos, los buenos son despreciados, la verdad se ausenta. Los muchachos insultan a los ancianos, los viejos se exponen a los niños. El hijo desprecia al padre, la hija se rebela contra la madre, la nuera contra la suegra. Los enemigos del hombre serán los de su propia casa.

El tiempo que precediera a la venida del Mesías sería un tiempo cuando el mundo se desintegraría y se relajarían todos los vínculos. El orden físico y moral se colapsaría.

(ii) En ese caos aparecería Elías como precursor y heraldo del Mesías. Él sanaría las grietas y traería orden al caos para preparar el camino del Mesías. Especialmente, resolvería las disputas. De hecho, la ley oral judía establecía que el dinero y las haciendas cuya propiedad se discutiera, y todo lo que se encontrara y no se supiera de quién era, podría esperar < hasta que viniera Elías. » Cuando viniera Elías, ya faltaría poco para que le siguiera el Mesías.

(iii) Y entonces vendría el Mesías. La palabra hebrea *Mashiaj* y la palabra griega *Jristós* quieren decir lo mismo: *El Ungido*. A los reyes se los coronaba ungiéndolos, y el Mesías era el Rey Ungido de Dios. Es importante tener presente que *Cristo* no es un nombre, sino un título. De ahí que en algunas versiones del Nuevo Testamento y libros sobre él se ponga < Jesús el Mesías » en lugar de Jesucristo; pero ya la palabra *mashiaj* se había traducido al griego por *jristós* en la Septuaginta. Algunas veces se pensaba en el Mesías como un rey de la dinastía de David, pero más corrientemente como una gran figura sobrehumana que irrumpiría en la Historia para rehacer el mundo y vindicar al pueblo de Dios.

(iv) Las naciones paganas se aliarían y unirían contra el Campeón de Dios.

Los reyes de las naciones paganas se lanzarán contra esta tierra acarreándose justa retribución. Tratarán de dismantelar el altar del Dios todopoderoso y de los hombres más nobles cuandoquiera que vengan a la tierra. En un círculo alrededor de la ciudad colocarán los malditos reyes cada uno su trono rodeados de sus infieles pueblos. Y entonces Dios hablará con voz potente a todos los pueblos indisciplinados e insensatos, y vendrá el juicio sobre ellos del Dios todopoderoso, y todos perecerán a manos del Eterno.

(Oráculos Sibilinos 3:363-372).

El resultado será la total destrucción de esos poderes hostiles. Filón decía que el Mesías < tomaría el campo, y haría guerra y destruiría naciones grandes y populosas. »

Este es el viento que el Altísimo ha reservado a la fin contra ellos, y sus impías fraudes; el cual los argüirá, y echará sobre ellos sus robos. Porque Él los hará venir vivos a juicio, y des que los haya convencido, los castigará.

(4 Esdras 12:32s, B.O.).

Ocurrirá en esos días que no se salvará nadie con oro ni plata, ni podrá escapar. "No habrá hierro para la guerra, ni nada que ponerse como peto, ni servirá el bronce, ni el estaño valdrá ni contará, ni se querrá el plomo. Todas estas cosas serán desechadas y habrán de desaparecer de la faz de la tierra, cuando aparezca el Elegido ante la faz del Señor de los espíritus.

(1 Henoc 52,7-9, D.M.).

El Mesías será el conquistador más destructivo de la Historia, derrotando a Sus enemigos hasta la extinción total.

(vi) Seguiría la renovación de Jerusalén. A veces se concebía como la purificación de la ciudad existente. Más a menudo, como el descenso del Cielo de la nueva Jerusalén. « Me levanté para ver hasta que él enrolló la vieja casa. Sacaron todas las columnas, vigas y ornamentos de la casa, enrollados junto con ella; los sacaron y echaron en un lugar al sur de la tierra. ^{29vi} que trajo el dueño de las ovejas una casa nueva, más grande y alta que la primera, y la puso en el lugar de la que había sido recogida. Todas sus columnas y ornamentos eran nuevos y mayores que los de la antigua que había quitado, y el dueño de las ovejas estaba dentro » (Henoc 90,28s, D.M.).

(vi₁) Los judíos que estaban dispersos por todo el mundo serían recogidos en la nueva Jerusalén. Hasta el día de hoy el libro judío de oraciones diarias incluye la petición: « ¡Izad la bandera para reunir a los dispersos y congregarlos de los cuatro puntos cardinales de la Tierra!» El capítulo 11 de los *Salmos de Salomón* contiene un doble cuadro de ese retorno:

¡Tocad la trompeta en Sión para reunir a los santos, haced que se oiga en Jerusalén la voz del que trae alegres nuevas; porque Dios ha tenido piedad de Israel al visitarlos! ¡Colócate en la cumbre, Jerusalén, y mira a tus hijos, del Oriente y del Poniente, reunidos por el Señor! ¡Vienen del Norte con el gozo de su Dios, de las islas lejanas Dios los ha reunido! Ha abatido montañas altas allanándolas para ellos; las colinas huyeron cuando entraron. Los bosques les dieron cobijo cuando pasaban; todos los árboles aromáticos hizo Dios que brotaran para ellos, para que Israel pasara adelante en la visitación de la gloria de su Dios. ¡Ponte, Jerusalén, tus ropas de fiesta; prepara tu túnica santa; por cuanto Dios ha decretado el bien para Israel para siempre jamás, haga el Señor lo que ha hablado referente a Israel y Jerusalén; levante el Señor a Israel por Su glorioso nombre. ¡Sea la misericordia del Señor sobre Israel por siempre y siempre!

Se puede ver fácilmente lo judío que había de ser este nuevo mundo. El elemento nacionalista domina por todas partes.

(vi_{1j}) Palestina sería el centro del mundo, y el resto del mundo le sería sometido. Todas las demás naciones serían subyugadas.

A veces se concebía como un dominio pacífico:

Y todas las islas y las ciudades dirán: «¡Cómo ama el Eterno a estas personas!» Porque todas las cosas obran en armonía con ellas y las ayudan... ¡Venid, postrémonos en tierra y supliquemos al eterno Rey, el Todopoderoso, el Dios perdurable! Vayamos en procesión a Su Templo, porque Él es el único Potentado.

(Oráculos Sibilinos 3,690ss).

Más corrientemente se presentaba el fin de los gentiles como una destrucción total, ante la que se regocijaría Israel.

y Él aparecerá para castigar a los gentiles, y destruirá todos sus ídolos.

Entonces tú, Israel, serás feliz.

Te montarás sobre los cuellos y las alas de las águilas (es decir, Roma, el águila, será destruida)

y ellos terminarán, y Dios te exaltará.

Y tú .mirarás desde .las alturas . y verás a tus enemigos en la gehena, y los reconocerás y te regocijarás.

(Asunción de Moisés 10,8-10).

Era una descripción sombría. Israel se regocijaría al ver a sus enemigos quebrantados y en el infierno. En cuanto a los israelitas que hubieren muerto, resucitarían para participar en el nuevo mundo.

(ix) Finalmente vendría una nueva edad de paz y de bondad que permanecería para siempre.

Estas eran las ideas mesiánicas que había en las mentes cuando vino Jesús: violentas, nacionalistas, destructivas, vengativas. Ciertamente terminaban en el perfecto Reino de Dios; pero llegaban a él a través de un baño de sangre y una carrera de conquista. Figuraos a Jesús en un trasfondo así. No es extraño que tuviera que reciclar a Sus discípulos en el nuevo sentido del mesiazgo; ni tampoco que Le crucificaran al **final** como hereje. No había lugar en un panorama así para una Cruz, ni para el amor doliente.

EL TENTADOR HABLA POR LA VOZ DE UN AMIGO

Marcos 8:31-33

Jesús empezó a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre sufriera muchas cosas, y fuera rechazado por los ancianos y principales sacerdotes y escribas, y que Le mataran, y que resucitara después de tres días.

Estuvo diciéndoles estas cosas claramente. Y Pedro Le tomó aparte, y se puso a reprenderle. Entonces Jesús Se dio la vuelta, miró a Sus discípulos y reprendió a Pedro diciéndole:

- ¡Quítate de delante de Mí, Satanás! ¡Esos no son pensamientos de Dios, sino de los hombres!

Tenemos que leer este pasaje en el trasfondo de lo que acabamos de ver que se creía corrientemente acerca del Mesías. Cuando Jesús conectó el mesiazgo con el sufrimiento y la muerte, estaba haciendo afirmaciones que les resultaban tanto increíbles como incomprensibles a Sus discípulos. A lo largo de toda su vida habían pensado en el Mesías en términos de conquista irresistible, y ahora se les presentaba una idea que los desarticulaba. Por eso fue por lo que Pedro protestó tan violentamente. Para él, todo eso era absurdo.

¿Por qué reprendió Jesús tan duramente a Pedro? Porque estaba expresando las mismas tentaciones que asediaban a Jesús. Él no quería morir. Sabía que tenía poderes que podía emplear para la conquista. En este momento estaba peleando de nuevo la batalla de las tentaciones en el desierto. Era el diablo el que Le estaba tentado otra vez a que Se postrara y le adorara para seguir su camino en lugar de seguir el camino de Dios.

Es extraño, y a veces terrible, que el tentador nos hable en la voz de un amigo bien intencionado. Puede que hayamos decidido seguir un curso de acción que es correcto, pero que conlleva inevitablemente problemas, pérdidas, impopularidad, sacrificio; y algún amigo bien intencionado intenta detenernos con las mejores razones del mundo. Yo conocí a un hombre que había decidido adoptar un método de acción que le conduciría casi inevitablemente a problemas. Un amigo se dirigió a él, y trató de disuadirle. «Acuérdate -le dijo- que tienes mujer y familia. No puedes hacer eso.» Es muy posible que alguien nos quiera tanto que quiera evitarnos problemas, y hacernos ir seguros por la vida.

En *Gareth and Lynette*, Tennyson nos cuenta la historia del hijo menor de Lot y Bellicent. Había captado la visión, y quería ser uno de los caballeros de la Mesa Redonda. Bellicent, su madre, no quería dejarle partir. «¿No te da lástima dejarme sola?» le preguntó. El padre de Gareth, Lot, anciano ya, le dijo ella, «está tumbado como un tronco que ya casi se ha consumido al fuego.» Sus hermanos ya estaban en la corte de Artús. «¡Quédate, mi mejor hijo! -le dice ella- Todavía eres más un muchacho que un hombre.» Si se quedaba, ella le prepararía la caza para mantenerle feliz, y le encontraría alguna princesa que fuera su novia. Él había captado la visión; y su madre se puso a ensartarle razones, una tras otra, a cuál más excelente, por las que debía quedarse en casa. Alguien que le amaba le hablaba con la voz del tentador sin darse cuenta; pero Gareth le contestó:

Oh Madre, ¿cómo podrás mantenerme atado a ti como un perrillo? ¡Qué vergüenza! Yo soy un hombre hecho y derecho, y debo cumplir la misión de un hombre. ¿Perseguir a los ciervos? ¡Seguir a Cristo el Rey, vivir puro, hablar verdad, enderezar tuerkos, seguir al Rey... De otra manera, ¿para qué nací?

Así que Gareth fue cuando y adonde la visión le llamó.

El tentador no tiene armas más eficaces que cuando usa la voz de los que nos aman y amamos, que creen que no buscan sino nuestro bien. Eso fue lo que Le sucedió a Jesús aquel día; por eso Su respuesta fue tan dura. Ni siquiera la voz suplicante del amor debe silenciar en nosotros la imperiosa voz de Dios.

LA CARRERA DE UN DISCÍPULO

Marcos 834s

Jesús llamó a la multitud, juntamente con Sus discípulos, y les dijo:

-Si hay alguien que quiera ser Mi seguidor, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y que Me siga.

Esta parte del evangelio de Marcos está tan próxima al corazón y centro de la fe cristiana que tenemos que tomarla casi frase por frase. Si cada día pudiera uno salir a la vida con una de estas frases en el corazón y dominando su vida, sería más que suficiente para seguir adelante.

Dos cosas sobresalen aquí a primera vista.

(i) Está la casi alucinante honradez de Jesús. Nadie podrá decir que se le indujo a seguir a Jesús con falsas promesas. Jesús no trató nunca de sobornar a nadie ofreciéndole un camino fácil. No ofrecía la paz, sino la gloria. Decirle a uno que debe estar dispuesto a cargar con una cruz es decirle que debe estar dispuesto a que le consideren un criminal, y a morir.

La honradez siempre ha sido una característica de los grandes líderes. En los días de la Guerra Mundial II, cuando Sir Winston Churchill asumió el gobierno de su país, todo lo que ofrecía era < sangre, trabajos, lágrimas y sudor. » Garibaldi, el gran patriota italiano, invitaba a seguirle en estos términos: «No ofrezco soldada, ni cuartel, ni provisiones; ofrezco hambre, sed, marchas forzadas, batallas y muerte. El que ame a su país de todo corazón y no sólo de labios para fuera, que me siga.» «Soldados, todos nuestros esfuerzos contra fuerzas superiores han resultado ineficaces. No tengo nada que ofrecer, sino hambre, y sed, dureza y muerte; pero llamo a todos los que amen a su patria a unirse conmigo.»

Jesús nunca trató de seducir a nadie a unírsele ofreciendo un camino fácil; trató de desafiar, de despertar la caballerosidad durmiente en sus corazones con el ofrecimiento de un camino que ningún otro podría igualar en altura y dureza. Él no había venido a hacer la vida más fácil, sino a hacer a los hombres grandes.

(ii) Tenemos el hecho de que Jesús nunca apeló a los hombres para que arrostraran o hicieran nada que El no estuviera dispuesto a hacer o arrostrar. Esa es sin duda una de las características del líder al que otros siguen. Cuando Alejandro Magno emprendió la persecución de Darío, realizó una de las marchas maravillosas de la Historia. En once días hizo recorrer a sus hombres tres mil trescientos estadios, unos seiscientos kilómetros. Estaban casi a punto de rendirse, principalmente a causa de la sed, porque no tenían agua. Plutarco cuenta la historia: «Cuando estaban en esta angostura, sucedió que unos macedonios que habían cargado agua en pellejos sobre sus mulas de un río que habían descubierto vinieron a eso del mediodía al lugar donde estaba Alejandro, y viéndole casi ahogándose de sed llenaron un yelmo de agua y se lo ofrecieron. Él les preguntó para quién llevaban el agua; y le contestaron que para sus hijos, añadiendo que si podían salvarle a él la vida no les importaba el que todos ellos perecieran. Entonces él tomó el yelmo en sus manos y, mirando a su alrededor, cuando vio a todos los que estaban cerca de él estirar el cuello mirando ansiosamente el agua, se la devolvió a los que se la ofrecían dándoles las gracias, sin probar ni una gota. "Porque -dijo-, si yo fuera el único que bebiera, los demás se descorazonarían." Los soldados, tan pronto como se dieron cuenta de su temperancia y magnanimidad en esta ocasión, todos a una gritaron que los condujera adelante sin recelos, y empezaron a espolear sus caballos. Porque teniendo tal rey, decían que desafiaban el cansancio y la sed, y se consideraban poco menos que inmortales.» Era fácil seguir a un líder que nunca exigía a sus hombres más de lo que él mismo soportaba.

Hubo un famoso general romano, Quinto Fabio Cunctator. Estaba discutiendo con su personal cómo tomar una posición difícil. Uno de sus oficiales sugirió una cierta manera: < No costará más que la vida de unos pocos. » Fabio le miró, y le dijo: «¿Estás dispuesto a ser uno de esos pocos?»

Jesús no era la clase de líder que se sienta remoto y juega con las vidas humanas como si fueran peones insignificantes. Lo que Él demandaba que arrostraran, El estaba también dispuesto a arrostrarlo. Jesús tiene derecho a llamarnos a asumir una cruz, porque Él la llevó antes por nosotros.

(iii) Jesús dijo del que quisiera ser discípulo suyo: «Que se niegue a sí mismo.» Comprenderemos mejor el sentido de esta exigencia si la tomamos sencilla y literalmente. «Que se diga que no a sí mismo.» Si uno quiere seguir a Jesucristo, debe siempre decirse a sí mismo que no, y a Jesús que sí. Debe decirle que no a su propio amor natural a la facilidad y la comodidad. Debe decirle que no a todo curso de acción basado en el propio interés y en la propia voluntad. Debe decirle que no a los instintos y a los deseos que le incitan a tocar y gustar y utilizar las cosas prohibidas. Debe decirle que sí sin dudar a la voz y al mandamiento de Jesucristo. Debe ser capaz de decir con Pablo que ya no es él quien vive, sino Cristo Quien vive en él. Ya no vive para seguir su propia voluntad, sino para seguir la de Cristo, en Cuyo servicio está la perfecta libertad.

ENCONTRAR LA VIDA PERDIÉNDOLA

El que busque salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por Mi causa y por la causa del Evangelio, la salvará.

Hay algunas cosas que se pierden si se guardan, y se salvan si se usan. Eso pasa con cualquier talento que se posea. Si se usa, se desarrolla y se convierte en algo más grande. Si se deja de usar, acaba por perderse. Así sucede supremamente con la vida.

La Historia está llena de ejemplos de personas que, al desprenderse de la vida, ganaron la vida eterna. Ya avanzado el siglo IV, había en el Oriente un monje que se llamaba Telémaco. Había decidido dejar el mundo y vivir en la soledad dedicado a la oración y la meditación y el ayuno a fin de salvar su alma. En su vida solitaria no buscaba nada más que estar en comunión con Dios; pero, por lo que fuera, se daba cuenta de que algo estaba equivocado. Cierta día, al levantarse de la posición arrodillada, le amaneció repentinamente la verdad de que su vida estaba basada, no en un amor desinteresado a Dios, sino en un amor egoísta. Se le impuso la convicción de que, si quería servir a Dios, tenía que servir a los hombres, que el desierto no era el hábitat natural de un cristiano, que las ciudades estaban llenas de pecado, y por tanto llenas de necesidad. Decidió decirle adiós al desierto y ponerse en camino hacia la ciudad más grande del mundo, Roma, al otro lado del mundo. Fue mendigando por tierras y por mares. Por aquel entonces, Roma ya era oficialmente cristiana. Llegó en los días en que se le había concedido al general romano Eshílico que desfilara en triunfo por Roma por haber obtenido una victoria importantísima contra los godos. Aquello ya no era como en los días antiguos. Ahora era a las iglesias cristianas a las que acudían las multitudes, y no a los templos paganos. Había procesiones y celebraciones, y Estílico iba desfilando por las calles en triunfo al lado del joven emperador Honorio.

Pero una cosa sobrevivía en la Roma cristiana. Todavía existían el circo y los juegos de gladiadores. Ya no se arrojaban los cristianos a los leones; pero todavía tenían que luchar a muerte los prisioneros de guerra para divertir en las fiestas al populacho romano. Todavía rugían los espectadores, emborrachados de sangre por las luchas de los gladiadores.

Telémaco consiguió llegar al circo. Había allí 80,000 espectadores. Estaban terminando las carreras de cuadrigas; y el público esperaba impaciente que salieran los gladiadores a luchar. Por fin salieron a la arena proclamando su saludo: «¡Hola, César! ¡Los que vamos a morir te saludamos!» La lucha empezó, y Telémaco estaba apabullado. Hombres por quienes Cristo había muerto estaban matándose para divertir a un populacho supuestamente cristiano. Telémaco saltó la barrera. Se puso entre los gladiadores, que se detuvieron un instante. «¡Que sigan los juegos!», rugía la multitud. Empujaron al intruso a un lado. Todavía llevaba la vestimenta de los ermitaños. Pero Telémaco volvió a colocarse entre los luchadores. La multitud empezó a tirarle piedras. Gritaron a los gladiadores que le mataran y se le quitaran de en medio. El jefe de los juegos dio una orden; la espada de un gladiador se levantó y cayó sobre él como un rayo, y Telémaco cayó y quedó muerto.

Repentinamente la multitud quedó en silencio. Estaban todos sobrecogidos ante el hecho de que un hombre santo hubiera recibido la muerte de aquella manera. Repentinamente la masa se dio cuenta de lo que era en realidad aquella matanza. Los juegos se terminaron abruptamente aquel día, y ya nunca volvieron a celebrarse. Telémaco, con su muerte, acabó con ellos. Como el famoso historiador Gibbon dijo de él: « Su muerte fue más útil a la humanidad que su vida.» Al perder su vida había hecho más de lo que hubiera podido hacer nunca cultivándola en devociones privadas en el desierto.

Dios nos ha dado la vida para gastarla, y no para conservarla. Si vivimos con mucho cuidado, pensando siempre en primer lugar en nuestro propio provecho, facilidad, comodidad y seguridad; si nuestro único propósito en la vida es prolongarla lo más posible, manteniéndola libre de problemas lo más posible; si no realizamos ningún esfuerzo nada más que en provecho propio, estamos perdiendo la vida todo el tiempo. Pero si empleamos la vida en beneficio de los demás, si nos olvidamos de la salud y del tiempo y de la riqueza y de la comodidad en nuestro deseo de hacer algo por Jesús y por las demás personas por las que Cristo murió, estamos ganando la vida todo el tiempo.

¿Qué habría sucedido al mundo si los médicos y los hombres de ciencia y los inventores no hubieran estado dispuestos a hacer experimentos arriesgados muchas veces para su propia vida? ¿Qué habría sucedido si todo el mundo no hubiera querido nada más que quedarse cómodamente en casa, y no hubiera habido exploradores ni pioneros? ¿Qué pasaría si todas las madres se negaran a correr el riesgo de traer un hijo al mundo? ¿Qué pasaría si todos los hombres emplearan todo lo que tienen en sí mismos y para sí mismos?

La misma esencia de la vida consiste en arriesgarla, en utilizarla, no en salvarla y ahorrarla. Es verdad que este es el camino de la fatiga, del agotamiento, del darse hasta lo último -pero es mejor siempre quemarse que oxidarse, porque ese es el camino que conduce a la felicidad y a Dios.

EL VALOR SUPREMO DE LA VIDA

Marcos 8:37

¿De qué le sirve a uno ganar todo el mundo si pierde su propia vida? Porque, ¿qué puede dar una persona a cambio de su vida?

En cierto sentido es totalmente posible que un hombre obtenga un tremendo éxito en la vida, y por otra parte esté viviendo una vida que no vale la pena vivir. La verdadera pregunta que hace Jesús es: < ¿Dónde pones tú los valores de la vida? > Es posible que uno ponga sus valores en cosas que no los tienen, y descubrirlo demasiado tarde.

(i) Una persona puede sacrificar su honor por un beneficio. Puede desear cosas materiales y no preocuparse demasiado por cómo las obtiene. El mundo está lleno de tentaciones a una deshonra provechosa. George Macdonald cuenta en uno de sus libros que un sastre siempre introducía el dedo gordo para hacer un poco más cortas las medidas. «Le sisaba a su alma -decía- y lo sumaba en su cuenta.» La verdadera pregunta, la que habrá que contestar más tarde o más temprano es: « ¿Cómo aparecen nuestras cuentas a la vista de Dios? » Dios es un inspector con Quien todos a fin de cuentas nos tendremos que enfrentar.

(ii) Uno puede que sacrifique los principios por la popularidad. Puede que el hombre comprensivo, complaciente, que sabe ceder, se ahorre muchos problemas. Puede que el que se consagra inflexiblemente a los principios no le caiga bien a nadie. Shakespeare hace el retrato del gran cardenal Wolsley, que sirvió a Enrique VIII con todo el ingenio y la astucia que poseía:

Si yo hubiera servido a mi Dios con la mitad del celo con que he servido a mi rey, Él no me habría dejado desnudo a mi edad ante mis enemigos.

La verdadera pregunta, la que cada uno tendrá que arrostrar a fin de cuentas, no es: « ¿Qué pensaron los demás de esto? » sino: « ¿Qué piensa Dios de esto? » No es el veredicto de la opinión pública el que decide el destino, sino el de Dios.

(iii) Una persona puede que sacrifique las cosas permanentes y valiosas por otras pasajeras y baratas. Siempre es fácil obtener un éxito barato. Un autor puede que sacrifique lo que

podría ser realmente grande por el éxito barato de un momento. Un músico puede que produzca ligerezas efímeras cuando podría estar produciendo algo real y permanente. Un hombre puede que escoja un trabajo que le proporcionará más dinero y comodidades dando la espalda a otro en el que podría prestar más servicios a sus semejantes. Uno puede pasar la vida ocupándose de cosas pequeñas y pasando por alto las grandes. Una mujer puede que prefiera una vida de placer y de eso que se considera libertad a cambio del servicio de su hogar y la educación de su familia.

Pero la vida tiene su manera de revelar los verdaderos valores y condenar los falsos con el paso del tiempo. Lo que no cuesta, nunca dura.

(iv) Podemos resumirlo todo diciendo que una persona puede sacrificar la eternidad por el momento. Nos salvaríamos de toda clase de equivocaciones si miráramos siempre las cosas a la luz de la eternidad. Muchas cosas son agradables por un momento, pero más tarde traen la ruina. La prueba de la eternidad, la prueba de tratar de ver las cosas como Dios las ve, es la prueba más real de todas.

La persona que ve las cosas como Dios las ve, nunca empleará la vida en las cosas que pierden el alma.

CUANDO EL REY VENGA A LOS SUYOS

Marcos 8:38-9:1

-Del que se avergüence de Mí y de Mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en la gloria de Su Padre con los santos ángeles.

Y Jesús solía decirles también:

Esto que os digo es la pura verdad: Hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte antes de ver venir con poder el Reino de Dios.

Una cosa sobresale en este pasaje: la confianza de Jesús. Acaba de hablar acerca de Su muerte; no duda que la Cruz Le espera más adelante; pero, no obstante, está absolutamente seguro de que al final le espera el triunfo definitivo.

La primera parte del pasaje presenta una verdad sencilla. Cuando el Rey venga a Su Reino mostrará Su fidelidad para con aquellos que Le hayan sido fieles. Nadie puede ahorrarse todos los problemas de una gran empresa y después cosechar todos los beneficios. Nadie puede esperar evitarse el servir en alguna campaña, y después participar de las decoraciones cuando se haya llegado a una conclusión victoriosa. Jesús está diciendo: «El Cristianismo se encuentra en un mundo difícil y hostil en este

tiempo. Si alguien se avergüenza en tales condiciones de mostrarse cristiano, si tiene miedo de manifestar de qué lado está, no puede esperar obtener un puesto de honor cuando venga el Rey.>

La última parte de este pasaje ha motivado mucho pensamiento profundo y serio. Jesús dice que muchos que estaban allí no morirían hasta ver el Reino venir con poder. Lo que preocupa a algunas personas les viene de tomar estas palabras como una referencia a la Segunda Venida; en ese caso, Jesús Se habría equivocado, porque *no* volvió en poder y gloria durante la vida de ninguno de los que estaban allí.

Pero esta no es una referencia a la Segunda Venida. Consideremos la situación. Hasta entonces, Jesús no había estado más que una vez fuera de Palestina, y en aquella ocasión no pasó de los pueblos limítrofes de Tiro y Sidón. Sólo unos poquitos en un país muy pequeño habían oído de Él. Palestina no tenía más que 200 kilómetros de Norte a Sur, y unos 60 de Este a Oeste; su población total era de unos 4,000,000. El hablar en términos de conquista mundial cuando apenas había estado fuera de aquel pequeño país sonaba extraño. Todavía complicaba las cosas más el hecho de que en aquel pequeño país Jesús había despertado de tal manera la enemistad de los líderes ortodoxos y de los que tenían el poder en sus manos que era absolutamente cierto que no podía esperar nada más

que la muerte como hereje y proscrito. A la luz de una situación así, debe de haber habido muchos que se desanimaban al considerar las nulas perspectivas de futuro del Cristianismo, que parecía que en breve tiempo sería barrido completamente y eliminado del mundo. Humanamente hablando estos pesimistas parecían tener razón.

Ahora consideremos lo que sucedió. Apenas treinta años después, el Cristianismo se había extendido por Asia Menor; había una gran iglesia cristiana en Antioquía; se había introducido en Egipto, y los cristianos ocupaban una posición estable en Alejandría; había cruzado el mar y llegado a Roma, y se había extendido por toda Grecia. El Cristianismo había avanzado como una marea incontenible por todo el mundo. Era sorprendentemente cierto que durante la vida de algunos de los que estaban allí, contra todos los pronósticos humanos, el Cristianismo había llegado con poder. Lejos de equivocarse, Jesús estaba absolutamente en lo cierto.

Lo sorprendente es que Jesús nunca conociera el desánimo. Ante la torpeza de las mente de muchos, frente a la oposición de los poderosos, ante la perspectiva de la Cruz y de la muerte, Jesús no puso nunca en duda Su triunfo final -porque nunca dudó de Dios. Siempre estuvo seguro de que, lo que a los hombres les parecía imposible, era totalmente posible con Dios.

LA GLORIA DE LA CUMBRE

Marcos 9:2-8

Seis días después, Jesús Se llevó a Pedro, Santiago y Juan a una montaña alta, solos ellos. Y Jesús cambió de aspecto en su presencia: Su ropa se volvió radiante, extraordinariamente blanca, tanto que no hay lavador en el mundo que la pueda poner tan blanca. Y se les aparecieron Elías y Moisés habla-'^ non Jesús.

Pedro Le dijo a Jesús:

- ¡Maestro, qué estupendamente se está aquí! ¡Hagamos tres cabañuelas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías!

Cuando dijo eso no sabía lo que estaba diciendo, porque los discípulos estaban llenos de temor. Y entonces les sobrevino una nube que los cubrió con su sombra, y se oyó una voz que venía de la nube:

- ¡Este es Mi Hijo amado! ¡Oídle a Él!

E inmediatamente, cuando miraron a su alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, Que era el único que estaba con ellos.

Nos encontramos cara a cara con un incidente de la vida de Jesús que está revestido de misterio. Sólo podemos tratar de entenderlo. Marcos dice que esto sucedió seis días después de los incidentes de los alrededores de Cesarea de Filipo. Lucas dice que sucedió ocho días después. No tenemos aquí una discrepancia; los dos quieren decir lo que expresáramos con < cosa de una semana después.> Tanto las iglesias de Oriente como las de Occidente celebran el recuerdo de la Transfiguración el 6 de agosto. No importa lo más mínimo que fuera o no fuera esa la fecha exacta; pero es un acontecimiento que haremos bien en recordar.

La tradición dice que la Transfiguración tuvo lugar en la cima del monte Tabor. La Iglesia Oriental de hecho llama la Fiesta de la Transfiguración el *Taborion*. Puede que la elección esté basada en la mención del monte Tabor en el *Salmo* 89:12; pero es desafortunada. El Tabor está al *Sur* de Galilea, mientras que Cesarea de Filipo está bastante lejos hacia el Norte. El Tabor no tiene más que 300 metros de altura, y en tiempos de Jesús había una fortaleza en la cima. Es mucho más probable que este acontecimiento tuviera lugar entre las nieves perpetuas del monte Hermón, que tiene una altura de 3,000 metros, y está mucho más cerca de Cesarea de Filipo, y donde la soledad sería mucho más completa.

No podemos explicar lo que sucedió. Sólo podemos postrarnos reverentemente para tratar de entender. Marcos nos dice que la ropa de Jesús se volvió resplandeciente. La palabra que usa (*stilbein*) indica los destellos radiantes de una superficie pulimentada de bronce o de oro o de acero bruñido, o el dorado resplandor de la luz del Sol. Cuando el incidente llegó a su fin, una nube los cubrió con su sombra. En el pensamiento judío, la presencia de Dios se relacionaba regularmente con una nube. Fue en una nube donde Moisés se encontró con Dios. Fue en una nube como Dios vino al Tabernáculo. Fue una nube lo que llenó el Templo que había edificado Salomón cuando se dedicó. Y era el sueño de los judíos que, cuando viniera el Mesías, la nube de la presencia de Dios volvería al Templo (*Éxodo* 16:10; 19:9; 33:9; *1 Reyes* 8:10; *2 Macabeos* 2: 8). El que descendiera una nube es una manera de decir que el Mesías había venido, y así lo entendería cualquier judío.

La Transfiguración tiene un doble significado.

(i) Representó algo muy precioso para Jesús. Él tenía que hacer Su propia decisión. Había tomado la determinación de dirigirse hacia Jerusalén, y eso representaba enfrentarse con la Cruz y aceptarla. Tenía que estar totalmente seguro de que era la decisión correcta, antes de seguir adelante. En la cumbre de la montaña recibió una doble aprobación de su decisión.

(a) Moisés y Elías se reunieron con Él. Ahora bien, Moisés era *el supremo legislador* de Israel, al que debía la nación la Ley de Dios. Elías era *el primero y el más grande de los profetas*. Siempre se le recordaba como el profeta que había traído al pueblo la misma voz de Dios. Cuando estas dos grandes figuras se encontraron con Jesús, aquello quería decir que el más grande de los legisladores y el más grande de los profetas Le decían: < ¡Adelante! > Quería decir que veían en Jesús la consumación de todo lo que ellos habían soñado en el pasado; que veían en Él todo lo que la Historia esperaba y anhelaba. Es como si, en aquel momento, se Le asegurara a Jesús que seguía el camino correcto; porque toda la Historia había ido conduciendo a la Cruz.

(b) Dios habló con Jesús. Como siempre, Jesús no consultó con Sus propios deseos, sino Se dirigió a Dios y Le dijo: «¿Qué quieres que haga?» Le presentó a Dios todos Sus planes e intenciones, y Dios Le dijo: «Estás actuando como Mi propio Hijo amado. ¡Adelante!» En el Monte de la Transfiguración se Le aseguró a Jesús que no había equivocado Su camino. Vio, no sólo que la Cruz era inevitable, sino que era esencialmente correcta.

(ii) Aportó algo muy precioso a los discípulos.

(a) Se habían quedado apabullados por la afirmación de Jesús de que iba a Jerusalén para morir. Aquello les parecía la negación de todo lo que habían entendido acerca del Mesías. Estaban todavía alucinados y confusos. Estaban sucediendo cosas que no solamente les desarticulaban la mente, sino que también les quebrantaban el corazón. Lo que vieron en el Monte de la Transfiguración les daría algo a que aferrarse aun cuando no lo pudieran comprender. Con o sin la Cruz, habían oído la voz de Dios reconociendo a Jesús como Su Hijo.

(b) Los hizo testigos de la gloria de Cristo en un sentido muy especial. Un testigo se ha definido como una persona que, primero, *ve*, y después, *muestra*. En esta ocasión, en el monte, se les mostró la gloria de Cristo; y desde entonces tenían que guardar la historia de Su gloria en sus corazones, y contársela a los hombres, no inmediatamente, sino cuando llegara la hora.

EL DESTINO DEL PRECURSOR

Marcos 9:9-13

Cuando iban bajando de la montaña, Jesús les advirtió que no le contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre Se levantara de entre los muertos. Ellos se quedaron perplejos con esta palabra, preguntándose entre sí qué podría querer decir aquello de levantarse de entre los muertos. Y Le preguntaron a Jesús:

- ¿No dicen los maestros de la Ley que Elías ha de venir primero?

- Es verdad -les contestó Jesús-: Elías viene primero a poner todas las cosas en regla. Pero, ¿no está escrito del Hijo del Hombre que ha de sufrir muchas cosas y ser tratado con desprecio? Pero Yo os digo que ya ha venido Elías, y que le trataron como quisieron, exactamente como estaba escrito acerca de él.

Naturalmente, los tres discípulos siguieron pensando a fondo en lo que habían experimentado mientras bajaban por la ladera de la montaña.

En primer lugar, Jesús empezó por darles una orden. No habían de decirle a nadie lo que habían visto. Jesús sabía perfectamente que tenían la mente abarrotada de ideas acerca de un mesías de fuerza y poder. Si contaran lo que había sucedido en la cumbre de la montaña, cómo se había manifestado la gloria de Dios, y habían aparecido Moisés y Elías,

¡todo aquello se identificaría con que había sonado la hora clave de las expectativas populares! ¡En aquello se vería el preludio de la explosión del poder vengativo de Dios sobre las naciones del mundo! Los discípulos tenían todavía que aprender lo que quería de veras decir el mesiazgo. No había más que una cosa que se lo podría enseñar: la Cruz, y la Resurrección subsiguiente. Cuando la Cruz les hubiera enseñado lo que quería decir el mesiazgo, y cuando la Resurrección los hubiera convencido de que Jesús era el Mesías, *entonces, y solamente entonces*, podrían contar la historia de la gloria de la cumbre; porque entonces, y solamente entonces, la verían como debían verla: como el preludio, no del desbordamiento de la fuerza vengadora de Dios, sino como el preludio de la crucifixión del amor de Dios.

Las mentes de los discípulos seguían trabajando. No podían entender lo que querían decir las palabras de Jesús acerca de la Resurrección. Toda su actitud muestra que de hecho no las entendieron nunca antes de su cumplimiento. Toda su actitud

cuando llegó la Cruz fue la de personas para las que había llegado el final de todo. No debemos echarles la culpa a los discípulos. Era sencillamente que estaban imbuidos de una idea del mesiazgo tan completamente diferente que no podían captar lo que Jesús les había dicho.

Entonces preguntaron algo que los tenía perplejos. Los judíos creían que antes que viniera el Mesías vendría Elías como Su heraldo y precursor (*Malaquías 4: Ss*). Según una tradición rabinica, Elías vendría tres días antes que el Mesías. El primer día se pondría en las montañas de Israel lamentando la desolación de la tierra; y entonces clamaría con una voz que se oiría desde un extremo del mundo hasta el otro: «*¡La paz viene al mundo! ¡La paz viene al mundo!*» El segundo día clamaría: «*¡El bien viene al mundo! ¡El bien viene al mundo!*» Y el tercer día clamaría: «*¡Yeshuah (Salvación) viene al mundo! ¡Yeshuah viene al mundo!*» Elías restauraría todas las cosas; sanaría las familias divididas en los tenebrosos últimos días; resolvería todos los puntos dudosos del ritual y de la liturgia; limpiaría a la nación trayendo de vuelta a todos los que habían sido injustamente excluidos, y echando a los que habían sido falsamente incluidos. Elías ocupaba un puesto clave en el pensamiento de Israel. Se le concebía como continuamente activo en el Cielo y en la Tierra en provecho de los judíos, y como el heraldo de la consumación final.

Era inevitable que los discípulos se preguntaran: «*Si Jesús es el Mesías, ¿qué ha pasado con Elías?*» Jesús les contestó en unos términos que cualquier judío podría entender. «*Elías -les dijo- ya ha venido, y los hombres hicieron con él lo que quisieron. Le tomaron, y le aplicaron arbitrariamente su propia voluntad olvidando la de Dios.*» Jesús estaba refiriéndose al encarcelamiento y muerte de Juan el Bautista a manos de Herodes. Entonces, por implicación, Jesús condujo a Sus discípulos otra vez a aquel pensamiento que ellos no querían recibir, y que Él estaba decidido a que recibieran. Era como si les preguntara: «*Si eso hicieron con el precursor, ¿qué no harán con el Mesías?*»

Jesús estaba dándoles la vuelta a todas las ideas y nociones preconcebidas de Sus discípulos. Esperaban que surgiera Elías, que viniera el Mesías, que Dios irrumpiera en el tiempo y que hubiera una victoria arrolladora del Cielo, que ellos identificaban con el triunfo de Israel. Jesús estaba tratando de obligarlos a ver que de hecho el heraldo había sido matado cruelmente, y que el Mesías había de acabar en una cruz. Ellos seguían sin comprender, y eso por lo que siempre hace que los hombres no entiendan: porque se aferraban a sus ideas y se negaban a aceptar las de Dios. Querían que las cosas sucedieran conforme a sus deseos, y no como Dios las había ordenado. El error de sus pensamientos los había cegado a la revelación de la verdad de Dios.

BAJANDO DE LA CUMBRE

Marcos 9:14-18

Cuando llegaron adonde estaban los otros discípulos vieron un gran gentío reunido alrededor de ellos, y a los maestros de la Ley enzarzados en una discusión con ellos. Tan pronto como vieron a Jesús, se sorprendieron todos y corrieron hacia Él y Le saludaron. Jesús les preguntó:

- ¿Qué estáis discutiendo entre vosotros?

Entre la multitud, uno Le contestó:

Maestro, yo Te traía a mi hijo, porque tiene un espíritu que le deja mudo; y siempre que el espíritu se apodera de él, tiene convulsiones, y echa espuma por la boca y rechina los dientes, y se me está deshaciendo. Les pedí a Tus discípulos que lo echaran, pero no pudieron.

Esto era la clase de cosa que Pedro había querido evitar. En la cumbre de la montaña, en la presencia de la gloria, Pedro había dicho: «*¡Qué estupendamente se está aquí!*» Y había propuesto que hicieran tres cabañuelas para Jesús y Moisés y

Elías, y se quedaran allí. ¡La vida era tanto mejor, tanto más cerca de Dios, allí en la cumbre! ¿Para qué volver a bajar?

Pero es parte de la misma esencia de la vida que *tenemos que bajar* de la cumbre. Se ha dicho que en religión debe haber *soledad*, pero no *solitariedad*. La soledad es necesaria para mantener contacto con Dios; pero, si una persona, en busca de la soledad esencial, se desconecta de sus semejantes, cierra los oídos a sus llamadas pidiendo ayuda, cierra su corazón al clamor de sus lágrimas, eso no es religión. La soledad no está diseñada para hacernos solitarios, sino para hacernos más capaces de salir al encuentro y atender a las demandas de la vida cotidiana.

Jesús descendió a una situación delicada. Un padre había traído a los discípulos a su hijo, que era epiléptico. Todos los síntomas estaban claros. Los discípulos habían sido totalmente incapaces de resolver el caso, y aquello les había ofrecido a los escribas una buena oportunidad. La incapacidad de los discípulos era una ocasión de primera para ridiculizarlos, no sólo a ellos, sino también a su Maestro. Eso era lo que hacía la situación tan delicada, y eso es lo que hace cualquier situación humana tan delicada para el cristiano: su conducta, sus palabras, su capacidad o incapacidad para resolver las exigencias de la vida, se usan como medida, no sólo para juzgarle a él, sino para juzgar a Jesucristo.

A. Victor Murray escribe en su libro sobre *La educación cristiana*: < Hay algunos que ponen los ojos en blanco cuando hablan de la Iglesia: Es una sociedad sobrenatural, el Cuerpo de Cristo, la Esposa impoluta, la Guardiania de los oráculos de Dios, la bendita Compañía de los redimidos, y otros cuantos títulos románticos más, ninguno de los cuales tiene nada que ver con lo que los de fuera pueden ver por sí mismos en la parroquia de Santa Ágata, o en la iglesia metodista de la calle Mayor. » No hacen al caso las profesiones altisonantes que pueda hacer uno, porque por lo que se le juzga es por sus acciones; y al juzgarle a él, se juzga a su Maestro. Esa era la situación en este pasaje.

Entonces llegó Jesús. Cuando la gente Le vio, se maravillaron. No tenemos que pensar que todavía Le quedara algo de la gloria de la Transfiguración. Eso habría sido una contradicción de Sus propias instrucciones de que aquello se mantuviera secreto. La multitud había pensado que El estaba muy lejos, en las solitarias laderas de Hermón. Habían estado tan enfrascados en la discusión que no se habían dado cuenta de que Se les estaba acercando; y ahora precisamente, en el momento oportuno, allí estaba Jesús entre todos ellos. Lo que les sorprendió fue Su llegada repentina, inesperada y oportuna.

Aquí aprendemos dos cosas acerca de Jesús.

(i) Estaba dispuesto a enfrentarse con la Cruz, y estaba dispuesto a enfrentarse con los problemas corrientes que se Le presentaran. Es una de las características de la naturaleza humana que podemos arrostrar los grandes momentos críticos de la vida con honor y dignidad, pero permitimos que las exigencias de la rutina cotidiana nos fastidien e irriten. Podemos arrostrar los golpes demoledores de la vida con un cierto heroísmo, pero dejamos que nos inquieten las pequeñas molestias. Muchas personas pueden encarar un gran desastre o una gran pérdida con tranquila serenidad, y sin embargo pierden los estribos si la comida no es de su gusto o el tren se retrasa. Lo maravilloso de Jesús es que podía encarar serenamente la Cruz, y con igual calma enfrentarse con las cosas normales de la vida día a día. La razón era que no Se reservaba a Dios sólo para las grandes crisis, como hacemos muchos; sino recorría con Él los senderos diarios de la vida.

(ii) Había venido al mundo para salvar al mundo; y, sin embargo, podía entregarse totalmente para ayudar a una sola persona. Es más fácil predicar el evangelio del amor a la humanidad que amar a los pecadores no tan amables. Es fácil sentir un afecto sensiblero hacia la raza humana, y encontrar demasiado molesto ayudar a uno de sus miembros individuales. Jesús tenía el don, y un don de categoría regia es este, de darse a Sí mismo totalmente a cada persona con quien estuviera en contacto en cada momento determinado.

EL CLAMOR DE LA FE

Marcos 9:19-24

- ¡Oh generación incrédula! -les respondió Jesús-. ¿Cuánto más he de estar con vosotros? ¿Por cuánto tiempo os voy a tener que seguir soportando? ¡Traedme acá al muchacho!

Entonces Se le trajeron a Jesús; y en cuanto Le vio, el espíritu le provocó una convulsión al muchacho, que se cayó al suelo y empezó a revolcarse echando espumarajos por la boca. Jesús le preguntó al padre:

- ¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?

Desde niño -Le contestó el padre-. Muchas veces le arroja al fuego y al agua, empeñado en destruirle. Pero, si Tú puedes, ten piedad de nosotros y ayúdanos.

-Tú dices: «Si Tú puedes» -le dijo Jesús-. Todas las cosas le son posibles al que cree.

Inmediatamente el padre del muchacho clamó:

- ¡Sí que creo! ¡Ayúdame en mi incredulidad!

Este pasaje empieza con un grito que se Le escapó del corazón a Jesús. Había estado en la cumbre de la montaña, y había encarado la tremenda tarea que Le esperaba. Había decidido jugarse la vida por la redención del mundo; y ahora había descendido, para encontrarse con Sus seguidores más íntimos, Sus propios elegidos, derrotados y perplejos e inútiles e

ineficaces. La situación, por un momento, debe de haber desalentado aun a Jesús. Debe de haberse dado cuenta repentinamente de lo que cualquier otro habría llamado una labor imposible. Por un momento casi desesperaría de conseguir cambiar la naturaleza humana, y hacer de los hombres del mundo hombres de Dios.

¿Cómo arrojó aquel momento de desesperación? « ¡Traedme acá al muchacho!», dijo. Cuando no podemos resolver una situación límite, lo mejor que podemos hacer es resolver la

situación inmediata. Era como si Jesús dijera: < No sé cómo llegar a cambiar a estos discípulos Míos; pero *puedo* de momento ayudar a este chico. Voy a empezar con la tarea presente, y no desesperarme por el futuro.»

Una y otra vez, esa es la manera de evitar la desesperación. Si nos sentamos y nos ponemos a pensar en el estado del mundo, puede que caigamos en la depresión; así es que, pongámonos en acción en nuestro pequeño rincón del mundo. A veces puede que nos desesperemos de la iglesia; entonces, entremos en acción en nuestra pequeña parcela de la iglesia. Jesús no se sentó desanimado y paralizado por la lentitud mental de Sus hombres. Se encargó de la situación inmediata. La mejor manera de evitar el pesimismo y la desesperación es aplicarnos a lo que podemos hacer de momento -y siempre hay algo que se puede hacer.

Para el padre del muchacho, Jesús estableció las condiciones de un milagro. < Al que cree -le dijo Jesús- todas las cosas le son posibles.» Era como si Jesús dijera: «La curación de tu muchacho depende, no de Mí, sino de ti.> Esta no es especialmente una verdad teológica, sino una verdad universal. El enfrentarnos con algo en un espíritu de desesperanza es convertirlo en un caso desesperado; el enfrentarnos con algo en un espíritu de fe es hacerlo posible. Cavour dijo una vez que lo que necesita por encima de todo un hombre de estado es « un sentido de las posibilidades.» La mayor parte de nosotros estamos asediados por un sentimiento de las imposibilidades, y por eso precisamente no suceden los milagros.

La actitud general del padre del muchacho es muy reveladora. Originalmente había venido buscando al mismo Jesús. Como Jesús estaba en la cumbre de la montaña, había tenido que tratar con los discípulos, y su experiencia con ellos había sido descorazonadora. Se le tambaleó tanto la fe, se le debilitó tanto que, cuando vino a Jesús, todo lo que pudo decir fue: «Ayúdame, si *puedes*.» Y entonces, cara a cara con Jesús, de pronto se le inflamó la fe otra vez. « ¡Sí que creo! -Clamó-. Si hay todavía en mí algo de desaliento, todavía algunas dudas, quítamelas, y lléname de una fe inquebrantable.» Algunas veces sucede que se obtiene menos de lo que se esperaba de alguna iglesia o de algunos siervos de la iglesia. Cuando nos sucede eso, debemos ir más allá de la iglesia al Señor de la Iglesia, más allá del siervo de Cristo a Cristo mismo. La iglesia puede que a veces nos dé un chasco, y que los siervos de Dios en la tierra nos fallen; pero, cuando conseguimos llegar al mismo Jesucristo, Él nunca nos desilusiona.

LA CAUSA DEL FRACASO

Marcos 9:25-29

*Cuando vio Jesús que la gente se estaba agolpando, reprendió al espíritu inmundo diciéndole:
- ¡Espíritu de mudez y sordera, te ordeno que salgas de él y que no vuelvas a entrar en él!
Después de gritar y producirle unas convulsiones terribles, el espíritu salió del muchacho dejándole como muerto,
hasta el punto de que muchos decían:
- ¡Se ha muerto!
Pero Jesús le dio la mano y le levantó, y él se puso en pie.
Cuando Jesús se fue a la casa y estaban solos, Sus discípulos Le preguntaron:
- ¿Por qué no pudimos echarle nosotros?
Esta ralea -les contestó Jesús- no se consigue que salga más que mediante la oración.*

Jesús debe de haber apartado de la gente al padre y al hijo. Pero la multitud, al oír los gritos, se les acercó corriendo, y Jesús tuvo que actuar de prisa. Hubo una lucha final que produjo un agotamiento total, y el muchacho quedó curado.

Cuando ya estaban solos, los discípulos Le preguntaron a Jesús por qué ellos no habían tenido éxito. Sin duda se acordaban de cuando Jesús los envió a predicar y a sanar y a echar demonios (*Marcos 3:14s*). Entonces, ¿por qué habían fracasado esta vez tan vergonzosamente? Jesús les respondió sencillamente diciéndoles que esa clase de cura exigía oración.

Les dijo en efecto: «No vivís suficientemente cerca de Dios.» Habían sido equipados con el poder; pero se necesitaba la oración para mantenerlo.

Aquí tenemos una lección profunda. Puede que Dios nos haya dado un don; pero, a menos que nos mantengamos en estrecho contacto con Él, ese don se nos puede secar y morir. Esto es cierto de cualquier don. Puede que Dios le dé a un

hombre grandes dones naturales como predicador; pero a menos que se mantenga en contacto con Dios, puede que acabe siendo solamente un hombre de palabras, y no un hombre de poder. Puede que Dios le dé a una persona un don para la música y la canción; pero a menos que se mantenga en contacto con Dios, puede que se convierta en un mero profesional que use el don solamente para ganar dinero, lo cual es una cosa bien triste. Esto no es decir que una persona no debe usar un don profesionalmente. Todos tenemos derecho a capitalizar cualquier talento; pero quiere decir que, aun cuando lo esté usando así, debe encontrar en él un gozo, porque lo está usando también para Dios. Se cuenta que la famosa soprano sueca Jenny Lind, antes de todas las representaciones, se ponía en pie sola en el camerino y oraba: < Dios, ayúdame a cantar de veras esta noche.>

A menos que mantengamos este contacto con Dios, perderemos dos cosas importantes.

(i) Perderemos *vitalidad*. Perderemos ese poder vivo, ese algo extra que produce la grandeza. La ejecución se convierte en una representación en vez de una ofrenda a Dios. Lo que debería ser vital, un cuerpo vivo, se convierte, si acaso, en un hermoso cadáver.

(ii) Perderemos *humildad*. Lo que debería usarse para la gloria de Dios se empieza a usar para la propia gloria, y desaparece su virtud. Lo que debería haberse utilizado para presentar a Dios a los demás se usa para presentarnos a nosotros mismos, y desaparece el aliento del encanto.

Aquí tenemos una seria advertencia. Los discípulos habían sido equipados con poder directamente por Jesús, pero ellos no habían alimentado ese poder con oración, y el poder se había desvanecido. Cualesquiera dones que Dios nos haya dado, los perderemos si los usamos para nosotros mismos. Los conservamos cuando los enriquecemos mediante un contacto continuo con el Dios Que nos los dio.

ARROSTRANDO EL FINAL

Marcos 9:30s

Cuando se marcharon de allí, iban pasando por Galilea, y Jesús no quería se supiera dónde estaba, porque Se dedicaba a enseñar a Sus discípulos y a decirles:

-El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres que Le matarán; pero cuando Le hayan matado, después de tres días resucitará.

Pero ellos no entendían lo que les decía; y tenían miedo de preguntarle lo que quería decir.

Esta pasaje marca un hito en el camino. Jesús había salido de las regiones del Norte, donde había estado a salvo, y estaba dando el primer paso hacia Jerusalén y la Cruz. Ahora no quería verse rodeado de multitudes. Sabía muy bien que, a menos que pudiera escribir Su mensaje en los corazones de Sus escogidos, había fallado. Cualquier maestro puede dejar a la posteridad una serie de proposiciones; pero Jesús sabía que eso no era suficiente. Tenía que dejar tras Sí un equipo de personas en las que estuvieran escritas esas proposiciones. Tenía que asegurarse antes de salir de este mundo en cuerpo, que había algunos que entendían, aunque fuera vagamente, lo que Él había venido a decir.

Esta vez, la tragedia de Su advertencia es aún más punzante. Si la comparamos con el pasaje anterior, en el que El predijo Su muerte (*Marcos 8:31*), vemos que aquí añade una frase: «El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres.» Había un traidor en la pequeña compañía, y Jesús lo sabía. Podía ver lo que se estaba fraguando en la mente de Judas. Puede que pudiera verlo mejor que el mismo Judas. Y cuando Él dijo: « El Hijo del Hombre es entregado en manos de hombres,» no estaba anunciando sólo un hecho y haciendo una advertencia, sino que estaba dirigiendo una última llamada al hombre en cuyo corazón se estaba formando el propósito traidor.

Pero todavía los discípulos no comprendían. Lo que no comprendían era el detalle de la Resurrección. Para entonces eran conscientes de la atmósfera de tragedia; pero hasta que llegó el final no captaron la seguridad de la Resurrección. Aquello era una maravilla demasiado grande para ellos; una maravilla que solamente captarían cuando llegara a ser un hecho consumado.

Aunque no entendían, tenían miedo de hacer más preguntas. Era como si supieran tanto que tuvieran miedo de saber más. Puede que una persona reciba el veredicto de su médico; que se dé cuenta de que el sentido general del veredicto es malo, pero no entiende todos los detalles, y tiene miedo de hacer preguntas por la sencilla razón de que tiene miedo de saber más. Los discípulos estaban en ese caso.

Algunas veces nos sorprende que no pudieran captar lo que se les decía tan claro. La mente humana tiene un mecanismo maravilloso de defensa para rechazar lo que no quiere saber. ¿Somos nosotros tan diferentes de ellos? Una y otra vez hemos escuchado el mensaje cristiano. Conocemos la gloria de aceptarlo y la tragedia de rechazarlo; pero muchos están tan lejos como siempre de darle su plena confianza y modelar sus vidas de acuerdo con él. Las personas todavía aceptamos las partes del mensaje cristiano que nos gustan y nos van bien, y nos resistimos a comprender el resto.

LA VERDADERA AMBICIÓN

Marcos 9:32-35

Así es que llegaron a Cafarnaum. Cuando Jesús estaba en la casa, les preguntó a Sus discípulos:

-¿Qué era lo que estabais discutiendo por el camino?

Ellos se quedaron callados, porque en el camino habían estado discutiendo entre sí cuál de ellos era el más importante. Jesús Se sentó y llamó a los Doce y les dijo:

-El que quiera ser el primero, que se ponga el último de todos, y al servicio de todos.

Esto nos muestra claramente lo lejos que estaban los discípulos de comprender el verdadero significado del mesiazgo de Jesús. Les había dicho repetidas veces lo que Le esperaba en Jerusalén, y ellos estaban todavía pensando en Su Reino en términos terrenales, y en sí mismos como los principales ministros del estado. Quebranta el corazón el ver que Jesús iba hacia la Cruz, y Sus discípulos estaban discutiendo cuál de ellos sería el más importante.

Sin embargo, en lo más íntimo de su corazón, se daban cuenta de que no habían hecho bien. Cuando Jesús les preguntó lo que habían estado discutiendo, no se atrevieron a contestarle. Era el silencio de la vergüenza. No tenían defensa. Es curioso cómo una cosa ocupa su lugar y adquiere su verdadero carácter cuando se presenta a los ojos de Jesús. Mientras ellos creían que Jesús no los estaba escuchando y que no los veía, la discusión acerca de cuál de ellos sería el más importante les parecía perfectamente honrada; pero cuando se tenía que plantear en presencia de Jesús, se veía en toda su indignidad.

Si lo tomáramos todo, y lo presentáramos a la vista de Jesús, se producirían los cambios más grandes del mundo. Si preguntáramos acerca de todo lo que hacemos: «¿Podría yo seguir haciendo esto si Jesús me estuviera mirando?» Si preguntáramos de todo lo que decimos: «¿Seguiría yo hablando así si

Jesús me estuviera escuchando?» Habría muchas cosas que estaríamos a salvo de hacer o decir. Y es un hecho para el cristiano que aquí no es cuestión de < si», sino que todas las obras se hacen en Su presencia. ¡Que Dios nos libre de decir las palabras y de hacer las obras que nos daría vergüenza que Él oyera o viera!

Jesús trató este asunto muy en serio. Se nos dice que Se sentó, y llamó a los Doce. Cuando un rabino tenía intención de enseñar como tal a sus discípulos, cuando estaba realmente haciendo un pronunciamiento, se sentaba. Ese es el origen de la expresión latina < ex cátedra.» Jesús adoptó deliberadamente la postura de un rabino que enseñara a sus discípulos con autoridad. Y, entonces les dijo que si buscaban la grandeza en Su Reino tenían que buscarla, no en ser los primeros, sino en ser los últimos; no en ser los amos, sino en ser los siervos de todos. No es que Jesús estuviera aboliendo la ambición. Más bien estaba recreándola y sublimándola. En lugar de la ambición de gobernar, Él puso la ambición de servir; en lugar de la ambición de que nos lo hagan todo puso la ambición de hacer cosas para los demás.

Lejos de ser esto un idealismo irrealizable es el más sano sentido común. Las personas realmente grandes, las que son recordadas por haber hecho una aportación verdaderamente constructiva a la sociedad, son las que se dijeron a sí mismas, no < ¿Cómo puedo yo usar el estado y la sociedad para aumentar mi propio prestigio y mis propias ambiciones personales?»; sino: < ¿Cómo puedo yo usar mis dones y talentos personales para servir a los demás?»

Cuando Lord Curzon murió, Stanley Baldwin le dedicó un noble tributo en el que dijo: «Quiero, antes de sentarme, decir una o dos cosas que no puede decir ningún otro. Un primer ministro ve la naturaleza humana pelada hasta los huesos, y tuve la oportunidad de verle dos veces cuando sufrió grandes desencantos -cuando se me prefirió a él como primer ministro, y cuando tuve que decirle que podía prestar un servicio mayor al país como presidente del Comité de Defensa Imperial que como ministro de Asuntos Exteriores. Cada una de estas ocasiones fue para él un desencanto profundo y amargo; pero nunca ni por un momento mostró con palabras, gestos o reacciones, o por ninguna referencia al tema después, que no estuviera satisfecho. No guardaba rencor, ni siguió ninguna línea de acción distinta de la que yo esperaba de él: la de cumplir con su deber donde se había decidido que podía prestar un mejor servicio.» Aquí tenemos a un hombre cuya grandeza no consistía en el hecho de que hubiera escalado los puestos más altos del estado, sino en el hecho de que siempre estaba dispuesto a servir a su país como fuera. .

La verdadera generosidad de espíritu es rara, y se hace memorable cuando se encuentra. Los griegos contaban la historia de un espartano que se llamaba Pedareto. Había que escoger trescientos hombres para que gobernarán Esparta, y Pedareto era uno de los candidatos. Cuando se dio a conocer la lista de los que habían sido elegidos, su nombre no estaba en ella. < Lo siento -dijo uno de sus amigos-, pero tú no has sido elegido. La gente debiera haber sabido lo bueno que hubieras resultado como ministro del estado.» «Yo me alegro -dijo Pedareto- de que haya en Esparta trescientos hombres que son mejores que yo.» Aquí tenemos a un hombre que llegó a ser una leyenda, porque estaba dispuesto a dejarles a otros el primer lugar sin sucumbir a la envidia o al rencor.

Cualquier problema económico se podría resolver si todos viviéramos para lo que pudiéramos hacer por los demás, y no para lo que pudiéramos sacar para nosotros mismos. Cualquier problema político se podría resolver si la ambición de la gente fuera

solamente la de servir al estado, y no la de encumbrarse por encima de los demás. Las divisiones y las discusiones que rasgan la Iglesia en tiras no ocurrirían en su mayor parte si el único deseo de sus responsables y de sus miembros fuera servir sin prestar atención a la posición que se ocupa. Cuando Jesús habló de la suprema grandeza y valía de una persona cuya ambición fuera ser un servidor, estableció uno de los grandes principios y verdades prácticas del mundo.

AYUDAR AL NECESITADO ES AYUDAR A CRISTO

Marcos 9:36s

*Jesús tomó a un chiquillo y le puso en medio de ellos. Luego le tomó en brazos, y les dijo a Sus discípulos:
-Cualquiera que reciba a un chiquillo como este en Mi nombre, Me recibe a Mí; y cualquiera que Me reciba a Mí,
no Me recibe sólo a allí, sino también al Que Me envió.*

Jesús sigue tratando aquí de la ambición digna y de la ambición indigna.

Tomó a un niño, y le puso en medio. Ahora bien, un niño no ejerce ninguna influencia; un niño no puede hacer prosperar en su carrera a un hombre o elevar su prestigio; un niño no puede darnos cosas. Es al revés: un niño necesita cosas, y que se le hagan cosas. Así que Jesús dice: < Si uno recibe a la gente pobre, corriente, que no tiene influencia ni riqueza ni poder, la gente que necesita que se la ayude, está recibíendome a Mí. Y todavía más: está recibiendo a Dios.» En niño representa a la persona que necesita algo, y a la sociedad de esa persona, y es- la sociedad de la persona que necesita cosas la que debemos buscar y con la que nos debemos asociar.

Aquí hay una seria advertencia. Es corriente cultivar la amistad de los que nos pueden hacer favores, cuya influencia nos puede ser útil. También es igualmente corriente evitar el asociarse con los que nos son una molestia porque necesitan nuestra ayuda. Es corriente el buscar el favor de , la gente influyente e importante, y despreciar a la gente sencilla, humilde y corriente. Es comente buscar la relación con alguna persona distinguida, y que nos tenga en cuenta, y evitar al pariente pobre. En efecto: Jesús dice aquí que deberíamos buscar, no a los que nos pueden hacer favores, sino a los que se los podemos hacer nosotros; porque de esta manera nos estamos relacionando con Él. Esta es otra manera de decir: < Como os portasteis con uno de mis hermanos pequeñitos, os portasteis conmigo» (Mateo 25:40).

UNA LECCIÓN DE TOLERANCIA

Marcos 9:38-40

Juan Le dijo a Jesús:

Maestro, hemos visto a uno que estaba echando demonios usando Tu nombre, e hicimos lo posible por impedirselo, porque no pertenece a nuestra compañía.

No debisteis impedirselo -dijo Jesús-. No hay nadie que pueda realizar una obra importante por la fuerza de Mi nombre que pueda hablar con ligereza mal de Mí. El que no está contra nosotros está a favor de nosotros.

Como hemos visto una y otra vez, en los tiempos de Jesús todo el mundo creía en los demonios. Se creía que tanto la enfermedad mental como la física eran causadas por la influencia maligna de los espíritus malos. Ahora bien: había una manera muy corriente de exorcizarlos. Si uno podía llegar a saber el nombre de un espíritu todavía más fuerte, y le mandaba al demonio en ese nombre que saliera de -la persona, se suponía que el demonio era impotente contra el poder del nombre más poderoso. Esta es la clase de escena que se nos presenta aquí. Juan había visto a uno que usaba el nombre todopoderoso de Jesús para derrotar a los demonios, y había tratado de impedirselo, porque no pertenecía al grupo íntimo de los discípulos. Pero Jesús declaró que nadie podía realizar una acción benéfica de poder en Su nombre y ser Su enemigo. Entonces Jesús estableció el gran principio de que «el que no está en contra de nosotros está a favor de nosotros.»

Aquí tenemos una lección de tolerancia, y es una lección que casi todos nosotros tenemos que aprender.

(i) Cada cual tiene derecho a tener sus propias ideas, a pensarse las cosas por sí y a fondo hasta llegar a sus propias conclusiones y creencias. Y ese es un derecho que debemos respetar. Algunas veces estamos demasiado dispuestos a condenar lo que no entendemos. William Penn, el emigrante ortodoxo de dio su nombre a Pensilvania, dijo una vez: «Tampoco desprecies ni te opongas a lo que no entiendes.» Kingsley Williams, en *El Nuevo Testamento en inglés corriente*, traduce la frase de *Judas 10* así: «Los que hablan en contra de todo lo que no entienden.»

Hay dos cosas que debemos recordar.

(a) Hay muchas más que una sola manera de llegar a Dios. «Dios -como decía Tennyson- Se hace real de muchas maneras.» Y Cervantes dijo en algún sitio: «Dios conduce a los Suyos al Cielo por muchos caminos.» El mundo es redondo, y dos personas pueden llegar al mismo sitio siguiendo diferentes direcciones, y hasta sentidos opuestos. Todas las carreteras, si las recorremos lo suficiente, conducen a Dios. Es algo terrible el que alguno o alguna iglesia creen que tienen el monopolio de la salvación.

(b) Es necesario recordar que la verdad siempre es mayor que la persona que la capta o proclama. No hay nadie que pueda aprehender toda la verdad. El fundamento de la tolerancia no es la perezosa aceptación de todo lo que sea. No es el sentimiento de que no podemos estar seguros de nada. El fundamento básico de la tolerancia es sencillamente el reconocimiento de la magnitud del orbe de la verdad. John Morley escribió: « La tolerancia quiere decir el respeto a todas las posibilidades de la verdad; el reconocimiento de que mora en diversas mansiones, se viste de muchos colores y habla distintas lenguas. Quiere decir respeto a la libertad de la conciencia interior frente a las formas mecánicas, los convencionalismos oficiales y la fuerza social. Quiere decir la caridad que es mayor que la fe y la esperanza.» La intolerancia es señal tanto de arrogancia como de ignorancia, porque es señal de que se cree que no hay más verdad que la que uno abarca.

(ii) No solamente debemos conceder a todas las personas el derecho de pensar; también debemos concederles el derecho a expresarse. De todos los derechos democráticos, el más querido es la libertad de palabra. Ha de haber ciertos límites, por supuesto. Si uno está tratando de inculcar doctrinas calculadas para destruir la moralidad y destruir los cimientos de toda sociedad civilizada, hay que oponerse; pero la manera de oponerse no puede ser tratar de eliminarle por la fuerza, sino de demostrar que está equivocado. Una vez Voltaire estableció la concepción de la libertad de palabra en una sentencia emblemática: «Odio lo que dices -dijo-, pero daría la vida por defender tu derecho a decirlo.»

(iii) Debemos tener presente que cualquier doctrina o creencia se juzga a fin de cuentas por la clase de personas que produce. El doctor Chalmers lo expresó una vez concisamente: «¿A quién le importa lo más mínimo una iglesia si no es como instrumento de la bondad cristiana?» La cuestión tiene que ser siempre a fin de cuentas, no «¿Cómo se gobierna una iglesia?» sino: «¿Qué clase de personas produce?»

Hay una vieja fábula oriental, de un hombre que tenía un anillo mágico con un ópalo maravilloso, que hacía que el que lo llevaba puesto adquiriera un carácter tan dulce y sincero que todo el mundo le amaba. El anillo siempre se pasaba de padre a hijo, y siempre funcionaba. Con el paso del tiempo llegó a un padre que tenía tres hijos a los que amaba con un amor igual. ¿Qué podría hacer cuando llegara el momento de darle a uno solo el anillo? El padre hizo otros dos anillos exactamente iguales que el mágico de forma que nadie pudiera notar la diferencia. En su lecho de muerte llamó a cada uno de sus hijos, le dirigió unas palabras de amor y le entregó un anillo sin que los otros lo supieran. Cuando los tres hijos descubrieron que cada uno tenía un anillo surgió entre ellos una gran disputa en cuanto a cuál era el auténtico que podía hacer tanto por su dueño. Llevaron el caso a un juez sabio, que examinó los anillos y dijo: « No puedo decir cuál es el anillo mágico; pero vosotros mismos lo podéis comprobar.» «¿Nosotros?»

-preguntaron los tres, sorprendidos. < Sí -dijo el juez-, porque, si el anillo verdadero produce un carácter dulce al hombre que lo lleva puesto, entonces yo y toda la gente de la ciudad sabremos quién es el que posee el verdadero anillo por la bondad de su vida. Así que, marchaos cada uno a lo vuestro, y sed amables, sinceros, valientes, justos en vuestro trato, y el que viva así será el propietario del anillo verdadero.»

Aquí terminaba probablemente el cuento oriental; pero yo lo concluiría diciendo que los tres fueron tan igualmente sinceros y honrados y nobles que nadie supo nunca cuál era el que tenía el anillo original.

Nadie puede condenar creencias que le hacen a uno una buena persona. Si tenemos esto presente, seremos menos intolerantes.

(iv) Puede que odiemos las creencias de una persona, pero no debemos nunca odiar a la persona. Puede que quisiéramos eliminar lo que enseña, pero no debemos nunca querer eliminar al que lo enseña.

El trazó un círculo que me dejaba fuera y se puso a llamarme: < ¡Malvado, hereje, infiel!> Pero el amor y yo tuvimos la habilidad de ganar y trazamos un círculo que le incluyó a él.

RECOMPENSAS Y CASTIGOS

El que os dé un vaso de agua sobre la base de que pertenecéis a Cristo, os aseguro que no se quedará sin su recompensa. Y el que le ponga un tropezco en el camino a uno de estos pequeñitos que creen en Mí, mejor le fuera que le colgaran al cuello una gran piedra de molino y le arrojaran al mar.

La enseñanza de este pasaje es sencilla e indiscutible y saludable.

(i) Declara que cualquier amabilidad que se tenga, cualquier ayuda que se otorgue a los que son de Cristo no quedará sin su recompensa. La razón de ayudar es que la persona necesitada pertenece a Jesús. Cualquier persona en necesidad tiene un derecho a nuestra atención, porque Le es querida a Cristo. Si Jesús estuviera todavía aquí corporalmente, ayudaría a esa persona de la manera más práctica, y ahora nos ha transferido a nosotros el deber de ayudarla. Nótese lo simple que es la ayuda. Lo que se da es un vaso de agua fresca. No se nos pide que hagamos grandes cosas por los demás, cosas que estén más allá de nuestras posibilidades. Se nos dice que demos las cosas sencillas que puede dar cualquiera.

Una misionera cuenta una historia preciosa. Le había contado a una clase de alumnos de primaria en África esto del vaso de agua fría en nombre de Jesús. Estaba la misionera sentada en su terraza, y vio que llegaba a la aldea una compañía de cargueros nativos con unos bultos muy pesados. Estaban cansados y sedientos, y se sentaron a descansar un poco. Eran de otra tribu, y si le hubieran pedido a los nativos corrientes no cristianos que les dieran agua les habrían contestado que se fueran a buscarla por sí mismos, porque existe una barrera entre las tribus. Pero mientras los hombres estaban sentados allí, cansados, la misionera vio salir de la escuela una fila de chiquillas africanas diminutas, llevando en sus cabecitas cántaros de agua. Tímida y vergonzosamente se fueron acercando a los cansados cargueros, se arrodillaron y les ofrecieron sus cantarillos de agua. Sin poder casi reponerse de la sorpresa, los cargueros tomaron los cántaros, y bebieron, y se los devolvieron, y las chiquillas echaron a correr hacia la misionera. «¡Les hemos dado a los hombres sedientos agua fresca -dijeron nombre de Jesús!» Habían tomado y cumplido la historia y la obligación literalmente.

¡Ojalá lo hiciéramos más! Es un gesto de simple amabilidad lo que se necesita. Como dijo Mahoma hace mucho: « El dirigir a un viandante perdido al buen camino, el dar al sediento un trago de agua, el sonreír al hermano -eso también es caridad.»

(ii) Pero lo opuesto también es cierto. Ayudar es ganar una recompensa eterna. El ser la causa de que tropiece un hermano débil es ganarse un castigo eterno. El pasaje es serio a propósito. La piedra de molino que se menciona es una piedra muy grande. Había dos clases de molinos en Palestina. Estaba el molino de mano, que usaban las mujeres en la casa; y estaba el molino cuya piedra era tan grande que requería un asno para hacerla dar vueltas.

La piedra de molino que se menciona aquí es literalmente una piedra de molino de asno. El que le tiraran a uno al mar con una piedra así al cuello era no tener la más mínima esperanza de salir con vida. Este era de hecho un castigo y una forma de ejecución tanto en Roma como en Palestina. Josefo nos cuenta que, cuando algunos galileos tuvieron éxito en una revuelta < apresaron a los que eran del partido de Herodes, y los ahogaron en el mar. » El historiador romano Suetonio nos cuenta que Augusto, < porque el tutor y los que estaban al servicio de su hijo Gayo se aprovecharon de la enfermedad de su amo para cometer actos de arrogancia y codicia en la provincia, los mandó tirar al río con grandes pesos alrededor del cuello. »

Pecar es terrible; pero inducir a otro a pecar es infinitamente peor. O'Henry tiene una historia en la que nos cuenta que una chiquilla había perdido a su madre, y su padre solía llegar a casa del trabajo, y sentarse, y quitarse la chaqueta, y abrir el periódico, y encender la pipa, y poner los pies en la repisa de la chimenea. La chiquilla entraba, y le pedía que jugara con ella un poquito, porque estaba solita. El le decía que estaba cansado, que le dejara en paz, que se fuera a jugar a la calle. Ella se iba a jugar a la calle, y así se acostumbró a estar en la calle. Pasaron los años, y murió. Su alma llegó al Cielo. Pedro la vio, y Le dijo a Jesús: «Maestro, aquí hay una chica que ha sido mala. Supongo que la mandaremos derechita al infierno.» « No -dijo Jesús tiernamente-, que entre, déjala entrar. -Y

entonces se Le puso la mirada seria-: Pero buscad a un hombre que se negaba a jugar con su chiquilla y la mandaba a la calle, y mandadle a él al infierno.» Dios no es duro con el pecador, pero sí es severo con la persona que hace más fácil para otros el pecar, y cuya conducta, ya sea aposta o sin querer, pone un tropezco en el camino de un hermano más débil.

LA META QUE VALE CUALQUIER PENA

Marcos 9:43-48

-Si tu propia mano te supone un tropezco, córtatela; más cuenta te tiene entrar en la vida manco, que irte con las dos manos al infierno, al fuego que nunca se puede apagar. Y si tu pie te es un tropezco, córtatelo; porque te trae más cuenta entrar cojo en la vida, que que te arrojen ala gehena con los dos pies. Y si tu ojo te resulta un tropezco, sácatelo de ti; porque te trae más cuenta entrar en el Reino de Dios con un solo ojo que ser arrojado con los dos ojos a la gehena, donde sus gusanos no mueren, ni su fuego se apaga nunca.

Este pasaje establece gráficamente a la manera característica del Oriente la verdad fundamental de que hay una meta en la vida por la que hay que sacrificar cualquier cosa. En las cuestiones naturales puede que una persona tenga que sacrificar un

miembro o una parte del cuerpo para conservar la vida. La amputación de un miembro o la escisión quirúrgica de alguna parte del cuerpo es a veces la única manera de conservar la vida. En la vida espiritual puede suceder la misma clase de cosa.

Los rabinos judíos tenían dichos basados en la manera en que las distintas partes del cuerpo se pueden prestar al pecado. «Los ojos y el corazón son los dos agentes del pecado.» «El ojo y el corazón son las dos criadas del pecado.» «Las pasiones

moran solamente en aquel que ve.» < ¡Ay de aquel que va donde le llevan sus ojos, porque los ojos son adúlteros!> Hay ciertos instintos humanos y ciertas partes de la constitución física de la persona que sirven al pecado. Este dicho de Jesús no ha de tomarse literalmente, pero es una manera gráfica oriental de decir que hay una meta en la vida a la que vale la pena sacrificarlo todo.

En este pasaje se hacen repetidas referencias a la *guéenna*. En el Nuevo Testamento se habla de la *guéenna* en Mateo 5:22, 29, 30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Lucas 12:5; Santiago 3: 6. Esta palabra se traduce generalmente por *infierno*. Es una palabra con historia. Deriva del hebreo de Antiguo Testamento, donde aparece como *gué-hinnom*, que quiere decir el valle de Hinnom, que era un torrente en las afueras de Jerusalén. Había tenido un pasado deplorable.

Fue el valle en el que Acáz, en la antigüedad, había instituido el culto del fuego y los sacrificios de niños en el fuego. «Quemó también incienso en el valle de los hijos de Hinom, e hizo pasar a sus hijos por fuego conforme a las abominaciones de las naciones que el SENOR había arrojado de delante de los israelitas» (2 Crónicas 28:3). Manasés siguió este terrible culto pagano (2 Crónicas 33:6). El valle de Hinnom, por tanto, fue la escena de una de las más terribles recaídas de Israel en las costumbres paganas. En sus reformas, Josías lo declaró lugar inmundo. «Asimismo profanó el Tofet, que está en el valle de los hijos de Hinom, para que ninguno pasara a su hijo o a su hija por fuego como una ofrenda a Moloc» (2 Reyes 23:10).

Cuando el valle se declaró inmundo y se profanó, se dedicó a basurero e incinerador de basuras de Jerusalén. En consecuencia, se convirtió en un lugar inmundo y asqueroso, en el que unos gusanos repulsivos se criaban en la basura, y que estaba siempre ardiendo y echando humo como un gran incinerador. La frase concreta acerca del gusano que nunca muere y del fuego que nunca se apaga viene de una descripción del destino de los enemigos de Israel en Isaías 66:24.

A causa de todo esto, la *guéenna* (en español *gehena*, D.R.A.E.) se había convertido en una especie de figura o símbolo del infierno, el lugar donde las almas de los malvados serían torturadas y destruidas. Así se usa en el *Talmud*: «El pecador que se resiste a las palabras de la Ley acabará por heredar la Guéenna.» Así que *guéenna* representa el lugar del castigo, y la palabra sugeriría a las mentes de todos los israelitas las ideas más tenebrosas y terribles.

Pero, ¿cuál era la meta por la que valía la pena sacrificarlo todo? Se describe de dos maneras. Dos veces se la llama *la vida*, y una vez *el Reino de Dios*. ¿Cómo podemos definir *el Reino de Dios*? Podemos encontrar nuestra definición en la Oración Dominical. En esa oración encontramos dos peticiones en paralelo. «Venga Tu Reino. Hágase Tu voluntad en la Tierra como en el Cielo.» El recurso literario más característico del estilo hebreo es *el paralelismo*. En él se colocan dos frases juntas, la segunda de las cuales, o repite lo de la otra o lo amplía, explica y desarrolla. Cualquier versículo de los salmos puede servirnos de ejemplo. Así pues, podemos considerar que en la Oración Dominical una petición es la explicación y ampliación de la otra. Cuando las colocamos juntas obtenemos la definición de que « el Reino del Cielo es una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo.» De ahí podemos pasar a decir sencillamente que el hacer perfectamente la voluntad de Dios es ser ciudadanos del Reino del Cielo. Y si lo tomamos así y lo aplicamos al pasaje que estamos estudiando ahora, querrá decir que *vale la pena cualquier sacrificio y cualquier disciplina y cualquier autonegación el hacer la voluntad de Dios*. Y solamente haciendo esa voluntad se posee la vida verdadera y una paz definitiva y que satisface plenamente.

Orígenes tomaba esto simbólicamente. Decía que puede que sea necesario cortar algún hereje o alguna mala persona de la comunión de la Iglesia a fin de mantener la pureza del Cuerpo de Cristo. Pero este dicho ha de aplicarse personalmente. Quiere decir que puede que sea necesario cortar algún hábito,

abandonar algún placer, renunciar a alguna amistad, cortar y excluir alguna cosa que nos ha llegado a ser muy querida, a fin de ser totalmente obedientes a la voluntad de Dios. Esta no es una cuestión que ninguno puede tratar de aplicarle a otro. Es solamente un asunto de la competencia individual de cada persona; y quiere decir que si hay algo en nuestra vida que está interponiéndose entre nosotros y la perfecta obediencia a la voluntad de Dios, aunque haya llegado a ser parte de nuestra vida por hábito o costumbre, debe ser desarraigada. El desarraigo puede que sea tan doloroso como una operación quirúrgica, puede parecerse a cortar una parte de nuestro propio cuerpo, pero si hemos de conocer *la vida* real, la verdadera felicidad y la verdadera paz, hay que renunciar a aquello. Esto puede que suene serio y sombrío, pero en realidad consiste simplemente en enfrentarnos con los hechos de la vida.

LA SAL DE LA VIDA CRISTIANA

- Cada uno ha de ser salado con fuego.
- La sal es buena; pero, si pierde su sabor, ¿cómo se le devolverá?
- Tened la sal necesaria en vuestra vida para vivir en paz unos con otros.

Estos tres versículos se encuentran entre los más difíciles del Nuevo Testamento. Los comentaristas aportan docenas de interpretaciones diferentes. La interpretación resultará más fácil si recordamos algo que ya hemos tenido oportunidad de advertir. Jesús dejaba caer a menudo dichos agudos que se grababan en la memoria de los oyentes de una manera indeleble. Pero a menudo, aunque se recordaban los dichos, no se recordaba la ocasión en que se dijeron. El resultado es que tenemos a menudo una serie de dichos aislados de Jesús que

se **han puesto juntos porque así quedaron en la memoria del autor.**

Aquí tenemos un ejemplo de eso. No descubriremos el sentido de estos dos versículos a menos que reconozcamos que aquí tenemos *tres dichos de Jesús totalmente independientes*, que no tienen ninguna relación entre sí. El compilador los agrupó en este orden porque todos contienen la palabra *sal*. Son una pequeña colección de dichos de Jesús en los que se menciona *la sal* de diversas maneras como metáfora o ejemplo. Es decir, que no debemos tratar de encontrar ninguna relación remota entre estos dichos; debemos tomarlos independientemente, e interpretar cada uno por sí.

(i) Cada uno debe ser salado con fuego. Según el Antiguo Testamento, había que echar sal a todos los sacrificios antes de ofrecerlos a Dios en el altar (*Levítico 2:13*). La sal de los sacrificios se llamaba *la sal del pacto* (*Números 18:19; 2 Crónicas 13: 5*). Era la adición de aquella sal lo que hacía el sacrificio aceptable a Dios, y la ley del pacto la establecía como necesaria. Este dicho de Jesús querrá decir entonces: < Antes de que una vida cristiana llegue a ser aceptable a Dios debe ser tratada con fuego de la misma manera que se sazona cualquier sacrificio con sal.> El fuego es la sal que hace la vida aceptable a Dios.

¿Qué quiere decir esto? En el lenguaje corriente del Nuevo Testamento el fuego se relaciona con dos cosas.

(a) Se relaciona con *la purificación*. Es el fuego lo que purifica los metales bajos de ley; se les separan las aleaciones, y se deja el metal puro. Así que el fuego querrá decir cualquier cosa que purifica la vida: la disciplina, por la que una persona conquista su pecado; las experiencias de la vida, que purifican y fortalecen los nervios del alma. En este caso, esto querrá decir: «La vida que es aceptable a Dios es la que ha sido limpiada y purificada mediante la disciplina de la obediencia y de la aceptación de la dirección de Dios.»

(b) El fuego se relaciona con *la destrucción*. En este caso, este dicho tendría que ver con *la persecución*. Querrá decir que

la vida que ha sufrido las pruebas y los peligros de la persecución es la que es aceptable a Dios. El que se ha enfrentado voluntariamente con el peligro de la destrucción de sus bienes y aun de su propia vida a causa de su lealtad a Jesucristo es el que Dios quiere.

Podríamos tomar este primer dicho de Jesús en el sentido de que la vida que se purifica mediante la disciplina, y que se ha enfrentado con el peligro de la persecución a causa de su lealtad es el sacrificio que es precioso para Dios.

(ii) La sal es buena; pero, si pierde su sabor, ¿cómo se le devolverá? Este es un dicho todavía más difícil de interpretar. No diríamos que no haya otras interpretaciones posibles, pero la que proponemos es la siguiente. La sal tiene dos virtudes características. La primera es que presta *sabor* a las cosas. Un huevo sin sal es una cosa insípida. Cualquiera sabe lo desagradables que son muchos platos cuando no se les ha echado la sal necesaria. Segundo, la sal fue el primero de todos los *conservantes*. Para evitar que una cosa se eche a perder, se le pone sal. Los griegos solían decir que la sal actuaba como una nueva alma en un cuerpo muerto. La carne muerta se echa a perder; pero sazonada con sal conserva su frescura. La sal parece que le infunde una especie de vida. La sal defiende de la corrupción.

Ahora bien, el cristiano es enviado a una sociedad pagana para hacer algo por ella. La sociedad pagana tenía dos características. La primera, estaba aburrida y hastiada. Los mismos lujos y excesos del mundo antiguo eran una prueba de que en su agotamiento aburrido estaba buscando alguna emoción auténtica en una vida de la que habían desaparecido todas las emociones. A ese mundo aburrido y agotado vino el Cristianismo, y la tarea del cristiano era impartir un nuevo sabor y un nuevo encanto a la sociedad, como hace la sal cuando se usa con los alimentos.

Segundo, ese mundo antiguo estaba corrompido. Nadie lo sabía mejor que los mismos antiguos. Juvenal comparaba a Roma con una atarjea asquerosa. La pureza había desaparecido, y la castidad era desconocida. A aquel mundo corrompido llegó el Cristianismo, y la tarea del cristiano era aportar un antiséptico al veneno de la vida, una influencia limpiadora a toda esa corrupción. Exactamente lo mismo que la sal derrota la corrupción que ataca inevitablemente la carne muerta, así había de atacar el Cristianismo la corrupción del mundo.

Así que en este dicho Jesús le está presentando un desafío al cristiano. «El mundo -le decía- necesita el sabor y la pureza que solamente el cristiano puede aportar. Y si el mismo cristiano ha perdido el encanto y la pureza de la vida cristiana, ¿de dónde

podrá sacar el mundo estas cosas?> A menos que el cristiano, por el poder de Cristo, derrote la fatiga y la corrupción del mundo, estas florecerán sin reservas.

(iii) Haya sal en vuestra vida para vivir en paz unos con otros. Aquí debemos tomar *la sal* en el sentido de *pureza*. Los antiguos declaraban que no había nada en el mundo más puro que la sal, porque esta procedía de las dos cosas más puras: el sol y el mar. La misma blancura resplandeciente de la sal era una señal de pureza. Así es que esto querría decir: «Haya en vuestra vida la influencia purificadora del Espíritu de Cristo; sed purificados del egoísmo y de la codicia, de la amargura y de la ira y del rencor; sed limpiados de la irritabilidad y del mal genio y del egocentrismo, y entonces, y solamente entonces, podréis vivir en paz con vuestros semejantes.» En otras palabras, Jesús está diciendo que es solamente la persona que ha sido limpiada del egoísmo y está llena de Cristo la que puede vivir en verdadera comunión con los demás.

EN LA ENFERMEDAD Y EN LA SALUD

Marcos 10:1-12

Al salir de allí, Jesús llegó a las montañas de Judea y al distrito de Transjordania, y las multitudes volvieron otra vez a reunirse con Él. Como era Su costumbre, Jesús

Se puso a enseñarles otra vez. Algunos fariseos se dirigieron a Él y Le preguntaron si le estaba permitido legalmente a uno divorciarse de su mujer. Se lo preguntaban para tentarle. Jesús les preguntó a Su vez:

- ¿Qué mandamiento os dejó Moisés?

Moisés permitía al hombre divorciarse con sólo escribir un documento de divorcio Le contestaron.

- Fue para salir al paso de vuestra dureza de corazón por lo que él os escribió ese mandamiento -les contestó Jesús-. En el principio de la Creación, Dios hizo al varón y a la hembra. Esta es la razón de que un hombre deje a su padre y a su madre y se una a su mujer, y los dos formen una nueva personalidad. Así que dejan de ser dos, y llegan a ser uno solo. Pues lo que Dios ha unido, que nadie lo separe.

Cuando estaban en la casa, los discípulos Le preguntaron a Jesús otra vez acerca de esto; y Él les dijo:

El que se divorcie de su mujer y se case con otra, comete adulterio contra la primera. Y la que se divorcie de su marido y se case con otro hombre, comete adulterio.

Jesús iba prosiguiendo Su camino hacia el Sur. Había dejado atrás Galilea y entrado en Judea. Todavía no había entrado en Jerusalén; pero paso a paso y etapa a etapa Se estaba aproximando al desenlace.

Ciertos fariseos vinieron con una pregunta acerca del divorcio con la que esperaban ponerle a prueba. Puede que hubiera más de un motivo detrás de su pregunta. El divorcio era una cuestión candente, un tópico de las discusiones rabínicas, y bien puede ser que quisieran saber honradamente la opinión de Jesús sobre este tema. Puede que quisieran comprobar Su ortodoxia. Puede que Jesús hubiera dicho ya algo sobre el tema. *Mateo 5: 31 s* nos muestra a Jesús hablando acerca del matrimonio y el segundo matrimonio, y puede ser que estos fariseos tuvieran la esperanza de que Jesús Se contradijera, y enredarle en Sus propias palabras. Puede ser que supieran lo que Él respondería, y quisieran involucrarle en enemistad con Herodes, que de hecho se había divorciado de su mujer y casado con otra. Bien puede ser que quisieran oír a Jesús contradecir la Ley de Moisés, como hizo en realidad, y por ello formular una acusación de herejía contra Él. Una cosa es cierta: la pregunta que Le hicieron a Jesús no era una pregunta meramente académica y del interés exclusivo de las escuelas rabínicas; era una pregunta que se refería a uno de los temas más acuciantes del momento.

En teoría, no había ideal más alto del matrimonio que el judío. La castidad se reconocía como la más grande de todas las virtudes. < Encontramos que Dios es paciente con todos los pecados excepto con el de la falta de castidad. > < La falta de castidad hace que se ausente la gloria de Dios. > «Cualquier judío debe sacrificar su vida antes que cometer idolatría, asesinato o adulterio.» «El mismo altar vierte lágrimas cuando un hombre se divorcia de la esposa de su juventud.» El ideal se reconocía, pero la práctica estaba muy lejos de él.

El hecho básico que viciaba toda esta problemática era que para la ley judía la mujer era simplemente una cosa. No tenía derechos legales, y estaba totalmente a disposición del marido, que era el cabeza de familia. El resultado era que un hombre podía divorciar a su mujer casi por cualquier causa, mientras que había muy pocos motivos por los que una mujer pudiera divorciarse. (Nótese que al tratar este tema tenemos que usar el verbo *divorciar* como transitivo: el sujeto era el hombre, y la mujer el objeto). En el mejor de los casos, lo único que podía hacer era pedirle a su marido que la divorciara. «Una mujer puede ser divorciada con o sin su consentimiento; pero un hombre, solamente con su consentimiento.» Las

únicas razones por las que una mujer podía solicitar el divorcio eran: si su marido contraía la lepra; si se dedicaba a un trabajo repugnante, como el de curtidor; si violaba a una virgen, o si la acusaba falsamente de pecado prenupcial.

La ley judía del divorcio se remonta a *Deuteronomio 24:1*. Dice lo siguiente: «Cuando alguien toma mujer y se casa con

ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, que le escriba carta de divorcio, se la entregue en mano y la despida de su casa.»

En un principio el documento de divorcio era muy sencillo. Decía algo así: < Sea esto por mi parte tu escritura de divorcio y carta de despido y documento de liberación para que. te puedas casar con quien quieras.» En tiempos posteriores el

documento llegó a ser más elaborado: < El día , de la semana, del mes, año del mundo, según el cálculo al

uso en el pueblo de , situado junto al río , yo, A. B.,

hijo de C. D., y conocido como , presente este día :

natural del pueblo de , actuando por libre voluntad y sin coacción, te repudio, devuelvo y divorcio a ti E. F., hija de G.

H., conocida por , que has sido hasta el presente mi mujer.

Te despido ahora E. F., hija de G. H., para que seas libre y

puedas a tu gusto casarte con quien quieras sin que nadie te

lo impida. Esta es mi carta de divorcio como acta de repudio,

certificado de separación, conforme a la Ley de Moisés y de

Israel.» En los tiempos del Nuevo Testamento. se requería un

rabino cualificado para redactar este documento. Posteriormente

era aprobado por un tribunal de tres rabinos, y luego se

archivaba en el Sanedrín. Pero el proceso de divorcio seguía

siendo en general sumamente fácil, y a discreción exclusiva

mente del marido.

El verdadero escollo de la cuestión era la interpretación de la ley de *Deuteronomio 24:1*. Allí se establece que un hombre puede divorciar a su mujer si encuentra en ella *alguna cosa indecente*. ¿Cómo se debía interpretar esa frase? Sobre este asunto había dos escuelas de pensamiento.

Estaba la escuela de Shammai, que interpretaba el asunto con el máximo rigor: «alguna cosa indecente» se refería al adulterio sola y exclusivamente. Aunque la mujer fuera tan mala como Jezabel, a menos que fuera culpable de adulterio no se la podía divorciar.

La otra escuela era la de Hillel, que interpretaba la frase conflictiva tan ampliamente como se pudiera imaginar. Decían los de esta escuela que podía querer decir si la mujer le estropeaba la comida, si hablaba en la calle, si hablaba con un extraño, si hablaba irrespetuosamente de los parientes de su marido en su presencia, si era pendenciera (lo que se definía como que se la oyerá en la casa de al lado). Rabí Aqiba llegaba aún más lejos al decir que quería decir que un hombre podía divorciar a su mujer si encontraba otra que le pareciera más bonita que ella.

Teniendo en cuenta cómo es la naturaleza humana, está claro que fue la interpretación más laxa la que prevaleció. En consecuencia, que se llegara al divorcio por las razones más triviales o sin razón alguna era trágicamente común. A tal punto habían llegado las cosas en tiempos de Jesús que las mujeres se resistían a casarse en vista de lo inseguro que era el matrimonio. Cuando Jesús dijo esto, Se estaba pronunciando sobre un asunto que era un tema candente, y estaba rompiendo una lanza a favor de las mujeres y tratando de restaurar el matrimonio a la posición que debería tener.

Se han de notar ciertas cosas. Jesús citó la Ley mosaica, pero dijo que Moisés había concedido aquello solamente < para salir al paso de la dureza de vuestros corazones. » Eso podía querer decir una de dos cosas. Podía querer decir que Moisés lo estableció porque era lo mejor que se podía esperar de aquellos para los que estaba legislando. O puede que quiera decir que Moisés lo estableció con la intención de tratar de controlar una situación que, aun entonces, se estaba degenerando; que de hecho no se trataba de una concesión al divorcio, sino un intento de controlarlo, de reducirlo a alguna especie de ley y hacerlo un poco más difícil.

En cualquier caso, Jesús dejó bien claro que Él consideraba que *Deuteronomio 24:1* se había establecido para una situación determinada, y que no se aplicaba con un carácter permanentemente vinculante. Las autoridades que Jesús citó se remontaban a mucho más atrás que Moisés. Como Su autoridad se remontó a la historia de la Creación, y citó *Génesis 1:27* y *2:24*. Su punto de vista era que, según la misma naturaleza, el

matrimonio era una unión permanente de carácter indisoluble de dos personas, de tal manera que el vínculo no se podía romper nunca por leyes o disposiciones humanas. Estaba convencido de que, en la misma constitución del universo, el matrimonio estaba destinado a ser una unión absoluta y permanente, y ninguna disposición mosaica que tratara de una situación temporal podría alterarlo.

La dificultad está en el relato paralelo de *Mateo*, en el que hay una diferencia. En *Marcos*, la prohibición de Jesús del divorcio y del casarse de nuevo es absoluta, mientras que en *Mateo* 19:3-9, Jesús aparece prohibiendo absolutamente el matrimonio posterior, pero permitiendo el divorcio sobre la única base del adulterio. Casi podemos asegurar de que la versión de *Mateo* es correcta, y así se implica en *Marcos*. Era la ley judía que el adulterio disolvía obligatoriamente cualquier matrimonio. Y lo cierto es que la infidelidad disuelve de hecho el vínculo del matrimonio. Una vez que se ha cometido el adulterio, la unidad se ha roto en cualquier caso, y el divorcio no hace más que confirmar el hecho.

La verdadera esencia del pasaje es que Jesús insistió en que la inmoralidad sexual de su tiempo tenía que corregirse. Había que recordar a los que buscaban el matrimonio solamente por el placer que el matrimonio también es responsabilidad. A los que consideraban el matrimonio simplemente como un medio de gratificar sus pasiones físicas había que recordarles que era también una unidad espiritual. Jesús estaba levantando una defensa en torno al hogar.

DE LOS TALES ES EL REINO DEL CIELO

Marcos 10:13-16

Le trajeron chiquillos a Jesús para que los tocara. Pero los discípulos les echaron la bronca. Cuando vio Jesús lo que estaban haciendo, Se molestó mucho y les dijo:

- ¡Dejad que vengan a Mí los chiquillos y no tratéis de impedirselo!, porque de los tales es el Reino de Dios. Os digo la pura verdad: el que no reciba el Reino de Dios como un chiquillo, no entrará en él.

Y los tomaba en brazos, y los bendecía poniendo Sus manos sobre ellos.

Era natural que las madres judías quisieran que un gran rabino distinguido bendijera a sus hijos. Especialmente traían a sus hijos a una persona así en su primer cumpleaños. Así fue como Le trajeron a Jesús a los niños aquel día.

Entenderemos más plenamente la conmovedora belleza de este pasaje si recordamos cuándo sucedió. Jesús iba de camino a la Cruz -y lo sabía. Su sombra cruel puede que no se apartara nunca de Su mente. Fue en un momento así cuando tuvo tiempo para los niños. Aun con tal tensión en Su mente, estuvo dispuesto a tomarlos en Sus brazos, y sonreírles de corazón, y puede que hasta jugar con ellos.

Los discípulos no eran unos antipáticos ni unos amargados. Sencillamente querían proteger a Jesús. No comprendían del todo lo que estaba pasando, pero presentían claramente la tragedia que los esperaba, y podían percibir la tensión que embargaba a Jesús. No querían que se Le molestara. No podían figurarse que Él pudiera querer tener niños a Su alrededor en tal ocasión; pero Jesús les dijo: «¡Dejad que vengan a Mí los chiquillos y no tratéis de impedirselo!»

Incidentalmente, esto nos dice un montón acerca de Jesús. Nos dice que era la clase de Persona a la Que Le importan los niños, y Que importa a los niños. No puede haber sido una persona sombría y desagradable. Tiene que haber habido una amable luminosidad en Él. Tiene que haberle resultado fácil sonreír y reír de alegría. George Macdonald dice en algún sitio que no cree en el Cristianismo de una persona a cuya puerta no hay nunca niños jugando. Este breve, precioso incidente arroja un torrente de luz sobre la clase de Persona humana Que era Jesús.

< De los tales -dijo Jesús- es el Reino de Dios.> ¿Qué hay en un niño que a Jesús le gustara y que valorara tanto?

(i) Está la *humildad* del niño. Hay niños exhibicionistas, pero son raros, y casi siempre son el producto del trato equivocado de los adultos. Lo normal es que a un niño le cohiba la prominencia y la publicidad. Todavía no ha aprendido a pensar en términos de nivel y orgullo y prestigio, ni a descubrir la importancia del yo.

(ii) Está la *obediencia* del niño. Es verdad que un niño es a veces desobediente; pero, aunque parezca una paradoja, su instinto natural le mueve a obedecer. Todavía no ha aprendido el orgullo y la falsa independencia que separan a un hombre de sus semejantes y de Dios.

(iii) Está la *confianza* del niño. Esto se ve en dos cosas.

(a) Se ve en la manera que tiene un niño de aceptar la autoridad. Hay un tiempo cuando cree que su padre lo sabe todo y siempre tiene razón. Para nuestra vergüenza, pronto supera esa etapa. Pero el niño se da cuenta instintivamente de su propia ignorancia y de su propia indefensión, y confía en los que él cree que saben.

(b) Se ve en la confianza que tiene un niño en otras personas. No supone que nadie pueda ser malo. Se hace amigo de un perfecto extraño. Un gran hombre dijo una vez que el más grande elogio que se le había dirigido jamás fue el de un

chiquillo que se le dirigió, a un completo extraño, y le pidió que le atara el zapato. El niño no ha aprendido todavía a sospechar que el mundo es malo. Todavía cree lo mejor de los demás. Algunas veces esa misma confianza le conduce a peligros, porque hay algunos que son totalmente indignos de ella y que abusan de ella; pero esa confianza es algo precioso.

(iv) El niño tiene *una memoria muy corta*. Todavía no ha aprendido a guardar rencor ni a abrigar resentimiento. Hasta cuando se le trata injustamente -y cuál de nosotros no es a veces injusto con sus hijos-, olvida, y tan totalmente que no necesita ni perdonar.

Sin duda, de los tales es el Reino de Dios.

¿CUÁNTO QUIERES LA BONDAD?

Marcos 10:17-22

Cuando Jesús iba pasando por la carretera, un hombre se Le acercó corriendo y se postró a Sus pies y Le preguntó:

Maestro bueno, ¿qué es lo que tengo que hacer para heredar la vida eterna?

-¿Por qué Me llamas bueno? -le dijo Jesús-. No hay nadie que sea bueno más que Uno: Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, No cometas adulterio, No robes, No des falso testimonio, No defraudes a nadie, Honra a tu padre y a tu madre.

Maestro Le dijo-, todo eso lo he cumplido desde pequeño.

Cuando Jesús le miró, le amó y le dijo:

-Todavía te falta una cosa: Ve, vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo. ¡Y ven, sígueme!

Pero él se quedó muy preocupado por esto que le dijo Jesús, y se marchó triste, porque tenía muchas posesiones.

Aquí tenemos una de las historias más gráficas de los evangelios.

(i) Tenemos que fijarnos en cómo llegó el hombre, y cómo le recibió Jesús. Llegó corriendo y se postró a los pies de Jesús. Es algo sorprendente lo que hizo este joven aristócrata rico, echándose a los pies de un profeta pobre de Nazaret, que estaba a punto de convertirse en un fuera de la ley. « ¡Maestro bueno! » -empezó a decirle. Y Jesús le contestó inmediatamente: « ¡No Me adules! ¡No Me llames bueno! ¡Guarda esa palabra para Dios! » Parece como si le echara un jarro de agua fría a su joven entusiasmo. Aquí tenemos una lección. Está claro que este hombre vino a Jesús en un momento de emoción desbordante. También está claro que Jesús ejercía una atracción personal sobre él. Jesús hizo dos cosas que cualquier

evangelista o predicador o maestro debería tener presentes e imitar en su trato con las personas.

Primero le dijo: « ¡Detente y piensa! Estás muy acalorado y rebotando de emoción! Yo no quiero arrollarte en un momento de emoción. Piensa tranquilamente en lo que estás haciendo. » Jesús no le estaba echando un jarro de agua fría, sino le estaba diciendo, antes que nada, que calculara el precio.

Segundo, en efecto le dijo: « No puedes hacerte cristiano por sentimentalismo hacia Mí. *Debes poner la mirada en Dios.* » Predicar, enseñar, siempre quieren decir comunicar la verdad por medio de la personalidad, y ahí está el peligro más grande que asedia a los grandes maestros: que el alumno, el discípulo, el joven seguidor, tenga una vinculación personal con el maestro o el predicador, y crea que está en relación con Dios. El maestro y el predicador nunca deben señalarse a sí mismos; siempre deben señalar a Dios. En toda verdadera pedagogía hay una cierta auto-obliteración. Ciertamente que no podemos excluir la personalidad y una cálida lealtad personal, ni lo haríamos si pudiéramos. Pero el asunto no puede acabar aquí. El maestro y el predicador son a fin de cuentas meros indicadores que señalan a Dios.

(ii) Ninguna otra historia evangélica establece tan claramente como esta la verdad cristiana esencial de que *no basta con ser respetable*. Jesús citó los mandamientos que eran la base de una vida decente. El hombre no dudó en decir que los había cumplido todos. Fijémonos en una cosa: con una sola excepción, todos los mandamientos eran negativos, y esa única excepción se refería sólo al círculo familiar. En efecto, lo que el hombre estaba diciendo era: « Yo no le he hecho nunca ningún daño a nadie. » Y sería cierto; pero la verdadera pregunta es: « ¿Qué has hecho tú por nadie? » Y la pregunta a este hombre era aún más incisiva: « Con todas tus posesiones, con toda tu riqueza, con todo lo que tú podrías dar, ¿qué bien positivo les has hecho a los demás? ¿Cuánto te has apartado de tu camino para ayudar y consolar y fortalecer a otros como podrías haberlo hecho? » La respetabilidad, en conjunto, consiste en *no hacer nada malo*; el Cristianismo consiste en *hacer algo por los demás*. Ahí era precisamente donde este hombre -como tantos de nosotros- fallaba.

(iii) Así es que Jesús le enfrentó con un desafío. Le dijo: < Desmárcate de esa respetabilidad moral. Deja de considerar la bondad como algo que consiste en no hacer cosas. Tómate a ti mismo y todo lo que tienes, y entrégalo todo para bien de los demás. Así y entonces encontrarás la verdadera felicidad en el tiempo y en la eternidad. » Aquel hombre no pudo hacerlo. Tenía muchas posesiones, que nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera dar; y cuando se le sugirió, no pudo. Probablemente

no había robado nunca, ni defraudado a nadie -pero tampoco había sido nunca, ni podía ponerse en situación de ser, positiva y sacrificialmente generoso.

Puede que sea respetable no quitarle nunca nada a nadie. Lo cristiano es dar siempre lo más posible. En realidad, Jesús estaba confrontando a este hombre con una cuestión básica y esencial: < ¿Hasta qué punto quieres el verdadero Cristianismo? ¿Lo quieres lo suficiente como para renunciar a tus posesiones? » Y el hombre tuvo que contestar sinceramente: «Lo quiero, pero no hasta ese punto.»

Robert Louis Stevenson, en *The Master of Ballantrae*, hace un retrato del amo que deja su hogar ancestral en Durrissdeer por última vez. Hasta él está triste. Está hablando con el fiel mayordomo de la familia. « ¡Ah, M' Keller! -le decía-. ¿Crees que no tengo nunca ningún remordimiento? » « No creo -contestó M' Keller- que usted podría ser tan malo si no tuviera toda la maquinaria para ser bueno. » «No toda -dijo el amo-. En eso estás en un error. La *enfermedad de no querer*. >

Era la enfermedad de no querer suficientemente la que supuso una tragedia para el que vino corriendo a Jesús. Es la enfermedad que sufrimos la mayoría. Todos queremos la bondad, pero hasta cierto punto, y muy pocos suficientemente como para pagar el precio.

Jesús, al mirarle, le amó. Había muchas cosas en la mirada de Jesús.

(a) Estaba la llamada del amor. Jesús no estaba enfadado con él. Le amaba demasiado para eso. No era la mirada de la ira, sino la del amor.

(b) Estaba el desafío de la caballerosidad. Era una mirada que trataba de sacar al hombre de una vida cómoda, respetable y segura, e introducirle en la aventura de ser un caballero cristiano.

(c) Era la mirada del desencanto. Y ese desencanto era el más doloroso de todos: el de ver que un hombre escogía deliberadamente no ser lo que hubiera podido ser y se le ofrecía llegar a ser.

Jesús nos mira con la llamada del amor, y con el desafío de la aventura caballeresca del camino cristiano. Que no tenga Dios que mirarnos con el dolor por una persona amada que rehúsa ser lo que podría haber sido y estaba en sus posibilidades llegar a ser.

EL PELIGRO DE LA RIQUEZA

Marcos 10:23-27

Jesús miró a Su alrededor y les dijo a Sus discípulos:

- ¡Qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que tienen dinero!

Sus discípulos se quedaron alucinados con Sus palabras. Entonces Jesús repitió lo que había dicho:

- ¡Chicos, qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que confían en el dinero! Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios.

Ellos estaban alucinados a tope, y Le dijeron: ,

-Entonces, ¿quién se va a poder salvar?

Jesús se los quedó mirando, y les dijo:

-Para un hombre es imposible, pero no para Dios. Todas las cosas son posibles para Dios.

El aristócrata que no había aceptado el desafío de Jesús se había marchado triste, y sin duda Jesús y Sus discípulos le siguieron con la mirada hasta que se perdió en la distancia. Entonces Jesús Se volvió y miró a Su alrededor a Sus hombres. < ¡Qué difícil les es -les dijo- entrar en el Reino de Dios a los que tienen dinero! » La palabra que se usa para *dinero* es *jrémata*, que Aristóteles definía como < todas aquellas cosas cuyo valor se mide por el dinero. »

Tal vez nos preguntemos por qué este dicho sorprendió tanto a los discípulos. Dos veces se subraya su sorpresa. La razón era que Jesús estaba poniendo patas arriba los baremos judíos corrientes. La moralidad popular judía era bien sencilla. Se creía que la prosperidad era señal de que se era buena persona. Si uno era rico, era porque Dios le había honrado y bendecido. La riqueza era una prueba de la excelencia del carácter de la persona y del favor de Dios. El salmista lo resumía: < Joven fui y me he hecho viejo, y no he visto a ningún justo desamparado, ni a sus descendientes pidiendo limosna » (Salmo 37:25).

¡No nos sorprende que los discípulos se sorprendieran! Creerían que, cuanto más próspera fuera la vida de un hombre, tanto más seguro estaría de entrar en el Reino. Así es que Jesús repitió Su dicho de una manera ligeramente diferente para aclarar lo que quería decir: < ¡Qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que confían en el dinero! »

Nadie ha visto más claramente que Jesús los peligros de la prosperidad material. ¿Cuáles son esos peligros?

(i) Las posesiones materiales tienden a hacer que se apegue a este mundo el corazón del hombre. Tiene tantos intereses en él, está tan involucrado en él, que le es difícil dejar de pensar en él, y le es especialmente difícil salir de él. El doctor Johnson estaba una vez visitando un famoso castillo y sus maravillosos jardines. Después de verlo todo, se volvió a sus amigos y les dijo: «Estas son*las cosas que le hacen a uno difícil morir.» El peligro de las posesiones es que fijan los pensamientos e intereses de la persona a este mundo.

(ii) Si el principal interés de la persona está en las cosas materiales, esto tiende a hacerle pensar en todo en términos de precio. La mujer de un pastor de ovejas de las montañas escribió a un periódico una carta sumamente interesante. Sus hijos se habían criado en la soledad de las montañas. Eran sencillos y naturales. Luego su marido consiguió un trabajo en el pueblo, y los niños se fueron introduciendo en la nueva vida. Cambiaron muy considerablemente -a peor. El último párrafo de su carta rezaba: < ¿Qué es preferible para la educación de un niño: la falta de cosas mundanas, pero con mejores modales y pensamientos sencillos y sinceros, o todo lo mundano, con el hábito de hoy en día de saber el precio de las cosas pero no su verdadero valor?> Como decía Antonio Machado: < Sólo un necio - confunde valor y precio.>

Si el interés principal de una persona está en las cosas materiales pensará en términos de precio y no en términos de valor; pensará en términos de lo que se puede conseguir con dinero. Y bien puede ser que olvide que hay cosas más valiosas en este mundo que el dinero, que hay cosas que no tienen precio, y que hay cosas preciosas que no se compran con dinero. Es fatal el empezar a pensar que todo lo que vale la pena tiene un precio en dinero.

(iii) Jesús habría dicho dos cosas de las posesiones materiales.

(a) Son la piedra de toque de una persona. Por cada cien personas que pueden soportar la adversidad no hay más que una que pueda soportar la prosperidad. La prosperidad puede hacer a una persona muy fácilmente arrogante, orgullosa, satisfecha de sí misma, mundana. Hay que ser una persona como Dios manda para soportarla dignamente.

(b) Es una responsabilidad. Una persona siempre será juzgada por dos baremos: Cómo obtuvo su riqueza, y cómo la usa. Cuanto más tenga, mayor será la responsabilidad que se le imponga. ¿Usará lo que tiene egoísta o generosamente? ¿Lo usará como si fuera el dueño indiscutible, o recordando que es Dios Quien se lo ha dejado en depósito?

La reacción de los discípulos fue que, si lo que Jesús estaba diciendo era cierto, era prácticamente imposible salvarse. Entonces Jesús resumió en pocas palabras toda la doctrina de la salvación. «Si -dijo- la salvación dependiera de los esfuerzos de una persona, sería imposible; pero la salvación es el don de Dios, y todas las cosas son posibles para Dios.» El que confía en sí mismo y en su riqueza nunca puede estar seguro de salvarse. El que confía en el poder salvador y en el amor redentor de Dios puede entrar gratis en la salvación. Este es el pensamiento que expresó Jesús, y lo que Pablo escribió en todas sus cartas. Y esta es la verdad que sigue siendo para nosotros la base fundamental de la fe cristiana.

CRISTO NO QUEDA EN DEUDA CON NADIE

Marcos 10:28-31

Pedro se puso a decirle a Jesús:

- ¡Fíjate! Nosotros lo hemos dejado todo para ser Tus seguidores.

- Os diré la pura verdad -les contestó Jesús-: No hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o tierras por causa de Mí o del Evangelio, que no recupere cien veces más en este tiempo presente, hogares, hermanos, hermanas, madres, hijos, tierras, con persecuciones, y en el mundo venidero la vida eterna. Pero muchos que están los primeros serán los últimos, y los últimos, primeros.

Pedro había estado dándole vueltas a la cosa en su cabeza y, como le era característico, no podía callar la boca. Acababa de ver a un hombre rechazar el « ¡Sígueme!» de Jesús. Acababa de oírle decir a Jesús que ese hombre, por su reacción, se había excluido del Reino de Dios. Pedro no podía por menos de trazar el contraste entre aquel hombre y él mismo y sus amigos.

A1 contrario de lo que había hecho aquel hombre, que había rehusado la invitación de Jesús a seguirle, él y sus amigos la habían aceptado; y Pedro, con esa casi silvestre sinceridad suya, quería saber lo que él y sus amigos iban a sacar. La respuesta de Jesús cae en tres secciones.

(i) Dijo que nadie renunciará nunca a nada por causa de Él y de Su Buena Noticia que no lo recupere multiplicado por cien. Aquello fue un hecho repetido en las vidas de muchos de los primeros cristianos. La conversión al Cristianismo de un hombre le podía suponer la pérdida de hogar y amigos y parientes, pero su entrada en la Iglesia Cristiana le introducía en una familia mucho más amplia y numerosa unida por lazos espirituales.

Lo vemos hecho realidad en la vida de Pablo. Sin duda, cuando Pablo se hizo cristiano, le cerraron en la cara las puertas de su propia casa, y su familia le proscibió. Pero igualmente sin duda hubo ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo, aldea tras aldea en Europa y en Asia Menor donde él podía encontrar un hogar donde se le esperara y una familia en Cristo que le recibiera. Es curioso cómo usa los términos familiares. En *Romanos 16:13*, dice que la madre de Rufo había sido tan buena como una madre para él; en *Filemón 10* habla de Onésimo como el hijo que le ha nacido en la cárcel.

Así sucedería con todos los cristianos en los primeros tiempos. Cuando su propia familia los excluía, entraban en la familia más amplia de Cristo.

Cuando Egerton Young predicó por primera vez el Evangelio a los amerindios de Saskatchewan, la idea de que Dios fuera Padre fascinaba a hombres que hasta entonces no habían pensado en Dios nada más que en relación con el trueno y el rayo y las tormentas. El viejo jefe le preguntó a Egerton Young: «¿Te he oído bien llamar a Dios "Padre nuestro"?» «Es verdad que lo he dicho» -le contestó el misionero. «¿Es Dios tu Padre?» -preguntó de nuevo el jefe. « Sí» -contestó Egerton. « Y -prosiguió el jefe-, ¿es Él también mi Padre?» « No te quepa la menor duda»- le contestó Young. De pronto se le iluminó el rostro al jefe, y extendió los brazos mientras decía como si hubiera hecho un descubrimiento maravilloso: < ¡Entonces, tú y yo somos hermanos!»

Una persona puede tener que sacrificar vínculos que le son muy queridos al convertirse a Cristo; pero entonces se convierte en miembro de una familia y de una fraternidad que abarca la Tierra y el Cielo.

(ii) Jesús añadió dos cosas. La primera, añadió las sencillas palabras < y persecuciones.» Automáticamente, estas palabras sacan todo el tema del mundo del *quid pro quo*. Descartan la idea de una recompensa material por un sacrificio material. Nos dicen dos cosas. Nos presentan la absoluta honradez de Jesús. Él no ofrecía nunca gangas. Decía claramente que el ser cristiano es una cosa costosa. Jesús nunca usó *el soborno* para invitar a que Le siguieran, sino *el desafío*. Es como si dijera: < Puedes estar seguro de que recibirás Tu recompensa, pero tendrás que mostrarte lo suficientemente grande y gallardo para obtenerla.» La segunda cosa que Jesús añadió, fue la referencia al mundo venidero. Él nunca prometió que habría en este mundo de espacio y tiempo una especie de revisión final del ejercicio y cierre de cuentas. Jesús no llamaba a las personas a ganar las recompensas del tiempo. Las llamaba a ganar las bendiciones de la eternidad. Este no es el único mundo que Dios tiene para cumplir Sus compromisos.

(iii) Entonces Jesús añadió un epigrama de advertencia: < Pero muchos que están los primeros serán los últimos, y los últimos, primeros.» Esta era en realidad una advertencia a Pedro. Puede ser que por entonces Pedro estuviera calculando su propia valía y su propia recompensa, y valorándolas bien alto. Lo que Jesús estaba diciendo era: < El baremo definitivo del juicio es el de Dios. Muchos puede que ocupen una buena posición en el juicio del mundo, pero el juicio de Dios trastocará el del mundo. Todavía más: muchos puede que se consideren muy importantes a su propio juicio, y descubran que la valoración que Dios hace de ellos es muy diferente.» Es una advertencia contra el orgullo. Es la advertencia de que los juicios **definitivos son los de Dios, que es el único Que conoce la motivación de los corazones humanos**. Es una advertencia **de que el juicio del Cielo puede que trastrueque** las dignidades de la Tierra.

EL DESENLACE INMINENTE

Marcos 10:32-34

Iban de camino hacia Jerusalén, y Jesús iba andando por delante de ellos. Los discípulos estaban sorprendidos y perplejos, y, conforme Le iban siguiendo, tenían miedo. Una vez más tomó consigo a los Doce, y empezó a decirles lo que Le iba a suceder.

-¡Fijaos! -les dijo-. Vamos subiendo hacia Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y maestros de la Ley, quienes Le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, y harán burla de Él, y Le escupirán, y Le azotarán, y Le matarán. Y después de tres días resucitará.

Aquí tenemos un pasaje gráfico, tanto más gráfico cuanto es parco en palabras. Jesús y Sus hombres iban a entrar en la última escena. Jesús había decidido definitiva e irrevocablemente dirigirse a Jerusalén y a la Cruz. Marcos marca las etapas muy definidamente. Atrás quedó la retirada al Norte, al territorio en torno a Cesarea de Filipo. Luego había venido el viaje hacia el Sur, y la breve parada en Galilea. Después, el camino a Judea, y el tiempo en las montañas y en Transjordania. Y ahora nos presenta la etapa final, el camino a Jerusalén.

Este pasaje nos dice algo acerca de Jesús.

(i) Nos presenta la soledad de Jesús. Iban recorriendo el camino, y El iba delante de Sus discípulos -solo. Y ellos estaban tan apesadumbrados y perplejos, tan sensibilizados por el ambiente de tragedia inminente, que tenían miedo de acercársele. Hay ciertas decisiones que una persona debe toniar a solas. Si Jesús hubiera tratado de compartir esta decisión con los Doce, su única aportación posible habría sido tratar de impedirselo. Hay ciertas cosas que uno ha de encarar a solas. Hay ciertas decisiones que se han de tomar, y ciertos caminos que se han de recorrer en la terrible soledad de la propia alma de la persona. Y sin embargo, en el sentido más profundo, hasta en estos momentos, o especialmente en estos momentos, uno no está totalmente solo, porque es cuando Dios está más cerca de él.

Aquí vemos la soledad esencial de Jesús, una soledad confortada por Dios.

(ii) Nos presenta el coraje de Jesús. Jesús les había predicho a Sus discípulos las cosas que habían de sucederle en Jerusalén; y, según nos cuenta Marcos estas advertencias, cada vez se hacían más abrumadoras y se les añadía algún detalle terrible más. La primera (*Marcos 8:31*) fue un anuncio escueto. La segunda vez se presentaba la perspectiva de la traición (*Marcos 9: 31*). Y

ahora, en la tercera, aparecen las burlas, las mofas y los azotes. Parecería que la escena se iba presentando cada vez más clara en la mente de Jesús conforme se iba adentrando en la conciencia del costo de la redención.

Hay dos clases de coraje. Está el coraje que es una especie de reacción instintiva, casi un acto reflejo: el valor de una persona que se enfrenta inesperadamente con una crisis frente a la que reacciona instintivamente con gallardía, sin tiempo apenas para pensar. Bastantes personas se han convertido en héroes en el albur y el ardor de un momento. También está el coraje del que ve el conflicto terrible que se le aproxima desde lejos, que tiene tiempo de sobra para retirarse y volverse atrás, que podría, si quisiera, evitar el conflicto, y que, sin embargo, sigue adelante. No hay duda cuál es el coraje superior -este consciente y deliberado encarar el futuro. Ese fue el coraje que mostró Jesús. Si no fuera posible otro veredicto superior, siempre sería verdad decir de El que figura a la cabeza de los héroes del mundo.

(iii) Nos presenta el magnetismo personal de Jesús. Está claro que hasta aquel tiempo los discípulos no sabían lo que estaba pasando. Estaban seguros de que Jesús era el Mesías. Estaban igualmente seguros de que El iba a morir. Para ellos estos dos hechos no tenían sentido juntos. Estaban totalmente desconcertados, y sin *embargo seguían a Jesús*. Para ellos todo estaba oscuro, excepto una cosa: que amaban a Jesús y que, aunque quisieran, no Le podían dejar. Habían aprendido algo que pertenece a la misma esencia de la vida y de la fe: amaban tanto que estaban dispuestos a aceptar lo que no podían entender.

LA PETICIÓN DE LA AMBICIÓN

Marcos 10:35-40

Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercaron a Jesús y Le dijeron:

Maestro, queremos que nos concedas lo que Te pidamos.

-¿Qué queréis que os conceda? -les preguntó Jesús. Y ellos Le dijeron:

-Concedenos que, en Tu gloria, nos sentemos uno a

Tu derecha y otro a Tu izquierda.

No sabéis lo que estáis pidiendo -les dijo Jesús-. ¿Podéis beber el cáliz que Yo estoy bebiendo? O ¿podéis pasar la experiencia que Yo estoy pasando?

Podemos Le dijeron.

Y Jesús les dijo:

-Beberéis el cáliz que Yo estoy bebiendo, y pasaréis por la experiencia por la que Yo estoy pasando; pero el que os sentéis a Mi derecha y a Mi izquierda no Me corresponde a Mí concedéroslo. Ese puesto pertenece a aquellos para los que ha sido preparado.

Esta es una historia muy reveladora.

(i) Nos dice algo acerca de Marcos. Mateo relata esta historia (*Mateo 20:20-23*), pero en su versión la petición de los primeros puestos no la hacen Santiago y Juan sino su madre, Salomé. Mateo tiene que haber sentido que tal solicitud era indigna de los apóstoles; y para mantener a salvo la reputación de Santiago y Juan la atribuyó a la ambición natural de su madre. Esta historia nos muestra la honradez de Marcos. Se cuenta que un pintor de la corte hizo el retrato de Oliver Cromwell. Cromwell tenía unas verrugas en la cara que le afeaban bastante. Con la intención de agradarle, el pintor omitió las verrugas en el cuadro. Pero cuando Cromwell lo vio, dijo: < ¡Llévatelo! ¡Y píntame con verrugas y todo! > El propósito de Marcos era presentarnos a los discípulos con verrugas y todo. Y Marcos tenía razón, porque los Doce no eran una compañía de ángeles. Eran hombres normales y corrientes. Fue con personas como nosotros como Jesús emprendió la empresa de cambiar el mundo -¡y lo hizo!

(ii) Nos dice algo acerca de Santiago y Juan.

(a) Nos dice que eran ambiciosos. Cuando se obtuviera la victoria y el triunfo fuera completo, pretendían ser los primeros ministros de estado de Jesús. Puede que su ambición se incentivara por el hecho de que Jesús los había escogido como parte de Su círculo íntimo, los tres escogidos. Puede ser que fueran de un poco mejor posición que los otros. Su padre tenía una posición suficientemente desahogada como para tener jornaleros (*Marcos 1:20*), y puede ser que tuvieran la presunción de creer que su superioridad social les daba derecho a los primeros puestos. Y, por supuesto, creerían que tenían más derecho que nadie por ser parientes de Jesús. En cualquier caso aparecen como hombres en cuyos corazones anidaba la ambición por los primeros puestos en un reino terrenal.

(b) Nos dice que no habían conseguido comprender a Jesús. Lo sorprendente no es el que este incidente tuviera lugar, sino *el momento* en que sucedió. Es todo lo contrario del anuncio más definido y detallado que hizo Jesús de Su muerte, y esta petición es alucinante. Muestra mejor que ningún otro detalle lo poco que habían comprendido de lo que Jesús les estaba diciendo. Sus palabras no habían conseguido desembarazarlos de la idea de un Mesías de poder y gloria terrenales. Solamente la Cruz lo conseguiría.

(c) Pero, una vez que hemos dicho todo lo que se puede decir en contra de Santiago y Juan, esta historia nos revela algo luminoso acerca de ellos -desconcertados y todo como estaban, *todavía creían en Jesús*. Es alucinante que todavía pudieran conectar la gloria con un Carpintero galileo Que había incurrido en la enemistad y la oposición declarada de los líderes religiosos ortodoxos, y Que iba de camino a la Cruz. Hay aquí una confianza alucinante y una alucinante lealtad. Puede que Santiago y Juan estuvieran confundidos, pero tenían el corazón en su sitio. Nunca pusieron en duda el triunfo final de Jesús.

(ii) Nos dice algo acerca del baremo de grandeza de Jesús. La versión Reina-Valera nos da la traducción literal exacta de lo que dijo Jesús: < ¿Podéis beber del vaso que Yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que Yo soy bautizado?> Jesús usa aquí dos metáforas hebreas.

Era costumbre en los banquetes reales que el rey pasara la copa a sus huéspedes. *La copa* por tanto llegó a ser una metáfora de la vida y la experiencia que Dios comunica a los hombres. < Mi copa está rebosando> decía el salmista (*Salmo 23:5*), cuando hablaba de la vida y experiencia y felicidad que Dios le había dado. < En la mano del Señor hay una copa,> decía el salmista (*Salmo 75:8*) cuando estaba pensando en la suerte que les está reservada a los malvados y desobedientes. Isaías, pensando en las desventuras que habían sobrevenido al pueblo de Israel, las describe como haber bebido < de la mano del Señor la copa de Su ira> (*Isaías 51:17*). *La copa, o el vaso, o el cáliz*, habla de la experiencia que Dios asigna a cada persona.

La otra frase que usa Jesús puede llevar a confusión en una traducción literal, motivo por el cual la hemos traducido más libremente para dar el sentido. Habla del bautismo con el que Él fue bautizado. El verbo griego *baptizein* significa *sumergir*. Su participio pasado (*bebaptismenos*) quiere decir *sumergido*, y se usa corrientemente de ser *sumergido en alguna experiencia, lo mismo que en español inmerso*. Por ejemplo, un manirroto se dice que está *sumergido, inmerso* en deudas. Un borracho se dice que está *sumergido* en bebida. Una persona afligida se dice que está *sumergida, inmersa* en aflicción. Un muchacho ante el profesor que le va a examinar se dice que está *sumergido, inmerso* en preguntas. La palabra se usa corrientemente de un barco que ha sufrido un naufragio y se *sumerge* bajo las olas. La metáfora está muy íntimamente emparentada con la que usa corrientemente el salmista. En *Salmo 42:7* leemos: «Todas Tus ondas y Tus olas han pasado sobre mí.» En *Salmo 124:4* leemos: < Entonces nos habrían anegado las aguas; sobre nuestra alma habría pasado la avenida.> La expresión, como Jesús la usa aquí, no tiene nada que ver con el Bautismo. Lo que está diciendo es: <¿Podéis soportar pasar la terrible experiencia que Yo tengo que pasar? ¿Podéis sumergiros en odio y dolor y muerte como Yo?> Estaba diciéndoles a estos dos discípulos que sin Cruz no puede haber corona. El baremo de grandeza en el Reino es el baremo de la Cruz. Fue cierto que en días entonces por venir ellos pasaron la experiencia de su Maestro, porque Santiago fue decapitado por Herodes Agripa (*Hechos 12:2*), y, aunque Juan probablemente no murió mártir, sí tuvo que sufrir mucho por Cristo. Ellos aceptaron el desafío de su Maestro -aunque fuera a ciegas.

(iv) Jesús les dijo que la decisión final pertenecía a Dios. La asignación final del destino era Su prerrogativa. Jesús nunca usurpó el lugar de Dios. Toda Su propia vida fue un largo acto de sumisión a la voluntad de Dios, y El sabía que esa voluntad era suprema hasta el fin.

EL PRECIO DE LA SALVACIÓN HUMANA

Marcos 10:41-45

Cuando los otros diez se enteraron de lo que había pasado, empezaron a enfadarse por lo que habían hecho Santiago y Juan. Jesús los llamó y les dijo:

-Vosotros os dais perfecta cuenta de que los que son estimados suficientemente buenos para gobernar a los gentiles se portan como si fueran sus amos, y los más importantes entre ellos ejercen sobre ellos autoridad. No es así entre vosotros; sino que el que quiera ser grande, será vuestro servidor, y entre vosotros, el que quiera ser el primero, será el esclavo de todos. Como el Hijo del Hombre, Que no vino para ser servido, sino para servir y para entregar Su vida como rescate por muchos.

Era inevitable que la acción de Santiago y Juan produjera un profundo disgusto entre los otros diez. Les parecería que aquellos dos habían tratado de tomarles la delantera y sacar una ventaja fraudulenta sobre los demás. Inmediatamente empezó otra vez la antigua discusión sobre cuál de ellos era el más importante.

Era una situación delicada. El compañerismo del grupo apostólico podría haber empezado a resquebrajarse si Jesús no hubiera intervenido a tiempo. Los llamó, y dejó bien claro que los baremos de grandeza de Su Reino y los de los reinos de este mundo eran completamente diferentes. En los reinos del mundo, el baremo de grandeza es el poder. La prueba era: ¿Cuántas personas controla un hombre? ¿Cómo es de grande el ejército de servidores que tiene a sus espaldas y a sus ór-

denes? ¿A cuántas personas puede imponer su voluntad? No mucho después de esto, Galva había de resumir la idea pagana de la realeza y de la soberanía diciendo que ahora él era el emperador podía hacer lo que le diera la gana y a quien le diera la gana. En el Reino de Jesús, el baremo es el del servicio.

La grandeza consiste, no en reducir a otros al servicio de uno mismo, sino en reducirse uno mismo al servicio de los demás. La prueba no era: ¿Qué servicio puedo extraer?; sino: ¿Qué servicio puedo prestar?

Se tiende a pensar en esto como un estado ideal de cosas; pero, de hecho, es del más sano sentido común. Es de hecho el primer principio de la vida de negocios normal y corriente. Bruce Barton indica que la base sobre la cual una compañía de coches pretenderá ganar clientes es asegurando que se meterán debajo de tu coche más a menudo y se pondrán más sucios que ninguno de sus competidores. En otras palabras, que están dispuestos a dar mejor servicio. También señala que aunque el empleado normal puede irse a casa a las cinco y media de la tarde, se seguirá viendo la luz en la oficina del jefe de personal hasta bien entrada la noche, porque quiere aportar el servicio extra que le hace ocupar ese puesto.

El problema fundamental de la situación humana es que la gente quiere aportar lo menos posible y recibir lo más posible. Es solamente cuando se está lleno de deseo de meter más en la vida de lo que se saca cuando la vida vale la pena para uno y para los demás. El mundo necesita personas cuyo ideal sea el servicio -es decir, que se hayan dado cuenta de lo sensato que fue lo que dijo Jesús.

Para remachar Sus palabras, Jesús señaló a Su propio ejemplo. Con los poderes que Él tenía podría haber organizado la vida totalmente como Le conviniera a Él; pero Él Se había consumido a Sí mismo y todos Sus poderes en el servicio de los demás. Había venido, dijo, *para dar Su vida en rescate por muchos*. Esta es una de las grandes frases del Evangelio, y sin embargo ha sido tristemente manipulada y abusada. Muchos han tratado de construir una teoría de la Redención sobre lo que es un dicho de amor.

No pasó mucho tiempo antes de que algunos se preguntaran a quién se había pagado el rescate de la vida de Cristo. Orígenes hizo la pregunta: «¿A quién dio Él Su vida en rescate por muchos? No fue a Dios. ¿No sería entonces al Maligno?

Porque el Maligno nos tuvo cautivos hasta que se le pagó el rescate, la vida de Jesús; porque se engañó con la idea de que podía ejercer dominio sobre ella, y no vio que no podía soportar la tortura que suponía retenerla.» Es una extraña concepción la de que la vida de Jesús se pagó como un rescate al diablo para que soltara a los hombres del cautiverio en el que los tenía; pero que el diablo descubrió que al demandar y aceptar aquel rescate se había servido, por así decirlo, más de lo que podía comer.

Gregorio de Nisa vio un fallo en esa teoría, que no es otro que el poner al diablo en igualdad de condiciones que Dios. Le permite hacer un trato con Dios de igual a igual. Así que Gregorio de Nisa inventó una idea alucinante de *un truco* que le hizo Dios al diablo. El diablo se engañó ante la aparente debilidad de la Encarnación. Tomó a Jesús por un hombre corriente. Trató de ejercer su autoridad sobre Él y, al intentarlo, perdió su autoridad. También esta es una idea extraña -que Dios usara *un truco* para vencer al diablo.

Pasaron otros doscientos años, y Gregorio el Grande asumió de nuevo la idea. Usó una metáfora fantástica: La Encarnación fue una estrategia divina para cazar al gran Leviatán. La deidad de Cristo era el anzuelo, y Su carne era el cebo. Cuando se le presentó el cebo a Leviatán, el diablo, se lo tragó, y trató de tragarse el anzuelo también, y así acabó «pescado» para siempre.

Por último, Pedro Lombardo llevó esta idea hasta sus últimas consecuencias grotescas y repelentes. « La Cruz -dijo fue una ratonera para cazar al diablo, con el anzuelo de la sangre de Cristo.» Todo esto es un ejemplo lastimoso de lo que sucede cuando se toma una idea encantadora y preciosa, y se la trata como materia prima para convertirla en teología seca y fría.

Supongamos que decimos: « El dolor es *el precio* del amor.» Queremos decir que el amor no puede existir sin la posibilidad del dolor; pero nunca se nos ocurre explicar a quién se paga ese *precio*. Supongamos que decimos que la libertad sólo se puede obtener al precio de sangre, sudor y lágrimas; nunca pensamos en investigar a quién se paga ese precio. Este dicho de Jesús es una manera sencilla y pictórica de decir que costó Su vida el hacer volver a la humanidad de su pecado al amor de Dios. Quiere decir que el precio de nuestra salvación fue la Cruz de Cristo. No podemos llegar más allá, ni tenemos por qué intentarlo. Sabemos solamente que algo sucedió en la Cruz que nos abrió el camino a Dios.

MILAGRO AL BORDE DE LA CARRETERA

Marcos 10:46-51

Llegaron a Jericó; y cuando Jesús iba pasando por Jericó, a la salida de la ciudad, rodeado por Sus discípulos y una gran multitud, el mendigo ciego Bartimeo -hijo de Timeo-, estaba sentado al borde de la carretera, y cuando oyó que Jesús de Nazaret estaba por allí se puso a gritar:

- ¡Hijo de David! ¡Jesús! ¡Ten piedad de mí!

Muchos le regañaban para que se callara, pero él seguía gritando cada vez más:

- ¡Hijo de David! ¡Ten piedad de mí!

Jesús Se detuvo y dijo:

- ¡Decidle que venga para acá!
Entonces llamaron al ciego, diciéndole:
- ¡Ánimo! ¡Levántate! ¡Te está llamando!

El tiró la capa, se levantó de un salto y fue hacia Jesús. Jesús le dijo:

- ¿Qué quieres que haga por ti?
El ciego Le contestó:
- ¡Maestro, lo que pido es poder volver a ver!
Jesús le dijo:
- ¡Anda! ¡Tu fe te ha curado!

Al instante volvió a ver, y Le seguía por la carretera.

Para Jesús ya no estaba lejos el final de Su camino. Jericó estaba sólo a unos 25 kilómetros de Jerusalén. Tratemos de visualizar la escena. La carretera principal pasaba por todo Jericó. Jesús iba de camino para la Pascua. Cuando un rabino o maestro distinguido hacía un viaje así, era costumbre que fuera rodeado de mucha gente, discípulos e interesados y curiosos, que escuchaban su enseñanza mientras andaba. Esa era una de las maneras más corrientes de enseñar en el mundo antiguo.

La ley decía que todo judío varón de doce años en adelante que viviera en un radio de 25 kilómetros de Jerusalén tenía que asistir a la Pascua. Está claro que era imposible que se pudiera cumplir tal ley, y que todos pudieran ir. Los que no tenían posibilidad de ir tenían la costumbre de ponerse en fila al borde de las calles de los pueblos y las aldeas por los que pasaban los peregrinos para desearles un buen viaje. Así que las calles de Jericó estarían bordeadas de personas; y más aún de lo corriente, porque habría muchos ansiosos y curiosos por ver por sí mismos a aquel intrépido maestro ambulante Jesús de Nazaret Que Se había atrevido a desafiar a todo el poder de la ortodoxia.

Jericó tenía una característica especial. Había adscritos al Templo más de 20,000 sacerdotes y otros tantos levitas. Está claro que no todos podían cumplir su ministerio al mismo tiempo. Por tanto estaban divididos en 26 órdenes que servían por turnos. Muchos de estos sacerdotes y levitas residían en Jericó cuando no estaban de turno en el Templo. Y debe de haber habido muchos de ellos entre la multitud aquel día. Para la Pascua, todos estaban de servicio, porque a todos se los necesitaba. Era una de las raras ocasiones en que todos estaban de servicio, pero muchos no habrían empezado todavía. Estarían doblemente ansiosos de ver a ese Rebelde Que estaba a punto de invadir Jerusalén. Habría muchos ojos fríos y duros y hostiles en la multitud aquel día, porque estaba claro que, si Jesús tenía razón, todo el ritual del Templo era totalmente irrelevante.

Hacia la puerta del Norte se sentaba un mendigo ciego que se llamaba Bartimeo -que quiere decir *hijo de Timeo*, como explica Marcos. Oyó el restregar de muchos pies en la carretera, y preguntó qué pasaba. Se le dijo que era que pasaba Jesús de Nazaret, y allí y entonces se puso a gritar para atraer Su atención. Para aquellos que estaban escuchando la enseñanza de Jesús cuando pasaba, aquellos gritos eran una molestia. Trataron de hacer que se callara Bartimeo; pero nadie le iba a privar de aquella oportunidad de escapar de un mundo en tinieblas. Así es que siguió gritando cada vez más fuerte e insistentemente, de tal manera que la procesión se detuvo, y él pudo encontrarse con Jesús.

Esta es una historia de lo más reveladora. En ella podemos ver muchas de las cosas que podríamos llamar las condiciones para un milagro.

(i) Se daba la inquebrantable insistencia de Bartimeo. No había manera de acallar su clamor por encontrarse cara a cara con Jesús. Estaba totalmente decidido a encontrarse con la única Persona a la que anhelaba presentar su problema. En la mente de Bartimeo no había meramente un deseo sensiblero, nebuloso y caprichoso de ver a Jesús, sino que éra un deseo desesperado, y es un deseo desesperado el que consigue que las cosas sucedan.

(ii) Su reacción a la llamada de Jesús fue inmediata y entusiasta; tanto que tiró el manto para correr hacia Jesús más deprisa. Muchas personas oyen la llamada de Jesús; pero es como si Le dijeran: «Espera hasta que haya hecho esto.» O: «Espera a que acabe lo de más allá.» Bartimeo llegó como una bala cuando Jesús le llamó. Hay oportunidades que no se presentan nada más que una vez. Bartimeo sabía que aquella era la suya. Algunas veces pasa por nosotros como una oleada de anhelo de abandonar algún hábito, de limpiar nuestra vida de algo que no es como es debido, de entregarnos más completamente a Jesús. Pero con la misma frecuencia no actuamos en el momento -y pasa la oportunidad, tal vez para no volver.

(iii) Bartimeo sabía exactamente lo que quería -la vista. Muchas veces nuestra admiración a Jesús es una vaga atracción. Cuando vamos al médico, queremos que nos resuelva alguna dolencia determinada. Cuando vamos al dentista, no le pedimos que nos saque *cualquier* diente, sino el que nos duele. Así deberíamos hacer con Jesús. Y eso implica la única cosa que pocos están dispuestos a encarar: *un examen de uno mismo*. Cuando vamos a Jesús, si somos tan desesperadamente claros como Bartimeo, sucederán cosas.

(iv) Bartimeo tenía una idea inadecuada de Jesús. ¡*Hijo de David!* insistía en llamarle. Ahora bien, aquello era un título mesiánico, pero conllevaba todo la idea de un Mesías conquistador, un rey de la dinastía de David, que condujera a Israel a la conquista del mundo. Esa era una idea impropia acerca de Jesús; pero, a pesar de todo, Bartimeo tenía fe, y la fe compensaba

cien veces una teología deficiente. No se nos exige que comprendamos totalmente a Jesús; a eso, de todas todas, no podemos llegar. Se nos demanda, fe. Un sabio escritor ha dicho: «Debemos pedirle a la gente que piense; pero no debemos esperar que sean teólogos antes de ser cristianos.» El Cristianismo empieza con una reacción personal a Jesús, una reacción de amor, con la convicción de que Él es la única Persona que puede solventar nuestra necesidad. Aunque no seamos nunca capaces de pensar las cosas teológicamente, esa respuesta del corazón humano es suficiente.

(v) Al final nos encontramos un detalle precioso. Bartimeo puede que hubiera sido un mendigo ciego al borde de la carretera, pero era capaz de ser agradecido, y «de bien nacido es ser agradecido.» Cuando recibió la vista, siguió a Jesús. No se fue por su camino egoístamente una vez que resolvió su necesidad. Empezó teniendo una necesidad; siguió sintiendo gratitud, y acabó por mostrar lealtad. Y esto es un perfecto resumen de las etapas del discipulado.

LA LLEGADA DEL REY

Marcos 11:1-6

Cuando iban llegando, ya cerca de Jerusalén, a Betfagué y a Betania, Jesús mandó por delante a dos de Sus discípulos diciéndoles:

-Entrad en la aldea que tenéis enfrente, y, en cuanto entréis encontraréis un borriquillo atado en el que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traédmelo. Y si alguien os pregunta por qué estáis haciéndolo, decidle: «El Señor lo necesita; e inmediatamente lo devolverá. >

Ellos se adelantaron, y encontraron el borriquillo atado ala entrada de una casa en plena calle, y lo desataron. Y algunos de los que estaban por allí les dijeron:

-¿Qué estáis haciendo desatando el borriquillo?

Y ellos les dijeron lo que Jesús les había dicho que dijeran, y los dejaron marcharse.

Hemos llegado a la última etapa del viaje de Jesús. La había precedido la retirada alrededor de Cesarea de Filipo en el extremo Norte; luego habían pasado un tiempo en Galilea; habían estado después en las montañas de Judea y en Transjordania; habían pasado por Jericó, y ahora llegaban a Jerusalén.

Tenemos que fijarnos en algo sin lo cual la historia es casi ininteligible. Cuando leemos los tres primeros evangelios, tenemos la idea de que esta fue la primera visita de Jesús a Jerusalén. Están interesados en contarnos la historia de la obra de Jesús en Galilea. Debemos tener presente siempre que los evangelios son muy cortos; en su corto espacio se apiña la obra de tres años, y los autores no tenían más remedio que seleccionar las cosas en las que querían insistir y de las que tenían un conocimiento especial. Y cuando leemos el cuarto evangelio, encontramos a Jesús frecuentemente en Jerusalén (*Juan 2:13; 5:1; 7:10*). De hecho encontramos que Jesús subía regularmente a Jerusalén para las grandes fiestas. No hay ninguna

contradicción en este punto. Los tres primeros evangelios están interesados especialmente en el ministerio de Jesús en Galilea; y el cuarto, en el de Judea. Sin embargo, también los primeros tres contienen indicaciones de que Jesús visitaba Jerusalén con cierta frecuencia. Tenemos Su estrecha amistad con Marta y María y Lázaro, una amistad que supone muchas visitas. Tenemos el hecho de que José de Arimatea era un amigo secreto Suyo. Y, sobre todo, tenemos el dicho de Jesús en *Mateo 23:37*, de que Jesús había querido a menudo reunir a los habitantes de Jerusalén como la gallina reúne a sus polluelos debajo de las alas, pero ellos Se lo habían impedido. Jesús no podría haber dicho eso si no fuera porque había hecho más de una llamada, que había recibido una fría respuesta. Esto explica el incidente del borriquillo. Jesús no dejaba las cosas para el último momento. Sabía lo que iba a hacer, y tiempo atrás había hecho los preparativos con un amigo. Cuando envió por delante a dos de Sus discípulos, les dio una consigna que había concertado de antemano: < El Señor lo necesita. > Esto no fue una decisión. improvisada y repentina de Jesús. Fue algo hacia lo que se había ido desarrollando toda Su vida.

Betfagué y Betania eran aldeas cercanas a Jerusalén. Probablemente *Bet fagué* quiere decir *casa de higos*, es decir, *región abundante en higueras y el comercio de los higos*; y *Bet-ania* quiere decir *casa de dátiles*, por razones parecidas. Deben de haber estado muy cerca de Jerusalén, porque sabemos por la ley judía que Betfagué era una de un círculo de aldeas que marcaban el límite de lo que se podía andar en sábado, es decir, cosa de un kilómetro; mientras que Betania era uno de los lugares dormitorio para los peregrinos de la Pascua cuando Jerusalén estaba llena.

Los profetas de Israel habían tenido a veces una manera característica de presentar su mensaje. Cuando las palabras resultaban insuficientes, recurrían a la acción dramática, como si dijeran: < Si no queréis oír, no tendréis más remedio que ver > (Cp. especialmente *1 Reyes 11:30-32*). Estas acciones dramáticas eran lo que podríamos llamar advertencias o sermones representados. Ese método fue el que Jesús empleó aquí. Su acción fue una presentación dramática deliberada de Sus creencias como Mesías.

Pero debemos fijarnos bien en lo que estaba haciendo. Había un dicho del profeta Zacarías (*Zacarías 9: 9*): < ¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene a ti, justo y salvador, pero humilde,

cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.» Todo el impacto está en que *el Rey venía en son de paz*. En Palestina, el asno no era una acémila despreciada, sino un animal noble. Cuando un rey iba a la guerra, su montura era un caballo; pero cuando iba en son de paz, cabalgaba en un asno. Ahora el burro es el paradigma del desprecio divertido, pero en los tiempos de Jesús era una montura de reyes. Pero debemos advertir *la clase de Rey que Jesús proclamaba ser*. Vino manso y humilde, pacíficamente y para traer la paz. Le saludaron como Hijo de David, pero no Le comprendieron.

Fue hacia este tiempo cuando se escribió el poema hebreo *Los salmos de Salomón*. Representan la clase de hijo de David que esperaban los judíos. Aquí tenemos su descripción:

Míralo, Señor, y suscítale un rey, un hijo de David, - en el momento que tú elijas, oh Dios, para que reine en Israel tu siervo.

Rodéale de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos, - para purificar a Jerusalén de los gentiles que la pisotean, destruyéndola,

para expulsar con tu justa sabiduría a los pecadores de tu heredad, - para quebrar el orgullo del pecador como vaso de alfarero, .

para machacar con vara de hierro todo su ser, para aniquilar a las naciones impías con la palabra de su boca,

para que ante su amenaza huyan los gentiles de su presencia - y para dejar convictos a los pecadores con el testimonio de sus corazones.

(Salmos de Salomón 17:21-25).

Esa era la clase de poesías con las que los judíos alimentaban y alentaban sus esperanzas. Esperaban a un rey que guerrear y derrotara y destruyera. Jesús lo sabía, y vino manso y humilde, cabalgando en un borriquillo.

Cuando Jesús entró cabalgando aquel día en Jerusalén, presentó Sus credenciales como Rey, pero como Rey de la Paz. Su acción estaba en contradicción con todo lo que la gente esperaba y deseaba.

EL QUE VIENE

Marcos 11:7-10

Le trajeron el borriquillo a Jesús, y pusieron sus mantos sobre él y montaron a Jesús encima. Muchos de ellos extendieron sus mantos por la carretera, y otros cortaban ramas en los campos y las extendían sobre la carretera. Y unos iban delante y otros detrás sin dejar de gritar:

- ¡Salva ahora! ¡Bendito sea el Reino de nuestro padre David que viene! ¡Envía Tu salvación desde las alturas del Cielo!

El asnillo que trajeron no lo había montado nunca nadie. Eso era idóneo, porque una acémila que hubiera de usarse para un propósito sagrado no podía haberse usado antes para un uso corriente. Así se estipulaba, por ejemplo, de la ternera roja cuyas cenizas limpiaban de la contaminación (*Números 19:2; Deuteronomio 21:3*).

El cuadro que se nos presenta es el de un populacho que no sabía lo que hacía. Nos muestra a una multitud de personas que creían en la realeza en términos de conquista, que era lo que pensaban desde hacía mucho tiempo. Curiosamente recuerda la entrada de Simón Macabeo en Jerusalén 150 años antes, después de aplastar a los enemigos de Israel en batalla: «Y a los veinte y tres días del mes segundo del año ciento y setenta y uno, entró en ella con alabanzas, y con ramos de palma, con arpas, y órganos, y címbalos, e himnos, y cantares, por cuanto el enemigo grande de Israel había sido quebrantado» (*1 Macabeos 13:51,13.0.*). Le querían dar a Jesús una bienvenida de conquistador, pero no se hacían idea de la clase de conquistador que Él quería ser.

Los mismos gritos de la multitud demostraban por dónde iban sus pensamientos. Cuando extendían sus mantos por el suelo delante de Él hacía exactamente lo mismo que había hecho la multitud cuando el sanguinario Jehú fue ungido rey (*2 Reyes 9:13*). Gritaban: «¡Bendito el Que viene en el nombre del Señor!» Era una cita del *Salmo 118:26*, que debería leerse con una puntuación diferente: « ¡Bendito en el nombre del Señor sea el Que viene!»

Hay aquí tres cosas acerca del grito en las que debemos fijarnos.

(i) Era el saludo normal que se dirigía a los peregrinos cuando llegaban al Templo con ocasión de las grandes fiestas.

(ii) «El Que viene» era el Mesías. Cuando los judíos hablaban del Mesías se referían a Él como *El Que viene*.

(iii) Pero es todo el origen del salmo del que procedían las palabras lo que las hacía tremendamente sugestivas. En el año 167 a.C. había surgido un rey extraordinario en Siria que se llamaba Antíoco. Había concebido la idea de que su deber era ser misionero del helenismo, e introducir la manera griega de vivir, el pensamiento griego y la religión griega hasta donde le fuera posible; hasta, si era necesario, por la fuerza. Trató de hacerlo en Palestina.

Por un tiempo sojuzgó Palestina. El tener un ejemplar de la Ley o el circuncidar a un niño eran crímenes que se castigaban con la muerte. Profanó los atrios del Templo. De hecho, hasta instituyó el culto del dios griego Zeus donde se había adorado a Jehová. Como un insulto deliberado ofreció carne de cerdo en el gran altar de los holocaustos. Convirtió las cámaras que bordeaban los atrios del Templo en burdeles. Hizo, en fin, todo lo que pudo por desarraigar la fe judía.

Fue entonces cuando se rebeló Judas Macabeo; y después de una alucinante carrera de victorias, expulsó de Palestina a Antíoco y purificó y consagró de nuevo el Templo, un acontecimiento que conmemoraba, y todavía conmemora, la Fiesta de la Dedicación, en hebreo *Januká*. Y es muy probable que el *Salmo 118* se escribiera para conmemorar aquel gran día de purificación, y para celebrar la victoria que había obtenido Judas Macabeo. *Es el salmo de un conquistador*.

Una y otra vez vemos la misma tendencia en este incidente. Jesús había proclamado ser el Mesías; pero de tal manera que trataba de mostrar al pueblo que sus ideas acerca del Mesías estaban descaminadas; pero el pueblo no lo veía. Su bienvenida era la que habría correspondido, no al Rey del amor, sino al conquistador que hubiera derrotado a los enemigos políticos del reino de Israel.

En los versículos 9 y 10 aparece la palabra *hosanna*. Esta palabra se suele entender equivocadamente. Se cita y se usa como si fuera una alabanza; pero es una simple transcripción de la palabra hebrea que quiere decir *¡Salva ahora!* Aparece en exactamente la misma forma en *2 Samuel 14:4* y *2 Reyes 6:26*, donde expresa el clamor del pueblo que pide ayuda y protección por parte del rey. Cuando el gentío gritaba *hosanna*, no era un grito de alabanza a Jesús, que es lo que parece cuando lo citamos o usamos, sino un grito que se dirigía a Dios para que irrumpiera y salvara a Su pueblo ahora que el Mesías había venido.

Ningún otro episodio nos muestra tan claramente como este el tremendo coraje de Jesús. En aquellas circunstancias, uno podría haber esperado que Jesús se introdujera en Jerusalén de incógnito, y se mantuviera a cubierto de las autoridades, que estaban dispuestas a eliminarle. En vez de eso, entró de tal manera que atrajo la atención de toda la gente. Una de las cosas más peligrosas que una persona puede hacer es dirigirse a un pueblo y decirle que todas sus ideas están equivocadas. Cualquiera que intente desarraigar los sueños nacionalistas de un pueblo se está buscando problemas. Pero eso fue precisamente lo que hizo Jesús. Aquí le vemos haciendo la última llamada del amor, y haciéndola con un coraje verdaderamente heroico.

LA CALMA ANTES DE LA TEMPESTAD

Marcos 11:11

Y se adentró en Jerusalén y entró en el Templo. Después de mirarlo todo alrededor, como ya era tarde, se fue a Betania con los Doce.

Este sencillo versículo nos muestra dos cosas que eran características de Jesús.

(i) Nos muestra a Jesús decidiendo Su táctica. Todo el ambiente de los últimos días era de deliberación. Jesús no se estaba metiendo inconscientemente en peligros desconocidos. Todo lo hacía con los ojos bien abiertos. Cuando miró todo alrededor era como un general que estudiará la fuerza del enemigo y sus propios recursos para la batalla decisiva.

(ii) Nos muestra cómo recibía Jesús Su fuerza. Volvió a la paz de Betania. Antes de enfrentarse con los hombres buscó la presencia de Dios. El secreto de Su coraje era que tenía un encuentro con Dios cada día antes de salir al encuentro con los hombres.

Este breve pasaje nos muestra también algo acerca de los Doce. Todavía estaban con Él. Por entonces ya se habían dado cuenta perfectamente de que Jesús estaba jugándose la vida. Así les parecía a ellos. Algunas veces los criticamos por su falta de lealtad en los últimos días; pero es una prueba a su favor que, comprendiendo tan poco lo que estaba pasando, todavía se mantuvieron con Él.

LA HIGUERA ESTÉRIL

Marcos 11:12-14, 20s

Cuando al día siguiente iban saliendo de Betania, Jesús tenía hambre. Vio una higuera frondosa en la distancia; y se dirigió a ella para ver si tenía algún fruto. Cuando se acercó, vio que no tenía más que hojas, porque todavía no era el tiempo de los higos. Y Jesús le dijo:

*- ¡Que nadie coma nunca tu fruto!
Y sus discípulos le oyeron decirlo.*

Cuando iban pasando por la carretera al día siguiente de madrugada vieron que la higuera se había secado, desde sus raíces. Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho el día antes y dijo:

- ¡Maestro! ¡Fíjate! ¡La higuera que maldijiste se ha secado!

Aunque la historia de la higuera se encuentra separada en dos partes en *Marcos*, la tomamos en conjunto. La primera parte sucedió la mañana del primer día, y la segunda parte la mañana del día siguiente, y cronológicamente la Purificación del Templo sucedió entre ambas partes. Pero, como estamos tratando de descubrir el sentido de la historia, lo mejor será que las consideremos juntas.

No cabe duda que, sin excepción, esta es la historia evangélica más difícil de entender. El tomarla literalmente como un reportaje de algo que sucedió tal como se nos cuenta presenta dificultades que nos parecen insuperables.

(i) La historia no parece cierta. Francamente, todo el incidente no parece digno de Jesús. Parece haber una cierta petulancia en el relato. Es la clase de historias que se cuentan de ciertos milagrosos, pero nunca de Jesús. Además, tenemos esta dificultad fundamental: Jesús siempre se había negado a usar Sus poderes milagrosos en Su propio provecho. No quiso convertir las piedras en pan para saciar Su propia hambre. Se negaba a usar Sus poderes milagrosos para escaparse de Sus enemigos. Él no usó *nunca* Su poder en Su propio provecho. Y sin embargo aquí parece usar Su poder para destruir un árbol que Le había defraudado cuando tenía hambre.

Peor todavía: toda la acción carece de sentido. Era la época de la Pascua, es decir, al principio de la primavera. La higuera, si se encuentra en un lugar protegido, puede que haya echado hojas para entonces, pero nunca da fruto hasta el final de la primavera o en principio del verano, mayo o junio. Marcos dice que no era tiempo de higos. ¿Por qué destruir un árbol por dejar de hacer lo que no le era posible hacer? Sería, no sólo irracional, sino también injusto. Por eso algunos comentaristas, para salir del paso, dicen que Jesús estaba buscando higos verdes, todavía sin madurar, en sus primeras etapas; pero tales higos verdes son desagradables, y no se comen nunca.

Toda esta historia no parece estar de acuerdo con Jesús en absoluto. ¿Qué podemos decir acerca de ella?

Si hemos de tomar esto como el relato de algo que sucedió efectivamente, debemos tomarlo como *una parábola representada*. Debemos, de hecho, tomarla como una de aquellas acciones proféticas, simbólicas, dramáticas. Si la tomamos de esa manera, puede interpretarse como la condenación de dos cosas.

(i) Es la condenación de *la promesa sin su cumplimiento*. Las hojas del árbol se podían interpretar como una promesa de fruto; pero no había fruto. Es la condenación específica del pueblo de Israel. Toda su historia había sido una preparación para la venida del Escogido de Dios. Toda la promesa de su tradición nacional era que, cuando el Escogido viniera, estarían ansiosos por recibirle. Pero cuando vino de hecho, esa promesa no se cumplió.

Charles Lamb cuenta la historia de un cierto Samuel le Grice. Hubo tres etapas en su vida. Cuando era joven, se decía de él: «Será algo.» Cuando ya fue mayor, y no llegó a nada, dijeron: «Podría ser algo, si quisiera.» Hacia el final, decían de él: «Habría podido ser alguien, si lo hubiera intentado.» Su

vida era la historia de una promesa que no se cumplió nunca. En este incidente tenemos una parábola representada que simboliza la condenación de la promesa que no se cumple.

(ii) Es la condenación de *la profesión sin la práctica*. Podría entenderse que el árbol con sus hojas profesaba ofrecer algo, pero no tenía nada que dar. Todo el clamor del Nuevo Testamento es que una persona sólo se puede conocer por los frutos de su vida. «Por sus frutos los conoceréis» (*Mateo 7:16*). «Procedid frutos dignos e arrepentimiento» (*Lucas 3:8*). No es el que dice piadosamente «Señor, Señor,» el que entrará en el Reino, sino el que hace la voluntad de Dios (*Mateo 7:21*). A menos que la religión le haga a uno mejor persona y más útil, y más feliz su hogar, y una vida mejor para los que están en contacto con él, no es religión ni nada que se le parezca. Nadie puede pretender ser un seguidor de Jesucristo y seguir siendo tan totalmente distinto del Maestro a Quien profesa amar.

Si tomamos este incidente literalmente y es una parábola representada, ese debe de ser su sentido; pero, por muy relevantes que sean estas lecciones, parece difícil extraerlas del incidente, porque era totalmente irracional esperar que la higuera produjera higos cuando todavía faltaban seis semanas.

Entonces, ¿qué podemos decir? Lucas no cuenta este episodio, pero tiene la parábola de la higuera estéril (*Lucas 13:6-9*). Ahora bien, esa parábola tiene un final indeciso. El amo de la viña quería desarraigarla, pero el jardinero propuso que se le diera otra oportunidad. Al parecer se le dio la última oportunidad; y se quedó de acuerdo que si daba fruto se la dejaría, pero si no se la quitaría de en medio. ¿No podría ser que este incidente fuera una especie de continuación de esa parábola? El pueblo de Israel había tenido su oportunidad. No se había conseguido que diera fruto, y entonces llegó el tiempo de su destrucción. Se ha sugerido -y es perfectamente posible- que en el camino de Betania a Jerusalén hubiera una higuera solitaria seca. Bien puede ser que Jesús dijera a Sus discípulos: «¿Os acordáis de la parábola que os conté acerca de la higuera estéril? Israel sigue siendo estéril, y será destruido como ese árbol.» Bien puede ser que aquel árbol solitario se asociara en la mente de algunos con el dicho de Jesús acerca del destino de la esterilidad, y así surgió la historia.

Que el lector lo tome como mejor le parezca. A nosotros nos parecen insuperables las dificultades para tomarla literalmente. Nos parece ser de alguna manera relacionada con la parábola del árbol estéril. Pero, en cualquier caso, la lección del pasaje es que la inutilidad invita al desastre.

LA IRA DE JESÚS

Marcos 11:15-19

Llegaron a Jerusalén, y cuando Jesús entró en el recinto sagrado, empezó a echar a los que vendían y compraban en el lugar santo, y volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas; y no permitía que nadie llevara ninguna carga por el lugar sagrado. La carga de Su enseñanza y de lo que decía era:

-¿Es que no está escrito: < Mi casa será llamada una casa de oración para todos los pueblos; > pero vosotros la habéis convertido en una guarida de bandoleros?

Los principales sacerdotes y los maestros de la Ley Le oyeron, y se pusieron a buscar la manera de eliminarle; pero tenían miedo de Él, porque toda la concurrencia estaba alucinada con Su enseñanza.

Y cuando llegó la tarde, Él salió de la ciudad.

Nos imaginaremos mejor esta escena si tenemos en mente la configuración del recinto del Templo. Hay dos palabras para *templo* íntimamente relacionadas en el Nuevo Testamento. La primera es *hierón*, que quiere decir *el recinto sagrado*. Esto incluía la totalidad del área del Templo, que cubría la cima del monte Sión y tenía una extensión de unos 30 acres. Estaba

rodeada de grandes murallas que variaban, a cada lado, de 400 a 300 metros de longitud. Había un amplio espacio exterior que se llamaba el *Atrio de los Gentiles*. Allí podía entrar cualquiera, fuera judío o gentil. En el límite interior del Atrio de los Gentiles había una pared baja con carteles que decían que si un gentil pasaba aquel punto tenía la pena de muerte. El siguiente atrio se llamaba el *Atrio de las Mujeres*. Se llamaba así porque ninguna mujer podía pasar más adelante a menos que viniera a ofrecer sacrificio. El siguiente era el *Atrio de los Israelitas*. En él se reunía la congregación en las grandes ocasiones, y desde él se entregaban las ofrendas a los sacerdotes. El atrio más interior era el *Atrio de los Sacerdotes*.

La otra palabra importante es *naós*, que quiere decir *el Templo propiamente dicho*, y que estaba en el Atrio de los Sacerdotes. Toda la zona, incluyendo todos los diferentes atrios, era el recinto sagrado (*hierón*). El edificio especial que estaba dentro del Atrio de los Sacerdotes era el Templo (*naós*). Este incidente tuvo lugar en el Atrio de los Gentiles. Poco a poco el Atrio de los Gentiles se había ido secularizando totalmente. Se había diseñado para ser un lugar de oración y de preparación; pero tenía en tiempos de Jesús un ambiente comercializado de compra-venta que hacía imposibles la oración y la meditación. Lo que ponía las cosas todavía peor era que el negocio que se practicaba allí era una vergonzosa explotación de los peregrinos.

Cada judío tenía que pagar un impuesto al templo de medio siclo al año. Eso suponía unas 12 pesetas. No parece mucho, pero hay que tener en cuenta que el salario medio diario de un obrero era 7 pesetas. Ese impuesto tenía que pagarse en una clase especial de moneda. Para los propósitos normales, la moneda griega, romana, siria, fenicia, tina eran todas igualmente válidas; pero este impuesto tenía que pagarse en siclos del santuario. Se pagaba hacia el tiempo de la Pascua. Venían judíos de todas las partes del mundo para la Pascua, y con toda clase de monedas. Cuando iban a cambiar su dinero, tenían que pagar un impuesto de 2 pesetas, y tenían que tener la cantidad exacta para el impuesto, porque si había que devolverles algo tenían que pagar otras 2 pesetas para que se les diera el cambio. Casi todos los peregrinos tenían que pagar ese extra de 4 pesetas antes de pagar su impuesto. Debemos recordar que eso suponía la mitad del salario de un día, lo que era una cantidad de dinero considerable para la mayoría.

Las palomas se incluían ampliamente en el sistema sacrificial (*Levítico 12:8; 14:22; 15:14*). Un animal para el sacrificio tenía que ser sin defecto. Las palomas se podían comprar bastante baratas fuera del Templo; pero los inspectores de los sacrificios era seguro que les encontrarían algún defecto; así es que se aconsejaba a los adoradores que las compraran en los puestos del templo. Las palomas costaban fuera 7 pesetas la pareja, y dentro nada menos que 150 pesetas. De nuevo se trataba de un abuso; y lo que lo hacía aún más flagrante era que este negocio de compra-venta pertenecía a la familia de Anás, que había sido sumo sacerdote.

Los mismos judíos eran plenamente conscientes de este abuso. El *Talmud* nos dice que Rabí Simón ben Gamaliel, al enterarse de que una pareja de palomas costaba dentro del Templo una moneda de oro, insistió en que el precio se redujera a una moneda de plata. Fue el hecho que explotaran a los pobres y humildes peregrinos lo que provocó la ardiente indignación de Jesús. El gran investigador Lagrange, que conocía tan bien el Oriente, nos dice que la misma situación se daba todavía en su tiempo en La Meca. El peregrino que busca la divina presencia se encuentra en medio de un gentío ruidoso donde la única finalidad de los vendedores es cobrar el precio más alto posible, y donde los peregrinos discuten y se defienden con igual fiereza.

Jesús usó una metáfora gráfica para describir el atrio del Templo. La carretera de Jerusalén a Jericó era famosa por sus bandoleros. Era una carretera estrecha y sinuosa que pasaba entre desfiladeros rocosos. Entre las rocas había cuevas en las que los bandidos acechaban, y Jesús dijo: «Hay bandidos

peores en **los atrios del Templo que los de** las cuevas de la carretera de Jericó.>

El versículo 16 contiene la extraña afirmación de que Jesús no permitía que nadie llevara una bolsa por los atrios del Templo. De hecho el atrio del Templo se usaba como un atajo para ir de la parte oriental de la ciudad al monte de los Olivos. La misma *Misná* establece: «Una persona no puede entrar en el recinto del templo con bastón, o sandalias, o bolsa, ni con polvo en sus pies, *ni lo puede usar como un atajo.* > Jesús estaba recordándoles a los judíos sus propias leyes. En Su tiempo los judíos respetaban tan poco la santidad de los atrios exteriores del Templo que los usaban como lugar de paso para sus recados y negocios. Fue a las propias leyes de los judíos a las que Jesús quería dirigir la atención de ellos, y fueron sus propios profetas los que les citó (*Isaías 53:7 y Jeremías 7: 11*).

¿Qué suscitó hasta tal punto la ira de Jesús?

(i) Se indignó con la explotación de los peregrinos. Las autoridades del Templo estaban tratándolos, no como adoradores, ni siquiera como seres humanos, sino como objetos que se podían explotar para sus propios fines. La explotación del hombre por el hombre siempre provoca la ira de Dios, y más aún cuando se hace so capa de religiosidad.

(ii) Estaba indignado con la profanación del santuario de Dios. La gente había perdido el sentido de la presencia de Dios en la casa de Dios. Al comercializar lo sagrado estaban profanándolo.

(iii) ¿Es posible que Jesús tuviera un motivo más profundo para Su indignación? Citó *Isaías 56:7*: «Mi casa será llamada casa de oración *para todos los pueblos.* » Sin embargo, en el Templo que se consideraba supremamente la misma casa de Dios había una pared que impedía la entrada a los gentiles bajo pena de muerte. Bien puede ser que Jesús fuera movido a indignación por el exclusivismo del culto judío, y que quisiera recordarles a los judíos que Dios no los amaba sólo a ellos, sino a todo *el mundo.*

LAS LEYES DE LA ORACIÓN

Marcos 11:22-26

Jesús les contestó:

-Tened confianza en Dios. Os digo la verdad: El que le diga a esta montaña: «Levántate y arrójate al mar, » sin albergar ninguna duda en su corazón, sino creyendo que lo que dice sucederá, se le cumplirá. Así que Yo os digo: Dad por recibido todo lo que pidáis en oración, y se os cumplirá. Siempre que os pongáis a orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadlo, para que vuestro Padre que está en el Cielo os perdone vuestros fallos.

Ahora volvemos a los dichos de Jesús que Marcos incluye en la historia de la maldición de la higuera. Ya hemos notado más de una vez que algunos dichos de Jesús se quedaron indeleblemente grabados en la memoria de los oyentes, pero se olvidó la ocasión en que los había dicho. Este es uno de ellos. El dicho acerca de la fe que puede mover montañas aparece también en *Mateo 17:20* y en *Lucas 17:6*, y en cada uno de los evangelios aparece en un contexto totalmente diferente. La razón es que Jesús probablemente lo dijo más de una vez, y el contexto original se olvidó a menudo. El dicho acerca de la necesidad de perdonar a nuestros semejantes se encuentra en *Mateo 6:12 y 14*, otra vez en un contexto totalmente diferente. Debemos considerar estos dichos independientemente del incidente particular en que se incluyen, como reglas generales que Jesús estableció repetidamente.

Este pasaje nos da tres reglas acerca de la oración.

(i) Debe ser una oración de fe. La frase acerca de trasladar montañas era una frase judía bastante corriente. Se aplicaba especialmente a *suprimir, o superar, dificultades.* Se usaba especialmente en referencia a los maestros sabios. Un buen maestro que pudiera eliminar las dificultades con que se enfrentaba la mente de sus estudiantes se llamaba *un eliminador*

de montañas. Uno que oyó enseñar a un famoso rabino dijo que < vio a Resh Lajish como si estuviera quitando montañas de en medio.> Así que la frase quiere decir que, si tenemos verdadera fe, la oración es un poder que puede resolver cualquier problema, y capacitarnos para enfrentarnos con cualquier dificultad y vencerla. Eso parece muy sencillo, pero conlleva dos cosas.

La primera, implica que debemos estar dispuestos a llevarle a Dios nuestros problemas y dificultades. Esa es ya en sí una prueba muy real, porque algunas veces nuestros problemas consisten en que queremos obtener algo que no deberíamos ni desear, o que queremos encontrar la manera de hacer algo que no deberíamos ni pensar en hacer, que queremos justificarnos por hacer algo a lo que no deberíamos dedicar nuestro esfuerzo ni pensamiento. Uno de las grandes pruebas de cualquier problema es sencillamente decir: «¿Puedo realmente llevárselo a Dios, y pedirle Su ayuda?» Lo segundo, implica que debemos estar dispuestos a aceptar la dirección de Dios cuando Él nos la ofrezca. Es la cosa más corriente del mundo el pedir consejo cuando todo lo que uno quiere realmente es que se le dé la aprobación a alguna opción que ya está decidido a llevar a cabo. Es inútil ir a Dios para pedir Su dirección a menos que estemos dispuestos a ser lo bastante obedientes como para aceptarla. Pero si Le

llevamos a Dios nuestros problemas y somos lo bastante humildes y valientes como para aceptar Su dirección, se nos da el poder que puede conquistar las dificultades de pensamiento y de ejecución.

(ii) Debe ser una oración expectante. Es un hecho universal que cualquier cosa que se emprende en un espíritu de expectación confiada tiene más de doble posibilidades de éxito. El enfermo que va al médico y no tiene ninguna confianza en el tratamiento que le prescribe tiene muchas menos posibilidades de ponerse bien que el que tiene confianza en que el médico le puede curar. Cuando oramos, no debemos hacerlo meramente por rutina. No debe ser nunca nuestra oración un rito sin esperanza.

James Bums cita una escena del libro de Leonard Merrick *Conrad in quest of his youth - Conrad ala busca de su juventud*: «¿Crees tú que las oraciones se contestan alguna vez? -preguntó Conrad-. He mandado para arriba muchas toda mi vida, y siempre he hecho un esfuerzo por convencerme de que alguna oración se me había contestado antes. Pero lo sabía muy bien. Sabía en lo más íntimo que ninguna había sido contestada. Cosas que yo quería me vinieron; pero, lo digo con toda reverencia, demasiado tarde. ...» El señor Inquetson se pasó la fina mano por las cejas. «Una vez -empezó en tono confidente- iba yo, paseando con un amigo por la calle Grosvenor. Era por el tiempo de primavera, cuando les da a los inquilinos por darle una capa de pintura a sus casas, y llegamos a una escalera que estaba apoyada contra una casa que estaban pintando. Al pasar por el lado de fuera de la escalera, mi amigo se descubrió, y le hizo un gesto de saludo. Conocerás esa superstición. Él era un graduado, hombre de cultura por encima de lo normal. Yo le dije: "¿Pero es que tú crees en esa tontería?" Él dijo: "N-no, no es que lo crea; pero nunca doy nada por sentado."» De pronto, el tono del vicario cambió, y se hizo solemne, inquietante y devoto: «Creo, señor, que la mayor parte de la gente aplica al orar el principio de mi amigo: No creen en la oración, pero no descartan la posibilidad de que funcione alguna vez.»

Hay mucha verdad en esto. Para muchas personas la oración es, o un rito piadoso, o una esperanza desesperada. Pero debería ser una cuestión de ardiente expectación. Puede que nuestro problema sea que lo que queremos de Dios sea *nuestra* respuesta, y no reconocemos Su respuesta cuando llega.

(iii) Debe ser una oración de amor. La oración de un amargado no puede atravesar el muro de su propia amargura. ¿Por qué? Si hemos de hablar con Dios, tiene que haber algún contacto entre nosotros y Él. No puede haber ninguna intimidad entre dos personas que no tienen nada en común. El principio fundamental de Dios es el amor, porque Dios *es* amor. Si el principio determinante del corazón de una persona

es la amargura, levanta una barrera entre sí y Dios. Para que la oración de tal persona sea contestada tendrá que pedirle a Dios que le limpie el corazón de ese espíritu de amargura, y le infunda el espíritu del amor. Entonces podrá hablar con Dios, y Dios podrá contestarle.

PREGUNTA ASTUTA Y RESPUESTA IMPACTANTE

Marcos 11:27-33

Una vez más llegaron a Jerusalén; y, cuando Jesús iba andando por el Templo, los principales sacerdotes y los maestros de la Ley y los ancianos se dirigieron a Él y Le preguntaron:

- ¿Con qué clase de autoridad haces Tú estas cosas? O ¿quién Te autorizó para hacer estas cosas?

- Yo también os plantearé una cuestión -les contestó Jesús-; y, si me la resolvéis, os diré con qué clase de autoridad hago estas cosas: ¿Era el bautismo de Juan cosa del Cielo o cosa de hombres? ¡Contestadme!

Ellos se pusieron a discutir el asunto entre sí.

-Si decimos: «Del Cielo,» Él dirá: «Entonces, ¿por qué no le creísteis?» Pero, ¿qué si decimos: «De los hombres?»

-Porque le tenían miedo a la gente, porque todos creían sinceramente que Juan era un profeta. Así es que Le contestaron a Jesús:

-Pues no lo sabemos.

Y entonces Jesús les dijo también a ellos:

-Pues tampoco Yo os digo con qué clase de autoridad hago estas cosas.

En el recinto del Templo había dos claustros famosos, uno hacia el Este y otro al lado Sur del Atrio de los Gentiles. El del Este se llamaba el Pórtico de Salomón. Era una arcada impresionante hecha de columnas corintias de 10 metros de altura. El del Sur era todavía más espléndido. Se llamaba el Claustro Real. Estaba formado por cuatro hileras de columnas de mármol blanco, cada una de las cuales tenía dos metros de diámetro y ocho metros de altura. Había 162 columnas. Era corriente que los rabinos y los maestros se pasearan por estos atrios enseñando al mismo tiempo. Casi todas las grandes ciudades de los tiempos antiguos tenían estos claustros. Protegían del sol y del viento y la lluvia, y de hecho era en estos lugares donde se enseñaba la mayor parte de las ideas religiosas y filosóficas. Una

de las escuelas de pensamiento más famosas de la antigüedad fue la de los estoicos. Recibieron su nombre del hecho de que Zenón, su fundador, enseñaba mientras se paseaba por el *Stoá Poikilé, el Pórtico Pintado*, de Atenas. La palabra *stoá* quiere decir *pórtico o arcada*, y los estoicos eran la escuela del Porche. Fue en estos claustros del Templo donde Jesús estuvo paseando y enseñando.

Se dirigió a Él una diputación de principales sacerdotes y maestros de la Ley, es decir, escribas, rabinos y ancianos. Eran en realidad una delegación del Sanedrín, que estaba formado por estos tres grupos. Le dirigieron a Jesús una pregunta muy natural. El que una persona privada, por su cuenta, limpiara el Atrio de los Gentiles de sus comerciantes oficiales y habituales era algo alucinante. Así es que Le preguntaron a Jesús: «¿Con qué clase de autoridad actúas de esa manera?»

Esperaban colocar a Jesús en un dilema. Si contestaba que estaba actuando bajo Su propia autoridad podrían muy bien arrestarle por actuar como un megalómano antes de que les pusiera en más aprietos. Si decía que estaba actuando bajo la autoridad de Dios, podrían muy bien arrestarle por un obvio delito de blasfemia sobre la base de que Dios nunca le daría a ninguna persona autoridad para crear un disturbio en los atrios de Su propia Casa. Jesús vio con toda claridad el dilema en que trataban de envolverle, y Su respuesta los colocó a ellos en un dilema que era todavía peor. Dijo que les respondería con la condición de que ellos Le contestaran a una pregunta:

«¿Fue la obra de Juan el Bautista, en vuestra opinión, humana o divina?»

Esto los colocaba literalmente entre la espada y la pared. Si decían que era divina, sabían que Jesús les preguntaría por qué entonces se opusieron a ella. Peor todavía: Si decían que era divina, Jesús les podía contestar que Juan Le había señalado a Él de hecho, y que por tanto Él tenía una acreditación divina, y no necesitaba más autoridad. Si estos miembros del Sanedrín estaban de acuerdo en que la obra de Juan era divina, se verían obligados a aceptar a Jesús como el Mesías. Por el contrario, si decían que la obra de Juan había sido meramente humana, cuando Juan tenía la distinción adicional de ser un mártir, sabían perfectamente que la audiencia provocaría un motín. Así es que se vieron obligados a decir cobarde y débilmente que no lo sabían; y por tanto Jesús Se les evadió de la obligación de darle ninguna respuesta a su pregunta.

Toda la escena es un ejemplo gráfico de lo que les sucede a las personas que se niegan a enfrentarse con la verdad. Tienen que retorcerse y dar vueltas y acabar por enredarse en una situación en la que están tan desesperadamente involucrados que no tienen nada que decir. La persona que encara la verdad puede que pase la humillación de decir que estaba equivocada, o el peligro de mantenerla; pero, por lo menos, tiene un futuro firme y luminoso. El que se niega a enfrentarse con la verdad no tiene más perspectiva que la de involucrarse más y más en una situación que le incapacita e imposibilita.

RECHAZO Y RETRIBUCIÓN

Marcos 12:1-12

Jesús empezó de nuevo a hablarles por parábolas: - Un hombre plantó una viña; la rodeó con una valla; cavó el lagar, y construyó una torre. Luego se la arrendó a unos campesinos, y se marchó al extranjero.

A su debido tiempo les envió a los arrendatarios a un siervo suyo para que le dieran su parte del producto de la viña; pero ellos se apoderaron de él, y le apalearon, y le enviaron de vuelta con las manos vacías. De nuevo les mandó a otro siervo, al que hirieron en la cabeza y trataron vergonzosamente. Todavía les mandó a un tercero, y ellos le mataron. Y así trataron a muchos otros, apaleando a algunos y matando a otros. Aún le quedaba una persona a quien podía mandar: su querido hijo. Por último se les mandó, diciéndose: «Respetarán a mi hijo.» Pero aquellos campesinos se dijeron: «Este es el heredero. ¡Vamos a matarle, y así nos quedaremos con la heredad!» Así es que se apoderaron de él, y le mataron, y le arrojaron fuera de la viña. ¿Qué creéis que hará el dueño de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y les confiará a otros la viña. ¿Es que no habéis leído el pasaje de la Escritura que dice: «La piedra que desecharon los edificadores ha llegado a ser la piedra angular. Esto procede de Dios, y es algo maravilloso a nuestros ojos?»

Ellos trataron de encontrar la manera de apoderarse de Jesús, porque le tenían miedo a la multitud porque se daban perfecta cuenta de que Él había dicho esta parábola refiriéndose a ellos. Así es que Le dejaron en paz y se marcharon.

Ya hemos dicho que no se debe entender una parábola como si fuera una alegoría, buscándole el sentido a cada detalle. Originalmente las parábolas de Jesús no eran para ser leídas, sino habladas, y su significado era el que aparecía evidente cuando se oía por primera vez. Pero, hasta cierto punto, esta parábola es una excepción. Es una especie de ejemplar literario híbrido, un cruce entre alegoría y parábola. No todos los detalles contienen un significado, pero sí más de lo corriente en parábolas. Y esto es debido a que Jesús estaba hablando en imágenes que eran parte integrante del pensamiento y de la imaginación de los judíos.

*El propietario de la viña es Dios. La viña misma es el pueblo de Israel. Esta era una figura que les resultaba a los judíos perfectamente familiar. En el Antiguo Testamento la vemos claramente empleada en *Isaías 5:1-7*, un pasaje del que se toman algunos de los detalles y el lenguaje en este pasaje. A esta viña se la equipó con todos los detalles deseables. Tenía una pared*

que marcaba sus límites, que les impedía el paso a los ladrones y la defendía de los asaltos de los jabalíes. Tenía un lagar. En algunas viñas había lagares en los que se pisaba la uva. Por debajo del lagar estaba la tinaja adonde iba a parar el zumo extraído. Había una torre, en la que se guardaba el vino, los labradores tenían su refugio y se vigilaba desde allí para que no entraran ladrones en el tiempo de la cosecha. *Los labradores* representan a los *gobernantes de Israel* a lo largo de toda la historia de la nación. *Los siervos* a quienes el propietario enviaba representan a los *profetas*. *Siervo o esclavo* del Señor era un título muy conocido. Así se llamaba a Moisés (*Josué 14:7*), y a David (*2 Samuel 3:18*). Este título aparece con frecuencia en los libros de los profetas (*Amós 3:7; Jeremías 7: 25; Zacarías 1: 6*). *EL hijo* es *Jesús mismo*. Aun en aquel momento, la audiencia habría hecho estas identificaciones, porque los pensamientos y las imágenes les eran todos totalmente familiares.

La historia misma era lo que bien podría suceder en Palestina en tiempos de Jesús. El país tenía mucha inquietud laboral, y muchos propietarios estaban ausentes de sus fincas. El propietario de la viña podía ser un judío que hubiera encontrado una tierra más cómoda y segura que Palestina, o un romano que considerara la viña una buena inversión para su dinero. Si el propietario cumplía la Ley, la primera vez que se recolectara la cosecha sería cinco años después de plantar la viña (*Levítico 19:23-25*). En tal caso la renta se pagaba en especie. Podía ser un porcentaje concertado de la cosecha, o una cantidad fija independientemente de lo que se recogiera. La historia no es improbable de ninguna manera, sucedía algunas veces.

La parábola está tan llena de verdades que no podemos hacer casi nada más que enumerarlas.

Nos dice ciertas cosas acerca de Dios.

(i) Nos habla de *la generosidad* de Dios. La viña estaba equipada con todo lo necesario para que el trabajo de los labradores fuera fácil y productivo. Dios es generoso en la vida y en el mundo que da a las personas.

(ii) Nos habla de *la confianza* de Dios. El propietario se marchó, y dejó que los labradores llevaran la viña a su manera: Dios confía en nosotros lo suficiente como para darnos libertad para que vivamos la vida como queramos. Como ha dicho alguien: «Lo maravilloso de Dios es que Él nos deje hacer tantas cosas por nosotros mismos.»

(iii) Nos habla de *la paciencia* de Dios. No una vez o dos, sino muchas veces, el dueño les dio a los labradores la oportunidad de pagarle lo que le debían. Los trató con una paciencia que no merecían.

(iv) Nos habla del triunfo definitivo de *la justicia* de Dios. Las personas puede que se aprovechen de la paciencia de Dios; pero al final habrá de venir el juicio y la justicia. Dios puede que soporte mucho tiempo la desobediencia y la rebeldía, pero acabará por actuar al fin.

Esta parábola nos dice algo acerca de Jesús.

(i) Nos dice que Jesús Se consideraba a Sí mismo, *no como un siervo, sino como el Hijo*. Intencionadamente Se separa de la sucesión de los profetas, que eran siervos, mientras que Él era el Hijo. En Él había hablado Dios Su última y definitiva Palabra. Esta parábola era un desafío intencionado a las autoridades judías, porque contiene la presentación inconfundible de Jesús como Mesías.

(ii) Nos dice que *Jesús sabía que había de morir*. La Cruz no se fue para Él ninguna sorpresa. Sabía que el camino que había escogido no podía conducir a otro final. Con supremo coraje, aunque sabía adónde iba, sin embargo prosiguió adelante.

(iii) Nos dice que *Jesús estaba seguro de Su triunfo final*. Él sabía también que había de ser maltratado y muerto, pero también sabía que aquello no sería el fin, y que después del rechazo vendría la gloria.

Esta parábola nos dice algo acerca del hombre.

(i) No podía haber nada más que una razón para que los labradores pensaran que podían matar al hijo y entrar en posesión de la viña. Deben de haber pensado que el propietario estaba demasiado lejos para intervenir, o que estaba muerto, y por tanto no tenían que tenerle en cuenta. Muchos hay que siguen pensando que pueden actuar contra Dios y salirse con la suya. Pero Dios está totalmente vivo. Muchos tratan de negociar con su propia libertad y con la paciencia de Dios, pero llega el día de rendir cuentas.

(ii) Si uno se desmarca de sus privilegios y responsabilidades, pasarán a otra persona. La parábola contenía en germen lo que iba a suceder: el rechazo de los judíos y la transferencia de sus privilegios y responsabilidades a los gentiles.

La parábola se cierra con una cita del Antiguo Testamento que fue muy querida para la Iglesia Primitiva, acerca de la Piedra que fue rechazada; procede del *Salmo 118:22s*. La Piedra desechada había llegado a ser la piedra que ensamblaba las esquinas del edificio, la clave del arco, la piedra más importante de todas. Este pasaje fascinaba a los autores cristianos primitivos. Se cita o alude en *Hechos 4: 11; 1 Pedro 2: 4, 7; Romanos 9:32s; Efesios 2:20*. En su origen, aun en el mismo salmo, se refería al pueblo de Israel. Las grandes naciones que se tenían por los arquitectos de la estructura del mundo habían considerado al pueblo de Israel sin importancia ni honor; pero, como lo vio el salmista, la nación que se había considerado que no tenía ninguna importancia llegaría a ser algún día, en la economía de Dios, la nación más importante del mundo. Los escritores cristianos vieron en el sueño del salmista lo que se cumplió perfectamente en la muerte y la resurrección de Jesús.

EL CÉSAR Y DIOS

Seguidamente Le enviaron a Jesús a algunos de los fariseos y de los herodianos para que trataran de atraparle en Sus propias palabras. Se Le acercaron, y Le dijeron:

Maestro: Sabemos que eres genuino, y que no Te dejas influenciar por nadie, porque no haces discriminaciones; y que enseñas el camino de Dios con integridad. ¿Es correcto pagar tributo al César, o no? ¿Tenemos que pagarlo? ¿O no tenemos que pagarlo?

Jesús sabía muy bien que estaban representando un papel; y les dijo:

- ¿Por qué estáis intentando ponerme a prueba? Traedme un denario, y dejadme verlo.

Así es que Le trajeron uno. Y Él les dijo:

- ¿De quién es esta imagen, y la inscripción que hay alrededor?

Del César Le contestaron a Jesús; y Él les dijo:

- Pues dadle al César lo que le corresponde al César, y a Dios lo que Le corresponde a Dios.

Y ellos se quedaron totalmente alucinados.

Hay toda una historia detrás de esta astuta pregunta, y una historia bien amarga. Herodes el Grande había gobernado toda Palestina como un rey dependiente de Roma. Había sido leal a los romanos, y ellos le habían respetado, y le habían concedido una libertad considerable. Cuando murió en el año 4 a.C. había dividido el reino en tres partes. A Herodes Antipas le dio Galilea y Perea; a Herodes Felipe le dio el distrito inhóspito al Nordeste en torno a Traconítide, Iturea y Abilena; a Arquelao le dio el país del Sur, incluyendo Judea y Samaria.

Antipas y Felipe se acomodaron pronto, y gobernaron normalmente bien; pero Arquelao fue un completo fracaso. El resultado fue que el año 6 d.C. los romanos tuvieron que hacerse cargo directamente del gobierno. La situación era tan insatisfactoria que la parte Sur de Palestina ya no se pudo dejar como un reino tributario semi-independiente; tuvo que pasar a ser una provincia gobernada por un procurador.

Las provincias romanas se dividían en dos clases: las que eran pacíficas y no necesitaban tropas las gobernaba el senado por medio de procónsules; pero las que eran conflictivas y requerían tropas las gobernaba directamente el emperador mediante procuradores. El Sur de Palestina pertenecía naturalmente a la segunda categoría, y el tributo se le pagaba al emperador.

El primer acto del gobernador, Cirenio, fue hacer un censo del país a fin de preparar debidamente el cobro de los impuestos y la administración general. La sección más tranquila de la población lo aceptó como una necesidad inevitable; pero un cierto Judas el Gaulonita levantó oposición violenta. Rugió que «el tributo no era en nada mejor que la esclavitud.» Convocó al pueblo a revelarse, y dijo que Dios los ayudaría solamente si empleaban toda la violencia de que fueran capaces. Tomó como lema que «Para los judíos Dios era el único Rey.» Los romanos acabaron con Judas con su acostumbrada eficacia; pero su grito de guerra no se silenció nunca del todo: «¡No pagar el tributo a los romanos!», y se convirtió en el de los patriotas judíos más fanáticos.

Los tributos que se imponían corrientemente eran de tres clases.

(i) El impuesto sobre el terreno, que consistía en una décima parte de todo el grano, y una quinta del vino y de la fruta. Esto se pagaba parcialmente en especie, y parcialmente en dinero.

(ii) El impuesto sobre la renta, que se elevaba al uno por ciento de los ingresos de la persona.

(iii) El impuesto personal o de capitación, que se cobraba a todos los varones de 14 a 65 años y todas las mujeres de 12 a 65. Este impuesto personal era un *denarius*, aproximadamente 7 pesetas por cabeza. Era el impuesto que todos tenían que pagar simplemente por el privilegio de existir.

El enfoque de los fariseos y los herodianos era muy sutil. Empezaron con adulación. Esa adulación tenía por objeto conseguir dos cosas: disipar las sospechas que pudiera tener Jesús; y comprometerle a dar una respuesta para no perder totalmente Su reputación.

En vista de todas las circunstancias, la cuestión que Le plantearon a Jesús los fariseos y los herodianos era una obra maestra de astucia. Tienen que haber pensado que Le colocarían entre la espada y la pared con un dilema inescapable. Si decía que era legal pagar tributo, habría perdido para siempre Su influencia con el populacho, que Le consideraría un traidor y cobarde. Si decía que no era legal pagar tributo, podían delatarle a los romanos, que Le detendrían por revolucionario. Tienen que haber estado seguros de que Le estaban tendiendo una trampa a Jesús de la que no Se podría escapar.

Jesús les dijo: «Enseñadme un *denarius*.» Notamos de pasada que Jesús no tenía ni siquiera una moneda. Les preguntó de quién era la imagen que estaba grabada. Sería la de Tiberio, el emperador reinante. Todos los emperadores se llamaban césares. Alrededor de la imagen aparecería el título que declaraba que esta era su moneda: «De Tiberio César, el divino Augusto, hijo de Augusto.» Y, por el otro lado aparecería el título de «Pontifex Maximus», «Sumo sacerdote de la Nación Romana.»

Si queremos que este incidente nos resulte inteligible debemos comprender la opinión que se tenía en la antigüedad de la moneda. En cuanto a la acuñación de moneda, los pueblos antiguos tenían tres principios consecuentes.

(i) La acuñación de moneda era una señal de poder. Cuando uno conquistaba una nación, o se revelaba con éxito, lo primero que hacía era acuñar su propia moneda. Eso de por sí era la garantía definitiva de soberanía y poder.

(ii) En todos los momentos y lugares en que la moneda estuviera en curso, la autoridad del rey se mantenía firme. Los dominios de un rey se medían por el área en que su moneda era de curso oficial.

(iii) Como una moneda tenía la efigie del rey y su inscripción, se reconocía, por lo menos en algún sentido, que era su propiedad personal. La respuesta de Jesús fue por tanto: < Al usar la moneda de Tiberio, vosotros reconocéis de hecho su poder político en vuestra tierra. Aparte totalmente de eso, la moneda es suya, porque lleva su nombre. Al dársela en el tributo le dais lo que ya era suyo de todas maneras. Dádselo; pero recordad que hay una esfera de la vida que pertenece a Dios y no al César.»

Nunca jamás ha establecido nadie un principio más influyente. Mantenía Jesús al mismo tiempo el poder civil y el poder religioso. Rawlinson nos recuerda lo que el gran historiador Lord Acton dijo acerca de esto: < Esas palabras... daban al poder civil, bajo la protección de la conciencia, un carácter sagrado que no había tenido nunca y cuyos límites no se le habían reconocido nunca, y eran la repudiación del absolutismo y la inauguración de la libertad.» Pero, al mismo tiempo, estas palabras afirmaban los derechos del estado y la libertad de conciencia. Como decía Calderón:

Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

En general, el Nuevo Testamento establece tres grandes principios en cuanto a la relación del cristiano individual con el Estado.

(i) El Estado ha sido ordenado por Dios. Sin las leyes del Estado, la vida sería un caos. Las personas no pueden vivir juntas a menos que estén de acuerdo en obedecer las leyes de la vida en común. Sin el Estado hay muchos servicios que no se podrían disfrutar. Ninguna persona puede tener su provisión de agua, su propio sistema de alcantarillado y de transporte, su propia organización de seguridad social. El Estado es el origen de muchas de las cosas que hacen vivible la vida.

(ii) Ninguna persona puede aceptar todos los beneficios que le otorga el Estado sin aceptar sus responsabilidades. No cabe duda que el gobierno romano trajo al mundo antiguo una sensación de seguridad que no había tenido nunca antes. En su mayor parte, excepto en ciertas áreas especiales, los mares estaban limpios de piratas, y las carreteras de bandoleros; las guerras civiles habían cedido el paso a la paz, y las tiranías caprichosas a la justicia imparcial romana. Como escribió E. J. Goodspeed: < Fue la gloria del Imperio Romano el traer la paz a un mundo en conflicto. Bajo su autoridad, las regiones de Asia menor y del Oriente gozaron de tranquilidad y seguridad en una medida y por un tiempo desconocidos antes, y probablemente después. Esto era la *pax romana*. Los provincianos, bajo el gobierno de Roma, se encontraban en posición para llevar a cabo sus negocios, proveer para sus familias, mandar sus cartas y hacer sus viajes con seguridad gracias a la mano poderosa de Roma.» Sigue siendo verdad que ninguno puede recibir honradamente todos los beneficios que confiere el vivir en un Estado y sacudirse todas las responsabilidades de la ciudadanía.

(iii) Pero hay un límite. E. A. Abbott tiene un pensamiento sugestivo. La moneda tenía *la imagen* del César, y por consiguiente pertenecía al César. El ser humano tiene *la imagen* de Dios -Dios le creó a Su propia imagen (*Génesis 1:23s*); y por tanto pertenece a Dios. La conclusión inevitable es que, si el Estado se mantiene dentro de sus propios límites y hace sus propias demandas, el individuo debe darle su lealtad y servicio; pero en último análisis, tanto el Estado como el individuo pertenecen a Dios y, por tanto, si sus demandas están en conflicto, la lealtad a Dios ocupa el primer lugar. Pero sigue siendo verdad que, en todas las circunstancias normales, el Cristianismo debe hacer a cada uno mejor ciudadano que el que no es cristiano.

IDEA EQUIVOCADA DE LA VIDA FUTURA

Marcos 12:18-27

Después se le acercaron a Jesús unos saduceos, que es una denominación judía que dice que no hay tal cosa como resurrección de los muertos, y le presentaron el problema siguiente:

Maestro: Moisés nos escribió la Ley de que, si un hombre se muere dejando mujer pero no hijos, la Ley es que su hermano debe tomar a la viuda por mujer y suscitar descendencia a su hermano fallecido. Había una vez siete hermanos. El primero se casó, y murió sin dejar descendencia. El segundo se casó con la viuda, y murió sin dejar tampoco descendencia. El tercero, lo mismo. Y así los siete, ninguno de los cuales tuvo descendencia. Por último, la viuda también murió. En la Resurrección, ¿de cuál de ellos será esposa? Porque los siete la tuvieron por tal.

-La razón por la que estáis en un error -les contestó Jesús- es que no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios. Cuando las personas resucitan, no se casan ni ellos ni ellas, sino que son como los ángeles del Cielo. En cuanto a los muertos, y que es verdad que resucitan, ¿es que no habéis leído en el Libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, que Dios le dijo: < Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? >» Dios no es un dios de muertos, sino el Dios de los vivos. ¡Estáis sumidos en el error!

Esta es la única vez que aparecen los saduceos en el evangelio de Marcos, y su intervención les es totalmente característica. Los saduceos no eran una denominación mayoritaria en el judaísmo. Eran aristócratas, y ricos. Agrupaban a la mayor parte de los sacerdotes; solía ser un saduceo el que ocupaba el puesto de sumo sacerdote. En cuanto ricos y aristócratas, eran naturalmente **colaboracionistas, pues quería conservar sus comodidades y privilegios. Fue de entre ellos de donde salían los que estaban dispuestos a colaborar con los romanos en el gobierno del país.** Eran muy diferentes de los fariseos en varios aspectos. Primero, aceptaban sólo las Sagradas Escrituras, y concedían una importancia suprema al *Pentateuco*, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento. No aceptaban el conjunto de la ley oral y de la tradición, las reglas y normas que les eran tan queridas a los fariseos. No reconocían más autoridad que la Ley de Moisés. Segundo, no creían en la inmortalidad, ni espíritus ni ángeles. Decían que en los primeros libros de la Biblia no había ninguna evidencia de la inmortalidad, y por tanto no la aceptaban.

Así es que los saduceos se acercaron a Jesús con una pregunta clave para ellos, designada para poner en ridículo la fe en la Resurrección individual. La Ley judía incluía la institución de lo que se llamaba *el levirato*. Sus normas se establecen en *Deuteronomio 25:5-10*. Si había algunos hermanos que vivían juntos -esa condición la omitieron los saduceos en la cita de la Ley-, y si uno de ellos moría sin dejar descendencia, el siguiente hermano estaba obligado a casarse con la viuda para suscitar descendencia a su hermano. En teoría, esta situación se prolongaría mientras quedaran hermanos y no naciera ningún hijo. Cuando nacía uno, se consideraba que era la descendencia del *primer* marido.

Está claro que el propósito de esta ley era asegurar dos cosas: primera, la continuación del nombre de la familia; y segunda, que la propiedad siguiera perteneciendo a la familia. De hecho, aunque nos parezca muy extraño, había disposiciones semejantes en la ley griega. Si un padre griego tenía unas propiedades considerables, y no tenía nada más que una hija, ella, como era mujer, no podía heredar directamente; el heredero directo tendría que ser, o su marido o su hijo; pero si la hija estaba soltera, el padre podía dejarle su propiedad y su *hija* al que él escogiera. Ese, para heredar la propiedad, tenía que casarse con la heredera, aunque tuviera que divorciarse de la mujer que ya tuviera. Y, si en tales circunstancias un padre moría sin hacer testamento, el pariente más próximo podía reclamar a la hija heredera como su mujer. De nuevo nos encontramos con el mismo principio: todo el asunto estaba diseñado para mantener la familia y para retener dentro de ella la propiedad.

La cuestión que presentaron los saduceos, por tanto, era un caso exagerado, con una historia de *siete* hermanos, pero era un problema legal perfectamente posible entre los judíos.

La pregunta de los saduceos era sencillamente esta: Si, según la ley del levirato, una mujer había estado casada sucesivamente con siete hermanos, si hay tal cosa como la Resurrección, ¿de cuál de ellos sería esposa cuando llegara la Resurrección? Pensaban que haciendo esa pregunta dejaban totalmente en ridículo la idea de la Resurrección.

La respuesta de Jesús tenía dos caras.

La primera trata de lo que podríamos llamar *la manera o forma* de la Resurrección. Jesús establece que, cuando una persona resucita, ya no está sujeta a las antiguas leyes de la vida física. Los resucitados son como los ángeles; y las cosas naturales de esta vida, como el casarse, no tienen ninguna actualidad en el más allá. Jesús no estaba diciendo nada nuevo. En *Henoc*, la promesa es: «Tendréis un gran gozo, como los ángeles del Cielo.» En el *Apocalipsis de Baruc* se dice que los justos llegarán a ser «semejantes a los ángeles.» Y en los mismos escritos rabínicos se decía que en la vida venidera «no existe el comer ni el beber, el engendrar hijos, el regatear, los celos, el odio y las peleas; sino que los justos se sentarán con coronas en las cabezas, y estarán satisfechos con la gloria de Dios.» El punto de vista de Jesús era que la vida venidera no se podía concebir en los términos de esta vida presente.

Segunda, trata del *hecho* de la Resurrección. Aquí se enfrenta con los saduceos en su propio terreno. Ellos insistían en que en el Pentateuco, que era su única autoridad, no había ninguna prueba de la inmortalidad. Pues del Pentateuco saca Jesús Su prueba. En Éxodo 3:6, Dios Se llama «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.» Si Dios sigue siendo el Dios de estos patriarcas, esto quiere decir que deben de estar vivos, porque el Dios viviente tiene que ser el Dios de personas vivientes, y no de muertos. Y si los patriarcas están vivos, aunque murieron, eso prueba la Resurrección. En su propio terreno, y con un razonamiento al que ellos no podían poner pegas, Jesús derrotó a los saduceos.

Este pasaje puede que nos parezca que trata de un asunto remoto y peregrino. Es un razonamiento en términos que están totalmente fuera de la órbita de nuestra existencia. A pesar de eso, dos verdades eternamente válidas surgen de aquí.

(i) Los saduceos cometían el error de imaginarse el Cielo como es la Tierra. Eso es lo que muchos han hecho siempre. Los amerindios, que eran cazadores por naturaleza, concebían un Cielo que era un extenso y feliz campo de caza. Los vikingos, que eran guerreros por naturaleza, pensaban en una Valhalla donde podrían estar peleando todo el día, donde por

la noche resucitarían los muertos, y los heridos se curarían, y pasarían las tardes en banquetes, bebiendo vino de copas hechas con los cráneos de sus enemigos vencidos. Los mahometanos eran gentes del desierto, que vivían en circunstancias en las que los lujos eran desconocidos; concebían el Cielo como un lugar en el que los hombres podrían vivir una vida llena de todos los placeres sensuales y corporales. Los judíos odiaban el mar, y pensaban en el Cielo como un lugar en el que ya no existiría el mar. Todos los hombres descartaban el sufrimiento y el dolor, y concebían el Cielo como el lugar en el que las lágrimas serían enjugadas de todos *los ojos* y donde no habría más dolor.

Los hombres siempre han tendido a crear en su pensamiento un Cielo que les fuera bien. Algunas veces esa idea puede ser conmovedoramente hermosa; pero haríamos bien en recordar que Pablo tenía razón (1 *Corintios* 2:9) cuando tomó las palabras del profeta (*Isaías* 64:4) y las hizo suyas: « Lo que *ojo* no vio, ni oído oyó, ni concibió el corazón humano, es lo que Dios ha preparado para los que Le aman.» La vida de los

lugares celestiales será más plena y maravillosa que ninguna idea que nos podamos formar de ella con las imágenes de la Tierra.

(ii) A fin de cuentas Jesús basaba Su convicción de la Resurrección en el hecho de que la relación entre Dios y un hombre bueno es algo que nada puede romper. Dios era el amigo de Abraham, Isaac y Jacob cuando estaban vivos. Esa amistad no podía acabar con la muerte. «Dios -como decía Loisy- no puede dejar de ser el Dios de los que Le han servido y amado.» Como decía el salmista: « Yo estoy constantemente contigo. Me llevas de la mano derecha. Tú me guías con Tu consejo, y después me recibirás en gloria» (*Salmo* 93:23s). No podía concebir una relación con Dios que se rompiera nunca.

En una palabra: no hay más que una cosa que sea inmortal, y es el amor.

EL AMOR A DIOS Y AL PRÓJIMO

Marcos 12:28-34

Uno de los maestros de la Ley, que había estado escuchando la discusión, y que se dio cuenta de que Jesús les había contestado bien, se Le acercó y Le preguntó:

-¿Cuál es el primer mandamiento de todos?

Jesús le contestó:

-«No hay nada más que un Señor, y es el Señor tu Dios; y debes amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas. » Y este es el segundo: < Debes amar a tu prójimo como a ti mismo.» No hay ningún mandamiento que sea más importante que estos.

El maestro de la Ley Le dijo entonces a Jesús:

Maestro, no hay duda que has contestado muy bien, porque Dios no hay más que Uno, y no hay nadie que se Le pueda comparar, y el amarle con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como uno se ama a sí mismo es mejor que todos los holocaustos y sacrificios.

Entonces Jesús, viendo que Le había contestado sabiamente, le dijo:

-Tú no estás lejos del Reino de Dios.

Y a partir de entonces, nadie se atrevía a hacerle más preguntas.

A los maestros de la Ley no se les había perdido nada con los saduceos. La profesión de los escribas consistía en interpretar la Ley en todas sus muchas reglas y normas. A lo que se dedicaban los escribas era a conocer y aplicar la ley oral; mientras que, como ya hemos visto, los saduceos no aceptaban la ley oral en absoluto. El maestro de la Ley se alegraría sin duda de que los saduceos se retiraran con el rabo entre las piernas.

Este escriba vino a Jesús con una pregunta que se debatía a menudo en las escuelas rabínicas. En el judaísmo había una especie de doble tendencia. Estaba la tendencia a extender la Ley ilimitadamente en cientos y miles de reglas y normas; pero también existía la tendencia a tratar de reunir la Ley en una sola frase, una afirmación general que fuera el compendio de todo su mensaje. A Hillel le preguntó una vez un prosélito que le instruyera en toda la Ley mientras él se mantenía sobre un pie. La respuesta de Hillel fue: «Lo que aborreces para ti mismo, no se lo hagas a tu prójimo; esto es toda la Ley, y el resto no es más que comentario. Ve, y aprende.» Aquiba dijo después que Cristo: « "Ama a tu prójimo como a- ti mismo": este es el principio de la Ley más grande y más general.» Simón el Justo también dijo: « El mundo se sostiene sobre tres cosas: la Ley, el culto y las obras de amor.»

Shamay enseñó que Moisés había recibido 613 preceptos en el monte Siná, 365 según los días del año solar, más 248, según las generaciones de la humanidad. David redujo los 613 a 11 en *Salmo* 15:

Señor, ¿quién habitará en Tu tabernáculo?, ¿quién morará en Tu monte santo?

- 1.- El que anda en integridad
- 2.- y hace justicia;
- 3.- el que habla verdad en su corazón;
- 4.- el que no calumnia con su lengua
- 5.- ni hace mal a su prójimo
- 6.- ni admite reproche alguno contra su vecino;
- 7.- aquel a cuyos ojos el indigno es menospreciado,
- 8.- pero honra a los que temen al Señor;
- 9.- el que aun jurando en perjuicio propio, no por eso cambia;
- 10.- quien su dinero no dio a usura
- 11.- ni contra el inocente admitió soborno.

Isaías los redujo a 6 (*Isaías 33:15*):

- 1.- El que camina en justicia
- 2.- y habla lo recto,
- 3.- el que aborrece la ganancia de violencias,
- 4.- el que sacude sus manos para no recibir soborno,
- 5.- el que se tapa los oídos para no oír propuestas sanguinarias,
- 6.- el que cierra los ojos para no ver nada malo, este será el que habite en las alturas...

Miqueas redujo los 6 a 3 (*Miqueas 6:8*):

- Hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide el Señor de ti:
- 1.- Obrar con integridad,
 - 2.- amar la misericordia
 - 3.- y conducirte humildemente con tu Dios.

Y otra vez Isaías redujo los 3 a 2 (*Isaías 56:1*):

- 1.- Guardad el derecho
- 2.- y poned por obra la justicia.

Y finalmente Amós los redujo todos a uno (*Amós 5:4*):

Buscadme y viviréis.

Aquí se puede ver que el ingenio rabínico trataba de concentrar tanto como de extender la Ley. Había realmente dos escuelas de pensamiento. Algunos creían que había temas más ligeros y más graves en la Ley; que había grandes principios que era de suprema importancia captar. Como Agustín diría unos siglos después: «Ama a Dios, y haz lo que quieras.» Pero había otros que estaban totalmente en contra de esto, y que sostenían que todos los principios pequeños eran tan vinculantes como los grandes, y que tratar de distinguir entre sus relativas importancias era sumamente peligroso. El escriba que Le hizo a Jesús esta pregunta estaba interesado en algo que constituía un tema candente del pensamiento judío.

La respuesta de Jesús tomó dos grandes mandamientos, y los aunó.

(i) «Oye, Israel: no hay más Señor que el Señor nuestro Dios.» Esa sencilla frase es realmente el credo del judaísmo (*Deuteronomio 6:4*). Se usaba de tres maneras. Se la llama la *Shemá*. *Shemá* es el imperativo del verbo hebreo *shama'*, oír, y se llama así porque esa es la primera palabra de la frase, y en español *Oye Israel*.

(a) Era y es la frase inicial del culto de la sinagoga antiguamente y ahora. La *shemá* entera está tomada de *Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21; Números 15:37-41*. Es la confesión de que no hay más que un Dios, el fundamento del monoteísmo judío.

(b) Los tres pasajes de la *shemá* se escribían en las *filacterias* (*Mateo 23:5*), que eran tiras de piel que los devotos judíos se ponían en la frente y en la muñeca cuando hacían oración. Cuando oraban, les recordaba su credo. La razón para usar *las filacterias* se encontraba en *Deuteronomio 6: 8*.

(c) La *shemá* se guardaba en una cajita cilíndrica llamada *mezuzá*, que se fijaba, y se sigue fijando, a la puerta de todas las casas judías y de todas las habitaciones para recordarles a los judíos a Dios en sus entradas y salidas.

Cuando Jesús citó esta frase como el primer mandamiento, cualquier judío devoto habría estado de acuerdo con Él.

(ii) «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Es una cita de *Levítico 19:18*. Jesús hizo una cosa insólita con ella. En su contexto original se refiere al *correligionario judío*. No se pretendía que incluyera a los gentiles, a los que estaba permitido odiar. Pero Jesús citó este mandamiento sin restricciones ni fronteras. Tomó una ley antigua, y la colmó con un nuevo significado.

La cosa nueva que hizo Jesús fue aunar estos dos mandamientos. Ningún rabino lo había hecho nunca. Sólo hubo un intento de relacionarlos anteriormente. Alrededor del año 100 a.C. se compuso una serie de tratados *Los Testamentos de los Doce Patriarcas*, en los que el autor anónimo puso en las bocas de los patriarcas algunas enseñanzas muy preciosas. En *El Testamento de Isacar 5:2* leemos:

Ama al Señor y ama a tu prójimo, ten compasión de los pobres y de los débiles.

Y en el mismo testamento, 7:6, leemos:

Yo amaba al Señor, e igualmente a todos mis semejantes de todo corazón.

Y en *El Testamento de Dan 5:3* leemos:

Amad al Señor durante toda vuestra vida, y unos a otros con corazón sincero.

Pero ninguno, hasta Jesús, puso los dos mandamientos juntos y los aunó. La religión para Él era amar a Dios y amar a los hombres. Él habría dicho que la única manera de probar que se ama a Dios es amando a los hombres.

El escriba aceptó esto de buena gana, y añadió que tal amor era mejor que todos los sacrificios. En eso estaba en armonía con el pensamiento más elevado de su pueblo. Hacía mucho, mucho tiempo, Samuel había dicho: «¿Es que se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en que se obedezcan las palabras del Señor? Mejor es obedecerle que ofrecer sacrificios, y prestarle atención, que el sebo de los carneros» (*1 Samuel 15:22*). Y Oseas Le oyó decir a Dios: «Lo que Yo quiero es fidelidad, y no sacrificios» (*Oseas 6:6*).

Pero es siempre más fácil dejar que el ritual ocupe el lugar del amor. Siempre es más fácil dejar que el culto se convierta en un asunto de la iglesia en lugar de algo de toda la vida. El sacerdote y el levita podían pasar de largo al viajero herido porque estaban ansiosos por cumplir con el ritual del templo. Este escriba se había remontado por encima de sus contemporáneos, y por eso se encontró de acuerdo con Jesús.

Tiene que haber habido una mirada de amor en los ojos de Jesús, y también una mirada de invitación cuando le dijo al escriba: «Hasta aquí has llegado tú. ¿No quieres seguir adelante, y aceptar Mi manera de ver las cosas? Entonces llegarías a ser un verdadero ciudadano del Reino de Dios.»

EL HIJO DE DAVID

Marcos 12:35-37a'

Cuando Jesús estaba enseñando en el Templo dijo: - ¿Cómo pueden decir los maestros de la Ley que el Ungido de Dios es el Hijo de David? El mismo David, movido por el Espíritu Santo, dijo: « El Señor Le dijo a mi Señor: "Siéntate a Mi diestra hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies. "» El mismo David le llama Señor. Entonces, ¿cómo puede ser su hijo?

A nosotros nos resulta difícil entender este pasaje, porque usa pensamientos y razonamientos que nos son extraños; pero no les resultaría nada difícil a los que lo oyeron en el recinto del Templo de Jerusalén, porque estaban acostumbrados a esa manera de razonar y de usar las Escrituras.

Podemos empezar por notar algo que nos aclara el pasaje. La versión Reina Valera traduce el versículo 35: « ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?> En las partes más antiguas del Nuevo Testamento, *Cristo* no es un nombre propio, como ha llegado a ser hasta nuestro tiempo. De hecho, tiene el artículo definido delante en este pasaje, *el Cristo*. *Jristós*, *Mesías*, son las palabras griega y hebrea respectivamente que quieren decir *el Ungido*. La razón para el uso del título es que en los tiempos antiguos se coronaban los reyes ungiéndolos con aceite -y todavía se usa algo así en muchas ceremonias de coronación. *Jristós* y *Mesías* quieren decir los dos *el Rey Ungido por Dios*, el que había de venir de parte de Dios para salvar a Su pueblo. Así es que, cuando Jesús pregunta: « ¿Cómo pueden los escribas decir que el Cristo es hijo de David?> Jesús no se está refiriendo explícitamente a Sí mismo. Lo que está diciendo en realidad es: «¿Cómo pueden decir los escribas que el Rey Ungido por Dios Que ha de venir es hijo de David?>»

El razonamiento que presenta Jesús es el siguiente. Cita el *Salmo* 110:1 -«El Señor dice a mi Señor: "Siéntate a Mi diestra, hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies."» Los judíos de aquel tiempo suponían que todo el salmo había sido escrito por el rey David. También mantenían que este salmo se refería al Mesías que había de venir. En este versículo, David se refiere al Mesías venidero como *su Señor*. ¿Cómo es que, pregunta Jesús, David le aplica el título de *Señor*, si es su hijo?

¿Qué está tratando de enseñarnos aquí Jesús? De todos los títulos que se le aplicaban al Mesías, el más corriente era *Hijo de David*. En todas las épocas, los judíos habían esperado al gran Libertador que Dios les suscitaría de la dinastía de David. (*Isaías* 9:2-7; 11:1-9; *Jeremías* 23:5ss; 33:14-18; *Ezequiel* 34:23ss; 37:24; *Salmo* 89:20ss). Fue por ese título como se dirigieron a Jesús algunos, y especialmente las multitudes (*Marcos* 10: 47ss; *Mateo* 9:27; 12:23; 15:22; 21:9,15). Por todo el Nuevo Testamento aparece la convicción de que Jesús era de hecho el Hijo de David en el sentido de la descendencia natural (*Romanos* 1: 3; 2 *Timoteo* 2: 8; *Mateo* 1:1-17; *Lucas* 3:23-38). Las genealogías de Jesús que aparecen en los pasajes de Mateo y Lucas que ya hemos citado tienen el propósito de mostrar que Jesús era de hecho del linaje de David. Lo que Jesús está haciendo no es negar que el Mesías fuera hijo de David, ni que Él mismo lo fuera; sino que Él es el Hijo de David -¡y mucho más que eso! No solamente el Hijo de David, sino *el Señor de David*.

El problema era que el título Hijo de David se había entremezclado inseparablemente con la idea de un Mesías conquistador, con esperanzas y sueños y aspiraciones y ambiciones políticas y nacionalistas. Jesús estaba diciendo que el título *Hijo de David*, tal como se usaba popularmente, era una descripción totalmente inadecuada de Sí mismo. Él era *Señor*. La palabra *Señor* (en griego *Kyrios*) era la traducción regular del tetragrámton hebreo (Yavé, Jehová) en la traducción griega de las Sagradas Escrituras hebreas. Su uso hacía pensar a los creyentes judíos en Dios. Lo que Jesús estaba diciendo era que Él había venido, no para fundar un reino terrenal, sino *para traer a Dios a los hombres, y a los hombres a Dios*.

Jesús está haciendo aquí lo que siempre estaba tratando de hacer. Quitarles a los hombres de la cabeza la idea de un Mesías guerrero y conquistador que hubiera de fundar un imperio terrenal, y poner en su lugar en sus mentes la idea de un Mesías Que sería el Siervo de Dios y traería a los hombres el amor de Dios.

IDEA EQUIVOCADA DE LA RELIGIÓN

Marcos 12:37b-40

Toda la gente sencilla que había allí Le escuchaba deleitada. Y en Su enseñanza les decía:
-Cuidado con los maestros de la Ley, que se pirran por ir por ahí con ropajes solemnes, y les encantan los saludos en los mercados y los asientos delanteros en la sinagoga, y los sitios de más honor en las comidas; hombres que devoran las casas de las viudas, y que, ostentosamente, hacen oraciones interminables. Estos serán los que reciban una condenación más severa.

La primera frase de este pasaje, lo más probable es que vaya con lo que la sigue, y no con el pasaje anterior, como aparece en la Reina-Valera. Las divisiones en versículos del Nuevo Testamento las introdujo en primer lugar Stephanus en el siglo XVI. Se dice que las puso mientras iba cabalgando desde su casa a su imprenta. No son siempre las divisiones más convenientes ni mucho menos, y este parece ser uno de los cambios que se hacen necesarios. Es mucho más probable que la masa de gente Le escuchara con deleite una denuncia de los escribas que un argumento teológico. Hay algunas mentes para las que lo más divertido es que se metan con los de arriba.

En este pasaje Jesús hace una serie de acusaciones contra los escribas. Les gustaba andar por ahí con ropas solemnes. Un ropaje largo, que se mecía al andar, era una señal de dignidad. Era la clase de atuendo en que uno no podía ni correr ni trabajar, y era la señal del ocioso honorable. Puede ser que la frase tenga otro significado. Obedeciendo *Números* 15:38, los judíos usaban pompones en los bordes de sus túnicas exteriores, que tenían por objeto recordarles que pertenecían al pueblo de Dios. Posiblemente estos expertos legales llevaban borlas externas de un tamaño desmesurado (Cf. *Mateo* 23:5). En todo caso, les gustaba llamar la atención.

Les encantaban los saludos en el mercado. Les encantaba que los saludaran con respeto y admiración. El mismo título *rabbí* quiere decir «mi grande.» El que se dirigieran a ellos de esa manera satisfacía su vanidad.

Les encantaban los asientos delanteros de las sinagogas. En la sinagoga, **delante del** arca donde se guardaban los volúmenes sagrados, había un banco mirando a la congregación en el que se sentaban personas especialmente distinguidas. Tenía la ventaja de que ninguno de los que se sentaran allí pasaría inadvertido, sino que estaba bien a la vista de la admirada congregación.

Les encantaban los lugares más honorables en las fiestas. Los asientos en los banquetes se fijaban rigurosamente. El primer lugar estaba a la mano derecha del anfitrión; el segundo, a su izquierda, y así, alternativamente, a derecha y a izquierda alrededor de la mesa. Era muy fácil decir el honor en que se tenía al hombre por el lugar que ocupaba.

Devoraban las casa de las viudas. Esa era una acusación imponente. Josefo, que era fariseo, dice de algunos tiempos de intriga en la historia judía que «los fariseos se valoraban altamente por su habilidad extraordinaria en lo referente a la ley de sus antepasados, y hacían creer a la gente que ellos, los fariseos, eran especialmente apreciados por Dios,» y que «engatusaban» a

ciertas mujeres en sus maquinaciones y conjuras. La idea que hay detrás de esto parece ser que un maestro de la Ley no podía recibir ninguna paga por su enseñanza. Se suponía que tenía una profesión secular en la que se ganaba la vida. Pero estos expertos legales se las arreglaban para convencer a la gente de que no había obligación ni privilegio más altos que el mantener a un rabino cómodamente, y que de hecho tal sostenimiento les granjeaba un puesto más elevado en la academia celestial. Es un hecho lamentable que muchas veces se han aprovechado de las mujeres los charlatanes religiosos, y parecería que estos escribas y fariseos le' exigían a la gente sencilla que los mantuviera.

Las oraciones interminables de los escribas y fariseos eran célebres. Se ha dicho que las oraciones no se le ofrecían tanto a Dios como a la audiencia. Se hacían en lugares y maneras que nadie pudiera por menos de ver, constatando lo piadosos que eran los orantes.

Estas palabras, entre las más serias de todas las de Jesús, advierten de tres cosas.

(i) Advierten contra el deseo de la prominencia. Sigue siendo verdad que muchas personas aceptan un puesto en la iglesia porque creen que se lo han ganado, más bien que porque deseen prestar un servicio desinteresado a la casa y al servicio de Dios. Algunos puede que todavía consideren una posición en la iglesia como un privilegio más que como una responsabilidad.

(ii) Advierten contra el deseo de deferencia. A casi todo el mundo le gusta que se le trate con respeto. Y, sin embargo, uno de los hechos fundamentales del Cristianismo es que debería hacer que una persona pasara inadvertida más bien que admirada. Se cuenta una historia de un monje de la antigüedad, un santo varón al que enviaron como abad a un monasterio. Parecía una persona tan humilde que, cuando llegó, le mandaron a trabajar en la cocina como pinche, porque no le habían reconocido. Sin proferir ninguna palabra de protesta ni hacer el menor intento para que se le reconociera su posición, fue a fregar los cacharros y a hacer los trabajos más humildes. Fue solamente cuando llegó el obispo, considerablemente después, cuando el humilde monje pudo asumir su posición. El que se incorpora a un puesto por el respeto que se le tendrá empieza equivocadamente, y no puede, a menos que cambie, ser en ningún sentido, *el siervo* de Cristo y de sus semejantes.

(iii) Advierten contra el peligro de convertir la religión en un negocio. Todavía es posible usar las relaciones religiosas para aprovecharse y elevarse. Pero esta es una advertencia para todos los que están en la iglesia por lo que puedan sacar y no por lo que puedan aportar.

EL DON SUPREMO

Marcos 12:41-44

Cuando Jesús estaba sentado enfrente del lugar de las ofrendas, estaba fijándose en cómo echaba la gente el dinero en las bolsas, y en que muchos ricos echaban grandes sumas. Entonces llegó una viuda pobre que echó dos blancas, el equivalente de dos pesetas. Entonces Jesús llamó a Sus discípulos y les dijo:

-Os digo la pura verdad: Esta viuda pobre ha echado más que todos los demás. Porque todos los otros han echado sus aportaciones de lo que les sobraba, mientras que ella, de lo que le faltaba: ha echado todo lo que tenía para su sustento.

Entre el Atrio de los Gentiles y el Atrio de las Mujeres estaba la Puerta Hermosa. Bien puede ser que Jesús hubiera ido a sentarse allí tranquilamente después de la discusión y tensión del Atrio de los Gentiles y los claustros. En el Atrio de las Mujeres había trece bolsas de la colecta que se llamaban «las Trompetas», porque tenían esa forma. Cada una de ellas era para un fin especial; por ejemplo: para comprar grano o vino o aceite para los sacrificios. Eran para las aportaciones para los sacrificios diarios del templo. Muchas personas echaban contribuciones considerables. Y entonces llegó una viuda, que echó dos blancas. La moneda que se llamaba un *leptón*, que quiere decir literalmente *una fina*, era la más pequeña de todas las monedas, y valía 1/128 del denario, que era el jornal de un obrero, que hemos traducido por *peseta* por ser esta la moneda más pequeña en España actualmente. Y sin embargo Jesús dijo que su minúscula contribución era mayor que la de los otros, porque ellos habían echado de lo que tenían de sobra y podían prescindir con facilidad porque les quedaba suficiente para sus necesidades, y la viuda había echado todo lo que tenía para su sustento.

Aquí tenemos una lección sobre el dar:

(i) El verdadero dar debe ser sacrificial. La cantidad del don no importa nunca tanto como lo que le cuesta al dador; no el tamaño del don, sino el sacrificio. La verdadera generosidad da hasta que duele. Para muchos de nosotros la cuestión es si lo que damos para la obra del Señor llega alguna vez a suponernos algún sacrificio. Pocas personas se pasarán sin sus placeres para dar un poco más para la obra del Señor. Bien puede ser una señal de la decadencia de la iglesia y del fracaso de nuestro cristianismo el que las aportaciones se tienen que obtener fuera de la iglesia, y que a menudo los miembros no darán nada a menos que obtengan algo en compensación en la forma de entretenimiento o artículos. Es de temer que haya pocos entre nosotros que puedan leer esta historia sin llegar a avergonzarse.

(ii) El verdadero dar tiene algo de derroche. La mujer podría haberse guardado una moneda. No habría hecho mucha diferencia, pero habría sido algo. Sin embargo dio todo lo que tenía. Hay aquí una gran verdad simbólica. Lo trágico es que a menudo hay parte de nuestra vida,*y de nuestras actividades, y de nosotros mismos, que no Le entregamos a Cristo. Sea como sea, casi siempre nos las arreglamos para retener algo. Rara vez llegamos al sacrificio total y a la rendición total.

(iii) Lo extraño y precioso es que la persona que el Nuevo Testamento y Jesús transmiten a la Historia como modelo de generosidad fue una persona que dio dos pesetas. Podemos tener el sentimiento de que no disponemos de mucho en materia de dones materiales o personales que ofrecer a Cristo. Pero, si ponemos todo lo que tenemos y somos a Su disposición, Él puede hacer cosas con ello y con nosotros que no nos podemos imaginar.

LAS COSAS POR VENIR

Marcos 13 es uno de los capítulos del Nuevo Testamento más difíciles de entender para un lector moderno. Y eso, porque es uno de los capítulos más judíos de la Biblia: De principio a fin está pensado en términos de la historia y de las ideas judías. A lo largo de todo él, Jesús está usando categorías e imágenes que les eran muy familiares a los judíos de Su tiempo, pero que nos resultan muy extrañas, y hasta desconocidas, a los lectores de hoy. Aun así, no es posible relegar este capítulo, porque es la fuente de muchas ideas acerca de la Segunda Venida de Jesús. La dificultad de la doctrina de la Segunda Venida está en que hoy en día se está más propenso a dejar de tenerla en cuenta o a considerarla lo único importante, hasta tal punto que llega a ser la única doctrina cristiana para algunos. Puede que, si estudiamos este capítulo con algún cuidado, lleguemos a un punto de vista sano y correcto.

En primer lugar, echaremos una ojeada al trasfondo judío sobre el cual se ha de leer este capítulo. Después trataremos de hacer un análisis de los varios elementos que lo forman. Después lo estudiaremos sección por sección de nuestra manera habitual. Finalmente trataremos de extraerle las grandes verdades que tienen una validez permanente.

EL DÍA DEL SEÑOR

Todo este capítulo debe leerse con una cosa en mente. Una y otra vez tenemos que volver a este asunto, porque hay mucho del Nuevo Testamento que sería ininteligible si no se comprendiera debidamente. Los judíos nunca pusieron en duda que eran el pueblo escogido, ni tampoco que un día habrían de ocupar el lugar que les correspondía en el mundo como pueblo escogido, según ellos lo veían, merecían y habrían de tener por último. Hacía mucho tiempo que habían abandonado la idea de que, pudieran nunca ganar ese puesto por medios humanos,

y confiaban en que al final Dios intervendría directamente en la Historia y lo ganaría para ellos. El día de la intervención de Dios era *El Día del Señor*. Antes de ese día habría un tiempo de terror y adversidad en que el mundo sería sacudido hasta sus fundamentos, y vendría el juicio. Pero le seguiría el nuevo mundo y la nueva era y la nueva gloria.

En cierto sentido esta idea es el producto de un *optimismo* inconquistable. Los judíos estaban convencidos de que Dios había de intervenir. En otro sentido era el producto de un *pesimismo* sombrío, porque estaba basado en la idea de que este mundo era tan rematadamente malo que solamente de su total destrucción podría surgir un nuevo mundo. No esperaban una reforma, sino una re-creación de todo el panorama.

Veamos algunos de los pasajes del Antiguo Testamento acerca del Día del Señor. Amós lo describe con su estilo desenfadado característico (*Amós 5:16-20*):

Por tanto, esto ha dicho el Señor Dios de los Ejércitos: -En todas las plazas habrá llanto, y por todas las calles dirán: «¡Ay! ¡Ay!»; llamarán a duelo a los labradores, y a endecha a los que sepan endechar, y en todas las viñas habrá llanto; porque pasaré por en medio de ti -dice el Señor. ¡Ay de los que desean el Día del Señor! ¿Para qué queréis el tal Día del Señor? Será de tinieblas, y no de luz. Será como el que huye del león y se topa con el oso; o como el que, al entrar en casa, apoya la mano en la pared y le muerde una serpiente. ¿No será el Día del Señor tinieblas en vez de luz, oscuridad sin pizca de resplandor?

Isaías 13:6-16 es un pasaje aterrador acerca del Día del Señor:

¡Aullad, porque el Día del Señor está cerca! ¡Vendrá como devastación del Todopoderoso! ... ¡Mirad cómo viene el Día del Señor! Día terrible de indignación y ardor de ira, para convertir da Tierra en una desolación y raer de ella a sus pecadores. Porque las estrellas de los cielos y sus luceros dejarán de dar su luz, y el Sol se oscurecerá al nacer y la Luna no dará su resplandor ... Por tanto Yo haré estremecerse los cielos, y la Tierra se removerá de su lugar por la indignación del Señor de los Ejércitos en el día del ardor de Su ira...

El segundo y el tercer capítulos de *Joel* están llenos de descripciones aterradoras del Día del Señor:

¡Tocad la trompeta en Sión, y dad la alarma en Mi Santo Monte! ¡Tiemblen todos los que moran en la tierra, porque llega el Día del Señor, está cercano: día de tinieblas y oscuridad, día de nubarrón y de sombras! ... Haré prodigios en los cielos y en la Tierra, sangre y fuego y columnas de humo. ¡El Sol se convertirá en tinieblas y la Luna en sangre antes que venga el imponente y espantoso Día del Señor!

Una y otra vez nos salen al encuentro estos pasajes terribles en el Antiguo Testamento. El Día del Señor será repentino, demoledor, aterrador. La destrucción barrerá el mundo entero. Todo el curso de la naturaleza será desarraigado, y vendrá Dios, el Juez.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hubo un tiempo en que los judíos no tuvieron libertad. Por tanto, era sencillamente natural que sus esperanzas y sueños del Día del Señor se fueran haciendo cada vez más ideales. En ese tiempo surgió y creció una clase de literatura religiosa. Jesús la conocería perfectamente. Todos los judíos estarían familiarizados con su contenido. Los escritos de esta literatura se llaman *apocalipsis*, que quiere decir *revelación, descorrer el velo*. Estos libros eran sueños y visiones acerca de lo que sucedería cuando llegara el Día del Señor y en el terrible tiempo inmediatamente anterior. Seguían usando las figuras del Antiguo Testamento, suplementadas con nuevos detalles. Pero debe notarse que todos estos

libros eran sueños y visiones, intentos de describir lo indescriptible y de pintar lo impintable. Eran poesía, no prosa; visiones, no ciencia; sueños, no historia. Es difícil pensar que pretendieran ser considerados prosaicamente como mapas del futuro y horarios de los acontecimientos por venir.

Ya veremos que todos los detalles de este capítulo tienen paralelos en las visiones del Antiguo Testamento y de la literatura intertestamentaria. Jesús tomaba la lengua, las imágenes, los conceptos de la literatura apocalíptica, y los usaba para que la gente Le entendiera. Manejaba las únicas ideas que la gente conocía; pero Él sabía, tan bien como ellos, que esto no era nada más que poesía; porque nadie podía realmente decir lo que sucedería cuando Dios interviniera.

LOS DIFERENTES ESTRATOS

Además, en este capítulo había varios estratos de pensamiento. Los evangelistas tenían una manera peculiar de agrupar los dichos de Jesús sobre cada tema. Era una manera sensata de escribir, que era excelente para la enseñanza. Aquí Marcos, como si dijéramos, agrupa *los dichos de Jesús acerca del futuro*. Ahora bien, hasta una lectura de corrido, sin un conocimiento especial, muestra bien a las claras que, aunque todos estos dichos tratan del futuro, no todos tienen que ver con las mismas cosas. Hay de hecho en este capítulo *cinco* estratos diferentes.

(i) *Hay profecías acerca de la destrucción de Jerusalén*. Las tenemos en los versículos 1 y 2, y 14 al 20. Jesús previó el fin de la Santa Ciudad. Ya veremos que Jesús estaba en lo cierto. Jerusalén cayó en el año 70 d.C., el Templo fue destruido y sucedieron las cosas más terribles.

(ii) *Hay una advertencia acerca de la persecución por venir*. Eso lo tenemos en los versículos 9 al 13. Jesús previó que sus seguidores tendrían que pasar las más demoledoras y terribles experiencias, y se lo advirtió con anterioridad.

y raer de ella a sus pecadores. Porque las estrellas de los cielos y sus luceros dejarán de dar su luz, y el Sol se oscurecerá al nacer y la Luna no dará su resplandor ... Por tanto Yo haré estremecerse los cielos, y la Tierra se removerá de su lugar por la indignación del Señor de los Ejércitos en el día del ardor de Su ira...

El segundo y el tercer capítulos de *Joel* están llenos de descripciones aterradoras del Día del Señor:

¡Tocad la trompeta en Sión, y dad la alarma en Mi Santo Monte! ¡Tiemblen todos los que moran en la tierra, porque llega el Día del Señor, está cercano: día de tinieblas y oscuridad, día de nubarrón y de sombras! ... Haré prodigios en los cielos y en la Tierra, sangre y fuego y columnas de humo. ¡El Sol se convertirá en tinieblas y la Luna en sangre antes que venga el imponente y espantoso Día del Señor!

Una y otra vez nos salen al encuentro estos pasajes terribles en el Antiguo Testamento. El Día del Señor será repentino, demoledor, aterrador. La destrucción barrerá el mundo entero. Todo el curso de la naturaleza será desarraigado, y vendrá Dios, el Juez.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hubo un tiempo en que los judíos no tuvieron libertad. Por tanto, era sencillamente natural que sus esperanzas y sueños del Día del Señor se fueran haciendo cada vez más ideales. En ese tiempo surgió y creció una clase de literatura religiosa. Jesús la conocería perfectamente. Todos los judíos estarían familiarizados con su contenido. Los escritos de esta literatura se llaman *apocalipsis*, que quiere decir *revelación, descorrer el velo*. Estos libros eran sueños y visiones acerca de lo que sucedería cuando llegara el Día del Señor y en el terrible tiempo inmediatamente anterior. Seguían usando las figuras del Antiguo Testamento, suplementadas con nuevos detalles. Pero debe notarse que todos estos

libros eran sueños y visiones, intentos de describir lo indescriptible y de pintar lo impintable. Eran poesía, no prosa; visiones, no ciencia; sueños, no historia. Es difícil pensar que pretendieran ser considerados prosaicamente como mapas del futuro y horarios de los acontecimientos por venir.

Ya veremos que todos los detalles de este capítulo tienen paralelos en las visiones del Antiguo Testamento y de la literatura intertestamentaria. Jesús tomaba la lengua, las imágenes, los conceptos de la literatura apocalíptica, y los usaba para que la gente Le entendiera. Manejaba las únicas ideas que la gente conocía; pero Él sabía, tan bien como ellos, que esto no era nada más que poesía; porque nadie podía realmente decir lo que sucedería cuando Dios interviniera.

LOS DIFERENTES ESTRATOS

Además, en este capítulo había varios estratos de pensamiento. Los evangelistas tenían una manera peculiar de agrupar los dichos de Jesús sobre cada tema. Era una manera sensata de escribir, que era excelente para la enseñanza. Aquí Marcos, como si dijéramos, agrupa los *dichos de Jesús acerca del futuro*. Ahora bien, hasta una lectura de corrido, sin un conocimiento especial, muestra bien a las claras que, aunque todos estos dichos tratan del futuro, no todos tienen que ver con las mismas cosas. Hay de hecho en este capítulo *cinco* estratos diferentes.

(i) *Hay profecías acerca de la destrucción de Jerusalén*. Las tenemos en los versículos 1 y 2, y 14 al 20. Jesús previó el fin de la Santa Ciudad. Ya veremos que Jesús estaba en lo cierto. Jerusalén cayó en el año 70 d.C., el Templo fue destruido y sucedieron las cosas más terribles.

(ii) *Hay una advertencia acerca de la persecución por venir*. Eso lo tenemos en los versículos 9 al 13. Jesús previó que Sus seguidores tendrían que pasar las más demoledoras y terribles experiencias, y se lo advirtió con anterioridad.

(iii) *Hay advertencias acerca de los peligros de los últimos días*. Las tenemos en los versículos 3 a 6, y 21 y 22. Jesús vio con toda claridad que habría hombres que tergiversarían y adulterarían la fe cristiana. No podría por menos de ser así, porque las personas siempre están inclinadas a escuchar a sus propias mentes orgullosas más que a la voz de Dios. Jesús quería defender a los Suyos por adelantado de las herejías y mentiras que invadirían la Iglesia.

(iv) *Hay advertencias acerca de la Segunda Venida*. Ahora bien, estas advertencias están revestidas del lenguaje que se refiere al Día del Señor. Las tenemos en los versículos 7 y 8, y 24 a 27. Las descripciones del Día del Señor y de la Segunda Venida están inseparablemente entremezcladas. Tenía que ser así, porque nadie podría saber lo que sucedería en cada caso. Aquí tenemos que habérmolas con visiones y sueños. Las únicas figuras que Jesús podía usar acerca de Su Segunda Venida eran las que los profetas y apocalípticos habían usado acerca del Día del Señor. No se pretende que se tomen literalmente. Se presentan como cuadros impresionistas, como visiones alucinantes diseñadas para dar una impresión de la grandeza de ese acontecimiento que está por venir.

(v) *Hay advertencias acerca de la necesidad de mantenerse alerta*. Las tenemos en los versículos 28 a 37. Si vivimos a la sombra de la eternidad, ante la constante posibilidad de la intervención de Dios, con la perspectiva de la consumación, la Venida de Cristo; y si los tiempos y las sazones no Le son conocidos más que a Dios, es necesario estar siempre dispuestos. Este capítulo tendrá para nosotros mucho más sentido si recordamos estos varios estratos que lo componen, y recordamos que cada uno se desarrolla en un lenguaje y figuras que se remontan al Antiguo Testamento y a los poemas apocalípticos acerca del Día del Señor.

Como es así, estudiaremos el capítulo, no en el orden en que se nos presenta, sino tratando los varios pasajes que componen los diversos estratos.

LA CONDENACIÓN DE LA CIUDAD SANTA

Marcos 13:1 y 2

Cuando estaban saliendo del recinto del Templo, uno de Sus discípulos Le dijo a Jesús:

- ¡Fíjate, Maestro! ¡Qué piedras y qué edificios!

Jesús le contestó:

- ¿Veis este gran edificio? ¡No se dejará ni una piedra sobre otra, sino que todas serán abatidas!

Empezamos por las profecías de Jesús acerca del destino fatal de Jerusalén. El Templo que construyó Herodes era una de las maravillas del mundo. Se empezó a construir el 20-19 a.C., y en tiempos de Jesús no estaba todavía terminado del todo. Estaba en el monte Moria. En vez de allanar la cima del monte se formó una especie de amplia plataforma levantando muros de mampostería masiva para cerrar el área total. Sobre esos muros se colocó una plataforma sostenida por pilares que distribuían el peso de la superestructura. Josefo nos dice que algunas de estas piedras tenían 40 pies de

longitud por 12 de altura y 18 de anchura. Serían algunas de aquellas piedras las que movieron a los discípulos galileos a tal alucinación.

La entrada del Sureste era la más impresionante del Templo. Entre la ciudad y la colina del Templo estaba el valle Tiropeón, que salvaba un puente maravilloso. Cada arco tenía 41,5 pies y se usaron en su construcción piedras que medían 24 pies de longitud. El valle Tiropeón tenía no menos de 225 pies de profundidad. La anchura de la depresión que salvaba el puente era de 354 pies, y el puente mismo tenía 50 pies de ancho. El puente conducía directamente al Pórtico Real, que consistía en una doble fila de columnas corintias, todas de 37,5 pies de altura, y cada una constaba de un bloque macizo de mármol.

Josefo escribe acerca del mismo edificio del Templo, el Lugar Santo: «Ahora bien, la fachada exterior del Templo no carecía de nada que pudiera sorprender la mirada o el pensamiento de los que la contemplaran. Estaba cubierta totalmente de planchas de oro de gran peso; y al amanecer reflejaban un esplendor como de fuego, y obligaban a los que se atrevían a mirarlo a retirar la mirada, como si se tratara de los mismos rayos del Sol. Pero este Templo, aparecía a los extraños, cuando estaban todavía a cierta distancia, como una montaña nevada; porque, por lo que se refiere a las partes que no estaban cubiertas de oro, eran totalmente blancas... De sus piedras, algunas de 45 codos de longitud, 5 de altura y 6 de anchura.» (Un codo equivalía a 45 cm., y un pie a 30).

Fue todo este esplendor lo que impresionó a los discípulos. El Templo parecía el colmo del arte y del logro humano, y parecía tan extenso y sólido que habría de durar para siempre. Pero Jesús hizo la sorprendente afirmación de que llegaría un día cuando no quedara de él piedra sobre piedra. Al cabo de menos de cincuenta años Su profecía se cumplió trágicamente.

LA AGONÍA DE LA CIUDAD SANTA

Marcos 13:14-20

-Cuando veáis que la abominación de desolación se encuentra donde no debiera (que el que lea entienda), entonces, los que estén en Judea, que huyan a las montañas, que el que esté en la terraza no baje ni entre a recoger nada de su casa, y que el que esté trabajando en el campo no vuelva a recoger su túnica. ¡Ay de las que estén embarazadas o amamantando a sus bebés aquellos días! Pedidle a Dios que no suceda en tiempo de tormenta. Esos días serán de tal tribulación como no ha habido desde el principio del mundo que Dios creó hasta ahora, ni tampoco desde ahora. Si no fuera porque el Señor hubiera acortado los días, ningún ser viviente podría sobrevivir; pero, por causa de los escogidos que El ha elegido, Él acortó los días.

Jesús profetiza algo del horror extremado del asedio y la caída final de Jerusalén. Advierte que, cuando se descubran las primeras señales, deberán huir sin entretenerse ni siquiera para recoger su ropa o tratar de poner a salvo sus bienes. De hecho la gente hizo exactamente lo contrario: se apelotonaron en Jerusalén, y la muerte llegó de maneras que son casi demasiado terribles de imaginar. La frase *la abominación de desolación* tiene su origen en *Daniel 9:27; 11:31; 12:11*. Esta expresión hebrea quiere decir literalmente *la profanación que horroriza*. El origen de la frase estaba en relación con Antíoco. Ya hemos visto que trató de erradicar la religión judía e introducir la manera de vivir de los griegos. Profanó el Templo ofreciendo carne de cerdo en el gran altar e instalando burdeles públicos en los santos atrios. Justamente delante del mismo lugar santo puso una gran imagen del Zeus olímpico, y mandó a los judíos que la adoraran. En relación con aquello, el autor del 1 *Libro de los Macabeos* dice (1:54): < Ahora bien, el día 15 del mes de Kislev del año 145 instalaron la abominación de desolación sobre el altar y edificaron altares a los ídolos en todas las ciudades de Judá por todas partes.> La frase *la abominación de desolación, la profanación que horroriza*, describía originalmente la imagen pagana y todo lo que la acompañaba con lo que Antíoco profanó el Templo. Jesús profetizó que la misma clase de cosa iba a suceder otra vez. Estuvo muy cerca de ser así el año 40 d.C., cuando Calígula era el emperador romano. Era epiléptico y loco; pero se empeñó en que se le tratara como un dios. Se enteró de que el culto del Templo de Jerusalén no tenía ninguna imagen, y se propuso instalar su propia estatua en el lugar santo. Sus consejeros le suplicaron que no lo hiciera, porque sabían que, si lo hacía, se produciría una sangrienta guerra civil. Calígula estaba empecinado; pero afortunadamente murió el año 41 d.C. antes de poder llevar a cabo su plan de profanación.

¿Qué quiere decir Jesús cuando habla de *la abominación de desolación*? La gente esperaba, no solamente al Mesías, sino también el surgimiento de un poder que sería la mismísima encarnación del mal, y que reuniría en sí todo lo que era contrario a Dios. Pablo lo llamaba *el hombre de pecado, el hijo de perdición, el misterio de iniquidad, aquel impío (2 Tesalonicenses 2:3ss)*. Juan, en Apocalipsis 17, identificaba ese poder con Roma. Jesús está diciendo: «Algún día, muy pronto, veréis la misma encarnación del poder del mal surgir en un intento deliberado de destruir al pueblo y el lugar santo de Dios.» Tomó la antigua frase, y la usó para describir las cosas terribles que se aproximaban.

Fue el año 70 d.C. cuando Jerusalén sucumbió finalmente al asedio del ejército de Tito, que había de ser emperador de Roma. Los horrores de ese asedio son una de las páginas más sombrías de la Historia. La gente acudió a Jerusalén en tropel de todo alrededor. Tito no tuvo más alternativa que esperar la rendición por hambre. El asunto se complicó por el hecho de que aun en ese tiempo terrible había sectas y facciones rivales dentro de la misma ciudad. Jerusalén fue desgarrada desde dentro y desde fuera.

Josefo nos cuenta la historia de aquel terrible asedio en el V libro de *Las guerras de los judíos*. Nos dice que fueron llevados cautivos 97,000, y 1,100,000 perecieron lentamente de hambre o a filo de espada. Nos dice: «Entonces ensanchó el hambre sus fauces, y devoró a las personas por casas y familias enteras. Las habitaciones de arriba estaban llenas de mujeres y de niños que se morían de hambre; las callejas de la ciudad estaban llenas de cadáveres de ancianos; los niños y las jóvenes andaban vagando por las plazas como sombras, hinchados por el hambre, y se caían muertos dondequiera que su miseria acababa con ellos. En cuanto a enterrarlos, los que quedaban estaban tan débiles que no podían, y los que estaban lo suficientemente animosos y bien se desanimaban ante la gran multitud de muertos y la incertidumbre que se cernía sobre sus propias vidas, porque muchos morían cuando estaban enterrando a otros, y muchos se hallaron en el ataúd antes de que les llegara la hora fatal. No se hacía ningún lamento bajo estas calamidades... El hambre trastrocaba todos los afectos

naturales... Un profundo silencio y una especie de noche mortal se cernía sobre la ciudad.»

Para hacer la escena todavía más terrible, estaban los inevitables rateros que despojaban los cuerpos muertos. Josefo nos habla descarnadamente de que, hasta cuando no había ni siquiera hierbas disponibles «algunas personas llegaron a tan terrible postración como para buscar en las alcantarillas y en los montones de estiércol del ganado, y comer los excrementos que encontraban allí y cosas que no habrían soportado ni siquiera ver ahora usaban como comida.» Pinta un cuadro lúgubre de hombres que rumiaban las correas de piel y los zapatos, y cuenta la terrible historia de una mujer que mató y asó a su propio bebé, y le ofreció una parte de aquella comida macabra a los que llegaban buscando alimento.

La profecía que hizo Jesús de los días terribles inminentes para Jerusalén se cumplió con abundante exactitud. Los que acudieron en tropel a la ciudad buscando seguridad murieron a centenares de miles, y solamente aquellos que siguieron Su consejo y huyeron a las colinas se salvaron.

EL CAMINO DIFÍCIL

Marcos 13:9-13

-Guardaos vosotros, porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en las sinagogas, y os encontraréis ante gobernadores y reyes por causa de Mí, y tendréis oportunidad para darles vuestro testimonio. En primer lugar el Evangelio tiene que predicarse a todas las naciones; y cuando os entreguen y os lleven ante las autorj-

dades, no os preocupéis por anticipado de lo que debáis decir, sino hablad conforme a lo que se os dé en ese momento; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; todos los hijos se levantarán contra los padres, y los matarán. Y todos os odiarán por causa de Mi nombre. Pero el que resista hasta el final, se salvará.

Ahora llegamos a las advertencias de la persecución por venir. Jesús nunca dejó a Sus seguidores en duda de que habían escogido un camino duro. Nadie podrá decir que no sabía de antemano las condiciones del servicio de Cristo.

El que los entregaran a los concilios y los azotaran en las sinagogas se refería a la persecución judía. En Jerusalén estaba el gran Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos, pero había un sanedrín local en todos los pueblos y aldeas. Ante tales sanedrines locales se juzgaba a los herejes confesos, y en las sinagogas se los azotaba públicamente. Los gobernadores y reyes se refiere a los juicios ante los tribunales romanos, como el que tuvo que arrostrar Pablo ante Félix y Festo y Agripa.

Fue un hecho que los cristianos recibieron fuerzas y ánimo en sus juicios. Cuando leemos acerca de los juicios de los mártires, muchos de los cuales eran personas sencillas e iletradas, la impresión que recibimos a menudo es que eran los jueces y no los cristianos los que estaban en juicio. Su fe cristiana permitía a las personas más sencillas temer a Dios hasta tal punto que no le tenían miedo a ningún hombre.

Fue cierto que hasta los mismos familiares delataban a los cristianos. En los comienzos del Imperio Romano, una de las maldiciones eran los informadores (*delator, delatores*). Había quienes, tratando de ganarse el favor de las autoridades, no vacilaban en traicionar aun a sus propios íntimos y familiares. Ese tiene que haber sido el golpe más doloroso.

En la Alemania de Hitler, arrestaron a un hombre por defender la libertad. Sufrió la cárcel y la tortura con fortaleza estoica sin quejarse. Por último, con el espíritu todavía íntegro, le soltaron. Poco tiempo después se suicidó. Muchos se preguntaron por qué. Los que le conocían bien sabían la razón: había descubierto que su propio hijo había sido el que le había delatado. Aquella traición le quebrantó de una manera que no había podido lograr la crueldad de sus enemigos.

Esta hostilidad familiar y doméstica fue uno de los detalles regulares en el catálogo de terror de los últimos días terribles: «Los amigos se atacarán unos a otros repentinamente» (4 *Esdras* 5:9). «Y se aborrecerán unos a otros y se desafiarán unos a otros a luchar» (2 *Baruc* 70:3). «Y se pelearán unos contra otros, los jóvenes con los ancianos y los ancianos con los jóvenes, los pobres con los ricos, los humildes con los nobles, el mendigo con el príncipe» (*Jubileos* 23:19). «Los niños les perderán el respeto a los ancianos, y los ancianos se ensoberbecerán ante los niños» (*Misná, Sotá* 9:15). «Porque el hijo trata al padre con desprecio, la hija se ensoberbece contra su madre, la nuera contra su suegra. Los enemigos de un hombre son los de su propia familia» (*Miqueas* 7.-6).

La vida en la Tierra se convierte en un infierno cuando las lealtades personales se destruyen, y cuando no queda amor en que confiar.

Es verdad que se odió a los cristianos. Tácito hablaba del Cristianismo como una maldita superstición; Suetonio lo llamaba una nueva y malvada superstición. La razón principal para el odio era la manera en que el Cristianismo interfería en los vínculos familiares. Era un hecho que se tenía que amar a Cristo más que a padre o madre, o hijo o hija. Y la cuestión se complicaba por las calumnias que se levantaban contra los cristianos. No cabe duda que los judíos hicieron mucho para provocar esas calumnias. La más grave era la acusación de que los cristianos eran caníbales, inspirada en las palabras de la Comunión, que hablan de comer la carne de Cristo y beber Su sangre.

En esta, como en todas las otras cosas, sería el que resistiera hasta el fin el que alcanzara la Salvación. La vida no es un *sprint* corto y agudo; es una carrera de maratón; no una única batalla, sino una campaña prolongada. El doctor G. J. Jeffrey cuenta que un hombre famoso se negó a que se escribiera su biografía antes de su muerte, diciendo: «He visto a demasiadas personas caer en la última vuelta de la carrera.» La vida nunca está a salvo hasta que llega a su final. Juan Bunyan, en su sueño de *El peregrino*, vio que desde las mismas puertas del Cielo había un camino que llevaba al infierno. Es la persona que resiste *hasta el final* la que se salva.

LOS PELIGROS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Marcos 133-6, 21-23

Cuando Jesús estaba sentado en el Monte de los Olivos, enfrente de los edificios del Templo, Pedro y Santiago y Juan y Andrés Le preguntaron privadamente:

Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando estas cosas estén apunto de cumplirse?

Jesús empezó a decirles:

No os dejéis engañar por nadie. Vendrán muchos en Mi nombre diciendo: «¡Yo soy Él, » y descarriarán a muchos.

"Y si alguno os dice entonces: «¡Fijaos! ¡Aquí está el Mesías!», o «¡Fijaos! ¡Allí está!», no los creáis; porque surgirán falsos mesías y falsos profetas que realizarán señales y milagros para descarriar a los elegidos, si les fuera posible. ¡Pero vosotros, tened cuidado! ¡Fijaos! Os he advertido de antemano todo lo que va a suceder.

Jesús se daba perfecta cuenta de que, antes del final, surgirían herejes; y de hecho no pasó mucho tiempo cuando aparecieron en la Iglesia. La herejía surge de cinco causas.

(i) Surge de construir una doctrina a gusto de cada uno. La mente humana tiene una capacidad ilimitada para pensar lo que le conviene. En una frase famosa, el salmista dijo: «El necio se dijo para sus adentros: "¡Dios no existe!"» El necio del que habla el salmista no era ningún ignorante estúpido, sino un necio *moral*. Su afirmación de que Dios no existe surgía de su deseo de que Dios no existiera. Si Dios existía sería peor para él; por tanto, Le eliminaba de su universo.

Una herejía concreta que ha existido siempre es el *antinomismo*. El antinomo parte del principio de que hay que abolir la Ley -y en cierto sentido tiene razón. De ahí pasa a decir que no existe nada más que *la gracia* -y de nuevo, en cierto sentido, tiene razón. De ahí pasa a discutir-como Pablo nos muestra en *Romanos 6-* de la manera siguiente: < ¿Dices que la gracia de Dios es suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado? > « Sí. » « ¿Dices que la gracia de Dios puede perdonar cualquier pecado? » « Sí. » « ¿Dices que la gracia de Dios es la cosa más grande y maravillosa del universo? » « Sí. » « Entonces -concluye el antinomo-, ¡sigamos pecando a gusto, porque cuanto más pequemos más oportunidades de manifestarse le damos a la

maravillosa gracia de Dios! El pecado es una cosa buena, porque le da oportunidad de obrar a la gracia. Por tanto, vivamos como nos dé la gana.» La gracia de Dios se tergiversa para darle la razón al que quiere pecar.

La misma clase de argumento usa el que declara que lo único importante de la vida es el alma, y que el cuerpo no importa lo más mínimo. En ese caso, así se razona, uno puede hacer lo que quiera con su cuerpo. Si tiene esa inclinación, puede saciar sus deseos.

Una de las maneras más corrientes de llegar a la herejía es moldear la verdad cristiana a nuestro gusto y conveniencia. ¿Podría ser que las doctrinas del infierno y la de la Segunda Venida se hubieran marginado de gran parte del pensamiento teológico porque son ambas tan inquietantes? Nadie querría recuperar ninguna de las dos en su forma más cruda; pero, ¿podrá ser que ambas se hayan desplazado *demasiado lejos* del pensamiento cristiano porque no nos conviene creer en ellas?

(ii) La herejía surge de hacer hincapié excesivo en una parte de la verdad. Siempre es erróneo, por ejemplo, subrayar excesivamente uno de los atributos de la Divinidad en detrimento de los otros. Si no pensamos nada más que en *la santidad* de Dios, nunca llegaremos a ninguna intimidad con Él, sino tenderemos más bien a un deísmo que Le conciba como totalmente remoto del mundo. Si pensamos solamente en *la justicia* de Dios, no nos libramos nunca de tenerle miedo. Nos encontraremos asediados, pero no ayudados, por nuestra religión. Y si pensamos solamente en *el amor* de Dios, nuestra religión se puede convertir en una sensiblería facilona. Hay más que *Lucas 15* en el Nuevo Testamento.

Siempre encontraremos paradojas en el Evangelio. Dios es amor, y sin embargo es también justicia. El hombre es libre; sin embargo, Dios está en control. El hombre es una criatura del tiempo; pero también es una criatura de la eternidad. G. K. Chesterton decía que la ortodoxia era como andar por el filo de la navaja con las fauces del abismo abiertas a cada lado. Un paso demasiado a la derecha o a la izquierda, y viene el desastre. Debemos, como repetían los griegos, ver la vida equilibradamente, y verla *en su conjunto*.

(iii) La herejía surge cuando se trata de producir una religión que le vaya bien a todo el mundo, que sea popular y atractiva. Para eso hay que aguarla. El aguijón, la condenación, la humillación, las exigencias morales, tienen que evitarse para ello. Nuestra tarea no consiste en modificar el Evangelio para agradar a la gente, sino en transformar a la gente para que se ajuste al Evangelio.

(iv) La herejía surge cuando nos divorciamos de la comunión cristiana. Cuando una persona piensa por libre, corre un grave peligro de descarriarse. Hay tal cosa como la tradición de la Iglesia a la que algunos pueden que den una importancia excesiva, y otros insuficiente. Aquí se puede errar, unos por carta de más, y otros por carta de menos. Se nos dice que la Iglesia es la guardiana -«columna y apoyo»- de la verdad. Si uno descubre que su pensamiento le separa de la comunión con los demás, lo más probable es que la culpa sea de su pensamiento. Es un principio católico-romano que uno no puede tener a Dios por Padre sin tener a la Iglesia por madre -y hay mucha verdad en ello.

(v) La herejía surge de intentar ser completamente inteligible. Aquí tenemos una de las grandes paradojas. Tenemos la obligación moral de hacer todo lo posible por entender nuestra

fe; pero, como somos finitos y Dios es infinito, no podemos nunca entenderlo todo totalmente desde esta ladera. < Porque Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos, dice el Señor. Como están los cielos por encima de la tierra, así están Mis caminos por encima de los vuestros, y Mis pensamientos por encima de los vuestros» (*Isaías 55:8s*). Por esa misma razón, una fe que se pueda expresar con claridad meridiana en una serie de proposiciones, y que se pueda demostrar irrefutablemente en una serie de pasos lógicos como un teorema de geometría es una contradicción en términos. Como decía G. K. Chesterton: «Tiene uno que ser un necio para tratar de meterse los cielos en la cabeza sin que se le reviente. El sabio se contenta con meter la cabeza en los cielos.» Aun en nuestra actitud más intelectual debemos recordar que hay un lugar para el misterio supremo ante el que no podemos hacer sino maravillarnos y adorar. «Creo -como decía Tertuliano-, porque es algo que no me cabe en la cabeza.»

SU SEGUNDA VENIDA

Marcos 13:7-8, 24-27

Jesús continuó diciéndoles:

- Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os inquietéis. Estas cosas tienen que suceder, pero todavía no es el fin. Unas naciones se levantarán contra otras, y unos reinos contra otros. En algunos lugares habrá terremotos, y en otros hambrunas. Estas cosas son el principio de los dolores de parto de la nueva era.

.. "Y en esos días, después de esa tribulación, el Sol se oscurecerá y la Luna no dará su luz, y las estrellas estarán cayendo del cielo, y las potencias de los cielos

serán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre Que viene en las nubes con mucho poder y gloria. Y entonces Él enviará a Sus ángeles a recoger a los escogidos de los cuatro vientos, desde el límite de la Tierra hasta el límite de los cielos.

Aquí Jesús está hablando sin duda de Su Segunda Venida; pero -y esto es importante- reviste la idea en tres cuadros que son parte integrante del aparato del Día del Señor.

(i) Al Día del Señor precederá un tiempo de guerras. 4 Esdras 9:3 declara que antes del Día del Señor habrá

sacudidas de lugares, tumulto de pueblos, maquinaciones de naciones, confusión de gobiernos, intranquilidad de príncipes.

El mismo libro dice en 13:31:

Y vendrá confusión de mente sobre los moradores de la Tierra, y se harán el propósito de guerrear unos contra otros, ciudad contra ciudad, lugar contra lugar, pueblo contra pueblo y reino contra reino.

Los Oráculos Sibílicos preven que

Un rey captura a otro, y se apodera de su tierra, y unas naciones arrasan a otras y los potentados y gobernadores salen todos huyendo a otra tierra, y la tierra cambia de población, y un imperio bárbaro arrasa Hellas y esquilma de sus riquezas la rica tierra, y los hombres se encuentran frente a frente en lucha (3:633-647).

2 Baruc tiene las mismas ideas. En 27:5-13 este libro concreta doce cosas que precederán a la nueva edad:

En la primera parte estará el principio de las conmociones. En la segunda parte, los asesinatos de los magnates. En la tercera, la caída de muchos por muerte. En la cuarta, el uso de la espada. En la quinta, el hambre y la retención de la lluvia. En la sexta, terremotos y terrores... (Aquí hay un blanco en el manuscrito)... En la octava parte, una multitud de espectros y ataques de espíritus malos. En la novena, caerá el fuego. En la décima, rapiña y mucha opresión. En la undécima, maldad e impureza. En la duodécima, confusión resultante de la mezcla de todas las cosas que se han mencionado.

Todos los habitantes de la Tierra se verán enfrentados entre sí (48:32).

Y se odiarán unos a otros y se desafiarán unos a otros a la lucha.

. Y sucederá que el que consiga sobrevivir a la guerra morirá en el terremoto, y al que se salve del terremoto le quemará el fuego, y al que se mantenga a salvo del fuego le destruirá el hambre.

Es abundantemente claro que cuando Jesús .hablaba de guerras y rumores de guerras estaba usando ilustraciones que eran parte integrante de los sueños judíos del futuro.

(ü) Al Día del Señor precederá el oscurecimiento del Sol y de la Luna. El Antiguo Testamento también contiene mucho de esto (*Amós 8: 9; Joel 2:10; 3:1 S; Ezequiel 32: 7s; Isaías 13:10; 34:4*); de nuevo vemos que la literatura judía popular de tiempos de Jesús también estaba llena de estas cosas:

*Entonces se pondrá a brillar repentinamente el Sol durante la noche, y la Luna por el día...
... El curso de las estrellas cambiará (4 Esdras 5:4-7).*

2 Baruc 32:1 habla del «tiempo en que el Poderoso ha de sacudir toda la creación.» Los Oráculos Sibílicos 3:796-806 hablan de un tiempo en que «aparecerán por la noche hacia los crepúsculos vespertino y matutino espadas en el cielo estrellado... y toda la luz del Sol faltará del cielo al mediodía, y los rayos de la Luna brillarán y volverán a la Tierra, y una señal viene de las rocas con corrientes de gotas de sangre.» La Asunción de Moisés prevé un tiempo cuando

Los cuernos del Sol se romperán y se tornará oscuridad, y la Luna no dará su luz, y se convertirá toda en sangre; y el círculo de las estrellas será trastornado. (10:5).

De nuevo está claro que Jesús estaba usando el lenguaje popular que todo el mundo conocía.

(iii) Era una parte corriente de la imáginería el que los judíos iban a reunirse otra vez en Palestina desde los cuatro puntos cardinales. El Antiguo Testamento mismo abunda en esa idea (*Isaías 27:13; 35:8-10; Miqueas 7:12; Zacarías 10:6-11*); de nuevo la literatura popular amaba la idea:

*Tocad trompeta en Sión para reunir a los santos,
Haced que se oiga en Jerusalén la voz del que trae buenas nuevas
porque Dios ha tenido misericordia de Israel visitándole. Súbete sobre una altura, oh Jerusalén, y mira a tus hijos que el
Señor ha reunido desde el Este y el Oeste.*

(Salmos de Salomón 11:1-3).

El Señor os reunirá juntamente en fe mediante Su tierna misericordia, y por causa de Abraham e Isaac y Jacob.

(Testamento de Aser 7:5-7).

Cuando leemos las palabras gráficas de Jesús acerca de Su Segunda Venida debemos recordar que no nos dan ni un mapa de la eternidad ni un horario del futuro; sino que está usando sencillamente el lenguaje y las figuras que muchos judíos conocían y usaban desde hacía siglos.

Pero es sumamente interesante notar que las cosas que Jesús profetizó estaban ya sucediendo de hecho. Profetizó guerras, y los temidos partos estaban ya de hecho atacando las fronteras romanas. Profetizó terremotos, y en menos de cuarenta años el mundo romano quedó horrorizado por el terremoto que devastó Laodicea y por la erupción del Vesubio que sepultó a Pompeya en lava. Profetizó hambres, y hubo una hambruna en Roma en los días de Claudio. Hubo de hecho tal tiempo de terror en el futuro inmediato que, cuando Tácito empezó sus historias, dijo que todo lo que estaba sucediendo parecía demostrar que los dioses estaban buscando, no salvar, sino vengarse del Imperio Romano.

En este pasaje lo único que debemos retener es el hecho de que Jesús predijo que vendría otra vez. Los detalles no son tan importantes.

ESTAD ALERTA

Marcos 13:27-37

Jesús continuó diciéndoles:

Aprended la lección que os da la higuera. Tan pronto como se le ponen tiernas las ramas y echa hojas, sabéis que el verano está cerca. Así debéis vosotros también reconocer cuando veáis que suceden estas cosas, que el fin está cerca, a la puerta. Os digo la pura verdad: Esta generación no pasará sin que estas cosas sucedan. Los cielos y la Tierra pasarán, pero Mis palabras nunca pasarán. Pero no hay nadie que sepa el día ni la hora, ni tampoco los ángeles del Cielo, ni aun el Hijo; nadie excepto el Padre. Manteneos alerta, vigilad, perseverad en oración, porque no sabéis cuándo sonará la hora. Es como cuando un hombre se marcha de su casa al extranjero, y deja a sus siervos a cargo, y le manda al portero que esté alerta. Así que ¡estad alerta! Porque no sabéis cuándo viene el amo de la casa; si tarde por la tarde, al mediodía, al canto del gallo o de madrugada. ¡Velad!, no sea que venga de pronto y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros se lo digo a todos: ¡Manteneos alerta!

Hay que notar especialmente tres cosas en este pasaje.

(i) A veces se mantiene que cuando Jesús dijo que estas cosas iban a suceder en esta generación, estaba equivocado. Pero Jesús tenía razón, porque esta frase no se refiere a la Segunda Venida. No podía ser así, porque en la frase siguiente dice que no sabe cuándo será ese día. Se refiere a las profecías de Jesús acerca de la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo, que se cumplieron ampliamente.

(ii) Jesús dice que no sabe el día ni la hora en que ha de volver. Había cosas que aun Él mismo dejaba en las manos de Dios. No puede haber una advertencia y una reprensión más serias a los que deducen fechas y esquemas acerca de la Segunda Venida. No es menos que blasfemia el que inquiramos acerca de algo que nuestro Señor confesaba ignorar.

(iii) Jesús traza una conclusión práctica: Somos como los que saben que su amo va a volver, pero que no saben cuándo. Vivimos a la sombra de la eternidad. No hay razón para estar en una actitud de expectación nerviosa e histérica. Pero quiere decir que nuestro trabajo ha de irse completando día a día. Quiere decir que debemos vivir de tal manera que no nos importe cuándo venga. Nos encarga la gran tarea de hacer que cada uno de nuestros días sea digno de que Él lo vea, y de estar en todo

momento preparados para encontrarnos con Él cara a cara. Toda la vida se convierte en una preparación para encontrarnos con el Rey.

Empezamos su estudio diciendo que este era un capítulo muy difícil, pero que tenía verdades de carácter permanente que comunicarnos. Veámoslas.

(i) Nos dice que sólo el hombre de Dios puede intuir los secretos de la Historia. Jesús vio el destino de Jerusalén aunque otros seguían ciegos. Un verdadero estadista debe ser un hombre de Dios. Para guiar un país, un hombre debe primero ser guiado por Dios. Solamente el que conoce a Dios puede entrar de alguna manera en el plan de Dios.

(ii) Nos dice dos cosas acerca de la doctrina de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo.

(a) Nos dice que contiene un hecho que solamente a nuestro riesgo podemos olvidar o dejar de tener en cuenta.

(b) Nos dice que las imágenes en que está revestida son las del tiempo de Jesús, y que especular acerca de ellas es inútil cuando Jesús mismo estaba contento de no saber. Lo único de lo que podemos estar seguros es de que la Historia se dirige a alguna parte; hay una consumación por venir.

(iii) Nos dice que la cosa más necia es olvidar a Dios y estar inmerso en lo mundanal. Es sabio el que nunca se olvida de que debe estar preparado para cuando reciba la señal. Si vive teniéndolo presente, para él el fin no será de terror, sino de gozo eterno.

EMPIEZA EL ÚLTIMO ACTO

Marcos 14:1-2

Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y de los Panes sin Levadura, cuando los principales sacerdotes y los maestros de la Ley estaban tratando de encontrar la forma de apresar a Jesús mediante alguna estratagema y matarle; porque decían:

-Esto no hay que hacerlo durante la misma fiesta, no sea que se produzca un alboroto entre la gente.

El último, denso, acto de la vida de Jesús estaba ya a punto de empezar. La fiesta de la Pascua y la de los Panes sin Levadura eran realmente dos cosas diferentes. La fiesta de la Pascua caía el 14 de Nisán, es decir, a mediados de abril. La fiesta de los Ázimos, o de los Panes sin Levadura, consistía en siete días a partir de la Pascua. La Pascua misma era una de las mayores fiestas, y se guardaba como un sábado; la de los Panes sin Levadura se consideraba una festividad menor y, aunque no se podía empezar durante ella ningún trabajo nuevo, se permitía hacer cualquier trabajo «que fuera necesario para el interés público, o para proveer el mantenimiento, o para remediar o evitar alguna pérdida privada.» El día realmente grande era el de la Pascua.

La Pascua era una de las tres grandes fiestas de guardar. Las otras dos eran Pentecostés y Tabernáculos. A estas fiestas estaban obligados a acudir a Jerusalén todos los varones judíos adultos que vivieran en un radio de 25 kilómetros.

La Pascua tenía un doble significado.

(a) Tenía una *significación histórica* (Éxodo 12). -Conmemoraba la liberación de los israelitas de la cautividad de Egipto. Dios había enviado a Egipto una plaga tras otra, y, cuando se producía cada una, el Faraón prometía dejar salir al pueblo; pero, en cuanto remitía la plaga, endurecía el corazón y se volvía atrás de lo dicho. Finalmente llegó una terrible noche cuando el ángel de la muerte había de pasar por toda la tierra de Egipto matando a los primogénitos de todos los hogares. Los israelitas tenían que matar un cordero o cabrito de un año, y usando un manojo de hisopo, untar el dintel y los lados de las puertas con su sangre para que, cuando el ángel de la muerte viera la puerta así marcada, *pasara por alto* aquella casa, cuyos ocupantes estarían a salvo. Antes de ponerse en camino hacia la libertad, los israelitas tenían que cenar cordero asado y pan sin leudar. Era aquel «pasar por alto» -que es lo que quiere decir la palabra *pesaj, pascua-*, aquella liberación y aquella última cena lo que el pueblo de Israel conmemoraba y conmemora la fiesta de la Pascua.

(b) Tenía un *significado agrícola*. Marcaba la recolección de la cosecha de la cebada. Se mecía delante del Señor una gavilla de cebada (Levítico 23:10s). **Hasta que se había** hecho eso no se podía vender en las tiendas ni comer el pan hecho con la harina de la nueva cosecha.

Se hacían todos los preparativos imaginables para la Pascua. Con un mes de antelación se exponía su significado en las sinagogas, y se enseñaba diariamente en las escuelas. El objetivo era que nadie ignorara o no estuviera preparado para la fiesta. Todas las carreteras se ponían en orden, y se reparaban los puentes. Y se hacía otra cosa muy especial. Entonces era muy comente enterrar los muertos a la orilla de la carretera. Ahora bien: si un peregrino tocaba, aunque fuera sin darse cuenta, una de esas tumbas, quedaba en estado de impureza legal como si hubiera tocado un cadáver, y no sería apto para tomar parte en la fiesta.

Así que, antes de la Pascua, todas las tumbas al borde de la carretera se enjalbegaban para que se vieran, y los peregrinos las pudieran evitar. Los *Salmos 120 a 134* se llaman *Cánticos graduales*, porque estos eran los salmos que cantaban los peregrinos

al ascender a Jerusalén para la fiesta para hacer más ligera la marcha. Se dice que el *Salmo 122* era el que se cantaba precisamente al escalar la colina del Templo en la última etapa del viaje.

Como ya hemos visto, era obligatorio para todos los varones judíos adultos que vivieran en un radio de 25 kilómetros el ir a la Pascua; pero venían muchos más que esos. Era la ambición suprema de todos los judíos de la diáspora el comer la pascua en Jerusalén por lo menos una vez en la vida. Por tanto, los peregrinos fluían desde todos los países del mundo a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Durante ese tiempo el alojamiento era gratuito. Está claro que Jerusalén sola no podía albergar en su seno tales multitudes; así es que, en los pueblos cercanos, entre los que se encontraban Betania y Betfagué, se alojaban muchos de aquellos peregrinos.

Un pasaje de Josefo nos da una idea del número de peregrinos que acudían. Nos cuenta que Cestio, gobernador de Palestina alrededor del año 65 d.C., tenía alguna dificultad para persuadir a Nerón de la gran importancia que tenía la religión judía. Para impresionarle, le pidió al entonces sumo sacerdote que hiciera un censo de los corderos que se mataban para la Pascua. El número, según Josefo, fue 256,500. La Ley establecía que debía haber un mínimo de diez personas por cada cordero; así que tiene que haber habido como 3,000,000 de gente en Jerusalén aquel año.

Ahí era donde tenían problemas las autoridades judías. Durante la Pascua todos los sentimientos se exacerbaban. El recuerdo de la antigua liberación de Egipto hacía que la gente anhelara la liberación de Roma. En ningún otro tiempo de año era tan intenso el sentimiento nacionalista. El cuartel general romano de Judea no estaba en Jerusalén. Era en Cesarea donde el gobernador tenía su residencia y estaban acuartelados los soldados. Durante el tiempo de la Pascua se enviaba un destacamento especial a Jerusalén que se alojaba en la torre Antonia, que miraba al Templo. Los romanos sabían que cualquier cosa podía suceder en Pascua, y no querían correr riesgos innecesarios. Las autoridades judías sabían que, en una atmósfera inflamable como esa, el arresto de Jesús podía provocar disturbios. Por eso buscaban alguna estratagema secreta para arrestarle y tenerle en su poder antes de que el populacho se enterara de nada.

El último acto de la vida de Jesús había de representarse en una ciudad abarrotada de judíos que habían llegado de todos los fines de la Tierra para conmemorar el acontecimiento de la liberación de la esclavitud de Egipto mucho tiempo atrás. Fue en esa misma época del año cuando el Libertador de la humanidad concluyó en la Cruz la Obra que el Padre Le había encargado que hiciera.

EL DERROCHE DEL AMOR

Marcos 14:3-9

Cuando Jesús estaba en Betania, reclinado a la mesa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco de perfume de nardo puro, y lo rompió, derramando el perfume por la cabeza a Jesús. Algunos de los presentes se indignaron y se dijeron unos a otros:

-¿Qué sentido tiene este derroche de perfume? ¿Se habría podido vender por más de trescientos jornales, y haberles dado el dinero a los pobres!

Yse pusieron furiosos con la mujer. Pero Jesús les dijo:

-¡Dejadla en paz! ¿Por qué os metéis con ella? Ha sido algo precioso lo que ha hecho conmigo. A los pobres siempre los tenéis a vuestra disposición, y podéis hacer por ellos lo que queráis en cualquier momento; pero a Mí no me vais a tener siempre. ¡Ella ha hecho lo que ha podido! Se ha hecho cargo de Mi cuerpo, y lo ha ungido de antemano para el funeral. Lo que os digo es la pura verdad: Dondequiera que se predique el Evangelio por todo el mundo se contará lo que ha hecho esta mujer, para que siempre se la recuerde.

Lo conmovedor de esta historia está en que nos cuenta casi el último acto de amabilidad que Le hicieron a Jesús.

Estaba en la casa de un hombre llamado Simón el leproso, en la aldea de Betania. Entonces los comensales no se sentaban para comer, sino se reclinaban en sofás bajos. Se apoyaban sobre un brazo, y usaban el otro para llevarse el alimento a la boca. Cualquiera que se acercara a uno de los que estaban tendidos de esta manera se encontraría por encima de él. A Jesús se Le acercó una mujer con un frasquito de alabastro con perfume. Era costumbre echarle unas gotitas de perfume a un invitado cuando llegaba a la casa o cuando se disponía a comer. En esta ocasión, el frasco de alabastro contenía un perfume muy costoso de una planta exótica de la lejana India; pero no fueron unas gotitas lo que derramó esta mujer sobre la cabeza de Jesús, sino que rompió el frasco y Le ungió con todo lo que contenía.

Puede que hubiera más de una razón para que rompiera el frasco. Puede que fuera en señal de que había usado todo su contenido. Tenían la costumbre en el Oriente de que, cuando se usaba un recipiente o vaso con un invitado distinguido, se rompía para asegurarse de que nunca lo usaría ninguna otra persona. Puede que la mujer tuviera algo así en mente; pero había una cosa que ella no se podía figurar ni remotamente, y que Jesús sí vio. Era la costumbre oriental primero bañar y luego ungir los cuerpos de los muertos. Después de ungir el cuerpo se rompía el frasco que había contenido el perfume, y

se depositaban los trozos con el cadáver en la tumba. Aunque no era eso lo que ella quería expresar, ese había sido en realidad el sentido de su gesto.

Su detalle provocó la crítica mordaz de algunos de los presentes. El frasquito valía más de 300 *denarii*. *Un'denarius* era una moneda romana que equivalía al jornal de un obrero. Le habría costado a cualquier persona casi el salario de todo un año el comprar aquel frasco de perfume. A algunos les pareció un derroche vergonzoso; aquel perfume se podría haber vendido, y el dinero se les podría haber dado a los pobres. Pero Jesús comprendió. Les citó de sus propias Escrituras: «Nunca faltarán pobres en medio de la tierra» (*Deuteronomio* 15:11). «Podéis hacer algo por los pobres en cualquier momento -les dijo Jesús-, pero no tenéis mucho tiempo para hacer nada por Mí.» Y añadió: «Esto ha sido como ungir Mi cuerpo anticipadamente para la tumba.»

Esta historia nos muestra la acción del amor.

(i) Jesús dijo que había sido algo *precioso* lo que había hecho la mujer. En griego hay dos palabras para *bueno*. Está *agathós*, que describe una cosa como física o moralmente buena; y está *kalós*, que describe algo, no sólo como bueno, sino como *encantador*. Una cosa puede ser *agathós*, y *sin*

embargo dura, seria, austera, nada atractiva; pero lo que es *kalós* es atractivo y agradable, con una cierta aureola de encanto. Struthers de Greenock solía decir que lo que más bien le haría a la iglesia sería que los cristianos hicieran de vez en cuando «*a bonnie thing*,» que es una expresión escocesa en la que *bonnie* corresponde exactamente a *kalós*: «algo bonito.» Así calificó Jesús lo que había hecho esta mujer. El amor no se limita a hacer cosas meramente buenas, sino cosas que son, además, encantadoras.

(ii) Si el amor es como es debido, hay siempre en él un cierto derroche. No tiene en cuenta lo menos que es decente que dé. Si diera todo lo que tiene, el don seguiría pareciéndole demasiado pequeño. Hay un desmadre en el amor que se niega a calcular el costo.

(iii) El amor puede ver que hay cosas que no se pueden dejar para otra ocasión, porque puede que se presente la oportunidad una sola vez. Una de las tragedias de la vida es que a menudo nos sentimos movidos a hacer algo bonito, y no lo hacemos. Puede que seamos demasiado tímidos y nos dé corte hacerlo, o que otra vocecita nos sugiera una actitud más prudente. Sucede con las cosas más simples -el impulso de mandar una carta de saludo, de expresarle a alguien nuestro cariño o agradecimiento, de hacer algún regalito o decir alguna palabra amable. Lo trágico es que ese impulso se ahoga muchas veces al nacer. Este mundo sería mucho más agradable si hubiera muchas personas como esta mujer, que actuó movida por el impulso del amor porque sabía en lo íntimo de su corazón que, si no lo hacía entonces, nunca lo haría. ¡Cómo tiene que haberle animado el corazón a Jesús aquella última amabilidad impulsiva y pródiga!

(iv) Una vez más descubrimos aquí la confianza irrenunciable de Jesús. La Cruz se dibujaba en el horizonte, esperándole; pero Jesús nunca creyó que la Cruz fuera el fin. Creía que la Buena Noticia llegaría a todo el mundo; y con ella se contaría la historia de esta acción amable y generosa surgida del impulso de un momento que sintió un corazón enamorado.

EL TRAIADOR

Marcos 14:10-11

Judas Iscariote, el que era uno de los Doce, se fue a los principales sacerdotes para traicionar a Jesús entregándosele. Cuando oyeron su sugerencia, se quedaron encantados, y prometieron darle dinero. Así es que él empezó a buscar una forma conveniente de entregarles a Jesús.

Marcos coloca con un arte consumado la unción en Betania al lado de la traición de Judas: el detalle de un amor generoso, y el de una traición terrible.

Siempre nos produce un escalofrío en el corazón el pensar en Judas. Dante le colocó en el más profundo de todos los infiernos, un infierno de frío y de hielo, un infierno diseñado para los que no fueron pecadores ardientes, arrebatados por pasiones aisladas, sino ofensores fríos, calculadores, deliberados, contra el amor de Dios.

Marcos nos cuenta la historia con tal economía de palabras que no nos deja materiales para la especulación. Pero, por detrás de la acción de Judas podemos distinguir ciertas cosas.

(i) Había *codicia*. *Mateo* 26:15 nos dice claramente que Judas se dirigió a las autoridades y les preguntó qué precio estaban dispuestos a pagar, e hizo un trato con ellos por 30 piezas de plata. *Juan* 11:57 hace una sugerencia. Nos dice que las autoridades habían solicitado información acerca de dónde se podía encontrar a Jesús para arrestarle. Bien puede ser que para entonces ya Jesús fuera un fuera de la ley en todos los sentidos y para todos los efectos, y ya se había puesto precio a Su cabeza; y que Judas lo sabía, y quería conseguir la recompensa ofrecida. Juan es totalmente claro, y nos dice que Judas era el tesorero del grupo apostólico, y usaba su posición para sisar de la caja común (*Juan* 12:6).

Puede que fuera así. El deseo de dinero puede llegar a ser algo terrible, y cegar a la decencia y la honradez y el honor.

Puede hacer que no se tengan escrúpulos con tal de obtener lo que se quiere. Judas descubrió demasiado tarde que algunas cosas cuestan demasiado.

(ii) Había *celos*. El poeta alemán Klopstock creía que Judas, cuando llegó a formar parte de los Doce, tenía todos los dones y todas las virtudes que podrían haberle hecho grande; pero que, poco a poco, le fueron consumiendo los celos de Juan, el discípulo amado, y que esos celos le impulsaron a traicionar a Jesús. Es fácil ver que había tensiones entre los Doce. Los demás fueron capaces de vencerlas, pero bien puede ser que Judas tuviera en su corazón un demonio inconquistable e incontrolable de celos. Pocas cosas pueden arruinar la vida a nosotros y a otros tanto como los celos.

(iii) Había *ambición*. Una y otra vez vemos lo que los Doce pensaban acerca del Reino en términos terrenales, y soñaban con una posición elevada en él. Judas tiene que haber sido así. Bien puede ser que, mientras los otros seguían abrigándolos, él llegó a darse cuenta de lo tremendamente equivocados que eran esos sueños de grandeza material, y qué pocas posibilidades tenían de hacerse realidad. Y bien puede ser que, en su desilusión, el amor que había sentido una vez por Jesús, se volviera odio. En *Enrique VIII*, Shakespeare hace a Wolsey decirle a Thomas Cromwell: < Cromwell, te lo advierto, despójate de la ambición; por ese pecado cayeron los ángeles; así que, ¿cómo podrá un hombre, la imagen de su Creador, esperar medrar con ella? Ponte a ti mismo en último lugar en la lista de tus amores. > Hay una clase de ambición que pisotea el amor y el honor y todas las cosas encantadoras para alcanzar el fin que se ha propuesto en su corazón.

(iv) Algunos pensadores se han sentido atraídos por la idea de que puede que Judas no quisiera que Jesús muriera. Es casi seguro que Judas era un fanático nacionalista, y que había visto en Jesús a la Persona Que podía hacer realidad sus sueños de poder y gloria nacionales. Pero ahora veía a Jesús desviándose a morir en una cruz. Así que puede ser que, en un último intento para hacer que su sueño se realizara, traicionó a Jesús

para obligarle a actuar. Le entregó a las autoridades con la idea de que así y entonces Jesús se vería obligado a actuar para salvarse a Sí mismo, y esa acción sería el principio de la campaña victoriosa que soñaba Judas. Puede que esta teoría se vea confirmada por el hecho de que, cuando Judas vio el resultado de su acción, arrojó el dinero maldito a los pies de las autoridades judías y se retiró para ahorcarse (*Mateo 27:35*). Si esta suposición fuera correcta la tragedia de Judas sería la más terrible de la Historia.

(v) Tanto Lucas como Juan dicen sencillamente que el diablo había entrado en Judas (*Lucas 22:3; Juan 13:27*). En último análisis, eso fue lo que sucedió. Judas quería que Jesús fuera lo que él quería, y no lo que quería ser Jesús. En realidad, Judas se asoció con Jesús, no tanto para ser Su seguidor, como para usar a Jesús para realizar los planes y deseos de su propio corazón ambicioso. Lejos de rendirse a Jesús, quería que Jesús Se le rindiera a él; y cuando vio que Jesús seguía Su propio camino, el camino de la Cruz, Judas se indignó hasta tal punto que Le traicionó. La esencia del pecado es la soberbia; la médula del pecado es la independencia; el corazón del pecado es el deseo de hacer lo que nos gusta, y no la voluntad de Dios. Eso es lo que caracteriza al Diablo, Satanás, el Maligno. Representa todo lo que se opone a Dios, y no se quiere someter a Él. Ese era el espíritu que se había encarnado en Judas.

Nos sobrecoje Judas. Pero, pensémoslo de nuevo: la codicia, los celos, la ambición, el deseo dominante de salirnos con la nuestra en todas las cosas, ¿son en nosotros tan diferentes de los que se dieron en Judas? Estas eran las actitudes que hicieron a Judas traicionar a Jesús, y estas son las que siguen haciendo que muchos Le traicionen.

PREPARANDO LA FIESTA

Marcos 14:12-16

El primer día de la fiesta de los Panes sin Levadura, cuando se sacrificaban los corderos pascuales, Le dijeron a Jesús Sus discípulos:

- ¿Dónde quieres que vayamos a hacer los preparativos para comer la pascua?

Jesús envió a dos de Sus discípulos, y les dijo:

- Entrad en la ciudad, y os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle, y donde entre, decidle al dueño de la casa:

- El Maestro dice: < ¿Dónde está la habitación donde puedo comer la pascua con Mis discípulos? > Os mostrará una habitación amplia en el piso de arriba, amueblada y preparada. Preparad allí las cosas para nosotros.

Así es que los discípulos se marcharon, y entraron en la ciudad, y lo encontraron todo exactamente como les había dicho Jesús. Y prepararon todas las cosas para la fiesta de la Pascua.

Puede que parezca una expresión extraña si se Le aplica a Jesús; pero, cuando leemos el relato de la última semana de Su vida, no podemos evitar sorprendernos ante Su capacidad de organización. Una y otra vez vemos que Jesús no dejaba las cosas

para el último momento. Tiempo atrás había hecho los preparativos para que el asnillo estuviera listo para Su entrada en Jerusalén; y aquí vemos de nuevo que todos Sus preparativos se habían planificado con amplia antelación.

Sus discípulos querían saber dónde iban a comer la pascua. Jesús los envió a Jerusalén con instrucciones de buscar a un hombre que llevaría un cántaro de agua. Esa era una señal convenida de antemano. La tarea de acarrear el agua con un cántaro a la cabeza o a la cadera era propia de mujeres, algo que nunca hacían los hombres. Un hombre llevando un cántaro de agua sería tan extraño en cualquier comunidad oriental entonces como, digamos, hoy en día en Inglaterra un hombre con un paraguas de mujer abierto en un día soleado. Jesús no dejaba las cosas para el último minuto. Tiempo atrás había hecho los preparativos para tener un último lugar de encuentro para Él y Sus discípulos, y cómo se podría reconocer.

Las casas judías más grandes tenían dos pisos. Parecían como dos cajas, una más pequeña colocada encima de otra más grande. La caja más pequeña era el aposento alto, al que se tenía acceso por una escalera exterior, lo que hacía innecesario el pasar por la habitación principal del piso de abajo. La habitación de arriba tenía muchos usos: era un almacén, o un lugar para descansar y meditar, o una habitación para las visitas. Pero era especialmente el lugar donde un rabino enseñaba al grupo escogido de sus discípulos íntimos. Jesús estaba siguiendo las costumbres de los rabinos judíos.

Debemos recordar la manera judía de contar los días. El nuevo día empezaba a las 6 de la tarde. Hasta esa hora, aquel día era el 13 de Nisán, el día de la preparación para la Pascua. Pero el 14 de Nisán, el día de la Pascua, empezaba a las 6 de la tarde. Para expresarlo en nuestra lengua, diríamos que *el viernes* día 14 empezaba a las 6 de la tarde del *jueves* día 13.

¿Cuáles eran los preparativos que hacían los judíos para la Pascua?

Primero estaba *la búsqueda ceremonial de los restos de levadura*. Antes de la Pascua había que limpiar la casa de todas las partículas de pan leudado que hubiera en ella. Eso era porque la primera Pascua, en Egipto (*Éxodo 12*), se había comido con pan sin levadura. (El pan sin levadura no se parece en nada al pan corriente. Es algo así como una galleta dura). Se había usado en Egipto porque se podía cocer mucho más deprisa que el pan con levadura, y la primera Pascua, la de la salida de Egipto, se había tomado precipitadamente, con todo ya dispuesto para la marcha. Además, la levadura era el símbolo de la corrupción. No es otra cosa que masa de pan fermentada, y los judíos identificaban la fermentación con la

putrefacción, así es que la levadura representaba la pudrición. El día antes de la Pascua, el dueño de la casa encendía un candil y recoma toda la casa buscando ceremoniosamente toda la levadura que pudiera haber por los rincones. Antes de la búsqueda oraba:

¡Bendito seas, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que nos has santificado por tus mandamientos, y nos has mandado limpiar la casa de levadura!

Al final de la búsqueda, el dueño de la casa decía:

Toda la levadura que haya en mi posesión, la que he visto y la que no he visto, quede anulada, y sea considerada como el polvo de la tierra.

Después, por la tarde, antes de que empezara el día de la Pascua, tenía lugar *el sacrificio del cordero pascual*. Toda la gente iba al templo. El adorador tenía que matar su propio cordero, haciendo así su propio sacrificio. Para los judíos, toda la sangre había de consagrarse a Dios, porque identificaban la sangre con la vida. Era muy natural, porque, si una persona o un animal se desangraba, se moría. Así que, en el Templo, el adorador mataba su propio cordero. Entre los adoradores y el altar había dos largas hileras de sacerdotes, cada uno con una vasija de oro o de plata. Cuando se hacía la incisión en el cuello del cordero, se ponía la sangre en una de esas vasijas, que se pasaba por toda la línea hasta que el sacerdote que estaba al final la echaba sobre el altar. El cadáver se depellejaba, se le extraían las entrañas y la grasa, porque era parte necesaria del sacrificio, y se le devolvía el cuerpo al adorador. Si las cifras de Josefo son verídicas, y se mataba más de un cuarto de millón de corderos, la escena en los atrios del Templo y la condición ensangrentada del altar casi uno no se los puede imaginar. El cordero se llevaba a la casa para asarlo. No se podía cocer. Nada lo debía tocar, ni siquiera los lados del cacharro en que se asaba. Había que asarlo en un fuego abierto de madera de granado. El asador atravesaba el cordero desde la boca al vientre, y el cordero tenía que asarse entero, sin quitarle ni la cabeza ni las patas ni el rabo.

La mesa misma tenía la forma de un cuadrado con un lado abierto. Era baja, y los comensales se reclinaban en sofás, apoyándose en el brazo izquierdo para dejarse libre el derecho para comer.

Se necesitaban ciertas cosas, que eran las que los discípulos tenían que preparar.

(i) Estaba *el cordero*, para recordarles cómo sus casas habían sido protegidas por la señal de la sangre cuando el ángel de la muerte pasó por todo Egipto.

(ii) Estaba *el pan sin levadura*, que recordaba el que habían comido apresuradamente cuando salieron de la esclavitud.

(iii) Estaba *el tazón de agua salada*, para recordarles las lágrimas que habían derramado en Egipto y las aguas del mar Rojo por las que habían salido milagrosamente a la libertad.

(iv) Estaba una variedad de *hierbas amargas* -rábano, achicoria, endibia, lechuga, marrubio- para recordarles la amargura de la esclavitud de Egipto.

(v) Estaba una pasta llamada *jaróshet*, que era una mezcla de manzanas, dátiles, granadas y almendras, que les recordaba la arcilla de la que tenían que hacer los ladrillos en Egipto. Le ponían unos palitos de canela para recordarles la paja que contenían los ladrillos.

(vi) Había *cuatro copas de vino*. Las copas contenían un poco más de cuarto de litro de vino, pero se mezclaban tres partes de vino con dos de agua. Las cuatro copas, que se bebían en momentos determinados de la cena, eran para recordarles las cuatro promesas de *Éxodo 6:6s*:

*Yo os sacaré de debajo de las pesadas tareas de Egipto. Os libraré de su servidumbre.
Os redimiré con brazo extendido y con gran justicia.
Os tomaré como Mi pueblo y seré vuestro Dios.*

Tales eran los preparativos que había que hacer para la Pascua. Cada detalle hablaba de aquel gran día de la liberación, cuando Dios sacó a Su pueblo de la esclavitud de Egipto. En esa fiesta, el Que redimió al mundo del pecado había de tomar Su última Cena con Sus discípulos.

LA ÚLTIMA LLAMADA DEL AMOR

Marcos 14:17-21

*Cuando llegó la tarde, vino Jesús con los doce. Cuando estaban reclinados a la mesa comiendo, les dijo Jesús:
Esto que os digo es la pura verdad: Uno de vosotros Me va a traicionar, uno de los que estáis comiendo conmigo.
Los discípulos empezaron a angustiarse, y a decirle uno tras otro:*

-¿Verdad que no soy yo?

-Es uno de los Doce -les dijo Jesús-, uno que mete su mano conmigo en la fuente. El Hijo del Hombre va, como está escrito acerca de Él; pero, ¡ay de aquel hombre por medio de quien es traicionado el Hijo del Hombre! Más le valía no haber nacido.

El nuevo día empezaba a las 6 de la tarde; y, cuando llegó la tarde de la Pascua, Jesús Se sentó a la mesa con los Doce. Sólo había un cambio en el antiguo ritual que se había instituido en Egipto hacía muchos siglos: en la primera Pascua, la cena se había tomado de pie (*Éxodo 12:11*), pero aquello había sido a causa de la prisa, porque eran esclavos huyendo de la esclavitud. En tiempos de Jesús la norma era tomar la cena reclinados, porque eso era una señal de que eran libres, con un hogar y un país propios.

Este es un pasaje impactante. Todo el rato había un texto desarrollándose en la mente de Jesús: < Aun el hombre de Mi paz, en quien Yo confiaba, el que de Mi pan comía, alzó el pie contra Mí » (*Salmo 41:9*). Estas palabras no se Le apartaban de la mente a Jesús. Aquí podemos ver algunas cosas importantes.

(i) Jesús sabía lo que Le iba a pasar. En eso consistió Su supremo coraje, especialmente en los últimos días. Le habría sido fácil escapar, y sin embargo siguió adelante impertérrito. Homero cuenta que se le dijo al gran guerrero Aquiles que, si salía a la batalla, moriría en ella. Su respuesta fue: «De todas maneras, yo sigo adelante.» Con pleno conocimiento de lo que Le esperaba, Jesús decidió seguir adelante.

(ii) Jesús podía verle el corazón a Judas. Lo curioso es que los otros discípulos no parecen haber tenido ni la más mínima sospecha. Si hubieran sabido lo que Judas se traía entre manos, es seguro que no le habrían dejado llevarlo a cabo, aunque hubiera tenido que ser por la violencia. Aquí hay algo que vale la pena recordar. Puede que haya cosas que consigamos ocultarles a nuestros compañeros, pero no podemos ocultárselas a Jesucristo. Él es el escrutador de los corazones humanos. Sabe lo que hay en cada uno. ¡Bienaventurados los de limpio corazón!

(iii) En este pasaje vemos a Jesús ofreciéndole a Judas dos cosas:

(a) Le está haciendo la última llamada del amor. Es como si estuviera diciéndole: « Yo sé lo que piensas hacer. ¿No quieres detenerte? »

(b) Le está haciendo a Judas una última advertencia. Le está anunciando de antemano las consecuencias de lo que está pensando hacer. Pero debemos notar esto, porque pertenece a la misma esencia de la manera que tiene Dios de tratarnos: *no hay obligatoriedad*. No cabe duda que Jesús podría haber parado a Judas. No tenía más que decirles a los otros once lo que Judas estaba planificando, y Judas no habría salido vivo de aquella habitación.

Aquí se nos presenta toda la condición humana. Dios nos ha dado voluntades que son libres. Su amor nos invita, su verdad nos advierte, pero no hay obligatoriedad. La terrible

responsabilidad del hombre es que puede desdeñar la llamada del amor de Dios y que puede desatender la advertencia de Su voz. A fin de cuentas, no habrá más responsable de nuestro pecado que nosotros mismos.

Una leyenda griega contaba que dos viajeros famosos habían pasado entre las rocas en las que se sentaban y cantaban las sirenas con tal dulzura que arrastraban a los marineros irresistiblemente a su propia perdición. Ulises pasó por aquellas rocas, y su método consistió en taponarles los oídos a sus marineros para que no pudieran oír, y les mandó que le ataran a él al mástil con sogas de forma que, por mucho que se revolviere, no pudiera reaccionar a la dulzura seductora. Resistió por obligatoriedad, porque no tuvo más remedio. El otro viajero que superó la prueba fue Orfeo, el músico más dulce de todos. Su método fue tocar y cantar cuando su barco pasaba por las rocas con una dulzura tan extremada que la seducción de la canción de las sirenas ni se llegaba a sentir por la mayor atracción de la canción que él cantaba. Su método consistió en responder a la llamada de la seducción con algo todavía más atractivo.

El método de Dios es el segundo. No nos para, queramos que no, para impedirnos pecar; nos invita a amarle tanto que Su voz nos sea más atractiva que todas las voces que nos inviten a alejarnos de Él.

EL SÍMBOLO DE LA SALVACIÓN

Marcos 14:22-26

Cuando estaban cenando, Jesús tomó un pan, y dio gracias por él, y lo partió, y se lo dio a Sus discípulos diciéndoles:

-Tomad esto. Esto es Mi cuerpo.

Y, después de dar gracias, tomó la copa, y se la dio a Sus discípulos, y todos bebieron de ella. Y Jesús des dijo:

-Esto es la sangre del Nuevo Pacto, que se derrama por muchos. De veras os digo que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día que lo beba nuevo en el Reino de Dios.

Y después de cantar el salmo, salieron hacia el Monte de los Olivos.

Debemos en primer lugar conocer los varios pasos de la fiesta de la Pascua para poder seguir en nuestra mente lo que estaban haciendo Jesús y Sus discípulos. Los pasos estaban en el orden siguiente.

(i) *La copa del Quiddush.* *Quiddush* quiere decir santificación o *separación*. Este era el acto que, como si dijéramos, separaba esta comida de todas las comidas ordinarias. El cabeza de familia tomaba la copa, y la bendecía, y luego todos bebían de ella.

(ii) *El primer lavatorio de manos.* Esto lo llevaba a cabo solamente la persona que presidía el acto. Tenía que lavarse las manos tres veces, de la manera prescrita que ya hemos descrito cuando estudiábamos el capítulo 7 (página 195).

(iii) A continuación tomaba un trozo de perejil o de lechuga, y lo mojaba en el tazón del agua salada, y se lo comía. Esto era un aperitivo antes de la comida; pero el perejil representaba el hisopo con que se había untado la sangre en el dintel y los lados de la puerta, y el agua salada representaba las lágrimas de Egipto y las aguas del Mar Rojo por las que Israel pasó a salvo a la libertad.

(iv) *El partimiento del pan.* Se usaban dos acciones de gracias al partir el pan: «¡Bendito seas Tú, oh Señor, nuestro Dios, Rey del universo, Que haces producir a la tierra!» O: «¡Bendito seas Tú, nuestro Padre en el Cielo, Que nos das hoy el pan que necesitamos!» Sobre la mesa había tres tortas de pan sin levadura. Tomaba la de en medio, y la partía. En este momento sólo se comía un poco, para recordarles a los judíos el pan de aflicción que comían en Egipto, y se partía para recordarles que los esclavos nunca se habían tomado todo un

panecillo, sino solamente trozos de pan duro. Al romperlo, el cabeza de familia decía: < Este es el pan de la aflicción que comieron nuestros antepasados en la tierra de Egipto. Que el que esté hambriento venga y coma. Que el que esté en necesidad venga y guarde la Pascua con nosotros.> (En la celebración moderna en tierras extrañas se añade aquí la famosa oración: < Este año la guardamos aquí, el año que viene en la tierra de Israel; este año como esclavos, el año que viene como libres>).

(v) A continuación se hacía *el relato* de la historia de la liberación. El más joven de los comensales tenía que preguntar qué era lo que hacía ese día diferente de todos los demás, y por qué se hacía todo eso. A eso respondía el cabeza de familia contando toda la historia de Israel hasta la gran liberación que conmemoraba la Pascua. La Pascua no podía nunca convertirse en un ritual; siempre era una conmemoración del poder y la misericordia de Dios.

(vi) Se cantaban los *Salmos 113 y 114.* Los salmos 113 a 118 se conocen como *el Hallel*, que quiere decir *la alabanza a Dios*. Todos estos son salmos de alabanza, y son una parte de los pasajes más antiguos que los niños judíos aprenden de memoria.

(vii) A continuación se bebía la segunda copa, que se llamaba *la copa de la Agadá*, que quiere decir la copa de la explicación o proclamación.

(viii) A continuación, todos los presentes se lavaban las manos para prepararse para la comida.

(ix) Entonces se daban gracias: «¡Bendito seas, oh Señor, nuestro Dios, Que haces salir el fruto de la tierra! ¡Bendito seas, oh Dios, Que nos has santificado mediante Tus mandamientos, y mandado comer los ázimos!» A continuación se distribuían trocitos del pan sin levadura.

(x) Se colocaban algunas de *las hierbas amargas* entre dos trozos de pan sin levadura, se mojaban en el *jaróshet* y se comían. Esto se llamaba *la sopa*. Era el recordatorio de la esclavitud y de los ladrillos que habían tenido que hacer.

(xi) A esto seguía la cena propiamente dicha. Se debía comer el cordero entero. Si sobraba algo, se tenía que destruir, y no se podía usar para otra comida corriente.

(xii) Se limpiaban otra vez las manos.

(xiii) Se comía el resto del pan sin levadura.

(xiv) Se hacía una oración de acción de gracias que contenía una petición por la venida de Elías como precursor para anunciar la venida del Mesías. Entonces se bebía la tercera copa, que se llamaba *la copa de la acción de gracias*. La oración era: < ¡Bendito seas, oh Señor, nuestro Dios, Rey del universo, Que has creado el fruto de la vid! >

(xv) Se cantaba la segunda parte del *Hallel*, *Salmos 115-118*.

(xvi) Se bebía la cuarta copa, y se cantaba el *Salmo 136*, que se conocía como *el gran hallel*.

(xvii) Se hacían dos breves oraciones:

¡Que todas Tus obras Te alaben, oh Señor, nuestro Dios, y Tus santos, los justos que hacen Tu voluntad, y todo Tu pueblo, la casa de Israel, con cántico jubiloso Te alaben y bendigan y engrandezcan y glorifiquen y exalten y veneren y santifiquen y adscriban el Reino a Tu nombre, oh Dios, nuestro Rey! Porque es bueno alabarte, y es un placer cantar alabanzas a Tu nombre, porque desde toda eternidad y para toda eternidad Tu eres Dios.

¡Que el aliento de todos los que viven alabe Tu nombre, oh Señor, nuestro Dios! ¡Y que el espíritu de toda carne continuamente glorifique y exalte Tu memoria, oh Dios, nuestro Rey! Porque desde toda eternidad y para toda eternidad Tú eres Dios, y no tenemos más Rey, Redentor o Salvador que Tú.

Así acababa la fiesta de la Pascua. Si la cena que tuvieron Jesús y Sus discípulos era la Pascua, tienen que haber sido los pasos (xiii) y (xiv) los que Jesús Se aplicó, y (xvi) el himno que cantaron antes de salir hacia el monte de los Olivos.

Ahora veamos lo que Jesús estaba haciendo, y lo que estaba tratando de imprimir en la memoria de los Suyos. Más de una vez hemos visto ya que los profetas de Israel recurrían a acciones simbólicas, dramáticas, cuando presentían que las palabras no eran suficientes. Eso fue lo que hizo Ahías cuando rasgó su capa en doce trozos y dio diez a Jeroboam como señal de que diez tribus le proclamarían rey (1 *Reyes 11:29-32*). Eso fue lo que hizo Jeremías cuando se hizo coyundas y yugos y se los cargó en señal de la servidumbre inminente (*Jeremías 27*). Eso fue lo que hizo el profeta Hananías cuando se apoderó del yugo que llevaba Jeremías y lo rompió (*Jeremías 28: IOs*). Eso fue la clase de cosa que Ezequiel hizo repetidamente (*Ezequiel 4:1-8; 5:1-4*). Era como si las palabras se pudieran olvidar fácilmente, pero una acción dramática se imprimiría en la memoria.

Eso fue lo que hizo Jesús, y asoció Su acción dramática con la antigua fiesta de Su pueblo para que se imprimiera más indeleblemente en las mentes de los Suyos. Jesús dijo: < ¡Fijaos! Así como se rompe este pan, se rompe Mi cuerpo por vosotros. Lo mismo que se escancia en esta copa, se verterá por vosotros Mi sangre.>

¿Qué quería decir Jesús cuando dijo que la copa representaba un nuevo pacto? La palabra *pacto* era corriente en la religión judía. La base de esa religión era que Dios había hecho *un pacto* con Israel. La palabra quiere decir algo así como un arreglo, una transacción, una relación. La aceptación del *Antiguo Pacto* se relata en *Éxodo 24:3-8*; y en ese pasaje vemos que el pacto dependía totalmente de que Israel cumpliera la Ley. Si se quebrantaba la Ley, se quebrantaba el Pacto, y se deshacía la relación entre Dios y la nación. *Era una relación totalmente dependiente de la Ley y de la obediencia a la Ley*. Dios era el Juez; y, puesto que no había nadie que pudiera guardar la Ley, el pueblo siempre estaba en falta. Pero Jesús dice: «Yo estoy introduciendo y ratificando *un Nuevo Pacto*, una nueva clase de relación entre Dios y el hombre, que no depende de *la Ley*, sino de *la Sangre que Yo voy a derramar*.»

Es decir, que depende solamente del *amor*. El Nuevo Pacto es una relación entre el hombre y Dios que no depende de la Ley, sino del amor. En otras palabras, Jesús dice: < Estoy haciendo lo que estoy haciendo para mostraros hasta qué punto os ama Dios.> Los hombres ya no están sencillamente *bajo la Ley de Dios*. Gracias a lo que Jesús ha hecho, están para siempre *bajo el amor de Dios*. Esa es la esencia de lo que nos dice la Santa Comunión.

Hay algo más en lo que haremos bien en fijarnos. En la última frase vemos de nuevo las dos cosas que ya hemos visto repetidas veces. Jesús estaba seguro de dos cosas: sabía que había de morir, y sabía que Su Reino había de venir. Estaba seguro de la Cruz, e igualmente seguro de la gloria; y la razón era que estaba igualmente seguro del pecado humano como del amor de Dios; y sabía que ese amor acabaría por conquistar ese pecado.

EL FALLO DE LOS AMIGOS

Marcos 14:27-31

Jesús les dijo a Sus discípulos:

-Todos vosotros os espantaréis de Mí esta noche; porque está escrito: «Heriré al Pastor, y las ovejas se desperdigarán.» Pero cuando haya vuelto a la vida, iré por delante de vosotros a Galilea.

Pedro Le dijo:

-Todos los otros puede que se espanten, ¡pero yo no!

Jesús le dijo:

-Te digo la pura verdad: Hoy, esta noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres veces.

Pedro se puso a insistir enérgicamente:

- ¡Aunque tenga que morir contigo, no Te negaré!

Y eso mismo dijeron todos los demás.

Una de las cosas tremendas de Jesús es que no había nada para lo que no estuviera preparado: la oposición, la incompreensión, la enemistad de los más religiosos, la traición de uno de los de Su círculo íntimo, el dolor y la agonía de la Cruz... Estaba preparado para todo; pero lo que tal vez Le dolía más era el fracaso de Sus amigos. Es cuando uno se enfrenta con lo peor cuando más necesita a sus amigos; y fue entonces precisamente cuando los amigos de Jesús Le abandonaron y Le fallaron y Le dejaron completamente solo. No había nada en todo el espectro del dolor físico y de la tortura mental por lo que no pasara Jesús.

Sir Hugh Walpole escribió una gran novela llamada *Fortaleza*. Es la historia de uno llamado Pedro cuyo credo era: < No es la vida lo que importa, sino el coraje que le apliques. > La vida le hizo todo lo imaginable. Al final, en la cima de su propia montaña, oye una voz: < Bendito sea el dolor, y el tormento, y todas las torturas del cuerpo. Benditas sean todas las pérdidas y los fracasos de los amigos, y el sacrificio del amor. Benditos sean todos los fallos y la ruina de todas las esperanzas terrenales. Bendita sea toda la angustia y el tormento, y las adversidades, y las angustias que exigen coraje. Benditas sean todas estas cosas -porque de ellas viene lo que hace un hombre.> Pedro se postró pidiendo: «Hazme un hombre... que no tema nada, que esté listo para todo. El amor, la amistad, el éxito... asumirlo todo como venga, sin importarme que esas cosas no sean para mí. Hazme valiente.»

Jesús tenía en grado superlativo, más que ningún otro que haya vivido jamás, esta cualidad de la fortaleza, esta capacidad para mantenerse erguido a pesar de los golpes que la vida Le pudiera asestar; esta serenidad cuando no había nada más que quebranto detrás y tortura delante. Inevitablemente cada cierto tiempo nos encontramos tomando aliento ante Su terso heroísmo.

Cuando Jesús le anunció a Pedro el trágico fracaso de su lealtad, él no podía creer que le sucediera. En los días de los problemas con los Stewart capturaron al Gallo del Norte, el Marqués de Huntly. Le señalaron el bloque y el hacha, y le dijeron que a menos que abandonara su lealtad le ejecutarían allí mismo y entonces. Su respuesta fue: «Podéis separarme la cabeza de los hombros, pero no podréis separar nunca mi corazón de mi Rey.» Eso fue lo que dijo Pedro aquella noche.

Hay una lección en la palabra que Jesús usó para «espantarse.» El verbo griego es *skandalizein*, de *skándalon* o *skandalethron*, que quieren decir el cebo de una trampa o el palito que acciona el cierre de la trampa una vez que se ha introducido el animal. Así es que la palabra *skandalizein* llegó a significar atrapar, o poner la zancadilla, mediante una treta o engaño. Pedro estaba demasiado seguro. Había olvidado las trampas que les puede poder la vida a los mejores de los hombres, y que las mejores personas pueden pisar un lugar resbaladizo y caer. Se había olvidado de su propia debilidad humana y de la fuerza de las tentaciones del diablo. Pero hay algo que siempre debemos recordar de Pedro: *tenía el corazón en su sitio*. Mejor un Pedro con un corazón inflamado de amor, aunque ese amor le fallara vergonzosamente por un momento, que un Judas con un corazón helado de odio. Que condene a Pedro el que no haya incumplido nunca una promesa, el que no haya sido nunca desleal en pensamiento o en acción a un compromiso. Pedro amaba a Jesús; y aunque Le falló, se levantó de nuevo.

HÁGASE TU VOLUNTAD

Marcos 14:32-42

Llegaron a un lugar que se llamaba Getsemaní. Jesús les dijo a Sus discípulos:

-Sentaos aquí mientras Yo hago oración.

Llevó consigo a Pedro y Santiago y Juan, y empezó a deprimirse y angustiarse y les dijo:

-Estoy a punto de morir de pura angustia. Quedaos aquí y manteneos bien despiertos.

Se apartó un poco más adelante, y Se postró en tierra pidiendo que, si era posible, esa hora pasara de Él. Y decía:

- ¡Abbá, Padre! Todo Te es posible a Ti. Retira de Mí este cáliz; pero no sea lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú.

Volvió al poco tiempo, y Se los encontró dormidos. Y le dijo a Pedro:

-Simón, ¿estás dormido? ¿Nos has podido mantenerte despierto ni una hora? Manteneos despiertos y en oración, no sea que os sorprenda la prueba. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

Y de nuevo se apartó a orar con las mismas palabras. Y volvió otra vez, y Se los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados de sueño. Y no sabían qué decirle. Y Él vino aún la tercera vez, y les dijo:

-Ya podéis dormir. Ahora descansad. Ya basta. Ha llegado el momento. ¡Mirad! El Hijo del Hombre es entregado a manos de pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos! Ha llegado el que Me ha traicionado.

Este es un pasaje que casi nos da miedo leer, porque nos introduce en la agonía privada de Jesús.

Haberse quedado en el aposento alto habría sido peligroso. Con las autoridades en Su búsqueda, y con Judas decidido a traicionarle, el aposento alto podía haber sido una encerrona. Pero Jesús tenía otro lugar al que retirarse. El hecho de que Judas supiera que podía encontrarle en Getsemaní muestra que Jesús tenía costumbre de ir allí. En la misma Jerusalén no había jardines. La ciudad estaba demasiado abarrotada; y había una curiosa ley que prohibía que el suelo santo de la ciudad se contaminara con el estiércol de los jardines. Pero algunos de los ricos tenían jardines privados en el monte de los Olivos, adonde se retiraban a descansar. Jesús tiene que haber tenido algún amigo suficientemente acomodado que Le permitía usar su jardín por la noche.

Cuando Jesús fue a Getsemaní había dos cosas que necesitaba perentoriamente. Necesitaba *la compañía humana*, y necesitaba *la compañía de Dios*. «No es bueno que el hombre esté solo,» había dicho Dios en el principio (*Génesis 2:18*). En momentos de angustia queremos tener a alguien con nosotros. No es que queramos que haga nada en particular, ni que queramos decirle nada ni que nos hable. Simplemente que esté con nosotros. Así Le pasaba a Jesús. Es extraño que los hombres que hacía poco habían asegurado que estaban dispuestos a morir por Él no pudieran- mantenerse despiertos con Él ni siquiera una hora. Pero no podemos culparlos, porque la emoción y la tensión los habían drenado de fuerza y de resistencia.

Algunas cosas de Jesús aparecen claras en este pasaje.

(i) No quería morir. Tenía treinta y tres años, y nadie quiere morir cuando se encuentra en los mejores años de su vida. Había hecho tan poco, y había un mundo que esperaba salvarse. Sabía lo que era la crucifixión, y no podía por menos de sobrecogerle. Tenía que obligarse a seguir adelante -como nos sucede a veces a todos los seres humanos; aunque en Su caso la lucha y la perspectiva eran incalculablemente más terribles.

(ii) No entendía totalmente por qué tenía que morir. Sólo sabía sin ningún lugar a dudas que era la voluntad de Dios, y que Él tenía que seguir adelante. Jesús, también, tuvo que emprender la gran aventura de la fe, aceptando -como nos corresponde muchas veces a los seres humanos- lo que no podía comprender.

(iii) Se sometió a la voluntad de Dios. *Abbá* es la palabra aramea para *Papá*. Esa era la palabra clave que lo aclaraba todo. Thomas Hardy termina su novela *Tess*, después de contarnos su trágica vida, con la terrible frase: «El presidente de los inmortales había acabado de jugar con Tess.» Jesús no se estaba sometiendo a un Dios tiránico o dictatorial.

Como con piezas de ajedrez Él juega en tablero de días y de noches moviéndolas, les da jaque y las mata y las mete en la caja sin reproches.

Esto decía `Umar Jayyám; pero Dios no es así. Aun en esa hora terrible, cuando estaba exigiéndole aquel terrible sacrificio, Dios era para Jesús Su *Papá*. Cuando mataron al reformador escocés Richard Cameron, uno de los Murray le cortó la cabeza y las manos y las llevaron a Edimburgo. Su padre estaba preso por la misma causa. El enemigo se las llevó para añadirle más aflicción a su ya terrible angustia, y le preguntó si las reconocía.

Tomando la cabeza y las manos de su hijo, que eran muy hermosas (porque era hombre de complexión fina como él), las besó y dijo: «Las reconozco, las conozco. Son las de mi hijo, mi propio hijo querido. Es el Señor. Buena es la voluntad del Señor que no puede hacernos mal ni a mí ni a los míos, sino que ha hecho que el bien y la misericordia nos sigan todos los días de nuestra vida.» Si podemos llamar a Dios *Padre*, todo resulta soportable. Una y otra vez no comprenderemos, pero siempre tendremos la certeza de que «la mano del Padre no causará nunca a sus hijos una lágrima innecesaria.» Eso era lo que sabía Jesús. Por eso podía seguir adelante -y nosotros también.

Debemos fijarnos en cómo termina este pasaje. El traidor y su pandilla habían llegado. ¿Cómo reaccionó Jesús? No huyendo, aunque todavía, en la noche, Le habría sido fácil escapar. Reaccionó *enfrentándose con ellos*. Hasta el fin, Jesús Se negó a desviarse o a volver atrás.

EL ARRESTO

Marcos 14:43-SO

Y acto seguido, mientras Jesús estaba todavía hablando, llegó Judas, uno de los Doce, y con él una chusma con espadas y palos de parte de los principales sacerdotes y los maestros de la Ley y los ancianos. El traidor les había dado

esta señal: «El que yo bese, les había dicho, ese es. Echadle mano y ponedle a buen recaudo.» Así es que, cuando llegó, pasó al frente en seguida y Le dijo a Jesús:

- ¡Rabí! y Le besó afectuosamente.

Los otros echaron mano a Jesús y Le apresaron. Uno de los presentes desenvainó la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote cortándole una oreja. Jesús les dijo:

- ¿Habéis salido a arrestarme con espadas y con palos como si fuera un bandolero? He estado diariamente con vosotros enseñando en el Templo, y no Me detuvisteis. Pero sea así para que se cumplan las Escrituras.

Y entonces todos Le abandonaron y salieron huyendo.

Aquí tenemos claro el drama y, aun con la economía de palabras que le es característica a Marcos, los personajes se dibujan perfectamente ante nosotros.

(i) Está Judas, el traidor. Sabía muy bien que la gente conocía de vista suficientemente a Jesús; pero pensó que a la pálida luz de la luna, a la sombra de los árboles iluminados por la luz temblorosa de las teas, necesitarían una indicación precisa de quién era el que iban a detener. Y eligió el más terrible de los signos: un beso. Era habitual saludar a un rabino con un beso, en señal del respeto y del afecto que se le tenía a un maestro querido; pero hay aquí algo terrible. Cuando Judas dice: < A1 que yo bese, ese es,> usa la palabra *filein*, que es la palabra corriente; pero cuando se dice que avanzó y besó a Jesús, la palabra es *katafilein*. El *kata-* es intensivo, y *katafilein* quiere decir *besar como un amante besa a un ser amado*. La

señal de la traición no fue el beso formal del saludo respetuoso, sino un beso de amor. Esto es la cosa más repulsiva y terrible que encontramos en los evangelios.

(ii) Está la chusma enviada para arrestar a Jesús. Venía de parte de los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. Esas eran las tres secciones del Sanedrín, y Marcos quiere decir que venían de parte de ese tribunal supremo. Aun bajo la jurisdicción romana, el Sanedrín tenía ciertos derechos y deberes de policía en Jerusalén, y tenía sus propios policías. Sin duda una chusma selecta se les había adherido en el camino. Marcos se las agencia para darnos la impresión del nerviosismo de los que vinieron a hacer la detención. Puede que vinieran preparados para una acción sangrienta, nerviosos y tensos. Eran ellos los que rezumaban terror -no Jesús.

(iii) Está el hombre que tiró de espada a la desesperada y le cortó una oreja al siervo del sumo sacerdote. En *Juan 18:10* se nos dice que fue Pedro. Nos suena a Pedro, y Marcos probablemente omitió el nombre porque todavía era peligroso revelarlo. En la reyerta no se vio quién había asestado el golpe; era mejor dejarlo así. Pero cuando Juan escribió, cuarenta años después, ya no era peligroso revelarlo. Puede que no fuera precisamente una buena acción tirar de espada y atacar a un oficial; pero en cierto modo nos alegramos de que hubiera alguien allí que, por lo menos en el impulso del momento, estuviera dispuesto a pelear por Jesús.

(iv) Estaban los discípulos. Les fallaron los nervios. No pudieron arrostrar aquello. Tenían miedo de compartir la suerte de Jesús, así es que huyeron.

(v) Estaba Jesús mismo. Lo extraño es que, en toda esta escena caótica, Jesús estaba en un oasis de serenidad. Conforme leemos la historia vemos que era Él y no la policía del Sanedrín Quien estaba en control de los acontecimientos. Para Él, la lucha del huerto ya había pasado, y ya tenía la paz del Que sabe que está siguiendo la voluntad de Dios.

UN CIERTO JOVEN

Marcos 14:51-52

Le iba siguiendo a Jesús un cierto joven que no iba cubierto nada más que con una sábana de lino. Los policías trataron de echarle mano, pero él se les escapó dejándolos con la sábana en las manos.

Estos son dos versículos extraños y alucinantes. A primera vista parecen completamente irrelevantes. No parecen añadir nada a la narración, y sin embargo tiene que haber alguna razón para que estén aquí.

Ya vimos en la Introducción que Mateo y Lucas usaron *Marcos* como la base de su obra, y que incluyeron en sus evangelios prácticamente la totalidad de lo que se encuentra en *Marcos*. Ninguno de los dos incluyó estos dos versículos. Eso parecería indicar que este incidente tenía interés solamente para Marcos, y no realmente para ningún otro. ¿Por qué entonces era tan interesante para Marcos que pensó que debía incluirlo en su evangelio? La respuesta más probable es que el joven era el mismo Marcos, y que esta era una manera de decir: < Yo también estaba allí,> aunque sin mencionar expresamente su nombre.

Cuando leemos *Hechos* encontramos que el lugar de reunión y el cuartel general de la iglesia original en Jerusalén fue aparentemente la casa de María, la madre de Juan Marcos, el autor de este evangelio (*Hechos* 12:12). Si fue así, es por lo menos posible que el aposento alto en el que se había celebrado la última Cena estuviera en aquella misma casa. No podía haber otro lugar que se convirtiera más naturalmente en el centro de la Iglesia. Si podemos aceptar eso, se nos ofrecen dos posibilidades.

(i) Puede que Marcos estuviera presente en la última Cena. Era joven, nada más que un muchacho, y puede que nadie se diera cuenta; pero él estaba fascinado con Jesús; y cuando la

compañía salió por la noche hacia el Monte de los Olivos, se les agregó cuando debería haber estado en la cama, con una sábana de lino por toda vestidura. Puede que todo el tiempo estuviera Marcos allí en la sombra escuchando y observando, lo cual explicaría de dónde procede el relato de Getsemaní; porque, si todos los discípulos estaban dormidos, ¿cómo se pudo conocer la angustia de alma que Jesús pasó allí? Puede que el único testigo de aquella escena fuera Marcos, que estaba bien despierto, callado en las sombras, observando con la reverencia de un muchacho al más grande Héroe que había conocido y que conocería jamás.

(ii) Por el relato de Juan sabemos que Judas dejó la compañía antes de que terminaran la cena (*Juan 13:30*). Puede que fuera al aposento alto adonde Judas pretendía conducir a la policía del Templo para que detuvieran a Jesús en secreto; pero cuando Judas volvió con la policía, Jesús y Sus discípulos ya se habían ido. Se producirían las recriminaciones y discusiones normales, y ese jaleo despertaría a Marcos. Oiría a Judas sugerir que trataran de buscar a Jesús en el huerto de Getsemaní. Marcos se envolvería a toda prisa en la sábana de su cama, y saldría corriendo en medio de la noche para advertir a Jesús del peligro; pero llegaría demasiado tarde, y en la confusión que se produjo estuvieron a punto de arrestarle.

Cualquiera que fuera la situación exacta, podemos estar bastante seguros de que Marcos incluyó en su relato estos dos versículos porque se referían a él. Nunca podría olvidar aquella noche. Era demasiado humilde para mencionarse por nombre, pero esta fue su manera de poner su firma, como diciendo a todos los que sepan leer entre líneas: < Yo también, cuando era un muchacho, estaba allí.>

EL JUICIO

Marcos 14:53, 55-65

Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote, y todos los principales sacerdotes y los maestros de la Ley y los ancianos se reunieron con él...

Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín estaban tratando de encontrar alguna evidencia contra Jesús a fin de condenarle a muerte; pero no la podían encontrar, porque había muchos que daban falso testimonio contra Él, pero no estaban de acuerdo en sus declaraciones. Algunos se pusieron de pie y dieron falso testimonio contra Él diciendo:

Nosotros Le oímos decir: «Yo destruiré este templo hecho con las manos, y en tres días edificaré otro no hecho con las manos.»

Pero ni siquiera en eso coincidían las acusaciones; en vista de lo cual el sumo sacerdote se puso en pie allí en medio e interrogó a Jesús: ,

- ¿Es que no vas a contestar? ¿Qué te parece la evidencia que estos hombres alegan contra Ti?

Jesús seguía callado, y no dio ninguna respuesta. Entonces el sumo sacerdote Le interrogó diciéndole:

- ¿Eres Tú el Ungido de Dios, el Hijo del Bendito?

- Sí lo soy -contestó Jesús-, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, viniendo con las nubes del Cielo.

El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo:

- ¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Vosotros mismos Le habéis oído blasfemar! ¿Cuál es vuestro veredicto?

Todos ellos Le declararon digno de muerte; y algunos se pusieron a escupirle y a taparle la cara y abofetearle diciéndole:

- ¡Profetiza!

Y los servidores Le daban toda clase de golpes.

La acción se iba moviendo ininterrumpidamente hacia el desenlace inevitable.

Por aquel entonces los poderes del Sanedrín eran limitados, porque los que gobernaban el país eran los romanos. El Sanedrín tenía plenos poderes en materias religiosas. Parece también haber tenido una cierta medida de poder jurisdiccional. Pero no tenía poder para dictar sentencia de muerte. Si lo que Marcos describe era una reunión del Sanedrín, puede compararse con la de un tribunal supremo. Su función no era condenar, sino preparar los cargos por los que el criminal pudiera ser juzgado ante el gobernador romano.

No cabe duda de que en el juicio de Jesús el Sanedrín quebrantó todas sus leyes. El reglamento de procedimiento del Sanedrín es uno de los tratados de la *Misná*. Ya se comprende que algunas de sus reglas eran más ideales que prácticas habituales; pero, aun concediendo esto, todo el procedimiento de aquella noche fue una serie de injusticias flagrantes.

El Sanedrín era el tribunal supremo de los judíos, y lo formaban setenta y un miembros. Entre ellos había saduceos -toda la clase sacerdotal eran saduceos-, fariseos y escribas -que eran los maestros de la Ley-, y hombres respetados, que eran los ancianos. El presidente era el sumo sacerdote. El tribunal se sentaba en semicírculo de tal manera que cualquier miembro podía

ver a cualquiera de los demás. Enfrente se sentaban los estudiantes de los rabinos, que podían hablar a favor del reo, pero no en su contra. La sala oficial de reuniones del Sanedrín era el salón de la Piedra Tallada, que se encontraba en el recinto del Templo, y las decisiones del Sanedrín no eran válidas a menos que se tomaran en una reunión celebrada en aquel lugar. El tribunal no se podía reunir por la noche, ni en ninguna de las grandes fiestas. Cuando se tomaba la evidencia, se examinaban los testigos separadamente; y, para que su evidencia fuera válida, debía coincidir en todos los detalles. Cada miembro individual del Sanedrín debía dar su veredicto separadamente, empezando por los más jóvenes, hasta llegar al más anciano. Si el veredicto era la pena de muerte, debía transcurrir una noche antes de que se llevara a cabo, para que el tribunal tuviera oportunidad de cambiar de parecer y decidirse por la compasión.

Se puede ver que en un punto tras otro el Sanedrín quebrantó sus propias reglas. No se reunió en la sala oficial. Se reunió por la noche. No se nos dice que se dieran los veredictos individualmente. No se dejó que pasara una noche antes de la ejecución. En su afán de eliminar a Jesús, las autoridades judías no dudaron en quebrantar sus propias leyes.

En un principio, el tribunal no podía conseguir ni testigos falsos que estuvieran de acuerdo. Estos acusaron a Jesús de haber dicho que Él destruiría el Templo. Puede ser que alguno Le hubiera oído decir lo que tenemos en *Marcos 13:2*, y lo hubiera tergiversado maliciosamente convirtiéndolo en una amenaza de destruir el Templo. Hay una leyenda que dice que el Sanedrín podía conseguir montones de la clase de evidencia que no quería, porque un hombre tras otro salían al frente diciendo: «Yo era leproso, y Él me limpió.» «Yo era ciego, y Él me dio la vista.» «Yo era sordo, y El me abrió los oídos.» «Yo era cojo, y Él me hizo que pudiera andar.» «Yo era paralítico, y Él me devolvió las fuerzas.»

Por último, el sumo sacerdote tomó la cuestión en sus manos, e hizo la clase de pregunta que la ley prohibía terminantemente, la que obliga a la autoinculpación. Estaba prohibido hacer preguntas cuya respuesta podía incriminar al reo. No se le podía pedir a nadie que se condenara a sí mismo; pero esa fue la pregunta precisa que Le hizo a Jesús el sumo sacerdote. Le preguntó directamente si Él era el Mesías. Está claro que Jesús comprendió que ya era hora de que concluyera aquella desgraciada farsa. Sin dudarlo respondió que sí lo era. Aquello se tomó como un delito de blasfemia, de insulto a Dios. Ya tenía el Sanedrín lo que quería: un delito que merecía la pena capital, y se dieron por satisfechos celebrándolo salvajemente.

De nuevo vemos brillar en esta escena las dos grandes características de Jesús.

(i) Vemos Su *coraje*. Sabía que el hacer esa confesión Le suponía la muerte; y sin embargo la hizo sin vacilar. Si hubiera negado las acusaciones, no Le habrían podido condenar.

(ii) Vemos Su *confianza*. Aun ante la inminente perspectiva de la Cruz, todavía siguió hablando con plena confianza de Su triunfo definitivo.

No cabe duda de que es la más terrible de las tragedias de la Historia humana el que se le negara hasta la justicia más elemental y que se Le humillara con la cruda y cruel parodia de los siervos y guardas del Sanedrín a Aquel Que vino a ofrecer a la humanidad el amor de Dios.

CORAJE Y COBARDÍA

Marcos 14:54, 66-72

Y Pedro siguió a Jesús a cierta distancia hasta dentro del patio de la casa del sumo sacerdote, y se sentó allí con los criados calentándose al fuego...

Cuando Pedro estaba abajo en el patio, una de las criadas del sumo sacerdote se acercó y, cuando vio a Pedro calentándose, se le quedó mirando y le dijo:

- Tú también estabas con el Nazareno, con Jesús.

Pedro lo negó, diciendo:

Ni sé ni entiendo lo que estás diciendo.

Salió al porche, y cantó el gallo. La criada le vio, y se puso a decirles a los presentes otra vez:

- ¡Este hombre era uno de ellos!

Pero él lo negó otra vez. Poco después, los que estaban allí le dijeron a Pedro:

Es verdad que tú eres uno de ellos, porque eres galileo.

Pedro se puso a maldecir y a jurar:

- ¡Ni siquiera sé de Quién estáis hablando!

E inmediatamente resonó el canto del gallo, y Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: «Antes que cante el gallo dos veces me habrás negado tres veces.» Y se ocultó la cabeza con la capa, y lloró.

Algunas veces se cuenta esta historia de una manera que no le hace justicia a Pedro. Lo que a menudo dejamos de reconocerle es que hasta el mismo final la carrera de Pedro aquella noche mostró un coraje temerario. El desenvainar la espada en el

huerto con el coraje temerario de un hombre preparado a enfrentarse él solo con toda aquella chusma. En aquella intervención había herido al siervo del sumo sacerdote. La prudencia más elemental le habría aconsejado a Pedro no dejarse ver. El último lugar al que uno habría soñado que pudiera dirigirse Pedro sería el patio de la casa del sumo sacerdote -y fue precisamente allí adonde se dirigió. Eso es ya en sí una audacia desmedida. Puede que los otros huyeran; pero Pedro seguía cumpliendo su palabra. Aunque los demás se hubieran ido, él seguía lo más de cerca posible a Jesús.

Y entonces surgió la extraña mezcla de la naturaleza humana. Se quedó calentándose al fuego, porque la noche era fría. Sin duda estaba arrebuñado en el embozo de su capa. Puede que alguno atizara el fuego o echara otro leño, y a la luz de la llama reconocieron a Pedro. Él negó inmediatamente toda relación con Jesús. *Pero -y esto es lo que se suele olvidar-, cualquier persona prudente se habría marchado entonces del patio tan rápido como le pudieran llevar sus piernas -pero no Pedro. Y lo mismo le sucedió otra vez. De nuevo Pedro negó a Jesús, y de nuevo se negó a marcharse. Sucedió una vez más; Pedro negó a Jesús otra vez, jurando que no conocía a Jesús, e invocando maldiciones sobre sí mismo si no estaba diciendo la verdad. Todavía parece que no tenía intención de marcharse; pero entonces sucedió otra cosa.*

Muy probablemente fue lo siguiente. Los romanos dividían la noche en cuatro vigiliadas desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana. Al final de la tercera vigilia, a las 3 de la madrugada, cambiaba la guardia, cosa que se anunciaba con un toque de cornetín que se llamaba en latín *gallicinium*, que

quiere decir *canto del gallo*. Lo más probable es que lo que sucedió fue que cuando Pedro negó por tercera vez conocer a Jesús, se oyó la clara nota del cornetín en el silencio de la ciudad, y Pedro se acordó, y se le partió el corazón.

No nos confundamos: Pedro cayó en una tentación que le asaltó por ser hombre de coraje extraordinario. No tienen derecho las personas prudentes y discretas a criticar a Pedro por sucumbir a una tentación que nunca les sobrevendrá a ellos en parecidas circunstancias. Todos tenemos nuestro límite. Pedro llegó al suyo aquí, pero 999 de cada 1,000 habrían llegado al suyo mucho antes. Haríamos bien en admirar el coraje de Pedro más bien que en escandalizarnos por su fallo.

Pero aún hay otra cosa. No puede haber habido nada más que una fuente de información para que se sepa esta historia -y tuvo que ser el mismo Pedro. Ya vimos en la Introducción que el *Evangelio de Marcos* contiene los materiales de la predicación de Pedro. Es decir: que una y otra vez Pedro tiene que haber contado la historia de su negación. < Eso fue lo que yo hice -tiene que haber dicho-, y el maravilloso Jesús nunca dejó de amarme.>

Hubo un evangelista llamado Brownlow North. Era un hombre de Dios, pero en su juventud había vivido a lo loco. Un domingo, cuando tenía que predicar en Aberdeen, le entregaron una carta antes de subir al púlpito, que relataba un incidente vergonzoso de la vida de Brownlow North antes de su conversión, y anunciaba que, si se atrevía a predicar, el autor de la carta se levantaría en la iglesia y proclamaría públicamente lo que había hecho el predicador. Brownlow North se llevó la carta al púlpito, y se la leyó a la congregación. Les dijo que era perfectamente cierto; y a continuación les dijo cómo Cristo le había perdonado y permitido vencerse a sí mismo y dejar atrás su pasado y hacerle una nueva criatura. Usó su propia vergüenza como un imán para atraer a otros a Cristo. Eso era lo que hacía Pedro. Le decía a la gente: < Yo Le hice daño y Le fallé de esta manera, pero Él siguió amándome y me perdonó -y puede hacer lo mismo por ti.>

Cuando leemos este pasaje con comprensión, la historia de la cobardía de Pedro se convierte en una épica de coraje, y la historia de su vergüenza se convierte en un testimonio de gloria.

EL SILENCIO DE JESÚS

Marcos 15:1-5

Inmediatamente, a la madrugada, los principales sacerdotes, juntamente con los ancianos y los maestros de la Ley -es decir, todo el Sanedrín- celebró una sesión. Maniataron a Jesús y se Le llevaron para entregársele a Pilato. Pilato le preguntó:
-¿Eres Tú el Rey de los judíos?

-Tú eres el que lo estás diciendo -le contestó Jesús.

Los principales sacerdotes se pusieron a acusar a Jesús de muchos delitos. Pilato Le preguntó de nuevo:

-¿No tienes nada que contestar? Mira de cuántas cosas Te acusan.

Jesús no le contestó nada más, y Pilato estaba alucinado.

Tan pronto como hubo luz del día se reunió el Sanedrín para ratificarse en las conclusiones a las que habían llegado en su reunión nocturna. No tenían poder para ejecutar la sentencia de muerte. El gobernador romano era el único que la podía dictar y ejecutar.

Es Lucas el que nos cuenta lo profunda e insistente y amarga que era la malicia de los judíos. Como ya hemos visto, la acusación a la que habían llegado era de blasfemia, de insulto a Dios. Pero aquello no era un crimen por el que pudieran

llevar a Jesús ante Pilato. Sabían perfectamente bien que Pilato no se mezclaría en lo que consideraba supersticiones religiosas de los judíos. Cuando Le llevaron a Jesús Le acusaron de pervertir al pueblo prohibiéndoles dar tributo al César y

presentándose como Rey (*Lucas 23:1 s*). Tuvieron que amañar un crimen político para que Pilato lo tomara en serio. Sabían muy bien que aquella acusación era falsa -y Pilato también lo sabía.

Pilato Le preguntó a Jesús: < ¿Eres Tú el Rey de los judíos? > Jesús le dio una extraña respuesta. Le dijo: «Tú eres el que dice eso.» Jesús no dijo sí o no. Lo que sí dijo fue: «Puede que yo haya pretendido ser el Rey de los judíos; pero tú sabes muy bien que la interpretación que le dan mis acusadores a esas palabras no es la Mía. Yo no soy ningún revolucionario político. Mi Reino es el Reino del Amor.» Pilato lo sabía perfectamente bien. Entonces pasó a interrogar a Jesús de nuevo, y las autoridades judías pasaron a multiplicar sus acusaciones; y Jesús permaneció totalmente callado.

Hay veces cuando el silencio es más elocuente que las palabras, porque puede expresar lo que las palabras no pueden.

(i) Existe el silencio de *admiración maravillada*. Es un cumplido que se hace a cualquier representación o conferencia cuando se la recibe con un aplauso prolongado; pero es un cumplido todavía mayor cuando se responde con un silencio contenido que muestra que el aplauso estaría fuera de lugar. Es un cumplido el que le alaben o le den las gracias a uno de palabra, pero es un cumplido todavía más grande el recibir una mirada que dice claramente que no se puede con palabras.

(ii) Existe el silencio de *desprecio*. Se pueden recibir afirmaciones o argumentos o disculpas de alguien con un silencio que muestra que no merecen una respuesta. En lugar de contestar a las protestas de alguien, el que escucha puede volverle la espalda y dejar las cosas como están.

(iii) Existe el silencio del *miedo*. Una persona puede guardar silencio por la sencilla razón de que tiene miedo de hablar. La cobardía de su alma puede que le impida decir lo que sabe que debería decir. El miedo puede amordazarle, obligándole a un silencio vergonzoso.

(iv) Existe el silencio del *corazón quebrantado*. Cuando se ha herido de veras a una persona, no rompe en protestas y recriminaciones y exabruptos. El más profundo dolor es un dolor mudo, que está más allá de la ira y de la reprensión y de todo lo que se pueda expresar con palabras, y que sólo puede mostrarse en el silencio.

(v) Existe el silencio de *la tragedia*, cuando se guarda silencio porque ya no hay nada que se pueda decir. Fue por eso por lo que Jesús mantuvo silencio. Sabía que no podía haber un puente entre Él mismo y las autoridades judías. Sabía que no había nada en Pilato a lo que pudiera apelar en última instancia. Sabía que las líneas de comunicación estaban rotas. El odio de los dirigentes de los judíos era un telón de acero que las palabras no podían atravesar. La cobardía de Pilato frente a la multitud era una barrera que las palabras no podían perforar. Es terrible que el corazón de un hombre llegue a tal punto que hasta Jesús sepa que no tiene sentido hablar. ¡Que Dios nos libre de ello!

LA ELECCIÓN DE LA MULTITUD

Marcos 15:6-15

Por el tiempo de la fiesta tenía la costumbre el gobernador de dejarle en libertad al pueblo a un preso, y se les dejaba escoger a quién. Había uno que se llamaba Barrabás, en la cárcel de los revolucionarios, que había cometido un asesinato durante la insurrección. La multitud acudió al tribunal de Pilato y se puso a pedirle que les cumpliera el procedimiento de costumbre. Pilato les preguntó:

-¿Queréis que o suelte al Rey de los judíos? -Porque sabía que los principales sacerdotes se Le habían entregado nada más que por malicia.

Los principales sacerdotes incitaron a la multitud a que insistiera en pedir la liberación de Barrabás. Pilato les preguntó otra vez:

-¿Y qué queréis que haga con el hombre que llamáis el Rey de los judíos?

De nuevo se pusieron a chillar:

- ¡Crucifícale!

Pilato les dijo:

- ¿Pues qué crimen ha cometido?

La gente siguió gritando, cada vez más enloquecida: - ¡Crucifícale!

Pilato quiso complacer a la multitud, y les soltó a Barrabás y entregó a Jesús para que Le crucificaran después de azotarle.

De Barrabás no sabemos nada más que lo que leemos en los evangelios. No era un ladrón, sino un bandolero, por lo menos. No era ningún ratero vulgar, sino un bandido peligroso, y debe de haber sido lo suficientemente audaz para ganarse el aprecio de la multitud. Tal vez podamos suponer la clase de persona que era. En particular había un grupo de judíos llamados los *sicarii*, que quiere decir portadores de dagas, que eran en realidad nacionalistas fanáticos y violentos. Estaban juramentados para cometer crímenes y asesinatos. Llevaban la daga bajo la capa, y la usaban a la primera oportunidad. Es muy probable que Barrabás fuera uno de esos hombres y, aunque era un asesino, era un hombre valiente, un verdadero patriota para muchos; y es comprensible que fuera popular con la multitud.

Para muchos ha sido siempre un misterio el que, menos de una semana después que la multitud aclamara a Jesús en Su entrada en Jerusalén, estuvieran pidiendo a gritos Su crucifixión. Pero no hay tal misterio. La razón es bien sencilla: se trataba de dos multitudes diferentes. Considerad el arresto de Jesús: fue deliberadamente secreto. Es verdad que los discípulos huyeron, y es probable que extendieran la noticia; pero ellos no podían haber sabido que el Sanedrín iba a violar sus propias leyes y llevar a cabo un simulacro de juicio por la noche. Debe de haber habido muy pocos de los simpatizantes de Jesús en aquella multitud.

Entonces, ¿quiénes eran? Pensadlo otra vez: la multitud sabía que había esa costumbre de soltar a un prisionero para la Pascua. Bien puede ser que fuera una multitud que se había reunido con la intención determinada de pedir la libertad de Barrabás. Serían entonces *una multitud de simpatizantes de Barrabás*. Cuando vieron la posibilidad de que quedara libre Jesús en vez de Barrabás se enfurecieron. Para los principales sacerdotes esta fue una oportunidad de oro. Las circunstancias les sonreían. Avivaron el clamor popular a favor de Barrabás, y les resultó fácil, porque era el deseo de la liberación de Barrabás lo que los había reunido allí aquel día. No es que la multitud fuera voluble, sino que era una multitud diferente.

Sin embargo, tenían que hacer una elección por sí mismos. Ante la alternativa de Jesús o Barrabás, escogieron a Barrabás.

(i) Escogieron *la ilegalidad en vez de la legalidad*. Eligieron a alguien que quebrantaba la ley en lugar de Jesús. Una de las palabras del Nuevo Testamento para *pecado* es *anomía*, que quiere decir *ilegalidad*. En el corazón humano hay una vena que rechaza la ley, que quiere hacer las cosas como le dé la gana, que quiere deshacer las barreras limítrofes y pisotear los restos de toda disciplina. Hay algo de esa actitud en todos los seres humanos. En *Mandalay*, Kipling hace decir al soldado:

Mándame adonde sea al Este de Suez, donde los mejores son como los peores, donde no existen los Diez Mandamientos y uno puede provocar una hambruna.

Hay veces cuando casi todos quisiéramos que no hubiera Diez Mandamientos. Aquella multitud representaba a hombres que prefieren la ilegalidad a la ley.

(ii) Eligieron *la guerra en lugar de la paz*. Escogieron al hombre sanguinario en vez de al Príncipe de Paz. En casi 3,000 años de Historia ha habido menos de 130 años en los que no hubiera una guerra rugiendo en algún sitio. La humanidad, en su increíble necedad, ha perseverado en tratar de arreglar las

cosas mediante la guerras, que no arreglan nada. La multitud estaba haciendo lo que los hombres han hecho tantas veces, eligiendo al guerrero y rechazando al Pacificador.

(iii) Eligieron *el odio y la violencia en lugar del amor*. Barrabás y Jesús representaban dos actitudes opuestas. Barrabás representaba el corazón del odio, el puñal asesino, la violencia de la amargura. Jesús representaba el amor. Como ha pasado tantas veces, el odio reinó supremo en los corazones de los hombres, y el amor fue rechazado. Los hombres insistían en seguir su propio camino hacia la conquista, y rehusaron ver que la única verdadera conquista era la conquista del amor.

Puede que haya oculta una tragedia en una palabra. «Después de azotarle» es una sola palabra en el original. Los azotes romanos eran algo terrible. El reo estaba doblado y atado de tal manera que tenía totalmente expuesta la espalda. El azote era una larga tira de cuero con trozos de hueso o de plomo incrustados. Literalmente desgarraba la espalda a tiras. Algunas veces le saltaba algún ojo al reo. Algunos morían en la tortura; otros se volvieron locos; pocos se mantenían conscientes hasta el final. Eso también Se lo hicieron a Jesús.

LAS BURLAS DE LOS SOLDADOS

Marcos 15:16-20

Los soldados se llevaron a Jesús a una sala que era el pretorio, y llamaron a toda la compañía. Le vistieron a Jesús con una túnica púrpura, y trenzaron una corona de espinos y se la pusieron, y empezaron a saludarle:

- ¡Salve, Rey de los judíos!

Y se pusieron a golpearle en la cabeza con una caña y a escupirle, y a arrodillarse ante Él como para rendirle homenaje. Y después de divertirse con Él, Le quitaron la túnica púrpura y Le pusieron Su propia ropa. Y luego Le llevaron a crucificar.

El ritual romano de la ejecución estaba establecido. El juez decía: *Illum duci ad crucem placet*, «La sentencia es que este hombre sea conducido a la cruz.» Entonces se volvía a la guardia y decía: *1, miles, expedi crucem*, «Ve, soldado, y prepara

la cruz.» Fue mientras estaban preparando la cruz cuando Jesús estuvo en las manos de los soldados. El pretorio era la residencia del gobernador, su cuartel general, y los soldados implicados serían la cohorte de la guardia del cuartel general. Haremos bien en recordar que Jesús ya había padecido el tormento de los azotes antes de estas burlas soeces.

Bien puede ser que, de todo lo que Le sucedió, esto fuera lo que menos daño Le hacía a Jesús. Las intervenciones de los judíos habían estado envenenadas de odio. El resentimiento de Pilato había sido una evasión cobarde de su responsabilidad. Había crueldad en la acción de los soldados, pero no malicia. Para ellos Jesús no era más que un reo más que iba a la cruz, y llevaron a cabo la pantomima de homenaje y adoración en el cuartel, tal vez no para hacer sufrir más al reo, sino para pasar el rato con una parodia burda.

Era el principio de muchas burlas por venir. Siempre los cristianos estuvieron expuestos a que los tomaran a broma. Escrito en los muros de Pompeya que nos han conservado los grafitos de entonces hasta nuestros días está la caricatura de un cristiano arrodillado delante de un burro, y debajo se pueden leer las palabras: « Anaxímenes adora a su Dios.» Si tenemos que sufrir a veces burlas por ser cristianos, nos ayudará recordar que eso fue lo que hicieron con Jesús de una manera mucho peor que lo que nos corresponda sufrir a nosotros.

LA CRUZ

Marcos 15:21-28

Y requisaron a un hombre que se llamaba Simón, de Cirene, que pasaba por allí de vuelta de su campo, el

padre de Alejandro y de Rufo; y le obligaron a llevar la Cruz de Jesús. Así fue como Le llevaron a Jesús al lugar que se llama Gólgota, que quiere decir el lugar de la Calavera. Le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero Él no quiso tomarlo.

Le crucificaron.

Y se repartieron Su ropa jugándose a los dados lo que le correspondía a cada uno.

Eran las 9 de la mañana cuando Le crucificaron.

Y el cartel con el delito que se Le imputaba estaba colocado en la Cruz: «EL REY DE LOS JUDÍOS.»

Crucificaron con Jesús a dos bandidos, uno a Su derecha y otro a Su izquierda.

La rutina de la crucifixión no variaba gran cosa. Cuando se tenía lista la cruz, el reo tenía que llevarla al lugar de la ejecución. Se le colocaba en medio de cuatro soldados. Por delante marchaba un soldado llevando un cartel en el que se podía leer el crimen del que era culpable el reo. Posteriormente se fijaba ese cartel a la cruz. No iban al lugar de la ejecución por el camino más corto, sino por el más largo. Pasaban por el mayor número posible de calles y callejas para que los más posibles vieran y tomaran nota. Cuando llegaban al lugar de la crucifixión se colocaba la cruz horizontalmente en el suelo, se estiraba sobre ella al reo y se le clavaban las manos. Los pies no se le solían clavar sino se les ataban. Entre las piernas del prisionero sobresalía un trozo de madera llamado burlescamente « la silla» para aguantar su peso cuando se levantara la cruz -le otra manera los clavos rasgarían las manos. Entonces se ponía en pie la cruz, y se afirmaba en un hoyo; y se dejaba allí al condenado hasta que le sobreviniera la muerte. La cruz no era muy alta; tenía la forma de la letra T, generalmente sin saliente por arriba. Algunas veces los condenados se mantenían vivos tanto como una semana, muriendo lentamente de hambre y de sed, sufriendo a veces hasta el punto de dar señales de locura.

Este **debe de haber sido un día aciago para Simón de Cirene**. Palestina era un país ocupado, y se podía requisar a cualquier hombre para prestar un servicio a los romanos en cualquier tarea. La señal de la requisita era un golpe en el hombro con lo plano de la lanza romana. Simón era de Cirene, en África. Sin duda había venido desde tan lejos para la Pascua. Habría economizado y ahorrado muchos años para poder venir. Sin duda estaba cumpliendo la ilusión de toda una vida de comer una Pascua en Jerusalén. Y entonces le sucedió esto.

En aquel momento, Simón tiene que haber sentido un resentimiento terrible. Tiene que haber sentido odio hacia los romanos, y también hacia ese criminal cuya cruz le obligaban a llevar. Pero podemos legítimamente especular acerca de lo que le sucedió a Simón. Puede que fuera su intención, cuando llegaran al Gólgota, tirar la cruz al suelo con rabia y alejarse lo más deprisa posible de la escena. Pero tal vez no fue eso lo que hizo. Tal vez se quedó allí, porque se sentía fascinado por algo que había visto en aquel Reo.

Marcos nos dice que aquel Simón era *el padre de Alejandro y de Rufo*. Se da a entender que los creyentes para los que escribió su evangelio serían capaces de reconocerle por esta referencia. Lo más probable es que el evangelio de Marcos fuera escrito originalmente para la iglesia de Roma. Ahora veamos la carta de Pablo a los Romanos, y leamos en 16:13: «Saludad a Rufo, eminente en el Señor, y también a su madre y mía.» Rufo era un cristiano tan apreciado que era *eminente en el Señor*. La

madre de Rufo le era tan querida a Pablo que la consideraba como su propia madre. Algo debió de sucederle a Simón en el Gólgota.

Ahora veamos en *Hechos 13:1*. Hay allí una lista de hombre de Antioquía que enviaron a Pablo y Bemabé en aquella histórica primera misión a los gentiles. Entre ellos figura un cierto *Simeón, al que llamaban Níger* (La Reina-Valera pone *Simón*). *Simeón* es otra forma de *Simón*. *Níger* era el nombre corriente que se daba a una persona de piel oscura como los de África, y Cirene está en África. Bien puede ser que aquí nos

encontremos otra vez con Simón. Puede que la experiencia de Simón en el camino del Gólgota vinculara su corazón para siempre a Jesús. Puede que le hiciera cristiano. Puede que más tarde fuera uno de los responsables de la iglesia de Antioquía, e instrumental en la primera misión a los gentiles. Puede que fuera porque le requisaron para llevar la cruz de Jesús por lo que aquella primera misión a los gentiles tuvo lugar. Eso querría decir que *nosotros* somos cristianos gracias a que un día un peregrino de la Pascua venido de Cirene fue requisado, a su pesar entonces, por un soldado romano anónimo para llevarle la Cruz a Jesús.

Le ofrecieron a Jesús vino drogado, pero Él no quiso beberlo. Una compañía de mujeres piadosas y compasivas de Jerusalén acudía a las crucifixiones para darles a los reos una bebida compuesta de vino y drogas que aliviaba los terribles dolores de la crucifixión. Se lo ofrecieron a Jesús, pero Él no lo aceptó. Cuando el doctor Johnson estaba padeciendo su última enfermedad, le pidió al médico que le dijera honradamente si se podría recuperar. Le contestó el médico que no, a menos que sucediera un milagro. < Entonces -dijo Johnson- no tomaré más medicinas, ni siquiera calmantes, porque Le he pedido a Dios que me conceda entregarme mi alma a Dios despejado. » Jesús estaba decidido a saborear la muerte en toda su amargura, e ir a Dios con los ojos abiertos.

Los soldados se jugaron a los dados Su ropa. Ya hemos visto que el reo era conducido al lugar de la crucifixión entre cuatro soldados, que tenían como sus gajes las ropas del condenado a muerte. Un judío llevaba cinco artículos: la camisa interior, la exterior, las sandalias, el cinto y el turbante. Cuando se habían repartido las cuatro piezas menores, les quedaba todavía la gran túnica exterior. Habría sido una pena cortarla en trozos, así es que los soldados se la jugaron a la sombra de la Cruz.

Jesús fue crucificado entre dos ladrones. Fue aquello un símbolo de toda Su vida, el que hasta el final estuvo asociado con pecadores.

EL AMOR ILIMITADO

Marcos 15:29-32

Los que pasaban por allí Le lanzaban insultos moviendo la cabeza despectivamente y diciéndole:

- ¡Bah! ¡El que iba a derribar el Templo y edificarlo en tres días, baja de la cruz y sálvate a Ti mismo!

También estaban allí los principales sacerdotes, bromeando entre sí con los maestros de la Ley y diciéndose:

- ¡El Que salvó a otros, ahora no Se puede salvar a Sí mismo! ¡Que este Ungido de Dios, este Rey de Israel, Se baje de la Cruz para que lo veamos y creamos en Él!

Hasta los que estaban crucificados con Él Le lanzaban insultos.

Los gobernantes de los judíos Le lanzaron un último desafío: « ¡Baja de la Cruz -Le dijeron-, y creemos en Ti! ». Era precisamente el desafío imposible. Como el General Booth dijo hace tiempo: « Es precisamente porque Jesús *no* bajó de la Cruz por lo que creemos en Él. » La muerte de Jesús era absolutamente necesaria; y por la razón siguiente: Jesús había venido a comunicarle a la humanidad el amor de Dios. Más aún: Él mismo era el amor de Dios en persona. Si hubiera rehusado la Cruz, o si al final hubiera bajado de la Cruz, aquello habría querido decir que el amor de Dios llegaba hasta ese punto, pero no más; que había algo que aquel amor no estaba dispuesto a sufrir por los hombres; que había una línea límite que no estaba dispuesto a rebasar. Pero Jesús recorrió todo el camino, y murió en la Cruz, y esto quiere decir literalmente que el amor de Dios no tiene límite; que no hay nada en todo el universo que ese amor no esté dispuesto a arrostrar por los hombres; que no hay nada, ni siquiera la muerte en una Cruz, que se niegue a soportar por los hombres.

Desde la Cruz Jesús nos está diciendo: « Así ama Dios, con un amor sin límites que acepta cualquier sufrimiento. »

TRAGEDIA Y TRIUNFO

Marcos 15:33-41

Cuando eran las 12 del mediodía, cubrió la oscuridad toda la tierra, y duró hasta las 3 de la tarde. A las 3 de la tarde Jesús clamó a gran voz:

- ¡Eloi, Eloi! ¿Lama sabafhani? -que quiere decir: « ¡Dios Mío, Dios Mío! ¿Por qué Me has abandonado? »

Cuando algunos de los presentes oyeron aquello dijeron:

- ¡Fijaos! ¡Está llamando a Elías!

Uno corrió, y mojó una esponja en vinagre, y Le dio un trago.

- ¡Sea! -dijo- ¡Veamos si viene Elías a bajarle!

Jesús dio otro grito, y murió. Y el velo del Templo se rasgó por la mitad de arriba abajo. Cuando el centurión que estaba al frente vio cómo había muerto dijo:

No cabe duda de que este Hombre era el Hijo de Dios.

Había algunas mujeres mirando desde cierta distancia, entre las cuales estaban María de Magdala, y María la madre de Santiago el menor y José, y Salomé. Habían formado parte del grupo de Jesús en Galilea, y Le habían ayudado en Sus necesidades. Y había muchas otras que habían venido con Él a Jerusalén.

Aquí llegamos a la última escena, una escena tan terrible que el mismo cielo se oscureció inexplicablemente y parecía que hasta la naturaleza no podía soportar el ver lo que estaba sucediendo. Fijémonos en algunos de los personajes que aparecen en esta escena.

(i) Estaba Jesús. Jesús habló dos veces.

(a) Profirió el terrible grito: « ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué Me has abandonado?> Hay un misterio en ese grito que no podemos sondear. Puede que fuera que Jesús había tomado sobre Sí esta vida nuestra; había realizado nuestro trabajo, y arrostrado nuestras tentaciones, y soportado nuestras luchas; había sufrido todo lo que la vida puede imponer; había conocido el fallo de Sus amigos, el odio de Sus enemigos, la malicia de Sus adversarios; había experimentado el dolor más agudo que la vida pueda ofrecer. Hasta este momento Jesús había pasado por todas las experiencias de la vida *excepto una: no había conocido las consecuencias del pecado*. Ahora bien, si hay algo que haga el pecado es separarnos de Dios. Pone entre nosotros y Dios una barrera realmente infranqueable. Esa era la única experiencia humana por la que Jesús no había pasado nunca, *porque Él fue sin pecado*.

Puede ser que en este momento Le sobreviniera esa experiencia -no porque hubiera pecado, sino porque, a fin de identificarse totalmente con nuestra humanidad, tenía que pasarla. En este momento inflexible e inexorable Jesús Se identificó real y totalmente con el pecado humano. Aquí tenemos la paradoja divina: Jesús supo lo que era ser un pecador, y esta experiencia debe de haber sido incalculablemente agonizante para Jesús, porque Él nunca había conocido lo que era estar separado de Dios por esta barrera.

Por eso Él puede comprender tan bien nuestra situación. Por eso no tenemos por qué tener nunca miedo de acudir a Él cuando el pecado nos deja incomunicados con Dios. Porque Él lo ha pasado, puede ayudar a los que lo estén pasando. No hay sima de experiencia humana que Cristo no haya sondeado.

(b) Hubo un gran grito. Tanto Mateo (27:50) como Lucas (23:46) se refieren a él. Juan no lo menciona, pero nos dice que Jesús murió después de decir: «¡Consumado es!» (19:30). En el original eso sería una sola palabra; y esa *única palabra fue el gran grito: «¡Consumado!»* Jesús murió con el grito de triunfo en Sus labios, Su tarea cumplida, Su misión realizada, Su victoria ganada. Después de la terrible oscuridad se hizo de nuevo la luz, y Jesús volvió a Dios como el Héroe Vencedor.

(ii) Estaba el espectador que quería ver si vendría Elías. Tenía una especie de curiosidad morbosa ante la Cruz. Toda

aquella escena terrible no le movió al temor o a la reverencia ni a la piedad. Quería experimentar mientras Jesús moría.

(iii) Estaba el centurión. El endurecido soldado romano sería el equivalente de un comandante moderno. Habría peleado en muchas campañas y habría visto morir a muchos hombres; pero nunca había visto morir a nadie así, y estaba seguro de que Jesús era el Hijo de Dios. Si Jesús hubiera seguido vivo en este mundo, y enseñado y sanado, habría atraído a muchos a Sí; pero es en la Cruz donde habla directamente a los corazones humanos.

(iv) Estaban las mujeres a cierta distancia. Estaban alucinadas, quebrantadas, inundadas de dolor *pero estaban allí*. Le amaban tanto que no podían dejarle. El amor se aferra a Cristo aun cuando la inteligencia no puede comprender. El amor es lo único que nos puede mantener unidos a Cristo de tal manera que hasta las experiencias más demoledoras no nos puedan arrancar de Él.

Hay todavía otra cosa que advertir: < El velo del Templo se rasgó por la mitad de arriba abajo.> Este era el velo que aislaba el Lugar Santísimo, al que no se podía entrar. Simbólicamente esto nos dice dos cosas.

(a) El acceso a Dios se abrió definitivamente. Al Lugar Santísimo solamente podía entrar el sumo sacerdote, y solamente una vez al año, el Día de la Expiación. Pero ahora, porque Jesús ha muerto por nosotros, el velo se ha rasgado, y el acceso a Dios está abierto para todos.

(b) Dentro del Lugar Santísimo moraba la misma esencia de Dios. Ahora, con la muerte de Jesús, el velo que ocultaba a Dios se ha rasgado, y Le podemos ver cara a cara. Dios ya no está escondido. Ya no hay que andar a tientas y suponer. Ahora podemos mirar a Jesús y decir: «Así es Dios. Así me ama Dios.»

EL QUE LE PRESTÓ SU TUMBA A JESÚS

Marcos 15:42-47

Cuando ya era por la tarde, como era el día de la preparación -es decir, el día antes del sábado-, José de Arimatea, que era un miembro respetado del consejo, y que esperaba el Reino de Dios, se aventuró a ir a Pilato a pedir el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió de que ya hubiera muerto Jesús. Mandó llamar al centurión, y le preguntó si hacía mucho que había muerto; y, cuando se enteró por el centurión de lo sucedido, le concedió a José el cuerpo de Jesús. Y José compró tela de lino fino, y bajó el cuerpo de Jesús de la Cruz, y le envolvió en el lino, y le puso en una tumba que había construido vaciando la roca; y rodó una gran piedra para cerrar la entrada. Y María de Magdala y María la madre de José vieron dónde se había puesto el cuerpo de Jesús.

Jesús murió a las 3 de la tarde del viernes, y el día siguiente era sábado. Ya hemos visto que los días empezaban a las 6 de la tarde; por tanto, cuando Jesús murió ya era el tiempo de preparación para el sábado, y no había tiempo que perder, porque después de las 6 entraría en vigor la ley del sábado y no se podría hacer ningún trabajo.

José de Arimatea actuó con diligencia. Ocurría con frecuencia que los cuerpos de los condenados a muerte no se llevaban a enterrar, sino se bajaban de la cruz y se dejaban a merced de los buitres y los demás animales carroñeros. De hecho se ha sugerido que Gólgota puede que recibiera ese nombre porque estaba sembrado de calaveras de ejecutados. José se dirigió a Pilato. Sucedió a menudo que los crucificados tardaban días en morir, y Pilato se sorprendió de saber que Jesús ya había muerto, sólo seis horas después de ser crucificado. Pero, cuando comprobó los hechos con el centurión, le dio a José el cuerpo de Jesús.

José es un personaje evangélico sumamente interesante; y tal vez, como hemos dicho de Pedro en el momento de su debilidad, debemos revisar nuestro juicio acerca del discípulo secreto José de Arimatea.

(i) Hay algo trágico acerca de José. Era miembro del Sanedrín, y sin embargo no tenemos la menor insinuación de que dijera ni una palabra a favor de Jesús o interviniera de alguna manera a Su favor. José es el hombre que Le prestó a Jesús una tumba después de muerto, pero que guardó silencio cuando estaba vivo. Es una de las tragedias más corrientes de la vida el que guardemos las coronas de flores y los elogios para los muertos, cuando habría sido infinitamente mejor darles algunas de estas flores y palabras de aprecio cuando todavía estaban vivos.

(ii) Bien puede ser que fuera por José por quien se llegara a saber cómo había sido el juicio de Jesús ante el Sanedrín. Por supuesto que ninguno de los discípulos estaba allí. La información debe de haber venido de algún miembro del Sanedrín, y es probable que ése fuera José. En ese caso hizo una contribución importante al relato evangélico. Pero también puede ser, a juzgar por el coraje que desplegó José en este pasaje, que no le faltara tampoco en el Sanedrín, y que el hecho de que no tengamos noticias de sus intervenciones en el juicio de Jesús fuera debido más bien a su discreta humildad.

(iii) En cualquier caso José fue uno de aquellos a quienes la Cruz movió aún más que la vida de Jesús. Cuando vio a Jesús vivo, sintió Su atracción, pero tal vez no llegó a comprometerse totalmente con Él; pero cuando vio a Jesús morir -y es de suponer que estuviera presente en la crucifixión- se le quebró el corazón de amor, y no dejó que ninguna actitud de prudencia le impidiera darse a conocer corito amigo de Jesús cuando hasta Sus mismos discípulos estaban escondidos.

Primero el centurión, y después José. Es maravilloso lo pronto que empezaron a hacerse realidad las palabras de Jesús cuando dijo que cuando fuera levantado de la tierra atraería a Sí a todos los hombres (*Juan 12:32*).

DECIDLE A PEDRO

Marcos 16:1-8

Cuando pasó el sábado, María de Magdala y María la madre de Santiago y Salomé compraron especias para ir a ungir el cuerpo de Jesús. Muy de madrugada el primer día de la semana, cuando estaba saliendo el sol, se dirigieron a la tumba. Iban diciéndose entre sí:

¿Quién nos rodará la piedra de la puerta de la tumba?

Pero cuando levantaron la vista vieron que la piedra ya estaba quitada, aunque era muy grande. Y entraron en la tumba, y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca larga. Se quedaron totalmente alucinadas; pero él les dijo:

No os sorprendáis. ¿Estáis buscando a Jesús de Nazaret, Que fue crucificado? ¡Ha resucitado! ¡No está aquí! ¡Fijaos! Allí está el lugar en el que Le pusieron: Pero, id a decirles a Sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea, y allí Le veréis, como os dijo.

Y ellas salieron huyendo de la tumba, sobrecogidas de espanto y de sorpresa; y no le dijeron nada a nadie, porque estaban asustadas.

No había habido tiempo para prestarle los últimos servicios al cuerpo de Jesús. El sábado se les había echado encima, y las mujeres que querían ungirlo no habían podido. Tan pronto como les fue posible, una vez que pasó el sábado, se dirigieron a cumplir esta triste tarea.

Las preocupaba una cosa. Las tumbas no tenían puertas; cuando se menciona la palabra *puerta* en este relato debemos entender que se trata de una *abertura*. Delante de ella había un surco por el que se deslizaba una piedra circular tan grande como una rueda de carro; y las mujeres sabían que no tenían la fuerza necesaria para mover una piedra así. Pero cuando llegaron a la tumba se encontraron con que la piedra ya estaba

quitada, y dentro había un mensajero que les dio la noticia increíble de que Jesús había resucitado.

Una cosa es segura: Si Jesús no hubiera resucitado, nosotros nunca habríamos oído nada acerca de Él. La actitud de las mujeres era que habían ido a ofrecer el último tributo a un cuerpo muerto. La actitud de los discípulos era que todo había acabado en tragedia. Con mucho la mejor prueba de la Resurrección es la existencia de la Iglesia Cristiana. Ninguna otra cosa podría haber cambiado a aquellos hombres y mujeres tristes y desesperados en personas radiantes de gozo e inflamadas de coraje. La Resurrección es el hecho central de toda la fe cristiana. Porque creemos en la Resurrección se siguen ciertas cosas.

(i) Jesús no es el personaje de un libro, sino una Presencia viva. No basta con estudiar la historia de Jesús como estudiaríamos la vida de una gran figura histórica. Puede que enipeemos por eso, pero debemos pasar a encontrarnos con El.

(ii) Jesús no es un recuerdo, sino una Presencia. Las memorias más queridas se desvanecen. Los griegos tenían una expresión para describir el tiempo, que quiere decir *el tiempo que borra todas las cosas*. Hace mucho que el tiempo habría borrado el recuerdo de Jesús si no fuera porque Él ha seguido siendo una Presencia viva con nosotros para siempre. Jesús no es alguien de quien discutimos, sino Alguien con Quien nos encontramos.

(iii) La vida cristiana no es la vida de una persona que *sabe de* Jesús, sino la vida de una persona que *conoce a* Jesús. Hay una diferencia insalvable en el mundo entre *saber algo acerca de* una persona, y *conocer a* una persona. Casi todo el mundo *sabe algo del* Rey don Juan Carlos I de España o del Presidente de los Estados Unidos; pero no tantos los *conocen*. El más grande erudito del mundo que supiera todo lo que se puede saber acerca del Jesús de la Historia es menos que el cristiano más humilde, que *Le conoce*.

(iv) La fe cristiana tiene una cualidad interminable. No debe quedarse nunca parada. Porque nuestro Señor es un Señor vivo hay nuevas maravillas y nuevas verdades esperando todo el tiempo a que las descubramos.

Pero lo más precioso de este pasaje está en dos palabras que no aparecen en ningún otro evangelio. < Id -dijo el mensajero-, decid a Sus discípulos y a *Pedro*.» ¡Cómo tiene que haber emocionado el corazón de Pedro ese mensaje cuando lo recibió! Debe de haber estado torturado con el recuerdo de su deslealtad, y de pronto llega un mensaje especial para él. Es característico de Jesús el pensar, no en el mal que Pedro Le había hecho, sino en el remordimiento que le estaba asediando. Jesús tenía mucho más interés en confortar al pecador penitente que en castigar su pecado. -Como ha dicho alguien: «Lo más precioso de Jesús es que nos confirma Su confianza en el mismo terreno en que hemos sufrido una derrota.»

LA COMISIÓN DE LA IGLESIA

Marcos 16:9-20

Después de resucitar al principio del primer día de la semana, Jesús Se le apareció a la primera a María de Magdala, de la que había expulsado siete demonios. Ella fue a darles la noticia a los que habían estado con Él, que estaban de duelo y llorando. Cuando oyeron que Jesús estaba vivo y que ella Le había visto, no lo creyeron.

Posteriormente Se apareció de otra forma a dos de ellos que iban de camino a su tierra; y ellos fueron a darles la noticia a los demás, pero tampoco la creyeron.

Más tarde Se les apareció a los once cuando estaban sentados a la mesa, y los reprendió por su incredulidad y cerrazón de mente, porque no habían creído a los que Le habían visto después de Su Resurrección; y les dijo:

Dirigíos a todo el mundo, y predicad la Buena Nueva. EL que crea y se bautice será salvo; el que no crea, se condenará. Estas señales acompañarán a los que

crean: En Mi nombre arrojarán a los demonios, hablarán en nuevas lenguas, cogerán serpientes, y aunque beban algo venenoso no les hará ningún daño. Les impondrán las manos a los enfermos, y estos se pondrán buenos.

*Así que el Señor Jesús, después de hablar con ellos, fue tomado arriba en el Cielo, y Se sentó a la diestra de Dios.
Ellos salieron predicando por todas partes, mientras el Señor obraba juntamente con ellos y confirmaba su mensaje con las señales que lo acompañaban.*

Como ya vimos en la Introducción, el evangelio de *Marcos* termina realmente en el versículo 8. No tenemos más que leer este pasaje para darnos cuenta de lo diferente que es del resto del evangelio, y además no aparece en ninguno de los grandes manuscritos más antiguos. Es un resumen que se le puso posteriormente para completar lo que faltaba al final que, o bien Marcos no pudo terminar, o se extravió de alguna manera.

El gran interés de este pasaje es la descripción que nos da del deber de la Iglesia. La persona que escribió esta conclusión sin duda creía que la Iglesia tenía ciertas tareas que cumplir que le había asignado Jesús.

(i) La Iglesia tiene una tarea de predicación. Es el deber de la Iglesia, y eso quiere decir de todo cristiano, el contar la historia de la Buena Noticia de Jesús a los que no la hayan oído. El deber cristiano consiste en ser heraldos de Jesús.

(ii) La Iglesia tiene una tarea sanadora. Aquí tenemos un hecho que nos encontramos una y otra vez. El Cristianismo se preocupa de los cuerpos, y no solamente de las almas. Jesús quería traer salud al cuerpo y al alma.

(iii) La Iglesia tiene una fuente de poder. No tenemos que tomar estas palabras literalmente. No tenemos por qué creer que el cristiano ha de tener literalmente el poder de coger serpientes venenosas y de beber líquidos venenosos sin que le pase nada. Pero por detrás de este lenguaje pintoresco está la convicción de que el cristiano está lleno de un poder para enfrentarse con la vida que otros no poseen.

(iv) La Iglesia no se encuentra sola para realizar su tarea. Cristo siempre obra con ella y en ella y a través de ella. El Señor de la Iglesia sigue en la Iglesia y es el Señor poderoso.

Y así termina este evangelio con el mensaje de que la vida cristiana se vive en la presencia y el poder del Que fue crucificado y ha resucitado.

WILLIAM B ARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo4-

Evangelio según San Lucas

PRESENTACIÓN DEL
COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
DE WILLIAM BARCLAY

William Barclay, pastor de la Iglesia de Escocia y profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Glasgow, es internacionalmente conocido y apreciado como maestro en el arte de la exposición de la Palabra de Dios. Entre sus más de sesenta obras, la que ha alcanzado mayor difusión en muchos países y lenguas es, sin duda, el Comentario al Nuevo Testamento que presentamos en su nueva edición española.

Empezó con la publicación improvisada y aislada del comentario de los Hechos de los Apóstoles; pero aquel librito manejable y económico tuvo un éxito tan inesperado y extraordinario que se convirtió en el primero de los diecisiete volúmenes que componen el Comentario al Nuevo Testamento que William Barclay completó en seis años, récord no superado por editoriales con muchos más medios y colaboradores. Está destinado a los muchos que, en las iglesias o fuera de ellas, leen o quisieran leer la Biblia, pero les resulta difícil entenderla y aprovechar de su lectura tanto como quisieran.

La estructura del comentario a cada libro del Nuevo Testamento es sencilla. William Barclay nos ofrece al principio una introducción con información interesante acerca del autor, los destinatarios, las circunstancias en que se escribió y la enseñanza de cada libro; introducción que ya despeja muchas incógnitas y revela muchos detalles. A continuación, bajo un epígrafe que nos introduce el tema, encontramos correlativamente pasajes de longitud variable en traducción del mismo William Barclay, seguidos de una exposición breve pero suficiente en la que aclara las palabras, explica las circunstancias, introduce los personajes y propone la enseñanza para nuestra vida. Es un comentario informativo, edificante y relevante.

William Barclay solía decir que su propósito era poner los resultados de la investigación bíblica al alcance de lectores que no tienen estudios teológicos, y mostrar que la perenne actualidad de la enseñanza del Nuevo Testamento la hace pertinente y aplicable a todos los aspectos de nuestra vida; y, sobre todo, como William Barclay dice en todos sus libros, que Jesucristo no es meramente alguien que vivió y murió hace mucho tiempo y cuya vida y enseñanzas podemos estudiar como hacemos con otros personajes históricos; sino Alguien con Quien podemos tener un encuentro y de cuya compañía y amistad podemos disfrutar. Para ayudarnos «a conocer a Jesucristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente», como se dice en una oración inglesa que William Barclay coloca como lema en muchos de sus libros, los escribió. «Y muerto, aún habla por ellos.»

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

UN LIBRO ENCANTADOR Y SU AUTOR

Se ha dicho que el Evangelio según San Lucas es el libro más maravilloso del mundo. Una vez le pidió un americano al profesor Denney que le recomendará una buena vida de Cristo, y él le contestó:

-¿Ya conoce usted la que escribió Lucas?

Según una leyenda, Lucas era un experto pintor; hasta se conserva en una catedral española un retrato de María que se dice que fue pintado por él. No cabe duda que tenía ojo para las cosas vívidas. No erraríamos mucho si dijéramos que el tercer evangelio es la mejor vida de Cristo que se haya escrito jamás. La tradición ha creído siempre que Lucas fue su autor, y no tenemos por qué sentir escrúpulos en aceptarlo. En el mundo antiguo era corriente que se atribuyeran libros a las personas famosas; a nadie le parecía mal. Pero Lucas no fue nunca una de las figuras famosas de la Iglesia Primitiva. Si él no hubiera sido el autor, a nadie se le habría ocurrido atribuírselo.

Lucas era gentil; tiene la característica exclusiva de ser el único escritor del Nuevo Testamento que no era judío. Era médico de profesión (*Colosenses 4:14*), y tal vez eso era lo que le daba la gran ternura que poseía. Se ha dicho que el pastor ve a las personas en su mejor aspecto; el abogado, en el peor, y el médico, tal como son. Así veía Lucas a todo el mundo, y los amaba a todos.

El libro está dedicado a un hombre que se llamaba Teófilo. Se le llama *Excelentísimo Señor*, que era el título que se daba normalmente a los altos funcionarios del gobierno romano. No hay duda de que Lucas escribió su libro para hacerle saber más de Jesús a un honrado buscador; y tal semejanza de Jesús le dio a Teófilo, que debe de haber atraído su corazón más cerca del Jesús del que ya tenía noticias.

LOS SÍMBOLOS DE LOS EVANGELIOS

Cada uno de los cuatro evangelios se escribió desde un determinado punto de vista. En las vidrieras de colores de las catedrales se representan los cuatro evangelistas; y es corriente que cada uno vaya acompañado de un símbolo. Estos símbolos puede que no sean siempre los mismos; pero se les suelen asignar de la siguiente manera:

El emblema de *Marcos* es *un hombre*. Marcos es el más sencillo y claro de los evangelios. Se ha dicho bien que su característica es *el realismo*. Es el que más se parece a un reportaje de la vida de Jesús.

El emblema de *Mateo* es *un león*. Mateo era un judío que escribía para los judíos, y presenta a Jesús como el Mesías que todos los profetas habían anunciado: el León de la tribu de Judá.

El emblema de *Juan* es *el águila*. El águila es la que puede volar más alto de todas las aves. Se dice que es la única de todas las criaturas que puede mirar directamente al Sol. Juan es el evangelio teológico; sus vuelos de pensamiento son más altos que los de los otros. Es el evangelio en el que el filósofo puede encontrar temas en los que podría pasarse toda la vida, y que se podrán agotar sólo en la eternidad.

El símbolo de *Lucas* es *el ternero*. El ternero es el animal del sacrificio; y Lucas presenta a Jesús como el perfecto Sacrificio por todo el mundo. Es sobre todo en Lucas donde se derriban las barreras, y Jesús es para los judíos y para los

gentiles, para los piadosos y para los pecadores igualmente. Es el Salvador del mundo. **Tengámoslo presente al reseñar las características de este evangelio.**

LA EXACTITUD DE UN HISTORIADOR

Lo primero y principal es que el Evangelio de Lucas es una obra realizada con un cuidado exquisito. Su griego es notablemente bueno. Los primeros cuatro versículos e* probable que representen el mejor griego del Nuevo Testamento. En ellos afirma Lucas que su obra es el producto de la más cuidadosa investigación. Tuvo amplias oportunidades, y sus fuentes deben haber sido fidedignas. Como compañero de confianza de Pablo debe haber conocido a todas las grandes figuras de la iglesia, y podemos estar seguros de que él les haría contarle todo lo que sabían. Pasó dos años como compañero de Pablo en la cárcel de Cesarea, durante los cuales tuvo muchas oportunidades para estudiar e investigar, que sin duda aprovechó al máximo.

Un ejemplo de la exactitud de Lucas es la manera como fecha la aparición de Juan el Bautista. Lo hace por referencia a no menos de seis datos contemporáneos: < (1) En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, (2) siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, (3) y Herodes tetrarca de Galilea, (4) y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, (5) y Lisaniás tetrarca de Abilinia, (6) y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan...» (*Lucas 3:1, 2*). Aquí tenemos a un hombre que escribe con exactitud y que pondrá el máximo cuidado posible al contarnos su relato.

EL EVANGELIO PARA LOS GENTILES

Está claro que Lucas escribió principalmente para los gentiles. Teófilo era gentil, lo mismo que Lucas, y no hay nada en su evangelio que no pudiera captar o entender un gentil. (a) Como hemos visto, Lucas empieza fechando un acontecimiento en referencia al emperador romano y al actual gobernador romano. La fecha romana aparece en primer lugar. (b) A diferencia de Mateo, Lucas no tiene, interés especial en presentar la vida de Jesús como el cumplimiento de las profecías judías. (c) Rara vez cita el Antiguo Testamento. (d) Tiene la costumbre de dar los nombres hebreos en su equivalente griego para que le puedan entender los de cultura griega: Simón *el cananeo* aparece como Simón *el zelota* (cp. Lucas 6:1 S, con Mateo 10:4). El *Celario* no recibe su nombre hebreo, *Gólgota*, sino el griego *Krán, ión*. Los dos quieren decir *el lugar de la calavera*. Nunca aplica a Jesús el término judío *Rabí*, sino siempre una palabra griega que quiere decir *Maestro*. (e) En la genealogía de Jesús no se remonta sólo hasta Abraham, el patriarca del pueblo de Israel, como hace Mateo, sino hasta Adán, el primer hombre y fundador de la raza humana (cp. Mateo 1:2, con Lucas 3:38).

Por todo lo dicho Lucas es el más fácil de leer de los cuatro evangelios. Fue escrito no para los judíos, sino para personas parecidas a nosotros.

EL EVANGELIO DE LA ORACIÓN

El evangelio de Lucas es especialmente el evangelio de la oración. Lucas nos presenta a Jesús orando en todos los momentos decisivos e importantes de su vida: en su bautismo (3:21); antes de su primer enfrentamiento con los fariseos (5:16); antes de escoger a los Doce (6:12); antes de preguntarles a sus discípulos quién creían que era Él, y de anunciarles su muerte por primera vez (9:18); en la Transfiguración (9:29), y en la Cruz (23:46). Lucas es el único que nos dice que Jesús había orado por Pedro cuando fue probado (22:32). Y las parábolas que tratan de la oración -la del Amigo Importuno (11:5-13) y la del Juez Injusto (18:1-8)- sólo se encuentran

en Lucas. Para él, la puerta, siempre abierta de la oración era una de las más preciosas del mundo..

EL EVANGELIO DE LAS MUJERES

En Palestina, el lugar que ocupaban las mujeres era bajo. En la oración de la mañana, el judío le da gracias a Dios porque no le ha hecho < gentil, o esclavo, o mujer. » Pero Lucas les da a las mujeres un lugar muy especial. La historia de la Navidad se nos cuenta desde el punto de vista de María, mientras que en Mateo es del de José (cp. Mateo 1:18-2:23, con Lucas 1 y 2). Es en Lucas donde leemos acerca de Elisabet (capítulo 1), de Ana (2:36-38), de la viuda de Naín (7:11-17) y de la mujer que ungió los pies de Jesús en la casa del fariseo Simón (7:36-50). Es Lucas el que nos hace vívidos los retratos de Marta y María y de María Magdalena, y el único que nos menciona a Juana, Susana y las otras mujeres que seguían a Jesús (8:2-3).

Es muy probable que Lucas fuera natural de Macedonia, donde las mujeres gozaban de una posición más emancipada que en otros sitios, y es posible que este hecho tenga algo que ver con la actitud de Lucas hacia las mujeres.

EL EVANGELIO DE LA ALABANZA

En Lucas aparece la frase *alabar a Dios* con más frecuencia que en todo el resto del Nuevo Testamento junto. Esta alabanza alcanza sus cimas más altas en los tres grandes himnos que la Iglesia ha seguido cantando a lo largo de toda su historia: el *Magnificat* (1:46-55); el *Benedictus* (1:68-79), y el *Nunc Dimittis* (2:29-32). Hay una luminosidad en el evangelio de Lucas que es algo maravilloso; como si el brillo del Cielo hubiera tocado las cosas de la Tierra.

EL EVANGELIO UNIVERSAL

Pero la característica más sobresaliente de Lucas es que es el evangelio universal: desaparecen todas las barreras, y Jesucristo es para todo el mundo, sin distinción.

(a) El Reino de los Cielos no se les cierra a los samaritanos (Lucas 9:51-56). Lucas es el único que nos cuenta la parábola del Buen Samaritano (10:30-37). El único leproso agradecido era samaritano (17:11-19). Juan alude a que los judíos no se tratan con los samaritanos (Juan 4:9); pero Lucas se niega a cerrarle la puerta a nadie.

(b) Lucas nos muestra a Jesús hablando con aprecio de los gentiles, a los que un judío habría considerado impuros. Nos presenta a Jesús citando a la viuda de Sarepta y al sirio Naamán como brillantes ejemplos (4:25-27), y alabando al centurión romano por tener más fe que nadie en todo Israel (7:9). Lucas nos conserva aquella gran afirmación de Jesús de que «vendrán del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios» (13:29).

(c) Lucas tiene un interés prioritario en los pobres. Cuando María trae la ofrenda para su purificación, es la de los pobres (2:24). Cuando Jesús les está presentando, como si dijéramos, sus credenciales a los emisarios de Juan el Bautista, el clímax es: « a los pobres se les anuncia el Evangelio» (7:22). Lucas es el único que nos cuenta la parábola del Rico y Lázaro (16:19-31). En el pasaje de las bienaventuranzas, Lucas no pone, como Mateo (5:3): «Bienaventurados los pobres en espíritu»; sino «Bienaventurados vosotros los pobres» (*Lucas 6:20*). Algunos han llamado a Lucas «el evangelio de los marginados». Y es verdad que a Lucas se le conmueve el corazón ante cualquiera que se enfrenta con la vida en inferioridad de condiciones.

(d) Por encima de todo Lucas nos presenta a Jesús como el amigo de los marginados y de los pecadores. Lucas es el único que nos habla de la mujer que ungió los pies de Jesús y los lavó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos en casa del fariseo Simón (7:36-50); de Zaqueo, el publicano colaboracionista (19:1-10); del ladrón arrepentido (23:43), y Lucas es el único que nos ha conservado la inmortal parábola del Hijo Pródigo y de su amante padre (15:11-32). Cuando Mateo nos cuenta que Jesús envió a predicar a sus discípulos, nos dice que Jesús les advirtió expresamente que no fueran a los samaritanos ni a los gentiles (*Mateo 10:5*); pero Lucas omite esa limitación (9:1-6). Los cuatro evangelistas citan el pasaje de Isaías 40 cuando dan el mensaje de Juan el Bautista: «Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas»; pero sólo Lucayigue la cita hasta su conclusión triunfal: « Y verá toda carne -es decir, todo el género humano- la salvación de Dios» (*Isaías 40:35; Mateo 3: 3; Marcos 1:3; Juan 1:23; Lucas 3: 4, 6*). Entre todos los evangelistas Lucas es el que no le ve límites al amor de Dios.

EL LIBRO MARAVILLOSO

Al estudiar este libro estaremos atentos para descubrir estas características. De los cuatro evangelistas Lucas es el que más nos hubiera gustado conocer, porque este gentil médico con su tremenda visión de la infinita amplitud del amor de Dios tiene que haber sido una persona estupenda.

Juan Bautista Cabrera nos ha dejado, entre otros muchos, este maravilloso himno:

1 Cual bálsamo que mitiga - tenaz y acerbo dolor, es para el alma angustiada - saber que Dios es amor. Venero que proporciona - riquezas de gran valor, es para el alma salvada - sentir que Dios es amor. Coro.

*' 2 ¡Amor el Dios de los Cielos! - ¡Amor el excelso Rey! ¡Amor su invicta potencia! - ¡Amor su corona y ley!
Palpita, corazón mío, - gozoso por tanto amor;
y eleva con tus latidos - un cántico en su loor. Coro.*

3 ¡Amor bendito, que tienes - de los mortales piedad, y en abundancia deparas - salud ala humanidad! Por ti descende a nosotros - el Hijo eterno de Dios, y vida y paz y consuelo - de Él descenden en pos. Coro.

4 Por ti los cielos sonríen, - la Tierra siente placer... Lo que otros siglos no vieron, - nosotros podemos ver. Por ti la suprema dicha, - en existencia eternal de angustias exenta, el hombre - gozar espera inmortal. Coro.

Coro.- Bendice a Dios, alma mía, - abraza a tu Salvador; adórale y testifica - que es infinito su amor.

El Evangelio según San Lucas nos presenta en toda su belleza la historia completa de este amor de Dios.

LA INTRODUCCIÓN DE UN HISTORIADOR

Lucas 1:1-4 .

Excelentísimo Teófilo:

Aunque han sido muchos los que han acometido la empresa de escribir ordenadamente la historia de los acontecimientos en los que se basa nuestra fe, tal como nos los transmitieron los que fueron testigos presenciales desde el principio y luego se consagraron al ministerio de la proclamación del Evangelio, yo también me he hecho el propósito de investigar cuidadosamente todas las fuentes, y escribir a vuestra excelencia un informe completo y ordenado, para que conozcáis con certeza los hechos de los que ya tenéis noticia.

La introducción de Lucas es la única entre los cuatro evangelios en la que el autor sale a escena y usa el pronombre personal «yo». Hay que subrayar tres cosas en este pasaje:

(i) Es el mejor griego de todo el Nuevo Testamento. Lucas usa aquí la misma forma de introducción que habían usado todos los grandes historiadores griegos. Herodoto empieza: «Estas son las investigaciones de Herodoto de Halicarnaso.» Un historiador muy posterior, Dionisio de Halicarnaso, nos dice al principio de su Historia: «Antes de empezar a escribir, yo recogí información, en parte, de labios de los hombres más instruidos con los que me pude poner en contacto; y en parte, de las historias que escribieron los romanos de los que aquellos hablaban con elogio.» Así empieza Lucas su libro, en el griego más sonoro, siguiendo los mejores modelos que podía encontrar.

Es como si Lucas se dijera: < Voy a escribir la historia más importante del mundo, y sólo lo mejor es digno de ella. » Algunos de los manuscritos antiguos son verdaderas obras de arte, escritos con tinta de plata en vitela púrpura; a menudo el copista, cuando llegaba al nombre de Dios o de Jesús, lo escribía en oro. El Dr. Boreham nos cuenta de un viejo obrero, que todos los viernes por la noche apartaba las monedas más nuevas y relucientes de la bolsita de su paga para la colecta del domingo en la iglesia. El historiador, el escriba y el obrero tenían la misma convicción: sólo lo mejor es suficientemente bueno para Jesús. Siempre dedicaban lo mejor que tenían al más elevado fin.

(ii) Es sumamente significativo que a Lucas no le satisfacían las vidas de Cristo de los demás: tenía que tener la suya. La verdadera religión no es nunca de segunda mano, sino un descubrimiento personal. El profesor Arthur Gossip solía decir que los cuatro evangelios son importantes, pero más importante todavía es, para cada creyente, el quinto: el de la experiencia personal. Lucas siguió buscando, porque quena encontrar más plenamente a Jesús por sí mismo.

(iii) No hay pasaje de la Biblia que arroje más luz que éste sobre la doctrina de la inspiración de las Sagradas Escrituras. Ningún creyente negaría que el evangelio de Lucas es un documento inspirado; y sin embargo su autor empieza diciéndonos que es el producto de la más cuidadosa investigación histórica. La inspiración no le llueve del Cielo al que se sienta con los brazos cruzados y la mente en barbecho, y se limita a esperar; sino al que piensa, y busca, e investiga. La verdadera inspiración viene cuando el revelador Espíritu de Dios le sale al encuentro a la buscadora mente del hombre. Dios da su Palabra, pero se la da al que la busca. «Buscad, y hallaréis» (Mateo 7:7).

UN HIJO PROMETIDO

Lucas 1:5-25

Hubo en tiempos de Herodes, rey de Judea, un sacerdote que se llamaba Zacarías, que pertenecía a la orden de Abías. Su mujer también era descendiente de Aarón, y se llamaba Elisabet. Los dos eran buenas personas para Dios, porque su conducta era sin tacha, conforme a todos los mandamientos y las ordenanzas del Señor; pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril, y ya eran los dos de edad muy avanzada.

Cuando Zacarías estaba actuando como sacerdote de Dios porque le correspondía el turno a su orden según la costumbre sacerdotal, le tocó a él entrar en el templo a ofrecer el incienso, y toda la congregación del pueblo estaba orando fuera a la hora de la ofrenda del incienso.

Cuando estaba allí se le apareció un ángel del Señor a la derecha del altar del incienso; y cuando lo vio Zacarías se conmovió profundamente y le dio mucho temor. Pero el ángel le dijo:

- ¡No tengas miedo, Zacarías! He venido a ti porque Dios te ha concedido lo que le has pedido, y tu mujer Elisabet te va a dar un hijo al que llamarás Juan. Esto te producirá una gran alegría y felicidad, y muchos se alegrarán del nacimiento de Juan. Será grande para Dios; no beberá vino ni licores, y estará lleno del Espíritu Santo aun desde antes de nacer. Hará que muchos de los judíos vuelvan a estar en relación con Dios su Señor; y él mismo irá delante de Él con el espíritu y el poder del profeta Elías para convertir el corazón de los padres a los hijos, y de los desobedientes a la prudencia de los piadosos, para que haya un pueblo que esté preparado para recibir al Señor.

- ¿Cómo puedo yo saber que todo esto va a suceder?

-le contestó Zacarías al ángel-. Yo ya soy un viejo, y mi mujer también es entrada en años.

-Yo soy Gabriel -repuso el ángel-, que estoy siempre en la presencia de Dios a su servicio, y Dios es el que me ha enviado a hablar contigo para darte esta buena noticia. Y ahora, fíjate: por no haberme creído, te vas a quedar mudo y sin poder hablar hasta que se cumpla a su debido tiempo todo lo que te he dicho.

La gente estaba esperando a Zacarías, y se sorprendía de que tardara tanto en salir del templo. Cuando por fin salió, no podía hablarles, y se dieron cuenta de que debía de haber tenido una visión en el templo. Y él trataba de explicárselo por señas, porque ya no podía hablar.

Cuando se completaron sus días de servicio, se volvió a su casa. Poco después, su mujer Elisabet se quedó embarazada, y no salió de casa en cinco meses, porque decía:

-Esto no es sino obra de Dios, que se ha dignado librarme de la esterilidad que me avergonzaba ante la gente.

Zacarías, el personaje principal de esta escena, era sacerdote. Pertenecía a la orden de Abías. Todos los descendientes directos de Aarón, el hermano de Moisés, eran sacerdotes de nacimiento. Esto hacía que hubiera demasiados sacerdotes para todos los propósitos ordinarios.

Estaban divididos en veinticuatro órdenes o secciones. No ejercían el sacerdocio todos más que en Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. El resto del año cada orden ministraba dos períodos de una semana cada uno. Los sacerdotes que amaban su ministerio estaban deseando que les llegara su semana de turno, que era lo más importante de su vida.

Los sacerdotes se tenían que casar con mujeres que fueran de pura raza judía, y constituía un mérito especial el casarse con una descendiente de Aarón, que era el caso de Elisabet, la mujer de Zacarías.

Había tantos como veinte mil sacerdotes en total, así es que

había casi un millar en cada sección, y en ella se echaban a suerte las intervenciones de los distintos miembros.

Los sacrificios de la mañana y de la tarde se ofrecían por toda la nación. Se sacrificaba en holocausto un cordero de un año sin mancha ni defecto, con una ofrenda de comida, de harina y aceite, y de bebida, de vino. Antes del sacrificio de la mañana y después del de la tarde se quemaba incienso en el altar del incienso, para que los sacrificios se elevaran, como si dijéramos, envueltos en un aroma agradable. Era posible que a muchos sacerdotes no les correspondiera quemar incienso en toda la vida; pero si le tocaba en suerte, aquel día era el más grande de la vida de un sacerdote, el más deseado y esperado. Y aquel día le tocó en suerte a Zacarías, que estaría de lo más emocionado. .

Pero había una tragedia en la vida de Zacarías: su esposa y él no tenían hijos. Los rabinos judíos decían que hay siete personas que están privadas de la comunión con Dios, y la lista empezaba por < un judío que no tiene esposa, o un judío que tiene esposa pero que no tiene ningún hijo. » La esterilidad era causa suficiente para el divorcio. Por tanto, no nos sorprendería que Zacarías, aun en este su gran día, estuviera pensando en su tragedia doméstica y personal y la tuviera presente en sus oraciones. Y entonces tuvo aquella maravillosa visión y recibió el gozoso mensaje de que, aunque ya había perdido toda esperanza, le nacería un hijo.

Se quemaba el incienso y se hacía la ofrenda en el atrio más interior del templo, el Atrio de los Sacerdotes. Mientras se ofrecía el sacrificio, la congregación se agolpaba en el siguiente atrio, el Atrio de los Israelitas. El sacerdote que había oficiado el sacrificio de la tarde tenía el privilegio de salir a la barandilla que separaba ambos atrios para bendecir desde allí a los presentes. La gente se sorprendía de que Zacarías se retrasara tanto. Cuando por fin apareció, no podía hablar, y la gente comprendió que había tenido una visión. Y así, en un deslumbramiento inefable de gozo Zacarías terminó su semana de servicio y se marchó a casa; y allí y entonces empezó a hacerse realidad el mensaje de Dios, y Elisabet se dio cuenta de que iba a tener un niño.

Hay un detalle que sobresale en este relato: *fue en la casa de Dios donde Zacarías recibió el mensaje de Dios.* Supongo que a todos nos gustaría recibir un mensaje de Dios. En el drama de Shaw *Santa Juana*, Juana de Arco oye voces que le vienen de Dios. El Delfín de Francia se enfurece, y le dice:

- ¡Y venga con tus voces, tus voces! ¿Por qué no me vienen a mí esas voces? Yo soy el rey, no tú.

- Sí vienen a vos, pero no las oís -le respondía ella-. No os sentáis en los campos a la caída de la tarde a escucharlas. Cuando tocan al ángelus, os santiguáis, y eso es todo; pero si orarais de corazón y escucharais el vibrar de las campanas en el aire después que han dejado de tañer, oiríais las voces tanto como yo.

Es decir, que Juana se daba la oportunidad de escuchar la voz de Dios. Zacarías estaba en el templo sirviendo a Dios. La voz de Dios viene a los que le prestan atención, como Zacarías, en la casa de Dios.

EL MENSAJE DE DIOS A MARÍA

A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel otra vez, ésta a un pueblo de Galilea que se llamaba Nazaret, a una joven que estaba prometida con José, que era descendiente de David. La joven se llamaba María.

El ángel se le apareció y le dijo:

- ¡Se te saluda, a ti, que has sido agraciada con el más sublime favor de Dios! ¡El Señor está contigo, que eres la más bienaventurada de todas las mujeres!

Ella se quedó muy sorprendida, y no sabía a qué venía aquel saludo. Pero el ángel continuó diciéndole:

No tengas miedo, María. Dios te ha escogido para el mayor privilegio: vas a quedar embarazada y a tener un hijo al que llamarás Jesús. Será un gran hombre, y recibirá el título de Hijo del Altísimo. El SEÑOR le dará el trono de su antepasado David, y reinará sobre el Pueblo de Israel para siempre, porque su reinado no acabará jamás.

Entonces María le preguntó al ángel:

-Pero, ¿cómo me sucederá eso? ¡Si yo ni siquiera estoy casada todavía!

El ángel le contestó:

-Sobre ti descenderá el Espíritu Santo, y el Poder del Altísimo te cobijará con su sombra. Por eso el santo Niño que nacerá será reconocido como el Hijo de Dios. Tu pariente Elisabet también ha quedado embarazada en su ancianidad. Se decía que no podía tener hijos, pero ahora ya está de seis meses... ¡Es que no hay nada imposible para Dios!

-Yo soy la esclava del SEÑOR -respondió María sencillamente-. Que haga conmigo como ha dispuesto y tú me has dicho.

En eso el ángel desapareció.

María era la prometida de José. El compromiso matrimonial duraba un año, y era tan indisoluble como el matrimonio; sólo se podía romper por la muerte o por el divorcio. Si moría el hombre que estaba prometido con una mujer, ella era viuda a los ojos de la ley. En las leyes de los judíos encontramos a veces la extraña frase cuna virgen que es viuda».

En este pasaje nos encontramos frente a frente con una de las doctrinas más controvertidas de la fe cristiana: el nacimiento virginal de Jesús. Hay dos grandes razones para aceptarla.

(i) El sentido literal de este pasaje, y todavía más del de *Mateo 1:18-25*, no deja lugar a dudas de que Jesús nació de María sin la intervención de un padre humano.

(ii) Es natural aceptar que, puesto que Jesús fue una persona extraordinaria y absolutamente única, su entrada en el mundo también lo fue.

La sumisión de María es realmente encantadora. «Yo soy la esclava del SEÑOR -respondió María al ángel sencillamente-. Que haga conmigo como ha dispuesto y tú me has dicho.» Estaba dispuesta a aceptar lo que Dios decidiera. No hizo preguntas, ni puso condiciones; puesto que había sido Dios Quien lo había decidido, a Él le correspondía cuidarse de todos los detalles y resolver todos los problemas. La actitud de María fue la de una mujer creyente y obediente a la voluntad de Dios. Bien la definió su pariente Elisabet cuando le dijo: « ¡Bendita seas por haber creído que se cumplirá lo que Dios te ha anunciado!» (*Lucas 1:45*).

También es ejemplar la sencillez y la humildad con que María recibió el mensaje de Dios que había de transformar radicalmente su vida. No tenemos ni el más mínimo indicio de que se considerara digna de aquel honor, ni de que creyera merecer ningún trato especial de los hombres o de Dios por ser la madre del Mesías. Lejos de recluirse en algún lugar seguro, en el pasaje siguiente la veremos emprender un molesto viaje, sin duda para ir a ayudar a Elisabet en las molestias del embarazo en edad muy avanzada. Aquel extraordinario favor de Dios, la más grande bienaventuranza que podía recibir una mujer, le traería muchas pruebas, como la huida y el destierro, hasta la suprema de ver a su amado hijo en la cruz. Bien se lo anunciaría Simeón: «Y en cuanto a ti, una espada te atravesará el alma...» (*Lucas 2:35*).

LA PARADOJA DE LA BIENAVENTURANZA

Lucas 1:39-45

En seguida María lo dispuso todo y se puso en camino a toda prisa hacia un pueblo de los montes de Judá. Cuando llegó a la casa de Zacarías, entró y saludó a Elisabet.

Cuando oyó Elisabet el saludo de Ma^a, el niño se le agitó en el vientre, y el Espíritu Santo inundó todo su ser, y ella rompió a decirle a María en alta voz:

- ¡Bendita seas más que todas las demás mujeres, y bendito sea el Niño que vas a tener! ¿Cómo es que se me concede a mí este honor de que venga a verme la madre de mi Señor? Tan pronto como penetró tu saludo en mis oídos, mi niño se puso a saltar de alegría en mis entrañas. ¡Bendita seas por haber creído que se cumplirá lo que Dios te ha anunciado!

Esta es una maravillosa exposición lírica de la bienaventuranza de María. En ninguna vida se ve más clara que en la suya la paradoja de la bienaventuranza. A María se le concedió la bienaventuranza de ser la madre del Hijo de Dios. Bien podía llenársele el corazón de una alegría trémula y maravillada por tan gran privilegio. Y sin embargo, esa misma bienaventuranza iba a ser como una espada que le atravesara el corazón; porque conllevaba el destino de ver un día a ese hijo clavado en una cruz.

La elección de Dios quiere decir, a menudo y al mismo tiempo, una cotona de felicidad y una cruz de angustia. La inquietante realidad es que Dios no escoge a una persona para darle tranquilidad y comodidad y disfrute egoísta, sino para una misión que requerirá todo lo que la mente y el corazón y las fuerzas puedan dar de sí. Dios *escoge a una persona para usarla*. Cuando Juana de Arco se dio cuenta áe. due le quedaba poco tiempo, le dijo a Dios: « Ya no voy a durar más que un año. Úsame como quieras.»

Cuando somos conscientes de esta verdad, los dolores y las dificultades que conlleva el servicio de Dios dejan de ser tema de lamentaciones y se convierten en nuestra gloria, porque todo lo sufrimos por Dios.

Cuando los dragones de Cromwell apresaron al *covenanter* Richard Cameron, le mataron, y le cortaron las manos, que eran muy hermosas, y se las mandaron a su padre con una nota burlona en la que le preguntaban si las reconocía.

-Son las de mi hijo -dijo el padre-, las de mi amado hijo. Buena es la voluntad del Señor que nunca podrá dañarnos a mí ni a los míos.

Las sombras de la vida están iluminadas por el sentir de que también ellas están en el plan de Dios. Miguel de Unamuno acuñó una bendición muy suya: «¡Y Dios no te dé paz, y sí gloria!»

Un gran predicador moderno decía: «Jesucristo no vino para hacer la vida fácil, sino para hacer grandes a los hombres.»

La paradoja de la bendición consiste en que le confiere a una persona al mismo tiempo la mayor felicidad y la mayor tarea del mundo.

UN HIMNO MARAVILLOSO

Lucas 1:46-56

Entonces dijo María:

- Con toda mi alma proclamo la grandeza de Dios, y mi espíritu se deleita en mi Dios y Salvador; porque ha condescendido a fijarse en esta su sierva, aunque es tan humilde mi condición.

Desde ahora en adelante

todos los que han de nacer me tendrán por bienaventurada, porque el Todopoderoso ha hecho maravillas conmigo, ¡santo es su Nombre!

Su misericordia acompaña en todas las edades a los que le honran con temor reverente.

Con su diestra ha obrado maravillas:

ha dispersado a los arrogantes

con todos sus proyectos,

ha arrojado de sus tronos a los poderosos, y ha exaltado a los humildes; ha saciado a los hambrientos con alimentos deliciosos,

y ha despachado a los ricos con las manos vacías. Ha venido en ayuda de su siervo Israel.

Ha cumplido la promesa que había hecho a nuestros antepasados, cuando se comprometió a no desentenderse en su misericordia

de Abraham y de sus descendientes nunca jamás.

Y se quedó María con Elisabet unos tres meses, y luego se volvió a su casa.

Este pasaje se ha convertido en uno de los grandes himnos de la Iglesia, el *Magnificat*. Nos recuerda a los salmos del Antiguo Testamento, y se parece especialmente al cántico de Ana, de 1 *Samuel 2:1-10*. Alguien la dicho que « la religión es el opio del pueblo»; pero Stanley Jones ha dicho que « el *Magnificat* es el documento más revolucionario del mundo.» Habla de tres de las revoluciones de Dios.

(i) *Ha dispersado a los arrogantes con todos sus proyectos.* Esta es la revolución *moral*. El Evangelio es la muerte del orgullo. ¿Que por qué? Porque si uno coloca su vida al lado de la de Cristo, se le hacen añicos los últimos vestigios de orgullo.

A veces le sucede a uno algo que arroja un "rillante y reveladora luz que le descubre su vergüenza. O. Henry cuenta en una historia corta lo que le pasa a un chico que se había criado en una aldea. En la escolita se solía sentar al lado de una chica, y se gustaban. Luego él se fue a la ciudad y fue cayendo bajo. Se hizo carterista y ladronzuelo. Un día le dio el tirón a una anciana. Se le dio bien y se sentía satisfecho. Pero entonces vio bajar por la calle a la chica que había sido su compañera, que irradiaba el

encanto de la inocencia. Y de pronto se vio a sí mismo tal como era de indigno y despreciable. Ardiendo de vergüenza apoyó la cabeza en el hierro frío de una lámpara de la calle, y se dijo: «¡Dios mío, quisiera morirme!» Se había visto a sí mismo.

Cristo hace que nos veamos a nosotros mismos. Eso le da el golpe de muerte al orgullo. Así empieza la revolución moral.

(ii) *Ha arrojado de sus tronos a los poderosos, y ha exaltado a los humildes.* Esta es la revolución social. El Evangelio pone fin a las etiquetas y al prestigio del mundo.

Mureto fue un filósofo ambulante de la Edad Media, y era muy pobre. Se puso enfermo en un pueblo de Italia, y le llevaron al hospital para vagabundos y desamparados. Los médicos estaban discutiendo su caso en latín, suponiendo que él no los entendía. Sugerían que, ya que se trataba de una persona tan despreciable, podían usarle para experimentos. Mureto levantó la mirada y les dijo en su propia lengua culta: «No llaméis despreciable a nadie por quien Cristo murió.»

Cuando nos damos cuenta de lo que Cristo hizo por todas las personas, ya no queda ninguna que podamos considerar despreciable. Las categorías sociales desaparecen.

(iii) *Ha saciado a los hambrientos con alimentos deliciosos, y ha despachado a los ricos con las manos vacías.* Esta es la revolución económica. Una sociedad no cristiana es una sociedad adquisitiva en la que cada cual va a acaparar todo lo que pueda. Una sociedad cristiana es aquella en la que nadie querría tener demasiado mientras otros tienen demasiado poco, en la que cada uno necesita tener sólo para poder dar.

El *Magnificat* tiene su propio encanto, pero hay dinamita en ese encanto. El Evangelio genera una revolución en cada persona, y en el mundo.

SE LLAMARÁ JUAN

Lucas 1:57-66

Cuando se le cumplió el tiempo para dar a luz, Elisabet tuvo un niño. Cuando se enteraron los vecinos y los parientes de la maravilla que Dios había hecho con ella, todos se alegraron mucho. Al octavo día llevaron a circuncidar al niño, y se daba por sentado que se llamaría Zacarías, como su padre. Pero la madre exclamó:

- ¡No! Se tiene que llamar Juan.

- No hay nadie en vuestra familia que se llame así - le advirtieron los presentes, sorprendidos.

Entonces le hicieron señas al padre para preguntarle cómo quería que se llamara su hijo. Él pidió una pizarra y escribió: < Se llamará Juan.> Todos se sorprendieron aún más.

Al momento recuperó el uso de la palabra y se puso a alabar a Dios. Los vecinos reaccionaron con un temor reverente, y se corrió la voz de lo sucedido por toda la sierra de Judea. Los que lo oían ya no lo podían olvidar; y se decían:

- ¿Qué llegará a ser este niño? Porque no cabe duda de que Dios ha puesto su mano sobre él.

En Israel, el nacimiento de un niño era una ocasión festiva. Cuando se aproximaba la fecha, se reunían cerca de la casa los amigos y los músicos locales. Y cuando se anunciaba el nacimiento, si era niño, los músicos se ponían a tocar y a cantar, y todo el mundo se congratulaba y se ponía jubiloso. Si era una niña, los músicos se alejaban tristemente y en silencio. Según un dicho: «El nacimiento de un hijo varón produce alegría universal; pero el de una niña, universal tristeza.» Así es que en la casa de Elisabet había doble motivo de gozo: por fin había tenido un niño, y era varón.

A los ocho días de nacer se circuncidaba y se ponía nombre a los niños. A las chicas se les podía poner nombre en cualquier momento durante su primer mes de vida.

En Israel, los nombres eran descriptivos. Algunas veces recordaban algún detalle de su nacimiento, como en el caso de *Esau* y *Jacob* (*Génesis* 25:25, 26). Otras veces describían al bebé: *Labán*, por ejemplo, quiere decir *blanco o rubio*. A veces se le ponía el nombre del padre. A menudo el nombre describía la alegría de los padres: *Samuel* y *Saúl*, por ejemplo, querían decir *pedido (a Dios)*. Otras veces el nombre era un testimonio de la fe de los padres: *Elías*, por ejemplo, quiere decir *Jehová es mi Dios*; en tiempos de culto a Baal, los padres de Elías confesaban su fe en el Dios verdadero.

Elisabet, para sorpresa de los presentes, dijo que su hijo se tenía que llamar Juan, y Zacarías también manifestó el mismo deseo. *Juan* es la forma breve de *Yehojanán*, que quiere decir *regalo de Jehová, o Jehová es misericordioso*. Era el nombre que Dios había dicho que se le pusiera al niño, y que describía la gratitud de los padres por tan precioso y ya inesperado regalo de Dios.

Todos los conocidos y los que se enteraban del maravilloso suceso se preguntaban: «¿Qué llegará a ser este niño?» Y es que cada niño es un racimo de posibilidades. Había un antiguo maestro latino que siempre hacía una profunda reverencia ante la clase antes de empezar la lección. Cuando le preguntaban por qué, él contestaba: «Porque nunca se sabe lo que uno de estos chavales va a llegar a ser.» El nacimiento de un niño en una familia representa dos cosas. La primera, es el más grande privilegio que se puede conceder a un hombre y a una mujer; algo por lo que hay que dar gracias a Dios. Segunda, es una de las

más altas responsabilidades de la vida, porque ese niño es un racimo de posibilidades, y depende de los padres y de los maestros el que esas posibilidades se hagan o no realidad.

EL GOZO DE UN PADRE

Lucas 1:67-80

El Espíritu Santo inundó todo su ser, y Zacarías rompió a hablar con inspiración profética: - ¡Bendito sea el SEÑOR, el Dios de Israel, que ha intervenido a favor de su pueblo para rescatarlo de una condición de esclavitud! De la dinastía de su siervo David ha suscitado un Campeón que nos salvara, como mucho tiempo ha, por las palabras de los santos profetas, había dicho que lo haría, cuando prometió librarnos de nuestros enemigos y del dominio de los que nos aborrecían, para cumplir la promesa misericordiosa que había hecho a nuestros antepasados, siendo fiel a su santo pacto. Esa promesa había jurado a nuestro padre Abraham: que nos rescataría del poder de nuestros enemigos y nos permitiría servirle, ya sin nada que temer, en santidad y bondad toda la vida. En cuanto a ti, niño, recibirás el título de «Profeta del Altísimo», porque serás el precursor del Señor para preparar los caminos por donde Él pasará, y porque será tu misión decirle a su pueblo cómo puede alcanzar la salvación y el perdón de sus pecados por la profunda compasión de nuestro Dios que ha enviado del Cielo generosamente la aurora para que nos amaneciera, trayendo luz a los que morábamos en tinieblas y en sombra de muerte, para encaminar nuestros pasos por el camino que conduce a la paz.

El niño creció y se desarrolló física y espiritualmente; y vivió en lugares desiertos hasta que llegó el día en que se manifestó a Israel.

Zacarías tuvo una gran visión de la misión de su hijo. Le reconoció como el profeta y precursor que había de preparar el camino del Señor. Todos los judíos devotos esperaban y anhelaban el día en que había de venir el Mesías, el Rey ungido por Dios. La mayor parte de ellos creían que, antes de que viniera, un precursor anunciaría su llegada y le prepararía el camino. La creencia más general era que Elías volvería a la Tierra con esta misión (*Malaquías 4:5*). Zacarías vio en su hijo al que prepararía el camino para el Rey ungido por Dios.

Los versículos 75-77 nos dan una gran descripción del camino del Evangelio:

(i) *La preparación.* Todo en la vida es una preparación que nos conduce a Cristo. Cuando Walter Scott era joven, su sueño era ser soldado. Pero tuvo un accidente que le dejó ligeramente cojo, por lo que tuvo que renunciar a ese sueño. Se aficionó a leer viejas historias y novelas escocesas, y así llegó a ser uno de los más grandes novelistas de la literatura universal. De 61 dijo un veje: «Se estaba haciendo a sí mismo todo el tiempo; pero no sabía, puede, por dónde tiraría hasta que pasaron los años.» En la vida Dios está haciendo que todo contribuya a llevarnos a Cristo.

(ii) *El conocimiento.* La pura verdad es que nadie sabía cómo es Dios hasta que vino Jesús a decírnoslo. Los griegos hablaban de un dios impasible, por encima de la alegría y del dolor, observando a los humanos con tranquila indiferencia. No se esperaba su ayuda. Los judíos tenían un Dios exigente, que imponía una ley y cuya función era la del juez. Aquello no producía más que terror. Jesús vino para decirnos que Dios es amor, y la gente sólo podía decir con sorpresa y encanto: « ¡Nunca nos habríamos imaginado que Dios era así! » Uno de los grandes propósitos de la Encarnación fue traer a la humanidad el conocimiento de Dios.

(iii) *El perdón.* Una cosa debemos tener clara a este respecto: no se trata tanto de remitir el castigo como de restablecer la relación. Nada nos puede librar de ciertas consecuencias de nuestros pecados. No se puede retrasar el reloj, pero el alejamiento de Dios se convierte en amistad, el Dios distante se hace cercano, y el Dios temido es ahora el Dios que nos ama.

(iv) *Andar por los caminos de la paz.* Paz en hebreo no quiere decir solamente ausencia de guerra, sino todo lo que comprende el sumo bien del hombre. Y por medio de Cristo se le capacita al hombre- para andar por los caminos que conducen a todo lo que significa vida, y ya no a todo lo que significa muerte.

EL VIAJE A BELÉN

Lucas 2:1-7

Por aquel entonces se promulgó un edicto de parte de Augusto César mandando empadronarse a todos los habitantes del imperio romano. Este fue el primer censo que se hizo, y tuvo lugar cuando Cirenio era gobernador de Siria. Y todos se desplazaron a su lugar de origen para empadronarse.

Por esa razón también José tuvo que ir desde el pueblo de Nazaret de Galilea a Belén de Judea, que era el pueblo de su antepasado el rey David; e hizo el viaje con su prometida María, que estaba embarazada.

Cuando estaban allí se le cumplió el tiempo a María, y dio a luz a su primer hijo; y le puso unos pañales y le acostó en el pesebre, porque no habían encontrado habitación en la posada del pueblo.

En el Imperio Romano se hacían censos periódicos con el doble objetivo de fijar los impuestos y de descubrir a los que tenían que hacer el servicio militar obligatorio. Los judíos estaban exentos del servicio militar, así es que en su caso el censo se hacía para los impuestos. En relación con estos censos disponemos de suficiente información de lo- que sucedió en Egipto, y suponemos que en la provincia de Siria, de la que formaba parte Palestina, sucedería algo parecido. Esa información proviene de los mismos documentos del censo escritos en papiros, que se descubrieron en los basureros de los pueblos y aldeas de Egipto y en la arena del desierto.

Los censos se hacían cada catorce años, y tenemos documentos de todos los que hubo entre el año 20 y el 270 d.C. Según el ritmo de catorce años que se seguía en Siria, este censo se haría en el año 8 a.C., y ese sería el año que nació Jesús. Puede que Lucas cometiera un error sin importancia, porque Cirenio no fue gobernador de Siria hasta el año 6 a.C.; pero había tenido cargos oficiales en aquella región desde el año 10 hasta el 7 a.C., y fue en esos años cuando se hizo el primer censo.

Algunos críticos han puesto en duda el hecho de que todos los hombres tuvieran que desplazarse a su lugar de origen para empadronarse; pero aquí tenemos un edicto gubernamental de Egipto:

Ordena Gayo Vibio Máximo, prefecto de Egipto: «Como ha llegado el momento de hacer el censo de casa en casa, es necesario obligar a todos los que por cualesquiera causas residan fuera de su distrito de origen a que vuelvan a sus casas para cumplir con los requisitos del censo y también para atender diligentemente al cultivo de sus parcelas.»

Si así se hizo en Egipto, es probable que se hiciera igual en Judea, donde todavía se mantenían los antiguos lazos tribales y familiares, y los hombres tendrían que ir a los respectivos lugares de origen de sus antepasados. Aquí tenemos uno de esos casos en los que los hallazgos históricos han demostrado la exactitud del Nuevo Testamento.

. Habría unos 130 kilómetros de Nazaret a Belén. El alojamiento de los viajeros era muy primitivo. La posada oriental consistía en una serie de habitaciones que daban a un patio común. Los viajeros llevaban sus provisiones, y lo único que proveía el posadero era forraje para los animales y fuego para hacerse la comida. El pueblo estaba abarrotado, y José y María no encontraron alojamiento; así es que fue en el patio comunal donde María tuvo que dar a luz. Los pañales eran trozos cuadrados de paño con una tira como una venda que salía diagonalmente de uno de los picos. Se envolvía al bebé en el paño cuadrado, y luego se le iban dando vueltas alrededor del cuerpo con la tira de tela para que quedara bien sujetito. La palabra que traducimos como *pesebre* era el lugar donde se echaba de comer a los animales; así que puede querer decir el establo o el pesebre.

El que no encontraran habitación en la posada fue sintomático de lo que había de sucederle a Jesús. No hubo sitio para él nada más que en una cruz. Trató de entrar en los abarrotados corazones de los hombres, pero no pudo; y todavía sigue buscando, y se le rechaza, igual que entonces.

LOS PASTORES Y LOS ÁNGELES

Lucas 2:8-20

En aquel distrito había pastores que pasaban toda la noche cuidando de sus rebaños por los campos de alrededor. De pronto se les apareció un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor. Los pastores sintieron un temor muy grande; pero el ángel les dijo:

- ¡No tengáis miedo! Os traigo una noticia tan buena que os llenará de alegría a vosotros y a todo el mundo: que hoy mismo os ha nacido en el pueblo de David un Salvador que es el Mesías, el Señor. Y le reconoceréis por lo siguiente: encontraréis al bebé en pañales y acostadito en un pesebre.

De pronto apareció acompañando al ángel una gran compañía del ejército celestial, cantando alabanzas a Dios:

*- ¡Gloria a Dios en las alturas del Cielo,
y paz en la Tierra a la humanidad
sobre la que desciende el favor de Dios!*

Cuando los ángeles se volvieron al Cielo y desaparecieron, se dijeron los pastores:

- ¡Vamos a Belén a ver lo que Dios nos ha dicho que ha pasado!

Y dicho y hecho, fueron a toda prisa a Belén, y encontraron a María, a José y al bebé acostadito en el pesebre; y tan pronto como le vieron se pusieron a contarle a todos los que estaban por allí lo que los ángeles les habían dicho del bebé, y todos los escuchaban entusiasmados.

María atesoraba todo esto en su memoria, y meditaba luego lo que querría decir cada detalle. Y en cuanto a los pastores, se volvieron al campo dando gloria y gracias a Dios, porque todo lo que habían oído y visto era exactamente como Dios se lo había anunciado.

Es maravilloso que los primeros a los que Dios comunicó la buena noticia fueron unos sencillos pastores. Los más religiosos de aquellos tiempos despreciaban a los pastores porque no podían cumplir todos los detalles de la ley ceremonial; no se podían lavar las manos meticulosamente, ni observar todos los otros preceptos y reglas. Tenían que atender a las necesidades de los rebaños, así es que los religiosos los despreciaban. Fueron hombres sencillos que estaban trabajando en el campo los primeros que recibieron el mensaje de Dios.

Pero es probable que estos fueran unos pastores bastante especiales. Ya hemos visto que en el templo se ofrecía en sacrificio a Dios un cordero sin mancha ni defecto todos los días por la mañana y por la tarde. Para proveer los corderos perfectos para estos sacrificios, las autoridades del templo tenían sus rebaños particulares, y sabemos que los sacaban a pastar en los alrededores de Belén. Es probable que estos pastores se encargaran de cuidar de los rebaños de los que se escogían los sacrificios del templo. Es hermoso pensar que los pastores que cuidaban de los corderos que se sacrificaban en el templo fueron los primeros en ver al Cordero de Dios que había venido a llevar los pecados del mundo.

Ya hemos visto que cuando nacía un niño se reunían los músicos del pueblo para celebrarlo y darle la bienvenida con su sencilla música. Jesús nació en un establo de Belén, que no era donde residían sus padres, así es que no se pudo llevar a cabo la fiesta; pero es hermoso pensar que, aunque no había músicos del pueblo, los músicos del Cielo ocuparon su lugar, y los ángeles le cantaron a Jesús la bienvenida que no pudieron cantarle los hombres.

En estas lecturas nos hemos venido dando cuenta de la ruda sencillez que rodeó al nacimiento del Hijo de Dios. Tal vez habríamos esperado que, si era necesario que naciera en la Tierra, nacería en un palacio o en una mansión señorial.

Hubo una vez un monarca europeo que sorprendía y preocupaba a su guardia desapareciendo de vez en cuando para mezclarse de incógnito con la gente de su pueblo. Cuando le advirtieron que no lo hiciera por razones de seguridad, contestó:

-No puedo gobernar a mis súbditos a menos que sepa cómo viven.

Es una verdad preciosa del Evangelio que tenemos un Dios que sabe cómo vivimos, porque ha asumido nuestra vida sin reservarse ningún privilegio.

CUMPLIENDO LAS ANTIGUAS CEREMONIAS

Lucas 2:21-24

Cuando pasaron los ocho días que había que esperar para circuncidar al niño, le pusieron «Jesús», que era el nombre que había dicho el ángel antes de que María quedara embarazada. Y cuando se cumplieron los cuarenta días que fijaba la Ley de Moisés, trajeron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor cumpliendo lo que dispone la Ley del Señor de que todos los primogénitos pertenecen al Señor, y presentaron el sacrificio que prescribe la Ley para la purificación de la madre, que eran dos pichones o palomas.

En este pasaje vemos que se cumplieron después del nacimiento de Jesús las tres antiguas ceremonias relativas al nacimiento del primer hijo varón de una familia judía.

(i) *La circuncisión.* Todos los niños judíos se circuncidaban a los ocho días de nacer. Esta ceremonia era tan sagrada que se podía llevar a cabo hasta en sábado, aunque la ley prohibía que se hiciera ese día nada que no fuera absolutamente esencial. Ese día se le ponía nombre al niño.

(ii) *La redención del primogénito.* Según la ley (*Éxodo 13:2*), todo primogénito varón, o macho en el caso del ganado, estaba consagrado al Señor. Esta ley puede ser el reconocimiento del poder misericordioso de Dios que es el que da la vida, o tal vez sea el equivalente de la ley de otros pueblos que sacrificaban a los hijos primogénitos a sus dioses. No cabe duda de que, si se hubiera cumplido literalmente, habría desbaratado la vida. Por eso había una ceremonia que se llamaba la Redención del Primogénito (*Números 18:16*), y que consistía en pagar cinco siclos para, como si dijéramos, que los padres pudieran seguir teniendo a su hijo. Esa suma se tenía que hacer efectiva a los sacerdotes, y no se podía pagar antes de los treinta y un días después del nacimiento, ni diferir mucho más.

(iii) *La purificación después del parto.* La mujer quedaba impura cuarenta días si había tenido un hijo varón, y ochenta en el caso de una hembra. Podía vivir normalmente en su casa y hacer sus trabajos diarios, pero no podía entrar en el templo ni participar en ceremonias religiosas. Al cumplirse ese tiempo tenía que traer al templo un cordero de un año para holocausto y un pichón para expiación. Era un sacrificio bastante costoso, así es que la ley establecía que si no se podía ofrecer un cordero se podía traer otro pichón. La ofrenda de los dos pichones en vez de la del cordero y el pichón se llamaba técnicamente *la ofrenda de los pobres*, y esa fue la que ofreció María. De nuevo vemos aquí que Jesús nació en un hogar sencillo y humilde, y sin lujos;

un hogar en el que se tenía que tener cuidado con el dinero, en el que se sabía lo difícil que es a veces ganarse la vida y esquivar sus dificultades. Cuando nos asedien las preocupaciones de la vida, acordémonos de que Jesús también las experimentó.

Estas tres ceremonias nos parecerán extrañas y antiguas; pero las tres expresaban la convicción de que un hijo es un don de Dios. Los estoicos solían decir que los niños no se les dan a los padres, sino se les prestan. De todos los dones de Dios, del que más se nos van a pedir cuentas es del de un hijo.

UN SUEÑO QUE SE HACE REALIDAD

Lucas 2:25-35

Había en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón. Cumplía meticulosamente la Ley de Dios y era profundamente piadoso. Esperaba las bendiciones que traería la venida del Mesías, y el Espíritu Santo dirigía su vida. El Espíritu Santo le había revelado que no se moriría sin haber visto al Mesías prometido por Dios.

Aquel día, cuando los padres del niño Jesús le trajeron al templo para cumplir todo lo que mandaba la ley, el Espíritu Santo había movido a Simeón a ir al templo, y se dirigió a ellos y tomó a Jesús en sus brazos y dio gracias a Dios diciendo:

-Señor, ya puedes dar a este tu siervo el saludo de despedida, acabando de cumplir lo que me has prometido, porque ya he visto con mis propios ojos la salvación que tenías preparada para todos los pueblos: es una luz que te revelará a todos los gentiles y la gloria de tu pueblo Israel.

Los padres de Jesús estaban maravillados de oír todo lo que se decía de su hijo. Simeón los bendijo, y dijo a María:

-En cuanto a este niño, Dios le ha puesto para que muchos de Israel caigan, y muchos se levanten, y para ser el mensaje de Dios que rechazarán los hombres, y que hará que salgan a la luz los anhelos de muchos corazones. Y en cuanto a ti, una espada te atravesará el alma...

No había judío que no creyera que su nación era el pueblo escogido de Dios. Pero los judíos no podían por menos de darse cuenta de que no sería por medios humanos por los que su nación llegara a alcanzar la suprema grandeza que creían que le estaba reservada. Con mucho la mayoría de ellos creía que, como los judíos eran el pueblo escogido, estaban destinados a llegar a ser algún día los amos del mundo y los señores de todas las naciones. Para traer ese día, algunos creían que vendría del Cielo algún gran campeón; otros creían que surgiría otro rey de la dinastía de David que devolvería al pueblo toda su antigua grandeza, y otros creían que Dios mismo intervendría directamente en la historia de manera sobrenatural. En contraste con todos esos había unos pocos a los que llamaban *los reposados de la tierra*: no tenían sueños de grandeza, violencia o poder de ejércitos con banderas; creían en una vida de constante oración y de reposada pero vigilante espera hasta que Dios interviniera. Pasaban la vida esperando tranquila y pacientemente en Dios. Así era Simeón: en oración, en adoración, en humilde y fiel expectación, esperaba el día en que Dios había de consolar a su pueblo. Dios le había prometido por medio del Espíritu Santo que no llegaría al final de su vida sin haber visto al ungido Rey de Dios. En el niño Jesús reconoció al Rey prometido, y se sintió feliz. Ahora estaba preparado para partir de esta vida en paz, y su cántico se conoce como el *Nunc Dimittis*, por sus dos primeras palabras en latín, y es otro de los grandes himnos de la Iglesia Cristiana.

En el versículo 34 Simeón da una especie de resumen de la obra y el destino de Jesús:

(i) Será la causa de que *muchos caigan*. Este es un dicho duro y extraño, pero cierto. No es tanto Dios el que juzga a un hombre, sino que es el hombre el que se juzga a sí mismo; y su juicio es su reacción a Jesucristo. Si cuando se encuentra ante esa bondad y esa maravilla su corazón reacciona con una respuesta de amor, está dentro del Reino. Si ante ese encuentro continúa fríamente insensible o se vuelve activamente hostil, queda excluido. Hay un gran rechazo, lo mismo que una gran aceptación.

(ii) Será la causa de que *muchos se levanten*. Hace mucho tiempo, el gran filósofo español Séneca dijo que lo que los hombres necesitaban más que nada era que se les tendiera una mano para levantarlos. Es la mano de Jesús la que levanta al hombre de la vieja vida a la nueva vida, del pecado a la bondad, de la vergüenza a la gloria.

(iii) Se enfrentará con *mucho oposición*. Ante Jesucristo no cabe la neutralidad: o nos rendimos a Él o estamos en guerra con Él. Y lo trágico de la vida es que el orgullo no nos deja hacer la rendición que conduce a la victoria.

UNA PRECIOSA ANCIANIDAD

Lucas 2:36-40

También estaba allí una profetisa que se llamaba Ana hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy avanzada, porque no había estado casada más que siete años y había vivido viuda hasta los ochenta y cuatro. Nunca se alejaba del templo, y adoraba a Dios continuamente con oraciones y ayunos de día y de noche.

Entonces se acercó a ellos y se puso a dar gracias a Dios y a hablar de Jesús a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Cuando cumplieron todo lo que manda la ley del Señor, se volvieron a su pueblo de Nazaret de Galilea. Allí fue creciendo Jesús y poniéndose fuerte y llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios era con Él.

Ana también era una de los «reposados de la tierra.» De ella no sabemos nada más que lo que nos dicen estos versículos; pero Lucas nos traza en ellos un verdadero boceto de su carácter.

(i) Ana era viuda. *Sabía lo que era el sufrimiento, pero no estaba amargada.* El sufrimiento puede producir en nosotros una de dos cosas: o nos hace duros, amargados, resentidos y rebeldes a Dios, o nos hace más amables, tiernos y compasivos; puede hacernos perder la fe, o arraigarla aún más en nuestro corazón. Todo depende de lo que pensemos de Dios: si le consideramos un tirano, seremos unos resentidos; si le tenemos como nuestro Padre, estaremos seguros de que nunca hace que sus hijos derramen lágrimas innecesarias.

(ii) Tenía ochenta y cuatro años. *Era anciana, pero no había perdido la esperanza.* La edad puede despojarnos del encanto y del vigor de nuestro cuerpo; y aun puede producir un efecto peor: los años pueden llevarse la vida del corazón hasta el punto de que se nos mueren las esperanzas que hemos abrigado antes, y nos contentamos y resignamos con las cosas tal y como son. También en esto todo depende de lo que pensemos de Dios: si creemos que es distante y desinteresado, podremos caer en la desesperación; pero si creemos que está interesado y conectado con la vida, y que no retira la mano del timón, estaremos seguros de que lo mejor está todavía por venir, y los años no nos harán nunca perder la esperanza.

¿Cómo es que Ana era así?

(i) *Nunca dejaba de adorar a Dios.* Pasaba la vista en la casa de Dios y con el pueblo de Dios. Dios nos ha dado su iglesia para que sea nuestra madre en la fe. Nos privamos de un tesoro incalculable cuando descuidamos el ser parte de un pueblo que da culto a Dios.

(ii) *Nunca dejaba de orar.* El culto de la iglesia es algo grande; pero no lo es menos el culto privado y personal. Como ha dicho alguien, < los que oran mejor con los demás son los que antes oran a solas.> Los años habían dejado a Ana sin amargura y con una esperanza inquebrantable, porque día tras día se mantenía en contacto con el Que es la fuente de toda fuerza, y en cuya fuerza se perfecciona nuestra debilidad.

LA AURORA DE LA CONCIENCIA

Lucas 2:41-52

Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús tenía doce años, fueron como de costumbre, y se quedaron hasta el fin de la fiesta. Cuando emprendieron el viaje de regreso, Jesús se les quedó en Jerusalén sin que se dieran cuenta. Creían que él iría en la caravana, y al final del primer día de viaje se pusieron a buscarle entre los parientes y amigos; pero, como no le encontraron, se volvieron otra vez a Jerusalén buscándole por todas partes. Pasaron tres días hasta que por fin le encontraron en los recintos del templo, sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que estaban escuchando se admiraban de su inteligencia y de sus contestaciones.

Sus padres se sorprendieron mucho de encontrarle allí.

-¿Por qué nos has hecho esto, hijo mío? -le dijo María-. Tu padre y yo hemos estado muy preocupados, buscándote por todas partes.:

-¿Por qué tuvisteis que buscarme? -contestó Jesús-. ¿Es que no sabíais que estaría en la casa de mi Padre?

Ellos no entendieron lo que les decía.

Jesús volvió con ellos a Nazaret, y los obedecía en todo. Su madre atesoraba todo esto en la memoria, y no dejaba de pensar en ello.

Jesús fue haciéndose mayor en carácter y en estatura, y se ganaba el aprecio de Dios y de los hombres.

Este es un pasaje muy importante de los evangelios. La ley establecía que todo judío adulto que viviera a no más de veinticinco kilómetros de Jerusalén tenía que asistir a la Pascua. De hecho, todos los judíos que vivían más lejos querían ir a la fiesta por lo menos una vez en la vida.

Un joven judío alcanzaba la mayoría de edad a los doce años. Entonces llegaba a ser *hijo de la ley*, y tenía que cumplir todas las obligaciones que imponía la ley. Es posible que Jesús fuera entonces a Jerusalén por primera vez. Podemos figurarnos la impresión que le harían la santa ciudad, el templo y todas las ceremonias sagradas.

Cuando sus padres iniciaron la vuelta, Jesús se quedó atrás. No fue por descuido por lo que no le echaron de menos. Lo corriente era que las mujeres de la caravana se pusieran en camino bastante antes que los hombres, porque iban más despacio. Los hombres salían después, y las alcanzaban donde habían decidido pasar la noche. **Esta era probablemente** la primera Pascua de Jesús, y lo más probable es que José pensara que estaba con María, y viceversa, así es que no se dieron cuenta de que faltaba hasta que llegaron al campamento de la tarde.

Como no le encontraron entre los parientes y vecinos, se volvieron a Jerusalén. En el tiempo de la Pascua el sanedrín tenía costumbre de reunirse en los atrios del templo para discutir cuestiones teológicas en presencia de todos los que quisieran escuchar. Y fue allí donde encontraron a Jesús sus padres. No se trataba de un niño precoz que dejaba apabullados con su inteligencia a los más sabios. *Escuchar y hacer preguntas* era la manera en que los judíos expresaban la relación de los alumnos que aprendían de sus maestros. Jesús estaba escuchando las discusiones y mostrando mucho interés en conocer y comprender, como ávido estudiante.

Y ahora viene uno de los pasajes clave de la vida de Jesús. María le dijo: < Tu *padre* y yo hemos estado muy preocupados, buscándote por todas partes.> < ¿Por qué tuvisteis que buscarme? -contestó Jesús-. ¿Es que no sabíais que estaría en la casa de *mi Padre?*>

Fijémonos con cuánta cortesía, pero también con cuánta claridad Jesús toma el nombre de *padre* que María ha usado refiriéndose a José, y se lo aplica a Dios. En algún momento Jesús tiene que haber descubierto su relación única y exclusiva con Dios. No podía saberlo cuando era un bebé acostado en el pesebre, o en los brazos de su madre. Pero conforme avanzaban los años, Jesús pensaría; y en aquella primera Pascua, en la aurora de la mayoría de edad, manifestó que ya se había dado cuenta de que era el Hijo de Dios en un sentido único y exclusivo.

En este relato podemos ver que Jesús ya sabía quién era. Pero, fijémonos en que el descubrimiento no le hizo orgulloso, ni mirar por encima del hombro a sus humildes padres terrenales, la gentil María y el laborioso José. «Jesús volvió con ellos a Nazaret, y los *obedecía en todo.*» El hecho de ser el Hijo de Dios le hizo ser el hijo perfecto de sus padres humanos. El verdadero hombre de Dios no desprecia los lazos terrenales, sino que precisamente porque es un hombre de Dios cumple sus deberes humanos con una fidelidad suprema.

EL CORREO DEL REY

Lucas 3:1-6

Año decimoquinto del mandato imperial de Tiberio César. Gobernador de Judea: Poncio Pilato. Tetrarca de Galilea: Herodes. Tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite: Felipe, hermano del anterior. Tetrarca de Abilinia: Lisanius. Sumos sacerdotes: Anás y Caifás. Fue entonces cuando Dios envió su palabra a Juan hijo de Zacarías, que se encontraba en el desierto, y él fue por todo el valle del Jordán proclamando un bautismo que era señal del arrepentimiento que conduce al perdón de los pecados. Todo aquello sucedía como lo habían anunciado las Sagradas Escrituras en el libro de los mensajes del profeta Isaías:

«Oíd la voz de uno que proclama en el desierto: -¡Preparad un camino para que venga el Señor, trazad sendas derechas por las que Él viaja!

¡Que se rellenen todos los barrancos, y que se nivelen todos los montes y collados; que las sendas tortuosas se hagan caminos rectos, y que se allanen los senderos pedregosos, y toda la humanidad verá el poder salvador de Dios!»

Para Lucas, el surgimiento de Juan el Bautista fue una de las bisagras que hicieron girar a la Historia. Hasta tal punto lo considera un acontecimiento importante que lo fecha con no menos de seis datos diferentes.

(i) Tiberio fue el sucesor de Augusto, y por tanto el segundo emperador romano: No después del año 116 12 d.C., Augusto le hizo su colega en el gobierno del imperio, pero no llegó a ser único emperador hasta el año 14 d.C. Por tanto, el año decimoquinto de su mandato imperial sería 28-29 d.C. Lucas empieza a fechar el surgimiento de Juan el Bautista en relación con la historia universal, es decir, con el Imperio Romano.

(ii) Los tres datos siguientes que nos da Lucas se refieren a la organización política de Palestina. El título de *tetrarca* quiere decir literalmente *gobernador de la cuarta parte*. En provincias como Tesalia o Galacia, que estaban divididas en cuatro zonas o áreas, se llamaba *tetrarca* al gobernador de cada una de ellas; pero más tarde el término se hizo más general, y quería decir *el gobernador de una parte cualquiera*. Herodes el Grande murió el año 4 a.C. después de un reinado de alrededor de 40 años. Dividió el reino entre tres de sus hijos, y los romanos dieron su aprobación en principio.

(a) A Herodes Antipas le correspondieron Galilea y Perea. Este reinó del 4 a.C. al 39 d.C., y por tanto Jesús vivió durante su reinado, y gran parte de su vida transcurrió en sus dominios de Galilea.

(b) A Herodes Felipe le correspondieron Iturea y Traconítida. Este reinó del 4 a.C. al 33 d.C. Edificó Cesarea de Filipo, a la que le dio su nombre.

(c) A Arquelao le correspondieron Judea, Samaria y Edom. Fue un rey rematadamente malo. Los judíos acabaron por pedir a Roma que lo quitara; y Roma, que estaba impaciente con los continuos problemas de Judea, accedió e instaló a un procurador o gobernador. Así fue como los romanos llegaron a gobernar directamente Judea. En este tiempo Pilato era el gobernador romano (25-37 d.C.). Así es que Lucas nos da en una frase, a vista de pájaro, la división del reino que había pertenecido a Herodes el Grande.

(iii) De Lisaniás no sabemos prácticamente nada.

(iv) Después de la situación internacional y de la situación

en Palestina, Lucas se refiere a la situación religiosa y fecha el surgimiento de Juan el Bautista en el sumo sacerdocio de Anás y Caifás. Nunca hubo dos sumos sacerdotes al mismo tiempo; así es que, ¿qué nos quiere decir Lucas al darnos los dos nombres? El sumo sacerdote era al mismo tiempo el cabeza religioso y civil de la comunidad. En la antigüedad, el puesto de sumo sacerdote había sido hereditario y de por vida; pero con la venida de los romanos había estado sujeto a toda clase de intrigas. El resultado fue que entre los años 37 a.C. y 26 d.C. hubo no menos de veintiocho sumos sacerdotes diferentes. Anás fue sumo sacerdote del 7 al 14 d.C., y por tanto no ocupaba el puesto en este tiempo; pero le sucedieron no menos de cuatro de sus hijos, y Caifás era su yerno. Por tanto, aunque Caifás era oficialmente el sumo sacerdote, Anás era el que mandaba por detrás. Fue por eso por lo que Jesús fue llevado a Anás en primer lugar después de su detención (*Juan 18:13*), aunque entonces no era el sumo sacerdote. Lucas asocia su nombre con el de Caifás porque, aunque éste era entonces el sumo sacerdote, Anás era la figura sacerdotal más influyente en el país.

Los versículos 4-6 son una cita de *Isaías 40: 3-5*. En Oriente, cuando un rey se proponía visitar parte de sus dominios, enviaba un mensajero por delante para decirle a la gente que preparara los caminos. Juan el Bautista es ese mensajero del Rey; pero la preparación en la que insistía era la de los corazones y las vidas.

-¡Viene el Rey! -decía-. ¡Arreglad, no las carreteras, sino vuestras vidas!

Todos tenemos el deber de hacer que nuestras vidas estén en regla para que las vea el Rey.

LA LLAMADA DE JUAN AL ARREPENTIMIENTO

Lucas 3:7-17

Este era el mensaje que daba Juan a las multitudes que venían a que las bautizara:

- ¡Raza de víboras! ¿Quién os ha dado la alarma para que huyáis de la ira que se os echa encima? Demostrad con vuestra conducta que vuestro "arrepentimiento es sincero, y no os hagáis ilusiones diciendo para vuestros adentros: «¡Somos hijos de Abraham!» Porque os digo que Dios puede sacar hijos de Abraham hasta de las piedras. ¡Ya está el hacha lista a la raíz de los árboles! EL árbol que no da buen fruto, se corta y se echa al fuego.

La gente no hacía más que preguntarle:

-Entonces, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

-El que tenga dos camisas -contestaba Juan-, que le dé una al que no tiene ninguna; y el que tenga comida, que haga lo mismo.

También venían publicanos a bautizarse, y le decían:

Maestro, ¿qué tenemos que hacer nosotros?

No le hagáis pagar a nadie más de lo que sea justo.

-Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer? -le preguntaron también unos soldados; y les contestó:

-No seáis violentos con la gente, ni chantajeéis a nadie, y conformaos con vuestra paga.

Como la gente estaba expectante, y algunos se preguntaban para sus adentros si podría ser que Juan fuera el Mesías, él reaccionó y les dijo a todos:

-Yo no os bautizo nada más que con agua; pero está al llegar Uno que es tanto más poderoso que yo, que yo no valgo ni para descalzarle: Ése es el que os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Ya tiene el biello en la mano y se dispone a beldar la era para recoger el trigo en el granero y echar la paja en un fuego que no se apaga.

Aquí tenemos el mensaje de Juan al pueblo. En ningún lugar queda más evidente la diferencia que hay entre Juan el Bautista y Jesús; porque el mensaje de Juan no era *evangelio*, es decir, *buena noticia*, sino una noticia aterradora.

Juan había vivido en el desierto. La superficie del desierto estaba cubierta de ramas y matorros secos como la yesca. A veces una chispa prendía, y se armaba un incendio en el desierto, y salían las víboras de sus grietas, escabulléndose de la quema. Con ellas comparaba Juan a los que venían a bautizarse.

Los judíos no tenían la menor duda de que en la economía de Dios había una cláusula referente a una nación privilegiada. Mantenían que Dios juzgaría a las demás naciones con una medida, y a los judíos con otra. De hecho, creían que un judío estaba a salvo del juicio simplemente por serlo. Los hijos de Abraham estaban exentos del juicio. Juan les decía que no hay tal cosa como privilegios raciales; que la vida, no el linaje, era lo que Dios consideraba en el juicio.

Hay tres cosas que sobresalen en el mensaje de Juan.

(i) Empezaba demandando a los hombres que compartieran lo que tenían con los que no tenían. Era un evangelio social, que anunciaba que Dios no absolverá nunca al que está contento de tener de más cuando otros tienen de menos.

(ii) Mandaba a los hombres, no que dejaran su trabajo, sino que cumplieran con su trabajo como era debido: que el publicano fuera un buen publicano, y el soldado un buen soldado. Lo que Dios manda es que le sirvamos allí donde Él nos ha colocado.

Hay un espiritual negro que dice:

*Hay un Rey y Gran General,
que está a punto de llegar,*

y me hallará sachando algodón cuando venga.

Ya se oyen sus legiones a la carga en los campos del cielo, y me hallará sachando algodón cuando venga.

*Hay un Hombre al que echaron a la cuneta,
y le torturaron hasta matarle,*

y me hallará sachando algodón cuando venga.

Fue odiado y rechazado,

burlado y crucificado,

y me hallará sachando algodón cuando venga.

¡Cuando venga, cuando venga!

Le coronarán los santos y los ángeles cuando venga,

y le gritarán ¡Hosana! al Hombre que negaron los hombres, y yo me arrodillaré entre mi algodón cuando venga.

Juan estaba convencido de que donde todos podemos servir mejor a Dios es en nuestro trabajo diario.

(iii) Juan estaba bien seguro de que él no era más que el precursor. El Rey estaba todavía por venir, y con Él vendría el juicio. El biello era entonces una gran pala plana con la que se echaba hacia arriba lo trillado; el grano, más pesado, caía al suelo, y la brisa aventaba la paja. Así como se separa el trigo de la paja, el Rey separaría a los buenos de los malos.

Así describía Juan el juicio, un juicio que el hombre podía pasar con confianza si había cumplido sus deberes con los demás y había hecho bien su trabajo cotidiano.

Juan era un predicador supremamente efectivo. Una vez le dieron a Chalmers la enhorabuena por un sermón, pero él contestó: «Sí, ¿pero para qué sirvió?»

Está claro que Juan predicaba la acción y la producción. No se metía en disquisiciones teológicas, sino predicaba la vida.

JUAN, APRESADO

Lucas 3:18-20

Con estas y otras muchas razones Juan le anunciaba al pueblo la Buena Nueva. Pero cuando le echó en cara al tetrarca Herodes su relación con SU cuñada Herodías, y todas las demás maldades que hacía, Herodes añadió a todos sus crímenes el de meter a Juan en la cárcel.

Juan era tan atrevido y tan claro predicando la integridad que no pudo por menos de meterse en problemas. Herodes acabó por meterle en la cárcel. El historiador judío Josefo dice que Herodes le metió preso «porque temía que la gran influencia que Juan ejercía sobre el pueblo le colocara en posición y en disposición de levantar una revuelta; porque la gente parecía dispuesta a hacer todo lo que Juan aconsejara.» No cabe duda de que eso sería verdad, pero los autores del Nuevo Testamento dan una razón mucho más personal e inmediata. Herodes Antipas se había casado con Herodías, y Juan se lo reprochaba.

La relación que estaba involucrada en ese matrimonio era tremendamente complicada. Herodes el Grande se había casado muchas veces. Herodes Antipas, el que se casó con Herodías y metió a Juan en la cárcel, era hijo de Herodes el Grande y de una mujer que se llamaba Maltake. Herodías misma era hija de Aristóbulo, que era hijo de Herodes el Grande y de Mariamne, al que llamaban el Hasmoneo. Como hemos visto, Herodes había dividido el reino entre Arquelao, Herodes Antipas y Herodes Felipe. Tenía otro hijo, que también se llamaba Herodes, al que tuvo con otra Mariamne, hija de un sumo sacerdote. Este Herodes no tuvo parte en el reino de su padre, y vivió en Roma como un mero ciudadano, y se casó con Herodías. De hecho era medio tío suyo, porque él y su suegro eran hijos del mismo padre aunque de diferentes mujeres. Herodes Antipas, en una visita que hizo a Roma, sedujo a Herodías y se casó con ella. Herodías era al mismo tiempo su cuñada, porque estaba casada con su hermanastro, y su sobrina, porque era hija de Aristóbulo, otro hermanastro.

Todo el asunto era repugnante a los ojos de los judíos y totalmente contrario a la ley judía, e incluso a cualquier moral. Era peligroso reprender a un tirano oriental, pero Juan lo hizo. La consecuencia fue que le arrestaron y encarcelaron en los calabozos del castillo de Maqueronte, a orillas del Mar Muerto. Nada podía ser más cruel que meter a este hijo del desierto en una mazmorra. Por último le decapitaron para complacer el resentimiento de Herodías (*Mateo 14:5-12; Marcos 6:17-29*).

Siempre es peligroso decir la verdad; pero, aunque el que se identifica con la verdad puede acabar en la cárcel o en la horca, a fin de cuentas es un vencedor. El conde de Morton, que era el regente de Escocia, amenazó una vez al reformador Andrew Melville:

-¡No habrá nunca tranquilidad en este país hasta que se os destierre o ahorque a media docena de vosotros!

-¡Menos amenazas, señor! -le contestó Melville-. En esa guisa no conseguiréis amedrentar a vuestros súbditos. Lo mismo me da pudrirme en la tierra que en el aire. ¡Dios sea glorificado, que no está en vuestro poder el-ahorcar o el desterrar su verdad!

Platón dijo una vez que un sabio siempre preferirá que se cometa una injusticia con él, a cometerla él. No tenemos más que preguntarnos a nosotros mismos si en última instancia preferiríamos ser Herodes Antipas o Juan el Bautista.

LLEGA LA HORA DE JESÚS

Lucas 3:21, 22

Cuando ya se había bautizado toda la gente, también

Jesús se bautizó. Y mientras estaba orando, se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en una forma corporal, como una paloma. Y llegó una voz del cielo que decía:

- ¡Tú eres mi amado y único Hijo, en quien está todo mi delicia! .

Los pensadores cristianos siempre han buscado la respuesta a la pregunta «¿Por qué fue Jesús a que le bautizara Juan?»

El bautismo de Juan era una señal de arrepentimiento, y los cristianos estamos convencidos de que Jesús no había cometido ningún pecado. ¿Por qué se bautizó entonces? En la iglesia

primitiva se sugería a veces, con un detalle hogareño, que lo

hizo para complacer a María, su madre, que se lo pedía insistentemente. Pero debe de haber alguna razón más convincente.

En la vida de todo hombre hay ciertas etapas determinadas, ciertas bisagras en las que gira toda la vida. Así sucedió en la vida de Jesús, y de vez en cuando tendremos que pararnos para tratar de ver su vida en su conjunto. La primera gran bisagra fue la visita al templo cuando tenía doce años, cuando descubrió su relación única y exclusiva con Dios. Cuando apareció Juan, Jesús tenía unos treinta años (*Lucas 3:23*); es decir, que habían pasado unos dieciocho años. A lo largo de ese tiempo Jesús tiene que haberse ido dando cuenta más y más de su absoluta singularidad. Pero siguió siendo el carpintero del pueblo de Nazaret. Tiene que haber sabido que llegaría algún día en que tendría que decirle adiós a Nazaret y lanzarse a cumplir su misión más amplia. Debe de haber esperado alguna señal.

Cuando surgió Juan, la gente iba a oírle y a bautizarse en grandes multitudes. En todo el país había un *movimiento hacia Dios* sin precedentes. Y Jesús se dio cuenta de que había sonado su hora. No es que se sintiera pecador y necesitara arrepentirse, sino que quería identificarse con ese movimiento hacia Dios. Para Jesús, el surgimiento de Juan fue la llamada de Dios a la acción; y el primer paso que dio fue para identificarse con la gente que buscaba a Dios.

Pero algo sucedió en el bautismo de Jesús. Antes de dar este paso de gigante tenía que estar seguro; y en el momento del bautismo, *Dios le habló*. No nos equivoquemos: aquello fue una experiencia personal de Jesús. La voz de Dios le vino a Él, y le dijo que había tomado la decisión correcta. Pero más, mucho más que eso: aquella voz le trazó todo el curso de su vida.

Dios le dijo: «¡Tú eres mi amado y único Hijo, en quien está toda mi delicia!» Ese dicho está tomado de dos textos: Tú *eres mi amado y único Hijo* es del *Salmo 2: 7*, que se reconocía como una descripción del Rey Mesías; *en quien está toda mi delicia* es de *Isaías 42: 1*, de la descripción del Siervo del Señor cuyo retrato culmina en los sufrimientos del capítulo 53. Por

tanto, en su bautismo Jesús se dio cuenta, en primer lugar, de que era el Mesías, el Rey ungido por Dios; y en segundo lugar, que eso suponía, no poder y gloria, sino sufrimiento y cruz. La cruz no le pilló a Jesús desprevenido: desde el primer momento la vio como algo que le esperaba inevitablemente. En el bautismo vemos a Jesús buscando la aprobación de Dios, y recibiendo la Cruz como destino.

EL LINAJE DE JESÚS

Lucas 3:23-38

Cuando Jesús inició su ministerio tendría unos treinta años, y se le creía hijo de José, hijo de Elí, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José, hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahum,

hijo de Esli, hijo de Nagai, hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de José, hijo de Judá, hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel,

hijo de Neri, hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er, hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, hijo de David, hijo de Isaí, hijo

de Obed, hijo de Booz, hijo de Salmón, hijo de Naasón, hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg, hijo de Heber, hijo de Sala, hijo de Cainán, hijo de Arj'axad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Este pasaje empieza con una afirmación muy sugestiva: nos dice que cuando Jesús inició su ministerio tendría unos treinta años. ¿Por qué tuvo que pasar treinta años en Nazaret cuando había venido a salvar al mundo? Algunos creen que José murió bastante joven, y que Jesús tuvo que encargarse del sostenimiento de su madre María y de sus hermanos y hermanas más jóvenes, y que sólo cuando ya fueron lo suficientemente mayores como para encargarse del taller Jesús se sintió libre para marcharse de Nazaret y lanzarse al mundo a cumplir su misión. Sea eso o no cierto, tres cosas son verdad.

(i) Era esencial que Jesús cumpliera con la mayor fidelidad los deberes más limitados de la vida familiar antes de asumir la misión universal de salvar al mundo. Fue cumpliendo meticulosamente las pequeñas obligaciones de la vida familiar como Jesús se preparó para su gran misión. Cuando contó la parábola de los talentos, la palabra para los siervos fieles era: < ¡Bien hecho, mi buen y fiel siervo! Has sido fiel en lo poco, y por eso te encargaré de lo mucho» (*Mateo 25:21, 23*). No cabe duda de que estaba hablando por propia experiencia. Cuando murió la madre de cierto gran hombre, dijo él: < No puedo recordar que nunca se dejara nada a medio hacer.» Eso pasó con Jesús: porque cumplió fielmente las pequeñas obligaciones, Dios le encargó la más grande tarea que se haya realizado o se haya de realizar en este mundo.

(ii) Esto le dio la oportunidad de poner en práctica sus enseñanzas. Si hubiera sido siempre un maestro vagabundo y sin hogar ni obligaciones ni lazos humanos, se le habría podido decir: < Tú, ¿qué derecho tienes a hablar de las relaciones y las obligaciones humanas, si tú no las cumples?» Pero Jesús podía decir, no: «Haz lo que yo te digo»; sino: «Haz lo que yo hago.» Tolstoi siempre estaba hablando del amor, pero su mujer dijo de él: « ¡Hay tan poco calor genuino en él! La amabilidad no le sale del corazón, sino sólo de sus principios. Sus biógrafos dirán que ayudó a los trabajadores a llevar cubos de agua, pero nadie sabrá que nunca le dio a su mujer un momento de descanso, ni que nunca, en estos treinta y dos años, le llevó a su hijo un vaso

de agua o pasó cinco minutos al lado de su cama para darme a mí la oportunidad de descansar un poco de mis trabajos.»

Nadie podrá decir nada semejante de Jesús. Él vivió en casa lo que predicó- por ahí.

(iii) Si Jesús iba a ayudar a los hombres, tenía que saber cómo vivían. Y porque había vivido aquellos treinta años en Nazaret, conocía las dificultades de ganarse la vida, la constante inseguridad que se cierne sobre el trabajador, el mal genio que tiene a veces el cliente, los morosos, etc. Es la gloria de la Encarnación que no podemos arrostrar ningún problema de la vida que Jesús no haya conocido por sí.

Aquí nos da Lucas la genealogía de Jesucristo. Los judíos estaban muy interesados en las genealogías. Los sacerdotes especialmente tenían que demostrar que descendían de Aarón, y sus genealogías se guardaban en los archivos públicos. En tiempos de Esdras y Nehemías hubo sacerdotes que perdieron el trabajo por no poder presentar sus genealogías (*Esdras 2:61-63, y Nehemías 7:63-65*).

Pero el problema que nos presenta esta genealogía surge cuando la comparamos con la de *Mateo 1:1-17*. Los hechos son: sólo Lucas nos da la sección de Adán a Abraham; la sección de Abraham a David está igual en los dos, pero la sección de David a José es casi completamente diferente. Los estudiosos del Nuevo Testamento han hecho todo lo posible por explicar estas diferencias.

(i) Se ha dicho que ambas genealogías son simbólicas, y que *Mateo* nos da la ascendencia *regia* de Jesús, y Lucas la *sacerdotal*.

(ii) Una de las primeras sugerencias que se han hecho es que *Mateo* nos da la genealogía de José, y *Lucas* la de María.

(iii) La sugerencia más ingeniosa es la siguiente: en *Mateo 1:16*, el padre de José es *Jacob*; y en *Lucas 3:23*, es Elí. Según la ley del levirato (*Deuteronomio 25:5s*), si un hombre casado moría sin tener hijos, su hermano tenía que casarse con la viuda, si estaba en posibilidad de hacerlo, para que su hermano tuviera descendencia. Cuando eso sucedía, el hijo de tal matrimonio podía considerarse hijo del primer o del segundo marido

de su madre. Se sugiere que la madre de José se casó dos veces, y que José fue el hijo de Elí, que fue el segundo marido, pero que, a los ojos de la ley, era hijo del difunto Jacob. También hace falta sugerir que Elí y Jacob tenían la misma madre pero diferentes padres, y que el padre de Jacob era descendiente de David a través de Salomón, y el de Elí a través de Natán. Esta ingeniosa teoría supondría que las dos genealogías son correctas. Lo que tenemos que decir es que no lo sabemos.

Dos cosas, sin embargo, hay que notar en la genealogía de Lucas.

(i) Subraya la humanidad real de Jesús, el hecho de que fue un hombre como todos nosotros, no un fantasma ni un semidiós como los de la mitología. Para salvar a los hombres se hizo real y verdaderamente hombre.

(ii) *Mateo* se detiene en Abraham, y Lucas prosigue hasta Adán. Para Mateo, Jesús pertenecía al pueblo judío; para Lucas, a toda la humanidad, y por eso se remonta no sólo hasta el patriarca del pueblo de Israel, sino al padre de toda la raza humana. Lucas quita las barreras nacionales y raciales hasta de la lista de antepasados de Jesús.

LA BATALLA CON LA TENTACIÓN

Lucas 4:1-13

Jesús volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo. Durante cuarenta días estuvo en el desierto bajo la dirección del Espíritu, sometido a los ataques de tentación del diablo. En todo ese tiempo no comió nada, y al final se sintió bajo los efectos del hambre. Entonces le dijo el diablo:

-Si es de veras que eres el Hijo de Dios, ¿por qué no le dices a esta piedra que se convierta en un pan?

-La Escritura dice: «La vida del hombre depende de más que pan» -le contestó Jesús.

*El diablo entonces le llevó a un lugar alto y le hizo ver en un instante todos los países del **mundo habitado**, y le dijo:*

-Yo te puedo dar control sobre todos estos, y todas sus riquezas, porque a mí me los han entregado, y yo se los puedo dar a quien me dé la gana. Lo único que tienes que hacer para que todo esto sea tuyo es reconocermelo como Dios.

-La Escritura dice: «Al SEÑOR tu Dioses al único que adorarás, y no te someterás a nadie más que a Él» -volvió a contestarle Jesús.

Luego le llevó el diablo a Jerusalén, le colocó en la aguja más alta del templo y le dijo:

-Si es de veras que eres el Hijo de Dios, ¡a que no te tires desde aquí! También dice la Escritura: «Dios dará órdenes a sus ángeles para que te guarden de todos los peligros», y «Te llevarán en brazos para asegurarse de que ni siquiera tropieces con el pie en ninguna piedra.»

-También se nos dice -contestó Jesús-: «No harás pruebas para ver hasta dónde puedes llegar con el SEÑOR tu Dios.»

Cuando el diablo hubo probado con Jesús todas sus artes en materia de tentación, le dejó, hasta que se le presentará, otra ocasión.

Ya hemos visto que hubo ciertos hitos en la vida de Jesús, y aquí tenemos otro de los más importantes. En el templo, cuando tenía doce años, había llegado a la convicción de que Dios era su Padre de una manera única y exclusiva. Con el surgimiento de Juan el Bautista sonó la hora de Jesús, y en su bautismo recibió la aprobación de Dios. En esta ocasión Jesús está a punto de iniciar su campaña. Antes de iniciar una campaña se han de escoger los métodos. El pasaje de la tentación nos presenta a Jesús eligiendo de una vez para siempre el método con el que se proponía ganar a los hombres para Dios.

Le vemos rechazando el camino del poder y la gloria, y aceptando el camino del sufrimiento y de la cruz.

Antes de entrar a considerar este relato en detalle hay dos puntos que debemos señalar.

(i) Esta es la más sagrada de las historias evangélicas, porque no puede proceder sino de los labios del mismo Jesús. En algún momento tiene que haberles contado a sus discípulos esta íntima experiencia de su alma.

(ii) Ya en este momento Jesús debe de haber sido consciente de poseer poderes extraordinarios. Todo el sentido de las tentaciones está en que no podían ocurrirle más que a un Hombre que podía hacer cosas maravillosas. No sería una tentación para nosotros el convertir las piedras en pan o el tirarnos desde el pináculo del templo, por la sencilla razón de que nos es imposible hacer tales cosas. Estas son tentaciones que sólo se le podían presentar a un Hombre que tenía poderes absolutamente únicos, y que tenía que decidir cómo usarlos.

En primer lugar vamos a considerar el escenario, es decir, el desierto. La parte deshabitada de Judea estaba en la meseta central, que era la columna vertebral del Sur de Palestina. Entre ésta y el Mar Muerto se extendía un tremendo descampado de cincuenta por ochenta kilómetros, que se llamaba Yesimón, que quiere decir «Devastación»: las colinas eran como montones de polvo; las montañas calizas parecían abrasadas y en descomposición; las rocas, agudas y peladas; el suelo sonaba a hueco cuando lo pisaban los caballos; ardía como un horno inmenso, y se abría en precipicios de setecientos metros sobre el Mar Muerto. Fue en aquella horrible devastación donde Jesús fue tentado.

No debemos creer que las tres tentaciones empezaron y terminaron como las escenas de una comedia, sino más bien que Jesús se retiró conscientemente a este lugar solitario, y pasó cuarenta días debatiéndose con el problema de cómo ganar a los hombres para Dios. Fue una batalla larga que no terminó hasta la cruz, porque el relato termina diciéndonos que el tentador dejó a Jesús *por algún tiempo*.

(i) La primera tentación era convertir las piedras en pan. Este desierto no estaba cubierto de arena, sino de piedras y cantos que parecían panes. El tentador le dijo a Jesús: «Si quieres que la gente te siga, usa tus poderes milagrosos para darle cosas materiales.» Estaba sugiriéndole a Jesús que *sobornara a la gente* para que le siguiera. Jesús reaccionó al ataque con las palabras de *Deuteronomio* 8:3: «El hombre -dijonunca encontrará la vida en las cosas materiales.»

La tarea del Evangelio no consiste en producir nuevas condiciones de vida, aunque el peso y la voz de la Iglesia deben estar detrás de todos los esfuerzos para hacerles la vida mejor a los hombres. Su verdadera tarea es producir *hombres nuevos*; dados los hombres nuevos, las nuevas condiciones de vida surgirán.

(ii) En la segunda tentación Jesús se imagina que está en la cima de una montaña desde la que se puede ver todo el mundo civilizado. El tentador le dice: «Adórame, y todo esto será tuyo.» *Esta es la tentación del compromiso*. El diablo dijo: «Tengo a la gente en un puño. No les pongas el listón muy alto. Haz un trato conmigo. Déjale algo de terreno al mal, y la gente te seguirá.» De vuelta vino el rebote de Jesús: «Dios es Dios, el bien es el bien, y el mal es el mal. No puede haber pacto en la guerra con el mal.» Una vez más, Jesús cita la Escritura (*Deuteronomio* 6:13 y 10:20).

Es una tentación constante la de tratar de ganar hombres haciendo un compromiso con los principios del mundo. G. K. Chesterton dijo que la tendencia del mundo es ver las cosas en un gris indefinido, pero el deber del cristiano es ver las cosas en blanco y negro. Y Carlyle dijo: « El cristiano tiene que estar totalmente poseído por la convicción de la infinita belleza de la santidad, y de la infinita detestabilidad del pecado.»

(iii) En la tercera tentación, Jesús se imagina que está en el pináculo del templo en el que se unían el Pórtico de Salomón y el Pórtico Real: desde allí había una caída a plomo de 150 metros hasta el fondo del valle del torrente Cedrón. Esta era la tentación *a darle a la gente demostraciones sensoriales*.

« No -dijo Jesús-: no se han de hacer experimentos insensatos con el poder de Dios» (*Deuteronomio* 6:16). Jesús vio muy claro que si le producía una gran impresión a la gente, sería una maravilla por algún tiempo, pero que el sensacionalismo no puede durar.

El duro camino del servicio y del sufrimiento conduce a la cruz, pero después de la cruz está la corona.

LA PRIMAVERA GALILEA

Lucas 4:14, 15

De modo que Jesús volvió a Galilea equipado con el poder del Espíritu. En toda aquella región no se hacía más que hablar de Él. Tenía las puertas abiertas para predicar en las sinagogas, y todo el mundo le tenía en gran estimación.

Tan pronto como salió Jesús del desierto tuvo que arrostrar otra decisión: sabía que su hora había sonado, había escogido de una vez para siempre el método que iba a seguir, y ahora tenía que decidir dónde empezar.

(i) Y empezó en *Galilea*. Galilea era la región del Norte de Palestina, como de ochenta kilómetros de Norte a Sur y de cuarenta de Este a Oeste. El nombre quiere decir círculo, y viene del hebreo *galil*. Se llamaba así porque estaba rodeada de naciones no judías. Precisamente por eso se hacían sentir allí nuevas influencias, y era la parte más emprendedora y menos conservadora de Palestina. Tenía una gran densidad de población. Josefo, que había sido gobernador de Galilea, dice que tenía 204 pueblos que alcanzaban todos un mínimo de 15.000 habitantes cada uno. Parece increíble que pudiera haber una población de unos 3.000.000 en Galilea.

Era una tierra extraordinariamente fértil. Había un proverbio que decía: « Es más fácil criar una legión de olivos en Galilea que un niño en Judea.» El clima maravilloso y la

estupenda provisión de agua convirtieron a Galilea en el huerto de Palestina. La lista de árboles que crecían en ella demuestra

su sorprendente fertilidad: vid, olivo, higuera, roble, nogal, terebinto, palmera, cedro, ciprés, morera, abeto, pino, sicomoro, laurel, mirto, almendro, granado, cidro y adelfa.

Josefo dice de los galileos que «les encantaban las innovaciones, eran inclinados por naturaleza a los cambios y les chiflaban las sediciones. Siempre estaban dispuestos a seguir a un líder que iniciara una insurrección. Eran de genio vivo y

dados a enzarzarse en peleas.» « A los galileos -se decían- les falta nunca coraje.» «Tienen más interés en mantener el honor que en conseguir ganancia material.»

Esa fue la tierra en la que empezó Jesús. Era su propia tierra;

y le dio, por lo menos al principio, una audiencia dispuesta a escucharle y a enardecerse con su mensaje.

(ii) *Empezó en la sinagoga*. La sinagoga era el verdadero centro de la vida religiosa de Palestina. No había más que un templo; pero la ley decía que donde hubiera diez familias judías tenía que haber una sinagoga, así es que en todos los pueblos y aldeas había una sinagoga en la que la gente se reunía para hacer el culto. En la sinagoga no se hacían sacrificios; eso era cosa del templo. La sinagoga era para la enseñanza. Pero, ¿cómo podía Jesús conseguir entrar en la sinagoga y exponer allí su mensaje si no era más que un laico, el carpintero de Nazaret?

El culto de la sinagoga constaba de tres partes:

(a) Había una parte en la que se hacían oraciones.

(b) Otra era la lectura de las Escrituras: siete varones de la congregación leían el texto en hebreo antiguo, que pocos entendían, y los targumistas o intérpretes lo traducían al arameo o al griego, un versículo de cada vez en el caso de la Ley, y de tres en tres en el de los Profetas.

(c) La parte de la enseñanza. En la sinagoga no había un ministerio profesional ni ninguna persona especial que hiciera la predicación; el presidente invitaba a hablar a cualquier persona distinguida que estuviera presente, y luego había lugar

para la participación de los presentes y la discusión. Así es como Jesús tuvo oportunidad de enseñar en la sinagoga, cuya plataforma no le estaba cerrada todavía en esta etapa.

(iii) El pasaje termina diciendo que «todo el mundo le tenía en gran estimación.» Este período del ministerio de Jesús se ha llamado *la primavera galilea*. Llegó Jesús como una bocanada de la brisa de Dios. La oposición aún no había cristalizado. Los corazones humanos estaban hambrientos de la Palabra de Dios, y aún no se habían dado cuenta del golpe que había de dar Jesús a la ortodoxia de su tiempo. El que tiene mensaje siempre atrae una audiencia.

SIN HONOR EN SU PROPIO PAÍS

Lucas 4:16-30

Una vez se encontraba en Nazaret, que era el pueblo donde se había criado; y, como era su costumbre, fue a la sinagoga el sábado, y se levantó a leer la Sagrada Escritura.

Le dieron el rollo del profeta Isaías, y Él lo desenrolló, y encontró y leyó el pasaje que dice: «El Espíritu de Dios está sobre mí, porque he sido ungido con Él para traer la Buena Noticia a los pobres. Se me ha enviado a anunciar a los presos la amnistía general, y a los ciegos, que van a volver a ver; a poner en libertad a los que la vida ha destrozado, a anunciar que ha llegado el año en que el favor de Dios se va a manifestar. »

Enrolló otra vez el libro, y se lo devolvió al encargado. Entonces se sentó en el lugar del predicador, y todos los presentes tenían los ojos fijos en Él. Y empezó a decir:

-Este pasaje de la Escritura se ha hecho realidad hoy aquí, mientras vosotros lo escuchabais.

Todos estaban de acuerdo en que era verdad todo lo que habían oído de Él, y se admiraban de las cosas maravillosas que decía.

-Pero, ¿no es éste el hijo de José? -decían. Y Él respondió:

-Está visto que me vais a aplicar el proverbio: «¡Médico, cúrate a ti mismo! ¡Haz aquí en tu pueblo

todo lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm!» -Y prosiguió-: Este sí es el dicho que se me puede aplicar: «No hay profeta en su tierra. » Vosotros sabéis muy bien que era un hecho que había muchas viudas en Israel en los tiempos del profeta Elías, cuando estuvo cerrado el cielo, y no hubo lluvia en tres años y medio,

y sí hambre en todo el país; pero Dios no mandó al profeta a ninguna de las viudas de Israel, sino a una que era de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en

Israel en tiempos del profeta Eliseo, pero no fue sanado ninguno de ellos, y sí Naamán, un sirio.

La gente de la sinagoga se enfureció cuando le oyó decir eso, y se levantaron de sus asientos, y le sacaron a empellones fuera del pueblo, y le llevaron a la cima de la colina en la que está situada su ciudad para despeñarle. Pero Él echó a andar por en medio de todos, y se marchó.

Una de las primeras visitas de Jesús fue a su pueblo de Nazaret. No era una aldea, sino una polis, que quería decir un pueblo o ciudad; y es muy posible que tuviera tantos como 20.000 habitantes. Estaba edificada en una pequeña vaguada de las colinas que hay en las laderas más bajas de Galilea, ya

cerca de la llanura de Jezreel; pero un chico no tenía más que subir a la cima de la colina que coronaba el pueblo para contemplar un maravilloso panorama de muchos kilómetros a la redonda.

El gran geógrafo e historiador de Israel George Adam Smith describe la escena desde la colina: La historia de Israel se

despliega ante los ojos del observador. Allí estaba la llanura de Esdrelón en la que pelearon Débora y Barac; donde Gedeón ganó sus victorias; donde Saúl se había hundido en el desastre y Josías había muerto en la batalla; allí había estado la viña de Nabot, y el lugar en el que Jehú había matado a Jezabel; allí estaba Sunem, donde había vivido Eliseo; allí estaba el Carmelo, donde Elías había peleado su batalla épica con los profetas de Baal; y, azul en la distancia, estaba el Mediterráneo, con sus islas.

Pero no era sólo la historia de Israel la que se contemplaba desde allí; también la historia universal se desplegaba a la vista de la colina que coronaba Nazaret. Tres grandes carreteras la bordeaban: la que venía del Sur, por la que transitaban los peregrinos que iban a Jerusalén; el gran Camino del Mar, que comunicaba Egipto con Damasco, por el que viajaban las caravanas cargadas con toda clase de mercancías, y la gran carretera del Este, que era la que frecuentaban las caravanas de Arabia y las legiones romanas que se dirigían a las fronteras del Este del Imperio. Es falso que Jesús se criara en un ignoto rincón de la Tierra; más bien debemos pensar que su pueblo estaba en una de las encrucijadas de la historia, y que el tráfico del mundo pasaba cerca de sus puertas.

Ya hemos descrito el culto de la sinagoga, y en este pasaje tenemos una escena real que tuvo lugar en él. No fue un libro lo que tomó Jesús, porque en aquel tiempo todo se escribía en rollos. Lo que leyó se encuentra en *Isaías 61*. En el versículo 20 de la versión Reina-Valera se usa la confusa palabra *ministro*. El funcionario en cuestión era el *jazzán*. Tenía muchas obligaciones: era el que sacaba de un arcón especial los rollos de la Escritura que se habían de leer, y los colocaba luego en su sitio; tenía a su cargo la limpieza de la sinagoga; era el que anunciaba la llegada del sábado con tres toques con una trompeta de plata desde la azotea de la sinagoga, y era también el maestro en la escuela del pueblo. El versículo 20 nos dice también que «se sentó en el lugar del predicador», y eso nos da la impresión de que había terminado; pero lo que quiere

decir realmente es **que se disponía a empezar, porque el predicador** siempre se sentaba para hacer el sermón, y los rabinos daban las clases sentados. En *Mateo 5:1* leemos que Jesús se sentó para pronunciar el Sermón del Monte; y esa misma idea sobrevive en la expresión *cátedra*, que usamos para designar *el sillón del catedrático* o profesor.

Lo que enfureció a la gente fue el elogio que Jesús pareció dedicar a los gentiles. Los judíos estaban tan convencidos de que eran el pueblo escogido de Dios que despreciaban a todos los demás. Algunos incluso decían que «Dios había creado a los gentiles para usarlos como leña en el infierno.» Y aquí estaba este joven de Jesús, a quien todos conocían, predicando como si los *gentiles* fueran los favoritos de Dios. Empezaba a amanecerles la idea de que había cosas en el nuevo mensaje que no se había ocurrido ni soñar.

Debemos darnos cuenta de otro par de cosas:

(i) Jesús tenía la costumbre de ir a la sinagoga los sábados. Debe de haber habido muchas cosas con las que estaba totalmente en desacuerdo, o que herían su sensibilidad y sin *embargo iba*. El culto de la sinagoga tal vez distaba mucho de ser perfecto; pero Jesús nunca dejaba de unirse a los que daban culto a Dios el día del Señor.

(ii) No tenemos más que leer el pasaje de Isaías que leyó Jesús para darnos cuenta de la diferencia que había entre Jesús y Juan el Bautista. Juan era un predicador del juicio, y su mensaje debe haber hecho estremecerse de terror a sus oyentes. Pero lo que Jesús trajo fue un *evangelio* -una Buena Noticia. Jesús también sabía de la ira de Dios; pero sabía que es la ira del amor.

EL ESPÍRITU DE UN DEMONIO INMUNDO

Lucas 4:31-37

Más tarde Jesús bajó á otro pueblo de Galilea que se llamaba Cafarnaún. El sábado se puso a enseñar, y todos se sorprendían mucho de su manera de enseñar, porque les hablaba como si no dependiera de ninguna autoridad ajena.

En la sinagoga estaba entre los asistentes uno que tenía un espíritu de un demonio inmundo, que se puso a gritar a voz en cuello:

- ¡Déjanos en paz! ¿Qué tienes tú que ver con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Es que has venido a acabar con nosotros? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!

Jesús reprendió al espíritu, y le mandó:

- ¡Silencio! ¡Sal de él!

El demonio hizo que el hombre tuviera una convulsión allí mismo delante de todos, y salió de él sin hacerle más daño. Todos los presentes estaban atónitos, y se decían unos a otros:

- ¿Qué manera de hablar es ésta, que da órdenes hasta a los espíritus inmundos con autoridad y poder, y salen?

La noticia de lo que había hecho Jesús se difundió por toda la tierra de alrededor.

Nos gustaría saber tanto de Cafarnaún como sabemos de Nazaret, pero aunque parezca extraño es que hasta hay dudas en cuanto al sitio exacto a orillas del Mar de Galilea en que estaba situada esta población en la que Jesús realizó tantas maravillas.

Este pasaje es especialmente interesante porque es el primero de Lucas en el que nos encontramos con un caso de posesión de demonios. En el mundo antiguo se creía que el aire estaba poblado por una multitud innumerable de malos espíritus que estaban esperando la oportunidad para entrar en las personas.

A menudo entraban con la comida o la bebida. Eran ellos los que causaban las enfermedades. Los egipcios creían que había treinta y seis partes diferentes del cuerpo humano, y que en cada una de ellas se podía introducir uno de esos malos espíritus y llegar a controlarla. Había espíritus de sordera, de mudez, de fiebre; espíritus que le arrebataban a una persona la salud mental o el sentido; espíritus de mentira y de engaño y de inmundicia. Era uno de esos espíritus el que Jesús exorcizó aquí.

Para mucha gente esto es un problema. Por lo general, la mentalidad moderna considera que el creer en espíritus es algo primitivo y supersticioso que hemos dejado atrás en nuestro desarrollo. Sin embargo, parece que Jesús sí creía en ellos. Hay tres posibilidades.

(i) De hecho, Jesús creía en ellos. En este caso, por lo que se refiere a los conocimientos científicos, Jesús no estaba más adelantado que su época, sino con todas las limitaciones de los conocimientos médicos de su tiempo. No tenemos por qué rechazar esta conclusión, porque Jesús fue realmente un hombre, y tuvo los conocimientos que eran asequibles a los hombres de su tiempo.

(ii) Jesús no creía en ellos. Pero el paciente sí creía a macha martillo, y Jesús le podía curar solamente asumiendo que sus creencias en los demonios eran ciertas. Si una persona está enferma, y alguien le dice: < No te pasa nada», no la ayuda lo más mínimo. Hay que admitir la realidad del mal para poder efectuar la cura. Esas personas creían que estaban poseídas por un demonio, y Jesús, como sabio doctor, .sabía que no podía curarlas a menos que asumiera que la idea que tenían de su mal era cierta.

(iii) El pensamiento moderno, ha estado vacilando hasta admitir que tal vez hay algo en la creencia en los demonios después de todo. Hay ciertos males para los que no se acaba de descubrir una causa corporal. No hay razón para que una persona esté enferma, pero lo está. Y ya que no hay una explicación física, algunos piensan ahora que debe de haber

una causa espiritual, y que a lo mejor los demonios no son tan irreales después de todo.

La gente se quedaba atónita con el poder de Jesús, ¡y no nos sorprende! El Oriente antiguo estaba lleno de gente que pretendía poder exorcizar a los demonios. Pero tenían unos métodos fantásticos y maravillosos. Cierta exorcista le ponía un anillo al paciente debajo de la nariz, y recitaba largos encantamientos. Y entonces habría como una salpicadura en un barreño de agua que había colocado allí al lado, y el demonio salía < como por ensalmo». Una raíz que se llamaba *baaras* era especialmente efectiva. Cuando se le acercaba alguien, se hundía en el suelo a menos que se la agarrara a toda prisa, y el agarrarla era muerte instantánea. Así que cavaban el terreno alrededor de ella, le ataban un perro, que arrancaba la raíz con sus tirones, y moría el perro como un sustituto del hombre. ¡Qué diferencia entre toda esta parafernalia histérica y la tranquila y sencilla orden de Jesús! Lo que dejaba estupefactos a los espectadores era su simple autoridad.

La autoridad de Jesús era algo totalmente nuevo. Cuando los rabinos enseñaban, apoyaban todas sus afirmaciones con citas de otros. Decían: «El rabí Tal y Tal dijo...», «Hay una tradición que dice...» Siempre apelaban a autoridades reconocidas. Por su parte, los profetas decían: «Así dice el Señor». Tenían una autoridad delegada. Pero Jesús decía: «Yo os digo.» No necesitaba otras autoridades que le respaldaran; su autoridad no dependía de otras: era la autoridad hecha carne. Era un hombre que hablaba como el que sabía.

El experto en cualquier esfera tiene un aire de autoridad. Un músico cuenta que, cuando Toscanini se dirigía al atril, toda la orquesta sentía que de él fluía autoridad. Cuando nos hace falta consejo técnico, llamamos a un experto. *Jesús es el experto en la vida*. Cuando Él habla, todos sabemos que se trata de algo más allá de lo humano -es Dios.

MILAGRO EN LA CABAÑA

Lucas 4:38, 39

Cuando Jesús salió de la sinagoga, se fue a la casa de Simón Pedro. La suegra de Simón estaba aquejada de una fiebre impresionante, y le pidieron a Jesús que hiciera algo por ella. Él se puso a su lado y reprendió a la fiebre, que al momento la dejó. Sin perder un momento, la que había estado tan mal se levantó y se puso a servirles la comida.

Aquí escribe el médico Lucas. *Aquejada de una fiebre impresionante*: cada palabra es un término médico. *Aquejada* corresponde a la palabra médica griega para alguien que padece una enfermedad. Los autores médicos griegos dividían la fiebre en dos categorías: mayor y menor. Lucas sabía dictaminar una enfermedad. Hay tres grandes verdades en este breve incidente.

(i) Jesús estaba siempre dispuesto a servir. Acababa de salir de la sinagoga. Los predicadores sabrán cómo se sienten después de un culto. Uno se encuentra agotado, y necesita descansar. Lo último que desea es encontrarse con mucha gente que venga a pedirle más esfuerzo. Pero Jesús no había hecho más que salir de la sinagoga y entrar en casa de Simón, cuando se vio asaltado por el grito insistente de la necesidad humana. Jesús no alegó que estaba cansado y que tenía que descansar, y atendió a la petición sin queja ni demora.

El Ejército de Salvación cuenta lo que le sucedió a la señora Berwick en los días de los bombardeos de Londres. Había estado a cargo del trabajo social del-Ejército en Liverpool, y se había retirado a Londres. A la gente se le metían en la cabeza unas ideas muy raras durante los bombardeos, y una de ellas fue que, por lo que fuera, la casa de la señora Berwick era un lugar seguro; así es que se agolparon allí. Aunque ella estaba retirada, no había perdido el instinto de ayudar. Reunió una caja

de primeros auxilios, y puso un cartel en la ventana: < Si necesitas ayuda, llama aquí. » Jesús siempre estaba dispuesto a ayudar. Sus seguidores debemos hacer lo mismo.

(ii) A Jesús no le hacía falta que hubiera mucha gente para hacer milagros. Muchos están dispuestos a hacer un esfuerzo ante las multitudes que no harían en privado. Muchos están en su mejor actitud en sociedad, y en su peor en casa. Es corriente que se sea gracioso, cortés y servicial ante extraños, y lo contrario cuando no se está más que con los de casa. En muchos se cumple el dicho de que < Cuando hay confianza, da asco. » Pero Jesús estaba dispuesto a desplegar todo su poder en una cabaña de la aldea de Cafarnaún, donde no había mucho público.

(iii) Cuando se sintió bien la suegra de Pedro, *sin perder un momento... se levantó y se puso a servirles la comida*. Se dio cuenta de que se le había devuelto la salud, y su manera de mostrar su agradecimiento fue ponerse a servir a los demás. No quería mimos ni contemplaciones; lo que quería era ponerse a guisar y a servirles la comida a los suyos y a Jesús. Así son las madres. Y todos haríamos bien en tener presente que si Dios nos ha concedido o devuelto el don inapreciable de la salud y las fuerzas, lo mejor que podemos hacer es usarlas para servir a otros.

LAS MULTITUDES INSISTENTES

Lucas 4:40-44

Cuando se estaba poniendo -el sol, todos los que tenían amigos que estaban enfermos de lo que fuera se los traían a Jesús para que les impusiera las manos y los curara. También salían demonios de muchas personas, gritando:

= ¡Tú eres el Hijo de Dios!

Pero Jesús los regañaba, y no les permitía decir nada; porque ellos sabían que era el Mesías.

Al amanecer; Jesús salió de la casa y se fue a un descampado. Mucha gente le seguía buscando y, cuando le encontraron, hicieron lo posible para que no se les marchara.. Pero Él les dijo:

-Tengo que ir también a los otros pueblos para darles la Buena Noticia del Reino de Dios, porque para eso es para lo que se me ha enviado.

Y siguió proclamando su mensaje por las sinagogas de Judea.

(i) De madrugada, Jesús salió para estar a solas con Dios. Podía responder a las insistentes necesidades humanas gracias a que antes buscaba la compañía de Dios. Una vez, en la guerra de 1914-18, estaba a punto de celebrarse una conferencia de los jefes, y ya estaban todos presentes menos el mariscal Foch, que era el general en jefe. Un oficial que le conocía bien dijo:

-Creo que sé dónde podemos encontrarle.

Y llevó a los demás a las ruinas de una capilla cercana al cuartel general; y allí, ante el altar derruido, estaba el gran soldado arrodillado en oración. Antes de encontrarse con los hombres tenía que encontrarse con Dios.

(ii) Jesús no dijo ni una palabra de queja o resentimiento cuando la gente invadió su soledad. La oración es algo muy importante, pero en última instancia la necesidad humana lo es más. La gran maestra misionera Florence Allshorn dirigía una escuela para preparar misioneros; conocía la naturaleza humana, y no disculpaba a los que de pronto se daban cuenta de que había llegado su momento de oración privada precisamente cuando había que fregar los cacharros. Hay que orar; pero la oración no debe ser nunca una evasión de la realidad. La oración no nos debe aislar del clamor, ¡insistente de la necesidad humana, sino prepararnos para salirle al paso. Y algunas veces tendremos que dejar de estar de rodillas para ponernos en pie antes de lo que quisiéramos, y ponernos a hacer algo.

(iii) Jesús no dejaba hablar a los demonios. A menudo nos encontramos con que Jesús los mandaba callar. ¿Por qué? Por

esta buena razón: los judíos tenían sus propias ideas populares acerca del **Mesías; esperaban que fuera un gran rey** conquistador que le pusiera el pie en el pescuezo al águila romana y barrierá sus ejércitos de la tierra de Palestina. Todo el país estaba preparado para la gran conflagración. La revolución estaba siempre a flor de piel, y estallaba a menudo. Jesús sabía que si se corría la voz de que El era el Mesías, los revolucionarios se inflamarían. Antes de que le reconocieran como el Mesías tenía que enseñarles que el Mesías no era un rey conquistador, sino un siervo paciente. Mandaba callar a los demonios porque la gente no sabía todavía lo que era el carácter mesiánico, y si se lanzaban con sus ideas equivocadas pronto se producirían la destrucción y la muerte.

(iv) Aquí aparece por primera vez en el evangelio de Lucas la mención del Reino de Dios. Según Marcos, Jesús llegó predicando el Reino de Dios (1:15). Eso era la esencia de su mensaje. ¿Qué quería decir con el Reino de Dios? Para Jesús era tres cosas al mismo tiempo.

(a) Era *pasado*. Abraham, Isaac y Jacob estaban en el Reino, aunque habían vivido hacía siglos (*Lucas 13:28*).

(b) Era *presente*. « El Reino -decía Jesús- está dentro de vosotros, o entre vosotros» (*Lucas 17:21*).

(c) Era *futuro*. Era algo que Dios todavía tenía que dar y por lo que hemos de orar.

¿Cómo es posible que el Reino sea las tres cosas al mismo tiempo? Volvamos a la Oración Dominical; en ella encontramos dos peticiones íntimamente relacionadas: Venga tu Reino, y Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo (*Mateo 6:10*). En la poesía hebrea, como se puede ver abundantemente en los *Salmos*, la misma idea se repetía dos veces con otras palabras; y la segunda explicaba, o desarrollaba, o completaba el sentido de la primera. Pongamos ahora juntas estas dos peticiones: Venga tu Reino - Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo. La segunda aclara la primera; por tanto *el Reino de Dios es una sociedad en la Tierra donde la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo*. Si alguien

del pasado ha cumplido la voluntad de Dios, está en el Reino; si alguien la cumple ahora, está en el Reino; pero todavía falta mucho para que toda la humanidad cumpla la voluntad de Dios de una manera perfecta, y por tanto la consumación está en el futuro. Por eso el Reino de Dios es pasado y presente y futuro al mismo tiempo.

Los hombres cumplen la voluntad de Dios a rachas, obedeciendo unas veces y desobedeciendo otras. Sólo Jesús la cumplió perfectamente. Por eso es el fundamento y la encarnación del Reino. Vino para capacitar a los hombres a hacer lo mismo. El cumplir la voluntad de Dios es ser ciudadano del Reino de Dios: Hacemos- bien en pedir: «Señor, venga tu Reino, empezando por mí.»

CONDICIONES PARA UN MILAGRO

Lucas 5:1-11

Jesús estaba en pie a la orilla del lago de Genesaret, y el gentío le apretujaba en su deseo de escuchar la Palabra de Dios. Jesús vio dos barcas que habían traído a la orilla; los pescadores habían bajado a tierra y estaban lavando las redes. Jesús se subió a una de las barcas, la que era de Simón, y le pidió que la separara un poco de la orilla; entonces se sentó, y siguió enseñando a la gente desde la barca.

Cuando terminó lo que estaba diciendo le dijo a Simón:

-Rema hacia lo hondo y ec las redes para pescar.

-Maestro -le replicó Simón , hemos estado faenando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, ya que me lo dices, voy a echar las redes.

Y cuando lo hicieron, se les llenaron las redes hasta tal punto que parecía que iban a romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vi-

nieran a ayudarlos; y cuando llegaron, llenaron las dos barcas tanto que parecía que iban a hundirse.

Cuando Simón Pedro se dio cuenta de lo que había pasado, cayó de rodillas delante de Jesús, y exclamó:

- ¡Apártate de mí, Señor; que yo no soy más que un pecador!

Esto decía porque se había quedado profundamente impresionado por la cantidad tan tremenda de peces que habían pescado, y lo mismo les pasaba a los demás, entre los que estaban Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Pedro.

- ¡No tengas miedo! -le dijo Jesús a Simón-. Desde ahora, lo que vas a pescar van a ser hombres.

Cuando consiguieron traer las barcas a tierra, lo dejaron todo allí y se hicieron seguidores de Jesús.

La famosa extensión de agua de Galilea se llama de tres maneras: Mar de Galilea, Mar de Tiberíades y Lago de Genesaret. Tiene unos veinte metros de largo por trece de ancho. Está situado en una depresión de la superficie de la Tierra a 210 metros bajo el nivel del mar, lo que le da un clima casi tropical. En los días de Jesús tenía nueve poblaciones agrupadas en sus orillas, ninguna de menos de 15.000 habitantes.

Genesaret es realmente el nombre de la hermosa llanura que está al Oeste del lago, y que es muy fértil. A los judíos les encantaba jugar con las etimologías, y le atribuían tres diferentes a Genesaret que destacaban su hermosura.

(i) De *kinnor*, que quiere decir arpa, ya fuera porque «sus frutos son tan dulces como el sonido del arpa», o porque « la voz de sus ondas es tan agradable como la voz del arpa».

(ii) De *gan*, jardín, y *sar*, príncipe; de ahí, «el príncipe de los jardines.»

(iii) De *gan*, jardín, y *asher*, riquezas; de ahí, « El jardín de las riquezas.»

Aquí nos encontramos con un cambio decisivo en la carrera de Jesús. La última vez que le encontramos predicando estaba

en una sinagoga, y **ahora se encuentra a la orilla del lago**. Es verdad que volveremos a encontrarle en la sinagoga; pero se acerca la hora en que se le cerrará esa puerta, y su iglesia es ahora la costa o el camino abierto, y su púlpito, una barca. Irá adonde haya gente dispuesta a escucharle. John Wesley decía: < Los que formaron nuestras congregaciones eran los que iban vagando por las montañas oscuras, que no pertenecían a ninguna iglesia cristiana; pero despertaron a la predicación de los metodistas, que los habían seguido por los descampados de este mundo hasta los caminos y los vallados, los mercados y las ferias, los cerros y los valles; que habían puesto el estandarte de la Cruz en las avenidas y en los callejones de las ciudades, en las aldeas, en los pajares y en las cocinas de las granjas, etc.; y todo esto hecho de tal manera y hasta tal punto como no se había hecho nunca desde los tiempos de los apóstoles.» «Me gusta un salón amplio -dice en otro lugar-, con un buen cojín y un púlpito majó; pero la predicación en los campos salva almas.» Cuando se le cerraba la sinagoga, Jesús salió a los caminos abiertos.

En esta historia encontramos lo que podríamos llamar una lista de condiciones para un milagro.

(i) El ojo que ve. No hay por qué creer que Jesús *creó* un banco de peces en aquella ocasión. En el Mar de Galilea había bancos fenomenales que ponían el agua como si estuviera hirviendo en grandes extensiones. Lo más probable es que la aguda vista de Jesús percibiera aquel banco de peces, y ahí estuvo el milagro. Necesitamos ojos que vean de veras. Mucha gente ha visto salir vapor por la tapadera de la cafetera, pero fue a James Watt al que se le ocurrió que se podía aplicar para hacer una máquina de vapor. Mucha7anta ha visto caer una manzana; pero sólo a Newton le sugirió aquello la ley de la gravedad. La Tierra está llena de milagros que esperan unos ojos que los vean.

(ii) El espíritu dispuesto a hacer un esfuerzo. Puesto que Jesús lo decía, Pedro estaba dispuesto a probar otra vez, aunque estaba muy cansado. El desastre de muchas vidas es que se rinden antes del último esfuerzo que podría cambiar las cosas.

(iii) El espíritu dispuesto a probar lo que parece inútil. La noche, que era el tiempo de la pesca, había pasado. Todas las circunstancias estaban en contra; pero Pedro dijo: « ¡Sean las circunstancias las que sean, si Tú lo dices estoy dispuesto a probar otra vez!»

Muchas veces no hacemos nada porque nos parece que no es el tiempo oportuno. Pero, si esperamos a que las circunstancias sean ideales, jamás empezaremos nada: Si queremos un milagro, tenemos que fiarnos de la palabra de Jesús cuando nos dice que probemos lo imposible.

TOCANDO LO INTOCABLE

Lucas 5:12-15

Cuando Jesús estaba en uno de los pueblos se acercó uno que era una masa viva de lepra; y cuando vio a Jesús se postró rostro a tierra delante de Él y se puso a rogarle:

-Señor, yo sé que si Tú quieres ponerme bueno, puedes hacerlo.

Jesús extendió el brazo y le tocó, mientras decía:

-Quiero. Ponte bueno.

Y en aquel mismo momento le desapareció la lepra. Jesús le insistió en que no se lo dijera a nadie. Eso sí, le dijo expresamente:

-Ve a presentarse al sacerdote, y a ofrecer el sacrificio que mandó Moisés para la purificación de los leprosos, para que tengan evidencia de tu curación.

Pero la fama de Jesús se iba extendiendo más y más, y la gente se agolpaba para escucharle y para que les curara las enfermedades.

En Palestina se conocían dos clases de lepra. Una era más bien una grave enfermedad de la piel, y era la menos seria. La otra empezaba por un punto, y de allí iba comiéndose la carne

hasta que al desgraciado paciente no le quedaban más que los muñones de las manos o de las piernas. Era literalmente una muerte en vida.

Las disposiciones referentes a la lepra se encuentran en

Levítico, capítulos 13 y 14. Lo más terrible era el aislamiento al que tenía que someterse el paciente. El leproso tenía que ir gritando por todas partes: «¡Inmundo; inmundo!» Tenía que vivir solo, «fuera del campamento» (13:45, 46). Se le excluía de la sociedad humana, y se le desterraba del hogar: El resul-

tado era, y es todavía, que las consecuencias psicológicas de la lepra eran tan serias como las físicas.

El doctor A. B. MacDonald, que estaba a cargo de una

leprosería en Itu, escribe en un artículo: « El leproso es un enfermo de la mente tanto como del cuerpo. Por lo que sea,

se tiene una actitud diferente con la lepra de la que se tiene con cualquier otra enfermedad deformante. Se asocia con vergüenza y horror, y conlleva, de alguna manera misteriosa, un sentimiento de culpabilidad, aunque se haya contraído tan inocentemente como cualquier otra enfermedad contagiosa. Al verse evitados y despreciados, es frecuente que los leprosos tengan la tentación de quitarse la vida, y algunos lo hagan.»

El leproso sabe que los demás le aborrecen antes de aborrecerse a sí mismo. Esta era la clase de hombre que vino a Jesús: era inmundo, y Jesús *le tocó*.

(i) *Jesús tocó al intocable*. Su mano fue al encuentro del hombre del que cualquier otro se habría alejado. Esto nos sugiere dos cosas. La primera es que, cuando nos despreciamos a nosotros mismos, cuando tenemos el corazón amargado por la vergüenza, recordemos que, a pesar de todo, Cristo nos

tiende la mano. Mark Rutherford proponía una nueva bienaventuranza: «Bienaventurados los que nos sanan del desprecio propio.» Eso es lo que Jesús hacía y hace. Y en segundo lugar, es de la esencia del Evangelio el tocar lo intocable, perdonar

lo imperdonable y amar lo inamable. Jesús lo hacía, y por tanto debemos hacerlo nosotros.

(ii) Jesús le encargó al hombre que cumpliera los requisitos normales y corrientes que mandaba la ley de la purificación, que se nos describen en *Levítico 14*. Es decir: que el milagro no eximía de lo que hubiera que hacer para volver a vivir en sociedad; no le dispensaba de cumplir las reglas establecidas. No se habría sabido que había sucedido un milagro, ni se habría dado la gloria a Dios, si no se cumplían esas normas para que las autoridades competentes tuvieran evidencia de la curación.

(iii) El versículo 15 nos habla de la popularidad que tenía Jesús. Pero sólo era debida a que la gente quería sacarle algo. Muchos quieren los dones de Dios, pero rechazan sus exigencias. No puede haber nada más deshonroso.

SE INTENSIFICA LA OPOSICIÓN

Lucas 5:16, 17

Pero Jesús se retiraba a lugares solitarios para dedicarse a la oración.

Cierto día, mientras Jesús estaba enseñando, había un grupo de fariseos y de escribas que estaban escuchándole sentados. Habían venido de todos los pueblos de Galilea, y de Judea, y hasta de Jerusalén.

El poder de Dios se manifestaba cuando Jesús sanaba a los enfermos.

No tenemos aquí más que dos versículos, pero tenemos que detenernos en ellos, porque marcan un hito. Los escribas y los fariseos aparecen en escena. La oposición, que no se daría por contenta hasta llevar a Jesús a la muerte, sale a la luz.

Si queremos entender lo que pasó con Jesús, tenemos que saber algo de la ley, y de la relación que tenían con ella los escribas y los fariseos. Cuando los judíos volvieron de Babi-

lonia hacia el año 440 a.C., sabían muy bien que se habían desvanecido sus esperanzas de grandeza nacional. Por tanto

decidieron alcanzar su grandeza siendo el pueblo de la ley, aplicando todas sus energías a conocer y cumplir la ley de Dios.

La base de la ley eran los Diez Mandamientos, que son principios generales de vida. No son reglas ni reglamentos; no nos dicen lo que tenemos que hacer en cada circunstancia. Y para una cierta sección del pueblo judío, aquello no era suficiente. Lo que querían no eran principios generales, sino reglas que cubrieran todas las situaciones imaginables: Así es que se pusieron a deducir y a elaborar todas esas reglas a partir de los Diez Mandamientos.

Vamos a poner un ejemplo. El cuarto mandamiento es: «Acuérdate del día de reposo para santificarlo»; y sigue diciendo que no se debe trabajar el sábado (*Éxodo 20:8-11*). Pero los judíos preguntaban: «¿Qué es un trabajo?»; y se ponían a definirlo bajo treinta y nueve encabezamientos a los que llamaban «padres del trabajo». Pero tampoco bastaba con eso; cada una de esas clases de trabajo se dividía y subdividía minuciosamente, produciendo miles de normas y reglas. Eso era lo que se llamaba la Ley Oral, que a veces se ponía hasta

por encima de los Diez Mandamientos.

Vamos a poner otro ejemplo. Uno de los trabajos prohibidos en sábado era llevar una carga. *Jeremías 17: 21-24* dice: «Guar-

daos por vuestra vida de llevar carga en el día de reposo.» «Pero -insistían los legalistas-, hay que definir lo que es una carga.» Y se definía: una carga es «una cantidad de comida que pese lo que un higo seco; el vino que se necesita para mezclar en una copa; la leche que se toma de un sorbo; el aceite que se necesita para ungir un miembro pequeño del cuerpo; el agua que se usa para hacer un colirio; el papel que se necesita para hacer un recibo; tinta suficiente para escribir dos letras; un trozo de caña como para hacer una pluma... », y etcétera, etcétera indefinidamente. Si un sastre se dejaba prendido en la

ropa un alfiler o una aguja el sábado, estaba llevando una carga, es decir, quebrantando la ley y pecando; si levantaba el sábado

una piedrecita suficientemente grande para tirársela a un pájaro, pecaba. La bondad se identificaba con el cumplimiento de esas interminables normas y reglas.

Vamos a fijarnos en otro ejemplo. El curar en sábado estaba prohibido porque era hacer un trabajo. Estaba establecido que sólo se podían hacer curas si había peligro de muerte; y aun entonces, sólo se podían tomar medidas para que el paciente no se pusiera peor, pero no para ponerle mejor. Se podía poner una venda en una herida, pero no se podían aplicar ungüentos; se podía poner un tapón si dolía un oído; pero no medicina. Ya se comprende que la casuística no tenía límites.

Los escribas eran los expertos en la ley, que sabían todas esas normas y reglas, y que las deducían de la ley. El nombre *fariseo* quiere decir < separado >, porque los fariseos se separaban de la gente y de la vida normal a fin de cumplir todas esas reglas. Hemos de tener en cuenta dos cosas. La primera es que, para los escribas y fariseos esas reglas eran cuestión de vida o muerte; el quebrantar una de ellas era cometer un pecado mortal. En segundo lugar, sólo los que las tomaban tremendamente en serio podían intentar guardarlas, porque hacían la vida sumamente incómoda. Sólo los menos lo podían intentar.

Esas normas y reglas no tenían importancia para Jesús cuando oía el grito de la necesidad humana. Pero para los escribas y fariseos Jesús era un transgresor de la ley, un mal hombre que quebrantaba la ley y que enseñaba a otros a hacer lo mismo. Por eso le odiaban, y al final le entregaron a la muerte. La tragedia de la vida de Jesús consistió en que fueron precisamente los que tomaban la religión en serio los que le llevaron a la cruz. Fue la suprema ironía de la vida el hecho de que fueran las mejores personas de su tiempo quienes le crucificaron.

Desde este momento, Jesús no tendría reposo. Estaría siempre bajo el escrutinio de miradas hostiles y críticas. La oposición había cristalizado, y no podía haber más que un final.

Jesús lo sabía, y antes de enfrentarse con la oposición se retiró a orar. El amor en los *ojos* de Dios le compensaba por

el odio en los *ojos* de los hombres. La aprobación de Dios le animaba a arrostrar la crítica de los hombres. De la paz de Dios sacaba fuerzas para la batalla de la vida; y nosotros, que somos sus discípulos, debemos ser como Él.

PERDONADO Y CURADO

Lucas 5:18-26

Llegó un grupo de hombres llevando en una camilla a otro que estaba paralítico. Intentaban acercarle adonde estaba Jesús para dejarle delante de Él; pero había tanta gente en la casa que no podían entrar con el enfermo. En vista de eso se subieron a la azotea y le bajaron con camilla y todo por entre las vigas del techo justamente delante de Jesús.

Cuando Jesús se dio cuenta de la fe que tenían, le dijo al paralítico:

-Hombre: tus pecados están perdonados.

Entonces los escribas y los fariseos empezaron a cavilar y a decirse para sus adentros:

-¿Quién se ha creído este blasfemo? ¡Dios es el único que puede perdonar los pecados!

Jesús se dio cuenta de lo que se les estaba pasando por la cabeza, y se dirigió a ellos:

-¿Por qué le estáis dando vueltas a lo que he dicho? -les dijo-. ¿Qué es más fácil, decirle < tus pecados están perdonados >, o «levántate y anda»? Pues para que veáis que este Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar los pecados en la Tierra -entonces se dirigió al paralítico-: ¡Haz lo que te digo! ¡Levántate, recoge tu camilla y vete a tu casa!

El paralítico de levantó inmediatamente delante de todos, recogió la camilla en la que le habían traído y se marchó a su casa alabando a Dios. Y todos se

quedaron atónitos a más no poder, y se pusieron a alabar a Dios, llenos de santo terror; y decían: -¡Hoy hemos presenciado cosas increíbles!

Aquí tenemos un relato que es todo un cuadro. Jesús estaba enseñando en una casa. Las casas de Palestina tenían terraza, con un mínimo de inclinación para que cayera el agua de la lluvia. La techumbre estaba formada por vigas que iban de lado a lado a corta distancia, con cañizo y cuerdas y cubierta con una capa de aislante. Era lo más fácil del mundo el quitar el relleno entre dos vigas. De hecho, los ataúdes se metían y sacaban muchas veces por el techo.

¿Qué quiere decir este pasaje acerca del perdón de los pecados? Debemos tener presente que se consideraba que el pecado y el sufrimiento estaban íntimamente relacionados como causa y efecto. Se daba por sentado que, si una persona estaba sufriendo, sería porque había pecado; y por eso, el que sufría tenía a menudo un sentido de culpabilidad. Por eso Jesús empezó por decirle al paralítico que se le habían perdonado los pecados. De otra manera el hombre no habría creído que podía ponerse bueno. Esto nos muestra cómo fueron derrotados en la discusión los escribas y fariseos: ellos objetaban a que Jesús pretendiera poder perdonarle los pecados al hombre. Según ellos pensaban y creían, el hombre estaba enfermo porque había pecado; y si recobraba la salud, era señal de que se le habían perdonado los pecados. La objeción de los escribas y fariseos se volvió contra ellos y los dejó sin argumentos.

Lo maravilloso aquí es que lo que salvó a ese hombre fue la fe de sus amigos. *Cuando Jesús se dio cuenta de la fe que tenían* -la fe emprendedora de los amigos, que no se detenía ante nada que les impidiera traer a su amigo a Jesús para que le pusiera bueno-, aquella fe obtuvo la salud del paralítico. Esto sigue sucediendo.

(i) Hay quienes se salvan por la fe de sus padres. Carlyle solía decir que, a través de los años, volvía a él la voz de su

madre: < Confía en Dios, y haz el bien. » Cuando Agustín de Hipona estaba viviendo una vida incontrolada e inmoral, su piadosa madre fue a buscar la ayuda de un obispo cristiano. < Es imposible -le dijo éste- que el hijo de tales oraciones y lágrimas se pierda. » Muchos de nosotros damos testimonio con gratitud y gozo de que le debemos todo lo que somos y seremos a la fe de nuestros padres.

(ii) Hay quienes se salvan diariamente por la fe de los que los aman. Cuando H. G. Wells hacía poco que se había casado y el éxito le exponía a nuevas tentaciones, decía: < Menos mal que detrás de las puertas del número 12 de Mornington Road dormía una tan dulce y tan limpia que me resultaba inconcebible el presentarme miserable o borracho o vil. » Muchos de nosotros habríamos caído en la desvergüenza si no fuera porque no habríamos podido enfrentarnos con- el dolor o la tristeza en los ojos de alguien que nos amaba.

Gracias a Dios es parte de la trama de la vida y del amor que haya influencias preciosas que salvan las almas de los hombres.

EL HUÉSPED DE UN DESCASTADO

Lucas 5:27-32

Más tarde, Jesús salió de la éasa y vio a un cobrador de impuestos que se llamaba Leví, que estaba sentado en la oficina de cobro de los impuestos, y le dijo:

- ¡Vente conmigo!

Leví se levantó de su asiento, lo, dejó todo como estaba y se hizo seguidor de Jesús. Luego hizo una gran fiesta en su casa en honor de Jesús en la que estaban presentes un montón de invitados, entre ellos muchos recaudadores de impuestos. Los fariseos y los escribas se empezaron a meter con los discípulos de Jesús y a decirles:

-¿Cómo es que coméis y bebéis con recaudadores de impuestos y con gente de mal vivir con los que no se relacionaría ningún judío que se apreciara en algo?

-Los que necesitan al médico no son los que están bien -intervino Jesús-, sino los que están malos. Yo no he venido a invitar a los buenos a que se arrepientan, sino a los pecadores.

Aquí tenemos la vocación de Mateo (cp. *Mateo 9: 9-13*). Los publicanos o recaudadores de impuestos eran los más odiados de Palestina. Palestina era un país sometido a los romanos, y los recaudadores de impuestos estaban al servicio del gobierno de Roma; por tanto, se los consideraba como renegados y traidores.

El sistema de impuestos se prestaba a abusos. La costumbre romana era subastar los impuestos; a un distrito se le asignaba una cantidad, y luego se le vendía el derecho de recogida de impuestos al mejor postor. Mientras éste entregara la cantidad asignada al final del ejercicio, podía quedarse con lo demás que le hubiera sacado al pueblo. Y como no había periódicos, ni radio, ni televisión para que los anuncios llegaran a todo el mundo, las personas corrientes no tenían idea de lo que tenían que pagar.

Este sistema particular se había prestado a abusos tan gordos que ya se había cambiado en los tiempos del Nuevo Testamento; sin embargo, todavía había impuestos y recaudadores colaboracionistas al servicio de Roma y abusos y explotación.

Había dos tipos de impuestos. El primero eran los impuestos de estado. Había un impuesto general que tenían que pagar todos los hombres de 14 a 65 años y las mujeres de 12 a 65, solamente por el privilegio de existir. Había un impuesto de la tierra, que consistía en la décima parte de los cereales y la quinta del vino y el aceite, y se podía pagar en especie o en dinero. Había un impuesto sobre la renta, que era del uno por ciento de lo que se ganara. En estos impuestos no había mucho margen para el abuso.

El segundo tipo de impuestos era muy diverso: por usar las principales carreteras, puertos y mercados; por tener un carro, y por cada una de sus ruedas y por el animal que lo llevaba; había impuestos por la compra de ciertos artículos, y por la importación y exportación. Un cobrador de impuestos podía mandar a un hombre que se detuviera en el camino y desempaquetara, y cobrarle casi lo que le diera la gana. Si no podía pagar, a veces el cobrador se ofrecía a prestarle dinero a un interés exorbitante, y así tenerle más en sus garras.

Se consideraba que los ladrones, los asesinos y los cobradores de impuestos pertenecían a la misma clase. Los publicanos estaban excomulgados de la sinagoga. Un escritor romano nos cuenta que vio una vez un monumento dedicado a un cobrador de impuestos honrado. Un espécimen honrado de esa profesión renegada era tan raro que se le hacía un monumento.

Y sin embargo Jesús eligió a un cobrador de impuestos para que fuera apóstol.

(i) Lo primero que hizo Mateo fue ofrecerle una fiesta a Jesús, que era algo que sin duda podía pagar, invitando a sus compañeros de profesión y a sus amigos descastados para que le conocieran. La primera intención de Mateo era compartir la maravilla que había encontrado. John Wesley le dijo una vez a alguien: «No hay tal cosa como ir al Cielo a solas; uno tiene que encontrar amigos, o hacérselos.» Otro dijo que tenemos que ir al Cielo < como las cerezas». Todo cristiano tiene el deber de compartir las bendiciones que ha encontrado o recibido.

(ii) Los escribas y fariseos criticaban. Los fariseos -los separados- no habrían dejado que el extremo de su túnica rozara a uno como Mateo. Jesús les dio la respuesta irrefutable. Les hizo notar que son precisamente los enfermos los que necesitan un médico; y personas como Mateo y sus amigos eran los que Le necesitaban más. No estaría mal que consideráramos al pecador más como un enfermo que como un criminal; y al que ha cometido un error, más que como alguien que merece desprecio y condenación, como alguien que necesita amor y ayuda para encontrar la rehabilitación.

LA COMPAÑÍA FELIZ

Lucas 5:33-35

Algunos le dijeron a Jesús:

-Los discípulos de Juan el Bautista ayunan con frecuencia y cumplen escrupulosamente con las oraciones rituales, y los discípulos de los fariseos también; pero tus discípulos comen y beben cuando les da la gana, lo que se les antoja.

-Está claro -les contestó Jesús- que no se espera que los invitados a una boda se pongan a ayunar cuando están en compañía del novio. Ya llegará la hora en que el novio les sea arrebatado; entonces ayunarán.

Lo que sorprendía y escandalizaba a los escribas y fariseos era que los seguidores de Jesús fueran tan normales. Collie Knox nos cuenta que una vez le dijo un muy querido capellán: «Joven Knox, no hagas de tu religión una agonía.» Y se decía que a Bums le obsesionaba más que le ayudaba la religión. El judío religioso tenía la idea -que no ha muerto todavía del todo- de que para ser religioso uno tenía que pasárselo mal.

Habían sistematizado las observancias religiosas. Ayunaban los lunes y los jueves; y a menudo se enjalbegaban la cara para que uno no pudiera por menos de darse cuenta de que estaban ayunando. Es verdad que eso del ayuno no era tan riguroso; porque duraba sólo desde la salida hasta la puesta del sol, y antes y después se podía tomar alimento. Se trataba de llamar la atención de Dios hacia el que ayunaba. A veces hasta lo consideraban un sacrificio: al ayunar, uno le estaba ofreciendo a Dios nada menos que su cuerpo. Y la oración también estaba reglamentada: se hacía a las 12 del mediodía, a las 3 y a las 6 de la tarde.

Jesús estaba totalmente en contra de una religión así, y lo explica con una imagen de la vida real. Cuando se casaba una pareja en Palestina,; no se iban a otro sitio a pasar la luna de miel, sino que se quedaban en casa y tenían invitados toda la

semana. Se ponían la mejor ropa que tenían; a veces, hasta se ponían coronas; esa semana eran los reyes, y su palabra era la ley. No volverían a tener una semana igual en toda una vida de trabajo. Y los invitados más íntimos se llamaban «los hijos de la cámara nupcial», con una expresión típicamente hebrea.

(i) Es sumamente significativo que Jesús comparara la vida cristiana con una fiesta de bodas. La alegría debe ser la primera característica cristiana. Son demasiados los que creen que la religión los obliga a hacer todo lo que no quieren, y a no hacer lo que quieren. La risa se convierte en un pecado, en vez de -como la llamaba un famoso filósofo- «una gloria repentina.»

(ii) Al mismo tiempo Jesús sabía que llegaría el día en que el novio les sería arrebatado. La muerte no le pilló desprevenido. La cruz siempre estaba a la vista; pero aun en el camino de la cruz no le faltó el gozo que nadie le podía quitar: el gozo de la presencia de Dios.

LA NUEVA IDEA

Lucas 5:36-39

Jesús usó una ilustración para que le entendieran. Nadie es tan tonto -dijo- como para rasgar un trozo de tela nueva para remendar una ropa vieja. Si lo hiciera, echaría a perder lo nuevo, y no le serviría para nada, porque el remiendo nuevo no iría con la ropa vieja. Y nadie pone mosto que está fermentando en pellejos viejos que han perdido la elasticidad; porque el vino nuevo reventaría los odres viejos, y se derramaría, y los odres viejos se quedarían inservibles. El vino nuevo requiere odres nuevos. Y nadie quiere beber vino que todavía no está hecho, porque dice: «Lo añejo está mejor. >

Los religiosos tienen una pasión por lo antiguo. Nada se mueve más despacio que una iglesia. El problema de los fariseos era que todo lo de Jesús era tan absolutamente nuevo que, sencillamente, no lo podían asimilar.

La mente acaba perdiendo la flexibilidad para aceptar ideas nuevas. Jesús da dos ilustraciones: «No se puede poner un remiendo de paño nuevo a una ropa vieja -dijo-. La fuerza del paño nuevo todavía hará mayor lo que se haya rasgado de la ropa vieja.»

El vino se hacía en odres en Palestina. Cuando se pone mosto en un odre, al fermentar, produce gases. Si el odre es nuevo, tiene elasticidad y puede con la presión; pero, si es viejo, la piel está reseca, y se revienta. Jesús quiere decir: «No dejes que sé

te ponga la mente como un odre viejo. La gente dice del vino que lo añejo es mejor. Puede que lo sea en un momento dado, pero olvidan que es un error el despreciar el vino nuevo, porque llegará el día en que haya madurado y sea el mejor de todos.»

En este pasaje Jesús rechaza la mente cerrada y recomienda que no despreciemos lo nuevo sólo porque lo es.

(i) No debemos tener miedo a la libertad de pensamiento. Si creemos en el Espíritu Santo, debemos estar dispuestos para que Dios nos guíe a nuevas verdades. Fosdick pregunta en alguna parte: «¿Cómo estaría la medicina si los médicos no pudieran usar nada más que las medicinas y las técnicas que se conocían hace trescientos años?» Y sin embargo, nuestros parámetros doctrinales son mucho más antiguos. El que propone algo nuevo siempre tiene que luchar. A Galileo le tenían por hereje porque decía que la Tierra gira alrededor del Sol. Lister tuvo que luchar para que se aplicaran los antisépticos en las operaciones quirúrgicas. Simpson tuvo que arrostrar la oposición al uso del cloroformo. Tengamos cuidado con rechazar todo lo nuevo, porque podría querer decir, que hemos perdido la elasticidad mental. No eludamos la aventura del pensamiento.

(ii) No debemos tener miedo de nuevos métodos. El que algo se haya hecho *siempre* puede que sea la mejor razón para dejar de hacerlo. El que algo no se ha hecho *nunca* puede que sea la mejor razón para intentarlo. No hay negocio que marche con métodos anticuados -y sin embargo la iglesia sigue intentándolo. Cualquier negocio que hubiera perdido tantos clientes como la iglesia habría tratado de renovarse hace mucho -pero la iglesia sigue rechazando todo lo nuevo.

Una vez Rudyard Kipling vio al General Booth del Ejército de Salvación subir a bordo de un barco para una gira alrededor del mundo, y le hicieron la despedida al son de panderetas y otros instrumentos, cosa que no le hizo ninguna gracia al alma conservadora de Kipling. Más tarde, cuando llegó a conocer, al General le dijo que no le hacían ninguna gracia las panderetas y todo eso; y Booth se le quedó mirando y le dijo: «Joven: si yo creyera que puedo ganar algún alma para Cristo haciendo el pino y tocando la pandereta con los pies, aprendería a hacerlo.»

Hay un conservadurismo sabio y otro que no lo es. Tengamos cuidado de no ser tradicionalistas reaccionarios en el pensamiento o en la acción cuando debemos ser, como cristianos, intrépidos aventureros.

LA CRECIENTE OPOSICIÓN

Lucas 6:1-5

Un sábado sucedió que Jesús iba pasando entre los sembrados con sus discípulos, y ellos se pusieron a arrancar espigas y a restregarlas con las manos y a comérselas. Entonces dijeron los fariseos:

-¿Cómo es que hacéis lo que ley prohíbe hacer en sábado?

-¿Es que no habéis leído -respondió Jesús- lo que hizo David cuando él y sus amigos tenían hambre? Dice la Escritura que entró en la casa de Dios, y cogió los panes sagrados que se ofrecían a Dios, que sólo podían comer los sacerdotes, y comió y les dio también a los que estaban con él. La autoridad del Hijo del Hombre se extiende también al sábado.

Este es el primero de dos incidentes en los que vemos que la oposición a Jesús ya estaba saliendo a la luz, y que lo que tenían en contra de El era que quebrantaba las leyes tradicionales del sábado. En esta escena, iban pasando Jesús y sus discípulos por entre los trigales. El hecho de que los discípulos arrancaran espigas no era en sí ningún crimen. Una de las leyes misericordiosas del Antiguo Testamento establecía que uno que fuera pasando por un trigal podía arrancar algunas espigas, siempre que no metiera la hoz (*Deuteronomio 23:25*). Si lo hubieran hecho otro día cualquiera no habría habido nada que objetar; pero era sábado. Cuatro de los trabajos prohibidos el sábado eran segar, trillar, aventar y preparar comida; y los discípulos habían realizado los cuatro según la interpretación ortodoxa de la ley: al arrancar espigas, habían segado; al restregarlas con la mano, habían trillado; al soplar para quitar la paja, habían aventado, y el hecho de que se las comieran demostraba que habían preparado una comida el sábado. A nosotros nos parece fantástico todo esto; pero debemos recordar que, para un estricto fariseo, todos eran pecados mortales. Se habían quebrantado las normas y las reglas, y esto era una cuestión de vida o muerte.

Hicieron su acusación, y Jesús les contestó con una cita del Antiguo Testamento: lo que hicieron David y sus compañeros cuando tenían mucha hambre y comieron el pan de la proposición que se ofrecía a Dios en el tabernáculo, mejor llamado el Pan de la Presencia. Todos los sábados por la mañana se ponían delante de Dios doce panes de trigo, hechos con harina que se había tamizado no menos de once veces. Había un pan por cada tribu. En tiempos de Jesús estos panes se colocaban en una mesa de oro macizo de tres pies de longitud y uno y medio de anchura que estaba situada a lo largo del lado Norte del Lugar Santo. El pan representaba la presencia de Dios, y nadie más que los sacerdotes podía comerlo (*Levítico 24:5-9*). Pero la necesidad de David había sido prioritaria sobre estas normas y reglas.

Los rabinos mismos decían: «El sábado se ha hecho para ti, y no tú para el sábado.» Es decir, que en sus mejores y más elevados momentos los rabinos reconocían que la necesidad humana abrogaba la ley ritual. Si era así, ¡cuánto más el Hijo del Hombre, con un corazón de amor y de misericordia, es el Señor del Sábado! ¡Cuánto más lo podrá utilizar para sus propósitos de amor! Pero los fariseos habían olvidado los derechos de la misericordia porque estaban inmersos en sus leyes y reglas. Es

significativo que estaban observando a Jesús y a sus discípulos cuando iban por los campos de trigo. Está claro que los estaban espiando; y desde este momento estarían escudriñando con ojos hostiles y malévolos todos los actos de Jesús.

Este pasaje contiene una gran verdad general. Jesús les dijo a los fariseos: «¿Es que no habéis leído lo que hizo David?» La respuesta sería sin duda que sí; pero no se habían dado cuenta de lo que quería decir. Es posible leer las Escrituras meticulosamente, conocer la Biblia de cabo a rabo y poder citar literalmente capítulo y versículo, y no haberse enterado de su verdadero significado. ¿Por qué no lo habían captado los fariseos, y por qué sigue pasando tan a menudo?

(i) Porque no venían a la Escritura *con una mente abierta*. No venían a la Escritura para aprender la voluntad de Dios, sino para encontrar textos que confirmaran sus propias ideas. Con demasiada frecuencia los hombres han llevado su teología a la Biblia en vez de encontrar su teología en la Biblia. Cuando leemos la Escritura debemos decir, no «Escucha, Señor, porque tu siervo está hablando», sino «Habla, Señor, porque tu siervo está escuchando.»

(ii) No venían *con un corazón necesitado*. El que no viene con un sentimiento de su necesidad siempre se pierde el sentido más profundo de la Escritura. Cuando despertamos a nuestra necesidad, la Biblia es un libro nuevo. Cuando el obispo Butler estaba en su lecho de muerte, estaba turbado.

-¿Ha olvidado mi señor -le dijo su capellán- que Jesucristo es el Salvador?

-Pero -le contestó el obispo moribundo-, ¿cómo puedo saber que es *mi* Salvador?

-Escrito está -continuó el capellán-: «Al que a mí viene, no le echo fuera». Y Butler contestó:

-He leído esas palabras mil veces, y nunca me había enterado de su significado hasta ahora. Ahora muero en paz.

El sentimiento de su necesidad le abrió el sentido de la Escritura.

Cuando leemos el Libro de Dios debemos venir con una mente abierta y con un corazón necesitado: entonces será también para nosotros el libro más maravilloso del mundo,

EL DESAFÍO DE JESÚS

Lucas 6:6-11

Otro sábado fue Jesús a la sinagoga, y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía seco el brazo derecho. Los escribas y los fariseos le estaban vigilando muy de cerca para ver si se atrevía a sanar al hombre en sábado, porque querían tener algo de que acusarle.

Jesús se daba cuenta de lo que estaban tramando, pero dijo al del brazo seco:

-Ponte en pie donde todos te vean.

,El hombre se levantó y se puso en medio. Entonces Jesús les dijo:

-Os preguntaré una cosa: ¿Qué es lo que se permite hacer el sábado, ayudar a alguien o hacerle daño, salvar la vida o destruirla?

Y dirigió la mirada en círculo a todos los presentes, esperando una respuesta. Ante el silencio general, dijo al enfermo:

-¡Extiende el brazo!

Y el hombre lo hizo, y se le restauró el brazo completamente. Los enemigos de Jesús se pusieron furiosos, y empezaron a hacer planes para acabar con él.

Para este tiempo la oposición a Jesús iba concretándose. Estaba enseñando en la sinagoga un sábado, y los escribas y los fariseos estaban también allí con el propósito de espiarle para, si curaba al enfermo, acusarle de quebrantar el sábado. Hay un detalle interesante: si comparamos esta historia en *Mateo 12:10-13*, y *Marcos 3:1-6*, con la versión de Lucas, nos damos cuenta de que es sólo éste el que nos dice que era el brazo *derecho* el que tenía seco el hombre. Aquí habla el médico, interesado en todos los detalles del caso.

En este incidente, Jesús quebrantó abiertamente la ley tradicional. Curar era un trabajo, y estaba prohibido hacer ningún trabajo el sábado. Es verdad que si había peligro de muerte se podía hacer algo para mantener la vida. También era legal tratar las dolencias de ojos o garganta. Pero este hombre no estaba en peligro de muerte; podría haber esperado hasta el día siguiente sin peligro. Pero Jesús estableció el gran principio de que, dijeran lo que dijeran las leyes y las reglas, siempre se puede hacer un bien en sábado. Jesús les dirigió la pregunta punzante: «Os preguntaré una cosa: ¿Qué es lo que se permite hacer el sábado, ayudar a alguien o hacerle daño, salvar la vida o destruirla?» Eso tiene que haberles llegado al alma, porque mientras ÉL estaba tratando de ayudar a la vida del hombre del brazo seco, ellos estaban haciendo todo lo posible para destruirle a ÉL. Era ÉL el que estaba tratando de salvar, y ellos de destruir.

En esta escena hay tres personajes.

(i) Está *el hombre del brazo seco*. Podemos decir dos cosas de él. (a) En uno de los evangelios apócrifos, es decir, de los que no llegaron a formar parte del Nuevo Testamento, se nos dice que el hombre era mampostero, y vino a Jesús para pedirle ayuda

y le dijo: «Yo era mampostero, y me ganaba la vida con las manos; te suplico, Jesús, que me devuelvas la salud para que no tenga que mendigar mi pan con vergüenza.» *Era un hombre que quería trabajar.* Dios siempre mira con aprobación al que quiere ganarse la vida decentemente.

(b) *Era un hombre que estaba dispuesto a intentar lo imposible.* No se puso a discutir cuando le dijo Jesús que extendiera el brazo inútil; lo intentó y lo consiguió, con las fuerzas que le dio Jesús. *Imposible* es una palabra que habría que desterrar del vocabulario del cristiano. Como ha dicho un famoso hombre de ciencia, «La diferencia entre lo difícil y lo imposible está sólo en que se tarda un poco más en hacer lo imposible.»

(ii) Está *Jesús*. Hay en esta historia una gloriosa atmósfera de desafío. Jesús sabía que le estaban espiando, pero no vaciló en sanar. Le dijo al hombre que se pusiera en medio: esto no se iba a hacer en un rincón. Se cuenta de uno de los primeros predicadores metodistas, que tenía el propósito de predicar en un pueblo hostil. Alquiló a un pregonero para que anunciara la reunión, y éste empezó a hacerlo en un susurro aterrado. Entonces el predicador le quitó de la mano la campana, la hizo sonar y tronó: -¡Mister Fulano de Tal predicará en tal y tal lugar a tal y tal hora de la noche y ese *hombre soy yo!* El verdadero cristiano despliega con orgullo la bandera de la fe, y desafía abiertamente a la oposición.

(iii) Estaban *los fariseos*. Aquí tenemos a unos hombres que siguieron el extraño camino de odiar a un hombre que acababa de curar a un paciente. Son el ejemplo sobresaliente de los que aman sus leyes y sus reglas más que a Dios. Seguimos viendo esta actitud en las iglesias una y otra vez. Discusiones, no acerca de las grandes cuestiones de la fe, sino sobre cuestiones de gobierno eclesiástico y cosas por el estilo. Leighton dijo una vez: «Cómo se haya de gobernar la iglesia es indiferente; pero la paz y la concordia, la amabilidad y la buena voluntad son indispensables.»

Siempre está presente el peligro de poner la lealtad al sistema por encima de la lealtad a Dios.

JESÚS ELIGE SUS HOMBRES

Lucas 6:12-19

Por aquellos días, Jesús se retiró al monte a orar, y pasó toda la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, reunió a sus discípulos, y escogió a doce de entre ellos, a los que dio el nombre de apóstoles. Eran: Simón, al que también llamaba Pedro; el hermano de éste, Andrés; Santiago y Juan; Felipe y Bartolomé; Mateo y Tomás; Santiago hijo de Alfeo; Simón, conocido como el Celota; Judas, el hermano de Santiago, y Judas Iscariote, que acabó siendo traidor.

Luego bajó con ellos del monte, y se paró en una llanura donde había una gran multitud de discípulos suyos, y un gentío inmenso de gente de toda Judea, y de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que se habían reunido allí para escuchar su mensaje y para que los curara de sus enfermedades. También sanó a los que sufrían de espíritus inmundos.

Toda la gente estaba intentando tocarle, porque de Él emanaba un poder que los ponía buenos a todos.

Aquí vemos a Jesús eligiendo a sus hombres. Es interesante y provechoso entender por qué los escogió, porque Él sigue queriendo y necesitando hombres.

(i) *Marcos 3:14* nos dice que los escogió *para que estuvieran con Él*. Esto quiere decir dos cosas.

(a) Los escogió para que fueran sus amigos. Es maravilloso que Jesús necesitara amistad humana. Pertenece a la esencia misma de la fe cristiana el que podamos decir con toda reverencia y humildad que Dios no puede ser feliz sin los hombres. Precisamente porque es Padre, tiene un lugar vacío en el corazón hasta que el último hombre haya vuelto a casa.

(b) Jesús sabía que se acercaba el fin de su vida en la Tierra. Si hubiera vivido en otro tiempo, tal vez habría escrito un libro que hubiera llevado su enseñanza por todo el mundo. Pero, cuando Él vivió, escogió a esos hombres para escribir en ellos su mensaje. Serían sus libros vivos. Estarían en su compañía para poder llevar su mensaje a todos los hombres algún día.

(ii) Jesús los escogió *entre sus discípulos*. Discípulo quiere decir *aprendiz*. Tenían que ser de los que siempre estaban aprendiendo más y más de Él. Un cristiano es una persona que se pasa toda la vida aprendiendo del Señor al que verá cara a cara algún día, y entonces le conocerá como ahora el Señor le conoce a él.

(iii) Jesús escogió a sus hombres para que fueran *sus apóstoles*. La palabra griega *apóstolos* quiere decir *alguien a quien se envía*. Se puede referir a un mensajero o embajador. Los apóstoles iban a ser los embajadores de Jesús al mundo. El embajador es alguien que representa a su país en el extranjero. El cristiano es enviado como embajador de Cristo, no sólo con sus palabras, sino con sus obras y con toda su vida.

De los Doce mismos tenemos que decir dos cosas.

(i) Eran simplemente *hombres corrientes*. Ninguno era rico, ni famoso, ni influyente; no habían recibido unos estudios especiales. Eran sencillamente gente corriente. Es como si Jesús hubiera dicho: «Dadme doce personas corrientes, y cambiaré el mundo.» La obra de Jesús no está en las manos de los que el mundo llama grandes hombres, sino en las de gente corriente, como nosotros.

(ii) Eran *una mezcla extraña*. Fijémonos en dos de ellos: Mateo era recaudador de impuestos, es decir, un traidor y renegado; Simón era un celota, y los celotas eran nacionalistas fanáticos que habían jurado asesinar a todos los traidores y romanos que pudieran. Es uno de los milagros del poder de Cristo que el publicano Mateo y el celota Simón pudieron vivir en paz en la compañía del grupo apostólico. Cuando se es cristiano de veras, las personas más diferentes y divergentes pueden vivir en paz. Se decía de Gilbert Chesterton y de su hermano Cecil, que «siempre estaban discutiendo, pero no se peleaban nunca». Solamente en Cristo podemos resolver el problema de vivir juntos; porque hasta los caracteres más opuestos pueden estar unidos en su amor. Si de veras le amamos, nos amaremos unos a otros.

EL FIN DE LOS VALORES DEL MUNDO

Lucas 6:20-26

Jesús dirigió la mirada a sus discípulos y se puso a decirles:

- ¡Ah, la bendición que tenéis los marginados, porque el Reino de Dios es cosa vuestra! ¡Ah, la bendición de los que tenéis hambre en este tiempo, porque quedaréis totalmente satisfechos! ¡Ah, la bendición de los que lloráis en este tiempo, porque vosotros acabaréis riendo! Vosotros tendréis la mayor bendición cuando todo el mundo os odie, cuando se os cierren todas las puertas en la cara, cuando os llenen de oprobios, cuando no os nombren más que para insultaros, y todo por causa del Hijo del Hombre. Alegraos cuando todo esto os suceda, y teneos por los más dichosos del mundo, porque recibiréis en la eternidad el galardón que os corresponde, porque eso es lo que hicieron sus antepasados con los profetas.

¡Pero, ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis todo lo bueno que vais a tener! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis satisfechos, porque sabréis lo que es sufrir necesidad! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis de fiesta, porque os lamentaréis y os pondréis de luto! ¡Ay de vosotros cuando todo el mundo os alabe, porque eso es lo que hacían sus antepasados con los falsos profetas!

El Sermón de la Llanura de Lucas se corresponde con el Sermón del Monte de Mateo (*Mateo*, capítulos 5 al 7). Los dos empiezan con una serie de bienaventuranzas. Hay algunas diferencias entre las versiones de Mateo y de Lucas, pero una cosa está clara: son una serie de bombas. Puede ser que las hayamos leído tantas veces que nos hemos olvidado de lo revolucionarias que son. Son completamente diferentes de las leyes que propondría un filósofo o un sabio típico. Cada una de ellas es un desafío.

Como dijo Deissmann, « se pronunciaron en una atmósfera electrificada. No eran tranquilas estrellitas, sino descargas de relámpagos seguidos de truenos de sorpresa y sobrecogimiento.» Toman los patrones que todo el mundo acepta, y los ponen boca abajo. Los que Jesús llama afortunados son los que el mundo considera desgraciados, y los que Jesús llama desgraciados son los que el mundo considera afortunados. Figuraos que alguien dijera: « ¡Felices los pobres!» y «¡Pobres de los ricos!» Iría contra toda la escala de valores del mundo.

¿Dónde está la clave de todo esto? En el versículo 24. Allí dice Jesús: « ¡Pero, ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis todo lo bueno que vais a tener!» La palabra que usa Jesús para *tener* es la que se usa para saldar una cuenta. Lo que quiere decir es: « Si te propones y aplicas todas tus energías a obtener las cosas que valora el mundo, puede que las obtengas, pero eso es todo lo que vas a sacar.» Pero si, por el contrario, te propones y aplicas todas tus energías a ser totalmente leal a Dios y fiel a Cristo, te encontrarás con muchos problemas; a los ojos del mundo serás un desgraciado, pero no te perderás la mejor recompensa, que será la felicidad eterna.

Nos encontramos frente a frente con una decisión que empieza en la infancia y que no termina hasta el final de la vida. ¿Vas a escoger el camino fácil que produce un placer y un provecho inmediatos, o vas a escoger el camino difícil que produce trabajos y hasta sufrimiento a veces? ¿Quieres asir el placer y el provecho momentáneo, o estás dispuesto a fijar tu mirada más allá, y a sacrificarlos por un bien mayor? ¿Te vas a concentrar en las recompensas del mundo, o en Cristo? Si sigues el camino del mundo, tienes que abandonar los valores de Cristo; y si emprendes el camino de Cristo, tienes que abandonar los valores del mundo.

Jesús no tenía la menor duda acerca de cuál conducía a la felicidad. F. R. Matby decía: «Jesús les prometió a sus discípulos tres cosas: que no le tendrían miedo absolutamente a nada; que serían felices a tope, y que siempre tendrían problemas.» G. K. Chesterton, cuyos principios siempre le estaban metiendo en líos, dijo una vez: «Me encanta meterme en aguas turbulentas. ¡Sale uno limpio!» Jesús enseña que la felicidad del Cielo compensará con creces los problemas de la Tierra. Como decía Pablo: «La ligera aflicción momentánea sirve para prepararnos una gloria consistente y eterna que no admite comparación» (2 *Corintios 4:17*). El desafío de las bienaventuranzas es: ¿Quieres ser feliz a la manera del mundo, o a la manera de Cristo?

- *Y a vosotros los que me prestáis atención, os digo: Amad hasta a vuestros enemigos, haced el bien hasta a los que os quieren mal, hablad bien de los que hablan mal de vosotros, pedidle a Dios por los que os calumnian. Si alguien te da una bofetada, ofrécele la otra mejilla. Si alguien te quiere quitar la camisa no te resistas a que te quite también la chaqueta. Si alguien te pide algo, dáselo, y al que te quite lo que es tuyo no le reclames que te lo devuelva. Trata a los demás como querías que te trataran a ti. No amar nada más que a los que nos aman no tiene ninguna gracia; eso lo hacen hasta los más pecadores del mundo. Portarse bien con los que se portan bien con uno no tiene ninguna gracia; eso lo hacen hasta los más pecadores del mundo. Prestar ayuda a los que esperamos que nos la devuelvan no tiene ninguna gracia; los pecadores también les prestan a los pecadores cuando están seguros de que se lo van a devolver. Tenéis que amar hasta a vuestros enemigos; tenéis que ser amables con ellos; tenéis que prestar ayuda sin esperar que os la devuelvan. Si así lo hacéis recibiréis una generosa recompensa y seréis como el Altísimo, que es amable hasta con los desagradecidos y mezquinos. Debéis mostraros misericordiosos como vuestro Padre, que es misericordioso. No vayáis por ahí criticando a los demás, y no os criticarán tampoco a vosotros. No vayáis por ahí condenando a los demás, y no lo harán ellos con vosotros. Perdonad, y os perdonarán. Sed generosos, y veréis que los demás lo son con vosotros. Buena medida, apretada, sacudida y rebosante os echarán en la bolsa; porque con la medida que uséis con los demás os despacharán ellos a vosotros.*

No hay mandamiento de Jesús que haya causado tanta discusión y polémica como el de amar a nuestros enemigos. Antes de cumplirlo tenemos que ser capaces de entenderlo.

En griego hay tres palabras que se traducen por amar. Una de ellas es *eran*, que se refiere al amor apasionado de un hombre por una mujer. Está *filein*, que describe el amor a los nuestros, el cálido afecto del corazón. Ninguna de estas palabras es la que se usa aquí, sino *agapan*, que requiere todo un párrafo para traducirla.

Agapan describe un sentimiento activo de benevolencia hacia otra persona; quiere decir que, no importa lo que esa persona nos haga, nunca nos permitiremos desearle más que lo mejor; y nos propondremos hacer todo lo posible para ser amables y buenos con ella.

Una cosa se desprende de esto. El amor que les tenemos a nuestros seres queridos es algo que no podemos evitar. Hablamos de enamorarnos como de algo que nos sucede. Pero este amor a nuestros enemigos no es algo sólo del corazón, sino también de la voluntad. Es algo que por la gracia de Cristo podemos desear tener.

Este pasaje contiene dos grandes hechos de ética cristiana. (i) La ética cristiana es positiva. No consiste tanto en no hacer cosas, sino en hacerlas. Jesús nos ha dado la Regla de Oro que nos manda hacer a los demás lo que quisiéramos que ellos nos hicieran a nosotros. Esta regla aparece en muchos escritores de muchos credos, pero en la forma negativa. Cierta vez le pidió a Hillel, uno de los más grandes rabinos judíos, que le enseñara toda la ley en el tiempo que él pudiera mantenerse sobre una sola pierna. Y Hillel le contestó: « Lo que no quieras para ti, no se lo hagas a otro. Esa es toda la ley, y lo demás es comentario.» Filón, el gran filósofo judío de Alejandría, dijo: «Lo que no te gustaría sufrir, no se lo hagas a nadie.» El orador griego Sócrates, dijo: «Las cosas que te enfada sufrir a manos de otros, no se las hagas tú a ellos.» Una de las reglas básicas de los estoicos era: « Lo que no quieres que te hagan a ti, no se lo hagas a otros.» Una vez le preguntaron a Confucio: « ¿Hay alguna palabra que le pueda servir a uno de regla de conducta para toda la vida?» Y él respondió: « ¿No crees que esa palabra podría ser «Reciprocidad»? Lo que no quieres que te hagan, no se lo hagas a nadie.»

Todas estas formulaciones son negativas. No es excesivamente difícil guardarnos de tales acciones; pero es una cosa muy distinta el apartarnos de nuestro camino para hacerles a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros. La verdadera esencia de la conducta cristiana consiste, no en abstenernos de cosas malas, sino en hacer cosas buenas.

(ii) La ética cristiana se basa en la gracia. Jesús describe las maneras normales de la conducta sensata, y las califica diciendo que «eso no tiene ninguna gracia». A menudo la gente pretende ser tan buena como los demás. Es probable que lo sea; pero la pregunta de Jesús es: « ¿Cuánto mejor eres tú que la mayoría?» No es con los prójimos con los que nos tenemos que comparar; así tal vez mereceríamos el aprobado; es con Dios con quien nos tenemos que comparar, y ahí no merecemos más que el suspenso.

(iii) ¿Cuál es la razón suprema de la conducta cristiana? Que nos hace semejantes a Dios, porque así es como Él actúa. Dios les manda su lluvia a los justos y a los injustos; es bueno con el que le produce alegría, lo mismo que con el que le hiere el corazón. El amor de Dios abraza por igual al santo y al pecador. Ese es el amor que debemos imitar; si de veras procuramos todo lo mejor hasta para nuestros enemigos, seremos de veras hijos de Dios.

El versículo 38 contiene una frase extraña en la versión Reina-Valera: « Darán en vuestro regazo.» Los judíos llevaban una ropa larga hasta los pies, sujeta con un cinturón. La ropa se podía remangar un poco por debajo del cinturón formando como una bolsa donde se podían llevar cosas. Como esto ya no se usa, lo hemos traducido más a la moderna: «os echarán en la bolsa.»

Lucas 6:39-45

A continuación Jesús les puso un ejemplo:

-Está claro que un ciego no puede guiar a otro, porque correrían peligro de caerse en un hoyo los dos. Un estudiante no sabe más que su profesor; aunque, si persevera, puede llegar a saber tanto como él. ¿Cómo es que ves una pajita de nada en el ojo de tu hermano, y no te das cuenta de que tienes toda una viga en el tuyo? ¿Cómo te atreves a decirle a tu hermano que te deje quitarle la pajita del ojo, cuando ni siquiera ves, porque tienes el tuyo tapado por una viga? Tu fallo consiste en no aplicarte lo que les dices a los demás. Empieza por quitarte la viga que tienes en el ojo, y entonces podrás ver con claridad para quitarle a tu hermano la pajita que tiene en el suyo. Un buen árbol no produce mal fruto, ni tampoco produce buen fruto un árbol que está podrido. Se puede decir qué clase de árbol es por el fruto que da. ¿A que no se cogen higos en los espinos, ni se vendimian uvas en las zarzas? Un hombre que es bueno saca cosas buenas del buen depósito de su corazón; y un hombre malo, cosas malas. Lo que habla una persona es lo que rebosa de lo que tiene en el corazón.

Este pasaje parece una serie de dichos aislados. Esto puede ser por dos razones. Puede ser que Lucas haya recogido aquí cosas que Jesús dijo en diferentes ocasiones, y nos las dé como un compendio de reglas acerca de la vida. O puede ser que tengamos aquí un ejemplo de una manera de enseñar típicamente judía. Le llamaban *jaraz*, que quiere decir *ensartar perlas*. Los rabinos decían que un predicador no debe detenerse más de dos minutos en cada asunto, sino que debe pasar pronto de uno a otro para mantener el interés. Por eso la manera de predicar de los judíos nos parece deshilvanada.

Los temas de este pasaje se agrupan naturalmente en cuatro partes.

(i) Versículos 39 y 40. Jesús señala que un profesor no puede guiar a sus alumnos más allá de donde haya llegado él. Aquí tenemos una doble advertencia. En nuestro discipulado tenemos que buscarnos el mejor profesor, porque será el único que nos pueda guiar más y más lejos. Nadie puede enseñar lo que no sabe.

(ii) Versículos 41 y 42. Aquí tenemos un ejemplo del humor de Jesús. Al trazar la escena del hombre con una viga en el ojo tratando de sacarle una pajita del suyo a un vecino, Jesús debe haber tenido una sonrisa en los labios. Quería decir que no tenemos derecho a criticar a otros a menos que no tengamos ninguna falta. Eso quiere decir sencillamente que nunca tenemos derecho a criticar a los demás, porque «hay tanto malo en el mejor de nosotros y tanto bueno en el peor de los otros que no nos corresponde a nosotros sacarle faltas a nadie», como ha dicho alguien.

(iii) Los versículos 43 y 44 nos recuerdan que no se puede juzgar a nadie más que por sus obras. Se le decía a un maestro: < No puedo oír lo que me dices porque estoy escuchando lo que haces. > Enseñar y predicar es impartir < verdad por medio de la personalidad. > Las palabras bonitas no pueden tomar el lugar de las buenas obras. Eso viene muy a cuento hoy en día. Tenemos miedo de ideologías y de sectas extrañas; pero debemos darnos cuenta de que no las derrotaremos escribiendo libros o celebrando congresos; la única manera de demostrar la superioridad del Evangelio es mostrando en nuestras vidas que es el único poder que puede producir hombres y mujeres mejores.

(iv) Versículo 45. Jesús nos recuerda que las palabras que afloran a nuestros labios son en última instancia el producto de nuestro corazón. Nadie puede hablar de Dios con sentido a menos que tenga en el corazón el Espíritu de Dios. Nada revela el estado de un corazón humano tanto como lo que dice cuando no está midiendo cuidadosamente las palabras; cuando dice lo primero que se le ocurre. Si preguntamos dónde está un sitio, alguien nos dirá que está cerca de tal *iglesia*; otro, que está cerca de tal *cine*; otro, que está cerca de tal *campo de fútbol*; otro, que está cerca de tal *bar*. La respuesta a una pregunta casual muestra a menudo hacia dónde se vuelven naturalmente los pensamientos de una persona, y cuáles son sus intereses. Lo que decimos nos delata.

EL ÚNICO CIMIENTO SEGURO

Lucas 6:46-49

-¿Por qué me llamáis «Señor, Señor», y no hacéis lo que os digo? -siguió diciendo Jesús-. Os voy a decir a quién se parece uno que viene a conocerme, y que atiende a mis palabras, y las pone en práctica: se parece a uno que quiere hacerse una casa, y empieza por cavar bien hondo hasta encontrar la roca, y allí es donde pone el cimiento. Cuando se produce una riada, y el agua alcanza hasta la casa, no le causa ningún daño, porque estaba bien y firmemente construida. Pero al hombre que escucha mis enseñanzas, pero no las pone por obra, a ése le comparo yo con el que hace su casa sin cimientos; que, cuando la alcanza la riada, se derrumba y se pierde por completo.

Para tener una idea más completa de esta parábola tenemos que leer también la versión de Mateo (7:24-27). En la versión de Lucas parece que la riada no viene a cuento; tal vez es porque Lucas no era natural de Palestina, y no tenía una idea muy clara

de la escena; mientras que Mateo, que sí era de Palestina, la conocía muy bien. En verano, muchos valles presentan el lecho arenoso totalmente seco; pero en invierno, después de las lluvias de septiembre, vuelve el torrente con toda su fuerza. Puede ser que alguien que estaba buscando dónde hacerse la casa vio ese espacio libre y se decidió a construir en él, descubriendo para su mal cuando llegó la época de las lluvias que el río también volvía a su cauce, y se llevaba la casa. Un hombre sensato habría buscado la roca, para lo cual habría tenido que realizar más trabajo; pero, cuando llegara el invierno, se vería que no había sido en vano, porque la casa permanecería segura en su sitio. En cualquiera de las dos versiones queda clara la enseñanza de que es importante que nuestra vida tenga una cimentación firme. Y la única que lo es de verdad es la obediencia a las enseñanzas de Jesús.

¿Qué le hizo al segundo hombre escoger tan insensatamente el sitio para su casa?

(i) Quería *ahorrarse trabajo*. No quería molestarse en cavar hasta encontrar la roca. La arena era mucho más atractiva y menos trabajosa. Puede que sea más fácil seguir nuestro camino que el de Jesús, pero al final acabaremos en la ruina. El camino de Jesús es el de la seguridad aquí y en el más allá.

(ii) No tenía *previsión*. No se le ocurrió pensar cómo estaría aquel lugar seis meses después. En todas las decisiones de la vida hay un corto plazo y un largo plazo. Feliz el que no se juega el bien futuro por el placer presente. Feliz el que ve las cosas, no a la luz del momento, sino a la luz de la eternidad.

Cuando aprendemos que lo que cuesta más suele ser lo que más vale la pena, y que la previsión es mejor que la improvisación, descubrimos que lo mejor es construir la vida sobre el cimiento firme de las enseñanzas de Jesús, porque no habrá adversidad que la haga vacilar.

LA FE DE UN SOLDADO

Lucas 7:1-10

Cuando Jesús acabó de decirle al pueblo todo lo que quería enseñarle, se fue a Capernaum. Había allí un centurión romano que tenía un esclavo al que quería mucho, que estaba gravemente enfermo y a punto de morir. Cuando oyó hablar de Jesús, le envió un grupo de judíos respetables para pedirle a Jesús que fuera a su casa y le salvara la vida a su esclavo. Ellos se dirigieron a Jesús sin pérdida de tiempo para transmitirle el ruego del centurión, y añadieron:

-Se merece que le hagamos este favor, porque nos tiene afecto a los judíos y nos ha construido una sinagoga.

Jesús se puso en camino con ellos, y no estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le mandó a unos amigos suyos con otro recado:

-Señor, no te molestes en venir, porque no me merezco que entres en mi casa; y si no me he puesto en contacto contigo personalmente ha sido porque no me considero digno. Lo único que te ruego es que des la orden para que mi esclavo se ponga bien. Yo también sé lo que es la disciplina militar, y tengo soldados a mis órdenes. Si le digo a uno que vaya, va; y a otro que venga, y viene; y a un esclavo que haga algo, y lo hace.

Jesús se llenó de admiración cuando oyó aquello, y se volvió a la gente que le seguía para decirles:

- ¡Os aseguro que no he encontrado a nadie que tuviera tanta fe en el pueblo de Israel!

Cuando los mensajeros llegaron a la casa se encontraron con que el esclavo ya estaba completamente restablecido.

El personaje central de esta historia es un centurión romano. No era un hombre cualquiera.

(i) El mero hecho de que *fuera un centurión* indica que no era un cualquiera. El centurión equivalía entonces al coronel de ahora; los centuriones eran la columna vertebral del ejército romano. Todos los centuriones que aparecen en el Nuevo Testamento eran personas respetables (cp. *Lucas 23:47; Hechos 10:22; 22:26; 23:17, 23, 24; 24:23; 27:43*). El historiador Polibio nos describe las cualidades de un centurión: «Debe ser, más que un militar temerario, uno que es capaz de mandar a la tropa, firme en la acción y de confianza; no demasiado dispuesto a entrar en combate, pero cuando es necesario debe estarlo a defender su posición y a morir en su puesto.» El centurión tenía que ser un hombre especial, o no habría podido conservar su puesto.

(ii) *Tenía una actitud muy poco corriente con su esclavo.*

Amaba a su esclavo, y habría hecho lo que fuera necesario para salvarle la vida. La ley romana definía al esclavo como una herramienta viva; no tenía derechos; su amo le podía maltratar y matar si quería. Un escritor romano recomienda a los terratenientes que pasen revista a sus aperos todos los años, y que tiren los que ya están, v'os o inservibles, y que hagan lo mismo con los esclavos. Era corriente abandonar a los esclavos para que se murieran cuando ya no rendían en el trabajo. Pero la actitud de este centurión era fuera de lo corriente.

(iii) *Era un hombre profundamente religioso.* Tiene que haber tenido más que un interés superficial para construir una sinagoga. Es verdad que los romanos consideraban que la religión era buena para mantener a la gente en orden; la consideraban como el opio del pueblo. Augusto recomendaba que se construyeran sinagogas por esa razón. El historiador Gibbon dice en una frase famosa: < Todas las formas de religión que existían en el Imperio Romano, la gente las consideraba como igualmente verdaderas; los filósofos, como igualmente falsas, y los magistrados como igualmente útiles. » Pero este centurión no era un administrador cínico, sino un hombre sinceramente religioso.

(iv) *Tenía una actitud muy poco corriente hacia los judíos.*

Si los judíos despreciaban a los gentiles, los gentiles odiaban a los judíos. El antisemitismo no es nada nuevo. Los romanos decían que los judíos eran una raza asquerosa, y consideraban su religión como una superstición bárbara; hablaban del odio que tenían los judíos a toda la raza humana; acusaban a los judíos de adorar a una cabeza de burro y de sacrificarle todos los años a un gentil. Es verdad que muchos gentiles, cansados de los muchos dioses y de la baja moralidad del paganismo, habían aceptado la doctrina judía de un solo Dios y la ética judía austera; pero el trasfondo de este relato implica un sincero lazo de amistad entre el centurión y los judíos.

(v) *Era un hombre humilde.* Sabía muy bien que a un judío estricto le prohibía su ley entrar en la casa de un gentil (*Hechos 10:28*), de la misma manera que le estaba prohibido dejar entrar a un gentil en su casa o tener ningún trato con él. Por eso no fue directamente a Jesús, sino que les pidió ese favor a sus amigos judíos. Este hombre tan acostumbrado a mandar era sorprendentemente humilde en presencia de la verdadera grandeza.

(vi) *Era un hombre de fe.* Y su fe estaba basada en los argumentos más sanos. Razonaba del aquí y ahora al allí y entonces, de su propia experiencia a Dios. Si su autoridad producía resultados, ¡cuánto más los produciría la de Jesús! Tenía la perfecta confianza del que mira hacia arriba y dice: «Señor, yo sé que puedes hacerlo.» Si tuviéramos una fe así, nos sucederían milagros y la vida sería nueva.

LA COMPASIÓN DE JESÚS

Lucas 7:11-17

Poco después, Jesús fue a un pueblo que se llamaba Naín, en compañía de muchos de sus discípulos y de una gran cantidad de seguidores.

Cuando ya estaba cerca de la entrada del pueblo - ¡fijaos!- se encontró con una comitiva de entierro; el que había muerto era el hijo único de una mujer viuda, a la que acompañaban muchos del pueblo.

Al Señor le dio mucha pena verla así, y le dijo:

No llores más.

Y entonces se puso delante de la comitiva, y puso la mano en el féretro, de forma que los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo:

- ¡Joven, te estoy hablando a ti, levántate!

Al instante, el que había estado muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo devolvió a su madre. Todos los presentes estaban llenos de santo temor, y se pusieron a dar gracias a Dios y a decir:

- ¡Ha aparecido entre nosotros un gran profeta como los antiguos! ¡Dios ha intervenido en ayuda de su pueblo!

La noticia de lo que había sucedido se fue extendiendo por toda Judea y por las tierras de alrededor.

En este pasaje, como en el inmediatamente anterior, el que hace el relato es el médico Lucas. En el versículo 10 nos había aparecido un término médico que traducimos como *completamente restablecido*, que indica una total curación *de la cabeza a los pies*. En el versículo 15, la palabra para *sentarse* corresponde al término médico que se usa para *estar sentado en la cama*. Naín estaba a un día de camino de Cafarnaúm, entre Endor y Sunén, donde Eliseo había resucitado al hijo de otra madre (2 Reyes 4:18-37). Hasta el día de hoy, a diez minutos andando desde Endor hay un cementerio de tumbas hechas en la roca.

En muchos sentidos ésta es la historia más bonita de los evangelios.

(i) Nos habla *del dolor y de la angustia de la vida humana*. La procesión fúnebre iría precedida por una banda de plañideros profesionales, con flautas y címbalos, lanzando sus gritos y lamentos en un verdadero frenesí; pero todo el dolor inmemorial del mundo se encierra en la austera frase «hijo único de una mujer viuda.» «Nunca se pasa del crepúsculo matutino al vespertino sin que se quiebre de dolor algún corazón.» Como dice Shelley en su lamento por Keats,

*Mientras los cielos estén azules y los campos verdes,
la tarde introduzca a la noche, y la noche espere al mañana;
un mes seguirá a otro con dolor
y un año a otro año con duelo.*

El poeta latino Virgilio dedica una frase inmortal a «las lágrimas de las cosas» -*sunt lacrimae rerum*. Vivimos en un mundo de corazones rotos.

(ii) A lo patético de la vida Lucas superpone *la compasión de Cristo*. A Jesús se le conmovió el corazón. No hay una palabra más fuerte en griego para la compasión que la que una y otra vez se aplica en los evangelios a Jesús (*Mateo 14:14; 15:32; 20:34; Marcos 1:41; 8:2*).

Para el mundo antiguo esto tiene que haber sido sumamente sorprendente. La filosofía más noble de la antigüedad era el estoicismo, y los estoicos creían que la característica principal de Dios era *la apatía, la incapacidad para sentir*. Y lo razonaban diciendo que, si alguien puede hacer que otro esté triste o apesadumbrado, alegre o gozoso, eso quiere decir que, al menos por un momento, puede influir en el otro, es mayor que él. Ahora bien, nadie puede ser mayor que Dios; por tanto, nadie puede producirle a Dios un sentimiento; por tanto, Dios es incapaz de sentir.

Pero aquí se le presentaba al hombre antiguo la sorprendente idea de Uno que era el Hijo de Dios, cuyo corazón se conmovía de piedad. La frase del profeta de que «en toda angustia de ellos Él fue angustiado» se cumple en el Hijo de Dios hecho «Varón de dolores, experimentado en quebranto» (*Isaías 63:9; 53:3*). Para muchos de nosotros esa es la revelación más preciosa del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

(iii) A la compasión de Jesús añade Lucas *el poder de Jesús*. Jesús fue y tocó el féretro. No sería un ataúd, porque no se usaban entonces, sino una especie de espuerta suficientemente grande para llevar el cadáver a la tumba. Fue un momento dramático; como dice un gran comentarista, «Jesús reclamó para sí al que la muerte había asido como su presa.» Jesús no es sólo el Señor de la vida; es también el Señor de la muerte, porque la ha vencido y ha triunfado del sepulcro, y ha prometido que, porque Él vive, los suyos vivirán también (*Juan 14:19*).

LA PRUEBA FINAL

Lucas 7:18-30

Los discípulos de Juan el Bautista le llevaban noticias a Jesús de todo lo que iba sucediendo. Una vez, Juan llamó a dos de sus discípulos y se los envió a Jesús para que le preguntaran: «¿Eres tú el Mesías que había de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?» Y cuando ellos llegaron adonde estaba Jesús, le dijeron:

Juan el Bautista nos ha mandado para que te preguntemos: «¿Eres tú el Mesías que había de venir, o tenemos que seguir esperando a otro?»

En aquel momento-Jesús curó a muchos que padecían enfermedades o dolencias o bajo la influencia de malos espíritus, y les devolvió la vista a muchos que estaban ciegos.

- ¡Id a contarle a Juan todo lo que habéis oído y visto! Decidle que los ciegos, ven; los cojos, andan; los leprosos vuelven a estar limpios; los sordos, oyen; los muertos, resucitan, y los pobres escuchan la Buena Noticia. ¡Bendito sea el que no se escandaliza de mí!

Cuando los mensajeros se fueron, Jesús se puso a hablar de Juan a los muchos que estaban escuchándole:

- ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Era lo que se ve en el desierto todos los días, las hierbas altas que se doblan con el viento? Si no era eso, ¿qué es lo que fuisteis a ver? ¿A uno que iba vestido de ropas delicadas y distinguidas? ¡Los que visten así, y viven en lujos, están en los palacios reales! Pues entonces, ¿qué fue lo que salisteis a ver? ¿Era un profeta? ¡Sí, os lo digo yo, y más que un profeta! Él era el que estaba anunciado en las Escrituras: «¡Atención! Te mando mi mensajero por delante para que te vaya preparando el camino por donde has de pasar.» Os aseguro que no ha surgido nadie entre los mortales en la Historia de la Humanidad que haya sido una figura más importante que Juan el Bautista; pero también os digo que el más pequeñito en el Reino de Dios es más que él. Y toda la gente, y hasta los publicanos que le oyeron, le dieron la razón a Dios y se bautizaron con el bautismo de Juan; pero los fariseos y los escribas, al no aceptar el bautismo de Juan, rechazaron lo que Dios tenía para ellos.

Juan le envió mensajeros a Jesús para preguntarle si era Él el Mesías o si tenían que seguir esperando a otro.

(i) Este episodio ha preocupado a muchos, que se han sorprendido de que pareciera que Juan dudaba de Jesús. Se han propuesto varias soluciones.

(a) Se ha sugerido que Juan dio ese paso, no para sí mismo, sino por causa de sus discípulos. Él estaba suficientemente seguro; pero tal vez ellos no lo estaban tanto, y necesitaban una prueba irrefutable.

(b) Se ha sugerido que lo que quería Juan era animar a Jesús, porque creía que era el momento de que entrara en acción de una manera definitiva.

(c) La explicación más sencilla es la mejor. Figuraos cómo se encontraba Juan: era un hombre del desierto y de los espacios abiertos, y estaba encerrado en una mazmorra del castillo de Maqueronte. Una vez, uno de los Macdonald, los jefes del Norte de Escocia, estaba preso en una celda del castillo de Carlisle en la que no había más que una ventana pequeña. Hasta ahora se pueden ver en la roca arenisca las marcas de las manos y los pies que dejó el prisionero al encaramarse y colgarse del alféizar de

la ventana día tras día para mirar, con una nostalgia infinita, las colinas y los valles que no habría de recorrer nunca más. Encerrado en una celda entre estrechas paredes, Juan se hacía muchas preguntas porque el cruel cautiverio le ahogaba el corazón.

(ii) Fijémonos en la prueba que Jesús le ofreció. Le indicó hechos. Los enfermos, los dolientes y los pobres humildes estaban experimentando el poder de Dios y escuchando la Buena Noticia. Esa no era la respuesta que muchos judíos habrían esperado. Si Jesús era el Mesías, el Rey ungido de Dios, habrían esperado: < Mis ejércitos están en marcha. Cesarea, el cuartel general de los romanos, está a punto de caer. Se están borrando del mapa los pecadores. El juicio ha comenzado. > Pero lo que le dijo Jesús fue: < La misericordia de Dios está aquí. > Esa era la respuesta a Juan, que tal vez otros no habrían sabido comprender. Era más clara que un < sí > rotundo. Está claro que Juan conocía las Escrituras, y esperaba y anunciaba a un Mesías que cumpliría las profecías del < Siervo de Jehová >, y que sería < El Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo. > Y Jesús le dice que se están cumpliendo las señales por las que los profetas habían anunciado que se reconocería al Mesías. Donde se mitiga el dolor y la tristeza se cambia en gozo, donde se destierran el sufrimiento y la muerte, allí está manifestándose el Reino de Dios. La respuesta de Jesús fue: < ¡Volved a Juan a decirle que el amor de Dios está aquí! >

(iii) Cuando ya se habían ido los mensajeros de Juan, Jesús le dedicó el mayor elogio imaginable. Las multitudes habían salido al desierto para ver y oír a Juan, que no era precisamente una caña que se meciera al viento. Eso podía querer decir una de dos cosas.

(a) Nada era más corriente a orillas del Jordán que un junco que se doblara por la fuerza del viento. Era una frase proverbial que indicaba las cosas normales. Puede querer decir que la gente no fue al desierto para ver algo vulgar y corriente.

(b) Puede querer decir algo vacilante. Juan no era un hombre que se plegara ante las circunstancias o los poderosos de este mundo como un junco, sino inamovible como un árbol recio y fuerte.

Tampoco habían salido al desierto a ver a un tipo delicado y vestido de seda como los cortesanos de los palacios.

Entonces, ¿qué era lo que salieron a ver?

(a) El primer lugar, Jesús hace el más grande elogio de Juan. Los judíos esperaban que apareciera un gran profeta del pasado, Elías, para preparar el camino y anunciar la llegada del Rey ungido de Dios (*Malaquías 4:5*). Juan fue ese heraldo del Altísimo. Jesús le coloca por encima de todas las grandes figuras de la historia de Israel y del mundo, entre los que se encuentran hombres como Abraham y Moisés, que los judíos consideraban insuperables y aun incomparables.

(b) En segundo lugar, Jesús reconoce claramente las limitaciones de Juan al decir que el más pequeñito en el Reino de Dios es mayor que él. ¿Por qué? Algunos han dicho que porque Juan dudó en su fe, aunque fuera sólo por un momento. Pero no es por eso, sino porque Juan estaba antes de la línea divisoria de la Historia. Desde que Juan hizo su proclamación, Jesús había venido; la eternidad había invadido el tiempo, y el Cielo la Tierra; Dios había venido en la persona de su Hijo, y la vida ya no podía ser la misma. Ponemos la fecha de todo lo que ha sucedido diciendo *antes de Cristo* (a.C.) o *después de Cristo* (d.C.). Jesús es el que divide la Historia. Por tanto, a todos los que vivimos después de su venida y le recibimos se nos ha concedido una bendición mayor que a los que vivieron antes. La entrada de Jesús en el mundo divide en dos el tiempo y toda la vida. Si alguno está en Cristo, es una nueva creación (*2 Corintios 5:17*).

Como dijo el mártir cristiano Bilney: < Cuando leí que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, fue como si la oscuridad de la noche se hubiera convertido de pronto en luz del día. >

LA PERVERSIDAD DE LOS HOMBRES

Lucas 7:31-35

-Pero los fariseos y los escribas, al no aceptar el bautismo de Juan, rechazaron lo que Dios tenía para ellos -siguió diciendo Jesús-. ¿Con quién se podrían comparar los de estos tiempos? ¿A quién se parecen? Yo diría que son como los chiquillos que se ponen a jugar en la plaza del pueblo, y que se chillan unos a otros: «¡Nos pusimos a tocar la flauta, y no quisisteis bailar; y luego empezamos a jugar a entierros, y tampoco os dio la gana de ponerlos de duelo!» Vino Juan el Bautista, que llevaba una vida ascética, y dijisteis: «¡Está endemoniado!» Y vengo yo, que disfruto de la vida como otro cualquiera, y decís: «¡Vaya comilón y borrachín que nos ha caído! Y encima, amigo de publicanos renegados y de otra gente de mal vivir con la que no se relacionaría ningún judío decente. Pero los sabios reconocen , a la sabiduría.

Este pasaje contiene dos grandes advertencias.

(i) Nos expone los peligros del libre albedrío. Los escribas y los fariseos habían conseguido hacer fracasar el plan que Dios tenía para ellos. La maravillosa verdad del Evangelio es que Dios no se impone por fuerza, sino que se ofrece por amor.

Ahí es donde podemos vislumbrar el dolor de Dios. Siempre es la gran tragedia del amor el ver a una persona amada que ha escogido el mal camino, y ver lo que hubiera podido ser. Es el mayor dolor de la vida. Como ha dicho alguien: < De todas las palabras tristes que captan el ojo o el oído, las más tristes de todas son "pudiera haber sido". »

La tragedia de Dios también es el < pudiera haber sido » de la vida. Como dice G. K. Chesterton: < Dios había escrito, no tanto un poema, como una comedia; una comedia que había concebido perfecta, pero que tuvo que dejar por necesidad a directores y actores humanos, que la han convertido en una tragedia. » Que Dios nos libre de hacer de la vida un naufragio y producirle dolor de corazón al usar nuestra libertad para frustrar sus propósitos.

(ii) Nos expone la perversidad humana. Juan había venido, viviendo con la austeridad de un ermitaño, y los escribas y los fariseos habían dicho que era un loco excéntrico, y que algún demonio le había sorbido el coco. Jesús había venido, viviendo la vida de la gente y participando de sus actividades, y se burlaban de Él diciendo que le gustaban demasiado los placeres terrenales. Todos tenemos una idea de cómo se comportan los niños cuando todo les parece mal y nada les interesa. El corazón humano se puede perder en una perversidad tal que todas las llamadas de Dios le producirán un descontento pueril.

(iii) Pero hay unos pocos que responden; y «los hijos de la sabiduría» le dan la razón a la sabiduría de Dios. Los hombres pueden usar mal su libertad para frustrar los propósitos de Dios; o, en su perversidad, hacerse ciegos y sordos a todas sus llamadas. Si Dios hubiera usado una fuerza coercitiva y encadenado al hombre a una voluntad a la que no pudiera resistirse, el mundo estaría poblado por autómatas, y tal vez todo estaría en perfecto orden; pero Dios escogió el peligroso camino del amor, y el amor acabará triunfando.

EL AMOR DE UNA PECADORA

Lucas 7:36-50

Uno de los fariseos invitó a Jesús a una comida, y Él fue a la casa y se acomodó a la mesa.

Había en aquel pueblo una mujer de mala vida que, cuando se enteró de que Jesús estaba invitado a comer en casa del fariseo, tomó un frasquito de alabastro lleno de esencia y se puso a los pies de Jesús, que estaba reclinado en el sofá. En seguida se puso a llorar de tal manera que le corrían las lágrimas por los pies de Jesús, y ella se los secaba con los cabellos mientras se los cubría de besos y con el perfume que había traído.

Cuando vio aquello el fariseo que había invitado a Jesús, se dijo para sus adentros:

-Este ni es profeta ni es nada, porque ni siquiera se ha dado cuenta de la clase de mujer que le está tocando, que es una de éstas.

-Simón -le dijo Jesús-, te quiero decir una cosa.

-Di todo lo que quieras, Maestro -le contestó Simón.

-Había una vez un acreedor al que dos hombres le debían dinero -empezó a contar Jesús-. El uno le debía quinientas mil pesetas, y el otro, cincuenta mil; y como ninguno de los dos tenía para devolvérselo, les perdonó la deuda a los dos. Dime, Simón: ¿Cuál de los dos crees tú que le amará más?

-Pues, supongo que el que debía más y se le perdonó.

-Eso es lo más-razonable -dijo Jesús; y añadió, volviéndose a la mujer-: ¡Fíjate en esta mujer! Cuando entré en tu casa, tú no me ofreciste agua para lavarme los pies; pero esta mujer me ha regado los pies con lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú tampoco me diste el beso de bienvenida; pero esta mujer,

desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú tampoco me diste nada para el pelo; pero esta mujer me ha perfumado los pies con esencia. Por todo lo cual te digo que tienen que haber sido muchos los pecados que se le han perdonado, porque da muestras de un gran amor. Pero está claro que el que cree que no necesita gran cosa de perdón, no ama gran cosa.

Y entonces se dirigió a la mujer y le dijo:

-Tus pecados se te han perdonado.

-¿Quién se ha creído que es éste, que hasta perdona los pecados? -empezaron a decirse los otros invitados unos a otros. Pero Jesús le dijo a la mujer:

-La fe ha sido tu salvación. ¡Vete, y que Dios te bendiga!

Esta escena es tan real, que le hace pensar a uno que Lucas tiene que haber sido un artista.

(i) La escena tiene lugar en el patio de la casa del fariseo Simón. Las casas de la gente acomodada se levantaban alrededor de un patio abierto que parecía una placita. A menudo había en el patio un jardín y una fuente; y allí era donde se comía en los días de calor. Era costumbre que, cuando se había invitado a un rabino, viniera toda clase de gente, nadie se lo impedía, para escuchar las perlas de sabiduría que salían de sus labios. Así se explica la presencia de la mujer.

Cuando entraba un invitado en una casa así, era comente que se hicieran tres cosas. (a) El anfitrión le ponía la mano en el hombro al huésped y le daba un beso de paz. Esa era una señal de respeto que jamás se omitía en el caso de un rabino distinguido. (b) Los caninos eran de tierra, polvorientos, y el calzado no era más que suelas sujetas al pie con correas, y por eso se le echaba agua en los pies al huésped para limpiárselos y refrescárselos. (c) O bien se quemaba un poquito de incienso, o se le echaba un poco de esencia de rosas al invitado en la cabeza. Eran cosas que exigían los buenos modales, pero que no se cumplieron en este caso.

En el Oriente, los comensales no se sentaban, sino- se reclinaban ante la mesa, en sofás bajos, apoyándose en el brazo izquierdo para dejar libre el derecho para comer. Tenían los pies extendidos hacia fuera, y se quitaban las sandalias durante la comida. Así se comprende cómo llegó la mujer a los pies de Jesús.

(ii) Simón era fariseo, es decir, uno de los *separados*. ¿Por qué invitó a Jesús a comer en su casa? Hay tres posibles razones.

(a) Es posible que fuera simpatizante y admirador de Jesús, porque no todos los fariseos eran sus enemigos (*cp. Lucas 13:31*); pero la atmósfera de falta de cortesía lo hace improbable.

(b) Es posible que Simón invitara a Jesús con la intención de pillarle alguna palabra o acción para delatarle ante las autoridades. Es posible que Simón fuera un *agent provocateur*. Tampoco esto parece probable, porque Simón le da a Jesús el título de rabí en el versículo 40.

(c) Lo más probable es que Simón fuera un coleccionista de celebridades, y que hubiera invitado a comer al discutido joven galileo con un despectivo paternalismo. Esto explicaría la mezcla de cierto respeto con la omisión de los detalles de cortesía.

(iii) La mujer era conocida por su mala vida, y lo más probable es que fuera prostituta. Seguramente había oído a Jesús desde el borde de la multitud, y había creído que Él podía tenderle la mano para sacarla del cieno. Llevaba alrededor del cuello, como todas las mujeres judías, un frasquito de alabastro que contenía esencia, que era algo bien costoso. Se lo quería derramar a Jesús en los pies, porque era todo lo que podía ofrecerle. Pero, cuando le vio, no pudo contener las lágrimas, que literalmente le regaron los pies. El aparecer en público con el pelo suelto era una señal de desvergüenza en una mujer judía. Las jóvenes se sujetaban el pelo el día de su boda, y ya no volvían a llevarlo suelto nunca más en público. El hecho de que esta mujer se lo soltara fue señal de hasta qué punto se había olvidado de todo el mundo menos de Jesús.

Esta historia revela el **contraste entre dos actitudes de mente y de corazón.**

(i) Simón no se reconocía necesitado de nada, y por tanto no sentía amor. Se consideraba un hombre bueno y respetable a los ojos de los demás y de Dios.

(ii) La mujer reconocía su suprema necesidad, y por tanto estaba inundada de amor hacia el Que podía suplirla, y por eso recibió el perdón.

Lo único que nos cierra a la salvación de Dios es el sentimiento de nuestra propia suficiencia. Y lo extraño es que, cuanto más buena es una persona, más siente su pecado. Cuando Pablo habla de los pecadores, añade: «de los cuales yo soy el primero» (1 *Timoteo 1:15*). Francisco de Asís decía: «No hay en todo el mundo un pecador más desgraciado y miserable que yo.» Es verdad que el peor pecado es no tener conciencia de pecado; pero el sentimiento de la necesidad abre la puerta al perdón de Dios, porque Dios es amor, y la mayor gloria del amor es que se sienta su necesidad.

DE CAMINO

Lucas 8:1-3

Después de aquello, Jesús fue recorriendo todos los pueblos y aldeas, predicando y proclamando la Buena Noticia del Reino de Dios. Los Doce le acompañaban; y también un grupo de mujeres a las que Jesús había sanado de malos espíritus y de enfermedades. Entre ellas estaban: María, a la que todos llamaban la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, que era la mujer de Cusa, uno de los secretarios de hacienda del rey Herodes; Susana, y otras muchas, que contribuían con su dinero a subvenir a las necesidades de Jesús y sus compañeros.

El tiempo que veíamos que se acercaba, ya ha llegado: Jesús está siempre de camino. Ya no le están abiertas las sinagogas, como antes. Jesús había empezado, como si dijéramos, en la iglesia, donde esperaba encontrar una audiencia interesada y receptiva cualquiera que llegara con un mensaje de Dios. En vez de la bienvenida, se había encontrado con la oposición; en vez de personas deseosas de escuchar, se había encontrado con los escribas y los fariseos acechándole para delatarle; así es que ahora salió a los caminos abiertos, a las colinas y a la orilla del lago.

(i) Una vez más nos encontramos con un hecho que ya nos ha salido. Este pasaje nombra a un grupito de mujeres que ayudaban a Jesús con su dinero. Se consideraba una obra piadosa el sostener a un rabino, y el hecho de que los fieles seguidores de Jesús le ayudaran de este modo no era nada insólito. Pero, como ya hemos notado con los discípulos, no

podemos por menos de sorprendernos de lo diferentes que eran entre sí estas mujeres. Entre ellas se encontraba María

Magdalena, así llamada porque era del pueblo de Magdala, de la que Jesús había echado a siete demonios; está claro que había tenido un pasado tenebroso y terrible. Estaba Juana, que era la mujer de Cusa, el *epítropos* de Herodes. Los reyes tenían muchas fuentes de ingresos y propiedades privadas, y el

epítropos era el funcionario que se cuidaba de los intereses financieros del rey. En el Imperio Romano, el mismo emperador tenía sus *epítropoi* para salvaguardar sus intereses hasta en las provincias gobernadas por procónsules nombrados por el senado. Eran funcionarios de la mayor confianza e importancia. Es sorprendente encontrarse con María Magdalena, con su pasado tenebroso, en la misma compañía que Juana, la dama de la corte.

Es sencillamente maravilloso que Jesús pueda conseguir que vivan en armonía personas de lo más diferentes, sin que ninguna pierda en lo más mínimo su personalidad o sus cualidades. G. K. Chesterton escribe acerca del pasaje en el que se nos dice que el león se acostará con el cordero: «Pero acordaos de que este texto se interpreta muy a la ligera. Se suele

dar por sentado... que, cuando el león se acuesta con el cordero, el león se vuelve como el cordero. Pero eso sería una anexión y un imperialismo brutales por parte del cordero. Eso sería sencillamente que el cordero absorbe al león en vez de que el león se coma al cordero. El verdadero problema es: ¿Puede el león acostarse con el cordero, y seguir reteniendo su regia ferocidad? *Ese* es el problema que se plantea la Iglesia; *ese* es el milagro que logró.» No hay nada que la iglesia necesite más que el uncir en el mismo yugo los diversos temperamentos y cualidades de personas diferentes. Si estamos fallando es culpa nuestra, porque en Cristo puede hacerse, ¡y se ha hecho!

(ii) En este grupo de mujeres tenemos algunas cuya ayuda era práctica. Como eran mujeres, no se les permitiría predicar; pero aportaban lo que tenían. Había una vez un viejo zapatero que había querido hacerse pastor, pero no se le había presentado la oportunidad. Era amigo de un seminarista; y cuando instalaron a éste en una iglesia, su amigo zapatero le pidió un favor: que le dejara hacerle siempre los zapatos, para que pudiera pensar que el predicador estaba usando sus zapatos en el púlpito al que él nunca podría subir.

No es siempre el que más se ve el que hace lo más importante. Muchas personas importantes en la vida pública no podrían cumplir con su trabajo ni una semana si no fuera por la ayuda que los respalda en casa. No hay don que no se pueda usar en el servicio de Cristo. Muchos de sus servidores más valiosos están en el trasfondo, invisibles pero esenciales a la causa.

EL SEMBRADOR Y LA SEMILLA

Lucas 8:4-15

Se iba reuniendo un gentío impresionante, y de un pueblo tras otro no dejaba de venir gente a Jesús. Y Él les contó una parábola:

-Un sembrador salió a sembrar su campo: Conforme iba sembrando, una parte de la semilla cayó al borde del sendero, y la pisaron, o se la comieron los pájaros. Otra parte cayó en la poca tierra que cubría la roca, y se secó tan pronto como empezó a crecer, porque no tenía humedad. Otra parte cayó donde había restos de espinos, y los espinos crecieron al mismo tiempo que la semilla, y la ahogaron. Pero otra parte cayó en buena tierra, y creció bien, y produjo cien veces más de lo que se había sembrado. ¡El que tenga entendederas, que se entere!

Los discípulos de Jesús le preguntaron qué quería decir aquella parábola; y Él se la explicó de la siguiente manera:

A vosotros se os ha concedido penetrar en los secretos del Reino de Dios, porque sois discípulos; pero a los demás no se les puede hablar más que con ejemplos; para que, aunque ven, no comprendan, y aunque oyen, no se enteren. Este es el sentido de la parábola: la semilla es la Palabra de Dios. La semilla que cayó en el sendero se refiere a los que oyen, pero en seguida viene el diablo y arrebatada de sus corazones la Palabra para impedir que crean y se salven. La semilla que cayó en el terreno rocoso representa a los que reciben la palabra con enttts ásmo en cuanto la oyen; pero no tienen raíz; su fe está a merced del momento y, citando se ven expuestos a dificultades, se retiran. La semilla que cayó donde había habido espinos representa a los

que han oído la Palabra, pero luego vuelven a lo de antes, y dejan que las preocupaciones y los negocios y los placeres de la vida les ahoguen la Palabra; la semilla no tiene posibilidad de madurar. Y la semilla que cayó en buena tierra representa a los que reciben la Palabra con una disposición buena e íntegra, no se la dejan arrebatarse y perseveran frente a todo hasta dar fruto.

En esta parábola Jesús se vale de un ejemplo que todos sus oyentes reconocerían. Es probable que hasta estuvieran viendo entonces a algún sembrador que estaba sembrando su campo mientras Jesús hablaba.

La parábola nos presenta cuatro clases de terreno.

(i) Las parcelas solían ser más bien alargadas, y estaban separadas por senderos o caminos por los que se podía pasar; cuando la semilla caía en esa parte pisoteada y endurecida no tenía posibilidad de penetrar en el suelo.

(ii) Estaba el suelo rocoso, que no quiere decir aquí un sitio lleno de piedras, sino un terreno que no era más que una capita de tierra por encima de una lancha de roca caliza. Allí no había humedad ni nutrientes, así es que la planta, si nacía, pronto se secaba y moría.

(iii) El terreno que se llenó de espinos parecía entonces estar bastante limpio. Se puede hacer que un terreno *parezca* limpio simplemente labrándolo; pero quedaban allí las semillas de los espinos y las raíces fibrosas de las malas hierbas. Las buenas y las malas semillas crecieron juntas; pero las malas eran más fuertes y ahogaron a las buenas.

(iv) El buen terreno era profundo, y estaba limpio y bien labrado.

Los versículos 9 y 10 siempre han presentado problemas. Parece como si Jesús dijera que hablaba en parábolas para que la gente no le entendiera; pero no podemos creer que ocultara deliberadamente el sentido de su mensaje a sus oyentes. Se han propuesto algunas explicaciones.

(i) *Mateo 13:13* lo expresa de manera un poco diferente.

Dice que Jesús hablaba en parábolas *porque* la gente no podía

ver y entender correctamente. Mateo parece decir que las parábolas no eran para impedir que la gente viera y entendiera, sino para ayudarla a entender.

(ii) Mateo cita inmediatamente después el dicho de *Isaías*, 6: 9-10, que en efecto dice: < Les he hablado la Palabra de Dios, y el único resultado es que no han entendido ni una palabra. > Según esto, el dicho de Jesús puede indicar, no el

objetivo de su enseñanza por parábolas, sino su resultado. (iii) Lo que Jesús realmente quería decir es que la gente puede llegar a ser tan obtusa y dura de mollera que no pueden entender la Palabra de Dios cuando les llega. No es culpa de Dios; es que se han vuelto tan perezosos mentalmente hablando, tan cegados

por los prejuicios, tan indispuestos a ver lo que no quieren ver, que son incapaces de asimilar la Palabra de Dios.

Esta parábola tiene dos interpretaciones.

(i) Se sugiere que quiere decir que la suerte de la Palabra de Dios depende del corazón en el que se siembra.

(a) El sendero endurecido representa la mente cerrada que se niega a recibir la Palabra.

(b) El terreno superficial representa a los que aceptan la Palabra, pero que no la meditan ni se dan cuenta de lo que

implica, y que se retiran cuando llegan los problemas.

(c) El terreno espinoso representa a los que están tan ocupados con otras cosas que desplazan las cosas de Dios de su vida. Debemos recordar siempre que las cosas que le quitan el sitio a lo más alto no tienen que ser malas de necesidad. El peor enemigo de lo mejor es lo que es un poco menos bueno.

(d) El buen terreno representa al corazón bueno. El buen entendedor se caracteriza por tres cosas: la primera es que escucha con atención; la segunda, que guarda lo que oye en su mente y corazón, y lo medita hasta encontrar su sentido para su propia vida; la tercera, que lo lleva a la acción, que traduce lo que ha oído en obras.

(ii) Se sugiere que la parábola es en realidad una advertencia contra la desesperación. Consideremos la situación: a Jesús le

han expulsado de las sinagogas; los escribas y los fariseos y los líderes religiosos estaban en contra suya, y era inevitable que los discípulos se desanimaran. A ellos dirige Jesús la parábola, y es como si les dijera: «Todos los campesinos saben que una parte de su semilla se perderá; no toda crecerá y dará fruto. Pero eso no los desanima hasta hacer que dejen de sembrar, porque saben que, a pesar de todo, la cosecha es segura. S\$ que tenemos nuestros reveses y desánimos; sé que tenemos enemigos y adversarios; pero, no desesperéis: al final, la cosecha es segura.»

Esta parábola puede ser una advertencia acerca de cómo debemos oír y recibir la Palabra de Dios, y un estímulo para desterrar todo desánimo, en la seguridad de que las dificultades no podrán destruir la cosecha de Dios.

LEYES DE VIDA

Lucas 8:16-18

Jesús dijo también:

No se enciende una vela para esconderla debajo de un cacharro o meterla debajo de la cama, sino para ponerla en el candelero para que vean todos los que entran en la casa. No hay nada oculto que no acabe por descubrirse, ni escondido que no acabe sabiéndose y saliendo a la luz. Tened cuidado de cómo oís; porque al que tiene y retiene se le dará más; pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que se cree que tiene.

Aquí tenemos tres dichos, cada uno con su propia advertencia para la vida.

(i) El versículo 16 hace hincapié en el carácter visible de la vida cristiana. El Evangelio es por naturaleza algo que se ha de ver. Es fácil encontrar razones prudentes para no hacer

ostentación de nuestra fe ante los demás. Casi todo el mundo tiene un miedo instintivo a ser diferente; y el mundo siempre acaba persiguiendo a los que no se someten a sus principios.

Cierto escritor nos cuenta lo que le pasaba con las gallinas: en un gallinero, cuando todas las gallinas eran iguales menos una, a ésa le hacían la vida imposible y la picoteaban hasta acabar con ella. Hasta en el reino animal es un crimen ser diferente de los demás.

Pero, aunque nos resulte difícil, se nos impone la obligación de no avergonzarnos de confesar cuyos somos y a quién servimos; y, si lo miramos como es debido, lo consideraremos no un deber sino un privilegio.

Poco antes de la coronación de la Reina Isabel II de Inglaterra, casi todas las casas y las tiendas estaban adornadas con banderitas. Yo iba entonces por un camino vecinal, y me encontré con un campamento gitano. No tenía nada más que una tienda de campaña; pero al lado tenía una bandera inglesa casi tan grande como la misma tienda. Era como si el gitano quisiera decir: «Yo no tengo muchas cosas en este mundo, pero voy a ponerle la bandera a lo que tengo.» El cristiano, aunque sea de posición humilde, nunca debe avergonzarse de su bandera.

(ii) El versículo 17 hace hincapié en la imposibilidad de mantener secretos. Hay tres clases de personas a las que tratamos de ocultarles algo.

(a) Algunas veces tratamos de ocultarnos cosas a nosotros mismos: cerramos los ojos a las consecuencias de ciertas acciones y hábitos, aunque las conocemos de sobra. Es como cerrar los ojos a los síntomas de una enfermedad que sabemos que tenemos. Es una estupidez increíble.

(b) Algunas veces tratamos de ocultarles las cosas a los demás; pero se las agencian para salir a la luz. Una persona con un secreto no puede ser feliz. La persona feliz es la que no tiene nada que ocultar. Se dice que cierto arquitecto se ofreció a hacerle una casa a Platón en la que todas las habitaciones estarían ocultas a la mirada de la gente. «Te daré el doble del dinero -le dijo Platón- si me haces una casa cuyas

habitaciones se puedan ver desde todas partes.» ¡Feliz el que vive así!

(c) Algunas veces tratamos de ocultarle las cosas a Dios. No hay pretensión más imposible. Haremos bien en tener siempre presente el texto que dice: «Tú eres un Dios que ve» (*Génesis 16:13*).

(iii) El versículo 18 expone la ley universal de que el que tiene recibirá más, y el que no tiene, perderá lo que tiene. Si uno está físicamente bien, y se mantiene bien, tendrá el cuerpo dispuesto para nuevos esfuerzos; si se descuida, perderá la capacidad que tenía. Cuanto más estudiamos, más podemos aprender; pero, si nos negamos a estudiar, perderemos lo que sabíamos. Esto es tanto como decir que no nos podemos plantar en la vida. Cuando no vamos para adelante, vamos para atrás. El que busca, siempre encontrará más; pero el que deja de buscar, acabará por perder hasta lo que tiene.

EL VERDADERO PARENTESCO

Lucas 8:19-21

La madre y los hermanos de Jesús llegaron adonde Él estaba, pero no podían acercársele por toda la gente que había. Entonces le pasaron recado a Jesús:

- Tu madre y tus hermanos están ahí fuera, y te quieren ver. »

Mi madre y mis hermanos -contestó Jesús- son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra.

No es difícil ver que, por lo menos durante la vida de Jesús, su familia no estaba de acuerdo con Él. *Marcos 3:21* nos dice que llegaron sus parientes, e intentaron detenerle, porque creían que estaba loco. En *Mateo 10:36*, Jesús les advierte a sus seguidores que los enemigos de uno pueden muy bien ser

los de su propia familia, cosa que parecía estar diciendo por

propia y amarga experiencia.

Hay en este pasaje una gran verdad práctica. Es posible que uno se encuentre más próximo a los que no son sus parientes que a su propia familia. Lo que relaciona más profundamente

a las personas puede no ser la consanguinidad, sino la mente y el corazón; el tener propósitos, principios e intereses comunes, y un objetivo común en la vida constituyen el verdadero parentesco.

Recordemos la definición del Reino de Dios que hemos deducido: es una sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se realiza tan perfectamente como en el Cielo. Lo más sublime de Jesús es que Él es el único ser humano que ha conseguido tener su voluntad en perfecta armonía con la de Dios. Por tanto, todos los que tienen como suprema finalidad

en la vida el hacer coincidir su voluntad con la voluntad de Dios son los verdaderos parientes de Jesús. A veces se dice que

< todos somos hijos de Dios », lo cual es cierto en un sentido real y precioso, porque Dios ama al santo y al pecador; pero la más profunda cualidad de hijos está condicionada éticamente: es cuando una persona pone su voluntad en armonía con la de Dios con la ayuda del Espíritu Santo cuando llega a ser verdaderamente un hijo o una hija de Dios.

Los estoicos enseñaban que esa es la única manera de ser felices en esta vida. Tenían la convicción de que todo lo que sucede -alegría o tristeza, triunfo o desastre, pérdida o ganancia, sol o sombra- es la voluntad de Dios. Cuando uno se niega a aceptarla es como si se diera de cabezazos contra los muros del universo, y no cosecha más que problemas y dolor de corazón.

Cuando uno se dirige a Dios en su corazón y dice: «Haz conmigo lo que quieras», la encontrado el camino de la felicidad.

De aquí se deducen dos cosas.

(i) Hay una lealtad que sobrepasa todas las lealtades terrenales; hay algo que tiene prioridad sobre las cosas más queridas

de la Tierra. En este sentido, Jesucristo es un señor exigente, porque no está dispuesto a compartir el corazón humano con nada ni con nadie. El amor es por fuerza exclusivo: no podemos amar nada más que a una persona a la vez, ni servir más que a un señor a la vez.

(ii) Eso es duro; pero tiene esta maravillosa consecuencia: cuando nos entregamos totalmente a Cristo, entramos a formar parte de una familia cuyas fronteras abarcan toda la Tierra, lo cual es algo que compensa con creces todas las pérdidas que se hayan de sufrir. Como dice el himno de _ John Oxenham que tradujo. doña Juanita R. de Balloch:

1 Ni Oriente ni Occidente hay - en Cristo, y su bondad abarca con su amor y paz - la entera humanidad.

2 En Dios, los fieles al Señor - su comunión tendrán, y con los lazos del amor - el mundo rodearán.

3 ¡De razas no haya distinción, - obreros de la fe! EL que cual hijo sirve a Dios, - hermano nuestro es.

4 Oriente y Occidente en Él - se encuentran, y su amor las almas une por la fe - en santa comunión.

El que busca, por medio de Jesucristo, la voluntad de Dios, ha entrado en una familia que incluye a todos < los santos de la Tierra y los del Cielo.»

CALMA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

Lucas 8:22-25

Un día Jesús se embarcó con sus discípulos en una barca, y les dijo:

-Vamos a la otra parte del lago.

Así es que se pusieron a remar. Y mientras iban bogando, Jesús se quedó dormido. Al poco tiempo se

*desencadenó en el lago **una tempestad de viento tan fuerte que corrían peligro de irse a pique. Entonces se volvieron a Jesús y se pusieron a decirle:***

- ¡Maestro, Maestro, que nos hundimos!

Jesús se despertó, y reprendió al viento y a las olas encrespadas, que se calmaron en seguida, produciéndose una maravillosa bonanza.

- ¿Qué ha sido de vuestra fe? -dijo Jesús a sus atemorizados discípulos. Pero ellos no salían de su asombro, y se decían:

- ¿Qué clase de hombre es éste, que le da órdenes hasta al viento y a la mar, y le obedecen?

Lucas nos cuenta esta escena con una extraordinaria economía de palabras, pero con gran efectividad. No cabe duda de que Jesús decidió cruzar el lago porque tenía mucha necesidad de descanso y de tranquilidad. Mientras navegaban, se quedó dormido.

Es encantador pensar en el Jesús durmiente. Estaba cansado, como a veces lo estamos todos nosotros. También Él podía llegar al punto de agotamiento en que es imperiosa la necesidad de dormir. Confiaba en sus hombres; eran pescadores del lago, y Jesús dejó de buena gana todo lo relativo a la travesía, a la experiencia y habilidad de sus discípulos, y se echó, a dormir. Confiaba en Dios; sabía que estaba en sus manos en el lago lo mismo que en tierra firme.

Entonces se desencadenó la tempestad. El Mar de Galilea es famoso por sus turbiones repentinos. Un viajero nos cuenta: «Apenas se había puesto el sol cuando el viento empezó a abalanzarse contra al lago, y siguió toda la noche con creciente violencia de tal manera que, cuando llegamos a la otra orilla la mañana siguiente, el lago parecía un inmenso caldero hirviendo.» La razón es la siguiente: el Mar de Galilea está a más de 200 metros por debajo del nivel del mar, y está rodeado de mesetas cercadas de grandes montañas. Los torrentes han ahondado sus lechos por la llanura hasta el mar, y estos torren-

tes actúan como embudos que canalizan los vientos fríos de las montañas. Y así surgen las tempestades. El mismo viajero nos cuenta cómo intentaron montar las tiendas en un vendaval semejante: «Teníamos que poner dos clavos a todas las cuerdas de la tienda, y a menudo teníamos que colgarnos con todo nuestro peso para que toda la tienda no saliera volando por la fuerza del viento.»

Fue una de esas tormentas repentinas la que atacó a la barquilla aquel día, y las vidas de Jesús y sus discípulos estuvieron en peligro. Los discípulos le despertaron, y Él calmó la tempestad con una palabra. Todo lo que hacía Jesús tenía un sentido más que temporal. Y el verdadero significado de este incidente es que *donde está Jesús, la tempestad se convierte en calma.*

(i) Cuando viene Jesús, calma *las tormentas de la tentación.* A veces nos asaltan las tentaciones con una fuerza casi arrolladora. Stevenson dijo una vez: «¿Conocéis la estación Caledonia de Edimburgo? Una inhóspita y fría mañana yo me encontré allí con Satanás.» A todos nos sorprenden encuentros semejantes. Si nos enfrentamos con la tempestad de la tentación a solas, pereceremos; pero Cristo trae la calma, y las tentaciones pierden la fuerza.

(ii) Jesús calma *las tormentas de las pasiones.* La vida le es más difícil al que tiene un corazón caliente y un temperamento fogoso. Un amigo se encontró con un hombre de ésos, y le dijo:

-Veo que has conquistado tu temperamento.

-No; no he sido yo el que lo ha conquistado: Jesús lo ha conquistado por mí.

Es una batalla perdida a menos que Jesús nos dé la calma de la victoria.

(iii) Jesús calma *la tempestad de la aflicción.* A todas las vidas llega a veces la tempestad del dolor, porque el dolor es siempre el precio del amor, y el que ama tiene que sufrir. Cuando murió la esposa de Pusey, él dijo: «Era como si hubiera una mano debajo de mi barbilla sosteniéndome la cabeza.» Ese día, en la presencia de Jesús, se nos enjugan las lágrimas y se nos suavizan las heridas del corazón.

LA DERROTA DE LOS DEMONIOS

Lucas 8:26-39

Luego arribaron al distrito de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. Y tan pronto como Jesús puso pie en tierra, le salió al encuentro un hombre del pueblo, que estaba dominado por el demonio desde hacía mucho tiempo; no iba vestido, ni vivía en una casa, sino entre las tumbas. Cuando vio a Jesús, dio un chillido tremendo y se arrojó a sus pies gritando:

-¿Qué tienes tú que ver conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Por favor, no me atormentes!

Eso lo decía porque Jesús le había ordenado al demonio que saliera del hombre al que había tenido dominado tanto tiempo; aunque sujetaran al hombre con cadenas y con cepos, el demonio hacía que los rompiera, y le impulsaba a huir al desierto.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Jesús.

-«Legión» -le contestó, porque estaba invadido por una multitud de demonios; y éstos se pusieron a suplicarle a Jesús que no los mandara al abismo.

Había por allí una gran piara de cerdos paciando en el monte, y los demonios le pidieron a Jesús que los dejara entrar en los cerdos; y Él se lo permitió. Entonces los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos, que se precipitaron al lago por un despeñadero y se ahogaron.

Cuando vieron lo que sucedía los que estaban apacentando los cerdos, salieron huyendo e iban dando la noticia por pueblos y campos; y empezó a salir gente de todas partes a ver lo que había sucedido; y llegaron adonde estaba Jesús; y se encontraron con que el hombre que había estado endemoniado estaba sentado a los pies de Jesús, vestido y en sus cabales; y aquello les dio

mucho miedo. Los que lo habían presenciado todo les contaron a los demás cómo había salvado Jesús al endemoniado; y toda la gente de aquellos alrededores cogió un miedo terrible, y le pidieron a Jesús que se marchara de su distrito.

Así es que Jesús se subió a la barca para marcharse; y el hombre que había quedado libre de los demonios le pedía a Jesús que le dejara irse con Él, pero Jesús se despidió de él y le dijo:

- Vuélvete a tu casa, y cuéntales a todos la maravilla que Dios ha hecho contigo.

Y eso fue lo que hizo el hombre: iba por todo el pueblo diciéndole a todo el mundo lo que Jesús había hecho por él.

Jamás empezaremos a entender este relato a menos que nos demos cuenta de que, pensemos nosotros lo que pensemos, los demonios eran algo muy real para aquella gente de Gadara, y para el mismo hombre. Ahora se diría que era un caso de demencia violenta. Era un peligro para la gente, así es que vivía entre las tumbas, que se creía que eran la morada de los demonios.

Fijémonos en el valor de Jesús al tratar con aquel hombre, que tenía una fuerza más que brutal para romper cadenas y rejas. Sus vecinos le tenían tanto miedo que no se atrevían a hacer nada por él. Pero Jesús le recibió con tranquilidad y calma.

Cuando Jesús le preguntó cómo se llamaba, el hombre contestó que < Legión>. La legión romana era un regimiento de 6.000 soldados. Aquel hombre habría visto marchar a una legión roma, y su pobre mente afligida sentía que no era un demonio, sino toda una legión de ellos lo que tenía dentro de sí. Es posible que su mal hubiera empezado al ver en su infancia a una legión romana cometer atrocidades.

La cuestión de los cerdos ha constituido una gran dificultad para muchos, que no comprenden cómo Jesús pudo hacerles aquello a unos cerdos inocentes. Se ha considerado que aquello

había sido una acción inmoral y cruel, ¿como si los cerdos se criaran para que disfrutaran de una vida larga y tranquila!

Podemos suponer que lo que sucedió fue que los cerdos estaban pastando por allí cerca; Jesús estaba aplicando su poder para curar un caso realmente difícil. De pronto, los chillidos y gritos salvajes del hombre causaron la estampida de los cerdos, que se precipitaron al lago, ciegos de terror. < ¡Mira dónde han ido tus demonios!>, diría Jesús al hombre. Fuera como fuera, ¿podemos comparar el valor de una manada de cerdos con el del alma inmortal de un hombre? ¿Nos vamos a quejar de que costara la vida de aquellos cerdos el salvar aquella alma? ¿No es una estupidez perversa el quejarnos de que murieran los cerdos para sanar a un hombre? Tenemos que mantener un sentido de la proporción. Si la única manera de convencer a ese hombre de la realidad de su cura era el que perecieran aquellos cerdos, parece señal de una necia ceguera el objetar nada.

Tenemos que considerar las reacciones de dos clases de personas.

(i) Tenemos a *los gadarenos*. Le pidieron a Jesús que se fuera.

(a) Les fastidiaba que les alteraran la rutina de la vida. Todo seguía su marcha en paz hasta que llegó ese revolucionario de Jesús, y le rechazaron. Hay más personas que rechazan a Jesús porque les altera la vida que por ninguna otra razón. Si le dice a uno: < Tienes que abandonar ese hábito, tienes que cambiar tu vida>; si le dice a un empresario: < No puedes ser cristiano y hacer que tus obreros trabajen en esas condiciones>; si le dice al dueño de una casa: < No puedes cobrar dinero por el alquiler de esa pocilga> -es probable que todos le digan: < ¡Vete a la porra, y déjame en paz!>

(b) Apreciaban a sus cerdos más que al alma de un hombre. El dar más valor a las cosas que a las personas es uno de los mayores peligros de la vida. Eso es lo que crea los suburbios y las explotaciones injustas. Y, entre nosotros: eso es lo que nos hace exigir egoístamente nuestra comodidad a costa del

sacrificio y de la esclavitud de otros. No hay absolutamente nada en el mundo tan importante como una persona humana.

(c) Tenemos *al hombre que fue curado*. Era natural que quisiera irse con Jesús, pero Jesús le mandó a su casa. El testimonio cristiano, lo mismo que la caridad, empieza en casa. Nos sería mucho más fácil hablar de Jesús entre los que no nos conocen; pero es nuestro deber, allí donde Cristo nos pone, testificar de Él. Y si resulta que somos los únicos cristianos en la tienda, en la oficina, en la escuela, en la fábrica o en el círculo en el que trabajamos o vivimos, no tenemos por qué quejarnos. Es un desafío en el que Dios nos dice: «Ve a decirles a los que te encuentras todos los días lo que Yo he hecho por ti.»

LA CURACIÓN DE UNA HIJA ÚNICA

Lucas 8:40-42 y 49-56

Cuando volvió Jesús adonde había estado antes, toda la gente le recibió con mucha alegría, porque le habían estado esperando. Entonces llegó un tal Jairo, que era presidente de la sinagoga, y se echó a los pies de Jesús para pedirle que fuera a su casa a curar a su hija única, de unos doce años, que se le estaba muriendo. Cuando se pusieron en camino, todo el gentío iba apretujando a Jesús.

Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegó uno de casa del presidente, y le dijo:

-No molestes más al Maestro, porque ya es demasiado tarde: tu hija ha muerto.

- ¡No tengas miedo! - intervino Jesús cuando lo oyó-. Tú ten confianza, que tu hija se pondrá buena.

Al llegar a la casa, Jesús no dejó que entraran con Él nada más que Pedro, Santiago y Juan, con el padre

y la madre de la niña. Todos estaban llorando y haciendo duelo por la niña; pero Jesús les dijo:

No os pongáis así, que no está muerta, sino sólo dormida.

Todos se pusieron a reírse de Él, porque sabían muy bien que estaba muerta. Pero Jesús le cogió la mano a la niña, y- le dijo en voz alta:

- ¡Niña, levántate!

Y al instante volvió a respirar y se puso en pie. Jesús dijo que le dieran a la niña algo de comer. Los padres estaban atónitos; pero Jesús les encargó que no le dijeran nada a nadie.

La desgracia de la vida de pronto se vuelve alegría. Lucas

sintió en lo más íntimo la tragedia de la muerte de esta niña. Había tres cosas que la hacían tan terrible.

(a) Era hija única. Sólo Lucas nos lo dice. Se había apagado la luz de la vida de sus padres.

(b) Tenía unos doce años de edad. Es decir, estaba en el albor de la feminidad, porque en el Este los chicos se desarrollan antes que en el Oeste. Algunas chicas hasta se casaban a esa edad. Lo que debía haber sido la mañana de la vida se había convertido en la noche.

(c) Jairo era el presidente de la sinagoga. Es decir, que era el responsable de la administración de la sinagoga y de mantener el culto público. Había llegado a lo más alto en la estima-

ción de sus semejantes. Sin duda tenía una posición desahogada. Parecía como si la vida, como sucede a veces, le hubiera dado generosamente muchas cosas, pero ahora estuviera a pun-

to de quitarle la más preciosa. Toda la desgracia de la vida estaba en el trasfondo de esta historia.

Ya habían venido las plañideras. A nosotros nos parece algo repulsivamente artificial pero el alquiler de estas mujeres era una señal ineludible- espeto a la persona muerta. Estaban seguros de que estaba muerta. Pero Jesús dijo que estaba simplemente dormida. Fuera como fuera, la verdad es que Jesús le devolvió la vida.

Debemos fijarnos en un detalle muy práctico: Jesús dijo que le dieran algo de comer a la niña en seguida. ¿Estaría pensando tanto en la madre como en la hija? La madre, con el dolor de la pérdida y la repentina alegría de la recuperación, debía estar a punto del colapso. En momentos así, el hacer algo práctico con las manos puede salvar la vida. Y es posible que Jesús, con esa amable sabiduría que le permitía conocer la naturaleza humana tan bien, estaba dándole a la madre agotada por la emoción algo que hacer para calmarle los nervios.

Pero con mucho el personaje más interesante de la historia es Jairo.

(i) No cabe duda de que era *un hombre que podía tragarse el orgullo*. Era presidente de la sinagoga. Para entonces, las puertas de la sinagoga se le estaban cerrando a Jesús a toda prisa, si es que no estaban ya del todo cerradas. Pero en su hora de necesidad, se tragó el orgullo y fue a pedir ayuda.

La historia de Roldán, el paladín de Carlomagno, es una de las más famosas en la literatura universal. Roldán estaba a cargo de la retaguardia del ejército, y los sarracenos le cogieron por sorpresa en Roncesvalles. Los franceses luchaban valerosamente en inferioridad de condiciones. Ahora bien: Roldán tenía un cuerno al que llamaba Olifante, que le había ganado al gigante Jatmund, cuyo toque se podía oír a cincuenta kilómetros, y era tan potente que las aves caían muertas en vuelo cuando su sonido cruzaba los aires. Oliver, su amigo, le pidió que tocara el cuerno para que lo oyera Carlomagno y viniera en su ayuda; pero Roldán era demasiado orgulloso para pedir ayuda. Sus hombres fueron cayendo uno tras otro hasta que se quedó solo. Entonces, con el postrer aliento, tocó el cuerno, y Carlomagno se apresuró en su ayuda; pero fue demasiado tarde, porque Roldán estaba muerto. Fue demasiado orgulloso para pedir ayuda.

Cuando todo va bien pensamos que podemos solos con la vida. Pero para experimentar los milagros de la gracia de Dios tenemos que tragarnos el orgullo, y confesar humildemente

nuestra necesidad, y pedir ayuda. **«Pedid y recibiréis»; pero no se recibe nada si no se pide.**

(ii) No cabe duda de que Jairo era *un hombre de fe firme*. Sintiera lo que sintiera, no aceptó sin más el veredicto de las plañideras. Esperaba contra toda esperanza. No cabe duda de que, en su corazón, algo le decía: «Nunca se sabe lo que puede hacer Jesús.» Ninguno de nosotros lo sabemos. En el día más negro podemos seguir confiando en los recursos inagotables y en la gracia y en el poder inagotable de Dios.

PERDIDA ENTRE LA MULTITUD

Lucas 8:43-48

Estaba también por allí una mujer que hacía doce años que padecía de flujo de sangre, y que se había gastado en médicos todo el dinero que tenía sin ningún resultado. Jesús estaba rodeado de gente; pero ella se acercó por detrás, y le tocó el borde de la ropa; y al instante se le detuvo el flujo definitivamente.

-¿Quién me ha tocado? preguntó Jesús; pero nadie contestó, y Pedro le dijo a Jesús:

Maestro, toda la gente te está apretujando, ¿y Tú preguntas que quién te ha tocado?

-Yo sé que alguien me ha tocado -contestó Jesús-, porque me he dado cuenta de que ha salido poder de mí.

Cuando la mujer se dio cuenta de que la habían descubierto, vino temblando, y se echó a los pies de Jesús, y confesó delante de toda la gente por qué le había tocado, y que se había curado al instante. Entonces le dijo Jesús:

-Hija, tu fe es Wque te ha curado. ¡Vete, y que Dios te bendiga!

Esta historia quedó grabada en la memoria y en la imaginación de la Iglesia Primitiva. Se creía que la mujer era una gentil de Cesarea de Filipo. Eusebio, el gran historiador de la Iglesia (300 d.C.), cuenta que se decía que la mujer había costado en su ciudad una estatua conmemorativa de su curación. Se decía que aquella estatua había estado allí hasta que Juliano el Apóstata la destruyó, y puso en su lugar una suya que destruyó un rayo que -Dios mandó.

La vergüenza de la mujer se explica porque su enfermedad la hacía inmunda (*Levítico 15:19-33*). El flujo de sangre la había separado de la vida. Por eso fue por lo que no vino a Jesús abiertamente, sino ocultándose entre la gente; y por lo que le dio tanta vergüenza darse a conocer cuando Jesús preguntó que quién le había tocado.

Todos los judíos devotos llevaban franjas en la ropa (*Números 15:37-41; Deuteronomio 22:12*). Las franjas terminaban en cuatro borlas de hilo blanco atadas con un cordón azul. Servían para recordarles a los judíos cada vez que se vestían que eran hombres de Dios y que tenían que guardar la ley de Dios. Más adelante, cuando llegó a ser peligroso ser judíos, estas borlas se ponían en la ropa interior. Hoy en día todavía existen en el *talit o* chal que se ponen los judíos por la cabeza y los hombros para la oración. Pero en los días de Jesús los llevaban en la ropa exterior, y probablemente fue uno de esos el que tocó la mujer.

Otra vez se le nota a Lucas que es médico. Marcos dice que la mujer se lo había gastado todo en médicos, y no estaba mejor, *sino peor* (*Marcos 5:26*). ¡Lucas omite ese final, porque no le gustaba esa crítica de su profesión!

Es interesante en el relato que, desde el momento en que la mujer se encuentra cara a cara con Jesús, parece que ya no hay nadie más en la escena. Todo había sucedido en medio de un gentío impresionante; pero Jesús se olvida de la gente y habla con la mujer como si estuvieran los dos solos. Era una pobre paciente sin importancia, con una dolencia que la hacía inmunda, pero Jesús se le entregó por entero.

Estamos acostumbrados a ponerle etiquetas a la gente, y tratarlos según su relativa importancia. Para Jesús, las personas no tenían esas etiquetas que hace la sociedad; un hombre o una mujer eran simplemente personas en necesidad. El

amor no piensa nunca en la gente en términos de importancia humana.

Cierta visita de importancia vino una vez a ver a Thomas

Carlyle. El autor escocés estaba trabajando; y no se le podía distraer; pero Jane, su mujer, consintió en llevar a la visita a

la puerta, y abrirle una rendijita para que, por lo menos, pudiera ver al sabio. Así lo hizo; y mientras miraban a Carlyle, que estaba inmerso en su trabajo y ajeno a todo lo demás, escribiendo uno de los libros que le hicieron famoso, dijo su mujer en voz muy baja en escocés:

-Ese es Thomas Carlyle, de quien habla todo el mundo, y es mi hombre.

Jane no pensaba en términos de etiquetas del mundo, sino en los términos del amor.

Una viajera nos cuenta que iba por Georgia en los días que precedieron a la II Guerra Mundial, y la llevaron a ver a una humilde mujeruca que vivía en una cabañita. La anciana campesina le preguntó si iba a Moscú; y cuando la viajera le dijo que sí, le pidió:

-Entonces, ¿le importaría llevarle un paquetito de pastillas de café con leche caseras a mi hijo? No puede conseguir nada parecido en Moscú.

Su hijo era José Stalin. No solemos pensar en el que fue dictador de la URSS como un hombre al que le gustaban las

pastillas de café con leche, ¡pero su madre sí! Para ella no contaban las etiquetas.

Casi todo el mundo habría considerado que no tenía ninguna importancia la mujer que se coló por entre la marabunta para tocar la franja de la opa de Jesús; pero, para Él, era una persona

necesitada, y por tanto, como si dijéramos, se retiró del gentío y se entregó totalmente a ella. < Dios nos ama a cada uno como si no hubiera más que uno a quien amar. »

LOS EMISARIOS DEL REY

Lucas 9:1-9

Jesús reunió a los Doce, y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para curar enfermedades, y los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar a los enfermos. Y les dijo:

No llevéis nada para el camino, ni siquiera un bastón, o una bolsa, o pan, o dinero. No llevéis tampoco una muda. Parad en la primera casa en que entréis hasta que os marchéis de aquel lugar. Si no hay nadie en un pueblo que os acoja, marchaos de allí sacudiendo el polvo de vuestros pies, para que se den cuenta de lo serio que es lo que han hecho.

Así es que fueron a recorrer todas las aldeas, dándoles la Buena Noticia y curando a los enfermos por todas partes.

Cuando el tetrarca Herodes se enteró de lo que estaba pasando, no sabía cómo tomarlo, porque circulaban muy diversas versiones; unos decían que Jesús era Juan el Bautista, que había resucitado; otros, que era Elías, que se había aparecido; otros, que era uno de los profetas de la antigüedad, que había vuelto a la vida. Y Herodes se decía:

A Juan el Bautista le hice decapitar. ¿Quién será éste, de quien se dicen tales cosas?

Y hacía todo lo posible por encontrarse con Jesús.

En el mundo antiguo no había más que una manera eficaz de transmitir un mensaje, y era mediante la palabra hablada. No existían los periódicos. Los libros se tenían que escribir a mano, y un libro del tamaño de *Lucas-Hechos* costaría más de 10.000 pesetas por copia. La radio y la televisión no las había soñado ni la imaginación más fantástica. Por eso Jesús mandó en misión a los Doce. Estaba limitado por el espacio y el tiempo; sus ayudantes tenían que ser bocas que hablaran por Él.

Tenían que viajar ligeros. Eso era simplemente porque, el que viaja ligero puede llegar más lejos y más pronto. Cuanto más depende uno de cosas materiales tanto más atado está a un lugar. Dios necesita un ministerio estable; pero también necesita personas dispuestas a dejarlo todo para emprender la aventura de la fe.

Si no los recibían, tenían que sacudirse de los pies el polvo que se les hubiera pegado al marcharse de aquel lugar. Cuando los rabinos llegaban a Palestina de un país pagano, se sacudían hasta la última partícula de polvo pagano de los pies. Una aldea o una ciudad que no recibiera a los mensajeros de Jesús tenía que ser tratada como los judíos estrictos tratarían a un país pagano. Había rechazado la oportunidad, y había quedado excluida.

Que la misión fue efectiva se ve por la reacción de Herodes. Sucedian cosas. Tal vez había llegado Elías, el precursor anunciado. Tal vez se trataba del gran profeta esperado (*Deuteronomio 18:1 S*). Pero, como ha dicho alguien, «la conciencia nos hace a todos cobardes», y Herodes se temía que Juan el Bautista, a quien él creyó haber eliminado, había vuelto del otro mundo a acecharle.

Una cosa del ministerio que Jesús les confió a los Doce se repite varias veces en este breve pasaje: *predicar y sanar iban juntos*. Une el interés en los cuerpos y en las almas. No se trataba sólo de palabras, por muy consoladoras que fueran, sino también de hechos. Era un mensaje que no se limitaba a dar noticias de la eternidad, sino que se proponía cambiar las condiciones de la Tierra. Era lo contrario del copio del pueblo» o del «paraíso de las huries». Insistía en que la salud del cuerpo es parte tan integral del propósito de Dios como la del alma.

Nada ha hecho tanto daño a la iglesia como la repetida afirmación de «las cosas de este mundo no tienen importancia.» En la década de los 30 el paro invadió muchos hogares respetables y honrados. Al padre se le enmohecía el talento de no usarlo; la madre no podía hacer que las pesetas le cundieran como duros; los chicos no sabían más que tenían hambre. Todo el mundo estaba amargado. Decirle a gente así que las cosas materiales no importan era insultante e imperdonable, especialmente si el que lo decía vivía desahogadamente. Al General Booth del Ejército de Salvación le echaban en cara que ofrecía alimentos y comidas a los pobres en vez de predicarles el Evangelio, y el viejo guerrero devolvía la descarga diciendo: «Es imposible darle a la gente el consuelo del amor de Dios en el corazón cuando tienen los pies entumecidos de frío.»

Por supuesto que se puede exagerar la importancia de las cosas materiales; pero también se puede minimizar. La iglesia pagará muy caro el olvidarse de que Jesús empezó por mandar a sus hombres *a predicar el Reino y a sanar*, a salvar a la gente en cuerpo y alma.

COMIDA PARA LOS HAMBRIENTOS

Lucas 9:10-17

Cuando volvieron los apóstoles, le contaron a Jesús todo lo que habían hecho. Luego Jesús se retiró con ellos a un pueblo llamado Betsaida para estar tranquilos; pero, cuando se enteró la gente de dónde estaba, salieron en su búsqueda, y Él les salió al encuentro y se puso a hablarles del Reino de Dios y a sanar a sus enfermos.

Cuando el día empezaba a declinar, se le acercaron los Doce a decirle:

Despide ya a la gente, para que vayan a las aldeas y los caseríos de por aquí cerca a buscarse dónde pasar la noche y comer algo, porque estamos en un descampado.

Dadles vosotros de comer les dijo Jesús. Y le contestaron:

No tenemos más que cinco panes y dos pescados. ¿O es que quieres que vayamos a comprar comida para todos éstos? le contestaron sorprendidos, porque había unos cinco mil.

Decídes que se sienten en grupos de unos cincuenta les dijo Jesús a sus discípulos.

Así lo hicieron, de forma que todos se quedaron sentados. Y entonces Jesús cogió los cinco panes y los dos pescados, miró al cielo y dio gracias a Dios por ellos. Luego empezó a partíroslos en trozos y a pasárselos a sus discípulos para que se los repartieran a la gente. Y todos comieron todo lo que quisieron; y aun recogieron doce cestas llenas de lo que les sobró.

Este es el único milagro de Jesús que nos cuentan los cuatro evangelistas (cp. *Mateo 14:13ss; Marcos 6:30ss, y Juan 6:1 ss*). Empieza de una manera encantadora: con la vuelta de los Doce de su expedición. Nunca hubo un tiempo en el que Jesús necesitara más que entonces estar a solas con ellos; por eso se los llevó a los alrededores de Betsaida, una aldea al borde del Jordán, al Norte del Mar de Galilea. Pero, cuando la gente descubrió que se les había marchado, salieron en su búsqueda a millares, y Él les salió al encuentro y les dio la bienvenida.

Aquí tenemos toda la compasión divina. Casi todos nos habríamos molestado de que se nos invadiera la tranquilidad que tanto nos había costado conseguir. ¿Cómo nos habríamos sentido si hubiéramos buscado algún lugar solitario para estar con nuestros amigos más íntimos, y de pronto se nos presentara un ruidoso gentío con sus demandas insistentes? Algunas veces estamos demasiado ocupados para que se nos interrumpa; pero para Jesús la necesidad humana era siempre lo más importante.

Caía la tarde; los hogares estaban lejos, y todos estaban cansados y hambrientos. Jesús dejó perplejos a sus discípulos cuando les dijo que le dieran de comer a toda aquella gente. Hay dos maneras honradas de considerar este milagro. La primera, se puede creer sencillamente que Jesús creó comida para aquella vasta multitud. La segunda, y esto es lo que algunos creen que sucedió, es que la gente estaba hambrienta, *pero era egoísta*. Todos llevaban algo de comer, pero no lo querían sacar para no tener que compartirlo con otros. Los Doce pusieron a disposición de todos sus reducidos recursos, y entonces otros se sintieron movidos a sacar lo que tenían, y al final hubo más que suficiente para todos. Así es que se puede considerar como un milagro que cambió a las personas reservadas y egoístas en personas generosas, un milagro en el que Cristo cambió el interés de cada uno en sí, mismo en voluntad de compartir. Es posible que lo que sucedió incluía las dos cosas; porque, ¿de qué serviría un milagro que saciara el hambre de un momento pero dejara a todos tan egoístas como antes? ¿No es este milagro moral el que necesita el mundo, en el que sabemos que habría suficiente para todos si los que tienen de más estuvieran dispuestos a compartir con los que tienen de menos? Por otra parte, es la inquebrantable certeza de la fe que Dios suple y multiplica los recursos naturales cuando los usamos con gratitud y obediencia a su voluntad.

Antes de distribuir los alimentos, Jesús dio gracias a Dios por ellos. Según un dicho judío, «el que participa de algo sin darle gracias a Dios es como si le robara a Dios.» La oración que se hacía en las casas judías antes de las comidas era: «Bendito seas, Señor, Rey del Universo, que haces salir el pan de la tierra.» Jesús no quería ponerse a comer sin dar gracias antes al Dador de toda buena dádiva.

Esta es una historia que nos dice muchas cosas.

(i) Jesús estaba preocupado porque la gente tenía hambre.

Sería interesantísimo calcular el tiempo que pasó Jesús, no hablando, sino aliviando el dolor de la gente y satisfaciendo sus necesidades. Jesús sigue necesitando la ayuda de nuestras manos. La madre que ha pasado una parte considerable de la vida preparando comidas para su hambrienta familia; el médico, la enfermera, el amigo y el pariente que han dedicado la vida a aliviar el dolor de otros; el reformador y el obrero sociales que se han consumido tratando de mejorar las condiciones de vida de hombres y mujeres, han predicado sermones mucho más efectivos que muchos oradores elocuentes.

(ii) La ayuda de Jesús era generosa. Hubo de sobra para todos. El amor no escatima las cosas para que haya lo justo y nada más. Así es Dios. Cuando se siembra un paquete de semillas, es corriente que luego haya que quitar y tirar más plantitas que las que se dejan en el surco. Dios ha creado un mundo en el que hay más que suficiente para todos si estamos dispuestos a compartir.

(iii) Como siempre, hay una verdad permanente en lo que sucedió aquel día. En Jesús se suplen todas las necesidades humanas. Hay hambre del alma; hay en todos nosotros, por lo menos a veces, un ansia de encontrar algo a lo que valga la pena dedicar la vida. «Nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran reposo en Él.» «Mi Dios suplirá todas vuestras necesidades», decía Pablo (*Filipenses 4:19*). Y esto hasta en los desiertos de esta vida.

Lucas 9:18-22

En cierta ocasión, Jesús se retiró a orar; y, cuando volvió con sus discípulos, les preguntó:

-¿Quién dice la gente que soy Yo?

Y le contestaron:

-Pues, unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que eres alguno de los profetas de la antigüedad que ha vuelto a 'este mundo.

-Y vosotros, ¿Quién decís que soy?--les preguntó otra vez; y Pedro respondió por todos:

¡El Mesías de Dios!

Al oír aquello, Jesús les prohibió terminantemente que se lo dijeran a nadie; y les dijo:

-Es necesario que el Hijo del Hombre pase muchos sufrimientos, y que le rechacen los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los expertos en la ley; y que le apliquen la pena de muerte; y que resucite al tercer día.

Este es uno de los momentos más cruciales de la vida de Jesús. Les hizo esta pregunta a sus discípulos cuando ya había decidido ir a Jerusalén (*Lucas 9:51*). Sabía muy bien lo que le esperaba allí, y la respuesta que dieran a su pregunta tenía una importancia capital. Sabía que iba a morir en una cruz; y quería saber, antes de ponerse en camino, si había alguien que hubiera descubierto de veras Quién era Él. De la respuesta correcta dependía todo. Por otra parte, si delataba una incompreensión obtusa, toda la obra de Jesús habría sido inútil. Si se habían dado cuenta, aunque fuera incompletamente, eso quería decir que Jesús había encendido en sus corazones una antorcha tal que el tiempo no podría apagar nunca. ¡Qué gran alivio debe de haber sido para Jesús el escuchar de labios de Pedro el gran descubrimiento! « ¡Tú eres el Mesías de Dios!» Cuando Jesús oyó aquello, se dio cuenta de que no había fracasado.

Pero los Doce tenían que descubrir, no sólo Quién era Jesús, sino lo que aquello significaba. Habían crecido en un ambiente en el que se esperaba que Dios mandara un Rey conquistador que llevara al pueblo de Israel a ser el amo del mundo. A Pedro le brillarían los ojos de emoción cuando hizo su gran confesión. Pero Jesús todavía tenía que enseñarles que el Mesías, el Ungido de Dios, había venido para morir en una cruz. Jesús tenía que darles la vuelta a todas las ideas que ellos tenían acerca de Dios y de los propósitos de Dios; y eso fue lo que se dedicó a hacer desde aquel momento. Habían descubierto Quién era Él; ahora tenían que descubrir lo que aquello quería decir.

Hay dos grandes verdades generales en este pasaje.

(i) Jesús empezó por preguntarles lo que la gente decía de Él; y a continuación, les preguntó directamente a los Doce: «Y, vosotros, ¿quién decís que soy?» No es bastante para nadie el saber lo que los demás dicen de Jesús. Podría ser que una persona pudiera aprobar un examen acerca de lo que se ha pensado y dicho acerca de Jesús; podría ser que hubiera leído todos los libros de cristología que se han escrito en el mundo, y todavía no ser cristiana. Jesús tiene que ser siempre nuestro descubrimiento personal. Nuestra religión no puede ser «lo que diga la gente». Jesús llega a preguntarnos a cada uno, no: «¿Me puedes decir lo que otros han dicho o escrito acerca de Mí?», sino: «¿Quién soy Yo para ti?» Pablo no dijo: « Yo sé lo que he creído», sino: «Yo sé en Quién he creído» (2 Timoteo 1:12). El Evangelio no consiste en recitar un credo, sino en conocer a una Persona.

(ii) Jesús dijo: « Es necesario que vaya a Jerusalén a morir.» Es del mayor interés el ver las veces que Jesús dice *es necesario* en el evangelio de Lucas. « *Me era necesario* estar en la casa de mi Padre» (2:49); «*Me es necesario predicar* el Reino» (4:43); «*Es necesario* que recorra mi camino hoy y mañana» (13:33). Una y otra vez les dijo a sus discípulos que *le era necesario* ir a la cruz (9:22; 17:25; 24:7). Jesús sabía que tenía que cumplir su misión. La voluntad de Dios era su voluntad. No tenía otro propósito en la Tierra que hacer aquello para lo que el Padre le había mandado. El cristiano, como su Señor, es una persona *a las órdenes de Dios*.

LAS CONDICIONES DEL SERVICIO

Lucas 9:23-27

Jesús les decía a todos:

-El que quiera ser seguidor mío, tiene que decirse que No a sí mismo de una vez para siempre, tiene que decidir cargar diariamente con su cruz, y tiene que seguir mi ejemplo. Los que no quieren más que poner su vida a salvo, éstos son los que la pierden; pero los que están dispuestos a perder la vida en mi causa, éstos son los que la salvan. Porque, ¿de qué le servirá a una persona el ganar para sí todo el mundo, si para ello se destruye o se pierde a sí misma? Si a alguien le da vergüenza confesar que tiene que ver conmigo y que cree en Mí, al Hijo del Hombre también le dará vergüenza decir que ése es de los suyos cuando venga revestido de la gloria de su Padre y rodeado de santos ángeles. Pero, creedme, porque os estoy diciendo la verdad: algunos de los que están aquí no van a experimentar la muerte antes de ver el Reino de Dios.

Aquí establece Jesús las condiciones de servicio para los que quieran ser sus seguidores.

(i) Uno tiene que negarse a sí mismo. ¿Qué quiere decir eso? Un gran pensador lo explica de la siguiente manera: Pedro *negó* una vez a su Señor, y lo hizo diciendo: «No conozco a ese hombre.» Negarnos a nosotros mismos quiere decir: «No me conozco a mí mismo.» Es ignorar nuestra misma existencia. Es tratar a nuestro yo como si no existiera: Lo corriente es tratarnos cada uno a nosotros mismos como si fuéramos con mucho lo más importante del mundo. Si vamos a ser seguidores de Cristo tenemos que decirle que No a nuestro yo; más todavía: tenemos que olvidarnos de que existe.

(ii) Cada uno tiene que cargar con su cruz. Jesús sabía muy bien lo que quería decir la crucifixión: cuando era un chico de unos once años, Judas el Galileo había encabezado una revuelta contra Roma; había saqueado el arsenal de armas de Séforis, que estaba a seis kilómetros de Nazaret. La venganza de Roma no se hizo esperar: redujeron Séforis a cenizas, vendieron como esclavos a sus habitantes, y crucificaron a dos mil rebeldes a lo largo de la carretera para que sirvieran de escarmiento a los que tuvieran la tentación de rebelarse. El cargar con la cruz quiere decir estar preparado a arrastrar lo que venga por lealtad a Jesús; quiere decir estar dispuesto a sufrir lo peor que nos puedan hacer a causa de nuestra fidelidad a Él.

(iii) Uno debe gastar, la vida, no ahorrarla, Toda la escala de valores del mundo tiene que cambiar. La pregunta ya no es «¿Cuánto puedo *sacar?*», sino «¿Cuánto puedo *dar?*»; no «¿Qué es lo más *seguro?*», sino «¿Qué es lo más *justo?*»; no «¿Qué es lo menos que tengo que hacer en mi trabajo?», sino «¿Qué es lo más posible?» El cristiano se tiene que dar cuenta de que se le ha dado la vida, no para que se la guarde para sí, sino para que la gaste para los demás; no para abrigar su llama, sino para, consumirse por Cristo y por los demás.

(iv) La lealtad a Jesús tendrá su recompensa, y la traición su castigo. Si le somos fieles en el tiempo, Él nos lo será en la eternidad; si tratamos de seguirle en este mundo, en el venidero Él nos reconocerá como suyos. Pero si con nuestra vida le negamos, aunque le confesemos con nuestros labios, llegará el día cuando Él tenga que hacer lo mismo con nosotros.

(v) En el último versículo de este pasaje, Jesús dice que algunos de los que estaban allí verían el Reino de Dios antes de morir. Algunos han mantenido que Jesús estaba pensando en su gloriosa Segunda Venida, y estaba diciendo que tendría lugar en la vida de algunos de los presentes; y que, por tanto, estaba equivocado. Pero no es eso.

Lo que Jesús decía es que «antes que pase esta generación veréis las señales de que el Reino de Dios está en marcha.» Y no cabe duda de que aquello sí sucedió. Algo vino al mundo que, como la levadura en la masa, empezó a cambiarlo. No estaría mal que, a veces, aparcáramos nuestro pesimismo, y pensáramos más bien en la luz que ha empezado a amanecer en el mundo. ¡Ánimo! El Reino viene de camino, y haremos bien en darle gracias a Dios por todas las señales de su amanecer.

EN LA CIMA DE LA MONTAÑA DE LA GLORIA

Lucas 9:28-36

Como una semana después de esa conversación, Jesús se llevó a Pedro, Juan y Santiago, y subió a orar con ellos a un monte. Y mientras estaba orando, le cambió el aspecto de la cara, y la ropa se le puso resplandeciente de blanca como la luz de un relámpago.

Y se les aparecieron rodeados de gloria dos varones, que eran Moisés y Elías, y se pusieron a hablar con Jesús acerca de cómo se iba a cumplir su partida de este mundo en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño; pero, cuando se despertaron del todo, contemplaron con sus propios ojos la gloria de Jesús, y a los dos hombres que estaban con Él. Cuando éstos se iban separando de Jesús, le dijo Pedro:

- ¡Maestro! Lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí. Vamos a hacer tres refugios: uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías.

¡Pero no sabía lo que se decía! Y, mientras hablaba, los envolvió una nube, cosa que les produjo mucho temor. Y de la nube les llegó una voz que decía:

- ¡Este es mi Hijo, mi Escogido! ¡Hacedle caso a Él!

Cuando se calló la voz, Jesús se encontraba solo; y ellos no dijeron nada más, y no le contaron nada a nadie de lo que habían visto.

Aquí tenemos otro de los momentos decisivos de la vida de Jesús en la Tierra. Debemos recordar que estaba a punto de ponerse en camino hacia Jerusalén y hacia la cruz. Ya hemos estudiado otro momento decisivo, cuando les preguntó a sus discípulos Quién creían que era Él, a fin de saber si alguien había descubierto su verdadera identidad. Pero había algo que Jesús no haría jamás: no daría ni un paso sin la aprobación de Dios. Esto es lo que le vemos buscar y recibir en esta escena. No podemos saber exactamente qué es lo que sucedió en el Monte de la Transfiguración; pero sabemos que fue algo tremendo. Jesús había subido allí a buscar la aprobación de Dios en el paso decisivo que iba a dar. Allí se le aparecieron Moisés, el gran legislador del Pueblo de Israel, y Elías, el más grande de sus profetas. Era como si los príncipes de la vida, del pensamiento y de la religión de Israel le dijeran que siguiera adelante. Ahora Jesús podía dirigirse a Jerusalén, seguro de que por lo menos un

grupito de hombres sabían Quién era, seguro de que lo que estaba haciendo era la consumación de toda la vida y el pensamiento y la obra de su nación, y seguro de que Dios estaba de acuerdo con el paso que Él daba.

Hay aquí una frase henchida de sentido. Dice que los apóstoles, «cuando se despertaron del todo, contemplaron con sus propios ojos la gloria de Jesús.»

(i) En la vida nos perdemos muchas cosas porque tenemos la mente dormida. Hay ciertas cosas que nos mantienen espiritualmente dormidos.

(a) Están *los prejuicios*. Tenemos las ideas tan fijas que nuestra mente está cerrada. Nuevas ideas llaman a la puerta, pero estamos tan dormidos que no las dejamos entrar.

(b) Existe *el letargo mental*. Hay muchos que se resisten a la fatigosa lucha del pensamiento. «No vale la pena vivir -decía Platón- una vida sin examen de conciencia.» ¿Cuántas veces nosotros pensamos las cosas realmente y a fondo?

(c) Está *el amor a la tranquilidad*. Tenemos una especie de mecanismo de defensa que nos hace cerrar la puerta a todo pensamiento inquietante.

Uno puede drogarse mentalmente hasta el punto de quedarse mentalmente dormido.

(ii) Pero hay innumerables cosas en la vida capaces de despertarnos.

(a) Está *el dolor*. Una vez dijo Elgar de una joven cantante, que era técnicamente perfecta, pero sin sentimiento ni expresión: «Será estupenda cuando algo le rompa el corazón.» A menudo el dolor nos despierta con rudeza; y en ese momento, a través de las lágrimas, vemos la gloria.

(b) Está *el amor*. El poeta Browning escribe de dos personas que se enamoraron. Ella le miró a él, y él a ella, < y de pronto despertaron a la vida. » El amor verdadero es un despertar a un horizonte que ni siquiera sospechábamos que existía.

(c) Está *el sentimiento de necesidad*. Uno puede vivir medio dormido por cierto tiempo la rutina de la vida; pero, de pronto, le asalta un problema totalmente insoluble, alguna pregunta incontestable, alguna tentación arrollador, algún desafío que exige un esfuerzo por encima de nuestras fuerzas; y en ese momento no nos queda más remedio que clamar al Cielo. Ese sentimiento de necesidad nos despierta a Dios.

Haremos bien en pedir: < Señor, mantenme siempre despierto a Ti. »

LA BAJADA DEL MONTE

Lucas 9:37-45

Al día siguiente, cuando bajaron del monte, le salió al encuentro a Jesús un montón de gente. Uno de ellos empezó a gritar:

- ¡Maestro, por favor, mira a mi hijo! ¡Es mi único hijo! ¡Un espíritu se apodera de él, y le hace pegar gritos, y retorcerse, y echar espuma por la boca, y le está destrozando, y no le deja en paz! Les he pedido a tus discípulos que librarán a mi hijo del demonio, pero no han podido.

- ¡Esta generación moderna tiene tan poca fe! -respondió Jesús-. ¡Es de una perversidad fatal! ¿Hasta cuándo voy a tener que estar aguantándoos? ¡Trae a tu hijo!

Cuando se iba acercando el chico, el demonio empezó a retorcerle y convulsionarle; pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, y en seguida le devolvió al padre a su hijo sano y salvo. Todos estaban maravillados de la grandeza del poder de Dios que se manifestaba en todo lo que Jesús hacía. Y Él les dijo a sus discípulos:

- Quiero que os enteréis muy bien de lo que voy a deciros: el Hijo del Hombre va a ser entregado al poder de los hombres.

Pero los discípulos no comprendieron lo que Jesús les quería decir; todavía les estaba oculto su significado, y les daba miedo preguntárselo.

Tan pronto como Jesús bajó del monte, le asaltaron las exigencias y los desengaños de la vida. Un hombre había acudido a los discípulos en busca de ayuda, porque su hijo único padecía de un mal horrible, que se atribuía a la influencia maligna de un demonio. La palabra que se usa en el versículo 42 es muy gráfica: < Cuando se iba acercando el chico, el demonio *le arrojó al suelo y le convulsionó.* » Es la palabra que se usa cuando un boxeador o un luchador derriba a su contrario. Debe de haber sido algo horrible el ver al chico retorciéndose en el suelo, y los discípulos no habían podido hacer absolutamente nada. Pero cuando llegó Jesús, resolvió la situación con absoluto dominio, y le devolvió el chico a su padre completamente curado.

Dos cosas quedan claras.

(i) El momento en el monte era absolutamente necesario, pero no se podía prolongar. Pedro, sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, sugirió quedarse allí en aquella gloria con Moisés y Elías en unos refugios que hubieran podido hacer; pero tenían que bajar. A veces se nos conceden momentos que quisiéramos prolongar indefinidamente; pero, después de un tiempo en la cima del monte, tenemos que volver a la lucha y a la rutina de la vida. Ese momento tiene por objeto darnos las fuerzas para la vida diaria.

Después de la gran confrontación con los profetas de Baal en el Monte Carmelo, Elías tuvo que poner tierra por medio. Se fue al desierto y allí, bajo un enebro, se echó a dormir, y un ángel le preparó la comida por dos veces. Y entonces viene la frase: < Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches» (1 Reyes 19:1-8). Debemos acudir a la cima del monte de la presencia de Dios, no para quedarnos allí, sino para proseguir, en la fuerza de ese tiempo, muchos días. Se decía del gran explorador el capitán Scott, que era cuna extraña mezcla de soñador y de hombre práctico, y nunca más práctico que cuando acababa de salir de uno de sus sueños:» No podemos prolongar indefinidamente el momento de la cima, pero tampoco podemos vivir sin ese momento.

(ii) Aquí se nos muestra con toda claridad la absoluta suficiencia de Jesús. Cuando Él llegó, la situación estaba fuera de control. La impresión que sacamos es que la gente iba de acá para allá sin saber qué hacer. Los discípulos estaban desbordados, y el padre del chico estaba desanimado y desesperado. A esta escena de desorden llega Jesús, se hace cargo de la situación al instante, y trae la calma. A menudo nos encontramos en situaciones así en las que todo está descontrolado: sólo el Señor de la vida puede solucionar la vida con su absoluta suficiencia y ponerlo todo bajo control.

(iii) Y aquí también termina el incidente con Jesús señalando a la Cruz. Había sido un momento triunfal: Jesús había dominado al demonio y admirado a la gente; y en ese momento, cuando todos estaban dispuestos a aclamarle, Jesús les dice que se dirige a la muerte. Habría sido fácil seguir por el camino del éxito popular; pero la grandeza de Jesús se vio en que lo rechazó, y escogió la Cruz. Él no quiso evitar la Cruz a la que llamó a sus seguidores.

LA VERDADERA GRANDEZA

Lucas 9:46-48

Entonces los apóstoles se pusieron a discutir quién de ellos era el más importante. Jesús se daba cuenta de lo que estaba pensando cada uno, y tomó a un chiquillo, y le puso a su lado, y les dijo:

-El que reciba a este chiquillo en mi nombre, es como si me recibiera a Mí; y el que me recibe a Mí, recibe al que me envió, que es Dios. Así que el que se considera el más insignificante de todos vosotros, ese es verdaderamente grande.

Mientras los Doce siguieran pensando que el Reino de Jesús era de este mundo, era inevitable que se disputaran los puestos más altos. Hace mucho tiempo, el historiador inglés conocido como el venerable Beda sugirió que esta pelea surgió porque Jesús se había llevado a la cima del monte a Pedro, Santiago y Juan, y los otros estaban celosos.

Jesús sabía lo que estaban pensando. Tomó a un chiquillo y le puso a su lado; es decir, en el lugar de máximo honor. Seguidamente les dijo que el que recibiera a un chiquillo, le recibía a Él, y el que le recibía a Él, recibía a Dios. ¿Qué quería decir? Los Doce eran los lugartenientes de Jesús; pero ese chico no ocupaba ninguna posición oficial. Jesús estaba diciendo: «Si estáis dispuestos a pasaros la vida sirviendo, ayudando y amando a personas que a los ojos del mundo no tienen ninguna importancia, estáis sirviéndome a mí y a Dios. Si estáis dispuestos a pasaros la vida haciendo cosas que parece que no tienen ninguna importancia, sin proponeros ser lo que el mundo llama *grande*, seréis grandes a los ojos de Dios.»

Hay muchos que están dispuestos a prestar servicios por razones falsas.

(i) Por el deseo de *prestigio*. A. J. Cronin habla de cierta enfermera que conoció cuando era médico rural. Aquella mujer llevaba veinte años al servicio de un distrito de quince kilómetros a la redonda, ella sola. «A mí me admiraba su paciencia, su resistencia y su alegría. Nunca estaba demasiado cansada para levantarse a media noche cuando tenía una llamada urgente. Ganaba el sueldo base, y una noche, a las tantas, después de un día especialmente agobiado, me atreví a preguntarle por qué no pedía que la pagaran más, porque Dios sabía que se lo merecía. Y me contestó que si Dios sabía que se lo merecía, eso era lo único que le importaba a ella.» No trabajaba para los hombres, sino para Dios; y cuando trabajamos para Dios, el prestigio es lo último que se nos ocurrirá pensar, porque sabemos que Él se lo merece todo.

(ii) Por el deseo de *una posición*. Si se le da a una persona una tarea o una posición o un puesto en la iglesia, debe considerarlo, no como un honor, sino como una responsabilidad. Hay quienes sirven en la iglesia, no pensando realmente en aquellos a los que sirven, sino en sí mismos. A cierto primer ministro inglés le estaban felicitando por su elección, y dijo: «Lo que necesito no son vuestras felicitaciones, sino vuestras oraciones.» El ser elegidos para un cargo es serlo para un servicio, no para un honor.

(iii) Por el deseo de *prominencia*. Muchas personas están dispuestas a servir o a dar siempre que se les reconozca el servicio o la generosidad. Las instrucciones de Jesús son que no debemos dejar que nuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha. Si damos o hacemos algo sólo para recibir algo para nosotros, eso no tiene ninguna gracia (Lucas 6:32-34).

Lucas 9:49-56

-Maestro -le dijo Juan a Jesús-, hemos visto a uno echar demonios en tu nombre. Se lo prohibirnos, porque no es seguidor tuyo como nosotros.

No teníais por qué prohibírselo; porque el que no está en contra de nosotros está a favor de nosotros.

Cuando se le iba acercando a Jesús el momento de volver al Cielo, hizo la decisión irrevocable de ponerse en camino hacia Jerusalén. Envío a unos mensajeros por delante para que fueran a prepararle alojamiento en una aldea samaritana; pero la gente de allí se negaron a darles hospitalidad, porque tenían aspecto de dirigirse a Jerusalén. Cuando lo supieron los apóstoles Santiago y Juan, le dijeron a Jesús:

*-¡Señor! ¿Nos dejas que mandemos bajar fuego del cielo que los consuma, como hizo el profeta Elías?
Pero Jesús se volvió hacia ellos, y los regañó:*

-¡Todavía no os habéis enterado de qué espíritu sois! El Hijo del Hombre no ha venido a perder a las personas, sino a salvarlas.

Así es que siguieron andando hasta otra aldea.

Aquí tenemos dos lecciones en materia de tolerancia.

En Palestina había muchos exorcistas, y todos pretendían ser capaces de echar demonios; parece que Juan veía un rival en ese hombre, y quería eliminarlo; pero Jesús no estaba de acuerdo.

El camino más directo de Galilea a Jerusalén pasaba por Samaria; pero la mayor parte de los judíos lo evitaban. Había una enemistad de siglos entre los judíos y los samaritanos (*Juan 4:9*). De hecho, los samaritanos hacían todo lo posible para molestar, y hasta hacer daño a los grupos de peregrinos que intentaban pasar por su territorio. Para Jesús no era corriente ir a Jerusalén por ese camino, y menos aún el buscar alojamiento en una aldea samaritana. Al hacerlo, estaba ofreciendo una mano amiga a un pueblo enemigo. En este caso no se trataba sólo de negar la hospitalidad, sino también de rechazar la amistad. A Santiago y a Juan les parecía que estaban haciendo algo digno de alabanza cuando se ofrecieron a pedir la ayuda del Cielo para erradicar aquella aldea. Pero Jesús no se lo permitió.

No hay pasaje en el que Jesús nos enseñe más directamente el deber de la tolerancia. En muchos casos la tolerancia es una virtud perdida y, cuando existe, es por razones injustificadas. De todos los grandes líderes cristianos ninguno ha superado a John Wesley como dechado de la tolerancia: < No tengo -decía- más derecho a objetar a un hombre por tener una opinión distinta de la mía, que por usar una peluca mientras yo tengo mi propio pelo; pero si se quita la peluca y me sacude el polvo en la cara, consideraré un derecho el desmarcarme de él lo más pronto posible... Lo que más trato de evitar es la estrechez de espíritu, el partidismo, el estar aprisionado en las propias entrañas... en fin, ese fanatismo miserable que hace que muchos no estén dispuestos a creer que hay obra de Dios nada más que entre ellos... Pensamos y dejamos pensar.> Cuando su sobrino Samuel, hijo de Charles, se hizo católico, John le escribió: < No me importa en qué iglesia estés. Puedes salvarte o condenarte en cualquiera de las dos; pero me temo que no has nacido de nuevo.> La invitación a participar de la Santa Cena que se hace en las iglesias metodistas es sencillamente: < Acercaos todos los que amáis al Señor.>

La convicción de que los únicos métodos y creencias correctos son los nuestros ha traído más angustia y desgracia a la iglesia cristiana que ninguna otra cosa. Oliverio Cromwell escribió una vez a los escoceses intransigentes: < Os ruego por las entrañas de Cristo que consideréis que es posible que estéis equivocados.> T. R. Glover cita en alguna parte un dicho: «Recuerda que, sea lo que sea lo que tengas entre manos, alguien lo verá de manera diferente.»

Todos los caminos conducen a Dios, y Él tiene su propia escalera secreta para llegar a cada corazón. Dios se revela de muchas maneras, y ninguna persona ni iglesia tiene el monopolio de su verdad.

Pero -y esto es tremendamente importante- nuestra tolerancia debe basarse, no en la indiferencia, sino en el amor. Debemos ser tolerantes, no porque nos importa un pito, sino porque miramos a la otra persona con ojos de amor. A Abraham Lincoln le criticaban por ser demasiado cortés con sus enemigos, y le recordaban que nuestro deber es acabar con ellos. < ¿Y no acabo yo con mis enemigos -dijo- cuando los hago mis amigos?> Aunque alguien esté completamente equivocado, no debemos considerarle un enemigo al que tenemos que destruir, sino como un amigo extraviado al que tenemos que recuperar con amor.

LA HONRADEZ DE JESÚS

Lucas 9:57-62

Cuando iban de camino, uno le dijo a Jesús:

- ¡Señor, yo voy contigo hasta el fin del mundo!
- Las zorras tienen guardadas, y las aves, nidos; pero este Hijo del Hombre no tiene ni dónde recostar la cabeza -le contestó Jesús.
- ¡Sígueme! -le dijo Jesús a otro; y él le contestó:
Déjame que antes vaya a enterrar a mi padre.
- ¡Deja a los muertos enterrar a sus muertos -le contestó Jesús---, y tú ve a anunciar la noticia del Reino de Dios!
Otro también le dijo:
- Quiero ser seguidor tuyo, Señor; pero déjame que primero me despida de mi familia.
- El que está arando y vuelve la vista atrás no vale para el Reino de Dios.

Aquí tenemos lo que les dijo Jesús a tres posibles seguidores.

(i) Su consejo al primero fue: «Antes de hacerte seguidor mío, considera lo que te va a costar.» Nadie podrá decir que le indujeron a seguir a Jesús con falsas promesas. Jesús le hacía a la gente el honor de colocarles el listón tan alto que ya no cabía más. Es posible que le hayamos hecho un flaco servicio a la iglesia dejando que la gente se crea que no hay gran diferencia entre el que es miembro y el que no lo es. Deberíamos decir que impone la mayor diferencia del mundo. Tendríamos menos gente; pero los que hubiera estarían comprometidos con Cristo de verdad.

(ii) Lo que le dijo Jesús al segundo suena duro, pero puede que no lo fuera tanto. Lo más seguro es que el padre de aquél no estuviera muerto, ni casi. Es probable que quisiera decir: «Te seguiré cuando se me haya muerto mi padre.» Un funcionario inglés en el Este cuenta que a un joven árabe muy brillante se le ofreció una beca para estudiar en Oxford o Cambridge, y contestó: «La aceptaré cuando haya enterrado a mi padre.» Y su padre no tenía muchos más de cuarenta años, y sí buena salud.

Lo que Jesús quería dejar bien claro es que en todo hay un momento crucial; si se deja pasar la oportunidad, lo más probable es que no vuelva a presentarse. Este hombre sentía en el corazón la llamada a salir de un ambiente espiritualmente muerto; si dejaba pasar ese momento, no saldría nunca.

Los psicólogos nos dicen que cada vez que tenemos un sentimiento noble y no lo llevamos a la acción se hace menos probable que lo cumplamos nunca. La emoción se convierte en un sustituto de la acción. Por ejemplo: algunas veces nos da la idea de escribir una carta, puede que de agradecimiento, o de pésame, o de felicitación. Si lo dejamos para mañana, lo más probable es que no la escribamos nunca. Jesús nos anima a actuar en seguida cuando tenemos ese sentimiento.

(iii) Lo que le dice al tercero es una verdad que nadie puede negar. El que está arando no podrá, jamás hacer un surco derecho si vuelve la cabeza para mirar atrás por encima del hombro. Algunos tienen el corazón en el pasado; siempre andan mirando hacia atrás con añoranza, pensando que «cualquiera tiempo pasado fue mejor.» Watkinson, el gran predicador, nos cuenta que una vez en la playa, cuando iba con un nietecito, se encontraron a un anciano pastor. El vejete tenía muy mal genio y, entre otras cosas, había cogido una ligera insolación (*sunstroke*). El chiquillo había oído algo de la conversación, pero no se había enterado mucho; así es que cuando dejaron atrás al viejo quejica, se volvió a su abuelo y le dijo: « ¡Abuelito, espero que tú no sufras nunca de puesta de sol! » (*sunset*).

El cristiano está en marcha, no hacia el poniente, sino hacia la aurora. La consigna del Reino no es « ¡Atrás! », sino « ¡Adelante! » A este hombre, Jesús no le dijo ni « ¡Sigue! » ni « ¡Vuelve! », sino « No acepto un servicio tibio », y dejó que el hombre hiciera su propia decisión.

OBREROS PARA LA COSECHA

Lucas 10:1-16

Después de lo que queda dicho, Jesús nombró a otros setenta, a los que mandó por delante de dos en dos a todos los pueblos y caseríos que Él se proponía visitar; y les decía:

-La cosecha promete ser grande, pero todavía hay muy pocos obreros. Pedidle al Señor de la cosecha que mande más obreros a su campo: ¡Hala, en marcha! Yo os envío como a corderos a una manada de lobos. No llevéis bolsa, ni mochila, ni sandalias; y no os paréis en el camino a saludar a nadie. Cuando entréis en una casa, decid: « ¡A la paz de Dios! »; y si vive allí algún hijo de paz recibirá vuestro saludo; y si no, la bendición que habéis echado se volverá a vosotros. Parad en la misma casa todo el tiempo que estéis en ese lugar, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero se merece la paga; no vayáis de casa en casa. Y cuando lleguéis a un pueblo y os reciban bien, comed lo que os pongan por delante; curad a los enfermos que haya, y decidles: « ¡El Reino de Dios se ha acercado a vosotros! » Pero cuando lleguéis a un pueblo en el que no os quieran recibir, marchaos de allí diciéndoles por las calles: « Hasta el polvo de vuestro pueblo que se nos haya pegado a los pies lo sacudimos para que os deis cuenta de lo que habéis hecho. ¡Pero tened presente que el Reino de Dios se os ha acercado! » Os aseguro que el Día del Juicio será más leve el castigo que se le imponga a Sodoma que el de ese pueblo. ¡Pobre de ti, Corazín! ¡Pobre de ti, Betsaida! Si los milagros que se han

hecho en vosotras se hubieran hecho en Tiro y en Sidón, hace mucho que se habrían sentado en saco y en ceniza para mostrar su arrepentimiento; y en cuanto a ti, Cafarnaún, ¿te has creído que te vas a elevar hasta el Cielo? ¡Hasta el infierno vas a hundirte! En cuanto a vosotros, mensajeros míos, el que os escucha a vosotros es como si me escuchara a Mí; y el que os rechaza a vosotros, como si me rechazara a Mí; y el que me rechaza a Mí es como si rechazara a Dios, que es Quien me ha enviado.

Este pasaje se refiere a una misión más amplia que la primera de los Doce.

El número *setenta* era simbólico para los judíos.

(a) Era el número de los ancianos que se eligieron para ayudar a Moisés con la tarea de gobernar y dirigir al pueblo en el desierto (*Números 11:16, 17, 24, 25*).

(b) Era el número de los miembros del Sanedrín, el consejo supremo de los judíos. Los Setenta fueron elegidos para ayudar a Jesús.

(c) También se creía que habían sido setenta los traductores del Antiguo Testamento al griego, por lo que se llama esa versión Septuaginta, y se indica corrientemente como LXX.

(d) Se decía que ese era el número de las naciones del mundo. Lucas tenía una visión universalista, y puede ser que estuviera pensando en el día cuando todas las naciones conocerán y amarán a su Señor.

Hay aquí un detalle interesante. Uno de los pueblos que Jesús cita aquí es Corazín. Se supone que Jesús hizo allí muchos milagros; pero este lugar no se menciona en los evangelios

nada más que aquí, así que no sabemos nada de lo que Jesús hizo o dijo allí. Aquí tenemos un ejemplo de lo mucho que

ignoramos de la vida de Jesús. Los evangelios no son biografías, sino meros bocetos de la vida de Jesús (cp. *Juan 21:25*).

Este pasaje nos dice algunas cosas de suprema importancia

sobre el transmisor y el receptor del Evangelio.

(i) El predicador tiene que estar descargado de cosas materiales; tiene que viajar ligero. Es fácil liarse con las cosas de la vida. Una vez el doctor Johnson, después de ver las dependencias de un gran castillo, observó gravemente: «Estas son las cosas que le hacen a uno difícil morir.» La Tierra no debe nunca borrar el Cielo.

(ii) El predicador se tiene que concentrar en su tarea; no tiene que saludar a nadie en el camino. Esto nos recuerda las instrucciones que le dio Elías a Giezi en *2 Reyes 4:29*. Ya

sabemos lo ceremoniosos y prolijos que son los orientales en sus saludos. No se nos manda que seamos maleducados; lo que

quiere decir esto es que el hombre de Dios no debe dejarse distraer ni retrasar por cuestiones menores cuando las mayores le requieren.

(iii) El predicador no debe tener espíritu mercenario; debe

comer lo que le pongan por delante, y no debe andarse mudando de casa en casa en busca de mayores y mejores comodida-

des. No pasó mucho tiempo antes de que surgieran aprovechados en la Iglesia Primitiva. Hay un tratado llamado *La Enseñanza de los Doce Apóstoles*, que se escribió hacia el año 100

d.C., y que es el primer libro de orden eclesiástico. Había entonces *profetas* que iban visitando las iglesias de pueblo en pueblo. Se advierte-qué, si un profeta quiere quedarse en el

mismo lugar más de tres días sin trabajar, es un falso profeta; y si habla en el Espíritu para pedir dinero o comida, es un falso profeta. El obrero merece su paga, pero el siervo del Señor crucificado no puede buscar lujos.

(iv) El haber escuchado la Palabra de Dios conlleva una gran responsabilidad. Seremos juzgados según lo que hayamos tenido oportunidad de saber. A un niño se le consienten cosas que se condenarían en un adulto; a un salvaje se le perdonan cosas que se castigarían en un civilizado. La responsabilidad es la otra cara del privilegio.

(v) Es un error terrible el rechazar la invitación de Dios. En cierto sentido, todas las promesas de Dios que hayamos escuchado pueden convertirse en nuestra condenación. Si las recibimos, son nuestra mayor gloria; pero cada una de las que hemos rechazado será algún día un testigo en contra nuestra.

LA VERDADERA GLORIA DEL HOMBRE

Lucas 10:17-20

Los Setenta volvieron jubilosos, y le dijeron a Jesús: - ¡Señor, hasta los demonios se nos sometían cuando actuábamos en tu nombre!

- Yo vi a Satanás caer del Cielo como un rayo -les contestó Jesús-. Fijaos bien: os he dado autoridad para pisotear a las serpientes y a los escorpiones y a todos los poderes del enemigo sin sufrir el menor daño; pero no os congratuléis de eso, sino de algo mucho mejor: ¡de que vuestro nombre está escrito en el Cielo!

A su vuelta, los Setenta estaban jubilosos por las maravillas que habían realizado en nombre de Jesús. y Él les dijo: «Yo vi a Satanás caer del Cielo como un rayo.» Eso es difícil de entender. Puede querer decir dos cosas.

d(i) Puede querer decir: «Yo vi caer derrotadas las fuerzas e las tinieblas y del mal; el cuartel general de Satanás está

asediado, y el Reino de Dios viene de camino.» Puede querer decir que Jesús sabía que Satanás y todos sus poderes habían

recibido el golpe de muerte, aunque aún no se hubiera producido su conquista definitiva.

(ii) También puede ser una advertencia contra el orgullo. Fue el orgullo lo que hizo que Satanás se rebelara contra Dios, y en consecuencia fuera arrojado del Cielo, él, que había sido el jefe de los ángeles. Puede que Jesús les estuviera diciendo a los Setenta: «Habéis tenido vuestros triunfos; pero tened cuidado con el orgullo, porque cuando el jefe de los ángeles

sucumbió al orgullo fue arrojado del Cielo.»

No cabe duda de que Jesús prosiguió advirtiendo a sus

discípulos contra el orgullo y el pasarse de confiados. Era cierto que se les había dado todo poder, pero su mayor gloria era que

su nombre estaba escrito en el Cielo.

Siempre será la mayor gloria del hombre, no lo que él mismo ha hecho, sino lo que Dios ha hecho por él. Es posible que el descubrimiento del cloroformo le haya evitado al mundo más dolor que ningún otro descubrimiento médico. Una vez, alguien le preguntó a James Simpson, que fue el pionero en su uso: «¿Qué descubrimiento tuyo consideras el más grande?», esperando que le contestara « El cloroformo.» Pero con-

testó: « Mi mayor descubrimiento fue que Jesucristo es mi Salvador.» Hasta el hombre más grande sólo puede decir en la presencia de Dios:

No ya he de gloriarme jamás, oh Dios mío, de aquellos deberes que un día cumplí. Mi gloria era vana: confié tan sólo en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA

El orgullo bloquea el camino del Cielo; la humildad es el pasaporte a la presencia de Dios.

LA EXIGENCIA INSUPERABLE

Lucas 10:21-24

En aquel preciso momento, el Espíritu Santo hinchó de gozo el corazón de Jesús, que exclamó:

- ¡Bendito seas, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra! ¡Gracias por haberles escondido todo esto a los que se creen muy inteligentes y muy listos y habérselo revelado a los pequeños! Sí, Padre: gracias porque las cosas son como a Ti te ha parecido que deben ser. El Padre me lo ha confiado absolutamente todo. Nadie conoce al Hijo más que el Padre; y tampoco nadie conoce al Padre más que el Hijo, y aquellos a los que el Hijo se Le quiere revelar-. Y, volviéndose a sus discípulos, prosiguió: - ¡Qué afortunados son los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo, y por oír lo que estáis oyendo, y no se les concedió.

Hay tres grandes pensamientos en este pasaje.

(i) El versículo 21 nos habla de la sabiduría de la sencillez. La mente sencilla podía recibir verdades que las mentes cultivadas no podían admitir. Una vez dijo Arnold Bennet: « La única manera de escribir un gran libro es escribirlo con los ojos de un niño que ve las cosas por primera vez.» Es posible pasarse de listo. Es posible ser tan erudito que los árboles no le dejan a uno ver el bosque. Alguien ha dicho que la prueba de un pensador verdaderamente grande es cuánto es capaz de olvidar. Después de todo, la fe evangélica no consiste en saberse todas las teorías acerca del Nuevo Testamento; y menos saberse todas las teologías o las cristologías; no consiste en *saber acerca de Cristo*, sino en *conocer a Cristo*; y para eso lo que hace falta no es sabiduría terrenal, sino gracia celestial.

(ii) El versículo 22 nos habla de la relación única y exclusiva que hay entre Jesús y Dios. Esto es lo que el Cuarto Evangelio quiere decir con « El Verbo se hizo carne» (*Juan 1:14*), o cuando pone en labios de Jesús «Yo y el Padre, una cosa somos», o « El que me ha visto, ha visto al Padre» (*Juan 10:30, y 14:9*). Para los griegos, Dios era incognoscible. Había una sima infranqueable entre la materia y el espíritu, entre el hombre y Dios. «Es muy difícil -decían- conocer a Dios; y, si se llega a conocerle, es imposible comunicarle a otro ese conocimiento.» Pero cuando vino Jesús, dijo: « Si queréis saber cómo es Dios, miradme a mí.» Más que hablar a los hombres acerca de Dios, lo que Jesús hizo fue mostrarles a Dios, porque en Él estaban la mente y el corazón de Dios.

(iii) Los versículos 23 y 24 nos dicen que Jesús es la consumación de toda la Historia. Jesús dice en esos versículos: «Yo soy el que todos los profetas y los santos y los reyes esperaban y anhelaban.» Eso es lo que quena decir Mateo cuando una y otra vez escribe en su evangelio: «Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el profeta...» (cp. *Mateo 2:1 S, 17, 23*).

Jesús es la cima que la Historia trataba de escalar, la meta que quería alcanzar, el imán que atraía a los hombres de Dios. Si quisiéramos decirlo en términos modernos para los que creen en la evolución, la lenta escalada del hombre desde el nivel de las bestias: Jesús es el clímax y el punto omega del proceso evolucionario, porque en Él el hombre llega a Dios; es a un tiempo la perfección de la humanidad y la plenitud de la divinidad.

QUIÉN ES MI PRÓJIMO

Lucas 10:25-37

Atención: un experto en la ley se le presentó a Jesús para ponerle a prueba, y le preguntó:

Maestro: ¿qué es lo que tengo que hacer para poseer la vida eterna que Dios ha prometido?

-¿Qué es lo que está escrito en la Ley? -le preguntó a su vez Jesús-. ¿Qué has aprendido tú?

-«Ama al Señor tu Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia»; «y a tu prójimo, como te amas a ti mismo» -le contestó el experto en la ley.

- ¡Buena respuesta! Pues, hazlo, y tendrás la vida -le dijo Jesús; pero el hombre, queriendo quedar bien, le preguntó otra vez:

-¿Y a quién se refiere eso del prójimo?

Jesús, entonces, le puso un ejemplo:

-Cierta hombre iba por el camino que baja de Jerusalén a Jericó, cuando le salieron al paso unos bandidos que le dieron de palos, le quitaron todo lo que llevaba y le dejaron medio muerto. Sucedió que le vio un sacerdote que iba bajando por aquel camino; pero no le hizo caso y pasó de largo. Luego sucedió lo mismo con un levita que se acercó por allí; que también le vio, pero pasó de largo. Por último pasó un samaritano que iba de viaje; y cuando llegó por allí le vio, y le dio lástima de él; así es que se le acercó y le curó las heridas con aceite y vino y se las vendó; luego le montó en su cabalgadura y le llevó al mesón, donde siguió cuidando de él. Al día siguiente, como tenía que seguir su viaje, sacó el jornal de dos días y se lo dio al mesonero, y le dijo: «Cuidamele, y yo te pagaré lo que te gastes de más la próxima vez que pase.» Y ahora, dime: ¿Cuál de los tres dirías tú que

fue el prójimo del que había caído en manos de los bandidos?

-El que le trató con misericordia -contestó el experto en la ley.

-Pues, anda; obra tú de la misma manera -le dijo Jesús.

En primer lugar, vamos a mirar *la escena* de esta historia. La carretera de Jerusalén a Jericó era notoriamente peligrosa. Jerusalén está a 800 metros sobre el nivel del mar; el Mar Muerto, cerca del cual está Jericó, está a 400 metros bajo el nivel del mar; así que, en menos de 30 kilómetros, la carretera salva un desnivel de 1.200 metros. Era una carretera estrecha, bordeada por rocas, con vueltas y revueltas que la hacían terreno abonado para los bandoleros. En el siglo v, Jerónimo nos cuenta que todavía la llamaban «El Camino Rojo», o «de la Sangre.» En el siglo xix todavía había que pagar dinero de seguridad a los jeques locales para usar esa carretera. Hasta el principio de la década de los 30, el famoso autor de libros de viaje H. V. Morton nos dice que le advirtieron que llegara a su destino antes de que se hiciera oscuro, porque un cierto Abu Yildah acostumbraba detener los coches y robar a los viajeros o turistas, escapándose a las montañas antes de que la policía pudiera llegar. Cuando Jesús contó esta historia, hablaba de algo que sucedía con frecuencia en la carretera de Jerusalén a Jericó.

En segundo lugar, fijémonos en los *personajes*.

(a) Tenemos al *viajero*. A menos que tuviera una urgente necesidad, no fue muy prudente poniéndose en camino de Jerusalén a Jericó a solas, y menos si llevaba mercancías de valor. Los viajeros solían ir en convoyes o caravanas. Parece ser que este hombre estaba corriendo un riesgo innecesario.

(b) Tenemos al *sacerdote*. Se apresuró a pasar de largo. Sin duda tenía presente que, si tocaba a un muerto, quedaba siete días en estado de impureza legal (*Números 19: 11*). Eso le impediría cumplir sus deberes en el templo, y no podía arriesgarse. Las exigencias rituales estaban por encima de la caridad.

El templo y la liturgia contaban más para él que la vida de un hombre.

(c) Tenemos al *levita*. Este parece que se acercó más al herido antes de pasar de largo. A veces los bandidos usaban reclamos así: uno de ellos se haría el herido; y, cuando un viajero ingenuo se paraba a ayudar, los otros bandidos se le echaban encima y le robaban. Tal vez el levita tenía *la* consigna de que «lo primero es la seguridad.» No valía la pena correr riesgos para ayudar a nadie.

(d) Tenemos al *samaritano*. La audiencia. esperaría que ése fuera el más despiadado de todos. A lo mejor no era samaritano *de raza*, porque los judíos no tenían trato con los .samaritanos, y sin embargo parece que éste era un viajante de comercio al que conocía bien *el* mesonero. En *Juan 8:48* los judíos llaman samaritano a Jesús. Se daba ese nombre a los herejes y a los que no cumplían la ley ceremonial. Tal vez este hombre era samaritano en el sentido de que los judíos fanáticos le despreciaban.

Notamos dos cosas interesantes acerca de él.

(i) ¡Tenía buen crédito! El mesonero estaba dispuesto a fiarse de él. Tal vez no fuera muy sano teológicamente, pero era honrado.

(ii) Fue el único que estuvo dispuesto a ayudar. Puede que fuera hereje, pero tenía amor en el corazón. No es tan raro encontrar que los religiosos están más interesados en los dogmas que en la ayuda al necesitado, y que el que desprecian los religiosos es el que ama a su prójimo. A fin de cuentas se nos ha de juzgar, no por nuestro credo, sino por la vida que vivimos.

En tercer lugar, fijémonos en la enseñanza de la parábola. El escriba que le hizo la pregunta a Jesús iba en serio. Jesús le preguntó que qué decía la ley sobre eso. Los judíos practicantes llevaban en las muñecas unas cajitas llamadas. filacterias en las que guardaban ciertos textos de la ley: Éxodo 13:1-10, 11-16; *Deuteronomio* 6:4-9; 11:13-20. «Ama al Señor tu Dios» es de *Deuteronomio* 6:4, y 11:13. Es como si Jesús le dijera: «Lee lo que pone en tus filacterias, y encontrarás la

respuesta a tu pregunta.» A esos pasajes añadió el escriba *Levítico 19:18*, que manda al hombre amar a su prójimo cómo a sí mismo; pero, con su pasión por las definiciones, los rabinos se preguntaban quién era el prójimo; los más estrechos contestaban que el prójimo era *otro judío*. Algunos hasta llegaban a decir que era ilegal ayudar a una mujer gentil en el momento del parto, porque eso sólo sería ayudar a que hubiera otro gentil en el mundo. Así. que la pregunta del escriba «¿Y a quién se refiere eso del prójimo?» era normal.

La respuesta de Jesús implica tres cosas.

(i) Debemos ayudar al necesitado aunque se haya metido en líos por su propia culpa o imprudencia, como era-probablemente el caso del viajero de la parábola.

(ii) Cualquier persona de cualquier nación que está necesitada es nuestro prójimo.

(iii) La ayuda debe ser práctica y no limitarse a *sentirlo mucho*. Es posible que a eso sí llegaron el sacerdote y el levita, pero no *hicieron* nada más. La compasión, para ser real, tiene que desembocar en obras.

Lo que Jesús le dijo al escriba nos dice también a nosotros: «Pues, anda; obra tú de la misma manera.»

EL CHOQUE DE TEMPERAMENTOS

Lucas 10:38-42

Prosiguiendo su viaje, Jesús llegó a una aldea. Una mujer de allí que se llamaba Marta, le dio hospitalidad. Tenía una hermana, María, que se sentaba a los pies de Jesús para escuchar lo que decía.

Marta estaba muy ocupada con los quehaceres de la casa, y se acercó a Jesús para decirle:

-Señor, ¿es que no te haces cargo de que mi her-

mana me deja sola con todo el trabajo de la casa? Dile siquiera que me eche una mano.

- ¡Marta, Marta! Estás demasiado ajetreada, y te complicas innecesariamente la vida con muchas cosas cuando con cualquier cosita bastaría. María ha sabido escoger la mejor parte, y no hay por qué quitársela.

Sería difícil encontrar un boceto de caracteres más pintoresco y con mayor economía de palabras que éste.

(i) Aquí tenemos *un choque de temperamentos*. Algunas personas son polvorillas de actividad; otras son naturalmente tranquilas. Y a las activas les cuesta comprender a las contemplativas, y viceversa. No es que la una sea buena y la otra no. Dios no nos ha hecho a todos iguales. Dios necesita sus Martas y sus Marías. Como decía Teresa de Jesús, en el servicio del Señor deben estar juntas Marta y María.

(ii) Estos versículos nos muestran algo más: a veces se muestra *una amabilidad equivocada*. Recordemos adónde iba Jesús cuando esta escena tuvo lugar: se dirigía a Jerusalén, a morir en la Cruz. Todas sus facultades estaban tensas por la batalla interior que estaba librando para someter su voluntad a la voluntad de Dios. Cuando llegó Jesús a aquella casa de Betania, fue un gran día; y Marta quería celebrarlo ofreciéndole a Jesús lo mejor que hubiera en la casa; así es que iba de acá para allá llevando, y haciendo, y guisando, y preparando cosas... *y eso era lo que menos quería Jesús entonces*. Quería tranquilidad. Con la Cruz por delante y la tensión dentro de sí, había acudido a Betania buscando un oasis de calma alejado de las multitudes exigentes aunque sólo durara una o dos horas. Y eso fue lo que le ofreció María; y Marta, con la mejor intención, hizo lo posible por quitárselo. «Con cualquier cosita bastaría.» Posiblemente quería decir: «No quiero un gran banquete; un solo plato, de lo que sea, es más que suficiente.» María comprendió, y Marta no.

Aquí tenemos una de las cosas difíciles de la vida. A menudo queremos ser amables con la gente, pero *a nuestra manera*. Y si no acertamos, nos damos por ofendidos y nos quejamos de que no se aprecia nuestro esfuerzo. Si queremos de

veras ser amables, lo primero que debemos intentar es comprender a la persona a la que queremos ayudar, y olvidarnos de todo lo que querríamos hacer nosotros. Jesús amaba a Marta, y Marta le amaba a Él; pero, cuando Marta se proponía ser amable, tenía que serlo a su manera, que era precisamente la contraria de la que Jesús necesitaba. Jesús amaba a María, y María le amaba a Él, y María le comprendió.

ENSEÑANOS A ORAR

Lucas 11:1-4

Sucedió una vez en cierto lugar que Jesús estuvo orando algún tiempo y, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos:

- Señor, enséñanos a orar, como hizo Juan con sus discípulos.

Jesús les dijo:

- Cuando os pongáis a orar, decid:

«¡Oh Padre!, que tu nombre sea tratado con reverencia. - Venga tu Reino. - Danos cada día el alimento que necesitamos. - Y perdónanos nuestros pecados, como también nosotros perdonamos a todos los que nos fallan. - Y no nos dejes a merced de duras pruebas.»

Era costumbre que los rabinos enseñaran a sus discípulos una oración sencilla para uso frecuente. Juan el Bautista lo había hecho con sus discípulos, y ahora le pedían a Jesús los suyos que Él también les enseñara una oración.

Aquí tenemos la versión de la Oración Dominical que nos da Lucas. Es más corta que la de Mateo, pero nos enseña todo lo que necesitamos saber acerca de cómo y qué pedir en oración.

(i) Empieza llamando a Dios *Padre*. Es la manera característicamente cristiana de dirigirnos a Dios (cp. *Gálatas 4:6*;

Romanos 8:15; 1 Pedro 1:17). La primera palabra ya nos dice que al orar no nos estamos dirigiendo a alguien que no está dispuesto a ayudarnos, sino a un Padre que se complace en suplir las necesidades de sus hijos.

(ii) En hebreo *el nombre* quiere decir mucho más que el nombre propio de una persona. Quiere decir la totalidad del carácter de la persona que se nos ha revelado y que conocemos. El salmo 9:10 dice: «Los que conocen tu Nombre ponen en Ti su confianza.» Eso quiere decir mucho más que saber que el nombre de Dios es Jehová. Quiere decir que, los que conocen todo el carácter y la mente y el corazón de Dios, ponen en Él su confianza con alegría.

(iii) Debemos fijarnos especialmente en el orden de la Oración Dominical. Antes de pedir nada para nosotros mismos, Dios y su gloria y el respeto que le es debido ocupan el primer lugar. Sólo cuando damos a Dios el lugar que le corresponde se colocan todas las cosas en su debido lugar.

(iv) La oración incluye toda la vida.

(a) Incluye *la necesidad presente*. Nos dice que pidamos nuestro pan cotidiano; es decir, el alimento *para el día* que oramos. Esto nos recuerda la antigua historia del maná en el desierto (*Éxodo 16:11-21*): sólo se podía recoger lo necesario para la necesidad del día. No nos tenemos que preocupar del futuro desconocido, sino de «vivir al día».

(b) Incluye *los pecados pasados*. Cuando oramos, no podemos olvidarnos de pedirle perdón a Dios, porque todos somos pecadores ante la santidad de Dios.

(c) Incluye *las pruebas futuras*. *Tentación* quiere decir situación de prueba, e incluye mucho más que la seducción al pecado: todas las situaciones que constituyen un desafío y una prueba a la integridad y fidelidad de una persona. No podemos librarnos de ellas, pero las podemos arrostrar en comunión con Dios.

Alguien ha dicho que la Oración Dominical se puede usar de dos maneras diferentes en nuestra vida devocional: si la usamos al principio, despierta toda clase de deseos santos que

nos conducen por los auténticos senderos de la oración; y si la usamos al final, resume y completa todas las peticiones que traemos a la presencia de Dios.

PEDIR Y RECIBIRÉIS

Lucas 11:5-13

Jesús les dijo también:

-Supónete que un amigo tuyo te viene a casa a medianoche y te dice desde la puerta: «Oye, amigo: déjame tres panes; que un amigo mío ha llegado de viaje a casa, y no tengo nada que darle de comer. > Y supónete que tú le dices desde dentro: «¡Déjame en paz, que ya he atran-

cado la puerta y tengo a los chicos conmigo en la cama! ¡No puedo ahora levantarme a dártelos!» Te aseguro que, si no te levantas a dárselos porque es tu amigo,

acabarás por levantarte y darle todo lo que sea si el otro sigue insistiendo y molestándote. Y por eso os digo Yo: Pedid hasta que se os dé; buscad hasta encontrar; llamad hasta que se os abra la puerta. Porque el que sabe pedir, acaba recibiendo; el que sabe buscar, acaba encontrando, y al que sabe llamar a la puerta, al fin se le abre. Si tu hijo te pide pan a ti que eres su padre, ¿verdad que no le darás una piedra? O si te pide pescado, ¿a que no le das en vez una serpiente? ¿O si un huevo, un alacrán? Pues si vosotros, que sois malos, les sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto

más dará vuestro Padre celestial el Espíritu Santo a los que se lo pidan!

Los viajeros solían ir de camino hasta bien entrada la tarde para evitar el calor del mediodía.~n la historia de Jesús, un viajero de ésos había llegado en medio de la noche a casa de un amigo. En Oriente, la hospitalidad es un deber sagrado; no

se salía del paso dándole al recién llegado cualquier cosa, sino que había que ofrecerle una buena comida.

Cuando un viajero llegaba a las tantas, el dé la casa se podía encontrar en un apuro para cumplir el sagrado deber de la hospitalidad; sobre todo si tenía la panera vacía. Aunque era de noche, éste fue a pedirle ayuda a un amigo, que ya había atrancado la puerta. En Oriente uno no llamaría a una puerta cerrada si no fuera un caso de grave necesidad. Por la mañana, se abrían las puertas y no se cerraban en todo el día; pero si ya estaba cerrada la puerta, era señal de que no se debía molestar. Pero el amigo importuno no se daba por vencido.

Las casas de los pobres en Palestina no tenían nada más que una habitación, con un ventanuco para ventilar. El suelo era de tierra pisonada cubierta con cañas o paja. La habitación estaba dividida en dos partes, no mediante una pared, sino con una especie de plataforma; dos terceras partes de la habitación estaban a nivel del suelo, y el otro tercio estaba un poco elevado; allí era donde estaba el brasero, encendido toda la noche, alrededor del cual dormía toda la familia, no en camas, sino en esterillas. Era corriente que las familias fueran numerosas, y dormían juntitas para darse calor. Al levantarse uno molestaba a toda la familia. Además, en las aldeas era costumbre meter en la casa por la noche el ganado, corrientemente gallinas y cabras.

¿Todavía nos sorprende que el hombre de la casa no quisiera levantarse? Pero el amigo necesitado seguía llamando sin vergüenza (eso es lo que quiere decir la palabra en el original), hasta que el de dentro, con toda la comunidad inquieta para entonces, acababa por levantarse a darle lo que necesitaba.

«Esta historia -diría Jesús- os enseñará algo acerca de la oración.» La lección de esta parábola no es que debemos persistir en la oración, que tenemos que aporrear la puerta de Dios hasta que no tenga más remedio que darnos lo que le pedimos, como si Dios no estuviera dispuesto a molestarse. La lección aparece clara precisamente por contraste.

Parábola quiere decir *poner una cosa al lado de otra*. Si ponemos dos cosas una al lado de la otra para explicar una lección, ésta se puede deducir del hecho de que las dos cosas se parecen, o del hecho de que una es la contraria de la otra. La lección aquí se deduce, no de la semejanza, sino del *contraste*. Lo que Jesús quiere decir es que «si la insistencia desvergonzada y molesta de un supuesto amigo acaba por obligar a otro supuesto amigo egoísta y comodón a levantarse de la cama comunal y darle lo que necesita, *¡cuánto más Dios*, que es un Padre modelo, suplirá las necesidades de sus hijos! « Si vosotros -añade Jesús-, que sois malos, sabéis darles cosas buenas a vuestros hijos, *¡cuánto más Dios, que es el Padre perfecto!*»

Lo dicho no nos exime de la insistencia en la oración. Después de todo, la prueba de la realidad y la sinceridad de nuestro deseo está en la pasión con que lo pedimos. Pero esto no quiere decir que le tenemos que sacar las cosas a la fuerza a un Dios despreocupado, sino que acudimos a un Dios que conoce nuestras necesidades aún mejor que nosotros, y cuyo corazón está henchido de amor generoso hacia nosotros. Si no recibimos lo que pedimos, no es porque Dios es tacaño y nos lo niega, sino porque tiene algo mejor para nosotros. No hay tal cosa como una oración incontestada. La respuesta puede no ser la que queríamos o esperábamos; pero, aun cuando no se nos conceda lo que pedimos, la respuesta viene de la sabiduría y el amor de Dios.

UNA CALUMNIA MALICIOSA

Lucas 11:14-23

En cierta ocasión, Jesús estaba echando a un demonio de mudez; y, cuándo salió-el demonio, el hambre que había sido mudo se puso a -hablar; y la gente estaba maravillada. Pero había algunos que decían:

- ¡Este echa a los demonios porque está de acuerdo con Beelzebú, que es el príncipe de los demonios!

Y otros, para ponerle a prueba, le pedían una señal verdaderamente sobrenatural. Pero Él sabía lo que estaban pensando, y les dijo:

- Cuando un reino está dividido, acaba destruyéndose, y cuando una casa real está dividida, está perdida. Si Satanás está en guerra consigo mismo, su reino está condenado a desaparecer, si es verdad lo que decís de que Yo echo a los demonios porque estoy de acuerdo con Belzebú. Y además, si yo echo a los demonios porque tengo un trato con Belzebú, ¿cómo los echan los de vuestra casta? ¡Vuestro veredicto se vuelve contra vosotros mismos! Pero si Yo echo a los demonios por el dedo de Dios, eso quiere decir que el Reino de Dios está obrando aquí y ahora. Cuando un guerrero está armado y guardando su castillo, tiene bien seguro todo lo suyo; pero, si llega otro más fuerte que él y le vence, le quita todas las armas de las que dependía, y las reparte como botín entre los suyos. El que no está de mi parte está en contra mía; el que no recoge conmigo, no hace más que esturrear.

Cuando los enemigos de Jesús se vieron incapaces de atacarle con medios limpios, recurrieron a la calumnia. Dijeron que Jesús tenía poder sobre los demonios porque estaba en trato con el príncipe de los demonios. Atribuían su poder, no a Dios, sino al diablo. Jesús les dio una doble respuesta irrefutable.

En primer lugar les asestó un hábil golpe. Había muchos exorcistas en Palestina en tiempos de Jesús. Josefo dice que ese poder lo había tenido Salomón, que era experto en el uso de las hierbas y había inventado encantamientos para echar a los demonios de manera que no volvieran; y Josefo dice que había visto usar con éxito en su tiempo los métodos de Salomón (*Antigüedades de los Judíos*, 8:5:2). Así es que Jesús les toca en lo más vivo: «Si yo echo a los demonios porque tengo un

trato con el príncipe de los demonios, ¿cómo los echan los de vuestra casta? ¡Si me condenáis a mí, os estáis condenando a vosotros!»

En segundo lugar, usó un razonamiento incontestable. Un

reino que tiene una guerra civil interminable no puede sobrevivir. Si el príncipe de los demonios le está dando a alguien poder para derrotar a sus emisarios, está acabado. No hay más que una -manera de dominar al guerrero fuerte armado, y es cuando se es más fuerte que él y se le vence. < Por tanto

-dice Jesús- si Yo echo a los demonios, más que probar que estoy de acuerdo con el príncipe de los demonios, lo que prueba eso es que la fortaleza del diablo ha sido expugnada, el poderoso malvado ha sido dominado y el Reino de Dios está aquí.»

De este pasaje surgen ciertas verdades permanentes.

(i) No es raro que se recurra a la calumnia cuando no se tienen buenas razones. Gladstone estaba interesado en la refor-

ma de las mujeres que se prostituían en las calles de Londres. Sus enemigos sugerían que estaba interesado en ellas por otras razones muy inferiores. No hay nada tan cruel como la calumnia, porque mucha gente presta oídos más fácilmente a lo malo que a lo bueno, por aquello de «piensa mal, y acertarás.» No nos creamos que estamos ninguno libre de ese pecado. ¿No es verdad que nos resulta fácil suponer razones impuras, sobre todo cuando no nos gusta la persona? ¿O es que no repetimos nunca las críticas maliciosas que oímos, como la cosa más inocente? Esto nos llama a un serio examen de conciencia.

(ii) Una vez más notamos que para Jesús la prueba de que el Reino de Dios había venido era el hecho de que los que

sufrían eran sanados, y la salud ocupaba el terreno de la enfermedad. La meta de Jesús no era sólo la salvación del alma, sino de la persona entera.

(iii) Lucas concluye este pasaje con el dicho de Jesús de que el que no está de acuerdo con El émá en contra de Él, y que

el que no ayuda a reunir el rebaño está dispersándolo. No hay lugar para la neutralidad en la vida cristiana. El que se mantiene al margen del bien, automáticamente ayuda al mal.

EL PELIGRO DEL ALMA VACÍA

Lucas 11:24-28

-Cuando un espíritu inmundo sale de una persona -siguió diciendo Jesús-, va por sitios áridos buscando un lugar tranquilo; pero, como- no lo encuentra, dice: «¡Me volveré a la casa de donde salí!» Y, cuando llega, y se la encuentra limpia y curiosa, va y se trae a otros siete espíritus todavía peores que él, y se quedan todos allí a vivir, y la persona acaba peor que antes.

Cuando Jesús estaba diciendo esto, una mujer que estaba entre la gente gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Bendita sea la madre que te parió y la leche que mamaste!

- ¡Pero más benditos sean todos los que prestan atención a la palabra de Dios y la ponen por obra! -respondió Jesús:

Aquí tenemos una historia tenebrosa y de miedo. Se trata de una persona de la que echaron a un espíritu malo. Éste fue vagando por ahí en busca de un sitio donde descansar, pero no lo encontró; así que decidió volver a su antigua morada. Y se encontró con que la persona estaba limpia y ordenada -pero vacía. Así que el espíritu- malo se fue a buscar a otros siete espíritus todavía peores que él, y se los trajo a vivir con él en su antigua casa... y aquella persona acabó peor de lo que había estado antes.

(i) Aquí tenemos la verdad fundamental de que no se puede dejar vacía el alma de nadie. No basta con desterrar los malos pensamientos y hábitos, y dejar el alma vacía. Un alma vacía es un alma- en peligro. A Adam C. Welch le gustaba predicar sobre el texto «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes° bien sed llenos del Espíritu» (*Efesios 5:18*), y solía empezar diciendo: «Hay que llenar a las personas con algo.» No basta con echar al mal; hay que dejar entrar al bien.

(ii) Eso quiere decir que no se puede cimentar una experiencia espiritual con negativos. Tomemos como ejemplo el mandamiento de santificar el Día del Señor (*Éxodo 20:8-11*, y *Deuteronomio 5:12-15*), que es una asignatura pendiente en muchas iglesias. Lo que se suele hacer es presentar una lista de lo que hace la gente, y que los cristianos no debemos hacer en el Día del Señor. Pero el que se encuentra con todas esas prohibiciones nos preguntará: «Bueno, ¿y qué es lo que *puedo* hacer?» A menos que se lo digamos, va a acabar peor de lo que estaba, porque le vamos a condenar a la inactividad, que es terreno abonado para el tentador. Es peligroso cuando la religión se presenta como una serie de negativos. Es necesario limpiar; pero después de desarraigar el mal hay que plantar y cultivar el bien.

(iii) La mejor manera de evitar el mal es practicar el bien. El mejor jardín que recuerdo haber visto estaba tan lleno de flores que no les quedaba sitio a las ortigas. Para tener una buena huerta hay que quitar los hierbajos y preparar la tierra; pero, si no se ponen y se cultivan buenas plantas, pronto estará peor que antes. Esto es igualmente cierto en el mundo del pensamiento. A veces nos asaltan malos pensamientos. Si todo lo que hacemos es decirnos: «No voy a pensar en eso», seguimos pensando en ello cada vez más. El remedio está en pensar en otra cosa, en desterrar el pensamiento malo con uno bueno. No se es bueno por no hacer cosas malas, sino llenando la vida de cosas buenas.

Los versículos 27 y 28 nos presentan a Jesús diciendo una verdad muy seria. La mujer se había dejado llevar por la emoción del momento, y Jesús la devolvió a la realidad. La emoción momentánea no tiene por qué ser mala, pero lo más valioso de la vida es la obediencia de cada día. Los mejores sentimientos no pueden ocupar el lugar de la fidelidad.

La mujer que le echó a Jesús aquella bendición tan española no sabía que la bienaventuranza verdadera de la madre de Jesús la recibió cuando creyó la Palabra de Dios y se entregó a Él en perfecta obediencia (*Lucas 1:38 y 45*).

LA RESPONSABILIDAD DEL PRIVILEGIO

Lucas 11:29-32

La gente estaba apiñada escuchando a Jesús, y Él se puso a decirles:

-La gente de este tiempo es mala. Pide una señal sobrenatural, pero Dios no le va a dar más señal que la del profeta Jonás: como Jonás fue una señal para los habitantes de Nínive, lo es ahora el Hijo del Hombre a los de este tiempo. La Reina del Sur testificará el Día del Juicio en contra de la gente de este tiempo y hará que sea condenada; porque ella vino del otro extremo del mundo para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay Uno que es más que Salomón. Y los habitantes de Nínive testificarán el Día del Juicio en contra de la gente de este tiempo, y harán que sea condenada; porque cuando oyeron predicar a Jonás se arrepintieron, y aquí hay Uno que es más que Jonás.

Los judíos querían que Jesús hiciera algo realmente sensacional para demostrarles que era el Mesías. Unos años después, hacia el 45 d.C., un tal Teudas pretendió ser el Mesías e inició una revolución. Hizo que la gente le siguiera, porque les prometió detener las aguas del Jordán haciendo un camino por en medio para pasar al otro lado. No hace falta decir que fracasó, y los romanos acabaron pronto con los rebeldes; pero eso era la clase de cosa que la gente le exigía a Jesús para probar que era el Mesías. No se daba cuenta de que la mayor señal que Dios había de dar nunca era Jesús mismo.

De la misma manera que Jonás había sido una señal de Dios a Nínive, lo era Jesús para los de su tiempo, pero ellos no le reconocieron. Cuando Salomón era rey, la Reina de Sabá reconoció que su sabiduría era sobrenatural, y vino de muy lejos para beneficiarse de ella; cuando Jonás predicó a los habitantes de Nínive, reconocieron en él la auténtica voz de Dios, y se

arrepintieron y salvaron de la destrucción. El Día del Juicio, estas personas se levantarán a dar testimonio en contra de los judíos del tiempo de Jesús, porque éstos habían tenido una oportunidad y un privilegio incomparablemente mayores que los suyos y se habían negado a recibirlos. La condenación de los judíos sería tanto más definitiva cuanto fueron mayores sus privilegios.

El privilegio y la responsabilidad van siempre de la mano.

Considerad dos de nuestros mayores privilegios y cómo los usamos.

(i) Todos tenemos a nuestra disposición la Biblia, la Palabra de Dios. Se ha pagado un alto precio para que llegara hasta nosotros. Los traductores de la Biblia al español, Casiodoro de

Reina y Cipriano de Valera, fueron perseguidos por la Inquisición, y se salvaron de morir en la hoguera gracias a que pu-

dieron huir al extranjero; otros, como Julianillo Hernández, fueron torturados para que delataran a todos los protestantes que conocieran, y dieron su vida para que la Palabra de Dios entrara en España. Y otro tanto sucedió en otros países, como Inglaterra, donde Wyclif, el primer traductor, y Tindale, el que

dio a Inglaterra la primera biblia impresa, sufrieron lo indecible y por último dieron sus vidas por la Palabra de Dios. No hay libro que haya costado tanto como la Biblia. En los países de habla española se consiera a la Biblia Reina-Valera como un

clásico, lo que quiere decir para muchos un libro del que se ha oído hablar, pero que casi nadie ha leído. Tenemos el privilegio de poseer un ejemplar de la Biblia, de cualquiera de las varias ediciones ahora disponibles: es un privilegio del que tendremos que dar cuenta.

(ii) Disfrutamos de libertad de cultos, que consideramos como un derecho; y esto también es un privilegio que ha costado muchas vidas. Lo malo ps que muchos, como ha dicho

humorísticamente alguien, consideran ahora que la *libertad de cultos* quiere decir *libertad para no ir al culto*. Este también es un privilegio del que tendremos que dar cuenta.

Si una persona tiene a Cristo, y el Libro de Cristo, y la Iglesia de Cristo, es heredera de todos los privilegios de Dios.

Si, poseyéndolos, no los usa, o los rechaza como hicieron los judíos en tiempos de Jesús, ¿cómo responderá cuando se le pidan cuentas de los privilegios que se le concedieron?

EL CORAZÓN ENTENEBCRIDO

Lucas 11:33-36

Jesús siguió diciéndoles:

No se enciende una vela para encerrarla en un armario o ponerla debajo de un cajón, sino para ponerla en el candelero, para que vean los que entran en la habitación. Las ventanas por las que entra la luz al cuerpo son los ojos; cuando los ojos están como es debido, todo el cuerpo tiene toda la luz que necesita; pero cuando los ojos están malos, el cuerpo está en tinieblas. Ándate con cuidado, no sea que lo que debiera darte luz esté apagado. Así es que, si todo tu cuerpo está iluminado, sin ningún rincón oscuro, es como cuando hay una lámpara en la habitación, que lo ilumina todo con su luz.

No es fácil entender este pasaje, pero es probable que lo que se nos quiere decir sea lo siguiente. El cuerpo depende de los ojos para captar la luz; si están sanos, el cuerpo recibe la luz que necesita; pero, si están enfermos, la luz se convierte en oscuridad. De la misma manera, *la luz de la vida depende del corazón; si éste es como es debido, toda la vida está iluminada; si no, toda la vida está en tinieblas.* Jesús nos advierte que comprobemos que la luz interior está encendida.

¿Qué es lo que oscurece la luz interior? ¿Qué es lo que puede fallar en nuestro corazón?

(i) El corazón se nos puede *endurecer*. A veces, cuando tenemos que hacer algo con las manos a lo que no estamos acostumbrados, se nos irrita la piel, y nos produce dolor; pero,

si lo hacemos con cierta frecuencia, se nos endurece la piel y podemos hacer sin problemas lo que nos hacía daño. Y lo mismo con el corazón. La primera vez que hacemos lo que no debemos sentimos temor y hasta dolor de corazón. Cada vez que lo repetimos sentimos menos temor, hasta que por último no nos produce ni la más mínima inquietud. El pecado tiene un poder endurecedor terrible. No hay nadie que haya dado el primer paso hacia el pecado sin sentir la advertencia de su corazón; pero si comete ese pecado repetidas veces, llegará un momento cuando lo haga como si tal cosa. Lo que antes nos daba miedo o reparo, luego se convierte en un hábito. A nadie le podemos echar la culpa nada más que a nosotros mismos por haber llegado a ese estado.

(ii) El corazón se nos puede *insensibilizar*. Es trágico cómo nos acostumbramos a aceptar las cosas. Al principio sentimos dolor en nuestros corazones al contemplar el sufrimiento y el dolor del mundo; pero muchos acaban por acostumbrarse y aceptarlo sin sentirlo ni lo más mínimo.

Está demostrado que muchas personas sienten más intensamente las cosas cuando son jóvenes que más adelante en la vida. Eso es especialmente cierto en relación con la Cruz de Jesucristo. Florence Barclay nos cuenta cuando la llevaron por primera vez a la iglesia cuando era niña. Era Viernes Santo, y leyeron toda la historia de la crucifixión. Ella escuchó con atención la negación de Pedro y la traición de Judas; oyó todo lo que dijo Pilato en el juicio; vio la corona de espinas, y las bofetadas de los soldados; oyó que les entregaron a Jesús para que le crucificaran y, cuando llegaron las palabras «Y le crucificaron allí», parecía que a ninguno de los que estaban en la iglesia le importaba; pero la niña escondió la carita en el abrigo de su madre llorando amargamente, y, su vocecita quebrantada recorrió el silencio de la iglesia: «¿Por qué le hicieron eso? ¿Por qué se lo hicieron?» Así es como deberíamos sentir todos la Cruz; pero lo hemos oído tantas veces que ya no nos hace ninguna impresión. Que Dios nos guarde de tener un corazón que ha perdido el poder de sentir la agonía de la Cruz --que Cristo sufrió por nosotros.

(iii) El corazón se nos puede volver *rebelde*. Una persona puede llegar a saber lo que debe hacer, y hacer lo contrario; sentir la mano de Dios sobre su hombro, y encogerlo y retirarlo, y seguir el camino que conduce al país lejano cuando Dios la está llamando para que vuelva a casa.

¡Que Dios nos libre de tener un corazón entenebrecido!

EL CULTO DE LOS DETALLES Y EL OLVIDO DE LO ESENCIAL

Lucas 11:37-44

Cuando Jesús acabó de hablar, un fariseo le invitó a comer con él.

Jesús entró en la casa, y se reclinó a la mesa; y el fariseo se sorprendió mucho de que no se hubiera lavado las manos antes de comer. Entonces Jesús le dijo:

-El hecho es que vosotros los fariseos limpiáis los vasos y los platos por fuera, y por dentro los dejáis llenos de codicia y maldad. ¡Tontos! ¿Es que Dios no ha hecho el interior lo mismo que el exterior? Compartid lo que tenéis con los necesitados, y veréis como todo se os vuelve limpio. ¡Pobres de vosotros, fariseos! Porque consagráis a Dios el diezmo de la menta, y de la ruda, y de todas las hortalizas, y pasáis por alto la equidad y el amor de Dios. El cumplir en lo pequeño no os da derecho a olvidar lo mayor. ¡Pobres de vosotros, fariseos, porque os encanta ocupar los asientos más importantes de la sinagoga, y que os saluden ceremoniosamente en las plazas,! ¡Pobres de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois como tumbas tan disimuladas por fuera que uno las puede pisar sin darse cuenta!

El fariseo se sorprendió de que Jesús no se lavara las manos antes de comer. No era cuestión de limpieza, sino de leyes ceremoniales. Se tenían que cumplir los detalles más insignificantes. Se tenían grandes vasijas de agua especialmente para ese fin, porque el agua ordinaria podía estar contaminada; había que usar por lo menos la cuarta parte de un log, es decir, lo suficiente para llenar una cáscara de huevo y media. Primero había que verter el agua en la mano empezando por la punta de los dedos de forma que corriera hasta la muñeca; luego había que limpiar cada palma restregándola con el puño de la otra mano; y por último se vertía agua en la mano otra vez, ésta empezando por la muñeca para que corriera hasta la punta de los dedos. Para el fariseo, el omitir el más mínimo de estos detalles era pecado; y el comentario de Jesús fue que, si tuvieran el mismo cuidado en mantener limpio el corazón como en limpiarse las manos, serían mejores personas.

Había algunos impuestos que un judío practicante no se olvidaría de pagar jamás.

(a) *Los primeros frutos o primicias de la tierra.* Se ofrecían en el templo siete clases de primeros frutos: los de los trigales, de la cebada, de la viña, de la higuera, del granado, del olivo y de la colmena.

(b) *Estaba la «terumá».* Los primeros frutos se ofrecían a Dios, pero la terumá era la contribución al mantenimiento de los sacerdotes, y eran las primicias de todo lo que se cultivaba; había que dar la quincuagésima parte de la producción.

(c) *Estaba el diezmo.* Este se pagaba directamente a los levitas, que a su vez pagaban a los sacerdotes el diezmo de todo lo que recibían. Era la décima parte de «todo lo que se puede usar como alimento y se cultiva o crece en la tierra.» Hasta qué punto eran meticulosos en el diezmo los fariseos se ve en que diezmaban hasta la ruda, que la ley decía que no había que diezmar. No les importaba cómo fueran sus corazones o sus sentimientos, ni si dejaban de cumplir con la equidad u olvidaban el amor; pero no omitían los diezmos.

Los asientos más importantes de la sinagoga eran los que estaban al frente, de cara al auditorio. Los mejores asientos de la congregación eran los de la primera fila, e iban disminuyendo en honor hacia atrás. ¡La ventaja de los asientos principales era que todo el mundo los podía ver!

Cuanto más exageradas eran las muestras de respeto que recibían los fariseos de los que los saludaban en las calles y plazas, mejor para ellos.

El detalle del versículo 44 está en que en *Números 19:16* se establece que «cualquiera que tocara sobre la faz del campo una tumba, siete días será inmundo.» Los inmundos no podían asistir a los cultos. Y podía ser que alguien pisara una tumba sin darse cuenta; pero quedaba inmundo lo mismo. Jesús dijo que los fariseos son exactamente así: aunque no se diera cuenta la gente, su influencia era nociva. El que entrara en contacto con ellos, aunque no se diera cuenta de su corrupción, se contaminaba de ideas falsas acerca de Dios y de lo que Él nos manda.

Dos cosas sobresalían en los fariseos, y por ellas los condenaba Jesús.

(i) Se limitaban a lo *externo*. Mientras se cumpliera eso, lo demás no importaba. Podían tener el corazón tan negro como el infierno, absolutamente falto de caridad y equidad; pero, mientras cumplieran con todos los detalles rituales a su debido tiempo, creían que eran buenos a los ojos de Dios.

Una persona puede que asista regularmente a la iglesia; que estudie la Biblia meticulosamente; que eche mucho dinero en las colectas... Pero si hay en su corazón orgullo y desprecio, si no hay amor en sus relaciones cotidianas con los demás, si es injusto con sus subordinados o fraudulento en su trabajo, no es una persona cristiana. No se puede ser cristiano cuando se cumplen meticulosamente las convenciones de la religión y se olvidan sus realidades.

(ii) Se limitaban a los *detalles*. Comparados con el amor, la amabilidad, la equidad y la generosidad, el lavarse las manos con meticulosidad y el pagar los diezmos con exactitud

matemática son detalles sin importancia. Una vez vino un hombre al doctor Johnson con una historia tétrica: trabajaba en una fábrica de papel, y se había quedado con un trocito de papel y con una cuerdecita, y estaba convencido de que había cometido un pecado mortal, y no hacía más que hablar de ello. Por último, el doctor Johnson le interrumpió: «¡Hombre, deje ya de preocuparse del papelillo y de la guita cuando todos estamos viviendo en un mundo que está a reventar de pecado y de dolor!» ¡Qué a menudo los tribunales y los funcionarios de las iglesias se pierden en detalles de gobierno y de administración eclesiástica que no tienen la menor importancia, y hasta discuten y se pelean sobre ellos, y olvidan las grandes realidades de la vida cristiana!

LOS PECADOS DE LOS LEGALISTAS

Lucas 11:45-54

Uno de los intérpretes de la ley le interpelló:

- ¡Maestro, que cuando hablas así nos ofendes a nosotros también!

- ¡Pobres de vosotros también, intérpretes de la ley! -le respondió Jesús-. A los demás les imponéis cargas insostenibles, pero vosotros no les echáis una mano... ¡ni siquiera un dedo! ¡Pobres de vosotros, que erigís monumentos funerarios a la memoria de los profetas a los que asesinaron vuestros antecesores! Bien se ve que sois sus dignos sucesores: porque ellos los mataron, y vosotros les erigís el memorial. Por eso dijo Dios en su sabiduría: «Les enviaré profetas y apóstoles; pero ellos matarán a algunos, y a otros los perseguirán, » hasta que se les pida cuenta a los de este tiempo de la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde el principio de la Historia, es decir, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, al que mataron entre el altar y el

templo; sí, os lo aseguro: de toda esa sangre se le pedirá cuenta a la actual generación. ¡Pobres de vosotros, intérpretes de la ley, que habéis escondido la llave del conocimiento espiritual! No habéis entrado en él vosotros, y a los que querían entrar se lo habéis impedido.

A partir de entonces, los escribas y los fariseos le iban estrechando más y más el cerco, y le provocaban para que diera su opinión de muchas cosas, acechándole para cogerle alguna palabra por la que pudieran acusarle de herejía o blasfemia.

Aquí se exponen tres cargos contra los escribas.

(i) Eran expertos en la ley; les imponían a los demás mil y una cargas de la ley ceremonial, pero ellos no las cumplían, porque eran expertos en la exención. Veamos algunas de sus exenciones.

Lo máximo que se permitía recorrer el sábado eran 2.000 codos, algo menos de un kilómetro, desde su lugar de residencia. Pero si se ataba la cuerda al final de la calle, ése se consideraba su residencia, y podía alejarse de allí un kilómetro; si el viernes por la tarde dejaba en algún sitio alimentos suficientes para dos comidas, ese sitio se consideraba técnicamente como su residencia, y podía recorrer otro kilómetro a partir de allí. ¡Y así sucesivamente!

Uno de los trabajos prohibidos en sábado era hacer nudos, ya fueran de marino, o de camellero, o nudos en sogas. Pero una mujer se podía atar un nudo en el cinturón. ¡Así que, si había que atar el cubo para sacar agua del pozo, se ataba con el cinturón de una mujer, y en paz!

Estaba prohibido llevar cargas; pero estaba escrito en las leyes codificadas que < el que lleva algo, ya sea en la mano derecha o en la izquierda, o en el seno, o al hombro, es culpable; pero el que lleva algo en el reverso de la mano, o con el pie, o en la boca, o al codo, o en la oreja, o en el pelo, o en la bolsa del dinero puesta al revés, o entre la bolsa del dinero y la camisa, o en el forro de la camisa, o en el zapato o la

.sandalia, no es culpable, porque no lo lleva como se lleva corrientemente.»

Es increíble que pudieran pensar que Dios había hecho leyes semejantes, y que el tener en cuenta esos detalles era un deber religioso, y el cumplirlos era una cuestión de vida o muerte; pero ésa era la religión de los escribas. No nos sorprende que Jesús se metiera con los escribas, y que ellos le consideraran hereje e impío.

(ii) La actitud de los escribas con los profetas era paradójica. Les profesaban una profunda admiración a los de tiempos pasados; pero, si se encontraran con uno, tratarían de matarlo. Honraban a los profetas muertos con monumentos memoriales, pero deshonoraban a los profetas vivos con persecución y muerte.

< Aborrezco en el alma -dice Isaías= vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes» (1:14). < Dios te ha enseñado, oh hombre -dice Miqueas -, dónde está el bien; ¿qué espera Dios de ti sino que obres la justicia, y que ames la misericordia, y que te conduzcas humildemente con tu Dios?» (6:8). Esa era la esencia del mensaje profético, y era la antítesis de la enseñanza de los escribas. No nos sorprende que los escribas, tan dados a los detalles externos, odiaran a los profetas -y Jesús estaba en la línea de los profetas. El asesinato de Zacarías se nos describe en 2 Crónicas 24:20-21.

(iii) Los escribas bloqueaban el acceso a la Sagrada Escritura. Sus interpretaciones eran tan fantásticas que a la gente corriente le era imposible entenderlas. En manos de los escribas la Escritura se había convertido en un libro de enigmas. En su errado virtuosismo rehusaban ver el mensaje de las Escrituras para ellos mismos, y no se lo dejaban ver a nadie más. Ellos las habían convertido en algo exclusivo de los expertos y en un misterio tenebroso para todos los demás.

No pensemos que esto son sólo cosas del pasado. Sigue habiendo quienes les imponen a los demás unas obligaciones que ellos mismos no se sienten obligados a cumplir. Todavía existen personas para quienes religión no es más que legalismo.

Y también hay supuestos eruditos que hacen la Palabra de Dios tan difícil que desconciertan a las personas corrientes, que ya no saben lo que deben creer ni cómo agradar a Dios.

EL CREDO DEL VALOR Y LA CONFIANZA

Lucas 12:1-12

En otra ocasión se había reunido una multitud de decenas de millares de personas, hasta tal punto que se atropellaban unos a otros. Para empezar, Jesús se puso a decirles a sus discípulos:

-Tened cuidado de que no se os pegue la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Lo que está encubierto acaba por descubrirse, y lo que está escondido acaba por saberse. Así que todo lo que se ha susurrado a escondidas se oirá a la luz del día, y lo que se ha dicho al oído en las habitaciones privadas se voceará desde las azoteas. Pero os tengo que advertir de una cosa, amigos: No les tengáis miedo a los que no pueden hacer más que matar el cuerpo. Os descubriré a Quién debéis temer: AL Que, después de quitar la vida, tiene poder para arrojaros al infierno. A Ese es a Quien debéis temer. ¿No es verdad que se venden cinco pajarillos por dos pesetas? Pues, a pesar de todo, a Dios no se le pasa por alto ninguno de ellos. En cuanto a vosotros, Dios tiene contados hasta los pelos de vuestra cabeza. No tengáis miedo; porque para Dios vosotros valéis más que muchos pajarillos. Y otra cosa: Si alguien reconoce delante de la gente que me conoce y es de los míos, también el Hijo del Hombre que soy Yo le reconoceré a él en presencia de los ángeles de Dios; pero si alguien niega que me conoce y es de los míos ante la gente, tampoco Yo le reconoceré a él ante los ángeles de Dios. A todos los que digan algo contra el Hijo del Hombre,

se les puede perdonar; pero al que insulte al Espíritu Santo, a ese no se le puede perdonar. Cuando os lleven prisioneros a las sinagogas, o ante los jueces o los gobernadores, no os preocupéis de cómo o qué tenéis que decir o contestar; porque el Espíritu Santo os en señará en aquel momento lo que tenéis que decir.

Cuando leemos pasajes como este, nos acordamos de la definición judía de la predicación, *jaraz*, que quiere decir *sarta de perlas*. Este pasaje parece una colección de perlas ensartadas, sí, pero sin la rígida conexión que exige la moderna predicación. Aquí encontramos varias ideas sobresalientes.

(i) Se nos habla del *pecado prohibido*, que es *la hipocresía*. La palabra *hipócrita* empezó significando *alguien que contesta*; así es que *hipocresía* quería decir originalmente *contestación*. En un principio esta palabra se refería al fluir ordinario de preguntas y respuestas en una conversación o diálogo; y luego se usó para referirse al diálogo *de una comedia*; y de ahí pasó a significar *hacer un papel*. El hipócrita no es una persona genuina, sino alguien que está representando a un personaje; de ahí que lleva consigo la idea de insinceridad. Dios prefiere habérselas con un pecador auténtico antes que con un farsante que se finge bueno.

(ii) Se nos dice que *la actitud correcta ante la vida* debe ser *la intrepidez*. Hay dos razones para no tener miedo.

(a) El poder de un hombre sobre otro se limita a esta vida: se puede matar el cuerpo, *pero no* el alma. En la guerra de 1914-18 se publicó un chiste en un periódico de humor, en el que se representaba al Emperador alemán diciéndole al rey Alberto de Bélgica: < Así es que ahora lo has perdido todo. » A lo que contestaba el belga: < ¡Menos el alma! »

Dios es el único que tiene poder sobre el alma humana; por tanto, es absolutamente razonable temer a Dios y no a los hombres. Del reformador escocés John Knox se dijo al depositar su cuerpo en la tumba: «Aquí yace uno que tuvo tanto temor de Dios que nunca temió a ningún hombre.»

(b) El cuidado de Dios es individualizado. Para Él nunca se pierde nadie en la multitud. Mateo dice: «¿No se venden dos pajarillos por una peseta?» (10:29). Y Lucas dice aquí: «¿No es verdad que se venden cinco pajarillos por dos pesetas?» Al que estaba dispuesto a gastarse, no una peseta sino dos, le daban cinco pajarillos en vez de cuatro; es decir, que le daban uno de propina. Pero ni siquiera ese que no tiene precio está olvidado de Dios. Hasta los cabellos de nuestra cabeza están contabilizados. ¿Se calcula que una persona rubia tiene unos 145.000 cabellos, una morena 120.000, y una pelirroja 90.000! Los judíos estaban tan impresionados con el cuidado individual de Dios que decían que cada brizna de hierba tiene su ángel de la guarda. Ninguno tiene por qué temer, porque podemos decir: «¡Dios cuida de mí!»

(iii) Aquí se nos habla del *pecado imperdonable*, que es el pecado contra el Espíritu Santo. Mateo y Marcos especifican que Jesús habló de este pecado cuando los escribas y fariseos atribuyeron su poder sanador al príncipe de los demonios en vez de a Dios (*Mateo 12:31, 32; Marcos 3:28, 29*). Aquellos hombres estaban viendo la gracia y el poder de Dios en acción, y decían que era el diablo el que estaba obrando. Para entender esto tenemos que recordar que Jesús hablaba del Espíritu Santo según lo que los judíos sabían, y no en el pleno sentido cristiano.

Para un judío, el Espíritu de Dios tenía dos grandes funciones. Por medio de su Espíritu Dios comunicaba la verdad a los hombres, y estos sólo podían reconocer y captar la verdad de Dios por la acción del Espíritu Santo en su mente y corazón. Ahora bien, si una persona no ejercita una facultad, acaba por perderla. Si prescindimos de usar alguna parte de nuestro cuerpo, acabará por atrofiarse. Darwin decía que, cuando era joven, le gustaban mucho la música y la poesía; pero se dedicó tan totalmente a la biología que las abandonó completamente. En consecuencia, la poesía llegó a no tener ningún valor para él, y la música no era más que un ruido; y decía que, si viviera otra vez, se cuidaría de cultivar y no perder la facultad de disfrutar de la poesía y de la música.

Exactamente de la misma manera podemos perder la facultad de reconocer a Dios. Si persistimos en rechazar su Palabra, y no seguimos más que nuestro propio criterio, cerrando los ojos y los oídos para no ver ni oír a Dios, podemos llegar a la condición de no poder reconocerle cuando le veamos u oigamos, y para nosotros el bien sea como el mal y el mal como el bien. Eso es lo que les había sucedido a los escribas y fariseos: habían llegado a ser tan sordos y ciegos para Dios que cuando Él vino le tomaron por el diablo.

¿Por qué es imperdonable ese pecado? Porque en ese estado *el arrepentimiento ya es imposible*. Si una persona ni siquiera se da cuenta de que es pecadora, si la bondad ya no la atrae, no se puede arrepentir. No es Dios quien la ha excluido: se ha excluido a sí misma con su actitud cerrada. Eso quiere decir que el que teme haber cometido el pecado imperdonable, no lo ha cometido; porque, si lo hubiera cometido estaría tan muerto para Dios que ya no le preocuparía esa posibilidad.

(iv) Aquí se nos habla de *la lealtad recompensada*. Esa recompensa no es una cosa material. Es que, en el Cielo, Jesús dirá de nosotros: «Esa persona era mía. ¡Bien hecho!»

(v) Aquí se nos habla de *la ayuda del Espíritu Santo*. En el cuarto evangelio, el título preferido del Espíritu Santo es el *Paráclito*. En griego, *parakletos* es *uno que está cerca para ayudar*. Se puede referir a un testigo, o a un abogado que nos defiende en un juicio. En el día de la prueba no tenemos por qué temer, porque nada menos que el Espíritu Santo de Dios estará a nuestro lado para defendernos.

EL LUGAR DE LAS POSESIONES EN LA VIDA

Lucas 12:13-34

Uno de tantos se dirigió a Jesús, y le pidió:

Maestro, hazme el favor de decirle a mi hermano que reparta la herencia conmigo.

- ¡Pero, hombre! -le contestó Jesús- ¿quién me ha puesto a mí de juez o repartidor entre vosotros? -Y entonces se dirigió a todos-: ¡Guardaos muy mucho de toda clase de avaricia! La vida humana no consiste en la cantidad de riquezas que se tienen-. Y entonces les contó una parábola-: Erase una vez un tío muy rico, y su hacienda producía unas cosechas de miedo. Y él cabilaba y se decía para sus adentros: ¿Qué voy a hacer ahora? Porque ya no tengo sitio donde meter toda la cosecha.» Y tuvo una idea: «¡Ya sé lo que voy a hacer! Voy a derribar los almacenes y a construirlos más grandes, y así podré guardarme todas mis cosechas y mis riquezas. Y entonces me diré: ¡Venga, tú! ¡Ahora sí que tienes un montón de cosas buenas seguras para mucho tiempo! ¡Deja ya de trabajar, y dedícate a comer y a beber lo que te dé la gana, y a pasártelo bien!» Pero entonces Dios le dijo: «¡Idiota! Esta misma noche te vas a morir, ¿y quién va a disfrutar de todo lo que has almacenado?» Eso es lo que le pasa al que no se preocupa más que de amasar riquezas, y para Dios es un pobre hombre.

Luego les dijo Jesús a sus discípulos:

-Por eso Yo os digo que no os aperreéis por las cosas de la vida como qué vais a comer o qué os vais a poner; porque la vida es mucho más que lo que se come, y el ser persona es mucho más que lo que se lleva puesto. Fijaos en los pájaros, que ni siembran, ni siegan, ni tienen frigorífico ni despensa, y Dios los alimenta. ¿Es que no valéis vosotros más que los pájaros? ¿Podéis acaso añadirle un palmo a vuestra vida a base de preocuparos? Pues, si no os sirve para cambiar lo que tiene menos importancia, ¿para qué preocuparos por lo que está por encima de vosotros? Fijaos en cómo crecen los lirios, que ni labran la tierra, ni hilan, ¡pero os aseguro que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos! Pues si Dios viste así a la hierba, que tal que

hoy está en el campo, y mañana la usan para encender el horno, ¿os cuesta creer que Dios lo hará más todavía con vosotros? Así que no os preocupéis por lo que vais a comer o a beber, ni viváis sobre ascuas, como les pasa a los que no conocen a Dios. ¡Vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todo eso, y Él se preocupa de que no os falte! Así que vosotros, si os dedicáis por entero al Reino de Dios, recibiréis además todo lo demás que necesitáis. ¡No tengáis miedo, rebañito mío: a vuestro Padre le encanta daros el Reino! Vended vuestras posesiones y dadles el producto a los que no tienen nada; así es como se adquiere una riqueza que no se gasta nunca, y un tesoro que no se agota jamás; porque ahí no llegan las polillas, ni se introducen los ladrones. Así es que poned todas las ilusiones de vuestro corazón allí donde está vuestro verdadero tesoro.

No era extraño en la Palestina de aquel tiempo el llevar los pleitos a los rabinos más respetables; pero Jesús se negó a dejarse involucrar en cuestiones de dinero. Eso sí: aprovechó la ocasión para establecer cuál había de ser la actitud de sus seguidores en relación con las cosas materiales. Jesús tenía algo que decirles tanto a los que tenían abundancia de bienes materiales como a los que no.

(i) Jesús dirigió esta parábola del Rico Insensato a los que tienen muchos bienes de este mundo. Dos cosas resaltan en ese hombre.

(a) *Nunca veía más allá de sí mismo.* Es la parábola en que aparecen más palabras de la primera persona: yo, me, mí, mi, mío. A un alumno le preguntaron una vez qué clase de palabras eran *mío* y *tuyo*, y contestó: «Pronombres agresivos» -en vez de *poseivos*. El rico insensato era agresivamente egoísta. Si le sobraba algo, no pensaba en dárselo a nadie. Toda su actitud era lo contrario del Evangelio: en vez de negarse a sí mismo se afirmaba agresivamente a sí mismo; en vez de encontrar la felicidad en el dar, la buscaba en el guardar para sí.

El principio de John Wesley era *ahorrar* todo lo que pudiera, y *dar* todo lo que pudiera. Cuando estaba en Oxford tenía unos ingresos de 30 libras al año: vivía con 28 y daba las otras 2. Cuando sus ingresos ascendieron a 60 libras, a 90 y a 120 al año, todavía vivía con 28 y daba el resto. El inspector general de la plata le dijo que tenía que pagar un impuesto, y Wesley contestó: < Tengo dos cucharillas de plata en Londres y otras dos en Bristol. Esa es toda la plata que tengo de momento, y no tengo intención de comprar más mientras haya tantas personas a mi alrededor que necesitan pan. » Los romanos tenían el dicho de que el dinero es como el agua del mar: cuanta más se bebe, más sed se tiene. Mientras se tenga la actitud del rico insensato, el deseo es tener más -y eso es lo contrario del Evangelio.

(b) *Nunca veía más allá de este mundo.* Todos sus planes eran para esta vida. Una vez estaban hablando un joven ambicioso y un hombre mayor que conocía la vida. El joven decía: < Me prepararé para una profesión. » Y el hombre le preguntaba: < ¿Y luego? » « Pondré un negocio. » « ¿Y luego? » < Haré una fortuna. » « ¿Y luego? » « Supongo que me iré haciendo viejo, y me retiraré y viviré de las rentas. » « ¿Y luego? » « Bueno, supongo que algún día me tendré que morir. » « ¿Y luego? » ¡Inquietante final! El que no quiere acordarse de que hay otra vida está destinado a sufrir la más trágica desilusión.

(ii) Pero Jesús tenía algo que decirles a los que tenían pocos bienes de este mundo. En todo este pasaje, lo que Jesús prohíbe es *la ansiedad o la preocupación*. Jesús no dijo nunca que tenemos que vivir como unos vagos, o manirroto, o pródigos. Lo que sí dijo es que tenemos que hacerlo todo lo mejor posible, y dejar el resto a Dios. Los lirios de los que habla Jesús eran las amapolas, que pueblan las laderas de los montes después de los infrecuentes chubascos veraniegos. En un día florecen y mueren. La leña escaseaba en Palestina, y se usaba la hierba y las flores secas para calentar el horno. « Si Dios -dijo Jesús- se cuida de los pájaros y de las flores, ¡cuánto más se cuidará de vosotros! »

Jesús dijo: < Buscad en primer lugar el Reino de Dios. » Ya hemos visto que el Reino de Dios se hace realidad en la Tierra cuando se hace la voluntad de Dios tan perfectamente como en el Cielo; así es que Jesús estaba diciendo: < Aplicad todo vuestro esfuerzo a obedecer a la voluntad de Dios, y contentaos con eso. Mucha gente aplica todos sus esfuerzos a amontonar cosas que por naturaleza no pueden durar. Trabajad por las cosas que duran para siempre, que no tendréis que dejar atrás cuando salgáis de este mundo, sino que podréis llevar con vosotros. »

En Palestina, como en el resto del mundo, la riqueza se veía muchas veces en la manera de vestir; ¡pero la ropa lujosa puede ser presa de las polillas! En cambio, si una persona viste su alma con ropa de honor y pureza y bondad, nada de este mundo la puede estropear. Si buscamos nuestro tesoro en el Cielo, allí se orientarán los anhelos del corazón; y, si en la Tierra, en ella quedará retenido nuestro corazón, y algún día tendremos que decirles adiós; porque, como dice el tenebroso y realista proverbio español, «Una mortaja no tiene bolsillos.»

ESTAD PREPARADOS

Lucas 12:35-48

Jesús siguió diciéndoles:

-Tened bien ajustado el cinturón, y mantened las lámparas encendidas; figuraos que sois unos siervos que están esperando a su Señor, que vuelve de celebrar su boda, y que están listos para abrirle en seguida en cuando llegue y llame a la puerta. ¡Felices los siervos a los que halle velando su Señor cuando regrese! ¡Os aseguro que se pondrá el delantal, los invitará a sentarse a la mesa y se pondrá a servirles! Aunque llegue al filo de la medianoche, o de madrugada, ¡felices los siervos a los que su Señor encuentre así! Tened esto bien

presente: que si el amo de la casa supiera a qué hora se le puede presentar el ladrón, no correría el riesgo de que le minaran la casa por haberse ido a la cama. Así es que vosotros, aplicaos el cuento, y manteneos alerta, ¡porque este Hijo del Hombre se os va a presentar a cualquier hora inesperada!

Pedro entonces le preguntó:

-Señor, ¿esa parábola va sólo por nosotros, o es para todo el mundo?

-¿Quién crees tú que puede ser el mayordomo fiel y precavido al que su Señor va a poner al cuidado de toda su casa para que organice el trabajo de todos y le dé a cada uno su tarea y su ración? -le contestó Jesús-. ¡Feliz el siervo al que encuentre su Señor haciéndolo así a su regreso! Os aseguro que será a ese al que pondrá al cuidado de todos sus bienes. Pero si el tal siervo dice para sus adentros: «El regreso de mi Señor va para largo»; y se pone a maltratar a los criados y a las criadas, y no se dedica más que a comer y a beber y a emborracharse, el día y la hora que llegue inesperadamente el Señor de ese siervo le dará su merecido y le retirará totalmente su confianza. El siervo que sabía lo que quería su Señor que hiciera, y no se organizó, ni lo hizo, recibirá más palos que otro, que a lo mejor no sabía lo que quería su amo, y que en su ignorancia mereció el castigo. Está claro que, al que se le haya confiado mucho, se le pedirán cuentas de mucho; y al que se haya encargado mucho, mucho se le exigirá.

Este pasaje tiene dos sentidos. El más literal se refiere a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo; y un sentido más amplio se refiere a cuando el Señor nos llama a su servicio, y que debemos estar preparados para rendirle cuentas.

Se alaba al siervo que está preparado. La ropa larga y suelta de los orientales no era la más adecuada para ciertos trabajos; así es que cuando uno se disponía a trabajar se sujetaba bien

el cinturón para tener más movilidad. La lámpara oriental era una mecha de algodón que flotaba en una jarrita de aceite; había que mantener la mecha recortada y el depósito de aceite lleno para que no se apagara.

Nadie sabe el día ni la hora en que la eternidad invadirá el tiempo y habremos de dar cuenta. ¿Cómo queremos que nos encuentre Dios?

(i) Queríamos que nos encontrara *con nuestra tarea terminada*. Para muchos de nosotros la vida está llena de cabos sueltos: tenemos cosas sin acabar y cosas a medio hacer, cosas aplazadas y cosas que ni siquiera hemos intentado. Siempre ha habido quienes se han dado cuenta de esta tendencia humana, como Lope de Vega:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, que a mi puerta, cubierto de rocío, pasas las noches del invierno oscuras?

¡Ah, cuánto fueron mis entrañas duras pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío, si de mi ingratitud el hielo frío secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía: «Alma, asómate ahora a la ventana, verás con cuánto amor llamar porfía!»

¡Y cuántas, Hermosura soberana, «Mañana le abriremos», respondía para lo mismo responder mañana!

Jesús pudo decirle al Padre: «He acabado la obra que me diste que hiciera» (*Juan 17:4*). Y Pablo: «He acabado la carrera» (*2 Timoteo 4:7*). No debe sorprendernos la noche con nuestro trabajo sin terminar.

(ii) Queríamos que Dios nos encontrara *en paz con los demás*. Sería horrible salir de este mundo llevando o dejando amargura. No debíamos dejar que se pusiera el sol sin zanjar

un desacuerdo (Efesios 4:26), y menos si el sol se ha de poner por última vez para nosotros -que no sabemos cuándo será.

(iii) Querriamos que Dios nos encontrara *en paz con Él*. Al final todo dependerá de si pensamos que vamos a encontrarnos con un extraño o con un enemigo, o a dormir en los brazos de un Padre.

En la segunda sección de este pasaje, Jesús trae las semblanzas del mayordomo fiel y del infiel. En Oriente, el mayordomo tenía unos poderes casi ilimitados. Era-un esclavo como los demás, pero estaba a cargo de los otros. Un mayordomo de confianza gobernaba la casa de su amo y administraba su hacienda. El mayordomo insensato cometió dos errores.

(i) Se dijo: *Haré lo que me dé la gana mientras mi amo esté fuera*. Olvidó que el día de rendir cuentas tenía que llegar. Tenemos la costumbre de dividir la vida en compartimentos estancos: hay una parte en la que nos acordamos de Dios, y otra en la que no. Trazamos una línea entre lo sagrado y lo profano. Pero, si nos hemos enterado de lo que es el Evangelio, sabremos que no hay una parte de nuestra vida de la que el Señor está ausente. Trabajamos y vivimos siempre ocupados en los negocios del Señor, y Él nos ve siempre.

(ii) Se dijo: *Me sobra tiempo para arreglar las cosas antes que venga el amo*. No hay nada más fatal que el creernos que hay tiempo de sobra. Jesús dijo: < Me es necesario hacer las obras del que me envió entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (Juan 9:4). Denis Mackail nos cuenta que cuando Sir James Barrie era viejo no quería hacer planes o invitaciones para dentro de mucho tiempo, sino que decía: < Todo a corto plazo.» Los españoles sabemos muy bien las oportunidades que perdemos y lo que se queda sin hacer por dejar las cosas para mañana.

Este pasaje termina advirtiéndonos que el conocimiento y el privilegio siempre conllevan responsabilidad. El pecado es doblemente pecaminoso en una persona que sabe lo que se hace; el fracaso es doblemente culpable en el que ha tenido la oportunidad de hacer las cosas bien.

LA VENIDA DE LA ESPADA

Lucas 12:49-53

-Yo he venido para pegarle fuego al mundo. ¡Qué más quisiera que ya estuviera ardiendo! -siguió diciendo Jesús-. Tengo que sumergirme en la marea del sufrimiento, ¡y cómo me angustio hasta pasarlo todo hasta el fin! ¿Es que creéis que he venido para que el mundo descanse en paz? ¡De eso nada! He venido para producir inquietud. Desde ahora en adelante, si en una familia son cinco, van a estar divididos tres contra dos y dos contra tres. Se van a enfrentar el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.

A los que estaban empezando a ver en Jesús al Mesías, el Ungido de Dios, estas palabras tienen que haberles producido una terrible conmoción. Esperaban un Mesías que fuera un rey conquistador, y una era mesiánica que fuera la edad de oro.

(i) En el pensamiento judío el fuego suele ser un símbolo del juicio. Así es que Jesús veía la venida de su Reino como un tiempo de juicio. Los judíos estaban convencidos de que Dios juzgaría a los demás pueblos con una medida, y a ellos con otra; que, por el mero hecho de ser judíos, ya tenían garantizada la absolución. Pero, por mucho que nos esforcemos en ignorar el elemento de juicio del mensaje de Jesús, ahí sigue firmemente establecido.

(ii) La versión Reina-Valera y otras muchas traducen el versículo 50: < De un bautismo tengo que ser bautizado.» El verbo griego *baptizein* quiere decir *sumergir*, y en la voz pasiva *ser sumergido*. A menudo se usa metafóricamente. Por ejemplo: se usa de un barco que se hunde bajo las olas; se puede usar refiriéndose a un hombre que < se sumerge» en la bebida y está borracho; o acerca de un estudiante que «se sumerge»

en el estudio, o **que < naufraga> en un examen.** Pero principalmente se usa acerca de una persona sumergida en alguna experiencia tenebrosa y terrible; como dice el salmista: < Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí> (*Salmo 42:7*).

En este sentido habla aquí Jesús. «Tengo que pasar una experiencia terrible, y la vida está llena de tensión hasta que la pase y salga triunfante de ella.» La cruz siempre estaba presente en su pensamiento. ¡Qué diferente de la idea judía del Mesías! Jesús no vino al mando de ejércitos vengadores con banderas desplegadas, sino para dar su vida en rescate por muchos (*Mateo 20:28, y Marcos 10:45*).

*1 Jerusalén, ¡despierta ya, - oye de hosannas el clamor!
Tu redención cercana está: - ¡las puertas abre al Salvador!*

*2 Manso y humilde viene a ti, - sin mundanal ostentación,
Vástago regio de Isaí - que hereda el trono de Sión.*

*3 Grata recibe al Adalid - que pueblos viene a conquistar.
Nunca tal gloria el rey David - logró en sus tiempos alcanzar.*

*4 Inmenso, eterno es su poder; - grande sin límites su amor.
Solo y muriendo ha de vencer, - sin otras armas que el dolor.*

JUAN BAUTISTA CABRERA

(iii) Su venida era inevitable que trajera división; y así sucedió. Esa fue una de las razones por las que los romanos odiaron el cristianismo: dividía las familias. Una y otra vez una persona tenía que decidir si amaba más a su familia que a Cristo. La esencia del Evangelio está en que la lealtad a Cristo tiene prioridad sobre todas las demás de la Tierra. Todos tenemos que estar dispuestos a darlo todo por perdido por el excelente conocimiento de Jesucristo (*Filipenses 3:8*).

MIENTRAS HAY TIEMPO

Lucas 12:54-59

*Jesús les decía también a todos los que se habían reunido:
-Cuando veis venir una nube del Poniente, decís: «Agua viene.» Y no os equivocáis. Y cuando sopla el viento del Sur, decís: «Va a hacer calor.» Y lo hace. ¡Sois unos farsantes! ¿Cómo es que sabéis distinguir las señales del Cielo y de la Tierra, y no reconocéis las señales de este tiempo? ¿Por qué no os dais cuenta de lo que tenéis que hacer? Cuando te dirijas al juez en compañía de tu adversario, aprovecha el camino para llegar a un acuerdo con él; no sea que te deje a merced del juez, y el juez te entregue al guardia, y el guardia te meta en la cárcel. Te aseguro que no vas a salir de allí hasta que hayas pagado hasta el último céntimo.*

Los judíos de Palestina eran muy listos para predecir el tiempo atmosférico. Cuando veían formarse nubes en el Oeste, donde está el Mediterráneo, sabían que venían lluvias. Cuando soplaban el siroco, es decir, el viento del desierto, sabían que se les echaba encima el calor. Pero los que eran tan listos para interpretar las señales de los cielos no sabían, o no querían, leer las señales del plan de Dios en la Historia. Si lo hubieran hecho, habrían visto que el Reino de Dios estaba al llegar.

Jesús usó una ilustración muy clara. Dijo: «Cuando te van a meter en un pleito, llega a un acuerdo con tu contrario antes de que el asunto llegue al tribunal; porque si no vas a acabar en la cárcel y no vas a salir de allí hasta que sueltes todo lo que se te imponga.» Se supone que la persona en cuestión lleva las de perder. «Todos -implica Jesús- estamos en deuda con Dios. Si nos queda algo de sentido común haremos las paces con Él antes que sea demasiado tarde.»

Jesús y todos sus fieles servidores han tenido muy en cuenta que el tiempo no espera. Como decía Francisco de Quevedo:

Ayer se fue; mañana, no ha llegado; Hoy se está yendo sin parar un punto. Soy un fue y un será y un es cansado.

Hay cosas que no se pueden dejar para mañana, y la principal es hacer las paces con Dios.

En el versículo 59 se menciona en la versión Reina-Valera «la última blanca». Ya nos hemos encontrado con algunas referencias al dinero de entonces, y nos será útil resumir la información de que disponemos sobre las monedas de tiempos de Jesús. Eran las siguientes:

El *lepton*, que R-V traduce *blanca*. Esta palabra quiere decir *delgado*; era la moneda más pequeña, la que echó la viuda de *Marcos 12:42*. Valía 1/8 de *assarion*.

El *kodrantes*, R-V *cuadrante*, equivalía a dos blancas. Se menciona en *Mateo 5:26*. = 1/4 de *assarion*.

El *assarion*, R-V *cuarto*, valía menos de 1 peseta. Se menciona en *Mateo 10:29*, y *Lucas 12:6*, donde lo hemos traducido por pesetas. 1/16 de *denario*.

El *denario*, de cuyo nombre deriva el español *dinero*, que valía 1 duro, y era el salario de un día de trabajo (*Mateo 20:2*); fue la moneda de la que el Buen Samaritano le dio dos al mesonero (*Lucas 10:25*).

La *drachma* era una moneda de plata que valía lo mismo que 1 denario. Era la moneda que buscaba la mujer de la parábola (*Lucas 15:8*).

La *didrachma* o el *medio siclo* valía como 15 pesetas, era el impuesto que pagaban todos los israelitas en el templo, y fueron 30 didracmas las que le pagaron a Judas por traicionar a Jesús.

El *shekel* o siclo, R-V *estatero*, valía 30 pesetas, y fue la moneda que encontró Pedro dentro del pez (*Mateo 17:27*).

La *mina* es la moneda que se nos menciona en la parábola de *Lucas 19:11-27*. Valía 100 dracmas, unas 5.000 pesetas.

El *talento*, no era una moneda sino algo más de 20 kilos de plata, y equivalía a 6.000 dracmas, es decir, unas 30.000 pesetas. Se menciona en *Mateo 18:24*, y en la parábola de los talentos (*Mateo 25:14-30*).

Para hacernos una idea aproximada de la equivalencia relativa de estas monedas con la nuestra actual debemos tener presente que el denario era el salario diario de un obrero.

EL SUFRIMIENTO Y EL PECADO

Lucas 13:1-5

Por entonces estaban allí unos que le contaron a Jesús la matanza que había ordenado Pilato de ciertos galileos, cuya sangre se mezcló con la de los sacrificios que habían ido a ofrecer. Jesús les dijo:

- ¿Creéis que a esos galileos les pasó todo aquello porque eran más pecadores que el resto de los galileos? Pues Yo os digo que no. Más aún: os advierto que si no cambiáis de vida, todos vais a sucumbir lo mismo que ellos. ¿O creéis que la torre de Siloé les cayó encima a aquellos dieciocho, y los mató, porque habían acumulado más culpas que todos los demás habitantes de Jerusalén? Pues Yo os digo que no; y os lo advierto: si no cambiáis de vida, todos vais a sucumbir exactamente igual.

Aquí se hace referencia a dos desastres de los que no tenemos otra información, así es que no podemos más que hacer conjeturas.

En primer lugar, el asunto de los galileos a los que asesinó Pilato en medio de sus sacrificios. Como ya hemos visto, los

galileos eran bastante propensos a meterse en líos políticos, porque se inflamaban fácilmente. Por aquel tiempo Pilato había tenido serios problemas. Había decidido que Jerusalén necesitaba renovar y mejorar su provisión de agua. Propuso financiar la construcción con parte del dinero del templo. Era una buena causa, y el gasto estaba más que justificado. Pero ante la mera sugerencia de que se usara el dinero del templo, los judíos se rebelaron. Cuando empezaron a reunirse multitudes, Pilato ordenó a sus soldados que se mezclaran con la gente llevando mantos por encima de su uniforme militar para disimularlo. Se les dijo que llevaran porras en vez de espadas. A la señal convenida tenían que caer sobre la multitud y dispersarla. Así se hizo; pero los soldados aplicaron más violencia de la convenida y conveniente, y murió bastante gente. Es casi seguro que habría galileos mezclados en el asunto. Sabemos que Pilato y Herodes estaban enemistados, y sólo se reconciliaron cuando Pilato le mandó a Jesús a Herodes para que le juzgara (*Lucas 23:6-12*). Puede que fuera este incidente de aquí el que produjo la enemistad.

En cuanto a los dieciocho que murieron cuando se les cayó encima la torre de Siloé, todavía sabemos menos. La versión Reina-Valera les aplica la palabra *culpables*, y la palabra original quiere decir literalmente *deudores*, que, como era corriente en hebreo y aparece en la Oración Dominical, quería decir lo mismo. Pero es posible que ahí esté la clave. Se ha sugerido que eran hombres que habían aceptado trabajar para Pilato en aquel odiado acueducto; y en ese caso, el dinero que ganaban pertenecía a Dios y había que devolvérselo, porque se le había robado; y puede que se hubiera corrido la voz entre la gente de que se les había caído encima la torre porque se habían prestado a hacer un trabajo que Dios no aprobaba.

Pero hay más que un problema histórico en este pasaje. Los judíos consideraban que el pecado y el sufrimiento estaban inseparablemente unidos. Hacía mucho, Elifaz le había dicho a Job: «Recapacita ahora: ¿qué inocente se ha perdido jamás?» (*Job 4:7*). Esa era una doctrina demoleadora y cruel, como Job

sabía muy bien; y Jesús la negó rotundamente en el plano individual. Como todos sabemos muy bien, son a menudo los más buenos los que tienen que sufrir más.

Pero Jesús siguió diciendo que, si los que le estaban escuchando no se arrepentían, también perecerían. ¿Qué quería decir? Una cosa está fuera de toda duda, y es que Jesús previó y predijo la destrucción de Jerusalén, que sucedió el año 70 d.C. (*cp. Lucas 21:21-24*). Jesús sabía muy bien que si los judíos seguían con sus intrigas, revoluciones, conspiraciones y ambiciones políticas, sencillamente iban a cometer un suicidio nacional; Jesús sabía que, a fin de cuentas, Roma iba a intervenir y acabar con la nación; y eso fue lo que sucedió. Así que lo que Jesús quería decir era que si la nación judía seguía buscando un reino terrenal y rechazando el Reino de Dios sólo podía tener un fin.

Si lo tomamos así, nos deja, a primera vista, en una situación paradójica: no podemos decir que el sufrimiento del individuo sea la consecuencia inevitable del pecado, pero sí podemos decir que el pecado y el desastre nacionales están íntimamente relacionados. La nación que escoge el mal camino acabará sufriendo por ello. Pero el caso del individuo es muy diferente. No es una unidad aislada, sino unida con otros en la solidaridad de la vida. A menudo puede que uno objete, hasta enérgicamente, al curso que está tomando su nación; pero, cuando llegan las consecuencias de esa decisión nacional, no puede escapar a ellas. El individuo se ve involucrado a menudo en una situación de la que no es personalmente responsable, y si sufre no es por su culpa; pero la nación es una unidad, y escoge su propia política y cosecha su fruto. Siempre es peligroso atribuir el sufrimiento humano al pecado humano; pero es indudable que la nación que se rebela contra Dios va camino del desastre.

EL EVANGELIO DE LA NUEVA OPORTUNIDAD Y LA AMENAZA DE LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Lucas 13:6-9

Jesús les contó una parábola:

-Érase un hombre que tenía una higuera en medio de la viña; y venía a ver si daba fruto, pero nada. Así es que le dijo al viñador: « Llevo tres años viniendo a recoger el fruto de esta higuera, y no da ni un higo; así que, córtala, porque no hace más que esquilmar la tierra de alrededor.» Pero el viñador le contestó: < Señor, déjala todavía este año, para que yo la cave y abone bien; y si después da fruto, bien; y si no, la cortas. »

Aquí tenemos una parábola que irradia gracia, pero que está preñada de advertencias al mismo tiempo.

(i) La higuera *estaba en una situación privilegiada*. No era raro ver higueras y otros frutales en las viñas. La buena tierra escaseaba, y había que aprovecharla bien; la higuera de esta historia tenía buenas posibilidades, pero no las aprovechaba. Repetidamente, directa e indirectamente Jesús nos recuerda que se nos va a juzgar por las oportunidades que hayamos tenido. C. E. M. Joad dijo una vez: «Tenemos poderes de dioses, y los usamos como escolares irresponsables.» Nunca ha habido una generación a la que se le confiara más que a la nuestra y, por tanto, será la que tenga que responder de más.

(ii) La parábola nos enseña que *la inutilidad invita al desastre*. Se ha pretendido que todo el proceso de la evolución en este mundo consiste en producir cosas útiles, y que lo útil irá de fortaleza en fortaleza, mientras que lo inútil será eliminado. La pregunta más inquietante que se nos puede dirigir es: «¿Para qué has servido tú en este mundo?»

(iii) Además, la parábola nos enseña que lo *que no hace más que recibir no debe sobrevivir*. La higuera estaba chupando la sustancia y esquilmando la tierra a su alrededor, y a cambio no producía nada. Ahí estaba su pecado. En última instancia no hay más que dos clases de personas en el mundo: los que sacan más de lo que aportan, y los que aportan más de lo que sacan.

En cierto sentido, todos estamos en deuda con la vida. Entramos gracias a que alguien arriesga su vida para darnosla, y no habríamos podido sobrevivir a no ser por el cuidado de los que nos amaban. Hemos heredado una civilización cristiana y una libertad por las que otros dieron la vida. Tenemos la obligación de dejar las cosas mejor que las encontramos.

«Me moriré cuando sea -decía Abraham Lincoln-, pero quiero que se diga de mí que arranqué una ortiga y planté una flor donde pensaba que podía crecer.» Una vez un estudiante estaba viendo bacterias al microscopio; podía ver nacer una generación de seres microscópicos, y luego morir, y otra generación que nacía y tomaba el lugar de la anterior. Veía lo que no había visto nunca: cómo se suceden las generaciones. « Después de lo que he visto dijo-, me comprometo a no ser un eslabón débil.» Para cumplir ese compromiso tenemos que aportar a la vida por lo menos tanto como sacamos de ella.

(iv) La parábola nos presenta *el evangelio de la segunda oportunidad*. Es normal que la higuera tarde tres años en alcanzar la madurez, y si no da fruto entonces es probable que no lo dé nunca. Pero a esta higuera se le dio otra oportunidad.

Jesús suele darnos oportunidad tras oportunidad. Pedro y Marcos y Pablo nos darían encantados su testimonio. Dios es infinitamente amable con el que cae y se levanta otra vez.

(v) Pero la parábola también deja bien claro que *hay una última oportunidad*. Si desaprovechamos oportunidad tras oportunidad, si recibimos en vano la llamada y el desafío de Dios, llegará el día, no en que Dios nos cierre la puerta, sino en que nosotros mismos nos la cerremos a fuerza de no querer entrar. ¡Que Dios nos libre de esa condición!

LA MISERICORDIA ES MÁS QUE LA LEY

Lucas 13:10-17

Un sábado estaba Jesús enseñando en una sinagoga, y estaba allí una mujer que llevaba dieciocho años bajo la influencia de un espíritu de enfermedad que la tenía tan encorvada que le era imposible ponerse derecha. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo:

-Mujer, ya estás libre de tu enfermedad.

Y puso sus manos sobre ella, y ella se puso derecha en seguida y empezó a dar gloria a Dios.

Pero el presidente de la sinagoga se puso furioso porque Jesús había obrado una curación el día de reposo, y empezó a decirle a la gente:

-Hay seis días de la semana en los que hay que trabajar, y en cualquiera de ellos podéis venir a que se os cure, ¡pero no el sábado!

-¡Farsante! -le cortó Jesús-. ¿Es que todos vosotros no desatáis del pesebre a vuestras vacas o borricos para llevarlos a beber los sábados? Y a esta hija de Abraham, a la que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no se la podía soltar de su atadura hoy porque es sábado?

Cuando Jesús decía estas cosas, todos sus adversarios se quedaban chafados; pero la gente corriente se lo pasaba muy bien con todas las cosas gloriosas que hacía Jesús.

Esta es la última vez que se nos dice que Jesús estuvo en una sinagoga. Está claro que a estas alturas las autoridades ya le tenían marcado para pillarle en alguna palabra o acción por la que pudieran condenarle. Jesús sanó a una mujer que no había podido ponerse derecha en dieciocho años; y entonces intervino el presidente de la sinagoga. No tuvo valor para

decírselo, á Jesús en la cara, sino dirigió sus protestas al público, aunque iban contra Jesús. Jesús había obrado una curación en sábado; técnicamente, eso era hacer un trabajo, así es que había quebrantado el sábado. Pero Él contestó a sus oponentes con los argumentos de estos. Los rabinos denunciaban la crueldad con los animales, y aun en sábado era perfectamente legal soltar a los animales de los establos para llevarlos a beber. Y Jesús les preguntó: < Si se puede desatar a un animal para llevarlo a beber el sábado, Dios ve bien el que se desate a esta pobre mujer de su enfermedad en sábado.>

(i) El presidente de la sinagoga y sus semejantes eran *personas que amaban más el sistema que a la gente*. Les parecía más importante que se cumplieran sus leyecillas que que se curara a una mujer.

Uno de los grandes problemas de la civilización y del desarrollo es la relación del individuo con el sistema. En tiempo de guerra el individuo no cuenta. Deja de ser una persona para convertirse en un número de un conjunto por edad, trabajo que puede hacer, etc. Se mete en el mismo saco a un grupo de hombres, no como individuos, sino como munición viva; se los designa con una terrible palabra: < prescindibles>. Una persona se convierte en un mero artículo en una estadística.

En el Evangelio, el individuo está por encima del sistema. Se puede decir que sin el Evangelio no puede haber democracia, porque el Evangelio es lo único que garantiza y defiende el valor de la persona individual. Si se llegan a desterrar de la vida política y económica los principios cristianos, no quedará nada que pueda mantener a raya el estado totalitario en el que el individuo se pierde en el sistema y existe, no por sí, sino por y para el sistema.

Lo sorprendente es que el culto del sistema también suele invadir la iglesia. Hay muchos *eclesiásticos* -sería un error llamarlos cristianos- que están más interesados en métodos de gobierno eclesiástico que en el culto a Dios y el servicio a los hombres. Trágicamente es verdad que la mayor parte de

los problemas y conflictos de las iglesias se producen por cuestiones legalistas de procedimiento.

En el mundo y en la iglesia corremos siempre peligro de amar el sistema más que a las personas.

(ii) La intervención de Jesús en este asunto deja suficientemente claro que no es la voluntad de Dios que ningún ser humano sufra ni un momento más de lo que sea absolutamente necesario. La ley judía establecía que era legal el ayudar a alguien el sábado si estaba en peligro de muerte. Si Jesús hubiera pospuesto la curación de aquella mujer hasta el día siguiente, nadie se lo habría criticado; pero para Él no se debe permitir que el sufrimiento continúe hasta mañana si se puede remediar hoy. Una y otra vez se pospone en la vida un buen proyecto hasta que se cumplan ciertos requisitos técnicos o legales. < El que da pronto da dos veces», decía un proverbio latino. No hay razón suficiente para dejar para mañana la ayuda que se puede prestar hoy.

EL IMPERIO DE CRISTO

Lucas 13:18, 19

Así es que Jesús les dijo:

-¿A qué se parece el Reino de Dios, y con qué lo compararía Yo? Es como una semillita de mostaza, que uno coge y la siembra en su huerto, y se pone a crecer y a crecer hasta que se hace tan grande como un árbol, y los pájaros vienen a hacer el nido en sus ramas.

Esta es una ilustración que Jesús usó más de una vez, con diferentes enseñanzas. En Oriente, la mostaza no es una planta de jardín, sino del campo. No se hace tan grande literalmente como un árbol, pero sí llega a alcanzar los dos metros, y un viajero cuenta que vio una de tres metros de altura, debajo de

la cual cabía un caballo con su jinete. Es comente ver una nube de pájaros en estos arbustos, porque les encantan las semillitas negras de la mostaza.

Mateo 13:31, 32 también cuenta esta parábola, pero con otra enseñanza. Su versión es:

Jesús también les contó otra parábola:

-El Reino del Cielo se parece a la semilla de mostaza que uno coge y planta en su campo. Es verdad que es la más pequeñita de todas las semillas; pero una

vez que ha crecido, es la mayor de las hortalizas, porque se hace como un árbol, hasta tal punto que vienen los pájaros y se ponen a hacer el nido en sus ramas.

La enseñanza de la parábola es diferente en *Mateo* y en *Lucas*. *Mateo* hace hincapié en *la pequeñez de la semilla*, que es un detalle que *Lucas* ni menciona; y la enseñanza de *Mateo*

es que las cosas más grandes pueden proceder de principios muy pequeños, y eso es lo que sucede con el Reino del Cielo. La versión de *Lucas* hace hincapié en el hecho de que los pájaros anidan en sus ramas. En Oriente, el símbolo corriente de un gran imperio era un árbol grande y frondoso; y las aves representaban a las naciones súbditas que encontraban protección en el imperio (cp. *Ezequiel 31:6; 17:23*). Como ya hemos visto más de una vez, *Lucas* es un universalista que sueña con un mundo para Cristo; y nos presenta el Reino de Dios como un gran imperio, a cuya sombra todos los pueblos y naciones se reunirán y encontrarán el cobijo y la protección de Dios.

Aquí hay mucho que debemos aprender.

(i) En el Reino cabe *una gran diversidad de creencias*. No hay persona ni iglesia que tenga el monopolio de toda la verdad. El creer que nosotros estamos en la verdad y los demás

en el error sólo puede conducir a problemas, amargura y peleas. En tanto en cuanto las creencias de todos proceden de Cristo, son facetas de la verdad de Dios.

(ii) En el Reino cabe *una gran variedad de experiencias*. Se causa mucho daño cuando se trata de estandarizar la experiencia cristiana y se insiste en que todo el mundo tiene que venir a Cristo de la misma manera. Uno puede que haya tenido una experiencia repentina extraordinaria, y puede decir el día y la hora en que Dios entró en su vida. El corazón de otro puede que se abriera a Cristo de una manera natural y sin crisis, «como se abre al sol la flor». Ambas experiencias proceden de Dios, y ambas personas pertenecen a Dios.

(iii) En el Reino cabe *una gran variedad de formas de culto*. Uno se pone en contacto con Dios con un ritual elaborado y una liturgia espléndida; otro Le encuentra en una sencillez desprovista de todo ornamento. No es que el uno tiene razón y el otro no. La gloria de la Iglesia consiste en que todos, por muy diferentes que seamos, podemos encontrar en su comunión la forma de culto que nos acerca a Dios. Que cada cual encuentre la suya; pero que no crea que es la única, y critique las demás.

(iv) En el Reino cabe *toda clase de gente*. El mundo tiene sus etiquetas, distinciones y barreras. Pero en el Reino no se hacen diferencias entre ricos y pobres, pequeños y grandes, famosos y desconocidos. La Iglesia es el único sitio del mundo en el que las distinciones no tienen lugar legítimo.

(v) En el Reino caben *todas las naciones*. En el mundo hay muchas barreras nacionales, pero ninguna de ellas tiene valor para Dios. En *Apocalipsis 21:16*, se nos dan las dimensiones de la Santa Ciudad. Es un cuadrado cuyos lados miden 12.000 estadios, es decir, unos 2.500 kilómetros. ¡Por tanto su área es 6.250.000 kilómetros cuadrados! En la Ciudad de Dios cabe todo el mundo, y más.

LA LEVADURA DEL REINO

Lucas 13:20, 21

Jesús les dijo otra vez:

-¿Con qué compararía Yo el Reino de Dios? Es algo así como la levadura, que coge una mujer y la mete bien dentro entre tres medidas de harina hasta que toda la masa queda fermentada.

Esta es una ilustración que Jesús tomó de su propio hogar. En aquellos días el pan se cocía en las casas. La levadura no era más que un pellizco de la masa anterior que había acabado de fermentar. La levadura simbolizaba para los judíos una influencia mala, porque identificaban la fermentación con la putrefacción. Jesús habría visto a su madre María meter un poco de levadura en la masa, y que toda la masa cambiaba de aspecto. «Así -dijo- es como viene mi Reino.»

Esta parábola se puede interpretar de dos maneras. Según la primera, se obtienen las siguientes enseñanzas:

(i) El Reino del Cielo surge *de unos principios muy pequeños*. El trozo de levadura era muy pequeño, pero cambió el carácter de toda la masa. Sabemos que una persona puede ser un foco de problemas o de paz en una junta o en un departamento. El Reino del Cielo empieza con las vidas dedicadas de hombres y mujeres individuales. Donde vivimos o trabajamos puede que seamos los únicos cristianos practicantes. En ese caso, nuestra misión es ser la levadura del Reino *allí*.

(ii) El Reino del Cielo *no se ve cómo obra*. No vemos cómo obra la levadura, pero está realizando su labor de una manera continua. El Reino está en camino. Todo el que sepa un poco de Historia se dará cuenta. Séneca, el más alto pensador latino, llegó a decir: «Ahorcamos a un perro peligroso; matamos a un toro acorneador; le metemos el cuchillo a las reses enfermas

para que no contagien a todo el rebaño; a los niños que nacen débiles o deformes, los ahogamos.» En el año 60 d.C. eso era corriente. Ya no seguimos esas normas, porque el Reino sigue avanzando lenta pero imparablemente.

(iii) El Reino del Cielo *obra de dentro afuera*. Mientras la levadura estaba fuera, de la masa, no podía influir; tenía que estar dentro. Nunca podremos cambiar a nadie desde fuera. Las casas, las condiciones y las cosas materiales nuevas no cambian más que la superficie. La misión del Evangelio es hacer nuevas a las personas. Cuando aparecen nuevas criaturas el mundo no puede por menos de cambiar. Por eso es por lo que la Iglesia es la institución más importante del mundo: porque es la fábrica donde se producen *los hombres nuevos*.

(iv) El poder del Reino *viene de fuera*. La masa no tiene poder para cambiarse. Ni nosotros tampoco. Lo hemos intentado y hemos fracasado. Para cambiar la vida necesitamos un poder fuera y más allá de nosotros. Necesitamos al Autor de la Vida, que está siempre dispuesto a darnos el secreto de la vida victoriosa.

La segunda interpretación de esta parábola señala el hecho de que, lejos de ser algo imperceptible, la acción de la levadura está a la vista, porque la masa se pone como a hervir y a burbujear. Según esto, la levadura representa el poder disturbador del Evangelio. En Tesalónica se decía de los cristianos: «¡Ya están aquí estos que están poniendo el mundo patas arriba!» (*Hechos 17:6*). La verdadera religión no es una droga que nos desmarca de la realidad y nos adormece para que aceptemos los males contra los que hay que luchar. El Evangelio es lo más revolucionario del mundo. Produce una revolución en la vida individual y en la sociedad. Unamuno decía: «Y Dios no te dé paz, y sí gloria.» El Reino del Cielo es la levadura que nos llena al mismo tiempo de la paz de Dios y de un descontento divino que no tendrá reposo hasta que los males de la Tierra sean barridos por el poder revolucionario y transformador del Evangelio.

EL RIESGO DE QUEDARSE FUERA

Lucas 13:22-30

De camino hacia Jerusalén Jesús iba pasando por pueblos y aldeas en los que aprovechaba para enseñar. Uno le dijo -unía vez:

-Señor, ¿son muy pocos los que se van a salvar?

-Vosotros haced el máximo esfuerzo para entrar, aunque sea por la puerta trasera -les dijo Jesús-. Porque os aseguro que muchos van a querer estar dentro, y no lo van a conseguir. Una vez que el Cabeza de familia se haya levantado a cerrar la puerta de la casa, aunque empecéis a llamar desde fuera y a suplicarle: «¡Señor, Señor, ábrenos!», Él os contestará: «¡Yo no sé de dónde sois vosotros!» A lo mejor entonces os ponéis a decir: «¡Pero si hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas!» Pero os dirá: «¡Os repito que no sé de dónde habéis salido! ¡Largo de aquí todos vosotros, que no sois más que mala gente!» Allí todo será llorar y rechinar los dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas en el Reino de Dios, y os veáis excluidos. Porque llegarán otros de Oriente, de Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios; pero, fijaos bien lo que os digo: hay quienes parecen los últimos, y van a estar los primeros; y quienes se creen con más derecho que nadie, y van a estar al final de todo.

Cuando ese hizo la pregunta, es probable que diera por sentado que el Reino de Dios era para los judíos, y que los gentiles se quedarían fuera. La respuesta de Jesús le habrá dejado alucinado.

(i) Jesús declaró que la entrada en el Reino no es automática, sino el resultado y la recompensa de la lucha. «Vosotros haced

el máximo esfuerzo para entrar», les dijo. En el original griego se usa aquí la palabra de la que deriva la castellana *agonía*. El esfuerzo que hay que hacer para entrar debe ser tan intenso que bien se puede describir como una agonía de alma y espíritu.

Corremos un cierto riesgo. Es fácil creer que, una vez que nos hemos entregado a Jesucristo, ya estamos dentro y nos podemos sentar tranquilamente como si hubiéramos llegado a la meta. No hay tal en la vida cristiana. Si uno no está avanzando continuamente es que está retrocediendo.

La vida cristiana es como una escalada en la que vamos siguiendo senderos hacia una cima que no se alcanza en este mundo. De dos nobles escaladores que murieron en el Everest se dijo: « La última vez que se vieron iban hacia la cima.» En la tumba de un guía alpino que murió en una ladera se inscribió: «Murió escalando.» Para el cristiano la vida es un constante ir hacia adelante y hacia arriba.

(ii) En lo que confiaban esas personas se vio en su respuesta: «¡Pero si hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas!» Hay algunos que creen que basta con haber vivido en una civilización cristiana. Se consideran diferentes de los paganos ciegos e ignorantes. Pero la persona que vive en una llamada civilización cristiana no es cristiana por eso. Sin duda disfruta de muchas de sus ventajas; está beneficiándose de un capital que otros han acumulado; pero no hay razón para conformarse, sino más bien para aceptar el desafío: «¿Qué has hecho tú para iniciar todo esto? ¿Qué has hecho para conservarlo y desarrollarlo?» No podemos vivir de una bondad prestada.

(iii) Habrá sorpresas en el Reino de Dios. Los que ocupan puestos importantes en este mundo puede que no tengan mucha importancia en el siguiente; y otros en los que nadie se fija aquí, puede que sean los príncipes en el mundo venidero. Se cuenta de una señora que estaba acostumbrada a muchos lujos y a que la trataran con respeto. Se murió y, cuando llegó al Cielo, vino un ángel para guiarla a su casa. Pasaron por delante de muchos palacios estupendos, y la mujer esperaba que cualquiera de

ellos fuera el suyo. Salieron de la calle principal del Cielo y recorrieron las afueras, donde las casas eran mucho más modestas; y por último llegaron a una que no era mucho más que una chabola. « Esa es tu casa », le dijo el ángel guía. «¿Qué? -protestó la mujer-. ¡Esa no puede ser mi casa!» « Lo siento -le dijo el ángel=, pero eso es todo lo que pudimos construirte con los materiales que nos mandaste desde abajo.»

La posición en el Cielo no es como en la Tierra. Los primeros de la Tierra resultarán los últimos, y los últimos de aquí serán los primeros en el Cielo.

VALOR Y TERNURA

Lucas 13:31-35

Aquel mismo día vinieron unos fariseos a decirle: - ¡Sal huyendo de aquí, que Herodes te quiere matar!

-Id a decirle a ese zorro de mi parte -les respondió Jesús-: Toma nota de que estoy echando a los demonios y curando a los enfermos hoy y mañana, hasta que acabe mi labor pasado mañana. Así es que hoy y mañana y pasado tengo que seguir adelante, porque un profeta no puede morir fuera de Jerusalén. ¡Ay, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados de Dios! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como reúne la gallina a sus polluelos debajo de las alas, pero tú no me dejaste! Daos cuenta de que vuestra morada se va a quedar desierta. Os aseguro que ya no me veréis más hasta que llegue el momento en que digáis: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»

Este es uno de los pasajes más interesantes del evangelio de *Lucas* por lo que nos permite saber del trasfondo de la vida de Jesús.

(i) A primera vista parece que nos da información sorprendente acerca de algunos fariseos que no eran hostiles a Jesús. Aquí aparecen unos que le advierten del peligro y le aconsejan que se ponga a salvo. Es verdad que los evangelios nos dan una imagen unilateral de los fariseos. Los mismos judíos sabían que había buenos y malos fariseos. Los dividían en siete categorías:

(a) *Los fariseos del hombro*. Llevaban sus buenas obras al hombro y las hacían para que los vieran.

(b) *Los fariseos de espera-un-poco*. Siempre podían encontrar una razón para dejar una buena acción para mañana.

(c) *Los fariseos con cardenales*. Ningún rabino judío debía dejarse ver hablando con una mujer en la calle, aunque fuera su mujer, o su madre, o su hermana. Pero algunos fariseos llegaban más lejos: ni siquiera miraban a una mujer en la calle, y hasta andaban con los ojos cerrados para no verlas. Así es que se iban dando trompazos con las esquinas, y luego exhibían los cardenales como señales de piedad extraordinaria.

(d) *Los fariseos de la joroba*. Andaban doblados con una falsa y rastrera humildad.

(e) *Los fariseos de la contabilidad*. Siempre estaban apuntando sus buenas obras, como llevando la cuenta de Debe y Haber con Dios.

(f) *Los fariseos tímidos y temerosos*. Siempre estaban obsesionados con la ira de Dios. Su religión los perseguía más que los ayudaba.

(g) *Los fariseos que amaban a Dios*. Seguían el ejemplo de Abraham y vivían la fe y el amor.

Tal vez había seis fariseos malos por cada uno bueno; pero este pasaje nos hace ver que también había fariseos que admiraban y respetaban a Jesús.

(ii) Este pasaje nos muestra a Jesús hablando del rey de Galilea Herodes Antipas, que quería poner fin a su carrera. Para los judíos, el zorro representaba tres cosas: se le consideraba el más astuto de los animales; el más destructivo; el símbolo de la bajeza y de la insignificancia.

Hacia falta valor para llamar zorro al Rey. El reformador inglés Latimer estaba predicando una vez en la **Abadía de Westminster**, y Enrique VIII estaba presente. En el púlpito, se decía: «¡Latimer, Latimer, Latimer: Cuidado con lo que dices! ¡El Rey de Inglaterra está aquí!» Pero inmediatamente se dijo: «¡Latimer, Latimer, Latimer: Cuidado con lo que dices! ¡El Rey de Reyes está aquí!» Por su fidelidad al Rey de Reyes murió en la hoguera en el reinado de María Estuardo.

Jesús recibía órdenes de Dios, y no estaba dispuesto a abreviar su misión un día para agradar a ningún rey humano.

(iii) El llanto por Jerusalén es de suma importancia, porque es otro de los pasajes que nos hacen ver lo poco que sabemos de la vida de Jesús. Está claro que no habría hablado así si no hubiera ofrecido su amor a Jerusalén más de una vez; pero los primeros tres evangelios no nos hablan de tales visitas. Una vez más comprobamos que los evangelios no nos dan más que un boceto de la vida de Jesús.

Nada duele tanto como ir a alguien para ofrecerle amor y que le reciba a uno con burla y desprecio. No hay mayor tragedia en la vida que darle a alguien el corazón sólo para que se lo destroce a uno. Eso es lo que le sucedió a Jesús con Jerusalén; pero Él sigue viniendo a los hombres, y le siguen rechazando. ¿Qué se puede esperar si se rechaza el amor de Dios, si se desprecia una Salvación tan grande y tan costosa?

BAJO EL ESCRUTINIO DE GENTE HOSTIL

Lucas 14:1-6

Un cierto sábado ocurrió que Jesús fue a comer a casa de un hombre importante que era fariseo, es decir, de los que le acechaban continuamente. Y, mira por dónde, estaba allí, precisamente enfrente de Jesús, un hidrópico.

Jesús se dirigió en primer lugar a los intérpretes de la ley y a los fariseos para preguntarles:

- ¿Está permitido curar en sábado, o no?

Ellos no le contestaron. Y entonces Jesús cogió y curó al enfermo, y luego le dijo que se fuera. Después se dirigió a los demás, y les dijo:

- ¿A que cualquiera de vosotros, si se le cae un burro o una vaca en un pozo, lo saca a toda prisa aunque sea sábado? Y no le podían decir que no.

En los evangelios hay siete situaciones en las que Jesús curó en sábado. En *Lucas* ya hemos estudiado el relato de la curación de la suegra de Pedro (4:38); del hombre que tenía el brazo seco (6:6), y de la mujer que llevaba doblada dieciocho años (13:13). En *Juan* tenemos dos más: la del paralítico de Betesda (5:9), y la del ciego de nacimiento (9:14). *Marcos* cuenta otra, la del poseso de la sinagoga de Cafarnaún (1:21).

Uno creería que un curriculum así habría hecho que todo el mundo amara a Jesús; pero es un hecho lamentable que, cada vez que Jesús hacía una curación en sábado, los escribas y los fariseos se convencían más de que era impío y peligroso, y había que acabar con Él a toda costa. Para entender lo que le pasó a Jesús es esencial recordar que, para los judíos de su tiempo, era un transgresor de la ley. Curaba en sábado, lo cual era hacer un trabajo y, por tanto, quebrantar la ley.

En esta ocasión, un fariseo le invitó a comer un sábado. Había unas reglas muy rigurosas acerca de las comidas del sábado. Por supuesto que no se podía cocinar, porque eso era un trabajo. Había que hacer la comida el viernes; y, si se tenía que mantener caliente, había que hacerlo de manera que no siguiera cocinándose. Así que se establecía que, para mantener caliente la comida del sábado «no se podía meter en orujo de aceituna, estiércol, sal, yeso o arena, ya fueran húmedos o secos, ni en paja, orujo de uva, o verduras, si estaban húmedos, pero sí se podía si estaban secos. Se podía poner

entre paños, frutas, plumas de pichón y estopa de lino.» El cumplimiento de tales reglas era lo que los escribas y fariseos llamaban religión. ¡No nos sorprende que no entendieran a Jesús!

No es improbable que los fariseos hubieran colocado allí al hidrópico a ver lo que hacía Jesús. Le estaban *acechando* -palabra que quiere decir en el original «espionando con interés siniestro.»

Jesús no dudó en sanar al enfermo. Sabía perfectamente bien lo que estaban planeando, y citó sus leyes y costumbres. En Palestina abundaban los pozos sin brocal, y no menos los accidentes que causaban (cp. *Éxodo 21:33*). Se podía sacar un animal del pozo en sábado. Jesús pregunta con ironía, si se puede ayudar a un animal en sábado, por qué no a una persona.

Este pasaje nos dice varias cosas sobre Jesús y sobre sus enemigos.

(i) Nos muestra la serenidad con que Jesús se enfrentaba con la vida. A uno le pone nervioso que le estén acechando constantemente. Mucha gente pierde los estribos, y luego vienen muchos problemas y dolores. Pero, en circunstancias que habrían puesto a otros a cien, Jesús se mantenía sereno. Si vivimos con Él, Jesús acabará por gustarnos...

(ii) Es curioso que Jesús nunca rehusó ninguna invitación. Nunca perdió la esperanza en nadie. Esperar cambiar a otros y seguir intentándolo es una de las esperanzas más desesperantes; pero Jesús nunca dejaba pasar la ocasión. No rehusaba una invitación ni de un enemigo. Está claro que nunca conseguiremos hacer amigos de nuestros enemigos si no nos prestamos a verlos y hablar con ellos.

(iii) Lo que más nos sorprende de los escribas y fariseos es la falta de sentido de proporción. Estaban dispuestos a todo para cumplir sus reglitas y preceptillos, y consideraban un pecado aliviar el dolor de una persona en sábado.

Si se nos diera la posibilidad de pedir nada más que una cosa, valdría la pena pedir el sentido de proporción. A menudo no son más que pequeñeces las cosas que alteran la paz de una

congregación. Lo que muchas veces separa a la gente y destruye amistades suelen ser cosas a las que no daríamos importancia en nuestros momentos normales. Esas minucias se hacen tan grandes que llenan todo el horizonte. Cuando tenemos las prioridades en orden, todo está en su lugar -y el amor es lo primero.

LA NECESIDAD DE LA HUMILDAD

Lucas 14:7-11

Jesús no pudo por menos de ver que los invitados se disputaban los puestos de honor a la mesa, y les contó una parábola:

-Cuando alguien te convide a un banquete de boda, no te apresures a ocupar el sitio más distinguido, no sea que esté también invitado otro que sea más honorable que tú, y venga el que os convidó a los dos a decirte: «Déjale el sitio a este»; y tengas que ponerte colorado buscando un sitio al final de todo. Más bien, cuando te convide alguien, ocupa el último asiento; y cuando llegue el anfitrión te dirá: «No, amigo mío; ahí no. Sube más cerca de la presidencia.» Y entonces recibirás mayor honor entre todos los demás invitados. Y es que todos acaban por despreciar al que se da importancia; y a todos les cae bien el que actúa con sencillez.

Jesús puso un ejemplo casero para ilustrar una verdad eterna. Cuando llega temprano a la fiesta un invitado sin importancia y se coloca en la mesa presidencial, lo más probable es que luego llegue otro más distinguido, y se le diga al primero que le deje el sitio al otro y él se busque otro sitio, que lo más seguro es que tendrá que ser al final de todos; con lo cual le saldrá el tiro por la culata, porque lo que él quería era cubrirse de gloria. Y por otra parte, si un invitado empieza por colocarse

,en el último asiento, y **el anfitrión le dice que** se acerque más a la presidencia, ese sí queda bien ante la concurrencia.

Esa es la actitud que, cuando es sincera, llamamos *humildad*, y que es una característica de las personas verdaderamente grandes. Cuando Thomas Hardy ya era tan famoso que cualquier periódico habría pagado bien el honor de publicar algo suyo, algunas veces mandaba un poema acompañado de un sobre franqueado para que se lo devolvieran si no les interesaba. Aun cuando se encontraba en la cumbre de la fama, era lo suficientemente humilde como para considerar que sus obras se podían rechazar.

La humildad del rector Cairns se hizo legendaria. Nunca entraba el primero en ningún sitio. Siempre decía: < Usted primero, por favor.> Una vez, al subir ala plataforma, resonó un imponente aplauso de bienvenida. El se puso a un lado, cedió el paso al que venía detrás de él y se puso a aplaudirle. Nunca pensaba que el aplauso fuera para él; sería para otro. Para creerse importante, uno tiene que ser bastante mezquino.

¿Cómo se puede conservar la humildad?

(i) Dándonos cuenta de las cosas. Por mucho que sepamos, sabemos muy poco en comparación con lo que se puede saber. Aunque hayamos logrado mucho, no es gran cosa a fin de cuentas. Por muy insustituibles que nos creamos, cuando nos quitemos de en medio o nos aparte la muerte la vida seguirá lo mismo sin nosotros.

(ii) Podemos conservar la humildad por comparación con los mejores. Cuando vemos u oímos a los expertos nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra actuación. Muchos jugadores de lo que sea han decidido retirarse después de presenciar un campeonato, y muchos intérpretes han decidido no aparecer más en público después de escuchar a un maestro. Y muchos predicadores se han sentido empujar hasta casi desaparecer cuando han escuchado a un verdadero hombre de Dios. Pero, sobre todo: si nos ponemos al lado del Maestro y Señor veremos nuestra indignidad en comparación con su radiante pureza y será la muerte de nuestro orgullo.

CARIDAD DESINTERESADA

Lucas 14:12-14

-Mira: cuando quieras organizar una comida o una cena -le dijo también Jesús al que le había invitado-, no invites a tus amigos, o a tus hermanos o parientes, ni tampoco a tus vecinos ricos; porque ellos luego te invitan a ti, y así quedan todos en paz contigo. Cuando quieras hacer un banquete, invita a los mendigos, a los mancos, los cojos y los ciegos; entonces sí que saldrás ganando: porque ellos no te pueden devolver lo que haces por ellos, así es que queda en tu cuenta para el tiempo de la resurrección de los justos.

Aquí tenemos un pasaje inquietante, porque nos invita a examinar los motivos que hay tras nuestra generosidad.

(i) Puede que uno dé por sentimiento del deber. Algo así como cuando pagamos los impuestos: para cumplir con una obligación que no podemos evitar.

(ii) Puede que uno dé sencillamente por interés, considerándolo consciente o inconscientemente como una inversión: Dios queda en deuda con él. Eso no es dar por generosidad, sino por calculado egoísmo.

(iii) Puede que uno dé para mostrar su superioridad. Ese dar puede ser hasta cruel. Humilla al que lo recibe más que una negativa. Es mirar por encima del hombro. Es mejor no dar, que dar para satisfacer la propia vanidad y el deseo de quedar por encima. Los rabinos decían que la mejor forma de dar es cuando el que da no sabe quién lo va a recibir, ni el que recibe sabe quién se lo ha dado.

(iv) Puede que uno dé porque no puede por menos. Ese es el único motivo aceptable. El que piense que Jesús nos enseña a dar para recibir la recompensa en el Cielo en vez de en la Tierra no lo ha comprendido. El principio del Reino de Dios es que, cuando se da para recibir una recompensa, no se recibe

ninguna recompensa; y cuando se da sin pensar en recibir una recompensa, y eso es lo difícil, se recibe. La única manera de dar es cuando sale de dentro porque hay amor. Dios dio-porque amó de tal manera al mundo: así debemos dar nosotros.

EL BANQUETE DEL REY Y SUS HUÉSPEDES

Lucas 14:15-24

Cuando uno de los comensales oyó lo que había dicho Jesús, exclamó:

- ¡Felices los que estén invitados al banquete del Reino de Dios!

Entonces Jesús les contó otra parábola:

-Una vez un hombre organizó un gran banquete e invitó a mucha gente. Y cuando llegó el momento, mandó a su siervo a decirles a los convidados: «¡Venid, porque ya está todo preparado!» Pero los convidados empezaron a disculparse como si se hubieran puesto de acuerdo. Uno dijo: «Acabo de comprar una propiedad y no tengo más remedio que ir a verla. Discúlpame, por favor.» Y otro dijo: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes, y ahora mismo iba a probarlos; así que haz el favor de excusarme.» Y otro dijo: «Acabo de casarme. Comprenderás que no puedo ir.» Cuando volvió el siervo, se lo hizo saber todo a su señor, que se puso furioso y le dijo: «¡Sal a toda prisa por las plazas y por las calles de la ciudad, y tráete para acá a todos los pordioseros, mancos, cojos y ciegos que te encuentres!» Al cabo de un rato el siervo volvió y le dijo a su señor: «Señor, ya se ha hecho como mandaste; pero todavía queda sitio.» Y el señor le dijo al siervo: «¡Pues salte por los caminos y los senderos, y obliga a entrar a todos los que encuentres, hasta que se me llene la casa! Porque os aseguro que ninguno de los que estaban convidados va a probar mi banquete!»

Los **judíos tenían una serie** de historias acerca de lo que iba a suceder cuando llegara la nueva era. Una de estas era la del banquete mesiánico, en el que leviatán, el monstruo marino (*Job 41:1*), sería el plato de pescado y behemot (*Job 40:15*) el de carne. En este banquete estaba pensando el que dijo: « ¡Felices los que estén invitados al banquete del Reino de Dios!» Naturalmente, estaba pensando sólo en los buenos judíos, porque los gentiles y los pecadores no tendrían parte en la fiesta de Dios. Y por eso contó Jesús esta parábola.

En Palestina, cuando se hacía una fiesta, se fijaba la fecha con mucha antelación y se mandaban las invitaciones para que se dijera si se aceptaban. Pero no se decía la hora; así es que, cuando llegaba el día y todo estaba preparado, iban los siervos a avisar a los invitados. Era un grave insulto el haber aceptado la invitación y luego no asistir.

El dueño de la casa de la parábola representa a Dios. Los convidados originales eran los judíos. A lo largo de toda su historia habían estado esperando el día en que Dios interviniera; ese día había llegado, y ellos rechazaron la invitación. Los pordioseros

y minusválidos de la calle representan a los publicanos y pecadores que recibieron a Jesús, mientras que los religiosos le rechazaron. Los de los caminos y las sendas del campo eran los gentiles, para los que había sitio en la fiesta de Dios. Belgel, el gran comentarista de tiempos de la Reforma, dice: «Tanto la naturaleza como la gracia aborrecen los vacíos.» Así que, cuando los judíos no acudieron a la invitación de Dios, la recibieron los gentiles.

Hay una frase de esta parábola que desgraciadamente se usa mal: « ¡Pues salte por los caminos y los senderos, y obliga a entrar a todos los que encuentres!» Hace mucho, Agustín de Hipona usaba este texto para justificar la persecución religiosa. Se tomaba como una orden para hacer cristianos a la fuerza, y como la razón para la Inquisición, las torturas, los autos de fe, las campañas contra los herejes, el bautismo o la muerte para los vencidos en supuestas guerras santas, etcétera, etcétera, cosas que son la vergüenza de la llamada civilización

,cristiana. Debemos entender esa frase de acuerdo con otra: «El amor de Cristo nos constriñe» (2 Corintios 5:14). En el Reino de Dios no existe más que una obligatoriedad: la del amor.

Pero, aunque esta parábola presenta una amenaza a los judíos que rechazan la invitación de Dios y una gloriosa oportunidad para los pecadores y los gentiles que nunca habían soñado con recibirla, también contiene verdades de carácter permanente que son tan actuales hoy como entonces. Los convidados presentan excusas nada diferentes de las que se ponen hoy.

(i) El primer invitado dijo que había comprado un terreno, y que iba a verlo. Esto sucede cuando dejamos que los negocios usurpen los derechos de Dios. Es posible estar tan inmerso en las cosas de este mundo que no se tiene tiempo para dar culto. a Dios ni aun para orar.

(ii) El segundo invitado dijo que había comprado cinco yuntas de bueyes y que iba a probarlos. Esto es dejar que las novedades usurpen los derechos de Cristo. Sucede a menudo que, cuando se entra en una nueva situación se está tan absorto que no se tiene tiempo para ir al culto ni para orar. Se da el caso de personas que se compran un coche, o un chalé, y dicen: «Antes íbamos al culto los domingos; pero ahora salimos al campo, que buena falta nos hace a todos, y especialmente a los chicos.» Es peligrosamente fácil que algo nuevo, como un juego, o un *hobby*, o un amigo, desalojen de nuestro horario los deberes espirituales.

(iii) El tercer invitado dijo, más enfáticamente que los otros: «Acabo de casarme. Comprenderás que no puedo ir.» Una de las leyes maravillosamente humanitarias del Antiguo Testamento establecía: «Cuando alguno fuere recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa se le ocupará; libre estará en su casa por un año, para hacer feliz a la mujer que tomó» (Deuteronomio 24:5). Sin duda esa ley era la que se aplicaba este hombre. Una de las tragedias de la vida es que las cosas buenas hacen que nos olvidemos de Dios. No hay nada más maravilloso que el hogar; pero no se pretende que se use de una manera egoísta. Los que viven juntos, viven todavía mejor con Dios; se sirven mejor mutuamente si sirven también a otros; el ambiente del hogar es aún más maravilloso cuando los que viven en él se acuerdan de que también son miembros de la familia y de la casa de Dios.

EL BANQUETE DEL REINO

Antes de salir de este pasaje, conviene que nos fijemos en que los versículos 1 a 24 tratan de fiestas y banquetes. Jesús comparaba su Reino y su servicio con una fiesta. El Reino se parecía a la ocasión más feliz que se conocía en la vida. No cabe duda de que no hay que pensar que el Evangelio prohíbe pasarlo bien.

Siempre ha habido un tipo de cristianismo que le quita toda la gracia a la vida. Juliano hablaba de esos cristianos paliduchos y con pecho de tabla que nunca veían que el sol brillaba también para ellos. Swinburne apostrofaba contra Cristo:

*«Tú has ganado, pálido Galileo;
El mundo se ha puesto gris con tu aliento.»*

Ruskin, que se crió en un hogar rígido y estrecho, cuenta que le regalaron una vez un caballito de juguete, y que una tía suya muy «piadosa» se lo quitó, diciendo que los juguetes no eran para los niños cristianos. Hasta un pensador tan sanote como A. B. Bruce dice que uno no se puede figurar al niño Jesús jugando con los otros chicos cuando era pequeño, o sonriendo cuando era hombre. W. M. Macgregor, en sus Conferencias Warrack, habla con su magistral ironía de uno de los pocos errores de John Wesley, que fundó un colegio en Kingswood, cerca de Bristol, y dispuso que no se debían permitir juegos ni en el colegio ni en sus terrenos, porque « el que juega de niño sigue jugando de mayor.» No se tenían vacaciones. Los

chicos se levantaban a las 4 de la mañana, y pasaban la primera hora del día de oración y meditación, y los viernes ayunaban hasta las 3 de la tarde. W. M. Macgregor califica todo el sistema de «estúpido desafío a la naturaleza.»

Tenemos que tener presente que Jesús pensaba en el Reino como una fiesta. Un cristiano lúgubre es un monstruo de la naturaleza. El gran filósofo Locke definía la risa como «una gloria repentina.» Al cristiano no se le prohíbe ningún placer sano, porque para él la vida es una fiesta de bodas.

CALCULANDO EL COSTO

Lucas 14:25-33

Muchísima gente iba de camino con Jesús; y ÉL se volvió y les dijo:

-El que quiera venir conmigo y ser discípulo mío, tiene que aborrecer a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo. El que no cargue con su cruz y siga mi ejemplo, no puede ser discípulo mío. ¿A que cualquiera de vosotros, si quiere construir una torre, lo primero que hace es sentarse a calcular lo que le va a costar, para ver si tiene bastante para acabarla? Porque si no, cuando ya ha echado el cimiento, si no tiene lo necesario para terminar, todos los que lo vean se van a reír de él y a decir: « ¡Mira este, que empezó a construir y no pudo acabar!» ¿Es que un rey que va a librar batalla contra otro, lo primero que hace no es sentarse a considerar si puede hacer frente con diez mil soldados al que le va a atacar con veinte mil? Porque, si se da cuenta de que no puede, lo que hace es mandarle una embajada al otro cuando todavía está lejos para negociar la paz. Pues lo mismo pasa con vosotros: el que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser discípulo mío.

Cuando Jesús dijo esto iba camino de Jerusalén. Sabía que le esperaba la cruz; pero la gente es posible que creyera que iba a ocupar el trono. Por eso les habló así. De la manera más clara posible les dijo que el que le siguiera no iba camino de la gloria y el poder terrenales, sino que tenía que estar dispuesto a sacrificar lo que más quisiera en la vida, y a abrazar un sufrimiento que sólo se podía comparar con la agonía de un crucificado.

No debemos tomar sus palabras con un literalismo frío. El lenguaje oriental es siempre tan pictórico y vivo como la mentalidad oriental. Cuando Jesús nos dice que tenemos que aborrecer a nuestros seres más queridos, quiere decir que ningún amor de este mundo puede compararse con el amor que le debemos tener a Él.

Hay dos verdades impresionantes en este pasaje.

(i) Es posible ser seguidor de Jesús sin ser discípulo suyo, ser del partido del Rey sin ser su soldado, estar a favor de algo sin sacrificar nada. Una vez le dijo alguien a un gran profesor: «Fulano de tal dice que fue alumno suyo.» «Puede que asistiera a mis clases -le contestó-; pero no era uno de mis estudiantes.» Uno de los problemas más graves de la iglesia es que en ella hay muchos que siguen a Jesús de lejos, pero muy pocos verdaderos discípulos de Jesús.

(ii) El cristiano tiene la obligación de calcular lo que le va a costar seguir a Jesús. La torre de la que se habla aquí era la que se tenía en las viñas, desde la que se podía vigilar para que no entraran los ladrones a robar la cosecha. Un edificio a medio hacer es algo que da vergüenza. Hay ejemplos de esto en las ciudades principales de España y de otros países.

En todas las esferas de la vida hay que calcular el costo. En la liturgia de la boda de la Iglesia de Escocia, el pastor dice: « El matrimonio es un estado en el que no se ha de entrar a la ligera y descuidadamente; sino después de pensarlo, con respeto y en el temor del Señor.» El hombre y la mujer deben calcular el costo.

Y lo mismo sucede con el Evangelio. Pero si bien las

exigencias de Cristo imponen respeto, debemos recordar que Él no nos deja solos a la hora de cumplirlas. El que nos invita a subir la cuesta estará todo el tiempo con nosotros, y -esperándonos en la cima.

LA SAL INSÍPIDA

Lucas 14:34, 35

-La sal es una cosa buena; pero, si pierde su sabor característico, no hay manera, de hacerla salada otra vez. No sirve absolutamente para nada; ni para la tierra ni para el estercolero. No se puede hacer más que tirarla. ¡El que tenga entendederas, que se dé por enterado!

Algunas veces hay una seria advertencia en las palabras de Jesús. Cuando una persona es crítica y quejica, no se la toma muy en serio cuando murmura de algo; pero, cuando Alguien que siempre habla en un tono de amor, nos dirige una advertencia, no tenemos más remedio que escucharle. Lo que Jesús nos quiere decir es que, cuando algo pierde su cualidad esencial y deja de cumplir su misión esencial, ya no sirve para nada, y se tira.

Jesús cita la sal como símbolo de la vida cristiana. ¿Cuáles eran sus características esenciales? En Palestina tenía tres:

(i) La sal se usaba como *condimento*. Los alimentos sin sal pueden ser hasta repugnantes. Por tanto, el cristiano debe ser alguien que le da sabor a la vida. El «evangelio» que no es más que un aguafiestas no es el Evangelio. El cristiano le presta sabor a la vida con su valor, esperanza, optimismo y amabilidad.

(ii) La sal se usaba como *conservante*. Es el más antiguo de los conservantes. Los griegos decían que la sal le devuelve el alma a las cosas muertas.. Sin sal, las cosas se pudren y se echan a perder; con sal, conservan su frescor. Eso quiere decir

que el Evangelio actúa como protección contra la corrupción del mundo. Todo cristiano tiene que ser la conciencia de su entorno; y la iglesia, la conciencia de la nación. El cristiano debe ser tal que, en su presencia no se puede usar lenguaje sucio, ni contar historias cuestionables, ni sugerir acciones deshonorosas. Debe ser un antiséptico en el círculo en que se mueve. La iglesia debe hablar sin miedo contra todo lo malo, y apoyar todas las causas nobles. No debe guardar silencio por miedo de nadie, ni para lograr su favor.

(iii) La sal se usaba *en la tierra*. Su usaba para que crecieran más fácilmente las buenas plantas. El cristiano debe hacerle más fácil a la gente el ser buena, y más difícil ser mala. Todos conocemos a personas en cuya compañía no se harían ni se hacen ciertas cosas, y personas en cuya compañía uno se rebaja a hacer lo que no nos atreveríamos a hacer solos. Hay almas nobles en cuya compañía es más fácil ser valiente, y animoso, y bueno. El cristiano debe llevar el grato olor de Cristo, que hace florecer las buenas plantas, y que agosta las malas hierbas.

Esa es la misión del cristiano. Si fracasa, no hay razón que justifique su existencia; ya hemos visto que, en la economía de Dios, la inutilidad invita al desastre. < ¡El que tenga entendederas, que se dé por enterado! >

LA ALEGRÍA DEL PASTOR

Lucas 15:1-7

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para escucharle; y los fariseos y los escribas se lo criticaban:

-Este se relaciona con gente de mal vivir, y hasta come con ellos.

Jesús entonces les contó una parábola:

-¿A que cualquiera de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una, deja las noventa y nueve en el desierto

y va a buscar a la perdida hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la lleva a hombros rebosando de contento; y en llegando a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: < ¡Alegraos conmigo, que he encontrado la oveja que se me había perdido! > De la misma manera, os aseguro que da más alegría en el Cielo el que se arrepienta un pecador, que los noventa y nueve «justos» que no sienten la necesidad de arrepentirse.

Probablemente este es el capítulo que mejor conocen y más quieren muchos lectores del Nuevo Testamento. Se le ha llamado < el Evangelio dentro del Evangelio >, porque contiene la quintaesencia de la Buena Noticia que Cristo vino a traer.

Estas parábolas surgieron de una situación determinada. Los escribas y los fariseos se escandalizaban de que Jesús se asociara con hombres y mujeres que los judíos practicantes consideraban *pecadores*. Los fariseos ponían en la misma categoría a todos los que no cumplían todos los detalles de la ley tradicional, y los llamaban *la gente de la tierra*; y había una barrera infranqueable entre estas dos clases de personas. El permitir que una de sus hijas se casara con un hombre de la tierra era para un fariseo como dejarla indefensa a merced de una fiera. Las reglas fariseas establecían: < A nadie de la gente de la tierra le confíes dinero, ni aceptes su testimonio, ni le reveles ningún secreto, ni le nombres tutor de ningún huérfano, ni le pongas a cargo de un fondo de caridad, ni le acompañes en un viaje. > Un fariseo tenía prohibido hospedarse en casa de un hombre de la tierra e invitarle a la suya. Tenía prohibido hasta donde fuera posible tener ningún trato con él. Los fariseos tenían el propósito deliberado de evitar todo contacto con los que no cumplían todos los detalles de la ley tradicional. Está claro que se escandalizaban a tope de que Jesús se relacionara con gente que ellos consideraban no sólo extraños, sino pecadores, cuyo solo contacto contaminaba. Comprenderemos mejor estas parábolas si recordamos que un judío estricto no diría:

< Hay alegría en el Cielo cuando se arrepiente un pecador», sino: «Hay alegría en el Cielo cuando se pierde un pecador.» Deseaban sádicamente, no la salvación de los pecadores, sino su destrucción.

Así es que Jesús les contó la parábola de la oveja perdida y de la alegría del pastor cuando la encontró. Los pastores de Judea tenían un trabajo duro y peligroso. El pasto era escaso. La meseta central tenía pocos kilómetros de anchura, y estaba bordeada de precipicios que la comunicaban con la terrible devastación del desierto. No había muros protectores, y las ovejas vagaban sin rumbo. George Adam Smith escribió acerca de esos pastores:

«Cuando le encuentras en algún cerro en el que aúllan las hienas, insomne, con la vista acostumbrada a la lejanía, curtido por el tiempo, armado, apoyado en el cayado y siguiendo con la mirada a sus ovejas esturreadas, con cada una de ellas en el corazón, comprendes por qué el pastor de Judea saltó a la cabeza en la historia de su pueblo; por qué dio su nombre a los reyes, y se convirtió en un símbolo de la Providencia; por qué Cristo le tomó como prototipo del sacrificio.»

El pastor era responsable de las ovejas. Si una se perdía, el pastor tenía que encontrarla, o presentar la piel para demostrar que había muerto. Los pastores eran expertos en el rastreo, y podían seguir las huellas de una oveja perdida a lo largo de kilómetros por el monte. No había pastor que no considerara parte de su trabajo el arriesgar la vida por las ovejas.

Muchos rebaños eran comunales -es decir, no de uno solo, sino de todo el pueblo- y tenían dos o tres pastores. A veces pasaría que los que tenían sus rebaños completos volvían antes al pueblo, y decían que el otro estaba todavía en el monte buscando una oveja que se le había perdido. Todo el pueblo estaría velando hasta que, por fin, aparecía el pastor en la distancia, saltando de alegría, con su oveja a hombros. Y entonces se elevaría de toda la comunidad un clamor de alegría y de gracias a Dios.

Esa es la escena **del Cielo que pintó Jesús**. Así es como es Dios. Dios se alegra cuando se encuentra a un pecador que se había perdido como se alegra el pastor cuando vuelve a casa con la oveja extraviada. Como dijo un gran santo: «Dios también conoce la alegría de encontrar lo que se le había perdido.»

Aquí hay una idea maravillosa. Es realmente tremendo el hecho de que Dios es más amable que los hombres. Los religiosos excluían del pueblo de Dios a los publicanos y a los pecadores, que no merecían, según ellos, más que la destrucción; pero Dios no. Los hombres pueden perder la esperanza, pero Dios no. Dios ama a los que no se han extraviado; pero hay una alegría indecible en su corazón cuando uno que estaba perdido vuelve a casa. Es mil veces más fácil volver a Dios que a las frías críticas y recriminaciones de algunos hogares, y de algunas iglesias.

Pastor, que con tus silbos amorosos me despertaste del profundo sueño; Tú, que hiciste cayado de ese leño en que tiendes los brazos poderosos:

vuelve los ojos a mi fe piadosos, pues te confieso por mi autor y dueño, y la palabra de seguir te empeño tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, pastor: pues por amores mueres no te espante el rigor de mis pecados, pues tan amigo de rendidos eres; espera, pues, y escucha mis cuidados; pero, ¿cómo te digo que me esperes, si estás, para esperar, los pies clavados?

LVPE DE VEGA

LA MUJER QUE PERDIÓ Y ENCONTRÓ UNA MONEDA

Lucas 15:8-10

Jesús les contó también otra parábola:

-Si una mujer tiene diez dracmas, y pierde una, ¿verdad que enciende la luz y se pone a barrer la casa y a buscar por todas partes hasta que la encuentra? Y en cuanto la encuentra, junta a todas sus amigas y vecinas, y les dice: «¡Fijaos qué estupendo es lo que me ha pasado! ¡He encontrado la dracma que se me había perdido!» Pues os aseguro que eso es lo que pasa en el Cielo: los ángeles de Dios se ponen jubilosos cuando se arrepiente un pecador.

Que se perdiera una moneda en la casa de unos campesinos de Palestina no sería difícil, pero sí encontrarla. Las casas eran oscuras, sin más ventana que una circular de un par de palmos de diámetro. El suelo era de tierra cubierta de paja o cañas; así es que era como buscar una aguja en un pajar. La mujer se puso a barrer con la esperanza de ver brillar la moneda u oír la tintinar.

Hay dos razones por las que la mujer tendría tanto interés en encontrar la moneda:

(i) Puede que fuera sencillamente por necesidad. Era el jornal de un día en Palestina. Los obreros vivían al día. Tal vez el perder aquella moneda desequilibraba la economía familiar, o ponía en peligro la comida del día.

(ii) Puede que fuera por una razón más romántica. El adorno de una mujer casada era una diadema formada por diez moneditas de plata enlazadas con una cadenita de plata. Era el equivalente del anillo de boda, cuyo valor era aún superior al precio. Se consideraba algo tan personal que no se podía expropiar por deudas. Tal vez se trataba de una de esas monedas,

y la mujer la buscaba como buscaría una casada ahora su anillo de boda.

Es fácil imaginar la alegría de la mujer cuando vio relucir la moneda y la pudo apretar cariñosamente entre sus dedos otra vez. Así es Dios, dijo Jesús. El júbilo de Dios y de todos los ángeles cuando vuelve al hogar un pecador es como el de un hogar que recupera el sustento del día, o como el de una mujer que había perdido algo muy personal y valioso, y lo encuentra otra vez.

Ningún fariseo habría soñado que Dios fuera así. Un gran pensador judío ha admitido que esto que Jesús enseñó acerca de Dios es algo completamente nuevo: que Dios busca a los hombres y se alegra cuando vuelven a estar con Él. Los judíos podrían haber llegado a creer que, si uno se humillaba hasta lo último y se postraba ante Dios suplicando misericordia, tal vez se le concediera; pero nunca se les habría ocurrido pensar que Dios buscara amorosa e insistentemente a los pecadores. Nosotros creemos en este amor de Dios, porque lo vemos encarnado en Jesucristo, el Hijo de Dios, que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (*Lucas 19:10*).

LA HISTORIA DEL AMOR DE UN PADRE

Lucas 15:11-32

También les contó Jesús la siguiente historia: «Había una vez un hombre que tenía dos hijos. Un día, el más joven le dijo:

- ¡Venga, Padre: dame lo que me corresponde de todo lo que tienes!

El padre entonces repartió todo entre sus dos hijos. AL cabo de unos pocos días, el hijo más joven reunió el producto de toda su parte y se marchó a un país lejano... y allí lo fundió todo viviendo a lo loco. Cuando ya se lo había gastado todo, hubo una hambruna en aquel país, y él empezó a pasar necesidad. Entonces fue y se puso al servicio de un terrateniente que le empleó para estar al cuidado de sus cerdos. EL joven a veces tenía tanta hambre que se habría puesto a comer las algarrobas de los cerdos, pero ni eso le daban. Cuando volvió en sí, se dijo:

- ¡Mira que hay jornaleros en la finca de mi padre que se hartan de comida, y aquí estoy yo muriéndome de hambre! Ya sé lo que haré: volveré a la casa de mi padre, y le diré: «Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y no merezco que se me tenga por hijo tuyo; acéptame como a un jornalero más.»

Y dicho y hecho: se puso en camino hacia la casa de su padre. Todavía estaba a una cierta distancia, cuando le vio su padre; y se compadeció de él, y fue corriendo a su encuentro, y le abrazó y le besó con mucho cariño. El hijo empezó a decirle:

- Padre, he pecado contra Dios y contra ti, y no merezco que se me tenga por hijo tuyo...

Pero el padre le cortó, y se puso a darles órdenes a los siervos:

- ¡Venga! ¡Sacad la mejor ropa para que se vista, y traedle un anillo y zapatos! ¡Y traed el becerro cebón y matadlo, que vamos a tener un banquete y a hacer una fiesta! Porque a este hijo mío, ya le daba yo por muerto y ha vuelto sano y salvo; se me había perdido, y le he recuperado!

Y se pusieron a celebrarlo. A todo esto el hijo mayor estaba en el campo; y cuando volvió y se acercó a la casa, oyó el jaleo de la música y del baile. Entonces llamó a uno de los criados para preguntarle qué era lo que pasaba.

- ¡Es que ha vuelto tu hermano! -le dijo-. Y tu padre se ha puesto tan contento de tenerle otra vez en casa sano y salvo que ha dicho que se matara el becerro cebón.

Entonces el hermano mayor se puso tan furioso que no quería entrar por nada del mundo. Salió el padre a buscarle, y le pedía por favor que entrara. Pero él se enfrentó con su padre y se puso a decirle:

- ¡Fíjate! ¡Hace tantos años que estoy trabajando para ti como un esclavo, y haciendo siempre lo que me mandas, y nunca me has dado ni un cabrito para pasármelo bien con mis amigos! ¡Y va este «hijo de papá» tuyo, que no ha hecho nunca nada, más que fundir tus propiedades con putas, y vuelve a casa, y dices que maten el becerro cebón para celebrarlo!

El padre entonces le dijo:

-Hijo mío, tú has estado siempre conmigo, y puedes disponer de todo lo mío. Pero teníamos que hacer fiesta y celebrarlo: porque a este hermano tuyo ya le dábamos por muerto, ¡y es como si hubiera resucitado!; creíamos que le habíamos perdido para siempre, ¡y le hemos recuperado!»

Les sobra razón a los que dicen que esta es la historia breve más maravillosa del mundo. Según la ley judía, un padre no podía repartir sus bienes como quisiera: el primogénito tenía que recibir dos terceras partes, y el segundo, el resto (*Deuteronomio* 21:17). No era raro que se repartiera la herencia antes de morir el padre, especialmente si éste quería retirarse de la dirección del negocio; pero había una innegable dureza en la actitud del segundo hijo cuando dijo: «¡Venga, Padre: dame lo que me corresponde de todo lo que tienes!», como si dijera «lo que va a ser mío de todas maneras cuando te mueras.» El padre no discutió. Sabía que, si su hijo iba a aprender, tendría que ser por las malas; así que accedió a su petición. Sin perder tiempo, el hijo reunió el producto de todo lo que le correspondió, y se marchó de casa.

No pasó mucho tiempo antes de que se lo gastara todo, y acabó cuidando cerdos, un trabajo prohibido para los judíos, porque la ley decía: «Maldito el que cría cerdos.» Y entonces Jesús le dirigió a la humanidad pecadora el mayor cumplido de la Historia: «Cuando volvió en sí», dijo. Jesús creía que, mientras uno está lejos de Dios, no es él mismo; solamente lo es cuando emprende el regreso a casa. No hay duda que Jesús no creía en la «total depravación» de la naturaleza humana como algunos teólogos. Jesús no creía que se puede glorificar a Dios vilipendiando al hombre; lo que sí creía es que el hombre no es realmente él mismo hasta que vuelve a Dios.

Así es que el hijo pródigo decidió volver a casa y pedir que se le recibiera, no como hijo, sino como uno de los que estaban en el nivel más bajo: los contratados para trabajar por días. Los esclavos corrientes eran en cierto modo miembros de la familia; pero los jornaleros se podían despedir de un día para otro; no eran parte de la familia. El hijo volvió a casa; y, según el mejor texto original, su padre no le dejó decir lo que se había preparado de que le dejara quedarse como jornalero. Le cortó antes. La ropa representa el honor; el anillo, la autoridad, porque el que una persona le diera a otra el anillo era como darle poder notarial; los zapatos distinguían, a los hijos, de los esclavos, que no los tenían. (De ahí el *espiritual negro* en el que el esclavo negro expresa su sueño de libertad diciendo que «Todos los hijos de Dios llevan zapatos»). Y empezó la fiesta para que todos pudieran celebrar la vuelta del ausente.

Parémonos aquí para contemplar la verdad de esta parábola:

(i) No es justo que se la conozca como «la parábola del Hijo Pródigo», porque el hijo no es el héroe de la historia. Debería llamarse «del Padre Amante», porque nos habla más del amor del Padre que del pecado del hijo.

(ii) Nos dice un montón del perdón de Dios. El padre tiene que haber estado esperando y observando el camino, porque vio al hijo cuando aún estaba a una distancia considerable. Y cuando llegó, le perdonó sin echarle nada en cara. Hay un perdón que se otorga por hacer un favor; o aún peor: cuando se sigue recordando el pecado con insinuaciones o alusiones o amenazas. Una vez uno le preguntó a Lincoln cómo iba a tratar a los rebeldes sudistas cuando fueran derrotados y

volvieron a la Unión. Él esperaba que Lincoln hablara de venganza; pero sólo recibió por respuesta: «Los trataré como si nunca hubieran estado separados.» Es maravilloso que el amor de Dios nos trate así.

Ese no es el final de la historia. En la última parte aparece el hermano mayor, que sentía que su hermano hubiera vuelto. Representa a los fariseos que se creían justos, y que habrían preferido que el pecador fuera destruido, y no salvo. Fijémonos en algunos detalles:

(i) Se ve por su actitud que los años que había pasado sirviendo y obedeciendo a su padre los había pasado más cumpliendo con una obligación desagradable que sirviendo, por amor.

(ii) Su actitud era de absoluta falta de compasión. Se refiere al pródigo, no como *mi hermano*, sino como *tu hijo*, probablemente despectivamente. Parece ser uno de esos tipos que se complacen en hundir aún más al desgraciado.

(iii) Tenía una mente sucia. No se mencionan las prostitutas hasta que lo hace él. Parece que acusaba a su hermano de pecados que le habría gustado cometer a él.

Otra vez nos encontramos con la verdad sorprendente y admirable de que es más fácil confesarnos con Dios que con muchos hombres; que Dios es más misericordioso en sus juicios que muchos supuestos piadosos; que el amor de Dios es más amplio

que el de los hombres, y que Dios está dispuesto a perdonar cuando los hombres no. Ante un amor así, no podemos más que perdernos en admiración, amor y alabanza.

TRES COSAS PERDIDAS Y EL GOZO DE ENCONTRARLAS

Para terminar, debemos darnos cuenta de que las tres parábolas de este capítulo no son sencillamente tres maneras de decir lo mismo. Hay diferencias. La oveja se perdió *porque era un animal estúpido*. No pensaba; y muchos se librarían de caer en el pecado si pensarán un poco y a tiempo. La moneda se perdió *sin que fuera culpa suya*, diríamos que por accidente. El hijo se *perdió a posta y a sabiendas*, volviéndole la espalda a su padre.

El amor de Dios puede vencer la estupidez humana, las circunstancias que tantas veces influyen para mal, y hasta la consciente rebeldía del corazón. Porque Dios es amor, no se resigna a perder lo que ama, sino que busca y espera, y se alegra con gozo inefable y glorioso cuando recupera lo que se le había perdido.

EL EJEMPLO DE UN HOMBRE MALO

Lucas 16:1-13

Jesús les contó también a sus discípulos: «Érase una vez un hombre muy rico, al que hicieron saber que el administrador que tenía al frente de su hacienda le estaba defraudando. El hombre hizo comparecer al administrador, y le dijo tajantemente:

-¿Qué es lo que me dicen que estás haciendo conmigo? ¡Presenta todas las cuentas! ¡Quedas despedido!

-¿Que voy a hacer yo ahora que mi jefe me ha despedido? -se dijo el administrador para sus adentros-. No puedo ponerme a cavar; y sería una vergüenza tener que pedir limosna. ¡Ya sé lo que haré para encontrar otro empleo cuando se me termine este chollo!

Y dicho y hecho: se puso a llamar a los deudores de su amo uno por uno.

-¿Tú cuánto le debes a mi amo? -le preguntó al primero.

-Yo mil arrobos de aceite -contestó el deudor.

Pues, venga: toma tu recibo, siéntate ahora mismo a la mesa, y haz otro recibo en el que ponga «quinientas».

Luego llegó otro, y el administrador le dijo:

-Y tú, ¿cuánto debes?

-Cien quintales de trigo -contestó el deudor.

-Pues, venga: toma tu recibo y haz otro por «ochenta».

Cuando el amo descubrió lo que había hecho el tramposo de su administrador, tuvo que reconocer que por lo menos había tenido vista.

Y es que -siguió diciéndoles Jesús-, por lo que se refiere al trato con sus semejantes, los «mundanos» son más inteligentes que los «espirituales». Lo que quiero deciros es que uséis los bienes de este mundo para ganar amigos; para que, cuando os fallen aquéllos, éstos os acojan en las moradas eternas. El que es de confianza en lo que no tiene gran importancia, también lo es en lo que la tiene; y el que hace trampas en el juego, también las hace en los negocios. Si no habéis sido fieles en las cosas de este mundo, ¿cómo se os va a confiar lo que vale de veras? Y si no habéis sido honrados cuando se trataba de lo de los demás, ¿cómo vais a esperar que se os reconozcan vuestros derechos? No hay siervo que pueda servir a dos señores; porque siempre querrá más a uno que a otro, o respetará más a uno que a otro. Por eso no se puede servir al mismo tiempo a Dios y a los negocios de este mundo. »

No es fácil interpretar esta parábola. Nos presenta un ejemplo de la picaresca que se puede encontrar en la vida real aún más que en la literatura.

El administrador era un pícaro. No sabemos si era un esclavo o un empleado; pero el caso es que estaba a cargo de la administración de las propiedades de su amo o patrono. En Palestina había muchos terratenientes que vivían lejos de sus tierras. Es probable que el amo fuera uno de ellos, por lo que le había encargado a otro la administración de sus fincas, y este había emprendido una carrera de desfalcos.

Los deudores no eran menos pícaros. Parece que eran arrendatarios, y lo que debían era la renta que pagaban en especie,

la parte proporcional que hubieran acordado de las cosechas. El administrador sabía que había perdido el empleo; y entonces se le ocurrió una gran idea: falsificar las cuentas de los deudores, de acuerdo con ellos, para que la deuda fuera menor. Esto produciría dos efectos: el primero, que los deudores contraerían con él una deuda de gratitud; y el segundo, todavía más efectivo, que los involucraba en sus fraudes y, si las cosas llegaban a lo peor, ¡podía hacerles un bonito chantaje!

Y por último, el amo parece que era otro pícaro; porque, en vez de escandalizarse cuando descubrió todo el tinglado, reconoció que el administrador había obrado con vista, y hasta se lo alabó.

Lucas nos sugiere no menos de cuatro aplicaciones diferentes:

(i) En el versículo 8, la lección es que, por lo que se refiere al trato con sus semejantes, los «mundanos» son más inteligentes que los «espirituales» o «los hijos de luz» (R-V). Lo que quiere decir que los cristianos lo serían más auténticamente si estuvieran tan interesados en vivir su fe hasta las últimas consecuencias como los mundanos lo están en conseguir dinero y lo que se obtiene con él. Nuestra vida cristiana empezará a ser real y efectiva cuando le dediquemos tanto tiempo e interés al Evangelio como algunos le dedican al placer, o al *hobby*, o al deporte.

(ii) En el versículo 9, la lección es que las posesiones materiales deben usarse para fraguar las amistades en las que se hallan los valores reales y permanentes de la vida. Eso se puede hacer de dos maneras:

(a) Se puede hacer para que surta efecto en la eternidad. Los rabinos decían: «Los ricos ayudan a los pobres en este mundo, y los pobres ayudan a los ricos en el mundo venidero.» Ambrosio, el gran teólogo del siglo IV, comentando la parábola del Rico Insensato que se construyó graneros más grandes para almacenar sus cosechas, dijo: «Los regazos de los pobres, las casas de las viudas, las bocas de los niños son los graneros que permanecen para siempre.» Los judíos creían que lo que

se **da a los pobres queda reflejado en la cuenta del dador** en el mundo venidero. **La verdadera riqueza de una persona** consiste, no en lo que ha guardado para sí, sino en lo que ha dado a los necesitados.

(b) Se puede hacer para que surta efecto en este mundo. La riqueza se puede usar de una manera egoísta, o para hacer la vida más fácil para otros. Muchos estudiantes agradecerán siempre el haber podido hacer una carrera a alguna persona rica, a la que no conocieron, que dejó dinero para becas de estudiantes necesitados. Y muchos agradecemos a un amigo algo más acomodado el que nos ayudara a salir de una necesidad de la manera más práctica. Las posesiones no son en sí mismas un pecado, pero sí una gran responsabilidad; y la persona que las usa para ayudar a otros lleva camino de cumplir con esa responsabilidad.

(iii) En los versículos 10 y 11, la lección es que la manera en que uno realiza una tarea pequeña es la mejor demostración de si está capacitado o no para encargarse de algo mayor. Así es en las cosas de este mundo: nadie ascenderá hasta que haya dado pruebas de su honradez y capacidad de trabajo en su nivel anterior. Pero Jesús aplica este principio a la eternidad cuando dice: «En la Tierra te tienes que hacer cargo de cosas que no son realmente tuyas, porque no te las puedes llevar contigo cuando salgas de este mundo. Sólo las tienes prestadas, y no eres más que un administrador; no pueden llegar a ser tuyas permanentemente. Por otra parte, en el Cielo recibirás lo que será tuyo realmente y para siempre. Y lo que recibas en el Cielo dependerá de cómo hayas usado las cosas de la Tierra. Lo que se te dé como tuyo propio dependerá de cómo hayas usado las cosas cuando no eras más que administrador de bienes ajenos.»

(iv) En el versículo 13, la lección es que un esclavo no puede servir a dos amos distintos, porque un esclavo no tiene más que un amo. Ahora un trabajador puede tener varios trabajos y estar al servicio de varias empresas al mismo tiempo; pero eso era absolutamente imposible para un esclavo, porque todo su tiempo y todas sus energías pertenecían a un solo amo.

Así sucede con el servicio de Dios: no puede ser algo a tiempo parcial o fuera de horas. Cuando aceptamos servir a Dios, todos los momentos de nuestro tiempo y todas las energías de nuestro ser le pertenecen a Él. O somos suyos por entero, o no lo somos.

LA LEY QUE NO CAMBIA

Lucas 16:14-18

Los fariseos, que tenían más interés de la cuenta en el dinero, se burlaban de Jesús cuando le escuchaban.

-Vosotros siempre pretendéis tener la razón ante todo el mundo; pero Dios sabe cómo sois por dentro, y lo que a la gente le parece estupendo, no es más que basura para Dios -les decía Jesús. Y siguió diciendo-: El tiempo de vigencia de la Ley y los Profetas fue hasta Juan el Bautista. Desde entonces se proclama la Buena Noticia del Reino de Dios, y todos se esfuerzan para entrar en él. Antes desaparecerán el Cielo y la Tierra que se anule ni una tilde de la Ley. El que se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la divorciada, también.

Este pasaje tiene tres partes:

(i) Empieza con una acusación a los fariseos. Dice que *se burlaban* de Jesús. Los judíos propendían a relacionar la prosperidad material con la bondad; la riqueza era una señal de que la persona era buena. Los fariseos presumían de ser muy buenos, y consideraban la riqueza como una justa recompensa. Pero, cuanto más se exaltaban ante la gente, tanto más abominables eran para Dios. Ya está bastante mal el que una persona se considere buena; pero está todavía peor el que presente su riqueza como prueba irrefutable de su bondad.

(ii) Hasta que llegó Jesús, la Ley y los **Profetas del Antiguo** Testamento habían sido la última Palabra de Dios; pero Jesús vino a proclamar -el Reino, y los publicanos y los pecadores acudían entusiasmados a entrar, aunque los escribas y los fariseos querían impedirselo por todos los medios. Pero Jesús insistía en que el Reino no es la revocación de la Ley, -sino su cumplimiento. Es verdad que los detalles insignificantes y las reglas ceremoniales se habían borrado; pero nadie debía pensar que el Evangelio suprimía todas las leyes. Los mandamientos de la Ley de Dios seguían inalterados e inalterables. Algunas letras hebreas se parecen mucho, y se distinguen por unos puntitos diacríticos, como los acentos y la diéresis y la virgulilla de la eñe del castellano. Ni siquiera uno de esos puntitos o rayitas de las grandes leyes desaparecería.

(iii) Como un ejemplo de la Ley que no se cambiará nunca Jesús citó la ley de la castidad. Esta tajante afirmación de Jesús se ha de leer en el contexto de la vida judía. Los judíos tenían una opinión muy alta de la castidad y la fidelidad. Los rabinos decían: «Dios puede pasar por alto muchas cosas, pero no la falta de castidad, que es una cosa que hace que se ausente la gloria de Dios.» Un judío debe dejarse matar antes de cometer idolatría, homicidio o adulterio. Pero lo trágico era que, en los tiempos de Jesús, el vínculo matrimonial estaba a punto de desaparecer. Para las leyes judías la mujer era una cosa. Podía divorciarse de su marido sólo si él era leproso, o apóstata, o violador. Aparte de eso, una mujer no tenía más derecho ni compensación cuando su marido la divorciaba que la devolución de la dote. La ley judía decía: «El marido puede divorciar a su mujer con o contra la voluntad de esta; para divorciarse el marido basta con su voluntad.» La Ley de Moisés decía: «Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa» (*Deuteronomio 24:1*). La llamada «carta de divorcio» había que firmarla ante dos testigos, y decía: «Sea esta escritura de divorcio que te otorgo documento de despido

y certificado de libertad para que te puedas casar con quien quieras.» Así de fácil era el divorcio para el hombre.

La cosa se complicaba cuando se interpretaba la frase *alguna cosa indecente* de la ley mosaica. Había dos escuelas de pensamiento: la de Shammai sostenía que quería decir *adulterio*, y nada más. La escuela de Hillel sostenía que podía querer decir «cualquier cosa que desagradara a su marido como, por ejemplo, si echaba a perder un plato de comida, si se daba una vuelta por la calle, si hablaba con un extraño, si hablaba sin el debido respeto de los parientes de su marido, si era alborotadora.» Esto último se definía como «que se la pudiera oír en la casa de al lado.» Rabi Akiba llegó hasta el punto de decir que un hombre podía divorciar a su mujer si encontraba otra más guapa. Tal como es la naturaleza humana, fue la escuela de Hillel la que prevaleció; así que, en los tiempos de Jesús, las mujeres no querían casarse, y la vida familiar estaba en peligro de desaparecer.

Jesús aquí establece la santidad del vínculo matrimonial. Esto aparece en *Mateo 5: 31* s, donde el adulterio es la única excepción a la regla universal. A menudo pensamos que nuestro tiempo es malo; pero Jesús vivía en un tiempo en el que las cosas estaban por lo menos igual de mal. Si destruimos la vida familiar destruimos algo que es fundamental al Evangelio, y Jesús establece aquí una ley que es peligroso soslayar.

EL CASTIGO DEL INSENSIBLE

Lucas 16:19-31

-Érase un rico que se vestía de púrpura y de seda y que organizaba unos banquetes impresionantes todos los días. Y érase también un pobre que se llamaba Lázaro, que estaba tirado en el suelo a la puerta del rico, con el cuerpo lleno de llagas, y tan hambriento que se hubiera conformado con que le dejaran comerse las

migajas que caían al suelo de la mesa del rico; y, era tal su indefensión que hasta los perros venían a lamerle las llagas. Cuando se murió aquel pobrecito, los mismísimos ángeles vinieron a llevarle al Seno de Abraham. En cuanto al rico, también se murió, y le enterraron. Estaba en el Infierno entre tormentos, y miró hacia arriba y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su Seno; y el rico se puso a dar voces: < ¡Padre Abraham, compadécete de mí, y manda a Lázaro que moje la puntita del dedo en agua y me refresque un poquitín la lengua, porque estoy sufriendo tormento en este fuego! » Pero Abraham le contestó: < Hijo, acuérdate de que tú recibiste todos los bienes en la vida, y Lázaro no recibió más que males. Así que ahora él recibe cosas buenas, y tú tormentos. Además, hay una gran sima infranqueable entre nosotros y vosotros que hace imposible el que se pueda pasar de aquí allí, o de allí aquí. » El rico entonces le dijo: «Entonces, por favor, Padre, mándale a la casa de mi padre donde están mis cinco hermanos, para que les advierta de la verdad y no vengan a este lugar de tormento.» Y Abraham le contestó: «¡ Ya tienen a Moisés y a los profetas! ¡Que les presten atención!» Y el rico siguió suplicando: «Eso no es bastante. Pero si se les aparece un muerto, se arrepentirán.» Y Abraham le contestó: «Si no hacen caso de Moisés y de los profetas, tampoco se convencerán si resucita un muerto.»

Esta parábola está tan perfectamente construida que no le sobra ni una sola frase. Vamos a fijarnos en los personajes:

(i) En primer lugar tenemos al rico, al que a veces se le llama Dives, que quiere decir «rico» en latín. Cada frase añade algún detalle al lujo en que vivía. Vestía púrpura y lino fino, que es la descripción de las ropas del sumo sacerdote, que costaban una inmensa fortuna. Celebraba banquetes suntuosos todos los días; la palabra que se usa aquí indica los manjares que harían las delicias de un gastrónomo. Y así *todos los días*. No cabe duda de que así quebrantaba el cuarto mandamiento, que dispone que se ha de trabajar seis días (Éxodo 20:9).

En un país y época en que la gente corriente tendría suerte si comía carne una vez a la semana después de trabajar seis días, Dives es el prototipo del indolente ricachón. Lázaro habría querido recoger las migajas que caían de la mesa de Dives; y es que en aquel tiempo no se usaban tenedores ni cuchillos ni servilletas, sino que se comía con las manos y, en las casas de los ricos, las manos se limpiaban restregándolas con pan, que caía al suelo. De eso querría hartarse Lázaro.

(ii) En segundo lugar, tenemos a Lázaro. Es curioso que es el único personaje de las parábolas que tiene un nombre, que es la forma latina de Eleazar, que quiere decir Dios *es mi ayuda*. Era un mendigo, y estaba cubierto de llagas ulcerosas, y en tal estado que ni siquiera se podía defender de los perros callejeros que le asediaban con sus lametones.

Esta es la escena en este mundo, que cambia bruscamente para que veamos lo que sucede en el mundo venidero: allí Lázaro está en el Cielo y Dives en el Infierno. Naturalmente, la descripción del *más allá* refleja las ideas de los judíos de aquel tiempo, no necesariamente las de los cristianos de ahora. ¿Cuál había sido el pecado de Dives? ¡Al fin y al cabo no había mandado que quitaran a Lázaro de su puerta! Y, al parecer, no se oponía a que se le dieran las migas del pan que se tiraba de la mesa. Tampoco le daba de patadas cuando pasaba. No era deliberadamente cruel con él. El pecado de Dives fue que no se preocupó ni lo más mínimo de Lázaro, que le consideró parte del entorno y aceptó como lo más natural que Lázaro estuviera tirado a su puerta, sufriendo la enfermedad y el hambre, mientras él se regodeaba en el lujo. Como ha dicho alguien: «No fue tanto lo que hizo, sino lo que no hizo, lo que le llevó al Infierno.» El pecado de Dives era que podía ver el sufrimiento y la necesidad del

mundo a su alrededor, y no sentir que nada le tocara el corazón, ni hacer nada para remediarlo. Sufrió las consecuencias de haber sido insensible.

' Parece excesivamente duro que no se le concediera que se advirtiera a sus hermanos; pero es un hecho que, si uno tiene la Palabra de Dios, y ve el dolor y la necesidad y no se siente llamado a ofrecer alivio o ayuda pudiendo hacerlo, nada le hará cambiar.

Es una seria advertencia que el pecado de Dives no fuera lo que hizo mal, sino lo que no hizo. El Evangelio deja bien claro que el pecado está en ver el bien que se puede hacer, y no hacerlo (*Santiago 4:17*).

LAS LEYES DE LA VIDA CRISTIANA

Lucas 17:1-10

-Es inevitable que se produzcan tropiezos -dijo Jesús a sus discípulos-; pero ¡ay del que los provoque! Más le valiera que le ataran al cuello una piedra de molino y le tiraran al mar, antes que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. Andaos con mucho cuidado. Si tu hermano te causa algún daño, échaselo en cara; si lo siente, perdónale. Aunque te lo haga siete veces al día, si lo reconoce y dice que lo siente, perdónale.

-Haz que tengamos más fe -le dijeron al Señor los apóstoles.

-Si tuvierais algo de fe, aunque fuera tan pequeña como una semillita de mostaza, le podríais decir a este sicomoro: < ¡Desarráigate y plántate en el mar! > Y os obedecería. -Y siguió diciendo-: «Si uno de vosotros tiene un siervo que vuelve a casa de arar o de apacentar el ganado, ¿a que no le dice que entre y se siente a la mesa? Lo que le dice es que primero le prepare a él la cena, y se ponga el delantal y le sirva a él primero hasta que acabe de cenar, y que ya comerá y beberá él después. Y a mí me parece que no le da las gracias al siervo por haber hecho lo que le ha mandado, ¿verdad? Pues esta debe ser vuestra actitud cuando acabéis de hacer todo lo que se os ha mandado. Debéis decirlos: «Lo que se dice como siervos, no somos nada del otro mundo; porque no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber. »

Este pasaje se divide en cuatro secciones claramente definidas e independientes:

(i) Los versículos 1 y 2 condenan a la persona que enseña a otros a pecar. La palabra que se usa en griego es *skándalon*, de la que procede la castellana *escándalo*, que es la que se usa en casi todas las traducciones españolas. La Hispano-Americana (1916) puso *tropiezo*, que luego pasó a la Reina Valera (1960). La Versión Popular introduce una buena circunlocución: < cosas que hacen pecar a la gente. > La palabra original tiene dos significados:

(a) En un principio quería decir el cebo que se pone en una trampa o anzuelo.

(b) De ahí pasó a significar, en sentido figurado, la piedra de tropiezo que se pone en el camino para que la gente se caiga. Jesús quería decir que es imposible construir un mundo en el que no haya tentaciones; pero, ¡ay de aquel que enseña a otros a pecar, o les hace perder la inocencia!

Siempre tiene que haber una primera invitación a pecar, un primer empujón hacia el mal camino. Kennedy Williamson nos habla de un anciano que se estaba muriendo. Estaba claro que algo le preocupaba; y, por último, lo dijo: «Cuando era un muchacho solía jugar en el cruce de dos carreteras en el que había un indicador de direcciones. Y recuerdo que un día lo torcí, cambiando la orientación de las flechas. No sé a cuántos viajeros habré despistado de su ruta mandándolos adonde no querían ir.» Dios no dará por inocente al que, en el transcurso de la vida, introduce a un joven o a un hermano débil en el mal camino.

(ii) Los versículos 3 y 4 hablan de la necesidad de perdonar. Nos dicen que perdonemos siete veces al día. Los rabinos decían que si uno perdona *tres* veces, es un hombre perfecto. En *Mateo 18:21 s*, Jesús le dice a Pedro, que le ha preguntado si debe perdonar hasta siete veces: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (cambiando de signo el himno de venganza de Lamec de *Génesis 4:24*.) *Siete veces al día o setenta veces* quiere decir, no que hay un límite, por amplio que sea, sino que no lo hay: que se debe perdonar *sin llevar la cuenta*.

(iii) Los versículos 5 y 6 nos dicen que la fe es la mayor fuerza del mundo. Recordemos que la manera oriental de hablar es de lo más gráfica. Aquí se nos quiere decir que hasta lo que parece imposible se hace posible para la fe. No tenemos más que pensar en las innumerables maravillas de la ciencia, de las operaciones quirúrgicas, los diversos récord que se han logrado en diversos terrenos y que hace cincuenta años se habrían considerado imposibles. Si nos enfrentamos con algo diciendo: «¡Es imposible!», ni lo intentaremos; pero si decimos: < ¡Puede hacerse! >, por lo menos existe la posibilidad de que se haga. Debemos siempre tener presente que no estamos solos; que el Señor está con nosotros, y con El todo es posible.

(iv) Los versículos 7-10 nos dicen que Dios no está nunca en deuda con nosotros, que nunca nos podemos pasar en su servicio. Cuando lo hemos hecho todo lo mejor posible, no hemos hecho más que lo que estábamos obligados a hacer.

El mundo entero no será dádiva digna de ofrecer. Amor tan grande, sin igual, en cambio exige todo el ser.

Tal vez se puedan satisfacer las exigencias de la ley; pero todos los que aman saben que no se pueden abarcar los límites del amor.

ESCASEZ DE LA GRATITUD

Lucas 17:11-19

Cuando Jesús se dirigía hacia Jerusalén iba pasando entre Samaria y Galilea. A la entrada de una aldea le salieron al encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y empezaron a gritarle:

- ¡Maestro Jesús, apiádate de nosotros!

- ¡Id a presentaros a los sacerdotes! -les contestó Jesús cuando los vio.

Mientras iban de camino, ¡su lepra desapareció! Uno de ellos, en cuanto se dio cuenta de que estaba curado, volvió adonde estaba Jesús, alabando a Dios a voces, y se postró rostro a tierra a los pies de Jesús, dándole las gracias. Aquel hombre era samaritano. Dijo Jesús:

- ¿No se curaron los diez? Pues, ¿dónde están los otros nueve? ¿Este extranjero es el único que ha vuelto a darle gracias a Dios? -Y, dirigiéndose al samaritano, le dijo-: ¡Hala, ponte en pie y vete! La fe que tienes es lo que ha sido tu salvación.

Jesús iba por la línea que separaba Galilea y Samaria cuando se encontró con aquel grupo de diez leprosos. Sabemos que los judíos no se trataban con los samaritanos (*Juan 4:9*); sin embargo, en este grupo había por lo menos uno que era samaritano.

Aquí tenemos un ejemplo de una de las leyes de la vida: la común desgracia había roto las barreras raciales y nacionales haciéndoles olvidar las diferencias que había entre judíos y samaritanos, y recordar sólo que eran seres humanos necesitados de compañía y ayuda mutua.

Si se produce una inundación en un terreno y se reúnen diferentes clases de animales en algún lugar más alto, conviven pacíficamente los que en circunstancias normales serían enemigos y lucharían a muerte. Lo que más debería hacer que los seres humanos convivieran en paz es su común necesidad de Dios.

Los leprosos se pararon a lo lejos (véase *Levítico 13:45, 46; Números 5:2*). No era una distancia fija; pero una autoridad establecía que fueran por lo menos cincuenta metros los que separaran al leproso de los sanos. Ahí vemos el absoluto aislamiento en que tenían que vivir los leprosos.

Esta es la historia evangélica que nos muestra más a las claras la realidad de la ingratitud. Los leprosos clamaron a Jesús en una situación desesperada; Él los curó, y nueve de los diez no volvieron a darle las gracias. Eso es lo que suele pasar: una vez que se ha obtenido lo que se necesitaba, no se vuelve ni para dar las gracias.

(i) A menudo somos desagradecidos con nuestros padres. Hubo una época de nuestra vida en la que, si nos hubieran abandonado unos pocos días, nos habríamos muerto. De todas las criaturas, el ser humano es el que tarda más en independizarse de sus padres. Pero a veces llega el día en que los padres son una molestia, y muchos jóvenes no están dispuestos a pagar la deuda de gratitud que les deben. W. Shakespeare pone en boca del rey Lear:

< ¡Cuánto más aguda que los dientes de una serpiente es la ingratitud de un hijo! >

(ii) A menudo somos desagradecidos con nuestros semejantes. Será raro entre nosotros el que no haya recibido una ayuda considerable en algún momento de necesidad, y más raro el que haya devuelto la deuda de gratitud que contrajo. A veces un amigo, o maestro, o médico, hace algo por nosotros que nunca podremos pagar; pero lo malo es que hasta lo olvidamos.

(iii) A menudo somos desagradecidos con Dios. En algún momento de amarga necesidad hemos orado con intensidad desesperada; pero pasó aquella situación, y nos olvidamos de Dios. Dios dio a su amado Hijo por nosotros a la muerte de cruz, y muchos no le hemos dado ni siquiera las gracias. La mejor gratitud es tratar de ser un poco más dignos, o menos indignos, de su bondad y misericordia. *< Bendice, alma mía al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios >* (*Salmo 103:2*).

LAS SEÑALES DE SU VENIDA

Lucas 17:20-37

Una vez le preguntaron a Jesús los fariseos cuándo iba a venir el Reino de Dios, y Él les contestó:

- EL Reino de Dios no vendrá con señales que uno pueda observar, ni se dirá: « ¡Aquí está! », o « ¡Por allí viene! » Porque, fijaos: el Reino de Dios está dentro de vosotros-. Y siguió diciendo a sus discípulos-: Llegará un tiempo en que

querréis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: «¡Aquí está!», o «¡Por allí viene!» Pero no vayáis ni les hagáis caso; porque el Hijo del Hombre se presentará en su Día como el relámpago que resplandece de una punta a otra de los cielos. Pero antes es necesario que padezca mucho, y que le rechacen los de este tiempo. Los días del Hijo del Hombre serán como cuando vivía Noé: que la gente comía y bebía, se casaba y celebraba bodas, hasta el momento en que Noé se metió en el arca y se descargó el Diluvio y acabó con todos. O como sucedió cuando vivía Lot: que se comía y se bebía, se compraba y se vendía, se plantaba y se edificaba; pero, en cuanto salió Lot de Sodoma, se puso a llover fuego y azufre de los cielos, y murieron todos. Así sucederá el Día que se manifieste el Hijo del Hombre: entonces, el que esté en la azotea, que no intente bajar alas habitaciones a recoger sus bienes; y el que esté en el campo, que no trate de volver a casa. ¡Acordaos de la mujer de Lot! El que haga todo lo posible para salvar la vida, la perderá; y el que esté dispuesto a perderla, la salvará. Os aseguro que esa noche estarán dos en una cama, y uno será arrebatado y otro dejado. Habrá dos mujeres juntas moliendo, y una será arrebatada y otra dejada. Estarán dos trabajando juntos en el campo, y uno será arrebatado y otro dejado.

-¿Adónde, Señor? -le preguntaron entonces.

-«Donde estén los cuerpos, allí se juntarán los buitres» -respondió Jesús.

Aquí tenemos dos pasajes difíciles:

En los versículos 20 y 21, Jesús contesta a la pregunta de los fariseos acerca de cuándo vendrá el Reino de Dios. Dijo que no vendrá con señales que podamos esperar. La palabra que se usa sugiere un médico que está observando a un paciente para descubrir los síntomas de la enfermedad que sospecha. Y no estamos seguros de lo que Jesús dijo a continuación, porque el original puede querer decir dos cosas:

(a) Puede querer decir que *el Reino de Dios está dentro de vosotros*; es decir, que es algo que obra en los corazones de las personas; no va a producir cosas nuevas, sino personas nuevas. Lo que debemos buscar no es una revolución que vaya a afectar a las cosas materiales, sino una revolución en los corazones.

(b) Puede querer decir que *el Reino de Dios está entre vosotros*. Querría decir Él, Jesús mismo. Él era la personificación del Reino, aunque no le reconocían. Es como si dijera: «Aquí están la oferta total y el secreto de Dios, y vosotros no los queréis aceptar.»

Los versículos 22-37 hablan de la Segunda Venida de Cristo. De este pasaje sólo podemos sacar algunas cosas que son seguras, ¡y ya es bastante!

(i) Habrá tiempos en que los cristianos anhelan la venida de Cristo. Como los mártires, clamarán: < ¡Señor! ¿Hasta cuándo? » (Apocalipsis 6:10). Pero tendrán que aprender a mantener encendidas las lámparas de la paciencia, y esperar. Dios tiene su momento.

(ii) La venida de Cristo es segura, pero no sabemos cuándo será. Es inútil especular. Vendrán personas con profecías y predicciones falsas; pero no debemos inquietarnos ni hacerles caso. La mejor manera en que puede encontrarnos Cristo es cumpliendo con nuestro deber paciente y fielmente. Como dice un comentarista: < Nadie lo podrá *prever*, pero todos lo *verán*. »

(iii) Cuando llegue ese Día, el juicio de Dios se hará realidad, y de dos personas que han estado juntas toda la vida, una será arrebatada y otra dejada. Aquí hay una advertencia: el haber estado cerca de una persona que es fiel al Señor no es una garantía de salvación. «Nadie puede librar a su hermano.» No hace mucho que era corriente el entregar uno de los hijos a la iglesia para que cumpliera por todos. Y todavía lo es el que un marido se descargue dejando a la mujer que cumpla con la iglesia. Pero el juicio de Dios es individual. No podemos delegar en otro el cumplimiento de nuestros deberes con Dios. A menudo uno es arrebatado y otro dejado.

(iv) Cuando le preguntaron a Jesús cuándo pasaría todo eso, contestó citando un conocido refrán: «Donde estén los cuerpos se juntarán los buitres», que quería decir que una cosa sucedía cuando se cumplían las condiciones necesarias. Para nosotros quiere decir que Dios enviará otra vez a Jesucristo a Su debido tiempo -el de Dios. No podemos saber cuándo, y no osaremos especular. Debemos vivir de tal manera que cuando Él venga nos encuentre preparados.

INCANSABLES EN LA ORACIÓN

Lucas 18:1-8

Jesús les contó otra parábola sobre la necesidad de ser constantes en la oración y no desanimarse:

-En cierta ciudad había un juez que no tenía temor de Dios ni respetaba a nadie. Y en aquella ciudad vivía una viuda que iba a ver al juez con frecuencia para pedirle que le hiciera justicia en un pleito que tenía con uno que le hacía la vida imposible. El juez no le hizo caso durante bastante tiempo; pero llegó un momento en que se dijo para sus adentros: < Es verdad que yo no tengo temor de Dios ni respeto a nadie; pero esta viuda no deja de fastidiarme, de modo que le haré justicia, no sea que acabe por hacerme polvo del todo »-. Y el Señor insistió-: ¡Fijaos lo que acabó por decir aquel juez tan malvado! ¿Y creéis que Dios no les hará justicia a sus amigos que se lo piden día y noche? ¿Creéis que le dará

largas al asunto? ¡Os aseguro que se dará prisa a hacerles justicia! Pero, cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿quedará algo de fe en la Tierra?

Esta parábola tiene dos personajes:

(i) El *juez*, que parece no haber sido un juez judío. Todas los pleitos judíos ordinarios se llevaban a los ancianos, y no a los tribunales públicos. Según la ley judía, si se llevaba una causa a litigio, un solo hombre no constituía un tribunal. Había siempre tres jueces: uno por cada una de las partes, y otro independiente.

Este juez parece haber sido uno de los magistrados pagados nombrados por Herodes o los romanos, y que eran ellos mismos un caso; a menos que el demandante tuviera influencia o dinero para sobornar al juez, no podía esperar que se decidiera su pleito. Se decía que estos jueces pervertían la justicia «por un plato de lentejas.» Hasta se hacían chistes con su nombre, que era *dayyané-guezerot*, que quería decir jueces de faltas, y

lo cambiaban por *dayyané-guezelot*, que quería decir < jueces bandidos».

(ii) La *viuda* era el símbolo de todos los pobres y marginados. Estaba claro que, como no tenía recursos de ninguna clase, no podía esperar que tal juez le hiciera justicia. Pero tenía un arma: la insistencia. Es posible que lo que el juez temiera fuera la violencia física. La palabra que hemos traducido como < no sea que acabe por hacerme polvo del todo» puede querer decir < me ponga un *ojo* morado». Se le podía cerrar el *ojo* a un juez así de dos maneras: o sobornándole, o pegándole un puñetazo. El caso es que la insistencia consiguió su objeto.

Esta parábola se parece a la del Amigo Importuno (*Lucas 11:5-10*). *No compara* a Dios con un juez injusto, sino *le contrasta* con tal persona. Jesús está diciendo: < Si al fin y al cabo se puede hacer que un juez rapaz e injusto le haga justicia a una viuda *por cansancio*, ¡cuánto más Dios, que es un Padre amante, les dará a sus hijos lo que necesitan!

Eso es verdad, pero no tenemos por qué suponer que vamos a obtener siempre lo que pidamos. A menudo un padre tiene que negarse a darle a su hijo lo que le pide, especialmente cuando sabe que aquello le va a hacer más mal que bien. Así es Dios.

Nosotros no sabemos lo que nos reserva el futuro; sólo Dios lo sabe, y por tanto sólo Dios sabe si aquello va a ser para nuestro bien *ala larga*. Por eso Jesús nos dice que no tenemos que desanimarnos en la oración, y por eso dijo que no sabía si quedaría fe en la Tierra cuando El viniera otra vez. No nos cansaremos nunca de orar, y nunca nos faltará la fe si, una vez que le hemos hecho a Dios *nuestras* oraciones y peticiones, añadimos la perfecta oración: « ¡Hágase *tu voluntad!*»

EL PECADO DEL ORGULLO

Lucas 18:9-14

También les dijo Jesús una parábola a los que presumían de buenos y despreciaban a los demás:

-Dos hombres fueron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo se puso en pie, y empezó a orar de una manera que más parecía que estaba hablando consigo mismo que con Dios: «¡Dios, te doy gracias porque no soy como los demás, que son ladrones, injustos, adúlteros, y menos como ese publicano! Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano, etc., etc. » Pero el publicano se puso al final de todo, y no se atrevía ni a levantar la vista, sino que se daba sinceros golpes de pecho y decía: «Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.» Os aseguro -siguió diciendo Jesús- que el publicano se fue a su casa en paz con Dios más que el fariseo; y es que, el que se chulea con Dios se hunde hasta lo más bajo; pero al que es humilde, Dios le tiende la mano y le levanta.

Los judíos religiosos practicaban la oración tres veces al día: a las 9 de la mañana, al mediodía y a las 3 de la tarde. Se consideraba que la oración era más eficaz si se ofrecía en el templo, por lo cual el templo era frecuentado a esas horas. Jesús nos presenta a dos personajes:

(i) El uno era fariseo. Realmente no oraba a Dios, sino *consigo mismo*. La verdadera oración se dirige solamente a Dios. Cierta reportero norteamericano describió una vez la oración de un predicador como < la oración más elocuente que se haya ofrecido jamás a una audiencia de Boston.» El fariseo estaba presentando sus credenciales delante de Dios.

La ley judía no prescribía más que un ayuno obligatorio, el del Día de la Expiación. Pero los que querían ganar méritos ayunaban **también todos los lunes y los jueves**. Es curioso que esos eran los días de mercado cuando Jerusalén se llenaba de campesinos. Los que ayunaban se ponían polvos para parecer más pálidos, y se vestían con cuidadoso descuido y salían a la calle para que los viera el público. Los levitas tenían que recibir los diezmos de todos los productos (*Números 18:21; Deuteronomio 14:22*); pero este fariseo lo diezmaba todo, hasta lo que no era de precepto.

Su actitud era la típica de los peores fariseos. Se conserva la oración de un cierto rabino que decía: «Te doy gracias, oh Señor Dios, porque me has dado parte con los que se sientan en la Academia, y no con los que se sientan por las esquinas. Porque yo madrugo, como ellos; pero yo para buscar las palabras de la ley, y ellos para cosas vanas. Yo trabajo, como ellos; pero yo trabajo para recibir una recompensa, y ellos trabajan y no reciben ninguna recompensa. Yo corro, como ellos; pero yo corro hacia la vida del mundo venidero, y ellos hacia el pozo de la destrucción.» Dijo una vez el rabino Simeón ben Yocai: «Si no hay más que dos justos en el mundo, somos mi hijo y yo; y si no hay más que uno, ¡soy yo!»

El fariseo realmente no iba a orar; iba a informar a Dios de lo bueno que era.

(ii) El otro era publicano. Se quedaba al final, y no se atrevía ni a levantar la vista ante Dios. Aquí otra vez casi todas las traducciones españolas de la Biblia pierden un importante matiz del original al traducir *a mí, pecador*; Bover-Cantera y Nueva Biblia Española se acercan más con *este pecador*. El publicano dijo realmente: « ¡Dios, ten misericordia de mí, *el* pecador», como si se considerara, no meramente un pecador, sino *el* pecador *por antonomasia*. Y Jesús dijo: « Y fue esa oración, surgida de un corazón quebrantado y avergonzado de sí mismo, la que le granjeó la aceptación de Dios.»

No hay duda que esta parábola nos enseña ciertas cosas importantísimas acerca de la oración:

(i) Ningún orgulloso puede orar. La puerta del Cielo tiene el dintel tan bajo que no se puede entrar más que de rodillas.

No ya he de . gloriarme jamás, ¡oh Dios mío! de aquellos deberes que un día cumplí. Mi gloria era vana; confío tan sólo en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA

(ii) Nadie que desprecie a sus semejantes puede orar. En la oración no nos podemos encumbrar por encima de los demás. Recordamos que somos cada uno parte de una humanidad pecadora, doliente e indigna, que se arrodilla ante el trono de la gracia de Dios.

(iii) La verdadera oración brota cuando colocamos nuestras vidas al lado de la vida de Dios. Sin duda todo lo que dijo el fariseo era verdad: ayunaba; diezmaba meticulosamente; no era como los hombres que menciona, y menos como el publicano. Pero la pregunta no es: «¿Soy yo tan bueno como mis semejantes?», sino: «¿Soy yo tan bueno como Dios?» Una vez hice un viaje en tren a Inglaterra. Cuando pasábamos por los montes de Yorkshire vi una casa de campo enjalbegada que parecía irradiar blancura inmaculada. Unos días después, al volver a Escocia, había nevado; y cuando vi la cabañita, me pareció sucia y casi gris en comparación con la blancura virginal del paisaje.

Todo depende de con qué nos comparamos. Cuando ponemos nuestra vida al lado de la de Jesús y al lado de la santidad de Dios, todo lo que podemos decir es: «Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.»

EL MAESTRO Y LOS VINOS

Lucas 18:15-17

Había personas que le querían traer a Jesús a sus niños, para que los tocara. Pero cuando los veían los discípulos, les decían que se marcharan. Cuando Jesús se dio cuenta, llamó a sus discipulos y les dijo:

Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo impidáis; porque el Reino de Dios es de los que son como ellos. Os aseguro que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.

Era corriente que las madres trajeran a sus niños en su primer cumpleaños a algún rabino distinguido para que los bendijera. Y para eso se los traían a Jesús. No tenemos que pensar que los discípulos fueran duros o crueles. Lo hacían por el respeto y el cariño que le tenían a Jesús. Recordemos que se dirigía a Jerusalén a morir en una cruz. Los discípulos podían ver en su rostro la tensión de su corazón; y no querían que le molestaran. En casa les decimos a veces a los niños: «Deja a papá en paz, que está muy cansado y preocupado esta noche.» Eso es precisamente lo que hicieron los discípulos.

Es una de las escenas más encantadoras del Evangelio el ver que Jesús tenía tiempo para los niños hasta cuando se dirigía a Jerusalén para morir en la cruz.

Cuando Jesús dijo que los que componen el Reino de Dios son los que son como los niños, ¿qué quería decir? ¿En qué cualidades estaba pensando?

(i) El niño no ha perdido *el sentido de lo maravilloso*. Tennyson nos cuenta que una mañana temprano entró en la habitación de su nietecito y le sorprendió «siguiendo embelesado con la mirada al rayo de sol que jugaba en los postes de la cama.» Cuando nos hacemos mayores, vivimos en un mundo gris y cansado. Los niños viven en un mundo que conserva el lustre de lo nuevo, y en el que Dios siempre está cerca.

(ii) Toda la vida del niño se apoya en *la confianza*. Cuando somos pequeños, nunca nos preguntamos de dónde nos va a venir la próxima comida, o de dónde va a salir la ropa. Cuando vamos al colegio estamos seguros de que nuestra casa estará en su sitio cuando volvamos, con todo listo para nuestras necesidades. Cuando vamos de viaje no nos preocupamos por los gastos, ni dudamos de que nuestros padres sepan el camino y nos lleven sin problemas. La confianza del niño en sus padres es absoluta, y así debería ser la nuestra en nuestro Padre, Dios.

(iii) El niño es *obediente* por naturaleza. Es cierto que a veces desobedece y se queja de lo que le mandan sus padres; pero su instinto es obedecer. Sabe muy bien que debe obedecer, y no está contento cuando no ha sido obediente. En su fuero interno reconoce que la palabra de sus padres es ley. Así debiera ser para nosotros la Palabra de Dios.

(iv) El niño tiene una capacidad admirable para *perdonar*. Casi todos los padres somos injustos con nuestros niños. Les exigimos un nivel de obediencia, de modales, de lenguaje y de diligencia que rara vez alcanzamos nosotros. Una y otra vez los regañamos o castigamos por hacer cosas que hacemos nosotros. Si otros nos trataran de la forma que tratamos nosotros a nuestros hijos, probablemente no se lo perdonaríamos. Pero los niños perdonan y olvidan, y ni siquiera se dan cuenta de que se los trata con injusticia. El mundo sería un lugar mucho más agradable si perdonáramos todos como lo hace un niño.

El mantener despierto el sentido de lo maravilloso, vivir con una confianza inquebrantable, obedecer con naturalidad, perdonar y olvidar... En eso consiste el espíritu del niño, que es el pasaporte para entrar en el Reino de Dios.

EL QUE NO QUERÍA PAGAR EL PRECIO

Lucas 18:18-30

Un hombre importante le preguntó a Jesús:

-Maestro bueno, ¿qué es lo que tengo que hacer para poseer la vida eterna que Dios ha prometido?

-¿Por qué me llamas «bueno»? No hay nadie que sea bueno más que Dios -le contestó Jesús-. Tú sabes los mandamientos: No adulteres, no mates, no robes, no des falso testimonio, respeta a tu padre y a tu madre...

-Todo eso lo he cumplido desde pequeño -contestó el hombre; y cuando le oyó Jesús, le dijo:

-Pues todavía te falta algo: vende todas tus posesiones y dales el producto a los pobres. Así tendrás riquezas en el Cielo. Y luego ponte a seguir mi ejemplo.

Cuando el hombre oyó esto, se le cayó el alma a los pies; porque era extremadamente rico. Jesús se dio cuenta de su reacción, y dijo:

-¿Qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que tienen riquezas! Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios.

Los que lo estaban oyendo, dijeron:

-Entonces, ¿quién se va a poder salvar?

-Tenéis razón: los hombres no se pueden salvar a sí mismos, pero Dios sí los puede salvar.

Pedro entonces le dijo a Jesús:

-Ten en cuenta que nosotros hemos dejado todo lo que teníamos para seguirte.

-Os doy mi palabra que no habrá nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos por causa del Reino de Dios, que no reciba en este mundo mucho más de lo que ha dejado, y la vida eterna en el mundo venidero.

Este aristócrata se dirigió a Jesús de una manera totalmente inusitada. En toda la literatura judía no se encuentra ningún caso de un rabino al que se llamara «Maestro bueno.» Los rabinos decían siempre que «no hay nada que sea bueno más que la ley.» El dirigirse así a Jesús sonaba a cumplido exagerado, y Jesús empezó por hacer volver los pensamientos a Dios. Jesús siempre reconocía que su poder y su mensaje procedían de Dios. Cuando los nueve leprosos no volvieron, Jesús se entristeció, no porque no habían vuelto a darle las gracias a Él, sino a Dios (*Lucas 17:18*).

No hay duda que este aristócrata era un buen hombre; pero reconocía en lo íntimo de su corazón que algo faltaba en su vida. La respuesta de Jesús fue que si quería encontrar todo lo que estaba buscando tenía que vender sus posesiones y distribuir el producto entre los pobres, y entonces seguir a Jesús. ¿Por qué hizo aquella demanda precisamente a aquel hombre? Cuando el gadareno al que curó Jesús le pidió que le dejara ser seguidor suyo, le contestó que volviera a su casa (*Lucas 8:38s*). ¿Por qué le dio al aristócrata un consejo diferente?

En un evangelio apócrifo que se llama *El Evangelio según los Hebreos*, que se ha perdido en su mayor parte, uno de los fragmentos cuenta este incidente de forma que nos da una clave.

«EL otro hombre rico le dijo a Jesús:

-Maestro, ¿qué cosa buena debo hacer para vivir de veras?

-Hombre, obedece la ley y los profetas -le respondió Jesús.

-Ya lo he hecho -añadió el hombre.

-Entonces, ve -le dijo Jesús-, vende todo lo que tienes, distribúyelo entre los pobres, y ven a seguirme. >

El rico entonces empezó a rascarse la cabeza, porque no le gustaba este mandamiento. El Señor le dijo:

-¿Cómo dices que has obedecido la ley y los profetas? En la ley está escrito: «Ama a tu prójimo como

a ti mismo.» Y fíjate que hay muchos hermanos tuyos, hijos de Abraham, que se están muriendo de hambre, y tú tienes la casa llena de cosas buenas, y no les das ni una a los pobres.

Y Jesús se volvió a decirle a su discípulo Simón, que estaba sentado a su lado:

-Simón, hijo de Jonás: le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de los Cielos.

Aquí tenemos el secreto y la tragedia de aquel aristócrata. Llevaba una vida egoísta. Era rico, pero no daba nada. Su verdadero dios era la comodidad, y a lo que daba culto era a sus posesiones y a su riqueza. Y por eso Jesús le dijo que tenía que darlo todo. Muchos ricos usan la riqueza que tienen para darles a sus semejantes lo que necesitan para vivir mejor. Pero este hombre no lo usaba más que para sí. Si el dios de una persona es aquello a lo que da todo su tiempo, pensamiento, energía y devoción, entonces el dios de este hombre era la riqueza. Si había de encontrar la verdadera felicidad, tenía que librarse de todo aquello, y vivir para los demás con la misma intensidad con la que había vivido antes para sí mismo.

Jesús siguió diciendo que le es más fácil a un camello pasar por el *ojo* de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios. Los rabinos solían hablar de un elefante que quisiera pasar por el *ojo* de una aguja como un ejemplo de algo imposible o absurdo. Pero el ejemplo de Jesús puede que tuviera uno de estos dos orígenes:

(i) Se dice que al lado de la gran puerta de Jerusalén por la que entraba todo el tráfico había una puertecilla suficientemente ancha y alta para que pudiera pasar por ella una persona; y se dice que a esa puertecilla la llamaban «*ojo* de aguja», y de ahí el ejemplo del camello que quería entrar y no cabía.

(ii) La palabra griega para camello es *kamelos*, y ya en aquel tiempo se pronunciaría lo mismo que *kamilos*, que quería decir *soga de barco*. Puede que Jesús quisiera decir que sería más

fácil enhebrar una aguja con una guindaleza que entrar un rico

en el Reino de Dios.

En cualquier caso se **trata de una exageneración graciosa que nos han conservado** los tres sinópticos, como **cuando Jesús** dijo que los escribas y fariseos hipócritas < colaban el mosquito y se tragaban el camello» (*Mateo 23:24*).

¿Por qué? Las posesiones tienden a encadenar el corazón a este mundo y a no dejar que se piense en nada más. No tiene por qué ser pecado el tener riquezas, pero sí entraña un peligro y una gran responsabilidad.

Pedro mencionó que él y sus compañeros lo habían dejado

todo para seguir a Jesús; y Jesús prometió que nadie dejaría nada por el Reino de Dios que no recibiera mucho más. Todos los cristianos sabemos que es verdad. Alguien dijo al misionero David Livingstone que cuántos sacrificios había hecho, porque

había pasado muchas pruebas y dolores, perdido a su mujer y arruinado su salud en África. Y Livingstone le contestó: < ¿Sacrificios? ¡No he hecho ningún sacrificio en toda la vida!»

A1 que sigue a Cristo puede que le esperen y le pasen cosas que el mundo consideraría malas; pero todas ellas producen una paz y una felicidad que el mundo no puede ni dar ni quitar.

LA CRUZ ESTÁ AL ACECHO

Lucas 18:31-34

Jesús se apartó con los Doce, y les dijo:

-Fijaos bien: ahora nos dirigimos a Jerusalén, y se van a cumplir todas las cosas que escribieron los profetas acerca del Hijo del Hombre. El pueblo de Dios le entregará a los que no son el pueblo de Dios, le escarnecerán, afrentarán y escupirán; después de azotarle, le matarán; pero resucitará al tercer día.

Los Doce no se enteraron de nada, porque les parecía misterioso todo lo que les decía Jesús.

Hay dos clases de valor: el de la persona que se encuentra ante una emergencia o crisis que se le presenta de improviso, y que se lanza sin considerar el riesgo; y el de la persona que prevé una situación terrible que le acecha más adelante, y sabe que sólo la podrá evitar si sale huyendo, y sin embargo sigue adelante y se enfrenta con ella con los ojos abiertos. No hay duda acerca de cuál es la superior. Muchos tal vez somos capaces de actuar valerosamente de improviso; pero requiere un valor muy superior el seguir adelante al encuentro de algo terrible que acecha a una distancia de días y que podríamos evitar volviéndonos hacia atrás.

En una novela se nos describen dos chicos que van jugando mientras recorren un camino, y uno le dice al otro: «Cuando vas por un camino, ¿te imaginas a veces que hay algo terrible esperándote a la vuelta de una esquina, y que tienes que seguir adelante y enfrentarte con ello? ¡Resulta emocionante!» En el caso de Jesús no se trataba de ningún juego: era algo inmensamente malvado y terrible. Jesús sabía lo que era la cruz; y sin embargo, siguió adelante. No cabe duda de que Jesús fue, entre otras muchas cosas, un maravilloso ejemplo del más acendrado valor.

En vista de las frecuentes advertencias de Jesús a sus discípulos acerca de lo que le esperaba en Jerusalén, algunas veces nos preguntamos por qué la cruz los pilló tan de sorpresa y les causó un efecto tan demoledor. La verdad es que no podían entender lo que Jesús les decía. Estaban tan obsesionados con la idea de un Mesías conquistador, que seguían esperando que Jesús desplegara su poder en Jerusalén y barrera a sus enemigos de la faz de la Tierra.

Aquí hay una seria advertencia para todos. La mente humana tiene capacidad para entender sólo lo que quiere. No hay nadie más ciego que el que no quiere ver. Nos resistimos a creer que lo desagradable pueda ser cierto, y que suceda lo que no queremos. Todos tenemos que resistir la tendencia a oír sólo lo que queremos oír.

Y además: Jesús nunca anunció la cruz sin nombrar también la resurrección. Sabía que Le esperaban la vergüenza y el horror, pero estaba igualmente seguro de que obtendría la victoria y entraría en la gloria que también Le aguardaba. Sabía lo que Le vendría de la maldad de los hombres, pero también sabía lo que Le vendría del poder de Dios. La seguridad de la victoria final Le ayudó a arrostrar la aparente derrota de la cruz. Sabía que sin la cruz no podría haber una corona.

UNO QUE NO QUERÍA CALLAR

Lucas 18:35-43

Cuando Jesús se iba acercando a Jericó, sucedió que había un ciego que estaba pidiendo limosna sentado al borde del camino; y, cuando oyó que pasaba mucha gente, preguntó qué sucedía, y le dijeron que es que pasaba por allí Jesús el Nazareno. Entonces el ciego se puso a gritar:

- ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!

Los que estaban delante se metían con él para que se callara; pero él chillaba cada vez más:

- ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Entonces Jesús se paró donde estaba, y dijo que le trajeran al ciego; y cuando le tuvo cerca, le preguntó:

- ¿Qué es lo que quieres de Mí?

- ¡Pues que pueda ver, Señor! -le contestó el ciego.

- ¡Pues ve! ¡Tu fe te ha salvado! -le dijo Jesús.

E inmediatamente el ciego pudo ver, y seguía a Jesús dando gloria a Dios; y todo el pueblo que había presenciado el milagro también se puso a alabar a Dios.

Lo que más resalta en esta historia es la insistencia a toda prueba del ciego. Jesús iba de camino hacia Jerusalén para la Pascua, y en esa época del año había muchos peregrinos que hacían el viaje juntos. Una de las maneras más corrientes de enseñar que tenían los rabinos era mientras andaban, y eso era

lo que Jesús estaba haciendo en aquel momento, mientras todos los otros peregrinos se agolpaban a su alrededor para no perder nada de lo que decía. Cuando pasaba por un pueblo un grupo tal de peregrinos, los del pueblo que no podían ir a la fiesta se ponían en fila al borde del camino para ver a los que pasaban y desearles buen viaje.

El ciego estaba sentado entre todos los que había al borde del camino; y, cuando oyó el murmullo del gentío que se acercaba, preguntó qué sucedía, y le dijeron que era que pasaba Jesús. Inmediatamente se puso a gritar pidiéndole a Jesús que se compadeciera de él. La gente hizo lo posible para que se callara. Los que estaban cerca de Jesús no podían escucharle en paz por culpa del ciego. Pero no se callaba por nada del mundo, sino que chillaba todavía más. La palabra que se usa en el versículo 39 para *chillar* es diferente de la del 38, que sólo indica dar voces para atraer la atención. La del 39 representa el grito instintivo que surge de una emoción incontrolable, casi un aullido animal. La palabra indica la total desesperación del ciego. Jesús se detuvo, y el ciego recibió la vista que tan apasionadamente deseaba.

Esta historia nos enseña dos cosas:

(i) Acerca del ciego, nos dice que estaba empeñado en encontrarse cara a cara con Jesús. Nada le hacía cejar. Se negaba a callarse y contenerse. El sentimiento de necesidad le impulsaba a la presencia de Jesús. Esa es la actitud que debe tener todo el que espera un milagro. No es suficiente tener un deseo sentimental para poner en acción el poder de Dios; hace falta un ansia intensa y apasionada que brota de lo más íntimo del corazón.

(ii) Acerca de Jesús, nos dice también algo. En aquel momento estaba hablando con la multitud como un rabino; pero se detuvo y lo dejó todo ante la llamada angustiada del ciego. Había un alma necesitada, y eso era más importante que lo que estaba diciendo. Alguien ha dicho que muchos maestros no hacen más que lanzar consejos impertinentes a alguien que se está ahogando en un mar tempestuoso. Jesús no era así, sino

qué se tiraba al agua para salvar al que se estaba ahogando. Hay personas que no saben decir cosas bonitas, pero que siempre están dispuestos a ayudar al que está en necesidad. Admiramos al orador elocuente; pero amamos al de buen corazón que deja lo que sea para socorrer al necesitado.

EL HUÉSPED DEL QUE TODOS DESPRECIABAN

Lucas 19:1-10

Luego entró Jesús en Jericó, e iba cruzándolo cuando sucedió algo. Allí vivía un tal Zaqueo, que era el jefe de los publicanos, y era muy rico. Tenía interés en ver quién era Jesús; pero no podía porque era muy bajito y había mucha gente rodeando a Jesús. Así es que lo que hizo fue adelantarse corriendo, y encaramarse a un sicomoro para verle cuando pasara por allí.

Cuando llegó Jesús a aquel lugar, miró hacia arriba y le dijo:

- ¡Zaqueo, bájate de ahí a toda prisa, que hoy necesito parar en tu casa!

Y Zaqueo se bajó del árbol a toda prisa, y se alegró mucho de que Jesús le visitara; pero toda la gente no hacía más que criticar a Jesús por haberse alojado con un pecador despreciable. Zaqueo se puso en pie, y le dijo al Señor:

Mira, Señor: voy a darles a los pobres la mitad de todo lo que tengo, y a los que haya cobrado de más se lo voy a devolver cuadruplicado.

- Hoy ha venido a esta casa la salvación -dijo Jesús-; porque, al fin y al cabo, este también es hijo de Abraham. El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.

Jericó era una ciudad muy importante y rica. Estaba en el valle del Jordán, y controlaba el acceso a Jerusalén y el paso al Este del Jordán. Tenía un gran palmeral, y bosques de balsameras mundialmente famosos que perfumaban el aire varios kilómetros a la redonda. Sus jardines de rosas también eran célebres. También lo llamaban «La Ciudad de las Palmeras», y Josefo dice que era cuna región divina», «la más feraz de Palestina.» Los romanos comercializaron e hicieron famosos sus dátiles y bálsamo.

Todo eso convirtió a Jericó en uno de los principales centros de impuestos de Palestina. Ya hemos estudiado los impuestos y el negocio de los publicanos (*Lucas 5:27-32*). Zaqueo había llegado a la cima de su profesión, por lo que sería el hombre más odiado del distrito. La historia tiene tres etapas:

(i) Zaqueo era rico, pero no era feliz. No podía por menos de sentirse solo, porque había escogido una profesión que le convertía en un descastado. Había oído hablar de Jesús, que recibía a los publicanos y a los pecadores, y quería saber si tendría algo para él. Despreciado y odiado por los hombres, Zaqueo buscaba el amor de Dios.

(ii) Zaqueo decidió ver a Jesús, y no dejó que nada se lo impidiera. El mezclarse con la multitud requería valor en su caso, porque muchos aprovecharían la oportunidad para pegarle una patada o un puñetazo o algo peor, de forma que Zaqueo acabaría el día con más cardenales que la curia romana. Pero aun así no podía ver nada, porque era bajito; así es que tuvo una gran idea:

salió corriendo, se adelantó a la comitiva, se subió a un árbol corpulento y frondoso cuyas ramas daban sombra a la carretera, y allí se dispuso a ver lo que pasaba sin ser visto ni molestado.

(iii) Zaqueo se comprometió con la comunidad al anunciar su cambio. Cuando Jesús le hizo saber que pararía en su casa aquel día, y cuando Zaqueo descubrió que había encontrado un nuevo amigo maravilloso, hizo la mayor decisión de su vida: decidió darles a los pobres la mitad de todo lo que tenía; y la otra mitad no se la reservó para sí mismo, sino para hacer restitución de los fraudes que hubiera cometido. En esto de la restitución fue mucho más allá de lo que mandaba la ley, que obligaba a devolver por cuadruplicado o quintuplicado sólo lo que se hubiera robado violentamente (*Éxodo 22:1*). Si se trataba de un robo ordinario y no se podían devolver las cosas, había que pagar el doble de su valor (*Éxodo 22:4; 7*). Si se confesaba el robo y se hacía restitución voluntariamente, había que devolver el valor de lo robado más una quinta parte (*Levítico 6:5; Números 5: 7*). Zaqueo estaba decidido a hacer más de lo que demandaba la ley, y mostrar en sus obras que era un hombre cambiado. La conversión es algo que no se demuestra con palabras, sino con obras.

(iv) La historia termina con una gloriosa afirmación: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.» Debemos tener cuidado con el sentido que damos a la palabra *perdido*. En el Nuevo Testamento no quiere decir *condenado*, sino sencillamente que *no está en su sitio*, y que no se sabe dónde está. Cuando encontramos aquello que habíamos perdido, lo volvemos a poner en su sitio. Una persona está perdida cuando no está en contacto con Dios; y es hallada cuando una vez más ocupa su debido lugar como hijo o hija obediente en la casa y familia de su Padre Dios.

EL REY CONFÍA EN SUS SIERVOS

Lucas 19:11-27

Cuando le estaban escuchando estas cosas, Jesús siguió hablando y les contó una parábola, porque se iban acercando a Jerusalén y ellos creían que el Reino de Dios se haría realidad de manera inmediata: «Una vez hubo un hombre de la nobleza que se iba a marchar a un país lejano para que le reconocieran como rey y luego volver; y antes de nada llamó a diez siervos suyos, y les confió diez minas, diciéndoles:

-Haced negocios hasta mi vuelta.

Pero los de su país le aborrecían, y enviaron tras él a unos emisarios que dijeran que no querían tenerle como rey. El caso es que él consiguió que le reconocieran su derecho al trono y volvió a su tierra; y al poco tiempo mandó llamar a los siervos a los que les había confiado el dinero, para que le presentaran las cuentas de su gestión. El primero llegó diciendo:

-Señor, tu mina se ha convertido en diez minas.

- ¡Bien hecho, buen siervo! -le contestó el rey-. Has sido fiel en una empresa pequeña, y ahora vas a tener diez ciudades a tu cargo.

-Señor, tu mina ha producido cinco minas -dijo otro.

- ¡Bien hecho, buen siervo! Tú vas a gobernar cinco ciudades -le dijo el rey. Y entonces llegó otro diciendo:

-Señor, aquí tienes tu mina, que he tenido envuelta en un paño; porque tenía miedo de ti, que eres tan duro que recoges lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado.

- ¡Conque sí, mal siervo! Por tus propias palabras te juzgo. Si sabías que soy tan duro que me apropio lo que no he trabajado y siego lo que no he sembrado, ¿por qué no dejaste mi dinero en un banco para que yo sacara siquiera los intereses a mi vuelta? -Y dijo a los que estaban presentes-: ¡Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez minas!

-Señor -le contestaron-, ese ya tiene diez minas.

- ¡Pues yo os digo que al que tiene se le dará más, y al que no tiene se le quitará lo poco que tenga! Y en cuanto a mis enemigos que no querían que yo fuera su rey, ¡traedlos a mi presencia y decapitádmelos aquí delante de mí!»

. Esta es la única parábola de Jesús, por lo que nosotros sabemos, que está basada en un hecho histórico. Cuando murió Herodes el Grande el 4 a.C., dejó su reino dividido entre Herodes Antipas, Herodes Felipe y Arquelao. Aquel reparto tenía que ser ratificado por los romanos antes de ser efectivo. Arquelao, al que le había correspondido Judea, fue a Roma a tratar de convencer a Augusto para que le reconociera su derecho; pero los judíos mandaron una embajada de cincuenta hombres para decirle a Augusto que no querían a Arquelao. De hecho, Augusto le confirmó en su herencia, aunque sin título de rey. Así es que, cualquiera que oyera esta parábola en Judea se acordaría del hecho histórico.

Pero lo importante es que ilustra grandes verdades de la vida cristiana:

(i) Nos habla de *la confianza* de un Rey, que dio dinero a sus siervos cuando se marchó, y les dejó usarlo como mejor les pareciera, sin imponerles ninguna condición. Se lo dejó a su criterio. Así es como se porta Dios con nosotros. Alguien ha dicho: < Lo más bonito es que Dios se fía de que vamos a hacer muchas cosas por nuestra cuenta.>

(ii) Nos habla de *la prueba* del Rey. Como siempre, la confianza era una prueba para ver si sus hombres eran de fiar en las cosas pequeñas. A veces se justifica el descuido o la ineficacia en los asuntos ordinarios pretendiendo que «se está por encima de esas fruslerías.» Pero Dios no, y es precisamente en esos deberes rutinarios en los que está probando a los hombres. Jesús es

en esto, como en todo, el ejemplo supremo. De sus treinta y tres años de vida pasó treinta en Nazaret. Si no hubiera cumplido con absoluta fidelidad las obligaciones del taller de carpintería y del mantenimiento de su familia, no habría estado preparado para ser el Salvador del mundo.

(iii) Nos habla de *la recompensa* del Rey. La que recibieron los siervos fieles no fue que se les dejara sentarse tranquilos para no hacer nada. Uno se encontró a cargo de diez ciudades, y otro de cinco. La recompensa por un trabajo bien hecho es más trabajo. El mayor cumplido que se le puede hacer a una persona es darle mayores responsabilidades. La gran recompensa de Dios al que ha satisfecho la prueba es más confianza. El mismo Cielo no se nos presenta como una jubilación; porque se nos dice que «sus siervos le servirán» (*Apocalipsis 22:3*).

(iv) La parábola concluye con una de las leyes inexorables de la vida: «Al que tiene se le dará más, y al que no tiene se le quitará lo poco que tenga.» Si practicamos algún deporte, y seguimos entrenándonos, iremos dominándolo cada vez más; pero, si dejamos de practicarlo, perderemos las habilidades que tuviéramos. Si disciplinamos y entrenamos nuestros cuerpos, los tendremos más capaces y fuertes; si hacemos lo contrario, perderemos la agilidad y la fuerza que tuviéramos. Si se nos da bien una asignatura o un arte y nos aplicamos a su estudio, se nos abrirán sus secretos y cada vez disfrutaremos y podremos utilizar más de sus riquezas; pero, si no nos aplicamos, perderemos hasta la habilidad que teníamos al principio.

No hay tal cosa como plantarse en la vida cristiana: o avanzamos, o vamos para atrás; o recibimos más, o perdemos lo que teníamos.

LA ENTRADA DEL REY

Lucas 19:28-40

Después de decir estas cosas, Jesús se adelantó en el camino de subida a Jerusalén. Y sucedió cuando llegaron al monte que se llama de los Olivos cerca de Betfagé y de Betania, que Jesús mandó por delante a dos discípulos suyos con estas instrucciones:

-Dirigios a la aldea de enfrente y, a la entrada, encontraréis citado un borriquillo que todavía no ha montado nadie. Lo desatáis, y os lo traéis. Y si os pregunta alguien que por qué lo estáis haciendo, le decís: «Porque el Señor lo necesita.»

Los que mandó Jesús fueron y lo encontraron todo como les había dicho Jesús. Cuando estaban desatando el borriquillo, les preguntaron los dueños:

-¿Por qué estáis desatando el borriquillo?

-Porque el Señor lo necesita -contestaron.

Y se lo trajeron a Jesús, y pusieron sus mantos encima del borriquillo, y ayudaron a Jesús a montar. Y cuando echó a andar alfombraron con sus mantos el camino por donde había de pasar.

Cuando llegaron cerca del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos no pudieron ya contener la alegría, y se pusieron a dar voces alabando a Dios por todos los acontecimientos maravillosos que habían presenciado; y gritaban:

-¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el Cielo y gloria en las Alturas!

Algunos fariseos que iban entre la gente le dijeron a Jesús:

-¡Maestro, diles a tus discípulos que se contengan!

-¡Os aseguro -les contestó Jesús--, que si ellos se callan gritarán las piedras!

De Jerusalén a Jericó no hay más que 28 kilómetros, así es que Jesús ya estaba llegando a la meta. Jerusalén, el final del viaje, estaba ahí delante. Los profetas, cuando las palabras no producían efecto, cuando la gente se resistía a recibir o a aceptar el mensaje, recurrían a algún gesto dramático para que nadie dejara de enterarse. Tenemos ejemplos de tales acciones dramáticas en *1 Reyes 11:29-31; Jeremías 11:1-11; 27:1-11; Ezequiel 4:1-3; S:1-4*. Algo así era lo que Jesús se proponía hacer entonces: entrar en Jerusalén cabalgando de una manera que le hiciera comprender a todo el mundo que Él era el Mesías, el Rey Ungido por Dios. Tenemos que fijarnos en algunos detalles de la entrada de Jesús en Jerusalén.

Nos da la impresión de que aquella no fue una acción improvisada, sino algo cuidadosamente preparado. Jesús no dejaba las cosas para el último momento. Lo más seguro es que ya hubiera llegado a un acuerdo con los dueños del borriquillo.

«Porque el Señor lo necesita» era la consigna convenida de antemano.

(ii) Fue un gesto de glorioso desafío y de valor superlativo. Ya entonces los líderes judíos le habían puesto precio a su cabeza (*Juan 11:57*). Habría sido natural que, si Jesús tenía que ir a Jerusalén, entrara de incógnito y secretamente; pero lo hizo de una manera que le colocó en el centro de atención de toda la ciudad. Es algo sobrecogedor el pensar en un hombre a cuya cabeza se había puesto precio, un proscrito, cabalgando a cara descubierta en la capital de forma que todos pudieran verle y saber que estaba allí. Es imposible exagerar el valor de Jesús.

(iii) Fue una declaración deliberada de su derecho al trono, en cumplimiento de la profecía de *Zacarías 9: 9*. Pero, hasta en este acto, Jesús subrayó el carácter del Rey que pretendía ser. El asno no era en Palestina la acémila humilde de otros países, sino un animal noble. Los reyes iban a caballo a la guerra; cuando iban en son de paz usaban el asno. Al escoger su montura, Jesús se ofrecía como rey de amor y de paz, y no como el héroe militar y conquistador que la gente esperaba.

(iv) Fue la última invitación. Jesús vino, como si dijéramos, con los brazos abiertos, como diciendo: «¿Me queréis ahora aceptar como vuestro Rey?» Antes de que el odio de los hombres le tragara totalmente, una vez más los confrontó con la invitación del amor.

LA PIEDAD Y LA IRA DE JESÚS

Lucas 19:41-48

Cuando Jesús llegó cerca de Jerusalén y empezó a verla, rompió en sollozos por ella, clamando:

- ¡Ah, si por lo menos este día tan especial para ti reconocieras lo que se te ofrece para tu paz! Pero ahora te está oculto su significado. Te sobrevendrán días en los que tus enemigos te rodearán con sus máquinas de guerra, y te sitiarán, y te apretarán por todas partes hasta derribarte a tierra con tus hijos en tu interior hasta no dejar en ti piedra sobre piedra; y todo esto porque no te diste cuenta cuando Dios vino a visitarte.

Después entró en el templo, y se puso a echar a todos los que estaban allí vendiendo y comprando, y les dijo:

- ¡Escrito está: «Mi casa será casa de oración»; pero vosotros la habéis convertido en «una guarida de bandidos»!

A partir de entonces Jesús estaba enseñando en el templo todos los días. Los jefes de los sacerdotes, los escribas y los más importantes del pueblo hacían todo lo posible para matarle; pero no encontraban motivo, porque toda la gente estaba pendiente de sus palabras.

En este pasaje hay tres incidentes diferentes:

(i) Está el llanto de Jesús por Jerusalén. Al descender el monte de los Olivos se tiene una magnífica vista panorámica de Jerusalén. Cuando Jesús llegó a un recodo del camino, se detuvo, y lloró por Jerusalén. Sabía lo que le iba a suceder a Él y a la ciudad. Los judíos se estaban embarcando en la carrera de maniobras e intrigas políticas que acabó en la destrucción de Jerusalén el año 70 d.C., cuando la ciudad quedó tan devastada que se pasó un arado de lado a lado. La tragedia consistió en que, si hubieran renunciado a sus sueños de grandeza política y hubieran aceptado el yugo manso y humilde de Cristo, aquella desgracia nacional no había sucedido.

Las lágrimas de Jesús son las de Dios cuando ve el dolor y el sufrimiento innecesario que los hombres se echan encima cuando se rebelan estúpidamente contra su voluntad.

(ii) Está la limpieza del templo. El relato de *Lucas* está muy resumido; el de *Mateo* es más extenso (21:12-13). ¿Por qué Jesús, que era la misma encarnación del amor, actuó con tal violencia con los cambistas y los que vendían animales en los atrios del templo?

Primero, vamos a considerar a los cambistas. Todo judío varón tenía que pagar un tributo anual de medio siclo al templo, lo que equivalía al salario de dos días de un obrero. Un mes antes de la Pascua se instalaban puestos en todas las ciudades y aldeas donde se podía pagar; pero la mayor parte la pagaban los peregrinos en Jerusalén cuando venían a la fiesta. En Palestina circulaban varios tipos de moneda -griego, romano, tirio, sirio, egipcio-, y todos eran válidos para los usos ordinarios; pero el tributo del templo se tenía que pagar, o en los medios siclos del santuario, o en los siclos galileos ordinarios. Y ahí es donde entraban los cambistas: para cambiar otras monedas del mismo valor exactamente cobraban una *ma'á*, digamos que una peseta; pero, si había que dar cambio, se cobraba otra *ma'á* más. Se ha calculado que estos cambistas sacaban una ganancia de unos dos millones al año, lo que era un robo y un abuso para los pobres fieles, que eran los que siempre salían perdiendo.

Segundo, los que vendían animales. Casi todas las visitas al templo se hacían para ofrecer un sacrificio. Las víctimas se podían comprar fuera a precios razonables; pero las autoridades del templo habían puesto inspectores que comprobaran que las víctimas no tenían mancha ni defecto. Por tanto, ¡era más seguro comprar los animales en los puestos oficiales del templo! Pero había veces en que un par de palomas costaba quince veces más que en la calle. Aquí también se abusaba de los pobres peregrinos de una forma que era realmente un robo legal. Además, estos puestos se conocían como «las tiendas de Anás», y eran propiedad de la familia del sumo sacerdote. Por eso, cuando detuvieron a Jesús le llevaron primeramente a Anás (*Juan 18:13*), que estaría encantado de vengarse del que había desafiado y atentado contra su malvado monopolio. Jesús desplegó aquella violencia porque aquel tráfico se estaba usando para explotar a los pobres indefensos. No es que el comprar y vender manchaba la dignidad y la solemnidad del culto; sino que, además, la casa de Dios se usaba para explotar a los adoradores. Jesús también se inflamaba al contemplar aquellos flagrantes atentados a la justicia social.

(iii) Hay algo increíblemente audaz en la acción de Jesús poniéndose a enseñar en el templo cuando se había puesto precio a su cabeza. Era un desafío abierto. Entonces las autoridades no le podían prender, porque la gente estaba prendida de sus labios.

Pero cada vez que hablaba exponía su vida, y sabía que era cuestión de poco tiempo el que llegara el fin. El valor del cristiano debe parecerse al de su Señor: Él nos ha dejado un ejemplo a seguir para mostrar cuyos somos y a quién servimos.

¿CON QUÉ AUTORIDAD?

Lucas 20:1-8

Un día, cuando Jesús estaba enseñando al pueblo y proclamando la Buena Nueva en el templo, sucedió que llegaron los principales sacerdotes y los escribas con los ancianos, y se dirigieron a Jesús para preguntarle:

-Dinos con qué autoridad haces todo esto, y quién te ha dado esa autoridad.

-Yo también quiero haceros una pregunta -les dijo Jesús-: A ver, decidme vosotros si el bautismo de Juan era cosa de Dios, o cosa de hombres.

Aquellos hombres se pusieron a discutir entre sí, y se decían:

-Si decimos que de Dios, nos dirá que por qué no le creímos; y si decimos que era cosa de hombres, nos apedreará todo el pueblo, porque están convencidos de que Juan era un profeta.

Así es que le contestaron a Jesús que no sabían; y entonces Jesús les dijo:

-Pues tampoco Yo os diré con qué autoridad hago todo esto.

Este capítulo describe < el día de los interrogatorios>, como se le suele llamar. Las autoridades judías, en sus diferentes secciones, le vinieron a Jesús con toda clase de preguntas encaminadas a atraparle, pero que Él contestó con tal sabiduría que los dejó sin argumentos.

La primera pregunta se la dirigieron los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. Los principales sacerdotes eran los que habían sido sumos sacerdotes y los miembros de sus familias; es decir, la aristocracia religiosa del templo. Las tres clases -principales sacerdotes, escribas y ancianos- componían las fuerzas vivas que estaban representadas en el Sanedrín, que era el tribunal supremo y el gobierno de los judíos. Podemos suponer que la pregunta la habían urdido en el Sanedrín para formular una acusación contra Jesús.

¡No nos sorprende que le preguntaran con qué autoridad hacía esas cosas! Al entrar en Jerusalén de esa manera, y luego tomar la ley en sus manos y limpiar el templo, requerían alguna explicación. Para los judíos ortodoxos de entonces, la manera en que Jesús se había tomado la autoridad era algo pasmoso. Ningún rabino decidía una cuestión o emitía un juicio sin citar sus autoridades, diciendo: «Hay una enseñanza de que...», o «esto se confirma con lo que dijo rabí Tal y Tal...» Pero ninguno se habría atribuido la autoridad independiente con la que Jesús actuaba. Lo que querían era que Jesús dijera claramente que era el Mesías y el Hijo de Dios. Entonces le podrían acusar de blasfemia, y le podrían arrestar inmediatamente. Pero Él no les dio esa respuesta, porque no había llegado su hora.

La contestación de Jesús se describe a veces como una contra inteligente, usada simplemente para apuntarse un tanto; pero es mucho más. Les preguntó: «¿Era divina o humana la autoridad de Juan el Bautista?» La cosa era que la respuesta que dieran a la pregunta de Jesús sería también la contestación a su propia pregunta. Todos sabían cómo consideraba Juan a Jesús, y que él se presentaba como el precursor del Mesías. Si reconocían que la autoridad de Juan el Bautista era divina, entonces tenían que reconocer también que Jesús era el Mesías, porque eso es lo que Juan había dicho. Si negaban la autoridad divina de Juan, todo el pueblo se levantaría contra ellos, porque estaban convencidos de que era un profeta. En su respuesta, Jesús les devolvía la pregunta: « ¿De dónde decís vosotros que Yo he recibido la autoridad?» No tenía que contestar a la pregunta de ellos si ellos contestaban a la suya.

Los emisarios del Sanedrín se negaron a enfrentarse con la verdad, y tuvieron que retirarse fracasados y desacreditados ante todo el mundo.

UNA PARÁBOLA QUE ERA UNA CONDENACIÓN

Lucas 20:9-18

Entonces Jesús se puso a contarle a la gente esta parábola:

-Hubo una vez un hombre que plantó una viña, y se la arrendó a unos labradores y se marchó a vivir a otra parte. A su debido tiempo les mandó a los labradores a un siervo suyo para que le diesen la parte que le correspondía a él de la vendimia; pero los labradores le apalearon y le mandaron con las manos vacías. Luego el señor volvió a enviar a otro siervo; pero a ese también le apalearon y maltrataron vergonzosamente, y le mandaron con las manos vacías. El señor volvió a enviar a un tercer siervo, y también a ese le echaron de la propiedad malherido. Entonces el señor de la viña se dijo: «¿Qué voy a hacer ahora? Ya sé: les enviaré a mi querido y único hijo. Espero que, cuando le vean, le tendrán respeto.» Pero los labradores, cuando le vieron venir, se pusieron a tramar: «¡Este es el heredero! ¡Venga, vamos a

matarle, y entonces nos quedaremos con la heredad!» Así es que le echaron de la viña, y le mataron. ¿Qué pensáis que haría entonces el señor de la viña? ¡Iría a destruir a aquellos labradores, y luego les confiará la viña a otros!

Cuando los que escuchaban a Jesús oyeron esto, exclamaron:

- ¡Dios nos libre!

- ¿Qué si no es lo que está escrito? -les dijo Jesús clavando en ellos la mirada-: «La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra fundamental del ángulo.» EL que caiga en esta piedra se hará trizas; pero, si la piedra le cae a alguien encima, le hará polvo del todo.

Los principales sacerdotes y los escribas se dieron cuenta de que esta parábola iba por ellos, y habrían querido echarle mano a Jesús en seguida; pero tenían miedo a la reacción del pueblo.

Esta parábola estaba más clara que el agua para los primeros que la escucharon. La viña representa al pueblo de Israel (cp. *Isaías 5:1-7*). Los arrendatarios son los gobernantes judíos a los que se ha confiado la nación. Los siervos son los profetas que Dios envió, que fueron despreciados, perseguidos y muertos. El hijo es Jesús mismo. Y la sentencia es que el lugar que hubiera correspondido a Israel será dado a otros.

La parábola misma indica lo que podía suceder, y sucedió. En los días de Jesús, Judea estaba en una agonía de problemas económicos y laborales. Había muchos terratenientes ausentes que arrendaban sus tierras como el de la parábola. La renta rara vez se pagaba en dinero; más corrientemente en especie, ya fuera una cantidad fija independientemente de cómo hubiera ido la cosecha, o una parte proporcional cada año.

En su enseñanza, esta es una de las parábolas más ricas. Nos dice ciertas cosas acerca del hombre:

(i) Nos habla del *privilegio humano*. Los arrendatarios no habían plantado la viña, y sin embargo, era como si fuera suya. El dueño no les hacía trabajar con el látigo, sino que se marchó y los dejó trabajar a su manera.

(ii) Nos habla del *pecado humano*. El pecado de los arrendatarios consistió en que se negaron a darle al dueño lo que legalmente le correspondía, y querían controlar lo que el dueño solo podía controlar. El pecado consiste en no darle a Dios lo que le pertenece, y en tratar de usurpar su poder.

(iii) Nos habla de *la responsabilidad humana*. Los arrendatarios pudieron actuar con libertad bastante tiempo; pero llegó el día del ajuste de cuentas. Más tarde o más temprano todos tendremos que dar cuenta de lo que se nos ha confiado.

La parábola nos dice ciertas cosas acerca de Dios:

(i) Nos habla de *la paciencia* de Dios. El dueño no castigó a los labradores a la primera señal de rebelión, sino que les dio una oportunidad tras otra para que se corrigieran. No hay nada más maravilloso que la paciencia de Dios. Si cualquiera de nosotros hubiera estado en su lugar, habría perdido la paciencia con la humanidad mucho antes.

(ii) Nos habla del juicio de Dios. Los labradores creyeron que podían contar con la paciencia del dueño y salirse con la suya. Pero Dios no ha abdicado. Por mucho que nos parezca que podemos hacer lo que nos dé la gana, llegará el día de rendir cuentas. Como decían los romanos: «La Justicia sostiene la balanza en un equilibrio perfecto y escrupuloso, y tiene la última palabra.»

La parábola nos dice ciertas cosas acerca de Jesús:

(i) Nos dice que Él sabía lo que iba a suceder. No fue a Jerusalén abrigando la esperanza de evitar la cruz; fue con los ojos y el corazón abiertos.

(ii) Nos dice que Jesús nunca puso en duda la victoria final *de Dios*. Por encima del poder de los malvados estaba la majestad invencible de Dios. La maldad puede dar la impresión de que va a prevalecer, pero no puede escapar al castigo.

«Dime, Padre común, pues eres justo, ¿por qué ha de permitir tu providencia que, arrastrando prisiones la inocencia, suba la fraude a tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto hace a tus leyes firme resistencia, y que el celo que más las reverencia gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas manos inicuas, la virtud gimiendo del vicio en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando riendo celestial ninfa apareció y me dijo: «¡Ciego!, ¿es la Tierra el centro de las almas?»»

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA
(1562-1631).

(iii) Jesús *presenta sus credenciales como Hijo de Dios* de una manera irrefutable. Deliberadamente se separa de la sucesión de los profetas. Ellos eran siervos; Él es *el Hijo*. En esta parábola, Jesús se presenta abiertamente como el Rey Ungido de Dios. La cita de la Piedra que los constructores rechazaron está tomada del *Salmo 118:22s*, que la Iglesia Primitiva reconoció como profecía de la muerte y resurrección de Cristo (*Hechos 4:11; 1 Pedro 2:7*).

CÉSAR Y DIOS

Los principales sacerdotes y los escribas se dieron cuenta de que esta parábola iba por ellos, y habrían querido echarle mano a Jesús en seguida; pero tenían miedo a la reacción del pueblo. Lo que hicieron para seguir acechándole fue enviarle espías que se fingieran sinceramente interesados en hacer las cosas como Dios manda, para pescarle en algo que dijera que les permitiera entregarle al poder y a la autoridad del gobernador romano. Con esa intención le preguntaron a Jesús:

-Maestro: sabemos que Tú dices y enseñas las cosas como son, y que no tienes favoritismos, sino que enseñas sinceramente cómo Dios quiere que vivamos. Dinos: ¿es justo que le paguemos tributo a César, o no?

Jesús se dio cuenta de sus intenciones, y les dijo:

-¿Por qué me estáis tendiendo una trampa? Enseñadme la moneda del impuesto. ¿De quién son la imagen y la inscripción?

-Del César -le contestaron; y Jesús entonces les dijo:

-¡Pues dadle al César lo que es suyo! Y a Dios, lo que es de Dios.

Así es que no pudieron pillarle en nada que le comprometiera con el pueblo, ni decir nada más después de una respuesta tan maravillosa.

Aquí los emisarios del Sanedrín pasaron al ataque. Sobornaron a unos para que fueran a hacerle una pregunta a Jesús pretendiendo que era algo que les preocupaba sinceramente. El tributo al César era un impuesto de un denario por cabeza que tenían que pagar todos los varones de 14 a 65 años y todas las mujeres de 12 a 65, simplemente por el privilegio de existir.

Este tributo era una cuestión polémica entre los judíos, y ya había sido la causa de más de una rebelión. No era una mera cuestión económica, sino que se consideraba como una imposición ofensiva. Los judíos fanáticos pretendían que no tenían más rey que Dios, y por tanto era contra su religión el pagar tributo al César. Era una cuestión religiosa por la que muchos estaban dispuestos a morir. Ya se comprende que los emisarios querían poner a Jesús entre la espada y la pared. Si decía que no se debía pagar tributo al César, le denunciarían inmediatamente a Pilato, lo que conduciría a su arresto tan seguro como que el día sigue a la noche; y si decía que estaba bien que se pagara el tributo, muchos de sus presuntos seguidores, especialmente los galileos, se pondrían en contra suya.

Jesús les contestó en sus propios términos. Les pidió que le enseñaran un denario del tributo. En el mundo antiguo la señal de autoridad suprema era poder acuñar moneda; por ejemplo, los Macabeos sacaron su propia moneda en cuanto liberaron a Jerusalén de los sirios. Más aún, se reconocía universalmente que el que acuñara moneda tenía derecho a cobrar impuestos. Si un hombre tenía derecho a poner su imagen y nombre en la moneda, ipso facto tenía derecho a imponer un tributo. Así que Jesús dijo: « Si aceptáis y usáis la moneda del César estáis obligados a aceptar su derecho a cobrar impuestos; pero dijo además- hay un área de la vida en la que la autoridad del César no tiene vigencia, porque pertenece solamente a Dios.»

Al rey, la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

CALDERÓN DE LA BARCA

(i) Si una persona vive en un estado y goza de todos sus derechos, no puede descargarse de sus responsabilidades. Cuanto mejores cristianos seamos, mejores ciudadanos seremos. Una de las tragedias de la vida moderna es que los cristianos se resisten a asumir su parte en el gobierno de su país. Si ellos abandonan sus responsabilidades y dejan la tarea de gobernar en las manos de los políticos materialistas, no pueden luego justificar sus críticas de lo que se hace mal o no se hace.

(ii) Pero en cualquier caso, está claro que en la vida de los cristianos es Dios y no el Estado el que tiene la última palabra. Pedro y los apóstoles le dijeron al Sanedrín: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hechos 5:29*). La voz de la conciencia debe ser más clara que la de las leyes hechas por los hombres. El cristiano es al mismo tiempo servidor y conciencia del Estado. Precisamente por ser el mejor ciudadano, el cristiano se negará a hacer todo lo que no pueda hacer un ciudadano cristiano. En su vida temerá a Dios y honrará al rey (*1 Pedro 2:17*).

LA PREGUNTA DE LOS SADUCEOS

Lucas 20:27-40

Después de aquello se le acercaron a Jesús unos saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le presentaron su pregunta:

-Maestro: Moisés nos ha dejado escrito que si un hombre casado se muere sin dejar hijos, su hermano se tiene que casar con la viuda, y el hijo que tengan se considerará el descendiente del difunto. Ahora bien: en una ocasión había siete hermanos, y el mayor se casó, y murió sin dejar hijos. Entonces el segundo se casó con la viuda, pero también murió sin tener ningún hijo; y así siguió la cosa con el tercero, y luego todos los demás hasta el séptimo, que también

murió sin dejar descendencia; y por último murió también la mujer. Entonces, en la resurrección, ¿con cuál de ellos estará casada, si en realidad fue la mujer de los siete? Cuando acabaron, Jesús les contestó:

-En este mundo la gente se casa y contrae matrimonio; pero los que tengan el privilegio de llegar a la eternidad y a la resurrección de los muertos, ni se casarán ni contraerán matrimonio, porque ya no serán mortales, sino como los ángeles de Dios: hijos de Dios e hijos de la resurrección. En cuanto a si hay o no resurrección de los muertos, el mismo Moisés al que habéis citado da la respuesta afirmativa en el pasaje de la zarza ardiendo, donde llama al Señor «Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob». Y Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; así es que los muertos están vivos para Dios.

*- ¡Bien dicho, Maestro! -exclamaron algunos escribas, que sí creían en la resurrección.
Y los saduceos ya no se atrevieron a hacerle más preguntas.*

Cuando los emisarios del Sanedrín agotaron sus tretas, aparecieron en la escena los saduceos. Su pregunta dependía de dos cosas:

(i) La primera era la ley del levirato (*Deuteronomio 25:5*). Según esa ley, cuando un casado moría sin dejar hijos, su hermano se tenía que casar con la viuda, y el hijo que tuvieran se consideraría descendiente legal del primer marido. No es probable que esa ley se aplicara en tiempo de Jesús, pero formaba parte de las leyes mosaicas, y los saduceos la consideraban vigente.

(ii) La pregunta tenía que ver con las creencias de los saduceos. A veces se los nombra con los fariseos, pero eran diametralmente opuestos en sus creencias.

(a) Los fariseos eran una denominación exclusivamente religiosa; es decir, no tenían ambiciones políticas, y se conformaban con cualquier gobierno que les permitiera cumplir la ley tradicional. Los saduceos eran pocos, pero ricos e influyentes. Los sacerdotes y los aristócratas eran casi todos saduceos. Eran la clase que estaba en el gobierno. Eran colaboracionistas con los romanos, porque querían conservar su riqueza y posición.

(b) Los fariseos aceptaban las Escrituras del Antiguo Testamento y la tradición de los antepasados, que incluía miles de reglas y normas que se habían transmitido oralmente, tales como las leyes referentes al sábado y a las abluciones. Los saduceos no aceptaban más que la ley escrita del Antiguo Testamento, y especialmente el Pentateuco o Torá, Ley, a la que daban más importancia que a los Profetas y demás Escritos.

(c) Los fariseos creían en la resurrección de los muertos y en ángeles y espíritus. Los saduceos no creían en ninguna de estas cosas (*Hechos 23:8*).

(d) Los fariseos creían en la predestinación; es decir, que la vida humana está planificada y ordenada por Dios. Los saduceos creían en el libre albedrío.

(e) Los fariseos creían en la venida del Mesías y le esperaban; pero los saduceos no, porque habría perturbado sus vidas y planes materialistas.

Los saduceos, pues, vinieron con la pregunta de los siete hermanos que habían estado casados con la misma mujer, y que de cuál de ellos sería esposa en la resurrección, pretendiendo ridiculizar la fe en la resurrección. La respuesta de Jesús tiene un valor permanente. Dijo que el Cielo no es como la Tierra, que la vida futura será diferente de la actual, porque *nosotros* seremos diferentes. Nos ahorraríamos muchas discusiones inútiles y aun disgustos si dejáramos de especular acerca de la vida futura y dejáramos esas cuestiones al amor de Dios.

Jesús fue aún más lejos. Como hemos dicho, los saduceos no creían en la resurrección del cuerpo; y decían que es que no se nos enseña en las Escrituras, y menos en la Ley de Moisés. Hasta entonces ningún fariseo había podido argumentar con ellos, pero Jesús los hizo callar: les citó el pasaje de la zarza ardiendo en el que el mismo Moisés oyó que el Señor le decía: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» (*Éxodo 3:1-6*), lo que quiere decir que Abraham, Isaac y Jacob no están muertos para siempre, porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. No nos sorprende que la respuesta de Jesús arrancara un grito de aprobación de los escribas que estaban escuchando. Jesús había contestado a los saduceos usando su misma suprema autoridad. *Jesús usaba argumentos que sus interlocutores podían comprender y aceptar.* Les hablaba en su propio lenguaje, y por eso la gente de su tiempo le oía de buena gana.

Jesús no satisface la curiosidad acerca de «cómo resucitarán los muertos, o con qué cuerpo» (*1 Corintios 15:35*); pero da el fundamento firme y fiel de nuestra confesión: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna.»

LA ADVERTENCIA DE JESÚS

Lucas 20:41-44

También les dijo Jesús:

- ¿Cómo es que dicen algunos que el Mesías es hijo de David? El mismo David dice en el Libro de los Salmos: < Dijo el SEÑOR a mi Señor: `Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.'» Pues, si David le llama «mi Señor», ¿cómo puede tratarse de su hijo?

Vale la pena estudiar por separado este breve pasaje, porque es difícil de entender. El título más popular del Mesías era *Hijo de David*. Así llamó a Jesús el ciego de Jericó (*Lucas 18:38, 39*), y también la multitud que presenció su entrada en Jerusalén (*Mateo 21:9*). Sin embargo, aquí parece que Jesús pone en duda la validez de tal título. La cita está tomada del *Salmo 110:1*, que es el versículo del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo. Muchos salmos se atribuían a David, y éste se suponía que hablaba del Mesías. En él David dice que oyó que Dios le decía a su Ungido, el Mesías, que se sentara a su diestra hasta que todos sus enemigos estuvieran a sus pies; y en él David llama al Mesías *mi Señor*. ¿Cómo puede ser a la vez *hijo y Señor* de David?

Jesús hace aquí lo mismo que en otras ocasiones: corregir la idea popular acerca del Mesías como el Rey conquistador que haría del pueblo de Israel el más poderoso de la Tierra e iniciaría la Edad de Oro, idea que estaba inexplicablemente unida al título de Hijo de David.

En realidad, lo que Jesús dice aquí es: «Vosotros pensáis en el Mesías como el Hijo de David, y lo es; *pero es mucho más. Es Señor.*» Estaba diciéndole a la gente que tenían que revisar sus ideas acerca de lo que quería decir Hijo de David. Tenían que abandonar esos sueños fantásticos de poder terrenal, y reconocer al Mesías como el Señor de los corazones y de las vidas de los hombres. Jesús les dice que tienen una idea demasiado pequeña de Dios. Siempre ha sido la tendencia humana el hacer a Dios a nuestra imagen, despojándole de su plena majestad.

EL AMOR A LA GLORIA HUMANA

Lucas 20:45-47

Jesús les dijo a sus discípulos en presencia de toda la gente:

-Tened mucho cuidado con los escribas; porque les encanta ir por ahí con vestiduras largas, y que los saluden ceremoniosamente en las plazas, y ocupar los asientos preferentes en las sinagogas y los mejores sitios en los banquetes y en las cenas; y luego, con el pretexto de hacer muchos rezos, devoran las haciendas de las viudas. Esos son los que van a recibir una condenación más severa.

Los escribas y los rabinos esperaban recibir honores extraordinarios. Para ello habían establecido toda clase de reglas. En los centros de estudios, eran los rabinos más eruditos los que tenían preferencia; en los banquetes, los más viejos. Se cuenta que dos rabinos estaban muy ofendidos porque varias personas los habían saludado con «¡Que tengáis mucha paz!», sin añadir «¡Maestros míos!» Pretendían que se los considerara por encima de los padres. Decían: « El respeto que debes a tu maestro es casi como el que debes a Dios.» « El respeto que se le tiene a un maestro debe estar por encima del que se le tiene al padre, porque tanto el padre como el hijo deben respetar al maestro.» « Si el padre y el maestro pierden algo, lo que pierde el maestro es más importante, porque el padre no ha hecho más que traerle a uno a este mundo, pero el maestro le enseña la sabiduría que le permitirá entrar en el mundo venidero... Si el padre y el maestro de alguien llevan cargas, debe ayudar al maestro en primer lugar, y luego a su padre. Si su padre y su maestro están cautivos, debe redimir primero a su maestro, y después a su padre.» Tales pretensiones parecen increíbles; no era bueno que nadie las tuviera, pero mucho menos que se le tuvieran en cuenta.

Jesús también acusa a los escribas de devorar las haciendas de las viudas. La ley obligaba al rabino a no cobrar por enseñar. Todos los rabinos se suponía que tenían negocios o trabajos para mantenerse, y enseñar de balde. Eso suena muy bien; pero también se enseñaba que el mantener a un rabino era un acto de suprema piedad. Decían: «Todo el que pone parte de sus ingresos en la cartera de los sabios es merecedor de un sitio en la academia celestial.» « Al que da asilo a un discípulo de los sabios en su casa se le cuenta como si ofreciera un sacrificio todos los días.» «Deja que tu casa sea lugar de reunión de los sabios.» No cuesta creer que ciertas mujeres impresionables fueran presas fáciles de rabinos poco escrupulosos y muy dados a la codicia. Estos a veces devorarían las casas de las viudas.

Todo ese negocio le disgustaba y repugnaba a Jesús. Y además, eran precisamente los hombres que tenían acceso a la cultura y que tenían puestos de responsabilidad en la comunidad. Dios no dará por inocente al que usa una posición de confianza para aprovecharse y abusar de los que confían en él.

EL PRECIOSO DON

Lucas 21:1-4

Jesús miró hacia arriba desde donde estaba, y vio cómo echaban sus ofrendas los ricos en los cepillos del templo. Y vio también a una pobrecita viuda que echaba dos blancas. Y dijo Jesús:

-Os aseguro que esa pobrecita viuda es la que más ha echado. Porque todos esos echaron en la ofrenda de Dios lo que tenían de más; pero ella, que no tiene más que pobreza, ha echado todo lo que tenía para vivir.

En el Atrio de las Mujeres del templo había trece grandes cepillos que se llamaban «Las Trompetas», por la forma que tenían, con la parte estrecha para arriba y lo más ancho abajo. Cada cepillo recogía las ofrendas para un fin determinado: para la leña para los holocaustos; para el incienso; para la conservación de los utensilios de oro, etc. Jesús estaba sentado cerca de las trompetas.

Después de los agotadores debates con los emisarios del Sanedrín y de los saduceos, Jesús estaba tan cansado que se sentó y apoyó la cabeza entre las manos. En cierto momento levantó la vista y vio a la gente echar sus ofrendas en las trompetas; y luego vio a una viuda pobre: todo lo que tenía en el mundo eran dos *leptas*, blancas. El *lepton* era la moneda más pequeña, y su nombre quería decir «la delgada», así es que la compararemos con la moneda más pequeña de nuestro país; pero Jesús dijo que la ofrenda de la viuda valía más que lo que habían echado los ricos, porque era todo lo que tenía.

El valor de una ofrenda lo determinan dos cosas:

(i) *El espíritu con que se da.* Una ofrenda que se hace por obligación, a regañadientes o para presumir, pierde casi todo su valor. La única ofrenda que vale la pena es la que sale de un corazón de amor, la que se da con libertad y voluntad.

(ii) *El sacrificio que supone.* Lo que es una miseria para uno puede ser una fortuna para otro. Las ofrendas que los ricos dejaban caer para que todos las vieran y oyeran tintinear no les suponían ningún sacrificio; pero las dos blancas de la viuda eran todo lo que tenía. Probablemente los ricos ofrendaban después de calcular el valor de cada moneda. Ella daba con la máxima generosidad, porque no tenía más.

El dar no empieza a ser real hasta que duele. Un regalo no es señal de amor a menos que hayamos tenido que privarnos de algo o trabajar horas extraordinarias para hacerlo. ¡Qué pocos son los que le dan a Dios así! Alguien ha descrito a uno que cantaba fervorosamente

*Mi espíritu, alma y cuerpo, mi ser, mi vida entera, cual viva, santa ofrenda, entrego a Ti, mi Dios.
Mi todo a Dios consagro...*

mientras, sobaba cuidadosamente las monedas en el bolsillo para asegurarse de que no había ninguna de más de 5 pesetas entre las que iba a echar en la colecta.

Sería una señal de suprema insensatez el ser capaz de leer la historia de las dos blancas de la viuda sin hacer un examen de conciencia.

NUEVAS DE PROBLEMAS

Lucas 21:5-24

Había unos que hablaban de las bellezas del templo, como sus piedras labradas y sus ofrendas votivas; pero Jesús dijo:

De todas esas cosas que admiráis, se acerca el tiempo en que no quedará una piedra sobre otra y serán destruidos todos los edificios.

-Maestro -le preguntaron-, ¿cuándo pasará eso, y cómo podremos saber que está a punto de suceder?

-Tened cuidado con que no os engañen -siguió diciéndoles Jesús-. Vendrán muchos que pretenderán ser el Mesías, y que dirán: «¡Yo soy él!», y «¡Ha llegado el momento!»; pero no los sigáis. Y no os alarméis cuando oigáis que se producen guerras y sediciones; porque hace falta que todo eso suceda antes, pero todavía no será el fin. -Y Jesús siguió diciéndoles-: Unas naciones se levantarán contra otras, y unos reinos contra otros; habrá unos terremotos terribles, y hambrunas y plagas; todo el mundo estará aterrado, y habrá grandes portentos en los cielos. Pero antes de que suceda todo eso os apresarán, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y alas cárceles, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores porque tenéis relación conmigo. Entonces tendréis ocasión de dar testimonio de Mí. Hacedos el propósito de no preocuparos por lo que vais a decir en defensa vuestra; porque en ese momento Yo os daré una palabra y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir los que estén en contra vuestra. Os delatarán hasta vuestros mismos padres, hermanos, parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros, y todo el mundo os odiará por vuestra relación conmigo. Pero no se perderá inútilmente ni un cabello de vuestra cabeza. Mantendréis el control de vuestras personas a base de firmeza de carácter. Cuando veáis ejércitos sitiando a Jerusalén, no dudéis que ha llegado su destrucción. Los que estén entonces en Judea, que huyan a los montes; y los que estén en medio de Jerusalén, que se vayan; y los que estén en el campo, que no vuelvan a la ciudad: Porque esos serán los días de la retribución del Señor en los que se han de cumplir las Escrituras. ¡Pobres de las que estén entonces embarazadas o criando! Porque habrá innumerables desgracias en la

Tierra, y violencia desatada sobre el pueblo. Y caerán muchos afilo de espada, y a muchos llevarán cautivos a todas las naciones; los paganos hollarán a Jerusalén hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles.

EL TRASFONDO DEL CAPÍTULO

Desde el versículo 5 este capítulo es muy difícil. Su dificultad consiste en que se reflejan en él cuatro ideas diferentes:

(i) Está la idea del *Día del Señor*. Los judíos creían que el tiempo tiene dos edades: está la *edad presente*, que es completa e irremediablemente mala y que acabará en destrucción, y la *era por venir*, que sería la edad de oro de Dios y de la supremacía de los judíos. Pero entre ambas estaba el *Día del Señor*, que sería un tiempo terrible de cataclismos cósmicos y destrucción, los dolores de parto de la nueva era.

Sería un día de terror. < He aquí el Día del Señor viene, terrible y de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en soledad, y caer de ella a sus pecadores» (*Isaías 13:9*; comparar con *Joel 2:1, 2*; *Amós 5:18-20*; *Sofonías 1:14-18*). Vendría repentinamente: «El Día del Señor vendrá así como ladrón en la noche» (*1 Tesalonicenses 5:2*; comparar con *2 Pedro 3:10*). Sería un día en el que el universo sufriría sacudidas: «Las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor... Haré estremecer los cielos, y la Tierra se moverá de su lugar, en la indignación del Señor de los Ejércitos, y en el día del ardor de su ira» (*Isaías 13:10-13*; *Joel 2:30, 31*; *2 Pedro 3:10*).

El Día del Señor era una de las ideas básicas del pensamiento religioso en tiempos de Jesús; todo el mundo conocía estas terribles premoniciones. En este capítulo las vemos reflejadas en los versículos 9, 11, 25 y 26.

(ii) Está la *profecía de la destrucción de Jerusalén*, que se cumplió el año 70 d.C., después de un asedio en el que los habitantes llegaron al canibalismo y la ciudad fue tomada literalmente piedra a piedra. Josefo dice que un número increíble de 1.100.000 personas perecieron en el asedio, y 97.000 fueron llevadas cautivas. La nación judía fue borrada del mapa; el templo fue incendiado y desolado. En este pasaje se hace referencia a ese acontecimiento todavía futuro en los versículos 5, 6, 20-24.

(iii) Está la *Segunda Venida de Cristo*. Jesús estaba seguro de que iba a volver otra vez, y la Iglesia Primitiva esperaba su vuelta. Nos ayudará a comprender los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de la Segunda Venida si tenemos en cuenta que muchos de los detalles que estaban en relación con el Día del Señor se le aplicaron, como los versículos 27 y 28 de este capítulo. Antes de la Segunda Venida se esperaba que muchos pretendieran ser el Mesías, y que tuvieran lugar muchos cataclismos. A eso se refieren los versículos 7-9.

(iv) Está la idea de la *persecución por venir*. Jesús previó y predijo las cosas terribles que habrían de sufrir los suyos por su relación con Él en los días por venir. Se refieren a esto los versículos 12-17.

Este pasaje nos resultará más fácil de entender y provechoso si tenemos presente que no trata exclusivamente de un tema, sino de cuatro íntimamente relacionados.

EL PASAJE

Fue la referencia a las bellezas del templo lo que movió a Jesús a profetizar. Los pilares de los pórticos y de las columnatas eran de mármol blanco, de 12 metros de alto, hechos de un solo bloque de piedra. El adorno más famoso era la representación de una parra, toda de oro, con racimos de la altura de una persona. La mejor descripción del templo en los días de Jesús nos la ha dejado Josefo en su libro *Las Guerras de los Judíos*, libro V, sección 5: « La fachada del templo no carecía de nada que pudiera sorprender a los ojos o a la imaginación, porque estaba recubierta por todas partes de planchas de oro de gran peso, y a los primeros rayos del Sol reflejaba un esplendor ardiente, y obligaba a apartar la mirada a los que intentaban fijar en ella los ojos, exactamente igual que si hubieran querido mirar al Sol. Pero el templo les parecía a los extraños que lo miraban a distancia como una montaña cubierta de nieve; porque las partes que no estaban chapadas de oro eran extremadamente blancas.» A los judíos les parecía imposible que la gloria del templo fuera reducida a polvo.

En este pasaje aprendemos algunas cosas fundamentales acerca de Jesús y de la vida cristiana:

(i) Jesús sabía leer las señales de la Historia. Todos estaban ciegos al desastre que se les avecinaba, pero Él vio el alud que se le venía encima a Israel. Las cosas sólo se ven claras cuando se ven con la óptica de Dios.

(ii) Jesús era absolutamente sincero. «Eso -dijo a sus discípulos es lo que podéis esperar si decidís seguirme.» Una vez, en medio de una gran lucha por causa de la justicia, un líder heroico le escribió a un amigo: «Las cabezas ruedan por la arena; ven a añadir la tuya.» Jesús creía lo bastante en los hombres como para ofrecerles, no un camino fácil, sino un camino heroico.

(iii) Jesús les prometió a sus discípulos que nunca estarían solos cuando se enfrentaran con sus tribulaciones. Es evidente en la historia que han escrito los cristianos con sus vidas que, cuando estaban sufriendo torturas y esperando la muerte, sentían la presencia del Señor de una manera especialísima. La cárcel se convierte en un palacio, el patíbulo en un trono, la tormenta en una brisa grata, *cuando Cristo está con nosotros*.

(iv) Jesús les habló de una seguridad que sobrepasa a todas las amenazas de la Tierra. «Ni un pelo de vuestra cabeza va a sufrir daño.»

*1 Castillo fuerte es nuestro Dios, - defensa y buen escudo; con su poder nos libraré - en este trance agudo.
Con furia y con afán - acósanos Satán;
por armas deja ver - astucia y gran poder. Cual él no hay en la Tierra.*

*2 Nuestro valor es nada aquí, - con él todo es perdido; mas por nosotros pugnará - de Dios el Escogido.
¿Sabéis quién es? ¡Jesús, - el que venció en la Cruz, Señor de Sabaot! - ¡Y, pues Él solo es Dios,
Él triunfa en la batalla!*

MARTÍN LUTERO - JUAN B. CABRERA

¡EN GUARDIA!

Lucas 21:25-37

-Entonces habrá portentos en el Sol, en la Luna y en las estrellas, y las naciones no sabrán qué camino tomar, aterradas por el rugido del mar y de las olas, y los hombres desfallecerán de miedo ante lo que amenaza con sobrevenirle a la Tierra. Porque los cuerpos celestes sufrirán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gloria y poder inmensos. Cuando todo esto empiece a suceder, erguíos y levantad la cabeza, porque ya faltará poco para vuestra redención.

Jesús les dijo también una parábola para ilustrar su enseñanza:

-Fijaos en la higuera y en todos los demás árboles: cuando veis que ya empiezan a brotar, sabéis sin que nadie os lo diga que se acerca el buen tiempo. Pues, lo mismo cuando veáis suceder estas cosas: tomad nota de que el Reino de Dios está cerca. Os aseguro que no pasará el tiempo de esta generación sin que suceda todo esto. Antes desaparecerán los cielos y la Tierra que dejen de cumplirse mis palabras. Andaos con mucho cuidado para que no se os entorpezca el corazón por causa de la glotonería y la embriaguez y de los intereses de esta vida, y ese Día os sobrecoja por sorpresa; porque caerá como una red sobre los pobladores de la Tierra. Manteneos en guardia, orando continuamente para estar en forma para sobrevivir a todo lo que ha de suceder y estar firmes ante el Hijo del Hombre.

Jesús se pasaba el día enseñando en el templo, y de noche salía de la ciudad y se iba a dormir al raso en el monte de los Olivos. Y ala mañana siguiente venía otra vez toda la gente a escucharle en el templo.

Aquí hay dos ideas principales:

(i) La de la *Segunda Venida de Cristo*. Sobre esto ha habido muchas discusiones y especulación; cuándo y cómo será no se nos ha concedido saber. Pero lo más importante es que la Historia se dirige a una culminación. Los estoicos pensaban en la Historia como un movimiento circular. Decían que cada tres mil años el mundo sufría una gran conflagración, y luego empezaba otra vez y la Historia se repetía. Eso quería decir que la Historia no iba a ninguna parte, y que la humanidad no hacía más que darle vueltas a la noria. La concepción cristiana de la Historia es que tiene una meta, y esa meta se alcanzará cuando Jesucristo sea Señor de todo. Eso es todo lo que sabemos y necesitamos saber.

(ii) Se hace hincapié en la *necesidad de estar en guardia*. El cristiano no debe llegar a creer que se encuentra en una situación definitiva; sino más bien en un continuo estado de espera. Cierta novelista tiene en uno de sus libros un personaje que no se rebaja a hacer ciertas cosas. «Yo sé -dice- que algún día sucederá algo importante en mi vida, y quiero estar preparada para recibirlo.» Debemos vivir constantemente a la sombra de la eternidad, en la seguridad de que nos estamos preparando para aparecer ante Dios. No puede haber nada más interesante para un cristiano.

(iii) Jesús pasaba el día en el templo entre la gente, y la noche bajo las estrellas con Dios. Recibía la fuerza para encontrarse con las multitudes en aquellos momentos de soledad con Dios. Podía enfrentarse con los hombres porque venía de la presencia de Dios.

Y SATANÁS ENTRÓ EN JUDAS

Lucas 22:1-6

Estaba próxima la fiesta de los ázimos, más generalmente conocida como la Pascua. Los principales sacerdotes y los escribas estaban buscando la manera de acabar con Jesús, pero no les resultaba fácil porque tenían miedo de la reacción de la gente. Entonces Satanás entró en Judas, alias < El Iscariote>, que era uno de los Doce, y este fue a los principales sacerdotes y los oficiales de la policía del templo para convenir con ellos la manera de entregarles a Jesús.

Ellos se alegraron de que se les presentara una oportunidad, y llegaron al acuerdo de darle dinero a Judas por sus servicios, y él se comprometió a buscar la ocasión para entregarles a Jesús a espaldas de la gente.

Era el tiempo de la Pascua cuando Jesús llegó a Jerusalén para morir. La fiesta de los ázimos, o pan sin levadura, no era exactamente lo mismo que la Pascua. La fiesta de los ázimos duraba una semana, del 15 al 21 de Nisán (Abril), y la Pascua se comía el 15 de Nisán, en conmemoración de la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto (Éxodo 12). Aquella noche, el ángel de la muerte había matado a los primogénitos de todas las familias egipcias, pero *había pasado por alto* -eso quiere decir la palabra *pésaj, pascua*- los hogares de los israelitas, porque tenían el dintel de sus puertas marcado con la sangre del cordero. Aquella noche tomaron con tanta prisa su última cena en Egipto para salir huyendo inmediatamente que no comieron pan con levadura, porque habría requerido más tiempo esperar a que se leudara la masa antes de cocerla.

Se elaboraban muchos preparativos para la fiesta de la Pascua; se reparaban las carreteras, se aseguraban los puentes, y se enjalbegaban las tumbas que estaban cerca de los caminos para que ningún peregrino se contaminara por tocarlas inadvertidamente. El mes anterior la tradición y el significado de la Pascua eran el tema de la enseñanza en las sinagogas. Dos días antes de la Pascua se llevaba a cabo en todos los hogares una búsqueda ritual de levadura: el cabeza de familia llevaba un candil y buscaba solemnemente y en silencio por todos los rincones y las rendijas hasta que se tiraba la última partícula de levadura, es decir, de pan normal.

Todos los varones judíos mayores de edad que vivieran a un máximo de 25 kilómetros de Jerusalén tenían que ir allí a celebrar la Pascua; pero era el sueño de todos los judíos, y aún lo es, el celebrar la Pascua en Jerusalén por lo menos una vez en la vida. Por eso había tantos peregrinos en Jerusalén en el tiempo de la Pascua. El gobernador de Palestina en tiempos de Nerón era un tal Cestio. Nerón trataba de quitarle importancia a la religión judía, y Cestio, para convencerle, hizo el censo de los corderos que se mataron en cierta Pascua. Josefo nos dice que fueron 256.500. Ahora bien, la ley establecía que habían de ser diez los comensales para celebrar la Pascua; lo que quiere decir que, en aquella ocasión, si las cifras son correctas, habría más de 2.700.000 entre peregrinos y residentes en Jerusalén. Fue en una ciudad abarrotada de público donde se representó el último acto del drama final de la vida de Jesús.

La atmósfera siempre era inflamable en el tiempo de la Pascua. El cuartel general del gobierno romano estaba en Cesárea y, normalmente, bastaba con un destacamento reducido de tropas estacionadas en Jerusalén; pero en la Pascua había muchos más.

Así que el problema de las autoridades judías era cómo arrestar a Jesús sin provocar un levantamiento; y vieron la solución en la traición de Judas. Satanás entró en Judas.

(i) De la misma manera que Dios está siempre buscando personas que sean sus instrumentos, también Satanás. Una persona puede ser un instrumento para bien o para mal, de Dios o del diablo. Los seguidores del zoroastrismo creen que el universo es el campo de batalla entre el dios de la luz y el de las tinieblas, y todos los seres humanos tienen que escoger un bando. Nosotros también sabemos que una persona puede estar al servicio de la luz o de las tinieblas.

(ii) Pero es verdad que Satanás no podría haber entrado en Judas si Judas no le hubiera abierto la puerta. La puerta del corazón humano no tiene la manija por fuera, y sólo se puede abrir desde dentro.

De nosotros depende si vamos a ser un instrumento de Satanás o de Dios. Podemos alistarnos al servicio de uno de los dos. ¡Que Dios nos ayude a escoger su partido!

LA ÚLTIMA CENA JUNTOS

Lucas 22:7-23

Cuando llegó el día de los ázimos, que es cuando hay que sacrificar el cordero pascual, Jesús mandó por delante a Pedro y a Juan, a los que dijo:

-Id a prepararnos la cena de la Pascua que vamos a comer juntos.

-¿Dónde quieres que la preparemos? -le preguntaron ellos.

-Fijaos -les dijo-: cuando entréis en la ciudad os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta que le veáis entrar en una casa, y allí le decís al padre de familia: «De parte del Maestro, que dónde está el cuarto de los huéspedes donde ha de comer el cordero pascual con sus discípulos.» Él os indicará un salón grande en el piso de arriba, con la mesa y los asientos. Allí es donde tenéis que hacer los preparativos.

Pedro y Juan fueron, y lo encontraron todo como les había dicho Jesús, y prepararon la cena de la Pascua.

Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa con los apóstoles, y les dijo:

-¡Qué ganas tenía de comer con vosotros esta cena de Pascua antes de padecer! Porque os aseguro que ya no la voy a comer más hasta que se haga realidad en el banquete del Reino de Dios.

Entonces le pasaron la copa, y Él la tomó y dio gracias a Dios diciendo:

-Coged esto y compartidlo; porque os aseguro que ya no voy a beber más vino hasta que se haga realidad el Reino de Dios.

Luego cogió un pan, y dio gracias a Dios, y lo partió en trozos y se los repartió, diciendo:

-Esto significa mi cuerpo, entregado por amor de vosotros. Haced esto para acordaros de Mí.

De la misma forma, cogió la copa después de la cena, y dijo:

-Esta copa representa el nuevo pacto entre Dios y el hombre que se hace posible al precio de mi sangre, que se derrama por amor de vosotros. Pero la mano del traidor está aquí conmigo a esta mesa; porque este Hijo del Hombre sigue el camino que le estaba preparado; pero, ¡ay del hombre que comete esta traición!

Entonces los Doce empezaron a preguntarse unos a otros quién de ellos sería el que hiciera eso.

De nuevo vemos que Jesús no dejó las cosas para el último momento. Se había formado un plan, y lo llevaba a cabo.

Las casas de más categoría tenían dos habitaciones, una encima de la otra; de modo que la casa parecía formada por dos cajas, la más pequeña encima de la otra. A la habitación de arriba se llegaba por una escalera exterior. En el tiempo de la Pascua el hospedaje era gratuito en Jerusalén. Lo único que el hospedador podía recibir por el alojamiento de peregrinos era la piel del cordero que se comían en la fiesta. La habitación de arriba se solía usar para que se reuniera un rabino con sus discípulos predilectos para hablar con ellos en la intimidad.

Jesús había tomado medidas para disponer de una habitación así. Envío por delante a Pedro y a Juan a la ciudad para buscar a un hombre con un cántaro de agua. El acarrear el agua era cosa de mujeres. Sería tan fácil descubrir a un hombre que llevara un cántaro, como en una de nuestras ciudades descubrir a alguien con un paraguas de señora abierto en un día radiante de sol. Según esta suposición, esta sería la consigna convenida entre Jesús y su amigo de Jerusalén.

La fiesta se estaba celebrando, y Jesús usó los símbolos tradicionales para darles un nuevo significado.

(i) Dijo del pan: «Esto significa mi cuerpo, entregado por amor de vosotros.» Aquí tenemos lo que se suele llamar un *sacramento*. Un sacramento es algo, por lo general ordinario, que ha adquirido un significado nuevo y extraordinario para el que tenga ojos para ver y un corazón para entender. No hay nada especialmente teológico ni misterioso en esto.

Muchos tenemos un cajón lleno de baratijas y cosas que no queremos tirar, porque nos recuerdan a personas o situaciones que nos son queridas. Son cosas corrientes, pero tienen un valor especial para nosotros. Esto es un sacramento.

Cuando enterraron a Nelson en la catedral de San Pablo, unos marinos llevaron el ataúd hasta la tumba. Uno que estuvo presente escribió: «Con reverencia y con eficacia bajaron a la tumba el cuerpo del más grande almirante del mundo. Y entonces, como si obedecieran a una orden de corneta, como un solo hombre, cogieron la bandera británica con la que había estado cubierto el ataúd y la rasgaron en tiras, y cada uno se llevó una como *souvenir* de tan ilustre hecho.» Aquel trocito de paño de color, toda la vida les hablaría del almirante que tanto habían admirado y querido. Eso es un sacramento.

El pan que tomamos en la Comunión es pan corriente; pero para el que tiene el corazón dispuesto a sentir y entender, es el mismo cuerpo de Cristo.

(ii) Dijo de la copa: «Esta copa representa el nuevo pacto entre Dios y el hombre que se hace posible al precio de mi sangre, que se derrama por amor de vosotros.» En su sentido bíblico, *pacto* es la relación entre el hombre y Dios. Dios se acercó en su gracia al hombre, y el hombre se comprometió a obedecer y cumplir la ley de Dios (*Éxodo 24:1-8*). La continuidad de ese pacto dependía de que el hombre cumpliera su compromiso y obedeciera esa ley. Pero el hombre ni pudo ni puede, y el pecado interrumpe la relación entre el hombre y Dios. Todo el sistema sacrificial de Israel estaba diseñado para restaurar esa relación por medio de los sacrificios que hacían expiación por el pecado. Lo que dijo Jesús fue: «Con mi vida y con mi muerte he hecho posible una nueva relación entre vosotros y Dios. Sois pecadores, es cierto; pero, porque Yo he muerto por vosotros, ahora sois amigos, y no enemigos de Dios.» Costó la vida de Jesús el restaurar la relación perdida entre Dios y los hombres.

(iii) Jesús dijo: «Haced esto para acordaros de Mí.» Jesús sabía lo fácilmente que olvida la mente humana. Los griegos decían que «el tiempo borra todas las cosas»; como si la mente fuera una pizarra, y el tiempo la esponja que se usa para limpiarla. Jesús decía: «Con la prisa y las preocupaciones, os olvidaréis de Mí. La gente olvida porque no lo puede evitar. Entrad cuando en cuando a la paz y tranquilidad de mi casa, y haced esto otra vez con mi pueblo y os acordaréis.»

La presencia del traidor a la mesa hacía la tragedia aún más trágica. Jesucristo tiene a su mesa siempre que se celebra la Comunión los que le traicionan; porque, si en la Casa del Señor nos comprometemos con Él y luego en nuestra vida salimos para negarle, somos traidores a su causa.

RIVALIDAD ENTRE LOS DISCÍPULOS DE CRISTO

Lucas 22:24-30

Entonces los discípulos se pusieron a discutir cuál de ellos había que considerar como el más importante. Pero Jesús les dijo:

-Los reyes de los países se comportan realmente como si fueran dueños y señores, y los máximos dignatarios se dan el título de «bienhechores»; pero entre vosotros no tiene que pasar eso, sino que el más importante se tiene que comportar como el menos importante, y el líder, como el último servidor. Porque, ¿quién es más, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que es el que se sienta a la mesa? Pues fijaos: Yo estoy entre vosotros como el que sirve.

Vosotros sois los que siempre habéis estado de mi parte cuando me atacaban. Mi Padre es el que me ha concedido la dignidad de Rey, y Yo os concedo el privilegio de comer y beber a mi mesa en mi Reino, y que os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Es una de las cosas más amargamente trágicas del relato evangélico el que los discípulos se pusieran a discutir sus prerrogativas a la sombra de la Cruz. Los sitios a la mesa en una fiesta judía estaban muy definidos. La mesa estaba dispuesta en forma de cuadrado, con uno de los lados abierto. A la cabecera se sentaba el anfitrión; a su derecha, el huésped más honorable; a su izquierda, el siguiente en cuanto a honor; luego, siempre por orden jerárquico, el segundo de la derecha, el segundo de la izquierda, y así hasta el final de la mesa. Los discípulos habían estado peleándose por los puestos, porque todavía no se habían desembarazado de la idea de un reino terrenal. Jesús les dijo tajantemente que las dignidades de su Reino no eran como las de este mundo. En la Tierra, un rey vale tanto como el poder que ostenta. Uno de los títulos más corrientes para un rey oriental era, en griego, *Euergetes*, que quiere decir *Bienhechor*. Jesús dijo: < En mi Reino, el que obtiene ese título no es el rey, sino el servidor.>

(i) Lo que necesita el mundo es servicio. Lo curioso es que el mundo de los negocios lo sabe. Bruce Barton señala que el título que más se encuentra en la carretera es el de *Estación de Servicio*. Era la pretensión de cierta empresa que «Nosotros nos metemos debajo de su coche con más facilidad y nos ponemos más guarros que la competencia.» Lo raro es que hay más peleas sobre las dignidades y más preocupación acerca del puesto que le corresponde a cada uno en la iglesia que en ningún otro sitio. El mundo necesita y reconoce el servicio.

(ii) Es el que está dispuesto a servir más que nadie el que realmente sube. El empleado se va a casa a su hora, y se olvida del trabajo hasta la mañana siguiente, mientras que la luz sigue encendida en la oficina del encargado o del ejecutivo hasta las tantas. Muchas veces se veía la luz de la oficina de John D. Rockefeller todavía encendida cuando ya estaban apagadas las demás del edificio. El servicio produce grandeza; y cuanto más alto llega una persona, mejor servicio podrá prestar.

(iii) Podemos fundar la vida, o en dar, o en recibir; pero si la fundamos en el recibir nos perderemos la amistad de los hombres y la recompensa de Dios, porque a nadie le cae bien el que no piensa más que en lo que pueda sacar.

(iv) Jesús acabó sus advertencias prometiendo a sus discípulos que los que habían estado con Él en la lucha estarían con Él en el Reino. Dios no queda en deuda con nadie. Los que compartan la Cruz de Cristo compartirán un día su corona.

LA TRAGEDIA DE PEDRO

Lucas 22:31-38 y 54-62

Dijo también el Señor a Pedro:

- ¡Simón, Simón! Fijaos que Satanás ha reclamado el derecho de pasar por la piedra vuestra fidelidad; en cuanto a ti, yo he orado para que no falle la tuya. Cuando hayas vuelto a tu puesto, ayuda a tus hermanos a mantenerse firmes.

- ¡Señor -le contestó Pedro-, estoy dispuesto a ir contigo, no sólo a la cárcel, sino a la muerte!

- Pedro -le dijo Jesús-, te advierto que antes que cante el gallo habrás negado tres veces que me conoces.

Y dijo a los demás:

- ¡Echasteis algo de menos cuando os envié sin cartera ni bolsa ni calzado?

Ni lo más mínimo -le contestaron.

- Pues ahora es diferente -continuó diciéndoles Jesús-; el que tenga cartera, que la lleve consigo, y lo mismo con la bolsa; y el que no tenga espada, que venda la chaqueta y se compre una. Porque os advierto que todavía se tiene que cumplir en Mí aquello que está escrito: «Le tratarán como a un malhechor.» Y es que lo que está escrito de Mí se tiene que cumplir.

- Señor, aquí hay dos espadas -le dijeron entonces.

- ¡Pues basta! -les contestó Jesús.

Cuando le prendieron, le llevaron a la fuerza a la casa del Sumo Sacerdote, y Pedro le seguía a cierta distancia. La gente encendió fuego en medio del patio, y se sentaron alrededor, y Pedro se sentó también con los demás. Pero una criada que le vio sentado al fuego, se le quedó mirando y dijo:

- ¡Este también estaba con él!

- ¡Mujer, pero si yo ni le conozco! -negó Pedro. Pero un poco después le vio otro, y dijo:

- ¡Tú también eres de ellos!

- ¡No, hombre, no soy! -dijo Pedro por segunda vez. Y a eso de una hora después, otro aseguró:

- No hay duda de que este también estaba con él, porque es galileo.

- ¡Hombre -dijo Pedro-, no sé de qué hablas!

Y en seguida, mientras Pedro estaba todavía hablando, cantó el gallo. El Señor se volvió, y miró a Pedro; y Pedro se acordó de que el Señor le había dicho: «Antes que cante el gallo me negarás tres veces. » Y Pedro se salió afuera, y se puso a llorar amargamente.

Vamos a tomar la historia de la tragedia de Pedro en conjunto. Pedro era una extraña mezcla.

(i) A pesar de la negación, era fundamentalmente leal. H. G. Wells dijo una vez: «Uno puede ser mal músico y sin embargo estar apasionadamente enamorado de la música.» Por encima de lo que hizo, y aunque su fallo fue terrible, estaba apasionadamente consagrado a Jesús. Hay esperanza para el que, hasta cuando cae en pecado, está comprometido con la bondad.

(ii) Pedro estaba advertido. Jesús se lo había advertido directa e indirectamente. Los versículos 33 a 38, con la conversación sobre las espadas, son extraños. Pero lo que quieren decir es que Jesús estaba diciendo: «Hasta ahora me habéis tenido siempre con vosotros. Dentro de poco vais a depender de vuestros propios recursos. ¿Y qué vais a hacer? El peligro

no va a consistir en que no tengáis nada, sino en que vais a tener que luchar para subsistir.» Esto no era sugerirles que usaran las armas, sino simplemente una manera oriental de decirles a los discípulos que su vida estaba en juego. No se puede decir que a Pedro no se le advirtió de la seriedad y el peligro de la situación, y de su propia vulnerabilidad.

(iii) Pedro se pasaba de confiado. Si uno dice: «Yo no voy a hacer *eso* nunca», *eso* es con lo que tiene que tener más cuidado. Una y otra vez se han tomado castillos porque los atacantes siguieron la ruta que parecía inexpugnable e inescalable, y los defensores no la estaban guardando. Satanás es astuto: ataca el punto del que más seguro está uno, *demasiado seguro*, porque sabe que estará desguarnecido.

(iv) Para ser justos tenemos que reconocer que Pedro fue uno de los dos discípulos (*Juan 18:15*) que tuvo el valor de seguir a Jesús hasta el patio de la casa del Sumo Sacerdote. Pedro tuvo que arrostrar una tentación que sólo se le podía presentar a un hombre valiente. El valiente siempre corre más riesgos que el cauteloso. El exponerse a la tentación es el peligro que corre el que es arriesgado en pensamiento y en acción. Puede que sea mejor sucumbir en una empresa noble que huir para no emprenderla.

(v) Jesús no le habló a Pedro con ira, sino le miró con pena. Probablemente Pedro habría preferido que Jesús se hubiera vuelto y se lo hubiera echado en cara; pero aquella mirada muda y apesadumbrada le atravesó el corazón como una espada y le abrió la fuente de las lágrimas. El castigo del pecado es ver en los ojos de Jesús, no su ira, sino el dolor de su corazón porque le hemos fallado.

(vi) Jesús le dijo a Pedro algo muy hermoso: «Cuando hayas vuelto a tu puesto, ayuda a tus hermanos a mantenerse firmes.» Es como si le dijera: «Me vas a negar, y llorarás amargamente; pero el resultado será que estarás mejor capacitado para ayudar a tus hermanos que tengan que pasarlo.» No podemos ayudar de veras a otro a menos que hayamos pasado por el mismo horno de aflicción o el mismo abismo de vergüenza. Se dice de Jesús: «Él puede ayudar a los que lo están pasando porque Él lo ha pasado también» (*Hebreos 2:18*). El experimentar la vergüenza del fracaso no es sin fruto, porque nos da la compasión y la comprensión que no tendríamos de otra manera.

HÁGASE TU VOLUNTAD

Lucas 22:39-46

Jesús salió en la dirección acostumbrada al monte de los Olivos, seguido de sus discípulos. Cuando llegó al lugar adonde iba, les dijo:

-Pedidle a Dios que no tengáis que arrostrar la furia de la tentación.

Jesús se apartó de ellos a una distancia de un tiro de piedra, y se puso a orar de rodillas:

-Padre, si te parece bien, líbrame de tener que apurar este cáliz; pero que suceda lo que Tú quieres, no lo que quiero yo.

Entonces se le apareció un ángel del Cielo para darle fuerzas. Jesús estaba experimentando una verdadera agonía, y oraba cada vez más intensamente; y le caían hasta la tierra grandes gotas de un sudor de sangre. Pasado algún tiempo se levantó de la postura de la oración, y vino adonde estaban sus discípulos, y los encontró dormidos de pura tristeza.

-¿Cómo podéis dormir? ¡Levantaos y orad para que no tengáis que arrostrar la furia de la tentación!

El espacio era tan limitado en Jerusalén que no había jardines. La gente acomodada tenía jardines privados en el monte de los Olivos. Algún amigo de Jesús le permitiría usar su jardín, y allá se retiró a pelear su solitaria batalla. Sólo tenía treinta y tres años, y nadie quiere morir a esa edad. Sabía lo que era la crucifixión. Estaba en *agonía*; la palabra griega se refiere a la lucha desesperada por la vida. No hay escena comparable en toda la Historia. Era el momento decisivo de la vida de Jesús. Todavía podía volverse atrás y evitarse la cruz. La salvación del mundo estaba pendiente de aquella decisión de Jesús mientras sudaba grandes gotas de sangre en Getsemaní. ¡Y Él venció!

Un famoso pianista dijo del Nocturno en Do sostenido de Chopin: «Tengo que contároslo. Chopin se lo dijo a Liszt, y él me lo dijo a mí. En esta pieza todo es dolor y tristeza. ¡Y qué dolor y tristeza!, hasta que empieza a hablar con Dios y a orar; entonces todo vuelve a estar bien.» Eso fue lo que pasó con Jesús. Fue a Getsemaní a oscuras, y salió con luz, porque había hablado con Dios. Fue a Getsemaní en agonía, y salió de allí en victoria y con paz en el alma, porque había hablado con Dios.

Todo depende de la forma en que digamos: «Hágase tu voluntad.»

(i) Puede decirse en un tono de resignación impotente, como el que se sabe en las garras de un poder contra el que no puede luchar. Esas palabras pueden indicar la muerte de la esperanza.

(ii) Puede decirse como si uno hubiera llegado a una rendición total, en reconocimiento de una derrota completa.

(iii) Puede decirse en un tono de frustración porque el sueño que se esperaba no se va a realizar. Estas palabras pueden ir cargadas de desilusión y hasta rabia, porque no hay nada que se pueda hacer.

(iv) Puede decirse con el acento de una confianza perfecta. Así es como lo dijo Jesús. Estaba hablando con Uno que es un Padre, con un Dios cuyos brazos eternos le sostenían y rodeaban aun en la cruz. Se sometía, pero a un amor que no le dejaría. Lo más difícil de la vida es aceptar lo que no podemos entender; pero hasta eso lo podemos hacer si hemos recibido en Cristo la seguridad del amor de Dios.

¡Cristo, mi alegría, - pan del alma mía, siempre fiel a mí!

¡Cómo te he buscado, - cómo me he angustiado sediento de Ti!

Siempre tuyo quiero ser, - nada anhelo en este mundo sino sólo a Ti.

2 A su amor me entrego - y a Satán no temo: no puede dañar.

Aunque el mundo tiemble, - mi temor ardiente Jesús calmará.

El dolor puede atacar - y el pecado asaltarme: ¡Él no ha de fallarme!

3 Cuando la tristeza - llame a mi puerta, ¡Cristo, alégame!

Si Tú estás conmigo, - mi aflicción olvido. ¡Tenme junto a Ti!

Y, aunque gima de dolor - cantará el alma mía: ¡Cristo, mi alegría!

JOHANN FRANK - FEDERICO FLIEDNER

EL BESO DEL TRAIADOR

Lucas 22:47-53

Todavía estaba Jesús hablando cuando se presentó una pandilla dirigida por el que se llamaba Judas, uno de los Doce, que se acercó a Jesús para darle un beso. Jesús le dijo:

Judas, ¿vas a traicionar al Hijo del Hombre con un beso?

Cuando los camaradas de Jesús vieron lo que iba a suceder, dijeron:

-Maestro, ¿quieres que tiremos de espada?

Y uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha.

-¡Basta! ¡Dejadlos! -dijo Jesús; y tocó la oreja del herido, y le sanó. Y luego se dirigió a los principales sacerdotes, a los oficiales de la policía del templo y a los ancianos que habían venido contra Él-: ¿Por qué habéis salido a detenerme con espadas y con palos como si fuera un bandolero? ¡He estado todos estos días con vosotros en el templo, y no me habéis echado mano! Pero esta es vuestra ocasión, bajo la protección de las tinieblas.

Judas había encontrado la manera de traicionar a Jesús de forma que las autoridades se le pudieran echar encima cuando no hubiera gente. Sabía que Jesús acostumbraba a ir por las noches al jardín de la colina, y allí guió a los emisarios del Sanedrín. El capitán del templo, el *sagán*, era responsable del buen orden en el lugar sagrado; los oficiales que se mencionan aquí eran sus subalternos, que estaban a cargo del arresto de Jesús. Cuando un discípulo se encontraba con su querido rabino, le ponía la mano derecha en el hombro izquierdo y la izquierda en el derecho, y le daba un beso. Fue el beso del discípulo al maestro el que Judas usó como señal de su traición.

Hay cuatro personajes implicados en la escena del arresto, y son significativas las acciones y reacciones de cada uno:

(i) Tenemos a Judas, el traidor. Era un hombre que había *dejado a Dios* para hacerse aliado de Satanás. Sólo cuando se ha echado a Dios de la vida y recibido a Satanás se puede llegar tan bajo como para vender a Cristo.

(ii) Tenemos a los judíos que habían venido a arrestar a Jesús. Estaban *ciegos para Dios*. Cuando Dios encarnado vino a la Tierra, en lo único que podían pensar era en cómo le podían empujar a la cruz. Llevaban tanto tiempo siguiendo su propio camino y cerrando los oídos y los ojos a la voz y a la luz de Dios que, al final, ya no le pudieron reconocer cuando vino. Es terrible ser sordo y ciego para Dios.

(iii) Tenemos a los discípulos. Eran hombres que *de momento habían olvidado a Dios*. Se les había hundido el mundo, y estaban convencidos de que aquello era el fin. En lo último que pensaban entonces era en Dios; en lo único que pensaban era en la terrible situación en que se encontraban. Al que se olvida de Dios y le excluye de la situación le pueden pasar dos cosas: o se aterra y desarticula totalmente, o pierde el poder para enfrentarse con la vida y resolver la situación. En tiempo de prueba, la vida es *invivable* sin Dios.

(iv) Tenemos a Jesús. Era el único en toda la escena que *se acordaba de Dios*. Lo maravilloso de Jesús en aquellos últimos momentos era su absoluta serenidad una vez que pasó Getsemaní. Aun en su arresto, parecía ser el que estaba en el control de la situación; hasta en su juicio, Él era el juez. El que vive con Dios puede resolver cualquier situación y mirar impertérrito a los ojos a cualquier enemigo. Sólo cuando un hombre se ha sometido a Dios puede estar por encima de las circunstancias.

BURLAS Y LATIGAZOS Y JUICIO

Lucas 22:63-71

Los hombres que estaban custodiando a Jesús se pusieron a burlarse de Él y a golpearle; le vendaron los ojos, y le pegaban en la cara mientras le preguntaban:

- ¡Anda, profeta, adivina quién es el que te ha dado!

Y apilaban insultos sobre Él. Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al Sanedrín.

- ¿Eres tú el Mesías? -le preguntaron directamente-. ¡Dínoslo!

- Si os dijera que sí, no me creeríais -les contestó Jesús-; y si soy Yo el que os hago preguntas, ni me contestaréis ni me dejaréis en libertad. Pero a partir de este momento el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del Dios todopoderoso.

- Entonces, ¿es que tú eres el Hijo de Dios? preguntaron.

- ¡Vosotros lo habéis dicho!

- ¡Para qué necesitamos más testigos! ¡Él mismo se ha delatado!

Aquella noche habían llevado a Jesús al Sumo Sacerdote para un interrogatorio privado y oficioso, con el propósito de refocilarse y tratar de pillarle en algo de lo que pudieran acusarle oficialmente. Después de eso entregaron a Jesús a los policías del templo para que le custodiaran, pero estos se aprovecharon para divertirse cruelmente a su costa. Cuando llegó la mañana le llevaron al Sanedrín.

El Sanedrín era el tribunal supremo de los judíos, que tenía jurisdicción especialmente en cuestiones religiosas. Lo formaban setenta miembros, entre los que figuraban escribas, rabinos y fariseos, sacerdotes y saduceos, y ancianos. No se podía reunir cuando estaba oscuro; porque, decían, cuando no se puede distinguir un hilo blanco de otro negro, ¿cómo se podrá distinguir la verdad del error? Así es que fue por eso por lo que esperaron a la mañana para llevar a Jesús. El Sanedrín sólo se podía reunir en el salón de la Piedra Tallada, en el recinto del templo. El presidente era el Sumo Sacerdote.

Se han conservado las reglas de procedimiento del Sanedrín, que eran probablemente ideales, aunque no se cumplían nunca del todo; pero, por lo menos, nos permiten conocer lo que los judíos consideraban que debía ser el Sanedrín, y cuánto faltó para que se cumpliera en el juicio de Jesús.

El tribunal se sentaba en semicírculo, para que cada uno pudiera ver a todos los demás. El reo se colocaba enfrente del tribunal, vestido con ropas de duelo. Detrás de él se sentaban filas de estudiantes y discípulos de los rabinos, que podían hablar en defensa del acusado, pero no en contra. Las vacantes que se produjeran entre los miembros del tribunal se permitía que las cubrieran algunos de estos estudiantes. Todas las acusaciones tenían que probarse por la evidencia de dos testigos, examinados independientemente. Estaba permitido que un miembro del tribunal hablara primero en contra del acusado y luego cambiara de parecer y hablara a su favor, pero no viceversa. Cuando se llegaba el momento de dar el veredicto, todos los miembros del tribunal tenían que emitir su juicio individualmente, empezando por los más jóvenes hasta acabar por el más anciano. Para la absolución era suficiente con la mayoría de un voto, pero para la condenación se necesitaban por lo menos dos votos. La sentencia de muerte no se podía ejecutar el mismo día que se pronunciaba; tenía que pasar una noche, para que el tribunal durmiera, y considerara si debía aplicar la piedad. Todo el procedimiento estaba diseñado para que prevaleciera la gracia; y, hasta en el breve relato de Lucas, está claro que el Sanedrín no cumplió sus reglas en el caso del juicio de Jesús.

Hay que notar que el crimen del que se acusaba a Jesús era blasfemia. El pretender ser el Hijo de Dios era un insulto a la majestad de Dios, y por tanto blasfemia, que se castigaba con la muerte.

Es el hecho trágico que, cuando Jesús pidió amor, ni siquiera recibió justicia. Es el hecho glorioso que Jesús, aun saliendo de una noche de interrogatorios maliciosos, burlas y malos tratos, no tenía la menor duda de que se sentaría a la diestra de Dios y su victoria era segura. Tenía una fe que desafiaba a los hechos. Él nunca pensó, ni por un momento, que los hombres podían derrotar el propósito de Dios.

JUICIO ANTE PILATO Y SILENCIO ANTE HERODES

Lucas 23:1-12

Inmediatamente se levantó la sesión, y todos a una llevaron a Jesús a Pilato. Cuando llegaron ante él, se pusieron a acusar a Jesús:

-Hemos descubierto a este -dijeron- conspirando para provocar problemas políticos en nuestra nación, a intentando que la gente deje de pagar tributo al Emperador, y pretendiendo ser un rey, el Mesías.

Pilato entonces le preguntó a Jesús:

-¿Eres tú el rey de los judíos?

-¡Tú lo has dicho! -le contestó Jesús.

Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la gente:

-Yo no veo que este sea culpable de ningún crimen.

- ¡Está alborotando a la gente, difundiendo su propaganda por toda Judea; empezó en Galilea y ahora ha llegado hasta aquí! porfiaban ellos.

Cuando les oyó mencionar a Galilea, Pilato preguntó si Jesús era de allí. Y al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Jesús, aprovechando que Herodes se encontraba en Jerusalén aquellos días. Herodes dio muestras de estar encantado de ver a Jesús, porque hacía mucho tiempo que lo estaba deseando, por lo mucho que había oído hablar de Él; esperaba verle hacer algún milagro. Herodes le hizo muchas preguntas a Jesús; pero Jesús no le contestó a nada. A todo esto, los sacerdotes y los escribas estaban allí acusando a Jesús con saña. Por último Herodes, rodeado de sus soldados, se puso a mostrarle su desprecio a Jesús y a burlarse de El; le vistió con un atuendo regio, y se le devolvió a Pilato. Con este motivo se reconciliaron Pilato y Herodes, que hacía tiempo que estaban enemistados.

En tiempos de Jesús los judíos no tenían autoridad para ejecutar la pena capital, que tenía que imponer el procurador romano y ser ejecutada por las autoridades romanas. Por eso llevaron los judíos a Jesús a Pilato. El crimen del que le acusaban da muestra a todas luces de su malignidad. Ante el Sanedrín, el crimen había sido la blasfemia, porque Él había osado llamarse Hijo de Dios. Esa acusación ni se le mencionó a Pilato; porque sabían que no tendría ningún peso para él, sino que la habría considerado cosa de la religión o de la superstición judía. El cargo que querían sustanciar contra Jesús era exclusivamente político, y lleva el sello de la mentalidad y astucia de los saduceos. De hecho fueron los saduceos aristócratas y colaboracionistas los que consiguieron la crucifixión de Jesús, porque temían que resultara un elemento disturbador y produjera una situación en la que ellos perdieran la riqueza y el poder que tenían.

La acusación ante Pilato era realmente triple. Acusaban a Jesús de: (a) agitación sediciosa; (b) animar a la gente a no pagar tributo al Emperador, y (c) atribuirse el título de rey. Todo esto era falso, y ellos lo sabían; pero recurrieron a las mentiras más calculadas y maliciosas en su loco deseo de eliminar a Jesús.

No en vano Pilato era un oficial romano experimentado: vio sus intenciones, y no tenía ningunas ganas de complacerlos. Pero tampoco los quería ofender. Se les había escapado decir que Jesús era galileo; o lo habían dicho para añadir leña al fuego, porque Galilea era < la cuna de los rebeldes». Pero aquello le ofrecía a Pilato una salida de escape. Galilea era la jurisdicción de Herodes Antipas, que se encontraba casualmente en Jerusalén, probablemente para cumplir la Pascua. Así es que Pilato le remitió el caso a Herodes. Herodes era una persona a la que Jesús no tenía nada que decir. ¿Por qué?

(i) Herodes consideraba a Jesús un mero espectáculo, y Jesús era el Rey al que había que someterse. El famoso maestro estoico griego Epicteto solía lamentar que había gente que venía de todo el mundo a sus clases para verle, como si fuera una estatua, y no para aceptar y poner en práctica sus enseñanzas. Jesús no es sólo una figura que vale la pena contemplar, sino el Maestro que nos enseña a vivir victoriosamente.

(ii) Herodes tomó a Jesús a broma: se burló de Él, y le vistió de una ropa de rey para reírse de Él. Para decirlo de otra manera: se negó a tomar a Jesús en serio. Se le mostró a su corte como una curiosidad divertida, y nada más. Y lo trágico es que, todavía, la inmensa mayoría de la gente se niega a tomar a Jesús en serio. Si no fuera así, prestarían más atención a su Palabra.

(iii) El versículo 11 se puede traducir: < Herodes y sus soldados trataron a Jesús con desprecio. » Y también: < Herodes, con sus soldados detrás, pensó que Jesús no tenía ninguna importancia. » Es decir: seguro en su puesto como rey, con la fuerza que le daba su guardia, pensó que ese carpintero Nazareno no tenía la menor importancia. Y aún hay muchos que, consciente o inconscientemente, llegan a la conclusión de que Jesús no tiene ninguna importancia, que es un elemento que se puede omitir en la vida. No le dan lugar en su corazón ni influencia en sus vidas, y creen que se pueden pasar sin Él. Para un cristiano, lejos de no tener ninguna importancia, Jesús es el más importante de todo el universo.

LOS JUDÍOS LE HACEN CHANTAJE A PILATO

Lucas 23:13-25

Entonces Pilato convocó a los principales sacerdotes, a los miembros del Sanedrín y a la gente, y les dijo:

Me habéis presentado a este como si fuera un revolucionario. Le he sometido a interrogatorio en vuestra presencia, y no le encuentro culpable de los crímenes de los que le acusáis. Además, Herodes tampoco, porque os dije que se le llevarais, y él me ha devuelto el caso. Jesús no es culpable de ninguna acción por la que se le deba condenar a muerte; así que le dejaré en libertad después de darle de latigazos.

Pero toda la chusma seguía gritando a una voz:

- ¡Quita a ese de en medio! ¡Suéltanos a Barrabás!

Barrabás estaba en la cárcel porque había estado implicado en una rebelión que se había producido en la ciudad y por un asesinato. Pilato quería dejar en libertad a Jesús, y siguió hablando con ellos; pero ellos no hacían más que chillar:

- ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

- ¿Pero qué mal ha hecho? -les dijo Pilato por tercera vez-. Yo no le encuentro culpable de ningún delito por el que haya que condenarle a muerte, así es que le daré de latigazos, y le soltaré.

Pero ellos siguieron gritando cada vez más que crucificara a Jesús, hasta que consiguieron su propósito. Pilato dio la orden de que se hiciera lo que pedían; les soltó al que estaba preso por sedición y asesinato, que era el que ellos habían escogido, y entregó a Jesús para que se le hiciera lo que ellos querían.

Este es un pasaje extrañísimo. Una cosa sí queda clara, y es que Pilato no quería condenar a Jesús. Se daba cuenta de que eso sería traicionar la justicia imperial que era la gloria de Roma. No menos de cuatro veces hizo lo posible para no dictar sentencia de muerte. Les dijo a los judíos que resolvieran el asunto ellos (*Juan 19:6, 7*). Trató de pasarle el caso a Herodes. Trató de convencer a los judíos que recibieran a Jesús como el preso al que se dejaba en libertad por la Pascua (*Marcos 15:6*). Trató de llegar a un compromiso diciendo que castigaría a latigazos a Jesús y luego le dejaría en libertad. Está claro que coaccionaron a Pilato para que sentenciara a muerte a Jesús.

¿Cómo podía la chusma judía coaccionar a un gobernador romano experimentado para que dictara sentencia de muerte? Es literalmente cierto que los judíos le hicieron chantaje. El hecho escueto era que, en la justicia romana imparcial, una provincia tenía derecho a delatar a un gobernador romano por mal gobierno, y ese gobernador sería tratado con dureza. Pilato había cometido dos graves errores durante su mandato.

El cuartel general de Roma en Judea no estaba en Jerusalén, sino en Cesárea. Pero había una tropa reducida estacionada en Jerusalén. Las tropas romanas llevaban banderas en cuya cabecera había una efigie del actual Emperador, que era oficialmente, durante su reinado, un dios. La ley judía prohibía el uso de imágenes y, en deferencia a los principios judíos, los gobernadores anteriores quitaban la imagen del emperador de las banderas al marchar hacia Jerusalén. Pilato se negó a seguir esa costumbre, e hizo su entrada en Jerusalén por la noche con sus tropas llevando la imagen del emperador en las banderas. Los judíos vinieron en masa a Cesárea a pedirle a Pilato que quitara las imágenes. Él se negó. Ellos insistieron. Al sexto día Pilato estuvo dispuesto a reunirse con los líderes de los judíos en un espacio abierto, rodeado de sus tropas. Les informó que, si no dejaban de molestarle con sus constantes peticiones, el castigo sería la muerte. <Ellos se arrojaron al suelo, descubrieron sus cuellos, y dijeron que estaban dispuestos a morir antes que a admitir la trasgresión de la sabiduría de sus leyes.> Ni siquiera un hombre como Pilato podía masacrar a hombres así a sangre fría, y tuvo que ceder. Josefo nos cuenta todo lo sucedido en *Las Antigüedades de los Judíos*, libro 18, capítulo 3.

La segunda equivocación que cometió Pilato fue el asunto de la nueva conducción de agua que se habría de financiar en parte con dinero del templo, a la que ya hicimos referencia en el comentario a *Lucas 13:1-4*.

Lo único que un gobernador romano no se podía permitir era tolerar desórdenes civiles en ningún rincón del vasto imperio. Si los judíos hubieran informado oficialmente cualquiera de los dos incidentes, no cabe duda que Pilato habría perdido su puesto. Es Juan el que nos menciona la insinuación de los oficiales judíos: <Si sueltas a este es que no eres amigo de César> (*Juan 19:12*). Obligaron a Pilato a condenar a Jesús a muerte amenazándole con un informe oficial a Roma.

Aquí tenemos la solemne verdad de que el pasado de una persona puede volverse contra ella y paralizarla. Si uno ha sido culpable de ciertos actos, hay ciertas cosas que no tiene derecho a decir, porque se le echaría en cara su pasado. Debemos tener cuidado de no permitirnos nada que algún día pueda impedirnos defender lo que sabemos que está bien, por miedo a que se nos diga: «Tú no tienes derecho a decir eso.»

Pero, si surgiera esa situación, no se puede hacer más que tener valor para arrastrarla, y sus consecuencias. Y eso era lo que Pilato no tenía. Sacrificó la justicia antes que perder su posición. Sentenció a Jesús a muerte para seguir como gobernador de

Palestina. Si hubiera sido un hombre de valor, habría hecho lo que debía y asumido las consecuencias; pero hizo el papel de un cobarde.

EL CAMINO DEL CALVARIO

Lucas 23:26-31

Cuando iban llevando a Jesús al lugar de la ejecución requisaron a un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron con la cruz para que la llevara detrás de Jesús.

Les seguía un inmenso gentío, entre el que había muchas mujeres que daban muestras de dolor hiriéndose los pechos y le lamentaban a voces. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

- Hijas de Jerusalén, no es por Mí por quien tenéis que llorar, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque se acercan días cuando se dirá: «Afortunadas las que no tuvieron hijos, los vientres que no parieron y los pechos que no criaron.» Entonces se pondrán a decirlas a los montes: «¡Caednos encima!», y a las colinas: «¡Tragadnos!»; porque si esto es lo que hacen con el árbol verde, ¿qué no le harán al seco?

' Siempre que se condenaba a un criminal a la cruz, se le sacaba de la sala del juicio entre cuatro soldados romanos. Luego le ponían el travesaño de la cruz en los hombros, y le conducían al lugar de la ejecución por el camino más largo posible, con otro soldado por delante que llevaba un cartel donde se había escrito el delito, para que escarmentaran los que pudieran pensar en hacer algo parecido. Eso es lo que hicieron con Jesús.

Al principio, Jesús iba llevando la cruz (*Juan 19:17*); pero se ve que, con lo que ya había sufrido, le faltaron las fuerzas y no podía seguir adelante. Palestina era un país ocupado, y los soldados romanos podían requisar a cualquier ciudadano para cualquier servicio. Bastaba con un golpecito con lo plano de la espada. Cuando Jesús se hundió bajo el peso de la cruz, el centurión romano a cargo miró a su alrededor, y se fijó en Simón, natural de Cirene, la actual Trípoli, que parecía suficientemente robusto. Probablemente era un judío que se había pasado la vida ahorrando para poder comer algún día la Pascua en Jerusalén; pero también es posible que fuera un residente al que llamaban por su lugar de origen como era frecuente entre los judíos. El golpecito con lo plano de la espada fue la señal, y se encontró, quieras que no, cargando con la cruz de un criminal.

Trata de imaginarte los sentimientos de Simón. Como vimos, probablemente había venido a Jerusalén para hacer realidad el sueño de toda su vida, y se encontró dando vueltas cargado con una cruz camino del Calvario. Estaría lleno de amargura contra los dominadores romanos, y tal vez también contra el criminal que le había involucrado en su delito. Pero, si leemos entre líneas, vemos que su intervención no acabó allí. Gabriel Miró vio en él una de las *Figuras de la Pasión del Señor* que le habían fascinado desde que su madre le contaba la historia. Marcos nos dice que Simón era el padre de Alejandro y de Rufo (*Marcos 15:21*). Eso no puede querer decir más que los hijos de Simón Cireneo eran conocidos en la comunidad a la que Marcos dedicó su evangelio, que se cree que era la iglesia de Roma. Si leemos la carta del apóstol Pablo a esa iglesia, encontramos al final entre los saludos: < Recuerdos a ese noble cristiano que es Rufo, y a su madre, que me trató como a un hijo » (*Romanos 16:13*). Así es que en la iglesia de Roma había un tal Rufo, un cristiano tan notable que podía considerarse como uno de los escogidos de Dios, que tenía una madre a la que Pablo quería tanto como para llamarla su madre en la fe. Es posible que este Rufo fuera el hijo, y su madre la mujer de Simón Cireneo.

Es posible que, mirando a Jesús, la amargura de Simón dejó paso a la admiración y finalmente a la fe, y fue uno de los primeros cristianos, y su familia una de las más conocidas y queridas de la iglesia de Roma. Puede ser que aquel Simón de Trípoli pensara que iba a realizar la ambición de su vida celebrando la Pascua por fin en Jerusalén; que se encontró llevando a la fuerza la cruz de un criminal; que, mirando a Jesús y tal vez oyendo una de sus últimas palabras, su amargura dejó paso a la admiración y a la fe; y que, en aquella situación que parecía que sólo le reportaría vergüenza, encontró a su Salvador.

Detrás de Jesús iba un grupo de mujeres llorando por Él. Jesús se volvió y les dijo que no lloraran por Él, sino por sí mismas. Se les estaban echando encima días terribles. Para los judíos, un matrimonio sin hijos era la mayor desgracia; era una de las razones por las que se podía conceder el divorcio. Pero llegaría el día en que se consideraría afortunada a la estéril. Una vez más, Jesús está contemplando proféticamente la destrucción de la ciudad que tantas veces antes y ahora otra vez había rechazado la invitación de Dios. El versículo 31 es un refrán que se podía usar con diferentes sentidos. Aquí quiere decir que si esto se le hacía a un inocente, ¿qué se haría con los culpables algún día?

LE CRUCIFICARON ALLÍ

Lucas 23:32-38

Con Jesús llevaban también a crucificar a otros dos reos, culpables de diversos crímenes. Cuando llegaron al lugar que se conocía como «La Calavera», crucificaron a Jesús y a los criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. Y Jesús decía:

- ¡Padre, perdónalos, que no saben lo que están haciendo!

Los soldados se repartieron la ropa de Jesús echándosela a suertes. La gente estaba mirando, y los líderes judíos se mofaban de Él, diciendo:

- ¡Que se salve a sí mismo como salvó a otros, si es verdad que es el Mesías, el Escogido de Dios!

Los soldados también le escarnecían, acercándose a ofrecerle vinagre, y diciéndole:

- ¡Anda, si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo ahora! Esto lo decían porque el cartel que habían puesto en su cruz, que estaba escrito en griego, en latín y en hebreo, decía:

«ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS»

Cuando se llegaba al lugar de la ejecución, se dejaba la cruz en el suelo. Lo corriente era que tuviera la forma de una T sin nada para que reposara la cabeza. Era bastante baja, de forma que los pies del criminal estaban a poca distancia del suelo. Había un grupo de mujeres de Jerusalén que tenían costumbre de ir a las crucifixiones para darle al reo un trago de vino con drogas para que sintiera menos el horror del suplicio. También se lo ofrecieron a Jesús, pero Él lo rechazó (*Mateo 27:34*). Estaba decidido a sufrir la muerte hasta lo sumo, con la mente despejada y los sentidos despiertos. Los brazos del reo se extendían sobre el travesaño, y se le clavaban las manos; los pies no se solían clavar, sino sólo atar. En medio del poste había a veces una protuberancia, que llamaban la *silla*, que aguantaba el peso del reo para que no se rasgaran las manos. Entonces se levantaba la cruz y se afirmaba en un agujero del suelo. Lo terrible de la crucifixión era que el dolor del suplicio era inmenso, pero no producía la muerte, que llegaría a consecuencia del hambre, la sed, el frío, el calor, a veces después de muchas horas y aun días. Se sabe de algún caso en el que el criminal se mantuvo vivo toda una semana, hasta que murió con señales indudables de locura.

La ropa del criminal se la quedaban como compensación los cuatro soldados que le habían escoltado hasta el patíbulo. Los judíos tenían cinco artículos de ropa: la túnica interior, la exterior, el cinto, las sandalias y el turbante. Cuatro se las dividieron entre los cuatro soldados, y quedaba la túnica exterior que, en el caso de la de Jesús, estaba tejida de una pieza, sin costura (*Juan 19:23, 24*). El haberla cortado para repartirla habría sido echarla a perder; así es que los soldados se la echaron a suertes a la sombra de la cruz. No les inquietaba el que, a poca distancia, un reo estaba agonizando lenta y horriblemente.

El cartel que se ponía en la cruz era el mismo que se había exhibido durante la marcha.

Jesús dijo muchas cosas maravillosas, pero tal vez ninguna tanto como: «¡Padre, perdónalos, que no saben lo que están haciendo!» El perdón cristiano es algo extraordinario. Cuando estaban matando a pedradas a Esteban, él oraba: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (*Hechos 7: 60*). No hay nada más extraño ni más precioso que el perdón cristiano. Cuando el resentimiento amenaza con inundarnos el corazón de amargura, escuchemos otra vez al Señor pidiendo el perdón de los que le estaban crucificando, y a su siervo Pablo diciéndoles a sus amigos: «Mostraos comprensivos, compasivos con los demás, dispuestos siempre a perdonar a los que os hayan ofendido, de la manera que Dios nos ha perdonado mucho más a nosotros por medio de Jesucristo» (*Efesios 4:32*).

La idea de que aquel, el más horrendo crimen de la humanidad, se cometió por ignorancia, aparece en todo el Nuevo Testamento. Pedro le dijo a la gente pocos días después: « Sé que lo habéis hecho por ignorancia» (*Hechos 3:17*). Pablo dijo que habían crucificado a Jesús porque no le habían reconocido (*Hechos 13:27*). Marco Aurelio, el gran emperador romano estoico, solía decirse todas las mañanas: « Hoy te vas a encontrar con toda clase de gente desagradable: te harán daño, te injuriarán, te insultarán...; pero tú no puedes hacerles lo mismo, tú sabes más, tú eres un hombre en quien mora el Espíritu de Dios.» Otros puede que tengan el corazón lleno de resentimiento, y otros pecarán por ignorancia; pero nosotros sabemos más. Somos hombres y mujeres de Cristo, y debemos perdonar como Él perdonó.

LA PROMESA DEL PARAÍSO

Lucas 23:39-43

Uno de los criminales que estaban crucificados no hacía más que lanzarle insultos a Jesús, y decía:

- ¡Anda, si es verdad que eres el Mesías, sálvate a ti mismo, y a nosotros!

Pero el otro crucificado le reprendió seriamente:

- ¿Es que no tienes temor de Dios tú que estás sufriendo la misma pena que Él? Nuestra condena es justa, porque la hemos merecido por nuestras obras; pero Éste no ha cometido ningún crimen. -Y luego, dirigiéndose a Jesús:- ¡Acuérdate de mí cuando vuelvas como Rey!

- Te doy mi palabra -le contestó Jesús- que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Aquello de crucificar a Jesús entre dos delincuentes conocidos lo hicieron las autoridades a propósito para humillar a Jesús ante la gente, equiparándole a otros criminales.

La leyenda se ha ocupado extensamente del ladrón arrepentido. Se le identifica por el nombre de Dismas, Demas o Dímaco. Una leyenda le convierte en una especie de Robin Hood judío, que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Otra leyenda reaparece en el «Libro deis. Tres Reis d' Orient», una joyita de los orígenes de la literatura española: cuenta que, cuando iba huyendo de Belén a Egipto la Sagrada Familia, fue apresada por dos bandoleros; uno cruel, que quería matar al niño Jesús, y otro compasivo que le salvó la vida, e invitó a la Sagrada Familia a pasar la noche en su cueva. La mujer de este «buen ladrón» le cuenta a María que tiene un hijito recién nacido que está leproso. María le baña en la misma agua en la que ha bañado a Jesús, y el niño queda sano y limpio. En el Calvario, el hijo del ladrón alevoso muere a la izquierda de Jesús, y el del compasivo, a la derecha.

La palabra *Paraíso* viene del persa, y quiere decir *un jardín amurallado*. Cuando el rey persa quería hacerle un gran honor a alguno de sus servidores, le nombraba su acompañante en el paraíso, para que paseara y conversara con el rey en aquel lugar delicioso. Fue más que la inmortalidad lo que Jesús le prometió al ladrón arrepentido: le prometió el honor de gozar de su compañía en el jardín de la corte celestial.

Este relato nos dice, entre otras cosas importantes, que nunca es tarde para reconocer a Jesús como nuestro Rey y Salvador. Hay otras posibilidades de las que tenemos que decir: «Eso ya no es posible. He perdido la oportunidad.» Pero eso no se puede decir de volver a Cristo: mientras late el corazón, sigue en pie la invitación. Aunque sea «puesto ya el pie en el estribo», como decía Cervantes refiriéndose a su próxima muerte, es literalmente cierto que «mientras hay vida, hay esperanza». Pero, como también decía el predicador evangélico don Enrique Lindegaard: «Sabemos de un caso de alguien que se convirtió a las puertas de la muerte, para que nadie desespere; pero es un solo caso, para que nadie se confíe.»

EL FINAL DE UN LARGO DÍA

Lucas 23:44-49

Era entonces como el mediodía, y se produjo una oscuridad terrible que duró hasta las tres de la tarde en todo el país, porque el Sol se eclipsó. La cortina del templo que cerraba el Lugar Santísimo se rasgó por la mitad: Entonces Jesús clamó a gran voz:

- ¡Padre, dejo mi espíritu en tus manos!

E inmediatamente murió. Cuando el centurión vio lo que había sucedido, alabó a Dios y dijo:

No cabe duda de que este hombre era inocente.

En cuanto al gentío que estaba presenciando el espectáculo, cuando vieron lo que había sucedido, se marcharon de allí dándose golpes de pecho en señal de duelo. Todos los amigos de Jesús y las mujeres que habían venido con Él desde Galilea estaban mirándolo todo a una cierta distancia.

Todos los detalles de este pasaje están henchidos de profundo significado.

(i) Se produjo una gran oscuridad cuando murió Jesús. Era como si el Sol mismo no pudiera mirar lo que las manos humanas habían hecho. El mundo queda sumido en las tinieblas cuando los hombres intentan deshacerse de Jesús.

(ii) La cortina del templo se rasgó por en medio. Esta era la cortina que ocultaba el Lugar Santísimo, donde moraba la presencia de Dios, el lugar en el que nadie podía entrar más que el sumo sacerdote, una vez al año, el gran Día de la Expiación. Era como si el camino a la presencia de Dios que había estado cerrado se hubiera abierto totalmente para todos. Era como si el corazón de Dios, hasta entonces oculto, se hubiera *descubierto*. El nacimiento, la vida y la muerte de Jesús rasgaron el velo que había ocultado a Dios a la vista de los hombres. < El que me ha visto a Mí -dijo Jesús-, ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). En la Cruz, más claro que en ningún otro lugar, vemos el amor de Dios.

(iii) Jesús clamó a gran voz. Los tres evangelios sinópticos nos recuerdan ese grito final (véase *Mateo 27:50*; *Marcos 15:37*). Juan, por otra parte, no menciona el gran grito, pero nos dice que Jesús murió diciendo: < ¡Consumado es!» (*Juan 19:30*). En griego y en arameo, *consumado es*, es una sola palabra, y esa fue la que Jesús dijo en voz muy alta al morir. Murió con un grito de triunfo en sus labios. No susurró < Se acabó», como teniendo que reconocer su derrota, sino que proclamó su triunfo como el vencedor que había derrotado definitivamente al enemigo en el último enfrentamiento, y que había completado una gloriosa misión. < ¡Terminado!», gritó Cristo, crucificado pero victorioso.

(iv) Jesús murió con una oración en sus labios: «¡Padre, dejo mi espíritu en tus manos!» Es una cita del *Salmo 31:5*. Ese versículo era la oración que pronunciaba un niño judío al acostarse por la noche. Jesús hizo aún más tierna la oración confiada añadiéndole la palabra *Padre*. Aun en la cruz, la muerte era para Jesús como el quedarse dormido en los brazos de su Padre.

(v) La muerte de Jesús impresionó vivamente al centurión y a la multitud. Su muerte tuvo el efecto que no había tenido su vida: quebrantó el duro corazón humano. Ya se estaba cumpliendo el dicho de Jesús: «Cuando me levanten de la tierra, atraeré

hacia Mí a todos los hombres» (Juan 12:32). El imán de la Cruz había empezado a producir efecto en el mismo momento de la muerte de Jesús.

EL QUE LE PRESTÓ SU TUMBA A JESÚS

Lucas 23:50-56

Fijaos: había un hombre que se llamaba José, natural de Arimatea, ciudad de Judea, bueno y celoso cumplidor de la Ley, que esperaba la venida del Reino de Dios; y era miembro del Sanedrín, pero no había estado de acuerdo con la sentencia ni con lo que habían hecho en el caso de Jesús. Este José se dirigió a Pilato para pedirle que le permitiera enterrar a Jesús. Luego fue a bajar el cuerpo de la cruz, lo envolvió en un lienzo y lo colocó en una tumba cavada en la roca, en la que no se había enterrado a nadie antes. Era viernes por la tarde, y estaba a punto de empezar el sábado.

Las mujeres que habían venido de Galilea con Jesús también fueron detrás de José, y vieron cómo colocaba el cuerpo en la tumba. Cuando volvieron, prepararon aromas y ungüentos para embalsamarlo cuando pasara el sábado, y descansaron ese día como estaba mandado en la Ley.

La costumbre era que los cuerpos de los criminales no se enterraban, sino que se dejaban para los perros y los buitres; pero José de Arimatea salvó el cuerpo de Jesús de esa suerte indigna. No quedaba mucho tiempo, porque Jesús fue crucificado el viernes, y el sábado, el día de reposo, empezaba a la puesta del Sol. Por eso las mujeres no tuvieron tiempo más que para ver dónde enterraba José el cuerpo de Jesús, e irse a casa a preparar los perfumes y ungüentos para embalsamarlo cuando pasara el descanso del sábado, porque habría sido ilegal hacerlo antes.

José de Arimatea es una figura de gran interés.

(i) Cuenta la leyenda que el año 61 d.C. Felipe le envió a Gran Bretaña, y llegó a Glastonbury. Llevaba el cáliz que se había usado en la última Cena, que contenía parte de la sangre de Cristo. Ese era el «Santo Grial» que los legendarios caballeros del rey Arturo querían encontrar. Cuando José llegó a Glastonbury, se dice que pinchó su bordón en la tierra para descansar apoyado en él, y reverdeció formando un árbol que florece en Navidad.

El espino de san José sigue floreciendo en Glastonbury, y todavía se siguen mandando esquejes a todo el mundo. Allí en Glastonbury se construyó la primera iglesia de Inglaterra, que la leyenda conecta con san José de Arimatea y que sigue siendo un lugar de peregrinación.

(ii) José de Arimatea es, en cierto sentido, una figura trágica. Es el hombre que le prestó su tumba a Jesús. Era miembro del Sanedrín; se nos dice que no estuvo de acuerdo con la sentencia y la acción de aquel tribunal, pero no se nos dice que lo expresara así. Tal vez guardó silencio, o tal vez se ausentó cuando comprendió que era inútil evitar aquel curso de acción con el que no estaba de acuerdo. ¡Cómo habría ayudado a Jesús si, en aquella asamblea tenebrosa llena de crudo odio, alguien hubiera tomado la palabra para hablar en su favor! Pero es de suponer que José esperó hasta que Jesús estuvo muerto, y entonces le dio su tumba.

Es una de las tragedias de la vida que ofrecemos a los muertos las flores que habríamos podido darles en vida, y guardamos para el funeral o después las alabanzas o el agradecimiento que podríamos haberle expresado antes de morir. A menudo, muy a menudo, lamentamos no haber hablado a tiempo. Una palabra a los vivos vale más que una catarata de elogios a los muertos.

¿POR QUÉ BUSCÁIS ENTRE LOS MUERTOS AL QUE VIVE?

Lucas 24:1-12 - .

La madrugada del domingo, las mujeres fueron a la tumba con las especias aromáticas que habían preparado, con algunas mujeres más; y se encontraron la piedra que cerraba la tumba quitada de su sitio. Entraron, y no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Y, fijaos: cuando estaban ahí sin saber qué pensar de aquello, de pronto se les presentaron dos varones con ropa deslumbrante. Ellas se llevaron tal susto que no se atrevían ni a levantar la mirada del suelo; pero los varones les dijeron:

-¿Cómo es que estáis buscando donde se ponen los muertos al Que está vivo? ¡No está aquí, porque ha resucitado! Acordaos de lo que os dijo cuando estaba con vosotras en Galilea: que era menester que el Hijo del Hombre fuera entregado a la jurisdicción de los pecadores, que le crucificarían; pero que al tercer día resucitaría.

Entonces se acordaron ellas de lo que les había dicho Jesús. De vuelta de la tumba les dieron la noticia a los once apóstoles y a todos los demás; fueron María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago y las otras que habían ido con ellas las que trataron de decírselo todo a los apóstoles; pero a ellos les sonaba todo aquello a locura, y no lo tomaban en serio.

Sin embargo Pedro se puso en pie de un salto y salió corriendo en dirección a la tumba; y cuando llegó, y entró, vio el sudario sin el cuerpo. Luego se volvió a casa maravillado de lo que había sucedido.

El *shabat* judío, nuestro sábado, es el séptimo día de la semana, y conmemora el descanso de Dios cuando completó la Creación: El domingo cristiano es el primer día de la semana, y conmemora la Resurrección de Jesús. Aquel primer domingo cristiano, las mujeres fueron a la tumba para llevar a cabo los últimos quehaceres del amor y embalsamar el cuerpo de su amado muerto con aromas y ungüentos. En Oriente, las tumbas se hacían muchas veces en la roca. El cadáver se envolvía en largas tiras de lino, como vendas, y se colocaba en un poyo de la roca. Luego se cerraba la tumba con una gran piedra circular. Cuando llegaron las mujeres se encontraron con que la piedra no estaba en su sitio, y la tumba abierta.

Aquí nos encontramos con una de esas discrepancias en los relatos de la Resurrección a las que dan tanta importancia los que no quieren creer. En *Marcos*, el mensajero de la tumba es un joven con una túnica larga blanca (16:5); en *Mateo*, es un ángel del Señor (28:2). Aquí son dos varones con vestiduras deslumbrantes; y en *Juan* son dos ángeles (20:12). Es cierto que hay algunas diferencias de detalle; pero también es cierto que lo que importa está muy claro y siempre igual: *el hecho de la tumba vacía*. Si, como algunos sugieren, todos estos relatos se inventaron para presentar algo que no había ocurrido, habría sido facilísimo ponerse de acuerdo en los detalles también. Ningún juez espera que los testigos presenciales coincidan en todos los detalles de su testimonio. Si dos firmas son *exactamente* iguales, una por lo menos es falsa. Las diferencias son una prueba de la honradez de los evangelistas, y de la verdad de la Resurrección.

Las mujeres volvieron con la mejor noticia de la Historia, pero los apóstoles no las creyeron. Aquello les sonaba a cuento. La palabra que se usa en el original se emplea en las historias médicas para referirse a las tonterías que se dicen en un estado febril agudo o de locura. Sólo Pedro se lanzó a comprobar si aquello era cierto. Esto dice mucho de Pedro. El que negara a su Maestro no se podía haber mantenido oculto; y, sin embargo, tenía el coraje moral necesario para enfrentarse con los que conocían su vergüenza. El que había actuado como «una paloma incauta», se iba convirtiendo en «una roca».

La pregunta ineludible y desafiante de esta historia es la que dirigieron a las mujeres los mensajeros: «¿Cómo es que estáis buscando donde se ponen los muertos al que está vivo?»

Todavía hay muchos que buscan a Jesús entre los muertos.

(i) Hay quienes le consideran el hombre más grande y el más noble héroe que haya habido jamás, y el que vivió la vida más encantadora que se haya vivido en la Tierra pero que murió hace mucho tiempo. Eso no es. Jesús no está muerto: ¡está vivo! No es meramente un héroe del pasado, sino una realidad viviente del presente.

(ii) Hay quienes consideran a Jesús meramente como un hombre cuya vida hay que estudiar, cuyas palabras hay que examinar y cuya enseñanza hay que analizar. Esto se ve claramente en los muchos grupos de estudio que proliferan mientras desaparecen las reuniones de oración. Sin duda, el estudio es necesario; pero Jesús no es meramente un objeto de estudio, sino Alguien con quien puede uno encontrarse y vivir cada día. No es meramente el personaje de un libro, ni siquiera del mayor libro del mundo, sino una presencia viva.

(iii) Hay quienes ven en Jesús el modelo y ejemplo perfecto. Y lo es; pero un ejemplo perfecto puede ser algo descorazonador. A algunos de nosotros nos daban en el «cole» un cuaderno de caligrafía a la cabecera de cuyas páginas había una línea de escritura perfecta que teníamos que reproducir. ¡Qué pobre era el resultado que lográbamos en nuestro esfuerzo para reproducir aquel modelo perfecto! Pero, a veces, el maestro se nos acercaba, se sentaba a nuestro lado, nos cogía la mano en la suya, y nos guiaba los trazos. ¡Qué bien nos salían entonces, y con qué concentración nos mordíamos la lengua! Eso hace Jesús con nosotros: no se limita a ser un dechado perfecto que nunca podremos reproducir, sino que nos guía y fortalece para que podamos seguir su ejemplo. No es sólo un modelo de vida; es también una presencia que nos ayuda a vivir.

Podría ser que nuestra vida cristiana careciera de este elemento esencial porque hemos estado buscando al que está vivo entre los muertos.

EL OCASO QUE SE CONVIRTIÓ EN AMANECER

Lucas 24:13-35

Ahora, mirad: aquel mismo domingo iban dos de los amigos de Jesús de camino a la aldea de Emaús, que estaba a unos doce kilómetros de Jerusalén, e iban hablando de todo lo que había pasado. Y mientras hablaban y discutían entre sí, ¡Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar con ellos! Pero ellos estaban ofuscados, y no le reconocieron.

-¿Qué es lo que vais hablando en el camino? -les preguntó Jesús.

Entonces se detuvieron, reflejando en sus rostros la amargura de su corazón; y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo a Jesús:

-¡Tú debes de ser el único forastero que ha estado en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días!

-Pues, ¿qué ha pasado? -les preguntó Jesús.

-Pues lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta que hablaba y actuaba con el poder de Dios en medio del pueblo; y que nuestros principales sacerdotes y gobernadores le entregaron para que le condenaran a muerte, y le crucificaron. ¡Y nosotros que habíamos creído que Él era el que había de redimir a Israel! Pero no resultó así; y, además, ya hace tres días que pasó todo. Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos dieron una noticia increíble: habían ido a la tumba de madrugada, y no consiguieron encontrar el cadáver; y volvieron diciendo que si habían visto visiones de ángeles, y que si les habían dicho que Él está vivo. Algunos de los nuestros fueron a la tumba, y se la encontraron vacía como habían dicho las mujeres; pero no vieron a Jesús:

A esos les dijo Jesús:

-- ¡Pero qué torpes y qué cortos de entendederas sois para creer todo lo que los profetas habían anunciado! ¿Es que no era menester que el Mesías padeciera todo eso antes de entrar en su gloria?

Y Jesús empezó por Moisés y siguió con todos los Profetas, haciéndoles ver todo lo que decían de Él las Escrituras.

Ya estaban cerca del pueblo adonde iban, y Jesús hizo como que iba más lejos. Pero ellos le insistieron en que, se quedara, y le dijeron:

- ¡Quédate con nosotros, que ya es tarde y está oscureciendo!

Así es que entró en la casa, y se quedó con ellos. Y fijaos: cuando se sentaron a la mesa, Jesús cogió el pan y dio gracias a Dios, y lo partió y se lo dio. ¡Y entonces se dieron cuenta, y le reconocieron! Y Él desapareció. Y se dijeron:

- ¡Ahora comprendemos por qué nos emocionábamos tanto en el camino cuando nos hablaba y nos descubría el sentido oculto de las Escrituras!

E inmediatamente se levantaron de la mesa y se pusieron en camino para volver a Jerusalén. Cuando llegaron, encontraron reunidos a los once apóstoles y a los que estaban con ellos, que decían:

- ¡Es un hecho que ha resucitado el Señor, y se le ha aparecido a Simón!

Y los dos de Emaús contaron lo que les había pasado en el camino, y cómo habían reconocido a Jesús cuando les partió el pan.

Esta es otra de las historias breves inmortales del mundo. (i) Nos habla de dos personas que iban caminando hacia el ocaso. Se ha sugerido que esa fue la causa de que no reconocieran a Jesús. Emaús está al Oeste de Jerusalén. Era por la tarde, y el Sol iba descendiendo de forma que los cegaba. Fuera por lo que fuera, está claro que el cristiano no camina hacia el ocaso, sino hacia el amanecer. Se ha dicho que, hace mucho, los israelitas iban caminando por el desierto hacia el amanecer (*Números 21:11*). El cristiano tiene delante, no una noche que se le echa encima, sino una aurora que rompe y eso fue algo de lo que, en el dolor de su desilusión, los dos que iban camino de Emaús no se habían dado cuenta.

(ii) Nos habla de la habilidad de Jesús para hacer que las cosas tengan sentido. La situación les parecía a aquellas dos personas que no tenía explicación. Los sueños y las ilusiones se les habían hecho añicos. Se refleja toda la desilusión más dolorosa y el sentimiento más hondo de frustración del mundo en sus palabras: «¡Y nosotros que habíamos creído que Él era el que había de redimir a Israel!» Eran las palabras de personas cuyas esperanzas estaban muertas y enterradas. Pero entonces vino Jesús, y habló con ellos, y se les aclararon las tinieblas y el sentido de la vida. Cierta narrador hace decir a uno de sus personajes: « Yo no sabía lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.» Cuando se cierne sobre nosotros el desaliento, sólo en Jesús podemos comprender todo lo que encierra la vida.

(iii) Nos habla de la cortesía de Jesús. Hizo como que iba para más lejos. No quería que se sintieran obligados, y esperó que fueran ellos los que le invitaran. Dios nos ha dado a los hombres el regalo más valioso y más peligroso del mundo: la libertad; podemos usarla para invitar a Cristo a nuestra vida, o para dejarle que se aleje.

(iv) Nos habla de cómo se les dio a conocer en el partimiento del pan. Esto siempre suena como una alusión a la Comunión, pero no tenemos por qué limitarlo así. Fue en una comida normal, en una casa normal, en la que se partió un pan corriente, en la que aquellas dos personas reconocieron a Jesús. Se ha hecho la sugerencia hermosa de que tal vez aquellos dos habían estado en la multiplicación de los panes y los peces y, cuando Jesús partió el pan en su casita, recordaron y reconocieron su gesto. No es sólo en la mesa de la Comunión donde nos podemos encontrar con Cristo; también puede ser a la mesa en nuestro comedor.

1 ¡Bendita casa, do te han recibido, amigo de las almas, Salvador; do huésped moras sin igual querido, y todo lo bendices con tu amor!

2 Do todos alrededor de Ti se juntan, los ojos a Ti vuelven con afán, los labios por tus órdenes preguntan, las manos prontas a tu voz están.

El cristiano vive siempre y en todas partes en un mundo que está lleno de Cristo.

(v) Nos habla de cómo estas personas, cuando recibieron tan gran alegría, se apresuraron a compartirla. Eran otros doce kilómetros de vuelta a Jerusalén, y ya de noche; pero no podían guardarse la Buena Noticia. El Evangelio no es nunca del todo nuestro hasta que lo hemos compartido con otros.

(vi) Nos habla de cómo, cuando por fin llegaron a Jerusalén, encontraron a otros que habían tenido una experiencia parecida. La gloria de los cristianos es que viven en una compañía de gente que ha tenido la misma experiencia. Se ha dicho que la verdadera amistad empieza cuando las personas comparten un recuerdo común, y se pueden decir: «¿Te acuerdas?» Cada uno de nosotros los cristianos formamos parte de una comunidad de personas que comparten una experiencia y un recuerdo común de su Señor.

(vi₁) Nos dice que Jesús se le apareció a Pedro. Esa seguirá siendo una de las grandes historias jamás contadas; pero es maravilloso el que Jesús dedicara una de sus primeras apariciones precisamente al hombre que le había negado. Es la gloria de Jesús que Él puede devolverle la dignidad a un pecador arrepentido.

EN EL APOSENTO ALTO

Lucas 24:36-49

No habían acabado de contar su historia cuando Jesús se puso en medio de todos ellos y los saludó:

- ¡La paz sea con vosotros!

Todos se llenaron de miedo y de espanto, porque pensaban que estaban viendo un fantasma.

- ¿De qué os asustáis y por qué se os ocurren esas cosas? ¡Miradme las manos y los pies! ¡Mirad! ¡Soy Yo! ¡Tocadme y miradme! Un fantasma no es una persona de carne y hueso como, veis que soy Yo.

Cuando les dijo eso, les enseñó las manos y los pies. Y, como todavía ellos creían que aquello era demasiado bueno para ser verdad, y estaban como alucinados, les dijo:

- ¿Tenéis algo de comida?

Entonces le dieron un trozo de pescado asado; y lo cogió y se lo comió delante de ellos. Y les dijo:

- Cuando estaba con vosotros ya os decía Yo que era menester que se cumpliera todo lo que se había dicho de Mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos. .

A continuación les ayudó a entender las Escrituras, y les dijo:

- Ya veis que estaba escrito que el Mesías había de padecer, y que resucitaría al tercer día, y que se proclamaría en su Nombre el arrepentimiento que conduce al perdón de los pecados en todas las naciones, empezando por Jerusalén. Y vosotros sois los que tenéis que decirle todo esto al mundo entero. Fijaos bien: Yo os enviaré al Que el Padre os ha prometido; pero esperad en Jerusalén hasta que seáis revestidos de un poder de lo Alto.

Aquí leemos cómo vino Jesús a los suyos que estaban en el aposento alto. En este pasaje resuenan algunas de las notas características de la fe cristiana. Escuchémoslas.

(i) Se hace hincapié en *la realidad de la Resurrección*. El Señor Resucitado no era un fantasma o una alucinación: era realmente Él. El Jesús que murió era el mismo Cristo que resucitó. El Evangelio no está basado en sueños de mentalidades fantasiosas o en visiones calenturientas, sino en uno que en realidad se enfrentó y luchó con la muerte, y la venció, y resucitó.

(ii) Se hace hincapié en *la necesidad de la Cruz*. Era a la Cruz a lo que apuntaban todas las Escrituras. La Cruz no fue una emergencia que Dios se vio obligado a aceptar porque otras medidas le habían fallado y su plan había fracasado. *Era una parte esencial del plan de Dios*, porque es el único lugar en todo el universo en el que podemos ver, en un instante, el amor eterno de Dios.

(iii) Se hace hincapié en *la urgencia de la misión*. Tiene que llegar a todos los hombres la llamada al arrepentimiento y la oferta del perdón. La Iglesia no se podía quedar indefinidamente en el aposento alto; tenía que ir a todo el mundo. Después del aposento alto vino la misión universal de la Iglesia. Habían pasado los días de aflicción, y había que llevar la Nueva de gran gozo a todos los hombres.

(iv) Se hace hincapié en *el secreto del poder*. Tenían que esperar en Jerusalén hasta que viniera sobre ellos el poder de lo Alto. Hay ocasiones en las que los cristianos parece que están perdiendo el tiempo, esperando pasivamente. Pero la acción sin preparación, a menudo falla. Hay un tiempo para esperar en Dios, y un tiempo para trabajar para Dios.

Hasta en medio de tareas apremiantes y problemas agobiantes es menester buscar un tiempo para esperar en Dios. No es un tiempo perdido, porque cuando nos apartamos un momento de las tareas y preocupaciones recibimos de lo Alto las fuerzas para cumplirlas y asumirlas.

EL FINAL FELIZ

Lucas 24:50-53

Jesús sacó a los suyos hasta Betania; y allí, levantó los brazos y los bendijo. Así como estaba, bendiciéndolos, empezó a separarse de ellos, hasta que fue elevado al Cielo, mientras ellos le adoraban.

Después se volvieron a Jerusalén rebotando de alegría, y allí pasaban todo el tiempo en el templo, alabando a Dios.

La Ascensión del Señor es algo que rebasa nuestra comprensión, porque es algo que no se puede expresar con palabras. Pero es algo que era esencial que sucediera. Sería inconcebible que las apariciones de Jesús fueran desapareciendo paulatinamente hasta dejar de producirse totalmente. Eso sí que habría hecho naufragar la fe de la humanidad. Tenía que llegar el día que marcara la separación entre el ministerio terrenal de Jesús de Nazaret y el ministerio celestial de Cristo. Pero para los discípulos, la Ascensión quería decir tres cosas:

(i) Era *un final*. Hasta ese momento su fe había estado puesta en una persona de carne y hueso, y había dependido de su presencia física. Desde este momento estarían en relación con Alguien que era independiente del espacio y del tiempo ya para siempre.

(ii) Pero también era *un principio*. Los discípulos no abandonaron la escena apesadumbrados, sino rebotando de alegría, porque ahora sabían que tenían un Maestro de quien nada ni nadie los podría separar ya. Don Carlos Araujo contrastaba el gozo de los apóstoles después de la Ascensión con la impresión contraria de desamparo y tristeza de la famosa poesía de Fray Luis de León a la Ascensión:

*¿Y dejas, Pastor santo, tu grey en este valle hondo, oscuro, con soledad y llanto, y Tú, rompiendo el puro aire, te vas al inmortal seguro?
¡Cuán pobres, .y, cuán ciegos ¡ay! nos dejas!*

«Estoy seguro -decía Pablo- de que nada, ni en la vida ni en la muerte, nos puede separar del amor de Dios que se ha hecho realidad en Cristo Jesús» (*Romanos 8:38-39*).

(iii) Más aún: la Ascensión les dio a los discípulos la seguridad de que tenían *un amigo en el Cielo, y no sólo en la Tierra*. Gabriel Miró hace decir a la Samaritana en sus *Figuras de la Pasión del Señor*: « ¡Rábbi, Rábbi! ¡Por qué has resucitado para subirme al cielo...!» Pero no hay duda de que es maravilloso saber que en el Cielo nos espera el mismísimo Jesús que vivió y actuó tan maravillosamente en la Tierra, y que sufrió una muerte horrible para que nosotros pudiéramos estar con Él para siempre en su Reino. Morir no es ya perdersnos en la oscuridad, sino entrar en terreno conquistado por el Vencedor de la muerte, para estar ya siempre con Él.

Los Apóstoles volvieron a Jerusalén rebotando de gozo, y estaban en el Templo alabando a Dios. No es casualidad que el Evangelio según san Lucas acabe donde había empezado: en la Casa de Dios.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 5 -

Evangelio según san Juan (1)

PRESENTACIÓN

El estar dedicado este comentario al libro del Nuevo Testamento que es el gran favorito de la mayoría, nos hace más exigentes; pero William Barclay, una vez más, cumple y supera ampliamente todas nuestras expectativas.

Con la claridad y la naturalidad a que nos tiene acostumbrados, aquí también bucea en las profundidades de los sentidos ocultos bajo la superficie, y se remonta, como sobre alas de águila, para describirnos panoramas alucinantes que no se pueden vislumbrar con la vista de la razón a secas. Nos introduce en escenas y escenarios: el pradillo herboso cerca de Betsaida Julias en el que se ha reunido una expectante, cansada y hambrienta muchedumbre; el Atrio de los Gentiles del templo de Jerusalén, con su tráfago mercantil que dificulta el recogimiento de sinceros buscadores de Dios; el Huerto de Getsemaní, a la luz de la luna llena de la Pascua, repentinamente invadido por todo un cuerpo de ejército que busca a un Carpintero; la orilla del Mar de Galilea al amanecer, en la que el Resucitado espera, con el desayuno dispuesto en el fuego, el retorno de unos pescadores agotados después de una noche de infructuoso faenar... Y nos presenta a personajes que no pueden parecernos más vivos ni más reales: Andrés, que llevaba a Jesús a todos los que podía; la marginada Samaritana, liberada para enfrentarse consigo misma y con la vida; Pedro, impetuoso y seguro de sí mismo, que sufre un fracaso y lo supera, y tantos otros que comparten con nosotros sus luchas, y su supremo descubrimiento.

Al lado de personajes notables de la historia universal o de la de la Iglesia aparecen figuras insignificantes para los historiadores, que nos transmiten ejemplos conmovedores, como el chico o el mecánico que dieron su vida en la guerra para comunicar un mensaje o restablecer una comunicación; o la niña del suburbio que se preguntaba si le molestaría a Dios que cogiera algunas de Sus margaritas; o los niños gitanos visitando reverentes una catedral inglesa; o los escolares escoceses que echaban de menos a Jesús un día de tormenta... O historias tan conmovedoras como la de la pareja enamorada de O'Henry, o la del jefe amerindio y el misionero.

Desarrolla magistralmente los grandes temas joaninos, como: La Palabra, en sus trasfondos hebreo y griego; el nuevo nacimiento; la relación entre el amor y la obediencia; la unidad de la Iglesia; la oración en el nombre de Jesús, y la persona y la obra del Espíritu Santo. Presta la debida atención a los títulos de Jesucristo tan característicos del Evangelio de Juan: El Buen Pastor; el Cordero de Dios; la Luz del mundo; el Camino, la Verdad y la Vida, etc., etc.; y a la enseñanza acerca de la deidad, preexistencia y omnisciencia de Cristo, así como de Su humanidad: Su majestad, autoridad, honestidad, simpatía, independencia, intrepidez, etc.

Nos aclara circunstancias históricas y costumbristas como la enemistad secular entre judíos y samaritanos; el sentido y el ritual de las fiestas judías; la gran hazaña de ingeniería del túnel de Siloé; la importancia de los pastores en la historia de Israel; el carácter del agua en la antigüedad; cómo se celebraban las bodas, y cómo se organizaban los duelos, etc., etc.

No faltan toques de humor, como la semblanza de «los fariseos acardenalados» de la Misná, o de «los ministros funerarios» de Spurgeon. Explica frases como «entrar y salir», «el canto del gallo», «estar en el seno de alguien»; y otras más misteriosas, como «Yo dije: ¡Sois dioses!»; y nos ilumina detalles pictóricos que se nos podrían pasar desapercibidos, como que los panecillos del chico eran de cebada; y saca deducciones que hacen comprender mejor los hechos, como la colocación de los comensales en la última Cena.

«Detrás de este evangelio -escribe Barclay al final de la Introducción- está toda la iglesia de Éfeso, toda la comunión de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.»

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

EL EVANGELIO DE LA MIRADA DE ÁGUILA

Para muchos cristianos, *El Evangelio según san Juan* es el libro más precioso del *Nuevo Testamento*. Es el libro en el que, por encima de todo, alimentan sus mentes, edifican sus corazones y descansan sus almas. A menudo encontramos en las vidrieras de colores y sitios así a los evangelistas representados simbólicamente con las figuras de los cuatro seres vivientes que vio el autor del *Apocalipsis* alrededor del trono de Dios (*Apocalipsis 4:7*). Los símbolos se distribuyen de diversas maneras entre los evangelistas; pero lo más corriente es asignar *el hombre a Marcos*, porque es el más sencillo y natural y humano de los evangelios; *el león* representa a *Mateo*, porque es el que vio a Jesús específicamente como el Mesías y el León de la tribu de Judá; *el becerro* corresponde a *Lucas*, porque es el animal del servicio y del sacrificio, y Lucas vio a Jesús como el gran Siervo de los hombres y el Sacrificio universal por toda la humanidad, y *el águila* representa a *Juan*, porque es el único animal que puede mirar directamente al Sol sin deslumbrarse, y *Juan* tiene la mirada más penetrante de todos los autores del *Nuevo Testamento* para escrutar las verdades y los misterios eternos y la misma naturaleza de Dios. Muchos se encuentran más cerca de Dios y de Jesucristo en *Juan* que en ningún otro libro del mundo.

EL EVANGELIO QUE ES DIFERENTE

Pero no tenemos más que leer el Cuarto Evangelio de corrido para darnos cuenta de que es distinto de los otros tres. Omite muchas cosas que los otros incluyen. Por ejemplo: no nos relata el nacimiento de Jesús, ni el bautismo, ni las tentaciones; no hace referencia a la última Cena, ni a Getsemaní, ni a la Ascensión. No nos dice ni una palabra de la curación de personas que estuvieran poseídas por demonios o espíritus malos. Y, probablemente lo más sorprendente: no contiene ninguna de las parábolas que contó Jesús y que son una parte tan preciosa de los otros tres evangelios. En ellos Jesús usa, o bien esas historias maravillosas, o breves frases epigramáticas y gráficas que se quedan en la memoria. Pero el Cuarto Evangelio nos conserva discursos de Jesús que ocupan a veces capítulos enteros, y que son exposiciones razonadas y desarrolladas, muy diferentes de los dichos jugosos e inolvidables de los otros tres evangelios.

Todavía más sorprendente es que el relato que nos hace el Cuarto Evangelio de los hechos de la vida y el ministerio de Jesús es a menudo distinto del de los otros tres.

(i) *Juan* hace un relato distinto del *principio* del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios se deja bien claro que Jesús no surgió como predicador hasta después que metieron a Juan el Bautista en la cárcel. «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios» (*Marcos 1:14; Lucas 3:18ss; Mateo 4:12*). Pero en *Juan* hay un período considerable de tiempo durante el cual el ministerio de Jesús coincide con la actividad de Juan el Bautista (*Juan 3:22-30, 4:1-2*).

(ii) *Juan* presenta *un escenario* distinto del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios, el principal escenario del ministerio es Galilea, y Jesús no llega a Jerusalén hasta la última semana de Su vida. En *Juan* el principal escenario es Jerusalén y Judea, con ciertas retiradas ocasionales a Galilea (*Juan 2:1-13; 4:35-5:1; 6:1-7:14*). En *Juan*, Jesús está en Jerusalén en una Pascua, que es cuando purifica el templo según *Juan (2:13)*; está en Jerusalén otra vez en una fiesta de la que no se nos da el nombre (*Juan 7:2, 10*); está allí en la Fiesta de la Dedicación, en invierno (*Juan 10:22*). Más aún, según el Cuarto Evangelio Jesús ya no se marchó de Jerusalén desde aquella fiesta; desde el capítulo 10 se queda en Jerusalén todo el tiempo, que puede querer decir meses, desde la Fiesta de la Dedicación en invierno hasta la Pascua en la primavera, cuando le crucificaron.

En esta cuestión lo más probable es que *Juan* esté en lo cierto. Los otros evangelios nos presentan a Jesús haciendo duelo por Jerusalén cuando llega a ella la última semana: < Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía, ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos como junta sus pollitos la gallina debajo de sus alas! Pero no quisiste...» (*Mateo 23:37 Lucas 13:34*). Está claro que Jesús no podría haber dicho eso si no hubiera hecho repetidas visitas a Jerusalén y le hubiera dirigido su invitación repetidas veces. Era imposible que dijera eso en su primera visita. En esto no cabe duda de que *Juan* está en lo cierto.

De hecho, fue esta diferencia de escenario lo que le sugirió a Eusebio una de las primeras explicaciones de las diferencias entre el cuarto y los otros tres evangelios. Dijo que en su tiempo (hacia el 300 d.C.) muchos investigadores mantenían la siguiente opinión. Mateo predicó al principio al pueblo hebreo. Llegó el momento en que tuvo que marcharse para ir a otras naciones. Antes de irse escribió su relato de la vida de Jesús en hebreo, « y así compensó por la falta de su presencia a los que tuvo que dejar.» Después que Marcos y Lucas publicaron sus evangelios, *Juan* seguía predicando oralmente la historia de Jesús. «Por último se puso a escribir por la siguiente razón: los tres evangelios ya mencionados estaban en las manos de todos y en las suyas también, y dicen que él

los aceptaba totalmente y daba testimonio de su fiabilidad; *pero faltaba en ellos el relato de lo que Jesús había hecho al principio de Su ministerio...* Así es que dicen que Juan, cuando le pidieron que lo hiciera por esta razón, puso en su evangelio el relato del período que habían omitido los evangelistas anteriores, y de los hechos del Salvador durante ese tiempo; es decir, de lo que hizo antes de que metieran en la cárcel a Juan el Bautista... Por tanto Juan refiere los hechos de Jesús de *antes de que* el Bautista fuera encarcelado; pero los otros tres evangelistas tratan de lo que sucedió *después de ese tiempo...* *El Evangelio según Juan* contiene los primeros hechos de Cristo, mientras que los otros hacen un relato de *la última parte de Su vida*» (Eusebio, *Historia Eclesiástica* 5:24).

Así que, según Eusebio, no hay la menor contradicción entre el Cuarto Evangelio y los otros tres; las diferencias se deben al hecho de que el Cuarto Evangelio está describiendo, por lo menos en los primeros capítulos, el ministerio en Jerusalén que precedió al ministerio de Galilea, y que tuvo lugar cuando Juan el Bautista estaba todavía en libertad. Es muy posible que esta explicación de Eusebio sea correcta, por lo menos en parte.

(iii) *Juan* da una impresión diferente de *la duración* del ministerio de Jesús. Los otros tres evangelios parece que implican que duró solamente un año. En su relato no se menciona la Pascua nada más que una vez, mientras que en *Juan* hay tres Pascuas: la de la purificación del templo (*Juan* 2:13); otra cerca de la multiplicación de los panes y los peces (*Juan* 6:4), y la última, cuando crucificaron a Jesús. Según *Juan*, el ministerio de Jesús debe de haber ocupado un mínimo de dos años, y más probablemente un período más cerca de los tres, para incluir todos los acontecimientos. De nuevo *Juan* está en lo cierto, como advertiremos si leemos los otros tres evangelios con atención. Cuando los discípulos arrancaron las espigas (*Marcos* 2:23) debe de haber sido primavera. Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil, se sentaron en *la hierba verde* (*Marcos* 6:39), lo que quiere decir que era primavera otra vez; y debe de haber pasado un año entre los dos acontecimientos. A eso sigue el viaje que hicieron por Tiro y Sidón, y la Transfiguración. En la historia de la Transfiguración, Pedro quería hacer tres chozas para quedarse allí. Lo más natural es pensar que era el tiempo de la Fiesta de los Tabernáculos o chozas, y que por eso hizo Pedro aquella sugerencia (*Marcos* 9:5), lo que colocaría la escena a principios de octubre; y a eso seguiría el período hasta la última Pascua, al principio de la primavera siguiente. Por consiguiente, en el relato de los otros tres evangelistas podemos leer entre líneas que el ministerio de Jesús se extendió de hecho por lo menos tres años, que es lo que presenta Juan.

(iv) Algunas veces hasta sucede que *Juan* difiere de los otros en cuestión de hechos. Hay dos ejemplos sobresalientes. El primero es que *Juan* coloca la Purificación del templo *al principio* del ministerio de Jesús (*Juan* 2:13-22), y los otros la colocan *al final* (*Marcos* 11:15-17; *Mateo* 21:12-13; *Lucas* 19:45-46). El segundo ejemplo es que, cuando lleguemos a estudiar los relatos en detalle, veremos que *Juan* fecha la crucifixión de Jesús el día antes de la Pascua, mientras que los otros evangelios la ponen en el mismo día de la Pascua.

No podemos hacernos los ciegos a las diferencias obvias que existen entre *Juan* y los otros evangelios.

CONOCIMIENTOS EXCLUSIVOS DE JUAN

Una cosa es segura: Si *Juan* difiere de los otros evangelios, no es ni por ignorancia ni por falta de información. El hecho indudable es que, si omite mucho de lo que los otros relatan, también refiere mucho que los otros no mencionan. *Juan* es el único que cuenta las bodas de Caná de Galilea (2:1-11); la conversación de Jesús con Nicodemo (3:1-15); la historia de la samaritana (4); la resurrección de Lázaro (11); cómo Jesús les lavó los pies a Sus discípulos (13:1-17), y la enseñanza maravillosa de Jesús acerca del Espíritu Santo, el Confortador, que se encuentra extendida por los capítulos 14 al 17. Es sólo en *Juan* donde se identifican algunos de los discípulos: Tomás habla (11:16; 14:5; 20:24-29); se nos revela el carácter de Andrés (1:4.0-41; 6:8-9; 12:22); tenemos detalles del de Felipe (6:5-7; 14:8-9), y escuchamos la crítica mordaz de Judas a la unción de Betania (12:4-5). Y lo curioso es que estos detalles extra son intensamente reveladores. Los retratos que hace Juan de Tomás, Andrés y Felipe son como camafeos o viñetas en los que ha quedado grabado su carácter de, una manera que nos resulta inolvidable.

Además, una y otra vez Juan aporta detalles que parecen proceder del recuerdo vivo de uno que estuvo allí: los panecillos que el chaval le trajo a Jesús eran *de cebada* (6:9); cuando Jesús se acercó a sus discípulos cuando estaban cruzando el lago en medio de la tempestad, habían remado *de cinco a seis kilómetros* (6:19); había *seis tinajas de piedra* en Caná de Galilea (2:6); Juan es el único que dice que los cuatro soldados *se jugaron la túnica* inconsútil mientras Jesús estaba muriendo. (19-23); sabía el peso exacto de la mezcla de mirra y áloe, *cien libras*, que llevó Nicodemo para ungir el cuerpo de Jesús (19:39), y recordaba cómo el aroma del perfume de la unción *se había extendido por toda* la casa de Betania (12:3). Muchos de estos detalles parecen tan insignificantes que no tendrían ninguna importancia si no fuera porque son indicios del testimonio fidedigno del narrador.

Por mucho que difiera Juan de los otros tres evangelios, las diferencias no se pueden atribuir a ignorancia, sino más bien al hecho de que tenía más conocimientos, o mejores fuentes, o una memoria más fiel que los otros.

Adicional evidencia de la información especializada del autor del Cuarto Evangelio se encuentra en su *conocimiento detallado de Palestina y de Jerusalén*. Sabía el tiempo que se había invertido en la construcción del templo (2:20); que los judíos y los samaritanos estaban enemistados tradicionalmente (4:9); la baja opinión que los judíos tenían de las mujeres (4:9), y el concepto que tenían del sábado (5:10; 7:21-23; 9:14). Tenía un conocimiento íntimo de la geografía de Palestina: conocía dos Betanias, una de las cuales estaba al otro lado del Jordán (1:28; 12:1); sabía que algunos de los discípulos eran de Betsaida (1:44; 12:21); que Caná estaba en Galilea (2:1; 4:46; 21:2), y que Sicar estaba cerca de Siquem (4:5). Tenía un conocimiento de Jerusalén calle por calle: conocía la Puerta de las Ovejas y el estanque que había por allí cerca (5:2); el estanque de Siloé (9:7); el Pórtico de Salomón (10:23); el torrente Cedrón (18:1); el enlosado que se llamaba Gabatá (19:13), y Gólgota, que es como una calavera (19:17). Debe recordarse que Jerusalén fue destruida el año 70 d.C., y que Juan no escribió hasta el año 100 o por ahí; y, sin embargo, se conocía Jerusalén como la palma de la mano.

CIRCUNSTANCIAS EN QUE ESCRIBIÓ JUAN

Ya hemos visto que hay diferencias innegables entre el Cuarto y los otros tres evangelios; y también hemos visto que, fuera por la razón que fuera, no era por falta de conocimiento por parte de Juan. Ahora debemos preguntarnos: ¿Qué propósito tenía Juan al escribir su evangelio? Si podemos descubrirlo, también descubriremos por qué seleccionó y elaboró los hechos de esa manera.

El Cuarto Evangelio se escribió en Éfeso hacia el año 100 d.C. Para entonces habían surgido dos características especiales en la situación de la Iglesia Cristiana. La primera, *que el Cristianismo se había desplazado al mundo gentil*. La Iglesia Cristiana ya no era predominantemente judía; todo lo contrario: era gentil en su inmensa mayoría. Casi todos sus miembros procedían, no de un trasfondo judío, sino helenístico. En tales circunstancias, *había que plantear el Cristianismo de nuevo*. No es que hubiera cambiado la verdad del Evangelio; pero había que cambiar los términos y las categorías en que se había expresado anteriormente.

Vamos a tomar sólo un ejemplo. Si un griego tenía en la mano el *Evangelio según san Mateo*, en cuanto empezara a leerlo se encontraría con una larga genealogía. Los judíos estaban familiarizados con las genealogías, pero a los griegos les parecían algo sumamente extraño. Si seguía leyendo, se encontraba con que Jesús era hijo de David, un rey del que los griegos ni siquiera habrían oído, y que era el símbolo de una ambición racial y nacionalista que no le decían nada. Luego se encontraría con la descripción de Jesús como el Mesías, un término que no habría oído nunca. ¿Es que un griego que quisiera hacerse cristiano estaba obligado a reorganizar todas las categorías de su pensamiento para que se ajustaran a las de los judíos? ¿Tendría que aprender un montón de la historia de los judíos y de su literatura apocalíptica: (que, hablaba de la venida del Mesías) antes de poder ser cristiano? Como lo expresó E. J. Goodspeed: « ¿No había manera de que se le pudiera introducir directamente a las realidades de la *Mvációá* cristiana sin tener que pasar, diríamos «que ser reciclado», al judaísmo?» Los griegos eran los mejores pensadores del mundo. ¿Tenían que abandonar la totalidad de su gran herencia intelectual, y empezar a pensar en los términos y las categorías. de pensamiento de los judíos?

Juan se enfrentó con este problema directa y honradamente. Y encontró una, de las mayores soluciones. que hayan entrado nunca en la mente humana. Más adelante, en el comentario, trataremos. de la gran solución de Juan mucho más en detalle. De momento sólo la mencionaremos brevemente. Los griegos tenían dos grandes concepciones.

(a) Tenían la concepción del *Logos*. En griego, logos quiere decir dos cosas: *palabra y razón*. Los judíos estaban familiarizados con la idea de la Palabra todopoderosa de Dios: «Dios dijo: « ¡Que haya luz!» Y hubo luz» (*Génesis 1:3*). Los griegos estaban familiarizados con la idea de la razón. Cuando observaban el universo, veían un orden magnífico e infalible. El día y la noche se sucedían con constante regularidad; las estaciones del año seguían su turno indefectiblemente; las estrellas y los planetas recorrían sus rutas invariables; la naturaleza tenía leyes inalterables. ¿Qué producía este orden? Los griegos contestaban sin dudar que *el Logos*, la Mente de Dios, es responsable del orden mayestático del universo. Y a la pregunta sobre qué es lo que le da al hombre la capacidad de pensar, razonar y saber, contestaban igualmente sin la menor duda que el *Logos*, la Mente de Dios que mora en el interior del hombre, . le hace un ser pensante racional.

Juan se aferró a esta idea. Así era como pensaba en Jesús. Les decía a los griegos: «Toda la vida habéis estado fascinados por esa gran directriz y controladora Mente de Dios. Pues bien: la Mente de Dios ha venido al mundo en el hombre Jesús. Miradle, y veréis cómo son la mente y , el pensamiento de Dios.» Juan había descubierto una nueva categoría en la que los griegos podían pensar en Jesús, una categoría en la que se presentaba, a Jesús como nada menos que Dios actuando en forma humana.

(b) Tenían la concepción de dos mundos. Los griegos siempre pensaban en dos mundos: Uno era el mundo en que vivimos, un mundo, maravilloso a su modo, pero que es un mundo de sombras: y copias e irrealidades. El otro era el mundo real, en el que las grandes realidades, de las que nuestras cosas terrenas son sólo copias pobres y pálidas, permanecen para siempre. Para los griegos, el mundo invisible era el mundo real; él mundo visible era sólo una sombría irrealidad.

Platón sistematizó esa manera de pensar en su doctrina de las formas o ideas. Mantenía que en el mundo invisible estaba el modelo perfecto de todas las cosas, y que las cosas de este mundo eran copias sombrías de esos modelos eternos. Dicho más sencillamente: Platón mantenía que en algún lugar está el modelo perfecto de una mesa, del que todas las mesas de este mundo son copias imperfectas; en algún lugar está el modelo perfecto de lo bueno y de lo bello, del que toda bondad y belleza terrenas son sólo copias imperfectas. Y la gran realidad, la idea suprema, el modelo de todos los modelos y la forma de todas las formas era Dios. El gran problema era cómo salir de este mundo de sombras, y entrar en el mundo de la realidad. Juan declara que eso es precisamente lo que Jesús nos capacita para hacer. Él es la realidad, que ha venido a la Tierra. La palabra griega para *real* es *aléthinós*; está íntimamente relacionada con *aléthés*, que quiere decir *verdadero*, y con *alétheía*, que quiere decir *la verdad*. La antigua versión Reina Valera y la revisión de 1960 traducen *aléthinós* por *verdadero*; habría sido mucho mejor traducirlo por *real*. Jesús es la luz *real* (1:9); Jesús es el pan *real* (6:32); Jesús es la vid *real* (15:1); a Jesús Le pertenece el juicio *real* (8:16). Jesús es el único que encarna la realidad en nuestro mundo de sombras e imperfecciones.

Hay algo que se deriva de esto. Todas las acciones que Jesús llevó a cabo son, por tanto, no sólo hechos que ocurrieron en el tiempo, sino ventanas por las que se nos permite contemplar la realidad. Eso es lo que Juan quiere decir cuando habla de los milagros de Jesús como *señales* (*sémeía*). Las obras maravillosas de Jesús no eran simplemente hechos admirables; eran ventanas que se abrían a la realidad que es Dios. Esto explica por qué Juan nos relata los milagros de una manera completamente diferente de la de los otros tres evangelistas. Hay dos diferencias principales.

(a) En el Cuarto Evangelio echamos de menos el carácter de compasión que se encuentra en los relatos de los otros tres. En los otros fue la compasión lo que movió a Jesús a sanar al leproso (*Marcos* 1:41); Su simpatía lo que le salió al encuentro a Jairo (*Marcos* 5:22); Le dio pena del padre del muchacho epiléptico (*Marcos* 9:14); cuando devolvió a la vida al hijo de la viuda de Naín, Lucas dice con una ternura infinita que «se le devolvió a su madre» (*Lucas* 7:15). Pero en *Juan* los milagros no son tanto obras de compasión como acciones que demuestran la gloria de Cristo. Después del milagro de Caná de Galilea, Juan comenta: «Esta, la primera de sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó *Su gloria*» (*Juan* 2:4). La resurrección de Lázaro tuvo lugar «para la gloria de Dios» (*Juan* 11:4). La ceguera del ciego de nacimiento existía para permitir la demostración de la gloria de las obras de Dios (*Juan* 9:3). No es que para Juan no hubiera amor ni compasión en los milagros; pero en ellos veía la gloria de la realidad de Dios abriéndose paso en el tiempo y en las condiciones humanas.

(b) A menudo los milagros de Jesús en el Cuarto Evangelio van acompañados de largos discursos. La multiplicación de los panes y los peces va seguida de un largo mensaje sobre el pan de vida (capítulo 6); la curación del ciego viene a ilustrar el dicho de que Jesús es la luz del mundo (capítulo 9); la resurrección de Lázaro conduce al dicho de que Jesús es la resurrección y la vida (capítulo 10). Para Juan, los milagros no eran simplemente acontecimientos singulares en el tiempo, sino vislumbres de lo que Dios está haciendo siempre y de lo que es Jesús siempre; son ventanas a la realidad de Dios. No es sólo que Jesús alimentó una vez a cinco mil personas; esa era una ilustración de que es siempre el pan de vida real. No es sólo que Jesús le dio la vista a uno que había nacido ciego, sino que Él es siempre la luz del mundo. No es sólo que Jesús resucitó una vez a Lázaro, sino que Él es siempre y para todos los hombres la resurrección y la vida. Para Juan, un milagro no era meramente un hecho aislado, sino una ventana abierta a la realidad de lo que Jesús ha sido siempre, y es, y siempre ha hecho, y siempre hace.

Con esto en mente, aquel gran investigador que fue Clemente de Alejandría (c. 230 d.C.) llegó a uno de los más famosos y convincentes veredictos acerca del origen y propósito del Cuarto Evangelio. Su sugerencia era que los evangelios que contienen las genealogías se habían escrito primero -es decir, *Mateo* y *Lucas*-; y que más tarde Marcos, a ruego de muchos que habían oído predicar al apóstol Pedro, escribió su evangelio, que incluía los materiales de la predicación de Pedro; y que «por último, Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado por sus amigos e inspirado por el Espíritu Santo, escribió *un evangelio espiritual*.» (Citado por Eusebio, *Historia Eclesiástica* 6:14). Lo que Clemente quería decir era que Juan no estaba tan interesado en los hechos concretos como en su significado; no tanto en los datos como en la verdad. Juan no veía los acontecimientos de la vida de Jesús simplemente como sucesos en el tiempo; los veía como ventanas por las que se ve la eternidad; e investigaba el sentido espiritual de los hechos y de las palabras de Jesús como no lo intentaron los otros tres evangelistas.

Ese sigue siendo uno de los veredictos más convincentes y profundos que se han alcanzado acerca del Cuarto Evangelio.

Así pues, lo primero de todo, Juan presentó a Jesús como la Mente de Dios que había venido a la Tierra en una persona humana; una persona que posee la realidad en vez de las sombras, y que puede conducir a los hombres de las sombras al mundo real que Platón y otros grandes griegos habían intuido. El Evangelio, que había estado revestido con el ropaje de las categorías judías, asumió por fin la grandeza del pensamiento de los griegos.

EL BROTE DE LAS HEREJÍAS

El segundo de los hechos importantes que confrontaban a la Iglesia cuando se escribió el Cuarto Evangelio era *el brote de las herejías*. Hacía ya setenta años que Jesús había sido crucificado. La Iglesia era ya una organización y una institución. Se iban concibiendo y formulando teologías y credos; e, inevitablemente, los pensamientos de algunos siguieron caminos equivocados y surgieron herejías. Una herejía no suele ser una falsedad total; a menudo se produce cuando se subraya exageradamente algún aspecto de la verdad. Podemos descubrir por lo menos dos de las herejías que el autor del cuarto Evangelio trataba de combatir.

(a) Había ciertos cristianos, especialmente los de origen judío, que le asignaban un lugar demasiado alto a Juan el Bautista. Había habido algo en él que era natural que produjera una gran impresión en los judíos. Pertenecía a la estirpe de los profetas, y hablaba con voz profética. Sabemos que en tiempo posterior hubo una secta de Juan el Bautista.

En *Hechos 19:1-7* leemos que Pablo encontró en Éfeso a un grupito de doce hombres en la frontera de la Iglesia Cristiana que no habían llegado más allá del bautismo de Juan.

Una y otra vez, cortés pero firmemente, relega a Juan al lugar que le corresponde. Una y otra vez, el mismo Juan niega haber poseído o pretendido la categoría suprema, y se la reconoce a Jesús sin el menor lugar a duda. Ya hemos visto que en los otros evangelios el ministerio de Jesús no empezó hasta que metieron en la cárcel a Juan el Bautista; pero en el Cuarto Evangelio los ministerios de ambos coincidieron en parte. Es posible que el autor del Cuarto Evangelio presentara los hechos de forma que se viera que se habían encontrado, y que Juan había aprovechado los encuentros para admitir, y hacer admitir a otros, la supremacía de Jesús. Se hace notar expresamente que, Juan <no era la luz> (1:8). Se le presenta rechazando concretamente ninguna aspiración mesiánica (1:20ss; 3:28; 4:1; 10:41). No se permite considerarle como el testigo supremo (5:36). No se le hace la menor crítica a Juan el Bautista; pero se corrige la posible tendencia a darle un lugar que pertenece solamente a Jesús.

(b) Cierta clase de herejía que se había extendido ampliamente en los días en que se escribió el Cuarto Evangelio se llama con el nombre general de gnosticismo. Si no lo tenemos en cuenta y lo entendemos un poco, perderemos mucho de la grandeza y del propósito de Juan. La doctrina básica del gnosticismo era que la materia es esencialmente mala, y el espíritu esencialmente bueno. De ahí pasaban los gnósticos a afirmar que Dios no podía tocar la materia y, por tanto, no había creado el mundo. Lo que sí hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Él, hasta que, por fin, hubo una que podía tocar la materia. Esa emanación fue la que creó el mundo.

Esa idea ya es en sí suficientemente mala; pero la hizo peor algo que se le añadió. Los gnósticos afirmaban que cada emanación sabía menos de Dios que las anteriores, hasta que se llegaba a un nivel en el que, no sólo eran ignorantes, sino hostiles a Dios. Así llegaban a la conclusión de que el dios creador era, no sólo diferente del Dios real, sino totalmente ignorante de Él y hostil a Él. Cerinto, uno de los líderes de los gnósticos, dijo que «el mundo fue creado, no por Dios, sino por un cierto poder muy distante de Él y muy lejos de ese otro poder que está sobre el universo, e ignorante del Dios que está sobre todo.»

Los gnósticos creían que Dios no había tenido nada que ver con la creación del mundo. Por eso Juan empieza su evangelio con la afirmación tajante: «Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de lo que hay hecho» (1:3). Por eso Juan insiste en que «de tal manera amó Dios al mundo» (3:16). Frente a los gnósticos, que tanto erraban al «espiritualizar» a Dios hasta tal punto que no podía tener nada que ver con el mundo, Juan presentaba la doctrina cristiana del Dios que creó el mundo y cuya presencia llena el mundo que Él ha hecho.

Las creencias de los gnósticos influían en su idea de Jesús.

(a) Algunos de los gnósticos afirmaban que Jesús era una de las emanaciones que procedían de Dios. Mantenían que no era divino en ningún sentido real; que era sólo una especie de semidiós más o menos distante del Dios real; que era simplemente uno de una cadena de seres inferiores entre Dios y el mundo.

(b) Algunos de los gnósticos mantenían que Jesús no tenía un cuerpo real. El cuerpo es materia, y Dios no podía tocar la materia; por tanto Jesús era una especie de fantasma, no un ser de carne y hueso. Sostenían, por ejemplo, que cuando andaba por la tierra no dejaba huellas, porque su cuerpo no tenía peso ni sustancia. No

podrían haber dicho nunca: « El Verbo se hizo carne» (1:14). Agustín nos dice que había leído muchas de las obras de los filósofos de su tiempo; que había encontrado muchas cosas que eran como lo que hay en el Nuevo Testamento; pero dijo: «Que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros no lo leí allí.» Por eso Juan, en su Primera Epístola, insiste en que Jesús vino en la carne, y declara que el que lo niegue está movido por el espíritu del anticristo (1 Juan 4:3).

Esa forma particular de gnosticismo se llama docetismo, de la palabra griega *dokein*, que quiere decir parecer; y la herejía así llamada mantenía que Jesús simplemente parecía ser un hombre.

(c) Algunos gnósticos sostenían una variante de esa herejía. Decían que Jesús era un hombre al que vino el Espíritu de Dios en el bautismo; que el Espíritu siguió con él toda su vida, hasta el final; pero, como el Espíritu de Dios no podía sufrir y morir, le dejó inmediatamente antes de que le crucificaran. Explicaban el grito desde la cruz como: « Mi poder, mi poder, ¿por qué me has abandonado?» Y decían en sus libros que había personas hablando en el Monte de los Olivos con uno que era exactamente igual que Jesús, mientras el hombre Jesús moría en la cruz.

Así es que las herejías gnósticas se presentaban en dos formas. O bien creían que Jesús no era realmente divino sino simplemente una de la serie de emanaciones que procedían de Dios, o que no era humano en ningún sentido, sino una especie de fantasma que se presentaba en forma humana. Las creencias gnósticas destruían a la vez la divinidad real y la humanidad real de Jesús.

LA HUMANIDAD DE JESÚS

El hecho de que Juan se propusiera corregir estas dos tendencias gnósticas explica un curioso énfasis paradójicamente doble de su evangelio: Por una parte, no hay otro evangelio que subraye tan sin compromisos la humanidad real de Jesús. Jesús estaba enfadado con los que vendían y compraban en los atrios del templo (2:15); estaba físicamente cansado cuando se sentó al lado del pozo que había cerca de Sicar, en Samaria (4:6); Sus discípulos le ofrecieron algo de comer de la manera que se le ofrecería a uno que tuviera hambre (4:31); Jesús simpatizaba con los que tenían hambre y miedo (6:5, 20); sentía dolor y lloraba con los que estaban de duelo (11:33, 35, 38); en la agonía de la cruz, el grito que salió de sus labios reseca fue: < ¡Tengo sed!> (19:28). El Cuarto Evangelio nos presenta a un Jesús que no era una figura irreal o docética, sino uno que experimentaba el cansancio de un cuerpo agotado, y las heridas de una mente y de un corazón apesadumbrados. Es el Jesús humano en todos los sentidos el que el cuarto Evangelio nos presenta.

LA DEIDAD DE JESÚS

Por otra parte, ningún otro evangelio nos presenta más claramente la deidad de Jesús.

(a) Juan subraya *la preexistencia* de Jesús. «Antes que Abraham fuese -les dijo Jesús-, Yo soy» (8:58); Jesús habla de la gloria que tuvo cerca de Dios antes que el mundo existiera (17:5). Una y otra vez habla de su bajada desde el Cielo (6:33-38). Juan veía en Jesús a uno que había existido siempre, hasta antes de la creación del mundo.

(b) El Cuarto Evangelio hace hincapié más que los otros en *la omnisciencia* de Jesús. Juan nos presenta que Jesús sabía, al parecer milagrosamente, el pasado de la mujer samaritana (4:16-17); sin que nadie se lo dijera, Jesús sabía el tiempo que había estado aquel enfermo cerca del estanque milagroso (5:6); desde antes, ya sabía la respuesta a la pregunta que le hizo a Felipe (6:6); sabía que Judas le iba a traicionar (6:61-64), y antes de que nadie se lo dijera ya sabía que Lázaro había muerto (11:14). Juan veía que Jesús tenía un conocimiento especial y milagroso independientemente de lo que otros le pudieran decir. No tenía necesidad de hacer preguntas, porque ya sabía todas las respuestas.

(c) El Cuarto Evangelio hace hincapié en el hecho de que Jesús hacía siempre las cosas por propia iniciativa y sin depender de nadie. No fue la petición de su madre lo que le movió a realizar el milagro de las bodas de Caná de Galilea, sino Su propia decisión personal (2:4); la insistencia de sus hermanos no fue lo que le obligó a ir a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos (7:10); nadie le quitó la vida, Él mismo la ofreció voluntaria -y libremente (10:18; 19:11). Juan se dio cuenta de que Jesús actuaba con una independencia divina, libre de toda influencia humana. Jesús siempre decidía y actuaba por sí mismo.

Para salirles al paso a los gnósticos y a sus extrañas doctrinas, Juan nos presenta a un Jesús que era indudablemente humano, pero que era también indudablemente divino.

EL AUTOR DEL CUARTO EVANGELIO

Hemos visto que el propósito del autor del Cuarto Evangelio era presentar el Evangelio de una forma que resultara comprensible para los griegos, y también combatir las herejías e ideas equivocadas que habían surgido en el seno de la Iglesia. Ahora debemos pasar a preguntarnos: ¿Quién fue el autor del Cuarto Evangelio? La tradición responde unánimemente que fue el apóstol Juan. Vamos a ver que, sin duda, la autoridad de Juan respalda el evangelio, aunque es posible que no fuera su mano la que le diera la forma definitiva. Vamos a recoger lo que sabemos del apóstol Juan.

Era el más joven de los hijos de un tal Zebedeo, que tenía un negocio de pesca lo suficientemente bien montado como para tener empleados además de sus hijos (*Marcos 1:19s*). Su madre se llamaba Salomé, y parece probable que fuera hermana de María, la madre de Jesús (*Mateo 27:56; Marcos 16:1*). Con su hermano Santiago obedeció la llamada de Jesús (*Marcos 1:20*). Parecería que Santiago y Juan eran socios de Pedro en el negocio de la pesca (*Lucas 5:7-10*). Era uno de los que formaban el círculo más íntimo de los discípulos, porque las listas empiezan siempre por los nombres de Pedro, Santiago y Juan, y hay ciertas ocasiones especiales en las que Jesús llevó sólo consigo a estos tres (*Marcos 3:17; 5:37; 9:2; 14:33*).

En cuanto a carácter, está claro que era un hombre turbulento y ambicioso. Jesús les puso a él y a su hermano el mote de *Boanerges*, que los evangelistas interpretan como *Hijos del trueno*. Juan y Santiago eran absolutamente exclusivistas e intolerantes (*Marcos 9:38; Lucas 9:49*). Tenían un temperamento tan violento que querían demoler un pueblo samaritano porque no les quiso dar hospitalidad cuando iban camino de Jerusalén (*Lucas 9:54*). Ellos dos -o su madre Salomé para ellos- tenían la ambición de convertirse en primeros ministros cuando Jesús inaugurara Su Reino (*Marcos 10:35; Mateo 20:20*). En los otros tres evangelios se nos presenta como un líder entre los apóstoles, uno de los del círculo íntimo, y, sin embargo, turbulento, ambicioso e intolerante.

En el *Libro de los Hechos*, Juan siempre aparece en compañía de Pedro, y nunca es él el que habla. Su nombre sigue figurando entre los tres a la cabeza de la lista apostólica (*Hechos 1:13*). Estaba con Pedro en la curación del cojo en la Puerta Hermosa del templo (*Hechos 3:1 ss*). Le trajeron con Pedro al sanedrín, cuando ambos se comportaron con tal valor y arrojo ante los líderes judíos que los dejaron alucinados (*Hechos 4:1-13*). También está con Pedro cuando van a Samaria a supervisar el trabajo de Felipe (*Hechos 8:14*).

En las cartas del apóstol Pablo sólo se le menciona una vez, en *Gálatas 2:9*, donde aparece con Pedro y Santiago como uno de los pilares de la Iglesia que dieron su aprobación a la obra misionera de Pablo.

Juan era una mezcla extraña. Era uno de los líderes de los Doce; formaba parte del círculo más íntimo de los amigos de Jesús, y al mismo tiempo era hombre de temperamento ambicioso e intolerante, pero no menos valiente.

Podemos seguir a Juan en las historias que se contaban de él en la Iglesia Primitiva. Eusebio nos dice que le desterraron a Patmos en el reinado de Domiciano (Eusebio, *Historia Eclesiástica* 3:23). En el mismo pasaje Eusebio nos cuenta una historia característica de Juan que él recibió de Clemente de Alejandría. Juan llegó a ser una especie de obispo de Asia Menor, y estaba visitando a la sazón una de las iglesias cerca de Éfeso. En la congregación vio a un joven alto, fuerte y muy bien parecido. Se volvió al anciano responsable de la congregación y le dijo:

-Te confío encarecidamente a ese joven, y hago testigos de ello a todos los de la congregación.

El anciano dio hospitalidad al joven en su propia casa, y le cuidó e instruyó, hasta que un buen día fue bautizado y recibido en la iglesia. Pero poco después se juntó con malas compañías y se embarcó en una carrera de crímenes que le llevó a ser el jefe de una pandilla de bandoleros y asesinos. Algún tiempo después volvió a pasar Juan por aquella congregación, y le dijo al anciano:

-Da cuenta del depósito que el Señor y yo os confiamos a ti y a la iglesia que está a tu cargo.

Al principio el anciano no sabía de lo que le hablaba Juan, hasta que le dijo:

-Me refiero al alma del joven que te confié.

-¡Ay dijo el anciano-, que está muerto!

-¿Muerto?

-Sí; muerto para Dios. Cayó de la gracia. Tuvo que huir de la ciudad a causa de sus crímenes, y ahora es un bandolero en las montañas.

Inmediatamente, Juan se dirigió a las montañas. Se dejó capturar a propósito por la banda de forajidos. Le llevaron a aquel joven, que era el jefe, que, de la vergüenza que le dio, intentó huir de él. Juan, aunque era anciano, le persiguió gritándole:

-¡Hijo mío! ¿Es que vas a huir de tu padre? Yo estoy débil y cargado de años; ten piedad de mí, hijo mío; no tengas miedo; aún hay esperanza de salvación para ti. Yo me presentaré por ti ante el Señor Cristo. Si

hace falta, de buena gana moriré por ti como Él murió por mí. ¡Detente, para, cree! ¡Es Cristo el Que me ha enviado a Ti!

Aquellas palabras quebrantaron el empedernido corazón del joven, que se detuvo, tiró las armas y rompió a llorar. Juntos bajaron de la montaña, y el joven volvió a la iglesia y a la fe. Aquí vemos el amor y el valor de Juan en acción.

Eusebio (3:28) nos cuenta otra historia de Juan que él sacó de las obras de Ireneo. Ya hemos visto que uno de los líderes de la herejía gnóstica era un tal Cerinto. «El apóstol Juan entró una vez en los baños para darse un baño; pero, cuando se enteró de que Cerinto estaba allí, pegó un salto y salió corriendo por la puerta de donde estaba, porque no podía soportar estar bajo el mismo techo que él. Y aconsejó a los que estaban con él que hicieran lo mismo.

-¡Huyamos -les dijo- antes que los baños se nos caigan encima; porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está dentro!»

Aquí tenemos otro rasgo del temperamento de Juan. Boanergues no había muerto del todo.

Casiano nos cuenta otra historia famosa de Juan. Cierta día, estaba jugando con una perdiz amaestrada. Un hermano más rígido y estrecho le reprendió por perder el tiempo, y Juan le respondió:

-El arco que siempre está tenso, pronto deja de tirar derecho.

Y es Jerónimo el que nos cuenta la historia de las palabras finales de Juan. Cuando estaba muriendo, sus discípulos le preguntaron si tenía algún último mensaje que dejarles.

-Hijitos: Amaos unos a otros y lo repitió varias veces. Cuando le preguntaron si era eso todo, dijo sencillamente:

-Con eso basta, porque es el mandamiento del Señor.

Tal es la información acerca de Juan que nos ha llegado, de la que surge como figura de temperamento ardiente, de gran ambición, de indudable coraje y, finalmente, de tierno amor.

EL DISCÍPULO AMADO

Si hemos ido siguiendo las referencias con atención, nos habremos dado cuenta de una cosa. Todo lo que sabemos de Juan se encuentra en los otros evangelios. Es sorprendente que el apóstol Juan nunca se menciona en el Cuarto Evangelio, de principio a fin. Pero sí menciona a otras dos personas.

Primero, habla del discípulo *al que Jesús amaba*. Se le menciona cuatro veces: estaba recostado en el pecho de Jesús en la Última Cena (*Juan 13:23-25*; RV60: «al lado de Jesús» y «cerca del pecho de Jesús»); fue a él al que Jesús le confió a Su madre cuando estaba muriendo en la cruz (19:25-27); fue a él y a Pedro a los que se encontró María Magdalena al volver de la tumba vacía la mañana del Domingo de Resurrección (20:2); estaba presente en la última aparición de Jesús Resucitado en el lago (21:20).

En segundo lugar, el Cuarto Evangelio tiene una especie de personaje al que podríamos llamar *el Testigo*. Cuando nos refiere que la lanza hirió el costado de Jesús, del que salió agua con sangre, se añade: «Y el que lo vio ha dado testimonio y su testimonio es verdad, y él sabe que dice la verdad para que vosotros también creáis» (19:35). Al final del evangelio se hace la afirmación de que fue el Discípulo amado quien testificó de estas cosas, «y sabemos que su testimonio es verdad» (21:24).

Aquí nos enfrentamos con algo bastante extraño. Juan no se menciona a sí mismo en el Cuarto Evangelio, pero sí al Discípulo amado y, además, al Testigo mayor de toda excepción de la historia. Nunca se ha dudado realmente en la tradición que el Discípulo amado era Juan. Algunos han tratado de identificarle con Lázaro, porque se nos dice que Jesús le amaba (11:3, 5), o con el joven rico, del que se dice que Jesús le amó cuando le vio (*Marcos 10:21*). Pero, aunque el evangelio nunca lo dice con todas las letras, la tradición ha identificado siempre a Juan con el Discípulo amado, y no hay razón de peso para dudar de esa identificación.

Pero surge un detalle muy real: Supongamos que fue Juan mismo el que escribió el evangelio. ¿Sería normal que hablara de sí mismo como el Discípulo amado de Jesús? ¿Sería realmente normal que se destacara a sí mismo de esa manera, como si quisiera decir: «Yo era Su favorito, al que Jesús quería más que a nadie»? Es realmente muy poco probable que Juan se asignara ese título; si fueron otros los que se lo aplicaron, bonito; pero, si fue él mismo, parece presunción.

Entonces, ¿habría alguna manera de que el Cuarto Evangelio fuera de Juan como testigo presencial, pero al mismo tiempo lo hubiera escrito otra persona?

LA PRODUCCIÓN DE LA IGLESIA

En nuestra búsqueda de la verdad, empezamos por darnos cuenta de una de las características sobresalientes y únicas del Cuarto Evangelio. Lo más sorprendente en él son los largos discursos de Jesús. A

menudo llenan todo un capítulo, y son muy diferentes de la manera como se nos presenta en los otros 3 evangelios que hablaba Jesús.

El Cuarto Evangelio, como ya hemos visto, se escribió hacia el año 100 d.C., es decir, setenta años después de la Crucifixión. ¿Se pueden considerar esos discursos como reproducciones palabra por palabra de lo que dijo Jesús? ¿O podemos explicarlos de alguna manera, que a lo mejor les da todavía más valor? Debemos empezar manteniendo en mente el hecho de los discursos y de las preguntas que suscitan inevitablemente.

Y tenemos algo que añadir a eso. Resulta que tenemos entre los escritos de la Iglesia Primitiva una amplia serie de relatos sobre la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio: El más antiguo es el de Ireneo, que fue obispo de Lyon hacia el 177 d.C.; y había sido discípulo de Policarpo, que a su vez lo había sido de Juan. Por tanto hay una cadena, corta e ininterrumpida, entre Ireneo y Juan. Escribe Ireneo:

«Juan, el discípulo del Señor, el que se recostó en su pecho, fue el que publicó el evangelio en Éfeso; cuando estaba viviendo en Asia.»

Lo más sugestivo es que Ireneo no dice simplemente que Juan *escribió el evangelio*; dice que Juan lo *publicó (exedóke)* en Éfeso. La palabra que usa Ireneo suena, no como si se tratara de la publicación privada de unas memorias personales, sino de la salida al público de un documento oficial.

El siguiente relato es el de Clemente, que era el cabeza de una gran escuela cristiana en Alejandría hacia el año 230 d.C.:

«Por último Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado por sus amigos e inspirado por el Espíritu Santo, escribió un evangelio espiritual.»

Lo que nos interesa de aquí ahora es la frase *animado por sus amigos*. Empieza a resultar claro que el Cuarto Evangelio es mucho más que la producción de una sola persona, y que había un grupo, una comunidad, una iglesia detrás de él. En el mismo sentido, un manuscrito del siglo X que se llama *Codex Toletanus* que contiene introducciones con breves resúmenes de los libros del *Nuevo Testamento*, introduce el Cuarto Evangelio así:

«El apóstol Juan, al que más amaba el Señor Jesús, escribió este evangelio el último, a petición de los obispos de Asia, contra Cerinto y otros herejes.»

De nuevo recibimos la impresión de que detrás del Cuarto Evangelio está la autoridad de un grupo y de una iglesia.

Ahora pasamos a un documento muy importante, que se conoce como el *Canon de Muratori*, por el nombre del investigador que lo descubrió. Es la primera lista de libros del *Nuevo Testamento* que publicó la Iglesia, y que se compiló en Roma hacia el año 170 d.C. No sólo da una lista de los libros del *Nuevo Testamento*, sino también breves noticias acerca del origen, naturaleza y contenido de cada uno de ellos. Su relato de la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio es sumamente importante e iluminador:

«A petición de sus condiscípulos y de sus obispos, Juan, uno de los discípulos, dijo: «Ayunad conmigo tres días desde ahora, y lo que se nos revele a cada uno, sea a favor de que yo lo escriba o no, nos lo comunicaremos.» Aquella misma noche se le reveló a Andrés que Juan había de relatar todas las cosas, ayudado por la revisión de todos.»

No es fácil aceptar todo ese relato, porque no parece posible que Andrés -si es que era el apóstol- estuviera en Éfeso hacia el año 100 d.C.; pero lo que se reseña con la mayor claridad es que, si bien la autoridad y la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las de Juan; es clara y definitivamente el producto, no de una persona, sino de un grupo y de una comunidad.

Ahora podemos reconstruir lo que sucedió. Hacia el año 100 d.C. había en Éfeso un grupo de personas cuyo líder era Juan. Le respetaban como a un santo y le amaban como a un padre. Debe de haber tenido cerca de los 100 años. Antes de que muriera, pensaron muy sensatamente que sería una gran cosa que el anciano apóstol

escribiera sus memorias de los años que había estado con Jesús. Pero acabaron haciendo mucho más que eso. Nos los figuramos sentados, reviviendo los días pasados. Uno diría: < ¿Recordáis cómo dijo .Jesús...?> Y Juan diría: < Sí; y ahora sabemos lo que quería decir...>

En otras palabras: este grupo no escribió solamente lo que *dijo* Jesús; eso no habría sido nada más que una demostración de buena memoria. Estaban escribiendo lo que Jesús *quería decir*; eso era la dirección del Espíritu Santo. Juan había meditado sobre cada palabra que había dicho Jesús; y había pensado bajo la dirección del Espíritu Santo, que era Alguien muy real para él. W. M. Macgregor tiene un sermón titulado: «Lo que Jesús llega a ser para uno que le ha conocido mucho tiempo.» Esa es la exacta descripción de Jesús que encontramos en este evangelio. A. H. N. Green Armytage lo expresa perfectamente en su libro *Juan que vio. Marcos*, dice, le va bien al *misionero*, con su relato escueto de los hechos de la vida de Jesús. *Mateo* le va bien al *maestro*, con su colección sistemática de las enseñanzas de Jesús; *Lucas* le va bien al *párroco o al pastor*, con su gran simpatía y su retrato de Jesús como el amigo de todos; pero *Juan* es el evangelio del *contemplativo*. Y sigue hablando del aparente contraste entre *Marcos y Juan*. «Los dos evangelios son, -en cierto sentido, el mismo Evangelio. Solamente que, donde Marcos vio las cosas sencilla y llanamente, al natural y literalmente, Juan las vio sutil, profunda y espiritualmente. Podríamos decir que Juan iluminó las páginas de Marcos con la lámpara de una vida de meditación.» Wordsworth definía la poesía como «Emoción recogida en tranquilidad.» Esa es una descripción perfecta del Cuarto Evangelio. Por eso *Juan* es, sin lugar a dudas, el mayor de los evangelios. Su objetivo no era transcribirnos lo que dijo Jesús como podía haberlo hecho un buen taquígrafo, sino transmitirnos lo que Jesús quería decir. En él, todavía habla el Señor Resucitado. *Juan* no es tanto *El Evangelio según san Juan, como El Evangelio según el Espíritu Santo*. No fue el Juan de Éfeso el que escribió el Cuarto Evangelio: fue el Espíritu Santo el que lo escribió por medio de Juan.

EL AMANUENSE DEL EVANGELIO

Todavía tenemos que hacernos una pregunta. Podemos estar bien seguros de que la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las del apóstol Juan; pero también hemos visto que por detrás hay también un testigo que fue el escritor, en el sentido de que fue el que lo escribió materialmente. ¿Podemos descubrir quién fue?

Sabemos, por lo que nos han transmitido los escritores de la Iglesia Primitiva, que había realmente, no uno, sino dos Juanes en Éfeso al mismo tiempo: por una parte estaba el apóstol Juan; pero estaba también otro Juan, al que se conocía como el anciano Juan.

Papías, al que le encantaba recoger todo lo que pudiera encontrar sobre la historia del *Nuevo Testamento* y de Jesús, aporta aquí una información muy interesante. Era obispo de Hierápolis, que estaba bastante cerca de Éfeso, y vivió del 70 al 145 d.C. Es decir, que fue un contemporáneo de Juan. Describe cómo trataba de descubrir «lo que habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o cualquier otro de los discípulos del Señor; y lo que decían Aristión y *el anciano Juan*, los discípulos del Señor.» En Éfeso estaban *el apóstol Juan y el anciano Juan*; y el anciano Juan era tan bien conocido que se le llamaba simplemente *El Anciano*. No cabe duda de que tenía una posición única en la Iglesia. Tanto Eusebio como Dionisio el Grande nos dicen que había todavía en sus días dos tumbas famosas en Éfeso: la del apóstol Juan y la del anciano Juan.

Ahora vamos a fijarnos en las dos cartas *Segunda de Juan y Tercera de Juan*. Son del mismo autor que el Cuarto Evangelio, y ¿cómo empiezan? *La segunda carta* empieza: «El anciano, a la señora elegida y a sus hijos» (2 *Juan* 1). *La tercera carta* empieza: «El anciano, al amado Gayo» (3 *Juan* 1). Aquí tenemos la solución. El que escribió las cartas de su puño y letra fue el anciano Juan; pero la mente y la memoria detrás de ellas eran las de su maestro, el apóstol Juan, al que el anciano Juan describía siempre como «el discípulo amado del Señor.»

EL PRECIOSO EVANGELIO

Cuanto más sabemos del Cuarto Evangelio más precioso nos resulta. Juan había estado pensando en Jesús setenta años. Día a día el Espíritu Santo le había estado descubriendo el sentido de lo que Jesús había dicho y hecho; así es que, cuando Juan ya tenía cerca de un siglo de edad y eran contados los días que le quedaban, se sentó con sus amigos para recordar. El anciano Juan manejaba la pluma para escribir para su maestro, Juan el apóstol; y el último de los apóstoles dejó constancia, no sólo de lo que él le había oído decir a Jesús, sino también de lo que él comprendía entonces que Jesús había querido decir. Recordaba que Jesús

había dicho: «Todavía tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podríais asumir; pero, cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él se encargará de guiarnos a la Verdad total» (Juan 16:12-13). Había muchas cosas que Juan no había entendido setenta años atrás; había muchas cosas que en esos setenta años el Espíritu de la Verdad le había revelado; y Juan nos las dejó cuando ya la gloria eterna le estaba amaneciendo. Cuando leamos este evangelio, recordemos que estamos leyendo el que es más la obra del Espíritu Santo, que nos declara lo que Jesús había querido decir, por medio de la mente y la memoria del apóstol Juan y la pluma del anciano Juan. Detrás de este evangelio está toda la iglesia de Éfeso, toda la compañía de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.

LA PALABRA

Juan 1:1-18

Cuando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios. Fue el Agente por medio de quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola cosa que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de conquistarla. Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz. El que sí era la luz real era el que, en su venida al mundo, da la luz a todas las personas. Estaba en el mundo; y, aunque el mundo había sido hecho por Él, el mundo no lo reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no le recibieron. A todos aquellos que sí le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Éstos nacieron, no de la sangre, ni de ningún impulso humano, ni de la voluntad de nadie; sino que su nacimiento fue de Dios. Y la Palabra se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y de verdad; y nosotros contemplamos Su gloria, una gloria tal como la que recibe de su padre un hijo único. Juan fue Su testigo, porque exclamó: «Éste es el Que yo os decía: el Que viene detrás de mí, me lleva en realidad la delantera, porque era antes que yo. De Su plenitud es de donde hemos sacado, y hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que dio Moisés fue la ley, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. Nadie ha visto nunca a Dios. Es él único, Que es Dios, Que está en el seno del Padre, el Que nos lo ha dicho todo acerca de Dios.»

Vamos a estudiar este pasaje por secciones breves y en detalle; pero, antes de hacerlo, debemos tratar de entender lo que Juan está intentando decir cuando describe a Jesús como *la Palabra*.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

El primer capítulo del Cuarto Evangelio es una de las más grandes aventuras de pensamiento espiritual jamás emprendidas por la mente humana.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la Iglesia Cristiana se tuviera que enfrentar con un problema muy básico. Había empezado en el judaísmo. Al principio, todos sus miembros eran judíos. En cuanto a Su naturaleza humana, también Jesús era judío; y, en todo caso, excepto unas breves visitas a los distritos de Tiro y de Sidón y a la Decápolis, nunca salió de Palestina. El Cristianismo empezó entre los judíos; y, por tanto, era inevitable que se expresara en la lengua y en las categorías de pensamiento que eran característicamente judías.

Pero, aunque su cuna fue el judaísmo, muy pronto salió al ancho mundo. Treinta años después de la Crucifixión de Jesús, ya había viajado por toda Asia Menor y Grecia y había llegado a Roma. Hacia el año 60 d.C., habría cien mil griegos en la Iglesia por cada judío que fuera cristiano. Las ideas judías les resultaban muy extrañas a los griegos. Para dar sólo un ejemplo destacado, los griegos no había oído nunca hablar del Mesías. El mismo centro de la expectación judía, la venida del Mesías, era una idea totalmente ajena a la mentalidad griega. La misma categoría en la que los judíos cristianos concebían y presentaban a Jesús no tenía ningún sentido para los griegos. Así es que, ahí estaba el problema: ¿Cómo había que presentar el Evangelio al mundo griego?

Lecky, el historiador, dijo una vez que el progreso y la difusión de cualquier idea dependen, no sólo de su fuerza y vitalidad, sino de la predisposición que haya a recibirla en la edad en la que se presenta. La tarea de la Iglesia Cristiana era crear en el mundo griego la predisposición a recibir el Evangelio. Como E. J. Goodspeed dijo, la cuestión era: «¿Tendría un griego que estuviera interesado en el Cristianismo que asumir las ideas mesiánicas y la manera de pensar de los judíos, o podría encontrarse un nuevo enfoque que le hablara a la mente y al corazón desde su mismo trasfondo?» El problema era cómo presentar el Evangelio de una manera que hiciera posible que los griegos pudieran entenderlo.

Alrededor del año 100 d.C. había un hombre en Éfeso que estaba fascinado con ese problema. Se llamaba Juan. Vivía en una ciudad griega. Tenía trato con griegos para los que las ideas judías resultaban extrañas e incomprensibles y hasta groseras. ¿Cómo podría encontrar la manera de presentar el Evangelio a esos griegos para que lo pudieran entender y recibir? Repentinamente, la verdadera solución se esclareció a su alrededor. Lo mismo en el pensamiento griego que en el judío existía el concepto de *La Palabra*. Aquí había algo que se podría elaborar para salir al encuentro del doble mundo griego y judío. Aquí había algo que pertenecía a la herencia de ambas razas y que ambas podían entender.

Así pues, empecemos a mirar los dos trasfondos de la concepción de *la Palabra*.

EL TRASFONDO JUDÍO

En el trasfondo judío hay cuatro hebras que se trenzan en la idea de la Palabra.

(i) Para el judío, una palabra era mucho más que un mero sonido; era algo que tenía una existencia independiente y que de hecho producía resultados. Como dijo el profesor John Paterson: < Para el hebreo, la palabra era algo atterradoramente vivo... Era una unidad de energía cargada de poder. Volaba como una bala hacia su blanco. » Por eso mismo el hebreo era parco en palabras. En hebreo hay menos de 10.000 palabras, cuando hay 200,000 en griego.

Un poeta moderno cuenta que una vez el que había realizado una hazaña heroica no se lo podía contar a sus camaradas de la tribu porque le faltaban las palabras. A eso se levantó uno «afligido con la necesaria magia de las palabras,» y refirió el hecho en términos tan vívidos y conmovedores que «las palabras cobraban vida y se paseaban arriba y abajo por los corazones de los oyentes.» Las palabras del poeta adquirieron poder. La Historia está llena de esa clase de cosa.

Cuando John Knox predicaba en los días de la Reforma en Escocia, se decía que la voz de ese hombre solo inyectaba más valor en los corazones de los oyentes que diez mil trompetas rugiendo en sus oídos. Sus palabras hacían cosas en las personas. En los días de la Revolución Francesa, Rouget de Lisle escribió *La Marseillaise*, y esa canción lanzó a la gente a la revolución. Las palabras hacían cosas. En los días de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Reino Unido se quedó sin aliados y sin armas, las palabras de su primer ministro Sir Winston Churchill, radiadas a la nación, infundían valor y esperanza en los corazones de la gente.

Esto era todavía más real en el Este, y todavía lo es. Para los orientales, una palabra no es meramente un sonido; es un poder que hace cosas. Una vez, cuando Sir George Adam Smith estaba viajando por el desierto en Oriente, un grupo de musulmanes le dio a su equipo el saludo de costumbre: « ¡La paz sea con vosotros!» En el momento no se dieron cuenta de que era cristiano. Cuando descubrieron que habían dado la bendición a un infiel, volvieron corriendo a pedir que se la devolviera. La palabra era como una cosa que se podía enviar a hacer cosas y que creían que se podía recuperar otra vez. Will Carlton, el poeta, expresa algo así:

*< Tras volar las cometas, se vuelve a recogerlas, mas ya no se recogen las palabras que vuelan;
< ¡Cuidado con el fuego!», dice el que te aconseja, pero aun más: «¡ Ten cuidado con las palabras sueltas!»
Ideas no expresadas puede que queden secas;
las que han volado nunca vuelven vivas ni muertas.»*

Bien podemos entender que para los orientales las palabras tienen una existencia independiente y llena de poder.

(ii) El Antiguo Testamento está lleno de esa idea general del poder de las palabras. Una vez que Isaac había pronunciado la bendición del primogénito sobre Jacob en vez de sobre Esaú, aunque se le había sacado con engaño, ya no se podía hacer nada para recuperar esa bendición (*Génesis 27*). La palabra había salido, y había empezado a actuar, y nada la podía detener. En particular vemos la Palabra de Dios en acción en la historia de la Creación. En cada etapa de ella leemos: « Y Dios dijo...» (*Génesis 1:3, 6, 11*). La Palabra de Dios es Su poder creador. Una y otra vez encontramos esta idea de la Palabra de Dios, creadora, activa y dinámica. «Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos» (*Salmo 33:6*). «Envió Su Palabra, y los sanó» (*Salmo 107:20*). « Él envía Su

Palabra a la Tierra; velozmente corre Su Palabra» (*Salmo 147:15*). «Así será Mi Palabra que sale de Mi boca; no volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo quiero, y será prosperada para aquello que la envié» (*Isaías 55:11*). «¿No es Mi Palabra como fuego, dice el Señor, y como una maza que quebranta la piedra?» (*Jeremías 23:29*). «Señor, Tú hablaste claramente en la primera Creación en el primer día, cuando mandaste: Sea hecho el Cielo y la Tierra: y la obra se siguió a Tu Palabra» (*4 Esdras 6:38, Biblia del Oso*). El autor del *Libro de la Sabiduría* se dirige a Dios: «Dios de los Padres, y Señor misericordioso, Que creaste todas las cosas con Tu Palabra» (*Sabiduría 9:1, Biblia del Oso*). Por todo el Antiguo Testamento está esta idea de la Palabra poderosa, creadora. Aun las palabras humanas tienen una especie de actividad dinámica; ¡cuánto más la Palabra de Dios!

(iii) Algo se incorporó a la vida religiosa hebrea que acentuó considerablemente el desarrollo de esta idea de la Palabra de Dios. Durante los cien años o más que precedieron a la venida de Jesús, el hebreo dejó de ser una lengua viva. El Antiguo Testamento estaba escrito en hebreo, pero los judíos ya no conocían esa lengua. Los estudiosos sí; pero la gente corriente, no. Hablaban dialectos del arameo, una lengua emparentada con el hebreo que había sido la *lingua franca* del Oriente Próximo antes del griego. En aquellas circunstancias tenían que traducir las Escrituras a esa lengua que era la que la gente entendía, que son lo que se llama *targum* (singular) o *targumim* (plural). En la sinagoga se leían las Escrituras en el original hebreo, pero con traducción alternada cada pocos versículos.

Los *targumim* se produjeron en una época en la que los judíos estaban fascinados con la idea de la trascendencia de Dios, y no pensaban más que en la distancia que los separaba de Él, que es absolutamente diferente de nosotros. Por esa razón, los que hicieron los *targumim* tenían mucho miedo de atribuirle a Dios pensamientos, o sentimientos, o acciones humanas. Para decirlo con el término técnico, se esforzaban para no caer en *antropomorfismos* al hablar de Dios.

Ahora bien: el Antiguo Testamento habla corrientemente de Dios de manera humana; y siempre que los *targumim* se encontraban con algo así sustituían el nombre de Dios por *la Palabra* de Dios. Veamos cómo funcionaba esta costumbre. En *Éxodo 19:17* leemos que «Moisés sacó del campamento al pueblo *para encontrarse con Dios*.» El *targum* pensó que esa era una manera demasiado humana de hablar de Dios, así es que puso que Moisés sacó al pueblo del campamento para encontrarse con *la Palabra de Dios*. En *Éxodo 31:13* leemos que Dios dijo al pueblo que el sábado es una señal entre Mí y vosotros para todas vuestras generaciones.» Esa era una manera de hablar demasiado humana para el *targum*, así es que dijo en vez que el sábado es una señal entre *Mi Palabra* y vosotros.» *Deuteronomio 9:6* dice que Dios es fuego consumidor; pero el *targum* tradujo que *la Palabra de Dios* es fuego consumidor. *Isaías 48:13* presenta un gran cuadro de la Creación: «Mi mano puso el cimiento de la Tierra, y Mi diestra desplegó los cielos.» Esa era una descripción de Dios demasiado humana para el *targum*, e hicieron decir a Dios: « Por *Mi Palabra* he fundado la Tierra, y por *Mi fuerza* he colgado los cielos.» Hasta un pasaje tan maravilloso como *Deuteronomio 33:27*, que habla de «los brazos eternos» de Dios, pasó a: « El eterno Dios es, tu refugio, y por *Su Palabra* fue creado el mundo.»

En el *Targum de Jonatán*, la frase *la Palabra de Dios* aparece no menos de unas trescientas setenta veces. Está claro que no es más que una simple perifrasis del nombre de Dios, pero el hecho es que *la Palabra de Dios* se convirtió en una de las expresiones más corrientes de los judíos. Era una frase que cualquier judío devoto reconocería, porque la oíría muy a menudo en la sinagoga cuando se leía la Escritura. Cualquier judío estaría acostumbrado a la expresión *la Memra*, que era como se decía en arameo.

(iv) En este punto tenemos que fijarnos más en algo que ya mencionamos en la introducción. La palabra griega para *palabra* es *logos*; pero *logos* no sólo quiere decir *palabra*; sino también *razón*. Para Juan, y para todos los grandes pensadores que usaban esta idea, estos dos significados estaban íntimamente entrelazados. Siempre que usaban la palabra *Logos*, tenían en mente las dos ideas: la Palabra de Dios y la Razón de Dios.

Los judíos tenían un género literario que se llama *La literatura sapiencial, o de la sabiduría*, que contenía los escritos de los sabios de Israel. No son por lo general especulativos ni filosóficos, sino de sabiduría práctica para la vida y los quehaceres cotidianos. El gran ejemplo de la literatura sapiencial en el Antiguo Testamento es el *Libro de los Proverbios*, en el cual hay ciertos pasajes que le atribuyen un misterioso y eterno poder vivificador a *la Sabiduría (Sojia)*. En esos pasajes, la Sabiduría aparece, como si dijéramos, personificada, y se concibe como el Agente eterno y colaborador de Dios. Hay tres pasajes principales.

El primero está en *Proverbios 3:13-26*. Nos fijaremos especialmente en los versículos 18-20:

«Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano,
y bienaventurados los que la retienen.

El Señor, con sabiduría fundó la Tierra;
estableció los cielos con inteligencia.

Con Su ciencia los abismos fueron divididos,

y destilan rocío las nubes.»

Recordemos que *Logos* quiere decir *Palabra* y también *Razón*. Ya hemos visto lo que pensaban los judíos de la Palabra poderosa y creativa de Dios. Aquí vemos cómo empieza a surgir el otro aspecto. *La Sabiduría* es el agente de Dios en la iluminación y en la creación; y la *Sabiduría* y la *Razón* son la misma cosa. Ya hemos visto lo importante que era *Logos* en el sentido de *la Palabra*; ahora vemos cómo empieza a serlo en el sentido de *la Sabiduría o la Razón*.

El segundo pasaje importante está en *Proverbios 4:5-13*, del que destacamos:

*«Retén la instrucción, no la abandones;
guárdala, porque ella es tu vida» (13).*

La Palabra es la luz de los hombres, y la *Sabiduría* es la vida de los hombres. Las dos ideas se amalgaman entre sí rápidamente ahora.

El pasaje más importante está en *Proverbios 8:1-9:2*, del que destacamos especialmente esto que dice la Sabiduría:

«El Señor me estableció al principio de Su obra, al comienzo de Sus obras primigenias. Hace siglos fui establecida, al inicio, antes que empezara la Tierra. Fui dada a luz cuando no había abismos, cuando no había fuentes con caudales de agua. Antes de que se formaran las montañas, cuando no eran ni colinas fui dada a luz; aún no había hecho Él la Tierra, con sus campos, y ni siquiera había empezado el polvo del mundo. Cuando desplegó los cielos, yo estaba allí, cuando trazó su bóveda sobre la haz del abismo; cuando sujetó los cielos por arriba; cuando estableció las fuentes del océano; cuando le asignó sus límites al mar para que las aguas no pasen sus fronteras; cuando marcó los cimientos de la tierra, entonces yo estaba con Él como Su encargado, y era Su delicia día a día, gozando siempre de Su presencia.»
(Proverbios 8:22-30).

Cuando leemos este pasaje percibimos un eco tras otro de lo que Juan dice de *la Palabra* en el primer capítulo de su evangelio. *La Sabiduría* tenía esa existencia eterna, esa función iluminadora, ese poder creador que Juan atribuía a *la Palabra*, el *Logos*, con el que identificaba a Jesucristo.

El desarrollo de la idea de *la Sabiduría* no se detuvo allí. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos se siguió produciendo esta clase de literatura sapiencial. Contenía tanta sabiduría concentrada y extraía tanto de la experiencia de los sabios, que era una inapreciable guía para la vida. En particular se escribieron dos libros muy notables que están entre los deuterocanónicos y que no le hará ningún daño a nadie el leer.

(a) El primero se llama *Eclesiástico (Ben Sirá)*, en la Biblia del Oso *El libro de la Sabiduría de Jesús hijo de Sirach, llamado comúnmente Eclesiástico*. También encontramos en él mucho acerca de esta gran concepción de la Sabiduría creativa y eterna de Dios.

La arena de las playas y las gotas de la lluvia, y los días de las edades, ¿quién los podrá contar? La altura de los cielos, la anchura de la Tierra y la profundidad del océano, ¿quién los descubrirá? Antes que nada fue creada la Sabiduría, la inteligencia y la prudencia son desde siempre»
(Eclesiástico 1:1-10).

< Yo procedía de la boca el Altísimo, y cubría la Tierra como una niebla. Yo habitaba en las alturas, y tenía mi trono en los pilares de las nubes. Yo sola rodeaba la bóveda celeste y paseaba por las profundidades del océano»
(Eclesiástico 24:3-5).

< Me creó antes que empezaran las edades, y no decaeré jamás»
(Eclesiástico 24:9).

Aquí encontramos otra vez a la Sabiduría como el poder eterno y creador que estaba al lado de Dios en los días de la creación y al principio del tiempo.

(b) *Eclesiástico* se escribió en Palestina hacia el año 100 a.C.; y por el mismo tiempo se escribió, en Alejandría, Egipto, un libro igualmente grande; que se conoce como *La Sabiduría de Salomón*. En él tenemos la más grande de todas las descripciones de *la Sabiduría*. *La Sabiduría* es el tesoro que usan los hombres para convertirse en

amigos de Dios (7:14). *La Sabiduría* es él artífice de todas las cosas (7:22). Es el aliento poderoso de Dios, y una pura corriente que fluye del Todopoderoso (7:25). Puede hacerlo todo y hace todas las cosas nuevas (7:27).

Pero el autor hace mucho más que hablar de *la Sabiduría*; la identifica con *la Palabra*: para él las dos ideas son lo mismo. Puede hablar de *la Sabiduría de Dios* y de *la Palabra de Dios* en la misma frase y con el mismo significado. Cuando ora, Le dice a Dios:

< Oh Dios de mis padres, y Señor de la misericordia, Que has hecho todas las cosas con Tu Palabra, y formaste al hombre por medio de Tu Sabiduría > (9:1 s).

Puede hablar de *la Palabra* casi como hablaría Juan:

«Cuando todo estaba sumido en un silencio reposado, y aquella noche estaba en medio de su rápida carrera, Tu Palabra todopoderosa se abalanzó desde el Cielo, desde su regio trono, como fiero hombre de guerra, en medio de la tierra de la destrucción; llevaba como espada aguda tu firme mandamiento, y, erguido, lo llenó todo de muertos, de pie en la Tierra y alcanzaba al Cielo > (18:14-16).

Para el autor del *Libro de la Sabiduría*, la Sabiduría era el poder eterno, creador e iluminador de Dios; *la Sabiduría* y *la Palabra* eran una y la misma cosa. Fueron *la Sabiduría* y *la Palabra* los instrumentos y agentes de Dios en la creación, y las que traen siempre la voluntad de Dios a la mente y al corazón de las personas.

Así es que, cuando Juan estaba buscando la manera de presentar el Evangelio, encontró en su propia fe y en la literatura de su propio pueblo la idea de *la Palabra*, la palabra sencilla que no es en sí misma meramente un sonido, sino algo dinámico, *la Palabra* de Dios por medio de la cual Dios creó el mundo, *la Palabra* de los targumim que expresaba la misma idea de la acción de Dios, *la Sabiduría* de la literatura sapiencial, que era el poder eterno, creador e iluminador de Dios. Así pues, Juan decía: «Si quieres ver esa *Palabra* de Dios, si quieres ver el poder creador de Dios, si quieres ver esa *Palabra* que llamó al mundo a la existencia y que da la luz y la vida a todo ser humano, mira a Jesucristo. En Él *la Palabra de Dios* vino entre vosotros.»

EL TRASFONDO GRIEGO

Empezamos viendo que el problema de Juan no era cómo presentar el Evangelio al mundo judío, sino cómo presentárselo al mundo griego. Entonces, ¿cómo encajaba esta idea de *la Palabra* en el pensamiento griego? ¡Ya estaba allí, esperando que la usaran! En el pensamiento griego, la idea de *la Palabra* empezó tan atrás como alrededor del año 560 a.C. y, para mayor sorpresa, precisamente en Éfeso, donde se escribió el Cuarto Evangelio.

En el año 560 a.C. había un filósofo efesio llamado Heráclito, cuya idea fundamental era que todo está en un estado de flujo. Todo cambiaba de día en día y de momento en momento. La ilustración famosa que usaba era que es imposible meterse dos veces en el mismo río: te metes en un río, y te sales; si te metes otra vez, ya no es el mismo río, porque el agua ha seguido fluyendo, y ahora el río es diferente. Para Heráclito, así era todo, todo estaba en un constante cambiante estado de flujo. Pero, si así eran las cosas, ¿por qué no era la vida un completo caos? ¿Cómo puede tener ningún sentido un mundo en el que hay un constante fluir y cambiar?

La respuesta de Heráclito era: Todo este cambio y flujo no es casual; está controlado y ordenado siguiendo un esquema continuo todo el tiempo; y lo que controla el esquema es el *Logos*, *la Palabra*, *la Razón* de Dios. Para Heráclito, el *Logos* era el principio de orden bajo el cual seguía existiendo el universo. Heráclito iba aún más lejos: mantenía que no había sólo un esquema en el mundo físico, sino también en el mundo del acontecer. Mantenía que nada va a la deriva en todas las vidas y en todos los sucesos hay un propósito, un plan, un diseño. ¿Y qué era lo que controlaba los sucesos? Una vez más, la respuesta era que el *Logos*.

Heráclito se acercó todavía más al fondo de la cuestión. ¿Qué era lo que individualmente y en cada uno de nosotros, nos hacía ver la diferencia entre el bien y el mal? ¿Qué nos capacitaba para pensar y razonar? ¿Qué nos permitía escoger el bien, y reconocer la verdad cuando la veíamos? De nuevo Heráclito daba la misma respuesta: Lo que le daba a una persona la razón y el conocimiento de la verdad y la habilidad para discernir entre el bien y el mal era el *Logos* de Dios que moraba en su interior. Heráclito mantenía que en el mundo de la naturaleza y en el del acontecer «todas las cosas suceden de acuerdo con el *Logos*, » y que en cada persona «el *Logos* es el juez de la verdad:» El *Logos* no era sino la Mente de Dios que está en control del universo y de cada persona individual.

Una vez que los griegos descubrieron esta idea, ya no la dejaron escapar. Les fascinaba especialmente a los estoicos. El orden que reina en el universo los tenía sumidos en la más sincera admiración. El orden implica la existencia de una Mente. Los estoicos se preguntaban: « ¿Qué es lo que mantiene a las estrellas en sus cursos?

¿Qué es lo que produce el flujo y reflujo de las mareas? ¿Qué es lo que hace que los días y las noches se sucedan indefectiblemente? ¿Qué es lo que produce el orden inalterable de las estaciones?» Y respondían: «Todas las cosas están bajo el control del *Logos* de Dios. El *Logos* es el poder que hace que todo tenga sentido, que hace que el mundo sea un orden en vez de un caos, el poder que puso el mundo en movimiento y que lo mantiene en perfecto orden. El *Logos*, decían los estoicos lo impregna todo.»

Aún nos queda otro nombre en el mundo griego que no podemos pasar por alto. Había en Alejandría un judío llamado Filón, que había dedicado la vida a estudiar la sabiduría de dos mundos: el judío y el griego. No había quien le dejara atrás en el conocimiento de las Escrituras de Israel; y ningún judío le alcanzaba en el conocimiento del pensamiento griego en toda su grandeza. Él también conocía, y usaba, y amaba esta idea del *Logos*, *la Palabra*, *la Razón de Dios*. Él mantenía que el *Logos* era lo más antiguo del mundo, y el Instrumento por medio del cual Dios lo había hecho todo. Decía que el *Logos* era el pensamiento de Dios estampado en el universo; hablaba del *Logos*, por medio del cual Dios había hecho el universo y todas las cosas; decía que Dios, el piloto del universo, tenía *el Logos* como timón con el que navegaba todas las cosas. Decía que la mente humana también estaba estampada con *el Logos*, y que *el Logos* era lo que le confería al hombre la razón y la capacidad de pensar y de conocer. Decía que el *Logos* era el intermediario entre Dios y el mundo, y que el *Logos* era el sacerdote que introducía el alma a Dios.

El pensamiento griego sabía todo lo que se podía saber del *Logos*; veía en él el poder creador y guiador y director de Dios, el poder que había hecho y que mantenía el universo. Así es que Juan se dirigía a los griegos y les decía: < Lleváis siglos pensando, y escribiendo, y soñando acerca del *Logos*, el poder que hizo el mundo y lo mantiene en orden; el poder por el que piensan, y razonan, y saben los hombres; el poder por el que los hombres se pueden poner en contacto con Dios. Jesús es ese *Logos*, que ha venido a la Tierra. » «La Palabra -decía Juan- se hizo carne.» Esto lo podríamos decir de otra manera: «La Mente de Dios se hizo una Persona.».

AL JUDÍO, Y TAMBIÉN AL GRIEGO

Los judíos y los griegos habían ido recorriendo el camino hacia la concepción del *Logos*, *la Mente de Dios* que hizo el mundo y que hace que tenga sentido. Así que Juan se dirigió a los judíos y a los griegos para decirles que, en Jesucristo, esta Mente de Dios creadora, iluminadora, controladora y sustentadora, había venido a la Tierra. Juan fue a decirles que ya no tenían que andar a tientas, sino que todo lo que tenían que hacer era mirar a Jesús para ver en Él la Mente de Dios.

LA PALABRA ETERNA

Juan 1:1-2

Quando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios.

El principio de evangelio de Juan tiene tal importancia y profundidad de sentido que debemos estudiarlo casi versículo por versículo. La gran idea de Juan es que Jesús no es sino la Palabra creadora, vivificadora e iluminadora de Dios, y la Razón de Dios que sostiene el mundo, que ha venido a la Tierra en forma humana y corporal.

Aquí, al principio, Juan dice tres cosas acerca de la Palabra, es decir, acerca de Jesús.

(i) La Palabra ya estaba allí en el mismo principio de todas las cosas. Juan se remonta con el pensamiento al primer versículo de la Biblia: < En el principio creó Dios los cielos y la Tierra > (*Génesis 1:1*). Lo que Juan nos está diciendo es esto: La Palabra no es una de las cosas creadas; la Palabra ya existía cuando empezó la creación; la Palabra no es una parte del mundo que empezó a existir en un tiempo; la Palabra es parte de la eternidad y estaba con Dios antes que empezaran el tiempo y el universo. Juan está pensando en lo que se conoce como *la preexistencia de Cristo*.

En muchos sentidos esta idea de la preexistencia es muy difícil, si no imposible, de captar. Pero representa algo muy sencillo, muy práctico y muy tremendo. Si la Palabra estaba con Dios antes que empezara el tiempo, si la Palabra es parte del esquema eterno de las cosas, esto quiere decir que *Dios ha sido siempre como Jesús*. Algunas veces se ha pensado que Dios era severo y vengativo; y que lo que hizo Jesús cambió la ira

de Dios en amor y alteró Su actitud hacia la humanidad. El Nuevo Testamento no sabe nada de esa idea. Lo que todo el Nuevo Testamento nos dice, y especialmente este pasaje de Juan, es que Dios ha sido siempre como Jesús. Lo que hizo Jesús fue abrir una ventana en el tiempo para que pudiéramos ver el amor eterno e inalterable de Dios.

Entonces podríamos muy bien preguntarnos: «¿Y qué pasa con algunas de las cosas que leemos en el Antiguo Testamento? ¿Qué de los pasajes en los que se dice que Dios mandó arrasar ciudades enteras y matar a hombres, mujeres y niños? ¿Qué de la ira, y de los celos de Dios de los que leemos a veces en las partes más antiguas de la Escritura? La respuesta es: No es Dios el que ha cambiado, sino nuestro conocimiento de Dios. Esas cosas se escribieron porque entonces no se tenía un conocimiento mejor; hasta ahí habían llegado en su conocimiento de Dios.

Cuando un niño está estudiando una asignatura tiene que ir aprendiéndola por etapas. No empieza por el conocimiento total, sino por lo que puede comprender, y de ahí va pasando a más. Cuando empieza con la apreciación de la música, lo primero que le dan a escuchar no es un preludio o una fuga de Bach, sino algo mucho más sencillo; y luego va comprendiendo más por etapas. Así sucedía con los hombres y Dios. Sólo en parte podían captar y entender la naturaleza de Dios y Sus caminos. Fue sólo cuando vino Jesús cuando vieron total y perfectamente cómo ha sido Dios *siempre*.

Se cuenta que una chiquilla tuvo que enfrentarse una vez con algunos de los pasajes más sangrientos y salvajes del Antiguo Testamento, y comentó: « ¡Pero todo eso pasó antes de que Dios se hiciera cristiano!» Si podemos decirlo así con toda reverencia, cuando Juan dice que la Palabra siempre estuvo allí, está diciendo que Dios siempre ha sido cristiano. Nos está diciendo que Dios siempre ha sido, y es, y será como Jesús. Pero la humanidad no lo podía saber ni se podía dar cuenta hasta que vino Jesús.

(ii) Juan sigue diciendo que *la Palabra estaba con Dios*. ¿Qué quería decir con eso? Quería decir que siempre ha habido la más estrecha conexión entre la Palabra y Dios. Vamos a decirlo de una manera más sencilla: Siempre ha habido la más íntima conexión entre Jesús y Dios. Eso quiere decir que nadie nos puede decir cómo es Dios, cuál es la voluntad de Dios para nosotros, cómo son el amor y el corazón y la Mente de Dios nada más que Jesús.

Vamos a poner un ejemplo humano sencillo. Si de veras queremos saber lo que una persona piensa y siente sobre algo, y no tenemos acceso a ella, no vamos a alguien que no es más que un conocido lejano suyo o que hace poco que la conoce, sino a uno que sabemos que es su amigo íntimo de muchos años. Ese será capaz de interpretarnos de veras la mente y el corazón de la otra persona.

Algo así es lo que Juan nos está diciendo de Jesús. Nos está diciendo que Jesús ha estado siempre con Dios. Vamos a usar el lenguaje humano, porque es el único que podemos usar. Juan está diciendo que Jesús tiene tal intimidad con Dios que Dios no tiene secretos con Él; y que, por tanto, Jesús es la única Persona en todo el universo que nos puede revelar cómo es Dios y lo que siente acerca de nosotros.

(iii) Por último, Juan nos dice que *la Palabra era Dios*. Este es un dicho difícil de entender para nosotros; y es difícil porque el griego, la lengua en que escribió Juan, tiene una manera de decir las cosas que es diferente del español. Cuando se usa un nombre en griego, casi siempre se le antepone el artículo determinado. La palabra para Dios es *theós*, y el artículo determinado correspondiente es *ho*. Cuando se habla de Dios en griego, no se usa solamente *theós*, sino *ho theós*. Ahora bien, cuando no se usa el artículo determinado con un nombre, ese nombre se usa como adjetivo. Juan no dijo que la Palabra era *ho theós*, lo que habría querido decir que la Palabra era *el mismo que Dios*. Dijo que la Palabra era *theós* -sin artículo definido, lo que quiere decir que la Palabra era, podríamos decir, del mismo carácter y cualidad y esencia y ser que Dios. Cuando Juan dijo que *la Palabra era Dios*, no estaba diciendo que Jesús es *el mismo* que Dios, sino que Jesús es *lo mismo* que Dios. De dos personas íntimamente compenetradas se dice que piensan y sienten lo mismo de tal manera que, si se conoce a una, es como si se conociera a la otra. Jesús está tan íntima y totalmente identificado con Dios en pensamientos, sentimientos y carácter que, conociéndole a El, conocemos perfectamente a Dios.

Así pues, al principio mismo de su evangelio Juan asegura que en Jesús, y sólo en Él, se ha revelado perfectamente a la humanidad todo lo que Dios ha sido siempre y siempre será, y todo lo que siente sobre los hombres y desea para ellos.

EL CREADOR DE TODAS LAS COSAS

Juan 1:3

Fue el Agente por medio de Quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de Él.

Puede que nos parezca extraño que Juan haga tanto hincapié en la manera que se creó el mundo; y puede que también nos lo parezca el que conecte tan definitivamente a Jesús con la obra de la creación. Pero tenía que hacerlo a causa de ciertas tendencias que había en el pensamiento de su tiempo.

En los días de Juan había una herejía que se llamaba *el gnosticismo*. Su característica era que se trataba de un enfoque intelectual y filosófico al Cristianismo. A los gnósticos no les era suficiente con las creencias sencillas de cualquier cristiano corriente. Trataban de construir un sistema filosófico del Cristianismo. Tenían problemas con la existencia del pecado y el mal y el dolor y el sufrimiento del mundo, así que diseñaron una teoría para explicarlo. Esa teoría era como sigue.

En el principio existían dos realidades: la una era Dios, y la otra la materia. La materia había existido siempre, y fue la materia prima de la que se construyó el universo. Los gnósticos insistían en que esa materia era defectuosa e imperfecta. Podríamos decir que el mundo se inició mal desde el principio.

Estaba hecho de unos materiales que ya contenían el germen de la corrupción.

Los gnósticos llegaban más lejos. Dios, decían, era espíritu puro, y como tal no podía tocar la materia, y menos aún una materia imperfecta. Por tanto, era imposible que Dios llevara a cabo la obra de la creación por Sí mismo. Lo que hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Dios que las anteriores; y, cuanto más se alejaban de Dios, menos le conocían. Hacia la mitad de camino de la serie de emanaciones había una que no sabía nada en absoluto de Dios. A partir de ésa, las emanaciones empezaban a ser, no sólo ignorantes, sino hostiles a Dios. Por último había una emanación que estaba tan lejos de Dios que le ignoraba totalmente y le era totalmente hostil, y ésa fue el poder que creó el mundo; porque ya estaba tan lejos de Dios que podía tocar esta materia defectuosa y mala. El dios creador estaba totalmente distanciado y enemistado con el Dios real.

Los gnósticos dieron otro paso más: identificaron al dios creador con el Dios del Antiguo Testamento; y sostuvieron que el Dios del Antiguo Testamento era completamente distinto y distante del Dios y Padre de Jesucristo, del que era enemigo.

En los tiempos de Juan se había extendido mucho esta clase de creencia. La gente creía que el mundo era malo, y que lo había creado un dios malo. Para combatir esta creencia, Juan establece aquí dos verdades cristianas básicas. De hecho, la relación de Jesús con la creación es algo que se repite en el Nuevo Testamento precisamente por este trasfondo intelectual que divorciaba a Dios y al mundo en que vivimos. En *Colosenses* 1:16, Pablo escribe: < Porque en Él fueron creadas todas las cosas, en el Cielo y en la Tierra... todas fueron creadas por Él y para Él. > En *1 Corintios* 8: 6 escribe del Señor Jesucristo «por medio del Cual son todas las cosas.» El autor de *Hebreos* habla de Uno que era el Hijo, «por medio de Quien Dios hizo el universo» (1:2). Juan y los otros autores del Nuevo Testamento que escribieron estas cosas estaban subrayando dos grandes verdades.

(i) El Cristianismo siempre ha creído en lo que se llama la creación partiendo de la nada. No creemos que en Su creación del mundo Dios tuviera que usar una materia ajena y mala. No creemos que el mundo empezara ya con un defecto de fabricación, ni que tuviera su origen en Dios y en algo más. Nuestra fe es que detrás de todo está Dios, y sólo Él.

(ii) El Cristianismo siempre ha creído que este mundo es de Dios. Lejos de estar tan desconectado del mundo que no puede tener nada que ver con él, Dios está íntimamente comprometido con el mundo. Los gnósticos trataban de echarle la culpa al creador del mal que hay en el mundo. El Cristianismo cree que lo que no está como es debido en el mundo se debe al pecado humano. Pero, aunque el pecado ha causado destrozos en el mundo y le ha impedido llegar a ser lo que hubiera podido ser, no debemos nunca despreciar el mundo, porque es esencialmente de Dios. Si creemos esto, nos da un nuevo sentido del valor del mundo y de nuestra responsabilidad hacia él.

Se cuenta de una niña de los suburbios de una gran ciudad, que la llevaron a pasar un día en el campo. Cuando vio las margaritas en el bosque, preguntó: «¿Cree usted que a Dios le importará que coja unas pocas de Sus flores?» Este es el mundo de Dios; por eso, nada en él está fuera de su control; y por eso, debemos usar todas las cosas dándonos cuenta de que pertenecen a Dios. El cristiano no le hace de menos al mundo creyendo que el que lo hizo era un dios ignorante y hostil, sino que lo glorifica recordando que Dios está en todas partes, detrás de todo y en todo. Cree que el Cristo que recrea el mundo fue el colaborador de Dios cuando, el mundo fue creado al principio y que, en la obra de la redención, Dios está tratando de recuperar algo que fue siempre Suyo.

LA VIDA Y LA LUZ

Juan 1:4

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

En una gran pieza de música, el compositor a menudo empieza exponiendo los temas que va a elaborar en el curso de su obra. Eso es lo que hace Juan aquí. Vida y luz son dos de las grandes palabras básicas sobre las que se construye el Cuarto Evangelio. Son dos de los temas principales que el evangelio se propone desarrollar y exponer. Vamos a considerarlas en detalle.

El Cuarto Evangelio empieza y termina con *la vida*. En el mismo principio leemos que en Jesús estaba *la vida*; y en el mismo final leemos que el propósito de Juan al escribir su evangelio era «que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis *vida* en Su nombre» (20:31). Esta palabra está continuamente en los labios de Jesús. Es Su sentido pesar que las personas no quieren venir a Él para tener *vida* (5:40). Es Su declaración que El vino para que los hombres tuvieran *vida*, y *la* tuvieran en abundancia (10:10).

Él testimonia que les da *vida* a las personas y que no perecerán jamás, porque nadie las podrá arrebatar nunca de Su mano (10:28). Se proclama el camino, la verdad y la *vida* (14:6). En el evangelio la palabra *vida* (*zóé*) aparece más de treinta y cinco veces, y el verbo *vivir o tener vida* (*zén*) más de quince. Así pues, ¿qué es lo que quiere decir Juan con *vida*?

(i) Quiere decir sencillamente que *vida* es lo contrario de destrucción, condenación o muerte. Dios envió a Su Hijo para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan *vida* eterna (3:16). El que oye y cree tiene *vida* eterna, y no está sujeto a juicio (5:24). Hay un contraste entre la resurrección para *la vida*, y la resurrección para *el juicio* (5:29). Aquellos a los que Jesús da *la vida* no perecerán jamás (10:28). Hay algo en Jesús que le da a uno seguridad en esta vida y en la por venir.

Hasta que aceptamos a Jesús y le tomamos como nuestro Salvador y le entronizamos como nuestro Rey no se puede decir que vivimos. El que vive una vida sin Cristo *existe*, pero no sabe lo que es *la vida*. Jesús es la única Persona que puede hacer que valga la pena vivir, y en Cuya compañía la muerte no es más que el preludio de una vida más plena.

(ii) Pero Juan está completamente seguro de que, aunque Jesús es el que nos trae esa *vida*, el que nos la da es Dios. Juan usa la frase *el Dios viviente* como el resto de la Biblia. Es la voluntad del Padre que envió a Jesús que todos los que le ven y creen en Él tengan vida (6:40). Jesús es el que da la vida porque el Padre ha puesto Su propio sello de aprobación sobre Él (6:27). Él les da la vida a todos los que el Padre le ha dado (17:2). Dios está en todo ello. Es como si Dios estuviera diciendo: «Yo he creado a los seres humanos para que tengan la vida real; a causa de su pecado, han dejado de vivir y sólo existen; Yo les he enviado a Mi Hijo para hacerles saber lo que es la vida real.»

(iii) Debemos preguntarnos qué es esa vida. Una y otra vez el Cuarto Evangelio usa la frase *vida eterna*. Ya trataremos del sentido completo de esa frase más tarde; pero de momento notaremos esto: La palabra que usa Juan para *eterna* es *aiónios*. Está claro que, sea lo que sea la *vida eterna*, no es simplemente una vida que no se acaba nunca. Una vida interminable podría ser una maldición terrible; muchas veces hay personas que claman por una liberación de la vida. En la vida eterna tiene que haber algo más que su *duración*; tiene que haber también *una calidad* de vida.

No se desea la vida a menos que sea una cierta clase de vida. Aquí tenemos la clave. *Aiónios* es el adjetivo que se usa a menudo para describir a Dios. En el verdadero sentido de la palabra, sólo Dios es *aiónios, eterno*; por tanto, *vida eterna es la vida de Dios*. Lo que Jesús nos ofrece de Dios es la misma vida de Dios. La vida eterna es la que experimenta algo de la serenidad y el poder de la vida de Dios mismo. Cuando vino Jesús ofreciendo a los hombres *la vida eterna*, estaba invitando a todo el mundo a entrar en la misma vida de Dios.

(iv) Entonces, ¿cómo entramos en esa vida? *Creando en Jesucristo*. La palabra *crear* (*pisteuein*) aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que setenta veces. < El que cree en el Hijo tiene vida eterna > (3:36). < El que cree -dice Jesús tiene la vida eterna > (6:47). La voluntad de Dios es que las personas vean al Hijo, y crean en Él, y tengan la vida eterna (5:24). ¿Qué quiere decir Juan con *crear*? Dos cosas.

(a) Quiere decir que debemos estar convencidos de que Jesús es real y verdaderamente el Hijo de Dios. Quiere decir que debemos hacer una decisión en relación con El. Después de todo, si Jesús no fue nada más que un hombre, no, hay razón para que Le demos la obediencia completa e implícita que Él demanda. Tenemos que pensarnos personalmente Quién era Jesús. Tenemos que mirarle, aprender acerca de Él, estudiarle, pensar en Él hasta llegar a la conclusión de que no es sino el Hijo de Dios.

(b) Pero es más que una convicción intelectual. Creer en Jesús quiere decir tomarle la palabra, aceptar Su programa como algo que nos obliga absolutamente, creer sin lugar a duda que lo que Él dice es verdad.

Para Juan, fe quiere decir la convicción de la mente de que Jesús es el Hijo de Dios, la confianza del corazón de que todo lo que dice es verdad y el fundamentar toda nuestra vida sobre la seguridad inquebrantable de que debemos tomarle la palabra. Cuando lo hacemos, dejamos de «existir» y empezamos a vivir. Nos enteramos de lo que quiere decir la Vida, con mayúscula.

LA VIDA Y- LA LUZ

Juan 1:4 (conclusión)

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La segunda de las grandes palabras clave de Juan que nos encontramos aquí es la palabra luz. Esta palabra aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que veintiuna veces. Jesús es la luz de los hombres. La misión de Juan el Bautista era señalar a los hombres aquella luz que estaba en Cristo. Dos veces se llama Jesús a Sí mismo *la luz* del mundo (8:12; 9:5). Esta luz puede estar en los hombres (11:10), de manera que pueden llegar a ser hijos de *la luz* (12:36). < Yo he venido -dijo Jesús- como *la luz* al mundo > (12:46). Veamos si podemos entender algo de esta idea de *la luz* que trae Jesús al mundo. Hay tres cosas que sobresalen.

(i) *La luz* que trae Jesús es la que hace huir al caos. En la historia de la creación, Dios se movió sobre el caos oscuro e informe que había antes que empezara el mundo, y dijo: < Sea la luz > (*Génesis 1:3*). La recién creada luz de Dios derrotó al caos vacío al que vino. Así Jesús es *la luz que brilla en la oscuridad* (1:5). El es la única Persona que puede salvar la vida de convertirse en un caos. Dejados a nosotros mismos estamos a merced de nuestras pasiones y temores.

Cuando Jesús amanece en la vida, viene la luz. Uno de los miedos más antiguos del mundo es el miedo a la oscuridad. Hay una historia de un niño que tenía que dormir en una casa desconocida. Su anfitriona, creyendo ser amable, le ofreció dejar la luz encendida cuando él se acostara. Cortésmente declinó el ofrecimiento. «Creía -le dijo la señora- que podrías tener miedo de la oscuridad.» «Oh no -replicó el muchacho-, ¿sabe usted? Es la oscuridad de Dios.» Con Jesús la noche resplandece a nuestro alrededor como el día.

(ii) *La luz* que trae Jesús es *una luz* reveladora. La condenación consistió en que los hombres amaron más la oscuridad que la luz; y lo hicieron porque sus obras eran malas; y odiaban *la luz* porque no querían que expusiera sus obras (3:19s). *La luz* que trae Jesús es lo que revela cómo son las cosas. Despoja de los disfraces y de los embozos; muestra las cosas en toda su desnudez, en su verdadero carácter y en su valor real.

Hace mucho, los cínicos decían que la gente aborrece la verdad porque es como la luz para los ojos irritados. En el poema de Caedmon hay una escena extraña. Es un cuadro del último día, y en el centro de la escena está la Cruz; y de ella fluye una extraña luz rojiza como la sangre, y esa misteriosa calidad de luz es tal que muestra las cosas tal como son. Lo externo, los disfraces, las coberturas exteriores son descubiertos y despojados, y todo queda revelado en la desnuda y terrible soledad de lo que es esencialmente.

Nunca nos vemos hasta que nos vemos a través de los ojos de Jesús. Nunca vemos cómo son nuestras vidas hasta que las vemos a la luz de Jesús. Jesús a menudo nos conduce a Dios revelándonos a nosotros mismos.

(iii) *La luz* que trae Jesús es *una luz* que guía. El que no tiene esa luz anda en tinieblas y no sabe adónde va (12:36). Cuando uno recibe esa luz y cree en ella, ya no anda en tinieblas (12:46). Una de las características de las historias del evangelio que no pueden pasar desapercibidas es el número de personas que vinieron corriendo a Jesús para preguntarle: «¿Qué es lo que tengo que hacer?» Cuando Jesús viene a una vida, se acaba el tiempo del suponer y del andar a tientas, el tiempo de la duda y de la inseguridad y de la vacilación. La senda que parecía oscura se vuelve luminosa; la decisión que estaba envuelta en una noche de incertidumbre se ilumina. Sin Jesús somos como los que van a tientas por una carretera desconocida en un apagón. Con Él, el camino es claro.

LA OSCURIDAD HOSTIL

Juan 1:5

Y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de apagarla.

Aquí nos encontramos con otra de las palabras clave de Juan: *oscuridad* (*skotos, skotía*). Esta palabra aparece siete veces en el evangelio. Para Juan había *una oscuridad* en el mundo que era tan real como *la luz*.

(i) *La oscuridad* es hostil a *la luz*. *La luz brilla* en la oscuridad, que, por mucho que lo intente, no puede extinguirla. El hombre pecador ama *la oscuridad* y odia la luz, porque la luz descubre demasiadas cosas.

Puede que aquí Juan haya tomado prestado un pensamiento. Como sabemos, estaba dispuesto a salir y a adoptar ideas nuevas si así podía presentar y ofrecer el Evangelio a los hombres. La gran religión persa, el zoroastrismo, tenía por entonces una gran influencia en el pensamiento de muchos. Creía que había dos grandes poderes opuestos en el universo: el dios de la luz y el de la oscuridad, Ormuz y Ahrimán. Todo el universo era el

campo de batalla en el conflicto eterno y cósmico entre la luz y la oscuridad; y tenía una importancia suprema en la vida que lado se escogía.

Así que Juan está diciendo: «A este mundo ha venido Jesús, la luz del mundo; hay una oscuridad que tratará de eliminarle, de desterrarte de la vida, de extinguirle. Pero hay un poder en Jesús que es invencible. La oscuridad Le puede odiar, pero nunca se librará de Él.» Como se ha dicho en verdad: «Toda la oscuridad del mundo no puede extinguir la lucecita más pequeña. La luz inconquistable vencerá al fin a la oscuridad hostil. Juan está diciendo: «Elegid vuestro bando en el conflicto eterno, y elegid bien:»

(ii) *La oscuridad* representa la esfera natural de todos los que odian el bien. Son las personas que hacen el mal las que temen a la luz (3:19s). Los que tienen algo que esconder aman la oscuridad; pero es imposible esconderle nada a Dios. Su reflector barre la oscuridad y descubre los males que acechan en el mundo.

(iii) Hay algunos pasajes en los que *la oscuridad* parece representar a *la ignorancia*, especialmente esa ignorancia voluntaria que rechaza la luz de Jesucristo. Jesús dice: < Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en *la oscuridad* (8:12). Les dice a Sus discípulos que la luz no estará con ellos más que un tiempo; que anden en la luz; porque si no, viene la oscuridad, y el que anda en la oscuridad no sabe adónde va (12:35). Jesús dice que vino con Su luz para que los hombres no tuvieran que vivir en *la oscuridad* (12:46). Sin Jesucristo nadie puede encontrar o ver, el camino. Es como el que va con los ojos vendados o es ciego. Sin Jesucristo, la vida se pierde. Goethe, cuando estaba muriendo, pedía: < ¿Luz, más luz!> Y uno de los antiguos líderes escoceses les decía a sus amigos cuando estaba ya al final: «Encended el candil para que vea para morir.» Jesús es la luz Que le enseña a uno el camino, y que le ilumina el camino para que pueda dar cada paso.

Hay lugares en los que Juan usa esta palabra *oscuridad* en sentido figurado. La usa a veces refiriéndose a algo más que la falta de la luz terrenal. Nos habla de Jesús andando sobre el agua. Nos cuenta que los discípulos se habían embarcado en su barca y estaban cruzando el lago sin Jesús; y entonces dice Juan: «Y *la oscuridad ya había caído*, y Jesús todavía no había venido a ellos» (6:17). Sin la presencia de Jesús, no había nada más que la oscuridad amenazadora. Nos cuenta la mañana de la Resurrección, y las horas que precedieron al momento en que los que habían amado a Jesús se dieron cuenta de que se había levantado de los muertos. Empieza la historia: «Ahora, el primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, *cuando estaba todavía oscuro*» (20:1). Ella estaba viviendo en aquel momento en un mundo que ella pensaba que había eliminado a Jesús; y un mundo así estaba oscuro. Cuenta la historia de la última Cena. Cuenta que Judas se tomó el bocado que le dio Jesús y salió a llevar a cabo su terrible tarea y hacer los preparativos para traicionar a Jesús; y dice, con una especie de simbolismo terrible: «Así que, después de tomar el bocado, salió inmediatamente; y era *de noche*» (13:30). Judas salía a la noche de una vida que había traicionado a Cristo.

Para Juan, una vida sin Cristo era una vida en la oscuridad. *La oscuridad* quiere decir la vida sin Cristo, y especialmente para los que le han vuelto la espalda.

Antes de dejar este versículo hay otra cosa que debemos notar. La palabra que hemos traducido aquí apagares en griego *katalambanein*, que puede tener tres significados:

(a) Puede querer decir que la oscuridad no *entendió* nunca la luz (cp. RV antigua: «.mas las tinieblas no la comprendieron»): En cierto sentido la gente del mundo es que sencillamente no puede entender las demandas de Cristo y el camino que Cristo le ofrece. Le parece un absurdo. Nadie puede entender a Cristo si no se somete a Él antes.

(b) Puede querer decir que la oscuridad nunca venció a la luz :(R-V60: «no prevalecieron. contra ella»). *Katalambanein* puede querer decir *perseguir hasta que se alcanza o adelanta y así se domina y se vence*. Esto podría querer decir que la oscuridad del mundo había hecho todo lo posible para eliminar a Jesucristo, hasta el punto de crucificarle, pero nunca podría destruirle. Tal vez aquí se hace referencia al Cristo crucificado y vencedor.

(c) Puede usarse de *extinguir un fuego o una luz*. Ese es el sentido en que la hemos tomado aquí. Aunque el mundo hizo todo lo posible para oscurecer o extinguir la luz de Dios en Cristo, no la pudieron sofocar. En cada generación la luz de Cristo todavía brilla a pesar de los esfuerzos que se hacen para extinguir Su llama.

EL TESTIGO DE JESUCRISTO

Juan 1:6-8

Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz.

Tal vez nos extraña que a Juan el Bautista no le dé Juan tanta importancia como los otros evangelios. Tiene su explicación. Juan era una voz profética; hacía cuatrocientos años que no se había escuchado la voz de la profecía, y en Juan volvió a resonar. Parece que algunas personas se entusiasmaron con él hasta tal punto que le dieron un puesto más elevado que el que le correspondía. De hecho, hay indicaciones de que hubo una secta que puso a Juan el Bautista en el lugar más alto. Encontramos un eco de esto en *Hechos 19:3-4*. Fue precisamente en Éfeso donde se nos dice que Pablo encontró a unos «discípulos» que no sabían nada de lo que vino después del bautismo de Juan. No es que el Cuarto Evangelio quisiera minimizar a Juan, sino simplemente que el evangelista sabía que había algunas personas que le daban a Juan el Bautista el lugar que sólo corresponde al mismo Jesús.

Así es que en todo el Cuarto Evangelio Juan tiene cuidado de especificar que el lugar de Juan el Bautista en el plan de Dios era alto, pero subordinado al lugar de Cristo. Aquí especifica que Juan no era la luz, sino solamente un testigo de la luz (1:8). Nos muestra a Juan rechazando la idea de que él pudiera ser el Cristo, o ni siquiera el gran Profeta que prometió Moisés (1:20). Cuando los judíos le vinieron a decir a Juan que Jesús había empezado Su carrera como maestro, probablemente esperaban que Juan lo considerara una intrusión; pero el Cuarto Evangelio nos muestra a Juan rechazando la idea de que el primer puesto fuera suyo, y declarando que lo suyo era que Jesús creciera, y él decreciera. (3:25-30). Se hace referencia a que Jesús estaba teniendo más éxito que Juan en su predicación (4:1). Se menciona que la gente decía que Juan no había hecho las maravillas que hacía Jesús (10:41).

En alguna parte de la Iglesia había un grupo de personas que querían darle a Juan el Bautista una importancia excesiva. El mismo no dio pie para aquella actitud, sino hizo todo lo posible para desanimarla; pero el Cuarto Evangelio sabía de la existencia de tal tendencia, y tomó medidas para protegerse. Todavía puede suceder que ciertas personas le den más importancia a un predicador que a Cristo. Todavía puede suceder que la mirada de la gente se fije en el heraldo más que en el Rey que viene a anunciar. Juan el Bautista no tenía la menor culpa de lo que había sucedido; pero Juan el evangelista estaba, decidido a no dejar que nadie desplazara a Cristo del lugar, supremo que le corresponde.

Es más importante fijarnos en que en este pasaje encontramos otra de las grandes palabras clave del Cuarto Evangelio: la palabra testigo. El Cuarto Evangelio nos presenta un testigo tras otro, no menos de ocho, del supremo puesto que corresponde a Jesucristo.

(i) Está el testimonio del *Padre*. Jesús dijo: « El Padre que Me envió ha dado testimonio de Mí» (5:37). «El Padre que Me envió da testimonio de Mí» (8:18). ¿Qué es lo que quería decir Jesús? Quería decir dos cosas.

(a) Quería decir algo que Le afectaba a *Él mismo*. En Su corazón Le hablaba la íntima voz de Dios, que no Le dejaba la menor duda acerca de Quién era Él y de lo que Dios Le había enviado a hacer. Jesús no consideraba que había sido Él el Que había elegido esa misión. Su íntima convicción era que Dios Le había enviado al mundo a vivir y a morir por la humanidad.

(b) Quería decir algo que afectaba a *la humanidad*. Cuando una persona se encuentra cara a cara con Cristo, siente la convicción íntima de que Él no es sino el Hijo de Dios. El Padre Tyrrell ha dicho que el mundo no puede escapar nunca de ese «extraño Hombre en la Cruz.» Esa fuerza interior que siempre nos hace volver los ojos a Cristo hasta cuando queremos olvidarle, esa voz interior que nos dice que este Jesús no es otro que el Hijo de Dios y el Salvador el mundo es el testimonio de Dios en lo íntimo del alma.

(ii) Está el testimonio de *Jesús mismo*. « Yo soy --dijo Él Que doy testimonio de Mí mismo» (8:18). «Aunque Yo doy testimonio acerca de Mí mismo -dijo-, Mi testimonio es verdad» (8:14): ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Su mejor testimonio. era lo que Jesús era. Decía ser la luz y la vida y la verdad y el camino. Decía ser el Hijo de Dios y Uno con el Padre. Decía ser el Salvador y Maestro de la humanidad. A menos que Su vida y carácter fueran como eran, aquella habría sonado a demencia y blasfemia. Lo que Jesús era en Sí mismo era el mejor testigo de que lo que decía ser era verdad.

(iii) Está el testimonio de Sus obras. Él dice: «Las obras que el Padre Me ha concedido cumplir... dan testimonio de Mí» (5:36). «Las obras que Yo hago en nombre de Mi Padre, dan testimonio de Mí» (10:25). Después de decirle a Felipe que existe una total identidad entre el Padre y Él, Jesús añade: «Creedme por las mismas obras» (14:11). Uno de los pecados incomprensibles de los hombres es que han visto Sus obras y no han creído (15:24). Debemos darnos cuenta de una cosa: Cuando Juan hablaba de las obras de Jesús, no estaba refiriéndose sólo a Sus milagros; estaba pensando en toda la vida de Jesús. No se refería solamente a Sus grandes momentos excepcionales, sino a cómo vivía Jesús todos los momentos del día. Jesús no podría haber realizado aquellas obras maravillosas si no hubiera estado en contacto más íntimo con Dios que los demás hombres de todos los tiempos; pero, igual: no podría haber vivido aquella vida de amor y piedad, compasión y perdón, servicio y ayuda

en la vida de cada día si no hubiera estado en Dios y Dios en Él. No es haciendo milagros como podemos demostrar que pertenecemos a Cristo, sino viviendo una vida semejante a la Suya todos los momentos del día. Es en las cosas normales y corrientes en las que mostramos que pertenecemos a Él.

(iv) Está el testimonio que dan de Él *las Sagradas Escrituras*. Jesús dijo: «Escudriñáis las Escrituras porque creéis que tenéis en ellas la vida eterna; y son ellas las que dan testimonio de Mí» (5:39). «Si creyerais a Moisés me creeríais a Mí; porque él escribió de Mí» (5:46): Felipe estaba convencido de que había encontrado a Aquel de Quien escribieron Moisés y los profetas (1:45). A lo largo de toda la historia del pueblo de Israel, hombres y mujeres habían estado soñando con el día en que vendría el Mesías de Dios. Se habían tratado de hacerse una idea de cómo sería; y ahora, en Jesús de Nazaret; todos sus sueños e ideas y esperanzas se habían hecho realidad totalmente. Aquél a Quien el mundo estaba esperando, por fin había llegado.

(v) Está el testimonio *del último de los profetas*, Juan el Bautista. «Vino como testigo, para dar testimonio de la luz» (1:7-8). Juan dio testimonio de haber visto descender sobre Jesús al Espíritu Santo. Aquél en el que culminaba el testimonio de los profetas fue el que dio testimonio de Jesús como Aquél al que señalaba todo el testimonio profético.

(vi) Está el testimonio de aquellos con los que Jesús se puso en contacto. La mujer de Samaria dio testimonio de la intuición y del poder de Jesús (4:39). El que había nacido ciego dio testimonio de Su poder sanador (9:25, 38). Los que fueron testigos de Sus milagros testificaron de cómo se habían maravillado de lo que Jesús hacía (12:17). Hay una leyenda que nos cuenta que el Sanedrín buscaba testigos para condenar a Jesús. Vino una multitud de personas diciendo: «Yo era leproso y me curó.» «Yo era ciego y me dio la vista.» «Yo era sordo y me abrió los oídos.» Esa era precisamente la clase de testimonio que no quería el Sanedrín. En todas las épocas y generaciones ha habido una gran multitud de personas que estaban dispuestas a dar testimonio de lo que Cristo había hecho por ellos.

(vii) Está el testimonio de *los discípulos y especialmente del autor de este evangelio*. La comisión de Jesús a Sus discípulos fue precisamente: «Vosotros también sois mis testigos, porque habéis estado conmigo desde el principio» (15:27). El autor del evangelio es un testigo y garante personal de las cosas que cuenta. De la Crucifixión escribe: «El que lo vio ha dado testimonio, y su testimonio es verdad» (19:35). «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió estas cosas» (21:24). Lo que él cuenta no es lo que se dice por ahí, no algo que sabe, de segunda mano, sino lo que él mismo ha visto y conoce por propia experiencia. El mejor testigo de todos es el que puede decir: «Esto es verdad, porque yo lo sé por propia experiencia.»

(viii) Está el testimonio el *Espíritu Santo*. «Cuando venga el Consolador... el Espíritu de la verdad... dará testimonio de Mí» (15:26). Juan escribe en la *Primera Epístola*: «Y el Espíritu es el testigo, porque el Espíritu es la verdad» (1ª Juan 5:6). Para los judíos, el Espíritu tenía dos funciones: traía la verdad de Dios a los hombres, y les permitía reconocer esa verdad cuando la veían. Es la obra del Espíritu Santo dentro de nuestro corazón lo que nos permite reconocer a Jesús como el que es y confiar en Él por lo que puede hacer.

Juan escribió su evangelio para presentar un testimonio incontestable de que Jesucristo es la Mente de Dios plenamente revelada a la humanidad.

LA LUZ DE TODAS LAS PERSONAS

Juan 1:9

El Que sí era la luz real era el Que, en Su venida al mundo, da la luz a todas las personas.

Aquí Juan usa una palabra muy significativa para describir a Jesús: dice que Jesús era la *luz real*. En griego hay dos palabras que se parecen mucho. La versión Reina-Valera usa *verdaderola* para las dos; pero tienen diferentes matices. La primera palabra es *aléthés*, que quiere decir *verdadero* como opuesto a *falso*; es la palabra que usaríamos para **decir** que una aseveración es verdad. La segunda palabra es *aléthinós*, que quiere decir *real o genuino*, opuesta a *irreal*.

Así pues, lo que Juan está diciendo es que Jesús es .la luz` real que viene a iluminar a la humanidad. Antes de que Jesús viniera, había: otras luces que seguían las personas. Algunas eran parpadeos de la verdad; otras, vislumbres fugaces de la realidad; otras, fuegos fatuos, o meras luciérnagas... Todavía existen las luces fugaces, y los fuegos artificiales, y quienes se conforman con ellos; pero sólo Jesús es la luz genuina, la luz real que guía a las personas en su camino.

Juan dice que Jesús, al venir al mundo, trajo a la humanidad la luz real. Su venida fue como un destello de luz, como la venida de la aurora: Cierta viajero nos dice que se encontraba una vez en Italia, en una colina que mira a la bahía de Nápoles: estaba tan oscuro que no se podía ver nada; pero de repente hubo un relámpago, y todo se

iluminó con todo detalle. Cuando Jesús vino a este mundo la luz real iluminó todo lo que antes había estado sumido en tinieblas.

(i) Su venida disipó las sombras de *la duda*. Hasta que él vino todo lo que se sabía de Dios eran suposiciones. «Es difícil descubrir nada de Dios -dijo uno de los griegos-; y cuando has descubierto algo es imposible comunicárselo a otro.» Para los paganos, o Dios moraba en tinieblas inescrutables, o en una luz deslumbradora e inaccesible. Pero -cuando vino Jesús la humanidad pudo ver con toda claridad cómo es Dios. Las sombras y las nieblas huyeron; los días de las suposiciones se acabaron; ya no hubo necesidad de seguir en un agnosticismo melancólico. Se hizo la luz.

(ii) Su venida disipó las sombras de *la desesperación*. Jesús vino a un mundo que estaba sumido en la desesperación. «La humanidad -decía Séneca- es consciente de su indefensión en las cosas fundamentales.» Las personas anhelaban una mano que se les tendiera para levantarlas. «Oodian sus pecados, pero no se pueden librar de ellos.» La humanidad desesperaba de hacerse a sí misma o al mundo mejores. Pero con la venida de Jesús entró en la vida un nuevo poder. Jesús no sólo trajo conocimiento, sino también poder. Vino no sólo para indicar el buen camino, sino para capacitarnos para andar por él. Nos dio no sólo instrucción, sino una presencia con la que todo lo que era imposible se hizo posible. La oscuridad del pesimismo y de la desesperación desaparecieron para siempre.

(iii) Su venida disipó las tinieblas de *la muerte*. El mundo antiguo le tenía pánico a la muerte. Lo mejor que se podía pensar de ella era la aniquilación, y el alma humana se estremecía al pensarlo. Lo peor era una eternidad de torturas en manos de los dioses que fuera, y el alma humana tenía miedo. Pero Jesús, con Su venida, con Su vida y con Su muerte y Su Resurrección ha demostrado que la muerte no tiene que ser más que la entrada a una vida más plena. La tiniebla se ha dispersado. Stevenson tiene una escena en una de sus historias en la que traza el cuadro de un joven que ha quedado con vida milagrosamente después de un duelo en el que estaba seguro de que le iban a matar. Al alejarse, su corazón va cantando: «La amargura de la muerte ha pasado.» Gracias a Jesús la amargura de la muerte puede haber pasado para todos los seres humanos.

Además, Jesús es la luz que alumbra a *todas las personas* que vienen a este mundo. El mundo antiguo era excluyente. Muchos judíos odiaban a los gentiles y decían que los gentiles no habían sido creados nada más que para servir de leña en el infierno. Es verdad que hubo profetas que vieron que la misión de Israel era ser una luz para los gentiles (Isaías 42:6; 49:6), pero esa era una misión que la mayoría del pueblo rehusaba asumir. El mundo griego nunca soñó que el conocimiento fuera para toda la humanidad. El mundo romano despreciaba a los bárbaros, los salvajes que vivían sin ley. Pero Jesús vino para ser la luz de *todos*. Sólo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tiene un corazón suficientemente grande para albergar a todo el mundo.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11

Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mundo llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.

Juan tenía en mente dos pensamientos al escribir este pasaje. (i) Estaba pensando en el tiempo antes de que Jesucristo viniera al mundo en cuerpo. *El Logos* de Dios había estado activo en el mundo desde el principio del tiempo. *La Palabra* creadora y dinámica de Dios había hecho que el mundo llegara a existir al principio; y desde entonces siempre había sido *la Palabra, el Logos, la Razón* de Dios, el/la Que ha mantenido el universo como un conjunto ordenado y al ser humano como una persona racional. Si la humanidad hubiera tenido sentido para verle, *el Logos* siempre se podía reconocer en el universo.

La Confesión de Fe de Westminster empieza diciendo que < las luces de la naturaleza, y las obras de la creación y de la providencia manifiestan la bondad, la sabiduría y el poder de Dios de tal manera que dejan sin justificación posible la incredulidad humana. » Hacía tiempo que Pablo había escrito que las cosas visibles del mundo están diseñadas por Dios de tal manera que guían el pensamiento humano a las cosas invisibles, y que si la humanidad hubiera mirado al mundo con los ojos y el entendimiento abiertos, su pensamiento habría llegado inevitablemente a su Creador (*Romanos 1:19-20*). El mundo siempre ha sido tal que, mirado como es debido, conduciría hacia Dios a la mente humana.

En teología siempre se ha distinguido entre teología *natural* y teología *revelada*. La teología revelada trata de las verdades que nos llegan directamente de Dios en las palabras de los profetas, las páginas de Su Libro y, supremamente, en Jesucristo.

La teología natural trata de las verdades que el ser humano puede descubrir mediante su propia mente e inteligencia en el mundo en que vive. Si así es, ¿cómo podemos ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios, *la Mente* de Dios en el mundo en que vivimos?

(a) Debemos mirar *hacia fuera*. Siempre fue una idea fundamental de los griegos que, donde hay un orden, tiene que haber una mente. Cuando consideramos el universo vemos un orden maravilloso: los planetas siguen regularmente sus cursos; las mareas se suceden conforme a un plan; la siembra y la siega, el verano -y el invierno, el día y la noche observan un orden riguroso. No cabe duda de que hay un orden en la naturaleza y, por tanto, está igualmente claro que debe haber una Mente detrás de todo ello. Además, esa Mente tiene que ser superior a la mente humana, porque consigue resultados que ésta nunca puede conseguir. La mente humana no puede hacer que la noche siga al día, y viceversa; o que la semilla tenga poder para germinar y crecer. La mente humana no puede hacer ninguna criatura viva. Si hay orden en el mundo, tiene que haber una Mente; y, si en ese orden hay cosas que están por encima de la mente humana, esa Mente que está detrás del orden de la naturaleza tiene que estar por encima y más allá de la mente humana... Y así llegamos inevitablemente a Dios. Mirar fuera de nosotros al mundo es encontrarnos cara a cara con el Dios Que lo ha hecho.

(b) Debemos mirar *hacia arriba*. Nada demuestra el orden maravilloso del universo mejor que los movimientos de los cuerpos celestes. Los astrónomos nos dicen que hay tantas estrellas como granos de arena en las playas. Para decirlo en términos humanos, figuraos los problemas de tráfico que habrá en el cielo; y, sin embargo, los cuerpos celestes se mantienen en las rutas que se les han marcado y se *conducen* individual pero disciplinada y armoniosamente. Un astrónomo puede predecir al segundo y a la pulgada cuándo y dónde va a aparecer un cierto planeta, y puede decirnos cuándo y dónde se va a producir un eclipse de Sol dentro de cientos de años, y cuántos segundos va a durar. Se ha dicho que «ningún astrónomo puede ser ateo.» Cuando miramos hacia arriba vemos a Dios.

(c) Debemos mirar *hacia dentro*. ¿De dónde nos hemos sacado la capacidad de pensar, de razonar y de saber? ¿De dónde el conocimiento del bien y del mal? ¿Por qué sabe en lo más íntimo de su ser el más empedernido degenerado cuándo está haciendo lo que no debe? Kant dijo hace mucho que había dos cosas que le convencían de la existencia de Dios: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral en el fondo de su conciencia. No nos hemos dado a nosotros mismos ni la vida ni la razón que la guía y la dirige. Debemos nuestra existencia a algún Poder fuera de nosotros mismos. ¿De dónde vienen el remordimiento y el sentimiento de culpabilidad? ¿Por qué no podemos hacer lo que nos dé la gana y sentirnos en paz? Cuando miramos hacia dentro encontramos lo que Marco Aurelio llamaba «el dios interior,» y lo que Séneca llamaba «el espíritu santo que reside en nuestras almas.» Nadie se puede entender aparte de Dios.

(d) Debemos mirar *hacia atrás*. Froude, el gran historiador, decía que la totalidad de la Historia es una demostración de la ley moral en acción. Los imperios surgen y desaparecen. Como escribió Kipling:

«Mirad: ¡Toda nuestra pompa de ayer es igual que la de Nínive o Tiro!»

Y es un hecho constatado de la Historia que la degeneración moral y el desastre nacional van de la mano. «No hay nación -dijo George Bernard Shaw- que haya sobrevivido a la pérdida de sus dioses.» Toda la Historia es la demostración práctica de que hay Dios.

Así que, aunque Jesucristo no hubiera venido a este mundo corporalmente, todavía le habría sido posible a la humanidad ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios en acción. Pero, aunque la acción de *la Palabra* estaba a la vista de todo el mundo, la humanidad no La reconoció nunca.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11 (conclusión)

Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mundo llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.

(ii) Por último, *la Palabra* creadora y ordenadora de Dios vino a este mundo en la persona del hombre Jesús. Juan dice que *la Palabra* vino a Su propio hogar, pero los suyos no Le dieron la bienvenida. ¿Qué quiere decir con eso? Quiere decir que, cuando *la Palabra* de Dios entró en este mundo, no llegó a Roma o a

Grecia o a Egipto o a los imperios del Oriente. *Vino a Palestina*, que era la tierra de Dios en un sentido especial, y a los judíos, que eran el pueblo escogido de Dios.

Los mismos nombres que se les dan a esa tierra y a ese pueblo en el Antiguo Testamento nos lo demuestran. A Palestina se la llama con frecuencia *la tierra santa* (*Zacarías 2:12; 2 Macabeos 1:7; Sabiduría 12:3*). Se la llama *la tierra del Señor*; Dios habla de ella como *Su tierra* (*Oseas 9: 3; Jeremías 2:7; 16:18; Levítico 25:23*). A la nación de Israel se la llama « el especial tesoro» de Dios (*Éxodo 19:5; Salmo 135:4*), «pueblo santo para el Señor.: pueblo especial» (*Deuteronomio 7:6*), «pueblo único» (*Deuteronomio 14:2*), «*Su exclusiva posesión*» (*Deuteronomio 26:18*), «porción» y «heredad» del Señor (*Deuteronomio 32:9*).

Jesús vino a una tierra que era especialmente la tierra de Dios, y a un pueblo que era especialmente el pueblo de Dios. Era de esperar que aquella nación le hubiera recibido con los brazos abiertos y con todas las puertas abiertas; que se le hubiera dado la bienvenida como a un viajero que llegara a su propia casa; o, más aún, como a un rey que llegara a su nación... *Pero Le rechazaron*. Le recibieron -con odio en vez de con adoración.

Aquí tenemos **la tragedia de un pueblo que había sido elegido y preparado para una tarea, y que se negó a cumplirla**. Puede que unos **padres ahorren y se sacrifiquen para darle**. 1. su hijo o a su hija una oportunidad en la vida, para que tenga una preparación para algún **trabajo u oportunidad** especial... y, cuando llega el momento, la persona por la que se sacrificó todo se niega a aprovechar la oportunidad o falla miserablemente al enfrentarse con el desafío. Ahí está la tragedia. Y eso fue lo que Le pasó a Dios.

Sería erróneo pensar que Dios no había preparado nada más que a Israel. Dios está preparando a todos los hombres, mujeres; y niños de este mundo para alguna tarea que les tiene reservada.: Cierta novelista cuenta la historia de una chica que se negaba a tocar las cosas sucias de la vida; cuando alguien le preguntó; por qué, dijo: < Algún día va a venir algo realmente hermoso; a mi vida, y quiero estar preparada.> La tragedia es que muchas personas rechazan la tarea que Dios les tiene reservada.

O, para decirlo de otra manera, que aún nos impacta más: son pocos los que llegan a ser lo que podrían haber sido; tal vez por letargo o pereza, por timidez o cobardía, por falta de disciplina o sobra de permisividad, por comprometerse con algo no tan bueno o desviarse por algún colateral... El mundo está lleno de personas que no han hecho realidad las posibilidades que tenían. No hemos de pensar que la tarea que Dios tiene para nosotros haya de ser alguna hazaña heroica que despierte la admiración de todo el mundo. Puede que sea preparar a un niño para la vida; o, en un momento decisivo, decir la palabra necesaria y ejercer la influencia que puede impedir que alguien arruine su vida; o hacer algo sencillo superlativamente bien; o tocar las vidas de otros con las manos, la voz o la mente. El hecho es que Dios nos está preparando en todas las experiencias de la vida y cuenta con nosotros para algo; y muchos Le dejan en la estacada, y a lo mejor ni se dan cuenta de que Le están fallando.

Es terriblemente patético lo que se dice aquí: «Vino a Su propio hogar, y los suyos no le dieron la bienvenida.» Eso Le sucedió a Jesús hace mucho... y Le sigue sucediendo.

HIJOS DE DIOS

Juan 1:12-13

A todos los que sí Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Estos nacieron, no de la sangre ni de ningún impulso humano ni de la voluntad de ningún hombre, sino que su nacimiento fue de Dios.

No todos rechazaron a Jesús cuando vino; hubo algunos que sí Le recibieron y Le dieron la bienvenida, y a esos les dio Jesús el derecho de llegar a ser hijos de Dios.

Hay un sentido en el que una persona no es hija de Dios por naturaleza, sino que tiene que *llegar a serlo*. Tenemos que pensarlo en términos humanos porque son los únicos de que disponemos.

Hay dos clases de hijos. Están los que jamás hacen nada más que aprovecharse de su hogar. A lo largo de su juventud se apropian de todo lo que el hogar les ofrece sin dar nada a cambio. Puede que sus padres trabajen y se sacrifiquen para darles la mejor oportunidad posible en la vida, y lo toman todo como un derecho, sin darse cuenta nunca de lo que están recibiendo, y sin hacer el menor esfuerzo por merecerlo o compensarlo. Cuando se marchan de la casa paterna no hacen el menor esfuerzo para mantenerse en contacto. El hogar ha cumplido su misión, y ahí termina la cosa. No reconocen ningún lazo que tengan que mantener, ni ninguna deuda que tengan que pagar. Son los hijos de sus padres, y a ellos les deben la existencia y lo que son; pero no reconocen ningún vínculo de amor o intimidad. Sus padres se lo han dado todo por amor, pero los hijos no les han dado nada a cambio.

Por otra parte hay hijos que siempre son conscientes de lo que sus padres han hecho y hacen por ellos, y aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para demostrarles su agradecimiento y tratar de ser la clase de hijos que sus padres

querían que fueran. A medida que pasan los años están cada vez más cerca de sus padres, con los que desarrollan una relación de confianza y amistad. Hasta cuando salen del hogar el vínculo permanece, y son conscientes de una deuda que nunca podrán pagar.

En el primer caso, los hijos cada vez están más lejos de los padres; en el segundo, cada vez más cerca. Todos son hijos, pero de manera diferente. Los del segundo grupo *llegan a ser* hijos de una manera que los otros no alcanzan.

Podemos ilustrar esta clase de relación desde otro punto de vista, distinto pero parecido. A un famoso profesor le mencionaron el nombre de un joven que se presentaba como discípulo suyo. Este dijo: «Puede que asistiera a mis clases, pero no era uno de mis estudiantes.» Hay un mundo de diferencia entre asistir a las clases de un profesor y ser uno de sus estudiantes. Puede haber contacto sin comunión; puede haber relación sin comunicación. «Todos somos hijos de Dios», se oye decir con frecuencia, y con razón si nos referimos a que todos Le debemos a Dios que nos haya creado y nos conserve la vida; pero sólo algunos *llegan a ser* hijos de Dios con la profundidad e intimidad de la verdadera relación entre Padre e hijos.

Juan proclama que sólo podemos entrar en esa relación real y verdadera de hijos con Dios por medio de Jesucristo. Cuando Juan dice que esto no viene de la sangre, está expresando la convicción judía de que un hijo nacía de la unión de la simiente del padre con la sangre de la madre. Esta condición de hijos no es el resultado de ningún impulso o deseo humano, ni de ningún acto de la voluntad humana; procede exclusivamente de Dios. No podemos hacernos a nosotros mismos hijos de Dios; tenemos que entrar en la relación con Dios que Él nos ofrece. Nadie puede entrar nunca en una relación de amistad con Dios por su propia voluntad y capacidad; hay una gran sima entre lo humano y lo divino. El hombre sólo puede entrar en amistad con Dios cuando Dios mismo le abre el camino.

Pensemos otra vez en términos humanos. Un plebeyo no puede acercarse a un rey para ofrecerle su amistad; si ha de

producirse tal amistad tendrá que ser el rey el que la inicie y establezca. Eso es lo **que sucede entre nosotros y Dios**: no podemos entrar en relación con Él por nuestra voluntad o méritos, porque somos seres humanos y Él es Dios. Sólo puede ser cuando Dios; en Su gracia que no podemos merecer de ninguna manera, condesciende a abrirnos el camino.

Pero esto tiene también su lado humano. Lo que Dios ofrece, el hombre se lo tiene que apropiarse. Puede que un padre humano le ofrezca a su hijo su amor, su consejo y su amistad, y que el hijo no los acepte y siga su propio camino. Así sucede con Dios: Él nos ofrece *el derecho* de llegar a ser hijos, pero no nos obliga a aceptarlo.

Como lo aceptamos es creyendo en el nombre de Jesucristo. ¿Qué quiere decir eso? El pensamiento y el lenguaje hebreos usaban *el nombre* de una manera que nos resulta extraña. Con esa expresión los judíos no se referían tanto al nombre propio de una persona como a su naturaleza en tanto en cuanto era revelada o conocida. Por ejemplo, en el *Salmo 9:10* el salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre.» Está claro que eso no quiere decir «los que saben que Te llamas Jehová,» sino los que conocen el carácter de Dios, Su naturaleza, cómo es Dios; éstos son los que están dispuestos a poner su confianza en Dios para todo. En el *Salmo 20:7*, dice el salmista: «Algunos presumen de carros, y otros de caballos; mas nosotros nos gloriamos en *el nombre* del Señor nuestro Dios.» Está claro que esto no quiere decir que hacemos alarde de que Dios se llama Jehová. Quiere decir que algunos ponen su confianza en medios materiales, pero nosotros la ponemos en Dios porque sabemos cómo es.

Confiar en el nombre de Jesús, por tanto, quiere decir poner nuestra confianza en lo que Él es. Él era la encarnación de la amabilidad y del amor y de la ternura y del servicio. La gran doctrina central de Juan es que en Jesús vemos la misma Mente de Dios, Su actitud para con los hombres. Si de veras creemos eso, entonces también creemos que Dios es como Le vemos en Jesús: tan amable y amoroso como era Jesús. Creer en el

nombre de Jesús es creer que Dios es como Él; y es sólo cuando; creemos eso cuando podemos someternos a Dios y llegar a ser Sus hijos. A menos que hayamos visto en Jesús cómo es Dios, nunca nos atreveríamos a creer que podemos llegar a ser Sus hijos. Es lo que es Jesús lo que nos abre la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios. ,

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14

Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; . y nosotros miramos con-nuestros propios ojos :Su gloria, gloria corvó la que recibe,de su padre un hijo único.

Aquí llegamos a la afirmación en la que se resume todo el tema que Juan desarrolla en su evangelio. Ha meditado y escrito acerca. de la Palabra de Dios, esa Palabra poderosa, creadora y- dinámica, que fue el Agente de la creación; esa Palabra guiadora, directora, controladora, que pone orden en el universo y en la mente humana. Estas ideas les resultaban conocidas y familiares tanto a los judíos como a los griegos. Y ahora dice la cosa más sorprendente y maravillosa de todas: «Esta Palabra que creó el mundo, esta Razón que mantiene el orden del universo, se ha hecho una Persona Que hemos visto con nuestros propios *ojos*.» La palabra que usa Juan para *ver* es *theasthai*; aparece en el Nuevo Testamento más de veinte veces, y siempre refiriéndose a la vista física. No se trata de una visión espiritual que se percibe con los *ojos* del alma o de la mente. Juan declara que la Palabra vino de hecho a la Tierra en forma humana, Que podía verse con los *ojos* de la cara. Dice: « Si queréis, ver cómo es esta Palabra creadora, esta Razón ordenadora, mirad a Jesús de Nazaret.»

Aquí es donde Juan se remonta por encima de todos los pensamientos anteriores. Esto es algo totalmente nuevo que Juan introdujo en el mundo griego al que dirige su libro. Agustín de Hipona dijo más tarde que, en los días anteriores a su conversión al Evangelio había leído y estudiado a los grandes filósofos paganos, que le habían enseñado muchas cosas; pero que la Palabra se había hecho carne no lo había leído en ninguno de ellos.

Para los griegos esto era algo completamente imposible. El que Dios pudiera asumir un cuerpo era algo que a un griego no se le podía ocurrir ni soñar. Para los griegos, el cuerpo era un mal, una prisión en la que el alma estaba aherrojada, o una tumba en la que estaba confinado el espíritu. Plutarco, el antiguo sabio griego, ni siquiera podía creer que Dios pudiera controlar, directamente los acontecimientos de este mundo; más bien tenía que hacerlo por medio de diputados o intermediarios; porque -así lo veía Plutarco- sería sencillamente blasfemo el involucrar a Dios en los asuntos de este mundo. Filón no podría haberlo dicho nunca. Decía: -«La vida de Dios no ha descendido a nosotros; ni se ha rebajado a sentir las necesidades de un cuerpo.» El gran emperador romano estoico Marco Aurelio despreciaba el cuerpo en comparación con el espíritu. «Desprecia por tanto la carne -decía-, la sangre y los huesos y el entramado revuelto de nervios y venas y arterias.» « La composición del cuerpo entero está sujeta a corrupción»

Y de pronto aparece una novedad totalmente sorprendente: que Dios pudiera y estuviera dispuesto a llegar a ser una persona humana y entrar en esta vida que nosotros vivimos, que la eternidad pudiera aparecer en el tiempo, que el Creador pudiera aparecer en la creación de tal manera que los *ojos* humanos de hecho Le pudieran ver.

Tan alucinantemente nueva era esta concepción de Dios en forma humana que no era sorprendente que hubiera algunos, aun en la Iglesia, que no lo pudieran creer. Lo que dice Juan es que la Palabra se hizo *sarx*. Ahora bien, *sarx* es la misma palabra que Pablo usa una y otra vez para describir lo que él

llamaba *la carne*, la naturaleza humana en toda su debilidad y propensión al pecado. La misma idea de tomar esta palabra y aplicársela a Dios era algo que alucinaba sus mentes, así es que surgió en la Iglesia un grupo de personas que se llamaron *los docetistas*.

Dokein es la palabra griega que quiere decir *parecer ser*. Esas personas mantenían que Jesús, de hecho, era solamente un fantasma; que Su cuerpo humano no era un cuerpo real; que Él no podía sentir de veras hambre o cansancio, tristeza o dolor; que lo que era en realidad era un espíritu desencarnado que se presentaba en una forma que parecía humana. Juan se opuso a estas personas mucho más directamente en su *Primera Epístola*: «En esto se conoce el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido *en la carne* es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios. Este es el espíritu del anticristo» (1 *Juan* 4:2s). Es verdad que esta herejía surgió de una especie de reverencia equivocada, que se resistía a reconocer que Jesús era total y real y verdaderamente humano. Para Juan eso contradecía a todo el Evangelio.

Bien puede pasar que a veces estemos tan preocupados por conservar la verdad de que Jesús era plenamente divino que tendamos a olvidar el hecho de que era absolutamente humano. *La Palabra se hizo carne* -aquí, mejor que en ningún otro pasaje del Nuevo Testamento, se proclama gloriosamente la plena humanidad de Jesús. En Jesús vemos el poder creador de Dios, la Razón ordenadora de Dios, asumiendo la plena humanidad. En Jesús vemos a Dios viviendo la vida humana de una persona cualquiera. Suponiendo que no dijéramos nada más de Jesús, todavía podríamos decir que nos mostró como viviría Dios esta vida que vivimos nosotros.

Aunque no pudiéramos decir nada más que Le debemos a Jesús, esto sí podemos decir: que nos mostró cómo viviría Dios esta vida que vivimos nosotros y, por tanto, que Jesús nos ha mostrado cómo quiere Dios que vivamos.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 (continuación)

Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, gloria como la que recibe de su padre un hijo único.

Bien se podría decir que este es el versículo más importante de todo el Nuevo Testamento. Debemos por tanto pasar un tiempo considerable estudiándolo para penetrar más de lleno en sus riquezas.

Ya hemos visto que hay algunas grandes palabras que le bullen a Juan en la mente y dominan su pensamiento y son los temas con los que se elabora todo su mensaje. Aquí tenemos otras tres de esas palabras.

(i) La primera es *gracia*. Esta palabra contiene siempre dos ideas básicas.

(a) Siempre incluye la idea de algo que es totalmente inmerecido, que no podríamos nunca ganarnos o conseguir por nosotros mismos. El hecho de que Dios viniera a la Tierra a vivir y a morir por nosotros no fue nada que la humanidad hubiera merecido, sino un acto de puro amor por parte de Dios. La palabra *gracia* subraya al mismo tiempo la pobreza desesperada de la humanidad y la ilimitada generosidad de Dios.

(b) Siempre incluye la idea de belleza. En griego moderno quiere decir *encanto*. En Jesús vemos el atractivo irresistible de Dios. Se había pensado en Él -en términos de fuerza, de majestad y de juicio; como un poder capaz de aplastar toda oposición y derrotar toda rebelión; pero en Jesús nos encontramos con la sencilla amabilidad de Dios.

(ii) La segunda es *verdad*. Esta palabra es una de las notas dominantes del Cuarto Evangelio. Nos la encontramos una y otra vez. Aquí no podemos más que reunir y resumir lo que Juan tiene que decir acerca de Jesús y la verdad.

(a) Jesús es la encarnación de la verdad. Él dijo: «Yo soy la verdad» (14:6). Para ver la verdad tenemos que mirar a Jesús. Aquí hay algo infinitamente precioso para todas las almas y mentes sencillas. Son los menos los que pueden captar las ideas abstractas; la mayor parte de nosotros tenemos que *ver* las cosas para entenderlas. Podríamos pasar mucho tiempo pensando y discutiendo, y no nos acercaríamos a una definición satisfactoria de lo que es la belleza; pero, si podemos señalar a una persona en la que brille esa cualidad y decir: « ¡Eso es belleza!», todos estaremos de acuerdo y lo veremos claro. Desde que la humanidad empezó a pensar en Dios se viene intentando definir Quién y Qué es... y sus mentes diminutas no consiguen llegar a una definición satisfactoria. Pero ahora podemos dejar de pensar por nosotros mismos, y mirara Jesucristo y decir: « ¡Así es como es Dios! » Jesús no vino para *hablar* de Dios, sino para *mostrar* cómo es Dios, para que la persona más sencilla pudiera conocerle tan íntimamente como el más grande de los filósofos.

(b) Jesús es el comunicador de la verdad. Les dijo a Sus discípulos que, si seguían con Él, conocerían la verdad (8:31). Le dijo a Pilato que el objeto de Su venida a este mundo había sido dar testimonio de la verdad (18:37). La gente se agolpará para escuchar a un maestro o predicador que pueda ofrecerles alguna dirección en el

embarullado negocio de la vida y el pensamiento. Jesús es el único Que, en medio de las sombras; puede aclarar las cosas; el único Que, en las múltiples encrucijadas de la vida, nos puede indicar el verdadero camino; el único Que, en los confusos momentos de la decisión, nos permite escoger correctamente; el único Que, entre las muchas voces que reclaman nuestra atención y nuestra lealtad, nos dice lo que debemos creer.

(c) Aunque Jesús ya no está corporalmente en la Tierra, nos ha dejado Su Espíritu para que nos guíe a toda la verdad. Su Espíritu es el Espíritu de la verdad (14:17; 15:26; 16:13). No se limitó a dejarnos un libro de instrucciones y un cuerpo de doctrina. No tenemos que buscar en un libro de texto difícil

de entender para descubrir lo que tenemos que hacer. Todavía, hasta el día de hoy, podemos preguntarle a Jesús lo que tenemos que hacer, porque Su Espíritu está con nosotros en cada paso del camino.

(d) La verdad es lo que nos hace libres (8:32). Siempre hay un cierto poder libertador en la verdad. Los niños adquieren a menudo ideas fantásticas y erróneas acerca de las cosas cuando piensan por sí mismos; y a menudo les producen miedo. Cuando se les dice la verdad, se emancipan de sus temores. Puede- que una persona tenga miedo de estar enferma; si va al médico, aunque el diagnóstico sea malo, se librará por lo menos de los temores vagos que antes la asediaban. La verdad que Jesús nos trae nos libera de la alienación de Dios; nos libera de la frustración, de nuestros temores y debilidades y derrotas. Jesucristo es el mayor libertador del mundo.

(e) La verdad puede causar resentimiento. Hubo quienes trataron de matar a Jesús porque les había dicho la verdad (8:40). La verdad puede que condene a una persona; puede que le indique lo muy equivocada que estaba. «La verdad -decían los filósofos. cínicos- puede ser tan irritante como. la luz para los ojos doloridos.» Los cínicos declaraban que el maestro que no ha molestado nunca a nadie, nunca le ha hecho a nadie ningún bien. Puede que la gente cierre los oídos y las mentes a la verdad, que maten al que se la dice... pero la verdad permanece. Nadie ha destruido jamás la verdad por negarse a escuchar la voz que se la presentaba; y la verdad acabará por alcanzarle, más, tarde o más temprano.

(f) La verdad se puede rechazar (8:45). Hay dos razones principales para no creer: porque es demasiado buena para ser verdad, o porque se está demasiado ligado a medias verdades de las que no se puede soltar. En muchos casos una media verdad es el peor enemigo de -la verdad total.

(g) La verdad no es nada abstracto, sino algo que hay que hacer (3:21). Es algo que hay que conocer con la mente, aceptar con el corazón y poner por obra en la vida.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 (conclusión)

;

Y la Palabra de Dios se *hizo* una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria,°, gloria como la que recibe de su padre un *hijo único*,>

Toda una vida de estudio y pensamiento no podría abarcar',,, toda la verdad de este versículo. Ya hemos considerado dos de: las grandes palabras temáticas que contiene; ahora estudiare-mos la tercera, gloria. Una y otra vez Juan la usa en relación con Jesucristo. Primero veremos lo que dice Juan acerca de lá= gloria de Cristo, y después veremos si podemos entender un. poco de lo que quiso decir.

(i) La vida de Jesucristo fue una manifestación de gloria. Cuando realizó el milagro del agua hecha vino en Caná de Galilea, Juan dice que Jesús manifestó Su gloria (2:11). El ver a Jesús y experimentar Su poder y Su amor era entrar en una nueva gloria.

(ii) La gloria que Jesús manifiesta es la gloria de Dios. No es de la humanidad donde la ha recibido (5:41). Él no buscaba Su propia gloria, sino la del Que Le había enviado (7:18). Es Su Padre el Que Le glorifica (8:50, 54). Es la gloria de Dios la que verá Marta en la resurrección de Lázaro (11:4). La resurrección de Lázaro es para la gloria de Dios, para que el Hijo sea glorificado (11:4). La gloria que estaba en Jesús, rodeándole, que brillaba y actuaba en Él, es la gloria de Dios.

(iii) Y sin embargo, esa gloria Le era exclusiva. Al final Le pide a Dios que Le glorifique con la gloria que tenía antes que empezara el mundo (17:5). No irradia una luz prestada; Su gloria es Suya, y lo es por derecho propio.

(iv) La gloria que es Suya es la que ha transmitido a Sus discípulos; El les ha dado la gloria que el Padre Le había dado a Él (17:22). Es como si Jesús participara de la gloria de Dios,

y Sus discípulos participaran de la gloria de Cristo. La venida de Jesús es la venida de la gloria de Dios a la humanidad.

¿Qué quiere decir Juan con todo esto? Para contestar tenemos que volver al Antiguo Testamento. Entre los judíos era muy entrañable la idea de la Shejina. Shejina quiere decir lo que mora, y se usaba para la presencia visible de Dios en medio de Su pueblo. Repetidas veces nos encontramos en el Antiguo Testamento con la idea de que había ciertos momentos en los que la gloria de Dios se hacía visible. En el desierto, antes del maná, los israelitas «miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria del Señor apareció en la nube» (Éxodo 16:10). Antes de la promulgación de los Diez Mandamientos, «la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí» (Éxodo 24:16). Cuando el tabernáculo estuvo instalado y equipado, «la gloria del Señor llenó el tabernáculo» (Éxodo 40:34). Cuando se dedicó el templo de Salomón, los sacerdotes no podían entrar a ministrar «porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor» (1 Reyes 8:11). Cuando Isaías tuvo la visión en el templo, oyó cantar al coro angélico que «toda la Tierra está llena de Su gloria» (Isaías 6:3). Ezequiel vio en éxtasis «la semejanza de la gloria del Señor» (Ezequiel 1:18). En el Antiguo Testamento la gloria del Señor aparecía a veces en situaciones cuando el Señor estaba muy cerca.

La gloria del Señor quiere decir sencillamente la presencia de Dios. Juan usa una ilustración hogareña: Un padre le da a su hijo único su propia autoridad y su propio honor. El príncipe heredero es investido con toda la gloria regia de su padre. Eso es lo que sucedió con Jesús: cuando vino a la Tierra, la humanidad vio en Él el esplendor de Dios, y en el corazón de ese esplendor estaba el amor. Cuando Jesús vino al mundo se vio en Él la maravilla de Dios, y esa maravilla era amor. Se vio que la gloria de Dios y el amor de Dios eran una y la misma cosa. La gloria de Dios no es la de un tirano despótico, sino el esplendor del amor ante el que caemos, no de terror, sino «perdidos de admiración, amor y alabanza» como dice un himno famoso.

LA PLENITUD INAGOTABLE

Juan 1:15-17

Juan fue Su testigo, y su proclamación todavía resuena: «Éste es el Que yo os decía que, aunque viene detrás de mí, en realidad me lleva la delantera, porque era anterior a mí.» De Su plenitud es de donde hemos extraído todos, y de Él hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que nos dio Moisés fue la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo.

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio se escribió en una situación en la que era necesario asegurarse de que no se le atribuyera a Juan el Bautista una importancia excesiva; así es que Juan empieza este pasaje con el testimonio de Juan el Bautista, en el que Le reconoce a Jesús el primer lugar.

Juan el Bautista dice de Jesús: < El que viene detrás de mí era antes que yo.> Puede que con estas palabras quiera decir más de una cosa. (a) Jesús era en realidad seis meses más joven que Juan, así es que Juan puede estar diciendo sencillamente: «El Que es más joven que yo me lleva en realidad la delantera.» (b) Juan puede que estuviera diciendo: «Yo estaba en el campo antes que Jesús; yo ocupaba el centro del escenario antes que Él; puse manos a la obra antes que Él; pero todo lo que yo estaba haciendo era prepararle el camino para que viniera; yo era sólo la avanzada de la Fuerza principal, y el heraldo del Rey.> (c) Puede que Juan esté pensando en términos mucho más profundos. Puede que esté pensando, no en términos del tiempo, sino de la eternidad. Puede que esté pensando en Jesús como el Que existía antes que empezara el mundo, en comparación con el Cual cualquier figura humana no tiene la menor importancia. Puede que las tres ideas estuvieran en la mente de Juan. No fue él el que exageró su propia importancia, sino algunos de sus seguidores. Para Juan, el puesto supremo Le correspondía a Jesús.

Este pasaje continúa diciéndonos tres grandes cosas acerca de Jesús.

(i) De Su plenitud es de donde hemos extraído todos. La palabra que usa Juan para *plenitud* es una gran palabra: *pléróma*, que quiere decir la suma total de todo lo que hay en Dios. Pablo la usa con cierta frecuencia. En *Colosenses 1:19* dice que todo *pléróma* habitaba en Cristo. En *Colosenses 2:9* dice que en Cristo habitaba el *pléróma* de la deidad en forma corporal. Quería decir que en Jesús moraba la totalidad de la sabiduría, el poder y el amor de Dios. Por eso Jesús es inagotable. Una persona puede acudir a Jesús con cualquier necesidad, y encontrarla suplida; o con cualquier ideal, y encontrarlo realizado. El que está enamorado de la belleza encontrará en Jesús la suprema belleza; y aquel para quien la vida consiste en la búsqueda del conocimiento, encontrará en Jesús la suprema revelación. El que necesita valor, encontrará en Jesús la quintaesencia y el secreto del valor; y el que se siente impotente ante la vida encontrará en Jesús al Señor de la vida y el poder para vivir. El que es consciente de su pecado encontrará en Jesús el perdón y la fuerza para ser bueno. En Jesús, *el pléróma*, la plenitud de Dios, todo lo que hay en Dios, lo que Westcott llamaba «la fuente de la vida divina» se encuentra en Jesús y está a disposición de la humanidad.

(ii) De Él hemos recibido una gracia tras otra. En el original griego dice literalmente *gracia en lugar de gracia*. ¿Qué quiere decir esa extraña frase?

(a) Puede que quiera decir que en Cristo encontramos una maravilla que conduce a otra. Uno de los antiguos misioneros de Escocia. Llegó una vez a uno de los reyes pictos, que le preguntó qué podría esperar si se hacía cristiano. El misionero le contestó: «Encontrarás maravilla sobre maravilla, y todas ellas verdaderas.» Algunas veces, cuando vamos viajando por una carretera muy bonita, se abre ante nosotros una vista tras otra. A1 contemplar cada una pensamos que no puede haber nada más hermoso; y, al tomar una curva, se nos descubre algo aún más maravilloso. Cuando empezamos a estudiar un gran tema, como música, poesía o pintura, nunca llegamos al final. Siempre nos esperan nuevas experiencias de la belleza. Eso es lo que sucede con Cristo. Cuanto más sabemos de Él, más maravilloso nos resulta; cuanto más vivimos con Él, más encantos descubrimos; cuanto más pensamos en Él y con Él, más se nos ensancha el horizonte de la verdad. Esta frase puede que sea la manera que tiene Juan de expresar lo ilimitado que es Cristo. Puede que sea su forma de decir que a la persona que vive en compañía de Cristo le amanecerán nuevas maravillas en el alma que le iluminarán el entendimiento y le encantarán el corazón día tras día.

(b) Tal vez debamos entender esta expresión literalmente. En Cristo encontramos *gracia en vez de gracia*. Las diferentes edades y situaciones de la vida requieren una clase diferente de gracia. Necesitamos una gracia en los días de prosperidad, y otra en los días de adversidad. Necesitamos una gracia en los días primaverales de la juventud, y otra cuando se empiezan a dilatar las sombras de la edad. La Iglesia necesita una gracia en los días de persecución, y otra cuando llegan los días de tolerancia. Necesitamos una gracia cuando nos sentimos en control de la situación, y otra cuando estamos desanimados, deprimidos y casi desesperados. Necesitamos una gracia

para soportar nuestras propias cargas, y otra para sobrellevar los unos las cargas de los otros. Necesitamos una gracia cuando estamos seguros de las cosas, y otra cuando parece que ya no nos queda nada en el mundo. La gracia de Dios no es nunca una cosa estática, sino dinámica. Nunca falla ante una nueva situación. Cuando una necesidad invade la vida, una gracia la acompaña. Pasa esa necesidad y otra nos asalta, y con ella viene otra gracia. A lo largo de toda la vida estamos constantemente recibiendo gracia en lugar de gracia, porque la gracia de Cristo es adecuada para resolver triunfalmente cualquier situación.

(iii) Moisés nos dio la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo. En la antigüedad, la vida estaba gobernada por la ley. Uno tenía que hacer lo que fuera, le gustara o no, supiera por qué o no. Pero, con la venida de Jesús, ya no tratamos de obedecer la ley. de Dios como esclavos, sino de responder al amor de Dios como hijos. Mediante Jesucristo, Dios el Legislador aparece como Dios nuestro Padre, el Dios Juez es el Dios que ama a todas las almas.

LA REVELACIÓN DE DIOS

Juan 1:18

Nadie ha visto nunca a Dios. Es el único, que es Dios, Que está en el seno del Padre, Quien nos lo ha dicho todo acerca de Dios.

Cuando Juan escribió que nadie ha visto nunca a Dios, todos sus contemporáneos estarían totalmente de acuerdo con él. Estaban fascinados y deprimidos y frustrados por lo que consideraban la distancia infinita y la absoluta incognoscibilidad de Dios. En el Antiguo Testamento leemos que Dios le dijo a Moisés: «No podrás ver Mi rostro; porque no Me verá hombre, y vivirá» (Éxodo 33:20). Cuando Moisés le recuerda al pueblo la promulgación de la Ley, les dice: «Oísteis el sonido de palabras, pero no visteis ninguna forma; no había más que una voz» (*Deuteronomio* 4:12). En el Antiguo Testamento nadie creía que se pudiera ver a Dios. Los grandes pensadores griegos pensaban lo mismo. Jenófanes dijo: «Todo son suposiciones.» Platón dijo: «Nunca se podrán encontrar Dios y el hombre.» Celso se reía de la manera como los cristianos llamaban a Dios "Padre", porque «Dios está más allá de todo.» Como mucho, dijo Apuleyo, la humanidad puede percibir un vislumbre de Dios como cuando resplandece un relámpago en una noche oscura: una fracción de segundo, y . otra vez la oscuridad. Como dijo Glover: «Fuera Dios lo que fuera, estaba muy fuera del alcance de la gente normal y corriente.» Tal vez hubiera rarísimos momentos de éxtasis en los que alguien captaba un atisbo del que llamaban «el Ser Absoluto»; pero las personas ordinarias eran prisioneras de la ignorancia y de la fantasía. No habría nadie que estuviera en desacuerdo con Juan cuando dijo que a Dios no Le ha visto nunca nadie, Pero Juan no se detiene ahí; pasa a hacer la sorprenden y tremenda afirmación de que Jesús nos ha revelado totalmente cómo es Dios. Lo que ha venido a la humanidad es lo que J. H. Bernard llama < la exhibición de Dios al mundo en Cristo.> Aquí vuelve a resonar la nota clave del evangelio de Juan: < Si queréis ver cómo es Dios, mirad a Jesús.>

¿Cómo es posible que Jesús pueda hacer lo que ningún otro ha podido? ¿De qué depende Su poder para revelar a Dios a la humanidad? Juan dice tres cosas acerca de Él.

(i) Jesús es *único*. La palabra griega es *monoguenés*, que la versión Reina-Valera traduce como *unigénito*. Es verdad que eso es lo que quiere decir *monoguenés* literalmente; pero hacía mucho tiempo que había perdido ese sentido puramente físico, y se había decantado hacia dos sentidos especiales: *único y; especialmente amado*. Es obvio que un hijo único tiene un lugar exclusivo y un amor exclusivo en el corazón de su padre; así es que esta palabra llegó a expresar *la unicidad* más que: ninguna otra cosa. Es la convicción del Nuevo Testamento que, no hay nadie como Jesús. Sólo Él puede traer a Dios a la humanidad, y a la humanidad a Dios.

(ii) Jesús es Dios. Aquí tenemos la misma forma de expresión que encontramos en el versículo primero de este capítulo. No quiere decir que Jesús es idéntico a Dios, sino que es uno con Dios en mente y carácter y ser. En este caso tal vez sería mejor que pensáramos que significa que Jesús es *divino*, en el primer sentido de esta palabra, no en el de meramente *primoroso*, que es ahora tan corriente. Verle a Él es ver cómo es Dios.

(iii) Jesús está *en el seno del Padre*. Esta es una expresión hebrea que quiere decir en la más íntima relación que puede darse. Hace referencia al niño con su madre; también se usa entre marido y mujer; un hombre habla de su esposa como la mujer de su seno (*Números 11:12; Deuteronomio 13:6*); se usa de dos amigos que están en plena comunión mutua. Cuando Juan usa esta frase aquí quiere decir que entre Jesús y el Padre existe la más completa e ininterrumpida intimidad. Precisamente porque Jesús tiene y mantiene esa intimidad con Dios, que Le hace ser Uno con Dios, es por lo que puede revelar a Dios a la humanidad.

El Dios distante, incognoscible, invisible e inasequible ha venido al mundo en Jesucristo, y ya no puede ser un extraño para nosotros.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28

Este es el testimonio de Juan cuando los judíos mandaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle:

- ¿Quién eres tú?

Él contestó aseverando con toda claridad:

- Yo no soy el Mesías.

- Entonces, ¿qué hemos de pensar? ¿Que eres Elías? -le siguieron preguntando.

No lo soy- contestó.

- ¿Eres el Profeta prometido?

No- contestó. Y ellos le dijeron:

- ¿Pues quién eres? Dínoslo claro para que podamos llevar una respuesta a los que nos han enviado.

¿Quién pretendes ser?

No soy más que la voz de uno que clama en el desierto -dijo-: «¡Allanadle el camino al Señor!», como dijo el profeta Isaías.

Ahora bien, los que habían mandado los emisarios eran de los fariseos, y le siguieron preguntando:

- Si no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el Profeta prometido, ¿cómo es que bautizas?

- Yo bautizo con agua -contestó Juan-; pero hay Uno entre vosotros al Que no conocéis. Me refiero al Que viene detrás de mí, al Que no merezco ni desatax las correas de las sandalias.

Todo esto sucedió en Betania, al lado de allá del Jordán, que era donde Juan estaba bautizando.

F

Juan empieza la parte narrativa de su evangelio con este pasaje. Ya nos ha presentado en el prólogo lo- que se propone hacer: está escribiendo su evangelio para demostrar que Jesús es la Mente, la Razón, la Palabra de Dios Que ha venido a este mundo como una Persona humana. Una vez que ha expuesto su idea central, ahora empieza la historia de la vida de Jesús.

Juan es el evangelista que más cuidado pone en los detalles del tiempo. Empezando en este pasaje y prosiguiendo hasta 2:11 nos cuenta paso a paso la historia de la primera semana clave de la vida pública de Jesús. Los sucesos del primer día se encuentran en 1:19-28; la historia del segundo día, en 1:29-34; el tercer día se desarrolla en 1:35-39; los tres versículos 1:40-42 nos cuentan la historia del cuarto día; los acontecimientos del quinto día se relatan en 1:43-51; el sexto día queda en blanco, y los acontecimientos del último día de la semana se encuentran en 2:1-11.

En esta misma sección de 1:19 a 2:11, el Cuarto Evangelio nos da tres clases diferentes de testimonio de la grandeza y unicidad de Jesús. (i) Está el testimonio de Juan el Bautista (1:19-34). (ii) Está el testimonio de los que aceptaron a Jesús como Maestro y se enrolaron como Sus discípulos (1:41-51): (iii) Está el testimonio de los poderes maravillosos de Jesús (2:1-11). Juan nos está presentando a Jesús en tres contextos diferentes, y en cada uno de ellos nos muestra la suprema maravilla de Su Persona.

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio tenía que hacerse cargo de una situación en la que se le atribuía a Juan el Bautista una posición muy por encima de la que él mismo pretendía. Tan posteriormente como en el año 250 d.C., las *Recognitiones clementinae* nos refieren que < había algunos de los discípulos de Juan que predicaban sobre él como si su maestro fuera el Mesías.> En este pasaje vemos que esa era una opinión que el mismo Juan el Bautista había repudiado.

Volvamos ahora al mismo pasaje. En el mismo principio nos encontramos con una de las características del Cuarto Evangelio. Son emisarios de los *judíos* los que vienen a interrogar a Juan. La palabra *judíos* (*iudaioi*) aparece en este evangelio no menos de setenta veces, y los judíos están siempre en la oposición. Son los que se habían organizado contra Jesús. La mención de los judíos presenta a la oposición en la escena desde el principio. El Cuarto Evangelio representa dos cosas: la primera, como hemos visto, es la exhibición de Dios en Jesucristo; pero la segunda es la historia del rechazamiento de Jesucristo por los judíos, la historia del ofrecimiento de Dios y del rechazamiento del hombre, del amor de Dios y del pecado humano, de la invitación de Jesucristo y el rechazo del hombre. El Cuarto Evangelio es el evangelio en el que el amor y la advertencia se combinan viva y dramáticamente.

La diputación que vino a entrevistar a Juan estaba formada por dos clases de personas. (a) Primeramente, había sacerdotes y levitas; su interés era muy natural, porque Juan era hijo de Zacarías, que era sacerdote (*Lucas 1:5*). En el judaísmo, la única cualificación necesaria para ser sacerdote era la ascendencia. Si uno no era descendiente de Aarón, no tenía posibilidad de ser sacerdote; pero, si lo era, nada se lo podía impedir, salvo ciertos defectos físicos que la Ley especificaba. Por tanto, para las autoridades Juan el Bautista era de hecho sacerdote, y era muy natural que los sacerdotes quisieran descubrir por qué se estaba

comportando de una manera tan extraña. (b) En segundo lugar, había emisarios de los fariseos. Es muy posible que detrás de todo esto estuviera el Sanedrín. Juan era un predicador que atraía a las multitudes. Una de las funciones del Sanedrín era encargarse de cualquiera que fuera sospechoso de ser un falso profeta.. El Sanedrín puede que se considerara obligado a comprobar si ese era el caso de Juan.

Todo revela lo suspicaz que era la ortodoxia de cualquier cosa fuera de lo corriente. Juan no se ajustaba a la idea generalmente aceptada de un sacerdote. Ni tampoco de la de un predicador. Por tanto, las autoridades eclesiásticas del día k: miraban con sospecha. La Iglesia siempre corre peligro de condenar cualquier cosa nueva simplemente por serlo. En cierto sentido, puede que no haya otra institución en el mundo que se dé por ofendida con los cambios tanto como la Iglesia: A menudo rechaza a grandes predicadores y se niega a emprender muchas grandes aventuras sencillamente porque sospecha de todo lo nuevo.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28 (conclusión)

Los emisarios de la ortodoxia, podían pensar en tres cosas que Juan tal vez pretendiera ser. .

(i) Le preguntaron si era el Mesías. Los judíos estaban' esperando, y todavía siguen esperando los que no son cristianos, al Mesías. No había una sola idea del Mesías. Algunos esperaban al que había de traer la paz a toda la Tierra. Otros esperaban al que había de traer el reinado de la justicia. La mayor parte esperaba un gran héroe nacional que guiara a los ejércitos judíos a la conquista de todo el mundo. Algunos esperaban una figura sobrenatural directamente de Dios. Todavía más esperaban un príncipe de la dinastía de David. Era frecuente que surgieran supuestos Mesías que provocaban rebeliones. El tiempo de Jesús era especialmente inflamable. Era natural que le preguntaran a Juan si pretendía ser el Mesías. Juan rechazó de plano la sugerencia; pero la rechazó con un cierto matiz. En el original griego la palabra yo está subrayada por la posición que ocupa en la frase. Es como si Juan dijera: «Yo no lo soy; pero, si supierais, el Mesías ya está aquí.»

(ii) Le preguntaron si era Elías. Los judíos creían que, antes que viniera el Mesías, volvería a la Tierra Elías para ser Su heraldo y preparar al mundo para recibirle. Especialmente, vendría para resolver todas las disputas. Decidiría quiénes eran judíos y quiénes no lo eran; reuniría las familias que estaban enemistadas. Los judíos creían estas cosas hasta tal punto que la ley tradicional decía que el dinero y las propiedades que estaban en litigio, o las cosas que se hubieran encontrado y no se supiera de quién eran, debían esperar «hasta que viniera Elías.» La creencia en la venida de Elías antes que el Mesías se remonta a *Malaquías 4:5*. Hasta se creía que Elías ungiría al Mesías como rey a la manera tradicional, y que resucitaría a los muertos para que participaran del Reinado Mesíasico; pero Juan dijo que esos honores no le correspondían a él.

(iii) Le preguntaron si era el Profeta prometido y esperado. Algunas veces _se creía que Isaías, o más bien Jeremías, volvería cuando viniera el Mesías. Esta creencia se remontaba- a la seguridad que Moisés le dio al pueblo en *Deuteronomio 18:15*: «Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo; te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis.» Era una promesa que no olvidaba ningún judío. Esperaban y anhelaban que surgiera el Profeta que sería el más grande de todos, el Profeta par excellence. Pero Juan rechazó también la idea de que -le correspondiera ese honor.

Así que le preguntaron quién era, y su respuesta fue que no era nada más que una -voz que llamaba al pueblo a preparar el camino para la venida del Rey.. La cita es de *Isaías 40:3*. Los cuatro evangelios la citan (*Marcos 1:3; Mateo 3: 3; y Lucas 3:4*). La idea que encierra es la siguiente: Las carreteras del Oriente en aquellos tiempos no estaban pavimentadas; eran meros caminos. Cuando un rey tenía intención de visitar una provincia, o un conquistador quería recorrer sus dominios, las carreteras se allanaban y enderezaban y acondicionaban. Lo que Juan estaba diciendo era: « No importa quién sea yo, que no soy nadie; soy sólo una, voz que os dice que os preparéis para recibir al Rey, que viene de camino.»

Juan era lo que debiera ser todo verdadero predicador y maestro: sólo una voz, un indicador que señala al Rey. Lo que menos le interesaba era que le miraran a él; quería que le olvidaran y que no vieran nada más que al Rey.

Pero los fariseos estaban alucinados con una idea: ¿Qué derecho tenía Juan para bautizar? Si hubiera sido el Mesías, o Elías o el Profeta, habría sido normal. Isaías había escrito: «Empero Él rociará a muchas gentes» (*Isaías 52:15 R-V 1909*). Ezequiel había dicho: «Esparciré sobre vosotros agua limpia; y seréis limpiados» (*Ezequiel 36:25*). Zacarías había dicho: «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia» (*Zacarías 13:1*). Pero, ¿por qué había de bautizar Juan?

Lo que hacía el gesto aún más extraño era que el bautismo que se practicaba entonces no era para los israelitas, sino para los prosélitos, los que procedían de otros pueblos y religiones y se convertían a la fe de Israel. A un israelita no se le bautizaba nunca; ya pertenecía al pueblo de Dios por ser descendiente de Abraham y haber sido circuncidado. Pero los gentiles tenían. que ser lavados en el bautismo. Juan estaba haciendo con los israelitas lo que sólo había necesidad de hacer con los gentiles: Estaba sugiriendo que el pueblo escogido tenía que ser limpiado. Eso era de hecho lo que Juan creía; pero no contestó directamente.

Dijo: «Yo no bautizo más que con agua; pero hay Uno entre vosotros, aunque no Le reconocéis, del Que no merezco ni desatar la correa de los zapatos.» Juan no podía haber mencionado nada más servil: el desatar la correa de las sandalias era

obligación de los esclavos. Había un dicho rabínico en el que se decía que un discípulo debería estar dispuesto a hacer todo lo que fuera por su maestro excepto únicamente desatarle las sandalias. Eso era un servicio demasiado humillante aun para que se lo hiciera un discípulo a su maestro. Pero Juan dijo: «Viene Uno del que no merezco ser esclavo siquiera.» Hemos de suponer que para entonces ya había, tenido lugar el bautismo de Jesús, cuando Juan Le reconoció. Así es que Juan está diciendo otra vez: «Viene el Rey. Para recibirle como es debido tenéis que limpiaros lo mismo que los gentiles. Preparaos para la entrada del Rey en la Historia.»

La misión de Juan era solamente preparar el camino. La grandeza que le correspondiera procedía de la suprema grandeza de Aquel Cuya venida anunciaba. Es el gran ejemplo de todos los que están dispuestos a obliterarse para que se vea a Jesucristo. Juan no era más que un dedo señalando a Cristo. Que Dios nos dé gracia para olvidarnos de nosotros mismos y acordarnos sólo de Cristo.

EL CORDERO DE DIOS

Juan 1:29-31

Al otro día vio Juan a Jesús que se le acercaba, y dijo: =¡Ahí tenéis al Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo! Este es el Que yo os decía que había un Hombre que venía detrás de mí pero que me llevaba la delantera porque es de antes que yo. Ni siquiera yo Le conocía; pero de todas maneras, la razón por la que vine bautizando con agua era que El pudiera manifestarse a Israel.

Con esto llegamos al segundo día de aquella semana clave de la vida de Jesús. Ya entonces habrían tenido lugar el bautismo y las tentaciones de Jesús, Que estaría a punto de iniciar la labor para la que había venido al mundo. De nuevo nos introduce el Cuarto Evangelio a Juan presentando espontáneamente a Jesús al pueblo con el máximo respeto. Le da ese título sublime que se ha entretelado indeleblemente en- el lenguaje de la devoción: *El Cordero de Dios*. ¿Qué tenía Juan en mente cuando pronunció ese título? Hay por lo menos cuatro figuras que han contribuido por lo menos en parte.

(i) Es probable que Juan estuviera pensando en el cordero pascual. La fiesta de la Pascua estaba bastante próxima (*Juan* 2:13). La antigua historia de la Pascua decía que fue la sangre de un cordero inmolado la que protegió las casas de los israelitas la noche que salieron huyendo de Egipto (Éxodo 12: I 1-13). Aquella noche, cuando el ángel de la muerte iba a pasar matando a los hijos mayores de los egipcios, los israelitas tuvieron que untar los lados de sus puertas con la sangre de un cordero inmolado para que, cuando la viera el ángel, pasara de largo. La sangre del cordero pascual los libró de la destrucción. Se ha sugerido que, cuando Juan el Bautista estaba viendo acercársele a Jesús, pasaban por allí camino a Jerusalén de las zonas rurales rebaños de corderos que iban a ser sacrificados en la fiesta de la Pascua. La sangre del cordero pascual libró de la muerte a los primogénitos israelitas en Egipto, y puede que Juan estuviera pensando: «Ahí tenéis al único Sacrificio que os puede librar de la muerte eterna.» Pablo igualmente se refirió a Jesús como el Cordero Pascual (*I Corintios* 5: 7). Hay una liberación que sólo Jesucristo puede ganar para nosotros.

(ii) Juan era hijo de sacerdote, y conocería todo el ritual del templo y de los sacrificios. Todas las mañanas y todas las tardes se sacrificaba en el templo un cordero por los pecados del pueblo (Éxodo 29:38-42). Mientras el templo estuvo en pie se hicieron estos sacrificios. Aun cuando la gente se moría de hambre en la guerra y el asedio, nunca se omitieron esos sacrificios hasta que el templo fue destruido totalmente el año 70 d.C. Puede que Juan quisiera decir: « En el templo se ofrece un cordero todas las tardes y las mañanas por los pecados del pueblo; pero en este Jesús está el único Sacrificio que puede librar al mundo del pecado.»

(iii) Hay dos grandes figuras del cordero en los profetas. Jeremías escribió: « Yo era como un cordero inocente que se lleva a degollar» (*Jeremías* 11:19). E Isaías nos presenta la gran escena profética de Uno «que fue llevado al matadero como un cordero» (*Isaías* 53:7). Ambos grandes profetas contemplaron proféticamente al Que, con Sus sufrimientos y Sacrificio soportados humilde y amorosamente, redimiría a Su pueblo. Tal vez Juan estaba pensando: «Nuestros profetas hablaron de Uno que había de amar y sufrir y morir por el pueblo; Ése es el Que ha venido.» Es indiscutiblemente cierto que, en tiempos posteriores, la profecía de *Isaías* 53 llegó a ser para la Iglesia uno de los más preciosos anuncios de Jesús en todo el Antiguo Testamento. Es probable que Juan fuera el primero que hiciera la identificación.

(iv) Hay una cuarta escena que debía de ser muy familiar a los judíos, aunque a nosotros nos resulta muy extraña. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento transcurrieron los días de las luchas heroicas de los Macabeos. En aquellos días el cordero, y más especialmente el carnero con cuernos, era el símbolo de un gran conquistador. Así se describe simbólicamente a Judas Macabeo, como sucedió con Samuel, David y Salomón. El cordero, aunque nos parezca extraño, representaba al campeón conquistador de Dios. Esta no era una imagen de debilidad e inocencia gentil, sino más bien de majestad y poder conquistador. Jesús era el Campeón de Dios que luchó con el pecado y lo venció en combate singular.

Hay tesoros maravillosos en esta frase *El Cordero de Dios*. Vuelve a aparecer casi obsesivamente en el *Apocalipsis*, veintinueve veces. Se ha convertido en uno de los títulos más preciosos de Cristo. En una palabra resume el amor, el sacrificio, el sufrimiento y el triunfo de Cristo.

Juan dice que no conocía a Jesús. Eran parientes (*Lucas 1:36*), y es probable que se trataran en un tiempo. Lo que quiere decir Juan no es que no supiera *quién* era Jesús, sino que no sabía *qué* era Jesús. Se le había revelado de pronto que Jesús era en realidad el Hijo de Dios.

De nuevo Juan deja bien claro cuál era su única misión: señalar a Cristo. Juan no era nada, y Cristo lo era todo. Juan no pretendía ninguna grandeza ni ningún reconocimiento para él; era sólo el hombre que, como si dijéramos, descornó el telón y dejó a Jesús ocupar en solitario el centro de la escena.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU

Juan 1:32-34

Entonces también dio Juan su testimonio:

-Con mis propios ojos -dijo- vi al Espíritu Que descendía del Cielo como si hubiera sido una paloma, y el Espíritu permaneció sobre Él. Yo no Le conocía; pero fue el Que me envió a bautizar con agua el Que me lo dijo: «Cuando veas a Uno sobre el que desciende el Espíritu y que permanece sobre Él, Ese es el Que bautiza con el Espíritu Santo.» Eso fue lo que yo vi que pasó; y mi testimonio es que Éste es el Hijo de Dios.

Algo había sucedido en el bautismo de Jesús que le había convencido a Juan sin dejarle la menor duda de que Jesús era el Hijo de Dios. Como lo comprendieron los padres de la Iglesia hace muchos siglos, fue algo que sólo podía verse con los ojos del alma y de la mente. Pero Juan lo vio, y estaba convencido.

En Palestina, la paloma era un ave sagrada. No se cazaba ni comía. Filón se sorprendió del número de palomas que había en Ascalón, porque no se permitía cogerlas ni matarlas, y eran domésticas. En *Génesis 1:2* leemos que el Espíritu creador de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Los rabinos solían explicarlo diciendo que el Espíritu se movía y revoloteaba como una paloma sobre el antiguo caos, alentando en él orden y belleza. La figura de la paloma era una de las que los judíos usaban y amaban más.

Fue en Su bautismo cuando el Espíritu descendió sobre Jesús con poder. Debemos recordar que todavía no se había revelado la doctrina *crisiana* del Espíritu Santo. Tendremos que esperar hasta los últimos capítulos del evangelio de Juan y hasta Pentecostés para verla surgir. Cuando Juan el Bautista habla del Espíritu Santo lo hace desde la perspectiva del Antiguo Testamento. ¿Qué idea tenían entonces los judíos del Espíritu?

La palabra hebrea para *Espíritu es riiqj*, que quiere decir también *viento*. Los judíos asociaban siempre la idea del Espíritu con tres ideas básicas: el Espíritu era *poder*, como el poder de la tempestad; el Espíritu era *vida*, la misma dinámica de la existencia humana; el Espíritu era *Dios*; el poder y la vida del Espíritu estaban más allá de los logros y las capacidades humanas; la venida del Espíritu a la vida de una persona era la venida de Dios. Sobre todo, era el Espíritu el que controlaba e inspiraba a los profetas. «Yo estoy lleno de poder, del Espíritu del Señor, y de justicia y fuerza para denunciar á Jacob su rebelión y a Israel su pecado» (*Miqueas 3:8*). Dios le dijo a Isaías: «El Espíritu mío que está sobre ti, y Mis palabras que puse en tu boca...» (*Isaías 59:21*). «El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido; me ha enviado a predicar buenas nuevas...» (*Isaías 61:1*). «Un nuevo corazón os daré, y un espíritu nuevo pondré en vuestro interior... pondré Mi Espíritu dentro de vosotros» (*Ezequiel 36:26-27*). Podríamos decir que el Espíritu de Dios hacía tres cosas por la persona a la que viniera: Primera, traía a las personas la verdad de Dios; segunda, les daba la capacidad de reconocer esa verdad cuando la veían; tercera, les daba la habilidad y el valor de proclamar aquella verdad. Para los judíos, el Espíritu de Dios venía a la vida de las personas.

En Su bautismo, el Espíritu de Dios vino sobre Jesús de una manera diferente de la que había venido sobre otras personas. Muchos profetas tenían lo que podríamos llamar experiencias aisladas del Espíritu. Algunos tenían momentos deslumbrantes, de poder extraordinario, de valor sobrehumano; pero esos momentos aparecían y desaparecían. Dos veces (versículos 32 y 33) Juan anota específicamente que el Espíritu *permaneció* sobre Jesús. No se trataba de una inspiración momentánea, sino que el Espíritu residió en Jesús con carácter permanente. Esa es también otra forma de decir que la Mente y el poder de Dios estaban en Jesús de manera exclusiva y única.

Aquí podemos aprender mucho de lo que quiere decir la palabra *bautismo*. El verbo griego *baptizein* quiere decir *hundir o sumergir*. Se puede decir de la ropa que se *mete* en tinte; o de un barco que se *hunde* bajo las olas; o de un borracho que está *empapado* de bebida. Cuando Juan dice que Jesús bautizará con el Espíritu Santo quiere decir que Jesús puede traer el Espíritu de Dios a nuestra vida de tal . manera que todo nuestro ser quede inundado por el Espíritu.

Ahora bien, ¿qué quería decir este bautismo para Juan el Bautista? Su propio bautismo quería decir dos cosas: (i) Quería decir *limpieza*. Quería decir que una persona era lavada de las impurezas que se le hubieran adherido. (ii) Quería decir *dedi-*

cación. Quería decir que entraba en una vida nueva, diferente y mejor. Pero el bautismo de Jesús era *el bautismo del Espíritu*. Si recordamos la concepción judía del Espíritu podemos decir que cuando el Espíritu toma posesión de una persona suceden ciertas cosas.

(i) Su vida *se ilumina*. Viene a ella el conocimiento de Dios y de Su voluntad. Sabe cuál es el propósito de Dios, lo que quiere decir la vida y cuál es su deber. Algo de la sabiduría y de la luz de Dios ha venido a su vida.

(ii) Su vida *se fortalece*. El conocimiento sin poder es algo desazonador y frustrante. Pero el Espíritu nos da, no sólo el conocimiento de lo que es la voluntad de Dios, sino también la fuerza y el poder para obedecerla. El Espíritu nos da una triunfante idoneidad para enfrentarnos con la vida.

(iii) Su vida *se purifica*. El bautismo de Jesús con el Espíritu había de ser un bautismo *de fuego* (Mateo 3:11; Lucas 3:16). La escoria de cosas malas, la aleación de cosas inferiores, la mezcla de impurezas se purifican en el crisol del bautismo del Espíritu Santo dejando a la persona limpia y pura.

A menudo nuestras oraciones sobre el Espíritu son una especie de formalidades litúrgicas y teológicas; pero cuando sabemos lo que estamos pidiendo esas oraciones se convierten en un clamor desesperado del corazón.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

Juan 1:35-39

Al otro día estaba otra vez Juan con dos de sus discípulos, y vio que andaba por allí Jesús.

- ¡Mirad! -les dijo- ¡El Cordero de Dios!

Dos de sus discípulos, al oírle, se pusieron a seguir a Jesús. Jesús se volvió y los vio seguirle.

- ¿Qué buscáis? -les preguntó. Y le contestaron:

- Rabí - que quiere decir maestro-, ¿dónde te alojas?

- Venid y ved -les contestó Jesús; y ellos fueron a ver dónde se alojaba, y ya se quedaron con Él todo aquel día, porque eran como las cuatro de la tarde.

Es posible que no haya otro pasaje de la Escritura más lleno que este de pequeños detalles reveladores.

Una vez más vemos a Juan el Bautista señalando más allá de sí mismo. Tiene que haberse dado perfecta cuenta de que al hablar así a sus discípulos acerca de Jesús los estaba invitando a dejarle a él y transferir su lealtad a este nuevo y más excelente Maestro; y sin embargo lo hizo. No cabían los celos en su noble corazón. Había venido a poner al pueblo en contacto, no consigo mismo, sino con Cristo. No hay nada más difícil que ocupar el segundo puesto cuando se ha gozado del primero; pero tan pronto como surgió Jesús en la escena, Juan no tenía otro pensamiento que el de mandarle a Él a la gente.

Así es que los dos discípulos de Juan siguieron a Jesús. Puede que fueran demasiado tímidos para acercarse a Él directamente; el caso es que Le iban siguiendo a una distancia respetuosa. Entonces Jesús hizo algo muy característico: se volvió y les dirigió la palabra. Es decir: se encontró con ellos a mitad de camino. Les puso las cosas más fáciles. Les abrió la puerta para que pudieran entrar.

Aquí tenemos un símbolo de la iniciativa divina. Siempre es Dios el Que da el primer paso. Cuando la mente humana empieza a buscar, y el corazón humano empieza a anhelar, Dios, nos sale al encuentro mucho más que hasta la mitad del camino. Dios no nos deja buscar y buscar hasta que Le encontremos, sino que nos sale al encuentro. Como dijo Agustín, no podríamos ni haber empezado a buscar a Dios si El no nos hubiera encontrado ya. Cuando acudimos a Dios, no descubrimos que Se ha estado escondiendo para mantener la distancia; acudimos a Uno que Se detiene a esperarnos, y que hasta toma la iniciativa de salir a buscarnos al camino.

Jesús empezó por hacerles a aquellos dos la pregunta más fundamental de la vida: < ¿Qué buscáis? > Era muy pertinente hacer esa pregunta en Palestina en el tiempo de Jesús. ¿Serían legalistas que no buscaban más que conversaciones sutiles y rebuscadas sobre los detalles más diminutos de la Ley como los escribas y fariseos? ¿O serían ambiciosos oportunistas buscando la ocasión propicia o el poder como los saduceos? ¿O nacionalistas en busca de un político demagogo o un jefe militar que los guiara a sacudirse el yugo de los romanos como hacían los celotas? ¿O tal vez humildes hombres de oración buscando a Dios y Su voluntad como < los reposados de la tierra >? ¿O serían simplemente pecadores desorientados y confusos, buscando una luz en el camino de la vida y el perdón de Dios?

Sería bueno a veces que nos preguntáramos: < ¿Qué estoy yo buscando? ¿Cuáles son mi propósito y mi meta? ¿Qué es lo que quiero encontrar en la vida? >

Hay algunos que lo que buscan es *seguridad*. Les gustaría tener una posición segura, con suficiente dinero para cubrir las necesidades de la vida y reservar algo para los imprevistos que puedan surgir; es decir, una seguridad material que elimine las preocupaciones esenciales sobre las cosas materiales. No hay nada de malo en este deseo, pero no es muy elevado, ni tampoco adecuado para inspirar toda la vida; además, en último análisis, tampoco se puede estar a salvo de los azares y avatares de la vida.

Hay algunos que buscan lo que llamarían *hacer carrera*, algo que les proporcione poder, prominencia, prestigio, oportunidades para aplicar las habilidades y los talentos que creen poseer y realizar el trabajo para el que se consideran capacitados. Si lo que inspira esta actitud son motivos de ambición personal, puede ser mala; pero si es el deseo de servir a los semejantes y a la sociedad puede considerarse incluso elevada. Pero no es suficiente, porque sus horizontes están limitados a este tiempo y a este mundo.

Hay algunos que lo que buscan es alguna clase de *paz*, algo que les permita vivir en paz consigo mismos, con sus semejantes y con Dios. En realidad lo que buscan esa Dios, y este objetivo sólo Jesucristo lo puede satisfacer.

Los discípulos de Juan le respondieron a Jesús que querían saber dónde paraba. Le llamaron *Rabí*, -palabra hebrea que quiere decir literalmente *Mi grande*. Era el título de respeto que daban los estudiantes y los buscadores del conocimiento a sus maestros y a los sabios. Juan, el evangelista, estaba escribiendo para los griegos. Suponía que no conocerían la palabra, y se la tradujo por el término griego *didáskalos*, *maestro*. No era sólo por curiosidad por lo que aquellos dos hicieron aquella pregunta. Lo que querían decir era que querían hablar con Él, no sólo en el camino y de pasada, como meros conocidos ocasionales que pudieran cruzarse algunas palabras; querían detenerse con El lo suficiente para hablar de sus problemas y preocupaciones: La persona que quiera ser discípula de Jesús no se dará, por satisfecha con una palabra de pasada, sino querrá tener un encuentro personal con El, no como conocida sino como amiga, en Su propia casa.

Jesús les contestó: < ¡Venid y ved!> Los rabinos judíos tenían la costumbre de usar esa expresión en su enseñanza. Decían a veces: «¿Quieres saber la respuesta a esa pregunta? ¿Quieres saber la solución a ese problema? Ven y ve, y lo razonaremos juntos.» Cuando Jesús les dijo « ¡Venid y ved!> los estaba invitando, no sólo a ir con Él para hablar, sino a ir a encontrar lo que sólo Él les podía descubrir.

El autor de este evangelio termina el párrafo diciendo que «eran como las cuatro de la tarde.» Es muy probable que lo diga porque él era uno de aquellos dos, y podía hasta decir exactamente la hora del día y hasta la piedra que había al borde del camino donde encontró a Jesús. A las cuatro de la tarde de un día de primavera en Galilea, la vida se le ofreció comer algo completamente nuevo.

COMPARTA LA GLORIA

Juan 1:40-42

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan hablar de Jesús y Le habían seguido. Al día siguiente de madrugada fue al encuentro, de su hermano Simón.

- ¡Hemos encontrado al Mesías! -le dijo. (La palabra Mesías quiere decir lo mismo que Cristo). Y se le trajo a Jesús. Jesús se le quedó mirando fijamente, y le dijo: .

- Tú eres Simón hijo de Jonás. Desde ahora te llamarás Kefa -que quiere decir lo mismo que Pedro, unan roca.

La versión Reina-Valera dice que Andrés «halló primero a su hermano Simón.» En los manuscritos griegos hay dos variantes. Algunos tienen la palabra *próton*, que quiere decir *primero*, y es lo que ha traducido la Reina-Valera; pero otros manuscritos ponen *prói*, que quiere decir *por la mañana temprano, de madrugada*. En nuestra traducción hemos seguido esta variante porque va mejor con la historia de la primera semana clave de la vida de Jesús al colocar este suceso al día siguiente.

De nuevo Juan explica una palabra hebrea a sus lectores griegos. *Mesías*, en hebreo, y *Jristós*, en griego, quieren decir lo mismo: *Ungido*. En el mundo antiguo, como modernamente en algunos países, se-ungía a los reyes en su coronación. *Mesías* y *Jristós* quieren decir *El Rey Ungido por Dios*.

No disponemos de mucha información sobre Andrés, pero lo poco que sabemos nos pinta claramente su carácter. Es uno de los personajes más simpáticos de la compañía de los apóstoles. Tiene dos cualidades sobresalientes.

(i) Andrés se caracteriza por estar dispuesto a ocupar un segundo lugar. Una y otra vez se le identifica como *el hermano de Simón Pedro*. Está claro que vivió a la sombra de su hermano. Muchos es posible que no supieran quién era Andrés, pero todo el mundo sabía quién era Pedro; así es que, cuando hablaban de Andrés, le identificaban como el hermano de Pedro. Andrés no formaba parte del círculo íntimo de los discípulos. Cuando Jesús devolvió la vida a la hija de Jairo, cuando ascendió al Monte de la Transfiguración, cuando arrostró la lucha suprema en Getsemaní, fueron Pedro, Santiago y Juan los que llevó consigo. Habría sido fácil que Andrés se diera por ofendido. ¿No había sido él uno de los dos primeros que siguieron a Jesús? ¿Es que el mismo Pedro no le debía a él el que le hubiera presentado a Jesús? ¿No habría sido natural que se le concediera a él, Andrés, un puesto especial entre los apóstoles? Pero todo eso ni siquiera se le ocurrió nunca a Andrés. Estaba contento de seguir en la penumbra mientras Pedro ocupaba el centro de la atención; se daba por contento de representar un papel secundario en la compañía de los Doce. Para Andrés los asuntos jerárquicos y los puestos de honor no tenían ninguna importancia. Lo único que importaba era estar con Jesús y servirle lo mejor posible. Andrés es «el santo patrón» de todos los que aceptan ser segundones con humildad y lealtad y sin resentimiento.

(ii) Andrés se caracteriza por estar al loro para presentarle a otros a Jesús. Son sólo tres veces las que aparece Andrés en escena en la historia evangélica: la primera es aquí, cuando Le trae a Pedro a Jesús; la segunda, en *Juan 6: 8-9*, cuando Le trae a Jesús al muchacho de los cinco panecillos y los dos pescaditos; y la tercera, el incidente de ***Juan 12:22***, cuando trae a los buscadores griegos a la presencia de Jesús. Andrés disfrutaba enormemente trayendo a otros a Jesús. Sobresale como el cristiano cuyo deseo supremo es el compartir la gloria: Tenía corazón de misionero. Desde que encontró la amistad de Jesús, pasó el resto de la vida introduciendo a otros a esa amistad Andrés es nuestro gran ejemplo del que no puede guardarse a Jesús sólo para sí.

Cuando Andrés Le trajo a Pedro a Jesús, Jesús se quedó mirando fijamente a Pedro. La palabra que se usa de esa mirada es *emlepein*. Describe una mirada concentrada, intensa, a fondo, que no se conforma con ver las cosas que aparecen en la superficie sino que lee lo que hay en el corazón. Cuando Jesús vio a Simón, como se le llamaba, entonces, le dijo: «Te llamas Simón, pero te llamarás Kefa, es decir, *una roca*.»

En el mundo antiguo, casi todos tenían dos nombres. El griego era la lengua internacional, y casi todos tenían un primer nombre, en su lengua materna, que era por el que los conocían sus familiares y amigos, y otro nombre griego, que era el que usaban en los negocios y en las cosas oficiales. Algunas veces un nombre era la traducción del otro: *Petros* era el equivalente griego de *Kefa*, el nombre arameo para *roca*; *Tomás* en arameo y *Didimo* en griego quieren decir *mellizo*; *Tabita* en arameo y *Dorcas* en griego quieren decir *gacela*. Algunas veces se escogía un nombre griego que sonara parecido al arameo. Un judío que se llamara *Eliakim* o *Abel* en su lengua podía escoger *Alcimus* o *Apeles* como nombres griegos equivalentes. Así es que *Petros* y *Kefa* o *Cefas* no son nombres distintos, sino el mismo en lenguas diferentes.

En el Antiguo Testamento, el cambio de nombre indicaba a veces una nueva relación con Dios. Por ejemplo: *Jacob* pasó a llamarse *Israel* (*Génesis 32:28*), y *Abram* se cambió por *Abraham* (*Génesis 17:5*) cuando entraron en una nueva relación con Dios. Era como si la vida empezara de nuevo y se fuera una persona diferente, y necesitara un nuevo nombre.

Pero lo realmente importante de esta historia es que nos dice ***cómo mira Jesús a las personas***. No ve solamente lo que es en el momento, sino también lo ***que puede llegar a ser***. Ve no sólo lo que es ***en la actualidad***, sino lo que es ***en potencia***.

Jesús miró a Pedro y vio en él no sólo al pescador galileo sino también al que tenía la posibilidad de convertirse en la roca sobre la que se edificaría la Iglesia. Jesús nos ve no sólo como somos, sino como podemos ser; y Él nos dice: < Dame tu vida, y te haré lo que llevas dentro que puedes llegar a ser. » Una vez alguien vio a Miguel Ángel reduciendo una roca enorme y deforme con el cincel, y le preguntó qué estaba haciendo. < Estoy liberando al ángel que está prisionero en el mármol » -le contestó el escultor. Jesús es el único que ve y que puede liberar al héroe que hay oculto en las -personas.

LA RENDICIÓN DE NATANAEL

Juan 1:43-51

El día siguiente Jesús decidió marcharse a Galilea, y allí encontró a Felipe. Jesús le dijo:

- ¡Sígueme!

Ahora bien, Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y Pedro. Felipe fue a encontrar a Natanael y le dijo:

- ¡Hemos encontrado al Que anunciaba Moisés en la Ley y también los Profetas! ¡Es Jesús hijo de José, de Nazaret!

- ¿Es que puede salir algo bueno de Nazaret? -le contestó Natanael.

- ¡Ven y ve! -le dijo Felipe.

Cuando Jesús vio venir hacia Él a Natanael dijo:

- ¡Fijaos, ese sí que es un verdadero israelita sin doblez!

- ¿De qué me conoces Tú? -le preguntó Natanael. Y Jesús le contestó:

Antes que te llamara Felipe, te vi cuando estabas debajo de la higuera.

- ¡Rabí, Tú eres el Hijo de Dios y el Rey de Israel! - exclamó Natanael. Y Jesús le dijo:

- ¿Me crees porque te he dicho que te he visto debajo de la higuera? ¡Pues cosas más maravillosas verás!

Y añadió-: Es la pura verdad esto que os digo: Desde ahora en adelante vais a ver que se abre el Cielo, y que los ángeles de Dios ascienden y descienden por el Hijo del .Hombre.

En este punto de la historia Jesús dejó el Sur y se marchó a Galilea, al Norte de Palestina. Allí, tal vez en Caná, se encontró a Felipe, y le llamó. Felipe, como Andrés, no podía guardarse la Buena Noticia para él solo. Como dijo Godet: «Una antorcha encendida sirve para encender otras.» Así es que Felipe fue a buscar a su amigo Natanael, y le dijo que creía que había descubierto al largo tiempo esperado Mesías .en Jesús, el Hombre de Nazaret.

Natanael reaccionó despectivamente. No había nada en el Antiguo Testamento que anunciara que el Escogido de Dios hubiera de proceder de Nazaret. Nazaret era un lugar corriente. Natanael mismo era de Caná, otro pueblo de Galilea, y es

corriente que haya cierta rivalidad y celos entre los pueblos de la misma región. Natanael reaccionó diciendo que Nazaret no era la clase de pueblo del que se podía esperar nada bueno. Felipe fue prudente. No discutió, sino dijo sencillamente: «¡Ven y ve!»

No serán muchos los que han sido conducidos a Cristo a base de discusiones. A menudo las discusiones hacen más daño que bien. La única manera de convencer a otro de la supremacía de Cristo es ponerle en contacto con Él. En general, es cierto lo que se dice de que no es la predicación razonada ni filosófica la que gana almas para Cristo, sino la presentación de la Persona de Cristo y de la Cruz.

Hay un relato que nos cuenta que, a finales del siglo XIX, el gran agnóstico Huxley asistía a una tertulia que se reunía en una iraca campestre. Llegó el domingo, y la mayor parte de los miembros se prepararon para ir a la iglesia; pero, naturalmente, Huxley no tenía intención de ir. Se dirigió a uno que se sabía que tenía una fe cristiana sencilla y radiante, y le dijo simplemente: «Supongamos que usted no va hoy a la iglesia. Supongamos que se queda usted en casa y me dice sencillamente lo que significa para usted la fe cristiana y por qué es usted cristiano» «Pero -contestó el hombre-, usted podría deshacer mis razones en un momento. Yo no soy bastante listo para discutir con usted.» Huxley contestó cortésmente: « No quiero discutir con usted; sólo quiero que, me diga lo que quiere decir para usted la fe cristiana:» El hombre se quedó en casa y le expuso su fe a Huxley con toda sencillez. Cuando terminó, había lágrimas en los ojos del gran agnóstica. «Daría con gusto la mano derecha -dijo- por tener una fe como la suya.»

No fue un razonamiento inteligente lo que conmovió al gran agnóstico. Él podría haber destrozado de manera devastadora cualquier argumento que pudiera proponer, el creyente sencillo; pero la simple presentación de Cristo le dejó sin argumentos. La mejor presentación del Evangelio es decir: «Ven y ve.» No cabe duda que tenemos que conocer a Cristo personalmente antes de invitar a otros a venir a Él. El verdadero evangelista tiene que haber tenido un encuentro personal con Cristo en primer lugar para poder presentarle a otras personas.

Así que Natanael vino, y Jesús pudo ver lo que había en su corazón. «Aquí -dijo Jesús- llega un verdadero israelita en el que no cabe la falsedad.» Ese era un tributo que apreciaría cualquier israelita. «Bienaventurado el hombre -había escrito el salmista- al que el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo corazón no hay engaño» (*Salmo 32:2*). «Nunca hizo maldad -había dicho el profeta del Siervo del Señor- ni hubo engaño en su boca» (*Isaías 53:9*).

Natanael se sorprendió de que se pudiera dar tal veredicto a primera vista, y Le preguntó a Jesús que de qué le conocía. Jesús le dijo que ya le había visto cuando estaba debajo de la higuera. ¿Qué puede querer decir eso? Para los judíos la higuera era el símbolo de la paz. Su idea de la paz era cuando uno podía estar tranquilo a la sombra de su parra o de su higuera (*cp. 1 Reyes 4:25; Miqueas 4:4*). Además, como la higuera es un árbol frondoso, era costumbre sentarse a meditar a la sombra de sus ramas. Parece ser que eso era lo que Natanael había estado haciendo, y probablemente había estado pidiéndole a Dios que viniera pronto el Mesías: Habría estado pensando en las promesas de Dios; y ahora se daba cuenta de que Jesús, no sólo le había visto cuando estaba debajo de la higuera, sino también había visto lo que había en lo más íntimo de su corazón.

No fue tanto el que Jesús le hubiera visto cuando estaba debajo de la higuera lo que sorprendió a Natanael, sino el que Jesús hubiera leído los pensamientos de su corazón. Natanael se dijo: «¡Aquí hay Alguien que comprende mis sueños, un Hombre que conoce mis oraciones! ¡Aquí hay Uno que ha contemplado los anhelos más íntimos y secretos que yo no sé ni expresar con palabras! ¡Aquí hay un Hombre que puede traducir los suspiros inarticulados del alma! ¡Este Hombre no puede ser más que el Ungido de Dios que Se nos había prometido y estábamos esperando!» Natanael capituló incondicionalmente ante el Hombre que le había leído y comprendido y apaciguado y llenado el corazón.

Puede que Jesús sonriera. Hizo referencia a la antigua historia de Jacob en Betel, que vio una escala dorada que conducía al Cielo (*Génesis 28:12-13*). Era tanto como decir: «Natanael, Yo puedo hacer mucho más que leer tu corazón. Puedo ser para ti y para todos el verdadero Camino, la escala que conduce al Cielo.» Es por Jesús, y sólo por Él, como las almas pueden escalar el camino que conduce al Cielo.

Este pasaje nos presenta un cierto problema. ¿Quién era Natanael? Según el Cuarto Evangelio fue uno de los componentes del primer grupo de discípulos, pero en los otros tres evangelios ni siquiera se le nombra. Se han sugerido unas cuantas explicaciones.

(i) Se ha sugerido que Natanael no es una persona real sino imaginaria, y representativa de todos los verdaderos israelitas que rompieron las ligaduras y los moldes del orgullo y los prejuicios nacionales y se entregaron a Jesucristo.

(ii)-Sobre la misma base se ha hecho la sugerencia de que Natanael representa, o a Pablo, o al Discípulo Amado. Pablo fue el gran ejemplo de un israelita que aceptó a Cristo, y el Discípulo Amado es un discípulo ideal: Según esto, Natanael es una figura imaginaria. Si no se le mencionara nada más que aquí, podría convencer; pero aparece otra vez en *Juan 21:2*, donde no hay duda que se trata de una persona real.

(iii) Se le ha identificado con Mateo, porque ambos nombres, *Mateo y Natanael*, quieren decir lo mismo, *Don de Dios*. Ya hemos visto que en aquel tiempo se tenían dos nombres; pero, en tal caso, uno de ellos sería griego y el otro judío. Y en este caso los, dos nombres son judíos.

(iv) Hay una explicación más sencilla: A *Natanael* le trajo a Jesús *Felipe*. El nombre de *Natanael* no aparece nunca en los otros tres evangelios; y en el Cuarto Evangelio no se menciona nunca a *Bartolomé*. Ahora bien: en la lista de discípulos de *Mateo 10:3* y de *Marcos 3:18*, *Felipe y Bartolomé* aparecen juntos, como si fuera natural e inevitable relacionarlos. Además,

Bartolomé es realmente un apellido, porque quiere decir hijo de Tolmai o Tolomeo. *Bartolomé* debe de haber tenido otro nombre < de pila>; y por lo menos es posible que *Bartolomé* y *Natanael* sean la misma persona. Esto encaja perfectamente en los hechos del caso.

En cualquier caso, es verdad que Natanael representa al israelita cuyo corazón ha sido limpiado de orgullo y prejuicios y que ha visto en Jesús al Que satisface los anhelos del corazón buscador y expectante.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11

Dos días después había una boda en Caná de Galilea; la madre de Jesús estaba allí, y estaban invitados Jesús y Sus discípulos.

Cuando se les acabó el vino, la madre de Jesús Le dijo:

-Se han quedado sin vino.

-Señora, déjame resolverlo a Mi manera. Todavía no ha llegado mi momento le contestó Jesús. Seguidamente, Su madre les dijo a los criados:

-Haced lo que os diga Jesús.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra (que se necesitaban para los ritos de purificación de los judíos), en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús les dijo a los criados:

-Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta el borde. Luego les dijo:

Ahora sacad algo y llevádselo al maestro de ceremonias.. Y así lo hicieron.

Cuando el maestro de ceremonias probó el agua que se había vuelto vino, (cosa que él no sabía, pero sí los que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo:

Lo que se hace siempre es ofrecerles a los invitados el buen vino primero; y, cuando ya han bebido bastante, se les sirve un vino inferior. ¡Pero tú has reservado el buen vino hasta ahora!

Jesús hizo la primera de Su señales en Caná de Galilea, y manifestó Su gloria; y Sus discípulos creyeron en Él.

La misma riqueza de detalles del Cuarto Evangelio les presenta un problema a los que lo quieren estudiar o explicar. Siempre hay dos cosas: la historia clara y sencilla que cualquiera puede entender y contar, y una riqueza de sentido profundo para el que quiera investigar y desentrañar y entender más. Hay tanto en un pasaje como éste que vamos a tomarnos tres días para estudiarlo. Primero lo miraremos sencillamente para situarlo en su entorno y darle vida. Luego miraremos algunas de las cosas que nos dice de Jesús y Su obra. Y por último, consideraremos la verdad permanente que Juan está tratando de decirnos.

Caná de Galilea se llamaba así para distinguirla de otra Caná que había en Celesiria. Era una aldea que estaba cerca de Nazaret. Jerónimo, que estuvo en Palestina, dice que se la veía desde Nazaret. En Caná había una fiesta de boda en la que se encontraba María, que parece que tenía alguna responsabilidad. Tal vez tenía algo que ver con los preparativos, porque se preocupó cuando se dio cuenta de que faltaba el vino; y tenía suficiente autoridad para decirles a los criados que hicieran lo que les dijera Jesús. Algunos de los evangelios posteriores que no se incluyeron en el Nuevo Testamento añaden ciertos detalles a esta historia. Uno de los evangelios coptos nos dice que María era la hermana de la madre del novio. Hay un antiguo compendio de introducciones a los libros del Nuevo Testamento que se llama *Los prefacios monárquicos*, que nos cuenta que el novio era nada menos que el mismo Juan, y su madre Salomé, la hermana de María. No sabemos si estos detalles extra serán ciertos o no, pero la historia se nos cuenta tan gráficamente que no podemos dudar que procede de un testigo presencial.

No se menciona a José, como tampoco en los otros evangelios después de las historias de la Navidad. La explicación más probable es que para entonces ya habría muerto. Parece que murió bastante pronto, y que la razón por la que Jesús pasó dieciocho largos años en Nazaret fue que tenía que hacerse cargo de mantener a su madre y familia. Sólo cuando Sus hermanos y hermanas más jóvenes se pudieron valer por sí mismos, Jesús salió del hogar familiar.

La escena nos presenta una fiesta de boda en una aldea. En Palestina, una boda era una ocasión especialísima. La ley judía especificaba que la boda de una virgen se debía celebrar en miércoles. Este es un detalle interesante, porque nos da una fecha desde la que podemos contar hacia atrás; si esta boda tuvo lugar el miércoles, tiene que haber sido sábado cuando Jesús se encontró por primera vez con Andrés y Juan, que se quedaron con Él todo el día. La fiesta de bodas duraba mucho más de un día. La ceremonia en sí tenía lugar por la tarde, después de una fiesta. Después de la ceremonia se acompañaba a la pareja a su nuevo hogar. Para entonces ya había oscurecido, y la comitiva iba por las calles de la aldea a la luz de antorchas llameantes y con un dosel bajo el que iba la pareja. Los llevaban por un camino intencionadamente más largo para que hubiera más personas que tuvieran oportunidad de felicitarlos. Pero la nueva pareja no se iba para la luna de miel; se quedaban en casa, y recibían visitas toda la semana. Llevaban coronas y se vestían con su ropa de bodas. Los trataban como a un rey y a una reina, hasta

dándoles ese tratamiento, y su palabra era ley. En un tiempo en que en la vida había mucha pobreza y un trabajo muy duro, esa semana de fiestas y alegría era algo especialísimo.

Jesús participaba encantado de una ocasión alegre como esa. Pero algo estuvo a punto de estropearla, se les acabó el vino. Se ha sugerido que a lo mejor una de las causas fue la venida de Jesús; porque no vino solo, sino con cuatro discípulos, y tal vez se incorporaron cuando ya se habían hecho todos los preparativos sin contar con ellos. Cinco personas más en la fiesta de una familia humilde pueden causar problemas.

En una fiesta judía el vino era esencial. «Sin vino -decían los rabinos- no puede haber alegría.» No es que la gente se emborrachara; la borrachera se miraba muy mal, y no era frecuente, porque se mezclaban dos partes de vino con tres de agua. En cualquier tiempo habría sido un problema que faltaran las provisiones, porque la hospitalidad es un sagrado deber en Oriente; pero era una desgracia mayor, y hasta una humillación terrible para los novios, el que faltara el vino en su boda.

Eso explica el que María acudiera a Jesús para decirle lo que pasaba. La traducción de la respuesta de Jesús en la versión Reina-Valera hace que suene muy descortés -«¿Qué tengo yo contigo, mujer?»(1909). «¿Qué tienes conmigo, mujer?» (1960). Esa es una traducción literal de *las palabras*; pero no nos permite adivinar *el tono*.

La frase: «¿Qué tengo yo que ver contigo?» era muy corriente en un tono conversacional. Si se decía brusca y airadamente indicaba desacuerdo o reproche; pero cuando se decía amablemente quería decir que no se había entendido bien. Aquí quiere decir: «No te preocupes; tú no entiendes muy bien lo que pasa; déjame a Mí, que lo resolveré a Mí manera.» Jesús le estaba diciendo a María sencillamente que lo dejara en Sus manos, que Él ya sabía lo que tenía que hacer.

La palabra *Mujer (gynai)* también puede despistarnos. Nos parece muy ruda y abrupta. Pero es la misma palabra que usó Jesús en la Cruz dirigiéndose a María al confiársela a Su Discípulo amado (*Juan 19:26*). Homero la usa como el tratamiento que le da Ulises a su muy amada esposa Penélope. El emperador Augusto la usaba como un título al dirigirse a Cleopatra, la famosa reina egipcia. Lejos de ser una manera ruda y descortés de dirigirse a una mujer, era un título de respeto. No tenemos en castellano una expresión que corresponda exactamente; la palabra *señora* expresa por lo menos la cortesía que se supone en el tono.

Lo dijera como fuera, María no lo tomó como « ¡Déjame en paz!», sino todo lo contrario; así es que fue a los criados y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. A la entrada había seis grandes tinajas para el agua. La palabra que la versión Reina-Valera traduce por *cántaros (metrétés)* equivale a unos cuarenta litros, y se nos dice que en cada tinaja cabrían dos o tres cántaros, es decir, alrededor de cien litros.

Juan está escribiendo su evangelio para los griegos, así es que les explica que estas tinajas se tenían para guardar el agua que se usaba en los ritos de purificación de los judíos. El agua se necesitaba para dos cosas. La primera, para lavarse los pies al entrar en la casa. Las carreteras y las calles no estaban pavimentadas en la mayor parte de los casos. El calzado más corriente eran las sandalias, que no eran más que unas suelas que se sujetaban a los pies con unas correas. En un día seco se traerían los pies llenos de polvo, y en uno húmedo, de barro; así es que se necesitaba agua para limpiarlos. En segundo lugar, se necesitaba para lavarse las manos. Los judíos estrictos se las lavaban antes de la comida y entre platos. Primero se ponía la mano con los dedos hacia arriba, y se echaba el agua de forma que resbalara hasta la muñeca; y luego se ponían los dedos hacia abajo para que el agua resbalara desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Esto se hacía con cada mano por separado, y luego se limpiaba la palma restregándolas con el otro puño. La ley ceremonial judía insistía en que esto había que hacerlo no sólo al principio de la comida sino también entre platos. Si no se hacía, se tenían las manos técnicamente *inmundas*. Era para esos lavatorios de manos y de pies para lo que se tenían las tinajas a la entrada de la casa.

Jesús dijo que llenaran las tinajas hasta el borde. Juan da ese detalle para que se sepa que allí no se metió más que agua. Y luego les dijo que sacaran algo y se lo llevaran al *arjitríklinos*, al maestro de ceremonias. En los banquetes romanos había un personaje al que llamaban *arbiter bibendi*, el encargado de la bebida. A veces era uno de los invitados el que actuaba de maestro de ceremonias en una boda judía, pero nuestro equivalente del *arjitríklinos* sería *el padrino*. Entonces estaba a cargo de la colocación de los invitados y de la organización de la fiesta en general. Cuando probó el agua que se había vuelto vino se quedó alucinado. Llamó al novio -lo corriente era que fueran los padres del novio los que corrieran con los gastos- y le dijo en un tono de broma que Juan nos transmite con gracia: «¡Oye, tú! Lo corriente es que se sirva primero el buen vino, y después, cuando la gente ya ha bebido bastante y no está en condiciones de distinguir de calidades, se le sirve algo inferior; ¡pero tú te tenías guardado el mejor hasta ahora!»

Así es que fue en la boda de unos pueblerinos de Galilea donde Jesús manifestó Su gloria; y fue en aquella ocasión cuando Sus discípulos captaron otro detalle que les hizo darse cuenta de quién era su Maestro.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-II (continuación)

Tomamos nota de tres cosas en esta señal maravillosa que realizó Jesús.

(i) Tomamos nota de *cuándo* sucedió: en una fiesta de bodas. Jesús estaba en su ambiente. No era ningún austero *aguafiestas*. ¡Todo lo contrario, como vemos aquí! Le encantaba participar de la alegría y el regocijo de una boda, y ayudar en los problemas que se presentaran.

Hay algunas personas «religiosas» que difunden una atmósfera lúgubre por donde van. Miran con suspicacia todo lo que sea alegría y felicidad. Para ellos la religión es cosa de sotanas, de salmodias y de caras largas. Dijo de Alice Freeman Palmer uno de sus estudiantes: «¡Me hacía sentirme como si estuviera dándome un baño de sol!» (Y eso en Escocia...). Así era Jesús. C. H. Spurgeon tiene algunos consejos sabios, aunque cáusticos, en su libro *Charlas a mis estudiantes*: «El tono sepulcral puede que le vaya bien al de la funeraria; pero a los lazaros no los hacen salir de la tumba los gemidos espectrales.» «Conozco a hermanos que desde la coronilla hasta la planta de los pies son tan *ministeriales* en facha, tono, modales, cuello y botas que no les queda ni una partícula de humanidad visible... A algunos parece que les han enroscado una corbata blanca alrededor del alma, como un pingajo almidonado que les estrangula toda su hombría.» «Un individuo drenado totalmente de simpatía sería mejor que se dedicara a los oficios funerarios de enterrar a los muertos, porque jamás conseguirá hacerles mella a los vivos.» «Recomiendo jovialidad a todos los que quieran ganar almas; no frivolidad ni espuma, sino un espíritu sociable y feliz. Se cogen más moscas con miel que con vinagre, y conduce más almas al Cielo el que lleva el Cielo en la cara que el que lleva el Tártaro en sus gestos y aspecto.»

Jesús nunca consideraba que fuera un crimen ser feliz. ¿Por qué lo han de considerar sus seguidores?

(ii) Tomamos nota de *dónde* sucedió: en un humilde hogar de una aldea de Galilea. Este milagro no se realizó en el escenario de una gran ocasión ni en presencia de grandes multitudes, sino en un hogar. A. H. N. Green Armytage, en su libro *Retrato de san Lucas*, dice que a Lucas le encantaba presentar a Jesús en ambientes sencillos, hogareños y de gente humilde. En una frase gráfica dice que el evangelio de Lucas < domestica a Dios>, es decir, Le introduce en el círculo del hogar y en las cosas más corrientes de la vida. Su intervención en Caná de Galilea nos muestra lo que Jesús pensaba del hogar. Como dice la versión Reina-Valera, < manifestó Su gloria> -es decir, se presentó tal corno era-, y esa manifestación tuvo lugar en un sencillo hogar de pueblo.

Hay una extraña paradoja en la actitud de mucha gente hacia el lugar que llaman hogar. Admitirían sin reservas que «no hay sitio bajo el Cielo más dulce que el hogar;» y, sin embargo, al mismo tiempo tendrían que reconocer que es allí donde reclaman el derecho a portarse peor, con menos cortesía, con mal genio y más egoísmo; mucho peor que en cualquier otro sitio o entre extraños. Muchos de nosotros tratamos a nuestros seres queridos de una forma que no osaríamos emplear con meros conocidos o compañeros ocasionales. A menudo son los extraños los que nos ven en nuestra mejor actitud, y los nuestros en nuestra peor. Deberíamos recordar siempre que fue en un hogar humilde donde Jesús manifestó Su gloria. Para Él el hogar era el sitio en el que había que portarse de la mejor manera posible.

(iii) Tomamos nota de por qué sucedió. Ya hemos visto que la hospitalidad era siempre un deber sagrado en Oriente. Habría hecho que a aquella familia se le cayera la cara de vergüenza el que faltara el vino en la boda. Fue para salvar a una humilde familia galilea para lo que Jesús desplegó Su poder. Lo hizo movido por la simpatía, la amabilidad y la comprensión hacia la gente sencilla.

Casi todos estamos dispuestos a echar el resto en una gran ocasión; pero sólo Jesús es capaz de hacer una cosa tan bonita en una ocasión tan sencilla e íntima como aquella. Hay una especie de malicia humana natural que más bien se alegra de las desgracias de los demás y que se complace en contarlas después mientras se toman unas cañas. Pero Jesús, el Señor de toda la vida, el Rey de la gloria, empleó su poder para salvar de la humillación a una sencilla pareja de novios de una aldea de Galilea. Es precisamente con gestos sencillos de comprensión y amabilidad como este como podemos demostrar que pertenecemos a Jesucristo y somos Sus seguidores.

Además, esta historia nos revela dos cosas hermosas sobre la fe que María tenía en Jesús.

(i) Instintivamente María acudía a Jesús cuando surgían problemas. Conocía a su Hijo. Él estuvo en el hogar familiar hasta los treinta años, y todo ese tiempo Jesús y María compartieron la vida. Hay una antigua leyenda que nos cuenta algo de cuando Jesús era un niño pequeño en el hogar de Nazaret. Nos dice que en aquellos días, cuando la gente estaba cansada o preocupada o disgustada, decía: «Vamos a ver al niño de María.» E iban, y veían a Jesús, y se les disipaban los problemas. Todavía sigue siendo verdad que los que conocen íntimamente a Jesús acuden a Él cuando se encuentran en algún apuro... y Él nunca les falla.

(ii) Aun cuando María no sabía lo que Jesús iba a hacer, aun cuando parecía que no le había hecho caso, todavía María creía tanto en Él que se dirigió a los servidores y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. María tenía la fe que puede confiar aun cuando no entiende. No sabía lo que iba a hacer Jesús, pero estaba segura de que lo que hiciera sería lo mejor. En todas nuestras vidas hay momentos en los que no sabemos por dónde tirar. En todas nuestras vidas suceden cosas que no comprendemos y a las que no vemos ningún sentido. ¡Felices y las personas que, en tales casos, siguen confiando, aunque no puedan entender!

Además, esta historia nos dice algo de Jesús. Respondiendo a María dijo: «Todavía no ha llegado mi momento.» En el evangelio aparece varias veces esta referencia a Su hora. En *Juan 7:6 y 8*, se refiere a Su manifestación como Mesías. *Juan 12:23 y 17:1*; en *Mateo 26:18 y 45*, y en *Marcos 14:41*, es la hora de Su crucifixión y muerte. A lo largo de toda su vida Jesús sabía que había venido al mundo para una tarea y con un propósito determinados. Veía Su vida, no en función

de Sus deseos, sino en relación con la voluntad de Dios. No veía Su vida en el marco del incesante fluir del tiempo, sino en el de la permanente y definitiva eternidad. La vida de Jesús iba transcurriendo segura hacia el momento para el que Él sabía que había venido al mundo.

Aunque en casi nada nos podemos comparar con Jesús, en esto sí, no fue Él el único que vino a este mundo para cumplir el propósito de Dios. Como decía Unamuno: «Todos somos un sueño y una idea de Dios.» Cada uno de nosotros debemos pensar, no en términos de nuestros propios deseos y gustos sino en la misión para la que estamos en el mundo.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11 (conclusión)

Ahora hemos de pensar en la verdad profunda y permanente que Juan está tratando de enseñarnos con esta historia.

Recordemos que Juan estaba escribiendo desde un doble trasfondo. Era judío, y estaba escribiendo también para los judíos; pero su gran objetivo era escribir la historia de Jesús de tal manera que pudiera llegar también a los griegos.

Vamos a considerarla antes de nada desde el punto de vista judío. Debemos recordar siempre que detrás de las sencillas historias de Juan hay un significado profundo que sólo pueden descubrir los que tienen ojos para ver. En todo su evangelio Juan no escribió nunca ningún detalle superfluo o innecesario. Todo tiene un significado y todo señala más allá.

Había seis tinajas de piedra y a la orden de Jesús, el agua que contenían se volvió vino. Para los judíos, *el siete* es el número completo y perfecto, y el *seis* es incompleto e imperfecto. Las seis tinajas de piedra representan a la Ley judía, incompleta e imperfecta. Jesús vino a acabar con las imperfecciones de la Ley y a poner en su lugar el vino nuevo del Evangelio de Su gracia. Jesús cambió la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.

Hay otra cosa que debemos notar en conexión con esta. Había seis tinajas de agua en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús convirtió el agua en vino. Eso haría que hubiera unos seiscientos litros de vino, más que suficiente para acabar felizmente las bodas y las demás bodas. Aunque sabemos lo que son estas fiestas en los pueblos del Mediterráneo, nos damos cuenta de que Juan no pretendía que nos quedáramos en el sentido literal exclusivamente. Lo que sí quería decirnos es que, cuando la gracia de Jesús viene a nuestra vida, hay bastante y de sobra para todo. No hay necesidad en el mundo que pueda agotar la gracia de Cristo; hay una gloriosa superabundancia de gracia para todas las necesidades humanas de todos los tiempos.

Juan nos está diciendo que las imperfecciones se han convertido en perfección en Jesús, y que la gracia se ha vuelto ilimitada, suficiente y más que suficiente para todas las necesidades.

Vamos a considerar esta historia ahora desde el punto de vista griego. Resulta que los griegos tenían historias exteriormente parecidas. Dionysos era el dios del vino de los griegos. Pausanias fue un griego que escribió una historia de su país y de sus antiguas ceremonias. En su descripción de Elis describe una vieja ceremonia y creencia: «Entre el mercado y el Menius hay un teatro antiguo y un santuario de Dionysos; la imagen la hizo Praxiteles. No hay dios que sea más reverenciado por los eleanos que Dionysos, y dicen que asiste a todo festival de la Thyia. El lugar en el que se celebra el festival llamado la Thyia está como a una milla de la ciudad. Se lleva al edificio tres cacharros vacíos, y los sacerdotes los depositan, allí en presencia de los ciudadanos y de los forasteros que estén a la sazón en el país. En las puertas de los edificios, todos los que quieran hacerlo ponen sus sellos. Al día siguiente tienen libertad para mirar los sellos y, al entrar en el edificio, se encuentran los cacharros llenos de vino. Yo no he estado nunca en el tiempo del festival, pero la gente más respetable de Elis, y los forasteros, juran que los hechos se produjeron como he dicho.»

Así que los griegos también tenían sus historias de milagros; y es como si Juan les dijera: «Vosotros tenéis vuestras historias y leyendas de vuestros dioses. No son más que mitos, y sabéis muy bien que no son verdad. Pero Jesús ha venido a hacer lo que vosotros estabais soñando que vuestros dioses podían hacer. Jesús ha venido a hacer realidad todos nuestros anhelos y sueños.»

A los judíos, Juan les decía: «Jesús ha venido a cambiar la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.» Y a los griegos: «Jesús ha venido real y verdaderamente para hacer lo que vosotros sólo podíais soñar que vuestros dioses hicieran.»

Ahora podemos ver lo que Juan está tratando de enseñarnos. Todos los pasajes del Cuarto Evangelio nos cuentan, no simplemente algo que Jesús hizo una vez y nunca más, sino algo que hace todavía y hoy. Y lo que Juan quiere que veamos aquí no es que Jesús cambió el agua de unas tinajas en vino una vez; lo que quiere es que veamos que siempre que Jesús viene a la vida de una persona trae una nueva calidad de vida que es como cambiar el agua en vino. Sin Jesús la vida es un fracaso y una desilusión, y con Jesús es interesante, emocionante y satisfactoria.

Cuando sir Wilfred Grenfell estaba pidiendo voluntarios para ir a su trabajo en Labrador dijo que no podía prometerles mucho dinero, pero sí que se lo pasarían estupendamente. Eso es lo que Jesús nos promete. Recordad que Juan estaba escribiendo setenta años después de la Cruz. Se había pasado setenta años pensando, recordando y meditando, hasta que comprendió el sentido y el significado que no había percibido antes. Cuando Juan contó esta historia se estaba acordando de

cómo es la vida con Jesús y dijo: «Dondequiera que iba Jesús y siempre que venía a la vida era como si el agua se cambiara en vino». Esta historia de Juan nos dice *a nosotros*: « Si quieres el nuevo optimismo, hazte seguidor de Jesucristo y vendrá un cambio a tu vida como cuando el agua se vuelve vino.»

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16

*Después de eso bajó Jesús a Capernaúm con su madre, hermanos y discípulos, y se quedaron allí un poco de tiempo. Era cerca de la fiesta judía de la Pascua, y Jesús subió a Jerusalén. En el templo encontró a los que estaban vendiendo becerros y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados a sus mesas. Y Jesús hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con ovejas y becerros y todo, y tiró las monedas de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que estaban vendiendo palomas:
- ¡Quitad de aquí todo esto, y dejad de hacer un mercado de la casa de mi Padre!*

Después de la fiesta de boda de Caná de Galilea, Jesús y sus familiares y amigos hicieron una corta visita a Capernaúm, que estaba como a unos treinta kilómetros, en la orilla septentrional del Mar de Galilea.

Poco después, Jesús se puso en camino para celebrar la fiesta de la Pascua en Jerusalén. La Pascua era el 15 de Nisán. Según la ley, todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir.

Aquí nos encontramos con un detalle muy interesante. A primera vista parece que la cronología de la vida de Jesús en el Cuarto Evangelio no coincide con la de los otros tres, en los que no se nos dice que Jesús fuera a Jerusalén más que una vez. La fiesta de la Pascua cuando tuvo lugar Su crucifixión es la única que mencionan, y Su única visita a Jerusalén a excepción de la que hizo cuando fue al templo de muchacho. Pero Juan nos cuenta no menos de tres pascuas la de este pasaje, la de *Juan 6:4* y la de *Juan 11:55*. Además, según la narración de Juan, Jesús estaba en Jerusalén en una fiesta innominada en 5:1, era la fiesta de los Tabernáculos en 7:2, 10, y en la fiesta de la Dedicación en 10:22. De hecho, en los otros tres evangelios el ministerio principal de Jesús tiene lugar en Galilea; en el Cuarto, Jesús pasa sólo períodos breves en Galilea (2:1-12; 4:43 - 5:1; 6:1 - 7:14); y su actividad principal es en Jerusalén.

Lo cierto es que no hay aquí ninguna contradicción. Lo que pasa es que nos cuentan la historia desde diferentes puntos de vista. No se contradicen, sino se complementan. Mateo, Marcos y Lucas se concentran en el ministerio en Galilea, y Juan, en Jerusalén: Aunque los otros tres nos hablan sólo de una visita a Jerusalén y de una Pascua allí, implican que tiene que haber habido muchas otras. En la última visita nos presentan a Jesús llorando por Jerusalén: « ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como una gallina que junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!» (*Mateo 23:37*). Jesús no habría podido decir eso si no hubiera dirigido repetidas llamadas a Jerusalén, y si aquella visita fuera la primera. No debemos hablar de contradicciones entre el Cuarto Evangelio y los otros tres, sino usarlos a los cuatro para tener una información lo más completa posible de la vida de Jesús.

Pero sí hay una dificultad que no debemos soslayar. Este pasaje nos refiere el incidente conocido como La Purificación del Templo: Juan lo coloca al principio del ministerio de Jesús, mientras que los otros tres evangelistas lo ponen al final (*Mateo 21:12s*; *Marcos 11:15-17*; *Lucas 19:45s*). Esta diferencia requiere una explicación, y se han propuesto varias.

(i) Se ha sugerido que Jesús purificó el templo dos veces, una al principio y otra al final de Su ministerio. No resulta muy convincente porque, si hubiera hecho algo tan sorprendente una vez, no es probable que hubiera tenido la posibilidad de hacerlo otra vez. Su reaparición en el templo habría sido la señal para que se tomaran tales precauciones que la repetición habría resultado imposible.

(ii) Se ha sugerido que Juan es el que tiene razón. Pero el suceso encaja mucho mejor al final del ministerio de Jesús. Es una secuela natural del ardiente coraje de Jesús en la Entrada Triunfal, y un prelude previsible de la Crucifixión. Si tenemos que escoger entre la cronología de Juan y la de los otros tres evangelistas, debemos escoger la de estos.

(iii) Se ha sugerido que, cuando murió Juan, su evangelio no estaba terminado del todo; que dejó varios relatos en hojas sueltas de papiro, sin encuadernar. Y se ha sugerido que la que contenía este relato se traspapeló y se insertó posteriormente en un lugar que no era el que le correspondía. Esto es posible, pero no probable, porque supone que el que ordenó el manuscrito no conocía el orden correcto ni los otros evangelios.

(iv) Debemos tener presente siempre que Juan, como ha dicho alguien, tiene más interés en la verdad que en los detalles. No era su propósito escribir una biografía cronológica de Jesús; sino sobre todo, mostrar que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías. Es probable que Juan estuviera recordando las profecías acerca de la venida del Mesías. «...Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor a Quien vosotros buscáis, y el Ángel del Pacto a Quien deseáis vosotros. ¡He aquí viene, dice el Señor de los Ejércitos! ¿Y quién podrá soportar el tiempo de Su venida? ¿O quién podrá quedar en pie cuando Él se manifieste? Porque Él es como fuego purificador, y como detergente de lavadores... para purificar a los hijos de Leví... hasta que Le,, ofrezcan al Señor las ofrendas correctas. Entonces Le será grata al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados y los tiempos

antiguos» (*Malaquías 3:1-4*). En la mente de Juan resonaban estas tremendas profecías. Su interés principal no era contar cuándo limpió Jesús el templo, sino que de hecho lo hizo como estaba profetizado del Mesías prometido. Lo más verosímil es que Juan colocara este incidente emblemático aquí, en el frontispicio de su historia, para presentar a Jesús como el Mesías de Dios, Que había venido para purificar el culto y abrir la puerta de acceso a Dios. No es la fecha el interés principal de Juan, eso era lo de menos. Su interés supremo era demostrar que las acciones de Jesús nos le presentan como el Prometido de Dios. Justamente al principio nos muestra a Jesús actuando como el Mesías de Dios.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 (continuación)

Fijémonos ahora en por qué actuó Jesús de esa manera. Su indignación es una cosa aterradora, la figura de Jesús con el azote de cuerdas inspira el máximo temor. Debemos ver qué fue lo que le movió a aquella manifestación de indignación al rojo vivo en los atrios del templo.

La Pascua era la más importante de todas las fiestas judías. Como ya hemos visto, la ley establecía que todos los varones judíos adultos que vivieran a no más de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir. Pero no eran sólo los judíos de Palestina los que venían para la Pascua; en aquel tiempo los judíos estaban diseminados por todo el mundo, y no olvidaban su fe ancestral y su madre patria, y era el sueño y el propósito de todos ellos, estuvieran donde estuvieran, el celebrar la Pascua en Jerusalén por id menos una vez en la vida.

Aunque nos suene a exageración, es probable que tantos como dos millones y cuarto de judíos se reunieran a veces en la Ciudad Santa para celebrar la Pascua.

Había un impuesto que tenían que pagar todos los judíos de diecinueve años para arriba. Era el tributo del templo. De que todos cumplieran dependía el que el ritual y los sacrificios del templo se pudieran llevar a cabo día tras día. El impuesto era de medio siclo. Debemos recordar cuando hablemos de dinero que en aquel tiempo, el salarió de un obrero era el equivalente de menos de diez pesetas al día. El medio siclo eran unas quince, así es que era el sueldo de día y medio. Para todos los efectos prácticos, en Palestina se usaban muchos tipos de moneda: las de plata de Roma; Grecia, Egipto, Tiro y Sidón y de la mismas Palestina, todas estaban en circulación y eran válidas. Pero el tributo del templo se tenía que pagar en siclos galileos o en los del santuario, que eran las únicas monedas judías; las demás eran paganas y, por tanto, inmundas. Valían para pagar las otras deudas, pero no la que se tenía con Dios.

Los peregrinos llegaban de todas las partes del mundo con toda clase de monedas; así es que, en los atrios del templo se colocaban los cambistas. Si hubieran sido honrados, habrían estado cumpliendo una finalidad justa y necesaria; pero lo que hacían era cobrar una moneda más por cada medio siclo, es decir, una sexta parte más, y otra moneda más por cada medio siclo que tuvieran que devolver al cambiar monedas mayores. Si, por ejemplo, venía alguien con una moneda que equivaliera a dos siclos, tenía que pagar una moneda para que se la cambiaran, y otras tres para que le devolvieran el cambio de tres medios siclos. En otras palabras: que los cambistas le sacaban el sueldo de un día por la operación.

El tributo del templo y el sistema de cambio de moneda se elevaban a cantidades fantásticas. La renta anual del templo se ha calculado en 20,000,000 de pesetas, y las ganancias de los cambistas 2,000,000 pero téngase presente que el sueldo de un obrero serían unas 10 pesetas diarias. Cuando Crasso capturó Jerusalén y saqueó la tesorería del templo en el año 54 a.C. se llevó 500,000,000 de pesetas sin llegar a agotarlo. El que los cambistas cobraran comisión cuando cambiaban las monedas de los peregrinos no se veía mal. El *Talmud* establecía: «Es menester que cada uno tenga medio siclo para pagar su cuota. Por tanto, cuando trae un siclo para cambiarlo por dos medios siclos está obligado a dejar que el cambista saque algún beneficio.» La palabra para comisión era *kollybas*, y a los cambistas se los llamaba *kollybistai*. Esta palabra *kollybos* dio origen al personaje de comedia que se llamar Kollybos en griego y Collybus en latín, equivalentes al famoso usurero shakesperiano Shylock. Lo que exasperaba a Jesús era que los cambistas abusaran de los modestos peregrinos de la Pascua con comisiones exorbitantes. Era una injusticia social flagrante y desvergonzada y, lo que es peor, se perpetraba en nombre de la verdadera religión.

Además de los cambistas estaban los que vendían becerros, corderos y palomas. Era corriente que una visita al templo fuera acompañada de un sacrificio. Muchos peregrinos querían hacer una ofrenda de acción de gracias por haber hecho un buen viaje a la Santa Ciudad; además, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la familia de los judíos tenían su sacrificio apropiado.

Parecería por tanto que se ofrecía una ayuda natural para que se pudieran comprar las víctimas para los sacrificios en los atrios del templo. Podría haber sido así; pero la ley imponía el que los animales que se ofrecieran fueran perfectos y sin defecto. Las autoridades del templo, tenían inspectores (*mumjeh*) que examinaban las víctimas antes del sacrificio. La inspección ya costaba una *ma'ah*. Si el fiel compraba el animal fuera del templo se lo podían rechazar en la inspección; ya se podía estar seguro de que le encontrarían algún defecto que les permitiera declararlo no apto.

Se podría pensar que aquello no habría importado mucho; pero es que un par de palomas podía costar sólo el equivalente de diez pesetas aunque, recordemos: ese era el sueldo de un día, mientras que en el templo costarían no menos de ciento cincuenta pesetas. Aquí había otro abuso descarado a costa de los pobres y humildes peregrinos, a los que se obligaba a pasar por el aro de comprar sus víctimas en el templo si querían hacer un sacrificio... Y de nuevo lo peor del caso era que aquella injusticia se agravaba por el hecho de que se perpetraba en nombre de la más pura religión.

Estas eran las cosas que despertaban la indignación de Jesús. Se nos dice que hizo un azote de cuerdas. Jerónimo pensaba que la actitud de Jesús ya haría que no hiciera falta usarlo. «Una ardiente luz estelar fulguraban Sus ojos, y la majestad de la divinidad resplandecía en Su rostro.» Precisamente porque amaba a Dios, Jesús amaba a los hijos de Dios, y le era imposible permanecer impassible contemplando cómo se abusaba de aquella manera de los adoradores de Jerusalén.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 (conclusión)

Hemos visto que fue la explotación de los peregrinos por parte de gente sin conciencia lo que movió a Jesús a aquella manifestación de indignación; pero la historia de la purificación del templo responde a razones todavía más profundas por las que Jesús dio aquel paso tan drástico.

No hay dos evangelistas que coincidan exactamente al darnos las palabras de Jesús. Cada uno de ellos nos conserva su versión personal. Y es al reunir todos los relatos como obtenemos una idea clara de lo que dijo Jesús. Así es que vamos a empezar por recordar las diferentes formas en que nos han transmitido los evangelistas las palabras de Jesús, en la versión Reina-Valera. Mateo nos las transmite de la siguiente manera: «Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mateo 21:13). Marcos pone: «MI casa será llamada casa de oración para todas las naciones, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Marcos 11:17); Lucas dice: «Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (*Lucas 19:46*). Y aquí Juan: «Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado» (*Juan 2:16*).

Jesús tenía por lo menos tres razones para hacer lo que hizo.

(i) Actuó así porque se estaba profanando la casa de Dios.

En el templo se daba a Dios un culto sin reverencia. La reverencia es una cosa instintiva. El artista Edward Seago nos cuenta que llevó a dos niños gitanos a visitar una catedral de Inglaterra. Eran unos chiquillos muy traviesos en circunstancias normales; pero, desde el momento en que entraron en la catedral, estuvieron sorprendentemente tranquilos y callados; y luego, todo el camino hasta llegar a la casa. Hasta la tarde no volvieron a sus habituales travesuras. En sus corazones naturalmente indisciplinados había una reverencia instintiva.

El culto sin reverencia puede ser una cosa terrible. Puede que sea un «culto» que se hace rutinaria o formalmente, las oraciones más solemnes se pueden leer como las listas de las subastas. Puede que sea un «culto» que no tiene en cuenta la santidad de Dios y que suena como si según la frase de H. H. Farmer- « el adorador se llevara muy bien con la Divinidad.» Puede que sea un culto para el que no están preparados ni el que lo dirige ni la congregación. Puede que sea el uso de la casa de Dios para fines y con medios en los que se olvida la reverencia y la verdadera función de la casa de Dios. En aquel atrio de la casa de Dios de Jerusalén se regatearían los precios, se discutirían las monedas viejas o desgastadas... En fin, que habría ruidos y gestos y discusiones más propios de un mercado. Puede que esa forma de irreverencia no sea corriente ahora; pero hay otras formas de ofrecerle a Dios un culto irreverente.

(ii) Jesús hizo lo que hizo para mostrar que toda esa parafernalia de sacrificios animales era totalmente impertinente. Hacía siglos que venían diciéndolo los profetas. «¿Para qué me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? ¡Estoy harto de holocaustos de carneros y de sebo de animales cebados; no Me gusta la sangre de los toros, de las ovejas o de los chivos... No Me traigáis más ofrendas vanas» (*Isaías 1:11-17*). «Porque cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les dije nada ni les di mandamientos acerca de holocaustos y sacrificios» (*Jeremías 7:22*). «Con sus ovejas y con sus vacas andarán buscando al Señor, pero no Le encontrarán» (*Oseas 5: 6*). «Les encantan los sacrificios; sacrifican carne y la comen, pero el Señor no Se complace en ellos» (*Oseas 8:13*). «Porque Tú no te complaces en sacrificios; si yo hubiera de ofrecer holocaustos, a Ti no Te agradaría» (*Salmo 51:16*). Un coro de voces proféticas denunciaba la impertinencia de los holocaustos que humeaban constantemente en los altares de Jerusalén. Jesús actuó así para demostrar que ningún sacrificio animal podrá nunca realizar la reconciliación de la humanidad con Dios.

No estamos totalmente libres de esa tendencia hoy en día. Es cierto que no Le ofrecemos a Dios sacrificios de animales; pero podemos identificar Su culto con la instalación de vidrieras de colores o de un órgano más sonoro, o con piedra o madera tallada, cuando el verdadero culto brilla por su ausencia. No es que estas cosas sean condenables, ¡lejos de eso! A menudo,

¡gracias a Dios!, son ofrendas de corazones fieles y agradecidos. Cuando ayudan a la verdadera devoción; cuentan con la bendición de Dios; pero cuando son su sustituto, hastían el corazón de Dios.

(iii) Había todavía otra razón para que Jesús actuara de aquella manera. Marcos añade un curioso detalle que no se encuentra en los otros evangelios: « Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones» (*Marcos 11:17*), siguiendo con la cita de *Isaías 56:7*. El templo constaba de una serie de atrios que conducían al templo propiamente dicho y al Lugar Santísimo. La primera parte era el Atrio de los Gentiles; luego venía el Atrio de las Mujeres; después, el de los Israelitas; por último, el de los Sacerdotes. Toda esa compraventa se hacía en el Atrio de los Gentiles que era el único al que podían acceder los que no fueran israelitas. A partir de aquel lugar les estaba prohibida la entrada. Así que si había algún gentil cuyo corazón Dios hubiera tocado, podía llegar al Atrio de los Gentiles para meditar y orar y buscar a Dios. El Atrio de los Gentiles era el único lugar, de oración que conocía.

Las autoridades del templo y los comerciantes judíos estaban convirtiendo el Atrio de los Gentiles en un lugar de confusión y jaleo en el que era prácticamente imposible orar. Los mugidos de los becerros, los balidos de las ovejas, el zureo y el revoloteo de las palomas, los gritos de los vendedores, el tintineo de las monedas, los pregones y los regateos... todo eso combinado convertía el Atrio de los Gentiles en un lugar donde no se podía dar culto a Dios. El jaleo del atrio exterior del templo les cerraba el acceso a la presencia de Dios a los gentiles que Le buscaran. Tal vez era eso lo que más angustiaba a Jesús, y puede que por eso Marcos nos conservara la frase que nos lo indica. A Jesús se Le conmovían las entrañas porque en la Casa de Oración se le cerraba el acceso a la presencia de Su Padre a los que Le buscaban sinceramente.

¿Hay algo en la vida de nuestra iglesia: esnobismo, exclusividad, frialdad, falta de hospitalidad, tendencia a hacer de la congregación un club cerrado, arrogancia, tiquismiquis que excluye al sincero buscador? Recordemos la indignación de Jesús contra los que les hacían difícil, o imposible, a los buscadores extranjeros el establecer contacto con Dios.

EL NUEVO TEMPLO

Juan 2:17-22

Sus discípulos se acordaron de que hay una Escritura que dice: < Porque el celo por Tu Casa me ha consumido. >

Entonces los judíos le interrogaron:

- ¿Qué señal nos das para justificar tal actuación?

Destruid este Templo -les contestó Jesús---, y lo levantaré en tres días.

-Hace ahora cuarenta y seis años que se está construyendo el templo -Le objetaron-, ¿y Tú lo vas a levantar en tres días?

Pero Él se refería al Templo de Su Cuerpo. Así que cuando resucitó; Sus discípulos se acordaron de que Jesús había dicho esto, y creyeron la Escritura y lo que Jesús les había dicho.

Era inevitable que una intervención como la de la purificación del templo provocara una reacción inmediata en los que la presenciaron. No era la clase de cosa que uno puede contemplar con total indiferencia. Era demasiado sorprendente y revolucionario.

Aquí tenemos dos reacciones. La primera es la de los discípulos, que se acordaron de las palabras del Salmo 69:9. La cosa es que ese salmo se suponía que se refería al Mesías; que, cuando viniera, se consumiría de celo por la casa de Dios. El que este versículo les viniera a la memoria era señal de que se estaban dando cuenta cada vez más de que Jesús era el Mesías. Ese gesto no le correspondía a nadie más que al Mesías, y ellos ya habían llegado a la convicción de que Jesús era de hecho el Ungido de Dios.

La segunda reacción fue la de los judíos, una reacción muy natural. Le preguntaron a Jesús qué derecho tenía para actuar de esa manera, y le exigieron que presentara inmediatamente Sus credenciales por medio de algún milagro. La cosa era que reconocían que la acción de Jesús indicaba que Él se presentaba como el Mesías. Siempre se había esperado que, cuando viniera el Mesías, demostraría que era Él haciendo algunos milagros. Los falsos mesías que surgían a veces prometían separar las aguas del Jordán y derribar los muros de la ciudad con su palabra. La idea popular del Mesías era que vendría haciendo milagros; así es que los judíos dijeron a Jesús: «Con esta acción Te has proclamado públicamente como Mesías. Demuéstranos que lo eres haciendo algún milagro.»

La contestación de Jesús presenta el mayor problema de este pasaje. ¿Qué fue lo que dijo exactamente? ¿Y qué quería decir? Debemos tener presente que los versículos 21 y 22 contienen la interpretación que escribió Juan mucho después. No podía por menos de leer entre líneas en este pasaje ideas que eran realmente el resultado de setenta años de meditación y de experiencia con el Cristo Resucitado. Como dijo Ireneo hace mucho: «Ninguna profecía se entiende del todo hasta después de su cumplimiento.» Entonces, ¿qué fue lo que dijo Jesús realmente, y lo que quiso decir?

No cabe la menor duda que Jesús dijo algo que se parecía mucho a esto, palabras que podrían tergiversarse maliciosamente con una finalidad destructiva. En el juicio de Jesús se presentaron unos testigos falsos que dijeron en Su contra: «Este tipo dijo:

« Yo soy capaz de destruir el templo de Dios, y edificarlo otra vez en tres días» (*Mateo 26:61*). La acusación que se fraguó contra Esteban era: «Le hemos oído decir que ese tal Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos transmitió Moisés» (*Hechos 6:14*).

Hay dos cosas que debemos recordar y relacionar. La primera, que es seguro que Jesús no dijo nunca que destruiría el templo material y luego lo reconstruiría. Sí es verdad que Jesús preveía el final del templo. A la Samaritana le dijo que llegaría el día en que no se adoraría a Dios ni en el Monte Guerizim ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad (*Juan 4:21*). Y la segunda, que la Purificación del templo, como ya hemos visto, fue una manera dramática de enseñar que todo el culto

del templo, con su ritual y sacrificios, era impertinente -y no servía para guiar a las personas hacia Dios. Está claro que Jesús esperaba que desapareciera el templo; que Él había venido para hacer innecesario y obsoleto su culto, y que, por tanto, Él no iba a sugerir que lo reedificaría.

Ahora debemos volver a Marcos. Como otras muchas veces, encontramos aquí la frasecilla extra sugestiva e iluminadora. Marcos transcribe la acusación contra Jesús de la siguiente manera: «Yo destruiré este templo que está hecho con las manos, y en tres días edificaré otro *no hecho con manos*» (*Marcos 14:58*). Lo que Jesús quería decir realmente era que Su venida había puesto fin a todo ese sistema organizado y hecho por los hombres de dar culto a Dios, y había puesto en su lugar un culto espiritual; que Él había puesto fin a todo ese asunto de los sacrificios animales y del ritual sacerdotal, y había puesto en su lugar un acceso directo al Espíritu de Dios que no necesitaba un templo elaborado y hecho a mano ni un ritual de incienso y sacrificios ofrecidos por manos humanas. La advertencia de Jesús era: «El culto de vuestro templo, vuestro complicado ritual, vuestros prodigios sacrificios animales han llegado a su fin, porque Yo he venido.» Y Su promesa era: « Yo os daré un camino para llegar a Dios sin toda esta elaboración y ritual humanos. Yo he venido para destruir este templo de Jerusalén y hacer que toda la Tierra sea un templo en el que la humanidad pueda experimentar la presencia del Dios viviente.»

Los judíos lo vieron. Fue el año 19 a.C. cuando Herodes empezó a edificar su maravilloso templo, y no fue hasta el año 64 d.C. cuando se concluyó la edificación. Hacía cuarenta y cuatro años que se había empezado, y aún faltaban otros veinte para que se terminara. Jesús escandalizó a todos los judíos al decirles que toda aquella grandeza y esplendor, y todo el dinero y la habilidad que se habían derrochado en él, eran completamente irrelevantes; que Él había venido para indicar a la humanidad el camino que conduce a Dios sin necesidad de ninguna clase de templo.

Algo así debe de haber sido lo que dijo Jesús; pero en años sucesivos Juan vio mucho más que eso en las palabras de Jesús. Vio nada menos que una profecía de la Resurrección; y Juan. *tenía razón*. La tenía por una razón básica: porque toda la redondez de la Tierra no podría llegar a ser el Templo del Dios viviente hasta que Jesús fuera liberado del cuerpo y estuviera presente en todas partes; y hasta que estuviera con los Suyos en todo lugar y tiempo hasta el fin del mundo.

Es la presencia del Cristo resucitado y viviente lo que hace que todo el mundo sea el Templo de Dios. Así es que Juan dice que, cuando los discípulos de Jesús se acordaron de Sus palabras, vieron en ellas una promesa de la Resurrección. No lo habían visto antes; ni podían; fue solamente su propia experiencia del Cristo viviente lo que les -mostró al cabo del tiempo toda la hondura de lo que había dicho Jesús.

Por último Juan dice que < creyeron la Escritura. » ¿Qué Escritura? Juan se refiere a aquella Escritura que se cernía sobre la Iglesia Primitiva: «No permitirás que Tu Santo experimente la corrupción» (*Salmo 16:10*). Pedro la citó el día de Pentecostés (*Hechos 2:31*); Pablo la citó en Antioquía (*Hechos 13:35*). Expresaba la confianza de la iglesia en el poder de Dios y en la Resurrección de Jesucristo.

Tenemos aquí la verdad imponente de que nuestro contacto con Dios, nuestro acceso a Su presencia, no depende de nada que podamos hacer con nuestras manos o diseñar con nuestras mentes. En las calles, en el hogar, en el trabajo, en las montañas, en las carreteras, en la iglesia, tenemos nuestro templo íntimo: la presencia del Cristo Resucitado que está siempre con nosotros por todo el mundo.

EL QUE VE EL CORAZÓN

Juan 2:23-25

Cuando Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Su nombre, porque veían las señales que hacía; pero Jesús mismo no Se les confiaba, porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que nadie Le atestiguara cómo era una persona; porque Él sabía muy bien lo que hay en la naturaleza humana:

Juan no nos relata ninguna de las maravillas que realizó Jesús en Jerusalén aquella Pascua; pero Jesús hizo muchos milagros allí y entonces, y hubo muchos que, al contemplar Sus obras, creyeron en Él. La pregunta que Juan está contestando aquí es: Si hubo muchos que creyeron en Jerusalén desde el mismo principio, ¿por qué no desplegó Jesús Su bandera allí y entonces y declaró abiertamente Quién era?

La respuesta es: Jesús conocía demasiado bien la naturaleza humana; sabía que había muchos para los que Él no era más que una maravilla de nueve días; sabía que había muchos que se sentían atraídos por las cosas sensacionales que hacía; sabía que no había nadie que entendiera el camino que había escogido; sabía que había muchos que Le habrían seguido mientras siguiera haciendo milagros y maravillas y señales, pero que, si empezara a hablarles de servicio y de autonegación, de rendirse a la voluntad de Dios, o de una cruz y la necesidad de asumirla, se Le habrían quedado mirando con una mirada ausente 'C Le habrían dejado solo.

Una de las grandes características de Jesús era que no quería seguidores que no supieran y aceptaran clara y definitivamente lo que implicaba el seguirle a Él. Se negó a aprovecharse de la popularidad del momento. Si Se hubiera confiado a la gente de Jerusalén, Le habrían proclamado Mesías allí y entonces, y habrían esperado la clase de acción material que esperaban que tomara el Mesías. Pero Jesús era un Líder que se negaba a invitar a la gente a que Le aceptara hasta que hubieran comprendido lo que aquello implicaba. Insistía en que las personas supieran lo que estaban haciendo.

Jesús conocía la naturaleza humana. Conocía la fragilidad e inestabilidad del corazón. Sabía que una persona se podía sentir arrebatada en un momento de emoción, y volverse atrás cuando descubriera lo que realmente suponía la decisión. Sabía el hambre de sensaciones que hay, en la naturaleza: humana. No quería una multitud vitoreando sin saber por qué, sino una compañía reducida de supiera lo que hacía -y estuviera dispuesta a seguirle hasta el final.

Hay algo que debemos notar en este pasaje, porque tendremos ocasión de encontrarlo una y otra vez. Cuando Juan habla de los milagros de Jesús los llama *señales*. El Nuevo Testamento usa tres palabras diferentes para las obras maravillosas de Dios y de Jesús, cada una de las cuales nos dice algo de lo que es realmente un milagro.

(i) Usa la palabra *teras*. *Teras* quiere decir sencillamente algo maravilloso. Es una palabra que no tiene absolutamente ninguna significación moral. Un truco de prestidigitador podría ser un *teras*. *Un teras* era simplemente algo inexplicable que le dejaba a uno boquiabierto. El Nuevo Testamento no usa nunca esta palabra sola refiriéndose a las obras de Dios o de Jesús.

(ii) Usa la palabra *dynamis*. *Dynamis* quiere decir literalmente *poder*; de ella deriva la palabra *dinamita*. Se puede referir a cualquier clase de poder extraordinario: del poder de crecimiento, de los poderes de la naturaleza, del poder de una medicina, y del del genio de un hombre. Siempre tiene el sentido de un poder efectivo que produce resultados y que puede reconocer cualquier persona.

(iii) Usa la palabra *sémeion*. *Sémeion*, de la que se derivan *semáforo*, *semántica* y otras muchas, quiere decir *señal*. Es la palabra favorita de Juan. Para él un milagro no era simplemente un hecho sorprendente, ni el resultado de un poder extraordinario, sino una señal. Es decir: le decía algo a la gente de la Persona Que lo había hecho; revelaba algo de Su carácter; descubría algo de Su naturaleza; era una acción que permitía comprender mejor y más plenamente cómo era el Que lo hacía. Lo más importante para Juan en los milagros era que decían algo acerca de la naturaleza y el carácter de Dios. Jesús usaba Su poder para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos, consolar a los afligidos; y el hecho de que Jesús usara Su poder de esa manera era una *señal* de que Dios Se preocupa de los dolores y las necesidades de la humanidad. Para Juan, los milagros eran señales del amor de Dios.

En cualquier milagro hay tres cosas: *la maravilla* que deja a las personas alucinadas, sorprendidas y atemorizadas; *el poder* efectivo que puede remediar un cuerpo quebrantado, una mente desquiciada, un corazón herido, y la *señal* que nos habla del amor que hay en el corazón del Dios Que hace esas cosas.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1-6

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, que era un líder de los judíos. Este vino a Jesús de noche y Le dijo:

-Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios; porque nadie podría hacer las señales que Tú haces si Dios no estuviera con él.

Lo que te digo es la pura verdad -le contestó Jesús-: a menos que se renazca de arriba no se puede ver el Reino de Dios.

-¿Cómo puede uno renacer cuando ya es mayor? -le preguntó entonces Nicodemo-. ¡No va a meterse en el vientre de su madre para nacer otra vez!

-Lo que te digo es la pura verdad -le dijo Jesús a menos que se nazca de agua y del Espíritu no se puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu.

La mayor parte de las veces vemos a Jesús rodeado de personas corrientes; pero aquí le vemos en contacto con uno de la aristocracia de Jerusalén. Hay algunas cosas que sabemos de Nicodemo.

(i) Nicodemo tiene que haber sido rico. Cuando Jesús murió, Nicodemo trajo para preparar Su cuerpo para la sepultura «una mezcla de mirra y áloes que pesaba unas cien libras» (*Juan 19:39*), que sólo podría comprar uno que fuera rico.

(ii) Nicodemo era fariseo. En muchos sentidos los fariseos eran las mejores personas de todo el país. Nunca fueron más de seis mil; formaban lo que se llamaba *una jaburá* o hermandad. Se ingresaba en esa hermandad comprometiéndose delante de tres testigos a consagrar su vida al cumplimiento de todos los detalles de la ley tradicional.

¿Qué quería decir eso? Para los judíos, la Ley era la cosa más sagrada del mundo. La Ley eran los cinco primeros libros del Antiguo Testamento. Creían que era la perfecta Palabra de Dios. El añadirle o sustraerle una sola palabra era pecado mortal. Ahora bien: si la Ley era la Palabra completa y perfecta de Dios, eso quería decir que contenía todo lo que una persona necesitaba saber para vivir una vida buena, si no explícitamente, por lo menos implícitamente. Si no todo se encontraba en ella con todas las letras, tenía que ser posible deducirlo. La Ley tal como se encontraba consistía en un conjunto de grandes principios, amplios y nobles, que cada uno tenía que aplicar a su vida. Pero para los judíos posteriores eso no era suficiente. Decían: «La Ley es completa; contiene todo lo necesario para vivir una vida buena; por tanto, en la Ley tiene que haber una regla que gobierne cualquier incidente posible de cualquier momento posible para cualquier persona posible.» Así es que se dedicaron a extraer de cada principio de la Ley un número incalculable de reglas y normas para gobernar cualquier situación imaginable de la vida. En otras palabras: cambiaron la Ley de los grandes principios en un legalismo de reglas adicionales interminables.

El mejor ejemplo de lo que hacían se ve en la ley del sábado.

En la Biblia se nos dice sencillamente que hemos de acordarnos del sábado para mantenerlo como un día santo y no hacer en él ningún trabajo, ni uno mismo ni sus criados y animales. No contentos con eso, los judíos de tiempos posteriores se dedicaron hora tras hora y generación tras generación a definir lo que es un trabajo y a hacer la lista de todas las cosas que se pueden o no se pueden hacer en sábado. *La Misná* es la codificación de la ley tradicional. Los escribas se pasaban la vida deduciendo estas reglas y normas. En la Misná, la sección acerca del sábado ocupa no menos de veinticuatro capítulos. *El Talmud* es el comentario de la Misná, y en el Talmud de Jerusalén la sección dedicada a las leyes del sábado ocupa sesenta y cuatro columnas y media; y en el Talmud de Babilonia, ciento cincuenta y seis páginas de doble folio. Y se nos dice que un rabino pasó dos años y medio estudiando, uno de los veinticuatro capítulos de la Misná sobre el sábado:

La clase de cosa que hacían era algo así: Atar un nudo en sábado era hacer un trabajo; pero había que definir qué era un nudo. «Los siguientes son los nudos que es pecado hacer: el nudo de los conductores de camellos y el de los marineros; y tan pecado es si se atan como si se desatan.» Por otra parte, los nudos que se pueden atar y desatar con una sola mano estaban permitidos. Además, «una mujer puede atarse la abertura de la enagua y las cintas de la cofia o de la faja, las correas de los zapatos o sandalias y de los pellejos del vino o del aceite.» Ahora veamos lo que sucedía: Supongamos que un hombre quería bajar, al pozo el cubo para sacar agua el sábado; no podía atarle la cuerda, porque era ilegal hacer un nudo en una cuerda el sábado; pero lo podía atar al cinturón de su mujer para bajarlo, porque el nudo del cinturón sí era legal. Esas eran cosas de vida o muerte para los escribas y fariseos; eso era la religión, la manera de servir y agradar a Dios.

Tomemos el ejemplo de viajar en sábado. Éxodo 16:29 dice: «Estese, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día.» Así que lo que se podía viajar el sábado se limitaba a dos mil codos, es decir, algo menos de un kilómetro.

Pero, si se ataba una cuerda de lado a lado al final de una calle, toda la calle se consideraba la casa de uno, y se podía recorrer el kilómetro a partir de la cuerda. O, si se depositaban alimentos suficientes para una comida el viernes antes de la puesta del sol, que era cuando empezaba el sábado, en algún lugar, ése se convertía técnicamente en la casa de esa persona, que podía contar desde allí la distancia que podía recorrer en sábado. Las reglas y reglamentos y las exenciones se amontonaban hasta el infinito.

Tomemos el ejemplo de llevar una carga. Jeremías 17:21-24 decía: «Guardaos por vuestra vida de llevar carga en el día de reposo.» Entonces había que definir lo que era una carga; y se decía que era «comida comparable a un higo seco, el vino necesario para mezclarlo en una copa, un sorbo de leche, la miel que se pondría en una herida, el aceite necesario para ungir un miembro pequeño, el agua necesaria para disolver un colirio,» etc., etc. Así que se tenía que decidir si una mujer podía llevar un broche en sábado o no, si se podía llevar una pierna o una dentadura postiza, o si eso sería llevar una carga. ¿Se podía levantar una silla, o llevar en brazos a un niño? Y así se prolongaban indefinidamente las discusiones y las disposiciones.

Los escribas eran los que deducían todas estas reglas, y los *fariseos*, los que dedicaban la vida a cumplirlas. Está claro que, por muy equivoco que estuviera un hombre, tenía que tomarlo muy en serio para proponerse obedecer cada una de todos esos millares de reglas: Y eso era precisamente lo que hacían los fariseos. El nombre de *fariseos* quería decir *separado, un hombre aparte*; y los fariseos eran los que se separaban de la vida ordinaria para observar todos los detalles de la ley de los escribas.

Nicodemo era fariseo, y es sorprendente que quisiera hablar con Jesús un hombre: que tenía esa idea de la bondad y que estaba entregado a esa clase de vida porque estaba convencido de que era la manera de agradar a Dios.

(iii) Nicodemo era uno de los gobernadores de los judíos.

La palabra es arjón. Esto quiere decir que eran un miembro el sanedrín, que era el tribunal supremo de los judíos que estaba formado por setenta miembros. Por supuesto que, bajo el dominio romano; sus poderes estaban muy limitados;

pero seguían siendo considerables. En particular, el sanedrín tenía jurisdicción religiosa sobre todos los judíos del mundo, y uno de sus deberes era examinar y dictaminar en el caso de que surgiera un falso profeta. Así que resulta todavía más sorprendente el que Nicodemo quisiera hablar con Jesús.

(iv) Es posible que Nicodemo perteneciera a una familia judía distinguida. Allá por el año 63 a.C., cuando los romanos y los judíos habían estado en guerra, el líder judío Aristóbulo envió a un cierto Nicodemo como embajador al emperador romano Pompeyo. Mucho más tarde, en los terribles últimos días de Jerusalén, el que negoció la rendición de la guarnición fue un cierto Gorión, hijo de Nicomedes o Nicodemo. Puede que estos dos personajes históricos pertenecieran a la misma familia de nuestro Nicodemo, y que la suya fuera una de las familias más distinguidas de Jerusalén. -Si era así, es verdaderamente maravilloso que este aristócrata - judío viniera a hablarle de su alma a este profeta ambulante que no había sido más que un carpintero en Nazaret.

Fue por la noche cuando vino Nicodemo a Jesús, lo que puede haber sido por una de dos razones.

«),Puede que fuera por precaución: Puede que Nicodemo no estuviera dispuesto a comprometerse viniendo a Jesús de día. No le podemos condenar por eso. Bastante sorprendente es ya que un hombre de su categoría viniera a Jesús, como y cuando fuera. Era infinitamente mejor venir de noche que no venir. Fue un milagro de la gracia de Dios el que Nicodemo venciera sus prejuicios y principios y sentido de la vida lo suficiente como para venir a Jesús.

(ii) Pero puede que fuera por otra razón. Los rabinos decían que la mejor hora para estudiar la Ley era por la noche, cuando no se presentaban distracciones. Durante el día Jesús estaba siempre rodeado de gente. Puede ser que Nicodemo viniera a Jesús por la noche porque quería hablar a solas y sin interrupciones con Él.

Nicodemo era un hombre con inquietudes, con muchos honores pero con un gran vacío en su vida. Vino a hablar con Jesús a ver si encontraba la luz en las tinieblas de la noche.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1•6 (continuación)

Cuando Juan nos relata las conversaciones que tuvo Jesús con algunas personas, sigue un cierto esquema. Aquí lo vemos muy claro. El interlocutor dice algo (versículo 2). Jesús contesta de una forma que resulta difícil de entender (versículo 3). El interlocutor lo toma en otro sentido (versículo 4). Jesús se lo dice de otra manera que es todavía más difícil de entender (versículo 5). Y sigue a continuación una exposición e interpretación. Juan usa este método para que veamos cómo llegaban las personas a comprender por sí mismas, y para que nosotros hagamos lo mismo.

Cuando Nicodemo se encontró a solas con Jesús Le dijo que nadie podía por menos de sentirse impresionado con las señales y milagros que realizaba Jesús. Jesús le contestó que lo realmente importante no eran las señales y los milagros, sino el cambio radical en la vida de una persona, que sólo se podría describir como un nuevo nacimiento.

Cuando Jesús dijo que es necesario *nacer de nuevo* Nicodemo no Le entendió, y su confusión procedía del hecho de que la palabra que la versión *Reina-Valera* traduce por *de nuevo*, en griego *anóthen*, tiene tres sentidos diferentes. (i) Puede querer decir *desde el principio, totalmente, de arriba a abajo*. (ii) Puede querer decir *de nuevo, otra vez*, en el sentido de *por segunda vez*. (iii) Puede querer decir *de arriba, y*, por tanto, *de Dios*. No nos es posible indicar todos esos sentidos en una sola palabra española; pero los tres están incluidos en la frase ***nacer de nuevo***. Nacer de nuevo es experimentar un cambio tan radical que es como un nuevo nacimiento; es que le pase a uno en el alma algo que sólo se puede describir como nacer totalmente de nuevas otra vez; y ese proceso no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la gracia y el poder de Dios.

Cuando leemos este pasaje nos parece que Nicodemo entendió la palabra *de nuevo* solamente en el segundo sentido, es decir, en el más literal. ¿Cómo puede uno que ya es mayor, dijo, meterse otra vez en el seno materno y nacer por segunda vez? Pero la reacción de Nicodemo no era tan simple. Había una gran ansia insatisfecha en su corazón; y es como si dijera, con un anhelo sincero y profundo: < Tú hablas de nacer de nuevo, de ese cambio radical y fundamental que necesitamos. Yo sé que es *necesario*; pero, en mi experiencia, es *imposible*. No hay nada que yo desee más que eso; pero es como si me dijeras a mí, un hombre hecho y derecho, que me meta en el vientre de mi madre y nazca otra vez.> No ponía en duda el que tal cambio fuera *deseable*, eso lo sabía y reconocía Nicodemo demasiado bien, sino que fuera *posible*. Nicodemo se enfrentaba con el eterno problema del que quiere cambiar, pero no puede cambiarse a sí mismo.

Esta frase *nacer de nuevo o renacer* recorre todo el Nuevo Testamento. Pedro habla de renacer por la gran misericordia de Dios (1 *Pedro* 1:3); y también de renacer, no de simiente corruptible, sino incorruptible (1 *Pedro* 1:23). Santiago nos dice que Dios nos hizo renacer por la Palabra de verdad (*Santiago* 1:18). En la *Carta a Tito* se nos habla del lavamiento de la regeneración (3: 5). Algunas veces se expresa esta misma idea como una muerte seguida de una resurrección o recreación. Pablo dice que los cristianos hemos muerto con Cristo y resucitado a una nueva vida (*Romanos* 6:1-11). Y habla de los que se han convertido hace poco como *bebés en Cristo* (1 *Corintios* 3:1-2). El que una persona esté en Cristo, es decir, sea cristiana es como si hubiera sido *creada* totalmente de nuevo (2 *Corintios* 5:17). Una nueva creación tiene lugar en Cristo (Gálatas 6:15).

Nuevas personas son creadas según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 2:24). El que está dando los primeros pasos en Cristo es un niño (Hebreos 5:12-14). Esta idea del nuevo nacimiento o de la nueva creación aparece en todo el Nuevo Testamento. Ahora bien, esta idea no les sonaría extraña en absoluto a los primeros lectores del Nuevo Testamento. Los judíos la usaban al hablar de los que procedían del paganismo y aceptaban el judaísmo mediante la oración, el sacrificio, el bautismo y la circuncisión: eran nacidos de nuevo. « El prosélito que abraza el judaísmo -decían los rabinos- es como un niño, recién nacido.» Tan radical era el cambio que todos los pecados que hubiera cometido antes se le habían perdonado, por que ahora era una persona diferente. En teoría se afirmaban aunque es de esperar que no se llevara nunca a cabo, que tal hombre se podía casar con su madre o con su hermana, porque todos sus lazos familiares anteriores quedaban anulados. Los judíos hablaban del nuevo nacimiento.

Los griegos también conocían muy bien esa idea. Las religiones más reales de los griegos de entonces eran los misterios. Esas religiones se basaban en el mito de algún dios que sufría, moría y resucitaba. Se hacían representaciones de su pasión. Los iniciados pasaban por un largo período de preparación, instrucción, ascetismo y ayuno. Entonces se representaba el drama con una música y un ritual impresionantes, incienso y todo lo que pudiera influir en las emociones. En la representación, el que tomaba parte en aquella forma de culto se identificaba con el dios de tal manera que pasaba por los mismos sufrimientos y compartía el triunfo y la vida divina del dios. Las religiones místicas ofrecían una unión mística con algún dios. Cuando se experimentaba aquella unión, el iniciado era, en el lenguaje de los misterios, *un nacido* de nuevo. Los misterios herméticos tenían como parte de sus creencias básicas que « No puede haber salvación sin regeneración.» Apuleyo, que se sometió a la iniciación, dijo que había pasado por «una muerte voluntaria,» y que mediante ella había alcanzado « su nuevo nacimiento espiritual,» y era «como nacido de nuevo.» Muchos de los ritos de iniciación de los misterios tenían lugar a medianoche, cuando muere y renace el día. En los misterios frígios, al iniciado, después de su iniciación, le daban leche, como si fuera un niño recién nacido.

El mundo antiguo conocía muy bien la idea del renacimiento y la regeneración. Lo anhelaba y buscaba por todas partes. La más famosa de todas las ceremonias misteriosas era el taurobolium. El candidato se metía en un pozo, que se cubría con una rejilla. Sobre esta se degollaba un toro, cuya sangre bañaba al iniciado; y cuando salía del pozo era *renatus in aeternum*, renacido para la eternidad. El Cristianismo trajo precisamente lo que todo el mundo estaba buscando.

¿Qué quiere decir para nosotros el nuevo nacimiento? En el Nuevo Testamento, y especialmente en el Cuarto Evangelio, hay cuatro ideas íntimamente relacionadas: el nuevo nacimiento; el Reino del Cielo, en el que nadie puede entrar a menos que nazca de nuevo; llegar a ser hijos de Dios, y la vida eterna. La idea del nuevo nacimiento no es exclusiva del pensamiento del Cuarto Evangelio. En Mateo encontramos la misma gran verdad expresada aún más sencilla y gráficamente: «Si no os volvéis y os hacéis como niños no entraréis en el Reino del Cielo» (18:3). Estas ideas encierran la misma verdad.

NACER DE NUEVO

Juan 3:1-6 (conclusión)

Vamos a empezar por El Reino del Cielo. ¿Qué quiere decir? Su mejor definición la encontramos en la Oración Dominical, que contiene dos peticiones paralelas:

Venga Tu Reino, Hágase Tu voluntad, como en el Cielo, así también en la Tierra.

Es característico del estilo hebreo el decir las cosas de dos maneras algo diferentes, la segunda de las cuales explica y amplía la primera. En los *Salmos* encontramos innumerables ejemplos de esta forma poética que se conoce técnicamente *como paralelismo*:

*Dios es nuestro amparo y fortaleza,
Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.*

*Por tanto, no temeremos aunque la tierra sea removida,
Y se traspasen los montes al corazón del mar;*

*Aunque bramen y borboten sus aguas,
Y tiemblen los montes a causa de su ímpetu.*

*Jehová de las ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob (Salmo 46:1-3, 7).*

*Lávame más y más de mi maldad,
Y límpiame de mi pecado (Salmo 51:2).*

*En lugares de delicados pastos me hará descansar;
Junto a aguas de reposo me pastoreará (Salmo 23:2).*

Apliquemos ese principio a las dos peticiones de la Oración Dominical: la segunda completa y explica la primera, y así llegamos a la definición del *Reino del Cielo como una sociedad en la que la voluntad de Dios se hace en la Tierra tan perfectamente como en el Cielo*. Estar en el Reino del Cielo es, por tanto, llevar una vida en la que lo sometemos todo voluntariamente a la voluntad de Dios; es haber llegado a una situación en la que aceptamos la voluntad de Dios de una manera perfecta y completa.

Ahora vamos a fijarnos en *la condición de hijos*. En un sentido, es un *privilegio* tremendo. A los que creen se les concede el derecho de llegar a ser hijos de Dios (*Juan 1:12*).

Pero es de la misma esencia de la condición de hijos *la obediencia*. «Si Me amáis, guardad mis mandamientos.» «El que tiene Mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama...» (*Juan 14:15 y 21ss*). La esencia de la condición de hijos es el amor, y la esencia del amor es la obediencia. No podemos ser sinceros si decimos que amamos a una persona y hacemos cosas que hieren y entristecen su corazón. Ser hijos es un privilegio del que se participa solamente cuando se rinde una obediencia perfecta. Así pues, ser hijos de Dios y estar en el Reino de Dios son la misma cosa.. Los hijos de Dios y los ciudadanos de Su Reino son las personas que han aceptado completa y libremente la voluntad de Dios.

Ahora fijémonos en *la vida eterna*. Es mejor llamarla *eterna* que *perdurable*. Lo principal de la vida eterna no es simplemente una cuestión de duración. Está claro que una vida que se prolongara indefinidamente podría ser un infierno lo mismo que un cielo. La idea que subyace en la vida eterna es la de una cierta calidad de vida. ¿Cuál? Hay sólo Uno al Que se le puede aplicar este adjetivo *eterno (aiónios)*, y es Dios. La vida eterna es la clase de vida que vive Dios, la vida de Dios. El entrar en la vida eterna es llegar a participar de la clase de vida que es la vida de Dios. Es estar por encima de todo lo meramente humano y pasajero, y entrar en el gozo y la paz que pertenecen solamente a Dios. Está claro que no se puede entrar en esa íntima comunión con Dios a menos que Le ofrezcamos el amor, la devoción y la obediencia que Le son debidos y que nos introducen en ella.

Aquí tenemos, pues, tres grandes concepciones gemelas: entrar en el Reino del Cielo, llegar a ser hijos de Dios y participar de la vida eterna; y las tres dependen y son productos de la obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Aquí es donde se introduce la idea del *nuevo nacimiento*: es lo que enlaza y armoniza estas tres concepciones. Está claro que, tal como somos y dependiendo de nuestras fuerzas somos absolutamente incapaces de rendir a Dios esa perfecta obediencia; sólo cuando la gracia de Dios llega a tomar posesión de nosotros y nos cambia podemos darle a Dios la reverencia y la devoción que Le debemos. Nacemos de nuevo por medio de Jesucristo; es cuando Le entregamos nuestros corazones y vidas cuando se produce el cambio:

Cuando eso sucede, *nacemos de agua y del Espíritu*. **Aquí** hay dos ideas. El agua es el símbolo de la limpieza. Cuando Jesús toma posesión de nuestras vidas, cuando Le amamos con todo nuestro corazón, nuestros pecados pasados son perdonados y olvidados. El *Espíritu* es el símbolo del *poder*. Cuando Jesús toma posesión de nuestras vidas, no es sólo que nuestros pecados pasados son perdonados y olvidados; si eso fuera todo, podríamos volver otra vez a arruinar la vida, pero entra en ella un nuevo poder que nos permite ser lo que por nosotros mismos no podríamos ser, y hacer lo que por nosotros mismos no podríamos hacer. El agua y el Espíritu representan la limpieza y la fortaleza del poder de Cristo que borra el pasado y da la victoria en el futuro.

Por último, en este pasaje Juan establece una gran ley. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. La persona humana no es nada más que carne, y sus posibilidades se limitan a las de la carne. Por sí misma no puede salir de la frustración y del fracaso; eso lo sabemos muy bien, es el hecho universal de la experiencia humana. Pero la esencia misma del Espíritu es un poder y una vida que están por encima de la vida y el poder humanos, y cuando el Espíritu toma posesión de nosotros, la vida derrotada de nuestra naturaleza humana se transforma en la vida victoriosa de Dios.

Nacer de nuevo es experimentar un cambio tan total que sólo se puede describir como re-nacimiento o re-creación. Este cambio se produce cuando amamos a Jesús y Le dejamos entrar en nuestro corazón. Entonces se nos perdona el pasado y el Espíritu nos capacita para el futuro; entonces podemos aceptar la voluntad de Dios de veras. Y entonces llegamos a ser ciudadanos del Reino del Cielo, e hijos de Dios, y a entrar en la vida eterna, que es la vida misma de Dios.

Y EL DERECHO DE .HABLAR

Juan 3:7-13

No te sorprendas porque te he .dicho «Tenéis que renacer de arriba..» El viento sopla por doquier, y oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu.

-¿Cómo pueden suceder esas cosas? -Le preguntó Nicodemo. Y Jesús le contestó:

-¿Y. tú eres el que todos consideran el maestro de Israel y no lo entiendes? Lo que te digo es la pura verdad: Hablamos de lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto... y no recibís nuestro testimonio. Si os digo cosas terrenales y no me creéis, ¿cómo me ibais a creer si os dijera las celestiales?

Nadie ha subido al Cielo más que el Que bajó del Cielo el Hijo del Hombre, que está en el Cielo.

El no comprender puede ser por varias razones. Puede ser porque no se ha llegado al nivel de experiencia y de conocimientos necesarios para poder captar la verdad. «El que no sabe es como el que no ve», decimos. Si alguien se encuentra en esa situación, nuestro deber es hacer todo lo posible para explicarle las cosas, para que pueda captar el conocimiento que se le ofrece. Pero hay veces que no se entiende porque no se quiere entender: « No hay peor ciego que el que se niega a ver.» Una persona puede cerrar la mente aposta a una verdad que no quiere reconocer o aceptar.

¿Era así Nicodemo? La enseñanza acerca del nuevo nacimiento que procede de Dios no debería haberle parecido extraña. Ezequiel, por ejemplo, había hablado repetidas veces del corazón nuevo que ha de ser creado en los seres humanos: «Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

¿Por qué moriréis; casa de Israel?» (*Ezequiel 18:31*). «Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros» (*Ezequiel 36:26*). Nicodemo era un experto en la Sagrada Escritura, y los profetas habían escrito mucho acerca de la experiencia de la que estaba hablándole Jesús. Si una persona no quiere renacer, le resultará incomprendible lo que quiere decir el nuevo nacimiento. Si uno no quiere cambiar, le cerrará voluntariamente los ojos y la mente y el corazón al poder que le puede cambiar. En última instancia, lo que pasa con tantos de nosotros es sencillamente que, cuando viene Jesús a ofrecerse a cambiarnos y recrearnos, Le decimos más o menos: « No, gracias; estoy perfectamente así, y no quiero cambiar.»

Nicodemo tuvo que replegarse otra vez a la defensiva. Lo que dijo era algo así como: «Ese renacimiento del que estás hablando puede que no sea imposible, pero no puedo entender cómo funciona.» La punta de la contestación de Jesús está en que la palabra griega para *espíritu*, *pneuma*, también quiere decir *viento*: Lo mismo sucede con la palabra hebrea *ruaj*, que también quiere decir *espíritu* y *viento*. Así es que Jesús le dijo a Nicodemo: « Tú puedes oír y sentir *el viento (pneuma)*; pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Puede que no entiendas cómo y por qué sopla el viento, pero puedes sentirlo. Puede que no entiendas de dónde viene la tempestad ni adónde va, pero puedes observar sus efectos en las nubes y los árboles. Hay muchas cosas del viento que no puedes entender, pero sus efectos están a la vista.» Y prosiguió: «El *Espíritu (Pneuma)* es exactamente lo mismo. Puede que no sepas cómo obra; pero puedes ver Sus efectos en las vidas humanas.»

Jesús decía: «Esto no es nada teórico. Hablamos de lo que hemos visto de hecho. Podemos señalar a muchas personas que han nacido de nuevo por el poder del Espíritu.» El doctor John Hutton solía citar el caso de un obrero que había sido un borracho empedernido y se había convertido. Sus compañeros hicieron todo lo posible por ridiculizarle. « No nos dirás que puedes creer en los milagros y en cosas por el estilo -le decían-. Por ejemplo, que Jesús convirtió el agua en vino».

«No sé si convirtió el agua en vino cuando estaba en Palestina -contesto--; pero sé que en mi casa ha convertido el alcohol en muebles y ropa y comida sana.»

Hay un montón de cosas en este mundo que usamos todos los días sin saber cómo funcionan. Son los menos entre nosotros los que saben cómo funcionan la electricidad, la radio, la televisión y hasta el coche, entre otras muchas cosas; pero no por eso decimos que no existen. Muchos de nosotros usamos un coche aunque no tenemos más que una ligerísima idea de lo que pasa debajo del capó; aunque no entendemos del todo cómo funciona, eso no nos impide usarlo y disfrutar de todas sus ventajas. Puede que no entendamos cómo obra el Espíritu, pero Su efecto en las vidas de las personas está a la vista de todo el .mundo. El argumento incontestable a favor del Evangelio son las vidas cambiadas de los que lo han aceptado. Nadie debiera descartar una fe que es capaz de hacer que los malos se hagan buenos.

Jesús dijo a Nicodemo: « He tratado de ponértelo fácil. He usado ejemplos humanos sencillos tomados de la vida diaria, y no has entendido. ¿Cómo esperas entender las cosas profundas si hasta las más sencillas te resultan incomprendibles?»

Hay aquí una seria advertencia para todos nosotros. Es fácil tomar parte en grupos de discusión, ponerse a estudiar y a leer libros, a discutir intelectualmente el Cristianismo; pero lo esencial es experimentar el poder del Evangelio. Es verdad que es importante tener una comprensión intelectual del orbe de la verdad cristiana; pero es mucho más importante tener una experiencia vital del poder de Jesucristo. Cuando un paciente está bajo tratamiento médico, o tiene que ser operado, o se le recetan ciertas medicinas, no tiene necesidad de conocer todo el orbe de la anatomía, ni cómo actúan la anestesia o los fármacos en su cuerpo para recuperar la salud. El noventa y nueve por ciento de los pacientes experimentan la curación sin ser capaces de

decir cómo se realizó. En un sentido, el Evangelio actúa así. Encierra un misterio, pero no porque desafía a la comprensión intelectual; es el misterio de la redención.

Al leer el Cuarto Evangelio resulta difícil saber cuándo terminan las palabras de Jesús y empiezan las del evangelista. Juan ha pasado tanto tiempo pensando en las palabras de Jesús que pasa imperceptiblemente de ellas a sus propios pensamientos acerca de ellas. Es casi seguro que las últimas palabras de este pasaje son de Juan. Es como si alguien preguntara: «¿Qué derecho tiene Jesús a decir esto? ¿Cómo podemos estar seguros de que es cierto?» La respuesta de Juan es sencilla y terminante: «Jesús -dice- descendió del Cielo para comunicarnos la verdad de Dios. Y, después, de compartir la vida de la humanidad y morir por ella; volvió a Su gloria.» Juan aseguraba que Jesús tenía derecho a hablar así porque conocía personalmente a Dios, porque había venido directamente del Cielo a la Tierra y porque lo que Él decía no era sino la verdad de Dios, porque Jesús era y es la encarnación de la Mente de Dios.

EL CRISTO ELEVADO

Juan 3:14-15

Y de la misma manera que Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, así es menester que levanten al Hijo del Hombre; para que todos los que crean en Él puedan tener la vida eterna.

Juan recuerda una historia extraña del Antiguo Testamento que se encuentra, en *Números 21:4-9*. En su viaje por el desierto, los israelitas murmuraron y se quejaron y se lamentaron de haber salido de Egipto. Para castigarlos, Dios envió una plaga mortal de serpientes venenosas; el pueblo se arrepintió y pidió misericordia. Dios le dijo a Moisés que hiciera la imagen de una serpiente y la pusiera en alto en medio del campamento, y los que miraran a la serpiente se curarían.

Aquella historia impresionó vivamente a los israelitas. En

tiempos posteriores aquella imagen de la serpiente se convirtió en un ídolo, y tuvieron que destruirla en tiempo del rey Ezequías, porque la gente había empezado a darle culto (*2 Reyes 18:4*). A los mismos judíos les alucinaba este incidente, porque tenían absolutamente prohibido el hacer imágenes. Los rabinos lo explicaban diciendo: «No era la serpiente de bronce lo que daba la vida. Cuando Moisés la puso en alto, los moribundos pusieron su confianza en el Que le había mandado a Moisés que lo hiciera. Era Dios mismo el Que los sanaba.» El poder sanador no estaba en la serpiente; esta, no era más que un objeto que les hacía volver el pensamiento a Dios; y, cuando lo hacían, se ponían buenos.

Juan tomó aquella vieja historia y la usó como una parábola profética de lo que había de suceder con Jesús. Dijo: «Pusieron en alto la serpiente; los moribundos la miraban; su pensamiento volvía a Dios, y por el poder de aquel Dios en Quien ponían su confianza se curaban. Así es como era necesario que Jesús fuera levantado: para que, cuando los que estamos heridos por el pecado volvamos a El nuestro pensamiento y creamos en El, encontremos la vida eterna.»

Hay aquí un detalle maravillosamente sugestivo. El verbo *levantar es hypsún*. Lo curioso es que se usa de Jesús en un doble sentido: en el de *ser levantado en la Cruz*, y en el de *ser elevado a la gloria* cuando ascendió al Cielo. Se usa de la Cruz en *Juan 8:28; 12:32*; y se usa de la Ascensión de Jesús al Cielo en *Hechos 2:33; 5:31; Filipenses 2:9*. Hubo una doble elevación de Jesús cuando acabó Su vida en la Tierra: fue levantado en la Cruz, y fue elevado a la gloria; y las dos están inseparablemente relacionadas: ninguna podría haber sucedido sin la otra. Para Jesús la Cruz era el camino a la gloria. Si la hubiera evadido o evitado, como podría haber hecho fácilmente, no habría sido glorificado. Y lo mismo nos sucede a nosotros. Podemos, si queremos, escoger el camino fácil; podemos, si queremos, evitar la cruz que nos corresponde a todos los cristianos; pero si lo hacemos, perdemos la gloria. Es una inquebrantable ley de vida que sin cruz no hay corona.

En este pasaje hay dos expresiones con cuyo sentido nos tenemos que enfrentar. No nos será posible extraerlo en su totalidad, porque es más del que nunca podremos descubrir; pero debemos tratar de captar lo más posible.

(i) Está la frase que se refiere a *creer en Jesús*. Quiere decir por lo menos tres cosas.

(a) Quiere decir creer con todo nuestro corazón que Dios es como Jesús nos ha revelado que es. Quiere decir que Dios nos ama, se preocupa de nosotros y que lo que quiere hacer con nuestros pecados es perdonarnoslos. No era fácil para los judíos el creer eso. Veían a Dios como Alguien que les imponía Sus leyes y que los castigaba si las quebrantaban. Veían a Dios como el Juez, y a las personas como reos de muerte. Veían a Dios como Uno que exige sacrificios y ofrendas; para llegar a Su presencia había que pagar un precio inasequible. Era difícil pensar en Dios, no como un Juez dispuesto a imponer el castigo, ni como el capataz que exige una tarea irrealizable, sino como -el Padre que nada anhela más que el que Sus hijos rebeldes vuelvan a casa: Costó la vida y la muerte de Jesús el decírnoslo. No podemos empezar a ser cristianos hasta que nuestro -corazón crea esta Buena Noticia. .

(b). ¿Cómo podemos estar seguros de que Jesús sabía lo que estaba diciendo? ¿Qué garantía se nos ofrece de que es cierta una Noticia tan maravillosa? Aquí llegamos al segundo artículo de nuestra fe. Tenemos que creer que Jesús es el Hijo de Dios, que, en Él está la Mente de Dios, que Él conocía a Dios tan bien y estaba tan cerca de Él y era una sola cosa con Él, que nos puede revelar plenamente la verdad acerca de Dios.

(c) Pero el creer tiene un tercer elemento. Creemos que Dios es un Padre amante porque creemos que Jesús es el Hijo de Dios y que por tanto lo que nos dice acerca de Dios es verdad. Entonces aparece el tercer elemento: Tenemos que jugar el todo por el todo a que lo que Jesús nos dice es la verdad. Tenemos que hacer todo lo que Él nos dice; tenemos que obedecer todo lo que Él nos manda. Cuando Él nos dice que tenemos que rendirnos incondicionalmente a la misericordia de Dios, lo tenemos que hacer. Tenemos que tomarle la palabra a Jesús. Hasta la cosa más insignificante de la vida se ha de hacer en obediencia incondicional a Él.

Así es que creer en Jesús tiene tres elementos: Creer que Dios es nuestro Padre amante; creer que Jesús es el Hijo de Dios y por tanto nos dice la verdad acerca de Dios y de la vida, y obedecer incondicionalmente a Jesús.

(ii) La segunda gran expresión es *la vida eterna*. Ya hemos visto que la vida eterna es la misma vida de Dios mismo. Pero preguntémoslo siguiente: Si tenemos la vida eterna, ¿qué es lo que tenemos? ¿Qué es eso de entrar en la vida eterna? Tener la vida eterna es algo que envuelve en paz todas las relaciones de la vida.

(a) Nos da la paz con Dios. Ya no estamos arrastrándonos servilmente ante un tirano, o tratando de escondernos de un juez implacable: estamos en casa con nuestro Padre:

(b) Nos da la paz con nuestros semejantes. Si hemos sido perdonados tenemos que ser perdonadores. Esto nos permite ver a las personas como Dios las ve. Nos hace miembros de una gran familia unida en amor: .

(c) Nos da la paz con la vida. Si Dios es Padre, Dios dirige todas las cosas para bien. Lessing solía decir que si se le permitiera hacerle una pregunta a la esfinge que lo sabía todo sería: < ¿Es este un universo amigable? » Cuando creemos en Dios como Padre también creemos que Su mano paternal no causará jamás a Sus hijos lágrimas innecesarias. Puede que no entendamos del todo la vida, pero no viviremos sumidos en el resentimiento nunca más.

(d) Nos da la paz con nosotros mismos: En último análisis nos tenemos más miedo a nosotros mismos que a nada más. Conocemos nuestros puntos flacos; conocemos la fuerza de las tentaciones; conocemos nuestras obligaciones y las exigencias de nuestra propia vida. Pero ahora sabemos que nos enfrentamos con todo con Dios. No vivimos solos, sino Cristo vive en nosotros. Hay una paz que tiene su cimiento en una fuerza suficiente para vivir: la de Cristo.

(e) Nos da la seguridad de que la paz más profunda de esta vida no es más que una sombra de la paz por venir. Nos da una esperanza y una meta hacia la que nos dirigimos. Nos da una vida gloriosamente maravillosa ya aquí y, sin embargo, al mismo tiempo, una vida en la que lo mejor está por venir.

EL AMOR DE DIOS

Juan 3:16

Porque Dios amó al mundo hasta tal punto que dio a Su Hijo único para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan la vida eterna.

Todos los grandes hombres han tenido un versículo preferido; pero éste se ha llamado «el versículo de todo el mundo». Para todo corazón humilde, aquí está la quintaesencia del Evangelio. Este versículo contiene varias grandes verdades.

(i) Nos dice que la iniciativa de la Salvación pertenece a Dios. Algunas veces se presenta el Evangelio como si se hubiera tenido que pacificar a Dios y persuadirle para que perdonara. A veces se presenta a Dios como inflexible y justiciero, y a Jesús manso, amoroso y perdonador. A veces se predica el Evangelio como si Jesús hubiera hecho algo para que se alterara la actitud de Dios hacia la humanidad, para que se viera obligado a cambiar la sentencia condenatoria por la del perdón. Pero este versículo nos dice que todo empezó en Dios. Fue Dios el que envió a Su Hijo porque amaba hasta tal punto a la humanidad entera. No habría Evangelio ni Salvación si no fuera por el Amor de Dios.

(ii) Nos dice que el manantial de la vida de Dios es el Amor. Se podría predicar una religión en la que Dios contemplara a la humanidad sumida en la ignorancia, la indigencia y la maldad, y dijera: « ¡Voy a domarlos: los disciplinaré y castigaré a ver si aprenden! » O se podría pensar que Dios está buscando la sumisión de la humanidad para satisfacer Su deseo de poder y para tener un universo completamente sometido. Pero lo tremendo de este versículo es que nos presenta a Dios actuando, no en provecho propio, sino nuestro; no para satisfacer Su deseo de poder ni para avasallar al universo, sino movido por Su amor. Dios no es un monarca absolutista que tratara a las personas solamente como súbditos obligados a la más absoluta obediencia, sino un Padre que no puede ser feliz hasta que Sus hijos desagradecidos y rebeldes vuelvan al hogar. Dios no azota a la humanidad para que se Le someta, sino la anhela y soporta para ganar su amor.

(iii) Nos habla de la amplitud del amor de Dios. Dios amó y ama al mundo. No sólo a una nación, ni a los buenos, ni a los que Le aman a Él, sino al mundo entero: Los *inamables*, los que no tienen nadie que los ame, los que aman a Dios y los que ni

se acuerdan de El, los que descansan en el amor de Dios y los que lo desprecian... Todos están incluidos en el amor universal de -Dios. Como dijo Agustín de Hipona, «Dios nos ama a cada uno de nosotros como si no hubiera más que uno a quien amar. Y así, a todos.»

EL AMOR Y EL JUICIO

Juan 3:17-21

Porque Dios no envió a Su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que fuera el medio de su salvación. El que cree en el Hijo no se condena, pero el que no cree sigue en la condenación. La razón de esta condenación es que la Luz ha venido al mundo, y la gente prefirió la oscuridad a la Luz porque sus obras eran malas. Todos los que hacen cosas condenables aborrecen la Luz, y no vienen a ella porque sus obras están sentenciadas. Pero los que ponen la verdad en acción vienen a la Luz para que todos puedan ver sus obras, porque las hacen de acuerdo con Dios.

Aquí nos enfrentamos con una de las aparentes paradojas del Cuarto Evangelio, la del amor y el juicio: Acabamos de meditar sobre el Amor de Dios, y ahora, de pronto, nos encontramos frente a la idea del juicio y la condenación. Juan acaba de decir que fue porque Dios amaba al mundo de tal manera por lo que mandó a Su Hijo al mundo. Más adelante nos presentará a Jesús diciendo: «Para juicio he venido Yo a este mundo» (Juan 9:39). ¿Cómo es posible que sean verdad las dos cosas?

Es totalmente posible ofrecerle a una persona una experiencia nada más que por amor, y que esa experiencia provoque su juicio. Es totalmente posible ofrecerle a una persona una experiencia que no se pretende que produzca nada más que alegría y bendición, y sin embargo se convierta en un juicio. Supongamos que amamos la buena música y nos sentimos más cerca de Dios en medio de la marea estruendosa de una gran sinfonía que en ninguna otra situación. Y supongamos que tenemos un amigo que no sabe nada de tal música y queremos introducirle en esta gran experiencia, compartirla con él, y ponerle en contacto con la belleza invisible de la que nosotros disfrutamos tanto. No tenemos otra intención que la de darle a nuestro amigo la felicidad de una gran experiencia. Le llevamos a un concierto; y a poco de empezar le vemos inquieto, paseando la mirada por toda la sala, obviamente aburrido. Ese amigo se ha dictado su propia sentencia de no tener cabida en el alma para la buena música. La experiencia diseñada para producirle una nueva felicidad se ha convertido en algo que no es sino un juicio.

Esto nos sucede siempre cuando nos vemos confrontados por la grandeza. Puede que se trate de contemplar una gran obra de arte pictórico, o de escuchar a un gran orador, o de leer un gran libro. Nuestra reacción es nuestro juicio. Si no apreciamos la auténtica belleza ni sentimos emoción estética es que somos insensibles a esa forma de arte.

Cierto turista estaba visitando un gran museo en el que abundaban las obras maestras de un valor incalculable, de

belleza intemporal y de indiscutible genio. Al final del recorrido, dijo al guía: «¿Sabe lo que le digo? Que no me parecen gran cosa sus viejas pinturas.» A lo que contestó reposadamente el guía: «Caballero, le recuerdo que estas obras no están en tela de juicio; pero los que las contemplan, sí.»

Todo lo que había mostrado la reacción de aquella persona era su propia lamentable ceguera. Su juicio despectivo se había vuelto contra sí misma.

Y eso es lo que nos pasa en relación con Jesús. Si ante Su presencia el alma responde a Su maravilla y belleza, se está en el camino de la salvación. Si ante Su figura no vemos nada amable, estamos condenados. Nuestra reacción nos ha salvado o nos ha condenado. Dios envió a Jesús por amor. Le envió para nuestra salvación, pero lo que se hizo por amor ha resultado para condenación. No es Dios el Que condena; Dios solamente ama; es cada uno el que se condena a sí mismo.

El que reacciona hostilmente ante Jesús es que prefiere la oscuridad a la Luz. Lo terrible de las personas que son buenas de veras es que siempre producen un cierto elemento inconsciente de condenación. Esto sucede porque, cuando nos comparamos con ellas, nos vemos tal como somos en realidad. Alcibiades era un genio malogrado, un compañero de Sócrates, al que decía a veces: « ¡Sócrates, te odio porque siempre que te encuentro me haces verme como soy en realidad! » El que está metido en negocios turbios no quiere que se le dirija el reflector; pero el que lleva las cosas claras no le tiene ningún miedo a la Luz.

Una vez le vino un arquitecto a Platón a ofrecérsele para hacerle una casa cuyas habitaciones no se pudieran ver desde ningún sitio. Platón le dijo: « Te daré el doble si me haces una casa cuyas habitaciones se puedan ver desde todas partes. »

Es sólo el malhechor el que no se quiere ver a sí mismo ni que nadie le vea. Una persona así es inevitable que aborrezca a Jesucristo, Que le hará verse tal como es, que es lo último que quiere ver. Prefiere sentirse arropado por la oscuridad antes que descubierto por la Luz.

Por su reacción ante Jesucristo, una persona se revela y su alma queda al descubierto. Si Le recibe con amor y con anhelo de mejorar, hay esperanza; pero si no ve nada atractivo en Jesús, se condena a sí misma. El Que le fue enviado por amor Se le ha convertido en un juicio.

UN HOMBRE SIN ENVIDIA

Después de estas cosas se fueron Jesús y sus discípulos a la región de Judea---Jesús pasó allí algún tiempo con ellos, y bautizando. Juan también estaba bautizando en Enón, cerca de Salem, porque allí había mucha agua; y la gente seguía viniendo adonde él estaba, porque esto era antes de que metieran a Juan en la cárcel.

Y se produjo una discusión entre algunos de los discípulos de Juan y un judío acerca del rito de la purificación; así es que se dirigieron a Juan y le dijeron:

-Rabí, fíjate: El Que estaba contigo al otro lado del Jordán, del Que diste testimonio, está bautizando, y todos se van con Él.

Nadie puede recibir más de lo que el Cielo le conceda. Vosotros me sois testigos de que os dije: «Yo no soy el Ungido de Dios, > sino «He sido enviado por delante de Él. » El Novio es el que tiene la novia; pero el amigo del Novio que está presente y escucha al Novio se alegra de oír su voz: Eso es lo que me pasa a mí, y por eso estoy completamente feliz. Él tiene que crecer, y yo que menguar.

Ya hemos visto que uno de los propósitos del autor del Cuarto Evangelio era asegurar que Juan el Bautista ocupaba el lugar que le correspondía como precursor de Jesús, pero no

más. Todavía había algunos que estaban dispuestos a llamar a Juan maestro y señor; el autor del Cuarto Evangelio **quiere mostrar que Juan ocupaba un lugar importante, pero que** el más importante Le correspondía exclusivamente a Jesús; y quiere mostrar que el mismo Juan nunca tuvo la menor duda de que Jesús era supremo. Con ese fin hace referencia al tiempo en que coincidieron los ministerios de Juan y de Jesús. Los evangelios sinópticos no lo hacen: *Marcos 1:14* nos dice que fue *después* de que encarcelaran a Juan cuando Jesús empezó Su ministerio. No vale la pena discutir cuál de los dos relatos es el más correcto históricamente; pero el Cuarto Evangelio, al presentar la coincidencia de los dos ministerios, muestra la superioridad de Jesús más claramente en el contraste.

Una cosa es segura: que este pasaje nos presenta el encanto de la humildad de Juan el Bautista. Estaba claro que la gente estaba dejando a Juan para irse con Jesús. Los discípulos de Juan estaban preocupados. No les gustaba que su maestro quedara en un segundo lugar, ni verle abandonado por las multitudes que se agolpaban para escuchar al nuevo Maestro.

En respuesta a sus quejas habría sido comprensible que Juan se hubiera dado por ofendido, abandonado e injustamente olvidado. Algunas veces la compasión de un amigo es lo que peor nos cae. Puede hacer que nos sintamos víctimas y que nos han tratado injustamente. Pero Juan estaba por encima de esas actitudes. Les dijo tres cosas a sus discípulos.

(i) Les dijo que nunca había esperado otra cosa. Les recordó que ya les había advertido que no era a él al que le correspondía el puesto más importante, sino que él no era más que un heraldo, el precursor que viene a anunciar y preparar las cosas para la llegada de Otro más importante. Haría más fácil la vida el que hubiera más personas dispuestas a representar papeles secundarios. Muchos quieren ser los protagonistas; pero Juan no era uno de ellos. Sabía muy bien que Dios le había asignado una misión subordinada. Nos ahorraríamos un montón de resentimiento y de frustración si nos diéramos cuenta que hay ciertas cosas que no nos corresponden, y aceptáramos de corazón e hiciéramos lo mejor posible la labor que Dios nos ha asignado. El hacer algo secundario *para el Señor* lo convierte en una gran tarea. Como decía la señora Browning: «Todo servicio cuenta igual para Dios.» Cualquiera cosa que se hace para Dios es grande por naturaleza.

(ii) Les dijo que nadie -puede recibir más de lo que Dios le dé. Si el nuevo Maestro estaba ganando más seguidores no era porque se los estaba robando a él, a Juan, sino porque Dios Se los estaba dando.

Hubo un cierto pastor americano que se llamaba el doctor Spence. En un tiempo había sido muy popular, y había tenido llena la iglesia; pero con el paso del tiempo la asistencia fue bajando. Había venido a la iglesia de enfrente un pastor nuevo que gustaba más.

Una tarde, el doctor Spence miró a su pequeño rebaño y preguntó:

-¿Dónde se ha metido toda la gente?

Se produjo un silencio .tenso, que por fin rompió uno de los miembros del consejo de la iglesia:

-Creo que se han ido a la iglesia de enfrente a escuchar al nuevo pastor.

El doctor Spence se quedó callado un momento, y luego dijo, sonriendo complacido:

-Pues, bien; creo que deberíamos seguir su ejemplo todos.

Y se bajó del púlpito y se dirigió a la iglesia de enfrente al frente de sus fieles.

¡Cuántos celos, frustraciones y resentimientos nos ahorraríamos si tuviéramos presente que el éxito de los demás se lo da Dios, y estuviéramos dispuestos a aceptar el veredicto de Dios y Su elección!

(iii) Por último, Juan puso un ejemplo que cualquiera podría entender, y más los judíos, porque era parte de su herencia cultural. Llamó a Jesús « el Novio», y dijo que él, Juan, era « el amigo del Novio». Una de las grandes figuras del Antiguo Testamento es la de los desposorios de Israel, que es la novia,

con Dios, Que es el Novio. La unión que hubo entre Dios e Israel era tan íntima que podría compararse con un matrimonio. Cuando Israel se apartaba tras dioses extraños era como si fuera infiel al vínculo matrimonial (*Éxodo 34:15, cp. Deuteronomio 31:16; Salmo 73:27; Isaías 54:5*).

El Nuevo Testamento hereda esta alegoría y habla de la Iglesia como la Esposa de Cristo (*2 Corintios 11:2; Efesios 5:22-32*). Esta era la figura que Juan tenía en mente: Jesús había venido de Dios; era el Hijo de Dios; Israel era Su prometida, y Él era el Novio. Juan sólo se reservaba el papel del amigo del Novio.

El amigo del novio, en hebreo *shoshben*, tenía un papel exclusivo en una boda judía. Era el que arreglaba la boda; repartía las invitaciones, y presidía la fiesta. Era el que traía la novia al novio. También tenía que cuidarse de la cámara nupcial y de que no se introdujeran intrusos. Sólo cuando oía y reconocía la voz del esposo en la oscuridad, le abría la cámara nupcial para que entrara, y se retiraba gozoso cuando había cumplido su cometido y los esposos estaban juntos. No lo hacía de mala gana, sino considerando un honor el introducir la novia al novio; y, cuando había cumplido su misión, se retiraba contento del centro de la escena:

La misión de Juan había sido traerle Israel a Jesús, el Mesías enviado de Dios, y arreglar Sus bodas. Una vez cumplido su cometido estaba contento de desaparecer en la oscuridad. No dijo con envidia que Jesús tenía que crecer y él menguar, sino con júbilo. Nos vendría bien a veces recordar que no es a nosotros a los que tenemos que atraer a la gente, sino a Jesucristo. No es para nosotros para quienes reclamamos la lealtad de la Iglesia, sino para el Novio, el Hijo de Dios.

EL QUE HA VENIDO DEL CIELO

Juan 3:31-36

EL Que viene de Arriba está por encima de todos. El que procede de la Tierra es de la Tierra y habla de la Tierra. El Que procede del Cielo está por encima de todos: lo que atestigua es lo que ha visto y oído, y no reciben Su testimonio; pero los que reciben Su testimonio autentican que Dios es veraz. El Que Dios ha enviado habla la Palabra de Dios, porque Dios no Le asigna el Espíritu con una medida escasa. El Padre ama al Hijo, y lo ha dejado todo en Sus manos. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.

Como ya hemos visto, una de las dificultades del Cuarto Evangelio es saber cuándo hablan los personajes y cuándo es Juan el que añade el comentario. Estos versículos puede que contengan las palabras de Juan el Bautista; pero parece más bien que son el testimonio y comentario del evangelista.

Juan empieza por afirmar la supremacía de Jesús. Si queremos información, tenemos que acudir a la persona que la tiene. Si queremos información acerca de una familia, la obtendremos de primera mano solamente de uno de los miembros de esa familia. Si queremos información sobre una ciudad, la recibiremos de primera mano sólo de alguien que viva o haya estado allí. De la misma manera, si queremos información acerca de Dios, sólo la podremos obtener del Hijo de Dios; y si la queremos acerca del Cielo y de la vida que se vive allí, sólo la podremos recibir del Que vino de allí. Cuando Jesús habla de Dios y de las cosas celestiales, dice Juan, no habla de segunda mano, sino nos cuenta lo que ha oído y visto por Sí mismo. Para decirlo simplemente, como Jesús es el único que conoce a Dios, es el único que puede comunicarnos los hechos acerca de Dios, y eso es lo que es el Evangelio.

Lo que le da pena a Juan es que sean tan pocos los que acepten el Mensaje que nos ha traído Jesús; pero, cuando uno lo recibe, atestigua el hecho de que en su fe la Palabra de Dios es verdad. En el mundo antiguo, si una persona quería autenticar un documento como, por ejemplo, un testamento o un tratado, le ponía su sello al pie. Ese sello era la señal de que él estaba de acuerdo con el contenido del documento y lo consideraba fidedigno y efectivo. De la misma manera, cuando alguien acepta el Evangelio, afirma y pone su sello atestiguanado que cree que lo que Dios dice es cierto.

Y Juan prosigue: podemos creer lo que nos dice Jesús porque Dios derramó en Él Su Espíritu en plenitud, sin reservarse nada. Hasta los mismos judíos decían que los profetas recibían de Dios *una cierta medida del Espíritu*. La totalidad del Espíritu estaba reservada para el Escogido de Dios. Ahora bien: según la manera de pensar de los judíos, el Espíritu de Dios tenía dos misiones: la primera era revelar a la humanidad la verdad de Dios; y la segunda, capacitar a los seres humanos para reconocer y entender esa verdad cuando venía a ellos. El decir que el Espíritu estaba en Jesús de la manera más completa es decir que Jesús conocía y entendía perfectamente la verdad de Dios. Para decirlo de otra manera: escuchar a Jesús es escuchar la misma voz de Dios.

Por último, Juan nos presenta otra vez la alternativa eterna, la vida o la muerte. A lo largo de todo su historia, Dios le había presentado al pueblo de Israel esta gran elección. *Deuteronomio* conserva las palabras de Moisés: < Mira: yo te he puesto delante hoy la vida y el bien, la muerte y el mal... A los cielos y a la Tierra invoco por testigos contra vosotros hoy de que os he

puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; por tanto, escoge la vida, para que viváis tú y tu descendencia» (*Deuteronomio 30:15-20*). Y Josué reiteró el desafío: < Escogeos hoy a quién sirváis» (*Josué 24:15*). Se ha dicho que toda la vida se concentra en las encrucijadas. Una vez más, Juan vuelve a su tema favorito: lo que importa es nuestra reacción a Cristo. Si esa reacción es amor y anhelo, esa persona conocerá la vida. Si es indiferencia u hostilidad, esa persona no cosechará más que la muerte. No es que Dios descargue Su ira sobre ella; es que ella se la atrae sobre sí misma.

DERRIBANDO BARRERAS

Juan 4:1-9

Así que, cuando Jesús supo que los fariseos se habían enterado de que estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan (aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino Sus discípulos), se marchó de Judea y volvió otra vez a Galilea. Y tenía que pasar por Samaria.

Llegó a una población de Samaria que se llamaba Sicar, que está cerca de la parcela que dio Jacob a su hijo José, donde estaba el pozo de Jacob. Y Jesús, cansado como estaba del camino, estaba sentado junto al pozo. Era como el mediodía.

Entonces vino una samaritana a sacar agua, y Jesús le dijo:

-Dame de beber.

Y es que Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar provisiones. Entonces Le dijo la samaritana:

-¿Cómo es que Tú, que eres hombre y judío, me pides de beber a mí, que soy mujer y samaritana? -Porque los judíos y los samaritanos no tienen ningún trato.

En primer lugar vamos a reconstruir la escena de este incidente. Palestina no tiene más que 200 kilómetros de Norte a Sur, pero en los tiempos de Jesús el país estaba dividido claramente en tres partes. Al Norte estaba Galilea; al Sur, Judea, y en medio, Samaria.

Jesús no quería en esta etapa de Su ministerio involucrarse en discusiones acerca del bautismo, así es que decidió marcharse de Judea por un tiempo y pasar a Galilea. El camino más corto de Judea a Galilea era a través de Samaria, que se podía hacer en tres días; pero había una enemistad secular entre los judíos y los samaritanos, y esto hacía que fuera más corriente seguir la ruta alternativa, aunque era doble de larga, pues suponía cruzar el Jordán, subir hacia el Norte por la parte oriental y volver a cruzar el Jordán otra vez a la altura de Galilea. Jesús eligió la ruta más corta a través de Samaria para ir a Galilea, posiblemente no sólo para ganar tiempo sino también para cumplir una parte de Su misión.

El camino pasaba por el pueblo de Sicar. A corta distancia de allí se bifurca la carretera de Samaria: una rama va hacia el Nordeste a Escitópolis, y la otra hacia el Oeste a Nablus y luego al Norte a Enganim. En la bifurcación se encuentra todavía el pozo de Jacob.

Esta era una zona llena de recuerdos históricos. Allí estaba la parcela que había comprado Jacob (*Génesis 33:1 &*). Jacob, ya en el lecho de muerte, le había legado ese terreno a José (*Génesis 48:22*). Y, cuando José murió en Egipto, llevaron su cuerpo a enterrar allí (*Josué 24:32*). Así es que había muchos recuerdos del pasado en aquel lugar.

El pozo mismo tenía más de 30 metros de profundidad. No es un manantial, sino que el agua llega allí filtrándose por las tierras de alrededor y se forma un depósito. Pero está claro que era ya entonces un pozo bien hondo, del que no se podía sacar agua a menos que se tuviera con qué.

Cuando Jesús y su pequeña compañía llegaron a la bifurcación de la carretera, Jesús se sentó a descansar. El día era para los judíos desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde; así es que lo que llama la versión Reina-Valera la hora sexta era el mediodía, cuando más calor hacía, y Jesús estaba cansado y sediento del viaje. Los discípulos se habían adelantado al pueblo a comprar provisiones. Ya habían empezado a cambiar sin darse cuenta; porque, lo más probable es que antes de conocer a Jesús ni siquiera habrían pensado en comprar nada de los samaritanos. Poco a poco, tal vez sin darse cuenta, las barreras se iban cayendo.

Mientras Jesús estaba sentado esperándolos, una samaritana vino al pozo. Por qué había de ir allí es un poco sorprendente; porque aquel lugar estaba a más de un kilómetro de Sicar, donde viviría y donde había agua.

¿Sería porque las mujeres del pueblo la tenían marginada por razones sexuales y no le dejaban sacar agua del pozo del pueblo?. El caso es que llegó allí dispuesta a sacar agua, y Jesús le pidió que le diera una poca. Ella se dio la vuelta sorprendidísima, y le dijo:

-Yo soy una mujer; y además samaritana, y tú eres un hombre, y además judío. ¿Cómo es eso de que me pides que Te dé de beber?

Y aquí Juan les explica a sus lectores griegos que no había absolutamente ningún trato entre los judíos y los samaritanos.

Ahora bien, es probable que lo que aquí tenemos no es más que, un resumen muy breve de una conversación más larga. Podemos suponer que pasó más de lo que se nos cuenta aquí. Usando una analogía, esto es como el acta de una reunión de negocios, en la que se reflejan solamente los puntos principales. Yo supongo que la samaritana le descargaría la angustia de su alma a aquel forastero que había adivinado tan certeramente sus enredos domésticos. Tal vez fue la única vez que ella se encontró con uno con amabilidad y limpieza en los ojos en lugar de crítica y condenatoria superioridad, y eso hizo que le descubriera su corazón.

Pocas historias evangélicas nos revelan tan claramente el carácter y la actitud de Jesús.

(i) Nos presenta la realidad de su humanidad: Jesús estaba cansado del viaje, y se sentó agotado y sediento al lado del pozo. Es muy significativo que Juan, que subraya más que los otros evangelistas la divinidad de Jesucristo, también subraya intensamente su humanidad. Juan no nos presenta una figura celestial, libre del cansancio y de la lucha diaria, sino uno para quien la vida era un esfuerzo como lo es para cada uno de nosotros, nos presenta a uno que sabía lo que era estar agotado y tener que seguir adelante.

(ii) Nos presenta el calor de su simpatía. De cualquiera de los líderes religiosos ordinarios, de cualquiera de los representantes de la ortodoxia del momento, la Samaritana habría salido corriendo a toda prisa. Habría evitado a los tales. Si por una casualidad imprevisible uno le hubiera hablado, ella habría reaccionado con un silencio impenetrable y hasta hostil. Pero contestar a Jesús y entablar una conversación con Él parecía la cosa más natural del mundo. ¡Por fin había encontrado a uno que no la condenaba, o desnudaba con la mirada, sino que le ofrecía una amistad limpia y comprensiva!

(iii) Nos presenta a Jesús como el que elimina las barreras discriminatorias. La enemiga entre los judíos y los samaritanos era una historia que se perdía en la noche de los tiempos. Allá por el año 720 a.C., los asirios invadieron el reino del Norte de Israel -cuya capital era Samaria, de la que tomaba el nombre todo el país- y lo conquistaron y subyugaron. Le aplicaron la fórmula de la deportación masiva que parece haber sido una invención asiria; transportaron casi toda la población a Media (2 Reyes 17:6), y trajeron a Samaria a otra gente -de Babilonia, Cuta, Ava, Hamat y Sefarvayim (2 Reyes 17:24). Pero no se puede deportar a toda una nación. Dejaron a algunos de los habitantes del reino del Norte de Israel que, inevitablemente, empezaron a mezclarse con los venidos de otras tierras; y así cometieron lo que era para los judíos un pecado imperdonable: perdieron su pureza racial. En una familia judía estricta, hasta nuestros días, si un hijo o una hija se casan con gentiles, se representa su funeral y se los da por muertos a los ojos del judaísmo ortodoxo.

Así que los habitantes de Samaria deportados a Media, por lo que sabemos, fueron asimilados en los lugares adonde fueron llevados. Son lo que se llama < las diez tribus perdidas >. Los que quedaron en Samaria se mezclaron con los que habían venido de fuera y perdieron su identidad racial, por lo menos ante los judíos, los habitantes del reino de Judá. De ahí que desde entonces la Historia de Israel se identifique con la Historia de los Judíos.

Con el correr del tiempo, una invasión y derrota semejantes sobrevinieron al reino de Judá en el Sur, cuya capital era Jerusalén. Sus habitantes también fueron deportados, esta vez a Babilonia; pero no perdieron su identidad, sino se mantuvieron firme e inalterablemente judíos. A su tiempo llegaron los días de Esdras y Nehemías, y los exiliados volvieron a Jerusalén por la gracia del rey de Persia. Su tarea inmediata fue la reparación y reconstrucción de su maltrecho templo. Los samaritanos vinieron a ofrecer su ayuda en la sagrada tarea; pero los judíos les dijeron despectivamente que no les hacía ninguna falta. Habían perdido su herencia judía y no tenían derecho a participar en la reconstrucción de la casa de Dios. Creciéndose ante la humillación, se enemistaron con los judíos de Jerusalén. Fue hacia el año 450 a.C. cuando el enfrentamiento tuvo lugar, y seguía tan vivo como siempre en los días de Jesús.

El conflicto se agudizó aún más cuando el sacerdote judío renegado Manasés se casó con la hija del samaritano Sambalat (*Nehemías 13:28*), y se propuso fundar un templo rival en el monte Guerizim, que estaba en el centro del territorio samaritano. Y .aún más tarde, en tiempos de los Macabeos, 129 a.C., el general judío Juan Hircano atacó Samaria y saqueó y destruyó el templo del monte Guerizim. Así fue creciendo el odio entre judíos y samaritanos. Los judíos llamaban despectivamente a los samaritanos *juthitas o cutheos*, del nombre de uno de los pueblos que habían llevado allí los asirios. Los rabinos judíos decían: «Que no coma. nadie pan de los juthitas, porque el que come su pan es como si comiera carne de cerdo.» *Eclesiástico* presenta a Dios diciendo: «Con dos naciones está mi alma molesta, y la tercera no es ni siquiera nación: los que se asientan en el monte de Samaria, y los filisteos, y esa gente estúpida que mora en Siquem» (*Eclesiástico 50:25s*). Siquem o Shejem era una de las ciudades samaritanas más famosas. Los samaritanos devolvían el odio con interés.

Se dice que rabí Yojanán iba pasando una vez por Samaria de camino a Jerusalén para orar; pasó por el monte Guerizim. Un samaritano le vio, y le preguntó: < ¿Adónde vas? > < Voy a Jerusalén >, le contestó, «a orar.» El samaritano le contestó: «¿No sería mejor que oraras en este monte (Guerizim) que en esa casa maldita?» Los peregrinos que iban de Galilea a Jerusalén pasando por Samaria apretaban el paso lo más posible, y a los samaritanos les encantaba ponerles dificultades.

La tienda judeo-samaritana tenía más de 400 años en los días de Jesús, pero quedaba un rescoldo tan vivo y activo como siempre. De ahí que la Samaritana se sorprendiera de que Jesús, un judío, le dirigiera la palabra.

(iv) Pero había todavía otra barrera más que Jesús elimina en esta ocasión. La Samaritana era una mujer. Los rabinos estrictos tenían prohibido hablar con una mujer fuera de casa. Un rabino no podía hablar en público ni siquiera con su mujer, o con su hermana o hija. Había fariseos a los que llamaban graciosamente «los acardenalados y sangrantes» porque cerraban los ojos cuando iban por la calle para no ver a las mujeres y se chocaban con las paredes y las esquinas. Para un rabino, el que le vieran hablando con una mujer en público era el fin de su buena reputación. Pero Jesús no respetó esa barrera, ni por tratarse de una mujer, ni porque fuera samaritana, ni porque hubiera nada vergonzoso en su vida. Ningún hombre decente, y mucho menos un rabino, se habría arriesgado a que le vieran en tal compañía, y menos en conversación con ella. Pero Jesús sí.

Para un judío esta sería una historia alucinante. Aquí estaba el Hijo de Dios, cansado, débil y sediento. Aquí estaba el más santo de los hombres, escuchando con simpatía y comprensión una triste historia. Aquí estaba Jesús pasando las barreras de la raza y de las costumbres ortodoxas judías. Aquí tenemos el principio de la universalidad del Evangelio; aquí está Dios, no en teoría, sino en acción.

EL AGUA VIVA

Juan 4:10-15

Jesús le contestó a la mujer: .

-Si supieras el don gratuito que Dios te ofrece, y si supieras quién es el que te está hablando, y el que te dijo «Dame de beber serías tú la que le pidieras, y Él el que te daría el agua viva.

-Señor Le dijo la mujer-, no tienes cubo para sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde te sacas esa agua viva? ¿Es que eres Tú más que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo, del que bebieron él y sus hijos y sus ganados?

-Todos los que beben esta agua vuelven a tener sed -le dijo Jesús-; pero los que beban del agua que Yo voy a darles, ya no tendrán nunca sed, sino que el agua que Yo les daré se convertirá en un manantial de agua en su interior saltando para darles la vida eterna.

-Señor -Le dijo la mujer-, dame esa agua para que ya no tenga más sed ni tenga que venir aquí a sacarla.

Notaremos que esta conversación de Jesús con la Samaritana sigue el mismo esquema que la que tuvo con Nicodemo. Jesús hace una afirmación. Ella se lo toma en otro sentido. Jesús repite Su afirmación de una manera aún más gráfica. Tampoco esta vez se Le entiende; y entonces Jesús obliga a Su interlocutora a descubrir y asumir la verdad acerca de sí misma. Esa era la manera de enseñar de Jesús; y era bien eficaz, porque, como ha dicho alguien, «Hay ciertas verdades que una persona no puede aceptar; tiene que descubrirlas por sí misma.»

Como pasó con Nicodemo, la Samaritana toma las palabras de Jesús literalmente, aunque Jesús esperaba que las entendiera espiritualmente. Jesús estaba hablando de agua *viva*. En la lengua comente de los judíos; agua *viva* quería decir agua *corriente*. Era el agua de manantial en oposición al agua estancada de una cisterna o estanque. Aquel pozo no era un manantial, sino un depósito al que llegaba el agua que se filtraba por el subsuelo. Para los judíos, el agua *corriente, viva*, siempre era mejor. Así que la mujer decía: «Tú me ofreces agua pura de manantial. ¿De dónde te la vas a sacar?»

Y ella pasa a hablar de «nuestro padre Jacob». Por supuesto que los judíos habrían negado que los samaritanos fueran hijos de Jacob; pero era una de las pretensiones de los samaritanos que eran descendientes de José; el hijo de Jacob, a través de Efraín y Manasés. La Samaritana le estaba diciendo realmente a Jesús: «Lo que estás diciendo es una blasfemia. Nuestro antepasado Jacob, cuando estaba por aquí, cavó este pozo para sacar agua para él mismo, para su familia y sus ganados. ¿Es que vas a pretender Tú ser más sabio y más poderoso que Jacob? Eso es algo que nadie se puede permitir.»

Era corriente que los que iban de viaje llevaran un recipiente de cuero para sacar agua de los pozos que encontraran en el camino. Es lo más seguro que el grupo de Jesús tendría uno de ellos, y que se lo habrían llevado al pueblo. La mujer vio que Jesús no tenía nada por el estilo, así es que Le dijo: « No puedes ni sacar agua del pozo para dármele. Ya veo que no tienes con qué sacarla.» H. B. Tristram empieza su libro titulado *Las costumbres orientales en las tierras de la Biblia* con el relato de una experiencia personal. «Una vez estaba sentado junto a un pozo en Palestina cerca de la posada a la que se hace referencia en la parábola del Buen Samaritano, cuando vino de aquellos cerros una mujer árabe a sacar agua. Desplegó y abrió un pellejo de piel de cabra, y luego desmadejó una cuerda y se la ató a un cubito también de cuero, que era con el que subía el agua hasta que llenó el recipiente mayor, le ató la boca, se lo colocó al hombro y, con el cubito en la mano, se puso a escalar la colina. Yo me acordé de la Samaritana del pozo de Jacob cuando un viandante árabe que ascendía cansado y sudoroso por el sendero que sube de Jericó se dirigió al pozo, se arrodilló y miró hacia el fondo con nostalgia; pero «no tenía con qué sacar el agua, y el pozo era hondo.» Pegó unos lametones a la humedad que quedaba del agua que se le había resbalado a la mujer que le había precedido y, desilusionado, prosiguió su camino.» Era precisamente eso lo que estaba pensando la Samaritana cuando Le dijo a Jesús que no tenía con qué sacar el agua del hondón del pozo.

Pero los judíos le daban otro sentido a la palabra agua. Hablaban a menudo de la sed de Dios que tiene el alma humana, y del agua viva que puede mitigar esa sed. Jesús no estaba usando términos que condujeran de necesidad a la confusión, sino que cualquiera que tuviera percepción espiritual debería entender. Una de las promesas del Apocalipsis es: « Al que tuviere sed, Yo

le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida» (Apocalipsis 21:6). El Cordero que está en medio del trono los guiará a fuentes de aguas de vida (Apocalipsis 7:17). La promesa era que el Pueblo Escogido sacaría agua con gozo de las fuentes de la salvación (Isaías 12:3). El salmista decía que tenía el alma sedienta del Dios vivo (Salmo 42:1). La promesa de Dios era: < Yo derramaré aguas sobre el secadal» (Isaías 44:3): La invitación iba dirigida a todos los sedientos para que vinieran a las aguas y bebieran gratuitamente (Isaías 55:1). La queja desgarrada de Jeremías era que el pueblo había olvidado a Dios, que era la fuente de agua viva, y se había cavado cisternas agrietadas que no podían contener el agua (Jeremías 2:13). Ezequiel había tenido una visión del río de la vida (Ezequiel 47:1-12). En el mundo nuevo brotaría una fuente de agua para la purificación (Zacarías 13:1). Las aguas fluirían desde Jerusalén (Zacarías 14:8).

Algunas veces los rabinos identificaban esta agua viva con la sabiduría de la Ley; otras, con nada menos que el Espíritu Santo de Dios. Todo el lenguaje pictórico de la religión judía estaba impregnado de esta idea de la sed del alma que sólo podía apagar el agua viva que era un don de Dios. Pero la mujer entendió lo que le decía Jesús con un literalismo casi crudo. ¿Estaba ciega porque no quería ver?

Jesús pasó a hacer una afirmación todavía más alucinante, que Él podía darle el agua viva que le quitaría la sed de una vez para siempre. Lo curioso es que la mujer volvió a entenderlo literalmente; pero de hecho no era sino Su presentación como Mesías. En la visión profética de la era por venir, la era de Dios, la promesa era: « No tendrán hambre ni sed» (Isaías 49:10). Era en Dios, y sólo en Él, donde se encontraba la fuente de agua viva que satisface toda sed. «Contigo está el manantial de la vida,» exclamaba el salmista (Salmo 36:9). Es del mismo trono de Dios de donde mana el río de la vida (Apocalipsis 22:1). Es el Señor el Que es la fuente de agua viva (Jeremías 17:13). Sería en la era mesiánica cuando el sequedal se volvería manaderos de aguas (Isaías 35:7). Cuando Jesús hablaba de traer a la humanidad la única agua que puede apagar definitivamente la sed, no hacía sino afirmar que Él era el Ungido de Dios que había venido a inaugurar la nueva era.

Tampoco entonces comprendió la mujer, y no nos extraña que no comprendiera lo que le iría pareciendo un acertijo complicado, porque nosotros ya tenemos la clave y la respuesta. Nos da la impresión de que lo que dijo a continuación era una manera de seguirle la corriente a uno que le parecía chiflado. «Dame esa agua --dijo--, para que ya no tenga nunca sed y no tenga que darme la caminata al pozo todos los días.» Estaba bromeando sobre cosas eternas.

En el fondo de todo esto está la verdad fundamental de que en el corazón humano hay una sed de algo que sólo Jesucristo puede satisfacer. En uno de sus libros, Sinclair Lewis traza el retrato de un hombrecillo de negocios respetable que sacó los pies del plato. Estaba hablando con su amada, y ella le dijo: «Por fuera parecemos muy diferentes; pero en el fondo somos iguales. Los dos nos sentimos desesperadamente desgraciados por algo... ¡que no sabemos qué es!» En todo ser humano hay ese anhelo insatisfecho e innominado; ese vago descontento, ese algo que falta, esa frustración.

En *Sorrell e Hijo*, Warwick Deeping nos cuenta una conversación entre los dos. El chico está hablando de la vida. Dice, que es como andar a tientas en una niebla encantada. La niebla se disipa un instante; uno ve la luna en la cara de una chica; no sabe si quiere la luna o la cara; luego baja la niebla otra vez, y le deja a uno buscando algo, pero no sabe qué.

Antonio Machado también ha expresado hermosa y sentidamente este anhelo del alma:

*Anoche cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión!, que una fontana fluía dentro de mi corazón. Di, ¿por qué
acequia escondida, agua, vienes hasta mí, manantial de nueva vida de donde nunca bebí?
Anoche. cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión!, que era Dios lo que tenía dentro de mi corazón.*

Nada borra el anhelo de eternidad que Dios ha puesto en el alma. Sólo Jesucristo puede saciar esa sed. «Tenemos el corazón inquieto hasta que encontramos el reposo en Ti» (Agustín).

ENFRENTÁNDOSE CON LA VERDAD

Juan 4:15-21

La mujer Le dijo a Jesús:

-Señor, dame de esa agua para que ya no tenga más sed, y para que no tenga que venir aquí a sacar agua.

Y El le contestó:

-Ve a llamar a tu marido, y luego vuelve aquí.

-No tengo marido -le dijo ella; y Jesús añadió:

Ahora sí has dicho la verdad al decir que no tienes marido; porque has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido. Lo que has dicho es la verdad.

-Señor, ya veo que eres profeta dijo la mujer-. Nuestros antepasados daban culto a Dios en este monte, y los judíos decís que donde tenemos que adorar a Dios es en Jerusalén.

-Créeme, mujer -le contestó Jesús---, que está llegando la hora en que no se dará culto a Dios ni en este monte ni en Jerusalén.

Ya hemos visto que la mujer Le pidió a Jesús en tono de broma que le diera el agua viva para no tener más sed y poderse ahorrar el fatigoso paseo diario al pozo. Instantánea e impactantemente Jesús la hizo volver a la realidad. Se había terminado el tiempo para los juegos de palabras y las bromas. «Vete a por tu marido, y vuelve con él» -le dijo Jesús. La mujer se puso rígida, como si le hubiera dado un dolor repentino; dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe; se puso pálida, como si de pronto hubiera visto un fantasma... y eso era precisamente lo que le había pasado: *se había visto repentinamente a sí misma*.

De pronto, no tuvo más remedio que enfrentarse consigo misma, y con su vida andrajosa e inmoral e inadecuada. Hay dos revelaciones en el Evangelio: la de Dios y la de nosotros mismos. Nadie se ha visto como es en realidad a menos que se haya visto en la presencia de Cristo; y lo que se ve entonces no es nada halagüeño. Para decirlo de otra manera: la conversión empieza con un sentimiento de pecado. Uno se da cuenta de pronto de que la vida que vive no vale. Despertamos a nosotros mismos y a nuestra necesidad de Dios.

Algunos intérpretes han mantenido, por lo de los cinco maridos, que esta historia no representa un hecho real, sino una verdad alegórica. Ya hemos visto que, cuando los habitantes originales de Samaria fueron deportados a Media, los asirios trajeron a otros de cinco naciones diferentes. Cada grupo trajo sus dioses (*2 Reyes 17:29*); y se ha sugerido que la mujer representa a Samaria, y sus cinco maridos a los dioses que trajeron aquellos pueblos, con los que, por así decirlo, se casaron los samaritanos. El sexto marido representa al Dios verdadero, al Que adoraban, no en verdad, sino en ignorancia; y por tanto no estaban casados de veras. Puede que haya en esta historia un recuerdo de la infidelidad de los samaritanos; pero es demasiado pictórica para ser una alegoría manufacturada. Rezuma realismo por todas partes.

Alguien ha dicho que la profecía es una crítica basada en la esperanza. Un profeta le señala a una persona o nación que va por mal camino; pero no para sumirlas en la desesperación, sino para indicarles el camino de la sanidad, de la enmienda y de la rectificación. Así Jesús, empezó por revelar a esta mujer la condición en que se encontraba; pero luego pasó a revelar en qué consiste el verdadero culto en el que nuestras almas pueden tener un encuentro con Dios.

La pregunta de la mujer nos suena extraña. Dijo, y para ella era una cuestión angustiada: «Nuestros líderes dicen que es aquí, en el monte Guerizim, donde debemos dar culto a Dios; y vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén. ¿Qué es lo que tengo que hacer?»

Los samaritanos ajustaban la historia a sus conveniencias. Enseñaban que había sido en el monte Guerizim donde Abraham había estado dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac; donde Melquisedec le había salido al encuentro a Abraham; donde Moisés había instalado el primer altar y ofrecido los primeros sacrificios cuando el pueblo de Israel entró en la Tierra Prometida -aunque eso fue en el monte Ebal, donde se han encontrado recientemente restos arqueológicos que lo confirman (*Deuteronomio 27:4*). Tergiversaban los textos bíblicos y la historia para glorificar el monte Guerizim. A la mujer le habían enseñado a reverenciar el monte Guerizim como el lugar más santo de la Tierra, y a despreciar a Jerusalén. Lo que estaba en su mente, y lo que se estaba diciendo a sí misma, era: < Yo soy una pecadora, y tengo que ofrecerle a Dios un sacrificio por mis pecados; tengo que llevar una ofrenda a la casa de Dios y ponerme a buenas con Él. ¿Adónde tengo que ir? » Para ella, lo único que podía saldar el pecado era el sacrificio. Su problema fundamental era ¿Dónde había que presentar ese sacrificio? A estas alturas ella ya no está discutiendo los respectivos méritos del templo del monte Guerizim y los del monte de Sión; lo que quiere saber es: < ¿Dónde puedo yo encontrar a Dios? »

Jesús le contestó que el día de las viejas rivalidades humanas estaba llegando a su final; y que estaba próximo el tiempo cuando la humanidad encontraría a Dios en todas partes. Sofonías había tenido la visión de que las personas adorarían a Dios < cada una en su lugar » (*Sofonías 2:11*). Y Malaquías había soñado que en todas partes se ofrecería incienso como ofrenda pura al nombre de Dios (*Malaquías 1:11*). La respuesta que Jesús le dio a la Samaritana fue que no tenía necesidad de ir a ningún sitio determinado para encontrar a Dios, no tenía necesidad de ofrecer sacrificio en ningún lugar especial: el verdadero culto encuentra a Dios en cualquier lugar.

EL VERDADERO CULTO

Juan 4:22-26

Los samaritanos no conocéis al Que dais culto -siguió diciéndole Jesús a la Samaritana-. Los judíos sí Le conocemos, y por eso la Salvación del mundo tiene su origen entre los judíos. Pero está llegando la hora, y es ahora aquí, cuando los verdaderos adoradores darán culto a Dios en espíritu y en verdad; porque esos son los adoradores que está buscando el Padre. Dios es Espíritu; y los que Le dan culto deben dárselo en espíritu y en verdad.

-Sé que el Mesías -que en griego se dice el Cristo- está al llegar -Le dijo la mujer a Jesús-. Cuando venga, nos aclarará todas las cosas.

-Soy Yo mismo, el que estoy hablando contigo -le dijo Jesús a la mujer.

Jesús le había dicho a la Samaritana que las viejas rivalidades estaban a punto de desaparecer, y que estaba próximo el día en que la controversia acerca de los respectivos méritos del monte Guerizim y del monte de Sión sería irrelevante, porque el que buscara a Dios sinceramente Le encontraría en cualquier parte. A pesar de todo, Jesús aún hace hincapié en el hecho de que la nación judía ocupaba un lugar exclusivo en el plan y en la revelación de Dios.

Los samaritanos adoraban en ignorancia, dijo Jesús. En más de un sentido, aquello era indudablemente cierto. Los samaritanos no tenían más sagrada escritura que el Pentateuco, es decir, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, porque habían rechazado todo el resto. Se habían privado, por tanto, de todos los grandes mensajes de los Profetas y de toda la sincera piedad de los Salmos. Tenían una religión truncada, porque tenían una Biblia truncada. Habían rechazado el conocimiento que estaba a su alcance y que hubieran podido tener.

Además, los rabinos judíos siempre habían acusado a los samaritanos de ofrecerle al Dios verdadero un culto meramente supersticioso. Siempre decían que el culto de los samaritanos no se basaba en el amor y el conocimiento, sino en la ignorancia y el miedo. Como ya hemos visto, los extranjeros que los asirios llevaron a vivir en Samaria trajeron sus propios dioses (2 Reyes 17:29). Leemos que un sacerdote de Belén fue a decirles que temieran al Señor (2 Reyes 17:28); pero -lo más probable es que añadieran el Dios de Israel a la lista de sus dioses, porque tendrían un temor supersticioso a excluirle. Después de todo, era el Dios de aquella tierra en la que entonces vivían, y podría ser peligroso no incluirle siquiera en su lista de cultos.

En los cultos falsos podemos detectar tres faltas.

(i) Un culto falso es selectivo: se queda con lo que quiere saber de Dios, y omite el resto. Los samaritanos tomaban lo que querían de las Escrituras, y omitían el resto: La religión unilateral es una de las cosas más peligrosas del mundo. Le es muy fácil a cualquiera el aceptar y retener las partes de la verdad de Dios que le interesan y pasar por alto el resto. Hemos visto, por ejemplo, que ciertos pensadores y eclesiásticos y políticos justificaban el *apartheid* y la segregación racial apelando a ciertos pasajes de la Escritura, mientras olvidaban muchos más que los condenan.

El pastor de una gran ciudad organizó una petición de clemencia por uno que había cometido un cierto crimen. Le parecía que aquella era una causa en la que la piedad cristiana tenía obligación de intervenir. Sonó su teléfono y, cuando lo descolgó, escuchó una voz femenina que le decía:

-Estoy muy sorprendida de que usted, un pastor evangélico, ponga todo su peso en esta petición de clemencia.

-¿Y qué es lo que le sorprende? -preguntó él.

-Supongo que usted conoce la Biblia.

-Así lo espero.

-Entonces dijo la voz-, ¿no se da usted cuenta de que la Biblia dice «Ojo por ojo y diente por diente»?

Al parecer aquella mujer tomaba la parte de la Biblia que le convenía para su razonamiento, y olvidaba la gran enseñanza de Jesús sobre la misericordia en el Sermón del Monte.

Haríamos bien en recordar que, aunque sabemos que no llegaremos nunca a abarcar todo el orbe de la verdad, debemos proponernos como objetivo la verdad total, sin conformarnos con los fragmentos que nos convengan en nuestra posición.

(ii) Un culto falso es ignorante. El culto debe ser el acceso a Dios de la persona total. Tenemos una inteligencia, y la obligación de ejercitarla. La religión puede que empiece por una respuesta emocional; pero pronto le llega el momento en que hay que razonarla. E. F. Scot decía que la religión es mucho más que meramente un ejercicio intelectual intensivo; pero que, no obstante, una gran parte del fracaso en materia de religión se debe a la pereza intelectual más que a ninguna otra causa. El dejar de pensar a fondo las cosas importantes es ya en sí un pecado. En último análisis, una experiencia religiosa no está a salvo hasta que se puede decir, no sólo lo que se cree, sino por qué se cree. La religión es también esperanza; pero una esperanza que tiene una razón de ser y que no defrauda (1 Pedro 3:15).

(iii) Un culto falso es supersticioso. Es un culto que se da, no por un verdadero sentimiento de necesidad o por un deseo auténtico de hacerlo, sino solamente porque la persona cree que sería peligroso no darlo. Mucha gente se niega a pasar por debajo de una escalera, o a llevar el número 13 en una competición o en un concurso, o a emprender cualquier cosa en martes y trece; y se pondrá nerviosa cuando se le derrama la sal, o se le cruza un gato negro, etcétera, etcétera. No es que crean en esas supersticiones; pero tienen la sospecha de que puede que haya en ellas algo de verdad, y por eso es mejor mantenerse a salvo. Hay muchas personas cuya religión se funda en una especie de temor impreciso de lo que les podría suceder si no tuvieran en cuenta a Dios. Pero la verdadera religión se basa, no en el miedo, sino en el amor de Dios y en la gratitud por lo que Dios ha hecho. Demasiada religión no

es más que una especie de superstición ritual para esquivar la posible ira de dioses impredecibles.

Jesús define el verdadero culto. Dios, dijo, es Espíritu: En cuanto uno se da cuenta de eso, un nuevo haz de luz le envuelve. Si Dios es espíritu, no está limitado a cosas; y, por tanto, el dar culto a una imagen es, no sólo un absurdo, sino también un

insulto a la verdadera naturaleza de Dios. Si Dios es espíritu, no está limitado a *lugares*; y, por tanto, limitar el culto de Dios a Jerusalén o a ningún otro sitio, es poner un límite a Alguien Que, por naturaleza, sobrepasa todos los límites. Si Dios es espíritu, lo que Le ofrezcamos tienen que ser dones del espíritu. Los sacrificios animales y todas las cosas que hacemos los humanos son inadecuados. Las ofrendas que corresponden a la naturaleza de Dios son los dones del espíritu: amor, fidelidad, obediencia, dedicación.

El espíritu es la parte más elevada de la persona humana. Es la porción que permanece cuando la parte física se desvanece. Es la parte que sueña los sueños y ve las visiones que, a causa de la debilidad y las deficiencias del cuerpo, puede que nunca se hagan realidad. Es el espíritu humano el que es la fuente de sus pensamientos e ideales y deseos más elevados. El verdadero culto es cuando una persona, mediante su espíritu, alcanza la amistad y la intimidad con Dios. El culto genuino no consiste en ir a un cierto lugar, ni en llevar a cabo un cierto ritual o una cierta liturgia, ni en ofrecer ciertos dones. El verdadero culto es cuando el espíritu, la porción invisible e inmortal de la persona, se encuentra con Dios y habla con el Que es invisible e inmortal.

Este pasaje termina con una gran declaración. Se había desplegado ante la Samaritana un panorama tal que la sorprendía y alucinaba. Contení elementos por encima de su comprensión, maravillosos. Todo lo que pudo decir fue: «Cuando venga el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios, entonces lo entenderemos todo.» Y Jesús le dijo: «Yo, el que estoy hablando contigo, soy el Mesías.» Es como si Jesús dijera que todo eso no es un sueño de la verdad, sino la verdad misma.

En eso llegaron Sus discípulos, y se quedaron alucinados al ver que Jesús estaba hablando con una mujer., aunque nadie se atrevió a decirle: «¿Qué pretendes?» o «¿Por qué estás hablando con ella?» El caso es que la mujer se dejó allí el cubo; y se fue al pueblo, y empezó a decirle a la gente: .

- ¡Venid a ver a un Hombre Que me ha adivinado todo lo que he hecho! ¿No será Éste el Ungido de Dios?

Y la gente empezó a salir del pueblo y á venir a Jesús:

No es extraño que los discípulos se quedaran alucinados cuando volvieron de sus recados en el pueblo de Sicar y se encontraron a Jesús hablando con una samaritana. Ya hemos visto la idea que tenían los judíos de las mujeres. El precepto rabínico rezaba: «Que nadie hable con una mujer en la calle; no, ni aunque sea su esposa.» Los rabinos despreciaban tanto a las mujeres, y las creían tan incapaces de recibir ninguna enseñanza real, que decían: «Mejor es quemar las palabras de la Ley que confiárselas a las mujeres.» Tenían un dicho: «Cada vez que uno se enrolla con una mujer, atrae mal sobre sí mismo, se aparta de la Ley y por último hereda la gehena.» Según las normas rabínicas Jesús apenas podría haber hecho nada más repulsivamente inconvencional que el hablar con aquella mujer. Es verdad que estaba derribando barreras.

Sigue un detalle curiosamente revelador. Es algo que difícilmente podría proceder sino de alguien que hubiera participado en la escena. Por muy sorprendidos que estuvieran los discípulos, no se les ocurrió preguntarle a la mujer qué buscaba, o a Jesús por qué estaba hablando con ella. Empezaban a conocerle; y ya habían llegado a la conclusión de que, por muy sorprendentes que fueran Sus acciones, no se podían poner en tela de juicio. Uno ha dado un paso decisivo en el camino

del verdadero discipulado cuando ha aprendido a decir: «No es cosa mía el cuestionar las acciones y las demandas de Jesús. Ante ellas han de rendirse mis prejuicios y mis convencionalismos.»

Para entonces la mujer ya estaba de camino de vuelta al pueblo sin su cacharro de agua. El hecho de que lo dejara revelaba dos cosas: que tenía prisa en compartir su experiencia extraordinaria, y que ella daba por sentado que volvería a aquel lugar. Toda su reacción nos dice mucho de la experiencia cristiana verdadera.

(i) Su experiencia empezó cuando se vio obligada a enfrentarse consigo misma y a verse tal como era. Es lo mismo que le sucedió a Pedro. Después de la pesca milagrosa, cuando Pedro descubrió de pronto algo de la majestad de Jesús, todo lo que pudo decir fue: « ¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» (*Lucas 5:8*). Nuestra experiencia cristiana empezará a menudo con una ola humillante de desprecio propio. Suele suceder que lo último que ve una persona es a sí misma. Y pasa a menudo que lo primero que Cristo hace por una persona es empujarla a hacer lo que se ha pasado la vida resistiéndose a hacer: mirarse a sí misma.

(ii) La Samaritana estaba alucinada con la habilidad que Cristo tenía para ver su interior. Le admiraba Su profundo conocimiento del corazón humano, y del suyo en particular. Al salmista también le había infundido una gran reverencia: «Has entendido desde lejos mis pensamientos... Hasta antes de que brote la palabra de mi lengua, ¡oh Señor!, Tú ya sabes lo que quiero decir» (*Salmo 139:1-4*). Se cuenta que una vez una chiquilla estaba oyendo un sermón de C. H. Spurgeon, y le susurró a su madre: «Mamá, ¿cómo sabe él lo que pasa en casa?» No hay tapujos ni disfraces que oculten de la mirada de Cristo. Él puede ver hasta lo profundo del corazón humano. Y no sólo ve lo malo, sino también al héroe que hay dormido en el alma de todas las personas. Es como el cirujano que ve la parte enferma, y lo sana que quedará cuando se quite el mal.

(iii) El primer impulso de la Samaritana fue compartir su

descubrimiento. Cuando encontró a aquella Persona tan maravillosa, se sintió impulsada a decírselo a otros. La vida cristiana se basa en dos pilares: el descubrimiento y la comunicación!: El descubrimiento no es completo hasta que nos llena el corazón del deseo de comunicarlo; y no podemos comunicar a Cristo a otras personas a menos que Le hayamos descubierto por nosotros mismos. Lo primero de todo es encontrar, luego contar; son los dos grandes pasos de la vida cristiana.

(iv) El deseo de contarles a otros su descubrimiento acabó con su sentimiento de vergüenza. No cabe duda de que era una marginada: El mismo hecho de que tuviera que ir a sacar agua de aquel pozo tan lejano del pueblo demuestra que sus vecinos la evitaban, y ella tenía que hacer lo mismo con ellos. Pero entonces fue corriendo a contarles su descubrimiento. Una persona puede tener algún problema que le da corte mencionar y que trata de mantener secreto; pero una vez que lo ha superado, está a menudo tan llena de alegría y de agradecimiento que tiene libertad para contárselo a todo el mundo. Uno puede que haya estado siempre tratando de esconder su pecado; pero una vez que descubre a Jesucristo como su Salvador, su primer impulso es decirles a los demás: «¡Mira cómo era antes, y mira cómo soy ahora!. ¡Y todo se lo debo a Cristo!»

EL ALIMENTO MÁS NUTRITIVO

Juan 4:31-34

Mientras, Sus discípulos Le estaban diciendo a Jesús: - ¡Rabí, come algo!

- Yo tengo una comida -les contestó Jesús- que vosotros no sabéis.

- ¿No será que Le habrá traído alguien de comer? -se dijeron entre sí los discípulos.

Mi comida -les dijo Jesús- es hacer la voluntad del Que Me ha enviado, y acabar Su Obra.

Este pasaje sigue el esquema normal de las conversaciones del Cuarto Evangelio: Jesús dice algo que no se Le entiende, porque tiene un sentido espiritual. En un principio se toma con un literalismo que no hace sentido; y luego, poco a poco, Jesús va desvelando el significado hasta que se entiende y asume. Es exactamente lo mismo que hizo Jesús hablando con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento, y con la Samaritana acerca del agua que apaga definitivamente la sed.

Para entonces, los discípulos habían vuelto con provisiones, y Le dijeron a Jesús que comiera algo: Le habían dejado tan cansado y exhausto que se preocuparon al verle con tan poco interés en probar lo que habían traído. Es sorprendente cómo una gran tarea puede elevar a una persona por encima y más allá de las necesidades corporales. El gran luchador por la libertad de los esclavos, Wilberforce, fue toda la vida un tipo pequeño, insignificante y enfermizo. En la Cámara de los Comunes, sus señorías casi siempre sonreían al descubrir apenas cuando se ponía en pie para hablar; pero cuando empezaban a salir raudales de fuego y de poder de aquella figurilla, el lugar estaba abarrotado y en suspense. Como decían, «el alevín se volvía una ballena.» Su mensaje, su misión, la llama de la verdad y la dinámica del poder conquistaban su debilidad física. Hay un cuadro de John Knox predicando en su ancianidad. Era un hombre acabado físicamente; tan débil, que tenían que subirle casi en vilo por los peldaños del púlpito, y dejarle apoyándose en el atril. Pero, poco después de empezar a predicar, su voz ya había recuperado su antigua potencia de trompeta, y parecía que iba a reducir el púlpito a astillas de los puñltazos que le daba, y salirse de un salto de él. El mensaje infundía en el hombre una especie de fuerza sobrenatural.

Jesús les dijo a Sus discípulos que Él tenía una comida que ellos no sabían. En su simplicidad, se preguntaban si sería que alguien Le habría traído comida. Entonces les dijo: « Mi comida es hacer la voluntad del Que Me envió.»

La gran clave de la vida de Jesús era la sumisión a la voluntad de Dios. Es único porque es la única Persona Que

ha habido o habrá jamás perfectamente obediente a la voluntad de Dios. Bien se puede decir que Jesús es la única Persona en todo el mundo que no hizo nunca lo que quería, sino siempre lo que Dios quería.

Era el Enviado de Dios. Una y otra vez, ése es el título que se Le da en el Cuarto Evangelio. Hay dos palabras griegas que se usan en este evangelio que significan *enviar: apostellein*, que aparece 17 veces, y *pempein*, 27. Es decir, que no menos de 44 veces se nos dice, o se nos presenta a Jesús diciendo, que Dios Le había enviado. Jesús estaba bajo órdenes. Era el Hombre de Dios.

Así que, cuando vino Jesús al mundo, una y otra vez habló de la misión que se Le había confiado. En *Juan 5:36*, habla de las obras que el Padre Le había dado para hacer. En *17:4*, dice que Su único mérito es que ha acabado la obra que el Padre Le había dado para hacer. Cuando habla de poner y de volver a tomar su vida, es decir, de morir y de resucitar, dice: < Este es el mandamiento que he recibido de Mi Padre > (*10:18*). Habla constantemente, como aquí, de *la voluntad de Dios*. < He bajado del Cielo -dice-, no para hacer mi propia voluntad, sino la del Que Me envió > (*6:38*). < Yo hago siempre -dicelo que a Él le parece bien > (*8:29*). En *14:23* establece, por Su propia experiencia personal y de acuerdo con Su ejemplo, que la única prueba de amor está en cumplir los mandamientos del Que uno pretende amar.

La obediencia de Jesús no era, como tan a menudo la nuestra, intermitente. Era la misma esencia y el ser, el manantial y el corazón, la dinámica y el motor de Su vida.

Es Su gran deseo que seamos como Él fue y es.

(i) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce a la paz. No puede haber paz cuando se está en desacuerdo con el Soberano del Universo.

(ii) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce a la felicidad. No puede haber felicidad cuando la ignorancia humana se enfrenta con la sabiduría de Dios.

(iii) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce al poder. Cuando seguimos el camino que hemos elegido nosotros, no podemos contar más que con nuestro propio poder, y por tanto nos colapsamos inevitablemente. Cuando seguimos el camino que Dios tiene para nosotros, contamos con Su poder, y por tanto la victoria es segura.

EL SEMBRADOR, LA COSECHA Y LOS SEGADORES

Juan 4:35-38

-¿No es verdad que tenéis costumbre de decir: «Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega» ? -les siguió diciendo Jesús a sus discípulos-. ¡Fijaos! Yo os digo que alcéis la mirada para contemplar los campos, porque ya están blancos para la siega. El cosechador recibe la recompensa de su trabajo, y almacena un producto que vale para la vida eterna, para que se alegren juntos el que siembra y el que siega. Aquí se confirma el dicho: «A uno le toca sembrar, y a otro segar. > Yo os he mandado a segar una cosecha en la que no habéis labrado. Son otros los que la han labrado, y vosotros os habéis incorporado a sus labores.

Todo lo que estaba sucediendo en Samaria Le había dado a Jesús la visión de un mundo listo para ser cosechado para Dios. Cuando dijo: «Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega» no tenemos que pensar que estaba refiriéndose a la época del año que era entonces en Samaria. Si hubiera sido así, habría sido hacia el mes de enero. No habría hecho aquel calor agotador; y no habría habido escasez de agua; no se habría necesitado un pozo para encontrarla, porque habría sido la estación lluviosa, y habría habido abundancia de agua.

Lo que Jesús está haciendo es citar un refrán. Los judíos dividían el año agrícola en seis partes, cada una de las cuales duraba dos meses: siembra, invierno, primavera, cosecha, verano y calor extremo. Jesús está diciendo: < Tenéis un proverbio: después de sembrar tenéis que esperar por lo menos cuatro meses hasta que llega la siega. » Y entonces Jesús eleva la mirada. Sicar está en medio de una región que sigue siendo famosa por sus cereales. La buena tierra para la agricultura no abundaba en la pedregosa y rocosa Palestina; casi en ninguna otra parte del país podía uno levantar la mirada y ver los campos ondulantes de cereales. Jesús recorrió aquellos campos con la mirada, señalándolos con la mano. « ¡Fijaos! -les dijo a Sus discípulos-. Los campos ya están blancos y listos para la siega. Lo normal es que la cosecha tarde cuatro meses en crecer y madurar; pero en Samaria ya podéis ver que está lista para la siega. »

En este caso Jesús está pensando en el contraste que hay entre la naturaleza y la gracia. En la cosecha natural, había que sembrar y esperar; pero en Samaria todo había sucedido con tal divina celeridad que se había sembrado la Palabra y al momento ya estaba lista la cosecha. H. V. Morton, el famoso autor de libros de viajes por las tierras bíblicas, hace una sugerencia especialmente interesante en relación con los campos blancos para la siega. Él mismo se había sentado en este lugar en que se encuentra el pozo de Jacob; y, mientras estaba allí descansando, vio salir a la gente de un pueblo y empezar a subir la colina. Venían en grupos pequeños, y todos llevaban chilabas blancas que la brisa mecía. Es posible que eso fuera lo que sucedió en esta historia, y que Jesús viera a los samaritanos que venían a conocerle corriendo por los campos y sujetándose las túnicas con los brazos extendidos para correr mejor, en respuesta al testimonio de la Samaritana. Y entonces Jesús dijo: « ¡Mirad los campos! ¡Fijaos cómo están ahora! ¡Están blancos para la siega! » La multitud que venía con sus ropas blancas era la cosecha que Jesús estaba deseando recoger para Dios.

Jesús siguió diciéndoles que lo increíble había tenido lugar: el sembrador y el segador se podían alegrar al mismo tiempo. Era algo que nadie podía esperar. Para los judíos la siembra era triste y laboriosa; era la siega la que era alegre. « ¡Que los que siembran con lágrimas siguen con gritos de alegría! El que sale llorando, llevando la preciosa simiente, volverá a casa dando gritos de alegría, trayendo sus gavillas » (Salmo 136:5s).

Aquí hay algo escondido bajo la superficie. Los judíos soñaban con la edad de oro, la era por venir, la edad de Dios, cuando el mundo sería todo de Dios, cuando habrían desaparecido el pecado y el dolor, y Dios reinaría supremo. Amós pintaba el cuadro de la siguiente manera: « He aquí vienen días, dice el Señor, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente » (Amós 9:13). « Vuestra trilla alcanzará a la vendimia, y la vendimia alcanzará a la sementera » (Levítico 26:5). Era parte del sueño de la edad dorada el que la siembra y la siega, la sementera y la recolección estarían tan próximas que se pisarían los talones. Habría tal fertilidad que los viejos largos días de espera se habrían terminado. Podemos advertir lo que Jesús está apuntando gentilmente. Sus palabras no son ni más ni menos que la proclamación de que, con Él, la edad dorada ha amanecido; el esperado tiempo de Dios está presente: el tiempo en que se anuncia la Palabra y se siembra la semilla y la cosecha está lista para la recolección.

Había otra enseñanza en aquella situación, y Jesús la conocía bien: « Hay otro proverbio -les dijo- que es igualmente cierto: « Uno siembra y otro siega. » » Y de allí procedió a hacer dos aplicaciones prácticas.

(a) Les dijo a Sus discípulos que recogerían una cosecha que se habría producido sin su colaboración. Quería decir que El estaba sembrando la semilla; que en Su Cruz, por encima de todo, se sembraría la semilla del amor y del poder de Dios, y que llegaría el día cuando Sus discípulos salieran por el mundo a recoger la cosecha que Su vida y muerte habrían sembrado.

(b) Les dijo a Sus discípulos que llegaría el día cuando *ellos* sembrarían y otros recogerían. Llegaría el día en que la Iglesia Cristiana enviaría evangelistas; ellos no verían la cosecha; algunos morirían mártires; pero la sangre de los mártires sería la semilla de la Iglesia. Es como si dijera: « Algún día labraréis, y no veréis el resultado. Algún día sembraréis y desapareceréis de la escena antes que haya granado la cosecha. ¡No tengáis miedo! ¡No os desaniméis! La siembra no será en vano, ni se perderá la semilla. Otros verán la cosecha que no se os concedió ver a vosotros. »

Así que en este pasaje hay dos cosas.

(i) Se hace notar *una oportunidad*. La cosecha está esperando que la recojan para Dios. Hay momentos de la Historia en los que la gente está extraña y curiosamente sensible a Dios; o, como decía Ortega, en que « Dios está a la vista ». ¡Qué tragedia sería que la Iglesia de Cristo dejara de recoger Su cosecha en ese tiempo!

(ii) Se hace notar *un desafío*. A muchos se les concede sembrar, pero no segar. Muchos ministerios tienen éxito, no porque tengan fuerza ni mérito, sino por alguna persona santa que vivió y predicó y murió y dejó una influencia que se hizo mayor en su ausencia que en su presencia. Muchos tienen que trabajar sin ver el resultado de sus labores. Una vez me enseñaron una finca que era famosa por sus adelfas. El dueño las amaba y conocía cada planta por su nombre. Me enseñó algunas semillas que tardarían veinticinco años en florecer. Él tenía cerca de setenta y cinco años, y no vería su belleza, *pero otras personas sí*. Ningún trabajo ni ninguna empresa que se emprenden para Cristo será un fracaso. Si nosotros no vemos el resultado de nuestros esfuerzos, otros lo verán. No cabe el desánimo en la vida cristiana.

Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesús por lo que les había dicho la mujer, que daba testimonio diciendo:

- ¡Me dijo todo lo que había en mi vida!

Así que, cuando los samaritanos vinieron a conocer a Jesús, Le pidieron que se quedara entre ellos, y se quedó allí dos días. Y creyeron en Él muchos más cuando Le oyeron; y le dijeron a la mujer:

- Ya no creemos por lo que tú nos has dicho, sino porque Le hemos escuchado por nosotros mismos, y no nos cabe la menor duda de que Él es de veras el Salvador del mundo.

En los acontecimientos que tuvieron lugar en Samaria tenemos el esquema de cómo se extiende muchas veces el Evangelio. En la historia de la implantación de la fe entre los samaritanos tenemos tres etapas.

(i) Hubo una presentación. Fue la Samaritana la que les presentó a Cristo a los samaritanos. Aquí vemos plenamente desarrollada la necesidad que Dios tiene de nosotros. Pablo dijo: «¿Cómo van a creer si no hay quién les predique?» (*Romanos 10:14*). La Palabra de Dios tiene que irse transmitiendo de persona a persona. Dios no puede hacerles llegar Su Mensaje a los que nunca lo han oído a menos que tenga alguien que se lo lleve.

Él no tiene más manos que las nuestras para hacer hoy Su Obra; No tiene más pies que los nuestros para guiar a la gente en Su camino;

Él no tiene más voz que la nuestra para decirle al mundo cómo murió; Él no tiene más ayuda que la nuestra para guiarlos hasta Él.

Es al mismo tiempo nuestro gozoso privilegio y nuestra irrenunciable responsabilidad el llevarle a Cristo a las personas. No puede haber presentación a menos que haya alguien que presente a Cristo. Además, la presentación hay que hacerla sobre la base del testimonio personal. La mujer iba gritando: « ¡Fijaos en lo que ha hecho por mí y en mí! » No era de una teoría de lo que hablaba, sino de un poder dinámico y transformador. La Iglesia se podrá extender hasta que los reinos del mundo lleguen a ser el Reino del Señor sólo cuando hombres y mujeres experimenten por sí mismos el poder de Cristo, y luego les transmitan esa experiencia a otros.

(ii) Había un contacto personal cada vez más íntimo y un conocimiento que iba en aumento. Una vez que Se les presentó a Cristo a los samaritanos, ellos mismos Le buscaron; buscaron Su presencia y Su compañía. Le pidieron que se quedara con ellos hasta que aprendieran de Él y llegaran a conocerle mejor. Es verdad que hay que empezar por presentar a Cristo; pero no lo es menos que, cuando Se le ha presentado a una persona, ella tiene que seguir viviendo en la presencia de Cristo por sí misma. Nadie puede pasar esa experiencia por otro. Puede que sean otros los que nos guíen a la amistad con Cristo, pero debemos buscar y disfrutar de esa amistad por nosotros mismos.

(iii) Hubo descubrimiento y entrega. Los samaritanos descubrieron en Jesús al Salvador del mundo. Es posible que no lo dijieran con esas mismas palabras. Juan estaba escribiendo después de muchos años, y estaba expresando el descubrimiento de los samaritanos con sus propias palabras, que rezumaban el aroma de toda una vida de comunión con Cristo y de meditación acerca de Él bajo la dirección del Espíritu Santo. Juan es el único que usa este glorioso título de Jesús. Lo encontramos aquí y en 1 *Juan 4:14*. Para Juan era el título de Jesús por antonomasia.

Este título no lo inventó Juan. En el Antiguo Testamento a Dios se Le llama Salvador, Dios de Salvación. Este título se aplicaba también a muchos dioses griegos. Cuando Juan estaba escribiendo, al emperador romano se le otorgó el título de

Salvador del Mundo. Es como si Juan dijera: « Todo lo que veníais soñando se ha hecho realidad en Jesús. »

Haremos bien en no olvidar este título. Jesús no era simplemente *un profeta* que transmitiera con palabras un mensaje de Dios. Tampoco era simplemente *un psicólogo experto* que tuviera una habilidad extraordinaria para descubrir lo que hay en la mente humana. Es cierto que dio muestras de poseer esa cualidad en el caso de la Samaritana; pero hizo mucho más. Él no era simplemente *un ejemplo*. No vino sólo a presentarle a la humanidad cómo había que vivir la vida. Un gran ejemplo puede ser descorazonador y frustrante cuando nos deja impotentes para seguirlo.

Jesús era y es *El Salvador*. Él es el único que puede rescatar a las personas de la situación terrible y desesperada en que se encuentran; el único que puede romper las cadenas que tienen aherrojadas a las personas a su pasado, y darles poder para enfrentarse con el futuro. La Samaritana es en realidad un buen ejemplo de cómo actúa el poder salvador de Jesús. La población donde vivía ya la tendría probablemente por una persona irreformable; y seguramente ella misma estaría de acuerdo en que jamás sería capaz de llevar una vida respetable. Pero llegó Jesús, y la rescató por partida doble: la capacitó para que se desligara de su pasado, y la introdujo a una nueva vida desde allí en adelante. No hay título que Le corresponda a Jesús mejor que *El Salvador del Mundo*.

EL ARGUMENTO IRREFUTABLE

Juan 4:43-45

Dos días después, Jesús se marchó de allí y se fue a Galilea. Jesús mismo confesaba que a ningún profeta se le reconoce en SU propio país. Sin embargo, cuando llegó a Galilea, los galileos Le dieron la bienvenida; porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, porque ellos también habían ido a la fiesta.

Los tres evangelios sinópticos contienen el dicho de Jesús de que a un profeta no se le reconoce en su propia tierra (*Marcos 6:4; Mateo 13:57; Lucas 4:24*). Era un antiguo y conocido refrán, pero Juan lo introduce en un contexto diferente. En los otros evangelios está en pasajes en los que se cuenta que Jesús fue rechazado por Sus propios paisanos galileos, mientras que Juan lo pone aquí en una ocasión en que Le aceptaron.

Ya hemos visto que Jesús había salido de Judea y se había dirigido a Galilea para evitar la controversia que estaba provocando Su creciente popularidad. La hora del conflicto no había llegado (*Juan 4:1-4*). Puede ser que Jesús se marchara a Galilea esperando poder retirarse a descansar. Y puede ser que en Galilea pasara exactamente lo mismo que había sucedido en Samaria y que hubiera una respuesta positiva a Su enseñanza. Puede ser que nos encontremos aquí con una de las diferencias del Cuarto Evangelio con respecto a los otros tres. Ya hemos visto que Juan nos relata el ministerio de Jesús en Judea, mientras que los sinópticos se limitan exclusivamente a Su ministerio en Galilea. Jesús era judío, de la tribu de Judá y nacido en la ciudad de David, Belén, aunque este hecho no lo sabían los judíos (7.42), que daban por supuesto que Jesús era galileo porque venía de Nazaret, donde había vivido casi toda Su vida; y de ahí que Le llamaran Jesús Nazareno. Así que es posible que Jesús citara el refrán del profeta que no es reconocido en su tierra refiriéndose a Su experiencia en Judea. En los otros evangelios también se presenta Su éxito inicial en Galilea, lo que se suele llamar *La primavera galilea*.

Sea como fuere, este pasaje y el precedente nos presentan el argumento irrefutable a favor de Cristo. Los samaritanos creyeron en Jesús, no por lo que les dijo otra persona, sino porque ellos mismos Le oyeron hablar de cosas nunca jamás oídas. Los galileos creyeron en Jesús, no por lo que les dijera otra persona acerca de El, sino porque Le vieron hacer en Jerusalén cosas que no se habían visto en la vida. Lo que Jesús decía y hacía eran credenciales a las que no se podía oponer nada.

Aquí tenemos una de las grandes verdades de la vida cristiana. *La única prueba convincente del Evangelio es la experiencia cristiana*. Puede que a veces tengamos que discutir con la gente hasta que las barreras intelectuales que han levantado se les vengán abajo y se rinda la ciudadela de su mente. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, lo único realmente convincente es decir: «Yo sé cómo es Jesús, y lo que puede hacer. Todo lo que te puedo decir es que, si Le ofreces una oportunidad en tu vida, ya verás lo que te sucede.» El evangelismo realmente eficaz empieza cuando podemos decir: «Yo sé lo que Cristo ha hecho por mí. -Y añadimos-: Ofrécele una oportunidad, y verás lo que puede hacer por ti.»

Aquí nos encontramos otra vez con la tremenda responsabilidad que- nos corresponde. Nadie es probable que quiera hacer la prueba a menos que vean su eficacia en nuestra vida. No servirá de mucho el decirle a los demás que Cristo puede traer a su vida gozo y paz y poder, cuando nuestra vida es lúgubre, angustiada y derrotada. Los demás se convencerán de que vale la pena entregarse a Cristo solamente cuando vean que para nosotros ha conducido a una experiencia que da envidia.

LA FE DE UN DIPLOMÁTICO

Juan 4:46-54

Así es que Jesús llegó otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.

Y había allí en Cafarnaún un cierto diplomático cuyo hijo estaba enfermo. Cuando este hombre supo que había venido Jesús de Judea a Galilea, se dirigió a Él para pedirle que fuera a su casa a curar a su hijo que estaba muriéndose.

Jesús le dijo:

-¿Es que no vais a creer más que si veis señales y milagros?

*-Señor, ven antes que se **muera mi mozo -le dijo***

el funcionario; a lo que Jesús le contestó:-

- ¡Vete con Dios, hombre, que tu hijo ya está bueo.

Él creyó lo que le dijo Jesús, y se volvió a su casa.

Antes de que llegara, sus esclavos le salieron al encuentro y le dijeron:

- ¡Tu hijo está vivo y bien!

Él entonces les preguntó a qué hora se había puesto mejor, y le dijeron:

Ayer, a la una de la tarde, se le fue la fiebre.

EL padre se dio cuenta de que a esa hora había sido cuando Jesús le había dicho: «¡Tu hijo está vivo!», y creyeron en Jesús él y toda su familia.

Esta fue la segunda señal, y Jesús la hizo después de volver de Judea a Galilea.

Casi todos los comentaristas creen que ésta es otra versión de la historia de la curación del siervo del centurión que se encuentra en *Mateo 8:5-13* y en *Lucas 7:1-10*; pero hay diferencias notables entre las dos que nos justifican el tratarla como una historia independiente. Algunos detalles de la conducta del funcionario son un ejemplo para todos.

(i) *Aquí tenemos a un diplomático que acudió a un carpintero.* La palabra griega es *basilikós*, que podría significar que era un reyezuelo; pero se usa para funcionarios del rey, y lo más probable es que se tratara de un hombre de posición elevada en la corte de Herodes. Jesús, por el contrario, no era más que un carpintero del pueblo de Nazaret. Además, Jesús estaba en Caná, y este hombre vivía en Cafarnaúm, que estaba a 35 kilómetros. Por eso le llevó tanto tiempo el volver a su casa.

No se puede imaginar una historia más peregrina que la de un alto funcionario que recorre treinta y cinco kilómetros a toda prisa para pedirle un favor a un carpintero de pueblo. Lo primero y principal es que este aristócrata se tragó su orgullo. Tenía una necesidad angustiosa, y ni los convencionalismos ni el protocolo le impidieron acudir a Jesús con su necesidad. Su gesto causaría sensación, pero a él no le importaba el qué dirán con tal de obtener la ayuda que tanto necesitaba. Si queremos de veras la ayuda que Jesús nos puede dar, tenemos que ser lo suficientemente humildes para tragarnos nuestro orgullo y no tener en cuenta lo que diga la gente.

(ii) *Aquí tenemos a un diplomático que se negaba a darse por vencido.* Jesús le recibió con lo que a primera vista parecería un jarro de agua fría, diciéndole que hay gente que no cree a menos que se la provea de señales y milagros. Puede que Jesús dirigiera esas palabras más a la multitud que se habría reunido a ver en qué paraba todo aquello que al diplomático mismo. Es probable que hubiera muchos curiosos.

Pero Jesús tenía una manera de asegurarse de que una persona iba en serio. Así actuó con la sirofenicia (*Mateo 15: 2128*). Si aquel hombre se hubiera dado la vuelta presumido y airado, si hubiera sido demasiado orgulloso para escuchar la advertencia, si hubiera cedido al desaliento a la primera, Jesús se habría dado cuenta de que su fe no era auténtica. Uno tiene que tomar su situación sinceramente en serio para poder recibir la ayuda de Cristo.

(iii) *Aquí tenemos a un diplomático que tenía fe.* No era fácil emprender el camino de vuelta a casa sin llevarse más que la palabra de Jesús de que su chaval se iba a poner bueno. Ahora se empieza a tomar en serio el poder del pensamiento y de la telepatía, y nadie negaría este milagro simplemente porque se realizó a distancia; pero tiene que haberle sido difícil al diplomático. Pero tenía la fe suficiente para recorrer otra vez los treinta y cinco kilómetros no llevando nada más que la palabra de Jesús para confortarle el corazón.

Es de esencia de la fe el creer que lo que Jesús dice es verdad. A menudo se tiene una especie de anhelo vago de que fueran verdad las promesas de Jesús; pero la única manera de entrar de veras en ellas es creerlas como el náufrago que se aferra a lo que sea que le pueda salvar. Si Jesús dice algo, no es que *a lo mejor* es verdad; ¡es que *tiene que ser* verdad!

(iv) *Aquí tenemos a un diplomático que se entregó.* No fue un hombre que le sacó a Cristo lo que quería, y luego se fue y se olvidó. El y todos los suyos creyeron. No le sería fácil a él, porque el que Jesús fuera el Mesías iría a contrapelo con todas sus ideas preconcebidas. Ni le sería fácil confesar su fe en Jesús en la corte de Herodes. Tendría que soportar que se rieran y burlaran de él; y hasta que le tomaran por chalado.

Pero este diplomático se enfrentaba con los hechos y los aceptaba. Había experimentado lo que Jesús podía hacer, y no le quedaba más que rendirse a los hechos. Había empezado por un sentimiento de necesidad desesperada, que Jesús le había solucionado; y su sentimiento de necesidad había dejado paso a otro de agradecimiento y amor desbordante. Esa debe ser la historia de cualquier vida cristiana.

Casi todos los investigadores del Nuevo Testamento creen que en este punto se han colocado equivocadamente los capítulos del Cuarto Evangelio. Mantienen que el capítulo 6 debería venir *antes* que el 5. La razón es que el capítulo 4 termina con Jesús en Galilea (*Juan 4:54*); el capítulo 5 empieza con Jesús en Jerusalén; el capítulo 6 nos presenta a Jesús otra vez en Galilea, y el 7 empieza dándonos a entender que Jesús acababa de venir a Galilea a causa de la oposición que había tenido que arrastrar en Jerusalén. Los cambios de Jerusalén a Galilea resultan difíciles de seguir. Por otra parte, el capítulo 4 termina: < Esta fue la segunda señal, y Jesús la hizo después de volver de Judea a Galilea > (4:54). El capítulo 6 empieza: «Después de esto, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea», que sería una secuencia natural. El capítulo 5 nos presenta entonces a Jesús dirigiéndose a Jerusalén para una fiesta, y encontrándose con problemas muy serios con las autoridades judías. Se nos dice de hecho que desde aquel momento empezaron a perseguirle (5:10). Luego, el capítulo 7 empieza diciendo que Jesús se movía por Galilea, y «no quería ir a Judea porque los judíos querían matarle» (7:1).

Aquí no hemos alterado el orden; pero debemos notar que el tomar el capítulo 6 antes del 5 presenta un orden de acontecimientos más natural y fácil de seguir.

LA IMPOTENCIA HUMANA Y EL PODER DE CRISTO

Juan 5:1-9

Más adelante se celebraba una de las fiestas de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, una piscina con cinco pórticos que se llama en hebreo Betesda. En esos pórticos yacía una verdadera multitud de enfermos de todas clases, ciegos, tullidos y paralíticos (que estaban esperando ansiosamente que se agitara el agua; porque de tiempo en tiempo descendía a la piscina un ángel del Señor

que removía el agua, y el primero que se metiera cuando se movía el agua se curaba de cualquier dolencia que le aquejara).

Y había allí un pobre hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Y cuando Jesús le vio tirado allí, sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dijo:

-¿Quieres ponerte bueno?

-Señor -Le contestó el enfermo-, no tengo a nadie que me meta de prisa en la piscina cuando se agita el agua; cuando intento llegar, ya se ha metido otro antes.

-¡Levántate, recoge tu camastro y ponte a andar! -le dijo Jesús. Y el hombre se puso bueno, recogió su camilla y echó a andar.

Había tres fiestas de guardar: La Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Todos los varones judíos adultos que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén tenían obligación de asistir. Si consideramos que el capítulo 6 debe estar antes que el 5, deduciremos que la fiesta era Pentecostés, porque lo que se relata en el capítulo 6 sucedió cerca de la Pascua (*Juan 6:4*). La Pascua era en el primer plenilunio después del equinoccio de primavera, cuando es ahora la Semana Santa, y Pentecostés siete semanas después. Juan nos presenta a Jesús asistiendo a las fiestas judías, porque tenía el debido respeto a las obligaciones de la religión de Israel; y sus fiestas no le parecían una molesta obligación sino una deliciosa oportunidad para participar en el culto de su pueblo.

Cuando Jesús llegó a Jerusalén estaba, al parecer, solo. Por lo menos no se menciona a Sus discípulos. Se dirigió a la famosa piscina, que se llamaba *Bethesda*, que quiere decir Casa de Misericordia, o más probablemente *Bethzathá*, que quiere decir Casa del Olivo, o almazara. Los mejores manuscritos tienen el segundo nombre, y sabemos por Josefo que había un barrio de Jerusalén que se llamaba así. La palabra para piscina es *kolymbéthra*, del verbo *kolymban*, *tirarse de cabeza*. Era lo bastante honda para que se pudiera nadar.

El trozo que hemos puesto entre paréntesis no está en ninguno de los mejores manuscritos, y es posible que fuera una interpolación posterior para explicar la presencia de tantos enfermos. Por debajo de la piscina había una corriente subterránea que a veces borbollaba y se agitaba. Se creía que aquello lo producía un ángel, y que el primero que se metiera en el agua después del borbolleo se curaba de cualquier enfermedad que le aquejara.

Esto parece mera superstición; pero era la clase de creencia que se había extendido por todo el mundo antiguo y que todavía existe en algunos lugares. Se creía en toda clase de espíritus y demonios. El aire estaba lleno de ellos. Tenían su morada en ciertos lugares: árboles, ríos, colinas y estanques tenían sus residentes espirituales.

Además, a los pueblos antiguos les impresionaba especialmente la santidad de las aguas, y especialmente la de los ríos y las fuentes. El agua era tan valiosa, y los ríos, por otra parte, podían ser tan poderosos, que no nos sorprende que impresionaran tanto. En el Oeste puede que no sepamos más que el agua sale de los grifos; pero en el mundo antiguo, y en muchos lugares hoy en día, el agua es el elemento más valioso y potencialmente el más peligroso.

Sir J. G. Frazer, en su obra *El folclor en el Antiguo Testamento* (en inglés, ii, 412-423), cita muchos ejemplos de esta reverencia que inspira el agua. El gran poeta griego Hesíodo decía que, cuando una persona está a punto de vadear un río, debe rezar y lavarse las manos; porque, cuando se vadea un río con las manos sucias se incurre en la ira de los dioses. Cuando el rey persa Jerjes llegó al Estimón, en Tracia, sus magos sacrificaron caballos blancos e hicieron otras ceremonias antes de aventurarse a cruzar. El general romano Lucilo sacrificó un toro al río Éufrates antes de cruzarlo. Hasta el día de hoy en el Sudeste de Africa algunas de las tribus bantu creen que los ríos. están habitados por espíritus malignos que es necesario propiciar echando al río un manojo de cereal o alguna otra ofrenda antes de cruzarlo. Cuando se ahogaba alguien en un río se decía que «le habían llamado los espíritus.» Los baganda de Africa central no harán nada para rescatar a una persona que es arrastrada por el río porque piensan que son los espíritus los que la han arrebatado. Los que estaban esperando la movida del agua en la piscina de Jerusalén eran hijos de su tiempo y tendrían las ideas de su tiempo.

Puede que, mientras Jesús iba pasando por allí, Le indicaran al enfermo de la historia como caso especialmente lastimoso porque su condición hacía muy difícil, y aun imposible, el que llegara al agua el primero después del borbolleo. No tenía a nadie que le ayudara, y Jesús fue siempre el amigo y el ayudador de los desamparados. No se molestó en echarle un sermón sobre la inutilidad de aquella superstición y de esperar la movida del agua. Su único deseo era ayudar, así es que sanó al que llevaba tanto tiempo enfermo.

En esta historia vemos claramente las condiciones en que operaba el poder de Jesús: daba la orden a la gente y, en la medida en que Le obedecían, el poder actuaba en ellos.

(i) Jesús empezó por preguntarle al hombre si quería ponerse bien. No era una pregunta tan absurda como parece. Aquel hombre había estado esperando treinta y ocho años, y bien podía ser que hubiera perdido toda esperanza y se encontrara sumido en una desesperación lúgubre y pasiva. En lo íntimo de su corazón, el hombre podía haberse resignado a seguir inválido; porque, si se curaba, tendría que arrostrar todas las azares y responsabilidades de la vida laboral. Hay enfermos para quienes la invalidez no es desagradable, porque viven a expensas de otros que trabajan y se preocupan. Pero la respuesta de este hombre fue inmediata: quería estar bueno, aunque no sabía cómo, porque no tenía a nadie que le pudiera ayudar.

La primera condición para recibir el poder de Jesús es desearlo intensa y sinceramente. Jesús dice: «¿Estás seguro de que quieres cambiar?» Si en lo más íntimo estamos contentos de seguir como somos, no se producirá el cambio.

(ii) Jesús se dirigió al hombre para decirle que se levantara. Fue como si le dijera: « ¡Hombre: Aplícale tu voluntad, y tú y Yo lo conseguiremos entre los dos!» El poder de Dios nunca exige al hombre del esfuerzo. Es cierto que debemos darnos cuenta de nuestra indefensión; pero en un sentido muy real también es cierto que los milagros suceden cuando nuestra voluntad coopera con el poder de Dios para hacerlos posibles.

(iii) En realidad lo que Jesús le estaba diciendo a aquel hombre era que intentara lo imposible. < ¡Levántate!» -le dijo. Su camastro no sería probablemente más que una esterilla (la palabra griega es *krábbatos*, un término coloquial para *camilla*), y Jesús le dijo que la recogiera o enrollara y se la llevara. El hombre podría haberle dicho a Jesús, con resentimiento ofendido, que hacía treinta y ocho años que era el camastro el que cargaba con él, y que no tenía mucho sentido decirle ahora que fuera él el que cargara con el camastro. Pero hizo el esfuerzo con Jesús, ¡y lo imposible sucedió!

(iv) Este es el camino del éxito. ¡Hay tantas cosas en el mundo que nos derrotan! Cuando deseamos algo intensamente y aplicamos la voluntad al esfuerzo, aunque parezca desesperado, el poder de Cristo acepta la oportunidad, y con Él podemos dominar lo que nos ha tenido dominados mucho tiempo.

Algunos comentaristas toman este pasaje por una alegoría. *El hombre* representa al pueblo de Israel. *Los cinco pórticos* son los cinco libros de la Ley. La gente yace enferma en esos pórticos. La Ley puede diagnosticar el pecado, pero no curarlo; puede revelar al hombre su debilidad, pero no remediarla. La Ley, como los pórticos, acoge a las almas enfermas, pero no puede darles la salud. *Los treinta y ocho años* representan los treinta y ocho años que los israelitas peregrinaron por el desierto antes de entrar en la Tierra Prometida; o el número de siglos que la humanidad había pasado esperando al Mesías. *El movimiento del agua* representa el bautismo. De hecho, en el arte cristiano primitivo se representa a veces a un hombre saliendo de las aguas del bautismo con una camilla a las espaldas.

Puede que nos sea posible ahora también leer todos esos sentidos entre líneas en esta historia; pero es muy poco probable que Juan la escribiera como una alegoría. Tiene el sello gráfico del hecho real. Pero haremos bien en recordar que cualquier historia bíblica nos enseña mucho más que un hecho histórico. Hay siempre verdades más profundas bajo la superficie, y hasta los relatos más sencillos nos colocan cara a cara con verdades eternas.

LA SANIDAD Y EL ODIO

Juan 5:10-18

Aquel día era sábado; así es que los judíos le dijeron al enfermo al que había sanado Jesús:

- ¡Es sábado, y no se te permite cargar con esa cama!

- El Que me puso bueno -les contestó él- fue el Que me dijo: «¡Carga con tu camilla, y echa a andar!»

- ¡Quién es el Que te dijo: «Cárgate la cama y anda»? -le preguntaron entonces; y el que había sido curado no sabía Quién era el Que le había curado, porque Jesús se le había perdido de vista entre la multitud considerable que había en el lugar.

Más tarde, Jesús le encontró en el templo, y le dijo: - ¡Ten cuidado! Se te ha devuelto la salud; pero no peques más, no sea que te ocurra algo peor todavía.

El hombre se dirigió a los judíos, y les dijo que había sido Jesús el Que le había puesto bueno. Y por eso era por lo que los judíos estaban empeñados en perseguir a Jesús: porque había hecho aquello en sábado. Pero Jesús les replicaba:

Mi Padre sigue Su obra todavía, así es que Yo sigo con la Mía.

Por esto los judíos trataban aún más de encontrar la manera de matarle; porque no sólo tenía por costumbre quebrantar el mandamiento de descansar los sábados, sino que también solía decir que Dios era Su propio Padre, lo que equivalía a hacerse a Sí mismo igual a Dios.

Un pobre hombre había sido sanado de una enfermedad que, humanamente hablando, era incurable. Podríamos suponer que aquello habría causado una alegría y gratitud general; pero algunos lo miraron como algo malo e impío. El que había sido sanado iba por las calles cargando con su camastro; los guardianes de la ortodoxia judía le pararon y le recordaron que el llevar una carga el día de reposo era quebrantar la Ley.

Ya hemos visto lo que hacían los judíos con la Ley de Dios. Era la Ley una serie de grandes principios generales que se dejaba a cada persona el aplicar y cumplir; pero a través de los años los judíos la habían convertido en miles de reglas y prohibiciones. La Ley decía simplemente que había que considerar el sábado como un día especial, y que en él no tenían que hacer ningún trabajo las personas libres, ni sus esclavos, ni sus animales. Los judíos entonces establecieron que había treinta y nueve clases de trabajos, a los que llamaban «trabajos padres», uno de los cuales era llevar cargas.

Se basaban especialmente en dos pasajes. Jeremías había dicho: «Así ha dicho el Señor: Guardaos por vuestra vida de llevar cargas en sábado, o de meterlas por las puertas de Jerusalén. No saquéis cargas de vuestras casas en sábado ni hagáis ningún trabajo; sino santificad el sábado como mandé a vuestros antepasados» (*Jeremías 17:19-27*). Nehemías también se había disgustado porque se trabajaba y se vendían mercancías los sábados, y había colocado guardas en las puertas de Jerusalén para que vieran que no se metían ni sacaban cargas los sábados (*Nehemías 13:15-19*).

Nehemías 13:15 deja perfectamente claro que lo que estaba en cuestión era trabajar el sábado como si fuera un día ordinario. Pero los rabinos de tiempos de Jesús discutían solemnemente que un sastre quebrantaba el sábado si llevaba ese día una aguja, su herramienta de trabajo, prendida en la solapa. Hasta discutían si era lícito llevar dentadura o piernas postizas u otras prótesis en sábado, o estaba prohibido por ser «cargas». Estaban seguros de que no se debía llevar ninguna clase de adornos superfluos los sábados, por la misma razón. Para ellos todas estas minucias eran cuestiones de vida o muerte, así que no les cabía la menor duda de que el hombre de este pasaje estaba quebrantando la ley rabínica al llevar la cama a cuestras en sábado:

Se defendió diciendo que el Que le había sanado le había dicho que lo hiciera, y él ni siquiera sabía que había sido Jesús. Algo más adelante Jesús se le encontró en el templo; y el hombre se dio toda la prisa que pudo para decirles a las autoridades que la Persona en cuestión había sido Jesús. No quería buscarle líos a Jesús; pero la ley rabínica decía literalmente: « Si uno transporta cualquier cosa de un lugar público a una casa privada intencionadamente en sábado, será muerto a pedradas.» Aquel hombre estaba tratando de explicar que no era culpa suya lo que estaba haciendo.

Así es que las autoridades dirigieron sus acusaciones contra Jesús. Los verbos del versículo 18 están en el *tiempo imperfecto*, que describe acciones repetidas en el pasado, como en castellano. Está claro que esta historia nos presenta un ejemplo de algo que Jesús *hacía habitualmente*.

La defensa de Jesús era alucinante. Dios no dejaba de obrar porque fuera sábado, y Él, Jesús, tampoco. Cualquier judío instruido tendría que reconocer la fuerza del argumento. Filón había dicho: < Dios nunca deja de obrar; porque, como le es propio al fuego producir calor y a la nieve frío, así Le es propio a Dios el obrar. > Y otro autor había dicho: < El Sol brilla; los ríos fluyen; los procesos de nacimiento y muerte suceden los sábados lo mismo que los otros días: así es la obra de Dios. > Es verdad que según el relato de la Creación Dios descansó el séptimo día; pero descansó *de la Creación*; Sus obras de juicio y misericordia y compasión y amor prosiguen.

Jesús dijo: «Aunque sea sábado, el amor y la misericordia y la compasión de Dios actúan; y Yo *también*.» Fue esta última afirmación la que escandalizó a los judíos, porque no podía querer decir nada más que la obra de Dios y la de Jesús eran la misma cosa. Parecía que Jesús se estaba colocando en igualdad con Dios. Lo que Jesús estaba diciendo en realidad lo vamos a ver en la sección siguiente; pero por el momento debemos tomar nota de que Jesús enseñaba que siempre hay que ayudar a los necesitados; que no hay tarea más importante que aliviar el dolor o la angustia de alguien, y que la compasión cristiana debe ser como la de Dios: incesante. Otras obras se pueden aplazar, pero no la de la compasión.

Hay otra creencia judía que aparece en este pasaje. Cuando Jesús se encontró con el hombre en el templo le dijo que no pecara más, no fuera que le viniera algo todavía peor. Para un judío, el pecado y el sufrimiento estaban tan unidos como la causa y el efecto. Si uno sufría, sería porque había pecado; y no podría curarse a menos que se le perdonara el pecado. Los rabinos decían: « El enfermo no sale de la enfermedad hasta que se le perdonen sus pecados. » Este hombre podía discutir que había pecado, y se le había perdonado y, por así decirlo, había salido bien parado; y podía seguir diciendo que, como había encontrado a Uno que podía librarle de las consecuencias del pecado, podía muy bien seguir pecando. Había en la Iglesia Primitiva algunos herejes que decían que la libertad cristiana era una licencia para la naturaleza pecadora (*Gálatas 5:13*). Había algunos que seguían pecando con la seguridad de que la gracia no se acababa nunca (*Romanos 6:1-18*). Siempre ha habido personas que han abusado del amor y del perdón y de la gracia de Dios como excusa para pecar. Pero no tenemos más que pensar en lo que costó el perdón de Dios mirando a la Cruz del Calvario para saber que debemos odiar siempre el pecado; pues cualquier pecado quebranta el corazón de Dios.

CREDENCIALES INSOSLAYABLES

Juan 5:19-29

Jesús continuó diciéndoles:

-Os digo la pura verdad: El Hijo no puede hacer nada que proceda de Él mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre. El Hijo actúa de la misma manera que actúa el Padre; porque el Padre ama al Hijo y Le enseña todo lo que Él mismo hace. Y aún Le mostrará obras mayores que éstas, de tal manera que os quedaréis alucinados. Porque, como el Padre resucita a los muertos y los hace vivir otra vez, así también el Hijo hace vivir a los que quiere. Tampoco juzga el Padre a nadie, sino que ha dejado todo el proceso del juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo tampoco honra al Padre Que Le envió.

< Os digo la pura verdad: El que escucha Mi palabra y cree en el Que Me ha enviado tiene la vida eterna, y no está abocado al juicio, sino que ha cruzado de la muerte a la vida. > Os digo la pura verdad: Está para sonar la hora, y ya ha llegado, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y, cuando la oigan, vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, también Le ha dado al Hijo que tenga vida en Sí mismo; y también Le ha dado autoridad para ejercer el proceso del juicio, porque para eso es el Hijo del Hombre. No os sorprendáis de esto; porque está para sonar la hora cuando todos los que estén en las tumbas oirán Su voz, y saldrán; los que hayan obrado el bien saldrán a una resurrección que les dará la vida, mientras que los que hayan obrado indebidamente saldrán a una resurrección que desembocará en el juicio.

Aquí llegamos al primero de los largos discursos del Cuarto Evangelio. Cuando leamos pasajes así debemos recordar que Juan no se propone tanto darnos las mismísimas palabras que dijo Jesús como lo que Jesús quería decir. Juan estaba escribiendo allá por el año 100 d.C. Había pasado setenta años pensando en Jesús y en las cosas maravillosas que había dicho. Muchas de esas cosas no las había entendido del todo cuando se las oyó decir a Jesús; pero, más de medio siglo de meditar bajo la dirección del Espíritu Santo le había enseñado un sentido cada vez más profundo de las palabras de Jesús. Así es que nos presenta, no sólo lo que Jesús dijo, sino también lo que quería decir.

Este pasaje es tan importante que tenemos que estudiarlo primero en conjunto, y luego por secciones.

En primer lugar, pues, vamos a considerarlo en conjunto. Debemos tratar de pensar, no sólo en cómo nos suena a nosotros; sino también en cómo les sonaría a los judíos que lo oyeron por primera vez. Tenían un trasfondo de ideas y pensamientos, de teología y creencias, de literatura y religión, que está muy lejano del nuestro; y, para entender un pasaje como éste, debemos intentar introducirnos en la mentalidad de los judíos que lo oyeron por primera vez. .

Este es un pasaje maravilloso, porque está entrelazado con pensamientos y expresiones que son las credenciales de Jesús como el Mesías prometido. Muchas de estas credenciales no las vemos ahora tan claramente, pero estarían tan claras como el agua para los judíos, y los dejarían estupefactos.

(i) La credencial más clara se encuentra en el título de Jesús como Hijo del Hombre. Sabemos que ese extraño título es muy corriente en los evangelios. Tiene una larga historia. Nació en *Daniel 7:1-14*. La versión Reina-Valera traduce correctamente, no *El Hijo del Hombre*, sino un hijo de hombre (*Daniel 7:13*).

El detalle importante del pasaje estriba en el hecho de que *Daniel* se escribió en días de terror y de persecución, y contiene una visión de la gloria que sucedería algún día al sufrimiento que estaba pasando el pueblo de Dios. En *Daniel 7:1-7*, el vidente describe bajo el simbolismo de bestias a los grandes imperios paganos que han ejercido dominio en el mundo. El león con alas de águila (7:4) representa al imperio de Babilonia; el oso con tres costillas en la boca, como si estuviera devorando un cadáver (7:5), al imperio de Media; el leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas (7:6) representa al imperio de Persia; y la bestia grande y terrible de dientes de hierro y diez cuernos (7:7), al imperio de Macedonia. Todos estos poderes terribles pasarán, y la autoridad y el dominio se le darán a uno *semejante a hijo de hombre*. El sentido es que los imperios que han ejercido la soberanía han sido tan salvajes que sólo se los podía describir en términos de bestias feroces; pero va a venir al mundo un poder tan benigno y amable que será humano y no bestial. En *Daniel*, la frase describe la clase de poder que va a gobernar el mundo.

Alguien tendrá que introducir y ejercer ese poder; y los judíos tomaron ese título y se lo aplicaron al Escogido de Dios que algún día traería la nueva era de compasión y amor y paz; y así llegaron a llamar al Mesías esperado *El Hijo del Hombre*. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgió toda una literatura que trataba de la era dorada por venir.

Una obra que ejerció una influencia especial fue el *Libro de Enoc*, en el que aparece una y otra vez una gran figura que se llama *Aquel Hijo del Hombre*, que está esperando en el Cielo hasta que Dios le envíe a la Tierra para introducir Su Reino y asumir el mando. Así que, cuando Jesús se llamaba a Sí mismo *El Hijo del Hombre*, no estaba haciendo otra cosa que llamarse a Sí mismo el Mesías. Aquí presentaba unas credenciales tan claras que no dejaban lugar a dudas.

(ii) Pero no es que Jesús presente Sus credenciales como el Mesías de Dios sólo en estas palabras, sino que está implícito en frase tras frase. El mismo milagro que había realizado en el paralítico era una señal de que Jesús era el Mesías. La descripción que nos hace Isaías de la nueva edad de Dios incluía que «el cojo saltaría como un ciervo» (*Isaías 35:6*). Y en la visión de Jeremías, cojos y ciegos se reunirían (*Jeremías 31:8s*).

(iii) Tenemos la declaración que hace Jesús en repetidas ocasiones de que Él resucitará a los muertos y será su juez. En el Antiguo Testamento, Dios era el único que podía resucitar a los muertos y que tenía el derecho de juzgarlos: « Yo, soy Yo, y no hay más dioses a Mi lado: Yo hago morir, y Yo hago vivir» (*Deuteronomio 32:39*). « El Señor mata y Él da la vida» (1 *Samuel 2:6*). Cuando el general sirio Naamán acudió a que le curaran de la lepra, el rey de Israel dijo alucinado de desesperación: «¿Soy yo Dios, que mate y dé vida?» (2 *Reyes 5:7*). El poder para hacer morir y vivir pertenecía inalienablemente a Dios; y lo mismo sucedía con el juicio. «El juicio es de Dios» (*Deuteronomio 1:17*).

En el pensamiento de épocas sucesivas, esta función de resucitar y, posteriormente, juzgar a los muertos se le reconoció como una de sus atribuciones al Mesías cuando viniera a inaugurar la nueva era de Dios. *Enoc* dice del Hijo del Hombre: «La

totalidad del juicio se le confió» (*Enoc 69:26s*). Jesús, en nuestro pasaje, dice que los que hayan obrado el bien resucitarán para la vida, y los que hayan obrado el mal resucitarán para la muerte. *El Apocalipsis de Baruc* establece que cuando llegue la era de Dios: «El aspecto de los que ahora obran maliciosamente se pondrá peor de lo que es ahora, porque habrán de sufrir tormento,» mientras que los que han confiado en la Ley y obrado de acuerdo con ella estarán cubiertos de belleza y esplendor» (*Baruc 51:1-4*). Enoc dice que ese día: «La Tierra se rasgará, y todo lo que viva en ella perecerá, y tendrá lugar el juicio de toda la humanidad» (*Enoc 1:5-7*). *El testamento de Benjamín* dice: «Toda la humanidad resucitará: algunos serán exaltados, y algunos humillados y avergonzados.»

Para Jesús, el hablar así era un acto de un valor sin igual y extraordinario. Tiene que haber sabido que el presentar esas credenciales les sonaría sin duda a blasfemia a los líderes judíos más ortodoxos, y sería atraerse la muerte. Los que oyeran tales afirmaciones no podrían hacer más que una de dos cosas: aceptar a Jesús como el Hijo de Dios, o rechazarle y odiarle como blasfemo.

Ahora vamos a estudiar este pasaje por secciones.

EL PADRE Y EL HIJO

Juan 5:19-20

Jesús continuó diciéndoles:

-Os digo la pura verdad: El Hijo no puede hacer nada que proceda de Él mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre. El Hijo actúa de la misma manera que actúa el Padre; porque el Padre ama al Hijo y Le enseña todo lo que ÉL mismo hace. Y aún Le mostrará obras mayores que éstas, de tal manera que os quedaréis alucinados.

Así empieza la respuesta de Jesús a la acusación que le habían hecho los judíos de que se hacía igual a Dios. Establece tres cosas acerca de Su relación con Dios.

(i) Establece Su *identidad* con Dios. La verdad sobresaliente acerca de Jesús es que en Él vemos a Dios. Si queremos conocer los sentimientos que Dios tiene para con la humanidad, si queremos saber como reacciona ante el pecado, si queremos ver cómo considera la condición humana, no tenemos más que mirar a Jesús. La mente de Jesús es la Mente de Dios; las palabras de Jesús son las palabras de Dios; las acciones de Jesús son las acciones de Dios.

(ii) Esta identidad no se basa tanto en la igualdad como la obediencia total. Jesús no hacía nunca lo que a Él le parecí mejor, sino siempre lo que Dios quería que hiciera. Precisamente porque Su voluntad estaba totalmente sometida a la de Dios es por lo que podemos ver a Dios en Él. Jesús es para con el, lo que nosotros debemos ser para con Jesús.

(iii) Esta obediencia no consiste en sumisión a un poder, sino en *amor*. La unidad entre Jesús y Dios es la unidad del amor: A veces conocemos dos mentes que tienen una misma manera de pensar, o dos corazones que laten al unísono. En términos humanos esa es la descripción perfecta de la relación entre Jesús y Dios. Hay una identidad tan completa de mente y voluntad y corazón que el Padre y el Hijo son Uno.

Pero este pasaje tiene todavía más que decirnos sobre Jesús.

(i) Nos habla de Su completa *confianza*. Está completamente seguro de que lo que la humanidad estaba viendo entonces no era más que el principio. En términos puramente humanos, lo único que podía esperar razonablemente Jesús era la muerte. Las fuerzas de la ortodoxia judía se estaban uniendo en contra suya, y el fin era ya seguro. Pero a Jesús no Le cabía la menor duda de que el futuro estaba en las manos de Dios, y que nadie podía impedirle que hiciera lo que Dios Le había enviado a hacer.

(ii) Nos habla de Su completa *intrepidez*. Era seguro que no Le entenderían. Que Sus palabras inflamarían las mentes de Sus oyentes y pondrían en peligro Su vida estaba fuera de toda cuestión. No habría situación humana en la que Jesús estaría dispuesto a reducir Sus pretensiones o a adular la verdad. Presentaría Sus credenciales y diría la verdad sin dejarse intimidar por lo que amenazaran con hacerle. Para Él lo único importante era ser fiel para con Dios, y no el evitar los peligros a que Se pudiera exponer.

VIDA, JUICIO Y HONOR

Juan 5:21-23

Porque, como el Padre resucita a los muertos y los hace vivir otra vez, así también el Hijo hace vivir a los que quiere. Tampoco juzga el Padre a nadie, sino que ha dejado todo el proceso del juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre Que Le envió.

Aquí vemos tres grandes funciones que pertenecen a Jesucristo como Hijo de Dios.

(i) *Es el dador de la vida.* Juan lo dice en un doble sentido. Quiere decir *en el tiempo*. Nadie está plenamente vivo hasta que Jesucristo entra en su vida y él entra en Jesucristo. Cuando hacemos el descubrimiento del reino de la música o de la literatura o del arte o de los viajes, algunas veces decimos que se nos ha abierto un nuevo mundo. Aquella persona en cuya vida ha entrado Jesucristo encuentra que la vida es totalmente nueva. Ha cambiado la persona, sus relaciones personales, su idea del trabajo y del deber y del placer, y su relación con Dios. Y quiere decir *en la eternidad*. Después que haya acabado esta vida, se abre una vida incalculablemente más plena y maravillosa para la persona que ha aceptado a Jesucristo, mientras que para la que Le ha rechazado sólo le espera la separación de Dios que es la muerte eterna. Jesucristo es el dador de la vida tanto en este mundo como en el por venir.

(ii) *Es el que trae el juicio.* Juan dice que Dios ha confiado todo el proceso del juicio a Jesucristo. Lo que quiere decir es que el juicio de una persona depende de su reacción a Jesús. Si encuentra en Él la única Persona digna de ser amada e imitada, está en el camino de la vida; y si ve en Jesús a un enemigo, se ha condenado a sí misma. Jesús es la piedra de toque en la que todos somos probados; nuestra reacción ante Él es la prueba que divide a la humanidad.

(iii) *Es el que recibe el honor.* Lo más alentador del Nuevo Testamento es su esperanza inextinguible y su certeza indestructible. Nos cuenta la historia de un Cristo crucificado; y, sin embargo, nunca alberga la menor duda de que, al %n, el Crucificado atraerá a Sí a toda la humanidad, y que todos Le conocerán y reconocerán y amarán. En medio de persecuciones y desprecios, a pesar de lo reducido de su número y de la escasez de su influencia, ante el fracaso y la deslealtad, el Nuevo Testamento y la Iglesia Primitiva nunca pusieron en duda el triunfo final de Cristo. Cuando sentimos el ataque de la desesperación haremos bien en recordar que la salvación de la humanidad es el plan de Dios, y que nada, a fin de cuentas, podrá hacer fracasar Su voluntad. La mala voluntad humana podrá retrasar, pero no derrotar el propósito de Dios.

ACEPTACIÓN QUIERE DECIR VIDA

Juan 5:24

«Os digo la pura verdad: El que escucha Mi palabra y cree en el Que Me ha enviado tiene la vida eterna, y no está abocado al juicio, sino que ha cruzado de la muerte a la vida.»

Jesús dice sencillamente que el aceptarle es la vida, y el rechazarle es la muerte. ¿Qué quiere decir escuchar las palabras de Jesús y creer en el Padre Que Le envió? Para decirlo lo más brevemente posible, quiere decir tres cosas. (i) Quiere decir que Dios es como Jesús nos dice, que es amor; y es entrar en una nueva relación con El en la que el miedo ha sido desterrado. (ii) Quiere decir aceptar la clase de vida que Jesús nos ofrece, aunque sea difícil y conlleve sacrificios, en la seguridad de que aceptarla es entrar en el camino definitivo que conduce a la paz y a la felicidad, y rechazarla es tomar el camino que conduce infaliblemente a la muerte y al juicio. (iii) Quiere decir aceptar la ayuda del Cristo Resucitado y la dirección del Espíritu Santo, y encontrar así la fuerza para todo lo que implica el camino de Cristo.

Cuando lo hacemos, entramos en tres nuevas relaciones. (i) Entramos en una nueva relación con Dios. El Juez llega a ser el Padre; lo distante llega a estar cerca; la enemistad se convierte en confianza, y el temor en amor. (ii) Entramos en una nueva relación con nuestros semejantes. El odio se convierte en amor; el egoísmo deja paso al servicio, y el rencor al perdón. (iii) Entramos en una nueva relación con nosotros mismos. La debilidad pasa a ser fuerza; el fracaso, éxito, y la tensión, paz.

El aceptar el ofrecimiento de Cristo es encontrar la vida. Todos estamos vivos en cierto sentido; pero hay pocos que se puede decir que conocen la vida en el sentido más real de la palabra. Cuando Grenfell estaba escribiendo a una enfermera jefa que había decidido ir a Labrador para ayudar en el trabajo allí, le dijo que no le podría ofrecer mucho dinero, pero sí que si iba descubriría que al servir a Cristo y a la gente de ese país se lo pasaría mejor que en ningún otro sitio. Brovning describe el encuentro de dos personas a cuyo corazón había llegado el amor. Ella le miraba a él, y él a ella; < y, de pronto, despertó la vida.» Un novelista moderno pone en boca de uno de sus personajes: «Nunca había sabido lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.»

La persona que acepta a Cristo ha pasado de muerte a vida. Ya en este mundo la vida se convierte en algo nuevo y emocionante; en el mundo por venir la vida eterna con Dios se convierte en una seguridad.

LA MUERTE Y LA VIDA

Juan 5:25-29

«Os digo la pura verdad: Está para sonar la hora; y ya ha llegado, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y, cuando la oigan, vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, también Le ha dado al Hijo que tenga vida en Sí mismo; y también Le ha dado autoridad para ejercer el proceso del juicio, porque para eso es el Hijo del Hombre. No os sorprendáis de, esto; porque está para sonar la hora cuando todos los que están en las tumbas oirán Su voz.»

voz, y saldrán; los que hayan obrado el bien saldrán a una resurrección que les dará la vida, mientras que los que hayan obrado indebidamente saldrán a una resurrección que desembocará en el juicio. »

Aquí resaltan las credenciales mesiánicas de Jesús con toda claridad. Él es el Hijo del Hombre; el Que trae la vida y el Que da la vida; el que resucitará a los muertos a la vida y, cuando hayan resucitado, será su Juez.

En este pasaje Juan parece usar la palabra *muertos* en dos sentidos.

(i) La usa refiriéndose a los que están muertos espiritualmente; a ellos les trae Jesús una vida nueva. ¿Qué quiere decir?

(a) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de intentar*. Es haber llegado a considerar que todas las faltas son inevitables, y todas las virtudes irrealizables. Pero la vida cristiana no puede detenerse; si no va hacia adelante irá hacia atrás, y dejar de intentar es deslizarse hacia la muerte.

(b) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de sentir*. Hay muchas personas que, en un tiempo, sentían intensamente el pecado, la miseria y el sufrimiento del mundo; pero, poco a poco, se volvieron insensibles. Pueden contemplar el mal sin sentir indignación; la miseria y el sufrimiento, sin sentir la espada del dolor y de la piedad que les atraviesa el corazón. Si ha desaparecido la compasión es que el corazón está muerto.

(c) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de pensar*. J. Alexander Findlay cita la expresión de un amigo suyo: «Cuando llegas a una conclusión es que estás muerto.» Quería decir que, cuando una persona llega a estar tan cerrada que no puede aceptar ninguna nueva verdad, está mental y espiritualmente muerta. El día que nos abandona el deseo de aprender, el día en que una nueva verdad, nuevos métodos, nuevas ideas se convierten sencillamente en cosas que no nos importan, es que ha llegado el día de nuestra muerte espiritual.

(á) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de arrepentirse*. El día cuando uno puede pecar en paz es el día de su muerte espiritual; y es fácil deslizarse hacia esa actitud. La primera vez que hacemos algo indebido, sentimos vergüenza y remordimiento. Si lo hacemos por segunda vez, es más fácil. Si lo hacemos la tercera, más fácil todavía. Y si lo seguimos haciendo, llegamos a un punto en que ni nos damos cuenta. Para evitar la muerte espiritual debemos mantenernos sensibles al pecado manteniéndonos sensibles a la presencia de Jesucristo.

(ii) Juan usa también la palabra *muertos* en sentido literal. Jesús enseña que habrá una resurrección, y que lo que le suceda a cada uno en el más allá estará inseparablemente unido a lo que haya hecho en esta vida. La tremenda importancia de esta vida es que determina nuestro destino eterno. A lo largo de toda nuestra vida nos estamos capacitando o incapacitando para la vida por venir, capacitándonos o incapacitándonos para vivir en la presencia de Dios. Escogemos, o el camino que conduce a la vida, o el camino que conduce a la muerte.

EL ÚNICO JUICIO VERDADERO

Juan 5:30

Yo no puedo hacer nada partiendo de Mí mismo. Conforme a lo que oigo, así juzgo. Pero el juicio que Yo ejercito es justo; porque no trato de hacer lo que quiero, sino lo que quiere el Que me envió.

En el pasaje anterior, Jesús ha reclamado el derecho de juzgar. No era extraño que la gente se preguntara con qué derecho se ponía a juzgar a los demás. Su respuesta era que Su juicio era verdadero y definitivo, porque Él no tenía ningún deseo de hacer nada aparte de la voluntad de Dios. Su derecho se basaba en que Su juicio era el juicio de Dios.

Le es muy difícil a cualquier persona el juzgar a otra con justicia. Si nos examinamos honradamente a nosotros mismos descubriremos muchos motivos que afectarían nuestro juicio. Podría hacerlo injusto *nuestro orgullo ofendido*; podría ser ciego por nuestros *prejuicios*; o amargado, por *los celos*; podría hacerlo arrogante *el desprecio*; o inflexible, *la intolerancia*; o podría hacerlo condenatorio *la santurronería*; podría afectarlo nuestro *sentimiento de superioridad*; o envilecido por *la envidia*; o viciado por la falta de sensibilidad o por *ignorancia deliberada*. Sólo una persona cuyo corazón y cuyos motivos fueran absolutamente limpios podría juzgar a otra persona con justicia- Y no existe tal persona aparte de Jesús.

Pero, por otra parte, el juicio de Dios es perfecto.

Sólo Dios es *santo*, y por tanto Él es el único que conoce los motivos por los que deben ser juzgadas todas las personas. Sólo Dios *ama* de una manera perfecta, y pronuncia Su juicio con la caridad que deben hacerse todos los juicios. Sólo Dios tiene *conocimiento* perfecto y, por tanto, Su juicio es perfecto porque tiene en cuenta *todas* las circunstancias. El derecho de Jesús a juzgar está basado en el hecho de que en Él está la perfecta Mente de Dios. Él no juzga con la inevitable mezcla de motivos humanos, sino con la perfecta santidad, el perfecto amor y la perfecta misericordia de Dios.

TESTIGOS DE CRISTO

Juan 5:31-36

Si Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio no tiene por qué ser aceptado como verdadero; pero es Otro el que da testimonio de Mí, y Yo sé que el testimonio que Él da acerca de Mí es verdadero. Vosotros le mandasteis emisarios a Juan, y él dio testimonio de la verdad; pero el testimonio que Yo recibo no procede de ningún ser humano; solamente lo digo para que seáis salvos. Él, Juan, era una antorcha que ardía e iluminaba. Por un tiempo tuvisteis a bien complaceros en su luz. Pero Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan: las obras que el Padre Me concedió para que las cumpliera, las mismas obras que Yo hago, son la evidencia definitiva de que ha sido el Padre el Que Me ha enviado.

De nuevo vemos a Jesús contestando las acusaciones de Sus oponentes, que Le habían demandado: «¿Qué evidencia puedes aducir en prueba de que Tus pretensiones son ciertas?» Jesús les contesta de una forma que los rabinos no podrían por menos de entender, porque usa sus propios métodos.

(i) Empieza por admitir el principio universal de que la evidencia exclusiva de una persona acerca de sí misma no se puede aceptar como prueba. Tiene que haber por lo menos dos testigos. «Por dicho de dos testigos, o de tres testigos, morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo» (*Deuteronomio 17: 6*). «No valdrá un testigo contra ninguno en cualquier delito, o en cualquier pecado que se cometiere; en el dicho de dos testigos, o en el dicho de tres testigos consistirá el negocio» (*Deuteronomio 19:15*). Cuando Pablo amenaza a los corintios con ir allí a reprender y a disciplinar a los culpables, les dice que todas las acusaciones se confirmarán por dos o tres testigos (*2 Corintios 13: 1*). Jesús dice que, cuando un cristiano tiene alguna queja legítima contra otro hermano, debe llevar consigo a otros para confirmar su acusación (*Mateo 18:16*). En la Iglesia Primitiva la regla era que no se admitían acusaciones contra un anciano a menos que fueran respaldadas por dos o tres testigos (*1 Timoteo 5:19*). Jesús empezó por admitir plenamente la norma legal de los judíos acerca de la evidencia.

Además, se mantenía universalmente que no se podía aceptar la evidencia de una persona acerca de sí misma. *La Misná* decía: <Nadie es digno de crédito cuando habla de sí mismo.> El gran orador griego Demóstenes estableció como principio de justicia que <Las leyes no permiten que una persona dé evidencia en su propio favor.> La ley antigua sabía muy bien que el interés propio producía un efecto en lo que dijera una persona acerca de sí misma. Así que Jesús está de acuerdo en que Su testimonio exclusivo acerca de Sí mismo no tiene por qué aceptarse como válido.

(ii) Pero tiene otros testigos. Dice que su testigo es «Otro», queriendo decir Dios. Volverá a ese punto; pero antes cita a Juan el Bautista, que había dado testimonio de Jesús en repetidas ocasiones (*Juan 1:19, 20, 26, 29, 35 y 36*). Entonces Jesús hace el elogio de Juan, y desautoriza a las autoridades judías.

Dice que Juan era una lámpara que ardía e iluminaba. Eso era un elogio perfecto que le hacía. (a) Una lámpara da una luz prestada, que no le es propia: se enciende. (b) Juan tenía un ardor, porque su mensaje no era el mensaje frío del intelecto, sino el mensaje ardiente de un corazón inflamado. (c) Juan tenía luz. La función de la luz es guiar, y Juan guiaba a la gente al arrepentimiento y hacia Dios. (d) Según la naturaleza de las cosas, una lámpara se agota; al dar luz se consume a sí misma. Juan iba disminuyendo mientras Jesús iba aumentando. El verdadero testigo se consume por Dios.

Al hacer el elogio de Juan, Jesús acusa a los judíos. Estuvieron dispuestos a complacerse con Juan por cierto tiempo, pero nunca le tomaron realmente en serio. Eran, como ha dicho alguien, «como mosquitos bailando en la luz,» o como chiquillos jugando al sol. Juan les producía una sensación agradable, y estaban dispuestos a escucharle mientras dijera lo que ellos esperaban, para abandonarle después tan pronto como dijera algo que no les convenía. Mucha gente escucha así la verdad de Dios; disfrutan de un sermón como de una representación. Un famoso predicador cuenta que una vez, después de predicar un serio sermón acerca del juicio, le saludaban diciéndole: <¡Qué majo ha sido hoy su sermón!> La verdad de Dios no es una cosa meramente divertida, sino algo que se ha de recibir en saco y ceniza de humildad y arrepentimiento.

Pero Jesús no apeló a la evidencia de Juan. Dijo que no era la evidencia de hombres falibles la que iba a aportar en defensa de Sus credenciales.

(iii) Entonces aporta el testimonio de Sus obras. Eso había hecho también cuando el mismo Juan Le mandó a algunos de sus discípulos a preguntarle si era Él el Mesías. Entonces les dijo a los emisarios de Juan que volvieran a decirle lo que habían oído y visto (*Mateo 11:4, y Lucas 7:22*). Pero Jesús cita ahora Sus obras, no para atraer la atención de nadie hacia Sí mismo, sino para señalar al poder de Dios que obraba en Él y por medio de Él. Dios era Su supremo Testigo.

EL TESTIMONIO DE DIOS

Juan 5:37-43

Y el Padre, Que es Quien Me envió, ha dado testimonio de Mí. Vosotros no habéis oído nunca Su voz, ni habéis visto Su aspecto. No tenéis Su Palabra morando en vuestro corazón porque no creéis en el Que Él ha enviado. Escudriñáis las Escrituras porque creéis que es en ellas donde está la vida eterna. Son ellas las que dan testimonio de Mí; pero vosotros

os negáis a venir a Mí para tener la vida. Yo no recibo ninguna gloria humana; pero os conozco, y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios. Yo he venido en nombre de Mi Padre, y sin embargo no Me recibís. Al que viene en su propio nombre, a ése sí le recibís.

La primera parte de esta sección puede tomarse de dos formas: (i) Puede que se refiera al testimonio invisible de Dios en el corazón humano. En su primera carta escribe Juan: «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio (de Dios) en sí mismo» (1 Juan 5:9-10). Los judíos habrían insistido en que ninguna persona puede ver a Dios. Aun en la promulgación de los Diez Mandamientos, «oísteis la voz de Sus palabras, mas, a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis» (Deuteronomio 4:12). Así es que aquí puede querer decir: «Es verdad que Dios es invisible; y también lo es Su testimonio, porque es la respuesta que surge en el corazón humano cuando la persona se ve confrontada conmigo.» Cuando nos vemos confrontados por Cristo, vemos en El al Que es supremamente amable y supremamente sabio; esa convicción es el testimonio de Dios en nuestro corazón. Los estoicos mantenían que la forma suprema de conocimiento no viene por el pensamiento, sino por lo que ellos llamaban «impresiones irresistibles;» una convicción que se apodera de la persona como si alguien le hubiera puesto la mano en el hombro para arrestarla. Puede que aquí Jesús quisiera decir que la convicción de Su soberanía en nuestro corazón es el testimonio interior de Dios.

(ii) Puede ser que lo que Juan quería decir es que el testimonio que Dios da de Jesucristo se encuentra en las Escrituras. Para los judíos, las Escrituras eran el sumo bien. «El que ha adquirido las palabras de la Ley, ha adquirido la vida eterna.» «Al que tiene la Ley, le rodea un cinto de gracia en este mundo y en el mundo venidero.» «El que diga que Moisés escribió por su propia cuenta aunque sólo fuera un versículo de la Ley, es un despreciador de Dios.» «Este es el libro de los mandamientos de Dios y de la Ley, que dura para siempre. Todos los que se adhieren a él están destinados para la vida eterna; pero los que lo abandonan, morirán» (1 Baruc 4:1-2). «Si la comida, que te da la vida sólo para una hora, requiere una acción de gracias antes y después de tomarla, ¡cuánto más merece una acción de gracias la Ley, de la que depende el mundo por venir!» Los judíos escudriñaban la Ley y, sin embargo, no

reconocieron a Cristo cuando vino. ¿Qué les pasó? ¿Cómo fue posible que los mejores estudiantes de la Biblia del mundo, que leían las Escrituras continuamente y meticulosamente, rechazaran a Jesús? ¿Cómo pudo suceder eso?

Está claro que no leían las Escrituras como es debido.

(a) Las leían con la mente cerrada. No para buscar a Dios, sino para encontrar argumentos que apoyaran sus puntos de vista. No amaban a Dios de veras; amaban sus propias ideas acerca de Dios. Era tan probable que el agua penetrara en una roca, como que la Palabra de Dios penetrara en sus mentes. No aprendían teología humildemente en la Sagrada Escritura, sino que usaban la Escritura para defender una teología que habían compuesto ellos mismos. Todavía existe el peligro de someter la Biblia a nuestras creencias en lugar de viceversa.

(b) Cometían una equivocación todavía más grave: creían que Dios les había dado una revelación escrita. La revelación de Dios está en la Historia. No se trata de que Dios haya hablado, y nada más; Dios actúa. La Biblia misma no es Su revelación, sino *el relato* de Su revelación. Pero ellos adoraban las palabras de la Biblia.

No hay más que una manera adecuada de leer la Biblia: como testimonio de Jesucristo. Entonces, muchas de las cosas que nos dejan perplejos, o que nos inquietan a veces, se ven claramente como etapas del camino, señalando anticipadamente a Jesucristo, *Que es* la suprema revelación, y a Cuya luz hay que poner a prueba toda otra revelación. Los judíos adoraban a un Dios que escribía, más que a un Dios que actuaba; y, por tanto, cuando vino Cristo, no Le reconocieron. La misión de la Escritura no es dar la vida, sino señalar al Que la da.

Aquí hay dos cosas supremamente reveladoras.

(i) En el versículo 34, Jesús había dicho que el propósito de Sus palabras era que ellos se salvaran. Aquí dice: «No busco la gloria que me puedan dar los hombres.» Es decir: «No estoy discutiendo porque quiero que se me dé la razón. No estoy hablando así porque quiero apabullaros y ganar vuestro aplauso, sino porque os amo y quiero salvaros.»

Aquí hay algo tremendo. Cuando se arma una controversia; ¿cuál es nuestra actitud fundamental? ¿Nos damos por ofendidos? ¿Nos picamos? ¿Nos sentimos heridos en la negra honrilla? ¿Queremos hacerles tragar a los demás nuestras opiniones porque los tenemos por tontos? Jesús hablaba como hablaba solamente porque amaba a las personas. Su tono podía ser serio; pero en esa seriedad dominaba el acento del amor anhelante; Le centelleaban los ojos, pero la llama era la del amor.

(ii) Jesús dice: « Al que viene en su propio nombre, a ése sí le recibís.» Había habido una sucesión de impostores que pretendían ser el Mesías, y todos habían tenido seguidores (cp Marcos 13:6, 22; Mateo 24:5, 24). ¿Por qué sigue la gente a los impostores? Porque son «personas cuyos programas están de acuerdo con los deseos de los demás.» Los mesías impostores venían prometiendo imperios y victoria y prosperidad material; Jesús vino prometiendo una Cruz. La característica del impostor es que ofrece el camino fácil; Jesús ofrece a la humanidad un camino duro para ir a Dios. Los impostores perecieron; pero Cristo vive.

LA CONDENACIÓN DEFINITIVA

Juan 5:44-47

¿Cómo vais a creer, si no buscáis más que la gloria que os viene de los demás en lugar de buscar la gloria que viene del único Dios? No creáis que voy a ser Yo el que os acuse ante el Padre. Ya tenéis un acusador; y me refiero a Moisés, en quien tanto confiáis. Si hubierais creído a Moisés, habríais creído en Mí, porque él escribió acerca de Mí. Pero, si no creéis lo que él os escribió, ¿cómo vais a creer lo que Yo os digo?

Los escribas y fariseos anhelaban las alabanzas de la gente. Se vestían de forma que todos los pudieran reconocer. Rezaban de manera que los pudieran oír. Les encantaban los primeros asientos de la sinagoga. Procuraban que los saludaran respetuosamente en las calles. Y precisamente por todo eso no podían escuchar la voz de Dios. ¿Por qué? Mientras uno no se compare nada más que con los demás, encontrará motivos para darse por satisfecho. Pero lo importante no es: «¿Soy mejor que mis vecinos?», sino: « ¿Soy tan bueno como el Señor?» «¿Qué opinión tiene de mí el Señor?» Mientras nos comparemos con nuestros semejantes, siempre podremos encontrar algunos a los que consideremos inferiores; y eso hace imposible la fe, que nace de un sentimiento de necesidad, como explicó tan claramente Jesús en la parábola del Fariseo y el Publicano (*Lucas 18:9-14*). Pero cuando nos comparamos con Jesucristo nos vemos reducidos a nuestra estatura real, y entonces nace la fe, porque no podemos hacer otra cosa que confiar en la misericordia de Dios.

Jesús acaba con una acusación que no podría por menos de impactar. Los judíos creían que los libros que creían que les había dejado Moisés eran la mismísima Palabra de Dios. Jesús les dijo: « Si hubierais leído esos libros como es debido, os habríais dado cuenta de que todos Me señalan a Mí.» Y prosiguió: «Vosotros creéis que, porque tenéis a Moisés como mediador, estáis a salvo; pero Moisés es el que os condenará. Podría ser que no tuvierais por qué creerme a Mí; pero estáis obligados a creer lo que os dijo Moisés, al que vosotros consideráis insuperable. Pues bien: él escribió acerca de Mí.»

Aquí tenemos una verdad grande y aterradora. Lo que había sido el mayor privilegio de los judíos se convirtió en su mayor condenación. No se puede condenar a una persona que no haya tenido oportunidad; pero a los judíos se les había concedido un conocimiento superior, que ellos habían descuidado, y que se había convertido en su condenación. La responsabilidad es siempre la otra cara del privilegio.

LOS PANES Y LOS PECES

Juan 6:1-13

Después de estas cosas, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea, es decir, el mar de Tiberíades. Le seguía un gentío impresionante, porque veían las señales que realizaba en los que estaban enfermos.

Jesús se subió a la colina, y se sentó allí con Sus discípulos. Era cerca de la fiesta judía de la Pascua.

Cuando Jesús levantó la mirada y vio todo aquel gentío que venía hacia Él, le dijo a Felipe:

-¿Dónde vamos a comprar comida para todos estos?

Eso lo decía para ver por dónde salía Felipe; porque Jesús sabía muy bien lo que iba a hacer. Felipe Le contestó:

Doscientos denarios de pan no serían suficientes para que cada uno tomara un poquito.

Otro discípulo, Andrés, el hermano de Simón Pedro, Le dijo:

Aquí hay un chaval que tiene cinco panecillos de cebada y dos pescaditos; pero, ¿qué es eso entre tantos?

Decidle a la gente que se recueste -les dijo Jesús.

Había mucha hierba en aquel lugar; así es que la gente se recostó, como unas cinco mil personas.

Jesús tomó en Sus manos los panecillos y dio gracias a Dios; luego los partió en trozos para repartirlos entre los que estaban recostados. Luego hizo lo mismo con los pescados, todo lo que quisieron.

*Cuando todos estaban satisfechos, Jesús les dijo a Sus discípulos:
-Recoged los pedazos que hayan quedado, para que no se desperdicie nada.
Los discípulos lo hicieron, y llenaron doce cestas con lo que les había sobrado a los que habían comido.*

Había veces que Jesús quería retirarse de la gente. Estaba sometido a un estrés continuo, y necesitaba descansar. Además, necesitaba estar a solas con Sus discípulos para irlos guiando a una comprensión más profunda de Sí mismo. Y también necesitaba tiempo para la oración. En esta ocasión particular era prudente retirarse para no tener una colisión frontal con las autoridades, porque todavía no había llegado la hora del conflicto final.

De Cafarnaún al otro lado del mar de Galilea había una distancia de unos siete kilómetros, que recorrieron en la barca. La gente había estado observando con admiración las obras de Jesús. Era fácil adivinar la dirección que llevaba la barca, así es que se dieron prisa para dar la vuelta a la parte superior del mar por tierra. El río Jordán entra por el extremo Norte del mar de Galilea. Dos millas río arriba estaba los vados del Jordán. Cerca de los vados había un pueblo que se llamaba Betsaida Julias, para distinguirla de la otra Betsaida de Galilea; y era hacia ese lugar hacia el que se dirigía Jesús (*Lucas 9:10*). Cerca de Betsaida Julias, casi a la orilla del lago, había una llanurita en la que solía haber buena hierba. Iba a ser el escenario de un acontecimiento extraordinario.

En un principio Jesús había subido a la colina que hay detrás de la llanura y se había sentado allí con Sus discípulos. Luego, el gentío empezó a presentarse en tropel. Habían recorrido a toda prisa 15 km rodeando el lago y vadeando el río. Se nos dice que era cerca de la fiesta de la Pascua, lo que haría que hubiera aún más gente en las carreteras. Posiblemente muchos iban de camino por allí a Jerusalén. Muchos peregrinos galileos viajaban por el Norte, cruzaban el vado, pasaban a Perea y luego volvían a cruzar el Jordán por Jericó. El camino era más largo, pero les permitía evitar el paso por la odiada y peligrosa Samaria. Es probable que los grupos de peregrinos que iban a Jerusalén para la fiesta de la Pascua engrosaran el gentío.

A Jesús se le avivó la compasión a la vista de la multitud. Llegaban hambrientos y agotados. Era natural acudir en primer lugar a Felipe, que era de Betsaida (*Juan 1: 44*) y conocería bien los recursos de la región. Jesús le preguntó dónde se podían obtener alimentos. La respuesta de Felipe era descorazonadora,,,. Dijo que, aun en el caso de que se pudiera conseguir, costaría más de 200 *denarios* dar a cada uno de los presentes aunque nos, fuera más que un bocado. Recordemos que un *denarios* serían, unas diez pesetas; pero era el salario diario de un obrero, así; que tendríamos que calcular a lo que equivaldría hoy en día en cada país. En España sería algo así como medio millón de pesetas. El sueldo de siete meses. Comprendemos la perplejidad de Felipe.

Pero entonces aparece Andrés en la escena. Había descubierto a un chaval que llevaba cinco panecillos de cebada y dos pescaditos. Probablemente aquello era su merendilla. A lo mejor había salido a pasar el día en el campo, y se había unido al gentío. Andrés, como tenía por costumbre, le trajo a Cristo.

El chico no llevaba gran cosa. El pan de cebada era el más barato, y se tenía en poco. En la Misná se estipula la ofrenda que debe ofrecer una mujer que haya sido sorprendida en adulterio. Debe, desde luego, hacer la ofrenda de la expiación. Con todas las ofrendas se incluía comida, que consistía en harina, vino y aceite mezclados. Por lo general se usaba harina de trigo; pero se establecía que, en el caso de la ofrenda por adulterio, la harina podía ser de cebada, que es comida de animales, porque el pecado de la mujer había sido propio de los tales. El pan de cebada era el de los más pobres.

Los pescaditos no serían más grandes que sardinas. El pescado en escabeche que se preparaba en Galilea en aquel tiempo se conocía en todo el imperio romano. Entonces el pescado fresco era un lujo inasequible para la mayoría, porque no había medios para transportarlo y conservarlo en buenas condiciones. Pececillos parecidos a las sardinas que abundaban en el mar de Galilea eran los que se conservaban en escabeche, y esos serían los que llevara el muchacho para hacer más apetitoso el pan de cebada.

Jesús les dijo a Sus discípulos que hicieran que la gente se sentara. Tomó en Sus manos los panecillos y los pescaditos y dio gracias a Dios por ellos. Al hacerlo estaba actuando como el padre de aquella familia. La acción de gracias sería la que se decía entonces en las casas: < Bendito seas, oh Señor nuestro Dios, Que haces que el pan salga de la tierra. » La gente comió hasta quedar satisfecha. Hasta la palabra que se usa para satisfecha, *llena (jortázesthai)*, es muy sugestiva. Antiguamente, en griego clásico, era una palabra que se usaba de cebar los animales. Cuando se usaba de las personas quería decir < darse un hartazgo » o < una jartá ».

Cuando la gente se quedó satisfecha, Jesús mandó a Sus discípulos que recogieran los restos. ¿Por qué? En las fiestas judías se tenía la costumbre de dejar algo para los servidores. Lo que se dejaba se llamaba *la pea*; y no hay duda que eso es lo que harían muchos en esta ocasión.

Se recogieron doce cestas llenas de pedazos sobrantes. Sin duda cada uno de los apóstoles tendría su cesta (*kófinos*, como en español *cofin*). Solía tener una forma como de botella, y ningún judío viajaba sin ella. Dos veces menciona Juvenal (3:14; 6:542) < al judío con su cestita y su manojo de heno. » (El heno era para usarlo de cama, porque parece que había muchos judíos errantes).

El judío con su cestita inseparable era un tipo notorio. La llevaba, en parte, porque guardaba lo que encontrara de interés; y también para llevar su propia comida si quería cumplir todas las reglas alimentarias judías.

Con los restos de aquella comida, cada discípulo llenó su cestita. Así se alimentó la hambrienta multitud, y más.

EL SENTIDO DE UN MILAGRO

Juan 6:1-13 (conclusión)

Tal vez nunca sepamos exactamente lo que sucedió en aquella llanurita herbosa cerca de Betsaida Julias. Vamos a considerarlo de tres maneras.

(a) Podemos considerarlo sencillamente como un milagro en el que Jesús multiplicó panes y pescados. Algunos lo encontrarán difícil de imaginar; y algunos lo encontrarán difícil de conciliar con el hecho de que eso es lo que Jesús se negaba a hacer en Sus tentaciones (*Mateo 4:3s*). Si podemos creer en el sencillo carácter milagroso de este milagro, no tenemos por qué cambiar de opinión. Pero si estamos perplejos, consideremos otras dos explicaciones.

(b) Puede que se tratara en realidad de una comida sacramental. En el resto el capítulo, el lenguaje de Jesús es el que usó en la última Cena acerca de comer Su carne y beber Su sangre. Podría ser que en esta comida no les dio más que un bocadito, como el sacramento, que cada persona recibía; y la emoción y la maravilla de la presencia de Jesús y la realidad de Dios convirtió aquella miguita sacramental en algo que realmente alimentó sus corazones y almas, como sigue sucediendo en la Mesa de Comunión hasta nuestros días.

(c) Puede que haya otra explicación muy entrañable. Cuesta creer que aquella multitud se había puesto en camino para una expedición de quince kilómetros sin hacer los más mínimos preparativos. Si había peregrinos entre ellos, es de suponer que llevarían provisiones para el camino. Pero puede ser que ninguno sacara lo que llevaba porque, por un egoísmo muy humano, se lo quería guardar para él mismo. Puede ser que Jesús, con aquella cautivadora sonrisa Suya, sacara las escasas reservas que tenían Él y Sus discípulos; con una fe radiante diera gracias a Dios, y empezara a compartirlo; y que, movidos por Su ejemplo, todos los que tuvieran algo hicieran lo mismo, y al final hubiera suficiente, y más que suficiente, para todos.

Puede que este sea un milagro en el que la presencia de Jesús convirtiera una multitud de hombres y mujeres egoístas en una comunidad de personas dispuestas a compartir. Puede que esta historia represente el milagro más grande de todos, no el de un cambio que se realizó en unos panes y unos peces, sino en unos hombres y unas mujeres. ¿No es éste el milagro que tiene que asumirse en la humanidad, y que estamos seguros de que se repetiría si, siguiendo el ejemplo de Cristo, aprendiéramos todos a compartir?

Fuera como fuera, allí había ciertas personas sin las cuales el milagro no habría sido posible.

(i) Estaba Andrés. Hay un contraste entre Andrés y Felipe. Felipe fue el que dijo: < Estamos en una situación desesperada. No se puede hacer nada. > y Andrés fue el que dijo: < ¡A ver lo que puedo hacer yo! Seguro que Jesús hará todo lo demás. >

Fue Andrés el que trajo a aquel muchacho a Jesús, lo que fue el primer paso para que se realizara el milagro. No podemos saber nunca lo que puede suceder cuando le traemos a alguien a Jesús. Si un padre entrena a su hijo en el conocimiento y el amor y el temor de Dios, no hay nadie que pueda decir lo que Dios puede llegar a hacer algún día con ese niño. Si un maestro de escuela dominical le lleva un niño a Jesús, nadie puede saber lo que algún día Jesús hará con él.

Se cuenta que un anciano maestro de escuela alemán, cuando entraba en el aula por la mañana, se quitaba el sombrero para saludarlos respetuosamente. Una vez alguien le preguntó por qué lo hacía, y él contestó: < Uno no sabe lo que uno de estos chicos puede llegar a ser el día de mañana. > Y tenía razón: uno de aquellos niños era Martín Lutero.

Andrés no sabía lo que pasaría con aquel chico y su merendilla cuando le trajo a Jesús aquel día, pero estaba aportando una pieza clave para que sucediera un milagro. No podemos calcular las posibilidades cuando le traemos a alguien a Jesús.

(ii) Estaba el muchacho. No podía ofrecer mucho; pero con aquello tuvo Jesús el material necesario para obrar un milagro. Habría habido un acontecimiento maravilloso menos en la humanidad si aquel chico se hubiera guardado sus panes y sus peces para sí, y nadie se lo habría podido reprochar.

Jesús necesita lo que le podamos ofrecer. Puede que no sea mucho, pero Él lo necesita. Puede que el mundo se vea privado de milagro tras milagro y triunfo tras triunfo porque no le traemos a Jesús lo que tenemos y lo que somos. Si nos colocáramos en el altar de su servicio, no se puede decir lo que Él haría con nosotros y por medio de nosotros. Puede que sintamos no tener más y nos dé vergüenza traer tan poco; pero eso no es razón para dejar de aportar lo que tenemos y somos: Poco es a menudo *mucho* en las manos de Cristo.

LA REACCIÓN DEL GENTÍO

Juan 6:14-15

Cuando toda aquella gente se dio cuenta de lo que había hecho Jesús, dijeron:

- ¡No cabe duda que Éste es el Profeta Que tenía que venir al mundo!

Pero Jesús, consciente de que iban a venir a apoderarse de Él para hacerle rey, se retiró a la montaña .a solas.

Aquí tenemos la reacción de la multitud. Los judíos esperaban al Profeta que creían que les había prometido Moisés. «Profeta de en medio de ti, de entre tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor tu Dios. A él atenderéis» (*Deuteronomio 18: J5*). En aquel momento, en Betsaida Julias, estaban dispuestos a reconocer a Jesús como el esperado Profeta, y hacerle rey por aclamación popular. Pero aquello sucedía no mucho antes de que otro gentío gritara: « ¡Crucifícale, crucifícale!» ¿Por qué le aclamaron entonces en la primera de estas dos ocasiones?

Una de las razones fue que estaban ansiosos por respaldar a Jesús porque les había dado lo que ellos querían. Los había curado y los había alimentado; en consecuencia, estaban dispuestos a reconocerle como su jefe. Hay tal cosa como una lealtad interesada. Hay tal cosa como amor de despena. El doctor Johnson, en uno de sus momentos más cínicos, definió el agradecimiento como < un sentimiento vivo de favores que se espera que continúen.>

La actitud del gentío nos desagrada. Pero, ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando queremos consuelo en la aflicción, fuerza en la dificultad, paz en el revuelo, ayuda en la depresión, esperanza ante la muerte, no hay nadie tan maravilloso como Jesús, y le hablamos y vamos a Él y le abrimos nuestro corazón; pero, cuando nos viene con alguna seria demanda de sacrificio, con algún desafío al esfuerzo, con el ofrecimiento de alguna cruz, no queremos saber nada de Él. Si nos examinamos el corazón, puede que descubramos que nosotros también queremos a Jesús por lo que le podamos sacar.

Además, la gente quería usar a Jesús para sus propios fines y moldearle de acuerdo con sus propios sueños. Estaban esperando al Mesías; pero se le figuraban a su manera. Buscaban a un Mesías que fuera un rey conquistador, que le pisara el cuello al águila romana y expulsara sus legiones de su tierra. Habían visto lo que Jesús podía hacer; y lo que se les pasaba por la mente era: < Este Hombre tiene poder, un poder maravilloso. Si le podemos uncir a Él con todo Su poder a nuestros sueños, empezarán a suceder cosas.> Si hubieran sido honrados, habrían reconocido que lo que querían era usarle para sus propios fines.

Veamos, otra vez: ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando invocamos a Cristo, ¿es para que nos dé fuerzas para proseguir con nuestros proyectos e ideas, o para aceptar Sus planes y deseos humilde y obedientemente? ¿Es nuestra oración: «Señor, dame fuerzas para hacer lo que Tú quieres que haga, > o: «Señor, dame fuerzas para hacer lo que yo quiero hacer»?

Aquella multitud de judíos habría seguido a Jesús al momento porque les daba lo que ellos querían, y deseaban usarle para sus propios fines. Esa actitud todavía prevalece. Querriamos los dones de Cristo sin Su Cruz; querriamos usarle en vez de dejarle que nos usara Él.

DEFENSA EN TRANCE AGUDO

Juan 6:16-21

Al anochecer, los discípulos se fueron a la orilla, se embarcaron y se pusieron a cruzar el mar hacia Cafarnaún. Para entonces ya se había hecho de noche, y Jesús no había vuelto todavía con ellos. Y empezó a rugir una tempestad tremenda que encrespaba el mar.

Cuando llevaban bogando entre tres y cuatro millas, vieron a Jesús Que se acercaba a la barca andando sobre el mar; y les dio mucho miedo. Pero Jesús les dijo:

- ¡No tengáis miedo, que soy Yo!

Ellos querían tenerle a bordo en la barca; e inmediatamente la barca llegó a su destino.

Esta es una de las historias más maravillosas del Cuarto Evangelio; y resulta tanto más maravillosa cuanto más investigamos el sentido del original y hallamos que no es un milagro extraordinario lo que se nos describe, sino un sencillo incidente en el que Juan descubrió, de una manera que ya no olvidaría nunca, cómo es Jesús.

Vamos a reconstruir la historia. Después de dar de comer a los cinco mil que luego quisieron hacerle rey, Jesús se retiró a solas al monte. El día se extinguió. Llegó la hora que los judíos describían como «la segunda tarde», el tiempo entre el crepúsculo y la noche. Jesús todavía no había vuelto. No debemos pensar que los discípulos eran tan olvidadizos o descorteses como para dejarse atrás a Jesús; porque, según nos cuenta la historia Marcos, Jesús les había dicho que se le adelantaran (*Marcos 6:45*), mientras Él trataba de convencer a la gente para que se fuera a casa. Sin duda tenía intención de rodear a pie la cabecera del lago mientras ellos la cruzaban a remo, y reunirse con ellos en Cafarnaún.

Los discípulos se embarcaron. Como sucede a veces en aquel lago rodeado de montañas, se levantó un fuerte viento que batía las aguas y las convertía en espuma amenazadora. Era cerca de la Pascua, es decir, cerca de la primera luna llena de primavera (*Juan 6:4*). En la colina, Jesús había estado orando en comunión con Dios; cuando se puso en camino, la luna iluminaba la escena como si fuera de día; y allá abajo podía ver la barca y a los remeros, bogando a más no poder. Entonces Jesús bajó de la colina.

Debemos recordar dos hechos. Por la parte Norte el lago no tenía más que cuatro millas de ancho, y Juan nos dice que los discípulos habían remado entre tres y cuatro millas; es decir, que estaban ya cerca de su destino. Es natural suponer que en la tormenta procurarían llegar a la orilla lo más pronto posible para buscar cualquier refugio que pudieran encontrar. Este es el primer hecho, y ahora pasamos al segundo. Vieron a Jesús, dice la versión Reina-Valera, *que andaba sobre el mar*. En griego

dice *epi tés thalassés*, la misma frase que se usa en *Juan 21:1*, donde se traduce, y nunca se ha tenido la menor duda, por *junto al mar de Tiberiades*, es decir, a la orilla. Eso es lo que quiere decir la frase también en este pasaje.

Jesús iba andando *epi tés thalassés*, por la orilla. Los agotados discípulos levantaron la vista y, de pronto, le vieron. Era tan inesperado, y llevaban tanto tiempo remando desesperadamente, que se alarmaron como si estuvieran viendo un fantasma. Pero sobre las aguas turbulentas les llegó aquella voz bien amada: «¡No tengáis miedo, que soy Yo!» Ellos querían que viniera a bordo. En griego el sentido más natural es que su deseo no se cumplió. ¿Por qué? Recordad que el ancho del lago por ahí es de cuatro millas, y ya casi habían remado esa distancia. La razón sencilla es que, antes de que Jesús subiera a la barca, ésta encalló en la orilla, y se encontraron en tierra.

Aquí tenemos precisamente la clase de historia que un pescador como Juan atesoraría con cariño en su memoria. Siempre que la recordara la reviviría: el gris plateado de la luz de la Luna, la aspereza de los remos en las manos cansadas, el rugido de la tempestad, las sacudidas de la vela, el sordo murmullo del agua, la sorprendentemente inesperada aparición de Jesús en la orilla, el sonido de Sus palabras a través de las olas enfurecidas y el golpe de la barca al tocar tierra.

A1 recordarlo, Juan descubrió maravillas que quiso compartir con nosotros.

(i) Vio que Jesús *vigila*. En lo alto de la colina había estado vigilándolos. No estaba demasiado ocupado con Dios para acordarse de ellos. Juan se dio cuenta de que todo el tiempo que habían estado bregando con los remos y la vela, la mirada amorosa de Jesús había estado sobre ellos.

Cuando nos encontramos en situaciones difíciles, Jesús vigila. No nos baja el listón. Nos deja pelear nuestras batallas. Como un padre que ve a su hijo echar el resto en una contienda deportiva, está orgulloso de nosotros; o, como un padre que ve a su hijo fracasar, está triste. Vivimos la vida bajo la mirada cariñosa de Jesús.

(ii) Vio que Jesús *viene*. Bajó de la colina para animar a sus discípulos a hacer el esfuerzo final que los pondría a salvo.

No nos observa con distante indiferencia; cuando faltan las fuerzas viene a darnos nuevas fuerzas para el esfuerzo final que ha de lograr la victoria.

(iii) Vio que Jesús *ayuda*. Observa, acude y ayuda. Una de las maravillas de la vida cristiana es que no nos encontramos nunca solos. Margaret Avery relata que había una maestra en la escuela de un pueblecito que les había contado esta historia a los niños, y se la habría contado muy bien. Pocos días después hubo una tempestad de viento y nieve. Cuando salieron de la escuela, la maestra estaba ayudando a los niños a llegar a sus casas. A veces tenía casi que llevarlos en vilo por las cometas de aire. Cuando casi todos estaban agotados con la lucha, oyó a un chiquillo decir para sí: < Nos vendría bien tener a ese Jesús aquí ahora. » Lo maravilloso es que no tenemos que echarle de menos en ninguna situación, porque Jesús siempre está con nosotros.

(iv) Vio que Jesús *nos lleva al puerto*. A Juan le parecía al recordarlo que, tan pronto como llegó Jesús, la quilla de la barca tocó tierra, y habían llegado a salvo. Como decía el salmista: < Luego se alegran, porque se apaciguaron; y así los guía al puerto que deseaban » (*Salmo 107.30*). Aunque no sepamos cómo, con Jesús se hace más corto el viaje más largo, y la batalla más dura se hace más fácil.

Una de las cosas maravillosas del Cuarto Evangelio es que Juan, el viejo pescador reciclado a evangelista, encontró toda la riqueza de Cristo en el recuerdo de la historia de una travesía azarosa.

LA BÚSQUEDA INFRUCTUOSA

Juan 6:22-27

Al día siguiente, la gente que seguía todavía al otro lado del lago se dio cuenta de que allí no había habido nada más que una barca, y que Jesús no se había embarcado en ella con Sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Pero algunos barcos de Tiberiades amarraron cerca del lugar en que la multitud habían compartido la comida después que el Señor dio gracias. Así que, cuando comprobaron que Jesús ya no estaba allí, ni Sus discípulos tampoco, se embarcaron en los barcos y llegaron a Cafarnaún buscando a Jesús. Cuando Le encontraron al otro lado del lago, Le dijeron:

-Rabí, ¿cuando has llegado?

-Os diré la verdad -les contestó Jesús-: No Me estáis buscando porque habéis comprendido las señales, sino porque comisteis el pan hasta llenaros el estómago. No os afanáis por el alimento perecedero, sino por el permanente y que da la vida eterna, que es el que el Hijo del Hombre os dará; porque el Padre Dios ha puesto Su sello sobre Él.

La multitud se había quedado al otro lado el lago: En tiempos de Jesús la gente no tenía que observar, el horario de oficina, tenían tiempo para esperar que Jesús volviera otra vez. Esperaron porque se habían dado cuenta de que no había más que una barca, y que los discípulos se habían ido en ella sin Jesús; así es que dedujeron que Él tendría que estar por allí cerca. Después de esperar algún tiempo; empezaron a darse cuenta de que Jesús no volvía. Habían llegado a la bahía algunos barcos de Tiberiades, tal vez para refugiarse de la tormenta de la noche anterior. Los que estaban esperando se embarcaron y volvieron así a Cafarnaún.

Al descubrir; para su sorpresa; que Jesús ya estaba allí, Le preguntaron que cuándo había llegado. Jesús, sencillamente, no contestó a la pregunta; la cosa no tenía el menor interés. La vida es demasiado corta para perderla charlando sobre viajes; así es que entró en materia de inmediato. «Habéis visto -les dijo- cosas maravillosas. Habéis visto cómo ha permitido la gracia de Dios que se alimentara una multitud. Vuestro pensamiento se tendría que haber concentrado en el Dios que lo había hecho; en cambio, en lo único que estáis pensando es en la comida.» Es como si les dijera: «Estáis tan ocupados pensando en vuestro estómago que no os acordáis de vuestra alma.»

« La gente -decía Crisóstomo- está enganchada a las cosas de esta vida.» Ahí estaban. unas personas cuyos ojos nunca se habían remontado de los terraplenes de este mundo a las eternidades del más allá. Una vez estaban hablando de las cosas de la vida Napoleón y un amigo suyo. Estaba oscuro. Fueron hacia la ventana y miraron hacia fuera. Allá en el cielo había estrellas distantes, como poco más que puntas de alfileres de luz. Napoleón, que tenía una vista muy aguda mientras que su amigo era miope; señaló hacia el cielo. «¿Ves esas estrellas?» -le preguntó-. «No -le contestó su amigo-, yo no veo nada.» Y entonces le dijo Napoleón: «Esa es la diferencia entre nosotros dos.» El que está atado a la tierra no vive más que media vida, si acaso. El que está vivo de veras es el que tiene visión, el que mira al horizonte y ve las estrellas.

Jesús comprimió su mandamiento en una frase: «No os afanáis por el alimento perecedero, sino por el permanente .y que da la vida eterna.» Mucho tiempo atrás, un profeta había preguntado: «¿Por qué os gastáis el dinero en lo que no es pan, y el producto de vuestro trabajo en lo que no satisface?» (Isaías 55:2). Hay dos clases de hambre: el hambre física, que puede satisfacer la comida física; y el hambre espiritual, que aquel alimento no puede saciar. Una persona puede ser tan rica como Crespo, y seguir con insatisfacción en su vida.

En los años posteriores al 60 d.C. el lujo de la sociedad romana era sin igual. Era cuando servían banquetes de sesos de pavo real y de lenguas de ruiseñor; cuando cultivaban el extraño hábito de tomar eméticos entre platos para que el siguiente les supiera aún mejor; cuando las comidas multimillonarias eran cosa de todos los días. Fue por aquel tiempo cuando cuenta Plinio que una señora romana llevó puesta en su boda una túnica tan llena de joyas y de oro que costó lo que equivaldría ahora a cien millones de pesetas. Todo eso era por algo: por la profunda insatisfacción que les producía aquella vida, un hambre que nada podía satisfacer. Estaban dispuestos a pagar cualquier precio para obtener una nueva sensación, porque eran inmensamente ricos pero estaban inmensamente insatisfechos.

Lo que Jesús quería decir era que aquellos judíos no estaban interesados nada más que en cosas materiales. Habían recibido una comida inesperadamente gratuita y abundante, y querían más. Pero hay otras hambres que sólo Jesús puede saciar. Está el hambre de verdad: sólo en Jesús se encuentra la verdad de Dios. Está el hambre de vida: sólo en Jesús encontramos vida en abundancia. Está el hambre de amor: sólo en Jesús se encuentra el amor que sobrepuja al pecado y a la muerte. Sólo Jesús puede satisfacer el hambre del corazón y del alma.

¿Por qué? Hay una mina de sentido en la frase: «Dios ha puesto su sello sobre Él.» H. B. Tristram, en su libro *Costumbres orientales en las tierras de la Biblia*, tiene una sección interesantísima sobre los sellos en el mundo antiguo. No era *la firma*, sino *el sello* lo que autenticaba. En documentos comerciales y políticos era el sello, impreso con un anillo, lo que hacía que un documento fuera válido, lo que autenticaba un testamento o lo que garantizaba el contenido de un saco o embalaje. Tristram nos dice que, en sus viajes- por el oriente, cuando hacía un trato con los muleteros o arrieros, éstos ponían su sello sobre el documento de su acuerdo para mostrar que era en firme. Los sellos se hacían de arcilla, de metal o de joyas. En el Museo Británico hay sellos de casi todos los reyes asirios. El sello se imprimía en arcilla o cera que quedaba pegada al documento.

Los rabinos tenían un dicho: «El sello de Dios es la verdad.»

« Un día -dice el Talmud- la gran sinagoga (la asamblea de los expertos en la ley) estaba llorando, orando y ayunando todos sus miembros, cuando les cayó del firmamento un pequeño rollo de escritura. Lo abrieron, y vieron que sólo contenía una palabra: *Emet*, que quiere decir *verdad*. «Ese -dijo un rabino- es el sello de Dios.»» *Emet* se escribe con tres letras hebreas: *álef*, la primera del alfabeto; *min*, la de en medio, y *tau*, la última. La verdad de Dios es el principio, el -centro y el final de la vida.

Por eso Jesús puede satisfacer el hambre de eternidad: Él es el sello de Dios, la verdad encarnada de Dios; y Dios es el único que puede satisfacer plenamente el hambre del alma que Él mismo ha creado.

LA UNICA OBRA VERDADERA

Juan 6:28-29

-¿Qué tenemos que hacer para llevar a cabo la obra de Dios? -le preguntaron a Jesús; y Él respondió:
-Esto es lo que Dios quiere que hagáis: que creáis en el Que Él ha enviado.

Cuando Jesús hablaba de las obras de Dios, los judíos pensaban en términos de «buenas obras». Estaban convencidos de que se podía ganar el favor de Dios haciendo buenas obras. Para ellos, la humanidad se dividía en tres clases: los buenos, los malos y los de en medio; éstos últimos, si hacían una buena obra, pasaban a la categoría de buenos, y si mala, a la de malos. Así que, cuando los judíos Le preguntaron a Jesús sobre las obras de Dios, esperaban que estableciera una lista de cosas. Pero no es eso lo que dice Jesús.

La respuesta de Jesús es sumamente breve y compendiada, y tenemos que desarrollarla para entender lo que contiene. Dijo que lo que Dios espera de nosotros es que creamos en el Que Él ha enviado. Pablo habría dicho que la única obra que Dios espera del hombre es *la fe*. ¿Qué quiere decir la fe? Quiere decir estar en una relación con Dios tal que somos Sus amigos. Ya no nos inspira terror, sino que Le conocemos como a nuestro Padre y Amigo, y Le damos la confianza, la sumisión y la obediencia que surgen naturalmente de esta nueva relación de amor.

¿Qué relación tiene con esto el creer en Jesús? La vieja distancia y enemistad desaparecen y la nueva relación con Dios es posible sólo gracias a Jesús. Él es Quien vino a decirnos que Dios es nuestro Padre y nos ama y quiere perdonarnos por encima de todo.

Pero esa nueva relación con Dios desemboca en una cierta clase de vida. Ahora que sabemos cómo es Dios, nuestra vida tiene que reflejar ese conocimiento. Ese reflejo se proyectará en tres direcciones, cada-una de las cuales corresponde a lo que Jesús nos ha dicho de Dios.

(i) Dios es amor. Por tanto, en nuestras vidas debe haber el amor y servicio a los demás que correspondan al amor y servicio de Dios, y debemos perdonar a otros como Dios nos ha perdonado en Cristo.

(ii) Dios es santidad. Por tanto, en nuestras vidas debe haber una pureza que corresponda a la santidad de Dios. (iii) Dios es sabiduría. Por tanto, en -nuestras vidas debe haber la completa sumisión y confianza que corresponden a In sabiduría de Dios.

La esencia de la vida cristiana es una nueva relación con Dios, una relación que Él nos ofrece, y que hace posible la revelación que Jesús nos ha traído de Dios; una relación que conduce al servicio, pureza y confianza que son un reflejo de Dios en nuestras vidas. Esta es la obra que Dios quiere que hagamos, y para la cual nos capacita.

LA DEMANDA DE SEÑAL

Juan 6:30-34

Los judíos Le dijeron a Jesús:

- ¿Qué señal vas a realizar que nosotros podamos ver para creer en Ti? ¿Cuál es Tu obra? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, como está escrito: «Les dio á comer pan del Cielo.»

Jesús les respondió:

- Esto que os digo es la pura verdad: No fue Moisés el que os dio el pan del Cielo, sino Mi Padre; Él sí que os da el verdadero pan del Cielo. El pan de Dios es el Que procede del Cielo y da la vida al mundo.

- ¡Señor, danos siempre ese pan! -Le dijeron ellos.

La conversación es aquí típicamente judía en terminología, trasfondo y alusiones. Jesús acababa de presentar una gran credencial: creer en Él era la verdadera obra de Dios. «Muy bien -Le dijeron los judíos-, ¿luego Tú pretendes ser el Mesías? ¡Demuéstralo!»

Todavía seguían pensando en la alimentación de la multitud, e inevitablemente se retrotrajeron con el pensamiento al

maná en el desierto. No podían por menos de conectar las dos cosas. Era tradicional referirse al maná como « el pan de Dios» (*Salmo 78:24; Éxodo 16:1 S*); y los rabinos creían firmemente que, cuando viniera el Mesías, repetiría el milagro del maná. La provisión del maná se consideraba la obra cumbre de la vida de Moisés, y el Mesías no podría por menos de superarla. «Como fue el primer redentor, así será el Redentor final; como el primer redentor hizo que cayera maná del Cielo, así el postrer Redentor hará descender maná del Cielo.» «No encontraréis el maná en esta era, pero lo encontraréis en la era por venir.» «¿Para quiénes está preparado el maná? Para los justos de la era por venir. Todos los que crean serán dignos de comerlo.» Una vasija que contenía maná se había conservado en el arca del primer templo; y se creía que, cuando éste fue destruido, Jeremías lo había escondido, y lo sacaría a la luz otra vez cuando viniera el Mesías. En otras palabras: los judíos estaban desafiando a Jesús a que produjera el pan de Dios para justificar Sus pretensiones. No consideraban que el pan que habían comido los cinco mil era el pan de Dios en el sentido que ellos esperaban; procedía de panes terrenales y se había multiplicado como pan terrenal. El maná, creían, había sido otra cosa diferente, y sería la prueba definitiva.

La respuesta de Jesús era doble. En primer lugar, les recordó que no había sido *Moisés* el que les había dado el maná, sino Dios. Y en segundo lugar, les dijo que el maná no había sido el verdadero pan de Dios, sino sólo un símbolo. El pan de Dios era el Que había descendido del Cielo para dar a la Humanidad, no la simple satisfacción del hambre física, sino la vida. Jesús presentaba Sus credenciales de que la única verdadera satisfacción se encuentra en Él.

EL PAN DE LA VIDA

Juan 6:35-40

Jesús les dijo:

-Yo soy el pan de la vida. El que acude a Mí, nunca tendrá hambre; y el que cree en Mí, ya no tendrá más sed. Pero os aseguro que, aunque Me habéis visto, no creéis en Mí. Todos los que Me dé el Padre acudirán -a Mí; porque Yo he descendido del Cielo, no para hacer Mi voluntad, sino la del Que Me envió. Y esta es la: voluntad del Que Me envió: Que no pierda ninguno de los que Él Me ha dado, sino que los resucite a todos el último día. Esta es la voluntad de Mi Padre: Que cualquiera que crea en el Hijo cuando Le vea, tenga la vida eterna. Y Yo le resucitaré el último día.

Este es uno de los grandes pasajes del Cuarto Evangelio, y de todo el Nuevo Testamento. En él encontramos dos grandes líneas de pensamiento que debemos tratar de analizar.

En primer lugar, ¿qué quería decir Jesús con: < Yo soy el pan de la vida >? No basta con tomarlo sencillamente como una frase bonita y poética. Vamos a analizarla paso a paso. (i) El pan sostiene la vida. Es algo sin lo cual la vida no puede proseguir. (ii) Pero, ¿qué es la vida? No cabe duda de que es mucho más que la mera existencia física. ¿Cuál es el sentido espiritual de la vida? (iii) La vida verdadera es la nueva relación con Dios, esa relación de confianza y obediencia y amor que ya hemos considerado. (iv) Esa relación sólo es posible por medio de Jesucristo. sin El no podemos entrar en ella. (v) Es decir: sin Jesús puede que haya existencia, pero no vida. (vi) Por tanto, si Jesús es esencial a la vida, se Le puede describir como el pan de la vida. El hambre de la situación humana termina cuando conocemos a Cristo y, por medio de Él, a Dios. En Él el alma inquieta encuentra reposo; el corazón hambriento encuentra satisfacción.

En segundo lugar, este pasaje nos despliega las etapas de la vida cristiana. (i) Vemos a Jesús. Le vemos en las páginas del Nuevo Testamento, en la enseñanza de la Iglesia, a veces hasta cara a cara. (ii) Habiéndole visto, acudimos a Él. Le miramos, no como un héroe o dechado distante, no como el protagonista de un libro, sino como Alguien accesible. (iii) Creemos en Él. Es decir, Le aceptamos como la suprema autoridad acerca de Dios, de nosotros mismos y de la vida. Eso quiere decir que no acudimos a Él por mero interés, ni en igualdad de términos; sino, esencialmente, para someternos. (iv) Este proceso nos da la vida. Es decir, nos pone en una nueva relación de amor con Dios, en la que Le conocemos como Amigo íntimo; ahora podemos sentirnos a gusto con el Que antes temíamos y no conocíamos. (v) Esta posibilidad es gratuita y universal. La invitación es para todos los seres humanos. No tenemos más que aceptarlo, y ya es nuestro el pan de la vida. (vi) El único acceso a esta nueva relación con Dios es por medio de Jesús; sin Él nunca habría sido posible, y aparte de Él sigue siendo imposible. No hay investigación de la mente ni anhelo del corazón que pueda encontrar a Dios aparte de Jesús. (vii) Detrás de todo este proceso está Dios. Los que acuden a Jesús son los que Dios Le ha dado. Dios no se limita a proveer la meta; también mueve el corazón para que Le desee; también obra en el corazón para desarraigar la rebeldía y el orgullo que podrían obstaculizar la entrega total. No podríamos ni siquiera empezar a buscarle si no fuera porque Él ya nos ha encontrado. (viii) Queda ese algo tozudo en el corazón humano que nos hace seguir rehusando la invitación de Dios. En último análisis, lo único que puede frustrar el propósito de Dios es la oposición del corazón humano. La vida está ahí para que la tomemos... o para que la rechacemos.

Cuando la tomamos, suceden dos cosas. La primera es que entra en la vida una nueva satisfacción. El corazón humano encuentra lo que estaba buscando, y la vida deja de ser un mero vegetar para ser algo lleno a la vez de emoción y de paz. Y la segunda es que tenemos seguridad hasta más allá de la muerte. Aun el último día, cuando todo termine, estaremos a salvo. Como dijo un gran comentarista: < Cristo nos lleva al puerto en el que se acaban todos los peligros. > Esas son la grandeza y la gloria de las que nos privamos cuando rehusamos Su invitación.

EL FRACASO DE LOS JUDÍOS

Juan 6:41-51

Los judíos siguieron murmurando de Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan que ha descendido del Cielo»; y siguieron diciendo:

- ¡Como si no supiéramos que Éste es Jesús hijo de José, a Cuyos padres conocemos! ¿Cómo es que nos viene ahora diciendo: «Yo he descendido del Cielo?»

- Dejad ya de murmurar entre vosotros -les dijo Jesús-. No hay nadie que pueda acudir a Mí a menos que le traiga el Padre que Me envió; y Yo le resucitaré el último día. Está escrito en los Profetas: «Y serán todos enseñados por Dios.» Todos los que han escuchado a Mi Padre y aprendido de Él, vienen a Mí. No es que nadie haya visto jamás al Padre, excepto el Que procede de Dios; Él sí ha visto al Padre. Lo que os digo es la pura verdad: El que cree, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron maná en el desierto, y murieron. Este es el pan de la vida del que se puede comer para no morir. Yo soy el pan de la vida Que he descendido del Cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre.

Este pasaje da las razones por las que los judíos rechazaron a Jesús y, al rechazarle a Él, rechazaron la vida eterna.

(i) Juzgaban las cosas con una escala de valores humana y

por motivos externos. Su reacción ante las credenciales de Jesús era recordar el hecho de que Él era el hijo del carpintero y que Le habían visto crecer en Nazaret. Eran incapaces de aceptar que Uno Que era un artesano y Que procedía de una familia humilde pudiera ser un Mensajero especial de Dios.

T. E. Lawrence era amigo íntimo del poeta Thomas Hardy. En los días en que Lawrence estaba sirviendo en las fuerzas aéreas británicas solía visitar a Hardy y su esposa vestido de uniforme. En una ocasión, su visita coincidió con la de la alcaldesa de Dorchester, que se dio por muy ofendida de que se la hubiera sometido a compartir su tiempo con un vulgar aviador, porque no tenía idea de quién era. Le dijo a la señora Hardy en francés que nunca en toda su vida se había sentado a tomar el té con un soldado. Nadie dijo nada. Entonces Lawrence dijo en perfecto francés: «Suplico su perdón, señora; pero, ¿puedo serle útil como intérprete? La señora Hardy no entiende el francés.» Una mujer esnob y descortés había cometido un craso error al juzgar por las apariencias. Eso fue lo que hicieron los judíos con Jesús.

Debemos tener cuidado con rechazar un mensaje de Dios al despreciar o infravalorar a Su mensajero. Nadie desearía un cheque de 1,000,000 porque resulta que está metido en un sobre vulgar y corriente. Dios tiene muchos mensajeros. Su Mensaje supremo nos lo trajo un Carpintero galileo, y por eso fue por lo que los judíos lo rechazaron.

(ii) Los judíos se pusieron a discutir *entre ellos*. Estaban tan pagados de sus razonamientos personales que no se les ocurrió dejar a Dios que decidiera la cuestión. Lo que más les interesaba era hacerles saber a los demás cuál era su opinión; y lo que menos, lo que Dios pudiera pensar. Sucede a veces en tribunales y comités, cuando cada cual está tratando de hacerle tragar a los demás su parecer, que sería mejor callarse y preguntarle a Dios lo que El piensa y quiere que se haga. Después de todo, no importa tanto lo que pensemos nosotros; pero lo que piense Dios sí tiene una importancia suprema -aunque rara vez nos interesa lo bastante como para preguntárselo.

(iii) Los judíos oyeron, *pero no aprendieron*. Hay diferentes maneras de escuchar. Está la manera de la crítica; la del resentimiento; la de la superioridad; la de la indiferencia, y la del que escucha sólo porque en ese momento no tiene oportunidad de hablar. La única manera de escuchar que vale la pena es la de oír y aprender; y es la única manera de escuchar a Dios.

(iv) Los judíos resistieron *la atracción de Dios*. Solamente aceptan a Jesús los que Dios atrae a Él. La palabra que usa Juan para *atraer* es *helkyein*. Es la palabra que se usa en la traducción griega del hebreo en el pasaje en que Jeremías oye decir a Dios: «Con fidelidad conyugal te he atraído a Mí» (*Jeremías 31:3*; R.V. « te soporté con misericordia»). Lo interesante de la palabra es que casi implica una cierta resistencia. Se usa para *tirar* de una red cargadísima hacia la orilla (*Juan 21:6, 11*). Se usa de cuando *arrastraron* a Pablo y Silas a los magistrados en Filipos (*Hechos 16:19*). Es la palabra que se usa para *desenvainar* o *tirar de espada* (*Juan 18:10*). Siempre implica algo de resistencia. Dios puede atraer a las personas; pero la resistencia de éstas a veces puede más que el tirón de Dios.

Jesús es el pan de la vida, lo que quiere decir que es esencial para la vida; por tanto, el rechazar la invitación y orden de Jesús es perder la vida, y morir. Los rabinos tenían un dicho: « La generación del desierto no tiene parte en la vida por venir.» En la antigua historia de *Números*, los que rehusaron insistentemente arrostrar los peligros de la tierra prometida después del informe de los exploradores fueron condenados a vagar por el desierto hasta morir. Porque se negaron a aceptar la dirección de Dios, fueron excluidos para siempre de la tierra prometida. Los rabinos creían que los antepasados que murieron en el desierto, no sólo se perdieron la tierra prometida, sino también la vida por venir. El rehusar el ofrecimiento de Cristo es perderse la vida en este mundo y en el venidero, mientras que el aceptarla es hallar la verdadera vida en este mundo y la gloria en el venidero.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Juan 6:51-59

-El pan que Yo daré es Mi carne, dada para que el mundo obtenga la vida -dijo Jesús.

Los judíos se pusieron a discutir entre sí otra vez:

- ¿Cómo puede este Hombre darnos a comer su carne?

- Esto que os digo es la pura verdad -les dijo Jesús-: A menos que comáis la carne del Hijo del Hombre y bebáis Su sangre, no podéis poseer la vida eterna dentro de vosotros. El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré el último día.- Mi carne es la comida verdadera, y Mi sangre la verdadera bebida. El que come Mi carne y bebe Mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Como el Padre viviente Me ha enviado, así Yo vivo por medio de Él, y el que Me coma vivirá por medio de Mí. Este es el pan Que ha descendido del Cielo. No se trata de comer como vuestros padres comieron y murieron. Es el que coma este pan el que vivirá para siempre.

Estas cosas las dijo cuando estaba enseñando en la sinagoga de Cafarnaún.

Para la mayoría de nosotros éste es un pasaje sumamente difícil. Usa un lenguaje y se mueve en un mundo de ideas que nos resultan totalmente extrañas, y que podrían parecer hasta fantásticos y grotescos. Pero, para los que los oyeron por primera vez, era moverse entre ideas familiares que se remontaban hasta la misma infancia de su raza.

Estas ideas serían perfectamente normales para los que conocían los sacrificios en el mundo antiguo. La víctima rara vez se quemaba del todo. Por lo general sólo una pequeña porción, aunque todo el animal se ofrecía en sacrificio. Parte de la carne correspondía a los sacerdotes por derecho de su oficio; y otra parte se devolvía a los adoradores, que la usaban para hacer una fiesta con sus amigos en el recinto del templo pagano. En esa fiesta se consideraba que el dios del lugar era el huésped de honor. Además, una vez que la carne se había ofrecido al dios, se creía que éste había entrado en ella y, por tanto, cuando el adorador la comía, estaba recibiendo igualmente al dios en su cuerpo. Cuando las personas que habían participado de la fiesta se volvían a sus casas, creían que iban literalmente llenas de ese dios. Es posible que nosotros lo consideremos un culto idolátrico, o un tremendo engaño; pero no cabe duda de que aquella gente salía completamente segura de que estaba en ellos la vitalidad dinámica de su dios. Para los que vivían en aquel mundo de ideas este pasaje no presentaba ninguna dificultad.

Además, en aquel mundo antiguo la única forma de religión que merecía ese nombre era la de los misterios. Lo que ofrecían las religiones misteriosas era la comunión y aun la identificación con algún dios. La manera como se lograba era la siguiente. Todos los misterios eran esencialmente representaciones de la pasión de un dios que había sufrido terriblemente, y que había muerto y resucitado. La historia se presentaba en un auto de pasión sumamente conmovedor. Antes que el iniciado pudiera presenciarlo, tenía que someterse a un largo catecumenado sobre el sentido del misterio. Tenía que hacer toda clase de purificaciones ceremoniales, y un largo período de ayuno y de abstención de relaciones sexuales.

En la representación propiamente dicha del auto de la pasión, todo estaba diseñado para producir una atmósfera altamente emocional. Se calculaba cuidadosamente la iluminación, el incienso, la música y una liturgia maravillosa; todo estaba programado cuidadosamente para conducir al iniciado a un estado de emoción y de expectación como nunca antes lo había experimentado. Se puede considerar alucinación, o una combinación de hipnotismo y autosugestión; pero algo sucedía, que se suponía la identificación con aquel dios. Al contemplar todo aquello el iniciado, cuidadosamente preparado, llegaba a ser uno con el dios: compartía sus sufrimientos y dolores, su muerte y su resurrección. El dios y él llegaban a confundirse, y él estaba a salvo en la vida y en la muerte.

Algunos de los dichos y las oraciones de los misterios tienen una belleza indiscutible. En los misterios de Mitra, el iniciado rezaba: < Mora en mi alma; no me dejes, para que sea iniciado y el espíritu santo more dentro de mí.> En los misterios herméticos, el iniciado decía: «Yo te conozco, Hermes, y tú me conoces a mí; *yo soy tú, y tú eres yo.* » En los mismos misterios había una oración que decía: «Ven a mí, señor Hermes, como vienen los bebés al seno materno.» En los misterios de Isis decía el adorador: «Tan cierto como que vive Osiris, vivirán sus seguidores. Tan cierto como que Osiris no está muerto, sus seguidores ya no morirán.»

Debemos recordar que aquellas personas de la antigüedad sabían lo que era el esfuerzo, el anhelo, el sueño de identificación con su dios y de la bendición de recibirle en su interior. No entenderían frases como comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre con un literalismo crudo. Sabrían algo de la experiencia inefable de unión, más íntima que ninguna unión material, de la que hablan estos versículos. Este era un mensaje que podía entender el mundo antiguo, y nosotros también.

Será bueno que recordemos que Juan está haciendo aquí lo que hace a menudo. No está reproduciendo, ni intentando reproducir, las mismísimas palabras de Jesús. Ha pasado setenta años pensando en lo que dijo Jesús; y ahora, guiado por el Espíritu Santo, nos transmite *el significado espiritual* de Sus palabras. No son las palabras lo que Juan reproduce -eso no habría sido más que la aportación de un buen reportero-; sino el sentido espiritual de las palabras: esa es la dirección del Espíritu Santo.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Juan 6:51-59 (conclusión)

Veamos ahora si podemos descubrir algo de lo que quiso decir Jesús y de lo que entendió Juan de palabras como éstas. Podemos tomar este pasaje de dos maneras.

(i) Podemos tomarlo en sentido general. Jesús habló de comer Su carne y beber Su sangre.

Ahora bien: la carne de Jesús era Su completa humanidad. Juan, en su primera carta, establece casi apasionadamente: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios.» De hecho, el espíritu que niega que Jesús ha venido en la carne es del anticristo (1 *Juan* 4: 2-3). Juan insistía en que debemos aferrarnos y no soltarnos nunca de la plena humanidad de Jesús, Que fue carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso. ¿Qué quiere decir esto? Jesús, como hemos visto una y otra vez, era la Mente de Dios Que se había presentado como una Persona. Esto quiere decir que, en Jesús, Dios ha asumido la vida humana, enfrentándose con nuestras situaciones, luchando con nuestros problemas, resistiendo nuestras tentaciones, sufriendo nuestros dolores y desarrollando nuestras relaciones humanas.

Por tanto, es como si Jesús dijera: «Alimentad vuestro corazón, vuestra mente y vuestra alma con Mi humanidad. Cuando estéis desanimados o desesperados, mordiendo el polvo y asqueados de la vida... ¡acordaos de que Yo tomé esa vida vuestra y esas luchas vuestras sobre Mí!» Y veremos que, de pronto, la vida y la carne se revisten de gloria, porque Dios ha dejado en ellas Su huella. Ha sido y es la gran convicción de la cristología griega ortodoxa que Jesús deificó nuestra carne al asumirla. El comer el cuerpo de Cristo es alimentarnos con el pensamiento de Su humanidad hasta que nuestra propia humanidad se fortalezca y limpie e impregne de la Suya.

Jesús dijo que hemos de beber Su sangre. En el pensamiento judío, *la sangre representa la vida*. Es fácil comprender por qué: cuando uno se desangra por una herida, se le va la vida. Además, para los judíos *la sangre pertenece a Dios*. Por eso, hasta el día de hoy, ningún judío fiel comerá carne que no haya sido completamente drenada de la sangre. «Pero carne con su vida, es decir, su sangre, no comeréis» (*Génesis* 9:4). «Solamente que no comas su sangre: sobre la tierra la derramarás como agua» (*Deuteronomio* 15:23). Ahora volvamos a lo que dice Jesús: «Tenéis que beber Mi sangre; es decir, poner Mi vida en el mismo centro de vuestro ser; y esa vida Mía es una vida que pertenece a Dios.» Cuando Jesús dijo que tenemos que beber Su sangre, quería decir que tenemos que recibir Su vida en lo más íntimo de la nuestra.

¿Qué quiere decir eso? Pensadlo así: figuraos que hay en un estante un libro que una persona no ha leído nunca. Puede que sea el Quijote, la más grande novela de la literatura universal; pero, mientras siga sin leerla, estará fuera de esa persona. Un buen día la toma en sus manos y la lee. La emociona, encanta y conmueve. Argumento y personajes quedan en su memoria; y, a partir de entonces, siempre que quiera, puede recuperar esa maravilla que tiene en su interior, y recordarla y meditarla y saborearla, y alimentar su mente y su corazón con ella. Hubo un tiempo en que aquel libro estaba fuera de la persona. Ahora está dentro de ella, y se puede alimentar de él.

Así sucede con todas las grandes experiencias de la vida: están fuera de nosotros hasta que las asumimos.

Eso es lo que sucede con Jesús. Mientras no sea para nosotros más que el personaje de un libro, está fuera de nosotros; pero cuando entra en nuestro corazón, podemos alimentarnos de la vida y la fuerza y la vitalidad que Él nos da. Jesús dijo que hemos de beber Su sangre. Está diciéndonos: «Tenéis que dejar de pensar en Mí como el tema de una discusión teológica; tenéis que recibirme en vuestro interior y entrar en Mi interior, y entonces tendréis la vida verdadera.» Eso era lo que quería decir Jesús cuando hablaba de morar en Él y Él en nosotros.

Cuando nos mandó comer Su carne y beber Su sangre nos estaba diciendo que alimentáramos nuestros corazones, almas y mentes con Su humanidad, y que revitalizáramos nuestras vidas con Su vida hasta llenarnos de la vida de Dios.

(ii) Pero Juan quería decir mucho más que eso, y estaba pensando también en la Mesa del Señor. Estaba diciendo: «Si queréis vida, tenéis que venir y sentaros a esa mesa en la que coméis el pan partido y bebéis el vino que se sirve que, de alguna manera, por la gracia de Dios, os ponen en contacto con el amor y la vida de Jesucristo.» Pero -aquí está la maravilla de este punto de vista-Juan no nos relata la última *Cena*. Nos aporta su enseñanza acerca de ella, no en el relato del Aposento Alto, sino en el de una comida campestre, en una ladera cerca de Betsaida Julias, junto a las aguas azules del mar de Galilea.

No cabe duda: Juan está diciendo que, para un cristiano, toda comida *se convierte en un sacramento*. Puede que hubiera algunos que, si se me permite la frase, estaban exagerando la importancia del sacramento dentro de la iglesia, convirtiéndolo en algo mágico, implicando que es la única manera de entrar a la presencia del Cristo Resucitado. Es verdad que el sacramento es una cita especial que tenemos con Dios; pero Juan mantenía con todo su corazón que cualquier comida en el hogar más humilde o en el más lujoso palacio, o bajo la bóveda del cielo con sólo la hierba como alfombra, era un sacramento. Decía: «En cualquier comida podéis encontrar otra vez ese pan que nos habla de la humanidad del Maestro, y ese vino que nos habla de Su sangre, que es la vida.»

En el pensamiento de Juan, la mesa de la comunión y la del comedor de casa, la comida campestre en la playa o en la montaña se parecen en que en todas gustamos y tocamos el pan y el vino que nos traen a Cristo. El Cristianismo sería muy pobre si Cristo estuviera limitado a las iglesias. Juan está convencido de que Le podemos encontrar en cualquier sitio, porque el mundo está lleno de Él. No es que reduzca el sacramento, sino que lo expande de tal manera que podemos encontrar a Cristo a Su mesa en la iglesia, y luego salir a encontrarle dondequiera que haya personas que se reúnan para disfrutar de los dones de Dios.

Juan 6:59-65

Estas cosas las dijo Jesús cuando estaba enseñando en la sinagoga de Cafarnaún. Cuando Le oyeron esta exposición, muchos de Sus discípulos dijeron:

- ¡Qué difícil es este mensaje! ¿Cómo lo podemos escuchar?

Jesús conocía muy bien en Su interior lo que estaban murmurando Sus discípulos, así es que les dijo:

- ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué os pasaría si vierais al Hijo del Hombre ascender adonde estaba antes? El poder vivificador es el Espíritu; la carne no puede hacer nada. Lo que os he dicho es espíritu y vida. Pero hay algunos que no creen.

Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién iba a ser el que Le traicionara. Por eso era por lo que decía a menudo: «No hay nadie que acuda a Mí a menos que le sea concedido por Mi Padre.

No nos sorprende que los discípulos de Jesús encontraran difícil de entender Su predicación en la sinagoga de Cafarnaún. Pero la palabra griega que se usa aquí es *skléros*, duro, que quiere decir, no *difícil de entender*, sino *difícil de aceptar*. Los discípulos sabían muy bien que Jesús había estado presentándose como la misma vida de Dios que había descendido del Cielo, y que nadie podía vivir esta vida ni enfrentarse con la eternidad sin someterse a Él.

Aquí nos encontramos con una verdad que vuelve a aparecer en cada época. Una y otra vez no es la dificultad intelectual lo que impide que muchos se hagan cristianos, sino la altura de la demanda moral de Cristo. En el corazón de toda religión tiene que haber misterio, por la sencilla razón de que allí está Dios. Es natural que las personas no podamos comprender plenamente a Dios. Cualquier sincero pensador aceptará que tiene que haber misterios.

La dificultad real del Cristianismo es doble. Demanda un acto de rendición a Cristo, aceptarle a Él como la autoridad final; y demanda un estándar moral de la más alta calidad. Los discípulos se daban cuenta de que Jesús Se había presentado como la misma vida y Mente de Dios venida a la Tierra; la dificultad de la gente era aceptar aquello como verdad, con todas sus consecuencias. Hasta el día de hoy hay muchos que rechazan a Cristo, no porque se lo pone difícil al intelecto, sino porque desafía a la vida.

Jesús continúa, no probando Sus credenciales, sino afirmando que algún día los hechos demostrarían que tenía razón. Lo que decía era en realidad: «Os resulta difícil creer que Yo soy el pan, eso esencial para la vida, *descendido del Cielo*. Pues bien, no tendréis dificultad en aceptarlo cuando un día Me veáis *ascendiendo de vuelta* al Cielo.» Es un anuncio de la Ascensión. Quiere decir que la Resurrección es la garantía de las credenciales de Jesús. Él no fue simplemente alguien que vivió noblemente y murió heroicamente por una causa perdida; es el único Cuyas credenciales han sido confirmadas por el hecho de Su resurrección.

Jesús sigue diciendo que lo único absolutamente imprescindible es el poder vivificador del Espíritu; la carne no puede hacer nada. Podemos expresarlo muy sencillamente de una manera que nos dará por lo menos algo de su significado: La cosa más importante es el espíritu en el que se realiza una acción. Alguien lo ha dicho de otra manera: «Todas las cosas humanas son triviales si no existen por algo que está más allá de ellas.» El verdadero valor de una cosa depende de su finalidad. Si comemos nada más que por comer, somos unos glotones, y nos hará más daño que bien; pero si comemos para mantener la vida, para cumplir mejor con nuestro trabajo, para estar sanos, tiene sentido comer. Si uno pasa un montón de tiempo haciendo deporte sin más, está, en el mejor de los casos, perdiendo el tiempo. Pero si dedica un tiempo al deporte para

mantener su cuerpo en forma y así poder hacer mejor su trabajo para Dios y sus semejantes, el deporte deja de ser algo trivial y pasa a ser importante. Las cosas de la carne adquieren su verdadero valor del espíritu con que se hacen.

Jesús añade: «Mis palabras son espíritu y vida.» Él es el único que nos puede decir lo que es la vida, poner en nosotros el espíritu en que debe vivirse y darnos la fuerza para vivirla. La vida adquiere su valor de su propósito y de su invalidez. Cristo es el único que puede darnos un verdadero propósito en la vida, y el poder para desarrollar ese propósito frente a la constante oposición que nos viene de dentro y de fuera.

Jesús se daba perfecta cuenta de que algunos, no sólo rechazarían Su ofrecimiento, sino que lo rechazarían hostilmente. Nadie puede aceptar a Jesús a menos que le mueva el Espíritu de Dios; pero uno puede seguir resistiendo a ese Espíritu hasta llegar al punto en que ya no podrá cambiar de actitud. El que Le resiste es excluido, no por Dios, sino por su misma actitud.

ACTITUDES ANTE CRISTO

Juan 6:66-71

Después de esto, muchos de los discípulos de Jesús se volvieron atrás y ya no quisieron seguir con Él. Jesús les dijo a los Doce:

¿Estáis seguros de que no queréis marcharos vosotros también?

A lo que Le respondió Pedro:

- Señor, ¿y a quién vamos a ir? Tú eres el Que tienes las palabras de la vida eterna, y nosotros hemos creído y hemos llegado a saber que Tú eres el Santo de Dios.

Jesús les contestó:

- ¿No os escogí Yo a los Doce, y uno de vosotros es un diablo?

Se refería a Judas hijo de Simón, el Iscariote, porque ése le iba a entregar y era uno de los Doce.

Aquí tenemos un pasaje henchido de tragedia, porque es el principio del fin. Había habido un tiempo cuando la gente venía a Jesús en grandes multitudes. Cuando estuvo en Jerusalén para la Pascua, muchos vieron Sus milagros y creyeron en Su nombre (2:23). Tantos vinieron a que los bautizaran los discípulos de Jesús que su número creaba problemas (4:1, 39, 45). En Galilea, la muchedumbre había salido en Su seguimiento el día antes (6:2). Pero ahora el cariz había cambiado; desde ahora en adelante habría un odio creciente que culminaría en la Cruz. Juan nos introduce en el último acto de la tragedia. Son circunstancias así las que revelan los corazones de las personas y las muestran tal como son en realidad. En estas circunstancias había tres actitudes ante Jesús.

(i) Hubo *defección*. Algunos se volvieron atrás y dejaron de andar con Jesús. Se fueron separando por varias razones.

Algunos vieron claramente hacia dónde se dirigía Jesús. Uno no se podía desafiar a las autoridades como Él lo estaba haciendo y salirse con la suya. Estaba abocado a un desastre, y ellos querían desmarcarse a tiempo. Eran seguidores de conveniencia. Se ha dicho que el temple de un ejército se ve en cómo pelea cuando está cansado. Los que se marcharon habrían permanecido con Jesús siempre que Su carrera hubiera estado en ascendente; pero a la primera sombra de la Cruz Le dejaron.

Algunos esquivaron el desafío de Jesús. Su punto de vista era que habían venido a Jesús para sacar algo; cuando se barruntaba el sufrir por Él y darle a Él, se salieron. Nadie puede dar tanto como Jesús; pero, si acudimos a Él solamente para recibir y nunca para dar, seguro que acabaremos por volverle la espalda. La persona que quiera seguir a Jesús debe tener presente que en Su seguimiento hay siempre una cruz.

(ii) Hubo *deterioro*. Esto lo vemos especialmente en Judas. Jesús debe de haber visto en él un hombre que Él podía usar en Su obra. Pero Judas, que podría haber llegado a ser un héroe, resultó un villano; podría haber sido un santo y dejó su nombre a la ignominia.

Hay una terrible historia de un artista que estaba pintando la última Cena. Era un gran cuadro, y le llevó muchos años. Como modelo para el rostro de Cristo usó a un joven de rostro transparente en su nobleza y pureza. Poco a poco fue completando el cuadro con los rostros de cada uno de los discípulos, hasta que le llegó el día en que necesitaba un modelo para Judas, al que había dejado para el final. Salió a buscar su tipo en los barrios más bajos de la ciudad y en las guaridas del vicio. Por fin encontró a uno cuya cara era tan depravada y viciosa que cumplía los requisitos. Cuando estaba para terminar el tiempo que tenía que posar, aquel hombre le dijo al artista: < Tú me habías pintado ya antes. > < ¡Que va! > -exclamó el artista-. < ¡Claro que sí! Yo fui el modelo para tu Cristo. > Los años habían obrado un terrible deterioro.

Los años pueden ser crueles. Pueden arrebatarnos los ideales, entusiasmos, sueños y lealtades. Pueden dejarnos con una vida empequeñecida y empobrecida. Pueden dejarnos con un corazón marchito en vez de henchido del amor de Cristo. Puede perderse el encanto de la vida. ¡Que Dios nos libre de ello!

(iii) Hubo *resolución*. Esta es la versión que Juan nos da de la gran confesión de Pedro en Cesarea de Filipo (*Marcos 8:27; Mateo 16:13; Lucas 9:18*). Fue precisamente una situación así la que produjo la lealtad del corazón de Pedro. Para él, el hecho era que no había absolutamente nadie al que ir después de haber estado con Jesús. Por decirlo de alguna manera, Jesús era el único que tenía palabras de vida eterna.

La lealtad de Pedro tenía sus raíces en su relación personal con Jesucristo. Habría muchas cosas que Pedro no entendía; estaría a veces tan confuso y despistado como cualquier otro. Pero había algo en Jesús por lo que habría estado dispuesto a morir. En último análisis, el Cristianismo no es una filosofía que podemos aceptar, ni una teoría a la que nos adherimos. Es una respuesta personal a Jesucristo. Es la lealtad y el amor que da una persona porque el corazón no le deja hacer otra cosa.

EL TIEMPO DEL HOMBRE Y EL DE DIOS

Juan 7:1-9

Después de estas cosas, Jesús estuvo yendo de un sitio para otro en Galilea. No quería andar por Judea porque los judíos se habían propuesto matarle.

Era cerca de la fiesta judía de los Tabernáculos, y Sus hermanos Le dijeron:

Márchate de aquí y vete a Judea para que Tus discípulos tengan oportunidad de ver las obras que realizas; porque nadie que quiera llamar la atención de la gente se limita a hacerlo todo en secreto. Puesto que puedes hacer estas cosas, manifiéstate al mundo.

Y es que ni Sus hermanos creían en Él. Y Jesús les dijo:

-El momento de oportunidad que estoy buscando no ha llegado todavía; pero vuestro tiempo siempre está a punto. El mundo no tiene por qué aborreceros a vosotros; pero a mí sí, porque Yo doy testimonio en contra suya de que sus obras son malas. Subid vosotros ahora a la fiesta. Yo no voy todavía porque no me ha llegado el momento.

Y, después de decirles eso, se quedó en Galilea.

La fiesta de los Tabernáculos caía a finales de septiembre o principios de, octubre. Era una de las fiestas de guardar, y todos los varones israelitas que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir. Pero los judíos practicantes de más lejos también procuraban ir. Duraba ocho días en total. Más adelante tendremos ocasión de tratar de la fiesta más extensamente.

Cuando Jesús llegó a Su casa, Sus hermanos Le empujaron para que fuera a Jerusalén; pero Jesús no hizo caso de sus razonamientos, y fue en Su momento.

Hay una cosa exclusiva de este pasaje que debemos advertir. Según la versión Reina-Valera (versículo 6), Jesús dice: «Mi tiempo aún no ha llegado.» Jesús hablaba a menudo acerca de Su *tiempo o Su hora*. Pero aquí hay una palabra diferente, que no usa nada más que aquí. En los otros pasajes (*Juan 2:4; 7:30; 8:20; 12:27*), la palabra que usa Jesús, o Juan, es *hora*, que quiere decir *la hora señalada por Dios*. Ese tiempo u hora era inalterable e inevitable. Tenía que aceptarse sin discusión ni posibilidad de cambio porque era la hora en que algo tenía que suceder para que se cumpliera el plan de Dios. Pero en este pasaje la palabra es *kairos*, que propiamente quiere decir *estación propicia, oportunidad*; es decir, el mejor momento para hacer algo, cuando las circunstancias son favorables, *el momento psicológico*. Jesús no está diciendo aquí que no ha llegado la hora señalada por Dios, sino algo mucho más sencillo. Está diciendo que ése no era el momento que podía ofrecerle la oportunidad que estaba esperando.

Esto explica por qué Jesús más tarde sí fue a Jerusalén. Mucha gente se sorprende de que Jesús dijera primero a Sus hermanos que no iría, y luego fue. Schopenhauer, el filósofo alemán, llegó a decir: «Jesucristo dijo una mentira a propósito.» Otros han tratado de explicar que lo que Jesús quería decir era que no iría a la fiesta *públicamente*, pero eso no excluía el ir *privadamente*. Pero lo que Jesús dijo fue sencillamente: «Si voy ahora con vosotros no tendré la oportunidad que estoy buscando. El momento no es oportuno.» Así es que retrasó Su marcha hasta en medio de la fiesta; porque el llegar cuando toda la gente ya estuviera reunida y expectante le daría una oportunidad mucho mejor que si hubiera ido al principio. Jesús eligió el momento con cuidadosa previsión para poder obtener los resultados más efectivos.

En este pasaje aprendemos dos cosas.

(i) Es imposible manipular a Jesús. Sus hermanos hicieron lo posible para obligarle a ir a Jerusalén. Le desafiaron. Tenían razón desde un punto de vista humano. Jesús había realizado Sus mayores milagros en Galilea -el convertir el agua en vino (*Juan 2: 1 ss*); la curación del hijo del noble (*Juan 4:46*); la multiplicación de los panes y los peces (*Juan 6:1 ss*). El único milagro que se nos relata que hiciera en Jerusalén -aunque se nos dice que «muchos creyeron en Él viendo las señales que hacía» (2:23; 3:2)- fue la curación del inválido de la piscina (*Juan 5: 1 ss*). Era natural que le dijeran a Jesús que fuera a Jerusalén para que sus partidarios vieran lo que podía hacer. La historia deja bien claro que la curación del inválido se había considerado mucho más como un acto de quebrantamiento del sábado que como un milagro. Además, si Jesús hubiera de conseguir alguna vez ganar adeptos, no podía esperarlo mientras estuviera escondido en un rincón; tenía que actuar de manera que todos pudieran ver lo que era capaz de hacer. Y además, Jerusalén era la clave. Los galileos tenían fama de tener la sangre caliente y la cabeza también. Al que quisiera tener seguidores no le sería difícil conseguirlos en la tensa atmósfera de Galilea; pero Jerusalén era otra cosa. Y era la piedra de toque.

Los hermanos de Jesús tenían toda la razón del mundo para insistir; pero a Jesús no se le puede manipular. Él hace las cosas, no en el tiempo de los hombres, sino en el de Dios. La impaciencia humana tiene que aprender a esperar en la sabiduría de Dios.

(ii) Es imposible tratar a Jesús con indiferencia. No importaba cuándo fueran a Jerusalén los hermanos de Jesús, porque no iba a pasar nada porque fueran, ni se iba a notar su presencia. Pero el que fuera Jesús era algo muy diferente. ¿Por qué? Porque sus hermanos estaban a tono con el mundo y no lo inquietaban; pero la venida de Jesús es una condenación de la manera de vivir del mundo, y un desafío al egoísmo y al letargo. Jesús tenía que escoger su momento porque, cuando Él llega, suceden cosas.

REACCIONES A JESÚS

Cuando Sus hermanos ya se habían ido a la fiesta, entonces fue también Jesús, no abiertamente sino, como si dijéramos, de incógnito.

Así que los judíos le estaban buscando entre los asistentes, y no hacían más que decir:

- ¿Dónde se habrá metido?

Y había muchas discusiones acaloradas entre la gente acerca de Él. Algunos decían:

- ¡Es una buena persona!

- ¡De eso nada! -replicaban otros-. ¡Está llevando a la gente por mal camino!

Pero nadie hablaba de Él abiertamente, porque tenían miedo de los judíos.

Jesús eligió su momento, y fue a Jerusalén. Aquí se nos presentan las reacciones de la gente. Uno de los puntos supremamente interesantes de este capítulo son las diferentes reacciones que nos cuenta que se produjeron entre la gente. Vamos a recogerlas aquí ahora.

(i) Tenemos la reacción de sus hermanos (versículos 1-5).

Reaccionaron realmente burlándose y tomándole el pelo despectivamente. No creían en Él; estaban provocándole como si se tratara de un chiquillo travieso. Sigue siendo frecuente esa actitud de desprecio tolerante a Jesús.

George Bernanos, en su *Diario de un cura rural*, nos cuenta que a veces invitaban al cura en la casona aristocrática de la parroquia. El amo le animaba a hablar y a discutir con los otros invitados, pero siempre lo hacía para divertirse un poco y con un desprecio tolerante, como si estuviera animando a un niño o a un perrillo a desplegar sus gracias. Aún hay quienes no parece que se han dado cuenta de que la fe cristiana es una cuestión de vida o muerte.

(ii) Tenemos el odio declarado de los fariseos y de los principales sacerdotes (versículos 7 y 19). No le odiaban por la misma razón; porque, de hecho, se odiaban entre sí. Los fariseos odiaban a Jesús porque pasaba de sus mezquinas reglas y normas. Si Él tenía razón, ellos no la podían tener; y amaban su propio sistema más de lo que amaban a Dios. Los saduceos eran un partido político. No observaban las reglas y normas de los fariseos. Casi todos los sacerdotes eran saduceos. Colaboraban con los dominadores romanos, y gozaban de una situación muy cómoda y hasta lujosa. No querían un Mesías; porque cuando viniera se desintegraría su posición política y se les acabaría el chollo. Odiaban a Jesús porque interfería en sus intereses creados, que eran para ellos algo mucho más importante que las cosas de Dios.

Todavía sigue sucediendo el que una persona ame más su propio pequeño sistema que a Dios, y que coloque sus intereses creados por encima del desafío de una vida aventurera y sacrificial.

(iii) Ambas reacciones confluían en un deseo ardiente de eliminar a Jesús (versículos 30 y 32). Cuando los ideales de una persona están en conflicto con los de Cristo, o bien se somete o tratará de buscar la manera de eliminarle a Él. Hitler no quería tener cristianos cerca, porque reconocen una lealtad superior a la que los ata al estado. Una persona se enfrenta con una sencilla alternativa si deja que Cristo entre en su órbita. Tiene que escoger entre lo que ella misma quiere, o lo que Cristo quiere; y, si quiere seguir haciendo su propia voluntad, tiene que tratar de eliminar de su vida a Cristo.

(iv) Tenemos el desprecio arrogante (versículos 15, 47-49). ¿Qué derecho tenía este Hombre para venir a establecer su ley? Jesús no tenía títulos académicos; no había estudiado en las escuelas rabínicas. ¿Qué persona inteligente iría a escucharle? Aquí tenemos la reacción de los intelectuales presumidos.

Muchos grandes poetas y escritores y predicadores no tenían títulos. Esto no es decir, ni mucho menos, que el estudio no sirva para nada; pero debemos tener cuidado con rechazar a nadie e incluirle entre los que no tienen ninguna importancia simplemente porque carece del equipo técnico de las escuelas.

(v) Tenemos la reacción de la multitud. Tenía dos caras; la primera era una reacción de *interés* (versículo 11). La única actitud que es imposible cuando Cristo realmente invade la vida es la indiferencia. Aparte de todo lo demás, Jesús es la figura más interesante de la Historia. Y la segunda fue la reacción de la *discusión* (versículos 12 y 43). Se hablaba de Jesús; se presentaban puntos de vista acerca de Él; se debatía su persona. Aquí hay tanto de valor como de peligro. El valor es que nada ayuda a aclarar nuestra opinión tanto como contraponerla a las de los demás. La mente se aguza con la mente como el hierro con el hierro. El peligro es que la religión se puede convertir muy fácilmente en una cuestión de discusión y de debate que se prolonga toda la vida sin llegar a nada. Hay una gran diferencia entre ser un teólogo amateur que no pasa de la discusión, y ser una persona realmente creyente, que ha pasado de hablar de Cristo a conocerle personalmente de veras.

VEREDICTOS SOBRE JESÚS

Juan 7:10-13 (conclusión)

En este capítulo hay una serie de veredictos sobre Jesús.

(i) Hay un veredicto de que era una buena persona (versículo 12). Ese veredicto es verdad, pero no es toda la verdad. Napoleón hizo una famosa observación: «Yo conozco a los hombres, y Jesucristo es más que un hombre.» Jesús es, desde luego, un hombre verdadero; pero es, además, el verdadero Hombre, y en Él está la Mente de Dios. Cuando habla, no es sólo un

hombre hablando a los hombres; si fuera sólo eso podríamos discutir Sus mandamientos. Cuando Él habla, es Dios hablando a la humanidad; el Cristianismo no consiste en discutir Sus mandamientos, sino en cumplirlos.

(ii) Hay un veredicto de que era un *profeta* (Versículo 40).

También eso es verdad. El profeta es uno que anuncia la voluntad de Dios, uno que ha vivido tan cerca de Dios que conoce Su pensamiento y propósito. Eso es verdad de Jesús; pero hay una gran diferencia entre un profeta y Jesús. El profeta dice: < Así dice el Señor. » Tiene una autoridad prestada y delegada. Su mensaje no tiene su origen en él mismo. Pero Jesús dice: < Yo os digo. » Tiene derecho a hablar, y su autoridad no es delegada, sino que le es propia.

(iii) Hay un veredicto de que era *un loco que vivía fuera de la realidad* (versículo 20). La disyuntiva es: o Jesús es la única Persona totalmente sana que ha habido en el mundo, o es un loco. Escogió la Cruz cuando hubiera podido tener el poder. Fue el Siervo doliente cuando hubiera podido ser un rey conquistador. Lavó los pies de sus discípulos cuando hubiera podido tener a toda la humanidad a sus pies. Vino para servir cuando hubiera podido someter al mundo entero a su servicio. No es sentido común lo que nos imparten las palabras de Jesús, sino un sentido que le es exclusivo. Él puso la escala de valores del mundo patas arriba porque trajo a un mundo loco la suprema sensatez de Dios.

(iv) Hay un veredicto de que era *un hereje*. Las autoridades judías vieron en Él a uno que estaba desviando a la gente de la verdadera religión. Le acusaron de todos los crímenes contra la religión que había en lista: de quebrantar el sábado, de ser un borrachín y un glotón, de tener los amigos menos recomendables, de ir en contra de la religión ortodoxa. Está bien. claro que, si preferimos nuestra idea de la .religión a la suya, nos parecerá un hereje; y una de las cosas más difíciles del mundo es el reconocer que se está en un error. . .

(v) Hay un veredicto de que era un valiente (versículo 26). Nadie podrá jamás dudar de su coraje. Tenía valor moral para desafiar los convencionalismos y ser diferente. Tenía el valor físico para soportar los más terribles sufrimientos. Tuvo el valor de seguir adelante cuando su familia le abandonó, sus amigos le desampararon y uno de su propio círculo le traicionó. Le vemos aquí entrando valientemente en Jerusalén sabiendo que era para Él como la cueva de los leones. < Temía a Dios tanto que no le tenía miedo a ningún hombre », se dijo del reformador escocés John Knox. ¡Con mucha más razón podría decirse de Jesús!

(vi) Hay un veredicto de que *tenía la personalidad más dinámica* (versículo 46): El veredicto de los alguaciles que mandaron a prenderle en el templo y volvieron con las manos vacías fue que nunca había hablado nadie como Él. Julian Duguid nos cuenta que una vez iba haciendo un viaje en el mismo trasatlántico que Wilfred Grenfell; y dice que se podía saber cuando Grenfell entraba en una habitación aunque se estuviera de espaldas por la ola de autoridad que emanaba. Cuando pensamos en cómo el carpintero galileo se enfrentaba con los más poderosos del país y los dominaba hasta el punto de que eran ellos los que estaban sometidos a juicio y no Él, estamos obligados a reconocer que Él era, por lo menos, una de las personalidades supremas de la Historia. El cromo de un Jesús blando y anémico no le va. Del verdadero Jesús fluía un poder que hizo volver alucinados y con las manos vacías a los que habían sido enviados a detenerle.

(vii) Hay un veredicto de que era *el Cristo*, el Ungido de Dios. Es un hecho innegable que Jesús no encaja en ninguna de las categorías humanas que hay disponibles; sólo la categoría de lo divino le pertenece por derecho propio.

Hay otras tres reacciones a Jesús que debemos considerar.

(i) Está la reacción de *temor* de la multitud (versículo 13). Hablaban de Él, pero tenían miedo de hacerlo en voz demasiado alta. La palabra que usa Juan es onomatopéyica -es decir, que imita el sonido de lo que describe. Es la palabra *gonguysmós*. La palabra de la Reina-Valera es *murmullo*, *mormollo* en la Biblia del Oso; *cuchicheando* en la Nueva Biblia Española. Indica una especie de gruñido de queja en voz baja. Es la palabra que se usa de la murmuración de los israelitas contra Moisés en el desierto; era algo que hacían en voz baja porque tenían miedo de decirlo en alto. El miedo puede impedir que se proclamen las convicciones; pero el cristiano no debe tener miedo de decirle al mundo que cree en Jesucristo.

(ii) La reacción de algunos de la multitud fue *la fe* (versículo 31). Eran hombres y mujeres que no podían negar lo que les resultaba evidente. Oían lo que decía Jesús; veían lo que hacía; recibían el impulso de su dinamismo, y creían en Él. Cuando una persona se desembaraza de sus prejuicios y temores no tiene más remedio que acabar creyendo. .

(iii) La reacción de Nicodemo fue *defender* a Jesús (versículo 50). En aquel concilio de las autoridades judías, la suya fue la única voz que se levantó en su defensa. Ahí está el deber de todos nosotros. Ian Maclaren solía decirles a sus alumnos cuando predicaban: «¡Decid algo bueno de Jesús!» Hoy vivimos en un mundo hostil al Evangelio de muchas maneras y en muchos sitios; pero lo sorprendente es que la gente no ha estado nunca tan dispuesta a hablar de Cristo y a discutir de religión. Vivimos en una generación en la que es fácil ganarse el título de los reyes de «Defensor de la fe.» Dios nos ha dado el privilegio de poder ser abogados y defensores de Cristo frente a las críticas, y hasta las burlas, de los que no le conocen, pero le necesitan desesperadamente.

LA AUTORIDAD SUPREMA

Juan 7:13-18

Los judíos estaban alucinados; y se decían:

-¿Cómo es que sabe leer Este sin haber estudiado?

-Lo que yo enseño -decía Jesús- no son cosas mías, sino que pertenecen al Que Me envió. EL que quiera hacer Su voluntad percibirá si Mi enseñanza procede de Dios o si lo que estoy diciendo no tiene su fuente más allá de Mí mismo. El que habla por cuenta propia está buscando su propia gloria; el que busca la gloria del que le envió es veraz y no tiene ninguna malicia.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que es probable que algunos pasajes del evangelio de Juan no estén colocados en su debido sitio. Puede que el mismo Juan no tuviera tiempo para ponerlos en orden; o que las diversas hojas en que estaba escrito se reunieran equivocadamente. Esta sección y la siguiente son dos de los ejemplos más claros de colocación que se supone errónea. Tal como aparecen aquí resultan difíciles de entender porque no parecen guardar ninguna relación con el contexto.

Es casi seguro que deberían aparecer después de 5:47. El capítulo 5 nos relata la curación del inválido de la piscina. Jesús realizó ese milagro en sábado, y las autoridades judías lo consideraron un quebrantamiento de aquel día santo. En Su defensa Jesús cita los escritos de Moisés, y dice que, si los judíos de veras supieran lo que esos escritos querían decir y los creyeran, también creerían en Él. El capítulo termina: «Si hubierais creído a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribía acerca de mí. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer mis palabras?» (Juan 5:47).

Si pasamos directamente de ahí a 7:15-24 obtenemos muy buen sentido. Jesús acaba de referirse a los escritos de Moisés, y los líderes judíos expresan su sorpresa diciendo: «¿Cómo es que sabe leer este sin haber estudiado?» Entenderemos mucho mejor el sentido y lo pertinente de Juan 7:15-24 si suponemos que seguía originalmente a Juan 5:47; tengámoslo presente al estudiar ahora ese pasaje en cuestión.

La objeción que le hacían a Jesús era que era un iletrado. Es exactamente la misma acusación que hicieron contra Pedro y Juan cuando comparecieron ante el sanedrín (Hechos 4:13). Jesús no había estudiado en las escuelas rabínicas. La costumbre era que no se permitía explicar las Sagradas Escrituras y hablar de la Ley nada más que a los discípulos de maestros reconocidos. Ningún rabino se atrevería jamás a hacer ninguna afirmación sobre la base de su propia autoridad. Siempre empezaba: «Hay una enseñanza de que...», y proseguía citando las autoridades que sustentaban lo que él quería decir. Y aquí estaba ese Carpintero galileo, que no tenía estudios de ninguna clase, y que se atrevía a citar y a explicar nada menos que lo que había dicho Moisés.

Aquí Jesús habría podido caer en una trampa. Podría haber dicho: «Yo no necesito ningún maestro. Soy autodidacto; no he recibido la enseñanza ni la sabiduría de ningún otro.» Pero, en vez, dijo: «¿Preguntáis quién ha sido mi maestro? ¿Queréis saber qué autoridad aduzco para mi exposición de la Escritura? Mi autoridad es Dios.» Jesús se presentaba como discípulo de Dios. De hecho, esta es una afirmación que hizo repetidas veces. «No he hablado de mi propia capacidad. El Padre que me envió me ha mandado lo que tengo que decir y hablar» (Juan 12: 49). «Las cosas que Yo os digo no las hablo por mi propia cuenta» (Juan 14:10).

Frank Salisbury cuenta que recibió una carta después de pintar su gran cuadro *El entierro del guerrero desconocido* en la abadía de Westminster. Un compañero artista le decía: «Quiero felicitarte por el gran cuadro que has pintado -o más bien, el cuadro que Dios te ha ayudado a pintar.» Todas las grandes producciones de la mente o del espíritu humano son dones de Dios. Si nos gloriamos de ser autodidactos, si pretendemos que cualquier descubrimiento que hayamos hecho es nuestra exclusiva obra, estamos, a fin de cuentas, glorificando solamente nuestra reputación y nuestro ego. Los hombres más grandes no piensan en el poder de su propia mente o mano, sino siempre en el Dios que les dice lo que saben y les enseña lo que pueden hacer.

Además, Jesús establece a continuación una verdad. Sólo los que hacen la voluntad de Dios pueden comprender de veras su enseñanza. Ésa no es una verdad teológica, sino universal. *Aprendemos haciendo*. Un médico puede aprender la técnica de la cirugía de los libros. Puede que llegue a saber la teoría de todas las operaciones posibles. Pero eso no le hará cirujano; tiene que aprender haciendo. Uno puede estudiar el funcionamiento de un motor de coche; en teoría puede que sea capaz de planificar cualquier arreglo o ajuste; pero eso no le hará un buen mecánico. Tiene que aprender haciendo.

Así sucede con la vida cristiana. Si esperamos hasta comprenderlo todo para ponerlo por obra, nunca empezaremos. Pero, si empezamos a hacer la voluntad de Dios hasta donde la conocemos, la verdad de Dios se nos hará más y más clara. Si alguien dice: «Yo no puedo ser cristiano, porque hay mucho de la doctrina cristiana que no entiendo, y tengo que esperar hasta entenderlo todo,» la respuesta correcta sería: «Nunca lo entenderás todo por completo; pero, si empiezas por tratar de vivir la vida cristiana hasta donde ya la entiendes, la entenderás más y más cada día.» En el Cristianismo, como en todo lo demás, la manera de aprender es ponerlo por obra.

Recordemos que es muy probable que este pasaje debería venir realmente detrás de la historia de la curación del inválido de Betesda. Han acusado a Jesús de impiedad porque devolvió la salud a uno en sábado, y Él pasa a demostrar que estaba buscando solamente la gloria de Dios, y que no había ninguna mala intención en su obra.

UN RAZONAMIENTO SABIO

-¿No os dio Moisés la Ley, y no hay ni uno de vosotros que de veras la guarde? ¿Por qué queréis matarme?
-¡Estás loco! -dijo la gente- ¿Quién es el que está pensando matarte?

Jesús les contestó:

-Yo no he hecho más que una obra, y todos os maravillasteis. Moisés os dio el rito de la circuncisión (aunque no fue Moisés el que la originó, sino que se remonta a vuestros antepasados), y circuncidáis los varones aunque sea sábado. Si es lícito circuncidar a un hombre en sábado sin que eso suponga quebrantar la Ley de Moisés, ¿os enfurecéis conmigo por curar todo el cuerpo de un hombre en sábado? Dejad ya de juzgar por las apariencias y haced que vuestros juicios sean justos.

Antes de empezar a considerar este pasaje en detalle; debemos aclarar una cuestión. Tenemos que darnos cuenta de que, en esta escena, tiene lugar un debate entre Jesús y los líderes de los judíos en medio de una multitud de espectadores. Jesús está justificando su acción de sanar a un enfermo en sábado, que era técnicamente un quebrantamiento de la ley tradicional concerniente a ese día.

Jesús empieza diciendo que Moisés les dio la Ley, pero que no hay ni uno entre ellos que la cumpla perfectamente. (Veremos dentro de poco lo que quería decir con eso). Entonces, si Él quebrantó la ley para sanar a un enfermo, ¿por qué ellos, que quebrantan la ley, están tratando de matarle?

En este punto, *la gente* interrumpe el debate con la exclamación: «¡Estás loco! ¿Quién es el que está pensando matarte?» La gente todavía no se ha dado cuenta del odio que sus líderes le tienen a Jesús, ni de su malvado designio de eliminarle. Crean que Jesús padece una manía persecutoria que le tiene desequilibrado; y creen eso porque no conocen los hechos. Jesús no les contesta a esta pregunta, que no es realmente una pregunta sino una interjección de la audiencia.

Jesús continúa con su razonamiento, que es el siguiente. La ley establecía que había que circuncidar a los niños al octavo día de su nacimiento: < Y al octavo día se circuncidará al niño» (*Levítico 12:3*). Estaba claro que ese día caería frecuentemente en sábado; y la ley concretaba que < todo lo necesario para la circuncisión se podía hacer en sábado.» Así pues, el razonamiento de Jesús seguía estos pasos:

(a) «Vosotros decís que cumplís a rajatabla toda la ley que os ha venido por medio de Moisés que prohíbe que se haga ningún trabajo en sábado, y catalogáis como trabajo toda clase de atención médica que no sea absolutamente necesaria para salvar una vida. No obstante, permitís que se lleve a cabo la circuncisión en sábado.»

(b) Ahora bien: la circuncisión incluye dos cosas. Es una atención médica a una parte del cuerpo humano; y el cuerpo tiene, de hecho, doscientas cuarenta y ocho partes (según el cómputo de los judíos de entonces). Pero también es una especie de mutilación, porque consiste en eliminar algo que formaba parte del cuerpo. < ¿Cómo podéis, razonablemente, culparme por darle a un hombre la salud completa de todo su cuerpo cuando vosotros os permitís mutilar cuerpos el sábado?» Ese era un razonamiento sumamente inteligente y que se basaba en los mismos principios de la ley de Dios.

(c) Jesús acaba diciéndoles que traten de ver lo que hay debajo de la superficie de las cosas y de juzgar justamente. Si lo hicieran, ya no podrían acusarle de quebrantar la Ley. Un pasaje como este puede que nos resulte remoto; pero, cuando lo leemos, podemos admirar la clara, profunda y lógica mente de Jesús en operación, y podemos observarle saliendo al paso a los más sabios y agudos hombres de su tiempo con sus propias armas y en sus propios términos; y ver cómo los derrotaba.

LAS CREDENCIALES DE JESÚS

Juan 7:14, 25-30

Cuando el festival iba ya por la mitad Jesús subió al recinto del templo y se puso a enseñar. Algunos de los de Jerusalén decían:

-¿No es este el que estaban buscando para matarle? ¡Y fijaos! ¡Está hablando en público, y no le dicen nada! ¿Será que las autoridades han descubierto sin lugar a dudas que este es el Ungido de Dios? Pero no podría ser así; porque Éste sabemos de dónde es, y cuando venga el Ungido de Dios nadie sabrá de dónde ha venido.

A eso Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó:

-¡Conque me conocéis, y sabéis de dónde soy! Pero no he venido por mi propia cuenta, sino que el que me envió es real. Vosotros no le conocéis, pero yo sí, porque he venido de Él, y Él es quien me ha enviado.

A todo esto, les habría gustado encontrar la manera de arrestarle; pero nadie le puso la mano encima, porque su hora no había llegado todavía.

Ya hemos visto que es probable que los versículos 15-24 deban colocarse detrás de 5:47; así que, para restablecer la conexión, pasamos del versículo 14 al 25.

La gente se sorprendió de encontrar a Jesús predicando en el recinto el templo. A lo largo de los lados del atrio de los Gentiles se extendían dos grandes pórticos con columnas: el pórtico Real y el de Salomón. Eran lugares en los que se reunía la

gente, y donde a veces enseñaban los rabinos, y sería allí donde se encontraba Jesús entonces. Por lo menos parte de la gente, los que eran de Jerusalén, conocían muy bien la hostilidad de las autoridades hacia Jesús; y se sorprendieron de ver el valor con que desafiaba a las autoridades, y más aún de que le permitieran enseñar públicamente. De pronto se les ocurrió una posibilidad sorprendente: «¿Podría ser que este fuera el Mesías, el Ungido de Dios, y que las autoridades lo hubieran reconocido?»

Pero tan pronto como se les ocurrió aquella idea, la rechazaron. Y la razón era que ellos sabían que Jesús era de Nazaret, y quiénes eran sus padres, hermanos y hermanas. Su identidad no tenía ningún misterio, lo cual le descartaba como posible Mesías, ya que la creencia popular era que el Mesías *aparecería* misteriosamente. Creían que estaría oculto esperando, y algún día eclosionaría repentinamente en el mundo sin que nadie supiera de dónde había salido. Creían que el Mesías nacería en Belén, el pueblo de David; pero también creían que eso sería todo lo que se sabría de él. En el evangelio de Juan no se hace referencia al nacimiento de Jesús en Belén que relata Lucas.

Había un dicho rabínico: «Tres cosas se presentan inesperadamente: el Mesías, las oportunidades y los alacranes.» El Mesías *aparecería* tan por sorpresa como las oportunidades que Dios envía o los alacranes que están escondidos entre las piedras. En años posteriores, cuando Justino Mártir estaba hablando y discutiendo con un judío sobre sus creencias, el judío dijo acerca del Mesías: «Aunque el Mesías hubiera nacido ya y estuviera en algún sitio, no sabría ni él mismo que era el Mesías, ni tendría ningún poder hasta que viniera Elías a ungirle y darle a conocer.» La creencia popular era que el Mesías aparecería en el mundo de improviso y misteriosamente. Esas condiciones no se daban en Jesús; para los judíos, su origen no tenía ningún misterio.

Esta creencia era característica de una cierta actitud mental que prevalecía entre los judíos y que no ha desaparecido ni mucho menos: la que busca a Dios en lo extraordinario. La enseñanza del Evangelio es precisamente la inversa. Si Dios sólo está en lo sobrenatural, está muy poco en el mundo; mientras que, si está en las cosas normales, está siempre presente y en todo. El Cristianismo no considera este mundo como un lugar que Dios visita raras veces, sino como un mundo del que Dios no está nunca ausente.

En respuesta a estas objeciones, Jesús hizo dos afirmaciones, ambas escandalizadoras para la gente y para las autoridades. Dijo que era verdad que sabían quién y de dónde era Él; pero era igualmente verdad que, en último término, Él había venido directamente de Dios. Y en segundo lugar, dijo que ellos no conocían a Dios, pero Él sí. Era todo un insulto el decirle al pueblo de Dios que no conocían a Dios, y una pretensión increíble la de decir que Él, Jesús, era el único que le conocía, que estaba en una relación única y exclusiva con Dios de la que no participaba nadie más.

Aquí tenemos uno de los grandes virajes de la vida de Jesús. Hasta aquí, las autoridades le habían tenido por un revolucionario que quebrantaba el sábado, lo cual era ya para ellos un crimen considerable; pero desde ahora ya no sería culpable sólo de quebrantar el sábado, sino del pecado supremo de *blasfemia*. Tal como ellos lo veían, Jesús hablaba de Israel y de Dios de una manera que ningún ser humano tenía derecho a emplear.

Este es el dilema que sigue presentándonos: O lo que Jesús decía de Sí mismo era falso, en cuyo caso sería culpable de una blasfemia que nadie se ha atrevido a pronunciar jamás; o lo que decía de sí mismo era la verdad, en cuyo caso Él es el que pretende ser y no puede describirse en otros términos que como el Hijo de Dios. Cada persona tiene que decidirse a favor o en contra de Jesucristo.

TIEMPO DE BUSCAR

Juan 7:31--36

Muchos de la multitud creyeron en Él, y decían:

-Cuando venga el Ungido de Dios, seguro que no podrá hacer señales más grandes que las que ha hecho este Hombre.

Los fariseos oyeron a la gente discutir acerca de Jesús; y los principales sacerdotes y los fariseos mandaron alguaciles a arrestarle. Así que Jesús les dijo:

-Estaré con vosotros un poco más de tiempo, y luego volveré al Que Me envió. Me buscaréis, pero no Me encontraréis. No podéis venir adonde Yo voy.

A eso los judíos empezaron a decirse:

-¿Adónde va a irse Este, que no Le podamos encontrar? ¿Pensará irse con los judíos que están dispersos entre los griegos para enseñar a los griegos? ¿Qué querrá decir con eso de «Me buscaréis, pero no me encontraréis» y «No podréis venir adonde Yo voy»?

Algunos de la multitud creyeron que Jesús era el Ungido de Dios, porque nadie podría hacer obras más importantes que las que estaba haciendo Jesús. Esa había sido la prueba que había usado el mismo Jesús cuando Juan el Bautista estaba en duda sobre si era Él el Que había de venir o si tenían que esperar a otro. Cuando Juan Le mandó sus mensajeros, la respuesta de Jesús fue: «Id a decirle a Juan lo que habéis oído y visto» (Mateo 11:1-6). El mismo hecho de que hubiera algunos que estaban vacilando en la misma línea de la aceptación movió a las autoridades a la acción. Enviaron alguaciles, probablemente la policía

del templo, a arrestar a Jesús. Jesús dijo que estaría con ellos poco tiempo más, pero que llegaría un día cuando Le buscaran, no para detenerle, sino para obtener lo que sólo Él podría darles, pero sería demasiado tarde.

Jesús quería decir que volvería al Padre, de Quien ellos se habían desligado por su desobediencia. Pero Sus oyentes no Le entendieron.. Hacía siglos que los judíos estaban desperdigados por todo el mundo. En alguna ocasión los habían exiliado a la fuerza; en otras épocas de desgracia nacional habían tenido que emigrar al extranjero. Había un término que incluía a todos los judíos que vivían fuera de Palestina, que era *diáspora*, la dispersión, que todavía se sigue usando para describir a los judíos que viven fuera de la Tierra de Israel. Es la palabra que usa aquí la gente: < ¿Será que Jesús se va a ir a la *Diáspora*? O, todavía más extraño: ¿será capaz de irse a predicar a los griegos y así perderse entre las masas del mundo gentil? ¿Se irá tan lejos que no Le podamos recuperar?> Es sorprendente el que lo que se presentaba como una absurda sugerencia llegara a ser una profecía. Los judíos lo decían como algo inaceptable e increíble; pero, con el paso de los años, llegó a ser una bendita realidad: el Cristo Resucitado se lanzó a la conquista de todo el mundo gentil.

Este pasaje nos pone cara a cara con *la promesa y la advertencia de Jesús*. Había dicho: < ¡Buscad y hallaréis!> (*Mateo 7:7*). Ahora dice: «Me buscaréis, pero no Me encontraréis» (versículo 34). Mucho tiempo atrás, el antiguo profeta había unido las dos frases en un dicho maravilloso: «Buscad al Señor *mientras puede ser hallado*» (*Isaías 55: 6*). Una de las características de esta vida es que el tiempo es limitado. La fortaleza física decae, y hay cosas que uno puede hacer a los treinta años que ya no puede hacer a los sesenta. El vigor mental se debilita, y hay tareas intelectuales que se pueden acometer en la juventud pero que están vedadas en la madurez. La fibra moral pierde flexibilidad lo mismo que la muscular; y, si una persona se deja dominar por algún hábito, puede que llegue el día en que ya no se pueda librar de él, aunque al principio lo hubiera podido desterrar de su vida fácilmente.

Así sucede entre nosotros y Jesucristo. Lo que Él le estaba diciendo a Sus oyentes entonces era: «Podéis despertar a un sentimiento de vuestra necesidad demasiado tarde.» Una persona puede estar rechazando a Cristo tanto tiempo que, al final, ya ni siquiera siente Su atractivo; el mal llega a ser su bien, y el arrepentimiento; imposible. Mientras el pecado todavía nos duele, y la bondad inasequible todavía nos atrae, la oportunidad de buscar y hallarse nos sigue ofreciendo. Pero tenemos que tener cuidado, no sea que nos acostumbremos al pecado de tal manera que ya no nos demos cuenta de que estamos pecando, y descuidemos a Dios tanto que ya nos olvidemos hasta de que existe. Para entonces ya ha muerto el sentimiento de necesidad; y si esto nos falta, ya no podemos hacer nada, porque si no podemos buscar, no podremos encontrar. La única cosa que no nos podemos permitir perder nunca es el sentimiento de pecado.

LA FUENTE DE AGUA VIVA

Juan 7:37-44

El último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y llamó en alta voz:

- ¡El que tenga sed, que venga a Mí a beber! Como dice la Escritura: «El que crea en Mí, ríos de agua viva correrán por sus entrañas. »

Aquello lo dijo refiriéndose al Espíritu Que habían de recibir los que creyeran en Él; porque aún no había Espíritu, porque Jesús todavía no había sido glorificado.

Cuando Le oyeron decir aquello, algunos de la multitud dijeron:

- ¡Éste es, sin duda, el Profeta prometido!

- ¡Éste es el Ungido de Dios! -decían otros.

- ¿Es que puede venir de Galilea el Ungido de Dios? -objetaban otros-. ¿Es que no dice la Escritura que el Ungido de Dios es descendiente de David, y que será de Belén, el pueblo de donde era David?

Así es que había división de opiniones entre la multitud acerca de Jesús. Algunos habrían querido arrestarle, pero nadie Le puso la mano encima.

Todos los acontecimientos de este capítulo tuvieron lugar durante la fiesta de los Tabernáculos; y, para entenderlos adecuadamente debemos conocer el significado y un poco del ritual de aquella fiesta.

La fiesta de los Tabernáculos -o de las cabañuelas, DRAE- era la tercera de las tres grandes fiestas judías de guardar a las que estaban obligados a asistir todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén: la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Caía corrientemente a finales de septiembre, el 15 del séptimo mes hebreo. Como todas las grandes fiestas judías, tenía un doble significado.

En primer lugar, tenía un significado *histórico*. Recibió su nombre del hecho de que, mientras duraba, las familias salían de sus casas y vivían en chozas. Durante la fiesta, surgían chozas por todas partes: en las azoteas de las casas, en las calles, en las plazas públicas, en los jardines y en los parques y hasta en los mismos atrios el templo. La ley establecía que las chozas no

podían tener una estructura permanente, sino ser hechas sólo para la ocasión. Las paredes eran de ramas o frondas, capaces de proteger del tiempo pero dejando pasar el sol. La cubierta era de paja o cañas, pero trenzadas de tal manera que se pudieran ver las estrellas desde dentro. El significado histórico de todo esto era recordarle al pueblo de una manera inolvidable que en su pasado habían sido peregrinos por el desierto sin techo sobre sus cabezas (*Levítico 23:40-43*). El propósito era «que vuestras generaciones sepan que Yo hice habitar en chozas al pueblo de Israel cuando lo saqué de la

tierra de Egipto.» En su origen duraba siete días, pero en tiempos de Jesús ya se le había añadido el octavo.

En segundo lugar, tenía una significación *agrícola*. Era sobre todo una fiesta de acción de gracias por la cosecha. Algunas veces se la llamaba *la fiesta de la cosecha* (*Éxodo* 23:16; 34:22); y era la más popular de todas. Por esa razón, a veces se la llamaba simplemente *la fiesta* (*1 Reyes* 8:2), y a veces *la fiesta del Señor* (*Levítico* 23:39). La sobrepasaba a todas. La gente y la liturgia hebrea la llamaban «la fiesta de nuestra alegría», porque marcaba el final de todas las cosechas, ya que para esa fecha ya se habían segado la cebada y el trigo y vendimiado las uvas. Como establecía la ley, tenía que celebrarse «cuando hayas recogido los frutos de tus labores del campo» (*Éxodo* 23:16); había que guardarla «cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar» (*Deuteronomio* 16:13,16): No se daban las gracias sólo por una cosecha, sino por todas las cosas buenas de la naturaleza que hacían la vida posible y feliz. En el sueño del nuevo mundo de Zacarías sería ésta la fiesta que se celebraría en todas partes (*Zacarías* 14:16-18). Josefo la llamaba «la fiesta más santa y grande entre los judíos» (*Antigüedades de los judíos*, 3:10:4). No era una fiesta sólo para los ricos, sino que se establecía que el siervo, el extranjero, la viuda y el pobre habían de participar de la alegría general.

Había una ceremonia que se incluía especialmente en esta fiesta. Se les decía a los fieles que tomaran «ramas con fruto de árbol hermoso, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos y de sauces de los arroyos» (*Levítico* 23:40). Los saduceos decían que esta era una descripción de los materiales de los que había que hacer las chozas; y los fariseos, que los participantes en la fiesta tenían que traer estas cosas cuando venían al templo. Naturalmente, el pueblo seguía la interpretación de los fariseos, porque les daba oportunidad de participar personalmente en la fiesta de la alegría.

Una ceremonia especial está íntimamente relacionada con este pasaje y con las palabras de Jesús. Seguramente la tendría en mente cuando habló, y es posible que hasta sirvió de escenario natural a Sus palabras. Todos los días de la fiesta venía al templo la gente con sus ramas de palmera y de sauce, y formaba con ellas una especie de pasillo que daba la vuelta al altar mayor. Al mismo tiempo, un sacerdote llevaba una vasija de oro de tres *logs* de capacidad (litro y medio) al estanque de Siloé y la llenaba de agua. Luego volvía y entraba por la puerta del Agua mientras la gente recitaba *Isaías* 12:3: « ¡Sacad con gozo aguas de las fuentes de la salvación!» El agua se subía al altar del templo y se derramaba como una libación al Señor. Mientras tanto, el coro de los levitas con acompañamiento de flautas cantaba el *hallel*, es decir, los salmos 113-118: Cuando llegaban a las palabras «Alabad al Señor porque Él es bueno» (*Salmo* 118:1), y también a las palabras « Oh Señor, sálvanos ahora» (*Salmo* 118:25), y por último a las palabras finales «Alabad al Señor porque El es bueno» (*Salmo* 118:29), los que participaban en el culto gritaban y mecían las ramas hacia el altar. Toda aquella ceremonia dramática era una acción de gracias por el don de Dios del agua, y una oración por la lluvia, y un recuerdo de cuando salió agua de la roca cuando el pueblo estaba en el desierto. El último día de la fiesta, esta ceremonia era especialmente impresionante, porque daban siete vueltas al altar en memoria de la marcha de siete vueltas alrededor de las murallas de Jericó, que cayeron e Israel conquistó la ciudad.

En ese contexto, y tal vez en ese mismo momento, resonó la voz de Jesús: «¡El que tenga sed; que venga a Mí a beber!» Es como si Jesús dijera: «Estáis dando gracias y gloria a Dios por el agua que calma la sed de vuestro cuerpo. Venid a Mí, y satisfaré la sed de vuestra alma.» Estaba usando aquel momento dramático para trasladar el pensamiento de la gente a la sed de Dios y de las cosas eternas.

LA FUENTE DE AGUA VIVA

Juan 7:37-44 (conclusión)

Después de haber reconstruido el trasfondo vivo de este pasaje, debemos ahora considerarlo más en detalle.

La promesa de Jesús nos presenta un poco de problema. Dijo: « El que crea en Mí, ríos de agua viva correrán por sus entrañas.» E introduce esta proclama diciendo: «Como dice la Escritura.» No se ha conseguido identificar esta cita de manera satisfactoria; y la cuestión es: ¿Qué quiere decir? Hay dos posibilidades diferentes.

(i) Puede que se refiera a la persona que viene a Jesús y Le acepta: tentará en su interior un río de agua refrescante. Sería otra manera de decir lo que le dijo Jesús a la Samaritana: « El agua que Yo les daré se convertirá en un manantial de agua en su interior saltando a borbotones para darles la vida eterna» (*Juan* 4:14). Sería otra manera de expresar el hermoso dicho de *Isaías*: «El Señor te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas cuyas aguas nunca faltan» (*Isaías* 58:11). El sentido sería que Jesús podía dar a las personas el caudal vivificador del Espíritu Santo.

Los judíos localizaban los pensamientos y las emociones en diferentes partes del cuerpo. El corazón era la sede de la inteligencia; los riñones y el vientre, de las emociones íntimas. Como dice el autor de *Proverbios*: «El espíritu humano es la lámpara del Señor, la cual escudriña todas sus entrañas» (*Proverbios* 20:27). Esto querría decir que Jesús prometía la corriente purificadora, refrescante y vivificadora del Espíritu Santo, que limpia y revitaliza nuestros pensamientos y sentimientos. Es como si Jesús dijera: «Venid a Mí y aceptadme; y pondré en vosotros, por Mi Espíritu, una nueva vida que os dará pureza y satisfacción, la clase de vida que habéis deseado siempre y que nunca habéis tenido.» Sea cual sea la interpretación que tomemos, es absolutamente seguro que lo que representa ésta es verdad.

(ii) La otra interpretación es que < los ríos de agua viva correrán por sus entrañas > se refiere al mismo Jesús (y a Su Cuerpo, que es la Iglesia). Puede que sea una descripción del Mesías que Jesús cita de alguna escritura que no podemos localizar. Los cristianos siempre han identificado a Jesús con la roca que dio agua a los israelitas en el desierto (Éxodo 17:6). Pablo también aplicó esa figura a Cristo (1 Corintios 10:4). Juan nos dice que, cuando un soldado abrió el costado de Jesús en la Cruz con su lanza, salió agua con sangre (Juan 19:34). El agua representa la purificación que recibimos en el Bautismo, y la sangre el sacrificio expiatorio de la Cruz representado en la Santa Cena. Este símbolo del agua vivificadora que viene de Dios se encuentra a menudo en el Antiguo Testamento (Salmo 105:41; Ezequiel 47:1,12). Joel nos presenta un cuadro maravilloso: «Y saldrá una fuente de la casa del Señor» (Joel 3:18). Bien puede ser que Juan esté pensando en Jesús como la fuente de la que fluye la corriente purificadora. El agua es aquello sin lo cual no puede existir la vida; y Cristo es el único sin el Cual la humanidad no puede vivir ni enfrentarse con la muerte. De nuevo, sea cual sea la interpretación que tomemos, esto también es verdad.

Ya sea que tomemos esta figura como refiriéndose a Cristo o a los cristianos, quiere decir que de Cristo fluye la fuerza y el poder y la purificación que nos dan la vida en el sentido más auténtico de la palabra.

En este pasaje hay algo sorprendente. La versión Reina Valera y casi todas las demás lo suavizan, pero el mejor texto original dice sorprendentemente en el versículo 39: «Porque aún no había Espíritu.» ¿Qué quiere decir eso? Vamos a considerarlo de la siguiente manera: un gran poder puede existir mucho antes de que se descubra, como ha sucedido con la electricidad o la fuerza atómica; no somos los seres humanos los que lo hemos inventado, sino sólo descubierto. El Espíritu Santo ha existido siempre; pero no llegó a ser una realidad en la Iglesia hasta el día de Pentecostés. Como se ha dicho acertadamente: «No podía haber Pentecostés sin Calvario.» Es necesario conocer a Jesús antes de experimentar el Espíritu. Antes, el Espíritu había sido un Poder; pero ahora es una Persona, porque ha llegado a ser para nosotros nada menos que la presencia del Señor Resucitado, siempre con nosotros. En esta frase aparentemente alucinante, Juan no quiere decir que el Espíritu no *existiera*, sino que fue necesaria la vida y la muerte de Jesucristo para abrir las compuertas del Espíritu para que llegara a ser real y vivificador para todo el mundo.

Debemos fijarnos en cómo termina este pasaje. Algunos tomaron a Jesús por el Profeta que había prometido Moisés (*Deuteronomio 18:15*). Otros creyeron que era el Ungido de Dios. Y se produjo una discusión sobre si el Mesías tenía que venir de Belén o no. Esa es la tragedia: la gran experiencia espiritual acabó en la aridez de una discusión teológica.

Eso es lo que tenemos que evitar a toda costa. Jesús no es un tema que hay que discutir, sino Alguien a Quien hay que conocer y amar. Si tenemos una opinión acerca de Él y otro tiene otra, eso no importa con tal de que ambos Le conozcamos como nuestro Salvador y Le aceptemos como nuestro Señor. Aunque expliquemos nuestra experiencia espiritual de diferente manera, eso no debe dividarnos; porque lo importante es la experiencia, y no la explicación que le demos.

ADMIRACIÓN INVOLUNTARIA Y TÍMIDA DEFENSA

Juan 7:45-52

A eso volvieron los alguaciles a los principales sacerdotes y los fariseos, y éstos les dijeron:

-¿Por qué no os Le habéis traído para acá?

Los alguaciles contestaron:

-¡Jamás ha hablado nadie como este Hombre!

-¡No os habréis descarriado vosotros también! -les replicaron los fariseos-. ¿Acaso ha creído en Él alguien

de las autoridades? ¿O de los fariseos? ¡Claro que no! Pero esa chusma que no conoce la Ley, maldita sea, esos son los que sí creen en Él.

Nicodemo, que era uno de ellos (el que había venido a Jesús antes), les dijo:

-¿Es que nuestra Ley condena a nadie sin haberle permitido antes exponer su caso y sin haber obtenido información de primera mano sobre lo que está haciendo?

-¡No serás tú otro galileo como Él! -replicaron-. ¡Investiga y convéncete de que no hay profeta que salga de Galilea!

Aquí tenemos algunas reacciones espontáneas a Jesús.

(i) La reacción de los alguaciles fue de sorprendente admiración. Habían acudido con la intención de arrestar a Jesús, y habían vuelto sin Él porque en la vida habían oído a nadie hablar como Él. Realmente, el escuchar a Jesús es una experiencia sin igual para cualquier persona.

(ii) La reacción de los principales sacerdotes y los fariseos fue de desprecio. Los fariseos usaban una frase para describir a la gente normal y corriente que no observaba los millares de reglitas de la ley ceremonial. Los llamaban *`am ha-áretz*, la gente de la tierra, y los despreciaban olímpicamente. El casar a una hija con uno de ellos era como exponerla atada a una fiera salvaje.

«Las masas que no conocen la Ley son malditas.» La ley rabínica decía: «Se establecen seis cosas con respecto a la gente de la tierra: no des testimonio a su favor; no aceptes su testimonio; no les confíes ningún secreto; no los nombres tutores de ningún menor; no los pongas a cargo de fondos de caridad, y no los aceptes como compañeros en ningún viaje.» A los fariseos les estaba prohibido invitar o aceptar una invitación de ninguno de la gente de la tierra. Estaba establecido que, hasta donde fuera posible, ni se les comprara ni se les vendiera nada. En su orgullo aristocrático, esnobismo intelectual y soberbia espiritual, los fariseos miraban por encima del hombro a las personas sencillas. Su razonamiento era: « Ninguno de los intelectuales y piadosos ha creído en Jesús. Sólo Le aceptan los ignorantes.» Es terrible el que una persona se crea demasiado culta o demasiado buena para necesitar a Jesucristo. Y es algo que sigue pasando.

(iii) La reacción de Nicodemo. Fue una reacción tímida, porque no defendió abiertamente a Jesús. Sólo se atrevió a citar algunas máximas legales que eran pertinentes. La Ley establecía que todos tenían derecho a que se les hiciera justicia (*Éxodo 23:1; Deuteronomio 1:16*); y parte de la justicia era y es que se le permita a uno exponer su caso, y no condenarle por información de segunda mano. Los fariseos pretendían saltarse la Ley; pero está claro que Nicodemo no llevó su protesta más adelante. El corazón le decía que debía defender a Jesús, pero la cabeza le decía que no se buscara líos. Los fariseos le lanzaron unos tópicos de los suyos, y le dijeron que no podía salir ningún profeta de Galilea, y hasta se burlaron de él preguntándole si es que tenía algo que ver con «esa gentuza». Y, al parecer, él no dijo nada más.

Es frecuente el que uno se encuentre en una situación en la que le gustaría defender a Jesús y confesar su fe. A menudo se hace una defensa tibia, y después hay que callarse. En la defensa de Jesús es mejor dejarse llevar por un corazón arriesgado que por una cabeza calculadora. El estar por Cristo firmes puede que nos traiga burlas y nos haga impopulares; hasta puede que nos reporte perjuicios, rechazamiento y sacrificio. Pero sigue en pie el hecho de que Jesús dijo que del que diga que es de Jesús delante de la gente, Él también dirá que es Suyo delante de Su Padre; y del que diga que no es de Jesús, El también dirá que no es Suyo ante Su Padre. La lealtad a Cristo puede suponer una cruz en la Tierra, pero seguro que reportará una corona en la eternidad.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO - Tomo 6-

Evangelio según san Juan (II)

MISERIA Y MISERICORDIA

Juan 7:53 - 8:11

Todos se marcharon a sus casas; pero Jesús se fue al Monte de los Olivos. Por la mañana temprano estaba otra vez en el recinto del templo, y toda la gente se le acercaba. Él se sentó y se puso a enseñarles.

Los escribas y fariseos trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La pusieron en medio y Le dijeron a Jesús:

Maestro: Esta mujer ha sido detenida por adulterio, sorprendida en el acto. En la Ley, Moisés nos manda apedrear a tales mujeres. ¿Qué dices Tú a ello?

En realidad Le estaban probando al decir aquello, para tener algo de que acusarle.

Jesús se inclinó y se puso a escribir en el suelo con el dedo. Como ellos seguían preguntándole, se enderezó y les dijo:

-Que el que de vosotros esté libre de pecado sea el primero que le arroje una piedra.

Y volvió a inclinarse y a escribir en el suelo con el dedo. Uno tras otro, los que le habían oído se salieron, empezando por los de más edad y acabando por los más jóvenes, hasta que no quedó allí nadie más que Jesús y, todavía en medio, la mujer.

Jesús se irguió y le dijo a la mujer:

-Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?

-No, señor -contestó ella.

-Yo tampoco te voy a sancionar ahora -le dijo Él-; así que vete, y de ahora en adelante no peques más.

(Este incidente no figura en los manuscritos antiguos. Véase sobre él la nota de la página 328-30).

Los escribas y fariseos se habían lanzado a buscar alguna acusación para desacreditar a Jesús; y aquí creían que le podrían colocar entre la espada y la pared de manera que no tuviera salida. Cuando surgía una cuestión legal difícil, la costumbre era presentársela a un rabino para que decidiera; así es que los escribas y fariseos le trajeron a Jesús a una mujer que había sido sorprendida en adulterio.

Desde el punto de vista de la ley judía, el adulterio era un grave delito. Los rabinos decían: «Un judío tiene que morir antes de cometer idolatría, asesinato o adulterio.» El adulterio era, pues, uno de los tres pecados más graves, y se castigaba con la pena de muerte, aunque había algunas diferencias en cuanto a la manera de ejecutarla. *Levítico 20:10* establece: «Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos.» Allí no se especifica la forma de la ejecución. *Deuteronomio 22: 23-24* establece el castigo en el caso de una mujer que ya está comprometida. En ese caso, ella y el que la sedujo se traerán fuera de las puertas de la ciudad, «y los apedrearéis, y morirán.» *La Misná*, es decir, la ley judía codificada, establece que la pena por adulterio es la estrangulación, y hasta el método de la estrangulación de detalla: «El hombre se meterá en estiércol hasta las rodillas, con una toalla suave enrollada al cuello (para que no le quede ninguna marca, ya que el castigo es castigo de Dios). Entonces un hombre tirará en un sentido y otro en otro hasta que el reo muera.» La Misná reitera que, en ese caso, hay que lapidar a la mujer. Desde el punto de vista puramente legal, los escribas y fariseos eran perfectamente correctos. Aquella mujer debía morir apedreada.

El dilema en que pensaban meter a Jesús era el siguiente. Si decía que la mujer tenía que ser apedreada, había dos consecuencias. La primera, que Jesús perdería su reputación de piadoso, y ya nunca se le llamaría «amigo de los pecadores». La segunda, que entraría en conflicto con la ley romana, que prohibía a los judíos dictar y ejecutar sentencia de muerte. Si decía que había que perdonar a la mujer, dirían inmediatamente que Jesús enseñaba a quebrantar la ley de Moisés, y que estaba condonando y hasta fomentando el adulterio. Los escribas y fariseos creían que Jesús no se les podría escapar de la trampa; pero Él le dio la vuelta al juicio de tal manera que hizo recaer la acusación contra los acusadores.

Al principio, Jesús estaba inclinado y escribiendo en el suelo con el dedo. ¿Por qué? Hay cuatro posibles razones.

(i) Puede que quisiera sencillamente ganar tiempo y no dar una respuesta precipitada. En ese breve momento puede que estuviera pensándose la cuestión, y presentándose a Dios.

(ii) Algunos manuscritos añaden: «Como si no los hubiera oído.» Puede que Jesús obligara deliberadamente a los escribas y fariseos a repetir la acusación, para que se dieran cuenta del sadismo que encerraba.

(iii) Seeley, en *Ecce Homo*, hace una sugerencia interesante. «Jesús se sentía oprimido por un intolerable sentimiento de vergüenza ajena. No podía enfrentarse con la mirada de la multitud, ni con la de los acusadores, ni mucho menos con la de la mujer... En su ardiente perplejidad y confusión se dobló hacia la tierra para ocultar su rostro, y empezó a escribir en el suelo con el dedo.» Puede que el gesto impúdico y lujurioso en los rostros de los escribas y fariseos, y la frígida crueldad de sus ojos, la curiosidad salaz de la multitud, la vergüenza de la mujer, todo se combinó para estrujarle el corazón a Jesús de agonía y piedad, y tuvo que esconder la mirada.

(iv) Con mucho la sugerencia más interesante surge de ciertos manuscritos tardíos. En la traducción Armenia leemos: «Él mismo, inclinando la cabeza, estaba escribiendo con el dedo en la tierra para declarar los pecados de ellos; y ellos estaban viendo sus diversos pecados en las piedras.» Lo que se sugiere es que Jesús estaba escribiendo en la tierra los pecados de los mismísimos hombres que habían acusado a la mujer. Puede que fuera eso. La palabra griega normal para escribir es *grafein*; pero aquí se usa *katagrafein*, que puede querer decir *redactar un informe contra alguien*. (Uno de los sentidos de *kata* es *contra*). En *Job 13:26*, Job dice: «¿Por qué escribes (*katagrafein*) contra mí amarguras?» Puede ser que Jesús estuviera confrontando a aquellos sádicos autosuficientes con el informe de sus propios pecados.

Fuera como fuera, los escribas y fariseos seguían reclamando una respuesta, y la recibieron. Jesús les dijo: «¿Está bien! ¡Apedreadla! ¡Pero que el que de vosotros esté sin pecado sea el que tire la primera piedra!» Bien puede ser que la palabra para *sin pecado* (*anamartétos*) quiera decir, no *sin pecado*, sino *sin deseo pecaminoso*. Jesús estaba diciendo: «Sí, la podéis apedrear; pero sólo si nunca habéis deseado cometer vosotros el mismo pecado.» Se hizo el silencio y, lentamente, los acusadores fueron desapareciendo.

Y quedaron solos Jesús y la mujer. Como expresó Agustín: «Quedaron solos una gran *miseria* y una gran *misericordia*.» (Las palabras en cursiva, que son las que usa Agustín en el original, son iguales en latín y en español). Jesús dijo a la mujer: «¿Note ha condenado nadie?» «Nadie, Señor» -contestó ella. Y Jesús le dijo: «Entonces, Yo tampoco te voy a sentenciar ahora. Ve, y empieza tu vida de nuevo, y no peques más.»

MISERIA Y MISERICORDIA

Juan 7:53 - 8:11 (continuación)

Este pasaje nos presenta dos cosas en relación con la actitud de los escribas y fariseos.

(i) Nos presenta su *concepción de la autoridad*. Los escribas y fariseos eran los expertos legales de su tiempo. Para ellos, los problemas se resolvían con una decisión. Está claro que, para ellos, la autoridad era característicamente crítica, censora y condenatoria. El que la autoridad se basara en la compasión, el que su objetivo pudiera ser restaurar al criminal y al pecador, eran cosas que no les cabían en la cabeza. Concebían que su función les daba el derecho de estar por encima de todos los demás como severos guardianes, para detectar cualquier desliz o desviación de la ley, y lanzarse sobre los culpables con un castigo salvaje e implacable; nunca se les ocurría pensar que su autoridad supusiera la obligación de rehabilitar al ofensor.

Todavía hay quienes consideran una posición de autoridad como un derecho a condenar y un deber de castigar. Creen que una autoridad como la que ellos tienen les da el derecho de ser los perros guardianes morales y de despedazar al pecador. Pero toda autoridad se cimenta en la compasión. Cuando George Whitefield vio a un criminal que iba camino de la horca, pronunció su famosa frase: «Ese sería yo, si no fuera por la gracia de Dios.»

El primer deber de la autoridad es hacer lo posible por comprender la fuerza de las tentaciones que indujeron al pecador a pecar, y la seducción de las circunstancias que le presentaron el pecado tan atractivo. Ninguna persona puede juzgar a otra a menos que por lo menos trate de comprender lo que la otra ha pasado. El segundo deber de la autoridad es tratar de rehabilitar al culpable. Una autoridad que no se propone nada más que castigar la infracción de la ley está en un error; cualquier autoridad que, en el ejercicio de sus funciones, conduce al culpable o a la desesperación o al resentimiento, ha fracasado. La misión de la autoridad no es desterrar al pecador de toda sociedad decente, y menos borrarle por completo, sino hacer que sea una buena persona. El que está en autoridad debe ser como un buen médico: su único deseo debe ser sanar.

(ii) Este incidente nos presenta gráfica y cruelmente *la actitud de los escribas y fariseos hacia la gente*. No miraban a esta mujer como la persona que era, sino como un objeto, como un instrumento del que se podían valer para formular una acusación contra Jesús. La estaban usando como se podría usar una herramienta para cualquier trabajo. Para ellos, no tenía nombre, ni personalidad, ni sentimientos; era como un peón en el tablero de ajedrez, que se podía sacrificar para ganar posición; en estas circunstancias, para destruir a Jesús.

Siempre está mal el considerar a las personas como cosas; el hacerlo es manifiestamente contrario al Espíritu de Cristo. Se decía de la famosa economista Beatrice Webb, luego lady Passfield, «que veía a las personas como números que andaban.» El doctor Paul Tournier, en su *Libro de casos de un médico*, habla de lo que él llama « el personalismo de la Biblia.» Señala cuánto le gustan a la Biblia los nombres. Dios le dice a Ciro: « Yo soy el Señor, el Dios de Israel, Que te pongo nombre» (*Isaías 45:3*). Hay páginas enteras de nombres en la Biblia. El Dr. Tournier insiste en que esta es una prueba de que la Biblia piensa en la gente, primero y principalmente, no como casos o números de estadística, sino como personas. < El nombre propio es el símbolo de la persona. Si olvido los nombres de mis pacientes, si me digo: «¡Ah, sí! Ese es el tipo de la vesícula, o el tuberculoso que vi el otro día,» estoy más interesado en sus vejigas o pulmones que en ellos como personas.» Insiste en que un paciente debe ser siempre una persona, y nunca un caso.

Es sumamente improbable el que aquellos escribas y fariseos supieran ni el nombre de aquella mujer. Para ellos no era más que un caso de desvergonzado adulterio que podía entonces ser usado como instrumento para conseguir su propósito. En el instante en que las personas se convierten en cosas, ha muerto el espíritu del Evangelio.

Dios usa su autoridad para hacer que las personas se hagan buenas a base de amarlas; para Dios, una persona no se convierte nunca en una cosa. Debemos usar la autoridad de que disponemos siempre para comprender y siempre para por lo menos intentar rehabilitar a la persona que ha cometido un error; y nunca empezaremos siquiera a hacerlo así a menos que recordemos que todos los hombres y las mujeres son personas, y no cosas.

MISERIA Y MISERICORDIA

Juan 7:53 - 8:11 (conclusión)

Además, este incidente nos dice mucho de Jesús y de su actitud hacia los pecadores.

(i) Era uno de los primeros principios de Jesús que sólo la persona que fuera sin falta podría emitir un juicio sobre las faltas de otros. « No juzguéis -dijo Jesús-, y no os expondréis al juicio» (*Mateo 7:1*). También dijo que el que se aventurara a juzgar a su hermano sería como el que tuviera una viga metida en el *ojo* y tratara de limpiar una motita que tuviera en el *ojo* otra persona (*Mateo 7:3-5*). Una de las faltas más corrientes de la vida es la de tantos de nosotros que exigimos niveles a otros que nosotros ni siquiera tratamos de alcanzar; y tantos de nosotros condenamos faltas en otros que están bien a la vista en nuestra propia vida. La cualificación para juzgar no es el conocimiento, que está al alcance de cualquiera, sino la bondad a que se haya llegado, y ahí ninguno somos perfectos. Los mismos hechos de la condición humana proclaman que Dios es el único que tiene derecho a juzgar, por la sencilla razón de que ningún hombre es suficientemente bueno para juzgar a un semejante.

(ii) Era también uno de los primeros principios de Jesús que nuestra primera reacción hacia alguien que ha cometido un error debe ser la compasión. Se ha dicho que el primer deber del médico es « a veces, curar; a menudo, aliviar, y siempre, ofrecer consuelo.» Cuando una persona que está sufriendo de alguna incapacidad acude al médico, éste no la mira con asco, aunque esté sufriendo una enfermedad repulsiva. De hecho, la repugnancia normal que es a veces inevitable es absorbida en el deseo superior de ayudar y de curar. Cuando nos encontramos frente a alguien que ha cometido un error, nuestro primer sentimiento debería ser, no: «No voy a tener nada que ver con una persona que sea capaz de tal acción,» sino: « ¿Qué puedo hacer para ayudar? ¿Cómo puedo yo anular las consecuencias de ese error? Sencillamente, debemos aplicar a los demás la misma misericordia compasiva que querríamos que se nos mostrara si nos viéramos en una situación semejante.

(iii) Es muy importante que comprendamos exactamente cómo trató Jesús a aquella mujer. Es fácil sacar una impresión totalmente errónea, y llegar a la conclusión de que Jesús perdonó con ligereza y facilidad, como si el pecado no tuviera importancia. Lo que Él dijo fue: « Yo no te voy a condenar ahora mismo; *vete, y no peques más.* > De hecho, lo que estaba haciendo no era suspender el juicio y decir: « No te preocupes; todo está bien.» Lo que hizo fue algo así como *aplazar la sentencia*. Dijo: « No voy a dictar una sentencia definitiva *ahora*; ve, y demuestra que puedes mejorar. Has pecado; vete, y no peques ya más, y Yo te ayudaré todo el tiempo. Cuando llegue el final, veremos cómo has vivido.» La actitud de Jesús hacia el pecador implicaba cierto número de cosas.

(a) Implicaba *una segunda oportunidad*. Es como si Jesús le dijera a la mujer: « Sé que has estropeado las cosas; pero la vida no se te ha terminado; Yo te doy otra oportunidad, la de redimirte a ti misma.» Alguien ha escrito: «¡Como me molaría que hubiera algún lugar encantado, que se llamara la Tierra de Empezar Otra Vez, en la que nos despojáramos a la entrada de todos nuestros errores y estreses e inútiles angustias egoístas, como el que se quita el abrigo viejo y pesado y frío de la lluvia, para no ponérmolo ya nunca jamás!»

En Jesús tenemos el Evangelio de la segunda oportunidad. Él está siempre intensamente interesado, no sólo en lo que una persona ha sido, sino en lo que puede llegar a ser. Él no dice que lo que hemos hecho no importa; las leyes y los corazones quebrantados siempre importan; pero Él está seguro de que todos tenemos un futuro tanto como un pasado.

(b) Implicaba *compasión*. La diferencia fundamental que había entre Jesús y los escribas y fariseos era que ellos querían condenar; y Él, perdonar. Si leemos entre líneas, está tan claro como el agua que ellos querían apedrear a la mujer, y que les encantaría hacerlo. Disfrutaban de la emoción de ejercer su poder condenando, y Jesús disfrutaba ejerciendo su poder per-

donando. Jesús miraba a los pecadores con una compasión nacida del amor; los escribas y fariseos los miraban con una repugnancia nacida de un sentimiento de propia justicia.

(c) Implicaba *desafío*. Jesús enfrentó a esta mujer con el desafío de una vida sin pecado. No le dijo: «Está bien; no te preocupes; sigue viviendo como hasta ahora.» Dijo: «Está mal; salte de donde estás y emprende la lucha para mejorar; cambia de vida de arriba abajo; vete, y no peques más.» No era un perdón fácil, sino un desafío que le indicaba a la mujer pecadora unas cimas de bondad con las que no había soñado jamás. Jesús opone a una vida mala el desafío de una vida buena.

(d) Implicaba *creer en la naturaleza humana*. Si lo pensamos, nos daremos cuenta de que es realmente alucinante el que Jesús le dijera a una mujer que había arruinado su reputación: «Vete, y no peques más.» Lo maravilloso y altamente alentador era la fe que tenía Jesús en las personas. Cuando se encontraba con alguien que se había descarriado, no le decía: «Eres una criatura miserable y sin remedio;» sino que le decía: «Vete, y no peques más.» Creía que, con su ayuda, el pecador podía llegar a ser un santo. Su método no consistía en apabullar a las personas con el conocimiento, que ya tendrían, de su propia miseria; sino inspirarlas con el descubrimiento insospechado de que eran santos en potencia.

(e) Implicaba *advertencia*, no tanto expresada como insinuada. Aquí nos encontramos cara a cara con la elección eterna. Jesús le dio a aquella mujer la posibilidad de escoger aquel día entre, o volver al camino peligroso por el que había llegado hasta allí, o iniciar una nueva andadura con Jesús. La historia está inconclusa, como lo están todas las vidas hasta que se presenten al juicio de Dios.

(Como ya se ha advertido, esta historia no aparece en los manuscritos más antiguos. Se encontrará una exposición de este problema textual al final del libro, páginas 328-30).

LA LUZ QUE NO RECONOCIERON

Juan 8:12-20

Entonces Jesús siguió diciéndoles:

-Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.

Los fariseos le contestaron:

-Tu das testimonio acerca de ti mismo. Tu testimonio no es válido.

Aunque es verdad que doy testimonio de mí mismo -les contestó Jesús-, Mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y adónde voy. Vosotros sois los que no lo sabéis, y basáis vuestro juicio en criterios puramente humanos. Yo no juzgo a nadie. Pero, si emitiera un juicio, mi juicio sería verdadero, porque no estoy solo, sino que estamos unidos en el juicio Yo y el Padre que me envió; y está escrito en vuestra ley que el testimonio de dos personas es válido. Yo doy testimonio acerca de mí mismo, y el Padre que me envió también da testimonio acerca de mí.

-¿Dónde está tu Padre? -le preguntaron.

-No nos conocéis, ni a mí, ni a mi Padre -respondió Jesús-. Si me hubierais reconocido a mí habría sido señal de que también conocíais a mi Padre.

Estas cosas las dijo en el lugar de las ofrendas, cuando estaba enseñando en el recinto del templo; y nadie le puso las manos encima con violencia, porque aún no había llegado su hora.

El escenario de esta discusión con las autoridades judías fue el lugar en que se hacían las ofrendas del templo, que estaba en el atrio de las mujeres. El atrio más exterior era el de los Gentiles; el segundo, éste, el de las mujeres, que se llamaba así porque las mujeres no podían entrar más adentro, excepto cuando iban a ofrecer sacrificio en el altar que estaba en el atrio de los sacerdotes. Alrededor del atrio de las mujeres había un pórtico con columnas en el que había, colocados en el muro, trece cofres en los que los fieles echaban sus ofrendas. Los llamaban *las trompetas*, porque tenían esa forma, más estrecha por la parte de arriba y ensanchándose hacia abajo.

Cada uno de los trece cofres estaba destinado para una ofrenda determinada. En los dos primeros se echaban los medios siclos que tenían que pagar todos los judíos para el mantenimiento del templo. En el tercero y el cuarto se ponían las cantidades de la compra de dos pichones que tenían que ofrecer las mujeres para purificarse después de tener un hijo (*Levítico 12:8*). En el quinto se ponían las aportaciones para los gastos de la leña que se necesitaba para mantener el fuego del altar. En el sexto se echaban las contribuciones al gasto del incienso que se usaba en los cultos del templo. Al séptimo se echaban las contribuciones a los gastos de mantenimiento de los instrumentos y recipientes de oro que se usaban en los oficios. Algunas veces una familia apartaba una cantidad como ofrenda de acción de gracias o por algún pecado; en las otras seis trompetas los fieles echaban el dinero que les sobraba después de hacer las ofrendas prescritas, y cualquier extra que quisieran añadir.

En el lugar de las ofrendas siempre habría un constante fluir de gente entrando y saliendo. Sería el lugar ideal para conseguir una audiencia de gente piadosa para impartir enseñanza.

En este pasaje, Jesús se presenta diciendo: «Yo soy la luz del mundo.» Es probable que el trasfondo de esta escena hiciera sus palabras aún más actuales e impactantes. La fiesta en la que Juan coloca estas palabras de Jesús era la de los Tabernáculos

(Juan 7:2). Ya hemos visto (Juan 7:37) que sus ceremonias ofrecían un perfecto escenario a la invitación de Jesús a los que tuvieran sed espiritual.

Pero había otra ceremonia conectada con esta fiesta. El primer día por la tarde había la ceremonia que se llamaba la Iluminación del Templo. Tenía lugar en el atrio de las mujeres, que estaba rodeado de unas galerías anchas, aptas para albergar gran número de espectadores. En el centro se colocaban cuatro candelabros inmensos. Cuando caía la tarde, los encendían, y se decía que lanzaban tal resplandor que iluminaba los patios de toda Jerusalén. Desde entonces hasta el canto del gallo la mañana siguiente, los más grandes y más sabios y más santos de Israel danzaban delante del Señor y cantaban salmos de gozo y de alabanza mientras la multitud los miraba. Jesús está diciendo: < Habéis visto que el resplandor de la iluminación del templo rasga las tinieblas de la noche. Yo soy *la luz del mundo* y, para todos los que me sigan, habrá luz, no sólo una noche maravillosa, sino a lo largo de todo el camino de la vida. La luz del templo es muy brillante, pero al final parpadea y muere. Yo soy la Luz que dura para siempre.>

LA LUZ QUE NO RECONOCIERON

Juan 8:12-20 (continuación)

Jesús dijo: < El que me siga, no andará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.> *La luz de la vida* quiere decir dos cosas. En griego puede querer decir, o la luz que irradia la fuente de la vida, o la luz que da la vida. En este pasaje quiere decir las dos cosas. Jesús es la misma Luz de Dios que ha venido al mundo; y es también la Luz que da la vida al mundo. Como no puede florecer una planta que no vea la luz del Sol, tampoco pueden florecer nuestras vidas con la gracia y la belleza que deben desplegar hasta que las irradia la Luz de la presencia de Jesús.

En este pasaje, Jesús habla de *seguirle a Él*. Es una expresión que usamos a menudo, y animamos a otros a seguir a Jesús. ¿Qué queremos decir? La palabra griega para *seguir* es *akoluthain*; y sus significados se combinan para lanzar un raudal de luz sobre lo que quiere decir *seguir a Jesús*. *Akoluthain* tiene cinco sentidos diferentes pero íntimamente relacionados.

(i) Se usa a menudo del soldado que sigue a su capitán. En las largas marchas, a las batallas o en las campañas en tierras extrañas, el soldado sigue a su capitán adonde le dirija. El cristiano es un soldado cuyo General es Jesús.

(ii) Se usa a menudo de un esclavo que acompaña a su amo. Dondequiera que vaya el amo, el esclavo está a su servicio, siempre dispuesto a salir al paso de cualquier necesidad o a cumplir cualquier tarea que le encomiende. Está totalmente a disposición de su amo. El cristiano es un esclavo cuya felicidad consiste en estar siempre al servicio de Cristo.

(iii) Se usa a menudo de aceptar el parecer de un sabio consejero. Cuando estamos indecisos, acudimos a un experto en la materia y, si somos sensatos, seguiremos el consejo que nos da. El cristiano encamina su vida y su conducta de acuerdo con el consejo de Cristo.

(iv) Se usa a menudo de prestar obediencia a las leyes del municipio o del estado. Si hemos de ser miembros útiles de una sociedad o ciudadanos de un estado, tendremos que estar de acuerdo con cumplir sus leyes. El cristiano, como ciudadano del Reino del Cielo, acepta la ley del Reino y de Cristo como la que gobierna su vida.

(v) Se usa a menudo de seguir el razonamiento de un maestro, o el argumento de una obra literaria o de lo que está diciendo alguien. Preguntamos a veces a los que nos están escuchando: < ¿Me sigues?> El cristiano atiende a las enseñanzas de Jesús, y las escucha con atención para no perderse nada. Recibe su mensaje en su mente, y lo entiende; recibe sus palabras en la memoria, y las guarda, y las conserva en el corazón y las vive.

Ser seguidores de Cristo es entregarnos en cuerpo, alma y espíritu a la obediencia del Maestro; y entrar en su seguimiento es empezar a caminar en la luz. Cuando caminamos solos, estamos expuestos a andar a tuestas y a tropezar, porque muchos de los problemas de la vida están por encima de nuestra capacidad. Cuando caminamos solos corremos peligro de seguir una senda equivocada, porque no tenemos un mapa infalible de la vida. Necesitamos la sabiduría celestial para recorrer el camino terrenal. El que tiene un buen guía y un mapa exacto es el que puede llegar a salvo al final de su viaje. Jesucristo es ese guía, y es el único que posee el mapa de la vida. Seguirle es andar en la luz, a salvo a lo largo de la vida y seguros de entrar después en la gloria.

LA LUZ QUE NO RECONOCIERON

Juan 8:12-20 (conclusión)

Cuando Jesús se presentó como la luz del mundo, los escribas y fariseos reaccionaron con hostilidad. Aquel título les sonaría aún más sorprendente a ellos que a nosotros. A ellos les parecería, y lo era en realidad, que Jesús se presentaba como el Mesías; más aún: como el que iba a hacer lo que sólo Dios podía hacer. La palabra luz estaba especialmente asociada con Dios en el pensamiento y lenguaje judío. « El Señor es mi *luz*» (Salmo 27:1). «El Señor te será por luz perpetua» (Isaías 60:19). «A Cuya luz yo caminaba en la oscuridad» (Job 29:3). «Aunque more en tinieblas, el Señor será mi *luz*» (Miqueas 7:8). Los rabinos

afirmaban que uno de los nombres del esperado Mesías era Luz. Cuando Jesús se presentó como la luz del mundo estaba diciendo de sí mismo lo más elevado que se podía decir.

El argumento de este pasaje es complicado y difícil, pero sigue tres líneas principales.

(i) Primero, los judíos insistieron en que una afirmación como la que había hecho Jesús no se podía aceptar como válida porque carecía de los testigos necesarios. Estaba respaldada, según su punto de vista, exclusivamente por su propia palabra; y según la ley judía, cualquier afirmación tenía que apoyarse en el testimonio de dos o tres testigos por lo menos para ser conforme a ley. «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (*Deuteronomio 19:15*).

«Por dicho de dos o de tres testigos morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo» (*Deuteronomio 17:6*). «Un solo testigo no hará fe contra una persona para que muera» (*Números 35:30*). La respuesta de Jesús era doble.

Primero, contestó que su propio testimonio era suficiente. Era tan consciente de su autoridad que no le hacía falta otro testigo. Esto no era orgullo ni autosuficiencia, sino simplemente el ejemplo supremo de la clase de cosa que sucede todos los días. Un gran cirujano confía en su propio diagnóstico, y no necesita a nadie que se lo confirme; su testimonio es su propia carrera. Un gran abogado o juez está seguro de su propia interpretación y aplicación de la ley. No es que estén orgullosos de sus conocimientos, sino simplemente que saben lo que saben. Jesús estaba tan seguro de su identificación con Dios que no necesitaba de ninguna autoridad que la respaldara.

Segundo, Jesús dijo que de hecho sí tenía un segundo testigo, *y ese segundo Testigo era Dios*. ¿Cómo da Dios testimonio de la suprema autoridad de Jesús? (a) El testimonio de Dios está en *las palabras de Jesús*. Nadie podría hablar con tal sabiduría a menos que Dios le hubiera dado conocimiento. (b) El testimonio de Dios está en *las obras de Jesús*. Nadie podría hacer tales cosas a menos que Dios estuviera obrando en Él. (c) El testimonio de Dios es *el efecto que Jesús causa en las personas*. Obra cambios en ellas que es indudable que están más allá de las posibilidades humanas. El mismo hecho de que Jesús puede hacer que las personas malas se vuelvan buenas es la prueba de un poder que no es simplemente humano, sino divino. (d) El testimonio de Dios está en *la reacción de la gente a Jesús*. Siempre y dondequiera que Jesús se ha presentado plenamente, siempre y dondequiera que se ha predicado la Cruz en toda su grandeza y esplendor, ha habido una respuesta inmediata y arrolladora en los corazones. Esa respuesta es el Espíritu Santo de Dios obrando y testificando en los corazones de las personas. Es Dios en nuestros corazones Quien nos permite ver a Dios en Jesús.

Jesús contestó así a las objeciones de los escribas y fariseos de que Sus palabras no se podían aceptar por falta de testimonio. De hecho, tenían el respaldo de un doble testimonio: Su propia consciencia de autoridad, y la de Dios.

(ii) Segundo, Jesús confirma Su derecho a juzgar. Su venida al mundo no fue primariamente para juzgar, sino por amor. Al mismo tiempo, la reacción de cada persona a Jesús es en sí su juicio: si no ve nada extraordinario en Él, se condena a sí misma. Aquí traza Jesús un contraste entre dos clases de juicio.

(a) Hay un juicio que se basa en el conocimiento humano o en niveles humanos, y que nunca ve más allá de las apariencias. Ese era el de los escribas y fariseos; y, en último análisis, así son los juicios humanos, porque no podemos ver debajo de la superficie de las cosas.

(b) Hay un juicio que se basa en un conocimiento *total* de los hechos y de las circunstancias, y ése pertenece sólo a Dios. Jesús afirmaba que los juicios que El hacía no eran meramente humanos, sino divinos, porque El era Uno con Dios. Ahí radican tanto un consuelo como una advertencia. Sólo Jesús conoce todos los hechos. Eso Le hace más misericordioso que nadie; pero también Le permite ver los pecados que están ocultos a los ojos humanos. El juicio de Jesús es perfecto porque lo hace con un conocimiento que sólo tiene Dios.

(iii) Por último, Jesús les dijo abiertamente a los escribas y fariseos que no tenían verdadero conocimiento de Dios. El hecho de que no reconocieran lo que y Quién era Él era la prueba de que no conocían a Dios. La tragedia era que toda la Historia de Israel había sido diseñada para que los judíos reconocieran al Hijo de Dios cuando viniera; pero los escribas y fariseos estaban tan enredados en sus propias ideas, tan involucrados en sus propios proyectos, tan seguros de que su concepción de la religión era la única correcta, que se habían vuelto ciegos para Dios.

FATAL INCOMPRENSIÓN

Juan 8:21-30

Entonces les dijo Jesús otra vez:

- Yo me voy, y Me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. Adonde Yo voy vosotros no podéis venir.

A eso decían los judíos:

- ¡No irá a cometer suicidio, y por eso dice: < Adonde Yo voy vosotros no podéis venir!»!

-Vosotros sois de abajo -les dijo Jesús-, pero Yo soy de arriba. Vosotros pertenecéis a este mundo, pero Yo no. Os he dicho que moriréis en vuestros pecados porque, si no queréis creer que Yo soy el Que soy, moriréis en vuestros pecados.

-¿Y quién eres Tú? -Le preguntaron; y ÉL respondió:

-Lo que os estoy diciendo no es más que el principio. Todavía tengo muchas cosas que decir de vosotros, y muchos juicios que hacer de vosotros; pero el Que Me envió es verdadero, y Yo digo en el mundo lo que he oído de Él.

Ellos no se enteraban de que les estaba hablando del Padre. Así que Jesús les dijo:

-Cuando levantéis al Hijo del Hombre, entonces sabréis que Yo soy el Que soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo estas cosas como el Padre Me ha enseñado. El Que Me envió está conmigo. No Me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que a Él Le parece bien.

Cuando decía estas cosas, muchos creyeron en Él.

Este es uno de los pasajes de discusión y debate que son característicos del Cuarto Evangelio y tan difíciles de dilucidar. Aquí hay varias tramas de razonamiento que se entrelazan.

Jesús empieza diciéndoles a Sus oponentes que Él se marcha; y que, cuando se haya ido, se darán cuenta de lo que se han perdido, y Le buscarán, pero será en vano. Esta es una nota verdaderamente profética. Nos recuerda tres cosas. (i) Hay ciertas oportunidades que se presentan una sola vez, y que no se repiten. A todas las personas se les presenta la oportunidad de aceptar a Jesucristo como Salvador y Señor; pero es posible que la rechacen y la pierdan, y no vuelva a presentarseles. (ii) Está implícita en este razonamiento la verdad de que la vida y el tiempo son limitados. Tenemos un espacio de tiempo en el que tenemos que hacer nuestra decisión por Cristo. El tiempo de que disponemos es limitado, y ninguno sabemos cuál es nuestro límite. Por tanto, todas las razones están a favor de que hagamos la decisión ahora. (iii) Precisamente porque hay oportunidad en la vida, hay también juicio. Cuanto mayor sea la oportunidad, y más claramente se nos presente, mayor será el juicio por rechazarla o perderla. Este pasaje nos pone cara a cara con la gloria de la oportunidad, y el tiempo limitado de que disponemos para aprovecharla.

Cuando Jesús habló de marcharse, estaba hablando de Su vuelta a Su Padre y a Su gloria. Allí era precisamente adonde Sus oponentes no Le podrían seguir; porque, por su continua desobediencia y por rehusar aceptarle, se habían excluido a sí mismos de Dios. Sus oponentes recibieron Sus palabras con un gesto burlón de humor negro. Jesús dijo que no Le podrían seguir adonde Él iba, y ellos sugirieron que a lo mejor era porque iba a cometer suicidio. La punta de su observación era que, según el pensamiento judío, lo más profundo del infierno estaba reservado para los que se quitaban la vida. Con una cierta blasfemia macabra, decían: «Puede que vaya a quitarse la vida; puede que Se vaya a lo más profundo del infierno; está claro que no podremos ni quereremos seguirle allí.»

Jesús dijo que, si seguían rechazándole, *morirían en sus pecados*. Esa es una frase profética (Cp. *Ezequiel 3:18; 18:18*). Esto implica dos cosas. (i) La palabra para pecado es *hamartía*, que etimológicamente pertenecía al lenguaje de la caza y quería

decir literalmente *errar el tiro, no dar en el blanco*. La persona que se niega a aceptar a Jesús como Salvador y Señor ha errado el blanco en la vida, muere con una vida frustrada y, por tanto, muere incapacitada para entrar en una vida superior con Dios. (ii) La esencia del pecado es que nos separa de Dios. Cuando Adán, en la vieja historia, cometió el primer pecado, su primer impulso fue esconderse de Dios (*Génesis 3:8-10*). La persona que muere en pecado muere en enemistad con Dios; la que acepta a Cristo empieza a andar con Dios, y la muerte simplemente le abre la puerta para un caminar más cerca de Dios. Rechazar a Cristo es ser un extraño para Dios; aceptarle es llegar a ser amigo de Dios; y en esa amistad se destierra para siempre el miedo a la muerte.

FATAL INCOMPENSIÓN

Juan 8:21-30 (continuación)

Jesús va a trazar una serie de contrastes. Sus oponentes pertenecen a la Tierra, y Él, al Cielo; ellos son del mundo, y El no es del mundo.

Juan menciona a menudo el mundo. La palabra en griego es *kosmos*. Juan la usa de una manera que le es peculiar.

(i) El *kosmos* es lo contrario del Cielo. Jesús vino del Cielo al mundo (*Juan 1:9*). Fue enviado por Dios al mundo (*Juan 3:17*). Él no es del mundo; Sus oponentes sí lo son (*Juan 8:23*). El *kosmos* es la vida cambiante y pasajera que vivimos ahora; es todo lo que es humano, en oposición a lo divino.

(ii) Sin embargo, el *kosmos* no está separado de Dios. Lo primero y principal es que es creación de Dios (*Juan 1:10*). Fue por la Palabra de Dios por Quien fue hecho el mundo. Aunque son distintos, no hay una sima infranqueable entre el Cielo y el mundo.

(iii) Más que eso: el *kosmos* es el objeto del amor de Dios. De tal manera ha amado Dios al mundo que ha enviado a Su Hijo (Juan 3:16). Por muy diferente que sea de todo lo que es divino, Dios no lo ha abandonado nunca; es el objeto de Su amor y el destinatario de Su más precioso regalo.

(iv) Pero, al mismo tiempo, hay algo que no es como es debido en el *kosmos*. Padece *ceguera*: cuando vino el Creador al mundo, el mundo no Le reconoció (Juan 1:10). El mundo no puede recibir al Espíritu de la verdad (Juan 14:17). El mundo no conoce a Dios (Juan 17:25). Hay, además, una hostilidad hacia Dios y Su pueblo en el *kosmos*. El mundo odia a Cristo y a Sus seguidores (Juan 15:18-19). De su hostilidad, los seguidores de Cristo no pueden esperar más que problemas y tribulaciones (Juan 16:33).

(v) Aquí tenemos una extraña sucesión de hechos: el mundo está apartado de Dios; sin embargo, no hay entre él y Dios una sima que no se pueda salvar; Dios ha creado el mundo; Dios lo ama; Dios le ha enviado a Su Hijo; y, sin embargo, aún hay ceguera y hostilidad en el mundo hacia Dios.

Sólo puede haber una conclusión posible. G. K. Chesterton dijo una vez que no hay más que una cosa segura acerca de la humanidad: que no es lo que estaba previsto que fuera. Sólo hay una cosa clara acerca del mundo, y es que no es como estaba previsto. Algo se ha estropeado, y es el pecado. Eso es lo que separa de Dios a la humanidad, y lo que la ciega a Dios; es el pecado lo que es fundamentalmente hostil a Dios.

A este mundo que se ha descarriado ha venido Cristo a ofrecerle el remedio. Trae perdón, limpieza y fuerza y gracia para vivir como es debido y para hacer el mundo como debe ser. Pero una persona puede rechazar una cura. El médico puede que le diga al paciente que hay un tratamiento que le puede devolver la salud; puede que le diga que, de hecho, si no acepta el tratamiento, la muerte es inevitable. Eso es precisamente lo que está diciendo Jesús: « Si no queréis creer que Yo soy el Que soy, moriréis en vuestros pecados.»

El mundo se encuentra en una situación que no es como es debido. Está a la vista. La única manera de curar al alma individual y al mundo es reconocer a Jesucristo como el Hijo

de Dios, obedecer Su perfecta sabiduría y aceptarle como Salvador y Señor personal.

Sabemos perfectamente cuál es la enfermedad que aqueja y destruye al mundo, y la cura eficaz que se nos ofrece. Nosotros seremos los únicos responsables si nos negamos a aceptarla.

TRÁGICA INCOMPENSIÓN

Juan 8:21-30 (conclusión)

El versículo más difícil de traducir de todo el Nuevo Testamento es *Juan 8:25*. No se puede estar seguro del todo de lo que quiere decir el original. Puede ser: «Lo que os he dicho desde el principio» (*Reina-Valera y otras*; la *Biblia del Oso* pone en una nota marginal: «Desde el principio de Su predicación declaró ser el Cristo, Vida, Luz, etc.»). Otras traducciones sugieren: «Primariamente, esencialmente, soy lo que os estoy diciendo.» «El Principio, el mismo que os hablo» (Scío). «¿Cómo es que os estoy hablando de ninguna manera?» (*Moffatt*). «Pues ni más ni menos, eso mismo que os vengo diciendo» (*Bover-Cantera*, véase su nota). «Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo» (*Nueva Biblia Española*). En nuestra traducción se sugiere que puede querer decir: «Todo lo que os estoy diciendo ahora no es más que el principio.» Si lo tomamos así, el pasaje sigue diciendo que la humanidad comprenderá el verdadero significado de Cristo de tres maneras.

(i) Lo verá en la Cruz. Es cuando Cristo es levantado cuando realmente vemos lo Que es. Es ahí donde vemos de veras el amor que no abandona nunca y que ama hasta el %n.

(ii) Lo verá en el Juicio. De momento podría parecer el Carpintero de Nazaret, un fuera de la ley; pero llegará el día cuando el mundo Le verá como Juez, y sabrá Quién es.

(iii) Cuando eso suceda verán en Él la encarnación de la voluntad de Dios. «Yo hago *siempre* lo que a Él Le parece bien,» dijo Jesús. Otras personas, por muy buenas que sean, son intermitentes en su obediencia. La obediencia de Jesús es constante, perfecta y completa. Llegará el día cuando la humanidad verá en Él la misma Mente de Dios.

EL VERDADERO DISCIPULADO

Juan 8:31-32

Entonces Jesús les dijo a los judíos que habían llegado a creer en Él:

-Si os mantenéis fieles a Mi palabra, seréis de veras Mis discípulos: conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Pocos pasajes del Nuevo Testamento contienen una descripción tan completa del discipulado.

(i) *El discipulado empieza por creer.* Su comienzo es el momento en que una persona acepta como verdadero lo que Jesús dice; todo lo que nos dice acerca del amor de Dios, todo lo que nos dice acerca del horror del pecado, todo lo que nos dice acerca del verdadero sentido de la vida.

(ii) *El discipulado quiere decir mantenerse constantemente en la palabra de Jesús,* y eso implica cuatro cosas.

(a) Implica *escuchar* constantemente la palabra de Jesús. Se decía de John Brown de Haddington -el antepasado escocés de la querida familia evangélica española Fliedner Brownque, cuando estaba predicando, se detenía de cuando en cuando como para escuchar una voz. El cristiano es una persona que está escuchando la voz de Jesús toda la vida, y que no hará ninguna decisión hasta haber oído lo que tiene que decir. Como decía el poeta Antonio Machado:

A distinguir me paro las voces de los ecos, y escucho solamente, entre las voces, una.

(b) Implica *aprender* constantemente de Jesús. El discípulo (*mathétés*) es literalmente *un aprendiz*, que es lo que quiere decir la palabra en el original. El cristiano tiene que estar aprendiendo de Jesús más y más toda la vida. La mente cerrada acaba con el discipulado.

(c) Implica *penetrar* constantemente en la verdad que se encuentra en las palabras de Jesús. Nadie puede decir que entiende todo el significado de las palabras de Jesús con haberlas oído o leído sólo una vez. La diferencia entre un gran libro y otro efímero consiste en que éste nos basta con leerlo una vez, mientras que aquél lo leemos muchas veces y no lo agotamos nunca. Para permanecer fieles a la palabra de Jesús tenemos que estudiarla constantemente y pensar en lo que Él dijo hasta apropiarnos del todo su significado.

(d) Implica *obedecer* constantemente la palabra de Jesús. No la estudiamos simplemente por interés académico o para degustarla intelectualmente, sino para descubrir lo que Dios espera de nosotros. El discípulo es el aprendiz que aprende para poner por obra. La verdad que nos ha traído Jesús está diseñada para la acción.

(iii) *El discipulado conduce al conocimiento de la verdad.*

El aprender de Jesús es aprender la verdad. «Conoceréis la verdad,» dijo Jesús. ¿Qué es esa verdad? Hay muchas posibles respuestas a esta pregunta, pero la que más abarca podría ser que la verdad que nos trae Jesús nos muestra los verdaderos valores de la vida. La pregunta fundamental a la que todos tenemos que dar respuesta consciente o inconscientemente es: «¿A qué voy a dedicar mi vida? ¿A atesorar posesiones materiales? ¿Al placer? ¿Al servicio de Dios?» En la verdad de Jesús vemos las cosas que son importantes y las que no lo son.

(iv) *El discipulado conduce a la libertad.* «La verdad os hará libres.» «En Su servicio está la verdadera libertad.» El discipulado nos trae cuatro libertades.

(a) Nos trae la libertad del *miedo*. El que es discípulo de Cristo ya no va solo por la vida, sino siempre en compañía de Jesús, y eso destierra el temor.

(b) Nos trae la libertad del *ego*. Muchas personas se dan cuenta de que su mayor problema son ellas mismas, y eso las lleva muchas veces a clamar desesperadas: «¡No puedo cambiar! Lo he intentado, pero es imposible.» Pero el poder y la presencia de Jesús pueden re-crear a una persona hasta el punto de hacerla completamente nueva.

(c) Nos trae la libertad de *otras personas*. Muchos viven dominados por el miedo a lo que puedan pensar o decir los demás. H. G. Wells dijo una vez que la voz de nuestros prójimos llega con más fuerza a nuestros oídos que la voz de Dios. El discípulo ha dejado de preocuparse por lo que pueda decir la gente; porque lo único que le importa de veras es lo que diga Dios.

(d) Nos trae la libertad del *pecado*. Muchas personas han llegado al punto de pecar, no porque quieren, sino porque no lo pueden evitar. Sus pecados los dominan de tal forma que, por mucho que lo intenten, no se pueden desligar de ellos. El discipulado rompe las cadenas que nos atan al pecado y nos permite ser las personas que sabemos que debemos ser.

¡Oh, que surgiera en mí otra persona, y que la que ahora soy no fuera más!

Esta aspiración de un poeta encuentra su respuesta en el discipulado cristiano.

LIBERTAD Y ESCLAVITUD

Juan 8:33-36

Los judíos Le contestaron a Jesús:

-Somos descendientes de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo es que Tú dices: «Seréis libres»?

Jesús les contestó:

-Lo que os digo es la pura verdad: El que comete pecado es esclavo del pecado. Un esclavo no vive en la casa con carácter permanente, pero un hijo sí. Así que, si el Hijo os hace libres, entonces lo seréis de veras.

Lo que dijo Jesús de la libertad molestó a los judíos. Pretendían que no habían sino nunca esclavos de nadie. En un sentido, está claro que aquello no era verdad. Habían vivido como esclavos en Egipto, habían estado sometidos a varios imperios, habían estado exiliados en Babilonia, y entonces estaban bajo el dominio de Roma. Pero los judíos tenían en alta estima la libertad, que consideraban un derecho de nacimiento de todo judío. En la Ley se establecía que ningún judío, por muy pobre que fuera, podía degradarse hasta el punto de convertirse en un esclavo. «Y cuando tu hermano se empobreciere, estando contigo, y se vendiere a ti, no le harás servir como esclavo: Porque son Mis siervos, los cuales saqué Yo de la tierra de Egipto; no serán vendidos a manera de esclavos» (*Levítico 25: 39-42*). Una y otra vez se levantaban rebeliones porque algún líder enardecido insistía en que los judíos no podían obedecer a ningún poder terrenal, porque Dios era su único Rey.

Josefo cuenta la historia de los seguidores de Judas el Galileo, que dirigió una famosa revuelta contra los romanos: «Tienen una fe inalterable en la libertad, y dicen que su único Rey y Gobernante es Dios» (Josefo, *Antigüedades de los judíos* 18:1, 6). Cuando los judíos decían que no habían sido esclavos de nadie estaban confesando un artículo fundamental de su credo nacional. Y aunque era verdad que había habido épocas en las que habían estado sometidos a otras naciones, y también era verdad que entonces lo estaban a Roma, también era verdad que hasta en esos casos mantenían una independencia de espíritu que hacía que se sintieran libres aunque materialmente fueran esclavos. Cirilo de Jerusalén escribió de José: «José fue vendido para ser esclavo, pero él era libre, todo radiante de nobleza de alma.» Hasta el sugerirle a un judío que podía ser considerado como un esclavo era un insulto que no perdonaría.

Pero Jesús estaba hablando de otra esclavitud. «El que comete pecado -les dijo-, es esclavo del pecado.» Jesús estaba reiterando un principio que los sabios griegos habían expuesto una y otra vez. Los estoicos decían: «Sólo el sabio es libre; el ignorante es un esclavo.» Sócrates había demandado: «¿Cómo puedes decir que un hombre es libre cuando está dominado por sus pasiones?» Pablo daba gracias a Dios porque el cristiano era libre de la esclavitud del pecado (*Romanos 6:17-20*).

Aquí hay algo muy interesante y muy sugestivo. A veces, cuando se le dice a uno que está haciendo algo malo, o se le advierte para que no lo haga, su respuesta es: «¿Es que no puedo hacer lo que me dé la gana con mi propia vida?» Pero la verdad es que el pecador *no* está haciendo su voluntad, sino la del pecado. Una persona puede dejar que un hábito la tenga en un puño de tal manera que no pueda soltarse. Puede dejar que el placer la domine tan totalmente que ya no se pueda pasar sin él. Puede dejar que alguna autolalicencia se adueñe de tal manera de ella que le resulte imposible desligarse. Puede llegar a tal estado que, al final, como decía Séneca, odia y ama su pecado al mismo tiempo. Lejos de hacer lo que quiere, el pecador ha perdido la capacidad de hacer su voluntad. Es esclavo de sus hábitos, autolalicencias, seudoplaceres que le tienen dominado. Esto es lo que Jesús quería decir. Ninguna persona que peca se puede decir que es libre.

Entonces Jesús hace una advertencia velada, pero que sus oyentes judíos comprenderían muy bien. La palabra *esclavo* le recuerda que, en cualquier casa, hay una enorme diferencia entre un esclavo y un hijo. El hijo es un residente permanente de la casa, mientras que al esclavo se le puede echar en cualquier momento. En efecto, Jesús les está diciendo a los judíos: «Vosotros creéis que sois hijos en la casa de Dios y que nada, por tanto, os puede arrojar de vuestra posición privilegiada. Tened cuidado; por vuestra conducta os estáis poniendo en el nivel del esclavo, y a éste se le puede arrojar de la presencia del amo en cualquier momento.» Aquí hay una amenaza. Es sumamente peligroso comerciar con la misericordia de Dios, y eso era lo que los judíos estaban haciendo. Aquí hay una seria advertencia para nosotros también.

LA AUTÉNTICA FILIACIÓN

Juan 8:37-41

Jesús continuó diciéndoles:

-Sé que sois descendientes de Abraham; pero estáis tratando de encontrar la manera de matarme porque Mi palabra no tiene cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto en la presencia del Padre. Así deberíais vosotros hacer lo que habéis oído del Padre.

- ¡Nuestro padre es Abraham! - exclamaron; y Jesús les siguió diciendo:

- Si sois hijos de Abraham, obrad como obraría él. Pero ahora estáis tratando de encontrar la manera de matarme, aunque Yo no soy más que Uno que os ha dicho la verdad tal como la he escuchado de Dios. Eso no es lo que hizo Abraham. Lo que hacéis vosotros son las obras de vuestro padre.

En este pasaje, Jesús asesta un golpe de muerte a una pretensión que era de suprema importancia para los judíos. Abraham era para ellos la más grande figura de la historia de la religión; se consideraban seguros y a salvo en el favor de Dios simplemente por ser descendientes de Abraham. El salmista podía dirigirse al pueblo como «¡Oh vosotros, descendencia de Abraham Su siervo, hijos de Jacob, Sus escogidos!» (*Salmo 105:6*). Isaías decía al pueblo: «Pero tú, Israel, siervo Mío eres; tú, Jacob, a quien Yo escogí, descendencia de Abraham Mi amigo» (*Isaías 41:8*). La admiración que sentían los judíos por Abraham era perfectamente legítima, porque fue un gigante en la historia religiosa de la humanidad; pero las consecuencias que sacaban de su grandeza estaban completamente equivocadas. Creían que Abraham había ganado tal mérito con su bondad, que

era suficiente, no sólo para él, sino también para todos sus descendientes. Justino Mártir tuvo una discusión con el judío Trifón sobre la religión judía, y la conclusión de éste era que « el Reino eterno se otorgará a los que son la simiente de Abraham según la carne, aunque sean pecadores e incrédulos y desobedientes a Dios» (Justino Mártir, *Diálogo con Trifón 140*). Los judíos se creían literalmente a salvo simplemente por ser descendientes de Abraham.

La actitud de los judíos no carece de paralelo en la actualidad

(a) Todavía hay personas que tratan de vivir a costa de *un pedigrí y un apellido*. En algún momento de la historia de su familia, hubo uno que realizó algún servicio realmente sobresaliente a la iglesia o al estado, y desde entonces y por ello reclaman unos honores especiales. Pero un gran apellido no debe ser excusa para una inactividad cómoda, sino un acicate para nuevas empresas de mérito.

(b) Algunos tratan de vivir a costa de *una historia y una tradición*. Muchas iglesias tienen un sentido injustificado de su propia importancia porque hubo un tiempo en que tuvieron un ministerio famoso. Hay muchas congregaciones que viven del capital espiritual del pasado; pero si no se hace más que sacar y nunca meter, es impepinable que acaba por agotarse.

No hay persona, iglesia o nación, que pueda vivir de las rentas del pasado. Y eso era lo que pretendían los judíos. Jesús es contundente con una actitud así. Declara en efecto que el verdadero hijo de Abraham es el que actúa de la manera que actuaba Abraham. Esto es exactamente lo que había dicho antes Juan el Bautista: le había dicho a la gente sencillamente que el Día del Juicio estaba a las puertas, y que no bastaba con aducir la descendencia de Abraham, porque Dios podía suscitar descendientes de Abraham hasta de las piedras, si quería (*Mateo 3:9; Lucas 3:8*). Era también el razonamiento que habría de usar Pablo una y otra vez. No son la carne y la sangre las que hacen que uno sea verdadero descendiente de Abraham, sino la calidad moral y la fidelidad espiritual.

Este tema particular Jesús lo relaciona especialmente con una cosa. Están buscando la manera de matarle. Eso es justo lo contrario de lo que hizo Abraham. Cuando recibió la visita de un mensajero de Dios, con su acogida y hospitalidad hizo que se sintiera bienvenido (*Génesis 18:1-8*). Abraham había recibido al mensajero de Dios; los judíos de entonces estaban tratando de matar del Mensajero de Dios. ¿Cómo se atrevían a llamarse hijos de Abraham cuando su conducta era diametralmente opuesta?

Al traer a la memoria la historia del *Génesis*, Jesús se presenta implícitamente como el Mensajero de Dios. Presenta Sus credenciales aún más explícitamente: « Yo hablo lo que he visto en la presencia del Padre.» Lo fundamental acerca de Jesús es que Él trajo a la humanidad, no Sus propias opiniones, sino el Mensaje de Dios. Él no era simplemente un hombre que les decía a los demás lo que pensaba de las cosas, sino el Hijo de Dios Que comunicaba a la humanidad el pensamiento de Dios. Jesús nos presenta la realidad tal como Dios la ve.

Al final de este pasaje llega una afirmación sobrecogedora. «Lo que hacéis vosotros -dice Jesús- son las obras de vuestro padre.» Acaba de decir que Abraham *no* es su padre. Entonces, ¿quién es su padre? Hay un momento de suspense. Se aclara en el versículo 44: su padre es el diablo. Los que habían presumido de ser hijos de Abraham tienen que enfrentarse con la devastadora acusación de que son hijos del diablo. Sus obras han revelado su verdadera filiación; porque la única manera de probar que se es hijo de Dios es en la conducta.

HIJOS DEL DIABLO

Juan 8:41-45

Los judíos Le dijeron a Jesús:

-Nosotros no somos hijos adulterinos. Tenemos un Padre, Que es Dios.

-Si Dios fuera vuestro Padre, Me amaríais; porque es de Dios de Quien Yo procedo y he venido aquí. El que haya venido no ha sido cosa Mía, sino que ha sido Él Quien Me ha enviado. ¿Por qué no entendéis lo que os estoy diciendo? La razón es que sois incapaces de oír Mi palabra. Vosotros pertenecéis a vuestro padre, el diablo, y lo que queréis cumplir son los deseos maléficos de vuestro padre. Él ha sido asesino desde el principio, y nunca se ha puesto de parte de la verdad, porque no tiene cabida en él. Cuando habla, la falsedad es su manera característica de hablar, porque es mentiroso y el padre de la mentira. Por eso, como Yo os digo la verdad, no Me creéis.

Jesús acababa de decirles a los judíos que, por su vida y su conducta y su reacción a Él, habían dejado bien claro que no eran hijos de Abraham. Entonces ellos presentaron una pretensión todavía mayor: que eran hijos de Dios. Encontramos en todo el Antiguo Testamento la afirmación de que Dios era de una manera especial el Padre de Su pueblo Israel. Dios mandó a Moisés que le dijera al Faraón: «Así ha dicho el Señor: Israel es Mi hijo primogénito» (*Éxodo 4:22*). Cuando Moisés estaba reprendiendo al pueblo por su desobediencia, su apelación era: «¿Así pagas al Señor, pueblo loco e ignorante? ¿No es El tu Padre Que te creó?» (*Deuteronomio 32:6*). Isaías expresa su confianza en Dios diciendo: «Tú eres nuestro Padre, si bien Abraham nos ignora e Israel no nos reconoce; Tú, oh Señor, eres nuestro Padre; nuestro Redentor perpetuo es Tu nombre» (*Isaías 63:16*). «Ahora pues, Señor, Tú eres nuestro

Padre» (*Isaías 64:8*). Y Malaquías preguntaba: «¿Es que no tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?» (*Malaquías 2:10*). Así que los judíos pretendían que Dios era su Padre.

«Nosotros decían con orgullo- no somos hijos adulterinos.» Puede que haya aquí dos cosas. En el Antiguo Testamento, una de las más preciosas descripciones de la nación de Israel era como la Esposa de Dios. Por eso, cuando Israel se apartaba de Dios para ir tras dioses extraños, los profetas llamaban a su infidelidad adulterio espiritual. Cuando la nación era infiel, el pueblo apóstata se decía que eran «hijos de prostitución» (*Oseas 2:4*). Así que, cuando los judíos le dijeron a Jesús que ellos no eran hijos adulterinos, lo que querían decir era que no formaban parte de una nación de idólatras, sino que siempre habían adorado al Dios verdadero. Presumían de no haberse apartado nunca de Dios, una presunción en la que sólo un pueblo inmerso en un sentimiento de propia justicia podría caer.

Pero también es posible que, cuando los judíos se expresaron así, se referían a algo mucho más personal. No cabe duda de que, desde tiempos muy antiguos, los judíos difundieron una horrible calumnia contra Jesús. Los cristianos afirmaban que Jesús había nacido milagrosamente de la bienaventurada Virgen María; y los judíos inventaron que María había sido infiel a José, que su amante había sido un legionario romano llamado Pantera, y que Jesús había sido el hijo de aquella unión adulterina. El nombre que atribuían al romano era una clara mistificación de *Parthenos, Virgen*. Es posible que esta calumnia subyaga en esta controversia; como si los judíos estuvieran echándole en cara a Jesús que con qué derecho les hablaba, precisamente Él, en esos términos.

La respuesta de Jesús a la pretensión de los judíos fue que era falsa; y la prueba era que, si Dios hubiera sido realmente su Padre, le habrían amado y recibido a Él. Aquí tenemos otra vez el pensamiento clave del Cuarto Evangelio: la prueba de una persona es su reacción a Jesús. Encontrarse cara a cara con Jesús es enfrentarse a un juicio, porque Él es la piedra de toque de Dios para saber cómo es cada cual.

La bien trabada acusación de Jesús prosigue. Él pregunta: «¿Por qué no entendéis lo que os estoy diciendo?» Y la respuesta es terrible: no porque fueran intelectualmente torpes, sino porque eran espiritualmente ciegos. Se negaban a oír y se negaban a entender. Cualquiera puede hacerse el sordo a una advertencia; y, si se acostumbra a hacerlo, acabará siendo espiritualmente sordo. En último análisis, uno no oye más que lo que quiere oír; y si sólo sintoniza sus oídos a sus propios gustos y a las voces halagüeñas, al final será incapaz de captar la longitud de onda de Dios, como les pasaba a los judíos.

Entonces llega la acusación escarificadora: el verdadero padre de los judíos es el diablo. Jesús escoge dos de sus características.

(i) El diablo es típicamente un asesino. Jesús pudo tener dos ideas. Puede que estuviera pensando en la antigua historia de Caín y Abel. Caín fue el primer asesino de la Historia humana, y fue el diablo el que le inspiró. O que estuviera pensando en algo todavía más grave: fue el diablo el que tentó al hombre en la antigua historia del *Génesis*. El diablo consiguió que entrara el pecado en el mundo, y con él la muerte (*Romanos 5:13*). Si no hubiera habido tentación, no habría habido pecado; y si no hubiera habido pecado, no habría habido muerte. Por tanto, en cierto sentido, el diablo es el asesino de toda la raza humana.

Pero, hasta aparte de las viejas historias, el hecho es que Cristo conduce a la vida, y el diablo a la muerte. El diablo asesina la bondad, la castidad, el honor, la honradez, la belleza y todo lo que hace maravillosa la vida; asesina la paz mental y la felicidad y hasta el amor. Le es propio al mal el destruir; y le es propio a Cristo el traer la vida, y vida en abundancia. En aquel preciso momento, los judíos estaban conspirando para matar a Jesús; estaban siguiendo el camino del diablo.

(ii) Al diablo le es propio el amar la falsedad. Todas las mentiras son inspiradas por el diablo y le hacen el juego al diablo. La falsedad odia siempre la verdad y trata de destruirla.

Cuando se encontraron Jesús y los judíos, lo falso se encontró con lo verdadero, y era inevitable que lo falso tratara de destruir lo verdadero.

Jesús acusó a los judíos de ser hijos del diablo porque sus pensamientos se proyectaban a la destrucción de lo bueno y al mantenimiento de lo falso. La persona que trata de destruir la verdad está haciendo la obra del diablo.

TERRIBLE ACUSACIÓN Y FE RESPLANDECIENTE

Juan 8:46-50

-¿Hay alguno de vosotros que Me pueda acusar de pecado? -les preguntó Jesús a los judíos-. Pues, si digo la verdad, ¿por qué no Me creéis? El que es de Dios atiende a las palabras de Dios. Por eso es por lo que vosotros no Me oís: porque no sois de Dios.

-¿No tenemos razón cuando decimos que eres un samaritano y que estás poseso? -dijeron ellos; pero Jesús les contestó:

-Yo no soy ningún poseso. Lo que pasa es que honro a Mi Padre, y vosotros me deshonráis a Mí. Yo no busco Mi propia gloria. Hay Uno que busca y juzga.

Tenemos que tratar de figurarnos esta escena como si la estuviéramos viendo. Aquí hay un drama; y no sólo en las palabras, sino en las pausas intermedias. Jesús empieza con un gran desafío: < ¿Hay alguien aquí demanda- que puede apuntar con el dedo a algo malo que haya en Mi vida? » A eso debió de seguir un silencio durante el cual Jesús recorrió la multitud con la mirada, esperando que alguien aceptara el desafío extraordinario que acababa de lanzar. El silencio se prolongó. Por mucho, que indagaran, ninguno podía formular una acusación contra El. Después de darles tiempo, Jesús habló otra vez: < ¿Admitís -les dijo- que no me podéis acusar de nada? Entonces, ¿por qué no aceptáis lo que os digo? » Y de nuevo se produjo un silencio incómodo. Luego Jesús contesta a Su propia pregunta: < No aceptáis Mis palabras -les dijo porque no sois de Dios. »

¿Qué quería decir Jesús? Tomadlo en este sentido: No hay nada que pueda penetrar en la mente o el corazón de nadie a menos que haya ya algo allí que responda positivamente. Y si uno carece de ese algo esencial, nada le hará aceptar aquella nueva experiencia. Una persona que carece de oído para la música no puede experimentar la emoción de este arte. Una persona daltoniana no puede apreciar todos los matices de un cuadro. Una persona que no tiene sentido del ritmo no puede disfrutar gran cosa del ballet o de la danza.

Los judíos tenían una manera maravillosa de pensar en el Espíritu de Dios. Creían que tenía dos funciones: la de revelar la verdad de Dios, y la de capacitar a las personas para reconocer y captar aquella verdad. Eso quiere decir bien claramente que, a menos que el Espíritu de Dios esté en el corazón de una persona, ésta *no puede* reconocer la verdad de Dios aunque la tenga delante de los ojos. Y también quiere decir que una persona puede cerrarle la puerta de su corazón al Espíritu de Dios hasta tal punto que, aunque se le despliegue esa verdad de la manera más evidente, es totalmente incapaz de verla, reconocerla, captarla y hacerla suya.

Jesús les estaba diciendo a los judíos: «Habéis seguido vuestro propio camino y vuestras propias ideas; el Espíritu de Dios no ha conseguido obtener entrada en vuestro corazón; esa es la razón por la que no podéis reconocerme ni aceptar Mis palabras.» Los judíos se creían un pueblo muy religioso; pero, como se habían aferrado a su propia idea de la religión en vez de a la de Dios, se habían descarriado hasta tal punto que habían perdido a Dios. Se encontraban en la terrible situación de pretender servir a un Dios al Que no conocían.

El que se les dijera que eran unos extraños para Dios los hería en lo más vivo. Entonces lanzaron sus invectivas contra

Jesús. Según nuestra traducción, acusaron a Jesús de samaritano y de poseso. ¿Qué querían decir con eso? Al llamarle samaritano le acusaban de ser enemigo de Israel, porque había una enemistad a muerte entre los judíos y los samaritanos; Le acusaban de no respetar y quebrantar la Ley; y, sobre todo, de ser un hereje, porque eso había llegado a significar para ellos la palabra samaritano. Es alucinante el que se llegara a acusar de hereje al Hijo de Dios -y no cabe duda que eso es lo que Le pasaría si volviera otra vez a este mundo y sus iglesias.

Pero también es posible que la palabra samaritano tenga otro sentido. Para empezar, notaremos que Jesús contestó a la acusación de estar poseído por el demonio, pero no a la de ser un samaritano. Eso nos hace pensar que tal vez no se haya transcrito la acusación correctamente. La palabra original aramea para samaritano sería *shomeróní*. *Shomerón*, Samaria, era también un título del príncipe de los demonios, también llamado Ashmedai, Shammael y Satán. De hecho, en el Corán, la biblia de los musulmanes, se dice que Shomerón, el príncipe de los demonios, fue el que sedujo a los judíos para hacerlos idólatras. Según esto, la palabra *shomeróní* también podría querer decir *hijo del diablo*. Y es muy posible que dieran ese sentido a la palabra samaritano, ya que odiaban a los tales; y con ese sentido Le lanzaron el insulto a Jesús: < ¡Tú eres un hijo del diablo; un engendro de Satanás, que participas de la maldad y la locura del Maligno! »

La respuesta de Jesús fue que, lejos de ser un servidor del diablo, Su único propósito era honrar a Dios, mientras que la conducta de los judíos era un constante deshonor a Dios. Dice en efecto: « No soy Yo el que tiene un demonio, sino vosotros. »

Y entonces aparece el resplandor de la auténtica fe de Jesús.

Él dice: «Yo no estoy buscando los honores que Me pueda dar este mundo: sé muy bien que seré rechazado, insultado, deshonrado y crucificado. Pero hay Uno que pondrá en Su día las cosas en su sitio y asignará a cada persona el honor que le corresponda; y es El el Que Me dará el único honor que es auténtico, porque es el Suyo.»

De una cosa estaba seguro Jesús: a fin de cuentas, es Dios el Que protege el honor de los Suyos. En el tiempo, Jesús no experimentó más que dolor y deshonor y rechazamiento; en la eternidad, recibió la gloria que recibirán en su día todos los que obedecen a Dios. Jesús tenía el optimismo incontestable que nace de la fe suprema, el optimismo que tiene sus raíces en la fidelidad y la justicia de Dios.

LA VIDA Y LA GLORIA

Juan 8:51-55

Jesús continuó diciéndoles:

Lo que os digo es la pura verdad: el que cumpla Mi Palabra nunca verá la muerte.

Ahora estamos seguros de que estás loco -Le contestaron los judíos-. Abraham murió, y los profetas también; ¿y Tú dices: «El que cumpla Mi Palabra no probará la muerte jamás»? ¡No te crearás más importante que nuestro padre Abraham, que murió! ¡Y los profetas también murieron! ¿Quién te has creído que eres?

-Si fuera Yo el que Me glorificara a Mí mismo, Mi gloria no tendría ningún valor-les respondió Jesús-. Es Mi Padre el Que Me glorifica; el Que vosotros pretendéis que es vuestro Dios, aunque no sabéis nada de Él. Pero Yo sí Le conozco; si dijera que no Le conocía, sería tan mentiroso como vosotros. Pero Le conozco y cumplo Su Palabra.

Este capítulo pasa de un relámpago a otro de sorpresas. Jesús presenta Sus credenciales una tras otra, cada vez más tremendas. Aquí presenta Su prerrogativa de que el que guarde Su Palabra nunca conocerá la muerte. Esto escandaliza a los judíos. Zacarías había dicho: «Vuestros padres, ¿dónde están?»;

y los profetas, ¿han de vivir para siempre?» (*Zacarías 1:5*). Abraham murió, y los profetas lo mismo; ¿y no habían guardado en su tiempo y generación la Palabra de Dios? ¿Quién es este Jesús para colocarse por encima de los grandes de la fe? Fue el literalismo de los judíos lo que les bloqueó el entendimiento. Jesús no estaba pensando en la vida y en la muerte físicas. Quería decir que, para la persona que Le acepte plenamente, la muerte habrá perdido su finalidad; porque habrá entrado en una relación con Dios que ni el tiempo ni la eternidad podrán interrumpir. Irá, no de la vida a la muerte, sino de la vida temporal a la vida eterna; la muerte es sólo la entrada a una comunión más plena con Dios.

De ahí pasa Jesús a hacer una gran afirmación: *Todo verdadero honor debe venir de Dios. No es difícil honrarse a uno mismo; de hecho, es fatalmente fácil regodearse en la propia estimación. Tampoco es tan difícil recibir honores de los demás, porque el mundo honra a los que tienen alguna clase de éxito. Pero el verdadero honor es el que sólo la eternidad puede revelar, y los veredictos de la eternidad no son como los del tiempo.*

A continuación, Jesús hace dos afirmaciones que son el mismo fundamento de Su vida.

(i) Se atribuye *un conocimiento exclusivo de Dios*. Afirma conocerle como nadie más Le ha conocido ni Le conocerá jamás. Y no reducirá esa prerrogativa, porque el hacerlo sería faltar a la verdad. La única manera de llegar a un conocimiento pleno de la mente y el corazón de Dios es por medio de Jesucristo. Con nuestra mente podemos espigar fragmentos de conocimiento acerca de Dios; pero sólo en Jesucristo se encuentra el orbe completo de la verdad, porque sólo en Él vemos a Dios como es en realidad.

(ii) Se atribuye *una obediencia única a Dios*. Mirar a Jesús es poder decir: «Así es como Dios quiere que yo viva.» Contemplar Su vida es decir: «Esto es servir a Dios.»

Sólo en Jesús vemos lo que Dios quiere que sepamos, y lo que Dios quiere que seamos.

LA PRERROGATIVA SUPREMA

Juan 8:56-59

-Vuestro padre Abraham se deleitó al ver Mi día: lo vio y se sintió feliz -les dijo Jesús.

-¿No tienes ni cincuenta años, y has visto a Abraham? -le contestaron los judíos; y Jesús a ellos:

-Lo que os digo es la pura verdad: Yo soy de antes que Abraham.

A eso cogieron piedras para apedrearle; pero Jesús se apartó de su vista, y Se marchó del recinto del templo.

Todos los relámpagos anteriores palidecen ante el resplandor de este pasaje. Cuando Jesús les dijo a los judíos que Abraham se había deleitado al ver Su día, estaba hablando de una manera que ellos podían entender. Los judíos tenían muchas creencias acerca de Abraham que les permitirían ver a lo que se refería Jesús. Tenían en total cinco maneras diferentes en que podían interpretar este pasaje.

(a) Abraham estaba viviendo en el Paraíso, y podía ver lo que estaba sucediendo en la Tierra. Jesús usó esta manera de hablar en la parábola del Rico y Lázaro (*Lucas 16:22-31*). Esta sería la manera más sencilla de interpretar este dicho.

(b) Pero esa no es la interpretación correcta. Jesús dijo que «Abraham se deleitó al ver Mi día,» en el pasado. Los judíos interpretaban muchos pasajes de la Escritura de una manera que explica esto. Tomaban la gran promesa que Dios le hizo a Abraham en *Génesis 12:3*: «Serán benditas en ti todas las familias de la Tierra;» y decían que, cuando se le hizo aquella promesa, Abraham sabía que quería decir que el Mesías de Dios iba a venir de su descendencia, y se regocijó de la magnificencia de la promesa.

(c) Algunos de los rabinos mantenían que en *Génesis 15:8-21* Abraham tuvo una visión de todo el futuro de la nación de

Israel, y por tanto vio anticipadamente el tiempo de la venida del Mesías a la Tierra.

(d) Algunos de los rabinos tomaban la risa de Abraham cuando se enteró de que iba a tener un hijo (*Génesis 17:17*), no como expresión de incredulidad, sino de gozo irreprimible de que el Mesías hubiera de venir de su descendencia.

(e) Algunos de los rabinos tenían una interpretación fantástica de *Génesis 24:1*. Se nos dice que < Abraham era bien avanzado en años > (R-V), y el original hebreo quiere decir al pie de la letra que < era venido en los días >. Algunos rabinos interpretaban que, en una visión que Dios le concedió, Abraham *había entrado en los días que estaban por venir*, y había visto toda la historia del pueblo de Israel, incluyendo la venida del Mesías prometido.

En todo esto podemos ver claramente que los judíos creían que Abraham había visto, de alguna manera y durante su vida, la historia de Israel y la venida del Mesías. Así que, cuando Jesús dijo que Abraham había visto Su día, estaba presentándose claramente como el Mesías. Estaba diciendo realmente: «Yo soy el Mesías que Abraham contempló en una visión.»

Inmediatamente, Jesús sigue diciendo de Abraham: «Lo vio (Mi día) y se sintió feliz.» Algunos de los primeros cristianos le daban a estas palabras una interpretación algo fantástica. En *1 Pedro 3:18-22* y *4:6* se encuentra la base bíblica de la doctrina que figura en el Credo de los Apóstoles: «Descendió a los infiernos.» Hay que advertir que la palabra *infiernos* nos da una pista falsa; debería decir *Hades*. La idea no es que Jesús fuera al lugar de los condenados, como sugiere aquella palabra, sino al lugar donde estaban todos los muertos, buenos y malos, que era lo que creían los judíos a juzgar por algunos pasajes del Antiguo Testamento como *Job 3: 11-19*. Una obra apócrifa llamada *El Evangelio de Nicodemo o Los Hechos de Pilato* contiene un pasaje que dice lo siguiente: « Oh Señor Jesucristo, la resurrección y la vida del mundo, danos la gracia de poder hablar de Tu resurrección y de las obras maravillosas que Tú hiciste en el Hades. Nosotros, entonces, estábamos en el Hades con todos los que habían caído en el sueño de la muerte desde el principio del mundo; y a medianoche surgió en aquellos lugares tenebrosos como si fuera la luz del Sol, y brilló, y todos fuimos iluminados y nos vimos unos a otros. E inmediatamente nuestro padre Abraham, con todos los patriarcas y profetas, se llenaron de gozo y se dijeron: «Esta luz viene del gran relámpago.» Los muertos vieron a Jesús, y se les dio la oportunidad de creer y arrepentirse; y Abraham se regocijó de todo aquello.»

A nosotros nos parecen muy extrañas estas ideas, pero eran normales para los judíos que creían que Abraham había visto anticipadamente el día en que había de venir el Mesías.

Los judíos, aunque debieran haber mantenido el debate a un nivel más alto, tomaron las palabras de Jesús literalmente. Ya hemos visto que esta es la manera en que Juan nos presenta las conversaciones de Jesús hasta llegar a la verdad final. « ¿Cómo es que Tú -Le preguntaron a Jesús- puedes haber visto a Abraham si no tienes ni cincuenta años?» ¿Por qué cincuenta? Esa era la edad a la que se retiraban los levitas de su servicio (*Números 4:3*). Los judíos estaban diciéndole a Jesús: « Tú eres un hombre joven, todavía en la plenitud de la vida, ni siquiera de edad como para retirarte del servicio activo. ¿Cómo puedes Tú haber visto a Abraham? ¡Estás hablando como un loco!» Ya se comprende que Le estaban haciendo burla; porque habría sido igualmente absurdo el suponer que hubiera conocido a Abraham aunque hubiera tenido la edad de Matusalén.

Y fue entonces cuando Jesús hizo la afirmación más alucinante: « Yo soy de antes que Abraham.» Lo que Jesús quería decir es, que Él es de antes del tiempo. No hubo un momento en que El empezara a existir; y nunca llegará un momento en que deje de existir.

¿Qué quería decir? Está claro que no era que Él, la persona humana de Jesús, había existido siempre. Sabemos que Jesús nació en Belén. Aquí se refiere a otra cosa. Tomémoslo de otra manera. No hay más que Uno en todo el universo que sea

eterno, y *ese Uno es Dios*. Lo que Jesús está diciendo aquí es nada menos que que Su vida es la vida de Dios; está diciendo, como lo expresó más sencillamente el autor de la *Carta a los Hebreos*, que Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. En Jesús vemos, no simplemente a un hombre que nació, vivió y murió; vemos al eterno Dios, el Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, Que era ya antes que empezara el tiempo y Que será cuando el tiempo ya no sea más: Que siempre *es*. En Jesucristo se ha presentado a la humanidad el Dios eterno.

LUZ PARA LOS OJOS CIEGOS

Juan 9:1-5

Cuando Jesús iba pasando por ahí, vio a uno que era ciego de nacimiento; y Sus discípulos Le preguntaron:

-Rabí, ¿quién fue el que pecó para que naciera ciego, él mismo o sus padres?

No es porque pecaran ni éste ni sus padres -les contestó Jesús-; sino que sucedió para que hubiera en él una demostración de lo que Dios puede hacer. Tenemos que hacer las obras del Que Me envió mientras dure el día; se acerca la noche cuando nadie podrá hacer nada. Mientras esté en el mundo, Yo soy la luz del mundo.

Este es el único de los milagros que se nos narran en los evangelios en el que se dice que se trataba de una dolencia de nacimiento. En *Hechos* tenemos dos casos de personas que habían estado impedidas desde que nacieron: el cojo de la puerta Hermosa del templo en *Hechos 3:2*, y el paralítico de Listra en *Hechos 14:8*. Pero este ciego es la única persona de la historia

evangélica que se encontraba en ese caso. Debe de haber sido un personaje conocido, porque los discípulos de Jesús ya sabían de él.

Cuando le vieron, aprovecharon la oportunidad para presentarle a Jesús un problema que los judíos llevaban mucho tiempo discutiendo, y que sigue siendo enigmático. Los judíos consideraban que el sufrimiento seguía al pecado como el efecto a la causa hasta tal punto que suponían que tenía que haber habido algún pecado donde había sufrimiento. Así es que Le dirigieron a Jesús la pregunta que consideraban clave: «Este hombre -Le dijeron- está ciego. ¿Es su ceguera debida a su propio pecado, o al de sus padres?»

¿Cómo podría ser debida a su propio pecado, si era ciego *de nacimiento*? Los teólogos judíos proponían una de dos posibles respuestas a esa pregunta.

(i) Algunos de ellos sustentaban la extraña idea del pecado prenatal. De hecho, creían que una persona podía empezar a pecar cuando estaba en el vientre de su madre. En las conversaciones imaginarias entre Antonino y el rabino Judá el Patriarca acerca del origen del pecado en la vida personal, Antonino le preguntó a su interlocutor: «¿Desde qué momento ejerce su influencia la mala tendencia sobre una persona, desde que se forma el embrión en el seno materno o desde el nacimiento?» Y el rabino contestó al principio: «Desde que se forma el embrión.» Antonino no estaba de acuerdo, y convenció a Judá de su postura; porque Judá tuvo que admitir que, si la mala tendencia empezara con la formación del embrión, entonces el bebé rompería el vientre a patadas y saldría. Judá encontró un texto que respaldaba esta postura, *Génesis 4: 7*: «El pecado está a la puerta,» que él interpretó como que el pecado está acechando a la puerta del seno materno tan pronto como nace el niño. El razonamiento nos parecerá ridículo, pero es una prueba de que la idea del pecado prenatal era, por lo menos, tema frecuente de discusión entre los judíos.

(ii) En tiempos de Jesús, los judíos creían en la preexistencia del alma. Realmente, esta idea la había tomado de los griegos; entre otros, de Platón. Creían que todas las almas existían antes de la creación de la raza humana en el huerto

del Edén, o que estaban en el séptimo cielo o en una cierta cámara, esperando la oportunidad para entrar en un cuerpo. Los griegos habían creído que esas almas eran buenas, y que era la entrada en el cuerpo lo que las contaminaba; pero había algunos judíos que creían que las almas eran ya buenas o malas antes del nacimiento. El autor del *Libro de la Sabiduría* dice: «Ahora bien, yo era un niño bueno por naturaleza, y me tocó en suerte un alma buena» (*Sabiduría 8:19*).

En tiempos de Jesús, algunos judíos creían que la aflicción de una persona, aunque fuera de nacimiento, podía venirle de un pecado que hubiera cometido antes de nacer. Es una idea extraña, y que nos parecerá hasta fantástica; pero a su base se encuentra la idea de un universo infectado de pecado.

La alternativa era que los males que se padecían desde el nacimiento los causaba el pecado de los padres. La idea de que los niños heredan las consecuencias del pecado de sus padres está entrelazada en todo el Antiguo Testamento. «Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (*Éxodo 20:5; cp. Éxodo 34:7; Números 14:18*). El salmista dice del malvado: «Venga en memoria ante el Señor la maldad de sus padres, y el pecado de su madre no sea borrado» (*Salmo 109:14*). Isaías habla de las iniquidades de ellos y de «las iniquidades de sus padres,» y llega a decir: «Yo les mediré en el seno el pago de sus obras antiguas» (*Isaías 65:6-7*). Una de las ideas características del Antiguo Testamento es que Dios siempre visita, es decir, castiga, los pecados de los padres en los hijos. No debemos olvidar que nadie vive ni muere para sí mismo solamente. Cuando pecamos, ponemos en movimiento una cadena de consecuencias sin fin.

LUZ PARA LOS OJOS CIEGOS

Juan 9:1-5 (conclusión)

En este pasaje encontramos dos grandes principios eternos. (i) Jesús no contesta directamente a la pregunta, ni trata de desarrollar o explicar la relación que existe entre el pecado y el sufrimiento. Dice que la aflicción de aquel hombre le vino para que hubiera una oportunidad de demostrar lo que Dios puede hacer. Esto es cierto en dos sentidos.

(a) Para Juan, los milagros son siempre una señal de la gloria y el poder de Dios. Los autores de los otros evangelios parece que tenían otro punto de vista, y los veían como una demostración de la misericordia de Jesús. Cuando Jesús vio la multitud hambrienta, tuvo *compasión* de ellos, porque Le parecían como ovejas sin pastor (*Marcos 6:34*). Cuando llegó el leproso con su angustioso ruego de limpieza, Jesús fue *movido a misericordia* (*Marcos 1:41*). Se suele insistir en que el Cuarto Evangelio es diferente en esto; pero no tenemos por qué verlo como una contradicción. Son sencillamente dos maneras distintas de ver la misma cosa. En el fondo está la suprema verdad de que la gloria de Dios se muestra en Su compasión, y que Él no revela nunca Su gloria más plenamente que cuando revela Su piedad.

(b) Hay otro sentido en que el sufrimiento humano es prueba de lo que Dios puede hacer. La aflicción, el dolor, la desilusión, la pérdida de seres queridos, son siempre oportunidades para que se despliegue la gracia de Dios. Primero, permite al paciente mostrar a Dios en acción. Cuando llega el desastre o la aflicción a una persona que no conoce a Dios, esa persona puede que se desmorone; pero cuando llegan a una persona que camina con Dios, sacan la fuerza y la belleza y la paciencia y la

nobleza que hay en un corazón en el que está Dios. Se cuenta que, cuando estaba muriendo un santo de la antigüedad en una agonía de dolor, mandó a buscar a su familia diciendo: «Que vengan a ver cómo muere un cristiano.» Es cuando la

vida nos asesta uno de sus golpes más terribles cuando podemos demostrarle al mundo cómo le es posible vivir y morir a un cristiano. Veamos un ejemplo:

Mientras más se prolonga el sufrimiento más veo en él Tu cariñosa mano, más cerca estoy de Ti, más puro siento el amor que me aparta de lo vano y a Ti me lleva en amoroso aliento.

Tú me has dado esta copa de amargura con designio de amor; de otra manera Tu mano paternal no me la diera, porque no haces sufrir a Tu criatura sin un plan que después haga patente un designio de amor benéfico.

La recibo, Señor, con bendiciones; pero hazme más humilde y resignado, más grato a la riqueza de Tus dones, en Tus promesas aún más confiadas y siempre alegre en lo que Tú dispones.

Y si, apurada la postrera gota, permites que prolongue mi misión, anunciaré Tu amor, que no se agota, predicando en Jesús la Salvación.

Y si quisieras dar por concluida esta misión, que realicé tan mal, ¡oh Roca de los Siglos, de guarida sírveme ante el divino tribunal!

(Carlos Araujo Carretero, última Rima, escrita un mes antes de su muerte).

Cualquier clase de sufrimiento es una oportunidad para que se muestre la gloria de Dios en nuestras vidas. (b) Segundo, ayudando a los que pasan por dificultades o dolores, les podemos demostrar a otros la gloria de Dios. Frank Laubach nos hace partícipes del gran pensamiento de que, cuando Cristo, Que es el Camino, llega a nuestra vida, «nos convertimos en parte del Camino. El Camino Real de Dios pasa por nosotros.» Cuando nos gastamos como una vela ayudando a los que pasan por dificultades, distrés, dolor o aflicción, Dios nos está usando como camino por el que Él envía Su ayuda a las vidas de los que sufren. El ayudar a un semejante necesitado es manifestar la gloria de Dios, que quiere decir mostrar cómo es Dios.

Jesús pasa a decir que Él y Sus seguidores deben hacer la obra de Dios mientras haya tiempo para hacerla. Dios ha dado a la humanidad el día para trabajar y la noche para descansar; cuando se acaba el día, también se acaba el tiempo de trabajar. Para Jesús era verdad que tenía que darse prisa con el trabajo que Dios Le había confiado porque faltaba poco para la noche de la Cruz. Pero es verdad que todas las personas disponemos de un tiempo limitado. Nuestra tarea la tenemos que cumplir en ese tiempo.

Hay en Glasgow un reloj de sol con esta leyenda en escocés: «Tak' tent of time ere time be tint.» «Aprovecha el tiempo antes que se te acabe.» No debemos dejar las cosas para otro día, pues puede que ese día no llegue nunca. El deber del cristiano es usar el tiempo de que dispone -y nadie sabe cuánto será- en el servicio de Dios y de sus semejantes. No hay pesar más intenso que el trágico descubrimiento de que se nos ha hecho demasiado tarde para hacer lo que teníamos que hacer.

Pero hay otra oportunidad que podemos desaprovechar. Jesús dijo: «Mientras esté en el mundo, Yo soy la luz del mundo.» Cuando Jesús dijo eso no quería decir que el tiempo de Su vida y obra eran limitados, sino que nuestra oportunidad de recibirle sí es limitada. A toda persona le llega la oportunidad de aceptar a Cristo como su Salvador, su Maestro y su Señor; y, si no se aprovecha, puede que no vuelva a presentarse. E. D. Starbuck, en su *Psicología de la religión*, tiene algunas estadísticas interesantes y aleccionadoras sobre la edad en que suele producirse la conversión. Puede suceder tan pronto como a los siete u ocho años; aumenta el porcentaje gradualmente

hasta la edad de diez u once años; aumenta rápidamente hasta los dieciséis; declina abruptamente hasta los veinte, y después de los treinta es rara. Dios nos dice: «Ahora es el tiempo.» No es que el poder de Jesús disminuya, o que Su luz se haga más difusa, sino que, si aplazamos esa gran decisión, vamos perdiendo capacidad para hacerla con el paso de los años. Hay que hacer un trabajo, hay que tomar unas decisiones, mientras es de día, antes que se nos eche encima la noche.

EL MÉTODO DE UN MILAGRO

Juan 9:6-12

Después de decir aquello, Jesús escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y se la untó en los ojos al ciego al tiempo que le decía:

-Vé a lavarte al estanque de Siloé.

La palabra «Siloé» quiere decir «Enviado». El ciego fue, y se lavó, y volvió viendo.

Los vecinos y todos los que le conocían de vista de antes y le reconocían como el mendigo ciego, decían:

-¿Pero no es éste el que se sentaba a pedir limosna?

- ¡Es el mismo! -decían unos.

- ¡No puede ser el mismo, pero se le parece mucho! -decían otros. Y Él decía:

- ¡Soy el mismo!

- ¿Cómo es que se te han abierto los ojos? -le dijeron.

- Ese hombre que llaman Jesús hizo barro -dijo él-, me lo untó en los ojos y me dijo: «Vete a lavarte al estanque de Siloé.» Así es que fui, y me lavé y recibí la vista.

- ¿Dónde está ese Hombre Que dices? -le preguntaron.

- No lo sé -contestó él.

Este es uno de los dos milagros en los que se nos dice que Jesús usó Su saliva para efectuar una cura. El otro es el del sordo y tartamudo (Marcos 7: 33). Esto nos parece extraño, desagradable y antihigiénico; pero en el mundo antiguo era muy corriente. La saliva, especialmente la de alguna persona distinguida, se creía que tenía propiedades curativas. Tácito nos cuenta que, cuando Vespasiano visitó Alejandría, se le acercaron dos hombres, uno con una enfermedad de los ojos y otro con una mano enferma, y le dijeron que su dios les había aconsejado que vinieran a él. El hombre de los ojos enfermos quería que Vespasiano < le mojara la córnea con saliva;» y el que tenía la mano mala, «que le pisara la mano con la planta del pie.» Vespasiano no quería hacerlo; pero finalmente le persuadieron. « La mano enferma recuperó inmediatamente su poder, y el ciego volvió a ver. Ambos hechos están atestiguados hasta el día de hoy, cuando la falsedad ya no puede reportar ninguna recompensa, por los que estuvieron presentes en aquella ocasión» (Tácito, Historias 4:81).

Plinio, el famoso coleccionista romano de lo que se llamaba entonces información científica, dedica todo un capítulo al uso de la saliva. Dice que es un desinfectante estupendo contra el veneno de las serpientes; una protección contra la epilepsia; que los líquenes y las manchas de lepra se pueden curar con la saliva de antes del desayuno; que la oftalmia se puede curar ungiendo los ojos todos los días con la saliva de la mañana; que también cura el carcinoma y la tortícolis. La saliva se suponía que era muy eficaz para evitar el mal de ojo. Persio nos cuenta que la tía o la abuela piadosas y expertas en evitar el mal de ojo sacan al bebé de la cuna y « le aplican con el dedo corazón la lustrosa saliva en la frente y en los labios húmedos.» El uso de la saliva era muy corriente en el mundo antiguo. Hasta ahora, cuando nos quemamos un dedo, nos lo chupamos instintivamente; y hay muchos que creen que las verrugas y otros muchos males se curan con la saliva.

El hecho es que Jesús usó los métodos y las costumbres de Su tiempo. Era un médico inteligente que tenía que ganarse la

confianza de Sus pacientes. No es que Él creyera esas cosas, sino que despertaba la expectación haciendo lo que el paciente esperaba que hiciera un médico. Después de todo, hasta el presente, la eficacia de una medicina o un tratamiento depende tanto de la fe del paciente como del medicamento en sí.

Después de untar los ojos del ciego con Su saliva, Jesús le mandó a lavarse al estanque de Siloé. Era éste uno de los lugares más conocidos de Jerusalén. Fue el resultado de una de las mayores hazañas de ingeniería del mundo antiguo. La provisión de agua en Jerusalén siempre había sido precaria en caso de asedio. Procedía principalmente de la fuente de la Virgen o de Guijón, que estaba situada en el valle de Cedrón. Una escalera de treinta y tres peldaños esculpidos en la roca conducía a él; y allí, de un pilón de piedra, la gente sacaba agua. Pero la fuente estaba totalmente expuesta y, en caso de asedio, podía cortarse, con consecuencias desastrosas.

Cuando Ezequías se dio cuenta de que Senaquerib estaba a punto de invadir Palestina, decidió abrir un túnel o conducto en la roca sólida desde la fuente hasta la ciudad (2 Crónicas 32:2-8, 30; Isaías 22:9-11; 2 Reyes 20:20). Si se hubiera trazado en línea recta habría tenido unos 350 metros de largo; pero, como lo hicieron en zigzag, ya fuera siguiendo las grietas de la roca o para evitar lugares sagrados, el conducto tiene de hecho unos 580 metros. En algunos lugares no tiene más que 60 centímetros de alto, pero como término medio alcanza los dos metros. Los ingenieros empezaron a cortar por los dos extremos, y se encontraron en medio, una verdadera hazaña con los medios de que disponían.

En 1880 se descubrió una lápida que conmemoraba la terminación del túnel. Lo descubrieron accidentalmente dos muchachos que estaban vadeando el estanque. Lo cuenta así: « La perforación se ha completado. Esta es la historia completa. Mientras los obreros seguían trabajando con el pico, cada uno en dirección a su compañero, y cuando no faltaban más que tres codos para encontrarse, cada uno oyó la voz de su compañero llamándole, porque había una grieta en la roca al lado derecho. Y el día que se terminó la perforación, los picapedreros cortaron cada uno para llegar al encuentro del otro, pico contra pico; y fluyeron las aguas al estanque mil doscientos codos, y la altura de la roca sobre las cabezas de los obreros era de cien codos.»

El estanque o piscina de Siloé era el lugar de la ciudad al que confluía el túnel que traía el agua desde la fuente de la Virgen. Era un depósito de siete por diez metros. Así fue como obtuvo su nombre: lo llamaron Siloé (que, como se ha dicho, quería decir *enviado*) porque el agua *se enviaba* por aquel conducto a la ciudad. Jesús envió al hombre a lavarse en el estanque; y éste se lavó y recibió la vista. Después de curarse tuvo algunas dificultades para convencer a la gente de la realidad de su curación; pero mantuvo con toda firmeza su testimonio de que Jesús había sido el Que había realizado el milagro.

Jesús sigue haciendo cosas que les parecen a los incrédulos demasiado maravillosas para ser verdad.

PREJUICIO Y CONVICCIÓN

Juan 9:13-16

Llevaron al que había estado ciego a presencia de los fariseos. El día en que Jesús había hecho el barro y le había abierto los ojos había sido un sábado, así es que los fariseos le interrogaron acerca de cómo había recuperado la vista. Y él les contestó:

-ÉL me puso barro en los ojos, y me lavé, y ahora ya puedo ver.

-Ese no puede ser de Dios -dijeron algunos de los fariseos-, porque no observa el sábado.

-Pero -decían otros-, ¿cómo es posible que un hombre pecador haga tales señales?

Y hubo una división de opiniones entre ellos. Luego le dijeron al que había estado ciego:

-¿Tú qué opinas de Él, puesto que te abrió los ojos?

-Pues que es un profeta -contestó él.

Aquí surge el inevitable problema. Era un sábado el día en que Jesús hizo el barro y curó al ciego. No había duda de que Jesús había quebrantado la ley del sábado que los escribas tenían tan sistematizada, y de tres maneras diferentes.

(i) Al hacer el barro había sido culpable de trabajar en sábado, porque la cosa más sencilla constituía un trabajo ese día. Veamos algunas de las cosas que estaba prohibido hacer en sábado: «No se puede llenar un cacharro de aceite y ponerlo al lado de una lámpara y meter la mecha en él.» « Si se apaga una lámpara el sábado para ahorrar lámpara o aceite o mecha, se comete pecado.» «Uno no puede salir el sábado con sandalias reforzadas con clavos.» (El peso de los clavos constituiría una carga, y el llevar cargas era quebrantar el sábado). Uno no podía cortarse las uñas, ni el pelo de la cabeza o de la barba. Estaba claro que a los ojos de una ley así, hacer barro era quebrantar el sábado.

(ii) Estaba prohibido curar en sábado. Se podía prestar atención médica solamente si la vida estaba en peligro; pero, aun entonces, tenía que limitarse a mantener vivo al paciente o evitar que se empeorara, sin hacer nada para mejorarle. Por ejemplo: uno que tuviera dolor de muelas no podía sorber vinagre entre los dientes. Estaba prohibido entablillar un miembro roto. « Si uno se disloca la mano o el pie, no le puede echar agua fría.» No había duda de que el que había nacido ciego no estaba en peligro de muerte, así es que Jesús quebrantó el sábado al curarle.

(iii) Estaba establecido específicamente: «En cuanto a la saliva de la mañana, no se permite ni ponerla en los párpados.»

Los fariseos eran el ejemplo típico de esas personas que, en cualquier generación, condenan a todos los que tienen una idea de la religión distinta de la suya. Pensaban que la suya era la única manera de servir a Dios. Pero había algunos entre ellos que pensaban de otro modo, y declaraban que nadie que hiciera las cosas que hacía Jesús podía ser un pecador.

Llevaron al que había estado ciego toda la vida, y le interrogaron. Cuando le preguntaron qué opinión tenía de Jesús, contestó sin la menor vacilación: para él, Jesús era un profeta. En el Antiguo Testamento, a un profeta se le sometía a prueba exigiéndole que realizara algún milagro. Moisés dio prueba al Faraón de que era un mensajero de Dios con las señales y maravillas que realizó (*Éxodo 4:1-17*). Elías demostró que era profeta del Dios verdadero haciendo cosas que los profetas de Baal no pudieron hacer (*1 Reyes 18*). No hay duda que el pensamiento de aquel hombre iba por este camino cuando dijo que no tenía la menor duda de que Jesús era un profeta.

Entre otras cosas, este hombre era un valiente. Sabía muy bien lo que los fariseos pensaban de Jesús. Sabía muy bien que, si se ponía de Su parte, le excomulgarían. Pero dio su testimonio y adoptó su postura. Era como si dijera: < Yo no tengo más remedio que creer en Él y que estar de Su parte, después de lo que ha hecho por mí. » En esto es un auténtico ejemplo para nosotros.

EL DESAFÍO A LOS FARISEOS

Juan 9:17-34

***Ahora bien:** los judíos se negaban a creer que aquel hombre había estado ciego y había llegado a poder ver, hasta que llamaron a sus padres y los interrogaron:*

-¿Es éste vuestro hijo? ¿Y decís que nació ciego? Entonces, ¿cómo es que puede ver ahora?

-Estamos seguros de que éste es nuestro hijo, y sabemos que nació ciego; pero no sabemos cómo ha llegado a poder ver, ni Quién ha sido el Que le ha abierto los ojos. Preguntádselo a él, que ya es mayor de edad y puede responder por sí mismo.

Sus padres dijeron eso porque les tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya se habían puesto de acuerdo

en excomulgar de la sinagoga al que reconociera a Jesús como el Ungido de Dios. Por eso fue por lo que sus padres dijeron: < Ya es mayor de edad. Preguntádselo a él. »

Llamaron por segunda vez al que había estado ciego, y le dijeron:

- ¡Da gloria a Dios! ¡Sabemos que ese Hombre es un pecador!
- Si es o no pecador, yo no lo sé -contestó el hombre-; yo lo único que sé es que antes estaba ciego, y ahora veo.
- ¿Qué te hizo?-le preguntaron-. ¿Cómo te abrió los ojos?
- Ya os lo he dicho -les contestó-, y no habéis querido escucharme. ¿Por qué queréis que os lo vuelva a contar? ¿Es que queréis haceros Sus discípulos vosotros también?

Los judíos le lanzaron toda clase de insultos, y le dijeron:

- ¡Su discípulo lo serás tú! ¡Nosotros no somos discípulos más que de Moisés! A Moisés sabemos que le habló Dios; pero Ése, no sabemos de dónde ha salido.

- ¡Lo que es alucinante es que vosotros no tengáis ni idea de dónde ha salido, y a mí me abrió los ojos! Todo el mundo sabe que Dios no les hace caso a los pecadores; pero que, si una persona es piadosa y hace Su voluntad, a esa sí la escucha. Desde que el mundo es mundo no se había oído de nadie que le abriera los ojos a uno que hubiera nacido ciego. Si este Hombre no fuera de Dios, no podría haber hecho lo que ha hecho.

- ¿Tú, que has nacido lleno de pecado de pies a cabeza, nos vas a enseñar a nosotros? -le replicaron. Y le mandaron que se fuera de allí.

No hay galería de retratos más gráfica que ésta en ninguna literatura. Con diestras y reveladoras pinceladas, Juan da vida ante nosotros a los distintos personajes.

(i) Está el ciego mismo. Empezó molestándose por la insistencia de los fariseos. «Vosotros diréis lo que queráis de este Hombre -les dijo-; yo lo único que sé es que me dio la vista.» Es el sencillo hecho de la experiencia cristiana que muchos creyentes puede que no sepan expresar en lenguaje teológico correcto lo que creen de Jesús, pero pueden testificar de lo que Jesús ha hecho por sus almas. Hasta cuando uno no puede entender con la inteligencia, sin embargo puede sentir con el corazón. Es mejor amar a Jesús que amar las teorías que se han formulado acerca de Su Persona.

(ii) Están los padres del ciego. Está claro que no querían colaborar, pero era porque tenían miedo. Las autoridades de la sinagoga disponían de un arma terrible, que era la excomunión, por la que se excluía de la sociedad del pueblo de Dios a una persona. Allá por los tiempos de Esdras, leemos un decreto que se promulgó diciendo que al que no obedeciera las órdenes de las autoridades, « se le confiscara toda la hacienda, y él mismo quedara excluido de la congregación» (*Esdras* 10:8). Jesús advirtió a Sus discípulos que sus nombres serían obliterados como cosa mala (*Lucas* 6:22). Les dijo que los expulsarían de las sinagogas (*Juan* 16:2). Muchos de los funcionarios de Jerusalén creían realmente en Jesús, «pero a causa de los fariseos no Le confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga» (*Juan* 12:42).

Había dos clases de excomunión. Una era la proscripción, el *jérem*, que suponía la expulsión de la sinagoga de por vida. En tal caso se le anatematizaba públicamente, maldiciéndole en presencia del pueblo y excluyéndole de Dios y de la sociedad. Había otra sentencia de excomunión que podía durar un mes u otro período establecido. Lo terrible de tal situación era que se apartaba a la persona, no sólo de la sinagoga, sino hasta de Dios. Por eso los padres de este hombre respondieron que su hijo ya era suficientemente mayor para dar testimonio ante la ley y cuenta de sí mismo. Los fariseos estaban tan envenenados de odio contra Jesús que estaban dispuestos a llegar a lo peor que han llegado las autoridades eclesiásticas algunas veces; es decir, a usar el procedimiento eclesiástico para hacer prevalecer sus propósitos.

(iii) Están los fariseos. En un principio no se habían creído que el hombre había estado ciego; es decir: que habían sospechado que aquello había sido un «milagro» amañado entre Jesús y él. Además, estaban al tanto de que la misma Ley reconocía que un falso profeta podría realizar falsos milagros para confirmar sus propios falsos fines (*Deuteronomio* 13:15 advierte contra el peligro del falso profeta que realiza falsos milagros para apartar al pueblo tras dioses extraños). Así es que los fariseos empezaron por tener sospechas. De ahí pasaron a intimidar al hombre: «¡Da gloria a Dios! -le dijeron-. ¡Sabemos que ese Hombre es un pecador!» « ¡Da gloria a Dios!» era la frase que se usaba en los interrogatorios con el sentido de: «¡Di la verdad, en la presencia y en el nombre de Dios!» Cuando Josué interrogó a Acán acerca del pecado que había traído la derrota a Israel, le dijo: « ¡Hijo mío, da gloria al Señor Dios de Israel, y dale alabanza; y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras» (*Josué* 7:19).

Se pusieron furiosos porque no podían oponer nada al razonamiento del hombre, que estaba de acuerdo con la Escritura: «Jesús ha hecho una obra maravillosa; esto demuestra que Dios Le oye; Dios no oye nunca las oraciones de los malos; por tanto, Jesús no puede ser malo.» El hecho de que Dios no oye la oración de una mala persona es una de las ideas fundamentales del Antiguo Testamento. Hablando del hipócrita, dice Job: « ¿Oírás Dios su clamor cuando la tribulación viniere sobre él?» (*Job* 27:9). El salmista dice: «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» (*Salmo* 66:18). Isaías oye a Dios decirle al pueblo pecador: «Cuando extendáis vuestras manos -los judíos oraban con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba-, Yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo, cuando multipliquéis la oración, Yo no oiré; porque vuestras manos están llenas de sangre» (*Isaías* 1:15). Ezequiel dice del pueblo desobediente: «Aunque Me griten en los oídos, no los oiré» (*Ezequiel* 8:18). Por el contrario, creían que Dios oye siempre la oración de los que son buenos. «Los ojos del Señor están sobre los justos, y atentos Sus oídos al clamor de ellos» (*Salmo* 34:15). «Cumple el deseo de los que Le temen; oye asimismo el clamor de ellos y los salva» (*Salmo* 145:19). «El Señor está lejos de los impíos; pero Él oye la

oración de los justos» (*Proverbios 15:29*). El que había estado ciego hizo un razonamiento que los fariseos no podían contradecir.

Ante aquellas razones, fijaos lo que hicieron. Primero, le lanzaron toda clase de *improperios*. Luego pasaron a *insultarle*, acusándole de haber nacido en pecado, lo que equivalía a acusarle de pecado prenatal. Y en tercer lugar, recurrieron a las *amenazas*. Le dieron orden de que se marchara de su presencia; es decir que, como no le podían rebatir, le echaron.

A menudo tenemos diferencias con los demás, y es natural y hasta bueno que sea así. Pero cuando se llega a las ofensas, los insultos y las amenazas, la cosa deja de ser una discusión y se convierte en una contienda envenenada. Si nos enfadamos y recurrimos a las palabras ofensivas y a las amenazas violentas, demostramos que nuestras razones son extremadamente débiles e indefendibles.

REVELACIÓN Y CONDENACIÓN

Juan 9:35-41

Jesús se enteró de que habían expulsado al que había estado ciego; y cuando le halló le dijo:

-¿Crees en el Hijo del Hombre?

-Pero, ¿Quién es, Señor -Le preguntó el hombre, para que crea en ÉL?

-Ya Le has visto -le contestó Jesús-, y es el Que te está hablando ahora.

-¡Sí, Señor, creo! -Le contestó; y se arrodilló ante Él.

-Ha sido para juicio para lo que he venido a este mundo -dijo Jesús-, para que los que no ven puedan ver, y para que los que ven se queden ciegos.

Algunos de los fariseos que estaban con Jesús Le oyeron decir esto, y dijeron:

-¡No seremos nosotros de esos ciegos!

-Si fuerais ciegos -les contestó Jesús-, no tendríais culpa; pero, como presumís de ver muy bien, eso hace que sigáis siendo culpables.

Esta sección empieza con dos grandes verdades espirituales. (i) Jesús buscó al hombre. Como dijo Crisóstomo: «Los judíos le echaron del templo; pero, el Señor del Templo, le encontró.» Si el testimonio de cualquier cristiano le separa de sus semejantes, le acerca más a Jesucristo. Jesús es siempre leal con el que Le es leal.

(ii) Jesús mismo le reveló a este hombre Su verdadera identidad como Mesías. La lealtad nos conduce a la revelación; es a la persona que Le es leal a la que Jesús se revela más plenamente. El castigo del mundo por esa lealtad bien puede ser la persecución o el ostracismo; pero la recompensa de Dios es un caminar más íntimo con Cristo y un conocimiento más íntimo de Su maravillosa Persona.

Juan termina con dos de sus pensamientos característicos.

(i) Jesús vino a este mundo para juicio. Siempre que una persona se encuentra cara a cara con Jesús, obtiene un veredicto sobre sí misma. Si no ve en Jesús nada que desear, nada que admirar, nada que amar, entonces se ha condenado a sí misma. Si ve en Jesús a Alguien admirable, Alguien a Quien responder, Alguien a Quien aspirar, entonces está en el camino hacia Dios. La persona que es consciente de su propia ceguera, que anhela ver mejor y conocer mejor, es la que puede recibir la vista y penetrar en mayores profundidades de la verdad. El que piensa que ya lo sabe todo, que no se da cuenta de que no puede ver, es el que es ciego de verdad, sin esperanza y sin posibilidad de ayuda. Sólo el que se da cuenta de su propia ceguera puede aprender a ver. Sólo el que se da cuenta de su propio pecado puede recibir el perdón.

(ii) Cuanto más conocimiento tenga una persona, más digna de condenación es cuando ve la bondad y no la reconoce. Si los fariseos se hubieran criado en la ignorancia, no se los habría podido condenar. Su condenación fue la consecuencia del hecho de que sabían tanto y presumían de ver tan bien, y sin embargo dejaron de reconocer al Hijo de Dios cuando vino a este mundo. La ley de que la responsabilidad es la otra cara del privilegio está escrita en la vida.

MÁS Y MÁS GRANDE

Juan 9

Antes de dar por terminado nuestro estudio de este capítulo maravilloso, haremos bien en leerlo otra vez, ésta de un tirón. Si lo leemos con cuidado y atención, veremos el más precioso progreso en el conocimiento de aquel hombre que había estado ciego hasta que se encontró con Jesús. Pasó por tres etapas, cada una más elevada que la anterior.

(i) Empezó llamando a Jesús *un hombre*. «Ese hombre que llaman Jesús me abrió los ojos» (versículo 11). Empezó por creer que Jesús era un hombre maravilloso. Jamás había conocido a nadie que pudiera hacer la clase de cosas que Jesús hacía e hizo con él; empezó por creer en Jesús como el más grande de los hombres.

Haremos bien en pensar de cuando en cuando en la grandeza única de la personalidad humana de Jesús. En la galería de los mayores héroes de la Historia, a Él corresponde el puesto supremo. En cualquier antología de las vidas más dignas de admiración, gratitud e imitación, la Suya debe ser la primera. En cualquier antología de la literatura y del pensamiento

universales, Sus parábolas y enseñanzas deben figurar en primer lugar. Shakespeare pone en boca de Marco Antonio dirigiéndose a Bruto:

Su vida fue gentil; sus cualidades en armonía tal en su persona, que la Naturaleza, a todo el mundo, bien puede proclamar: «¡Este fue un hombre!»

No hay ni habrá jamás la menor duda de que de Quien esto se puede decir con innegable justicia es de Jesús.

(ii) De ahí pasó a llamar a Jesús *profeta*. Cuando le preguntaron su opinión en vista del hecho de que le había dado la vista, la respuesta del que había estado ciego fue: < Pues que es un profeta » (versículo 17). Un profeta es alguien que trae a las gentes el mensaje de Dios. < No cabe duda que el Señor Dios no hará nada sin revelarles Su plan secreto a Sus siervos los profetas » (Amós 3:7). Profeta es la persona que vive en comunión con Dios y ha penetrado en Sus consejos. Cuando leemos la sabiduría que hay en las palabras de Jesús, no podemos por menos de decir: < ¡Este es un Profeta! » Aunque otras cosas se puedan poner en duda, ésta es innegable: Si la humanidad siguiera las enseñanzas de Jesús, se resolverían todos los problemas personales, sociales, nacionales e internacionales. Si ha habido alguna vez un hombre que merezca ser llamado profeta, ese Hombre es Jesús.

(iii) Por último, el que había estado ciego llegó a confesar que Jesús era el *Hijo del Hombre*, es decir, el Mesías esperado. Llegó a la convicción de que las categorías humanas no eran suficientes para identificar a Jesús, y por eso Le rindió honores divinos. Napoleón estaba en una ocasión en una compañía en la que se encontraban algunos escépticos eminentes, y estaban hablando de Jesús. Algunos Le consideraban un gran hombre, y nada más. «Caballeros dijo Napoleón-, yo conozco a los hombres; y Jesucristo es más que un hombre.»

Una de las cosas maravillosas que pasan con Jesús es que, a medida que Le vamos conociendo más, nos parece más grande. El problema con muchas relaciones humanas es que a menudo, cuanto más conocemos a una persona, más fallos y debilidades le descubrimos. Pero con Jesús nos ocurre exactamente lo contrario: cuanto más Le conocemos, más maravilloso nos parece; y eso será cierto, no sólo en el tiempo, sino en la eternidad.

EL PASTOR Y SUS OVEJAS

Juan 10:1-6

Jesús dijo:

-Esto que os digo es la pura verdad: El que no entra en el corral de las ovejas por la puerta, sino encaramándose por algún otro sitio, es un ladrón y un bandido. Pero el que entra por la puerta, ese sí es el pastor de las ovejas. A ese le abre el portero, y las ovejas le oyen hablar, y él llama a las que son suyas por sus nombres y las saca. Cuando ya ha sacado afuera todas las que son suyas, él va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque le conocen por la voz. Pero no seguirán a un extraño, sino más bien huirán de él; porque no reconocen la voz de los extraños.

Cuando Jesús les contó esta parábola, ellos no sabían lo que les quería decir.

No cabe duda de que la descripción de Jesús como el Buen Pastor es la más apreciada y conmovedora de la piedad cristiana. La figura del pastor está entretejida en el lenguaje y la imagería de la Biblia. No podía ser de otra manera. La parte principal de Judea es la meseta central, que se extiende unos 50 kilómetros de Betel a Hebrón, con una anchura variable entre los 20 y los 25 kilómetros. El terreno es, en su mayoría, áspero y pedregoso. Judea era un país mucho más pastoril que

agricultor; y era inevitable, por tanto, que la figura más frecuente y representativa de las tierras altas de Judea fuera la del pastor.

Su vida era muy dura. Nunca se vería un rebaño pastando sin pastor, y este no se podía distraer ni un momento. Como había poca hierba, las ovejas siempre iban deambulando; y, como no había vallas de protección, había que estar vigilando constantemente las ovejas. A los dos lados de la estrecha meseta, el terreno se precipitaba bruscamente hacia abajo, hacia los inhóspitos desiertos escarpados por los que las ovejas corrían constantemente peligro de perderse. La misión del pastor era, no sólo constante, sino peligrosa; porque, además, tenía que proteger el rebaño de los ataques de las fieras, especialmente los lobos,

y de las incursiones de ladrones y bandidos. Sir George Adam Smith, el geógrafo enamorado de Palestina, escribe: < Cuando te le encuentras -en algún cerro en el que aúllan por la noche las hienas, insomne, con la mirada acostumbrada a las lejanías, curtido a la intemperie, apoyado en el cayado y siguiendo con la mirada sus ovejas dispersas, con cada una de ellas en el corazón-, entiendes por qué el pastor de Judea se remontó hasta la cabeza en la historia de su pueblo; por qué dio su nombre a los reyes y se convirtió en un símbolo de la providencia; por qué Cristo le tomó como prototipo del sacrificio. » Constante vigilancia, intrépido valor, paciente amor a su rebaño, eran las cualidades características del pastor en el pueblo de Israel.

En el Antiguo Testamento, Dios se representa a menudo como pastor, y el pueblo como Su rebaño. < El Señor es mi Pastor; nada me faltará » (*Salmo 23:1*). « Condujiste a Tu pueblo como ovejas por mano de Moisés y Aarón » (*Salmo 77:20*). « Y nosotros, pueblo Tuyo y ovejas de Tu prado, Te alabaremos para siempre » (*Salmo 79:13*). « Oh Pastor de Israel, escucha; Tú que pastoreas como a ovejas a José » (*Salmo 80:1*). « Porque Él es nuestro Dios; nosotros, el pueblo de Su prado y ovejas de Su mano » (*Salmo 95:7*). « Pueblo Suyo somos, y ovejas de Su prado » (*Salmo 100:3*). El Mesías, el Ungido de Dios, también se representa como el Pastor de las ovejas. « Como pastor apacentará Su rebaño; en Sus brazos reunirá los corderos, y en Su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas » (*Isaías 40:11*). « Pastoreará el rebaño del Señor fiel y justamente, y no dejará que ninguno de los Suyos tropiece en los pastos. Los guiará a todos correctamente » (*Odas de Salomón 17:45*). Los líderes y gobernadores del pueblo recibían el nombre de pastores. « ¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de Mi rebaño! » (*Jeremías 23:1-4*). Ezequiel hace una tremenda denuncia de los falsos líderes que buscan su propio provecho en lugar del bienestar del rebaño. « ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! » (*Ezequiel 34*).

Esta representación pasa al Nuevo Testamento. Jesús es el Buen Pastor. Él es el Pastor que arriesga la vida para buscar y salvar la oveja perdida (*Mateo 18:12; Lucas 15:4*). Tiene compasión de la multitud porque Le parecen como ovejas sin pastor (*Mateo 9:36; Marcos 6:34*). Sus discípulos son Su rebaño (*Lucas 12:32*). Cuando Él, el Pastor, sea herido, las ovejas serán dispersadas (*Marcos 14:27; Mateo 26:31*). Él es el Pastor de las almas (*1 Pedro 2:25*), y el gran Pastor de las ovejas (*Hebreos 13:20*).

Lo mismo que en el Antiguo Testamento, los líderes de la Iglesia son los pastores, y los creyentes son el rebaño. El deber del líder es alimentar al rebaño del Señor, aceptar la responsabilidad de la supervisión de buena gana y no por obligación, cumplirla con interés y no por interés, no haciendo uso de su posición para avasallar al rebaño, sino siendo dechados de la grey (*1 Pedro 5:2-3*). Pablo exhorta a los ancianos de Éfeso a que se cuiden de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo los ha puesto de supervisores (*Hechos 20:28*). La última orden de Jesús a Pedro fue que alimentara a Sus ovejas y corderos (*Juan 21:15-19*). Así se consagró la palabra *pastor* como título y descripción de los servidores de la Iglesia.

Los judíos tenían una leyenda preciosa para explicar por qué Dios había escogido a Moisés como líder de Su pueblo.

« Cuando Moisés estaba apacentando las ovejas de su suegro en el desierto, un cabrito se escapó. Moisés lo siguió hasta que llegó a un arroyo donde lo encontró bebiendo. Entonces Moisés dijo: « ¿Conque te escapaste porque tenías sed? Ahora debes de estar cansado. » Y, en lugar de castigarlo, se lo puso sobre los hombros, y lo llevó así de vuelta al redil. Y entonces Dios dijo: « Porque has tenido compasión de un animal que pertenecía a otro hombre, tú guiarás a Mi pueblo Israel. »

La palabra *pastor* debe traernos a la mente la imagen de la vigilancia, paciencia y amor de Dios; y debe recordarnos nuestro deber para con nuestros semejantes, especialmente si tenemos alguna responsabilidad en la Iglesia de Cristo.

EL PASTOR Y SUS OVEJAS

Juan 10:1-6 (conclusión)

El pastor de Palestina tenía costumbres y maneras de hacer las cosas bastante parecidas a las de España y los países hispánicos, que vamos a detallar para obtener el sentido completo de esta alegoría.

Su equipo era bien sencillo. Tenía su *zurrón* -«bolsa grande de pellejo, que regularmente usan los pastores para guardar y llevar su comida u otras cosas», D.R.A.E.-. En él no llevaría corrientemente más que pan, higos secos, aceitunas y queso. Tenía su *onda*, que usaría con la destreza de los antiguos zurdos de Benjamín, que «tiraban una piedra con la onda a un cabello, y no erraban» (*Jueces 20:16*). El pastor usaba la onda como arma defensiva y ofensiva; pero también la empleaba para algo muy curioso. En Palestina no solían tener perros pastores; así que, cuando el pastor quería llamar a una oveja que se estaba extraviando, le lanzaba con la onda una piedra precisamente delante de las narices para advertirla de que tenía que darse la vuelta. El pastor tenía su *garrote* (R-V *vara*), palo recio y fuerte, con una protuberancia de madera en un extremo, a veces reforzada con clavos, y una hendidura en el asa por la que se pasaba una correa para colgárselo el pastor al cinturón. Era el arma con la que se defendía él y defendía su rebaño de las fieras y de los ladrones. Tenía su *cayado*, con el que podía prender y retener las reses que se le estuvieran desmandando. A la caída de la tarde, cuando las ovejas iban entrando en el redil, el pastor sostenía el garrote a la entrada, bien cerca del suelo, y todas las ovejas tenían que pasar por debajo (*Ezequiel 20:37; Levítico 27:32*); y, al pasar cada una, el pastor le hacía un repaso rápido para ver si tenía alguna herida o se había hecho daño en algún sitio.

La relación entre el pastor y las ovejas era muy íntima. En otros países, las ovejas se crían para carne; pero en Palestina era sobre todo para lana, lo que hacía que las mismas ovejas pasaran años con el mismo pastor, que las conocía a todas por sus nombres. A menudo los nombres eran descriptivos, como < Patanegra», «Rabolargo». El pastor iba delante, y las ovejas le seguían. El pastor tenía que pasar el primero para comprobar que el camino era seguro; y, a veces, había que animar a las ovejas para que le siguieran. Un viajero nos cuenta que vio a un pastor que llegó al vado de un torrente guiando a su rebaño. Las ovejas se resistían a seguirle, y él resolvió el problema llevando en brazos uno de los corderos. Cuando la oveja vio al cordero al otro lado, ella también cruzó, y pronto todo el resto del rebaño la había seguido.

Es totalmente cierto que las ovejas conocen y entienden la voz de un pastor oriental, y que no obedecen la voz de un extraño. H. V. Morton, el famoso autor de libros de viaje, hace una descripción maravillosa de la manera de hablar que tiene un pastor oriental con sus ovejas. «A veces les habla en una especie de sonsonete alto, usando un lenguaje extraño y distinto de nada que yo hubiera oído en la vida. La primera vez que oí ese lenguaje de ovejas y cabras me encontraba en las colinas detrás de Jericó. Un rebaño de cabras había bajado al valle y estaba empezando a escalar la colina del otro lado cuando el pastor se volvió y vio que se habían quedado atrás en una rica

maleza. Elevando la voz, se dirigió a sus cabras en un lenguaje que Pan usaría en las montañas de Grecia. Era fantástico, porque no tenía nada de humano. Las palabras eran sonidos animales dispuestos en un cierto orden. Inmediatamente se elevó un balido de respuesta por todo el rebaño, y una o dos de las cabras volvieron la cabeza hacia él, pero no obedecieron. El cabrero entonces les dirigió una sola palabra más e hizo una especie de relincho de risa. Inmediatamente, una cabra que llevaba un cencerro dejó de comer y, abandonando el rebaño, bajó la colina al trote, cruzó el valle e inició la ascensión por la otra ladera. El hombre, acompañado de aquel animal, echó a andar y desapareció detrás de una roca. Muy pronto se produjo una reacción de pánico en la manada. Se olvidaron de comer. Miraron hacia arriba en busca del pastor. Ya no estaba a la vista. Se dieron cuenta de que el líder del cencerro ya no estaba. De la distancia les llegó la extraña risita de llamada del cabrero, en respuesta a la cual todo el rebaño cruzó de estampía el fondo del valle y saltó a la colina tras él.» (H. V. Morton, *Tras las huellas del Maestro*). W. M. Thomson, en *La tierra y el libro*, cuenta la misma historia. « El pastor daba un chillido de vez en cuando para recordarles su presencia. Conocían su voz, y le seguían; pero, si era un extraño el que chillaba, se paraban en seco, levantaban la cabeza en señal de alarma y, si se repetía la llamaba, salían huyendo, porque no reconocían aquella voz. Hice la prueba varias veces.» Exactamente lo que nos dice Juan.

H. V. Morton cuenta una escena que presencié en una cueva cerca de Belén. Dos pastores habían refugiado sus rebaños allí durante la noche. ¿Cómo iban a separar ahora los rebaños?

Uno de los pastores se puso a cierta distancia, e hizo su llamada peculiar, que sólo sus ovejas conocían, y al poco tiempo tenía todo su rebaño reunido alrededor de sí, porque conocían su voz. No habrían ido a ningún otro, pero conocían la voz de su pastor. Un viajero del siglo XVIII nos cuenta que hasta se podía hacer bailar a las ovejas de Palestina de diferentes maneras al son del silbato o de la flauta que les tocaba su propio pastor.

Todos los detalles de la vida pastoril iluminan la alegoría del Buen Pastor, Cuyas ovejas oyen Su voz y Cuyo rebaño está constantemente a Su cuidado.

LA PUERTA DE LA VIDA

Juan 10:7-10

Entonces Jesús les dijo otra vez:

-Lo que os digo es la pura verdad: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes no eran más que ladrones y bandidos; pero las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta. El que entre pasando por mí estará a salvo, y podrá entrar y salir y siempre encontrará pastos. El ladrón no viene más que para matar, y robar, y destruir; Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia.

Los judíos no comprendieron el sentido de la historia del Buen Pastor, así es que Jesús, sencilla y claramente, se la aplicó a Sí mismo.

Empezó diciendo: « Yo soy la puerta.» En esta alegoría, Jesús habla de dos clases de refugios de ovejas. En los pueblos había corrales comunales donde se metían todos los rebaños de los vecinos cuando volvían a casa por la noche. Estaban protegidos por una puerta recia de la que solamente el portero tenía la llave. Era a esa clase de aprisco a la que se refería Jesús en los versículos 2 y 3. Pero, cuando el tiempo lo permitía y las ovejas no volvían por la noche al pueblo, se recogían en rediles al aire libre, que eran y son «apriscos cercados con un vallado de estacas y redes» (D.R.A.E.), con una abertura por la que entran y salen las ovejas; es decir, sin puerta propiamente

dicha. Lo que sucedía era que, por la noche, el mismo pastor se tumbaba o acurrucaba en la abertura de forma que ninguna oveja podía salir sin pasar por encima de su cuerpo. Literalmente: el pastor era la puerta.

Eso era lo que Jesús tenía en mente cuando dijo: «Yo soy la puerta.» A través de Él, y sólo a través de Él, podemos tener acceso a la presencia de Dios. «A través de Él -decía Pablo- tenemos entrada al Padre» (*Efesios 2:18*). «Él -escribe el autor de *Hebreos*- es el camino nuevo y vivo» (*Hebreos 10:20*). Jesús abre el camino hacia Dios. Hasta que vino Jesús, se podía pensar en Dios sólo -en el mejor de los casos- como un extraño, o -en el peor de los casos- como un enemigo. Pero Jesús vino para enseñarnos cómo es Dios, y para abrirnos el camino hacia Él. No hay otra puerta por la que podamos tener entrada a la presencia de Dios.

Para describir algo de lo que quiere decir esa entrada a Dios, Jesús usa una frase hebrea bien conocida. Dice que, por Él, *podemos entrar y salir*. El poder ir y venir sin impedimento era la manera judía de describir una vida totalmente segura y a salvo. Cuando uno puede entrar y salir sin miedo en su casa o en su país, eso quiere decir que hay paz, que las fuerzas de la ley y del orden funcionan y que se goza de completa seguridad. El líder de la nación debe ser « el que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca» (*Números 27:17*). De la persona que es obediente a Dios se dice que será bendito en su entrar y bendito en su salir (*Deuteronomio 28:6*). Un menor de edad no sabe todavía entrar y salir (*1 Reyes 3:7*). El salmista está seguro de que Dios siempre guardará su salida y su entrada (*Salmo 121:8*). Una vez que descubrimos, por medio de Jesucristo, cómo es Dios, adquirimos un nuevo sentido de libertad y de seguridad. Si sabemos que nuestra vida está en las manos de un Dios así, las preocupaciones y los temores desaparecen.

Jesús dijo que los que habían venido antes eran ladrones y bandidos. Por supuesto que no se estaba refiriendo a la gran sucesión de los profetas y héroes, sino a los aventureros que surgían cada dos por tres en Palestina prometiéndoles a los que los siguieran una edad de oro. Todos esos pretendientes no eran en realidad más que terroristas. Creían que el pueblo tendría que vadear un río de sangre para entrar en la supuesta edad de oro. Por este tiempo, Josefo nos dice que hubo diez mil desórdenes en Judea, tumultos causados por hombres de guerra. Habla de hombres como los celotas a los que no les importaba morir ni matar a sus seres queridos si se podían hacer realidad sus esperanzas de conquista. Jesús está diciendo: «Ha habido hombres que pretendían ser líderes enviados de Dios. Su credo eran la guerra y el asesinato. Guiaban al pueblo cada vez más lejos de Dios. Mi camino es el de la paz, el amor y la vida; y, si lo queréis seguir, lleva cada vez más cerca de Dios.» Siempre ha habido, y habrá siempre, los que creen que hay que introducir la edad de oro por la violencia, la lucha de clases, la amargura y la destrucción. El mensaje de Jesús es que el único camino que conduce a Dios en el Cielo y a la edad de oro en la Tierra es el del amor.

Jesús Se presenta como el Que ha venido para que tengamos vida, y para que la tengamos en más abundancia. La frase griega para *tenerla en más abundancia* quiere decir *una superabundancia de algo*. Ser seguidor de Jesús, saber Quién es y lo que representa, es tener superabundancia de vida. Un soldado romano vino a Julio César para pedirle permiso para cometer suicidio. Era un pobre desgraciado y desanimado sin vitalidad. César le miró, y le dijo: «Pero hombre, ¿has estado vivo de veras alguna vez?» Cuando intentamos vivir nuestra propia vida, se nos hace aburrida y vacía. Cuando caminamos con Jesús, recibimos una nueva vitalidad, una superabundancia de vida. Es sólo cuando vivimos con Cristo cuando la vida vale la pena de veras y empezamos a vivir de verdad.

EL PASTOR AUTÉNTICO, Y EL FALSO

Juan 10:11-15

-Yo soy el Buen Pastor; un buen pastor da la vida por sus ovejas. El asalariado, que no es el pastor verdadero ni las ovejas son realmente suyas, ve venir al lobo y abandona las ovejas y huye; y el lobo se apodera de ellas y las dispersa. El asalariado abandona las ovejas porque no es más que un asalariado, y las ovejas no le importan lo más mínimo. Yo soy el Buen Pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas Me conocen a Mí, como el Padre Me conoce a Mí y Yo a Él. Y doy Mi vida por las ovejas.

Este pasaje traza el contraste entre un buen pastor y un mal pastor, entre un pastor fiel y uno infiel. El pastor era en Palestina totalmente responsable de las ovejas. Si algo le sucedía a una, él tenía que demostrar que no había sido por su culpa. Amós habla del pastor que rescata dos patas o, aunque sólo fuera, la punta de una oreja, de la boca del león (*Amos 3:12*). La ley establecía: «Si le hubiere sido arrebatado por una fiera, se traerá testimonio» (*Éxodo 22:13*). El pastor tenía que traer una prueba de que la oveja había muerto, y de que él no había podido evitarlo. David le dijo a Saúl que, cuando estaba cuidando de las ovejas de su padre, tenía que pelear con leones y con osos (*1 Samuel 17:34-36*). Isaías habla de la cuadrilla de pastores que se reúne para enfrentarse con un león (*Isaías 31:4*). Para el pastor era la cosa más natural del mundo el tener que exponer su vida para defender su rebaño. Algunas veces tenía que hacer más que exponerla: la daba, tal vez frente a los ladrones y bandidos que atacaban el rebaño. El doctor W. M. Thomson, en *La tierra y el libro*, escribe: « He escuchado emocionadas descripciones gráficas de verdaderas y sangrientas peleas con las fieras. Y cuando venían los ladrones o los bandidos, y es verdad que venían,

el pastor fiel tenía que jugarse la vida para defender su rebaño. He sabido de más de un caso en que el pastor tuvo que dar la vida literalmente en la pelea. Un pobre chico fiel la primavera pasada, entre Tiberíades y Tabor, en vez de huir, luchó contra tres ladrones beduinos hasta que le hirieron todo el cuerpo con sus *janyares* y *murio* entre las ovejas que estaba defendiendo.» El pastor auténtico no vacilaba nunca en arriesgar y aun dar su vida para salvar a sus ovejas de cualquier peligro que las amenazara.

Pero, por otra parte, había pastores no fiables. La diferencia era esta: el que era pastor de veras lo era de nacimiento. Salía con el rebaño tan pronto como podía cumplir con su deber. Las ovejas eran sus compañeras y amigas, y era para él como una segunda naturaleza el pensar en ellas antes que en sí mismo. Pero el pastor improvisado hacía el trabajo, no por vocación, sino como una manera de ganar dinero, y para sacar lo más posible. Puede que se echara al campo porque en el pueblo no tenía otro trabajo. No sentía ningún aprecio por la responsabilidad de su tarea. No era más que un asalariado.

Los lobos han sido siempre, y siguen siendo en muchos sitios, una amenaza terrible para el ganado. Jesús dijo de Sus discípulos que los enviaba como ovejas en medio de lobos (*Mateo 10:16*); Pablo advirtió a los ancianos de Éfeso que se introducirían lobos rapaces que no **tendrían compasión del rebaño** (*Hechos 20:29*). Si atacaban los lobos, el pastor asalariado no pensaba más que en salvar su propia vida, y huía. Zacarías señala como característica del falso pastor que no intenta reunir las ovejas dispersas (*Zacarías 11:16*). El padre de Carlyle usó una vez esta alegoría cáusticamente en cierta ocasión. En Ecclefechan tenían problemas con el pastor evangélico; y problemas de la peor especie, de los de dinero. El padre de Carlyle se levantó y dijo mordazmente: «¡Dadle su salario al asalariado, y que se vaya!»

Lo que Jesús quería decir era que el que trabaja sólo por lo que pueda sacar, no piensa más que en el dinero; pero el que trabaja por amor, piensa en aquellos a los que está tratando de servir. Jesús, el Buen Pastor que amaba tanto a Sus ovejas, daría un día Su vida para salvarlas.

Fijémonos en un par de puntos antes de dar por concluido el estudio de este pasaje. Jesús se describe a Sí mismo como el *Buen Pastor*. Ahora bien: en griego hay dos palabras que se traducen por *bueno*. Está la palabra *agathós*, que simplemente describe la cualidad moral de una persona o cosa que es buena; y está la palabra *kalós*, que añade a la bondad una cualidad encantadora que hace a la persona que la posee atractiva y simpática. Algunas veces decimos de alguien que es así que es *una bellísima persona*; no refiriéndonos, desde luego, a su aspecto físico y exterior, sino a esas otras cualidades como la amabilidad, la voluntad de ayudar, la paciencia con las debilidades y aun con las ofensas que tiene que sufrir- que hacen que todo el mundo quiera ser amigo de esa persona. En este pasaje, cuando Jesús se describe como el *Buen Pastor*, la palabra que usa es *kalós*. En Él hay más que eficacia y fiabilidad: hay un encanto que cautiva el alma. En la figura de Jesús como el Buen Pastor se reflejan Su gracia y simpatía al mismo tiempo que Su fuerza y eficacia.

El segundo punto es el siguiente. En la parábola, el rebaño es la Iglesia de Cristo; y la amenaza un doble peligro. Siempre es probable que el enemigo aceche desde fuera: los lobos, los ladrones y los merodeadores; pero es igualmente probable que los problemas se produzcan en el interior, por los falsos pastores. La Iglesia corre un doble peligro. Siempre está bajo fuego enemigo desde fuera; pero a menudo sufre la tragedia de una mala dirección, del desastre de pastores que ven su vocación como una carrera y no como un camino de servicio. El segundo peligro es, con mucho, el peor de los dos; porque, si el pastor es fiel y bueno, se tiene una defensa fuerte frente a los ataques del exterior; pero, si el pastor es infiel y un asalariado, los enemigos del exterior se pueden introducir y hacerle mucho daño al rebaño. La primera necesidad esencial que tiene la Iglesia en todos los tiempos es una dirección pastoral que siga el ejemplo de Jesucristo.

LA UNIDAD DEFINITIVA

Juan 10:16

Pero también tengo otras ovejas que no son de este redil. A esas también debo traer para que oigan Mi voz; y todas llegarán a ser un solo rebaño, y habrá un solo Pastor.

Una de las cosas más difíciles de desaprender es el exclusivismo. Una vez que a un pueblo, o a un grupo, se le mete en la cabeza que gozan de un privilegio especial, les es sumamente difícil reconocer que ese privilegio es en realidad patrimonio común de toda la humanidad. Eso es algo que los judíos no aprendieron nunca. Creían que eran el pueblo escogido de Dios, y que a Dios no Le importaban los demás pueblos. Creían que, en el mejor de los casos, los otros pueblos estaban destinados a ser sus esclavos; y, en el peor de los casos, a ser eliminados del programa general. Pero Jesús dice que llegará el día en que toda la humanidad Le conocerá como su Pastor. Aun en el Antiguo Testamento no faltan indicios de ese día. Isaías tuvo precisamente ese sueño. Estaba convencido de que Dios había hecho que Israel fuera *la luz de las naciones* (*Isaías 42:6; 49:6; 51:4*), y siempre hubo voces solitarias que insistieron en que Dios no era la propiedad exclusiva de Israel, sino que el destino de Su pueblo era darle a conocer a toda la humanidad. A primera vista parecería que el Nuevo Testamento contiene dos actitudes diferentes a este respecto; y algunos pasajes del Nuevo Testamento puede que nos sorprendan y turben un tanto. Según nos cuenta la historia Mateo, cuando Jesús envió a Sus discípulos les dijo: «No os dirijáis a los gentiles, ni entréis en ningún pueblo de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (*Mateo 10:5-6*). Cuando la mujer sirofenicia

solicitó la ayuda de Jesús, Su primera respuesta fue que Él no había sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel (*Mateo 15:24*). Pero hay mucho que decir en el otro sentido. Jesús mismo se quedó algún tiempo y enseñó en Samaria (*Juan 4:40*); y declaró que ser descendiente de Abraham no era garantía de entrar en el Reino (*Juan 8:39*). Fue de un centurión romano de quien dijo que no había visto una fe semejante en Israel (*Mateo 8:10*); fue un leproso samaritano el único que volvió a darle las gracias (*Lucas 17:15-19*); fue el viajero samaritano el que dio muestras de una piedad que todos debemos tomar como ejemplo (*Lucas 10:37*); muchos vendrán a sentarse a la mesa en el Reino de Dios, del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, mientras que los que se creen «hijos del Reino» serán excluidos (*Mateo 8:11-12; Lucas 13:28-30*); la gran comisión fue al final salir a predicar el Evangelio a todas las naciones (*Marcos 16:15; Mateo 28:19*); Jesús no era sólo la luz de los judíos, sino la luz del mundo (*Juan 8:12*).

¿Cómo se explican los dichos que parecen limitar la obra de Jesús a los judíos? Es muy sencillo. El propósito *final* de Jesús era que todo el mundo fuera para Dios. Pero, cualquier general sabe que debe, en primera instancia, limitar sus objetivos. Si trata de atacar en todo un frente demasiado extenso, no hará más que desparramar sus fuerzas sin obtener ningún buen resultado. Para llegar a la victoria definitiva tiene que empezar por concentrar sus fuerzas en ciertos objetivos limitados. Eso fue lo que hizo Jesús. Si hubiera ido acá, allá y acullá, si hubiera mandado a Sus discípulos sin limitaciones en cuanto a la esfera de su trabajo, nada se habría logrado. De momento se concentró deliberadamente a la nación judía; pero su propósito definitivo era abarcar a todo el mundo con Su amor.

Hay tres grandes verdades en este versículo.

(i) Sólo en Jesucristo puede el mundo llegar a la unidad. Egerton Young fue el primer misionero que fue a los amerindios de más al Norte. En Saskatchewan fue a hablarles del amor de Dios. Para los indios era una nueva revelación. Cuando el misionero acabó su mensaje, el viejo jefe le dijo:

-Cuando estabas hablando del gran Espíritu, ¿es cierto que te oí decir «Nuestro Padre»?

-Sí, has oído bien -le contestó Egerton Young.

-Eso es muy nuevo y dulce para mí -dijo el jefe-. Nosotros no habíamos pensado nunca en el gran Espíritu como Padre. Le oíamos en el trueno; Le veíamos en los relámpagos y rayos, en la tormenta y en el huracán, y Le teníamos miedo. Así que, cuando nos dices que el gran Espíritu es *nuestro Padre*, nos resulta algo muy hermoso.

El anciano hizo una pausa y luego prosiguió, como si un destello de gloria hubiera brillado de pronto sobre él:

-Misionero, ¿dijiste que el gran Espíritu es *tu Padre*?

-Sí -respondió el misionero.

-Y -siguió el jefe-, ¿dijiste que es el Padre de los *indios*?

-Eso es lo que dije.

-Entonces -exclamó el viejo jefe, como si le hubiera amanecido una aurora de gozo indecible- *¡tú y yo somos hermanos!*

La única unidad posible para la humanidad se funda en el hecho de nuestra común filiación divina. En el mundo hay división entre nación y nación; dentro de la misma nación, entre clase y clase. No puede haber una sola nación; y no puede haber una sola clase. Lo único que puede derribar las barreras y borrar las diferencias es el Evangelio de Jesucristo, que nos incluye a todos bajo el manto de la paternidad universal de Dios.

(ii) En la Vulgata, la traducción latina de san Jerónimo, hay un error que ha pasado a algunas traducciones antiguas. Dice: «Habrán un aprisco y un pastor.» En eso ha basado la Iglesia Católica Romana su enseñanza de que fuera de ella no hay salvación. Pero la traducción verdadera que aparece en casi todas las traducciones modernas es: «Habrán un solo rebaño, un solo Pastor;» o aún mejor: «Llegarán a formar un solo rebaño y tendrán un solo Pastor.» En «*un* rebaño, y un Pastor», como aparece en Reina-Valera, *un* se podría tomar como artículo indeterminado, lo que permitiría suponer que puede haber otros pastores y rebaños. Por eso ponemos, como otras traducciones, *un solo*, ya que en griego la palabra que se usa es el numeral.

La unidad viene del hecho, no de que se obligue a todas las ovejas a entrar en el redil, sino de que todas oyen, responden y obedecen a un solo Pastor. No es una unidad eclesiástica; sino la unidad que viene de la común lealtad a Jesucristo. El hecho de que haya un solo rebaño no quiere decir que no pueda haber más que una sola iglesia, una sola manera de dar culto a Dios, un solo sistema de administración eclesiástica; pero sí quiere decir que las distintas iglesias están unidas en su común lealtad a Jesucristo.

(iii) Pero este dicho de Jesús es una llamada muy personal, porque es un sueño que cada uno de nosotros podemos ayudar a hacer realidad. Las personas no podrán oír si no hay un mensajero; las otras ovejas no podrán incorporarse a menos que vaya alguien a traerlas. Aquí se nos presenta la tremenda tarea misionera de la Iglesia. Y no debemos considerarla sólo en términos de lo que solíamos llamar las misiones *extranjeras*. Si sabemos de alguien aquí y ahora que está fuera del amor de Cristo, Se le podemos encontrar. El sueño de Cristo depende de nosotros; somos nosotros los que podemos ayudarle a hacer del mundo un solo rebaño, con El como único Pastor.

Juan 10:17-18

Por lo que Me ama el Padre es porque Yo entrego Mi vida para volverla a tomar. No es que nadie Me la quite; soy Yo el Que la entrego. Tengo pleno derecho a entregarla, y tengo pleno derecho a recuperarla. Estas son las instrucciones que he recibido de Mi Padre.

Hay pocos pasajes en el Nuevo Testamento que nos digan tanto como este acerca de Jesús en tan poco espacio.

(i) Nos dice que veía toda Su vida como un acto de obediencia a Dios. Dios Le había dado una tarea que cumplir, y Él estaba dispuesto a llevarla a cabo, aunque sabía que Le costaría la vida. Tenía una relación única y exclusiva con Dios que sólo podemos describir diciendo que era el Hijo de Dios. Pero esa relación no Le daba el derecho a hacer lo que Él quisiera; dependía de que hiciera siempre, costara lo que costara, lo que Dios quería. La filiación divina sólo podía basarse para El, como para nosotros, en la obediencia.

(ii) Nos dice que Jesús veía siempre la Cruz y la gloria como inseparables. Él no dudó nunca de que tenía que morir, e igualmente tampoco dudó nunca de que había de resucitar. La razón no era otra que Su confianza en Dios: estaba seguro de que Dios jamás Le abandonaría. La vida se basa en el hecho de que todas las cosas que valen la pena tienen un precio. Siempre se ha de pagar un precio para conseguirlas. La erudición se consigue solamente al precio del estudio; la habilidad en el arte o la técnica sólo se puede adquirir al precio de la práctica; la eminencia en cualquier deporte sólo se logra mediante el entrenamiento y la disciplina. El mundo está lleno de personas que han perdido su destino porque no quisieron pagar el precio. Nadie puede entrar en la gloria y la grandeza escogiendo siempre el camino más fácil; nadie puede dejar de encontrarlas si está dispuesto a seguir el camino difícil.

Se dice que en la Primera Guerra Mundial había un joven soldado francés que estaba herido de gravedad. Tenía un brazo tan destrozado que hubo que amputárselo. Era un ejemplar tan magnífico de humanidad joven que el cirujano se sentía apesadumbrado de que tuviera que quedarse manco para el resto de la vida. Esperó al lado de la cama del soldado para darle la mala noticia cuando despertara de la anestesia. Cuando el joven abrió los ojos, el cirujano le dijo:

-Siento mucho decirte que has perdido el brazo.

-No lo he perdido -le contestó el soldado-. ¡Lo he dado por Francia!

Jesús no se encontró irremisiblemente enredado en un cúmulo de circunstancias de las que no se podía librar. Aparte de la ayuda sobrenatural que habría podido solicitar, está claro que hasta el final habría podido volverse atrás y salvar la vida. No la perdió, sino la entregó. No se Le impuso la Cruz: la aceptó voluntariamente... por nosotros.

0 LOCO, 0 HIJO DE DIOS

Juan 10:19-21

De nuevo se produjo una división de opiniones entre los judíos por causa de las últimas palabras de Jesús. Muchos de ellos decían:

-¡Es un poseso y un loco! ¿Por qué le hacéis caso?

-Las cosas que dice no son de poseso -decían otros-. ¿Cómo va a poder abrir los ojos de los ciegos uno que esté dominado por un espíritu malo?

Los que escucharon a Jesús en aquella ocasión se enfrentaron con el dilema que sigue presentándonos a todos desde entonces. O Jesús era un loco megalómano, o era el Hijo de Dios. No hay escapatoria: si uno habla de Dios y de sí mismo de la manera que habló Jesús, o está totalmente engañado o está totalmente en lo cierto. Las afirmaciones que hizo Jesús sólo podrían querer decir locura o divinidad. ¿Cómo podemos llegar a la seguridad de que estaban justificadas y no eran la fantasía más grande del mundo y de la Historia?

(i) Las palabras de Jesús no son las de un loco. Podríamos citar a innumerables testigos que nos confirmarían que las enseñanzas de Jesús son la suprema salud mental y total. Pensadores y pensadoras de todas las generaciones han considerado la enseñanza de Jesús la única esperanza de cordura para un mundo desquiciado. La Suya es la única voz que habla con verdadero sentido en medio de la barahúnda de todos los engaños humanos.

(ii) Las obras de Jesús no son las de un loco. Sanó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, consoló a los tristes. La locura de la megalomanía es esencialmente egoísta. No busca nada más que su propia gloria y prestigio. Pero Jesús Se pasó la vida haciendo cosas, y viviendo -y muriendo- por los demás. Como dijeron algunos de los mismos judíos, un loco no puede abrir los ojos de los ciegos.

(iii) El efecto que causa Jesús no es el que produce un loco. El hecho indiscutible es que el poder de Jesús ha transformado millones y millones de vidas. Los débiles se han vuelto fuertes, los egoístas se han vuelto generosos, los derrotados se han

vuelto triunfadores, los angustiados se han vuelto serenos, los malos se han vuelto buenos. No es la locura lo que produce tales cambios, sino la prudencia y la sabiduría.

La elección sigue abierta: Jesús, o loco o divino. Ninguna persona sincera puede estudiar la evidencia y llegar a ninguna otra conclusión sino la de que Jesús trajo al mundo, no una loca fantasía, sino la perfecta cordura de Dios.

LA PRESENTACIÓN Y LA PROMESA

Juan 10:22-28

En Jerusalén se estaba celebrando la fiesta de la Dedicación. Hacía un tiempo invernal, y Jesús estaba paseando por el recinto del templo, en el pórtico de Salomón. A eso los judíos Le rodearon, y Le preguntaron:

-¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si eres de veras el Ungido de Dios, dínoslo claro de una vez.

-Ya os lo he dicho -contestó Jesús-, y no me habéis creído. Las obras que Yo hago en nombre de Mi

Padre son Mis evidencias. Pero vosotros no creéis porque no sois del número de Mis ovejas. Mis ovejas oyen Mi voz, y Yo las conozco, y ellas Me siguen. Y Yo les doy la vida eterna, y nunca jamás perecerán, ni Me las podrá arrebatarse nadie de la mano.

Juan empieza por darnos la fecha y el lugar de esta discusión. La fecha fue la fiesta de la Dedicación, la última que se fundó de las grandes fiestas judías. Algunas veces se la llamaba la fiesta de las Luces. Su nombre hebreo es *Januká*. Se celebra el 25 del mes judío de kislev, que corresponde a nuestro diciembre. Caía, pues, esta fiesta hacia la Navidad cristiana, y los judíos la siguen celebrando universalmente.

El origen de la fiesta de la Dedicación se remonta a uno de los períodos de mayor tribulación y heroísmo de la historia judía. Hubo un rey de Siria llamado Antíoco Epifanes, que reinó de 175 a 164 a.C. Estaba enamorado de todo lo griego. Decidió eliminar la religión judía de una vez para siempre e introducir en Palestina la vida, el pensamiento, la religión y los dioses griegos. Al principio trató de hacerlo pacíficamente. Algunos judíos aceptaron las ideas y formas nuevas, pero la mayoría se mostró resueltamente fiel a la fe ancestral.

En 170 a.C. se produjo la terrible crisis. Ese año, Antíoco atacó a Jerusalén. Se dijo que perecieron 80,000 judíos, y otros tantos fueron vendidos como esclavos. Se robaron 1,800 talentos -un talento eran 21,600 gramos de plata- del tesoro del templo. El tener un ejemplar de la Torá -el Pentateuco- el circuncidar a un niño se castigaba con la muerte; a las madres que circuncidaban a sus hijos las crucificaban con sus niños colgándoles del cuello. Los atrios del templo fueron profanados; se convirtieron sus cámaras en prostíbulos; y, para colmo, Antíoco llegó hasta a dedicar el gran altar de los holocaustos a Zeus Olímpico, y a ofrecer sobre 61 sacrificios de puercos a los dioses griegos.

Fue entonces cuando Judas Macabeo y sus hermanos emprendieron su épica lucha por la libertad. En 164 a.C. se ganó la guerra definitivamente; y ese mismo año se limpió y purificó el templo. Se reconstruyó el altar y se repusieron las túnicas y los objetos del culto después de tres años de contaminación. Para conmemorar la purificación del templo se instituyó la fiesta de la Dedicación. Judas Macabeo decidió que «los días de la dedicación del altar se habían de celebrar en su tiempo de año en año, por espacio de ocho días, desde el día 25 del mes de kislev, con gozo y alegría» (*1 Macabeos 4:59*). Por esa razón esta fiesta se llamaba a veces de la *Dedicación del Altar*, y otras *Memorial de la Purificación del Templo*.

Pero, como ya hemos visto, aún tenía otro nombre: el de la fiesta de las Luces. Se instalaban grandes iluminaciones en el templo, y también en todos los hogares. En la ventana de todas las casas judías se ponían luces. Según Shammai, se ponían ocho luces en las ventanas, y cada día se quitaba una hasta dejar sólo una el último día. Según Hillel, el primer día se encendía una sola, y cada día se añadía una más hasta tener ocho el último día. Todavía podemos ver estas luces en los hogares de los judíos practicantes hasta el día de hoy.

Estas luces tenían dos significados. El primero era como recordatorio de que la luz de la libertad había vuelto a brillar en Israel. El segundo se remontaba a una leyenda muy antigua. Se decía que, cuando se purificó el templo y se volvió a encender el candelabro de los siete brazos, sólo se pudo encontrar una vasijita de aceite sin contaminar. Esta vasija se había mantenido intacta y con el sello del anillo del sumo sacerdote. Por su capacidad material, no contenía aceite nada más que para mantener las lámparas encendidas un día; pero, milagrosamente, hubo suficiente para los ocho, hasta que se acabó de preparar otro aceite según la fórmula correcta y se consagró para su uso santo. Por eso brillaban las luces en el templo y en los hogares ocho días en memoria de la vasija que Dios hizo que durara ocho días en vez de uno solo.

No carece de significado el hecho de que debe de haber sido cerca de esas fechas cuando Jesús dijo: «Yo soy la Luz del mundo.» Cuando se encendían todas aquellas luces para conmemorar la libertad recuperada para dar culto a Dios conforme a la conciencia y tradición de Israel, Jesús dijo: «Yo soy la Luz del mundo; sólo Yo puedo iluminar el camino que conduce al conocimiento y a la presencia de Dios.»

Juan también nos menciona el lugar en que se produjo esta discusión: el pórtico de Salomón. El primer atrio del templo era el de los Gentiles. A sus dos lados había una columnata magnífica que se llamaban el pórtico de Salomón y el pórtico Real. Eran hileras de columnas impresionantes, de 12 metros de altura, con un techo encima. La gente acudía allí para orar o meditar; y los rabinos solían pasear por allí, hablando con sus alumnos y explicando las doctrinas de la fe. Jesús también iba andando por allí porque, como nos detalla Juan con un toque pictórico, «hacía un tiempo invernal.»

LA PRESENTACIÓN Y LA PROMESA

Juan 10:22-28 (conclusión)

Cuando Jesús estaba paseando por el pórtico de Salomón, se le acercaron los judíos. «¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? -Le dijeron-. Dínoslo claro de una vez: ¿eres o no eres el Ungido prometido de Dios?»

Detrás de esa pregunta había dos actitudes mentales. Había algunos que genuinamente querían saberlo, y esperaban anhelantes la respuesta. Pero había otros que, sin duda, usaban aquella pregunta como una trampa. Querían inducir engañosamente a Jesús a que hiciera una declaración que se pudiera tergiversar, ya fuera para convertirla en un delito de blasfemia aceptable para sus tribunales, o en una acusación de insurrección de la que se encargaría el gobernador romano.

La respuesta de Jesús fue que ya les había dicho Quién era. Es verdad que no lo había dicho con todas sus letras; porque, según nos cuenta la historia Juan, Jesús había presentado Sus credenciales en privado. A la Samaritana Se le había revelado como el Mesías (*Juan 4:26*), y al que había nacido ciego, como el Hijo del Hombre (*Juan 9:37*). Pero hay algunas declaraciones que no hay por qué hacer de palabra, especialmente a una audiencia cualificada para percibir las. Había dos cosas acerca de Jesús que Le colocaban más allá de toda duda, las expresara con palabras o no. La primera eran Sus *obras*. Había sido la visión de la edad de oro que había tenido Isaías: «Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se destaparán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará de gozo la lengua del mudo» (*Isaías 35:5-6*). Cada uno de los milagros de Jesús era una prueba de que había venido el esperado Mesías. La segunda eran Sus *palabras*. Moisés había anunciado que Dios levantaría a un Profeta al Que el pueblo tendría que oír (*Deuteronomio 18:15*). El mismo acento de autoridad con que hablaba Jesús, la manera regia en que abrogó la antigua ley y puso en su lugar Sus enseñanzas, eran una prueba fehaciente de que Dios hablaba por medio de Él. Las palabras y las obras de Jesús eran una demostración de que El era el Ungido de Dios.

Pero la inmensa mayoría de los judíos no habían aceptado esas pruebas. Como hemos visto, las ovejas de Palestina conocían la llamada especial de su propio pastor, y la obedecían; esos no eran del rebaño de Jesús. En el Cuarto Evangelio subyace la doctrina de la predestinación. Las cosas suceden siempre como Dios las había programado. Juan está diciendo realmente que aquellos judíos estaban predestinados para no seguir a Jesús. De una manera o de otra todo el Nuevo Testamento mantiene en equilibrio dos ideas aparentemente opuestas: el hecho de que todo sucede conforme al propósito de Dios y, al mismo tiempo, que la libertad humana es responsable. Esos judíos se habían hecho a sí mismos tales que estaban predestinados para no aceptar a Jesús; y sin embargo, según Juan, eso no los hace en nada menos condenables.

Pero, aunque la mayoría no aceptaron a Jesús, algunos sí; y a ellos Jesús les prometió tres cosas.

(i) Les prometió *la vida eterna*. Les prometió que, si Le aceptaban como Maestro y Señor, si llegaban a ser de Su rebaño, toda la pequeñez de la vida terrenal se pasaría, y conocerían la gloria y la magnificencia de la vida de Dios.

(ii) Les prometió *una vida que no tendría fin*. La muerte no sería el fin, sino un nuevo principio; conocerían la gloria de una vida indestructible.

(iii) Les prometió *una vida segura*. Nada los podría arrebatar de Su mano. Eso no quería decir que no experimentarían la aflicción, el sufrimiento y la muerte; sino que, en los más dolorosos momentos y en las horas más oscuras se darían cuenta de que los brazos eternos estarían sosteniéndolos y rodeándolos. Aun en un mundo que se precipita al desastre experimentarían la serenidad de Dios.

CONFIANZA INALTERABLE Y SEGURIDAD INCONMOVIBLE

Juan 10:29-30

-Mi Padre, Que es Quien Me las ha dado, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano del Padre. El Padre y Yo somos una sola cosa.

Este pasaje presenta a la misma vez la confianza inalterable y la seguridad inconmovible de Jesús.

Su confianza veía el origen de todas las cosas en Dios. Jesús acababa de hablar de Sus ovejas y de Su rebaño; acababa de decir que nada ni nadie Le podría arrebatar de la mano Lo que era Suyo, que Él es el Buen Pastor que mantendrá siempre a salvo a sus ovejas. A primera vista, y si Jesús no hubiera dicho nada más que esto, habría parecido que ponía Su confianza en Su propio poder para defender lo Suyo. Pero ahora vemos el otro lado de la moneda: es Su Padre el Que Le ha dado esas ovejas, y tanto Él como Sus ovejas están en la mano de Su Padre. Jesús tenía aquella seguridad incommovible porque tenía una confianza inalterable en Su Padre. Su actitud ante la vida no dependía de Su confianza en Sí mismo, sino de Su confianza en Dios. Estaba seguro, no de Su propio poder, sino del de Su Padre. Estaba tan convencido de Su seguridad y de Su victoria definitiva, no porque Se atribuyera a Sí mismo todo el poder, sino porque Se lo atribuía a Dios.

Y ahora llegamos a la suprema afirmación: « Yo y el Padre somos una sola cosa,» dijo Jesús. ¿Qué quería decir? ¿Es un misterio absoluto, o podemos entender por lo menos un poquito de ello? ¿Estamos abocados a interpretarlo en términos de esencia e hipóstasis y todas las demás ideas metafísicas y filosóficas con las que se debatieron los autores de los credos? ¿Tiene uno que ser un teólogo o un filósofo para captar aunque sólo sea un fragmento del sentido de esta tremenda afirmación?

Si vamos a la misma Biblia en busca de interpretación, encontramos que es, de hecho, tan sencillo que la mente más sencilla lo puede comprender. Vayamos al capítulo 17 del evangelio de Juan, que nos transcribe la oración de Jesús por Sus seguidores antes de ir a Su muerte: «Padre santo, manténlos en Tu nombre a los que Me has dado, *para que sean una sola cosa, como lo somos Nosotros*» (Juan 17.11). Jesús concebía la unidad de los cristianos unos con otros como la misma que había entre Él y Dios. En el mismo pasaje añade: « No oro solamente por estos, sino también por los que crean en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean una sola cosa; como Tú, Padre, lo eres en Mí, y Yo en Ti, que también ellos lo sean en Nosotros, para que el mundo crea que Tú Me has enviado. La gloria que Me has dado les he dado, para que sean una sola cosa como Nosotros somos una sola cosa» (Juan 17: 20-22). Jesús está diciendo sencillamente y con una claridad que nadie puede dejar de comprender que la finalidad de la vida cristiana es que los cristianos sean una sola cosa como Él y el Padre son una sola cosa.

¿Cuál es la unidad que debe existir entre cristiano y cristiano? Su secreto es *el amor*. «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; que, como Yo os he amado, así os améis unos a otros» (Juan 13:34). Los cristianos son una sola cosa porque se aman; de la misma manera que Jesús es una sola cosa con Dios porque Le ama.

Pero podemos ir más adelante. ¿Cuál es la única prueba del amor? Vayamos otra vez a las palabras de Jesús. « Si cumplís Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor; precisamente como Yo he cumplido los mandamientos de Mi Padre, y permanezco en Su amor» (Juan 15:10). « La persona que Me ame, obedecerá Mi palabra» (Juan 14:23-24). «Si Me amáis, cumpliréis Mis mandamientos» (Juan 14:15). « El que tiene Mis mandamientos y los cumple, ese es el que Me ama» (Juan 14:21).

Aquí está la quintaesencia del asunto. El vínculo de la unidad es el amor, y la prueba del amor es la obediencia. Los cristianos son una sola cosa unos con otros cuando se mantienen unidos por el amor y obedecen las palabras de Cristo. Jesús era una sola cosa con Dios porque Le amaba y obedecía como ningún otro. Su unidad con Dios fue la unidad del perfecto amor manifestado en la obediencia perfecta.

Cuando Jesús dijo: « Yo y el Padre somos una sola cosa,» no se estaba moviendo en el mundo de la filosofía y de las abstracciones, sino en el de las *relaciones personales*. Nadie puede entender de veras lo que quiere decir una frase como «una unidad de esencia»; pero cualquiera puede entender lo que es la unidad de corazón. La unidad de Jesús con Dios venía del perfecto amor y la perfecta obediencia. Jesús era una sola cosa con Dios porque Le amaba y obedecía perfectamente; y vino a este mundo para hacernos lo que Él es.

PROPONIENDO LA PRUEBA DEL FUEGO

Juan 10:31-39

Los judíos volvieron a coger piedras para apedrearle. Pero Jesús les dijo:

-Os he mostrado muchas obras maravillosas, que procedían de Mi Padre. ¿Por cuál de ellas tenéis intención de apedrearme?

No es por ninguna obra maravillosa por lo que estamos decididos a apedrearle -Le contestaron-, sino por blasfemar contra Dios. Porque Tú, no siendo más que un hombre, Te haces Dios.

-¿No está escrito en vuestra Ley -les contestó Jesús- «Yo dije: Vosotros sois dioses»? Si Él llamó dioses a aquellos a los que había venido la Palabra de Dios (y la Escritura no se puede contradecir), ¿vais a decir de Mí, a Quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, que estoy blasfemando contra Dios porque dije: Soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de Mi Padre, no Me creáis; pero si las hago, aunque no Me creáis a Mí, creed alas obras, para que conozcáis y reconozcáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre.

Otra vez trataron de apoderarse de Él por la violencia, pero Él se les escapó de las manos.

Para los judíos, la afirmación de Jesús de que Él y el Padre eran una misma cosa era blasfemia. Era invadir una persona humana el lugar que sólo correspondía a Dios. La ley judía establecía la pena de lapidación por el pecado de blasfemia. « El que blasfemare el nombre del Señor, ha de ser muerto; toda la congregación le apedreará» (*Levítico 24:16*). Así es que empezaron a prepararse para apedrear a Jesús. El texto original quiere decir que se pusieron a recoger piedras para lanzárselas. Jesús arrojó su hostilidad con tres razones.

(i) Les dijo que había estado haciendo obras maravillosas todo el tiempo: sanando a los enfermos, alimentando a los hambrientos y consolando a los afligidos; obras tan llenas de benevolencia, poder y belleza que no podían venir sino de Dios. ¿Por cuál de todas ellas Le querían apedrear? Y ellos respondieron que no era por nada de lo que había hecho, sino por lo que pretendía ser.

(ii) Pretendía ser el Hijo de Dios. Para resistir su ataque, Jesús usó dos razonamientos. El primero era típicamente judío, por lo que nos cuesta entenderlo. Jesús citó el *Salmo 82:6*, que es una advertencia a los jueces injustos para que abandonen los malos procedimientos y defiendan a los pobres y a los inocentes. La exhortación acaba: «Yo digo: Sois dioses, hijos del Altísimo todos vosotros.» El juez es un delegado de Dios para ser un dios para el pueblo. Esta idea se descubre claramente en algunas de las disposiciones del *Éxodo*. *Éxodo 21:1-6* dice que el siervo hebreo es libre al séptimo año, a menos que quiera seguir como siervo el resto de su vida. La versión Reina-Valera pone en el versículo 6: «Entonces su amo le llevará ante los jueces.» Pero, en hebreo, la palabra que se traduce por *jueces* es realmente *elóhim*, que quiere decir Dios o *dioses*. La misma forma de expresión se usa en *Éxodo 22:9, 28*. Hasta la Escritura llamaba dioses a las personas especialmente comisionadas por Dios para ciertas tareas. Entonces Jesús dice: « Si la Sagrada Escritura puede hablar así acerca de ciertos hombres, ¿por qué no puedo hablar Yo así acerca de Mí?»

Jesús afirmaba dos cosas acerca de Sí mismo. (a) Que Dios *Le había consagrado* para una tarea especial. La palabra para *consagrar* es *haguiazein*, el verbo correspondiente al adjetivo *haguios*, que quiere decir *santo*. (Reina-Valera, *santificar*). Esta palabra contiene la idea de que la persona, lugar o cosa a los que se aplica, son diferentes de los demás, precisamente porque Dios los ha apartado para un uso o propósito distinto y, por tanto, Le pertenecen de una manera especial. Así, por ejemplo, el sábado es *santo* (*Éxodo 20:11*), el altar es *santo* (*Levítico 16:19*), los sacerdotes son *santos* (*2 Crónicas 26:18*), el profeta es *santo* (*Jeremías 1:5*). Cuando Jesús dijo que Dios *Le había consagrado*, Le había hecho *santo*, quería decir que Le había apartado de los demás seres humanos, porque Le había asignado una tarea especial, y Él lo sabía. (b) Que Dios *Le había comisionado* y enviado al mundo. La palabra que se usa es la que se usaría para enviar un mensajero o un embajador o un ejército. Jesús no pensaba simplemente que *había venido* al mundo, sino que *había sido enviado* al mundo. Su venida había sido una acción de Dios; y Él había venido para hacer la tarea que Dios Le había encargado.

Así es que Jesús quena decir: < En el pasado, la Escritura podía llamar dioses a los jueces, porque eran comisionados por Dios para traer Su verdad y justicia al mundo. Ahora, Yo he sido separado para una tarea especial, y he sido comisionado por Dios para venir al mundo. ¿Cómo podéis objetar a que Me llame Hijo de Dios? No digo nada más que lo que dice la Escritura. » Este es uno de esos razonamientos bíblicos cuya fuerza nos resulta difícil de captar, pero que sería absolutamente irrefutable para los rabinos judíos.

(iii) Jesús prosiguió proponiendo la prueba del fuego. < No os pido -les dijo realmente- que aceptéis Mí palabra. Os pido que aceptéis Mís obras. » Se pueden discutir las palabras, pero no las obras. Jesús es el Maestro perfecto porque no basa Su autoridad en lo que dice, sino en lo que hace. Lo que proponía a los judíos era que basaran su veredicto sobre Él, no en lo que decía, sino en lo que hacía; y esa es la prueba del fuego que Sus seguidores deben estar dispuestos a aceptar y proponer. La pena es que sean tan pocos los que la resistan, y aún menos los que la propongan.

LA PAZ QUE PRECEDE A LA TORMENTA

Juan 10:40-41

Jesús se marchó al otro lado del Jordán, al sitio donde Juan solía bautizar al principio, y Se quedó allí. Mucha gente vino adonde Él estaba, y decían:

*-Juan no hizo ninguna señal; pero todo lo que dijo de este Hombre ha resultado verdad.
Y muchos creyeron en Él entonces.*

A Jesús se Le iba acabando el tiempo; pero Él conocía Su hora. No desafiaba el peligro ni se jugaba la vida temerariamente; ni evitaba cobardemente el peligro para conservar la vida. Pero anhelaba la tranquilidad antes del combate definitivo. Siempre se preparaba para enfrentarse con los hombres encontrándose antes a solas con Dios. Para eso se retiró al otro lado del Jordán. No era una evasión. Estaba sólo preparándose para la contienda final.

El lugar al que se dirigió es sumamente significativo. Se fue al lugar en que Juan había bautizado a los que venían a él y recibían su mensaje, donde Jesús mismo había sido bautizado. Allí había sido donde había escuchado la voz de Dios, que Le

aseguraba que había hecho la debida decisión y escogido el camino correcto. Es absolutamente recomendable y loable el volver de cuando en cuando al punto en el que se han experimentado las realidades más significativas y se han hecho las decisiones más definitivas de la vida. Cuando Jacob parecía tenerlo todo en contra, volvió a Betel (*Génesis 35:1-5*). Cuando sintió la necesidad de Dios, volvió al lugar en el que se había encontrado con Él de veras por primera vez. A menudo nos haría un bien tremendo al alma el volver en peregrinación espiritual al lugar en que nos encontramos con el Señor por primera vez.

Jesús, antes de llegar al final de Su misión terrenal, volvió al lugar que había sido Su punto de partida. Pero también allí, al otro lado del Jordán, los judíos vinieron a Él, y también ellos se acordaron de Juan. Recordaban que les había hablado con palabras de profeta, pero no había hecho ninguna obra maravillosa. Se dieron cuenta de que había una gran diferencia entre Juan y Jesús. A la proclama poderosa de Juan, Jesús había añadido la manifestación del poder de Dios. Juan había diagnosticado correctamente la situación, pero Jesús había aportado el poder para remediarla. Aquellos judíos habían reconocido que Juan era un profeta; ahora se daban cuenta de que todo lo que Juan había anunciado acerca de Jesús se había confirmado; y, en consecuencia, muchos de ellos creyeron.

Sucede a menudo que una persona a la que se le pronosticaba un futuro glorioso y que encarnaba las esperanzas de mucha gente, acaba desmintiendo aquellos pronósticos y frustrando aquellas esperanzas. Pero Jesús era aún mayor de lo que Juan había anunciado. Jesús es la única Persona que jamás defrauda a los que esperan en Él. En Él, todos los sueños se hacen realidad, pero El es más que todos los mejores sueños.

DE CAMINO A LA GLORIA

Juan 11:1-5

Hubo un tal Lázaro, que procedía de Betania, la aldea donde vivían María y su hermana Marta, que se puso enfermo. María fue la que ungió al Señor con un unguento aromático y le secó los pies con sus cabellos; y el que se puso enfermo era su hermano Lázaro. Así es que las hermanas Le enviaron recado a Jesús en estos términos: «Señor, fíjate: el que amas está enfermo.»

Cuando Jesús recibió el mensaje, dijo:

-Esta enfermedad no va a resultar fatal; más bien ha sucedido por causa de la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por este medio.

Jesús amaba a Marta, y a su hermana, y a Lázaro.

Una de las cosas más preciosas del mundo es tener una casa y un hogar al que uno puede ir en cualquier momento, y encontrar descanso y comprensión y paz y amor. Eso era doblemente cierto en el caso de Jesús, porque Él no tenía un hogar suyo propio; no tenía donde reclinar la cabeza (*Lucas 9:58*). En el hogar de Betania encontró algo de todo eso. Había allí tres personas que Le amaban; y allí podía encontrar descanso de las tensiones de la vida.

El mayor regalo que nadie puede hacer es dar comprensión y paz. El tener alguien al que uno puede acudir en cualquier momento sabiendo que no se reírán de nuestros sueños ni malentenderá nuestras confidencias es lo más maravilloso del mundo. Es una posibilidad para todos nosotros el tener un hogar así. No hace falta mucho dinero, ni requiere una hospitalidad exquisita. Sólo se necesita un corazón comprensivo. Nadie puede tener nada mejor que ofrecer a sus semejantes que < el don del reposo para unos pies cansados,» como ha dicho alguien; y eso era lo que Jesús encontraba en la casa de Betania en la que vivían Marta y María y Lázaro.

El nombre *Lázaro* quiere decir *Dios es mi ayuda*, y es el mismo que *Eleazar*. Lázaro se puso enfermo, y sus hermanas Le enviaron recado a Jesús para notificárselo. Es encantador comprobar que el mensaje de las hermanas no incluía la petición de que Jesús fuera a Betania. Sabían que no era necesario; sabían que, con hacerle saber que tenían una necesidad, bastaría para hacerle ir. Agustín se fijó en este detalle, y dijo que era suficiente que Jesús lo supiera. Porque no es posible amar a una persona y desertarla en la necesidad. C. F. Andrews nos cuenta de dos amigos que sirvieron juntos en la Primera Guerra Mundial. Uno de ellos fue herido, y se quedó desamparado en tierra de nadie. El otro, con peligro de la vida, fue a rastras adonde estaba para ayudarlo; y cuando le alcanzó, el herido levantó la mirada y dijo sencillamente: «Sabía que vendrías.» Es maravilloso saber que el simple hecho de nuestra necesidad atrae a nuestro lado a Jesús en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Jesús llegó a Samaria sabía que, le pasara lo que le pasara a Lázaro, El tenía poder para resolverlo. Pero, en un principio, se limitó a decir que aquella enfermedad se había presentado para la gloria de Dios y Suya. Ahora bien: eso era cierto en dos sentidos, y Jesús lo sabía. (i) La curación permitiría sin duda a la gente ver la gloria de Dios en acción. (ii) Pero había algo más. Una y otra vez en el Cuarto Evangelio, Jesús habla de Su gloria en relación con la Cruz. Juan nos dice en 7:39 que el Espíritu no había venido todavía porque Jesús todavía no *había sido glorificado*, es decir, porque aún no había muerto en la Cruz. Cuando acudieron a El los griegos, Jesús dijo: < Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado» (*Juan 12:23*). Y era de la Cruz de lo que estaba hablando, porque inmediatamente dijo que el grano de trigo tiene que caer en la tierra

y morir para llevar fruto. En *Juan 12:16*, Juan dice que los discípulos se acordaron de estas cosas después que Jesús *fue glorificado*, es decir, después de Su muerte y resurrección.

Está claro en el Cuarto Evangelio que Jesús veía la Cruz como Su suprema gloria y como Su camino a la gloria. Así que, cuando dijo que la curación de Lázaro Le glorificaría, estaba dando muestras de que sabía perfectamente bien que el ir a Betania y devolverle la salud, y la vida, a Lázaro, era dar un paso que Le conduciría a la Cruz. Y así fue.

Con los ojos abiertos Jesús aceptó la Cruz para ayudar a Su amigo. Sabía el precio, y estaba dispuesto a pagarlo.

Cuando nos viene alguna prueba o aflicción, especialmente si es en consecuencia de nuestra fidelidad a Cristo, lo veríamos en una luz totalmente diferente si nos diéramos cuenta de que la cruz que tenemos que asumir es nuestra gloria y el camino a una gloria aún más grande. Para Jesús, no había otro camino a la gloria que el que pasaba por la Cruz; y así debe ser siempre también para Sus seguidores.

BASTANTE TIEMPO, PERO NO DEMASIADO

Juan 11:6-10

Ahora bien: después de enterarse Jesús de que Lázaro estaba enfermo, se quedó donde estaba otros dos días, pasados los cuales les dijo a Sus discípulos:

-Volvamos a Judea otra vez.

-Pero, Rabí -Le contestaron ellos-, las cosas han llegado a un punto que los judíos estaban buscando la manera de apedrearte; ¿y sugieres que volvamos allá?

-¿No tiene el día doce horas? -les contestó Jesús-. Si uno anda de día, no tropieza, porque tiene la luz de este mundo. Pero, si se anda de noche, se tropieza, porque no se tiene luz.

Puede que encontremos extraño que Jesús se quedara otros dos días enteros donde estaba después de recibir la noticia de la enfermedad de Lázaro. Los comentaristas han sugerido diversas razones para explicar este retraso. (i) Se ha sugerido que Jesús esperó para que, cuando llegara a Betania, Lázaro ya estuviera muerto sin lugar a duda. (ii) Por tanto, se ha sugerido que Jesús esperó porque el retraso haría mucho más impresionante el milagro que se proponía realizar. La maravilla de resucitar a un hombre que llevaba cuatro días muerto sería mucho mayor. (iii) La verdadera razón por la que Juan nos cuenta la historia de esta manera es que él nos presenta siempre a Jesús tomando la iniciativa por Su cuenta, no por imposición de nadie ni de las circunstancias. Cuando convirtió el agua en vino en Caná de Galilea (*Juan 2:1-11*), Juan nos presenta a María acudiendo a Jesús y contándole el problema; y la primera respuesta de Jesús fue: < No te preocupes por eso. Déjame resolverlo a Mi manera.> Entra en acción, no porque Le convencen u obligan otros, sino siempre por propia iniciativa. Cuando Juan nos relata que los hermanos de Jesús trataron de desafiarle para que fuera a Jerusalén (*Juan 7:1-10*), nos presenta a Jesús, primero, rehusando ir a Jerusalén; y luego, yendo cuando Él lo decidió por Sí. Juan se propone siempre hacernos ver que Jesús hacía las cosas, no obligado por nada, sino porque lo decidía por Sí mismo y en Su momento. Eso es lo que vemos aquí también. Es una advertencia para nosotros. Muchas veces quisiéramos que Jesús interviniera de cierta manera y cuando nosotros decimos; hemos de aprender a dejarle intervenir como y cuando Él decida.

Por último, cuando Jesús anunció la vuelta a Judea, Sus discípulos se sorprendieron y espantaron. Se acordaban de que, la última vez que había estado allí, los judíos habían estado buscando la manera de matarle. El volver a Judea entonces les parecía, como se puede comprender, la manera más segura de cometer suicidio.

Entonces Jesús dijo algo que encierra una gran verdad de valor permanente: «¿No tiene el día doce horas?» Esta pregunta implica tres grandes verdades.

(i) Un día no puede terminar antes de tiempo. Tiene doce horas que transcurren no importa lo que suceda. La duración del día es fija, y nada lo acortará o alargará. En la economía de Dios del tiempo, cada persona tiene su día, corto o largo.

(ii) Si el día tiene doce horas, hay tiempo suficiente para lo que una persona tiene que hacer, sin andarse con prisas.

(iii) Pero, aunque haya doce horas en el día, hay *sólo* doce horas. No se pueden prolongar; y, por tanto, no hay que perder el tiempo. Hay bastante tiempo, pero no demasiado. Hay que «redimir el tiempo» (*Efesios 4:16; Colosenses 4:5*).

La leyenda del doctor Fausto ha cristalizado en muchas obras literarias y otras. En el drama de Marlowe, Fausto hace un pacto con el diablo: durante veinticuatro años, el diablo está a su servicio, y le concede todos sus deseos; pero al final de aquel tiempo, el diablo se quedará con su alma. Cuando han pasado los veinticuatro años y llega la última hora, Fausto se da cuenta del mal negocio que ha hecho. Querría que el tiempo se parara, «que esa hora fuera un año, un mes, una semana, un día completo, para darle una oportunidad de arrepentirse y salvar su alma; pero las estrellas siguen moviéndose, el tiempo corre, el reloj lo mide, el diablo vendrá y Fausto será condenado.» No hay nada en el mundo que pueda darle a Fausto más tiempo. Ese es uno de los más amenazadores hechos de la vida. El día tiene doce horas, y sólo doce. No hay que precipitarse, pero tampoco demorarse. Hay suficiente tiempo en la vida, pero no hay tiempo que perder.

EL DÍA Y LA NOCHE

Juan 11:6-10 (continuación)

Jesús pasa a desarrollar lo que acaba de decir del tiempo. Dice que si una persona anda a la luz del día, no tropieza; pero, si trata de andar de noche, va dando traspiés.

Juan dice una y otra vez cosas que tienen un doble sentido: uno que está en la superficie y es verdad, y otro más escondido que es más verdad todavía. Así hace aquí.

(i) Hay un sentido en la superficie que es perfectamente cierto y que debemos tener en cuenta. El día judío, como el romano, se dividía en doce horas iguales que iban desde la salida hasta la puesta del Sol. Eso quiere decir, desde luego, que la duración de la hora variaba en proporción con el día y la estación del año. En la superficie, Jesús estaba diciendo sencillamente que uno no tropieza a la luz del Sol; pero, cuando llega la oscuridad, no se puede ver el camino. Por supuesto que entonces no había iluminación en las calles, y menos en las zonas rurales. En la oscuridad y con los medios de entonces era muy peligroso viajar.

Jesús está diciendo que una persona tiene que terminar su jornada laboral durante el día, porque llega la noche y no se puede seguir trabajando. El deseo natural de todo el mundo es llegar al final del día con el trabajo diario terminado. El estrés y la prisa de la vida se deben sencillamente al hecho de que tratamos de recuperar lo que debíamos haber hecho antes.

Todos deberíamos usar el capital de tiempo del que disponemos sin disiparlo en inútiles extravagancias, por muy agradables que nos parezcan, para no quedar nunca en deuda de tiempo al final de cada día.

(ii) Pero por debajo de la superficie hay otro sentido. ¿Quién puede oír o leer la frase *la luz del mundo* sin pensar en Jesús? Una y otra vez Juan usa las palabras *la oscuridad* y *la noche* para describir la vida sin Cristo, dominada por el mal. En su dramático relato de la última cena, Juan nos dice que Judas salió para hacer los últimos preparativos de su traición. «Así que, después de recibir el bocado, salió inmediatamente; y era de noche» (*Juan 13:30*). La noche es el tiempo cuando una persona se aparta de Cristo para entregarse al mal.

El Evangelio se basa en el amor de Dios; pero, nos guste o no, también contiene una seria advertencia. Cada persona tiene sólo un cierto tiempo para hacer las paces con Dios mediante Jesucristo; y, si no lo hace, le espera el juicio. Por eso dice Jesús: «Acaba tu tarea principal; acaba la labor de restablecer la relación con Dios mientras tienes la luz del mundo; porque llega la hora en que, para ti también, se te echará encima la oscuridad, y será demasiado tarde.»

Ningún evangelio está tan seguro de que Dios ama al mundo como el de Juan; pero tampoco hay ningún otro tan seguro de que se puede rechazar ese amor. Tiene dos notas: la gloria de llegar *a tiempo*, y la tragedia de llegar *demasiado tarde*.

UNO QUE NO SE RETIRA

Juan 11:11-16

Después de decir aquello, prosiguió diciéndoles:

-Nuestro amigo Lázaro está durmiendo; pero voy a despertarle.

-Señor -Le dijeron los discípulos-, si puede dormir, se pondrá mejor.

Jesús se refería al sueño de la muerte, pero ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Así que Jesús les dijo claramente:

-Lázaro ha muerto; y, por causa de vosotros, Me alegro de no haber estado allí, porque todo está diseñado para que vosotros lleguéis a creer. Pero vayamos hacia él.

A eso Tomás (cuyo nombre significa «Mellizo»), dijo:

- ¡Vamos nosotros también a morir con Él!

Juan usa aquí su forma habitual de contar las conversaciones de Jesús. En el Cuarto Evangelio, las conversaciones de Jesús siempre siguen el mismo esquema: Jesús dice algo que parece muy sencillo; se le malentiende, y Él explica más claro lo que quería decir. Ya lo vimos en Su conversación con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento (*Juan 3: 3-8*); y con la Samaritana, sobre el agua de la vida (*Juan 4:10-15*).

Aquí Jesús empezó diciendo que Lázaro estaba durmiendo. A los discípulos aquello les pareció una buena noticia, porque no hay mejor medicina que el sueño. Pero la palabra *dormir* tenía a menudo un sentido más profundo y serio. Jesús dijo también de la hija de Jairo que estaba dormida (*Mateo 9:24*); al final del relato del martirio de Esteban se nos dice que se quedó dormido (*Hechos 7:60*). Pablo habla de los hermanos que ya habían muerto como «los que durmieron en Jesús» (*1 Tesalonicenses 4:13*); y de los testigos de la Resurrección que ya se habían quedado dormidos (*1 Corintios 15:6*). Así es que Jesús tuvo que decirles claramente que Lázaro se había muerto; y entonces siguió diciéndoles que, por el bien de ellos, era una buena cosa, porque daría lugar a un acontecimiento que los fortalecería más en la fe.

La prueba definitiva del Evangelio consiste en ver lo que Jesucristo puede hacer. Las palabras puede que no consigan convencer; pero no hay razonamientos que se le puedan oponer a la intervención de Dios. Es un hecho indiscutible que el poder de Cristo convierte al cobarde en un héroe, al vacilante en una persona segura, al egoísta en un servidor de los demás. Sobre todo, es un hecho histórico innegable que el poder de Cristo convierte a los malos en buenos.

Eso es lo que supone una responsabilidad tan tremenda para el cristiano individual. El propósito de Dios es que cada uno de nosotros sea una prueba viviente de Su poder. Nuestra tarea no consiste en recomendar a Cristo de palabra -porque contra eso siempre habrá argumentos, y siempre se podrá poner detrás de una prueba verbal cristiana *Q.E.D., quod erat demonstrandum, eso habría que demostrarlo-*, sino el demostrar con nuestras vidas lo que Cristo ha hecho por nosotros. Sir John Reith dijo una vez: « No me gustan las crisis; pero sí las oportunidades que aportan.» La muerte de Lázaro supuso una crisis en la vida de Jesús, y Él se alegraba, porque Le daba una oportunidad de demostrar, de la manera más sorprendente, lo que Dios puede hacer. Todas las crisis deberían ser para nosotros algo así.

En aquella situación, los discípulos habrían podido negarse a seguir a Jesús; pero una voz solitaria se dejó oír. Todos creían que el volver a Jerusalén era jugarse la vida, y no daban el paso al frente. Pero entonces se oyó la voz de Tomás: « ¡Vamos nosotros también a morir con Él!»

Todos los judíos de entonces tenían dos nombres: el hebreo, para la familia y el círculo más íntimo, y el griego, para todo lo demás. *Tomás* es el nombre hebreo y *Didimo* (R-V) el griego, y los dos quieren decir lo mismo, *Mellizo*. En los evangelios apócrifos se urdieron algunas leyendas en torno a Tomás, y hasta se llegó a decir que era el mellizo de Jesús.

En esta ocasión, Tomás desplegó la mejor clase de valor. En su corazón, como dice R. H. Strachan, « no había una fe expectante, sino una desesperación leal.» Pero a una cosa estaba decidido: Viniera lo que viniera, él no se retiraba.

Gilbert Frankau cuenta que un oficial amigo suyo en la guerra de 1914-1918 tenía que elevarse en un globo para indicar a la artillería si sus proyectiles caían demasiado cerca o lejos del blanco. Era una de las misiones más peligrosas que se podían encomendar. Como el globo estaba atado, era un blanco fijo para los cañones y aviones enemigos. Gilbert Frankau dice que su amigo, «cada vez que se subía al globo aquel estaba con los nervios de punta; pero no se rajó.»

Esta es la más elevada clase de valor. No es que no se tenga miedo. Cuando no se tiene miedo es lo más fácil del mundo hacer lo que sea. El verdadero valor es darse cuenta perfectamente del peligro, tener miedo y, sin embargo, hacer lo *que se debe*. Así era Tomás aquel día. No debemos nunca avergonzarnos de tener miedo; pero sí de dejar que el miedo nos impida hacer lo que sabemos en lo más íntimo que debemos hacer.

UNA FAMILIA EN DUELO

Juan 11:17-19

Así que, cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro ya llevaba cuatro días en la tumba. Betania está cerca de Jerusalén, a menos de tres kilómetros. Muchos de los judíos habían ido a casa de Marta y María a darles el pésame por la muerte de su hermano.

Para visualizar esta escena tenemos que ver primero cómo era un duelo judío. Por lo general en Palestina, debido al clima, se enterraban los muertos lo antes posible. Hubo un tiempo cuando un entierro era sumamente caro: se usaban para ungir el cuerpo los mejores perfumes y especias; el cadáver se vestía con ropas de lujo, y se le enterraba con toda clase de objetos de valor. A mediados del siglo I, todo esto se había convertido en un gasto insostenible. Naturalmente, en esos casos nadie quería ser menos que los vecinos; y eso hacía que los envoltorios y ropas y tesoros que se dejaban en la tumba costaran cada vez más. El asunto llegó a convertirse en una carga que nadie quería alterar, hasta que el famoso rabino Gamaliel le dejó dispuesto que le enterraran envuelto en un sudario de la tela más sencilla, y así contribuyó a poner fin al despilfarro de los funerales. Hasta hoy en día se bebe una copa en los entierros judíos a la memoria de rabí Gamaliel II, que rescató a los judíos

aquellas ostentaciones funerarias. Desde su tiempo, el cadáver se envolvía en una mortaja de hilo, que a veces recibía el bonito nombre de «traje de viaje».

Todos los que podían asistían al funeral. Los más posibles se suponía que, por cortesía o por respeto, se sumaban a la comitiva hasta el cementerio. Una curiosa costumbre era que las mujeres iban delante; se decía que, como había sido una mujer la que con su primer pecado había traído la muerte al mundo, debían ser ellas las que dirigieran el cortejo fúnebre hasta la tumba. Al pie de la tumba se hacían a veces discursos en memoria de la persona difunta. Se esperaba de todos que expresaran su profunda condolencia y, al retirarse de la tumba, se formaban dos filas largas por entre las que pasaban los familiares más próximos. Pero había esta norma tan prudente: no había que fastidiar a los que estaban de duelo con conversaciones vanas e intempestivas. Se los dejaba en paz, en su trance, con su dolor.

En la casa de duelo se observaban ciertas costumbres. Mientras estaba el cadáver allí, estaba prohibido comer carne o beber vino, ponerse las filacterias o dedicarse a ninguna clase de estudio. No se preparaba comida en la casa; y no se podía comer

nada en presencia del cadáver. Tan pronto como este se sacaba, se ponían al revés todos los muebles, y los que estaban de duelo se sentaban en el suelo o en taburetes.

Al volver de la tumba se servía una comida que habían preparado los amigos de la familia. Consistía en pan, lentejas y huevos duros, que, por su forma, simbolizaban la vida que va rodando hacia la muerte.

El duelo duraba siete días, de los que los tres primeros se pasaban llorando. Durante los siete días estaba prohibido unirse, ponerse zapatos, dedicarse a ninguna clase de estudio o de negocios y ni siquiera lavarse. A la semana de duelo seguían treinta días de luto riguroso.

Así es que, cuando Jesús se sumó a los que había en la casa de Betania, encontró lo que se esperaba en una casa en duelo. Era un deber sagrado ir a expresar condolencia a los familiares y amigos del difunto. *El Talmud* dice que el que visite a los enfermos librerá su alma de la gehena; y Maimónides, el gran polígrafo judeoespañol de la Edad Media, declaró que visitar a los enfermos es la más importante de todas las buenas obras. Las visitas de simpatía a los enfermos y a los que estaban de duelo eran una parte esencial de la religión judía. Cierta rabino, explicando el texto de *Deuteronomio 13:4*: « En pos del Señor vuestro Dios andaréis,» dijo que ese texto nos manda imitar las cosas que la Escritura dice que Dios hace. Dios vistió a los desnudos (*Génesis 3:21*); visitó a los enfermos (*Génesis 18:1*); consoló a los que estaban de duelo (*Génesis 25:11*); y enterró a los muertos (*Deuteronomio 34:6*). En todas estas acciones debemos imitar a Dios.

El respeto a los muertos y la condolencia con los que están de duelo eran algo esencial para los judíos. Al marcharse de la tumba, se volvían y decían: «¡Ve en paz!»; y nunca mencionaban el nombre del difunto sin decir: «Que en paz descanse.» Hay algo muy conmovedor en la manera que tenían los judíos de mostrar condolencia con los afligidos. Fue a una casa llena de gente así a la que llegó Jesús aquel día.

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Juan 11:20-27

Así que, cuando Marta se enteró de que Jesús venía de camino, Le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en la casa. Marta Le dijo a Jesús:

- ¡Señor, si hubieras estado aquí no se habría muerto mi hermano! Aun como están las cosas, yo sé que lo que Le pidas a Dios, Te lo concederá.

- Tu hermano resucitará -le dijo Jesús.

- Sí, ya lo sé -Le contestó Marta- que resucitará en la resurrección, el último día.

- Yo soy la Resurrección y la Vida -le dijo Jesús-. El que crea en Mí, vivirá aunque haya muerto; y todos los que estén vivos y crean en Mí, no morirán nunca. ¿Lo crees tú?

- Sí, Señor -Le contestó Marta-; yo estoy convencida de que Tú eres el Ungido de Dios, el Hijo de Dios, el Que había de venir al mundo.

En esta historia, también, Marta es todo un personaje. Cuando Lucas nos habla de Marta y María (*Lucas 10:38-42*), nos presenta a Marta como la mujer de acción, y a María como la que más bien se sentaba tranquila. Así aparecen aquí. Tan pronto como les anunciaron que Jesús venía de camino, Marta salió a Su encuentro, porque no podía estarse quieta; pero María se quedó esperándole.

Cuando Marta llegó adonde estaba Jesús, el corazón se le salía por los labios. Aquí tenemos una de las expresiones más humanas de toda la Biblia; porque Marta habló, en parte con un reproche que no se podía guardar para sí, y en parte con una fe que nada podía hacer vacilar. « ¡Señor -Le dijo-, si hubieras estado aquí no se habría muerto mi hermano!» En sus mismas palabras podemos leer su pensamiento. Marta habría querido decir: «Cuando recibiste nuestro recado, ¿por qué no viniste en seguida? Lo has dejado para demasiado tarde.» Pero tan pronto como se le escaparon esas primeras palabras, las siguieron otras que eran las de la fe, una fe que desafiaba los hechos y la experiencia. «Aun a pesar de todo -dijo movida por una esperanza desesperada-, aun a pesar de todo, yo sé que Dios Te dará lo que Le pidas.» « Tu hermano resucitará » -le dijo Jesús. « Sí, ya lo sé -le contestó Marta- que resucitará en la resurrección general el Día del Juicio.»

Ahora bien: ésa era una cosa extraordinaria. Una de las cosas que más nos extrañan de la Escritura es el hecho de que los santos del Antiguo Testamento no tenían prácticamente ninguna fe en una vida real después de la muerte. En los primeros tiempos, los hebreos creían que el alma de una persona, buena o mala, iba al *Seol*, que a veces se traduce erróneamente por *infierno*; pero no era un lugar de tortura, sino la tierra de las sombras. Todos iban a parar allí, donde llevaban una especie de vida vaga, sombría, sin fuerza ni alegría. Esta es la creencia que se refleja en la mayor parte del Antiguo Testamento. «Porque en la muerte no hay memoria de Ti; en el Seol, ¿quién Te alabará?» (*Salmo 6:5*). « ¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará Tu fidelidad?» (*Salmo 30:9*). *El salmista* habla de «los asesinados que yacen en la tumba, como aquellos de los que ya ni Te acuerdas más, porque Te los arrebataron de las manos» (*Salmo 88:5*). « ¿Será contada en el sepulcro Tu misericordia -pregunta-, o Tu fidelidad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas Tus

maravillas, y Tu justicia en la tierra del olvido?» (*Salmo 88:10-12*). «No alabarán los muertos al Señor, ni cuantos descienden al silencio» (*Salmo 115:17*). El Predicador dice lúgubrementemente: «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría» (*Eclesiastés 9:10*). La creencia pesimista de Ezequías es que «El Seol no Te exaltará, ni Te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán en Tu fidelidad» (*Isaías 38:18*). Después de la muerte estaba la tierra del silencio y del olvido, donde las sombras de los que vivieron están separadas tanto de la humanidad como de Dios. Como escribió J. E. McFadyen: «Hay pocas cosas más maravillosas que esta en la larga historia de la religión: que a lo largo de los siglos ha habido personas que han vivido vidas nobles, cumpliendo con sus obligaciones y soportando sus aflicciones, sin esperar ninguna recompensa futura.»

Muy de tarde en tarde en el Antiguo Testamento, alguien dio un arriesgado salto de fe. El salmista clama: «Mi cuerpo también mora seguro. Porque Tú no me entregas al Seol, ni dejas a tu piadoso ver el hoyo. Tú sí me muestras el sendero de la vida; en Tu presencia hay plenitud de gozo, a Tu diestra hay placeres para siempre» (*Salmo 16:9-11*). «Yo estoy constantemente contigo; Tú me sostienes firmemente la mano derecha. Tú me guías con Tu consejo, y después me recibirán en la gloria» (*Salmo 73:23-24*). El salmista estaba convencido de que ni siquiera la muerte podía deshacer una relación real con Dios. Pero en esa etapa era un desesperado salto de fe más que una convicción firme.

Finalmente, en el Antiguo Testamento encontramos en Job el Everest que pocos consiguieron escalar. En medio de todos sus desastres, Job exclama:

Y, como fiador, yo veré... ¡a Dios!;
a Quien mis ojos verán, y no los de un extraño.
(Job 14:7-12; siguiendo la traducción de J. E. McFadyen).

Aquí está la auténtica semilla de la fe en la inmortalidad. La historia de los judíos está llena de desastres, cautiverios, esclavitud y derrota. Sin embargo, el pueblo judío tenía la convicción incommovible de ser el pueblo escogido de Dios. Esta Tierra no lo había presenciado nunca, ni lo presentaría; inevitablemente, por tanto, invocaban al nuevo mundo para deshacer los entuertos del viejo. Llegaron a ver que, si se había de realizar plenamente el propósito de Dios, y de cumplir Su justicia, si Su amor habría de satisfacerse alguna vez, se necesitaban otro mundo y otra vida. Como dice Galloway, al que cita McFadyen: «Los enigmas de la vida se volverían un poco menos abrumadores si pudiéramos descansar en la convicción de que este no es el último acto del drama humano.» Fue precisamente ese sentimiento el que condujo a los hebreos a la convicción de que había otra vida por venir.

Es verdad que, en los días de Jesús, los saduceos todavía se negaban a creer en ninguna vida después de la muerte. Pero los fariseos y la gran mayoría de los judíos sí creían. Decían que, en el momento de la muerte, los dos mundos, el del tiempo y el de la eternidad, se encontraban y se besaban. Decían que los que morían veían a Dios, y se negaban a llamarlos los *muertos*; los llamaban los vivos. Cuando Marta contestó a la pregunta de Jesús, dio testimonio de la cima más elevada de la fe que había escalado su nación.

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Juan 11:20-27 (conclusión)

Cuando Marta declaró su fe ortodoxa judía sobre la vida por venir, Jesús dijo de pronto algo que le daba a esa fe una nueva realidad y un nuevo significado. «Yo soy la Resurrección y la Vida -le dijo Jesús-. El que crea en Mí, vivirá aunque haya muerto; y todos los que estén vivos y crean en Mí, no morirán nunca.» ¿Qué quería decir exactamente? El pensamiento de toda una vida no bastaría para revelar todo su contenido; pero debemos intentar captar todo lo que podamos.

Una cosa está clara, y es que Jesús no estaba pensando en términos de la vida física; porque, hablando humanamente, no es verdad que los que creen en Jesús no se mueren nunca. Los cristianos experimentan la muerte física tanto como los que no lo son. Debemos buscar un significado más que físico.

(i) Jesús estaba pensando en la muerte del pecado. Estaba diciendo: «Aunque una persona esté muerta en el pecado; aunque, por sus pecados, haya perdido todo lo que hace que la vida merezca llamarse vida, Yo puedo hacer que vuelva a estar viva otra vez.» Es un hecho que eso es totalmente cierto. A. M. Chirgwin cita el ejemplo de Tokichi Ishii, que tenía un expediente criminal casi sin paralelo. Había matado a hombres, mujeres y niños con una crueldad bestial. Eliminaba sin piedad a todos los que se interpusieran en su camino. Por fin, se encontraba en la cárcel esperando la ejecución. Allí le visitaron dos señoras canadienses que trataron de hablarle a través de las rejas, pero él se limitaba a mirarlas con el ceño de una fiera

enjaulada. Por último tuvieron que abandonar; pero le dejaron una biblia. Él empezó a leerla; y, una vez que empezó, ya no pudo parar. Siguió leyendo hasta que llegó al relato de la Crucifixión, y a las palabras de Jesús: « ¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!»; y esa oración del Señor le quebrantó el empedernido corazón. «Me detuve -contó después- con el corazón atravesado peor que si hubiera sido con un clavo de cinco pulgadas. ¿Diré que fue por el amor de Cristo? ¿O por Su compasión? No sé como llamarlo; lo único que sé es que creí, y que desapareció la dureza de mi corazón.» Más tarde, cuando el condenado fue al patíbulo, ya no era el endurecido hosco animal que había sido antes, sino un hombre radiante y sonriente. El asesino había nacido de nuevo; Cristo le había dado una nueva vida.

No es imprescindible que suceda de una manera tan dramática. Una persona puede volverse tan egoísta que esté muerta para las necesidades de los demás. Uno puede llegar a ser tan insensible que esté muerto para los sentimientos de otros. Se puede llegar a estar tan involucrado en la falta de honradez y de dignidad que se está muerto para el honor. Hay quienes se sumen de tal manera en la inercia que están espiritualmente muertos. Pero Jesucristo puede resucitarlos. El testimonio de la Historia es que ha resucitado a millones y millones de personas así, y Su toque no ha perdido su antiguo poder.

(ii) Jesús estaba pensando también en la vida venidera. Él trajo la certeza de que la muerte no es el final. Las últimas palabras de Eduardo III el Confesor fueron: « No lloréis. Yo no me voy a morir. Al dejar la tierra de los que mueren, confío en ver las bendiciones del Señor en la tierra de los que viven.» Llamamos a este mundo da *tierra de los vivientes*; pero sería más correcto llamarlo la *tierra de los murientes*. Por Jesucristo sabemos que vamos de camino, no hacia el ocaso, sino hacia el amanecer; sabemos que la muerte es una puerta en el firmamento, como ha dicho Mary Webb. En el sentido más auténtico, no vamos de camino hacia la muerte, sino hacia la vida.

¿Cómo sucede esto? Sucede cuando creemos en Jesucristo. ¿Y qué quiere decir eso? Creer en Jesús quiere decir aceptar todo lo que ha dicho Jesús como la verdad absoluta; y jugar nos la vida con entera confianza en que es así. Cuando hacemos eso, entramos en dos nuevas relaciones.

(a) Entramos en una nueva relación con Dios. Cuando creemos que Dios es como nos ha dicho Jesús, llegamos a estar absolutamente seguros de Su amor, y de que es, por encima de todo, un Dios redentor. El miedo a la muerte se desvanece, porque morir es ir con el gran Amador de las almas humanas.

(b) Entramos en una nueva relación con la vida. Cuando aceptamos el camino de Jesús; cuando tomamos Sus mandamientos como nuestra ley, y cuando nos damos cuenta de que Él está siempre dispuesto a ayudarnos a vivir como Él nos manda, la vida se convierte en algo totalmente nuevo. Está revestida de un nuevo encanto, una nueva delicia, una nueva fuerza. Y cuando hacemos nuestro el camino de Jesús, la vida se convierte en una cosa tan preciosa que no podemos concebir que se acabe quedando incompleta.

Cuando creemos en Jesús, cuando aceptamos lo que Él nos dice acerca de Dios y acerca de la vida y nos jugamos el todo por el todo a que es verdad, resucitamos de veras, porque somos liberados del miedo que caracteriza a la vida sin Dios; somos liberados de la frustración que caracteriza a la vida sometida al pecado; somos liberados de la vacuidad de la vida sin Cristo. La vida se eleva de la muerte del pecado para llegar a ser algo tan auténtico que no puede morir, y que no encuentra en la muerte más que la transición a una vida superior.

LA EMOCIÓN DE JESÚS

Juan 11:28-33

Después de decir aquello, Marta se fue a llamar a su hermana María; y le dijo, sin dejar que las otras personas se enteraran:

-Ha llegado el Maestro, y quiere verte.

En cuanto lo oyó, María se levantó aprisa y se dirigió al lugar donde estaba Jesús. Él no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde le había encontrado Marta. Entonces los judíos que estaban en la casa haciendo duelo con María, cuando la vieron levantarse aprisa y salir, la siguieron, pensando que se iba a llorar a la tumba.

Cuando María llegó adonde estaba Jesús y Le vio, se arrodilló a Sus pies.

- ¡Señor -Le dijo-, si hubieras estado aquí, mi hermano no se habría muerto!

Cuando Jesús la vio llorar, y a los judíos que habían venido con ella también llorando, Se conmovió profundamente en Su espíritu de tal manera que no pudo reprimir un gemido, y tembló movido por una profunda emoción.

Marta volvió a la casa, a decirle a María que había llegado Jesús. Quería darle la noticia en secreto, sin que los visitantes se enteraran, porque quería que María tuviera unos instantes a solas con Jesús antes de que el gentío los rodeara haciéndoles imposible una conversación privada. Pero, cuando los visitantes vieron a María levantarse de prisa y salir, supusieron inmediatamente que se dirigiría a la tumba de Lázaro. Era costumbre, sobre todo entre las mujeres, ir a llorar a la tumba siempre que les era posible. El saludo de María fue exactamente el mismo que el de Marta. Si Jesús hubiera llegado a tiempo, Lázaro estaría vivo todavía.

Jesús vio llorar a María y a todos los que estaban en el duelo

con ella. Debemos recordar que aquello no sería simplemente que se les saltaban las lágrimas, sino más bien lamentos y chillidos histéricos; porque la manera judía de considerar un duelo era que, cuanto más incontrolado el lloro, tanto mayor honor se confería al difunto.

Aquí nos encontramos con un problema de traducción. La palabra que muchas traducciones, entre ellas la Reina-Valera, traducen por *se estremeció* en espíritu, viene del verbo *embrimasthai*, y se encuentra otras tres veces en el Nuevo Testamento. Se usa en *Mateo* 9:30, donde Jesús *le encargó rigurosamente* (R-V) a los ciegos que no divulgaran el hecho de que les había devuelto la vista. Se usa en *Marcos* 1:43: «*le encargó rigurosamente*» al leproso que no publicara el que Jesús le había curado. Y se usa en *Marcos* 14: S, donde los espectadores *murmuraban* contra la mujer que había ungido la cabeza de Jesús con un ungüento costoso, porque pensaban que aquella acción de amor era un derroche injustificado. En cada uno de estos ejemplos, la palabra contiene una cierta severidad, casi ira. Quiere decir más bien reprender, dar una orden rigurosa. Los que quieran tomarlo así traducirían: «Jesús se conmovió de ira en Su espíritu.»

¿Por qué de ira? Se ha sugerido que aquel despliegue de lágrimas de los visitantes judíos no era más que hipocresía; que esa comedia de duelo despertaba la indignación de Jesús. Es posible que eso fuera verdad de los visitantes, aunque no se nos indica que fueran insinceros; pero sin duda no era verdad de María, y apenas puede considerarse correcto aquí el interpretar *embrimasthai* como implicando ira. La traducción de Reina-Valera (1909 y 1960) nos parece descolorida para esta palabra tan poco frecuente, y no hace justicia a toda la fuerza del original. Se podría decir: «Dio escape a tal angustia de espíritu que hacía que todo Su cuerpo se le conmocionara de temblores.» Así llegaríamos más cerca del significado original. En griego clásico *embrimasthai* quiere decir *bufar* un animal. Aquí debe querer decir que se apoderó de Jesús una emoción tan incontrolable que le arrancó gemidos del corazón.

Aquí tenemos una de las cosas más preciosas del Evangelio. Tan profundamente entró Jesús en el dolor humano que la angustia Le oprimía y estrujaba el corazón. «En toda angustia de ellos Él fue angustiado» (*Isaías 63:9*).

Pero aún hay más. Para cualquier griego que leyera esto -y debemos recordar que fue escrito para los de cultura griega-, ésta sería una descripción sorprendente e increíble. Juan había escrito todo su evangelio sobre el tema de que en Jesús vemos la Mente de Dios. Para los griegos, la principal característica de Dios era lo que llamaban *apatheía*, que quiere decir *la absoluta incapacidad de sentir cualquier emoción*.

¿Cómo llegaron los griegos a atribuirle a Dios tal característica? Lo razonaban de la siguiente manera. Si podemos sentir pena o gozo, alegría o tristeza, eso quiere decir que algo fuera de nosotros nos puede afectar. Ahora bien: si una persona o cosa nos afecta, eso quiere decir que, a lo menos por un momento, tiene poder sobre nosotros. Nada ni nadie puede tener un efecto así sobre Dios; y eso quiere decir que Dios es esencialmente incapaz de sentir absolutamente ninguna emoción. Los griegos creían en un Dios aislado, desapasionado e impasible.

¡Qué imagen tan distinta nos da Jesús de Dios! Nos presenta a un Dios Cuyo corazón se estruja de angustia por la angustia de Su pueblo. Lo más grande que hizo Jesús fue traernos la noticia de un Dios Que no es insensible.

LA VOZ QUE DESPIERTA A LOS MUERTOS

Juan 11:34-44

- *¿Dónde le pusisteis? -les preguntó Jesús.*

- *Ven a verlo -Le contestaron. Jesús se echó a llorar, y los judíos dijeron:*

- *¡Fijaos cómo le quería!*

Algunos de ellos dijeron:

- *¿No habría podido Éste, Que le abrió los ojos al ciego, haber hecho que no se muriera Lázaro?*

Otra vez surgió un gemido de angustia de lo más íntimo de Jesús. Fue a la tumba. Era una cueva, y habían puesto una piedra para cerrarla. Jesús dijo:

- *¡Quitad la piedra!*

Marta, la hermana del difunto, Le dijo a Jesús:

- *Señor, a estas alturas el hedor de la muerte le habrá invadido, porque lleva cuatro días en la tumba.*

Pero Jesús le contestó:

- *¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?*

Así que quitaron la piedra. Jesús elevó la mirada y dijo:

- *Padre, gracias por haberme oído. Yo ya sabía que Tú Me oyes siempre; pero lo he dicho por los que están aquí alrededor, porque quiero que sepan que Tú Me has enviado.*

Inmediatamente después de decir aquello, gritó con todas Sus fuerzas:

- *¡Lázaro, sal de ahí!*

Y el que había estado muerto salió, con las piernas y los brazos sujetos con vendas, y con la cara tapada con un paño.

Y Jesús les dijo:

- *¡Desenvolvedle para que pueda moverse por sí mismo!*

Aquí llegamos a la última escena del drama. Una vez más se nos muestra la figura de Jesús conmocionado de angustia al compartir la angustia del corazón humano. Para los lectores griegos, esa breve frase, «Jesús lloró», sería lo más alucinante de toda la alucinante historia. Que el Hijo de Dios pudiera llorar les parecería increíble.

Debemos conservar en la mente el cuadro de una tumba palestina corriente. Sería, o una cueva natural, o un hueco hecho en la roca. Tendría una entrada en la que se colocaba el féretro al principio. Más al fondo habría una cámara, de unos dos metros de largo, dos y medio de ancho y poco más de alto. Tendría unos ocho espacios cortados en la roca, tres a cada

lado y dos enfrente de la entrada, en los que se ponían los cadáveres. Los cuerpos se envolvían en una mortaja, pero los brazos y las piernas se cubrían aparte con una especie de vendas, y la cabeza también se cubría por separado. La tumba no tenía puerta; pero delante de la entrada había una ranura por la que se deslizaba una piedra grande para sellar la tumba.

Jesús pidió que quitaran la piedra. A Marta no se le ocurría nada más que una razón para abrir la tumba: que Jesús quería ver el rostro de su amigo por última vez. Marta no podía comprender aquel deseo, que no daría ningún consuelo. Advirtió que Lázaro ya llevaba cuatro días en la tumba. La razón era que los judíos creían que el espíritu de los muertos revoloteaba por la tumba cuatro días, buscando una ocasión para entrar en el cuerpo otra vez. Pero después de cuatro días, el espíritu ya se había ido; porque el rostro del difunto estaba tan descompuesto que ya no se podía ni reconocer.

Entonces Jesús dio la orden que hasta la muerte era impotente para resistir, y Lázaro salió. Es alucinante figurarse aquel cuerpo vendado pugnando por salir de la tumba. Jesús les dijo que le desenvolvieran de todos aquellos paños mortuorios, y le dejaran moverse con libertad.

Hay ciertas cosas que debemos notar.

(i) Jesús oró. El poder que fluía por Él no tenía su origen en Él, sino en Dios. «Los milagros -decía Godet- son simplemente oraciones contestadas.»

(ii) Jesús buscaba sólo la gloria de Dios. No hizo aquello para glorificarse a Sí mismo. Cuando Elías tuvo su épica contienda con los profetas de Baal, oró: «Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo reconozca que Tú eres el único Dios» (1 Reyes 18:37).

Todo lo que hacía Jesús era debido al poder de Dios y diseñado para la gloria de Dios. ¡Qué diferente de nosotros! Hacemos las cosas en nuestro propio poder, y para nuestro prestigio. Posiblemente habría más maravillas en nuestras vidas también si dejáramos de actuar por nosotros mismos y Le diéramos a Dios el lugar central que Le corresponde.

TRÁGICA IRONÍA

Juan 11:45-53

Entonces, muchos de los judíos que habían venido a hacerle compañía a María en el duelo y que vieron lo que había hecho Jesús, creyeron en Él. Pero otros fueron a informar a los fariseos de lo que había hecho Jesús.

En consecuencia, los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el sanedrín, y dijeron:

-¿Qué vamos a hacer? ¡Porque este Hombre hace muchas señales! Si Le dejamos seguir así, van a creer todos en Él, y van a venir los romanos y nos van a quitar nuestra posición y a destruir nuestra nación.

Uno de ellos, que se llamaba Caifás y que era el sumo sacerdote aquel año, les dijo:

-Vosotros no tenéis ni idea. No consideráis que nos conviene más que muera un Hombre por el pueblo, en vez de que toda la nación perezca.

Aquello que dijo, no es que se le había ocurrido a él; sino que, como era el sumo sacerdote aquel año, estaba en realidad profetizando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación judía, sino para reunir en una sola cosa a todos los hijos de Dios que estaban dispersos.

A partir de aquel día conspiraron para matarle.

Las autoridades judías se nos retratan aquí gráficamente. El maravilloso suceso de Betania los obligó a intervenir; era imposible seguir dejando actuar a Jesús, porque todo el pueblo acabaría por seguirle. Así es que se reunió el sanedrín para resolver aquella situación.

En el sanedrín estaban tanto los fariseos como los saduceos. Los fariseos no eran un partido político; su único interés era vivir de acuerdo con la ley en todos sus detalles, y no les

importaba quién los gobernaba, con tal de que les permitiera seguir su obediencia meticulosa a la ley. Por otra parte estaban los saduceos, que eran intensamente políticos. Eran el partido aristocrático y rico; y eran el partido colaboracionista: con tal que se les permitiera retener sus riquezas, comodidades y posición de autoridad, estaban dispuestos a colaborar con Roma. Todos los principales sacerdotes eran saduceos. Y está claro que eran ellos los que dominaban el sanedrín. Es decir: que fueron los saduceos los que lo dijeron todo.

Juan nos los retrata con unas pocas pinceladas magistrales. Primero, eran declaradamente descorteses. Josefo dice de ellos (*La guerra de los judíos 2:8,14*) que «el comportamiento de los saduceos entre sí era bastante rudo, y su relación con sus iguales era tan áspera como con los extranjeros.» «Vosotros no tenéis ni idea», dijo Caifás (versículo 49). «Sois estúpidos y tenéis la cabeza vacía.» Aquí tenemos la arrogancia innata y avasalladora de los saduceos en acción; este era exactamente su carácter. Su arrogancia despectiva está en contraste implícito con los acentos de amor de Jesús.

Segundo, la única cosa que interesaba realmente a los saduceos era retener su poder y prestigio político y social. Lo que temían era que Jesús consiguiera muchos seguidores y provocara un conflicto con el gobierno. Los romanos eran tolerantes en muchas cosas; pero, con un imperio tan extenso que gobernar, no podían permitir desórdenes civiles, que siempre sofocaban con mano firme y cruel. Si Jesús fuera el causante de un desorden civil, Roma se echaría encima con todo su poder, y no cabía la menor duda de que los saduceos perderían su posición de autoridad. Nunca se les ocurrió preguntarse si Jesús tendría o no razón. Su única pregunta era: «¿Qué efecto puede tener en nuestra posición y comodidad y autoridad?» Juzgaban las cosas, no a la luz de principios éticos, sino a la de sus propios intereses. Todavía sigue habiendo personas que anteponen su carrera a la voluntad de Dios.

Aquí encontramos un tremendo ejemplo de ironía dramática. Algunas veces, un personaje de teatro dice algo cuyo

significado no comprende, pero el público sí. Eso es lo que se llama ironía dramática. Así es que los saduceos insistían en que había que eliminar a Jesús, porque si no los romanos se les echarían encima y les quitarían sus privilegios. El año 70 d.C. los romanos, cansados de la testarudez judía, sitiaron Jerusalén, y la convirtieron en un montón de ruinas, llagando hasta a pasar simbólicamente el arado por el área del templo. ¡Qué diferentes podrían haber sido las cosas si los judíos hubieran aceptado a Jesús! Los mismos pasos que dieron para salvar a su nación la condujeron a la ruina. Esta destrucción tuvo lugar en el año 70 d.C.; el evangelio de Juan se escribió hacia el año 100 d.C.; y todos los que lo leyeran descubrirían la ironía dramática en las palabras de los saduceos.

Entonces el sumo sacerdote Caifás dijo aquellas palabras de doble filo: « Si tuvierais dos dedos de frente -les dijo-, llegaríais a la conclusión de que es mucho mejor que muera un Hombre por la nación antes que toda la nación perezca.» Los judíos creían que, cuando el sumo sacerdote buscaba el consejo de Dios para la nación, Dios hablaba por medio de él. En la antigua historia, Moisés escogió a Josué como su sucesor en la dirección de Israel. Josué habría de tener una parte en su honor; y, cuando necesitara el consejo de Dios, iría al sumo sacerdote Eleazar: «Y se pondrá delante del sacerdote Eleazar, y le consultará...; por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán» (*Números 27:18-21*). El sumo sacerdote había de ser el canal de la palabra de Dios al líder o a la nación. Eso era Caifás en aquel día.

Aquí tenemos otro ejemplo tremendo de ironía dramática. Lo que Caifás quería decir era que era mejor que muriera Jesús que que hubiera problemas con los romanos. Era verdad que Jesús había de morir para salvar a la nación -pero no en el sentido que decía Caifás. Era verdad de una manera mucho más maravillosa. Dios puede hablar por los medios menos imaginables. Algunas veces puede mandar Su mensaje por medio de alguien que ni siquiera sabe lo que está diciendo. Puede usar hasta las palabras de un hombre malo.

Jesús había de morir por la nación de Israel, y también por todo el pueblo de Dios esparcido por todo el mundo. La Iglesia Primitiva hizo un uso muy hermoso de estas palabras. El primer libro de liturgia de la Iglesia Cristiana se llamó *La Didajé, La Doctrina de los Doce Apóstoles*, y se escribió poco después del año 100 d.C. Cuando se partía el pan en la Santa Cena se debía decir: «Como este pan estuvo esparcido por las montañas, y llegó a ser uno, que Tu Iglesia sea reunida de los fines de la Tierra en Tu Reino» (*Didajé 9:4*). Algún día los miembros dispersos de la Iglesia estarán unidos en un solo Cuerpo. Eso es algo que debemos pensar cuando vemos el pan partido en la Mesa del Señor.

JESÚS, FUERA DE LA LEY

Juan 11:54-57

En vista de aquello, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se retiró de ellos a un lugar al borde del desierto, a un pueblo que se llamaba Efraín, y se quedó allí con Sus discípulos.

Ahora bien, la fiesta judía de la Pascua iba a ser poco después; y muchos de las zonas rurales subían a Jerusalén antes de la fiesta de la Pascua para purificarse. Andaban buscando a Jesús; y cuando se encontraban en el templo, hablaban entre sí y se decían:

-¿Qué pensáis? ¿Es tan seguro que es imposible que venga a la fiesta?

A todo esto, los principales sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes que si alguien sabía dónde estaba Jesús, que se lo comunicara, para que Le echaran mano.

Jesús no jugaba con el peligro innecesariamente. Estaba dispuesto a entregar Su vida, pero no a malgastarla temerariamente antes de terminar Su obra. Así es que se retiró a un pueblo que se llamaba Efraín, que estaba cerca de Belén, en el país montañoso al Norte de Jerusalén (*2 Crónicas 13:19*).

Para entonces ya empezaba Jerusalén a llenarse de gente. Antes de participar en ninguna fiesta, los judíos tenían que purificarse ritualmente; y la impureza se podía contraer al tocar un número considerable de cosas y personas. Muchos de los judíos, por tanto, se adelantaban para llegar a la ciudad a tiempo para hacer las ofrendas necesarias y realizar las abluciones para estar seguros de que estaban ritualmente limpios. La ley decía: «Todos los varones tienen que purificarse antes de la fiesta.»

Estas purificaciones se llevaban a cabo en el templo. Requerían tiempo; y, mientras esperaban, los judíos se reunían en grupitos expectantes. Sabían lo que pasaba. Sabían de la contienda de voluntades entre Jesús y las autoridades; y la gente siempre está interesada en el Que se enfrenta valientemente con riesgos imprevisibles. Se preguntaban si aparecería en la fiesta; y concluyeron que no Le sería posible. Este Carpintero galileo no podía arrostrar todo el poder de la jerarquía eclesiástica y política judía.

Pero habían infravalorado a Jesús. Cuando llegara Su hora para aparecer, no habría poder en la Tierra que se lo impidiera. Martín Lutero fue uno de esos que no hacen caso de las advertencias de las almas timoratas que tratan de impedir que sean lo que consideran demasiado lanzados. Él seguía el camino que consideraba correcto «pese a todos los cardenales, papas, reyes y emperadores, con todos los demonios y el infierno.» Cuando le citaron para que se presentara a la dieta de Worms para retractarse de sus ataques a los abusos de la Iglesia Católica Romana, le advirtieron insistentemente del peligro. Su respuesta fue: «Iré aunque haya tantos demonios en Worms como tejas en sus tejados.» Cuando se le dijo que el duque Jorge le metería preso, contestó: « ¡Iré aunque lluevan duques Jorge!» No era que Lutero fuera un temerario -porque a menudo le temblaban la voz y las rodillas cuando hacía esas declaraciones;-pero tenía un valor que conquistaba el miedo. El cristiano no teme a las consecuencias de hacer lo que debe, sino a las de *no* hacerlo.

Por los últimos versículos del capítulo sacamos la impresión de que, para este tiempo, Jesús ya estaba catalogado como un fuera de la ley. Puede que las autoridades judías hubieran ofrecido una recompensa por la información que condujera a Su detención, y que eso fuera lo que buscaba, y obtuvo, Judas. A pesar de todo, Jesús fue a Jerusalén. Y no furtivamente, por las callejuelas escondidas; sino abiertamente, y de tal manera que atrajo la atención de todo el mundo. Se podrá decir lo que se quiera de Jesús; pero hay que inclinarse de admiración ante Su valor, que desafiaba a la muerte. En aquellos últimos días de Su vida se comportó como el más valeroso fuera-de-la-ley de todos los tiempos.

LA PRODIGALIDAD DEL AMOR

Juan 12:1-8

Cuando faltaban seis días para la Pascua, Jesús fue a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado. Y allí Le hicieron una cena; Marta se encargaba de servir, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con Jesús.

Entonces María trajo una libra de perfume de nardo puro muy costoso, y ungió los pies de Jesús, secándolos luego con sus cabellos. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Pero Judas Iscariote, uno de los discípulos de Jesús, el que más tarde le traicionaría, dijo:

-¿Por qué no se vendió ese perfume por trescientos denarios, para dárselos a los pobres?

Eso lo decía, no porque le importaran los pobres, sino porque era un ladrón, y estaba a cargo de la caja, y sisaba de lo que se metía en ella. Pero Jesús dijo:

-Dejadla que me rinda este honor anticipándose a mi funeral. A los pobres siempre los tendréis a vuestra disposición; pero a Mí, no.

Ya hemos visto en otras ocasiones que muchos intérpretes creen que ciertas partes del evangelio de Juan están fuera de su sitio. Algunos sospechan que eso es lo que ha pasado aquí. Moffatt, por ejemplo, lo imprimió en el siguiente orden: versículos 19-29; 1-18 y 30; 31-42. Aquí seguimos el orden de la versión Reina-Valera y de todas las otras españolas; pero si el lector quiere seguir el capítulo en el orden sugerido, verá la relación de los hechos y del pensamiento más claramente.

Jesús estaba llegando al final de su vida en la Tierra. El ir a Jerusalén para la Pascua fue una acción del más extraordinario valor, porque las autoridades ya le habían proclamado fuera de la ley (*Juan 11:57*). Tan considerable era el gentío que llegaba a Jerusalén para la Pascua que no podían todos conseguir alojamiento en la ciudad, y Betania era uno de los lugares fuera de los límites de la ciudad que la ley establecía como aptos para admitir el exceso de peregrinos.

Cuando Jesús llegó a Betania, sus amigos le organizaron una cena. Debe de haber sido en la casa de Marta y María y Lázaro; porque, ¿en qué otra casa iba a estar Marta sirviendo sino en la suya?

Fue entonces cuando a María se le desbordó el corazón de amor. Tenía una libra de perfume de nardo muy costoso. Tanto Juan como Marcos lo describen con el adjetivo *pistikós* (*Marcos 14:3*). Lo curioso es que no se sabe exactamente lo que quiere decir esa palabra. Hay cuatro posibilidades. Puede que derive del adjetivo *pistós*, que quiere decir *fiel, de confianza*; así que *pistikós* podría querer decir *genuino*. También podría venir del verbo *pinein*, que quiere decir *beber*; y podría querer decir *líquido*. Puede que fuera una «marca registrada», en cuyo caso deberíamos traducirlo por *nardo pístico*. También puede que venga de una palabra que quiere decir pistacho y sería un perfume que se extraía de ese fruto seco o de su árbol. Lo que sí es seguro es que era una clase de perfume muy apreciada y cara. Con este perfume, María ungió los pies de Jesús. Judas, mezquinamente, interpretó su acción como un derroche innecesario. Jesús le atajó diciéndole que a los pobres siempre se les podía dar dinero, pero la amabilidad que se había tenido con El tenía que ser entonces, porque más adelante ya no habría oportunidad.

Aquí tenemos toda una serie de bocetos de personajes.

(i) Tenemos a Marta. Estaba sirviendo a la mesa. Amaba a Jesús; era una mujer práctica: su manera natural de mostrar amor era con la labor de sus manos. Marta daba siempre todo lo que podía. Muchísimos grandes hombres han llegado a ser lo que fueron gracias al cuidado cariñoso de alguna persona así que tenían en el hogar. Es tan posible servir a Jesús en la cocina como en el púlpito o en cualquier otro lugar.

(ii) Tenemos a María. Por encima de todo, amaba a Jesús; y aquí, en su gesto, vemos tres características del amor.

(a) Vemos el exceso del amor. María trajo lo más precioso que tenía, y se lo gastó todo en Jesús. El amor no es amor si calcula meticulosamente el precio. Da su todo, y lo único que lamenta es no tener todavía más que dar. O'Henry, el maestro de la narración corta, tiene una historia conmovedora que se llama *El Don de los Magos*. Una pareja americana joven, Della y Jim, eran muy pobres pero estaban muy enamorados. Cada uno tenía una sola cosa que era su posesión exclusiva. El cabello de Della era su gloria. Cuando se lo soltaba, casi le servía de túnica. Jim tenía un reloj de oro que había sido de su padre y era su orgullo. Era el día antes de Navidad, y Della no tenía más que un dólar y ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. Fue, y vendió su pelo por veinte dólares, con los que le compró a Jim una pulsera de platino para su precioso reloj. Cuando Jim llegó a casa por la noche y vio la cabecita trasquilada de Della, se quedó estupefacto. No era que no le gustara, ni que la amara menos por eso; porque estaba más preciosa que nunca. Despacio, él le entregó a ella su regalo: era un juego de peines de concha de tortuga muy caros, para su precioso pelo... y había vendido su reloj de oro para comprarlos. Cada uno le había dado al otro todo lo que tenía. El amor verdadero no tiene otra manera de dar.

(b) Vemos la humildad del amor. Era conferir un honor el ungir la cabeza de una persona. «Ungiste mi cabeza con aceite,» dice el salmista (*Salmo 23: S*). Pero María no se atrevía a llegar a la altura de la cabeza de Jesús, y le ungió los pies. Lo último en que podía pensar María era en conferirle un honor a Jesús; jamás se consideró con capacidad para eso.

(c) Vemos la naturalidad del amor. María le secó los pies a Jesús con sus propios cabellos. En Palestina, ninguna mujer respetable aparecería en público con el cabello suelto. El día de su boda, una chica se sujetaba el cabello y ya nunca se dejaba ver en público con el cabello suelto. Eso habría hecho que se la identificara con una mujer inmoral. Pero a María ni siquiera se le ocurrió pensarlo. Cuando dos personas se aman de veras, viven en su mundo. Van por una calle abarrotada de gente cogidos de la mano, sin importarles lo que puedan pensar los demás. A muchos les da corte presentarse como cristianos, porque les preocupa lo que otros piensen de ellos. María amaba a Jesús tanto que no le podía importar menos lo que pensarán o dijeran otros.

Pero hay algo más aquí acerca del amor. Juan lo expresa diciendo: « Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.» Ya hemos visto que la mayor parte de lo que nos cuenta Juan tiene un doble sentido: uno que está en la superficie, y otro más interior. Muchos padres de la Iglesia e intérpretes han visto aquí un doble sentido. Lo han tomado como diciendo que toda la Iglesia se llenó del recuerdo agradable de la buena acción de María. Una buena acción se convierte en la posesión de todo el mundo y añade a la belleza de la vida en general algo que el tiempo no puede destruir.

LA PRODIGALIDAD DEL AMOR

Juan 12:1-8 (conclusión)

(iii) Tenemos a Judas. Aquí se nos revelan tres cosas acerca del misterio de su persona.

(a) Vemos la confianza que tenía Jesús en él. Desde tan atrás como *Juan 6:70-71*, Juan nos presenta a Jesús plenamente consciente de que había un traidor en sus filas. Bien puede ser que tratara de ganarse el corazón de Judas poniéndole de tesorero de la compañía apostólica. O tal vez intentara apelar a su sentido del honor. O puede que estuviera diciéndole en efecto: «Judas, aquí hay algo que puedes hacer por mí. Aquí tienes la prueba de que te necesito y te quiero.» Esa apelación falló con Judas; pero sigue en pie el hecho de que, a menudo, la mejor manera de recuperar a alguien que va por mal camino es tratarle, no con suspicacia, sino con confianza; como si se esperara de esa persona, no lo peor, sino lo mejor.

(b) Vemos una de las leyes de la tentación. Jesús no habría puesto a Judas a cargo de la caja a menos que tuviera ciertas cualidades. Westcott, en su comentario, dice: « La tentación suele sobrevenirnos en aquello para lo que tenemos una cierta predisposición y capacidad natural.» Si uno tiene una cierta habilidad para manejar el dinero, su tentación puede venirle por considerar que el dinero es la cosa más importante del mundo. Si una persona está dotada para ocupar un lugar prominente, puede que le venga la tentación de poner su reputación por encima de todo. Si una persona tiene un don particular, puede que le asalte la tentación de la presunción. Judas tenía la habilidad de manejar dinero, y tanto se aficionó a ello que se volvió, primero, un ladrón, y luego un traidor. La versión Reina-Valera dice que *tenía* la bolsa. El verbo griego es *bastazein*, que no quiere decir *tener* ni *llevar*, sino *sisar*. Judas no sólo llevaba la bolsa, sino que sustraía de lo que había en ella. La tentación le asaltaba en lo que constituía su talento y su responsabilidad especial.

(c) Vemos cómo se pueden deformar las ideas de una persona. Judas acababa de presenciar una acción de insuperable encanto, y la consideró un despilfarro injustificado. Era un amargado, y lo veía todo con amargura. Lo que uno ve depende de lo que lleva dentro. Ve sólo lo que está preparado para ver. Si nos gusta una persona, no le vemos defectos; pero, si no nos gusta, todo lo que haga nos parecerá mal. Una mente deformada produce una visión deformada de las cosas; y, si descubrimos que nos estamos volviendo muy críticos con los demás, y que tendemos a imputarles motivos bastardos, debemos, por un momento, dejar de examinarlos y ponernos a examinarlos a nosotros mismos.

Por último, aquí encontramos una gran verdad acerca de la vida. Algunas cosas las podemos hacer cuando queramos; pero otras, no las haremos jamás si desperdiciamos la ocasión que se nos presenta. Sentimos el deseo de hacer algo bueno, hermoso, generoso y noble. Si lo aplazamos, o lo dejamos para mañana, aquel buen impulso se retira, y no lo hacemos nunca. La vida es siempre incierta. Pensamos decir unas palabras de gratitud, de aprecio o de amor, pero lo dejamos para más adelante; y a menudo ya no lo decimos.

Hay un ejemplo clásico de un hombre que se dio cuenta demasiado tarde de lo que no había dicho ni hecho nunca. Thomas Carlyle amaba a Jane Welsh Carlyle; pero era un hombre tan difícil e irascible que nunca le hizo la vida fácil a su esposa. Ella murió repentinamente. J. A. Froude nos habla de los sentimientos de Carlyle cuando la perdió. «Estaba revisando los papeles de su esposa, sus cuadernos y diarios; y viejas escenas luctuosas volvieron despiadadamente a su memoria. En largas noches de insomnio reconoció demasiado tarde lo que ella había sentido y sufrido por sus rabietas infantiles. Sus faltas se le representaron en un juicio sin piedad y, de la misma manera que antes le habían parecido fruslerías, ahora las exageraba en su impotente arrepentimiento...» "¡Oh -gritaba una y otra vez-, si la pudiera ver sólo una vez más, aunque sólo fueran cinco minutos, para hacerle saber que la he querido siempre a pesar de todo eso. Y ella nunca lo supo, nunca".» Hay un tiempo para hacer y para decir cosas; y, cuando se pasa, puede que ya no se digan ni hagan nunca.

La objeción malhumorada de Judas era que el dinero de ese perfume se podía haber dado a los pobres. Pero, como dice la Escritura, «No faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso Yo te mando diciendo : Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra» (*Deuteronomio 15:11*). El ayudar a los pobres era algo que se podía hacer en cualquier tiempo. Mostrar la devoción del corazón a Jesús tenía que hacerse antes que le recibiera la Cruz del Calvario en sus crueles brazos. Acordémonos de hacer las cosas ahora, porque la oportunidad rara vez se presenta otra vez; y el no haberlas hecho -especialmente el no haber expresado el amor- trae amargos remordimientos.

EL PLAN PARA DESTRUIR LA EVIDENCIA

Juan 12:9-11

El gentío judío sabía que Jesús estaba allí; y vinieron, no sólo a ver a Jesús, sino también a Lázaro, al que Jesús había resucitado.

Los principales sacerdotes conspiraron para matar también a Lázaro; porque muchos de los judíos se les estaban apartando por causa de él, y llegaban a creer en Jesús.

A los líderes de los judíos se les estaban poniendo las cosas imposibles. Este era principalmente el caso de los saduceos, a cuyo partido pertenecían todos los sacerdotes, que eran los que tenían más que perder.

Primero, los amenazaba desde el punto de vista político. Los saduceos eran la aristocracia adinerada, y trabajaban en estrecha colaboración con el gobierno romano. No se proponían otra cosa que seguir disfrutando de su riqueza, comodidad y posición. Siempre que se les permitiera retener sus puestos directivos en el gobierno, estaban dispuestos a colaborar. Los romanos concedían a los reinos sometidos una medida considerable de libertad. Hablando en general, bajo un gobernador romano se les permitía gobernar a ellos; pero al más ligero desorden civil, les caía encima con todo su peso la mano de Roma; y, los que fueran responsables del gobierno y hubieran fracasado en su mantenimiento quedaban despedidos. Los saduceos veían en Jesús al líder en potencia de una rebelión. Se estaba apoderando de los corazones del pueblo. El ambiente estaba sobrecargado; y los saduceos estaban decididos a librarse de Él para que no hubiera un levantamiento que pusiera en peligro su comodidad y autoridad.

Segundo, lo consideraban teológicamente intolerable. Al contrario que los fariseos, los saduceos no creían en la resurrección de los muertos; y ahora se veían con un tal Lázaro, que había resucitado. A menos que hicieran algo, los cimientos de su poder, su influencia y su enseñanza se estaban resquebrajando bajo sus propios pies.

Así es que decidieron destruir la evidencia eliminando también a Lázaro. H. G. Wood cuenta la objeción de dos señoras viejecitas en los días en que Charles Darwin había hecho pública su hipótesis de la evolución, y se pensaba que aquello quería decir que la humanidad había surgido de las bestias y era semejante a ellas. Se les oyó decir: «Esperemos que no sea verdad; y, si lo es, corramos un tupido velo.» Cuando alguien tiene que sostener su posición destruyendo la evidencia que la amenaza, eso quiere decir que está usando métodos deshonestos para mantener una mentira y lo sabe.

Los saduceos estaban dispuestos a suprimir la verdad para defender sus intereses. Para muchas personas, el propio interés es el motivo más poderoso de la vida. Muchos descubrimientos que podrían producir mercancías más baratas nunca ven la luz del día porque compran las patentes y las mantienen inoperantes los fabricantes de otros productos que se ven amenazados. El propio interés dicta política y acción.

A fin de mantener su posición y su influencia, los sacerdotes y los saduceos estaban dispuestos a destruir la evidencia de la verdad. La persona que tiene miedo de la verdad y coloca su prestigio y provecho propio por encima de ella se encuentra sin duda en una situación lamentable.

LA BIENVENIDA AL REY

Juan 12:12-19

Al día siguiente, todo el gentío que estaba en Jerusalén para la fiesta se enteró de que Jesús iba de camino para allá. Entonces cortaron ramas de palmera, y salieron a recibirle. Y no dejaban de gritar:

- ¡Hosanna! ¡Benito el que viene en el nombre del Señor, Que es el Rey de Israel!

Jesús se encontró un borriquillo, y se sentó sobre él, como dice la Escritura: «¡No tengas miedo, hija de Sión! ¡Mira: tu Rey está llegando, sentado sobre un pollino!» En aquel momento los discípulos no comprendieron lo que quería decir todo aquello; pero, después que Jesús fue glorificado, se acordaron de todo lo que le hicieron, y de que ya estaba escrito acerca de El.

La multitud que estaba con Él daba testimonio de cómo había llamado a Lázaro de la tumba y le había resucitado. Fue precisamente porque oyeron que había realizado aquella señal por lo que la multitud salió a recibirle. A eso los fariseos se dijeron unos a otros:

- ¡Ya veis que las medidas que habéis tomado no han servido para nada! ¡Fijaos! ¡Todo el mundo se va tras ÉL!

La Pascua, Pentecostés y Tabernáculos eran las tres fiestas de guardar de los judíos. Para la Pascua venían a Jerusalén judíos de todo el mundo. Dondequiera que viviera un judío, su ambición era celebrar una Pascua en Jerusalén. Hasta el día de hoy y a lo largo de todas las edades, cuando los judíos celebran la Pascua en su lugar de residencia, dicen: < ¡Este año aquí; pero el que viene, en Jerusalén!>

Por entonces, Jerusalén y todos los pueblos de alrededor estaban abarrotados de peregrinos. En cierta ocasión se hizo un censo de los corderos que se mataron para la fiesta de la Pascua, y se alcanzó la cifra de 256.000. Tenían que ser un mínimo de diez personas por cordero; así que, si los números eran correctos, tiene que haber habido unas 2,700.000 personas en Jerusalén y

alrededores aquel año. De modo que, aunque la cifra fuera exagerada, sigue siendo verdad que la población de Jerusalén se multiplicaba en esas fechas.

Se habían divulgado noticias y rumores de que Jesús, el que había resucitado a Lázaro, estaba de camino hacia Jerusalén. Había dos multitudes: la que acompañaba a Jesús desde Betania, y la que salió a su encuentro de Jerusalén; y deben de haber fluido juntas como una doble marea de la mar. Jesús llegaba cabalgando en un borriquillo. Cuando la gente le encontraba, le recibía como a un conquistador. Y la vista de la tumultuosa bienvenida sumió a las autoridades en las profundidades de la desesperación; porque parecía que nada de lo que ellos hicieran podía detener la avalancha de los seguidores de Jesús. Este incidente evangélico es tan importante que debemos hacer todo lo posible para comprender qué fue exactamente lo que sucedió.

(i) Algunos de la multitud no eran más que espectadores. ¡Ahí iba uno que, según se decía, había resucitado a un muerto! Y muchos habían salido, sencillamente, a ver a una figura sensacional. Siempre es posible atraer gente *por un tiempo* con sensacionalismo y una publicidad astuta; pero no suele durar. Muchos de los que aquel día consideraban a Jesús sensacional, aquella misma semana pedirían su muerte.

(ii) Muchos de la multitud vitoreaban a Jesús como a un conquistador. En el fondo, esa era la atmósfera dominante de toda la escena. La saludaban con las palabras: «¡Hosanna! ¡Benito el que viene en el nombre del Señor, que es el Rey de Israel!» La palabra *Hosanna* quiere decir en hebreo *¡Salva ahora!*; y el grito de la gente era casi precisamente el equivalente de: «¡Dios salve al Rey!»

Las palabras con las que dieron la bienvenida a Jesús son iluminadoras. Son una cita del *Salmo 118:25-26*. Ese salmo tenía muchas referencias que no podían por menos de estar presentes en la mente de la mayoría. Era el último salmo del grupo conocido como *Hallel (113-118)*. La palabra *hallel* quiere decir *¡Lado sea Dios!*, y estos son salmos de alabanza.

Formaban parte de las primeras cosas que se aprendían de memoria los chicos judíos. Se cantaban a menudo en los cultos de alabanza y acción de gracias del templo; y eran parte del ritual de la Pascua. Además, este salmo en particular estaba íntimamente relacionado con el ritual de la fiesta de los Tabernáculos, en el que los adoradores llevaban manojos de palmera, arrayán y sauce que se llamaban *lulab*. Iban todos los días al templo con ellos. Todos los días de la fiesta daban la vuelta al altar mayor de los holocaustos, una vuelta los seis primeros días y siete el último; y, conforme iban marchando, cantaban triunfalmente versículos de este salmo, y especialmente estos mismos. De hecho, es posible que este salmo se compusiera para cantarlo en la primera celebración de los Tabernáculos cuando Nehemías acabó de reconstruir los muros y la ciudad, y los judíos volvieron a su patria desde Babilonia y pudieron celebrar otra vez los cultos en el templo (*Nehemías 8:14-18*). Este era, sin duda, el salmo de las grandes ocasiones, y la gente lo sabía muy bien.

Además, éste era el salmo del conquistador por excelencia. Para dar un ejemplo: estos mismos versículos los cantó y gritó la población de Jerusalén al dar la bienvenida a Simón Macabeo cuando volvió de conquistar Acra, rescatándola de cien años de dominio sirio. Sin duda, cuando la multitud cantaba ese salmo, estaba dando la bienvenida a Jesús como el Libertador Ungido por Dios, el Mesías esperado. Y no hay duda de que le recibían como conquistador. Para ellos sería una cuestión de tiempo el que sonaran las trompetas llamando a las armas, y la nación de Israel se lanzaba a la tan esperada victoria sobre Roma y el mundo entero. Jesús se acercaba a Jerusalén en olor de multitud y entre sus gritos que le aclamaban como el conquistador que estaban esperando; lo que le dolería profundamente, porque le veían precisamente como lo que Él había rehusado ser.

LA BIENVENIDA AL REY

Juan 12:12-19 (conclusión)

(iii) En una situación semejante está claro que Jesús no se podía dirigir a la multitud. No habría podido alcanzar con su voz a una audiencia tan extensa y enloquecida; así es que hizo algo que todo el mundo podía ver: entró en Jerusalén montado en un borriquillo.

Aquello tenía dos significados.

(a) Primero: era presentarse claramente como el Mesías. Fue una representación dramática de las palabras del profeta Zacarías. Juan no da la referencia porque citaría de memoria. Zacarías había dicho: « ¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! ¡Mira a tu Rey que viene a ti, triunfante y victorioso, humilde y cabalgando en un asno, en un borriquillo hijo de asna!» (*Zacarías 9:9*). Al cumplir así la profecía, Jesús se presentaba como el Mesías sin dejar lugar a ninguna clase de dudas.

(b) Pero, segundo: se presentaba como un Mesías de una cierta clase. No debemos malentender esta escena. Entre nosotros, el asno es un animal pobre y despreciado, pero en el Este se le consideraba noble. El juez Jair tenía treinta hijos que cabalgaban en asnos (*Jueces 10:4*). Ajitófel, también usaba la misma montura (*2 Samuel 17:23*). Mefiboset, el príncipe heredero hijo de Saúl, vino a ver a David montado en un asno (*2 Samuel 19:26*). El sentido es que un rey se presentaba montado a caballo cuando iba en son de *guerra*, pero en un asno cuando iba en son de *paz*. La acción de Jesús era una señal de que Él no era la figura bélica que muchos soñaban, sino el Príncipe de Paz. Nadie lo comprendió así entonces, ni siquiera sus discípulos, que deberían haber tenido más discernimiento. Todos tenían la mente llena de una clase de histeria multitudinaria. Aquí estaba el

Que había de venir; pero ellos esperaban al Mesías de sus sueños de grandeza y de sus fantasías nacionalistas; no esperaban al Mesías que Dios les habían enviado. Jesús trazó un cuadro dramático de lo que Él pretendía ser; pero nadie entendió su simbolismo.

(iv) Entre bastidores estaban las autoridades judías. Se sentían fracasados y desesperados: nada de lo que pudieran hacer parecía bastar para detener el impacto de Jesús. «¡Todo el mundo se va tras Él!» En este dicho de las autoridades tenemos otro ejemplo de la ironía dramática en la que Juan es un maestro. No hay otro autor en el Nuevo Testamento que pueda decir más con menos palabras. Fue porque Dios amó tanto *al mundo* por lo que Jesús vino *al mundo*; y *aquí*, sin darse cuenta del alcance de sus palabras, sus enemigos están diciendo que *el mundo* entero se va tras Él. En la sección siguiente, Juan nos va a contar cómo llegaron unos griegos a Jesús. Los primeros representantes de ese mundo más amplio, los primeros buscadores de fuera, están a punto de aparecer. Las autoridades judías estaban diciendo algo que era mucho más verdad de lo que ellos pensaban.

No podemos dar por terminado nuestro estudio de este pasaje sin hacer referencia al detalle más sencillo y más conmovedor de todos. Rara vez, si alguna, se ha producido en toda la Historia de la humanidad un despliegue tan magnífico de valentía consciente como la de Jesús en la Entrada Triunfal. Debemos tener presente que Jesús era ya un fuera de la ley, y que las autoridades estaban decididas a acabar con Él. La prudencia más elemental habría bastado para aconsejarle que se diera la vuelta y se refugiara en Galilea o en el desierto. Si tuviera que entrar en Jerusalén de todas formas, la precaución más elemental le habría exigido hacerlo de incógnito y buscándose escondites bien seguros. Pero Jesús entró en Jerusalén de tal manera que todas las miradas se enfocaron en su persona. Fue una acción del valor más superlativo, porque desafiaba a todo lo que la humanidad le pudiera hacer; y fue la acción del amor más superlativo, porque fue la última apelación del amor antes del final.

LOS BUSCADORES GRIEGOS

Juan 12:20-22

Había algunos griegos entre los que asistían a la fiesta. Se dirigieron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le pidieron por favor:

-Queríamos ver a Jesús.

Felipe fue a decírselo a Andrés, y los dos juntos fueron a decírselo a Jesús.

Ninguno de los otros evangelios nos relata este incidente; pero es muy significativo que nos lo encontremos en el de Juan. El Cuarto Evangelio fue el que se escribió especialmente para presentar la verdad del Evangelio de manera que los griegos la pudieran entender y aceptar; así que es natural que sea en este evangelio en el que nos encontremos la historia de los primeros griegos que vinieron a Jesús.

No nos tiene por qué parecer extraño que hubiera griegos en Jerusalén en el tiempo de la Pascua. Puede que no fueran ni prosélitos ni «temerosos de Dios», que era como llamaban los judíos a los simpatizantes que asistían a los cultos de las sinagogas pero no habían llegado al punto de someterse a la circuncisión. Los griegos eran peregrinos inveterados, llevados de acá para allá por el deseo de descubrir cosas nuevas. « Vosotros los atenienses -dijo uno de los antiguos-, con todo lo que sabéis, ni sabéis vivir en paz ni dejar en paz a los demás.» < Vosotros los griegos -dijo otro- sois como niños, siempre jóvenes de espíritu.» Más de quinientos años antes de esto, Heródoto había viajado por todo el mundo, según decía, para descubrir cosas. A una gran distancia remontando el Nilo hay todavía una gran estatua egipcia en la que un turista griego escribió su nombre, como siguen haciendo los turistas en nuestro tiempo. Por supuesto que había griegos que viajaban con fines comerciales; pero probablemente fueron los primeros en viajar por viajar en el mundo antiguo. No hay necesidad de sorprenderse de encontrar un grupo de espectadores griegos ni siquiera en Jerusalén.

Pero los griegos eran más que eso. Eran buscadores de la verdad por encima de todo. No era raro encontrar a un griego que hubiera pasado de una escuela filosófica a otra, y de una religión a otra, y de un maestro a otro en busca de la verdad. Los griegos eran buscadores natos.

¿Cómo habrían llegado aquellos griegos a saber de Jesús y a tener interés en Él? J. H. Bernard lanza una sugerencia muy interesante. Fue probablemente en la última semana de su ministerio, como nos dicen los otros tres evangelios, cuando Jesús purificó el templo y barrió de allí a los cambistas y a los vendedores de animales. Ahora bien, aquellos traficantes ponían sus puestos en el Atrio de los Gentiles, que era el mayor y el primero de todos los atrios del templo, y del que no podían pasar los gentiles bajo pena de muerte. Estos griegos que habían ido a Jerusalén en el tiempo de la Pascua no podrían por menos de visitar el templo, y se encontrarían en el atrio de los Gentiles. Tal vez habían presenciado aquella escena terrible de la expulsión de los comerciantes de aquel mismo atrio; y tal vez querían saber más del hombre que era capaz de hacer tales cosas.

En cualquier caso y fuera donde fuera, este es uno de los grandes momentos de la historia evangélica, porque aquí se nos insinúa tímidamente por primera vez que el Evangelio había de llegar a todo el mundo.

Los griegos se dirigieron con su petición a Felipe en primer lugar. ¿Por qué a Felipe? No lo podemos decir con seguridad; pero es posible que fuera porque el nombre *Felipe* es griego, y tal vez pensaron que uno que se llamara así los trataría con

comprensión. Sin embargo, Felipe no sabía qué hacer, y fue a consultárselo a Andrés. Andrés no tenía la menor duda en esos casos, y los llevó a Jesús.

Andrés ya había descubierto por aquel entonces que no había nadie que pudiera ser una molestia para Jesús. Sabía que Jesús no le volvería la espalda a ningún sincero buscador.

LA SORPRENDENTE PARADOJA

Juan 12:23-26

Jesús se dirigió a ellos con las siguientes palabras: -Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado. Esto que os digo es la pura verdad: a menos que un grano de trigo caiga en la tierra y muera, no llega a ser nada más que uno solo; pero, si muere, se multiplica en mucho fruto. El que no ama nada más que su propia vida, es el que la pierde; pero el que aborrece su vida en este mundo, ese es el que la conserva para la eternidad. El que quiera servirme, que me siga; y donde yo esté, allí estará también mi servidor.

Sería difícil encontrar otras palabras de Jesús en el Nuevo Testamento que les produjeran un desencanto tan grande como estas a los que las oyeron por primera vez. Empiezan de una forma que sería lo primero que cualquiera podría esperar; pero acaban diciendo precisamente lo contrario.

«Ha llegado la hora dijo Jesús en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado.» Estaba claro que las cosas habían ido conduciendo a una crisis, y que esa crisis había llegado a producirse. Pero la idea que tenía Jesús de lo que esa crisis implicaba era totalmente distinta de la que tenían los demás. Cuando Jesús hablaba del *Hijo del Hombre*, no quería decir lo que la gente se figuraba. Para comprender el carácter demoledor de este breve párrafo debemos tratar de saber lo que los judíos entendían por el *Hijo del Hombre*. Ese término procedía del libro de *Daniel*. En el capítulo 7, versículos 1-8, el autor ha descrito las potencias mundiales que han ejercido dominio: los asirios, los babilonios, los medos y los persas. Fueron tan crueles, salvajes y sádicos que no se podían describir más que como fieras -el león con alas de águila, el oso con tres costillas entre los dientes, el leopardo de cuatro alas y cuatro cabezas y la terrible fiera con dientes de hierro y diez cuernos. Esos eran los símbolos de las potencias que habían ejercido dominio hasta entonces. Pero, en la visión del profeta, iba a venir al mundo un nuevo poder que iba a ser benigno, humano y piadoso, por lo que se le representa, no con la figura de otra fiera, sino con la de un ser humano. Este pasaje quiere decir que el día del salvajismo iba a pasar, e iba a amanecer el día de la humanidad.

Ese era el sueño de los judíos: la edad de oro, cuando la vida sería suave y ellos serían los amos del mundo. Pero, ¿cómo vendría ese día? Cada vez veían más claro que su nación era tan pequeña y su poder tan reducido que la edad de oro no podía venir por medios y poder humanos, sino que tendría que venir por una directa intervención de Dios. El enviaría a Su Campeón para que lo instaurara. Así que se retro trajeron a la figura del libro de *Daniel*, y ¿Qué más natural que llamar al Campeón el *Hijo del Hombre*? La frase que había sido simplemente un símbolo se tomó como la descripción de una persona. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgió toda una literatura acerca de la edad de oro y cómo se iba a producir. Entre sus problemas y sufrimientos, en sus opresiones y esclavitudes, los judíos nunca olvidaron ni descartaron su sueño. Uno de esos libros tuvo una influencia muy especial: el *Libro de Enoc*, en el que se habla repetidamente del *Hijo del Hombre*. El Hijo del Hombre es una figura extraordinaria que, como si dijéramos, Dios tiene sujeto en una trailla. Pero llegará el día en que Dios le suelte, y vendrá con poderes divinos que ninguna persona ni reino podrá resistir, y abrirá el camino para el imperio universal de los judíos.

Para los judíos, el Hijo del Hombre representaba al Conquistador mundial e invencible enviado por Dios. Así que Jesús dice: «Ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado.» Sus oyentes entenderían: «¡Sí, ya es hora de que el Campeón de Israel se levante y se cubra de gloria! » Creerían que la trompeta de la eternidad había sonado, que el poder del Cielo estaba en marcha y que la campaña victoriosa ya había comenzado.

Pero Jesús no quería decir eso cuando hablaba de *ser glorificado*. Ellos entendían que los reinos de la Tierra serían sojuzgados y hollados bajo los pies del Conquistador; pero por *glorificado* Jesús entendía *crucificado*. Cuando se mencionó al Hijo del Hombre glorificado, ellos entendieron la conquista llevada a cabo por los ejércitos de Dios; pero Jesús se refería a la conquista de la Cruz.

La primera frase de Jesús inflamó los corazones de los oyentes; a continuación siguió una serie de dichos que los dejarían confusos y perdidos, porque les resultarían incomprensibles o increíbles; porque hablaban, no en términos de conquista, sino de sacrificio y muerte. Nunca entenderemos a Jesús, ni la actitud de los judíos hacia Él, hasta que nos demos cuenta de que Jesús puso al revés todas las ideas que ellos tenían, cambiando un sueño de conquista en la visión de la Cruz. No nos sorprende que no le entendieran; la tragedia fue que se negaran a intentarlo.

LA SORPRENDENTE PARADOJA

Juan 12:23-26 (conclusión)

¿Cuál era la sorprendente paradoja que Jesús estaba enseñando? Estaba diciendo tres cosas, que son variantes de una verdad central de la fe y de la vida cristiana.

(i) Estaba diciendo que sólo por medio de la muerte viene la vida. El grano de trigo es ineficaz e improductivo mientras se conserve, como si dijéramos, seguro y a salvo. Es cuando se arroja a la tierra y se entierra como en una tumba cuando lleva fruto. Fue la muerte de los mártires lo que hizo que la Iglesia creciera. Es verdad la famosa frase: « La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.»

Todas las grandes empresas han vivido porque ha habido personas dispuestas a dar la vida por ellas. Pero aún hay algo más personal. A veces es sólo cuando sepultamos los intereses y las ambiciones personales cuando empezamos a serle útiles a Dios para algo. Cosmo Lang llegó a ser arzobispo de Canterbury. En un tiempo había tenido grandes ambiciones mundanas. La influencia de un amigo piadoso le guió a abandonarlas y entrar en la Iglesia de Inglaterra. Cuando estaba estudiando para el ministerio en Cuddesdon, orando en la capilla un día oyó inconfundiblemente una voz que le decía: «¡Se te necesita!» Fue después de enterrar sus ambiciones personales cuando empezó a serle útil a Dios.

Por la muerte viene la vida. Por una lealtad hasta la muerte han nacido y se han conservado las cosas más preciosas que posee la humanidad. Por la muerte al deseo y a la ambición personal se llega a estar disponible para Dios.

(ii) Estaba diciendo que la única manera de no perder la vida es darla. El que ama su propia vida está movido por dos motivos: el egoísmo y el deseo de seguridad. No una ni dos, sino muchas veces insistió Jesús en que el que atesora su vida acaba por perderla, y el que la entrega es el que al final la conserva. Hubo un famoso evangelista que se llamó Christmas Evans, que siempre estaba lanzado predicando a Cristo. Sus amigos le suplicaban que tomara las cosas con un poco de calma, pero él siempre contestaba: «Es mejor consumirse que enmohecerse.» Cuando Juana de Arco supo que sus enemigos eran muy fuertes y que le quedaba poco tiempo, le dijo a Dios: « No voy a durar más que un año. Úsame todo lo que puedas.» Una y otra vez Jesús estableció esta ley (Marcos 8:35; Mateo 16:25; Lucas 9:24; Mateo 10:39; Lucas 17:33).

No tenemos más que pensar en lo que este mundo habría perdido si no hubiera habido personas dispuestas a olvidar su seguridad, bienestar, ganancia y promoción personal. El mundo se lo debe todo a los que se consumieron entregándose a sí mismos sin reservas a Dios y a sus semejantes. Probablemente existiremos algo más de tiempo si nos tomamos las cosas con calma, si nos evitamos las tensiones, si nos sentamos cómodamente y nos cuidamos de nosotros mismos. Puede que así existiéramos más tiempo pero no viviríamos.

(III) Estaba diciendo que la grandeza no se obtiene más que mediante el servicio. Las personas que el mundo recuerda con amor son las que han servido a los demás. Una cierta señora Berwick había sido muy activa en el trabajo del Ejército de Salvación en Liverpool. Cuando se jubiló, se mudó a Londres. Entonces vino la guerra, con sus bombardeos. A la gente se le ocurrían ideas extrañas, y una de ellas fue que, por lo que fuera, la pobre casa de la señora Berwick y su refugio eran especialmente seguros. Ella era ya muy anciana, y sus días de servicio en Liverpool eran ya un pasado bastante lejano; pero se dio cuenta de que todavía podía ser útil. Se hizo con una caja sencilla de primeros auxilios, y puso un anuncio en la ventana: « Si necesitas ayuda, llama aquí.» Esa es la actitud cristiana hacia nuestros semejantes.

Una vez le preguntaron a un chico en la escuela qué parte de la gramática eran las palabras mí y mío. Contestó -mejor de lo que pensaba- que eran pronombres agresivos. Desgraciadamente es muy cierto que la idea del servicio corre peligro de perderse en el mundo moderno. Hay muchos comerciantes, industriales y políticos que lo son sólo por lo que pueden sacar, sin pensar jamás en lo que pueden aportar a los demás, a la sociedad y a la patria. Puede que se hagan ricos; pero una cosa es verdad, y es que nunca se los amará, y el amor es la verdadera riqueza de la vida.

Jesús vino a los judíos y al mundo con una nueva visión de la vida. Ellos consideraban la gloria como conquista, adquisición y poder; como el derecho a mandar. Él la veía como una Cruz. El le enseñó a la humanidad que la vida sólo viene mediante la muerte; que sólo cuando la entregamos conservamos la vida; que la verdadera grandeza está en el servicio. Y lo más sorprendente es que, cuando nos ponemos a pensarlo un poco, la paradoja de Cristo no es, en el fondo, más que la verdad del sentido común.

DE LA TENSION A LA CERTEZA

Juan 12:27-34

Jesús continuó diciendo:

Ahora tengo el alma en angustia. ¿Y qué voy a decirle al Padre? ¿Que Me libre de esta hora? ¡Pero si para esto he llegado a esta hora! ¡Padre: glorifica Tu nombre!

Entonces se oyó una voz en el cielo que decía:

- ¡Ya lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez!

A eso la multitud que estaba por allí, y que oyeron aquello, dijeron que había sido un trueno.

- ¡Ha sido un ángel que le ha hablado! dijeron otros.

-No ha sido por mi causa por lo que ha venido esa voz -les dijo Jesús-, sino por causa de vosotros. Ahora va a tener lugar el juicio de este mundo, y su príncipe va a ser expulsado. En cuanto a mí, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a mí a toda la humanidad.

Eso lo dijo dando a entender de qué muerte iba a morir. La multitud le objetó:

-Hemos oído que la ley dice que el Ungido de Dios permanece para siempre; y Tú dices que el Hijo del Hombre ha de ser levantado. ¿Quién es ese Hijo del Hombre?

Juan nos muestra en este pasaje la tensión de Jesús y su triunfo; y también nos descubre qué fue lo que cambió aquella tensión en el triunfo final.

(i) Juan no nos refiere la agonía de Getsemaní. Es aquí donde nos muestra a Jesús peleando la batalla con su anhelo humano de evitar la Cruz. Nadie quiere morir a los treinta y tres años, y nadie quiere morir en una cruz. No habría tenido ningún mérito la obediencia de Jesús a su Padre si le hubiera resultado fácil y no le hubiera costado nada. El verdadero valor no quiere decir que no se tenga miedo: puede querer decir que, aunque se tenga un miedo terrible, se hace lo que se debe hacer. Ese era el valor de Jesús. Como lo expresó Bengel: < Aquí se encontraron el horror de la muerte y el ardor de la obediencia. » La voluntad de Dios quería decir la Cruz, y Jesús tenía que vencerse a sí mismo para aceptarla.

(ii) Pero al final de la lucha ya no queda tensión, sino victoria y seguridad. Jesús estaba seguro de que, si seguía adelante, algo sucedería que acabaría con el poder del mal de una vez para siempre. Si era obediente hasta la Cruz, estaba seguro de que el golpe mortal le sería asestado al príncipe de este mundo, Satanás. Iba a ser la última batalla que quebrantaría para siempre el poder del mal. Además, estaba seguro de que, si iba a la Cruz, la visión de su figura elevada y crucificada atraería hacia Él a toda la humanidad. Jesús también anhelaba la victoria; Él también quería vencer al enemigo; Él también quería que todo se le sometiera; pero sabía que la única forma de conquistar los corazones humanos para siempre era mostrárselos en la Cruz. Empezó con tensión; acabó con triunfo.

(iii) ¿Qué hubo entre la tensión y el triunfo para obrar aquel cambio? La voz de Dios. Detrás de la llegada de la voz de Dios subyace algo grande y profundo.

Hubo un tiempo en que los judíos creían que Dios hablaba directamente a las personas. Fue así como Dios habló al niño Samuel (1 *Samuel* 3:1-14). Dios habló directamente a Elías cuando iba huyendo de la vengativa Jezabel (1 *Reyes* 19:1-18). Fue directamente como Elifaz Temanita pretendía haber oído la voz de Dios (*Job* 4:16). Pero en el tiempo de Jesús se había dejado de creer que Dios hablara directamente. Los grandes días habían pasado; Dios estaba ya demasiado lejos; la voz que había hablado a los profetas estaba callada. Entonces creían en lo que llamaban *bat qól*, expresión hebrea que quiere decir *hija de la voz* o *voz hija*. Cuando la *bat qól* hablaba, lo más frecuente era que citara la Escritura. No era realmente la voz directa de Dios, sino lo que llamaríamos un eco de su voz, un distante suave murmullo en vez de una comunicación viva y directa.

Pero no fue el eco de una voz lo que Jesús oyó; fue la misma voz de Dios mismo. Lo que viene a la humanidad con Jesús no es el eco de algún susurro distante de los lugares celestiales, sino el acento inconfundible de la voz de Dios.

Hay que fijarse en que la voz de Dios le llegó a Jesús en todos los grandes momentos de su vida. Le llegó en su bautismo, cuando tomó la salida para hacer la obra que Dios le había encargado (*Marcos* 1:11). Le llegó en el monte de la Transfiguración, cuando Jesús hizo la decisión de seguir el camino que le llevaría a Jerusalén y a la Cruz (*Marcos* 9:7). Y le llegó en este momento, cuando su humanidad necesitaba la ayuda divina para el suplicio de la Cruz.

Lo que Dios hizo por Jesús lo hace por cualquier persona. Cuando nos pone en camino, no nos envía sin instrucciones ni dirección clara. Cuando nos asigna una tarea, no nos abandona para que la hagamos en la debilidad solitaria de nuestras propias fuerzas. Dios no es mudo; y una y otra vez, cuando la tensión de la vida es demasiado para nosotros, y el esfuerzo que requiere su camino está por encima de nuestros recursos humanos, si escuchamos le oiremos hablar, y su fuerza inundará nuestra persona. Nuestro problema no es que Dios no nos hable, sino que no le queremos escuchar.

DE LA TENSION A LA CERTEZA

Juan 12:27-34 (conclusión)

Jesús anunció que, cuando fuera levantado de la tierra, atraería a sí a toda la humanidad. Algunos ven aquí una referencia a la Ascensión; y creen que quiere decir que, cuando Jesús fuera exaltado en el poder de la resurrección, atraería hacia Él a toda la humanidad. Pero eso está lejos de ser cierto. Jesús se refería a la Cruz -y sus oyentes lo entendieron así.

Y una vez más -inevitablemente- reaccionaron con sorpresa incrédula. ¿Cómo se podía relacionar al Hijo del Hombre con una cruz? ¿No era el Hijo del Hombre el General invencible de los ejércitos del Cielo? ¿No iba a durar su reino para siempre? < Su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su Reino, uno que no será destruido » (*Daniel* 7:14). ¿No se decía del Príncipe de la edad de oro: < Mi siervo David será príncipe de ellos para siempre »? (*Ezequiel* 37:25). ¿No había dicho Isaías del Emperador del nuevo mundo: «Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límites... desde ahora y para siempre»? (*Isaías*

9:7). ¿No cantaron los salmistas su reino sin fin? «Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones» (*Salmo 89:4*). Los judíos relacionaban al Hijo del Hombre con el Reino eterno; y aquí estaba Jesús, que pretendía ser el Hijo del Hombre, diciendo que sería levantado en una cruz. ¿Quién era ese Hijo del Hombre cuyo Reino iba a terminar antes de empezar?

La Historia nos demuestra que Jesús tenía razón. Fue en el imán de la Cruz donde concentró todas sus esperanzas. Y tenía razón, porque el amor vivirá para siempre después que se haya muerto el poder. Los imperios basados en la fuerza de sus ejércitos se han desvanecido y se desvanecerán, dejando una memoria que también se desvanece en un breve tiempo. Pero el Imperio de Cristo, basado en el amor que se manifestó en la Cruz, extiende más y más sus fronteras de día en día.

En el drama de George Bernard Shaw, cuando Juana de Arco sabe que la han traicionado los líderes de su propio pueblo, se vuelve hacia ellos y les dice: «Ahora saldré a la gente corriente, y dejaré que el amor en su mirada me haga olvidar el odio en la vuestra. Vosotros os alegraréis de que yo acabe en la hoguera; pero a través del fuego llegaré a sus corazones, y seguiré en ellos desde ahora y para siempre.» Esa es una parábola de lo que pasó con Jesús. El Mesías conquistador judío es el sueño nacionalista de un pueblo; pero el Príncipe del Amor en la Cruz es el Rey que llega a todos los corazones humanos para reinar en ellos para siempre. El único fundamento estable del Reino es el amor que se manifiesta en una obediencia hasta la muerte, y muerte de Cruz.

LOS HIJOS DE LA LUZ

Juan 12:35-36

*-La luz estará ya entre vosotros muy poco más
-siguió diciéndoles Jesús-. Mientras tenéis luz, andad, no sea que os sorprenda la oscuridad. El que anda en la oscuridad no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que lleguéis a ser hijos de la luz.*

Hay en este pasaje una promesa y una advertencia implícitas que no están nunca muy lejos del corazón de la fe cristiana.

(i) Está la promesa de la luz. La persona que camina con Jesús se libra de las sombras. Hay ciertas sombras que se proyectan más tarde o más temprano sobre todas las luces. Está la sombra del temor. A veces nos da miedo mirar hacia adelante. A veces, especialmente cuando vemos el daño que han hecho a otros, tenemos miedo de los azares y avatares de la vida. Están las sombras de la duda y de la inseguridad. A veces el camino que tenemos por delante está todo menos claro, y nos sentimos como los que andan a tientas entre las sombras, sin nada a que asirse. Están las sombras de la aflicción. Más tarde o más temprano se nos pone el sol al mediodía, y todo se oscurece. Pero la persona que camina con Jesús está libre del temor; está libre de la duda, y tiene un gozo que nada ni nadie le puede quitar.

(ii) Está la advertencia implícita. La decisión de confiarle la vida y todas las cosas a Jesús, de tomarle como Maestro y Guía y Salvador, hay que hacerla a tiempo. En la vida hay que hacer todas las cosas a tiempo, o no se harán. Hay trabajos que no podemos hacer más que cuando tenemos la fuerza física para hacerlos. Hay estudios que hay que acometer cuando se tiene la mente despierta y la memoria retentiva suficiente. Hay cosas que se han de decir o hacer a tiempo, o se nos pasará la oportunidad. Y así sucede con Jesús. En el preciso momento en que estaba diciendo esto, estaba invitando a los judíos a confiar en Él antes que llegara la Cruz y Él les fuera arrebatado. Pero esta es una verdad eterna. Es un hecho estadístico que el número de conversiones se va elevando hasta la edad de diecisiete años, y luego decrece. Cuando uno se deja atrapar por una forma de vida, cada vez le va costando más trabajo desarraigarse. En Cristo se nos ofrece la suprema oportunidad; en cierto sentido nunca es demasiado tarde para asirla; pero no es menos cierto que se ha de aceptar a tiempo.

CIEGA INCREDELIDAD

Juan 12:37-41

Después de decir estas cosas, Jesús se marchó y se ocultó de ellos. Porque, aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en Él. Lo que sucedió era el cumplimiento de lo que había dicho el profeta Isaías: «Señor, ¿quién ha creído lo que le hemos dicho? ¿Y quién se ha dado cuenta de lo que ha realizado el brazo del Señor?» Fue por eso por lo que no pudieron creer; porque Isaías había dicho también: «Él les cegó los ojos, y les endureció el corazón; para que sea como si no hubieran visto, y como si no se hubieran enterado; no sea que se conviertan para que Yo los sane.» Isaías dijo esas cosas porque le vio en su gloria y habló acerca de Él.

Este pasaje ha causado mucha perplejidad a muchas personas. Juan cita dos pasajes de *Isaías*. El primero está tomado de *Isaías 53:1-2*. En él, el profeta pregunta si hay alguien que haya creído lo que él ha estado predicando, y si hay alguien que se haya dado cuenta del poder de Dios que se ha revelado. Pero es el segundo pasaje el que más nos inquieta. El original está en

Isaías 6:9-10, y dice: «Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad» (R-V). Este pasaje recorre todo el Nuevo Testamento. Se cita o refleja en *Mateo 13:14-15*; *Marcos 4:12*; *Lucas 8:10*; *Romanos 11:8*; *2 Corintios 3:14*; *Hechos 28:27*. Lo terrible e inquietante es que parece decir que la incredulidad humana se debe a la voluntad de Dios; que Dios ha ordenado que ciertas personas no crean ni puedan creer. De cualquier manera que expliquemos este pasaje, no podemos creer que el Dios que nos ha revelado Jesús hiciera imposible el que sus hijos creyeran.

Aquí hay que decir dos cosas.

(i) Debemos intentar introducirnos en la mente y el corazón de Isaías. Él había proclamado la palabra de Dios con todo lo que tenía y era; y el pueblo se había negado a escuchar. Por último se vio obligado a decir: «Para lo que ha servido, me podría haber ahorrado hablar. En vez de hacer mejor al pueblo, mi mensaje parece que lo ha hecho peor. Mejor sería que no lo hubieran oído, porque siguen sumidos en su letargo, desobediencia e incredulidad. Se diría que lo que Dios quería era que no creyeran.» Las palabras de Isaías brotan de un corazón herido. Son las palabras de un hombre destrozado por el hecho de que su mensaje parecía hacer más daño que bien, hacer al pueblo peor en vez de mejor. Entender estas palabras con un frío literalismo es no entenderlas en absoluto.

(ii) Pero hay otra cosa. Los judíos creían firmemente que Dios estaba detrás de *absolutamente todo*. Creían que *nada* podría suceder fuera de la voluntad de Dios. Llevado al extremo, eso hacía a Dios responsable de que el pueblo no aceptara su mensaje, y que su incredulidad estuviera en el plan de Dios. Para decirlo de manera más actual y conforme con nuestra manera de pensar, *no* diríamos que la incredulidad es el plan de Dios, pero sí que Dios, en su sabia Providencia, puede usar hasta la incredulidad humana para su propósito de amor. Así lo entendió Pablo: vio que Dios había usado la incredulidad de los judíos para que el Evangelio se predicara a los gentiles.

Debemos comprender que este pasaje no dice que Dios predestinó a ciertas personas a la incredulidad, sino que ni siquiera la incredulidad humana puede hacer fracasar el propósito eterno de Dios. Aquellos judíos no creyeron en Jesús; eso no fue culpa de Dios, sino de ellos; pero hasta eso tiene su lugar en el esquema divino. «El mal que Él bendice es nuestro bien,» ha dicho alguien. Dios es tan grande que no hay nada en el mundo, ni siquiera el pecado, que pueda hacer fallar su plan de Salvación.

LA FE DE LOS COBARDES

Juan 12:42-43

No obstante, muchos de los gobernantes creían en Él; pero no confesaban públicamente su fe no fuera que los excomulgaran; porque les importaba más estar a bien con la gente que con Dios.

Jesús no se encontró sólo con oídos sordos; había algunos, incluso entre las autoridades, que creían en lo secreto de su corazón; pero tenían miedo de confesar su fe porque no querían arriesgarse a que los excomulgaran de la sinagoga. Esas personas estaban intentando lo imposible: ser discípulos secretos. El discipulado secreto es una contradicción en términos; porque, «o el secreto acaba con el discipulado, o el discipulado acaba con el secreto.»

Temían que, si se declaraban seguidores de Jesús, saldrían perdiendo. Es curioso hasta qué punto mucha gente tiene una escala de valores errónea. Una y otra vez han dejado de identificarse con una gran causa porque incidía en sus mezquinos intereses. Cuando Juana de Arco se dio cuenta de que la habían abandonado y dejado sola, dijo: «Sí, estoy sola en la Tierra; siempre he estado sola. Mi padre les dijo a mis hermanos que me ahogaran si no quería quedarme a cuidar de sus ovejas mientras Francia de sangraba hasta la muerte. Francia podía desaparecer con tal de que las ovejas estuvieran a salvo.» Para ese granjero francés era más importante que se salvaran sus ovejas que se salvara su país. Y estos gobernantes judíos eran un poco así también. Sabían que Jesús tenía razón; que sus compañeros de gobierno estaban tratando de destruir a Jesús y todo lo que Él quería hacer; pero no estaban dispuestos a correr riesgos decantándose públicamente por Él. Habría supuesto el final de su carrera, su posición, su prestigio. Habrían tenido que sufrir ostracismo, tanto social como religioso. Aquello les parecía un precio excesivo; así que vivieron una mentira por no ser capaces de vivir la verdad.

Con una frase gráfica Juan diagnostica la posición de aquella gente. «Les importaba más estar a bien con la gente que con Dios.» Se creerían, sin duda, sabios y prudentes; pero su sabiduría no llegaba tan lejos como para darse cuenta de que, mientras la opinión de la gente puede durar los pocos años que estemos en este mundo, el juicio de Dios cuenta para toda la eternidad. La verdadera sabiduría y prudencia consiste en valorar más el que Dios tenga una buena opinión de nosotros que el que la tenga la gente. Siempre será mejor estar a bien con la eternidad que por un poco de tiempo.

EL JUICIO INESCAPABLE

Juan 12:44-50

Jesús clamó diciendo:

-El que cree en Mí, no cree sólo en Mí, sino también en el Que Me envió. Y el que Me mira, no Me ve sólo a Mí, sino también al Que Me envió. Fue como la luz como Yo vine al mundo, para que el que crea en Mí no siga en la oscuridad. Y, si alguien oye Mis palabras pero no las pone por obra, no soy Yo Quien le juzgo. Yo no he venido a juzgar al mundo, sino a salvarlo. El que no Me tiene en cuenta en absoluto, y no recibe Mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado será la que le juzgue el último día. Y eso es así porque Yo no he hablado por Mi propia cuenta, sino que el Padre Que Me envió fue el Que Me dio el mandamiento acerca de lo que Yo debía hablar y lo que Yo debía decir; y Yo sé que Su mandamiento es la vida eterna. Lo que os hablo os lo digo como el Padre Me lo dijo a Mí.

Según Juan, estas son las últimas palabras de la enseñanza pública de Jesús. A partir de aquí enseñará a Sus discípulos; y más adelante Se encontrará ante Pilato. Pero éstas son las últimas palabras que dirigió al público en general.

Jesús presenta el hecho que es la base de toda Su vida: que en Él la humanidad se encuentra ante Dios. Escucharle a Él es escuchar a Dios; verle a Él es ver a Dios. En Jesús, Dios se encuentra con la humanidad, y la humanidad se encuentra con Dios. Esa confrontación tiene dos resultados, y en ambos subyace el elemento de juicio.

(i) Una vez más, Jesús vuelve al pensamiento que nunca se eclipsa en Cuarto Evangelio: Él no vino al mundo para condenarlo, sino para salvarlo. No fue la ira de Dios lo que envió a Jesús a la Tierra, sino Su amor. Sin embargo, la venida de Jesús conlleva inevitablemente el juicio. ¿Por qué? Porque, por su actitud ante Jesús, cada persona se revela como es en realidad; y, por tanto, recibe el veredicto. Si encuentra en Jesús una atracción y un magnetismo infinitos, aunque no consiga nunca hacer de su vida lo que sabe que debería ser, ha sentido en el corazón el tirón de Dios y, por tanto, está a salvo. Si, por otra parte, no ve en Jesús nada atractivo, y su corazón continúa totalmente insensible en Su presencia, eso quiere decir que es impermeable para Dios, y queda juzgado por su actitud. Esta paradoja esencial aparece con frecuencia en el Cuarto Evangelio: Jesús vino por amor, pero Su venida implica un juicio. Como ya hemos dicho antes, podemos ofrecerle a una persona, por puro amor, una gran experiencia que creemos que le hará mucha ilusión o bien, y descubrir que aquello no le dice nada; la experiencia que se ofreció por amor se ha convertido en un juicio. Jesús es la piedra de toque de Dios. Nos identificamos, y juzgamos, por nuestra actitud hacia Jesús.

(ii) Jesús dijo que, el último día, las palabras que habían oído aquellas personas serían sus jueces. Esta es una de las grandes verdades de la vida. A nadie se le puede echar la culpa por no saber. Pero, si sabe lo que es el bien y escoge el mal, su condena debe ser mucho más severa. Por tanto, todo lo sensato que hemos oído y todas las oportunidades que hemos tenido para conocer la verdad serán testigos en contra nuestra en el juicio final. .

Un antiguo teólogo del siglo XVIII escribió una especie de catecismo de la fe cristiana para la gente corriente. Al final se encontraba la pregunta de qué le sucedería a uno si no tomara en serio el mensaje cristiano; y la respuesta era que sería condenado, «y mucho más por haber leído este libro.» Todo lo que hemos sabido y no hemos cumplido será un testigo en contra nuestra el último día.

LA REALEZA DEL SERVICIO

Juan 13:1-17

Antes de celebrar la Pascua, Jesús, plenamente consciente de que Le había llegado la hora en que debía salir de este mundo y volver al Padre, aunque siempre había amado a los Suyos que estaban en el mundo, decidió mostrarles Su amor de una manera que llegó al colmo.

La cena estaba en marcha; y el diablo ya le había metido en el corazón a Judas Iscariote hijo de Simón que traicionara a Jesús. Sabiendo Jesús que el Padre había dejado todas las cosas en Sus manos, y que había venido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, se despojó de Su túnica exterior, tomó una toalla y se la ceñió alrededor de la cintura. Luego echó agua en una palangana, y se puso a lavarles los pies a Sus discípulos y -a secarlos con la toalla que se había ceñido.

Cuando llegó a Pedro, este Le dijo:

- ¡Señor! ¿Pero es que me vas a lavar los pies?

- Tú no sabes ahora lo que estoy haciendo -le contestó Jesús-, pero ya lo entenderás más tarde.

- ¡No me lavarás los pies jamás! -exclamó Pedro. Y Jesús le dijo:

- Si no te lavo, no vas a tener parte conmigo.

- ¡Señor!, si es así Le contestó Pedro-, no me laves sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Y Jesús le dijo:

- El que está bañado no necesita más que le laven los pies. Con eso le basta para estar completamente limpio. Y vosotros ya estáis limpios... aunque no todos.

Jesús sabía quién era el que se había propuesto traicionarle, y por eso fue por lo que dijo: < No todos estáis limpios.> Así que, cuando acabó de lavarles los pies, y se puso otra vez la túnica, volvió a ocupar Su lugar a la mesa, y les dijo:

- ¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros Me llamáis «Maestro» y «Señor», y hacéis bien, porque eso es lo que soy. Pues si Yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros; porque os he dado ejemplo para que, lo que Yo os he hecho, os lo hagáis también vosotros unos a otros. Esto que os digo es la pura verdad: el siervo no es más que el señor, ni el mensajero más que el que le envía. Pues sabéis estas cosas, ¡benditos vosotros si las hacéis! ,

Tendremos que estudiar este pasaje en más de un aspecto; pero primero vamos a considerarlo en conjunto.

Pocos incidentes evangélicos nos revelan tan claramente como este el carácter de Jesús y la maravilla de Su amor.

Cuando pensamos en lo que Jesús podría haber llegado a ser y en lo que podría haber llegado a hacer, nos damos cuenta mejor de la maravilla de lo que fue y de lo que hizo.

(i) Jesús sabía que tenía todo en Sus manos. Sabía que estaba cerca la hora de Su humillación, pero también sabía que Su hora de exaltación estaba cerca. Tal conocimiento podría haberle llenado de orgullo; y, sin embargo, sabiendo que el poder y la gloria eran Suyos, lavó los pies de Sus discípulos. En el momento en que podía haber sentido un orgullo supremo, dio ejemplo de la suprema humildad. Así es siempre el amor. Cuando alguien se pone enfermo, la persona que le ama le prestará los servicios más humildes, y se deleitará haciéndolo, porque el amor es así. Algunas personas se creen demasiado importantes para hacer cosas humildes. Jesús no era así. Sabía que era el Señor de todo, y les lavó los pies a Sus discípulos.

(ii) Jesús sabía que había venido de Dios y que volvía a Dios. Podría haber sentido algo de desprecio hacia las personas y las cosas de este mundo. Podría haber pensado que ya había cumplido de sobra con el mundo, porque estaba de camino de vuelta a Dios. Fue precisamente entonces, cuando estaba más cerca de Dios, cuando Jesús llegó al límite de Su servicio a los Suyos. El lavar los pies de los huéspedes en una fiesta era el menester de los esclavos. Los discípulos de los rabinos se suponía que prestaban a sus maestros servicios personales; pero no habrían soñado en llegar a tal humillación. Lo maravilloso de Jesús es que, el estar más cerca de Dios, lejos de apartarle de los seres humanos, le acercaba aún más a ellos.

Siempre es verdad que no hay nadie que esté más cerca de las personas que el que está más cerca de Dios. T. R. Glover decía de algunos intelectuales presumidos: «Creían que eran muy religiosos, cuando en realidad no eran más que unos cursis.» Cuenta la leyenda de Francisco de Asís que, en su juventud, había sido muy rico; entonces, sólo lo mejor era bastante bueno para él. Pero estaba inquieto, y no tenía paz en su alma. Cierta día iba cabalgando solo fuera de la ciudad, cuando vio a un leproso que era una masa de llagas, un espectáculo horrible. Lo normal habría sido que Francisco se hubiera apartado lo más posible de aquella horrible piltrafa humana; pero algo se movió en su interior: desmontó del caballo y se fundió en un estrecho abrazo con el leproso. En aquel momento, el leproso se transformó en Jesús. Cuanto más cerca estemos de la humanidad doliente, más cerca estaremos de Dios.

(iii) Jesús también sabía esto. Era consciente de que pronto sería traicionado. Tal conocimiento le podría haber inspirado odio y amargura; pero hizo que el corazón le fluyera con más amor que nunca. Lo más maravilloso es que, cuanto más le hería la humanidad, más la amaba. Es tan fácil y tan natural tener resentimiento por las ofensas recibidas y amargarse por los insultos y las injurias; pero Jesús se enfrentó con la peor injuria y la más horrible deslealtad con la mayor humildad y con el amor más sublime.

LA REALEZA DEL SERVICIO

Juan 13:1-17 (continuación)

Hay aún más en el trasfondo de este pasaje de lo que nos cuenta el propio Juan. Si volvemos al relato que nos hace Lucas de la última Cena, nos encontramos el detalle trágico: «Entonces los discípulos se pusieron a discutir a cuál de ellos había que considerar como el más importante» (*Lucas 22:24*). Aun a la vista de la Cruz, los discípulos seguían discutiendo cuestiones de primacía y de prestigio.

Puede que aquella discusión produjera la situación que hizo que Jesús actuara de esta manera. Las carreteras de Palestina no estaban ni empedradas ni limpias. En tiempo seco se hundían los pies en el polvo, y cuando llovía, en el barro. El calzado más corriente eran las sandalias, que apenas eran suelas que se sujetaban a los pies con correas. Poco protegían del polvo y el barro de las carreteras. Por esa razón, siempre había grandes tinajas de agua a la puerta de las casas; y allí estaba un siervo con una palangana y una toalla, dispuesto a lavarles los pies a los huéspedes a medida de entraban. Pero en la pequeña compañía de los amigos de Jesús no había siervos. Los deberes que los esclavos llevarían a cabo en círculos más acomodados, los compartirían entre sí, o los harían por turnos. Pero es posible que la noche de la última Cena se habían enzarzado en tal estado de competitividad que ninguno de ellos estaba dispuesto a hacerse responsable de que hubiera palanganas y toallas para que se lavara los pies la compañía al llegar; y Jesús remedió la omisión de la manera más sencilla.

Hizo lo que ninguno de los de Su compañía estaba dispuesto a hacer. Y después, les dijo: « Ya veis lo que he hecho. Decís que soy vuestro Maestro y vuestro Señor; y tenéis razón, porque lo soy; y, sin embargo, estoy dispuesto a hacer esto por vosotros. Seguro que no creéis que un discípulo merece más honores que su maestro, ni un servidor más que su señor. Está claro que si Yo hago esto, vosotros deberíais estar dispuestos a hacerlo también. Os he dado ejemplo de cómo debéis comportaros entre vosotros.»

Esto debería hacernos pensar. Muy a menudo, hasta en las iglesias, hay problemas porque a alguno no se le respeta el puesto. Con cierta frecuencia, hasta los dignatarios eclesiásticos se dan por ofendidos porque no se les otorgan las primacías a las que su puesto les da derecho. Aquí tenemos la lección de que no hay más que una clase de grandeza: la del servicio. El mundo está lleno de personas que se plantan en su dignidad cuando deberían estar de rodillas a los pies de sus hermanos. En todas las esferas de la vida lo que estropea el esquema de las cosas es el deseo de eminencia y la indisposición a tomar un puesto subordinado. A un jugador se le excluye un día del equipo, y ya se niega a jugar nunca más. A un policía que aspira a más se le pasa en un puesto al que creía tener más derecho que nadie, y se niega a aceptar otro puesto inferior. Un miembro del coro al que no se le deja cantar un solo, ya no quiere seguir cantando. En cualquier sociedad puede suceder que se olvide a alguien involuntariamente y, o explota de rabia, o se reconcome de rencor. Cuando estemos tentados a pensar en nuestra dignidad, o prestigio, o derechos, recordemos al Hijo de Dios con una toalla y una palangana, arrodillándose a los pies de sus discípulos para lavárselos.

Para ser realmente grande uno tiene que tener esta humildad regia que le hace tanto rey como servidor de la humanidad. En *El querido capitán*, de Donald Hankey, hay un pasaje que describe cómo el querido capitán se preocupaba de sus hombres después de una marcha. «Todos sabíamos instintivamente que era superior a nosotros, de una madera más noble... Supongo que, por eso mismo, podía ser tan humilde sin perder la dignidad. Porque también era humilde, si es esa la palabra, creo que sí. Ningún problema nuestro era demasiado insignificante para que él se encargara. Cuando empezábamos las marchas, por ejemplo, y nos dolían los pies y se nos llenaban de ampollas, como nos solía pasar al principio, se habría pensado que se trataba de sus propios pies por el trabajo que se tomaba. Por supuesto que después de la marcha había inspección de pies. Eso era de rutina. Pero para él no era una mera cuestión de rutina. Entraba en nuestra habitación y, si alguno tenía un pie dolorido, se arrodillaba en el suelo y lo miraba tan cuidadosamente como si hubiera sido un médico. Luego recetaba, y los remedios siempre estaban a mano, porque nos los traía el sargento. Si había que pinchar las ampollas, corrientemente lo hacía él mismo en el momento, para asegurarse de que se hacía con una aguja bien limpia y que no se dejaba entrar ninguna suciedad. No lo hacía con afectación, ni para causar efecto; sino, sencillamente, porque consideraba que nuestros pies eran importantes y que nosotros éramos bastante descuidados. Por eso consideraba que era mejor encargarse personalmente de la cosa. Sin embargo, a nosotros nos parecía que había algo casi religioso en el cuidado que tenía de nuestros pies. Parecía tener un toque de Cristo, y nosotros le queríamos y honrábamos más por ello.» Lo curioso es que es al que se humilla así -como Cristo- al que la gente honra como a un rey, y cuyo recuerdo atesora.

LA LIMPIEZA ESENCIAL

Juan 13:1-17 (conclusión)

Ya hemos visto que, en Juan, tenemos siempre que esperar un doble sentido: el que aparece en la superficie, y el que hay debajo de la superficie. Este relato no cabe duda de que tiene un segundo sentido. A la vista está la lección dramática e inolvidable acerca de la humildad. Pero hay aquí más que eso.

Hay un detalle muy difícil de entender. Al principio, Pedro se niega a dejar a Jesús que le lave los pies. Jesús le dice que, a menos que acepte este lavado, no podrá tener parte con Él. Entonces Pedro suplica que, no sólo le lave los pies, sino también las manos y la cabeza; pero Jesús le dice que basta con lavarle los pies. La frase difícil, que es además la que tiene un significado profundo, es: «El que está bañado no necesita más que le laven los pies.»

No cabe duda de que aquí se hace referencia al Bautismo cristiano. « A menos que seas lavado, no puedes tener parte en Mí », es una manera de decir: « A menos que pases por la puerta del Bautismo, no tienes parte en la Iglesia.»

La lección es la siguiente. Era costumbre que, antes de ir a una fiesta, la gente se bañara. Cuando llegaban a la casa del convite, no tenían que bañarse otra vez; lo único que necesitaban era que les lavaran los pies. El lavado de los pies era la ceremonia que precedía a la entrada en la casa en la que iban a ser huéspedes. Era lo que podríamos llamar *el lavado de entrada en la casa*. Así que Jesús dijo a Pedro: «Lo que necesitas no es lavarte de cuerpo entero. Eso lo puedes hacer por ti mismo. Lo que necesitas es el lavado que marca la entrada en la familia de la fe.»

Esto explica otra cosa. Pedro, al principio, va a negarse a dejar que Jesús le lave los pies. Jesús le dice que, si se niega, no tendrá parte en Él. Es como si Jesús dijera: «Pedro, ¿vas a ser tan orgulloso como para no dejarme que te haga esto? Si lo eres, vas a perderlo todo.»

En la Iglesia Primitiva, como en la actual, la entrada era el bautismo; este era, como si dijéramos, el lavado de entrada. Esto no es decir que una persona no se puede salvar a menos que sea bautizada en agua. Pero sí quiere decir que, si puede ser bautizada y es demasiado orgullosa para entrar por esa puerta, su orgullo la excluye de la familia de la fe.

Las cosas son diferentes ahora, por lo menos en algunas iglesias. En los primeros tiempos eran hombres y mujeres adultos los que se presentaban al bautismo, porque venían directamente del paganismo al Evangelio. Ahora, en muchas iglesias, también, bautizamos a los niños. Pero, en este pasaje, Jesús traza el cuadro del lavado que equivale a la entrada en la Iglesia, y nos dice que no debemos ser tan orgullosos como para no someternos al bautismo.

LA VERGÜENZA DE LA DESLEALTAD Y LA GLORIA DE LA FIDELIDAD

Juan 13:18-20

-No lo digo por todos vosotros -continuó diciéndoles Jesús-, porque Yo sé la clase de hombres que he escogido. Todo está sucediendo para que se cumpla la Escritura: «El que come mi pan ha levantado contra Mí su calcañal.» Os lo digo ahora antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que Yo soy el Que soy. Esto que os digo es la pura verdad: EL que reciba al que Yo envíe, Me recibe a Mí; y el que Me reciba a Mí, recibe al Que Me envió.

En este pasaje se hace hincapié en tres cosas.

(i) La crueldad brutal de la deslealtad de Judas se describe gráficamente de forma que resulta especialmente impactante para la mente oriental. Jesús hace una cita del Salmo 41:9. La referencia, en conjunto, dice lo siguientes: «Hasta el amigo entrañable en el que yo confiaba, que participaba de mi mesa, ha levantado el calcañar contra mí.» En Oriente, «comer pan con alguien» o «comer a la mesa de alguien» era una señal de amistad y de relación leal. 2 Samuel 9: 7, 13 dice que David le concedió a Mefiboset: «...y tú comerás siempre pan a mi mesa» (R-V.09), cuando habría podido eliminarle por ser descendiente de Saúl. 1 Reyes 18:19. habla de los profetas de Baal que comían a la mesa de Jezabel. Para el que había comido pan a la mesa de otro el ponerse en contra de él, cuando por aquel acto le había comprometido su lealtad, era una repugnante traición. La deslealtad de sus amigos era para el salmista la ofensa más dolorosa. « No ha sido un enemigo el que me ha hecho objeto de sus mofas y sarcasmos -lo que me hubiera resultado más llevadero-; no es un adversario el que me ha tratado con la máxima insolencia-porque en tal caso le habría podido evitar-; sino que has sido tú, mi igual, mi compañero; mi amigo del alma. Juntos solíamos conversar en dulce armonía; íbamos juntos a la casa de Dios en estrecha camaradería» (Salmo 55:12-14).

Infiere el dolor más punzante del mundo el que un amigo sea culpable de tamaña deslealtad. La misma frase que se usa está llena de crueldad. «Levantó contra mí su calcañar.» La frase hebrea dice literalmente: «Hizo grande el calcañar,» y es una expresión que denota una violencia brutal. En este pasaje no hay la más leve insinuación de ira; sólo de dolor. Según Marcos 14:20, Jesús se refirió a Judas diciendo que mojaba con Él en el mismo plato; y Juan 13:26 nos conservará el gesto de supremo cariño y confianza de Jesús al darle a Judas un trozo de pan mojado. Jesús, en esta su última apelación, está descubriéndole a Judas la herida que Le ha abierto en lo más íntimo de Su corazón.

(ii) Este pasaje también subraya el hecho de que, de alguna manera, toda esta tragedia está en el plan de Dios, y de que Jesús la aceptó plenamente y sin la menor resistencia. Sucedió como estaba anunciado en las Escrituras. Nunca hubo la menor duda de que la redención del mundo costaría el corazón partido de Dios. Jesús sabía lo que estaba sucediendo. Conocía el precio, y estaba dispuesto a pagarlo. No quería que los discípulos pensaran que le había enredado una ciega malla de circunstancias de la que no podía escapar. No iban a matarle; era que Él escogía la muerte. En aquel momento no lo veían, ni podían verlo; pero Él quería asegurarse de que llegaría un día cuando mirarían atrás y recordarían y comprenderían.

(iii) Si en este pasaje se presenta la amargura de la deslealtad, también se subraya la gloria de la fidelidad. Llegaría el día en que estos mismos discípulos proclamarían al mundo el mensaje de Jesús. Entonces serían nada menos que los representantes de Dios mismo. Un embajador no actúa por su propia cuenta ni depende sólo de sus cualidades y calificaciones personales. Va revestido de toda la gloria y el honor de su rey. Escucharle a él es escuchar al que le envió, y honrarle es honrar al que representa. El gran honor y la gran responsabilidad de ser un cristiano comprometido consiste en que representamos en el mundo a Jesucristo: hablamos por Él, actuamos por Él. El honor del Eterno está en nuestras manos.

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Juan 13:21-30

Después de decir aquello, Jesús se angustió en espíritu y declaró solemnemente:

-Os digo la pura verdad: uno de vosotros Me va a traicionar.

A eso los discípulos se pusieron a mirarse unos a otros; porque no tenían ni idea acerca de quién estaba hablando. Uno de Sus discípulos al que Jesús amaba estaba reclinado con la cabeza en Su pecho. Entonces Pedro le hizo una seña

para que Le preguntara a Jesús de quién se trataba. El discípulo que estaba reclinado con la cabeza en el pecho de Jesús Le preguntó:

-Señor, ¿quién es?

-Es al que le voy a mojar un trozo de pan en el plato y dárselo.

A eso cogió un pedazo de pan, lo mojó en la salsa y se lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y, después de tomar aquel bocado, Satanás entró en él. Jesús le dijo:

-Date prisa con lo que vas a hacer.

Ninguno de los otros comensales comprendió por qué se lo decía. Algunos creyeron que, como Judas llevaba la caja, Jesús le había dicho que comprara lo que necesitaban para la fiesta; o que le había dicho que diera algo para los pobres.

Así es que aquel hombre tomó el bocado y salió en seguida y era de noche.

Cuando visualizamos esta escena, surgen ciertas cosas sumamente dramáticas.

La traición de Judas aparece en todo su horror. Tiene que haber sido un actor consumado y un perfecto hipócrita. Una cosa está clara: si los otros discípulos hubieran sabido lo que Judas se traía entre manos, no habría salido con vida de aquella habitación. Judas tiene que haber estado fingiendo un amor y una lealtad que engañaron a todos excepto a Jesús. No era sólo un villano descarado; era un credomado hipócrita. Aquí hay una advertencia. Exteriormente podemos engañar a la gente; pero no se pueden esconder cosas a los ojos de Cristo.

Y hay más. Cuando comprendemos debidamente lo que estaba sucediendo, podemos descubrir que hubo una apelación tras otra a Judas. La primera: la organización de los puestos en aquella cena. Los judíos no *se sentaban* a la mesa: *se reclinaban*. La mesa era un bloque sólido, bajo, con una especie de sofás alrededor. Todo tenía una forma como de U, y el lugar del anfitrión era el centro. Los comensales se reclinaban sobre el lado izquierdo, descansando sobre el codo izquierdo y dejándose el brazo derecho libre para alcanzar la comida. Colocados de esa manera, la cabeza de cada uno estaba literalmente sobre el pecho del que estuviera reclinado a su izquierda. Jesús ocuparía el lugar del anfitrión, en el centro del único lado hábil de la mesa baja. El discípulo al que Jesús amaba tiene que haber estado a Su *derecha*; porque, cuando se apoyaba con el codo en la mesa, tenía la cabeza sobre el pecho de Jesús.

Nunca se menciona el nombre del discípulo al que Jesús amaba. Algunos han pensado que sería Lázaro, porque se nos dice que Jesús le amaba (*Juan 11:3, S y 36*). Algunos han pensado que sería «el joven rico» anónimo, porque Jesús le amó cuando le vio (*Marcos 10:21*), y se ha supuesto que, por fin, lo dejó todo para seguir a Jesús. Algunos han pensado que no era una persona de carne y hueso, sino la figura ideal de cómo debería ser el perfecto discípulo. Pero la opinión general y tradicional siempre ha sido que el discípulo amado no era otro que el mismo Juan; y no tenemos por qué dudar.

Pero es el sitio de Judas el que merece un interés especial. Está claro que Jesús podía hablarle tan privadamente que los otros no se enteraban. En ese caso, sólo puede haber estado en un sitio: tiene que haber sido *ala izquierda* de Jesús, de tal manera que, lo mismo que la cabeza de Juan se apoyaba en el pecho de Jesús, así también la de Jesús se apoyaba en el pecho de Judas. Lo revelador es que *el sitio a la izquierda del anfitrión era el de máximo honor, y se le reservaba al amigo más íntimo*. Antes de colocarse todos para la cena, Jesús tiene que haberle dicho a Judas: «Judas, ven a sentarte a mi lado esta noche; quiero tenerte cerca para poder hablar contigo.» Esa invitación era ya una llamada de amor.

Pero hay más. El que el anfitrión ofreciera a un invitado un bocado o una pieza especial de la fuente era señal de una amistad especial. Cuando Booz quería dar muestras de su aprecio por Rut, la invitó a que se acercara y mojara su trozo de pan en el vino (*Rut 2:14*). T. E. Lawrence contaba que, cuando se sentaba con los árabes en las tiendas, a veces el jefe árabe cortaba una pieza selecta de carnero del animal entero que tenían delante y se la pasaba a él (¡lo que era a veces una distinción incómoda para un paladar occidental, porque tenía que comérselo todo dando señales de disfrutarlo!). Cuando Jesús le pasó la pieza a Judas, aquello era otra vez una señal de especial aprecio. Y advertimos que, hasta cuando Jesús lo hizo, los demás no se dieron cuenta de lo que significaban Sus palabras; lo que muestra bien a las claras que Jesús tenía costumbre de hacerlo, y nadie se dio por sorprendido. Probablemente Judas ya había sido objeto de muestras de especial afecto por parte de Jesús.

Aquí está la tragedia. Una y otra vez Jesús llamó a la puerta de aquel negro corazón, y una y otra vez Judas lo mantuvo cerrado. ¡Que Dios *nos* libre se llegar a ser tan impermeables a las llamadas de Su amor!

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Juan 13:21-30 (conclusión)

Así que este drama trágico continuó hasta el final. Una y otra vez Jesús le demostró a Judas Su afecto. Una y otra vez Jesús trató de salvarle de lo que estaba planificando hacer.

Y entonces, de pronto, llega el momento crucial: el momento en que el amor de Jesús admite su derrota. «Judas -le dijo, date prisa con lo que te propones hacer.» No había razón para más aplazamientos. ¿Para qué seguir llamando inútilmente cuando la tensión iba en aumento? Si había de hacerse, cuanto antes mejor.

Los discípulos seguían sin comprender nada. Creían que Jesús estaba mandando a Judas a cumplir con las obligaciones de la fiesta. Era la ocasión más especial para hacer algo por los pobres. También en nuestro tiempo, se acostumbra en muchas iglesias hacer una colecta especial en los cultos de comunión para los necesitados. Así que los discípulos creyeron que Jesús mandaba a Judas a hacer la contribución acostumbrada para que también los pobres pudieran celebrar la Pascua.

Cuando Judas recibió el trozo de comida, el diablo entró en él. Es terrible que, lo que se pretendía que fuera una llamada al amor se convirtiera en la dinámica del odio. Eso es algo que el diablo puede hacer. Puede tomar las cosas más agradables y retorcerlas hasta que se convierten en agentes del infierno. Puede tomar el amor, y convertirlo en lujuria; o la piedad, y convertirla en beatería; o la disciplina, en crueldad sádica; o la confianza, en complicidad culpable. Debemos estar en guardia en nuestra vida para que el diablo no convierta las cosas buenas en otras que contribuyan a sus propósitos.

Judas salió... y era de noche. Juan tiene una habilidad especial para henchir las palabras de sentido espiritual. Era de noche porque hacía tiempo que se había puesto el Sol y estaba oscuro; pero aquí se insinúa otra *noche*. Siempre es de noche cuando una persona se aleja de Cristo para seguir sus propios planes. Siempre es de noche cuando se escucha la llamada del mal en lugar de la del bien. Siempre es de noche cuando el odio apaga la luz del amor. Siempre es de noche cuando le volvemos la espalda a Jesús.

Si nos mantenemos en íntima relación con Cristo, andamos en la luz; si Le volvemos la espalda, entramos en la oscuridad y andamos a oscuras. Se nos ofrecen los dos caminos: el de la luz, y el de la oscuridad. Que Dios nos dé sabiduría para escoger correctamente... porque, en la oscuridad, uno siempre se pierde.

LA GLORIA CUÁDRUPLE

Juan 13:31-32

Después que salió Judas, dijo Jesús:

Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre, y Dios ha sido glorificado en Él; y ahora, Dios se va a glorificar en Él, y Le glorificará en seguida.

Este pasaje nos habla de las cuatro dimensiones de la gloria. (i) La gloria de Jesús había llegado, y era la Cruz. La tensión había desaparecido; las dudas que podía haber habido se habían resultado definitivamente. Judas había salido y la Cruz era inminente.

Aquí nos encontramos con algo que es de la misma textura de la vida. La mayor gloria que da la vida se obtiene en el sacrificio. En las guerras, la gloria suprema corresponde, no a los que sobreviven, sino a los que pierden la vida.

En medicina, no es a los médicos que hacen una fortuna a los que se recuerda, sino a los que dedican -dan- sus vidas para que otros reciban la sanidad. Es la más elemental lección de la Historia que son los que han hecho los mayores sacrificios los que han recibido la mayor gloria.

(ii) En Jesucristo, Dios ha sido glorificado. Fue la obediencia de Jesús lo que dio gloria a Dios. Sólo hay una manera de demostrar que se ama y admira a un líder, y es obedeciéndole -si es necesario, hasta las últimas consecuencias. La única manera que tiene un niño de honrar a sus padres es obedeciéndolos. Jesús nos dejó el ejemplo supremo de lo que es dar a Dios el supremo honor y la suprema gloria, cuando obedeció a Dios hasta la muerte, y muerte de cruz.

(iii) En Jesús, Dios se glorificó a Sí mismo. Parecerá extraño que la suprema gloria de Dios dependa de la Encarnación y de la Cruz. No hay gloria como la de ser amado. Si Dios hubiera permanecido aislado y mayestático, sereno e inmovible, inasequible a la angustia e invulnerable al dolor, habría habido personas que Le habrían temido, y aun admirado; pero no Le habrían amado. La ley del sacrificio no es sólo una ley de la Tierra, sino del Cielo y de la Tierra. Es en la Encarnación y en la Cruz donde se despliega la suprema gloria de Dios.

(iv) Dios glorificará a Jesús. Aquí está la otra cara de la realidad. En aquel momento, la Cruz era la gloria de Jesús; pero habrían de seguirla la Resurrección, la Ascensión y el triunfo final de Cristo, que es a lo que se refiere el Nuevo Testamento cuando habla de la Segunda Venida. Jesús halló en la Cruz Su propia gloria. Pero llegó el día, y el día llegará, cuando esa gloria se le mostrará a todo el mundo y a todo el universo. La vindicación de Cristo debe seguir a Su humillación; Su entronización debe seguir a Su crucifixión; a la corona de espinas debe seguir la corona de gloria. Es la campaña de la Cruz; pero el Rey aún ha de entrar en un triunfo que todo el universo contemplará.

EL MANDAMIENTO DE LA DESPEDIDA

Juan 13:33-35

-Hijos -les siguió diciendo Jesús a Sus discípulos-, no voy a estar con vosotros más que un poco más; y, como les dije a los judíos, os lo digo a vosotros ahora: No podéis ir adonde Yo voy. Os doy un nuevo mandamiento: que os améis unos a otros; que también vosotros os améis entre vosotros como Yo os he amado; en esto es en lo que todos reconocerán que sois discípulos Míos: si existe este amor entre vosotros.

Jesús estaba dándoles a Sus discípulos Su mandamiento de despedida. Le quedaba poco tiempo; si aún necesitaban oír Su voz, tenía que se entonces. Él iba a hacer un viaje en el que ninguno podía acompañarle; iba a ponerse en camino, y tenía que ir Él solo. Y, antes de marcharse, les dio el mandamiento de que se amaran entre sí como Él los había amado. ¿Qué quiere decir eso para nosotros, en nuestras relaciones con nuestros semejantes? ¿Cómo amó Jesús a Sus discípulos?

(i) Los amó *sin el menor egoísmo*. Hasta en el amor humano más noble hay algo de egoísmo. A menudo pensamos -puede que inconscientemente- en lo que vamos a sacar. Pensamos en la felicidad que disfrutaremos, o en la soledad en que quedaremos si el amor falla o se nos niega. A menudo estamos pensando: ¿Qué me reportará este amor? Por detrás de todo, es *nuestra* felicidad lo que estamos buscando. Pero Jesús no pensaba nunca en Sí mismo. Su único deseo era darse a Sí mismo y todo lo que tenía por los que amaba.

(ii) Jesús amaba a Sus discípulos *sacrificialmente*. No había límite a lo que su amor pudiera llegar o dar. Ninguna demanda era excesiva. Si el amor quería decir la Cruz, Jesús la aceptaba. A veces cometemos el error de pensar que el amor está para darnos la felicidad. A fin de cuentas, así es; pero también puede traer dolor, y demandar una cruz.

(iii) Jesús amaba a Sus discípulos *comprensivamente*. Conocía íntima y totalmente a Sus discípulos. No conocemos a una persona a menos que hayamos convivido con ella. Si se trata de un encuentro casual, la vemos en su mejor momento. Es después de vivir con ella cuando conocemos sus rarezas y debilidades. Jesús había convivido con Sus discípulos día tras día durante muchos meses y sabía todo lo que había que saber de ellos -y, sin embargo, los amaba. A veces decimos que el amor es ciego. No hay tal, porque el amor que es ciego pronto se queda en nada, como no sea en desilusión y desencanto. El amor verdadero tiene los ojos bien abiertos. Ama, no lo que se imagina, sino lo que es. El corazón de Jesús es lo bastante grande como para amarnos tal como somos.

(iv) Jesús amaba a Sus discípulos *perdonándolos*. El primero de la compañía Le negaría. Todos Le abandonarían cuando más los necesitaba. Nunca, en toda Su vida, Le comprendieron realmente. Eran ciegos e insensibles, lentos para aprender y faltos de comprensión. Al final, todos se portaron como unos cobardes. Pero Jesús nunca les tuvo rencor; no tenían fallo que Él no pudiera perdonar. El amor que no ha aprendido a perdonar no puede hacer más que marchitarse y morir. Somos pobres criaturas; y hay una especie de fatalidad en las cosas que nos hace herir más a los que más nos aman. Por esa misma razón todo amor duradero ha de edificarse sobre el cimiento del perdón; porque, sin perdón, está destinado fatalmente a morir.

LA LEALTAD VACILANTE

Juan 13:36-38

*-Señor, ¿adónde Te vas? -Le preguntó Pedro.
Adonde Yo voy -le contestó Jesús- tú no Me puedes seguir ahora; ya Me seguirás después.
-Señor -Le dijo Pedro-, ¿por qué no Te puedo seguir ahora? ¡Daré la vida por Ti!
-¿Conque darás la vida por Mí? -le contestó Jesús-. Te diré la pura verdad: antes que cante el gallo Me habrás negado tres veces.*

¿Qué diferencia había entre Judas y Pedro? Judas traicionó a Jesús, y Pedro, cuando Jesús le necesitaba más, Le negó por tres veces, hasta con juramentos y blasfemias; sin embargo, mientras que el nombre de Judas ha pasado a la Historia como el símbolo de la vergüenza más negra, Pedro ha dejado el suyo a la mayor dignidad que se conoce en la historia de la Iglesia. Hay algo infinitamente atrayente en la persona de Pedro. La diferencia consiste en que la traición de Judas fue deliberada; la llevó a cabo a sangre fría; debe de haber sido el resultado de una idea y una planificación concienzuda; y, por último, rehusó impasiblemente la invitación más entrañable. Pero la negación de Pedro no tuvo nada de deliberada. Jamás pensó hacerlo; se vio arrastrado en un momento por la debilidad y por las circunstancias. Por un momento su voluntad fue demasiado débil, pero su corazón no le traicionó.

Hay siempre una diferencia abismal entre un pecado calculado fría y deliberadamente, y el que arrastra involuntariamente a una persona en un momento de debilidad o de pasión. Sencillamente, no se pueden comparar el pecado a sabiendas, y el que le sobreviene a uno cuando está tan debilitado o tan inflamado que apenas se da cuenta de lo que hace. ¡Que Dios nos salve a nosotros de hacerle daño deliberadamente a Él o a cualquiera de los que nos aman!

Hay algo muy entrañable en la relación entre Jesús y Pedro.

(i) Jesús conocía a Pedro en toda su debilidad. Sabía lo impulsivo y lo inestable que era; sabía que tenía el hábito de hablar con el corazón antes de pensárselo con la cabeza. Conocía bien la fuerza de su lealtad y la debilidad de su voluntad. Jesús sabía cómo era Pedro.

(ii) Jesús sabía que Pedro Le amaba. Hiciera Pedro lo que hiciera, Jesús sabía que Le amaba. Ojalá nosotros nos diéramos cuenta de que, a menudo, cuando alguien nos desilusiona, nos falla, nos ofende o nos hiere, no es la misma persona que nos ama la que lo hace. La verdadera persona no es la que nos falla o nos ofende, sino la que nos ama. Lo auténtico no es su fallo, sino su amor. Jesús lo sabía de Pedro, porque le amaba. Nos ahorraríamos muchas desilusiones desgarradoras y muchos

rompimientos trágicos si recordáramos el amor soterrado y perdonáramos el fallo de un momento.

(iii) Jesús conocía, no sólo al Pedro que era, sino al que podría llegar a ser. Sabía que, de momento, Pedro no podría seguirle; pero estaba seguro de que llegaría el día en que él también seguiría el mismo camino rojo hacia el martirio. La grandeza de Jesús está en que Él ve al héroe cuando no es más que un cobarde; Él tiene el amor de ver lo que podemos ser, y el poder para ayudarnos a alcanzarlo.

LA PROMESA DE LA GLORIA

Juan 14:1-3

-No dejéis que se os angustie el corazón: creed en Dios y creed en Mí. Hay muchas habitaciones en la casa de Mi Padre; si no fuera así, ¿os habría dicho Yo que voy a prepararos un sitio? Una vez que haya ido y os haya preparado alojamiento, vendré otra vez para llevaros conmigo, para que estéis donde Yo esté.

Al cabo de muy poco, se les iba a hundir la vida a los discípulos de Jesús. Su mundo se les iba a colapsar, y el caos los iba a cercar. Entonces no les quedaría más que aferrarse desesperadamente a Dios con entera confianza. Como había dicho el salmista: «¡Si no creyese que tengo de ver la bondad del Señor en la tierra de los vivientes!» (*Salmo 27:13. R-V.09* añadía en cursiva para aclarar el sentido: *hubiera yo desmayado*). «Pero mis ojos miran hacia Ti, oh Señor Dios; en Ti busco refugio, ¡no me dejes indefenso!» (*Salmo 141:8*). Hay momentos en que tenemos que creer y aceptar aunque no podamos entender nada. Si, en la hora más oscura, creemos que, de alguna manera, hay un propósito en la vida, y que es un propósito de amor, hasta lo insoponible se hace soportable, y hasta en lo más denso de las tinieblas hay un rayo de luz.

Jesús añade algo. No dice solamente: «Creed en Dios.» Dice también: «Creed en Mí.» Si el salmista podía creer en la bondad final de Dios, mucho más nosotros. Porque Jesús es la prueba de que Dios está dispuesto a dárnoslo todo. Como decía Pablo: «Si Dios mismo no escatimó ni el dar a Su propio Hijo, sino que Le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo vamos a pensar que no nos dará generosamente con El todas las cosas?» (*Romanos 8:32*). Si creemos que tenemos el retrato de Dios en Jesús, entonces, a la vista de un amor tan maravilloso, llega a ser, no fácil, pero sí posible, aceptar hasta lo que no podemos entender, y mantener una fe serena en medio de las tormentas de la vida.

Jesús siguió diciendo: «Hay muchas habitaciones en la casa de Mi Padre.» Con «la casa de Mi Padre» quería decir el Cielo. Pero, ¿qué quería decir cuando dijo que había muchas habitaciones en el Cielo? La palabra para *habitaciones* es en el original *monaj*, y sugiere tres cosas.

(i) Los judíos mantenían que en el Cielo hay diferentes grados de bendición que se concederán a las personas conforme a la bondad y fidelidad que hayan mostrado en la Tierra. En el *Libro de los secretos de Enoc* se dice: «En el mundo venidero hay muchas mansiones preparadas para los seres humanos: para los buenos, buenas; y malas para los malos.» La alegoría compara el Cielo con un palacio inmenso con muchas habitaciones, cada una asignada a cada persona conforme haya merecido en la vida.

(ii) El escritor griego Pausanias usa la palabra *monaj* con el sentido de *etapas en el camino*. Si es así como debemos tomarla aquí, quiere decir que hay muchas etapas en el camino al Cielo, y también en el mismo Cielo hay progreso y desarrollo. Por lo menos algunos de los primeros pensadores cristianos lo creían así. Orígenes era uno de ellos. Decía que, después de la muerte, el alma iba a un lugar que se llamaba el Paraíso, que estaba todavía en la Tierra. Allí recibía instrucción y preparación; y, cuando estaba lista, el alma ascendía al aire. Allí pasaba por varias *monaj*, etapas, que los griegos llamaban *esferas* y los cristianos *cielos*, hasta que, por último llegaba al Reino celestial. Al hacer todo aquello, el alma seguía a Jesús. Que, como dijo el autor de *Hebreos*, «ha pasado los cielos» (4:14). Ireneo habla de cierta interpretación de la frase que explica que la semilla que se siembra produce a veces ciento por uno, a veces sesenta y a veces treinta (*Mateo 13:8*). Hay una diferencia en producción y, por tanto, en recompensa. Algunas personas serán consideradas dignas de pasar toda la eternidad en la presencia de Dios; otras se elevarán hasta el paraíso, y otras serán ciudadanas de «la ciudad». Clemente de Alejandría creía que había grados de gloria, recompensas y estados en relación con el nivel de santidad que hubiera alcanzado cada persona en esta vida.

Aquí hay algo muy atractivo. Hay un sentido en que el alma se resiste a lo que podríamos llamar un Cielo estático. Hay algo atractivo en la idea de un progreso que prosigue hasta en los lugares celestiales. Hablando en términos puramente humanos e

inadecuados, a veces pensamos que nos deslumbraría el excesivo esplendor si se nos introdujera inmediatamente a la misma presencia de Dios. Pensamos que, hasta en el Cielo, necesitaremos ser purificados y ayudados hasta que podamos contemplar la mayor gloria.

(iii) Pero también puede ser que el sentido sea muy sencillo y encantador. «Hay muchas habitaciones en la casa de Mi Padre» puede que quiera decir sencillamente que en el Cielo hay sitio para todos. Las casas terrenales a menudo se abarrotan de personas; las posadas y los hoteles terrenales tienen que poner muchas veces el cartel de «Completo», «No hay habitaciones libres.» Pero en la casa del Padre celestial no pasa eso, porque el Cielo es tan grande como el corazón de Dios y hay sitio para todos. Jesús está diciéndoles a Sus amigos: « No tengáis miedo. La gente puede que os cierre las puertas de sus casas; pero nunca seréis excluidos del Cielo.»

LA PROMESA DE LA GLORIA

Juan 14:1-3 (conclusión)

Hay otras grandes verdades en este pasaje.

(i) Nos habla de la honestidad de Jesús. « Si no fuera así, ¿os habría dicho Yo que voy a prepararos un sitio?» Nadie podrá jamás reclamar que le proselitizaron fraudulentamente con promesas fantásticas para que se hiciera cristiano. Jesús les dijo claramente a Sus posibles seguidores que los cristianos tenemos que despedirnos para siempre de la comodidad (*Lucas 9:57-58*). Les advirtió acerca de la persecución, el odio, los oprobios que tendrían que soportar (*Mateo 10:16-22*). Les habló de la cruz que tendrían que sufrir (*Mateo 16:24*), aunque también les habló de la gloria que hay al final del camino cristiano. Sincera y honradamente dijo a todos lo que podían esperar, tanto de dolor como de gloria, si se apuntaban como seguidores Suyos. Jesús no era uno de esos políticos que tratan de sobornar a la gente con promesas de un camino fácil; lo que quería era desafiarlos a alcanzar la grandeza.

(ii) Nos habla de la misión de Jesús. Él les dijo: «Voy a prepararos un sitio.» Uno de los grandes pensamientos del Nuevo Testamento es que Jesús va delante de nosotros, y nos abre el camino para que sigamos Sus huellas. Una de las grandes palabras que se usan para describir a Jesús es la palabra *prodromos* (*Hebreos 6:20*), que Reina-Valera traduce por *precursor*. Hay dos usos de esta palabra que iluminan el cuadro que contiene. En el ejército romano, los *prodromoi* eran las tropas de reconocimiento. Se adelantaban al cuerpo del ejército para trazar el camino y asegurarse de que el resto de la tropa podía seguir adelante. El puerto de Alejandría tenía un acceso muy peligroso. Cuando llegaban los grandes navíos que transportaban grano, se les mandaba una barcaza piloto para que los guiara por el canal hasta las aguas seguras. Aquella barcaza piloto se llamaba *prodromos*. Pasaba primero para que los demás pudieran pasar sin peligro. Eso es lo que ha hecho Jesús.

Ha abierto el camino que conduce al Cielo y a Dios para que Le sigamos a salvo.

(iii) Nos habla del triunfo final de Jesús. Él dijo: «Volveré.» La Segunda Venida de Jesús es una esperanza sobre la que no se suele predicar mucho; y lo curioso es que los cristianos, o la pasan por alto, o no piensan en otra cosa. Es verdad que no podemos decir ni el día ni la hora cuando sucederá, ni cómo sucederá; pero una cosa es segura: la Historia se dirige a una meta. Sin un clímax quedaría incompleta. La consumación de la Historia será el triunfo de Jesucristo. Y Él ha prometido que el día de Su triunfo recibirá en Su Reino a Sus amigos.

(iv) Jesús dijo: «Donde Yo esté, allí estaréis también vosotros.» Aquí tenemos una gran verdad dicha de la manera más sencilla. Para el cristiano, el Cielo es donde está Jesús. No tenemos por qué especular acerca de cómo es el Cielo. Nos basta con saber que estaremos ya siempre con Jesús. Cuando amamos a alguien con todo el corazón, sólo estamos vivos cuando estamos en su compañía. Eso nos pasa con Cristo. En este mundo, nuestro contacto con Él es impreciso, porque vemos la realidad como a través de un espejo imperfecto y espasmódico, porque somos pobres criaturas y no podemos vivir siempre en las alturas. Pero la mejor definición del Cielo es el estado en que estaremos siempre con Jesús.

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

Juan 14:4-6

- Ya sabéis el camino adonde Yo voy - siguió diciéndoles Jesús.

- Señor, ¿si no sabemos adónde vas! ¿Cómo vamos a saber el camino? -Le dijo Tomás; y Jesús le dijo:

- Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida. No se puede llegar al Padre nada más que pasando por Mí.

Una y otra vez Jesús les había dicho a Sus discípulos adónde se iba; pero, por lo que se ve, no Le habían entendido. «Estaré con vosotros un poco más de tiempo, y luego volveré al Que Me envió» (*Juan 7:33*). Jesús les había dicho claramente que iba al Padre Que Le había enviado, con el Que era una misma cosa; pero ellos todavía no sabían de qué viaje se trataba. Y menos todavía se habían enterado de cuál sería el camino, que Jesús les había dicho que pasaba por la Cruz.

Para entonces, los discípulos ya estaban totalmente confusos. Había uno entre ellos que nunca podía decir que entendía lo que no entendía, que era Tomás. Era demasiado honrado y tomaba las cosas demasiado en serio para darse por satisfecho con piadosas vaguedades. Tenía que estar seguro; así es que expresó sus dudas, y lo maravilloso es que fue su confesión de no haber entendido lo que dio origen a una de las revelaciones más gloriosas que Jesús hizo nunca a Sus discípulos. Nadie debería avergonzarse de sus dudas; porque es sorprendentemente y benditamente cierto que, en las cosas espirituales, el que busca, al fin encontrará.

Jesús le dijo a Tomás: « Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida.» Eso nos parece una gran afirmación; pero aún lo sería más para un judío que la oyera por primera vez. En ella, Jesús tomó tres de las grandes concepciones básicas de la religión judía, e hizo la tremenda declaración de que en Él se habían hecho realidad.

Los judíos hablaban mucho del *camino* por el que había que andar, y de *los caminos* de Dios. Moisés le dijo al pueblo de parte de Dios: « No os apartéis a diestra ni a siniestra. Andad en todo el camino que el Señor vuestro Dios os ha mandado» (*Deuteronomio 5:32-33*). Y Moisés le dijo al pueblo: «Porque yo sé que después de mi muerte ciertamente os corromperéis y os apartaréis del *camino* que os he mandado» (*Deuteronomio 31:29*). También había dicho Isaías: «Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es *el camino*, andad por él» (*Isaías 30:21*). En el glorioso nuevo mundo habría una calzada y camino que se llamaría *Camino de Santidad*, por la

que no irían los inmundos, y el mismo Señor estaría con ellos; y los viandantes, aunque fueran sencillos, no se perderían, ni los atacarían las fieras (*Isaías 35:8*). La oración del salmista era: «Enseñame, oh Señor, Tu *camino*» (*Salmo 27:11*). Los judíos hablaban del camino de Dios por el que hay que ir. Jesús dijo: «Yo soy el Camino.»

¿Qué quería decir? Figuraos que nos encontramos en un pueblo desconocido y preguntamos por unas señas. Supongamos que la persona a la que hemos preguntado nos dice: «Tome la primera a la derecha, y la segunda a la izquierda; cruce la plaza, pase la iglesia, tome la tercera a la derecha y la carretera que usted busca es la cuarta de la izquierda.» Lo más probable es que nos perdamos a mitad de camino. Pero supongamos que esa persona nos dice: «Vengan ustedes. Yo los llevaré.» En ese caso, esa persona *es* para nosotros el camino, y no nos podemos perder. Eso es lo que Jesús hace por nosotros. No se limita a darnos consejos y direcciones, sino que nos lleva de la mano, y nos fortalece y nos guía cada día. No se limita a indicarnos el camino; Él *es el camino*.

Jesús dijo también: « Yo soy la Verdad.» El salmista había dicho: «Enseñame, oh Señor, Tu camino; caminaré yo en Tu *verdad*» (*Salmo 86:11*). «Porque Tu misericordia está delante de mis ojos, y ando en Tu *verdad*» (*Salmo 26:3*). «Escogí el camino de la *verdad*» (*Salmo 119:30*). Muchos nos habían dicho la verdad, pero ninguno llegó a encarnarla.

Hay una cosa de suprema importancia acerca de la verdad moral. El carácter de un profesor no afecta a su enseñanza de geometría o de gramática latina. Pero si se trata de un profesor de ética, su carácter influye decisivamente. Un adúltero que enseñara la necesidad de la fidelidad conyugal, un avaro que tratara del valor de la generosidad, un orgulloso que hablara de la belleza de la humildad, un violento que defendiera la calma, un sádico que exhortara al amor... no tendrían mucho éxito. La verdad moral no se transmite sólo con palabras; tiene que mostrarse en el ejemplo. Y es ahí donde el mejor maestro humano se quedará corto. Ningún maestro ha sido la perso-

nificación de la verdad que enseñaba -más que Jesús. Muchos podrán decir: «Yo os enseño la verdad;» pero sólo Jesús pudo decir: «Yo soy *la verdad*.» Lo más tremendo de Jesús es que la verdad moral no encuentra en Él simplemente su mejor *expositor*, sino su mejor *realizador*.

Jesús dijo también: « Yo soy la vida.» El autor de Proverbios había dicho: «Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz; y camino de *vida* las reprensiones que te instruyen» (*Proverbios 6:23*). «Camino a la *vida* es guardar la instrucción» (*Proverbios 10:17*). «Me mostrarás la senda de *la vida*» (*Salmo 16:11*). En último análisis, lo que la humanidad está siempre buscando es *la vida*. No busca tanto el conocimiento en sí, sino lo que hace que la vida valga la pena. Cierta novelista pone en boca de uno de sus personajes, que está enamorado: « Yo no sabía lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.» El amor le había descubierto la vida. Eso es lo que hace Jesús. La vida con Jesús es la auténtica.

Hay una manera de decir todo esto que incluye todas estas verdades. Jesús dijo: « No se puede llegar al Padre nada más que pasando por Mí.» Él es el único Camino que conduce al Padre. Solamente en Jesús podemos ver cómo es Dios; y Él es el único que puede conducirnos a la presencia de Dios sin vergüenza ni temor.

LA VISIÓN DE DIOS

Juan 14:7-11

Jesús continuó diciéndoles:

-Si me hubierais reconocido a Mí habríais conocido también a Mi Padre. Desde ahora en adelante estéis empezando a conocerle, porque Le habéis visto.

-Señor -Le dijo Felipe-, déjanos ver al Padre, y ya no Te pedimos nada más.

-Con todo el tiempo que llevo con vosotros, ¿y todavía no Me has reconocido, Felipe? -le contestó

Jesús-. ¡El que Me ha visto a Mí ha visto al Padre! ¿Cómo puedes decir: Muéstranos al Padre? ¿Es que no crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo os hablo no tienen en Mí su origen, sino que es el Padre Que está en Mí el Que hace Sus propias obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí. Y si no lo podéis creer porque Yo os lo digo, creedlo por las mismas obras.

Bien puede ser que para el mundo antiguo esto fuera lo más alucinante que dijo Jesús. Para los griegos, Dios era esencialmente *El Invisible*; y los judíos estaban seguros de que a Dios nadie Le había visto jamás. Pero Jesús les dijo: « Si me hubierais reconocido a Mí habríais-conocido también a Mi Padre.»

Entonces Felipe pidió lo que le parecería un imposible. Tal vez estaba pensando en aquel tremendo día del pasado cuando Dios le reveló Su gloria a Moisés (*Éxodo 33:12-32*). Pero aun aquel gran día, Dios le dijo a Moisés: «Verás Mis espaldas; mas no se verá Mi rostro.» En tiempos de Jesús, los creyentes estaban fascinados y oprimidos por la idea de la trascendencia de Dios y de la distancia y diferencia insalvables entre Dios y la humanidad. Jamás se les habría ocurrido pensar que podían ver a Dios. Y entonces Jesús dijo con suprema sencillez: « ¡El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre!»

Ver a Jesús es ver cómo es Dios. Un escritor reciente dice que Lucas «domesticó a Dios;» es decir, que Lucas nos muestra a Dios en Jesús tomando parte en las cosas más íntimas y hogareñas. Cuando vemos a Jesús, podemos decir: «Este es Dios viviendo nuestra vida.» Si es así, podemos decir de Dios las cosas más hermosas.

(i) Dios Se introdujo en un hogar ordinario y en una familia normal y corriente. En el mundo antiguo se habría creído que, si Dios había de venir al mundo, vendría como rey a un palacio real con todo el poder y la majestad que el mundo considera grandeza; pero en Jesús, Dios santificó de una vez para siempre el nacimiento humano y el humilde hogar de la gente sencilla.

(ii) Dios no tuvo vergüenza en hacer el trabajo humano. Vino al mundo como un obrero. Jesús fue el carpintero de Nazaret. Nunca nos daremos cuenta suficientemente de lo maravilloso que es que Dios entienda nuestro trabajo cotidiano. Él sabe lo difícil que es muchas veces ganarse la vida y ajustarse a un salario, tratar con ciertos clientes y con los morosos. Conoció por propia experiencia las dificultades de la convivencia en el seno de una familia numerosa y los problemas que nos asedian en el trabajo de cada día. Según el Antiguo Testamento, el trabajo excesivamente duro e improductivo es una consecuencia del pecado (*Génesis 3:19*); pero en el Nuevo Testamento el trabajo ordinario se reviste de gloria porque Dios lo ha asumido en Jesús.

(iii) Dios sabe lo que es sufrir la tentación. La vida de Jesús nos presenta, no la serenidad, sino la lucha de Dios. Era fácil imaginarse a Dios viviendo en una serenidad y paz que no podían alterar las tensiones de este mundo; pero Jesús nos muestra a Dios pasando por todas nuestras angustias. Dios no es como un general que dirige a su ejército desde una posición cómoda y segura, sino que está con nosotros en primera línea.

(iv) En Jesús vemos a Dios amándonos. Cuando hay amor, se siente el dolor. Si nos pudiéramos mantener absolutamente distantes; si pudiéramos organizar la vida de tal manera que nada ni nadie nos importara, no habría tal cosa como tristeza, dolor o ansiedad. Pero en Jesús vemos a Dios preocupándose intensamente, anhelando relacionarse con la humanidad, sintiendo entrañablemente por y con las personas, amándolas hasta el punto de llevar en Su corazón las heridas del amor.

(v) En Jesús vemos a Dios en la Cruz. No hay nada más increíble en el mundo. Es fácil imaginarse a un dios que condena a la gente; y más aún a un dios que, si las personas se le oponen, las elimina. Nadie habría soñado con un Dios que eligió la Cruz para salvar a la humanidad.

« ¡El que Me ha visto ha visto al Padre! » Jesús es la revelación de Dios, por mucho que esa revelación inunde la inteligencia humana de sorpresa y de admiración increíble.

LA VISIÓN DE DIOS

Juan 14:7-11 (conclusión)

Jesús pasa a decir otra cosa. La absoluta unicidad de Dios era algo que los judíos nunca podrían olvidar. Los judíos eran monoteístas a ultranza. El peligro de la fe cristiana es colocar a Jesús como una especie de dios secundario; pero el mismo Jesús insistía en que lo que Él decía y hacía no era el producto de Su propia iniciativa y capacidad, sino que lo decía y hacía el mismo Dios. Sus palabras eran la voz de Dios hablando a la humanidad; Sus obras eran el resultado del poder de Dios fluyendo a través de Él para alcanzar a las personas. Él era realmente el canal por el que Dios venía a la humanidad.

Vamos a tomar dos analogías sencillas e imperfectas de la relación entre maestro y alumno. El doctor Lewis Muirhead decía del gran expositor cristiano A. B. Bruce que «la gente venía a ver en el hombre la gloria de Dios.» Un maestro tiene la responsabilidad de transmitir algo de la gloria de su asignatura a sus alumnos; y el que enseña acerca de Jesucristo puede, si es lo bastante consagrado, transmitir la visión y la presencia de Dios a sus estudiantes. Eso es lo que hacía A. B. Bruce; y, en un grado infinitamente mayor, es lo que hacía Jesús. El vino a transmitir a la humanidad la gloria y el amor y la presencia y la visión de Dios.

Y aquí tenemos otra analogía. Un profesor transmite a sus estudiantes, no sólo lo que sabe, sino, principalmente, lo que es, algo de sí mismo. Muchas veces descubrimos en el joven investigador o profesor la impronta del que fue clave en su formación; y lo mismo en el joven predicador, no sólo las ideas, sino también los gestos y formas de expresión del pastor al que ha amado y bajo cuyo ministerio se ha formado, hasta tal punto que a veces nos parece estar escuchando o viendo ministrar al pastor anterior. Y eso se nota tanto más cuanto más estrecha y entrañable haya sido la relación entre el profesor y el estudiante, o entre el pastor y el creyente. Y esto resulta mucho

más fácil de detectar, como es natural, en el caso de padres y madres e hijos e hijas.

Esa fue y es la influencia de Jesús, pero en un grado incalculablemente mayor. Él trajo a la humanidad el acento y el mensaje y la mente y el corazón de Dios.

Debemos recordar de cuando en cuando que Dios está en todo. No fue una expedición que Él escogiera la que hizo Jesús al mundo. No lo hizo para suavizar el duro corazón de Dios. Vino porque Dios Le envió, porque de tal manera amó al mundo. Detrás de Jesús, y en Él, estaba Dios.

Jesús siguió haciendo una declaración y ofreciendo una prueba basada en Sus *palabras* y en Sus *obras*.

(i) Él proponía que se Le sometiera a la prueba de lo *que decía*. Es como si Jesús dijera: «Cuando Me escucháis a Mí, ¿es que no os dais cuenta en seguida de que lo que estoy diciendo es la verdad de Dios?» Las palabras de los genios son autoevidentes. Cuando leemos a un gran poeta no podemos decir en la mayoría de los casos por qué es tan bueno y por qué nos conquista el corazón. Puede que analicemos su técnica; pero, a fin de cuentas, hay algo que desafía al análisis pero que se puede reconocer inmediatamente. Eso y más es lo que nos sucede con las palabras de Jesús. Cuando las oímos o leemos, no podemos por menos de decirnos: « ¡Si todo el mundo viviera de acuerdo con estos principios, qué diferente sería el mundo! Y si yo pudiera vivir de acuerdo con estos principios, ¡qué diferente sería yo!»

(ii) Él proponía que se Le sometiera a la prueba de sus *obras*. Le dijo a Felipe: « Si no podéis creer en Mí por lo que Yo os digo, sin duda os dejaréis convencer por lo que Yo puedo hacer.» Esa era la misma respuesta que Jesús le envió a Juan el Bautista cuando éste Le envió mensajeros que Le preguntaran si era Él, Jesús, el Mesías, o si tendrían que seguir esperando a otro. « Id -les dijo Jesús-, y contadle a Juan lo que está sucediendo, y eso le convencerá» (*Mateo 11:1-6*). La prueba definitiva de que Jesús es el Que es es que ningún otro ha conseguido jamás hacer buenos a los que eran malos.

Lo que Jesús le dijo a Felipe fue, en resumen: «¡Escúchame! ¡Mírame! ¡Y cree en mí!» Y todavía, la manera de llegar a ser cristiano no es discutir acerca de Jesús, sino escucharle y mirarle. Si así lo hacemos, Su impacto personal nos obligará a creer que Él es el Salvador del mundo, y nuestro propio y suficiente Salvador personal.

LAS TREMENDAS PROMESAS

Juan 14:12-14

-Esto que os digo es la pura verdad-siguió diciéndoles Jesús a Sus discípulos-: el que crea en Mí hará las obras que Yo hago, y aun mayores que éstas; porque Yo voy al Padre, y haré todo lo que pidáis en Mi nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís alguna cosa en Mi nombre, Yo la haré.

No es fácil encontrar promesas que sean mejores que las dos de este pasaje. Pero son de tal naturaleza que debemos tratar de entenderlas. Si no, la vida nos desilusionará.

(i) La primera es que Jesús dijo que Sus discípulos harían lo que Él hacía, y aun mayores cosas. ¿Qué quería decir?

(a) Está fuera de toda duda que la Iglesia Primitiva tenía poder para realizar curaciones. Pablo enumera entre otros dones que se daban en la Iglesia el de sanidad(] *Corintios 12:9, 28, 30*). Santiago exhortaba a que, cuando un cristiano estuviera enfermo, llamará a los ancianos de la iglesia para que oraran por él ungiéndole con aceite, y sanaría (*Santiago 5:14*). Pero está claro que no era eso solo lo que quería decir Jesús; porque, aunque se pudiera decir que la Iglesia Primitiva hacía las mismas cosas que Jesús, no se podría decir que las hacía aún mayores

(b) Conforme ha ido pasando el tiempo, la humanidad ha ido conquistando la enfermedad. Los médicos y los cirujanos tienen poderes que el mundo antiguo habría considerado mi-

lagrosos y hasta divinos. Los cirujanos con sus nuevas técnicas, los médicos con sus nuevos tratamientos y medicinas maravillosas pueden realizar ahora las curas más sorprendentes. Aún queda mucho camino por recorrer; pero, una tras otra, se han ido abatiendo las fortalezas del dolor.

Lo más sorprendente de todo esto es que ha sido el poder y la influencia de Jesucristo lo que lo ha producido. ¿Por qué habíamos de esforzarnos en salvar a los débiles, a los enfermos y a los moribundos, a todos los que tienen el cuerpo dañado o la mente trastornada? ¿Por qué los intelectuales y los científicos se han sentido movidos, y hasta impulsados, a dedicar sus vidas y esfuerzos, muchas veces hasta arruinando su salud y perdiendo su vida, para encontrar curas para la enfermedad y remedios para el sufrimiento? La indudable respuesta es que, aunque no se dieran cuenta de ello, Jesús era el Que les estaba diciendo por medio de Su Espíritu: < Hay que ayudar y curar a estas personas. Tenéis que hacerlo. Es vuestra responsabilidad y vuestro privilegio el hacer todo lo que podáis por ellos.> Es el Espíritu de Cristo el Que ha estado impulsando la conquista de la enfermedad; y, en consecuencia, se pueden hacer cosas ahora que en tiempos de Jesús ni siquiera se habrían creído posibles.

(c) Pero todavía no hemos llegado al fondo. Recordad lo que Jesús hizo *en los días de Su carne*. No predicó nunca fuera de Palestina. Durante Su vida en la Tierra, el Evangelio no llegó ni a Europa. Él no conoció nunca la degradación moral de Roma. Aun Sus adversarios de Palestina eran hombres religiosos; los escribas y fariseos dedicaban sus vidas a la religión tal como ellos la entendían, y sin duda creían y practicaban la pureza de vida. No fue en Su tiempo cuando el Evangelio salió por un mundo en el que el matrimonio no se respetaba, el adulterio no era ni siquiera un pecado convencional y en los vicios más degradantes florecían como en una selva tropical.

Fue a ese mundo al que salieron los primeros cristianos, y lo ganaron para Cristo. Cuando el Cristianismo se convirtió en una cuestión de números e influencia y cambio de poderes, los triunfos del mensaje de la Cruz fueron todavía mayores que los de Jesús en los días de Su carne. Era de una regeneración moral y de una victoria espiritual de lo que Cristo estaba hablando. Y Él dijo que aquello sería porque El iba al Padre. ¿Qué quena decir con eso? Pues que, en los días de Su carne, estaba limitado a Palestina; pero, después de morir y resucitar, fue liberado de las limitaciones de espacio y tiempo, y Su Espíritu pudo obrar poderosamente por todas partes.

(ii) En Su segunda promesa, Jesús dice que cualquier oración que se haga en Su nombre será concedida. Esto es al-go que nos interesa supremamente entender. Fijémonos con cuidado que Jesús *no* dijo que todo lo que pidiéramos se nos concedería, sino que todas las oraciones que hiciéramos *en Su nombre* se nos concederían. La prueba de una oración es: ¿Puedo hacerla en el nombre de Jesús? Nadie podría, por ejemplo, pedir una venganza, una ambición, algún objetivo indigno de un cristiano *en el nombre de Jesús*. Cuando oramos, debemos preguntarnos siempre: «¿Podemos hacer esta petición honradamente *en el nombre de Jesús*? La oración que supera esa prueba y que, al final dice, «Hágase Tu voluntad», siempre se contesta afirmativamente. Pero la que se basa en el yo no puede esperar que Dios la conceda.

EL AUXILIADOR PROMETIDO

Juan 14:15-17

-Si me amáis, guardad mis mandamientos; y Yo Le pediré al Padre que os dé otro Ayudador Que se quede con vosotros indefinidamente; Me refiero al Espíritu de la Verdad. El mundo no Le puede recibir, porque ni Le ve ni Le conoce; pero vosotros sí Le conocéis, porque está entre vosotros y estará dentro de vosotros.

Para Juan no hay más que una manera de demostrar el amor, y es la obediencia. Fue en Su obediencia como Jesús Le demostró al Padre que Le amaba; y en la nuestra como debemos demostrarle a Jesús nuestro amor. C. K. Barret dice: «Juan no deja nunca que el amor se convierta en un sentimiento de emoción. Su expresión es siempre moral, y se manifiesta en la obediencia.» Conocemos muy bien a los que hacen protestas de amor pero que, al mismo tiempo, producen dolor o angustia a los que pretenden amar. Hay jóvenes que dicen que aman a sus padres, y sin embargo les causan preocupaciones y ansiedad. Hay maridos que dicen que aman a sus mujeres, y esposas que dicen que aman a sus maridos, pero que, por su falta de consideración, mal genio o egoísmo, le hacen la vida imposible a su pareja. Para Jesús, el verdadero amor no es nada fácil. Se muestra sólo en la obediencia.

Pero Jesús no nos deja luchar solos en la vida cristiana. Dijo que nos mandaría otro *Auxiliador*. La palabra griega es *paraklétos*, que es imposible de traducir. La versión ReinaValera, y la de Scío, la traducen por *Consolador*, palabra que, aunque hay que reconocer que ha cambiado con el uso, no es una buena traducción. José María Bover, *Valedor y Paráclito*; y en nota, *Abogado o Defensor*. La Nueva Biblia Española pone *abogado*. Estudiando esta palabra podemos captar algo de las riquezas de la doctrina del **Espíritu Santo**. Literalmente quiere decir *alguien que es llamado al lado de uno* -como *abogado* < *advocátus*. Pero es *el porqué* es llamado lo que le da a la palabra distintas asociaciones. Los griegos la usaban en muchos contextos. Un *paraklétos* podía ser una persona *llamada* como abogada para defender a un acusado, y al que se le va a imponer una pena; podría también tratarse de un experto *al que se llama* para que aconseje en una situación difícil; o alguien *a quien se llama para ayudar*, por ejemplo, a una compañía de soldados que se encuentra deprimida y desanimada, infundiéndole nuevo ánimo. Siempre el *paraklétos* es *alguien que se llama para que ayude* en tiempos de dificultad o necesidad. *Confortador*, que es la palabra que se usa en las

biblias clásicas inglesas desde Wycliff, sería en tiempos una buena traducción porque conservaba el sentido latino derivado de *fortis*, que quiere decir *valiente*; y un confortador, por consiguiente, era alguien que infundía valor a personas derrotadas o acobardadas o desanimadas (*confortar* = «dar vigor, espíritu y fuerza»; *consolar* = «aliviar la pena o aflicción de alguien,» D.R.A.E.). No cabe duda que el Espíritu Santo es Consolador; pero, no limitemos Su actividad *lastimosamente*. A menudo hablamos de *poder* con algo, y de *no poder más*. Esa es precisamente la labor del Espíritu Santo: suprime nuestra incapacidad y nos capacita para poder con la vida. El Espíritu Santo transforma una situación desesperada en una vida victoriosa.

Así es que Jesús está diciendo: « Os encargo una dura tarea y os mando a una misión difícil; pero voy a enviaros a Alguien, *el Paraklétos*, Que os guiará a lo que debéis hacer y os capacitará para hacerlo.»

Jesús prosiguió diciendo que el mundo no puede reconocer al Espíritu. Por *mundo* se entiende la parte de la humanidad que vive como si no hubiera Dios. La punta de las palabras de Jesús es que no se puede ver más que lo que se está preparado para ver. Un astrónomo ve mucho más en los cielos que uno que no lo es. Un botánico ve mucho más que otro cualquiera en un seto. Uno que entiende algo de arte ve mucho más en un cuadro que otro que no entienda nada. Uno que sepa algo de música sacará mucho más de un concierto que otro que no sepa nada. Siempre lo que vemos o experimentamos depende de lo que ya aportamos a la experiencia o a la contemplación. Una persona que ha eliminado a Dios de su vida nunca Le puede ver ni oír. No podremos recibir el Espíritu Santo a menos que esperemos Su venida con anhelante expectación y oración.

El Espíritu Santo no entra en ningún corazón rompiendo la puerta; espera a que se Le abra. Cuando pensamos en las maravillas que puede hacer el Espíritu Santo en nuestra vida, no nos cuesta apartar un tiempo en el ajetreo de la vida para aguardar Su venida en silencio.

EL CAMINO A LA COMUNIÓN Y A LA REVELACIÓN

Juan 14:18-24

No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. Dentro de un poquito, el mundo dejará de verme definitivamente; pero vosotros sí Me veréis, porque Yo estaré vivo, y vosotros también. En aquel día sabréis que Yo estoy en el Padre y vosotros en Mí tanto como Yo en vosotros. El que de veras Me ama es el que se entera de Mis mandamientos y los cumple. Mi Padre amará a la persona que Me ame, y Yo también la amaré y Me revelaré a ella.

Entonces Le preguntó Judas, no el Iscariote sino otro:

-¿Por qué es eso de que Te vas a revelar a nosotros, pero no al mundo?

-La persona que Me ame -le contestó Jesús-, hará caso de Mi palabra; y el Padre la amaré, y vendremos a ella y moraremos con ella. La persona que no Me ame, tampoco hará caso de Mis palabras. Esto que Me estáis oyendo no es cosa Mía, sino que pertenece al Padre Que Me envió.

Ahora ya los discípulos no podían por menos de sentirse acechados por augurios de tragedia. Pero Jesús les dijo: «No os dejaré desvalidos.» La palabra en griego es *órfanos*, de la que viene la española con el mismo sentido: literalmente *sin padre*; pero también se aplicaba a situaciones de desamparo y falta de protección; se usa de los discípulos o estudiantes privados de la presencia y enseñanza de un querido maestro. Platón dice que, cuando murió Sócrates, sus discípulos pensaban que se tendrían que pasar el resto de la vida como niños abandonados o privados de un padre, y no sabían qué hacer. Pero Jesús les dijo a Sus discípulos que ese no sería su caso. «Volveré a vosotros,» les dijo.

Se refería a Su Resurrección y a Su presencia espiritual. Los discípulos Le verían, porque Él estaría vivo y ellos también.

Lo que Él quería decirles era que ellos estarían espiritualmente vivos. De momento estaban confundidos y apabullados por el presentimiento de la inminente tragedia; pero llegaría el día en que se les abrirían los ojos -y entonces Le verían de veras. Eso fue exactamente lo que les sucedió cuando Jesús resucitó. Su resurrección cambió la desesperación en esperanza, y fue entonces cuando reconocieron, sin la menor sombra de duda, que Él era el Hijo de Dios.

En este pasaje Juan sigue barajando algunas ideas que nunca están lejos de su pensamiento.

(i) Primero y principalmente, está el amor. Para Juan el amor es la base de todas las cosas. Dios ama a Jesús; Jesús ama a Dios; Dios ama a la humanidad; Jesús ama a la humanidad; la humanidad ama a Dios por medio de Jesús; los seres humanos se aman unos a otros; el Cielo y la Tierra, la humanidad y Dios, las personas entre sí... todo está enlazado con el vínculo del amor.

(ii) Una vez más Juan subraya la necesidad de la obediencia, que es la única prueba del amor. Fue a los que Le amaban a los que Se apareció Jesús cuando resucitó, no a los escribas y fariseos y los demás adversarios.

(iii) Este amor obediente y confiado conduce a dos cosas. La primera, a la seguridad absoluta. El día del triunfo de Jesús, los que hayan estado unidos a Él por el amor obediente estarán a salvo en un mundo que se hunde. La segunda, a una revelación cada vez más plena. La revelación de Dios es algo costoso. Siempre tiene una base moral; es a la persona que cumple Sus mandamientos a la que Se revela Cristo. Una persona mala jamás podrá recibir la revelación de Dios. Puede que Dios la use; pero no puede tener comunión con Él. Dios sólo se revela a los que Le buscan. Y es sólo a la persona que, a pesar de sus fracasos, se eleva hacia Dios, a la que Dios descende. La comunión con Dios y la revelación de Dios dependen del amor; y el amor depende de la obediencia. Cuanto más obedecemos a Dios, mejor Le entendemos; y la persona que anda por Sus caminos no puede por menos de caminar con Él.

EL LEGADO DE CRISTO

Juan 14:25-31

-Os he dicho estas cosas aprovechando que estoy todavía con vosotros. El Ayudador, Que es el Espíritu Santo al Que el Padre mandará en Mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho. Os dejo la paz, Mi paz. Yo no os la doy como la da el mundo. No dejéis que se os inquiete o atemorice el corazón. Me habéis oído decir: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si Me amáis, os alegraréis de que Me voy con Mi Padre; porque el Padre es más grande que Yo. Y os he dicho esto ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis. Ya no os diré mucho más, porque viene el príncipe de este mundo, que no tiene nada que ver conmigo. Su intervención no hará más que hacer que el mundo se dé cuenta de que Yo amo al Padre y hago lo que el Padre Me ha mandado. Venga, levantaos; vámonos.

Este es un pasaje lleno de verdades hasta rebosar. En él Jesús nos habla de cinco cosas.

(i) Nos habla de Su *Colega*, el Espíritu Santo, y nos dice un par de cosas básicas acerca de Él.

(a) El Espíritu Santo nos enseñará todas las cosas. Hasta el fin de su camino, el cristiano es un aprendiz; porque hasta el fin de su camino el Espíritu Santo le guía a mayores y mayores profundidades de la verdad de Dios. El creyente cristiano no tiene disculpa para tener una mente cerrada. El cristiano que piensa que ya no tiene más que aprender es un cristiano que ni siquiera ha empezado todavía a entender lo que quiere decir la doctrina del Espíritu Santo.

(b) El Espíritu Santo nos recordará lo que ha dicho Jesús. Esto quiere decir dos cosas. 1.- En materia de fe, el Espíritu Santo nos trae a la mente constantemente las cosas que dijo Jesús. Tenemos la obligación de pensar; pero tenemos que

confrontar todas nuestras conclusiones con las palabras de Jesús. No es tanto la verdad lo que tenemos que descubrir, porque Él ya nos dijo la verdad; lo que tenemos que descubrir es lo que quiere decir esa verdad. El Espíritu Santo nos salva de la arrogancia y del error en nuestro pensar. 2.- El Espíritu Santo nos mantendrá a salvo en materia de conducta. Casi todos nosotros tenemos esta clase de experiencia de la vida: estamos tentados a hacer algo que está mal y, a punto de hacerlo, nos vuelve a la mente un dicho de Jesús, el versículo de un salmo, el recuerdo de Jesús, las palabras de alguien a quien amamos y admiramos o la enseñanza que recibimos cuando éramos pequeños. En el momento de peligro, estas cosas aparecen sin que sepamos cómo en nuestra mente: es la acción del Espíritu Santo.

(ii) Jesús habla de Su *don*, el don de Su *paz*. En el Antiguo Testamento la palabra para *paz* es *shalóm*, que nunca quiere decir simplemente la falta de problemas, sino todo lo que contribuye a nuestro bienestar total y bien supremo. La paz que el mundo nos ofrece es la de la evasión, la que viene de evitar los problemas o de no arrostrar las responsabilidades. La paz que Jesús nos ofrece es la de la victoria: ninguna experiencia de la vida nos la puede quitar, ni ningún pesar ni peligro ni sufrimiento nos la puede ensombrecer. Es independiente de todas las circunstancias exteriores.

(iii) Jesús habla de Su *destino*: vuelve a Su Padre; y dice que, si Sus discípulos Le aman de veras, se alegrarán. Iba a ser liberado de las limitaciones de este mundo, y a ser restituido a Su gloria. Si captamos de veras la verdad del Evangelio, nos alegraremos siempre que los que amamos se vayan para estar con Dios. Eso no es decir, desde luego, que no debemos sentir la punzada de la separación y de la pérdida temporal; pero, pese al dolor y a la soledad, debemos alegrarnos de que, después de las dificultades y pruebas de la Tierra, los que amamos han ido a algo mejor. No debemos nunca ver con malos ojos el que hayan entrado en su descanso; porque debemos recordar que han entrado, no en la muerte, sino en la verdadera vida.

(iv) Jesús habla de Su *lucha*. La Cruz era Su batalla final con los poderes del mal; pero Jesús no tenía miedo, porque sabía que el mal no tenía ningún poder decisivo sobre Él. Iba a la muerte con la seguridad, no de la derrota, sino de la victoria definitiva.

(vi) Habla de Su *vindicación*. De momento la humanidad no veía en la Cruz nada más que humillación y vergüenza; pero llegaría la hora cuando veía Su obediencia a Dios y Su amor a la humanidad. Las mismas cosas que eran la clave de la vida de Jesús encontraron su suprema expresión en la Cruz.

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Juan 15:1-10

-Yo soy la auténtica Vid, y Mi Padre es el Viñador. Él poda todos los sarmientos que no dan ningún fruto en Mí, y limpia todos los que sí dan fruto, para que den más.

Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. Manteneos en Mí de la misma forma que Yo Me mantengo en vosotros; porque, lo mismo que un sarmiento no puede dar ningún fruto por sí mismo si no se mantiene en la vid, así tampoco vosotros a menos que os mantengáis en Mí. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. La persona que se mantiene en Mí y en quien Yo Me mantengo, da mucho fruto; porque no podéis hacer nada separados de Mí. Al que no se mantiene en Mí se le desecha como sarmiento seco; y esos se recogen después y se echan al fuego para que ardan. Si os mantenéis en Mí y Mis palabras se mantienen en vosotros, pedid lo que queráis, y se os concederá. Es precisamente por el hecho de que deis tal fruto y de que os comportéis como discípulos Míos como es glorificado Mi Padre. Como Me ha amado el Padre, así os he amado Yo. Manteneos en Mi amor. Como Yo he cumplido los mandamientos de Mi Padre, Me mantengo en Su amor.

Jesús, como en otras ocasiones, elabora en este pasaje figuras e ideas que eran parte de la herencia religiosa de la nación judía. Una y otra vez en el Antiguo Testamento, Israel se representa como la parra o la viña de Dios. «La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel» (*Isaías 5:1-7*). «Yo te planté de pura cepa,» es el mensaje de Dios a Israel por medio de Jeremías (*Jeremías 2:21*). *Ezequiel 15* compara a Israel a una vid cuya madera no sirve nada más que para el fuego, y *Ezequiel 19:10-14* con una parra en medio de la viña, que luego es arrojada al desierto. «Israel es una frondosa parra» (*Oseas 10:1*). «Te trajiste una vid de Egipto» (*Salmo 80:8*). La vid había llegado a ser de hecho el símbolo de la nación de Israel. Era el emblema que aparecía en las monedas de los Macabeos. Una de las glorias del templo era la gran vid de oro que había en la fachada del lugar santo. Muchos grandes hombres habían considerado un gran honor ofrendar oro para un manojito de uvas o aun para una sola uva de aquella vid. La vid era una pieza especial de la imaginaria judía, y el mismísimo símbolo de Israel.

Jesús Se llama «la auténtica Vid.» La punta de esa palabra *aléthinós* -verdadera, real, genuina- es la siguiente. Es curioso que el símbolo de la vid no se usa nunca en el Antiguo Testamento sino unido a la idea de *degeneración*. La punta de la alegoría de Isaías es que la viña se ha vuelto silvestre. Jeremías dice que Dios se queja de que la nación que Él plantó de pura cepa se ha vuelto cepa borde.

Es como si Jesús dijera: «Creéis que porque pertenecéis a la nación de Israel sois sarmientos de la verdadera vid de Dios; pero la nación es una vid degenerada, como dijeron todos vuestros profetas. Pero la auténtica Vid de Dios soy Yo. Por el hecho de ser judíos no os vais a salvar. Lo único que os puede salvar es estar unidos vitalmente *conmigo*, porque Yo soy la auténtica Vid de Dios y, por tanto, tenéis que ser sarmientos unidos a Mí.» Jesús estaba estableciendo el principio de que el verdadero camino a la salvación de Dios no es tener sangre judía, sino tener fe en Él. Ninguna cualificación externa puede poner a una persona en la debida relación con Dios; sólo la amistad de Jesucristo puede hacerlo.

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Juan 15:1-10 (continuación)

Cuando Jesús trazó la alegoría de la vid sabía de lo que estaba hablando. La vid se cultivaba y se cultiva todavía en toda Palestina, más o menos como en España, aunque más en terrazas. Es una planta que requiere mucha atención si se quiere obtener un fruto de calidad. El terreno tiene que estar perfectamente limpio, y las plantas se separan convenientemente para que se puedan desarrollar. Se suelen podar los sarmientos en el invierno reduciendo la cepa a su mínima expresión. Algunas veces se poda la cepa a menos de un metro de altura, dejándole brazos radiales que se atan a tutores hasta que se hacen resistentes, que son los que producen los sarmientos, y estos el fruto; otras veces se apoyan las varas en espalderas o en árboles. Y, desde luego, a veces como parras, que se hacen muy frondosas a la puerta de las cabañas. Pero siempre requieren una buena preparación y un buen cuidado del suelo. No se deja que la vid dé fruto los tres primeros años, para que desarrolle conservando toda su energía. Ya adulta produce dos tipos de sarmientos, unos que dan fruto y otros que no. Los que no van a dar fruto se cortan bien atrás para que no vuelvan a brotar ni esquilmen la fuerza de la planta. La vid no puede dar buen fruto a menos que se la podo drásticamente-y Jesús lo sabía muy bien.

Además, la madera de la vid tiene la curiosa particularidad de que no sirve para nada. Es demasiado fibrosa y poco compacta. En ciertas épocas del año, establecía la ley, se tenían que llevar al templo ofrendas de madera para los fuegos de los altares; pero no se consideraban aceptables las cepas. Lo único que se podía hacer con los sarmientos de la poda o con las cepas que se arrancaban era una fogata, para que no trajeran miseria -plagas-a los árboles. En España se usa para leña en las casas de los pueblos o para encender los hornos. Este es otro detalle que añade verosimilitud a la alegoría de Jesús.

Jesús dice que así son Sus seguidores. Algunos de ellos son estupendos sarmientos productores Suyos, y otros son chupones que no dan ningún fruto. ¿En quién estaba pensando Jesús al hablar de los sarmientos estériles? Se pueden dar dos respuestas.

La primera es que estaba pensando en los judíos. ¿No era esa la lección que habían dado los antiguos profetas? La mayoría de los judíos se negaron a escuchar a Jesús y a aceptarle; por tanto, eran sarmientos estériles y secos. La segunda es que estaba pensando en algo más general que incluye a los cristianos cuyo cristianismo es pura profesión sin práctica -como se definen muchos: creyentes, pero no practicantes. Estaba pensando en los cristianos inútiles: todo hojas, pero nada de fruto. Y estaba pensando en los cristianos que se vuelven apóstatas, que oyeron el mensaje y lo aceptaron y lo abandonaron convirtiéndose en traidores al Maestro al Que se habían comprometido a servir.

Así es que hay tres maneras en que podemos ser sarmientos improductivos. Podemos negarnos a escuchar a Jesucristo. O podemos escucharle, y luego confesarle de labios para fuera, sin acciones. O podemos aceptarle como Maestro y luego, en vista de las dificultades que se nos presentan o el deseo de vivir nuestra vida, Le abandonamos. Es uno de los principios fundamentales del Nuevo Testamento que la *inutilidad invita al desastre*. El sarmiento improductivo acaba en el fuego.

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Juan 15:1-10 (conclusión)

Este pasaje nos dice mucho acerca de mantenernos en Cristo. ¿Qué quiere decir eso? Es verdad que hay un sentido místico en el que el cristiano está en Cristo y Cristo en él. Pero hay muchos -puede que la mayoría- que no tienen nunca esta experiencia mística. Si nos encontramos entre ellos, no

debemos acomplejarnos. Hay una manera mucho más simple de considerarlo y experimentarlo que está abierta a todos.

Usemos una analogía humana. Todas las analogías son imperfectas, pero tenemos que hacer uso de las ideas de que disponemos. Supongamos que una persona es débil. Ha caído en una tentación; ha hecho un lío de su vida. Está desliziéndose hacia un estado de degeneración mental, moral y física. Ahora supongamos que tiene un amigo o amiga de carácter fuerte y amable y amante, que la rescata de su degradación. Sólo hay una manera en la que puede mantener su reforma y mantenerse en el buen camino: *manteniéndose en constante contacto con quien le ha otorgado su amistad y ayuda. Si pierde el contacto, todas las probabilidades apuntan a que sus debilidades se le impondrán otra vez. Las viejas tentaciones le saldrán al paso otra vez, y caerá. Su salvación depende de que se mantenga en contacto constante con el carácter fuerte que es su apoyo.*

Muchas veces una persona derrotada por el vicio o por la vida ha ido a vivir con otra que le ha ofrecido ayuda. Mientras se mantuvo en aquel hogar y compañía, todo parecía ir bien; pero cuando saltó la barrera otra vez y se fue a lo suyo, cayó. Tenemos que mantenernos en contacto con el bien para derrotar al mal. Robertson de Brighton fue un gran predicador. Había allí un comerciante que tenía una tiendecita; en la trastienda conservaba una foto de Robertson, que era su héroe y su inspiración. Siempre que tenía la tentación de hacer algo que no estaba bien del todo, se metía corriendo en la trastienda y miraba la foto y se le iba la tentación. Cuando le preguntaron a Kingsley el secreto de su vida, refiriéndose a D. F. Maurice decía: «Tuve un amigo.» El contacto con la integridad le hizo íntegro.

Mantenemos en Cristo es algo así. El secreto de la vida de Jesús era Su constante contacto con Dios; con frecuencia se retiraba a algún lugar solitario a encontrarse con Él. Debemos mantenernos en contacto con Jesús. No podremos hacerlo a menos que nos lo proponamos. Por ejemplo: orar por las mañanas, aunque sea sólo un momento, es tomar un antiséptico

que nos dura todo el día: porque no podemos salir de la presencia de Cristo a tocar cosas malas. Para unos pocos de nosotros, permanecer en Cristo será una experiencia mística que no se podrá expresar con palabras. Para la mayor parte de nosotros, será un constante contacto con Él. Querrá decir organizar la vida, y la oración, y el silencio, de tal manera que no haya nunca un día que nos olvidemos de Él.

Por último, fijémonos en que aquí se establecen dos cosas acerca del buen discípulo. Primera, que enriquece su propia vida; su contacto con Jesús le hace fructífero. Segunda, que da gloria a Dios. El ver una vida así hace que la gente piense en Dios. Dios es glorificado cuando llevamos mucho fruto y nos mostramos discípulos de Jesús. La mayor gloria de los cristianos es dar gloria a Dios con nuestra vida y conducta.

LA VIDA DEL PUEBLO ESCOGIDO DE JESÚS

Juan 15:11-17

-Os he dicho estas cosas para que tengáis Mi alegría, y vuestra alegría llegue al colmo. Aquí tenéis Mis instrucciones: Que os améis los unos a los otros como os he amado Yo. Nadie puede llegar en su amor más allá de dar la vida por un amigo: vosotros sois Mis amigos, si hacéis lo que Yo os mando. No digo que sois Mis esclavos, porque un esclavo no sabe lo que su señor tiene entre manos; digo que sois Mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he recibido de Mi Padre. No habéis sido vosotros los que Me habéis escogido a Mí, sino que he sido Yo el Que os he escogido a vosotros, y os he comisionado para que salgáis a producir fruto, y del que permanece. Así lo he hecho para que el Padre os dé todo lo que Le pidáis en Mi nombre. Estas son Mis instrucciones: que os améis los unos a los otros.

La idea clave de este pasaje es lo que dice Jesús de que no han sido Sus discípulos los que Le han escogido a Él, sino Él a Sus discípulos. No hemos sido nosotros los que hemos escogido a Dios, sino Dios Quien, en Su gracia, Se ha acercado a nosotros con la llamada y la invitación de Su amor.

De este pasaje podemos sacar una lista de las cosas para las que Jesús nos ha escogido y llamado.

(i) Nos ha escogido para la alegría. Por muy difícil que sea el camino cristiano es, tanto por su recorrido como por su destino, un camino de alegría. Siempre hay alegría en hacer lo que es debido. El cristiano es una persona alegre, un sonriente caballero de Cristo. Un cristiano lúgubre es una contradicción en términos; y nada ha producido más daño al Cristianismo en toda su historia que su identificación con las togas negras y las caras largas. Es verdad que el cristiano es un pecador, pero un pecador redimido; y de ahí su alegría. ¿Cómo puede dejar de ser feliz una persona que camina por los senderos de la vida con Jesús?

(ii) Nos ha escogido para el amor. Jesús nos envía al mundo para que nos amemos los unos a los otros. A veces vivimos como si se nos hubiera echado al mundo para competir, o para discutir, o hasta para pelearnos los unos con los otros. Pero el cristiano ha de vivir de tal manera que muestre lo que quiere decir amar a sus semejantes. Aquí Jesús hace otra de Sus grandes proclamas. Si Le preguntáramos: «¿Qué derecho tienes Tú a exigirnos que nos amemos unos a otros?» Su respuesta sería: «Nadie puede llegar a mostrar más amor que dando la vida por sus amigos; y eso es lo que Yo he hecho.» Muchos les han dicho a los demás que se amaran, cuando toda la vida de los que lo decían era una demostración de que eso era lo último que hacían o

harían ellos. Jesús nos dejó un mandamiento que El mismo fue el primero en cumplir. Por eso nos dice: «Como Yo os he amado.»

(iii) Jesús nos ha llamado para que seamos Sus amigos. Dijo a los Suyos que ya no los iba a llamar más esclavos, sino amigos. Ahora bien: ese dicho sería aún más glorioso para los que Se lo oyeron por primera vez que para nosotros. Dulos, el esclavo, el siervo de Dios, no era un título vergonzoso, sino del mayor honor. Moisés fue dulos de Dios (Deuteronomio 34:5); y lo mismo Josué (Josué 24:29), y David (Salmo 89:20). Era un título que Pablo se sentía orgulloso de usar (Tito 1:1), lo mismo que Santiago (Santiago 1:1). Los más grandes del pasado tenían a gala el ser duloi (plural), esclavos de Dios. Y Jesús dice: «Yo tengo algo todavía mejor para vosotros: ya no vais a ser esclavos, sino amigos.» Cristo, desde que vino al mundo, nos ofrece una confianza con Dios que ni los mayores del pasado se atrevieron a soñar.

La idea de ser amigo de Dios tiene su trasfondo. Abraham fue el amigo de Dios (Isaías 41:8). En Sabiduría 7:27 se dice que la Sabiduría hace a los humanos amigos de Dios. Pero esta frase se ilumina con la costumbre que se seguía en las cortes del emperador romano y de los reyes orientales. En ellas había un grupo muy selecto de personas que se llamaban los amigos del rey, o los amigos del emperador. En cualquier momento tenían acceso al magnate; hasta se les permitía ir a su dormitorio al amanecer. Hablaba con ellos antes que con sus generales, gobernadores o consejeros políticos. Los amigos del rey eran los que tenían la más estrecha e íntima relación con él.

Jesús nos llama para que seamos Sus amigos y los amigos de Dios. Ese es un ofrecimiento tremendo. Quiere decir que ya no tenemos que mirar a Dios anhelantemente desde lejos. No somos como los esclavos, que no tienen el menor derecho a entrar a la presencia de su amo; ni como las multitudes, que sólo consiguen vislumbrar al rey cuando pasa en alguna ocasión especial. Jesús nos ha introducido en esta intimidad con Dios, que ya no es para nosotros un extraño inasequible, sino nuestro Amigo íntimo.

LA VIDA DEL PUEBLO ESCOGIDO DE JESÚS

Juan 15:11-17 (conclusión)

(iv) Jesús no nos escogió sólo para otorgarnos una serie de privilegios tremendos. Nos llamó para que fuéramos Sus socios. Un esclavo no puede ser nunca un socio; la ley griega le definía como *una herramienta viva*. Su amo no compartía con él sus pensamientos. El esclavo tenía que hacer lo que se le mandara, sin discusión ni demora. Pero Jesús dijo: «Vosotros no sois Mis esclavos, sino Mis socios. Os he dicho todo lo que hay, lo que estoy tratando de hacer y por qué. Os he dicho todo lo que Dios Me ha dicho.» Jesús nos ha hecho el honor de hacernos Sus socios en Su obra. Nos ha comunicado Su pensamiento, y nos ha abierto Su corazón. La gran opción que se nos presenta es aceptar, o rehusar colaborar con Jesús en la obra de llevarle el mundo a Dios.

(v) Jesús nos escogió como Sus *embajadores*. «Yo os he escogido dijo- para enviaros.» No nos ha escogido para que vivamos una vida retirada del mundo, sino para que Le representemos en el mundo. Cuando venía un caballero a la corte del rey Arturo de la leyenda, no venía a pasar el resto de su vida en fiestas y banquetes, sino que se llegaba al rey y le decía: «Envíame a alguna gran empresa que pueda hacer por la caballería y por ti.» Jesús nos escogió, primero, para que viniéramos a Él, y luego, para que saliéramos al mundo. Y ese debe ser el esquema y ritmo diario de nuestra vida.

(vi) Jesús nos escogió para que fuéramos Su *publicidad*. Nos escogió para que nos pusiéramos a dar fruto, y un fruto que resistiera la prueba del tiempo. La manera de extender el Cristianismo es siendo cristianos. La manera de traer a otros a la fe cristiana es mostrarles el fruto de la vida cristiana. Jesús nos envía, no a hacer cristianos a base de discutir, y menos a base de meter miedo, sino atrayéndolos con nuestro ejemplo; viviendo de tal manera que el fruto sea tan maravilloso que otros lo quieran para sí mismos.

(vii) Jesús nos escogió para que fuéramos *miembros privilegiados de la familia de Dios*. Nos escogió para que el Padre nos diera todo lo que Le pidiéramos en Su nombre. Aquí nos encontramos otra vez ante uno de esos grandes dichos acerca de la oración que debemos entender rectamente. Si lo pensamos superficialmente, suena como si el cristiano pudiera pedir lo que le diera la gana, y recibirlo. Ya hemos pensado en esto; pero no nos vendrá mal hacerlo otra vez. El Nuevo Testamento establece ciertas leyes sobre la oración.

(a) La oración tiene que hacerse *con fe* (Santiago 5:15). Está claro que Dios no se compromete a contestar cuando la oración no es más que un formulismo, una repetición rutinaria de cosas que no se sienten, un cumplimiento «cumplimiento y miento»-religioso. Cuando la oración es de pena no puede ser efectiva. No tiene sentido pedirle a Dios que nos cambie si no creemos que es posible cambiar. Para pedir con efectividad hay que tener una fe inalterable en el amor todopoderoso de Dios.

(b) La oración tiene que hacerse *en el nombre de Cristo*. No podemos pedir cosas que sabemos que Jesús no aprueba. No podemos pedir que se nos entregue alguna persona o cosa prohibida; no podemos pedir que se haga realidad alguna ambición personal cuando eso supone que alguien tenga que sufrir por ello. No podemos pedir la venganza de nuestros enemigos en el

nombre de Uno Que es amor. Siempre que tratemos de convertir la oración en algo que nos permita realizar nuestras ambiciones y satisfacer nuestros deseos tiene que ser ineficaz por fuerza, porque no es oración.

(c) La oración debe incluir siempre: «*Hágase Tu voluntad.* » Cuando oramos debemos empezar por darnos cuenta de que nunca sabemos más que Dios. La esencia de la oración no es pedirle a Dios: «Cambia Tu voluntad», sino «Haz Tu voluntad.» A menudo, la oración auténtica debe ser, no que Dios nos envíe las cosas que nosotros queremos, sino que nos capacite para aceptar lo que Él quiera enviarnos.

(d) La oración *nunca debe ser egoísta.* Casi de pasada, Jesús dijo una cosa muy esclarecedora. Dijo que, *si dos personas estuvieran de acuerdo* en pedir algo en Su nombre, se les concedería (*Mateo 18:19*). No debemos tomar esto con un literalismo mecánico, porque entonces querría decir que, si podemos hacer que muchas personas se pongan de acuerdo en lo que van a pedir, lo conseguirían. Lo que quiere decir es que *nadie* debe orar pensando exclusivamente en sus propias necesidades y preferencias. Para poner un ejemplo muy simple: el que va de vacaciones puede que pida que no llueva, cuando el granjero está pidiendo lluvia. Cuando oramos, debemos preguntarnos, no sólo si lo que pedimos es para nuestro bien, sino si lo es también para los demás. La tentación que nos puede asaltar cuando oramos es no tener en cuenta absolutamente a nadie más que a nosotros mismos.

Jesús nos ha escogido para que seamos miembros privilegiados de la familia de Dios. Podemos y debemos llevarle todo a Dios en oración; pero, cuando lo hayamos hecho, debemos aceptar la respuesta que Dios nos envíe en Su perfecta sabiduría y perfecto amor. Y cuanto más amemos a Dios, tanto más fácil nos resultará.

EL ODIOS DEL MUNDO

Juan 15:18-21

-Si el mundo os odia, daos cuenta de que a Mi Me odió antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero os odia porque no sois del mundo, sino que Yo os he escogido sacándoos del mundo. Tened presente lo que os he dicho: el siervo no es más que su señor; si Me persiguieron a Mi; también os perseguirán a vosotros; y si recibieron Mi palabra, también recibirán la vuestra. Pero todo esto os lo harán por causa de Mi nombre, porque no conocen al Que Me ha enviado.

Juan siempre ve y dice las cosas en blanco y negro, sin medias tintas. Para él hay dos grandes entidades: la Iglesia y el mundo. Y no hay contacto ni entendimiento entre las dos. Hay que definirse, porque no se puede pertenecer más que a una, y no hay término medio.

Además, tenemos que recordar que, cuando Juan estaba escribiendo, la Iglesia estaba amenazada de persecución constantemente. Se perseguía a los cristianos sencillamente por llamarse así en recuerdo de Cristo. El Cristianismo era ilegal. Un magistrado no tenía que preguntar nada más que si una persona era cristiana para condenarla a muerte. Juan estaba hablando de una situación que existía de la manera más clara y angustiosa.

De una cosa no cabe duda: ningún cristiano que sufriera persecución podía decir que no se le había advertido. En este tema Jesús había sido totalmente explícito. Les había dicho a los suyos de antemano lo que podían esperar. < Os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por Mi causa, para que les deis testimonio a ellos... Y el hermano delatará al hermano para que le maten, y el padre a su hijo, y los hijos se rebelarán contra sus padres para que los ajusticien; y todos os odiarán por causa de Mi nombre » (*Marcos 13:9-13; cp. Mateo 10:17-22; Lucas 12:2-9; 51-53*).

Cuando Juan escribía esto, ya hacía tiempo que se había desatado el odio. Tácito hablaba de los que eran «odiados por sus crímenes, a los que la chusma llama cristianos.» Suetonio había hablado de «una raza de personas que pertenecen a una nueva y nefasta superstición.» ¿Por qué ese odio tan virulento?

El gobierno romano odiaba a los cristianos porque los consideraba personas desafectas al régimen. La postura del gobierno era bien simple y comprensible: el imperio era vasto; se extendía desde el Éufrates hasta Gran Bretaña, de Alemania al Norte de África. Incluía toda clase de gentes y de países. Había que encontrar alguna fuerza unificadora que soldara toda esa masa heterogénea, y se encontró en el culto al emperador.

Ahora bien: el culto al César no se impuso desde arriba, sino que surgió entre la misma gente. En tiempo remoto había habido una diosa Roma -el espíritu de Roma. Es fácil comprender que la gente pensara que el emperador simbolizaba el espíritu de Roma; representaba a Roma, encarnaba a Roma, el espíritu de Roma habitaba en él. Sería un grave error creer que los pueblos sometidos aborrecían el gobierno romano; en su mayor parte le estaba profundamente agradecidos, porque Roma había traído la justicia, la liberación de reyes caprichosos, la paz y la prosperidad. Los montes quedaron limpios de bandoleros, y los mares de piratas. La *pax romana*, la paz romana se extendía por todo el mundo civilizado.

Fue en Asia Menor donde la gente empezó a pensar en el César, el emperador, como el dios que personificaba a Roma; y eso, por gratitud por las bendiciones que había traído Roma. Al principio, los emperadores lamentaron y desanimaron esa tendencia;

insistieron en que no eran más que hombres y no se los debía adorar como a dioses; pero vieron que no podían detener aquel movimiento. Al principio aquello se limitaba a los enfervorizados habitantes del Asia Menor, pero pronto se extendió por todo el imperio. Y entonces el gobierno vio que podía usar aquello como la fuerza unificadora que necesitaba. Así es que llegó el tiempo en que, una vez al año, todos los habitantes del imperio tenían que quemar una pizca de incienso a la divinidad del César. Al hacerlo se demostraba que se era un ciudadano leal de Roma. Después de hacerlo, se recibía un certificado que decía que se había cumplido con la normativa.

Era esta una práctica y una costumbre que hacía que todos se sintieran parte del imperio romano, y que garantizaba su lealtad. Ahora bien, Roma era la esencia de la tolerancia: después de quemar la pizca de incienso y decir «César es Señor,» uno podía ir a adorar al dios que le diera la gana, siempre que su culto no escandalizara la decencia -que tenía la manga bien ancha- ni alterara el orden público.

Pero eso era precisamente lo que los cristianos no harían

jamás: no llamaban «Señor» nada más que a Jesucristo. Se negaban a someterse y, por tanto, el gobierno romano los consideraba desleales y peligrosos.

El gobierno perseguía a los cristianos porque, para ellos, no había más Señor que Jesucristo. Les vino la persecución por poner a Cristo por encima de todos los poderes de este mundo. Siempre llega la persecución al que hace tal cosa.

EL ODIOS DEL MUNDO

Juan 15:18-21 (continuación)

No era sólo que el gobierno perseguía a los cristianos: la gente ignorante y supersticiosa también los odiaba. ¿Por qué? Porque se creían algunas calumnias que se habían divulgado acerca de los cristianos. No hay duda de que los judíos eran responsables, por lo menos hasta cierto punto, de esas calumnias. Y resultaba que tenían influencia en el gobierno. Daremos dos ejemplos. El actor favorito de Nerón, Alituro, y la impúdica emperatriz Popea, eran simpatizantes de la religión judía. Los judíos susurraban sus calumnias al gobierno, calumnias que sabían muy bien que no tenían base, entre ellas cuatro:

(i) Se decía que los cristianos eran revolucionarios. Ya hemos visto una de las causas de esa sospecha. Era inútil que los cristianos dijeran que eran los mejores ciudadanos del imperio: el hecho era que se negaban a quemar incienso al emperador y decir «César es Señor.»

(ii) Se decía que eran caníbales. Esto procedía de las palabras de la Santa Cena: «Esto es Mi cuerpo» y «Esta es Mi sangre.» Sobre la base de estas palabras, no era difícil diseminar entre la gente ignorante, dispuesta a creer lo peor, que los cristianos celebraban banquetes caníbalescos. No nos sorprende que esta calumnia despertara el odio en los que la creyeran.

(iii) Se decía que practicaban la inmoralidad más flagrante. Su comida común semanal se llamaba *Agapé*, la Fiesta del Amor. Cuando los cristianos se encontraban donde fuera, se saludaban con el beso de la paz. No sería difícil a los que encontraban fácil el atribuir malicia aun a lo más santo que la Fiesta del Amor era una orgía sexual, y que el beso de la paz era su santo y seña.

(iv) Se decía que eran incendiarios. Tal vez a la esperanza de la Segunda Venida de Cristo abscribían algo de la imaginería del Día del Señor en el Antiguo Testamento que predecía la destrucción del mundo por fuego. «Los elementos ardiendo serán deshechos, y la Tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Pedro 3:10). Cuando se produjo el incendio que devastó Roma, el propio Nerón, para desviar las sospechas de muchos de que él había sido el causante, les echó las culpas a los que predicaban que el fin del mundo vendría con fuego.

(v) Aún había otra acusación, con ciertos visos de similitud. Era que los cristianos dividían las familias, deshacían los hogares y separaban los matrimonios. En cierto sentido, eso pasaba. Cristo no vino a traer paz donde no se le recibiera, sino espada (Mateo 10:34). A veces una mujer se convertía y su marido no. A menudo los hijos se hacían cristianos, pero no sus padres. Entonces, a veces se dividían las familias.

Con estas y otras calumnias no nos sorprende que bastara saber que una persona era cristiana para que se la odiara.

EL ODIOS DEL MUNDO

Juan 15:18-21 (conclusión).

Tales fueron las causas del odio del mundo a los cristianos en los primeros tiempos; pero sigue siendo verdad que el mundo aborrece a los cristianos. Como ya hemos dicho, por la palabra *mundo* Juan se refiere a *la sociedad humana que se organiza sin contar con Dios*. No puede por menos de haber una escisión entre los que ven en Dios la realidad suprema de

la vida y los que Le consideran como totalmente irrelevante. En cualquier caso, el mundo tiene ciertas características que son siempre parte de la situación humana.

(i) El mundo sospecha de los que son diferentes de la mayoría. Eso se ve en las cosas más simples. Una de las cosas más corrientes del mundo en Inglaterra hoy en día es el paraguas; pero, cuando Jonas Hanway trataba de introducirlo e iba caminando calle abajo debajo de uno, le ponían perdido tirándole barro y toda clase de porquerías. En los primeros tiempos de la popular organización británica de la Boys' Brigade, los chicos que marchaban de uniforme por las calles recibían un tratamiento semejante. Los que son diferentes, ya sea por la ropa, por las ideas o por el color de la piel, automáticamente les caen mal a los demás, que los consideran extravagantes, locos, o un escándalo o un peligro público, y se les hace la vida imposible.

(ii) Al mundo le resultan especialmente repelentes los que, con su manera de vivir, le condenan por su manera de vivir. Es realmente peligroso ser buenas personas. El ejemplo clásico es la que le cayó a Aristides de Atenas. Le llamaban Aristides el Justo; y, sin embargo, le desterraron. Cuando le preguntaron a uno de los ciudadanos por qué había votado que le desterraran, contestó: « ¡Porque ya estoy harto de que no hagan más que llamarle el Justo!» También por eso mataron a Sócrates; le llamaban el tábano humano: siempre estaba haciendo que la gente pensara e hiciera examen de conciencia, y a la gente le fastidiaba aquello hasta tal punto que acabaron por matarle. Es peligroso tener un nivel de vida superior al del mundo. Ahora, hasta puede ser peligroso cumplir demasiado bien en el trabajo o tener buenos modales.

(iii) Para decir lo peor: el mundo siempre mira con suspicacia a los que no siguen la corriente. Le encantan las etiquetas que facilitan el tener a todos encasillados. El que no se somete a las modas, se busca problemas; le pasa lo que a la gallina que es diferente de las demás por el color o por lo que sea: que las otras la picotean a muerte.

La demanda esencial del Evangelio es el coraje de ser diferente. Eso será peligroso, pero no se puede ser cristiano si no se asume ese riesgo; porque tiene que haber diferencia entre el que es del mundo y el que es de Cristo.

CONOCIMIENTO Y RESPONSABILIDAD

Juan 15:22-25

-Si Yo no hubiera venido a hablarles, no serían culpables de pecado; pero, tal como son las cosas, no tienen excusa. La persona que Me odia, odia también a Mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos lo que no ha hecho nadie nunca, no serían culpables de pecado; pero, tal como son las cosas, Nos han visto y oído tanto a Mí como a Mi Padre. Pero todo ha sucedido para que se cumpliera lo que está escrito en la ley que ellos tienen: «Me han aborrecido sin motivo.»

Aquí vuelve Jesús al pensamiento que, según el Cuarto Evangelio, nunca está lejos de Su mente: la convicción de que el conocimiento y el privilegio conllevan responsabilidad. Hasta la venida de Jesús, la humanidad nunca había tenido posibilidad de conocer realmente a Dios; nunca había oído claramente Su voz, ni se le había presentado la clase de vida que Él quiere que vivamos. Apenas se podía culpar a nadie por ser como era. Hay cosas que se le permiten a un niño que no se le tolerarían a un adulto, y es porque el niño no tiene conocimiento. Hay cosas que se le pueden consentir a alguien que no ha recibido una buena educación, pero no a uno que haya tenido todos los beneficios de un hogar cristiano. No se espera la misma clase de conducta de un salvaje que de un civilizado. Cuantos más conocimientos se tienen y más privilegios se han disfrutado, es natural que se exija una mayor responsabilidad.

Jesús hacía dos cosas. Primero, exponía el pecado. Decía lo que ofende a Dios y cómo quiere Dios que nos conduzcamos. Presentaba el verdadero camino. Y segundo, proveía el remedio para el pecado; y esto en un doble sentido: abrió el camino para el perdón de los pecados pasados, y proveyó el poder que capacita para vencer al pecado y vivir una vida nueva. Estos fueron algunos de los privilegios y el conocimiento que Jesús trajo a la humanidad.

Supongamos que una persona está enferma; que consulta a un médico, y este diagnostica la enfermedad y prescribe la cura. Si esa persona no hace caso del diagnóstico y se niega a aplicarse la prescripción, no le puede echar la culpa a nadie más que a sí misma si se muere o queda en una situación que hace de la vida un sufrimiento continuo. Eso era lo que los judíos habían hecho. Como dice Juan, no hicieron más que lo que se había predicho en las Escrituras que harían. Dos veces había dicho el salmista: «Me han aborrecido sin motivo» (*Salmos 35:19, y 69:4*).

Todavía nos es posible hacer lo mismo. No hay muchas personas que sean declaradamente hostiles a Cristo, pero sí hay muchas que viven como si Cristo no hubiera venido, y simplemente pasan de Él. Pero nadie podrá experimentar la auténtica vida en este mundo o en el venidero si prescinde del Señor de la Vida.

TESTIMONIO DIVINO Y HUMANO

Juan 15:26-27

-Cuando venga el Ayudador, al Que Yo os mandaré desde el Padre (Me refiero al Espíritu de la Verdad, Que procede del Padre), Él será Mi testigo. Y vosotros también seréis Mis testigos, porque habéis estado conmigo desde el principio.

Aquí nos reproduce Juan dos ideas que están íntimamente relacionadas en su corazón y entrelazadas en su pensamiento.

La primera es el testimonio del Espíritu Santo. ¿Qué quiere decir con eso? Ya tendremos ocasión de volver a ello dentro de poco; pero, de momento, veámoslo de la siguiente manera. Cuando se nos cuenta la historia de Jesús y Se nos presenta Su figura, ¿qué es lo que nos hace comprender que esta y no otra es la verdadera imagen del Hijo de Dios? La reacción de la mente humana, la respuesta del corazón humano es la obra del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo dentro de nosotros Quien nos mueve a responder a la invitación de Jesucristo.

La segunda es el testimonio de Cristo que dan los creyentes. «Vosotros -les dijo Jesús a Sus discípulos- también seréis Mis testigos.» Hay tres elementos en el testimonio cristiano.

(i) El testimonio cristiano viene de una larga comunión e intimidad con Cristo. Los discípulos eran Sus testigos porque habían estado con Él desde el principio. Un testigo es una persona que dice: «Esto es verdad, y yo *lo sé.* » No puede haber testimonio sin experiencia personal. Sólo podemos testificar de Cristo si hemos estado con Él.

(ii) El testimonio cristiano viene de una convicción interior. El acento de la íntima convicción personal es uno de los más inconfundibles del mundo. Apenas ha empezado a hablar, y ya sabemos si esa persona cree de veras lo que dice o no. No puede haber testimonio eficaz de Cristo sin esta convicción interior que viene de la intimidad personal con Cristo.

(iii) El testimonio cristiano sale al exterior. Un testigo no es sólo una persona que sabe que algo es verdad, sino que también está dispuesta a decirlo. El testigo cristiano es la persona que no sólo conoce a Cristo, sino que quiere que otros también Le conozcan.

Es nuestro privilegio y tarea el ser testigos de Cristo en el mundo; y no podemos serlo sin conocimiento personal, íntima convicción y testimonio de nuestra fe hacia fuera.

ADVERTENCIA Y DESAFÍO

Juan 16:1-4

-Os he dicho todo esta por si os hacen tropezar en el camino. Os excomulgarán de la sinagoga; sí, y hasta llegará el momento cuando cualquiera que os mate creará que Le está haciendo un servicio a Dios. Y todo eso lo harán porque no han reconocido ni al Padre ni a Mí. Pero os he dicho esto para que, cuando llegue el momento, os acordéis de que ya os lo había dicho Yo.

Para cuando estaba escribiendo Juan era inevitable que algunos cristianos se hubieran apartado, porque la persecución ya se había desencadenado sobre la Iglesia. El *Apocalipsis* condena a los cobardes entre otros muchos culpables de diversos pecados (*Apocalipsis 21:8*). Cuando Plinio, el gobernador romano de Bitinia, estaba interrogando a algunos para ver si eran cristianos o no, escribió al emperador Trajano para decirle que algunos reconocían «que habían sido cristianos, pero que habían dejado de serlo hacía muchos años, algunos hacía veinte años.» Hasta en medio del heroísmo de la Iglesia Primitiva hubo algunos que no tuvieron bastante fe para resistir la persecución, ni aguante para mantenerse fieles.

Jesús lo previó todo, y lo advirtió de antemano. No quería que nadie pudiera decir que no sabía lo que le podía esperar si se hacía cristiano. Cuando a Tyndale le estaban persiguiendo y sus enemigos iban a por su vida porque él quería darle a su pueblo la Biblia en inglés, dijo tranquilamente: «Jamás esperé otra cosa.» Jesús ofrecía la gloria, pero también la cruz.

Jesús habló de dos maneras en que perseguirían a Sus seguidores.

Serían excomulgados de la sinagoga. Eso era algo terrible para un judío. La sinagoga ocupaba un lugar clave en la vida judía. Algunos de los rabinos llegaban hasta a decir que la oración no era eficaz a menos que se ofreciera en la sinagoga. Pero aún había más. Puede que algún gran erudito o teólogo se pudiera pasar sin compañía humana, viviendo solo en compañía de sus pensamientos y aventuras intelectuales; pero los discípulos de Jesús eran gente normal y corriente; necesitaban compañía. Necesitaban la sinagoga y su culto. Sería terrible para ellos que los expulsaran y les cerraran todas las puertas. Algunas veces tenemos que aprender, como dijo Juana de Arco, que «es mejor estar solo, con Dios.» Algunas veces, la soledad en la sociedad es el precio de la compañía con Dios.

Jesús también dijo que no faltarían quienes creyeran que Le estaban prestando un servicio a Dios matando a Sus seguidores. La palabra que se usa aquí es *latreía*, que se suele referir al ministerio del sacerdote en el templo. Una de las tragedias de la religión ha sido que muchos coreían que estaban sirviendo a Dios cuando perseguían a los que consideraban herejes. Probablemente ninguno estuvo más convencido de que estaba sirviendo a Dios que Saulo, cuando estaba haciendo todo lo posible para acabar con los seguidores de Jesús (*Hechos 26:9-11*). Los jueces y torturadores de la Inquisición protagonizaron un capítulo vergonzoso de la Historia de España, pero estaban seguros de que estaban sirviendo a Dios cuando torturaban a los

protestantes para que aceptaran lo que ellos consideraban la fe verdadera. Creían que estaban tratando de salvar del infierno a aquellos condenados. « ¡Oh Libertad -decía madame Roland-, qué de crímenes se cometen en tu nombre!» Y eso se puede decir también de la religión.

Eso sucede, como dijo Jesús, porque no reconocen a Dios. La tragedia de la Iglesia es que muchos se han afanado en propagar su idea de la religión; muchas veces se han creído que *ellos* tenían el monopolio de la verdad y de la gracia de Dios. Y lo desesperante es que sigue pasando; esa es la barrera que

impide la unión y la unidad entre las iglesias. Siempre existirá la persecución -aunque no necesariamente matando y torturando, pero sí excluyendo de la Casa de Dios- mientras haya quienes crean que sólo hay un camino a Dios, que es, desde luego, el de ellos.

Jesús sabía tratar con las personas. De hecho, estaba diciendo: «Os ofrezco la tarea más difícil y arriesgada del mundo. Os ofrezco algo que os lacerará el cuerpo y os rasgará el corazón. ¿Sois lo bastante valientes para aceptarlo?» Todo el mundo conoce la proclama de Garibaldi en el asedio de Roma de 1849, cuando pedía reclutas diciendo: «No os ofrezco soldada, ni cuartel, ni provisiones; os ofrezco hambre, sed, marchas agotadoras, batallas y muerte. ¡El que ame a su país de corazón y no de labios, que me siga!» Y le siguieron a millares. Cuando los españoles estaban conquistando Sudamérica, Pizarro presentó a sus hombres una alternativa: Podían tener la riqueza de Perú con sus peligros, o la relativa pobreza de Panamá con su seguridad. Hizo una raya con la espada en la arena y dijo: « Camaradas: a este lado el esfuerzo, el hambre, la falta de ropa, la tormenta, la deserción y la muerte; a este otro, la tranquilidad. Allí está Perú con sus riquezas; allí, Panamá con su pobreza. Que escoja cada hombre lo que le corresponde a un valiente castellano. En cuanto a mí, yo voy al Sur.» Se produjo un silencio y una vacilación; y luego, un viejo piloto y doce soldados («los trece de la fama») cruzaron al lado de Pizarro. Fue con ellos con los que empezó el descubrimiento y la conquista de Perú.

Jesús ofreció, y todavía ofrece, no un camino fácil, sino el camino de la gloria. Quiere personas que estén dispuestas y con los ojos abiertos a aventurarlo todo por y con El.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Juan 16:5-11

-Esto no os lo dije Yo al principio porque estaba con vosotros. Pero ahora vuelvo al Que Me envió, y ninguno Me preguntáis: ¿Adónde vas?; sino que la tristeza os ha embargado el corazón por lo que os he dicho. Pero lo que os estoy diciendo es la pura verdad: Os conviene que Yo Me vaya; porque, si no, no vendría a vosotros el Ayudador. Pero, cuando venga, dictará sentencia de pecado al mundo, y de justicia y de juicio: de pecado, porque no ha creído en Mí; la justicia, porque Yo voy al Padre y ya no Me veréis más, y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.

Los discípulos estaban desconcertados y apesadumbrados. Todo lo que habían comprendido era que iban a perder a Jesús. Pero Él les dijo que, a fin de cuentas, todo sería para su bien; porque, cuando El se fuera, vendría el Ayudador, es decir, el Espíritu Santo. Cuando Él estaba en el cuerpo, no podía estar con ellos en todas partes; siempre era cosa de despedidas y bienvenidas. Cuando estaba en el cuerpo no podía llegar a las mentes, los corazones y las conciencias de las personas en todas partes, sino que estaba confinado por las limitaciones del espacio y el tiempo. Pero el Espíritu no está sujeto a limitaciones. Dondequiera que vaya una persona, el Espíritu va con ella. La venida del Espíritu sería el cumplimiento de la promesa: < He aquí Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). El Espíritu traería a la humanidad una comunión ininterrumpida y para siempre; y le traería al predicador cristiano un poder y una eficacia que no dependería del lugar ni de la ocasión en que se encontrara.

Aquí tenemos un sumario casi completo de la obra del Espíritu. Juan usa la palabra *elenjein*, que se traduce en la versión Reina-Valera.60 por *convencer*, palabra que ya no tiene

el sentido polémico y jurídico del latín, que reflejaba mejor *redargüir*, que heredamos de las versiones clásicas españolas. Se usa para el interrogatorio de un acusado o de un testigo en un juicio, o para la contestación de un contrario en una discusión. Siempre conserva la idea del examen o interrogatorio al que se somete a una persona hasta que admite sus errores o se muestra convencido por un razonamiento de algo que no había comprendido antes. La usaban a veces, por ejemplo, los griegos, del examen de conciencia en la mente o el corazón de una persona. Está claro que un interrogatorio semejante puede conseguir dos cosas: (a) Puede *demonstrar la culpabilidad* de una persona, dejándola *convicta*, aunque no necesariamente *confesa*. (b) O puede *convencer* a una persona de la flojedad de su caso y la fuerza del opositor al que trataba de *vencer* con razones falsas o insuficientes. En este pasaje necesitamos *ambos* sentidos: dejar al otro *convicto y convencido*. Vamos a ver lo que Jesús dice que hará el Espíritu Santo.

(i) El Espíritu Santo *demonstrará que el mundo es culpable de pecado*. Cuando los judíos crucificaron a Jesús creían, no que estaban pecando, sino que estaban sirviendo a Dios. Pero, cuando se predicó después la crucifixión de Jesús, aquello les

atravesó el corazón (*Hechos 2:37*). Repentinamente tuvieron la convicción de que habían cometido el crimen más horrible de toda la Historia de la humanidad, y de que aquello había sido la consecuencia de su pecado.

¿Qué es lo que nos produce el sentimiento de pecado y nos hace reconocerlo? ¿Qué es lo que nos humilla hasta el polvo ante la Cruz? Una vez estaba contando un misionero la historia de Cristo en una aldea de la India valiéndose de una serie de diapositivas que proyectaba en una pared enjalbegada. Cuando puso la escena de la Cruz, un indio pasó al frente como si no pudiera contenerse, y gritó: «¡Baja de la Cruz, Jesús! ¡Soy yo el que tiene que estar colgado ahí, y no Tú!» ¿Por qué la historia de Uno que fue crucificado como un criminal en Palestina hace veinte siglos sigue rasgándole el corazón a la gente todavía ahora? *Es la acción del Espíritu Santo.*

(ii) El Espíritu Santo *convencerá a la humanidad de la justicia*. Queda claro lo que quiere decir cuando vemos que es *de la justicia de Cristo* de la que se convencerá el mundo. Jesús fue crucificado como un criminal. Le juzgaron; le encontraron culpable; los judíos Le consideraron un malvado hereje o blasfemo, y los romanos, un elemento peligroso para la seguridad del estado; Le condenaron a la peor muerte, que se reservaba para los peores criminales, marcándole como enemigo de la humanidad y de Dios. ¿Cómo se cambió aquel dictamen? ¿Qué hizo ver en la figura de aquel Crucificado al Hijo de Dios, como le pasó al centurión al pie de la Cruz (*Mateo 27.54*), y a Saulo en la carretera de Damasco (*Hechos 9:1-9*)? Es alucinante el que haya tantas personas que ponen su confianza para toda eternidad en un criminal judío Que murió crucificado. *Es la acción del Espíritu Santo*. Es Él el Que convence a las personas de la justicia absolutamente perfecta de Cristo, respaldada por el hecho de que resucitó y volvió a la gloria de Su Padre.

(iii) El Espíritu Santo *convence al mundo de juicio*. En la Cruz es el mal el que ha quedado condenado y derrotado. ¿Qué nos hace estar seguros de que nos espera un juicio? *Es la obra del Espíritu Santo*. Es El Quien nos da la inquebrantable convicción de que hemos de comparecer todos ante el tribunal de Dios.

(iv) Queda otra cosa que, de momento, Juan no pasa a mencionar. Cuando estamos convencidos de nuestro pecado, cuando estamos convencidos de la justicia de Cristo y cuando estamos convencidos del juicio venidero, ¿qué nos da la seguridad de que en la Cruz de Cristo tenemos el perdón de nuestros pecados y la salvación del juicio? *También esto es la obra del Espíritu Santo*. Es Él Quien nos convence y nos asegura de que en esta Figura crucificada podemos reconocer a nuestro Salvador y a nuestro Señor. El Espíritu Santo nos convence de la realidad de nuestro pecado y nos convence de la suficiencia de nuestro Salvador.

EL ESPÍRITU DE LA VERDAD

Juan 16:12-15

-Todavía Me queda mucho por decir, pero ahora no lo podéis soportar. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por Su propia autoridad ni de Sus propios conocimientos, sino que os dirá todo lo que oiga, y os hará saber lo que esté por venir. Él Me glorificará, porque tomará de lo que Me pertenece y os hablará de ello. Todo lo que tiene el Padre es Mío también; por eso fue por lo que os dije que el Espíritu tomará de las cosas que Me pertenecen, y os las comunicará.

Para Jesús, el Espíritu Santo es el Espíritu de la Verdad, Cuya gran misión es traer la verdad de Dios al mundo. Tenemos una palabra especial que quiere decir traer la verdad de Dios a la humanidad, y es la palabra *revelación*; y no hay ningún pasaje en el Nuevo Testamento que nos presente más claramente que este lo que podríamos llamar los principios de la revelación.

(i) *La revelación no puede por menos de ser un proceso progresivo*. Jesús sabía muchas cosas que no podía decirles a Sus discípulos en aquel momento, porque ellos no estaban preparados para recibirlos. No se le puede decir a una persona más de lo que puede comprender. No empezamos por el teorema de los binomios cuando queremos enseñarle algo de álgebra a un chico, sino vamos preparándole paso a paso. No empezamos por los teoremas avanzados cuando queremos enseñar geometría, sino vamos poco a poco. No empezamos por la sintaxis cuando enseñamos latín o griego, sino por cosas más sencillas y fáciles. Así sucede con la revelación de Dios: Él le enseña a las personas lo que estas pueden llegar a comprender y asimilar. Este hecho importantísimo tiene ciertas consecuencias.

(a) Son algunos pasajes difíciles del Antiguo Testamento los que a veces nos preocupan e inquietan. *En esa etapa*, eso era todo lo que podían comprender de la verdad de Dios. Para tomar un ejemplo: en el Antiguo Testamento hay pasajes en los que se habla de matar a hombres, mujeres y niños cuando se tomaba una población enemiga. En el fondo de esos pasajes se encuentra el noble pensamiento de que Israel no se debe arriesgar a contaminarse de cosas de una religión pagana o inferior. Para evitar ese riesgo, hay que destruir a los que no reconocen al Dios verdadero. Es decir, que los judíos *de ese tiempo* comprendían que había que salvaguardar la pureza de la religión; y, para ello, *destruían* a los paganos. Cuando vino Jesús, Sus seguidores comprendieron que la manera de conservar la pureza de la religión era *convertir* a los paganos. Los que vivían en los tiempos del Antiguo Testamento -y hay muchos en nuestro tiempo que no han pasado de esa etapahabían descubierto una gran

verdad, pero sólo por una cara. Así tiene que ser la revelación: Dios no puede revelar más de lo que podemos y queremos asimilar.

(b) Es la prueba de que la revelación de Dios no es algo cerrado. Uno de los errores que se cometen a menudo consiste en identificar la revelación de Dios *exclusivamente* con la Biblia. Eso equivaldría a decir que aproximadamente en el año 120 d.C., cuando se escribió el último libro del Nuevo Testamento, Dios dejó de hablar. Pero el Espíritu de Dios *siempre* está actuando; siempre está revelándose. Es verdad que Su revelación suprema e insuperable vino en Jesús; pero Jesús no es **simplemente el protagonista de un libro, sino una** Persona viva en Quien la revelación de Dios continúa. Dios sigue guiándonos a una comprensión mayor de lo que quiere decir Jesús. Él no es un Dios que habló hasta el año 120 d.C. y desde entonces guarda silencio, sino Que sigue revelando Su verdad a la humanidad.

(ii) La revelación de Dios incluye *toda* la verdad. Nos equivocamos si creemos que se limita a lo que podríamos

llamar la verdad teológica. Los predicadores y los teólogos no son los únicos que pueden estar inspirados. Cuando un poeta comunica un gran mensaje con palabras que desafían al tiempo decimos, y decimos bien, que está inspirado. Cuando H. F. Late compuso el himno inglés *Abide with me -Habita en mí-*, no es que se propuso escribirlo; lo hizo como si fuera al dictado. Händel cuenta cómo escribió el Coro *del Aleluya*: «Vi los cielos abiertos, y a Dios sentado en el gran trono blanco.» Cuando un hombre de ciencia descubre algo que va a ayudar a la humanidad en sus afanes, o cuando un cirujano descubre una nueva técnica para salvar vidas humanas, o cuando un médico descubre un nuevo tratamiento que traerá vida y esperanza a la humanidad doliente, esas cosas son también revelaciones de Dios. Toda verdad es de Dios, y la revelación de toda verdad es obra del Espíritu Santo.

(iii) Lo que se nos revela viene de Dios. Él es el dueño y el dador de toda verdad. La verdad no es un descubrimiento humano, sino un don de Dios. No es algo que nosotros creamos, sino algo que estaba ahí, como América, esperando que lo descubriéramos. Detrás de toda verdad está Dios.

(iv) La revelación consiste en tomar las cosas de Jesús y descubrirnos su significado. Parte de la grandeza de Jesús está en que es inagotable. No ha habido nadie que haya abarcado en toda su profundidad todo lo que Él vino a decirnos. Nadie ha desarrollado totalmente todo el significado de Su enseñanza de la vida y de la fe, para la persona y para el mundo, para la sociedad y para la nación. La revelación es un constante descubrimiento del sentido de Jesús.

Aquí tenemos el secreto del asunto. La revelación nos viene, no de un libro o una doctrina, sino de una Persona viva. Cuanto más cerca vivamos de Jesús, mejor Le conoceremos. Cuanto más lleguemos a parecernos a El, más podrá comunicarnos. Cuanto más nos rindamos a Su señorío, más disfrutaremos de Su revelación.

LA TRISTEZA QUE SE VUELVE ALEGRÍA

Juan 16:16-24

-Dentro de poco dejaréis de verme; pero un poco después Me volveréis a ver otra vez.

Algunos de Sus discípulos se preguntaban unos a otros:

-¿Qué querrá decir con eso de «dentro de poco dejaréis de verme, pero un poco después Me volveréis a ver?» ¿Y qué es lo que quiere decir con «Voy a Mi Padre?»? ¿Qué quiere decir cuando habla de < dentro de poco»? ¡No Le entendemos!

Jesús Se daba cuenta de que querían preguntarle varias cosas, así que les dijo:

-Estáis discutiendo entre vosotros lo que Yo quería decir con aquello de < Dentro de poco dejaréis de verme; pero un poco después Me volveréis a ver. » Lo que os digo es la pura verdad: Vosotros lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará. Vosotros lo sentiréis mucho, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. Cuando una mujer está para dar a luz se angustia, porque le ha llegado la hora; pero una vez que ha nacido el bebé ya no se acuerda del dolor, de la alegría de que haya nacido una criatura en el mundo. Así vosotros, de momento estáis tristes; pero os volveré a ver, y se os alegrará el corazón, y ya nadie os quitará la alegría. Ese día no tendréis nada que preguntarme. Lo que os digo es la pura verdad: El Padre os dará todo lo que Le pidáis en Mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en Mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría llegue a su plenitud.

Aquí Jesús está mirando más allá del presente a la nueva era que va a amanecer. Los judíos creían que la Historia se dividía en dos partes: la edad presente y la por venir. La edad

presente era rematadamente mala y estaba bajo condenación; y la por venir era la edad de oro de Dios. Entre las dos edades, antes de la venida del Mesías, que era el que introduciría la nueva edad, estaba el Día del Señor, que iba a ser un día terrible en el que el mundo sufriría grandes sacudidas antes que amaneciera la edad de oro. Los judíos solían llamar a ese tiempo de prueba «el alumbramiento de los días del Mesías.»

El Antiguo Testamento y la literatura intertestamentaria están llenos de descripciones del terrible tiempo intermedio. « He aquí viene el Día del Señor, terrible y de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores» (Isaías 13:9). «Tiembren todos los moradores de la Tierra, porque viene el Día del Señor que está cercano; día de tinieblas y de oscuridad» (Joel 2:1-2). « El honor se convertirá en vergüenza, y la fortaleza será humillada despectivamente, y la probidad será destruida, y la belleza se transformará en fealdad» (2 Baruc 27). « El Día del Señor vendrá como ladrón, y en él los cielos pasarán con un ruido terrible y los elementos se disolverán con fuego, y la Tierra y las obras que están sobre ella se quemarán» (2 Pedro 3:10). Tal era la descripción de los dolores de parto de la nueva era, que habían de coincidir con la venida del Mesías.

Jesús conocía esa literatura, y tenía en mente sus imágenes. Y ahora estaba diciendo a Sus discípulos: «Ahora os dejo solos, pero volveré otra vez. Llegará el día en que empiece Mi Reinado y venga Mi Reino, pero antes tendréis que pasar cosas terribles, con dolores como los de una mujer cuando está de parto. Pero, si los sufrís con fidelidad, las bendiciones serán maravillosas.» Y de ahí pasó a describir la vida del cristiano que soporte la prueba.

(i) La tristeza se convertirá en alegría. Habrá un tiempo que parecerá que ser cristiano no trae más que sufrimiento, y ser del mundo nada más que bienestar; pero llegará el día en que se volverán las tornas. La alegría descuidada del mundo se cambiará en tristeza, y la aparente tristeza del cristiano se tornará alegría. El cristiano debe recordar siempre, cuando tenga que pagar cara su fe, que ese no es el fin de todo, y que la tristeza se tornará alegría.

(ii) La alegría cristiana tendrá dos preciosas características. (a) Nunca nos será arrebatada. Estará libre de los azares y avatares de la vida. Es un hecho innegable que, en cada generación, los que más han sufrido testifican de haber tenido dulces experiencias con Cristo. La alegría que produce el mundo está a merced del mundo; la que da Cristo es independiente de todo lo que el mundo pueda hacer. (b) Será completa. En la alegría del mundo siempre hay algo que falta. Puede que sea porque, de alguna manera, contiene algo de remordimiento; que hay en su cielo una nube no más grande que la palma de la mano pero que la estropea; que el saber que no puede durar no se nos aparta de la mente. En la alegría cristiana, en el gozo de la presencia de Cristo, no hay ningún vestigio de imperfección. Es perfecto y completo.

(iii) En el gozo cristiano, el dolor que se sufrió antes desaparece sin dejar secuelas de amargura, sino una abundante bendición. La madre olvida el dolor del parto ante la maravilla de su bebé. El mártir se olvida de la agonía en la gloria del Cielo. Si la fidelidad a Cristo costó cara, el precio se considerará que no fue nada ante el gozo de estar ya para siempre con Cristo. «Porque doy por seguro que lo que se padece en este tiempo presente no se puede ni comparar con la gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros» (Romanos 8:18). El recuerdo del dolor, de la lucha y hasta de los fracasos parciales redundará en mayor gozo nuestro y gloria del Salvador, como dice el himno de James McGranahan, vertido al español por el gran himnólogo Thomas Martin Westrup.

*1. En la célica morada - de las cumbres del Edén,
donde cada voz ensalza - al Autor de todo bien,
¿el pesar recordaremos - y la triste nublazón,
tantas luchas del espíritu - con el débil corazón?*

*2. Oración, deberes, penas, - vías que anduvimos ya, poseyendo las riquezas - que Jesús nos guarda allá,
¿la memoria retendremos - a cubierto del dolor,
del camino largo, aspérrimo, - con sus luchas, su temor?*

3. La bondad con que nos mira - sin cansarse, cuando ve poco fruto en nuestra vida - y tan débil nuestra fe, ¿nos acordaremos de ella - en aquel dichoso hogar de eternal aurora espléndida - e inefable bienestar?

Y el coro responde a todas estas preguntas:

*Coro. ¡Sí: allí será gratisimo - en el proceder pensar
del Pastor fiel y benéfico - Que nos ayudó a llegar!*

(iv) Habrá plenitud de conocimiento. «Ese día -dijo Jesús- ya no tendréis necesidad de hacerme más preguntas.» En esta vida hay muchas preguntas que no tienen respuesta y muchos problemas que no tienen solución. En último análisis, tenemos que caminar por fe, no por vista, aceptando lo que no comprendemos. No son más que fragmentos de la verdad lo que podemos percibir, y atisbos de Dios los que podemos ver; pero en la edad por venir, con Cristo, habrá plenitud de conocimiento. «Ahora vemos por espejo, en oscuridad; mas entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, más entonces conoceré como Dios me conoce a mí» (1 Corintios 13:12).

(v) Tendremos una nueva relación con Dios. Cuando conozcamos a Dios de veras y a fondo, podremos acudir a Él y pedirle todo lo que necesitemos. Sabemos que la puerta está abierta; sabemos que Él es nuestro Padre, y que Su corazón es amor.

Somos como niños que nunca ponen en duda que a su padre le encanta verlos, y que pueden hablar con él como y cuando quieran. En esa relación, Jesús dice que podemos pedir lo que sea; pero vamos a considerarlo en términos humanos -que son los únicos de que disponemos. Un niño que ama a su padre y confía en él, sabe muy bien que hay veces que su padre le dirá que no; porque, en su amor y sabiduría, sabe más. Nosotros podemos llegar a tal intimidad con Dios que tengamos libertad para consultárselo todo; pero siempre debemos terminar con « ¡Hágase Tu voluntad!»

(vi) Es Jesús el Que hace posible esa nueva relación con Dios. Existe *en Su nombre*. Todo es gracias a Él: que nuestro gozo es indestructible y perfecto, que nuestro conocimiento es completo, que el camino al corazón de Dios está abierto. Todo lo que tenemos nos ha venido por medio de Jesucristo. Sólo en Su nombre podemos pedir, y recibimos, nos podemos acercar, y somos bienvenidos.

EL ACCESO DIRECTO

Juan 16:25-28

-Os he dicho estas cosas de una manera que es difícil de entender; pero está a punto de llegar el momento en que dejaré de hablaros de una manera que os sea difícil, y os hablaré claramente acerca del Padre. Ese día pediréis en Mi nombre; y no os digo que Yo Le pediré al Padre por vosotros, porque el Padre mismo os ama, porque vosotros Me habéis amado y habéis creído que vine del Padre. Vine del Padre, y entré en el mundo; ahora dejo el mundo, y vuelvo al Padre.

La versión Reina-Valera.09 ponía que Jesús había hablado hasta entonces *en proverbios*, y R-V.60 *en alegorías*. La palabra griega es *paroimía*, que es la que se usa para las *parábolas* de Jesús, pero que significa básicamente algo que es difícil de entender, un dicho cuyo sentido está velado para el que lo escucha casualmente, que requiere meditación para descubrir lo que quiere decir. Se puede usar, por ejemplo, de

las sentencias de los sabios cuya concisión las hace preñadas de contenido, o de los acertijos que desafían a la imaginación.

Jesús les quiere decir: «Hasta ahora os he estado haciendo sugerencias e indicaciones, dándoos la verdad cubierta con un velo; os he estado diciendo cosas que os hacían pensar o que os dejaban confusos; pero desde ahora os voy a decir la verdad con toda claridad.» Y pasa a decirles sencillamente que vino de Dios y que vuelve a Dios. Ese era Su secreto: no era sino el Hijo de Dios, y la Cruz no iba a ser la muerte de un criminal sino el camino de vuelta a Dios.

Y entonces Jesús dice una cosa que no debemos olvidar. Los suyos tienen acceso directo a Dios porque Dios los ama; Jesús no tiene necesidad de presentarle a Dios las súplicas de los Suyos; ellos lo pueden hacer por sí mismos. Aquí tenemos la prueba definitiva de algo que no se debe olvidar jamás. Muchas veces se piensa en términos de un Dios airado y de un Jesús benévolo, y que Jesús hizo algo que obligó a Dios a cambiar de actitud hacia la humanidad, haciendo que fuera un Dios de amor y no de juicio. Pero aquí Jesús nos dice: «Podéis acercaros a Dios, porque Él os ama.» Y eso lo dice *antes de la Cruz*. Jesús no murió para hacer que Dios nos amara, sino porque Dios nos ama; no para hacer que Dios *sea* un Dios de amor, sino para demostrar que Dios *es* amor. Jesús vino, no porque Dios *odiaba* al mundo, sino porque lo *amaba* de tal manera. Jesús ha traído a la humanidad el amor de Dios.

Jesús les dice a Sus discípulos que Su obra está concluida. Vino del Padre y ahora, por el camino de la Cruz, vuelve a Él. Y el acceso a Dios está abierto para todas las personas. Jesús no tiene que presentarle a Dios nuestras oraciones; cada cual puede presentárselas. Dios ama a los que aman a Cristo.

CRISTO Y SUS DONES

Juan 16:29-33

- ¡Ves -dijeron los discípulos-, ahora hablas claro y no dices cosas raras! Ahora nos damos cuenta de que lo sabes todo, y no necesitas que nadie Te pregunte nada. Por eso creemos que has venido de Dios.

-¿Así es que ahora sí creéis? -les contestó Jesús; ¡Fijaos! Está llegando el momento, y es ahora mismo, cuando os desperdigaréis cada uno por su lado y Me dejaréis solo; aunque no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Todo esto os lo he dicho para que estéis en paz conmigo. En el mundo vais a pasar angustias; pero, ¡ánimo! ¡Yo he conquistado al mundo!

Aquí se ilumina extrañamente cómo, por fin, los discípulos se rindieron a Jesús. De pronto dieron el gran salto de la fe porque se dieron cuenta de que Jesús no tenía necesidad de preguntarle a nadie nada. ¿Qué querían decir? Atrás, en los versículos 17 y 18, los encontrábamos hechos un lío con lo que les había dicho Jesús. Empezando en el versículo 19, Jesús se

pone a contestarles sus preguntas *sin que ellos las hubieran formulado*. En otras palabras: podía leerles los corazones como si fueran libros abiertos. Por eso fue por lo que creyeron en Él. Uno que iba viajando por Escocia en el pasado describió a dos predicadores a los que había oído. De uno dijo: « Me mostró la gloria de Dios.» Y del otro: « Me mostró todo mi corazón.» Jesús podía hacer *las dos cosas* como nadie. Fue Su conocimiento de Dios y de sus corazones lo que convenció a Sus discípulos de que era el Hijo de Dios.

Pero Jesús era realista. Les dijo que, a pesar de su fe, se acercaba la hora en que Le abandonarían. Aquí tenemos algo que es tal vez lo más extraordinario de Jesús. Sabía lo vacilantes que eran Sus hombres, y sus fracasos; sabía que Le fallarían en el momento en que más los necesitara; *pero, sin embargo, los amaba*; y, lo que es todavía más maravilloso: *¡todavía confiaba en ellos!* Conocía a las personas en su peor momento, pero seguía amándolas y confiando en ellas. Es perfectamente posible el perdonar a una persona y, al mismo tiempo, dejar bien sentado que nunca más nos fiaremos de ella. Pero Jesús dijo: «Sé que, en vuestra debilidad, me desertaréis; pero todavía estoy convencido de que seréis conquistadores.» Jamás se habían combinado así el perdón y la confianza. ¡Qué lección tenemos aquí! Jesús nos enseña a perdonar, y a confiar en la persona que nos ha fallado.

Aquí hay cuatro cosas bien claras acerca de Jesús.

(i) *Está la soledad de Jesús*. Los Suyos Le iban a dejar solo; y, sin embargo, Él no Se sentía solo, porque tenía a Dios. Nadie que esté de parte del bien está nunca solo: Dios siempre está con él. Ninguna persona que sea buena está totalmente abandonada, porque Dios no abandona.

(ii) *Está el perdón de Jesús*. De esto ya hemos hablado. Sabía que Sus amigos Le abandonarían, y sin embargo no se lo echó en cara, y después no les guardó rencor. Los amaba con todas sus debilidades; los veía y los amaba tal como eran. Si idolatramos a una persona y la consideramos impecable, estamos condenados a llevarnos una desilusión. Debemos amar a las personas tal como son en realidad.

(iii) *Está la simpatía de Jesús*. Aquí hay un versículo que parece que está fuera de lugar: «Todo esto os lo he dicho para que estéis en paz conmigo.» El sentido es que, si Jesús no les hubiera anunciado a Sus discípulos su debilidad, después, cuando se dieran cuenta de que Le habían fallado, podrían haberse desesperado irremisiblemente. Es como si Él les dijera: « Sé lo que va a pasar; no debéis creer que vuestra deslealtad Me sorprendió; no cambia en nada el amor que os tengo. Cuando penséis en ello después, no os desesperéis.» Aquí vemos juntos el perdón y la misericordia de Dios. Jesús estaba pensando, no en el daño que Le haría a Él el que los Suyos Le fallaran, sino en el daño que les haría a ellos. A veces sería todo lo contrario si pensáramos, no en el mucho mal que alguien nos ha hecho, sino en que ese mal le ha sumido en la desesperación y la angustia de corazón.

(iv) *Está el don de Jesús*: el valor y la conquista. Muy pronto iban a ver los discípulos que el mundo Le hacía a Jesús lo peor, y sin embargo no Le derrotaba. Y Él les dijo: «La victoria que Yo voy a ganar puede ser vuestra victoria también. El mundo Me hará todo el mal que pueda, y Yo surgiré vencedor. La vida os puede tratar de la peor manera, y vosotros podéis salir victoriosos. Vosotros también podéis poseer el coraje y la conquista de la Cruz.»

LA GLORIA DE LA CRUZ

Juan 17:1-5

Después de decir todo aquello, Jesús elevó la mirada al Cielo y dijo:

-Padre, ha llegado la hora. Glorifica a Tu Hijo para que Él Te glorifique a Ti. Glorifícale, de la misma manera que Le diste autoridad sobre toda la humanidad para que pueda dar la vida eterna a todos los que Le has dado. La vida eterna es conocerte a Ti, Que eres el único Dios verdadero, y a Jesucristo Tu enviado. Yo ya Te he glorificado en la Tierra acabando la obra que Tú Me encargaste; y ahora, Padre, glorifícame en Tu propia presencia con la gloria que tuve contigo antes que empezase el mundo.

Para Jesús, la vida tenía un clímax, que era la Cruz. Para Él, la Cruz era la gloria de la vida y el acceso a la gloria de la eternidad. « Ha llegado la hora -había dicho Jesús- de que el Hijo del Hombre sea glorificado» (*Juan 12:23*). ¿Qué quería decir Jesús cuando hablaba de la Cruz como Su gloria y Su glorificación? Se puede contestar de varias maneras.

(i) Es uno de los hechos de la Historia que una y otra vez fue en la muerte cuando las grandes figuras alcanzaron la gloria. Fue cuando murieron, y cómo murieron, lo que mostró realmente quiénes y cómo eran. Puede que fueran malentendidos, infravalorados y hasta condenados como criminales durante su vida; pero su muerte hizo ver cuál era su verdadero lugar en el esquema de las cosas.

Abraham Lincoln tuvo enemigos en la vida; pero hasta los que más le habían criticado vieron su grandeza cuando murió. Alguien salió de la habitación donde yacía Lincoln después que el disparo de un asesino acabara con su vida, diciendo: «Ahora pertenece a las edades» -queriendo decir « a la Historia» o « a la eternidad.» Stanton, su ministro de la guerra, que siempre había tenido a Lincoln como ingenuo y primitivo, y que no se había molestado en ocultarle su desprecio, inclinó la vista hacia el cuerpo muerto con lágrimas en los ojos, y dijo: «Ahí yace el mayor hombre de estado que ha conocido el mundo.»

Los ingleses mandaron a Juana de Arco a la hoguera por bruja y hereje. Entre los espectadores había un inglés que había jurado aportar su leño al fuego; pero entonces dijo: «¡Ojalá mi alma fuera adonde está ahora ya el alma de esa mujer!» Y uno de los secretarios del rey de Inglaterra abandonó la escena diciendo: «¡Estamos condenados, porque hemos quemado a una santa!»

Cuando ejecutaron a Montrose, le llevaron por la calle Alta de Edimburgo hasta la Cruz del Mercado. Sus enemigos habían azuzado a la multitud para que le insultara, y hasta habían repartido municiones para que se las arrojara; pero no se elevó ninguna voz para maldecirle ni mano para herirle. Llevaba puesta su mejor ropa, con cintas en los zapatos y elegantes guantes blancos en las manos. James Frazer, un testigo presencial, dijo: «Bajó la calle con tal señorío, y tanta nobleza, majestad y dignidad reflejaba su rostro, que alucinaba a los espectadores, y muchos de sus enemigos reconocieron que era el hombre más valiente del mundo, dotado de una gallardía que abarcaba a toda la multitud.» John Nicoll, el notario, testificó que Montrose parecía más uno que iba a su boda que un criminal a su ejecución. Un inglés que estaba entre el gentío, agente del gobierno, informó a sus superiores: «Está fuera de toda duda que ha conquistado a más hombres en Escocia con su muerte que habría conquistado si hubiera vivido. Porque yo no he visto un hombre con un porte más digno en toda mi vida.»

Una y otra vez, la majestad de un mártir se traslucía en su muerte. Eso sucedió con Jesús; porque, hasta el centurión que estaba al pie de la cruz quedó diciendo: « ¡No cabe duda de que Éste era el Hijo de Dios!» La Cruz fue la gloria de Jesús porque fue en ella donde mostró supremamente Su majestad, y desde donde atrae a Sí definitivamente el reconocimiento, el amor y la lealtad de la humanidad.

LA GLORIA DE LA CRUZ

Juan 17:1-5 (continuación)

(ii) Además, la Cruz fue la gloria de Jesús porque fue la culminación de Su obra. « He llevado a cabo el trabajo» -dijo Jesús al Padre- que Tú me encargaste.» Para Él, el haberse detenido antes de la Cruz habría supuesto dejar su labor sin terminar. ¿Por qué? Porque había venido a este mundo para enseñarle a la humanidad el amor de Dios, no sólo con palabras, sino con toda Su vida. El detenerse antes de la Cruz habría equivalido a decir que el amor de Dios llegaba hasta ahí, y no más. Llegando a la Cruz, Jesús mostró que no hay nada que el amor de Dios no esté dispuesto a asumir por la humanidad; que no tiene límites, literalmente.

H. L. Gee cuenta un incidente de la guerra en Bristol. Estaba estacionado como mensajero en uno de los puestos de defensa de ataques aéreos un chico que se llamaba Derek Bellfall. Le mandaron a otra estación en bicicleta con un mensaje. Una bomba le hirió mortalmente cuando volvía. Cuando le encontraron estaba todavía consciente, y las últimas palabras que susurró fueron: «Informa el mensajero Bellfall: mensaje entregado.»

Un famoso cuadro de la Primera Guerra Mundial representa a un técnico que había ido a arreglar una línea telefónica para que se pudieran mandar y recibir mensajes de vital importancia, cuando le alcanzó una bala. El cuadro le muestra en el momento de la muerte, manteniendo unidos en su mano crispada los dos extremos del cable, y tiene el sencillo título de: « ¡Comunicación restablecida!» Le había costado la vida, pero había cumplido su misión.

Eso es precisamente lo que hizo Jesús. Cumplió su cometido; hizo llegar a la humanidad el amor de Dios. Para Él aquello supuso la Cruz; y la Cruz fue Su gloria porque acabó la obra que el Padre Le había encargado: consiguió que los hombres y las mujeres ya no pongan en duda el amor de Dios.

(iii) Hay otra cuestión: ¿Cómo glorificó la Cruz a Dios? La única forma de glorificar a Dios es obedecerle. Un niño honra a sus padres cuando los obedece; un ciudadano contribuye a la gloria de su país cuando obedece sus leyes; un estudiante honra a su profesor cuando sigue y pone en práctica su enseñanza. Jesús dio honor y gloria a Dios con Su perfecta obediencia. La historia evangélica deja muy claro que Jesús pudo evitar la Cruz. Humanamente hablando, podría haber vuelto la espalda y no haber ido a Jerusalén. Cuando vemos a Jesús en Sus últimos días en la Tierra, no podemos por menos de decir: «¡Fijaos cómo amaba a Dios! ¡Fijaos a qué extremo Le llevó la obediencia!» Glorificó a Dios en la Cruz ofreciéndole la perfecta obediencia de un amor perfecto.

(iv) Pero hay todavía más: Jesús Le pidió a Dios que Le glorificara y que Se glorificara. *La Cruz no era el final.* Habría de seguirla la Resurrección, que sería la vindicación de Jesús. Fue la demostración de que, aunque la humanidad Le hiciera lo peor, Jesús no sería derrotado, sino saldría vencedor. Fue como si Dios señalara a la Cruz y dijera: «Eso fue lo que *la humanidad* le hizo a Mi Hijo;» y luego señalara a la Resurrección, y dijera: « Y eso fue lo que Yo hice por Mi Hijo.» La Cruz era lo peor que la humanidad podía hacerle a Jesús, pero ni aun así Le conquistó. La gloria de la Resurrección borra la vergüenza de la Cruz.

(v) Para Jesús, la Cruz era el camino de vuelta. «Glorifícame -oró- con la gloria que tuve antes que el mundo empezara.» Era como un caballero que hubiera salido de la corte de su rey para realizar alguna hazaña heroica y peligrosa, y que, una vez cumplida su misión, volvía en triunfo a gozar de la gloria de la victoria. Jesús vino de Dios y volvió a Dios. La empresa gloriosa entre Su venida y Su vuelta culminó en la Cruz. Para El, por tanto, la Cruz era la puerta de entrada a la gloria; y, si hubiera rehusado pasar por ella, ¿cómo habría vuelto a la gloria? ¿Habría habido una gloria a la que volver? Para Jesús la Cruz fue Su vuelta a Dios.

LA VIDA ETERNA

Juan 17:1-5 (conclusión)

Hay otra idea importante en este pasaje, porque contiene la gran definición que da el Nuevo Testamento de la vida eterna: es conocer a Dios, y a Jesucristo, a Quien Él ha enviado. Recordemos lo que quiere decir *eterno*. En griego es *aiónios*. Esta palabra tiene **que ver, no tanto con la duración** de la vida -porque una vida que fuera interminable no tendría que ser por ello deseable- como con *la calidad* de la vida. Sólo hay Uno al Que se puede aplicar adecuadamente la palabra *aiónios*, y es Dios. La vida eterna no es otra cosa, por tanto, que la vida de Dios. Poseerla, entrar en ella, es experimentar aquí y ahora algo del esplendor, y la majestad, y el gozo, y la paz, y la santidad que son características de la vida de Dios.

Conocer a Dios es una expresión característica del Antiguo Testamento. La sabiduría es «árbol de vida a los que de ella echan mano» (*Proverbios 3:18*). «Conocer Tu poder -dijo el escritor de *Sabiduría-* es la raíz de la inmortalidad (*Sabiduría 5: 3*). «Los justos son librados por la sabiduría» (*Proverbios 11: 9*). El sueño de la nueva edad de Habacuc era «que la Tierra estará llena del conocimiento de la gloria de Dios» (*Habacuc 2:14*). Oseas oye la voz de Dios que le dice: « Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento» (*Oseas 4:6*). Una exposición rabínica pregunta cuál es la porción más pequeña de la Escritura que contiene todas las partes. esenciales de la ley, y contesta: *Proverbios 3:6*, que quiere decir literalmente: «Reconócele en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas.» También había una exposición rabínica que decía que Amós había reducido todos los mandamientos de la ley a uno solo, cuando dijo: «Buscadme, y viviréis» (*Amós 5:4*), porque *buscar a Dios* quiere decir buscar *conocerle*. Los maestros judíos hacían mucho que insistían en que conocer a Dios es necesario para vivir la verdadera vida. Entonces, ¿qué quiere decir conocer a Dios?

(i) Sin duda hay un elemento de conocimiento intelectual. Quiere decir, por lo menos en parte, saber cómo es Dios; y eso es algo que cambia radicalmente la vida. Tomemos dos ejemplos. Los pueblos primitivos creen en una multitud de dioses. Todos los árboles, arroyos, cerros, montañas, ríos y piedras tienen sus dioses y espíritus, que son hostiles, y los pueblos primitivos se sienten asediados por ellos, y viven en constante temor de ofenderlos. Los misioneros nos dicen que es casi imposible entender la oleada maravillosa de alivio que llega a esos pueblos cuando descubren que *no hay más que un solo Dios*. Este nuevo conocimiento hace que todo sea distinto de como era antes. Además, es radicalmente otra cosa saber que Dios no es vengativo ni cruel, sino amor.

Estas cosas las sabemos; pero no las habríamos sabido si Jesús no hubiera venido a decírnoslas. Entramos en una nueva vida, participamos de algo de la vida de Dios mismo cuando, gracias a Jesús, descubrimos cómo es Dios. Es una parte esencial de la vida eterna saber cómo es Dios.

(ii) Pero hay algo más. En el Antiguo Testamento se usa corrientemente la palabra *conocer* con el sentido de la relación sexual. «Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín» (*Génesis 4: 1*). Ahora bien: el conocimiento entre marido y mujer es el más íntimo que puede haber. Marido y mujer ya no son dos, sino una sola carne. El acto sexual no es lo más importante, sino la intimidad e identidad de corazón, mente y alma que en el verdadero amor lo preceden. *Conocer a Dios* no es, por tanto, un mero conocimiento intelectual de Él, sino una íntima relación personal con Él que es como la relación más próxima y amada de la vida. De nuevo hemos de decir que, sin Jesús, tal intimidad con Dios habría sido impensable e imposible. Es Jesús el Que nos ha enseñado que Dios no es un Ser remoto e inasequible, sino el Padre Cuya naturaleza es amor.

Conocer a Dios es no sólo saber cómo es, sino también estar en términos de la más íntima relación de amistad con Él; y ninguna de las dos cosas es posible sin Jesucristo.

LA OBRA DE JESÚS

Juan 17:6-8

Les he revelado Tu nombre a los hombres que Me diste sacándolos del mundo. Eran Tuyo cuando Me los diste, y han recibido Tu Palabra. Ahora ya se dan cuenta de que todo lo que Me has dado procede de Ti, porque Yo les he dado las palabras que Tú Me diste a Mí, y ellos las han recibido, y ahora ya saben a ciencia cierta que Yo vine de Ti, y creen que fuiste Tú Quien Me enviaste.

Jesús nos da aquí una definición de Su obra. Le dice a Dios: « He revelado Tu nombre.»

Aquí hay dos grandes ideas que les resultarían claras a los que lo leyeron por primera vez.

(i) Hay una idea que es esencial y característica del Antiguo Testamento. Allí se usa la palabra *nombre* en un sentido especial; No quiere decir simplemente el nombre propio de una persona, sino todo su carácter en tanto en cuanto puede conocerse. El salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre» (*Salmo 9:10*). Está claro que no se refiere a los que saben que Dios *se llama* Jehová, o de cualquiera otra de las maneras que se encuentran en el Antiguo Testamento; sino los que saben *cómo* es Dios, Su carácter y naturaleza: esos son los que se alegran de poner en Él su confianza.

El salmista dice: «Estos presumen de carros, y aquellos de caballos; pero nosotros no estamos orgullosos más que del nombre del Señor Dios» (*Salmo 20:7*). Esto quiere decir que él puede confiar en Dios porque sabe cómo es. «Anunciaré Tu nombre a mis hermanos» (*Salmo 22:22*). Este era un salmo que los judíos creían que era una profecía del Mesías y de la obra que realizaría; y quiere decir que el Mesías declararía a la humanidad cómo es Dios. El profeta Isaías comprendió que Dios decía de la nueva era: « Mi pueblo sabrá Mi nombre por esto en aquel día: porque Yo mismo, el Que estoy hablando, estaré presente» (*Isaías 52:6*). Eso es tanto como decir que, en la era mesiánica, se sabrá a ciencia cierta cómo es Dios.

Así que, cuando Jesús dice: «He revelado Tu nombre,» quiere decir: «He dado a la humanidad la posibilidad de ver cuál es la verdadera naturaleza de Dios.» Es otra manera de decir: « El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). Es la suprema afirmación de Jesús que, en Él, la humanidad ve la mente, el carácter y el corazón de Dios.

(ii) Pero hay otra idea aquí. En tiempos algo más avanzados, cuando los judíos hablaban del *nombre de Dios* se referían al tetragrámaton, el nombre de cuatro letras que se transcribiría YHWH. Ese nombre era tan sagrado para los judíos que no se pronunciaba nunca, excepto una vez al año, el sumo sacerdote cuando entraba en el lugar santísimo el día de la expiación. Las cuatro letras corresponden al nombre de YAHWEH. Se suele escribir Jehová, aunque nunca se pronunciaba así, sino *Adónay*, que quiere decir el *Señor*. En la escritura hebrea no se representan las vocales; y sólo más tarde, hacia el siglo X de la era cristiana, se pusieron unos puntitos y rayitas por encima o por debajo de las consonantes para ayudar a la lectura. En el caso de las cuatro letras de YHWH no se representó su pronunciación, sino se le pusieron las vocales de Adónay (la primera a brevísima) para indicar que así era como se debía pronunciar. Es decir: que, en tiempos de Jesús, el nombre de Dios era tan sagrado que las personas normales y corrientes jamás se atreverían a pronunciarlo. Jesús está pues diciendo: «Os he dicho el nombre de Dios; ese nombre que es tan sagrado ahora lo podéis pronunciar gracias a lo que Yo he hecho: he traído al Dios remoto e invisible tan cerca de vosotros que hasta el más sencillo Le puede hablar y tomar Su nombre en sus labios.»

Es la gran proclama de Jesús que Él la revelado a la humanidad la verdadera naturaleza y el auténtico carácter de Dios; y que ha traído a Dios tan cerca de nosotros que hasta el cristiano más humilde puede tomar en sus labios el nombre antes inefable de Dios.

EL SENTIDO DEL DISCIPULADO

Juan 17:6-8 (conclusión)

Este pasaje ilumina también el sentido del discipulado.

(i) El discipulado cristiano se basa en el hecho de que Jesús ha venido de Dios. Un discípulo es una persona que se ha dado cuenta de que Jesús es el Embajador de Dios, y que en Sus palabras oímos la voz de Dios, y en Sus obras vemos a Dios en acción. El discípulo ve a Dios en Jesús, y sabe que no hay nadie que sea una misma cosa con Dios excepto Jesús.

(ii) El discipulado conduce a la obediencia. El discípulo es el que obedece la Palabra de Dios como la recibe en Jesús. Es el que se somete al magisterio de Jesús. Mientras queramos seguir haciendo lo que queramos, no podemos ser discípulos; el discipulado implica sumisión.

(iii) El discipulado es algo que está programado. Las personas que pertenecen a Jesús Le han sido dadas por Dios. En el plan de Dios estaban destinadas para el discipulado. Eso no quiere decir que Dios destinó a algunas personas para que fueran discípulos, y a otros para que rechazaran el discipulado. Piensa en ello de este modo: un padre tiene grandes sueños acerca de su hijo; se forja un plan de futuro para él; pero el hijo puede rehusar ese plan y seguir su propio camino. Un profesor prevé un gran futuro para un estudiante; ve que tiene posibilidad de hacer una gran obra; pero el estudiante puede rechazar el plan que se le presenta. Si amamos a una persona, siempre estamos soñando con su futuro y haciendo planes ambiciosos para ella; pero los planes y los sueños se pueden frustrar. Los fariseos creían en la fatalidad, pero también en el libre albedrío. Uno de sus grandes dichos era: «Todo está determinado excepto el temor del Señor.» Dios tiene Su plan, Su sueño, su destino para cada persona; y nuestra tremenda responsabilidad consiste en aceptarlo o rechazarlo. Como ha dicho alguien: «Fatalidad es lo que no tenemos más remedio que hacer; destino, lo que se supone que debemos hacer.»

Hay en todo este pasaje, y más aún en todo este capítulo, una confianza ilusionada acerca del futuro en la voz de Jesús. Estaba con Sus hombres, los que Dios Le había dado; daba gracias a Dios por ellos; y nunca dudaba de que llevarían a cabo la misión que El les había confiado. Recordemos qué y quiénes eran. Un gran comentarista dijo: « ¡Once paletos galileos después de tres años de labor! Pero es suficiente para Jesús, porque en esos once ve la garantía de la continuidad de la obra de Dios en la Tierra.» Cuando Jesús salió de este mundo, no parecía que podía tener mucha base para la esperanza. Él mismo parecía haber conseguido bien poco y ganado a muy pocos, y eran los grandes y los ortodoxos y los religiosos de Su tiempo los que se habían vuelto contra El. Pero Jesús tenía la confianza que tiene su manantial en Dios. No tenía miedo de los principios humildes. No era pesimista acerca del futuro. Parecía decir: «No he ganado más que a once hombres normales y corrientes; pero dadme esos once, y le daré la vuelta al mundo.»

Jesús tenía dos cosas: fe en Dios y fe en Sus hombres. Es una de las cosas que más entusiasman en el mundo el pensar que Jesús puso Su confianza en personas como nosotros. Nosotros tampoco nos tenemos que desanimar por las debilidades humanas

ni por los principios humildes. Nosotros también debemos lanzarnos adelante con una fe confiada en Dios y en las personas. Así no seremos nunca pesimistas; porque, con esta doble fe, nuestras posibilidades en la vida son ilimitadas.

ORACIÓN DE JESÚS POR SUS DISCÍPULOS

Juan 17:9-19

-Es por ellos por los que Te pido. No estoy intercediendo por el mundo, sino por los que Me has dado, porque son Tuyo. Todo lo que tengo Yo es Tuyo, y todo lo que Tú tienes es Mío. Y por medio de ellos se Me ha dado gloria. Yo ya no estoy en el mundo; pero estos sí están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre Santo, manténlos en Tu nombre a los que Me has dado, para que sean una cosa como Nosotros somos una cosa. Cuando Yo estaba con ellos, Yo los mantenía en Tu nombre a los que Me diste. Yo los guardé de tal manera que no se Me perdió ninguno de ellos, excepto el que estaba destinado a perderse, lo que sucedió para que se cumplieran las Escrituras. Pero ahora vuelvo contigo. Digo esto mientras estoy todavía en el mundo para que tengan Mi gozo en sí en plenitud. Yo les di Tu palabra, y el mundo los aborreció porque no son del mundo. No Te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del malo. No son del mundo, como tampoco lo soy Yo. Conságralos mediante Tu verdad; Tu Palabra es la verdad. Como Tú Me enviaste al mundo, así los envió Yo ahora. Por amor de ellos Yo Me consagro, para que ellos también estén consagrados por la verdad.

Aquí tenemos un pasaje henchido de verdades tan grandes que sólo las podemos captar fragmentariamente.

En primer lugar, nos dice algo de los discípulos de Jesús.

(i) El discípulo es un regalo de Dios a Jesús. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que el Espíritu de Dios nos mueve el corazón para que respondamos a la llamada de Jesús.

(ii) Por medio del discípulo le viene gloria a Jesús. El paciente al que ha curado le da gloria al médico; el estudiante al que ha preparado le da gloria al profesor; el atleta al que ha entrenado le da gloria al entrenador. Las personas que Jesús ha redimido Le dan honor a Él. La persona que era mala y se ha vuelto buena es la honra de Jesús.

(iii) El discípulo es una persona a la que se le ha confiado una tarea. Como Dios envió a Jesús, así Jesús envía a Sus discípulos. Aquí está la explicación de algo que nos extraña en este pasaje. Jesús empieza diciendo que no pide por el mundo; y sin embargo, vino porque de tal manera amó Dios al mundo. Pero, como ya hemos visto, en el evangelio de Juan *el mundo* significa también < la sociedad humana que se organiza sin tener en cuenta a Dios. » Lo que Jesús hace por el mundo es enviarle a Sus discípulos para que conozca a Dios y vuelva a Él. Jesús ora por Sus discípulos para que sean tales que puedan ganar al mundo para Él. Además, este pasaje nos dice que Jesús les ofreció a los suyos dos cosas.

(i) Les ofreció *Su alegría*. Todo lo que les estaba diciendo estaba diseñado para comunicarles Su suprema alegría.

(ii) Y también les hizo *una advertencia*. Les dijo que eran distintos del mundo, y que no podían esperar de él nada más que su odio. Su nivel, sus principios y su escala de valores eran diferentes de los del mundo. Pero es una gozada batallar contra la tormenta y resistir a la marea; y es cuando arrostramos la hostilidad del mundo cuando entramos en el gozo que Jesús nos ha prometido.

Y todavía más: en este pasaje Jesús hace la más gloriosa declaración de propiedad de todas las Suyas. Orando a Dios, Le dice: «Todo lo que tengo Yo es Tuyo, y todo lo que Tú tienes es Mío.» La primera parte es natural y fácil de comprender, porque todo pertenece a Dios, y Jesús lo repitió una y otra vez; pero la segunda parte es alucinante: «¡Todo lo que Tú tienes es Mío!» De esto dijo Lutero: «Esto es algo que ninguna criatura puede decirle a Dios.» Nunca presentó Jesús más claramente Su identidad con Dios. Es una misma cosa con Él de tal manera que dispone de Su mismo poder y prerrogativas.

ORACIÓN DE JESÚS POR SUS DISCÍPULOS

Juan 17:9-19 (continuación).

Este pasaje tiene para nosotros un interés tan extraordinario porque nos dice lo que Jesús pedía para Sus discípulos.

(i) La primera cosa-esencial en que debemos fijarnos es que Jesús no Le pidió a Dios que sacara a Sus discípulos de este mundo. El no pidió para ellos una posibilidad de evasión, sino que alcanzaran la victoria. La clase de «cristianismo» que se refugia en conventos o monasterios no Le habría parecido Cristianismo a Jesús. La clase de «cristianismo» que no se identifica nada más que con la oración y la meditación y la vida retirada del mundo Le habría parecido una versión trágicamente truncada de la fe que vino a traernos. Él insistía en que era en medio de las vueltas y revueltas de la vida donde se tenía que vivir el Cristianismo.

Por supuesto que se necesita orar y meditar y retirarse a puerta cerrada para estar a solas con Dios; pero estas cosas no son el fin de la vida, sino medios para alcanzar el fin, que no es otro que demostrar la vida cristiana en los trabajos y las pruebas de la vida del mundo. El Cristianismo no se propone retirar a nadie de la vida, sino equiparle para vivirla mejor. No nos ofrece

librarnos de problemas, sino capacitarnos para resolverlos. No nos ofrece una paz fácil, sino una milicia victoriosa. No nos ofrece una vida en la que se evitan y evaden

los conflictos, sino en la que se arrostran y conquistan. Con todo y ser indudable que el cristiano no es del mundo, es verdad que es en el mundo donde tiene que vivir su cristianismo. No debe desear abandonar el mundo, sino conquistarlo.

(ii) Jesús pidió por la unidad de Sus discípulos. Donde hay divisiones, exclusividad, competencia entre las iglesias, la causa del Cristianismo está en peligro, y la oración de Jesús, frustrada. No se puede predicar el Evangelio en serio en una congregación que no es una compañía bien unida y trabada de hermanos. Iglesias en competencia no pueden evangelizar al mundo en serio. Jesús pidió que Sus discípulos fueran tan realmente una sola cosa como Él y el Padre; y no ha habido otra oración Suya que los cristianos individuales y las iglesias hayamos puesto tantas trabas para que se cumpliera.

(iii) Jesús Le pidió a Dios que protegiera a Sus discípulos de los ataques del maligno. La Biblia no es un libro teórico. No discute el origen del mal, pero tampoco deja lugar a dudas en cuanto al poder del mal que actúa en este mundo en contra del poder de Dios. Nos da ánimo y confianza saber que Dios está vigilando nuestras vidas como un centinela para mantenerlas a salvo del mal. El hecho de que caigamos en la tentación tantas veces es debido a que tratamos de enfrentarnos con ella dependiendo de nuestras propias fuerzas en lugar de buscar la ayuda y de recordar la presencia de nuestro Protector.

(iv) Jesús pidió que Sus discípulos estuvieran consagrados a la verdad. La palabra para *consagrar* es *haguiazein*, que viene del adjetivo *haguios*, que en la versión Reina-Valera se traduce por *santo*, pero cuyo sentido más radical es *diferente o separado*. Según esto, *haguiazein* tiene dos ideas principales.

(a) Quiere decir *separado para una tarea especial*. Cuando Dios llamó a Jeremías, le dijo: «Antes de formarte en el vientre te conocí, y antes de que nacieras te consagré, nombrándote profeta de las naciones» (*Jeremías 1:5*). Desde antes de su nacimiento, ya Dios había separado a Jeremías para un ministerio especial. Cuando Dios estaba instituyendo el sacerdocio en Israel, le dijo a Moisés que *ordenara* a los hijos de Aarón y los *consagrara* para que ministraran como sacerdotes (*Éxodo 28:41*). Los hijos de Aarón fueron apartados para un ministerio y deber especiales.

(b) Pero *haguiazein* quiere decir, no sólo apartar para algún ministerio o tarea especial, sino también *equipar a una persona con las cualidades de mente, corazón y carácter que le serán necesarias para la tarea*. Si una persona ha de servir a Dios, debe tener algo de la bondad y de la sabiduría de Dios en sí misma. El que ha de servir al Dios santo tiene que ser también santo. Y así Dios, no sólo escoge a una persona para una tarea especial y la aparta con ese fin, sino que la equipa con las cualidades que necesitará para llevarla a buen término.

Debemos recordar siempre que Dios nos ha escogido y consagrado para un servicio especial, que es amarle y obedecerle, y traerle a otros para que hagan lo mismo. Y Dios no nos deja a merced de nuestros propios recursos, sino nos guarnece en Su gracia para la tarea si ponemos nuestra vida en Sus manos.

UN ATISBO DEL FUTURO

Juan 17:20-21

-No es sólo por estos por los que Te pido, sino también por los que van a creer en su testimonio de Mí. Y Mi oración es para que todos ellos sean una cosa como Tú, oh Padre, eres en Mí, y Yo en Ti; para que ellos estén en Nosotros para que el mundo crea que Tú Me enviaste.

En esta sección, la oración de Jesús ha ido extendiéndose gradualmente hasta abarcar todos los límites de la Tierra. Empezó pidiendo por Sí mismo al encontrarse frente a la Cruz. Pasó luego a pedir por Sus discípulos, y por el poder protector de Dios para ellos. Ahora Su oración remonta el vuelo para

contemplar el futuro y los países distantes, y ora por todos los que en tierras y edades todavía lejanas llegarán a conocer y aceptar el Evangelio.

Aquí se nos despliegan dos grandes características de Jesús. La primera: contemplamos Su fe integral y Su radiante certeza. En aquel momento Sus seguidores eran pocos; pero, aun con la Cruz cerrándole aparentemente el paso, Su confianza permanecía inalterable, y estaba pidiendo por los que llegarían a creer en Su nombre. Este pasaje debería sernos especialmente precioso, porque en él vemos a Jesús orando por nosotros. La segunda: vemos la confianza que tenía en Sus hombres. Sabía que no habían llegado a entenderle del todo; sabía que al cabo de muy poco tiempo iban a abandonarle cuando más los necesitara. Sin embargo Jesús veía en esos mismos hombres, con una confianza total, a los que iban a extender Su nombre por todo el mundo. Jesús no perdió nunca ni la fe en Dios ni la confianza en Sus hombres.

¿Cuál fue Su oración por lo que llegaría a ser la Iglesia? Que todos sus miembros fueran una sola cosa, como lo eran El y el Padre. ¿Qué era esa unidad por la que Jesús pedía? No era una unidad de administración u organización; no era, en ningún sentido, una unidad eclesiástica. *Era una unidad de relación personal*. Ya hemos visto que la unión entre Jesús y Dios era la del

amor y la obediencia. Era la unidad del amor la que Jesús pedía al Padre, una unidad en la que las personas se amaran porque Le amaban a Él, una unidad basada totalmente en una relación de corazón a corazón.

Los cristianos no van a organizar sus iglesias nunca de la misma manera en todas partes. Nunca darán culto a Dios exactamente de la misma forma. Ni siquiera llegarán a creer exactamente las mismas cosas y de la misma manera. Pero la unidad cristiana trasciende todas esas diferencias y une a las personas en amor. La causa de la unidad cristiana en el momento presente, como, por supuesto, a lo largo de toda la historia sufre y pelagra porque los seres humanos aman sus propias organizaciones eclesíásticas, sus credos y sus rituales, más que a sus hermanos. Si nos amáramos realmente los unos a los otros y a Cristo no habría iglesias que excluyeran a nadie que fuera discípulo de Cristo. El amor que Dios planta en el corazón de las personas es lo único que puede demoler las barreras que se han erigido entre unos y otros y entre sus respectivas iglesias.

Además, según lo vio y lo pidió Jesús, había de ser precisamente esa unidad la que convenciera al mundo de la verdad del Evangelio y del lugar de Cristo. Es más fácil y natural para los humanos el estar divididos que el estar unidos. Es más humano para las personas el disgregarse que el congregarse. La unidad verdadera entre todos los cristianos sería «un hecho tan sobrenatural que revelaría una intervención sobrenatural.» Y lo trágico es que ese frente unido es lo que la Iglesia no le ha presentado nunca al mundo. Ante la desunión de los cristianos, el mundo no puede ver el valor supremo de la fe cristiana. Es nuestra obligación personal el demostrar esa unidad del amor con los semejantes que es la respuesta a la oración de Cristo. Los de a pie en las iglesias podemos y debemos hacer lo que los líderes y responsables se niegan oficialmente a hacer.

EL DON Y LA PROMESA DE GLORIA

Juan 17:22-26

- Yo les he dado la gloria que Tú Me diste para que sean una sola cosa como Nosotros somos una sola cosa. Yo, en ellos, y Tú, en Mí: para que su unidad con Nosotros y entre ellos llegue a ser consumada y completa. Esto lo pido para que el mundo se dé cuenta de que Tú Me enviaste, y de que Tú los has amado a ellos como Me has amado a Mí. Padre: es mi deseo que los que Tú Me has dado estén conmigo adonde Yo voy, para que vean Mi gloria, la que Tú Me has dado; porque Tú Me has amado desde antes de echar los cimientos del

universo. Padre Justo: el mundo no Te ha conocido; pero Yo sí, y estos han llegado a comprender que Tú Me enviaste. Yo les he dicho cómo eres, y seguiré diciéndoselo, para que el amor con que Me has amado esté en ellos, y Yo esté en ellos.

Bengel exclamaba al empezar a comentar este pasaje: «¡ Oh, cuán grande es la gloria de los cristianos!»

(i) En primer lugar, Jesús dijo que les había dado a Sus discípulos la gloria que el Padre Le había dado a Él. Debemos comprender bien lo que quería decir. ¿Cuál era la gloria de Jesús? Él mismo hablaba de ella de tres formas.

(a) La Cruz era Su gloria. Jesús no hablaba nunca de ser crucificado, sino de ser glorificado. Por tanto, en primero y principal lugar, la gloria del cristiano es la cruz que le corresponde llevar. Es un honor sufrir por Jesucristo. No debemos considerar nuestra cruz como nuestro castigo, sino como nuestra gloria. Cuanto más dura era la tarea que se le asignaba a un caballero andante, mayor consideraba su gloria. Cuanto más dura sea la tarea que se le imponga a un estudiante, o a un artesano, o a un cirujano, tanto mayor honor le corresponde.

En efecto, lo que se quiere decir es que, cuando el ser cristiano supone difíciles renunciaciones o privaciones, y aun esfuerzos y sacrificios, debemos considerarlo como una gloria que Dios nos otorga.

(b) *La perfecta obediencia de Jesús a la voluntad de Dios era Su gloria. Nosotros encontramos la nuestra, no en hacer lo que nos gusta a nosotros, sino lo que Dios quiere de nosotros. Cuando tratamos de hacer lo que nos gusta - como muchos de nosotros hemos hecho - no cosechamos más que dolor y desastre, para nosotros y para otros. La verdadera gloria de la vida la encontramos en hacer la voluntad de Dios. Cuanto mayor la obediencia, mayor la gloria.*

(c) La gloria de Jesús consiste en el hecho de que, al considerar Su vida, se reconoce Su relación única y exclusiva con Dios. Es indudable que nadie podría vivir como Él si no estuviera en una relación extraordinariamente íntima con Dios. Como con Cristo, nuestra gloria consiste en que se vea en nuestra vida el reflejo de Dios.

(ii) En segundo lugar, Jesús dijo que era Su deseo que Sus discípulos vieran Su gloria en los lugares celestiales. El cristiano va a compartir *todas* las experiencias de Cristo. Si comparte Su Cruz, también compartirá Su gloria. < Palabra fiel es esta: Si morimos con Él, también viviremos con Él; si resistimos, también reinaremos con Él» (2 Timoteo 2:11-12). Aquí y ahora vemos borrosamente, como en un espejo, la gloria del Señor; pero un día Le veremos cara a cara (1 Corintios 13:12; 2 Corintios 3: 18). El gozo que experimentamos aquí y ahora es sólo un adelanto del que disfrutaremos entonces allá. La promesa de Cristo es que

si compartimos Su gloria y Sus sufrimientos en la Tierra, compartiremos Su gloria y Su triunfo cuando haya terminado nuestra vida presente ¿Qué mayor promesa podría habérsenos hecho?

Después de esta oración de Jesús pasamos inmediatamente a la traición, el juicio y la Cruz. Ya no hablaría más con Sus discípulos antes de padecer. Es maravilloso y precioso recordar que, inmediatamente antes de aquellas terribles horas, Sus últimas palabras no fueron de desesperación, sino de gloria.

EL ARRESTO EN EL HUERTO

Juan 18:1-11

Después de decir aquello, Jesús se fue con Sus discípulos en dirección al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entraron. Judas, el traidor, conocía el lugar, porque Jesús solía reunirse allí con Sus discípulos; así es que Judas llevó una compañía de soldados con algunos agentes de los principales sacerdotes y de los fariseos, y llegaron allí con teas y antorchas y armas. Jesús ya contaba con todo aquello, así es que les salió al encuentro y les preguntó:

- ¿A quién estáis buscando?

- ¡A Jesús de Nazaret! -Le contestaron.

- ¡Soy Yo! -les contestó Jesús. Judas, el traidor, estaba entre ellos. Cuando Jesús dijo < Soy Yo», retrocedieron y se cayeron por tierra; y entonces Jesús les repitió la pregunta-: ¿A quién estáis buscando?

A Jesús de Nazaret -respondieron.

- Ya os he dicho que soy Yo. Si es a Mí a Quien buscáis, dejad que se vayan estos, para que se cumpla la palabra de la Escritura: «No he perdido a ninguno de los que Me diste. »

A eso Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó e hirió con ella al criado del sumo sacerdote y le cortó una oreja. Aquel criado se llamaba Malco. Jesús entonces le dijo a Pedro:

- ¡Enfunda otra vez la espada! ¿Es que no voy a beber el cáliz que Me ha asignado el Padre?

Cuando terminaron la última cena, y Jesús acabó de hablar con Sus discípulos y de orar a Su Padre, salieron del aposento alto. Se dirigieron al Huerto de Getsemaní. Saldrían por una cancela, bajarían el empinado valle y cruzarían el canal del arroyo Cedrón. Allí tiene que haber sucedido algo simbólico. Todos los corderos pascuales se mataban en el templo, y su sangre se derramaba sobre el altar como ofrenda a Dios. El número de corderos que se sacrificaban en la Pascua era inmenso. En una ocasión, treinta años después de esta escena, se hizo un censo que dio por resultado el total de 256,000 corderos. Podemos figurarnos cómo estarían de sangre los atrios del templo cuando se echaba toda aquella sangre sobre el altar. Desde este había un canal hasta el torrente Cedrón, y era por donde se drenaba la sangre. Cuando Jesús cruzó el torrente, estaría todavía rojo de la sangre de los corderos que se habían sacrificado; y Él pensaría en Su propio Sacrificio, que habría de consumarse a las pocas horas.

Después de cruzar el canal del Cedrón, llegaron al Monte

de los Olivos. En una de sus laderas estaba el Huerto de Getsemaní, que quiere decir «de la almazara», donde se molerían las aceitunas que producían los olivos del monte. Bastantes familias acomodadas tenían allí sus chalés. En la ciudad no había sitio para casas de recreo; y, además, había prohibiciones ceremoniales de usar estiércol en el recinto de la ciudad santa.

Hasta el día de hoy se enseña a los turistas un jardincillo que cuidan amorosamente los franciscanos en el que hay ocho viejos olivos de tal fuste que más parecen rocas que árboles, como decía el famoso viajero de las *Tierras de la Biblia* H. V. Morton. Su edad se remonta, de seguro, hasta antes de la conquista musulmana de Palestina, y es posible que sean descendientes de los que presenciaron la agonía de Jesús en Getsemaní. De todas maneras, aquellos senderos zigzagueantes fueron los que recorrió Jesús en Sus paseos.

Así es que Jesús fue a aquel huerto. Es probable que algún amigo de Jesús de buena posición Le diera la llave de la cancela y Le permitiera retirarse allí cuando estaba en Jerusalén. Jesús y Sus discípulos solían ir allí en busca de un poco de paz y tranquilidad. Judas sabía que allí podía encontrar a Jesús y sería de lo más fácil perpetrar Su arresto.

Hay algo sorprendente acerca de la fuerza que se movilizó para arrestar a Jesús. Juan dice que era una compañía de soldados, además de algunos agentes de los principales sacerdotes y de los fariseos. Esos *agentes* pertenecerían a la policía del templo. Las autoridades tenían una especie de cuerpo de policía privada para mantener el orden en el templo, y el sanedrín también tenía guardias a sus ordenes. Los agentes, por tanto, serían policías judíos; pero también había una compañía de soldados romanos. La palabra es *speira*, que, si se usa correctamente y estamos en lo cierto, puede tener tres significados. Es la palabra griega para designar la cohorte romana, que solía constar de seiscientos hombres. Si era una cohorte de soldados auxiliares, la *speira* tendría mil hombres, doscientos cuarenta de los cuales serían de caballería, y los otros setecientos sesenta

de infantería. A veces, en raras ocasiones, esta palabra designa un destacamento de hombres que se solía llamar un manípulo («cada una de las treinta unidades tácticas en que se dividía la antigua legión romana», D.R.A.E.), que estaría formado por doscientos hombres.

Aunque tomemos la palabra en este último sentido, ¡qué expedición se mandó para arrestar a un carpintero galileo desarmado! En los días de la Pascua siempre había soldados extra en Jerusalén, acuartelados en la Torre Antonia que daba al templo, así es que habría hombres disponibles. ¡Qué importancia le daban al poder de Jesús! Cuando las autoridades decidieron arrestarle, mandaron casi un ejército.

EL ARRESTO EN EL HUERTO

Juan 18:1-11 (conclusión)

Pocas escenas evangélicas nos revelan las cualidades de Jesús tan bien como la de Su arresto en el huerto.

(i) Nos muestra Su valor. En la Pascua había luna llena, y se veía de noche casi como de día, pero los enemigos de Jesús habían venido con teas y antorchas. ¿Por qué? No las necesitaban. Tienen que haber pensado que tal vez tendrían que buscar entre los árboles o por las cuevas del monte. Pero, lejos de esconderse, Jesús les salió al encuentro. «¿A quién estáis buscando?» -les preguntó. « ¡A Jesús de Nazaret!» -Le contestaron. Y Jesús a ellos: « ¡Yo soy!» El que pensaban que tendrían que buscar entre los árboles y por las cuevas estaba delante de ellos. Aquí tenemos el valor de un Hombre que da la cara. Durante la Guerra Civil española, una ciudad estaba sitiada. Había algunos que se querían rendir; pero surgió un líder que dijo: « Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.»

(ii) Nos muestra Su autoridad. Allí estaba un Hombre solo y desarmado. Tenía enfrente centenares de hombres de guerra, armados y equipados. Sin embargo, cara a cara con Él, retrocedieron y cayeron por tierra. Fluía de Jesús una autoridad que Le hacía más fuerte que el poder de los ejércitos.

(iii) Nos muestra que Jesús eligió morir. De nuevo está claro que podría haber conservado la vida si hubiera querido. Podría haber pasado por en medio de ellos y haberse marchado, pero no lo hizo. Hasta ayudó a Sus enemigos a que Le arrestaran. No rehuyó, sino eligió morir.

(iv) Nos muestra Su amor protector. No pensó en Sí mismo, sino en Sus amigos. < Aquí Me tenéis. Yo soy el que buscáis. Así que prendedme a Mí, y dejad que estos se vayan.» Entre las muchas historias inmortales de la Segunda Guerra Mundial resalta la del misionero de Tarrawa, Alfred Sadd. Cuando llegaron los japoneses a su isla, le pusieron en una fila con otros veinte, casi todos soldados de Nueva Zelanda que habían formado parte de la guarnición. Los japoneses pusieron la bandera británica en el suelo y mandaron a Sadd que la pisoteara. Él marchó hacia la bandera y, al llegar, dio media vuelta a la derecha. Le mandaron otra vez que la pisara, y esta vez torció hacia la izquierda. La tercera vez le obligaron a llegar a la bandera, y él cuando llegó, la tomó en sus brazos y la besó. Cuando los japoneses los sacaron a todos para fusilarlos, muchos eran muy jóvenes y tenían miedo, pero Alfred Sadd les dio ánimo. Se pusieron en fila, con él en medio; pero, de pronto, él salió de la fila, se puso delante de los demás y les dirigió palabras de aliento. Cuando terminó, volvió atrás, pero se quedó un poco por delante de los demás, para ser el primero en morir. Alfred Sadd tenía más presentes los problemas de los otros que los suyos. El amor protector de Jesús abrazó a Sus discípulos hasta en Getsemaní.

(v) Nos muestra Su total obediencia. < ¿Es que no voy a beber el cáliz que Me ha asignado el Padre?» Esa era la voluntad de Su Padre, y con eso bastaba. Jesús fue fiel hasta la muerte a Su misión y al Que Le había enviado.

Hay un personaje en esta escena al que tenemos que hacer justicia, y es Pedro. Él, uno solo, desenvainó la espada contra centenares. Muy pronto Pedro había de negar a Su Maestro; pero en aquel momento estaba dispuesto a enfrentarse solo contra centenares por Cristo. Es muy fácil hablar de la cobardía y del fallo de Pedro; pero no debemos olvidar el sublime valor que desplegó en este momento.

JESÚS ANTE ANÁS

Juan 18:12-14, 19-24

La compañía de soldados con su comandante y los agentes de los judíos apresaron a Jesús y, después de atarle, Le llevaron en primer lugar a Anás, que era el suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Había sido Caifás el que había aconsejado a los judíos que era mejor que Uno muriera por el pueblo...

EL sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de Sus discípulos y de Su doctrina; y Jesús le contestó:

-Yo le he hablado a todo el mundo de lo más abiertamente, y he enseñado siempre en las sinagogas y en el área del templo donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nunca nada en secreto. ¿Por qué me preguntas a Mí? Pregúntales a los que Me han oído qué es lo que les he dicho. ¡Mira! Ellos saben lo que he dicho.

Cuando dijo eso Jesús, uno de los agentes que estaban vigilando Le dio una bofetada y Le dijo:

-¿Qué manera es esa de hablarle al sumo sacerdote?

-Si he dicho algo inconveniente -le contestó Jesús-, di lo que ha sido. Pero, si he hablado como es debido, ¿por qué me pegas?

Seguidamente, Anás le envió a Jesús atado al sumo sacerdote Caifás.

Para seguir la narración agrupamos aquí los dos pasajes que se refieren a la vista ante Anás, y haremos lo mismo con los otros dos que tratan de la tragedia de Pedro.

Juan es el único de los evangelistas que nos dice que Jesús fue conducido en primer lugar a presencia de Anás. Anás era un personaje célebre. Edersheim escribe de él: «No hay figura de la historia judía de aquel tiempo que nos sea más conocida que la de Anás; ninguna persona era más afortunada o influyente, pero tampoco más vilipendiada, que el ex sumo sacerdote.» Anás era el poder entre bastidores en Jerusalén. Había sido sumo sacerdote entre los años 6 y 15 d.C., y cuatro de sus hijos también ocuparon ese puesto, y Caifás, que era su yerno. Ese hecho ya es suficientemente sugestivo y esclarecedor. Había habido un tiempo, cuando los judíos eran libres, en que el puesto de sumo sacerdote era vitalicio; pero, cuando llegaron los procuradores romanos, se alcanzaba mediante conspiraciones, intrigas, sobornos y corrupción. Se nombraba al mayor sicofanta, al mejor postor, al que consiguiera mantenerse en la cuerda floja con el gobernador romano. El sumo sacerdote era el supercolaboracionista, el que daba facilidades y prestigio y comodidades y poder a los dueños del país, no sólo con sobornos, sino también con estrecha colaboración. La familia de Anás era inmensamente rica, y uno tras otro de sus hijos había alcanzado la cima con sobornos e intrigas, mientras él mismo seguía moviendo todas las marionetas.

Su manera de hacer dinero tampoco era menos objetable. En el Atrio de los Gentiles estaban los puestos de vendedores de animales para los sacrificios, a los que Jesús había echado con cajas destempladas. No eran comerciantes, sino desolladores. Todas las víctimas que se ofrecían en sacrificio en el templo tenían que estar libres de mancha o defecto. Había inspectores que lo comprobaban. Si se traía un animal de fuera del templo, se podía estar seguro de que le encontrarían algún fallo. De esa manera se obligaba al fiel a comprar en el templo la víctima que quisiera ofrecer, que ya habría pasado la revisión y no había peligro de que se la rechazaran. Eso habría sido

conveniente y de ayuda si no hubiera sido por una cosa: en el templo todo costaba diez veces más. Todo el negocio era una desvergonzada explotación, y los puestos de venta en el templo se llamaban < El Bazar de Anás>, porque eran propiedad de su familia, y la manera en que Anás había amasado su fortuna.

Los mismos judíos odiaban a la familia de Anás. Hay un texto en el Talmud que dice: « ¡Ay de la casa de Anás! ¡Ay de su silbido de serpientes! Son sumos sacerdotes; sus hijos son los tesoreros del templo; sus yernos, los guardias del templo, y sus criados arremeten contra los fieles a garrotazos.» Anás y su familia eran célebres.

Ahora podemos entender por qué había dispuesto Anás que le llevaran a Jesús en primer lugar a él: Jesús había atentado contra sus intereses creados, había echado del templo a los vendedores de víctimas y había tocado a Anás en la parte más sensible de su persona, la bolsa. Anás quería ser el primero en regodearse en la captura de aquel perturbador galileo.

La vista ante Anás fue una burla de la justicia. Era uno de los principios de la jurisprudencia judía que no se le podían hacer a un preso preguntas que le pudieran incriminar. Maimónides, el gran judío cordobés que es una autoridad en tantas materias, estableció: «Nuestra auténtica ley no inflige la pena de muerte a ningún culpable por su sola confesión.» Anás violó los principios de la justicia judía cuando interrogó a Jesús. Fue eso precisamente lo que Jesús le recordó. Le dijo: «No Me hagas preguntas a Mí. Házselas a los que Me han oído.» Lo que estaba diciendo era en realidad: «Lleva mi caso como es debido y justo. Examina a tus testigos como es tu derecho y deber. Deja de interrogarme a Mí, que es algo que no tienes derecho a hacer.» Cuando Jesús dijo aquello, uno de los agentes Le dio una bofetada, y Le dijo: «¿Es que vas a enseñarle Tú al sumo sacerdote cómo tiene que conducir un juicio?» Y Jesús le contestó: « Si he dicho o enseñado algo que no es legal, se debe aportar testimonio. No he hecho más que citar la ley. ¿Y me pegas por eso?»

Jesús no tenía la menor esperanza de justicia. Había tocado los intereses creados de Anás y sus colegas, y sabía que estaba condenado antes de ser juzgado. Cuando uno está implicado en un negocio sucio, su único deseo es eliminar a cualquiera que se le oponga. Si no lo puede hacer por las buenas, lo hará por las malas.

HÉROE Y COBARDE

Juan 18:15-18, 25-27

Simón Pedro iba siguiendo a Jesús con otro discípulo. Ese otro era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús al patio de la casa, mientras que Pedro se quedó fuera, a la puerta. El otro discípulo, el que era conocido del sumo sacerdote, salió a hablar con la portera, y metió a Pedro adentro.

La criada que estaba a la puerta le dijo a Pedro:

-Tú no eres uno de los discípulos de Ése, ¿verdad?

- ¡Claro que no! -respondió Pedro.

Los criados y los agentes estaban alrededor de un brasero que habían encendido; porque hacía frío, y estaban calentándose. Y Pedro también se puso entre ellos para calentarse...

Simón Pedro estaba de pie, calentándose, cuando le dijeron:

- ¡Tú no puedes negar que eres uno de Sus discípulos!

Pero él lo negó, y dijo:

- ¡No lo soy!

Uno de los servidores del sumo sacerdote, pariente del otro al que Pedro le había cortado la oreja, dijo:

- ¿Es que no te vi yo en el huerto con Él?

Y otra vez Pedro lo negó; y acto seguido cantó el gallo.

Cuando los otros discípulos abandonaron a Jesús y huyeron, Pedro se negó a hacerlo. Siguió a Jesús, a:m después del arresto, porque no podía hacer otra cosa. Y así llegó a la casa del sumo sacerdote Caifás en compañía de otro discípulo que tenía acceso a la casa porque era conocido del sumo sacerdote.

Ha habido muchas especulaciones acerca de quién era el otro discípulo. Algunos han dicho que sería simplemente algún discípulo desconocido cuyo nombre no sabremos nunca. Otros le han identificado con Nicodemo o con José de Arimatea, que eran miembros del sanedrín y conocerían bien al sumo sacerdote. Una curiosa sugerencia es que sería Judas Iscariote, que habría estado yendo y viniendo bastante para preparar su traición y ya le conocerían la portera y el mismo sumo sacerdote. Pero lo único que parece descartar esta teoría es que, después de la escena del huerto, la participación de Judas en la traición habría quedado clara, y es increíble que Pedro tuviera el menor contacto con él. El punto de vista tradicional es que el discípulo innominado no era otro que el mismo Juan; y la tradición es tan unánime que es difícil descartarla. La cuestión es, en ese caso, cómo es que el galileo Juan era conocido, y al parecer bastante íntimamente, del sumo sacerdote.

Se han hecho dos sugerencias para explicarlo.

(a) Posteriormente, un cierto Policrates escribió acerca del Cuarto Evangelio. No dudaba que había sido Juan el que lo había escrito, y que era el discípulo amado; pero dice una cosa muy curiosa acerca de él. Dice que Juan era sacerdote de nacimiento y que llevaba el *pétalos*, una estrecha banda dorada, o el *ziz*, con la inscripción «Santidad al Señor», que llevaban los sacerdotes en la frente. En ese caso podría ser que Juan fuera conocido del sumo sacerdote; pero es difícil creer que Juan fuera sacerdote, porque en los evangelios sinópticos se le presenta como pescador galileo.

(b) La segunda explicación es más verosímil. Está claro que el padre de Santiago y de Juan, Zebedeo, tenía un negocio de pesca lo bastante floreciente como para tener empleados (*Marcos 1:20*). Una de las industrias galileas era la del pescado salado. El pescado fresco era un gran lujo, porque no había manera de transportarlo con los medios de entonces. Por otra parte, el pescado salado era uno de los artículos de alimentación más corrientes. Se ha sugerido que el padre de Juan estaba bien introducido en el negocio del pescado salado, y que era uno de los proveedores de la casa del sumo sacerdote. En ese caso, Juan sería conocido porque a menudo vendría con provisiones. En la leyenda hay algo que confirma esta suposición. H. V. Morton cuenta que, visitando las calles traseras de Jerusalén, encontró un pequeño edificio que era entonces un café árabe. Había en él algunas piedras y arcos que en tiempos habían pertenecido a una iglesia cristiana muy antigua que había estado alojada en la casa de Zebedeo, el padre de Juan. La familia, dicen y creen los franciscanos, eran mercaderes de pescado galileos con una sucursal en Jerusalén que proveía de pescado salado a la casa del sumo sacerdote Caifás, y por eso Juan tenía entrada en aquella casa.

Sean como fueren estas cosas, Pedro fue introducido en el patio de la casa del sumo sacerdote, donde negó por tres veces a su Señor.

Hay aquí un detalle muy interesante. Jesús había dicho que Pedro Le negaría tres veces antes del canto del gallo. Esto es difícil de comprender. Según la ley ritual judía, no estaba permitido tener aves de corral en la santa ciudad, aunque no podemos estar seguros de que se cumpliera esa ley. Pero los romanos tenían una cierta práctica militar: la noche se dividía en cuatro vigilias -de 6 a 9, de 9 a 12, de 12 a 3 y de 3 a 6. Después de la tercera vigilia, el cambio de la guardia se anunciaba con un toque de trompeta a las 3 que se llamaba en latín *gallicinium* y en griego *alektorofónia*, que quieren decir las dos *el canto del gallo*. Puede que lo que le dijo Jesús a Pedro fuera: «Antes que suene el toque de trompeta del canto del gallo Me habrás negado tres veces.» Todos los residentes de Jerusalén conocerían ese toque de trompeta de las 3 de la madrugada. Cuando sonó por toda la ciudad, Pedro se acordó.

EL HÉROE Y EL COBARDE

Juan 18:15-18, 25-27 (conclusión)

Así es que Pedro, en el patio de la casa del sumo sacerdote, negó a su Señor. No ha habido nadie que haya sido tan cruelmente tratado como Pedro por comentaristas y predicadores. En lo que siempre se hace hincapié es en su fracaso y vergüenza. Pero hay otras cosas que debemos recordar.

(i) Debemos recordar que todos los demás discípulos excepto Juan, si era él el discípulo anónimo, abandonaron a Jesús y huyeron. Pero pensad en lo que hizo Pedro: sólo él desenvainó la espada en notoria desventaja en el huerto, y sólo él siguió a Jesús, aunque fuera sin ser reconocido, a ver lo que sucedía. Lo primero que debemos recordar de Pedro no es su fracaso, sino el valor que le mantuvo lo más cerca posible de Jesús cuando los demás habían huido. Su fracaso sólo le podía ocurrir a una persona de valor superlativo. Ciertamente falló; pero en una situación que ninguno de los otros discípulos se atrevió a arrostrar ni de lejos. Falló, no por ser un cobarde, sino por ser un valiente.

(ii) Debemos recordar lo mucho que Pedro amaba a Jesús. Los otros habían abandonado a Jesús; sólo Pedro se mantuvo lo más cerca posible. Amaba tanto a Jesús que no podía separarse de Él. Ciertamente falló; pero falló en circunstancias que sólo uno que amara entrañablemente tendría que arrostrar.

(iii) Debemos recordar hasta qué punto Pedro se redimió a sí mismo. Las cosas no le podían haber resultado fáciles. La historia de su negación correría maliciosamente de boca en boca. Puede que la gente, como cuenta la leyenda, imitaran a su paso el canto del gallo. Pero Pedro tenía la constancia y el coraje necesarios para redimirse, para empezar desde el fracaso y llegar hasta la victoria.

La clave del asunto es que fue el auténtico Pedro el que hizo protestas de lealtad en el aposento alto; fue el auténtico Pedro el que desenvainó su solitaria espada en el huerto a la luz de la luna; fue el auténtico Pedro el que siguió a Jesús, porque no podía dejar que se Le llevaran solo; *no* fue el auténtico Pedro el que se quebró ante la tensión y negó a su Señor. *Y eso era lo que sólo Jesús podía ver.* Lo tremendo de Jesús es que, por debajo de todos nuestros fallos, Él ve a la persona auténtica. Él comprende. Él nos ama, no por lo que somos, sino por lo que tenemos posibilidad de llegar a ser. El amor perdonador de Jesús es tan grande que ve nuestra personalidad auténtica, no en nuestros fracasos, sino en nuestra lealtad; no en nuestras caídas, sino en nuestro esfuerzo por alcanzar la bondad, aun cuando seamos vencidos.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16

Luego llevaron a Jesús de Caifás al cuartel general del gobernador. Era de madrugada, y ellos mismos no entraron en el edificio para no contaminarse; querían evitar el contagio de cosas inmundas porque estaban manteniendo la pureza ritual para poder comer la pascua.

Así es que Pilato salió a recibirlos y les dijo:

- ¿Qué acusación traéis contra este hombre?

- Si no fuera un criminal no te Le entregaríamos -le contestaron; y él les dijo:

- Lléváosle vosotros, y juzgadle según vuestras leyes.

Los judíos le dijeron a Pilato:

A nosotros no se nos permite ajusticiar a nadie.

Eso era el cumplimiento de lo que había dicho Jesús dando a entender cómo iba a morir.

Entonces Pilato volvió a entrar a su cuartel general, llamó a Jesús y Le preguntó:

- ¿Eres Tú el «Rey de los Judíos»?

- ¿Dices eso -le preguntó a Su vez Jesús- porque lo has descubierto por ti mismo, o porque te lo han dicho otros de Mí?

- ¿Es que soy yo judío? -siguió diciendo Pilato-. Tus propios compatriotas y los principales sacerdotes son los que Te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?

- Mi Reino -le contestó Jesús- no es de este mundo. Si lo fuera, mis súbditos habrían peleado para impedir que fuera entregado a los judíos. Eso prueba que mi Reino no tiene aquí su base.

- ¿Entonces, eres Rey? -le preguntó Pilato.

- Tú eres el que dices que Yo soy Rey -le contestó Jesús-. Para lo que fue necesario que Yo naciera y viniera a este mundo fue para dar testimonio de la verdad. Todos los que están de parte de la verdad Me escuchan.

- ¡Y qué es la verdad! -le respondió Pilato.

E inmediatamente salió otra vez adonde estaba los judíos y les dijo:

- Yo no Le encuentro ningún delito. Tenéis costumbre de que os suelte a uno para la Pascua. ¿Queréis que os suelte al «Rey de los Judíos»?

- ¡No a Éste -se pusieron a gritar-, sino a Barrabás!

Barrabás era un bandolero.

Entonces Pilato se hizo cargo de Jesús y mandó que Le azotaran. Los soldados trenzaron una corona de espinas, y Se la pusieron en la cabeza; y Le pusieron una túnica púrpura, y se pusieron a acercársele diciendo:

- ¡Salve, «Rey de los Judíos»!

Y se liaron a darle de bofetadas.

Pilato salió otra vez a decirles:

- ¡Mirad! Os Le vuelvo a sacar porque quiero que sepáis que yo no Le encuentro ningún delito.

Y entonces salió Jesús, con la corona de espinas y la túnica púrpura puestas. Y Pilato les dijo:

- ¡Ahí tenéis al Hombre!

Pero, cuando Le vieron los principales sacerdotes y los agentes, se pusieron a gritar:

- ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

- ¡Lleváosle vosotros y crucifíccadle! ¡A mí no me parece culpable de nada!

- Nosotros tenemos una ley según la cual debe morir, porque pretende ser Hijo de Dios -le contestaron los judíos; y Pilato todavía se alarmó más cuando lo oyó. Entonces volvió a entrar en su cuartel general.

- ¿De dónde eres? -Le preguntó a Jesús.

Jesús no le contestó. Pilato entonces Le dijo:

- ¿Te niegas a responderme? ¿Es que no sabes que tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?

Jesús entonces le respondió:

- No tendrías absolutamente ninguna autoridad sobre Mí si no se te hubiera dado de Arriba. Por eso, el que Me entregó a ti es culpable de un mayor pecado.

Desde ese momento Pilato trató de dejarle en libertad por todos los medios; pero los judíos no dejaban de gritar:

- ¡Si sueltas a Éste, no eres amigo del César! ¡Cualquiera que se proclama rey se pone en contra del César!

Al oír eso, volvió a sacar a Jesús, y se sentó en el sillón de juez en el lugar que se llama el Enlosado (en hebreo, Gabatá). Era la víspera de la Pascua, como al mediodía. Y Pilato les dijo a los judíos:

- ¡Aquí tenéis a vuestro «Rey»!

- ¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale! -siguieron gritando.

- ¿Queréis que crucifique a vuestro «Rey»? -dijo Pilato.

Y los principales sacerdotes contestaron:

- ¡No tenemos más rey que el César!

Entonces Pilato entregó a Jesús para que Le crucificaran.

Este es el relato más dramático del juicio de Jesús que tenemos en el Nuevo Testamento, y el dividirlo en pequeñas secciones habría sido perder el drama. Tiene que leerse en conjunto; pero requerirá después varios días el estudiarlo. El drama de este pasaje viene dado por el choque y la interacción de las personalidades. Por tanto, será mejor estudiarlo, no sección por sección, sino siguiendo a los personajes que intervienen en él.

Empezaremos por *los judíos*. En el tiempo de Jesús los judíos estaban sometidos a los romanos, que les concedían una cierta medida de autogobierno pero no les permitían dictar ni ejecutar sentencias de muerte. El *ius gladii*, como se llamaba en latín, *el derecho de la espada*, era atribución exclusiva de los romanos.

EL Talmud, la gran enciclopedia tradicional del judaísmo, informa: «Cuarenta años antes de la destrucción del templo, se privó a Israel del derecho a juzgar en materias de vida o muerte.» El primer gobernador romano de Palestina se llamaba Coponio, y Josefo, refiriéndose a su nombramiento como gobernador, dice que fue enviado como procurador «haciendo que el poder de vida o muerte estuviera en manos del César» (Josefo, *La guerra de los judíos*, 2, 8, 1). Josefo habla también de un cierto sacerdote llamado Anano, que decidió ejecutar a algunos de sus enemigos. Los judíos más prudentes protestaron contra aquella sentencia sobre la base de que no tenía derecho ni a dictarla ni a ejecutarla. A Anano no se le permitió llevar a cabo su decisión, y fue depuesto de su cargo por sólo haber pensado hacer aquello (Josefo, *Antigüedades de los judíos*, 20, 9, 1). Es verdad que algunas veces, como en el caso de Esteban, los judíos se tomaban la ley en sus propias manos; pero, legalmente, no tenían derecho a infligir la pena capital. Por eso tuvieron que traer a Jesús a Pilato, para que Le condenara legalmente a muerte y Le mandara crucificar.

Si los judíos hubieran podido ejecutar la sentencia de muerte, habría sido mediante lapidación. La Ley establecía: « El que blasfemare el nombre del Señor, ha de ser muerto; toda la congregación le apedreará» (*Levítico 24:16*). En ese caso, los testigos cuya palabra había probado el crimen tenían que tirar las primeras piedras: «La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarle, y después la mano de todo el pueblo» (*Deuteronomio 17:7*). Ese es el detalle del versículo 32, que dice que todo aquello estaba pasando así para que se cumpliera lo que había dicho Jesús refiriéndose a la clase de muerte que habría de sufrir. Había dicho que, cuando fuera *elevado*, es decir, *crucificado*, atraería a Sí a toda la humanidad (*Juan 12:32*). Si había de cumplirse la profecía de Jesús, tenía que ser *crucificado*, no *apedreado*; y por tanto, aun aparte del hecho de que la ley romana no permitía que los judíos ejecutaran la sentencia de muerte, Jesús tenía que recibir la muerte romana, porque tenía que *ser elevado*.

Los judíos, de principio a fin, estaban procurando* usar a Pilato para sus fines. No podían matar a Jesús por sí mismos, así es que determinaron que los romanos les hicieran ese servicio.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Pero aún quedan otras cosas interesantes acerca de los judíos.

(i) Empezaron por odiar a Jesús, pero acabaron en una histeria de odio, aullando como lobos y con los rostros contorsionados por la amargura: « ¡Crucifícale, crucifícale!» Por último alcanzaron tal locura de odio que eran impermeables a todo razonamiento, y a la piedad, y hasta a los más elementales derechos humanos. Nada de este mundo deforma el juicio tanto como el odio. Una vez que una persona sucumbe al odio, ya no puede pensar ni ver ni escuchar nada sin distorsiones. El odio es una cosa terrible porque trastorna los sentidos y el sentido y el sentimiento.

(ii) El odio de los judíos les hizo perder todo sentido de proporción. Estaban tan pendientes de la pureza ceremonial y ritual que se negaban a entrar en el cuartel general de Pilato; y sin embargo estaban haciendo todo lo posible para crucificar al Hijo de Dios. Para comer la pascua, un judío tenía que estar ceremonialmente limpio. Ahora bien: si hubieran entrado en el cuartel general de Pilato, habrían contraído impureza en dos sentidos.

(a) Primero, la ley de los escribas decía: «Las moradas de los gentiles son inmundas.»

(b) Segundo, la Pascua era la fiesta de los panes sin levadura. Una parte de la preparación para la Pascua consistía en una búsqueda y limpieza ceremoniosa de todo resto de levadura o de pan leudado por todos los rincones de la casa, porque era el símbolo de la maldad. Entrar en el cuartel general de Pilato habría supuesto entrar en un lugar en el que no se habría hecho eso ni se mantendría esa limpieza, así que habría restos de levadura; y el entrar en un lugar así cuando se estaban preparando para comer la pascua era arriesgarse a quedar contaminados. Pero, aunque los judíos hubieran entrado en una casa gentil en la que hubiera levadura, el contagio les habría durado sólo hasta la tarde, y entonces habrían tenido que darse un baño ceremonial para quedar limpios otra vez.

Fijaos lo que estaban haciendo los judíos: estaban cumpliendo meticulosamente los detalles de la ley ceremonial y, al mismo tiempo, estaban empujando hacia la Cruz al Hijo de Dios. Eso es algo de lo que somos capaces los humanos. Muchos miembros de iglesia hacen un mundo de fruslerías, pero quebrantan la ley del amor, y del perdón, y del servicio todos los días. Hasta hay muchas iglesias en las que los detalles de las vestiduras, los tapetes, los candelabros y los adornos están relucientes, pero el espíritu de amor y la verdadera comunión no brillan más que por su ausencia. Entre las cosas más trágicas del mundo está cómo se pueden perder el sentido de la proporción y la habilidad de poner lo primero en primer lugar.

(ii) Los judíos no dudaban en tergiversar sus acusaciones a Jesús. En su interrogatorio privado ya habían llegado a la conclusión, si es que no habían partido ya de ella, de que Jesús era culpable de blasfemia (*Mateo 26:65*). Sabían muy bien que Pilato no tomaría en consideración una acusación así, y que diría que sus disputas religiosas se las podían resolver solos sin molestarle a él. A sí que los cargos que presentaron los judíos contra Jesús fueron de rebelión y de insurrección política. Acusaron a Jesús de querer proclamarse rey, aunque sabían muy bien que aquello era una mentira. El odio es una cosa terrible, y no duda en tergiversar la verdad.

(iv) Para lograr la muerte de Jesús, los judíos negaron todos sus principios. Llegaron hasta el colmo cuando dijeron: « ¡No tenemos más rey que el César!» Samuel le había dicho al pueblo de Israel que Dios era su único Rey (*1 Samuel 12:12*). Cuando le ofrecieron la corona a Gedeón, contestó: «Ni yo seré el que os gobierne, ni mi hijo; el Señor será el único que os gobernará» (*Jueces 8:23*). Cuando los romanos llegaron por primera vez a Palestina, tomaron un censo para organizar los impuestos que tendrían que pagar como pueblo sometido; y se produjo la rebelión más sangrienta, porque los judíos insistían en que Dios era su único Rey, y a Él sería al único que pagarían tributo.

Cuando el líder judío proclamó ante Pilato: « ¡No tenemos más rey que el César!» fue la más alucinante *volte face* de la Historia. El solo oírlo debe de haber dejado a Pilato sin aliento, y seguramente se los quedaría mirando medio alucinado y medio divertido. Los judíos estaban dispuestos a renegar de todos sus principios con tal de eliminar a Jesús.

Es un cuadro horrible. El odio de los judíos los convirtió en una enloquecida chusma de fanáticos y frenéticos vociferadores y frenéticos. En su odio olvidaron toda misericordia, todo sentido de proporción, toda justicia, todos sus principios, hasta a Dios. Nunca en toda la Historia de la humanidad se mostró más claramente la locura del odio.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Ahora nos volvemos hacia la segunda personalidad de esta historia: *Pilato*. Durante todo el juicio su conducta es, por decir lo menos, incomprensible. Está suficientemente claro, no podía estarlo más, que Pilato sabía que las acusaciones de los judíos eran una serie de mentiras, y que Jesús era totalmente inocente. Le dejó profundamente impresionado, y no quería condenarle a muerte -y, sin embargo, eso fue lo que hizo. En primer lugar trató de sacudirse aquel caso; luego, intentó dejar en libertad a Jesús sobre la base de que se solía soltar a un preso para la Pascua; y después, trató de satisfacer el deseo de venganza de los judíos mandando azotar a Jesús; por último, hizo una última apelación. Pero el caso es que rehusó en absoluto mantenerse firme y decirles a los judíos que no quería saber nada de sus asesinatos maquinados. Nunca podremos empezar a entender a Pilato a menos que conozcamos su historia, que podemos reconstruir en parte por los escritos de Josefo y en parte por los de Filón.

Para entender el papel que representó Pilato en este drama tenemos que retroceder considerablemente en el tiempo. Para empezar, ¿qué pintaba un gobernador romano en Judea?

El año 4 a.C. murió Herodes el Grande, que había reinado sobre toda Palestina. A pesar de sus muchas faltas fue, en muchos sentidos, un buen rey, y consiguió llevarse bien con los romanos. En su testamento dividió su reino entre tres de sus hijos, dejando a Antipas Galilea y Perea; a Felipe Batanea, Auranitis y Traconitis, las salvajes y casi despobladas regiones del Nordeste, y a Arquelao, que entonces no tenía más que dieciocho años, Idumea, Judea y Samaria. Los romanos aprobaron y ratificaron esta división.

Antipas y Felipe gobernaron pacíficamente y bien; pero Arquelao gobernó con tales extorsiones y tiranía que los mismos judíos pidieron a Roma que le quitara y les mandara un gobernador. Lo más probable es que esperaran que se los incorporara a la gran provincia de Siria; y, si hubiera sido así, la provincia era tan extensa que se les habría permitido seguir más o menos como estaban. Todas las provincias romanas se dividían en dos clases: las que requerían tropas estacionadas estaban bajo el control directo del emperador y eran provincias imperiales; y las que no requerían tropas y eran pacíficas y fáciles de gobernar dependían directamente del senado y se llamaban provincias senatoriales.

Palestina era, sin duda, una tierra conflictiva; necesitaba tropas, y por tanto estaba bajo el control directo del emperador. Las provincias realmente grandes las gobernaba un proconsul o un legado, como en el caso de Siria; las más pequeñas, o de segunda clase, las gobernaba un procurador, que tenía a su cargo la administración militar y judicial de la provincia. Visitaba todos los lugares de la provincia por lo menos una vez al año, y escuchaba los casos y las quejas. Supervisaba el cobro de los impuestos, pero no tenía autoridad para aumentarlos. Cobraba del tesoro, y tenía estrictamente prohibido aceptar ya fueran regalos o sobornos; y, si se excedía en el cumplimiento de sus deberes, los habitantes de su provincia tenían derecho a informar al emperador.

Fue un procurador el que nombró Augusto para llevar los asuntos de Palestina, y el primero se instaló en el año 6 d.C. Pilato fue instalado en el año 26 d.C., y siguió en el puesto hasta el año 35 d.C. Palestina era una provincia peliaguda, que requería una mano firme y sabia. No conocemos la historia anterior de Pilato, pero suponemos que tendría reputación de buen administrador para ser elegido para la posición responsable de gobernador de Palestina. Había que mantenerla en orden; porque, como se ve por una simple ojeada al mapa, era el puente entre Egipto y Siria.

Pero Pilato fue un fracaso como gobernador. Pareció empezar con un desprecio olímpico y una total falta de simpatía hacia los judíos. Tres famosos, o infames, incidentes marcaron su carrera.

El primero tuvo lugar en su primera visita a Jerusalén. Jerusalén no era la capital de la provincia, sino Cesarea, donde estaban la sede del gobierno y el cuartel general; pero el procurador visitaba Jerusalén con frecuencia y, cuando lo hacía, se quedaba en el antiguo palacio de Herodes en la parte Oeste de la ciudad. Cuando venía a Jerusalén, siempre se traía un destacamento de soldados, que tenían sus banderas, en la parte más alta de las cuales había un pequeño busto de metal del emperador del momento. Al emperador se le consideraba un dios; y, para los judíos, aquel pequeño busto de las banderas era la imagen de un ídolo.

Todos los gobernadores romanos anteriores, por respeto a los escrúpulos religiosos de los judíos, habían quitado los bustos antes de entrar en Jerusalén; pero Pilato se negó. Los judíos se lo pidieron insistentemente. Pilato se mantuvo firme en la negativa; no iba a ser indulgente con las supersticiones de los judíos. Se volvió a Cesarea. Los judíos le siguieron durante cinco días. Eran humildes, pero insistentes en sus peticiones. Por último, Pilato les dijo que los recibiría en el anfiteatro. Los rodeó de soldados armados, y los informó de que, si no retiraban sus peticiones, los mataría allí inmediatamente. Los judíos descubrieron los cuellos e invitaron a los soldados a matarlos. Ni aun Pilato podía matar a hombres indefensos. Se dio por vencido y se vio obligado a quitar las imágenes de las banderas en lo sucesivo. Así empezó Pilato, y fue un mal principio.

El segundo incidente fue el siguiente. El servicio de agua era insuficiente en Jerusalén. Pilato decidió construir un nuevo acueducto. ¿De dónde podía sacar el dinero? Saqueó el tesoro del templo, que era riquísimo. No es probable que se incautara del dinero de los sacrificios y demás servicios del templo. Lo más probable es que tomara el dinero que se llamaba *korban*, que procedía de fuentes que hacían imposible el que se usara para fines sagrados. El acueducto era una primera necesidad; se trataba de un proyecto grande y digno; el servicio de agua mejoraría considerablemente; incluso el funcionamiento del templo, que necesitaba limpiar los restos de tantos sacrificios.

Pero el pueblo se lo tomó a mal; hubo levantamientos en todas las calles. Pilato hizo que sus soldados se mezclaran con la multitud vestidos de paisanos, con las armas escondidas y, a una señal convenida, atacaron al gentío y se liaron a palos y a puñaladas con la gente, matando a muchos. Una vez más Pilato puso en contra suya a todo el pueblo, y estuvo en peligro de que le denunciaran al emperador.

El tercer episodio aún resultó peor para Pilato que los anteriores. Como ya hemos visto, cuando estaba en Jerusalén se alojaba en el antiguo palacio de Herodes. Mandó hacer algunos escudos con el nombre del emperador Tiberio, que eran los que se llamaban escudos votivos, es decir, dedicados a la memoria y en honor del emperador. Ahora bien: el emperador era considerado por los romanos como un dios, así que ahí estaba el nombre de un dios extraño inscrito y desplegado para que se le dieran honores en la santa ciudad. La gente se enfureció; los más nobles, hasta sus más íntimos colaboradores judíos, le pidieron a Pilato que los quitara, pero se negó. Esta vez los judíos le denunciaron al emperador Tiberio, lo que le costó a Pilato el puesto.

Hace al caso cómo terminó Pilato. Este último incidente sucedió después de la crucifixión de Jesús, en el año 35 d.C. Hubo una revuelta en Samaria. No fue nada muy serio, pero Pilato lo aplastó con una crueldad feroz y con abundancia de ejecuciones. Los samaritanos estaban considerados como leales súbditos de Roma, e intervino el legado de Siria. Tiberio mandó llamar a Roma a Pilato; pero, cuando estaba de camino, murió Tiberio. Por lo que sabemos, Pilato nunca se presentó a juicio; y, desde ese momento, desaparece de la historia.

Está claro por qué Pilato actuó en el juicio de Jesús de aquella manera. Los judíos le chantajearon para que crucificara a Jesús. Le dijeron: « ¡Tú no eres amigo del César si sueltas a este Hombre! » Lo que equivalía a decirle: « Tu hoja de servicio no está muy limpia; ya te hemos denunciado una vez; si

no nos haces caso, informaremos otra vez al emperador y te costará el puesto. » Aquel día en Jerusalén, el pasado de Pilato le alcanzó y desafió. Le chantajearon para que consintiera en la muerte de Cristo porque sus errores anteriores le habían colocado en una posición de inferioridad, imposibilitándole para enfrentarse con los judíos y mantener su puesto. Casi no se puede evitar el sentir pena por él. Quería hacer justicia, pero no tuvo valor para enfrentarse con los judíos. Mandó crucificar a Jesús para conservar su posición.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Hemos visto la historia de Pilato; veamos ahora su comportamiento durante el proceso de Jesús. Pilato no quería condenar a Jesús, porque sabía que era inocente; pero se vio enredado en la maraña de su pasado.

(i) Pilato empezó tratando de echarle encima la responsabilidad a alguna otra persona. Les dijo a los judíos: «Llevaos a este Hombre y juzgadle según vuestras leyes.» Trató de evadir la responsabilidad de encararse con Jesús; pero eso es precisamente lo que nadie puede hacer. Nadie puede tratar con Jesús por nosotros; es algo que tenemos que hacer personalmente cada uno por sí mismo.

(ii) Pilato pasó a tratar de encontrar la salida del embrollo en que se encontraba. Propuso resolver la cuestión de Jesús aplicándole la costumbre de soltar a un preso para la Pascua. De esa manera se libraría de tratar directamente con Jesús; pero, digámoslo otra vez, precisamente eso es lo que nadie puede hacer. No hay escape de una decisión personal con respecto a Jesús; tenemos que decidir cada uno lo que vamos a hacer con Él, si rechazarle o aceptarle.

(iii) Pilato entonces pasó a ver la manera de hacer una decisión final. Mandó que le dieran una paliza a Jesús. Sin duda pensaba que aquello satisfaría, o al menos reduciría la virulencia de la hostilidad judía. Pensó que así se evitaría el dictar sentencia de crucifixión. Pero, otra vez, eso es lo que no se puede hacer con Jesús. Nadie puede llegar a un compromiso con Jesús; no se puede servir a dos señores. O estamos por Jesús, o en contra de Él.

(iv) Pilato entonces pasó a intentar apelar a los sentimientos: hizo que sacaran a Jesús, destrozado por la paliza, para que la gente le viera. Y les preguntó a los manifestantes: «¿Queréis que crucifique a vuestro « Rey »? » Trataba de inclinar la balanza apelando a la emoción y a la piedad. Pero nadie puede esperar que el apelar a otros le ahorre el tener que hacer su propia decisión personal; era a Pilato al que correspondía hacer aquella decisión. Nadie puede evitar su propio veredicto personal y su propia decisión personal sobre Jesús.

Por último, Pilato reconoció su derrota. Entregó a Jesús a la voluntad de la chusma porque no tuvo valor para hacer la decisión justa y asumir su responsabilidad.

Pero aún quedan facetas laterales del carácter de Pilato.

(i) Hay una insinuación de una actitud inveterada de desprecio en Pilato. Le preguntó a Jesús si era verdad que era Rey. Jesús le contestó preguntándole a su vez si se lo preguntaba sobre la base de lo que él mismo había descubierto, o por la información indirecta que hubiera recibido. La respuesta de Pilato fue: « ¿Es que soy yo judío? ¿Cómo puedes esperar que yo sepa nada de las cuestiones judías? » En resumidas cuentas: que era demasiado orgulloso para involucrarse en lo que

consideraba disputas y supersticiones judías. Y ese orgullo era precisamente lo que le hacía ser un mal gobernador. Nadie puede gobernar a un pueblo negándose a hacer el menor esfuerzo por comprenderlo y por penetrar en sus pensamientos y sentimientos.

(ii) Hay una especie de curiosidad supersticiosa en Pilato. Quería saber de dónde procedía Jesús -y se refería, sin duda, a algo distinto de Su lugar de nacimiento. Cuando oyó decir a los judíos que Jesús pretendía ser el Hijo de Dios, aún se

sintió más inquieto, temiendo que aquello pudiera encerrar algún misterio. Pilato era supersticioso, que es lo que es mucha gente que presume de ser, o de no ser, religiosa. Tenía miedo de llegar a una decisión a favor de Jesús a causa de los judíos; pero también tenía miedo de hacer ninguna decisión en contra de Él porque tenía la vaga sospecha de que Dios pudiera estar de alguna manera en aquel asunto.

(iii) Pero había un anhelo indecible en el corazón de Pilato. Cuando Jesús le dijo que había venido para dar testimonio de la verdad, la respuesta, o más bien pregunta, de Pilato fue: «¿Y dónde está la verdad?» Hay muchas maneras de hacer esa pregunta. Puede hacerse con cinismo y como en broma. Bacon immortalizó la respuesta de Pilato cuando escribió: «¿Qué es la verdad?, preguntó en broma Pilato; y no esperó la respuesta.» Pero no fue con cinismo como Pilato hizo la pregunta; ni como si no le importara. Aquí estaba el punto débil de su armadura. Lo preguntó anhelante y fatigosamente.

Pilato, según el estándar del mundo, era un hombre con éxito. Había llegado casi a la cima de su escalafón diplomático; era gobernador de toda una provincia; pero había algo que echaba de menos. Allí, en presencia de aquel sencillo, inquietante, odiado Galileo, Pilato se dio cuenta de que la verdad seguía siendo un misterio para él... y se había metido en una situación en la que ya no tenía esperanza de descubrirla. Puede que bromeaba; pero era la última broma de un desesperado. Philip Gibbs habla en algún lugar de haber escuchado un debate entre T. S. Eliot, Margaret Irwin, C. Day Lewis y otras personalidades distinguidas sobre el tema: «¿Vale la pena vivir esta vida?» «Es verdad que bromeaban -dijo-, pero bromeaban como si fueran juglares llamando a las puertas de la muerte.»

Así era Pilato. En su vida apareció Jesús, y de pronto se dio cuenta de lo que había estado perdiéndose. Aquel día podría haber encontrado todo lo que se había perdido; pero no tuvo el coraje de desafiar al mundo a pesar de su pasado, y ponerse al lado de Cristo y de un futuro que sería glorioso.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Hemos considerado el cuadro de la multitud en el juicio de Jesús y hemos pensado en la figura de Pilato. Ahora debemos concentrar nuestra atención en el Personaje central del drama: Jesús mismo.

Juan nos traza Su semblanza con una serie de pinceladas magistrales en las que sugiere más de lo que describe.

(i) Lo primero y principal es que no se puede leer esta historia sin percibir la absoluta majestad de Jesús. No hay nada que Le coloque en tela de juicio. Cuando alguien se enfrenta con Él, no es Jesús el que recibe el veredicto, sino la otra persona. Puede que Pilato tratara muchas cosas judías con desprecio arrogante, pero no a Jesús. No podemos por menos de tener la impresión de que es Jesús el que está en control, y Pilato el que no sabe por dónde tirar y se debate en una situación que no puede controlar ni comprender. La majestad de Jesús nunca brilló más gloriosamente que cuando se presentó a juicio ante la humanidad.

(ii) Jesús nos habla con absoluta claridad acerca de Su Reino. No es, nos dice, de esta Tierra. El ambiente de Jerusalén era siempre explosivo, y durante la Pascua era pura dinamita. Los romanos lo sabían muy bien, y en el tiempo de la Pascua destacaban más tropa a Jerusalén. Pero Pilato nunca tenía más de tres mil hombres a su mando. Algunos estarían en Cesarea, su cuartel general; otros, en la guarnición de Samaria; no es probable que hubiera más que unos pocos centenares de servicio en Jerusalén. Si Jesús hubiera querido enarbolar la bandera de la rebelión y entablar batalla, podría haberlo hecho con la máxima facilidad. Pero deja bien claras Sus credenciales regias, e igualmente claro que Su Reino no se basa en la fuerza, sino que se establece en los corazones. Nunca habría negado Jesús que se proponía la conquista; pero era la conquista del amor.

(iii) Jesús nos dice para qué había venido al mundo: para dar testimonio de la verdad, para decirle a la humanidad la verdad acerca de Dios, acerca de sí misma y acerca de la vida. Los días de las conjeturas, de las medias verdades y del andar a tientas se habían terminado. Jesús vino a decirnos la verdad. Esa es una de las grandes razones por las que no tenemos más remedio que aceptar o rechazar a Cristo. No hay término medio en relación con la verdad. O la aceptamos, o la rechazamos; y Cristo es la verdad.

(iv) Vemos el ánimo valeroso de Jesús. Pilato mandó que Le azotaran. Eso se hacía atando al reo a una columna dejándole la espalda totalmente expuesta. El látigo era una correa larga con trozos de plomo o huesos puntiagudos incrustados. Literalmente reducía la espalda de la persona a tiras. Pocos eran los que se mantenían conscientes durante el suplicio; algunos morían, y otros se volvían locos. Jesús lo soportó. Y después, Pilato Le sacó a la vista de la multitud y dijo: < ¡Ahí tenéis a vuestro Hombre! >

Aquí tenemos uno de los dobles sentidos característicos de Juan. Debe de haber sido la primera intención de Pilato el despertar la piedad de los judíos. «¡Fijaos! ¡Mirad a este pobre hombre destrozado y sangrante! ¡Mirad esta ruina humana! ¿Es

que todavía podéis querer seguir acechándole y arrastrándole a una muerte completamente innecesaria?> Pero casi podemos escuchar el cambio en el tono de su voz al decirlo, y contemplar la admiración que amanece en su mirada. En vez de decirlo medio despectivamente para despertar la lástima, le sale como una admiración incontenible. La palabra que usó Pilato fue *ho ánthrōpos*, que es la que se usaba corrientemente refiriéndose a un ser humano; pero no mucho después la usarían los pensadores griegos para designar al *hombre celestial*, el hombre ideal, el dechado de la humanidad. Siempre será verdad que, aunque digamos o dejemos de decir otras muchas cosas acerca de Jesús, Su heroísmo integral no tiene paralelo. Aquí tenemos, sin duda, a un Hombre.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

(v) Una vez más vemos aquí en el juicio de Jesús Su aceptación voluntaria de la Cruz y el supremo control de Dios. Pilato Le advirtió a Jesús que tenía poder para soltarle y para crucificarle. Jesús le contestó que él, Pilato, no tenía absolutamente ningún poder, excepto el que Dios mismo le había dado. La Crucifixión nunca, de principio a fin, se nos presenta como la historia de un hombre que se encuentra enredado en una maraña inexorable de circunstancias sobre las que no tiene absolutamente ningún control; nunca se nos presenta como la historia de un hombre conducido a la muerte, sino como la de un Hombre cuyos últimos días fueron una marcha triunfal hacia la meta de la Cruz.

(vi) Y aquí tenemos también la escena terrible del silencio de Jesús. Hubo un momento en el que no tuvo respuesta que darle a Pilato. Hubo otros momentos en los que Jesús guardó silencio. Estuvo callado ante el sumo sacerdote (*Mateo 26:63; Marcos 14:61*), y también ante Herodes (*Lucas 23:9*). Guardó silencio cuando las autoridades judías presentaron los cargos que tenían contra Él ante Pilato (*Mateo 27:14; Marcos 15:5*). Algunas veces tenemos la experiencia, cuando estamos hablando con otras personas, de que hemos llegado a un punto en el que no se puede seguir razonando ni discutiendo, porque no hay terreno común entre nosotros y nuestros interlocutores. Es como si habláramos distintos idiomas. Eso sucede cuando las personas hablan de hecho distintos idiomas mentales y espirituales. Es un día terrible cuando Jesús guarda silencio con una persona. No puede haber nada más terrible para una mente humana que el estar tan cerrada por el orgullo o la propia voluntad que no hay nada que le pueda decir Jesús que pueda tener sentido o suponer ninguna diferencia.

(vii) Por último, es posible que tengamos aquí otro ejemplo magnífico de la ironía dramática de Juan.

La escena llega a su fin cuando se nos dice que Pilato sacó a Jesús; como lo hemos traducido y lo expresa la versión Reina-Valera, Pilato salió al lugar que se llamaba el Pavimento de Gabatá -que puede querer decir un suelo de mosaico de mármol- y se sentó en el sillón del juez. Esto era el *bēma*, en el que se sentaba el magistrado para pronunciar la sentencia definitiva. El verbo para *sentarse es kathizein*, que puede ser transitivo o intransitivo; es decir, sentarse uno mismo o sentar a otro. Es posible que quiera decir que Pilato, en un último gesto burlesco, sacó a Jesús vestido de aquella túnica púrpura y con la corona de espinas en la frente, todo cubierto de sangre, y Le sentó en el sillón del juez, diciendo a continuación con un gesto y tono irónicos: «¿Cómo voy a crucificar a vuestro «Rey»?» El evangelio apócrifo de Pedro dice que, para burlarse, sentaron a Jesús en el sillón del juez y Le dijeron: « ¡Haz justicia, Rey de Israel!» Justino Mártir también dice que «sentaron a Jesús en el sillón del juez, y dijeron: « Da la sentencia por nosotros.»» Puede ser que Pilato, en burla, hiciera a Jesús representar el papel del juez. Si fue así, ¡qué tremenda ironía dramática había en aquella escena! Lo que se presentó en burla es en realidad la verdad; y un día, los que caricaturizaron a Jesús como juez se presentarán ante Él como el Juez -y se acordarán de lo que Le hicieron.

Así que en la escena dramática del juicio contemplamos la inmutable majestad, el valor inalterable, la serena aceptación de la Cruz, de Jesús. Nunca se Le vio en la Tierra tan regio como cuando se hizo todo lo posible para **humillarle**.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Ya hemos visto las principales personalidades que intervinieron en el proceso de Jesús: los judíos, con su odio; Pilato, con su dudoso pasado, y Jesús, con su serenidad y majestad regia.

Pero había otras personas al borde de la escena.

(i) Estaban los soldados. Cuando les entregaron a Jesús para que Le azotaran, se divirtieron con Él de una manera brutal y cruel. ¿Era un rey? Pues entonces Le proveyeron de un manto y una corona. Le pusieron una vieja túnica de púrpura y una corona de espinas, y se entretuvieron dándole de bofetadas. Estaban jugando a una cosa que era antigua y corriente. Filón, en su obra *Sobre Flaco*, cuenta una cosa muy semejante que hacían los gamberros de Alejandría: «Había un loco que se llamaba Carabás, aquejado no de la clase salvaje y bestial de locura -que pasa desapercibida tanto para los que la sufren como para los espectadores-, sino de otra clase mucho más tranquila y benigna. Solía pasar los días y las noches desnudo en la calle, sin guarecerse ni del frío ni del calor, y era el juguete de los niños y de los jóvenes. Se ponían de acuerdo para llevarse al

gimnasio donde, dejándole solo donde todos pudieran verle, le ponían de sombrero una corteza de árbol aplastada, y alrededor del cuerpo una estera como manto, y como cetro un trozo de papiro que uno de ellos había encontrado por ahí tirado. Y una vez que él había asumido los emblemas y las insignias de la realeza como se hace en los mimos teatrales, los jóvenes, con palos al hombro, se ponían a sus dos lados, representando el papel de lanceros cómicos. Luego se acercaban unos como para saludarle, otros como para presentarle algunas reclamaciones, otros como para solicitarle algunas cuestiones sociales. Y entonces, de la multitud de espectadores vibraba un extraño grito de « ¡Marín!» -Señor nuestro-, que es el nombre que se les da a los reyes en Siria.» Es patético que los soldados trataran a Jesús como los gamberros podrían tratar a un pobre idiota.

Y sin embargo, de todos los que intervinieron en el proceso de Jesús, los soldados eran los menos culpables, porque no sabían lo que estaban haciendo. Lo más probable es que les había correspondido venir de Cesarea como refuerzo para los días de la Pascua, y no sabían nada de lo que estaba pasando. Jesús no era para ellos más que el criminal de turno.

Aquí tenemos otro ejemplo de la ironía dramática de Juan. Los soldados hacían una caricatura de Jesús como rey, cuando en realidad Él era allí el único Rey. Bajo la parodia se ocultaba y revelaba la verdad eterna.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (conclusión)

(ii) El último de todos era Barrabás, cuyo episodio cuenta Juan con suma brevedad. De esa costumbre de soltar a un preso para la Pascua no sabemos más que lo que nos dicen los evangelios. Los otros tres completan la breve noticia de Juan y, cuando lo reunimos todo, descubrimos que Barrabás era un preso notable, un bandolero que había tomado parte en una insurrección en la ciudad y había cometido un asesinato (*Mateo 27:15-26; Marcos 15:6-15; Lucas 23:17-25; Hechos 3:14*).

El nombre de Barrabás es interesante. Hay dos posibilidades en cuanto a su origen. Puede venir de Bar Abba, que querría decir «Hijo de Papá», o de Bar Rabban, que querría decir «Hijo del Rabino.» No es imposible que Barrabás fuera hijo de algún rabino, un vástago descarriado de alguna familia noble. Y es posible que, con todo y ser un criminal, gozara de las simpatías de la gente del pueblo como una especie de Robin Hood. Es probable que no debamos tenerle por un delincuente vulgar. La palabra que se le aplica es léstés, que quiere decir bandolero. O era uno de los muchos que infestaban la carretera de Jerusalén a Jericó, la clase de personas en cuyas manos cayó el viajero de la parábola; o, todavía más probable, era uno de los celotas que habían jurado barrer de Palestina a los romanos, aunque tuviera que ser a base de crímenes, asaltos, robos y asesinatos. Barrabás no era un delincuente cualquiera. Era un hombre violento, eso sí; pero de los que se convierten en leyenda y son considerados como héroes populares y azote de las autoridades al mismo tiempo.

Pero hay otro detalle todavía más interesante acerca de Barrabás. Ese era su segundo nombre, y tiene que haber tenido otro, como Pedro, que se llamaba Simón Bar-Yoná, Hijo de Jonás. Ahora bien: hay algunos manuscritos antiguos del Nuevo Testamento y las traducciones siria y armenia que coinciden en dar el nombre propio de Barrabás como *Jesús*. Eso no es imposible ni mucho menos, porque el nombre de Jesús era bastante corriente, derivado de la forma griega del nombre hebreo *Yehoshúa*>*Yoshúa*, *Josué*. En ese caso la elección del pueblo era aún más dramática, porque gritarían de hecho: «¡No Jesús Nazareno, sino Jesús Barrabás!» Era la elección entre Jesús Bar-Abba (el hijo de un padre cualquiera) y Jesús, el Hijo del Padre Dios.

La elección de la multitud ha sido siempre la elección histórica. Barrabás era un hombre que alcanzaba sus propósitos por medios violentos. Jesús era un Hombre de amor y ternura, cuyo Reino se hace realidad en los corazones. Es un hecho trágico de la Historia que los pueblos escogen muchas veces el camino de la violencia en lugar del del amor, el camino de Barrabás en lugar del de Cristo.

Lo que fue de Barrabás no lo dice la historia, y es tema de reconstrucciones poéticas tan conmovedoras como la de Gabriel y Miró en sus *Figuras de la Pasión del Señor*. También John Oxenham continúa la historia de Barrabás en uno de sus libros. Al recuperar la libertad, Barrabás no podía pensar más que en que era libre. Luego se quedó mirando al Hombre que iba a tomar su lugar en la Cruz. Algo en Él le fascinaba, y Barrabás se encontró siguiéndole hasta la cima del Monte de la Calavera. Todo el camino, viendo a Jesús cargando con la Cruz, le ardía en la mente un solo pensamiento: «Esa es la cruz que tenía que haber llevado yo. ¡Yo la merecía! Y Él la está llevando por mí.» Y, cuando levantaron la cruz con Jesús colgando de ella, lo único que podía pensar Barrabás era: « ¡Soy yo el que tenía que estar colgado ahí, no Él! ¡Él me salvó!» Lo que sí es seguro es que Barrabás fue uno de los pecadores por los que murió Jesús.

EL CAMINO DE LA CRUZ

Juan 19:17-22

*Así es que se hicieron cargo de Jesús, Que iba llevando a cuestas Su Cruz, y salieron al lugar que se llama La Calavera, y en hebreo Gólgota. Allí Le crucificaron con otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio.
Pilato escribió un cartel para poner en la Cruz:*

«JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS».

Muchos judíos leían el cartel, porque el lugar en que estaba crucificado Jesús era cerca de la ciudad; y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Así que los principales sacerdotes dijeron insistentemente a Pilato:

- ¡No escribas «Rey de los Judíos», sino que Él dijo que era el rey de los judíos!

- ¡Lo escrito, escrito está! -les contestó Pilato.

No había una muerte peor que la crucifixión. Hasta los romanos la miraban con horror. Cicerón declaraba que era « la muerte más cruel y aterradora.» Tácito dijo que era «una muerte denigrante.» Fue en su origen un método persa de ejecución. Tal vez lo inventaron porque para los persas la tierra era sagrada, y no querían contaminarla con el cuerpo de un criminal; así que le clavaban a una cruz y le dejaban morir allí, a la vista de los buitres y de las otras carroñeras que terminarían la ejecución. Los cartagineses adoptaron de los persas la crucifixión, y los romanos, de los cartagineses.

La crucifixión no era el método de ejecución que se seguía en Roma, pero sí en las provincias, aunque sólo se solía aplicar a los esclavos. Era inconcebible que se le aplicara esa muerte a un ciudadano romano. Dice Cicerón: « Es un crimen atar a un ciudadano romano; todavía un crimen mayor el apalearle;

es casi como cometer un parricidio el darle muerte. ¿Y qué podría decirse de crucificarle? Acción tan nefasta no se podría describir con palabras, porque no tiene calificativo.» Fue esa muerte, la más terrible del mundo antiguo, reservada para esclavos y criminales, la que sufrió Jesús.

La rutina de la crucifixión era siempre igual. Después de celebrarse el juicio y de ser condenado el criminal, el juez pronunciaba la terrible sentencia: «¡Ibis *ad crucem!*!» «¡Irás a la cruz!» El veredicto se llevaba a cabo inmediatamente. Se ponía al condenado en medio de un *quaternium* o compañía de cuatro soldados. Se le colocaba el travesaño de la cruz sobre los hombros. Era costumbre azotarle antes, y ya hemos recordado lo terrible que era; y era corriente que hubiera que seguir pinchándole o azotándole a lo largo del camino para que siguiera adelante o se levantara si se caía, hasta que llegara al lugar de la ejecución. Delante de él iba un oficial con el cartel en el que se podía leer el crimen por el que se le había condenado, y se le conducía pasando por el mayor número posible de calles. Eso se hacía por dos razones. La primera, para que el mayor número posible de personas lo vieran y tomaran ejemplo; pero también por una razón más humana: se llevaba el cartel delante del condenado por la ruta más larga para que, si alguien podía dar testimonio a su favor, saliera a hacerlo. En tal caso, se detenía la comitiva y se devolvía el caso al tribunal.

El lugar de ejecución en Jerusalén se llamaba El *lugar de la Calavera, Kranion*, en hebreo *Gólgota*. (Calvario es la palabra latina con el mismo significado). Estaba fuera de la muralla, porque no era legal crucificar a nadie dentro de los límites de la ciudad. No se sabe con absoluta certeza dónde estaba.

Se han hecho varias sugerencias para explicar el macabro nombre, Lugar de la Calavera. Cuenta una leyenda que se llamaba así porque estaba enterrada allí la calavera de Adán. Otra sugerencia es que aquel lugar estaba lleno de calaveras de crucificados; pero eso no es probable, porque, según el derecho criminal romano, el criminal tenía que permanecer crucificado hasta morir de hambre, sed o lo que fuera, una

tortura que a veces duraba días; pero la ley judía decía que el cuerpo del criminal se tenía que bajar de la cruz y enterrar para la tarde. En la ley romana, el cuerpo no se enterraba, sino se dejaba a los buitres y los perros parias para que acabaran con él; pero eso habría sido ilegal para los judíos, y no se concibe que hubiera un lugar contaminado de calaveras. Lo más probable es que el lugar se llamara así por ser una colina pelada que parecía una calavera. En cualquier caso, era un nombre idóneo para las cosas macabras que en él tenían lugar.

Así es que Jesús salió, destrozado y sangrante, con la espalda rasgada en tiras por los azotes, llevando Su Cruz hasta el lugar donde había de morir.

EL CAMINO DE LA CRUZ

Juan 19:17-22 (conclusión)

En este pasaje hay otras dos cosas que no debemos pasar por alto. El cartel que se puso en la Cruz de Jesús estaba escrito en hebreo, latín y griego. Estas eran las tres grandes lenguas del mundo antiguo, y representaban a tres naciones. En el plan de Dios, todas las naciones tienen algo que enseñarle al mundo; y estas tres hicieron tres grandes aportaciones al mundo y a la Historia universal. Grecia le enseñó al mundo la belleza de la forma y del pensamiento; Roma le enseñó al mundo la ley y el

gobierno, e Israel le enseñó al mundo la religión y el culto del único Dios verdadero. En Jesús vemos la consumación de estas tres cosas. En Él está la suprema belleza y el pensamiento más elevado acerca de Dios. En Él está la Ley de Dios y el Reino de Dios. Y en Él está la verdadera Imagen de Dios. Todas las búsquedas y los esfuerzos del mundo encuentran en Él su culminación. Es significativo que Le llamaran Rey las tres grandes lenguas del mundo.

No cabe duda que Pilato puso aquel cartel en la Cruz de Jesús para humillar y enfurecer a los judíos. Acababan de decir que no tenían más rey que al César; acababan de rechazar a Jesús como su Rey. Y Pilato, sarcásticamente, puso aquel cartel en la Cruz. Las autoridades judías le pidieron insistentemente que lo quitara o cambiara, pero Pilato se negó. «¡Lo escrito, escrito está!» -les contestó. Aquí tenemos a Pilato el inflexible, el que no estaba dispuesto a ceder ni un pelo. Hacía poco que había vacilado cobardemente entre crucificar a Jesús o soltarle; y había acabado por dejarse intimidar y chantajear por los judíos. Inflexible acerca del cartel cuando había sido tan débil sobre la crucifixión.

Es una de las paradojas de la vida que uno puede mantenerse firme acerca de cosas que no importan y débil ante las que tienen una importancia suprema. Si Pilato hubiera resistido las tácticas de los judíos y no les hubiera concedido su voluntad en el caso de Jesús, probablemente habría pasado a la Historia como uno de sus nobles ejemplos. Pero, como se sometió en lo más importante y sólo se mantuvo firme en lo accesorio, su nombre está cubierto de vergüenza. Pilato aplicó mal y tarde su autoridad.

LOS JUGADORES AL PIE DE LA CRUZ

Juan 19:23-24

Después de crucificar a Jesús, los soldados cogieron Su ropa y se la repartieron en cuatro partes, una para cada soldado. También estaba la túnica; pero, como era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí:

-No la cortemos, sino echémosla a suertes para ver a quién le toca.

Esto sucedió para que se cumpliera lo que dice un pasaje de la Escritura: «Se repartieron mi ropa y se jugaron a suertes mi túnica.» Eso fue exactamente lo que hicieron los soldados.

Ya hemos visto que un quatermum de soldados conducía al reo al lugar de la ejecución. Uno de los gajes de esos soldados era la ropa del reo. Los judíos solían ponerse cinco artículos: calzado, turbante, cinto, túnica y manto exterior. Eran cuatro soldados, y había cinco artículos a repartir. Se los jugaron a los dados, y aún quedaba la túnica interior. Era *inconsútil*, sin costura, tejida toda de una pieza. Cortarla en cuatro piezas no habría servido para nada, así es que se la jugaron a los dados. Hay mucho que descubrir en esta escena tan gráfica y tan dramática.

(i) Stuart Kennedy escribió un poema basado en esto. Los soldados eran jugadores; y, en cierto sentido, Jesús también. Él se lo había jugado todo a Su fidelidad a ultranza a Dios; lo envidó todo en la Cruz. Era Su última y definitiva llamada a la humanidad, Su último y supremo acto de obediencia a Dios.

*Sentados, Le miraban,
sí, los soldados;
allí, mientras echaban
los dados...
Mientras Él, presentaba el sacrificio
muriendo en el patíbulo
para limpiar al mundo del pecado.
Él era un Jugador también, mi Cristo:
cogió Su vida y la envidó
para ganar a un mundo redimido.
Y antes que terminara Su agonía
y se sumiera el Sol en el ocaso
coronando de púrpura aquel día,
¡supo que había ganado!*

En cierto sentido, un cristiano también es un jugador, porque se juega la vida a que Jesús es el Que es.

(ii) No hay escena en la que se vea más claramente la indiferencia con que pagaba a Cristo el mundo. Allí, en aquella Cruz, Cristo estaba en agonía; y, al pie de la misma Cruz, los soldados echaban los dados como si no estuviera pasando nada. Un artista moderno ha pintado a Jesús, con las manos taladradas por los clavos y los brazos extendidos hacia una ciudad moderna por la que pasan las multitudes sin fijarse en Él. Sólo entre la gente Le dirige una mirada la enfermera de un hospital; y

el título del cuadro es: « ¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?» (*Lamentaciones 1:12*). La tragedia no es la hostilidad del mundo hacia Cristo, sino su indiferencia, el no darle ninguna importancia al amor de Dios.

Hay otros dos puntos que debemos considerar en esta escena. El primero se refiere a la leyenda de que había sido María la que había tejido la túnica inconsútil para dársela como un último regalo a su Hijo cuando salía al mundo. Si es verdad -y bien puede serlo, porque era lo que solían hacer las madres judías-, hay un doble patetismo en la escena de aquellos soldados insensibles, jugándose la túnica de Jesús que Le había regalado Su Madre.

(iv) Pero hay otra cosa aquí entre líneas. La túnica de Jesús se nos dice que era sin costura, tejida de una sola pieza de arriba abajo. Esa es exactamente la descripción de la túnica de lino que usaba el sumo sacerdote. Recordemos que la función sacerdotal consistía en ser el lazo de unión entre Dios y el pueblo. La palabra latina para *sacerdote* es *pontifex*, que quiere decir *el que hace de puente*, porque su función era precisamente ser intermediario entre Dios y los seres humanos. Nadie había realizado jamás esa función como la realizó entonces Jesús. Él es el perfecto Sumo Sacerdote por el Que la humanidad tiene acceso a Dios. Una y otra vez hemos visto que lo que nos dice Juan tiene más de un sentido: uno, que está a la vista, en la superficie, y otro más profundo que hay que pensar y estudiar para descubrirlo. Cuando Juan menciona la túnica inconsútil, no lo hace simplemente para describirnos la ropa que llevaba Jesús, sino para presentárnosle como el perfecto Sacerdote Que abre con Su perfecto y definitivo Sacrificio el camino para que todos podamos llegar a la presencia de Dios.

(v) Por último, advertimos que Juan encuentra en este incidente el cumplimiento literal de una profecía del Antiguo Testamento. Le aplica como reflejo anticipado lo que dijo el salmista en un salmo en el que no es esta la única alusión profética a la pasión del Redentor: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» (*Salmo 22:18*).

EL AMOR DE UN HIJO

Juan 19:25-27

Pero Su Madre, y la hermana de Su Madre, y María la mujer de Cleofás, y María Magdalena, estaban cerca de la Cruz de Jesús. Y cuando Jesús vio allí cerca a Su Madre, y también a Su discípulo amado, dijo a Su Madre:

- ¡Mujer: mira, tu hijo!

Y después, dirigiéndose al discípulo:

- ¡Mira: tu Madre!

Y desde aquel momento el discípulo se cuidó de ella.

Al final, Jesús no estaba completamente solo. Cerca de la Cruz había cuatro mujeres que Le amaban. Se ha explicado su presencia diciendo que, en aquel tiempo, las mujeres tenían tan poca importancia que nadie se fijaba en las discípulas, y por eso estas mujeres no corrían mucho riesgo al acercarse a la Cruz de Jesús. Pero siempre era peligroso, y para todo el mundo, asociarse con una Persona Que el gobierno romano consideraba lo suficientemente peligrosa como para merecer la Cruz. Siempre es peligroso mostrar afecto por Alguien Que los ortodoxos consideran un hereje. La presencia de estas mujeres cerca de la Cruz no era debida al hecho de que fueran tan poco importantes que nadie les prestaba atención, sino al hecho de que el perfecto amor destierra el temor.

Eran un curioso grupo. De una, María la mujer de Cleofás, no sabemos nada; pero sí de las otras tres.

(i) Allí estaba María, la Madre de Jesús. Puede que no llegara a comprenderlo todo, pero sí a amar totalmente. Su presencia allí era la cosa más natural del mundo para una madre. Puede que Jesús fuera un criminal a los ojos de la ley, pero era su Hijo. Como lo expresó Kipling:

Si me ahorcaran en el más alto cerro, yo sé qué amor allí me seguiría, ¡oh madre mía, sí, oh madre mía!

Y si me hundiera en lo hondo de los mares, sé qué llanto hasta mí descendería, ¡oh madre mía, sí, oh madre mía!

Si condenado de alma y cuerpo fuera, sé la oración que me redimiría, ¡oh madre mía, sí, oh madre mía!

El amor eterno de todas las madres estaba representado en María al pie de la Cruz.

(ii) Allí estaba la hermana de Su Madre. Juan no la nombra; pero si estudiamos los pasajes paralelos resulta claro que era Salomé, la madre de Santiago y de Juan (*Marcos 15:40; Mateo 27:56*). Lo curioso es que Jesús le había dirigido unas serias palabras de reprensión cuando vino a Él para pedirle que les concediera a sus hijos los puestos más importantes de Su Reino, y Jesús le enseñó lo equivocados que eran sus deseos ambiciosos (*Mateo 20:20*). Salomé era la mujer que Jesús había reprendido -¡y allí estaba, al pie de la Cruz! Su presencia la honra; nos la muestra como una mujer que era suficientemente humilde para

aceptar la reprensión y seguir amando con la más completa devoción. Y en cuanto a Jesús, nos muestra que Su reprensión nunca ocultaba, sino revelaba Su

amor. **La presencia de Salomé al pie de la Cruz es una lección para nosotros acerca de cómo se debe dár y cómo se debe recibir una corrección.**

(iii) Allí estaba María Magdalena. Todo lo que sabemos de ella es que Jesús la había librado de siete demonios (*Marcos 16:9; Lucas 8:2*). Nunca pudo olvidar lo que Jesús había hecho por ella: el amor de Jesús la había rescatado, y el amor que ella Le tenía no podía morir. El lema de María, escrito en su corazón, era: «Jamás olvidaré lo que Él hizo por mí.»

Pero en este pasaje hay algo que es una de las cosas más encantadoras de toda la historia evangélica. Cuando Jesús vio a Su Madre, no pudo por menos de pensar en los días por venir. No se la podía confiar a Sus hermanos, porque, hasta entonces, no creían en Él (*Juan 7:5*). Y, después de todo, Juan estaba doblemente cualificado para el servicio que Jesús le encomendó: era primo de Jesús y sobrino de María, y era el discípulo amado de Jesús. Así es que Jesús confió a María al cuidado de Juan, y a Juan al cuidado de María, de forma que se consolaran mutuamente de Su partida.

Hay algo infinitamente conmovedor en el hecho de que Jesús, en la agonía de la Cruz, cuando la Salvación del mundo estaba en juego y dependía exclusivamente de Él, considerara la soledad en que quedaría Su Madre en los días por venir. Él nunca olvidó los deberes que Le concernían y que estaba en Su mano cumplir. Era el Hijo primogénito de María; y, aun en el momento de Su batalla cósmica, no Se olvidó de las cosas más sencillas que concernían a Su hogar. Hasta el mismo final de Su vida en la Tierra, aun sobre la Cruz, Jesús está pensando más en los dolores de otros que en los Suyos.

EL FINAL TRIUNFAL

Juan 19:28-30

Después, cuando Jesús supo que ya todo estaba completo, dijo, para que también se cumpliera la Escritura:

- ¡Tengo sed!

Había allí un recipiente lleno de vinagre; así que pusieron una esponja empapada en vinagre en lo alto de una caña de hisopo, y Se la acercaron a la boca.

Cuando Jesús probó el vinagre, dijo:

- ¡Ya todo está completo!

Y recostando hacia atrás la cabeza, entregó el espíritu.

En este pasaje Juan nos coloca frente a frente a dos cosas acerca de Jesús.

(i) Nos pone cara a cara con Su sufrimiento humano; cuando Jesús estaba en la Cruz experimentó la agonía de la sed. Cuando Juan estaba escribiendo su evangelio, allá por el año 100 d.C., había surgido una cierta tendencia en el pensamiento filosófico y religioso que se llamaba el gnosticismo. Una de sus doctrinas básicas era que el espíritu es totalmente bueno, y la materia totalmente mala. De ahí se deducían ciertas conclusiones. Una era que Dios, que es Espíritu puro, no puede de ninguna manera asumir un cuerpo que es materia, y por tanto malo. Por tanto, los gnósticos enseñaban que Jesús no tenía un cuerpo de verdad, sino que era sólo un fantasma. Decían, por ejemplo, que cuando andaba no dejaba huellas en el suelo, porque era un espíritu puro en un cuerpo irreal.

De ahí pasaban a decir que Dios no podía sufrir; y, por tanto, Jesús no sufrió de veras, sino que pasó por la experiencia de la Cruz sin padecer ningún dolor. Cuando los gnósticos hablaban así creían que estaban honrando a Dios y a Jesús; pero lo que estaban haciendo era destruyendo la realidad de Jesús.

Si Él había de redimir a la humanidad, tenía que hacerse humano. Tenía que hacerse como nosotros para hacernos como Él. Por eso Juan hace hincapié en el hecho de que Jesús sufrió la sed. Quería hacer ver que era verdaderamente humano, y que realmente experimentó la agonía de la Cruz. Juan se detiene todo lo necesario para subrayar el hecho de la perfecta humanidad y el sufrimiento real de Jesús.

(ii) Pero, igualmente, nos pone cara a cara ante el triunfo de Jesús. Cuando comparamos los cuatro evangelios descubrimos un hecho iluminador. Los otros tres evangelios no nos relatan que Jesús dijera: « ¡Ya todo está completo!»; pero sí nos dicen que exclamó en voz muy alta (*Mateo 27:50; Marcos 15:37; Lucas 23:46*). Por otra parte, Juan no nos menciona el gran grito; pero sí nos dice que Sus últimas palabras fueron: « ¡Ya todo está completo! » La explicación es que el gran grito y las palabras « ¡Ya todo está completo! » son la misma cosa. « ¡Ya todo está completo! » es sólo una palabra en griego, *tetélestai*; y Jesús murió con un grito de triunfo en Sus labios. No dijo: « Todo se acabó, » como reconociendo Su derrota; sino proclamando Su victoria con un grito de júbilo. Parecía estar destrozado en la Cruz, pero sabía que había obtenido la victoria.

La última frase de este pasaje aún lo deja más claro. Juan dice que Jesús recostó la cabeza hacia atrás y entregó el espíritu. Como si reclinara la cabeza en la almohada. Para Jesús, el combate había terminado, y aun en la Cruz conoció el gozo de la victoria y el descanso del Que ha completado Su tarea y puede relajarse, contento y en paz.

Hay otras dos cosas que no debemos pasar por alto en este pasaje. La primera es que Juan relaciona el grito de Jesús: « ¡Tengo sed!», con el cumplimiento de un versículo del Antiguo Testamento: «Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre» (*Salmo 69:21*).

La segunda es otra de las alusiones de Juan. Nos dice que fue en una caña del hisopo donde pusieron la esponja con el vinagre. Ahora bien: la caña o junco de hisopo era una cosa

muy poco idónea para ese uso, porque no era más que un junco semejante a la hierba fuerte, pero que no tenía mucho más de medio metro de altura. Tan improbable es que se tratara de esa planta que algunos investigadores han sugerido que se trata de un pequeño error ortográfico, y que la palabra sería la que quiere decir lanza. Pero fue hisopo lo que escribió y quería decir Juan. Si retrocedemos bastantes siglos hasta la primera Pascua, cuando los israelitas salieron para siempre de la esclavitud de Egipto, recordamos que el ángel de la muerte iba pasando por todas las casas aquella noche matando a los primogénitos de los egipcios. Recordamos que los israelitas tenían que matar su cordero pascual, y untar los lados de las puertas de sus casas con la sangre para que el ángel de la muerte *pasara por alto* sus casas -que es lo que quiere decir *la Pascua*. Y las instrucciones originales habían sido: «Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre del lebrillo» (*Éxodo 12:22*). Fue la sangre del cordero pascual la que salvó al pueblo de Dios; y era la sangre de Jesús la que salvaría al mundo del pecado. La sola mención del *hisopo* conduciría el pensamiento de cualquier israelita al poder salvador de la sangre del cordero pascual; y esta era la manera en que Juan presentaba a Jesús como el Cordero pascual de Dios Cuya muerte salva al mundo del pecado.

EL AGUA Y LA SANGRE

Juan 19:31-37

Como era el viernes por la tarde, para que los cuerpos no se quedaran en las cruces todo el sábado (porque aquel sábado era un día especialmente solemne), los judíos le pidieron a Pilato que se les quebraran las piernas a los crucificados y se los bajara de las cruces.

Así es que llegaron los soldados, y le quebraron las piernas al primer reo, y también al otro que habían crucificado con Jesús. Pero al llegar a Él y ver que ya estaba muerto, no Le quebraron las piernas; pero uno de los soldados Le atravesó el costado con la lanza, e inmediatamente salieron sangre y agua.

Y el que da testimonio de esto lo vio, y lo que dice es cierto; y él sabe que está diciendo la verdad para que vosotros también creáis. Todo esto sucedió así en cumplimiento del pasaje de la Escritura que dice: «No se Le romperán los huesos.» Y también del otro que dice: «Verán al Que traspasaron.»

En una cosa sí eran los judíos más piadosos que los romanos. Cuando los romanos ejecutaban una crucifixión siguiendo sus reglas, simplemente dejaban que el reo muriera en la cruz, aunque fuera después de pasar varios días al calor del mediodía y al frío de la noche, torturado por la sed y por los insectos que se cebaban en sus heridas abiertas. A menudo los crucificados morían dando muestras de locura furiosa aunque impotente. Tampoco enterraban los romanos a los que morían en la cruz, sino simplemente los dejaban a merced de los buitres y de los perros.

La ley judía era diferente, y establecía: «Si alguno hubiere cometido algún crimen por el que merece la muerte, y le ajusticiáis colgándole de un madero, no dejéis que su cuerpo pase la noche expuesto en el patíbulo; enterradlo sin falta el mismo día» (*Deuteronomio 21:22-23*). La *Misná*, la ley judía de los escribas, establecía: «Todo el que permita que un muerto pase la noche sin enterrar transgrede un mandamiento positivo.» El sanedrín se encargaba de que hubiera dos tumbas dispuestas para los que sufrieran la pena de muerte y no pudieran enterrarse en el mismo lugar que sus padres. En esta ocasión era todavía más importante el que no se dejaran los cuerpos en las cruces durante la noche, porque el día siguiente era sábado, y el muy especial sábado de la Pascua.

Para despachar a los reos que seguían vivos más de lo conveniente se usaba un método bastante macabro: se les rompían las piernas con una maza. Eso fue lo que hicieron a los reos que estaban crucificados con Jesús; pero en Su caso no fue necesario, porque cuando llegaron los soldados Jesús ya estaba muerto. Juan ve en esa circunstancia el cumplimiento de otro símbolo del Antiguo Testamento: había la norma de no quebrantar ningún hueso del cordero pascual (*Números 9:12*). De nuevo Juan ve en Jesús al Cordero pascual de Dios que libra de la muerte a Su pueblo.

Por último se nos presenta un extraño incidente. Cuando los soldados vieron que Jesús ya estaba muerto, no Le rompieron los miembros con la maza; pero uno de ellos, probablemente para asegurarse aún más de que estaba muerto, le atravesó con la lanza el costado, del que fluyeron agua y sangre. Juan le atribuye a aquello un sentido especial. Ve en ello el cumplimiento de la profecía de *Zacarías 12:10*: «Me mirarán a Mí, a Quien traspasaron.» Y añade expresamente que ese es el testimonio de un testigo ocular de lo que realmente sucedió, y que él personalmente garantiza que es cierto.

En primer lugar, preguntémosnos qué fue lo que sucedió de hecho. No podemos asegurarlo, pero puede ser que Jesús muriera literalmente porque se Le rompiera el corazón. Lo normal, desde luego, es que el cuerpo de un muerto no sangre. Se ha sugerido que lo que realmente sucedió fue que las experiencias físicas y emocionales de Jesús fueron tan terribles que se Le reventó el corazón. Cuando sucedió aquello, la sangre del corazón se mezcló con el líquido del pericardio que rodea el corazón; la lanza del soldado rompió el pericardio, y brotó la mezcla de sangre y agua. Sería patético creer que Jesús, en el sentido más literal, murió porque se Le partió el corazón.

Aun así, ¿por qué lo subraya tanto Juan? Por estas dos razones.

(i) Para él era la prueba definitiva e irrefutable de que Jesús era un hombre real con un cuerpo real. Esa era la respuesta

a los gnósticos con sus ideas de fantasmas y espíritus y una humanidad irreal. Aquí está la prueba de que Jesús fue carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso.

(ii) Pero para Juan aquello era más que una prueba de la humanidad de Jesús: era un símbolo de los dos grandes sacramentos de la Iglesia. Hay un sacramento que tiene por materia el agua: el Bautismo; y otro que representa la sangre: la Comunión, con su copa de vino rojo como la sangre. El agua del Bautismo es el símbolo de la gracia purificadora de Dios en Jesucristo; el vino de la Comunión es el símbolo de la sangre que fue derramada para salvarnos de nuestros pecados. El agua y la sangre que fluyeron del costado abierto de Jesús eran para Juan el agua purificadora del Bautismo y la sangre purificadora que se conmemora en la Mesa del Señor.

LOS DONES PÓSTUMOS A JESÚS

Juan 19:38-42

Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secreto por temor a los judíos, le pidió a Pilato que le permitiera hacerse cargo del cuerpo de Jesús, y Pilato se lo concedió. Así es que fue a llevarse el cuerpo.

Nicodemo, el que en un principio había venido a Jesús una noche, también fue, llevando unos treinta kilos de mezcla de mirra y áloe. Los dos se llevaron el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos de lino con especias, que es como entierran los judíos a sus muertos.

Donde habían crucificado a Jesús había un huerto, y en él había una tumba nueva en la que todavía no se había enterrado a nadie. Allí fue donde enterraron a Jesús, porque estaba a mano y era víspera de sábado.

Así es que Jesús murió; y lo que quedaba por hacer había que hacerlo deprisa, porque el sábado estaba para empezar, y los sábados no se podía hacer ningún trabajo. Los discípulos de Jesús eran pobres, y no Le habrían podido dar un entierro digno; pero otros dos se hicieron cargo.

Uno era José de Arimatea. Siempre había sido discípulo de Jesús; era un hombre importante y miembro del sanedrín, y hasta entonces había mantenido secreto que era discípulo de Jesús por temor a las consecuencias. Y el otro era Nicodemo. La costumbre de los judíos era envolver los cadáveres en tela de lino y poner especias aromáticas entre los pliegues. Nicodemo trajo especias suficientes para el entierro de un rey. Así es que José de Arimatea le dio la tumba a Jesús, y Nicodemo Le dio la ropa y los perfumes que habrían de cubrirle en la tumba.

Aquí se armonizan la tragedia y la gloria.

(i) Hay tragedia. Tanto Nicodemo como José de Arimatea eran miembros del sanedrín, y eran también discípulos secretos de Jesús. O no estuvieron presentes en la reunión del sanedrín en la que juzgaron y condenaron a Jesús, o no intervinieron en ella, por lo que nosotros sabemos. ¡Qué diferente habría sido para Jesús el que, entre aquellas voces intimidadoras y condenatorias, hubiera sonado alguna en Su defensa! ¡Qué diferencia si hubiera visto lealtad en un rostro, entre tantos hostiles y envenenados! Pero José y Nicodemo estaban atemorizados.

Todos dejamos muchas veces los tributos para cuando se ha muerto la persona. ¡Cuánto más grande habría sido la lealtad en vida que una tumba y un sudario dignos de un rey! Una florecilla en vida vale más que todas las coronas de flores después de muerta la persona; una palabra de afecto o de aprecio o de agradecimiento en vida vale más que todos los panegíricos del mundo cuando la vida ha terminado.

(ii) Pero aquí hay también gloria. La muerte de Jesús había hecho por José y Nicodemo lo que no había hecho toda Su vida. En cuanto murió Jesús en la Cruz, José olvidó sus temores y fue a dar la cara ante el gobernador romano para pedirle Su cuerpo. En cuanto murió Jesús en la Cruz, allí estaba Nicodemo

para llevarle un tributo que todos podían ver. La cobardía, la vacilación, la prudente reserva se habían acabado. Los que habían tenido miedo cuando Jesús estaba vivo, se declararon por Él de una manera que todos podían ver tan pronto como murió. No hacía ni una hora que había muerto cuando empezó a cumplirse Su profecía: «En cuanto a Mí, cuando sea levantado de la tierra atraeré a Mí a toda la humanidad» (*Juan 12:32*). Puede que la ausencia o el silencio de Nicodemo y José en el sanedrín causaran dolor a Jesús; pero seguro que cómo se desembarazaron de sus temores después de la Cruz Le alegró el corazón al

comprobar que el poder de la Cruz había empezado a obrar maravillas y ya estaba atrayendo a las personas hacia Él. El poder de la Cruz ya entonces estaba transformando a los cobardes en héroes y a los vacilantes en personas que se decidían irrevocablemente por Cristo.

AMOR ALUCINADO

Juan 20:1-10

La madrugada del primer día de la semana, cuando estaba todavía oscuro, María Magdalena fue a la tumba, ¡y vio que estaba quitada la piedra de la entrada! Entonces fue corriendo a ver a Simón Pedro y al otro discípulo al que Jesús amaba, y les dijo:

- ¡Se han llevado al Señor de la tumba, y no sabemos dónde Le han puesto!

A eso Pedro salió con el otro discípulo en dirección a la tumba. Iban los dos corriendo; pero el otro discípulo se adelantó, porque corría más deprisa, y llegó antes a la tumba; se agachó para mirar, y vio los lienzos en su sitio, pero no entró. A eso llegó Pedro siguiéndole, y entró en la tumba. Vio los lienzos colocados allí; y el sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús, no con los lienzos, sino doblado en su lugar correspondiente.

Entonces el otro discípulo, el que había llegado el primero a la tumba, también entró, y vio, y creyó.

Y es que todavía no se habían percatado de que el sentido de la Escritura era que Jesús había de resucitar.

Y los discípulos se volvieron adonde estaban parando.

Es posible que nadie amara a Jesús tanto como María Magdalena. Él había hecho algo por ella que ningún otro habría podido hacer, y ella no lo podía olvidar. La tradición ha dado por seguro que María Magdalena era una pecadora empedernida a la que Jesús reclamó, y perdonó, y purificó. Henry Kingsley escribió un hermoso poema sobre ella.

*Magdalena a la puerta de Miguel
no hacía más que llamar.*

*En un roble cantaba un ruiñeñor:
«¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»*

*Miguel dijo: «No traes ninguna ofrenda,
nada puedes pagar.»*

*«¡Bien lo sabe!», cantaba el ruiñeñor.
«¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»*

*Miguel dijo: «¿No has visto las heridas?
¿Reconoces tu mal?»*

*El ruiñeñor cantaba: «¡Y bien lo siente!
¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»*

*«Claro que sí, que he visto las heridas,
que Él sufrió en mi lugar.»*

*El ruiñeñor cantaba: «¡Ya es muy tarde!
¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»*

*El ruiñeñor, al fin, quedó dormido,
y la noche cayó,
y Uno vino que abrió por fin la puerta,
y Magdalena entró.*

María Magdalena había pecado mucho, y amó mucho; el amor era todo lo que podía traer.

Era costumbre en Palestina visitar la tumba de un ser querido hasta tres días después del entierro. Se creía que el espíritu de la persona difunta estaba por allí aquellos tres días; pero después se alejaba, porque el cuerpo había empezado a descomponerse y estaba irreconocible. Los amigos de Jesús no pudieron ir a la tumba el sábado porque habrían querido mover la piedra y completar lo que faltara por hacerle, y eso habría sido quebrantar el sábado. El primer día de la semana, nuestro domingo, fue cuando María Magdalena se dirigió a la tumba de madrugada. La palabra que se usa es *prói*, que designaba la última de las

cuatro vigiliias en que se dividía la noche, y que iría desde las 3 hasta las 6 de la mañana. Todavía estaba oscuro cuando María llegó a la tumba; pero ella no podía seguir esperando más tiempo.

Cuando llegó a la tumba, se quedó alucinada y aterrada. Las tumbas de la antigüedad no solían tener puertas. En la entrada había como un canal en el suelo por el que se deslizaba una piedra circular, como las de molino, para cerrar la entrada. Además, Mateo nos dice que las autoridades habían sellado la piedra para asegurarse de que no la movían (*Mateo 27:66*). María, naturalmente, se quedó perpleja al ver que no estaba en su sitio. Es probable que se le ocurriera una de dos cosas. La primera, que habían sido los judíos los que se habían llevado el cuerpo de Jesús; que, no dándose por satisfechos con que hubiera muerto en una cruz, estaban profanando Su cadáver. Pero también había tipos macabros que se dedicaban a robar las tumbas, y a María se le puede haber ocurrido pensar que eso era lo que había sucedido.

Era una situación que María no podía arrostrar sola; así es que volvió a la ciudad a buscar a Pedro y a Juan. María es el ejemplo supremo de la persona que sigue amando y creyendo más allá de lo que puede entender; y ése es el amor y ésa la fe que acaban encontrando la gloria.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Juan 20:1-10 (conclusión)

Uno de los detalles que resaltan en esta historia es que se seguía considerando a Pedro como el líder de la compañía apostólica. Fue a él al que se dirigió María. A pesar de haber negado a Jesús -cosa que no habría podido por menos de saberse y difundirse-, Pedro seguía siendo el líder. Solemos hablar de la debilidad e inestabilidad de Pedro; pero tiene que haber habido algo realmente sobresaliente en el hombre que pudo seguir al frente de sus compañeros después del fallo desastroso que había tenido; tiene que haber habido algo realmente notable en el hombre al que sus compañeros siguieron considerando su líder después de aquello. Su momento de debilidad no debe impedirnos ver la fuerza moral y la estatura personal de Pedro, ni reconocer que era un líder nato.

Así que fue a Pedro y Juan a los que acudió María, y ellos se dirigieron inmediatamente a la tumba. Fueron a la carrera; y Juan, que debe de haber sido más joven que Pedro puesto que vivió hasta el final del siglo I, dejó atrás a su compañero. Cuando llegó a la tumba, Juan miró hacia dentro, pero no entró. Pedro, impulsivo por naturaleza, no sólo miró, sino entró. De momento, Pedro sólo se sorprendió de que la tumba estuviera vacía; pero algo empezó a ocurrir en la mente de Juan. Si alguien se hubiera llevado el cuerpo de Jesús, si lo hubieran robado los ladrones de tumbas, ¿por qué se iban a dejar la mortaja?

Entonces otra cosa le sorprendió aún más: los lienzos no estaban tirados de cualquier manera, sino colocados *todavía con sus dobleces* -eso es lo que dice el original-: los que habían cubierto el cuerpo, donde había estado el cuerpo; y los que la cabeza, donde había estado la cabeza. Lo que se nos quiere decir es que las ropas fúnebres no parecían como si se le hubieran quitado al cadáver, sino que estaban colocadas como si el cuerpo de Jesús se hubiera esfumado. Aquello penetró en la mente de Juan; se dio cuenta de lo que había sucedido

-¡y creyó! No fue lo que había leído en las Escrituras lo que le convenció de que Jesús había resucitado, sino lo que vio con sus propios ojos.

El papel del amor en esta historia es extraordinario. Fue María, la que tanto amaba a Jesús, la primera en ir a la tumba. Y fue Juan, el discípulo al que amaba Jesús y que amaba a Jesús de una manera especial, el primero que creyó en la Resurrección. Esa será siempre la mayor gloria de Juan. Fue el primero en darse cuenta y en creer. El amor le abrió *los ojos* para leer las señales, y la mente para entenderlas.

Aquí tenemos una de las grandes leyes de la vida. En cualquier clase de obra, es verdad que no podemos realmente interpretar el pensamiento de otra persona a menos que haya entre nosotros un nexo de simpatía. Resulta evidente cuando el director de orquesta está en relación de simpatía con la música del compositor cuya pieza está interpretando. El amor es el gran intérprete. El amor puede captar la verdad cuando el intelecto se mueve todavía inseguro y a tientas. El amor puede darse cuenta del sentido de una cosa cuando la investigación sigue a ciegas. Una vez, un artista joven le trajo a Doré un cuadro de Jesús para que le diera su parecer. Doré se resistía a hacerlo; pero, por último, dijo una sola frase: < Tú no Le amas; porque, si Le amaras, Le habrías pintado mejor. > No podemos entender a Jesús ni ayudar a otros a entenderle, si no Le entregamos nuestros corazones tanto como nuestras mentes.

EL GRAN RECONOCIMIENTO

Juan 20:11-18

Pero María se quedó llorando a la entrada de la tumba. Llorando como estaba, se inclinó hacia abajo para mirar dentro de la tumba, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado colocado el cuerpo de Jesús. Y le dijeron:

Mujer, ¿por qué estás llorando?

-Porque se han llevado a mi Señor -les contestó María-, y no sé adónde.

Entonces se dio la vuelta, y vio a Jesús que estaba allí de pie; pero no se dio cuenta de que era Él. Jesús le dijo:

Mujer, ¿por qué estás llorando? ¿A quién buscas?.

Ella, tomándole por el hortelano, Le contestó:

-Señor, si has sido Tú el que Te Le has llevado, dime dónde Le has puesto, y yo me Le llevaré.

- ¡María! -le dijo Jesús.

- ¡Rabbuní! -que quiere decir «maestro mío», Le contestó ella. Y Jesús le dijo:

-Suéltame, que todavía no he ascendido a Mi Padre; pero ve a decirles a Mis hermanos que voy a ascender a Mi Padre, Que es vuestro Padre, y a Mi Dios, Que es vuestro Dios.

María Magdalena llegó diciéndoles a los discípulos:

- ¡He visto al Señor!

Y les dijo todo lo que Él le había dicho.

Se ha dicho que esta escena es la más grande historia de reconocimiento de la literatura universal. A María corresponde la gloria de haber sido la primera persona que vio a Cristo Resucitado. Toda la historia está salpicada de referencias a su amor. Había vuelto a la tumba; había llevado la noticia de la tumba abierta a Pedro y Juan, que deben de haberla dejado atrás en su carrera a la tumba; así es que, para cuando ella llegó, ellos ya se habían vuelto a su alojamiento, tal vez por otro camino. El caso es que aquí nos la encontramos otra vez a la entrada de la tumba, llorando desconsoladamente.

No hay por qué buscar razones complicadas para explicar el que no reconociera a Jesús. Lo más sencillo y conmovedor es que no Le veía a través de las lágrimas.

Toda su conversación con el Que tomó por el hortelano revela su amor. «Si has sido Tú el que Te Le has llevado, dime

dónde Le has puesto.» No mencionó el nombre de Jesús; supuso que todo el mundo sabría a Quién estaba buscando; tenía la mente tan llena de Él que no le quedaba sitio para nadie más en todo el mundo. «Y yo me Le llevaré.» ¿Cómo se Le iba a llevar, y adónde, una mujer sola? Pero ella ni siquiera se había planteado esos problemas. Lo único que anhelaba era poder llorar su amor sobre el cuerpo muerto de Jesús. Tan pronto como Le contestó al Que había tomado por el hortelano, se daría la vuelta hacia la tumba, dándole la espalda a Jesús. Y entonces no hizo falta más que una palabra: « ¡María!» Y otra de respuesta: « ¡Maestro mío!» (*Rabbuní* es la forma aramea de *Rabí*, que Juan interpreta para sus lectores griegos como es su costumbre).

Las siguientes pueden haber sido las razones por las que María no reconoció en un principio a Jesús.

(i) No nos damos cuenta de hasta qué punto la Resurrección fue una sorpresa gloriosa pero totalmente inesperada para los amigos de Jesús. Es verdad que Él se la había anunciado; pero también que ellos no Le habían comprendido, como se nos dice una y otra vez. Aunque nos extrañe, Jesús era la última Persona Que creían que podían encontrarse casualmente.

(ii) A María, las lágrimas no le permitieron reconocerle: le cegaron los *ojos* para que no Le pudiera ver. Cuando perdemos a un ser querido, hay tristeza en el corazón y lágrimas que se derraman o que no se derraman. Pero hay algo que debemos recordar: entonces nuestro dolor es en esencia egoísta. Lo que sentimos es nuestra soledad, nuestra pérdida, nuestra desolación. No podemos sentir que alguien haya ido como invitado de Dios; es por nosotros por los que lloramos. Es natural e inevitable. Al mismo tiempo, no debemos dejar que las lágrimas nos cieguen a la gloria del Cielo. Lágrimas ha de haber, pero a través de ellas debemos vislumbrar la gloria.

(iii) No pudo reconocer a Jesús porque no hacía más que mirar hacia el otro lado. No podía apartar los *ojos* de la tumba, así es que Le estaba dando la espalda. También eso nos sucede a menudo. En esos casos nuestros *ojos* están fijos en la fría tierra de la tumba; pero tenemos que arrancarlos de ahí: ahí no es donde están nuestros seres queridos; sus cuerpos desgastados puede que sí, pero su persona real está en los lugares celestiales en comunión con Cristo y en la gloria de Dios.

Cuando viene la aflicción, no debemos dejar que las lágrimas nos cieguen a la gloria, ni tampoco fijar nuestros ojos en la tumba olvidando el Cielo. Alan Walker, en su *Calvario de todo el mundo*, nos cuenta que una vez estaba oficiando en un funeral ante personas para las que el culto no era más que una fórmula, y que no tenían ni fe cristiana ni ningún contacto con la iglesia. «Cuando se terminó el oficio, una joven miró hacia la tumba y dijo quebrantada: « ¡Adiós, padre!» La palabra «Adiós» es el final para los que no tienen la fe cristiana.» Pero para nosotros ese momento es literalmente « ¡A Dios!», con lo que queremos decir: « ¡Hasta la vista!»

COMPARTIENDO LA BUENA NOTICIA

Juan 20:11-18 (conclusión)

Hay una dificultad innegable en este pasaje. Cuando se ha completado la escena del reconocimiento, a primera vista, en cualquier caso, Jesús le dijo a María: « No me toques, porque todavía no he ascendido al Padre.» Y unos pocos versículos más adelante nos encontramos con. que Jesús *invita* a Tomás a que Le toque (*Juan 20:27*). Lucas también nos presenta a Jesús invitando a Sus aterrados discípulos: « ¡Miradme las manos y los pies! ¡Mirad, soy Yo! ¡Tocadme y miradme! Un fantasma no es una persona de carne y hueso como veis que soy Yo» (*Lucas 24:39*). En el relato de Mateo leemos que «ellas se Le acercaron, se abrazaron a Sus pies y Le adoraron» (*Mateo 28:9*). La expresión de Juan también es difícil de entender. Pone en boca de Jesús: «No Me sujetes, que todavía no he ascendido a Mi Padre,» como diciendo que se Le podría tocar después de ascender. No hay ninguna explicación que sea totalmente satisfactoria.

(i) Se le ha dado una explicación espiritual a todo esto. Se ha afirmado que el único contacto real con Jesús es posible solamente después de la Ascensión; que no es el contacto físico con las manos lo verdaderamente importante, sino el que establecemos por la fe con el Señor Resucitado y Viviente. Eso es indudablemente cierto y precioso, pero no parece ser el sentido de este pasaje.

(ii) Se ha sugerido que el griego es realmente una traducción inexacta de un original arameo. Es verdad que Jesús hablaría en arameo, y no en griego; y que lo que nos dice Juan aquí es la traducción de lo que dijo Jesús. Se sugiere que lo que Jesús dijo realmente fue: « ¡No me retengas; sino, antes de que Yo ascienda a Mi Padre, ve a decirles a Mis hermanos...» Sería corno si Jesús hubiera dicho: « No te detengas tanto adorándome con el gozo de tu nuevo descubrimiento. Ve a darles la noticia a los demás discípulos.» Puede que sea esta la mejor explicación. El imperativo griego es un imperativo *presente*, y en estricta literalidad quiere decir: « ¡Deja de agarrarme!» Puede que Jesús le estuviera diciendo a María: « No sigas sujetándome egoístamente para ti sola. Dentro de poco vuelvo a Mi Padre. Antes quiero pasar con Mis discípulos el mayor tiempo posible. Ve a darles la buena noticia para que no perdamos nada del tiempo que ellos y Yo podemos compartir.» Así se obtiene un sentido excelente, y de hecho eso fue lo que hizo María.

(iii) Queda otra posibilidad. En los otros tres evangelios se hace hincapié en *el temor* de los que reconocieron a Jesús de pronto. En *Mateo 28:10*, las palabras de Jesús son: « ¡No tengáis miedo!» En *Marcos 16:8*, el relato termina: « ...se había apoderado de ellas un temblor y un miedo terrible... porque estaban atemorizadas.» En *Lucas 24:5* se nos dice que «se llevaron tal susto que no se atrevían ni a levantar la mirada del suelo.» En el relato de Juan no se menciona ese miedo paralizador. Ahora bien: a veces los que copiaban los manuscritos antiguos cometían errores, porque no era nada fácil leerlos. Algunos investigadores creen que lo que Juan escribió no era ME MOY APTOY, «no Me toques», sino ME PTOOY, «no tengas miedo» (El verbo PTOEIN quiere decir «estremecerse de miedo»). En ese caso, Jesús le estaba diciendo a María: «No tengas miedo; todavía no Me he ido a Mi Padre; todavía estoy aquí con vosotros.»

Como ya dijimos, ninguna de estas explicaciones es totalmente satisfactoria; pero tal vez la segunda es la mejor de las tres que hemos considerado.

Lo que está claro es que Jesús le dijo a María que volviera a los discípulos con el mensaje de que lo que les había dicho a menudo estaba a punto de suceder: Jesús volvía a Su Padre; y María llegó con la noticia: « ¡He visto al Señor!»

El mensaje de María contiene la esencia del Evangelio, porque un cristiano es el que puede decir: « He visto al Señor.» El Cristianismo no quiere decir saber de Jesús, sino conocer a Jesús. No es poder discutir acerca de Jesús, sino encontrarse con Él. Quiere decir tener la certeza de que Jesús está vivo.

LA COMISIÓN DE CRISTO

Juan 20:19-23

Cuando se hizo de noche aquel primer día de la semana; y los discípulos estaba todos juntos en un mismo lugar con las puertas atrancadas por miedo a los judíos, vino Jesús, se puso en medio de ellos y los saludó diciendo:

- ¡Que la paz sea con vosotros!

Y acto seguido les enseñó Sus manos y Su costado; y los discípulos se llenaron de júbilo al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez:

- ¡Que la paz sea con vosotros! Como el Padre Me envió a Mí, os envío Yo a vosotros.

E inmediatamente les infundió Su aliento y les dijo:

- Recibid el Espíritu Santo. Si le remitís a alguien los pecados, le quedan remitidos; y si se los retenéis, les quedan retenidos.

Es muy probable que los discípulos siguieran juntos en el aposento alto donde habían celebrado la Pascua con Jesús; pero lo que los mantenía unidos era el miedo. Conocían la actitud envenenada de los judíos que habían tramado la muerte de Jesús, y

temían que a ellos también les llegara el turno; así es que estaban juntos, pero atemorizados, escuchando los pasos en la escalera y las llamadas a la puerta, no fuera que fueran los emisarios del sanedrín que llegaban a arrestarlos a ellos.

Cuando estaban allí, Jesús apareció de pronto en medio de ellos. Les dirigió el saludo más corriente en el Oriente: «¡Que la paz sea con vosotros!» Quería decir más que «Que os veáis libres de problemas.» Más bien: « ¡Que Dios os colme de todo bien!» Y entonces Jesús les transmitió a Sus discípulos la comisión que la Iglesia no debe olvidar.

(j) Les dijo que, como Dios Le había enviado a Él, así ahora Él los enviaba a ellos. Aquí tenemos lo que llamaba Westcott « La Constitución de la Iglesia.» Quiere decir tres cosas.

(a) Quiere decir que Jesucristo cuenta con la Iglesia, que es exactamente lo que Pablo quería decir cuando llamaba a la Iglesia « El Cuerpo de Cristo» (*Efesios 1:23; 1 Corintios 12:12*). Jesús había traído un mensaje para toda la humanidad, y ahora Se volvía con Su Padre. Su mensaje no podría alcanzar a toda la humanidad a menos que la Iglesia se encargara de transmitirlo. La Iglesia tenía que ser una boca que hablara de Jesús, unos pies que fueran a cumplir Sus recados y unas manos para hacer Su obra. Por tanto, lo primero que quiere decir esto es que *Jesús depende de Su Iglesia*.

(b) Quiere decir que la Iglesia necesita a Jesús. El que ha de ser enviado necesita a alguien que le envíe; necesita un mensaje que llevar; necesita un poder y una autoridad que respalden ese mensaje; necesita alguien a quien poder dirigirse cuando tenga dudas o dificultades. Sin Jesús, la Iglesia no tiene mensaje; sin Él, no tiene poder; sin Él, no tiene a nadie a quien apelar cuando se encuentra en dificultades; sin Él no tiene a nadie que le ilumine el entendimiento, ni que le fortalezca los brazos, ni que le anime el corazón. Esto quiere decir que *la Iglesia depende de Jesús*.

(c) Y aún queda otra cosa. Jesús envía a la Iglesia de una manera paralela a como Dios envió a Jesús. Pero no podemos leer la historia del Cuarto Evangelio sin darnos cuenta de que la relación entre Jesús y Dios dependía continuamente de la perfecta obediencia y el perfecto amor de Jesús. Jesús podía ser el perfecto Mensajero de Dios porque ofrecía a Dios la obediencia perfecta y el perfecto amor. De ahí se sigue que la Iglesia es apta como mensajera e instrumento de Cristo sólo cuando Le ama y obedece de una manera perfecta. La Iglesia no se dirige al mundo para propagar su propio mensaje, sino el mensaje de Cristo. No sigue políticas hechas por hombres, sino la voluntad de Cristo. La Iglesia fracasa cuando trata de resolver algún problema dependiendo de su propia sabiduría y fuerza, prescindiendo de la voluntad y dirección de Cristo.

(ii) Jesús exhaló en Sus discípulos y les dio el Espíritu Santo. No cabe duda que, cuando Juan se expresaba así, estaba recordando la antigua historia de la creación de Adán. Allí leíamos: «Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en una persona viva» (*Génesis 2:7*). Es la misma alegoría que vio Ezequiel en el valle de los huesos secos y muertos, cuando oyó a Dios decirle al viento-espíritu: « ¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan!» (*Ezequiel 37:9*). La venida del Espíritu Santo es como el despertar de la vida donde reinaba la muerte. Cuando viene sobre la Iglesia, la re-crea para su tarea.

(iii) Jesús les dijo a Sus discípulos: « Si le remitís a alguien íos pecados, le quedan remitidos; y si se los retenéis, le quedan retenidos.» Este es un dicho cuyo sentido verdadero debemos procurar comprender. Una cosa es segura: que ninguna persona puede perdonar los pecados por otra. Pero es igualmente cierto que la Iglesia tiene el gran privilegio de comunicar el mensaje del perdón de Dios a la humanidad. Supongamos que alguien nos trae el mensaje de otra persona; el valor que le demos a

ese mensaje dependerá de lo bien que el portador conozca al que lo envía. Si alguien se nos ofrece a interpretarnos el pensamiento de otra persona, el valor de su interpretación dependerá de lo bien que la conozca.

Los apóstoles estaban en las mejores condiciones para llevar el mensaje de Jesús a otras personas, porque Le conocían muy bien. Si sabían que alguien estaba verdaderamente arrepentido podían proclamarle con absoluta seguridad el perdón de Cristo. Pero, igualmente, si sabían que no había arrepentimiento en su corazón, o que estaba comerciando con el amor y la misericordia de Dios, podían decirle que hasta que su corazón no cambiara no había perdón para él. Esto no quiere decir que se confiara el poder para perdonar pecados a ninguna persona o personas; pero sí el poder de proclamar ese perdón, lo mismo que el de advertir que ese perdón no es para el que no esté arrepentido. Aquí se establece el deber de la Iglesia de comunicar el perdón al corazón arrepentido, y de advertir al impenitente que está cerrándose a la misericordia de Dios.

EL ESCÉPTICO, CONVENCIDO

Juan 20:24-29

Pero Tomás, que quiere decir «el Mellizo» y era uno de los Doce, no estaba con los demás cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron:

- ¡Hemos visto al Señor!

Y Tomás les contestó:

- Como no vea yo las señales de los clavos en Sus manos y meta el dedo en ellas, y meta la mano en Su costado, no me lo creo.

A les ocho días estaban otra vez los discípulos en aquella habitación, y Tomás entre ellos. Aunque tenían las puertas atrancadas, vino Jesús y se puso en medio de ellos y los saludó diciendo:

- ¡Que la paz sea con vosotros! - Y a continuación le dijo a Tomás-: Acerca aquí el dedo, y mira Mis manos; acerca la mano y métela en Mi costado; y demuestra que no eres incrédulo, sino creyente.

- ¡Mi Señor y mi Dios! - exclamó Tomás.

Y Jesús le dijo:

- Has creído porque Me has visto. ¡Bienaventurados los que han creído aunque no hayan visto!

Para Tomás la Cruz había sido lo que él se había temido. Cuando Jesús les propuso volver a Betania, cuando recibieron la noticia de la enfermedad de Lázaro, la reacción de Tomás había sido: «¡Vamos nosotros también a morir con Él!» (Juan 11:16). A Tomás no le faltaba valor; lo que le pasaba era que era pesimista por naturaleza. No hay la menor duda de que amaba a Jesús. Le amaba lo bastante para estar dispuesto a ir a Jerusalén a morir con Él cuando los otros vacilaban y tenían miedo. Había sucedido lo que él se había temido; y, aunque lo esperaba, le había destrozado el corazón de tal manera que rehuía a los demás y quería estar solo con su dolor.

El rey Jorge V de Inglaterra solía decir que una de las reglas de su vida era: «Cuando tenga que sufrir, dejadme que me aparte y sufra solo como un animal bien educado.» Así, Tomás prefería enfrentarse con el sufrimiento y el dolor a solas. Por eso, cuando se les presentó Jesús a Sus discípulos, Tomás no estaba entre ellos; y, cuando le dijeron que habían visto al Señor, aquello le pareció demasiado bueno para ser verdad, y se mostró incapaz de creerlo. Beligerante en su pesimismo, dijo que en la vida creería que Jesús había resucitado a menos que Le viera con sus propios ojos y tocara las señales de los clavos en Sus manos y metiera la mano en la herida de la lanza en Su costado. (No se hace referencia a las huellas de los clavos en los pies, tal vez porque no se les solían clavar, sino sólo atar, a los crucificados).

Pasó una semana, y Jesús volvió; y esta vez Tomás estaba allí. Y Jesús conocía el corazón de Tomás: le repitió sus propias palabras, y le invitó a hacer la prueba que él mismo había sugerido. Y a Tomás se le salió el corazón de alegría y de amor, y sólo pudo decir: «¡Mi Señor y mi Dios!» Jesús le dijo: «Tomás, tú has tenido que ver con tus propios ojos para creer; pero llegará el día cuando habrá personas que creerán sin haber visto más que con los ojos de la fe.»

El carácter de Tomás se nos presenta con toda claridad.

(i) Cometió una equivocación: el retirarse de la compañía de los que habían compartido con él lo mejor de sus vidas. Buscó la soledad; y, por no estar con sus camaradas, se perdió la primera visita de Jesús. Nos perdemos un montón de cosas cuando nos separamos de la comunión cristiana y tratamos de arreglárnoslas solos. Nos pueden suceder cosas buenas en la comunión de la Iglesia de Cristo que no nos sucederán si estamos solos. Cuando llega el dolor y la aflicción nos envuelve, a veces tendemos a encerrarnos en nosotros mismos y rechazar el encuentro con otras personas. Ese es precisamente el momento en que, pese a nuestro dolor, debemos buscar la comunión de los hermanos en Cristo, porque es ahí donde podemos encontrarnos con Él cara a cara.

(ii) Pero Tomás tenía dos grandes virtudes. Se negaba en redondo a decir que creía lo que no creía, o que entendía lo que no entendía. Jamás acallaba sus dudas pretendiendo no tenerlas. No era de los que recitan un credo sin saber lo que están diciendo. Tomás tenía que estar seguro, y eso no se le puede reprochar. Tennyson escribió:

Vive más fe en una honrada duda que en muchos de los credos, créeme.

Hay una fe más auténtica en la persona que insiste en estar segura, que en la que repite rutinariamente cosas que no ha pensado nunca por sí y que es posible que no crea de veras. Esa es la duda que a menudo acaba en certeza.

(ii) La otra gran virtud de Tomás era que, cuando estaba seguro, no se quedaba a mitad de camino. «¡Mi Señor y mi Dios!», dijo. Esa no fue una confesión a medias, sino la más completa del Nuevo Testamento. No era uno de esos que airean sus dudas para practicar una especie de acrobacia intelectual; dudó hasta llegar a la seguridad; y una vez que llegó, se rindió totalmente a la certeza. Cuando una persona alcanza la convicción de que Jesucristo es el Señor venciendo sus dudas llega a una seguridad que no puede alcanzar la que acepta las cosas sin pensarlas.

TOMÁS EN LO SUCESIVO

Juan 20:24-29 (conclusión)

No sabemos con seguridad lo que fue de Tomás más adelante; pero hay un libro apócrifo que se llama *Los Hechos de Tomás* que pretende contarnos su historia. Se trata, desde luego, de leyendas; pero puede que contengan restos de su historia. Nos presentan el carácter de Tomás con verdadero realismo. Veamos algunos detalles.

Después de la muerte de Jesús, Sus discípulos se repartieron el mundo para evangelizar los diferentes países. A Tomás le tocó la India. (Hasta el día de hoy hay una iglesia cristiana en el Sur de la India que se llama la Iglesia de Santo Tomás, porque se cree que él fue su fundador).

Al principio, Tomás se negó a ir, alegando que no era bastante fuerte para un viaje tan largo. Y dijo: « Yo soy hebreo; ¿cómo voy a ir a predicarles la verdad a los indios?» Jesús se le apareció una noche y le dijo: «No tengas miedo, Tomás; vete a la India a predicar la Palabra allí, porque Mi gracia estará contigo.» Pero Tomás seguía negándose. «Mándame adonde quieras -le dijo a Jesús-, pero que no sea a la India; porque allí no voy.»

Sucedió que había venido cierto mercader de la India a Jerusalén que se llamaba Abanes. Le había enviado el rey Gundaforo para que le llevara a un experto carpintero, y eso es lo que era Tomás. Jesús se dirigió a Abanes en el mercado y le dijo: «¿Quieres comprar un carpintero?» Abanes le dijo:

«Sí.» Y Jesús entonces le propuso: «Tengo un esclavo que es carpintero, y quiero venderle,» y señaló a Tomás desde lejos. Llegaron a un acuerdo en el precio, y se hizo un contrato de compra-venta que decía: « Yo, Jesús, hijo de José el Carpintero, certifico que te he vendido a mi esclavo que se llama Tomás a ti, Abanes, mercader de Gundaforo, rey de los indios.» Cuando se firmó y selló el trato, Jesús encontró a Tomás, y se le llevó a Abanes, quien le preguntó: « ¿Es este tu Señor?» Tomás contestó: «¡Pues claro que sí!» Y Abanes le dijo: «Pues yo te he comprado.» Tomás. no dijo nada. Pero, de madrugada, se levantó a orar; y al final de su oración Le dijo a Jesús: «Iré adonde Tú me mandes, Señor Jesús, hágase Tu voluntad.» Esto nos presenta al mismo Tomás de siempre, lento para convencerse y para rendirse; pero, que una vez que se rendía, se rendía de veras.

La historia sigue diciéndonos que Gundaforo le mandó a Tomás que le construyera un palacio, y Tomás dijo que estaba dispuesto a hacerlo. El rey le dio dinero en abundancia para los materiales y para contratar obreros; pero Tomás se lo dio todo a los pobres. Siempre le decía al rey que el palacio iba para arriba; pero el rey estaba muy suspicaz. Por último mandó a buscar a Tomás, y le preguntó: « ¿Me has construido ya el palacio?» « Sí», le contestó Tomás. «Bueno; entonces, ¿podemos ir a verlo?», le preguntó el rey; y Tomás le contestó: « No lo puedes ver todavía; pero, cuando te vayas de esta vida, entonces lo verás.» Al principio el rey se puso furioso, y Tomás corrió verdadero peligro; pero luego el rey se convirtió a Cristo... y así trajo Tomás el Evangelio a la India.

Tomás tiene algo muy simpático y admirable. La fe no le resultaba fácil; y la obediencia no era su reacción espontánea. Era un hombre que tenía que estar seguro, y tenía que calcular el precio; pero, una vez que estaba seguro, y una vez que había contado el precio, llegaba hasta el límite de la fe y de la obediencia. Una fe como la de Tomás es mejor que una confesión templada; y una obediencia como la suya es mejor que una conformidad fácil que se muestra de acuerdo en hacer algo sin contar con el precio, y luego se vuelve atrás.

EL PROPÓSITO DEL EVANGELIO

Juan 20:30-31

Jesús hizo otras muchas señales en presencia de Sus discípulos que no se incluyen en este libro; pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Ungido e Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en Su nombre.

Parece claro que, tal como se dispuso el evangelio en un principio, acababa aquí. El capítulo 21 se considera un apéndice y una posdata.

No hay pasaje en los evangelios que resuma mejor que este el propósito del que lo escribió.

(i) Está claro que los evangelistas no se propusieron darnos un relato completo de la vida de Jesús. No Le siguen de día en día, sino hacen una selección. Nos dan, no un relato exhaustivo de todo lo que Jesús hizo y dijo, sino unos ejemplos que nos muestran cómo era y la clase de cosas que hacía y decía.

(ii) Está claro que los evangelios no se proponían ser biografías de Jesús, sino invitaciones a tomarle como Salvador, Maestro y Señor. Su objetivo no era, dar información, sino dar vida. Era presentar un retrato de Jesús que permitiera al lector ver que la Persona que hablaba y enseñaba y obraba así no podía ser más que el Hijo de Dios; y que en esa fe encontrara el secreto de la vida real y verdadera.

Cuando nos ponemos a leer los evangelios como si fueran historia o biografía estamos adoptando una actitud equivocada. Debemos leerlos, no como si fuéramos estudiantes de historia que buscan información, sino como hombres y mujeres que buscan a Dios.

Juan 21

Se mire como se mire, el capítulo veintiuno de Juan nos sorprende. Como ya hemos visto, el evangelio termina naturalmente al final del capítulo veinte; y luego parece empezar otra vez con el capítulo veintiuno. A menos que hubiera habido ciertas cosas muy especiales que nos quería decir, el que le dio al evangelio su forma definitiva no habría añadido este capítulo.

Sabemos que en el evangelio de Juan nos encontramos muchas veces con dos sentidos: uno, que está a la vista en la superficie, y otro, más profundo, que está por debajo. Así es que, al estudiar este capítulo, trataremos de descubrir por qué se añadió de una manera que nos parece rara después que el evangelio se había dado por concluido de una manera tan natural.

EL SEÑOR RESUCITADO

Juan 21:1-14

Pasado algún tiempo se presentó Jesús otra vez a Sus discípulos a la orilla del lago de Tiberiades de la manera siguiente: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de Sus discípulos. Y Simón Pedro les dijo:

- Yo me voy a pescar.

Y los otros le contestaron:

- Pues vamos nosotros también contigo.

Así que se pusieron en camino, y luego se subieron a la barca; pero no pescaron nada en toda la noche.

Cuando ya estaba amaneciendo, Jesús apareció en la orilla, aunque los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. Entonces Jesús les dijo:

- ¡Chicos! ¿Es que no traéis nada de comida?

- ¡No! -le respondieron.

- ¡Echad la red ala derecha de la barca, y cogereís! -les dijo Jesús. Y, cuando lo hicieron, ya no podían recoger la red, de la cantidad de peces que habían cogido. El discípulo amado de Jesús le dijo entonces a Pedro:

- ¡Es el Señor!

Cuando oyó que era el Señor, Pedro se puso el mantón que se había quitado para faenar y se tiró al agua. Los demás llegaron a la orilla en la barca, porque no estaban nada más que a unos cien metros, remolcando la red cargada de peces.

Cuando desembarcaron a tierra vieron unas brasas de fuego, con pescado asándose, y pan. Y Jesús les dijo:

- Traed algunos de los pescados que habéis cogido.

Entonces Pedro volvió ala barca y se trajo la red a tierra, llena de peces grandes, ciento cincuenta y tres; y, aunque eran tantos, la red no se había roto.

Y Jesús les dijo:

- ¡Venid a desayunar!

Y ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle «¿Y quién eres Tú?», porque se habían dado cuenta de que era el Señor. Y Jesús se acercó, tomó el pan y les dio, e hizo lo mismo con el pescado.

Esta ya era la tercera vez que Jesús se aparecía a Sus discípulos después de Su Resurrección.

El que cuenta esta historia no puede haber sido sino uno que conocía bien a los pescadores del mar de Galilea. La noche era el mejor tiempo para pescar.. W. M. Morton, en su *La tierra y el libro*, describe. una pesca nocturna: «Hay cierta clase de pesca que se hace por la noche. Es algo impresionante de ver. A la luz de teas chisporroteantes, la barca se desliza por el mar reluciente mientras los hombres se mantienen de pie observando atentamente hasta que descubren presas, y lanzan la red como rayos; y a menudo se ven venir al puerto los pescadores agotados por la mañana, después de faenar en vano toda la noche.»

La pesca abundante de la historia no se nos presenta como un milagro, ni se pretende que se tome por tal. Se describe como algo que sigue pasando en el lago. Recordad que la barca no estaba más que a cien metros de la orilla. H. V. Morton cuenta que vio a dos hombres pescando a la orilla del lago. Uno había vadeado desde la orilla y estaba echando una red de cascabeles al agua. «Y vez tras vez la red subía vacía. Era interesantísimo verle echarla. Cada vez que la cuidadosamente enrollada red surcaba el aire y caía tan precisamente en el agua, las pequeñas pesas de plomo la tocaban al mismo tiempo produciendo un chapoteo circular. Mientras estaba esperando para lanzar otra vez, Abdul le gritó desde la orilla que echara la red a la izquierda, cosa que hizo al instante. Y esta vez no fue en vano... Sacó la red en la que se podían ver los peces removiéndose... Sucede a menudo que el que lleva la red de mano tiene que depender de la vista del que está a la orilla, que le dice hacia qué lado tiene que echarla, porque puede ver en el agua clara el banco que no ve el que está dentro del agua.» Jesús estaba haciendo las veces de guía con Sus amigos pescadores, como sigue haciéndose hoy en día.

Puede que fuera porque todavía estaba oscuro por lo que no reconocieron a Jesús. Pero el discípulo amado tenía una vista aguda. Se dio cuenta de que era el Señor; y, cuando Pedro lo oyó, salto al agua. No estaba desnudo del todo. Llevaría un ceñidor, que era una especie de calzoncillos, que era lo único que llevaban los pescadores cuando faenaban. Ahora bien: la ley judía decía que el saludar era un acto religioso, y para realizar un acto religioso había que estar dignamente vestido; así es que Pedro, antes de lanzarse al agua para venir al encuentro de Jesús, se puso la túnica de pescador; porque quería ser el primero en saludar a su Señor.

LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN

Juan 21:1-14 (continuación)

Ahora llegamos a la primera gran razón para que se añadiera este extraño capítulo al evangelio ya concluido. Fue para demostrar de una vez para siempre *la realidad de la Resurrección*. Había muchos que decían que las apariciones del Cristo Resucitado no eran más que visiones que tuvieron los discípulos.

Muchos admitirían la realidad de esas visiones, pero insistirían en que no eran otra cosa. Otros llegarían a decir que no eran más que alucinaciones. Los evangelios se esfuerzan en demostrar que el Cristo Resucitado no era una visión, y menos una alucinación, ni un fantasma, sino una Persona real. Insisten en que la tumba estaba vacía, y en que el Cristo Resucitado tenía un cuerpo real, que conservaba las señales de los clavos y de la lanza que Le atravesó el costado.

Pero esta historia va un paso más lejos. Una visión o un fantasma no sería normal que indicara la posición de un banco de peces a un grupo de pescadores. Menos aún encendería un fuego para asarles unos peces a unos agotados pescadores, y menos aún los compartiría con ellos. Y sin embargo esta historia nos cuenta que Jesús sí hizo esas cosas. Cuando Juan nos relata que Jesús se les presentó a Sus discípulos cuando tenían las puertas cerradas dice: «Les enseñó Sus manos y Su costado» (*Juan 20:20*). Ignacio de Antioquía, en su carta a la Iglesia de Esmirna, cuenta una tradición aún más definida acerca de ese hecho: «Yo sé y creo que Jesús estaba en la carne aun después de la Resurrección; porque, cuando se presentó a Pedro y a sus compañeros, les dijo: « ¡Venga, tocadme y comprobad que no soy ningún demonio incorpóreo.» E inmediatamente Le tocaron, y creyeron, porque se convencieron sin lugar a dudas de Su humanidad... Y después de Su Resurrección comió y bebió con ellos como un ser humano.»

El primero y el más sencillo propósito de esta historia es dejar bien clara la realidad de la Resurrección. El Señor Resucitado no era una visión, ni la fantasía de ninguna imaginación exaltada, ni la aparición de un fantasma: ¡era Jesús, Que había conquistado la muerte y había vuelto vencedor!

LA UNIVERSALIDAD DE LA IGLESIA

Juan 21:1-14 (conclusión)

Aquí se nos presenta simbolizada una segunda gran verdad. En el Cuarto Evangelio todo tiene su razón de ser; así es que podemos dar por sentado que si Juan nos menciona el número ciento cincuenta y tres, habrá algo que nos quiere decir con eso. Se ha sugerido que se contaron los peces sencillamente porque había que repartir la pesca entre los que habían participado en ella; y se menciona el número por lo extraordinariamente grande que fue. Pero, cuando recordamos la forma que tiene Juan de sugerir sentidos velados para que los descubran los que tienen interés, podemos suponer que aquí hay algo más de lo que aparece en la superficie.

Se han propuesto muchas sugerencias ingeniosas.

(i) Cirilo de Alejandría dijo que el número 153 se compone de tres cifras. Primero, está el 100; y representa «la plenitud de los gentiles.» 100, dice, es el número más completo: el rebaño del pastor de la parábola se compone de 100 ovejas (*Mateo 18:12*); el producto más completo de la semilla es de 100 por 1 (*Mateo 13:8*). Así que el número 100 representa la plenitud de los gentiles que se recogerán en Cristo. Segundo, está el 50; y 50 representa el remanente de Israel que se cosechará. Tercero, el 3; y el 3 representa a la Santísima Trinidad, a cuya gloria se hace todo.

(ii) Agustín tiene otra explicación aún más ingeniosa. Dice que 10 es el número de la Ley, porque hay 10 mandamientos; 7 es el número de la gracia, porque en Apocalipsis se dice que hay siete espíritus de Dios. Ahora bien: $10+7=17$, y 153 es la suma de todos los números (1+2+3+4+5...) hasta 17. Así que 153 representa a todos los que han venido a Jesucristo, ya sea mediante la Ley o mediante la Gracia.

(iii) La explicación más sencilla es la que nos da Jerónimo. Dice que hay en el mar 153 clases de peces, y que aquella pesca incluía representantes de todas ellas; y que, por tanto, el número simboliza el hecho de que algún día todas las personas de todas las naciones se reunirán en Jesucristo.

Mencionaremos otro detalle: todos estos peces se reunieron en la red, y la red los pudo contener a todos sin romperse. La red representa a la Iglesia; y hay sitio en ella para todas las naciones. Aunque todos entraran en ella, es bastante grande para contenerlos.

Aquí Juan nos está hablando en su manera característica y sutil de la universalidad de la Iglesia. Ningún exclusivismo cabe en ella, ni racismo ni discriminación. El abrazo de la Iglesia es tan universal como el amor de Dios en Jesucristo. Nos introducirá en la siguiente gran razón por la que se añadió este capítulo al evangelio que ya estaba completo el fijarnos en que fue Pedro el que trajo a tierra la gran red (*Juan 21:11*).

EL PASTOR DEL REBAÑO DE CRISTO

Después de desayunar, Jesús le dijo a Simón Pedro: -Simón hijo de Jonás, ¿Me amas más que estos? Y Pedro Le contestó:

-Sí, Señor; Tú sabes que Te quiero. Jesús entonces le dijo:

-Sé el pastor de mis corderos.

Y de nuevo le dijo por segunda vez: -Simón hijo de Jonás, ¿Me amas?

Y Pedro Le contestó:

-Sí, Señor; Tú sabes que te quiero.

Y Jesús le dijo:

-Sé el pastor de mis ovejas.

Por tercera vez le preguntó:

-Simón hijo de Jonás, ¿Me quieres?

Pedro se afligió cuando Jesús le preguntó por tercera vez «¿Me quieres?», y Le contestó:

-Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que Te quiero. Apacienta mis ovejas. Te estoy hablando en serio: Cuando eras más joven, te ponías el cinto y te ibas adonde querías; pero cuando te hagas viejo, extenderás los brazos y será otro el que te ponga el cinto para llevarte adonde tú no quieras.

Eso lo dijo indicando con qué clase de muerte iba Pedro a glorificar a Dios. Y después le dijo a Pedro:

- ¡Sígueme!

Aquí tenemos una escena que tiene que haber quedado grabada indeleblemente en la memoria de Pedro.

(i) En primer lugar, tenemos que fijarnos en la pregunta que le dirigió Jesús a Pedro: < Simón hijo de Jonás, ¿Me amas más que estos?> Por lo que se refiere a la construcción de la frase, esto puede querer decir una de dos cosas.

(a) Puede que Jesús señalara, con un movimiento del brazo, la barca y las redes y los peces recién pescados, y le preguntara a Pedro: «Simón, ¿Me amas más que a estas cosas? ¿Estás dispuesto a dejar todo esto, a renunciar a las perspectivas de un negocio próspero y una vida razonablemente cómoda para entregarte para siempre al cuidado de Mi pueblo y a Mi obra?» Ese tiene que haber sido todo un desafío para Pedro: la invitación a hacer la decisión final de entregar toda su vida a la predicación del Evangelio y al cuidado del Pueblo de Cristo.

(b) Puede que Jesús mirara a los otros componentes del grupo de discípulos cuando le preguntó a Pedro: «Simón, ¿Me amas más de lo que Me aman estos?» Puede que Jesús se estuviera refiriendo a lo que dijo Pedro la otra noche: «¡Aunque todos estos Te fallen, yo no Te voy a fallar!» (Mateo 26:33). Tal vez estaba recordándole afectuosamente a Pedro que en cierta ocasión había pensado que él era el único que se mantendría fiel, pero también había fallado.

Lo más probable es que el sentido más correcto sea el segundo; porque Pedro no hace ningunas comparaciones en su respuesta, sino sólo se contenta con decir sencillamente: «Tú sabes que Te quiero.»

(ii) Jesús le hizo la pregunta tres veces, y lo hizo así por algo. Fueron tres las veces que Pedro negó a su Señor, y tres las oportunidades que le dio su Señor de afirmar su amor. Jesús le concedió a Pedro la oportunidad de borrar de su memoria la triple negación con una triple afirmación.

(iii) Debemos fijarnos en lo que el amor le trajo a Pedro. (a) Le trajo una tarea. « Si Me amas -le dijo Jesús-, dedica tu vida a pastorear las ovejas y los corderos de Mi rebaño.» Sólo podemos demostrar que amamos a Jesús amando a los demás. El amor es el mayor privilegio del mundo, pero conlleva la mayor responsabilidad. (b) Le trajo a Pedro una cruz. Jesús le dijo: «Mientras seas joven, puedes escoger adónde quieres ir; pero llegará el día cuando extenderán tus brazos en una cruz, y te llevarán por donde no quieras.» Llegó el día, en Roma, cuando Pedro murió por su Señor; él también acabó su vida en una cruz, y se dice que pidió que le crucificaran cabeza abajo, porque no se consideraba digno de morir como su Señor.

El amor le trajo a Pedro una tarea, y también una cruz. El amor siempre implica una responsabilidad, y siempre incluye un sacrificio. No amamos a Cristo de veras a menos que estemos dispuestos a asumir Su obra y Su Cruz.

Fue por algo por lo que Juan recordó este incidente. Lo hizo para presentar a Pedro como el gran pastor del pueblo de Cristo. Puede ser, era inevitable, que surgieran comparaciones en la Iglesia Primitiva. Algunos dirían que Juan era el más importante, porque se remontaba en su vuelo de pensamiento más que todos los demás. Algunos dirían que el más importante era Pablo, porque llegó hasta el fin de la Tierra con el Evangelio de Cristo. Pero este capítulo dice que Pedro también tuvo un lugar preponderante. Puede que no pensara o escribiera como Juan; puede que no viajara ni corriera tantas aventuras como Pablo; pero tuvo el gran honor, y la entrañable tarea, de ser el pastor del rebaño de Cristo. Y aquí es donde podemos seguir las huellas de Pedro. No es probable que podamos pensar como Juan; ni que podamos llegar hasta lo último de la Tierra como Pablo; pero todos podemos cuidarnos de que algún otro no se descarríe, y de proveer el alimento de la palabra de Dios para los corderos de Cristo.

EL TESTIGO DE CRISTO

Juan 21:20-24

Pedro se volvió, y vio que los estaba siguiendo el discípulo amado de Jesús, el que había recostado su cabeza en el pecho de Jesús y Le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que Te va a traicionar?» Cuando Pedro vio a ese discípulo, Le preguntó a Jesús:

-Señor, ¿y qué va a pasar con ese?

Y Jesús le respondió:

-Si quiero que Me espere hasta que Yo vuelva, eso no es cosa tuya. Tu obligación es seguirme.

Por eso se corrió la voz entre los cristianos de que este discípulo no se iba a morir. Pero Jesús no dijo que no se moriría, sino: «Si quiero que ese Me espere hasta que Yo vuelva, eso no es cosa tuya.» Y este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y que las ha escrito, -y sabemos que su testimonio es da pura verdad.

Este pasaje deja bien claro que Juan tiene que haber llegado a una notable ancianidad; tiene que haber vivido una vida tan larga que se corrió la voz entre los cristianos de entonces que iba a seguir vivo hasta la Segunda Venida de Cristo. Ahora bien: de la misma manera que el pasaje anterior asignaba a Pedro su lugar correspondiente en el plan de Dios, este se lo asigna a Juan. Su misión especial sería la de ser testigo de Cristo. También en su caso los cristianos de entonces harían sus comparaciones. Mencionarían que Pablo había llegado al fin de la Tierra; que Pedro iba por acá y por allá pastoreando a los creyentes; y entonces se preguntarían cuál era la misión especial de Juan, que llegó a tal ancianidad en Éfeso que ya no podía llevar a cabo ninguna actividad. Aquí está la respuesta: Puede que Pablo fuera el pionero de Cristo; Pedro, el pastor de Cristo; pero Juan era el testigo de Cristo, el que podía decir: «Yo he vivido estas cosas, y sé que son verdad.»

Hoy en día también la prueba definitiva del Cristianismo es la experiencia cristiana personal. Hoy también el cristiano es el que puede decir: «Yo conozco a Jesucristo, y sé que el Evangelio es verdad.»

Así que, en su final, este evangelio toma dos de las grandes figuras de la Iglesia, Pedro y Juan. A cada uno Jesús le asignó una misión. La de Pedro fue pastorear la grey de Cristo hasta dar su vida por Él. La de Juan fue ser testigo de la historia de Cristo, y alcanzar una bendita ancianidad para acabar muriendo en paz. Nada los hizo rivales en el honor y el prestigio, ni al uno superior al otro. Los dos fueron siervos de Cristo.

Que cada cual sirva a Cristo donde Cristo le ha puesto. Como le dijo Jesús a Pedro: « La tarea que Yo le doy a otro no es cosa tuya. Lo tuyo es seguirme;» así nos lo dice a cada uno de nosotros. Nuestra gloria no depende de nuestra comparación con los demás, sino de servir a Cristo en la capacidad que Él nos ha asignado.

EL CRISTO ILIMITADO

Juan 21:25

Hay muchas otras cosas que hizo Jesús que, si se escribieran una tras otra, no creo que el mundo sería lo suficientemente grande para contener todos los libros que se escribirían.

En este último capítulo, el autor del Cuarto Evangelio pone ante la Iglesia para la que lo escribió unas cuantas grandes verdades. Les ha recordado la realidad de la Resurrección; les ha recordado la universalidad de la Iglesia; les ha recordado que Pedro y Juan no eran rivales, sino que Pedro era el gran pastor, y Juan el gran testigo. Y ahora llega al final; y llega pensando en el esplendor de Jesucristo. Aunque sepamos mucho de Cristo, no hemos captado más que un poquito de Él. Sean las que sean las maravillas que hemos experimentado, son sólo una pequeña parte de las que se pueden experimentar. Las categorías humanas son insuficientes para describir a Cristo, y los libros humanos son incapaces de contenerle. Así que Juan termina haciendo referencia a los innumerables triunfos, el inagotable poder y la gracia ilimitada de Jesucristo.

NOTA SOBRE LA HISTORIA DE LA MUJER SORPRENDIDA EN ADULTERIO

Juan 8:2-11

Para muchos, esta es una de las historias más encantadoras y preciosas de los evangelios; y, sin embargo, entraña algunas dificultades.

Los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento son, como es natural, los más valiosos. Las copias se hacían a mano; y está claro que, cuanto más cerca se remontan de los escritos originales, tanto mayores garantías ofrecen de ser correctas. Llamamos a estos manuscritos más antiguos *unciales*, porque están escritos totalmente con letras mayúsculas; el texto del Nuevo Testamento se basa en los más antiguos, que datan de los siglos IV al VI d.C.

El hecho es que esta historia no aparece nada más que en uno de esos manuscritos antiguos, que no se considera de los mejores. Seis de ellos la omiten totalmente. Dos, dejan un espacio en blanco en el lugar correspondiente. No la encontramos hasta que llegamos a los manuscritos griegos tardíos y a los medievales, y hasta en ellos se hace constar a menudo que su inclusión es discutida.

Otras fuentes para el estudio del texto del Nuevo Testamento son las versiones antiguas; es decir, las traducciones a otras lenguas. Esta historia no aparece en la antigua versión siríaca ni en la versión copta o egipcia, ni en algunas de las traducciones latinas primitivas.

Tampoco ninguno de los padres antiguos de la Iglesia parece haber sabido nada de ella. Nunca la comentan, y ni siquiera la mencionan. Orígenes, Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia y Cirilo de Alejandría, entre los griegos, no la mencionan. El primer comentarista griego que hace referencia a ella es Eutimio Zigabeno, c. 1118 d.C., y hasta él dice que no se encuentra en los mejores manuscritos.

Entonces, ¿de dónde ha salido esta historia? No cabe duda

de que Jerónimo sí la conocía en el siglo IV, porque la incluyó en la Vulgata. Sabemos que Agustín y Ambrosio también la conocían, y la comentaron. Y está en todos los manuscritos tardíos, aunque hay que hacer notar que su posición varía considerablemente: en algunos manuscritos aparece al final del evangelio de Juan, y en otros se inserta detrás de *Lucas 21:38*.

Pero podemos remontarnos todavía más. Se cita en un libro del siglo III d.C. que se llama *Las Constituciones Apostólicas*, donde se da como advertencia a los obispos demasiado severos. Eusebio, el historiador de la Iglesia, dice que Papías cuenta una historia «de una mujer que fue acusada de muchos pecados ante el Señor,» y Papías vivió poco después del año 100 d.C.

Así es que aquí tenemos los hechos. La historia se puede remontar hasta principios del siglo II d.C. Cuando Jerónimo tradujo la Vulgata, la introdujo sin cuestión. Los manuscritos tardíos y medievales la contienen. Y, sin embargo, ninguno de los manuscritos considerados mejores la incluye. Ninguno de los grandes padres griegos la menciona siquiera; pero algunos de los grandes padres latinos sí la conocían y la citan.

¿Cómo se puede explicar todo esto? No tenemos por qué tener miedo de tener que prescindir de esta historia maravillosa; porque es suficiente garantía de su autenticidad el que podamos trazar su antigüedad hasta casi el año 100 d.C. Pero sí necesitamos alguna explicación del hecho de que ninguno de los grandes manuscritos la incluya. Los traductores al inglés Moffatt, Weymouth y Rieu la incluyen entre corchetes, como hace el Nuevo Testamento Griego, y otros la ponen como nota a pie de página, en letra más pequeña.

Agustín hace una sugerencia. Dice que esta historia se quitó del texto del evangelio porque «algunos tenían una fe débil» y «para evitar escándalos.» No lo podemos asegurar, pero es posible que, en los primeros tiempos, los que editaron el texto del Nuevo Testamento creyeron que esta era una historia peligrosa, una justificación de una postura menos severa en relación con el adulterio; y, por tanto, la omitieron. Después de todo, la Iglesia Cristiana era una isleta rodeada por el mar del paganismo. Sus miembros estaban en peligro de retroceder a una forma de vida en la que la castidad era desconocida, y estaban expuestos al contagio del paganismo. Pero, a medida que fue pasando el tiempo, el peligro se hizo menos grave y temible, y la historia, que había seguido circulando oralmente y que estaba en uno de los manuscritos, volvió a su sitio.

Es probable que no esté en el sitio que le correspondía, y que la insertaron aquí para ilustrar el dicho de Jesús: «Yo no juzgo a nadie» (*Juan 8:15*). A pesar de las dudas de los traductores modernos, y a pesar de que los manuscritos más antiguos no la tienen, podemos estar seguros de que es una historia auténtica de Jesús -aunque tan llena de gracia que, durante mucho tiempo, a muchos de la Iglesia les daba miedo contarla.

NOTA SOBRE LA FECHA DE LA CRUCIFIXIÓN

El Cuarto Evangelio presenta un problema al que no aludimos cuando estábamos estudiando ese pasaje. Aquí sólo podemos mencionarlo brevemente, porque es un problema que no está resuelto, aunque se le ha dedicada una literatura inmensa.

Está claro que, el Cuarto Evangelio por una parte y los otros tres por la otra, dan fechas diferentes de la Crucifixión, y dan impresiones diferentes en cuanto a lo que fue la última Cena.

En los evangelios sinópticos está claro que la última Cena fue la Pascua, y que Jesús fue crucificado el día de la Pascua. Debemos recordar que el día empezaba para los judíos a las 6 de la tarde de lo que sería para nosotros el día anterior. La Pascua caía el 15 de Nisán; pero ese día empezaba a las 6 de la tarde de lo que sería para nosotros el 14 de Nisán. Marcos lo pone bien claro: « Y el primer día de los ázimos, cuando se sacrifican los corderos pascuales, Sus discípulos Le dijeron: « ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de la Pascua?» Y Jesús les dio instrucciones. Marcos continúa: « Y prepararon la pascua; y, cuando llegó la tarde, Jesús vino con los doce.» (*Marcos 14:12-17*). No cabe duda de que Marcos presenta la Última Cena como la comida de la Pascua, y que Jesús fue crucificado el día de la Pascua; y Mateo y Lucas siguen a Marcos.

Por otra parte, Juan deja bien claro que Jesús fue crucificado *el día antes* de la Pascua. Empieza la historia de la última Cena: « Ahora bien: antes de la fiesta de la Pascua...» (*Juan 13:1*). Cuando Judas se marchó del aposento alto, los otros discípulos pensaron que iba a preparar la pascua (*Juan 13:29*). Los judíos no querían entrar en la sala del juicio para no contaminarse,

incapacitándose así para comer la pascua (*Juan 18:28*). El juicio tuvo lugar el día de la preparación para la Pascua, es decir, en la víspera (*Juan 19:14*).

Aquí nos encontramos con una diferencia que no podemos soslayar. O tienen razón los sinópticos, o la tiene Juan. Juan estaba atento para descubrir el sentido espiritual. En su relato, crucificaron a Jesús *cerca de la hora sexta* (*Juan 19:14*). *Era precisamente entonces cuando se estaban sacrificando los corderos pascuales en el templo*. Lo más probable es que Juan siguiera un orden que hiciera que la Crucifixión coincidiera con la matanza de los corderos en el templo, para que se viera que Jesús era el gran Cordero Pascual que salvó a Su pueblo y tomó sobre Sí los pecados del mundo. Según esto, los sinópticos son correctos *de hecho*; pero Juan tenía más interés en la verdad espiritual que en lo meramente histórico.

No hay una explicación plenamente satisfactoria de esta discrepancia innegable; pero la expuesta nos parece la mejor.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 7-

Los Hechos de los Apóstoles

PRESENTACIÓN

Este comentario al *Libro de los Hechos de los Apóstoles* se publicó por primera vez en inglés en 1952. No parece que la editorial de la Iglesia de Escocia ni el mismo William Barclay tuvieran intención de publicar más comentarios a otros libros de la Biblia; pero fue tan sorprendente el éxito que obtuvo éste que hizo que se convirtiera en el primero de una serie que incluiría todo el Nuevo Testamento en un tiempo récord de seis años. La serie se llamó en un principio *Lectura bíblica diaria*, y eso era lo que pretendía ser: una ayuda para los que quieren leer la Biblia por sí mismos. Cada tomito incluía un calendario para que se fuera siguiendo a lo largo de un periodo de tiempo; y William Barclay, a pesar de sus muchas ocupaciones y obligaciones, fue produciendo los 17 libros, que suman más de 4.000 páginas, a tiempo para que sus lectores pudieran saborear cotidianamente su porción bíblica jugosamente condimentada.

La prueba de que este comentario devocional y práctico vino a suplir una necesidad sentida desde hacía mucho tiempo en todas partes se ve claramente en el hecho de que muy pronto se publicaron traducciones y ediciones en otros países y lenguas, y William Barclay llegó a ser conocido y apreciado en todo el mundo, y sigue siéndolo, como uno de los principales expositores de la Palabra de Dios de nuestro siglo; y su *Comentario al Nuevo Testamento*, entre sus más de 60 obras, sigue ayudando a muchos a descubrir los tesoros que se encuentran en la Biblia esperando la llegada de buscadores tenaces para premiar su esfuerzo con aún más de lo que esperan encontrar.

Como William Barclay dice muchas veces en los prólogos de sus libros, lo que se proponía al escribirlos era poner los descubrimientos de la ciencia bíblica al alcance de los que no tienen acceso a estudios de teología ni al conocimiento de las lenguas originales. Para ello William Barclay demostró poseer el carisma de la comunicación en un grado verdaderamente extraordinario, como se dejaba ver en sus clases, predicaciones, conferencias y programas de radio y televisión que batían todos los récords de audiencia. Ortega y Gasset decía que «la claridad es la cortesía del filósofo»; y William Barclay parecía tener el lema de que « la sencillez y la naturalidad son las características del expositor de la Palabra de Dios». Como decía James Denney, a quien le gustaba citar a William Barclay, «Uno no puede pretender demostrar que es muy inteligente y que Cristo es poderoso para salvar.» William Barclay no buscaba su gloria, ni darse a conocer como un gran hombre, sino la gloria de Cristo y darle a conocer como el maravilloso Salvador y Señor que es. No meramente como un personaje histórico, alguien que vivió y murió hace mucho tiempo, sino Alguien que está vivo y presente, a Quien podemos conocer y amar y seguir.

Así lo confesaba y enseñaba William Barclay al hacer suya y citar a la cabecera de sus libros la oración de Ricardo de Chichester, un santo inglés del siglo xiii: «Ayudar a los demás a conocer a Cristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente.» Es probable que no se pueda expresar mejor la gloria del ministerio cristiano.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

UN LIBRO ENCANTADOR

En cierto sentido, *Hechos* es el libro más importante del Nuevo Testamento. La verdad pura y simple es que, si no contáramos con *Hechos*, no tendríamos ninguna información acerca de la Iglesia Primitiva, fuera de la que pudiéramos deducir de las cartas de Pablo.

Hay dos maneras de escribir la Historia. Una consiste en procurar trazar el curso de los acontecimientos de semana en semana o de día en día; y otra que, como si dijéramos, nos abre una serie de ventanas y nos permite vislumbrar algunos momentos decisivos y personalidades relevantes de cada período. *El Libro de los Hechos* sigue la segunda fórmula.

Casi siempre le llamamos *Los Hechos de los Apóstoles*. Pero este libro no nos da, ni pretende darnos, un relato exhaustivo de los hechos de los apóstoles. Aparte de Pablo, sólo se mencionan tres, salvo en la lista que aparece en el capítulo primero. En *Hechos 12:2* se nos dice en una breve frase que Herodes mandó ejecutar a Santiago, el hermano de Juan. Juan aparece algo más en la narración, pero nunca hace uso de la palabra. El libro nos da sólo verdadera información sobre Pedro, que muy pronto desaparece de la escena como protagonista. En el original no hay artículo *Los* delante de *Hechos*; una traducción correcta del título podría ser *Hechos de varones apostólicos*; y lo que pretende es darnos una serie de hazañas típicas de las figuras heroicas de la Iglesia Primitiva.

EL AUTOR DEL LIBRO

Aunque su nombre no aparece en el libro, desde el principio de la Historia de la Iglesia siempre se ha mantenido que su autor era Lucas. Acerca de él sabemos realmente muy poco; sólo se le menciona tres veces en el Nuevo Testamento: *Colosenses 4:14*; *Filemón 24*, y *2 Timoteo 4:11*. De estas referencias podemos deducir dos cosas seguras: la primera es que era médico; y la segunda, que era uno de los más apreciados colaboradores y leales amigos de Pablo, porque fue su compañero en su último encarcelamiento. Podemos deducir también que era gentil. En *Colosenses 4:11* termina la lista de recuerdos y saludos de los que son de la circuncisión, es decir, de los judíos; y en el versículo 12 empieza una nueva lista, que suponemos que incluirá a los gentiles. Según esta deducción nos encontramos con el hecho interesante de que Lucas fue el único autor gentil del Nuevo Testamento.

Podríamos haber supuesto que Lucas era médico porque usa términos médicos con mucha naturalidad. En *Lucas 4:35*, hablando del que tenía el espíritu de un demonio inmundo, dice: «... cuando el demonio le había tirado al suelo», y usa el término médico correcto para *convulsiones*. En *Lucas 9:38*, hablando del que le pidió a Jesús: « ¡Maestro, por favor, mira a mi hijo...!», usa el término médico convencional para *hacer un reconocimiento*. El ejemplo más curioso se encuentra en el dicho acerca del camello y el ojo de la aguja. Los tres evangelios sinópticos nos lo conservan (*Mateo 19:24*; *Marcos 10:25*, y *Lucas 18:25*); pero para *aguja*, tanto Marcos como Mateo usan la palabra griega más corriente para designar la aguja de sastre o de casa, *rafis*. Sólo Lucas usa *beloné*, que quiere decir *aguja de cirujano*. Era médico, y los términos técnicos de los médicos eran los que se le ocurrían de una manera natural.

EL DESTINATARIO DEL LIBRO

Lucas dedicó tanto su *Evangelio* como *Hechos* a un cierto Teófilo (*Lucas 1:3*; *Hechos 1:1*). No sabemos realmente quién era Teófilo. En *Lucas 1:3* se le llama «excelentísimo Teófilo». Este título, como « su excelencia», parece indicar un alto dignatario del gobierno romano. Tenemos tres posibilidades:

(i) Es posible que Teófilo no sea realmente un nombre propio. En aquellos días era peligroso ser cristiano. El nombre *Teófilo* viene de dos palabras griegas: *Theos*, que quiere decir *Dios*, y *filein*, que quiere decir *amar*. Es posible que Lucas se refiriera a *uno que ama a Dios* sin mencionar su verdadero nombre para no comprometerle.

(ii) Si *Teófilo* era una persona real, debe de haber sido un alto dignatario romano. Tal vez Lucas le dedicó sus libros para mostrarle que el Cristianismo era una cosa maravillosa y que los cristianos eran buenas personas. Es posible que Lucas tratara de influir en un gobernante romano para que no persiguiera a los cristianos.

(iii) Hay una teoría más romántica, basada en el hecho de que Lucas era médico y los médicos eran muchas veces esclavos en aquellos días. Se ha sugerido que Lucas puede haber sido el médico de Teófilo, y que éste puede haber estado gravemente enfermo y haberse salvado gracias a la habilidad y fidelidad de Lucas, y que en agradecimiento le concedió la libertad. En este caso, tal vez Lucas le quería mostrar su gratitud a Teófilo; y, como la cosa de más valor que poseía era el Evangelio de Jesús, se lo escribió y envió a su benefactor.

EL PROPÓSITO DE LUCAS AL ESCRIBIR *HECHOS*

Cuando uno escribe un libro lo hace por alguna razón, o puede que por más de una. Consideremos las que pudo tener Lucas para escribir *Hechos*.

(i) Una de sus razones era presentar el Cristianismo al

gobierno romano. Algunas veces hace un inciso para mostrar lo corteses que fueron con Pablo los magistrados romanos. En *Hechos* 13:12, Sergio Paulo, el gobernador de Chipre, se convierte al Cristianismo. En 18:12, Galio es absolutamente imparcial en Corinto. En 16:35ss, los magistrados de Filipos se dan cuenta de su error y se disculpan públicamente con Pablo. En 19:31, los asiarcas de Éfeso tienen interés en que no se le presenten perjuicios a Pablo. Lucas estaba indicando que en años anteriores los funcionarios romanos habían estado bien dispuestos y habían sido justos con los cristianos.

Además, Lucas se esfuerza en presentar a los cristianos como buenos y leales ciudadanos, y que siempre se los había tenido por tales. En *Hechos* 18:14, Galio declara que no se trata de un caso de maldad o de vileza. En 19:37, el secretario de Éfeso da un buen informe de los cristianos. En 23:29, Claudio Lisias puntualiza que no tiene nada contra Pablo. En 25:25; Festo declara que Pablo no ha hecho nada por lo que merezca la muerte; y en el mismo capítulo, Festo y Agripa están de acuerdo en que se hubiera podido dejar en libertad a Pablo si no hubiera apelado al César.

Lucas- escribía en días en los que se aborrecía y perseguía a los cristianos, y contó su historia de manera que se viera que los magistrados romanos siempre habían sido justos con el Cristianismo y que nunca habían considerado que los cristianos fueran malas personas. De hecho, se ha hecho la interesante sugerencia de que *Hechos* no es otra cosa que el documento preparado para la defensa de Pablo ante el Emperador romano.

(ii) Uno de los objetivos de Lucas era mostrar que el Evangelio era para todos los seres humanos de todos los países. Esta era una de las cosas que a los judíos les costaba entender. Tenían la idea de que ellos eran el pueblo escogido de Dios, y que Dios no tenía interés en los demás pueblos. Lucas se propone demostrar lo contrario: presenta a Felipe predicando a los samaritanos; a Esteban, haciendo universal el Cristianismo y muriendo por ello; a Pedro, recibiendo a Comelio en la Iglesia; a los cristianos, predicando a los gentiles en Antioquía;

a Pablo, viajando por todas partes y ganando a personas de todas clases para Cristo; y en *Hechos* 15, presenta a la Iglesia tomando la gran decisión de aceptar a los gentiles en igualdad de términos que los judíos.

(iii) Pero estos no eran más que propósitos secundarios. La primera intención de Lucas se encuentra en las palabras del Cristo Resucitado en 1:8: «Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaria, y por todo el mundo.» Lucas quería presentar la expansión del Cristianismo, y mostrar cómo llegó hasta Roma en no mucho más de treinta años la Religión que había empezado en un rincón de Palestina.

C. H. Turner ha señalado que *Hechos* se divide naturalmente en seis partes, cada una de las cuales termina con lo que se podría llamar una declaración de progreso. Las seis partes son:

(a) 1:1-6:7; trata de la Iglesia en Jerusalén y de la predicación de Pedro; termina con el resumen: «A todo esto, el Evangelio se iba propagando, y el número de los creyentes se multiplicaba extraordinariamente en Jerusalén; también se habían convertido muchos sacerdotes.»

(b) 6:8-9:31; describe la extensión del Cristianismo por toda Palestina y el martirio de Esteban, seguido de la predicación en Samaria. Termina con el resumen: «Entonces la Iglesia estaba en paz en toda Judea y Galilea y Samaria, y seguía edificándose y viviendo en el temor del Señor; y crecía en número de creyentes gracias al ánimo que les daba el Espíritu Santo.»

(c) 9:32-12:24; incluye la conversión de Pablo, la extensión de la Iglesia hasta Antioquía, y la entrada del gentil Comelio en la Iglesia, con la intervención de Pedro. El resumen final es: «A todo esto, el Evangelio crecía en extensión y en influencia.»

(d) 12:25-16:5; cuenta la extensión de la Iglesia por toda Asia Menor y la campaña de evangelización en Galacia. Termina diciendo: «Las congregaciones se iban consolidando en la fe, y crecían en número de día en día.»

(e) 16:6-19:20; relata la extensión de la Iglesia en Europa

y la obra de Pablo en grandes ciudades gentiles como Corinto y Éfeso. En resumen: < Así iba extendiéndose el Evangelio poderosamente y haciéndose maravillosamente eficaz.>

(f) 19:21-28:31; cuenta la llegada de Pablo a Roma y su encarcelamiento allí. Termina con la descripción de Pablo < proclamando el Reino de Dios e impartiendo enseñanza sobre todo lo concerniente al Señor Jesucristo con libertad y valentía, y sin que nadie hiciera nada para impedirselo.>

Este plan de *Hechos* contesta la pregunta más perpleja: ¿Por qué termina allí? Termina con Pablo en la cárcel esperando el juicio. Nos gustaría saber lo que le pasó después; pero la continuación está cubierta de misterio. Sin embargo, Lucas terminó allí porque había cumplido su propósito: había relatado cómo había empezado el Cristianismo en Jerusalén y se había extendido por el mundo hasta llegar a Roma. Un gran investigador del Nuevo Testamento ha dicho que el título de *Hechos* podría ser «Cómo llevaron la Buena Noticia desde Jerusalén hasta Roma.»

LAS FUENTES DE LUCAS

Lucas era un historiador, y las fuentes de un historiador tienen una importancia suprema. ¿De dónde obtuvo Lucas la información? En este sentido, *Hechos* se divide en dos partes:

(i) Los primeros quince capítulos, de cuyos acontecimientos no fue Lucas testigo presencial. Lo más probable es que tuviera acceso a dos fuentes:

(a) Las actas de las iglesias locales. Puede que ni siquiera estuvieran escritas; pero cada iglesia tenía sus memorias. En esta sección podemos dilucidar tres informes: el de la *Iglesia de Jerusalén*, que encontramos en los capítulos 1 al 5 y 15 y 16; el de la *Iglesia de Cesarea*, que cubre 8:26-40 y 9:31-10:48, y el de la *Iglesia de Antioquía*, que incluye 11:19-30, y 12:25-14:28.

(b) Es muy probable que hubiera ciclos de historias que

podríamos llamar Los Hechos de Pedro, de Felipe y de Esteban. No cabe duda de que la amistad de Lucas con Pablo le puso en contacto con todas las personalidades de todas las iglesias, cuyas historias se pondrían a su disposición.

(ii) Los capítulos 16 a 28. De mucho de esta sección Lucas fue testigo presencial. Cuando leemos *Hechos* con atención nos damos cuenta de un hecho curioso: la mayor parte del tiempo, Lucas cuenta las cosas en tercera persona de singular o plural; pero hay algunos pasajes en los que cambia a la primera persona del plural, y de «ellos» pasa a «nosotros». Los pasajes «nosotros» son los siguientes: *Hechos* 16:10-17; 20:5-16; 21:1-18, y 27:1-28:16. En todas estas ocasiones Lucas tiene que haber estado presente. Debe de haber hecho un diario del viaje, y por eso tenemos en estos pasajes el relato de un testigo presencial. En cuanto a los momentos cuando no estaba presente, deben de haber sido muchas las horas que pasó en la cárcel con Pablo y las historias que Pablo le contó. Puede que no hubiera ninguna gran figura que Lucas no conociera, y en cada caso debe de haber obtenido el relato de alguien que estuvo allí.

Cuando leemos *Hechos*, podemos estar seguros de que no ha habido ningún historiador que tuviera mejores fuentes que Lucas, ni que las usara con mayor rigor histórico.

PODER PARA SEGUIR ADELANTE

Hechos 1:1-5

Excmo. Teófilo:

Ya he escrito a VE. un informe completo de la vida y enseñanzas de Jesús hasta el momento en que fue llevado al Cielo después de haber dado instrucciones referentes al Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido.

Después de su pasión, Jesús les demostró en muchas ocasiones que estaba vivo; porque durante un período de cuarenta días se les estuvo presentando en persona y hablando con ellos sobre el Reino de Dios.

Una vez que estaba comiendo con ellos les dio instrucciones de que no se marcharan de Jerusalén, sino que esperaran allí la llegada del Que el Padre les había prometido, de Quien ya les había hablado; y les dijo:

Juan bautizaba con agua; pero dentro de no muchos días vais a ser bautizados con el Espíritu Santo.

*El Libro de los Hechos es la segunda parte de una historia en dos sentidos: (i) Es el segundo volumen de los dos que le envió Lucas a Teófilo. En el primero, que es el *Evangelio*, Lucas le había contado la historia de Jesús en la Tierra; y ahora, en el segundo, continúa contándole la historia de la Iglesia Cristiana. (ii) *Hechos* es el segundo volumen de una historia*

que no ha terminado. El Evangelio es sólo la historia de lo que Jesús *empezó* a hacer y a enseñar. Su vida terrenal fue sólo el principio de una actividad que no ha llegado a su fin.

Hay diferentes clases de inmortalidad.

(a) Existe la inmortalidad de la fama. En las *Coplas a la Muerte de su Padre*, de Jorge Manrique, la Muerte le dice al Condestable:

«No se os haga tan amarga la batalla temerosa que esperáis, pues otra vida más larga de fama tan gloriosa acá dejáis; aunque esta vida de honor tampoco no es eternal ni verdadera, mas con todo es muy mejor que la otra corporal, perecedera.»

No cabe duda de que Jesús ganó tal inmortalidad, como se ve, por ejemplo, en la Historia del Arte; y su nombre no morirá jamás.

(b) Existe también *la inmortalidad de la influencia*. Algunas personas dejan una estela de influencia y unas consecuencias que no desaparecerán jamás. Miguel de Cervantes es el escritor más famoso de la literatura española, y se da su nombre al premio más apreciado que se otorga a escritores contemporáneos y a los institutos que representan a nuestra lengua en otros países para memoria inmortal de ese nombre glorioso.

(c) Pero, sobre todo, existe *la inmortalidad de la presencia y del poder*. Jesús no ha dejado solamente un nombre y una influencia inmortales. ¡Está vivo y activo y lleno de poder! No es meramente alguien que *fue*, sino que es Uno que es, y cuya vida continúa eternamente. En un sentido, el tema y la lección

del *Libro de los Hechos* es que la vida de Jesús se continúa *en su Iglesia*. John Foster, profesor de Historia de la Iglesia en la universidad de Glasgow y antes misionero en La China, cuenta que un buscador hindú vino una vez a un obispo indio. Sin ayuda de nadie había leído el Nuevo Testamento, y se había sentido atraído irresistiblemente por la Persona de Cristo. Luego había seguido leyendo, y se había encontrado en un nuevo mundo. En los *Evangelios* se trataba de Jesús, de sus obras y de sus sufrimientos; en los *Hechos*, de lo que hicieron y pensaron y enseñaron los discípulos de Jesús que ocuparon el lugar que Él había dejado. La Iglesia sigue adelante desde el punto en que Jesús dejó su vida terrenal. «Por tanto -dijo aquel hombre-, yo tengo que pertenecer a *la Iglesia que continúa la vida de Cristo*. » *El Libro de los Hechos* nos habla de la Iglesia que continúa la vida de Cristo.

Este pasaje nos cuenta cómo recibió la Iglesia el poder para cumplir su misión: por la obra del Espíritu Santo. Uno de los títulos del Espíritu Santo es *El Consolador*. *Consolar* es, según el Diccionario de la Real Academia Española, *aliviar la pena o el dolor de alguien*. Sería más conforme con la idea original llamarle *El Confortador*, que viene del latín *fortis*, valiente, y quiere decir, según el mismo Diccionario, *el que da vigor, espíritu y fuerza el que anima, alienta o consuela al afligido*. En el *Libro de los Hechos*, y en todo el Nuevo Testamento, es muy difícil separar la obra del Espíritu Santo de la del Cristo Resucitado; y no tenemos qué hacerlo, porque la venida del Espíritu es el cumplimiento de la promesa de Jesús: < Fijaos: Yo estoy con vosotros siempre, hasta el fin del mundo » (*Mateo 28:20*). No dejemos que se nos pase desapercibida otra cosa: Jesús les dijo a los apóstoles que *esperaran* la venida del Espíritu. Recibiríamos más poder, valor y paz, si aprendiéramos a esperar. En los trances de la vida tenemos que aprender a estar tranquilos. «Los que esperan en el Señor tendrán nuevas fuerzas» (*Isaías 40:31*). En medio de la actividad avasalladora de la vida debe haber lugar para una sabia espera. En medio de las luchas de la vida tiene que haber tiempo para recibir.

EL REINO Y SUS TESTIGOS

Hechos 1:6-8

Una de las veces que estaban reunidos con Él, le preguntaron a Jesús:

-Señor, ¿le vas a restaurar el reino a Israel en estos tiempos?

-No os corresponde a vosotros saber cuánto van a durar unas cosas, o cuándo van a suceder otras -les contestó Jesús-. Estas son cosas que el Padre mantiene bajo su control. Pero, independientemente de eso, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo recibiréis poder para ser mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaria, y por todo el mundo.

Jesús se enfrentó con un gran inconveniente a lo largo de su ministerio. El corazón de su mensaje era el Reino de Dios (*Marcos 1:14*); pero el problema era que los que le oían se lo figuraban a su manera. Los judíos estaban convencidos de que eran el pueblo escogido de Dios; y creían que eso quería decir que eran los favoritos, que estaban destinados a un honor y a un privilegio especiales, y para dominar el mundo. Todo el curso de su historia demostraba que, humanamente hablando, no podía ser así. Palestina era un país pequeño, de menos de 200 kilómetros de largo por 65 de ancho. Tuvo sus años de independencia, pero luego estuvo dominado por los babilonios, los persas, los griegos y los romanos. Así es que los judíos empezaron a esperar el día en que Dios intervendría en la historia humana, y haría con su poder lo que ellos no podrían hacer jamás. Esperaban el día en que, por intervención divina, la soberanía que soñaban sería suya. Concebían el Reino de Dios en términos de este mundo, y no como la «política de Dios y el gobierno de Cristo», como decía Quevedo.

¿Cómo lo concebía Jesús? Fijémonos en la oración dominical, en la que encontramos dos peticiones yuxtapuestas:

«Venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo» (*Mateo 6:10; Lucas 11:2*). Ahora bien: es característico de la poesía hebrea, como se puede ver en los salmos, el decir lo mismo de dos maneras paralelas, la segunda de las cuales amplía o explica la primera. Eso es lo que sucede con estas dos peticiones: la segunda es una definición de la primera; y por tanto vemos que Jesús entendía el Reino de Dios como la sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo. Precisamente por eso sería un Reino basado en el amor, y no en el poder.

Para lograrlo, los humanos necesitamos el Espíritu de Cristo. Ya antes Lucas había hablado dos veces de esperar la venida del Espíritu. No debemos pensar que el Espíritu empezó a existir entonces. Sabemos que hay poderes que han existido mucho tiempo, pero que se han descubierto en un momento determinado. Así sucede con todas las fuentes de energía que se conocen; por ejemplo: la energía atómica no es algo que han inventado los hombres, sino que siempre había existido en la naturaleza, aunque solamente este siglo se ha descubierto y empezado a usar. Así podemos decir que Dios es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero llegó un momento en el que se experimentó ese poder que siempre había estado presente.

El poder del Espíritu iba a hacerlos testigos de Cristo. Su testimonio iba a operar en una serie de círculos concéntricos cada vez más amplios: primero en Jerusalén; luego en toda Judea; luego en Samaria, que era un país mediojudío que sería como un puente que los introduciría en el mundo pagano; y finalmente hasta el fin del mundo.

Vamos a fijarnos en varias cosas en relación con el testimonio cristiano:

(i) Un testigo es alguien que puede decir: «Yo sé que esto es verdad.» En un juicio no se admite el testimonio de alguien que sabe algo porque lo ha oído por ahí; tiene que saberlo de primera mano y por propia experiencia. Hubo un tiempo en la vida de John Bunyan cuando él no estaba seguro. Le preocupaba que los judíos dicen que ellos son los que tienen la verdad,

y los musulmanes igual, y los de las otras religiones lo mismo. ¿Será el Evangelio algo parecido, un mero «a mí me parece»? Un testigo no dice: «Me parece que sí.» Dice: «Yo sé.»

(ii) Un testigo verdadero no lo es sólo de palabra, sino en toda su vida. Cuando Henry Morton Stanley descubrió a David Livingstone en el África central, después de pasar con él algún tiempo dijo: «Si me hubiera quedado con él un poco más, no habría tenido más remedio que hacerme cristiano. Y la cosa es que él nunca me lo dijo.» El testimonio de la vida de aquel hombre de Dios era irresistible.

(iii) Es un hecho que habla por sí mismo que en griego, la lengua en que se escribió el Nuevo Testamento, la palabra para *testigo* y la palabra para *mártir* son la misma. Un testigo tiene que estar dispuesto a ser un mártir. Ser testigo conlleva ser fiel a la verdad cueste lo que cueste.

LA GLORIA DE LA DESPEDIDA Y LA DEL REGRESO

Hechos 1:9-11

Después de decirles eso, vieron con sus propios ojos cómo era elevado hasta que una nube le ocultó de su vista. Mientras ellos seguían con los ojos fijos en el cielo viendo cómo se iba, fijos: se les aparecieron dos varones vestidos de blanco, que les dijeron:

- ¡Galileos! ¿Por qué os quedáis ahí mirando al cielo? Este mismísimo Jesús que se os ha arrebatado así para ir al Cielo, va a volver exactamente igual que le habéis visto irse al Cielo.

Este breve pasaje nos coloca cara a cara con dos de las ideas más difíciles del Nuevo Testamento:

(i) Primero, nos cuenta la historia de la Ascensión. Lucas es el único que nos la cuenta, y dos veces: en el Evangelio, capítulo 24, versículos 50 a 53, y aquí. Ahora bien: la Ascen-

sión no es algo que tengamos motivos para dudar. Era absolutamente necesaria por dos razones:

(a) La primera es que era necesario que hubiera un momento final en el que Jesús volviera a la gloria que era suya. Los cuarenta días de las apariciones después de la Resurrección se habían cumplido. Podemos comprender que aquel tiempo especialísimo no podía prolongarse indefinidamente. Tenía que haber un final definitivo. Habría sido mucho peor el que las apariciones del Señor Resucitado hubieran ido desapareciendo paulatinamente hasta, permitidme la expresión, quedar en nada. Era necesario que, como Jesús había entrado en el mundo en un momento determinado, también saliera de la misma manera.

(b) La segunda razón es que debemos trasladarnos con la imaginación al tiempo en que esto sucedió. Hoy en día sería correcto decir que no consideramos que el Cielo esté en algún lugar más allá de la atmósfera de la Tierra; más bien lo concebimos como un estado de bendición cuando estaremos ya para siempre con el Señor. Pero esto sucedió ya va para dos mil años, cuando se creía que la Tierra era plana, y que había un lugar al que llamaban el Cielo, que estaba allá arriba. Si Jesús quería dar a sus seguidores una prueba irrefutable de que había vuelto a su gloria, la Ascensión era absolutamente necesaria. Pero debemos notar una cosa: cuando Lucas nos cuenta este suceso al final de su *Evangelio*, añade que los discípulos «se volvieron a Jerusalén rebosando de alegría» (*Lucas 24:52*). A pesar de la Ascensión -o, mejor dicho, a causa de ella---, los discípulos estaban seguros de que Jesús no los había dejado solos, sino que estaba con ellos para siempre.

(ii) Pero, en segundo lugar, este pasaje nos anuncia la Segunda Venida. Sobre este tema tenemos que recordar dos cosas:

(a) La primera es que es insensato e inútil especular sobre cuándo y cómo va a suceder, porque el mismo Jesús dijo cuando estaba en la Tierra que ni siquiera Él sabía el día y la hora en que vendría el Hijo del Hombre (*Marcos 13:32*).

(b) La segunda es que es parte integrante del Evangelio que Dios tiene un propósito para la humanidad y para el mundo. Estamos convencidos de que la Historia no es un conjunto caótico de casualidades que no van a ninguna parte. Estamos convencidos de que toda la creación se mueve hacia un clímax divino. Y estamos convencidos de que, cuando llegue esa culminación, Jesucristo será el indiscutible Juez y Señor de todo.

La Segunda Venida no es un tema de especulación o de curiosidad morbosa. Es una llamada a esforzarnos para que llegue ese Día, y para que nos halle preparados.

EL FIN DEL TRAIADOR

Hechos 1:12-20

Después se volvieron para Jerusalén desde el monte que se llama de los Olivos, que está cerca de la ciudad, a la distancia que permite la Ley recorrer en sábado. Cuando llegaron, subieron al aposento alto en el que estaban alojados Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Celota y Judas de Santiago. Estos se dedicaban a pleno tiempo ala oración en común, con las mujeres, y con María la madre de Jesús y con los hermanos de Jesús.

Por entonces, cuando estaban reunidos todos los hermanos en la fe, que eran como unos ciento veinte, Pedro se puso en medio de todos y dijo:

-Hermanos: Tenía que cumplirse el pasaje de la Escritura que inspiró el Espíritu Santo a David para que profetizara que Judas, aunque era de nuestro número y tenía parte en nuestro ministerio, se prestaría como guía a los que arrestaron a Jesús. Judas se compró un terreno con la paga de su villanía, y luego se despeñó y se reventó, saliéndosele todas las entrañas. Este hecho es

ya de dominio público entre todos los vecinos de Jerusalén, que llaman a ese terreno «haqucldamah» -que quiere decir en su lengua «campo de sangre»-. Bueno, pues en el Libro de los Salmos está escrito: «Que su morada quede desierta, y que no habite nadie en ella»; pero también dice: «Que ocupe otro su puesto.»

Antes de tratar del fin del traidor Judas, tenemos que fijarnos en algunas cosas de este pasaje.

Para los judíos, el sábado era el día de descanso en el que estaba prohibido hacer ningún trabajo. No se podía recorrer una distancia superior a los 2.000 codos, que se llamaba por esto «la distancia de un sábado» -en la versión Reina-Valera «camino de un día de reposo»-. El codo equivalía a 45 centímetros; es decir, que el sábado no se podía andar más de un kilómetro escaso.

Es interesante que los hermanos de Jesús estaban entre los primeros creyentes. Durante la vida de Jesús habían estado entre los que se le oponían (*Marcos 3:21, y Juan 7:5*). Puede ser que para ellos, como para tantos otros, fue la muerte de Jesús lo que les abrió los ojos y el corazón como no lo había hecho la vida de Jesús.

Se nos dice que los discípulos eran como unos 120. Probablemente ninguno de ellos había salido nunca de Palestina, donde había unos 4.000.000 de judíos. Es decir, que eran menos del 1 por cada 30.000; algo así como 100 creyentes en una ciudad como Madrid o Barcelona. Y sin embargo, esas 120 personas habrían de ir a evangelizar al mundo entero. Si ha habido algo en el mundo que haya tenido un principio pequeño, ha sido la Iglesia Cristiana. Tal vez seamos los únicos cristianos en el taller, o en la fábrica, o en la oficina en que trabajamos, o en el círculo en el que nos movemos. Aquellos discípulos se enfrentaron con su tarea valerosamente, y eso es lo que debemos hacer nosotros; y tal vez seamos el principio pequeño de la extensión del Evangelio en nuestra esfera.

Pero no debemos olvidar en este pasaje el fin de Judas, el

traidor. No están muy claros los detalles de su muerte, pero el relato de Mateo no nos deja la menor duda de que cometió suicidio (*Mateo 27:3-5*). Siempre resultará incomprensible el que Judas traicionara a Jesús. Se han hecho algunas sugerencias:

(i) Se ha sugerido que *Iscariote* quiere decir *el de Keriot*. Si es así, Judas era el único de los apóstoles que no era galileo. Tal vez desde el principio era el forastero, y eso le hizo estar amargado hasta el punto de cometer aquel crimen horrible.

(ii) Tal vez Judas delató a Jesús para salvar el pellejo, y se dio cuenta demasiado tarde de lo que había hecho.

(iii) Tal vez lo hizo sencillamente por dinero. En ese caso habrá sido la venta más barata de la Historia, porque vendió a su Señor por treinta monedas de plata, el precio de un esclavo.

(iv) Tal vez Judas llegó a odiar a Jesús. A otros les podía ocultar su negro corazón; pero la mirada de Jesús podía ver más allá de los disfraces, y las entretelas del corazón con más claridad que los rayos X. Tal vez pretendió destruir al Que le conocía exactamente como era en realidad.

(v) Tal vez la palabra *Iscariote* viene de la palabra latina *sicarius*, asesino a sueldo. En Palestina había una banda de terroristas o nacionalistas violentos que estaban dispuestos a cometer asesinatos para liberar a su país de los romanos. Tal vez Judas vio en Jesús al que podía dirigir a los nacionalistas al triunfo con sus maravillosos poderes. Y, cuando vio que Jesús rechazaba la fuerza, se volvió contra Él y le traicionó.

(vi) Pero lo más verosímil, dentro de lo inseguras que son todas nuestras suposiciones, es que Judas no pretendía que Jesús muriera; sino que lo que quería era colocarle en una situación en la que tuviera que manifestarse como el Mesías guerrero que muchos esperaban. Si esto es cierto, Judas pasó por la trágica experiencia de ver fracasar su plan y haber llevado Jesús a la muerte; y cometió el suicidio movido por el más amargo remordimiento.

Comoquiera que fuera, Judas pasó a la historia con el nombre más negro. No podía ni puede encontrar la paz el que traiciona a Cristo, el que es desleal a su Señor.

REQUISITOS DE LOS APÓSTOLES

Hechos 1:21-26

Así que hay que nombrar -siguió diciendo Pedro-, para que sea testigo con nosotros de la Resurrección de Jesús, a uno de los que han formado parte de nuestro grupo todo este tiempo que Jesús ha estado conviviendo con nosotros, desde que Juan le bautizó hasta que se nos Le llevaron al Cielo.

Y propusieron a dos: a José, de apellido Barsabás, al que llamaban Justo, y a Matías. Y se pusieron a orar:

-Señor, Tú conoces el corazón de todos. Muéstranos a cuál de estos dos has elegido Tú para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado que ha dejado vacante Judas para seguir su propio camino.

Lo echaron a suertes, y le tocó a Matías, que completó el número de los apóstoles con los otros once.

Lo primero que debemos notar es el método para elegir al que había de ocupar el lugar de Judas en el número de los apóstoles. Nos extrañará que se echara a suertes; pero entre los judíos era lo más natural, porque así era como se elegían los cargos y turnos en el Templo. Lo corriente era escribir los nombres de los candidatos en piedrecitas, poner éstas en una vasija que se sacudía hasta que salía una de ellas: El nombre que figurara en esa piedrecita era el del elegido.

Pero lo significativo es que este pasaje nos presenta dos verdades importantes:

(i) La primera, *la misión de un apóstol*, que era ser testigo de la Resurrección de Jesús. El distintivo de un cristiano no es saber cosas acerca de Jesús, sino *conocer* a Jesús. El error más fundamental que se puede cometer con Jesús es considerarle como alguien que vivió y murió, y cuya vida estudiamos, y cuya historia leemos. Pero Jesús no es el personaje de un libro, sino una presencia viva, y el cristiano

es aquel cuya vida entera es un testimonio del hecho de que se ha encontrado con el Señor Resucitado y Le conoce.

(ii) La segunda, los *requisitos de un apóstol*, que eran haber convivido con Jesús. El cristiano verdadero es el que vive todos los días con Jesús. Se decía del gran predicador escocés John Brown of Haddington -que fue uno de los antepasados de la familia de obreros evangélicos españoles Fliedner Brown-que, cuando estaba predicando, se paraba a menudo como si estuviera escuchando una voz. Y Jerome K. Jerome nos cuenta que un viejo zapatero remendón dejaba abierta la puerta de su taller los días más fríos; y contestaba a los que le preguntaban por qué lo hacía: «Para que Él entre si pasa por aquí.» Hablamos a veces de lo que sucedería si Jesús estuviera aquí, y de lo diferente que sería nuestra vida si Él estuviera en nuestras casas y trabajos. La señora Acland nos cuenta que una vez su hija tuvo un ataque de mal genio; y, cuando pasó la tormenta, madre e hija estaban sentadas en la escalera poniendo en orden sus pensamientos, y dijo la pequeña: « Me gustaría que Jesús viniera a quedarse en casa para siempre.» Pero, lo bonito del caso es que Jesús está aquí; y el cristiano verdadero, como el apóstol verdadero, vive toda la vida con Cristo.

EL DÍA DE PENTECOSTÉS

Puede que nunca sepamos explicar exactamente lo que pasó el Día de Pentecostés; pero sabemos que fue uno de los días auténticamente grandes de la Iglesia Cristiana, porque ese día vino el Espíritu Santo a la Iglesia de una manera especial.

El Libro de los Hechos se ha llamado El Evangelio del Espíritu Santo; si hay alguna doctrina que nos hace falta descubrir de nuevo, es la doctrina del Espíritu Santo; así es que, antes de estudiar en detalle el capítulo 2 de *Hechos*, vamos a echarle una ojeada a lo que este libro tiene que decir y enseñar acerca del Espíritu Santo.

La venida del Espíritu

Tal vez no sea muy afortunado que hablemos tair a menudo de lo que sucedió en Pentecostés como *la venida* del Espíritu Santo. El peligro es que pensemos que el Espíritu Santo empezó a existir entonces, y eso no es cierto; Dios es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo. *Hechos lo* deja bien claro. El Espíritu Santo habló por medio de David (*Hechos* 1:16); habló por medio de Isaías (28:25); Esteban acusa en su discurso a los judíos de haberse opuesto al Espíritu a lo largo de toda su historia (7:51). Ahí vemos que el Espíritu Santo es Dios revelando su verdad y su voluntad a los hombres en cada generación. Sin embargo, al mismo tiempo, algo especial sucedió en Pentecostés.

La Obra del Espíritu en Hechos

A partir de Pentecostés, el Espíritu Santo es la realidad dominante en la vida de la Iglesia Primitiva.

(i) *El Espíritu Santo es la fuente de toda dirección.* Es el Espíritu el Que mueve a Felipe a ponerse en contacto con el eunuco etíope (*Hechos* 8:29); el Que prepara a Pedro para recibir a los emisarios de Cornelio (10:19); el Que manda a Pedro que vaya con ellos sin dudar (11:12); el Que inspira a Agabo para que anuncie el hambre que se avecina (11:28); el Que ordena que aparten a Bernabé y a Saulo para que- lleven el Evangelio a los gentiles (13:2, 4); el Que guía a las decisiones del concilio de Jerusalén (15:28); el Que guía a Pablo a través de las provincias romanas de Asia, Misia y Bitinia, a Troas, y de allí a Europa (16:6), y el Que le dice a Pablo lo que le espera en Jerusalén (20:23). Jamás se tomó ninguna decisión ni se dio ningún paso que fueran importantes en la Iglesia Primitiva sin la dirección del Espíritu Santo. La Iglesia Primitiva era una comunidad guiada por el Espíritu Santo.

(ii) *Todos los líderes de la Iglesia eran hombres llenos del Espíritu.* Los Siete eran hombres llenos del Espíritu (*Hechos* 6:3); Esteban y Bernabé estaban llenos del Espíritu (7:55; 11:24). Pablo les dice a los ancianos de Éfeso que había sido

el Espíritu Santo el Que los había puesto como supervisores en la Iglesia de Dios (20:28). Todos los miembros de la Iglesia Primitiva vivían en el Espíritu, Que era la nueva atmósfera que respiraban.

(iii) *El Espíritu era la fuente del valor y del poder de día en día.* Los discípulos habían de recibir poder cuando viniera el Espíritu Santo (*Hechos 1:8*); el poder y la elocuencia de Pedro ante el Sanedrín eran el resultado de la obra del Espíritu (*4:31*); la victoria de Pablo sobre Elimas en Chipre es obra del Espíritu (*13:9*). El valor de los cristianos para enfrentarse con situaciones peligrosas; el poder para resolver más que adecuadamente sus problemas; la elocuencia necesaria; el gozo que no dependía de las circunstancias -todo es obra del Espíritu Santo.

(iv) Por último, en *Hechos 5:32* leemos algo muy sugestivo: se dice que es el Espíritu < Que Dios ha dado a los que le obedecen. » Aquí encontramos la gran verdad de que *la medida del Espíritu que puede poseer una persona depende de la clase de persona que sea.* Quiere decir que el que sinceramente trate de hacer la voluntad de Dios experimentará más y más la dirección y el poder del Espíritu; que el vivir la vida cristiana lleva consigo su propio poder.

En los primeros trece capítulos se menciona al Espíritu **Santo más de cuarenta** veces. La Iglesia Primitiva estaba llena del Espíritu, y en eso radicaba su poder.

Ahora, pasemos a estudiar el segundo capítulo, que nos cuenta la venida del Espíritu Santo a la Iglesia.

EL ALIENTO DE DIOS

Hechos 2:1-13

Todos los creyentes se habían reunido para pasar juntos el día de Pentecostés. De repente vino del cielo un estruendo como si se hubiera desencadenado una gran tempestad de viento que llenó toda la casa donde estaban alojados; y se les presentaron como lenguas de fuego que se iban repartiendo, y cada una se posaba sobre un discípulo. Entonces el Espíritu Santo inundó a todos, y se pusieron a hablar en otras lenguas según el Espíritu los iba capacitando.

Estaban parando por entonces en Jerusalén judíos y personas piadosas que habían venido a la fiesta de todas las naciones bajo el cielo. Cuando se oyó aquel estruendo se juntó allí mucha gente; y estaban que no sabían qué pensar, porque cada uno de ellos oía hablar en su lengua materna a los discípulos; así que todos estaban admirados y alucinados.

- ¡Fijaos! ¿Es que no son galileos estos que están hablando? -decían-. ¿Cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua materna? Aquí hay partos, medos, elamitas, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia, de Panfilia, de Egipto y de África más allá de Cirene, y romanos residentes aquí, tanto judíos de nacimiento como convertidos de otras naciones, cretenses y árabes... ¡y todos los oímos contar en nuestra lengua las cosas maravillosas que Dios ha hecho!

No podían entender lo que estaba pasando, y estaban alucinados; unos a otros se decían:

- ¿Qué querrá decir todo esto?

Otros lo tomaban a chungo, y decían:

- ¡Están como cubas!

Había tres grandes fiestas en las que todos los judíos que vivieran a no más de treinta kilómetros de Jerusalén estaban obligados a ir: la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos. El nombre de *pentecostés* quiere decir *el quincuagésimo*, y también se llamaba «La Fiesta de las Semanas», porque caía en el quincuagésimo día, una semana de semanas después de la Pascua. Esta caía -como entre nosotros su versión cristiana, la Semana Santa- en el primer plenilunio después del equinoccio de primavera; y Pentecostés, cincuenta días después. Para entonces ya eran mejores las condiciones para viajar. Por lo menos tantos como para la Pascua iban a Jerusalén para Pentecostés. Eso explica la lista de países que se mencionan en este capítulo, porque en ninguna otra ocasión se juntaría un gentío tan internacional en Jerusalén.

La fiesta misma tenía dos significados. Uno *histórico*: conmemoraba la promulgación de la Ley en el monte Sinaí; y otro *agrícola*: en la Pascua se ofrecía a Dios el primer *gomer* de la cosecha de la cebada, y en Pentecostés se ofrecían dos panes como acción de gracias por la cosecha completa que se había recogido. Pentecostés tenía otra característica: la Ley establecía que ese día no se podía hacer ningún trabajo servil (*Levítico 23:21; Números 28:26*); de modo que era un día de vacación, por lo que habría más gente que nunca en la calle.

Lo que sucedió el día de Pentecostés no se puede explicar con palabras. Lo cierto es que los creyentes tuvieron la experiencia del poder del Espíritu Santo Que inundaba su ser.

Debemos darnos cuenta de que no se trataba de que hubieran adquirido una capacidad especial para hablar *lenguas extranjeras*. En la Iglesia Primitiva se manifestaba un don que nunca ha desaparecido del todo de la Iglesia y que ha vuelto a surgir especialmente en las iglesias pentecostales y carismáticas este siglo, que se llama *glóssolalia o hablar en lenguas* (ver *Hechos, 10:46; 19:6*). El principal pasaje en el que se nos describe y da enseñanza sobre este don es *1 Corintios 14*. El apóstol Pablo dice que, aunque él habla en lenguas más que nadie en Corinto, en el culto público considera preferible usar

una lengua que todos puedan entender, para que sean edificados; y recomienda que se reserve el hablar en lenguas para la edificación personal; o, si se usa este don en público, que haya también interpretación; porque si no, alguien nuevo que entre podría pensar que los que hablan en lenguas están *locos* (*1 Corintios 14:23*). Esa parece haber sido la reacción de algunos de los oyentes en Pentecostés, que tomaron a los discípulos por borrachos. Sin embargo, el don de lenguas que se manifestó en Pentecostés no requería interpretación. Es posible que los discípulos hablaran su dialecto, y el Espíritu hacía que los oyentes recibieran simultáneamente la interpretación, cada uno en su propia lengua materna. El caso es que en Pentecostés el poder del Espíritu era tal que daba a aquellos sencillos discípulos la capacidad de presentar el Evangelio de forma que calaba hasta lo más íntimo del corazón.

LA PRIMERA PREDICACIÓN CRISTIANA

Hechos 2:14-42 es uno de los pasajes más interesantes de todo el Nuevo Testamento, porque contiene el primer sermón cristiano. Ahora bien: en la Iglesia Primitiva había cuatro clases de predicación.

(i) Había lo que se llama *el kerygma*, que quiere decir literalmente *el anuncio de un pregonero*, y consiste en la exposición de los hechos clave del Evangelio que no se pueden negar ni discutir, como vieron claro los primeros predicadores.

(ii) Había lo que se llama *la didajé*, que quiere decir literalmente *enseñanza*, y que dilucida y desarrolla el significado y las implicaciones de los hechos que se han proclamado. Para decirlo en términos actuales, es como si, después que el predicador ha expuesto los hechos incontestables, los oyentes le preguntaran: «¿Y ahora qué?» *La didajé* sería la respuesta a esa pregunta.

(iii) Había lo que se llama *la paráklésis*, que quiere decir literalmente *exhortación*. Esta clase de predicación presentaba

a los oyentes la obligación de ajustar su vida al *kérygma* y a la *didajé* que ya les habían dado.

(iv) Había lo que se llama *la homilía*, que quiere decir el desarrollo de un tema o departamento de la vida a la luz del Evangelio.

Una predicación integral tiene algo de los cuatro elementos: contiene la proclamación de los hechos clave del Evangelio; la explicación del significado de tales hechos; la exhortación a ajustar a ellos la vida, y el desarrollo de todas las actividades de la vida a la luz del Evangelio.

Ahora bien: en *Hechos* nos encontramos especialmente con el *kérygma*, porque este libro nos relata la proclamación de los hechos del Evangelio que se dirige a los que no los conocen. Este *kérygma* sigue el esquema que se encuentra en todo el Nuevo Testamento.

(i) Contiene las pruebas de que Jesús, y todo lo que Le sucedió, son el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. En los tiempos modernos cada vez se hace menos hincapié en el cumplimiento de las profecías. Se ven los profetas, más como *proclamadores* de la voluntad de Dios a los hombres, que como *pronosticadores* de acontecimientos futuros. Pero el hincapié de la predicación original en la profecía nos conserva y presenta una gran verdad: la de que la Historia no es mera casualidad sin razón ni propósito, sino que tiene sentido, y que hay una ley moral en el universo. Creer en la posibilidad de la profecía es creer que Dios está en control, y que está llevando a cabo su propósito.

(ii) Jesús de Nazaret es el Mesías prometido y esperado. En Él se han cumplido las profecías mesiánicas y ha amanecido la Nueva Era. La Iglesia Primitiva tenía la convicción de que toda la Historia se centraba en Jesús; con su venida, la Eternidad había invadido el tiempo, y Dios había aparecido en la escena humana. Por tanto, ni la vida ni el mundo podían ser ya lo que eran antes. Con la venida de Jesús se había hecho presente algo crucial, irrepitable y definitivo.

(iii) La predicación original continuaba exponiendo que Jesús era descendiente del rey David; que había impartido enseñanza y obrado milagros; que Le habían crucificado; que había resucitado, y que estaba a la diestra de Dios. La Iglesia Primitiva estaba completamente segura de que el Evangelio dependía de la vida terrenal de Cristo, y de que había que relatar esa vida. Pero también estaba convencida de que aquella vida y muerte terrenales no eran el final de la historia, sino que las había seguido la Resurrección. Jesús no era para ellos alguien acerca del que leían o escuchaban una historia, sino Alguien con Quien se habían encontrado y a Quien conocían en su experiencia personal. No era el personaje de un libro, alguien que había vivido y muerto; era una presencia viva para siempre.

(iv) Los primeros predicadores pasaban entonces a insistir en que Jesús iba a volver otra vez en gloria para establecer su Reino en la Tierra. En otras palabras: la Iglesia Primitiva creía intensa y apasionadamente en la Segunda Venida. De nuevo nos encontramos con una enseñanza que aparece rara vez en la predicación moderna, pero que conserva una gran verdad: que la Historia tiene una meta, y que algún día llegará su culminación.

(v) La predicación terminaba con la afirmación de que sólo en Jesús está la salvación, que el que crea en Él recibirá el Espíritu Santo, y que al que no crea no le queda esperanza. Es decir, que terminaba con una seria *advertencia*; la que oyó John Bunyan, el autor de *EL Peregrino*, como si Alguien se lo estuviera diciendo al oído: «¿Quieres dejar tus pecados e ir al Cielo, o seguir con tus pecados e ir al Infierno?»

Si leemos de una sentada el sermón de Pedro en Pentecostés veremos cómo se entrelazan en él estos cinco temas.

HA LLEGADO EL DÍA DEL SEÑOR

Hechos 2:14-21

Pedro se puso en pie con los otros once apóstoles, y empezó a hablarles en voz bien alta para que todos pudieran oírle:

- ¡Eh, vosotros judíos y todos los que estáis en Jerusalén: enteraos bien y prestad atención a lo que os voy a decir! Estos no están borrachos como decís vosotros, puesto que no son más que las 9 de la mañana. Lo que pasa es que se está cumpliendo lo que dijo el profeta Joel: «En los días finales -dice Dios- derramaré de mi Espíritu sobre toda la humanidad. Vuestros hijos e hijas darán profecías; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos, sueños. En esos días derramaré de mi Espíritu sobre los hombres y las mujeres que me sirven, y ellos serán mis profetas. Mostraré maravillas arriba en los cielos, y pruebas visibles de mi poder divino abajo en la Tierra: sangre, y fuego, y vapor de humo. El Sol se convertirá en tinieblas, y la Luna en sangre, antes que llegue el gran Día del Señor en todo su esplendor. Y será un hecho que todos los que invoquen el Nombre del Señor estarán a salvo.»

En el versículo 15, Pedro insiste en que esas personas no pueden estar borrachas, porque *es la hora tercera del día* (Versión Reina-Valera). Las horas del día contaban desde la salida hasta la puesta del Sol, es decir, poco más o menos, desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde; por tanto, *la hora tercera* eran las 9 de la mañana.

Todo el pasaje nos presenta una de las ideas dominantes y básicas del Antiguo y del Nuevo Testamento: *El Día del Señor*. Hay mucho en la Biblia que nos resultará difícil de entender a menos que conozcamos los principios que subyacen bajo esta concepción. Los judíos nunca perdían de vista que eran el

pueblo escogido de Dios, e interpretaban que Dios los había elegido para una gloria y un privilegio especiales entre todos los pueblos de la Tierra. Sin embargo, eran una nación pequeña. Su historia había sido una sucesión de desastres. Estaba claro que, por medios humanos, nunca alcanzarían la gloria que les estaba destinada como pueblo escogido. Así es que, poco a poco, llegaron a la conclusión de que, lo que los hombres no podían, Dios lo haría. Y empezaron a esperar el día en que Dios intervendría directamente en la Historia y los elevaría al honor que soñaban. El día de esa intervención divina sería *El Día del Señor*. La Historia quedaría dividida en dos edades: *La Edad Presente*, y *La Edad por Venir*, que sería El Siglo de Oro de Dios. Entre las dos Edades estaría *El Día del Señor*, que sería el doloroso alumbramiento de la Nueva Era. Vendría tan por sorpresa como el ladrón nocturno; los cimientos de la Tierra serían sacudidos, y el universo entero se desintegraría. Sería un día de juicio y de terror. A lo largo de los libros proféticos del Antiguo Testamento y en gran parte del Nuevo encontramos descripciones de ese Día. Los pasajes más característicos son: *Isaías 2:12; 13:6ss; Amós 5:18; Sofonías 1:7; Joel 2; 1 Tesalonicenses 5:2ss; 2 Pedro 3:10*. Aquí Pedro les está diciendo a los judíos: «Hace generaciones que estamos soñando con el Día del Señor, el gran Día en que Dios intervendrá en la Historia. Ahora, con Jesús, ha llegado ese Día.» Detrás de todo ese escenario estaba la gran verdad de que, en la Persona de Jesús, Dios mismo había entrado en la escena de la Historia humana.

SEÑOR Y CRISTO

Hechos 2:22-36

- ¡Hombres de Israel, escuchadme bien! -siguió diciéndoles Pedro-. Jesús de Nazaret ha sido un Hombre al Que Dios ha acreditado ante vosotros por medio de

milagros y obras que eran señales inequívocas del poder de Dios en acción. Dios estaba actuando por medio de Él, y vosotros lo habéis visto todo y no lo podéis negar. De acuerdo con lo que Dios tenía planificado y sabía de antemano que iba a suceder, ese Hombre os fue entregado, y vosotros le matasteis haciendo que le crucificaran los paganos que no tienen ni idea de la Ley de Dios. Pero Dios le desató las ligaduras de la muerte y le devolvió a la vida otra vez, porque era imposible que quedara bajo el control de la muerte. Porque David dice de Él: «Tengo siempre presente al Señor; porque le tengo a mi diestra soy inmovible. Por tanto, mi corazón se mantiene alegre, y el júbilo brota en mi lengua, y mi vida transcurre en esperanza; porque Tú no abandonarás mi alma en la tierra de los muertos, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción del sepulcro. ¡Tú me has dado a conocer los senderos que conducen a la vida verdadera! ¡Tú me llenarás de alegría cuando me concedas tu presencia!» Queridos hermanos: Se os puede decir sin ambages que el patriarca David murió, y le enterraron, y seguimos conservando su tumba. Pero, como era profeta y sabía que Dios le había dado su palabra y le había jurado que Uno de sus descendientes se sentaría en su trono para siempre, previó la Resurrección del Mesías y habló acerca de Él; porque es al Mesías al Que Dios «no ha abandonado en la tierra de los muertos», y su cuerpo el que «no experimentó la corrupción del sepulcro.» Que Dios ha resucitado a este Jesús es el hecho del que tenemos conocimiento personal. En prueba de que ha sido exaltado ala diestra de Dios y de que ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, ha dado esta demostración del Espíritu que estáis viendo y oyendo. Porque David no ascendió al Cielo en persona; y sin embargo dice: «Dijo el SEÑOR a mi Señor: "Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como un

estrado bajo tus pies. "» ¡Que se dé por enterada toda la nación de Israel de que Dios ha puesto a este Jesús a Quien vosotros crucificasteis como Señor y Mesías!

Aquí tenemos un pasaje que está lleno de la esencia del pensamiento de los primeros predicadores.

(i) Insiste en que la Cruz no fue ningún accidente. Formaba parte del plan eterno de Dios (versículo 23), que es algo que se afirma con frecuencia en *Hechos* (véase 3:18; 4:28; 13:29). El pensamiento de *Hechos* nos salvaguarda de dos serios errores sobre la muerte de Jesús. (a) La Cruz no fue una salida de emergencia porque a Dios le hubieran fallado otros planes. Forma parte de la vida misma de Dios. (b) No debemos pensar nunca que nada de lo que hizo Jesús cambiara la actitud de Dios hacia los hombres. No debemos oponer un Jesús dulce y amable a un Dios airado y vengativo. *Fue Dios* el Que envió a Jesús, el Que planificó la venida de Jesús al mundo. Podemos decir que la Cruz es una ventana en el tiempo por la que podemos ver el amor sufriente que hay eternamente en el corazón de Dios.

(j) *Hechos* insiste en que lo dicho anteriormente no aminora en nada el crimen de la humanidad que crucificó a Jesús. Siempre que se menciona la Cruz en *Hechos* se hace con un sentimiento de horror ante el crimen que se cometió (véanse *Hechos* 2:23; 3:13; 4:10; 5:30). Aparte de otras cosas, la Cruz es el mayor crimen de la Historia. Muestra supremamente hasta dónde pudo llegar el pecado, que tomó la vida más maravillosa que haya habido jamás, y la estampó en la Cruz.

(iii) *Hechos* se propone demostrar que la pasión y muerte de Cristo fueron el cumplimiento de las profecías. Los primeros predicadores tenían que hacerlo así, porque la idea de un mesías crucificado era inconcebible y hasta blasfema para los judíos. La Ley decía: «Maldito el que muere colgado de un madero» (*Deuteronomio* 21:23). Para los judíos ortodoxos, la Cruz era lo único que hacía absolutamente imposible que Jesús pudiera ser el Mesías. Por eso los enemigos de Jesús se pro-

pusieron darle, no una muerte cualquiera, sino la muerte de cruz. Los primeros predicadores respondían: « Si leéis las Escrituras con atención, veréis que estaba profetizado.»

(iv) Hechos hace hincapié en la Resurrección como la prueba definitiva de que Jesús era el Escogido de Dios. Algunas veces se ha llamado a *Hechos* el Evangelio de la Resurrección. Para la Iglesia Primitiva la Resurrección era de suprema importancia. Debemos tener presente que *sin la Resurrección no existiría la Iglesia Cristiana*. Cuando los discípulos predicaban la centralidad de la Resurrección lo hacían movidos por su propia experiencia. La Cruz los había dejado totalmente destrozados, sin esperanza ni razón para seguir viviendo. Fue la Resurrección lo que lo cambió todo y los transformó de seres desamparados en hombres y mujeres henchidos de vida; de cobardes en héroes. Una de las razones por las cuales algunas iglesias están como están es que la predicación de la Resurrección se limita al Domingo de Resurrección, si acaso. Todos los *domingos* son el Día del Señor, como su nombre indica. Los cristianos celebramos el domingo en vez del sábado en recuerdo de la Resurrección del Señor; y, si no es eso lo que celebramos, ¿qué es entonces? El Domingo de Resurrección en la Iglesia Oriental, cuando se encuentran dos creyentes, se saludan diciendo uno: «¡Ha resucitado el Señor!» Y el otro contesta: « ¡Es verdad que ha resucitado!» Un cristiano no debe olvidarse nunca de que vive y anda con el Señor Resucitado.

¡PONEOS A SALVO!

Hechos 2:37-41

Lo que Pedro les dijo les atravesó el corazón, y les hizo preguntarles a Pedro y a los demás apóstoles:

-Hermanos, ¿y qué podemos hacer ahora?

- ¡Arrepentíos ahora mismo -les contestó Pedro-, y que se bautice cada uno de vosotros en el Nombre de

Jesucristo! Así recibiréis el perdón de vuestros pecados y la dádiva gratuita del Espíritu Santo que Dios había prometido que os daría a vosotros y a vuestros descendientes, los de cerca y los de lejos, a todos los que respondan a la llamada del Señor nuestro Dios.

Pedro les expuso extensamente los hechos referentes a Jesús, y los exhortó muy en serio:

- ¡Poneos a salvo de la perversa edad en que vivís!

Los que se convirtieron fueron bautizados; y aquel día se sumaron al número de los creyentes como otros tres mil.

(i) En primer lugar, este pasaje nos muestra con una claridad meridiana el efecto de la Cruz. Cuando se le hizo ver a la gente lo que habían hecho cuando crucificaron a Jesús, se les partió el corazón. «Yo -había dicho Jesús-, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí» (*Juan 12:32*). Si el pecado de la humanidad fue el responsable de la Cruz de Cristo, entonces *nuestro* pecado es el responsable. Todos los seres humanos hemos tomado parte en ese crimen. Se dice que una vez un misionero contó la historia de Jesús en una aldea india. Después la proyectó en diapositivas en una de las paredes blancas de la casa; y cuando llegó a una en la que se veía la Cruz, un hombre se puso en pie y vino corriendo al frente, y dijo con voz conmovida: « ¡Baja de la Cruz, Hijo de Dios! ¡Soy yo y no Tú el que tiene que colgar de ahí!» Cuando llegamos a comprender lo que pasó en la Cruz, no podemos evitar que se nos parta el corazón.

(ii) Esta experiencia requiere una reacción. Pedro dijo: « ¡Lo primero y principal es que os arrepintáis!» ¿Qué quiere decir *arrepentirse*? La palabra original quería decir en un principio *cambiar de pensamiento*; y cuando se cambia de pensamiento es porque el que se tenía antes era equivocado; de ahí que la palabra pasó a significar *un cambio de mentalidad, o de actitud*; y si la persona es honrada, el cambio de mentalidad requiere *un cambio de acción, o de vida*. Así que el arrepen-

timiento supone un cambio de mentalidad y un cambio de vida. Podría darse el caso de que alguien cambiara de mentalidad, y se diera cuenta de que sus obras no son como deben ser, pero que estuviera tan atado por los viejos hábitos que no quisiera cambiar de vida. O podría ser que uno cambiara de manera de obrar, pero que su mentalidad siguiera siendo la misma; su cambio sería motivado por el temor, o por razones de prudencia, pero su corazón todavía amaría las cosas viejas y, si tuviera oportunidad, volvería a ellas. El verdadero arrepentimiento incluye un cambio de mentalidad y un cambio de acción.

(iii) Cuando llega el arrepentimiento, algo pasa con el *pasado*. Hay *perdón de pecados*. El perdón de Dios cubre el pasado; pero tenemos que comprender que esto no quiere decir que se anulan *las consecuencias* del pecado. Cuando pecamos, nos hacemos algo a nosotros mismos y a otros que no podemos deshacer. Vamos a considerarlo de otra manera: cuando éramos pequeños y habíamos hecho algo malo, había una barrera invisible entre nosotros y nuestros padres. Pero, cuando íbamos a ellos y les decíamos que lo sentíamos y pedíamos perdón, nuestros padres nos abrazaban, y nos dábamos cuenta de que la relación se había restablecido y había desaparecido la barrera. El perdón no elimina las consecuencias de lo malo que hayamos hecho, pero nos pone otra vez en la debida relación con Dios. El alejamiento y el temor desaparecen, y nos encontramos otra vez en paz con Dios.

(iv) Cuando llega el arrepentimiento pasa algo con el *futuro*. Recibimos *el don del Espíritu Santo*. Aunque nos hayamos arrepentido, ¿cómo vamos a evitar cometer los mismos errores una y otra vez? Viene a nuestra vida un poder que no teníamos antes, que es del Espíritu Santo; y con él podemos ganar las batallas que siempre perdíamos antes, y resistir todo lo que por nosotros mismos seríamos incapaces de resistir.

En el momento en que nos arrepentimos de veras somos liberados del alejamiento y del temor del pasado, y equipados para enfrentarnos con las responsabilidades y las batallas del futuro.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IGLESIA

Hechos 2:42-47

Los creyentes dedicaban tiempo a recibir la enseñanza de los apóstoles, a estar en comunión con los hermanos, a participar juntos de las comidas y a la oración. Todos tenían una actitud reverente, y el poder de Dios se manifestaba en muchas cosas que hacían los apóstoles. Todos los creyentes se mantenían unidos, y lo tenían todo en común. Solían vender sus bienes y posesiones, y repartir el producto según la necesidad de cada uno. Iban juntos todos los días a participar del culto en el Templo, y compartían los alimentos comiendo juntos en las casas con alegría y generosidad de corazón. Siempre estaban alabando a Dios, y a todo el pueblo le caían bien. Y el Señor iba añadiendo a su número los que se iban salvando cada día.

En este pasaje tenemos un resumen sucinto de las características de la Iglesia Primitiva.

(i) Era *una iglesia que aprendía*. La palabra *doctrina* del versículo 42 en la versión Reina-Valera no es pasiva, sino activa. La frase quiere decir que dedicaban tiempo y prestaban atención a lo que los apóstoles enseñaban. Uno de los grandes peligros de la Iglesia es caer en una religiosidad estática que mira hacia atrás en lugar de adelante. Precisamente porque las riquezas de Cristo son inescrutables e inagotables debemos ir siempre hacia adelante. El cristiano se dirige, como la luz de la aurora, hacia una plenitud que no se alcanza en esta vida (*Proverbios 4:18*). Debemos considerar que hemos perdido el día si no hemos aprendido en él nada nuevo ni hemos profundizado en la sabiduría y en la gracia de Dios.

(ii) Era *una iglesia en comunión*. Estaba como indica la expresión, *de consuno*. Nelson atribuyó una de sus victorias al hecho de que «tuvo el privilegio de dirigir a una compañía de

hermanos.» La iglesia es sólo lo que debe ser cuando es una compañía de hermanos unidos en el amor de nuestro Padre Dios.

(iii) Era *una iglesia que oraba*. Los primeros cristianos sabían que no podían, ni tenían por qué enfrentarse con la vida dependiendo exclusivamente de sus propias fuerzas. Siempre hablaban con Dios antes de hablar con los hombres; siempre buscaban a Dios antes de salir al mundo; podían arrostrar los problemas de la vida porque habían estado en la presencia de Dios.

(iv) Era *una iglesia reverente*. En el versículo 43, la palabra que la versión Reina-Valera traduce correctamente *temor* encierra la idea de respeto y reverencia. Se decía de un griego famoso, que se movía por el mundo como el que está en un templo. El cristiano vive reverentemente porque sabe que siempre está en la presencia de Dios, y que cualquier lugar es «casa de Dios y puerta del Cielo» (*Génesis 28:17*).

(v) Era *una iglesia en la que sucedían cosas*. Había señales y maravillas (versículo 43). Si esperamos grandes cosas de Dios y emprendemos grandes cosas por Dios, sucederán cosas. Cuando muere la fe mueren también los resultados. Sucederían más cosas en la iglesia si creyéramos que Dios puede y quiere hacer con nosotros que sucedan.

(vi) Era *una iglesia solidaria* (versículos 44 y 45). Aquellos primeros cristianos tenían un fuerte sentido de responsabilidad mutua. Se decía de William Morris que no podía ver a un borracho sin sentirse personalmente responsable. El que es cristiano de veras no puede soportar tener demasiado cuando otros pasan necesidad.

(vii) Era *una iglesia que daba culto a Dios* (versículo 46). No se olvidaban los primeros cristianos de frecuentar la casa de Dios. Debemos recordar que «Dios no reconoce una religión solitaria.» La mitad de la emoción que sentimos en un concierto o en una competición deportiva es porque nos encontramos entre mucha gente con la que compartimos el interés y la experiencia. El Espíritu de Dios se mueve sobre el pueblo de Dios que Le da culto.

(viii) Era *una iglesia feliz* (versículo 46). Tenía regocijo. Una iglesia lúgubre es una contradicción. El gozo cristiano no tiene por qué ser un jaleo; pero en lo íntimo del corazón de los cristianos hay un gozo que nadie ni nada nos puede quitar.

(ix) Era *una iglesia de personas simpáticas*. Hay dos palabras en griego para *bueno*. Una es *agathós*, que describe una cosa o persona simplemente como buena. Y hay otra, que es *kalós*, que quiere decir que la cosa o persona no sólo es buena, sino agradable; que tiene una gracia que conquista el alma. En español decimos a veces de alguien que es «una bellísima persona.» El verdadero cristiano es alguien así. Hay bastantes personas que son buenas pero tienen una veta antipática de dureza. Uno no iría a llorar en su hombro. Son lo que alguien llamaba «cristianos iceberg». Struthers solía decir que lo que ayudaría a la iglesia más que ninguna otra cosa sería que los cristianos tuvieran de vez en cuando detalles simpáticos. En la Iglesia Primitiva el pueblo de Dios tenía esa gracia.

SE REALIZA UNA OBRA NOTABLE

Hechos 3:1-10

Pedro y Juan se dirigían al Templo alas 3 de la tarde, que era una de las horas de oración. Y había a la puerta que se llama la Hermosa un hombre cojo de nacimiento, al que llevaban y dejaban allí todos los días para que pidiera limosna de todos los que entraban en el Templo.

Cuando vio que Pedro y Juan estaban a punto de entrar, les pidió una limosna. Pedro entonces le miró fijamente, y lo mismo hizo Juan.

- ¡Fíjate en nosotros! -le dijo Pedro. El cojo fijó en ellos toda su atención, esperando que le dieran algo.

-No tengo ni plata ni oro -le dijo Pedro-, pero te

doy lo que tengo: ¡En el Nombre del Mesías Jesús de Nazaret, ponte en pie y echa a andar!

Y le agarró de la mano derecha para levantarlo.

Al cojo se le fortalecieron los pies y los tobillos en el acto, se puso en pie de un salto y empezó a andar por allí; luego entró con ellos al Templo andando por su propio pie, dando saltos y alabando a Dios. Y todos los que le veían andar y alabar a Dios le reconocían como el que se sentaba a pedir limosna en la puerta Hermosa del Templo, y se quedaban asombrados y alucinados de lo que le había sucedido.

El día se consideraba que empezaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 6 de la tarde. La hora tercia eran las 9 de la mañana; la sexta, el mediodía, y la novena, las 3 de la tarde; y estas tres eran las tres horas especiales de oración para los devotos judíos. Estaban de acuerdo en que la oración es eficaz a cualquier hora; pero consideraban que era doblemente preciosa cuando se hacía en el Templo. Es interesante notar que los apóstoles seguían observando las costumbres y los hábitos en que habían sido instruidos. En esta ocasión, era la hora de la oración, y Pedro y Juan iban al Templo como otros muchos. Ahora tenían una fe nueva, pero no la usaban como disculpa para dejar de cumplir la ley. Eran conscientes de que la nueva fe y la antigua disciplina podían y debían estar en armonía.

En Oriente era costumbre que los mendigos se pusieran a pedir limosna a la entrada de los templos y altares. Tales lugares se consideraban idóneos, lo mismo que ahora; porque, cuando la gente va a dar culto a Dios, está más dispuesta a ser generosa con sus semejantes desvalidos. El famoso poeta vagabundo galés W. H. Davies nos dice que uno de sus amigos nómadas le contó que, cuando llegaba a un pueblo, buscaba la torre de la iglesia con la cruz, y empezaba a pedir por allí cerca, porque había descubierto por experiencia que allí era más generosa la gente. El amor a Dios y al prójimo deben ir juntos.

Este incidente nos coloca cara a cara con la cuestión de los

milagros en la era apostólica. Hay algunas cosas que conviene decir acerca de ellos:

(i) Esos milagros *tuvieron lugar*. Más adelante -en el capítulo 4, versículo 16-, leemos que el Sanedrín sabía muy bien que tenía que aceptar el milagro, porque no podía negarlo. Los enemigos del Cristianismo habrían sido los primeros en exponer la falsedad de los milagros si ese hubiera sido el caso; pero ni siquiera lo intentaron.

(ii) ¿Por qué dejaron de producirse? Se han hecho algunas sugerencias: (a) Hubo un tiempo en que los milagros eran necesarios. Eran, por así decirlo, las campanas que llamaban a la gente a la Iglesia Cristiana. Entonces se necesitaban como garantía de la verdad y del poder del Evangelio en su ataque inicial al mundo. (b) En aquel tiempo se daban dos circunstancias especiales: la primera, que había hombres apostólicos vivos que habían tenido una relación personal irreplicable con Jesucristo; y la segunda, que existía una atmósfera de expectación en la que la gente estaba dispuesta a creer en lo imposible, y esa fe se extendía como una inundación. Estas dos circunstancias unidas tuvieron efectos absolutamente únicos.

(iii) Pero la verdadera pregunta no es: «¿Por qué han dejado de producirse los milagros?»; sino: «¿Han dejado realmente de producirse?» Es un hecho universal que Dios no hace por los hombres lo que éstos pueden hacer por sí mismos. Dios ha revelado una nueva verdad y un nuevo conocimiento a los hombres, que siguen obrando milagros mediante esa revelación. Como dijo cierto médico: «Yo pongo la venda, pero Dios es el que sana las heridas.» Hay milagros por todas partes, si hay ojos creyentes que los saben ver. Jesucristo discernía la obra de su Padre en la naturaleza y en la vida; sabía que Dios no ha dejado de actuar. Si bien está más allá de nuestra comprensión lo que se ha llamado «la economía del milagro», para la fe Dios está siempre presente, siempre en control, y lleva adelante su plan de amor para el bien de sus criaturas de una manera que no siempre podemos discernir ni comprender. Sus caminos no son nuestros caminos (*Isaías 55:8*).

Hechos 3:11-16

Mientras el que había sido cojo seguía agarrado a Pedro y Juan, llegó corriendo toda la gente, alucinada, adonde ellos estaban, que era el pórtico de Salomón.

Cuando Pedro los vio, se puso a decirles:

- ¡Israelitas! ¿Qué es lo que os sorprende tanto? ¿Y por qué os quedáis ahí mirándonos, como si hubiéramos hecho que este pudiera andar gracias a nuestro poder o a nuestra religiosidad? Esto ha sido posible porque el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros antepasados, ha glorificado a su Siervo Jesús, a Quien vosotros repudiasteis y entregasteis a Pilato, aunque él había decidido soltarle. Así renegasteis del Santo y del Justo, pidiendo que se pusiera en libertad, en vez de a Él, a un asesino. Vosotros sois culpables de la muerte del Que ha abierto el camino de la vida; pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de ello. Es el Nombre de Jesús y la fe en ese Nombre lo que le ha dado nuevas fuerzas a este hombre al que estáis viendo y conocéis. La fe que inspira ese Nombre es lo que le ha dado a este hombre la perfecta salud que todos podéis comprobar.

En este pasaje resuenan tres de las notas características de la predicación cristiana original:

(i) Los primeros predicadores cristianos siempre subrayaban el hecho fundamental de que la Crucifixión fue el mayor crimen de la Historia humana. Siempre que la mencionan, había en sus voces un tono de horror. Jesús fue el Santo y el Justo, a Quien debería haber bastado ver para amar. El mismo gobernador romano se dio cuenta de que aquella crucifixión era una injusticia flagrante. Se escogió para la libertad a un violento criminal, y se mandó a la cruz al Que no había hecho

más que el bien. Los primeros predicadores trataban de impactar los corazones de sus oyentes para que reconocieran el horrible crimen de la Cruz. Es como si dijeran: «¡Fijaos en lo que puede hacer e hizo el pecado!»

(ii) Los primeros predicadores siempre hacían hincapié en la vindicación de la Resurrección: en ella, Dios había dado su aprobación a la obra de Jesucristo. Es un hecho que, sin la Resurrección, la Iglesia no habría existido. La Resurrección era la prueba de que Jesucristo es indestructible y Señor de la vida y de la muerte. Era la prueba definitiva de que la obra de Cristo era la obra de Dios y, por tanto, nada podría hacerla fracasar.

(iii) Los primeros predicadores siempre insistían en el poder del Señor Resucitado. Nunca se presentaban a sí mismos como la fuente, sino sólo como canales del poder. Eran conscientes de sus limitaciones; pero también de que no había límites a lo que el Señor Resucitado podía hacer con y por medio de ellos. Ahí radica el secreto de la vida cristiana. Mientras el cristiano no piensa más que en lo que *él* puede hacer y ser, no cosecha más que fracaso y temor; pero cuando piensa en «no yo, sino Cristo en mí», tiene paz y poder.

LAS NOTAS DE LA PREDICACIÓN

Hechos 3:17-26

Ahora bien, hermanos -siguió diciendo Pedro-, sé que no sabíais lo que os hacíais, y lo mismo vuestros gobernantes. Pero Dios ha cumplido de esta manera lo que había anunciado de antemano por boca de todos sus profetas: que el Mesías había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos para que se os perdonen vuestros pecados y Dios nos envíe del Cielo tiempos de consolación y al Mesías que Dios ha destinado, que no es otro que Jesús, Que debe permanecer en el Cielo hasta que

llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas que ha anunciado Dios por medio de sus santos profetas que ha habido desde la antigüedad. Porque ya les dijo Moisés a nuestros antepasados: «El SEÑOR vuestro Dios os suscitará un Profeta que saldrá de entre vuestros hermanos, como hizo conmigo. Hacedle caso en todo lo que os diga; porque todos los que no Le crean serán desarraigados del pueblo.» Y todos los profetas que han hablado de parte de Dios de Samuel en adelante, también han anunciado este tiempo presente. Vosotros sois los descendientes de aquellos profetas, y los beneficiarios del Pacto que hizo Dios con nuestros antepasados cuando le dijo a Abraham: «Tu Descendiente será la bendición de todos los pueblos de la Tierra.» Así es que a vosotros ha sido a los primeros que Dios, después de resucitar a su Siervo, Le ha enviado para que os bendiga, para que cada uno de vosotros se convierta dejando su mal camino.

En este breve pasaje resuenan casi todas las notas de la predicación cristiana original:

(i) Empieza con una nota de misericordia y de advertencia combinadas. Fue la ignorancia la causa de que los judíos perpetraran el horrible crimen de la Crucifixión; pero la ignorancia ya no se puede justificar, y no puede ser excusa para seguir rechazando a Jesucristo. Esta nota de la aterradora responsabilidad del conocimiento resuena en todo el Nuevo Testamento. < Si fuerais ciegos, no tendríais culpa; pero como decís: "Vemos", vuestra culpabilidad se mantiene» (Juan 9:41). «Si Yo no hubiera venido a decírselo, no tendrían pecado; pero ahora ya no hay excusa para su pecado» (Juan 1 S: 22). «El que sabe lo que debe hacer, y falla, ese es el que peca» (Santiago 4:17). Haber visto la plena luz de la revelación de Dios es el mayor de los privilegios; pero es también la más terrible de las responsabilidades.

(ii) La obligación que este conocimiento conlleva es la de

arrepentirse y convertirse. Las dos cosas van juntas. *Arrepentirse* podría querer decir simplemente cambiar de idea, y es más fácil cambiar de idea que cambiar de vida. Pero este cambio de idea debe conducir a dejar el camino viejo y emprender uno nuevo, que es lo que quiere decir *la conversión*.

(iii) Este arrepentimiento tendrá ciertas consecuencias. Afectará al *pasado*; los pecados serán *borrados*. Esta es una palabra muy expresiva. Antiguamente se escribía en papiro, y la tinta no contenía ácidos; así es que no afectaba al papiro como la tinta moderna, sino se secaba encima simplemente. Para borrar la escritura no había más que limpiarlo con una esponja húmeda: así es como borra Dios el pecado de una persona. Afectará también al *futuro*; traerá tiempos de consuelo. Vendrá algo a la vida que aportará fuerza en la debilidad y descanso en la fatiga.

(iv) Pedro pasa a hablar de la Segunda Venida de Cristo. Eso quiere decir, entre otras cosas, que la Historia tiene una meta.

(v) Pedro insiste en que todo lo que ha sucedido había sido anunciado de antemano. Los judíos se negaban a aceptar la idea de que el Escogido de Dios tuviera que sufrir; pero Pedro insiste en que, si escudriñaran sus Escrituras, la encontrarían allí.

(vi) Pedro les recuerda su privilegio nacional. En un sentido muy especial, los judíos eran el pueblo escogido de Dios. De ahí que fuera a ellos a los primeros que se anunció el Evangelio.

(vi_j) Finalmente, expone la ineludible verdad de que ese especial privilegio conlleva una responsabilidad especial también. Es el privilegio, no de un honor especial, sino de un servicio especial.

EL ARRESTO

Hechos 4:1-4

Mientras Pedro y Juan estaban hablándole a la gente, se presentaron en su búsqueda los sacerdotes con el jefe de la policía del Templo, y los saduceos, que se molestaban de que los discípulos se hicieran los maestros del pueblo; y más aún, porque proclamaban que en Jesús se había producido una resurrección. Así es que los arrestaron y los metieron en la cárcel con la intención de juzgarlos al día siguiente, porque se les había echado encima la tarde. Pero muchos de los que habían oído la predicación de Pedro se convirtieron, de manera que ya había en la Iglesia algo así como cinco mil hombres.

La curación del cojo había tenido lugar en una parte del área del Templo que siempre estaba llena de gente. No es extraño que el suceso hiciera que se concentrara allí la atención general.

La puerta Hermosa era la que comunicaba el atrio de los Gentiles con el de las Mujeres. El atrio de los Gentiles era no sólo el más grande, sino también el más abarrotado de gente de todos los atrios del Templo, porque hasta allí podían entrar personas de todas las naciones, siempre que observaran las reglas normales del decoro y el respeto. Era allí donde tenían sus mostradores los cambistas, y sus puestos los vendedores de animales para los sacrificios. Dando la vuelta a la parte exterior **del área del Templo había dos grandes pórticos que se juntaban formando un ángulo recto en la esquina del** atrio de los Gentiles. Uno era el pórtico Real, y el otro, el de Salomón. Estos también estaban llenos de gente que había venido a dar culto a Dios, a aprender y a hacer turismo. No cabe duda de que los acontecimientos que habían tenido lugar allí alcanzarían la más amplia publicidad.

En este escenario tan abarrotado de gente se presentaron los sacerdotes, el jefe de la policía del Templo y los saduceos. El

personaje que llama la versión Reina-Valera *el jefe de la guardia del Templo*, era un funcionario que se llamaba *el Sagán*. Era el brazo derecho del Sumo Sacerdote, y tenía a su cargo la supervisión del orden en el Templo. Cuando había alguna aglomeración era inevitable que el Sagán se presentara en escena con la policía del Templo. En esta ocasión también vinieron con él los saduceos, que formaban la clase aristocrática o adinerada. No eran muchos, pero sí muy influyentes. Lo sucedido les molestaba mucho por dos razones: la primera, porque no creían en la Resurrección, que era lo que los apóstoles estaban proclamando; y la segunda, porque eran ricos aristócratas y colaboracionistas. Hacían lo posible por mantenerse en buenas relaciones con los romanos para conservar su riqueza y posición. El gobierno romano era muy tolerante en general; pero en casos de insurrección era tajante. Los saduceos estaban seguros de que, si no se le paraban los pies a los apóstoles, habría disturbios y desórdenes, con consecuencias funestas para su posición. Así es que se propusieron cortar en su principio aquel brote peligroso; y esa fue la causa de que Pedro y Juan fueran arrestados tan pronto. Tenemos aquí el ejemplo terrible de un partido que, para mantener su posición privilegiada, se niega a escuchar la verdad, y a dejar que otros la escuchen.

ANTE EL SANEDRÍN

Hechos 4: 8-12

Al día siguiente hubo una reunión de las fuerzas vivas: los ancianos y los escribas, el sumo sacerdote Anás y Caifás y Juan y Alejandro y todos los de las familias de los sumos sacerdotes. Hicieron comparecer a Pedro y Juan, y empezó el interrogatorio:

-¿Con qué potestad y en nombre de quién habéis actuado?

Entonces Pedro, totalmente bajo la inspiración del Espíritu Santo, les contestó:

-Jefes del pueblo y ancianos de Israel: Puesto que hoy se nos está interrogando acerca del favor que le hemos hecho a un enfermo, y cómo ha sido posible que recibiera la salud total, daos por enterados todos vosotros y toda la nación de Israel de que esto se ha hecho en el Nombre del Mesías Jesús de Nazaret, al Que vosotros mismos crucificasteis y Dios ha resucitado. ¡Sí: es gracias a Jesús que se os puede presentar el enfermo, completamente curado! Jesús es < la Piedra que desechasteis despectivamente vosotros, constructores, que se ha convertido en la Piedra clave que sustenta todo el edificio. » La Salvación no está en ningún otro; su Nombre es el único en toda la creación que se ha dado a la humanidad para que pueda salvarse.

El tribunal ante el que comparecieron Pedro y Juan era el Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos. Aun bajo el dominio de Roma, el Sanedrín tenía autoridad para arrestar. Lo único que no podía hacer era dictar sentencia de muerte, excepto en el caso único de que un gentil penetrara en la parte reservada del Templo.

Había setenta y un miembros en el Sanedrín. El sumo sacerdote era, *ex officio*, el presidente. Entre los miembros había sacerdotes, que eran casi todos saduceos, cuyo único propósito era retener el *status quo* para que no peligraran su posición y emolumentos. Estaban también los escribas, que eran los expertos en la ley tradicional; los fariseos, fanáticos cumplidores de dicha ley, y los ancianos, que eran hombres respetados de la comunidad.

También formaban parte del Sanedrín los que se describen como los *de las familias de los sumos sacerdotes*; algunas veces se los llama *principales o jefes de los sacerdotes*. Eran de dos clases. La primera, los ex sumos sacerdotes; en los grandes días del pasado, el sumo sacerdocio había sido heredi-

tario y vitalicio; pero en tiempo de los romanos era objeto de intrigas, soborno y corrupción, y los sumos sacerdotes ascendían y caían de tal forma que, entre los años 37 a.C. y 67 d.C. hubo no menos de 28. Pero, a veces, hasta después de depuesto, seguía siendo el poder tras el trono. Segunda clase: aunque el sumo sacerdocio había dejado de ser hereditario, seguía siendo prerrogativa de unas pocas familias. De los 28 mencionados, todos menos 6 pertenecían a 4 familias sacerdotales. Los miembros de estas familias tenían un prestigio especial, y se les llamaba principales sacerdotes.

Cuando leemos este discurso de Pedro, y recordamos a quiénes lo dirigió, no podemos por menos de reconocerlo como una de las mayores pruebas de valor que se han dado en el mundo. Iba dirigido a una audiencia formada por los más ricos, intelectuales y poderosos del país; y sin embargo Pedro, un sencillo pescador galileo, se presenta ante ellos más como su juez que como su víctima. Además, este era el tribunal que había condenado a muerte a Jesús. Pedro sabía que se estaba jugando la vida.

Hay dos clases de valor. Hay un valor insensato, que apenas se da cuenta de los peligros que arrostra. Y hay una clase de valor mucho más elevada y consciente, que conoce el peligro, pero se niega a dejarse intimidar. Pedro dio muestras de la segunda clase de valor. Cuando le dijeron a Aquiles, el gran héroe griego, que si iba a la batalla moriría, contestó: < A pesar de todo, estoy decidido a ir. » Pedro, en aquel momento, sabía el peligro que le acechaba; pero, a pesar de todo, habló.

LEALES A DIOS POR ENCIMA DE TODO

Hechos 4:13-22

Cuando los miembros del Sanedrín se percataron del coraje de Pedro y Juan, y se dieron cuenta de que eran hombres que no tenían una educación especial ni eran

profesionales de nada sino gente corriente, se quedaron alucinados, y los reconocieron como seguidores de Jesús. Como también estaban viendo al que había sido sanado, que estaba allí de pie con ellos, no se les ocurría nada que pudieran decir en contra de ellos. Entonces dieron orden de que se salieran y esperaran fuera, y se pusieron a discutir la situación en privado.

-¿Qué podemos hacer con estos? -decían-. Porque no se puede negar que se ha manifestado el poder de Dios por medio de ellos, y toda Jerusalén se ha enterado. Lo mejor que podemos hacer para impedir que esto se siga extendiendo entre la gente es advertirles que se atengan a las consecuencias si no están dispuestos a dejar de hablarle a nadie en absoluto acerca del Nombre del tal Jesús.

Así es que los llamaron otra vez, y les prohibieron terminantemente que hablaran o enseñaran nada acerca del Nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les contestaron:

-Juzgad vosotros mismos si está bien delante de Dios obedeceros a vosotros por encima de Dios. En cuanto a nosotros, no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

Los del Sanedrín entonces les dijeron que se atuvieran alas consecuencias si no los obedecían, y luego los soltaron, porque no encontraban forma de castigarlos; porque la gente estaba alabando a Dios por lo que había sucedido, ya que el hombre en el que se había realizado el milagro de sanidad tenía más de cuarenta años.

Aquí vemos con toda claridad tanto el ataque del enemigo como la defensa cristiana. El ataque del enemigo tiene dos características: la primera es el *desprecio*. La versión ReinaValera dice que el Sanedrín consideraba a Pedro y Juan « hombres sin letras y del vulgo » (13). La palabra que se traduce por *sin letras* quiere decir que no tenían ninguna clase de prepa-

ración técnica, especialmente en las cuestiones intrincadas de la Ley. La palabra que se traduce por *del vulgo* quiere decir que eran laicos sin cualificación profesional. El Sanedrín, como si dijéramos, los veía como personas sin títulos académicos ni categoría profesional. A menudo le es difícil a la gente sencilla enfrentarse con los que presumen de intelectuales. Pero el que tiene a Cristo en su corazón tiene una dignidad que no dan ni la universidad ni la cámara de comercio. Y en segundo lugar: el Sanedrín recurrió a las amenazas. Pero el cristiano sabe que lo que los hombres le puedan hacer es cosa de un momento, mientras que las cosas de Dios son para la eternidad.

Al enfrentarse con este ataque Pedro y Juan tenían ciertas defensas. La primera, *un hecho indiscutible*. Que el cojo había sido sanado no se podía negar. La defensa más incontestable del Cristianismo es un cristiano. Y la segunda defensa, *una total fidelidad a Dios*. Si tenían que escoger entre obedecer a los hombres o a Dios, Pedro y Juan no vacilaban lo más mínimo. Como decía H. G. Wells: «Lo que pasa con muchas personas es que la voz de los vecinos les llega a los oídos más alta que la voz de Dios.» El verdadero secreto del Cristianismo está en el elogio que le hicieron una vez al reformador escocés John Knox: «Tenía tanto verdadero temor de Dios que nunca se dejaba intimidar por ningún ser humano.» Pero la tercera defensa era la más grande: la de *una experiencia personal de Jesucristo*. No les había llegado ese mensaje de oídas. Sabían de primera mano que era verdad; y estaban tan seguros que estaban dispuestos a jugarse la vida por él.

EL REGRESO VICTORIOSO

Hechos 4:23-31

Cuando los soltaron, Pedro y Juan volvieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los principales sacerdotes y los ancianos. Después de escu-

charlo todo, elevaron a Dios una oración unida diciendo:

-Soberano Señor: Tú eres el Creador de los cielos, de la tierra y del mar, y de todo lo que hay en ellos. Ya Tú habías dicho por medio del Espíritu Santo por boca de tu siervo David: ¿Por qué rugen las naciones, y los pueblos se confabulan en inútiles planes? Los monarcas de la Tierra se ensobrecen, y los gobernantes forman coaliciones contra el Señor y contra su Rey ungido. » Eso es lo que estamos viendo en esta misma ciudad en la que se unieron Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo Siervo Jesús a Quien Tú has ungido como Mesías, para hacer con Él todo lo que habías decidido de antemano en tu poder y tu programa. Ahora, Señor, mira en qué situación nos encontramos por sus amenazas, y concédenos a tus siervos que proclamemos tu Mensaje sin miedo ni inhibiciones, mientras Tú mismo intervienes para realizar milagros de sanidad y otras demostraciones de tu poder que confirmen Quién es tu santo Siervo Jesús.

Después de orar, hubo una sacudida en el lugar donde estaban reunidos, todos fueron llenos del Espíritu Santo, y se lanzaron a predicar el Evangelio con una libertad y confianza incommovibles.

En este pasaje nos encontramos con la reacción de la Iglesia Cristiana en el momento de peligro. Se habría podido pensar que, cuando volvieron Pedro y Juan y contaron lo que les había pasado, se apoderaría de la Iglesia una gran depresión al considerar los problemas que se les venían encima. Pero, lo que ni siquiera se les pasó por la cabeza fue que tenían que obedecer al Sanedrín y dejar de hablar de Jesús. Por el contrario, vinieron a sus mentes ciertas grandes convicciones, y una oleada de fortaleza a sus vidas.

(i) Estaban convencidos del *poder de Dios*. El Creador y **Sustentador** de todas las cosas estaba de su parte. Una vez, el

enviado del Papa amenazó a Lutero con lo que le sucedería si persistía en su actitud, y le advirtió que todos los que parecía que estaban con él le abandonarían. «¿Dónde te encontrarás entonces?» -le preguntó. «Entonces, como ahora -le contestó Lutero-: en las manos de Dios.» Para los cristianos, Quien está con nosotros es más que todos los que puedan estar en contra.

(ii) Estaban convencidos de *la inutilidad de la rebeldía humana*. La palabra que traducimos por *rugir* -«¿Por qué rugen las naciones»-, se usa del relinchar de caballos briosos: patalean y mueven la cabeza, pero a fin de cuentas tienen que someterse a la disciplina de las riendas. Así los hombres puede que hagan gestos de desafío contra Dios, pero Dios siempre prevalecerá.

(iii) Trajeron a la memoria *el recuerdo de Jesús*. Recordaron cómo había sufrido y cómo había triunfado; y ese recuerdo les devolvió la confianza, porque es suficiente que el discípulo sea como su Señor.

(iv) *Oraron* para que Dios les diera valor. No pretendieron enfrentarse con la situación dependiendo de sus propias fuerzas, sino buscaron el poder que está por encima de todo.

(v) El resultado fue *el don del Espíritu*. Se cumplió la promesa, y no se encontraron desasistidos: recibieron el valor y la fuerza que necesitaban para testificar cuando su testimonio los podía llevar a la muerte.

TODAS LAS COSAS EN COMÚN

Hechos 4:32-37

Toda la comunidad de los que habían puesto su fe en Jesús estaba unida de corazón y con toda el alma. Ninguno de los que la formaban pretendía que lo que tenía era para su uso personal y exclusivo, sino que lo

tenían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús con gran firmeza, y toda la gente los respetaba. En la comunidad no había nadie que padeciera necesidad; los que tenían propiedades o casas las vendían, y ponían el producto de la venta a disposición de los apóstoles, y se compartía entre los que lo necesitaban.

José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé -que quiere decir hijo de consolación-, que era levita y natural de Chipre, tenía un terreno; y lo vendió, y les entregó el dinero a los apóstoles.

En este párrafo se produce un cambio que es característico del Cristianismo. Todo se estaba moviendo en la atmósfera más exaltada: se pensaba en Dios, se pedía el Espíritu Santo, se citaban pasajes maravillosos del Antiguo Testamento. Pero por mucho que aquellos primeros cristianos tuvieran momentos de gran elevación, jamás se olvidaban de que algunos no tenían lo necesario y todos tenían que ayudar. La oración y el testimonio del Evangelio eran supremamente importantes; pero su culminación era el amor entre los hermanos.

Aquí notamos dos cosas de los primeros cristianos. (i) Tenían un vivo sentido de *responsabilidad de unos con otros*. (ii) Y esto despertaba en ellos *un deseo verdadero de compartir todo lo que tenían*. No compartían porque se les impusiera, sino espontáneamente. Una comunidad no es realmente cristiana cuando hay una ley que obliga a compartir, sino cuando el compartir es algo que sale del corazón.

PROBLEMAS EN LA IGLESIA

Hechos 5:1-11

Por el contrario, un cierto Ananías, que estaba casado con una tal Safira, vendió una propiedad y entregó a los apóstoles una parte del producto de la venta; pero, de acuerdo con su mujer, se reservó otra parte.

Ananías -le dijo Pedro-: ¿Cómo es que has dejado que Satanás te indujera a pretender engañar al Espíritu Santo quedándote con una parte de lo que te han dado por la propiedad? Antes de venderla, ¿es que no era toda tuya? Y después, ¿es que no eras totalmente libre para hacer lo que quisieras con el producto? ¿Cómo se te metió tal cosa en la cabeza? No es a los hombres a los que has tratado de engañar, sino a Dios.

Cuando Ananías estaba escuchando a Pedro, le dio un colapso y se murió. Todos los que estaban escuchando se quedaron aterrados. Los más jóvenes se levantaron, amortajaron el cuerpo y se lo llevaron a enterrar.

Al cabo de unas tres horas se presentó allí Safira, que no sabía lo que había sucedido.

-Dime -le dijo Pedro-: ¿No fue por tanto por lo que vendisteis el terreno?

-Sí -respondió la mujer-, exactamente.

-Entonces -siguió diciéndole Pedro-, ¿por qué os habéis puesto de acuerdo los dos para ver hasta dónde os dejaba llegar el Espíritu Santo? Fijate, las pisadas que se oyen a la puerta son las de los que han enterrado a tu marido, que van a hacer lo mismo contigo.

En aquel mismo momento la mujer cayó al suelo y se murió a los pies de Pedro. Cuando entraron los jóvenes en la habitación se la encontraron muerta, y se la llevaron a enterrar al lado de su marido.

Toda la Iglesia y todos los que se enteraron de lo que había sucedido se sintieron embargados de temor.

Esta es la historia más tremenda del *Libro de los Hechos*. No hay por qué suponer que se produjo un milagro; pero sí es verdad que nos revela la atmósfera que prevalecía en la Iglesia Primitiva. Se cuenta del rey Eduardo I de Inglaterra que una vez se puso furioso hablando con uno de sus cortesanos, y éste cayó muerto de miedo literalmente. Esta historia nos muestra dos cosas de la Iglesia Primitiva: lo que las mentes humanas podían esperar, y el respeto extraordinario que tenían a los apóstoles. Fue en esa atmósfera donde la reprensión de Pedro produjo ese resultado.

Esta es una de las historias que demuestran la honradez a ultranza de la Biblia. Habría sido muy fácil omitirla, porque es una prueba de que también en la Iglesia Primitiva había cristianos que dejaban mucho que desear; pero la Biblia se niega a presentarnos un cuadro idealizado de nada. Una vez, un pintor de la corte hizo un retrato de Oliver Cromwell, que tenía muchas berrugas en la cara. El pintor, tratando de agradar al gran hombre, omitió aquellos detalles desagradables. Pero Cromwell, al ver el cuadro, dijo: «¡Llévatelo, y píntame con berrugas y todo!» Una de las grandes virtudes de la Biblia es que retrata a sus personajes «con berrugas y todo». Hay algo que nos anima en esta historia, porque nos descubre que hasta en sus momentos originales la Iglesia era una mezcla de bueno y malo.

Pedro insiste en que el pecado es contra Dios. Haremos bien en recordarlo, especialmente en ciertos contextos. (i) Un fallo en la diligencia es un pecado contra Dios. Absolutamente todo lo que contribuye a la salud, la felicidad y el bienestar de la humanidad es algo que se hace para Dios, por muy humilde que sea. Antonio Stradivarius, el gran fabricante de violines, decía: «Si mi mano no cumpliera, yo estaría robándole a Dios.» Una consigna digna de imitar. (ii) Un fallo en el uso de los talentos es un pecado contra Dios. Dios nos los ha confiado. Los tenemos en depósito, y somos responsables ante Dios del uso que hagamos de ellos. (iii) Un fallo en la verdad es un pecado contra Dios. Cuando nos deslizamos hacia la falsedad, estamos pecando contra la dirección del Espíritu Santo en nuestro corazón.

EL ATRACTIVO DEL CRISTIANISMO

Hechos 5:12-16

Los apóstoles eran el instrumento para que el poder de Dios realizara muchas obras maravillosas y prodigiosas entre la gente. El lugar de reunión de los cristianos era el pórtico de Salomón. El resto de la gente tenía miedo de asociarse con ellos, pero todos los miraban con mucho respeto. El número de los que creían en el Señor se iba multiplicando, tanto hombres como mujeres. Se llegaba hasta el punto de sacar a los enfermos a las calles en camillas o esterillas para que, cuando pasaba Pedro, su sombra cayera sobre ellos. Gran gentío venía de los pueblos de alrededor de Jerusalén trayendo a sus enfermos y a los atormentados por los espíritus inmundos, y todos se ponían buenos.

Aquí tenemos como un retrato en miniatura de lo que sucedía en la Iglesia Primitiva. (i) Se nos dice dónde se reunía. Su punto de contacto era la columnata de Salomón, una de las dos que rodeaban el recinto del Templo. Los primeros cristianos asistían fielmente a la casa de Dios, porque querían conocer mejor a Dios y recibir su poder en su vida. (ii) Se nos dice cómo se reunía la iglesia. Los cristianos originales se reunían donde todo el mundo pudiera verlos. Se sabía lo que había pasado con los apóstoles, y lo que podía pasarles; pero ellos estaban decididos a mostrarles a todos a Quién pertenecían y por qué se mantenían firmes. (iii) Se nos dice que la Iglesia Primitiva era maravillosamente eficaz. Sucedían cosas. Eran los días, que esperamos que vuelvan, en los que el ministerio de sanidad de la Iglesia estaba bien a la vista; pero la Iglesia siempre existe para hacer que los malos se hagan buenos, y la gente acudirá siempre a una iglesia en la que las personas cambian para bien.

Este pasaje acaba con una referencia a los atormentados por espíritus inmundos. En el mundo antiguo todas las enfermedades se atribuían a los espíritus. Los egipcios, por ejemplo, creían que el cuerpo humano se puede dividir en muchas partes, y que en cada una de ellas puede haber un espíritu malo. A menudo se creía que esos espíritus malos eran los espíritus de personas malas que ya habían muerto y seguían llevando a cabo su malvada obra.

OTRA VEZ ARRESTO Y JUICIO

Hechos 5:17-32

A eso el sumo sacerdote y sus adeptos, es decir, la secta de los saduceos, estaban que se morían de envidia; así es que prendieron a los apóstoles y los metieron en la cárcel pública. Pero, por la noche, un ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel y los sacó de allí. Y les dijo:

-Id a hacer acto de presencia en el Templo, y decidle a la gente todo lo relativo a esta nueva manera de vivir.

Los apóstoles hicieron lo que se les dijo, y fueron al Templo al rayar la mañana y se pusieron a enseñar.

Cuando llegaron el sumo sacerdote y sus secuaces, convocaron una reunión del Sanedrín, es decir, del senado judío en pleno, y mandaron traer a los presos. Pero los guardias del Templo, cuando fueron a buscarlos, se encontraron con que no estaban allí. Cuando volvieron, informaron:

-Hemos encontrado la cárcel debidamente cerrada, y a los guardias en sus puestos delante de las puertas; pero, cuando hemos abierto, no hemos encontrado a nadie dentro.

Cuando el jefe de la policía del Templo y los sumos sacerdotes oyeron aquello se quedaron alucinados. Pero entonces llegó uno diciendo:

- ¡Los que metisteis en la cárcel están ahí en medio del Templo enseñando a la gente!

Entonces el jefe de la policía del Templo se dirigió al lugar con su guardia y trajeron a los apóstoles; pero sin hacer uso de la fuerza, porque tenían miedo a que la gente los apedreara. Así es que los trajeron y los presentaron ante el Sanedrín. Y el sumo sacerdote les preguntó:

- ¿Es que no os prohibimos terminantemente que siguierais hablando de esa persona? ¡Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y nos estais echando las culpas de la muerte de ese hombre!

- Tenemos que obedecer a Dios más que a los hombres -contestaron Pedro y los demás apóstoles-. Vosotros matasteis a Jesús en la cruz, ¡pero el Dios de nuestros antepasados le ha resucitado! Dios le ha exaltado a su diestra como Jefe supremo y Salvador, y ofrece a Israel por medio de Él la posibilidad de arrepentirse para que se le perdonen los pecados. Nosotros garantizamos personalmente que esto es verdad, y lo mismo hace el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen.

El segundo arresto de los apóstoles era inevitable. El Sanedrín les había prohibido terminantemente que siguieran impartiendo enseñanza acerca de la persona de Jesús, y ellos habían desobedecido abiertamente esa orden. La cuestión era doblemente seria para el Sanedrín: los apóstoles eran no sólo herejes, sino alborotadores en potencia. Palestina siempre estaba a punto para una conflagración; y, si aquello no se atajaba, podría originarse un levantamiento popular. Y eso era lo último que querían los sacerdotes y los saduceos, porque haría que intervinieran los romanos.

Puede que no fuera un milagro la liberación de los apóstoles. La palabra *ángeles* tiene dos sentidos: puede querer decir un ángel, pero también un mensajero humano. Aun en este

segundo caso, el agente de la liberación habría sido un *ángelos* del Señor, y su intervención un milagro de la providencia divina cuando una solución humana parecía imposible.

En el relato de los acontecimientos que siguieron a la liberación se reflejan claramente las cualidades de aquellos hombres de Dios. (i) Eran hombres de valor. La orden de volver a predicar en el Templo le sonaría inaceptable a cualquier persona sensata. Obedecer esa orden era asumir un riesgo insensato. ¡Pero la cumplieron! (ii) Eran hombres de principios, y su principio prioritario era que, en todas las circunstancias, obedecer a Dios era lo más importante. No se preguntaban: «¿Es seguro este curso de acción?», sino: «¿Es esto lo que Dios quiere que hagamos?» (iii) Tenían una idea clara de su misión. Sabían que eran testigos de Cristo. Un testigo es esencialmente alguien que dice lo que sabe de primera mano. Sabe por propia experiencia que lo que dice es verdad. Y es imposible detener a un hombre así, porque es imposible detener la verdad.

UN ALIADO INESPERADO

Hechos 5:33-42

Cuando los del Sanedrín oyeron a los apóstoles decir aquello se pusieron furiosos y querían matarlos. Pero uno de los fariseos, que se llamaba Gamaliel y era respetado por todos como maestro de la Ley, se levantó en medio del Sanedrín, pidió que sacaran a los apóstoles un momento, y dijo:

-Israelitas: Miraos bien lo que vas a hacer en el caso de estos hombres. No hace mucho que se presentó Teudas pretendiendo que era el Mesías, y se le unieron unos cuatrocientos hombres; pero le mataron, y todos sus seguidores se dispersaron y el asunto quedó en nada.

Y después se presentó el galileo Judas en los días del censo, y convenció a algunos para que se rebelaran con él; pero él también fue eliminado, y se dispersaron todos los que habían creído en él. En la situación presente os aconsejo que no os metáis con estos hombres y que los dejéis en paz; porque, si lo que pretenden y hacen no es más que una cosa humana, se desvanecerá; pero, si procede de Dios, no podréis con ellos. Tened cuidado, no sea que resulte que estáis luchando contra Dios.

El consejo de Gamaliel se aceptó. Trajeron otra vez a los apóstoles, les dieron una paliza y les prohibieron hablar en nombre de Jesús, y los soltaron.

Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de que se creyera que merecían algún castigo por su relación con Jesús. Y todos los días, tanto en el Templo como de casa en casa, siguieron enseñando y anunciando la buena noticia de que Jesús era el Mesías.

Los apóstoles encontraron una ayuda inesperada la segunda vez que tuvieron que presentarse ante el Sanedrín: el fariseo Gamaliel. Los saduceos eran ricos colaboracionistas que estaban siempre tratando de mantener su prestigio; pero los fariseos no tenían ambiciones políticas. Su nombre significa «Los Separados», y es verdad que se habían separado de la vida ordinaria para consagrarse a cumplir la ley tradicional en sus más mínimos detalles. Se dice que nunca fueron más de seis mil, y eran respetados por su austeridad.

A Gamaliel no sólo se le respetaba: se le quería. Era un hombre amable, mucho más tolerante que sus compañeros. Entre otras cosas, era uno de los pocos fariseos que no consideraban la cultura griega como pecaminosa. Era uno de los pocos a los que se otorgaba el título honorífico de «Rabbán». Le llamaban «La hermosa de la Ley». Cuando murió, se dijo: «Desde que ha muerto Rabbán Gamaliel ya no se respeta la Ley; y la pureza y la abstinencia murieron con él.»

Cuando parecía probable que el Sanedrín recurriera a me-

didias violentas para eliminar a los apóstoles, intervino Gamaliel. La doctrina de los fariseos combinaba la soberanía de Dios con el libre albedrío. Creían que todo está en las manos de Dios, pero que el hombre es responsable de sus hechos. «Todo está previsto -decían-, pero hay libertad de elección.» Así que la advertencia de Gamaliel era que tenían que tener cuidado, no fuera que haciendo uso de la libertad se encontraran en oposición a Dios. Si aquello no era cosa de Dios, acabaría en nada de todas formas. Y dio dos ejemplos.

En primer lugar citó a Teudas. En aquel tiempo se produjo una sucesión de líderes revolucionarios que se presentaban como libertadores y hasta como Mesías. No sabemos nada de este Teudas. Hubo uno de ese nombre unos años después, que se llevó a la gente al Jordán prometiéndoles que dividiría las aguas para que pasaran en seco; pero pronto acabaron con él. Teudas era un nombre bastante corriente, así es que se referiría a otro.

El segundo ejemplo era Judas. Se había rebelado en los días del censo que mandó hacer Cirenio en el año 6 para organizar los impuestos. Judas mantenía que Dios es el único Rey de Israel; y, por tanto, era a Dios al único que había que pagar tributo. Todos los otros impuestos eran impíos, y era blasfemia pagarlos. Judas intentó levantar una revolución, pero fracasó.

El Sanedrín aceptó el consejo de Gamaliel, y los apóstoles quedaron libres otra vez. Salieron gozosos de la tribulación por dos razones. (i) Se les había presentado una oportunidad de demostrar su fidelidad a Jesús. En los primeros años de la revolución rusa se respetaba y honraba al que pudiera mostrar las señales de las cadenas en las muñecas o del látigo en la espalda, porque había sufrido por la causa. Valiente-por-laVerdad, de *El Peregrino*, decía con sano orgullo: «Las señales y cicatrices llevo conmigo.» (ii) Era una buena oportunidad para compartir la experiencia de Cristo. Los que participaron de la Cruz también participarían de la corona.

LOS PRIMEROS OBREROS

Hechos 6:1-7

Por aquel entonces, como el número de los creyentes no dejaba de crecer, los judíos de cultura griega se quejaron de los judíos de Palestina, porque decían que descuidaban a sus viudas en la distribución de la ayuda diaria. Entonces los Doce convocaron a todos los creyentes, y les dijeron:

-No está bien que nosotros descuidemos la predicación de la Palabra de Dios para ocuparnos de servir las mesas. Así que, hermanos, escoged de entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, que tengan madurez espiritual y también sentido práctico, y los pondremos a cargo de esta responsabilidad; así nosotros estaremos más libres para consagrarnos plenamente a la oración y a la predicación del Evangelio.

La congregación aceptó esta sugerencia con agrado, y eligieron a Esteban -hombre lleno de fe y del Espíritu Santo-, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás -converso al judaísmo natural de Antioquía. Esta fue la candidatura que presentaron a los apóstoles, que oraron por ellos y los consagraron mediante la imposición de manos.

A todo esto, el Evangelio se iba propagando, y el número de los creyentes se multiplicaba extraordinariamente en Jerusalén; también se habían convertido muchos sacerdotes.

A medida que la Iglesia iba creciendo empezaron a presentarse los problemas propios de una institución. Ninguna nación ha tenido un sentido de responsabilidad comparable a Israel en lo referente a los menos afortunados.

En la sinagoga se tenía la costumbre de que dos miembros se daban una vuelta por el mercado y por las casas particulares

los viernes por la mañana y hacían una colecta en dinero y en especie, y por la tarde se la llevaban a los necesitados. Los que se encontraban temporalmente en necesidad recibían lo suficiente para ir tirando; y los que no podían mantenerse recibían lo suficiente para catorce comidas, es decir, dos diarias durante toda la semana. El fondo para esta distribución se llamaba la *kuppah* o cesta; y además se hacía otra colecta diariamente de casa en casa para los que estaban en necesidad perentoria, y a esta la llamaban *tamhui* o bandeja.

Está claro que la Iglesia Cristiana adoptó esta costumbre. Pero había una separación entre los judíos que se reflejaría también en la Iglesia. Por una parte estaban los judíos de Palestina, que hablaban tradicionalmente arameo y que presumían de no tener influencias extranjeras en sus costumbres. Y por otra parte estaban los judíos de la diáspora -es decir, que vivían en otros países-, que tal vez habían venido a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y habían descubierto a Cristo. Muchos de éstos llevarían generaciones fuera de Palestina, y no hablarían ya más que griego. Y lo malo era que los judíos que hablaban arameo se consideraban superiores y miraban por encima del hombro a los judíos de la diáspora. Es de temer que algo de esto perduraría en la Iglesia, y surgió la queja -posiblemente justificada- de que las viudas de los judíos griegos no recibían la ayuda diaria como las de los judíos palestinos. Los Doce consideraban que no debían mezclarse en ese asunto, y propusieron la elección de los Siete.

Es sumamente interesante comprobar que los primeros obreros que se nombraron en la Iglesia no fueron elegidos para hablar, sino para realizar un servicio práctico.

SURGE UN CAMPEÓN DE LA LIBERTAD

Hechos 6:8-IS

Esteban, lleno de gracia y de poder, daba públicamente maravillosas muestras del poder de Dios en acción. Algunos miembros de la Sinagoga de los Libertos, como se la llamaba, y de las de los de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban, pero no tenían manera de defenderse ante la sabiduría inspirada con que él hablaba.

En vista de aquello recurrieron a la calumnia, y sobornaron a unos para que dijeran que le habían oído blasfemar contra Moisés y contra Dios. Así es que soliviantaron a la gente, a los gobernadores y a los expertos en la Ley, e hicieron que se le echaran encima y le trajeran a rastras al Sanedrín; y entonces presentaron testigos falsos que dijeron:

- ¡Este tipo no hace más que hacer declaraciones encaminadas a desacreditar el Templo y la Ley de Moisés! ¡Y hasta le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y trastocará todas las costumbres que nos legó Moisés!

Todos los que estaban en aquella sesión del Sanedrín se quedaron mirando fijamente a Esteban, y les parecía que tenía el rostro de un ángel.

La elección de aquellos siete hombres tuvo resultados duraderos. En principio, el gran enfrentamiento había comenzado. Los judíos se habían considerado siempre el pueblo escogido de Dios; pero interpretaban la elección de una manera indebida, pensando que habían sido escogidos para un privilegio especial, y creyendo que Dios no tenía ningún interés en los demás pueblos. En un caso extremo, se llegó a decir que Dios había creado a los gentiles para usarlos como leña en el infierno. Una interpretación más benigna mantenía que algún día los gentiles

serían los siervos de Israel. Jamás se les ocurrió pensar que habían sido elegidos para prestar un servicio a fin de que todos los hombres entraran en la misma relación con Dios que ellos gozaban.

Este fue el principio de muchos problemas. Todavía no se trataba de admitir a los gentiles, sino de los judíos de cultura griega. Ni uno solo de los Siete tenía nombre hebreo; y uno de ellos, Nicolás, era un gentil que se había convertido al judaísmo. Esteban tenía la visión de un mundo para Cristo. Para los judíos había dos cosas que eran especialmente sagradas: el templo, en el que se ofrecían a Dios los únicos sacrificios y el único culto que le era aceptable, y la Ley, que no cambiaría jamás. Pero Esteban decía que el Templo sería desfasado, y que la Ley no era más que una etapa anterior al Evangelio; y que el Cristianismo se extendería por todo el mundo. La carrera de Esteban sería corta; pero él fue el primero que comprendió que el Cristianismo no era exclusivamente para los judíos, sino para todo el mundo.

LA DEFENSA DE ESTEBAN

Cuando Oliver Cromwell estaba programando la educación de su hijo Richard, dijo: «Me gustaría que supiera un poco de historia.» Y fue a la lección de la Historia a la que Esteban apeló. Viendo claro que la mejor defensa es el ataque, hizo una panorámica a vista de pájaro de la Historia del pueblo judío, y citó algunas verdades que condenaban a su nación:

(i) Vio que los hombres que habían representado un papel verdaderamente grande en la historia de Israel habían sido los que habían obedecido el mandamiento de Dios: «¡Sal de donde estás!» Con ese espíritu aventurero contrastaba Esteban implícitamente el espíritu de los judíos de su tiempo, cuyo único deseo era dejar las cosas como estaban y considerar a Jesús y a sus seguidores como innovadores peligrosos.

(ii) Insistió en que la gente había dado culto a Dios mucho

antes de que existiera el Templo, que los judíos consideraban el lugar más sagrado. La insistencia de Esteban en que Dios no habita en templos de fabricación humana era algo que no les gustaba.

(iii) Esteban insistió en que, cuando los judíos crucificaron a Jesús estaban simplemente colocando la clave a la política que siempre habían seguido; porque a lo largo de su historia habían perseguido a los profetas y traicionado a los líderes que Dios les había suscitado.

Estas eran verdades difíciles de reconocer para los que se creían el pueblo escogido de Dios, y no nos sorprende que se enfurecieran cuando las oyeron. Prestemos atención a estos puntos al estudiar la defensa de Esteban.

EL HOMBRE QUE SALIÓ

Hechos 7:1-7

El sumo sacerdote se dirigió entonces a Esteban, preguntándole:

- ¿Es cierto esto que se dice de ti?

- Hermanos y padres de Israel, escuchadme -empezó a decir Esteban-: El glorioso Dios se reveló a nuestro padre Abraham cuando estaba todavía en Mesopotamia, antes de que se fuera a vivir a Harán, y le dijo: < Deja tu tierra y a tu nación, y vete al país que Yo te indique.> Fue entonces cuando Abraham salió de la tierra de los caldeos y residió en Harán. Y después de la muerte de su padre, Dios le trasladó de allí al país en que vosotros vivís ahora; pero en aquel tiempo no le dio la propiedad ni aun de un pie cuadrado, sino solamente le prometió que les daría en propiedad toda esta tierra a él y a sus descendientes - ¡cuando él ni siquiera tenía un hijo entonces! Dios le dijo que sus descendientes serían forasteros en el extranjero, y que

los maltratarían como esclavos en una tierra extraña cuatrocientos años. «Pero -le dijo Dios- mi juicio vendrá sobre esa nación que los tendrá esclavizados, y seguidamente saldrán de ella para servirme y darme culto en este lugar.»

Como ya hemos visto, el método de defensa de Esteban era hacer una panorámica de la historia de Israel. Pero no como una mera sucesión de hechos; sino que, para él, los personajes y los acontecimientos representaban algo. Empezó con Abraham porque, en el sentido más literal, fue con él con quien empezó la historia de Israel. Esteban ve tres cosas en Abraham:

(i) *Abraham fue un hombre que respondió a la llamada de Dios.* Como diría el autor de la Carta a los Hebreos, Abraham salió de su tierra sin saber adónde iba (*Hebreos 11:8*). Tenía espíritu aventurero. Leslie Newbigin, de la Iglesia de la India del Sur, nos dice que las conversaciones para llegar a la unión que dio origen a dicha iglesia se interrumpían a menudo porque algunos de los participantes querían saber adónde conduciría cada paso; hasta que, al fin, alguien tuvo que decirles a aquellas almas precavidas: «Un cristiano no tiene derecho a saber adónde va.» Para Esteban, un hombre de Dios es el que obedece las órdenes de Dios aunque no tenga idea de cuáles serán las consecuencias.

(ii) *Abraham era un hombre de fe.* No sabía adónde iba; pero creía que, bajo la dirección de Dios, lo mejor estaba todavía por venir. Aun cuando todavía no tenía hijos y, humanamente hablando, parecía imposible que los tuviera, creyó que sus descendientes heredarían algún día la tierra que Dios les había prometido.

(iii) *Abraham era un hombre de esperanza.* Hasta el final de sus días nunca vio que la promesa se cumpliera plenamente, pero tampoco dudó de que se cumpliría.

Así presentó Esteban a los judíos el retrato de una vida aventurera, dispuesta a responder a la llamada de Dios, en contraste con la actitud de los judíos de aferrarse al pasado.

EN EGIPTO

Hechos 7:8-16

-Y Dios hizo un pacto con Abraham del que la circuncisión es la señal -siguió diciendo Esteban-. Así que Abraham, cuando tuvo a su hijo Isaac, le circuncidó a los ocho días de nacer; e Isaac fue padre de Jacob, y Jacob de los doce Patriarcas. Los Patriarcas tuvieron celos de José, y le vendieron como esclavo para que se le llevaran a Egipto; pero Dios estaba con él, y le redimió de todas sus angustias. Dios le permitió que se ganara con su sabiduría el aprecio del Faraón, es decir, del rey de Egipto, que le hizo gobernador de todo el país y le encargó de todos sus asuntos particulares. En aquel tiempo se produjo una hambruna terrible en todo Egipto y Canaán. Las cosas estaban muy mal, y nuestros patriarcas no tenían manera de encontrar alimentos. Cuando Jacob se enteró de que era posible comprar cereales en Egipto, mandó a nuestros patriarcas en una primera expedición. En la segunda, José les dijo a sus hermanos quién era, y Faraón se enteró de la procedencia de José. Éste envió a llamar a su padre Jacob con toda su parentela, unas setenta y cinco personas, que salieron de donde estaban y se fueron a Egipto. Así fue cómo descendió Jacob a Egipto, donde murió, y lo mismo nuestros patriarcas, cuyos cuerpos fueron trasladados a Siquem y enterrados en la tumba que había comprado Abraham por dinero a la familia de Hamor de Siquem.

A la semblanza de Abraham sigue la de José. La clave de la vida de José se encuentra en sus palabras a sus hermanos, que se encuentran en *Génesis 50:20*. En aquel momento sus hermanos se temían que, después de la muerte de Jacob, José se vengaría de ellos por lo que habían hecho con él, pero la

respuesta de José fue: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien.» José fue un hombre para quien lo que parecía un desastre se convirtió en una victoria. Vendido en Egipto como esclavo, metido injustamente en la cárcel, olvidado por el hombre al que había ayudado... al fin llegó a ser el primer ministro de Egipto. Esteban resume las cualidades de José en dos palabras: *gracia y sabiduría*.

(i) *Gracia* es una palabra preciosa. En un principio quiere decir simplemente *agradable* por su aspecto o cualidades, lo que indicamos con la palabra *encanto*. José poseía esa cualidad que es característica de todo hombre realmente bueno. Habría sido normal que se convirtiera en un tipo amargado; pero cumplió cada día con su deber como se le presentaba, sirviendo con la misma lealtad como esclavo o como primer ministro.

(ii) La palabra *sabiduría* es todavía más difícil de definir. Quiere decir mucho más que inteligencia. La vida de José nos da la clave para su sentido: en esencia, la sabiduría consiste en ver las cosas como Dios las ve.

Una vez más nos encontramos con el contraste. Los judíos estaban perdidos en la contemplación de su pasado, y prisioneros en el laberinto de su ley; pero José recibía con agrado cualquier tarea nueva, aunque fuera de rebote, y adoptaba el punto de vista de Dios en la vida.

EL QUE NUNCA OLVIDÓ A SUS COMPATRIOTAS

Hechos 7:17-36

Cuando estaba llegando el momento del cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho a Abraham, los israelitas se iban multiplicando en Egipto; y así siguió la cosa hasta que ocupó el trono otro rey de Egipto que ni conocía la historia de José. Ese rey se puso a perseguir veladamente a nuestro pueblo. Obligó a nuestros antepasados a exponer a sus hijos para que

no pudieran seguir viviendo y crecer. Por aquel tiempo fue cuando nació Moisés, que era un bebé de una belleza realmente extraordinaria. Tres meses le tuvieron escondido sus padres en su casa; y, cuando tuvieron que abandonarle, la hija del Faraón le adoptó y le crió como si fuera su hijo. Moisés recibió educación acerca de toda la sabiduría de los egipcios, y llegó a ser un hombre extraordinario, tanto en palabras como en obras. Cuando tenía cuarenta años sintió deseos de visitar a sus compatriotas israelitas. Intervino para ayudara uno de ellos al que estaba maltratando injustamente un egipcio; se puso de parte del maltratado, y golpeó al egipcio. Creyó que sus compatriotas comprenderían que Dios iba a usarle para rescatarlos; pero ellos no se habían enterado. Al día siguiente vio que se estaban peleando dos israelitas, y trató de apaciguarlos, diciéndoles: «¡Hombres, que sois compatriotas! ¿Qué vais a sacar peleándoos entre vosotros?» Pero el que estaba maltratando al otro le dio un empujón a Moisés y le dijo: «¿Quién te ha puesto a ti de jefe o de juez sobre nosotros? ¿Es que quieres matarme a mí también como mataste ayer al egipcio?» Cuando oyó aquello Moisés tuvo que huir, y se exilió al país de Madián, donde tuvo dos hijos. Cuando pasaron otros cuarenta años, estaba en el desierto del monte Sinaí y se le apareció un ángel en una llama de fuego de una zarza. Cuando Moisés vio aquello, le extrañó mucho; y, al dirigirse al lugar para verlo más de cerca, oyó a Dios que le decía: «Yo soy el Dios de tus padres Abraham, Isaac y Jacob. » Moisés estaba temblando de miedo y no se atrevía ni a mirar. Entonces le dijo el Señor: « ¡Quítate el calzado de los pies, porque estás en terreno santo! He visto cómo están maltratando a mi pueblo en Egipto y he oído sus gemidos, y he bajado a redimirlos. Prepárate, porque te voy a mandar a Egipto. » Fue éste el mismo Moisés al que habían rechazado cuando le dijeron: «¿Quién te

ha puesto a ti de jefe o de juez?» A él fue al que mandó Dios como guía y libertador por conducto del ángel que se le apareció en la zarza ardiendo. Fue él mismo el que los condujo a la libertad después de dar pruebas maravillosas del poder de Dios en acción en tierra de Egipto, y en el mar Rojo, y cuarenta años en el desierto.

El siguiente personaje que Esteban llama a escena es Moisés. Para los judíos, Moisés era supremamente el hombre que respondió al mandamiento de Dios de salir de donde estaba. Fue literalmente uno que renunció a un reino para obedecer a la llamada de Dios a convertirse en el guía de su pueblo. En la Biblia encontramos poco acerca de los primeros años de la vida de Moisés; pero los historiadores judíos tenían mucho más que contar. Según Josefo, Moisés era un niño tan hermoso que, cuando la niñera le llevaba de paseo en brazos, la gente se paraba a mirarle. Era tan inteligente que sobrepasaba a todos los otros en rapidez y capacidad de estudio. Un día, la hija de Faraón se lo llevó a su padre y le pidió que le nombrara su sucesor en el trono de Egipto, y Faraón accedió. Entonces -continúa el relato- Faraón se quitó la corona y se la puso a Moisés en la cabeza en broma; pero el niño se la quitó y la tiró al suelo. Uno de los sabios egipcios que estaba cerca dijo que ese gesto era señal de que, si no mataba a ese niño en seguida, estaba destinado a traer desastre a la corona de Egipto. Pero la hija de Faraón tomó a Moisés en sus brazos y convenció a su padre de que no hiciera caso de la advertencia. Cuando Moisés se hizo mayor llegó a ser el más famoso de los generales egipcios y llevó a cabo una campaña victoriosa en la lejana Etiopía, donde se casó con la princesa de aquel país.

En vista de todo eso podemos comprender a lo que renunció Moisés: nada menos que todo un reino, para guiar a su pueblo a la libertad en el desierto en una gran aventura con Dios. Así que, una vez más, Esteban está presentando la misma lección: El gran hombre no es el que, como aquellos judíos, está sujeto por el pasado y celoso de sus privilegios, sino el que está

dispuesto a dejar las comodidades y la vida fácil para responder a la llamada de Dios. Moisés y el patriarca José fueron rechazados por sus hermanos; pero Dios se valió de ellos para salvar a todo el pueblo. En esto fueron ejemplos de la salvación que Dios había de realizar por medio de Jesucristo, el gran Rechazado.

UN PUEBLO DESOBEDIENTE

Hechos 7:37-53

-Fue este mismo Moisés el que dijo a los israelitas: «Dios suscitará un profeta de entre vuestros compatriotas como hizo conmigo» -siguió diciendo Esteban-. Fue él el que, cuando el pueblo se reunió en el desierto, actuó como mediador entre el ángel que habló con él en el monte Siná y nuestros antepasados. Él recibió palabras vivas para darnos, pero nuestros antepasados se negaron a obedecerle. Todo lo contrario: le rechazaron, y por ellos se habrían vuelto a Egipto. Ellos fueron los que le dijeron a Aarón: «Haznos dioses que nos guíen en nuestros viajes; porque ese Moisés que nos sacó del país de Egipto no sabemos lo que ha sido de él.» Entonces se hicieron un becerro, y le ofrecieron sacrificio como a un ídolo, y armaron un gran jolgorio para celebrar lo que habían hecho con sus propias manos. Por eso Dios les volvió la espalda, y los dejó que dieran culto al ejército del cielo, como está escrito en el Libro de los Profetas:

« ¿Es que me presentasteis sacrificios y ofrendas aquellos cuarenta años del desierto, casa de Israel? ¿No eran el altar portátil de Moloc y la estrella del dios Renfán las imágenes que os hicisteis para adorarlas? Así es que os desterraré más allá de Babilonia.»

Nuestros antepasados tuvieron en el desierto el Tabernáculo del Testimonio, que se construyó como mandó a Moisés el que hablaba con él, siguiendo el modelo que Moisés había visto. Ese fue el Tabernáculo del Testimonio que trajeron nuestros antepasados con Josué cuando tomaron posesión de los territorios de las naciones que Dios fue arrojando delante de ellos; y se lo fueron transmitiendo de generación en generación hasta el tiempo de David. David fue agradable a Dios, y le pidió que le permitiera proveer una morada para el Dios de Jacob; pero fue Salomón el que edificó el Templo, aunque es cierto que el Dios altísimo no habita en edificios hechos por los humanos, como dice el profeta:

<c-Los cielos son mi trono, y la Tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué clase de casa me vais a construir -dice el Señor-, o cuál será el lugar en que Yo pueda descansar? ¿Es que no ha sido mi mano la que lo ha hecho todo?>

¡Qué testarudos sois, con corazones y oídos nada más limpios y obedientes que los paganos! No hacéis más que oponer resistencia al Espíritu Santo. Hacéis lo mismo que hicieron vuestros antepasados. ¿Es que hubo algún profeta al que no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo; y ahora vosotros le habéis traicionado y asesinado... ¡Sí, vosotros, que sois el pueblo que recibió la Ley por conducto de los ángeles, pero que no la obedecéis!

La defensa de Esteban se va acelerando. Todo el tiempo no ha hecho más que condenar por implicación la actitud de los judíos; pero ahora hace más explícita esa condenación. En la parte final de su defensa, Esteban entreteje varios hilos de pensamiento:

(i) Insiste en la desobediencia continua del pueblo de Israel. En los días de Moisés se rebelaron haciendo el becerro de oro. En el tiempo del profeta Amós se volvían con el corazón a Moloc y a los ídolos de las estrellas. La cita del Libro de los Profetas está tomada del de *Amós 5:27*, pero Esteban no cita del texto hebreo, sino de la traducción griega.

(ii) Insiste en los magníficos privilegios que ha tenido el pueblo de Israel. Tuvieron la sucesión de los profetas; el Tabernáculo del Testimonio, así llamado porque en él se guardaban las tablas de la Ley, y la misma Ley, que recibieron por medio de ángeles. Esteban menciona varias veces a los ángeles, que no aparecen en el relato bíblico pero la exégesis rabínica había introducido como mediadores entre el Dios trascendente y los hombres. Estas dos cosas se han de poner juntas: la desobediencia continua y el privilegio continuo. Cuantos más privilegios se tengan, mayor condenación se merece por la desobediencia. Esteban insiste en que la condenación de los judíos es total; porque, a pesar de haber tenido todas las oportunidades para conocer la verdad, sin embargo se rebelaron continuamente contra Dios.

(iii) Insiste en que habían limitado culpablemente a Dios. El Templo, que podría haber sido su mayor bendición, se convirtió en realidad en una maldición; porque llegaron a adorar el Templo en lugar de adorar a Dios. Habían acabado por tener un dios judío que vivía en Jerusalén, en lugar del Dios de toda la humanidad que está presente en todo el universo.

(iv) Insiste en que el pueblo de Israel siempre ha perseguido a los profetas; y, más horrible todavía: ha asesinado al Hijo de Dios. Y Esteban no cita como atenuante la ignorancia, como había hecho Pedro. No fue la ignorancia, sino la desobediencia rebelde lo que les hizo cometer aquel crimen. Hay ira en las palabras finales de Esteban, pero hay también dolor; la ira que ve a un pueblo cometer el más horrendo de los crímenes, y el dolor de ver a un pueblo que ha rechazado el destino que Dios le ofrecía.

EL PRIMERO DE LOS MÁRTIRES

Hechos 7:54-8:1

Al escuchar el discurso de Esteban se fueron enfureciendo contra él de tal manera los miembros del Sanedrín que hasta les rechinaban los dientes. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, levantó la vista al Cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo:

- ¡Veo cómo se abren los cielos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios!

A eso se pusieron a chillar para no oír lo que decía Esteban, y se lanzaron contra él todos a una. Inmediatamente le sacaron de la ciudad a empellones, y le apedrearon. Los que hacían de testigos del caso dejaron la ropa a cargo de un joven que se llamaba Saulo. Esteban, mientras le estaban apedreando, oraba:

- ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!

Entonces se arrodilló, y dijo en voz alta, que todos pudieron oír:

- ¡Señor, no les tengas en cuenta este pecado!

Y, cuando dijo aquello, durmió el sueño de la muerte.

A todo esto, Saulo estaba completamente de acuerdo con la ejecución de Esteban.

La defensa de Esteban no podía conducir más que a un final. Desafió a la muerte, y la muerte vino. Pero él no vio los rostros contorsionados por el odio. Su mirada había trascendido el espacio y el tiempo, y contemplaba a Jesús a la diestra de Dios. Cuando dijo lo que estaba viendo, se lo tomaron como la peor blasfemia; y el castigo del blasfemo era morir apedreado (*Deuteronomio 13:6ss*). Tenemos que darnos cuenta de que aquello no fue un juicio. Y la ejecución, si acaso, fue un linchamiento; porque el Sanedrín no podía dictar sentencia de muerte.

Para apedrear a un criminal, se le llevaba a un promontorio,

desde el que se le despeñaba. Esto era algo que tenían que hacer los testigos. Si moría como resultado de la caída, con eso bastaba; si no, le arrojaban grandes pedruscos hasta que moría.

En esta escena encontramos varias cosas notables acerca de Esteban: (i) Vemos el secreto de su valor. Al otro lado de todo lo que le pudieran hacer los hombres vio que le estaba esperando la bienvenida de su Señor. (ii) Vemos a Esteban seguir el ejemplo de su Señor. Como Jesús había pedido a Dios que perdonara a sus verdugos (*Lucas 23:34*), lo mismo hizo Esteban. Cuando ejecutaron al reformador escocés George Wishart -el maestro de John Knox-, como vacilara el verdugo, Wishart se le acercó, le besó y le dijo: < Acepta esto como prueba de que te perdono. > Los que siguen a Cristo siempre encontrarán la fuerza para hacer lo que es humanamente imposible. (iii) Aquel tumulto terminó en una completa paz. Para Esteban llegó la paz que recibe el que ha actuado conforme a su conciencia, aunque por ello reciba aquí la muerte.

La primera parte del versículo 1 del capítulo 8 pertenece a esta sección. Saulo ha entrado en escena. El que había de ser el Apóstol de los Gentiles estaba totalmente de acuerdo con la ejecución de Esteban. Pero, como comenta Agustín: «La Iglesia le debe Pablo a la oración de Esteban.» Por mucho que lo intentara, Saulo no pudo olvidar cómo había muerto Esteban. La sangre de los mártires ya empezaba, desde aquella hora tan temprana, a ser semilla de la Iglesia.

LA IGLESIA SE EXTIENDE

El capítulo 8 es muy importante en la historia de la Iglesia. La Iglesia había empezado a existir como una institución exclusivamente judía. En el capítulo 6 vimos que empezaron a producirse las primeras murmuraciones acerca de lo que habría de ser el gran debate sobre la aceptación de los gentiles. Esteban tenía una visión que trascendía con mucho las limitaciones nacionales. El capítulo 8 nos presenta la expansión de la Igle-

sia. La persecución diseminó a la Iglesia más allá de las fronteras de Palestina, y los cristianos llevaron el Evangelio dondequiera que fueron. En primer lugar, Felipe -que era uno de los Siete, como Esteban, y que no debe confundirse con el apóstol Felipe, que era uno de los Doce- anunció el Evangelio a los samaritanos, que formaban como un puente natural entre los judíos y los gentiles, porque eran una mezcla de ambas razas. Luego nos encontramos con el incidente de la conversión del eunuco etíope, con quien el Evangelio penetra en un círculo aún más amplio. Todavía la Iglesia no había asumido su misión universal; pero, cuando leemos este capítulo a la luz de lo que sabemos que ocurrió después, vemos a la Iglesia inconsciente pero irresistiblemente extendiéndose para cumplir su vocación de llevar el Evangelio hasta lo último de la Tierra.

ESTRAGOS EN LA IGLESIA

Hechos 8:1-4

Por aquel tiempo se produjo un brote de violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén, y todos menos los apóstoles se esparcieron por las tierras de Judea y de Samaria. Unos hombres piadosos llevaron a enterrar el cuerpo de Esteban, y le rindieron el tributo póstumo del duelo.

Saulo inició un ataque despiadado contra la Iglesia. Iba de casa en casa sacando a la fuerza tanto a hombres como a mujeres para meterlos en la cárcel.

Los que se dispersaron fueron anunciando la Buena Noticia por todo el país.

La muerte de Esteban fue la señal para que estallara una persecución que obligó a los cristianos a esparcirse para buscar una cierta seguridad en distritos más remotos del país. En este pasaje encontramos dos detalles especialmente interesantes.

(i) Los apóstoles se mantuvieron en su sitio. Otros habrían huido, pero ellos arrostraron los peligros que pudieran presentárseles. Y esto por dos razones. (a) Eran hombres de valor. Conrad nos cuenta que, cuando era un joven marino y estaba aprendiendo a pilotar un barco de vela, se le presentó una terrible tempestad. El hombre mayor que le estaba enseñando le dio un sencillo consejo: «Ponle siempre la proa al viento, siempre la proa.» Los apóstoles estaban decididos a presentarle la proa a todos los peligros que acecharan. (b) Eran hombres buenos. Los miraban como fuera por ser cristianos, pero tenían algo que inspiraba respeto. Se dice que una vez se le hizo una acusación maliciosa a Platón, y su única respuesta fue: «Viviré de tal manera que todos podrán comprobar que eso es una mentira.» La belleza y el poder de las vidas de los apóstoles eran tan impresionantes que hasta en medio de la persecución se temía ponerles la mano encima.

(ii) Saulo, dice la versión Reina-Valera, «asolaba la Iglesia.» La palabra que se usa en el original denota una crueldad brutal. Se usa acerca de un jabalí salvaje que destroza una viña, y de una fiera que descuartiza un cuerpo. El contraste entre el hombre que estaba asolando la Iglesia en este capítulo y el que en el siguiente se rindió a Cristo es intensamente dramático.

EN SAMARIA

Hechos 8:4-13

Los que se dispersaron fueron anunciando la Buena Noticia por todo el país. Felipe bajó a un pueblo de Samaria, y les anunció al Mesías. La gente prestaba atención ansiosamente como un solo hombre a lo que les decía Felipe, escuchando sus palabras y viendo las manifestaciones del poder de Dios que realizaba; porque los espíritus inmundos salían dando chillidos de muchos a los que habían tenido dominados, y muchos

que estaban paralíticos o cojos se curaban. Había una alegría extraordinaria en aquella población.

También estaba allí uno que se llamaba Simón, que tenía alucinados a todos los de Samaria con sus trucos de magia antes de que Felipe viniera, y pretendía ser una persona importante. La gente de todas las edades y clases sociales le tomaba muy en serio, y decía de él: «Este hombre es el mismísimo poder de Dios que se puede llamar Grande. »^a Y le hacían mucho caso, porque hacía mucho tiempo que los tenía embaucados con su magia.

Tanto hombres como mujeres se bautizaban cuando tomaban la decisión de creer la Buena Noticia que les daba Felipe acerca del Reino de Dios y del Señor Jesucristo. El mismo Simón hizo su decisión de creer y, después de bautizarse, estaba siempre con Felipe, y se maravillaba de ver las cosas que sucedían, que eran señales inequívocas del poder de Dios en acción.

Cuando los cristianos se diseminaron, Felipe, que había sido elegido como uno de los Siete, llegó a Samaria y se puso a predicar el Evangelio. Este acontecimiento es especialmente sorprendente porque era un hecho que los judíos no se trataban con los samaritanos (*Juan 4:9*).

La desavenencia entre los judíos y los samaritanos era una antigua cuestión histórica. En el siglo VIII a.C., los asirios conquistaron el Reino del Norte, cuya capital era Samaria. Siguiendo la costumbre que ellos mismos habían implantado, deportaron a la mayor parte de la población e importaron allí a otros de otras naciones. En el siglo VI a.C., los babilonios conquistaron el Reino del Sur, cuya capital era Jerusalén, y deportaron a la mayor parte de sus habitantes a Babilonia; éstos se propusieron no perder su identidad, y siguieron siendo judíos a machamartillo. En el siglo V a.C. se les permitió volver con Esdras y Nehemías, y reconstruir su capital arruinada. Mientras tanto, los del Reino del Norte que se habían quedado

en Palestina se habían mezclado con los extranjeros que los asirios habían traído de otros lugares y razas. Cuando los del Sur volvieron y se pusieron a reconstruir Jerusalén, los de Samaria les ofrecieron ayuda; pero aquellos la rechazaron despectivamente, considerando que los samaritanos no eran ya israelitas puros. Desde aquel momento siempre ha existido una rotura y aun un odio implacable entre judíos y samaritanos.

El hecho de que Felipe predicara el Evangelio de Jesucristo en Samaria es una prueba de que la Iglesia estaba dando uno de los pasos más importantes de su historia, tal vez inconscientemente, y descubriendo que Jesús es el Salvador de todo el mundo. Sabemos muy poco de Felipe; pero él fue uno de los artífices de la Iglesia Cristiana.

Debemos fijarnos en lo que el Cristianismo aportó a aquella gente: (i) Les trajo la historia de Jesús, el mensaje del amor de Dios revelado en Jesucristo. (ii) Les trajo sanidad. El Cristianismo no ha sido nunca algo exclusivamente de palabras. (iii) Les trajo, como una consecuencia natural, una alegría que los samaritanos no habían experimentado nunca antes. Es un cristianismo descafeinado el que produce una atmósfera lúgubre; el Evangelio irradia alegría.

LO QUE NO SE PUEDE COMPRAR NI VENDER

Hechos 8:14-25

Cuando los apóstoles oyeron en Jerusalén que Samaria había recibido el Evangelio, comisionaron a Pedro y a Juan para que fueran a ver. Y Pedro y Juan, cuando llegaron, oraron para que los samaritanos convertidos recibieran el Espíritu Santo, porque todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino solamente se habían bautizado en el Nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos, y los convertidos recibieron el Espíritu Santo.

Cuando Simón vio que el Espíritu Santo se impartía mediante la imposición de manos de los apóstoles, les ofreció dinero y les dijo:

-Dadme a mí también este don de hacer que reciban el Espíritu Santo cuando yo imponga las manos.

- ¡Tú piérdete con tu dinero, por pensar que puedes comprar lo que Dios otorga gratuitamente! Tú no tienes arte ni parte aquí, porque tu corazón no es como es debido con Dios. ¡Arrepiéntete de tu maldad, y pídele a Dios que te perdone, si es posible, el que se te ocurriera tal cosa! Veo que tienes el corazón más amargo que la hiel y más negro que una mazmorra.

-Pedid vosotros por mí al Señor -dijo Simón-, para que no me suceda nada de lo que habéis dicho.

Pedro y Juan, después de comunicarles a los samaritanos el mensaje del Señor y demostrarles su verdad con pruebas irrefutables, se volvieron para Jerusalén predicando el Evangelio en muchos otros pueblos samaritanos.

Simón no era un tipo tan raro en el mundo antiguo. Había muchos astrólogos, adivinos y magos, y en una época tan crédula ejercían una gran influencia y se ganaban la vida cómodamente. No hay nada de sorprendente en esta historia, cuando aun en nuestros tiempos no se han acabado los adivinos y los astrólogos, como se puede ver en muchas revistas populares. No hay que pensar que Simón y sus congéneres eran timadores profesionales. Muchos de ellos se habían engañado a sí mismos y creían en sus poderes antes de engañar a otros.

Para entender lo que pretendía Simón tenemos que comprender algo del ambiente y de la práctica de la Iglesia Primitiva. La venida del Espíritu Santo sobre una persona se relacionaba con ciertos fenómenos visibles y audibles, sobre todo con el don de lenguas (véase *Hechos 10:44-46*). En el judaísmo, la práctica de la imposición de manos era bastante corrien-

te, y con ella se creía que se transferían ciertas cualidades de una persona a otra. No tenemos que pensar que esto representara un punto de vista materialista de la comunicación del Espíritu Santo; más bien se pone el acento en el carácter del que impone las manos. Los apóstoles eran respetados hasta tal punto que el mero hecho de sentir el contacto de sus manos era una profunda experiencia espiritual. Si se me permite hacer referencia a una experiencia personal, yo recuerdo que me llevaron a ver a un hombre que había sido uno de los grandes hombres de Dios de la Iglesia. Yo era muy joven, y él muy anciano. Me dejaron a solas con él un momento, y en ese instante puso sus manos sobre mi cabeza y me bendijo. De esto hace más de cincuenta años, pero todavía puedo sentir la profunda impresión de aquel momento. Algo así era la imposición de manos en la Iglesia Primitiva.

A Simón le impresionaban los efectos visibles de la imposición de manos, e intentó comprar la capacidad para hacer lo que hacían los apóstoles. Del nombre de Simón nos ha quedado la palabra *simonía*, que quiere decir la compra y venta indigna de dignidades eclesiásticas. Simón tenía dos faltas:

(i) No estaba tan interesado en que la gente recibiera el Espíritu Santo como en el poder y prestigio que eso le reportaría a él. Esta exaltación del ego es un peligro que acecha especialmente al pastor y al predicador. Es verdad que deben irradiar luz; pero también lo es -como decía James Denney- que no se puede demostrar que uno es maravilloso y que Cristo es poderoso para salvar.

(ii) Simón olvidó, o no sabía, que ciertos dones dependen del carácter. No se compran con dinero. También aquí deben tener cuidado los predicadores y los pastores. «La predicación es la comunicación de la verdad por medio de la personalidad.» Para comunicar a otros el Espíritu hay que ser, no un hombre rico, sino un hombre controlado por el Espíritu.

Hechos 8:26-40

Un ángel del Señor le dijo a Felipe:

Anda, ponte en camino hacia el Sur, por el camino que baja de Jerusalén a Gaza.

Es este un camino que va por despoblados. Felipe hizo como se le indicó. Y pasaba por allí un etíope eunuco, ministro de hacienda de Candace, que es la reina de los etíopes; este eunuco había venido a dar culto a Dios en Jerusalén, y ahora volvía para su tierra. Iba sentado en el carruaje, leyendo al profeta Isaías; y el Espíritu le dijo a Felipe:

Acércate hasta ponerte al lado de ese carruaje.

Felipe se le acercó corriendo, y le oyó leer en voz alta al profeta Isaías.

-¿Entiendes lo que estás leyendo? -le preguntó.

-¿Y cómo lo voy a entender si no tengo quien me lo explique? -contestó el etíope, mientras invitaba a Felipe a subirse al coche y sentarse con él. El pasaje de la Escritura que iba leyendo era:

*< Le llevaron a la matanza como a una oveja,
y como un cordero, mudo cuando lo llevan a esquila,
no abrió la boca para quejarse.
Le humillaron, y no le hicieron justicia.
¿Quién podrá contar su descendencia
ahora que han desarraigado su vida de la tierra? >*

-Por favor, dime de quién dice esto el profeta, si de sí mismo o de algún otro -le preguntó el etíope a Felipe. Y éste se puso a contarle, a partir de este pasaje de la Escritura, la Buena Nueva de Jesús.

Mientras iban de camino llegaron a un lugar donde había agua; y el eunuco le dijo a Felipe:

Aquí hay agua. ¿Por qué no me bautizas?

-Si crees de todo corazón, no hay inconveniente -le contestó Felipe.

-¡Creo que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios! -respondió el etíope.

Entonces mandó detener el carruaje, y bajaron los dos al agua, y Felipe le bautizó.

Y cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe, y el etíope no volvió a verle, pero prosiguió su camino rebosando de alegría.

Felipe llegó después a Azoto, y fue por todas las ciudades de por allí proclamando la Buena Noticia hasta que llegó a Cesarea.

Había una carretera desde Jerusalén que pasaba por Belén y Hebrón y se unía a la carretera principal de Egipto un poco al Sur de Gaza. Había dos ciudades de este nombre. Una Gaza había sido destruida en la guerra en el año 93 a.C., y una nueva Gaza se había edificado más al Sur en el año 57 a.C. La primera se llamaba la Gaza vieja o desierta para distinguirla de la segunda. Esta carretera que pasaba cerca de Gaza debe de haber sido una por la que iba la mitad del tráfico de todo el mundo.

Por esta carretera iba el eunuco etíope en su carruaje. Era el ministro de hacienda de Etiopía. Candace no era un nombre propio, sino el título de las reinas de Etiopía, como Faraón el de los reyes de Egipto. Este eunuco había ido a Jerusalén a dar culto a Dios. En aquellos días había muchas personas que estaban cansadas e insatisfechas de la idolatría y la consiguiente inmoralidad de las naciones. En el judaísmo encontraban la fe en un Dios único y una moralidad austera que le daba sentido a la vida. Si se convertían al judaísmo y se circuncidaban, se los llamaba *prosélitos*; si no llegaban a ese punto, pero asistían regularmente a la sinagoga y leían las Escrituras, se los llamaba *temerosos de Dios*. Este etíope debe de haber sido uno de esos buscadores, ya fuera prosélito o temeroso de Dios. Iba

leyendo el capítulo 53 de *Isaías*; y, partiendo de ahí, Felipe le presentó a Jesús.

Cuando se convirtió, fue bautizado. Los gentiles entraban a formar parte del pueblo de Israel mediante la circuncisión y el bautismo. Cuando se habla del bautismo en el Nuevo Testamento se refiere al bautismo de creyentes. El bautismo era, cuando se podía, por inmersión y en agua corriente, y simbolizaba tres cosas: (i) Limpieza. Como se lava el cuerpo con agua, así se bañaba el alma en la gracia de Cristo. (ii) Representaba un cambio radical. Se cuenta de un misionero que, al bautizar a los convertidos, los hacía entrar en el río por una orilla y salir por la otra, como para indicar que el bautismo era la línea divisoria entre su vida pasada y la nueva. (iii) El bautismo era una unión real con Cristo. Al cerrarse las aguas sobre su cabeza, el convertido consideraba que había muerto y había sido sepultado con Cristo; y, al salir del agua, resucitaba con Cristo a una nueva vida (*Romanos 6:1-4*).

Según la tradición, este eunuco evangelizó Etiopía a su vuelta. Por lo menos, podemos estar seguros de que el que regresó a su tierra rebosando de alegría no podría guardársela para él solo.

RENDICIÓN

Hechos 9:1-9

Saulo, resoplando aún amenazas asesinas contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote para solicitar plenos poderes para ir a las sinagogas de Damasco con el fin de traerse detenidos a Jerusalén a todos los de «este Camino» que pudiera encontrar, fueran hombres o mujeres.

Iba ya aproximándose a las afueras de Damasco, cuando, de pronto, le rodeó un resplandor de luz celestial. Saulo se tiró al suelo, y oyó una voz que le decía:

- ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

- ¿Quién eres tú, Señor? - le preguntó Saulo. Y el que hablaba le contestó:

- Yo soy el Jesús al que tú estás persiguiendo. Pero levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que has de hacer.

Sus compañeros de viaje se quedaron alucinados; porque oyeron la voz, pero no vieron a nadie. Saulo se levantó del suelo; pero, cuando abrió los ojos, no podía ver nada. Los otros le tomaron de la mano y le llevaron así a Damasco. Tres días estuvo ciego, y no comió ni bebió nada.

En este pasaje tenemos el relato de la conversión más famosa de todos los tiempos. Debemos intentar, hasta donde nos sea posible, entrar en la mente de Saulo. Al hacerlo, veremos que no se trata de una *conversión* repentina, sino de una *rendición* repentina. Algo de Esteban se le había grabado en la memoria de una manera indeleble. ¿Como era posible que un malvado muriera de esa manera? Para acallar su persistente duda, Saulo se entregó a la acción más violenta que pudo encontrar. Primero, persiguió a los cristianos de Jerusalén; pero esto ponía peor las cosas, porque una y otra vez tenía que preguntarse cuál era el secreto que tenían aquellas personas sencillas para arrostrar serenas e inintimidados el peligro y el sufrimiento. Así es que, antes que detenerse o retroceder, fue al Sanedrín.

Los poderes del Sanedrín se reconocían dondequiera que había judíos. Saulo había oído que algunos cristianos habían huido a Damasco, y pidió poderes para ir allá a que los extraditaran y se los entregaran. Pero el viaje puso las cosas todavía peor. Eran más de 200 kilómetros, que tendría que hacer posiblemente a pie -aunque muchas veces se ha dicho y se ha pintado que Saulo se cayó del caballo- y que le ocuparían toda una semana. Los únicos acompañantes que llevaba Saulo eran funcionarios del Sanedrín, una especie de policías; pero, como Saulo era fariseo, no podía tener ningún trato con ellos, así es que marcharía solo, e iría pensando, porque no tenía otra cosa que hacer.

La carretera pasaba por Galilea, y esto le hacía pensar aún más en Jesús. La tensión interior se le iba haciendo insoportable. Y así llegó a las afueras de Damasco, una de las ciudades más antiguas del mundo. Poco antes de llegar a la ciudad, la carretera escalaba el monte Hermón, desde el que se contemplaba Damasco, una hermosa ciudad blanca que se extendía por una llanura verde, «un manojo de perlas en una copa de esmeralda», como se la describía poéticamente. Esa región tenía un fenómeno característico: cuando el aire caliente de la llanura se encontraba con el aire frío de las montañas, se producían violentas tormentas eléctricas. Se ha sugerido que fue eso lo que pasó precisamente en aquel momento; pero lo más importante es que, desde una de aquellas tormentas o desde «otra», Cristo habló con Saulo. En ese momento acabó la batalla, y Saulo se rindió a Cristo.

El que entró en Damasco era un hombre cambiado. ¡Y hasta qué punto! El que había pensado llegar a Damasco como una furia vengativa, iba conducido de la mano, ciego y menesteroso.

Todo el Evangelio está en lo que el Cristo Resucitado le dijo a Saulo: «Entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que has de hacer.» Hasta ese momento, Saulo había estado haciendo lo que él quería, lo que él creía mejor, lo que su voluntad decidía.

Desde ese momento, se le diría lo que había de hacer. El cristiano es alguien que ha dejado de hacer lo que quiere, y ha empezado a hacer lo que Cristo quiere que haga.

UNA BIENVENIDA CRISTIANA

Hechos 9:10-19

En Damasco había un cristiano que se llamaba Ananías, y el Señor le dijo en una visión:

- ¡Ananías!

Aquí estoy, Señor -contestó él.

Anda -le dijo el Señor-, ve a la calle que se llama la Derecha, y pregunta en la casa de Judas por uno de Tarso que se llama Saulo. Este hombre está orando, y se de ha mostrado en visión a un cierto Ananías, que viene y le impone las manos para devolverle la vista.

-Pero, Señor... -le contestó Ananías-: Todo el mundo habla del daño que ha hecho este hombre a todo el pueblo de Dios de Jerusalén, y también me han dicho que ha venido aquí con poderes de los jefes de los sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu Nombre.

-Ve -le dijo el Señor-, porque Yo he escogido precisamente a este hombre para que sea mi instrumento para hablarles de Mí a los paganos, y a los reyes, y a los israelitas. Yo le mostraré todo lo que es menester que padezca por amor de Mí.

Ananías entonces salió de su casa, y fue a la otra, y le impuso las manos a Saulo diciéndole:

- ¡Hermano Saulo! Vengo de parte del Señor -de Jesús, que se te apareció en el camino cuando venías para acá-, para que recuperes la vista y te llenes del Espíritu Santo.

E inmediatamente se le cayeron de los ojos unas cosas como escamas, y recobró la vista, se levantó y recibió el bautismo. Luego comió algo, y recuperó las fuerzas.

No cabe duda de que Ananías es uno de los héroes olvidados de la Iglesia Cristiana. Si es verdad que debemos Pablo a la

oración de Esteban, también lo es que se le debemos al comportamiento fraternal de Ananías.

Ananías recibió el mensaje del Señor de que fuera a ayudar a Saulo; tenía que ir a la calle que llamaban La Derecha. Era esta una calle importante que cruzaba Damasco de Este a Oeste. Estaba dividida a lo largo en tres partes: una central, por la que discurría el tráfico, y dos laterales para los que iban a pie, en las que los mercaderes ponían sus puestos y vendían sus mercancías. Cuando Ananías recibió aquel mensaje, le parecería sumamente extraño. Habría sido normal que se llegara a Saulo con toda clase de recelos, emprendiendo de mala gana una tarea desagradable; y podría haberse dirigido a él con recriminaciones. Pero, no; sus primeras palabras fueron: « ¡Hermano Saulo!»

¡Qué maravillosa bienvenida! Es uno de los más sublimes ejemplos de amor cristiano, del sentimiento que Cristo puede producir. Bryan Green nos cuenta que, después de una de sus campañas en América, pidió a los presentes en la última reunión que se pusieran en pie y dijeran en pocas palabras lo que les había ayudado. Una chica de color se puso en pie. No tenía costumbre de hablar en público, y no dijo más que unas frases: « En esta campaña he encontrado a Cristo, y El ha hecho que pudiera perdonar al que mató a mi padre.» ¡Hizo que pudiera perdonar! Esa es la esencia del Evangelio. En Cristo se encontraron Saulo y Ananías, dos hombres que habrían sido enemigos irreconciliables, pero que se reconocieron como hermanos.

DANDO TESTIMONIO DE CRISTO

Hechos 9:19-22

Pablo se quedó en Damasco con los cristianos algún tiempo, y desde el principio se puso a predicar a Jesús en las sinagogas. Su mensaje era: « ¡Jesús es el Hijo de Dios!» Las audiencias le oían alucinadas. Y decían:

*- ¿Pero no es éste el que hacía campañas despiadadas en Jerusalén contra todos los que mencionaban ese Nombre?
¿Yno es verdad que vino aquí para llevárselos presos y entregárselos a los jefes de los sacerdotes?*

Pero Saulo seguía predicando el Evangelio cada vez con más poder, y dejaba atónitos a los judíos que vivían en Damasco demostrándoles que Jesús es el Mesías.

Este es el relato que nos ha dejado Lucas de lo que le sucedió a Saulo después de su conversión. Si queremos tener una idea más completa de la cronología de este período, tenemos que leer también el relato del propio Pablo en su carta a *los Gálatas 1:15-24*. Comparando los dos pasajes llegamos a la conclusión de que la sucesión de los acontecimientos debe de haber sido así: (a) La conversión de Saulo en la carretera de Damasco. (b) Su predicación en Damasco. (c) Se retira a Arabia (*Gálatas 1:17*). (d) Vuelve a Damasco, y pasa tres años predicando allí (*Gálatas 1:18*). (e) Va a Jerusalén. (f) Huye de Jerusalén a Cesarea. (g) Vuelve a las regiones de Siria y Cilicia (*Gálatas 1:21*). Así es que vemos que Pablo empezó haciendo dos cosas:

(i) Se puso a dar testimonio en Damasco inmediatamente. Había allí muchos judíos, así es que habría también muchas sinagogas; y fue en ellas donde Pablo empezó a predicar a Cristo. Esa era una acción que requería mucho valor; porque Saulo había venido para ir a esas mismas sinagogas con poderes del Sanedrín y como representante de la religión oficial del pueblo de Israel. Le habría resultado mucho más fácil empezar a dar testimonio de Cristo donde no se le conociera de nada y donde su pasado no estuviera en contra suya. Pero Saulo decía: «Soy un hombre cambiado, y quiero que lo sepan los que mejor me conocen.» Ya estaba proclamando: « ¡No me avergüenzo del Evangelio de Cristo!» (*Romanos 1:16*).

(ii) La segunda cosa que hizo no nos la menciona Lucas: se fue a Arabia (*Gálatas 1:17*). Había experimentado un cambio radical, y tenía que estar a solas con Dios por algún tiempo.

Tenía una vida nueva por delante, y necesitaba dos cosas: (a) *Dirección* en un camino que era completamente nuevo para él, y (b) *Fuerza* para la tarea casi irrealizable que se le había confiado. Acudió a Dios en busca de ambas cosas.

ESCAPANDO POR LOS PELOS

Hechos 9:23-25

Después de un tiempo considerable, los judíos hicieron una conspiración para matar a Saulo, pero él se enteró. Estaban vigilando las puertas de la ciudad noche y día para matarle; pero sus discípulos le llevaron por la noche y le descolgaron por el muro metido en un serón.

Este es un ejemplo típico de lo que pueden implicar unas pocas palabras en el texto bíblico. Lucas dice que *después de un tiempo considerable* sucedió esto que nos cuenta. Ese tiempo al que se alude de pasada fue de no menos de tres años (*Gálatas 1:18*). Pablo pasó tres años trabajando y predicando en Damasco, y los judíos estaban tan decididos a matarle que hasta vigilaban las puertas de la ciudad para que no se les escapara. Pero las ciudades antiguas tenían murallas, a menudo tan anchas que se podía conducir un carruaje por su parte superior. En muchas había casas cuyas ventanas daban a la muralla. Probablemente fue por una de ellas por la que descolgaron a Pablo sus discípulos muro abajo metido en un serón al amparo de la noche, y así le sacaron de la ciudad de contrabando y le facilitaron la huida a Jerusalén. Este es sólo el principio de las aventuras de Pablo en el servicio de Cristo, pero ya aquí vemos que escapó por los pelos.

(i) Este episodio nos revela claramente el valor de Pablo. Debe de haber visto lo que se estaba preparando contra él en las sinagogas. Sabía lo que había sucedido con Esteban; y lo

que él mismo, Saulo, había intentado hacer con los cristianos -y, por tanto, lo que le podía ocurrir a él. Estaba claro que el Evangelio no iba a serle un camino fácil en este mundo; pero el tono general del pasaje indica claramente al que puede leer entre líneas que Pablo se crecía ante el peligro que le daba la oportunidad de demostrar su nueva lealtad al Maestro al Que había perseguido y ahora amaba y servía.

(ii) En este breve episodio vemos también la eficacia de la predicación de Pablo. Era tan imposible vencerle en buen debate que los judíos tuvieron que recurrir a la violencia. No se persigue a uno que es inofensivo. George Bernard Shaw dijo una vez que el mejor elogio que se le puede dedicar a un autor es quemar sus libros. Algún otro había dicho: «Un lobo no ataca a una oveja pintada.» Los sucedáneos del Cristianismo están a salvo; es el Cristianismo auténtico el que está bajo ataque. El que le persigan a uno es el mejor reconocimiento, porque es señal de que le consideran auténtico e influyente.

RECHAZADO EN JERUSALÉN

Hechos 9:26-31

Cuando llegó a Jerusalén, Saulo intentó ponerse en contacto con los cristianos; pero le tenían miedo, porque no podían creer que se había convertido de veras. Pero Bernabé le trajo y le presentó a los apóstoles, y les contó todo lo que le había sucedido a Saulo: que había visto al Señor en la carretera de Damasco, y que el Señor le había hablado; y lo abierta y valientemente que había predicado en Nombre de Jesús en Damasco. Entonces se le aceptó como miembro de la comunidad de Jerusalén, y se puso a predicar con libertad y sin miedo en el Nombre del Señor. Empezó a hablar y a discutir con los judíos de cultura griega; pero ellos intentaron matarle. Cuando sus hermanos en Cristo se enteraron de esto,

le acompañaron hasta Cesarea y desde allí le arreglaron el viaje a Tarso.

Entonces la Iglesia estaba en paz en toda Judea y Galilea y Samaria, y seguía edificándose y viviendo en el temor del Señor; y crecía en número de creyentes gracias al ánimo que les daba el Espíritu Santo.

Cuando Saulo llegó a Jerusalén se encontró con que los cristianos le miraban con muchísimo recelo. Y era natural. Había sido allí donde había *asolado* a la Iglesia y metido en la cárcel a hombres y a mujeres. Ya hemos visto que, en momentos cruciales de la carrera de Pablo, ciertos hombres habían sido instrumentales en su conversión. En primer lugar, la Iglesia debe Pablo a la oración de Esteban. También al espíritu perdonador de Ananías. Ahora vemos que la Iglesia también debe Pablo al gran corazón amoroso de Bernabé. Cuando todos los demás le evitaban, por decir lo menos, Bernabé le tomó de la mano y dio la cara por él. En este gesto vemos a Bernabé como un verdadero cristiano.

(i) Era un hombre que siempre creía lo mejor de los demás. Cuando los otros creían que Saulo era un espía, Bernabé creyó que era auténtico. La humanidad se divide entre los que piensan lo mejor de los demás, y los que piensan lo peor; y es uno de los hechos curiosos de la vida que ordinariamente vemos nuestro reflejo en los demás y los hacemos lo que creemos que son. Si nos empeñamos en mirar a alguien con recelo, acabaremos por hacerle cometer algo sospechoso. Si insistimos en creer en un hombre, acabaremos por obligarle a justificar nuestra confianza. Como había de decir el mismo Pablo, «el amor no piensa mal.» Nadie ha creído en los hombres tanto como Jesús, y ya es bastante que el discípulo llegue a ser como su Maestro.

(ii) Era un hombre que nunca mantenía el pasado de otra persona contra ella. Es frecuente el caso de que, porque uno ha cometido algún error, ya se le condena para siempre. Es una de las maravillosas cualidades del corazón de Dios que Él no

nos la guarda por nuestros pecados pasados; y nosotros tampoco debemos condenar a nadie por haber fallado alguna vez.

En este pasaje vemos que Pablo adopta una actividad que le será característica: se pone a discutir con los judíos de cultura griega. Esteban había sido uno de aquellos helenistas; y es de suponer que Pablo volvió a las mismas sinagogas que antes se habían opuesto a Esteban, para dar testimonio del cambio que se había operado en él.

Aquí volvemos a ver a Pablo en peligro de muerte. Para él la vida se había convertido en una sucesión de situaciones en las que escapaba por los pelos. Ahora le sacaron de Jerusalén a escondidas y le llevaron hasta Cesarea, y de allí se fue a Tarso. De nuevo le vemos seguir el principio de volver a su ciudad natal para decirles a los que le conocían que ahora era un hombre cambiado, y que el que le había cambiado había sido Jesucristo.

LOS HECHOS DE PEDRO

Hechos 9:32-43

En sus viajes a todas las comunidades cristianas, Pedro fue a visitar a los creyentes que vivían en Lida. Y allí se encontró con un tal Eneas que hacía ocho años que no se levantaba de la cama, porque se había quedado paralítico. Y Pedro le dijo:

- ¡Eneas, Jesucristo te pone bueno! ¡Levántate y hazte la cama! Y el enfermo se levantó inmediatamente. Todos los habitantes de Lida y de Sarón le vieron, y se convirtieron al Señor.

Había en Jope una mujer cristiana que se llamaba Tabita -que es lo mismo que Dorcas en griego, y que quiere decir < Gacela>-. Siempre estaba ocupada haciendo buenas obras y ayudando a los necesitados. Precisamente por entonces se puso enferma y murió.

Después de amortajar el cuerpo, lo colocaron en el piso de arriba de la casa.

Los cristianos se enteraron de que Pedro estaba en Lida; y, como Jope estaba cerca de allí, mandaron a dos hombres para que le dijeran:

-Por favor, date prisa en venir a Lida.

Pedro hizo los preparativos y se fue con ellos. Cuando llegaron, le llevaron al piso de arriba, donde se le acercaron todas las viudas llorando, a enseñarle las batas y los vestidos que hacía Dorcas cuando estaba con ellas.

Pedro hizo salir a todas las personas, y se puso a orar de rodillas. Luego, vuelto hacia la difunta, le dijo:

- ¡Tabita, levántate!

Y ella abrió los ojos; y, al ver a Pedro, se sentó en la cama. Pedro le dio la mano, y la ayudó a levantarse. Y entonces llamó a todos los cristianos y a las viudas, y les presentó a la mujer viva.

El suceso se supo en todo Jope, y muchos creyeron en el Señor. Pedro se quedó una temporada allí, en casa de Simón el curtidor.

Pablo llevaba algún tiempo ocupando el centro de la escena; pero ahora se vuelven los focos hacia Pedro otra vez. Este pasaje sigue naturalmente detrás de 8:25, y nos presenta a Pedro en acción. Pero nos presenta mucho más que eso: claramente nos descubre el secreto del poder de Pedro. Cuando sanó a Eneas, no le dijo: «Yo te sano», sino «Jesucristo te sana.» Y antes de hablarle a Tabita -que es la palabra hebrea para *gacela*, lo mismo que Dorcas en griego-, Pedro oró. No era su propio poder el que Pedro invocaba, sino el de Jesucristo. A veces no pensamos más que en lo que nosotros podemos hacer, en lugar de en lo que Cristo puede hacer por medio de nosotros.

Hay una palabra muy interesante en este pasaje. En la versión Reina-Valera se llama dos veces a los cristianos *santos* (versículos 32 y 41). La misma palabra la usa antes Ananías

refiriéndose a los cristianos de Jerusalén (versículo 13). Es la palabra que Pablo usaba corrientemente para describir a un miembro de la iglesia, como cuando dirige sus cartas < a los santos de tal y tal sitio. » La palabra griega es *haguios*, y tiene amplias asociaciones. Corrientemente se traduce por *santo*; pero el sentido original es *diferente*. Básicamente, un cristiano es alguien que es *diferente* de los que no son más que personas de este mundo. Pero, ¿dónde está la diferencia? *Haguios* se refería especialmente al pueblo de Israel, que era específicamente un pueblo *santo, diferente*. La diferencia consistía en que Dios había escogido a Israel entre todas las naciones para una misión; e Israel falló, y no cumplió su destino. Fue desobediente, y perdió sus privilegios. *La Iglesia* llegó a ser el verdadero Israel; y los cristianos son personas *diferentes*, porque Dios los ha elegido para que cumplan sus propósitos.

Así que nosotros los cristianos no somos diferentes de los demás porque se nos haya escogido para mayor honor en la Tierra; pero somos diferentes porque se nos ha escogido para un servicio especial: somos salvos para servir.

UN FIEL SOLDADO

Hechos 10:1-8

En Cesarea vivía un tal Cornelio, que era el centurión del batallón Italiano del ejército romano. Era un hombre piadoso y temeroso de Dios en compañía de toda su casa; era generoso en los actos de caridad pública, y practicaba regularmente la oración.

Cierta día, como a las tres de la tarde, tuvo una visión en la que se le apareció un ángel de Dios y le llamó:

- ¡Cornelio!

Él se le quedó mirando, y le contestó respetuosamente:

-Presente y a tus órdenes, señor.

-Dios ha tenido presentes tus oraciones y obras de caridad, que Le han hecho que te tenga en cuenta de una manera especial -continuó el ángel-. Ahora tienes que mandar hombres a Jope para que te traigan a un tal Simón al que también llaman Pedro, que está parando en casa de otro Simón, que es curtidor y que vive a la orilla del mar.

Cuando desapareció el ángel que había hablado con él, Cornelio mandó llamar a dos de sus criados y a un fiel asistente, les contó lo que había experimentado y los envió a Jope.

El capítulo 10 del *Libro de los Hechos* nos cuenta la historia de una verdadera encrucijada en la vida de la Iglesia. Por primera vez se admite a un gentil en la comunidad. Como Cornelio tiene una gran importancia en la Historia de la Iglesia, vamos a recopilar todo lo que podemos saber de él:

(i) Cornelio era un centurión romano estacionado en Cesarea, que era el cuartel general del gobierno en Palestina. La palabra que hemos traducido como *batallón* es el término griego para una cohorte. En la estructura militar romana tenemos en primer lugar la *legión*, que se componía de seis mil hombres y correspondía más o menos a una división. Componían la legión diez *cohortes*, cada una de las cuales estaba formada por seiscientos soldados, y equivalía al batallón. La cohorte se dividía en *centurias*, al frente de cada una de las cuales había un *centurión*. La centuria sería ahora una compañía, y el equivalente del centurión, el sargento. Los centuriones formaban el espinazo del ejército romano. Un historiador antiguo describe así sus características: < Se prefiere que los centuriones no sean temerarios ni lanzados, sino buenos hombres de mando, de carácter estable y prudente, no propensos a iniciar la ofensiva ni la pelea temerariamente, sino capaces, cuando se ven asediados u oprimidos, de mantenerse firmes en su puesto hasta la muerte.> Cornelio era sin duda un hombre que sabía bien y a fondo lo que son el valor y la lealtad.

(ii) Cornelio era *temeroso de Dios*. En los tiempos del Nuevo Testamento se daba este nombre a los gentiles que, cansados de los ídolos y las inmoralidades y las frustraciones de la religiosidad tradicional, se acercaban a la religión judía. No llegaban al punto de circuncidarse y comprometerse a cumplir la Ley; pero asistían a los cultos de la sinagoga y creían en un solo Dios y en la ética del judaísmo. Cornelio era, pues, un sincero buscador de Dios; y, como lo era, Dios le encontró.

(iii) Cornelio practicaba la caridad; era un hombre amable. Su búsqueda de Dios le había hecho amar a los hombres, y el que ama a su prójimo no está lejos del Reino de Dios.

(iv) Cornelio era un hombre de oración. Puede que todavía no conociera claramente al Dios al que oraba; pero, según la luz que había recibido, vivía cerca de Dios.

PEDRO APRENDE UNA LECCIÓN

Hechos 10:9-16

Al día siguiente, mientras los mensajeros de Cornelio iban de camino y se encontraban ya cerca del pueblo, Pedro subió a orar a la azotea de la casa ya casi al mediodía. Tenía hambre, y quería comer algo; pero, mientras se lo preparaban, tuvo un éxtasis: vio que se abrían los cielos y bajaba al suelo algo así como una gran lona atada por las cuatro puntas y llena de toda clase de cuadrúpedos, y reptiles, y aves. Y oyó una voz que le decía: «¡Venga, Pedro, mata y come!» «¡Nada de eso -contestó Pedro-, porque yo no he comido nunca nada contaminado ni inmundo!» Luego oyó la voz que le decía por segunda vez: «Lo que Dios ha limpiado no lo debes tú considerar inmundo.» Esto sucedió tres veces, y seguidamente se llevaron la lona al cielo.

Antes de que Cornelio pudiera ser recibido en la Iglesia, Pedro tenía que aprender una lección. Un estricto judío creía que Dios no tenía ningún interés en los gentiles. Algunos extremistas llegaron a decir que no se debía ayudar a una mujer gentil en el parto, porque no se hacía más que contribuir a que llegara otro gentil al mundo. Pedro tenía que desaprender todo eso antes de que Cornelio pudiera entrar.

Hay algo que nos indica que Pedro ya había iniciado el camino para desaprender algo de la rigidez que le habían enseñado. Estaba parando con otro Simón, que era curtidor (9:43; 10:5). Un curtidor tenía que trabajar con restos de animales muertos y, por tanto, siempre estaba en estado de impureza ritual (*Números 19:11-13*). Ningún judío estricto habría aceptado la hospitalidad de un curtidor. La impureza ritual era lo que obligaba a Simón a vivir a la orilla del mar, fuera de la ciudad. Sin duda este curtidor era cristiano, y Pedro había empezado a ver que el Evangelio abolía esas leyes o tabúes.

A la mediodía Pedro se subió a orar a la azotea. Las casas solían tener la cubierta en esa forma y, como eran pequeñas por lo general, se subía a la terraza cuando se quería estar tranquilo. Allí tuvo la visión de la lona que bajaba del cielo. Tal vez había un toldo en aquella terraza para protegerla del calor del sol, y ese toldo sugiriera la lona de la visión; pero eso no quiere decir que todo fuera imaginación y nada más. La palabra para *lona* es la que se usa para la vela de un barco. También es probable que Pedro estuviera viendo en las aguas del Mediterráneo barquitos cuyas velas sugirieran algo de la visión.

El caso es que Pedro vio la lona llena de animales y oyó la voz que le decía que matara y comiera. Ahora bien: los judíos tenían estrictas leyes alimentarias que encontramos en *Levítico 11*. En general, los judíos no podían comer más que animales que rumian y que tienen la pezuña hendida. Todos los demás eran *inmundos* y estaba prohibido comerlos. A Pedro le escandalizó la voz, y contestó que él no había comido nunca nada inmundo. Y la voz le dijo que no llamara inmundo a lo que

Dios había limpiado. Y esto sucedió tres veces, para que no cupiera posibilidad de error o incompreensión. Tal vez antes Pedro habría llamado inmundo a un gentil; pero Dios le preparó para que recibiera a los mensajeros que venían de camino.

EL ENCUENTRO DE PEDRO Y CORNELIO

Hechos 10:17-33

Pedro se quedó hecho un lío sin saber lo que querría decir aquella visión; pero entonces llegaron a la puerta los hombres que había mandado Cornelio, que habían venido preguntando por la casa de Simón; y preguntaron en voz alta si estaba parando allí un cierto Simón al que también llamaban Pedro. Cuando Pedro estaba pensando en lo que querría decir la visión, el Espíritu le dijo: «Hay tres hombres preguntando por ti. Anda, baja, y no tengas reparo de ir con ellos; porque soy Yo quien te los he mandado.»

Así es que Pedro bajó de la azotea y les dijo a los hombres:

- Yo soy el que buscáis. ¿Qué os trae por aquí?

- Un santo ángel le ha dado instrucciones al centurión Cornelio, que es un hombre bueno y temeroso de Dios y al que estima todo el pueblo judío, que te mande a buscar para que vayas a su casa, y que preste atención a lo que tú le vas a decir.

Pedro les dijo que entraran y que fueran sus huéspedes; y al día siguiente se marchó con ellos y con algunos miembros de la iglesia de Jope que los acompañaron. Y después de un día de viaje entraron en Cesarea, donde los estaba esperando Cornelio, que había invitado a sus amigos íntimos y a sus parientes.

Cuando Pedro estaba a punto de entrar en la casa, salió Cornelio a recibirle, y se arrodilló a sus pies como

si le considerara un ser sobrenatural. Pero Pedro le hizo levantarse, y le dijo:

- ¡Levántate, que yo no soy más que un ser humano como tú!

Luego entró hablando con él, y se encontró con aquella nutrida concurrencia.

- Vosotros sabéis muy bien -empezó a decirles Pedro- que la Ley le prohíbe a un judío el tener contacto con un extranjero o ir a visitarle. Pero Dios me ha mostrado a mí que no debo considerar impuro o inmundo a ningún ser humano. Por eso he venido sin discutir cuando habéis mandado a buscarme. Y ahora os pregunto: ¿Para que me habéis llamado?

-Hace exactamente cuatro días a esta hora -le contestó Cornelio- que estaba yo orando en mi casa a las tres de la tarde, cuando se me presentó un varón con ropa resplandeciente, que me dijo: «Cornelio, Dios ha escuchado tu oración, y se ha fijado en tus obras de caridad. Manda mensajeros a Jope, e invita a un cierto Simón al que llaman Pedro para que venga a verte. Está alojado en casa del curtidor Simón, que vive ala orilla del mar. » Entonces te mandé a buscar sin pérdida de tiempo, y has sido muy amable en venir. Así es que nos hemos reunido aquí en la presencia de Dios para escuchar todo lo que el Señor te ha instruido que nos digas.

En este pasaje suceden cosas extraordinarias. Recordemos una vez más que los judíos creían que los demás pueblos estaban fuera de la misericordia de Dios. Un judío verdaderamente estricto no tenía contacto con un gentil, ni aun con un judío que no cumpliera la ley tradicional. Especialmente, jamás tendría como huésped o sería el huésped de un hombre que no cumpliera la Ley. Recordando eso, fijémonos en lo que hizo Pedro. Cuando los emisarios de Cornelio estaban a la puerta -y, conociendo las normas de los judíos, no pasaron de la puerta-, Pedro los invitó a entrar y les dio hospitalidad (23).

Cuando Pedro llegó a Cesarea, Cornelio le salió a recibir a la puerta, sin duda preguntándose si Pedro atravesaría el umbral; y Pedro entró (versículo 27). De la manera más maravillosa, las barreras empiezan a venirse abajo.

Eso es típico de la obra de Cristo. Un misionero nos relata que una vez estaba haciendo un culto de comunión en África. A su lado estaba sentado como anciano un jefe de edad de los ngoni que se llamaba Manlyheart, < corazón viril>. El anciano jefe recordaba los días cuando los jóvenes guerreros ngoni habían dejado tras su paso una estela de poblados incendiados y devastados, y habían vuelto a casa con las lanzas teñidas de sangre, y con las mujeres de sus enemigos como botín. ¿Y cuáles eran las tribus que habían assolado? Las de los senga y los tumbuka. ¿Y quiénes estaban participando de aquel culto de comunión? Los ngoni, los senga y los tumbuka formaban aquella congregación ahora que el amor de Cristo les había hecho olvidar sus enemistades ancestrales. En los primeros días de la Iglesia el Evangelio quitaba las barreras. Todavía sucede cuando se le ofrece la oportunidad.

EL CORAZÓN DEL EVANGELIO

Hechos 10:34-43

Pedro empezó a decir:

Ahora sí que no me cabe la menor duda de que Dios no tiene favoritos, sino que mira con agrado al que Le teme y obra como es debido, sea de la nación que sea. Vosotros conocéis el Mensaje que Dios envió al pueblo de Israel, la Buena Nueva de la paz que se ha hecho realidad por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Ya sabéis lo que se divulgó por toda Judea, que había empezado en Galilea a partir del bautismo que proclamó Juan: Que Dios ungió como Mesías con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, que fue

por todo el país haciendo buenas obras y devolviendo la salud a todos los que el diablo tenía oprimidos, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo Jesús en Judea y en Jerusalén. Ya sabéis que le mataron colgándole de una cruz; pero Dios le resucitó al tercer día e hizo que se presentara para no dejar lugar a dudas, no a toda la gente, sino a los testigos que había escogido de antemano; es decir, a nosotros, que comimos con Él después de su Resurrección. Él mismo nos ha mandado a predicar al pueblo, y a dar testimonio de que Dios Le ha puesto como juez de vivos y muertos. Todos los profetas dan testimonio de Él, y de que todos los que crean que Jesús es el Mesías recibirán el perdón de los pecados.

Ya se comprende que aquí no se nos da más que un resumen de lo que Pedro predicó en casa de Cornelio, lo cual lo hace aún más importante porque nos da la esencia de la predicación original del Evangelio.

(i) Jesús fue enviado y equipado por Dios con el Espíritu Santo y con poder. Jesús es, por tanto, el Don de Dios a los hombres. A veces se ha pensado que Dios estaba airado, y el humilde Jesús consiguió pacificarle con su sacrificio. Eso no es lo que decían los primeros predicadores; sino que Dios mismo fue el que envió a Jesús para que nos manifestara el amor de Dios.

(ii) Jesús practicó un ministerio de sanidad. Era su gran deseo el desterrar del mundo el dolor y la tristeza.

(iii) Le crucificaron. Una vez más se hace hincapié, para el que sabe leer entre líneas, en el terrible horror de la Crucifixión. Hasta ese punto llega el pecado humano.

(iv) ¡Pero resucitó! El poder que había en Él no podía ser derrotado. Podía conquistar lo peor que los hombres pudieran hacer, y al final conquistó la muerte.

(v) Los predicadores y los maestros cristianos son testigos de la Resurrección. Para ellos Jesús no es el personaje de un

libro o del que han oído hablar. Es Uno que está vivo y presente, con Quien ellos se han encontrado y al Que conocen personalmente.

(vi) El resultado de todo esto es el perdón de los pecados y una nueva relación con Dios. Por medio de Jesús ha vuelto a amanecer sobre la humanidad la amistad que siempre debía haber existido entre Dios y los hombres, pero que el pecado había interrumpido.

LA ENTRADA DE LOS GENTILES EN LA IGLESIA

Hechos 10:44-48

Todavía estaba hablando Pedro cuando el Espíritu Santo cayó por sorpresa sobre todos los que estaban escuchando su predicación. Los cristianos judíos que habían venido con Pedro se sorprendieron muchísimo de que el Espíritu Santo se derramara tan liberalmente sobre unos que no eran judíos; pero tenía que ser eso, porque los oían hablar en lenguas y alabar a Dios. Entonces Pedro dijo:

- ¿Quién se puede oponer a que se prepare agua para bautizar a estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?

Así es que mandó que fueran bautizados en el Nombre del Señor Jesús. Y le pidieron que se quedara con ellos algunos días.

Antes de que Pedro terminara de hablar sucedió algo que los cristianos judíos no pudieron discutir. Cornelio y sus amigos empezaron a hablar en otras lenguas y a alabar a Dios. Esto era la prueba del hecho sorprendente de que Dios les había dado el Espíritu también a esos gentiles.

Hay dos cosas interesantes que se deducen de este pasaje:

(i) Estos gentiles que se convirtieron, como es corriente en *Hechos*, fueron bautizados allí mismo y al momento. En *Hechos* no hay rastro de que tuvieran que ser unos hombres determinados los que administraran el bautismo. La gran verdad era que la Iglesia Cristiana era la que recibía a los convertidos. Haríamos bien en recordar que el bautismo no es algo que hace el pastor, sino que es la *Iglesia* la que recibe al nuevo miembro en el Nombre de Jesucristo, y acepta la responsabilidad de cuidarse de él.

(ii) La última frase es significativa: Y le pidieron a Pedro que se quedara con ellos algunos días. ¿Por qué? Sin duda para enseñarles más cosas. El ser recibidos como miembros de la iglesia no es el fin, sino el principio de la vida cristiana.

LA DEFENSA DE PEDRO

Hechos 11:1-10

Los apóstoles y los miembros de la comunidad cristiana de Judea se enteraron de que unos que no eran judíos habían recibido el Evangelio. Y, cuando Pedro subió a Jerusalén, los judíos cristianos se pusieron a discutir con él y a decirle:

- ¿Qué es eso de que has entrado en casa de paganos incircuncisos y has comido con ellos?

Pedro empezó por el principio, y se lo refirió todo paso a paso.

- Yo estaba orando en la ciudad de Jope -dijo-, cuando tuve un éxtasis y se me presentó una visión. Era algo así como una lona muy grande que bajaban por los cuatro picos hasta dejarla precisamente delante de mí. Yo me la quedé mirando a ver qué era, y vi que estaba llena de cuadrúpedos terrestres, fieras, reptiles y aves. Y oí una voz que me decía: «¡Venga, Pedro, mata y come!» Y yo respondí: «Nada de eso, señor; porque en mi boca no ha entrado jamás nada contaminado ni inmundo.» Entonces me dijo por segunda vez la voz del cielo: «No debes considerar contaminado lo que Dios ha limpiado.» Esto sucedió tres veces, y luego se lo llevaron todo al cielo.

La importancia que le dio Lucas a este incidente se ve por el doble espacio que le dedica. En los tiempos antiguos, el escritor no podía extenderse indebidamente. Todavía no existían los libros en la forma actual. Se usaban rollos de un material que se llamaba *papiro*, el antepasado del papel, que se hacía de una pasta que se sacaba de las plantas de aquel nombre. Un rollo no era fácil de manejar, y el más largo tendría unos diez metros, la longitud necesaria para contener todo el libro de *Hechos*. Lucas tendría una cantidad casi ilimitada de historias que hubiera querido incorporar en su libro. Debe de haber hecho la selección de lo que quería incluir con el máximo cuidado; y, sin embargo, consideró que la historia de Pedro y Comelio era tan importante que había que contarla dos veces.

Lucas tenía razón. No solemos darnos cuenta de lo cerca que estuvo el Cristianismo de no pasar de ser una secta judía, o una nueva forma de judaísmo. Todos los primeros cristianos eran judíos, y toda la tradición y el carácter del judaísmo los habría movido a guardar esta nueva maravilla para sí mismos, y a creer que Dios no podía haber pretendido que fuera también para los gentiles. Lucas ve este incidente como un hito importante en la carretera que la Iglesia iba recorriendo en su caminar hacia una concepción de un mundo para Cristo.

UNA HISTORIA CONVINCENTE

Hechos 11:11-18

- En ese mismo momento -siguió relatando Pedro llegaron tres hombres a la casa donde estábamos alojados. Me los habían mandado desde Cesárea. El Espíritu me dijo que no dudara en ir con ellos. Estos seis miembros de la congregación vinieron conmigo, y entramos en la casa del hombre. Él nos contó que había visto un ángel que se le había aparecido en su casa, que le había dicho: «Manda mensajeros a Jope que te traigan a un tal Simón al que llaman Pedro. Él te dirá cómo podéis salvaros tú y todos los de tu casa. > En cuanto empecé a hablar, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, como también había descendido sobre nosotros al principio. Yo me acordé de lo que nos había dicho el Señor: «Juan bautizaba con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.» Entonces, si Dios les dio, cuando creyeron en el Señor Jesucristo, el mismo Don que nos había dado a nosotros cuando creímos, ¿quién era yo para ponerle cortapisas a Dios? ¿Iba yo a enmendarle la plana a Él?

Cuando oyeron el informe de Pedro, olvidaron inmediatamente sus objeciones y se pusieron a alabar a Dios y a decir:

- ¡Conque Dios les ha concedido también a los gentiles que se arrepientan para recibir la Vida eterna!

La falta por la que llamaron a capítulo a Pedro era que había comido con gentiles (versículo 3). Había violado la ley ancestral y las tradiciones de su pueblo. La defensa de Pedro no fue una discusión, sino una simple exposición de los hechos. Dijeran lo que dijeran sus críticos, el Espíritu Santo había descendido sobre esos gentiles de una manera indiscutible. En el versículo 12 hay un detalle significativo: Pedro dice que llevó a seis hermanos consigo. Es decir, que eran siete en total. Según la ley de

Egipto, que los judíos conocían muy bien, siete testigos formaban el quórum para tomar ciertos acuerdos. En la ley romana, que también conocerían bien, hacían falta siete sellos para autenticar un documento verdaderamente importante. Así es que Pedro estaba diciendo realmente: «No voy a discutir con vosotros. Os estoy dando los hechos, y aquí estamos siete testigos. El caso está probado.»

La prueba del Evangelio siempre se da con hechos. Es dudoso que nadie se haya convertido al Cristianismo después de escuchar pruebas verbales o demostraciones lógicas. La demostración del Evangelio es que funciona, que cambia a las personas, que hace buenos a los malos y que comunica el Espíritu de Dios. Cuando las obras desmienten a las palabras, no se puede creer; pero, cuando las palabras están garantizadas por las obras, no hay argumento en el mundo que las pueda desmentir.

MARAVILLAS EN ANTIOQUÍA

Hechos 11:19-21

Los cristianos que se habían dispersado de resultas de las dificultades que surgieron con lo de Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía; pero no les hablaban del Evangelio nada más que a los judíos. Pero iban entre ellos unos que procedían de Chipre y de Cirene que, cuando llegaron a Antioquía, también hablaron con los griegos y les dieron la Buena Noticia del Señor Jesús. El Señor estaba de su parte, y un número considerable creyó y se convirtió al Señor.

En un estilo comprimido, este pasaje nos cuenta uno de los más grandes acontecimientos de la Historia. Ahora sí, por primera vez y a sabiendas, se predica el Evangelio a los gentiles. Todo ha ido conduciendo a este acontecimiento. Ha habido tres peldaños en la escalera. El primero, Felipe predicando a los samaritanos; pero, después de todo, los samaritanos eran medio judíos y formaban, como si dijéramos, un puente entre los judíos y el resto del mundo. El segundo, Pedro recibiendo a Cornelio; pero había sido Cornelio el que había tomado la iniciativa. No había sido la Iglesia Cristiana la que había buscado a Cornelio, sino al revés. Además, se hace hincapié en que Cornelio era temeroso de Dios y, por tanto, estaba al borde de la fe de Israel. El tercero, la Iglesia no fue en Antioquía a judíos o medio judíos, ni esperó a que los gentiles se le acercaran buscando ser admitidos, sino que les predicó el Evangelio a los gentiles. La Iglesia aquí se lanza en su misión universal.

Aquí tenemos algo verdaderamente sorprendente. La Iglesia ha dado el paso más trascendental, y no sabemos ni los nombres de los que lo hicieron; sólo que eran de Chipre y de Cirene. Han pasado a la Historia como anónimos pioneros de Cristo. Siempre ha sido una de las tragedias de la Iglesia que ha habido en ella quienes querían que se los tuvieran en cuenta y se los nombrara cuando hacían algo que merecía la pena. Lo que siempre ha necesitado la Iglesia, tal vez lo que más, son personas que no tienen interés en que se les reconozca con tal de que se haga el trabajo. Puede que los nombres de esos pioneros cristianos no figuren en los libros de historia; pero están en el Libro de la Vida del Cordero.

Otro detalle interesante es que en este pasaje empieza una sección del *Libro de los Hechos* en la que Antioquía ocupa el centro de la escena. Antioquía era la tercera ciudad del mundo, sólo detrás de Roma y Alejandría. Estaba cerca de la desembocadura del río Orontes, a veinticinco kilómetros del mar Mediterráneo. Era una ciudad preciosa y cosmopolita; pero era también proverbial su inmoralidad. Era famosa por sus carreras de carros, y por cierta búsqueda deliberada del placer que ocupaba días y noches; pero por lo que era más famosa era por el culto de Dafne, cuyo templo estaba retirado ocho kilómetros entre bosquecillos de laurel. Según la leyenda, Dafne había sido una joven de la que se había enamorado Apolo, que la había perseguido hasta que ella, para su seguridad, se transformó en un laurel. Las sacerdotisas del templo de Dafne eran prostitutas sagradas, y por las noches representaban la persecución de los adoradores y las sacerdotisas. «La moralidad de Dafne» era una frase que se usaba en todo el mundo para referirse a la vida desenfadada. Parece increíble, pero es verdad que fue en esta ciudad donde el Evangelio dio el gran paso hacia adelante que lo convirtió en una fe universal. Si lo recordamos, reconoceremos que no hay situación desesperada para Dios.

LA SABIDURÍA DE BERNABÉ

Hechos 11:22-26

Lo que estaba sucediendo en Antioquía llegó a oídos de la congregación que estaba en Jerusalén, y comisionaron a Bernabé para que fuera a Antioquía. Cuando llegó y vio la evidencia de la gracia de Dios en acción, se alegró mucho, y exhortó a todos a que siguieran fieles al Señor sin vacilar. Y es que Bernabé era un hombre bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. El número de los seguidores del Señor se multiplicaba. Seguidamente, Bernabé se fue a Tarso a buscar a Saulo; y, cuando le encontró, se le trajo a Antioquía, donde pasaron los dos un año como huéspedes de aquella iglesia enseñando a toda aquella gente. Fue en Antioquía donde llamaron < cristianos > por primera vez a los seguidores de Cristo.

Cuando los responsables de la iglesia de Jerusalén tuvieron noticias de lo que estaba pasando en Antioquía, hicieron lo posible por investigar la situación.

Y fue inspiración de Dios que mandaran a Bernabé. Podían haber mandado a otro más rígido, y que no viera más allá de la ley judía tradicional; pero enviaron al que tenía el corazón más grande. Bernabé ya había introducido a Pablo y había salido su fiador cuando todos sospechaban de él (*Hechos 9:27*). Bernabé ya había dado pruebas de amor cristiano y de generosidad hacia los hermanos necesitados (*Hechos 4:36s*). Y ahora, cuando Bernabé vio que los gentiles entraban a participar de la comunión de la Iglesia, se alegró mucho. Pero se dio cuenta de que allí hacía falta alguien que estuviera a cargo de aquel trabajo, alguien que participara de las dos culturas, un judío educado en la tradición de Israel pero que pudiera entender a los gentiles igualmente. Se necesitaba un hombre valiente, porque Antioquía no era un lugar fácil para un líder cristiano; y tenía que ser hábil en la discusión para resistir los ataques de judíos y de gentiles.

Bernabé tenía el retrato robot del hombre que se necesitaba. No sabemos nada de Pablo en los nueve años anteriores aproximadamente. La última vez que se le mencionó fue cuando escapó a Tarso via Cesárea (*Hechos 9:30*). Sin duda había estado testificando de Cristo esos nueve años en su pueblo natal; pero ahora se le presentaba la tarea para la que había sido escogido, y Bernabé, con profunda sabiduría, le puso al frente.

Fue en Antioquía donde llamaron por primera vez *cristianos* a los seguidores de Jesús. El nombre empezó siendo un mote. Los de Antioquía eran famosos por su habilidad en poner motes. Más adelante, el barbado emperador Juliano vino a visitarlos, y le pusieron de mote «El Cabrón» -en la primera acepción. La terminación latina *-iani* quiere decir *pertenecientes al partido de*; por ejemplo, *Caesariani* quiere decir *los que pertenecen al partido del César*. Cristianos quiere decir *Los de Cristo*. Era un apodo despectivo; pero los cristianos se lo apropiaron y lo dieron a conocer en todo el mundo. Por sus vidas lo convirtieron, no en un nombre de burla, sino de respeto y hasta de admiración.

AYUDA EN LA NECESIDAD

Hechos 11:27-30

Por aquel tiempo bajaron profetas de Jerusalén a Antioquía. Uno de ellos, que se llamaba Agabo, se puso en pie y dio una profecía del Espíritu en la que anunciaba que habría una hambruna en todo el mundo habitado -cosa que sucedió realmente en tiempos del emperador Claudio. Los cristianos de Antioquía decidieron enviar una ayuda a la comunidad cristiana de Jerusalén, contribuyendo cada uno con lo que podía; y así lo hicieron, enviando la colecta a los ancianos por conducto de Bernabé y Saulo.

Aquí aparecen profetas en la escena. En la Iglesia Primitiva tenían una gran importancia. Se los vuelve a mencionar en *Hechos 13:1; 15:32; 21: 9s*. En la Iglesia Primitiva, hablando en general, había tres clases de líderes. (i) Estaban los *Apóstoles*. Su autoridad no se circunscribía a un lugar determinado, sino que se reconocía en toda la Iglesia; se los consideraba, en un sentido muy real, los sucesores de Jesús. (ii) Estaban los *Ancianos*. Eran los responsables locales, y su autoridad se confinaba a la iglesia local que los había escogido. (iii) Y estaban los *Profetas*.

Su ministerio se veía en el nombre. *Profeta* quiere decir, no solamente el que *vaticina* hechos futuros, sino el que *proclama* la Palabra de Dios. Es verdad que, a veces, anunciaban el futuro; pero, más generalmente, proclamaban la voluntad de Dios. No estaban circunscritos a un lugar o a una iglesia determinados, y eran respetados en toda la Iglesia. *La Doctrina de los Doce Apóstoles* es un documento cristiano del año 100 d.C. aproximadamente, que es en realidad el primer libro de orden eclesiástico. En él se establece, por ejemplo, el orden del culto de comunión; pero se dice a continuación que los profetas pueden hacer el culto como a ellos les parezca. Se sabía que tenían dones especiales, pero también había peligros. Se podía pretender ser profeta por motivos indignos; es decir, que había también falsos profetas, que no eran más que parásitos de la iglesia. La misma *Doctrina de los Doce Apóstoles* advierte contra el «profeta» que pretende usar la profecía para pedir dinero o una comida; establece que hay que darle hospitalidad al profeta por una noche, pero que si quiere quedarse más tiempo sin trabajar es un falso profeta. Podría ser conveniente seguir hoy en día muchos de estos consejos.

Este pasaje es muy significativo, porque nos descubre hasta qué punto ya se era consciente de la unidad de la Iglesia. Cuando había una hambruna en Palestina, el primer instinto de la Iglesia de Antioquía era ayudar. Era inconcebible que una parte de la Iglesia tuviera problemas, y otra parte de ella no hiciera nada para ayudar. Estaban lejos de la idea congregacionalista más estrecha; tenían esa amplitud de visión que les permitía ver la Iglesia en su conjunto.

ENCARCELADO Y LIBERTADO

Hechos 12:1-11

Precisamente por aquel tiempo Herodes emprendió un ataque violento contra algunos miembros de la Iglesia. Decapitó a Santiago el hermano de Juan; y, cuando vio que a los judíos les había parecido bien aquella medida, arrestó también a Pedro. Esto fue en la fiesta de los Ázimos. Después de detener a Pedro le metió en la cárcel, y puso una guardia de cuatro escuadras, cada una de cuatro soldados, para vigilarle; porque tenía intención de hacerle un juicio público después de la fiesta de la Pascua.

De modo que Pedro estaba bien controlado en la cárcel; pero la Iglesia no cesaba de interceder por él a Dios. La noche antes de que Herodes le presentara al tribunal, Pedro estaba bien sujeto con dos cadenas, durmiendo entre dos soldados, y los guardias estaban apostados delante de la puerta vigilando la cárcel. Entonces se presentó un ángel del Señor, y todo el edificio se llenó de luz. El ángel le tocó a Pedro en el costado para despertarle, y le dijo:

- ¡Date prisa, levántate! y en ese momento se le cayeron las cadenas de las manos a Pedro; y el ángel añadió:- Ponte el cinturón y las sandalias y Pedro lo hizo;- échate el manto por encima y sígueme.

Pedro salió detrás del ángel; y no se daba cuenta de que lo que hacía el ángel estaba pasando de verdad, sino que creía que estaba viendo visiones. Pasaron la primera y la segunda guardia, y llegaron a la puerta de hierro por la que se salía a la ciudad, que se les abrió por sí sola. Salieron y recorrieron una calle; y luego el ángel desapareció. Entonces fue cuando Pedro volvió en sí, y dijo:

Ahora me doy cuenta sin la menor duda de que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de lo que Herodes me iba a hacer y de lo que el pueblo judío estaba esperando que sucediera.

Ahora se desencadena una nueva ola de persecución contra la Iglesia, especialmente contra los líderes, instigada por el rey Herodes. Vamos a ver brevemente las varias ramificaciones de la familia de Herodes, especialmente en relación con el Nuevo Testamento.

El primer Herodes que nos encontramos en el Nuevo Testamento es *Herodes el Grande*, que reinó entre alrededor del 41 a.C. y el 1 d.C. Es el que se nombra en *Mateo 2*, que reinaba cuando nació Jesús y recibió a los Magos de Oriente y asesinó a los niños de Belén. Herodes el Grande se casó diez veces. Los de su familia que aparecen en el Nuevo Testamento son los siguientes:

(i) *Herodes Felipe I*. Fue el primer marido de Herodías, la que fue responsable de la muerte de Juan el Bautista. Se le menciona, bajo el nombre de Felipe, en *Mateo 14:3; Marcos 6:17; Lucas 3:19*. No tenía ningún cargo oficial. Fue el padre de Salomé.

(ii) *Herodes Antipas*. Era el gobernador de Galilea y de Perea. Fue el segundo marido de Herodías, y consintió en la muerte de Juan el Bautista. Es también el Herodes al que Pilato envió a Jesús para que le juzgara (*Lucas 23:7ss*).

(iii) *Arquelao*. Era gobernador de Judea, Samaria e Idumea. Fue un pésimo gobernador y acabó depuesto- y desterrado. Se le menciona en *Mateo 2:22; y posiblemente Jesús aludió a él en la parábola de las Diez Minas (Lucas 19:11-27, especialmente 14)*.

(iv) *Herodes Felipe II*. Fue gobernador de Idumea y de Traconítida. Fue el fundador de Cesarea de Filipo, que recibió su nombre de él. En el Nuevo Testamento se le llama Felipe, y se le menciona en *Lucas 3:1*.

(v) Herodes el Grande tuvo otro hijo que se llamó Aristóbulo. Su madre fue Mariamne, una princesa que descendía de los grandes héroes macabeos. Le mandó matar su padre, pero tuvo un hijo que se llamó *Herodes Agripa*, que es este de *Hechos 12*.

(vi) Para completar la lista mencionaremos que Herodes Agripa fue el padre de: (a) *Agripa II*, ante quien Pablo fue examinado e hizo el famoso discurso de *Hechos 25 y 26*; (b) *Berenice*, que aparece con él en aquella ocasión, y (c) *Drusila*, que era la mujer de Félix, el gobernador que presidió el juicio de Pablo (*Hechos 24:24*).

En este boceto de la familia Herodes se ve que el Herodes Agripa de este capítulo era descendiente de los macabeos por parte de su madre Mariamne. Se había educado en Roma, pero cultivaba diligentemente el aprecio del pueblo judío mediante la observancia meticulosa de la Ley y todas las costumbres judías. Por estas razones era popular con la gente, y sin duda sería para mantener y aumentar esa popularidad con los judíos estrictos por lo que decidió atacar a la Iglesia Cristiana y a sus líderes. Hasta su conducta en el arresto de Pedro muestra su deseo de complacer a los judíos. La fiesta de la Pascua era el 14 de Nisán. Ese día y los seis siguientes no se podía usar levadura, por lo que la semana de Pascua se llamaba < de los Ázimos», o panes sin levadura. En ese tiempo no se podían llevar a cabo juicios o ejecuciones, razón por la cual Herodes decidió retrasar los de Pedro hasta la semana siguiente. La gran tragedia de esta ola de persecución era que no se debía a los principios de ningún hombre, por muy equivocados que fueran, sino sencillamente al deseo de ganarse el favor popular.

EL GOZO DE LA RESTAURACIÓN

Hechos 12:12-19

Cuando Pedro se dio cuenta de lo que había pasado con él, se dirigió a la casa de María, la madre de Juan al que también llamaban Marcos. Allí se habían reunido muchos hermanos para orar. Pedro llamó a la puerta de la calle, y

una criada que se llamaba Rode fue a ver quién era. Cuando reconoció la voz de Pedro, le dio tanta alegría que, en vez de abrir la puerta, echó a correr hacia dentro de la casa para dar la noticia de que Pedro estaba a la puerta. Unos le dijeron: «¡Tú estás loca!» Pero ella insistía en que era la verdad. «Será su fantasma» =dijeron otros. Pero Pedro seguía llamando a la puerta; y, cuando por fin le abrieron, todavía no se lo podían creer. Pedro les hizo una señal con la mano para que estuvieran callados, y les contó cómo le había sacado el Señor de la cárcel. «Llevalle la noticia a Santiago y a los otros miembros de la Iglesia» -les dijo; y salió de allí, y se fue a otro lugar.

Cuando se hizo de día, los soldados estaban consternados, porque no tenían ni la más ligera idea de lo que había pasado con Pedro. Herodes dio orden de busca y captura de Pedro, pero no se le encontró por ninguna parte. Luego interrogó a los guardas y los mandó ejecutar. Después Herodes se marchó de Judea y bajó a Cesarea, donde se quedó algún tiempo.

Se habían tomado las mayores precauciones para evitar que Pedro se escapara. Montaban la guardia cuatro escuadras de cuatro soldados cada una; eran cuatro las escuadras porque se dividían el día y la noche en cuatro vigiliás de tres horas cada una. Lo normal era encadenar la mano derecha del preso a la izquierda de un soldado; pero Pedro estaba encadenado por las dos manos a dos guardias, uno a cada lado, mientras que los otros dos de la escuadra montaban la guardia a la puerta. No se podían tomar más precauciones. Cuando se comprobó que Pedro había escapado, los soldados fueron ejecutados; porque esa era la ley: que si un criminal escapaba, la guardia sufría la condena que hubiera merecido el reo.

Se ha dicho a veces que a lo mejor no fue un milagro sobrenatural. Tal vez se tratara de una emocionante operación de rescate. Ya vimos la posibilidad de que no fuera un ángel, sino *otro mensajero* del Señor, en el capítulo 5, versículos 17 y siguientes; en ese caso, aún más milagrosa sería esta liberación, para impedir la cual se habían tomado tales precauciones; no cabe duda de que la mano del Señor intervino definitivamente en ella.

Cuando Pedro se encontró en la calle, se fue derecho a la casa de María, la madre de Juan Marcos, que aquí se nos presenta como el cuartel general de la Iglesia Cristiana. Es muy probable que fuera en esta casa donde se celebró la última Cena, y que luego fue el lugar de reunión de los cristianos de Jerusalén. Fijémonos en lo que se estaba haciendo allí: se estaba orando. Cuando tenían problemas, se los presentaban a Dios.

En este pasaje se menciona al que era el verdadero líder de la Iglesia Cristiana en Jerusalén: Pedro les dice que le lleven la noticia a Santiago -la versión Reina-Valera le llama Jacobo-. Era el hermano del Señor -no el de Juan, del que se nos dice en este mismo capítulo que fue el primer mártir de los apóstoles (versículo 2)-. Hay un cierto misterio en cuanto a este Santiago. En Oriente habría sido lo más natural el que el siguiente hermano hubiera asumido el puesto de su hermano muerto; pero en los evangelios se nos dice que los hermanos de Jesús no creían en Él (*Juan 7:5*), y hasta que, por lo menos en cierta ocasión, pensaban que estaba loco (*Marcos 3:21*). Durante el ministerio público de Jesús, Santiago no estaba de su parte. Pero se nos dice que el Cristo Resucitado se apareció especialmente a Santiago (*1 Corintios 15:7*). El evangelio apócrifo de los Hebreos cuenta que, después de la muerte de Jesús, Santiago hizo el voto de que no comería ni bebería hasta que hubiera visto a Jesús; y Jesús se le apareció. Es bien probable que lo que no hizo la vida de Jesús lo hizo su muerte; y que, cuando Santiago vio morir a su hermano, descubrió por fin Quién era, y dedicó su vida a servirle. El cambio de Santiago puede muy bien ser otro gran ejemplo del poder de la Cruz para cambiar la vida de los hombres.

UN TERRIBLE FINAL

Hechos 12:20-25

Herodes estaba furioso con los habitantes de Tiro y de Sidón. Pero ellos acudieron a él de consuno y, una vez que se ganaron el apoyo de Blastos, que era el chambelán del rey, solicitaron la paz, porque su país dependía del rey para su provisión de alimentos. En el día señalado, apareció Herodes con su atuendo real, y se sentó en la tribuna y les echó un discurso. La gente le aclamaba a gritos diciendo:

- ¡Habla como un dios, no como un hombre!

Pero allí mismo y en aquel momento le hirió un ángel del Señor por apropiarse la gloria que sólo a Dios es debida, y murió comido de gusanos. A todo esto, el Evangelio crecía en extensión y en influencia. Y en cuanto a Bernabé y Saulo, una vez cumplida su comisión, volvieron de Jerusalén, trayéndose consigo a Juan, también llamado Marcos.

Había por entonces ciertas desavenencias entre Herodes y los habitantes de Tiro y de Sidón, cosa que revestía inconvenientes para estos últimos. Su país estaba al Norte de Palestina, y Herodes les podía poner las cosas difíciles en dos sentidos. Si desviaba de sus puertos todo el comercio de Palestina, perderían buena parte de sus ingresos. Y, peor aún: Tiro y Sidón dependían de Palestina para su provisión de alimentos y, si se les cortaba la provisión, se verían en una situación bien grave. Así es que, en primer lugar, consiguieron ganarse a Blastos, el chambelán del rey, y luego se hicieron los preparativos para una audiencia pública.

Josefo, el historiador judío de esta época, describe que el segundo día del festival Herodes entró en el teatro ataviado con un atuendo hecho de paño de plata que relucía al sol, y la gente se puso a gritar que había venido un dios a visitarlos. Inmediatamente se le presentó una enfermedad repentina y terrible de la que no se recuperó.

Los versículos 24 y 25 nos devuelven a *Hechos 11:27-30*. Pablo y Bernabé habían cumplido su misión bienhechora con la Iglesia de Jerusalén, y se volvieron a Antioquía llevándose consigo a Juan Marcos.

EL PRIMER VIAJE MISIONERO

Los capítulos 13 y 14 de *Hechos* nos cuentan el primer viaje misionero que Pablo y Bernabé iniciaron desde Antioquía. Esta ciudad estaba a 25 kilómetros de la costa del Mediterráneo remontando el río Orontes, así es que realmente se embarcaron en Seleucia, que era el puerto de Antioquía. De allí cruzaron a Chipre, donde predicaron en Salamina y en Pafos. De Pafos navegaron a Perge de Panfilia. Esta era una provincia costera, y no predicaron en aquel lugar porque Pablo no se encontraba bien. Penetraron tierra adentro, y llegaron a Antioquía de Pisidia. Cuando las cosas se pusieron demasiado peligrosas allí, recorrieron los 150 kilómetros que los separaban de Iconio. De nuevo se encontraron en peligro, y pasaron a Listra, a 35 kilómetros. Después de sufrir un ataque serio y peligroso, pasaron a Derbe, que es un lugar que no se ha identificado con certeza. De Derbe iniciaron el regreso, pasando otra vez por Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Después de predicar esta vez en Perge de Panfilia, se embarcaron en Atalia, que era el puerto principal de Panfilia, y navegaron a Seleucia y Antioquía. Todo el viaje duró unos tres años.

ENVIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO

Hechos 13:1-3

En la iglesia local de Antioquía había un grupo de profetas y maestros que estaba formado por Bernabé, Simón el Negro, Lucio el Cireneo, Manahén -que se había criado con el tetrarca Herodes- y Saulo. Cuando éstos estaban dando culto al Señor y ayunando, el Espíritu Santo les dijo:

-¡Venga! Consagradme a Bernabé y a Saulo para que cumplan su vocación en la tarea especial que les tengo asignada.

Después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron.

La Iglesia Cristiana ya estaba posicionada para tomar la salida. Los cristianos habían decidido, bien a sabiendas, llevar el Evangelio a todo el mundo. Habían tomado esa decisión bajo la dirección del Espíritu Santo. Los miembros de la Iglesia Primitiva no hacían nunca lo que les parecía, sino lo que Dios quería que hicieran.

Los *profetas y los maestros* tenían funciones diferentes. Los profetas eran predicadores ambulantes que habían dedicado sus vidas a escuchar a Dios para comunicárselo a los demás. Los maestros eran los que estaban encargados de instruir a los convertidos en las iglesias locales.

Se ha hecho notar que esta lista de profetas y maestros ya es simbólica de la misión universal del Evangelio. Bernabé era judío, de Chipre; Lucio procedía de Cirene, en el Norte de África; Simeón también era judío, pero el hecho de que le llamaran Níger en la forma latina -como viene en la versión Reina-Valera- indica que viviría probablemente en círculos romanos; Manahén tenía contactos aristocráticos, y Saulo mismo era judío, natural de Tarso de Cilicia y con la carrera de rabino. En esta breve lista aparece la influencia unificadora del Evangelio. Hombres de muchas tierras y culturas habían descubierto el secreto de la unidad porque habían descubierto el secreto de Cristo.

Se ha sugerido una interesante especulación. Simeón probablemente procedía de África, como se ve por su apodo. Se ha sugerido que es el Simón Cireneo que llevó la cruz de Jesús (*Lucas 23:26*). Sería maravilloso que el hombre cuyo primer contacto con Jesús fue llevar su cruz -una tarea que tuvo que cumplir a la fuerza- fue uno de los responsables en el momento de mandar el mensaje de la Cruz por todo el mundo.

ÉXITO EN CHIPRE

Hechos 13:4-12

Cuando el Espíritu les dio la orden de ponerse en marcha, bajaron al puerto de Seleucia, desde donde se embarcaron para Chipre. En cuanto llegaron a Salamina, se pusieron a anunciar la Palabra de Dios en las sinagogas judías. Tenían a Juan de ayudante. Se recorrieron toda la isla hasta llegara Pafos, y allí se encontraron con un tal Bar-Jesús, mago judío que se las daba de profeta, que tenía contacto con el procónsul Sergio Paulo, que era un hombre inteligente. El procónsul invitó a Bernabé y Saulo a visitarle, porque tenía interés en la Palabra de Dios; pero Elimas «el hechicero»

-que es lo que quiere decir su nombre- hizo todo lo posible por impedirles la entrada para evitar que el procónsul se convirtiera. Entonces Saulo -a quien desde ahora llamaremos Pablo-, lleno del Espíritu Santo, se le quedó mirando fijamente y le dijo:

-¡Asqueroso farsante, engendro de Satanás y enemigo de todo lo bueno! ¿Es que no vas a dejar de enredar los buenos caminos que conducen a Dios? Ahora mismo, ¡fíjate!, el Señor te da una bofetada, y te vas a quedar ciego e incapaz de ver ni la luz del Sol por algún tiempo.

E inmediatamente cayó sobre él la más densa oscuridad, e iba a tientas buscando alguien que le llevara de la mano. Y cuando el procónsul vio lo que había sucedido, se quedó maravillado de la doctrina del Señor y se convirtió al Evangelio.

El primer lugar al que fueron Pablo y Bernabé fue Chipre. De allí era Bernabé (*Hechos 4:36*), y era característico de su noble corazón el querer compartir los tesoros de Jesús en primer lugar con sus paisanos.

Chipre era una provincia romana famosa por sus minas de cobre y sus astilleros. A veces le daban el nombre de Makaria, que quiere decir La Isla de la Felicidad, porque se decía que tenía un clima tan perfecto y recursos tan variados que uno podía encontrar allí todo lo necesario para una vida feliz. Pablo nunca escogió el camino más fácil. Bernabé y él predicaron en la capital, Pafos, famosa por el culto de Venus, la diosa del amor.

El gobernador de Chipre era Sergio Paulo. Aquellos eran tiempos sumamente supersticiosos, y casi todos los poderosos, hasta uno tan inteligente como Sergio Paulo, tenían sus magos, adivinos y exorcistas privados. Bar-Jesús, o Elimas -una palabra árabe que quiere decir *el habilidoso*-, vio que si el gobernador se hacía cristiano se le habían acabado los privilegios. Pablo le trató con eficacia.

Desde este episodio a Saulo se le llama Pablo. En aquel tiempo casi todos los judíos tenían dos nombres; uno era el nombre hebreo, que usaban en su círculo privado y familiar, y el otro era un nombre griego, por el que se les conocía en un ambiente más amplio. A veces el nombre griego era la traducción del hebreo; por ejemplo, Cefas es la palabra hebrea y Petros -Pedro- la griega para *pedra*; Tomás en hebreo y Didymos en griego quieren decir *mellizo*. A veces los dos nombres sonaban parecidos, como Eliakim en hebreo y Alcimos en griego, o Yeshúa y Jesús -Jesús.

Por eso Saulo -Saúl, el primer rey de Israel, de la tribu de Benjamín- también se llamaba Paulos -Pablo. Curiosamente es a partir de la conversión de Sergio Paulo -el mismo nombre que Pablo- cuando se le deja de llamar Saulo en *Hechos*. Se ha sugerido que el cambio de nombre podría tener que ver con este episodio. Tal vez fue entonces cuando asumió tan completamente su misión como «Apóstol de los gentiles» que decidió usar solamente su nombre gentil. Si fue así, esta fue la señal de haberse lanzado desde este momento a cumplir la misión que le había asignado el Espíritu Santo sin mirar atrás.

EL DESERTOR

Hechos 13:13

Pablo y sus amigos se embarcaron en Pafos y llegaron a Perge de Panfilia. Allí Juan los abandonó y se volvió a Jerusalén.

Aunque no se le menciona, en este versículo se le hace a Bernabé el más grande de los elogios. Hasta este momento siempre se le ha nombrado en primer lugar: Bernabé y Pablo (*Hechos 11:30; 12:25; 13:2, 7*). Bernabé empezó siendo el líder de la expedición; pero desde este momento casi siempre se invertirá el orden: Pablo y Bernabé (*13:43, 46, 50*), lo que quiere decir que Pablo es ahora el líder, a lo que Bernabé no opuso resistencia. Estaba dispuesto a ocupar un segundo puesto siempre que se hiciera la obra del Señor.

El interés de este versículo es que indica un fallo en la biografía de Juan Marcos -pues el Juan que se menciona aquí es el que conocemos mejor por su otro nombre, Marcos-, el desertor que se rehabilitó.

Marcos era muy joven. La casa de su madre parece que era el centro de la Iglesia en Jerusalén (*Hechos 12:12*), así es que él debe de haber estado muy cerca del centro de la fe. Pablo y Bernabé se le llevaron de ayudante porque era pariente de Bernabé; pero Marcos los dejó y se volvió a casa. Nunca sabremos por qué. Tal vez se molestó de que Bernabé dejara de ser el líder; o quizá le diera miedo el viaje propuesto a la meseta donde estaba Antioquía de Pisidia, que era uno de los más duros y peligrosos del mundo antiguo; o tal vez, como venía de Jerusalén, tenía sus dudas acerca de la evangelización de los gentiles; o puede ser que, en esa etapa de su vida, fuera uno de los muchos a los que se les da mejor empezar que acabar empresas; o quizá -como dijo Crisóstomo hace mucho- el mozo echaba de menos a su madre. El caso es que se volvió atrás.

Por algún tiempo a Pablo le resultó difícil olvidar aquella defección. Cuando estaban para iniciar su segundo viaje misionero, Bernabé quería llevar a Marcos otra vez, pero Pablo se negó a admitir al que ya se les había rajado en una ocasión (*Hechos 15:38*), y él y Bernabé dejaron de formar equipo juntos definitivamente por esta causa. En este momento Marcos desaparece de la escena, aunque según la tradición fue a Alejandría en Egipto y fundó allí la iglesia. Cuando vuelve a aparecer

en escena veinte años después aparece como uno que se rehabilitó. Pablo, escribiendo a los colosenses desde la prisión romana, les dice que le den la bienvenida a Marcos si va por allí. Y cuando le escribe a Timoteo, dice: < Toma a Marcos y tráetele, porque me puede ser de gran ayuda» (2 Timoteo 4:11). Como lo expresó Fosdick, < nadie tiene que seguir siempre igual». Por la gracia de Dios, el que una vez resultó un desertor llegó a ser el autor de un evangelio y el hombre que Pablo quería tener a su lado al final de su vida.

UN VIAJE AZAROSO PARA UN HOMBRE ENFERMO

Hechos 13:14s

Pablo y Bernabé atravesaron aquella región desde Perge hasta Antioquía de Pisidia. Una vez allí fueron el sábado a la sinagoga y tomaron asiento; y después de las lecturas de la Ley y de los Profetas, los responsables de la sinagoga les mandaron recado:

-Hermanos, si tenéis algún mensaje de exhortación para la congregación, podéis hablar.

Uno de los detalles sorprendentes de *Hechos* es el heroísmo que se despacha en una sola frase. Antioquía de Pisidia estaba situada en una meseta a más de mil metros sobre el nivel del mar. Para llegar allí, Pablo y Bernabé tuvieron que cruzar la cordillera de Tauro siguiendo una de las carreteras más difíciles de Asia Menor, que además estaba infestada de bandoleros.

Pero tendríamos que preguntar: ¿Por qué no predicaron en Panfilia? ¿Por qué dejaron la costa sin anunciar el Evangelio y tomaron aquel camino tan difícil y peligroso? No mucho después, Pablo escribió una carta a los de Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, que es la que llamamos *Gálatas*, porque esas ciudades estaban en la provincia romana de Galacia. En esa carta les dice: «Ya sabéis que la causa de que os predicara el Evangelio en primer lugar fue una incapacidad física» (*Gálatas* 4:13). Así es que, cuando llegó a Galacia, Pablo estaba enfermo. Tenía un aguijón en el cuerpo que no le dejaba a pesar de haberlo pedido mucho en oración (2 Corintios 12:7s). Se han hecho muchas conjeturas acerca de lo que sería ese aguijón -*estaca* sería tal vez una palabra más adecuada. La tradición más antigua es que Pablo sufría de jaquecas terribles; y la explicación más probable es que padecía las fiebres de malaria vírica que acechaba por toda la franja costera de Asia Menor. Un viajero dice que la jaqueca que caracteriza la malaria es como si le atravesaran a uno la frente con un hierro candente; y otro la compara con una barrena que le pasara a uno de sien a sien. Es muy probable que esta malaria atacara a Pablo en la baja Panfilia, y que tuviera que dirigirse a la meseta para intentar sacudírsela.

Fijémonos que no se le pasó por la cabeza el volver atrás. Aun cuando tenía el cuerpo agobiado de dolores Pablo nunca dejaba de proseguir adelante como valiente aventurero de Cristo.

LA PREDICACIÓN DE PABLO

Hechos 13:16-41

Pablo entonces se levantó, hizo una señal con la mano para que le prestaran atención y dijo:

-Israelitas, y todos los que no sois judíos pero honráis a Dios, escuchadme: El Dios del Pueblo de Israel eligió a nuestros antepasados. Cuando vivían como forasteros en Egipto, hizo que llegaran a ser un gran pueblo. Hizo gala de su gran poder al guiarlos para que salieran de Egipto, y los sostuvo en el desierto cuarenta años; destruyó a siete naciones en el país de Canaán, y le dio en herencia su tierra a Israel durante cuatrocientos cincuenta años. Más adelante les dio jueces hasta el tiempo del profeta Samuel. Entonces pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, que reinó cuarenta años. Luego Dios le depuso, y puso como rey a David, al que avaló diciendo: «He descubierto que David hijo de Jesé es un hombre que me agrada, y que cumplirá toda mi voluntad.» De la descendencia de David, como Dios había prometido, ha puesto a Jesús como Salvador de Israel. Antes de que Jesús se manifestara, Juan estuvo predicando a todo el pueblo de Israel que se bautizara en señal de arrepentimiento. Cuando Juan estaba ya al final de su carrera, dijo: «¿Quién os figuráis que soy yo? Yo no soy el Mesías. Pero hay Uno que viene después de mí al Que yo no merezco ni desatarle las sandalias.» Hermanos porque me estoy dirigiendo tanto a los que sois descendientes directos de Abraham como a los que, aunque no sois judíos, participáis del culto que le damos a Dios-: ¡Es a nosotros a los que se dirige este mensaje de Salvación! Los habitantes de Jerusalén y sus responsables no reconocieron a Jesús como el cumplimiento de todo lo que habían anunciado los profetas, aunque sus libros se leen todos los sábados; pero, al condenarle a muerte, cumplieron las profecías. Aunque no pudieron acusarle de nada que mereciera la pena de muerte, le pidieron a Pilato que Le hiciera ajusticiar. Cuando acabaron de hacerle todo lo que las Escrituras habían dicho que se Le haría, bajaron su cadáver de la cruz y lo colocaron en una tumba. ¡Pero Dios Le devolvió otra vez a la vida! Durante un periodo considerable de tiempo se estuvo apareciendo a los que habían subido con Él de Galilea a Jerusalén, que pueden dar testimonio de primera mano al pueblo de que las cosas sucedieron así. Nosotros os traemos la

Buena Noticia de que Dios ha hecho realidad lo que les promedió a nuestros antepasados en nosotros sus descendientes al devolver la vida a Jesús como está escrito en el Salmo segundo: «Tú eres mi Hijo, hoy te he dado la vida. » Y en cuanto a que le devolvió otra vez a la vida para no volver ya nunca más a la corrupción de la muerte, esto es lo que dice: < Os daré las santas y seguras bendiciones de David. » Y por esto mismo dice en otro lugar: «No dejarás que tu Santo experimente la corrupción de la muerte. » David cumplió la voluntad de Dios en su tiempo y generación, y cayó en el sueño de la muerte y fue a reunirse con sus antepasados; así es que si experimentó la corrupción de la muerte. El Que no la experimentará jamás es el Que Dios devolvió a la vida. Tened por cierto, hermanos, que se os ofrece el perdón de vuestros pecados gracias a este Hombre, y que todos los que ponen en Él su confianza alcanzan la amnistía que no se podía conseguir por medio de la Ley. Tened mucho cuidado para que no os suceda lo que dijo el profeta: « ¡Fijaos bien, burlones, y esfumaos de puro asombro! Porque voy a hacer en vuestros días algo que no os vais a poder creer cuando os lo cuenten. »

Este es un pasaje sumamente importante porque es la única reseña completa que tenemos de un sermón del apóstol Pablo. Cuando lo comparamos detenidamente con el sermón de Pedro en *Hechos 2*, vemos que los principales elementos son exactamente los mismos:

(i) Pablo insiste en que la venida de Jesús es la consumación de la Historia. Hace un resumen de la historia de Israel para demostrar que culmina en Cristo. Los estoicos creían que la Historia no hace más que repetirse. Un veredicto cínico moderno dice que la Historia no es más que la sucesión de los pecados y errores de la Humanidad. Pero el punto de vista cristiano es optimista: estamos seguros de que la Historia siempre avanza hacia una culminación según el propósito de Dios.

(ii) Pablo señala el hecho de que los hombres no reconocieron la manifestación de Dios en Jesucristo. Browning decía: «No tenemos más remedio que amar lo sublime cuando lo vemos.» Pero una persona, a fuerza de seguir su propio camino y rechazar el de Dios, puede acabar aquejada de una ceguera tal que ya es incapaz de ver nada. El mal uso del libre albedrío conduce, no a la libertad, sino a la ruina total.

(iii) Aunque los hombres, en su ciega locura, rechazaron y crucificaron a Jesús, Dios no podía ser derrotado, y la Resurrección es la prueba de que el poder y el propósito de Dios son invencibles. Se cuenta que una vez en una noche de tempestad impresionante, un niño asustado le dijo a su padre: «Dios tiene que haber perdido el control de sus vientos esta noche.» La Resurrección es la prueba de que Dios nunca pierde el control.

(iv) Pablo pasa a usar un argumento típicamente judío: La Resurrección es el cumplimiento de la profecía, porque a David se le hicieron promesas que está claro que no se cumplieron en su persona, y sí en Cristo. Una vez más vemos que la Historia no se mueve ni circularmente ni a la ventura; sino que el propósito de Dios se cumple.

(v) La venida de Cristo es la Buena Noticia para cierta clase de personas. Antes habían intentado vivir de acuerdo con la Ley, pero no hay nadie que pueda cumplir la Ley de una manera perfecta, y por tanto siempre eran conscientes de su fracaso y culpa; pero ahora pueden encontrar en Jesucristo el poder perdonador que los libera de la condenación que merecían y restablece la verdadera relación con Dios.

(vi) Pero lo que se pretende que sea una buena noticia puede ser mala para otra clase de personas. Y es que, sencillamente, hace peor la condenación de los que la han oído y han rechazado la invitación a creer en Jesucristo. El que nunca ha tenido la oportunidad, tiene disculpa; pero no el que ha visto la gloria del ofrecimiento de Dios y lo ha rechazado.

PROBLEMAS EN ANTIOQUÍA

Hechos 13:42-52

Al salir de la sinagoga, la congregación les pidió por favor que volvieran a hablarles de estas cosas otra vez el sábado siguiente. Y cuando se despidió la congregación, muchos de los judíos y también de los gentiles que se habían convertido a la fe de Israel y que tomaban parte en el culto con los judíos, acompañaron a Pablo y Bernabé, que les siguieron hablando para convencerlos de que debían rendirse a la gracia de Dios.

AL siguiente sábado se reunió casi toda la población para escuchar el Mensaje del Señor. Los judíos estaban que ardían de celos cuando vieron el gentío, y se pusieron a llevarle la contraria a Pablo en todo, recurriendo a los insultos más que al razonamiento. Pablo y Bernabé no se andaron con remilgos, y les dijeron:

-Nosotros hemos cumplido con nuestro deber al daros a vosotros la oportunidad de escuchar el Mensaje de Dios en primer lugar; pero, como lo habéis rechazado y por tanto os condenáis a vosotros mismos como indignos de recibir la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. Esto es lo que Dios ha dicho que hagamos:

«Yo Te he hecho Luz de los gentiles para que por medio de Ti llegue la Salvación hasta los últimos confines de la Tierra.»

Cuando oyeron esto los gentiles se llenaron de alegría y se pusieron a alabar a Dios por el Mensaje que les había enviado, y se convirtieron todos los que estaban dispuestos para la vida eterna. Y el Mensaje del Señor se extendió por toda la región. Pero los judíos ejercieron su influencia en algunas mujeres piadosas y aristocráticas y en las fuerzas vivas de la ciudad, y provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé, consiguiendo que los echaran del distrito. Ellos se sacudieron el polvo del calzado para hacerles ver que los consideraban impíos paganos, y se marcharon a Iconio. Los discípulos estaban henchidos del gozo del Espíritu Santo.

Antioquía de Pisidia se inflamaba con facilidad. Era una población muy diversa. La habían fundado los sucesores de Alejandro Magno hacia el año 300 a.C. Los judíos solían darse prisa en acudir a las nuevas ciudades para copar los primeros puestos. Como Antioquía estaba en un nudo de comunicaciones, llegó a ser colonia romana en el año 6 a.C. Formaban la población griegos, judíos, romanos y no pocos de los nativos frigios, que eran muy emotivos e inestables. Era la clase de población en la que cualquier chispa podía provocar una conflagración.

La única cosa que sacaba de quicio a los judíos era la posibilidad de que alguno de los privilegios del pueblo de Dios fuera a parar a los gentiles incircuncisos; así es que se movilizaron. En aquellos tiempos la religión judía ejercía una considerable atracción entre las mujeres, y nada era más libre que la moralidad sexual. La vida familiar se estaba desintegrando, y las víctimas eran las mujeres. La religión judía predicaba una pureza moral y una vida limpia. En torno a la sinagoga se reunían muchas mujeres, con frecuencia de alta posición social, que encontraban en su enseñanza precisamente lo que estaban buscando. Muchas de estas mujeres se hicieron prosélitas, y aún más *temerosas de Dios*. Los judíos las convencieron para que incitaran a sus maridos, que eran en muchos casos hombres de posición, para que tomaran medidas contra los predicadores cristianos, y el resultado inevitable fue la persecución. Antioquía se llenó de peligros para Pablo y Bernabé, que tuvieron que marcharse.

Los judíos estaban empeñados en mantener sus privilegios para ellos solos. Sin embargo los cristianos consideraban que tenían que compartir sus privilegios. Como se ha dicho: «Los judíos veían a los paganos como paja que se podía quemar, y Jesús los veía como una cosecha que había que recoger para Dios.» Y la Iglesia Cristiana debe tener esa misma visión de un mundo para Cristo.

PABLO Y BERNABÉ EN ICONIO

Hechos 14:1-7

En Iconio siguieron la misma táctica de ir en primer lugar a la sinagoga de los judíos, y hablaron con tanto efecto que se convirtieron gran número tanto de judíos como de griegos. Pero los judíos que se negaron a creer soliviantaron a los gentiles de tal manera que los pusieron en contra de la naciente comunidad cristiana. Pablo y Bernabé se quedaron allí bastante tiempo comunicando la Palabra de Dios con valentía y con absoluta confianza en el Señor, Que confirmaba el Mensaje de su gracia capacitándolos para realizar demostraciones maravillosas del poder de Dios en acción.

Los habitantes de la ciudad se habían dividido en dos bandos: unos estaban de parte de los judíos, y otros, de los apóstoles. Pero cuando éstos se dieron cuenta de que los judíos se habían puesto de acuerdo con los gentiles y con los gobernadores para lanzarse contra ellos y apedrearlos, escaparon a las ciudades de Listra y Derbe, en Licaonia, y el distrito de alrededor, y siguieron anunciando la Buena Noticia por allí.

Pablo y Bemabé se fueron a Iconio, a unos 150 kilómetros de Antioquía. Era una ciudad tan antigua que pretendía ser anterior a Damasco. En el remoto pasado había tenido un rey que se llamaba Nanaco, y se solía decir la frase «desde los días de Nanaco» con el sentido de «desde tiempo inmemorial.»

Como era su costumbre, los apóstoles empezaron por la sinagoga y, como en otros casos, tuvieron éxito; pero los judíos celosos soliviantaron a la gente, y de nuevo Pablo y Bemabé tuvieron que irse a otro sitio.

Tenemos que darnos cuenta de que estaban arriesgando la vida cada vez más. Lo que les estaban preparando en Iconio era un linchamiento. Cuanto más lejos iban, más se alejaban de la civilización. En las ciudades más civilizadas estaban relativamente a salvo, porque Roma mantenía el orden; pero donde su influencia no se dejaba sentir tanto, Pablo y Bemabé estaban en peligro de caer en las manos de la chusma soliviantada por los judíos. Los apóstoles eran valientes. Siempre requiere valor seguir a Cristo.

TOMADOS POR DIOSES EN LISTRA

Hechos 14:8-18

En Listra se encontraron con un hombre que estaba totalmente paralítico de las dos piernas de toda la vida. Este hombre estaba atento a lo que Pablo decía. Pablo se le quedó mirando fijamente, se dio cuenta de que tenía suficiente fe para curarse, y le dijo en tono de mando:

- ¡Levántate y ponte en pie derecho!

El hombre se puso en pie de un salto y echó a andar. Y cuando la gente se dio cuenta de lo que Pablo había hecho, se pusieron a dar voces en lengua licaónica:

- ¡Son dioses en forma humana que han venido a visitarnos!

A Bernabé le tomaron por Zeus, y a Pablo por Hermes, porque era el que daba los mensajes. El sacerdote del templo de Zeus que estaba en las afueras de la ciudad trajo toros con guirnaldas a las puertas dispuesto a ofrecerles sacrificios con toda la gente. Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo se dieron cuenta de lo que se estaba tramando, se rasgaron las vestiduras en señal de escándalo, y se lanzaron en medio del gentío gritando:

- ¡Pero qué es lo que vais a hacer! Nosotros no somos más que seres humanos exactamente lo mismo que vosotros, que os traemos la Buena Noticia que os invita a dejar esas cosas que no tienen ninguna realidad y os pongáis en contacto con el Dios vivo que ha hecho los cielos y la Tierra y el mar y todo lo que hay en ellos. En el pasado, Dios ha dejado que todas las naciones siguieran sus propios caminos, aunque Él no ha estado nunca sin testigos que les indicaran su existencia a los humanos, y os ha dado siempre muestras de su bondad en la lluvia, y en las estaciones que traen cada una de las cosechas que os proveen de alimento y de bienestar.

Hablándoles de esta manera apenas consiguieron que la gente no les ofreciera sacrificios como si fueran dioses.

Pablo y Bernabé se vieron involucrados en un extraño incidente en Listra. La razón por la que los tomaron por dioses está en la historia legendaria de Licaonia. La gente de alrededor de Listra contaba que una vez Zeus y Hermes habían venido a la Tierra disfrazados. Ninguno de los habitantes de todo el país les quiso dar hospitalidad, hasta que por fin dos campesinos, que se llamaban Filemón y su mujer Baucis, los recibieron en su casa. En consecuencia, toda la gente de aquella tierra fue exterminada por los dioses menos Filemón y Baucis, a los que hicieron guardianes de un espléndido templo y, cuando se murieron, los convirtieron en dos grandes árboles. Por eso, cuando Pablo sanó al cojo de nacimiento, los de Listra estaban decididos a no cometer otra vez su antiguo error. Bernabé debe de haber sido un hombre de aspecto noble, así es que le tomaron por Zeus, el rey de los dioses al que los romanos llamaban Júpiter. Hermes o Mercurio era el mensajero de los dioses; y como Pablo era el que hablaba, le tomaron por Hermes.

Este pasaje es especialmente interesante porque nos presenta la manera de hablar de Pablo a los que eran completamente paganos, sin el menor conocimiento de la fe de Israel al que pudiera referirse. Con personas así empezaba por la naturaleza para llegar al Dios que está detrás de todas las cosas. Empezaba por el aquí y ahora para llegar al allí y entonces. Haremos bien en recordar que el universo es el ropaje del Dios viviente. Se cuenta que una vez, navegando por el Mediterráneo, los del séquito de Napoleón estaban hablando de Dios, al que eliminaban totalmente. Napoleón había estado callado hasta entonces, pero en cierto momento levantó la mano y señaló al mar y al cielo y dijo: «Caballeros, ¿Quién hizo todo esto?»

EL VALOR DE PABLO

Hechos 14:19, 20

Un grupo de judíos llegó de Antioquía e Iconio, y soliviantaron a la gente hasta tal punto que apedrearon a Pablo y le arrastraron a las afueras de la ciudad, dándole por muerto. Pero los discípulos hicieron un corro alrededor de él, y se levantó y volvió a entrar en la ciudad. Al día siguiente salió con Bernabé para Derbe.

En medio de toda aquella enervación de las masas, unos judíos llegaron a Listra. Puede que se presentaran allí por una de dos razones: tal vez iban siguiendo a Pablo y Bernabé para deshacer su obra; o a lo mejor eran mercaderes de cereales. La región alrededor de Listra producía grandes cantidades, y tal vez aquellos judíos habían venido a comprar para llevarlo a Iconio y Antioquía. En cualquier caso, se sorprenderían y enfurecerían mucho al ver que Pablo seguía predicando, y tratarían de soliviantar a la gente en contra de él.

Listra era una colonia romana, y también una avanzadilla. Por eso, cuando la gente se dio cuenta de lo que había hecho tuvo miedo, y sacaron lo que pensaban que era ya el cadáver de Pablo fuera de la ciudad. Temían la reacción de la justicia romana, y trataron de evitar las consecuencias del disturbio.

La nota sobresaliente de este pasaje es el valor a toda prueba de Pablo. Cuando se recuperó -si no estaba muerto poco debía faltarle a juzgar por el comportamiento de la gente-, lo primero que hizo fue volver a entrar en la ciudad donde le habían apedreado. John Wesley aconsejaba: «A la multitud hay que mirarla a la cara.» No puede haber mayor valor que el de Pablo al volver a presentarse a los que habían querido matarle. Ese gesto haría más efecto que cien sermones. Aquellas personas no podrían evitar el preguntarse de dónde sacaba Pablo el valor para actuar así.

CONFIRMANDO LA IGLESIA

Hechos 14:21-28

Después de anunciar la Buena Noticia en Derbe, donde se convirtieron muchos, Pablo y Bernabé se volvieron a Listra e Iconio, y después a Antioquía. En todos los lugares fortalecían las almas de los creyentes y los animaban a seguir fieles en la fe. «Tenemos que estar dispuestos a pasar lo que sea -les decían- para entrar en el Reino de Dios.» Luego nombraron ancianos responsables en las congregaciones, y después de orar y ayunar los encomendaron al Señor en Quien habían creído. Pasaron por Pisidia y llegaron a Panfilia. Después de predicar el Evangelio en Perge llegaron a la costa en Atalia, donde tomaron un barco para volver a Antioquía, que era donde los habían encomendado a la gracia de Dios para el trabajo que hicieron. Cuando llegaron, convocaron a toda la congregación e informaron de todas las cosas maravillosas que Dios había hecho con ellos, y de cómo les había abierto las puertas de la fe a los gentiles. Y se quedaron mucho tiempo con los creyentes.

En este pasaje vemos tres cosas notables de Pablo:

(i) Vemos su absoluta honradez con los que habían decidido hacerse cristianos. Les dijo con toda franqueza que tendrían que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios. No les dio facilidades. Actuaba sobre la base de que Jesús < no había venido para hacer la vida fácil, sino para hacer grandes a los hombres. »

(ii) En el viaje de vuelta Pablo nombró ancianos responsables en todos los grupitos de nuevos cristianos. Así les mostró que estaba convencido de que el Evangelio hay que vivirlo en comunión. Como dijo uno de los hombres de Dios de la Iglesia Primitiva, < no se puede tener a Dios por Padre si no se tiene a la Iglesia por madre. » Y John Wesley decía: «Nadie puede ir al Cielo en solitario; tiene que encontrar amigos o hacérselos.» Desde el principio Pablo se proponía, no hacer cristianos individuales, sino incorporarlos en la comunión de la iglesia.

(iii) Pablo y Bernabé no pensaban que eran ellos los que habían hecho nada, sino Dios obrando con ellos. Se consideraban simplemente colaboradores de Dios. Después de la gran victoria de Agincourt, Enrique V de Inglaterra prohibió que se hicieran canciones de victoria y mandó que se diera a Dios toda la gloria. Para empezar a entender como es debido la obra del Señor tenemos que darnos cuenta de que no somos más que instrumentos, herramientas en las manos de Dios.

EL PROBLEMA CRUCIAL

La entrada de los gentiles en la Iglesia trajo un problema que había que resolver. El trasfondo mental de los judíos estaba basado en el hecho de pertenecer al pueblo escogido. De hecho, no sólo creían que los judíos eran propiedad particular de Dios, sino también que Dios era propiedad particular de los judíos. El problema que se planteaba era: Antes de que un gentil fuera admitido en la Iglesia Cristiana, ¿tenía que ser circuncidado y someterse a la Ley de Moisés? En otras palabras: ¿Tenía un gentil que hacerse judío para poder ser cristiano? ¿O podía ser admitido en la Iglesia como gentil?

Si se resolvía esa cuestión, todavía quedaba otra: Los judíos estrictos no podían tener ningún trato con los gentiles, ni hospedarlos ni ser sus huéspedes. En la medida de lo posible evitaban hasta tener una relación comercial con ellos. Entonces, si los gentiles eran admitidos en la Iglesia, ¿hasta qué punto podían los judíos y los gentiles participar juntos en la vida social ordinaria de la Iglesia?

Estos eran los problemas que había que resolver, y la solución no era fácil. Pero la Iglesia acabó por tomar la decisión de que no debía haber diferencias entre judíos y gentiles. El capítulo 15 de *Hechos* nos cuenta cómo se llegó a las decisiones del Concilio de Jerusalén que fueron el reconocimiento de la libertad de los gentiles.

EL PROBLEMA SE HACE AGUDO

Hechos 15:1-5

Unos cuantos hombres que bajaron de Judea trataron de convencer a los miembros gentiles de la comunidad cristiana de Antioquía de que tenían que circuncidarse como mandaba la Ley de Moisés para poder salvarse. Pablo y Bernabé no estaban de acuerdo con aquello en absoluto, y discutieron con ellos acaloradamente. Entonces se decidió que Pablo y Bernabé y algunos otros subieran a Jerusalén a tener una reunión con los apóstoles y los ancianos para discutir el asunto a fondo con ellos. La congregación se despidió de ellos y les proveyó de lo necesario para el viaje; y ellos pasaron por Fenicia y Samaria contando cómo se estaban convirtiendo los gentiles, y todos los miembros de las comunidades cristianas se quedaban encantados al oírlo.

Cuando llegaron a Jerusalén, les dieron la bienvenida todos los creyentes, apóstoles y ancianos, y ellos les dieron las buenas noticias de todo lo que Dios estaba haciendo con ellos. Entonces algunos de los fariseos que habían aceptado la fe se pusieron a decir que a los gentiles había que empezar por circuncidarlos, y luego decirles que tenían que cumplir la Ley de Moisés.

El hecho revolucionario de que se predicara el Evangelio a judíos y gentiles por igual se presentó de una manera espontánea en Antioquía, y los convertidos de ambos grupos convivieron como hermanos. Pero había algunos judíos para los que eso era inconcebible. No podían olvidar su privilegio exclusivo de ser el pueblo escogido. Estaban dispuestos a que los gentiles ingresaran en la Iglesia, pero con la condición de que primero se hicieran judíos. Si se hubiera impuesto su actitud, el Cristianismo no habría sido más que una secta del judaísmo. Algunos de aquellos judíos estrechos bajaron de Jerusalén a Antioquía, y trataron de convencer a los convertidos de que lo perderían todo si no aceptaban el judaísmo. Pablo y Bernabé se pusieron a discutir acaloradamente con ellos, pero no se veía la salida.

Sólo se podía hacer una cosa: había que apelar a Jerusalén, que era el cuartel general de la Iglesia, para que fallara la cuestión. El caso que presentaban Pablo y Bernabé era sencillamente lo que había sucedido, y estaban dispuestos a dejar que los hechos hablaran por sí mismos. Pero algunos de los fariseos que se habían hecho cristianos insistieron en que todos los convertidos tenían que circuncidarse y guardar la Ley.

El principio en cuestión era sencillo y absolutamente fundamental: ¿Era el Don de Dios para unos pocos selectos o para todo el mundo? Los que lo hemos recibido, ¿tenemos que considerarlo como un privilegio o como una responsabilidad? El problema puede que no se nos plantee ahora exactamente de la misma manera; pero todavía existen divisiones de clase, de nacionalidad y de color, y no digamos de tradiciones eclesíásticas. Sólo reconocemos el verdadero sentido del Evangelio cuando todos los muros de división se vienen abajo.

PEDRO PLANTEA EL CASO

Hechos 15:6-12

Los apóstoles y los ancianos celebraron una reunión para examinar la cuestión; y después de mucha discusión, Pedro se levantó para tomar la palabra:

Hermanos: Todos vosotros sabéis que en los primeros días de la fe Dios me escogió como instrumento para que los gentiles escucharan el mensaje del Evangelio y lo aceptaran. Y Dios, que conoce los corazones, dio la señal de su aprobación al concederles el Espíritu Santo exactamente lo mismo que a nosotros. Él no estableció ninguna diferencia entre ellos y nosotros, porque fue por medio de la fe como purificó sus corazones. ¿Cómo es que ahora estáis tratando de hacer que Dios cambie de actitud al insistir en que los creyentes se sometan a un yugo que ni nosotros ni nuestros antepasados hemos sido capaces de sobrellevar? Lo cierto es que creemos que somos salvos gracias a la obra de Jesucristo, lo mismo que ellos.

A eso guardó silencio toda la asamblea, y todos se dispusieron a escuchar a Bernabé y a Pablo, que les refirieron la historia de todas las maravillosas demostraciones de poder divino que Dios había desplegado por medio de ellos entre los gentiles.

En respuesta a los judíos más estrictos, Pedro les recordó que él mismo había sido el instrumento de Dios para recibir a Cornelio en la Iglesia diez años antes. La prueba de que él había actuado rectamente fue que Dios les concedió el Espíritu Santo a los gentiles que se convirtieron, lo mismo que a ellos mismos en Pentecostés. Por lo que se refería a la Ley, serían ritualmente impuros; pero Dios les había limpiado el corazón por medio de su Espíritu. El intento de obedecer los múltiples y diversos mandamientos de la Ley para obtener la salvación siempre había sido una batalla perdida que sumía a todos en el fracaso. No había más que un camino: aceptar el Don gratuito de la gracia de Dios en el acto de rendición de la fe.

Pedro llegó al corazón de la cuestión. En aquella discusión se estaba debatiendo el principio más radical: ¿Puede alguien merecer el favor de Dios? ¿O debe reconocer su propia indefensión y estar dispuesto a aceptar con una fe humilde lo que da inmerecidamente la gracia de Dios? < En efecto -diría el partido de los judíos estrictos-: Religión quiere decir ganar el favor de Dios guardando la Ley. » Pero Pedro dijo: < La verdadera Religión consiste en acogernos, indefensos e indignos, a la gracia de Dios que se nos ofrece en Jesucristo. » Aquí se encuentra implícitamente la diferencia entre la religión de las obras y la religión de la gracia. Nadie alcanzará la paz hasta que se dé cuenta de que no puede hacer nunca que Dios esté en deuda con él, y que lo único que puede hacer es tomar lo que Dios le ofrece en su gracia. La paradoja del Evangelio es que el camino de la victoria pasa por la rendición; y el del poder, por admitir nuestra absoluta impotencia.

EL LIDERATO DE SANTIAGO

Hechos 15:13-21

Cuando Bernabé y Pablo acabaron su informe, Santiago tomó la palabra:

-Hermanos, prestadme atención. Simón os ha referido la primera ocasión en que Dios demostró su interés en los gentiles y su intención de tomar de ellos un pueblo para Sí. Y esto está de acuerdo con lo que los profetas dijeron que sucedería. Ya conocéis el pasaje: < "Después de esto volveré a reconstruir el tabernáculo derruido de David, reedificaré sus ruinas y lo volveré a levantar, para que el resto de la humanidad busque al Señor, y todos los gentiles que ya me conocen de Nombre" - dice el Señor que hace saber todo esto con amplia antelación. » En vista de lo cual yo considero que no debemos imponerles cargas a los gentiles que se convierten, sino simplemente advertirles que no se involucren en nada que esté contaminado por el contacto con los ídolos, ni en la inmoralidad sexual, ni coman carne de animales que no se hayan desangrado debidamente. Si alguno de ellos a título personal quiere cumplir la Ley, por supuesto que puede hacerlo; para eso están las sinagogas en las que se proclama la Ley de Moisés todos los sábados.

Tenemos la impresión de que la aceptación de los gentiles estaba en la balanza hasta que habló Santiago. Era el moderador de la iglesia de Jerusalén. Su autoridad no dependía de un cargo oficial, sino de su carácter como hombre fuera de lo corriente. Se le conocía como < el hermano del Señor » (Gálatas 1:19). El Señor Resucitado se le había aparecido una vez a él *solo* (1 Corintios 15:7). Era uno de los pilares de la Iglesia (Gálatas 1:19). Se dice que tenía las rodillas tan encallecidas como las de un camello de pasar tanto tiempo en oración. Era un hombre tan bueno que le llamaban Santiago el Justo. Además, era un riguroso cumplidor de la Ley. Si tal hombre se ponía de parte de los gentiles, todo iría bien. Y eso fue lo que pasó, pronunciándose a favor de que los creyentes gentiles fueran admitidos en la Iglesia sin impedimento.

Pero entonces se planteó una cuestión social. ¿Cómo podría un judío estricto tener relación con un gentil? Para facilitar las cosas Santiago sugirió ciertas reglas que debían observar los gentiles:

(i) Tenían que abstenerse de lo que estuviera contaminado por los ídolos. Uno de los grandes problemas de la iglesia primitiva era el de la carne que había sido sacrificada a los ídolos. Pablo lo trata ampliamente en 1 Corintios 8 y 9. Cuando alguien ofrecía un sacrificio en un templo pagano, lo corriente era que se quemara una pequeña porción de la carne. La mayor parte se le devolvía para que hiciera una fiesta con sus amigos, muchas veces en el templo mismo, y otras en su casa. Y otra parte se la quedaban los sacerdotes, y normalmente se vendía en las carnicerías. Ningún cristiano debía arriesgarse a la contaminación al comer esa carne, porque se había ofrecido a un ídolo.

(ii) Tenían que abstenerse de la inmoralidad sexual. Se ha dicho que la castidad es la única nueva virtud que trajo al mundo el Cristianismo. En un mundo impuro, los cristianos tenían que ser puros.

(iii) Tenían que abstenerse de carne de animales que hubieran sido estrangulados y de la sangre. Para los judíos la sangre era la vida, y la vida pertenecía sólo a Dios. Por tanto los judíos de todos los tiempos matan los animales desangrándolos completamente; y el que los gentiles no observaran esta regla era algo abominable para los judíos. Así es que se dispuso que los gentiles comieran solo carne que se hubiera preparado a la manera de los judíos.

Si no se observaban estas reglas, la relación entre judíos y gentiles podría haber resultado imposible; pero su cumplimiento eliminaba la última barrera. En la Iglesia se estableció el principio de que los judíos y los gentiles formaban un solo pueblo de Dios.

EL DECRETO SE PUBLICA

Hechos 15:22-35

Seguidamente, los apóstoles y los ancianos responsables, de acuerdo con toda la asamblea, decidieron nombrar representantes que fueran a Antioquía con Pablo y Bernabé; y eligieron a Judas, también llamado Barsabás, y a Silas, que eran personas representativas de la comunidad cristiana. Y les dieron un mensaje escrito para que lo llevaran, que decía: < De hermanos a hermanos, nosotros los apóstoles y ancianos responsables mandamos nuestros saludos a los miembros gentiles de las iglesias de Antioquía, Siria y Cilicia. Como hemos sabido que ciertas personas de aquí, que no fueron como representantes nuestros, os han inquietado e intranquilizado con sus afirmaciones, hemos tenido una reunión en la que hemos decidido escoger a unos para mandároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, que han arriesgado la vida por la causa de nuestro Señor Jesucristo. Así es que os enviamos a Judas y Silas, que os dirán de palabra lo que pone esta -carta. El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido de común acuerdo no imponeros más cargas además de estas cosas necesarias: que no participéis de carne que haya sido parte de un sacrificio a un ídolo; que no uséis como alimento carne de animales que no hayan sido debidamente desangrados o que hayan sido estrangulados, y que os abstengáis de la inmoralidad sexual. Haréis bien en no participar de esas cosas. ¡Que os vaya bien! »

Cuando les prepararon lo necesario para el viaje, se pusieron en camino hacia Antioquía. Al llegar, convocaron una reunión de la congregación y les entregaron la carta. La leyeron y se alegraron mucho del ánimo que se les daba. Judas y Silas, que además eran profetas, dijeron muchas cosas para animar a la comunidad cristiana y exhortarla a que se mantuviera firme en la fe. Después de quedarse allí algún tiempo, la comunidad les preparó el viaje de vuelta a los que los habían enviado y les desearon muy buen viaje; pero Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía colaborando con otros muchos en la enseñanza y en el anuncio de la Buena Noticia del Evangelio del Señor.

En cuanto llegó a esa decisión, la Iglesia actuó con eficacia y con cortesía. Los términos de la decisión se exponían en una carta. Pero no enviaron ésta con un mensajero cualquiera, sino con Judas y Silas, que acompañaron a Pablo y Bernabé a Antioquía. Si Pablo y Bernabé hubieran vuelto solos, sus enemigos podrían haber dudado de la autenticidad del mensaje. Judas y Silas eran emisarios oficiales y garantes de la verdad de la decisión. La Iglesia hizo bien en mandar personas con la carta. Uno de los primeros escritores cristianos, Papias, reconocía que había aprendido más de la palabra viva y permanente que de muchas lecturas. Una carta puede sonar fríamente oficial; pero las palabras de Judas y Silas contribuían un calor amigable que podía faltar en la lectura de la carta. Son innumerables los problemas que se habrían podido evitar si se hubiera hecho una visita personal en vez de limitarse a enviar una carta a secas.

PABLO SE PONE EN CAMINO OTRA VEZ

Hechos 15:36-41

Al cabo de algún tiempo, Pablo le dijo a Bernabé:

-Vamos a visitar a las comunidades cristianas en los pueblos donde hemos predicado el Evangelio, a ver cómo les va.

Bernabé quería llevarse con ellos a Juan, también llamado Marcos; pero Pablo no consideraba sensato llevar al que había desertado en Panfilia negándose a ir con ellos a la Obra. Y hubo tal desavenencia entre ellos que se separaron, y Bernabé se embarcó con Marcos en dirección a Chipre, y Pablo escogió a Silas y se puso en camino con él después de que la comunidad cristiana los encomendara a la gracia del Señor, y visitaron a las congregaciones de Siria y Cilicia para consolidarlas.

Pablo era un aventurero «a lo divino», y no podía quedarse mucho tiempo en el mismo lugar. Así es que decidió echarse otra vez a la carretera; pero los preparativos del viaje acabaron en una desavenencia lamentable. Bernabé quería que llevaran a Juan Marcos, y Pablo no quería tener más que ver con el que había desertado en Panfilia. La diferencia que surgió entre ellos fue tan aguda que se separaron y no volvieron a trabajar juntos por lo que sabemos. Es imposible decir quién tenía razón; pero esto sí podemos decir: que Marcos fue inmensamente afortunado de tener a Bernabé como más que pariente, como amigo. Sabemos que Marcos acabó rehabilitándose. Tal vez fue Bernabé el que le devolvió la confianza en sí mismo y le ayudó a ser fiel. Es una bendición inapreciable el encontrarnos a alguien que confía en nosotros. Bernabé confió en Marcos, y Marcos no le defraudó.

EL SEGUNDO VIAJE MISIONERO

El relato del segundo viaje misionero de Pablo, que le ocupó unos tres años, se nos da en las secciones de *Hechos* que se extienden desde 15:36 hasta 18:23. Empezó en Antioquía. Al principio hizo una visita a las iglesias de Siria y Cilicia. Luego visitó otra vez las de la regiones de Derbe, Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. A este siguió un periodo cuando no veía claro adónde dirigirse, hasta que tuvo una visión en Tróade. De Tróade cruzó a Neápolis, y de allí fue a Filipos. Luego a Tesalónica y Berea. De allí fue a Atenas, y luego a Corinto, donde pasó unos dieciocho meses. En Corinto inició el viaje de vuelta a Jerusalén pasando por Éfeso, y desde Jerusalén volvió a Antioquía, su punto de partida. El gran avance consiste en que en este viaje la actividad de Pablo pasa de Asia Menor a lo que es ahora Europa.

UN HIJO EN LA FE

Hechos 16:1-5

Pablo llegó a Derbe y Listra. Allí había un creyente que se llamaba Timoteo, que era hijo de una cristiana judía y de padre griego. Todos los miembros de las comunidades cristianas de Listra e Iconio hablaban muy bien de él. Pablo quería llevarle con él; así es que cogió y le circuncidó, para no complicar su trabajo entre los judíos de aquella región, porque se sabía que era hijo de padre griego.

Al ir pasando por los pueblos, les comunicaban las decisiones que habían hecho los apóstoles y los ancianos responsables de Jerusalén, y les decían que las tomaran por norma. Las congregaciones se iban consolidando en la fe, y crecían en número de día en día.

Habían pasado cinco años desde que Pablo predicó en Derbe y Listra la vez anterior; pero cuando volvió se debió de alegrar mucho al conocer a un joven que había crecido en la iglesia y que había de serle muy querido. Era muy natural que Pablo estuviera buscando alguien que tomara el lugar de Marcos. Era consciente de la necesidad de entrenar a la nueva generación para la Obra; y encontró en el joven Timoteo precisamente la clase de hombre que quería. Al parecer presenta un problema el hecho de que le circuncidara, precisamente cuando acababa de ganar una batalla para que se considerara innecesaria la circuncisión. La razón era que Timoteo era judío por parte de madre. Eran los gentiles los que eran libres de las ceremonias propias de la manera de vivir de los judíos. Podemos imaginar la oposición de los judíos, cristianos o no, si Pablo fuera por ahí con un judío incircunciso, que se interpretaría como una prueba de que enseñaba que los judíos no tenían que circuncidarse, cosa que él nunca había dicho pero que le acusarían pronto, si no ya, de enseñar (*Hechos 21:21*).

El hecho de aceptar a Timoteo como judío en realidad demostraba lo emancipado que estaba Pablo de la manera judía de pensar. Timoteo era hijo de un matrimonio mixto que un judío estricto se negaría a reconocer como verdadero matrimonio. De hecho, si una joven o un joven judíos se casaban con gentiles, su propia familia los consideraba como muertos, hasta el punto de que algunas veces hasta se celebraba su funeral. Al aceptar al hijo de un tal matrimonio como hermano judío, Pablo daba señal de haber roto definitivamente con todas las barreras nacionales.

Timoteo era un chico que tenía una gran herencia. Su madre y su abuela habían sido creyentes (*2 Timoteo 1:5*). En los días por venir, Pablo le usaría a menudo como mensajero (*1 Corintios 4:17; 1 Tesalonicenses 3:2-6*). Estaba en Roma cuando Pablo estaba allí en la cárcel (*Filipenses 1:1; 2:19; Colosenses 1:1; Filemón 1*). Timoteo tenía una relación muy especial con Pablo. Cuando Pablo escribe a los Corintios (*1 Corintios 4:17*) se refiere a él como su *hijo amado*. Cuando escribe a los Filipenses dice que no hay otro que esté tan cordialmente de acuerdo con él (*Filipenses 2:19, 20*). Probablemente Pablo vio en Timoteo a su sucesor para cuando él acabara su carrera. Feliz sin duda el hombre al que se le concede ver el resultado de su labor como entrenador en uno que puede relevarle.

EL EVANGELIO LLEGA A EUROPA

Hechos 16:6-10

Seguidamente Pablo y sus compañeros recorrieron los distritos de Frigia y Galacia, porque el Espíritu les había impedido comunicar el Mensaje en Asia. Cuando llegaron a la frontera de Misia, intentaron pasar a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió. Así es que fueron bordeando Misia y bajaron a la costa en Tróade.

Allí tuvo Pablo una visión por la noche, en la que vio a un macedonio que le estaba pidiendo: «¡Pasa a ayudarnos a Macedonia!» Después de aquella visión de Pablo, en seguida nos pusimos a buscar la manera de llegar a Macedonia, dando por seguro que Dios nos llamaba a anunciar allí la Buena Noticia.

Durante cierto tiempo parecía que se le cerraban todas las puertas a Pablo. Debe de haberle parecido extraño que el Espíritu Santo le impidiera la entrada en la provincia romana de Asia; allí estaban Éfeso y todos los otros destinatarios de las cartas a las Siete Iglesias del Apocalipsis. Bitinia también se le cerró. ¿Cómo se lo hizo saber el Espíritu Santo? Puede que fuera por medio de un profeta; o en una visión; o con una convicción interior que no dejaba lugar a dudas. Pero también existe la posibilidad de que lo que le impidiera a Pablo viajar por esas provincias fuera una cuestión de salud, < el aguijón en su carne >.

Lo que hace esto más probable es que en el versículo 10 nos encontramos de pronto y sin previo aviso con un pasaje < nosotros >: el relato se hace, no en tercera, sino en primera persona del plural. Eso quiere decir que Lucas estaba allí como testigo presencial y compañero de Pablo. ¿Por qué entra tan inesperadamente en escena? Lucas era médico, y es probable que Pablo necesitara sus servicios profesionales por haber caído enfermo y verse impedido para hacer los viajes que se había propuesto. Si esta sugerencia es correcta, quiere decir que Pablo tomó su debilidad y dolor como mensajeros de Dios.

La visión de un macedonio aportó la dirección que Pablo necesitaba. ¿Quién fue ese macedonio que Pablo vio en visión? Se ha sugerido que fue el n-fismo Lucas, que es probable que fuera de Macedonia. Algunos creen que no tenemos por qué preguntárnoslo, porque los sueños no tienen esa clase de interpretación; pero hay una teoría muy atractiva. Hubo un hombre que casi consiguió conquistar el mundo, y fue el macedonio Alejandro Magno. Todo en la situación parecía recordársele a Pablo. El nombre completo de Tróade era Tróade Alexandrina. Al otro lado del mar estaba Filipos, que recibió ese nombre en recuerdo del padre de Alejandro. Un poco más allá estaba Tesalónica, que fue llamada así por la hermanastra de Alejandro. Todo el distrito estaba empapado de recuerdos de Alejandro; y Alejandro era el hombre que había dicho que su objetivo era < casar el Este con el Oeste > para hacer un mundo unido. Puede que Pablo tuviera una «visión» de Alejandro, el hombre que conquistó el mundo, y que esa visión le diera un nuevo impulso hacia la conquista de un mundo para Cristo.

LA PRIMERA CONVERSIÓN EN EUROPA

Hechos 16:11-15

Embarcamos en Tróade y navegamos directamente a Samotracia; y al día siguiente desembarcamos en Neápolis. Desde allí pasamos a Filipos, que es la ciudad más importante de la provincia de Macedonia, y es una colonia romaná. Allí pasamos unos cuantos días.

El sábado salimos por la puerta de la ciudad y fuimos siguiendo la orilla del río donde esperábamos encontrar el sitio donde se reunían a orar los judíos. Cuando lo encontramos, nos sentamos y nos pusimos a hablar con las mujeres que habían venido a la reunión. Entre ellas había una tal Lidia, vendedora de tinte de púrpura, que era natural de la ciudad de Tiatira; que, aunque era gentil, creía en Dios.

Lidia estuvo escuchándonos, porque el Señor le había dado un corazón abierto e interesado en lo que Pablo tenía que decir. Recibió el bautismo con toda su parentela, y seguidamente nos insistió:

-Si estáis seguros de que soy una creyente sincera, aceptad mi hospitalidad.

Y no hubo manera de que nos negáramos.

Neápolis es la moderna Kavala, y era el puerto de Filipos. Filipos tenía una larga historia. En tiempos pasados se había llamado Crénides, que quiere decir «Las Fuentes»; pero Filippo de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, la fortificó como avanzada contra los tracios y le dio su nombre. Había tenido minas de oro famosas, pero ya estaban agotadas en tiempos de Pablo. Más tarde fue el escenario de una batalla famosa, en la que Augusto se hizo con el Imperio Romano.

Filipos era una colonia romana, que era una dignidad que se concedía a los puntos estratégicos en los que Roma instalaba a grupos reducidos de veteranos que habían terminado el servicio de las armas. Vestían como romanos, hablaban latín y se gobernaban por el derecho romano estuvieran donde estuvieran. Estas avanzadas del imperio eran las que estaban más orgullosas de la ciudadanía romana.

En Filipos no había sinagoga; pero, donde los judíos no podían tener una sinagoga tenían algún lugar en el que se reunían para hacer el culto, por lo general a la orilla del río. Aquel sábado, Pablo y sus compañeros se dirigieron allí y hablaron con las mujeres que se habían reunido.

Lo más extraordinario del trabajo de Pablo en Filipos es la representación de la población que fue ganada para Cristo que iremos conociendo. La primera fue Lidia, que estaría en lo más alto de la escala social, porque era comerciante de tinte de púrpura, sustancia que había que obtener gota a gota de un cierto molusco y que era tan cara que la necesaria para teñir un kilo de lana costaría cincuenta mil pesetas. Lidia, la rica comerciante, fue la primera que fue ganada para Cristo en tierra europea. Y su primera reacción fue ofrecer su casa al grupo de Pablo. El Señor abrió el corazón de Lidia al Evangelio, y seguidamente ella le abrió su casa. Pablo incluye entre las cualidades del cristiano el ser dado a la hospitalidad (*Romanos 12:13*); y Pedro también insiste en este deber cuando dice a sus convertidos que practiquen la hospitalidad sin reservas (*1 Pedro 4: 9*). Un hogar cristiano siempre tiene la puerta abierta a los necesitados, y más aún a los que son de la familia de la fe.

LA ESCLAVA POSEmA

Hechos 16:16-24

Cuando íbamos de camino al lugar de la reunión de oración, nos salió al encuentro una chica esclava que se creía que estaba inspirada por un espíritu de Apolo, y proporcionaba pingües ganancias a sus amos diciendo la buena ventura. No hacía más que seguirnos a Pablo y a los demás, dando voces:

- ¡Estos son los siervos del Dios Altísimo, que nos anuncian el camino de Salvación!

Y así se pasó muchos días, hasta que Pablo ya no se pudo aguantar más y se dio la vuelta y dijo al espíritu:

- ¡Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella!

Y salió al instante.

Pero cuando los amos de la muchacha se dieron cuenta de que ya no tenían esperanza de seguir ganando dinero, echaron mano a Pablo y Silas y los llevaron a la fuerza a la plaza del pueblo para entregarlos a la autoridad, acusándolos ante los magistrados:

-Estos tipos, que son judíos, están alborotando todo el pueblo, proponiendo unas ideas y una forma de vida inaceptables para nosotros que somos romanos.

La gente se puso de parte de los acusadores contra Pablo y Silas; y los magistrados dieron orden de que los desnudaran y los azotaran con varas. Después de una tremenda paliza, los echaron a la cárcel dándole órdenes estrictas al carcelero de que los pusiera a buen recaudo, cosa que cumplió metiéndolos en la celda del fondo con los pies en el cepo.

Si Lidia procedía de la clase más alta de la sociedad, esta chica esclava estaba en lo más bajo. Era lo que llamaban una *pitonisa*, es decir, una persona que podía dar oráculos para

guiar las decisiones de los consultantes. Dicho de otra manera, era una pobre psicópata, pero el mundo antiguo tenía un respeto supersticioso a los tales. En cierta ocasión David se fingió loco para salvar la vida, y le salió bien (1 Samuel 21:10-15); y también se nos presenta el caso de la espiritista de Endor -llamada «pitonisa» en muchas traducciones, entre ellas la Reina-Valera antigua. En los tiempos de Pablo se decía que los dioses les habían quitado la razón a estas personas para poner en ellas su propia mente.

El caso es que esta muchacha había caído en manos de gente sin escrúpulos que usaba su desgracia en provecho propio. Cuando Pablo la libró del espíritu malo, en lugar de alegrarse de que ya estaba bien, se enfurecieron de que se les hubiera cerrado aquella fuente de ingresos. Y, como eran astutos, jugaron con el antisemitismo natural de la gente, y apelaron a su orgullo como ciudadanos de la colonia romana. Así fue como consiguieron el castigo y la detención crueles e injustos de Pablo y Silas. Porque no sólo los metieron en la cárcel, sino en el calabozo de más adentro y les pusieron en cepos, puede que no sólo los pies, sino también las manos y el cuello.

Lo trágico es que los arrestaron y maltrataron por hacer el bien. Siempre que el Evangelio ataca los intereses creados se producen problemas. Lo más peligroso es llegar al bolsillo de algunos. Todos debemos preguntarnos: «¿Vale la pena el dinero que estoy ganando? ¿La pena de quién? ¿Lo gano sirviéndome de mis semejantes o explotándolos?» A menudo el mayor obstáculo en el camino del avance del Evangelio es el egoísmo de la gente.

EL CARCELERO DE FILIPOS

Hechos 16:25-40

A la medianoche Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los otros presos los oían. Repentinamente se produjo un terremoto tan violento que sacudía los cimientos de la cárcel. Inmediatamente se abrieron de golpe todas las puertas de la cárcel, y las cadenas de todos los presos se soltaron de la pared. Cuando el carcelero se despertó sobresaltado y vio que las puertas estaban abiertas, desenvainó la espada dispuesto a suicidarse, porque creía que todos los presos se habían escapado.

- ¡No hagas eso -le gritó Pablo-, que todos estamos aquí!

El carcelero pidió que le trajeran una luz, entró a toda prisa, todo tembloroso, y se postró a los pies de Pablo y Silas. Los sacó de la mazmorra, y les preguntó:

- Señores, ¿qué es lo que tengo que hacer para estar a salvo?

- Entrégate al Señor Jesucristo, y os salvaréis tú y todos los tuyos -le contestaron. Y seguidamente les comunicaron el mensaje del Señor a él y a todos los suyos. Sin tiempo que perder, aunque era medianoche, el carcelero se hizo cargo de ellos y les lavó las heridas de la paliza. Luego se bautizaron él y toda su familia, y después los llevó a su casa y les preparó una comida, y toda la familia celebró con mucha alegría el haberse convertido.

Cuando se hizo de día, los magistrados enviaron recado con unos alguaciles:

- Pon en libertad a esos hombres.

El carcelero se lo hizo saber a Pablo:

- Los magistrados han dado orden de que se os pon-

ga en libertad, así es que .salid. ¡Ya podéis marcharos, y que os vaya muy bien!

Nos azotan públicamente sin ser culpables de nada -respondió Pablo- y nos meten en la cárcel sin tener en cuenta que somos ciudadanos romanos, ¿y ahora nos van a despachar como si no hubiera pasado nada? ¡Que se lo han creído! ¡Decidles que vengan a sacarnos en persona!

Los alguaciles les llevaron el recado a los magistrados de lo que había dicho Pablo, y los magistrados se echaron a temblar cuando se enteraron de que se trataba de ciudadanos romanos. Así es que vinieron a presentar sus disculpas, los acompañaron en la salida de la cárcel y les pidieron que se marcharan de la ciudad. Pero ellos, cuando salieron de la cárcel se fueron a casa de Lidia, y no se marcharon hasta después de ver a los miembros de la comunidad cristiana y de hablar con ellos para darles ánimo.

Lidia pertenecía a la clase alta; la muchacha esclava, a la más baja, y el carcelero romano era de la clase media en la que había otros muchos funcionarios. En esos tres personajes tenemos una muestra de la sociedad de Filipos.

Vamos a fijarnos en *la escena* de este pasaje. Sucede en un distrito en el que los terremotos no eran infrecuentes. Las puertas se cerraban con una barra de madera que se encajaba en dos ranuras, lo mismo que las cadenas. El terremoto hizo que se soltaran las barras, así que las puertas se abrieron y las cadenas se soltaron. El carcelero estaba a punto de quitarse la vida, porque la ley romana decía que si se escapaba un preso el carcelero tenía que sufrir su condena.

Vamos a fijarnos en los *personajes*.

En primer lugar tenemos a Pablo. Notamos tres cosas en él: (i) Era capaz de ponerse a cantar himnos cuando estaba agarrado en el cepo de una mazmorra a medianoche después de una paliza despiadada. Hay algo que no se le puede quitar a

un cristiano, y es Dios y la presencia de Jesucristo. Estando con Dios se es libre hasta en una prisión, y hay luz hasta a medianoche. (ii) Estaba dispuesto a abrirle la puerta de la salvación hasta al carcelero que le había colocado en el cepo en la celda más inhóspita. Pablo era incapaz de guardar rencor. Podía predicarle el Evangelio al que le había asegurado en el cepo. (iii) Sabía mantener su dignidad. Reclamaba sus derechos como ciudadano romano. El azotar a un ciudadano romano era un crimen que se castigaba con la muerte. Pero Pablo no reclamaba sus derechos para sí mismo, sino para los cristianos que dejaba en Filipos. Quería que se viera que no carecían de amigos influyentes.

En segundo lugar, tenemos al carcelero. Es interesante que dio muestras de la autenticidad de su conversión bien pronto. En cuanto conoció a Cristo lavó las heridas del látigo que tenían los presos en la espalda, y les sirvió de comer. Si la fe no nos hace compasivos y amables, no es sincera. A menos que un supuesto cambio de corazón se manifieste en un cambio de obras, es falso.

EN TESALÓNICA

Hechos 17:1-9

Siguiendo la carretera que pasaba por Anfipolis y Apolonia llegaron a Tesalónica, donde sí había sinagoga. Pablo siguió su costumbre de empezar por la sinagoga, y allí estuvo discutiendo con los judíos tres sábados seguidos acerca de las .Escrituras, explicando y citando pasajes que demostraban que el Mesías tenía que sufrir y volver a la vida después de haber muerto. Y les decía:

-Y este Jesús del Que os estoy hablando es el Mesías.

Algunos de ellos se convencieron y se asociaron a Pablo y Silas; entre ellos había muchos griegos que, sin haber llegado a hacerse judíos, asistían al culto de la sinagoga, y las mujeres de muchos de los hombres importantes de la ciudad.

Los judíos estaban resentidos del éxito de Pablo y Silas, y se buscaron unos cuantos gamberros que amotinaron los bajos fondos para alborotar la ciudad. Asaltaron la casa de Jasón buscando a Pablo y Silas para presentarlos a una asamblea popular; y como no pudieron encontrarlos, trajeron a la fuerza a Jasón y a algunos otros miembros de la comunidad cristiana a los magistrados, gritando:

-¡Los que están trayendo el caos a todo el mundo civilizado han llegado también aquí, y Jasón les ha ofrecido hospitalidad! ¡Su conducta está en total desacuerdo con los decretos del César, porque pretenden que su rey es un tal Jesús!

Tanto la multitud como los magistrados se alarmaron al oírlo, y les hicieron pagar una fianza a Jasón y a los otros antes de dejarlos en libertad.

La llegada del Evangelio a Tesalónica fue un acontecimiento de primera magnitud. La gran calzada romana que iba del Adriático al Oriente Medio se llamaba la Vía Egnatia, y la calle principal de Tesalónica era parte de ella. Si la Iglesia se

establecía en Tesalónica, podía extenderse al Este y al Oeste por aquella carretera, convirtiéndola en el camino del avance del Reino de Dios.

El primer versículo de este capítulo es un ejemplo extraordinario de economía verbal. Parece que habla de una agradable excursión cuando, en realidad, Filipos estaba a 50 kilómetros de Anfípolis, ésta a 45 de Apolonia, y Apolonia a 55 de Tesalónica. Es decir, que se despacha un viaje de 150 kilómetros en una frase.

Como era su costumbre, Pablo empezó la labor en la sinagoga. El mayor éxito lo obtuvo no tanto entre los judíos como entre los gentiles «temerosos de Dios». Esto enfureció a los

judíos, que consideraban a estos gentiles como su coto privado, y aquí estaba Pablo robándoselos ante sus propios ojos. Los judíos llegaron al colmo de la bajeza para detener a Pablo. Primero, utilizaron a la chusma. Luego, después de arrastrar a Jasón y sus amigos a los magistrados, acusaron a los misioneros cristianos de predicar la insurrección política. Sabían que era una mentira, pero la vistieron en términos muy sugestivos. < ¡Los que están trayendo el caos a todo el mundo civilizado han llegado también aquí! » A los judíos no les cabía la menor duda de que el Evangelio era algo poderosamente *efectivo*. A T. R. Glover le encantaba citar a un niño que decía que el Nuevo Testamento acaba en *Revolution* -en vez de *Revelation*, que quiere decir Apocalipsis. Cuando el Evangelio se pone en acción de verdad tiene que causar una revolución, tanto en la vida individual como social.

EN BEREÁ

Hechos 17:10-15

Los miembros de la comunidad cristiana enviaron a Pablo y Silas inmediatamente a Berea a cubierto de la noche.

Cuando llegaron, se dirigieron a la sinagoga, donde encontraron judíos más generosos en sus simpatías que los de Tesalónica, porque escucharon con mucho interés el Evangelio y se pusieron a examinar las Escrituras diariamente para comprobar si era verdad lo que les decía Pablo. Muchos de los judíos hicieron la decisión de creer, y con ellos un número considerable de mujeres griegas de buena posición, y de hombres también.

Cuando los judíos de Tesalónica se enteraron de que Pablo estaba predicando el Evangelio también en Berea, se personaron allí y se pusieron a soliviantar a la multitud para que se alborotara y amotinara. La comu-

nidad cristiana mandó inmediatamente a Pablo camino de la costa, mientras que Silas y Timoteo se quedaron en Berea. Los que salieron con Pablo le acompañaron hasta Atenas, donde le dejaron, después de recibir instrucciones para que Silas y Timoteo se reunieran con él lo más pronto posible.

Berea estaba a 95 kilómetros al Oeste de Tesalónica. En este breve pasaje sobresalen tres cosas:

(i) Se hace hincapié en la base escritural de la predicación de Pablo: hizo que los de Berea se pusieran a escudriñar las Escrituras. Los judíos estaban seguros de que Jesús no podía ser el Mesías porque había muerto crucificado, y la Ley decía que esa era una muerte maldita (*Deuteronomio 21:23*). Sin duda Pablo dirigiría a los de Berea a pasajes como *Isaías 53* para que vieran que Jesús murió conforme a las Escrituras.

(ii) Vemos de nuevo el odio envenenado de los judíos, que no sólo se opusieron a Pablo en Tesalónica sino que le persiguieron hasta Berea. Lo trágico del caso es que seguramente creían que estaban haciendo la voluntad de Dios al tratar de silenciar a Pablo. Es terrible cuando alguien identifica sus ideas con la voluntad de Dios en vez de someterlas a esa voluntad.

(iii) Vemos de nuevo el valor de Pablo. Había estado preso en Filipos; tuvo que huir de Tesalónica por la noche porque estaba en peligro de muerte, y ahora tiene que huir otra vez de Berea para salvar la vida. Otros habrían abandonado una empresa en la que se estaba constantemente en peligro de la cárcel o de la muerte. Cuando le preguntaron a David Livingstone hasta dónde estaba dispuesto a ir, contestó: «A cualquier parte, siempre que sea hacia adelante.» A Pablo tampoco se le ocurrió nunca la idea de volver atrás.

SOLO EN ATENAS

Hechos 17:16-21

Mientras Pablo estaba esperando a Silas y Timoteo en Atenas, ardía de indignación al contemplar la ciudad en las garras de la idolatría. Estuvo discutiendo en la sinagoga con los judíos y con los gentiles que no habían llegado a hacerse judíos pero tomaban parte en el culto de la sinagoga; y todos los días se iba a la plaza de la ciudad a hablar con los que se encontraba. Entre ellos había unos filósofos epicúreos y estoicos que se decían:

- ¿De qué estará hablando este palabrero ignorante?

- Parece que es un predicador de dioses extranjeros -contestaban otros, porque Pablo les predicaba el Evangelio de Jesús y de la Resurrección. El caso es que se le llevaron al Areópago y le preguntaron:

- ¿Se puede saber en qué consiste esta doctrina nueva y peregrina de que hablas? Porque algunas de las cosas que dices nos parecen muy raras, y querríamos saber lo que quieren decir.

Y es que todos los de Atenas, tanto los nacidos allí como los venidos de fuera, se pasan la vida no haciendo más que escuchar o hablar de las últimas novedades.

Después de huir de Berea, Pablo se encontró solo en Atenas. Pero, solo o acompañado, Pablo nunca dejaba de predicar a Cristo. Atenas hacía tiempo que había dejado atrás su edad de oro, pero seguía siendo la más famosa ciudad universitaria del mundo, a la que acudían de todas partes los buscadores de la sabiduría. Era también una ciudad de muchos dioses. Se decía que había más imágenes de dioses en Atenas que en todo el resto de Grecia, y que en Atenas era más fácil encontrar a un dios que a un hombre. En su gran plaza la gente se reunía

a hablar, que era lo único que se hacía en Atenas. Pablo no tendría dificultad en encontrar gente con quien hablar, y los filósofos pronto le descubrieron.

(i) Estaban los *epicúreos*. (a) Creían que todo sucede por azar. (b) Que todo acaba en la muerte. (c) Que los dioses vivían en otro mundo y no se preocupaban de este. (d) Que el fin principal del ser humano es el placer. Con esto no querían decir el placer animal o material, porque el placer supremo es el que no conlleva sufrimiento.

(ii) Y estaban los *estoicos*. (a) Creían que todo es dios; que dios es un espíritu de fuego, que ha perdido su identidad en la materia, pero que está en todas las cosas. Lo que daba la vida a los humanos era esa chispita del espíritu que moraba en ellos y que cuando morían volvía a Dios. (b) Creían que todo lo que sucede es la voluntad de Dios, y por tanto hay que aceptarlo sin resentimiento. (c) Que cada cierto tiempo el mundo se desintegraba en una conflagración y empezaba de nuevo otro ciclo de acontecimientos.

Llevaron a Pablo al Areópago -que quiere decir en griego «La Colina de Marte». Era el nombre de la colina y del tribunal selecto que se reunía en ella, compuesto por unos treinta miembros, que juzgaba los casos de homicidio y se ocupaba de las cuestiones de moralidad pública. Allí, en la ciudad más culta del mundo y ante el tribunal más exclusivo, Pablo tenía que exponer su fe. A otro le habría aterrado la perspectiva; pero Pablo no se avergonzaba nunca del Evangelio de Jesucristo. Para él, aquella era una nueva oportunidad que Dios le concedía de ser testigo de Cristo.

EL SERMÓN DE LOS FILÓSOFOS

Hechos 17:22-31

Pablo se puso en pie en medio del tribunal del Areópago, y empezó a hablar:

Atenienses: No puedo por menos de notar que, en general, sois un pueblo muy religioso. Andando por la ciudad y contemplando vuestros lugares y objetos de culto, me encontré entre otros con un altar en el que había esta inscripción: «A UN DIOS DESCONOCIDO». Pues de Ése, al que dais culto aunque no le conocéis, he venido a hablaros: el Dios que ha hecho el mundo y todo lo que hay en él es el Señor del Cielo y de la Tierra. No vive en templos hechos por los hombres, ni hay nada que podamos hacer con nuestras manos para servirle, como si tuviera necesidad de nosotros. Él es Quien da a todos la vida, el aliento y absolutamente todo. Es Él Quien ha creado todas las naciones de la humanidad de un principio común, y les ha dado sus patrias en todo el mundo. Es Él Quien determina los períodos en los que surge y desaparece cada nación, y Quien les fija las fronteras dentro de las que han de vivir. Los ha creado para que busquen a Dios con la esperanza de encontrarle palpando en las sombras de su ignorancia; porque no cabe duda de que Él está cerca de cada uno de nosotros. «En Él vivimos, y nos movemos y somos» -como han dicho algunos de vuestros poetas; y también-: «Somos sus hijos. » Y como hijos de Dios, no debemos pensar que la Divinidad es como una imagen de oro, o plata, o piedra, esculpida por arte y diseño humanos. Dios ha cerrado los ojos a la locura de aquel tiempo en el que la humanidad no sabía nada, y ahora manda a todos que se arrepientan; porque ha fijado un Día del Juicio justo que ha de llegarle al mundo por medio del Hombre que ha designado para ello. Ese

Hombre es Jesús, y Dios ha dado la prueba definitiva para todo el género humano al hacer volver a Jesús a la vida después de haber muerto.

Había muchos altares de dioses desconocidos en Atenas. Hacía seiscientos años hubo una peste terrible que no se podía detener de ninguna manera. Un poeta cretense, Epiménides, propuso un plan: que soltaran desde el Areópago un rebaño de ovejas blancas y negras, y donde se acostara cada una la sacrificaran al dios más cercano; y si no había ningún altar cerca, que la sacrificaran «A un dios desconocido.» De esa situación partió Pablo. Hay una serie de pasos en su sermón:

(i) Dios no es hecho, sino Hacedor; y el Que lo ha hecho todo no puede ser adorado con cosas hechas por los hombres. Es un hecho que los hombres adoran muchas veces lo que ellos mismos han hecho. Si el dios de uno es aquello a lo que dedica todo su tiempo, su energía y su pensamiento, muchos adoran cosas hechas por los hombres.

(ii) Dios es el Señor de -la Historia. Él estaba presente en el surgimiento y en la desaparición de las naciones del pasado, y su mano dirige el timón del presente.

(iii) Dios ha hecho a los hombres de tal manera que Le anhelan instintivamente y Le buscan a tientas en la oscuridad.

(iv) Los días de ir a tientas y de la ignorancia han pasado. Cuando los seres humanos tenían que buscar en la sombra no podían conocer a Dios, y Él disculpaba sus necesidades y errores; pero ahora, en Cristo, ha venido la plenitud del conocimiento de Dios y se ha terminado el tiempo de las disculpas.

(v) El Día del Juicio se acerca. La vida no es una marcha hacia la extinción como decían los epicúreos, ni hacia la absorción en la divinidad como decían los estoicos, sino un can-finir hacia el tribunal de Dios en el que Jesucristo es el Juez.

(vi) La prueba de la Soberanía de Cristo está en la Resurrección. No se trata de aceptar a « un dios desconocido», sino al Cristo Resucitado que nos presenta el Evangelio.

LA REACCIÓN DE LOS ATENIENSES

Hechos 17:32-34

Cuando oyeron lo de la Resurrección de los muertos, algunos se rieron de que se trajera tal cosa al tribunal; pero otros dijeron:

Nos gustaría que nos hablaras de eso otra vez.

En ese punto de la discusión, Pablo se marchó del tribunal. Hubo algunos que se relacionaron con él y que hicieron la decisión de ser creyentes; entre ellos Dionisio, que era miembro del Tribunal del Areópago, una mujer que se llamaba Dámaris y algunos otros.

Parecería que, en general, Pablo tuvo menos éxito en Atenas que en ningún otro sitio. Era típico de los atenienses que lo único que querían era hablar; no querían actuar, ni casi llegar a ninguna conclusión. Les atraían las acrobacias mentales y el estímulo del paseo intelectual sin compromiso.

Hubo tres reacciones principales: (a) Algunos se burlaron. Les divertía la apasionada seriedad de aquel extraño judío. Se puede reducir la vida a un chiste; pero los que lo hagan se darán cuenta tarde de que lo que tomaron por comedia termina en tragedia. (b) Algunos aplazaron la decisión. El día más peligroso es cuando uno se da cuenta de lo fácil que es dejar las cosas para mañana. (c) Algunos creyeron. El prudente se da cuenta de que es de locos rechazar lo que Dios ofrece generosamente.

Se dan los nombres de dos convertidos. Uno fue Dionisio el Areopagita. Como ya se ha dicho, el Areópago estaba formado por no más de treinta personas; así que Dionisio debe de haber formado parte de la aristocracia intelectual de Atenas. La otra persona que se convirtió fue Dámaris. La posición de una mujer en Atenas era muy restringida. Es dudoso que una mujer respetable se encontrara en la plaza del mercado, y menos en el Areópago. Es probable que se tratara de una conversión de una vida de vergüenza a una vida gloriosa y

auténtica. Aquí tendríamos otro ejemplo de cómo llega la invitación del Evangelio a todas las clases y condiciones de hombres y mujeres.

PREDICANDO EN CORINTO

Su posición geográfica hacía de Corinto una ciudad clave de Grecia. Grecia está casi dividida por el mar en dos partes. A un lado está el Golfo de Arenas con su **puerto Cencreas**, y al otro el Golfo de Corinto con su puerto Laqueo. Entre los dos hay una lengua de tierra de menos de ocho kilómetros de ancho, y en ese istmo estaba Corinto. Todo el tráfico terrestre de Norte a Sur de Grecia tenía que pasar inevitablemente por Corinto, que por eso le llamaban «El Puente de Grecia». El viaje por mar pasando por la extremidad Sur de Grecia era muy peligroso. El cabo más al Sur era el cabo Malea, y el rodearlo era proverbialmente malo. Los griegos tenían un proverbio: «Si vas a rodear Malea, haz el testamento.» Por consiguiente, el comercio de Este a Oeste del Mediterráneo también pasaba por Corinto, usando una pista de acarreo por la que los barcos se deslizaban de un lado al otro del istmo. Por eso Corinto era «el mercado de Grecia».

Pero Corinto era mucho más que un gran centro comercial. Era la sede de los Juegos ístmicos, que eran los más importantes después de los Olímpicos.

Corinto tenía fama de ser una ciudad malvada. Los griegos habían acuñado el verbo «corintiarse» para indicar una vida de toda clase de excesos y vicios. Si salía un corintio a escena en una comedia, era un borracho. La colina de la Acrópolis que dominaba la ciudad era, además de una fortaleza, un templo de Afrodita. En sus «mejores» días había en el templo un millar de sacerdotisas de Afrodita que eran en realidad «prostitutas sagradas» que, por las tardes, bajaban a las calles de la ciudad para practicar su «sacerdocio». Se había hecho proverbial que «No todo el mundo puede pagarse un viaje a Corinto.»

Esta era la ciudad en la que Pablo vivió y trabajó y obtuvo algunos de sus mayores triunfos. Escribiendo a los corintios hizo una lista de toda clase de maldad: «¿Es que no sabéis que las malas personas no pueden llegar a poseer el Reino de Dios que se nos ha prometido? No os engaños, que ni los viciosos sexuales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los que practican la homosexualidad, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los sucios de lengua, ni los estafadores van a heredar el Reino de Dios.» Y entonces viene la frase triunfal: «*¡Eso es lo que erais algunos de vosotros!* Pero ya os habéis despojado de las inmundicias, y consagrado a Dios, y tenéis una nueva relación con Él mediante el Nombre de Jesús y el Espíritu de nuestro Dios» (1 Corintios 6: 9-11). La iniquidad de Corinto era la oportunidad para Cristo.

EN LA PEOR DE LAS CIUDADES

Hechos 18:1-11

Después, Pablo salió de Atenas y se fue a Corinto. Allí conoció a un judío que se llamaba Aquila, que procedía del Ponto pero había llegado recientemente de Italia en compañía de su mujer, Priscila. Habían tenido que salir de Italia porque Claudio había promulgado la orden de expulsión de todos los judíos. Pablo fue a visitarlos; y como tenía el mismo oficio que ellos, fabricantes de tiendas de campaña, se quedó a trabajar con ellos.

Todos los sábados hablaba del Evangelio en la sinagoga para convencer a judíos y griegos. Cuando llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, Pablo se dedicó a la predicación a pleno tiempo, insistiéndoles a los judíos en que Jesús era el Mesías. Cuando se lo rebatían, más con insultos que con razonamientos, Pablo se sacudía la ropa, como hacían los judíos para librarse de la contaminación pagana, y les decía:

-La culpa de lo que os suceda es sólo vuestra. Yo me lavo las manos. Desde ahora me dedicaré a los gentiles.

Y eso hizo. Se mudó a la casa de un tal Ticio Justo, que creía en Dios aunque no era judío, y que vivía al lado de la sinagoga. Crispo, el presidente de la sinagoga, se convirtió al Evangelio con todos los suyos; y lo mismo sucedió con muchos corintios que escucharon a Pablo y se convirtieron y bautizaron. De noche, el Señor le dijo a Pablo en una visión:

-¡No tengas miedo! Sigue hablando sin parar, que Yo estoy contigo y nadie intentará hacerte daño; y además hay muchas personas en esta ciudad con las que puedo contar.

Pablo se quedó con ellos un año y seis meses dedicado a la labor de instruirlos en la Palabra de Dios.

Aquí tenemos una muestra de la clase de vida que hacía Pablo. Era un rabino, y la norma era que los rabinos tenían que tener un trabajo secular. No debían cobrar por predicar y enseñar, así es que tenían que ganarse la vida de otra manera. Los judíos honraban el trabajo. «Ama el trabajo -decían-. El que no le enseña un oficio a su hijo le hace un ladrón.» < El estudio de la Ley es excelente acompañado de un trabajo secular; porque la práctica de ambos hace que el hombre se olvide de la iniquidad; pero la mucha Ley sin trabajo acaba por fracasar y causar iniquidad.» Así es que sabemos de rabinos que practicaban toda clase de oficios. Eso quería decir que nunca se convertían en intelectuales distantes, sino que siempre sabían lo que era la vida de los trabajadores.

Pablo se nos describe como fabricante de tiendas de campaña. Tarso, su ciudad natal, estaba en Cilicia, en cuya provincia se criaban unas cabras de pelo muy apreciado, del que se hacía un paño o lona que se llamaba *cilicium*, *cilicio*, que se usaba para hacer lonas y cortinas. Es probable que ese fuera el oficio de Pablo, aunque la palabra griega quiere decir mucho

más; como, por ejemplo, curtidor o trabajador de la piel. Y Pablo debe de haber sido un buen artesano, que siempre presumía de no haberle sido carga a nadie (*1 Tesalonicenses 2:9; 2 Tesalonicenses 3:8; 2 Corintios 11:9*). Pero es probable que, cuando vinieron Silas y Timoteo, trajeron ayuda, tal vez de la iglesia de Filipos que tanto quería a Pablo, y eso le permitió dedicarse a la predicación a pleno tiempo. Fue en el año 49 d.C. cuando Claudio desterró de Roma a todos los judíos, y sería por entonces cuando Aquila y Priscila vinieron a Corinto.

Cuando Pablo más lo necesitaba, Dios le habló. Debe de haberse sentido agobiado a veces por la tarea que le esperaba en Corinto. Era hombre intensamente emotivo, y a menudo tendría sus luchas. Pero cuando Dios le da a uno una tarea, le da también el poder para realizarla. Pablo encontró el valor y las fuerzas en la presencia de Dios.

LA JUSTICIA ROMANA IMPARCIAL

Hechos 18:12-17

Cuando Galión era procónsul de Acaya, los judíos organizaron el ataque a Pablo y le llevaron al tribunal de Galión, diciendo:

-Este tipo está intentando convencer a la gente para que dé culto a Dios de una manera que no es conforme con la ley.

Cuando Pablo iba a hablar, Galión les dijo a los judíos:

-Oídmme, judíos: Si este fuera un asunto de crimen o de fraude sería razonable que os prestara atención; pero si es una cuestión de discusión acerca de palabras y nombres y acerca de vuestra ley particular, resolvedlo vosotros, porque yo no me quiero meter en esas cosas.

Y los hizo salir a la fuerza de la sala. Entonces los

judíos se apoderaron de Sóstenes, el presidente de la sinagoga, y le dieron una paliza delante mismo del tribunal de Galión; pero éste siguió manteniéndose al margen del asunto.

Como de costumbre, los judíos hicieron todo lo posible para crearle problemas a Pablo. Es probable que fuera cuando Galión acababa de hacerse cargo como procónsul cuando los judíos intentaron obligarle a actuar contra los cristianos, tratando de influenciarle antes de que se instalara del todo. Galión era famoso por su amabilidad. Séneca, su hermano, dijo de él: «Hasta los que quieren a mi hermano Galión a- más no poder, no le quieren bastante.» Y también: «Nadie ha sido nunca tan bueno con nadie como Galión lo es con todo el mundo.» Los judíos querían aprovecharse de Galión, pero él era un romano imparcial. Se daba cuenta de que Pablo y sus amigos no habían cometido ningún delito, y de que los judíos estaban tratando de utilizarle a él para sus fines. A los lados de la mesa del tribunal estaban los guardias armados de porras, y Galión les dio orden de desalojar la sala. La versión Reina-Valera traduce el final del versículo 17: «...a Galión nada se le daba de ello», que se suele tomar como que no mostró ningún interés; pero su verdadero sentido es que era absolutamente imparcial y se negaba a que le influenciaran.

En este pasaje vemos el valor indiscutible de una vida cristiana. Galión sabía que Pablo y sus amigos eran sin tacha.

El que quiera saber algo más del cordobés Galión, puede encontrar una semblanza interesante, simpática y bien documentada en el artículo de Luis de Usoz y Río, incluido en la Antología de sus obras que publicó Pleroma en 1986, titulado «Un Español en la Biblia y lo que puede enseñarnos».

LA VUELTA A ANTIOQUÍA

Hechos 18:18-23

Pablo se quedó todavía en Corinto por un tiempo considerable, pasado el cual se despidió de los miembros de la comunidad cristiana y se embarcó en dirección a Siria en compañía de Priscila y Aquila. Al llegar a Cencreas se cortó el pelo, porque había hecho voto de nazareo. Cuando llegaron a Éfeso, los dejó y fue solo a la sinagoga a hablar con los judíos. Le pidieron que se quedara más tiempo con ellos, pero él dijo que no, aunque al despedirse añadió:

-Ya volveré otra vez por aquí, si Dios quiere.

Y se marchó de Éfeso en barco.

Desembarcó en Cesarea, y de allí subió a Jerusalén, a saludar a la congregación. Luego bajó a Antioquía. Y después de pasar allí algún tiempo, hizo otro viaje recorriendo sistemáticamente las regiones de Galacia y de Frigia para confirmar en la fe a los creyentes.

Pablo volvió al punto de partida. Empezó su recorrido en Cencreas, el puerto de Corinto, desde donde fue a Éfeso. Luego fue a Cesarea, desde donde se dirigió a Jerusalén para saludar a la congregación, lo que quiere decir que iría a ver a los responsables de la iglesia de Jerusalén; después volvió a su punto de partida, que había sido Antioquía.

En Cencreas se afeitó la cabeza, porque había cumplido un voto. Cuando un judío quería dar gracias a Dios por alguna bendición, hacía el voto de nazareo (*Números 6:1-21*). Si cumplía ese voto del todo, no comía carne ni bebía vino y se dejaba crecer el pelo treinta días, al final de los cuales hacía ciertas ofrendas en el Templo, se afeitaba la cabeza y quemaba el pelo en el altar como ofrenda a Dios. Sin duda Pablo estaba pensando en la bondad de Dios para con él en Corinto, y había hecho el voto para mostrarle su gratitud.

EL TERCER VIAJE MISIONERO

La historia del tercer viaje misionero de Pablo empieza en *Hechos 18:23*. Lo primero fue ir por Galacia y Frigia confirmando a los hermanos. Luego pasó a Éfeso, donde se quedó casi tres años. De allí volvió a Macedonia; luego cruzó a Tróade y continuó hacia Mileto, Tiro, Cesarea y Jerusalén.

APOLOS ENTRA EN ESCENA

Hechos 18:24-28

Por entonces fue cuando llegó a Éfeso un cierto judío que se llamaba Apolos y -era de Alejandría. Era muy elocuente, y conocía las Escrituras afondo. Había recibido enseñanza acerca del Camino-del Señor. Era un entusiasta, y hablaba y enseñaba con exactitud la vida de Jesús; pero el único bautismo que conocía era el de Juan. Se puso a hablar con libertad y sin miedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le explicaron el Camino de Dios más a fondo.

Como Apolos quería cruzar a Acaya, la comunidad cristiana le animó a hacerlo, y escribieron a los creyentes de allí para que le recibieran bien. Una vez en Acaya, fue de gran ayuda a los que se habían convertido por la gracia de Dios, porque se le daba muy bien rebatir a los judíos en discusiones públicas demostrando por las Escrituras que Jesús era el Mesías.

El Evangelio se describe aquí como el Camino del Señor. Uno de los nombres que se le dan en *Hechos* es el Camino (9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22); lo que nos hace ver que el Evangelio es más que una doctrina: es una manera de vivir.

Apolo venía de Alejandría, donde había como un millón de

judíos. Tan importantes eran allí que dos de los cinco barrios en los que se dividía la ciudad eran judíos. Alejandría era una ciudad muy culta. Los judíos alejandrinos creían que el Antiguo Testamento había que interpretarlo alegóricamente; es decir, que, además de un sentido histórico, tenía un sentido espiritual. Por eso Apolos sería de tal ayuda para convencer a los judíos: porque sabría encontrar a Cristo en todo el Antiguo Testamento, y demostrarles que el Antiguo Testamento anunciaba la venida de Cristo.

A pesar de todo eso, había algo que no sabía Apolos: no conocía más bautismo que el de Juan. Cuando lleguemos al próximo pasaje nos daremos cuenta de lo que eso quería decir; pero ya podemos decir que Apolos veía la necesidad de arrepentimiento y de reconocer a Jesús como el Mesías, pero no sabría la Buena Noticia de que Jesús es el Salvador de todo el género humano, y que es el Espíritu Santo Quien nos aplica esa Salvación aceptada por la fe. Sabía que Jesús había dejado a sus seguidores una tarea, pero no sabía cómo los ayudaba a cumplirla. Priscila y Aquila le instruyeron más completamente; y el resultado fue que Apolos, que ya conocía a Jesús como una gran figura histórica, llegó a conocerle como una presencia viva. Como predicador crecería incalculablemente.

EN ÉFESO

Hechos 19 trata principalmente de las actividades de Pablo en Éfeso. Allí se detuvo más que en ningún otro sitio, casi tres años.

(i) Éfeso era el mercado de Asia Menor. En aquel tiempo, el comercio seguía la ruta de los ríos. Éfeso estaba en la desembocadura del Caistro, y por tanto controlaba la riqueza del interior de Asia Menor. *Apocalipsis 18:12s* nos da una descripción del comercio de Éfeso, ciudad que se conocía como «El Tesoro de Asia» y alguien ha llamado «La Feria de las Vanidades de Asia Menor».

(ii) Era donde se instalaba el tribunal del gobernador romano para juzgar los casos importantes en días señalados. Conocía por tanto la dignidad, la pompa y el poder romanos: _

(iii) Era donde se celebraban los Juegos Panjónicos, que todo el país venía a presenciar. El ser presidente y organizador de estos juegos era uno de los honores más codiciados. Los que habían alcanzado esa dignidad se llamaban *asiarcas*, término que se usa en 19:31.

(iv) Éfeso era el refugio de los criminales. El templo de Diana tenía derecho de asilo; es decir, que cualquier criminal que llegaba al área alrededor del templo estaba a salvo. Por tanto, era inevitable que Éfeso se convirtiera en el hogar de los criminales del mundo antiguo.

(v) Era un centro de superstición pagana. Era famoso por los amuletos que se conocían como «las fórmulas efesias», que garantizaban la seguridad en un viaje, tener hijos a los estériles, éxito en el amor y en los negocios. Había personas que venían de muy lejos para comprar esos pergaminos mágicos que luego llevaban como amuletos.

(vi) La mayor gloria de Éfeso era el templo de Artemisa, a la que los romanos llamaban Diana. Este templo era una de las Siete Maravillas del Mundo. Tenía 425 pies de largo por 220 de ancho y 60 de alto. Tenía 127 pilares, cada uno regalo de un rey, de reluciente mármol pario, 36 de ellos con incrustaciones y adornos de oro. El altar mayor había sido esculpido por Praxiteles, el más famoso de los escultores griegos. La imagen de Artemisa no era precisamente hermosa; era negra, achaparrada, con muchos senos que representaban la fertilidad; era tan antigua que nadie sabía de dónde había venido ni de qué material estaba hecha. Se decía que había caído del cielo.

UN CRISTIANISMO INCOMPLETO

Hechos 19:1-7

Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo fue a Éfeso por tierra. Allí conoció a un grupo de creyentes, a los que preguntó:

- ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando os convertisteis?

- No -le respondieron- ; ni siquiera sabemos qué es eso del Espíritu Santo.

- ¿Qué clase de bautismo recibisteis? -les preguntó otra vez.

- El de Juan -le respondieron.

- El bautismo de Juan -les explicó Pablo- era una señal de arrepentimiento. Pero Juan le dijo a la gente que tenían que creer en el Que venía detrás de él, es decir, en Jesús.

Cuando oyeron el Evangelio completo fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús, y Pablo les impuso las manos y el Espíritu Santo vino sobre ellos, y se pusieron a hablar en otras lenguas y a profetizar. Eran unas doce personas.

Pablo se encontró en Éfeso con unos creyentes que se habían quedado a la mitad del camino. Parece ser que habían sido seguidores de Juan el Bautista, pero no habían conocido a Cristo. Habían recibido el bautismo de Juan, pero ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo en el sentido cristiano.

¿Qué diferencia había entre el bautismo de Juan y el bautismo en el nombre de Jesús? Los relatos acerca de Juan (*Mateo 3: 7-12; Lucas 3: 3-11*) revelan una diferencia fundamental entre su predicación y la de Jesús. La predicación de Juan era el anuncio del juicio de Dios, mientras que la de Jesús era la Buena Noticia de la Salvación. La predicación de Juan era una

etapa del camino. Él mismo **sabía que tenía que** señalar a Uno Que estaba por venir (*Mateo 3:11; Lucas 3:16*).

La predicación de Juan era la primera etapa de las dos que componen la vida espiritual. La primera es el darnos cuenta de nuestra condición natural y de que merecemos la condenación de Dios. Esta convicción lleva consigo un esfuerzo para mejorar, que fracasa inevitablemente porque sólo se apoya en nuestras fuerzas. La segunda es cuando llegamos a ver que la gracia de Jesucristo nos ofrece la Salvación de la condenación. Esta etapa conlleva el descubrimiento de que nuestros esfuerzos por mejorar reciben la ayuda de la obra del Espíritu Santo, Que nos permite hacer lo que no podíamos hacer solos.

Estos creyentes incompletos conocían la condenación y el deber moral de mejorar; pero no conocían la gracia de Cristo y la ayuda del Espíritu Santo. Su religión era una lucha infructuosa; no los conducía a un estado de paz.

Este incidente nos muestra una gran verdad: que sin el Espíritu Santo no existe el Evangelio completo. Aunque reconozcamos el error de nuestro camino y nos arrepintamos y queramos cambiar, sólo podremos cambiar con la ayuda del Espíritu Santo Que Dios nos da como adelanto de todo lo que Cristo ha ganado para nosotros y nos ofrece en el Evangelio.

LAS OBRAS DE DIOS

Hechos 19:8-12

Pablo fue también a la sinagoga, y se pasó tres meses discutiendo valientemente para convencer a los judíos de la realidad del Reino de Dios y para que se decidieran a aceptarlo. Pero algunos que estaban empeñados en no creer se pusieron a burlarse del Camino delante de toda la congregación; y entonces Pablo se marchó, llevándose consigo a los que habían creído y estaban aprendiendo más, y continuó los debates a diario en la

academia de un tal Tirano. Así siguió durante dos años, con el resultado de que todos los judíos y prosélitos griegos que vivían en la provincia de Asia tuvieron oportunidad de escuchar el Evangelio. Dios usaba a Pablo para hacer milagros extraordinarios, de tal manera que hasta los pañuelos y los delantales que habían estado en contacto con la piel de Pablo se los llevaban a los enfermos y se curaban, y los poseídos quedaban liberados.

Cuando resultó imposible el trabajo en la sinagoga a causa de la sucia oposición de algunos; Pablo se mudó a la academia de un filósofo que se llamaba Tirano. Un manuscrito griego aporta un detalle que suena a testimonio presencial. Dice que Pablo daba conferencias en esa academia de 11 de la mañana a 4 de la tarde, y podemos suponer que sería porque a otras horas del día Tirano usaba sus locales. En las ciudades de Jonia se interrumpía el trabajo a las 11 de la mañana y no se continuaba hasta media tarde a causa del calor. Se dice que habría más gente durmiente en Éfeso a la 1 de la tarde que a la 1 de la noche. Lo que Pablo haría sería trabajar en su oficio las mismas horas que todo el mundo y predicar al mediodía. Esto nos presenta dos cosas: lo dispuesto que estaba Pablo a predicar, y lo interesados que estaban los oyentes. El único tiempo de que disponían era cuando todos los demás iban a comer y a dormir la siesta, y lo usaban responsablemente. Esto nos avergüenza de nuestras discusiones acerca de las horas inconvenientes para las reuniones de estudio bíblico y oración.

En este tiempo pasaban cosas maravillosas. Lo que hemos traducido como *pañuelos* se los ponían los trabajadores en la frente para que no les cayera el sudor; y los *delantales* eran como unas fajas con las que se ceñían los trabajadores y los esclavos. Es muy significativo que no se nos dice que Pablo hiciera milagros, sino que Dios los hacía por medio de Pablo. Dios, ha dicho alguien, siempre está buscando manos para usarlas. No podemos hacer milagros con nuestras manos, pero Dios sí.

LA PUNTILLA A LA SUPERSTICIÓN

Hechos 19:13-20

Algunos de los exorcistas judíos itinerantes se atrevieron a invocar el nombre del Señor Jesús para expulsar a los demonios, usándolo como una fórmula de encantamiento:

- ¡Os conjuramos por Jesús, el que predica Pablo!

Había siete hijos de un tal Esceva, que era una de las familias sacerdotales importantes, que lo hacían; pero una vez, el espíritu malo les contestó:

- ¡Sé quién es Jesús, y también sé de Pablo! Pero, ¿quiénes sois vosotros?

Y el poseído se lanzó contra ellos, y los dominó y pudo más que ellos, hasta tal punto que tuvieron que salir huyendo de la casa desnudos y heridos.

Cuando supieron la cosa todos los judíos y los griegos que vivían en Éfeso se llenaron de miedo, y el nombre del Señor Jesús se tuvo por una cosa extraordinaria. Muchos de ellos aceptaron el Evangelio, y vinieron a confesar los errores que habían practicado y a revelar los secretos de sus encantamientos. Muchos de los que habían practicado la brujería trajeron sus libros y los quemaron públicamente. Cuando se calculó su precio, se dijo que llegaba a más de las cincuenta mil piezas de plata.

Así iba extendiéndose el Evangelio poderosamente y haciéndose maravillosamente eficaz.

Este es un cuadro lleno de color local de la escena de Éfeso. En aquel tiempo todo el mundo creía que las enfermedades, sobre todo las mentales, las causaban espíritus malos que se introducían en el cuerpo. El exorcismo era una práctica reconocida. Si el exorcista sabía el nombre de un espíritu más poderoso que el que había hecho su residencia en aquella pobre persona, se podía mandar al intruso que saliera en el nombre

del más poderoso. Estas prácticas no han desaparecido del todo en este «siglo de las luces». La mente humana es sumamente misteriosa todavía, y hasta prácticas supersticiosas tienen a veces resultados por la misericordia de Dios.

Cuando algunos charlatanes trataron de usar el nombre de Jesús, empezaron a suceder cosas alarmantes. El resultado final fue que muchos de los farsantes, y hasta es posible que de los sinceramente equivocados, comprendieron su error. Nada muestra tan claramente la realidad del cambio como el hecho de que, en el Éfeso presa de la superstición, estuvieran dispuestos a quemar los libros y amuletos que les habían resultado tan rentables. Nos dan ejemplo con su rompimiento total aun de aquellas cosas con las que se ganaban la vida. No cabe duda de que muchos de nosotros odiamos nuestros pecados pero, o no podemos dejarlos, o lo hacemos con vacilaciones y nostalgia. Hay casos en los que hace falta un corte radical.

EL PROPÓSITO DE PABLO

Hechos 19:21s

Después de estos sucesos, el Espíritu Santo guió a Pablo a trazar el plan de un viaje por Macedonia y Acaya para terminar en Jerusalén.

Después de ir allí -se dijo-, debo visitar también Roma.

Envió por delante a Macedonia a dos de sus colaboradores, Timoteo y Erasto, mientras él se quedaba todavía por algún tiempo en Asia.

Lucas nos insinúa aquí brevemente algo que encontramos ampliado en las cartas de Pablo. Nos dice que Pablo se propuso ir a Jerusalén. Allí la iglesia era muy pobre, y Pablo se había hecho el plan de recoger una colecta en todas las iglesias gentiles para ayudarla. Encontramos referencias a esta colecta

en *1 Corintios 16:1 ss*; *2 Corintios 8 y 9*, y *Romanos 15: 25s*. Pablo siguió adelante con este proyecto por dos razones. La primera, porque quería subrayar la unidad de la Iglesia de la manera más práctica. Quería demostrar que todos pertenecían al Cuerpo de Cristo, y que cuando una parte del Cuerpo sufre, el resto debe ayudar. En otras palabras: quería sacarlos de un interés exclusivamente congregacional y darles una visión de la Iglesia universal de la que formaban parte. Y en segundo lugar, quería darles una lección de caridad cristiana. Sin duda sabían de las privaciones de la iglesia de Jerusalén, y lo sentían. Pablo quería enseñarles que ese sentimiento se tenía que traducir en obras. Estas dos lecciones son hoy tan válidas y necesarias como entonces y siempre.

EL ALBOROTO DE ÉFESO

Hechos 19:23-41

*Por aquel tiempo el Camino se vio involucrado en una violenta conmoción. Había un tal Demetrio, que era platero y hacía modelos de plata del templo de Artemisa con lo cual proporcionaba pingües ganancias a los artífices. Este Demetrio convocó **una reunión de todos** los del gremio y similares, y les dijo:*

-Camaradas, todos sabéis muy bien que nuestras ganancias dependen de este negocio. Y estáis viendo y oyendo con vuestros propios ojos y oídos que el tipo ese, Pablo, no sólo en Efeso sino prácticamente por toda Asia, está comiéndole el coco a mucha gente para que cambie totalmente de ideas, porque dice que los dioses que se hacen con las manos ni son dioses ni son nada. Y esto no sólo supone un grave peligro de que se desacredite nuestro negocio, sino también de que el templo de la gran diosa Artemisa pierda importancia, y que la

que venera Asia y todo el mundo civilizado sea despojada de su majestad.

Cuando oyeron aquello se pusieron frenéticos, y empezaron a gritar:

- ¡Viva la gran Artemisa de los efesios!

La confusión se extendió por toda la ciudad. Prendieron a Gayo y Aristarco, compañeros macedonios de Pablo, y los arrastraron hasta el teatro romano de la ciudad. Pablo quería salir a presentarse a la multitud, pero los hermanos no le dejaron. Algunos de los asiarcas que eran sus amigos también le mandaron recado de que no se arriesgara de ninguna manera a salir al teatro. Mientras tanto, la gente estaba en completa confusión, porque unos decían una cosa y otros otra, y la mayor parte no sabían a qué carta quedarse ni para qué habían ido allí.

Algunos de la concurrencia sospecharon que todo aquel jaleo tenía que ser cosa de Alejandro, porque los judíos le estaban empujando para que saliera. Alejandro quería hablara la gente en su propia defensa, así es que hizo señas para que se callaran. Pero cuando se dieron cuenta de que era judío, se pasaron casi dos horas gritando desafortadamente a una:

- ¡Viva la gran Artemisa de los efesios!

Cuando el secretario de la ciudad consiguió calmar a la multitud, dijo:

- ¡Efesios! ¿Quién es el que no sabe que la ciudad de Éfeso es la guardiana del templo de la gran Artemisa y de su gran imagen que cayó del cielo? Eso no lo niega nadie. Así que calmaos y no hagáis insensateces. Habéis traído aquí a estos hombres que no son culpables ni de sacrilegio ni de blasfemar de nuestra diosa. Si Demetrio y compañía tienen algo que alegar contra alguien, para eso están las audiencias y los procónsules. ¡Que se querellen allí! Y en cuanto a todos vosotros, si tenéis algo que reclamar, que se decida en asamblea legalmente constituida; porque estamos corriendo peligro de que se acuse de alterar el orden público por lo que ha pasado aquí hasta ahora, porque no hay razón que podamos dar de todo este jaleo.

Y con estas palabras despidió a la multitud.

Este relato tan emocionante arroja mucha luz sobre sus personajes. En primer lugar, Demetrio y los plateros. El problema era que aquello les llegaba a lo más sensible: el bolsillo. Es verdad que aseguraban que les importaba el honor de Artemisa; pero lo que más les preocupaba eran sus ingresos. Los turistas que visitaban Éfeso querían llevarse un *souvenir* a sus casas, algo así como los templecillos de plata que eran reproducciones del gran templo de Artemisa. El Evangelio estaba avanzando tanto que ponía en peligro aquel negocio.

En segundo lugar, tenemos al personaje que la versión Reina-Valera llama < el escribano », y que era más que eso: guardaba los libros de registro, confeccionaba el orden del día de las asambleas, y estaba a cargo de la correspondencia oficial. Le preocupaba el peligro de un tumulto. Roma era comprensiva con todo menos con los desórdenes. El que se produjera un disturbio en una ciudad romana podía ser causa de que los magistrados responsables perdieran el puesto. Es verdad que aquel personaje salvó a Pablo y a sus compañeros, pero lo hizo para salvar su propio pellejo.

Y en tercer lugar, tenemos a Pablo. Quería dar la cara ante la multitud, pero no le dejaron. Era un hombre que no conocía el miedo. Para los plateros y el secretario lo primero era su propia seguridad; pero para Pablo eso era lo último.

HACIA JERUSALÉN

Hechos 20:1-6

Cuando se calmó el alboroto, Pablo mandó llamar a los creyentes para darles ánimo. Luego se despidió de ellos con un abrazo y se puso en camino para Macedonia. Recorrió todas aquellas regiones dedicando tiempo a hablar con los hermanos para animarlos, y prosiguió su viaje hacia Grecia. Allí se detuvo tres meses; pero, en vista de que los judíos estaban preparándole una emboscada para cuando se embarcara para Siria, decidió volverse por Macedonia. Le acompañaban Sópatro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe y Timoteo; y Tíquico y Trófimo, de Asia. Todos estos se nos adelantaron y nos esperaron en Tróade, y nosotros nos embarcamos en Filipos después de la semana de Pascua y los alcanzamos en Tróade, donde pasamos otra semana.

Ya hemos visto que Pablo se había propuesto hacer una colecta de todas las iglesias para la de Jerusalén, e hizo aquel viaje y pasó por Macedonia para recibir sus ofrendas. Aquí tenemos otro ejemplo de lo mucho que ignoramos y nunca sabremos de la vida de Pablo. El segundo versículo nos dice que después de recorrer todas aquellas regiones llegó a Grecia. Probablemente fue entonces cuando visitó Iliria (*Romanos 15:19*). En pocas palabras se nos resumen los viajes y aventuras de todo un año.

El versículo 3 nos dice que, cuando Pablo estaba a punto de embarcarse en Grecia para Siria, se descubrió el plan de un atentado de los judíos contra él, por lo que cambió de ruta y se fue por tierra. Es muy probable que lo que sucedió fuera lo siguiente: era frecuente que zarparan barcos judíos de puertos extranjeros para Siria, para los peregrinos que iban a pasar la Pascua en Jerusalén; y es probable que Pablo hubiera pensado ir en uno de esos barcos. Allí hubiera sido la cosa más fácil del mundo para los fanáticos judíos hacer desaparecer a Pablo por la borda y que nunca se supiera más de él. Pablo iba siempre con la vida en las manos.

En el versículo 4 tenemos la lista de los compañeros de viaje de Pablo. Estos hombres deben de haber sido los delegados de las diferentes iglesias para llevar sus ofrendas a Jerusalén. Estaban demostrando en aquellos primeros tiempos que la Iglesia es una unidad, y la necesidad de una parte es la oportunidad para las otras (*2 Corintios 8:13-IS*).

En el versículo 5 la narración cambia de la tercera persona a la primera de plural, lo que quiere decir que Lucas vuelve a estar presente, y que lo que tenemos delante es el relato de un testigo ocular. Lucas nos dice que salieron de Filipos «pasados los días de los panes sin levadura» (R-V), que empezaban el día de la Pascua y duraban una semana, en la que los judíos tomaban pan cocido sin levadura en recuerdo de la salida de Egipto. Esa semana era la primera después del equinoccio de primavera, como es ahora la Semana Santa.

EL JOVEN QUE SE DURMIÓ

Hechos 20:7-12

El sábado por la tarde nos reunimos para una cena congregacional. Pablo, que tenía que marcharse al día siguiente, se puso a hablar a los presentes y se así estuvieron hasta la medianoche. Había muchas teas en el piso de arriba donde estábamos reunidos. Un chico que se llamaba Eutico estaba sentado en el alféizar de la ventana; y mientras Pablo seguía hablando se fue quedando dormido hasta que le venció el sueño y se cayó desde el tercer piso, y cuando le levantaron estaba muerto. Pablo bajó y le apretó con sus brazos y se echó sobre él, mientras decía:

-Que se tranquilicen todos, que está vivo.

Más tarde volvió Pablo al piso de arriba y participó de la cena con los demás. Siguió hablando con ellos hasta la madrugada, y luego se marchó. En cuanto al chico, se le llevaron vivo, con gran alivio de todos.

Esta historia real tiene todas las de ser el relato de un testigo presencial, y es uno de los primeros que tenemos de un culto cristiano.

En la Iglesia primitiva había dos actos íntimamente relacionados. Uno era lo que llamaban la Fiesta del Amor, en la que todos participaban, y que era una comida congregacional, probablemente la única comida decente que muchos pobres y esclavos harían en toda la semana. Los hermanos comían juntos en amor y armonía. El otro acto era la Cena del Señor, que se celebraba durante la Fiesta del Amor o a continuación. Es posible que hayamos perdido algo de gran valor al prescindir en muchas iglesias de la comida congregacional. Era una expresión excelente del ambiente familiar de la iglesia.

Todo esto sucedió por la noche, probablemente porque era el único tiempo en que podían estar presentes los esclavos y los trabajadores; y eso explica también el problema de Eutico. Estaba oscuro, y hacía calor bajo el bajo techo del piso de arriba. Las muchas lámparas, probablemente teas, formaban una atmósfera pesada. Eutico, sin duda, había estado trabajando todo el día antes de venir a la reunión, y estaba cansado. Se sentó en el alféizar de la ventana buscando el aire fresco; pero, claro, entonces

las ventanas no tenían cristales ni rejas. El cansado Eutico, dominado por la atmósfera recargada, sucumbió al sueño y cayó al patio exterior. No tenemos por qué suponer que Pablo se hubiera enrollado más de la cuenta; probablemente había otros que tomaban parte, y se dialogaba. Cuando algunos de los presentes bajaron por la escalera exterior y se encontraron con que el chico no reaccionaba, no se podrían contener, y se pondrían a lamentar y llorar a la manera oriental. Pero Pablo les dijo que se controlaran, porque todavía estaba vivo. Lo que se nos dice que Pablo hizo al apretarle contra su propio cuerpo o echarse sobre él nos recuerda la escena del profeta Elías con el hijo de la viuda en 1 Reyes 17:21. Pablo no subiría inmediatamente con la mayoría, sino se quedaría para asegurarse de que Eutico se había recuperado totalmente de la caída.

Hay una atmósfera muy simpática en este sencillo cuadro. Nos da la impresión de una reunión de familia, más que de un culto de ahora en la iglesia. Es posible que los cultos hayan ganado en solemnidad; pero, ¿no habrá sido a costa de perder la atmósfera de familia?

LAS ETAPAS DEL CAMINO

Hechos 20:13-16

Los del equipo de Pablo nos adelantamos y zarpamos para Aso, donde tenía que embarcarse Pablo con nosotros. Ese era su plan porque quería ir hasta allí por tierra. Cuando se reunió con nosotros en Aso, le recibimos a bordo y seguimos para Mitilene. Al día siguiente nos encontrábamos frente a Quíos; al otro día fuimos costeano frente a Samos, y al otro desembarcamos en Mileto, porque Pablo había decidido pasar de largo Éfeso para no entretenerse en Asia y llegar lo más pronto posible a Jerusalén, donde pensaba encontrarse para Pentecostés.

Como Lucas estaba con Pablo, podemos seguir el viaje casi de día a día y paso a paso. Aso estaba a 35 kilómetros de Tróade por tierra y a 50 por mar, porque había que rodear el cabo Lectum arrostrando los fuertes vientos dominantes del Nordeste. Pablo tenía tiempo de sobra para hacer el viaje a pie y que le recogieran en Aso. Tal vez quería estar solo para templar su espíritu para los días por delante. Mitilene estaba en la isla

de Lesbos, Quío en Samos y Mileto a 40 kilómetros al Sur de Éfeso en la desembocadura del río Meandro.

Ya hemos visto que Pablo hubiera querido estar en Jerusalén para la Pascua y que fue la conspiración de los judíos lo que se lo impidió. Pentecostés era siete semanas después, y Pablo quería llegar para esa gran fiesta. Aunque Pablo no estaba sujeto a la Ley de Israel, probablemente las fiestas ancestrales le eran muy queridas, como posiblemente a los cristianos judíos. Pablo era el apóstol de los gentiles, y los judíos le odiaban; pero en su corazón no había nada más que amor hacia ellos.

Muchas iglesias siguen recordando y celebrando estas fiestas, pero no ya por su sentido del Antiguo Testamento, sino por su cumplimiento en el Nuevo: la redención del Pueblo de Dios de la cautividad del pecado mediante la Pasión y Resurrección del Cordero de Dios que vino a llevar el pecado del mundo, y la promulgación del Nuevo Pacto con la venida del Espíritu Santo y el nacimiento de la Iglesia Cristiana.

UNA DESPEDIDA TRISTE

Hechos 20:17-38

Desde Mileto, Pablo mandó recado a los ancianos responsables de la iglesia de Éfeso para que vinieran a verle. Cuando se reunieron, Pablo les dijo:

-Vosotros me sois testigos de la clase de vida que he llevado todo el tiempo que he estado con vosotros desde el primer día que puse los pies en Asia. Vosotros sabéis cómo he servido al Señor, con toda sencillez y con mucho sufrimiento en medio de todas las adversidades que he tenido que arrostrar por las asechanzas de los judíos. Y sabéis también que no he dejado de decir nada de lo que era para vuestro bien, y de impartiros enseñanzas tanto públicamente como de casa en casa.

Vosotros sabéis que no he hecho más que insistir a judíos y a gentiles en la necesidad de volver a Dios con verdadero arrepentimiento y de aceptar por la fe a Jesús como Señor. Ahora vuelvo a Jerusalén porque el Espíritu no me permite hacer otra cosa. No sé lo que me va a suceder allí. Lo único que sé es que, en todos los pueblos por los que paso, el Espíritu Santo no me deja la menor duda de que allí me esperan cárceles y problemas. Pero yo no pienso que mi vida tiene la menor importancia ni la considero de ningún valor, con tal que pueda terminar la carrera y cumplir la tarea que me ha asignado el Señor Jesús, que es dar testimonio de que la Buena Nueva de la gracia de Dios es verdad. Ahora sé que no me vais a volver a ver ninguno de vosotros, entre los que he estado predicando el Reino. Y quiero que conste en acta que no me considero responsable de que se pierda ningún alma, porque no me he resistido a anunciaros el plan de Dios en su totalidad. Tened cuidado de vuestra propia vida espiritual, y también del rebaño del que os ha puesto a cargo el Espíritu Santo. Consagraos totalmente como pastores que sois de la Iglesia de Dios, que Él ha adquirido para Sí al precio de la sangre del Que es suyo propio. Porque sé que después de mi marcha se introducirán entre vosotros lobos salvajes que no tendrán compasión del rebaño, y hasta de entre vuestros mismos miembros surgirán algunos que predicarán una versión pervertida de la verdad con el propósito de seducir a los creyentes para que dejen de ser fieles y los sigan a ellos. Por eso tenéis que estar en guardia sin dejaros vencer por el sueño. Por eso, supongo que lo recordáis, me he pasado tres años sin dejar de daros con lágrimas a cada uno de vosotros el consejo que os mantuvo fieles. Ahora os dejo al cuidado de Dios y del Mensaje de su gracia, Que es el Que os puede edificar y haceros participar de la bendición de todos los que están consagrados a Él. Yo no me he querido quedar con el dinero ni con las alhajas de nadie. De sobra sabéis que me he ganado la vida con estas manos no sólo para mí sino para mis compañeros. Siempre os he dado ejemplo de que hay que trabajar para ayudar a los necesitados. Debemos recordar siempre las palabras del Señor Jesús y no olvidarnos de que fue Él Quien dijo: «Es más feliz el que da que el que recibe.» Después de hablarles, Pablo se puso de rodillas para orar con todos ellos. Todos los presentes lloraron conmovidos y no se cansaban de abrazar y besar a Pablo con mucho amor. Lo que más les dolió fue que les dijera que no le iban a volver a ver. Y después le acompañaron al barco.

No podemos hacer un análisis completo de un discurso de despedida tan emotivo, pero hay cosas que resaltan en él.

Lo primero es que Pablo dice ciertas cosas acerca de sí mismo: (i) *Había hablado sin miedo.* Les había comunicado todo el plan de Dios sin buscar ni la admiración ni el favor de nadie. (ii) *Había vivido independientemente.* Había cubierto sus necesidades y las de sus compañeros con su trabajo, y aun había podido ayudar a los necesitados. (iii) *Había afrontado el futuro con nobleza.* Era cautivo del Espíritu Santo, y en esa confianza se arriesgaba a lo que el futuro le tuviera reservado.

Pablo exhorta a sus amigos. (i) Les recuerda *su deber.* Eran los encargados del rebaño de Dios. Esa no era una obligación que ellos habían elegido, sino para la que habían sido elegidos. Los siervos del Buen Pastor tienen que ser buenos pastores del rebaño. (ii) Les recuerda los *peligros.* El contagio del mundo siempre amenaza. Donde está la verdad, la falsedad ataca. Tendrían una guerra constante para mantener intacta la fe y la iglesia pura.

En toda la escena se respira un afecto tan profundo como puede albergar el corazón humano. Ese sentimiento debe estar presente en todas las iglesias; porque cuando muere el amor la obra de Cristo no puede más que secarse.

SIN VUELTA ATRÁS

Hechos 21:1-16

Cuando conseguimos separarnos de ellos y hacernos a la vela, navegamos derechamente a Cos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara. Allí encontramos un barco que estaba a punto de zarpar para hacer la travesía a Fenicia, y nos embarcamos y zarpamos. Avistamos Chipre a babor y seguimos hacia Siria, arribando por último a Tiro, donde el barco tenía que descargar.

Allí encontramos a los creyentes locales y nos quedamos con ellos una semana. Movidos por el Espíritu Santo le decían a Pablo que no siguiera el viaje hacia Jerusalén. Cuando se nos acabó el tiempo disponible salimos para continuar el viaje. Todos los creyentes nos acompañaron hasta las afueras de la ciudad con sus mujeres y niños. En la playa nos pusimos de rodillas para orar. Luego nos abrazamos, y nosotros nos embarcamos y ellos se volvieron a sus casas.

Una vez terminado nuestro viaje por mar de Tiro a Tolemaida, saludamos a la comunidad cristiana allí y nos quedamos con ellos hasta el día siguiente, cuando partimos para Cesárea. Allí nos dirigimos a la casa del evangelista Felipe, que era uno de los Siete, donde nos alojamos. Tenía cuatro hijas solteras que eran profetisas.

Cuando estábamos allí con ellos unos días, bajó de Judea un profeta que se llamaba Agabo. Éste se dirigió a nosotros, tomó el cinto de Pablo, se ató las manos y los pies con él, y dijo:

-El mensaje del Espíritu Santo es que así será como atarán los judíos al varón cuyo es este cinto, y le entregarán en manos de los paganos.

Cuando lo oímos, tanto nosotros como los creyentes locales nos pusimos a pedirle a Pablo que no subiera a Jerusalén; pero él nos replicó:

- ¿A santo de qué os ponéis a llorar y a estrujarme el corazón? ¡Estoy listo, no sólo a que me metan en la cárcel, sino a que me maten en Jerusalén por pertenecer al Señor Jesús!

Como vimos que no había manera de convencerle, no pudimos más que decir:

- ¡Que sea lo que Dios quiera!

Cuando se nos acabó el tiempo en Cesarea, después de hacer los preparativos, emprendimos el viaje de subida a Jerusalén. Vinieron con nosotros algunos de los miembros de la comunidad de Cesarea para acompañarnos a casa de un tal Mnason, de Chipre, que era de los primeros cristianos, donde nos íbamos a hospedar.

El relato se acelera, y se cierne una atmósfera de tormenta amenazadora al acercarse Pablo a Jerusalén. Dos cosas sobresalen aquí: (i) La inquebrantable decisión de Pablo de seguir adelante sin importarle lo que le pudiera esperar. Nada podía ser más definitivo que la advertencia de los discípulos de Tiro y la de Agabo en Cesarea; pero nada iba a desviar a Pablo de su plan. En uno de los asedios de la Guerra Civil española, algunos de la guarnición querían rendirse; pero uno de los camaradas dijo: «Prefiero morir de pie a vivir de rodillas.» Así era Pablo. (ii) Tenemos el dato maravilloso de que, dondequiera que fuera, Pablo encontraba una comunidad cristiana encantada de recibirle. Si era verdad en los días de Pablo, no lo es menos en los nuestros. Una de las grandes ventajas de pertenecer a la iglesia es el hecho de que, no importa dónde vaya uno, puede estar seguro de encontrar una comunidad de personas como él que le reciban con amor. El que pertenece a la familia de la fe encuentra amigos en todo el mundo.

Agabo es un tipo interesante. Los profetas de Israel tenían la costumbre de dramatizar el mensaje cuando las palabras podían ser insuficientes. Encontramos algunos ejemplos en *Isaías 20:3, 4; Jeremías 13:1-11; 27:2; Ezequiel 4; 5:1-4; 1 Reyes 11:29-31.*

COMPROMISO EN JERUSALÉN

Hechos 21:17-26

Cuando llegamos a Jerusalén, la comunidad cristiana nos recibió con alegría, y al día siguiente Pablo nos llevó a hacerle una visita a Santiago. Allí estaban todos los ancianos responsables. Después de saludarlos, Pablo les contó detalladamente todo lo que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su ministerio. Cuando lo oyeron, dieron gloria a Dios y le dijeron:

- Hermano, ya ves cuántos miles de judíos han aceptado a Cristo, y todos siguen siendo fieles cumplidores de la Ley. Pero por aquí han corrido rumores de que aconsejas a los judíos que viven entre los gentiles que renieguen de Moisés, y que dejen de circuncidar a sus hijos y de seguir nuestras costumbres ancestrales. ¿Qué crees que podemos hacer? Porque se van a enterar de que has llegado a Jerusalén. Tenemos una sugerencia que hacerte, que te rogamos tengas en cuenta. Hay aquí cuatro que han hecho un voto voluntario: llévatelos, y únete a ellos en sus purificaciones rituales, pagando sus gastos; así podrán cumplir el voto afeitándose la cabeza. Así se dará cuenta todo el mundo de que los rumores que han oído acerca de ti son infundados y que, por el contrario, tú también guardas la Ley y te riges por ella. En cuanto a los gentiles que se han convertido, ya les hemos comunicado por escrito nuestra decisión de que se deben abstener de carne de animales sacrificados- a los ídolos, o de los que no hayan sido debidamente desangrados o hayan muerto estrangulados, y que se guarden de la inmoralidad sexual.

Y así lo hizo Pablo: se llevó a aquellos hombres, y al día siguiente se sometió a los ritos de purificación con ellos, y luego entraron en el Templo para dar cuenta de la fecha en que se cumpliría el tiempo de la purificación y se harían los sacrificios de rigor por cada uno de ellos.

Cuando Pablo llegó a Jerusalén, le planteó un problema a la iglesia. Los responsables le recibieron bien, y reconocieron que Dios había obrado por medio de él; pero habían circulado rumores de que Pablo animaba a los judíos del extranjero a abjurar de su fe tradicional, cosa que él no había hecho. Era verdad que enseñaba que la Ley de Israel no se les podía aplicar *a los gentiles*; pero nunca había hecho nada para apartar *a los judíos* de las costumbres de sus antepasados.

A los responsables se les ocurrió algo para que Pablo demostrara públicamente su ortodoxia. Cuatro hombres estaban a la mitad de cumplir un voto de nazareos, que se hacía para dar gracias a Dios por algún favor especial. Suponía no comer carne ni beber vino ni cortarse el pelo en treinta días. Parece que, por lo menos en algunos casos, había que pasar los últimos siete días en el recinto del Templo, y al final había que hacer ciertas ofrendas: un cordero de un año como ofrenda por el pecado, un carnero como ofrenda de paz, una cesta de panes sin levadura, tortas de harina con aceite y una ofrenda de carne y de bebida. Por último tenían que afeitarse el pelo y quemarlo en el altar con el sacrificio. Está claro que era un voto caro: tenían que dejar de trabajar y comprar todos los elementos del sacrificio. Estaba por encima de las posibilidades de muchos que querían hacerlo,

y por eso era una obra meritoria el costear los gastos de otra persona. Eso es lo que le pidieron a Pablo que hiciera con aquellos cuatro, y él estuvo dispuesto. De esta manera demostraría ante todo el mundo que era un fiel cumplidor de la Ley.

No nos cabe duda de que aquello le resultaría desagradable. Pero ahí está su grandeza: en subordinar sus propios deseos y puntos de vista al bien de los demás. Hay casos en los que llegar a un compromiso no es señal de debilidad, sino de fuerza.

UNA DENUNCIA MALICIOSA

Hechos 21:27-36

Cuando estaba para cumplirse la semana que requería la purificación, unos judíos de Asia vieron a Pablo en el Templo y alborotaron a toda la gente que estaba allí y le echaron mano a Pablo mientras gritaban:

- ¡A mí los israelitas! ¡Este tipo es el que anda enseñando por todas partes cosas en contra del pueblo de Dios y de la Ley y del Templo! ¡Y además ha metido a paganos en el lugar santo para profanarlo!

Le acusaron de eso porque le habían visto por la ciudad en compañía del efesio Trófimo, y supusieron que Pablo le había introducido en el Templo. En consecuencia, toda la ciudad se alteró, y hubo una gran aglomeración de gente. Agarraron a Pablo y le sacaron a rastras del Templo, cerrando tras sí las puertas.

Estaban a punto de lincharle cuando informaron al oficial al frente de la compañía de guardia que se había levantado toda la ciudad de Jerusalén. Inmediatamente formó a unos soldados y centuriones y se lanzaron calle abajo al lugar del conflicto. Cuando los vio la multitud dejaron de apalear a Pablo. El oficial se le acercó, le detuvo y mandó que le aseguraran con dos cadenas, mientras preguntaba:

- ¿Quién es, y qué es lo que ha hecho?

Entre la gente, unos gritaban una cosa y otros otra; y como no podía saber de qué se trataba a causa del jaleo, mandó que llevaran a Pablo al cuartel. Al llegar a la escalinata, la gente había dejado a Pablo en tal estado que los soldados tuvieron que llevarle a cuestras, mientras la multitud los seguía gritando:

- ¡Muera!

El que Pablo accediera a la sugerencia de los responsables de la Iglesia de Jerusalén acabó en un desastre. Era el tiempo de Pentecostés, y había una gran aglomeración de judíos de todas partes; entre ellos, unos de Asia, que sin duda sabían lo eficaz que había sido allí el trabajo de Pablo, le habían visto por la ciudad con Trófimo, a quien probablemente conocían. Otros enemigos de Pablo sin duda tuvieron también tiempo para preparar su ataque, ya que la cuestión del voto había hecho que Pablo estuviera con frecuencia en el Templo. La falsa acusación de que Pablo había introducido a un pagano en el Templo nos da la impresión de no haber sido improvisada en el momento, sino urdida con cuidado y premeditación.

Trófimo era un gentil, y el que entrara un gentil en el Templo era una cosa terrible. Los gentiles podían entrar en el Atrio de los Gentiles; pero entre ese y el Atrio de las Mujeres había una barrera con carteles que anunciaban: «Ningún extranjero puede pasar la balaustrada o la reja que rodea el Templo bajo pena de muerte.» Hasta los romanos tomaban esto tan en serio que este era el único crimen por el que consentían que los judíos dictaran y aplicaran la sentencia de muerte.

Los judíos de Asia, y probablemente otros, pasaron a acusar a Pablo de violar la Ley, insultar al pueblo escogido y profanar el Templo, y provocaron su linchamiento. En el extremo noroccidental del área del Templo estaba la Torre Antonia, que había construido Herodes el Grande. En las grandes fiestas, cuando la atmósfera estaba más inflamable, había una guardia de una cohorte de mil soldados. Roma consideraba cualquier alteración del orden público un pecado imperdonable, tanto para el populacho que lo protagonizaba como para el comandante que lo consentía. El comandante se enteró de que algo estaba pasando, y se lanzó con sus tropas al lugar del conflicto. Para seguridad de Pablo le arrestó y le encadenó por los brazos a dos soldados. En aquel jaleo el comandante no pudo sacar una idea clara de la chusma exaltada, y los soldados tuvieron que llevar a Pablo al cuartel en volandas por la actitud amenazadora de la multitud, o tal vez por el estado en que Pablo se encontraba después de aquella tremenda paliza. De las muchas veces que Pablo había estado en peligro de muerte, aquella fue en la que se encontró más cerca del fin, y fue la intervención de la imparcial justicia romana la que le salvó la vida.

ARRASTRANDO LA FURIA DEL POPULACHO

Hechos 21:37-40

Cuando estaban a punto de meter a Pablo en el cuartel, le dijo al comandante:

- ¿Me dejas que te diga una cosa?

- ¡Pero sabes hablar griego! -contestó el comandante-. ¿Es que no eres tú el egipcio que empezó una revuelta hace algún tiempo y que se llevó al desierto a cuatro mil terroristas?

- Yo soy judío, natural de la distinguida ciudad de Tarso, en Cilicia -le contestó-. ¿Me dejas que le hable a la gente?

El comandante le dio permiso, y Pablo salió a las gradas e hizo un gesto con la mano para que le escucharan. Cuando se callaron, Pablo se dirigió a ellos en hebreo.

La Torre Antonia se comunicaba con los atrios exteriores del Templo por dos escalinatas en los lados del Norte y del Oeste. Cuando ya estaban a punto de entrar en la torre, Pablo hizo una extraña petición: le pidió al comandante que le dejara hablar al populacho enfurecido. De nuevo vemos a Pablo siguiendo su táctica de mirar a la chusma a la cara.

El comandante se sorprendió de oír hablar en griego culto al que iba a linchar la multitud. Allá por el año 54 d.C., un egipcio había guiado a un grupo de desesperados al monte de los Olivos con la promesa de que iba a hacer caer ante sí los muros de la ciudad. Los romanos se habían encargado eficaz y rápidamente de los seguidores, pero el egipcio se les había escapado; y el comandante pensó que Pablo era el revolucionario egipcio, que había vuelto. Sus seguidores habían sido *sicarios* -es decir, portadores de dagas-, violentos nacionalistas que practicaban el asesinato. Llevaban las dagas escondidas bajo la ropa, se mezclaban entre la multitud y atacaban cuando podían. Pero cuando Pablo se identificó, el comandante comprendió que, fuera quien fuera, Pablo no era un vulgar revolucionario; así es que le dejó hablar.

Cuando Pablo se dispuso a dirigirse a la multitud, hizo un gesto para pedir silencio y, como por arte de magia, la rugiente multitud guardó silencio. No hay nada en el Nuevo Testamento que nos presente la fuerza de la personalidad de Pablo más realmente que este silencio que impuso a la chusma que había estado a punto de lincharle. En aquel momento, toda su persona irradiaba el poder de Dios.

LA DEFENSA DE LA EXPERIENCIA

Hechos 22:1-10

- ¡Hermanos y padres: Prestadme atención y dadme oportunidad de defenderme ante vosotros! -empezó a decirles Pablo, y la gente guardó silencio al oírle hablar en hebreo-. Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia pero criado en esta ciudad y educado en la escuela de Gamaliel con todo el rigor que requiere nuestra Ley ancestral, y tomo tan en serio como vosotros las cosas de Dios. He sido perseguidor del Camino hasta tal punto que hubiera querido acabar con todos los que lo siguen; he cargado de cadenas y metido en la cárcel tanto a hombres como a mujeres, de lo cual pueden dar testimonio el Sumo Sacerdote y todos los ancianos del Sanedrín, que me dieron cartas de presentación para los hermanos judíos de Damasco, adonde me dirigí para traer a todos los del Camino que hubiera allí para castigarlos en Jerusalén. Pero cuando estaba llegando al final de mi viaje, hacia el mediodía y cerca de Damasco, de pronto me rodeó una luz intensísima del cielo que me hizo caer a tierra. Y entonces oí una voz que me decía: «¡Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Y yo le dije: «¿Quién eres Tú, Señor?» Y me dijo: «Yo soy el Jesús de Nazaret al que tú estás persiguiendo.» Mis compañeros de viaje vieron la luz, pero no oyeron la voz que me hablaba a mí. «¿Qué tengo que hacer ahora, Señor?», le pregunté; y me contestó: «Levántate, entra en Damasco y allí se te dirá lo que te corresponde hacer.»

La defensa de Pablo ante la multitud sedienta de su sangre no consistió en razonamientos, sino en la exposición de su experiencia personal; y eso es algo que no se puede discutir. Esta defensa es una paradoja; Pablo hace hincapié en dos cosas:

(i) Su identidad con los que le estaban escuchando. Pablo era judío, y nunca lo olvidaba (2 Corintios 11:22; Filipenses 3:4s). Era de Tarso, una gran ciudad y uno de los grandes puertos del Mediterráneo en la desembocadura del río Cidno, y el final de la carretera que venía del lejano Éufrates a través de toda Asia Menor. Era una de las grandes ciudades universitarias del mundo antiguo. Pablo era un rabino, educado «a los pies» -es decir, en la escuela- de aquel Gamaliel que había sido «la gloria de la Ley» y que había muerto hacía cosa de cinco años. Había sido perseguidor del nuevo Camino movido por su celo por la religión tradicional de Israel. En todo esto Pablo estaba completamente identificado con su audiencia de aquel día.

(ii) Hace hincapié en lo que le distingue de su audiencia. La diferencia fundamental era que Pablo veía a Cristo como el Salvador de toda la humanidad, y a Dios como el Que ama a todos los hombres. Su audiencia creía que Dios no amaba más que al pueblo judío. Querían monopolizar los privilegios de Dios exclusivamente para ellos, y consideraban blasfemo al que quisiera extenderlos a los demás pueblos. La diferencia era que Pablo se había encontrado con Jesús cara a cara.

Pablo estaba identificado con los que le escuchaban en un sentido, pero en otro estaba diametralmente separado de ellos. Así sucede con todos los cristianos: vivimos en el mundo, pero Dios nos ha separado y consagrado para una tarea especial.

PABLO PROSIGUE CON SU BIOGRAFÍA

Hechos 22:11-21

-El resplandor de aquella luz me había dejado ciego, así es que mis compañeros me tuvieron que llevar de la mano hasta Damasco. Allí, un cierto Ananías que era un fiel cumplidor de la Ley y a quien apreciaban mucho todos los judíos que residían en Damasco, vino adonde yo estaba y se puso a mi lado. «Hermano Saulo» -me dijo-, «¡recibe otra vez la vista!» Y en aquel momento recuperé la vista y le pude ver. Y me dijo: «El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conozcas su voluntad y veas y oigas al Justo, porque vas a ser su testigo ante los hombres de lo que has visto y oído. Así que, ¡no te detengas! ¡Invoca su Nombre, bautízate y queda limpio de tus pecados!» Cuando volví a Jerusalén, una vez estaba yo orando en el Templo cuando tuve un éxtasis. Vi a Jesús, y le oí decirme: «¡Date prisa, sal de Jerusalén lo más rápido posible, porque no van a creer lo que les digas de Mí!» Y yo le dije: «Señor; ellos saben que yo iba por ahí de sinagoga en sinagoga prendiendo y apaleando a los que creían en Ti; y saben que, cuando matamos a tu mártir Esteban, yo estaba presente y completamente de acuerdo con todo, guardando la ropa de los que le mataron.» Entonces me dijo: «¡Ve, porque te voy a mandar lejos a los gentiles!»

Una vez más Pablo hace hincapié en su identidad con su audiencia. Cuando llegó a Damasco, el que le instruyó fue un tal Ananías, fiel cumplidor de la Ley, reconocido por todos los judíos como hombre íntegro. Pablo insiste en que él no proclama la abolición de la Ley sino su cumplimiento en Jesucristo. Aquí tenemos uno de los relatos telescópicos de Lucas: si leemos este pasaje con *Hechos 9* y *Gálatas 1* comprobamos que realmente fue tres años después cuando Pablo fue a Jerusalén, después de su visita a Arabia y de testificar en Damasco.

En *Hechos 9* se nos dijo que Pablo había salido de Jerusalén porque su vida corría peligro a manos de los enfurecidos judíos, y aquí se nos dice que fue como resultado de una visión. No tiene por qué haber contradicción; lo más probable es que se ve la situación desde dos puntos de vista diferentes. Lo que Pablo deja bien claro es que él no quería apartarse de los judíos. Cuando Dios se lo dijo, él se resistió diciendo que el recuerdo de su pasado no podría por menos de hacer su cambio más impresionante para los judíos; pero Dios le dijo que los judíos no le querían escuchar, y que tenía que ir a los gentiles.

Hay aquí una cierta melancolía. Como pasó con su Maestro, a Pablo tampoco le recibieron los suyos (*Juan 1:11*). Es como si dijera: < Yo tenía un regalo de valor incalculable para vosotros, pero no lo quisisteis recibir; así que se lo ofrecí a los gentiles.>

El versículo 14 es un resumen no sólo de la vida de Pablo sino de la de cualquier cristiano. Tiene tres partes: (i) *Conocer la voluntad de Dios*. Este es el primer objetivo del cristiano: conocer y obedecer la voluntad de Dios. (ii) *Ver al Justo*. Es el objetivo de todo cristiano el caminar diariamente con el Señor Resucitado. (iii) *Oír la voz de Dios*. Se decía del famoso predicador John Brown of Haddington -el antepasado escocés de la familia Flinedner, de tan bendita memoria en España- que a menudo, cuando estaba predicando, se paraba como para escuchar una voz. El cristiano está siempre escuchando la voz de Dios entre los muchos ecos del mundo para saber adónde ir y qué hacer.

SE ENDURECE LA OPOSICIÓN

Hechos 22:22-30

Los judíos estuvieron dispuestos a escuchar a Pablo hasta que mencionó a los gentiles; entonces se pusieron a gritar:

- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ese tipo no merece vivir!

Como seguían chillando y sacudiéndose la ropa y tirando tierra al aire, el comandante mandó que metieran a Pablo en el cuarto de la guardia y que le dieran de palos hasta que hablara y se pudiera saber por qué gritaban contra él de esa manera: Cuando le estaban sujetando con correas, Pablo le preguntó al centurión que estaba a cargo de la cosa:

- ¿Es legal azotar a un ciudadano romano, y además sin haberle juzgado?

Cuando el centurión oyó aquello, fue a informar al comandante y le dijo:

- ¿Pero qué es lo que vas a hacer? ¡Este hombre es ciudadano romano!

El comandante se presentó, y le preguntó a Pablo:

- ¿Es cierto que eres ciudadano romano? -Y, como Pablo le dijo que sí, continuó diciéndole:- Yo tuve que pagar una fortuna para que me concedieran la ciudadanía romana.

- Pues yo la tengo de nacimiento -le contestó Pablo.

E inmediatamente se retiraron los que le iban a dar tormento; y hasta el comandante se quedó preocupado por las consecuencias que le podía traer el haber encadenado a un ciudadano romano.

Al día siguiente, queriendo el comandante cerciorarse de la acusación que tenían los judíos contra Pablo, le sacó de la prisión y mandó que se reunieran los principales sacerdotes y todo el Sanedrín, y bajó a Pablo para presentarle ante ellos.

Fue la mención de los gentiles lo que inflamó al populacho otra vez. No es que los judíos objetaran a que se predicara a los gentiles; a lo que objetaban era a que se les ofrecieran privilegios antes de que se circuncidaran y sometieran a la Ley. Si Pablo hubiera predicado a los gentiles que se convirtieran al judaísmo, no habría habido problemas; fue porque les ofreció las bendiciones de la Era Mesíánica por lo que se enfurecieron los judíos. Y mostraron su disconformidad de la manera más

primitiva: chillando, y sacudiéndose o rasgándose la ropa, y armando una polvareda, que era lo típico entonces en Oriente y es posible que siga siéndolo en otros lugares también.

El comandante no sabía arameo, y no se habría enterado de lo que había dicho Pablo; pero una cosa sí sabía: que de ninguna manera podía consentir una alteración del orden público, y que tenía que castigar en el acto al que la causara. Por eso mandó que le dieran una paliza a Pablo para tomarle declaración. Eso no era un castigo, sino la manera más rápida y eficaz de obtener una confesión, aunque, desgraciadamente, con ese método no es fácil distinguir al culpable del inocente. En esos casos se solía usar un látigo de cuero con incrustaciones de hueso o plomo. Pocos lo podían soportar conservando su sano juicio, y muchos perecían.

Entonces Pablo habló. Cicerón había dicho: «Es una injuria atar a un ciudadano romano; es un crimen azotarle; matarle es tan malo como asesinar a un padre.» Así es que Pablo afirmó que era ciudadano romano. El comandante se quedó aterrado, porque se dio cuenta de que había estado a punto de hacer algo que le habría acarreado el despido, y hasta tal vez la ejecución. Así es que le soltó las ligaduras a Pablo, y decidió preparar una confrontación con el Sanedrín para resolver la cuestión.

Hubo casos en los que Pablo hizo valer sus derechos, pero nunca con un fin egoísta. Sabía que no había terminado su tarea. Cuando consideró que había llegado al final de su carrera, aceptó con alegría morir por Cristo; pero antes, Pablo era demasiado inteligente para dejar escapar la oportunidad de seguir sirviendo a Cristo.

LA ESTRATEGIA DE PABLO

Hechos 23:1-10

Pablo clavó su mirada en los miembros del Sanedrín y empezó a decirles:

-Hermanos: A lo largo de toda mi vida me he comportado con limpia conciencia delante de Dios.

En ese momento, el sumo sacerdote Ananías les dijo a los que estaban al lado de Pablo que le dieran un golpe en la boca.

- ¡Dios te lo pague en la misma moneda, pared enjalbegada! -reaccionó Pablo-. ¿Estás ahí sentado para juzgarme según la Ley, y quebrantas la Ley mandando que me golpeen?

- ¿Es que vas a insultar al Sumo Sacerdote de Dios? -le gritaron a Pablo los que estaban cerca; y él contestó:

-Hermanos, no sabía que era el Sumo Sacerdote, o no le habría hablado así; porque la Escritura dice: «No insultes de ninguna manera al jefe del pueblo. »

Al darse cuenta de que la mitad de los miembros del Sanedrín eran saduceos y la otra mitad fariseos, levantó la voz para que todos le oyeran:

- ¡Hermanos: Yo soy fariseo, como todos mis mayores; y se me está juzgando por la esperanza de la Resurrección de los muertos!

Al decir eso, se armó tal jaleo entre los fariseos y los saduceos que se dividió la reunión en dos bandos; y es que los saduceos dicen que no hay tales cosas como la Resurrección, los ángeles o los espíritus, mientras que los fariseos sí creen en todo eso. Total: que se enzarzaron en una discusión de miedo.

Algunos expertos en la Ley que pertenecían al partido de los fariseos se pusieron a protestar enérgicamente:

- ¡Nosotros no encontramos ningún delito en este

hombre! ¿Qué sabemos si le habrá hablado algún espíritu o algún ángel?

La discusión se puso tan violenta que el comandante tuvo miedo de que descuartizaran a Pablo; así es que mandó a la guardia para llevarsele de la reunión al cuartel.

Pablo hizo gala de cierto desenfado ante el Sanedrín: se daba cuenta de que estaba quemando las naves. Sus primeras palabras ya eran un desafío: el dirigirse a ellos llamándolos *hermanos* era ponerse en el mismo nivel que el tribunal, porque la manera normal de dirigirse al Sanedrín era: «Gobernadores del pueblo y ancianos de Israel», como hizo Pedro (*Hechos 4: 8*). Cuando el Sumo Sacerdote mandó que le pegaran a Pablo, estaba quebrantando la ley, que decía: «El que le da una bofetada a un israelita, es como si se la diera a la misma gloria de Dios.» Así es que Pablo le devolvió la bofetada llamándole *pared enjalbegada*. El tocar donde había un cadáver era contraer impureza ritual, y de ahí la costumbre de pintar de blanco las tumbas para que no las tocaran sin darse cuenta. Así es que Pablo le llamó al Sumo Sacerdote, con frase que había usado Jesús refiriéndose a los escribas y fariseos hipócritas, «sepulcro blanqueado» (*Mateo 23:27*).

Es verdad que era un delito el insultar a -un gobernador de Israel (*Éxodo 22:28*). Pablo sabía de sobra que Ananías era el Sumo Sacerdote; pero todo el mundo sabía que era glotón, ladrón, avaro y traidor a su pueblo al servicio de Roma. Lo que Pablo quería decir era: «Ese que está sentado ahí... ¡Yo no creía que un tipo tan indeseable podía ser sumo sacerdote en Israel! » Y a continuación, Pablo hizo una declaración que sabía que pondría al Sanedrín a la greña, -¡aunque no tendrían pelo! En el Sanedrín había fariseos y saduceos, que eran diametralmente opuestos en muchas cosas. Los fariseos creían en todos los detalles

de la Ley oral, con peligro a veces de olvidar el verdadero espíritu de la Ley (*Marcos 7:3-13*); los saduceos no aceptaban más que la Ley escrita, la Torá o Pentateuco. Los

fariseos creían en la predestinación, y los saduceos en el libre albedrío. Los fariseos creían en los ángeles y los espíritus, y los saduceos no. Y, sobre todo, los fariseos creían en la Resurrección de los muertos, y los saduceos no.

Así es que Pablo declaró: < ¡Hermanos: Yo soy fariseo, como todos mis mayores; y se me está juzgando por la esperanza de la Resurrección de los muertos!> E inmediatamente el Sanedrín se dividió en dos bandos; y en la violenta discusión que se produjo, Pablo corría peligro de que le despedazaran. El comandante tuvo que rescatarle llevándosele otra vez al cuartel.

SE DESCUBRE UN COMLOT

Hechos 23:11-24

La noche siguiente vino el Señor y se puso al lado de Pablo.

- ¡Ten valor! -le dijo-. Como has sido mi testigo en Jerusalén, así hace falta que lo seas también en Roma.

Cuando se hizo de día, más de cuarenta judíos tramaron un complot: se juramentaron bajo maldición a no comer ni beber hasta matar a Pablo. Se presentaron a los principales sacerdotes y a los ancianos, y les dijeron:

-Nos hemos juramentado para no comer ni beber hasta matar a Pablo. Así es que, lo que queremos que hagáis vosotros y el Sanedrín es que le digáis al comandante que os proponéis hacer una investigación más a fondo del caso de Pablo, para lo que necesitáis que se le haga comparecer ante vosotros. Estamos listos para que no llegue vivo al tribunal.

Un sobrino de Pablo se enteró de la emboscada que le habían tendido, y fue al cuartel a comunicárselo a Pablo, quien llamó a uno de los centuriones y le dijo:

-Lleva a este joven al comandante, que tiene algo importante que decirle.

Así lo hizo el centurión, y le dijo al comandante:

-El preso Pablo me llamó para pedirme que te trajera a este joven que, al parecer, tiene algo que decirte.

El comandante tomó al joven del brazo y se le llevó aparte. Una vez a solas, le preguntó:

-¿De qué me tienes que informar?

-De que los judíos se han puesto de acuerdo para pedirte que les mandes a Pablo al Sanedrín mañana, haciendo como que van a investigar el caso más afondo. No te dejes convencer, porque más de cuarenta se han juramentado para no comer ni beber hasta que hayan matado a Pablo, y le tienen preparada una emboscada. Ya lo tienen todo listo, y sólo están esperando que les asegures que les vas a conceder su petición.

El comandante despidió al joven con órdenes terminantes de no decirle a nadie que había informado a las autoridades. Luego llamó a dos de sus centuriones y les dijo:

-Preparad para que salgan a las 9 de la noche para Cesarea una compañía de doscientos de infantería con setenta de caballería y otros doscientos lanceros.

También les dijo que prepararan una montura para llevar a Pablo al gobernador Félix con la máxima seguridad.

Aquí vemos dos cosas: (a) La primera es hasta qué punto estaban dispuestos a llegar los judíos para eliminar a Pablo. En ciertas circunstancias, los judíos consideraban justificado el asesinato. Si una persona era un peligro público para la moral o para la vida, era legítimo eliminarla. Así es que cuarenta hombres se juramentaron invocando sobre ellos una maldición si no lo cumplían. Eso era lo que llamaban en hebreo *jérem* y en griego *anáthéma*; cuando alguien hacía un voto de estos decía: «Así me haga Dios y aun me añada -especificando las

desgracias que vendrían sobre él- si no hago lo que he jurado.» Estos hombres hicieron el voto de no comer ni beber hasta matar a Pablo, invocando la maldición de Dios si no lo cumplían. Afortunadamente el sobrino de Pablo delató la conspiración. (b) En segundo lugar, vemos hasta dónde estaba dispuesta a llegar la administración romana para que se hiciera justicia. Pablo era un preso; pero era ciudadano romano, y por tanto el comandante romano destacó a un pequeño ejército para hacerle llegar sano y salvo al gobernador romano de Cesarea. Es curioso el contraste que se nota entre el odio fanático de los judíos -el pueblo escogido de Dios- y la justicia imparcial de los romanos.-un pueblo pagano.

LA CARTA DEL COMANDANTE

Hechos 23:25-35

El comandante escribió una carta en los siguientes términos:

< Claudio Lusias, a Su Excelencia el gobernador Félix: ¡Salud! Los judíos se habían apoderado de este hombre, y le habrían matado si yo no hubiera intervenido con la tropa para rescatarlo, porque me enteré de que es ciudadano romano. Quiriendo saber de lo que le acusaban, le llevé al Sanedrín; y descubrí que la acusación se refiere a cuestiones de la ley judía, y que no le acusaban de nada que mereciera la muerte o la cárcel. Se me ha informado de que los judíos estaban conspirando contra su vida; por tanto, le envío a V.E. He comunicado a sus acusadores que expongan ante V.E. sus cargos.»

Los soldados de infantería se hicieron cargo de Pablo y le llevaron de noche a Antípatriis como se les había mandado. Al día siguiente le dejaron a cargo de los de caballería, y ellos se volvieron al cuartel. Cuando llegaron a Cesarea, le entregaron la carta al gobernador, juntamente con Pablo. Cuando el gobernador leyó la carta, le preguntó a Pablo de qué provincia era; y al enterarse de que era de Cilicia, le dijo:

-Ya me ocuparé de tu caso cuando lleguen tus acusadores.

Y dio orden de que custodiaran a Pablo en el cuartel general de Herodes.

La sede del gobierno romano no estaba en Jerusalén, sino en Cesarea. La residencia del gobernador era lo que se llamaba *el pretorio*, y el de Cesarea era un palacio que había construido Herodes el Grande. El comandante de Jerusalén, Claudio Lisias, escribió una buena carta oficial -en la que, ¡naturalmente!, omitió «el detalle» de haber encadenado y pensado azotar a ese ciudadano romano-, y se la mandó al gobernador con el detenido y una escolta considerable. Jerusalén estaba a 90 kilómetros de Cesarea, y Antípatriis a unos 40. Hasta Antípatriis, el país era peligroso y habitado por judíos; después era abierto y llano, no ofrecía peligro de emboscadas y estaba habitado sobre todo por gentiles. Por eso se volvió a Jerusalén la mayor parte de la escolta al llegar a Antípatriis, dejando a Pablo al cuidado de los de caballería.

El gobernador al que entregaron a Pablo era Félix, famoso por su infamia. Hacía cinco años que era gobernador de Judea, y otros dos antes había estado en Samaria. Todavía le quedaban dos años antes de que le echaran de su puesto. Había empezado su vida como esclavo. Su hermano Palas era el favorito de Nerón, y gracias a la influencia de su hermano Félix había llegado a ser liberto, y luego gobernador. Fue el primer esclavo de la historia que llegó a ser gobernador de una provincia romana -¡no tanto como había llegado a ser José en Egipto!-. El historiador latino Tácito dijo de él: «Ejercía las prerrogativas de un rey con el espíritu de un esclavo.» Se había casado sucesivamente con tres princesas: el nombre de la primera no se conoce; la segunda era nieta de Antonio y Cleopatra, y la tercera era Drusila, hija de Herodes Agripa I, una víbora capaz de contratar asesinos para acabar con sus más fieles protectores. ¡Hizo falta una erupción del Vesubio para acabar con ella! Tal era el gobernador ante quien tuvo que presentarse Pablo, y tal la pareja ante la que haría su defensa, entre otros invitados.

EL ADULADOR Y LA FALSA ACUSACIÓN

Hechos 24:1-9

A los cinco días se presentó el sumo sacerdote Ananías con un grupo de ancianos y un cierto abogado que se llamaba Tértulo, y presentaron ante el gobernador los cargos que hacían contra Pablo. Cuando le hicieron comparecer, Tértulo hizo las veces de fiscal, y empezó:

-Excelentísimo Señor Félix: Estamos en deuda con V.E por la prolongada paz que disfrutamos, y recibimos con todo agradecimiento la serie de reformas de todo tipo que en todo lugar la previsión de VE. ha iniciado para bien de esta nación. Para no molestar a VE. por un tiempo excesivo, ruego a V.E. nos conceda su atención en su clemencia. Hemos descubierto que este hombre es un alborotador indeseable. Ejerce una influencia inquietante entre todos los judíos de todo el mundo. Es el cabecilla de la secta de los nazarenos. Hasta ha intentado profanar el recinto del Templo. Nosotros le arrestamos, y teníamos intención de juzgarle según nuestra ley; pero se presentó el comandante Lisias con una fuerza considerable, y nos le arrebató de las manos, y ha dado orden a los acusadores de este hombre que se presenten ante VE., que podrá juzgar y descubrir por sí mismo al examinarle los hechos concernientes a todos los crímenes de los que le acusamos.

Los judíos corroboraron el ataque, y alegaron que todas las acusaciones eran ciertas.

Tértulo inició su intervención con una adulación verdaderamente nauseabunda en la que cada palabra era incierta, como tanto él como Félix sabían muy bien. Y pasó a exponer otros extremos igualmente falsos. Pretendía que los judíos habían arrestado a Pablo, cuando la escena del Templo más se había parecido a un linchamiento que a una detención. La acusación que formulaba contra Pablo también era calculadamente inexacta, y constaba de tres cargos.

(i) Pablo era un provocador de problemas y un indeseable. Le definía como uno de esos terroristas que siempre estaban inflamando al populacho para que se rebelara. Tértulo sabía muy bien que lo único que no consentía la tolerante Roma eran los disturbios civiles, porque cualquier chispa podía prender una conflagración. Tértulo sabía que estaba diciendo una mentira, pero era una acusación que tenía que surtir efecto.

(ii) Pablo era el cabecilla de la secta de los nazarenos. Eso le relacionaba con los movimientos mesiánicos; y los romanos sabían los excesos que podían provocar y la histeria colectiva que podían inspirar los falsos mesías, cosas que no se podían saldar sin derramamiento de sangre. Roma no podía tomar a la ligera una acusación así. Tértulo sabía que era mentira, pero que no podía por menos de resultar eficaz.

(iii) Pablo quería profanar el Templo. Los sacerdotes eran saduceos, el partido colaboracionista; profanar el Templo era violar los derechos y las leyes de los sacerdotes, y los romanos -esperaba Tértulo- se pondrían de parte del partido prorromano. La acusación era de lo más peligrosa: una serie de medias verdades y de hechos tergiversados.

LA DEFENSA DE PABLO

Hechos 24:10-21

*Seguidamente, el gobernador le indicó a Pablo que podía hablar; y Pablo tomó la palabra:
- Como sé que eres el cabeza legal de esta nación*

desde hace muchos años, emprendo mi defensa con confianza. Puedes comprobar fácilmente el hecho de que no hace más que doce días que subía Jerusalén para dar culto a Dios. No se me encontró discutiendo con nadie en el recinto del Templo, ni reuniendo gente, ni en las sinagogas ni en la ciudad. Mis acusadores no pueden aportar ninguna prueba en confirmación de los cargos que me hacen ahora. Esto sí reconozco ante ti: que yo soy fiel al Dios de nuestros antepasados según enseña el Camino que ellos llaman «herejía»; pero que no por eso me aparto lo más mínimo de todo lo que establece la Ley y está escrito en los Profetas, sino que tengo la misma esperanza en Dios que tienen ellos de que habrá una Resurrección tanto de los buenos como de los malos. Por eso yo también hago todo lo posible por tener la conciencia tranquila tanto en mi relación con Dios como con mis semejantes. -Y prosiguió-: Hacía varios años que no estaba en Jerusalén. He venido esta vez para traerle algunos regalos a mi pueblo y para ofrecer sacrificios a Dios. Cuando estaba haciéndolo se me echaron encima en el recinto del Templo. Yo había cumplido todo el ritual de las purificaciones. No era el centro de ninguna aglomeración, ni se había producido ningún disturbio. EL problema lo causaron unos judíos de Asia, que son los que deberían estar aquí ante tu tribunal para hacer las acusaciones que tengan en contra de mí. Faltando aquellos, estos que están aquí deberían aclarar de qué crimen me encontraron culpable cuando comparecí ante el Sanedrín, como no fuera el que yo mismo declaré públicamente ante la asamblea: «Que por lo que se me está juzgando en vuestro tribunal hoy es por la Resurrección de los muertos. »

La defensa de Pablo es la de uno que tiene la conciencia tranquila y se limita a exponer sencillamente los hechos. Le habían arrestado precisamente cuando traía las ofrendas de las iglesias a los necesitados de Jerusalén y estaba cumpliendo rigurosamente la Ley de Israel. Una de las grandes cosas de Pablo es que habla en su defensa con fuerza y también con una veta de indignación, pero nunca compadeciéndose a sí mismo o con amargura, lo que hubiera sido perfectamente natural en un hombre cuyas acciones más nobles habían sido tergiversadas tan cruelmente.

HABLÁNDOLE CLARO A UN GOBERNADOR CULPABLE

Hechos 24:22-27

*Félix estaba muy bien informado sobre los hechos del Camino; pero dejó la cosa para más adelante, y dijo:
- Cuando baje el comandante Lisias investigaré el caso.*

Seguidamente le dio órdenes al centurión para que siguiera vigilando a Pablo aunque dándole una cierta medida de libertad, y que no se les impidiera a sus amigos prestarle ayuda.

Al cabo de unos días vino Félix con su mujer Drusila, que era judía. Mandó traer a Pablo, y le estuvo escuchando hablar acerca de la fe en Jesucristo. Pero cuando Pablo pasó a hablar acerca de la integridad, el dominio propio y el juicio venidero, Félix se alarmó y le dijo a Pablo:

Dejemos ahora ese asunto. Ya te mandaré llamar cuando tenga tiempo.

Y es que el gobernador tenía esperanzas de que Pablo le pagara su libertad. Por eso le mandaba llamar muchas veces para hablar con él. Así estuvo la cosa durante dos años, al final de los cuales Félix fue sustituido por Porcio Festo, y dejó a Pablo en la cárcel para congraciarse con los judíos.

Félix no fue cruel con Pablo, pero algunas de las cosas que le dijo Pablo le dejaron aterrado. Su mujer Drusila era hija de Herodes Agripa I. Había estado casada con Aziz, rey de Emesa; pero Félix, con la ayuda de un mago que se llamaba Átomo, había seducido a Drusila y la había convencido para que se casara con él. No nos sorprende que tuviera miedo cuando Pablo le expuso la moralidad elevada que Dios demanda.

Pablo estuvo preso en Cesarea dos años. Félix se pasó de la raya tanto y tantas veces que le depusieron. Había una discusión interminable sobre si Cesarea era una ciudad judía o griega, y los judíos y los griegos estaban a la greña por esa cuestión. Hubo un enfrentamiento violento en el que los judíos llevaban las de ganar cuando Félix mandó tropas en defensa de los gentiles. Miles de judíos murieron, y las tropas, con el consentimiento y aun beneplácito de Félix, saquearon y expoliaron las casas de los judíos más ricos de la ciudad. Los judíos entonces hicieron lo que todas las provincias tenían derecho a hacer: dieron parte del asunto a Roma. Por eso fue por lo que Félix dejó preso a Pablo, aunque estaba convencido de que debía ponerle en libertad. Estaba tratando de congraciarse con los judíos; pero no le sirvió de nada. Se le sustituyó en el gobierno, y se salvó de la ejecución gracias a la influencia de su hermano Palas.

LA APELACIÓN AL CÉSAR

Hechos 25:1-12

Tres días después de tomar posesión como gobernador de la provincia, Festo subió de Cesarea a Jerusalén. Los principales sacerdotes y los más representativos de los judíos aportaron información contra Pablo y le pidieron a Festo, como un gran favor, que hiciera comparecer a Pablo en Jerusalén. Lo que se proponían en realidad era prepararle una emboscada y matarle en la carretera. Festo les contestó que Pablo estaba bajo custodia en Cesarea, y que él mismo tenía intención de trasladarse allí pronto.

-Lo mejor que pueden hacer vuestras autoridades -les dijo Festo- es bajar conmigo a Cesarea a presentar su denuncia contra ese hombre por los crímenes que haya cometido.

Festo no pasó más que ocho o diez días en Jerusalén, y luego bajó a Cesarea. Al día siguiente asumió su puesto en el tribunal y mandó que trajeran a Pablo. Cuando se presentó Pablo, los judíos que habían bajado de Jerusalén le cercaron y se pusieron a acusarle de muchos delitos graves que no podían probar de ninguna manera. Pablo se limitó a decir:

-Yo no he cometido ningún crimen contra la Ley judía, ni contra el Templo, ni contra el César.

Festo quería congraciarse con los judíos, así que le dijo a Pablo:

-¿Estás dispuesto a ir a Jerusalén para que te juzguen allí de estas acusaciones en mi presencia?

-Mi caso no se tiene que juzgar más que en el tribunal del César. Soy inocente de todo crimen contra los judíos, como sabes muy bien. Si soy un delincuente y he hecho algo que merezca la pena de muerte, no estoy tratando de evadirme; pero si son sin fundamento las acusaciones que presentan contra mí, no hay derecho a que se me entregue a los judíos. ¡Apelo al César!

Al César has apelado, y al César irás -dijo Festo después de consultar con su consejo.

Festo no era un tipo como Félix. Sabemos muy poco de él, pero lo bastante para tenerle por hombre justo y recto. Murió a los dos años de haberse hecho cargo del puesto, pero no dejó un nombre manchado. Los judíos trataron de aprovecharse de él y de convencerle para que enviara a Pablo a Jerusalén, porque habían vuelto a las andadas de hacer un complot para

matar a Pablo cuando fuera de camino. Pero Festo era romano y tenía sentido de la justicia; así es que les dijo que bajaran a Cesarea a presentar sus denuncias. De la respuesta de Pablo podemos deducir las acusaciones maliciosas que le estaban haciendo; le acusaban de herejía, sacrilegio y sedición. La primera sería cierta desde su punto de vista, aunque no tenía ningún sentido ante la ley romana; pero las otras dos eran mentiras deliberadas.

Festo no tenía ganas de enfrentarse con los judíos al principio de su gobierno, así es que les ofreció un compromiso. ¿Estaba dispuesto Pablo -le preguntó- a ir a Jerusalén para que le juzgaran allí estando él presente para garantizar el juego limpio? Pero Pablo sabía muy bien que no podía esperar ningún juego limpio en Jerusalén, y tomó su decisión: cuando un ciudadano romano tenía la impresión de que no se le hacía justicia en un tribunal provincial, podía apelar directamente al Emperador. Sólo si se trataba de un asesino, pirata o bandido al que hubieran pillado con las manos en la masa se podía anular la apelación. En todos los demás casos se tenía que mandar al acusado o demandante a Roma para que el Emperador dictara la sentencia personalmente. Cuando Pablo pronunció la frase decisiva: «¡Apelo al César!», a Festo no le quedaba otra salida; y Pablo, en circunstancias muy diferentes de las que probablemente había imaginado, había dado el primer paso hacia Roma.

Hechos 25:13-21

AL cabo de unos días, el rey Agripa y Berenice vinieron a Cesarea a hacerle una visita de cumplido a Festo, y se quedaron allí algún tiempo. Festo aprovechó para consultarle al rey el caso de Pablo, y le dijo:

-Tengo aquí a un preso que Félix ha dejado pendiente de sentencia. Cuando estuve en Jerusalén, los principales sacerdotes judíos y los ancianos me presentaron la denuncia y pidieron que le condenara. Yo les dije que no era la norma romana el sentenciar a ningún acusado antes de darle oportunidad de tener un cara a cara con sus acusadores y defenderse de las denuncias que se presentaban contra él. Cuando vinieron, yo no diferí el asunto: al día siguiente ocupé mi puesto en el tribunal y mandé que trajeran al preso. Cuando tomaron la palabra, no le acusaron de ninguno de los crímenes que yo había esperado. Lo que tenían en contra de él eran cosas de su propia religión, y acerca de un tal Jesús, que ya ha muerto pero que Pablo asegura que está vivo. Yo no sabía por dónde tirar para iniciar una investigación sobre tales cuestiones; así es que le pregunté si estaba dispuesto a ir a Jerusalén para que le juzgaran allí de esas cosas, pero Pablo apeló para que se le tenga bajo custodia hasta que el Emperador decida su caso. Y eso es lo que he hecho: he mandado que siga preso hasta que le pueda remitir su caso al César.

Agripa era el rey de una pequeña porción de Palestina que incluía Galilea y Perea; pero sabía muy bien que se lo debía a los romanos, que eran los que le habían instalado allí y podían quitarle con la misma facilidad. Por tanto, solía hacer una visita de cortesía al gobernador romano cuando éste llegaba a la provincia. Berenice era la hermana de Drusila, mujer de Félix, y también del mismo Agripa. Sabiendo que Agripa conocía a fondo las cuestiones de fe y costumbres de los judíos, Festo decidió discutir con él el caso de Pablo. Le presentó a Agripa un resumen imparcial de la situación hasta aquel momento; de esa manera le preparó la escena a Pablo para defenderse y dar su testimonio ante el rey. Jesús había dicho: «Os harán comparecer ante gobernadores y reyes por vuestra relación conmigo» (*Mateo 10:18*). La difícil profecía se estaba cumpliendo; e igualmente se haría realidad la promesa de ayuda (*Mateo 10:19*).

FESTO BUSCA DATOS PARA SU INFORME

Hechos 25:22-27

-Me gustaría conocer personalmente a ese hombre -le dijo Agripa a Festo.

-Pues mañana mismo -le contestó Festo.

Al día siguiente llegaron Agripa y Berenice con mucha pompa, y entraron en la sala de la audiencia con los más altos jefes del ejército y las fuerzas vivas de la ciudad. Seguidamente trajeron a Pablo a la orden de Festo, que dijo entonces al rey Agripa y a toda la audiencia:

-El que estáis viendo es el hombre que toda la nación judía ha demandado tanto en Jerusalén como aquí, vociferando insistentemente que no merece seguir viviendo. Por lo que yo veo, no ha hecho nada que merezca la pena capital; pero, como él mismo ha apelado al César, yo he decidido mandársele. No tengo hechos claros para informar por escrito acerca de él a su señoría imperial; por tanto, le he traído a vuestra presencia, y especialmente a la tuya, rey Agripa, para que se haga una investigación preliminar y yo pueda tener algunos datos informativos que incluir en mi informe; porque me parece fuera de lugar remitirle una persona al Emperador sin tener claro de qué se la acusa.

Festo se encontraba en una situación incómoda. Según la ley romana, si un ciudadano romano apelaba al César y se le mandaba a Roma, tenía que ser con un informe escrito del caso y de las acusaciones que se le hacían. El problema de Festo era que, por lo que él podía ver, no había un claro delito; y por eso preparó aquella audiencia.

Esta es una de las escenas más dramáticas de todo el Nuevo Testamento. Agripa y Berenice se presentaron con toda su pompa. Seguramente se habían puesto las ropas regias de púrpura y el aro de oro a manera de corona en la cabeza. Sin duda Festo también se había puesto la túnica escarlata que un gobernador guardaba para las ocasiones oficiales. Estaría presente el séquito de Agripa, y probablemente también asistirían los personajes más representativos de los judíos. Cerca de Festo estarían los capitanes de las cinco cohortes estacionadas en Cesarea; y al fondo estaría una falange prieta de corpulentos legionarios romanos en atuendo de ceremonia.

A esa escena se incorporó Pablo, el pequeño tejedor judío, encadenado por las muñecas; y sin embargo, desde el momento en que toma la palabra, ocupa el centro de la escena. Hay personas que irradian autoridad. Julián Duguid nos cuenta que una vez cruzó el Atlántico en el mismo buque que Sir Wilfred Grenfell. Grenfell no tenía una figura especialmente impresionante; pero Duguid cuenta que, siempre que Grenfell entraba en una de las habitaciones, no hacía falta volver la cabeza para saber que había entrado, porque de él emanaba una ola de poder. Cuando una persona tiene a Cristo en el corazón y Dios a su mano derecha, tiene el secreto del poder. ¿De quién ha de tener miedo?

LA DEFENSA DE UN HOMBRE CAMBIADO

Hechos 26:1-11

Agripa inició la sesión diciendo a Pablo:

-Tienes nuestro permiso para dar tu versión de los hechos.

Pablo extendió el brazo en señal de saludo y para pedir atención, y empezó su defensa:

*-Considero un privilegio, rey Agripa, el poder defenderme hoy ante ti de todas las acusaciones que han presentado contra mí los judíos. Y aún más afortunado me considero por el hecho de que tú eres un experto en todas las costumbres y cuestiones judías. Por tanto, te ruego que me escuches con paciencia. Todos los judíos conocen de sobra la clase de vida que he llevado desde mi juventud, porque he vivido todo el tiempo entre los de mi nación en Jerusalén. Así es que me conocen de tiempo. Si estuvieran dispuestos, podrían presentar evidencia de que mi vida era la de un fariseo modelo, obediente a los principios de la denominación más estricta de nuestra religión. ¡Y ahora resulta que se me está juzgando aquí hoy porque mi esperanza está puesta en que Dios cumplirá la promesa que hizo a nuestros antepasados! Pero esa y no otra es la esperanza que las diez tribus de Israel se esfuerzan por alcanzar, dando culto a Dios con constante devoción día y noche. Por albergar esta esperanza, Majestad, se me acusa, ¡y mis acusadores son judíos! ¿Es que se considera increíble que Dios resucite a los muertos? Yo estaba convencido de que era mi deber hacer todo lo que pudiera en contra de Jesús el Nazareno. Y lo hice primero en Jerusalén: metí en la cárcel a muchos del pueblo de Dios con la debida autorización de los principales sacerdotes. Cuando condenaban a muerte a los seguidores de Jesús, yo daba mi voto en su contra. Fui de sinagoga en sinagoga castigándolos a ver **SÍ** los obligaba a maldecir el nombre de Jesús. En mi loca furia llevé la campaña de persecución hasta a ciudades fuera de Palestina.*

Una de las cosas extraordinarias que encontramos en las personas del Nuevo Testamento es que no tenían miedo de confesar lo que habían sido antes. Aquí, en presencia del Rey, Pablo confiesa abiertamente que en el pasado había hecho todo lo posible para acabar con todos los cristianos.

Hubo un famoso evangelista llamado Brownlow North. En su juventud había llevado una vida que era todo menos cristiana. Un día, precisamente antes de subirse al púlpito en una iglesia de Aberdeen, recibió una carta. En ella se le decía que el que la había escrito tenía pruebas de algo indigno que Brownlow North había hecho antes de convertirse; y añadía que el que había escrito la carta tenía intención de interrumpir el culto y contarle a la congregación aquel pecado si él predicaba. Brownlow subió al púlpito con la carta; se la leyó a la congregación; contó a lo que se refería, y entonces les dijo que Cristo le había cambiado y podía cambiarlos también a ellos. Usó la evidencia de su vergüenza como prueba de la gracia de Cristo.

Denney solía decir que la gran prueba del Evangelio es que hace buenos a los malos. Los cristianos auténticos nunca tienen miedo de señalarse a sí mismos como ejemplos vivos del poder de Cristo. Es verdad que no podemos cambiarnos a nosotros mismos; pero es también gloriosamente cierto que, lo que nosotros no podemos hacer, Cristo lo puede hacer por nosotros.

En este pasaje Pablo insiste en que el centro de su mensaje es la Resurrección. Su testimonio no es acerca de uno que ha vivido y muerto, sino de uno que está gloriosamente presente y vivo para siempre. Para Pablo todos los días eran el Día de la Resurrección.

ENTREGARSE PARA SERVIR

Hechos 26:12-18

Como parte de todo lo dicho -siguió diciendo Pablo- iba yo a Damasco con la autorización y comisión de los principales sacerdotes. Y al mediodía en la carretera, Majestad, vi una luz de los cielos más fuerte que el Sol, que nos rodeó de resplandor a mí y a mis compañeros de viaje. Todos caímos al suelo. Y yo oí una voz que me decía en lengua hebrea: < Saulo, Saulo, ¿por qué me estás persiguiendo? ¡Sólo te haces daño a ti mismo coceando contra el agujón!> Yo le pregunté: < ¿Quién eres, Señor?> Y el Señor me contestó: «¡Soy el mismo Jesús al que tú estás persiguiendo! ¡Venga, ponte en pie! Me he aparecido a ti porque te he escogido para que seas mi siervo, y para que le digas a la gente lo que has visto y lo que vas a ver de Mí. Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles; porque es a los gentiles a los que te voy a mandar para que les abras los ojos para que se conviertan de la oscuridad a la Luz y del dominio de Satanás al de Dios, para que reciban el perdón de sus pecados y entren a participar de la bendición de todos los que han llegado a ser el pueblo consagrado a Dios al creer en Mí. »

Este pasaje está lleno de cosas interesantes:

(i) La palabra griega *apóstolos* quiere decir literalmente *uno que es enviado*. Por ejemplo: un embajador es un *apóstolos* o apóstol. Es interesante saber que un enviado del Sanedrín era técnicamente un *apóstolos* del Sanedrín. Esto quiere decir que Pablo empezó aquel viaje como apóstol del Sanedrín y lo acabó como apóstol de Cristo.

(ii) Pablo iba de camino *al mediodía*. A menos que un viajero tuviera mucha prisa, al mediodía descansaba a causa del calor. Aquí vemos lo empeñado que estaba Pablo en su misión de persecución. No cabe duda de que estaba tratando de aliviar por medio de la acción violenta las dudas que había en su corazón.

(iii) El Señor Resucitado le dijo a Pablo que no hacía más que hacerse daño a sí mismo coceando contra el aguijón. Cuando se uncía al yugo un novillo por primera vez, trataba de soltarse a fuerza de cocear. Si estaba uncido a un arado que se manejaba con una sola mano, el que lo guiaba llevaba en la otra un palo largo con un aguijón en el extremo que mantenía cerca de las patas del buey para que se pinchara cada vez que coceara. Si estaba uncido a un carro, éste tenía una barra con agujones con los que se pinchaba el buey cada vez que coceaba. El novillo tenía que acabar por someterse, y eso es lo que le sucedió a Pablo.

Los versículos 17 y 18 contienen un resumen perfecto de lo que Cristo hace por nosotros. (a) *Nos abre los ojos*. Cuando Cristo entra en nuestra vida, nos permite ver lo que no habíamos visto nunca. (b) *Nos convierte de la oscuridad a la Luz*. Antes de conocer a Cristo es como si estuviéramos orientados al revés y andando en la oscuridad, y cuando le conocemos vamos caminando hacia la Luz y vemos el camino perfectamente. (c) *Nos traslada del dominio de Satanás al de Dios*. Antes el mal nos tenía esclavizados, pero ahora el poder triunfante de Dios nos permite vivir una vida de bondad, victoriosa y libre. (d) *Nos concede el perdón de nuestros pecados y la entrada a participar de la bendición de todos los que han llegado a ser el pueblo consagrado a Dios al creer en Jesucristo*. En cuanto al pasado, ha sido quebrantado el poder del pecado; en cuanto al futuro, tenemos una vida nueva y limpia.

LA TAREA ASUMIDA

Hechos 26:19-23

Así que yo, rey Agripa -siguió diciendo Pablo-, no desobedecí a la visión celestial, sino empecé a presentar el mensaje del arrepentimiento, y de la conversión a Dios para vivir de acuerdo con ese arrepentimiento, primeramente a los de Damasco, y luego a los de Jerusalén, y luego por toda Judea, y luego a los gentiles. Por eso me echaron mano los judíos en el recinto del Templo y trataron de matarme. Dios me otorgó su ayuda. Hoy sigo confesando mi fe a toda la gente desde la cumbre hasta el fondo de la sociedad. No digo nada que no esté de acuerdo con lo que los Profetas y Moisés dijeron que sucedería; es decir: que el Mesías había de sufrir y que, como sería el primero que resucitara, traería el mensaje de la luz al pueblo judío y a los gentiles.

Aquí tenemos un resumen vivo de la sustancia del mensaje que Pablo predicaba:

(i) Llamaba al *arrepentimiento*. La palabra griega para *arrepentimiento* quiere decir literalmente *cambiar de mentalidad*. Arrepentirnos quiere decir darnos cuenta de que la clase de vida que estamos viviendo es equivocada, y que tenemos que adoptar una escala de valores totalmente distinta. Con ese fin, el arrepentimiento supone dos cosas: *dolor de corazón* por lo que hemos sido, y *decisión* de cambiar por la gracia de Dios.

(ii) Llamada a *volvemos hacia Dios*. A menudo estamos de espaldas a Dios; puede que sea porque no le tenemos en cuenta, o porque nos hemos ido a posta a los países lejanos del alma. Pero, sea por lo que sea, el Evangelio nos llama a aceptar que Dios, a Quien no teníamos en cuenta, sea nuestro todo.

(iii) Llamada a *vivir de acuerdo con el arrepentimiento*. La prueba de un arrepentimiento y una conversión a Dios verdaderamente genuinos es una nueva manera de vivir. Esta no es meramente la reacción de alguien cuya vida está gobernada por una nueva serie de *leyes*; sino que es el resultado del *amor*. La persona que ha llegado a conocer el amor de Dios que vemos en Jesucristo sabe que el pecado no es quebrantar la ley de Dios, sino el corazón de Dios.

UN REY IMPRESIONADO

Hechos 26:24-32

Cuando Pablo llegó a ese punto en su defensa, Festo le interrumpió diciéndole en alta voz: .

- ¡Estás loco de remate, Pablo! ¡De tanto estudiar has perdido el juicio!

- No estoy loco, excelentísimo Festo. Al contrario: estoy diciendo cosas que son ciertas y sanas. El Rey sabe de todo esto, y ante él no tengo por qué andarme con rodeos. No creo que le ha resultado peregrino nada de lo que he dicho, porque estas cosas no han sucedido en ningún rincón escondido. Rey Agripa, ¿a que es cierto que crees en los Profetas? ¡Yo sé que sí!

- ¡Crees que no te costaría mucho hacerme cristiano! -le replicó Agripa. Y Pablo le contestó:

- ¡Ojalá, me costara mucho o poco tiempo, no sólo tú sino todos los que me estáis escuchando hoy, llegarais a ser como yo... por supuesto, sin estas cadenas!

A eso el Rey se levantó, y lo mismo hicieron el Gobernador y Berenice y todos los demás. Al salir, iban discutiendo el caso y diciéndose:

- Este hombre no ha hecho nada que merezca la pena de muerte o de cárcel.

- Bien podría ponérsele en libertad -le dijo Agripa a Festo- si no hubiera apelado al César.

Lo interesante de este pasaje no es tanto lo que se dice como el ambiente que se percibe. Pablo era un preso. En aquel momento llevaría cadenas, a las que él mismo hace referencia. Y sin embargo tenemos la impresión de que es el personaje central de la escena. Festo no le habla como a un criminal. Sin duda conocía el *curriculum vitae* de Pablo como rabino; probablemente había visto su habitación llena de los extraños manuscritos y rollos que eran los primeros documentos de la Iglesia. En cuanto a Agripa, al escuchar a Pablo, parecía ser él el que estaba siendo juzgado. Aquella perpleja compañía no puede ver por qué tiene que ser juzgado Pablo en Roma o en ningún otro sitio. Hay una autoridad en Pablo que le coloca por encima de todos los demás de aquella asamblea. La palabra griega para el poder de Dios es *dynamis*, de donde deriva la española e internacional *dinamita*. El que tiene al Señor Resucitado a su lado no tiene por qué temer a nada ni a nadie.

EMPIEZA EL ÚLTIMO VIAJE

Hechos 27:1-8

Cuando se decidió que habíamos de emprender el viaje a Italia por mar, confiaron a Pablo y algunos otros presos a la custodia del centurión Julio, del Regimiento Imperial. Nos embarcamos en una nave matriculada en el puerto de Adramiteo que iba a tocar los puertos de la costa de Asia, y nos hicimos a la vela. Nos acompañaba Aristarco, macedonio de Tesalónica: Al otro día llegamos a Sidón. Julio trataba a Pablo con cortesía, y le permitió visitar a los amigos y disfrutar de su hospitalidad. Nos hicimos a la mar otra vez y costeamos Chipre a sotavento, porque teníamos el viento en contra. Luego salimos al mar abierto frente a la costa de Cilicia y Panfilia, y arribamos a Mira de Licia. Allí encontró el centurión una nave de Alejandría con rumbo a Italia, y nos embarcamos. Navegamos muchos días lentamente, y llegamos a duras penas frente a Cnido. Como no podíamos avanzar porque llevábamos el viento de proa, navegamos al abrigo de Creta rebasando el cabo Salmón. Costeando con dificultad llegamos por fin a un lugar que se llama Buenos Puertos, cerca de la ciudad de Lasea.

Pablo se embarca en el que fue tal vez su último viaje. Dos cosas deben de haberle dado ánimo: (a) Una fue la amabilidad de un extraño, el centurión romano Julio, que trató a Pablo todo el viaje con más que cortesía, con consideración. Se nos dice que pertenecía a la cohorte Augusta, que sería probablemente un cuerpo especial de oficiales que hacía de enlace entre el Emperador y las provincias. En ese caso Julio habrá sido un hombre de mucha experiencia y con una hoja de servicio excelente. Puede que al encontrarse Pablo y Julio cara a cara, se reconocieran mutuamente como hombres de valor. (b) La otra cosa que animaría a Pablo sería la lealtad de Aristarco. Se ha sugerido que no había más que una manera para acompañar a Pablo en su último viaje, y era enrolándose como esclavo suyo. Es probable que Aristarco lo hiciera para no separarse de Pablo. En *Colosenses 4:10* Pablo le llama «Mi compañero de prisiones». La lealtad no puede llegar a más.

La navegación empezó costeando hasta Sidón. El siguiente puerto que tocaron fue Mira, y la cosa se iba poniendo difícil. El viento dominante en esa época del año era el del Oeste, y sólo arribaron allí pasando por sotavento de Chipre y luego siguiendo una ruta bordeando por la costa. En Mira encontraron una nave alejandrina que se dirigía a Roma. Sería probablemente un carguero de trigo, porque Egipto era el granero de Italia. Si seguimos el viaje en un mapa nos daremos cuenta de que tuvieron que dar un rodeo considerable, probablemente porque los fuertes vientos del Oeste hacían imposible una navegación más directa. Después de muchos días de luchar con el viento se metieron al abrigo de Creta y llegaron a un lugar que se llamaba Buenos Puertos.

PELIGROS EN EL MAR

Hechos 27:9-20

Como habíamos perdido tanto tiempo era peligroso seguir la navegación, porque estábamos a finales de septiembre, pasado el Ayuno. Pablo les aconsejaba:

-Hombres, preveo que la navegación va a resultar un desastre y a causarnos grandes pérdidas, no sólo materiales sino hasta humanas.

Pero el centurión daba más crédito a lo que decían el piloto y el patrón que a Pablo. Y, como el puerto no ofrecía facilidades para invernar, se decidió por mayoría zarpar de allí; a ver si se podía llegar a Fénix, que es un puerto de Creta abierto a los vientos del Nordeste y el Sudeste, para invernar.

Cuando se levantó una leve brisa del Sur les pareció que ya tenían lo que querían, así es que levaron anclas y fueron costeano Creta. Pero al poco tiempo se desencadenó un verdadero huracán que soplabo del Nordeste, que arrebató la nave, ya que no se podía mantener la proa al viento. Así que tuvimos que rendirnos y dejarnos llevar a la deriva. Arrastrados al abrigo de un islote que se llama Cuando nos vimos negros para recuperar el esquife. Cuando lo izaron a bordo usaron el cordaje para reforzar el casco. Tenían miedo de encallar en la arena de la Sirte, así que arriaron las velas y nos quedamos a la deriva. El día siguiente seguíamos a merced de la furiosa tempestad, así es que empezaron a alijar, y al tercer día tiramos por la borda con nuestras propias manos los aparejos de la nave que quedaban. Nos pasamos muchos días sin ver ni el sol ni las estrellas y seguía rugiendo la tempestad; de modo que ya íbamos perdiendo la esperanza de salir con vida.

No cabe la menor duda que Pablo era el viajero más experimentado de todos los que iban en aquella nave. El Ayuno que se menciona es el del Día de la Expiación de los judíos, que cae en el equinoccio de otoño. Según la práctica marinera de aquel tiempo, era peligroso navegar después de septiembre, e imposible en noviembre. Hay que recordar siempre que los barcos antiguos no tenían sextante ni brújula, ni por tanto forma de orientarse en la niebla. Pablo aconsejó que invernarán donde se encontraban, en Buenos Puertos. Como hemos visto, la nave era probablemente un carguero alejandrino de cereales. El propietario probablemente habría sido contratado para llevar un cargamento de trigo a Roma. El centurión, que sería el oficial de más categoría a bordo, tendría la última palabra. Es significativo que Pablo, que no era más que un preso, pudo expresar su opinión. Pero Buenos Puertos no estaba cerca de ninguna ciudad grande donde pudiera invernar la tripulación; así es que el centurión desestimó el consejo de Pablo y adoptó el del piloto y el patrón de seguir navegando a lo largo de la costa hasta Fénix, que era un puerto más amplio.

Un inesperado viento del Sur parecía confirmar el plan; pero pronto los asaltó el viento del Nordeste. Era una tempestad, y el peligro era que, si no podían controlar la nave, darían inevitablemente en las arenas de la Sirte del Norte de África que fueron el cementerio de muchos barcos. Para entonces ya habían podido recuperar el esquife, que habría ido remolcado detrás, y subirlo a bordo, no fuera que se anegara de agua o que se estrellara contra el barco. Empezaron a tirar por la borda todo lo prescindible para aligerar la nave. Como no podían ver ni el Sol ni las estrellas, no sabían dónde estaban, y el miedo a caer en las arenas de la Sirte los atenazaba hasta el punto de hacerles perder toda esperanza.

¡ÁNIMO!

Hechos 27:21-26

Cuando llevaban mucho tiempo sin comer, Pablo los reunió a su alrededor y les dijo:

-Hombres, teníais que haberme hecho caso y no haber zarpado de Creta, y nos habríamos ahorrado este desastre y pérdida. Pero, hasta estando las cosas como están, seguid mi consejo y animaos; porque no vais a perder la vida ninguno, aunque la nave no se va a poder salvar. Os lo aseguro porque anoche ha estado conmigo un ángel del Dios al que pertenezco y sirvo, y me ha dicho: «No tengas miedo, Pablo, que vas a presentarte ante el César, y Dios te ha concedido que no pierda la vida ninguno de tus compañeros de viaje.» ¡Así que, ánimo, amigos! Porque yo tengo confianza en Dios y sé que todo saldrá exactamente como se me ha dicho. Pero tenemos que dar en una isla.

La situación en que se encontraba la nave era ya desesperada. Los cargueros de grano no eran pequeños; podían tener hasta 50 metros de eslora por 12 de manga y 10 de puntal, pero en la tempestad tenían graves desventajas. Eran lo mismo en la proa que en la popa, salvo que la popa tenía la forma de un cuello de ganso. No tenían el timón como los barcos modernos, sino como dos grandes paletas a los dos lados de la popa. Eran por tanto difíciles de manejar. Además, no tenían más que un mástil, en el que se ponía una gran vela cuadrada hecha de lona o de pieles cosidas. Con una vela así no podían navegar con el viento en contra. Y lo peor de todo era que el único mástil y la gran vela sometían al armazón del barco a tal tensión en una tempestad que a menudo se producía un naufragio. Por eso reforzaron la nave, cosa que harían pasando guindalezas por debajo del casco y tensándolas con los cabrestantes de manera que el barco parecería un paquete atado.

Se puede comprender el peligro en que se encontraban. Entonces sucedió algo sorprendente: Pablo se hizo cargo de la situación; el preso actuó de capitán del barco, porque era el único al que le quedaba valor.

Se cuenta que en uno de los viajes de Sir Humphrey Gilbert la tripulación del barco estaba aterrada; creían que estaban saliendo de este mundo en las nieblas y las tormentas de mares desconocidos. Le pidieron que volviera atrás, pero él no quiso. «Estoy tan cerca de Dios en la mar -dijo- como en tierra.» El hombre de Dios no pierde el valor cuando el temor invade el corazón de todos los demás.

ESPERANDO EL DÍA

Hechos 27:27-38

Llevábamos catorce días a la deriva por el mar Adriático cuando, a medianoche, los marineros tuvieron la impresión de que nos encontrábamos cerca de tierra.

Echaron la sonda, y hallaron veinte brazas; un poco más adelante volvieron a echarla, y daba quince brazas. Lo que se temían era que diéramos en escollos; así que echaron cuatro anclas por la popa mientras esperaban con ansia que se hiciera de día.

Entonces los marineros lo que querían era abandonar la nave, y echaron el esquife al mar pretendiendo que iban a largar las anclas de proa. Pero Pablo les dijo al centurión y a los soldados:

-Si estos no se quedan en la nave, no tenéis esperanza de salir con vida vosotros.

Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y le dejaron perderse. Y, justo antes del amanecer, Pablo se puso a animar a todos a que tomaran alimento, diciéndoles:

-Ya lleváis catorce días sin descansar ni comer nada, así es que os lo pido por vuestra salud: tomad algo de alimento, que es esencial para sobrevivir; porque os aseguro que no se va a perder ni un pelo de la cabeza de nadie.

Y diciendo esto, cogió un pan, dio gracias a Dios delante de todos, lo partió en trozos y empezó a comer. Esto les dio ánimo a los demás, y tomaron alimento. Éramos doscientos setenta y seis los que íbamos a bordo; y después de comer todo lo que quisieron, aligeraron la nave tirando el trigo al mar.

Para entonces ya habían perdido del todo el control de la nave. Iba a la deriva, de costado, por el Adriático; no sabían dónde estaban. En la oscuridad oyeron el batir de las olas en alguna costa distante; echaron las anclas de popa para reducir la velocidad de la nave para evitar estrellarse contra las rocas que no podían ver. Fue entonces cuando Pablo asumió el mando. Los marineros querían abandonar la nave en el esquife, que era absurdamente insuficiente para las doscientas setenta y seis personas de a bordo; pero Pablo les estropeó el plan: la compañía tenía que hundirse o nadar unida. A continuación viene un episodio muy humano y sugestivo: Pablo insiste en que coman. Era un hombre inspirado por Dios, pero era también un hombre, intensamente práctico. No le cabía la menor duda de que Dios haría su parte, pero también sabía que ellos tenían que cumplir la suya. Pablo no era uno de esos tipos «tan espirituales que no sirven para nada práctico.» Sabía muy bien que los hambrientos no son eficaces; así es que reunió a la compañía del barco a su alrededor, y los hizo comer.

Al leer el relato nos parece como si se hubiera producido la calma en medio de la tempestad. El hombre de Dios se las ha arreglado para hacer que los demás estén seguros de que Dios está a cargo de la cosa. Las personas más útiles del mundo son las que, estando tranquilas, comunican a los demás el secreto de la confianza. Así era Pablo; y todo seguidor de Cristo debe mantenerse firme cuando todos los demás vacilan.

ESCAPE DE LO PROFUNDO

Hechos 27:39-44

Cuando se hizo de día, no reconocían la tierra, pero se fijaron en una ensenada con playa donde se propusieron intentar varar la nave. Así que cortaron las anclas y las dejaron en el fondo, lo mismo que las amarras del timón, e izaron al viento la vela de proa enfilando a la playa. Pero dieron con un bajío y encallaron. La proa se quedó hincada, y la popa se iba abriendo con la fuerza de las olas. Los soldados propusieron matar a los presos por si se escapaban nadando; pero el centurión lo impidió para salvarle la vida a Pablo, y mandó que se tiraran al mar y fueran a tierra los que supieran nadar, y los demás que procuráramos llegar a la orilla en tablas o cosas de la nave. Así fue como todos llegaron a tierra a salvo.

De nuevo se revela el buen carácter del centurión romano. Los soldados querían matar a los presos para impedir que huyeran. No se les podía reprochar; porque era la ley romana que, si un preso escapaba, la guardia tenía que sufrir el castigo que mereciera el fugitivo. Pero el centurión se interpuso y les salvó la vida a Pablo y a los demás presos. Así que esta tremenda historia acaba con una frase que es un suspiro de alivio: < Así fue como todos llegaron a tierra a salvo.> Gracias a Pablo.

BIENVENIDOS A MALTA

Hechos 28:1-6

Cuando llegamos a tierra a salvo nos enteramos de que aquella isla se llamaba Malta. Los nativos dieron muestras de una amabilidad fuera de lo corriente. Como se había puesto a llover y hacía frío, encendieron una hoguera y nos invitaron a acercarnos.

Pablo había recogido un manojo de ramas secas y lo echó al fuego; pero al calor salió una víbora y se le enganchó en la mano. Cuando los nativos la vieron colgándole de la mano se dijeron entre sí:

No cabe duda de que ese hombre es un asesino; porque, aunque ha escapado del mar, la justicia no le deja vivir.

Pero Pablo se sacudió el animal en el fuego, y eso fue todo. La gente estaba esperando que empezara a hincharse o que cayera muerto de repente, y estuvieron observándole un buen rato; pero al ver que no le pasaba nada, cambiaron de parecer y empezaron a decir que era un dios.

El mar arrojó a las costas de Malta a Pablo y todos sus compañeros de viaje. La antigua versión de la Biblia ReinaValera (1909) parece un poco descortés con los malteses al llamarlos *bárbaros*. Es verdad que en griego se los llama *barbaroi* (versículos 2 y 4); pero para los griegos los bárbaros eran simplemente los que hablaban *bar-bar*, es decir, una lengua ininteligible, y no la bella lengua griega. La revisión de 1960 se acerca más al sentido original al llamarlos los *naturales*, o, como hemos puesto aquí, *los nativos*.

Este pasaje nos ilumina el carácter de Pablo desde diversos ángulos. (a) Por una parte, nos da el detalle cordial y sencillo de que era un hombre que no podía estar sin hacer nada; así es que se puso a recoger leña para ayudar a mantener la fogata. Una vez más comprobamos que las visiones y experiencias espirituales no le habían hecho perder el sentido práctico; y más todavía: que aunque era un gran hombre no se le caían los anillos por ayudar en cosas pequeñas.

Se cuenta de Booker Washington que recorrió cientos de kilómetros en su juventud para ir a una de las pocas universidades de los Estados Unidos que admitían a estudiantes negros. Cuando llegó, le dijeron que las clases estaban completas. Se ofreció para los trabajos más humildes, y le aceptaron; y cumplió sus tareas tan fielmente que no mucho después le aceptaron como estudiante, y con el tiempo llegó a ser el mayor investigador y administrador de su pueblo. Sólo los que son interiormente mezquinos rechazan las tareas humildes.

(b) Además, vemos a Pablo como un hombre sosegado y tranquilo. En uno de sus manojos de ramas secas iba dormida una víbora, que se despertó al calor de la lumbre y se le enganchó en una mano. No parece que Pablo se la sacudiera antes de que le picara e inoculara su veneno mortal; pero en cualquier caso, resolvió el problema como si no hubiera pasado nada. Los malteses lo consideraron un milagro; pero Pablo lo tomó con la mayor naturalidad.

AYUDA Y SANIDAD

Hechos 28:7-10

Las tierras de alrededor eran propiedad del principal magistrado de la isla que se llamaba Publio, que nos recibió amablemente y nos dio hospitalidad tres días. Y sucedió que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de una fiebre constante y de disentería. Pablo fue a hacerle una visita, oró por él imponiéndole las manos, y se puso bien. Cuando se supo lo que había ocurrido, otras personas de la isla que estaban enfermas acudieron también y fueron curadas. El resultado fue que nos colmaron de honores, y nos proveyeron de todo lo que podíamos necesitar cuando zarpamos de allí.

Parece que el jefe de la isla de Malta era un título, y Publio es probable que fuera el representante de Roma en aquella parte de la isla. Su padre estaba enfermo, y Pablo pudo ejercer el don de sanidad y devolverle la salud. Pero el versículo 9 ofrece una posibilidad interesante: dice que los demás que estaban enfermos vinieron y fueron *sanados*. La palabra que se usa quiere decir *recibir tratamiento médico*; y hay estudiosos que creen que esto puede querer decir, no sólo que vinieron a Pablo, sino también a Lucas, que los ayudó como profesional de la medicina. En este caso, esta pasaje nos daría la primera descripción que tenemos de un *médico misionero*.

Hay aquí un detalle impresionante. Pablo hacía uso del don de sanidad para devolver a otros la salud, y sin embargo él tenía que seguir sufriendo siempre el aguijón en su carne. Muchas personas han ayudado a otras con un don del que ellas mismas no podían disfrutar. Beethoven, por ejemplo, dio al mundo la música inmortal que él mismo no podía escuchar, porque era sordo. Es una de las maravillas de la gracia que tales personas no se vuelven amargadas, y se contentan con ser para los demás canales de una bendición que ellas mismas no pueden disfrutar.

ASÍ LLEGAMOS A ROMA

Hechos 28:11-15

A los tres meses nos embarcamos en una nave alejandrina que había invernado en la isla, que tenía de mascarón de proa a los mellizos Cástor y Pólux. Tocamos en Siracusa y nos detuvimos tres días; luego fuimos costeando hasta Regio, y al otro día se levantó un vientecillo del Sur, y en dos días llegamos a Puteoli. Allí encontramos a algunos miembros de la comunidad cristiana que nos invitaron insistentemente para que nos quedáramos con ellos una semana. Así es como llegamos a Roma. Los miembros de la comunidad cristiana habían tenido noticias acerca de nosotros, y salieron a recibirnos al Foro de Apio y a Las Tres Tabernas. Al verlos Pablo dio gracias a Dios y se animó considerablemente.

A los tres meses, Pablo y sus compañeros de viaje consiguieron pasajes para Italia en otro carguero de trigo alejandrino que había invernado en Malta. El aquel tiempo los barcos tenían mascarones de proa. Dos de los dioses favoritos de los marineros eran los mellizos de la mitología griega, Cástor y Pólux; y esta nave tenía talladas sus imágenes en la proa. Esta última parte de la navegación fue tan próspera como desastrosa había sido la anterior.

Puteoli era el puerto de Roma. Pablo sentiría la emoción de encontrarse en el umbral de la capital del mundo. ¿Qué le tendría reservado al humilde tejedor de tiendas la mayor ciudad del mundo? Al Norte estaba el puerto de Miseno en el que estaba estacionada la flota romana; al ver los navíos de guerra en la distancia, uno no podía por menos de impresionarse por el tremendo poderío de Roma. Cerca estaba Baja, que era la «Marbella de Italia», con sus playas abarrotadas y las velas de colores de los yates de los romanos ricos. Puteoli, con sus muelles, supermercados y barcos, sería más bien la «Barcelona del mundo antiguo».

Pero lo que más le estrujaría el corazón a Pablo sería enfrentarse con Roma casi solo. Y entonces sucedió algo maravilloso: el Foro de Apio está a 70 kilómetros de Roma, y Las Tres Tabernas a 50, en la Vía Apia que unía a la costa con Roma. Allí le salieron al encuentro algunos representantes de la comunidad cristiana de Roma. La palabra griega es la que se usa para indicar la delegación de una ciudad que sale a recibir a un general o a un rey o a un conquistador. Salieron a recibir a Pablo como uno de los grandes de la Tierra; y él al verlos dio gracias a Dios y se animó considerablemente. ¿Qué fue concretamente lo que le animó? Seguramente el darse cuenta de que no estaba solo ni mucho menos.

El cristiano no está nunca solo. (i) Es consciente de que tiene una nube invisible de testigos con él y a su alrededor. (ii) Es consciente de que forma parte de una comunidad que se extiende por toda la Tierra. (iii) Es consciente de que, esté donde esté, allí está Dios. (iv) Tiene la certeza de que su Señor Resucitado está con él.

RECHAZO DE LOS JUDÍOS

Hechos 28:16-29

Cuando llegamos a Roma, a Pablo le permitieron vivir por su cuenta, con un soldado que le vigilara. A los tres días invitó a los responsables locales de los judíos a que vinieran a verle; y, cuando se presentaron, les dijo:

-Hermanos, aunque yo no había hecho nada en contra de la nación judía ni en desacuerdo con nuestras costumbres ancestrales, me entregaron a los romanos en Jerusalén. Cuando los romanos me interrogaron, me querían dejar en libertad, porque no había nada en mi vida ni en mi conducta que mereciera la pena de muerte; pero los judíos se opusieron a que se me diera la libertad, y yo no tuve más remedio que apelar al César, pero no porque tenga nada contra mi nación. Es únicamente porque me mantengo firme en la esperanza que comparte todo Israel por lo que llevo esta cadena, y por eso he pedido que se me concediera veros y hablarlos.

A nosotros -le respondieron- no nos han llegado cartas de Judea referentes a ti; ni nos ha traído ningún miembro de la comunidad judía que haya venido por aquí ningún informe ni rumor de que hayas estado involucrado en ninguna cuestión criminal. Creemos que es lo más correcto escucharte exponer tus opiniones. Lo único que sabemos acerca de esa secta es que todo el mundo está en contra de ella.

Así es que quedaron para otro día, y vinieron a su alojamiento todavía más que la vez anterior. Pablo les expuso su testimonio personal del Reino de Dios desde la mañana hasta la noche, demostrando sus afirmaciones con argumentos- sólidos y tratando de persuadirlos para que aceptaran a Jesús con citas de la Ley de Moisés y de los Profetas.

Algunos de ellos se convencieron de lo que les dijo; pero otros se negaron a aceptarlo. Estaban muy lejos de estar de acuerdo entre sí; así es que Pablo les dijo por último:

- ¡Bien dijo el Espíritu Santo a vuestros antepasados por medio del profeta Isaías: < Ve a este pueblo y diles: - "Es verdad que vais a oír, - pero no lo es menos que no vais a entender nada - del sentido de lo que se os diga; - es verdad que vais a ver, - pero no vais a daros ni cuenta - de lo que quiere decir lo que veáis. " - La inteligencia se le ha embotado a este pueblo a fuerza de no usarla, - y se han hecho los sordos, - y han cerrado los ojos aposta, -para no ver con sus ojos - ni oír con sus oídos, - ni entender con sus mentes,

- y convertirse y encontrar en Mí su curación. » Quiero que sepáis que el poder salvador de Dios ha sido enviado a los gentiles, y ellos sí escucharán.

Cuando les dijo eso, los judíos se marcharon discutiendo acaloradamente entre sí.

Hay algo inmensamente maravilloso en el hecho de que, hasta el final, dondequiera que fuera, Pablo empezaba con los judíos. Llevaban más de treinta años haciendo todo lo posible para crearle problemas, deshacerle el trabajo y hasta matarle; y a pesar de todo sigue siendo a ellos a los que ofrece el mensaje en primer lugar. Si hay algún ejemplo de esperanza invencible y de amor a toda prueba, son los de Pablo predicando en primer lugar a los judíos hasta en Roma.

Al final llega a la conclusión que se implica en la cita de Isaías. Es que esto también es la Obra de Dios: el que los judíos rechazaran a Jesús fue lo que les abrió la puerta a los gentiles. Hay un propósito en todo; al timón de todas las cosas está la mano del Piloto invisible. La puerta que se cerraron los judíos se abrió a los gentiles; y eso no es el final, porque alguna vez, al final del día, habrá un rebaño y un Pastor.

ABIERTAMENTE Y SIN PROBLEMAS

Hechos 28:30, 31

Pablo estuvo dos años completos viviendo a sus expensas y recibiendo las visitas de todos los que iban a verle. Todo ese tiempo siguió proclamando el Reino de Dios e impartiendo enseñanza sobre todo lo concerniente al Señor Jesucristo con libertad y valentía, y sin que nadie hiciera nada para impedirselo.

Pablo es Pablo hasta el final del día. La versión ReinaValera oscurece un punto: dice que «Pablo quedó dos años enteros en su casa de alquiler» (1909) o «en una casa alquilada» (1960); pero el sentido es que vivió a sus propias expensas, es decir, *ganándose la vida*. Aun cuando estaba preso, proveyó sus necesidades con sus propias manos; y tampoco estuvo ocioso en otros sentidos: fue entonces cuando escribió las cartas a los Filipenses, Efesios, Colosenses y a Filemón. Tampoco estuvo nunca totalmente solo: Lucas y Aristarco habían venido con él, y Lucas estuvo con él hasta el final (2 *Timoteo* 4:11). Timoteo también estaba con él a menudo (*Filipenses 1:1; Colosenses 1:1; Filemón 1*). Alguna vez estuvo con él Tíquico (*Efesios 6:21*). Tuvo la compañía de Epafrodito una temporada (*Filipenses 4:18*). Y Marcos también estuvo con él alguna vez (*Colosenses 4:10*).

Aquellos dos años no fueron una pérdida de tiempo. Pablo les dice a los Filipenses que todo lo que ha sucedido ha contribuido en la extensión del Evangelio (*Filipenses 1:12*). Eso fue especialmente así porque le conocían como preso en toda la Guardia Pretoriana (*Filipenses 1:13*). Vivía en una casa particular, pero había un soldado con él día y noche (*Hechos 28:16*). Estos soldados del cuartel general formaban parte de las tropas selectas del Emperador, y pertenecían a lo que se llamaba la Guardia Pretoriana. Aquellos dos años muchos de los soldados pasarían largos días y noches con Pablo; y *muchos de ellos volverían de su día de guardia llevando a Cristo en el corazón*.

El Libro de los Hechos llega a su fin con un grito de victoria. En griego *sin problemas* es una sola palabra que suena como un grito de victoria. Es el clímax de la historia de Lucas. A veces nos preguntamos por qué no nos dice lo que pasó con Pablo, si le ejecutaron o soltaron. La razón es que, probablemente, ese no era su propósito. Al principio de su segundo libro, *Hechos*, nos da el plan de su obra al decirnos que Jesús mandó a sus seguidores que dieran testimonio de Él en Jerusalén, y por toda Judea y Samaria y hasta lo más remoto de la Tierra -(*Hechos 1:8*). La historia que empezó en Jerusalén más de treinta años antes, termina en Roma. No es nada menos que un milagro de Dios. La Iglesia, que al principio de *Hechos* se contaba en decenas, ahora incluye a miríadas. La historia del Crucificado de Nazaret se ha extendido por todo el mundo en campaña de conquista, y en este punto se está predicando en Roma, la capital del mundo, *abiertamente y sin problemas*. El Evangelio ha llegado al centro del mundo y se sigue proclamando: Lucas ha dado fin a su tarea.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 8-

Carta a los Romanos

PRESENTACIÓN

Los que hayáis empezado a usar el *COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO* de William Barclay por los tomos de *Lucas* o de *Hechos* -que es lo más recomendable, y por eso los hemos publicado antes, siguiendo su consejo- notaréis en *Romanos* un cambio notable que ya esperaríais. Reconoceréis que es el mismo Barclay, pero el libro que comenta es único en su género. De todas maneras estamos seguros de que os ayudará, enseñará, edificará y entusiasmara por lo menos tanto como los otros.

Cuando leáis el segundo párrafo de la página 19 comprenderéis por qué yo, que cuando Barclay publicó este tomo en 1955 era uno de sus alumnos, no podía vivir tranquilo hasta compartir con vosotros, estudiantes de la Biblia que usáis mi lengua, este comentario sencillo, sugestivo, simpático y edificante.

Lo de *sencillo* ya se supone que, en el caso de *Romanos*, es en la medida de lo posible. Pero esa medida en el caso de William Barclay, es «apretada, remecida y rebosando», porque nuestro autor se crece ante las dificultades. Ya se supone que, en una carta tan importante, escrita hace más de diecinueve siglos por un judío de Tarso de Cilicia y ciudadano romano a algunos habitantes de Roma, se incluyan alusiones y referencias a las condiciones de vida de aquel entonces y a los forjadores y principales exponentes de aquella cultura. Para entender esta carta tendríamos que espigar muchos datos en los escritos de aquel tiempo. Eso es lo que ha hecho para nosotros William Barclay, especialista y forfo de la historia y las lenguas clásicas, cicerone ideal para guiarnos en la visita al Foro romano, con sus tribunales en los que se tramitan adopciones entre bebés abandonados de los que sólo sobrevivirán, si a eso se puede llamar sobrevivir, los que recojan para las

especulaciones de aquel tiempo, que no eran tan diferentes de las actuales en algunos sitios. Nos presentará a emperadores crueles, viciosos, ansiosos de notoriedad y de poder, y a otros que figuran entre los grandes santos estoicos de entonces y de todos los tiempos; y a personas de todas las escalas sociales hasta llegar a los esclavos, porque no se puede llegar más abajo. Pero, sobre todo, nos mostrará cómo ha ido penetrando el Evangelio en toda la gama de la sociedad romana, desde los esclavos hasta las clases más altas, probablemente en este orden, produciendo grandes santos y mártires de Cristo.

Es natural que en un comentario como éste haya que explicar palabras que ya entonces estaban encintas de una gran carta histórica y psicológica. Si nos inspira excesivo respeto el descubrir que Barclay estudia una por una las 20 palabras griegas de la «larga lista de cosas terribles» de los versículos 28 a 32 del capítulo primero, se nos pasará el susto en seguida cuando comprobemos que las expone en una galería de escenas costumbristas y de retratos entre los que no faltan graciosas caricaturas.

Y no digamos cuando se enfrenta con las listas de nombres. Nos confiesa en algún sitio que hubo un tiempo en que pensaba que no perderían gran cosa las Sagradas Escrituras si se omitieran las genealogías y cosas por el estilo; pero nos hace felices comprobar que superó aquella actitud, y que desarrolló una de sus habilidades superlativas como expositor *par excellence*: la de seguir el hilo de esos nombres que no nos dicen nada a la mayoría por los laberintos de la Biblia, las historias romanas, los papiros egipcios, las inscripciones y hasta las catacumbas, para reconstruimos verdaderas sagas que, si no siempre podemos decir que «escrito lo tenemos, es verdadera historia», merecerían serlo. Si en algún momento se os hace pesada la lectura continuada, os aconsejo que paséis al último capítulo, el de los saludos finales. Sólo os advertiré, por propia experiencia, que tengáis pañuelos abundantes a mano. ¡Que os aproveche mucho!

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: «Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar» (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas, aún ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por

eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque no tenemos las otras a las que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen epístolas. Son, en el sentido más corriente, cartas. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los papiros. En el mundo antiguo, el papiro era el antepasado del papel en el que se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos -contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración- y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su **padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.**

«Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué

a Miseno recibí del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por

haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Agato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonio»

(G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36).

¡No podría figurarse Apión que estaríamos leyendo la carta que le escribió a su padre 1.800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *El saludo*: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; *Efesios* 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1 s; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.

(ii) *La oración*: en todas sus cartas Pablo pide la gracia de Dios para las personas a las que escribe: Romanos 1: 7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; *Efesios* 1:2; Filipenses 1: 3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1: 2.

(iii) *La acción de gracias*: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; *Efesios* 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses

1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.

(iv) *El tema de la carta*: de lo que trata cada una.

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales*: Romanos 16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4:21s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene que ser pasajera porque se escribió para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta es la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18*; *2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su ansia de comunicar y ayudar.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS ROMANOS

LA EPÍSTOLA QUE ES DIFERENTE

Hay una diferencia indiscutible entre la *Carta a los Romanos* de Pablo y otra cualquiera de sus cartas. El que haya leído antes, digamos, las *Cartas a los Corintios*, notará la diferencia inmediatamente, tanto de ambiente como de método. Una parte considerable de ella es debida a un hecho básico: cuando Pablo escribió *Romanos* se estaba dirigiendo a una iglesia en cuya fundación no había tenido arte ni parte y con la que no había tenido contacto personal. Esto explica por qué en *Romanos* hay tan pocas de las alusiones a los problemas prácticos que abundan en las otras cartas. Por eso *Romanos*, a primera vista,

parece mucho más impersonal. Como dijo Dibelius, «es la menos condicionada por la situación momentánea de todas las cartas de Pablo.» Para decirlo de otra manera: *Romanos* es la que más se parece a un tratado teológico. En casi todas las otras cartas Pablo está saliendo al paso de algún problema inmediato, de alguna situación apremiante, de algún error extendido, de algún peligro amenazador, que se cernían sobre la iglesia a la que estaba escribiendo. *Romanos* es la que se acerca más a una exposición sistemática de la posición teológica del mismo Pablo independientemente de cualquier conjunto de circunstancias inmediatas.

TESTAMENTARIA Y PROFILÁCTICA

Por eso dos grandes investigadores le han aplicado a *Romanos* dos adjetivos muy iluminadores: (a) Sanday la llamó «*testamentaria*». Es como si Pablo hubiera escrito en *Romanos* su última voluntad y testamento; como si hubiera destilado en esa carta la quintaesencia de lo que creía y predicaba. Roma era la ciudad más grande del mundo, la capital del Imperio más grande que se había conocido. Es posible que Pablo no hubiera estado nunca allí, ni supiera si iría alguna vez. Pero, al escribir a la iglesia de tal ciudad, era comprensible que expusiera la esencia y el corazón de su fe. (b) Burton llamó a *Romanos* «*profiláctica*» -es decir, algo que protege de una infección. Pablo había visto muy a menudo el daño y los problemas que podían causar las ideas erróneas, las nociones tergiversadas, las concepciones equivocadas de la fe y la doctrina cristiana. Por tanto quería enviarle a la iglesia de la ciudad que era el centro del mundo una carta que edificara su fe de tal manera que, si le

llegaban infecciones, tuvieran en la verdadera palabra de la doctrina cristiana una defensa poderosa y efectiva. Se daba cuenta de que la mejor protección contra la infección de la falsa doctrina era y es el antiséptico de la verdad.

CIRCUNSTANCIAS EN QUE PABLO ESCRIBE A LA IGLESIA DE ROMA

Pablo siempre había estado muy interesado en Roma. Uno de sus sueños era predicar allí. Cuando se encuentra en Éfeso, está programando pasar otra vez por Acaya y Macedonia, y se le escapa de lo hondo del corazón la frase: «Después de estar allí también tengo que ver Roma» (*Hechos 19:21*). Cuando todo le iba mal en Jerusalén y la situación parecía erizada de peligros y el fin próximo, tuvo una de aquellas visiones que siempre le animaban el corazón. Vio al Señor a su lado, que le decía: «¡Valor, Pablo! Como has dado testimonio de Mí en Jerusalén, es necesario que también lo des en Roma» (*Hechos 23:11*). El primer capítulo de esta carta respira el deseo de Pablo de ver Roma: «Estoy deseando veros para impartiros algún don espiritual que os fortalezca» (*Romanos 1:11*). «Tengo muchas ganas de predicaros el Evangelio también a los que estáis en Roma» (*Romanos 1:15*). Bien podemos decir que Pablo llevaba el nombre de *Roma* escrito en el corazón.

Cuando escribió la *Carta a los Romanos*, en el año 58 d.C., Pablo se encontraba en Corinto. Estaba a punto de culminar un proyecto que le era muy querido: la Iglesia de Jerusalén era la madre de todas las demás, pero era pobre, y Pablo había organizado una colecta entre las iglesias más jóvenes para ayudarla (*1 Corintios 16:1 ss; 2 Corintios 9:1ss*). Esa colecta tenía un doble sentido: (a) Era una oportunidad para que los convertidos más recientes manifestaran su amor cristiano. (b) Era una manera práctica de enseñar a todos los cristianos la unidad de la Iglesia Cristiana; y que no eran simplemente miembros de congregaciones aisladas o independientes, sino de la Iglesia universal, en la que cada parte tiene una responsabilidad con las demás. Cuando Pablo escribe *Romanos*, está a punto de ponerse en camino con esa colecta para la Iglesia de Jerusalén: «En este momento, sin embargo, voy a Jerusalén con la ayuda para los santos» (*Romanos 15:25*).

PROPÓSITO DE PABLO AL ESCRIBIR ESTA CARTA

¿Por qué escribe precisamente entonces?

(a) Pablo sabía que el viaje a Jerusalén no estaba exento de peligros. Sabía que tenía enemigos allí, y que ir a Jerusalén era arriesgar su libertad y su vida. Deseaba las oraciones de la Iglesia de Roma antes de emprender la expedición: «Así es que apelo a vosotros, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que contendáis juntamente conmigo pidiéndolo por mí a Dios para que me libre de los de Judea que no creen en Jesucristo» (*Romanos 15:30s*). Pablo estaba

movilizando las oraciones de la Iglesia antes de embarcarse en esa peligrosa empresa.

(b) Pablo tenía grandes proyectos bulléndole en el corazón. Se ha dicho de él que «le alucinaban las regiones más allá.» Nunca veía una nave anclada sin desear embarcarse para llevar la Buena Nueva a los del otro lado del mar. Nunca veía una cordillera, azul en la distancia, sin que le dieran ganas de pasar al otro lado para llevarles la historia de la Cruz a los que no la habían oído. Esta vez Pablo estaba obsesionado con la idea de España: «Espero veros cuando vaya de camino a España» (*Romanos 15:24*). «Cuando haya concluido esto -es decir, cuando haya entregado la colecta de las iglesias a la de Jerusalén- pasaré por vosotros rumbo a España» (*Romanos 15:28*).

¿Por qué este anhelo de ir a España? Roma había abierto nuestra tierra. Algunas de las calzadas romanas y de las grandes construcciones todavía se pueden ver en nuestro país. Y era el caso que, precisamente entonces, había un destello de grandeza en España. Muchas de las grandes figuras que estaban escribiendo sus nombres en la historia y en la literatura de Roma eran españoles. Estaba Marcial, el maestro del epigrama. Estaba Lucano, el poeta épico. Estaban Columela y Pomponio Mela, grandes figuras de la literatura latina. Estaba Quintiliano, el maestro de la oratoria. Y, sobre todo, estaba Séneca, el más grande de los filósofos estoicos latinos, tutor del emperador Nerón y primer ministro del Imperio Romano. Era natural que se le fuera el pensamiento a Pablo hacia esta tierra que estaba produciendo tal galaxia refulgente de ingenios. ¿Qué pasaría si hombres de esa talla llegaran a ser ganados para Cristo?

No hay datos históricos que nos confirmen a ciencia cierta que Pablo llegó a España. Fue arrestado en aquella visita a Jerusalén, y después de dos años en la cárcel en Cesarea fue remitido a Roma para comparecer ante el Emperador, a lo que se había visto obligado a apelar como ciudadano romano. El *Libro de los Hechos* nos le deja en Roma, viviendo por su cuenta pero como prisionero en espera de juicio; y, a partir de entonces, todo son conjeturas. Pero, al escribir *Romanos*, España era su sueño.

Pablo era un gran estratega. Tenía vista para planificar un territorio como un gran general. Se daba cuenta de que, para entonces, ya podía dejar atrás Asia Menor, pasando también Grecia de momento. Veía todo el Oeste extenderse ante él, territorio virgen para ganar para Cristo. Pero para iniciar la campaña del Oeste necesitaba una base de operaciones. Sólo había una que valía la pena considerar, y era *la misma Roma*.

Fue por eso por lo que escribió esta carta a Roma. Tenía este gran sueño en el corazón y este gran proyecto en la mente. Necesitaba a Roma como base para su nueva campaña. Se daba cuenta de que la Iglesia de Roma le conocería por referencias. Pero también se daba cuenta, porque era realista, de que las referencias que hubieran llegado a Roma serían confusas. Sus opositores eran capaces de difundir calumnias y acusaciones falsas contra él. Así es que escribió esta carta para exponerle a la Iglesia de Roma la quintaesencia de su fe a fin de, cuando llegara el momento de la acción, poder encontrar en Roma una iglesia que estuviera en simpatía con él, desde la que pudieran salir las líneas de comunicación al Oeste y a España. Con tal proyecto e intención Pablo se puso a escribir en Corinto, el año 58 d.C., esta carta a la Iglesia de Roma.

DESARROLLO DE LA CARTA

La Carta a los Romanos es al mismo tiempo muy complicada y muy cuidadosamente estructurada. Por tanto nos ayudará a adentrarnos en ella el tener una idea de su trazado y disposición. Se divide naturalmente en cuatro partes:

- (i) Capítulos 1-8, que tratan del problema de la justificación.
- (ii) Capítulos 9-11, que tratan del problema de los judíos, el Pueblo Escogido.
- (iii) Capítulos 12-15, que tratan de cuestiones prácticas de la vida y la conducta.
- (iv) Capítulo 16, que es una carta de presentación de Febe y una lista de saludos personales.

(i) Cuando Pablo usa la palabra *justicia* quiere decir *estar en la debida relación con Dios*, palabra especialmente paulina, como *justificación y justificar*, que aparecen en *Romanos* más que en ningún otro libro del Nuevo Testamento. Una persona *justa* es la que se mantiene en la debida relación con Dios, y cuya vida lo demuestra.

Pablo empieza con una panorámica del mundo gentil. No tenemos más que ver su decadencia y corrupción para saber que no ha resuelto el problema de la justicia. Pablo considera entonces a los judíos, que habían intentado resolver el problema de la justicia mediante una observancia meticulosa de la Ley. Pablo mismo había probado ese camino, que le había conducido solamente al fracaso y a la derrota, porque no hay nadie en la Tierra que pueda obedecer plenamente la Ley, y por tanto todos deben darse cuenta de que están en deuda con Dios y merecen su desaprobación.

Así es que Pablo encuentra el único camino a la justicia en la actitud de confianza absoluta y total rendición. La única manera de llegar a la debida relación con Dios es creer en su Palabra y arrojarse, tal como se es, a merced de su misericordia y su amor. Este es el camino de la fe. Es reconocer que lo único importante no es lo que nosotros podemos hacer por Dios, sino lo que Él ha hecho por nosotros. Para Pablo, el centro de la fe cristiana era que no podemos nunca llegar a ganar o a merecer el favor de Dios, ni es eso lo que Él espera de nosotros. Todo depende exclusivamente de su gracia, y nosotros también. Lo único que podemos hacer es aceptar con amor y gratitud y confianza lo que Dios ha hecho por nosotros.

Sin embargo, eso no nos libra de las obligaciones, ni nos permite vivir como nos dé la gana. Quiere decir que para siempre jamás debemos esforzarnos en ser dignos del amor **que hace tanto por nosotros**. Pero ya no estamos intentando cumplir las exigencias de una ley austera, inflexible y condenatoria; ya no somos criminales ante el Juez, sino hijos amantes que Le hemos dado toda nuestra vida por amor a Aquel que nos amó primero.

(ii) El problema de los judíos era verdaderamente angustioso. En un sentido muy real eran el Pueblo Escogido de Dios; y, sin embargo, cuando el Hijo de Dios vino al mundo, le rechazaron. ¿Qué explicación se puede dar a este hecho desgarrador?

La única que pudo encontrar Pablo fue que, a fin de cuentas, Dios lo había querido así. De alguna manera, los corazones de los judíos se habían endurecido; pero no fue un fracaso total, porque siempre había habido un remanente fiel. Ni tampoco acabó ahí la cosa; porque el hecho de que los judíos rechazaran a Cristo abrió la puerta de la Salvación a los gentiles, y esto provocaría la vuelta de los judíos, de manera que la Salvación alcanzaría a todos.

Pablo llega más lejos. El judío siempre había pretendido ser un miembro del Pueblo Escogido por el hecho de ser judío. Todo dependía de ser descendiente de Abraham. Pero Pablo insiste en que el verdadero judío no es simplemente el que desciende racialmente de Abraham, sino el que hace la misma decisión de total entrega a Dios que hizo Abraham por la fe impregnada de amor. Por tanto, deduce Pablo, hay muchos judíos de pura sangre que no lo son en el sentido más profundo del término; y hay muchos de otras naciones que son realmente judíos en el verdadero sentido de la palabra. El Nuevo Israel no depende de la raza, sino que está formado por los que tienen la misma fe que Abraham.

(iii) El capítulo 12 de *Romanos* es una exposición ética tan grande que merece colocarse siempre al lado del Sermón de la Montaña. En él establece Pablo el carácter ético de la fe cristiana. Los capítulos 14 y 15 tratan de un problema que sigue presentándose. Había en la iglesia un sector más estrecho, que creía que se debía abstener de ciertos alimentos y bebidas, y que consideraba ciertos días y ceremonias de especial importancia o santidad. Pablo los considera «hermanos débiles» en comparación con otros cuya fe no dependía de estas cosas, y

que formarían el sector más liberal. Lo curioso del caso es que la descripción de los hermanos débiles parece corresponder a los que procedían del judaísmo, y Pablo considera a los otros como «más fuertes» en la fe, y no oculta que sus simpatías están con

ellos. Pero lo importante es que establece el gran principio de que nadie debe hacer nada que hiera la conciencia de un hermano más débil o que le pueda escandalizar. Su punto de vista es que no debemos hacer nada nunca que le haga más difícil a otro el ser cristiano; y que debemos estar dispuestos a renunciar a algo que es bueno para nosotros por amor al hermano débil. La libertad cristiana no debe usarse nunca de forma que dañe la conciencia o la vida de otro.

(iv) La cuarta sección es la presentación de Febe, posiblemente la portadora de la carta, que está al servicio de la Iglesia de Cencreas y que se dirige a Roma, al parecer por asuntos o negocios personales. La carta termina con una lista de saludos y la bendición final.

DOS PROBLEMAS

El capítulo 16 siempre ha presentado problemas a los investigadores.

(i) Muchos han pensado que no debe de formar parte de la *Carta a los Romanos*, sino que probablemente antes pertenecía a una carta dirigida a otra iglesia, y se puso al final de ésta cuando se coleccionaron todas las cartas de Pablo. ¿Por qué piensan así? En principio y sobre todo porque en este capítulo Pablo manda saludos a veintiséis personas diferentes, veinticuatro de las cuales menciona por nombre, y parece conocer íntimamente a todas. Llega a decir, por ejemplo, que la madre de Rufo se ha portado con él como si fuera su madre. ¿Es probable que Pablo conociera íntimamente a veintiséis personas *en una iglesia que no había visitado nunca*? De hecho, saluda a muchas más personas en este capítulo que en ninguna otra de sus cartas. Aquí hay algo que requiere explicación.

Si este capítulo no fue dirigido a Roma, ¿adónde iba destinado? Aquí intervienen Prisca y Aquila en el argumento. Sabemos que se marcharon de Roma en el año 52 d.C., cuando Claudio expulsó de allí a los judíos (*Hechos 18:2*). Sabemos que fueron con Pablo a Éfeso (*Hechos 18:18*), y que estaban allí cuando Pablo escribió *1 Corintios*, menos de dos años antes de que escribiera *Romanos (1 Corintios 16:19)*. Y sabemos que todavía estaban en Éfeso cuando se escribieron las Cartas Pastorales (*2 Timoteo 4:19*). Parece normal que, si nos encontramos una carta que incluye saludos para Prisca y Aquila, debemos suponer que va dirigida a Éfeso, si no se nos dice otra cosa.

¿Hay alguna otra razón para pensar que el capítulo 16 de *Romanos* fuera dirigido a Efeso en primera instancia? Sí: el hecho de que Pablo pasara más tiempo en Éfeso que en ningún otro lugar, lo que hace perfectamente natural que mandara saludos para tantas personas. Pablo menciona a Epeneto, «las primicias de Asia»: Éfeso está en Asia, y esa referencia sería también muy natural en una carta a Éfeso, y no tanto a Roma. *Romanos 16:17* habla de «dificultades, en oposición a la doctrina que se os ha enseñado», lo que parece aludir a la enseñanza que el mismo Pablo les había impartido, cosa que no podía decir a la Iglesia de Roma.

Se puede sugerir que el capítulo 16 fue dirigido a Éfeso en primera instancia, pero no es tan evidente como parece. Por una parte, no tenemos la más mínima evidencia de que este capítulo estuviera incluido en ninguna otra carta nada más que en *Romanos*. Por otra parte, lo curioso es que Pablo *no* manda saludos personales en las cartas a las iglesias que conocía bien, como *Tesalonicenses, Corintios, Gálatas y Filipenses*; mientras que *hay* saludos personales en la carta a los *Colosenses*, aunque Pablo no había estado allí.

La razón es bien sencilla. Si Pablo mandaba saludos personales en las cartas a las iglesias que conocía bien podían surgir celos; por otra parte, cuando escribía a iglesias que no había visitado, procuraría establecer todos los lazos personales

que pudiera. El mismo hecho de que Pablo no hubiera estado nunca en Roma hace más probable el que *tratara* de establecer tantas conexiones personales como le fuera posible. Es verdad que Prisca y Aquila fueron desterrados de Roma por el edicto de Claudio; pero, ¿no sería natural que volvieran seis o siete años después, cuando cambiara la situación, para unir los cabos de su negocio después de haber estado en otros sitios? ¿Y no es también natural que muchos de los otros nombres fueran los de personas que habían sido desterradas también, a las que Pablo habría conocido en otras ciudades, y que habrían vuelto a sus antiguos hogares en Roma cuando dejó de haber moros en la costa? Pablo estaría encantado de tener tantos contactos personales en Roma y de reanudarlos.

Además, como veremos cuando estudiemos el capítulo 16 en detalle, muchos de los nombres -las casas de Aristóbulo y Narciso, Amplias, Nereo y otros- encajan bien en Roma. A pesar de las razones en favor de Éfeso, podemos considerar que no hay por qué separar el capítulo 16 de la *Carta a los Romanos*.

(ii) Pero hay otro problema mucho más interesante e importante. Los manuscritos más antiguos presentan curiosas variantes en los capítulos 14, 15 y 16. El lugar adecuado para una doxología es *al final de todo*. *Romanos 16:25-27* es una doxología, y en la mayor parte de los buenos manuscritos está al final; pero en un cierto número de manuscritos aparece al final del capítulo 14; dos buenos manuscritos la ponen *en los dos* sitios; un manuscrito antiguo la tiene al final del capítulo 15; dos manuscritos no la incluyen *en ningún* sitio, pero dejan un hueco que se supone sería para ella. Un antiguo manuscrito latino tiene una serie de resúmenes de las secciones de la carta, y las dos últimas son:

50: *Del peligro del que ofende a su hermano con la comida.*

Está claro que eso se refiere a *Romanos 14:15-23*.

51: *Del misterio del Señor, que se mantuvo secreto antes de su pasión pero que se reveló.*

Eso también está claro que es *Romanos 16:25-25*, la doxología. Es evidente que esos resúmenes se hicieron sobre la base de un manuscrito que no contenía los capítulos 15 y 16.

Hay algo que arroja un haz de luz en esta cuestión: en un manuscrito se omite el nombre de *Roma* en *Romanos 1: 7 y 15*. No se menciona el destinatario. Todo esto nos hace pensar que *Romanos* circuló en dos versiones: una, como la tenemos, con 16 capítulos, y otra con 14; y tal vez hubo otra con 15. Es probable que la explicación sea que Pablo la escribió *a Roma*, con 16 capítulos; pero los capítulos 15 y 16 son íntimos y personales para Roma. Ahora bien: no tenemos otra carta que contenga un compendio comparable de la doctrina de Pablo. Lo que es probable que sucediera es que *Romanos* empezara a circular por todas las iglesias, *sin los dos últimos capítulos*, a excepción de la doxología. Se debe de haber reconocido que *Romanos* era demasiado importante para limitarse a una sola iglesia; así es que se suprimieron las referencias puramente locales y se envió a todas las iglesias como una carta circular. Desde los primeros tiempos la Iglesia se dio cuenta de que *Romanos* era una exposición tan maravillosa de la mente Pablo que tenía que ser propiedad, no de una sola iglesia, sino de toda la Iglesia. Debemos recordar al estudiarla que siempre se ha considerado *Romanos* como la quintaesencia del Evangelio de Pablo.

VOCACIÓN, EVANGELIO Y MISIÓN

Romanos 1:1-7

Os manda esta carta Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado para ser apóstol, apartado para servir al Evangelio de Dios. Este Evangelio es la Buena Noticia que Dios prometió hace mucho por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras, el Evangelio acerca de su Hijo, Quien, en cuanto a su naturaleza humana, nació del linaje de David; Quien, como resultado de Su Resurrección de los muertos, el Espíritu Santo ha demostrado que es el todopoderoso Hijo de Dios. Estoy hablando de Jesucristo nuestro Señor, a través de Quien yo he recibido la gracia y el apostolado para despertar una fiel obediencia por Su causa entre todos los gentiles. Entre ellos estáis también vosotros, que también habéis sido llamados para pertenecer a Jesucristo. Dirijo esta carta a todos los queridos hermanos de Roma que pertenecéis a Dios, que habéis recibido el llamamiento para consagraron a Él: ¡Que la Gracia y la Paz de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros!

Cuando Pablo escribió la *Carta a los Romanos* se estaba dirigiendo a una iglesia que no había visitado nunca ni conocía personalmente. Estaba escribiendo a una iglesia que estaba en la ciudad más grande del imperio más grande del mundo. Por eso escogió las palabras y las ideas con el máximo cuidado.

Empezó presentando sus credenciales:

(i) Se llama a sí mismo esclavo (*dulos*) de Jesucristo. Esta palabra tiene dos trasfondos de pensamiento:

(a) El título que a Pablo le gustaba más aplicar a Jesús es Señor (*Kyrios*). En griego, la palabra *kyrios* designa a alguien que está en posesión indiscutible de una persona o cosa. Quiere decir *dueño o propietario* en el sentido más absoluto. Lo contrario de Señor (*Kyrios*) es *esclavo (dulos)*. Pablo se consideraba esclavo de Jesucristo, su Dueño y Señor. Jesús le había amado y se había entregado por él, y por consiguiente Pablo estaba seguro de que ya no se pertenecía a sí mismo, sino exclusivamente a Jesús. Por otra parte, *esclavo* implica la absoluta obligación del amor.

(b) Pero esclavo (*dulos*) tiene otra vertiente. En el Antiguo Testamento es el término general para designar a un gran hombre de Dios. Moisés era el *dulos* del Señor (*Josué 1:2*). Josué era el *dulos* de Dios (*Josué 24:29*). El más alto título de los profetas, el que los distinguía de los demás hombres, era *esclavos de Dios* (*Amós 3: 7; Jeremías 7.-25*). Cuando Pablo se llama esclavo de Jesucristo, se está colocando en la línea de los profetas. La grandeza y la gloria de éstos dependía del hecho de ser esclavos de Dios, y lo mismo sucedía con Pablo.

Así que el título *esclavo de Jesucristo* incluye al mismo tiempo la obligación de un gran amor y el honor de una gran misión.

(ii) Pablo se describe a sí mismo como *llamado a ser apóstol*. Las grandes figuras del Antiguo Testamento fueron personas que oyeron y respondieron al llamamiento de Dios. Abraham oyó el llamamiento de Dios (*Génesis 12:1-3*). Moisés respondió al llamamiento de Dios (*Éxodo 3:10*). Jeremías e Isaías fueron profetas porque, sin buscarlo ellos, oyeron y respondieron al llamamiento de Dios (*Jeremías 1:4s; Isaías 6:8s*). Pablo no se consideró nunca como uno que había aspirado a un gran honor, sino como uno al que se había asignado una misión. Jesús les dijo a sus hombres: «No fuisteis vosotros los que me elegisteis a Mí, sino que fui Yo el que os elegí a vosotros» (*Juan 15:16*). Pablo no pensaba en la vida en términos de lo que él quería hacer, sino en términos de lo que Dios quería que hiciera.

(iii) Pablo se describe a sí mismo como *apartado para el servicio del Evangelio, la Buena Noticia de Dios*. Era consciente de ser un hombre que había sido apartado. Dos veces se le aplica la misma palabra (*aforizein*):

(a) Fue apartado *por Dios*. Creía que Dios le había separado desde antes de nacer para una misión (*Gálatas 1:15*). Dios tiene un plan para cada persona; no hay vida que no tenga sentido: Dios la ha puesto en el mundo para algo determinado.

(b) Fue apartado *por hombres*, cuando el Espíritu Santo les dijo a los responsables de la Iglesia de Antioquía que Le apartaran a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los tenía destinados (*Hechos 13:2*). Pablo era consciente de que le habían asignado una tarea Dios y la Iglesia de Antioquía. Hay personas que se consideran llamadas por Dios aunque la iglesia no las reconoce, y viceversa; pero el verdadero llamamiento viene de Dios y es confirmado por el Pueblo de Dios.

(iv) Había recibido *la gracia*. *Gracia* siempre describe algún regalo inmerecido y gratuito. Antes de ser cristiano, Pablo había tratado de ganar gloria a *los ojos* de los hombres y mérito a los *ojos* de Dios cumpliendo meticulosamente la Ley; pero no había encontrado la paz por ese camino. Ahora ya sabía que lo importante no es lo que nosotros podamos hacer, sino lo que Dios ha hecho por medio de Jesucristo. Para decirlo con pocas palabras: « La Ley establece lo que el hombre tiene que hacer; el Evangelio ofrece lo que Dios ha hecho.» Ahora veía Pablo que la Salvación no depende de lo que el esfuerzo humano pueda hacer, sino de lo que ya ha hecho el amor de Dios. Todo es por gracia, inmerecido y gratuito.

(b) Había recibido *una tarea*. Había sido apartado para ser el Apóstol de los Gentiles. Pablo sabía que había sido escogido, no para un honor, sino para una responsabilidad. Sabía que Dios le había apartado, no para una gloria, sino para un trabajo. Puede que nos encontremos aquí con un juego de palabras: Saulo había sido fariseo (*Filipenses 3:5*). *Fariseo* quiere decir *separado*, y *tenían* ese nombre porque se separaban deliberadamente de la gente ordinaria hasta el punto de no permitir que su ropa tocara la de una persona ordinaria. Se habrían estremecido ante la sola sugerencia de que Dios invitara a los gentiles, que para ellos eran «leña para los fuegos del infierno». Así había sido Saulo: se había sentido *separado* de tal manera que no sentía nada más que desprecio hacia las personas ordinarias. Ahora se sabía *separado* de tal manera que su vida estaba dedicada totalmente a llevar la Buena Noticia del amor de Dios a todos los de todas las razas. El Evangelio nos separa siempre; pero no para el privilegio, la gloria personal y el orgullo, sino para el servicio, la humildad y el amor a todo el mundo.

Además de presentar sus credenciales en este pasaje, Pablo expone en sus líneas más esenciales el Evangelio que predicaba, que estaba centrado en Jesucristo (versículos 2 y 3). Especialmente era la Buena Noticia de dos cosas:

(a) Era el Evangelio de la *Encarnación*. Hablaba de un Jesús que era real y verdaderamente un hombre. Uno de los primeros grandes pensadores de la Iglesia Cristiana lo resumió cuando dijo de Jesús: « Se hizo lo que somos nosotros para hacernos lo que es Él.» Pablo no predicaba a alguien que no fuera más que una figura legendaria de alguna historia imaginaria, o un semidiós mitad dios y mitad hombre. Predicaba a Uno que se había hecho uno con los hombres a los que vino a salvar.

(b) Era el Evangelio de la *Resurrección*. Si Jesús hubiera vivido una vida maravillosa y hubiera tenido una muerte heroica y eso hubiera sido todo, se le podría incluir entre los grandes hombres y los héroes, pero habría sido sencillamente uno entre muchos. Su unicidad fue garantizada para siempre por el hecho de la Resurrección. Todos «los demás» murieron y desaparecieron, aunque se los recuerda. Jesús vive y nos otorga su presencia siempre henchida de poder.

LA CORTESÍA DE LA GRANDEZA AUTÉNTICA

Romanos 1:8-15

Lo primero, Le doy gracias a mi Dios por todos vosotros mediante Jesucristo. Le doy gracias porque el relato de vuestra fe se cuenta por todo el mundo. Dios, a Quien sirvo en mi espíritu en la obra de la extensión de la Buena Noticia de Su Hijo, me es testigo de que Le estoy hablando continuamente acerca de vosotros. En mis oraciones pido siempre que, de alguna manera, pronto, por fin, consiga encontrar la manera de llegar hasta vosotros por la voluntad de Dios. Porque estoy deseando veros para compartir con vosotros alguno de los dones que da el Espíritu, para que os consolidéis firmemente sobre el cimiento de la fe. Lo que quiero decir es que, vosotros y yo, nos animemos mutuamente, vosotros con mi fe y yo con la vuestra.

Quiero que sepáis, hermanos, que muchas veces me he hecho el propósito de ir a veros, aunque hasta ahora no me ha sido posible, para tener también algún fruto entre vosotros, como lo tengo entre los demás gentiles. Estoy en deuda con los griegos y con los bárbaros, con los sabios y con los ignorantes; así que es mi ardiente deseo predicaros el Evangelio también a los de Roma.

Después de más de mil novecientos años este pasaje todavía rezuma cálido afecto, y podemos sentir el gran corazón de Pablo palpar de amor hacia la iglesia que todavía no conocía ni siquiera de vista. El problema de Pablo al escribir esta carta era que él no había estado en Roma ni había colaborado directamente en la fundación de aquella iglesia. Tenía que hacerles sentir que no estaba tratando de introducirse en coto ajeno para involucrarse en algo que no le concernía. Antes de nada tenía que establecer contacto con ellos para que desaparecieran las barreras de extranjería y suspicacias.

(i) **Pablo**, con psicología y amor combinados, empieza alabándolos por algo positivo: les dice que da gracias a Dios porque la fe cristiana de ellos se conoce en todo el mundo. Hay personas que tienen la lengua siempre aunada para alabar, y otras, siempre afilada para criticar; hay personas que enfocan la mirada para descubrir defectos, y otras, virtudes. Se decía de Thomas Hardy que, cuando iba al campo, no descubría las florecillas silvestres, sino el estercolero que había en algún rincón. Pero es un hecho que nos llevaremos mejor con las personas que alabamos que con las que criticamos. Los que más inspiran y ayudan a los demás son los que tienen la capacidad de ver lo mejor que hay en las personas.

Nunca ha habido nada en la historia de la cultura que haya igualado en belleza a la civilización griega en su cumbre; y, sin embargo, T. R. Glover dijo una vez que estaba fundada en «la fe ciega en el vulgo.» Una de las grandes figuras de la guerra de 1914-18 fue Donald Hankey, el autor de *El estudiante en armas*. Veía a la gente en su mejor y en su peor aspectos. En una de sus cartas les decía a los suyos: «Si sobrevivo a esta guerra quiero escribir un libro sobre "La Bondad viva", analizando toda la bondad y la nobleza inherente en la gente sencilla, y tratando de mostrar cómo debería encontrar cumplimiento y expresión en la Iglesia.» También escribió un gran ensayo titulado *El querido capitán*, en el que describe al querido capitán escogiendo a los soldados más difíciles para entrenarlos personalmente: «Los miraba, y ellos le miraban a él, y se reconstruían y animaban a dar de sí todo lo mejor.»

Nadie podrá ni empezar a salvar a otros a menos que, en primer lugar, crea en ellos. Una persona humana es una criatura pecadora que no merece más que el infierno; pero tiene un héroe dormido en el alma, y a menudo una palabra de aprecio despierta ese heroísmo latente, mientras que la crítica y la condenación no producirán más que resentimiento y desesperación. Aidano fue el apóstol de los sajones. Allá por el año 630 d.C., el rey sajón hizo una petición a la comunidad cristiana de la isla escocesa de Iona para que le mandaran un misionero

a su reino para que les predicara el Evangelio. El primer misionero volvió hablando de «la disposición testaruda y bárbara de los ingleses.» «No tienen modales -dijo- y se comportan como salvajes.» En su informe dijo que aquella misión no tenía sentido; pero entonces Aidano le dijo: «Creo, hermano, que tal vez has sido demasiado severo con esos oyentes ignorantes, y que debes guiarlos gentilmente, dándoles primero la leche de la religión y después la vianda.» Así es que mandaron a Aidano a Northumbria, y su gentileza ganó para Cristo a aquel mismo pueblo que la severidad crítica de su hermano monje había repelido.

(ii) Aunque Pablo no conocía personalmente a los de Roma, oraba constantemente por ellos a Dios. Es un privilegio y un deber cristianos el presentar a nuestros seres queridos y a nuestros hermanos en la fe al trono de la gracia. En uno de sus sermones sobre la Oración Dominical, Gregorio de Nisa tiene un pasaje lírico sobre la oración:

«El efecto de la oración es la unión con Dios; y, si uno está con Dios, está fuera del alcance del enemigo. Mediante la oración conservamos la castidad, controlamos el genio y nos desembarazamos de la vanidad. Nos hace olvidar las ofensas, vence la envidia, derrota la injusticia y enmienda el pecado. Mediante la oración obtenemos bienestar físico, un hogar feliz, una sociedad fuerte y bien ordenada... La oración es el sello de la virginidad y la garantía de la fidelidad en el matrimonio. Escuda al viajero, protege al dormido, infunde valor al vigilante... Es refresco al cansado y consuelo al triste. La oración es deleite para el que está contento, y solaz para el afligido... La oración es la intimidad con Dios y la contemplación de lo invisible... La oración es el disfrute de las cosas presentes y la sustancia de las venideras.»

Aunque estemos separados de otros y aunque no tengamos otra cosa que darles, podemos rodearlos con la fuerza y la protección de nuestras oraciones.

(iii) Pablo, en su humildad, estaba siempre tan dispuesto a recibir como a dar. Empieza diciendo que quería ir a Roma para impartirle a la iglesia algún don que la confirmara en la fe; y entonces cambia: dice que quería ir a Roma para que tanto él como la iglesia de allí pudieran confortarse y fortalecerse mutuamente, y para que cada uno pudiera encontrar riquezas preciosas en la fe del otro. Hay dos clases de maestros: los que se consideran por encima de sus alumnos y les dicen lo que tienen que saber y aceptar; y los que más bien parecen decirles: «Venga, vamos a aprender esto juntos.» Pablo era el mayor pensador que había en la Iglesia Primitiva; y sin embargo, cuando pensaba en aquellos a los que quería predicar, no consideraba que él solo tenía que enseñarles, sino también que podía aprender de ellos. Requieren humildad tanto el enseñar como el aprender.

(iv) El versículo 14 tiene un doble sentido en griego que es casi imposible traducir. La versión Reina-Valera dice: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor.» Pablo estaba pensando en dos cosas cuando escribió eso: (a) Estaba en deuda con ellos por todas las muestras de afecto que había recibido. (b) Estaba en deuda con ellos porque había recibido de Dios el encargo de predicarles el Evangelio, y se lo debía. Esta frase tan concisa quiere decir: «Por todo lo que he recibido de ellos y por todo lo que tengo el deber de darles estoy en deuda con todo el mundo.»

Puede parecer extraño que Pablo hable de *los griegos* cuando estaba escribiendo a los *romanos*. Ya entonces la palabra *griego* había perdido totalmente su sentido nacional. Las conquistas de Alejandro Magno habían llevado la lengua y la cultura griegas por todo el mundo, y ya no era griega una persona solamente por el hecho de haber nacido en Grecia, sino por participar de la herencia cultural que se originó en aquel país. *Un bárbaro* es literalmente el que habla diciendo *bar-bar*, es decir, usando

una lengua fea y ridícula en contraste con la lengua hermosa, flexible y rica de Grecia. Ser griego era ser un hombre de cierta cultura, con una cierta sensibilidad y

espíritu. Uno de los griegos dijo de su propio pueblo: < Puede que los bárbaros se topen con la verdad; pero hace falta ser griego para entenderla. »

Lo que Pablo quería decir era que su Mensaje, su amistad y su obligación eran para los intelectuales y para los sencillos, para los cultos y para los incultos, para los letrados y para los analfabetos. Tenía un Mensaje para todo el mundo, y su ambición era llegar a comunicarlo también en Roma.

LA BUENA NOTICIA DE LA QUE SE ESTA ORGULLOSO

Romanos 1:16, 17

Estoy orgulloso del Evangelio, porque es el poder de Dios que les produce Salvación a todos los que lo creen; a los judíos, en primer lugar, pero también a los griegos. El camino de la buena relación con Dios se revela en el Evangelio cuando la fe del hombre responde a la fidelidad de Dios, exactamente como está escrito: «Es la persona que está en la debida relación con Dios como resultado de su fe la que vivirá. »

Cuando llegamos a estos dos versículos ya hemos pasado la introducción y escuchamos el clarín del Evangelio. Muchos de los grandes conciertos para piano empiezan con un acorde explosivo, y luego viene el tema que se va a desarrollar. La probable razón es que se interpretaban en reuniones privadas en casas grandes; y, cuando el pianista se sentaba al piano todavía había un murmullo de conversación. Tocaba el acorde inicial para captar la atención de la audiencia, y a continuación exponía el tema. Hasta estos dos versículos Pablo ha estado estableciendo contacto con los destinatarios de su carta, atrayéndose su atención; y ahora anuncia el tema.

Aquí no tenemos más que dos versículos; pero contienen tanto de la quintaesencia del Evangelio de Pablo que merecen que nos detengamos en ellos el tiempo necesario.

Pablo empieza diciendo que está orgulloso del Evangelio que tiene el privilegio de predicar. Es sorprendente considerar el trasfondo de esta afirmación. A Pablo le habían metido en la cárcel en Filipos, le habían obligado a escapar por su vida en Tesalónica, le habían tenido que sacar de contrabando en Berea, se habían reído de él en Atenas, y en Corinto su Mensaje les había parecido una estupidez a los griegos y un escándalo a los judíos. A pesar de todo eso y mucho más, Pablo proclama que está orgulloso del Evangelio. Había algo en el Evangelio que le hacía salir victorioso de todo lo que los hombres le pudieran hacer.

En este pasaje nos encontramos con tres de las grandes consignas paulinas, tres grandes pilares de su pensamiento y creencia.

(i) Tenemos su concepción de *la Salvación (sótéria)*. En aquel momento de la Historia, la Salvación era el bien supremo que todos estaban buscando. Había habido un tiempo en el que la filosofía griega había sido especulativa. Cuatrocientos o quinientos años antes, los filósofos habían pasado el tiempo discutiendo el problema de cuál es el elemento básico del que se ha formado el universo. La filosofía había sido especulativa y natural; pero, poco a poco, con el paso de los siglos, la vida se había desplomado: los antiguos hitos habían desaparecido; los hombres se sentían rodeados de tiranos, conquistadores y peligros; la degeneración y la debilidad los acechaban, y la filosofía cambió de canal: se hizo, no especulativa, sino práctica. Dejó de ser filosofía *natural* para convertirse en filosofía *moral*. Su único propósito era levantar «una muralla defensiva contra el caos que se les echaba encima.»

Epicteto llamaba a su aula « el hospital para las almas enfermas. » Epicuro llamaba a su enseñanza « la medicina de la salvación ». Séneca, el contemporáneo de Pablo, decía que todos los hombres estaban mirando *ad salutem*, buscando la salvación. Lo que necesitamos, decía, «es que se nos tienda una

mano para levantarnos. » Los hombres, decía, son abrumadoramente conscientes de «su debilidad e ineficacia en las cosas necesarias. » Él mismo, decía, era *homo non tolerabilis*, uno al que no se podía tolerar. La gente amaba sus vicios, decía con una cierta desesperación, y los odiaba al mismo tiempo. En este mundo desesperado, decía Epicteto, la gente está buscando la paz, « no la que proclama el César, sino la de Dios. »

Difícilmente se encontrará otra época de la Historia en la que la humanidad estuviera buscando más la salvación. Era precisamente esa salvación, esa liberación y ese poder, lo que el Evangelio ofrecía al mundo.

Veamos qué era esa *sótéria*, esa Salvación cristiana:

(a) Era *la salvación de la enfermedad física (Mateo 9:21; Lucas 8:36)*. No era algo que sólo tuviera relación con el otro mundo. Estaba orientado a rescatar al ser humano en cuerpo y alma.

(b) Era *la salvación del peligro* (Mateo 8:25; 14:30). No es que le garantizaba al hombre una vida libre de riesgos y peligros, sino que le daba la seguridad del alma en cualesquiera circunstancias. Como escribió Rupert Brook en los días de la I Guerra Mundial en su poema *Seguridad*:

A salvo estaré al salir secretamente armado frente a todas las asechanzas de la muerte; a salvo, cuando se pierda toda seguridad; a salvo cuando los hombres caigan; y, si estos pobres miembros mueren, del todo a salvo.

La Salvación de Cristo nos pone a salvo de las circunstancias externas.

(c) Era *la salvación de toda contaminación*. El cristiano está a salvo del contagio de una generación retorcida y perversa (Hechos 2:40). Los que tienen la Salvación de Cristo tienen un antiséptico divino que los guarda de la infección del mal que hay en el mundo.

(d) Era *la salvación de la perdición* (Mateo 18:11; Lucas 19:10). Jesús vino a buscar y salvara los que se habían perdido.

Por naturaleza nos encontramos en un camino equivocado, que no conduce más que a la muerte. Cuando recibimos la Salvación de Cristo vamos por el camino verdadero de la Vida (Juan 14:6).

(e) Era *la salvación del pecado* (Mateo 1:21). La humanidad se encuentra sometida a esclavitud bajo un tirano del que no puede escapar. La Salvación de Cristo nos libra de la tiranía del pecado que paga el servicio de sus súbditos con la muerte (Romanos 6:23).

(f) Era *la salvación de la ira de Dios* (Romanos 5:9). En el próximo pasaje tendremos ocasión de investigar el sentido de esta frase. De momento nos basta tomar nota de que hay en el mundo una ley moral inexorable, y el anuncio de un juicio ineludible forma parte del Evangelio. Si no fuera por la Salvación de Cristo, no podríamos esperar más que la condenación eterna.

(g) Era *una salvación escatológica*. Es decir: una salvación que alcanza su plenitud en el triunfo final de Jesucristo (Romanos 13:11; 1 Corintios 5:5; 2 Timoteo 4:18; 1 Pedro 1:5).

El Evangelio viene a ofrecerle a un mundo sin esperanza una Salvación que puede mantener a salvo en esta vida y en la eternidad a todos los que la aceptan.

(ii) Tenemos su concepción de *la fe*. Esta es una palabra henchida de sentido en el pensamiento de Pablo.

(a) Su sentido más corriente es *lealtad*. Escribiendo a los tesalonicenses, Pablo quería tener noticias de su *fe*; es decir: si su lealtad estaba resistiendo la prueba. En 2 Tesalonicenses 1:4, se combinan *fe* y *paciencia o firmeza*. La fe es la fidelidad a toda prueba que caracteriza a todo fiel soldado de Jesucristo.

(b) *Fe* quiere decir *creencia*, la convicción de que algo es verdad. En 1 Corintios 15:17 Pablo les dice a los corintios que si Jesús no resucitó, entonces su fe es inconsistente, todo lo que han creído se derrumba. La fe es el asentimiento al Evangelio, su aceptación como verdad.

(c) *Fe* es sinónimo a veces de *la religión cristiana* (La Fe). En 2 Corintios 13:5 Pablo dice a los que se le oponen que se examinen a sí mismos para ver si realmente *se mantienen en la fe*, es decir, si son o no cristianos.

(d) *Fe* es a veces equivalente a *una esperanza indestructible*. «Andamos -dice Pablo-, no dependiendo de lo que vemos, sino por la fe» (2 Corintios 5:7).

(e) Pero en su sentido más característicamente paulino, *fe* quiere decir *aceptación total y confianza absoluta*. Es decir: Jugarse la vida a que hay Dios, y que es como Jesús nos Le ha mostrado. Es estar absolutamente seguros de que lo que Jesús ha dicho es la verdad, y apostar el tiempo y la eternidad a esa seguridad. «Creo en Dios -decía Stevenson-, y si me despertara en el infierno seguiría creyendo en Él.» «Aunque me mate, en Él esperaré» -decía Job (13:15).

La fe empieza por *receptividad*. Cuando, por lo menos, estamos dispuestos a escuchar el Evangelio. Sigue por *asentimiento de la mente*: después de oír, estamos de acuerdo en que es verdad; pero ese asentimiento mental puede no desembocar en acción. Muchas personas saben que algo es cierto, pero no cambian lo más mínimo en consecuencia. El paso decisivo se da cuando del asentimiento mental se pasa a *la entrega total*. La fe madura se da cuando alguien escucha el Evangelio, está de acuerdo en que es verdad y se entrega en una rendición incondicional.

(iii) Tenemos su concepción de *la justificación*. No hay palabras que sean más difíciles de entender en todo el Nuevo Testamento que *justo, justicia, justificar y justificación*. En esta carta tendremos ocasión de encontrárnoslas a menudo. Por lo pronto nos conformaremos con establecer las líneas generales por las que discurre el pensamiento de Pablo.

El verbo griego que usa Pablo para *justificar* es *dikaiún*, del que la primera persona de singular del presente de indicativo es *dikaioó, justifico*. Debemos darnos cuenta de que la palabra *justificar* tiene aquí un sentido distinto del corriente en español. Cuando «nos justificamos», damos razones para demostrar que teníamos razón; si es otro el que «nos justifica», presenta pruebas que confirman que actuamos como es debido. Pero todos los verbos griegos que terminan en *oó* no quieren decir *probar o hacer* que una persona o cosa sea algo, sino *tratar o considerar* a una persona como si fuera algo. Si Dios justifica a un pecador, no quiere decir que le da la razón y le acepta como justo. ¡Lejos de eso! Ni siquiera quiere decir, en este punto, que Dios hace que el pecador sea bueno. Quiere decir que *Dios trata al pecador como si no lo fuera*. En lugar de tratarle como a un

criminal que merece ser condenado, Dios le trata como a un hijo al que ama. Eso es lo que quiere decir *la justificación*: que Dios nos considera, no como enemigos, sino como amigos; no como merecen los malos, sino como merecen los buenos; no como a transgresores de la ley a los que hay que castigar, sino como a hombres y mujeres a los que hay que amar. Esta es la esencia misma del Evangelio.

Esto quiere decir que *ser justificados* es entrar en una nueva relación con Dios, una relación de amor, de confianza y de amistad, en lugar del distanciamiento de la enemistad y el miedo. Ya no nos dirigimos a un Dios que irradia justo y terrible castigo, sino perdón y amor redentor. La justificación (*dikaioyné*) es la relación correcta entre Dios y la criatura humana. El que es justo (*dikaiois*) es el que está en esta correcta relación con Dios -y aquí viene un detalle de suprema importancia-, no por nada que él haya hecho, sino por lo que Dios ha hecho por él. Está en la debida relación con Dios, no por haber cumplido meticulosamente todos los mandamientos de la ley, sino porque se ha arrojado en una fe a ultranza a merced de la misericordia y el amor de Dios.

En la antigua versión Reina-Valera teníamos la famosa frase: «El justo vivirá por la fe» (*Romanos 1:17*). Ahora podemos ver lo que quería decir Pablo con esta cita de *Habacuc 2:4*: Es el que está en la correcta relación con Dios -no por sus propias obras, sino por su absoluta fe en lo que el amor de Dios ha hecho- el que experimenta la vida de veras, ahora y en la eternidad. Para Pablo, ha sido la Obra de Jesús lo que

ha hecho posible para el hombre entrar en esta relación nueva y preciosa con Dios. El miedo a Dios ha dejado su lugar al amor. Al Dios al que el hombre consideraba su enemigo, ahora Le ve y Le conoce como su supremo y eterno Amigo.

LA IRA DE DIOS

Romanos 1:18-23

Porque da ira de Dios se revela desde el Cielo, y se dirige contra toda impiedad y maldad de los hombres que, en su maldad, intencionadamente sofocan la verdad que está luchando en sus corazones. Porque, lo que se puede conocer de Dios lo tienen claro en su interior porque Dios mismo se lo pone claro; porque, desde la creación del universo, siempre ha sido posible entender las cosas invisibles, como el poder y la divinidad, por medio de las cosas creadas. El orden de la creación está patente para dejar a los hombres sin disculpa; porque, aunque saben de Dios, sin embargo no Le glorifican ni Le dan gracias, sino se enredan en toda clase de especulaciones hueras, de tal manera que se les oscurece más su mente insensata. Pretenden ser sabios, pero no son más que necios, y han cambiado la gloria del Dios inmortal por imágenes de semejanzas de personas mortales, y de aves y de cuadrúpedos y de reptiles.

En el pasaje anterior Pablo estaba pensando en la relación con Dios en que el hombre puede entrar mediante una fe que es absoluta confianza y entrega. En contraste con esa relación pone ahora la ira de Dios en la que se incurre cuando se es deliberadamente ciego a Dios y se adoran los propios pensamientos e ídolos en vez de a El.

Esto es difícil y nos exige pensar en serio, porque aquí nos encontramos con la concepción de *la ira de Dios*, una frase alarmante y aterradora. ¿Qué quiere decir? ¿Qué tenía Pablo en la **mente cuando** la usaba?

En las partes más antiguas del *Antiguo Testamento* la ira de Dios se relaciona especialmente con la idea del pueblo del pacto. El pueblo de Israel estaba en una relación especial con Dios, que le había escogido y ofrecido una relación especial que se obtendría y mantendría siempre que guardara la Ley (*Éxodo 24:3-8*). Eso quería decir dos cosas:

(a) Quería decir que, dentro de la nación, cualquier desobediencia a la Ley provocaba la ira de Dios, porque quebrantaba la relación con El. *Números 16* nos habla de la rebelión de Coré, Datán y Abiram, y que al final Moisés le dijo a Aarón que hiciera expiación por el pecado del pueblo, «porque el furor ha salido de la presencia del Señor» (*Números 16:46*). Cuando los israelitas se desviaron para dar culto a Baal, «el furor del Señor se encendió contra Israel» (*Números 25:3*).

(b) Además, como la nación de Israel estaba en una relación exclusiva con Dios, cualquier otra nación que la tratara con crueldad o injusticia incurría en la ira de Dios. Babilonia había maltratado a Israel, y «por la ira del Señor no será habitada» (*Jeremías 50:13*).

En los profetas aparece la idea de la ira de Dios, pero con un nuevo hincapié. El pensamiento religioso judío a partir de los profetas estaba dominado por la idea de las dos edades, la presente y la por venir: la presente es esencialmente mala, y la edad dorada por venir será esencialmente buena. Entre ambas estará el Día del Señor, que será un día terrible de juicio y retribución en el que el mundo será sacudido, los pecadores destruidos y el universo rehecho antes de que venga el Reino de Dios. Será entonces cuando entre en acción *la ira del Señor* de una manera aterradora. «He aquí el Día del Señor viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en soledad» (*Isaías 13:9*). «Por la ira del Señor de los Ejércitos se oscureció la Tierra, y será el pueblo como pasto del fuego» (*Isaías 9:19*). «Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día del furor del Señor» (*Ezequiel 7:19*). Dios derramará sobre las naciones su enojo, todo el ardor de su ira; por el fuego de su celo será consumida toda la Tierra (*Sofonías 3:8*).

Pero los profetas no consideraban que la ira de Dios se posponía hasta ese terrible Día del Juicio. La veían constantemente en acción. Cuando Israel se alejaba de Dios, cuando era rebelde e infiel, la ira de Dios operaba en su contra y le envolvía en ruina, desastre, cautividad y derrota.

Para los profetas, la ira de Dios estaba obrando continuamente, aunque alcanzaría su clímax de terror y destrucción en el Día del Señor.

Un investigador moderno lo expresa de la siguiente manera: Porque Dios es Dios, y es esencialmente santo, no puede tolerar el pecado, y la *ira de Dios* es su «reacción aniquiladora» contra el pecado.

Esto nos es difícil de entender y de aceptar. Es de hecho la clase de religión que identificamos con el *Antiguo Testamento* más que con el *Nuevo*. Hasta Lutero lo encontraba difícil, y hablaba del amor como *la obra característica de Dios, y de la ira como la extraña acción de Dios*. Para la mentalidad cristiana es una cosa sorprendente.

Vamos a tratar de ver cómo lo entendía Pablo. C. H. Dodd escribió con mucha profundidad y sabiduría sobre este tema. Pablo habla a menudo de la idea de la ira; pero *no dice nunca que Dios esté airado*. Habla del amor de Dios, y dice que Dios ama; habla de la gracia de Dios, y de Dios actuando por gracia; habla de la fidelidad de Dios, y de que Dios es fiel con su pueblo... Pero, aunque nos parezca extraño, habla de la ira de Dios, pero no dice nunca que Dios esté airado o se aíre, expresión que sí encontramos en el *Antiguo Testamento*; así es que hay una diferencia entre el amor y la ira de Dios.

Además, Pablo habla de la ira *de Dios* solamente tres veces: aquí, en Efesios 5:6 y en *Colosenses* 3:6, donde habla de la ira de Dios que viene sobre los hijos de desobediencia. Habla a menudo de *la ira*, sin decir que es la ira *de Dios*, como si debiera escribirse con mayúscula -La Ira-, y fuera una clase de fuerza impersonal que actúa en el mundo. La traducción literal de *Romanos* 3:5 es: «... Dios, que trae sobre los hombres la Ira» (R-V: «que da castigo»). En *Romanos* 5:9 habla de ser salvos de la Ira. En *Romanos* 12:19 avisa a los humanos que no se venguen, sino que dejen a los malhechores para la Ira (R-V añade « de Dios»). En *Romanos* 13:5 habla de la Ira como una razón de peso para hacer a los hombres obedientes a las leyes (R-V « el castigo»). En *Romanos* 4:15 dice que la Ley produce Ira. Y en *1 Tesalonicenses* 1:10 dice que Jesús nos ha librado de la Ira venidera. Ahora bien, aquí hay algo muy importante: Pablo habla, sí, de la Ira, pero nos dice que Jesús nos salva de esa misma Ira.

Volvamos a los profetas. Muy a menudo su mensaje equivale a: «Si no obedecéis a Dios, su ira os acarreará ruina y desastre.» Ezequiel lo dice de una manera lapidaria: « El alma que pecare, ésa morirá» (18:4). Hay un orden moral en este mundo, y el que lo quebranta tiene que sufrir más tarde o más temprano. Eso es exactamente lo que dijo el gran historiador J. A. Froude: « Hay una lección, una sola, que podemos decir que la Historia repite con claridad; y es que el mundo está basado en un fundamento moral, y que, a la larga, les va bien a los buenos y, a la larga, les irá mal a los malvados.» La esencia del mensaje de los profetas hebreos es que hay un orden moral en el mundo. La conclusión es clara: *Ese orden social es la operación de la ira de Dios*. Dios ha hecho este mundo de tal manera que, si quebrantamos sus leyes, sufrimos las consecuencias. Ahora bien: si estuviéramos solamente a merced de ese inexorable orden moral, no podríamos esperar más que muerte y destrucción. El mundo está hecho de tal manera que el alma que peque tendrá que morir -si no hay más que ese orden moral. Pero en este dilema de la humanidad llega el amor de Dios, y en un acto de gracia indescriptible rescata al hombre de las consecuencias del pecado y le salva de la ira en que ha incurrido.

Pablo continúa insistiendo en que el hombre no puede alegar ignorancia de Dios. Puede ver cómo es por Su obra. Se puede conocer bastante a una persona por lo que ha hecho, e igualmente a Dios por Su creación. El Antiguo Testamento ya lo afirma. En Job 38-41 se nos presenta esta misma idea. Pablo lo sabía; cuando habla de Dios a los paganos de Listra, empieza por Su obra en la naturaleza (*Hechos* 14:17). Tertuliano, el gran teólogo de la Iglesia Primitiva, tiene mucho que decir acerca de la convicción de que a Dios se Le puede conocer en la creación: « No fue la pluma de Moisés la que inició el conocimiento del Creador... La inmensa mayoría de la humanidad, aunque no han oído nada de Moisés, y no digamos de sus libros, conocen al Dios de Moisés.» «La naturaleza es el maestro, y el alma, el discípulo.» «Una florecilla junto a la valla, y no digo del jardín; una concha del mar, y no digo una perla; una pluma de alguna ave, no tiene que ser la de un pavo real, ¿os dirán acaso que el Creador es mezcquino?» « Si te ofrezco una rosa, no te burlarás de su Creador.»

En la creación podemos conocer al Creador. El argumento de Pablo es totalmente válido: si observamos el mundo vemos que *el sufrimiento sigue al pecado*. Si quebrantas las leyes de la agricultura, la cosecha no grana; si las de la arquitectura, el edificio se derrumba; si las de la salud, se presenta la enfermedad. Pablo estaba diciendo: « ¡Observad el mundo, y veréis cómo está construido! Fijándonos en cómo es el mundo, podemos aprender mucho de cómo es Dios.» El pecador no tiene disculpa.

Pablo avanza aún otro paso. ¿Qué hace el pecador? *En lugar de mirar hacia Dios, se mira a sí mismo*. Se enreda en vanas especulaciones y se cree sabio, cuando en realidad no es más que un necio. ¿Por qué? Porque hace de sus ideas, sus opiniones y sus especulaciones, en lugar de *la voluntad de Dios*, el principio y la ley de la vida. La necedad del pecador consiste en hacer « al hombre dueño y señor de las cosas.» Basa sus principios en sus propias opiniones en lugar de en las leyes de Dios. Vive en un universo del que él es el centro, en lugar del universo del que el centro es Dios. En lugar de caminar con la mirada fija en Dios, no se mira nada más que a sí mismo y, por no mirar por dónde ni adónde va, cae.

El resultado es la *idolatría*. Se cambia la gloria de Dios por imágenes de formas humanas y animales. La raíz del pecado de la idolatría es *el egoísmo*. El hombre hace un ídolo, le trae ofrendas y le dirige oraciones. ¿Por qué? *Para que prosperen sus planes y sus sueños*. Su religión no tiene en cuenta a Dios, sino a sí mismo.

En este pasaje nos encontramos cara a cara con el hecho de que la esencia del pecado es ponernos a nosotros mismos en el lugar de Dios.

HOMBRES CON LOS QUE DIOS NO PUEDE HACER NADA

Romanos 1:24, 25

En consecuencia, Dios los ha dejado a merced de la inmundicia en el ansia de placer de sus corazones, que los arrastra a deshonrar sus cuerpos entre ellos, ya que han cambiado la verdad de Dios por la falsedad, y dan culto y sirven a la creación en vez de al Creador, Que es bendito para siempre. Amén.

La palabra que traducimos como *ansia (epithymía)*, en *R-V concupiscencia*, es la clave de este pasaje. Aristóteles definía *epithymía* como *lanzarse tras el placer*. Los estoicos, como lanzarse tras un placer *que desafía toda razón*. Clemente de Alejandría lo llamaba un irracional lanzarse hacia lo que produce placer. *Epithymía* es el deseo apasionado de una placer prohibido. Es el deseo que hace cometer acciones innominables y vergonzosas. Es la manera de vivir de una persona que está tan inmersa en el mundo que ya no tiene a Dios en cuenta para nada.

Es algo terrible decir que Dios *ha dejado* a alguien, *se ha desentendido de él*; y sin embargo hay dos razones para decirlo:

(i) Dios ha dado a los hombres el libre albedrío, y se lo

respeta. En último análisis, ni siquiera Él puede interferir en el libre albedrío. En *Efesios 4:19* Pablo habla de los que se han abandonado a la lascivia, le han rendido toda su voluntad. *Oseas 4:17* tiene una frase terrible: < Efraín se ha entregado a los ídolos. ¡Déjalo! > Al hombre se le presenta una elección libre, y así tiene que ser. Sin posibilidad de elección no puede haber bondad, ni puede haber amor. Una bondad impuesta no es verdadera, como un amor impuesto no es amor. Si los hombres escogen deliberadamente volver la espalda a Dios después que El ha enviado al mundo a su Hijo Jesucristo, ni siquiera El puede hacer nada para evitarlo.

Cuando Pablo dice que Dios *entregó* a los hombres a la inmundicia, esa palabra no contiene airada indignación. Más aún, su tono principal no es de condenación o juicio, sino de anhelo, de dolorido pesar, como el de un amante que ha hecho todo lo que ha podido y ya no puede hacer más. Describe exactamente el sentimiento del padre que ve a su hijo volverle la espalda y marcharse a poner distancia por medio.

(ii) Y sin embargo en esta palabra *entregar* hay más que eso, hay juicio. Es uno de los hechos inexorables de la vida que, cuanto más se comete una mala acción, más fácil resulta cometerla. Tal vez se empieza con un cierto temblor por lo que se está haciendo, pero se acaba por hacerlo sin darse uno cuenta. No es que Dios le esté castigando, sino que empieza a atraer el castigo sobre sí mismo, convirtiéndose más y más en esclavo del pecado. Los judíos conocían este hecho, y lo expresaban con ciertos dichos: «Todo cumplimiento del deber se recompensa con otro; y toda transgresión se castiga con otra.» « El que se esfuerza por mantenerse puro, recibe poder para serlo; y el que se atreve a abrir la puerta a la impureza, acaba por encontrarla siempre abierta.» « El que levanta una pared a su alrededor se queda emparedado, y el que se entrega queda entregado.»

Lo más terrible del pecado es su poder para engendrar pecado. La terrible responsabilidad del libre albedrío es que puede usarse de tal manera que al final se pierde, y se llega a ser esclavo del pecado, abandonado al mal. En el pecado hay siempre una mentira, porque el pecador cree que aquello le va a hacer feliz, y al final arruina la vida, tanto la propia como la ajena, en este mundo y en el venidero.

LA ERA DE LA VERGÜENZA

Romanos 1:26, 27

Por todo esto, Dios los ha abandonado a pasiones deshonrosas; porque sus mujeres cambian la relación natural por otras que van en contra de lo natural, y los hombres hacen lo mismo, dejando la relación natural con las mujeres e inflamándose de deseos de unos por otros, llegando a hacerse culpables de una conducta vergonzosa con otros hombres. De esta manera reciben dentro de sí mismos las consecuencias justas e inevitables de su error.

Romanos 1:26-32 podría parecer la expresión de un moralista histérico que estuviera exagerando la situación contemporánea y pintándola con colores de hipérbole retórica. Describe una situación de degeneración moral casi sin paralelo en la Historia universal. Pero Pablo no dice nada que no dijeran los escritores griegos y latinos de su tiempo.

(i) Fue una época en la que las cosas parecían, como si dijéramos, fuera de todo control. Virgilio escribió: « Se confunden el bien y el mal. Hay tantas guerras por todo el mundo, y tantas formas de mal; ya no se respeta ni el arado: los campesinos se llevan a otro sitio, y los campos se pierden; la reja se endereza para hacer una espada. En el Oriente, el Éufrates se está desperezando para la guerra, y en el Oeste, Alemania. Sí, las ciudades cercanas quebrantan sus alianzas y sacan la espada, y la furia salvaje del dios de la guerra ruga por todo el mundo, lo mismo que cuando las cuadrigas del circo

arremeten desde sus compuertas y se lanzan a la carrera, y el piloto tensa desesperadamente las riendas, pero tiene que dejar que los caballos vayan por donde quieran, fuera de todo control.»

Es un mundo en el que la violencia se ha desbocado. Cuando Tácito se puso a escribir la historia de este periodo, dijo: «Estoy entrando en la historia de un periodo rico en desastres, tenebroso de guerras, rasgado de sediciones, salvaje hasta en sus momentos de paz... Todo estaba en un delirio de odio y terror; se sobornaba a los esclavos para que traicionaran a sus amos, los libertos a sus patronos. Al que no tenía enemigos le destruían sus amigos.» Suetonio escribe del reinado de Tiberio: «No pasaba ningún día sin que se ejecutara a alguien.» Era una época de puro y absoluto terror. «Roma -dice el historiador Tito Livio- no podía soportar, ni sus males, ni los remedios que podrían haberlos curado.» El poeta Propertio escribe: « Veo a Roma, a la soberbia Roma, perecer víctima de su propia prosperidad.» Era una edad de suicidio moral. El satírico Juvenal escribía: « La Tierra ya no produce más que hombres malos y cobardes. Por tanto Dios, sea quien sea, mira hacia abajo, se ríe de ellos y los odia.»

Para los pensadores era un tiempo en el que todo parecía fuera de control, en el que, entre bastidores, se podía oír la risa burlona de los dioses. Como dijo Séneca, era una edad «sacudida por la agitación de un alma que ya no era dueña de sí misma.»

(ii) Era una época de lujo desmesurado. En los baños Públicos de Roma salía el agua caliente y fría de grifos de plata. Calígula llegó hasta a rociar la arena del circo de polvo de oro en lugar de serrín. Juvenal decía con amargura: « Se cierne sobre Roma un lujo más despiadado que la guerra... No hay delito ni obra de codicia que falte desde que Roma acabó con la pobreza.» « El dinero, nodriza del libertinaje... y la riqueza enervadora socavaron el nervio de una edad con su sucio lujo.» Séneca hablaba del «dinero, que arruina el verdadero valor de las cosas» -y añadía-: « No preguntamos qué es una cosa, sino cuánto cuesta.» Era una edad tan harta de las cosas ordinarias que estaba ávida de sensaciones nuevas. Lucrecio habla de cesa amargura que fluye de la misma fuente del placer.» El crimen llegó a ser el único antídoto del aburrimiento, hasta que, como dijo Tácito, «cuanto mayor la infamia, más salvaje la delicia.»

(iii) Era una edad de inmoralidad sin precedentes. No había habido ni un solo caso de divorcio en los primeros 520 años de la historia de la república romana. El primer romano del que se sabe que se divorció de su mujer fue Spurio Carvilo Ruga, el año 234 a.C. Pero Séneca dice de su tiempo que « la gente se casa para divorciarse y se divorcia para casarse.» Matronas romanas de alcurnia contaban los años por los nombres de sus maridos en lugar de los nombres de los cónsules, que era la manera oficial de fechar. Juvenal no podía creer que fuera posible tener la suerte de encontrar una matrona de impoluta castidad. Clemente de Alejandría habla de la típica dama de la sociedad romana «ceñida como Venus con el cinto dorado del vicio.» Juvenal escribía: «¿Le bastaría a Iberina con un solo marido? ¡Más contenta estaría si no tuviera más que un ojo!» Cita el caso de una mujer que había tenido ocho maridos en cinco años, y el increíble de la emperatriz Agripina, esposa de Claudio, que solía salir del palacio por las noches para servir voluntariamente en un burdel por puro vicio. «Dan señales de un espíritu impávido en todo lo que se rebajan a acometer.» No hay nada de lo que dijo Pablo del mundo pagano que no hubieran dicho sus mismos moralistas. Y el vicio no se limitaba a las manifestaciones más crudas y animales. La sociedad estaba contaminada de arriba abajo con vicios contra naturaleza. Catorce de los primeros quince emperadores romanos eran homosexuales.

Lejos de cargar las tintas, Pablo se contuvo en su descripción de Roma, y era allí donde anhelaba predicar el Evangelio del que estaba orgulloso. El mundo necesitaba un poder capaz de producir Salvación, y Pablo sabía que ese poder no existía nada más que en Cristo.

LA VIDA QUE HA PRESCINDIDO
' TOTALMENTE DE DIOS

Romanos 1:28-32

De la misma manera que se han entregado a una forma de conocimiento que rechaza la idea de Dios, Dios también los ha entregado a la clase de mentalidad que todos rechazan. El resultado es que hacen cosas indignas de un ser humano. Están repletos de toda maldad, villanía, ansia de poseer, depravación. Están llenos de envidia, asesinato, contienda, falsedad, y del espíritu que atribuye siempre lo peor. Son chismosos y criticones, aborrecedores de Dios. Son personas insolentes, arrogantes, fanfarronas, inventoras de males, desobedientes a los padres, insensatas, gente sin palabra, sin afecto natural, despiadados. Son la clase de personas que saben perfectamente que los que hacen tales cosas merecen la muerte, y sin embargo no sólo las hacen, sino también dan su aprobación a dos que las hacen.

Sería difícil encontrar un pasaje que nos presentara con más claridad lo que le sucede a la persona que no tiene en cuenta a Dios. No es tanto que Dios le envía el juicio como que esa persona se lo atrae sobre sí al dejar a Dios fuera de su esquema de las cosas. Cuando uno destierra a Dios de su vida se convierte en cierta clase de persona, y en este pasaje tenemos una de las descripciones más terribles de ninguna literatura de la clase de persona que llega a ser. Veamos el catálogo de cosas horribles que entran en la vida sin Dios.

Tales personas hacen cosas que son impropias de un ser humano. Los estoicos tenían una expresión: llamaban *kathékonta* a lo que es propio de una persona. Ciertas cosas son esencial e inherentemente parte de la humanidad, y otras no. Como dice Shakespeare en *Macbeth*:

Osaré hacer todo lo que compete a un hombre; El que pretende hacer más, no lo es.

El que destierra a Dios no pierde sólo la piedad; pierde también la humanidad.

A continuación viene una larga lista de cosas terribles. Vamos a considerarlas una por una.

(a) *Maldad (adikía)*. *Adikía* es precisamente lo contrario de *dikaio syné*, que quiere decir *justicia, integridad*; y los griegos definían la *justicia* como *darle a Dios y al hombre lo que les es debido*. El *malvado* es el que despoja de sus derechos al hombre y a Dios. Se ha erigido un altar a sí mismo en el centro de todo, de manera que se rinde culto a sí mismo excluyendo a Dios y al hombre.

(b) *Villanía (ponéria)*. La palabra griega quiere decir más que *maldad*. Hay una clase de maldad que, por lo general, no hace daño nada más que al que la tiene. No es una maldad transitiva. Cuando perjudica a otras personas, como es natural que suceda con la maldad, no lo hace intencionadamente. Puede ser insensatamente cruel, pero no tiene una crueldad encallecida. Pero los griegos definían *ponéria* como *el deseo de hacer daño*. Es la voluntad activa e intencionada de corromper y de infligir una injuria. Cuando los griegos definían a una mujer como *ponéra* querían decir que seducía deliberadamente a los inocentes. Uno de los títulos más corrientes de Satanás en griego es *ho ponéros, el malvado*, el que ataca a propósito la bondad para destruirla. *Ponéros* describe al hombre que no sólo es malo, sino que quiere hacer a los demás tan malos como él. *Ponéria* es una maldad destructiva.

(c) *El ansia de poseer (pleonexía)*. La palabra griega es compuesta de otras dos que quieren decir *tener más*. Los mismos griegos definían *pleonexía* como *un maldito amor a tener*. Es un vicio agresivo. Se ha descrito como el espíritu que persigue el interés propio sin tener en absoluto en cuenta los derechos de los demás, y hasta sin la menor consideración para con la común humanidad. Su característica es *la rapacidad*.

Teodoreto, el prolífico teólogo sirio del siglo V, lo describe como el espíritu que se apropia y retiene cosas a las que no tiene ningún derecho. Puede operar en cualquier esfera de la vida: en cuanto a cosas materiales quiere decir apropiarse de dinero y bienes sin respeto ni honradez; en la esfera ética se refiere a la ambición que lo pisotea todo para ganar algo que no le corresponde; en la esfera moral indica la concupiscencia incontrolada que encuentra placer donde no tiene ningún derecho. La *pleonexía* es el deseo que no respeta ninguna ley.

(d) *La depravación (kakía)*. *Kakía* es la palabra griega más general para maldad. Describe la situación del que está desprovisto de toda cualidad positiva. Por ejemplo, un *kakós krités* es un juez que no tiene ningún respeto a las leyes, ni tampoco el menor sentido moral ni la rectitud de carácter que no pueden faltar en un buen juez. Teodoreto describe esta condición como «*la tendencia del alma a lo peor*.» La palabra que usa para tendencia es *ropé*, que quiere decir *la inclinación de la balanza*. Un hombre que es *kakós* es el que siempre tiende hacia lo peor. *Kakía* se ha descrito acertadamente como la depravación total que incluye todos los vicios e introduce todos los pecados. Es la degeneración de la que crecen y en la que florecen todos los pecados.

(e) *Envidia (fthonos)*. Hay envidia buena y mala. Existe una envidia que le revela a una persona sus debilidades e incapacidades, y la predispone a seguir buenos ejemplos; y existe otra que sencillamente se entristece por el bien ajeno y, si lo desea para sí, tendría que ser sin que le costara el menor esfuerzo, aunque, como dice el poeta, a veces puede llegar hasta el crimen:

La envidia de la virtud - hizo a Caín criminal.

¡Gloria a Caín! Hoy el vicio - es lo que se envidia más.

Es la más destructiva y retorcida de las emociones humanas. (f) *Asesinato (fonos)*. Debemos tener presente siempre que Jesús amplió inconmensurablemente el sentido de esta palabra cuando enseñó que no son solamente los actos de violencia los que debemos evitar, sino también el espíritu de odio y de ira (*Mateo 5:21 ss*). Debemos desterrar de nuestro corazón toda malquerencia o desprecio hacia otras personas. Tal vez no hayamos golpeado nunca a nadie; pero, ¿podemos decir que no le hemos deseado nunca el mal? Como decía Tomás de Aquino hace mucho tiempo: «El hombre mira los hechos; pero Dios ve las intenciones.»

(g) *Contienda (eris)*. Indica la rivalidad que nace de la envidia, de la ambición, del deseo de prestigio, puestos y superioridad. Si nos limpiamos de los celos ya hemos hecho algo para librarnos de muchas peleas y contiendas. Es un don de Dios el ser capaces de experimentar tanto placer ante el éxito de los otros como ante el nuestro.

(h) *Falsedad (dolos)*. Como mejor comprendemos el sentido de esta palabra es a partir del verbo correspondiente, *dolún*. *Dolún* quiere decir corrientemente mezclar un metal precioso con otro de menos valor, o aguar el vino. *Dolos* es *falsedad*; describe la cualidad de la persona de inteligencia tortuosa y retorcida, que no sabe actuar con rectitud y que se escora hacia métodos astutos y disimulados para salirse con la suya; que siempre actúa con segundas. Describe la cualidad del intrigante nato que se encuentra en todas las comunidades y sociedades.

(i) *El espíritu que atribuye siempre lo peor (kakoétheía)*. *Kakoétheía* quiere decir literalmente *de mala naturaleza*. En el sentido más amplio quiere decir *malignidad*. Aristóteles lo definía en un sentido más restringido que siempre ha conservado. Decía que era « el espíritu que siempre piensa lo peor de los demás.» Plinio lo llamaba «malignidad en la interpretación.» Jeremy Taylor decía que es «la bajeza de la naturaleza que nos hace tomarlo todo por el lado malo, y atribuirle a todo la peor intención.» Puede que este sea el más corriente de todos los pecados, el que se recomienda en el horrible dicho español: «Piensa mal, y acertarás.» Es terrible pensar en la cantidad de reputaciones que se han asesinado mientras se tomaban unas cañas o unos cafés, cuando se ha atribuido la peor intención a una acción completamente inocente. Cuando nos den ganas

de hacerlo, debemos recordar que Dios oye y recuerda cada palabra que decimos.

(j) *Chismosos y criticones (psithyrístés y katálatos)*. Estas dos palabras describen a los de lengua de víbora; pero hay diferencia entre ellas. *Katálatos*, denigrante, describe al que va pregonando sus maledicencias por todas partes, al que hace sus críticas y cuenta sus cuentos abiertamente. *Psithyrístés* describe al que cuenta sus historias al oído, llevándose a su interlocutor a un rincón para susurrarle una confidencia que destruye un carácter. Los dos son malos; pero el confidente es el peor. Uno puede por lo menos defenderse de una acusación pública; pero es impotente frente al cuchicheo confidencial que se deleita en destruir reputaciones.

(k) *Aborrecedores de Dios (theostygués)*. Esta palabra describe al que odia a Dios porque sabe que Le está desafiando. Dios es la barrera que se interpone entre él y sus placeres, la cadena que le impide hacer lo que le dé la gana. De buena gana eliminaría a Dios si pudiera, porque el mejor de todos los mundos posibles sería para él uno en el que su vicio no tuviera cortapisas.

(l) *Personas insolentes (hybrístés)*. *Hybris* era para los griegos el vicio que más atraía su propia destrucción a manos de los dioses. -Representa dos líneas de pensamiento: (i) Describe el espíritu de la persona que desafía a Dios movida por el orgullo; la soberbia insolente que precede a la caída. La criatura humana se olvida de su *criaturidad*. Es el espíritu del que está tan confiado en su riqueza, poder y habilidad, que cree que no tiene que depender de nadie. (ii) Describe a la persona que es desenfrenada y sádicamente cruel e injuriosa. Aristóteles lo describe como el espíritu que hiere y ofende a los demás, no por venganza ni para obtener ninguna ventaja, sino simplemente por el placer de hacer daño. Hay personas que disfrutan viendo a uno estremecerse al oír una palabra cruel. Hay personas que sienten un placer diabólico al infligirle a otros un dolor mental o físico. Eso es *hybris*. Es el sadismo que se deleita haciendo daño a los demás solamente por hacer daño.

(m) *Personas arrogantes (hyperéfanos)*. Esta es una palabra que se usa tres veces en la Escritura cuando se dice que «Dios resiste a los soberbios» (*Proverbios 3:34; Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5*). Teofilacto lo llamaba « la cumbre de todos los pecados.» Teofrasto, filósofo griego que escribió una serie de bocetos de caracteres, definía *hyperéfanía* como «un profundo desprecio por todo lo que no sea uno mismo», y señala las cosas de la vida diaria que son señales de esta arrogancia: cuando se le pide a uno que acepte un cargo y rehúsa porque dice que no tiene tiempo para esas cosas; nunca dirige la mirada a nadie en la calle a menos que le produzca algún placer; invita a comer a una persona y luego no aparece él, y le manda a un esclavo para que le haga compañía. Está rodeado de una atmósfera de desprecio, y se complace en hacer que los demás se sientan insignificantes.

(n) *Fanfarrones (alazón)*. *Alazón* es una palabra que tiene una historia interesante. Literalmente quiere decir *vagabundo*. De ahí pasó a designar a charlatanes ambulantes que presumen de haber realizado curas extraordinarias, o quincalleros que aseguran que sus quincallas tienen propiedades maravillosas. Los griegos definían *alazonía* como el espíritu que pretende tener lo que no tiene. Jenofonte decía que se da este nombre a los que presumen de ser más ricos o más valientes de lo que son, y se comprometen a hacer para obtener alguna ganancia o provecho lo que no son capaces de hacer. Teofrasto tiene aquí también un estudio de una persona así: *el presumido, el esnob*. Es la clase de persona que pretende tener negocios, estar en relación con gente importante, haber hecho obras de caridad y haber prestado servicios públicos que no existen más que en su imaginación. Dice que su casa es demasiado pequeña para él/ella, y que tiene que comprarse otra mayor. La persona presumida sólo pretende impresionar a las demás, y quedan muchas de las tales en el mundo.

(ñ) *Inventores de males (efeuretés kakón)*. La frase describe a la persona que, digamos, no tiene bastante con las maneras ordinarias y corrientes de pecar, sino que descubre o inventa

vicios nuevos y recónditos, porque ya está hastiada y anda buscando nuevas emociones en nuevos pecados.

(o) *Desobedientes a los padres (goneúsin apeithés)*. Tanto los judíos como los romanos colocaban la obediencia a los padres muy alta en la escala de las virtudes. Era uno de los Diez Mandamientos el respetar a los padres. En los primeros tiempos de la República Romana, la *patria potestas* -es decir, la autoridad paterna- era tan absoluta que el padre tenía poder de vida o muerte sobre su familia. La razón para incluir aquí este pecado es que, una vez que se relajan los lazos familiares, se produce una degeneración total en cadena.

(p) *Insensatos (asynetos)*. Esta palabra describe a la persona que carece de sentido común, que no aprende por experiencia, que se niega a usar la cabeza que Dios le ha dado.

(q) *Que no tienen palabra (asynthetos)*. Esto sería especialmente grave para los romanos; porque, en los buenos tiempos de la historia de Roma, la honradez era clave e importantísima. La palabra de un hombre era suficiente garantía. En realidad, en eso se distinguían los romanos de los griegos, que eran unos tramposos redomados. Los griegos decían que si se le confiaba un talento -una suma importante de dinero- a un gobernador o a un funcionario, aunque estuvieran presentes diez secretarios o contables, ya se las arreglaría para hacer un desfaldo; mientras que un romano, ya fuera un magistrado en su jurisdicción o un general en una campaña, podía hacerse cargo de miles de talentos con la sola garantía de su palabra, sin que faltara luego ni una blanca. Al usar esta palabra, Pablo estaba recordándoles a los romanos no sólo la ética cristiana, sino los principios de honradez de sus mejores días como nación.

(r) *Sin afecto natural (ástorgos)*. *Storgué* era la palabra griega para el amor de la familia. Es verdad que el amor de la familia estaba desapareciendo en aquella época. Nunca ha sido la vida de un niño tan precaria como entonces. Los hijos se consideraban una desgracia. Cuando nacía un bebé, se le ponía a los pies de su padre: si le levantaba, eso quería decir que le reconocía; pero si se marchaba dejándole ahí, se le echaba a la basura literalmente. Todas las noches había treinta o cuarenta bebés abandonados en el foro romano. Hasta Séneca, que fue un gran hombre en muchos sentidos, escribía: «Matamos a un perro rabioso; sacrificamos a un toro acorneados; aplicamos el cuchillo a las reses enfermas para que no contaminen el rebaño; *a los bebés que nacen deformes o débiles, los ahogamos.*» Los lazos de amor humano estaban desapareciendo.

(s) *Despiadados (aneleémón)*. Nunca ha tenido menos valor la vida humana. Un amo podía matar o torturar a un esclavo si quería; al fin y al cabo no era más que *una cosa*, y la ley le concedía al amo un poder ilimitado sobre el esclavo. Una vez, en una casa de lujo, un esclavo que llevaba una bandeja de copas de cristal tropezó, y se le cayó una; inmediatamente el amo hizo que echaran al esclavo en un estanque que estaba lleno de voraces lampreas que se le comieron vivo. Era una época despiadada en sus mismos placeres, la de las luchas de gladiadores que le encantaba presenciar a la gente para ver cómo se mataban. Era una época en la que se desconocía la compasión.

(t) Pablo termina su catálogo de vicios diciendo que aquella gente había desterrado de su vida a Dios. Sucede a menudo que una persona sabe que es pecadora, y que está mal lo que hace, y lo reprocha en los demás. Pero en aquel tiempo, la gente había llegado a tal grado de maldad que no le daba ninguna importancia y animaba a otros a que hicieran lo mismo. George Bernard Shaw dijo una vez: «No hay nación que sobreviva a la pérdida de sus dioses.» Aquí nos da Pablo una descripción terrible de lo que pasa cuando desterramos deliberadamente a Dios de nuestra vida. A su debido tiempo, Roma pereció. El desastre sigue irremisiblemente a la degeneración.

LA RESPONSABILIDAD DEL PRIVILEGIO

Romanos 2:1-11

Así que tú, hombre, que juzgas a los demás, tampoco tienes defensa. Cuando juzgas a otros te condenas a ti mismo; porque, aunque te eriges en juez, haces lo mismo que todos. Sabemos que los que hacen ciertas cosas están bajo el juicio de Dios, que no se basa más que en la realidad. ¿Estás haciéndote la cuenta, hombre, tú que te pones de juez de los que hacen esas cosas, que tú también haces, de que vas a escapar de la sentencia condenatoria de Dios? ¿O es que tratas con ligereza la riqueza de su amabilidad y aguante y paciencia, sin querer darte cuenta de que lo que pretende la amabilidad de Dios es conducirte al arrepentimiento? Lo que haces con tu insensatez y con tu corazón impenitente es almacenar ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios, que ajustará las cuentas a todas las personas según sus obras. A los que buscan gloria y honor e inmortalidad con constantes buenas obras, les asignará la vida eterna. Pero los que estuvieron dominados por la ambición, fueron desobedientes a la verdad y obedientes al mal, para ellos habrá ira e indignación, tribulación y aflicción. Estas son las cosas que sobrevendrán a todas las almas humanas que obran el mal, el alma de los judíos en primer lugar y también de los griegos; pero gloria y honor y paz serán la porción de todos los que obran el bien, el judío en primer lugar y también el griego, porque Dios no hace discriminaciones.

En este pasaje Pablo se dirige concretamente a los judíos. Su pensamiento se desarrolla de la manera siguiente. En el pasaje anterior, Pablo ha descrito con los colores más sombríos el mundo pagano, que se encontraba bajo la condenación de

Dios. Los judíos estarían totalmente de acuerdo con todos los términos de esa condenación; pero no considerarían ni por un momento que ellos se encontraban en la misma situación. Creían que ocupaban una posición privilegiada, porque Dios podría ser el Juez de los paganos, pero era el Protector especial de los judíos. Aquí Pablo les dice a los judíos que son tan pecadores como los gentiles, y que al condenar a los gentiles se están condenando a sí mismos; porque Dios los juzgará, no sobre la base de su herencia racial, sino por la clase de vida que viven.

Los judíos siempre se consideraban en una posición especialmente privilegiada con Dios. «Dios decían- no ama más que a Israel entre todas las naciones del mundo.» «Dios juzgará a los gentiles con una medida, y a los judíos con otra.» «Todos los israelitas tendrán parte en el mundo venidero.» «Abraham se sienta delante de la puerta del infierno, y no deja entrar a ningún israelita por malo que sea.» Cuando Justino Mártir estaba discutiendo con un judío acerca de la posición de los judíos en el *Diálogo con Trifón*, el judío decía: «Los que son descendientes de Abraham por naturaleza participarán del Reino eterno aunque sean pecadores e incrédulos y desobedientes a Dios.» El autor del *Libro de la Sabiduría*, comparando la actitud de Dios hacia los gentiles y los judíos, dice: «Porque a éstos probaste enseñándoles como padre; mas a los otros, como severo rey, condenándolos los pusiste en tormento» (11:9, *Biblia del Oso*). «Así que cuando a nosotros castigas, mil veces más azotas a nuestros enemigos» (12:22, *idem*). Los judíos creían que todos tendrían que pasar por el juicio menos ellos; y que se librarían de la ira de Dios, aunque no fueran mejores que los demás, simplemente por ser judíos. Para salir al paso de esta situación, Pablo les recuerda cuatro cosas a los judíos.

(i) Les dice claramente que están comerciando con la misericordia de Dios. En el versículo 4 usa tres grandes palabras. Les pregunta: «¿No será que estáis abaratando la riqueza de *su amabilidad y aguante y paciencia?*» Vamos a fijarnos en estas tres grandes palabras.

(a) *Amabilidad (jréstótés)*. (R-V *benignidad*). Trench dice:

«Es una hermosa palabra, y expresa una idea hermosa.» En griego hay dos palabras para *bueno*: son *agathós* y *jréstós*. Tienen matices diferentes. La bondad de uno que es *agathós* puede desembocar en reprensión, disciplina y castigo; pero la bondad de uno que es *jréstós* es siempre esencialmente amable. Jesús fue *agathós* cuando echó del Templo a los cambistas y a los vendedores de palomas con una ira al rojo vivo; pero fue *jréstós* cuando trató a la mujer pecadora que le ungió los pies y a la que había sido sorprendida en adulterio (*Lucas 7* y *Juan 8*). Lo que Pablo dice realmente es: «Vosotros, judíos, estáis sencillamente tratando de sacar ventaja de la gran amabilidad de Dios.»

(b) *Aguante (anojé)*. (R-V *paciencia*). *Anojé* es la palabra para *tregua*. Es verdad que quiere decir cese de hostilidades, pero que tiene un límite. Pablo les está diciendo a los judíos en realidad: «Creéis que estáis a salvo porque no os ha caído todavía el juicio de Dios; pero lo que Dios os está dando no es *carte blanche* para pecar, sino una oportunidad para arrepentiros y enmendaros.» Nadie puede seguir ofendiendo a Dios impunemente por tiempo indefinido.

(c) *Paciencia (makrothymía)*. (R-V *longanimidad*). *Makrothymía* es una palabra que indica expresamente *paciencia con las personas*. Crisóstomo la definía como la cualidad del que se puede vengar y escoge deliberadamente no hacerlo. Pablo les está diciendo a los judíos: «No penséis que si Dios no os castiga es porque no puede. El que Su castigo no siga inmediatamente al pecado no es una señal de impotencia, sino de paciencia. Le debéis vuestra vida a la paciencia de Dios.»

Un gran comentarista ha dicho que casi todos tenemos «una vaga e indefinida esperanza en la impunidad», algo así como decirse: «No me pasará nada.» Los judíos llegaban todavía más lejos: Se atribuían abiertamente estar exentos del juicio de Dios. Jugaban con Su misericordia, lo mismo que siguen haciendo muchas personas todavía.

(ii) Pablo les decía a los judíos que estaban tomando la misericordia de Dios como una invitación a pecar más que como un incentivo a arrepentirse. Fue Heine el que hizo una famosa y cínica afirmación. No cabe duda de que no le preocupaba el otro mundo. Le preguntaron por qué estaba tan confiado, y contestó: «Dios me perdonará.» Y cuando le preguntaron que cómo estaba tan seguro, contestó: «*C'est son métier*», «Para eso está.» Considerémoslo en términos humanos: hay dos actitudes ante el perdón humano. Supongamos que un joven hace algo vergonzoso, que les produce tristeza y dolor a sus padres, y supongamos que se le perdona totalmente por amor, y aquello se olvida. Puede hacer una de dos cosas: puede ir y hacer lo mismo otra vez, asumiendo que se le perdonará otra vez; o puede sentirse movido a un agradecimiento tan grande por el generoso perdón que ha recibido, que pasa la vida tratando de ser digno de él. Una de las cosas más vergonzosas del mundo es el tomar el perdón que ha inspirado el amor como excusa para seguir pecando. Eso era lo que estaban haciendo los judíos. Y eso es lo que sigue haciendo mucha gente. La misericordia y el amor de Dios no han de hacernos pensar que podemos pecar porque no nos pasará nada; sino quebrantarnos el corazón de tal manera que procuremos no pecar nunca más.

(iii) Pablo insiste en que no hay nación que sea más favorecida que las demás en la economía divina. Puede que haya naciones a las que se les asigne una tarea o una responsabilidad especiales, pero ninguna a la que se le asigne un privilegio o una consideración especiales. Puede que sea verdad lo que dijo Milton de que, «Cuando Dios tiene una gran obra, se la encarga a Sus ingleses»; pero se tratará de una gran *obra*, no de un gran *privilegio*. Toda la religión judía se basaba en la convicción de que los judíos ocupaban una posición privilegiada y favorecida a los ojos de Dios. Puede que consideremos que esa es una actitud del pasado; pero, ¿lo es? ¿Es que no existe la barrera del color? ¿Es que ya no se da tal cosa como el sentimiento de

superioridad sobre los que llamaba Kipling «las castas inferiores fuera de la ley»? Esto no es decir que todas las naciones tengan el mismo talento; pero sí que las más avanzadas no deberían mirar por encima del hombro a las otras, sino ayudarlas a avanzar.

(iv) Este es el pasaje de Pablo que deberíamos estudiar más a fondo para comprender exactamente lo que él pensaba; porque muchas veces se dice que a Pablo lo único que le importaba era la fe; y se suele marginar despectivamente como ajena al Nuevo Testamento una religión que haga hincapié en la importancia de las obras. Nada más lejos de la verdad. «Dios -decía Pablo- tratará a cada uno según sus obras.» Para Pablo, una fe que no producía obras era una fe de pega, o no era fe ni era nada. Él habría dicho que sólo se puede ver la fe de alguien en sus obras. Una de las tendencias religiosas más peligrosas es hablar de la fe y las obras como si fueran cosas diferentes. No hay tal cosa como una fe que no produce obras, ni obras que no sean el resultado de la fe. La fe y las obras van inseparablemente unidas. ¿Cómo va a poder juzgar Dios a nadie fuera de sus obras? No podemos decir cómodamente: «Yo tengo fe», y dejarlo ahí. Nuestra fe tiene que producir obras, porque es por las obras por lo que somos aceptados o condenados.

LA LEY QUE NO ESTÁ ESCRITA

Romanos 2:12-16

Cuantos han pecado fuera de la Ley, perecerán fuera de la Ley; y cuantos han pecado estando dentro de la Ley, serán juzgados según la Ley; porque los que serán considerados íntegros a los ojos de Dios el día que juzgue las cosas ocultas de los hombres según mi Evangelio mediante Jesucristo no serán los que no han hecho más que oír la Ley, sino los que la han cumplido. Porque siempre que los gentiles que no poseen la Ley hacen por naturaleza las obras de la Ley, aunque no posean la Ley son una ley para sí mismos; dan muestras de poseer la Ley escrita en sus corazones, y su conciencia les da testimonio y sus pensamientos más íntimos los acusan o los excusan.

En la traducción hemos cambiado ligeramente el orden de los versículos. El sentido del pasaje requiere que el versículo 16 siga inmediatamente al 13, y los versículos 14 y 15 son un largo paréntesis. Hay que tener presente que Pablo no estaba escribiendo esta carta sentado a la mesa y pensando las palabras y frases. Estaría paseándose por la habitación mientras se la dictaba a Tercio (*Romanos 16:22*), que hacía todo lo posible por no perder palabra. Eso explica el largo paréntesis; pero es más fácil seguir el sentido en español si seguimos el orden que hemos dicho, poniendo los versículos 14 y 15 después de 13 y 16.

En este pasaje, Pablo se dirige a los gentiles. Antes se ha referido a los judíos y a su pretensión de un privilegio especial. Pero es verdad que los judíos tenían una ventaja, que era la Ley. Un gentil podía objetar: «Es justo que Dios condene a los judíos, porque tenían la Ley y deberían saber mejor lo que hacían; pero nosotros nos libraremos del juicio porque no hemos tenido oportunidad de conocer la Ley, y no sabíamos nada.» En respuesta a esto Pablo establece dos grandes principios.

(i) Cada uno será juzgado por lo que tuvo oportunidad de saber. Si no conocía la Ley, se le juzgará como a uno que no conocía la Ley. Dios es justo. Y aquí tienen la respuesta los que preguntan qué les va a pasar a los que vivieron en el mundo antes que Jesús viniera, y no tuvieron oportunidad de conocer el Evangelio. Cada uno será juzgado por su fidelidad a lo más elevado que pudo conocer.

(ii) Pablo sigue diciendo que, hasta los que no conocieron la Ley escrita, tenían otra ley en el corazón. Nosotros lo llamaríamos un conocimiento instintivo del bien y del mal. Decían los estoicos que había ciertas leyes que estaban vigentes en el universo que uno quebrantaba a su riesgo: las leyes de la salud, y las leyes morales que gobiernan la vida. Los estoicos llamaban a estas leyes *fysis*, que quiere decir *naturaleza*, y exhortaban a la gente a vivir *kata fysin*, de acuerdo con la naturaleza. El razonamiento de Pablo es que el ser humano sabe

por naturaleza cómo debe vivir. Los griegos habrían estado de acuerdo con eso. Aristóteles decía: «El hombre culto y libre se comportará como el que es *una ley para sí mismo*.» *Plutarco* preguntaba: «¿Quién gobernará al gobernador?» Y respondía: «La Ley, que es el rey de todos los mortales y de los inmortales, como la llama *Píndaro*; que no está escrita en rollos de papiro ni en tabletas de madera, pero que es la misma razón dentro del alma humana, que vive permanentemente en ella y la guarda y no la deja nunca privada de dirección.»

Pablo veía el mundo dividido en dos clases de personas: a los judíos, con la Ley que procedía directamente de Dios y estaba escrita de forma que la podía leer; y a las demás naciones, sin una ley escrita, pero con un conocimiento del bien y del mal implantado por Dios en sus corazones. Nadie podía pretender la exención del juicio de Dios. No la podía pretender el judío por el hecho de ocupar un lugar especial en el plan de Dios. Y el gentil tampoco, por el hecho de no haber recibido la Ley escrita. El judío será juzgado como alguien que ha conocido la Ley; y el gentil, como uno que tiene la conciencia que Dios le ha dado. Dios juzgará a cada uno según lo que ha conocido y ha tenido oportunidad de conocer.

EL JUDÍO VERDADERO

Si a ti se te llama judío, si te apoyas en la Ley, si estás orgulloso de tu Dios y conoces Su voluntad, si apruebas lo que es excelente, si estás instruido en la Ley, si te crees guía de los ciegos, luz en las tinieblas y educador de los insensatos, maestro de los sencillos; si te crees poseedor de la misma forma del conocimiento y de la verdad que se encuentra en la Ley... Entonces, ¿cómo es que tú, que instruyes a otros, no te instruyes a ti mismo? ¿Cómo es que tú, que proclamas a otros que el robar está prohibido, sin embargo robas? ¿Y cómo tú, que prohibes a otros cometer adulterio, lo cometes? ¿Tú, que sientes repugnancia de los ídolos, robas los templos? ¿Tú, que te enorgulleces de la Ley, deshonoras a los demás no cumpliéndola? Porque está escrito: «Por vuestra conducta, el Nombre de Dios es vilipendiado entre los gentiles. » La circuncisión es de veras un privilegio si cumples la Ley; pero si la quebrantas, tu circuncisión vale tanto como la incircuncisión. Porque, si los incircuncisos cumplen las leyes morales de la Ley, ¿no se les contará su incircuncisión como equivalente de la circuncisión, y los incircuncisos que cumplen la Ley llegarán a ser tus jueces por haber tú quebrantado la Ley, aunque tienes la letra de la Ley y el rito de la circuncisión? Porque el verdadero judío no es el que lo es externamente, ni es la verdadera circuncisión la que se hace externamente en la carne; sino que el verdadero judío es el que lo es en su interior, y la circuncisión real es la del corazón, de acuerdo con el espíritu y no al pie de la letra. La alabanza de tal hombre no viene de los hombres, sino de Dios.

Este pasaje tiene que haberle resultado escandaloso a un judío. Estaría seguro de que Dios le consideraba una persona especial sencillamente por pertenecer a la nación de los descendientes de Abraham y porque llevaba en el cuerpo la señal de la circuncisión. Pero Pablo introduce aquí una idea a la que volverá después repetidas veces. El judaísmo, insiste, no es en absoluto una cuestión de raza, y no tiene nada que ver con la circuncisión: depende de la conducta. Si es así, muchos supuestos judíos, que son descendientes directos de Abraham y que llevan en el cuerpo la señal de la circuncisión, en realidad no son judíos; y muchos gentiles que ni siquiera han oído hablar de Abraham ni se les ha pasado por la cabeza el circuncidarse, son judíos en el verdadero sentido de la palabra. A un judío esto le sonaría como la peor herejía, y le pondría furioso.

El último versículo de este pasaje contiene un juego de palabras que es imposible traducir: « La alabanza de tal hombre no viene de los hombres sino de Dios.» La palabra griega para alabanza es *épainos*. Si retrocedemos al **Antiguo Testamento** (*Génesis* 29:35; 49:8), nos encontramos con que el sentido original y tradicional de la palabra Judá es *alabanza* (*épainos*). Así es que esta frase quiere decir dos cosas: (a) Que la alabanza de tal hombre no viene de los hombres, sino de Dios. (b) Que el judaísmo de tal hombre no viene de los hombres, sino de Dios. El sentido del pasaje es que las promesas de Dios no son para los de una cierta raza y que llevan una cierta señal en el cuerpo, sino para personas que viven una cierta clase de vida, sean de la raza que sean. El ser un verdadero judío no es cuestión de «pedigrí», sino de carácter; y a menudo uno que no es judío de raza puede que sea mejor judío que el otro.

Pablo dice que hay judíos cuya conducta hace que se hable mal de Dios entre los gentiles. Es un hecho que los judíos han sido muchas veces, y todavía lo son, la gente menos popular del mundo. Veamos lo que los gentiles pensaban de los judíos en los tiempos del *Nuevo Testamento*.

Consideraban el judaísmo como una «superstición bárbara», a los judíos como « la raza más repelente», y como «la pandilla de esclavos más despreciables.» Se tergiversaban los orígenes de la religión judía con maliciosa ignorancia. Se decía que los judíos habían sido en su origen una compañía de leprosos a los que el rey de Egipto había mandado a trabajar en los campos de arena; y que Moisés había reunido a esa banda de esclavos leprosos y los había guiado a Palestina a través del desierto. Se decía que adoraban una cabeza de burro porque una manada de asnos salvajes los había llevado adonde había agua cuando se estaban muriendo de sed en el desierto. Decían que se abstendían de comer carne de cerdo porque los cerdos suelen tener una enfermedad de la piel, la sarna, que era la que padecían los judíos en Egipto.

Los gentiles se burlaban de algunas de las costumbres judías. El que no comieran carne de cerdo se prestaba a muchos chistes. Plutarco creía que podría ser porque los judíos tenían a un cerdo como dios. Juvenal afirma que la clemencia judía permitía que los cerdos disfrutaran de una buena y larga vida, y que se considerara la carne de cerdo de más valor que la humana. Atribuían a la pereza la costumbre de descansar los sábados.

Algunas cosas de las que disfrutaban los judíos enfurecían a los gentiles. Era incomprensible que, siendo tan impopulares, los judíos tuvieran privilegios extraordinarios del gobierno romano.

(a) Se les permitía aportar a Jerusalén el impuesto del Templo todos los años. Esto revistió tal gravedad en Asia hacia el año 60 a.C., que se prohibió la salida de moneda y, según los historiadores, se confiscaron no menos de 20 toneladas de oro de contrabando que los judíos estaban a punto de mandar a Jerusalén.

(b) Se les permitía, por lo menos hasta cierto punto, tener sus propios tribunales y vivir según sus leyes. Se sabe de un decreto del gobernador Lucio Antonio de Asia hacia el año 50 a.C., en el que se decía: «Nuestros ciudadanos judíos se dirigieron a mí para informarme de que tenían sus propias asambleas privadas que llevaban a cabo según sus leyes ancestrales, y un lugar propio privado en el que resuelven sus asuntos y pleitos. Cuando pidieron que se les permitiera continuar con sus

costumbres, yo dicté sentencia favorable a que se les permitiera conservar este privilegio.» A los gentiles les fastidiaba ver a una raza de gente que vivía como una especie de grupo separado y especialmente privilegiado.

(c) El gobierno romano respetaba la observancia judía del sábado. Estaba establecido que a un judío no se le podía citar para prestar declaración en un juicio en sábado. Y también que si se distribuían ayudas especiales entre la gente en sábado, los judíos podrían reclamar su parte al día siguiente. Y -este era un asunto especialmente molesto para los gentiles- los judíos disfrutaban de *astrateía*, es decir, exención del servicio militar, que era debida a que su estricta observancia del mandamiento

de descansar el sábado les impedía cumplir los deberes militares ese día. Ya se entiende con qué resentimiento vería el resto de la población esta exención de un deber oneroso.

Había dos cosas de las que acusaban a los judíos especialmente:

(a) Los acusaban de *ateísmo* (*atheotés*). Al mundo antiguo le resultaba sumamente difícil concebir la posibilidad de una religión que no tuviera imágenes visibles de culto. Plinio llamaba a los judíos < una raza que se distingue por su desprecio de todos los dioses. » Tácito decía: « Los judíos conciben su deidad como una, solamente con la mente... De ahí que no erijan imágenes en sus ciudades, ni siquiera en sus templos. Esta reverencia no se la dan a los reyes, ni a los césares este honor. » Juvenal dijo: « No veneran más que las nubes y la deidad del cielo. » Pero la verdad era que, lo que más hacía que los judíos no les gustaran a los gentiles era no tanto su culto sin imágenes como su frío desprecio hacia todas las demás religiones. Nadie que no sienta hacia los demás más que desprecio puede ser misionero. Esta actitud era una de las cosas en que estaba pensando Pablo cuando decía que los judíos desacreditaban el Nombre de Dios.

(b) Se los acusaba de *odio a sus semejantes* (*misanthrópía*) y de *total insociabilidad* (*amixía*). Tácito decía que los judíos « manifiestan una honradez a toda prueba y una compasión inaplazable entre ellos; pero hacia todos los demás no muestran más que odio y antagonismo. » En Alejandría se decía que los judíos se habían juramentado para no mostrar nunca ninguna amabilidad a un gentil, y que hasta ofrecían a un griego en sacrificio a su dios todos los años. Tácito decía que lo primero que le enseñaban a los gentiles que se convertían al judaísmo era « despreciar a los dioses, repudiar su nacionalidad, y denigrar a sus padres, hijos y hermanos. » Juvenal aseguraba que si se le preguntaba a un judío cómo se iba a un sitio, se negaba a dar ninguna información, como no fuera a otro judío; y que si uno estaba buscando una fuente donde beber, no le dirigiría a menos que fuera circuncidado. Otra vez nos encontramos con lo mismo: la actitud característica de un judío hacia los que no lo eran era de desprecio, lo que no provocaba sino odio como respuesta.

Era innegable que los judíos producían descrédito al Nombre de Dios; porque se encerraban en una comunidad rígida que excluía a todos los demás, y adoptaban una actitud de desprecio a la religión y de total insensibilidad a las necesidades de los no judíos. La verdadera religión se manifiesta en un corazón y una puerta abiertos; mientras que el judaísmo los tenía cerrados.

LA FIDELIDAD DE DIOS Y LA INFIDELIDAD HUMANA

Romanos 3:1-8

-Entonces, ¿qué tiene un judío que no tenga otro cualquiera? ¿O qué ventajas tienen los que han sido circuncidados?

-Muchas, se mire como se mire. En primer lugar, tienen esta ventaja: Que es a los judíos a los que se han confiado los oráculos de Dios.

-Sí, estoy de acuerdo; pero, ¿qué pasa si algunos de ellos les han sido infieles? ¿No irás a decirme que su infidelidad anula la fidelidad de Dios?

- ¡Eso, de ninguna manera! Dios se muestra veraz aunque todo el mundo resulte mentiroso, como está escrito: « Para que se vea que Tú tienes razón en tus argumentos, y ganes el caso cuando vas a juicio. »

- Pero tú dices que, si nuestra culpabilidad no hace más que demostrar que Dios es justo, ¿qué podemos decir nosotros? ¿No irás a intentar convencerme de que Dios es injusto si lanza la Ira sobre ti? (Está claro que estoy usando argumentos meramente humanos).

- ¡Eso, de ninguna manera! Porque, si fuera así, ¿cómo iba Dios a juzgar al mundo?

- Pero es que tú dices que, si el que yo sea falso sencillamente le brinda a Dios una nueva oportunidad de demostrar, para Su mayor gloria, que El es veraz, ¿por qué encima me condena a mí como pecador?

- ¿Vas a razonar, como algunos calumniosamente nos atribuyen a nosotros, que lo que tenemos que hacer es obrar mal para que se produzca el bien? Está bien claro que tal afirmación no merece más que la condenación.

Aquí Pablo sostiene una discusión sumamente difícil. Nos será de ayuda recordar que está hablando con un objetor imaginario. Vamos a exponer su argumento en detalle.

Objetor.- La consecuencia de todo lo que has estado diciendo sería que no hay ninguna diferencia entre los judíos y los gentiles y que se encuentran en la misma situación. ¿Es eso en realidad lo que quieres decir?

Pablo.- De ninguna manera.

Objetor.- Entonces, ¿en qué consiste la diferencia?

Pablo.- Lo primero es que los judíos conocen los mandamientos de Dios, y los gentiles no.

Objetor.- ¡De acuerdo! Pero, ¿qué pasa si algunos judíos desobedecen esos mandamientos y merecen la condenación por haber sido infieles? Acabas de decir que Dios colocó a los judíos en una posición especial y les dio una promesa exclusiva. Y ahora estás diciendo que por lo menos algunos están bajo la condenación de Dios. ¿No querrá decir eso que Dios está faltando a su promesa y quedando como injusto y arbitrario?

Pablo.- ¡Nada de eso! Lo que sí queda claro es que Dios no hace discriminación, y que castiga el pecado donde lo encuentra. El hecho de que condene a los judíos infieles es la mejor demostración de lo absoluto de su justicia. Se habría podido suponer que Dios pasaría por alto los pecados de Su pueblo escogido, pero no hay tal.

Objetor.- ¡Muy bien, entonces! Lo que has conseguido demostrar es que mi desobediencia le ha dado a Dios oportunidad de demostrar Su justicia. Mi infidelidad le ha dado a Dios una oportunidad maravillosa para hacer gala de Su fidelidad. Según eso, ¡mi pecado es algo excelente! ¡Le ha dado a Dios la oportunidad de demostrar lo bueno que es! Puede que yo haya hecho algo malo, pero el resultado ha sido bueno. ¡No se puede condenar a un hombre por darle a Dios la oportunidad de demostrar su justicia!

Pablo.- Tal razonamiento es peor que despreciable. ¡No tienes más que sugerirlo para descubrir lo inaceptable que es!

Desarrollando así el pasaje nos damos cuenta de que Pablo expone en él algunas de sus ideas acerca de los judíos.

(i) No cabe duda de que creía que los judíos ocupan una posición especial en el plan de Dios. Eso es, de hecho, lo que los judíos mismos creían. La diferencia está en que Pablo creía que esa posición especial era *una responsabilidad*; mientras que los judíos la consideraban *un privilegio*. ¿Qué es lo que Pablo decía que se les había confiado especialmente a los judíos? *Los oráculos de Dios (Versión Hispanoamericana, 1916)*. ¿Qué quiere decir eso? La palabra que él usa es *loguía*, que es la que se usa normalmente en la traducción griega del *Antiguo Testamento* para designar una comunicación o pronunciamiento de Dios. Aquí quiere decir *Los Diez Mandamientos*, que en hebreo se llaman *Las diez Palabras (Debarim)*. Pablo les dice: < Sois un pueblo especial; por tanto, tenéis que vivir una vida especial. > No dijo: < Sois un pueblo especial; por tanto podéis hacer lo que os dé la gana. > Lo que sí dijo fue: «Sois un pueblo especial para Dios; *por tanto, tenéis que hacer Su voluntad.*» Cuando el Lord Dunsany quedó con vida después de la guerra de 1914-18, nos cuenta que se dijo: «Por alguna extraña razón, todavía estoy vivo. ¿Qué será lo que Dios quiere que haga con una vida que ha sido preservada de una manera tan especial?» Eso no se les ocurría nunca a los judíos. Nunca consiguieron darse cuenta de que la elección especial de Dios era para una tarea especial. ¿Lo tenemos presente nosotros cuando hablamos de la elección de Dios?

(ii) Hay tres ideas básicas acerca de los judíos que siempre aparecen en los escritos de Pablo. Aquí las encontramos en embrión; pero en realidad son las tres ideas que desarrolla en toda la epístola. Debemos darnos cuenta de que no coloca a todos los judíos bajo la misma condenación. Lo que dice es: < ¿Qué pasa si *algunos de ellos* fueron infieles? >

(a) Estaba seguro de que Dios tenía razón al condenar a los judíos. Ocupaban un lugar especial y habían recibido promesas especiales; y por eso mismo su condenación había de ser mayor. La responsabilidad siempre es la otra cara del privilegio. Cuantas más oportunidades tiene una persona para hacer el bien, mayor será su condenación por hacer el mal.

(b) Pero no todos fueron infieles. Pablo nunca se olvidaba del resto fiel; y estaba completamente seguro de que ese resto fiel -aunque fuera muy pequeño en número- era el verdadero Israel. Los demás habían perdido sus privilegios y estaban bajo condenación. Ya no eran verdaderos judíos. El resto era el verdadero pueblo de Dios.

(c) Pablo estaba siempre seguro de que el rechazo de Dios *no era definitivo*. La consecuencia de ese rechazo fue que se abrió la puerta a los gentiles; pero, *al final*, los gentiles harán volver a los judíos al redil, y judíos y gentiles serán una sola cosa en Cristo. La tragedia de los judíos fue que rechazaron la gran tarea de la evangelización del mundo que les habría correspondido; y por tanto se les asignó a los gentiles, de forma que el plan de Dios se invirtió: no fueron los judíos los que evangelizaron a los gentiles, sino al revés; y este proceso todavía continúa.

Además, este pasaje contiene dos grandes verdades humanas universales.

(i) La desobediencia es la raíz de todo pecado. La raíz del pecado de los judíos fue la desobediencia a la Ley de Dios que conocían. Como escribió Milton, fue « la primera desobediencia humana » la responsable del « paraíso perdido ». Cuando el orgullo enfrenta la voluntad humana con la de Dios, se produce el pecado. Si no hubiera desobediencia no habría pecado.

(ii) Una vez que ha cometido un pecado, el ser humano despliega una habilidad extraordinaria para justificarse. Aquí tenemos un razonamiento que se presenta con frecuencia en el pensamiento religioso: el de que el pecado le da a Dios la oportunidad de demostrar al mismo tiempo su justicia y su misericordia, y es por tanto una cosa buena. Es un razonamiento tergiversado. Se podría decir-y, de hecho, sería el mismo razonamiento- que está bien el quebrantarle el corazón a una persona, porque así se le da la oportunidad de demostrar lo mucho que nos ama. Cuando uno peca, lo que necesita no es ingenio para justificarse, sino humildad para reconocerlo y arrepentirse.

UN MUNDO SIN CRISTO

Romanos 3:9-18

-Entonces, ¿qué pasa? ¿Tenemos los judíos alguna ventaja?

- ¡Claro que no! Porque ya hemos acusado a todos los judíos y griegos de que están bajo el poder del pecado, como está escrito: «No hay nadie que sea justo, ni uno. Nadie se da por enterado. Nadie busca al Señor. Todos se han desviado, y se han echado a perder. No hay nadie que haga cosas buenas, ni uno. Tienen una boca que parece una tumba abierta. Cultivan el fraude con sus lenguas. Tienen veneno de víboras en los labios, y las bocas cargadas de maldiciones y hiel. Sus pies son rápidos para correr a cometer asesinatos. La destrucción y la desgracia están en sus caminos, pero ni conocen el camino de la paz. No tienen nunca el temor de Dios ante los ojos.

En el pasaje anterior Pablo insistía en que, a pesar de todo, los judíos ocupan una posición especial en el plan de Dios. No nos sorprende que entonces el objetor pregunte si eso quiere

decir que los judíos les llevan ventaja a los demás pueblos. Y la respuesta de Pablo es que tanto los judíos como los gentiles, si están sin Cristo, están bajo el dominio del pecado. La frase griega que usa es muy sugestiva: *hypo hamartían*. En este sentido, *hypo* quiere decir *en el poder de, bajo la autoridad de*. En *Mateo 8:9*, el centurión dice: < Tengo soldados *hypo emautón, por debajo de mí.*» Es decir, *a mis órdenes*. Un escolar está *hypo paidagōgon, bajo la dirección del pedagogo*, un esclavo al que se le ha confiado. En su estado natural, sin Cristo, el ser humano está bajo el control del pecado, y es incapaz de evadirse.

Hay otra palabra interesante en este pasaje, la del versículo 12, que hemos traducido «se han echado a perder.» La palabra griega es *ajeiroó*, que quiere decir literalmente *dejar inútil*. Se usa en relación con la leche que se ha estropeado. La naturaleza humana sin Cristo es una cosa corrompida e inútil.

Pablo hace aquí lo que solían hacer los rabinos. En los versículos 10-18 ensarta una serie de textos del *Antiguo Testamento*, no citándolos literalmente sino de memoria; incluye versículos de los *Salmos 14:1-3; 5: 9; 140: 3; 10:7; Isaías 59:7s, y Salmo 36:1*. Era frecuente en la predicación de los rabinos el ensartar textos así. Lo llamaban *jaraz*, que quería decir precisamente eso: *ensartar perlas*.

Es una descripción terrible de la naturaleza humana en su estado sin Cristo. Vaughan señala que estos textos del *Antiguo Testamento* describen tres cosas: (a) *EL carácter* cuyas notas distintivas son la ignorancia, la indiferencia, la tortuosidad y la inutilidad. (b) *La lengua* que se caracteriza por sus cualidades destructivas, mentirosas y maliciosas. (c) *La conducta* que se manifiesta en la opresión, la injuria, la implacabilidad. Estos son los resultados de no tener en cuenta a Dios.

Nadie ha visto tan claramente como Pablo la maldad de la naturaleza humana; pero advertimos que esto no era para él una llamada a la desesperación, sino un desafío a la esperanza. Cuando decimos que Pablo creía en el pecado original y en la depravación de la naturaleza humana no debemos concluir que desesperara de la naturaleza humana ni que la mirara con un desprecio cínico. Una vez, cuando William Jay de Bath ya era anciano, dijo: «Me va fallando la memoria; pero hay dos cosas de las que no me olvido nunca: Que soy un gran pecador, y que Jesucristo es un gran Salvador.»

Pablo nunca le quitaba importancia al pecado humano, ni grandeza al poder redentor de Jesucristo. Una vez, cuando el gran independiente de Lancashire William Roby era joven, estaba predicando en Malvem. Tenía tan poco éxito que estaba desanimado y a punto de dejar la obra, cuando recibió una reprensión en sazón de un cierto señor Moody, que le preguntó: «Entonces, ¿es que son demasiado malos para salvarse?» El desafío le hizo volver a William Roby a la labor.

Pablo creía que la gente sin Cristo era mala, pero no demasiado mala para salvarse. Estaba convencido de que lo que Cristo había hecho por él lo podía hacer por cualquier otro.

LA ÚNICA MANERA DE QUEDAR EN PAZ CON DIOS

Romanos 3:19-26

Sabemos que todo lo que dice la Ley va dirigido a los que están dentro de su sistema; y la finalidad de la Ley es que se callen todas las bocas y que todo el mundo sepa que está expuesto al juicio de Dios; porque nadie va a llegar a la debida relación con Dios haciendo las cosas que manda la Ley. Lo que sí se obtiene mediante la Ley es la plena consciencia de

la realidad del pecado. Pero ahora se nos abre un camino hacia la recta relación con Dios aparte de la Ley, del que dan testimonio la Ley y los Profetas. Porque la perfecta relación con Dios la obtienen por medio de la fe en Jesucristo todos los que creen en Él. Yaquí no hay diferencia entre judíos y gentiles, porque todos han pecado y se encuentran excluidos de la gloria de Dios; pero alcanzan la debida

*relación con Dios gratuitamente, mediante Su Gracia,
por medio de la liberación que ha obrado Jesucristo.*

Dios mismo nos Le presenta como el Que puede ganar nos el perdón de pecados si ponemos nuestra fe en su sangre. Dios lo ha hecho todo así para demostrar Su justicia, porque, en Su paciencia, había pasado por alto los pecados cometidos en el tiempo pasado, y lo hizo para demostrar Su justicia en esta era presente, para que quede claro que Él es el único justo, y el Que acepta como justos a todos los que creen en Jesús.

Aquí tenemos otro pasaje que no es fácil de entender, pero que está lleno de riqueza cuando se capta su significado. A ver si podemos penetrar en la verdad básica que contiene.

El problema supremo de la vida es: ¿Cómo puede uno estar en la debida relación con Dios? ¿Cómo puede sentirse en paz con Dios? ¿Cómo puede dejar de sentirse a una distancia insalvable, y de tenerle miedo a la presencia de Dios? La religión de los judíos contestaba: «Uno puede llegar a estar en la debida relación con Dios cumpliendo meticulosamente todo lo que manda la Ley.» Pero eso equivale a decir sencillamente que nadie tiene la menor posibilidad de llegar a estar en la debida relación con Dios, porque nadie puede cumplir perfectamente todos los mandamientos de la Ley. Entonces, ¿para qué sirve la Ley? Para que nos demos cuenta de la realidad del pecado. Sólo cuando conocemos la Ley e intentamos cumplirla nos damos cuenta de que nos es imposible. El propósito de la Ley es hacernos conscientes de nuestra debilidad y pecado. Entonces, ¿es imposible llegar a Dios? Todo lo contrario; porque el camino que nos lleva a Dios no es el de la Ley, sino el de la Gracia. No por las obras, sino por la fe.

Para ponérselo más claro, Pablo usa tres comparaciones.

(i) Nos pone el ejemplo del *tribunal*, lo que llamamos *justificación*. En este ejemplo se piensa que el hombre se encuentra ante el tribunal de Dios. La palabra griega que traducimos por *justificar* es *dikaiún*. Todos los verbos griegos que terminan en *-ún* quieren decir, no *hacer* a alguien algo, sino *tratar, considerar* a uno como algo. Si se presenta ante el juez uno que es inocente, el juez *le declara* inocente. Pero el caso del que se presenta ante Dios es que es *totalmente culpable*, y sin embargo Dios, en su infinita misericordia, le trata y le considera como si fuera inocente. Eso es lo que quiere decir *justificación*.

Cuando Pablo dice que < Dios justifica al malvado > quiere decir que Dios le trata como si fuera bueno. Eso era lo que escandalizaba a los judíos hasta el colmo. Para ellos eso sólo lo harta un juez inicuo. « El justificar al culpable es una abominación para Dios » (*Proverbios 17:15*). « Yo no perdonaré al culpable » (*Éxodo 23:7*). Pero Pablo dice que eso es precisamente lo que hace Dios.

¿Cómo puedo yo saber que Dios es así? Lo sé *porque Jesús lo ha dicho*. Vino a decirnos que Dios nos ama aunque somos malos. Vino a decirnos que, aunque somos pecadores, seguimos siéndole muy queridos a Dios. Cuando descubrimos eso y lo creemos, *se cambia radicalmente nuestra relación con Dios*. Somos conscientes de nuestro pecado, pero ya no estamos aterrados ni alejados. Quebrantados y arrepentidos acudimos a Dios, como viene a su madre un niño triste, y sabemos que el Dios al Que venimos es amor.

Eso es lo que quiere decir *justificación por la fe en Jesucristo*. Quiere decir que estamos en la debida relación con Dios porque creemos de todo corazón que lo que Jesús nos ha dicho de Dios es la verdad. Ya no somos extraños que tienen terror a un Dios airado. Somos hijos, hijos errantes que confían en que su Padre los ama y los perdonará. Y *nosotros no podríamos haber llegado nunca a esa relación con Dios si Jesús no hubiera venido a vivir y a morir para decirnos lo maravillosamente que Dios nos ama*.

(ii) Pablo nos pone el ejemplo del *sacrificio*. Nos dice que Dios hizo que Jesús fuera el que ganara el perdón de nuestros pecados. La palabra griega que usa Pablo para describir a Jesús es *hilastérion*. Viene de un verbo que quiere decir *propiciar*,

y que se usa en relación con los sacrificios. En el *Antiguo Testamento*, cuando uno quebrantaba la Ley le ofrecía un sacrificio a Dios. Lo que pretendía era que el sacrificio le librara del castigo que habría de venirle. Para decirlo de otra forma: un hombre pecaba, y aquel pecado destruía su relación con Dios; para restaurarla ofrecía un sacrificio.

Pero la experiencia humana era que un sacrificio animal no podía producir ese efecto. « A Ti no Te complacen los sacrificios; si yo Te ofreciera holocaustos, a Ti no Te agradaría » (*Salmo 51:16*). « ¿ Con qué me presentaré al Señor, y daré culto al Dios Altísimo? ¿ Con holocaustos, con becerros de un año? ¿ Le agradarán al Señor millares de carneros, o miríadas de arroyos

de aceite? ¿Tendré que dar mi primogénito en compensación por mi transgresión, o el fruto de mis entrañas para expiar el pecado de mi alma?» (*Miqueas 6:6s*). Los hombres sabían instintivamente que, una vez que habían pecado, toda la parafernalia de los sacrificios terrenales no podría arreglar las cosas.

Por eso dice Pablo: «Jesucristo, con su vida de obediencia y su muerte por amor, Le ofreció a Dios el único sacrificio que puede expiar el pecado real y verdaderamente.» E insiste en que lo que sucedió en la Cruz nos abre la puerta para que volvamos a estar en la debida relación con Dios, cosa que no puede hacer ningún otro sacrificio.

(iii) Pablo pone el ejemplo de *la esclavitud*. Habla de *la liberación* que ha obrado Jesucristo. La palabra *apolytrósis* significa *rescate, redención, liberación*. Esto quiere decir que la humanidad estaba en poder del pecado, y Jesucristo es el único que la podía libertar.

Por último, Pablo dice que Dios hizo todo esto porque es justo, y acepta como justo al que cree en Jesús. Es lo más sorprendente que se puede decir jamás. Bengel lo llamaba « la suprema paradoja del Evangelio.» Pensemos un poco: quiere decir que Dios es justo, y que acepta al pecador como si fuera justo. Lo natural habría sido decir: «Dios es justo; y, por tanto, condena al pecador como a un criminal.» Pero aquí tenemos la gran paradoja: Dios es justo, y, de alguna manera, con esa Gracia increíble, milagrosa, que Jesús vino a traer al mundo, acepta a los pecadores, no como criminales, sino como hijos a los que sigue amando a pesar de todo.

¿Qué es todo esto en esencia? ¿En qué consiste la diferencia entre esto y el antiguo sistema de la Ley? La diferencia fundamental es esta: que el método de la obediencia a la Ley se refiere a lo que el hombre puede hacer por sí mismo; mientras que el método de la Gracia consiste en lo que Dios ha hecho por él. Pablo hace hincapié en que nada que nosotros podamos hacer puede ganar el perdón de Dios; solamente lo que Dios ha hecho por nosotros puede ganarlo. Por tanto, el camino que conduce a la perfecta relación con Dios no es un intento agotador y desesperado para ganar el perdón de Dios por nuestra cuenta, sino la humilde y arrepentida aceptación del Amor y de la Gracia que Dios nos ofrece en Jesucristo.

EL FINAL DEL CAMINO DE LOS LOGROS HUMANOS

Romanos 3:27-31

¿Dónde queda entonces la base de nuestra jactancia? Ha quedado completamente descartada. ¿Por qué clase de ley? ¿La que nos mandaba hacer obras para agradar a Dios? No, sino por medio de la ley que nos invita a poner nuestra fe en Jesucristo. Así es que, entonces, nos damos cuenta de que llegamos a la perfecta relación con Dios mediante la fe, y completamente aparte de las obras que mandaba la Ley. Porque, ¿es que Dios es sólo el Dios de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? ¡Pues claro que sí! Sí, como es en verdad, no hay más que un Dios, Él es el Dios que traerá a los que están circuncidados a la perfecta relación con Él mediante la fe, y a los que no sabían nada de la circuncisión también

mediante la fe. ¿Cancelamos entonces completamente toda ley mediante la fe? ¡De ninguna manera!, sino que confirmamos la Ley.

Pablo desarrolla aquí tres puntos.

(i) Si el camino a Dios es el de la fe y la aceptación, queda descartada toda presunción por méritos humanos. Había cierto tipo de religiosidad judía que pretendía llevar una cuenta de debe y haber con Dios, y el que la llevaba -naturalmente, el hombre- llegaba al convencimiento de que Dios estaba en deuda con él. Pablo partía de la base de que todos los seres humanos somos pecadores y estamos en deuda con Dios, y que nadie puede llegar por su propio esfuerzo a estar en paz con Dios; por tanto, no hay la menor base para estar satisfecho o presumir de ningún mérito propio. Y después de conocer a Cristo, «todo lo bueno que haya podido hacer no he sido yo sino la Gracia de Dios obrando en mí» (*1 Corintios 15:10*).

(ii) Pero un judío podría objetar: «Eso está muy bien para un gentil que no conoce la Ley; pero no para un judío que la conoce.» A eso Pablo contestaría con la frase que es la base del credo de Israel y con la que empiezan todas sus devociones privadas y públicas: «Oye, Israel: El SEÑOR nuestro Dios es el Único Dios» (*Deuteronomio 6:4*). No hay un Dios para los judíos y otros para los gentiles. Dios no hay más que *Uno*. El camino a Dios es el mismo para judíos y gentiles; y no es el de los méritos humanos, sino el de la confianza y la aceptación creyente.

(iii) «Pero -podría decir el judío-, ¿quiere eso decir que la Ley no cuenta para nada?» Y podríamos esperar que Pablo contestara que sí; pero contesta: « No.» Dice que, por el contrario, lo que hace es dar más valor a la Ley. Lo que Pablo quiere decir es que, hasta ahora, los judíos han procurado ser buenos y cumplir los mandamientos porque le tenían miedo a Dios y les aterraba el castigo que les reportaría el quebrantar la Ley. Pero esa actitud ya no tiene la menor *justificación*, porque lo único que tiene ahora suprema importancia es *el amor de Dios*.

Debemos esforzarnos por ser buenos y cumplir la Ley de Dios, pero no ya porque tenemos miedo al castigo de Dios, sino porque nos damos cuenta de que debemos hacer todo lo posible para ser dignos de ese amor tan maravilloso. El esforzarnos por ser buenos no viene de tenerle miedo a Dios, sino de tenerle amor. Ahora sabemos que el pecado no es quebrantar la Ley, sino quebrantar el corazón de Dios; y es, por tanto, mucho más terrible.

Comparemos esto con lo que pasa en el nivel humano. Muchas personas se enfrentan con la tentación de hacer algo que no está bien; y no lo hacen, no porque tienen miedo a las consecuencias legales -una multa, o la cárcel-, sino porque no podrían enfrentarse con el dolor o la tristeza en los ojos de algún ser querido o varios. No es la ley del temor, sino la ley del amor la que les ha evitado dar el mal paso.

Esa debe ser nuestra actitud con Dios. Hemos sido liberados de la esclavitud de la ley del miedo, pero eso no *justifica* el que vivamos de cualquier manera. Ya no podemos hacer las cosas buscando sólo nuestro gusto e interés material, porque lo que ahora nos mueve a la bondad es la ley del amor, a la que nos sentimos más obligados que antes a la ley del miedo.

CREER EN LA PALABRA DE DIOS

Romanos 4:1-8

¿Qué podemos decir que encontró nuestro patriarca Abraham, de quien todos los judíos somos descendientes? Si entró en la debida relación con Dios gracias a sus obras, puede estar orgulloso de algo, pero no en relación con Dios. Pero, ¿qué es lo que dice la Escritura? «Abraham confió en Dios, y aquello se le contó como justicia.» EL que hace un trabajo no recibe el sueldo por misericordia, sino como algo que se le debe. Pero, al que confía en el Dios que trata al que no es

bueno como si lo fuera, la fe se le cuenta como justicia. Así dice David que considera dichoso al que Dios trata como justo sin que haya hecho ninguna cosa especial: < ¡Dichosos aquellos a los que se perdonan las transgresiones y cubren los pecados! ¡Dichoso el hombre a quien Dios no le lleva la cuenta del pecado!>

Pablo pasa a hablar de Abraham por tres razones.

(i) Los judíos consideraban a Abraham el patriarca de su raza y el dechado de todo lo que debe ser un hombre; por tanto sería natural que le preguntaran a Pablo: < Si lo que dices es cierto, ¿qué fue lo que Dios vio en Abraham cuando le eligió para que fuera el patriarca de Su pueblo escogido? ¿En qué era diferente de los demás?> Pablo se dispone a contestar a esa pregunta.

(ii) Pablo ha estado tratando de demostrar que lo que pone a un hombre en relación con Dios no es el cumplimiento de lo que establece la Ley, sino sencillamente la confianza que se manifiesta en una entrega incondicional creyendo que Dios tiene palabra y que nos sigue amando a pesar de que no hemos hecho nada para merecerlo. La reacción inmediata de los judíos sería: «Esto es algo completamente nuevo, y que contradice todo lo que se nos ha dicho que tenemos que creer. Esto es totalmente increíble.» Y Pablo responde: «Lejos de ser nada nuevo, esta doctrina es tan antigua como la fe de Israel. Lejos de ser una herejía novedosa, es la misma base de la religión judía.» Y eso es lo que se dispone a demostrar.

(iii) Pablo empieza hablando de Abraham porque es un maestro consciente y sabe cómo funciona la mente humana. Ha estado hablando de la fe. La fe es una idea abstracta. Una mente sencilla tiene dificultad para captar las ideas abstractas. Un buen maestro sabe que las ideas hay que personificarlas; que la única manera de que una mente corriente pueda entender una idea abstracta es presentársela en acción, en una persona. Así es que lo que Pablo dice en realidad es: «He estado hablando de la fe. Si quieres saber lo que es la fe, mira a Abraham.»

Cuando Pablo empieza a hablar de Abraham se coloca en un terreno que les era conocido a todos los judíos. Abraham ocupaba un puesto de honor en su pensamiento. Era el fundador de la nación. Fue el primer hombre con quien Dios se puso en contacto. Fue un hombre único, porque Dios le escogió, y porque escuchó y obedeció a Dios. Los rabinos habían discutido mucho sobre Abraham. La esencia de su grandeza era para Pablo que Dios se había puesto en contacto con él y le había mandado marcharse de su casa y de sus parientes y amigos y medio de vida, y le había dicho: «Si te embarcas en esta gran aventura de fe, llegarás a ser el padre de una gran nación.» Abraham creyó que Dios tenía palabra; no se puso a discutir, ni a dudar, sino que se puso en camino sin saber adónde iba (*Hebreos 11:8*). Lo que le puso en relación con Dios no fue el haber cumplido meticulosamente los preceptos de una ley, sino el poner toda su confianza en Dios y estar dispuesto a dedicarle su vida. Para Pablo eso era la fe, y fue la fe de Abraham lo que hizo que Dios le considerara bueno.

Unos pocos, muy pocos, de los rabinos más avanzados pensaban así. Había un comentario rabínico que decía: « Nuestro padre Abraham heredó este mundo y el mundo venidero únicamente por el mérito de la fe con que creyó en el Señor; porque dice la Escritura que "creyó al Señor, y Él se lo contó como justicia." »

Pero la inmensa mayoría de los rabinos manipulaban la historia de Abraham para ponerla de acuerdo con sus creencias. Sostenían que Abraham era el único justo de su generación, y *por tanto* Dios le eligió como patriarca de su pueblo escogido. La objeción inmediata sería: «Si la única manera de ser *justo* es cumplir perfectamente la Ley, ¿cómo pudo serlo Abraham, que

vivió cientos de años antes de que se promulgara la Ley?» Y los rabinos contestaban con la extraña teoría de que Abraham cumplió la Ley por *intuición* o por *anticipación*. «En aquel entonces -dice el *Apocalipsis de Baruc 57:2*- la Ley no escrita se conocía instintivamente, y así se podían cumplir los mandamientos.» «Cumplió la Ley del Altísimo -dice *Eclesiástico 44:20s*- y entró en alianza con Dios... Por tanto,

Dios le aseguró con un juramento que las naciones serían benditas en su descendencia.» Los rabinos estaban tan enamorados de su teoría de las obras que insistían en que Abraham había sido elegido por sus obras, aunque entonces tenían que suponer que conocía la Ley por anticipación, porque todavía no había sido promulgada.

Aquí tenemos otra vez la raíz de la escisión entre el legalismo judío y la fe cristiana. La idea básica de los judíos era que el hombre tiene que *ganarse* el favor de Dios; y la idea básica del Cristianismo es que lo único que puede hacer el hombre es creer que Dios tiene palabra, y jugárselo todo a que Dios cumplirá sus promesas. El razonamiento de Pablo, realmente incontestable, era que Abraham había entrado en relación con Dios, no por cumplir toda clase de preceptos legales, sino por dar crédito a la promesa de Dios, y obrar en consecuencia.

La fe que al hombre anima, - tu más precioso don, es luz en las tinieblas, - alivio en la aflicción; amparo al desvalido, - al naufrago salud, origen de alegrías, - cimiento a la virtud.

JUAN BAUTISTA CABRERA.

El descubrimiento supremo de la vida cristiana es que no tenemos que torturarnos en una batalla perdida para ganar el amor de Dios, sino que lo único que tenemos que hacer es aceptarlo con completa confianza. Es verdad que, después de eso, una persona de bien está obligada toda su vida a mostrarse agradecida por ese amor. Pero ya no es un criminal que trata de cumplir una ley imposible, sino un enamorado ofreciéndose entero al que le amó cuando no lo merecía.

James Barrie contó una vez una historia acerca de Robert Louis Stevenson: «Cuando Stevenson fue a Samoa, primero se construyó una choza, y luego se mudó a una casa grande. La primera noche que pasó en la casa grande se sentía muy frustrado y triste porque no se le había ocurrido encargarle a su criado que le trajera café y cigarrillos. Cuando estaba pensándolo, se abrió la puerta y entró el muchacho nativo con una bandeja de café y cigarrillos. Stevenson le dijo en su lengua nativa: «Grande es tu previsión.» A lo que contestó el muchacho, corrigiéndole: «Grande es mi amor.» Prestaba sus servicios, no a la fuerza ni servilmente, sino movido por el amor. Ese es el móvil de la bondad cristiana.

EL PADRE DE LOS FIELES

Romanos 4:9-12

¿Se le nombró a Abraham bienaventurado cuando ya estaba circuncidado, o estando todavía incircunciso? Estamos diciendo que «su fe se le contó como si fuera bueno». ¿En qué circunstancias «se le contó»? ¿Cuando estaba circuncidado, o cuando estaba sin circuncidar? No fue después de circuncidarse, sino antes; y recibió la señal de la circuncisión como sello de la relación con Dios cuyo origen fue la fe cuando todavía estaba incircunciso. Y así sucedió para que pudiera ser el padre de los creyentes no circuncidados, para que a ellos se les aplique también la justicia, lo mismo que es el padre de los circuncidados, por los cuales yo entiendo, no los que están circuncidados solamente, sino que caminan en los pasos de fe que mostró nuestro padre Abraham cuando estaba todavía sin circuncidar.

Para comprender este pasaje tenemos que entender lo importante que era la circuncisión para los judíos. Para ellos, si uno no estaba circuncidado no era judío, aunque lo fueran sus padres y antepasados. La oración judía en la circuncisión dice: «Bendito sea el Que santificó a su amado desde el seno materno, y puso su ordenanza sobre su carne, y selló su descendencia con la señal del santo pacto.» La ordenanza rabínica

establece: « No comeréis la Pascua si no tenéis el sello de Abraham en vuestra carne.» Si un gentil se convertía a la religión de Israel, no podía participar plenamente en ella hasta que hubiera cumplido tres ordenanzas: bautismo, sacrificio y circuncisión.

El objetor judío al que está contestando Pablo todo el tiempo todavía ataca por la retaguardia. «Supongamos que yo admitiera dice- todo lo que estás diciendo de Abraham, y el hecho de que fue su absoluta confianza en Dios la que le ganó la entrada en la perfecta relación con Él; pero tendrás que reconocer que fue circuncidado.» Y Pablo hace un razonamiento contundente. La historia del llamamiento de Abraham y de la bendición que Dios le dio está en *Génesis 15:6*; y la historia de la circuncisión de Abraham en *Génesis 17:10ss*. No fue circuncidado realmente hasta catorce años después de haber respondido a la llamada de Dios y entrado en aquella relación exclusiva con Dios. La circuncisión no fue la puerta de acceso a la relación con Dios, sino el signo y sello de que ya había entrado. El que se le contara como justicia no tenía nada que ver con la circuncisión, sino con su acto de fe. De este hecho indiscutible Pablo saca dos conclusiones:

(i) Abraham no es el padre de los meramente circuncidados, sino de los que hacen el mismo acto de fe en Dios que él hizo. Es decir: que es el padre de todos los que en cualquier tiempo y lugar han creído la palabra de Dios como él, aunque no estén circuncidados. Esto quiere decir, además, que el verdadero judío es el que confía en Dios como Abraham, sea de la raza que sea. Todas las promesas de Dios son, no para la nación judía, sino para los que son descendientes de Abraham porque confían en Dios como él. Lo que importa no es pertenecer a una determinada nación, sino una manera de vivir y una relación con Dios. Los descendientes de Abraham no son los que pertenecen a una nación determinada, sino los que pertenecen a la familia de Dios, sean de la nación que sean.

(ii) La inversa también es cierta. Uno puede ser judío de pura cepa y estar circuncidado, y sin embargo no ser descendiente de Abraham en el verdadero sentido. No tiene ningún derecho a llamar a Abraham su padre ni a reclamar las promesas de Dios a menos que emprenda la aventura de la fe que hizo Abraham.

Con un breve pasaje Pablo ha producido una sacudida en todo el pensamiento judío. Los judíos creían que, por el hecho de serlo, gozaban automáticamente de los privilegios de la bendición de Dios y de la inmunidad del castigo. La prueba de que se era judío era la circuncisión. Tan literalmente tomaban esto algunos rabinos que de hecho llegaban a decir que, si un judío era tan malo que Dios tenía que condenarle, había un ángel cuya misión era volverle otra vez incircunciso antes de entrar en el lugar del castigo.

Pablo ha dejado bien sentado el gran principio de que el camino a Dios no consiste en pertenecer a una cierta nación, ni en llevar en el cuerpo una señal; sino la fe que cree la Palabra de Dios, según la cual todo depende, no de los méritos del hombre, sino solamente de la Gracia de Dios.

TODO POR GRACIA

Romanos 4:13-17

No fue por medio de la Ley como se transmitió la promesa de heredar la Tierra a Abraham y a su «simiente», sino que vino de aquella correcta relación con Dios que tuvo su origen en la fe. Si los vasallos de la Ley son los herederos, entonces la fe pierde todo su sentido, y la promesa resulta inoperante. Porque lo que produce la Ley es ira; pero donde no existe una ley tampoco puede haber transgresión. Así es que todo depende de la fe, para que quede claro que es cuestión de Gracia, y se garantice la promesa a todos los descendientes de Abraham, no sólo los que pertenecen a la tradición de la Ley, sino también los que son de la familia de Abra-

ham en virtud de la fe. Abraham es el padre de todos nosotros; porque está escrito: < Te he nombrado padre de muchas naciones. > Y así es para Dios porque creyó en Él como el Que llama a los muertos a la vida, y a la existencia a cosas que todavía no existen.

Dios le hizo a Abraham una promesa maravillosa. Le prometió que sería una gran nación, y que en él serían benditas todas las familias de la Tierra (*Génesis 12:2s*). La Tierra se le daría como heredad. Y Dios le hizo esa promesa simplemente porque puso su confianza en Él. No la recibió por haber amontonado méritos cumpliendo los mandamientos de la Ley, sino como una gracia generosa en respuesta a su fe absoluta en Dios. La promesa, como lo vio Pablo, dependía exclusivamente de dos cosas: de la Gracia generosa e inmerecida de Dios, y de la perfecta fe de Abraham.

La Gracia es la mano que da, y la fe, la mano que recibe, como en la famosa pintura de Miguel Ángel.

Los judíos seguirían preguntando: «¿Cómo puede uno entrar en la debida relación con Dios para estar incluido en esta gran promesa?» La respuesta que ellos mismos daban era: «Adquiriendo méritos ante Dios haciendo lo que manda la Ley.» Es decir, uno tiene que conseguirlo por su propio esfuerzo. Pero Pablo veía con absoluta claridad que esta actitud judía *había destruido totalmente la promesa*. Y la razón era que no hay nadie que pueda cumplir perfectamente la Ley; por tanto, si la promesa depende de la observancia de la Ley, no se puede cumplir.

Pablo veía las cosas con claridad meridiana. Veía dos maneras mutuamente excluyentes de tratar de entrar en relación con Dios: una dependía del esfuerzo humano, y la otra, de la Gracia divina. La primera era una batalla irremisiblemente perdida para obedecer una ley imposible; y la segunda, la fe que no hace más que cogerle a Dios la palabra. Cada una tenía tres partes:

(i) Por una parte tenemos *la promesa* de Dios. Hay dos palabras griegas que quieren decir *promesa*: *Hyposjésis* es una promesa con condiciones -«Prometo hacer esto si tú haces lo otro»-. *Epanguelía* quiere decir una promesa que se hace generosamente y sin ninguna condición por la otra parte; y esta es la palabra que usa Pablo; como si dijéramos: < Dios es como un padre humano; promete amar a sus hijos independientemente de lo que hagan. > Ciertamente que amará a algunos de nosotros con un amor que le hace estar contento, y a otros con un amor que le hará estar triste; pero en ambos casos es un amor que no nos abandonará jamás. No depende de nuestros méritos, sino sólo del generoso corazón de Dios.

(ii) Tenemos *la fe*. Fe es la seguridad de que Dios es realmente así. Es jugárnoslo todo a su amor.

(iii) Tenemos *la Gracia*. Un regalo *de gracia* es siempre algo que no se gana ni merece. La verdad es que nadie puede ganar el amor de Dios. Tenemos que encontrar nuestra gloria, no en lo que podamos hacer por Dios, sino en lo que Él ha hecho por nosotros.

(i) Por otra parte tenemos *la Ley*. Lo que pasa con la ley es que siempre puede diagnosticar la enfermedad, pero no puede curarla. La Ley le dice a uno lo que está mal, pero no le ayuda a evitarlo. De hecho, como Pablo señalará más adelante, hay una especie de paradoja terrible en la Ley. La naturaleza humana tiende a querer aquello que se le prohíbe. < La fruta robada es la más dulce.> Así que la Ley puede de hecho inducirnos a desear precisamente lo que nos prohíbe. La consecuencia natural de la Ley es el juicio; y, mientras una persona viva en una religión cuyo principal componente sea la Ley, no puede verse a sí misma más que como un criminal ante el tribunal de Dios.

(ii) Tenemos *la transgresión*. En cuanto se introduce la ley, la transgresión la sigue. No se puede quebrantar una ley que no existe, ni se puede condenar a nadie por quebrantar una ley que no sabía que existiera -aunque es un principio jurídico que *la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento*-. Si no hacemos más que introducir una ley, y si hacemos de la religión exclusivamente una cuestión de obedecer una ley, la vida se reduce a una cadena de transgresiones a la espera del castigo.

(iii) Tenemos *la ira*. Pensad en *la ley*, y en *la transgresión*, e inevitablemente el siguiente pensamiento será *la ira*. Pensad en Dios en términos de ley, y no podréis evitar el pensar en Él en términos de justicia ofendida. Pensad en una persona en términos de ley, y no podréis considerarla más que como culpable y destinada a la condenación de Dios.

Así es que Pablo pone ante los romanos dos caminos: uno es el del que trata de relacionarse debidamente con Dios mediante su propio esfuerzo; y el otro, el del que entra por la fe en una relación con Dios que ya existe por la gracia de Dios para que él pueda entrar con confianza.

LA FE EN UN DIOS QUE HACE POSIBLE LO IMPOSIBLE

Romanos 4:18-25

Abraham tuvo esperanza para creer contra toda esperanza que él podía llegar a ser el padre de muchas naciones, como dice la Escritura en el pasaje de «Así será tu descendencia. » No tuvo una fe raquítica, aunque se daba perfecta cuenta de que, ya entonces, había perdido la vitalidad corporal, porque era casi centenario, y que Sara tampoco podía dar la vida a hijos. No vaciló ante la promesa de Dios por incredulidad, sino se vitalizó por medio de la fe, dio gloria a Dios, y se mantuvo firmemente convencido de que el Que le había hecho la promesa era también capaz de cumplirla. Así es que la fe se le contó como si fuera justo. Y no fue sólo por él por quien dice la Escritura que «se le contó como si fuera justo», sino también por nosotros, que creemos en el Que resucitó a nuestro Señor Jesús, Que fue entregado por nuestro pecado y resucitado para introducirnos en la perfecta relación con Dios.

El pasaje anterior acababa diciendo que Abraham creyó en el Dios que llama a los muertos a la vida y que hace ser lo que no era.

En este pasaje, el pensamiento de Pablo vuelve a otro ejemplo sobresaliente de la disposición de Abraham a cogerle la palabra a Dios. La promesa de que todas las familias de la Tierra serían benditas en su descendencia se le dio a Abraham cuando ya era viejo. Su mujer, Sara, siempre había sido estéril; y entonces, cuando él tenía cien años y ella noventa (*Génesis 17:17*), les llegó la promesa de que tendrían un hijo. A todas luces parecía totalmente increíble e irrealizable, porque a él ya se le había pasado la edad de engendrar y a ella la de concebir y dar a luz. Pero, una vez más, Abraham le tomó la palabra a Dios, y de nuevo fue la fe lo que se le contó a Abraham por justicia.

Lo que puso a Abraham en relación con Dios fue el creer Su palabra. Los rabinos judíos tenían un dicho que aquí cita Pablo. Decían: « Lo que está escrito de Abraham está escrito de sus hijos.» Querían decir que las promesas que Dios le hizo a Abraham se aplican también a sus hijos. Por tanto, si lo que le puso en la debida relación con Dios fue estar dispuesto a dar crédito a Su palabra, lo mismo nos sucederá a nosotros. No fueron las obras que mandaba la Ley, sino la fe que confía lo que estableció la relación que debe existir entre Dios y el hombre.

La esencia de la fe de Abraham en este caso fue que creyó que Dios puede hacer posible lo imposible. Mientras creamos que todo depende de nuestro esfuerzo no tenemos más remedio que ser pesimistas, porque la triste lección de la experiencia es que es muy poco lo que podemos lograr con nuestro esfuerzo. Cuando nos damos cuenta de que no es nuestro esfuerzo sino la Gracia y el poder de Dios lo que importa, entonces podemos ser optimistas, porque podemos creer que no hay imposibles para Dios.

Se dice que una vez santa Teresa quería construir un convento, y no tenía más que una cantidad insignificante de dinero.

Alguien le dijo: < Ni siquiera Teresa puede hacer tanto con tan poco. » Y ella contestó: «Cierto; pero Teresa, con tan poco y Dios puede hacerlo todo.» **Uno puede dudar de emprender una** gran tarea por sí mismo; pero no tiene por qué dudar si Dios está con él. La gran misionera maestra Ann Hynter Small cuenta que su padre, que también había sido misionero, solía decir: « ¡Qué malvados y qué estúpidos son los que no hacen más que gruñir!» Y el dicho favorito de ella era: «Una iglesia que está viva se atreve con todo.» El atreverse sólo es posible cuando una persona o una iglesia confía en la Palabra de Dios.

CONFIANDO EN DIOS

Romanos 5:1-5

Entonces, como hemos entrado en la debida relación con Dios por medio de la fe, disfrutemos de estar en paz con Él mediante nuestro Señor Jesucristo. Por medio de Él, por la fe, estamos en posesión de una introducción a esta Gracia en la que nos sentimos seguros; así que, encontremos nuestra gloria en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo eso, sino hallamos que las dificultades conducen ala gloria; porque sabemos que la oposición produce entereza; la entereza, carácter; el carácter, esperanza; una esperanza que no es ilusoria, porque el Espíritu Santo Que se nos ha dado ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones.

Aquí tenemos uno de esos grandes pasajes líricos de Pablo, en el que canta el íntimo gozo de su confianza en Dios. La confianza de la fe realiza lo que nunca podría conseguir el esfuerzo por producir las obras de la Ley: le da al hombre la paz con Dios. Hasta que vino Jesús, nadie podía sentirse realmente cerca de Dios.

Algunos han llegado a pensar en Dios, no como el Bien supremo, sino como el mal supremo. Antonio Machado escribió en su poema *El dios ibero*:

«¡Señor, por Quien arranco el pan con pena, sé tu poder, conozco mi cadena! ¡Oh dueño de la nube del estío que la campiña arrasa, del seco otoño, del helar tardío, y del bochorno que la mies abrasa!»

Algunos han considerado a Dios como el supremo forastero, el totalmente inalcanzable. En uno de los libros de H. G. Wells se encuentra la historia de un hombre de negocios que tenía la mente tan tensa que estaba al borde de la locura. Su médico le dijo que lo único que podía salvarle era encontrar la paz que da la relación con Dios. «¡Qué! -dijo el hombre- ¿Pensar en Ése, allá arriba, en relación conmigo? ¡Más fácil me parecería refrescarme el gáznate con la Vía Láctea, o chocar los cinco con las estrellas!» Para él Dios era totalmente inasequible. Rosita Forbes, la viajera, cuenta que se refugió en el templo de un pueblo chino porque no tenía otro lugar. En medio de la noche se despertó y vio, a la luz de la luna que entraba de refilón por las ventanillas, los rostros de las imágenes de los dioses, en los cuales no había más que gestos despectivos, burlones y sarcásticos hacia los humanos, como si los odiaran.

Sólo cuando nos damos cuenta de que Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo entra en nuestra vida esa intimidad con Él, esa nueva relación que Pablo llama *justificación*.

Por medio de Jesús, dice Pablo, tenemos acceso a esta Gracia en la que nos sentimos seguros. La palabra que usa para *acceso* es *prosagógué*. Es una palabra que sugiere dos imágenes:

(i) Es la palabra corriente para introducir a una persona a la presencia de la realeza; y es también la palabra que se usa para el adorador que se acerca a Dios. Es como si Pablo dijera:

«Jesús nos introduce a la presencia de Dios mismo; nos abre la puerta de acceso a la presencia del Rey de reyes. Y cuando se abre esa puerta, lo que encontramos es *la Gracia*; no condenación, ni juicio, ni venganza; sino la prístina, inmerecida, increíble amabilidad de Dios.»

(ii) Pero *prosagógué* nos presenta otra escena. En el griego posterior es la palabra para el lugar donde atracan los barcos, *puerto o muelle*. Si la tomamos en este sentido, quiere decir que mientras tratemos de depender de nuestros propios esfuerzos nos encontramos a merced de las tempestades, como los marineros que luchan con un mar que amenaza tragárselos irremisiblemente; pero ahora que hemos oído la Palabra de Cristo, hemos llegado por fin al puerto de la Gracia de Dios, y conocemos la calma que viene de depender, no de lo que podemos hacer por nosotros mismos, sino de lo que Dios ha hecho por nosotros.

Gracias a Jesús tenemos entrada a la presencia del Rey de reyes y al puerto de la Gracia de Dios.

Cuando Pablo acaba de decir esto, se le presenta la otra cara de la moneda. Todo esto es cierto, y es la misma gloria; pero sigue sucediendo que en esta vida los cristianos lo tenemos muy difícil. Era difícil ser cristiano en Roma. Al recordarlo, Pablo presenta un gran clímax: « La oposición dice- produce entereza.» La palabra que usa para oposición es *thlipsis*, que quiere decir literalmente *opresión*. Hay un montón de cosas que pueden oprimir a un cristiano: necesidades, estrecheces, dolor, persecución,

rechazamiento y soledad. Todo lo que oprime, dice Pablo, produce entereza. La palabra que usa para *entereza* es *hypomoné*, que quiere decir más que aguante: es el espíritu que puede vencer al mundo, que no se limita a resistir pasivamente, sino que vence activamente las pruebas y tribulaciones de la vida.

Cuando Beethoven se vio amenazado por la sordera, lo más terrible que le puede suceder a un músico, dijo: «Cogeré a la vida por el cuello.» Eso es *hypomoné*. Cuando Walter Scott estaba en la ruina por la bancarrota de sus editores, dijo: «Nadie va a decir que soy un pobre hombre. Pagaré la deuda con mi propia mano.» Eso es *hypomoné*. Alguien le dijo a una noble alma que estaba pasando un gran dolor: «El dolor le da color a la vida, ¿no?» Y respondió: «¡Sí! ¡Pero yo escojo el color!» Eso es *hypomoné*. Cuando Henley yacía en la enfermería de Edimburgo con una pierna amputada y con la otra en peligro de serlo, escribió *Invictus*:

En medio de las nieblas que me cubren, como un pozo de polo a polo negras, doy gracias por mi alma inconquistable.

Eso es *hypomoné*. *Hypomoné* no es un espíritu que se tumba y deja que la riada le pase por encima, sino el espíritu que apechuga con la adversidad y la vence.

«La entereza -continúa Pablo- produce carácter.» La palabra que usa para *carácter* es *dokimé*. *Dokimé* se dice de un metal que ha pasado por el fuego de forma que ha quedado limpio de todo lo inferior. Se usa de una moneda de *quilates*. Cuando se arrostra la aflicción con entereza, se sale de la batalla más fuerte, más puro y mejor y más cerca de Dios.

«El carácter -continúa Pablo- produce esperanza.» Dos personas se enfrentan con la misma situación; a una la puede conducir a la desesperación, y puede espolear a la otra a una acción victoriosa. Para una puede ser el final de la esperanza, y para la otra un desafío a la grandeza. «No me gustan las crisis decía Lord Reith-, pero sí las oportunidades que presentan.» La diferencia está en las personas. Si uno se ha dejado llegar a ser débil y flojo, si ha dejado que las circunstancias le venzan, si no ha hecho más que gimotear y achicarse bajo la aflicción, ha llegado a un punto en el que, cuando se presenta el desafío de la crisis, no puede hacer más que desesperarse. Si, por el contrario, uno ha ido por la vida con la frente alta, enfrentándose con las cosas hasta conquistarlas, entonces, cuando llega el desafío, lo arrostra con los ojos inflamados por la esperanza. El carácter que ha resistido la prueba siempre sale lleno de esperanza.

Luego Pablo hace una afirmación final: «La esperanza cristiana nunca resulta una vana ilusión, porque está cimentada en el amor de Dios.» La *Epístola moral a Fabio* dice de ciertas esperanzas:

« Fabio, las esperanzas cortesanas prisiones son do el ambicioso muere y donde al más activo nacen canas...»

Pero la esperanza que se pone en Dios, no se desvanece, ni deja frustrados. La esperanza que se pone en el amor de Dios no es ninguna ilusión; porque Dios nos ama con un amor eterno respaldado por un poder eterno.

LA PRUEBA DEFINITIVA DEL AMOR

Romanos 5:6-11

Cuando no teníamos remedio, en el tiempo de Dios Cristo murió por los que éramos impíos. A duras penas se encontrará alguien que muera por otro; pero podría ser que uno estuviera dispuesto hasta a morir por una buena causa. Pero Dios llega a mucho más: nos demuestra Su amor al morir Cristo por nosotros cuando no éramos más que pecadores. Como hemos entrado en la perfecta relación con Dios al precio de la sangre vital de Cristo, con más razón seremos salvos de la Ira por medio de Él. Porque, si cuando no éramos más que enemigos de Dios fuimos reconciliados con Él al precio de la muerte de Su Hijo, mucho más ahora que ya estamos reconciliados, seguiremos a salvo por Su vida. Y no sólo esto, sino que nuestra gloria está en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, por medio de Quien hemos recibido esta reconciliación.

El hecho de que Jesucristo muriera por nosotros es la prueba definitiva del amor de Dios. Ya sería bastante difícil encontrar a alguien que estuviera dispuesto a morir por un justo; sería remotamente posible convencer a alguien para que muriera por alguna idea grande y buena; y alguien podría tener el amor necesario para dar su vida por un amigo. Pero lo inmensamente maravilloso del amor de Jesucristo es que murió por nosotros cuando no éramos más que pecadores enemistados con Dios. Ningún amor puede llegar más lejos.

Rita Snowdon relata un incidente de la vida de T. E. Lawrence. En 1915 iba viajando por el desierto con unos árabes. La situación era desesperada. Ya casi no tenían comida, y apenas les quedaba una gota de agua. Llevaban las capuchas puestas para protegerse la cabeza del viento, que era como una llama e iba cargado de la tempestad de arena. De pronto, alguien dijo: «¿Dónde está Jazmin?» Y otro contestó: «¿Qué Jazmin?» «El de la piel amarilla, de Maan; el que mató al cobrador turco y huyó

al desierto.» El primero dijo: «Mira, no hay nadie montado en el camello de Jazmin. Su rifle está colgando, pero Jazmin no está.» Y un segundo dijo: «Alguien le ha pegado un tiro durante la marcha.» Y un tercero añadió: «No está muy bien de la cabeza. A lo mejor ha visto un espejismo. Y no es muy fuerte; a lo mejor se ha desmayado y se ha caído del camello.» Y el primero comentó: « ¡Qué más da! Jazmin no valía un chavo.» Y los árabes se acomodaron en sus camellos y reanudaron la marcha. Pero Lawrence se dio la vuelta. Solo, en el calor abrasador, arriesgando la vida, volvió para atrás. Después de hora y media de cabalgada vio algo en la arena. Era Jazmin, ciego y loco de calor y de sed, a punto de perecer en el terrible desierto. Lawrence le montó en su camello, le dio las últimas gotas de agua que le quedaban e inició la lenta marcha hacia la comitiva. Cuando los alcanzó, los árabes le miraron alucinados. «Aquí está Jazmin -dijeron-, que no vale un chavo, y nuestro jefe Lawrence ha arriesgado la vida para salvarle.»

Esto es toda una parábola. No fue por buenas personas por

las que murió Cristo, sino por pecadores; no eran amigos de Dios, sino gente que estaba enemistada con Él.

Pablo da otro paso adelante. Gracias a Jesús ha cambiado nuestro *status* con Dios. Aunque éramos pecadores, Jesús nos puso en la debida relación con Dios. *Pero eso no es todo*. No sólo había que cambiar nuestro *status*; también había que cambiar nuestro *estado*. Un pecador salvado no puede seguir siendo pecador; tiene que hacerse bueno. La muerte de Cristo cambió nuestro *status*; su vida de Resurrección cambia nuestro *estado*. Jesús no está muerto, sino vivo; está siempre con nosotros para ayudarnos y guiarnos, para llenarnos de Su fuerza para que vencamos la tentación, para vestirnos con algo de su gloria. Jesús empieza por poner a los pecadores en la debida relación con Dios aun cuando son pecadores; y continúa, por su Gracia, capacitándonos para que abandonen el pecado y sean personas nuevas y buenas.

Hay términos técnicos para estas cosas. El cambio de nuestro *status* es la *justificación*; ahí es donde empieza todo el proceso de la Salvación. El cambio de nuestro *estado* es la *santificación*; así prosigue el proceso de nuestra Salvación, que no termina hasta que Le veamos cara a cara y seamos como El (1 Juan 3:2).

Hay que notar aquí una cosa de gran importancia. Pablo está seguro de que todo el proceso *salvífico*, la venida de Cristo y su muerte, son una prueba del amor *de Dios*. A veces se presenta esta verdad como si por una parte estuviera un Dios airado y vengativo, y por otra un Cristo compasivo y amoroso; y como si Cristo hubiera hecho algo que *obligó a Dios* a cambiar de actitud. ¡Nada podría estar más lejos de la verdad! Nuestra Salvación tiene su origen y realización en el amor de Dios. Jesús no vino a cambiar Su actitud hacia los hombres, sino a mostrarles a éstos cómo es y ha sido siempre Dios. Vino para demostrar, sin lugar a dudas, que Dios es amor.

LA RUINA Y EL RESCATE

Romanos 5:12-21

Por tanto, de la misma manera que el pecado se introdujo en el mundo por medio de un hombre, y con el pecado, entró la muerte y se extendió a todo el género humano, por cuanto eran pecadores; porque, hasta la promulgación de la Ley, el pecado estaba en el mundo, pero no se podía culpar a los humanos porque la Ley no existía todavía; sin embargo, la muerte reinó desde los tiempos de Adán hasta el de Moisés aun sobre los que no habían pecado de la misma manera que Adán, que era un símbolo del Mesías Que había de venir. Pero el don de la Gracia gratuita no actuó como la transgresión. Porque, si los muchos murieron a consecuencia del pecado de uno, la Gracia de Dios y su don gratuito en la Gracia del Hombre único Jesucristo abundaron para muchos. El don gratuito no es como los efectos del hombre que pecó. La sentencia que siguió al hombre que pecó fue condenatoria; pero el don gratuito que siguió a las muchas transgresiones fue una sentencia absolutoria. Porque, si por el delito de uno la muerte reinó por culpa de uno, mucho más los que reciben el derroche de Gracia y del don gratuito que establece la recta relación entre Dios y el hombre reinarán en la vida por medio del Hombre único Jesucristo. Así es que, entonces, como por un pecado toda la raza humana quedó incluida en la sentencia, así también por un supremo acto de justicia vino a los seres humanos la posibilidad de entrar en la debida relación con Dios que les da la vida. De la misma manera que por la desobediencia de un hombre todos quedaron incluidos en la condición de pecadores, así, por la obediencia de un Hombre, los muchos pueden ser absueltos. Pero la Ley se introdujo para que abundaran las transgresiones; pero, donde el

pecado abundaba, la Gracia le superó en abundancia, para que, así como el pecado reinó en la muerte, la Gracia pudiera reinar poniendo a los seres humanos en la debida relación con Dios para que puedan entrar en la vida eterna gracias a la Obra de nuestro Señor Jesucristo.

No hay pasaje en todo en *Nuevo Testamento* que haya tenido más influencia en la teología que éste; ni que sea más difícil de entender para la mentalidad moderna. Es difícil, porque Pablo se expresa con dificultad. Notamos, por ejemplo, que la primera frase no termina, sino que se interrumpe a mitad del camino mientras Pablo persigue otra idea por otra vía. Y además, es que

Pablo está pensando y expresándose en términos que eran corrientes y claros para los judíos de su tiempo, pero no para nosotros.

Si hubiéramos de encerrar el pensamiento de este pasaje en una sola frase escogeríamos la que Pablo pone al principio e interrumpe después: < Por el pecado de Adán toda la raza humana quedó contaminada de pecado y separada de Dios; pero por la justicia de Jesucristo toda la humanidad adquiere la justicia y vuelve a estar en la debida relación con Dios. » De hecho, Pablo lo dijo mucho más claro en 1 *Corintios 15:21*: < Como vino la muerte por un hombre, también por un Hombre ha venido la Resurrección de los muertos. Porque si todos morimos por nuestra relación con Adán, también por nuestra relación con Cristo todos volvemos a la vida. »

Hay que tener en cuenta dos ideas judías básicas para entender este pasaje.

(i) Está la idea de la *solidaridad*. El judío no se consideraba a sí mismo individualmente, sino siempre como parte de una tribu, de una familia o nación, aparte de la cual no tenía una identidad real. Hoy en día también se dice que si se le pregunta a un aborigen australiano cómo se llama, responde con el nombre de su tribu o clan. No piensa en sí mismo como una persona, sino como un miembro de una sociedad. Uno de los ejemplos más claros de esta mentalidad se ve en la venganza de sangre en los pueblos primitivos. Supongamos que uno que es **de una tribu mata** a otro que es de otra. La de la víctima adquiere la responsabilidad de vengarse de la otra; es la tribu la que ha sufrido un daño, y por tanto es la que debe buscar satisfacción.

En el *Antiguo Testamento* tenemos un claro ejemplo de esto. Es el caso de Acán que se nos cuenta en Josué 7. En el asedio a Jericó, Acán se quedó con parte del botín, desobedeciendo lo que Dios había mandado, es decir, que todo se destruyera. En la siguiente campaña, estaban cercando a Hai, que parecía una empresa mucho más fácil, pero los ataques fracasaron desastrosamente. ¿Por qué? Porque Acán había pecado, ya toda la nación había contraído culpa y fue castigada por Dios. El pecado de Acán no era el de un individuo, sino el de toda la nación. Esta no era una suma de individuos, sino una masa indivisible. Lo que hacía uno de sus miembros lo hacía la nación. Cuando se descubrió el pecado de Acán, no fue ejecutado él solo, sino toda su familia; porque Acán no era un individuo aislado, sino parte de un pueblo del que no se le podía separar.

Así es como Pablo ve a Adán: no como un individuo, sino como el representante de toda la humanidad; y, como tal, su pecado fue el de todos los seres humanos.

Pablo dice que « todos los seres humanos contraemos el pecado de Adán » -literalmente « pecamos en Adán »-. Si hemos de llegar a comprender el pensamiento de Pablo tenemos que saber lo que quiere decir aquí, y que lo dice en serio. A lo largo de la historia del pensamiento cristiano se han hecho esfuerzos para interpretar de diferentes maneras la conexión entre el pecado de Adán y el de la humanidad.

(a) Se ha pensado que este pasaje quiere decir que « todo ser humano es su propio Adán. » Esto quiere decir que, como Adán pecó, todos hemos pecado; pero que entre el pecado de Adán y el de la humanidad no hay ninguna conexión real, más que, como si dijéramos, que el pecado de Adán es típico del de todos los seres humanos.

(b) Existe la que se ha llamado la interpretación legal. Esta supone que Adán era el *representante* de la humanidad, y que ésta participa de la obra de su representante. Pero un representante ha de ser *escogido* por las personas a las que representa; y eso no lo podemos decir de Adán.

(c) Existe la interpretación de que, lo que heredamos de Adán es *la tendencia* al pecado. Eso es cierto, sin duda; pero no es lo que Pablo quiere decir. No encajaría en absoluto en su razonamiento.

(d) A este pasaje hay que darle lo que se ha llamado *la interpretación realista*, es decir, que, a causa de la solidaridad de la raza humana, toda la humanidad pecó de hecho en Adán. Esto no era ninguna idea rara para un judío, sino lo que creían de hecho los pensadores judíos. El autor de 2 *Esdras* lo dice con toda claridad: « Una semilla de mal se sembró en el corazón de Adán desde el principio, y ¡cuánta maldad ha producido hasta este tiempo! ¡Y cuánta producirá hasta que llegue el tiempo de la recolección! » (4:30). « Porque el primer Adán, que tenía un corazón malo, transgredió y fue vencido; y no sólo él, sino todos los que descienden de él » (3:21).

(ii) La segunda idea básica está íntimamente relacionada con la primera en el razonamiento de Pablo: *La muerte es la consecuencia directa del pecado*. Los judíos creían que, si Adán no hubiera pecado, los seres humanos habríamos sido inmortales. *Sirac 2:23* dice: « Una mujer fue el origen del pecado, y por medio de ella morimos todos. » El *Libro de la Sabiduría* dice: « Dios creó al hombre para la inmortalidad, y le hizo a imagen de su propia naturaleza; pero la muerte penetró en el mundo a causa de la envidia del demonio. » En el pensamiento judío, el pecado y la muerte están íntimamente relacionados. A eso es a lo que Pablo está llegando por el complicado y difícil camino de pensamiento de los versículos 12 al 14. Vamos a trazar sus etapas en una serie de ideas.

(a) Adán pecó porque quebrantó el mandamiento directo de Dios de no comer del fruto del árbol prohibido; y porque pecó, murió, aunque había sido creado inmortal.

(b) La Ley no llegó hasta el tiempo de Moisés. Ahora bien: si no hay ley, no puede haber transgresión de la ley; es decir, pecado. Por tanto, los seres humanos que vivieron entre Adán y Moisés cometieron de hecho acciones pecaminosas, pero no se los podía considerar pecadores, porque no existía la Ley.

(c) A pesar de que no se les podía atribuir pecado, sin embargo morían. Estaban sujetos al régimen de la muerte, aunque no se los podía acusar de haber quebrantado una ley que no existía.

(d) Entonces, ¿por qué morían? Era porque habían pecado *en Adán*. El estar implicados en el pecado les producía la muerte, aunque no había una ley que pudieran quebrantar. De hecho, esa es la prueba para Pablo de que toda la humanidad pecó *en Adán*.

Hemos resumido la esencia de una parte del pensamiento de Pablo. A causa de esta idea de la completa solidaridad de la humanidad, literalmente todos los seres humanos pecamos en Adán; y como la muerte es la consecuencia del pecado, ejerce su dominio sobre todos nosotros.

Pero esta misma concepción, que se puede usar para producir una visión desesperada de la situación humana, se puede usar también a la inversa para llenarla de un resplandor de gloria. En esta situación entra Jesús. Jesús Le ofreció a Dios la perfecta bondad. Y, exactamente de la misma manera que todos los seres humanos estuvieron implicados en el pecado de Adán, todos están implicados en la perfecta bondad de Jesús; y, de la misma manera que el pecado de Adán fue la causa de la muerte, la perfecta bondad de Jesús conquista la muerte y da a los humanos la vida eterna. El razonamiento triunfal de Pablo es que, como la humanidad estaba implicada en Adán y quedó por tanto condenada a muerte, así está ahora *en Cristo*, y queda absuelta para poder vivir. Así que, aunque ha venido la Ley y ha hecho el pecado mucho más terrible, la Gracia de Cristo *sobrepuja* la condenación que traía le Ley (R-V 1909).

Ese es el razonamiento de Pablo, y es inapelable para la mentalidad judía. Contiene dos grandes verdades.

(i) La primera es la siguiente: Supongamos que asumimos el sentido literal de la historia de Adán: *nuestra conexión con Adán es puramente física*. No nos queda otra posibilidad; de la misma manera que no se le deja al niño escoger su padre. Pero, por otra parte, *nuestra conexión con Cristo es voluntaria*. La unión con Cristo es algo que uno puede aceptar o rechazar. Se trata de una conexión distinta en ambos casos. No se nos dio la opción de elegir o no nuestra relación con Adán, en cuya naturaleza hemos recibido una herencia con muchas cosas buenas, pero también con una mala: nuestra condición de pecadores, y la paga del pecado, que es la muerte. Para darnos una salida victoriosa a una vida abundante y de renovada relación con Dios, Cristo vino al mundo y murió por nosotros. Si bien esta relación es optativa y no impuesta como la que tenemos con Adán, la invitación a aceptar el Evangelio debe llegar a toda la raza humana. Esta es la misión de la Iglesia.

(ii) La segunda es la siguiente: Pablo conserva la verdad de que la humanidad está sumida en una situación de la que no puede escapar; el pecado tiene al ser humano en su poder, y no hay esperanza. Jesucristo entra en esta situación trayendo algo que corta el nudo gordiano que existía. Por lo que Él hizo, por Quien Él es y por lo que Él da, permite al hombre salir de una situación en la que se encontraba desesperadamente dominado por el pecado. Sea lo que sea lo que digamos del razonamiento de Pablo, es absolutamente cierto que el pecado ha sumido al hombre en la ruina, y que Cristo le rescata.

MORIR PARA VIVIR

Romanos 6:1-11

¿Qué consecuencia sacaremos? ¿Que hemos de seguir pecando para que abunde la Gracia? ¡De ninguna manera! ¿Cómo vamos a vivir todavía en el pecado si hemos muerto para él? ¿Es que no os dais cuenta de que todos los que hemos sido introducidos en Cristo por el bautismo hemos sido bautizados en Su muerte? Nuestra muerte ha sido tan real que hemos sido sepultados con Él mediante el bautismo, a fin de que, como Cristo fue levantado de los muertos por la gloria del Padre, así nosotros, también, vivamos una vida nueva. Porque, si hemos llegado a estar unidos a Él en la semejanza de Su muerte, así también estaremos unidos a Él en la semejanza de Su Resurrección. Porque esto sí sabemos: que nuestro viejo yo ha sido crucificado con Él para que nuestro cuerpo pecador pierda su operatividad, para que dejemos de ser esclavos del pecado. Porque uno que ha muerto ya ha quedado exculpado de pecado. Pero, si hemos muerto con Cristo, creemos que igualmente viviremos con Él; porque sabemos que Cristo, después de Su Resurrección, ya no muere más. La muerte ya no tiene ningún dominio sobre Él. El Que murió, murió una vez por todas al pecado; y el Que vive, vive para Dios. Así vosotros también debéis consideraros muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Jesucristo.

Como ya ha hecho varias veces en esta carta, Pablo vuelve aquí a tener una discusión con una especie de oponente imaginario. La discusión surge del gran dicho que apareció al final del capítulo anterior: «Cuando el pecado se hizo más abundante y grave, lo sobrepujó la Gracia.» Podemos reconstruirlo así.

Objetor.- Acabas de decir que la Gracia de Dios es suficientemente grande para perdonar cualquier pecado.

Pablo.- Y lo mantengo.

Objetor.- Estás diciendo que la Gracia de Dios es la cosa más maravillosa del mundo.

Pablo.- Eso es.

Objetor.- Pues entonces, ¡sigamos pecando! Cuanto más pequemos, más abundará la Gracia. El pecado no importa, porque Dios lo va a perdonar de todas maneras. De hecho, aún podríamos decir más: que el pecado es algo excelente, porque le ofrece a la Gracia una oportunidad de manifestarse. La conclusión de tu razonamiento es que el pecado produce la Gracia; y por tanto tiene que ser una cosa buena, ya que produce la cosa más grande del mundo.

La primera reacción de Pablo es retirarse de la discusión sobrecogido de horror: < ¿Es que sugieres -pregunta- que deberíamos seguir pecando para darle más oportunidades a la Gracia de seguir operando? ¡No permita Dios que sigamos un curso de acción tan inaceptable! »

Pero luego pasa a otra cosa: «¿Has pensado alguna vez -pregunta- lo que te sucedió cuando te bautizaste?» Ahora bien, cuando intentamos entender lo que Pablo dice a continuación tenemos que recordar que el bautismo en su tiempo era distinto de lo que es corrientemente hoy.

(a) Era bautismo de adultos. En la Iglesia Primitiva una persona mayor venía a Cristo individualmente, a menudo dejándose atrás a la familia.

(b) El bautismo en la Iglesia Primitiva estaba íntimamente relacionado con la confesión de fe. Una persona era bautizada cuando entraba en la Iglesia dejando el paganismo. Al bautizarse, una persona hacía una decisión que producía un corte radical en su vida, lo que muchas veces quería decir que acababa una vida y empezaba otra totalmente distinta.

(c) Generalmente el bautismo era por inmersión total, y esa práctica simbolizaba una verdad que no queda tan clara en el bautismo por aspersion. Cuando una persona descendía al agua, y era sumergida totalmente, era como si la enterraran. Cuando salía del agua, era como si resucitara saliendo de la tumba. El bautismo quería decir simbólicamente *morir y resucitar*. La persona moría a una clase de vida y resucitaba a otra; moría para la vieja vida del pecado, y resucitaba a la nueva vida de la Gracia.

Para comprender todo esto tenemos que recordar de nuevo que Pablo estaba usando un lenguaje y unas alegorías que casi todos los de su tiempo y generación entenderían. Tal vez nos parezcan extraños a nosotros, pero no lo eran para sus contemporáneos.

Los judíos le entenderían. Cuando se convertía un pagano al judaísmo, tenía que hacer tres cosas: sacrificio, circuncisión y bautismo. El gentil entraba en la fe de Israel mediante el bautismo, cuyo ritual tenía estas partes: El que iba a bautizarse se cortaba el pelo y las uñas; se desnudaba totalmente; el baptisterio tenía que contener por lo menos 40 *seahs* -es decir, unos 500 litros, medio metro cúbico de agua-, y el agua tenía que llegar a todas las partes de su cuerpo. Mientras estaba en el agua tenía que hacer profesión de su fe ante tres *padrinos*, y se le dirigían algunas exhortaciones y bendiciones. El efecto de este bautismo se creía que era una total regeneración; al bautizado se le consideraba como un recién nacido aquel día. Se le perdonaban todos los pecados, porque Dios no podía castigar los que hubiera cometido antes de nacer de nuevo. Lo completo del cambio se veía en el hecho de que ciertos rabinos mantenían que el hijo que le naciera a un hombre después de su bautismo era su primogénito, aunque hubiera tenido otros en su vida anterior. En teoría se mantenía -aunque esta creencia nunca se ponía en práctica- que un hombre era tan totalmente nuevo que podría casarse con una hermana, o hasta con su madre. No era solamente un hombre cambiado; era una persona diferente.

Cualquier judío entendería lo que decía Pablo acerca de la necesidad de que un bautizado fuera completamente nuevo. Y

lo mismo un griego. En aquel tiempo la única verdadera religión griega eran los *misterios* o religiones misteriosas, que ofrecían la liberación de los cuidados, las angustias y los temores de la Tierra; esta liberación se lograba mediante la unión con un dios. Todos esos misterios eran representaciones de una pasión; se basaban en la supuesta historia de algún dios que sufría, moría y resucitaba; su historia se representaba como un drama. Antes de participar en él, uno tenía que ser *iniciado*; es decir, tenía que seguir un curso de instrucción sobre el sentido del drama, tenía que someterse a un proceso de disciplina ascética y prepararse concienzudamente. El drama se representaba con todos los medios disponibles de música y luces, de incienso y de misterio. Durante la representación, el iniciado tenía una experiencia emocional de identificación con el dios. La iniciación se consideraba siempre como una muerte seguida de un nuevo nacimiento, en el cual el hombre era *renatus in aeternum, nacido de nuevo para la eternidad*. Uno que hizo la iniciación nos dice que pasó por cuna muerte voluntaria». Sabemos que en uno de aquellos misterios el que se iba a iniciar se llamaba *moriturus, el que va a morir*, y que se le enterraba hasta la cabeza en una zanja. Cuando ya había pasado la iniciación, se le hablaba como a un niño pequeño, y se le daba leche como a un recién nacido. En otro de aquellos misterios, la persona que se estaba iniciando oraba: «Entra tú en mi espíritu, en mi pensamiento y en toda mi vida; porque tú eres yo, y yo soy tú.» Cualquiera griego que hubiera hecho estas experiencias comprendería sin dificultad lo que quería decir Pablo con aquello de morir y resucitar otra vez en el bautismo; y al hacerlo, llegar a ser uno con Cristo.

No estamos diciendo de ninguna manera que Pablo tomó prestadas estas ideas o palabras de tales prácticas judías o paganas; lo que decimos es que estaba usando palabras y alegorías que reconocerían y entenderían tanto los judíos como los paganos.

En este pasaje hay tres grandes verdades permanentes.

(i) Es una cosa terrible el intentar comerciar con la

misericordia de Dios convirtiéndola en una licencia para seguir pecando. En términos humanos sería tan despreciable como el que un hijo se creyera con derecho a defraudar a su padre porque sabe que éste le perdonará. Eso sería aprovecharse del amor para quebrantarle el corazón.

(ii) La persona que inicia el camino cristiano se compromete a una clase de vida diferente. Ha muerto para una clase de vida, y ha nacido de nuevo para otra. En los tiempos actuales puede que tendamos a presentar la conversión al Cristianismo como algo que no tiene por qué producir una gran diferencia. Pablo habría dicho que tiene que producir la mayor diferencia del mundo.

(iii) Pero hay más que un cambio de conducta en la vida de una persona que acepta a Cristo. Hay una verdadera identificación con Él. Es un hecho que no puede haber un cambio real de vida sin esa unión con Cristo. La persona está *en Cristo*. Un gran pensador cristiano ha sugerido una metáfora para explicar esa frase: No podemos vivir la vida física a menos que estemos en el aire y el aire esté en nosotros; de la misma manera, no podemos vivir la vida que Dios nos quiere dar a menos que estemos en Cristo y Cristo en nosotros.

LA PRÁCTICA DE LA FE

Romanos 6:12-14

No dejéis reinar al pecado en vuestro cuerpo mortal para que os obligue .a seguir lo que os pida el cuerpo. No sigáis rindiéndole vuestros miembros al pecado como armas de maldad, sino rendíos de una vez para siempre a Dios como muertos que han vuelto a la vida, y rendidle vuestros miembros a Dios como armas de justicia. Porque el pecado no tiene por qué dominaros: ya no estáis bajo la Ley, sino bajo la Gracia.

Al salir del pasaje anterior y entrar en este, experimentamos una de esas transiciones características de Pablo. El anterior era la expresión de un místico acerca de la unión mística entre el cristiano y Cristo que se realiza en el bautismo; hablaba de la manera como debe vivir un cristiano, tan cerca de Cristo que se puede decir que vive en Él. Y ahora, después de la experiencia mística viene la exigencia práctica. El Cristianismo no es una experiencia emocional, sino una manera de vivir. El cristiano no lo es para complacerse en una experiencia, por muy maravillosa que sea, sino para salir a vivir una cierta clase de vida entre los ataques y problemas del mundo. Es normal en el mundo de la vida religiosa que nos sentemos en la iglesia y sintamos como una ola de sentimiento que pasa por nuestro interior. A veces, aun cuando nos encontramos solos, nos sentimos muy cerca de Cristo. Pero el Cristianismo que se detiene allí no ha recorrido más que la mitad del camino. Esa emoción tiene que traducirse en acción. El Cristianismo no puede ser sólo una mera experiencia interior. Tiene que ser una vida en la palestra del mundo.

Cuando uno sale al mundo se tiene que enfrentar con una situación terrible. Como Pablo la ve, Dios y el pecado están buscando armas que puedan usar. Dios no puede actuar sin hombres; si quiere que se diga algo, tiene que encontrar a una persona que lo diga; si quiere que se haga algo, tiene que encontrar a alguien que lo haga, y si quiere que alguien reciba ánimo, necesita a alguien que se lo dé. Y lo mismo sucede con el pecado: alguien tiene que empujarlo. El pecado está buscando gente que induzca a otros a pecar con sus palabras o ejemplo. Es como si Pablo estuviera diciendo: «En este mundo hay una batalla constante entre Dios y el pecado; decide de qué parte estás.» Nos enfrentamos con la tremenda alternativa de convertirnos en instrumentos en las manos de Dios, o en las del pecado.

Un creyente inmaduro podría muy bien decir: «Hay decisiones que son demasiado difíciles, y voy a fallar.» La respuesta de Pablo es: « No te desanimes ni te desesperes; el pecado

no te dominará.» «¿Por qué?» «Porque ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la Gracia. « ¿Y eso cambia tanto las cosas?» « Sí; porque ya no estamos tratando de satisfacer las exigencias de la Ley, sino tratando de ser dignos de los dones del Amor». Ya no pensamos en Dios como un juez severo, sino como el Que ama las almas de todas las personas. No existe en todo el mundo una inspiración que se pueda comparar con la del amor. ¿Hay alguien que salga de la compañía del ser querido sin sentir el deseo ardiente de ser mejor persona? La vida cristiana ya no es una carga que hay que soportar, sino un privilegio a cuya altura se puede vivir. Como decía Denney: « No son las prohibiciones lo que libera del pecado, sino la inspiración; no es el monte Sinaí, sino el Calvario el que produce santos.» Muchos han sido liberados del pecado, no por las normas de la ley, sino porque no habrían podido soportar el desilusionar, o fallar, o herir a una persona a la que amaban o que los amaba. En el mejor de los casos la ley nos sujeta por el temor; pero el amor nos redime inspirándonos para que seamos mejores de lo que hemos conseguido ser. La inspiración del cristiano viene, no del miedo al castigo de Dios, sino de la contemplación de lo que Dios ha hecho por él.

LA POSESIÓN EXCLUSIVA

Romanos 6:15-23

Entonces, ¿qué? ¿Hemos de seguir pecando porque no estamos bajo la Ley sino bajo la Gracia? ¿De ninguna manera! ¿No os dais cuenta de que, si os entregáis a alguien como esclavos para obedecerle, de hecho os convertís en esclavos de la persona que habéis elegido obedecer: ya sea del pecado, que conduce a la muerte, o de la obediencia, que conduce a la perfecta relación con Dios. Pero, gracias a Dios, vosotros que erais esclavos del pecado, habéis llegado a la decisión espontánea

de obedecer el modelo de enseñanza que habéis aceptado; y, al ser liberados del pecado, os habéis convertido en esclavos de la justicia. Hablo en términos humanos, porque la naturaleza humana no puede entender otros por sí sola: De la misma manera que antes rendíais vuestros miembros como esclavos de la inmundicia y la iniquidad, lo que producía todavía más iniquidad, así ahora habéis rendido vuestros miembros como esclavos de la justicia, y habéis empezado a recorrer el camino que conduce a la santidad. Cuando erais esclavos del pecado, estabais libres de todo compromiso con la justicia; pero, ¿qué producto obteníais? Todo lo que conseguíais eran cosas de las que ahora os avergonzáis cordialmente, porque su fin es la muerte. Pero ahora, puesto que ya estáis libres del pecado, y os habéis convertido en esclavos de Dios, el fruto de que disfrutáis está designado para guiaros en el camino de la santidad cuya meta es la vida eterna. Porque la paga del pecado es la muerte, pero el don gratuito de Dios es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo.

Para cierto tipo de mentalidad, la doctrina de la Gracia gratuita es siempre una tentación a decir: « Si el perdón es tan fácil y tan inevitable como todo eso, si lo único que Dios quiere es perdonar y si su Gracia es tan ancha como para cubrir cualquier mancha o defecto, ¿por qué preocuparnos del pecado? ¿Por qué no vivir como nos dé la gana? A fin de cuentas, da lo mismo.»

Pablo se opone a eso con una imagen de la vida real: «Hubo un tiempo en que os entregasteis al pecado como sus esclavos; entonces la integridad no tenía ningún derecho sobre vosotros. Pero ahora os habéis entregado a Dios como esclavos de la integridad, y el pecado no tiene ningún derecho sobre vosotros.»

Para entender esto tenemos que comprender el *status* de un esclavo. Cuando hablamos de un empleado, en el sentido actual, nos referimos a una persona que da una parte concertada

de su tiempo y actividad a un patrono, del que recibe un salario. El tiempo concertado está al servicio del patrono y a sus órdenes; pero, cuando termina ese tiempo, es libre para hacer lo que quiera. Durante la jornada laboral «pertenece» a su patrono; pero en el tiempo libre se pertenece a sí mismo. Pero en el tiempo de Pablo el status de un esclavo era completamente diferente. Literalmente, no se pertenecía a sí mismo en ningún momento, todo el tiempo le pertenecía a su amo. Era propiedad exclusiva de su amo. Esa es la imagen que Pablo tiene en mente. Dice: «Hubo un tiempo cuando eras esclavo del pecado. El pecado era tu dueño absoluto. Entonces no podías hablar de nada más que del pecado. Pero ahora has tomado a Dios como tu dueño, y Él tiene posesión absoluta de tu persona. Ahora ya no puedes ni hablar del pecado: tienes que hablar sólo de la santidad.»

Pablo se disculpa por adoptar este ejemplo. Dice: «Estoy simplemente usando una analogía humana para que vuestras mentes lo puedan captar.» Se disculpa porque no le gusta comparar la vida cristiana con ninguna forma de esclavitud. Pero lo que quiere decirnos es que el cristiano no puede tener más dueño que Dios. No puede darle a Dios una parte de su vida y otra parte al mundo. En cuanto a Dios, es todo o nada. Mientras uno tenga una parte de su vida que no pertenece a Dios no es cristiano de veras. Es cristiana la persona que le ha dado a Cristo el completo control de su vida sin reservarse nada. Nadie que lo haya hecho podría nunca pensar en usar la Gracia como una licencia para el pecado.

Pero Pablo tiene algo más que decir: «Tú tomaste la decisión libre y espontánea de obedecer el esquema de la enseñanza que habías aceptado.» En otras palabras, es como si dijera: «Tú sabías lo que estabas haciendo, y lo hiciste con absoluta libertad.» Esto es interesante. Recuerda que este pasaje ha surgido de una conversación acerca del bautismo; por tanto quiere decir que al bautismo se llegaba después de una preparación. Ya hemos visto que en la Iglesia Primitiva el bautismo era de adultos, es decir, de creyentes, previa confesión de fe. Está

claro, por tanto, que uno no ingresaba en la iglesia en un momento de emoción. Se le instruía. Tenía que saber lo que estaba haciendo. Se le enseñaba lo que Cristo ofrecía y demandaba. Entonces, y sólo entonces, tomaba la decisión de incorporarse.

Cuando uno quiere ingresar en la gran orden benedictina se le acepta por un año de prueba. Todo ese tiempo tiene colgada en su celda la ropa que usaba en el mundo. En cualquier momento se puede quitar el hábito y ponerse la otra ropa y salir, y nadie se lo impedirá. Sólo después de aquel año se llevan definitivamente de su celda la ropa del mundo. Con los ojos abiertos y sabiendo lo que hace entra en la orden.

Así sucede con el Evangelio. Jesús no quiere seguidores que no se hayan parado a considerar el precio. No se conforma con una persona que hace protestas de lealtad en la cresta de una ola de emoción. La Iglesia tiene el deber de presentar la fe en toda su riqueza, y las exigencias en toda su seriedad, a los que quieren hacerse miembros.

Pablo traza una diferencia entre la vida vieja y la nueva. La vida vieja se caracterizaba por *la suciedad y la iniquidad*. El mundo pagano era un mundo sucio; no conocía la castidad. Justino Mártir lanza un dictorio terrible cuando habla de la exposición de los bebés. En Roma, los niños que no se querían, especialmente las niñas, literalmente se tiraban a la basura. Todas las noches había muchas tiradas en el foro. A algunas las recogían ciertos tipos repugnantes que regentaban burdeles y las criaban para emplearlas en ellos. Justino presenta a sus detractores paganos la posibilidad de que, en su inmoralidad, cuando fueran a un burdel de la ciudad, podría ser que les correspondiera su propia hija.

El mundo pagano era inicuo en el sentido de que la concupiscencia era la única ley, y el crimen producía más crimen. Esa y no otra es la ley del pecado: el pecado engendra pecado. La primera vez que se comete un acto indigno, tal vez se hace con vergüenza y temblor. La segunda vez es más fácil; y, si se sigue así, ya no hay que vencer ningún escrúpulo ni realizar ningún esfuerzo. El pecado pierde su horror. La primera vez

puede que nos permitamos alguna indulgencia y que nos conformemos con muy poco; pero luego se llega a querer más y más para conseguir el mismo o más placer. El pecado conduce al pecado; el libertinaje, al libertinaje. Una vez que se entra en el camino del pecado, se va cada vez más lejos.

La nueva vida es diferente: es la vida de la integridad. Los griegos definían la integridad como *darles al hombre y a Dios lo que se les debe*. La vida cristiana le da a Dios Su lugar y respeta los derechos de las personas. El cristiano nunca desobedecerá a Dios ni usará a una persona humana para satisfacer su deseo de placer. La vida cristiana conduce a la *santificación*. La palabra griega es *haguiasmós*. Todas las palabras griegas que terminan por *-asmós* describen, no un estado, sino un *proceso*. La santificación es el camino que conduce a la santidad. Cuando una persona le entrega su vida a Cristo, eso no la hace perfecta instantáneamente; la lucha no ha terminado ni mucho menos; pero el Cristianismo siempre ha considerado más importante la dirección en que se marcha que la etapa particular que se ha alcanzado. Una vez que se pertenece a Cristo se ha empezado el proceso de la santificación, el camino a la santidad. < Lo único que hago, dejando de pensar en lo que queda atrás y estirándome a lo que tengo por delante, es proseguir hacia la meta, al premio del supremo llamamiento que Dios me ha dirigido en la Persona de Jesucristo» (*Filipenses 3:13s*). Robert Louis Stevenson decía: < Viajar con esperanza es mejor que llegar.» Lo que no se puede negar es que es una gran cosa ponerse en camino hacia una meta gloriosa.

Pablo termina con una gran frase que contiene una doble metáfora: «La paga del pecado es la muerte, pero el regalo gratuito e inmerecido de Dios es la Vida eterna.» Pablo usa dos palabras militares: Para *paga* usa la palabra *opsónia*, que quiere decir literalmente la paga del soldado *-la soldada (N-C)-*, lo que se ha ganado arriesgando la vida y con mucho sudor y dolor, algo que se le debe y que no se le debe escatimar; y para *regalo* usa *járisma* *-en latín donativum-*, que es algo que no se ha ganado, que el ejército recibía a veces. En ocasiones

especiales *-por ejemplo, en su cumpleaños, el día que ascendía al puesto supremo o en el aniversario-*, el emperador les repartía a los soldados un regalo en dinero. No se había ganado, sino que el emperador lo daba por generosidad y gracia. Así que Pablo dice: < Si se nos da lo que nos hemos ganado, no vamos a recibir nada más que la muerte; pero Dios nos da la Vida eterna por pura Gracia y generosidad.»

LA NUEVA LEALTAD

Romanos 7:1-6

No podéis por menos que saber, hermanos porque hablo con personas que saben lo que es una ley-, que la Ley tiene autoridad sobre el hombre sólo mientras está vivo. Así, una mujer casada sigue ligada por ley a su marido mientras éste vive; pero, una vez muerto, ella queda totalmente desligada de la ley que la sujetaba a su marido. En consecuencia, será una adúltera si tiene relación sexual con otro hombre mientras su marido vive; pero si ha muerto, ella queda libre de la ley, y ya no será adúltera si se casa con otro hombre. Exactamente igual, hermanos, vosotros habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo (porque habéis compartido su muerte en el bautismo) para uniros a Otro (quiero decir el Que ha resucitado de los muertos) para llevar fruto para Dios. En los días de nuestra naturaleza humana desvalida, las pasiones de nuestros pecados, que la Ley ponía en movimiento, obraban en nuestros miembros para dar fruto para la muerte. Pero ahora estamos totalmente desvinculados de la Ley, porque hemos muerto a todo lo que nos tenía cautivos, para servir, no bajo la vieja ley escrita, sino en la vida nueva del Espíritu.

Este es un pasaje sumamente complicado y difícil de entender. C. H. Dodd llegó a decir que aquí tenemos que olvidarnos de lo que Pablo dice, y procurar descubrir lo que quiso decir.

El pensamiento clave del pasaje se encuentra en la máxima legal de que la muerte cancela todos los contratos. Pablo empieza con una ilustración de esta verdad, y quiere usarla como símbolo de lo que le sucede al cristiano. Mientras está vivo su marido, una mujer no puede pertenecer a otro hombre sin cometer adulterio. Pero cuando muere su marido, el contrato matrimonial queda, por así decirlo, cancelado, y ella es libre para casarse con quien quiera.

Siguiendo esa alegoría Pablo habría podido decir que nosotros estábamos casados con el pecado; que el pecado ha muerto en la Cruz de Cristo, y que, por tanto, ahora somos libres para pertenecer a Dios. Parece que era eso lo que quería decir; pero la Ley se introdujo en la escena. Pablo podría haber dicho sencillamente que estábamos casados con la Ley; que la Ley ha dejado de existir por la Obra de Cristo, y que ahora somos libres para pertenecer a Dios. Pero, de pronto, algo cambia, y somos *nosotros* los que hemos muerto para la Ley.

¿Cómo puede ser eso? Por el bautismo, participamos de la muerte de Cristo. Eso quiere decir que, habiendo muerto, quedamos descargados de todas las obligaciones que teníamos con la Ley y somos libres para casarnos de nuevo, y esta vez nos casamos con Cristo. Cuando eso sucede, la obediencia cristiana ya no es algo impuesto externamente por un código escrito de leyes, sino una lealtad interior del espíritu a Jesucristo.

Pablo traza el contraste entre dos estados del hombre -sin Cristo y con Él. Antes de conocer a Cristo tratábamos de vivir obedeciendo un código escrito de leyes. Eso era cuando estábamos *en la carne*. *La carne* no quiere decir simplemente el cuerpo, porque el ser humano tiene cuerpo mientras vive. Hay algo en el hombre que presta atención a la seducción del pecado, que le ofrece al pecado un medio de acceso, y esa es la parte de nuestra personalidad que Pablo llama *la carne*.

La carne es la naturaleza humana aparte de la ayuda de Dios.

Pablo dice que, cuando nuestra naturaleza humana estaba separada de Dios, la Ley nos inducía al pecado. ¿Qué quiere decir con eso? Más de una vez expresa el pensamiento de que la Ley realmente *produce* el pecado; porque, precisamente porque una cosa está prohibida, nos parece más atractiva. Cuando no teníamos más que la Ley, estábamos a merced del pecado.

Luego Pablo pasa a considerar el estado del hombre con Cristo. Cuando uno dirige su vida mediante la unión con Cristo, ya no lo hace por obediencia a un código de ley escrita que de hecho despierta el deseo de pecar, sino por la lealtad a Jesucristo en lo íntimo del espíritu y del corazón. No la Ley, sino el Amor es el móvil de su vida; y la inspiración del Amor puede hacerle capaz de lo que la imposición de la Ley era incapaz de ayudarle a hacer.

LA ABSOLUTA PECAMINOSIDAD DEL PECADO

Romanos 7:7-13

¿Qué hemos de deducir de esto? ¿Que la Ley es el pecado? ¡De ninguna manera! Por el contrario, yo no habría sabido nunca lo que es el pecado si no hubiera sido por la Ley. No habría sabido que la codicia es mala si no fuera porque la Ley dice: «No debes codiciar.» Porque, cuando el pecado había conseguido un asidero por medio del mandamiento, produjo en mí toda clase de malos deseos. Y es que, si no hay ley, el pecado está sólo latente. Yo, por un tiempo, viví sin la ley; pero, cuando llegó el mandamiento, el pecado cobró vida, y en aquel momento supe que había incurrido en la pena de muerte. El mandamiento que estaba diseñado para dar vida, yo descubrí que me traía la muerte. Porque, cuando el pecado consiguió un asidero mediante el mandamiento, por medio de él me sedujo y me dio muerte. Así es que la Ley es santa, y el mandamiento es santo

y justo y bueno. ¿Entonces, lo que era bueno me trajo la muerte? ¡De ninguna manera! Pero la razón era que el pecado, para revelarse como lo que es, me produjera la muerte por medio de algo que era en sí bueno, para que, por medio del mandamiento, el pecado apareciera en toda su horrible pecaminosidad.

Aquí empieza uno de los pasajes más maravillosos del *Nuevo Testamento*; y uno de los más conmovedores, porque Pablo nos presenta su propia autobiografía espiritual, descubriéndonos su corazón y alma.

Pablo está hablando de la torturadora paradoja de la Ley. En sí misma, es algo maravilloso y espléndido. Es *santa*, que es tanto como decir que es la misma voz de Dios. El sentido de la raíz de la palabra *santo* (*haguios*) es *diferente*. Describe algo que no es de este mundo. La Ley es divina, y transmite la misma voz de Dios. Es *justa*. Ya hemos visto que la idea de la raíz griega de la justicia nos dice que consiste en dar al hombre y a Dios lo que les es debido. Por tanto la Ley es lo que establece todas las relaciones, humanas y divinas. Si una persona cumpliera perfectamente la Ley, estaría en perfecta relación tanto con Dios como con sus semejantes. La Ley es *bueno*. Es decir, que está diseñada exclusivamente para nuestro supremo bien. Su fin es hacer que el hombre sea bueno. Todo esto es cierto; y, sin embargo, es un hecho que esa misma Ley es el medio por el que el pecado se introduce en el hombre. ¿Cómo puede ser así? Hay dos maneras en las que se puede decir que la Ley es, en cierto sentido, el origen del pecado.

(i) *Define el pecado*. El pecado sin la Ley, como dijo Pablo, no tiene existencia. Hasta que la Ley define algo como pecado, no se podía saber que lo fuera. Podríamos encontrar una cierta analogía con lo que pasa en los juegos, por ejemplo el tenis. Un jugador podría dejar que la pelota botara más de una vez en su campo antes de devolverla; si no hubiera reglas del juego, eso no sería ninguna falta. Pero hay reglas, y establecen que la pelota no puede botar más de una vez antes de que se

devuelva al otro lado de la red; así que es falta dejarla botar dos veces. Las reglas definen las faltas, y la Ley define el pecado.

Podemos tomar una analogía mejor: lo que se le puede permitir a un niño, o a una persona sin civilizar de un país salvaje, no se le permitiría a un hombre maduro de un país civilizado. La persona madura y civilizada reconoce unas reglas de conducta que no conocen el niño o el salvaje; por tanto, no se le perdonaría lo que a éstos se les puede perdonar.

La Ley crea el pecado en el sentido de que lo define. Tal vez en algún lugar era legal conducir un vehículo en cualquiera de los dos sentidos; pero luego se decidió que no se podía nada más que en un sentido, y desde aquel momento está prohibido hacer lo que antes estaba permitido. Así la Ley, al presentar sus prohibiciones, crea el pecado.

(ii) Pero hay un sentido mucho más serio en el que la Ley produce el pecado. Una de las cosas raras de la vida es la fascinación de lo prohibido. Los rabinos judíos y los pensadores descubren esa tendencia en el Huerto del Edén. Al principio Adán vivía inocentemente. Entonces se le prohibió para su bien que no comiera el fruto de cierto árbol; pero vino la serpiente y cambió astutamente la prohibición en una tentación. El hecho de que estuviera prohibido hacía aquel árbol más deseable; así es que Adán fue seducido al pecado por el fruto prohibido, y la muerte fue la consecuencia.

Filón de Alejandría alegorizaba toda la historia. La *serpiente* era *el placer*; *Eva* representaba los *sentidos*; el placer, como sucede siempre, quería la cosa prohibida, y atacó por los sentidos. *Adán* era *la razón*; y, por el ataque de lo prohibido a los sentidos, la razón se extravió y vino la muerte.

En un pasaje de sus *Confesiones*, Agustín habla de la fascinación que produce la cosa prohibida.

< Había un peral cerca de nuestra viña, cargado de fruta. Una noche de tormenta, unos cuantos gamberros hicimos el plan de robarla y llevarnos el botín. Cogimos un montón tremendo de peras -no para comérselas nosotros, sino para echárselas

a los cerdos, aunque nosotros también comimos lo suficiente para saborear el fruto prohibido. No eran muy buenas; pero no eran las peras lo que codiciaba mi alma pecadora, porque tenía muchas mejores en casa. Las cogí sencillamente para cometer un robo. La única fiesta que celebré fue la de la iniquidad, y ésa la disfruté a tope. ¿Qué era lo que me atraía del robo? ¿El placer de actuar contra la ley, yo que, al fin y al cabo, era un prisionero de las reglas, para tener un pobre simulacro de libertad haciendo algo prohibido, como una forma de impotente pataleo? ... El deseo de robar me lo suscitaba precisamente la prohibición de hacerlo».

Poned algo en la categoría de lo **prohibido, o fuera de** los límites, e inmediatamente ejerce fascinación. En este sentido, la Ley produce el pecado.

Pablo usa una palabra reveladora en relación con el pecado: « El pecado me *sedujo*.» Siempre hay decepción en el pecado. Vaughan dice que la ilusión del pecado obra en tres direcciones. (i) Nos engañamos pensando en *la satisfacción* que vamos a encontrar en él. Todos tomamos **la cosa prohibida creyendo que nos va a hacer felices**; pero a **nadie le resulta** así. (ii) Nos engañamos creyendo que tenemos *disculpa*. Todos pensamos que podemos justificarnos por haber hecho lo que no debíamos; pero la disculpa no suena más que como vana cuando se hace en la presencia de Dios. (iii) Nos engañamos pensando en *la probabilidad de escapar a las consecuencias*. Todos pecamos **con la esperanza de salirnos con la nuestra; pero es muy cierto** que, más tarde o más temprano, se nos descubrirá.

Entonces, ¿es la Ley una cosa mala porque produce el pecado? Pablo no tiene la menor duda de que hay sabiduría en el proceso. (i) Primero, está convencido de que, sean las consecuencias las que sean, el pecado tiene que verse como pecado. (ii) El proceso muestra la terrible naturaleza del pecado, porque toma una cosa -la Ley- que era santa y justa y buena, y la retuerce para que sirva para el mal. Lo terrible del pecado se ve en el hecho de que puede tomar una cosa buena, y **convertir-**

la en un instrumento para el mal. Eso es lo que hace el pecado. Puede tomar el encanto del amor, y convertirlo en lujuria. Puede tomar el deseo honroso de independencia, y convertirlo en una obsesión de dinero y poder. Puede tomar la belleza de la amistad, y usarla como seducción para cosas malas. Eso era lo que Carlyle llamaba «la infinita condenabilidad del pecado.» El mismo hecho de que tomó la Ley y la convirtió en una cabeza de puente para el pecado muestra la suprema maldad del pecado. Todo este proceso no es accidental; está diseñado para mostrarnos lo terrible que es el pecado, porque puede tomar las cosas más maravillosas y contaminarlas con su sucio contacto.

LA SITUACIÓN HUMANA

Romanos 7:14-25

Somos conscientes de que la Ley es espiritual. ¡Pero yo soy una criatura de carne y hueso bajo el poder del pecado! No entiendo lo que me pasa. Lo que quiero hacer, no lo hago; pero lo que me repele, eso sí lo hago. Si de hecho hago lo que no quiero hacer, estoy de acuerdo con la Ley y la considero justa. Como están las cosas, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que reside en mí. Quiero decir en mi naturaleza humana. El querer lo que está bien está dentro de mis posibilidades, pero no el hacerlo; porque no hago el bien que quiero hacer; pero el mal que no quiero hacer, eso sí que lo hago. Así que, si hago precisamente lo que no quiero hacer, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí. Mi experiencia de la Ley, entonces, es que quiero hacer lo que está bien, pero que lo único que está dentro de mis posibilidades es hacer lo que está mal. En cuanto a lo íntimo de mi ser, estoy totalmente de acuerdo con la Ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros

que no hace más que presentar batalla contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo mediante la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Qué miserable soy! ¿Quién me libraré de este cuerpo fatal? ¡Dios! ¡Gracias Le doy mediante nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, con la mente sirvo a la Ley de Dios; pero con la naturaleza humana, a la del pecado.

Pablo nos presenta su alma al desnudo; y nos habla de una experiencia que es de la misma esencia de la situación humana. Sabía lo que estaba bien, y quería hacerlo; y sin embargo, por alguna razón, no podía hacerlo. Sabía lo que estaba mal, y lo último que querría sería hacerlo; y, sin embargo, lo hacía. Se daba cuenta de que tenía una personalidad dividida, como si hubiera dos personas diferentes dentro de su piel, tirando cada una en un sentido diferente. Le perseguía este sentimiento de frustración; su capacidad para ver lo que estaba bien, y su incapacidad para hacerlo; su capacidad para reconocer lo que estaba mal, y su incapacidad para resistirse a hacerlo.

Los contemporáneos de Pablo conocían muy bien este sentimiento, lo mismo que lo conocemos nosotros. Séneca lo llamaba «nuestra indefensión en las cosas necesarias», y decía que los hombres odian sus pecados y los aman al mismo tiempo. Ovidio, el gran poeta latino, había escrito la famosa sentencia: «Veo las cosas mejores y las apruebo; pero sigo las peores.»

Nadie conocía este problema mejor que los judíos. Lo planteaban diciendo que, en toda persona, hay dos naturalezas, a las que llamaban *yétser hatob* y *yétser hará* -tendencia al bien y tendencia al mal-. Los judíos estaban convencidos de que Dios había hecho al hombre con un buen impulso y con un mal impulso.

Había rabinos que creían que el mal impulso estaba en el embrión antes del nacimiento. Era una «segunda personalidad malévol». Era «el implacable enemigo del hombre.» Estaba acechando toda la vida para destruir al hombre. Pero los judíos

veían con la misma claridad, en teoría, que nadie tiene por qué sucumbir a ese mal impulso. Ben Sira escribió:

«Dios mismo creó al hombre al principio, y le dejó en la mano de su propio consejo. Si así lo quieres, guardarás los mandamientos, y de tu voluntad depende el obrar con fidelidad. Él te ha puesto delante agua y fuego: extiende la mano a lo que prefieras. Delante del hombre están la vida y la muerte, y se le dará la que escoja... Él no le ha mandado a nadie que obre maldad, ni a ningún hombre ha dado licencia para pecar.»

(Eclesiástico 15:14-17, 20).

Había ciertas cosas que guardarían al hombre de caer en el impulso malo, y una de ellas era la *Ley*. Pensaban que Dios decía:

«Yo he creado para ti el mal impulso; y he creado para ti la Ley como un antiséptico.»

«Si te ocupas en la Ley no caerás en poder del mal impulso.»

Estaban *la voluntad y la razón*.

«Cuando Dios creó al hombre, implantó en él las pasiones y las disposiciones; y entonces, por encima de todo, entronizó la sagrada razón gobernadora.»

Cuando atacaba el mal impulso, los judíos creían que la sabiduría y la razón lo podían derrotar; el estar ocupado en el estudio de la Palabra de Dios era su seguridad; la Ley era un profiláctico; en tales momentos se podía pedir la ayuda del buen impulso.

Pablo sabía todo eso; y también sabía que, si bien todo era

cierto en teoría, no lo era en la práctica. Había cosas en la naturaleza humana -eso era lo que él quería decir con *este cuerpo fatal*- que respondían a la seducción del pecado. Es parte de la situación humana que conocemos el bien pero hacemos el mal, que nunca somos tan buenos como sabemos que debemos ser. Al mismo tiempo y a la vez nos atraen la bondad y la maldad.

Desde cierto punto de vista este pasaje se podría llamar el de las incapacidades.

(i) Demuestra *la incapacidad del conocimiento humano*. Si el saber que una cosa es buena fuera el hacerla, la vida sería fácil. Pero el conocimiento solo no hace bueno a nadie. Es lo mismo en la vida ordinaria: podemos saber -por lo menos mucha gente pretende saber- cómo se debe jugar al fútbol; pero eso no quiere decir que se sepa jugar. Puede que conozcamos las reglas de la poética; pero eso no quiere decir que sepamos escribir poesías que merezcan ese nombre. Parece fácil decir lo que se debe hacer en una situación laboral, económica o política, y muchos pretenden saberlo; pero, como en la fábula de los ratones, lo difícil es ponerle el cascabel al gato. Esa es la diferencia entre religión y moral. La moral es el conocimiento de un código; la religión es el conocimiento de una Persona; y es sólo cuando conocemos a Cristo cuando podemos hacer lo que sabemos que debemos hacer.

(ii) Demuestra *la incapacidad de las resoluciones humanas*. El decidir hacer una cosa está muy lejos del hacerla. Tiene la naturaleza humana una debilidad radical en la voluntad. Se enfrenta con los problemas, con las dificultades y con la oposición... y falla. Una vez, Pedro hizo una gran resolución: «Aunque tenga que morir contigo -le dijo a Jesús-, no te negaré» (*Mateo 26:35*); y sin embargo fracasó lastimosamente cuando se le presentó la ocasión de demostrar su lealtad. Cuando no recibe la fuerza de Cristo, la voluntad humana está abocada al fracaso.

(iii) Demuestra *las limitaciones del diagnóstico*. Pablo sabía muy bien lo que estaba mal, pero era incapaz de corregirlo. Era

como un médico que sabe diagnosticar con toda seguridad una enfermedad, pero no puede prescribir la cura. Jesús es el único que no sólo diagnostica el mal sino que puede curarlo, y hacer que lo que está malo se ponga bueno. Lo que ofrece no es una crítica, sino una cura.

LA LIBERACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA

Romanos 8:1-4

Por tanto, ya no hay ninguna condenación para los que viven unidos a Jesucristo. Porque la ley que viene del Espíritu y conduce a la vida me ha librado por medio de Jesucristo de la ley que engendra el pecado y conduce a la muerte. En cuanto a la impotencia de la Ley, esa su debilidad que era el efecto de nuestra naturaleza humana pecadora, Dios envió a Su propio Hijo como ofrenda por el pecado con esa misma naturaleza humana que había pecado en nosotros; y así, mientras existía en la misma naturaleza humana que nosotros, condenó al pecado; de manera que, como resultado, la justa exigencia de la Ley se pudiera cumplir en nosotros, que no vivimos sometidos a los principios de la naturaleza humana pecadora, sino bajo el principio del Espíritu.

Este pasaje resulta difícil de puro comprimido, y también porque Pablo alude a cosas de las que ya ha hablado antes. Hay dos palabras que aparecen una y otra vez en este pasaje: *carne (sarx)* y *espíritu (pneuma)*. No podremos seguir el razonamiento de Pablo a menos que entendamos el sentido que les da a estas dos palabras.

(i) *Sarx* quiere decir literalmente *carne*. Una lectura de corrido de las cartas de Pablo nos bastaría para descubrir que usa esta palabra con mucha frecuencia y con un sentido especial. En términos generales la usa de tres maneras diferentes:

(a) La usa en su sentido literal. Habla de la circuncisión física, literalmente «en la carne» (*Romanos 2:28*). (b) Una y otra vez emplea la frase *kata sarka*, literalmente *de acuerdo con la carne*, que quiere decir casi siempre *mirando las cosas desde el punto de vista humano*. Por ejemplo, dice que Abraham es nuestro antepasado *kata sarka*, *en cuanto a la naturaleza humana*. Dice que Jesús es hijo de David *kata sarka* (*Romanos 1: 3*), es decir, en cuanto a su naturaleza humana. Habla de los judíos como sus parientes *kata sarka* (*Romanos 9:8*); es decir, por parentesco natural. Cuando Pablo usa la expresión *kata sarka*, siempre implica que está considerando las cosas desde el punto de vista humano. (c) Pero otras veces usa la palabra *sarx* en un sentido que le es característico. Hablandó de los cristianos, se refiere al tiempo cuando estábamos *en la carne* (*en sarkí*, *Romanos 7:5*). Habla de los que *andan conforme a la carne* en contraposición a los que viven la vida cristiana (*Romanos 8:4s*). Dice que los que están *en la carne* no pueden agradar a Dios (*Romanos 8:8*). Dice que *la mentalidad de la carne* es muerte, y enemiga de Dios (*Romanos 8:6, 8*). Habla de *vivir de acuerdo con la carne* (*Romanos 8:12*). Les dice a sus amigos cristianos: «Vosotros no estáis *en la carne*» (*Romanos 8:9*).

Está muy claro, sobre todo en el último ejemplo, que Pablo no usa la palabra *carne* refiriéndose al cuerpo, como cuando nosotros hablamos de *carne y hueso*. Lo que quiere decir realmente es *la naturaleza humana* con todas sus debilidades y su vulnerabilidad al pecado. Se refiere a la parte de nuestra persona que le sirve de cabeza de puente al pecado; es decir, nuestra naturaleza pecadora, aparte de Cristo; todo lo que nos ata al mundo en lugar de a Dios. *Vivir conforme a la carne* es llevar una vida dominada por los dictados y deseos de la naturaleza pecadora en lugar de una vida gobernada por el amor de Dios. La carne representa lo más bajo de la naturaleza humana.

Tenemos que damos cuenta de que, cuando Pablo piensa en la clase de vida que está dominada por *sarx*, no está

pensando exclusivamente en los pecados sexuales o corporales. Cuando da una lista de las obras de la carne en *Gálatas 5:19-21*, incluye los pecados sexuales y corporales, pero también la idolatría, el odio, la ira, la agresividad, las herejías, la envidia y el asesinato. Para él la carne no era algo material, sino espiritual; era la naturaleza humana en toda su debilidad y pecado, todo lo que el ser humano es aparte de Dios y de Cristo.

(ii) Está la palabra *espíritu*; en este solo capítulo aparece no menos de veinte veces. Esta palabra tiene, como la anterior, un trasfondo que le viene del *Antiguo Testamento*. En hebreo existe la palabra *rúaj*, que contiene dos ideas básicas: (a) *No* quiere decir sólo *espíritu*, sino también *viento*; siempre tiene el sentido de algo poderoso, como un potente viento de tempestad. (b) En el *Antiguo Testamento* siempre contiene la idea de algo que es más que humano. *El Espíritu*, para Pablo, representa un poder divino.

Así es que Pablo dice en este pasaje que hubo un tiempo cuando el cristiano estaba a merced de su propia naturaleza humana pecadora. En ese estado, la Ley era algo que le hacía pecar, de modo que iba de mal en peor, derrotado y frustrado. Pero, cuando se convirtió al Evangelio, vino a su vida el poder del Espíritu de Dios; y, en consecuencia, entró en una vida de victoria.

En la segunda parte del pasaje, Pablo habla del efecto de la Obra de Jesús en nosotros. Es complicado y difícil de entender, pero Pablo quiere decir lo siguiente: Recordemos que empezó este tema diciendo que todos pecamos en Adán. Ya hemos visto cómo la idea judía de la solidaridad le permitía afirmar que, literalmente, todos los seres humanos estamos implicados en el pecado de Adán y en su consecuencia, la muerte. Pero esto tiene otra cara: Jesús ha venido a este mundo con una naturaleza puramente humana; y le ha ofrecido a Dios una vida de perfecta obediencia, de perfecto cumplimiento de Su voluntad. Ahora bien: como Jesús era plenamente humano, de la misma manera que éramos uno con Adán somos ahora uno con Cristo; y de la misma manera que nos vimos

involucrados en el pecado de Adán, ahora lo estamos en la perfección de Cristo. En Cristo, la humanidad Le ofreció a Dios la perfecta obediencia, lo mismo que en Adán le había ofrecido una desobediencia fatal. Los hombres que estaban antes involucrados en el pecado de Adán son ahora salvos porque están incluidos en la bondad de Cristo. Ese es el razonamiento de Pablo; y para él y para los que le leían era algo totalmente convincente, aunque sea difícil de entender para nosotros. Gracias a la Obra de Cristo, se nos ofrece a los cristianos una vida que no está dominada por la carne, sino por el Espíritu de Dios, que llena al hombre de un poder que antes no tenía ni conocía. Se le anula el castigo de su pasado y se le asegura la fuerza para su futuro.

LOS DOS PRINCIPIOS DE LA VIDA

Romanos 8:5-11

Los que viven de acuerdo con los dictados de la naturaleza humana pecadora están inmersos en las cosas de este mundo. Los que viven de acuerdo con los dictados del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Estar absorto en las cosas de este mundo conduce a la muerte; pero estarlo en las cosas del Espíritu conduce a la vida y a la paz. Porque el estar pendiente de las cosas que fascinan a nuestra naturaleza humana pecadora implica enemistad con Dios; porque así no se obedece a la Ley de Dios, ni se puede aunque se quisiera. Los que viven una vida exclusivamente mundana no pueden agradar a Dios; pero vosotros no estáis dominados por los intereses que fascinan a nuestra naturaleza humana pecadora, sino bajo el dominio del Espíritu en la medida que el Espíritu de Dios mora en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no pertenece a Cristo; pero si en vosotros está Cristo, aunque a causa del pecado vuestro

cuerpo sea mortal, vuestro espíritu tiene la vida que viene de la justicia. Si está en vosotros el Espíritu del Que resucitó a Jesús, Él hará que hasta vuestros cuerpos mortales estén vivos mediante el Espíritu Que mora en vosotros.

Pablo está presentando el contraste entre dos clases de vida: (i) La vida que está dominada por la naturaleza humana pecadora, cuyo centro es el yo, cuya única ley es el propio deseo, que se apodera de lo que quiere en cuanto puede. Personas diferentes describirán esa vida de forma diferente. Puede estar controlada por las pasiones, por la lujuria, por el orgullo o por la ambición. Se caracteriza por estar absorta en las cosas en las que pone su delicia la naturaleza humana sin Cristo.

(ii) Y la vida controlada por el Espíritu de Dios. Como los seres vivos necesitan el aire para vivir, así el cristiano vive en Cristo. De la misma manera que está en nosotros el aire que respiramos, así también Cristo. El cristiano no tiene una mente propia; su mente es la de Cristo (*1 Corintios 2:16*). No tiene deseos propios: la voluntad de Cristo es su única ley. Está gobernado por el Espíritu, controlado por Cristo, centrado en Dios.

Estas dos vidas van en sentidos diametralmente opuestos. La vida dominada por los deseos y las actividades de la naturaleza humana pecadora se dirige a la muerte. En el sentido más literal, no tiene futuro, porque se va alejando más y más de Dios. El permitir que las cosas del mundo dominen totalmente la vida conduce a la extinción, es un suicidio espiritual. Al vivir así uno se incapacita cada vez más para estar en la presencia de Dios. Se vuelve resentido contra la Ley y el control de Dios. No piensa en Dios como su amigo, sino como su enemigo.

La vida gobernada por el Espíritu, centrada en Cristo y orientada hacia Dios, se va acercando día a día al Cielo aun cuando sigue en la Tierra. Es una vida que es una marcha tan regular hacia Dios que la transición final de la muerte no es

más que un paso más en el camino. Como Enoc, de quien se nos dice que su vida era un caminar con Dios, y Dios le tomó; o, como lo contó un niño, < se daba paseos con Dios, hasta que un día no volvió» (*Génesis 5:24*).

Cuando Pablo acababa de decir esto, se le ocurrió una objeción: «Tú dices que una persona controlada por el Espíritu va de camino a la vida; pero el hecho es que todos tenemos que morir. ¿Qué quieres decir?» Y Pablo contesta: «Todos los seres humanos mueren porque están involucrados en la situación humana. Cuando entró en el mundo el pecado, le siguió la muerte como una consecuencia natural. Por tanto, es inevitable que los seres humanos mueran; pero los que están controlados por el Espíritu y tienen a Cristo en el corazón mueren para resucitar.» El pensamiento fundamental de Pablo es que el cristiano está indisolublemente unido a Cristo. Ahora bien, Cristo murió y resucitó; y el que es uno con Cristo es uno con el Conquistador de la muerte y participa de Su victoria. La persona controlada por el Espíritu y unida a Cristo va de camino a la vida; la muerte no es más que un interludio inevitable que hay que pasar en el camino.

LA ENTRADA EN LA FAMILIA DE DIOS

Romanos 8:12-17

Así es que, hermanos, tenemos una obligación, pero no con nuestra naturaleza humana pecadora, para vivir conforme a sus principios; porque si vivís conforme a los principios de la naturaleza humana pecadora, vais camino de la muerte; pero si matáis las obras del cuerpo por medio del Espíritu, viviréis. Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos y sólo esos son los hijos de Dios. Y vosotros no habéis recibido un estado cuya condición dominante es la esclavitud, para volver a caer en una situación de terror; sino que habéis

recibido un estado cuya característica dominante es la adopción, que nos hace clamar: «¡Abbá, Padre!» El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, entonces somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo. Si sufrimos con Él, también seremos glorificados con Él.

Pablo nos presenta otra gran alegoría de las suyas, con las que nos describe la nueva relación que tienen los cristianos con Dios. Dice que el cristiano es adoptado como hijo en la familia de Dios. Para entender la profundidad del sentido de este pasaje tenemos que saber algo de lo serio y complicada que era la adopción entre los romanos.

Lo que hacía de la adopción un asunto tan complicado y difícil era la *patria potestas* romana; es decir, la autoridad del padre sobre toda la familia. El padre tenía poder para disponer absolutamente de la familia; y, en los primeros tiempos, hasta de vida o muerte. En relación con su padre, un hijo nunca alcanzaba la mayoría de edad; siempre estaba bajo la *patria potestas*, y era propiedad absoluta de su padre, que podía disponer de él como quisiera. Ya se comprende que esto convertía la adopción por otra familia en un paso difícil y serio. Por la adopción, una persona pasaba de estar bajo una *patria potestas* a estar bajo otra.

Tenía dos etapas. La primera se llamaba *mancipatio*, y se llevaba a cabo mediante una venta simulada en la que se usaban simbólicamente unas monedas y una balanza. El simbolismo de la venta se llevaba a cabo tres veces: el padre hacía como que vendía a su hijo dos veces, y otras dos volvía a comprarlo; pero la tercera vez ya no le compraba, por lo cual se consideraba que quedaba rota la *patria potestas*. Luego seguía la ceremonia de *vindicatio*. El padre adoptante se dirigía al *praetor*, uno de los magistrados romanos, y presentaba el caso legal para la transferencia a su *patria potestas* de la persona que iba a adoptar. Cuando todo esto se completaba, quedaba

consumada la adopción. No cabe duda de que era un proceso sumamente serio e impresionante.

Pero aún nos interesan más para comprender la alegoría de Pablo las consecuencias de la adopción. Las principales eran cuatro: (i) La persona adoptada perdía todos los derechos que le hubieran correspondido en su vieja familia, y adquiría todos los de un hijo legítimo de la nueva familia. En el sentido legal más estricto, adquiría un nuevo padre. (ii) Automáticamente quedaba constituido heredero de las propiedades de su nuevo padre. Aunque después le nacieran a éste otros hijos, eso no afectaba a sus derechos. Sería inalienablemente coheredero con ellos. (iii) Para la ley, la vida anterior de la persona adoptada se borraba completamente. Por ejemplo: si tenía deudas, quedaban canceladas. Se le consideraba una nueva persona que empezaba una vida nueva sin la menor vinculación con el pasado. (iv) Para la ley era hijo de su nuevo padre en todos los sentidos. La historia de Roma contaba un caso que dejaba bien claro hasta qué punto esto era verdad. El emperador Claudio adoptó a Nerón para que le sucediera en el trono. No eran parientes antes. Claudio ya tenía una hija, Octavia. Para consolidar la alianza Nerón se quería casar con ella; no había entre ellos ningún lazo de consanguinidad; sin embargo, para la ley eran hermanos, así es que no se podían casar a menos que el senado romano dictara una ley especial.

Eso es lo que está pensando Pablo aquí. Y usa además otra figura de la adopción romana: dice que el Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu de que somos de veras hijos de Dios. La ceremonia de adopción se llevaba a cabo en presencia de siete testigos. Supongamos que el padre adoptante muriera, y se pusiera en duda el derecho a la herencia del hijo adoptivo; uno o más de los siete testigos se personaría y juraría que la adopción había sido genuina. Así quedaba garantizado el derecho de la persona adoptada. En nuestro caso, dice Pablo, es el mismo Espíritu Santo el que da testimonio de que Dios nos ha adoptado como sus hijos.

Vemos que todos los pasos de la adopción romana tenían

un significado concreto para Pablo como ejemplo de nuestra adopción en la familia de Dios. Hubo un tiempo en el que estábamos bajo el control absoluto de nuestra naturaleza humana pecadora; pero Dios, en su misericordia, nos ha tomado como su exclusiva posesión. El pasado ya no tiene ningún derecho sobre nosotros; Dios es el único que tiene derecho absoluto. El pasado está cancelado, y las deudas borradas; empezamos una vida nueva con Dios, y somos herederos de todo lo que es suyo. Ahora somos coherederos con Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios. Lo que Cristo hereda, nosotros lo heredamos también. Si Cristo tuvo que sufrir, nosotros también heredamos ese sufrimiento; pero como Cristo resucitó a la vida y a la gloria, nosotros también heredamos esa vida y gloria.

En esta alegoría de Pablo, cuando una persona llega a ser cristiana entra en la familia de Dios. No había hecho nada para merecerlo; Dios, el gran Padre, en su maravilloso amor, ha tomado al perdido, indigente, desahuciado y endeudado pecador, y le ha adoptado en su familia, de forma que sus deudas han quedado canceladas, y hereda la gloria.

LA GLORIOSA ESPERANZA

Romanos 8:18-25

Estoy convencido de que los sufrimientos de la era presente no se pueden comparar con la gloria que se nos va a mostrar. El mundo de la creación espera con anhelante expectación, el día en que los que son hijos de Dios se van a manifestar en toda su gloria. Porque el mundo creado ha sido sometido al caos, no por propia voluntad, sino por medio del que le sometió a tal condición de sujeción, y todavía tiene la esperanza de que el mundo creado también participará de la liberación de la esclavitud a la caducidad y entrará en la gloriosa libertad de los hijos de Dios; porque sabemos que toda

la creación está unida en gemidos y agonías. Y esto no se limita al mundo creado, sino que también nos incluye a nosotros, que hemos recibido las primicias del Espíritu Santo como adelanto de la gloria venidera; sí, nosotros también gemimos en nuestro interior esperando intensamente la plena realización de la adopción en la familia de Dios. Me refiero a la redención de nuestro cuerpo. Porque ahora somos salvos en esperanza; pero una esperanza que ya se disfruta no sería esperanza; porque, ¿quién espera lo que ya tiene? Pero esperar lo que no vemos todavía es esperarlo ansiosamente con paciencia.

Pablo ha estado hablando de la gloria de la adopción en la familia de Dios, y ahora vuelve al estado turbulento del mundo presente. Traza un gran cuadro. Habla con visión poética. Ve a toda la naturaleza esperando la gloria que será. Por el momento, la creación está sometida a la esclavitud de la caducidad.

En el mundo se marchita la belleza y se aja el encanto; es un mundo caduco, pero en espera de la liberación y la realización.

Para pintar este cuadro, Pablo estaba usando ideas que cualquier judío podría reconocer y entender. Habla de la edad presente y de la gloria que se manifestará. El pensamiento judío dividía la historia del tiempo en dos secciones: la edad presente y la edad por venir. La edad presente era totalmente mala, sometida al pecado, a la muerte y a la corrupción. Pero alguna vez llegaría el Día del Señor. Sería un día de juicio en el que se sacudirían hasta los mismos cimientos del mundo; pero de su ruina surgiría un nuevo mundo.

La renovación del mundo era uno de los grandes pensamientos judíos. El *Antiguo Testamento* habla de ella sin multiplicar o elaborar detalles: «He aquí que Yo crearé nuevos cielos y nueva Tierra» (*Isaías 65:17*). Pero en los días entre los dos Testamentos, cuando los judíos eran oprimidos, esclavizados y perseguidos, soñaban con aquella nueva Tierra y con aquel mundo renovado.

< La viña dará diez mil veces más fruto, y en cada cepa habrá mil sarmientos, y cada sarmiento producirá mil racimos, y cada racimo tendrá mil uvas, y cada uva dará un coro de vino. Y los que hayan pasado hambre se regocijarán; además, contemplarán maravillas todos los días, porque los vientos saldrán de mi Presencia para traer cada mañana la fragancia de frutos aromáticos, y a la caída de la tarde las nubes destilarán rocíos salubres» (*Apocalipsis de Baruc 29:5*).

«Y la tierra, y todos los árboles, y los innumerables rebaños de ovejas darán fielmente a la humanidad sus productos de vino y dulce miel y blanca leche y cereales que son el regalo más excelente para los hombres» (*Oráculos sibilinos 3:620-633*).

«La Tierra, la madre universal, dará a los mortales sus mejores frutos en incalculables cantidades de grano, vino y aceite. Sí, de los cielos descenderá una dulce lluvia de deliciosa miel. Todos los árboles darán su propio fruto, y los ricos rebaños y manadas darán terneros, corderos y cabritos. Él hará que las dulces fuentes de blanca leche broten y corran. Y las ciudades estarán llenas de cosas buenas, y los campos, feraces. Y no habrá ninguna espada en todo el país, ni ruido de batalla; ni será conmovida la Tierra nunca más con gemidos profundos. Ya no habrá más guerras, ni sequías en todo el país, ni hambruna, ni granizo que destruya las cosechas» (*Oráculos sibilinos 3:744-756*).

El sueño de un mundo renovado les era muy querido a los judíos. Pablo lo sabía y aquí, por así decirlo, dota a la creación de sensibilidad. Concibe la naturaleza esperando anhelante el día en que será quebrantado el dominio del pecado, y la muerte y la corrupción habrán pasado, y vendrá la gloria de Dios. Con un detalle de imaginación poética, dice que el estado de la naturaleza era aún peor que el de los seres humanos; porque éstos habían pecado deliberadamente; pero aquélla había sido

sojuzgada involuntariamente. Inconscientemente se había visto involucrada en las consecuencias del pecado humano. «Maldita será la tierra por tu causa», dijo Dios a Adán después de la caída (*Génesis 3:17*). Y aquí Pablo, con visión poética, contempla a la naturaleza esperando la liberación de la muerte y de la corrupción que ha traído al mundo el pecado humano.

Si eso es verdad de la naturaleza, es todavía más verdad de la humanidad; así es que Pablo pasa a considerar la ansiedad humana. En la experiencia del Espíritu Santo los hombres tienen un anticipo, un primer plazo de la gloria que ha de ser; ahora anhelan con todo el corazón la plena realización del significado de su adopción en la familia de Dios. La manifestación final de esa adopción será la redención del cuerpo. Pablo no pensaba que la criatura humana en su estado de gloria sería un espíritu sin cuerpo. En este mundo, el hombre es un cuerpo y un espíritu; en el mundo de la gloria, el hombre será salvo en su totalidad. Pero su cuerpo ya no será la víctima de la caducidad y el instrumento del pecado, sino un cuerpo espiritual apto para la vida del hombre espiritual.

Entonces viene el gran dicho: «Somos salvos por esperanza.» La verdad resplandeciente que iluminaba la vida para Pablo era que la situación humana no es desesperada. Pablo no era pesimista. H. G. Wells dijo una vez: «El hombre, que empezó al abrigo de una cueva, terminará en las ruinas de un suburbio contaminado por la enfermedad.» Pero Pablo no decía eso. Veía el pecado humano y el estado del mundo; pero veía también el poder redentor de Dios. Por lo tanto, lo veía todo con esperanza. La vida no era para él una espera desesperada del trágico final de un mundo sitiado por el pecado, la muerte y la corrupción; sino una anticipación anhelante de la liberación, la renovación y la recreación que obrarán la gloria y el poder de Dios.

En el versículo 19 se usa una palabra maravillosa para *anhelante expectación*, *apokaradokia*, que describe la actitud del que adelanta la cabeza y aguja la mirada escrutando el horizonte para descubrir en la distancia las primeras señales del

amanecer de la gloria. Para Pablo la vida no era una fatigosa y frustrante espera, sino una expectación gozosa y trepidante. El cristiano está involucrado en la situación humana. Por dentro, tiene que luchar con su propia naturaleza humana pecadora; por fuera, tiene que vivir en un mundo de muerte y corrupción. Sin embargo, el cristiano no vive sólo en este mundo: ¡también vive en Cristo! No mira solamente a las cosas de este mundo, sino también hacia Dios. Además de las consecuencias del pecado humano, ve también el poder, la misericordia y el amor de Dios. Por tanto, la clave de la vida cristiana es siempre la esperanza y nunca la desesperación. El cristiano espera, no la muerte, sino la vida.

TODO ES DE DIOS

Romanos 8:26-30

A todo esto, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos qué es lo que debemos pedir, si hemos de pedir como debemos. Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que trascienden el lenguaje humano; y el Que escudriña los corazones sabe lo que quiere decir el Espíritu, porque intercede de acuerdo con la voluntad de Dios por aquellos cuyas vidas Le están consagradas. Sabemos que Dios dirige todas las cosas para el bien de los que Le aman, es decir, de los que son llamados conforme a Su propósito. Porque aquellos a los que ha conocido desde siempre, también hace mucho los designó para que llegaran a ser semejantes a la imagen de Su Hijo, para que Éste sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que hace mucho designó para este fin, a esos también los llamó; y a los que llamó, también los puso en buena relación con Él; y a los que puso en la debida relación con Él, también los glorificó.

Los primeros dos versículos forman uno de los pasajes más importantes que encontramos en el *Nuevo Testamento* acerca de la oración. Pablo dice que, por nuestra debilidad, no sabemos qué es lo que debemos pedir; pero que las oraciones que nosotros deberíamos hacer las hace por nosotros el Espíritu Santo. C. H. Dodd definía la oración de esta manera: «La oración es lo divino en nosotros apelando a lo Divino sobre nosotros.»

Hay dos razones muy obvias por las que no podemos orar como debiéramos. La primera es porque no podemos predecir el futuro. No podemos ver el año que viene, ni siquiera la hora que viene; y por tanto, puede que pidamos ser librados de cosas que serían para nuestro bien, y que se nos concedan otras que nos causarían la ruina. Y en segundo lugar, no podemos orar como es debido porque, en una situación dada, no sabemos qué es lo que más nos conviene. Muchas veces estamos en la situación del niño que quiere algo que le podría traer muchos males; y Dios está muchas veces en el lugar del padre que tiene que negarle al hijo lo que le pide, y mandarle hacer lo que no quiere; porque sabe mejor que el niño lo que le conviene.

Los griegos ya sabían eso. Pitágoras les prohibía a sus discípulos pedir para sí mismos porque, decía, no podían saber lo que les convenía a causa de su ignorancia. Jenofonte nos cuenta que Sócrates enseñaba a sus discípulos a orar sencillamente por cosas buenas, sin especificarlas, sino dejándole a Dios decidir qué cosas eran buenas para ellos. C. H. Dodd lo expresa diciendo que no podemos saber cuáles son nuestras verdaderas necesidades, ni abarcar con nuestras mentes finitas todo el plan de Dios; en última instancia, todo lo que podemos dirigir a Dios es un suspiro inarticulado que el Espíritu Santo Le traducirá por nosotros.

Pablo veía que la oración, como todo lo demás, es cosa de Dios. Pablo veía que al hombre no le es posible justificarse por su propio esfuerzo; y también sabía que no puede el hombre, por mucho que quiera forzar su inteligencia, saber lo que tiene que pedirle a Dios. En última instancia, la oración perfecta es

decir sencillamente: «Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu. Hágase Tu voluntad y no la mía.»

Pero Pablo sigue adelante. Dice que los que aman a Dios, y que han sido llamados conforme a Su propósito, saben muy bien que Dios combina todas las cosas para su bien. Es la experiencia del cristiano que todas las cosas cooperan a su bien. No tenemos que ser muy viejos para mirar atrás y ver que las cosas que considerábamos desastrosas resultaron a nuestro favor; y las que nos causaron una desilusión luego resultaron una bendición.

Pero tenemos que advertir que esa experiencia no les sucede más que a los *que aman a Dios*. Los estoicos tenían una gran idea que puede que Pablo tuviera en mente al escribir este pasaje. Una de sus grandes concepciones era el *Logos* de Dios, que era Su mente o razón. Los estoicos creían que el *Logos* estaba inherente en la creación, y le daba sentido al mundo. Era el *Logos* el que mantenía las estrellas en sus cursos y los planetas en sus derroteros señalados. Era el *Logos* el que controlaba la sucesión ordenada de los días y las noches y de las estaciones del año. El *Logos* era la razón y la mente de Dios en el universo, haciendo que fuera un orden y no un caos.

Pero los estoicos iban más lejos. Creían que el *Logos* no sólo tenía un orden establecido para el universo sino también un plan y un propósito para cada ser humano. Para decirlo de otra manera, creían que a una persona no le podía suceder nada que no viniera de Dios y que no fuera parte del plan de Dios para ella. Epicteto escribió: «Ten valor para elevar la mirada a Dios y decirle: "Trátame como Tú quieras desde ahora en adelante. Soy uno contigo; soy tuyo; no me resisto a nada que Tú consideres bueno. Guíame adonde Tú quieras; vísteme como Tú quieras. ¿Quieres que me encargue de algo o que lo rechace, que me quede o que me retire, que sea rico o pobre? Por esto Te defenderé ante los hombres."» Los estoicos enseñaban que el deber de todo hombre era la *aceptación*. El que aceptaba las cosas que Dios le enviaba experimentaba la paz. Si las resistía, estaba machacándose la cabeza inútilmente contra el propósito ineludible de Dios.

Pablo tiene la misma idea. Dice que todas las cosas colaboran para el bien, pero sólo *de los que aman a Dios*. Si una persona ama y confía y acepta a Dios, si está convencida de que Dios es el Padre infinitamente sabio y amoroso, entonces puede aceptar todo lo que le manda Dios. Uno puede ir al médico, que le prescribe un tratamiento que al principio es desagradable y hasta doloroso; pero si confía en el médico, acepta lo que le prescribe. Así nos sucede a nosotros si amamos a Dios. Pero si uno no ama a Dios ni confía en Él, se quejará de lo que le sucede y peleará contra la voluntad de Dios. Sólo al que ama a Dios y confía en Él todas las cosas ayudan para bien, porque para él vienen de un Padre que siempre obra bien y con sabiduría, amor y poder que son perfectos.

Pablo va más lejos; pasa a hablar de la experiencia espiritual de cada cristiano. La versión Reina-Valera lo expresa de una manera inolvidable: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.» Este es un pasaje que desgraciadamente se ha usado mal. Si hemos de llegar a entenderlo, tenemos que reconocer el sencillo hecho de que Pablo nunca se propuso que fuera una formulación teológica o filosófica; lo que quería era que fuera una expresión casi lírica de la experiencia cristiana. Si lo tomamos como filosofía o teología y le aplicamos las leyes de la fría lógica, querrá decir que Dios escogió a unos y no a otros. Y no es eso lo que quiere decir.

Piensa en la experiencia cristiana. Cuanto más la considera un cristiano más se convence de que él no tuvo nada que ver con ello y que todo es cosa de Dios. Jesucristo vino a este mundo, vivió, fue a la Cruz, resucitó. Nosotros no hicimos nada para que todo eso sucediera; es la Obra de Dios. Nosotros oímos la historia de este amor maravilloso. No *la hicimos*;

solamente *la recibimos*. El amor despertó en nuestros corazones; vino la convicción de pecado, y con ella la experiencia del perdón y de la salvación. No lo realizamos nosotros; todo es de Dios. Eso es lo que Pablo está pensando aquí.

El *Antiguo Testamento* usa la palabra *conocer* de una manera iluminadora. «Yo te conocí en el desierto», le dijo Dios a Oseas acerca de Su pueblo Israel (*Oseas 13:5*). «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la Tierra», le dijo Dios a Amós (*Amós 3:2*). Cuando la Biblia dice que Dios *conoce* a un hombre, quiere decir que tiene un propósito y un plan y una tarea para él. Y cuando miramos hacia atrás y pensamos en nuestra experiencia cristiana, todo lo que podemos decir es: «Yo no lo hice; jamás hubiera podido hacerlo; Dios es el Que lo hizo todo.» Y sabemos muy bien que eso no es negar nuestra libertad. Dios conocía a Israel; pero llegó el día cuando Israel rechazó el destino que Dios le había asignado. La dirección invisible de Dios está en nuestra vida; pero en cualquier momento podemos rechazarla y seguir nuestro propio camino.

Es la profunda experiencia de todo cristiano que todo es de Dios; que él no hizo nada, y que Dios lo hizo todo. Eso es lo que Pablo quiere decir aquí: que Dios nos ha elegido para la salvación desde el principio del tiempo; que a su debido tiempo nos dirigió Su llamada; pero el orgullo del corazón humano puede estropear el plan de Dios, y la desobediencia de la voluntad del hombre puede rechazar la invitación de Dios.

EL AMOR DEL QUE NADA NOS PUEDE SEPARAR

Romanos 8:31-39

*Entonces, ¿qué podemos decir nosotros a todo esto?
Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra
nuestra? Si Dios mismo no escatimó ni el dar a Su
propio Hijo, sino Le entregó a la muerte por todos
nosotros, ¿cómo vamos a pensar que no nos dará generosamente con Él todas las cosas? ¿Quién se atreverá a acusar a
los que Dios ha elegido, si es Dios Quien los absuelve? ¿Y quién nos va a condenar, si el Que intercede por nosotros es
Jesús, el que murió y resucitó y está sentado ala diestra de Dios? ¿Quién o qué nos podrá apartar del amor de Cristo?
¿Pruebas, opresión, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Porque escrito está: «Por causa de Ti nos están
matando a todas horas, y nos consideran como ovejas para la matanza. » ¡Pero si en todas estas cosas somos más que
vencedores por medio de Aquel que nos amó! Así es que yo estoy convencido de que no nos puede apartar del amor que
Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni la edad
presente, ni la edad por venir, ni poderes, ni alturas, ni profundidades, de esta o de ninguna otra creación, nos podrá
apartar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo.*

Este es uno de los pasajes más líricos del apóstol Pablo. En el versículo 32 hay una maravillosa alusión que impactaría a cualquier judío que conociera bien el *Antiguo Testamento*: < Por amor a nosotros Dios no escatimó ni el dar a su propio Hijo; no cabe duda de que esa es la garantía definitiva de que nos ama lo suficiente para suplir todas nuestras necesidades. » Las palabras que usa Pablo refiriéndose a Dios son las mismas que Dios usó acerca de Abraham, que Le demostró su lealtad a ultranza cuando estuvo dispuesto a sacrificarle a su propio hijo único Isaac cuando Dios se lo mandó. Dios le dijo: «No te has negado a darme a tu hijo, a tu único hijo» (*Génesis 22:12*). Pablo parece decir: < Considera el ejemplo más grande del mundo que ha dado un hombre de su lealtad a Dios; así es la lealtad de Dios contigo. » De la misma manera que Abraham fue tan leal a Dios que estuvo dispuesto a sacrificarle lo más precioso que tenía, Dios es tan leal a los hombres que

estuvo dispuesto a sacrificar a su propio Hijo único por ellos. Sin duda podemos confiar en una lealtad así para todo.

Es difícil decidir cómo hemos de tomar los versículos 33-35. Se pueden tomar de dos maneras, cada una de las cuales tiene un sentido excelente y contiene una preciosa verdad.

(i) Podemos tomarlos como dos afirmaciones seguidas de dos preguntas que les hacen referencia: (a) Es Dios el que declara a los hombres no culpables -esa es la afirmación-. Siendo así, ¿quién se atreverá a condenar a los hombres? Si es Dios Quien ha declarado a los hombres no culpables, entonces están a salvo de que nadie los condene. (b) Ponemos nuestra fe en Cristo, Que murió y resucitó y vive para siempre -esta es la afirmación-. Siendo así, ¿puede haber algo en este o en otro mundo que nos pueda separar de nuestro Señor Resucitado?

Si lo interpretamos así, se establecen dos grandes verdades: (a) Dios nos ha declarado no culpables; por tanto, nadie nos puede condenar. (b) Cristo ha resucitado; por tanto, no hay nada que nos pueda separar de Él.

(ii) Pero hay otra manera de interpretarlo. Dios nos ha declarado no culpables. Entonces, ¿quién nos puede condenar? Y la respuesta es que Jesucristo es el Juez de toda la humanidad, el único que tiene derecho a condenar -pero, lejos de condenar, está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros; así que estamos a salvo.

Puede que Pablo esté diciendo algo muy maravilloso en el versículo 34. Está diciendo cuatro cosas acerca de Jesús: (a) Que murió. (b) Que resucitó. (c) Que está a la diestra de Dios. (d) Que allí intercede por nosotros. Ahora bien: el primer credo de la Iglesia Cristiana, que sigue siendo la quintaesencia de todos los credos, dice: «Fue crucificado, muerto y sepultado; al tercer día resucitó de la muerte, y está sentado a la diestra de Dios; *de allí vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.* » Tres afirmaciones de la declaración de fe de Pablo coinciden con las del credo de la Iglesia Primitiva: que Jesús murió, que resucitó y que está sentado a la diestra de Dios. *Pero la cuarta*

es diferente. En el credo es que Jesús vendrá *como Juez de vivos y muertos.* En Pablo, que Jesús está a la diestra de Dios *defendiéndonos como nuestro Abogado.* Es como si Pablo dijera: «Creéis que Jesús es el Juez que está ahí para condenaros; y bien pudiera, porque tiene derecho. Pero os equivocáis. No está ahí como Fiscal, sino como Abogado encargado de nuestra defensa.»

Yo creo que la segunda forma es la correcta. En un tremendo salto de pensamiento, Pablo contempla a Cristo, no como Juez, sino como Amador de las almas de los hombres.

Con fervor de poeta y en raptó de amante, Pablo prosigue cantando que nada .nos puede separar del amor de Dios que se nos ha manifestado nuestro Señor Resucitado.

(i) Ni la aflicción, ni las penalidades de la vida, ni el peligro nos pueden separar (versículo 35). Los desastres del mundo no separan de Cristo al que es Suyo, sino le acercan más a Él.

(ii) En los versículos 38 y 39 Pablo hace una lista de cosas terribles.

(a) *Ni la vida ni la muerte* nos pueden separar de Cristo. En la vida, vivimos con Cristo; en la muerte, morimos con Él; y como morimos con Él, también resucitamos con Él. La muerte, lejos de ser una separación, es solamente un paso hacia una más íntima unión; no es el final, sino « la puerta en el Cielo » que nos da acceso a la presencia de Jesucristo.

(b) *Los poderes angélicos* no nos pueden separar de Él. En aquel tiempo, los judíos habían desarrollado mucho la creencia en los ángeles. Todo tenía su ángel: había ángeles de los vientos, de las nubes, de la nieve, del granizo y de la escarcha, del trueno y del rayo, del frío y del calor, y de las estaciones. Los rabinos decían que no había nada en el mundo, ni siquiera una brizna de hierba, que no tuviera su ángel. Según los rabinos había tres rangos de ángeles: el primero incluía tronos, querubines y serafines; el segundo, poderes, señoríos y fuerzas, y el tercero, ángeles, arcángeles y principados. Pablo se refiere a estos ángeles en más de una ocasión (*Efesios 1:21; 3:10; 6:12; Colosenses 2:10, 15; 1 Corintios 15:24*). Ahora bien: los rabinos

-y recordemos que Pablo había sido uno de ellos-creían que los ángeles eran poco amigos de los humanos. Creían que se habían enfadado cuando Dios creó a los hombres; se habían puesto celosos, porque no querían compartir a Dios con otra especie. Los rabinos tenían la leyenda de que, cuando Dios se apareció en el monte Sinaí para darle la Ley a Moisés, estaba rodeado de sus ejércitos de ángeles, que no estaban de acuerdo con que se diera la Ley a Israel y asaltaron a Moisés cuando subía a la montaña y le hubieran impedido llegar arriba si Dios mismo no hubiera intervenido. Así es que Pablo, haciéndose eco de las ideas de su tiempo, dice que « ni siquiera los mezquinos y celosos ángeles nos pueden separar del amor de Dios, por mucho que lo intenten.»

(c) No hay época de la Historia que nos pueda separar de Cristo. Pablo habla de *cosas presentes y cosas por venir.* Sabemos que los judíos dividían el tiempo en *esta era presente y la era por venir.* Pablo está diciendo: « En este mundo presente no hay nada que nos pueda separar de Dios en Cristo; llegará el día cuando este mundo será sacudido y amanecerá la nueva era. Pero no importa; porque entonces tampoco, cuando se acabe este mundo y se haga realidad el nuevo, el lazo de unión con Cristo permanecerá.»

(d) *Ninguna influencia maligna* (poderes) nos separará de Cristo. Pablo menciona específicamente *altura y profundidad.* Son términos de astrología. El mundo antiguo estaba obsesionado con la idea de la tiranía de las estrellas. Creían que todas las personas nacemos bajo una cierta estrella que decide nuestro destino. Todavía hay algunos que creen en la influencia de las estrellas; pero en el mundo antiguo era una creencia más general y obsesiva. *La altura (hypsóma)* era cuando una estrella estaba en su cenit, y se suponía que su influencia era máxima; *profundidad (hathos)* era cuando estaba en su nadir, dispuesta a empezar a ascender y ejercer su influencia en alguna persona. Pablo dice a los que estaban -y a los que están- obsesionados con estas cosas: «Las estrellas no te pueden hacer ningún daño. En su subir y bajar son impotentes para separarte del amor de Dios.»

(e) *Ni ningún otro mundo* nos podrá separar de Dios. La palabra que usa Pablo para *otro* es *héteros*, que significa realmente *diferente.* Está diciendo: «Supongamos que, inexplicablemente, como por arte de magia, os encontrarais en otro mundo totalmente diferente de éste. Estaríais a salvo: seguiría envolviéndoos el amor de Dios.»

Aquí tenemos una visión que despeja toda soledad y todo temor. Pablo está diciendo: «Podéis pensar en cualquier cosa aterradora que pueda producir este mundo o cualquier otro mundo diferente: ninguna de ellas conseguirá separar al cristiano del amor de Dios que se encuentra en Jesucristo. Que es Señor de todo terror y de todo mundo.» En Él se hace realidad la seguridad que anunciaba proféticamente el salmo 27:

El Señor es mi luz y mi salvación. ¿De quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida. ¿De quién he de atemorizarme?

EL PROBLEMA DE LOS JUDÍOS

En los capítulos 9 al 11 Pablo se enfrenta con uno de los problemas más desconcertantes que se le presentan a la Iglesia Cristiana: el problema de los judíos. Los judíos eran el pueblo escogido de Dios; habían ocupado un lugar exclusivo en el propósito de Dios; y sin embargo, cuando vino al mundo el Hijo de Dios, Le rechazaron y Le crucificaron. ¿Cómo se puede explicar esta trágica paradoja? Este es el problema que Pablo trata de resolver en estos capítulos, complicados y difíciles. Antes de empezar a estudiarlos en detalle, será conveniente que veamos en líneas generales la solución que Pablo nos presenta.

Hay algo que debemos tener presente antes de empezar a desentrañar el pensamiento de Pablo, y es que estos capítulos no se escribieron con ira, sino con profundo dolor de corazón. Pablo no podía olvidar que era judío, y estaba dispuesto a dar su vida para traer a sus hermanos de raza a Jesucristo.

Pablo no niega nunca que los judíos eran el pueblo escogido. Dios los había adoptado como propios; les había dado los pactos, el culto del Templo y la Ley; les había concedido la presencia de Su misma gloria, y les había dado los patriarcas.

Pero, sobre todo, Jesús era judío, de la tribu de Judá, como estaba profetizado. Pablo acepta como axioma en toda esta cuestión que los judíos ocupaban un lugar especial en la economía de la Salvación.

Lo primero que Pablo aclara en su argumento es que, si bien es cierto que los judíos, como nación, rechazaron y crucificaron a Jesús, también lo es que *no todos los judíos Le rechazaron*; algunos Le recibieron y creyeron en Él, porque todos los primeros seguidores de Jesús eran judíos. A continuación, Pablo repasa la historia, e insiste en que lo que hace que un hombre sea judío no es el ser descendiente de Abraham. Repetidas veces en la historia de Israel hubo un proceso de selección -Pablo lo llama *elección*- en el que algunos descendientes

de Abraham fueron elegidos, y otros rechazados. En el caso del mismo Abraham, su hijo Isaac, que nació en cumplimiento de la promesa de Dios, fue elegido; pero Ismael, que nació sencillamente como el resultado de un proceso natural, no lo fue. En el caso de Isaac, su hijo Jacob fue elegido; pero el

mellizo de éste, Esaú, no. Esta selección no era el resultado de los méritos personales, sino de la sabiduría y la soberanía de Dios.

Además, el verdadero pueblo escogido nunca era toda la nación, sino un *resto fiel*, unos pocos que eran leales a Dios cuando todos los demás Le negaban. Ese fue el caso en los días del profeta Elías, cuando permanecieron fieles al Señor siete mil, mientras la mayoría de la nación se había apartado para seguir a Baal. Era una parte esencial de la enseñanza de Isaías, que dijo: «Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, *sólo un resto de ellos se salvará*» (*Isaías*

10:22; Romanos 9:27). Lo que Pablo deja bien sentado es que nunca fue toda la nación el pueblo escogido. Siempre hubo *selección* por parte de Dios.

Sin embargo, el que Israel fuera rechazado no fue insensible ni caprichoso. Se le cerró la puerta a Israel para que pudiera abrirse a los gentiles. Dios endureció el corazón de los judíos y cegó sus ojos con el propósito final de abrirles el camino de la fe a los gentiles.

¿Qué error fundamental cometieron los judíos? Pablo sostiene que, aunque estaba en el plan de Dios el que los judíos fueran rechazados, sin embargo no tenía por qué haber sucedido. No se podía desembarazar de la paradoja eterna -ni lo pretendía- de que, al mismo tiempo, todo es cosa de Dios y el hombre es libre. El error fundamental de los judíos fue que intentaron llegar a la perfecta relación con Dios por su propio esfuerzo. Trataron de ganarse la Salvación; mientras que los gentiles se limitaron a aceptar con perfecta confianza lo que Dios les ofrecía. Los judíos deberían haber sabido que la única manera de llegar a Dios era mediante la fe, y que los logros humanos no llevan a ninguna parte. Así lo expresó Isaías: «Nadie que ponga en Él su confianza quedará defraudado» (*Isaías 28:16; Romanos 10:11*). Y Joel: «Todos los que invoquen el Nombre del Señor se salvarán» (*Joel 2:32; Romanos 10:13*). Es verdad que nadie puede tener fe hasta oír el ofrecimiento de Dios; pero a los judíos se les hizo el ofrecimiento. Ellos se aferraron al mérito humano de la obediencia a la Ley; se lo jugaron todo a sus obras; pero deberían haber sabido que el camino que conduce a Dios es el de la fe, porque ya se lo habían dicho los profetas.

Una vez más es necesario subrayar que todo esto era el plan de Dios, y que Su propósito era que los gentiles pudieran entrar. Por tanto, Pablo se vuelve ahora a los gentiles. Les dice que no caigan en el orgullo. Están en la posición del acebuche del que se han injertado algunas ramas en el olivo cultivado. No merecieron la Salvación más que los judíos; de hecho, dependen de los

judíos, porque no son más que ramas injertas: la raíz y el tronco son el pueblo de Israel. El que fueran elegidos y los judíos rechazados no debe producir orgullo en el corazón de los gentiles, porque si no ellos también serán rechazados.

¿Acaban aquí y así las cosas? ¡De ninguna manera! El propósito de Dios es que los judíos sientan envidia de la relación que los creyentes gentiles tienen con Él, y eso los mueva a solicitar su admisión. Moisés dijo: « Os hago tener celos de los que no son *la* nación; os provocaré a envidia con los que no Me conocían» (*Deuteronomio 32:21; Romanos 10:19*). Al final, los gentiles serán el instrumento para la Salvación de los judíos: « Y así se salvará todo Israel» (*Romanos 11:26*).

Vamos a resumir los pasos por los que Pablo llega a este final de su argumento:

- (i) Israel es el pueblo escogido.
 - (ii) Pertener a Israel quiere decir más que ser descendiente natural. Siempre ha habido elección dentro de la nación, y los verdaderamente elegidos eran el resto fiel.
 - (iii) La selección que Dios hace no es injusta.
 - (iv) Dios endureció el corazón de los judíos, pero sólo para abrirles la puerta a los gentiles.
 - (v) El error de Israel era depender de los méritos humanos sobre la base de la Ley; el único acceso a Dios es el del corazón totalmente confiado.
 - (vi) Los gentiles no tienen por qué estar orgullosos; porque no son más que ramas del olivo borde injertas en el olivo cultivado. Y eso es algo que no debemos olvidar jamás.
 - (vi_i) La cosa no termina ahí; los judíos se sentirán tan avergonzados y envidiosos del privilegio que han recibido los gentiles que, al final, éstos los harán entrar.
 - (vi_{ii}) Así que, al final, tanto los judíos como los gentiles se salvarán.
- La gloria se encuentra al final del argumento de Pablo. Empezó diciendo que algunos eran aceptados y otros rechazados. Pero acaba diciendo que la voluntad de Dios es que todos se salven (*Cp. 1 Timoteo 2:4*).

EL TRÁGICO FRACASO

Romanos 9:1-6

Os digo la verdad, como corresponde a los que estamos unidos a Cristo. No estoy mintiendo si os digo en conciencia y de acuerdo con el Espíritu Santo que soporto una ardiente pesadumbre y una angustia permanente en mi corazón. Porque estaría dispuesto a que me cayera una maldición que me desterrara totalmente de la presencia de Cristo si de esa manera se salvaran mis hermanos, los que son mis parientes por naturaleza. Porque son israelitas; Dios los hizo miembros de Su propia familia, y les confió la gloria, los pactos, la Ley, el culto del Templo, las promesas... Suyos son también los patriarcas; y de ellos, en cuanto a Su naturaleza humana, vino el Ungido de Dios. ¡Bendito sea siempre el Dios que está sobre todo! Amén.

Pablo empieza intentando explicar el que los judíos rechazaran a Jesús como Mesías; y empieza, no con rabia, sino con angustia; no en una tempestad de airada condenación, sino con el dolorido sentir de un corazón quebrantado. Pablo compartía el sentimiento del Dios al que amaba y servía: odiaba el pecado, pero amaba al pecador. Nadie ni siquiera empezará jamás a intentar salvar a nadie a menos que empiece por amarle. Pablo veía a los judíos, no como culpables a los que había que azotar con ira, sino como personas a las que había que anhelar con amor.

De buena gana habría dado Pablo su vida si así hubiera podido ganar a los judíos para Cristo. Tal vez sus pensamientos le transportaban a uno de los grandes episodios de la historia de su pueblo. Cuando Moisés subió a la montaña para recibir la Ley de la mano de Dios, el pueblo que había dejado abajo pecó haciéndose un becerro de oro y adorándolo. Dios estaba airado con ellos; y entonces Moisés hizo la gran oración: «Así

que, si quieres, perdónales su pecado; y si no, Te lo suplico, bórrame del libro que has escrito» (*Éxodo 32:32*).

Pablo dice que, por amor a sus hermanos, estaría dispuesto a que cayera sobre él la maldición de Dios si así se pudiera remediar algo. La palabra que usa es *anáthema*, que es una palabra terrible. Cuando algo era anatema, estaba *bajo maldición*; estaba consagrado para una destrucción total. Cuando se tomaba una ciudad pagana, todo lo que había en ella se destruía totalmente porque estaba contaminado (*Deuteronomio 3:6; 2:34; Josué 6:17; 7:1-26*). Si alguien trataba de seducir a Israel para apartarle del culto al único Dios verdadero, se le condenaba irremisiblemente a una destrucción total (*Deuteronomio 13:8-11*). La cosa más amada que Pablo tenía en su vida era la seguridad de que nada le podía separar del amor de Dios en Jesucristo; pero, si así podían salvarse sus hermanos, estaba dispuesto a perderla.

Aquí tenemos una vez más la gran verdad de que el que quiera salvar al pecador tiene que empezar por amarle. Cuando un hijo o una hija ha hecho algo por lo que merece castigo, muchos padres y madres cargarían con gusto con el castigo si pudieran. Como Myers hace decir a Pablo en su famoso poema inglés:

«Como un escalofrío de anhelo insoportable, que me recorre todo cual toque de trompeta, ¡Oh, para que se salven entregar vida y alma, ofreciéndolo todo en sacrificio a Dios!»

Eso fue lo que sintió e hizo Cristo. Pablo también tenía el mismo sentimiento. Si hemos de ser instrumentos para la Salvación de otros, eso es lo que debemos sentir.

Pablo no negó ni por un momento que los judíos ocupaban un lugar especial en la economía de Dios. Y enumera sus privilegios:

(i) En un sentido especial eran hijos de Dios, especialmente elegidos y adoptados en la familia de Dios. «Vosotros sois los hijos del Señor vuestro Dios» (*Deuteronomio 14:1*). «¿Es que no es Él vuestro Padre, el que os crió?» (*Deuteronomio 32:6*). «Israel es mi primogénito» (*Éxodo 4:22*). «Cuando Israel era un chico, le amé; y de Egipto llamé a Mi hijo» (*Oseas 11:1*). La Biblia está llena de esta idea de la especial relación filial de Israel con Dios, que el pueblo rehusó aceptar hasta las últimas consecuencias.

Boreham dice en algún lugar que, cuando era pequeño, estaba una vez de visita en casa de un amigo. Había una habitación en la que tenía prohibido entrar. Se encontraba una vez en la habitación de enfrente cuando se abrió la puerta y vio dentro a un chico de su misma edad, pero en un estado sobrecogedor de idiotez animal. Vio que la madre se acercaba al chico. Había visto al joven Boreham, sano e inteligente, y miraba a su hijo, no pudiendo por menos de hacer una comparación que le partía el corazón. La vio arrodillarse al lado de la cama del idiota, y la oyó decir gimiendo de angustia: « Te he alimentado, y vestido, y querido... ¡y tú ni siquiera me reconoces!» Eso era lo que Dios hubiera podido decir de Israel; solamente que en este caso aún era más terrible, porque el rechazo de Israel era deliberado y consciente. Es terrible llegar a partirle el corazón a Dios.

(ii) Israel tenía la gloria. La *shejina o kabod* aparece una y otra vez en la historia de Israel. Era el divino esplendor de luz que descendía cuando Dios visitaba a su pueblo (*Éxodo 16:10; 24:16s; 29:43; 33:18-22*). Israel había visto la gloria de Dios, y sin embargo Le había rechazado. A nosotros se nos ha concedido contemplar la gloria del amor y la Gracia de Dios en el rostro de Jesucristo, y sería terrible que escogiéramos el camino del mundo.

(iii) Israel tenía los pactos. Un pacto es la relación en que entran dos personas, un acuerdo de interés mutuo, un compromiso de amistad recíproca. Una y otra vez Dios se había acercado al pueblo de Israel y había entrado en una relación especial con él. Lo hizo con Abraham, Isaac y Jacob, y en el monte Sinaí cuando dio la Ley.

Ireneo distingue cuatro grandes ocasiones en las que Dios llegó a un acuerdo con los hombres. La primera fue el pacto con Noé después del diluvio, y la señal fue el arco iris en los cielos, que representaba la seguridad que Dios daba de que no habría otro diluvio. El segundo fue el pacto que Dios hizo con Abraham, y su señal fue la circuncisión. El tercero fue el pacto que estableció con la nación de Israel en el monte Sinaí, y su base fue la Ley. Y el cuarto es el Nuevo Testamento en Jesucristo, cuya señal y garantía es el Espíritu Santo.

Es maravilloso pensar que Dios se acerca a los hombres y entra en una relación concertada con ellos. La verdad es que Dios no ha abandonado nunca a los hombres. No hizo además de acercarse para luego abandonarlos, sino que se ha acercado una y otra vez; y aún lo sigue haciendo con cada alma humana individual. Está a la puerta, y llama; y es la tremenda responsabilidad de la voluntad humana que puede negarse a abrir.

(iv) Israel tenía la Ley. No podía pretender ignorar la voluntad de Dios, porque Dios le había dicho cómo que viviera. Si Israel pecaba, lo hacía a sabiendas y no por ignorancia; y el pecado consciente es el pecado contra la luz, que es el peor de todos.

(v) Israel tenía el culto del Templo. El culto es, en esencia, el acercamiento del alma a Dios; y Dios había dado a los judíos en el culto del Templo una manera para que se acercaran a Él. Si estaba cerrada la puerta de acceso a Dios eran ellos los que la habían cerrado.

(vi) Israel tenía las promesas. No podía decir que no conocía su destino. Dios les había dado a conocer la tarea y el privilegio que les tenía reservado en Su propósito. Sabían que estaban destinados para grandes cosas en la economía de Dios.

(vii) Israel tenía a los patriarcas. Tenía una tradición y una historia; y no hay mayor miseria que la del que se atreve a ser infiel a su tradición y avergonzarse de la herencia que ha recibido.

(viii) Y aquí viene la culminación: de Israel vino el Mesías, el Ungido de Dios. Todo lo demás había sido la preparación; y sin embargo, cuando vino, Le rechazaron. El mayor pesar que puede sentir una persona es haberle dado a un hijo todas las oportunidades de éxito, el haberlo dedicado y sacrificado todo para darle las mejores oportunidades, y descubrir que el hijo, por desobediencia o rebeldía o dejadez, ha dejado de aprovecharlas. Ahí está la tragedia; porque se hacen baldíos los esfuerzos del amor, y no se hacen realidad sus sueños. La tragedia de Israel consistió en que Dios le había preparado para el día de la venida de Su Hijo, y toda aquella preparación resultó frustrada. No es que fuera quebrantada la Ley de Dios, sino que Su amor fue desdeñado. No es la ira de Dios la que se oculta tras las palabras de Pablo, sino el corazón quebrantado de Dios.

LA ELECCIÓN DE DIOS

Romanos 9:7-13

Pero esto no quiere decir que la Palabra de Dios haya quedado completamente frustrada. Porque no todos los israelitas son el verdadero Israel; ni todos los que se consideran descendientes naturales de Abraham son plenamente sus hijos. Por el contrario, escrito está: «Por medio de Isaac tendrás descendencia.» Es decir: que no son realmente hijos de Dios todos los que se consideran descendientes naturales de Abraham. ¡No! Son los hijos de la promesa los que forman la verdadera descendencia de Abraham; porque la palabra de la promesa fue esta: «Vendré a este tiempo, y Sara tendrá un hijo.» Y no hubo sólo este caso, sino también Rebeca, cuando concibió de uno, es decir, de nuestro antepasado Isaac. -Nótese bien que los hijos no habían nacido todavía, ni habían hecho nada ni bueno ni malo, para que la elección de Dios no fuera la consecuencia de obras, sino simplemente porque Dios los llamó-. Se le

dijo a ella: «El mayor servirá al más joven.» Y también está escrito: «He amado a Jacob, pero he aborrecido a Esaú.»

El que los judíos rechazaran y crucificaran a Jesús, el Hijo de Dios, ¿quiere decir que el propósito de Dios quedó frustrado, y fracasado Su plan? Pablo está convencido de que eso no puede ser. De hecho, no todos los judíos rechazaron a Jesús; algunos Le aceptaron, porque no cabe duda que todos Sus primeros seguidores eran judíos, lo mismo que Pablo. «Ahora bien dice-, a lo largo de la historia de Israel vemos el proceso de selección una y otra vez en funcionamiento. Una y otra vez vemos que no eran *todos* los judíos los que estaban en el designio de Dios. Algunos estaban, y otros no. La línea de la nación con la que Dios contaba, y por medio de la cual obraba para llevar adelante Su plan, no eran *todos* los descendientes de Abraham. No es la mera descendencia física la que cuenta, sino la selección, la elección de Dios.

Como demostración de esta verdad cita Pablo dos ejemplos de la historia de Israel, y los refuerza con citas bíblicas:

(a) Abraham tuvo dos hijos: Ismael, que le nació de la esclava Agar, e Isaac, que tuvo con su esposa Sara. Los dos eran igualmente descendientes de Abraham. Cuando les nació Isaac, Abraham y Sara eran ya de edad avanzada; tanto es así que, humanamente hablando, ya era imposible que tuvieran un hijo. Cuando Isaac era muchacho, un día Ismael se burló de él; a Sara le dio tanta rabia, que le pidió a Abraham que echara de casa a la esclava y a su hijo, para que Isaac fuera el único heredero. Abraham no quería; pero Dios le dijo que lo hiciera, porque sería la descendencia que tuviera a través de Isaac la que preservaría su nombre (*Génesis 21:12*). Ahora bien: Ismael había nacido por un proceso humano natural, mientras que Isaac había nacido en cumplimiento de la promesa de Dios (*Génesis 18:10-14*). Fue al hijo de la promesa al que se le concedió transmitir la herencia de la elección de Dios. Aquí tenemos la prueba de que no todos los descendientes naturales de Abraham se pueden considerar elegidos. Y dentro de la nación siguió manifestándose la selección y elección de Dios.

(b) Pablo pasa a citar otro ejemplo. Cuando Rebeca, la mujer de Isaac, estaba embarazada, Dios le hizo saber que iba a tener mellizos que serían los patriarcas de dos naciones; pero que, en el tiempo venidero, el que naciera primero serviría y estaría sometido al segundo (*Génesis 25:23*). Cuando nacieron los mellizos, Esaú nació el primero, y sin embargo la elección de Dios recayó en Jacob; y fue por la línea de Jacob por la que Dios siguió llevando a cabo su plan. Para remachar bien su argumento, Pablo cita *Malaquías 1:2s*, donde Dios le dice al profeta: < He amado a Jacob y aborrecido a Esaú.>

Pablo sostiene que ser judío es más que formar parte de la descendencia física de Abraham; que el pueblo escogido no es meramente la suma de los descendientes de Abraham, sino que en esa familia se lleva a cabo un proceso de selección a lo largo de la historia. Hasta aquí, un judío aceptaría el argumento de Pablo. Los árabes son los descendientes de Ismael, que fue hijo de Abraham; pero a los judíos no se les pasaría por la cabeza decir que los árabes pertenecían al pueblo escogido. Los edomitas eran los descendientes de Esaú fue es lo que quería decir Malaquías-, y Esaú fue tan hijo de Isaac como Jacob su mellizo; pero a ningún judío se le ocurriría decir que los edomitas tenían parte en el pueblo escogido. Desde el punto de vista judío, Pablo ha demostrado su argumento: *había* un proceso de elección que se estaba llevando a cabo en la familia de los descendientes de Abraham.

Pablo añade que esa selección no se basa en las obras ni en el mérito. La prueba está en que Jacob fue elegido y Esaú rechazado *antes de que naciera ninguno de los dos*, cuando estaban en el seno materno. Este argumento sigue siendo válido y concluyente para un judío. Y hasta para nosotros, una gran verdad surge del corazón de este argumento: Todo es de Dios; detrás de todo está Su obrar; aun las cosas que parecen arbitrarias y fortuitas tienen en Él su origen. Nada en el mundo va a la deriva.

LA VOLUNTAD SOBERANA DE DIOS

Romanos 9:14-18

¿Y qué se puede decir a esto? ¿Se puede decir que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, porque Él le dijo a Moisés: «Tendré misericordia del que Yo tenga misericordia, y tendré piedad del que Yo tenga piedad.» Así es que todo

depende, no de la voluntad ni del esfuerzo humanos, sino exclusivamente de la misericordia de Dios. Por eso la Escritura dice con respecto al Faraón: «Para esto solo te asigné un papel en el drama de la historia: para demostrar mi poder por medio de lo que te va a ocurrir, y para que Mi nombre sea proclamado por todo el mundo.» Así es que tiene misericordia del que Él quiere, y endurece al que Él quiere.

Ahora Pablo sale al paso de las preguntas y objeciones que surgen en nuestra mente. Ha dicho que el proceso de selección y elección ha seguido su curso a lo largo de la historia de Israel; ha hecho hincapié en el hecho de que la elección no se basa en ningún mérito humano, sino exclusivamente en la voluntad de Dios.

Nuevamente cita dos ejemplos para demostrar su afirmación, y los refuerza con citas bíblicas. El primer ejemplo está tomado de *Éxodo 33:19*. Moisés está pidiendo una prueba definitiva de que Dios está realmente con el pueblo de Israel. La respuesta de Dios es que Él tendrá misericordia de los que tenga misericordia; es decir, le dice a Moisés que confíe y deje la cosa en Sus manos, porque Él sabe lo que hace. Su actitud de misericordia hacia la nación depende exclusivamente de Él mismo. Y el otro ejemplo está tomado de la batalla para la liberación de la esclavitud de Egipto y el poder del Faraón. La primera vez que Moisés fue a pedir la libertad, advirtió a Faraón que Dios le había colocado en el escenario de la historia para demostrar Su divino poder y servir de ejemplo a la humanidad de lo que sucede a los que se oponen a Dios (*Éxodo 9:16*). Pero esto no quiere decir que Faraón no fuera más que una marioneta. Dios le advirtió, pero Faraón escogió no hacer caso.

Cuando llegamos al fondo de la cuestión, vemos que conserva una gran verdad. Es imposible pensar en la relación entre Dios y el hombre en términos de *justicia* -entendida ésta en los términos de nuestra experiencia humana limitadísima. El hombre no puede nunca tener ningún derecho ante Dios. La *creatura* no puede pretender nada ante el Creador. Sea cual fuere la justicia que se aplica, la respuesta es que el hombre no merece nada ni puede pretender nada. En el trato de Dios con los humanos lo esencial son Su voluntad y Su misericordia.

EL ALFARERO Y LA ARCILLA

Romanos 9:19-29

Pero entonces tú podrías preguntar: «Si esto es así, ¿cómo puede Dios seguir echándole las culpas a los hombres cuando no hacen lo que Él quiere? ¿Es que hay alguien que se pueda oponer a Su voluntad?» Amigo, ¿quién eres tú para ponerte a discutir con Dios? Sería tanto como que la arcilla le dijera al alfarero: «¿Por qué me has dado esta forma?» El alfarero tiene autoridad total para hacer del mismo pegote de arcilla una vasija para un uso honorable u otra para un uso humilde. De la misma manera, ¿qué si Dios, aunque Su propósito fuera demostrar su ira y dar a conocer Su poder, sin embargo tratara con mucha paciencia a los que eran objeto de Su ira, que ya estaban maduros y listos para la destrucción? Sí; ¿y qué si lo hizo porque quería dar a conocer las riquezas de su gloria a los que son objeto de su misericordia, que Él había preparado de antemano para la gloria? Me refiero a nosotros, a los que Él ha

llamado; no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles. Como Él dice en Oseas:

*< A los que no eran pueblo
los llamaré < Pueblo mío»,
y a la que nadie quería
la llamaré «Amada mía».*

Y en el mismo lugar en que se les dijo: «¡Vosotros no sois mi pueblo!», se les dará el título de «hijos del Dios vivo».

Y la proclamación profética de Isaías acerca de Israel es: «Los hijos de Israel puede que sean tan numerosos como la arena del mar, pero no se salvará nada más que el resto. Final y sumariamente: el Señor hará en la Tierra lo que dijo que haría. » Como dijo Isaías en un pasaje anterior: « Si el Señor de los Ejércitos no nos hubiera dejado hijos, habríamos llegado a ser como Sodoma, y semejantes a Gomorra. »

En el pasaje anterior Pablo ha mostrado que, a lo largo de toda la historia de Israel, se ha venido produciendo el proceso de elección y selección de Dios. Cuando el alfarero hace una vasija, ésta no puede hacerle sugerencias ni discutirle su destino; el alfarero tiene poder absoluto sobre la arcilla para hacer de ella algo destinado a un uso honorable o vulgar, y la arcilla no tiene derecho a protestar. Pablo en realidad tomó este ejemplo de *Jeremías 18:1-6*, que es un ejemplo de la paciencia de Dios, que no descarta la masa rebelde, sino le da una nueva forma. Este pasaje ha inspirado un coro que se canta en muchas iglesias:

Yo quiero ser, yo quiero ser, Señor amante, como el barro en manos del alfarero: toma mi vida, hazla de nuevo; yo quiero ser, yo quiero ser un vaso nuevo.

Conviene decir aquí un par de cosas.

Pero debemos recordar una: fue con angustia de corazón como Pablo escribió este pasaje. Se enfrentaba con el hecho desconcertante de que el mismo pueblo de Dios, sus propios parientes, habían rechazado y crucificado al propio Hijo de Dios.

De todas maneras, Pablo no termina así su argumento. Continúa diciendo que el que los judíos hayan rechazado al Mesías ha sido con el fin de que se les abriera la puerta a los gentiles.

Pablo estaba discutiendo con los judíos, y sabía que la única manera de reforzar su argumento era con citas de sus Sagradas Escrituras; así es que pasa a citar textos que prueben que el que Cristo fuera rechazado por los judíos y aceptado por los gentiles había sido de hecho anunciado por los profetas. Oseas había dicho que Dios haría que fuera pueblo Suyo uno que no lo era (*Oseas 2:23*), y que serían llamados hijos de Dios (*Oseas 1:10*); e Isaías había previsto una situación en la que Israel sería obliterado si no fuera por un remanente (*Isaías 10: 22s; 37:32*). Su argumento es que Israel podría haber previsto su ruina si hubiera tenido entendimiento.

LA EQUIVOCACIÓN DE LOS JUDÍOS

Romanos 9:30-33

¿Qué podemos decir a esto? Que los gentiles, que no estaban buscando estar en la debida relación con Dios, la han recibido, una relación que es el resultado de la fe; mientras que Israel, que estaba buscando una ley que produjera la debida relación con Dios, nunca consiguió encontrarla. ¿Y por qué? Porque estaban intentando entrar en una buena relación con Dios, no confiando en Dios, sino dependiendo de sus propios logros humanos. Tropezaron en la Piedra que hace tropezar a los hombres, como está escrito: «He colocado en Sión una Piedra que hace tropezar a la gente, una Roca que los hace vacilar; pero el que crea en ÉL no será defraudado.»

Aquí Pablo traza un contraste entre dos actitudes para con Dios. La de los judíos pretendía alcanzar la debida relación con Dios mediante el propio esfuerzo. Dicho de otra manera, para que quede claro lo que quiere decir: fundamentalmente, la idea de los judíos era que un hombre, mediante la estricta obediencia a la Ley, podía llegar a tener una cuenta positiva con Dios, con el resultado de que Dios estaría en deuda con él y le debería la Salvación. Pero estaba claro que siempre era una batalla perdida, porque la imperfección humana no podía nunca satisfacer la perfección de Dios; nada que el hombre pudiera hacer por Dios podría ni empezar a devolverle a Dios lo que ha hecho por el hombre.

Eso es precisamente lo que Pablo descubrió. Como él decía, los judíos se pasaban la vida tratando de satisfacer una Ley cuya obediencia les dejara en paz con Dios; y nunca lo conseguían, porque tal cosa era imposible. Los gentiles no estaban empeñados en tal empresa; pero, cuando se encontraron de pronto cara a cara con el amor increíble de Dios manifestado y ofrecido en Jesucristo, sencillamente se arrojaron en los brazos de tal amor con entera confianza. Fue algo así como si los gentiles vieran la Cruz y dijeran: < Si Dios me ama de tal manera, puedo confiarle mi vida y mi alma.»

El judío trataba de hacer que Dios quedara en deuda con él; el gentil estaba contento de estar en deuda con Dios. El judío creía que podía ganarse la Salvación haciendo cosas para Dios; el gentil se sumía en la admiración de lo que Dios había hecho por él. El judío trataba de llegar a Dios por sus obras; el gentil llegaba a Dios por el camino de la confianza.

No ya he de gloriarme jamás, ¡oh Dios mío!, de aquellos deberes que un día cumplí. Mi gloria era vana; confío tan sólo en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA.

Pablo habría dicho < Amén > a esto.

La piedra es una de las referencias características de los primeros escritores cristianos. En el *Antiguo Testamento* se menciona varias veces una *piedra* misteriosa. En *Isaías 8:14* se dice que Dios será como *una piedra de ofensa y una roca de tropiezo* a las casas de Israel. En *Isaías 28:16*, Dios dice que va a poner en Sión *una piedra, una preciosa piedra angular*, como fundamento estable. En *Daniel 2: 34s, 44s*, se hace referencia a una *piedra* misteriosa. En el *Salmo 118:22*, el salmista escribe: *«La piedra que desecharon los edificadores ha llegado a ser la cabeza del ángulo.»*

Cuando los cristianos empezaron a buscar en el *Antiguo Testamento* anuncios de la venida de Cristo se encontraron con estas referencias a la piedra maravillosa, y se dieron cuenta de que se referían a Cristo. En los *Evangelios* se dice que fue Jesús mismo el primero que hizo la identificación y se aplicó a Sí mismo el *Salmo 118:22 (Mateo 21:42)*. Los cristianos reconocieron figuras de Cristo en la piedra que era fundamento estable, la piedra angular que daba unidad a todo el edificio, la piedra que había sido desechada y luego reconocida como la más importante de todas.

La cita que hace aquí Pablo combina *Isaías 8:14 y 28:16*. Los cristianos entendieron que su significado era que Dios se había propuesto que Su Hijo fuera el fundamento de la vida de todos los hombres; pero cuando Él vino, los judíos Le rechazaron; y el rechazar al Don de Dios que era para su Salvación se convirtió en la causa de que quedaran excluidos. Esta figura de la piedra aparece varias veces en el *Nuevo Testamento (Hechos 4:11; Efesios 2:20, y 1 Pedro 2:4-6)*.

La verdad eterna que contiene este pensamiento es que Jesús fue enviado al mundo para ser el Salvador de todos los hombres, pero es también la Piedra de toque por la que son juzgados. Si el corazón de una persona responde al amor de Jesús y Le recibe como Salvador, para ella lo es; pero si el corazón de una persona queda totalmente insensible o Le rechaza, para ella es la condenación. Jesús vino al mundo para nuestra Salvación; pero por nuestra actitud hacia Él podemos recibirla o perderla.

UN CELO MAL ORIENTADO

Romanos 10:1-13

Hermanos, lo que deseo cordialmente para los judíos y Le pido a Dios para ellos es que se salven. Porque hay que reconocerles que tienen celo por las cosas de Dios; pero no está basado en un conocimiento verdadero; porque no se dan cuenta de que el hombre no puede llegar a la condición de justicia para con Dios nada más que aceptándola como don de Dios, y ellos tratan de establecerla por sí mismos; así es que no se han sometido a ese poder de Dios que es el único que los puede hacer justos en relación con Él. Porque Cristo es el fin de todo el sistema de la ley, porque vino precisamente para poner en la debida relación con Dios a todos los que creen y confían. Moisés dice que el que actúa de una manera conforme con la justicia que exige la ley, vivirá por ella. Pero de la justicia que se deriva de la fe, la Escritura dice: «¿Quién subirá al Cielo?» -es decir, para hacer bajar a Cristo-; o «¿Quién podrá bajar a lo profundo del abismo?» -es decir, para sacar a Cristo de entre los muertos-. Pero, ¿qué es lo que dice? «La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón.» La palabra de la que se habla aquí es el Mensaje de fe que proclamamos: Que, si confesáis con vuestra boca que Jesús es el Señor, y creéis con el corazón que Dios Le levantó de los muertos, seréis salvos. Porque al creer con el corazón llegáis a la perfecta relación con Dios, y al confesar con la boca estáis en el camino de la Salvación. Porque la Escritura dice: «Nadie que crea en Él será defraudado.» Así que no hay diferencia entre judíos y griegos; porque el mismo Señor es el Señor que está sobre todos, y es suficiente Salvador de todos los que Le invocan; porque dice la Escritura: «Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.»

Pablo ha estado diciendo algunas cosas muy duras de los judíos; cosas que a ellos les resultaría desagradable oír, y más aún reconocer. Todo el pasaje de *Romanos 9 al 11* es una condenación de la actitud religiosa de los judíos. Sin embargo, desde el principio hasta el fin no hay ira, sino anhelo y ansiedad cordiales. Lo que Pablo desea por encima de todo es que los judíos se salven.

Si vamos a llevar a Cristo a otras personas, esa debe ser nuestra actitud. Los grandes predicadores lo han reconocido. «No des palizas» -decía uno-. «Acuérdate de no chillar demasiado» -decía otro. Y un gran predicador de los tiempos presentes decía que predicar es «suplicar a las almas.» Eso era lo que decía también Pablo (*2 Corintios 5-:20*). Y Jesús lloró por Jerusalén. Hay una manera de predicar que pretende aterrar al pecador con palabras airadas de condenación; pero Pablo decía la verdad con amor.

Pablo estaba totalmente dispuesto a admitir que los judíos tenían celo de Dios; pero ese celo estaba mal orientado. La religión judía estaba basada en una obediencia meticulosa a la Ley. Ahora bien: está claro que esa obediencia sólo se la podía

proponer alguien que tomara la religión totalmente en serio. No era nada fácil. En muchas ocasiones llevaría a graves inconvenientes y haría la vida sumamente incómoda.

Tomemos como ejemplo la ley del sábado. Se establecía exactamente la distancia máxima que se podía andar; se prohibía llevar una carga superior al peso de dos higos secos; se prohibía cocinar en sábado; se fijaban los medios para evitar que un enfermo se pusiera peor, pero se prohibía curarle. Todavía hoy en día hay judíos ortodoxos estrictos que no encienden ni apagan una luz en sábado. Algunas familias judías acomodadas emplean a criados gentiles para que hagan las cosas imprescindibles los sábados -aunque, según Éxodo 20:10 y Deuteronomio 5:14, la ley del sábado obligaba igualmente a los siervos y 'a, los forasteros gentiles.

Esto es algo que nos debe mover, no a la risa, sino a la admiración. La vida bajo la Ééy.no era fácil. Nadie se sometería

a menos que lo tomara realmente en serio. Los judíos eran y son celosos. Pablo no tenía dificultad en reconocérselo, pero les advertía que aplicaban u orientaban mal su celo.

En el *Cuarto libro de los Macabeos* se relata un incidente sorprendente. Llevaron al sacerdote Eleazar ante Antíoco Epífanes, que se había propuesto acabar con la religión judía. Antíoco le mandó a Eleazar que comiera cerdo. El anciano sacerdote rehusó: «Ni aunque me saques los ojos o me abrases las entrañas. Nosotros, oh Antíoco, que vivimos bajo la Ley divina, no admitimos ninguna obligación por encima de la obediencia a la Ley.» Si tenía que morir, sus antepasados le recibirían «santo y puro.» Dio orden de que le apalearan. « Le rasgaron la carne con látigos hasta que chorreaba sangre por todo el cuerpo y las heridas le descubrían los costados. Cayó, y un soldado le dio de patadas. Al final, los soldados se compadecieron de él y le trajeron carne que no era de cerdo y le dijeron que la comiera y dijera que había comido cerdo. Se negó. Por último, le mataron. «Muero en feroces tormentos por amor a la Ley» -dijo en oración a Dios. «Resistió -añade el-narrador- hasta la agonía de la muerte por causa de la Ley.»

¿Y por qué todo eso? *Para no comer cerdo.* Parece mentira que alguien esté dispuesto a morir así por una ley así. Pero los judíos estaban dispuestos. No cabe duda que tenían celo por la Ley. No se puede decir que no tomaran absolutamente en serio su religión.

Los judíos estaban convencidos de que adquirirían crédito con Dios mediante la obediencia a la Ley. Lo que mejor revela la actitud judía son las tres clases en que dividían la humanidad: Había personas que eran buenas, cuyo balance era positivo; había otros que eran malos, cuya vida arrojaba un balance de deuda, y había quienes estaban en medio, que serían buenos si hicieran una buena obra más. Todo era cuestión de ley y mérito. A esto contesta Pablo: «Cristo es el final de la Ley», lo que quiere decir que es el final del legalismo. La relación entre Dios y el hombre ya no es la que existe entre un acreedor y un deudor, entre un asalariado y un patrono o entre un juez y un acusado. Gracias a Jesucristo, el hombre ya no está en la posición de tener que satisfacer la justicia divina; sólo tiene que aceptar Su amor. Ya no tiene que merecer el favor de Dios, sino solamente tomar la Gracia y el amor y la misericordia que Dios le ofrece gratuitamente.

Para demostrar su argumento Pablo cita dos pasajes del *Antiguo Testamento*. En primer lugar, *Levítico 18: S*, donde se dice que el que obedezca meticulosamente los mandamientos de Dios encontrará la vida. Es verdad, *pero nadie ha podido*. Luego cita *Deuteronomio 30:12s*. Dice Moisés que la Ley de Dios no es inasequible o imposible: está en la boca, en la mente y en el corazón del hombre. Pablo toma ese pasaje en sentido alegórico. No fue nuestro esfuerzo el que trajo al mundo a Cristo o Le resucitó. No es nuestro esfuerzo lo que nos reconcilia con Dios. Dios lo ha hecho por nosotros, y no tenemos más que aceptarlo y recibirlo.

Los versículos 9 y 10 son de suprema importancia. Contienen la base del primer credo cristiano.

(i) Hay que confesar que *Jesucristo es el Señor*. La palabra para *Señor* es *Kyrios*. Es la palabra clave del cristianismo primitivo. Su significado pasa por cuatro etapas: (a) Es el título normal de respeto, como en español *señor*, en inglés *sir*, en francés *monsieur* y en alemán *Herr*. (b) Era el título que se aplicaba al Emperador romano. (c) Era el título de los dioses griegos y romanos, que se colocaba antes del nombre; por ejemplo: *Kyrios Serapis*. (d) En la traducción al griego del *Antiguo Testamento*, *Kyrios* es la traducción normal del nombre divino Yahweh o Jehová. Los primeros cristianos iban a la muerte con tal de no confesar que el César era *Kyrios*, porque sólo aplicaban ese título a Jesucristo. Cuando llamaban a Jesús *Kyrios*, no sólo le confesaban como el *Señor* supremo de su vida, y Le estaban equiparando al Emperador o a los dioses griegos, sino con el Dios único y verdadero, al Que se debía absoluta obediencia y culto reverente. Llamar *Kyrios* a Jesús era reconocer y confesar su divinidad. Lo primero para ser cristiano es el sentimiento de qué Jesucristo es supremamente *único*.

(ii) Hay que creer que *Jesucristo ha resucitado*. La Resurrección de Jesucristo era una parte esencial del credo cristiano. El cristiano cree, no solamente que Cristo vivió, sino también que *vive*. No sólo debe *saber de* Cristo, sino *conocerle personalmente*. No se limita a estudiar un personaje histórico, por muy grande que fuera; sino que vive con una Presencia real. No sólo debe saber de Cristo *el Mártir*: debe también conocer a Cristo *el Vencedor*.

(iii) Pero el cristiano no sólo debe creer en su corazón, sino también *confesar con sus labios*. Ser cristiano es *creer y confesar*; como se dice en muchas declaraciones de fe evangélica, < Creemos y testificamos.> El creer supone testificar ante los demás. No es suficiente que Dios sepa de qué parte estamos, sino que hace falta que también lo sepa la gente.

A un judío le resultaría difícil creer que el acceso a Dios no era por medio de la Ley; este camino de la confianza y la aceptación era algo revolucionario e increíblemente nuevo para él. Además, le resultaría sumamente difícil creer que el acceso a Dios estaba abierto *a todo el mundo*. Le parecía que los gentiles no podían estar en la misma posición que los judíos. Así es que Pablo concluye su argumento citando dos pasajes del *Antiguo Testamento* como última demostración. Cita en primer lugar *Isaías 28:16*: < Nadie que crea en Él será defraudado.> No se dice nada de la Ley; todo se basa en la fe. Y en segundo lugar cita *Joel 2:32*: < Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.> No hay limitación aquí; la promesa es *para todos*; por tanto no hay diferencia entre judíos y gentiles.

En esencia, este pasaje es una apelación a los judíos para que abandonen el camino del legalismo y acepten el de la Gracia. Es una apelación para que reconozcan que su celo está descarriado, y para que presten atención a los profetas que declararon hace mucho tiempo que la fe es el único camino de acceso a Dios, y que está abierto a todo el mundo.

EL FINAL DE LAS EXCUSAS

Romanos 10:14-21

Pero, ¿cómo van a invocar a Uno en Quien no han creído? ¿Y cómo van a creer en Uno del Que ni siquiera han oído hablar? ¿Y cómo van a oír si no hay nadie que les proclame las Buenas Nuevas? ¿Y cómo va a proclamar nadie las Buenas Nuevas a menos que Dios le envíe? Pero todo esto es exactamente lo que ha sucedido, como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que traen buenas noticias de cosas buenas!» Pero no todos han hecho caso de la Buena Nueva. Eso es verdad, porque Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído lo que ha oído de nosotros?» Así que la fe viene por el oír, y el oír viene de la Palabra que viene de Cristo y que habla de Él. Pero, suponed que yo todavía digo: «¿Será que todavía no han oído?» ¡Claro que han oído! «La voz de ellos ha salido por toda la Tierra, y sus palabras han llegado hasta el fin del mundo habitado. » Bien; entonces, suponed que digo: «¿Será que Israel no lo ha entendido?» Primero, Moisés dice: «Os haré tener celos de una nación que no es nación. Haré que os dé rabia de una nación que no tiene entendimiento.» Y más adelante se atreve a decir Isaías: «Me encontraron los que no Me buscaban. Me manifesté a los que no preguntaban por Mí. » Y, en cuanto a Israel, dice: «Me paso todo el día con los brazos abiertos, invitando a un pueblo que es desobediente y opuesto. »

Todos los intérpretes están de acuerdo en que éste es uno de los pasajes más difíciles y oscuros en la *Carta a los Romanos*. Nos produce la impresión de que lo que tenemos aquí no es una exposición completa sino un resumen. Tiene un estilo telegráfico. Puede ser que sean las notas de una predicación que Pablo tenía costumbre de dirigir a los judíos para convencerlos de su error.

En reglas generales se podría presentar así: En el pasaje anterior Pablo ha dicho que el acceso a Dios no depende de las obras ni del legalismo, sino de la fe y la confianza. La objeción es: < Pero, ¿qué pasa si los judíos nunca lo han oído?> Pablo se ocupa ahora de esa objeción de varias maneras, reforzando su argumento con citas de la Escritura. Vamos a tomar ahora las objeciones y los textos bíblicos que las contestan uno a uno.

(i) La primera objeción es: < Nadie puede invocar a Dios a menos que crea en El. Ni tampoco creer en Él a menos que haya oído hablar de Él. Ni tampoco oír nada acerca de El si no hay quien le anuncie la Buena Nueva. Y nadie puede pregonar la Buena Nueva a menos que Dios le envíe.> Pablo resuelve esa objeción citando *Isaías 52:7*. En ese pasaje el profeta expresa la bienvenida que se les da a los que traen buenas noticias de cosas buenas; así es que la primera respuesta de Pablo es: < No puedes decir que no ha habido mensajeros; porque Isaías los describe en este pasaje, e Isaías vivió hace mucho tiempo.>

(ii) La segunda objeción es: «Pero, el hecho es que Israel *no* hizo caso de la Buena Noticia, aunque tu argumento fuera cierto. ¿Qué dices tú a eso?» Y Pablo contesta: < Era normal esperar que Israel no creyera, porque hace mucho tiempo Isaías se sintió movido a decir desesperadamente: «Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído?» (*Isaías 53:1*). Es verdad que Israel no aceptó la Buena Noticia de Dios, y al rechazarla repitieron su historia.

(iii) La tercera objeción es una nueva formulación de la primera: «Pero, ¿qué si yo insisto en que nunca tuvieron oportunidad de oír?» Esta vez Pablo cita el **Salmo 19:4**: « La voz de ellos ha recorrido toda la Tierra, y sus palabras han llegado al fin del mundo»; lo cual es tanto como decir: «No puedes decir que Israel nunca tuvo oportunidad de oír, porque la Escritura dice claramente que el mensaje de Dios ha llegado a todo el mundo.»

(iv) La cuarta objeción es: «Pero, ¿qué si Israel no se enteró?» Aparentemente quería decir: «¿Qué si el mensaje era tan difícil de entender que, aunque Israel lo oyó, no pudo entender su significado?» Aquí es donde el pasaje se hace verdaderamente difícil. Pablo responde: < Israel puede que no se enterara; pero los *gentiles* sí: comprendieron perfectamente el sentido del ofrecimiento cuando les llegó, aunque no lo buscaban

ni esperaban.» Para probarlo, Pablo cita dos pasajes. Uno es de *Deuteronomio 65:1*, en el que Dios dice que, por la desobediencia y rebeldía de Israel, transferirá Su favor a otro pueblo, e Israel se verá en la situación de tener celos de una gente que no son ni siquiera nación. Y el segundo pasaje es de *Isaías 65:1*, donde Dios dice que, inexplicablemente, Le ha encontrado un pueblo que ni siquiera Le estaba buscando.

Por último, Pablo insiste en que, a lo largo de toda su historia, Dios ha estado apelando a Israel con Sus brazos extendidos, e Israel siempre ha sido desobediente y perverso.

Un pasaje así puede resultarnos extraño y poco convincente; y puede parecernos que Pablo cita algunos de los textos fuera de contexto y con un sentido que no era el original. Sin embargo tenemos que reconocer que esa era la manera característica de los rabinos, de los cuales Pablo había sido uno; y que resultaría totalmente aceptable y convincente para sus objetores judíos. Lo que no se puede negar es que hay algo en este pasaje que es de permanente valor. Fluye por él la convicción de que hay ciertas clases de ignorancia que no se pueden excusar.

(i) Existe una ignorancia que viene del desprecio del conocimiento. Hay una máxima legal que dice que la ignorancia genuina puede ser una defensa; pero el no darle ninguna importancia al conocimiento, no. No se le puede echar en cara a una persona el que no sepa lo que no tuvo oportunidad de aprender; pero sí el no saber por haber desaprovechado las oportunidades que se le brindaron. Por ejemplo: si una persona firma un contrato sin haber leído las condiciones, no puede luego quejarse de que sean distintas de las que se imaginó. Si dejamos de prepararnos adecuadamente para una tarea cuando

se nos han dado todas las facilidades, no tenemos disculpa. Uno es responsable por no saber lo que podía y debía haber sabido.

(ii) Hay una ignorancia que viene de una falta de visión voluntaria. Los seres humanos tenemos una capacidad ilimitada y fatal para cerrarnos a lo que no queremos saber. «No hay peor sordo que el que no quiere oír.» Puede que sepamos que cierto hábito, o indulgencia, o negligencia, o amistad, o relación, va a traernos consecuencias desastrosas; pero muchas veces nos negamos a reconocerlo y obrar en consecuencia. El hacernos los sordos puede que sea una virtud en algunos casos; pero en otros es la mayor estupidez.

(iii) Hay una ignorancia que es en esencia pura falsedad. Lo que ignoramos o dudamos es menos de lo que a veces pretendemos. Son pocas las veces que tenemos derecho a decir: «No sabía que esto iba a acabar así.» Dios nos ha dado la conciencia y la dirección del Espíritu Santo; y muchas veces alegamos ignorancia cuando, si fuéramos honrados, tendríamos que reconocer que, en nuestro fuero interno, sabíamos la verdad.

Hay algo más que queda por decir sobre este pasaje. En el argumento, hasta donde hemos llegado, se presenta una paradoja. En toda esta sección Pablo ha estado insistiendo en la responsabilidad personal de los judíos. Tenían que haber sabido lo que hacían; no les faltaron oportunidades; pero rechazaron la llamada de Dios. Ahora empezaba el argumento diciendo que todo es cosa de Dios, y que los hombres no somos más que como la arcilla en manos del alfarero. Ha puesto las cosas de dos maneras: todo es cosa de Dios, y todo es responsabilidad humana. Pablo no intenta resolver el dilema; y el hecho es que no tiene solución: es el dilema de la experiencia humana. Sabemos que Dios está en todo; y, sin embargo, al mismo tiempo, sabemos que tenemos libertad para aceptar o rechazar lo que Dios nos ofrece. Es la paradoja de la situación humana que Dios está en control de todo y que la voluntad humana es libre.

CON CALLOS EN EL CORAZÓN

Romanos 11:1-12

Entonces se podría preguntar: < ¿Es que Dios ha repudiado a Su pueblo? > ¡De ninguna manera! Yo también soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. Dios no ha repudiado al pueblo al que señaló para Su plan desde tiempo antiguo. ¿No sabéis lo que dice la Escritura en el pasaje acerca de Elías? Acordaos de lo que le dijo a Dios quejándose de Israel: «Señor, han matado a Tus profetas; han derribado Tus altares, y ahora van a por mí, que soy el único que quedo.» ¿Y cuál fue la respuesta que se le dio? «Me he reservado a siete mil hombres que no han doblado la rodilla a Baal. » Así que, también en el tiempo presente, hay un remanente escogido por la Gracia de Dios. Y al decir que fueron escogidos por Gracia, está claro que su relación con Dios no dependía de las obras de ellos; porque si así hubiera sido, eso ya no sería Gracia. Entonces, ¿qué pasa? Israel no ha conseguido lo que buscaba; pero el remanente escogido, sí, mientras que el resto han llegado a un estado tan torpe e insensible de corazón que no pueden ver. Como está escrito: «Dios les ha dado un espíritu de letargo -ojos que no ven, oídos que no oyen- hasta el día de hoy. > Y David dice: «Que la mesa se les convierta en una red, o en una trampa, o un tropezadero; algo, en fin, que sirva para ajustarles las cuentas, de tal manera que se les encorve la espalda para siempre.» Así es que yo digo: «¿Es que han tropezado para caer definitivamente?» ¡De ninguna manera! Lejos de eso, gracias a su caída se les ha ofrecido la Salvación a los gentiles como un regalo de Dios, para hacer que los judíos les tengan celos. Si su caída ha traído sanidad al mundo, y su fracaso ha producido la riqueza de los gentiles, ¡cuánta mayor

bendición vendrá al mundo cuando ellos entren, y se

complete todo el proceso de Salvación!

Lo anterior suscitaba una pregunta que un judío tendría que hacer: «¿Quiere decir esto que Dios ha repudiado a su pueblo?» Y esa era una pregunta que el corazón de Pablo no podía soportar; después de todo, él también pertenecía a ese pueblo. Así es que recuerda una idea que recorre buena parte del *Antiguo Testamento*. El profeta Elías se encontraba en cierta ocasión totalmente desesperado (1 *Reyes* 19:10-18). Había llegado a la conclusión de que era el único israelita que permanecía fiel a Dios. Pero Dios le dijo que todavía quedaban siete mil que no habían doblado la rodilla a Baal. Así se presentó en el pensamiento judío la idea del *Remanente*.

Los profetas empezaron a darse cuenta de que nunca había habido un tiempo, ni lo habría, en el que toda la nación fuera fiel a Dios; sin embargo, siempre había habido un remanente que no había olvidado su lealtad ni falseado su fe. Un profeta tras otro empezaron a verlo claro. Amós (9:8-10) creía que Dios estaba cribando al pueblo como trigo para que quedara sólo lo bueno. Miqueas (2:12; 5:3) tuvo una visión de Dios reuniendo el remanente de Israel. Sofonías (3:12s) tuvo la misma idea. Jeremías previó que el remanente sería reunido de todos los países por los que se había desperdigado (*Jeremías* 23:3). Ezequiel, el individualista, estaba convencido de que el hombre no podía salvarse por una justicia nacional heredada; los justos salvarían sus almas por su propia justicia (*Ezequiel* 14:14, 20, 22). Esta idea dominó de una manera especial el pensamiento de Isaías, que llamó a su hijo *Shear-Yashub*, que quiere decir *un resto volverá*, es decir, *La Salvación del Remanente*. Una y otra vez vuelve a la idea del resto fiel al que Dios salvará (*Isaías* 7:3; 8:2, 18; 9:12; 6:9-13).

Aquí está amaneciendo una tremenda verdad. Como lo expresó un gran pensador, «Ninguna iglesia o nación se salvará *en masse*. > La idea de un *Pueblo Escogido* hace agua por esta misma razón. La relación con Dios es algo personal e individual. Cada uno tiene que darle a Dios su corazón y rendirle su vida. Dios no llama a la masa; tiene «Su entrada secreta a cada corazón», como dijo alguien. Una persona no se salva por pertenecer a una nación o familia, o por medio de una justicia y salvación que ha heredado de sus antepasados; se salva porque ha decidido personalmente entrar en relación con Dios. No se trata ya de toda una nación que es Pueblo de Dios en bloque, sino de ese remanente que está formado por hombres y mujeres individuales que Le han dado a Dios el corazón.

El argumento de Pablo es que la nación judía no ha sido rechazada, sino que los verdaderamente judíos no son la nación en su totalidad sino el remanente fiel.

Para confirmar su idea reúne el pensamiento de varios pasajes del *Antiguo Testamento* (*Deuteronomio* 29:4; *Isaías* 6:9s; 29:10). Cita el *Salmo* 69:22s: «Que su mesa se les vuelva una red.» La idea es que hay gente sentada cómodamente en un banquete; y su misma actitud de seguridad se convierte en su ruina. Están tan confiados en su falsa tranquilidad que el enemigo se les puede echar encima y pillarlos desprevenidos. Así estaban los judíos: tan confiados, tan satisfechos, tan convencidos de que eran el Pueblo Escogido, que esa misma convicción se había convertido en su ruina. Llegaría el día cuando ya no podrían ver en absoluto, y andarían palpando con la espalda encorvada como ciegos o como personas sumidas en la más densa oscuridad. El versículo 7 dice correctamente en la versión Reina-Valera: «... los demás fueron endurecidos.» El verbo griego es *pórun*. El nombre *pórosis* nos acercará al sentido: es un término médico que quiere decir *callo*. Se usaba en cirugía para designar la formación ósea alrededor de una fractura que ayuda a la cicatrización. Cuando se forma un callo en alguna parte del cuerpo, ésta pierde sensibilidad. La mente de la masa del pueblo se ha vuelto insensible: ya no puede oír ni sentir la llamada de Dios.

Esto le puede suceder a cualquier persona: si persiste en no hacer caso a la llamada de Dios, acabará por hacerse insensible.

Si sigue pecando, al final llegará a dejar de percibir el horror del pecado y el atractivo de la bondad. Si uno vive mucho tiempo en condiciones miserables, se llega a acostumbrar.

Lo mismo que en los pies o en las manos, nos pueden salir callos en el corazón. Eso es lo que le había pasado a la masa del pueblo de Israel. ¡Que Dios nos libre de tal condición!

Pero Pablo tiene más que decir. Esa situación es trágica, pero Dios ha sacado de ella un bien: la insensibilidad de Israel le ha abierto la puerta de la Salvación a los gentiles. Como Israel no quiso el mensaje del Evangelio, pasó a comunicársele a un pueblo que estaba dispuesto a recibirlo. El rechazamiento de Israel ha enriquecido al mundo.

Y de ahí pasa Pablo a presentar el sueño que está detrás de todo esto. Si el rechazo de Israel ha enriquecido al mundo al abrirle la puerta a los gentiles, ¡cuál no será la riqueza al final del día, cuando se cumpla plenamente el plan de Dios e Israel también entre en la bendición de Dios!

Así que, al final, después de la tragedia viene la esperanza. Israel se ha hecho insensible, « el pueblo escogido » tiene el corazón hecho un puro callo; los gentiles entraron por la puerta de la fe y la confianza en el amor de Dios; pero llegará el día en que el amor de Dios actuará como un disolvente hasta en el corazón encallecido, y se encontrarán incluidos los judíos y los gentiles. Pablo está convencido de que, a fin de cuentas, nada podrá resistir al amor de Dios.

EL ACEBUCHE -PRIVILEGIO Y ADVERTENCIA

Romanos 11:13-24

Ahora me dirijo a vosotros, gentiles. Ya sabéis que, en cuanto apóstol de los gentiles, le doy a mi ministerio la importancia que tiene porque quiero, de alguna manera, encontrar la forma de mover a mi propia raza a que tenga envidia de los gentiles, para así salvar a algunos de ellos. Porque, si el hecho de que fueran repudiados ha tenido como resultado la reconciliación del mundo con Dios, ¿cuál será el de su plena incorporación? ¡Algo así como si la vida surgiera de la muerte! Si la primera parte de la masa se consagra a Dios, queda consagrada toda la masa; si la raíz se consagra a Dios, las ramas quedan consagradas. Si algunas de las ramas han sido desgajadas, y si tú, que eras acebuche, has sido injertado entre ellas y has llegado a participar de la riqueza de la raíz, no se te ocurra mirar a las ramas desgajadas por encima del hombro con orgullo. Si te asalta la tentación de pensarlo, acuérdate de que no eres tú el que sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. Tú dirás: «Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.» Tienes razón. Fueron desgajadas por su falta de fe; y tú te mantienes por la fe. No te pongas orgulloso despectivamente, sino mantente en una actitud de temor reverente; porque, si Dios no se lo pasó a las ramas, que eran parte natural del árbol, tampoco te lo pasará a ti. Así que, considera la amabilidad y la severidad de Dios. Sobre los que cayeron recayó la severidad, y sobre ti la amabilidad; pero sólo si te mantienes en esa amabilidad, porque, si no, tú también serás desgajado; y ellos, las ramas originales, si no se empecinan en la incredulidad, serán injertados; porque Dios puede injertarlos otra vez. Porque, si tú fuiste cortado de un olivo que era en realidad un acebuche, y, contra lo que se hace naturalmente, fuiste injertado en el olivo cultivado, ¡cuánto más podrán ser injertadas las ramas originales en el olivo al que pertenecían!

Hasta ahora Pablo ha estado hablando a los judíos; pero aquí se dirige a los gentiles. Es el apóstol de los gentiles, pero no se puede olvidar de su propio pueblo. De hecho, llega a decir que una de sus metas principales es hacer que los judíos tengan envidia cuando vean lo que el Evangelio ha hecho por los

gentiles. Una de las maneras más seguras de hacer que la gente desee el Evangelio es hacerle ver en la vida real lo que puede hacer por una persona.

Una vez había un soldado que había sido herido en una batalla. El capellán se arrastró hasta el lugar e hizo todo lo que pudo por él. Se quedó haciéndole compañía cuando se retiró el resto de la tropa. En el ardor del día le dio agua de su cantimplora, mientras él mismo se abrasaba de sed. Por la noche, cuando descendía el relente frío, le cubría con su propia ropa. Al final, el herido miró al capellán y le dijo: «Padre, ¿es usted cristiano?» «Lo procuro» -le contestó el capellán. «Entonces -siguió diciendo el herido-, si el Cristianismo le hace hacer a uno por los demás lo que usted está haciendo por mí, dígame lo que es eso, porque yo lo quiero.» El Cristianismo en acción le hizo sentir envidia de una fe que podía producir una vida así.

Pablo esperaba, pedía y anhelaba que algún día los judíos vieran lo que el Evangelio había hecho por los gentiles y llegaran a desearlo.

Para Pablo el mundo sería un paraíso si los judíos entraran en la Salvación. Si el rechazamiento de los judíos había logrado tanto; si, por medio de él, el mundo gentil se había reconciliado con Dios, ¡qué gloria superlativa sería cuando los judíos entraran otra vez! Si la tragedia del rechazamiento había tenido unos resultados tan maravillosos, ¿cómo sería el final feliz cuando la tragedia del rechazamiento se cambiara en la gloria de la aceptación? Pablo dice simplemente que sería como una resurrección.

Seguidamente Pablo usa dos alegorías para mostrar que los judíos no pueden ser rechazados definitivamente. Todos los alimentos, antes de comerse, tenían que ofrecerse a Dios. Así la Ley establecía (**Números 15:19s**) que, si se preparaba la masa para hacer pan, la primera torta se tenía que ofrecer a Dios; una vez hecho eso, toda la masa quedaba consagrada. No hacía falta, digamos, ofrecerle a Dios todo el amasijo; el ofrecimiento de la primera porción santificaba el todo. Era costumbre plantar árboles sagrados en lugares consagrados a Dios. Entonces, cuando se plantaba el pimpollo, se consagraba a Dios, y todas las ramas que diera después estaban consagradas.

Lo que Pablo deduce de este principio es que se da por sentado que los patriarcas fueron consagrados a Dios; tenían costumbre de oír la voz de Dios y de obedecer a Su palabra; habían sido elegidos y consagrados a Dios de una manera especial. De ellos procedió toda la nación de Israel; y lo mismo que sucedía con la primera torta de la masa, que se consagraba para que toda aquella hornada quedara consagrada, y con los pimpollos, para que todo el árbol fuera consagrado, la consagración especial de los fundadores hacía a la nación de Israel consagrada a Dios de una manera especial. La verdad que se nos quiere hacer comprender es que el remanente de Israel derivaba su fidelidad de los antepasados. Cada uno de nosotros vive de alguna manera del capital del pasado. No somos los primeros, ni el producto de nuestro propio esfuerzo. Somos lo que nos han hecho nuestros padres y antepasados piadosos; y, aunque nos apartemos y seamos infieles a nuestra herencia, no podemos desligarnos del todo de la bondad y fidelidad que nos hizo lo que somos.

Pablo pasa a hacer otra larga analogía. Más de una vez los profetas habían comparado la nación de Israel con el olivo de Dios. Eso era natural, porque el olivo era el árbol más corriente y útil en los países del Mediterráneo. «Olivo verde, hermoso en

su fruto y en su parecer, llamó el Señor tu nombre» (*Jeremías 11:16*). « Se extenderán sus ramas, y será su gloria como la del olivo» (*Oseas 14:6*). Ahora Pablo compara a los gentiles con las ramas de un acebuche que han sido injertadas en el olivo cultivado que era Israel. Desde el punto de vista de la horticultura eso no se haría nunca. Por eso Pablo dice «contra lo que se hace naturalmente» (*versículo 24*). Lo natural sería injertar una rama de olivo cultivado en el silvestre para que diera buen fruto. Pero lo que Pablo nos quiere decir está muy claro: los gentiles habían estado en los montes entre otros

árboles silvestres, y ahora, por obra de la Gracia de Dios, estaban injertados en el buen olivo del huerto de Dios, participando de su riqueza y fertilidad.

De esta alegoría Pablo saca dos lecciones:

(i) La primera es *una palabra de advertencia*. Habría sido posible que los gentiles adoptaran una actitud de desprecio. ¿No era verdad que los judíos habían sido rechazados para que ellos entraran? En un tiempo en el que los judíos eran despreciados por todo el mundo, tal actitud habría sido de esperar. La advertencia de Pablo nos sigue siendo necesaria a nosotros. En efecto, dice que *no habría habido tal cosa como el Cristianismo si no hubiera existido primero el pueblo de Israel*. Sería una desgracia que la Iglesia Cristiana olvidara su deuda para con la raíz de la que brotó. Tiene una deuda que no podrá pagar nunca más que llevando el Evangelio a los judíos. Así que Pablo advierte a los gentiles contra el peligro del desprecio. Severamente, dice que si las ramas naturales fueron desgajadas por su infidelidad, más fácilmente les puede pasar lo mismo a las ramas injertadas.

(ii) La segunda parte es *una palabra de esperanza*. Los gentiles han experimentado la bondad de Dios; y los judíos, Su severidad. Si los gentiles permanecen fieles, seguirán disfrutando de la bondad de Dios; pero, si los judíos abandonan su incredulidad y entran en la fe, serán injertados; porque, dice Pablo, si fue posible que el acebuche fuera injertado en el olivo cultivado, mucho más será posible que las propias ramas del olivo cultivado sean injertadas de nuevo en su árbol original. De nuevo vemos que Pablo sigue esperando el final feliz, cuando los judíos se conviertan a Cristo.

Mucho de este pasaje es difícil de entender, aunque las analogías mediterráneas no podemos decir que nos suenen remotas; pero una cosa queda más clara que el agua: la relación que existe entre el judaísmo y el Cristianismo, entre lo antiguo y lo nuevo, el Antiguo Testamento y el Nuevo. Aquí está la respuesta a los que quieren prescindir del *Antiguo Testamento* como si fuera un libro exclusivamente judío y sin nada que ver

con el Cristianismo. Eso es **tan estúpido como desembarazarnos de una patada de la escalera por la que hemos subido adonde** nos encontramos. Sería estúpido de la rama el desgajarse **del tronco que la sostiene**. Israel es la raíz de la que crece la Iglesia Cristiana. La consumación vendrá solamente cuando el olivo silvestre y el cultivado sean uno solo y el mismo, y cuando no queden ramas sin injertar en el árbol padre.

PARA QUE TODO SEA POR GRACIA

Romanos 11:25-32

Hermanos, quiero que captéis este secreto que sólo pueden comprender los que conocen a Dios; porque no quiero que presumáis de vuestra sabiduría. Quiero que entendáis que el endurecimiento que le ha sobrevenido a Israel es solamente parcial, y durará sólo hasta que el número completo de los gentiles haya entrado. Y entonces, por fin, todo Israel se salvará, como está escrito: «Un Salvador saldrá de Sión, y eliminará toda clase de impiedad de Jacob. Este es el cumplimiento del pacto que Yo haga con ellos cuando quite de en medio sus pecados.» Por lo que se refiere al Evangelio, son enemigos de Dios, pero eso es para vuestro bien. Pero en lo que se refiere a la elección, son amados de Dios por amor a los patriarcas, porque los dones gratuitos y el llamamiento de Dios no se anulan nunca. En un tiempo vosotros desobedeciais a Dios; pero ahora habéis encontrado Su misericordia gracias a la desobediencia de ellos; y de la misma manera, los judíos ahora han desobedecido, para estar en condiciones para entrar en la misma misericordia que vosotros habéis encontrado ahora. Porque Dios ha confinado a todos los seres humanos en una situación de desobediencia, ¡para tener misericordia de todos!

Pablo está llegando al final de su argumento. Se ha enfrentado con una situación desconcertante y, para un judío, descorazonadora. Tenía que encontrar una explicación al hecho de que el pueblo escogido de Dios rechazara al Hijo de Dios cuando vino al mundo. Pablo no cerró los ojos al trágico suceso, sino encontró la forma en que toda la trágica situación podía encajar en el plan de Dios. Es verdad que los judíos rechazaron al Mesías; pero, como Pablo lo veía, ese rechazamiento sucedió para que Cristo pudiera ser ofrecido a los gentiles. Pablo insiste en la responsabilidad personal de los judíos por no haber aceptado el ofrecimiento de Dios. Mantiene al mismo tiempo la soberanía divina y la responsabilidad humana. Pero entonces suena una nota de esperanza. Su argumento es un tanto complicado, y resultará más fácil si tratamos de separar las diferentes partes.

(i) Pablo estaba seguro de que este endurecimiento de los corazones de los judíos no era total ni permanente. Había de cumplir un propósito, y una vez alcanzado, la situación cambiaría.

(ii) Pablo expone la paradoja del lugar de los judíos en el plan de Dios. A fin de que los gentiles pudieran entrar y de que se pudiera cumplir el propósito universal del Evangelio, los judíos habían llegado a una situación en la que quedaban como enemigos de Dios. La palabra que Pablo usa es *efhroi*. Es difícil de traducir porque tiene al mismo tiempo un sentido negativo y otro positivo. Puede querer decir tanto *aborrecedor* como *aborrecido*. Puede ser que en este pasaje tenga que entenderse en los dos sentidos a la vez. Los judíos eran hostiles a Dios y habían rechazado Su ofrecimiento, cayendo por ello en la desaprobación de Dios. Ese era el hecho presente; pero había otro hecho en relación con los judíos que nada podía alterar: eran el pueblo escogido de Dios y ocupaban un lugar especial en Su plan. Independientemente de lo que hicieran, Dios no podía faltar a Su Palabra. Le había hecho a los antepasados de aquel pueblo una promesa que tenía que cumplirse. Era seguro para Pablo por tanto, y cita *Isaías 59:20s* como confirmación, que el que Dios rechazara a los judíos no podía tener carácter permanente; ellos también, por fin, entrarían.

(iii) Entonces Pablo tiene una idea que nos puede parecer extraña: < Dios ha confinado a todos los seres humanos en una situación de desobediencia, ¡para tener misericordia de todos! > La única cosa que Pablo no podía concebir era que nadie, de ninguna nación, pudiera merecer su propia Salvación. Ahora bien: si los judíos hubieran observado una completa obediencia a la voluntad de Dios, podrían haber considerado que se habían ganado la Salvación de Dios como un derecho; así es que Pablo dice que Dios involucró a los judíos en desobediencia para que, cuando viniera Su Salvación, pudiera ser inconfundiblemente un acto de Su misericordia y no el resultado del mérito humano. Ni los judíos ni los gentiles podían salvarse nada más que por la misericordia de Dios.

En muchos sentidos nos puede parecer extraño el argumento de Pablo; pero el argumento no es irrelevante, porque detrás de él se encuentra nada menos que *una filosofía de la Historia*. Para Pablo, *Dios está en control*. Nada va a la deriva. Ni siquiera el acontecimiento más descorazonador puede estar fuera del propósito de Dios. Nada sucede a tontas y a locas. El propósito de Dios no se puede frustrar.

Se dice que una vez estaba un niño a la ventana en una noche terrible de tormenta. < A Dios -dijo- tienen que habersele desbocado los vientos. > Para Pablo eso no podía suceder jamás. Nada estaba nunca fuera del control de Dios.

Pablo habría añadido a ésta otra tremenda convicción. Habría insistido en que en todo y por medio de todo *el propósito de Dios es de Salvación y no de destrucción*. Puede que Pablo hubiera llegado a decir que Dios ordenaba las cosas para salvar a los hombres *aunque fuera contra voluntad de ellos*. En última instancia no es la ira de Dios la que persigue a los hombres sino el amor de Dios.

La situación de Israel era exactamente la que Francis Thompson describe de manera tan conmovedora en *The Hound of Heaven -El Mastín celestial*:

Huí de Él atravesando las noches y los días, Le huí bajo los arcos de los años; Le huí por los caminos laberínticos de mi mente; y en la niebla de lágrimas me escondí de Él, y en risa galopante.

Pero en caza sin prisa, con paso imperturbable, con ritmo calculado e instancia mayestática, los pies batían -y una voz latía más insistente que los pies-. -Todas las cosas te traicionan, porque me traicionas a Mí.

Y entonces llega el momento de la derrota del fugitivo:

¡Desnudo espero el inminente golpe de Tu amor! Has arrancado una tras otra las piezas de mi arnés, y me has hecho caer de rodillas, abatido, totalmente indefenso.»

Y entonces llega el fin:

Junto a mí se detienen las pisadas; ¿Es que es mi sombra sólo la de Tu mano en gesto de caricia? -¡Ah simple, ciego y débil, ¡Yo soy el Que tú buscas! ¡Te alejas del amor al huir de Mí!

Esa era exactamente la situación de los judíos. Se encontraron luchando contra Dios, resistiéndole; y aún lo siguen haciendo. Pero el amor de Dios los sigue persiguiendo. Aunque a veces *Romanos 9-II* nos dé otra impresión, en el último análisis es la historia de una todavía inacabada persecución de amor. No es la única.

EL GRITO DE UN CORAZÓN ADORADOR

Romanos 11:33-36

¡Qué insondables son las riquezas y la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cómo trascienden Sus decisiones la capacidad de la inteligencia humana! ¡Cuán misteriosos son Sus métodos! Porque, ¿quién ha alcanzado jamás a conocer la mente del Señor? ¿O quién puede pretender ser Su consejero? ¿Quién Le ha dado a Dios nada que Le pueda

reclamar? ¡ Todas las cosas proceden de Él, y existen gracias a El, y tienen en Él su meta! Por tanto, ¡a Él sea siempre la gloria! Amén.

Este es el pasaje más característico del apóstol Pablo. Aquí la teología se hace poesía. Aquí se pasa de la investigación de la mente a la adoración del corazón. Como conclusión, todo debe quedar como un misterio que el hombre no puede comprender ahora, pero cuyo secreto es el amor. Si uno puede decir que todas las cosas proceden de Dios, que todas las cosas tienen su ser por Él y que todas las cosas conducen a Él, ¿para qué decir más? Hay una cierta paradoja en la situación humana. Dios le ha dado al hombre una mente, y el hombre está obligado a usarla para pensar las cosas hasta donde pueda alcanzar su pensamiento. Pero es igualmente cierto que a veces se llega al límite y a uno no le queda más que aceptar y adorar.

Es pobre ahora mi cantar; mas cuando en gloria esté y allí Te pueda contemplar, mejor Te alabaré.

Pablo se había enfrentado con un problema descorazonador con todas las fuerzas de su extraordinaria inteligencia. No dice que lo ha resuelto como uno podría resolver un problema de matemáticas; pero dice que, después de intentarlo lo mejor posible, está contento con dejárselo todo al poder y al amor

de Dios. Muchas veces en la vida no nos queda más que decirle a Dios: «Con mi mente no lo puedo comprender, pero con todo mi corazón confío en Tu amor. ¡Hágase Tu voluntad!»

EL CULTO VERDADERO Y EL CAMBIO ESENCIAL

Romanos 12:1, 2

Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que Le presentéis vuestro cuerpo como un sacrificio vivo y santo que Le sea agradable; porque esta es la única clase de culto que es verdaderamente espiritual. Y que no amoldéis vuestra vida a las caprichosas modas de este mundo; sino transformaos independientemente de él; es decir, por medio de la renovación de vuestra mentalidad, hasta que experimentéis una verdadera transformación en la misma esencia de vuestro ser; para que, en vuestra propia vida, comprobéis que la voluntad de Dios es buena, y agradable, y perfecta.

Aquí tenemos a Pablo siguiendo su esquema habitual de escribir a sus amigos: siempre termina sus cartas con consejos prácticos. Su mente se zambulle en el infinito, pero nunca se pierde en él; siempre termina con los pies firmemente plantados en la tierra. Puede debatirse con los problemas más profundos de la teología; pero siempre acaba con las demandas éticas que gobiernan la vida de todo el mundo.

«Presentadle a Dios vuestro cuerpo» -dice. No hay exigencia más característicamente cristiana. Ya hemos visto que eso es lo que nunca diría un griego. Para él, lo que importaba era el espíritu; el cuerpo no era más que una prisión, algo despreciable y vergonzoso. Pero el cristiano sabe que su cuerpo pertenece a Dios tanto como su alma, y que puede servir a Dios tanto con su cuerpo como con su mente o su espíritu.

El cuerpo es el templo del Espíritu Santo y el instrumento con el que hace Su obra. Después de todo, el gran hecho de la Encarnación quiere decir básicamente que Dios no desdeñó asumir un cuerpo humano, vivir en él y obrar por medio de él. Tomad el caso de una iglesia o catedral: se construye para dar culto a Dios; pero tiene que diseñarla la mente de un arquitecto; tienen que construirla obreros y artesanos, y sólo entonces llega a ser un templo en el que la gente se reúne para dar culto a Dios. Es un producto de la mente y del cuerpo y del espíritu del hombre.

Dice Pablo: «Tomad todas las tareas que tenéis que hacer todos los días: el trabajo ordinario de la tienda, la fábrica, los astilleros, la mina... y ofrecédselo a Dios como un acto de culto.» La palabra del versículo 1 que hemos traducido por culto con la versión Reina-Valera tiene una historia interesante. Es *latreía*, el nombre correspondiente al verbo *latréuein*. En su origen, *latréuein* quería decir *trabajar por la paga o el sueldo*. Era la palabra que se usaba para un trabajador que daba su tiempo y esfuerzo a un contratista a cambio de un salario. No era el trabajo de un esclavo, sino una actividad voluntaria. De ahí pasó a significar *servir* en general; pero también *aquello a lo que una persona dedica toda su vida*. Por ejemplo: de un artista se decía que estaba *latréuein kallei*, que quiere decir *dedicar la vida al servicio de la belleza*. En ese sentido ya se acercaba al de *dedicarse o dedicar la vida*. Por último, llegó a ser la palabra característica del *servicio de los dioses*. En la Biblia siempre se refiere al servicio y al culto a Dios.

Aquí tenemos un hecho muy significativo: el verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestro cuerpo y todo lo que hacemos con él todos los días. El verdadero culto a Dios no es ofrecerle una liturgia, por muy noble que sea, o un ritual, ni siquiera el más solemne. *El verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestra vida cotidiana*; no algo que hay que hacer en la iglesia, sino algo que

ve todo el mundo, porque somos el templo del Dios vivo. Uno puede que diga: «Voy a la iglesia a dar culto a Dios»; pero debería también decir: «Voy a la fábrica, la tienda, la oficina, la escuela, el garaje, la mina, el astillero, el campo, el

jardín o la cocina, a dar culto a Dios.» Esto no quiere decir precisamente estar cantando himnos o pensando en Dios o < dando testimonio» mientras se trabaja, lo cual tal vez nos restaría concentración en lo que estamos haciendo; sino hacer lo que se espera de nosotros lo mejor posible, como si fuera -¡como que es!- para la gloria de Dios.

Esto, sigue diciendo Pablo, exige un cambio radical. No debemos adoptar las formas del mundo; sino transformarnos, es decir, adquirir una nueva manera de vivir. Para expresar esta verdad Pablo usa dos palabras griegas casi intraducibles, que requieren frases para transmitir su sentido. La palabra que usa para amoldarnos al mundo es *sysjématízesthai*, de la raíz *sjéma* -de donde viene la palabra española y casi internacional *esquema*-, que quiere decir *forma exterior* que cambia de año en año y casi de día en día. El *sjéma* de una persona no es el mismo cuando tiene 17 años que cuando tiene 70; ni cuando sale del trabajo que cuando está de fiesta. Está cambiando constantemente. Por eso dice Pablo: « No tratéis de estar siempre a tono con todas las modas de este mundo; no seáis "camaleones", tomando siempre el color del ambiente.»

La palabra que usa para *transformaos* de una manera distinta a la del mundo es *metamorfústhai*, de la raíz *morfé*, que quiere decir *la naturaleza esencial e inalterable* de algo. Una persona no tiene el mismo *sjéma* a los 17 que a los 70 años, pero sí la misma *morfé*; con el mono no tiene el mismo *sjéma* que vestido de ceremonia, pero tiene la misma *morfé*; cambia su aspecto exterior, pero sigue siendo la misma persona. Así, dice Pablo, para dar culto y servir a Dios tenemos que experimentar un cambio, no de aspecto, sino de personalidad. ¿En qué consiste ese cambio? Pablo diría que, por nosotros mismos, vivimos *kata sarka*, dominados por la naturaleza humana en su nivel más bajo; en Cristo vivimos *kata Jriston o kata Pneuma*, bajo el control de Cristo o del Espíritu. El cristiano es una persona que ha cambiado en su esencia: ahora vive, no una vida egocéntrica, sino Cristocéntrica.

Esto debe ocurrir, dice Pablo, por la renovación de la mentalidad. La palabra que usa para *renovación* es *anakainósis*. En griego hay dos palabras para *nuevo*: *neós* y *kainós*. *Neós* se refiere al *tiempo*, y *kainós* al *carácter y la naturaleza*. Un lápiz recién fabricado es *neós*; pero una persona que era antes pecadora y ahora está llegando a ser santa es *kainós*. Cuando Cristo entra en la vida de un hombre, éste es un *nuevo* hombre; tiene una mentalidad diferente, porque tiene la mente de Cristo.

Cuando Cristo llega a ser el centro de nuestra vida es cuando podemos presentarle a Dios el culto verdadero, que consiste en ofrecerle cada momento y cada acción.

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO

Romanos 12:3-8

Por la gracia que se me ha concedido os digo a cada uno de vosotros que no tenga una actitud orgullosa por encima de como debe ser, sino encaminada a la sabiduría, y de acuerdo con la medida de la fe que Dios le ha dado a cada uno de vosotros. Así como tenemos muchos miembros en el cuerpo, pero no todos tienen la misma función, así los cristianos, aunque somos muchos, formamos un cuerpo en Cristo y somos miembros los unos de los otros. Puesto que tenemos diferentes dones, según la gracia que se nos ha dado a cada uno, usémoslos en el servicio mutuo. Si hemos recibido el don de profecía, profeticemos de acuerdo con la proporción de la fe que hemos recibido. Si hemos recibido el don del servicio práctico, usémoslo en el servicio. Si nuestro don es la enseñanza, enseñemos. Si está en la exhortación, usémoslo para exhortar. Si somos llamados para compartir, hagámoslo con sencilla amabilidad. Si somos llamados para dirigir, hagámoslo con celo. Si se presenta la ocasión de mostrar misericordia, hagámoslo con simpática alegría.

Uno de los pensamientos favoritos de Pablo acerca de la Iglesia Cristiana es que es como un cuerpo (cp. 1 *Corintios* 12:12-27). Los miembros del cuerpo no discuten, ni se envidian, ni se pelean unos con otros. Cada parte del cuerpo realiza sus funciones, ya sean prominentes o humildes. Pablo estaba convencido de que así debería suceder en la Iglesia Cristiana. Cada miembro tiene una tarea; y es sólo cuando todos cumplen con su función como es debido cuando el cuerpo de la Iglesia funciona como Dios manda.

En este pasaje encontramos reglas para la vida común.

(i) Lo primero de todo es conocernos a nosotros mismos. Uno de los principios básicos de los sabios griegos era: «Conócete a ti mismo.» No llegaremos muy lejos en nada hasta que sepamos lo que podemos y lo que no podemos hacer. El tener clara nuestra capacidad, sin presunción ni falsa modestia, es una de las primeras cosas esenciales para una vida útil.

(ii) Segundo, nos anima a aceptarnos a nosotros mismos y a usar los talentos que Dios nos ha confiado. No tenemos que envidiar los que tengan otros ni lamentar no tenerlos nosotros. Tenemos que aceptarnos tal como somos y usar el don que tengamos. Puede que el resultado sea que descubramos y tengamos que aceptar el hecho de que nuestro servicio ha de ser humilde y poco apreciado. Una de las creencias básicas importantes de los estoicos era que hay una chispa divina en todas las

vidas. Los escépticos se reían de esa doctrina. «¿Que Dios está en los gusanos? -preguntaban los escépticos-. ¿Dios en los abejorros?» A lo que respondían los estoicos: «¿Por qué no? ¿Es que no pueden esas criaturas servir a Dios? ¿Es que hay que ser general para ser un buen soldado? ¿No puede el soldado raso pelear bien y dar la vida por la patria? Feliz el que sirve a Dios y cumple su misión tan fielmente como un gusano.»

La continuidad de la vida del universo depende de las criaturas más humildes. Pablo está diciendo aquí que uno tiene que empezar por aceptarse a sí mismo; y aunque encuentre que la contribución que puede ofrecer no se va a ver, ni va a recibir alabanza ni prominencia, debe hacerla con la seguridad de que es importante, y que sin ella el mundo y la iglesia quedarían privados de algo.

(iii) Tercero: Pablo está diciendo realmente que todos los dones vienen de Dios. Llama a los dones *jarísmata*. En el Nuevo Testamento, *járisma* es algo que Dios le da a una persona que no habría podido adquirir por sí misma.

De hecho, así es la vida. Uno puede pasarse la vida practicando, y nunca tocará el violín como Yehudi Menuhin. Este tiene más que práctica; tiene un extra, un *járisma*, un don de Dios. Puede que uno se afane toda la vida, y no consiga manejar como quisiera la madera, o el vidrio, o los metales; y sin embargo otro les puede dar forma con tal facilidad que parece que la herramienta que usa es parte de su cuerpo; tiene algo especial, el *járisma*, que es un don de Dios. Una persona puede estar practicando día tras día para hablar en público, y no consigue adquirir ese algo mágico que mueve a una audiencia o a una congregación; otro no hace más que aparecer en la tarima o asomarse al púlpito, y ya tiene a la gente pendiente de sus labios; tiene ese *járisma*, o don de Dios. Uno se pasará la vida intentando expresar sus pensamientos por medio de la palabra escrita sin conseguirlo, mientras otro no tiene más que ponerse a escribir, y las páginas le salen perfectas y como sin esfuerzo; el segundo tiene el *járisma*, que es un don de Dios.

Cada uno tiene su propio *járisma*. Puede que sea escribir, o predicar, o construir casas, o plantar semillas, o tocar el piano, o cantar canciones, o enseñar a los niños, o jugar al fútbol o a lo que sea. Es un extra que Dios le ha dado.

(iv) Cuarto: sea el que sea el don que uno tenga, debe usarlo, no para su prestigio personal, sino porque está convencido de que es tanto su deber como su privilegio el hacer su contribución al bien común. La parábola de los talentos nos advierte, además, que es peligroso defraudar a Dios en el uso de sus dones. Y pobre de la iglesia que no tiene interés en descubrir los dones y en dar ocasión de practicarlos al que los tiene. Se empobrece a sí misma y al mundo.

Veamos ahora los dones que Pablo especifica aquí.

(i) El don de profecía. Rara vez se menciona en el Nuevo Testamento con el sentido de predecir el futuro; más corrientemente quiere decir proclamar la Palabra de Dios. En 1 Corintios 14:3 se nos dice que el que profetiza habla para edificar, exhortar y consolar. El profeta anuncia el mensaje del Evangelio con la autoridad del que sabe lo que dice. Para anunciar a Cristo a los demás uno tiene que conocerle primero por sí mismo. «Lo que necesita esta parroquia -decía el padre de Carlyle- es un hombre que conozca a Cristo más que de segunda mano.» Eso es lo que necesitan todas las iglesias.

(ii) El don del servicio práctico (*diakonía*). Es significativo que Pablo coloque el servicio práctico entre los primeros dones de la lista. Puede que uno no tenga nunca la oportunidad de subirse a un púlpito para proclamar a Cristo; pero no hay nadie que no tenga oportunidades todos los días de mostrar el amor de Cristo en obras de servicio a sus semejantes.

(iii) El don de enseñar. No basta con proclamar el mensaje de Cristo; también hay que explicarlo. Es muy posible que uno de los fallos de las iglesias en el tiempo presente esté precisamente ahí. La exhortación y la invitación sin una enseñanza sólida son insuficientes y a veces hasta inútiles.

(iv) El don de la exhortación. La exhortación debe tener una nota dominante, que es dar ánimo. Hay una regla en la marina que es que ningún oficial debe desanimar a otro en el cumplimiento de su deber. Hay una clase de exhortación que desalienta. La verdadera exhortación tiene por objeto, no suspender al oyente sobre las llamas del infierno, sino animarle a disfrutar plenamente de la vida en Cristo.

(v) Está el compartir. Pablo dice que hay que hacerlo con una simpática amabilidad. La palabra que usa Pablo es *haplotés*, que es difícil de traducir porque incluye la sencillez y la generosidad. Un gran comentario cita un pasaje del Testamento de Isacar que ilustra perfectamente el significado de esta palabra:

< Y mi padre me bendijo, viendo que yo me conducía con sencillez (*haplotés*). Yo no era entremetido en mis acciones, ni malintencionado ni envidioso con mi prójimo; no hablaba mal de nadie ni atacaba la vida de nadie, sino miraba a la gente con sinceridad (literalmente: con *haplotés* de mi ojo). Proveía de las cosas buenas de la tierra a los pobres y afligidos con sencillez (*haplotés*) de corazón. Una persona sencilla (*haplús*) no desea oro, ni seduce a su

prójimo, ni se preocupa de alimentos delicados, ni anhela ropas diversas, ni se promete una larga vida, sino recibe solamente lo que Dios quiere para él. Se conduce rectamente y considera todo con sencillez (*haplotés*).

Hay una clase de dar que fisgonea las circunstancias de la persona, que suelta un rollo al dar la ayuda, y da no tanto para aliviar la necesidad del otro como para regodearse en su propia vanidad y satisfacción; que da por un molesto sentido del deber en lugar de un sentimiento radiante de alegría; que da siempre con una segunda intención y nunca por el simple placer de dar. El compartir cristiano es con *haplotés*, la sencilla amabilidad que se deleita en el simple placer de dar, sin otra razón.

(vi) También está el *ser llamado a ocupar un puesto de responsabilidad o de dirección*. Pablo dice que, si somos llamados, debemos hacerlo con celo. Uno de los problemas más difíciles que acechan hoy a las iglesias es encontrar personas responsables para todos sus departamentos. Hay cada vez menos personas con sentido de servicio y de responsabilidad, deseosas de sacrificar su ocio para asumir un cargo directivo. En muchos casos se pretende no estar preparado ni ser digno, cuando la verdad es que no se está dispuesto, o no se tiene suficiente interés. Si tal puesto directivo se asume, dice Pablo, se ha de cumplir con *celo*. Hay dos maneras en las que un anciano de la iglesia puede dar una tarjeta de comunión -para mencionar algo que se hace en Escocia-: puede echarla en el buzón o entregarla personalmente al hacer una visita. Hay dos maneras en que un maestro puede preparar una lección: con mente y corazón entregados, o de una manera rutinaria. Una

persona puede cumplir sus deberes en la iglesia aburrida y monótonamente, o con la alegría y el entusiasmo que da el celo. Las iglesias necesitan ahora líderes con celo en el corazón. Hay una palabra terrible en *Jeremías 48:10*: < Maldito el que hiciere indolentemente la obra del Señor.>

(vi₁) Hay *momentos en los que hay que mostrar compasión*. Y ha de hacerse con amable simpatía, dice Pablo. Se puede perdonar de una forma que resulta un insulto. Se puede perdonar y al mismo tiempo mostrar crítica y desprecio. Si alguna vez hemos de perdonar a un pecador, debemos recordar que nosotros también somos pecadores. < Ese sería yo, si no fuera por la gracia de Dios> -dijo George Whitefield cuando vio a un criminal camino de la horca. Hay una manera de perdonar que empuja al ofensor hacia el sumidero; y hay otra manera que saca del cieno. El verdadero perdón se basa en el amor y no en la superioridad, y redime y no humilla.

DIEZ REGLAS PARA LA VIDA COTIDIANA

Romanos 12:9-13

Vuestro amor debe ser absolutamente sincero. Aborreced lo malo y adheríos a lo bueno. Sed afectuosos en vuestro amor a los hermanos. Conceded prioridad a los demás en lo que reporta honor. No seáis perezosos en lo que requiere celo. Mantened el espíritu al rojo vivo. No dejéis escapar las oportunidades. Regocijaos en la esperanza. Enfrentaos con la tribulación con victoriosa entereza. Sed constantes en la oración. Compartid lo que tengáis para ayudar en sus necesidades a los que están consagrados a Dios. Estad dispuestos a ofrecer hospitalidad.

Pablo ofrece a sus amigos diez reglas telegráficas para la vida ordinaria y cotidiana. Vamos a considerarlas una a una.

i

(i) El amor debe ser absolutamente sincero. No debe tener nada de hipocresía, ni de apariencia, ni de segundas intenciones. Hay tal cosa como un amor interesado que da afecto con un ojo y mira la ganancia con el otro. Hay tal cosa como un amor egoísta cuya meta es recibir más de lo que se da. El amor cristiano está limpio de egoísmo; es dar el corazón antes que nada.

(ii) Debemos aborrecer lo malo y adherirnos a lo bueno. Se ha dicho que nuestra única seguridad frente al pecado está en que nos repela. Fue Carlyle el que dijo que lo que necesitamos es ver la infinita belleza de la santidad y la infinita fealdad del pecado. Las palabras que usa Pablo son fuertes. Se ha dicho que ninguna virtud es fuerte si no es apasionada. Una persona no tiene estabilidad si todo lo que hace es evitar prudentemente el mal y calcular su adhesión al bien; debe odiar el mal y amar el bien. De una cosa tenemos que estar seguros: lo que muchos odian no es el mal, sino sus consecuencias. Nadie es realmente bueno si lo es sólo porque teme las consecuencias de ser malo. El camino a la verdadera bondad no es temer las consecuencias de la deshonra, sino amar apasionadamente la honra.

(iii) Debemos ser afectuosos en nuestro amor a los hermanos. La palabra que usa Pablo es *filostorgos*, y *storgué* es la palabra griega para el amor de la familia. Debemos amarnos porque somos de la familia. No somos extraños para los demás de la iglesia, ni ellos para nosotros. Y mucho menos unidades aisladas. Somos hermanos y hermanas porque tenemos un mismo Padre, Dios.

(iv) Debemos conceder prioridad a los demás en el honor. Más de la mitad de los problemas que surgen en las iglesias es por los derechos y los privilegios y los prestigios. A alguien no se le ha respetado el puesto; se ha olvidado a alguien o no se le han dado las gracias. La señal del verdadero cristiano ha sido siempre y debe ser la humildad. Uno de los hombres más humildes fue

el gran santo e investigador rector Caims. Alguien ha recordado un incidente simpático que le mostraba tal como era. Formaba parte del equipo que presidía una gran conferencia. Cuando él salía por la puerta, en la reunión pública

hubo una gran explosión de aplausos. Caims se puso a un lado, cedió el paso al siguiente y empezó a aplaudirle; no se figuraba que el aplauso era para él. No es fácil ceder a otro el puesto de honor. Hay lo bastante del hombre natural en nosotros como para querer que se nos ponga por delante; pero el cristiano no tiene derechos; sólo deberes.

(v) No debemos ser perezosos en lo que requiere celo. Hay una cierta intensidad en la vida cristiana; no hay lugar para el letargo. El cristiano no puede echarle pachorra a las cosas, porque el mundo es siempre un campo de batalla entre el bien y el mal, el tiempo es corto y la vida es una preparación para la eternidad. El cristiano se puede consumir, pero no oxidar.

(vi) Debemos mantener el espíritu al rojo vivo. El único al que el Señor Resucitado no podía aguantar era el que no era ni caliente ni frío (Apocalipsis 3:1 Ss). Ahora la gente mira con sospecha a los entusiastas; el grito de batalla moderno es: «¡Me importa un rábano!» Pero el cristiano lo toma desesperadamente en serio; está ardiendo para Cristo.

(vij) La séptima advertencia de Pablo puede querer decir una de dos cosas. Los manuscritos antiguos oscilan entre dos lecturas: unos ponen «Servid al Señor», y otros «Servid al tiempo», es decir, «No dejéis escapar las oportunidades.» La razón por la que hay estas variantes es que todos los antiguos amanuenses usaban abreviaturas. Una de las más corrientes era omitir las vocales -como se hace ahora en taquigrafía- y colocar una tilde sobre las restantes letras. Ahora bien: la palabra para Señor es Kyrios, y la de tiempo es kairós; así es que las dos se abreviaban krs. En una sección tan llena de consejos prácticos es lo más probable que Pablo estuviera diciéndoles a sus amigos: «Aprovechad las oportunidades que se os presenten.» La vida nos ofrece toda clase de oportunidades -de aprender algo nuevo, o de podar algo viejo o infructuoso; de dar una palabra de ánimo, o de advertencia; de ayudar, o de consolar. Una de las tragedias de la vida consiste en dejar escapar estas oportunidades que, en la misma forma, no se nos volverán a presentar. Como dice un refrán: «Hay tres cosas que no vuelven: la flecha que se tira, la palabra que se dice y la oportunidad que se pierde.»

(vijj) Tenemos que regocijarnos en la esperanza. Cuando Alejandro Magno estaba haciendo los planes para una de sus campañas en Oriente, estaba repartiendo toda clase de regalos entre sus amigos. En su generosidad ya había dado casi todas sus posesiones. < Señor -le dijo uno de sus amigos-, no te va a quedar nada.» «¡ Sí! -contestó Alejandro-. Me quedarán mis esperanzas.» El cristiano es optimista por naturaleza. Simplemente porque Dios es Dios, el cristiano siempre está seguro de que lo mejor está por venir. No le va aquello del poeta de que «cualquiera tiempo pasado fue mejor.» Como sabe que la Gracia de Dios es siempre suficiente, y que la potencia de Dios se perfecciona en nuestras debilidades, el cristiano sabe que ninguna tarea le vendrá grande. « No hay situaciones desesperadas en la vida; lo que hay son personas que han perdido la esperanza.» No existe tal cosa como un cristiano desesperado o desesperanzado.

(ix) Tenemos que enfrentarnos con la tribulación con victoriosa entereza. Alguien le dijo una vez a un hidalgo sufridor: «El sufrimiento le da color a la vida, ¿verdad?» A lo que él contestó: « Sí; pero yo elijo los colores.» Cuando se cernía sobre Beethoven la terrible perspectiva, ya segura, de una sordera total, dijo: «Cogeré a la vida por el cuello.»

Cuando Nabucodonosor arrojó a los tres israelitas al «horno de fuego ardiendo», se maravilló de que no sufrieran ningún daño, y preguntó si no habían arrojado a tres hombres atados. Cuando le dijeron que sí, él añadió: «Pues yo veo a cuatro, sueltos, andando por las Vainas tan campantes; y el Cuarto tiene el aspecto de un "hijo de los dioses"» (**Daniel 3:24s**). El cristiano se puede enfrentar con lo que sea, siempre que sea con Jesús.

(x) Hemos de ser constantes en la oración. ¿No es verdad que a veces en la vida se nos pasan los días y hasta las semanas sin hablar con Dios? Cuando un cristiano deja de orar, se despoja de la armadura del Todopoderoso. No hay que sorpren-

derse de que la vida se desmorone cuando nos empeñamos en vivirla solos.

(xi) Hemos de compartir lo que tengamos para ayudar a los hermanos necesitados. En un mundo consumista que no piensa más que en conseguir, el cristiano está dispuesto a dar, porque sabe que < perdemos lo que retenemos y tenemos lo que damos.»

(xii) El cristiano ha de estar dispuesto a ofrecer hospitalidad. Una y otra vez insiste el *Nuevo Testamento* en este deber de la puerta abierta (*Hebreos 13:2; 1 Timoteo 3:2; Tito 1:8; 1 Pedro 4:9*). El traductor inglés Tyndale usaba una palabra magnífica cuando ponía aquí que el cristiano debe tener una disposición *de puerto*. Un hogar no puede ser nunca feliz si es egoísta. El Cristianismo es la religión de la mano abierta, el corazón abierto y la puerta abierta.

EL CRISTIANO Y SUS SEMEJANTES

Romanos 12:14-21

Benedicid a los que os persiguen; bendecidlos en vez de maldecirlos. Alegraos con los que están alegres, y llorad con los que lloran. Vivid en armonía con los demás. Guardaos del orgullo, y no os resistáis a asociaros con la gente sencilla. No os creáis más sabios que nadie. No devolváis mal por mal. Procurad que vuestra conducta sea tal que no ofenda a nadie. En lo que dependa de vosotros, vivid en paz con todo el mundo. Queridos hermanos: No tratéis de vengaros de

nadie por vosotros mismos; dejad que sea La Ira la que lo haga por vosotros; porque está escrito: «La venganza me corresponde a Mí; Yo retribuiré, dice el Señor.» Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber. Al hacer eso le amontonas brasas sobre la cabeza. No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

Pablo ofrece una serie de reglas y principios para gobernar nuestras relaciones con nuestros semejantes.

(i) El cristiano debe arrostrar la persecución orando por los que le persiguen. Hace mucho tiempo Platón había dicho que una buena persona prefiere que le hagan mal antes que hacérselo ella a los demás; y odiar siempre es malo. Cuando un cristiano es insultado o maltratado, tiene el ejemplo de su Maestro, Que pidió el perdón de los que Le estaban crucificando.

Una de las más fuertes fuerzas de atracción al Cristianismo ha sido esta serena actitud de perdón que han mostrado los mártires de todos los tiempos. Esteban murió pidiéndole a Dios que perdonara a los que le estaban apedreando (*Hechos 7:60*), entre los cuales había un joven llamado Saulo, que después sería Pablo, apóstol de los gentiles y siervo de Cristo. No cabe duda que el impacto de la escena de la muerte de Esteban fue una de las claves de su conversión. Como dijo Agustín: « La Iglesia debe Pablo a la oración de Esteban.» Muchos perseguidores han llegado a ser seguidores de la fe que trataron de destruir al comprobar cómo perdonan los cristianos.

(ii) Hemos de alegrarnos con los que están alegres, y llorar con los que lloran. Hay pocos lazos tan entrañables como el del dolor compartido. Cierta escritora nos cuenta lo que dijo una mujer americana de color: Una señora de Charleston conocía a la criada negra de una vecina. « He sentido mucho la muerte de su tía Lucy -le dijo-. Debe de echarla usted mucho de menos, porque eran tan amigas...» « Es verdad -contestó la criada-, siento mucho que se haya muerto. Pero no éramos amigas.» « ¿Qué? Yo creía que sí lo eran. Las he visto a ustedes hablar y reírse juntas muchas veces.» « Sí, es verdad -fue su respuesta-;nos reíamos y hablábamos mucho, pero no éramos más que conocidas. ¿Sabe, señorita Ruth? Nunca lloramos juntas. Las personas tienen que llorar juntas para ser amigas.» El lazo que producen las lágrimas une más que nada en el mundo. Y sin embargo es más fácil llorar con los que lloran que alegrarse con los que están alegres. Hace mucho, Crisóstomo escribió sobre este pasaje: «Requiere más talante

cristiano alegrarse con los que están alegres que llorar con los que lloran; porque esto último se hace perfectamente por naturaleza, y no hay nadie tan duro de corazón que no llore con el que pasa por una calamidad; pero lo otro requiere un alma muy noble, que no sólo está libre de la envidia, sino que siente placer con la persona que es estimada.» Es verdad que es más difícil congratularse con el éxito ajeno, especialmente cuando supone una desilusión propia, que sentir el dolor o la pérdida de otro. Sólo cuando estamos muertos al yo podemos regocijarnos en el éxito de otro como si fuera nuestro.

(iii) Hemos de vivir en armonía con los demás. Fue Nelson el que, después de una de sus grandes victorias, dio como la razón de ésta en su informe: «Tuve la dicha de mandar a una compañía de hermanos.» Eso es lo que debe ser una iglesia cristiana: una compañía de hermanos. Leighton escribió una vez: « La forma de gobierno eclesiástico puede ser optativa; pero la paz y la concordia, la amabilidad y la buena voluntad son indispensables.» Cuando la discordia se introduce en la sociedad cristiana, se pierde la esperanza de hacer un buen trabajo.

(iv) Hemos de guardarnos del orgullo y el esnobismo. Tenemos que recordar siempre que el parámetro por el que juzga el mundo no es necesariamente el mismo que usa Dios. La santidad no tiene nada que ver con el rango, la riqueza o el nacimiento. El Dr. James Back describe una escena de una iglesia cristiana primitiva. Se ha convertido una persona importante, y viene al culto por primera vez. Entra en la habitación donde se está celebrando. El que dirige el culto le señala un lugar. « ¿Se quiere sentar ahí, por favor?» -le dice. «No me puedo sentar ahí -le contesta el hombre importante-, porque eso sería sentarme al lado de mi esclavo.» «¿Quiere usted tener la bondad de sentarse ahí?» -le vuelve a indicar el pastor. «Pero -replica el hombre-, ¡no querrá usted que me sienta al lado de mi esclavo!» « ¿Quiere usted sentarse ahí?» -le dice el otro por tercera vez. Por último el hombre importante cruza la habitación, se sienta al lado de su esclavo y le da el beso de paz. Eso es lo que hacía el Cristianismo, que era lo único

que lo podía hacer en el Imperio Romano. La iglesia cristiana era el único lugar en el que se sentaban el amo y el esclavo el uno al lado del otro. Sigue siendo el único sitio en el que todas las diferencias humanas han desaparecido, porque Dios no hace discriminación.

(v) Hemos de procurar que nuestra conducta sea tal que no ofenda a nadie. Pablo insiste en que la conducta cristiana no sólo debe ser buena, sino parecerlo. Hay un supuesto «cristianismo» intransigente y antipático; pero el verdadero Cristianismo es algo que da gusto ver.

(vi) Hemos de vivir en paz con todo el mundo. Pero Pablo añade dos condiciones: (a) Dice si *es posible*. Puede llegar el momento en que las exigencias de la cortesía tengan que ceder el paso a las del principio. El Cristianismo no es una pachorra tolerante que lo acepta todo con los ojos cerrados. Puede que haya momentos en los que hay que librar batallas, y el cristiano no debe evadirlas. (b) Dice *en lo que dependa de vosotros*. Pablo sabía muy bien que a algunos les es más fácil vivir en paz que a otros. Sabía que algunos tienen que contenerse más en una hora que otros en toda la vida. Haremos bien en recordar que la bondad les es considerablemente más asequible a unos que a otros. Eso nos librá de la crítica y del desánimo.

(vij) Hemos de abstenernos hasta de pensar en vengarnos. Pablo da tres razones: (a) La venganza no nos corresponde a nosotros, sino a Dios. En última instancia ningún ser humano tiene derecho a juzgar a otro; sólo Dios puede hacerlo. (b) La

mejor manera de ganarnos a una persona es tratarla con amabilidad en lugar de vengarnos. La venganza puede quebrantar su espíritu; pero la amabilidad quebrantará su corazón. « Si somos amables con nuestros enemigos dice Pablo-, eso amontonará brasas sobre su cabeza.» Eso no quiere decir que hará que le caiga encima un castigo peor, sino que les hará sentir una vergüenza que no podrán soportar, y que los obligará a cambiar. (c) El rebajarnos a vengarnos es dejarnos vencer por el mal. El mal nunca se puede conquistar con el mal. Cuando el odio se encuentra frente al odio, se crece; pero si se encuentra

con el amor, se desintegra. Como decía Booker Washington:

' «No voy a **permitir que ninguna persona me haga rebajarme a odiarle.**» **La única manera de dejar de tener enemigos es hacernos sus amigos.**

EL CRISTIANO Y EL ESTADO

Romanos 13:1-7

Que cada cual preste la debida obediencia a dos que están en puestos de autoridad, porque no hay autoridad a la que Dios no le haya asignado su esfera; porque ha sido Dios Quien ha colocado en su sitio a las autoridades que existen. Esto quiere decir que el que se opone a una autoridad realmente se está oponiendo al orden de cosas que Dios ha establecido. Los que se oponen a la autoridad se acarrearán un merecido castigo. Porque, el que vive honradamente no es el que tiene que tenerles miedo a los gobernantes, sino el que hace lo que no debe. ¿Quieres no tener que temer a la autoridad? Pues vive como es debido, y las autoridades no podrán decir de ti nada más que cosas buenas, porque los que están al servicio de Dios están para tu bien. Si haces lo que no debes, entonces sí que debes tener miedo; porque no en vano tiene poder para dictar sentencia de muerte el que está en autoridad, ya que está al servicio de Dios, y su misión es aplicar ira y venganza al que lleva mala vida. Por eso es por lo que debes someterte, no sólo por temor a la ira, sino por causa de la conciencia.

Por esta misma razón debes también pagar los impuestos; porque los que están en autoridad son siervos de Dios y esa es su misión. Dale a cada uno lo que le es debido: al que se le deba pagar tributo, págaselo; a los que impuestos, lo mismo; al que se deba tener respeto, trátale con respeto. Al que se le deba mostrar honor, muéstraselo.

La primera impresión que nos hace este pasaje es muy extraña. Parece aconsejar al cristiano una sumisión total al poder civil. Pero, de hecho, este es un mandamiento que aparece en todo el *Nuevo Testamento*. En *1 Timoteo 2:1* s leemos: «Insisto en que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en posiciones de autoridad, para que vivamos tranquilamente y en paz, piadosamente y con respeto en todos los sentidos.» En *Tito 1:3*, el consejo al predicador es: «Recuérdales que sean sumisos a los gobernantes y a las autoridades, que sean obedientes, que estén siempre dispuestos a hacer las cosas honradamente.» En *1 Pedro 2:13-17* leemos: «Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al emperador como jefe supremo, o a los gobernantes que aquél envía para castigar a los que obran mal y recompensar a los que bien. Porque la voluntad de Dios es que, viviendo honradamente, hagáis callar la ignorancia de algunos tontos... Tened respeto a todos los hombres. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al emperador.»

Puede que nos dé la tentación de suponer que estos pasajes provienen de un tiempo cuando el gobierno romano no había empezado a perseguir a los cristianos. Sabemos, por ejemplo, que en el *Libro de los Hechos*, como hizo notar Gibbon, el tribunal de los magistrados paganos fue a menudo el refugio más seguro contra la furia del populacho judío. Una y otra vez vemos a Pablo recibiendo protección de manos de la justicia imperial romana. Pero lo interesante y significativo es que muchos años y hasta siglos después, cuando la persecución había empezado a rugir y se consideraba a los cristianos fuera de la ley, los líderes cristianos seguían diciendo exactamente lo mismo.

Justino Mártir (*Apología 1:17*) escribe: «En todas partes nosotros estamos más dispuestos que nadie y nos esforzamos por pagar a los funcionarios que asignáis los impuestos ordinarios y extraordinarios, como Jesús nos ha enseñado. No damos culto nada más que a Dios, pero en otros respectos os servimos

de buena gana, reconociéndoos como reyes y gobernantes, y orando para que, con vuestro poder real, se os conceda también sano juicio.» Atenágoras, suplicando la paz de los cristianos, escribe (*capítulo 37*): «Merecemos consideración porque oramos por vuestro gobierno, para que podáis recibir el reino de la manera más justa, el hijo del padre, y que vuestro imperio aumente y se acreciente hasta que toda la humanidad os esté sujeta.» Tertuliano (*Apología 30*) escribe extensamente: «Ofrecemos oración por la salud de nuestros príncipes a nuestro Dios eterno, verdadero y vivo, cuyo favor ellos deben desear más que ninguna otra cosa... Sin cesar, por todos nuestros emperadores ofrecemos oración. Oramos para que se les prolongue la vida; para que haya seguridad en el imperio; por protección para la casa imperial; por ejércitos valerosos, por un senado fiel, por un pueblo virtuoso, por la paz del mundo -por todo, en fin, lo que el emperador pueda desear, como hombre o como César.» Y sigue diciendo que el cristiano no puede por menos de apreciar al emperador, porque «es llamado por nuestro Señor para ejercer su cargo.» Y

concluye diciendo que « el César es más nuestro que vuestro, porque nuestro Dios es el que le ha nombrado.» Arnobio (4:36) declara que en las reuniones de los cristianos «se pide la paz y el perdón para todos los que están en autoridad.»

Era la constante y reconocida enseñanza de la Iglesia Cristiana que había que obedecer y orar por el poder civil, aunque estuviera personificado en un Nerón.

¿Qué pensamiento y creencia hay detrás de todo esto?

(i) En el caso de Pablo había una razón inmediata para que hiciera hincapié en la obediencia civil. Los judíos eran notorios como rebeldes. Palestina, y especialmente Galilea, estaba bullendo constantemente de insurrección. Sobre todo, estaban los celotas, que estaban convencidos de que no debía haber más rey para los judíos que Dios, y que no se debía pagar tributo a nadie más que a Dios. Tampoco se conformaban con una resistencia pasiva. Creían que Dios no los ayudaría más que si se embarcaban en acción violenta para ayudarse a sí mismos.

Su intención era hacer cualquier gobierno civil imposible. Se los conocía como los «dagados». Eran nacionalistas fanáticos conjurados para usar métodos terroristas, no sólo contra los romanos, sino hasta el punto de destruir las casas, quemar las cosechas y hasta asesinar a las familias de sus compatriotas judíos que pagaran tributo al Imperio Romano.

Pablo no le encontraba ningún sentido a una actitud así. Esa era la negación más absoluta de la conducta cristiana. Y sin embargo, por lo menos para una parte de la nación judía, eso era lo normal. Puede que Pablo estuviera escribiendo aquí tan claramente porque quería disociar el Cristianismo de cualquier insurreccionismo judío, y dejar totalmente claro que los cristianos eran buenos ciudadanos.

(ii) Pero hay algo más que una situación coyuntural en la relación entre los cristianos y el estado. Puede ser verdad que Pablo tuviera en mente las circunstancias que causaban las insurrecciones judías, pero tenía otras cosas también. Lo primero y principal es que nadie puede ni debe disociarse totalmente de la sociedad en la que vive. Nadie puede, en conciencia, optar por desligarse de la nación. Como parte de ella, disfruta de ciertos beneficios que no podría tener si viviera aislado; pero no puede reclamar los privilegios y evitar las obligaciones. De la misma manera que forma parte del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, también forma parte del cuerpo de la nación; no hay tal cosa en el mundo como individualismo aislacionista. La persona tiene deberes para con el estado, que debe cumplir aunque el que esté en el trono sea Nerón.

(iii) El ciudadano debe al estado la protección. Era una de las ideas platónicas que el estado existe para garantizar la justicia y la seguridad, y para proteger al hombre de las bestias y de «los» bestias, es decir, de la gente salvaje, dentro y fuera del país. «La gente -se ha dicho- se reunía como un rebaño detrás de un muro para sentirse a salvo.» Un estado es esencialmente un cuerpo de personas que se han aliado para mantener ciertas relaciones mutuas mediante el cumplimiento de ciertas leyes. Sin esas leyes y el consentimiento general de

cumplirlas, el malvado fuerte y egoísta se haría con el poder; el más débil estaría indefenso; la vida no tendría más ley que la de la selva. Todas las personas ordinarias deben su seguridad al estado, y tienen por tanto una responsabilidad para con él.

(iv) La gente ordinaria debe al estado una gran gama de servicios que viviendo individualmente no podría disfrutar. Sería imposible que todos tuviéramos agua corriente, alcantarillado, electricidad, transporte y un largo etcétera. Todo esto sólo es posible cuando se está de acuerdo en vivir en sociedad. No estaría bien que uno disfrutara de todo lo que provee el estado sin cumplir sus obligaciones. Esa es una razón que obliga al cristiano a ser un buen ciudadano y cumplir todos sus deberes como tal.

(v) Pero la principal razón que veía Pablo era que el Imperio Romano era el instrumento divinamente ordenado para salvar al mundo del caos. Quitad el imperio, y el mundo se desintegraría en pavesas. Fue en realidad la *pax romana* lo que hizo posible la expansión misionera del Cristianismo. Idealmente las personas deben estar unidas por el amor cristiano; pero no lo están; y el cemento que las mantiene unidas es el estado.

Pablo vio en el estado un instrumento en las manos de Dios para preservar al mundo del caos. Los administradores del estado estaban cumpliendo un papel importante en una gran tarea. Lo supieran o no, estaban haciendo un trabajo ordenado por Dios, y el deber del cristiano es ayudar y no dificultar.

LAS DEUDAS QUE HAY QUE PAGAR

Y LA QUE NUNCA SE PUEDE PAGAR

Romanos 13:8-10

No le debáis nada a nadie, a excepción del amor; porque el que ama a los demás ya ha cumplido la Ley. Los mandamientos No adulteres, No mates, No robes, No codicies, y todos los demás- se resumen en éste:

«Ama a tu prójimo como a ti mismo.» El amor no le hace mal al prójimo; así que el amor es el perfecto cumplimiento de la Ley.

El pasaje anterior trataba de lo que se podrían llamar las deudas sociales de las personas. El versículo 7 mencionaba dos de esas deudas: lo que Pablo llama *tributo*, y lo que llama *impuestos*. Entiende por *tributo* el que tenían que pagar los ciudadanos de una nación sometida. Las tres clases de contribuciones que imponía el Imperio Romano eran: (a) Una contribución sobre *el suelo*, que se pagaba o en dinero o en especie -una décima parte del grano, un quinto del vino y de los productos del campo-. (b) El impuesto sobre la renta, que era del uno por ciento de los ingresos. (c) El impuesto de capitación, que pagaban todos los comprendidos entre catorce y sesenta y cinco años. Por *impuestos* Pablo entendía los locales -de aduanas, importación y exportación; por el uso de ciertas carreteras y puentes; los de entrada en mercados y puertos; por tener derecho a poseer un animal o un carro-. Pablo insistía en que los cristianos deben pagar los tributos e impuestos al estado y a las autoridades locales, aunque sean gravosos.

Y luego pasa a las deudas *privadas*. Dice: «No le debáis nada a nadie.» Puede parecer que eso no hacía falta decirlo; pero había algunos que tergiversaban la petición del padrenuestro -«Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores»- como una razón para pedir que se le perdonaran las obligaciones económicas. Pablo tenía que recordarle a su gente que el Cristianismo no es una disculpa para dejar de cumplir las obligaciones que tenemos con nuestros semejantes, sino al contrario: es una razón para cumplirlas a rajatabla.

Luego sigue hablando de la única deuda que el cristiano tiene que pagar todos los días y que, sin embargo, no acaba de saldar nunca: la deuda de amor que tiene con todos los hombres. Orígenes decía: « La deuda del amor sigue con nosotros permanentemente y nunca nos deja; es una deuda que devolvemos todos los días y que debemos siempre.» Pablo

mantiene que si una persona trata de cumplir esta deuda de amor honradamente, cumplirá automáticamente todos los mandamientos. No cometerá adulterio; porque, cuando dos personas se dejan llevar por sus pasiones, no lo hacen porque se quieren demasiado, sino porque se quieren demasiado poco; en el amor verdadero hay respeto y dominio propio que nos libra del pecado. No matará; porque el amor no trata de destruir, sino de edificar; es siempre amable, y tratará de destruir, no al enemigo, sino la enemistad, convirtiéndola en amistad. No robará; porque el amor tiene más interés en dar que en tomar. No codiciará; porque la codicia (*epithimia*) es un deseo incontrolado de cosas prohibidas, y el amor limpia el corazón desterrando de él el mal deseo.

Hay un dicho famoso: « Ama, y haz lo que quieras.» Si el amor mana abundantemente en el corazón; si toda la vida está dominada por el amor a Dios y al prójimo, uno no necesita más ley.

LA ADVERTENCIA DEL TIEMPO

Romanos 13:11-14

Además hay otra cosa: daos cuenta del tiempo en que vivís, y que ya es hora de que os despertéis del sueño en que vivíais; porque ahora estáis más cerca de la Salvación que cuando os convertisteis. La noche está en las últimas, y se acerca el día; así que dejémonos ya de lo que se hace en la oscuridad y pongámonos la armadura de la luz. Comportémonos como los que ven lo hermosa que es la vida, es decir, como los que viven de día, y no ya en jaranas ni borracheras, en inmoralidad y desvergüenza, en rivalidades y peleas. En una palabra: Vestíos del Señor Jesucristo, y dejaos ya de vivir como si no tuvierais más propósito que el satisfacer los deseos de la naturaleza humana sin Cristo.

Como tantos grandes hombres, Pablo era consciente de la brevedad del tiempo. A Andrew Marvell le parecía estar oyendo siempre: «La carroza alada del tiempo se apresura...» Keats también estaba obsesionado con el temor de dejar de ser antes de que su pluma hubiera espigado los últimos productos de su cerebro.

Pero había más en el pensamiento de Pablo que la indiscutible brevedad del tiempo. Esperaba la Segunda Venida de Cristo. Era la esperanza inminente de la Iglesia Primitiva, y por tanto no olvidaba la obligación de estar preparada. Esa esperanza se ha ido haciendo más tenue e imprecisa; pero queda un hecho permanente: ninguno sabemos cuándo Dios nos va a llamar para que dejemos el mundo y vayamos con Él. El tiempo se va acortando, porque cada día estamos más cerca de su final. Debemos estar preparados.

Los últimos versículos de este pasaje no se olvidarán jamás, porque fueron clave en la conversión de Agustín de Hipona. El mismo nos lo cuenta en sus confesiones: Estaba paseando por un jardín, con el corazón apesadumbrado por su fracaso moral, y no hacía más que exclamar angustiosamente: « ¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana y mañana... ¿por qué no ahora? ¿Por qué no ha de ser esta hora el final de mi depravación?» De pronto le pareció oír una voz que decía: « ¡Toma y lee! ¡Toma y lee!» Parecía la voz de un chiquillo; pero, por más que lo intentó, no pudo recordar ningún juego infantil en el que se dijeran esas palabras. Volvió a toda prisa al lugar en que estaba sentado su amigo Alipio, donde había dejado un volumen de los escritos de Pablo. « Lo tomé con ansia -cuenta Agustín- y leí en silencio el primer pasaje en que se posaron mis ojos: « No andemos en jaranas ni borracheras, en inmoralidad y desvergüenza, en rivalidades y peleas. En una palabra: Vestíos del Señor Jesucristo, y dejaos ya de vivir como si no tuvierais más propósito que el satisfacer los deseos de la naturaleza humana sin Cristo.» Ni quise

ni necesité leer más. Al acabar esa frase, como si la luz de la certeza me hubiera inundado el corazón, todas las sombras de la duda se

dispersaron. Puse el dedo en la página, y cerré el libro; me volví hacia Alipio con el rostro tranquilo, y se lo conté.» Dios había hablado a Agustín desde Su Palabra. Fue Coléridge el que dijo que creía que la Biblia estaba inspirada «porque me encuentra a mí.» La Palabra de Dios siempre puede encontrar al corazón humano.

Es interesante fijarse en los seis pecados que selecciona Pablo como, digamos, típicos de la vida sin Cristo.

(i) Está la *jarana (kómos)*. Es una palabra muy interesante. En un principio *kómos* designaba a la banda de amigos que acompañaban hasta su casa a un vencedor en los juegos, cantando sus alabanzas y celebrando su triunfo. Luego llegó a significar una banda de gamberros que recorrían las calles de la ciudad de noche armando jaleo. Describe la clase de jarana que deshonra a los que participan en ella y molesta a todos los demás.

(ii) Está la *borrachera (methé)*. Los griegos la consideraban de lo más desagradable. Eran un pueblo que bebía vino. Hasta los niños lo bebían. Llamaban al desayuno *akratisma*, que consistía en una rebanada de pan mojada en vino. Pero, con todo y con eso, la borrachera les parecía algo vergonzoso; porque bebían el vino bastante diluido, y lo bebían porque el agua no siempre era más inofensiva. Este era un vicio que no sólo los cristianos, sino también los paganos respetables despreciaban.

(iii) Estaba la *inmoralidad (koité)*. *Koité* quiere decir literalmente *cama*, y *suele* tener el sentido de una cama prohibida o deshonrosa. Este era un pecado característico del paganismo. La palabra sugiere la actitud del que no da ningún valor a la fidelidad, y que busca el placer donde y cuando quiere.

(iv) Está la *desvergüenza (asélgueia)*. *Asélgueia* es una de las palabras más feas de la lengua griega. No describe simplemente la inmoralidad, sino al que ha perdido totalmente la vergüenza. La mayor parte de la gente trata de ocultar sus malas acciones; pero no el hombre que se ha vendido a la *asélgueia*. A ese no le importa que le vean, ni la clase de espectáculo que es, ni lo que la gente piense de él. *Asélgueia* es la cualidad del que se atreve a hacer públicamente lo que sería vergonzoso para cualquiera de sus semejantes.

(v) Está la *rivalidad (eris)*. *Eris* es el espíritu que nace de la competencia desembocada y despiadada. Viene del ansia de posición y poder y prestigio, y del odio a que le sobrepasen. Es esencialmente el pecado que coloca el yo por delante, y es por tanto la negación total del amor cristiano.

(vi) Está la *envidia (zélós)*. *Zélós* no tiene que ser una palabra mala. En español tiene sentidos contrarios según se use en singular -celo- o en plural -celos-. Puede describir la noble emulación del que, cuando se encuentra ante la nobleza de carácter, desea alcanzarla. Pero también puede querer decir la envidia que resiente la nobleza y la preeminencia de otro. Aquí describe el espíritu que no se da por satisfecho con lo que tiene, y que mira con envidia todo lo que obtienen los demás merecidamente.

RESPETAR LOS ESCRÚPULOS

Romanos 14:1

Haced que se sienta bienvenido entre vosotros el que es débil en la fe, pero no para luego ponerlos a criticarle sus escrúpulos.

Pablo se está refiriendo aquí a algo que puede que fuera un problema temporal y local de la iglesia de Roma, pero que se presenta con mucha frecuencia en las iglesias y requiere solución. En la iglesia de Roma parece que había dos tendencias. Algunos creían que la libertad cristiana había desterrado los viejos tabúes; que ya no tenían sentido las antiguas leyes relativas a los alimentos, y que el Cristianismo no tenía que ver con guardar ciertos días como si tuvieran un carácter especial. Pablo deja bien claro que ésta es la actitud de la verdadera fe cristiana. Por otra parte, había algunos que estaban llenos de

escrúpulos: creían que no se podía comer carne, y que había que cumplir rigurosamente la ley del sábado. Pablo llama a los superescrupulosos *débiles en la fe*. ¿Qué quería decir?

Se puede ser débil en la fe por dos razones:

(i) Porque todavía no se ha descubierto el sentido de la libertad cristiana, y en el fondo se sigue siendo legalista y se ve el Cristianismo como una serie de reglas y reglamentos.

(ii) Porque uno no se ha liberado todavía de la fe en la eficacia de las obras, y cree que puede ganar el favor de Dios haciendo ciertas cosas y renunciando a otras. En el fondo está intentando ganarse la debida relación con Dios y no ha aceptado el camino de la Gracia; todavía está pensando más en lo que él puede hacer por Dios que en lo que Dios ha hecho por él.

Pablo exhorta a los *hermanos fuertes* a que reciban con cortesía a los *hermanos débiles* y que no los asedien constantemente con sus críticas.

Este problema no se limitó a los días de Pablo. Aún sigue habiendo en las iglesias dos puntos de vista. Uno es el más liberal, que no ve ningún peligro en muchas cosas y considera que ciertos placeres inocentes no, tienen por qué estar en contra del Evangelio. Y hay otro punto de vista más estrecho que se ofende de muchas cosas que los más liberales consideran aceptables.

Pablo nos deja ver que sus simpatías están con el punto de vista más amplio; pero, al mismo tiempo, dice que hay que recibir con simpatía cristiana a esos hermanos más débiles que vienen a la iglesia. Cuando nos encontramos con alguien que tiene un punto de vista más estrecho hay tres actitudes que debemos evitar:

(i) Debemos evitar *la irritación*. El ponernos negros con estas personas no conduce a ninguna parte. Por muy en desacuerdo que estemos con ellas, debemos tratar de comprender y respetar su punto de vista.

(ii) Debemos evitar *poner en ridículo*. A todo el mundo le hiere que se rían de algo que considera que tiene valor. No es ningún «peccadillo insignificante» el burlarse de la fe de otro.

Tal vez nos parezcan prejuicios más que creencias; pero nadie tiene derecho a reírse de lo que otro considera sagrado. Además, la risa no hará que el otro salga de su estrechez, sino le hará encerrarse más dentro de su concha y volverse más rígido.

(iii) Debemos evitar *el desprecio*. Está muy mal considerar al más estrecho como un estúpido anticuado y despreciar sus puntos de vista. El punto de vista de una persona es cosa suya, y hay que tratarla con respeto. No podremos nunca atraer a otro a nuestra posición si no le mostramos un respeto genuino a la suya. De todas las actitudes que podamos adoptar con los demás, la más incompatible con la fe de Cristo es el desprecio.

Antes de concluir con este versículo tenemos que advertir que hay otra traducción perfectamente posible: «Haced que se sienta bienvenido entre vosotros el que es débil en la fe, pero no le metáis en seguida en discusiones sobre cosas que sólo pueden suscitar dudas.» Hay cristianos cuya fe es tan fuerte que no hay cuestiones ni debates que la puedan hacer vacilar; pero hay otros que tienen una fe sencilla que se puede inquietar innecesariamente con discusiones intelectuales. En las dos actitudes puede haber nobleza o extremismos perjudiciales; porque a veces, «el fuerte» cae en el orgullo de considerarse superior y despreciar al «débil» por su ignorancia o escrúpulos; o «el débil» igualmente, dándose las de verdaderamente creyente y piadoso, critica al «fuerte» por su intelectualismo mundano y su libertinaje.

Puede que en nuestro tiempo guste más de la cuenta discutir por discutir. Es pernicioso dar la impresión de que el Cristianismo consiste en una serie de cuestiones en discusión. «Hemos descubierto -dice G. K. Chesterton- todas las preguntas que se pueden plantear. Ya es hora de que dejemos de buscar preguntas, y nos apliquemos a buscar respuestas.» «Dime algo de tus certezas decía Goethe-, que yo ya tengo bastantes dudas.» Hay una buena regla que se debería tener en cuenta en cualquier discusión: aunque sea una discusión desconcertante, y aunque haya sido sobre cuestiones que no tienen una

solución clara, siempre se debe concluir con una *afirmación*. Puede que muchas preguntas queden sin contestación, pero debe haber alguna certeza que permanezca.

TOLERANCIA PARA OTROS PUNTOS DE VISTA

Romanos 14:2-4

Un creyente tiene la fe suficiente para creer que puede comer de todo; mientras que otro tiene una fe débil, y no come más que verduras. Que el que come de todo no desprecie al que no lo hace; y que el que no come de todo no critique al que sí lo hace; si Dios los ha recibido, nosotros debemos recibirlos también. Además, ¿quién eres tú para juzgar al esclavo ajeno? Lo que le hace aceptable o inaceptable es lo que piense de él su amo... ¡Y es aceptable, porque para su Amo lo es!

Aquí aparece una de las cuestiones que se debatían en la iglesia de Roma. Había algunos que no observaban leyes especiales en relación con la comida ni respetaban ciertos tabúes, y que comían de todo; y había otros que concienzudamente se abstendían de la carne y eran vegetarianos. Había muchas sectas y religiones en el mundo antiguo que observaban leyes estrictas de comida; entre ellas, los judíos. En *Levítico 11* tenemos una lista de los animales cuya carne se puede comer y de los que no. Una de las sectas judías más estrictas eran los esenios: tenían comidas de la comunidad a las que iban bañados y con ropas especiales. Los alimentos tenían que prepararlos los sacerdotes, o no se podían comer. Pitágoras enseñaba que el alma humana es una deidad caída confinada en el cuerpo como en una tumba; creía en la reencarnación, por medio de la que al alma le podía corresponder habitar en una persona, en un animal o en una planta, en la cadena internábil del ser. La liberación de esa cadena del ser se obtenía por medio de una

pureza y disciplina rigurosas. La disciplina incluía el silencio, el estudio, el examen de conciencia y la abstención de la carne en las comidas. En casi todas las iglesias cristianas habría quienes siguieran alguna de esas leyes o tabúes.

Es una forma del problema anterior. En la iglesia había un partido más estrecho y otro más liberal. Pablo indefectiblemente señala el peligro que podía surgir. Era de esperar que el partido más liberal despreciara los escrúpulos del más estrecho; y aún

más, que el partido más estrecho emitiera juicios condenatorios contra lo que ellos consideraban la laxitud del partido más liberal. La situación es tan acusada y peligrosa en las iglesias de hoy como lo era en tiempos de Pablo.

Para salirle al paso, Pablo establece un gran principio: Nadie tiene derecho a criticar al esclavo de otro. El esclavo no tiene que dar cuenta nada más que a su amo. Ahora bien: todos somos *esclavos* de Dios. No nos corresponde a nosotros criticar a los demás, y menos condenarlos. Ese derecho sólo Le corresponde a Dios. No somos nosotros los que tenemos que decir si es aceptable o inaceptable nadie; y Pablo añade que, si una persona vive honradamente de acuerdo con sus principios, es aceptable para Dios.

Muchas iglesias se han dividido porque los que tienen puntos de vista más amplios tienen una actitud despectiva hacia los que consideran conservadores cerrados o fundamentalistas; y porque los que tienen una actitud más estricta censuran a los que se reservan el derecho de hacer lo que los otros consideran malo. No nos corresponde a nosotros condenarnos unos a otros. «Os ruego por las entrañas de Cristo -decía Cromwell a los rígidos escoceses de su tiempo- que tengáis en cuenta la posibilidad de que estéis equivocados.» Debemos desterrar de la comunión de la iglesia tanto la censura como el desprecio, y dejar todos los juicios a Dios; lo nuestro debe ser simpatizar y comprender.

DIFERENTES CAMINOS CON EL MISMO DESTINO

Romanos 14: Ss

Un creyente guarda un día especial; otro los considera todos iguales. Pues que cada cual esté convencido de lo que hace. El que guarda un día especial lo hace para el Señor. El que come, come delante del Señor, porque Le da gracias. EL que se abstiene de ciertos alimentos, lo hace delante de Dios, porque también Le da gracias a Dios.

Pablo introduce otra situación en la que puede haber diferencias entre los más estrechos y los más anchos. Las personas más rigurosas dan mucha importancia a guardar ciertas fechas. Eso era especialmente característico de los judíos. En más de una ocasión Pablo tuvo problemas con los que guardaban escrupulosamente las fiestas. A los gálatas les escribió: «Guardáis los días, las lunas, las estaciones y los años... ¡Me temo que he estado trabajando para nada con vosotros!» (*Gálatas 4: IOs*). Y a los colosenses: «Que nadie os critique por cuestiones de comida o bebida, o en relación con fiestas, lunas nuevas o sábados. Estas cosas no son más que la sombra de lo que ha de venir; pero su contenido pertenece a Cristo» (*Colosenses 2:16s*). Los judíos habían convertido el sábado en una tiranía, rodeándolo de una jungla de reglas y prohibiciones. No es que Pablo quisiera acabar con el día del Señor; eso de ninguna manera. Lo que temía era una actitud que de hecho creía que el Cristianismo consistía en guardar un día especial.

El Cristianismo es mucho más que guardar el día del Señor. Cuando Mary Slessor pasó en solitario tres años en la selva, a menudo se confundía de día, porque no tenía calendario. «Una vez la encontraron celebrando el culto en lunes, y otra vez arreglando el tejado en domingo creyendo que era lunes.» Nadie va a pretender que los cultos de Mary Slessor eran menos válidos por tenerlos en lunes, o que estaba quebrantando un mandamiento por trabajar en domingo. Pablo no habría negado jamás que el día del Señor es especialmente precioso; pero habría insistido igualmente en que no se convirtiera en una tiranía, y menos en un fetiche. No es el día lo que hemos de reverenciar, sino a Aquél a Quien ofrecemos el culto porque es el Señor de todos los días.

A pesar de todo, Pablo pide que haya simpatía entre los hermanos más estrechos y los más anchos. Su argumento es que, a pesar de las diferencias de práctica, su invalidad es la misma. En sus diferentes actitudes en relación con los días, todos creen que están haciendo la voluntad de Dios; y cuando se sientan a comer, unos comen carne y otros no, pero todos dan gracias a Dios. Haremos bien en recordarlo. Si yo quiero ir de Glasgow a Londres, hay varias rutas que puedo seguir. De hecho podría llegar a mi destino sin pasar por los mismos lugares que otro viajero que saliera del mismo sitio y llegara al mismo sitio que yo. Según Pablo es el destino lo que nos une, y no debemos dejar que las diferencias de método nos dividan.

Pero sí insiste en una cosa: Sea cual sea el camino que escoja, que cada cual esté convencido de lo que hace. Sus acciones deben estar inspiradas, no en la *convención*, sino en la *convicción*. Uno no debe hacer nada simplemente porque los otros lo hacen, ni porque está dominado por un sistema de tabúes más o menos supersticiosos; sino porque se lo ha pensado y ha llegado a la conclusión de que, por lo menos él, eso es lo que tiene que hacer.

Pablo hubiera añadido algo más: Que nadie pretenda hacer de su conducta la regla universal para todos los demás. Esta ha sido, de hecho, una de las maldiciones de las iglesias. Los seres humanos tenemos la tendencia a considerar que nuestra manera de hacer las cosas es la única perfecta, incluido el culto a Dios. T. R. Glover cita en algún lugar lo que decía Cambridge: «Sea lo que sea lo que tienes entre manos, hazlo conforme a tu leal saber y entender; pero recuerda que otro lo haría de otra manera.» Haríamos bien en no olvidar que, en muchos

casos, es nuestro deber tener convicciones; pero también dejar que los demás tengan las suyas sin tomarlos por publicanos o pecadores.

LA IMPOSIBILIDAD DEL AISLAMIENTO

Romanos 14:7-9

La razón de todo lo dicho es que no hay nadie que viva ni muera para sí solo; porque, ya sea que vivamos o que muramos, vivimos o morimos para el Señor, porque somos Su propiedad. Fue para esto para lo que Cristo murió y resucitó otra vez a la vida: para ser el Señor tanto para los que viven como para los que mueren.

Pablo presenta el hecho innegable de que es por naturaleza imposible vivir una vida independiente. No hay tal cosa en el mundo como un individuo totalmente aislado. De hecho, eso es verdad en dos sentidos. < El hombre -decía Macneile Dixon- tiene que ver con los dioses y con los mortales. » Nadie puede desligarse, ni de sus semejantes ni de Dios.

Hay tres dimensiones en las que uno no puede desligarse:

(i) No se puede aislar del *pasado*. No hay nadie que se haya hecho a sí mismo. «Soy parte -decía Ulises- de todo lo que me he encontrado.» Todos hemos recibido una tradición. Somos una amalgama de todo lo que nuestros antepasados nos han hecho. Ciertamente que cada uno hace algo en esa amalgama; pero no empieza desde cero. Para bien o para mal empieza con todo lo que el pasado le ha hecho. La innumerable nube de testigos no sólo le rodea, sino que está en él. No se puede disociar del tronco del que ha salido o de la roca de la que ha sido extraído.

(ii) No se puede aislar del *presente*. Vivimos en una civilización que nos va uniendo cada vez más estrechamente. Nada que haga una persona la afecta solamente a ella. Cada uno tiene el tremendo poder de hacer a otros felices o desgraciados con su conducta; y el poder todavía más tremendo de hacer a otros buenos o malos. Cada persona irradia una influencia que les hace a otros seguir el camino hacia arriba o hacia abajo. Las obras de cada cual tienen consecuencias que afectan más o menos a otros. Cada persona está envuelta en el paquete de la vida, del que no puede escapar.

(iii) No se puede aislar del *futuro*. Como recibe la vida, así la transmite. Comunica a sus hijos una herencia de vida física y de carácter espiritual. No es una unidad hermética, sino un eslabón de la cadena. Alguien ha contado lo que le pasó a un chico que iba a lo suyo, y que empezó a estudiar biología. Estaba viendo por el microscopio algunas de esas criaturas que se pueden ver nacer y producir otras y morir en un instante de tiempo. Cuando se levantó, dijo: < Ahora sé que soy un eslabón de la cadena, y ya no quiero ser más un eslabón flojo. » Nuestra tremenda responsabilidad está en lo que dejamos de nosotros mismos en el mundo al dejarlo en otros. El pecado sería algo mucho menos terrible si solamente afectara al que lo comete. Nos debe infundir santo temor el pensar que cada pecado empieza o continúa una cadena de maldad en el mundo.

Y una persona puede desligarse todavía menos de Jesucristo.

(i) En esta vida Cristo es una Presencia viva para siempre. No tenemos que hablar de vivir como si Cristo nos viera; es que Él nos ve. Toda vida se vive en Su Presencia. Es tan imposible escapar del Cristo Resucitado como de nuestra propia sombra: no hay posibilidad de dejárnosle atrás, ni de hacer nada que Él no pueda ver.

(ii) Ni siquiera la muerte nos puede apartar de Su Presencia. En este mundo vivimos en la Presencia invisible de Cristo; en el siguiente viviremos en Su Presencia visible. La muerte no es una sima que acaba en la total eliminación, sino una puerta que conduce a Cristo.

Ningún ser humano puede seguir una política de

aislacionismo. Está ligado a sus semejantes y a Cristo por lazos que no pueden romper ni el tiempo ni la eternidad. Nadie puede vivir ni morir para sí mismo.

PERSONAS A JUICIO

Romanos 14:10-12

¿Quién eres tú para juzgar a tu hermano por nada? ¿Y tú, el otro, qué te has creído que eres para despreciar a tu hermano? Porque todos vamos a comparecer ante el tribunal de Dios; porque está escrito: «Tan cierto como que Yo estoy vivo -dice Dios-, a Mí se doblarán todas las rodillas, y todas las lenguas confesarán su fe en Dios. » Así que cada cual dará cuenta a Dios por sí.

Hay una razón fundamental por la que no tenemos derecho a juzgar a ningún otro, y es que cada uno de nosotros estamos pendientes de juicio. Es de esencia de nuestra condición humana que no estamos para juzgar a nadie, sino para ser juzgados. Para demostrarlo, Pablo cita *Isaías 45:23*.

Cualquier judío estaría de acuerdo con Pablo en esto. Había un dicho rabínico: «No te imagines que la tumba va a serte un refugio seguro; porque independientemente de tu voluntad fuiste formado, y naciste, y vives, y morirás, y tendrás que rendir

cuentas ante el Rey de reyes, el Santo, bendito sea.» Dios es el único que tiene derecho a juzgarnos; el que está pendiente de juicio no puede erigirse en juez.

Pablo ha estado pensando en la imposibilidad de la vida aislada. Pero hay una situación en la que cada uno estará aislado, y es ante el tribunal de Dios. En los tiempos antiguos de la república romana, en la esquina del foro que estaba más lejos del capitolio estaba *el tribunal*, en el que el *praetor urbanus* se sentaba para hacer justicia. Cuando Pablo escribía esto, la justicia romana necesitaba más de un tribunal; así que,

en las grandes basílicas, es decir, las columnatas que rodeaban el foro, se sentaban los magistrados para hacer justicia. Los romanos estaban familiarizados con la escena del acusado que se presentaba a juicio ante el tribunal.

Eso es lo que pasa con todas las personas. Y es un tribunal ante el que nos hemos de presentar uno a uno. En este mundo, a veces se le aplican a uno los méritos de otro. A muchos jóvenes los ha librado del castigo la honorabilidad de sus padres; muchos hombres han obtenido gracia a causa de su esposa o hijos. Pero en el juicio de Dios cada uno tiene que responder por sí. A veces, cuando muere algún personaje, se ponen encima del ataúd los ropajes y emblemas de sus títulos o méritos; pero el muerto no lleva esas cosas consigo. Nacemos desnudos, y desnudos partimos de este mundo. Nos encontramos ante Dios en la tremenda soledad de nuestra alma; ante Él no podemos presentar más que el carácter que hemos forjado durante la vida.

Sin embargo, esa no es toda la verdad. No nos encontramos solos ante el tribunal de Dios, porque Jesucristo está con nosotros. No tenemos que presentarnos despojados de todo, sino cubiertos con Sus méritos. El escritor y periodista Collin Brooks escribe en uno de sus libros: < Puede que Dios sea más benévolo de lo que pensamos. Si no puede decir: < ¡Bien hecho, buen y fiel siervo!», puede que acabe diciendo: "No te preocupes, mal e infiel siervo mío: no me disgustas del todo."» Esa era la manera graciosa en que ese hombre expresaba su confianza; pero es más que eso: no es sólo que a Dios no le disgustamos del todo; es que, aunque somos pecadores, nos ama por amor de Jesucristo. Es verdad que tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios en la desnuda soledad de nuestra propia alma; pero, si hemos vivido con Cristo en el mundo, El estará con nosotros en la muerte, y será nuestro Abogado y nuestro Pastor en la Eternidad.

EL HOMBRE Y LA CONCIENCIA DE SU PRÓJIMO

Romanos 14:13-16

Así es que, dejemos ya de dictar sentencia contra los demás, y más bien sea ésta nuestra única decisión: proponernos no ponerle a nuestro hermano ningún tropiezo ni escándalo en el camino. Yo sé muy bien, y estoy convencido de ello como cristiano, que nada es impuro por sí. Pero también, si alguien piensa que algo es impuro, para él sí que lo es. Si haces que tu hermano se escandalice de que comas alguna cosa, ya no te estás conduciendo de acuerdo con el principio que establece el amor. No causes una desgracia irreparable con lo que comas a una persona por la que Cristo dio Su vida.

Los estoicos enseñaban que había muchas cosas que ellos llamaban *adiáfora*, es decir, *indiferentes*. En sí eran neutrales, ni buenas ni malas. Los estoicos lo explicaban diciendo que todo depende del mango por el que las cojas. Ahora bien: eso es indudablemente cierto. Un cuadro puede ser una obra de arte para un estudiante de pintura, mientras que para otra persona es una cosa obscena. Una conversación puede ser interesante y estimulante para un grupo de personas, y una sarta de herejías y hasta de blasfemias para otros. Una diversión, un placer, un pasatiempo pueden ser totalmente permisibles para unos, y prohibidos para otros. Más aún: hay placeres que son inofensivos para una persona, y que pueden hacerle un daño irreparable a otra. Las cosas no son en sí ni limpias ni inmundas; lo que determina su carácter es la actitud de la persona que las ve o hace.

Eso es lo que Pablo nos quiere decir aquí. Hay ciertas cosas que una persona que está firme en la fe puede considerar que puede hacer; pero, si una persona con una mentalidad más rigurosa la ve hacerlo, no le parecerá bien; y si es inducida a hacerlo, su conciencia puede sufrir un daño irreparable. Vamos

a poner un ejemplo sencillo. Una persona sinceramente no ve nada malo en participar en algún juego en domingo; pero a otra no le parece bien y le molesta; y si se la indujera a tomar parte en aquello, estaría sintiéndose mal todo el tiempo y creyendo que está haciendo lo que no debería hacer.

El consejo de Pablo es claro: *Es un deber cristiano el tener en cuenta no sólo nuestro punto de vista, sino también el de los demás*. Fijémonos bien que Pablo no nos está diciendo que debemos someter nuestra conducta a los dictados de las conciencias de otros. Hay cosas que son en esencia cuestiones de principio, y exigen una decisión personal. Pero hay muchas que son indiferentes y neutras; muchas no son ni buenas ni malas en sí; muchas no son partes esenciales de la vida o de la conducta, y pertenecen a la categoría de lo que pudiéramos llamar «los extras». La convicción de Pablo es que, en relación con esas cosas, no tenemos derecho a ofender la conciencia de hermanos más escrupulosos haciéndolas nosotros; y, menos, induciéndolos a que las hagan ellos.

La vida debe regirse por el principio del amor; y cuando así es pensaremos, no tanto en el derecho que tenemos a hacer las cosas a nuestra manera, como en nuestra responsabilidad hacia los demás. No tenemos derecho a inquietar la conciencia ajena

en cosas que no tienen importancia. No se debe usar la libertad cristiana como excusa para lacerar los sentimientos de otros. Ningún placer es tan importante como para justificar causar ofensa o dolor, y menos ruina, a otros. Agustín de Hipona solía decir que toda la ética cristiana se puede resumir en el dicho: «Ama a Dios, y haz lo que quieras.» En cierto sentido es cierto; pero el Cristianismo no consiste sólo en amar a Dios, sino también en amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

EL PELIGRO DE LA LIBERTAD CRISTIANA

Romanos 14:17-20

No permitas que el buen don que posees de la libertad se convierta en algo que te desacredite; porque el Reino de Dios no consiste en comida y bebida, sino en la integridad, la paz y el gozo que son los dones del Espíritu Santo. Porque la persona que dirige su vida de acuerdo con este principio, y así llega a ser esclavo de Cristo, Le es agradable a Dios y aceptable a los hombres. Así que sigamos con atención las cosas que contribuyen a la paz y las que nos edifican mutuamente. No destruyamos lo que Dios está haciendo por causa de la comida. Es verdad que todas las cosas nos están permitidas, pero no está bien que uno les haga la vida más difícil a los demás por lo que come.

En esencia Pablo se está refiriendo aquí al peligro y al abuso de la libertad cristiana. Para un judío, la libertad cristiana tenía sus peligros; porque toda su vida había estado asediado por innumerables reglas y disposiciones: unas cosas eran limpias y otras inmundas; unos animales se podían comer y otros no; había que cumplir las leyes de la pureza ritual. Cuando un judío entraba en el Cristianismo se encontraba con que todas esas reglas y disposiciones se habían anulado de golpe; y el peligro era que tomara el Evangelio como una licencia para hacer lo que le diera la gana. Debemos recordar que la libertad cristiana y el amor cristiano siempre están en armonía. Tenemos que mantenernos en la verdad de que la libertad cristiana y el amor fraternal son inseparables.

Pablo les recuerda a los suyos que el Cristianismo no consiste en comer y beber lo que a uno se le antoje. Consiste en tres cosas muy grandes, que son opuestas al *egoísmo*.

(i) Está *la integridad*, que consiste en portarse con Dios y con los hombres como es debido. Ahora bien: lo primero que se le debe a un semejante en la vida cristiana es simpatía y consideración; en el momento en que nos convertimos a Cristo, los sentimientos de los demás son más importantes que los nuestros; el Cristianismo quiere decir poner a los demás en primer lugar, y al yo en último. No podemos darle al otro lo que le debemos y hacer lo que nos dé la gana.

(ii) Está *la paz*. En el Nuevo Testamento, la paz no es simplemente la supresión de las hostilidades; no es una actitud negativa, sino intensamente positiva; incluye todo lo que contribuye al mayor bien. Los mismos judíos muchas veces consideraban la paz como un estado de relaciones perfectas entre los hombres. Si nos empeñamos en que la libertad cristiana es hacer lo que nos dé la gana, la paz no se puede conseguir nunca. El Cristianismo consiste en *una relación personal* con Dios y con nuestros semejantes. La libertad cristiana limita con la obligación cristiana de vivir en la debida relación, en *paz*, con nuestros semejantes.

(iii) Está *el gozo*. El gozo cristiano no es nunca egoísta. No consiste en hacernos felices a nosotros mismos, sino a los demás. Una supuesta felicidad que hace a otros infelices no puede ser cristiana. Si uno, en su búsqueda de la felicidad, hiere el corazón e intranquiliza la conciencia de otro, el resultado que coseche no será gozo, sino tristeza. El gozo cristiano no es individualista, sino interdependiente. El cristiano experimenta el gozo cuando se lo produce a otros, aunque le reporte limitaciones.

Cuando uno vive de acuerdo con este principio llega a ser esclavo de Jesucristo. Aquí está el meollo de la cuestión. La libertad cristiana quiere decir que somos libres para hacer, no lo que queramos, sino lo que Cristo quiere. Sin Cristo somos esclavos de nuestros hábitos, placeres e indulgencias. No hacemos realmente lo que queremos, sino lo que nos tiene esclavizada la voluntad. Pero cuando entra en nosotros el poder de Cristo, Él es nuestro dueño, y entonces y sólo entonces tenemos la verdadera libertad. Entonces somos libres, no para tratar a los demás ni para vivir nuestra vida de la manera que nos

dictaba antes nuestra naturaleza egoísta. Somos libres para mostrar a todos nuestros semejantes la misma actitud de amor que hubo también en Cristo Jesús.

Pablo concluye estableciendo la meta cristiana en la comunidad. (a) Es una meta de *paz*; la finalidad de que los miembros de la comunidad mantengan entre sí la debida relación. Una iglesia en la que hay rivalidades y disensiones, peleas y amargura, divisiones y roturas, ha perdido el derecho a llamarse iglesia cristiana. No es un fragmento del Reino de los Cielos, sino una sociedad apresada por lo terreno. (b) Es una meta de *edificación*. La alegoría de la Iglesia como un edificio se encuentra en todo el *Nuevo Testamento*. Los miembros somos las piedras del edificio. Todo lo que debilita la solidez de la Iglesia está contra Dios; y también, todo lo que la consolida y fortalece es de Dios.

Lo trágico es que en muchos casos son cosas sin importancia las que alteran la paz entre los hermanos, cuestiones de orden y de procedimiento y de prestigio. Amanecería una nueva era en la Iglesia si nos diéramos cuenta de que nuestros derechos son mucho menos importantes que nuestras obligaciones; si recordáramos que, aunque tenemos libertad en Cristo, siempre es una

ofensa usarla como si nos diera derecho a herir el corazón o la conciencia de otros. A menos que la iglesia sea un cuerpo de personas que, en amor, se tienen mutua consideración, no es iglesia.

RESPECTO HACIA EL HERMANO MÁS DÉBIL

Romanos 14:21-23

Está bien no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada que le haga más difícil al hermano el proseguir su camino. Por lo que se refiere a vosotros, ya tenéis fe suficiente para saber que estas cosas no tienen importancia, así que dejadlas que sean algo entre vosotros y Dios. Feliz el que nunca tiene motivo para condenarse a sí mismo haciendo lo que ha llegado a comprender que tiene derecho a hacer. Pero el que tiene dudas acerca de comer algo incurre en la desaprobación de Dios si lo come, porque su decisión no procede de su fe.

Otra vez volvemos a que lo que está bien para uno puede causar la ruina a otro. El consejo de Pablo es muy práctico.

(i) Les aconseja a los que son fuertes en la fe. Esos saben que lo que se coma o se beba no hace ninguna diferencia. Han comprendido el principio de la libertad cristiana. Bien; entonces, que esa libertad sea algo entre ellos y Dios. Han alcanzado ese nivel en la fe, y Dios sabe que lo han alcanzado. Pero eso no es razón para hacer gala de esa libertad a la cara de los que no la han alcanzado todavía. Muchos han insistido en los derechos de su libertad, y luego se han arrepentido cuando han visto las consecuencias de su presunción.

Una persona puede que llegue a la conclusión de que su libertad cristiana le da derecho a hacer un uso razonable del alcohol; y por lo que a ella respecta, puede que sea un placer perfectamente inofensivo y que no le pone en ningún peligro. Pero tal vez hay otra persona más joven que admira a la primera, que la ve y sigue su ejemplo. Y es posible que la más joven resulte una de esas personas para las que el alcohol es fatal. ¿Está bien que el cristiano más fuerte use su libertad para dar un ejemplo que bien puede llevar a la ruina a su admirador más débil? ¿O debería limitar su libertad, no por causa de sí mismo, sino por causa del que va siguiéndole?

No cabe duda de que lo cristiano es aceptar las limitaciones en nuestra libertad por amor a otros. Si no se ejercita esto, se puede encontrar uno con que algo que pensó genuinamente que le estaba permitido le ha llevado a otro a la ruina. Es seguro que es mejor imponerse esas limitaciones deliberadas que tener el remordimiento de saber que el placer que uno reclamaba como un derecho ha traído la muerte a otro. Una y otra vez, en todas las esferas de la vida, el cristiano arrostra el hecho

de que tiene que examinarlo todo, no sólo por lo que le pueda afectar a él, sino también por lo que pueda afectar a otros. Todos somos en cierto sentido guardianes de nuestros hermanos; responsables, no sólo de nosotros mismos, sino también de los que están en contacto con nosotros. «Su amistad me trajo la ruina» -dijo Robert Bums de un hombre mayor que conoció en Irvine cuando estaba aprendiendo el arte de hilar el lino. ¡Quiera Dios que nadie pueda decir eso de nosotros porque hemos abusado de nuestra libertad en Cristo!

(ii) Pablo les da consejo a los que son débiles en la fe, que tienen una conciencia excesivamente escrupulosa. Estos puede que desoigan o desobedezcan sus propios escrúpulos. Puede que alguna vez hagan algo porque ven a otros hacerlo, y no quieren ser diferentes. Puede que lo hagan porque no quieren quedar en ridículo o hacerse impopulares. La respuesta de Pablo es que el que desafía su conciencia es culpable de pecado. Si cree que algo está mal, entonces, si lo hace, a esa persona se le cuenta como pecado. Una cosa neutral se convierte en buena solamente cuando se hace con la sincera y razonada convicción de que lo es. Nadie es el guardián de la conciencia de otro; y en las cosas indiferentes la conciencia de cada cual debe ser el árbitro de lo que está bien o mal.

LA COMUNIÓN FRATERNAL

Romanos 15:1-6

Los que somos fuertes tenemos la obligación de soportar las debilidades de los que no lo son, y no hacer las cosas a nuestro gusto. Que cada cual obre teniendo en cuenta a su prójimo, de manera que sirva para el bien y la edificación en la fe de los demás. Porque el Ungido de Dios no hacía lo que le venía en gana; sino, como está escrito: «Los insultos de los que te insultaban recayeron sobre Mí.» Todo aquello que se escribió hace mucho tiempo era para nuestra enseñanza; para que nos mantengamos firmes en la esperanza por medio de la fortaleza y el ánimo que nos dan las Escrituras. ¡Que el Dios que nos infunde fortaleza y ánimo os conceda convivir en armonía como Jesucristo quiere, para que se eleve al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo la alabanza que procede de corazones que latán y de voces que resuenen al unísono!

Pablo está tratando todavía de los deberes mutuos de los miembros de la iglesia, y especialmente de los más fuertes hacia los más débiles en la fe. Este pasaje nos da un resumen maravilloso de las señales que deben caracterizar la comunión fraternal.

(i) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la consideración* entre los miembros. Cada uno debe pensar, no sólo en sí mismo, sino en los demás. Pero esta consideración no debe degenerar en una laxitud facilona y sensiblera. Debe ir encaminada al bien y a la edificación en la fe del otro. No es una tolerancia que surge del pasotismo y de la falta de interés, sino la tolerancia que sabe que, para ganar a una persona, hay que arroparla con un ambiente de amor, y no bombardearla con una batería de críticas.

(ii) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *el estudio de la Palabra de Dios*. De allí debe proceder nuestro *ánimo*. Desde este punto de vista la Escritura nos provee de dos cosas: (a) Nos informa de la relación que Dios ha tenido con una nación, un informe que es la demostración de que siempre es mejor estar en buena relación con Dios y sufrir, que estar a bien con los hombres y evitarse problemas. Los acontecimientos de la historia de Israel demuestran que al final les va bien a los buenos y mal a los malos. La Biblia demuestra, no que el camino de Dios es siempre fácil, pero sí que a fin de cuentas es lo que hace que la vida tenga buenos resultados en el tiempo y en la eternidad. (b) Nos comunica las grandes y preciosas promesas de Dios. Se dice que

Alexander White tenía la costumbre de decir un versículo cuando se marchaba de una visita pastoral; y añadía: < Póntelo debajo de la lengua y chúpalo como un caramelo. » Estas son las promesas de un Dios que nunca falta a Su Palabra. De estas maneras la Biblia comunica al que la estudia consuelo en la aflicción y ánimo en la lucha.

(iii) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la entereza*, que es una actitud del corazón ante la vida. De nuevo nos encontramos con esta gran palabra *hypomoné*. Es mucho más que paciencia; es la capacidad victoriosa que puede con la vida; la entereza que no se limita a aceptar las cosas, sino que, al aceptarlas, las transforma en gloria.

(iv) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la esperanza*. El cristiano es siempre optimista, y nunca pesimista. La esperanza cristiana no es algo que no cuesta nada. No es la esperanza inmadura que es optimista porque no ve las dificultades ni se ha enfrentado con las experiencias de la vida. Se podría pensar que la esperanza es prerrogativa de los jóvenes; pero un gran artista no lo veía así. Cuando Watts pintó < La Esperanza », la pintó como una figura combatida y asediada a la que sólo le quedaba una cuerda en la lira. La esperanza cristiana lo ha visto todo y lo ha sufrido todo; pero no desespera, porque cree en Dios. No es esperanza en el espíritu, la bondad o el éxito humanos, sino en el poder de Dios.

(v) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la armonía*. Por muy adornada que esté una iglesia, por muy perfectas que sean su liturgia y su música, por muy generosas que sean sus colectas, habrá perdido lo más esencial de la comunión cristiana si le falta la armonía. Esto no quiere decir que no debe haber diferencias de opinión, o que no deben producirse discusiones ni debates; pero sí quiere decir que los que están en la iglesia ya han resuelto el problema de la convivencia. Están absolutamente seguros de que el Cristo que los une es infinitamente más grande que las diferencias que puedan tener.

(vi) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la alabanza*. Una prueba certera para conocer a una persona es preguntar si el principal registro de su voz es la queja descontenta o la jubilosa acción de gracias. < ¿Qué puedo hacer yo, que soy un pobre vejete cojo decía Epicteto-, sino darle gracias a Dios? » El cristiano debe gozar de la vida, porque goza de Dios. Se llevará el secreto consigo mismo; porque siempre estará seguro de que Dios hace que todo contribuya a su bien.

(vii) Y la esencia de la cuestión es que la comunión cristiana tiene el ejemplo, la inspiración y la dinámica de Jesucristo. Él no se agradó a Sí mismo. La cita que hace Pablo está tomada del *Salmo 69:9*. Es significativo que, cuando Pablo habla de *soportar* las debilidades de otros, usa la misma palabra que se aplica a Cristo llevando la cruz (*bastazein*). Cuando el Señor de la Gloria eligió servir a otros en lugar de buscar su propia seguridad, estableció un modelo que debe aceptar todo el que trate de ser Su seguidor.

LA IGLESIA INCLUSIVA

Romanos 15:7-13

Así que, aceptaos mutuamente como Cristo os aceptó, para que Dios sea alabado. Lo que quiero decir es que Cristo se hizo servidor de la raza y de la manera judía de vivir por causa de la verdad de Dios, no sólo para garantizar las promesas que habían recibido los antepasados de Israel, sino también para que los gentiles alabaran a Dios por Su misericordia. Escrito está: «Por tanto, alabaré a Dios entre los gentiles y cantaré a Tu Nombre. » Y en otro lugar: «Regocijaos, gentiles, con Su pueblo. » Y en otro lugar: «Alabada Dios, vosotros todos los gentiles, y que todos los pueblos Le alaben. » E Isaías también dice: «Vivirá el Pimpollo de Jesé, es decir, el

Que ascenderá para gobernar a los gentiles; en Él pon-

drán los gentiles sus esperanzas.» ¡Que el Dios de esperanza os llene de la alegría y de la paz de la fe, para que reboséis esperanza por el poder del Espíritu Santo!

Pablo hace el último llamamiento para que todos los de la iglesia estén de consuno, para que los débiles y los fuertes en la fe se vean como parte del mismo cuerpo, para que judíos y gentiles vivan en perfecta comunión. Puede que haya diferencias, pero no hay más que un Cristo, y el lazo de unión es la común lealtad a Él. La Obra de Cristo fue para los judíos y para los gentiles. Nació judío y sometido a la Ley judía. Eso fue para que se cumplieran todas las grandes promesas que Dios había hecho a los antepasados del pueblo de Israel, y para que viniera la Salvación a los judíos en primer lugar. Pero Cristo vino no sólo para los judíos, sino para toda la humanidad.

Para probar que esto no son sus propias ideas heréticas, Pablo cita cuatro pasajes. Los cita de la *Septuaginta*, que era la versión griega del *Antiguo Testamento*. Los pasajes se encuentran en el *Salmo 18:50*; *Deuteronomio 32:43*; *Salmo 117:1*, e *Isaías 11:10*. En todos ellos encuentra Pablo anuncios antiguos de la entrada de los gentiles en la fe. Está convencido de que, de la misma manera que Jesucristo vino al mundo para salvar a todos los hombres, la Iglesia debe recibirlos a todos sin tener en cuenta sus diferencias. Cristo fue un Salvador incluyente, y por tanto Su Iglesia debe ser incluyente y no excluyente.

A continuación, Pablo vuelve a hacer resonar las notas clave del Evangelio. Las grandes palabras de la fe cristiana irradian su luz una tras otra.

(i) Está *la esperanza*. Es fácil a la vista de la experiencia desesperar de uno mismo. Y al considerar los acontecimientos es fácil desesperar del mundo. Alguien ha contado lo que sucedió en una iglesia en tiempos difíciles. Empezó la reunión el presidente con una oración: «Todopoderoso y eterno Dios, Cuya Gracia es suficiente para todas las necesidades», etcétera. Cuando terminó, se empezó con el orden del día, y el presidente lo inició diciendo: «Caballeros, la situación de esta iglesia es totalmente desesperada, y no se puede hacer nada.» O su oración era vacía y sin sentido, o su afirmación posterior era falsa.

Hace ya mucho que se dijo que no hay situación desesperada, sino sólo personas que han llegado a una condición desesperada. Se dice que había una reunión del gabinete en los días aciagos de la última guerra, inmediatamente después de la capitulación de Francia, Winston Churchill presentó la situación en toda su negrura. El Reino Unido se había quedado solo. Hubo un profundo silencio cuando acabó de hablar, y en algunos rostros se dibujaba la desesperación; algunos de los presentes habrían optado por la rendición. Mr. Churchill recorrió con la mirada aquella triste compañía, y les dijo: «Caballeros, lo encuentro inspirador.»

Hay algo en la esperanza cristiana que no pueden apagar todos los augurios tenebrosos, y es la convicción de que Dios está vivo. Nadie está sin esperanza mientras exista la Gracia de Jesucristo; y no hay situación desesperada mientras exista el poder de Dios.

(ii) Está *el gozo*. El placer y el gozo son diferentes a más no poder. Los filósofos cínicos declaraban que el placer es el mal absoluto. Antístenes hizo la extraña afirmación de que «preferiría estar loco a estar contento.» Su argumento era que «el placer es sólo la pausa entre dos dolores.» Si uno tiene ansiedad por algo, eso es un dolor; si lo obtiene, satisface la ansiedad y se produce una pausa en el dolor; disfruta aquello, pero es un placer pasajero, y el dolor vuelve. Verdaderamente, así es como se experimenta el placer. Pero el gozo cristiano no depende de nada que esté fuera de nosotros; mana de la consciencia de la presencia del Señor Resucitado, de la certeza de que nada nos puede separar del amor de Dios en Él.

(iii) Está *la paz*. Los antiguos filósofos buscaban lo que llamaban *ataraxia*, la vida imperturbable. **Deseaban la serenidad que no pueden inquietar** ni los golpes adversos de la fortuna ni las punzadas molestas de la pasión. Se podría decir

que hoy **en día la serenidad es un paraíso perdido**. Hay dos cosas que la hacen imposible:

(a) *La tensión interior*. Se vive una vida distraída -porque la palabra *distraer* quiere decir literalmente «apartar, desviar, alejar» (DRAE); los componentes de la personalidad humana están dispersos y enemistados. Mientras llevemos dentro una guerra civil, una personalidad dividida, está claro que no puede haber serenidad. Sólo hay una salida a esta situación, y es rendirse a Cristo. Cuando Cristo está en control, la tensión desaparece.

(b) *La preocupación por las cosas externas*. Muchos viven apesadumbrados por los azares y avatares de la vida. Cuenta H. G. Wells que se encontraba una vez en un transatlántico en el puerto de Nueva York. Había mucha niebla, de la cual salió inesperadamente otro transatlántico, y los dos se pasaron a pocos metros de distancia. Se encontró de pronto cara a cara con lo que él llamaba la gran peligrosidad general de la vida. Es difícil no preocuparse, porque el ser humano es por naturaleza una criatura que mira hacia adelante con sospecha o miedo. Lo único que puede acabar con esa preocupación es la absoluta convicción de que, pase lo que pase, Dios no causará a sus hijos ninguna lágrima inútil. Nos pasarán cosas que no podamos entender; pero si estamos seguros del amor de Dios, las podremos aceptar con serenidad, aunque hieran el corazón o desazonen la mente.

(iv) Está *el poder*. Aquí tenemos la necesidad suprema del ser humano: no es que no sepamos lo que está bien; lo difícil es hacerlo. El problema consiste en salir al paso de las cosas y conquistarlas; hacer que se haga realidad lo que llama Wells «el esplendor secreto de nuestras intenciones.» Eso es algo que no podemos hacer solos. Sólo podremos dominar la vida cuando la

marea del poder de Cristo cubre nuestra debilidad. Por nosotros mismos no podemos hacer nada; pero todo es posible con Dios.

LAS PALABRAS REVELAN AL HOMBRE

Romanos 15:14-21

Hermanos, yo estoy completamente seguro de que vosotros, tal como sois, estáis llenos de bondad, repletos de conocimiento y capacitados para daros buenos consejos unos a otros. Os escribo con un cierto atrevimiento, como si dijéramos, con el propósito de recordaros lo que ya sabéis. Mi razón para hacerlo es la gracia que Dios me ha dado al hacerme siervo de Jesucristo para con los gentiles y encomendarme el sagrado ministerio de proclamar el Evangelio; y mi propósito es hacer que los gentiles sean una ofrenda aceptable a Dios, consagrada por el Espíritu Santo. Ahora bien, como cristiano tengo una buena razón para sentir un legítimo orgullo en mi trabajo en el servicio de Dios. Puedo decir esto porque no me atrevería a hablar más que de las cosas que Cristo ha realizado por medio de mí, en palabra y en obra, por el poder de señales y milagros, y por el poder del Espíritu Santo, para traer a los gentiles a la obediencia a Cristo. Así es que, partiendo de Jerusalén y rodeando Ilírico, he llevado a cabo el anuncio de la Buena Noticia del Ungido de Dios. Pero siempre ha sido mi ambición anunciar la Buena Noticia, no donde ya se haya predicado el Nombre de Cristo; porque quiero evitar el construir sobre el cimiento que haya echado otro; sino más bien, como dice la Escritura: «Verán aquellos a los que no se han anunciado las Buenas Nuevas, y entenderán los que nunca las habían escuchado.»

Este es uno de los pasajes que revelan mejor el carácter de Pablo. Está llegando al final de la carta, y quiere preparar el terreno para la visita que espera hacerles pronto a los romanos. Aquí vemos algo por lo menos de su secreto para ganar almas.

(i) Pablo se nos revela como *un hombre de tacto*. No hay aquí ninguna reprensión. No se enfada con los hermanos de Roma ni adopta el tono de un maestro defraudado. Les dice sencillamente que no hace otra cosa que recordarles lo que ya saben muy bien, y les asegura que está convencido de que ellos están preparados para servir al Señor y a sus semejantes. Pablo estaba mucho más interesado en lo que un hombre podía llegar a ser que en lo que ya era. Veía los defectos con claridad meridiana, y los trataba con total fidelidad; pero todo el tiempo estaba pensando, no en la criatura desgraciada que era un hombre, sino en la espléndida criatura que podría llegar a ser.

Se cuenta que una vez Miguel Ángel, cuando se puso a tallar un imponente y deforme bloque de mármol, dijo que lo que quería era liberar al ángel que estaba prisionero en la piedra. Así era Pablo. No quería dejar a un hombre fuera de combate a golpes; no quería criticar para desanimar; hablaba con sinceridad y hasta con severidad, pero siempre con el deseo de ayudar al hombre a ser el que podía llegar a ser aunque todavía no había llegado a serlo.

(ii) La única gloria que Pablo se atribuía era que él era *siervo de Cristo*. La palabra que usa (*leiturgós*) es una gran palabra. En la antigua Grecia había ciertas obligaciones con el estado que se llamaban *liturgias* (*leiturgíai*), que unas veces se imponían y otras las asumían voluntariamente los que amaban al país. Había cinco de esos servicios voluntarios de los que se encargaban los ciudadanos patriotas.

(a) Uno era *jorégua*, que era el deber de proporcionar un coro. Cuando Esquilo, Sófocles y Eurípides estaban produciendo sus inmortales dramas, en cada uno de ellos intervenía un coro hablando en verso. Había grandes festividades como las de la Ciudad Dionisia en las que se representaban hasta dieciocho obras dramáticas nuevas. Los que amaban a su ciudad se ofrecían para reunir, mantener, instruir y equipar a un coro a sus expensas.

(b) Otro servicio era la *gymnasiarjía*. Los atenienses estaban divididos en diez tribus, y eran grandes atletas. En alguno **de los grandes festivales había famosas carreras de antorchas en las que competían los equipos de las diferentes tribus**. A veces hablamos todavía de *llevar* o de *pasar la antorcha*. El ganar la carrera de las antorchas era un gran honor, y había entusiastas que corrían con los gastos de seleccionar, mantener y entrenar al equipo que había de representar a su tribu.

(c) Otro servicio era la *hestiasis*. Había ocasiones en las que las tribus se reunían para compartir una comida y una fiesta común; y había hombres generosos que se encargaban de los gastos de tales concentraciones.

(d) Otro servicio era la *arjethoría*. A veces la ciudad de Atenas mandaba una embajada a otra ciudad, o a consultar el oráculo de Delfos o de Dodona. En tales ocasiones todo tenía que hacerse de forma que mantuviera el honor de la ciudad; y había patriotas que sufragaban voluntariamente los gastos de esas embajadas.

(e) Otro servicio era la *triérarjía*. Los atenienses eran el gran poder naval del mundo antiguo; y una de las cosas más patrióticas de las que uno se podía encargar era costear voluntariamente los gastos de mantenimiento de un trirreme o barco de guerra durante un año.

Ese es el fondo de la palabra *leiturgós*. En años posteriores, cuando se perdió el patriotismo, estas liturgias dejaron de ser voluntarias y se hicieron obligatorias. Más tarde la palabra llegó a usarse para cualquier clase de servicio; y más tarde todavía se reservó especialmente para el culto y el servicio de los dioses en los templos. Pero la palabra siempre conservó el matiz de

servicio generoso. De la misma manera que en los tiempos antiguos un hombre ofrecía su fortuna en el altar del servicio a su querida Atenas, y lo consideraba un honor y una gloria, así Pablo se ponía todo él en el altar del servicio a Cristo, y estaba orgulloso de ser siervo de tal Señor.

(iii) Pablo se veía a sí mismo, en el mismo esquema de cosas, como *un instrumento en las manos de Cristo*. No hablaba de lo que había hecho él, sino de lo que Cristo había hecho con él. Nunca dijo de nada: « ¡Yo lo hice!» Siempre

decía: «Cristo me usó para hacerlo.» Se dice que el cambio en la vida de D. L. Moody llegó cuando fue a un culto y oyó decir al predicador: « ¡Está por ver lo que el Espíritu Santo podría hacer con un hombre que se le entregara totalmente y sin reserva!» Y Moody se dijo: « ¿Por qué no he de ser yo ese hombre?» Y todo el mundo sabe lo que el Espíritu de Dios hizo con D. L. Moody. Las cosas empiezan a suceder cuando una persona deja de pensar en lo que puede hacer por sí misma y empieza a pensar en lo que Dios puede hacer con ella.

(iv) La ambición de Pablo era ser *un pionero*. Se dice que, cuando Livingstone se ofreció voluntario a la Sociedad Misionera de Londres, le preguntaron adónde le gustaría ir. « Me da igual -contestó-, con tal de que sea hacia adelante.» Y cuando llegó a África le fascinaba el humo de mil poblados que veía en la distancia. La única ambición de Pablo era llevar la Buena Nueva de Dios a los que todavía no la habían escuchado. Usa el texto de *Isaías 52:15* para expresar su propósito. Un antiguo himno evangélico español expresa en el coro la misma voluntad:

¡Adelante siempre, - Adelante siempre!
Peleemos con valor,
¡Adelante siempre, - Adelante siempre!
Prosigamos con ardor
Con Jesús delante, - Con Jesús delante
Y es nuestra la victoria
Hasta verle en la gloria.
¡Adelante siempre!

PROYECTOS PRESENTES Y FUTUROS

Romanos 15:22-29

Y esa es la razón por la que en muchas ocasiones se me ha cerrado el camino para ir a vosotros. Pero ahora, puesto que ya no tengo más campo de trabajo en estas áreas, y dado que desde hace muchos años he tenido muchas ganas de ir a vosotros, cuando vaya a España espero veros de camino; y espero también, después de disfrutar por un tiempo de vuestra compañía, que me ayudéis a proseguir mi camino lo más pronto posible. Pero de momento voy de camino a Jerusalén para prestarles un servicio a los que están consagrados a Dios allí; porque Macedonia y Acaya han resuelto hacer una colecta para los pobres de entre los que están consagrados a Dios en Jerusalén, porque esa era su resolución, y es verdad que están en deuda con ellos; porque, si los gentiles han recibido una parte de los beneficios espirituales, ellos también están en deuda con ellos de prestarles servicio en las cosas materiales. Cuando haya llevado a cabo este asunto, y haya entregado debidamente completos los regalos que traigo para ellos, me pondré en camino hacia España pasando por vosotros. Sé que cuando vaya a veros, llegaré llevándoos una bendición abundante de parte de Cristo.

Aquí tenemos a Pablo hablando de sus planes inmediatos y más futuros.

(i) Su plan futuro era venir a España. Había dos razones por las que deseaba venir. La primera era que España era la tierra más occidental de Europa. Era, en cierto sentido, el límite del mundo civilizado, y eso ya era suficiente para hacer que Pablo quisiera visitarla para predicar el Evangelio aquí. Pablo quería llegar con el Evangelio al NON PLUS ULTRA, al último extremo más allá del cual ya no se creía que había más tierras.

(ii) En aquel tiempo florecía en España una verdadera galaxia de genios. Muchos de los más grandes hombres del Imperio eran españoles: Lucano, el poeta épico; Marcial, el maestro del epigrama; Quintiliano, el más grande preceptor de oratoria de su tiempo. Sobre todos y sobre todo, Séneca, el gran filósofo estoico, preceptor y luego primer ministro de Nerón, era español. Puede que Pablo estuviera diciéndose a sí mismo que podrían suceder cosas maravillosas si España fuera ganada para Cristo.

(iii) Su plan inmediato era ir a Jerusalén. Había tenido un proyecto que era muy querido a su corazón: había organizado que se hiciera una colecta entre las iglesias más jóvenes para la iglesia madre de Jerusalén. No cabe duda de que esa colecta sería muy necesaria. En una ciudad como Jerusalén, muchos de los empleos disponibles tendrían relación con el Templo y sus servicios. Todos los sacerdotes y las autoridades del Templo eran saduceos, que eran los más acérrimos enemigos de Jesús. Por tanto, debe de haber sucedido que muchos, cuando se convertían a Cristo en Jerusalén, perdían el empleo y quedaban en la más

completa necesidad. La ayuda que pudiera venirles de las iglesias más jóvenes sería un notable alivio. Pero había por lo menos otras tres razones de peso por las que Pablo tenía tanto interés en llevar aquella ofrenda a Jerusalén.

(a) Para él personalmente suponía el pago de una deuda y un deber. Cuando se llegó al acuerdo de que Pablo fuera el apóstol de los gentiles, lo único que le habían pedido los líderes de la iglesia de Jerusalén había sido que se acordara de los pobres (*Gálatas 2:10*). «Cosa que siempre tuve mucho interés en hacer» decía Pablo. Él no era un hombre capaz de olvidar un compromiso o una deuda; y ahora era el momento de cumplir, por lo menos en parte.

(b) No había mejor manera de demostrar prácticamente la unidad de la Iglesia. Era ésta una manera de enseñar a las iglesias más jóvenes que no eran unidades aisladas, sino miembros de una gran Iglesia que se extendía por todo el mundo. El valor de ayudar a otras iglesias consiste en que nos hace

recordar que no somos sólo miembros de nuestra iglesia local, sino también de la Iglesia universal.

(c) Era la mejor manera de aplicar la fe a la práctica. Era bastante fácil hablar de la generosidad cristiana; pero aquí se les ofrecía una oportunidad de pasar de las palabras a las obras.

Así es que Pablo está de camino a Jerusalén, y está preparándose para visitar España. No sabemos seguro si cumplió su deseo, porque en Jerusalén se enfrentó con grandes dificultades que le condujeron a un largo encarcelamiento y tal vez a la muerte. Es posible que este fuera un plan del gran pionero Pablo que nunca llegó a realizar.

CON LOS OJOS ABIERTOS ANTE EL PELIGRO

Romanos 15:30-33

Hermanos, os exhorto por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que luchéis conmigo en oración a Dios por mí; porque necesito vuestras oraciones para no caer en poder de los de Jerusalén que no creen, y para que la ayuda que estoy llevando a Jerusalén resulte aceptable a los que están consagrados a Dios allí. Quiero que oréis para que en la voluntad de Dios pueda ir felizmente a vosotros, y disfrutar de un tiempo de descanso en vuestra compañía. ¡Que el Dios de paz sea con todos vosotros! Amén.

Llegamos al final del pasaje anterior diciendo que, por lo que nosotros sabemos, el proyecto de Pablo de ir a España nunca lo pudo realizar. Sabemos seguro que, cuando fue a Jerusalén, le detuvieron y pasó los siguientes cuatro años prisionero, dos en Cesarea y dos en Roma. Aquí se nos revela de nuevo la grandeza de su carácter.

(i) Cuando Pablo fue a Jerusalén, sabía lo que hacía y era plenamente consciente de los peligros que le acechaban

(Cp. *Hechos 20:22ss; 21:10-14*). Como su Maestro cuando «afirmó Su rostro para ir a Jerusalén» (*Lucas 9:51, R-V*), así hizo Pablo. El valor de más subido valor es el del que sabe que tendrá que arrostrar un grave peligro si cumple lo que considera su deber, y sin embargo sigue adelante. Ese es el valor del que dio muestra Jesús. Y ese es el valor que debemos tener todos los seguidores de Cristo, como lo tuvo Pablo.

(ii) En una situación así, Pablo pidió las oraciones de los cristianos de la iglesia de Roma. Es una gran cosa seguir adelante sabiendo que estamos arropados por las oraciones de los que nos aman. Aunque estemos materialmente a mucha distancia de los que amamos, ellos y nosotros nos podemos encontrar ante el Trono de la Gracia de Dios.

(iii) Pablo les deja su bendición y sigue adelante. Era sin duda todo lo que podía dar. Aunque no podamos hacer nada más, siempre podremos presentar a nuestros amigos y amados en oración a Dios.

(iv) Fue la bendición del Dios de paz la que Pablo envió a Roma, y fue en la presencia del Dios de paz como él mismo fue a Jerusalén, a pesar de todas sus amenazas. El que tiene la paz de Dios en el corazón se puede enfrentar sin miedo con todos los peligros de la vida.

UNA CARTA DE PRESENTACIÓN

Romanos 16:1, 2

Os presento a nuestra hermana Febe, que está al servicio de la iglesia de Cencreas. Confío en que la recibiréis en el Señor como nos debemos recibir mutuamente los que formamos parte del pueblo de Dios; y espero que la ayudéis en lo que le haga falta, porque

ella por su parte ha ayudado a muchos, entre ellos a mí.

Cuando uno solicita un empleo, es corriente que presente cartas de sitios donde ha trabajado o de personas que le conocen y que pueden dar informes de su carácter y habilidad profesional. Cuando una persona va a vivir en algún lugar nuevo para ella, se suelen llevar cartas de introducción de alguien que conoce a algunos de ese lugar. En el mundo antiguo estas cartas ya eran

corrientes; se las llamaba *systatikai epístolas*, es decir, cartas de recomendación o de presentación. Se han conservado muchas de estas cartas, escritas en papiro, que se han encontrado en los antiguos basureros enterrados en las arenas del desierto en Egipto.

Un cierto olivicultor llamado Mysterion, por ejemplo, manda a un esclavo suyo con un encargo para un tal Stotoetis, jefe de los sacerdotes; y le da una carta de presentación que dice:

Mysterion a su apreciado Stotoetis: ¡Saludos cordiales! Te mando a mi Blastus para que me traiga aperos para mis olivares. No me le entretengas, que ya sabes que le necesito a todas horas.

A Stotoetis, sacerdote jefe de la isla.

Aquí Pablo escribe una carta de presentación de Febe a la iglesia de Roma.

Febe procedía de Cencreas, que era el puerto de Corinto. Algunas veces se la llama *diaconisa*; pero no es probable que Febe tuviera una posición oficial en el ministerio de la iglesia. No ha habido nunca un tiempo en el que el trabajo de las mujeres no fuera de un valor infinito. Esto debe de haber sido especialmente cierto en los tiempos de la Iglesia Primitiva. En los casos de bautismo por inmersión -que era la manera corriente entonces-, en las visitas a los enfermos y en la distribución de ayuda a los necesitados, las mujeres deben de haber representado un papel importante en la vida de las iglesias; pero no parece que tuvieran cargos oficiales en aquel tiempo.

Pablo encarga que se le dé la bienvenida a Febe: Pide a los cristianos de Roma que la reciban como los que están consagrados a Dios deben recibirse mutuamente. No debería haber extranjeros en la familia de Cristo; no deberían hacer falta las presentaciones formales entre los cristianos; porque son hijos e hijas del mismo Padre, y por tanto hermanos y hermanas entre sí. Y sin embargo la iglesia no es siempre la institución dispuesta a dar la bienvenida que debería ser. Es posible que las iglesias, y aún más las organizaciones eclesiásticas, se conviertan en grupitos exclusivistas que realmente no tienen interés en recibir a forasteros. Cuando venga uno a la nuestra -el consejo de Pablo sigue siendo relevante-, debemos hacer que se sienta bienvenido, como debe suceder entre los que son de Cristo.

UNA IGLESIA QUE ERA UNA FAMILIA

Romanos 16:3, 4

Dadle mis saludos a mis colaboradores en el Evangelio Prisca y Aquila, que se jugaron el cuello para salvarme la vida. No soy yo el único que les está agradecido, sino todas las iglesias de los gentiles; y transmitidle mi saludo a la iglesia que está en su casa.

No hay pareja más fascinante en todo el Nuevo Testamento que la formada por Prisca y Aquila. Algunas veces a Prisca se la llama Priscila -que debería decirse en español *Prisquilla*, porque es el diminutivo cariñoso de su nombre. Vamos a empezar por los hechos que sabemos de ellos con seguridad.

Aparecen por primera vez en *Hechos 18:2*. Por ese pasaje sabemos que antes habían sido residentes en Roma. Claudio había publicado un edicto en el año 52 d.C. desterrando a los judíos. El antisemitismo no es nada nuevo, y a los judíos se los odiaba en el mundo antiguo tanto como en el contemporáneo

a veces. Cuando fueron desterrados de Roma, Prisca y Aquila se quedaron en Corinto. Eran fabricantes de tiendas de campaña, que era también la profesión de Pablo, y éste encontró un verdadero hogar en la casa de ellos. Cuando salió de Corinto y se fue a Éfeso, Prisca y Aquila se fueron con él, y se instalaron allí (*Hechos 18:18*).

El primer incidente en que intervienen es característico. Había llegado a Éfeso un brillante intelectual que se llamaba Apolos; pero éste todavía no había comprendido del todo la fe cristiana. El caso es que Prisca y Aquila se le llevaron a su casa, y le ofrecieron amistad y enseñanza del Evangelio (*Hechos 18:24-26*). Desde el principio Prisca y Aquila eran personas que mantenían la puerta y el corazón abiertos.

La segunda vez que nos los encontramos están todavía en Éfeso. Pablo escribió desde allí su *Primera Carta a los Corintios*, y en ella manda saludos de Prisca y Aquila y de la iglesia que está en su casa (*1 Corintios 16:19*). Esto era mucho antes de que hubiera tal cosa como edificios que se usaran como iglesias; y la casa de Prisca y Aquila se usaba como el lugar de reunión de un grupo de cristianos.

La vez siguiente que tenemos noticias de ellos están en Roma. El edicto por el que Claudio había desterrado de Roma a los judíos había dejado de ser efectivo; y es probable que Prisca y Aquila, como otros muchos judíos, volvieran a sus antiguas casas y negocios, de los que habrían conservado las llaves como hicieron durante mucho tiempo los judíos que fueron expulsados de España en 1492. Descubrimos que Prisca y Aquila siguen siendo los mismos: otra vez hay un grupo de cristianos que se reúne en su casa.

La última vez que aparecen en el *Nuevo Testamento* es en *2 Timoteo 4:19*, y están en Éfeso otra vez; y uno de los últimos mensajes que mandó Pablo fueron sus saludos para esta pareja de cristianos que habían sido sus compañeros en muchos de los lances de su agitada vida.

Prisca y Aquila vivieron una vida curiosamente nómada y desarraigada. El mismo Aquila había nacido en el Ponto, en

Asia Menor (*Hechos 18:2*). La primera vez nos los encontramos en Roma; luego, en Corinto; después, en Éfeso; luego, otra vez en Roma, y finalmente, de nuevo en Éfeso; pero siempre que nos los encontramos, su casa es el centro de encuentro y de servicio de los hermanos cristianos. Todos los hogares cristianos deberían ser iglesias; porque una iglesia es un lugar donde se puede encontrar a Cristo. La casa de Prisca y Aquila, donde estuviera, irradiaba amistad y comunión y amor. Si uno es forastero o extranjero en algún lugar desconocido, una de las cosas que más apreciará será tener un hogar donde se sienta bien recibido y esté a gusto, lo más posible como en su propia casa. Eso disipa la soledad y protege contra la tentación. A veces puede que pensemos que el hogar es un sitio donde nos podemos encerrar dejando fuera al mundo; pero, por otra parte, un hogar debería ser un sitio con una puerta abierta. La puerta abierta, la mano abierta y el corazón abierto son características de la vida cristiana.

Hasta aquí lo que sabemos seguro de Prisca y Aquila; pero puede que haya algo aún más romántico en su historia. Hasta ahora, hay una iglesia en el Aventino de Roma que se llama la Iglesia de Santa Prisca. También hay un cementerio que se llama de Priscilla, y es el cementerio de la antigua familia Acilia. Allí fue enterrado Acilio Glabrio, que fue cónsul de Roma en el año 91 d.C., el puesto más honorable que se podía conceder a un romano; y parece ser que murió como mártir cristiano. Debe de haber sido uno de los primeros nobles romanos que se convirtieron al Cristianismo y dieron su vida por su fe. Ahora bien: cuando un esclavo recibía la libertad en el Imperio Romano se enrolaba en una de las grandes familias y tomaba uno de los nombres de ésta como propio. Uno de los nombres más frecuentes de mujer en la familia Acilia era Prisca; y Acilius se escribe a veces Aquilius, que está muy próximo a Aquila. Aquí nos encontramos con dos posibilidades fascinantes:

(i) A lo mejor Prisca y Aquila recibieron la libertad de algún miembro de la familia Acilia, en la que tal vez habían sido esclavos. ¿No serían ellos los que sembraron la semilla del Evangelio en aquella familia, de tal manera que uno de ellos, nada menos que el cónsul romano Acilio Glabrio, se convirtió y fue mártir de Cristo?

(ii) Y hay otra posibilidad todavía más romántica. Es curioso que en cuatro de los seis lugares en los que aparece la pareja en el *Nuevo Testamento* se nombre a Prisca en primer lugar, aunque lo normal habría sido poner el nombre del marido delante del de la mujer, como cuando decimos nosotros «el señor y la señora Rodríguez.» Existe la posibilidad de que se hiciera así porque Prisca no era una liberta, sino una dama de la nobleza, perteneciente por nacimiento a la familia Acilia. Es posible que, en alguna reunión de los cristianos, esta gran señora romana conoció a Aquila, el humilde judío fabricante de tiendas de campaña; que se enamoraron; que el Evangelio echó abajo las barreras de raza y rango y riqueza y nacimiento, y que estos dos, la aristócrata romana y el artesano judío, unieron sus vidas para siempre en el amor y en el servicio cristiano.

De estas suposiciones no podemos estar seguros del todo, aunque uno quisiera que fueran verdad; pero podemos estar seguros de que había muchos en Corinto, en Éfeso y en Roma que debían sus almas a Prisca y Aquila, y al hogar de ambos que era también una iglesia.

UN ELOGIO PARA CADA NOMBRE

Romanos 16:5-11

Dad mis saludos a mi querido Epeneto, que fue el primero que se convirtió a Cristo en Asia. Dad mis saludos a María, que ha trabajado mucho entre vosotros. Dad mis saludos a mis parientes y compañeros de presidio Andrónico y Junia, que son muy apreciados entre los apóstoles y son cristianos desde antes que yo.

Dad mis saludos a Ampliato, amado mío en el Señor.

Dad mis saludos a nuestro colaborador cristiano Urbano, y a mi querido Estaquío. Dad mis saludos a Apeles, cristiano íntegro. Dad mis saludos a todos los de la familia de Aristóbulo. Dad mis saludos a mi pariente Herodión. Dad mis saludos a los de la familia de Narciso que son creyentes.

No hay duda de que detrás de cada uno de estos nombres se esconde una verdadera saga cristiana. Ninguna de ellas nos es conocida, pero podemos imaginarnos algunas. En este capítulo hay veinticuatro nombres personales y dos cosas interesantes que notar:

(i) De los veinticuatro, seis son mujeres. Esto vale la pena recordarlo; porque algunos acusan a Pablo de ser *machista* y de minimizar el papel de las mujeres en la iglesia. Si de veras queremos conocer la actitud de Pablo, debemos leer un pasaje

como éste, en cada una de cuyas líneas se trasluce el aprecio de Pablo hacia la labor que las mujeres están realizando en la iglesia.

(ii) Trece de los veinticuatro nombres figuran en inscripciones o en documentos que tratan del palacio del Emperador de Roma. Aunque varios son bastante corrientes, este hecho es muy sugestivo. En *Filipenses 4:22* Pablo habla de los santos de la casa del César. Puede que fueran en su mayoría esclavos; pero aun así es importante que el Evangelio parece haber penetrado desde tan al principio en el palacio imperial.

Andrónico y Junias forman una pareja interesante, porque es probable que Junias sea un nombre de mujer. Eso querría decir, ¡nada menos!, que en la Iglesia Primitiva se podía incluir a una mujer entre los apóstoles. Los apóstoles, en este sentido, eran personas que la iglesia mandaba al mundo a predicar el Evangelio. Pablo dice que Andrónico y Junias eran cristianos desde antes que él. Eso quiere decir que se remontarían a los días de Esteban; deben de haber estado en contacto con la iglesia de los primeros días en Jerusalén.

Detrás del nombre de Ampliato puede que se esconda una historia interesante. Es corriente como nombre de esclavo. Ahora bien: en el cementerio de Domitila, que es el más antiguo de las Catacumbas, hay una tumba decorada, dedicada exclusivamente a *Ampliatius*. Los ciudadanos romanos tenían tres nombres: el *nomen*, el *praenomen* y el *cognomen*-, lo cual podría indicar que este Ampliatius, que no tenía más que uno, era un esclavo. Pero la decoración de la tumba y la distinguida escritura nos hacen pensar que se trataba de una persona de alto rango en la iglesia. De ahí se deduce que, desde los primeros días de la Iglesia, las diferencias de rango estaban tan borradas que era posible que un hombre fuera al mismo tiempo un esclavo y un príncipe de la Iglesia. Las diferencias sociales no contaban. No podemos asegurar que este Ampliatius al que manda saludos Pablo fuera el mismo que el del cementerio de Domitila; pero no es imposible.

La casa de Aristóbulo puede también ser una referencia que encierra una historia interesante. En Roma, *la casa* no describía solamente la familia o los parientes de una persona, sino que incluía también a sus servidores y esclavos. En Roma hacía tiempo que vivía un nieto de Herodes el Grande que se llamaba Aristóbulo. Siempre había vivido como un mero particular, y no había heredado nada de los dominios de Herodes; pero era amigo personal del emperador Claudio. Cuando murió Aristóbulo, sus servidores y sus esclavos pasarían a ser propiedad del Emperador, pero formarían una sección conocida como *la casa de Aristóbulo*. Así que esta frase puede describir a los servidores y esclavos judíos que antes habían pertenecido a Aristóbulo, el nieto de Herodes, y que habían pasado a ser propiedad del Emperador. Esto resulta más probable por los dos nombres entre los que se encuentra. *Apeles* puede ser la forma griega del nombre de un judío que se llamara *Abel*, y *Herodión* está claro que sería el que correspondiera a uno relacionado con la familia de Herodes.

La casa de Narciso también puede que encierre una historia interesante. Narciso era un nombre bastante corriente; pero el

Narciso más famoso era un liberto que había sido secretario del emperador Claudio y había tenido una considerable influencia. Se decía que había amasado una fortuna privada que equivaldría ahora a miles de millones de pesetas. Adquirió tanto poder porque toda la correspondencia dirigida al Emperador tenía que pasar por sus manos, así es que de él dependía que llegara a su destino; los sobornos para que las peticiones de la gente llegaran al Emperador iban engrosando la fortuna personal de Narciso. Cuando Claudio fue asesinado y Nerón ocupó su puesto, Narciso sobrevivió un poco de tiempo, pero al final se le obligó a cometer suicidio, y su fortuna y casa pasaron a ser propiedad de Nerón. Puede que aquí se haga referencia a sus servidores y esclavos. Si Aristóbulo era de veras el nieto de Herodes, y si Narciso era el que había sido secretario de Claudio, esto querría decir que muchos de los esclavos de la corte imperial ya eran cristianos. La levadura del Evangelio había llegado a los círculos más altos del Imperio.

SAGAS QUE SE RECUPERAN

Romanos 16:12-16

Dadle mis saludos a Trifena y a Trifosa, que trabajan mucho en el Señor. Dadle mis saludos a la querida Pérsida, que ha trabajado mucho en el Señor. Dadle mis saludos a Rufo, escogido del Señor, y a su madre, que me trató como a un hijo. Dadles mis saludos a Asíncrito, Flegonte, Hermas, Patrobas, Hermes, y a los hermanos que están con ellos. Dadles mis saludos a Filólogo, Julia, Nereo y su hermana, Olimpas, y todos los consagrados que están con ellos. Saludaos unos a otros dándoos unos a otros de mi parte el beso de los consagrados a Dios. Todas las iglesias cristianas os mandan recuerdos.

No cabe duda que todos estos nombres encerrarán sagas; pero sólo podemos aventurarnos a recuperar las de unos pocos.

(i) Cuando Pablo manda saludos para Trifena y Trifosa -que es probable que fueran mellizas, por la semejanza de sus nombres-, lo hace con una sonrisa; porque la forma en que lo dice suena a una graciosa contradicción en términos. En esta lista de saludos Pablo usa tres veces una cierta palabra griega refiriéndose al trabajo cristiano. La usa de María (versículo 6), y de Trifena y Trifosa y de Pérsida en este pasaje. Es el verbo *kopian*, que quiere decir *ajetrearse hasta el agotamiento, matarse a trabajar*. Eso es lo que Pablo dice que Trifena y Trifosa tenían costumbre de hacer; y lo curioso es que *Trifena y Trifosa* quieren

decir respectivamente *melindrosa* y *melosa*. Es como si dijera: «Vosotras dos os llamáis *melindrosa* y *melosa*; ¡pero dais un mentís a vuestros nombres *trabajando como negras* en la causa de Cristo!» Podemos figurarnos a Pablo guiñándole el ojo a su amanuense al dictarle este saludo.

(ii) Una de las sagas más gloriosas ocultas en el *Nuevo Testamento* se encierra en el nombre de Rufo, y su madre, que se portó como una madre con Pablo. Está claro que Rufo era conocido y apreciado por su simpatía y santidad en la iglesia de Roma; y también está claro que Pablo reconocía una deuda de gratitud que tenía con la madre de Rufo por la amabilidad y los cuidados que le había deparado. ¿Quién era Rufo?

Vayamos a *Marcos 15:21*. Allí leemos que los soldados romanos que iban conduciendo a Jesús al Calvario obligaron a un cierto Simón Cireneo a llevar la cruz; y se le describe como *el padre de Alejandro y Rufo*. Ahora bien: si a ese hombre se le identifica por los nombres de sus hijos, está claro que, aunque a él no se le conociera en aquella comunidad a la que se está contando aquello, sus hijos sí eran conocidos. ¿A qué iglesia dedicó Marcos su *Evangelio*? A la de Roma; y daba por

sentado que allí sabían quiénes eran Alejandro y Rufo. Es casi seguro que el Rufo que se menciona aquí era el hijo de aquel Simón Cireneo que llevó la cruz de Jesús.

Aquel habría sido un día terrible para Simón. Era judío,

natural de Cirene, en el Norte de África. Es probable que se hubiera pasado media vida ahorrando para poder ir alguna vez a celebrar la Pascua en Jerusalén. Cuando por fin lo pudo hacer, cuando estaba a punto de entrar en la ciudad con el corazón emocionado por la solemnidad de la fiesta, de pronto un soldado romano le puso la espada plana en el hombro, que era la señal de que se le confiscaba para un servicio... y se encontró llevando la cruz de un criminal. ¡Cómo se cambiaría su elevada emoción espiritual por el resentimiento que le causaba aquella indigna humillación! ¡Haber venido de Cirene para esto! ¡Él, que pensaba solamente en participar de la gloria de la Pascua, y tenía que hacer algo tan terrible y vergonzoso! ¿Tiraría la cruz al suelo con rabia al llegar al Calvario, y se marcharía con odio en el corazón?

Algo como lo que intuyó y nos contó Gabriel Miró en sus *Figuras de la Pasión del Señor* debe de haber sucedido. En el camino del Calvario, el encanto sobrenatural de la figura quebrantada de Jesús habrá ido echando sus zarcillos alrededor del corazón del Cireneo. Probablemente se quedaría para ver más, y la figura del Crucificado le atrajo a Sí para siempre. Aquel encuentro «casual» en el camino del Calvario cambió la vida de Simón. Había ido a Jerusalén para participar allí de la Pascua, ¡y cómo cumplió Dios su deseo! Allí y entonces conoció al Que había venido para hacer realidad todo lo que la Pascua anunciaba y representaba, al Cordero de Dios Que quita el pecado del mundo, Cristo, nuestra Pascua. Volvería a casa, y compartiría su experiencia con su mujer e hijos de tal manera que también ellos creerían.

Podemos entretener toda clase de especulaciones. Fueron hombres *de Chipre y de Cirene* los que fueron a Antioquía y anunciaron el Evangelio por primera vez a los gentiles (*Hechos 11:20*). ¿Era Simón uno de los de Cirene? ¿Estaba Rufo con él entre los que dieron aquel gigantesco paso de fe de hacer que el Cristianismo ofreciera la Salvación a toda la humanidad? ¿Estaban ellos entre los que soltaron las amarras del Cristianismo del muelle de Israel? ¿Será posible que los gentiles debamos el ser cristianos hoy al extraño episodio del hombre de Cirene al que obligaron a llevar una cruz al Calvario?

Vayamos ahora a Efeso en aquel día en que produjeron un tremendo disturbio los industriales que tenían montado un muy próspero negocio en torno a la diosa Diana de los Efesios, cuando la multitud habría linchado a Pablo si le hubiera echado mano. ¿Quién salió a enfrentarse con aquel gentío enfurecido? Uno que se llamaba Alejandro (*Hechos 19:33*). ¿Sería el otro hermano, arrojándolo todo por Jesús con Pablo?

Y en cuanto a la madre, no cabe duda de que en momentos de necesidad debe de haber brindado a Pablo la ayuda y la hospitalidad que su propia familia le rehusó desde el día que creyó que el Crucificado era el Mesías. Puede que nos estemos pasando en algunos detalles, porque Alejandro y Rufo eran nombres bastante corrientes; pero no nos podemos pasar al suponer que aquel encuentro «casual» en el camino del Calvario produjo consecuencias maravillosas, de las que seguimos beneficiándonos.

(iii) Todavía nos queda otro nombre que tal vez encierre una historia todavía más sorprendente, el de Nereo. El año 95 d.C. tuvo lugar un suceso que escandalizó a toda Roma. Dos de las personas más distinguidas de la ciudad fueron condenadas a muerte por ser cristianas. Eran Flavio Clemente, que había sido cónsul de Roma, y su esposa Domitila, que era de sangre real. Era nieta del emperador Vespasiano, y sobrina del actual emperador, Domiciano. De hecho, los dos hijos de Flavio Clemente y Domitila habían sido designados como sucesores de Domiciano en el poder imperial. Flavio fue ejecutado, y Domitila fue desterrada a la isla de Pontia, donde unos años después Paula vio la cueva en la que «Domitila arrastró su largo martirio por el nombre de Cristo.»

Lo curioso del caso es que el mayordomo de Flavio y Domitila se llamaba Nereo. Es posible que el esclavo Nereo fue el instrumento para que el ex cónsul Flavio Clemente y la princesa de sangre real Domitila se convirtieran al Cristia-

nismo. Nereo era un nombre bastante corriente, pero la suposición es posible.

Hay otro hecho de interés que añadir a esta historia. Flavio Clemente era hijo de Flavio Sabino, que era el prefecto de Roma cuando Nerón persiguió sádicamente a los cristianos después de acusarlos de haber provocado el terrible incendio de Roma del año 64 d.C. Como prefecto de la ciudad, Flavio Sabino tiene que haber sido el oficial encargado de la persecución. Fue entonces cuando Nerón ordenó que se cubriera de brea a los cristianos y se les prendiera fuego para servir de antorchas vivas en sus jardines, o que se los cubriera de pieles de animales y se les lanzaran los salvajes perros entrenados para la caza mayor, o que los encerraran en navíos que luego se hundían en las aguas del Tíber. Es posible que, treinta años antes de morir por Cristo, el joven Flavio Clemente presenciara el valor inquebrantable de los mártires, y se preguntara qué los hacía arrostrar así las muertes más horribles.

¡Cinco versículos de saludos y nombres que nos revelan sagas que alucinan el corazón!

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Romanos 16:17-20

Hermanos, os advierto que tenéis que tener cuidado con los que, apartándose de la enseñanza que han recibido, causan disensiones y ponen tropiezos en vuestro camino para haceros caer. No tengáis nada que ver con ellos. Tales personas no están realmente al servicio de Cristo nuestro Señor, sino sólo de su propia codicia. Con halagos y buenas palabras engañan los corazones de los inocentes. Sé que sabréis lo que tenéis que hacer con tales personas, porque el informe de vuestra obediencia ha llegado a todo el mundo. Así que me alegro de cómo sois. Quiero que seáis expertos en el

bien e ignorantes en el mal. ¡El Dios de paz derribará pronto a Satanás a vuestros pies! ¡La Gracia del Señor Jesucristo sea con vosotros!

A Pablo le resultaba difícil ponerle punto final a su *Carta a los Romanos*. Ya había mandado saludos; pero antes de terminar incluye una última apelación a los cristianos de Roma para que se guarden de las malas influencias. Escoge dos características de las personas que son dañinas para la iglesia y la comunión cristiana.

(i) Son personas que causan divisiones entre los hermanos. Los que hacen cosas que alteran la paz de la iglesia tendrán que dar cuenta. Cierta vez estaba hablando a uno que acababa de llegar a su congregación de otro pueblo. Estaba claro que el tipo aquel tenía poco amor de Cristo. Le dijo al pastor: «¿Conoce usted tal y tal iglesia?» -refiriéndose a la anterior de la que había sido miembro. Cuando el pastor asintió, prosiguió con malvada complacencia: «Bueno, ¡yo la hice polvo!» Hay personas que se complacen en causar problemas, y les encanta sembrar cizaña. La que ha producido disensión en una compañía de hermanos tendrá que dar cuenta algún día al Que es Rey y Cabeza de la Iglesia.

(ii) Hay personas que ponen tropiezos en el camino de los demás. El que se lo pone más difícil a otro el ser cristiano, también tendrá que dar cuenta. Si la conducta de alguien es un mal ejemplo, o su influencia es una trampa, o su enseñanza diluye o tergiversa la fe cristiana que pretende defender, esa persona no quedará sin castigo. Y no será ligero, porque ya se lo advirtió Jesús a los que hagan tropezar a uno de Sus pequeñitos.

Hay dos palabras interesantes en este pasaje. (a) Una es la que hemos traducido por *halagos* (*jréstologuía*). Los mismos griegos definían a un *jréstólogos* como «uno que habla bien pero actúa mal.» Es la clase de persona que, tras una fachada de palabras piadosas, ejerce una mala influencia que desvía, no mediante un ataque directo, sino rastreramente; que pretende

ser servidor de Cristo, pero lo que hace en realidad es destruir la fe. (b) La otra palabra es la que hemos traducido por *incontaminado de nada malo* (*akeraios*), que se usa de un metal puro y sin aleaciones, o del vino o la leche a los que no se ha añadido agua. Describe algo que es puro y sin contaminación, «limpio de polvo y paja.» El cristiano es alguien cuya integridad ha de estar fuera de toda duda.

Una cosa hay que notar en este pasaje. Está claro que los problemas latentes en la iglesia de Roma no han salido a la luz. Pablo, desde luego, dice que cree que la iglesia romana está capacitada para resolverlos. Era un pastor precavido, porque creía firmemente que prevenir es mejor que curar. A veces en una iglesia o sociedad se deja desarrollar una mala situación porque nadie tiene valor para exponerla; y a menudo, cuando ya se ha desarrollado es demasiado tarde para resolverla. Es bastante fácil apagar un fuego localizado cuando empieza, pero casi imposible cuando ya es todo un bosque lo que está ardiendo. Pablo tenía la sabiduría necesaria para atajar una situación peligrosa.

El pasaje cierra con algo muy sugestivo. Pablo dice que *el Dios de paz* derribará pronto a Satanás, el poder del mal. Debemos fijarnos en que la paz de Dios es la paz de la acción y de la victoria. Hay una clase de paz que se puede obtener al precio de evadir todos los problemas y decisiones, una paz que viene del letargo de la inactividad. El cristiano debe recordar siempre que la paz de Dios no es la paz que se ha sometido al mundo, sino la que ha vencido al mundo.

SALUDOS

Romanos 16:21-23

Mi colaborador Timoteo os manda recuerdos, lo mismo que mis parientes Lucio, Jasón y Sosípater. (Yo Tercio, el que he escrito esta carta, también os mando mis saludos en el Señor). Gayo, que ofrece hospitalidad no sólo a mí sino también a toda la iglesia, os manda recuerdos, lo mismo que el hermano Cuarto.

Es tentador intentar identificar al grupo de amigos que mandan recuerdos. Timoteo era el brazo derecho de Pablo, el que Pablo veía como su sucesor y del que diría más tarde que era el que estaba más identificado con él (*Filipenses 2:19, 20*). Lucio es posible que fuera el Lucio de Cirene que era uno de los profetas y maestros de Antioquía que mandaron a Pablo y Bemabé en su primer viaje misionero (*Hechos 13:1*). Jasón puede que sea el que dio hospitalidad a Pablo en Tesalónica y sufrió por ello a manos de la multitud (*Hechos 17:5-9*). Sosípater puede que fuera el Sópater de Berea que llevó la colecta de su iglesia con las de las otras a Jerusalén con Pablo (*Hechos 20:4*). Gayo puede que fuera uno de los dos que bautizó Pablo en Corinto (*1 Corintios 1:14*).

Por primera y única vez, sabemos el nombre del amanuense que escribió esta carta al dictado de Pablo, porque introduce aquí su saludo personal. Todos los grandes hombres han dependido de la humilde ayuda de otros para llevar a cabo su labor. Nos son desconocidos los nombres de los que hicieron las veces de secretarios para Pablo en otras ocasiones, así es que Tercio es el representante de los todos los amanuenses de Pablo.

Una de las cosas más interesantes de este capítulo es la manera en que Pablo nos retrata a las personas con una sola frase. Aquí tenemos dos de esas descripciones resumidas: Gayo es un hombre que practica la hospitalidad, y Cuarto es un hermano. Es una gran cosa el pasar a la Historia como persona que mantuvo su casa abierta a los forasteros, o por haber sido un hombre de corazón fraternal. Algún día alguien resumirá nuestra personalidad en una frase. ¿Qué dirá esa frase?

LA ALABANZA FINAL

Romanos 16:25-27

A Aquel que es poderoso para hacer que os mantengáis firmes como promete el Evangelio que yo predico y ofrece el Mensaje que nos trajo Jesús, de la manera que se desvela ahora el secreto que estuvo envuelto en silencio largas edades pero que ahora aparece totalmente al descubierto y se está dando a conocer a todos los gentiles -como dijeron que sucedería los escritos de los profetas, y ahora Dios manda que sea- para que Le ofrezcan la sumisión que nace de la fe: ¡al único sabio Dios, por medio de Jesucristo, sea la gloria para siempre! Amén.

La *Carta a los Romanos* termina con una doxología que es también el sumario del Evangelio que Pablo amaba y predicaba.

(i) El Evangelio nos permite mantenernos firmes. «Hijo de hombre -dijo Dios a Ezequiel-, ponte en pie para que Yo hable contigo» (*Ezequiel 2:1*). El Evangelio es el poder que nos permite mantenernos invictos frente a todos los golpes del mundo y los ataques de la tentación.

Un periodista relata un incidente de la guerra civil española. Había una pequeña guarnición de hombres sitiados. El fin estaba cerca, y algunos querían rendirse para salvar la vida; pero otros querían seguir resistiendo. El dilema se resolvió cuando un alma noble declaró: « Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.»

La vida puede ser difícil; a veces abate con sus golpes. La vida puede ser peligrosa; a veces es fácil caer en los lugares resbaladizos de la tentación. El Evangelio es el poder de Dios para salvar; ese poder que nos mantiene erguidos, hasta cuando la vida se presenta de la peor manera más amenazadora posible. La vida no nos puede separar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo (*Romanos 8:38, 39*).

(ii) Es el Evangelio que predicaba Pablo y que ofreció Jesucristo. Es decir: el Evangelio tiene su origen en Cristo, y lo transmiten las personas. Sin Jesucristo no podría haber Evangelio; pero si no hay personas que lo transmitan, otras personas no lo llegarán a conocer. El deber cristiano consiste en que, en cuanto Cristo nos encuentra, nosotros vayamos a encontrar a otros para Cristo. Cuando Jesús encontró a Andrés, *Juan* nos dice: «Lo primero que hizo éste fue salir al encuentro de su hermano Simón para decirle: « ¡Hemos encontrado al Mesías!» (*Juan 1:40-42*).

Aquí tenemos el privilegio cristiano y el deber cristiano. El privilegio cristiano es apropiarnos el Evangelio para nosotros; y el deber cristiano, que no sea sólo para nosotros, sino que se lo transmitamos a otros.

Una leyenda famosa nos cuenta que Jesús, después de la Cruz y de la Resurrección, volvió a Su gloria, con las señales de Sus sufrimientos. Uno de los ángeles le dijo:

-Tienes que haber sufrido terriblemente por la gente de ahí abajo. ¿Ya saben todos los seres humanos lo que has hecho por ellos?

-No -respondió Jesús-, todavía no. Hasta ahora sólo lo saben unos pocos.

-Y -siguió preguntando el ángel-, ¿qué has hecho para que todos lo sepan?

-Bueno dijo Jesús-, les he dicho a Pedro, Santiago, Juan y los demás; que se dediquen a contárselo a todo el mundo, hasta que lo sepan hasta los que viven en el último rincón de la Tierra.

El ángel se quedó pensativo, porque sabía lo despistados que son los seres humanos.

-Sí -siguió diciendo-; pero, ¿y si se les olvida a esos? ¿Y si se cansan de decírselo a otros? ¿Qué pasará si, allá para el siglo XX, los que saben la historia de Tu amor Te fallan

y dejan de contársela a otros? ¿Qué pasará entonces? ¿Es que no has hecho ningún otro plan?

-No he hecho ningún otro plan. *Cuento con ellos. Me fío de ellos* -fue la respuesta de Jesús.

Jesús murió para darnos el Evangelio; y ahora cuenta con nosotros para transmitírselo a todos los demás.

(iii) El Evangelio es la consumación de la Historia. Es algo que existía desde todos los tiempos, y que ha venido y se ha revelado al mundo en la Persona de Jesucristo. Algo absolutamente nuevo sucedió cuando Jesús vino al mundo: la eternidad invadió al tiempo y Dios apareció en la Tierra. Su venida fue el acontecimiento al que se dirigía toda la Historia anterior y del que fluye toda la Historia posterior. Después de la venida de Cristo, el mundo ya no puede seguir siendo el mismo. Fue el acontecimiento central de la Historia, y por eso fechamos el tiempo en *antes de Cristo y después de Cristo, a. C. y d. C.* Es como si, con Su venida, la vida y el mundo empezaran de nuevo otra vez.

(iv) El Evangelio es para *toda* la humanidad, y así ha sido *siempre*. No solamente para los judíos; su salida a todo el mundo no fue algo que ocurrió después. «De tal manera amó Dios al mundo», y no solamente a Israel. Los profetas, tal vez sin darse cuenta del todo, intuyeron y anunciaron el tiempo en que todos los pueblos conocerían a Dios. Ese tiempo no ha llegado todavía; pero es el propósito de Dios que algún día Su conocimiento cubra toda la Tierra como las aguas cubren el mar, y es nuestro privilegio el colaborar en que el propósito de Dios se haga realidad.

(v) El Evangelio conduce al mundo a la obediencia, a ser el mundo en el que Dios es el Rey. Pero esa obediencia no la impone una ley de hierro que quebranta al que se opone; es una obediencia que brota de la fe, una rendición que es la conquista y el resultado del amor.

Para Pablo, el cristiano no es uno que se ha rendido a un poder ineludible, sino uno que se ha enamorado del Dios que ama a todos, y Cuyo amor se ha revelado para siempre en Jesucristo.

Así termina el largo argumento de la *Carta a los Romanos*: con un cántico de alabanza al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 9
1a y 2a Corintios

PRESENTACIÓN

Las cartas de Pablo a la iglesia de Corinto contienen algunos de los pasajes más conocidos y queridos por los cristianos de todos los tiempos, como el himno al Amor, la institución de la Santa Cena y la exposición de la Resurrección. Además, tienen una palpante actualidad y presentan a la Iglesia un desafío inquietante en este tiempo en que es más dolorosamente consciente de sus divisiones, y los movimientos pentecostal y carismático han sacado a luz dones y ministerios que habían quedado arrumbados en las iglesias históricas.

Pero algunos de nosotros no podemos negar que a veces tenemos -dificultad para seguir el hilo de estas cartas, porque nos parece que se entremezclan los temas. Es muy posible que descubramos la clave para resolver algunos de estos problemas en la Introducción general a las cartas a los corintios que William Barclay pone al principio de este volumen. Luego, la misma traducción en lenguaje actual de los textos de Pablo puede que acerque más su pensamiento a nuestra comprensión. Y a medida que nos vayamos adentrando en el comentario propiamente dicho, iremos comprobando la extraordinaria habilidad de Barclay para aclararnos alusiones que nunca habíamos comprendido, como el bautismo por los muertos, las vígenes casadas y el agujijón de Pablo, entre otras.

Con sencillez y naturalidad nos explica las palabras más importantes del original, entre las que es posible que ya nos vayan sonando algunas hasta a los que no sabemos griego.

Sin hacer el menor alarde de erudición presenta, como a viejos amigos, a más de una docena de autores de la antigüedad clásica, a otros tantos padres de la Iglesia, a reformadores y figuras más modernas de la Cristiandad, y de la historia universal, y a personalidades relevantes del mundo de la cultura y del arte y de la ciencia como Platón y Aristóteles, Agustín y Tertuliano, Lutero y Knox, Fox y Booth, Hándel y Goethe, Pascal y Freud, entre otros muchos. Quedarán indelebles en nuestra memoria las semblanzas que nos hace de contemporáneos y colaboradores de Pablo como Apolos, Aristarco, Epafrodito, Lucas y el mismo Pedro; el anciano obispo y mártir Policarpo de Esmirna; el místico mallorquín Ramón Llull; el apóstol del Metodismo John Wesley; el padre del movimiento misionero moderno William Carey... «Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría...»

Barclay nos hace percibir el hondo sentir del corazón de Pablo por las glorias y los problemas de aquella iglesia, que fue probablemente la que le dio más quebraderos de cabeza, y ante la que tuvo que defenderse, a su pesar, de toda clase de burlas y calumnias. No hubo que esperar hasta los siglos IX y XVI para que hubiera cismas y herejías, y no se diga plaitos, envidias, rivalidades y divisiones. Pablo receta la humildad, el orden y la disciplina; pero por encima de todo, y nada sin Amor, del que Cristo nos dio ejemplo y que Su Espíritu hace nacer y crecer en nuestros corazones. Y nos presenta la misión y la gloria de la Iglesia en una de sus alegorías geniales: como el Cuerpo de Cristo, vivificado y gobernado por Su Espíritu.

Otras alegorías típicamente paulinas e igualmente geniales son: la de nuestro cuerpo como la tienda de campaña, el habitáculo temporal de los peregrinos que van camino de su morada definitiva, el cuerpo espiritual que recibiremos en la Resurrección; y la de la muerte y la Resurrección como la siembra de la semilla que muere y se reproduce en una planta incalculablemente más plena y desarrollada.

Pablo y su intérprete Barclay dejan bien claro que su tema supremo es el único fundamento de la Iglesia, Jesucristo, a Quien nos presentan aquí además como Primicias de la Resurrección y como el Sí y el Amén de Dios.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: < Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar > (Demetrio, *Sobre el estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas, aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta

es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque no tenemos las otras a las que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los *papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel, en el que se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos -contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración- y, lo que es más interesante: cartas personales. Al leerlas nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

«Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi

Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en la mar.

*En cuanto llegué a Miseno recibí del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Agato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonio» (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36).*

¡No podría figurarse Apión que estaríamos leyendo la carta que le escribió a su padre 1,800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *El saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración: en todas sus cartas Pablo pide la gracia de Dios para las personas a las que escribe: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:2; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *El tema de la carta: de lo que trata cada una.*

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos 16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13: 13; Filipenses 4:21s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.*

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes

epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación ...No tenía la menor idea del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.»

Debemos recordar siempre que una cosa no tiene que ser pasajera porque se escribió para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una

necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino que las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta os la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18*; *2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, «tartamudeando su poderoso griego polémico» como decía Unamuno, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una palabra. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en torrentes que se atropellaban en su ansia de comunicar y ayudar.

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS A LOS CORINTIOS

LA GRANDEZA DE CORINTO

Una ojeada al mapa nos mostrará que Corinto estaba diseñada para la grandeza. La parte Sur de Grecia es casi una isla. Por el Oeste, el golfo de Corinto hace una incisión tierra adentro, y lo mismo el golfo de Arenas por el Este. Todo lo que queda para unir las dos partes de Grecia, como una cintura de avispa, es el istmo de Corinto, de menos de ocho kilómetros de ancho. En esa estrecha lengua de tierra está Corinto. Tal posición hacía inevitable que fuera uno de los centros comerciales del mundo antiguo. Todo el tráfico de Atenas y el Norte de Grecia a Esparta y el Peloponeso no tenía más remedio que pasar por Corinto.

Pero no era solamente el tráfico del Norte al Sur de Grecia el que tenía que pasar por Corinto por necesidad; sino que también la mayor parte del que iba del Este al Oeste y viceversa del Mediterráneo prefería pasar por Corinto. La punta más meridional de Grecia era el cabo Malea o Kavomaliás. Era proverbialmente arriesgado el rodear el cabo Malea. Había dos refranes griegos que expresaban lo que se pensaba de él: «El que rodee Malea, que se olvide de su casa;» y «Si vas a rodear Malea, haz el testamento.»

En consecuencia, los marineros tenían dos opciones:

(a) Remontar el golfo de Arenas y, si el barco era pequeño, sacarlo del agua, deslizarlo sobre rodillos hasta el otro lado del istmo y botarlo otra vez. El istmo se llamaba *Diolkos*, que quería decir «el lugar donde se hace el arrastre.» La idea es la misma que encierra el nombre escocés *Tarbert*, que quiere decir el lugar en el que la tierra es tan estrecha que se puede arrastrar un barco de un lago a otro. (b) Si no era posible hacer eso por el tamaño del barco, se desembarcaba todo el cargo, se transportaba a través del istmo, y se cargaba otra vez en otro barco al otro lado. Ese trasbordo a través del istmo por donde está ahora el canal de Corinto le ahorra a los barcos una travesía de doscientas millas rodeando el cabo Malea, el más peligroso del Mediterráneo; pero, naturalmente, cualquiera de estas opciones costaba un dinero considerable, que iba a engrosar la riqueza de Corinto.

Es fácil comprender la tremenda importancia comercial que tenía Corinto. El tráfico Norte-Sur no tenía otra alternativa que pasar por él; y con mucho a la mayor parte del comercio Este-Oeste del Mediterráneo también le convenía pasar por Corinto.

Alrededor de Corinto se apiñaban otras tres poblaciones: Laqueo, al Oeste del istmo, Cencreas, al Este, y Esqueno, a corta distancia. Escribe Farrar: «Los objetos de lujo llegaban fácilmente a los mercados que visitaban todas las naciones del mundo civilizado: el bálsamo de Arabia, los dátiles de Fenicia, el marfil de Libia, las alfombras de Babilonia, los tejidos de pelo de cabra de Cilicia, la lana de Licaonia y los esclavos de Frigia.»

Corinto, como la llama Farrar, era la «Feria de las Vanidades» del mundo antiguo. La llamaban «el puente de Grecia»; alguien la llamó «el salón de Grecia.» Se dice que, si uno está en Picadilly Circus de Londres, al cabo de poco tiempo se habrá

encontrado con todos los ingleses; pues Corinto era el Picadilly Circus del Mediterráneo. Para atraer aún a más gente, en Corinto se celebraban los juegos ístmicos, sólo superados por los olímpicos. Era una ciudad rica y populosa y uno de los más importantes centros comerciales del mundo antiguo.

LA CORRUPCIÓN DE CORINTO

Corinto tenía otra cara. Por un lado tenía fama de prosperidad comercial; pero, por el otro, era la guarida de todo lo malo. Los griegos habían acuñado el verbo *korinthiázesthai*, « corintiarse », vivir como los corintios, es decir, disipadamente. Esta palabra pasó al inglés y, en los tiempos de la Regencia, a los jóvenes ricos y disolutos que cometían toda clase de excesos los llamaban *corinthians*. Aelian, un escritor griego tardío, nos dice que si alguna vez salía un corintio en una obra teatral haría el papel de un borracho. El mismo nombre de Corinto era sinónimo de una corrupción que tenía su base en la ciudad y era conocida en todo el mundo antiguo. Por encima del istmo se elevaba la colina de la Acrópolis en la que estaba el gran templo de Afrodita, la Venus griega, la diosa del amor. Había adscritas a ese templo mil sacerdotisas, que eran en realidad una especie de prostitutas sagradas, que bajaban de la Acrópolis todas las tardes para cumplir su « ministerio » por las calles de Corinto. Había un proverbio que decía: « No todo el mundo se puede permitir un viaje a Corinto. » Además de esos vicios públicos, florecían otros muchos más recónditos que habían llegado con los viajeros y los marinos desde tierras remotas, de tal manera que Corinto llegó a ser sinónimo, no sólo de riqueza y de lujo, sino también de borrachera, libertinaje y degradación.

LA HISTORIA DE CORINTO

La historia de Corinto se divide naturalmente en dos partes. Era una ciudad muy antigua. El historiador griego Tucídides sostiene que fue en Corinto donde se construyeron los primeros trirremes o barcos de guerra. Dice una leyenda que fue en Corinto donde se construyó el *Argo*, el barco en que Jasón navegó por los mares buscando el vello de oro. Pero la desgracia sobrevino a Corinto en 146 a.C. Los romanos se habían lanzado a conquistar el mundo. Cuando trataron de conquistar Grecia, Corinto era el líder de la oposición. Pero los griegos no pudieron resistir frente a los disciplinados romanos, cuyo general, Lucio Mummio, tomó Corinto y la redujo a un montón de ruinas.

Pero un lugar con la posición geográfica de Corinto no podía permanecer devastado mucho tiempo. Casi exactamente cien años después, en el año 46 a.C., Julio César la reedificó, y Corinto renació de sus cenizas, ahora como colonia romana; y más, como capital de la provincia romana de Acaya, que incluía a casi toda Grecia.

En aquel tiempo, que era el de Pablo, tenía una población muy mezclada. (i) Había veteranos romanos a los que Julio César había instalado allí. Cuando un soldado romano había cumplido su tiempo, se le concedía la ciudadanía y se le enviaba a alguna ciudad de reciente fundación, donde se le daban tierras para que fuera un colono. Estas colonias romanas se encontraban por todas partes, y su base eran los veteranos cuyo servicio los había hecho acreedores a la ciudadanía. (ii) Cuando se reedificó Corinto volvieron los comerciantes, porque su ubicación todavía le daba una supremacía comercial. (iii) Había muchos judíos entre la población. La ciudad reedificada les ofrecía oportunidades comerciales que no tardaron en aprovechar. (iv) Había algunos fenicios y frigios y otros orientales desperdigados entre la población, con sus costumbres exóticas y sus hábitos histéricos. Farrar habla de < la población mestiza de aventureros griegos y burgueses romanos, con algunas muestras de fenicios; era una masa de judíos, soldados jubilados, filósofos, mercaderes, navegantes, libertos, esclavos, comerciantes, artesanos, buhoneros y traficantes de toda clase de vicios. » Farrar caracteriza a Corinto como < una colonia sin aristocracia, sin tradiciones y sin ciudadanos bien establecidos. »

Acordaos del trasfondo de Corinto, de su fama de riqueza y de lujo, de borrachera, inmoralidad y vicio, y luego leed *1 Corintios 6:9-10*:

¿Es que no os habéis enterado de que los inicuos no van a heredar el Reino de Dios? No os engaños, que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sensuales, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los bandoleros... heredarán el Reino de Dios. ¡Y eso es lo que erais algunos!

En este lecho del vicio, en el lugar menos imaginable de todo el mundo griego, fue donde Pablo realizó algunas de sus obras señeras, y donde obtuvo el Evangelio algunos de sus más señalados triunfos.

PABLO EN CORINTO

Pablo se quedó en Corinto más que en ninguna otra ciudad de las que visitó, con la excepción de Éfeso. Había salido de Macedonia a riesgo de su vida, y había cruzado a Atenas, donde tuvo poco éxito. De allí pasó a Corinto, donde se quedó dieciocho meses. Nos damos cuenta de lo poco que sabemos realmente de su obra cuando vemos que aquellos dieciocho meses se comprimen en diecisiete versículos en el relato de Lucas (*Hechos 18:1-17*).

Cuando llegó a Corinto, Pablo se alojó con Áquila y Priscilla. Tuvo mucho éxito con su predicación en la sinagoga. Con la llegada de Timoteo y Silas desde Macedonia, redobló sus esfuerzos; pero los judíos se le opusieron tan tenazmente que tuvo que retirarse de la sinagoga, alojándose en casa de un tal Justo, que vivía al lado. Su converso más representativo fue Crispo, que era nada menos que el moderador de la sinagoga; y también tuvo buenos resultados entre la gente de la ciudad.

En el año 52 d.C. llegó Galión como nuevo gobernador romano de Corinto. Era famoso por su simpatía y amabilidad. Los judíos trataron de aprovecharse de su carácter y de que era nuevo, y le trajeron a Pablo a juicio acusándole de enseñar cosas contrarias a la ley de ellos. Pero Galión, dando ejemplo de justicia romana imparcial, se negó a tomar parte en el asunto. Después de aquello Pablo dio por terminada su labor en Corinto y se marchó a Siria.

LA CORRESPONDENCIA DE PABLO CON CORINTO

Fue cuando estaba en Éfeso, en el año 55 d.C., cuando Pablo, al saber que las cosas no iban del todo bien en Corinto, le escribió a aquella iglesia. Es muy posible que la correspondencia de Pablo con la iglesia de Corinto no esté colocada en el debido orden en el Nuevo Testamento. Debemos tener presente que la colección de las cartas de Pablo no se hizo hasta el año 90 d.C. aproximadamente. En muchas iglesias no tendrían más que una parte, escrita en hojas sueltas de papiro, y el hacer la colección completa y colocarla en orden tiene que haber sido una tarea considerable. Parece que, cuando se reunieron las cartas a los corintios, no se descubrieron todas ni se colocaron por el orden en que fueron escritas. Vamos a intentar reconstruir lo que pasó.

(i) Hubo una carta antes de *1 Corintios*. En *1 Corintios 5:9*, Pablo escribe: «Os escribí en una carta que no os asociarais con los inmorales.» Está claro que se refiere a una carta previa que, o se ha perdido, o se encuentra, por lo menos en parte, en algún lugar dentro de una de las dos que conocemos. Algunos estudiosos creen que está en *2 Corintios 6:14 - 7:1*. Es verdad que ese pasaje se refiere al tema al que Pablo hace referencia. Parece que no enlaza bien con el contexto; y, si quitamos esos versículos, hay incluso una mejor continuidad. Los estudiosos llaman a esa carta *La carta previa*. (En el original, las cartas no estaban divididas en capítulo y versículos. Los capítulos no se dividieron hasta el siglo XIII, y los versículos hasta el XVI, razón por la cual sería todavía más difícil colocar las páginas en un cierto orden).

(ii) A Pablo le llegaron noticias de los problemas de Corinto por varios conductos.

(a) Por medio de los de la casa de Cloe (*1 Corintios 1:11*), que le trajeron noticias de las contiendas que estaban dividiendo la iglesia.

(b) Esteban, Fortunato y Acaico le trajeron noticias cuando le visitaron en Éfeso (*1 Corintios 16:17*). Con su información personal completaron la que Pablo ya había recibido de otras fuentes.

(c) Pablo había recibido una carta de la iglesia de Corinto consultándole algunas cuestiones. En *1 Corintios 7:1*, Pablo empieza: «En relación con los asuntos que me habéis consultado en vuestra carta...» En respuesta a todo esto, Pablo escribió *1 Corintios* y la envió probablemente con Timoteo, según se deduce de *1 Corintios 4:17*.

(iii) El resultado de la carta fue que las cosas se pusieron todavía peor; y, aunque no tenemos datos de esto, podemos deducir que Pablo hizo una visita a Corinto. En *2 Corintios 12:14* escribe: «Estoy dispuesto a hacer una tercera visita.» En *2 Corintios 13:1-2* dice otra vez que va a verlos por tercera vez. Ahora bien: si iba a haber una tercera visita, es lógico suponer que hubo una segunda. No tenemos noticias nada más que de una vez que Pablo fuera a Corinto, la que se nos cuenta en *Hechos 18:1-17*. No se hace ninguna referencia a una segunda visita; pero Corinto estaba a dos o tres días de navegación desde Éfeso.

(iv) Aquella segunda visita tampoco hizo ningún bien. Las cosas estaban muy exacerbadas, y lo siguiente fue una carta sumamente severa. Leemos acerca de ella en ciertos pasajes de *2 Corintios*. En *2:4*, Pablo escribe: «Me costó mucho dolor y angustia de corazón y lágrimas el escribiros.» En *7:8* escribe: «Porque, aunque os puse muy tristes con mi carta, no lo siento, aunque entonces lo sentí en el alma; porque veo que esa carta os ha afligido, pero sólo por un poco de tiempo.» Aquella carta fue el resultado de mucha angustia, una carta tan severa que a Pablo le daba pena haberla mandado. Los estudiosos la llaman *La carta severa*. ¿Se ha perdido? Está claro que no puede ser *1 Corintios*, que no se escribió con lágrimas y angustia. Cuando Pablo escribió *1 Corintios* está claro que las cosas estaban bastante en control. Ahora bien: si leemos *2 Corintios* de un tirón, nos encontramos con algo que nos sorprende. En los capítulos 1 al 9, todo se ha resuelto, hay una reconciliación completa y son amigos otra vez; pero en el capítulo 10 hay un cambio brusco de tono. Los capítulos 10 al 13 de *2 Corintios* son el grito más desgarrador que Pablo escribiera jamás. Dejan ver que le habían ofendido, e insultado, y despreciado como nunca antes o después. Se habían burlado de su apariencia, de su manera de hablar, de su vocación de apóstol y hasta de su honradez.

Casi todos los estudiosos están de acuerdo en que *La carta severa* se encuentra en los capítulos 10 al 13 de 2 *Corintios*, que se colocaron indebidamente cuando se reunieron las cartas de Pablo. Si queremos restaurar el orden cronológico de la correspondencia de Pablo con Corinto hemos de leer los capítulos 10 al 13 antes que los primeros nueve de 2 *Corintios*. Sabemos que Pablo mandó la carta severa con Tito (2 *Corintios* 2:13; 7:13).

(v) Pablo estaba preocupado por esa carta. No podía esperar hasta que volviera Tito con la respuesta, así que se puso en camino para encontrarse con él (2 *Corintios* 2:13; 7:5, 13). Se encontraron en algún lugar de Macedonia, y Pablo se enteró por Tito de que ya todo estaba bien; y, probablemente en Filipos, se sentó y escribió los que son ahora los nueve primeros capítulos de 2 *Corintios*, *la carta de la reconciliación*. Stalker ha dicho que las cartas de Pablo levantan el tejado de las iglesias, como hacía «el diablo cojuelo», y nos permiten ver lo que pasaba en el interior. De ninguna de ellas es eso más cierto que de las que escribió a los corintios. Aquí vemos lo que debe de haber sido «la preocupación de todas las iglesias» para el apóstol Pablo (2 *Corintios* 11:28). Aquí vemos a Pablo como pastor, sobrellevando en el corazón los dolores y los problemas de su rebaño.

LA CORRESPONDENCIA CON CORINTO

Antes de estudiar las cartas en detalle, pongamos la correspondencia de Pablo con la iglesia de Corinto en forma tabular.

- (i) *La carta previa*, que es posible que se encuentre en parte en 2 *Corintios* 6:14 - 7:1.
- (ii) Llegada de los de Cloe, de Esteban, Fortunato y Acaico y de la carta de la iglesia de Corinto a Pablo.
- (iii) Pablo escribe 1 *Corintios* en contestación y la manda con Timoteo.
- (iv) La situación empeora, y Pablo hace una segunda visita personal a Corinto que es un fracaso tal que casi le rompe el corazón.

(v) En consecuencia, Pablo escribe *La carta severa*, que es casi seguro que se encuentra en los capítulos 10 al 13 de 2 *Corintios*, y que Pablo envía con Tito.

(vi) Incapaz de esperar la respuesta, se adelanta al encuentro de Tito, que tiene lugar en Macedonia. Pablo recibe la noticia de que todo está bien; y, probablemente desde Filipos, escribe 2 *Corintios* 1-9, *La carta de la reconciliación*.

Los primeros cuatro capítulos de 1 *Corintios* tratan del estado de división en que se encontraba la iglesia del Señor en Corinto. En lugar de estar unida en Cristo estaba dividida en facciones y grupos rivales que se adscribían a nombres de diferentes siervos de Dios. La enseñanza de Pablo es que estas divisiones habían surgido porque los cristianos corintios daban demasiada importancia a la sabiduría y al conocimiento humano y demasiado poca a la soberana gracia de Dios. De hecho, con toda su supuesta sabiduría, eran todavía espiritualmente menores de edad. Se creían muy sabios, pero no eran más que bebés en Cristo.

1 CORINTIOS

LA INTRODUCCIÓN DE UN APÓSTOL

1 *Corintios* 1:1-3

Pablo, llamado por la voluntad de Dios para ser apóstol de Jesucristo, y nuestro hermano Sóstenes, escriben esta carta a la Iglesia de Dios que se encuentra en Corinto; es decir, a los que están consagrados en Jesucristo, que han recibido el llamamiento para formar parte del pueblo de Dios en compañía de los que en todas partes invocan el nombre del Señor Jesús, su Señor y el nuestro:

¡Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo!

En los primeros diez versículos de la Primera Carta de Pablo a los Corintios, el nombre de Jesucristo aparece no menos de diez veces. Esta iba a ser una carta difícil, porque iba a tratar de una difícil situación; y en tal situación, el pensamiento de Pablo se centraba en primer lugar y repetidamente en Jesucristo. A veces en la iglesia intentamos tratar una situación difícil aplicando un reglamento y en un espíritu de justicia humana; a veces en nuestros propios asuntos intentamos resolver una situación difícil con nuestros propios poderes mentales o espirituales. Pablo no hacía así las cosas; llevaba a sus situaciones difíciles a Jesucristo, y buscaba tratarlas a la luz de la Cruz de Cristo y del amor de Cristo.

Esta introducción nos habla de dos cosas.

(i) Nos dice algo acerca de la Iglesia. Pablo habla de *La Iglesia de Dios que se encuentra en Corinto*. No era la Iglesia de Corinto, sino la Iglesia de Dios. Para Pablo, dondequiera que estuviera una congregación individual, era una parte de la Iglesia de Dios. Pablo no habría hablado de la Iglesia de Escocia o de la Iglesia de Inglaterra; no le habría dado a la Iglesia una designación local, y mucho menos habría identificado una congregación con la denominación determinada a la que perteneciera.

Para él la Iglesia era la Iglesia de Dios. Si pensáramos en la Iglesia de esa manera, nos acordaríamos más de la realidad que nos une, y menos en las diferencias locales que nos dividen.

(ii) Este pasaje nos dice algo acerca del cristiano individual. Pablo dice tres cosas acerca de él.

(a) Está *consagrado en Jesucristo*. El verbo *consagrar* (*haguiázein*) quiere decir apartar algo para Dios, hacerlo santo ofreciendo sobre ellos un sacrificio. El cristiano ha sido consagrado a Dios mediante el sacrificio de Cristo. Ser cristiano es ser una persona por la que Cristo murió, y saberlo, y darse cuenta de que ese sacrificio hace que pertenezcamos a Dios de una manera muy especial.

(b) Describe a los cristianos como los *que han sido llamados a ser el pueblo dedicado a Dios / recibido el llamamiento para formar parte del pueblo de Dios*. Hemos traducido una sola palabra griega por toda esta frase. La palabra es *háguios*, que la Reina-Valera traduce por *santos*. Esa palabra no nos sugiere lo que aquí quiere decir. *Háguios* describe a una persona o cosa que se ha consagrado como propiedad y al servicio de Dios. Es la palabra que se usa para describir un templo o un sacrificio o un día que se han señalado para Dios. Ahora bien: si una persona está señalada como propiedad exclusiva de Dios, debe mostrarse idónea en su vida y carácter para tal servicio. Así fue como *háguios* llegó a significar *santo*.

Pero la idea de la raíz de esta palabra es *separación*. Una persona que es *háguios* es *diferente* de los demás, porque ha sido apartada de lo ordinario para pertenecer a Dios de una manera especial. Este era el adjetivo con el que los judíos se definían a sí mismos: eran el *háguios laós*, el pueblo santo, la nación que era completamente diferente de las demás porque pertenecían a Dios y estaban apartados para Su servicio. Cuando Pablo dice que el cristiano es *háguios* quiere decir que es diferente de las demás personas porque pertenece a Dios y está al servicio de Dios. Y esa diferencia no consiste en retirarse de la vida corriente, sino en una calidad de vida que distingue de los demás a los que la viven.

(c) Pablo dirige esta carta a los que han sido llamados *en la compañía de los que en todas partes invocan el nombre del Señor*. El cristiano es llamado a formar parte de una comunidad cuyas fronteras incluyen toda la Tierra y todo el Cielo. Nos haría mucho bien si a veces eleváramos la mirada por encima de nuestro pequeño círculo y nos viéramos como parte de la Iglesia de Dios que es tan amplia como el mundo.

(iii) Este pasaje nos dice algo acerca de nuestro Señor Jesucristo. Pablo menciona a nuestro Señor Jesucristo, e inmediatamente, como si se corrigiera, añade *su Señor y el nuestro*. Ninguna persona ni iglesia tiene el monopolio de Jesucristo. Él es nuestro Señor, pero también el Señor de toda la humanidad. La maravilla del Cristianismo es que cada uno de nosotros puede decir de Cristo: «Él me amó y se entregó a Sí mismo por mí;» y que «Dios ama a cada uno de nosotros como si no tuviera a nadie más a quien amar, y así a todos.»

LA NECESIDAD DE LA GRATITUD

1 Corintios 1:4-9

Siempre estoy dándole gracias a mi Dios por vosotros, porque os ha otorgado Su gracia en Jesucristo. Y tengo motivos, porque en El habéis llegado a enriqueceros en todos los sentidos en la expresión y en el conocimiento de tal manera que lo que os prometimos que Cristo podía hacer por Su pueblo se ha demostrado en vosotros que era cierto. El resultado es que no hay don espiritual en el que os hayáis quedado rezagados, mientras esperáis anhelantes la aparición de nuestro Señor Jesucristo, Quien os mantendrá a salvo hasta el mismísimo fin para que nadie os pueda echar nada en cara el Día de nuestro Señor Jesucristo. ¡Podéis confiar en el Dios Que os ha llamado a participar en la compañía de Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo!

En este pasaje de acción de gracias hay cuatro cosas que sobresalen.

(i) Está la promesa que se cumplió. Cuando Pablo les predicó el Evangelio a los corintios, les dijo que Cristo podía hacer ciertas cosas por ellos; y ahora está satisfecho de que todo lo que él aseguró que Cristo podía hacer se ha hecho realidad. Un misionero le dijo a uno de los antiguos reyes pictos de Escocia: « Si aceptas a Cristo, descubrirás maravilla tras maravilla, y todas se harán realidad.» En último análisis, no se puede convencer a nadie para que se haga cristiano; pero sí le podemos decir: «Haz la prueba, y ya verás lo que pasa,» en la seguridad de que, si lo hace, lo que le hemos anunciado se hará realidad en su vida.

(ii) Está el don que se otorgó. Pablo utiliza aquí una de sus palabras favoritas, *járisma* -de donde viene la palabra *carisma*-, que quiere decir un regalo que se le da a una persona que no lo merece ni paga de ninguna manera. Este don de Dios, como lo veía Pablo, nos llega de dos maneras.

(a) La Salvación es el *járisma* de Dios. El llegar a estar en una relación perfecta con Dios es algo que nadie podría lograr por sí mismo. Es un don inmerecido, que nos llega de la absoluta generosidad del amor de Dios (*Romanos 6:23*).

(b) A cada persona Dios le da los dones que posea y los recursos especiales que necesite en la vida (*1 Corintios 12:410; 1 Timoteo 4:14; 1 Pedro 4:10*). Si uno tiene el don de la palabra, o el de la sanidad, si tiene el don de la música o de

cualquier arte, si tiene los dones de artesanía en las manos, todos estos son dones de Dios. Si nos diéramos cuenta de esto como es debido, la vida tendría para nosotros un ambiente y un carácter nuevos. Las habilidades que poseemos no son nuestro mérito, sino dones de Dios que tenemos como en depósito. No los podemos usar *como nos dé la gana*, sino como *Dios manda*; no para nuestro exclusivo provecho o prestigio, sino para la gloria de Dios y el bien de los demás.

(iii) Hay un fin definitivo. En el Antiguo Testamento se usa frecuentemente la frase *El Día del Señor*. Quería decir el día que los judíos esperaban que Dios interviniera directamente en la Historia, el día en que desaparecería el mundo antiguo y nacería un mundo nuevo, el Día del Juicio de toda la humanidad. Los cristianos asumieron esa idea, pero tomando *El Día del Señor* en el sentido de *El Día del Señor Jesucristo*, cuando Jesús volverá a la Tierra con todo Su poder y gloria.

Está claro que ese sería un día de juicio. Caedmon, uno de los poetas ingleses primitivos, trazó un cuadro del Día del Juicio en uno de sus poemas. Se figuró que la Cruz estaba en medio del mundo, y que de ella salía una luz extraña que tenía la cualidad de los rayos X de penetrar más allá de los disfraces de las cosas y de las personas, mostrándolas tal como eran. Pablo creía que, cuando llegara el juicio, el cristiano -es decir, la persona que *está* en Cristo- podría presentarse sin miedo, porque no estaría vestido con sus propios méritos, sino con los de Cristo, de tal manera que nadie podría echarle nada en cara.

UNA IGLESIA DIVIDIDA

1 Corintios 1:10-17

Hermanos: Os suplico por el nombre de nuestro Señor Jesucristo que dirimáis vuestras diferencias y que hagáis todo lo posible para que no se produzcan divisiones entre vosotros, sino que estéis como una piña teniendo una misma mentalidad y una actitud en común. Porque he visto muy claro, hermanos, por la información que he recibido de los de la casa de Cloe, que hay brotes de peleas entre vosotros. Me refiero a eso de que cada uno va diciendo: < ¡Yo soy de Pablo!», o < ¡Yo soy de Apolos!», o < ¡Yo soy de Cefas!», o < ¡Yo soy de Cristo!» ¿Es que vais a repartiros a Cristo? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros u os habéis bautizado en el nombre de Pablo? Por el giro que han tomado las cosas, me alegro de no haber bautizado a ninguno de vosotros más que a Crispo y a Gayo, para que nadie vaya por ahí diciendo que fue bautizado en mi nombre. Ahora que me acuerdo, también bauticé a la familia de Esteban; pero de los demás no sé si bauticé a ningún otro. Y es que Cristo no me mandó a bautizar, sino a proclamar el Evangelio; y eso, no con oratoria intelectual, no fuera que se vaciara de su eficacia la Cruz de Cristo.

Pablo inicia la tarea de remediar la situación que ha surgido en la iglesia de Corinto. Escribía desde Éfeso. Esclavos cristianos que pertenecían al *establishment* de una señora llamada Cloe habían tenido ocasión de visitar Corinto, y habían vuelto con la triste historia de la disensión y desunión.

Dos veces se dirige Pablo a los corintios llamándolos *hermanos*. Como el antiguo comentarista Beza dijo, «También en esa palabra hay escondida una razón.» Por el mismo uso de la palabra Pablo hace dos cosas. Primera, suaviza la reprensión dándola, no con la palmeta como un maestro de escuela, sino como alguien que no tiene más argumentos que los del amor. Segunda, debería haberseles ocurrido lo equivocadas que eran sus disensiones y divisiones. Eran hermanos, y deberían vivir unidos en amor fraternal.

Al tratar de aproximarlos, Pablo usa dos frases interesantes. Los exhorta a *dirimir sus diferencias*. La frase que usa es la habitual entre partidos hostiles que llegan a un acuerdo. Quiere que *se suelden*, un término médico que se refiere a los huesos que han estado fracturados, o que se coloque en posición una coyuntura dislocada. La desunión es contraria a la naturaleza y debe curarse para restaurar la salud y eficacia del cuerpo de la iglesia.

Pablo identifica a cuatro partidos en la iglesia de Corinto. No se han separado de la iglesia; las divisiones son por lo pronto internas. La palabra que usa para describirlas es *sjismata*, que es la que se usa para *una ropa que se rasga*. La iglesia corintia corre peligro de ponerse tan fea como una ropa hecha jirones. Debe notarse que las grandes figuras de la Iglesia que se mencionan -Pablo, Cefas y Apolos- no tenían nada que ver con las divisiones. No había disensiones entre ellos. Sin su conocimiento y sin su consentimiento, aquellas facciones corintias se habían apropiado de sus nombres. No es infrecuente el que los supuestos partidarios de una figura le traigan más problemas que sus enemigos declarados. Echémosles una ojeada a estos partidos a ver si podemos descubrir lo que representaban.

(i) Había algunos que pretendían estar de parte de *Pablo*. Sin duda serían principalmente gentiles. Pablo siempre había predicado el Evangelio de la libertad cristiana y el fin de la ley. Es muy probable que los de este partido estaban convirtiendo la libertad en libertinaje, y usando el Cristianismo como excusa para hacer lo que les daba la gana. Bultmann ha dicho que el indicativo cristiano siempre conlleva el imperativo cristiano. Aquellos corintios habían olvidado que al indicativo de la Buena Nueva va unido inseparablemente el imperativo de la ética cristiana. Habían olvidado que eran salvos para ser libres del pecado, no libres para pecar.

(ii) Había algunos que pretendían estar de parte de *Apolos*. Tenemos un boceto de Apolos en *Hechos 18:24*. Era judío, de Alejandría, elocuente y versado en las Escrituras. Alejandría era un centro de actividad intelectual. Fue allí donde los estudiosos

crearon la ciencia de la interpretación alegórica de las Escrituras, descubriendo los significados más recónditos en los pasajes más sencillos. Veamos un ejemplo de la clase de cosas que hacían. *La epístola de Bernabé*, una obra cristiana alejandrina cuya inclusión en el Nuevo Testamento se discutió durante un tiempo, deduce de la comparación de *Génesis 14:14* con *18:23* que Abraham tenía 318 varones en su familia a los que había circuncidado. En griego se usan las letras como números, y el 18 se pone con la *iota* seguida de la *eta*, que son las dos primeras letras del nombre de Jesús (lésús); y 300 se indica en griego con la letra *tau*, que tiene la forma de la Cruz; por tanto, ¡este antiguo incidente es un anuncio de la muerte de Jesús en la Cruz! La erudición alejandrina estaba llena de cosas así. Además, los alejandrinos eran unos entusiastas de los recursos literarios. De hecho, eran personas que *intelectualizaban* el Evangelio. Los que se presentaban como partidarios de Apolos serían, sin duda, los intelectuales que se estaban dedicando a toda prisa a convertir el Evangelio en una filosofía.

(iii) Había algunos que pretendían estar de parte de *Cefas*. Cefas, o *Kefa*, era el apodo original de Pedro, *Petros*, y los dos quieren decir *pedra*. Estos serían muy probablemente judíos que trataban de enseñar que los cristianos tenían que observar la ley tradicional judía. Serían legalistas que exaltaban la ley aun a costa de rebajar la gracia.

(iv) Había algunos que pretendían estar de parte de *Cristo*. Esto puede querer decir una de dos cosas. (a) No se usaban los signos de puntuación en los manuscritos antiguos griegos, ni se dejaba un espacio entre las palabras. Puede que aquí no se trate de otro partido corintio, sino del comentario de Pablo mismo. Tal vez deberíamos puntuarlo así: «Yo soy de Pablo», o «Yo soy de Apolos», o «Yo soy de Cefas»... ¡Pero yo soy de Cristo!» Bien puede ser esta la reacción de Pablo a toda esa desgraciada situación. (b) Si no es eso y aquí se describe a otro partido, como ha dicho alguien, « ¡Serían los peores!»: puede que fueran una secta rígida e intolerante que pretendían ser los únicos cristianos que había en Corinto. El mal no estaba en decir que pertenecían a Cristo, sino en actuar como si Cristo les perteneciera exclusivamente a ellos.

No hay que pensar que Pablo menospreciara el Bautismo. Los que él mismo bautizó eran conversos muy especiales. Esteban fue probablemente el primer convertido (*1 Corintios 16:15*); Crispo había sido antes nada menos que el moderador de la sinagoga de Corinto (*Hechos 18:8*); Gayo probablemente había hospedado a Pablo (*Romanos 16:23*). Lo que Pablo quiere subrayar aquí es que el Bautismo era *hacia dentro del nombre de Jesús*: que representa nuestra *incorporación* a la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo.

La frase en griego implica la más íntima conexión posible. En griego *eis*, en inglés *into*, quieren decir *hacia dentro*. El dar dinero *eis* el nombre de alguien quería decir meterlo en su cuenta. El vender a un esclavo *eis* el nombre de una persona era pasarlo a su indiscutible posesión. Un soldado juraba lealtad *eis* el nombre del César; pertenecía totalmente al emperador. *Hacia dentro del nombre de* implica absoluta posesión. En la Iglesia implicaba todavía más: no sólo que el cristiano era posesión de Cristo, sino que, de alguna manera, estaba identificado con Él. Lo que Pablo está diciendo es: «Me alegro de haber estado tan ocupado predicando; porque, si hubiera bautizado, a lo mejor os habría hecho creer que por ello estabais conmigo en esa relación tan absoluta que no tenéis realmente nada más que con Cristo.» No es que para él el Bautismo fuera algo que no tenía importancia, sino que tenía tanta que no se podían correr riesgos con él. Pablo estaba contento de no haber hecho nada que pudiera haberse interpuesto en la relación que los convertidos debían tener solamente con Cristo.

Pablo no se proponía más que presentar lo más claramente posible delante de las personas la Cruz de Cristo. El decorar la historia de la Cruz con retórica o dialéctica habría hecho que las personas prestaran más atención al lenguaje que al mensaje. El propósito de Pablo era poner a la gente, no ante sí mismo, sino ante Cristo en toda Su absoluta grandeza.

ESCÁNDALO PARA LOS JUDIOS Y ESTUPIDEZ PARA LOS GRIEGOS

1 Corintios 1:18-25

Porque la historia de la Cruz les parece una estupidez a los que siguen el camino que lleva a la destrucción, pero es el poder de Dios para los que estamos en el camino de la Salvación. Por algo dice la Escritura: «Borraré la sabiduría de los sabios, y anularé la listeza de los listos.» ¿Qué ha sido de los sabios? ¿Y qué de los expertos en la ley? ¿Adónde han ido a parar los que discutían acerca de la sabiduría de este mundo? ¿Es que no ha dejado Dios la sabiduría de este mundo como pura necedad? Porque cuando vio la sabiduría de Dios que el mundo, con toda su sabiduría, no llegaba a conocerle, Le plugo a Dios salvar a los que creen con lo que llama la gente la estupidez que proclama el mensaje cristiano. Y es que dos judíos no quieren más que señales, y los griegos, sabiduría; pero nosotros proclamamos a un Cristo en una Cruz, blasfemia flagrante para los judíos e insultante estupidez para los griegos; pero para los llamados por Dios, tanto de los judíos como de los griegos, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios; y es que cuando Dios actúa como necio demuestra más sabiduría que toda la humanidad, y cuando Se presenta como impotente, es más fuerte que toda la humanidad.

Tanto a los cultos griegos como a los piadosos judíos, lo que contaban los cristianos les sonaba a pura necedad. Pablo empieza haciendo un uso libre de dos citas de Isaías (*29:14*, y *33:18*) para demostrar que la mera sabiduría humana está abocada

al fracaso. Cita el hecho innegable de que, con toda su sabiduría, el mundo no ha llegado a encontrar a Dios, y sigue buscándole a tientas. Esa búsqueda le ha sido asignada por Dios

para que comprenda su propia incapacidad, y prepararle el camino para la aceptación del Que es el único Camino.

¿Cuál era, entonces, el Mensaje cristiano? Si estudiamos los cuatro grandes sermones del Libro de los Hechos (2:14-39; 3:12-26; 4:8-12, y 10:36-43) nos encontramos con que hay ciertos elementos constantes en la predicación cristiana. (i) Se anuncia que el gran momento prometido por Dios ha llegado. (ii) Se presenta un resumen de la vida, muerte y resurrección de Jesús. (iii) Se afirma que todo aquello ha sido el cumplimiento de la profecía. (iv) Se anuncia que Jesús volverá otra vez. (v) Se invita a los oyentes a que se arrepientan y reciban el don del Espíritu Santo que Dios había prometido.

(i) Para los *judíos*, eso era un escándalo por dos razones.

(a) Para ellos era inaceptable el que Uno que había acabado Su vida en una Cruz pidiera ser el Escogido de Dios. Señalaban a su ley, que declaraba de forma inconfundible: «¡Maldito por Dios es el colgado!» (*Deuteronomio 21:23*). Para los judíos, el hecho de la crucifixión descartaba definitivamente el que Jesús pudiera ser el Hijo de Dios. Puede parecernos extraordinario; pero, hasta con *Isaías 53* delante de los ojos, los judíos no habían soñado jamás con un Mesías doliente. La Cruz era y es para los judíos la barrera infranqueable para creer que Jesús es el Mesías prometido.

(b) Los judíos no querían más que señales. Cuando llegara la edad dorada de Dios, se esperaba que se produjeran hechos sorprendentes. Por el tiempo en que Pablo estaba escribiendo, hubo una cosecha abundante de falsos mesías, cada uno de los cuales sedujo al pueblo a que le aceptara prometiéndole alguna señal maravillosa. En el año 45 d.C. surgió un tal Teudas. Había convencido a miles de personas a que dejaran sus hogares y le siguieran al Jordán, prometiéndoles que las aguas se dividirían a su voz de mando y ellos pasarían en seco. En el año 54 d.C. llegó uno de Egipto a Jerusalén que pretendía ser el Profeta. Persuadió a treinta mil personas a que le siguieran al monte de los Olivos, prometiéndoles que a su palabra se derrumbarían los muros de Jerusalén. Esas eran las cosas que los judíos esperaban. En Jesús veían a Uno Que era manso y humilde, Que evitaba intencionadamente todo lo espectacular, Que servía a los necesitados, Que acabó en una Cruz... y Que no se parecía en nada a la imagen que se habían forjado del Escogido de Dios.

(ii) Para los *griegos*, ese Mensaje no tenía el menor sentido. Aquí también había dos razones.

(a) Para los griegos, la cualidad característica de Dios era la *apatheia*, que quería decir mucho más que su derivada española, *apatía*; quería decir *una incapacidad total para sentir*. Lo razonaban diciendo que, si Dios pudiera sentir alegría o tristeza, eso querría decir que algo Le podía afectar; y, por tanto, era mayor que Dios. Así que Dios tenía que ser incapaz de sentir nada, para que nada Le pueda afectar. Un Dios doliente era para los griegos una contradicción en términos.

Aún iban más lejos. Plutarco declaraba que era insultar a Dios el implicarle en los asuntos humanos. Por necesidad, Dios era inasequible. La mera idea de una *encarnación*, de que Dios Se hiciera hombre, era repulsiva para la mentalidad griega. Agustín, que era un gran pensador desde mucho antes de convertirse al Cristianismo, dijo que había encontrado paralelos a muchas de las enseñanzas cristianas; pero hubo algo, dijo, que nunca encontró: que «la Palabra Se hizo carne, y habitó entre nosotros.» Celso, que con tanto vigor atacó el Cristianismo a finales del siglo II d.C., escribía: «Dios es bueno y hermoso y feliz, y es por ello por lo que es más hermoso y bueno. Entonces, si «descendiera a los hombres,» eso supondría un cambio para Él, y un cambio de bueno a malo, de hermoso a feo y de feliz a desgraciado, de lo mejor a lo peor. ¿Quién escogería ese cambio? Porque a lo mortal le es natural cambiar y cambiarse; pero a lo inmortal, el permanecer inalterable eternamente. Dios no podría aceptar tal cambio.» Para un pensador griego la encarnación era absolutamente inconcebible. Para los que pensaban de esa forma era increíble el que Uno que había sufrido como Jesús pudiera ser el Hijo de Dios.

(b) Los griegos buscaban la sabiduría. La palabra *sofista* viene del griego, y quería decir en un principio *sabio* en el buen sentido de la palabra; pero llegó a significar una persona lista de mente y astuta de lengua, un acróbata intelectual, de retórica alucinante y persuasiva, que podía presentar el mal como un bien; llegó a querer decir el palabrero que se pasa la vida discutiendo pelillos sin importancia, sin ningún interés en encontrar soluciones, sino sólo en dedicarse a la prestidigitación intelectual. Díon Crisóstomo los describe de la siguiente manera: «Croan como las ranas en el pantano; son de lo más miserables porque, aunque ignorantes, se creen sabios; son como pavos reales, desplegando su reputación y el número de sus discípulos como hacen los pavos reales con la cola.»

Es imposible exagerar la influencia fantástica que ejercía en Grecia el retórico de pico de oro.. Ya Plutarco decía: «Suavizan la voz con cadencias musicales y modulaciones de tono y resonancias de eco.» No pensaban en lo que estaban diciendo, sino en cómo decirlo para recibir aplausos. Sus ideas podían estar envenenadas, siempre que estuvieran envueltas en una expresión meliflua. Filostrato nos cuenta que el sofista Adriano tenía tanta fama en Roma que, cuando llegaba su pregonero con la noticia de que iba a dar una conferencia, se vaciaba el senado y hasta se perdía los juegos la gente para oírle.

Díon Crisóstomo traza una caricatura de esos llamados «sabios» y de sus competiciones en el mismo Corinto, en los juegos ístmicos: «Podrás oír a muchos de esos desgraciados sofistas chillándose e insultándose unos a otros, y a sus discípulos, como los llaman, disputando; y muchos autores de libros leyendo sus estúpidas producciones, y muchos poetastros cantando sus poemas, y muchos juglares exhibiendo sus gracias, y muchos adivinos interpretando señales, y miríadas de retóricos

enrevesando pleitos, e innumerables comerciantes pregonando sus diversas mercancías.» Los griegos se drogaban con palabras altisonantes; el predicador cristiano con su Mensaje escueto les parecía una figura tosca, inculta y ridícula, que más provocaba la risa que la atención.

LA GLORIA DE LA VERGÜENZA

1 Corintios 1:26-31

Hermanos: No tenéis más que fijaros en quiénes sois los que Dios ha llamado. Está claro que no hay muchos entre vosotros de los que el mundo considera sabios, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que a los que Dios ha escogido ha sido a los que el mundo considera ignorantes, para vergüenza de los sabios; y a los que el mundo tiene por débiles, para vergüenza de los fuertes; y a los parias y a los marginados y a los que no cuentan para nada en el mundo, para anular a los que se creen algo, para que nadie se las pueda dar de nada delante de Dios.

Es a Dios a Quien Le debemos el estar en Jesucristo, a Quien Dios ha hecho que sea para nosotros la única sabiduría, y justicia, y santidad, y libertad, para que se haga realidad en nosotros lo que dice la Escritura: «¡EL que quiera estar orgulloso de algo, que lo esté del Señor!»

Pablo se siente orgulloso del hecho de que la mayor parte de los miembros de la Iglesia fueran la gente más sencilla y humilde que se podía encontrar en el mundo. No debemos creer que la Iglesia Primitiva estaba formada exclusivamente por esclavos. En el Nuevo Testamento también se mencionan convertidos que procedían de los estratos más elevados de la sociedad. Entre ellos recordamos a Dionisio de Atenas (*Hechos 17:34*), Sergio Paulo, procónsul de Creta (*Hechos 13:6-12*); las señoras de la nobleza de Tesalónica y Berea (*Hechos 17:4,12*), y Erasto, tesorero de la ciudad, posiblemente, de Corinto (*Romanos 16:23*). En el tiempo de Nerón, Pomponia Grecina, la mujer de Plautio, el conquistador de Britania, fue ejecutada por ser cristiana. En el tiempo de Domiciano, la segunda mitad del siglo I, Flavio Clemente, que era primo del Emperador,

también fue un mártir cristiano. A finales del siglo II, Plinio, el gobernador de Bitinia, le escribe al emperador Trajano que los cristianos procedían de todas las clases sociales. Pero sigue siendo verdad que la gran masa de cristianos eran gente normal y corriente.

Allá por el año 178 d.C., Celso escribió uno de los ataques más amargos que se hayan escrito jamás contra el Cristianismo. Era precisamente la atracción que ejercía el Cristianismo entre la gente sencilla lo que más ridiculizaba. Denunciaba que el punto de vista cristiano era: < ¡Que no se acerque por aquí ninguna persona culta, ni inteligente, ni sensata, porque todo eso es del diablo! Pero si hay algún ignorante, sin sentido ni cultura, o algún idiota, ¡que venga sin miedo! > De los cristianos escribía: < Los vemos en sus casas: tejedores, zapateros y abatanadores; la gente más vulgar y analfabeta. > Decía que los cristianos eran «enjambre de mosquitos, u hormigas saliendo a rastras de su hormiguero, o ranas celebrando un simposio en un pantano, o gusanos en un conventículo de barro.»

Esa era precisamente la gloria del Cristianismo. Había sesenta millones de esclavos en el imperio romano. A los *ojos* de la ley, un esclavo no era más que «una herramienta viva,» es decir, no una persona sino una cosa. Un amo podía tirar un esclavo viejo como si fuera una azada o una hoz. Se podía divertir torturando a sus esclavos, o matándolos. Para ellos no existía la posibilidad del matrimonio; y, si tenían hijos porque al amo le convenía, eran propiedad del amo como los corderos del rebaño, que no pertenecían a las ovejas sino al pastor. El Cristianismo convirtió a gentes que eran cosas en hombres y mujeres de verdad; más aún: en hijos e hijas de Dios. Dio a los indignos una dignidad propia; a los que no tenían vida personal, la vida eterna. Les dijo a esas personas que, si no importaban para la sociedad, sí Le importaban inmensamente a Dios. Les dijo que, si no tenían ningún valor a *los ojos* del mundo, a Dios Le habían costado la sangre de Su Hijo y, por tanto, tenían un valor incalculable. El Cristianismo era, y aún es, lo que redime y eleva más a la persona en todo el universo.

La cita con la que Pablo termina esta párrafo procede de *Jeremías 9:23-24*. Como dijo Bultmann, el pecado fundamental es *la autoafirmación, o el deseo de ser reconocido*. La verdadera religión empieza solamente cuando nos damos cuenta de que no podemos hacer nada por nosotros mismos y que Dios es el Que puede hacer y lo hará todo. El hecho alucinante de la vida es que son las personas que se dan cuenta de su debilidad e ignorancia las que son fuertes y sabias a fin de cuentas. Es un hecho de la experiencia que el que se cree que puede arrostrar la vida por sí solo es el que suele sufrir naufragio.

Debemos fijarnos en las cuatro cosas en que insiste Pablo que Cristo es para nosotros.

(i) *Sabiduría*. Sólo siguiéndole a Él vamos por el buen camino, y sólo escuchándole a Él oímos la verdad. Jesús es el experto en la vida.

(ii) *Integridad*. En los escritos de Pablo, *integridad (R-V, justicia)* quiere decir *la debida relación con Dios*. Por nuestro propio esfuerzo nunca podremos alcanzarla; solamente es nuestra cuando nos damos cuenta por medio de Jesucristo de que no es por lo que nosotros podamos hacer por Dios, sino por lo que El ha hecho por nosotros.

(iii) *Consagración*. Es solamente en la presencia de Cristo cuando la vida puede llegar a ser lo que debe ser. Epicuro solía decirles a sus discípulos: < Vivid como si Epicuro os estuviera viendo siempre. » No hay « como sí » en nuestra relación con Cristo. El cristiano camina con Él, y sólo en Su compañía puede mantener su conducta sin mancha de este mundo.

(iv) *Liberación*. Diógenes solía quejarse de que la gente siempre esté yendo al oculista y al dentista, pero nunca acude a la persona (quería decir el filósofo) que puede curarle el alma. Jesucristo es el único que puede librarnos del pecado pasado, de la impotencia presente y del miedo al futuro. Es el emancipador de la esclavitud del pecado y del yo.

LA PROCLAMACIÓN Y EL PODER

1 Corintios 2:1-5

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros no llegué anunciándoos el Evangelio con una retórica o una sabiduría ostentosas; porque entre vosotros yo no pretendía saber de nada más que de Jesús, el Mesías crucificado. Por eso estuve con vosotros no dando muestras más que de debilidad, y de timidez, y de nerviosismo. Y la verdad indiscutible de mi lenguaje y de mi mensaje no dependieron de una terminología alucinante y erudita, sino del Espíritu y del poder; y eso, para que vuestra fe no estuviera basada en una sabiduría humana, sino en el poder de Dios.

Pablo rememora su primera visita a Corinto.

(i) Llegó hablando con *sencillez*. Vale la pena advertir que Pablo llegó a Corinto desde Atenas, donde había intentado, por única vez en su vida, presentar el Evangelio de manera aceptable para la filosofía. Se había reunido con algunos filósofos en el Areópago, y había tratado de hablarles en su mismo lenguaje (*Hechos 17:22-31*); y fue allí donde tuvo uno de sus pocos fracasos. Su sermón, en términos filosóficos, produjo muy pocos resultados (*Hechos 17:32-34*). Es posible que se dijera a sí mismo: « ¡No voy a repetir la experiencia! Desde ahora, contaré la historia de Jesús con la máxima sencillez. No volveré a intentar envolverla en categorías humanas. No pretenderé saber nada de nada más que de Jesucristo, y de Jesucristo crucificado. »

Es indudable que la sola historia de la vida y obra de Jesús sin más adornos tiene un poder inigualable para mover los corazones. El profesor de Edimburgo James Steward cita un ejemplo. Unos misioneros cristianos habían llegado a la corte de Clovis, el rey de los francos. Contaron la historia de la Cruz; y, mientras hablaban, el anciano rey echó mano a la empuñadura de su espada. « ¡Si yo y mis francos hubiéramos estado allí -dijo-, habríamos barrido el Calvario y Le habríamos rescatado de Sus enemigos! » Cuando tratamos con gente normal y corriente, una descripción gráfica de los hechos tiene más poder que ningún argumento. El camino a lo más íntimo del ser no pasa por la cabeza, sino por el corazón.

(ii) Llegó hablando con *temor*. Aquí hemos de tener cuidado con cómo lo entendemos. No era miedo por su seguridad; y todavía menos porque estuviera avergonzado del Evangelio que predicaba. Era lo que se ha llamado « la trémula ansiedad de cumplir con un deber. » La misma frase que usa aquí de sí mismo la aplica Pablo a la manera en que deben servir y obedecer a sus amos los esclavos concienzudos (*Efesios 6:5*). No suele ser el que se enfrenta con una gran tarea sin temblor el que la hace mejor. El actor realmente grande es el que está nervioso antes de la representación; el predicador realmente eficaz es aquel cuyo corazón se acelera cuando está disponiéndose a hablar. El que no se pone nervioso ni tenso en ninguna ocasión puede que represente bien su papel; pero es el que experimenta la trémula ansiedad el que suele producir un efecto que la técnica a secas no consigue.

(iii) Llegó con resultados, y no sólo con palabras. Dice que la verdad indiscutible de su predicación quedó demostrada de manera incontestable por el Espíritu y el poder. La palabra que usa es la que indica una prueba totalmente irrefutable a la que no se puede oponer ningún argumento. ¿Cuál era? Era la prueba de vidas cambiadas. Un poder re-creador había empezado a actuar en la sociedad corrompida de Corinto.

A John Hutton le encantaba contar cierta historia. Uno que había sido malvado y borracho fue capturado por Cristo. Sus viejos camaradas trataban de tomarle el pelo, y le decían: « ¡No me digas que un tío sensato como tú puede creer en esos milagros de la Biblia como que Jesús convirtió el agua en vino! »

« Si convirtió el agua en vino o no -contestó él-, no lo sé; pero sí sé que en mi casa Le he visto convertir el vino en muebles y en comida sana y en ropa. »

No se puede discutir la prueba de una vida cambiada. En nuestra debilidad, hemos tratado a veces de convencer a la gente de la verdad del Cristianismo discutiendo, en vez de mostrándoles en nuestras propias vidas lo que Cristo ha hecho con nosotros. « Un santo, ha dicho alguien, es uno en el que Cristo vuelve a vivir otra vez. »

LA SABIDURÍA QUE VIENE DE DIOS

1 Corintios 2:6-9

Es verdad que hablamos sabiduría, pero es entre los que han llegado a la mayoría de edad; y una sabiduría que no es cosa de este mundo ni de los que ejercen su influencia en él, que ya están superados; sino que es la sabiduría de Dios, que sólo los iniciados en el Evangelio pueden entender; una sabiduría que, hasta ahora, se había mantenido secreta; una sabiduría que Dios predestinó antes del tiempo para nuestra gloria eterna; una sabiduría que no conocía ninguno de los príncipes de este mundo; porque, si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria. De ella dice la Escritura: «Cosas que no hay ojo que haya contemplado, ni oído que haya escuchado, ni imaginación humana que haya concebido, son las que Dios ha preparado para los que Le aman.»

Este pasaje nos introduce en las diferentes clases de instrucción cristiana y en las diferentes etapas de la vida cristiana. En la Iglesia Primitiva había una marcada diferencia entre dos clases de instrucción. (i) Había lo que se llamaba el *kérygma*, que quiere decir *el anuncio de un heraldo del rey*, y que era el anuncio de los hechos fundamentales del Evangelio; es decir, de la vida, muerte, resurrección y segunda venida de Jesús. (ii) Había lo que se llamaba la *didajé*, que quiere decir *enseñanza*, y era la explicación de los hechos que ya se habían anunciado. Era la segunda etapa para los que habían recibido el *kérygma*.

A eso es a lo que se refiere Pablo aquí. Hasta ahora ha estado hablando de Jesús como el Mesías crucificado: ese era el anuncio fundamental del Cristianismo. De ahí pasa a decir que no nos detenemos ahí. La instrucción cristiana no se limita a enseñar los hechos, sino que pasa a explicar su significado. Pablo dice que eso se hace entre los que son *téleioi*. La Reina-Valera antigua decía: «Empero hablamos sabiduría entre perfectos.» Ese es, sin duda, uno de los sentidos de esta palabra, pero no es apropiado aquí. *Téleios* tiene un sentido físico: describe al animal o a la persona que ha llegado a su pleno desarrollo físico; pero tiene también un sentido intelectual. Pitágoras dividía a sus discípulos en «bebés» y *téleioi*. Es decir, que describe a la persona que tiene madurez como estudiante, y es el sentido que tiene aquí. Pablo dice: «En la calle, y para todos los que acaban de llegar a la iglesia, hablamos de los elementos básicos del Evangelio; pero, cuando las personas ya van creciendo en la fe, les damos una enseñanza más profunda acerca de lo que quieren decir esos hechos fundamentales.» No es que Pablo sugiera una diferencia de clases entre los cristianos; se trata de las diferentes etapas en que se encuentran. Lo trágico es que a menudo la gente se conforma con seguir en una etapa elemental cuando deberían proseguir esforzadamente a pensarse las cosas por sí mismos.

Pablo usa aquí una palabra que tiene un sentido técnico. La Reina-Valera dice: «Mas hablamos sabiduría de Dios *en misterio*» -cursiva mía. La palabra griega *mysterion* quiere decir algo cuyo significado les está escondido a los que no han sido iniciados, pero claro como el agua a los que sí. Se refiere a una ceremonia que se llevaba a cabo en ciertas sociedades, cuyo sentido estaba claro para los miembros, pero que era ininteligible para los de fuera. Lo que Pablo quiere decir es que «vamos a proceder a explicar cosas que sólo pueden entender los que ya Le han entregado el corazón a Jesucristo.»

Insiste en que esta enseñanza más adelantada no es el producto de la actividad intelectual humana, sino que es don de Dios, y que nos ha venido con Jesucristo. Todos nuestros descubrimientos no son tanto lo que hemos descubierto con la mente como lo que Dios nos ha dicho. Esto de ninguna manera nos exime de la responsabilidad de esforzarnos. Sólo el estudiante que pone lo más posible de su parte puede llegar a estar capacitado para recibir las auténticas riquezas de la mente de un gran profesor. Eso es lo que nos sucede con Dios. Cuanto más nos esforzamos por comprender, tanto más nos comunica Dios; y ese proceso no tiene límite.

LO ESPIRITUAL, PARA LOS ESPIRITUALES

1 Corintios 2:10-16

Esas son las cosas que Dios ha revelado por medio de Su Espíritu; y es que el Espíritu explora todas las cosas hasta las profundidades de Dios. Porque, ¿quién es el que conoce todo lo que hay en una persona sino el espíritu humano que la habita? Así tampoco hay nadie que conozca las cosas de Dios más que el Espíritu de Dios.

No es el espíritu del mundo el que hemos recibido, sino el Espíritu que viene de Dios para que podamos saber todo lo que nos ha dado la gracia de Dios. De estas cosas no hablamos con palabras que enseñan la sabiduría humana, sino con las que enseñan el Espíritu, interpretando lo espiritual para los espirituales. El que no tiene nada más que la vida física no puede entender las cosas del Espíritu de Dios. Para él no tienen ningún sentido, y no las puede entender porque se necesita el Espíritu para discernirlas. Pero el que es espiritual aplica su juicio al valor de todas las cosas, aunque él mismo no está sujeto al juicio de nadie. Porque, ¿quién ha llegado nunca a comprender la mente del Señor para ser capaz de instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.

Hay algunas ideas muy básicas en este pasaje.

(i) Pablo establece que la única Persona que nos puede decir algo acerca de Dios es el Espíritu de Dios. Usa una analogía humana. Hay sentimientos tan personales, cosas tan privadas, experiencias tan íntimas, que nadie las puede saber excepto el espíritu humano de cada uno. Pablo afirma que sucede lo mismo con Dios: hay cosas profundas e íntimas en El que sólo sabe Su Espíritu; y Su Espíritu es la única Persona que nos puede guiar a un conocimiento realmente íntimo de Dios.

(ii) Además, no todas las personas pueden entender esas cosas. Pablo habla de interpretar cosas espirituales a personas espirituales. Distingue dos clases de personas. (a) Están los que son *pneumatikoí*. *Pneúma* es la palabra para *espíritu*, y el que es *pneumatikós* es sensible al Espíritu y es guiado por el Espíritu. (b) Está el que es *psyjikós*. *Psyjé* se suele traducir por *alma*, pero no es ese su verdadero sentido. Es el *principio de la vida física*. Todos los seres vivos tienen *psyjé*: un perro, un gato, cualquier animal tiene *psyjé*, pero no tiene *pneúma*. *Psyjé* es la vida física que los seres humanos compartimos con todos los demás seres vivos; pero *pneúma* es lo que hace que las personas seamos diferentes del resto de la creación, y semejantes a Dios.

Así que, en el versículo 14, Pablo habla del hombre *psyjikós*. Es el que vive como si no hubiera nada más allá de la vida física, ni otras necesidades que las puramente materiales. Una persona así no puede entender las cosas espirituales. El que no cree que haya nada más importante que la satisfacción del impulso sexual no puede entender el sentido de la castidad; el que considera que el almacenar cosas materiales es el fin supremo de su vida no puede entender la generosidad, y el que no piensa nada más que en las cosas de este mundo jamás podrá entender las cosas de Dios, y le resultarán sin sentido. Nadie tiene por qué ser así; pero si se ahoga lo que alguien llamaba «los anhelos eternos» que hay en el alma, se puede perder la sensibilidad espiritual de tal manera que el Espíritu de Dios hablará, pero no se Le oirá.

Es fácil llegar a estar tan **involucrado en el mundo** que no existe nada más allá de él. Debemos pedirle a Dios que nos dé la mente de Cristo; porque sólo cuando Él vive en nosotros estamos a salvo de la invasión absorbente de las exigencias de las cosas materiales.

IMPORTANCIA SUPREMA DE DIOS

1 Corintios 3:1-9

En cuanto a mí, hermanos, no pude hablaros como si fuerais espirituales, sino que tuve que hablaros como a los que no habían pasado todavía de la etapa meramente humana, como a niños en Cristo. Como si dijéramos, os di a beber leche, no comida sólida. Y aun ahora, todavía no podéis digerir la comida sólida, porque seguía estando controlados por las pasiones humanas. Si hay entre vosotros envidia y rivalidad, ¿no quiere eso decir que estáis dominados por las pasiones humanas y que vuestro comportamiento no pasa del nivel puramente humano? Eso de que uno diga: «¡Yo soy de Pablo!» o «¡Yo soy de Apolos!»; ¿no quiere decir que estáis actuando como seres humanos a secas? Porque, ¿qué son Apolos o Pablo? No son más que siervos que han actuado de intermediarios para que llegarais a creer; y el éxito que tuvo cada uno se lo debió a Dios. Yo fui el que planté; luego vino Apolos a regar; ¡pero fue Dios el que hizo crecer la semilla! Así que, ni el que planta ni el que riega son nada; sino Dios, Que hace crecer la semilla, es el todo. El que planta y el que riega están a un mismo nivel; cada uno recibirá la recompensa conforme a su labor. Nosotros somos compañeros de trabajo al servicio de Dios; y vosotros sois la labranza o el edificio de Dios.

Pablo ha estado hablando de la diferencia que hay entre una persona espiritual (*pneumatikós*), que es la que puede entender las cosas espirituales, y la que es *psyjikós*, cuyos intereses y objetivos no van más allá de las cosas materiales y que, por tanto, es incapaz de captar la verdad espiritual. Ahora pasa a acusar a los corintios de seguir en la etapa física, y usa dos palabras para describirlos.

En el versículo 1 los llama *sárkinoi*. Esta palabra se deriva de *sarx*, que quiere decir *carne* y que Pablo usa con frecuencia. Ahora bien: todos los adjetivos griegos que terminan en *-inos* quieren decir *hecho de aquello*. Así es que Pablo empieza por decir que los córintios están hechos de carne. Eso no es tan despectivo como la expresión española de «ser un cacho de carne con ojos;» quiere decir que es una persona de carne y hueso, *pero* que no debe conformarse con vivir a ese nivel. El problema era que los corintios eran, no sólo *sárkinoi*, sino también *sarkikoí*, que quiere decir *dominados por la carne*. Para Pablo *la carne* es mucho más que una sustancia física; es *la naturaleza humana separada de Dios*, esa parte de la persona, tanto mental como física, que le ofrece una cabeza de puente al pecado. Así es que el fallo que Pablo les encuentra a los corintios no es que están hechos de carne -eso tienen de común con todo el mundo-, sino que dejan que su naturaleza inferior domine todas sus actitudes y acciones.

¿Qué es lo que hay en su vida y conducta que hace que Pablo les dirija esta reprensión? Son sus partidismos, peleas y grupitos. Esto es sumamente significativo, porque quiere decir que *se puede saber cómo está la relación de una persona con Dios viendo su relación con sus semejantes*. Si nunca está de acuerdo con nadie, si siempre está peleándose y discutiendo con

los demás y creando problemas, puede que asista regularmente a la iglesia y hasta que tenga algún cargo en ella, pero no es un hombre de Dios. Sin embargo, si uno se lleva bien con los demás y sus relaciones con ellos están inspiradas en el amor y la unidad y la concordia, entonces lleva camino de ser un hombre de Dios.

El que ama a Dios tiene que amar también a sus semejantes. Esta fue la verdad que Leigh Hunt tomó de un cuento oriental y plasmó en su famoso poema:

Abú Ben Ádjem - ¡crezca para siempre su tribu! despertó cierta noche de un buen sueño de paz y vio en la habitación que la luna alumbraba convirtiéndola toda como en un lirio en flor un ángel escribiendo en un libro de oro. Larga vida de paz le había hecho atrevido, y a la extraña figura Abú se dirigió: -Di, ¿qué escribes?- El ángel volvió hacia él los ojos y con una mirada que era toda dulzura respondió: -Son los nombres de los que aman a Dios. , -¿Y está el mío entre ellos?- le preguntó Ben Ádhem. -No está -respondió el ángel. Con menos osadía, pero aún atrevido, Abú dijo: A lo menos, pon mi nombre como uno que ama a sus semejantes. El ángel lo escribió, y desapareció. A la noche siguiente, con deslumbrante luz, volvió el ángel de nuevo, en su libro mostrando los nombres de aquellos bendecidos por Dios, porque Su amor estaba reflejado en sus vida. ¡Y he aquí que el de Ben Ádjem estaba a la cabeza!

Pablo prosigue mostrando la esencial insensatez de ese espíritu partidista. En un huerto, puede que un hombre plante la semilla, y sea otro el que la riegue; pero ninguno de los dos pretende haber sido el que la ha hecho crecer: eso es cosa de Dios. El que planta y el que riega están al mismo nivel; ninguno puede pretender prioridad sobre el otro; no son más que servidores que han sido compañeros de trabajo al servicio de un Señor: Dios. Dios usa instrumentos humanos para hacer llegar a las personas el Mensaje de Su amor y Su verdad; pero Él es el Único que despierta el corazón humano a una nueva vida. Como lo creó, lo puede re-crear.

EL CIMIENTO Y LOS CONSTRUCTORES

1 Corintios 3:10-15

De acuerdo con la gracia de Dios que se me otorgó a mí, yo eché los cimientos como experto maestro de obras; pero luego son otros los que siguen construyendo encima. Que cada cual se mire bien cómo construye hacia arriba; pero nadie puede echar otro cimiento diferente del que ya se ha echado, que es Jesucristo. Si uno construye sobre ese cimiento con oro, o plata, o piedras preciosas, o madera, o paja, o rastrojo, se verá bien claro el trabajo de cada cual: el Día lo descubrirá, porque se revelará mediante fuego, y el fuego mismo hará la prueba de la clase de trabajo que ha hecho cada uno. Si se mantiene la obra que erigió uno sobre el fundamento, recibirá su recompensa; pero si se quema, será trabajo perdido, aunque él mismo se salve como el que se libra de una quema.

En este pasaje, Pablo está hablando por experiencia. Estaba destinado a ir echando los cimientos para luego pasar a otro sitio. Es verdad que se quedó dieciocho meses en Corinto (*Hechos 18: 11*) y tres años en Éfeso (*Hechos 20:31*); pero puede que en Tesalónica no estuviera ni un mes, y esto era lo más corriente. Había tanto terreno que planificar, tantas personas que ni siquiera habían oído el nombre de Jesucristo que, si se iba a empezar en serio la evangelización del mundo, Pablo no podía más que echar los cimientos y pasar a otro sitio. Sólo cuando le metían preso se veía obligado a permanecer en un sitio su inquieto espíritu.

Dondequiera que iba, echaba el mismo cimiento: los hechos referentes a Jesucristo y Su oferta de Salvación. Su tremenda labor consistía en presentar a Cristo a la gente, porque era en Él, y sólo en Él, donde se podían encontrar tres cosas:

(a) *El perdón de los pecados pasados.* Uno se encuentra en una nueva relación con Dios, y descubre de pronto que Dios es su amigo y no su enemigo; Que es como Jesús; donde antes creía ver odio, ahora ve amor, y el Que antes le parecía infinitamente remoto ahora ve como íntimamente tierno.

(b) *Fuerza para el presente.* En la presencia y ayuda de Jesús halla valor para arrostrar la vida, porque ha dejado de ser una unidad aislada peleando una batalla a solas con un universo adverso. Vive una vida en la que nada puede separarle del amor de Dios en Cristo Jesús su Señor. Transita los caminos de la vida y pelea sus batallas con Cristo.

(c) *Esperanza para el porvenir.* Ya no vive en un mundo en el que tiene miedo a mirar adelante, sino en uno en el que Dios está en control y haciendo que todo contribuya a su bien. Vive en un mundo en el que la muerte ya no es el fin, sino sólo el preludio de una gloria mayor. Sin el cimiento de Cristo no se puede tener ninguna de estas cosas.

Pero son otros los que tienen que construir sobre ese cimiento. Pablo no está hablando aquí de construir cosas malas, sino cosas inadecuadas. Uno puede presentar a sus semejantes una versión del Evangelio que es floja y aguada; algo unilateral, que hace mucho hincapié en ciertas cosas y demasiado poco en otras, sin el debido equilibrio; algo deformado, en lo que hasta las cosas más importantes aparecen alabeadas.

El Día al que se refiere Pablo es la Segunda Venida de Cristo. Entonces tendrá lugar la prueba definitiva. Lo erróneo e impropio se desvanecerá; pero, por la misericordia de Dios, hasta el constructor equivocado se salvará; porque, por lo menos, trató de hacer algo por Cristo. Todas nuestras versiones del Evangelio son inadecuadas, por decir lo menos; pero nos libraríamos de muchas cosas inadecuadas si las sometiéramos a prueba, no de nuestros prejuicios y presuposiciones, no de la aprobación de tal o cual teólogo, sino a la luz del Nuevo Testamento y, sobre todo, a la luz de la Cruz. Longino, el gran crítico literario griego, les ofrecía a sus estudiantes una prueba: < Cuando escribas algo -les decía-, pregúntate cómo lo habrían escrito Homero o Demóstenes; o, mejor todavía: imagínate cómo reaccionarían si tú se lo leyeras. » Pues nosotros, cuando hablamos de Cristo, debemos tener presente el hecho de que Cristo está escuchando. Tal convicción nos libraría de muchos peligros y errores.

SABIDURÍA E INSENSATEZ

1 Corintios 3:16-22

¿Es que no sabéis que sois el Templo de Dios, y que el Espíritu de Dios ha hecho Su morada en vosotros? Dios destruirá al que destruya Su Templo; porque el Templo de Dios es una cosa santa, y eso es lo que sois vosotros.

Que nadie es engañe. El que de vosotros se crea muy listo en las cosas del mundo, que empiece por darse cuenta de que no es más que un ignorante para llegar a ser sabio de veras. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para Dios; por eso dice la Escritura: «Él pilló a los sabiondos en su propia astucia; > y otra vez: «El Sor sabe que el producto de sus mentes es inconsistente. »

Así es que nadie presuma de nadie, porque todo es vuestro: Pablo, Apolos, Cefas, la vida, la muerte, el presente, el porvenir... ¡todo es vuestro! Pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios.

Para Pablo, la Iglesia era el verdadero Templo de Dios, porque era la morada del Espíritu de Dios. Como dijo Orígenes tiempo después: «Somos tanto más el Templo de Dios cuanto nos preparamos para recibir al Espíritu Santo.» Pero los que introducen disensiones y divisiones en la comunión de la Iglesia destruyen el Templo de Dios en un doble sentido.

(a) Hacen imposible que el Espíritu pueda obrar. En cuanto se introduce la amargura en la Iglesia, el amor se ausenta. No se puede ni decir ni oír la verdad debidamente en esa atmósfera.

«Donde está el amor, allí está Dios;» pero donde hay odio y peleas, Dios está llamando a la puerta, pero no Le dejan entrar. El que destruye el amor fraternal, destruye la Iglesia; y, por tanto, el Templo de Dios.

(b) Dividen la Iglesia y la reducen a una serie de ruinas aisladas. Ningún edificio puede mantenerse en pie y firme si se le quitan secciones. La mayor debilidad de la Iglesia siguen siendo sus divisiones. Ellas también la destruyen.

Pablo pasa otra vez a poner el dedo en la raíz de la disensión y consiguiente destrucción de la Iglesia. Es el culto de la sabiduría intelectual y mundana. Muestra la condenación de esa sabiduría con dos pasajes del Antiguo Testamento: *Job 5:13*, y *Salmo 94:11*. Era por esa misma sabiduría mundana por lo que los corintios valoraban a los diversos maestros y líderes. Era ese orgullo de la mente humana el que los hacía apreciar o criticar su forma de dar el Mensaje, la corrección de su retórica, el peso de su oratoria, la sutileza de sus argumentos, más que el contenido del Mensaje en sí. El problema de ese orgullo intelectual es que produce dos cosas.

(a) *Discusiones*. No se puede estar callado y admirar lo bueno; tiene que hablar y criticar. No puede soportar que se le contradiga: tiene que demostrar que es el único que tiene razón. Nunca es lo bastante humilde para aprender; siempre tiene que ser él el que establezca la ley.

(b) El orgullo intelectual es esencialmente *exclusivista*. Tiende a mirar por encima del hombro a los demás en lugar de sentarse a su lado. Su actitud es que todos los que no están de acuerdo con él están equivocados. Hace mucho, Cromwell escribió a los escoceses: « Os ruego por las entrañas de Cristo que consideréis la posibilidad de estar equivocados. » Eso es precisamente lo que el orgullo intelectual no puede admitir. Tiende a separar a las personas más que a unirlos.

Pablo desafía a las personas a que sean lo suficientemente sabias como para darse cuenta de que son necias. Esta es una manera de decirles que sean lo suficientemente humildes como para aprender. No se puede enseñar nada a una persona que cree que ya lo sabe todo. Platón decía: «El más sabio es el que se da cuenta de que está insuficientemente equipado para el estudio de la sabiduría.» Y Quintiliano decía de ciertos estudiantes: «Habrían llegado a ser excelentes estudiantes si no hubieran estado convencidos de que eran muy sabios.» Un antiguo proverbio establecía: «El que no sabe, y no sabe que no sabe, es un necio; evítale. El que no sabe, y sabe que no sabe, es un sabio; enséñale.» La única manera de llegar a saber nada es reconocer que no se sabe; el único acceso al conocimiento es confesar la ignorancia.

En el v. 22, como pasa tantas veces en sus cartas, a la prosa de Pablo le salen alas de sentimiento y poesía. Los corintios están haciendo algo que a Pablo le parece incomprensible: están tratando de ponerse en manos de algún hombre. Pablo les dice que, de hecho, no son ellos los que le pertenecen a ningún hombre, sino él el que les pertenece a ellos. El identificarse con un partido es aceptar la esclavitud los que deberían ser reyes. El hecho es que son los dueños de todas las cosas, porque pertenecen

a Cristo, y Cristo pertenece a Dios. La persona que consagra su fuerza y su corazón a cualquier lasquita de un partido ha rendido su todo a un reyezuelo cuando podía haber entrado en posesión de una compañía y de un amor tan amplio como el universo. Ha confinado en angostos límites una vida que estaba diseñada para esferas de amplitud ilimitada.

LOS TRES JUICIOS

1 Corintios 4:1-5

En consecuencia, lo que tenéis que pensar de nosotros es que somos servidores de Cristo y administradores de los secretos que Dios revela a Su propio pueblo. En la vida corriente de cada día, lo que se espera de los administradores es que sean de fiar. A mí me importa muy poco el que me juzguéis vosotros o cualquier tribunal humano. Ni siquiera yo me juzgo a mí mismo; porque, aunque la conciencia no me acusara de nada, no por eso estaría libre de error. El Señor es el Que me juzga. Así que, no os precipitéis a juzgar antes de tiempo, sino esperad a que vuelva el Señor, Que iluminará las cosas que están escondidas en lugares oscuros y sacará a luz las intenciones de los corazones humanos. Entonces será cuando cada cual recibirá de Dios su calificación.

Pablo exhorta a los corintios a que no piensen en Apolos, Cefas o él mismo como líderes de partidos, sino que los consideren simplemente servidores de Cristo. La palabra que usa para *servidor* es interesante: *hypérétés* originalmente era el remero del banco inferior del trirreme; es decir, uno de los esclavos o cautivos que manejaban los grandes remos que impulsaban aquellas naves por el mar. Algunos comentaristas han hecho hincapié en este sentido de la palabra, y han sugerido que Cristo es el piloto que dirige el curso del navío, y Pablo no es más que uno de los remeros que acepta las órdenes del Piloto y sigue Su dirección.

Luego Pablo usa otra imagen: se ve a sí mismo y a sus compañeros en la predicación del Evangelio como *mayordomos* de los secretos que Dios quiere revelar a Su pueblo. El mayordomo (*oikonómos*) era el *major domo*, y estaba a cargo de la administración de una casa o propiedad; controlaba al personal y distribuía los recursos; pero, aunque manejaba muchas cosas, no era más que un esclavo en relación con el dueño. Cualquiera que sea la posición de una persona en la Iglesia, y cualquiera que sea su autoridad y prestigio, no es más que un servidor de Cristo.

De ahí pasa Pablo a la idea del juicio. La cualidad imprescindible de un mayordomo es que sea digno de confianza. El hecho de disfrutar de tanta independencia y responsabilidad hace que sea necesario que su señor pueda depender absolutamente de él. Los corintios, con sus partidos y asignación de líderes de la Iglesia como sus señores, habían hecho juicio sobre esos líderes al preferir a uno por encima de los demás. Así es que Pablo habla de tres juicios a los que se debe someter cada persona.

(i) Debe arrastrar el juicio de *sus semejantes*. En su caso, Pablo dice que le importa un pimiento. Pero hay un sentido en el que uno no puede dejar de tener en cuenta el juicio de sus semejantes. Lo extraño es que, aunque a veces se cometen errores, el juicio de nuestros semejantes suele ser acertado. Eso se debe al hecho de que, en general, instintivamente, todo el mundo admira las cualidades básicas de honradez, fiabilidad, generosidad, espíritu de sacrificio y amor. El filósofo cínico Antístenes solía decir: «No hay más que dos personas que es posible que te digan la verdad acerca de ti mismo: un enemigo que ha perdido los estribos, o un amigo que te quiere entrañablemente.» Es absolutamente cierto que no debemos dejar que el juicio de los demás nos aparte de lo que creemos correcto; pero también es verdad que el juicio de los demás es a menudo más exacto de lo que nos gustaría creer, porque ellos también admiran las buenas cualidades.

(ii) Debe arrastrar su *propio* juicio. Una vez más, Pablo no le da ninguna importancia. Sabía muy bien que el juicio propio puede estar nublado por la auto estimación, el orgullo o la vanidad. Pero, en un sentido indudable, todos tenemos que arrastrar nuestro propio juicio. Una de las ideas éticas básicas de los griegos era: « ¡Conócete a ti mismo!» Los cínicos insistían en que una de las primeras características de un hombre auténtico era «la habilidad de llevarse bien consigo mismo.» Uno no puede escapar de sí mismo; y, si se pierde el respeto, la vida se le hará insoportable.

(iii) Debe arrastrar el juicio de *Dios*. En último análisis, ese es el único que importa. Para Pablo, el juicio que esperaba no era el de cualquier día o tribunal, sino el del Día del Señor. El de Dios es el juicio final y definitivo por dos razones. (a) Sólo Dios conoce todas *las circunstancias*. Él sabe las luchas que una persona ha tenido que mantener, los secretos que no ha compartido con nadie, hasta dónde habría podido caer... o escalar. (b) Sólo Dios conoce todos los *motivos*. « El hombre ve la acción, pero Dios ve la intención.» Muchas acciones que parecen nobles puede que se hayan realizado por los motivos más egoístas e innobles; y muchas acciones que parecen rastreras se han llevado a cabo por los motivos más elevados. El Único ,que puede juzgar el corazón es el Que lo ha hecho y es el Único Que lo conoce.

Haríamos bien en recordar dos cosas: la primera es que, aunque escapemos de todos los otros juicios o cerremos los ojos para no tenerlos en cuenta, no podemos escapar al juicio de Dios; y segunda, el juicio es algo que Le corresponde hacer a Dios, así que no asumamos tan alta responsabilidad.

HUMILDAD APOSTÓLICA Y ORGULLO HUMANO

1 Corintios 4:6-13

Hermanos: He aplicado estas cosas a manera de ejemplo a Apolos y a mí para que aprendáis de nosotros a observar el principio de no ir más allá de lo que está escrito, para que ninguno de vosotros hable jactanciosamente de un maestro y despectivamente del otro.

¿Quién es el que ve nada extraordinario en ti? ¿Qué es lo que tienes más de lo que se te ha dado? Y si la verdad es que se te ha dado inmerecidamente, ¿por qué presumes como si fuera algo que has conseguido por ti mismo? ¡No cabe duda que ya estáis más que satisfechos! ¡No cabe duda de que ya sois ricos! ¡No cabe duda de que ya habéis llegado al reino sin la ayuda de nadie! Yo estaría encantado de que así fuera, porque sería señal de que nosotros también podíamos ser reyes juntamente con vosotros. Porque me parece que Dios ha exhibido a los apóstoles colocándolos al final del desfile triunfal, como condenados a muerte. ¡Creo que nos hemos convertido en un espectáculo de risa para el mundo, los ángeles y la humanidad! ¡Nosotros somos los que hemos hecho el tonto por causa de Cristo, y vosotros los listos en Cristo! ¡Nosotros somos los débiles, y vosotros los fuertes! ¡Vosotros los homenajeados, y nosotros los deshonrados! Hasta ahora no hacemos más que pasar hambre y sed, y frío y vergüenza; nos abofetean, somos vagabundos apátridas, nos desollamos las manos a trabajar. Cuando nos insultan, bendecimos; cuando nos persiguen, lo soportamos; cuando nos calumnian, nos defendemos respetuosamente. Nos tratan como escoria de la tierra, como desechos de todo... Y así sigue la cosa.

Todo lo que ha estado diciendo Pablo de sí mismo y de Apolos es verdad, no sólo para ellos, sino también para los corintios. No son sólo Apolos y él los que deben mantenerse humildes pensando que no es el juicio humano el que deben tener en cuenta, sino el de Dios. Los corintios deben también conducirse con humildad. Pablo hacía gala de una cortesía maravillosa al incluirse a sí mismo en sus advertencias y en sus recriminaciones. El predicador auténtico rara vez usa la palabra *vosotros*, y *siempre nosotros*; no les habla a los demás desde las alturas, sino como el que está al mismo nivel que los demás y que tiene sus mismas limitaciones. Si de veras queremos ayudar y salvar a los demás, nuestra actitud debe ser suplicante, no condenatoria; nuestro acento debe ser de compasión, no de crítica. No son sus palabras las que Pablo les dice a los corintios que no deben traspasar, sino la Palabra de Dios, que condena toda clase de orgullo.

Y entonces Pablo les hace la pregunta más pertinente y fundamental: «¿Tú, qué tienes que no hayas recibido?» En esta breve frase, Agustín veía toda la doctrina de la gracia. En un tiempo, él había pensado en términos de merecimientos humanos; pero llegó a decir: «Para resolver esta cuestión trabajamos arduamente en la causa de la libertad humana, pero la gracia de Dios obtuvo la victoria.» Nadie habría llegado a conocer a Dios si Él no Se hubiera revelado; nadie podría haber obtenido su propia salvación; nadie se salva a sí mismo: es salvado. Cuando pensamos en lo que hemos hecho nosotros y en lo que ha hecho Dios por nosotros, no hay lugar para el orgullo, sino sólo para la agradecida humildad. La falta de los corintios había sido olvidar que Le debían sus almas a Dios.

Y aquí llegamos a uno de esos arranques alados que nos sorprenden una y otra vez en las cartas de Pablo. Se vuelve hacia los corintios con una ironía sarcástica. Compara su orgullo, su autosatisfacción, su sentimiento de superioridad, con la vida que lleva un apóstol. Presenta una alegoría gráfica. Cuando un general romano ganaba una victoria señalada, se le concedía entrar y desfilar en triunfo por las calles de Roma con todos los trofeos que había ganado. Eso se llamaba un Triunfo. Al final del desfile iban los cautivos, a los que llevaban al circo, a morir luchando con fieras. Los corintios, con su orgullo descarado, eran el victorioso general con los trofeos de su hazaña; los apóstoles eran los cautivos condenados a muerte. Para los corintios, la vida cristiana consistía en desplegar sus privilegios y blasonar de logros personales; para Pablo, una vida de humilde servicio, siempre dispuesto a morir por Cristo.

En la lista de cosas que Pablo declara que los apóstoles sufren hay dos palabras interesantes. (i) Dice que los *abofetean* (*kolafuēsthai*). Esta palabra se usa para darle una paliza a un esclavo. Plutarco dice que un testigo evidenció que un esclavo pertenecía a un cierto amo porque había visto a este pegarle, y esta es la palabra que usa. Pablo estaba dispuesto, por causa de Cristo, a que le trataran como a un esclavo. (ii) Dice: < Cuando *nos insultan* (*loidoresthai*), bendecimos.> No nos damos cuenta de lo sorprendente que esto le resultaría a un pagano. Aristóteles declara que la virtud suprema es la *megalopsujía*, *grandeza de alma*, y define esta virtud como la cualidad que no soporta un insulto. Para los antiguos, la humildad cristiana era una virtud totalmente nueva. La clase de conducta que parecería estúpida, aunque esta estupidez era la sabiduría de Dios.

UN PADRE EN LA FE

1 Corintios 4:14-21

No os escribo esto para sacaros los colores, sino para advertiros como a hijos muy queridos, porque eso es lo que sois para mí. Puede que tengáis diez mil tutores en Cristo; pero, lo que se dice padres, no podéis tener muchos, y fui yo el que os engendré como cristianos en el Evangelio. Por lo tanto, os exhorto a que sigáis mi ejemplo. Por eso es por lo que os mando a Timoteo, que es un querido y fiel hijo mío en el Señor, quien os traerá a la memoria mi manera de ser en Cristo; es decir, lo que enseñé por todas partes y en todas las iglesias. Hay algunos que andan pavoneándose de su importancia, como si yo no hubiera de ir por ahí; pero iré pronto, si Dios quiere, y descubriré, no lo que dicen esos presumidos, sino lo que son capaces de hacer; porque el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en acción poderosa. Entonces, ¿qué preferís? ¿que vaya con el palo, o con amor y en espíritu conciliador?

Con este pasaje Pablo termina la sección de la carta que trata directamente de las disensiones y divisiones de Corinto. Escribe como un padre. La misma palabra que usa en el versículo 14 para *advertir* (*nuthetein*) es la que se usa corrientemente para expresar la amonestación y el consejo que da un padre a sus hijos (*Efesios 6:4*). Puede que suene severo; pero no es la severidad que humilla a un esclavo indisciplinado, sino la que trata de encauzar a un hijo que se ha desviado.

Pablo era consciente de que se encontraba en una posición única en relación con la iglesia de Corinto. El tutor (*paidagógos*, cp. *Gálatas 3:24*) no era el maestro, sino un esclavo anciano y de confianza que acompañaba todos los días al chico a la escuela, le enseñaba cuestiones morales, se cuidaba de su carácter y trataba de hacerle un hombre. Un niño podía tener muchos tutores; pero no tenía más que un padre. En días por venir, los corintios podrían tener muchos tutores, pero ninguno de ellos podría hacer lo que había hecho Pablo. Ninguno de ellos podría comunicarles la vida de Jesucristo.

A continuación, Pablo dice algo alucinante. Lo que les dice es en efecto: < Os exhorto, como hijos míos que sois, a que os parezcáis a mí, que soy vuestro padre. > Es raro que un padre pueda decir eso. Es más corriente que el padre espere y pida a Dios que su hijo llegue a ser todo lo que él no ha conseguido ser. Muchos de los que enseñamos a otros no podemos evitar el decirles, no < Haz lo que yo, > sino < Haz lo que te digo. > Pero Pablo, no por orgullo sino con absoluta sinceridad, anima a sus hijos en la fe a que le imiten.

Luego les dedica un delicado elogio. Dice que les manda a Timoteo para que les recuerde su manera de ser. En efecto, dice que todos los errores y procedimientos equivocados de ellos son debidos, no a una rebeldía deliberada, sino al hecho de que se han olvidado. Eso es muy cierto en la naturaleza humana. Con frecuencia no es porque nos rebelamos contra Cristo, sino sencillamente porque nos olvidamos de Él. Muchas veces no es porque Le volvemos deliberadamente la espalda, sino porque nos olvidamos de que Él está en la trama de todas las cosas. Muchos de nosotros necesitamos por encima de todo esforzarnos en vivir dándonos cuenta constantemente de la presencia de Jesucristo. No es sólo en los cultos, o al participar de Su mesa, sino todos los días cuando Jesús nos dice: «Acuérdate de Mí.»

Pablo se detiene para hacer un desafío. Que no se crean que el que les mande a Timoteo quiere decir que él, Pablo, ya no va a ir por allí. Irá cuando se le presente la oportunidad, y entonces les hará un examen. Esos corintios hablaban un montón; pero no eran sus palabras altisonantes las que contaban, sino sus acciones. Jesús no dijo nunca: «Por sus palabras los conoceréis,» sino «Por sus frutos los conoceréis.» El mundo está lleno de gente que habla del Cristianismo; pero una acción vale más que mil palabras.

Pablo acaba preguntándoles si va a tener que ir a imponerles una disciplina o a compartir con ellos en amor. El amor de Pablo a sus hijos en Cristo late en todas sus cartas; pero no era un amor ciego o sensiblero, sino un amor que sabía cuándo había que imponer disciplina, y que estaba dispuesto a ejercerla. Hay una clase de supuesto amor que puede causar la ruina de una persona a base de cerrar *los ojos* a sus faltas; y hay un amor que puede remediar el mal de una persona porque la mira con la claridad de *los ojos* de Cristo. < Quien bien te quiere, te hará llorar. > El amor de Pablo era de los que saben que a veces hay que hacer daño para remediar el mal.

Pablo ha tratado del problema de las rivalidades y divisiones que hay en la iglesia de Corinto, y ahora pasa a tratar de ciertas cuestiones muy prácticas y de ciertas situaciones muy graves que se ha enterado que se dan dentro de la iglesia. Esta sección incluye los capítulos 5 y 6. 5:1-8 trata de un caso de incesto. 5:9-13 exhorta a la disciplina en cuestiones sexuales. 6:1-8 se refiere a la tendencia de los corintios a acudir a pleitear. 6:9-20 hace hincapié en la pureza.

PECADO Y PERMISIVIDAD

I Corintios 5:1-8

Se dice por aquí que hay promiscuidad sexual entre vosotros, y hasta un punto que no se da ni entre los paganos, llegando a darse el caso de que uno mantiene relaciones con la mujer de su padre. ¡Y no le dais ninguna importancia, y hasta presumís de tolerantes, en lugar de lamentarlo y tomar medidas, como es vuestro deber, para que no sea admitido entre vosotros el que ha cometido tales desmanes!

En cuanto a mí, ausente físicamente pero identificado con vosotros en espíritu, ya me he pronunciado como si estuviera presente: Por lo que se refiere al que ha perpetrado tal acción, mi veredicto es que, reunidos en el nombre del

Señor y contando con mi presencia en espíritu, respaldados por el poder del Señor Jesús, entreguéis al que así ha actuado a Satanás hasta que sea eliminada de su cuerpo la concupiscencia, para que su espíritu se salve el Día de nuestro Señor Jesús. Vuestra presunción no tiene ninguna gracia. ¿Es que no sabéis todavía que un poco de mala influencia puede corromper a toda una sociedad? ¡Limpiaos de la vieja mala influencia para que podáis empezar de nuevo con limpieza como Dios os ha limpiado! Porque nuestro Cordero pascual, Que es Cristo, ya ha sido sacrificado; así que hagamos fiesta, no a la manera corrompida de antes ni con la mala influencia de corrupción, sino con los ázimos de sinceridad y de integridad.

Pablo está tratando de lo que era para él un problema frecuente. En cuestiones sexuales, los paganos no conocían el sentido de la castidad. Se refocilaban donde y cuando se les ofrecía la oportunidad. Le era muy difícil a la Iglesia Cristiana el escapar del contagio. Era como una isleta rodeada por todas partes del mar del paganismo. Hacía muy poco que habían entrado en el Cristianismo. ¡Era tan difícil desaprender las prácticas ancestrales en las que habían participado! Y, sin embargo, si la Iglesia había de mantenerse pura, tenían que decir adiós definitivamente a las viejas cosas paganas. En la iglesia de Corinto se había producido un caso verdaderamente escandaloso: un hombre había establecido una relación ilícita con su madrastra, que era algo que habría asqueado hasta a los paganos, y que estaba prohibido explícitamente en la ley judía (*Levítico 18:8*). La forma como se presenta puede sugerir que la mujer ya estaba divorciada de su anterior marido. Sería probablemente pagana, porque Pablo no se refiere a ella; estaría fuera de la jurisdicción de la Iglesia.

Aunque estaba horrorizado con aquel pecado, Pablo aún lo estaba más con la actitud de la iglesia corintia: parece que habían aceptado tolerantemente la situación, cuando debieran haberse mostrado apesadumbrados y haber reaccionado debidamente. La palabra que usa Pablo para pesadumbre (*penthein*) es la que se usa para el duelo que se hace por los difuntos (N.B.E.: <poneros de luto>). Una actitud cachazuda en relación con el pecado es siempre peligrosa. Se ha dicho que nuestra única defensa frente al pecado está en la repulsa. Carlyle decía que debemos ver siempre la belleza infinita de la santidad y la repulsividad infinita del pecado. Cuando dejamos de tomar en serio el pecado estamos en peligro. No es cosa de ser crítico ni de condenarlo todo, sino de ser consciente de su peligro y daño. Fue el pecado lo que crucificó a Jesucristo; fue para libertarnos del pecado para lo que Él murió. Ningún cristiano puede reaccionar simplemente con pachorra ante el pecado.

El veredicto de Pablo era que había que hacer algo con aquel hombre. Con una frase gráfica dice que hay que entregárselo a Satanás. Quiere decir que debe ser excomulgado. El mundo se consideraba el dominio de Satanás (*Juan 12:31; 16:11; Hechos 26:18; Colosenses 1:13*) como la Iglesia era el dominio de Dios. Devolver a ese hombre al mundo de Satanás al que pertenecía, era el veredicto de Pablo. Pero tenemos que darnos cuenta de que, hasta un castigo tan serio, no era vindicativo, sino encaminado a hacer que se humillara, que domara y erradicara su concupiscencia para que, a fin de cuentas, su espíritu se salvara. Era disciplina ejercida, no solamente para castigar, sino principalmente para despertar; y era un veredicto que había que cumplir, no con crueldad sádica y fría, sino con el dolor que se siente cuando se pierde un ser querido. En la Iglesia Primitiva, detrás del castigo y de la disciplina estaba la convicción de que había que rehacer, no que deshacer al que había pecado.

Pablo pasa a dar un consejo muy práctico. Los versículos 6-8 aparecen modernizados en la traducción. En el original dice, como la Reina-Valera y muchas otras biblias «¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestro sacrificio pascual, que es Cristo, ya ha sido sacrificado; para que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, que es la de la iniquidad y el mal, sino con los ázimos de la sinceridad y de la verdad.» Aquí tenemos un cuadro pintado con colores veterotestamentarios. En la literatura judía, con muy pocas excepciones, la levadura representa una mala influencia. Era una pizca de la hornada anterior, que se había fermentado totalmente. Los judíos identificaban la fermentación con la corrupción.

Ahora bien: el pan de la pascua era sin leudar (*Éxodo 12:1 Sss; 13:7*). Más que eso: el día antes de que empezara la fiesta de la pascua, la ley establecía que había que encender un candil y buscar la levadura ceremoniosamente por toda la casa, para que no quedara en ella ni una miguita de pan normal (Cp. la figura de la búsqueda de Dios en *Sofonías 1:12*). (Debemos notar de pasada que la fecha de esta limpieza era el 14 de abril, ¡y que de ahí deriva la costumbre de la limpieza de primavera!). Pablo adopta esa ilustración. Dice que nuestro Cordero pascual ya ha sido sacrificado: Cristo, Cuyo sacrificio nos ha librado del pecado, como el del cordero pascual libró a los primogénitos de Israel de la muerte, y consiguientemente a todo Israel de la cautividad de Egipto. Por tanto, prosigue Pablo, hasta la última miga de maldad tiene que desaparecer de nuestras vidas. Si dejamos una mala influencia en la Iglesia, puede corromper toda la sociedad de la misma manera que la pizca de levadura leuda toda la masa.

Aquí tenemos otra vez una gran verdad práctica. A veces hay que imponer una disciplina para bien de la iglesia. El cerrar los ojos a las ofensas no es lo más amable que se puede hacer: puede ser perjudicial. Hay que eliminar el veneno antes que se extienda. Es fácil arrancar una mala hierba; pero, si se deja, se apoderará de todo el terreno. Aquí tenemos el gran principio de la disciplina: nunca se debe ejercer para satisfacción del que la impone, sino para bien de la persona que ha pecado y de la iglesia entera; no debe ser vengativa, sino curativa y profiláctica.

Os decía en la otra carta que os escribí que no os asociarais con los que llevan una vida sexual inmoral. Está claro que no podéis evitar totalmente a los inmorales de este mundo, ni a los avaros y los codiciosos de bienes de este mundo, ni a los idólatras; porque para eso tendríais que apartaros totalmente del mundo. Lo que quería deciros en mi carta era que no os asociarais ni comierais con cualquiera que se llame cristiano, pero que sea inmoral, o avaro, o idólatra, o calumniador, o borracho, o ladrón. ¿Qué derecho tengo yo a juzgar a los que están fuera de la iglesia? ¿No es a los de dentro a los que tenéis que juzgar, y dejar que sea Dios el Que juzgue a los de fuera? Excluid al tal malvado de vuestra compañía.

Parece que Pablo ya les había escrito una carta a los corintios exhortándolos a que evitaran la compañía de la mala gente. Él pretendía que aquello se aplicara solamente a miembros de la iglesia; había querido decir que los que tuvieran una mala conducta debían ser disciplinados siendo excluidos de la sociedad de la iglesia hasta que se enmendaran. Pero parece ser que algunos de los corintios habían tomado esa carta como una prohibición absoluta, cosa que no se podría entender como norma a menos que se retirara uno del mundo totalmente. En un lugar como Corinto sería imposible llevar una vida normal evitando totalmente el trato con los que vivían en desacuerdo con las enseñanzas y prácticas de la iglesia.

Pero no había sido eso lo que Pablo había querido decir. Él no habría recomendado nunca una clase de Cristianismo que se retirara de la vida cotidiana del mundo, lo que habría equivalido a salirse del mundo. Para él el Cristianismo tenía que vivirse en el mundo. «Dios -como le dijo cierto santo anciano a John Wesley- no quiere saber nada de una religión solitaria.» Y Pablo habría estado totalmente de acuerdo con eso.

Es interesante ver los tres pecados que Pablo selecciona como típicos del mundo, y las tres clases de personas que cita.

(i) Estaban los *que llevaban una vida sexual inmoral*. El Cristianismo es lo único que puede garantizar la pureza. La raíz de la inmoralidad sexual es una actitud falsa con las personas. A fin de cuentas es verlas como bestias. Declara que las pasiones y los instintos que se dan en las bestias deben consentirse sin la menor vergüenza, y a la otra persona hay que considerarla simplemente como un objeto para experimentar ese placer. Ahora bien: el Cristianismo ve en la persona humana un hijo o una hija de Dios; y, por tanto, como una criatura que vive en el mundo pero cuya vida no se limita a él; es una persona que no organiza su vida no teniendo en cuenta más que las necesidades y los deseos materiales; que tiene un cuerpo pero tiene también un espíritu. Si las personas se miraran unas a otras como hijos e hijas de Dios, la promiscuidad sexual sería automáticamente desterrada.

(ii) Estaban los *avaros y los codiciosos de bienes de este mundo*. Aquí también, sólo el Cristianismo puede desterrar ese espíritu. Si juzgamos las cosas conforme a la escala de valores del mundo, no hay razón para que no dediquemos nuestra vida a conseguir el mayor número posible de cosas materiales. Pero el Cristianismo introduce un espíritu que mira hacia fuera y no sólo hacia dentro. Hace del amor el valor supremo de la vida, y del servicio el mayor honor. Cuando el amor de Dios está en el corazón de una persona, esta descubre el gozo, no de obtener, sino de compartir y de dar.

(iii) Estaban los *idólatras*. La idolatría antigua tiene un paralelo en las supersticiones modernas. Nuestra época está por lo menos tan interesada como la que más del pasado en encantamientos, amuletos, horóscopos y cosas por el estilo. La razón es que se tiene necesidad de adorar algo; y, si no se adora al Dios verdadero, se adorarán los ídolos de la suerte. Siempre que decrece la verdadera religión la superstición aumenta.

Tenemos que fijarnos en que estos tres pecados básicos son los representantes de las tres direcciones en las que se peca.

(a) La promiscuidad sexual es un pecado contra *la misma esencia de la persona*. La que cae en ella se ha reducido al nivel de un animal; ha pecado contra la luz que hay en la persona humana y lo más elevado que conoce. Ha dejado que su naturaleza inferior derrote a la superior, y ha abdicado de su humanidad.

(b) La codicia es un pecado contra *nuestros semejantes y prójimos*. Mira a los demás como gente que se puede explotar, y no como hermanos y hermanas a los que podemos ayudar. Olvida el hecho de que la única prueba de que amamos a Dios es que amamos a nuestros semejantes como nos amamos a nosotros mismos.

(c) La idolatría es un pecado contra *Dios*. Deja que las cosas Le usurpen Su lugar. Es el fracaso en dar a Dios el primer lugar en nuestra vida que sólo a Él corresponde.

Pablo expone el principio de que no tenemos que juzgar a los de fuera de la iglesia. «Los de fuera» era la expresión que usaban los judíos para referirse a los gentiles, a los que no formaban parte del Pueblo Escogido. Debemos dejar que Dios los juzgue, porque Él es el único Que conoce los corazones. Pero los que están en la iglesia tienen privilegios especiales y, por tanto, responsabilidades especiales. Son personas que se han comprometido con Cristo, y a las que se pueden pedir cuentas de cómo cumplen su compromiso.

Pablo llega al final de su razonamiento con un mandamiento claro. «Así quitarás al malo de en medio de ti» (*Deuteronomio 17: 7, y 24:7*). Hay casos en los que hay que extirpar el cáncer; hay casos en los que hay que adoptar medidas drásticas para

evitar una infección. No es el deseo de hacer daño o de dar señales de prepotencia lo que mueve a Pablo, sino el deseo de un pastor de proteger a su joven iglesia de la amenaza de una infección del mundo que siempre la acecha.

LA MANÍA DE LOS PLEITOS

1 Corintios 6:1-8

Cuando entre vosotros uno tiene algún desacuerdo con otro, ¿cómo se atreve a ir a juicio ante los incrédulos en lugar de presentarlo antes el pueblo consagrado a Dios? ¿Es que no os habéis enterado de que el pueblo consagrado a Dios será el que juzgue al mundo un día? Pues, si vais a juzgar al mundo, ¿os consideráis incapacitados para resolver las causas pequeñas? ¿Es que no os dais cuenta de que nosotros seremos los que juzguemos a los ángeles? ¡Pues mucho más las cosas corrientes! Así es que, si tenéis pleitos sobre cosas corrientes, encargad del asunto a los que no tienen gran importancia a ojos de la iglesia. Os lo digo para que os dé vergüenza. ¿Lo hacéis de esa manera porque no hay entre vosotros ninguno que sea lo suficientemente listo como para arbitrar entre dos hermanos? ¿Es que está bien que un hermano pleitee con otro, y encima, ante los que no son creyentes? El llegara eso de pleitear entre vosotros es ya una grave falta. ¿Por qué no sufrís el agravio en vez? ¿Por qué no aceptáis el salir perdiendo? ¡Pues, no! Vosotros os injuriáis y os defraudáis... ¡y eso entre hermanos!

Aquí trata Pablo de un problema que afectaba especialmente a los griegos. Los judíos no solían acudir a los tribunales públicos, sino resolvían sus diferencias ante los ancianos del pueblo o de la sinagoga; para ellos, los pleitos eran cosas que se habían de resolver con un espíritu de familia y no exclusivamente legal. De hecho, la ley judía hasta prohibía acudir a un tribunal que no fuera judío; el hacerlo se consideraba blasfemia contra la ley de Dios. Pero era todo lo contrario entre los griegos: les encantaban los litigios, y los juicios figuraban entre sus espectáculos predilectos.

Cuando estudiamos los detalles de las leyes de Atenas vemos lo importantes que eran los tribunales en la vida de cualquier ateniense; y la situación no era muy diferente en Corinto. Cuando había un desacuerdo en Atenas, lo primero que se intentaba era resolverlo mediante un árbitro privado. En tal caso, cada parte escogía su árbitro, y un tercero imparcial se escogía de común acuerdo. Si no se podía resolver la cuestión así, se acudía al tribunal llamado de los Cuarenta. Los Cuarenta presentaban el problema a un árbitro público, que era simplemente cualquier ateniense de sesenta años, que tenía que asumir esa responsabilidad le gustara o no bajo pena de pérdida de sus derechos civiles. Si ni aun así se cancelaba el caso, se pasaba a un jurado, que constaba de doscientos un ciudadanos en casos de menos de, digamos, 50,000 pesetas, y en cuatrocientos un ciudadanos cuando se tratara de más dinero. Había casos en los que el jurado estaba formado por cualquier número de ciudadanos entre mil y seis mil. Para formar parte del jurado bastaba ser ateniense y tener por lo menos treinta años de edad. Cada uno pagaba tres óbolos al día por ser miembro del jurado (El D.R.A.E. dice que el óbolo era el peso de la sexta parte de una dracma, equivalente a cerca de seis decigramos, y también que era una «moneda de plata de los antiguos griegos, que en Atenas era primitivamente de 72 centigramos»). Los ciudadanos capacitados para actuar como miembros de jurado se reunían por la mañana y se les asignaban por suerte los casos.

Está claro que, en cualquier ciudad griega, cualquier ciudadano era una especie de abogado, y pasaba una parte considerable de su tiempo decidiendo o presenciando juicios. Los griegos eran famosos, o célebres, por su amor a los tribunales. No es extraño que algunos trajeran sus tendencias a la iglesia; y Pablo estaba escandalizado. Su trasfondo judío le predisponía en contra de esas prácticas, y sus principios cristianos, aún más. «¿Cómo pueden los que conocen la justicia de Dios -preguntaba- vivir la paradoja de buscar justicia en los tribunales de los injustos?»

Lo que hacía la cosa todavía más alucinante para Pablo era que, en la imagen de la edad de oro por venir, el Mesías era el que había de juzgar a las naciones, y los santos habían de formar el jurado. El *Libro de la Sabiduría* dice: «Juzgarán a las naciones, y tendrán autoridad sobre la gente» (*Sabiduría* 3:8). y el *Libro de Enoc* dice: «Traeré a todos los que han amado Mi nombre vestidos de luz resplandeciente, y pondré a cada uno de ellos en su trono honorable» (108:12).

Así es que Pablo pregunta: «Si, un día, vosotros vais a juzgar al mundo; si hasta los ángeles, que son los seres supremos de la creación, van a estar sujetos a vuestro juicio, ¿cómo, en nombre de todo lo lógico y razonable, podéis ir a someter vuestros problemas a personas que, encima, son paganas?» «Si tenéis que llegar a eso -les dice-, hacedlo en el interior de la iglesia, y encargad de juzgar esas cosas pequeñas a los que sean menos importantes; porque nadie que esté destinado a juzgar al mundo debe estar dispuesto a involucrarse en las cosas ordinarias y de cada día.»

Y entonces Pablo echa mano del gran principio esencial: El acudir a los tribunales, y más aún para litigar con un hermano, es caer muy por debajo del estándar cristiano de comportamiento. Hacía mucho que Platón había establecido que el que es bueno preferirá sufrir un agravio antes que cometerlo. Si un cristiano tiene, aunque sólo sea un poquito del amor de Cristo en su corazón, antes sufrirá insulto, o pérdida, o afrenta, que tratar de infligírselos a otro; y aún menos, por supuesto, si ese otro es un hermano. El tratar de vengarse es incompatible con el Evangelio. Un cristiano no organiza su trato con los demás por deseo de

recompensa o de justicia a secas, sino que lo ordena por espíritu de amor. Y el espíritu de amor insistirá en vivir en paz con su hermano, y le prohibirá degradarse yendo a los tribunales.

ASÍ ERAIS VOSOTROS

1 Corintios 6:9-11

¿Es que no os dais cuenta de que los injustos no heredarán el Reino de Dios? No os engaños, que ni los promiscuos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sensuales, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los estafadores ni los rapaces van a heredar el Reino de Dios. Y eso es lo que eráis algunos de vosotros; pero, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios, ya estáis lavados, y consagrados, y en la debida relación con Dios.

Pablo se arranca con un terrible catálogo de pecados, que son un cuadro tenebroso de la civilización corrompida en medio de la cual estaba creciendo la iglesia corintia. Hay algunas cosas de las que no le gusta hablar a nadie; pero tendremos que fijarnos un poco en este catálogo para entender el entorno de la iglesia cristiana primitiva, y ver que la naturaleza humana no ha cambiado tanto después de todo.

Estaban los *promiscuos* y los *adúlteros*. Ya hemos visto que el libertinaje sexual era parte del trasfondo de la vida pagana, y que la virtud de la castidad era casi desconocida. La palabra para *promiscuos* es especialmente desagradable: quiere decir *prostituto*. Tiene que haber sido difícil ser cristiano en el ambiente pestilente de Corinto.

También estaban los *idólatras*. El edificio más grandioso de Corinto era el templo de Afrodita, la diosa del amor, en el que florecían juntas la idolatría y la inmoralidad. La idolatría es un triste ejemplo de lo que sucede cuando tratamos de hacer más fácil la religión. Un ídolo no empezó siendo un dios, sino solamente un símbolo de un dios; su cometido era hacer más fácil el culto del dios proveyendo algún objeto en el que se localizaba o representaba la presencia del dios. Pero la gente empezó muy pronto a darle culto al ídolo mismo en vez de al dios que representaba. Es uno de los peligros crónicos de la vida este de dar culto al símbolo más bien que a la realidad que pueda haber detrás de él.

Estaban los *sensuales*. La palabra (*malakós*) designa a los que son amanerados y afeminados, que han perdido la virilidad y viven para los placeres rebuscados. Describe lo que podríamos llamar regodearse en el lujo en el que se ha perdido toda clase de resistencia al placer. Cuando Ulises y sus marineros llegaron a la isla de Circe se encontraron en una tierra en la que crecía la flor de loto, que hacía olvidarse de su patria y de su familia al que la comiera, y no desear otra cosa que el vivir toda la vida en aquella tierra < en la que siempre era la hora de la siesta. » Ya no sentían el ímpetu viril de «elevarse a la cresta de la ola turgente.» Esa era la clase de vida que apelaba a los sensuales.

Estaban los *ladrones* y los *bandidos*. Eran una maldición en el mundo antiguo. Era fácil minar las casas de entonces. Los rateros frecuentaban especialmente dos sitios: los gimnasios y los baños, donde robaban la ropa de los que se estaban bañando o ejercitando. Era corriente el raptar esclavos que tenían cualidades fuera de lo corriente. Las leyes dan señales de lo grave que era este problema. Había tres clases de robo que se castigaban con la pena de muerte: (i) El de una cantidad de dinero superior a las 50 dracmas; (ii) El de ropa que se sustrajera de los baños, gimnasios, puertos y playas que valiera más de 10 dracmas, y (iii) El robo con nocturnidad. Los cristianos vivían en medio de aquella población acostumbrada al robo y al fraude indiscriminado.

Estaban los *borrachos*. La palabra que se usa aquí viene de una, *methos*, que quiere decir beber sin control. Hasta los niños pequeños bebían vino; el desayuno se llamaba *akrátisma*, y consistía en pan mojado en vino. El uso generalizado del vino se debía en parte a la inadecuada provisión de agua. Por lo general los griegos eran sobrios, porque bebían una mezcla de tres partes de vino por dos de agua. Pero en el lujoso Corinto abundaba el exceso incontrolado en la bebida.

Estaban los *estafadores* y los *rapaces*. Las dos palabras son interesantes. La palabra para *estafadores* es *pleonéktés*. Describe lo que los griegos definían como «el espíritu que siempre se esfuerza por conseguir más y apoderarse de lo que no le corresponde por derecho.» Es un apoderarse agresivo. No es el espíritu del avaro, porque procura obtener para gastar, para vivir con más lujos y placeres; y no le importa de quién aprovecharse con tal de obtener. La palabra que traducimos por *rapaces* es *hárpax*. Viene de *codiciar*. Es interesante que se usa de cierta clase de lobos, y también de los arpeos que se usaban para abordar barcos en las batallas navales. Es el espíritu que ansía con ferocidad salvaje cosas a las que no tiene derecho.

Hemos dejado para el final el pecado contra naturaleza: los *homosexuales*. Esta condición se había extendido como un cáncer por toda Grecia, y había invadido Roma. Apenas nos podemos dar cuenta de hasta qué punto había plagado el mundo antiguo. Hasta una persona tan elevada como Sócrates lo practicaba; el diálogo *El banquete*, de Platón, que ha originado la expresión «amor platónico», se refiere a esta clase de «amor». Catorce de los quince primeros césares practicaban este vicio contra naturaleza. Por aquel tiempo, Nerón era el emperador, y se había apoderado de un chico llamado Esporo, al que había castrado, y luego se había casado con él en una ceremonia completa de boda y le había conducido en procesión a su palacio para tenerle como «esposa». Con una aberración increíble, el mismo Nerón se había casado también con un tal Pitágoras, al que tenía por su «marido». Cuando eliminaron a Nerón y Otón ocupó su puesto, una de las primeras cosas que hizo fue tomar posesión de

Esporo. Mucho más tarde, el nombre de Adriano estuvo involucrado con el del joven bitinio Antonous, con el que vivió inseparablemente y, cuando murió, le deificó y llenó el imperio de estatuas suyas e inmortalizó su pecado dándole su nombre a una estrella. Por lo que se refiere a este vicio, en los tiempos de la Iglesia Primitiva el mundo había perdido la vergüenza, lo que fue una de las causas principales de la degeneración y colapso final de su civilización.

Después de este horrible catálogo de vicios, naturales y antinaturales, Pablo proclama el triunfo del Evangelio: < ¡Y eso es lo que erais algunos de vosotros! » La demostración del Cristianismo está en su poder para tomar la escoria de la humanidad y convertirla en seres humanos regenerados, para tomar gente que había perdido totalmente la vergüenza y hacerlos hijos de Dios. Había en Corinto, y en todo el mundo, personas que eran pruebas del poder re-creador de Cristo.

El poder de Cristo sigue siendo el mismo. Una persona no puede cambiar; pero Cristo sí puede cambiarla. Hay un contraste alucinante entre las literaturas pagana y cristiana de aquel tiempo. Séneca, contemporáneo de Pablo, exclama que lo que la gente necesita «es que se les tienda una mano para sacarlos del cieno.» «Las personas -declaraba- son demoleedoramente conscientes de su propia debilidad en las cosas necesarias.» «Los hombres aman sus vicios -decía con una especie de desesperación- y los odian al mismo tiempo.» Se llamaba a sí mismo *homo non tolerabilis*, alguien a quien no se podía aguantar. A este mundo, consciente de un diluvio de decadencia que no se podía parar, llegó el poder radiante del Evangelio, que era victoriosamente capaz de hacer todas las cosas nuevas.

COMPRADOS POR PRECIO

1 Corintios 6:12-20

Es verdad que todo me está permitido; pero no todo me conviene. Todo me está permitido, pero yo no me voy a dejar dominar por nada. La comida es para el estómago, y el estómago para la comida; pero Dios le ha establecido un límite a los dos. El cuerpo no se hizo para la promiscuidad, sino para el Señor, como el Señor es para el cuerpo. Dios resucitó al Señor, y nos resucitará a nosotros también por Su poder. ¿Es que no os dais cuenta de que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Voy a trasplantar un miembro de Cristo para incorporarlo a una prostituta? ¿No os dais cuenta de que el que tiene comercio sexual con una prostituta forma un cuerpo con ella? Porque los dos, dice la Escritura, llegan a ser una sola carne. Pero el que se une con el Señor es un solo espíritu con Él. Poned el máximo empeño siempre en evitar la promiscuidad sexual. Los otros pecados que se cometen son externos al cuerpo; pero el que comete fornicación peca contra su propio cuerpo. ¿O no os habéis enterado de que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que mora en vosotros, ¿Que habéis recibido de Dios? Así que no os pertenecéis a vosotros mismos, porque habéis sido comprados mediante el pago de un precio; así que glorificad a Dios con vuestro cuerpo.

En este pasaje Pablo se enfrenta con toda una serie de problemas. Termina con un llamamiento: «¡Glorificad a Dios con vuestro cuerpo!» Este es aquí el grito de guerra de Pablo.

Los griegos despreciaban el cuerpo. Tenían un proverbio: « El cuerpo es una tumba.» Epicteto decía: « Yo soy una pobre alma aherrojada en un cuerpo.» Lo importante de la persona era el alma, el espíritu; el cuerpo era algo sin importancia. Eso producía dos actitudes: o se decantaba por un ascetismo de lo más riguroso en el que todo se hacía para humillar y sojuzgar los deseos e instintos del cuerpo; o, lo que era más corriente en Corinto: puesto que el cuerpo no importaba, se podía hacer lo que se quisiera con él; se le podían conceder todos sus gustos. Lo que complicaba la cosa era la doctrina de la libertad cristiana que Pablo predicaba. Si el cristiano es el más libre de los humanos, ¿no es libre para hacer lo que le dé la gana, especialmente con ese cuerpo que es la parte menos importante de sí mismo?

Así es que los corintios defendían, de una manera que consideraban de lo más elevada, dejar que el cuerpo se saliera con la suya. El estómago está hecho para la comida, y la comida para el estómago; son tal para cual. Pues lo mismo pasa con los otros instintos: el cuerpo está hecho para el acto sexual, y el acto sexual para el cuerpo; por tanto, hay que satisfacer todos los deseos del cuerpo.

La respuesta de Pablo es clara. El estómago y la comida son cosas temporales, y llegará el día en que dejen de existir. Pero el cuerpo, que representa a la personalidad, el ser humano en su conjunto, no está hecho para desaparecer, sino para estar unido a Cristo en este mundo y, aún más íntimamente, en el por venir. ¿Qué sucede cuando se comete fornicación? Que se le da el cuerpo a una prostituta, porque la Escritura dice que en el acto sexual dos personas llegan a ser un solo cuerpo (*Génesis 2:24*). Es decir: un cuerpo que Le pertenece a Cristo por derecho propio se ha prostituido con otra persona.

Recordemos que Pablo no está escribiendo un tratado sistemático, sino predicando, conversando con el corazón inflamado y la lengua dispuesta a usar cualquier razonamiento que le venga a mano. Dice que, de todos los pecados, la fornicación es el que afecta al cuerpo y lo prostituye. Eso no es estrictamente cierto, porque lo mismo se podría decir del abuso del alcohol y de otras drogas. Pero Pablo no está escribiendo para obtener el aprobado en lógica, sino para salvar a los corintios en cuerpo y alma; por

eso insiste en que otros pecados son externos a la persona, mientras que en el sexo indebido se peca contra el propio cuerpo, que está diseñado y destinado para la comunión con Cristo.

Y entonces hace una última llamada. Precisamente porque el Espíritu de Dios habita en nosotros, somos templo de Dios, y nuestros cuerpos son sagrados. Y más: Cristo murió para salvar, no sólo una parte de la persona, sino toda la persona humana, alma y cuerpo. Cristo dio Su vida para darnos un alma redimida y un cuerpo puro. Por esa razón, un cristiano no tiene un cuerpo para hacer con él lo que quiera, sino que ese cuerpo pertenece a Cristo; así que cada cual debe usarlo, no para satisfacer su concupiscencia, sino para la gloria de Cristo.

Aquí hay dos grandes pensamientos.

(i) Pablo insiste en que, aunque un cristiano es libre para actuar con independencia, no debe dejarse dominar por nada. El gran hecho de la fe cristiana es que nos hace libres, no para pecar, sino para *no* pecar. ¡Es tan fácil dejar que los hábitos nos esclavicen...! Pero la fuerza cristiana nos permite dominarlos. Cuando uno experimenta de veras el poder de Cristo llega a ser, no esclavo, sino dueño de su cuerpo. A menudo se dice: < Haré lo que me dé la gana,» cuando uno se refiere a un hábito o una pasión que le tiene esclavizado; es sólo cuando una persona tiene la fuerza de Cristo cuando puede decir de veras: < Haré lo que quiera,» y no: < Daré gusto a las cosas que me tienen en su poder.»

(ii) Pablo insiste en que no nos pertenecemos a nosotros mismos. No hay tal cosa en el mundo como una persona que se haya hecho a sí misma. El cristiano es uno que considera, no sus derechos, sino sus deberes. No puede hacer lo que quiera, sencillamente porque no se pertenece a sí mismo; sino que ha de hacer lo que Cristo quiera, porque para eso le compró al precio de Su sangre.

CAPÍTULO 7

En la sección que va desde el principio del capítulo 7 hasta el final del 15, Pablo se propone tratar de una serie de problemas que le ha consultado la iglesia corintia. Empieza esta sección diciendo: «En relación con lo que me escribisteis acerca de...» En lenguaje moderno diríamos: «Contestando a vuestra carta...». El capítulo 7 trata de una serie de problemas en relación con el *matrimonio*. Aquí tenemos el índice de las áreas en las que la iglesia corintia pidió y obtuvo consejo de Pablo.

Versículos 1 y 2: Consejo a los que pensaban que los cristianos no se deben casar.

Versículos 3-7: Consejo a los que insisten en que los casados también se deben abstener de relaciones sexuales dentro del matrimonio.

Versículos 8 y 9: Consejo a los solteros y a las viudas.

Versículos 10 y 11: Consejo a los que piensan que los casados se deben separar.

Versículos 12-17: Consejo a los que creen que, en el caso de un matrimonio en el que uno de los cónyuges es cristiano y el otro no, debe disolverse.

Versículos 18 y 24: Directrices para vivir la vida cristiana en cualquier estado en que la persona se encuentre.

Versículos 25 y 36-38: Consejo en relación con las vírgenes.

Versículos 26-35: Exhortación a no dejar que nada interfiera en la concentración del servicio de Cristo porque el tiempo es corto y Él volverá muy pronto.

Versículos 38-40: Consejo a los que desean casarse otra vez.

Debemostener siempre presentes dos hechos al estudiar este capítulo.

(i) Pablo estaba escribiendo a Corinto, que era la ciudad más inmoral del mundo. Viviendo en un lugar así, era mucho mejor pasarse de estricto que de tolerante.

(ii) Lo que domina en todas las respuestas que da Pablo es la convicción de que la Segunda Venida de Cristo estaba para suceder casi inmediatamente. Esta expectación no se cumplió; pero Pablo estaba convencido de que estaba dando consejos para un tiempo limitado. Podemos estar seguros de que en muchos casos su consejo habría sido diferente si hubiera pensado en una situación permanente en vez de temporal.

Ahora vamos a estudiar el capítulo en detalle.

ASCETISMO A ULTRANZA

1 Corintios 7:1-2

En relación con vuestra carta, y la sugerencia de que sería lo mejor para un hombre no tener relación con una mujer: Para no caer en la fornicación, que cada cual tenga su esposa, y cada mujer su marido.

Ya hemos visto que el pensamiento griego tenía una clara tendencia a despreciar el cuerpo y las cosas del cuerpo; y que esa tendencia podía desembocar en **una posición** en la que se dijera: < El cuerpo no tiene la menor importancia; por tanto podemos

hacer con él lo que nos dé la gana, porque es indiferente el que dejemos que sus apetitos tengan plena satisfacción.» Pero esa misma tendencia podía desembocar en el punto de vista opuesto. Podía decirse: «El cuerpo es malo; por tanto, debemos tenerlo bien sujeto; debemos anularlo lo más posible, negándole todos los instintos y deseos que le son naturales.» Aquí Pablo está refiriéndose a esta segunda actitud. Los cristianos de Corinto, o por lo menos algunos de ellos, habían sugerido que, si se iba a ser cristiano en el sentido más pleno de la palabra, había que renunciar a todas las cosas físicas, entre ellas el matrimonio.

La respuesta de Pablo es absolutamente práctica. Dice en efecto: «Acordaos de dónde estáis viviendo. Daos cuenta de que vivís en Corinto, donde no se puede ni recorrer una calle sin que os asalte la tentación. Tened presente vuestra misma constitución física y los sanos instintos que os ha dado la naturaleza. Estaréis mejor casados que expuestos a caer en pecado.»

Esto suena a un concepto bastante bajo del matrimonio. Parece como si Pablo aconsejara casarse para evitar males mayores. De hecho, está enfrentándose honradamente con los hechos de la vida y estableciendo una regla que es universalmente válida. Nadie debiera embarcarse en una forma de vida para la que no está equipado por naturaleza; nadie debería emprender un camino en el que se viera expuesto a toda clase de tentaciones. Pablo sabía muy bien que no estamos hechos todos lo mismo. «Examínate a ti mismo -nos dice-, y escoge la clase de vida en la que puedes vivir mejor la vida cristiana, y no intentes adoptar un estándar que no te resulte natural, porque te resultaría imposible y funesto siendo tú como eres en la realidad.»

SOCIOS EN EL MATRIMONIO

1 Corintios 7:3-7

Que el marido le dé a la mujer todo lo que le es debido, y viceversa. La mujer no puede disponer de su cuerpo a su capricho, porque se debe al marido; e igualmente el marido se debe a la mujer. No os neguéis mutuamente vuestros legítimos derechos, a menos que sea de común acuerdo y por un tiempo limitado. Eso lo podéis hacer para tener tiempo para la oración, y después volver a la relación normal; debéis mantener la relación normal para no dar a Satanás oportunidad de tentaros porque os resulte imposible controlarlos. Pero os doy este consejo más como concesión que como norma. Quisiera que todos fuerais como yo; pero cada uno tiene un don específico de Dios, unos uno y otros otro.

Este pasaje surge de la sugerencia de los cristianos corintios de que los esposos cristianos, a fuer de cristianos, tienen que abstenerse de la relación matrimonial en absoluto. Esta es otra manifestación de la línea de pensamiento que considera el cuerpo y sus instintos como esencialmente malos. Pablo expone un principio supremamente grande. El matrimonio es una asociación. El marido no puede actuar con total independencia de la mujer, ni la mujer del marido. Deben actuar siempre de acuerdo. Ninguno debe considerar al otro simplemente como un instrumento para su propia gratificación. La relación matrimonial en su totalidad, tanto en lo físico como en lo espiritual, es algo en lo que ambos deben encontrar su gratificación y plena satisfacción de todos sus deseos. Por un tiempo especial de disciplina, para dedicarse más consagradamente a la oración, puede que sea conveniente apartarse de todo lo corporal; pero debe ser de común acuerdo y sólo durante cierto tiempo, porque si no genera situaciones en las que se da ocasión a la tentación.

De nuevo parece que Pablo minimiza el matrimonio. Su consejo, dice, no propone la situación ideal, sino hace una concesión a la debilidad humana. Preferiría que todos hicieran lo que él. ¿Qué hacía él? Lo podemos deducir.

Podemos estar bastante seguros de que Pablo, en un tiempo, estuvo casado.

(i) Por razones generales. Era rabino, y aseguraba no haber fallado en el cumplimiento de ninguno de los deberes que imponía la ley judía tradicional, uno de los cuales era el matrimonio. El que no se casara y tuviera hijos se decía que «había matado su posteridad» y «reducido la imagen de Dios en el mundo.» Siete se decía que estaban excomulgados del Cielo, y el primero de la lista era «Un judío que no tenga mujer; o que, aunque la tenga, no tenga hijos.» Dios había dicho: «Llevad fruto y multiplicaos;» y, por tanto, no estar casado ni tener hijos era ser culpable de haber faltado a un mandamiento positivo de Dios. La edad normal de casarse era los dieciocho años, por todo lo cual es sumamente improbable el que un judío tan devoto y ortodoxo como era Saulo no estuviera casado.

(ii) Más particularmente hay evidencia de que estaba casado. Debe de haber sido miembro del sanedrín, porque dice haber dado su voto contra los cristianos (*Hechos 26:10*); y no podría haberlo sido sin estar casado, porque se suponía que los casados eran más piadosos.

Puede que la mujer de Pablo hubiera muerto; pero es más probable que le abandonara y se deshiciera su hogar cuando se hizo cristiano. De todas maneras renunció a ese derecho entre tantos otros y no se casó otra vez. No habría podido llevar aquella clase de vida viajera y arriesgada si hubiera estado casado. Su deseo de que otros fueran como él surgía exclusivamente del hecho de que él esperaba la Segunda Venida en seguida; había tan poco tiempo que no se debía dejar interferir a los lazos terrenales y las cuestiones físicas. No es que Pablo menospreciara el matrimonio, sino que insistía en que había que estar dispuesto para la venida de Cristo.

EL VINCULO QUE NO SE DEBE ROMPER

1 Corintios 7:8-16

A los solteros y a las viudas les digo que estaría bien si se pudieran quedar como yo; pero si les resulta imposible la continencia, que se casen, porque es mejor casarse que estarse consumiendo de pasión. A los casados les transmito esta orden, que no es mía sino del Señor: Que la mujer no se separe de su marido; y, si se separa, que se quede sin casar o se reconcilie con su marido; y que el marido no se divorcie de su mujer. A los otros les digo, pero no como un mandamiento del Señor sino como cosa mía: Si la esposa de un hermano no es creyente, pero está conforme con vivir con él, que no se divorcie; y si el marido de una hermana no es creyente, pero está de acuerdo en vivir con ella, que no se divorcie; porque el marido incrédulo queda incluido en el círculo de la fe por medio de su mujer, y la mujer incrédula mediante su marido creyente. De no ser así, vuestros hijos no estarían en el pueblo de Dios; y de esta manera, están apartados para Dios. Si el cónyuge que no es creyente se quiere separar, que se separe; porque en tal caso el hermano o la hermana no están servilmente obligados. Es al ambiente de la paz al que Dios nos ha llamado. Esposa: ¿Tú qué sabes si conseguirás que tu marido sea salvo? O marido: ¿Tú qué sabes si conseguirás que se salve tu mujer?

Este pasaje trata de tres clases diferentes de personas.

(i) Los que no están casados o han enviudado. En las condiciones de una edad que Pablo creía que se estaba aproximando a su fin, estarían mejor si se quedaran como estaban. Pero, de nuevo, les advierte que no jueguen con la tentación ni se pongan en situación de peligro. Si tienen una naturaleza normalmente apasionada, que se casen. Pablo siempre estaba seguro de que ningún cristiano debe imponerle a otro ningún determinado curso de acción. Todo depende en cada caso de la persona en cuestión.

(ii) Los que están casados. Pablo prohíbe el divorcio sobre la base de la prohibición de Jesús (*Marcos 10:9; Lucas 16:18*). Si ya ha tenido lugar la separación, prohíbe que se casen otra vez. Esto puede parecer muy duro; pero en Corinto, con su laxitud característica, era mejor no bajar el listón para que no entrara en la iglesia.

(iii) Creyentes casados con no creyentes. Aquí Pablo tiene que dar su parecer, pues no hay ningún mandamiento específico del Señor al respecto. El trasfondo parece ser que había algunos en Corinto que declaraban que un creyente no debe vivir con un incrédulo; y que, en el caso de que uno de los cónyuges se haga cristiano y el otro no, deben separarse lo más pronto posible.

De hecho, una de las quejas principales que tenían los paganos contra los cristianos era precisamente que el cristianismo dividía las familias y era un agente de desintegración en la sociedad. «Se inmiscuyen en cuestiones domésticas» era una de las primeras acusaciones que se presentaron contra los cristianos (*1 Pedro 4:15*). A veces los cristianos asumían una postura bien elevada. «¿Quiénes fueron tus padres?» -le preguntaron los jueces a Luciano de Antioquía. «Soy cristiano -contestó él-, y los únicos parientes de un cristiano son los santos.»

No cabe duda que los matrimonios mixtos producirían problemas. Tertuliano escribió un libro acerca del tema en el que describe al marido pagano que está furioso con su mujer cristiana porque, «con el achaque de visitar a los hermanos va de calle en calle a las cabañas de otros hombres, especialmente pobres... Y él no le quiere permitir que pase fuera de casa toda la noche porque se celebra una vigilia o la Semana Santa... O dejarla que se introduzca en las cárceles para besar las cadenas de los mártires, o hasta cambiar un beso con cualquiera de los hermanos.» (En la Iglesia Primitiva se saludaban con el ósculo santo o beso de la paz). Es verdad que a uno le cuesta no estar un poco de acuerdo con el marido pagano.

Pablo trata de este problema con una suprema sabiduría práctica. Se daba cuenta de la dificultad y procuraba no exacerbarla. Decía que si los dos no se pueden poner de acuerdo en vivir juntos, que no se les obligue a mantener < lo que es más espantoso todavía: -la soledad de dos en compañía.» Si querían separarse porque la convivencia les resultaba insoportable, había que dejarlos. Ningún cristiano ha sido llamado a llevar una vida de esclavitud.

Pablo tiene dos grandes cosas que decir que tienen un valor permanente.

(i) Tiene la preciosa idea de que el cónyuge que no es creyente es consagrado por medio del que sí es creyente. Los dos han llegado a ser una sola carne o persona; y lo maravilloso del caso es que no es el paganismo lo que se contagia, sino la gracia del Evangelio lo que se comparte y obtiene la victoria. Hay algo en el Cristianismo que se transmite a todos los que entran en contacto con él, por cualquier medio que sea. El niño que nace en un hogar cristiano, y aun en uno en el que sólo uno de los esposos es cristiano, nace en la familia de Cristo. En la compañía de un creyente con uno que no lo es, lo que más debemos tener en cuenta no es que el cristiano entra en contacto con el mundo del pecado, sino que el no creyente llega a estar en contacto con el reino de la gracia de alguna manera.

(ii) Y Pablo tiene también la idea igualmente encantadora de que la asociación del matrimonio puede ser el medio para que el cónyuge no creyente reciba la salvación. Para Pablo, la evangelización empezaba en casa. Había que mirar al cónyuge no creyente, no como un foco de infección que había que evitar con repulsión, sino como otro hijo u otra hija que había que ganar para Dios. Pablo sabía que es maravillosamente cierto que muchas veces se llega al amor de Dios por el camino del amor humano.

SIRVIENDO A DIOS DONDE ÉL NOS HA COLOCADO

1 Corintios 7:17-24

Lo único que hace falta es que cada uno se comporte como Dios le ha asignado en aquello a lo que le ha llamado. Así es como yo ordeno las cosas en todas las iglesias. ¿Fue llamado alguno que ya estaba circuncidado? Pues que no se descircuncide. ¿Fue llamado alguno que no estaba circuncidado? Pues que no se circuncide. Lo que importa no es el estar circuncidado, ni tampoco el no estarlo, sino el vivir como Dios manda siempre y en todo. Que cada uno se quede en la condición en que se encontraba cuando Dios le llamó. ¿Dios te llamó cuando eras esclavo? No te angusties por ello -aunque, por supuesto: si se te presenta la oportunidad de quedar libre, no la desperdicies. Porque el que fue llamado en el Señor cuando era esclavo, es un liberto del Señor; y lo mismo el que fue llamado siendo libre, es un esclavo de Cristo. Habéis sido comprados por un precio: ¡No os hagáis esclavos de nadie! Hermanos: Que cada cual siga siendo para Dios lo que era cuando fue llamado.

Pablo establece una de las primeras reglas del Cristianismo: < Sé un cristiano dondequiera que estés.> Debe de haber sucedido ya entonces que, cuando una persona se hacía cristiana, le habría gustado romper con su trabajo y con el círculo en el que se movía, y empezar una nueva vida. Pero Pablo insistía en que la función del Cristianismo no era darle a una persona una vida nueva, sino en hacer nueva su vieja vida. Que el judío siguiera siendo judío, y el gentil gentil; la raza y sus marcas no imponían diferencias esenciales. Lo realmente diferente era la clase de vida que vivía. Los filósofos cínicos habían insistido en que un hombre verdad no puede ser esclavo por naturaleza, aunque lo sea por condición social.

Un hombre falso no puede ser libre, sino que es siempre un esclavo. Pablo les recuerda que, esclavo o libre, un cristiano es esclavo de Cristo, Que le ha comprado al precio de Su sangre.

Aquí hay todo un cuadro en la mente de Pablo. En el mundo antiguo le era posible a veces a *un esclavo comprar su libertad* con gran esfuerzo. Ep el poco tiempo libre de que disponía, se encargaba de otras tareas y ganaba unas pocas monedas. Su amo tenía derecho hasta a reclamar una comisión de esas pobres ganancias; pero el esclavo iba depositando cada monedita que ganara en el templo de algún dios. Cuando, al cabo de los años, había reunido el precio total de su liberación en el templo, llevaba allí a su amo, el sacerdote le entregaba el dinero y entonces, simbólicamente, el esclavo pasaba a ser propiedad de aquel dios y, por tanto, libre de servir a ningún hombre. Eso era lo que Pablo tenía aquí en mente: El cristiano ha sido comprado por Cristo; y, por tanto, cualquiera que fuere su condición social, es libre de todos los hombres porque es propiedad de Cristo.

Pablo insiste en que el Evangelio no hace que uno se salte todas las barreras y se ponga en contra de todo lo habido y por haber; sino le hace, dondequiera que esté, conducirse como esclavo de Cristo. Hasta el trabajo más humilde que se hace, ya no para los hombres, sino para Cristo, se convierte en algo noble y digno. Decía George Herbert:

*Todo en Ti ya tiene parte;
nada es ya tan mezquino
que al hacerlo por Tu causa
no sea brillante y limpio.
Lo que se hace en Tu nombre,
hasta el más pobre servicio
que con amor se Te ofrece,
es más que humano, divino.
Lo que Dios toma por Suyo
no es menos de lo que he dicho.*

SABIO CONSEJO SOBRE UN PROBLEMA DIFÍCIL

1 Corintios 7:25, 36-38

No os puedo transmitir ningún mandamiento del Señor en relación con las vírgenes; así es que me limito a daros mi opinión, como de uno que ha sido objeto de la misericordia del Señor y que es de fiar... Si alguien considera que su conducta con su virgen no es como es debido, si descubre que sus pasiones son demasiado fuertes y si cree que deberían casarse, que cumpla su deseo. No hace nada malo; que se casen. Pero si uno está seguro y firme en su idea, y si no hay nada que de obligue sino que está en perfecto control para seguir adelante con su intención, y si ha hecho la decisión de mantener virgen a la suya, hace bien. Resumiendo: el que casa a su virgen actúa rectamente, y el que no la casa, mejor.

Los versículos 25 al 38, aunque forman un párrafo, realmente tratan de dos cosas, y será más sencillo estudiarlos separadamente. Los versículos 25 y 36 al 38 se refieren al problema de las vírgenes; mientras que los versículos de entre medias dan la razón para aceptar el consejo que se extiende por todo el capítulo. La sección *En relación con las vírgenes* siempre ha supuesto un problema. Se han propuesto tres explicaciones.

(i) Se la ha considerado sencillamente como un consejo dirigido a los padres en relación con el matrimonio de sus hijas solteras, pero no parece tratarse de eso; y es difícil comprender por qué usa Pablo la palabra *virgen* si quería decir sencillamente *hija*; y el que un padre hablara de su *virgen* cuando se refería a su *hija* es sumamente extraño.

(ii) Se ha sugerido que se trataba de un problema que llegó a ser agudo en tiempo posterior y del que se trató 'en más de un concilio eclesiástico, llegándose a una prohibición. Se sabe que posteriormente existía la costumbre de que un hombre y una mujer vivieran juntos, compartiendo la misma casa y hasta la misma cama. La idea era que, si podían mantener la disciplina de compartir la vida espiritual con intimidad, pero sin dejar que el cuerpo interviniera en su relación, era algo especialmente meritorio. Podemos entender la idea que subyacía en ello: el intento de limpiar la relación humana de toda pasión sexual; pero está claro que resultaría una práctica bien difícil y que, en ocasiones, debe de haber conducido a situaciones insostenibles. En esas relaciones se llamaba a la mujer *la virgen del hombre*. Puede que hubiera surgido esa costumbre en la iglesia de Corinto. En tal caso, y creemos que de eso se trataba, Pablo está diciendo: < Si puedes mantener esa situación, eso sería lo mejor; pero si lo has intentado y encuentras demasiada tensión para tu naturaleza humana, interrómpelo y cástate, sin considerarlo un fracaso espiritual.>

(iii) Aunque creemos que esta es la interpretación correcta de este pasaje, hay otra variante que merece atención. Se ha sugerido que había hombres y mujeres en Corinto que habían celebrado la ceremonia nupcial, pero que habían decidido no consumir el matrimonio y vivir en absoluta continencia para dedicarse por entero a la vida espiritual. Habiendo hecho eso, podría ser que descubrieran que lo que habían programado los sometía a un estrés excesivo. En tal caso, Pablo les diría: «Si podéis mantener vuestro voto, no cabe duda que haréis bien; pero si no podéis, admitidlo con franqueza y entrad en la relación matrimonial normal sin remordimientos.»

Esa relación nos parece anormal y peligrosa, y de hecho lo era, y a su debido tiempo la Iglesia la desautorizó. Pero, dada la situación, el consejo de Pablo es indudablemente un consejo sabio. Realmente dice tres cosas:

(i) La autodisciplina es una cosa excelente. Cualquier manera de domar la naturaleza hasta tener las pasiones en perfecto control es positivamente buena; pero no está incluido entre los deberes cristianos el eliminar los instintos humanos naturales. Lo cristiano es usarlos para la gloria de Dios.

(ii) Lo que Pablo dice realmente es: «No hagas de tu religión algo antinatural.» Eso, en el último análisis, es lo que hacen los frailes y las monjas y los ermitaños. Consideran necesario el eliminar los sentimientos humanos naturales para ser verdaderamente religiosos; consideran necesario el separarse de la vida natural de hombres y mujeres a % de servir a Dios. Pero el Cristianismo no estuvo nunca diseñado para abolir la vida normal, sino para glorificarla.

(iii) Por último, Pablo dice: «No hagas una agonía de tu religión.» Coilie Knox cuenta que, cuando era joven, tendía a encontrar la religión tensa y estresante; y dice que un muy querido capellán fue a él un día, le puso la mano en el hombro y le dijo: «Joven Knox, no hagas una agonía de tu religión.» Nadie debe estar avergonzado del cuerpo que Dios le ha dado, del corazón que Dios le ha puesto en el cuerpo o de los instintos que, por creación de Dios, residen en él. El Cristianismo le enseñará, no a eliminarlos, sino a usarlos de tal manera que la pasión sea limpia, y el amor humano la cosa más ennoblecadora de todo el mundo de Dios.

QUEDA POCO TIEMPO

1 Corintios 7:26-35

Creo que esto es lo más recomendable en vista de la crisis presente; es decir, que cada cual se quede como está. ¿Estás vinculado a una mujer? No trates de desatar el vínculo. ¿Estás libre de ligaduras matrimoniales? Pues no busques esposa. Pero, si te casas, no creas que has cometido un pecado. Los que se casen tendrán problemas con las cosas corporales, y yo querría evitarlos. Esto sí os digo, hermanos: Ya queda poco tiempo; tan poco que, en lo porvenir, los que tengan mujer deberán vivir como si no; los que se lo pasan bien, como si no; los que compran, como si no tuvieran seguridad de nada; los que usan el mundo, como si no tuvieran ninguna relación con él; porque las apariencias de este mundo se están desvaneciendo. Quiero que estéis sin ansiedad. El que se queda sin casar, que se preocupe de las cosas del Señor; que lo único que le preocupe sea cómo agradar a Dios. El que se case, tendrá que preocuparse de las cosas de este mundo, y de cómo darle gusto a su mujer. También hay una diferencia notoria entre la mujer casada y la soltera. La soltera, que se preocupe de las cosas del Señor; sea su finalidad el dedicarse al Señor tanto con su cuerpo como con su espíritu. La que está casada debe preocuparse de las cosas de este mundo, de cómo

agradar a su marido. Es para ayudarlos para lo que digo todo esto. No os quiero echar la soga al cuello. Lo único que pretendo es que viváis una vida como es debido, y que sirváis al Señor sin distracciones.

En varios sentidos, es una lástima que Pablo no empezara el capítulo con esta sección, porque tiene el corazón de toda su posición en todo ello. A lo largo de todo el capítulo debemos de haber sentido que estaba minimizando el matrimonio. Parecía una y otra vez como si estuviera dejando el matrimonio como una especie de concesión para evitar la fornicación; como si no fuera más que un mal menor.

Ya hemos visto que los judíos glorificaban el matrimonio, y lo consideraban un deber sagrado. Había solamente una razón válida, según la tradición judía, para no casarse, y era para dedicarse al estudio de la Ley. Rabí Ben Azzai se preguntaba: «¿Por qué debo casarme? Estoy enamorado de la Ley. Que sean otros los que se encarguen de la supervivencia de la raza humana.» En el mundo griego, el filósofo estoico Epicteto no se casó nunca. Decía que estaba haciendo mucho más por el mundo como maestro, que si hubiera traído al mundo dos o tres mocosos. «¿Cómo se puede esperar de uno cuya misión es enseñar a la humanidad que viva corriendo siempre para encontrar algo con que calentar agua para el baño del bebé?»

Pero ese no era el punto de vista judío, ni es el cristiano. Ni tampoco fue el punto de vista final del apóstol Pablo. Años más tarde, cuando escribió la *Carta a los Efesios*, había cambiado; porque allí usa la relación matrimonial de un hombre y una mujer como un símbolo de la que hay entre Cristo y la Iglesia (*Efesios 5:22-26*). Cuando escribía a los Corintios, su perspectiva estaba dominada por el hecho de que esperaba la Segunda Venida de Cristo inminentemente. Lo que enseña son disposiciones para un tiempo de crisis. «¡Queda poco tiempo!» Cristo iba a volver tan pronto, creía Pablo, que había que dejarlo todo de lado en un esfuerzo tremendo para concentrarse en la preparación de tal acontecimiento. Había que abandonar las actividades humanas más importantes y las relaciones humanas más queridas si amenazaban con interrumpir o relajar esa concentración. Nadie debe tener lazos que le retengan cuando Cristo le llame a levantarse e ir. Se debe pensar sólo en agradecerle sólo a Cristo. Si Pablo hubiera pensado que él y sus convertidos estaban viviendo en una situación que no iba a ser terminal, no habría escrito lo que escribió. Para cuando escribió *Efesios* ya se había dado cuenta de la permanencia de la situación humana, y consideraba el matrimonio la relación más preciosa, la única que era vagamente comparable con la relación entre Cristo y Su Iglesia.

Para nosotros debe ser siempre verdad que el hogar es el lugar que nos ofrece dos cosas. Es el lugar donde encontramos la oportunidad más noble para vivir la vida cristiana; y la lástima es que es muchas veces el lugar en el que reclamamos el derecho a ser tan chinchos y críticos y fastidiosos como podemos, y a tratar a los que nos aman como no nos atreveríamos a tratar a ningún extraño. Y también es el lugar de cuyo reposo y dulzura sacamos la fuerza para vivir más y más como debemos vivir en el mundo.

Pablo en este capítulo no veía el matrimonio como el estado más perfecto, porque creía que la vida tal como la conocemos duraría sólo unos días; pero más adelante lo vio como la relación más maravillosa que puede haber en la Tierra.

CASARSE OTRA VEZ

1 Corintios 7:39-40

Una casada está vinculada a su marido mientras este viva; pero, después de muerto, ella se puede casar con quien quiera, siempre que sea cristianamente. A mí me parece que sería más feliz si se quedara viuda y creo que yo también tengo el Espíritu de Dios.

De nuevo Pablo mantiene su punto de vista consecuente: el matrimonio es una relación que sólo la muerte puede interrumpir. Un segundo matrimonio es perfectamente permisible para las viudas; pero Pablo aconsejaría más bien en contra. Ya sabemos que estaba hablando desde una situación de crisis en la que creía que se encontraban. En muchos sentidos, un segundo matrimonio es el mejor cumplido que se le puede dedicar al cónyuge difunto; eso decía don Cipriano Tornos: Que honra a su primera mujer dando testimonio de que le había ido tan bien con ella que no podía por menos de desear seguir compartiendo la vida con una compañera. Casarse después de haber perdido el primer cónyuge es reconocer que la vida ha quedado sumida en una soledad insoportable. Lejos de ser una falta de respeto, debe considerarse un honor para con el/la cónyuge que se ha perdido.

Pablo establece una condición: «Con tal que sea en el Señor.» Es decir: debe ser un matrimonio entre cristianos. En caso contrario, es raro que un segundo matrimonio valga la pena. Hacía mucho que Plutarco había establecido que «un matrimonio no puede ser feliz a menos que marido y mujer tengan la misma religión.» El amor más elevado se produce cuando los dos se aman y su amor está santificado por su común amor a Cristo; porque entonces, no sólo viven juntos, sino oran juntos; y la vida y el amor se combinan en un acto continuo de culto a Dios.

Los capítulos 8, 9 y 10 tratan de un problema que nos puede parecer extraordinariamente remoto, pero que era intensamente real para los cristianos corintios y demandaba una solución. Era el problema de si se podía o no comer carne que se hubiera sacrificado a los ídolos. Antes de empezar a estudiar estos capítulos en detalle será conveniente que exponamos el problema en su conjunto, y las líneas generales de las diferentes soluciones que ofrece Pablo en las diversas circunstancias en las que incidía en la vida de los cristianos.

Los sacrificios a los dioses eran parte integrante de la vida del mundo antiguo. Podían hacerse de dos maneras: privados y públicos. En ninguno de los dos casos se consumía el animal totalmente en el altar, sino una muestra meramente simbólica, a veces tan insignificante como algunos de los pelos que se cortaban de la frente de la víctima.

En un sacrificio privado, el animal, por así decirlo, se dividía en tres partes: la primera era una muestra que se quemaba en el altar; la segunda pertenecía por derecho propio a los sacerdotes, y solían consistir en las costillas, la pierna y el lado izquierdo de la cara, y la tercera, el resto del animal, se lo quedaba el que ofrecía el sacrificio, con lo que hacía un banquete. Esta era la costumbre cuando se celebraba algo como unas bodas. A veces la fiesta se hacía en la casa del anfitrión; pero otras veces era en el templo del dios al que se había ofrecido el sacrificio.

Tenemos un ejemplo en un papiro antiguo que contiene una invitación a una comida que dice algo así como: «Antonio, hijo de Tolomeo, te invita a comer con él a la mesa de nuestro Señor Serapis.» Serapis era el dios al que se había ofrecido el sacrificio.

El problema que se les planteaba a los cristianos era: «¿Podían participar en una fiesta semejante? ¿Podían meterse en la boca carne que había sido ofrecida a un ídolo?» En caso negativo, tenían que excluirse de casi todas las ocasiones sociales.

En el caso de los sacrificios públicos, era el estado el que los ofrecía y eran una cosa muy corriente. Después de quemar en el altar una parte simbólica y de que los sacerdotes se quedaran con su parte, el resto de la carne correspondía a los magistrados y otros. Lo que les sobraba se vendía en las tiendas y en los mercados; y, por tanto, hasta la carne que se compraba podría ser que se hubiera sacrificado a un ídolo. Así que no se podía saber nunca a ciencia cierta si la carne que se comía había sido ofrecida a un ídolo.

Lo que complicaba la cosa todavía más era que entonces se creía firmemente en los espíritus y en los demonios. El aire estaba lleno de ellos, y siempre estaban acechando para meterse dentro de las personas, que en tal caso quedarían aquejadas de enfermedades físicas o mentales. Una de las maneras en que esos demonios se introducían en el cuerpo era con la comida; se escondían en los bocados, y entraban con ellos por la boca. Una de las maneras de evitarlo era dedicarle la carne a algún buen dios, cuya presencia mantendría a raya a otros posibles invasores. Por esta razón, casi todos los animales se dedicaban a algún dios antes de sacrificarse; y, si no se había hecho así, se bendecía la carne en nombre de algún dios antes de comerla.

De lo dicho se deduce que casi no se podía comer carne con absoluta seguridad de que no estaba relacionada de una u otra manera con algún dios pagano. Entonces, ¿podía un cristiano comerla? Ese era el problema; y está claro que, aunque para nosotros no sea más que una cuestión de interés anticuario, para un cristiano de Corinto o de cualquier otra ciudad griega era algo de vital importancia que había que dilucidar de alguna manera con carácter urgente.

El consejo de Pablo aparece en tres secciones diferentes.

(i) En el capítulo 8 establece el principio de que, por muy seguro que se sienta el cristiano fuerte e iluminado ante el peligro de infección de los ídolos paganos, y aunque crea que un ídolo no es la representación de nada que exista de ninguna manera, no se debe hacer nada que pueda dañar o desazonar la conciencia de otro que no sea tan fuerte como él.

(ii) Pablo trata en el capítulo 9 de los que invocan el principio de la libertad cristiana. Indica que hay muchas cosas que él es libre para hacer, de las que se abstiene por causa de la iglesia. Es plenamente consciente de la libertad cristiana, pero no menos de la responsabilidad cristiana.

(iii) En el capítulo 10:1-13, trata de los que proclaman que su conocimiento cristiano y su posición privilegiada los mantiene totalmente a salvo de cualquier infección. Cita el ejemplo de los israelitas, que tenían todos los privilegios del pueblo escogido de Dios y sin embargo cayeron en pecado.

(iv) En el capítulo 10:14-22, hace uso del razonamiento de que, el que se ha sentado a la Mesa del Señor, no se puede sentar a la de un dios pagano, aunque ese dios no exista. Hay algo que es esencialmente inadmisibles en el tomar carne que se ha ofrecido a un dios pagano en los labios que han tomado el cuerpo y la sangre de Cristo.

(v) En el capítulo 10:23-26, aconseja en contra de caer en una escrupulosidad excesiva. Se puede comprar lo que se vende en las carnicerías sin preguntar más de la cuenta.

(vi) En el capítulo 10:27-28, trata del problema de lo que se ha de hacer en una casa particular. Allí, un cristiano puede comer lo que se le ofrezca sin hacer preguntas; *pero*, si se le informa expresamente de que la carne que se está sirviendo fue parte de un sacrificio pagano, eso es un desafío que se le hace a su posición cristiana, y debe rehusar comerlo.

Por último, en el capítulo 10:29 - 11:1, Pablo establece el principio de que la conducta cristiana debe estar tan por encima de todo reproche que no debe dar ocasión a que se escandalicen ni los judíos ni los no judíos. Es mejor renunciar a los derechos que permitir que se conviertan en un motivo de escándalo.

Ahora podemos empezar a tratar estos temas en detalle estudiando cada pasaje por separado.

CONSEJO PARA LOS SENSATOS

1 Corintios 8

En relación con el tema de lo que se ha sacrificado a los ídolos, ya sabemos que todos tenemos conocimiento; pero el conocimiento envanece, mientras que lo que edifica es el amor. El que crea que ha alcanzado un cierto nivel de conocimiento, sepa que no es esa la clase de conocimiento que debería tener; es cuando uno ama a Dios cuando está en relación vital con Él.

En cuanto a la comida de alimentos que consisten en cosas que se han ofrecido a los ídolos, sabemos muy bien que los ídolos no representan nada que haya en el universo, y que no hay más que un Dios; y, aunque existieran los que llaman dioses, como se habla de muchos dioses y de muchos señores, por lo que a nosotros respecta no hay más que un solo Dios, el Padre, de Quien proceden todas las cosas y al Que nosotros nos dirigimos, y un solo Señor, Jesucristo, por medio de Quien fueron creadas todas las cosas, y nosotros hemos sido creados de nuevo. Pero no todo el mundo tiene conocimiento; porque hay algunos que, aun hasta ahora, han estado acostumbrados a ver los ídolos como algo real, y que todavía no pueden evitar seguir pensando igual; y en consecuencia, cuando comen carne que se ha ofrecido a los ídolos, consideran que están participando de un verdadero sacrificio; y, como tienen una conciencia débil, se sienten contaminados.

La comida no es lo que nos hace aceptables a Dios. Si no comemos, no somos peores, y si comemos no somos mejores en nada. Tenéis que tener cuidado de que vuestra misma libertad no cause escándalo a los que son más débiles. Porque, si alguien te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en el templo de un ídolo, ¿no se animará a comer de lo sacrificado a los

ídolos, aunque sigue convencido de que tanto el ídolo como el sacrificio son cosas reales? De esa manera, tu conocimiento destruiría al que es débil, -que es un hermano por quien Cristo murió. Si pecas de esa manera contra tu hermano, pegándole una paliza a su conciencia en su debilidad, en realidad estás pecando contra Cristo.

Por tanto, si una cosa como la comida va a hacerle tropezar a mi hermano, yo no dudaría lo más mínimo en abstenerme de comer carne siempre para no ser el causante de que mi hermano tropezara.

Ya hemos visto que era prácticamente imposible vivir en cualquier ciudad griega sin enfrentarse todos los días con el problema de qué hacer con alimentos que habían sido ofrecidos a los ídolos. Para algunos de los cristianos corintios la cosa no tenía ningún problema. Sostenían que su conocimiento superior les había enseñado que los dioses paganos sencillamente es que no existían, y que por tanto un cristiano podía comer carne que se hubiera sacrificado a un ídolo sin el menor remordimiento de conciencia.

En realidad, Pablo tiene dos respuestas a eso. Una no sale hasta el capítulo 10:20. En ese pasaje Pablo deja bien claro que, aunque él está totalmente de acuerdo en que los dioses paganos no existen, está seguro de que los espíritus y los demonios sí existen, y están detrás de los ídolos, usándolos para apartar a la gente de dar culto al Dios verdadero.

En el presente pasaje hace uso de un razonamiento mucho más sencillo. Dice que había cristianos en Corinto que toda su vida hasta ese momento habían creído en los dioses paganos; y esas personas, almas cándidas, no se podían desembarazar del todo de una fe latente en que un ídolo era realmente *algo*, aunque fuera un algo falso. Siempre que participaban de una comida ofrecida a los ídolos, tenían remordimientos de conciencia. No lo podían evitar; admitían instintivamente que eso estaba mal. Así que Pablo razonaba que, si se dice que no

hay absolutamente ningún peligro en comer de lo que se le ha ofrecido a un ídolo, es posible que se esté dañando y ofendiendo la conciencia de esas almas sencillas. Su argumento concluyente es que, si hay algo que es totalmente inocente para ti pero que daña a otra persona, hay que renunciar a ello, porque un cristiano no debe hacer nunca nada que haga tropezar a un hermano.

En este pasaje que trata de un asunto que nos resulta tan peregrino hay tres grandes principios que tienen un valor eterno.

(i) Lo que es inocuo para una persona puede que no lo sea para otra. Se ha dicho, y es una bendita verdad, que Dios tiene su propia escalera de acceso a cada corazón; pero es igualmente cierto que el diablo también la tiene. Puede que uno se considere suficientemente fuerte para resistir alguna tentación, pero puede que otro no lo sea. Algo puede que no sea ni tentación para nosotros, pero puede serlo de las más violentas para otra persona. Por tanto, al considerar si podemos hacer algo o no, debemos considerar no sólo cómo nos afectaría a nosotros, sino también a otros.

(ii) No se debe juzgar nada sólo desde el punto de vista del conocimiento, sino también desde el del amor. El razonamiento de los cristianos corintios más avanzados era que ellos ya sabían bastante como para considerar que un ídolo fuera nada; sus conocimientos alcanzaban a más de eso. Hay siempre un cierto peligro en el conocimiento. Tiende a hacer a las personas arrogantes, y que se sientan superiores y miren por encima del hombro a los que no son tan avanzados. El conocimiento que produce esos resultados no es el verdadero. El creerse superiores intelectualmente es peligroso. Nuestra actitud debería estar gobernada, no por la idea de nuestra superioridad en materia de conocimientos, sino por nuestra simpatía y amorosa consideración para con los demás. Puede que por amor de ellos debamos abstenernos de hacer o decir ciertas cosas que serían legítimas en otro caso.

(iii) Esto nos conduce a la mayor verdad de todas. Nadie tiene derecho a permitirse un placer o a reclamar una libertad

que pueda traerle perjuicios a otra persona. Puede que uno tenga la capacidad para mantener ese placer dentro de sus límites; que esa actuación no le suponga ningún peligro; pero no debe pensar sólo en sí mismo, sino también en el hermano que es más débil. Una indulgencia que pueda traerle la ruina a otra persona no es un placer, sino un pecado.

SIN ABUSAR DE LOS PRIVILEGIOS

1 Corintios 9:1-14

¿Es que yo no soy libre? ¿Ni un apóstol? ¿No he visto yo a nuestro Señor Jesús? ¿No sois vosotros el resultado de mi labor en el Señor? Aunque no fuera un apóstol para los demás, para vosotros está claro que lo soy, porque vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor. (Esta sería mi defensa contestando a los que están intentando traerme a juicio). ¿Es que queréis decir que no tengo derecho a comer ni a beber a costa de la Iglesia? ¿Queréis decir que yo no tengo derecho a llevar conmigo a una hermana como mujer, como hacen los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas? ¿Vais a mantener que Bernabé y yo somos los únicos que no tenemos derecho a estar exentos del trabajo manual? ¿Qué soldado que va a una campaña ha tenido nunca que buscarse el rancho por su cuenta? ¿Quién planta una viña y luego no tiene derecho a comer uvas? ¿Quién apacienta un rebaño pero no se le permite beber leche?

No creáis que esta es una manera materialista de plantearlo. ¿Es que la misma Ley no lo estipula? Porque escrito está en la Ley de Moisés: «No le pongas el bozal al buen cuando está trillando. » ¿No estaba pensando el Señor nada más que en los bueyes, o lo dijo también en relación con nosotros? ¡Fue refiriéndose a nosotros como se escribió! Porque el arador tiene que arar, y el

trillador que trillar, con la esperanza de participar de la cosecha. Si hemos sembrado para vosotros cosas que alimentan el espíritu, ¿somos unos aprovechados si segamos de vosotros las cosas que alimentan el cuerpo? Si otros participan de los privilegios que proveéis, ¿no tenemos nosotros más derecho que ellos?

A pesar de todo, no hemos hecho uso de los privilegios que nos correspondían; al contrario: hemos soportado de todo para no ponerle un obstáculo en el camino al Evangelio de Cristo. ¿Es que no os dais cuenta de que los que están a cargo de los ritos del templo tienen derecho a mantenerse de las ofrendas del templo, y que los que ministran en el altar participan de los sacrificios que se hacen? Pues precisamente de la misma manera ha establecido el Señor que los que proclaman el Evangelio reciban del Evangelio lo suficiente para vivir.

A primera vista parece que este capítulo no tiene nada que ver con lo que precede, pero no es así. La cosa es que los corintios, que se consideraban cristianos maduros, pretendían encontrarse en una situación privilegiada que les otorgaba la libertad para comer carne que se hubiera sacrificado a los ídolos si querían. Su libertad cristiana, pensaban, los colocaba en una posición en la que podían hacer cosas que no se les permitirían a los que no habían alcanzado ese nivel. La manera de contestar de Pablo a esos razonamientos es presentar los muchos privilegios que él tenía perfecto derecho a reclamar, pero de los que no hizo uso para no ser un tropiezo para otros o un obstáculo para la eficacia del Evangelio.

(i) *Él ha visto al Señor.* El Libro de los Hechos especifica repetidas veces que la cualificación suprema de un apóstol es el ser testigo de la Resurrección (*Hechos 1:22; 2:32; 3:15; 4:33*). Esto tiene una importancia capital. En el Nuevo Testamento, la fe no es nunca la aceptación de un credo, sino la confianza en una Persona. Pablo no dice: «Yo sé lo que he creído.» Dice: «Yo sé en *Quién* he creído» (*2 Timoteo 1:12*).

Cuando Jesús llamó a Sus discípulos, no les dijo: < Tengo una filosofía que quiero que examinéis,» o < Tengo un sistema de ética que me gustaría que considerárais,» u < Os ofrezco una confesión de fe que querría que discutierais.» Les dijo simplemente: «Seguidme.» Todo el Cristianismo empieza por una relación personal con Jesucristo. Ser cristiano es conocerle personalmente. Como dijo Carlyle una vez cuando iban a elegir a un pastor: « Lo que necesita esta iglesia es a alguien que conozca a Cristo más que de segunda mano.»

(ii) La segunda credencial de Pablo era que su *ministerio había sido eficaz*. Los mismos corintios eran una prueba de ello. Él los llama su *sello*. En la antigüedad los sellos eran sumamente importantes. Cuando se mandaba un cargamento de grano o de dátiles o de algo por el estilo, lo último que se hacía con los envoltorios era marcarlos con el sello como prueba de que el contenido era auténticamente lo que pretendía ser. Cuando se hacía testamento, se sellaba con siete sellos; y no era legalmente válido a menos que los tuviera intactos. El sello era la garantía de la autenticidad. El mero hecho de la existencia de la iglesia corintia era la garantía del apostolado de Pablo. La prueba definitiva de que una persona conoce a Cristo es que Le puede traer a otros. Se cuenta que un soldado que había sido herido y se encontraba en la cama de un hospital le dijo a la enfermera Florence Nightingale, que se inclinaba para atenderle: « Tú eres Cristo para mí.» La autenticidad del cristianismo de una persona presenta su mejor prueba cuando ayuda a otros a ser cristianos.

El privilegio que Pablo habría podido esperar de la iglesia era su sostenimiento. No sólo para sí mismo, sino también para su esposa. De hecho, los demás apóstoles recibían ese apoyo. Los griegos despreciaban el trabajo manual; ningún griego libre estaría dispuesto a trabajar con sus manos. Aristóteles había enseñado que hay dos clases de personas: las cultas, y los madereros y aguadores que existen exclusivamente para llevar a cabo esos trabajos serviles para los otros, y a los que sería no solamente un error sino hasta un mal el tratar de

elesvarlos o educarlos. Los enemigos de Sócrates y de Platón les tomaban el pelo porque no aceptaban ningún dinero por enseñar, y hasta insinuaban que no cobraban porque su enseñanza no valía nada. Es verdad que también se esperaba de los rabinos judíos que enseñaran sin cobrar nada, y que tuvieran un oficio que les permitiera ganarse la vida sin depender de nadie; pero esos mismos rabinos se tomaban mucho interés en inculcarles a sus estudiantes que no había obra más meritoria que el sostener a su rabino. Si alguien quería tener un buen lugar en el Cielo, la mejor manera de asegurárselo era subviniendo a todas las necesidades de un rabino. De cualquier manera que se mirara, Pablo podía haber reclamado el privilegio de ser sostenido por la iglesia.

Usa analogías humanas corrientes. Ningún soldado tiene que buscarse la comida por su cuenta. ¿Por qué había de hacerlo un soldado de Cristo? El que planta una viña tiene derecho a una parte de su producto. ¿Por qué tiene que ser diferente el que planta iglesias? El pastor se mantiene de lo que da el rebaño que atiende. ¿Por qué no puede hacer lo mismo el que pastorea una iglesia? Hasta la Escritura dice que no hay que ponerle el bozal al buey que está trillando para dejarle que coma de lo que trabaja (*Deuteronomio 25:4*). Como hartan los rabinos, Pablo aplica esa enseñanza alegóricamente al maestro cristiano.

El sacerdote que oficia en el templo recibe su parte de las ofrendas. En los sacrificios de los templos griegos, como ya hemos visto, recibía las costillas, el jamón y el lado izquierdo de la cara del animal. Pero vale la pena recordar las obviaciones de los sacerdotes que oficiaban en el templo de Jerusalén.

Había cinco ofrendas principales. (i) *El holocausto*. Era el único sacrificio que se quemaba completo en el altar, excepto el estómago, las entrañas y el nervio del muslo (cp. *Génesis 32:32*). Pero hasta en este caso los sacerdotes se quedaban con las pieles, con las que hacían buen negocio. (ii) *La ofrenda por el pecado*. En este caso sólo se quemaba en el altar el sebo del animal, y los sacerdotes se quedaban con toda la carne.

(iii) *La ofrenda per una transgresión.* Aquí tampoco se quemaba más que la grasa del animal, y los sacerdotes recibían toda la carne. (iv) *La ofrenda de comida.* Esta consistía en harina, vino y aceite. Sólo una parte simbólica se ofrecía en el altar; con mucho la mayor parte era el gaje de los sacerdotes. (v) *La ofrenda de la paz.* La grosura y las entrañas era lo que se quemaba en el altar; los sacerdotes recibían el pecho y el hombro derecho, y el resto se le devolvía al que lo ofrendaba.

Los sacerdotes tenían todavía otros gajes. (i) Recibían *las primicias de siete clases:* trigo, cebada, uvas, higos, granadas, aceitunas y miel. (ii) *La terumá.* Esta era la ofrenda de los frutos más selectos de cada cultivo. Los sacerdotes tenían derecho a un promedio de la quinta parte de las cosechas. (iii) *Los diezmos.* Había que darlos de «todo lo que se puede usar para comida y se cultiva o crece en la tierra.» Ese diezmo pertenecía a los levitas; pero los sacerdotes recibían el diezmo de ese diezmo. (iv) *La jallá.* Esta era la ofrenda del amasado. Si la masa se hacía de trigo, cebada, escanda, avena o centeno, cada persona particular tenía que darles a los sacerdotes una vigésima cuarta parte, y un panadero un cuadragésimo octavo.

Todo esto está detrás de la negativa de Pablo a aceptar de la iglesia ni tan siquiera la provisión más básica para su manutención. Lo rehusaba por dos razones. (i) Los sacerdotes eran un refrán. Mientras que una familia judía normal no comía carne más que una vez por semana si acaso, los sacerdotes padecían de una enfermedad ocupacional por comer demasiada. El lujo en que vivían, su rapacidad y sus privilegios eran notorios, y Pablo lo sabía muy bien. Sabía que usaban de la religión para ponerse gordos, así es que estaba dispuesto a irse al otro extremo y no aceptar absolutamente nada. (ii) La segunda razón era su total independencia. Puede ser que la llevara demasiado lejos, porque parece que los corintios se daban por ofendidos de que no les aceptara ninguna ayuda. Pero Pablo era una de esas almas independientes que prefieren morir de hambre antes que depender de nadie.

En último análisis había una cosa que dominaba su conduc-

ta: no estaba dispuesto a hacer nada que desacreditara o dificultara al Evangelio. La gente juzga un mensaje por la vida y el carácter del que lo transmite, y Pablo estaba decidido a mantener las manos limpias. No permitía que nada de su vida contradijera el mensaje que proclamaba. Alguien le dijo una vez a un predicador: «No puedo oír lo que dices porque estoy escuchando cómo eres.» Eso no se le podía decir a Pablo.

EL PRIVILEGIO Y LA RESPONSABILIDAD

1 Corintios 9:15-23

Sin embargo yo no he reclamado ninguno de estos derechos; ni tampoco estoy escribiendo esto ahora para se me reconozcan en el porvenir. Preferiría morirme antes que se me anulara mi orgullo de no haber recibido nada por mi trabajo. Si predico el Evangelio, no puedo presumir de nada por ello, porque lo hago porque estoy obligado. ¡Pobre de mí si no predicara el Evangelio! Si lo hiciera por propia elección, merecería una recompensa; pero si lo tengo que hacer, quiera que no, es porque se me ha encargado esta tarea. ¿Cuál es mi recompensa entonces? Únicamente presentar el Evangelio gratis mediante la predicación, para no hacer uso de los privilegios que me corresponderían como predicador. Y es que, aunque estoy libre de todo el mundo, me hago esclavo de todo el mundo para ganar a los más posibles. Con los judíos me hago judío para ganara los judíos; con los que están bajo una ley me hago uno que está bajo ley, aunque yo no estoy bajo ley, para ganar a los que están bajo una ley; a los sin ley, como si yo fuera un sin ley, no estando yo sin ley de Dios, sino en la ley de Cristo, para ganar a los que no tienen ley. A los débiles me hago débil para ganar a los débiles; me hago de todo a todo el mundo para salvarlos como sea. Y esto lo hago por causa del Evangelio, para compartirlo con todo el mundo.

En este pasaje encontramos una especie de bosquejo de toda la concepción que tiene Pablo de su ministerio.

(i) Lo consideraba *un gran privilegio*. Lo único que no haría jamás sería aceptar dinero por trabajar para Cristo. Cuando cierto famoso profesor americano se jubiló, dio una conferencia en la que daba las gracias a la universidad por pagarle un sueldo todos esos años por hacer un trabajo que él habría pagado para que le dejaran hacer. Esto no quiere decir que haya que trabajar siempre sin cobrar; hay ciertas obligaciones que uno tiene que cumplir, y no podría si no se le pagara; pero sí quiere decir que nadie debería trabajar exclusivamente por dinero. Todos deberíamos considerar nuestro trabajo, no como una forma de acumular riqueza, sino como una manera de prestar un servicio. El trabajador debe verse como una persona cuyo fin principal no es sacar provecho para sí, sino cuyo privilegio es servir a otros cumpliendo la voluntad de Dios.

(ii) Lo consideraba *un deber*. El punto de vista de Pablo era que, si él hubiera escogido ser predicador del Evangelio, podría haber exigido legítimamente un sueldo por su trabajo; pero él no había escogido ese trabajo: el trabajo le había escogido a él. No podía dejar de hacerlo, como no podría dejar de respirar; y, por tanto, no se podía hablar de salario.

Ramón Llull, el gran santo y místico español, nos cuenta cómo llegó a ser misionero de Cristo. Había llevado una vida de bienestar y placer; pero cierto día, cuando se encontraba solo, llegó Cristo cargando Su Cruz y le dijo: «Llévala por Mí.» Él se negó. Otra vez, cuando estaba en el silencio de una gran catedral, vino Cristo y le pidió que llevara Su Cruz; y se negó otra vez. En un momento solitario, Cristo vino la tercera vez; y esta, dijo Ramón Llull: «Tomó Su Cruz y, con una mirada, me la dejó en las manos. ¿Qué podía yo hacer sino tomarla y llevarla?» Pablo habría dicho: «¿Qué puedo hacer yo más que darle a la gente la Buena Noticia de Cristo?»

(iii) A pesar del hecho de no querer que se le pagara, Pablo sabía que recibía diariamente *una gran recompensa*. Tenía la satisfacción de llevarles el Evangelio gratuitamente a todos los

que quisieran recibirlo. Siempre es verdad que la verdadera recompensa de cualquier trabajo no es el dinero que reporta, sino la satisfacción de una tarea bien hecha. Por eso es por lo que la cosa más grande de la vida no es escoger el trabajo mejor pagado, sino el que produce la mayor satisfacción.

Albert Schweitzer describe la clase de momento que le producía la mayor felicidad. Le trajeron al hospital a uno que estaba sufriendo terriblemente; y él le calmó diciéndole que le haría quedarse dormido y le operaría y luego estaría bien del todo. Después de la operación se sentó al lado de la cama del paciente esperando que volviera en sí. Este abrió los ojos despacito y luego susurró maravillado: «Ya no me duele.» Esa era la cosa. No había recompensa material, sino una satisfacción tan profunda como las profundidades del mismo corazón.

El haber remediado una vida desquiciada, el haber traído a uno que estaba perdido al verdadero camino, el haber sanado un corazón quebrantado, el haberle traído un alma a Cristo, son cosas que no se pueden medir en términos económicos, porque su gozo sobrepasa toda medida.

(iv) Por último, Pablo habla del *método de su ministerio*, que era hacerse todo a todos. Esto no es ser hipócritamente una cosa con una persona y otra con otra; sino que es cuestión de, como se suele decir, ponerse en el lugar de cualquier persona. El que no pueda ver nada nada más que desde su propio punto de vista, y que nunca haga el menor esfuerzo por entender la mente o el corazón de los demás, nunca hará un buen pastor, o evangelista, o ni siquiera amigo.

Boswell habla en alguna parte del «arte de acomodarse a los demás.» Ese era un arte que el doctor Johnson poseía en grado superlativo; porque no sólo era un excelente expositor, sino también un gran escuchador, con una gran habilidad para ponerse en la situación de quienquiera que fuera su interlocutor. Un amigo dijo de él que tenía el arte de «dejar que cada uno hablara de su tema favorito y del que más sabía.» Una vez, un clérigo rural se quejaba a la madre de la señora Thrall de lo ignorante y pesada que era la gente. «No hablan más que

de xatos» -*terneros*, decía con amargura-. «Padre -le contestó la anciana-, el doctor Johnson habría aprendido a hablar de xatos.» Con el campesino se habría hecho un campesino. Robert Lynd indica cómo habría discutido el doctor Johnson el aparato digestivo de un perro con un cazador, o hablado de danza con un profesor de ballet, o de la organización de una granja, o de disponer un tejado, o de la destilación del whisky, o de la fabricación de la pólvora, o de la industria del tinte. Habla de « la disposición de Johnson a meterse de cabeza en lo que les interesaba a los demás.» Sin duda hemos conocido en nuestro entorno a personas que tenían esta preciosa cualidad.

No podemos llegar a ninguna clase de evangelismo, o de amistad, sin hablar el mismo lenguaje y pensar las mismas ideas de otros. Alguien describió una vez la enseñanza, la medicina y el pastorado como «las tres profesiones paternalistas.» Mientras no hagamos más que patrocinar a la gente, sin hacer el menor esfuerzo por comprenderla, no podemos llegar a ninguna parte con ella. Pablo, el modelo de misioneros, que ganó a más personas para Cristo que ningún otro, se dio cuenta de lo esencial que es hacerse todo a todos. Una de las mayores necesidades que se nos presentan es la de aprender el arte de entendernos con la gente; y el problema más grave es que, la mayor parte de las veces, ni lo intentamos.

UNA VERDADERA CONTIENDA

1 Corintios 9:24-27

¿No os habéis fijado en que los que corren en el estadio, todos corren, pero no recibe el premio más que uno? ¡Pues vosotros, corred de tal manera que lo obtengáis!

Ahora bien: todos los atletas olímpicos practican la autodisciplina; y lo hacen para obtener una corona que se deshace rápidamente, mientras que nosotros tratamos de obtener una corona que es para siempre.

Yo corro como el que sabe cuál es su meta; peleo, no dando golpes de ciego, sino disciplinando mi cuerpo hasta tenerlo totalmente bajo mi dominio; no sea que, después de predicar a otros, yo no supere la prueba.

Pablo sigue ahora otra analogía. Les insiste a los cristianos corintios que querían tomárselo con calma en que nadie llega nunca a nada sin una seria autodisciplina. A Pablo le fascinaba siempre la figura de los atletas. Un atleta tiene que entrenarse intensamente si quiere ganar una competición; y los corintios sabían de esas cosas, porque los famosos juegos ístmicos que sólo eran menos importantes que los olímpicos se celebraban en Corinto. Además, el atleta se somete a la autodisciplina y al entrenamiento para ganar una corona de laurel que quedara reducida a polvo en breve tiempo; ¡cuánto más debería disciplinarse un cristiano para ganar la corona de la vida eterna!

En este pasaje, Pablo expone brevemente una especie de filosofía de la vida.

(i) La vida es una contienda. Como decía William James: « Si esta vida no fuera una auténtica pelea en la que se gana algo eterno para el universo cuando se tiene éxito, no es más importante que un simulacro del que uno se puede retirar cuando quiera. Pero *parece* una pelea -como si hubiera algo realmente salvaje en el universo que nosotros, con todos nuestros idealismos y lealtades, pudiéramos contribuir a remediar.» O como decía Coleridge: «Lejos de ser el mundo una diosa en enaguas, más parece un diablo con coraza.» Un soldado de pega no gana batallas; un entrenador tolerante no gana campeonatos. Tenemos que vernos como guerreros siempre en campaña, como atletas que se lanzan hacia la meta.

(ii) Ganar una batalla o salir vencedor en una competición requieren disciplina. Tenemos que someter a disciplina nuestros cuerpos para tenerlos en forma; esta es una de las áreas más abandonadas en la vida espiritual, de la que muchas veces surgen las depresiones. Si hemos de hacer algo lo mejor posible tendremos que dedicarle un cuerpo tan capaz como pueda llegar a ser. Hemos de someter a disciplina nuestras mentes; una de las tragedias de la vida es que la gente se niega a pensar hasta llegar a una condición en que ya le resulta imposible. No podemos resolver los problemas escondiéndonos o huyendo de ellos. Tenemos que someter a disciplina nuestra alma; podemos hacerlo enfrentándonos con los dolores de la vida con serena entereza; con sus tentaciones, con la fuerza que Dios da; con sus desilusiones, con valor.

(iii) Tenemos que conocer nuestra meta. Es descorazonador ver el obvio despiste de las vidas de tantas personas; van a la deriva en vez de dirigirse a algún sitio. Maarten Maartens tiene una parábola: < Había una vez un hombre, un satírico. En el curso natural de las cosas sus amigos le asesinaron, y murió. Y la gente vino, y se colocó alrededor de su cuerpo. < Trataba a todo el redondo mundo como si fuera un balón de fútbol -decían indignados-, y le pegaba patadas.» El muerto abrió un ojo, y dijo: «¡Sí, pero siempre a gol!» Alguien pintó una vez un chiste de dos marcianos que estaban mirando a la gente de la Tierra, siempre corriendo de acá para allá; y uno le dijo al otro: « ¿Qué están haciendo?» El otro contestó: «Van.» «¿Adónde?» « ¡Ah!, no van a ninguna parte; simplemente van.» Esa es la manera de no llegar a nada.

Tenemos que saber lo que vale nuestra meta. El gran atractivo de Jesús es que se basaba raras veces en castigos y en consecuencias terribles. Se basaba en la declaración: « Considera lo que te pierdes si no sigues Mi camino.» La meta es *la vida*, y no cabe duda de que vale la pena alcanzarla.

(v) No podemos salvar a otros si no somos los dueños de nosotros mismos. Decía Freud: « El psicoanálisis se aprende en primer lugar en uno mismo, mediante el estudio de la propia personalidad.» Los griegos enseñaban que la primera regla de la

vida es: « ¡Conócete a ti mismo!» Está claro que no podemos hacer nada por otros hasta que nos hemos hecho con nosotros mismos; no podemos enseñar lo que no sabemos; no podemos llevar a otros a Cristo hasta haberle encontrado nosotros.

EL PELIGRO DEL EXCESO DE CONFIANZA

1 Corintios 10:1-13

Hermanos: No quiero que os olvidéis de que todos nuestros padres en la fe estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por en medio del mar, y todos fueron bautizados en relación con Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron la misma comida que el Espíritu de Dios les daba, y todos bebieron la misma bebida que les llegaba por la acción del Espíritu; porque bebían de la Roca que los acompañaba por obra del Espíritu, la cual Roca era Cristo. Con todo eso, Dios no estaba contento con la mayoría de ellos; así que se quedaron muertos tendidos en el desierto.

Estas cosas sucedieron para que tomemos ejemplo, para que no seamos personas que anhelan el mal y las cosas prohibidas como hicieron ellos. Ni tampoco debéis ser idólatras como algunos de ellos, como está escrito: «Se sentaron a comer y a beber, y se levantaron a pasárselo bien.» Ni tampoco practiquéis la llamada libertad sexual, como hicieron algunos de ellos, lo que trajo como consecuencia el que murieran veintitrés mil en el mismo día. Ni tentemos la paciencia del Señor más allá de todo límite, como hicieron algunos, y consiguientemente fueron destruidos por las serpientes. Ni tampoco os quejéis, como hicieron otros, y los destruyó el destructor.

Todo eso les sucedió como señal de lo que puede suceder. Fueron castigados para advertirnos a los que nos encontramos al final de los tiempos. Así que, el que se crea muy seguro, que tenga cuidado de no caer. No habéis tenido que pasar ninguna prueba fuera de lo ordinario. Podéis confiar en Dios, Que no dejará que seáis tentados más allá de lo que podáis soportar, sino que enviará juntamente con la prueba la posibilidad de salir de ella, para que la podáis resistir.

En este **capítulo, Pablo** sigue tratando de la cuestión de la carne que se había ofrecido a los ídolos. Como trasfondo de este pasaje está el exceso de confianza de algunos cristianos corintios, cuyo punto de vista era: «Ya nos hemos bautizado y, por tanto, estamos unidos con Cristo; hemos participado de la Comunión, que es el cuerpo y la sangre de Cristo; estamos en El y El en nosotros; por tanto, estamos a salvo: podemos comer carne ofrecida a los ídolos sin que nos haga ningún daño.» Pablo advierte del peligro del exceso de confianza.

Cuando Oliver Cromwell estaba planificando la educación de su hijo Richard, dijo: « Me gustaría que aprendiera algo de Historia.» Y es a la Historia a la que Pablo apela para mostrar lo que le puede suceder a los que han sido bendecidos con los mayores privilegios. Vuelve a los días en que los israelitas peregrinaban por el desierto; entonces les sucedieron las cosas más maravillosas. Tenían la nube que les mostraba el camino y los protegía de los peligros (*Éxodo 13:21; 14:19*). Fueron conducidos por en medio del Mar Rojo (*Éxodo 14:19-31*). Ambas experiencias les habían dado una unión perfecta con Moisés, el más grande conductor de pueblos y legislador, hasta que se llegó a decir que fueron bautizados para estar unidos con él como los cristianos somos bautizados para estar unidos con Cristo. Habían comido el maná en el desierto (*Éxodo 16:11-15*). En el versículo 5, Pablo habla de cuando bebieron de la Roca que los seguía. Esto está tomado, no del Antiguo Testamento, sino de la tradición rabínica. *Números 20:1-11* nos cuenta que Dios le permitió a Moisés sacar agua de una roca para que bebiera el pueblo sediento; la tradición rabínica sostenía que esa roca había seguido al pueblo desde entonces para darles agua. Esa leyenda la conocían todos los judíos.

Todos estos privilegios tuvieron los israelitas, pero a pesar de todo fallaron trágicamente. Cuando no tuvieron valor para lanzarse a conquistar la Tierra de Promisión, y todos los exploradores menos Josué y Caleb presentaron un informe pesimista, el juicio de Dios dictaminó que toda aquella generación muriera en el desierto (*Números 14:30-32*). Cuando Moisés estaba recibiendo la Ley en el Monte Sinaí, el pueblo convenció a Aarón para que hiciera un becerro de oro para adorarlo (*Éxodo 32:6*). Fueron culpables de prácticas sexuales ilegales hasta en el desierto, con los madianitas y los moabitas, en consecuencia de lo cual murieron a millares en el juicio de Dios (*Números 25:1-9*). (Hay que notar, de pasada, que *Números 25:1-9* dice que murieron veinticuatro mil; Pablo dice que veintitrés mil. Está claro que Pablo estaba citando de memoria. Rara vez citaba la Escritura *verbatim*. Nadie lo hacía entonces. No había tal cosa como concordancias para encontrar los pasajes fácilmente; la Escritura no eran libros, que no se habían inventado todavía, sino rollos difíciles de manejar). Los atacaron las serpientes venenosas cuando murmuraron por el camino (*Números 21: 4-6*). Cuando Coré, Datán y Abiram lideraron una revuelta descontenta, cayó el juicio sobre ellos y murieron muchos (*Números 16*).

La historia de Israel muestra bien a las claras que los que disfrutaron de los mayores privilegios de Dios no estaban ni mucho menos a salvo de la tentación; un privilegio especial, recuerda Pablo, no es ninguna garantía de seguridad.

Debemos fijarnos en las tentaciones y en los fallos que Pablo menciona entre muchos.

(i) Está la tentación de la idolatría. Ahora no adoramos ídolos tan a las claras; pero, si el dios de una persona es aquello a lo que dedica todo su tiempo, pensamiento y energía, sigue habiendo muchos que adoran la obra de sus manos más que al Dios verdadero.

(ii) Está la tentación de la libertad sexual. Mientras el hombre es hombre, y la mujer mujer, los asaltan tentaciones de su naturaleza inferior. Sólo un apasionado amor a la pureza puede salvar de la impureza.

(iii) Existe la tentación de tentar a Dios. Consciente o inconscientemente muchos regatean con la misericordia de Dios. En el fondo de la mente está esta idea: « No me pasará nada; Dios me perdonará.» A riesgo propio olvidamos que hay una santidad de Dios lo mismo que un amor de Dios.

(iv) Está la tentación de la murmuración. Hay muchos que miran la vida con un gesto de disgusto y no de complacencia.

Así que Pablo insiste en la necesidad de la vigilancia. «Que el que se crea seguro no se pegue el batacazo.» Una y otra vez ha habido fortalezas que se han conquistado cuando sus defensores estaban confiados. En *Apocalipsis 3: 3*, el Señor Resucitado advierte a la iglesia de Sardis que esté alerta. La acrópolis de Sardis estaba construida sobre una cresta rocosa que se consideraba inexpugnable. Cuando Ciro estaba sitiando la ciudad, ofreció una recompensa especial al que descubriera la manera de atacarla. Cierta soldado cuyo nombre se recuerda, Hyereades, estaba observando un día y vio que se le caía el casco a un soldado de la guarnición sardita, y que bajaba a recogerlo entre las fortificaciones. Se fijó bien por dónde bajaba y subía. Aquella noche guió a una compañía por aquel sendero entre los riscos y, cuando llegaron a la ciudad, se la encontraron totalmente desguarnecida; así es que entraron y capturaron la ciudadela, que se consideraba tan a salvo que no necesitaba guarnición. La vida es un negocio arriesgado, y debemos estar siempre prevenidos.

Pablo concluye esta sección diciendo tres cosas sobre la tentación.

(i) Está completamente seguro de que la tentación vendrá. Es parte de la vida. Pero la palabra griega que traducimos por *tentación* quiere decir más bien *una prueba*. Es algo diseñado, no para hacernos caer, sino para que lo superemos y salgamos de ello más fuertes que entramos.

(ii) Cualquier tentación que nos pueda sobrevenir no será nada nuevo. Otros la habrán resistido y habrán salido vencedores. Un amigo nos contaba que iba una vez llevando a Lightfoot, el famoso obispo de Durham, en un coche de caballos por una carretera muy estrecha de Noruega. Tanto se estrechaba que no había más que centímetros entre las ruedas y los riscos a un lado y el precipicio al otro. Le sugirió a Lightfoot que sería más seguro bajarse y seguir a pie. Lightfoot consideró la situación, y dijo: «Otros coches tienen que haber

pasado por aquí; así es que, ¡adelante!» En una antología griega hay un epigrama que da el epitafio de un náufrago, supuestamente de sus propios labios: < ¡Un náufrago de estas costas os ordena haceros a la vela!» Su lancha se perdería; pero muchas más habrán mareado la tormenta. Cuando estamos pasando un mal trance, pensemos que otros lo han pasado antes que nosotros y, por la gracia de Dios, lo han resistido y conquistado.

(iii) Con la tentación siempre hay una salida. La palabra es gráfica: *ékbasis*. Quiere decir *la salida de un desfiladero, un puerto de montaña*. Sugiere la idea de un ejército aparentemente rodeado, que de pronto descubre una salida. Nadie tiene por qué sucumbir a la tentación; porque, juntamente con ella, está la salida, que no es la rendición ni la retirada sino una forma de conquistar con el poder y la gracia de Dios.

LA OBLIGACIÓN SACRAMENTAL

1 Corintios 10:14-22

Así que, amados míos, evitad todo lo que tenga que ver con los ídolos. Os hablo como a personas sensatas; analizad bien lo que os digo. Esta bendita copa por la que damos gracias a Dios, ¿no es el compartir de veras la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es participar de veras del cuerpo de Cristo? Así como el pan que compartimos es uno, así nosotros, aunque somos muchas personas, somos un solo cuerpo tan realmente como participamos de un solo pan. Fijaos en la nación de Israel como raza: los que comen de los sacrificios, ¿no se hacen partícipes espiritualmente del altar?

Entonces, ¿qué estoy diciendo? ¿Estoy implicando que una cosa que se haya ofrecido a los ídolos es de hecho un verdadero sacrificio? ¿Estoy diciendo que un ídolo es algo? No es eso lo que digo; sino que lo que

sacrifican los paganos, se lo sacrifican a los demonios y no a Dios; y yo no quiero que tengáis nada que ver con los demonios. No podéis beber la copa del Señor y la de los demonios. ¿O es que vamos a hacer que el Señor se sienta celoso? ¡No os consideraréis más fuertes que Él!

Detrás de este pasaje hay tres ideas; dos de ellas son características del tiempo en que vivió Pablo; la tercera es válida para todos los tiempos.

(i) Como ya hemos visto, cuando se hacía un sacrificio se le devolvía al que lo ofrecía una parte de la carne para que hiciera una fiesta. En tal fiesta se creía que el dios estaba presente. Más aún: se solía creer que, después de sacrificarle el animal, el dios mismo tomaba posesión de la carne y, en el banquete, entraba en los cuerpos y los espíritus de los que la comían. Exactamente como se formaría un vínculo inquebrantable entre dos personas que comieran cada una el pan y la sal de la otra, así en una comida sacrificial se formaba una comunión íntima entre el dios y el adorador. La persona que sacrificaba era partícipe del altar en un sentido muy real: creía que entraba en una comunión íntima con el dios.

(ii) Entonces todo el mundo creía en los demonios. Los demonios podían ser buenos y malos; pero lo más corriente era que fueran malos. Eran espíritus intermediarios entre los dioses y las personas. Para los griegos, como para muchos pueblos primitivos hoy en día, cada manantial, seto, montaña, árbol, corriente, estanque, roca o lugar tenía su demonio. «Había dioses en todas las fuentes y en todas las cimas; dioses que respiraban en las brisas y centelleaban en los relámpagos; dioses en los rayos solares y en las estrellas; dioses que se desperezaban en los terremotos y en las tormentas.» Todo el mundo estaba abarrotado de demonios. Los judíos los llamaban *shedim*. Eran espíritus malos que acechaban en las casas vacías, que merodeaban «por las migajas del suelo, el aceite de los candiles, el agua que se bebía, en las enfermedades que atacaban, en el aire, en las habitaciones, día y noche.»

Pablo creía en esos demonios; los llamaba «principados y potestades.» Su punto de vista era que un ídolo no era nada ni representaba nada; pero todo el negocio del culto a los ídolos era obra de los demonios; por ese medio apartaban a la gente de Dios. Cuando adoraban a los ídolos creían que estaban adorando a dioses; de hecho, estaban siendo engañados por los malignos demonios. El culto de los ídolos ponía a la gente en contacto, no con Dios, sino con los demonios, y todo lo que tuviera nada que ver con aquellos tenía el tufo infeccioso de estos. La carne ofrecida a los ídolos no tenía ningún misterio, pero el hecho era que había sido utilizada por los demonios y estaba por tanto contaminada.

(iii) De este antiguo conjunto de creencias se deriva un principio permanente: Una persona que se ha sentado a la mesa de Jesucristo no puede ir a sentarse a la mesa que es un instrumento de los demonios. Si alguien ha participado del cuerpo y de la sangre de Cristo hay cosas de las que no debe participar.

Una de las grandes estatuas de Cristo es la de Thorvaldsen; después de tallarla, le ofrecieron un contrato para tallar una estatua de Venus para el Louvre. Su respuesta fue: « La mano que ha tallado la forma de Cristo no puede luego tallar la forma de una diosa pagana.»

Cuando el príncipe Charlie iba huyendo de la muerte, ocho hombres de Glenmoriston le ofrecieron refugio. Estaban fuera de la ley y eran todos criminales; se le había puesto precio a la cabeza de Charlie, 30,000 libras esterlinas de entonces; aquellos hombres no tenían ni un chelín entre todos, pero le escondieron varias semanas, y le mantuvieron a salvo, y ninguno de ellos le traicionó. Fueron pasando los años, y la rebelión no llegó a ser más que una vieja y triste historia. Uno de aquellos ocho que se llamaba Hugh Chisholm consiguió llegar a Edimburgo. La gente estaba interesada en lo que contaba del príncipe, y hablaba con él. Era pobre, y a veces le ofrecían dinero; pero Hugh Chisholm siempre daba la mano izquierda: decía que, cuando se marchó el príncipe Charlie, les

había dado la mano a los ocho, y él había jurado que no le daría nunca a nadie la mano que le había dado a su príncipe.

Era verdad en Corinto, y es verdad ahora y dondequiera, que la persona que ha tocado las cosas santas de Cristo no puede manchárselas después con cosas mezquinas e indignas.

LOS LÍMITES DE LA LIBERTAD CRISTIANA

1 Corintios 10:23 - 11:1

Todo me está permitido, pero no todo me hace bien; todo vale, pero no todo edifica. Que no piense nadie sólo en lo que le conviene a él personalmente, sino también en lo que les hace bien a los demás.

Comed de todo lo que se vende en el mercado sin hacer preguntas rebuscadas por causa de la conciencia; porque «del Señor es la Tierra y todo lo que contiene.» Si algún pagano os invita a comer y tenéis voluntad de ir, comed de todo lo que os sirva sin hacer preguntas por causa de la conciencia. Ahora bien, si alguien os dice: «Esta carne procede de un sacrificio, » no la comáis, por causa del que os lo dijo y por causa de la conciencia. No me refiero a vuestra conciencia, sino a la del otro.

Pero, ¿por qué mi libertad ha de estar sujeta al juicio de la conciencia de otra persona? Si yo participo de algo después de darle gracias a Dios, ¿cómo se me puede criticar injustamente por comer algo por lo que he dado gracias?

La cosa es que, ya sea comer, beber, o hacer cualquier otra cosa, ha de hacerse para la gloria de Dios. Vivid de tal manera que no hagáis tropezar ni a judíos ni a griegos ni a miembros de la iglesia; como yo trato en todo de merecer la aprobación de todas las personas, porque no estoy en este trabajo para obtener ganancia material, sino para traer bendición a muchos y que se salven.

Así que, dad señales de seguir mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.

Pablo concluye esta larga discusión del tema de la carne ofrecida a los ídolos con unos cuantos buenos consejos.

(i) Su consejo es que el cristiano puede comprar de todo lo que se venda en las tiendas. Es verdad que la carne podría haber sido parte de un sacrificio, o haberse matado en el nombre de algún dios; pero también uno se podría pasar de escrupuloso y crear problemas donde no los había. Después de todo, en último análisis, todo pertenece a Dios.

(ii) Si el cristiano aceptaba la invitación de un pagano, que comiera lo que le sirvieran sin hacer preguntas. Pero, si se le informaba expresamente que la carne procedía de un sacrificio, que no la comiera. Se supone que el que se lo diera sería uno de esos hermanos que no habían podido librar su conciencia del sentimiento de que comer esa carne era malo. Antes que preocuparle, mejor abstenerse.

(iii) Así es que, de una cuestión trasnochada surge una gran verdad. Muchas cosas que uno puede hacer sin el menor riesgo por lo que a él respecta, no debe hacerlas si van a causar escándalo a otro. La libertad cristiana es lo más real del mundo; pero debe usarse para ayudar, no para ofender a los demás. Tenemos obligaciones para con nosotros mismos; pero las más sagradas son las que afectan a los demás.

Debemos darnos cuenta de los límites de esas obligaciones.

(i) Pablo insistía en que el cristiano corintio debía ser un buen ejemplo para los *judíos*. Aun para sus enemigos, una persona tiene que ser ejemplo de lo que está bien.

(ii) El cristiano corintio tenía una obligación con los *griegos*; es decir, tenía que darles buen ejemplo a los que eran totalmente indiferentes al Evangelio. Es un hecho que muchos son ganados de esta manera. Había un pastor que llegaba hasta donde fuera para ayudar a alguien, aunque no tuviera nada que ver con su iglesia. Uno de ellos empezó a venir a la iglesia, y al cabo del tiempo pidió que le hicieran anciano para poder pasar el resto de su vida dando muestras de lo agradecido que estaba por lo que Cristo había hecho por medio de su siervo para prestarle ayuda.

(iii) El cristiano corintio tenía una obligación con los *otros miembros de la iglesia*. Todos seguimos el ejemplo de los demás. Tal vez no nos demos cuenta; pero es probable que un hermano más nuevo o más débil se esté fijando en nosotros, y estamos obligados a ser el ejemplo que fortalezca al débil y confirme al vacilante y libre de caer al tentado.

Podemos hacerlo todo para la gloria de Dios si cumplimos la obligación que tenemos con nuestros semejantes. Y sólo lo haremos teniendo presente que la libertad cristiana no se nos ha dado exclusivamente para que la disfrutemos, sino también para que ayudemos a otros.

CAPÍTULOS 11 - 14

Los capítulos 11 al 14 son muy interesantes, porque en ellos vemos a la joven iglesia debatiéndose con el problema de ofrecerle a Dios el culto que Le es debido. Nos hará más fácil esta sección el empezar por trazar las partes que la componen.

(i) 11:2 - 11:16 trata de si las mujeres deben ir al culto con la cabeza cubierta o no.

(ii) 11:17 -11:23 trata de los problemas que habían surgido en relación con el *Agapé* o fiesta del amor fraternal, la comida congregacional que se celebraba todas las semanas.

(iii) 11:24 - 11:34 trata de la correcta celebración de la Santa Cena o Comunión.

(iv) 12 expone la manera de conjuntar armoniosamente los diferentes dones. Aquí vemos a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, y cada creyente como un miembro del mismo.

(v) 13 es el gran himno del amor que nos muestra el camino más excelente.

(vi) 14:1 - 14:23 trata del hablar en lenguas.

(vi_i) insiste en la necesidad de que haya orden en el culto público, y trata de someter a la necesaria disciplina el entusiasmo desbordado de una joven iglesia.

(vi_{ij}) 14:24 - 14:36 discute el lugar de las mujeres en el culto público de la iglesia de Corinto.

IMPORTANCIA DEL PUDOR

1 Corintios 11:2-16

Hacéis bien en acordaros de mí para todo y en seguir las tradiciones que os transmití. Pero quiero que sepáis que Cristo está ala cabeza de todo varón, y que el varón está a la cabeza de la mujer, y que Dios está a la cabeza de Cristo. Todo varón que ora o predica con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza; y toda mujer que ora o predica con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza, porque se encuentra en el mismo caso que si se hubiera rapado. Porque, si una mujer no se cubre la cabeza, para eso que se corte el pelo. Si es impropio el que una mujer lleve el pelo corto o vaya rapada, que se cubra la cabeza. El varón no debe cubrirse la cabeza porque es la imagen y la gloria de Dios; pero la mujer es la gloria del varón; porque el varón no surgió de la mujer, sino la mujer del varón; porque el varón no fue creado para la mujer, sino la mujer para el varón. Por esto es por lo que la mujer debe conservar en la cabeza la señal de que está bajo la autoridad de otro, por causa de los ángeles. Pero también es verdad que, en relación con el Señor, la mujer no es nada sin el varón, ni el varón sin la mujer; porque, como la mujer procedió del varón, el varón también nace de la mujer, y todas las cosas proceden de Dios. Aplicad vuestro juicio en esta cuestión: ¿Está bien el que una mujer ore a Dios descubierta? ¿Es que la misma naturaleza de las cosas no nos enseña que es deshonroso para el hombre el llevar el pelo largo? Pero, para una mujer, el tener el pelo largo es su gloria, porque se le ha dado el pelo como cobertura.

Pero, de cualquier modo, si alguien quiere discutir por discutir, baste decir que no tenemos esa costumbre, ni tampoco las iglesias de Dios.

Este es uno de los pasajes que tienen una significación puramente temporal y local; parece a primera vista como si no tuvieran más que un interés de anticuario, porque tratan de situaciones que hace mucho que han dejado de ser relevantes para nosotros; y sin embargo, tales pasajes tienen muchísimo interés, porque arrojan un haz de luz sobre las cuestiones domésticas y los problemas de la Iglesia Primitiva; y para el que tenga ojos para ver, tienen gran importancia porque Pablo los resuelve de acuerdo con principios que son eternos.

El problema era si una mujer sin velo tenía derecho a participar en un culto. La respuesta de Pablo era tajantemente que el velo es siempre una señal de sumisión que llevaba el inferior en presencia del superior; ahora bien: la mujer es inferior al varón en el sentido de que este es el cabeza de familia; por tanto está mal el que un varón aparezca en el culto público velado, e igualmente mal el que aparezca una mujer destocada. Es más que improbable que en el siglo XX estemos dispuestos a aceptar este punto de vista de la inferioridad y subordinación de las mujeres; pero debemos leer este capítulo, no a la luz de nuestro siglo, sino del siglo I, y al leerlo debemos tener presentes tres cosas.

(i) Debemos tener presente el lugar del velo en Oriente. Hasta el día de hoy la mayor parte de las mujeres, sobre todo en los países musulmanes, usan el *yashmak*, largo velo que no deja descubiertos más que los *ojos y la* frente y que llega casi hasta los pies. En los tiempos de Pablo, el velo oriental «velaba» todavía más: pasaba por encima de la cabeza sin más abertura que la mínima para los *ojos*, y *llegaba* literalmente hasta los pies. Una mujer respetable no habría pensado jamás aparecer en público sin él. T. W. Davies escribe en el *Hastings' Dictionary of the Bible*: «Ninguna mujer respetable de una ciudad o aldea oriental sale sin él; y si lo hace, se arriesga a que la juzguen mal. Hasta los misioneros ingleses y americanos en Egipto le dijeron al presente autor que sus propias mujeres e hijas lo usaban cuando salían.»

El velo indicaba dos cosas. (a) Era señal de inferioridad.

(b) Pero también era una gran protección. El versículo 10 es muy difícil de traducir. Hemos puesto: < Por esto es por lo que la mujer debe conservar en la cabeza la señal de que está bajo la autoridad de otro. » Pero en griego dice literalmente que una mujer debe conservar «su autoridad sobre su cabeza.» William Ramsay lo explica de la siguiente manera: « En los países de Oriente, el velo es el poder y el honor y la dignidad de la mujer. Con el velo en la cabeza puede ir a cualquier parte con seguridad y respeto profundo. No se la ve; es una señal de terriblemente malos modales el quedarse mirando a una mujer velada en la calle. Va sola. El resto de la gente a su alrededor es como si no existieran para ella, y ella para ellos. Es suprema en la multitud... Pero sin el velo, la mujer es una cosa de nada que cualquiera puede insultar... La autoridad y la dignidad de una mujer se desvanecen juntamente con el velo cubrelotodo que descarta.»

En el Este, pues, el velo tiene una importancia suprema. No solamente indica el estado inferior de la mujer, sino que es la inviolable protección de su pudor y castidad.

(ii) Debemos tener presente la condición de la mujer a los ojos de los judíos. Para la ley judía, la mujer es notablemente inferior al hombre. Había sido formada de una costilla de Adán (*Génesis 2:22s*), y había sido creada para ser la ayuda idónea del varón (*Génesis 2:18*). Había un ejemplo de exégesis rabínica fantástica que decía: «Dios no formó a la mujer de la cabeza del varón para que no fuera soberbia; ni del ojo, para que no fuera lujuriosa; ni del oído, para que no fuera curiosa; ni de la boca, para que no fuera charlatana; ni del corazón, para que no fuera celosa; ni de la mano, para que no fuera codiciosa; ni del pie, para que no fuera zascandil; sino de una costilla, para que siempre vaya tapadita; por tanto, el pudor debe ser su cualidad superlativa.»

Es una lamentable verdad que, para la ley judía, la mujer era una cosa, y formaba parte de la propiedad de su marido sobre la que él tenía todos los derechos. Era verdad que en la sinagoga, por ejemplo, las mujeres no tomaban parte en el culto

y estaban segregadas completamente de los varones en una galería cerrada o en alguna otra parte del edificio. En la ley y en las costumbres judías era inconcebible el que las mujeres pretendieran ningún tipo de igualdad con los varones.

En el versículo 10 encontramos la curiosa frase de que las mujeres deben llevar velo «por causa de los ángeles.» No es seguro lo que quiere decir; pero probablemente se retrotrae a la peregrina vieja historia de *Génesis 6:1-5*, que nos cuenta que los ángeles quedaron prendados de los encantos de las mujeres mortales y cayeron en pecado; puede que sea que una mujer destocada es una tentación hasta para los ángeles, porque una vieja tradición rabínica decía que había sido la belleza del pelo largo de las mujeres lo que había tentado a los ángeles.

(iii) Siempre hay que tener presente que esta situación se produjo en *Corinto*, que era probablemente la ciudad más licenciosa del mundo antiguo. El punto de vista de Pablo era que en tal situación era mejor pasarse de precavido y de estricto antes que de nada que pudiera dar ocasión a los paganos de criticar a los cristianos de ser demasiado permisivos, o de poner tentación a los mismos cristianos.

Sería erróneo dar a este pasaje una aplicación universal. Era intensamente relevante en la situación de la iglesia de Corinto, pero no tiene nada que ver con la cuestión de si las mujeres tienen la obligación de llevar la cabeza cubierta cuando van al culto aquí y ahora. Sin embargo, es precisamente por su colorido local por lo que contiene tres grandes verdades permanentes.

(i) Siempre es mejor pecar de estricto que de laxista. Es mejor renunciar a los derechos que pueden convertirse en piedras de tropiezo para algunos que reclamarlos. Ahora está de moda ir contra los convencionalismos; pero hay que pensárselo dos veces antes de desafiar o escandalizar a los demás. Es verdad que no debemos ser esclavos de los convencionalismos; pero debemos recordar que por algo se habrán impuesto.

(ii) Después de subrayar la subordinación de las mujeres, Pablo pasa a hacer aún mayor hincapié en la solidaridad esencial de hombre y mujer. Ninguna de las dos partes puede vivir sin la otra. Si ha de haber subordinación, es con el fin de que el compañerismo sea más fructífero y amable para ambos.

(iii) Pablo termina el pasaje con una reprensión a los que discuten por discutir. Cualesquiera que sean las diferencias de opinión que puedan surgir, no hay lugar en la iglesia para la persona contenciosa. Hay momentos en los que se deben mantener los principios; pero no debe haberlos para las peleas, aunque sean sólo de palabras. Siempre tiene que ser posible no estar de acuerdo y seguir el paz.

UNA CELEBRACIÓN IMPROPIA

1 Corintios 11:17-22

En lo que no puedo deciros que hacéis bien es en lo que os advierto a continuación. Porque, cuando os reunís, os hacéis más mal que bien.

En primer lugar, me he enterado de que cuando os reunís en asamblea hacéis grupos exclusivos; y hasta cierto punto lo creo. Es normal que haya diferencias entre vosotros, para que quede claro cuáles son auténticos y de valor a toda prueba.

Pero de la manera que os reunís en un mismo lugar, lo que tomáis no es la Cena del Señor; porque cuando estáis comiendo juntos, cada uno se da prisa a comerse lo suyo primero; y el resultado es que unos tienen hambre y otros han bebido hasta emborracharse.

¿Es que no podéis comer y beber en vuestras propias casas? ¿No le tenéis ningún respeto a la asamblea de Dios? ¿Es que queréis avergonzara los que son pobres? ¿Qué queréis que os diga? No os voy a felicitar por esto; seguro que no.

El mundo antiguo era mucho más social que el nuestro en muchos sentidos. Era costumbre habitual el reunirse grupos de personas para celebrar comidas. Había, en particular, una cierta clase de fiesta que se llamaba *éranos* en la que cada participante aportaba una parte de la comida y luego todo era para todos. La Iglesia Primitiva adoptó esa costumbre, y llamaba a sus fiestas Agapé o Fiesta del Amor. Todos los miembros de la iglesia venían, aportando cada uno lo que podía, y todos participaban de la comida congregacional. Era una costumbre encantadora que es una pena que se haya perdido en muchas iglesias. Era una manera de producir y alimentar el sentimiento de la comunión cristiana.

Pero en la iglesia de Corinto la Fiesta del Amor fraternal se había degenerado lamentablemente. Había en ella ricos y pobres; unos que podían llevar mucho, y esclavos que no podrían contribuir con casi nada. De hecho, para muchos de aquellos esclavos sería en la Fiesta del Amor donde tomaran la única comida decente de toda la semana. Pero en la iglesia corintia se había perdido el arte de compartir. Los ricos no repartían lo suyo, sino se lo comían en sus grupos exclusivos, dándose prisa no fuera que tuvieran que compartirlo con otros, mientras que los pobres no comían casi nada. El resultado era que la comida en la que las diferencias sociales tenían que haberse borrado todavía las marcaba más. Pablo lo expone y desapueba sin reservas.

(i) Puede ser que los diferentes grupos representaran las diversas opiniones. Un gran investigador ha dicho: «Tener celo sin llegar a ser un fanático es una señal de la verdadera devoción.» Cuando no pensamos lo mismo que otro, si seguimos en contacto puede que con el tiempo lleguemos a comprenderle y a simpatizar con él; pero, si nos cerramos y negamos a hablar las cosas con él, sin dejar cada uno nuestro grupito, no hay esperanza de que lleguemos a entendernos.

(ii) La Iglesia Primitiva era el único lugar del mundo antiguo en el que se suprimían las barreras. El mundo estaba rígidamente dividido: libres y esclavos, griegos y bárbaros,

judíos y gentiles, romanos y salvajes, cultos e ignorantes. La Iglesia era el único lugar en el que todos podían estar juntos y en comunión. Un gran historiador de la Iglesia escribió sobre aquellas primeras congregaciones: < En sus reducidos límites habían resuelto casi de pasada los problemas sociales que agobiaban a Roma y que siguen agobiando a Europa y al mundo. Habían elevado a la mujer a su debido nivel, restaurado la dignidad del trabajo, abolido la mendicidad y suprimido el estigma de la esclavitud. El secreto de la revolución era que el egoísmo de raza y clase se había olvidado a la Mesa del Señor, y se había encontrado una nueva base para la sociedad en el amor de la imagen visible de Dios en todas las personas por las que Cristo había muerto.>

Una iglesia en la que sigan existiendo las distinciones sociales y de clase no es una verdadera iglesia cristiana. La iglesia auténtica es un cuerpo de hombres y mujeres unidos entre sí porque cada uno de ellos está unido a Cristo. Hasta la palabra para describir el sacramento es sugestiva: la llamamos *La Santa Cena*. Pero *cena* es confusa en cierto sentido. Para muchos no representa la comida principal del día; pero en griego se la llamaba *deipnon*. Los griegos no tomaban para desayunar nada más que un poco de pan mojado en vino; la comida del mediodía se tomaba en cualquier sitio, hasta en la calle o en alguna plaza; pero el *deipnon* era la comida principal del día, cuando los comensales se sentaba a la mesa sin prisa y no sólo saciaban su hambre, sino estaban juntos conversando o lo que fuera. La misma palabra indica que la comida congregacional debería ser una comida en la que las distintas personas disfrutaran sin prisa de la mutua compañía.

(iii) Una iglesia no es como es debido cuando se ha olvidado el arte de compartir. Cuando cada uno quiere guardarse sus cosas para sí y para su círculo íntimo, no ha empezado siquiera a ser cristiano. El cristiano verdadero no puede soportar tener demasiado cuando otros no tienen lo suficiente; su mayor placer no está en reservarse celosamente sus privilegios, sino en compartirlos.

LA SANTA CENA

1 Corintios 11:23-34

Porque yo he recibido del Señor lo que ya os he transmitido: Que el Señor Jesús, la noche que fue traicionado, tomó pan y, después de dar gracias a Dios, lo partió y dijo: «Esto es mi Cuerpo para vosotros; haced esto para tenerme presente.» De la misma forma, después de la comida, tomó la copa y dijo: «Esta copa es el Nuevo Pacto que ha costado Mi sangre. Haced esto para tenerme presente cada vez que la bebáis.»

Porque todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, proclamáis la muerte del Señor hasta que venga. Por tanto, quienquiera que tome este pan y beba esta copa del Señor sin estar en condiciones es culpable de pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor.

Por eso, que cada uno se examine a sí mismo antes de tomar este pan y beber esta copa; porque el que come y bebe como algunos de vosotros, no come y bebe más que su propia sentencia, porque no se da cuenta de lo que quiere decir el Cuerpo. Por esto es por lo que muchos de vosotros estáis enfermos y débiles, y algunos han muerto. Porque, si de veras fuéramos conscientes de cómo somos, no estaríamos sujetos a juicio; pero en este mismo juicio del Señor somos disciplinados para no ser definitivamente condenados con el mundo.

Así que, hermanos, cuando os reunís, esperaros unos a otros. El que tenga hambre, que coma en casa; para que no os reunáis en tales condiciones que os pongáis en peligro de que se os someta a juicio.

En cuanto a los otros asuntos, ya los pondré en orden cuando vaya por allí.

No hay ningún otro pasaje en todo el Nuevo Testamento que tenga tanto interés como este. Entre otras cosas, es la base

para el acto de culto más sagrado de la Iglesia Cristiana, la Santa Cena; y también, como esta carta es anterior a los primeros evangelios, este es de hecho el primer reportaje que tenemos, no sólo de la institución de la Santa Cena, sino de ninguna palabra del Señor Jesús.

La Santa Cena no querrá decir nunca lo mismo para dos personas diferentes; pero no tenemos que entenderla totalmente para recibir bendición. Como ha dicho alguien, < no tenemos que entender la composición química del pan para digerirlo y asimilarlo y alimentarnos de él. » Pero, a pesar de eso, haremos bien en intentar entender por lo menos algo de lo que quería decir Jesús cuando habló así del pan y del vino.

< Esto es Mi cuerpo » -dijo del pan. Un hecho muy sencillo nos impide tomar estas palabras literalmente. Cuando Jesús estaba hablando, estaba todavía en Su cuerpo humano; y nada estaba más claro que el que Su cuerpo y el pan eran dos cosas bien diferentes y aparte. Pero tampoco dijo simplemente: < Esto representa Mi cuerpo. » En un sentido, eso es cierto: el pan que troceamos en el sacramento representa el cuerpo de Cristo; pero hace más que representar. Para la persona que lo toma en su mano y se lo lleva a la boca con fe y amor, es un medio no sólo de recuerdo sino de contacto vital con Jesucristo. Para uno que no fuera creyente no sería nada más que pan; para el que ama a Cristo es una manera de entrar en comunión con ÉL.

< Esta copa -dijo Jesús, según las traducciones corrientes- es el Nuevo Pacto en Mi sangre. » Lo hemos traducido un poco diferente: «Esta copa es el Nuevo Pacto que ha costado Mi sangre.» La preposición griega *en* suele querer decir *en* en español; pero también quiere decir frecuentemente *al precio de, por*, refiriéndose a lo que se paga por algo, sobre todo cuando se usa para traducir la preposición hebrea *be*. Ahora bien: un pacto es una relación en la que entran dos personas. Había un Antiguo Pacto entre Dios y el pueblo de Israel que estaba basado en la Ley. En él Dios había elegido y se había acercado al pueblo de Israel, llegando a ser de una manera especial su Dios; pero había una condición: si esa

relación había de durar, tenían que cumplir la Ley (cp. *Éxodo* 24:1-8). Con Jesús se ofrece a la humanidad una nueva relación que depende, no de la ley, sino del amor; no de la fidelidad con que el hombre cumpla la ley -porque no puede-, sino de la buena voluntad gratuita y generosa de Dios que nos la ofrece.

Bajo el Antiguo Pacto uno no podía hacer más que temer a Dios, porque estaba siempre en deuda con Él ya que no podía nunca cumplir perfectamente la ley; bajo el Nuevo Pacto uno acude a Dios como un hijo a su padre. Mírese como se mire, *Le costó la vida a Jesús hacer posible esta nueva relación con Dios*. «La sangre es la vida,» decía la ley (*Deuteronomio* 12:23); costó la vida de Jesús, Su sangre, como diría un judío. Así que el vino rojo de la Comunión representa la sangre vital de Cristo, sin la cual el Nuevo Pacto, la nueva relación con Dios, no habría sido posible.

Este pasaje continúa hablando de comer y beber el pan y el vino indignamente; y esa indignidad consiste en «no discernir el Cuerpo del Señor.» Esta frase puede querer decir una de dos cosas; y cada una de ellas es tan importante que es muy probable que estén implicadas las dos.

(i) Puede que quiera decir que la persona que come y bebe indignamente no se da cuenta de lo que quieren decir esos símbolos sagrados. Puede que quiera decir que come y bebe irreverentemente y sin sentir el amor que estos signos representan, o la obligación que adquiere.

(ii) Puede que también quiera decir esto: la frase el *Cuerpo de Cristo* indica una y otra vez a la Iglesia, como veremos en el capítulo 12. Pablo acaba de reprender a los que, con sus partidismos y diferencias de clases dividen la Iglesia; así es que esto puede querer decir que el que come y bebe indignamente es el que no se ha dado cuenta de que toda la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y no está en armonía con su hermano. Toda persona en cuyo corazón hay odio, amargura, desprecio contra otro, al acercarse a la Mesa del Señor come y bebe indignamente. Así que comer y beber indignamente es no tener el

sentimiento de la grandeza de lo que se está haciendo, y hacerlo cuando no se está en armonía con el hermano por quien Cristo murió.

Pablo pasa a decir que las desgracias que han sobrevenido a la iglesia de Corinto puede que sean debidas al hecho de que se acercan a la Mesa del Señor cuando hay divisiones entre ellos; pero esas desgracias no son para destruirlos, sino para disciplinarlos y hacerlos volver al camino de Dios.

Debemos tener clara una cosa. La frase que prohíbe el que una persona coma y beba indignamente no excluye al que es pecador y lo sabe. Un antiguo pastor de las Highlands de Escocia, viendo que una anciana dudaba ante la copa de la comunión, se la acercó diciendo: « ¡Tómala, mujer! ¡Es para los pecadores! ¡Es para ti!» Si la Mesa del Señor fuera sólo para los perfectos, ninguno podríamos acercarnos. El acceso no está nunca cerrado para el pecador arrepentido. Para el que ama a Dios y a sus semejantes, el camino está siempre abierto; y sus pecados, aun que sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos.

LA CONFESIÓN DEL ESPÍRITU

1 Corintios 12:1-3

Hermanos: no quiero que estéis en la ignorancia sobre las manifestaciones del Espíritu. Ya sabéis que, cuando erais paganos, ibais a la deriva a los ídolos mudos, siguiendo impulsos caprichosos. Por tanto, quiero que os deis cuenta de que nadie que hable movido por el Espíritu de Dios puede decir: «¡Maldito sea Jesús!»; ni tampoco puede nadie decir «¡Jesús es el Señor!» a menos que le mueva el Espíritu Santo.

En la iglesia de Corinto sucedían las cosas más sorprendentes por la acción del Espíritu Santo; pero en un tiempo y

un lugar en los que proliferaban el éxtasis y el entusiasmo podían darse casos de emocionalismo histérico y de engaños psicológicos al mismo tiempo que manifestaciones reales, y por eso en este y en los dos capítulos siguientes Pablo trata de las manifestaciones auténticas del Espíritu.

Este pasaje es muy interesante porque nos reproduce lo que eran los dos gritos de guerra.

(i) Está la frase *Maldito sea Jesús*. Esta terrible frase podría surgir de cuatro formas.

(a) Podría ser que la usaran los judíos. Las oraciones de la sinagoga incluían regularmente maldiciones de los apóstatas; y es posible que el nombre de Jesús estuviera incluido entre los tales. Además, como Pablo sabía muy bien (*Gálatas 3:13*), la ley judía establecía: «Maldito todo el que es colgado en un madero.» Y Jesús había sido crucificado. No sería tan raro oír a los judíos pronunciar sus maldiciones contra Ese hereje y criminal Que adoraban los cristianos.

(b) No es nada sorprendente que los judíos hicieran que los prosélitos que se sintieran atraídos al Evangelio pronunciaran esas maldiciones para no ser excomulgados del culto judío. Cuando Pablo le hace mención de sus actividades como perseguidor de los cristianos al rey Agripa, le dice: «Fui de sinagoga en sinagoga castigándolos a ver si los obligaba a maldecir el nombre de Jesús» (*Hechos 26:11*, nuestra traducción). Debe de haber sido muchas veces la condición para seguir en comunión con la sinagoga el pronunciar una de esas maldiciones contra el nombre de Jesucristo.

(c) Cualquiera que fuera la situación cuando Pablo estaba escribiendo esto, no cabe duda de que algo después, en los días de la persecución, se daba a los cristianos la posibilidad de evitar la muerte maldiciendo a Cristo. En el tiempo de Trajano, la prueba que imponía Plinio, el gobernador de Bitinia, a los sospechosos de ser cristianos era que maldijeran a Cristo. Cuando Policarpo, el anciano obispo de Esmirna, fue arrestado, lo que le exigía el procónsul Statius Quadratus era: «Di:

«¡Mueran los ateos!» ¡Jura por la divinidad del César, y maldice a Cristo!» Y Policarpo le contestó: «Ochenta y seis años he servido a Cristo, y El nunca me ha hecho ningún mal. ¿Cómo voy a blasfemar a mi Rey Que me salvó?» No cabe duda de que hubo un tiempo cuando los cristianos tenían que escoger entre maldecir a Cristo o morir de cualquiera de aquellas horribles maneras. «Los ateos» eran los cristianos para los paganos, porque no creían en sus dioses.

(d) Existía la posibilidad de que, aun en la iglesia, alguien en un extraño trance gritara: «¡Maldito sea Jesús!» Si aquello era una manifestación de un espíritu, es seguro que no lo sería del Espíritu Santo. También el anciano Juan tenía que advertir posteriormente de la necesidad de probar los espíritus. Aquí Pablo establece con toda claridad que nadie puede hablar mal de Jesús y atribuírselo a la influencia del Espíritu Santo.

(e) Frente al grito anterior estaba el auténtico testimonio cristiano: « ¡Jesús es el Señor!» En tanto en cuanto la Iglesia Primitiva llegó a tener un credo, estaba contenido en esta breve frase (cp. *Filipenses 2:11*, y *Romanos 10:9*). La palabra para *Señor* era *Kyrios*, que era una palabra extraordinaria. Era el título oficial del emperador romano. La exigencia de los perseguidores era: « ¡Di «César es el Señor! (*Kyrios*)» Era la palabra que traducía el tetragrámaton hebreo en la traducción griega del Antiguo Testamento. Si uno podía decir: «Jesús es el Señor», quería decir que Le daba a Jesús la suprema lealtad de su vida y la suprema adoración de su corazón.

Hay que fijarse en que Pablo creía que una persona podía decir «Jesús es el Señor» solamente cuando el Espíritu Santo le capacitaba. El señorío de Jesús no era tanto algo que una persona descubría por sí misma, como algo que Dios, en Su gracia, le había revelado.

DIVERSOS DONES DE DIOS

1 Corintios 12:4-11

Hay diferencias entre las distintas clases de dones especiales, pero no hay más que un Espíritu. Hay diferencias entre las distintas clases de servicio, pero no hay más que un Señor. Y hay diferencias entre las distintas clases de obras, pero no hay más que un Dios, Que las produce en cada persona. A cada persona se le concede una manifestación del Espíritu que de es propia, aunque todas dirigidas siempre a un fin benéfico. A una persona en particular se le otorga por medio del Espíritu la palabra de sabiduría; a otra, la palabra de conocimiento por medio del mismo Espíritu; todavía a otra, la fe, por el mismo Espíritu; a otra, los dones especiales de sanidades por medio del mismo Espíritu; a otra, la habilidad de realizar obras maravillosas de poder; a otra, profecía; a otra, la habilidad de distinguir entre diferentes clases de espíritus; a otra; distintas clases de lenguas; a otra, el poder para interpretar las lenguas. Uno solo y siempre el mismo es el Espíritu que produce todos esos efectos, repartiéndolos individualmente a cada persona, como al Espíritu Le parece.

Lo que Pablo se propone en esta sección es hacer hincapié en la unidad esencial de la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo; y la característica de un cuerpo sano es que cada uno de sus miembros o sistemas realiza su propia función para bien del conjunto; pero unidad no quiere decir uniformidad; y, por tanto, dentro de la Iglesia hay diversos dones y funciones diferentes, que son, colectiva e individualmente, dones del mismo Espíritu diseñados, no para la gloria del miembro individual, sino para el bien de todo el Cuerpo.

Pablo empieza por decir que todos los dones especiales (*jarísmata*) proceden de Dios, y está convencido de que, por tanto, deben usarse en el servicio de Dios. El fallo de la iglesia, por lo menos en los tiempos modernos, es que ha interpretado la idea de los dones especiales con excesiva estrechez. Demasiado a menudo ha actuado sobre la supuesta base de que los dones especiales que puede usar consisten en cosas como hablar, orar, enseñar, escribir -es decir, más o menos dones intelectuales. Estaría bien que la iglesia se diera cuenta de que los dones de la persona que puede hacer cosas con las manos son tan dones de Dios como los otros. El albañil, el carpintero, el electricista, el pintor, el mecánico, el fontanero, todos tienen dones especiales que proceden de Dios y pueden usarse para Dios.

Es sumamente interesante examinar la lista de dones especiales que da Pablo, porque por ella podemos aprender mucho del carácter y obra de la Iglesia Primitiva.

Empieza con dos cosas que suenan muy parecidas: *la palabra de sabiduría* y *la palabra de conocimiento*. La palabra griega que traducimos por *sabiduría* es *sofia*. Clemente de Alejandría la define como < el conocimiento de cosas humanas y divinas y de sus causas.> Aristóteles la describía como < proponerse los mejores fines usando los mejores medios.> Esta es la clase superior de sabiduría; procede, no tanto de los pensamientos, como de la comunión con Dios. Es la sabiduría que conoce y reconoce a Dios. *Conocimiento* -la palabra griega es *gnósis*- es una cosa mucho más práctica. Es el saber qué hacer en una situación determinada. Es la aplicación práctica de la *sofia* a la vida y las cuestiones humanas. Las dos cosas son necesarias -*la sabiduría* que conoce las cosas profundas de Dios mediante la comunión con Él, y el *conocimiento* que puede poner esa sabiduría en práctica en la vida cotidiana de la iglesia y del mundo.

Lo siguiente en la lista es *la fe*. Pablo quiere decir más de lo que normalmente entendemos por fe. Esta clase de fe se ha definido como *la fe potente, y como el poder que hace realidad lo espiritual*. Es la fe que de veras produce resultados; la que, según la frase que mejor la define, puede de veras mover

montañas. No es sencillamente la convicción intelectual de que una cosa es verdad, sino el creer apasionadamente en algo que le hace a una persona invertir en ello todo lo que tiene y es. Es la fe que le acerca la voluntad y le infunde valor a una persona para la acción, la que hace realidad la visión.

A continuación Pablo habla de los *dones especiales de sanidades*. La Iglesia Primitiva vivía en un mundo en el que los milagros de sanidades eran corrientes. Cuando un judío se ponía enfermo, era más probable que fuera al rabino que al médico; y lo más probable era que se pusiera bueno. Esculapio era el dios de la sanidad en la mitología griega. A sus templos iba la gente corrientemente a pasar una noche allí para curarse, y a menudo se curaban. Frecuentemente se encuentran en las ruinas de aquellos templos inscripciones conmemorativas de sanidades y exvotos. (La definición de esta última palabra que da el D.R.A.E. es: «Don u ofrenda, como muletas, mortajas, figuras de cera, cabellos, tablillas, cuadros, etc., que los fieles dedican a Dios, a la Virgen o a los santos en señal y recuerdo de un beneficio recibido. Cuélganse en los muros o en la techumbre de los templos. También se dio este nombre a parecidas ofrendas que los gentiles hacían a sus dioses»). Se supone que no se molestarían ni gastarían dinero en hacer un exvoto por nada. En el templo de Epidauros hay una inscripción que dice que un cierto Alketas, «aunque ciego, tuvo una visión en sueños. Le pareció que el dios se dirigía a él y le abría *los ojos* con sus dedos, y lo primero que vio fueron los árboles que había en el templo. Al amanecer se fue curado.» En el templo de Roma -hay una inscripción que dice: «A Velerius Aper, un soldado ciego, el dios le dio un oráculo para que viniera, tomara la sangre de un gallo blanco mezclada con miel y se la pusiera en *los ojos* como colirio durante tres días, y recibió la vista y vino a darle las gracias al dios públicamente.» Era un tiempo de milagros de curación.

No hay la más ligera duda de que los dones de sanidad existieron en la Iglesia Primitiva; Pablo no los habría citado si no hubieran sido reales. En la carta de Santiago (5:14) se

da la instrucción de que, si una persona está enferma, debe dirigirse a los ancianos de la iglesia para que la unjan con aceite. Es un hecho histórico indudable que, hasta el siglo IX; el sacramento de la unción era para impartir sanidad; a partir de entonces pasó a ser la *extremaunción*, para preparar a morir a los fieles. La Iglesia nunca perdió del todo este don de sanidad; y en tiempos recientes se ha redescubierto en cierta manera. Montaigne, uno de los escritores más sabios de todos los tiempos, decía acerca de la educación de un chico: «Me gustaría que entrenara sus miembros no menos que su cerebro. No es una mente ni un cuerpo lo que estamos educando, sino a una persona humana. Y no debemos *dicotomizarla*.» La iglesia ha pasado mucho tiempo *dicotomizando* al ser humano en cuerpo y alma, y asumiendo responsabilidad por el alma pero no por el cuerpo. Es una cosa buena que en nuestro tiempo hemos aprendido una vez más a tratar a la persona como un todo indivisible.

Lo siguiente en la lista de Pablo son las *obras maravillosas de poder*. Es casi seguro que se refiere a *los exorcismos*. En aquellos días muchas enfermedades, a menudo todas, y especialmente las enfermedades mentales se atribuían a la acción de los demonios; y era una de las funciones de la iglesia el exorcizar a esos demonios. Si eran o no reales, la persona así aquejada estaba convencida de que lo eran, y la iglesia podía ayudarla y de hecho la ayudaba. El exorcismo tiene todavía una gran importancia en el campo misionero; y en todos los tiempos es la función de la Iglesia el ministrar a las mentes perturbadas y enfermas.

Pablo pasa a mencionar *la profecía*. Nos daría una idea más clara del sentido de esta palabra el traducirla por *predicación*. Nos hemos pasado asociando la *profecía* con la predicción de lo que va a suceder; pero *la profecía* ha sido siempre *proclamación* más que *predicción*. El profeta es el que vive tan cerca de Dios que conoce Su mente y corazón y voluntad, y puede hacérselos saber a los demás. Precisamente por eso, su función es doble. (a) Aporta reprensión y advertencia, diciéndole a la

gente que su manera de vivir no está de acuerdo con la voluntad de Dios. (b) Aporta consejo y dirección, buscando la manera de encaminar a la gente como Dios quiere que vaya.

Pablo menciona a continuación *la habilidad de distinguir entre diferentes clases de espíritus*. En una sociedad en la que la atmósfera estaba tensa y había toda clase de manifestaciones extrañas que se consideraban normales, era de capital importancia el distinguir entre lo que era real y lo que no era más que histeria, entre lo que venía de Dios y lo que del diablo. Hasta hoy en día, cuando algo está fuera de nuestra órbita ordinaria, es sumamente difícil decir si es de Dios o no. El único principio que debemos poner en práctica es entender antes de condenar.

Por último, Pablo lista *el don de lenguas y la habilidad de interpretarlas*. Esta cuestión de *las lenguas* causaba mucha confusión en la iglesia corintia. Era frecuente que, en el culto, alguien se pusiera en éxtasis y lanzara un torrente de sonidos ininteligibles en una lengua desconocida. Este era un don extremadamente codiciado, porque se consideraba que era debido a la influencia directa del Espíritu de Dios. Para la congregación era algo ininteligible. A veces la misma persona era capaz de interpretar lo que había dicho, pero por lo general se requería que otro tuviera el don para interpretarlo. Pablo no pone nunca en duda la autenticidad del don de lenguas; pero se daba perfecta cuenta de que tenía sus riesgos; porque el éxtasis y una cierta clase de autohipnotismo son muchas veces difíciles de distinguir.

El cuadro que se nos presenta es el de una iglesia realmente viva. Sucedían cosas; hasta cosas alucinantes. La vida era elevada e intensificada. No había nada de aburrimiento ni de rutinario en la Iglesia Primitiva. Pablo sabía que toda esa actividad viva y **poderosa era la obra del Espíritu, Que daba a cada cual su don para que lo usara para bien de todos.**

EL CUERPO DE CRISTO

1 Corintios 12:12-31

De la misma manera que el cuerpo es una unidad aunque tenga muchos miembros, y que todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, no forman más que un solo cuerpo, así sucede también con Cristo. Porque por un solo Espíritu hemos sido bautizados todos de forma que hemos llegado a formar un solo cuerpo, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, y a todos nos ha inundado el mismo único Espíritu.

Porque el cuerpo no está formado por un solo miembro, sino por muchos. Si el pie hubiera de decir: < Como no soy mano, no pertenezco al cuerpo. » ¿Es que por eso no sería parte del cuerpo? Y si el oído hubiera de decir: < Como no soy ojo, no formo parte del cuerpo. » ¿Por eso no sería parte del cuerpo? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿por dónde se podría oír? Y si todo el cuerpo fuera el sentido del oír, ¿dónde estaría el sentido del olfato? Pero tal como son las cosas, Dios ha colocado los miembros, individuales como son, como Le ha parecido bien. Si la totalidad no fuera más que un miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero, tal como es, hay muchos miembros, pero no hay nada más que un cuerpo. El ojo no le puede decir a la mano: «No te necesito para nada. » Ni tampoco le puede decir la cabeza a los pies: «No me hacéis ninguna falta. » Al contrario: aquellas partes del cuerpo que parecen más débiles, son las más esenciales; y a aquellas partes del cuerpo que parecen ser menos respetables les adscribimos un honor muy especial; y a las partes menos decorosas las tratamos con más decoro; porque las partes más dignas no necesitan una consideración especial. Dios ha compuesto el cuerpo dándole un honor especial a las partes que parecían carecer de él, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que los

miembros tengan el mismo cuidado todos para con todos. De esa manera, si un miembro sufre, todos los miembros se conmueven; y si un miembro recibe honores, todos los miembros se congratulan.

Todos vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y cada uno de vosotros en particular es un miembro de Él. De acuerdo con eso, Dios nombró apóstoles a algunos en primer lugar; en segundo lugar, a otros, profetas; en tercer lugar, a otros, maestros; y luego, el poder de obrar maravillas; y luego, dones especiales de sanidades; la habilidad de ayudar; la capacidad para administrar; las distintas clases de lenguas. ¿Verdad que no son todos apóstoles? ¿Verdad que no son todos profetas? ¿Verdad que no son todos maestros? ¿Verdad que no todos tienen el poder de obrar maravillas? ¿Verdad que no todos poseen dones de sanidades? ¿Verdad que no todos hablan en lenguas? ¿Verdad que no todos saben interpretar? ¡Anhelad los dones que son aún mayores! Os indicaré un camino que es todavía más excelente.

Aquí tenemos una de las más famosas alegorías de la unidad de la Iglesia que se hayan escrito nunca. Siempre ha sido fascinante el considerar la forma en que cooperan las diferentes partes del cuerpo. Hace mucho, Platón había trazado una famosa semblanza del cuerpo, presentando la cabeza como una ciudadela; el cuello era el istmo entre la cabeza y el cuerpo; el corazón era la fuente del cuerpo; los poros eran los senderos; las arterias y las venas, los canales. De la misma manera, Pablo traza aquí el esquema de la Iglesia como un cuerpo. Un cuerpo consta de muchas partes, pero tiene una unidad esencial. Platón había indicado que no decimos: «Mi dedo tiene un dolor,» sino «Yo tengo dolor.» Hay una personalidad que da unidad a las muchas diversas partes del cuerpo. Lo que el yo es al cuerpo, lo es Cristo a la Iglesia. Es en Él donde todos los diversos miembros encuentran su unidad.

Pablo pasa a considerarlo de otra manera. «Vosotros -dice= sois el Cuerpo de Cristo.» Aquí hay una idea impresionante.

Cristo ya no está en este mundo en cuerpo; por tanto, si quiere que se haga algo en el mundo tiene que encontrar a una persona que lo haga. Si quiere que enseñen a un niño, tiene que buscarse un maestro; si quiere que curen a un enfermo, tiene que buscarse un médico o un cirujano que haga su trabajo; si quiere que se cuente Su historia, tiene que buscarse a alguien que la cuente. Literalmente, tenemos que ser el Cuerpo de Cristo: unas manos que hagan Su trabajo, unos pies que vayan a Sus recados, una voz que hable por Él.

Él no tiene más manos que las nuestras para hacer hoy Su obra; Él no tiene más pies que nos nuestros para mostrar Su camino; Él no tiene más voz que la nuestra para contar cómo murió; necesita que Le ayudemos llevando a otros hasta Él.

Aquí radica la suprema gloria del cristiano: ser parte del Cuerpo de Cristo en el mundo.

Así que Pablo traza una alegoría de la unidad que debe existir dentro de la Iglesia si ha de cumplir su misión. Un cuerpo es sano y eficiente sólo cuando cada una de sus partes funciona como es debido. Las partes del cuerpo no tienen celos unas de otras, ni codician las funciones de las otras. De la descripción de Pablo deducimos ciertas cosas que deberían existir en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

(i) Deberíamos darnos cuenta de que *nos necesitamos unos a otros*. No puede haber tal cosa como aislamiento en la Iglesia. Demasiado a menudo, los miembros de una iglesia están tan inmersos en la porción de la obra de la que se ocupan y tan convencidos de que es de suprema importancia que olvidan y hasta critican a otros que hacen otra labor. Si la Iglesia va a ser un Cuerpo sano, se necesita lo que pueda hacer cada cual.

(ii) Deberíamos *respetarnos unos a otros*. En el cuerpo no hay tal cosa como una importancia relativa. Si un miembro u órgano deja de funcionar, todo el cuerpo se descabala. Eso sucede también en la Iglesia. < Todos los trabajos cuentan igual para Dios. > Siempre que nos ponemos a pensar en nuestra propia importancia en la iglesia, desaparece la posibilidad de una labor verdaderamente cristiana.

(iii) Deberíamos *sentir solidaridad unos con otros*. Si una parte del cuerpo es afectada, todas las otras sufren y tratan de ayudarla. La Iglesia es una unidad. La persona que no puede ver más allá de su propia organización, o congregación, o -todavía peor- su propio círculo familiar, no ha empezado siquiera a comprender la unidad real de la Iglesia.

Al final del pasaje, Pablo habla de varias formas de servicio en la Iglesia. Algunas ya las había mencionado, y otras aparecen aquí por primera vez.

(i) A la cabeza de la lista coloca a los *apóstoles*. Eran, incuestionablemente, las grandes figuras de la Iglesia. Su autoridad no estaba confinada a un solo lugar; no tenían un ministerio localizado, sino que se extendía por toda la Iglesia. ¿Por qué tenía que ser así? La cualificación esencial de un apóstol era haber estado con Jesús durante Su ministerio público y ser testigo de Su Resurrección (*Hechos 1:22*). Los apóstoles eran los que habían estado en íntimo contacto con Jesús en los días de Su carne y en los de Su poder resucitado. Jesús no escribió nunca nada en papel, que sepamos; escribió Su mensaje en unas personas, que eran los apóstoles. No hay ceremonia humana que pueda conferirle a una persona una autoridad real; eso debe venir siempre del hecho de haber estado en compañía con Jesús. Una vez alguien le dijo a Alexander White después de un culto: «Doctor White, usted ha predicado hoy como si viniera directamente de la Presencia.» «Tal vez era así» -le contestó White con naturalidad. El que viene de la presencia de Cristo tiene autoridad apostólica independientemente de su filiación eclesiástica.

(ii) Ya hemos hablado de los profetas; pero ahora Pablo

añade los *maestros*. Es **imposible exagerar su importancia**. Estos eran los que tenían que edificar a los convertidos por la predicación de los evangelistas y los apóstoles. Tenían que instruir a hombres y mujeres que no sabían literalmente nada del Evangelio. Su tremenda importancia consistía en lo siguiente: Marcos, el primer evangelio, no se escribió hasta alrededor del año 60 d.C.; es decir, unos treinta años después de la Crucifixión de Jesús. Tenemos que retrotraernos a un tiempo en el que no existía la imprenta, y los escasos libros que existían se tenían que copiar a mano, lo que los hacía inasequibles por su precio para la mayoría de la gente. En consecuencia, la historia de Jesús se tenía que transmitir oralmente al principio, y esa era la labor de los maestros. Y debemos recordar que un alumno aprende más de un buen maestro que de ningún libro. Ahora tenemos libros en abundancia; pero sigue siendo verdad lo que decía Adolfo Araujo: < Esto último explicará la ventaja natural que hallan cuantos han sido preparados para un examen del hecho de Cristo por la recomendación ferviente, sentida, tierna, reverente, de una persona respetada y amada: una madre, un maestro, un amigo. Cristo quería testigos suyos en todas partes, y éste es testimonio de primera calidad. Nadie puede comunicar a otro su propia convicción personal, su fe y el fervor de su corazón, pero sí puede disponerle a hacer por sí mismo el hallazgo que transformará su vida > (*Cristianidad, pág. 23s*).

(iii) Pablo habla de los *que tienen la habilidad de ayudar*. Eran personas que se encargaban de socorrer a los pobres, los huérfanos, las viudas, los forasteros y los marginados. Desde su mismo principio, el Cristianismo era algo eminentemente práctico. Uno puede que no tenga facilidad de palabra ni el don de predicador; pero está dispuesto a ayudar al que sea.

(iv) Pablo habla de los que la Reina-Valera llama «los que administran» (*kybernesis*). La palabra griega es muy interesante: se refiere literalmente al trabajo de un piloto que dirige la nave al puerto entre las rocas y los bajíos. De esta palabra griega procede la española *gobierno*. Pablo se refiere a los que llevan la administración de la iglesia. Es una labor tremendamente esencial. El predicador y el maestro ocupan el centro de la escena; pero no podrían hacer su trabajo en absoluto si no fuera porque, entre bastidores, están los que arriman el hombro a la diaria labor rutinaria de la administración. Hay partes del cuerpo que no están nunca a la vista, pero cuya función es más importante que ninguna otra; están los que sirven a la iglesia de una manera que no adquiere publicidad, pero sin cuyo servicio la iglesia no marcharía.

Pero al final, Pablo va a pasar a hablar de un don que es mayor que todos los demás. El peligro está siempre en que los que tienen diferentes dones estén en desacuerdo entre sí, lo que imposibilitaría el eficaz funcionamiento del cuerpo. El amor es la única cosa que puede armonizar la Iglesia en una unidad perfecta; así es que Pablo pasa a cantar su himno al amor.

EL HIMNO AL AMOR

1 Corintios 13

Si hablo con lenguas de seres humanos o angélicos, pero me falta el amor, todo lo que digo no suena más que a bombo y platillos. Si tengo el don de profecía y puedo entender todos los arcanos y todo lo que haya por saber, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero me falta el amor, menos que nada soy. Y si hago donación de todo lo que tengo, y hasta entrego mi cuerpo a las llamas, pero me falta el amor, no me sirve de nada.

El amor es paciente; el amor es amable; el amor no sabe de envidia; el amor no es fanfarrón; no se pavonea de su propia importancia; jamás pierde la gracia en el camino; no reclama sus derechos; no se inflama de ira; no almacena

recuerdos de ofensas recibidas; no se complace en la injusticia; se regocija con la verdad; todo lo puede aguantar; confía ilimitadamente; nunca deja de esperar; lo soporta todo con entereza triunfante.

El amor no falla nunca. Las profecías que haya, se desvanecerán. Las lenguas en uso, enmudecerán. El conocimiento que se tenga, quedará desfasado. Es sólo una parte de la verdad lo que conocemos ahora, y sólo una parte de la verdad lo que podemos proclamar a los demás. Pero, cuando amanezca lo que es completo, lo incompleto se desvanecerá.

Cuando yo no era más que un niño, hablaba como un niño, pensaba como un niño, razonaba como un niño. Cuando ya me hice hombre acabé con todo lo de niño.

Ahora no vemos más que reflejos en un espejo que no nos dejan más que enigmas por resolver; pero llegará el momento en que veamos cara a cara. Ahora conozco sólo en parte, pero entonces conoceré como Dios me conoce a mí.

Lo único estable ahora son la fe, la esperanza y el amor; y el mayor de los tres es el amor.

Para muchos, este es el capítulo más maravilloso de todo el Nuevo Testamento, así es que haremos bien en tomarnos más de un día para estudiar las palabras cuyo pleno significado no bastaría toda una vida para desentrañar.

Pablo empieza por declarar que una persona puede que posea cualquier don espiritual; pero, si no va acompañado del amor, es inútil.

(i) Puede que tenga el don de *lenguas*. Una característica de los cultos paganos, especialmente los de Dionisos y Cibele, era el estrépito de platillos y relincho de trompetas. Hasta el codiciado don de lenguas no era mejor que la barahúnda del culto pagano si estaba ausente el amor.

(ii) Puede que tenga el don de *profecía*. Ya hemos visto que profecía se identifica con predicación. Hay dos clases de predicadores. (a) El predicador que sólo se propone salvar las almas de sus oyentes y que las arrulla con acentos de amor. No hay mejor ejemplo que el del mismo Pablo. Myers, en su poema *San Pablo*, nos le retrata mirando a un mundo sin Cristo:

(ii) Deberíamos *respetarnos unos a otros*. En el cuerpo no hay tal cosa como una importancia relativa. Si un miembro u órgano deja de funcionar, todo el cuerpo se descabala. Eso sucede también en la Iglesia. < Todos los trabajos cuentan igual para Dios. > Siempre que nos ponemos a pensar en nuestra propia importancia en la iglesia, desaparece la posibilidad de una labor verdaderamente cristiana.

(iii) Deberíamos *sentir solidaridad unos con otros*. Si una parte del cuerpo es afectada, todas las otras sufren y tratan de ayudarla. La Iglesia es una unidad. La persona que no puede ver más allá de su propia organización, o congregación, o -todavía peor- su propio círculo familiar, no ha empezado siquiera a comprender la unidad real de la Iglesia.

Al final del pasaje, Pablo habla de varias formas de servicio en la Iglesia. Algunas ya las había mencionado, y otras aparecen aquí por primera vez.

(i) A la cabeza de la lista coloca a los *apóstoles*. Eran, incuestionablemente, las grandes figuras de la Iglesia. Su autoridad no estaba confinada a un solo lugar; no tenían un ministerio localizado, sino que se extendía por toda la Iglesia. ¿Por qué tenía que ser así? La cualificación esencial de un apóstol era haber estado con Jesús durante Su ministerio público y ser testigo de Su Resurrección (*Hechos 1:22*). Los apóstoles eran los que habían estado en íntimo contacto con Jesús en los días de Su carne y en los de Su poder resucitado. Jesús no escribió nunca nada en papel, que sepamos; escribió Su mensaje en unas personas, que eran los apóstoles. No hay ceremonia humana que pueda conferirle a una persona una autoridad real; eso debe venir siempre del hecho de haber estado en compañía con Jesús. Una vez alguien le dijo a Alexander White después de un culto: «Doctor White, usted ha predicado hoy como si viniera directamente de la Presencia.» «Tal vez era así» -le contestó White con naturalidad. El que viene de la presencia de Cristo tiene autoridad apostólica independientemente de su filiación eclesiástica.

(ii) Ya hemos hablado de los profetas; pero ahora Pablo

añade los *maestros*. Es imposible exagerar su importancia. Estos eran los que tenían que edificar a los convertidos por la predicación de los evangelistas y los apóstoles. Tenían que instruir a hombres y mujeres que no sabían literalmente nada del Evangelio. Su tremenda importancia consistía en lo siguiente: Marcos, el primer evangelio, no se escribió hasta alrededor del año 60 d.C.; es decir, unos treinta años después de la Crucifixión de Jesús. Tenemos que retrotraernos a un tiempo en el que no existía la imprenta, y los escasos libros que existían se tenían que copiar a mano, lo que los hacía inasequibles por su precio para la mayoría de la gente. En consecuencia, la historia de Jesús se tenía que transmitir oralmente al principio, y esa era la labor de los maestros. Y debemos recordar que un alumno aprende más de un buen maestro que de ningún libro. Ahora tenemos libros en abundancia; pero sigue siendo verdad lo que decía Adolfo Araujo: < Esto último explicará la ventaja natural que hallan cuantos han sido preparados para un examen del hecho de Cristo por la recomendación ferviente, sentida, tierna, reverente, de una persona respetada y amada: una madre, un maestro, un amigo. Cristo quería testigos suyos en todas partes, y éste es testimonio de primera calidad. Nadie puede comunicar a otro su propia convicción personal, su fe y el fervor de su corazón, pero sí puede disponerle a hacer por sí mismo el hallazgo que transformará su vida > (*Cristianidad, pág. 23s*).

(iii) Pablo habla de los *que tienen la habilidad de ayudar*. Eran personas que se encargaban de socorrer a los pobres, los huérfanos, las viudas, los forasteros y los marginados. Desde su mismo principio, el Cristianismo era algo eminentemente práctico. Uno puede que no tenga facilidad de palabra ni el don de predicador; pero está dispuesto a ayudar al que sea.

(iv) Pablo habla de los que la Reina-Valera llama «los que administran» (*kybernesis*). La palabra griega es muy interesante: se refiere literalmente al trabajo de un piloto que dirige la nave al puerto entre las rocas y los bajíos. De esta palabra griega procede la española *gobierno*. Pablo se refiere a los que

«Como un escalofrío de anhelo insoportable, que me recorre todo cual toque de trompeta, ¡Oh, para que se salven entregar viva y alma, ofreciéndolo todo en sacrificio a Dios!»

(b) Por otra parte, tenemos al predicador que suspende a sus oyentes sobre las llamas del infierno, y da la impresión de que disfrutaría de su condenación tanto como de su salvación. Se dice que Sir George Adam Smith le preguntó una vez a un miembro de la iglesia griega, que ha sufrido mucho a manos del Islam, por qué Dios había creado tantos musulmanes; y recibió la respuesta: «Para llenar el infierno.» La predicación que no es más que amenazas, sin nada de amor, puede que aterre, pero no salva.

(iii) Puede que tenga el don del *conocimiento intelectual*. El peligro constante de la eminencia intelectual es la cursilería intelectual. El letrado corre el grave peligro de desarrollar un espíritu de desprecio. Sólo un conocimiento cuyo frío aislacionismo ha sido caldeado a la lumbre del amor puede salvar de veras a las personas.

(iv) Puede que tenga *una fe* apasionada. Hay casos en los que la fe puede ser cruel. Había un hombre que fue al médico, y este le informó de que tenía el corazón fatigado y necesitaba descansar. El hombre telefoneó a su jefe, que era un conocido cristiano, para darle la noticia, y recibió por única respuesta: «Yo tengo una energía interior que me permite seguir adelante.» Eran las palabras de un creyente; pero de uno que no conocía el amor, y por tanto resultaban hirientes.

(v) Puede que practique lo que alguien llamaba « el deporte de la beneficencia». Puede repartir todos sus bienes entre los pobres. No hay nada más humillante que esta supuesta « caridad» sin amor. El dar como un penoso deber, el dar despectivamente, el colocarse sobre la propia pequeña eminencia y echar migajas de «caridad» por «caridad» como a un perro, el dar acompañándolo con un cursi sermón moral o con una demoledora reprimenda no es caridad de ninguna clase. Es

orgullo, y el orgullo es siempre cruel porque no conoce el amor de ninguna manera. Hay una diferencia abismal entre la clase de «caridad» que se nos describe al principio de la novela de Galdós y la *Misericordia* que encarna su protagonista femenina Benina.

(vi) Se puede entregar el cuerpo a las llamas. Posiblemente Pablo estaba pensando en Sadrac, Mesac y Abednego en el horno de fuego (*Daniel 3*). Pero, más probablemente, estaba pensando en el famoso monumento de Atenas llamado «La tumba del indio.» Allí, un indio se había quemado vivo en público en una pira funeraria, y había hecho que grabaran en su monumento la orgullosa inscripción: « Zarmano-chegas, indio de Bargosa, según la costumbre tradicional de los indios, se inmortalizó y yace aquí.» O puede estar pensando en los supuestos cristianos de siempre que desafían a la persecución. Si el motivo que hace que una persona dé la vida por Cristo es el orgullo y el exhibicionismo, entonces hasta el martirio resulta absurdo y sin el menor valor. No es cinismo el recordar que muchas acciones que parecen sacrificiales han sido el producto del orgullo y no de la devoción.

Difícilmente se encontrará otro pasaje que demande el autoexamen de una persona buena tanto como este.

LA NATURALEZA DEL AMOR CRISTIANO

1 Corintios 13:4-7

En estos versículos Pablo lista quince características del amor cristiano.

El amor es paciente. La palabra griega que se usa en el Nuevo Testamento (*makrothymein*) siempre describe la paciencia con las personas, y no con las circunstancias. **Crisóstomo decía que es la palabra que se usa de la persona que es ofendida, y que puede vengarse fácilmente, pero no lo hace. Describe a la persona que es lenta para la ira, y en este**

sentido se usa de Dios mismo en Su relación con los seres humanos. En nuestra relación con los demás, por muy refractarios e inamables e insultantes que sean, debemos ejercer la misma paciencia que Dios tiene con nosotros. Tal paciencia no es una señal de debilidad, sino de fuerza; no es derrotismo, sino el único camino a la victoria. Fosdick indica que nadie trató a Lincoln con más desprecio que Stanton. Le llamaba «El astuto payaso», y le puso el mote de « El gorila original» y decía que Du Chaillu era un tonto de irse al África a tratar de capturar un gorila cuando podía encontrarlo tan fácilmente en Springfield, Illinois. Lincoln no contestaba. Hizo a Stanton ministro de la guerra porque era el mejor para ese puesto y desplegó con él toda clase de cortesía. Los años transcurrieron. Llegó la noche en la que la bala del asesino acabó con la vida de Lincoln en el teatro. En la pequeña habitación a la que llevaron el cuerpo del presidente estaba el mismo Stanton, y, contemplando el rostro mudo de Lincoln, dijo entre lágrimas: «Aquí yace el más grande regidor de hombres que ha conocido el mundo.» La paciencia del amor había obtenido la victoria al final.

El amor es *amable*. Orígenes decía que esto quiere decir que el amor es «dulce con todos.» Jerónimo hablaba de lo que él llamaba «la benignidad» del amor. Hay mucho cristianismo que es bueno pero inamable. No había hombre más religioso que el rey Felipe II de España, pero impuso la Inquisición y pensaba que estaba sirviendo a Dios matando a los que pensaban de otra manera que él. El famoso cardenal inglés Reginald Pole proclamó que el asesinato y el adulterio no se podían comparar en hediondez con la herejía protestante. Aparte totalmente de ese espíritu perseguidor, hay en muchas buenas personas una actitud crítica. Muchos de los buenos miembros de iglesia se habrían puesto de parte de los escribas y fariseos y no con Jesús si hubieran formado parte de un jurado para decidir sobre la mujer sorprendida en adulterio.

El amor no sabe de envidia. Se ha dicho que no hay más que dos clases de personas en el mundo: «Los que son millonarios, y los que querrían serlo.» Hay dos clases de envidia: la que codicia lo que tienen otros, que es muy difícil de erradicar a fuer de humana; y otra peor, que se reconcome de que otros tengan lo que la persona envidiosa no tiene. No es tanto el querer las cosas para sí como el querer que ningún otro las tenga. La mezquindad de espíritu no puede caer más bajo.

El amor no es fanfarrón. El amor, antes se quita los moños que se los pone. El amor verdadero siempre se da más cuenta de sus deméritos que de sus méritos. En la historia de Barrie, Sentimental Tommy solía llegar a su madre en casa después de algún éxito en el cole diciendo: «Mamá, ¿verdad que soy estupendo?» Algunas personas otorgan su amor como si estuvieran haciendo un favor. Pero el verdadero amor no acaba

nunca de sorprenderse de ser amado. El amor se mantiene humilde porque se da cuenta de que nunca puede ofrecer a la persona amada nada que sea bastante bueno.

EL amor no se pavonea de su propia importancia. Napoleón siempre abogaba por la santidad del hogar y la obligación de cumplir con la iglesia -para los demás. De sí mismo decía: « Yo no soy un hombre como los demás. Las leyes morales no se me pueden aplicar.» La persona realmente grande nunca tiene presente su propia importancia. Carey, que empezó su vida como zapatero, llegó a ser uno de los mayores misioneros y uno de los mayores lingüistas que ha habido en el mundo. Tradujo por lo menos partes de la Biblia a no menos de treinta y cuatro lenguas de la India. Cuando llegó a la India, se le miraba con desagrado y desprecio. En una comida, un esnob

dijo para humillarle en un tono que todos pudieran oír: « Entiendo, mister Carey, que usted trabajaba antes de fabricante de calzado.» « No era fabricante -respondió Carey-; sólo zapatero remendón.» No pretendía haber hecho zapatos; sola-

mente remendarlos. A nadie le gustan las personas « importantes». El tipejo «revestido de una breve y pequeña autoridad» es de pena.

El amor jamás pierde la gracia en el camino. Es un hecho significativo que en griego la misma palabra quiere decir favor

inmerecido y encanto, como en español. Hay un cierto tipo de cristianismo que se complace en ser hosco y casi brutal. Tiene fuerza, pero no atractivo. Lightfoot de Durham decía de Arthur F. Sim, uno de sus estudiantes: < Dejadle que se vaya adonde quiera, porque su cara es ya un sermón en sí. > Hay una gracia en el amor cristiano que nunca se olvida de que la cortesía, el tacto y los buenos modales son hermosos.

El amor no reclama sus derechos. En último análisis, no hay más que dos clases de personas en el mundo: los que no hacen más que insistir en sus privilegios, y los que siempre tienen presentes sus responsabilidades; los que siempre están pensando en lo que les debe la vida, y los que nunca se olvidan de lo que le deben a la vida. Sería la clave de la solución de casi todos los problemas que se nos presentan hoy el que todos pensáramos menos en nuestros derechos y más en nuestros deberes. Siempre que nos ponemos a pensar en «nuestro puesto», nos vamos alejando más y más del amor cristiano.

El amor no se inflama de ira. El sentido verdadero de esta frase es que el amor cristiano no se pone furioso nunca con la gente. La irritación es siempre una señal de derrota. Cuando perdemos los estribos, lo perdemos todo. Kipling decía que la prueba de un hombre era si podía mantener la cabeza cuando todos los demás la perdían y le echaban a él la culpa, y el no ceder al odio cuando se es objeto de odio. El que está en control de su genio puede estar en control de cualquier cosa.

El amor no almacena recuerdos de ofensas recibidas. La palabra que traducimos por *almacenar* (*loguísthai*) es un término de contabilidad. Se usa para archivar algo para que no se olvide. Eso es precisamente lo que hacen muchos. Una de las grandes artes de la vida es aprender a olvidar lo que es mejor olvidar. Un escritor nos cuenta que < en Polinesia, donde los nativos pasan casi todo el tiempo de pelea o de fiesta, es costumbre el guardar algún recuerdo del odio. Se cuelgan artículos de los tejados de las cabañas para mantener viva la memoria de las ofensas recibidas, reales o imaginarias. > Eso es lo que hace mucha gente: abrigan rencores para mantenerlos

calientes; rumian las ofensas hasta que se les hace imposible tragárselas. El amor cristiano ha aprendido la gran lección del olvido.

El amor no se complace en obrar mal. Sería mejor traducir que el amor no encuentra placer en nada que esté mal. No es tanto el deleitarse en hacer una mala obra lo que se quiere decir, sino el placer malicioso que nos produce a casi todos el enterarnos de algo negativo acerca de algún otro. Es uno de los raros rasgos de la naturaleza humana el que muy a menudo preferimos saber de las desgracias de los demás más que de su buena suerte. Es más fácil llorar con los que lloran que ale-

grarse con los que están alegres. El amor cristiano no tiene nada de la malicia humana que se complace en las malas noticias.

El amor se regocija con la verdad. Eso no es tan fácil como

parece. Hay veces que no queremos que prevalezca la verdad; y aún más veces cuando es lo último que queremos oír. El amor cristiano no desea tapar la verdad; no tiene nada que ocultar, así es que se alegra cuando la verdad triunfa.

El amor lo puede aguantar todo. Es posible que esto quiera decir que « el amor lo puede tapar todo, » en el sentido de que

no saca nunca a la luz del día los trapos sucios. Estaría mucho mejor dedicarse a remendar y a remediar las cosas defectuosas que a desplegarlas y criticarlas. Recordemos también que «cubrir» el pecado es una expresión bíblica típica que quiere decir perdonarlo (cp. *Salmo 32: 1*). Pero lo más probable es que quiera decir que el amor puede soportar cualquier insulto, o injuria, o desilusión. Describe la clase de amor que había en el corazón de mismo Jesús.

Tus enemigos Te odiaban, despreciaban e insultaban;

Tus amigos Te dejaron, cobardes y desleales.

Pero Tú no te cansabas de olvidarlo y perdonarlos;

Tu corazón no sabía más que amar y perdonar.

El amor confía ilimitadamente. Esta característica tiene un doble aspecto. (i) *En relación con Dios* quiere decir que el amor

Le toma la Palabra a Dios, y puede tomar cualquier promesa que empieza por «Quienquiera que» y decir: «¡Eso va por mí!» (ii) *En relación con nuestros semejantes* quiere decir que el amor siempre cree lo mejor acerca de los demás. A menudo es verdad que hacemos a la gente lo que creemos que son. Si damos muestras de no fiarnos de nadie, puede que los hagamos infidentes. Si les hacemos ver a las personas que nos fiamos de ellas a tope, puede que las hagamos fiables. Cuando pusieron a Arnold de director de Rugby, instituyó una manera completamente nueva de hacer las cosas. Antes, aquella escuela había sido un terror y una tiranía. Arnold reunió a los chicos y les dijo que iba a haber mucha más libertad y muchas menos palizas. «Sois libres -les dijo-, pero sois responsables: sois caballeros. Me propongo dejaros a vuestro aire, dependiendo de vuestro honor; porque yo creo que si se os vigila y observa y espía, creceréis no conociendo más que los frutos del temor servil; y, cuando se os otorgue la libertad, como debe suceder algún día, no sabrías qué hacer con ella.» A los chicos les resultaba difícil creer aquello. Cuando los llevaban a su presencia, seguían presentando las mismas excusas y repitiendo las viejas mentiras. «Chicos -les decía, si vosotros lo decís, tiene que ser verdad. Creo en vuestra palabra.» El resultado fue que llegó el tiempo en Rugby cuando los chicos decían: «Es una vergüenza decirle una mentira a Arnold. ¡Siempre le cree a uno!» Creía en ellos y los hizo ser lo que él creía que eran. El amor puede ennoblecer hasta al más innoble creyéndole capaz de lo mejor que puede llegar a ser.

El amor nunca deja de esperar. Jesús creía que ninguna persona es un caso desesperado. Adam Clark fue uno de los grandes teólogos, pero había sido un estudiante más bien torpe. Un día, llegó un visitante distinguido a su escuela, y el profesor le señaló y dijo: «Ese es el chico más estúpido de la escuela.» Antes de marcharse, el visitante se dirigió al chico y le dijo amablemente: «No te importe, chico: tú puedes llegar a ser un gran intelectual algún día. No te desanimes, sino trata de

hacerlo todo lo mejor posible. Sigue intentándolo.» El profesor había perdido la esperanza, pero para el visitante todavía había esperanza. Y, ¿quién sabe? Puede que fuera aquella palabra de esperanza lo que hizo que Adam Clark llegara a ser el que fue.

EL amor lo soporta todo con entereza triunfante. El verbo que se usa aquí (*hypoménein*) es una de las grandes palabras griegas. Se suele traducir por *soportar o aguantar*; pero lo que realmente describe no es el espíritu que puede sufrir adversidades pasivamente, sino el espíritu que, al soportarlas, las conquista y transforma. Se ha definido como «una constancia viril bajo la prueba.» George Matheson, que perdió la vista y sufrió una desilusión amorosa, escribió en una de sus oraciones que quería aceptar la voluntad de Dios, «no con muda resignación, sino con santo gozo; no sólo sin murmurar, sino con un himno de alabanza.» El amor puede soportar cosas, no meramente con resignación pasiva, sino con entereza triunfante; porque sabe que «la mano de un padre no causará nunca a su hijo una lágrima inútil.»

Una cosa falta por decir: cuando pensamos en las cualidades de este amor tal como nos las retrata Pablo, descubrimos que se hicieron realidad en la vida del mismo Jesús.

LA EXCELENCIA DEL AMOR

1 Corintios 13:8-13

En los versículos 8-13, Pablo incluye tres cosas finales que quiere decir acerca del amor cristiano.

(i) Insiste en su *absoluta estabilidad*. Cuando pasan todas las cosas en que los humanos ponemos nuestra gloria, el amor permanece. En uno de los versículos más maravillosamente líricos de la Escritura, *El Cantar de los Cantares* (8:7) dice: «Las muchas aguas no pueden apagar el amor, ni las riadas anegarlo.» El amor es la única cosa inconquistable. Esa es una de las razones para creer en la inmortalidad. Cuando se entra

en el amor, la vida se enriquece con una relación contra la cual son impotentes los asaltos del tiempo y que trasciende la muerte.

(ii) Insiste en su *absoluta plenitud*. Como son las cosas, no vemos más que como reflejos en un espejo. Eso resultaría aún más claro para los corintios que para nosotros. Corinto era famoso por sus fábricas de espejos. Pero el espejo moderno tal como lo conocemos, con su perfecta reflexión, no surgió hasta el siglo XIII. El espejo corintio se hacía de metal bien pulimentado y, en el mejor de los casos, no pasaba de una reflexión imperfecta. Se ha sugerido que lo que quiere decir esta frase es que vemos como a través de una ventana hecha de cuerno. En aquellos días, de eso se hacían las ventanas, de forma que lo único que se podía ver a través de ellas eran siluetas imprecisas y sombrías. De hecho, los rabinos tenían el dicho de que era así como Moisés veía a Dios.

En esta vida, Pablo advierte que no vemos más que reflejos de Dios que nos dejan sumidos en misterios y enigmas. Vemos ese reflejo de Dios en la creación, porque lo que han hecho las manos de alguien nos revela algo del artífice; lo vemos en el Evangelio, y lo vemos en Jesucristo. Aunque en Cristo tenemos la perfecta revelación, nuestras mentes inquisitivas sólo la pueden captar en parte, porque lo finito no puede abarcar lo infinito. Nuestro conocimiento es todavía como el de un niño; pero el camino del amor nos conducirá al fin a un día en que el velo se descorrerá, y veremos cara a cara y conoceremos como Dios nos conoce. No podremos alcanzar ese día sin el amor, porque Dios es amor y sólo el que ama Le podrá ver.

(iii) Insiste en su *absoluta supremacía*. Con ser grandes la fe y la esperanza, el amor es mayor. La fe sin amor es fría, y la esperanza sin amor es sombría. El amor es el fuego que enciende la fe, y es la **luz que convierte la esperanza en certeza**.

EL FALSO CULTO Y EL VERDADERO

1 Corintios 14:1-19

Haced de este amor el objetivo de vuestra vida.

Anhelad los dones espirituales, especialmente el de comunicar a otros la verdad. Porque, el que habla en una lengua, no está hablando a los hombres, sino a Dios; porque nadie más le puede entender, aunque por el Espíritu hable cosas que sólo los iniciados puedan comprender. Sin embargo, el que proclama la verdad a sus semejantes dice cosas que los edifican, los animan y los confortan. El que habla en una lengua edifica su propia vida espiritual; pero el que proclama la verdad edifica la vida espiritual de la iglesia.

Me gustaría que todos hablarais en lenguas, pero todavía más el que pudierais proclamar la verdad. El que proclama la verdad es más que el que habla en lenguas, a menos que se interpreten las lenguas para que la iglesia pueda recibir edificación espiritual.

Porque fijaos, hermanos: si llego a vosotros hablando en lenguas, ¿qué bien os haría? Ninguno, a menos que os comunique algún mensaje especial que haya recibido directamente de Dios, o algún conocimiento espiritual, o proclamándoos la verdad, o enseñándoos algo.

Hay instrumentos que, aunque no tienen vida, sí tienen voz, como la flauta o el arpa. Pero, si no guardan los debidos intervalos entre las notas, ¿cómo se va a reconocer la melodía que se toca con la flauta o con el arpa? Si la trompeta hiciera un ruido sin sentido, ¿quién se iba a preparar para la batalla? Así que también vosotros, si dais en una lengua un discurso cuyo significado no puede captar nadie, ¿cómo se podrá entender lo que se dice? ¡Es como si estuvierais hablando al aire!

Hay tantos idiomas en el mundo que son realmente innumerables, y nada carece de un idioma que le es propio. Pero, si no entiendo lo que uno está tratando de decirme en su idioma, soy como un extranjero para el que habla por lo que a mí respecta.

Así que, si tenéis interés en los dones espirituales, concentraos en cultivar aquellos que son útiles para la edificación de la iglesia.

Por tanto, el que hable en una lengua, que pida a Dios que le conceda el poder interpretar lo que dice; porque, si oro en una lengua, mi espíritu ora, pero mi mente no saca ni el más mínimo provecho.

Entonces, ¿qué conclusión se saca de todo esto? Oraré con el espíritu, pero también con la inteligencia; cantaré con el espíritu, pero también con la inteligencia. Porque, si estás alabando a Dios sólo en el espíritu, ¿cómo va a decir el «amén» de costumbre a tu acción de gracias el que ocupa el lugar de un mero miembro de la iglesia, si no se ha enterado de nada de lo que has dicho? Está bien que alabes a Dios; pero los demás no reciben ninguna edificación.

Gracias a Dios puedo hablar en lenguas más que ninguno de vosotros; pero en las reuniones de la iglesia prefiero decir cinco palabras inteligibles, para así enseñar a otros también, más bien que diez mil palabras en una lengua que nadie entiende.

Esta capítulo es muy difícil de entender porque trata de una experiencia que está fuera de la experiencia de muchos de nosotros. Pablo compara dos series de dones espirituales.

En primer lugar, el *hablar en lenguas*. Este fenómeno era muy corriente en la Iglesia Primitiva. Una persona entraba en éxtasis, y en ese estado fluía de su boca un torrente de sonidos que no correspondían a ninguna lengua conocida. A menos que se interpretaran, nadie tenía idea de lo que pudieran significar. Aunque nos parezca extraño a muchos de nosotros, en la Iglesia

Primitiva era un don muy apreciado. Pero tenía sus peligros. Por una parte, era algo anormal y se admiraba mucho, lo que hacía que la persona que lo poseía corriera el riesgo de caer en un cierto orgullo espiritual; y por otra parte, el mismo deseo de poseerlo producía, por lo menos en algunos, una especie de autohipnotismo que inducía a un hablar en lenguas totalmente falso.

Paralelamente al don de lenguas, Pablo sitúa el *don de profecía*. En la traducción no hemos usado la palabra *profecía*, porque podría haber complicado aún más una situación ya bastante complicada de por sí. En este caso, y corrientemente de hecho, no tiene nada que ver con el sentido que se le da vulgarmente a esta palabra, que es el de predecir el futuro, sino con el de proclamar la voluntad y el mensaje de Dios. Ya hemos dicho que la *predicación* reflejaría el sentido original bastante bien, aunque también aquí tendríamos que tener cuidado con las acepciones vulgares. Aquí hemos conservado y

traducido la idea original de *proclamar un mensaje*.

En toda esta sección, Pablo trata de los peligros y las deficiencias del don de hablar en lenguas impropriamente usado,

y de la superioridad del don de proclamar la verdad de manera que todos la puedan comprender.

Podemos seguir mejor la línea de pensamiento de Pablo analizando el pasaje por partes.

Empieza por afirmar que las lenguas se dirigen a Dios y no a las personas, que no las pueden entender. El que practica este

don de lenguas puede que esté enriqueciendo su propia experiencia espiritual, pero no reporta ningún beneficio a las almas de los demás miembros, porque a estos les resulta ininteligible; y, por otra parte, el don de proclamar la verdad produce algo que todos pueden entender, y que es de provecho para todas las almas.

Pablo pasa a usar ciertas ilustraciones y analogías. Supongamos que les va a ministrar; pero, si no hace más que hablarles en lenguas, ¿para qué sirve eso? No tendrían ni idea de lo que les estaba diciendo. Tomemos el caso de un instrumento

músico. Si se obedecen las leyes normales de la armonía, puede producir una melodía; pero si no, no produce más que un caos de sonidos. Tomemos el ejemplo de la trompeta. Si hace la llamada correcta, puede mandar a la tropa avanzar, retirarse, acostarse o levantarse, etcétera, etcétera. Pero, si no hace más que producir una mezcla de sonidos sin sentido, la tropa no sabrá qué hacer. En este mundo hay muchas clases de idiomas; pero, si dos personas se encuentran, y ninguna entiende el idioma de la otra, le suena a chino lo que le dice, y no le encuentra ningún sentido.

Pablo no niega la existencia del don de lenguas. Ni se puede decir que fuera para él una cuestión de que «las uvas no estaban maduras», porque tenía el don más que ninguno de los corintios; pero insiste en que cualquier don tiene valor en la medida en que beneficia a toda la congregación; y, por tanto, si se usa en público el don de lenguas, es inútil a menos que se interprete. Ya sea que una persona esté hablando, u orando, o cantando, debe hacerlo no sólo con su espíritu sino también con la inteligencia. Debe saber de qué se trata, y los demás deben poder entender. Así es que Pablo llega a la terminante conclusión de que en una congregación cristiana es mejor decir unas pocas palabras inteligibles que lanzar una tromba de sonidos ininteligibles.

De este difícil pasaje surgen ciertas verdades de valor universal.

El versículo 3 concreta la finalidad de la predicación. Es triple. (i) Debe encaminarse a la edificación; es decir, a incrementar el conocimiento del Evangelio, y la capacidad de vivir la vida cristiana. (ii) Debe animar. En todas las compañías hay deprimidos y desanimados. Los sueños no se hacen realidad; los esfuerzos resultan improductivos; el examen de conciencia no revela más que fracasos e incapacidades. En la comunión cristiana, uno tiene que encontrar algo que le anime el corazón y fortalezca el brazo. Se decía de cierto predicador, que predicaba el Evangelio como si anunciara una gran depresión en la Antártida. Un culto puede empezar humillándonos con el

recuerdo de nuestro pecado; pero será un fracaso si se acaba sin mostrar los recursos de la gracia de Dios que nos capacita para conquistarlo. (iii) Debe tender a confortar. < Nunca se pone el sol sin que algún corazón se quebrante. » Están lo que llamaba Virgilio «las lágrimas de las cosas.» En cualquier compañía de personas habrá siempre algunas a las que la vida

ha dañado; y en la comunión cristiana deben de poder encontrar «gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado» (Isaías 61:3).

El versículo 5 nos dice las cosas que Pablo consideraba la

base y la sustancia de la predicación. (i) Procede de una revelación directa de *Dios*. No se puede hablar de parte de Dios a menos que se haya escuchado a Dios. Se dice de un gran predicador, que, una y otra vez, se detenía como para escuchar una voz. Nunca damos a las personas o a los estudiantes ver-

dades que hemos producido o, ni siquiera, descubierto; transmitimos verdades que se nos han confiado. (ii) Puede que aporte algún conocimiento especial. Nadie puede ser un experto en todas las materias; pero cada uno tiene un conocimiento personal de algo. Se ha dicho que todo el mundo puede escribir un libro interesante si expone sencilla y sinceramente todo lo que le ha sucedido. Las experiencias de la vida nos dan a cada uno de nosotros algo especial, y la predicación más efectiva consiste en dar testimonio de lo que hemos descubierto que es verdad. (iii) Consiste en proclamar la verdad. En la Iglesia Primitiva, la primera predicación que se hacía en una comunidad era la directa proclamación de los hechos del Evangelio. Hay cosas que no se pueden discutir. «Háblame de tus certezas -decía Goethe-, que para dudas ya tengo yo bastantes.»

Comoquiera que terminemos, es bueno empezar con los hechos de Cristo. (iv) Pasa a la enseñanza. Se llega a un momento en que uno tiene que preguntar: «¿Qué quiere decir todo eso?» Sencillamente porque somos criaturas pensantes, la religión

implica teología. Y puede que la fe de muchas personas se derrumbe, y la lealtad de muchas personas se enfríe, porque no se han pensado las cosas hasta sus últimas consecuencias.

De todo este pasaje surgen dos principios generales en relación con el culto cristiano.

(i) *El culto no debe ser nunca egoísta.* Todo lo que se hace en él debe hacerse para el bien de todos. Ninguna persona, ya sea que lo esté dirigiendo o que esté participando en él, tiene ningún derecho a seguir sus propias preferencias personales. Debe buscar el bien de toda la congregación. La prueba definitiva de cualquier parte del culto es: «¿Puede esto serle de ayuda a alguien?» Y no: «¿Servirá esto para desplegar mis dones particulares?» Es: «¿Acercará esto más a cada uno de todos los que están aquí a los demás y a Dios?»

(ii) *El culto debe ser inteligible.* Las cosas más importantes son las más sencillas; el lenguaje más noble es esencialmente el más sencillo. A fin de cuentas, sólo lo que satisface mi inteligencia puede confortarme el corazón, y sólo lo que puede captar mi inteligencia puede aportarle fuerza a mi vida.

LOS EFECTOS DEL CULTO FALSO
Y DEL VERDADERO

1 Corintios 14:20-25

Hermanos, no os quedéis en una etapa infantil de vuestro desarrollo. Es verdad que debéis ser como niños inocentes en lo que se refiere al mal, pero en el juicio debéis ser mayores de edad. Está escrito en la Ley: «Por medio de gente de lengua extranjera y con un idioma de forasteros hablaré a este pueblo, y ni aun así me escucharán, dice el Señor.» Así que ya veis que las lenguas están diseñadas como señal para descubrir, no a los creyentes, sino a los incrédulos.

Ahora bien: figuraos que toda la congregación cristiana se reúne, y que todos se ponen a hablar en lenguas; y suponed que entran algunas personas sencillas o paganas: ¿no dirán que estáis locos de remate? Pero

figuraos que todos estáis proclamando la verdad, y que entra algún pagano o alguna persona sencilla: todos le harán reconocer su pecado, y todos le harán sentir el juicio de Dios; los secretos de su corazón saldrán a la luz, así que, cayendo rostro a tierra adorará a Dios, y dirá a todo el mundo que no cabe duda de que Dios está entre vosotros.

Pablo sigue tratando de la cuestión del hablar en lenguas. Empieza con un toque de atención a los corintios para que no se queden en la infancia. La pasión y el excesivo aprecio del don de lenguas eran una especie de ostentación infantil.

Pablo entonces trae a colación una referencia del Antiguo Testamento. Ya hemos visto cómo la exégesis rabínica -y Pablo había recibido la educación de un rabino- podía encontrar en el Antiguo Testamento sentidos ocultos que no estaban implicados en el original. Se refiere a Isaías 28:9-12. Dios, por medio de Su profeta, está haciéndole una advertencia al pueblo. Isaías les ha predicado en su propia lengua hebrea, y no han prestado atención. Por culpa de su desobediencia, vendrán los asirios y los conquistarán y ocuparán sus ciudades; y entonces tendrán que escuchar una lengua que no podrán entender. Tendrán que escuchar las lenguas extranjeras de sus conquistadores, que hablarán de cosas ininteligibles; y ni siquiera esa terrible experiencia hará que el pueblo incrédulo se vuelva a Dios. Así es que Pablo saca en conclusión que las lenguas estaban diseñadas como señal para un pueblo duro de corazón e incrédulo; pero serían, por último, ineficaces.

De ahí pasa a un razonamiento muy práctico. Si un forastero o una persona sencilla entrara en un culto en el que todos estaban lanzando un raudal de sonidos ininteligibles, pensaría que aquello era un manicomio. Pero, si la verdad de Dios se estuviera proclamando sobria e inteligentemente, el resultado sería muy diferente: se sentiría confrontado con su propio pecado y el juicio de Dios.

Los versículos 24 y 25 dan un resumen gráfico de lo que

sucede cuando se proclama inteligentemente la verdad de Dios.

(i) Declara a las personas culpables de pecado. Ven lo que son, y quedan horrorizadas. Alcibíades, el niño bonito de Atenas, era amigo de Sócrates, y a veces le decía: < Sócrates, te odia porque siempre que me encuentro contigo me haces verme tal como soy.> «Venid -dijo a sus paisanos la Samaritana- a ver a un Hombre que me ha dicho todo lo que había en mi vida» (**Juan 4:29**). Lo primero que hace el Mensaje de Dios por una persona es hacer que se dé cuenta de que es pecadora.

(ii) Trae a la persona a juicio. Se da cuenta de que ha de responder de cómo ha vivido. Puede que hasta entonces haya vivido sin pensar en las consecuencias. Puede que haya seguido los impulsos de cada día, disfrutando del placer. Pero ahora se da cuenta de que hay un final para todo, y allí está Dios.

(iii) Le muestra a cada persona los secretos de su corazón.

Lo último que queremos arrostrar es nuestro propio corazón. Como dice el proverbio: « No hay peor ciego que el que no quiere ver.» El Evangelio le obliga a uno a asumir la vergonzosa y humillante experiencia de darse la cara a sí mismo.

(iv) Hace caer de rodillas ante Dios. La Salvación empieza cuando una persona cae de rodillas en la presencia de Dios. La entrada a esa presencia es tan baja que no podemos entrar más que de rodillas. Cuando una persona se ha encarado consigo misma y con Dios, lo único que puede hacer es caer de rodillas y orar: «Dios, sé propicio a este pecador que soy yo.»

La prueba de cualquier acto de culto es : « ¿Hace que nos sintamos en la presencia de Dios?» Joseph Twitchell cuenta que fue a ver a Horace Bushnell cuando este era ya un anciano. Por la noche, Bushnell se le llevó a dar un paseo por la colina. Cuando iban paseando en la oscuridad, Bushnell dijo de pronto: «Arrodillémonos para orar.» Y así lo hicieron. Twitchell, contándolo después, decía: « A mí me daba miedo extender el brazo en la oscuridad en caso de que tocara a Dios.» Cuando nos sentimos tan cerca de Dios como para eso, hemos participado real y verdaderamente en un acto de culto.

CONSEJOS PRÁCTICOS

1 Corintios 14:26-33

¿Qué es lo que se deduce de todo esto, hermanos? Pues que siempre que os reunáis, que cada uno contribuya, o un salmo, o una enseñanza, o un mensaje directo de Dios, o una lengua, o una interpretación; pero que todo se haga para la edificación espiritual de la congregación. Si hablan en lenguas uno, o dos, o tres a lo más, que lo hagan por turno y con uno que interprete. Si no hay en la reunión nadie que pueda interpretar, que el que tenga el mensaje en lenguas guarde silencio en la congregación, y que hable con Dios cuando esté solo. Que dos o tres proclamadores de la verdad tomen parte, dejando cada uno que los otros ejerzan el don del discernimiento. Si uno que está sentado cree haber recibido un mensaje especial, que el que esté hablando le ceda el uso de la palabra, para que podáis proclamar la verdad cada uno cuando le corresponda, y todos puedan aprender y recibir estímulo; porque los espíritus de los que proclaman la verdad están bajo el control de los que tienen este don. Dios no es un Dios de desorden, sino de paz, como vemos en todas las congregaciones de los que Le están consagrados.

Pablo se aproxima al final de esta sección con algunos consejos muy prácticos. Está decidido a que a todos los que tengan algún don se les conceda la oportunidad de ejercerlo; pero está igualmente decidido a que los cultos no se conviertan en una competición desordenada. Sólo dos o tres deben practicar el don de lenguas, y aun eso sólo cuando esté disponible algún intérprete. Entre los que tengan el don de proclamar la verdad, de nuevo dos o tres serán los únicos que puedan hacerlo en cada ocasión; y si hay alguien en la congregación que tiene la convicción de haber recibido un mensaje especial, que el que

esté hablando le ceda la palabra. Podrá hacerlo perfectamente, y no tendrá por qué decir que está bajo la inspiración y no puede detenerse; porque un predicador siempre debe ser capaz de controlar su espíritu. Debe haber libertad, pero no debe haber desorden. Hay que dar culto en paz al Dios de la paz.

Esta es la sección más interesante de toda la carta, porque arroja un raudal de luz que nos permite saber cómo eran los cultos de la Iglesia Primitiva. Está claro que había una gran libertad y no poca improvisación. De este pasaje surgen dos cuestiones importantes.

(i) Está claro que en la Iglesia Primitiva no había un ministerio profesional. Es verdad que los apóstoles descollaban con una autoridad especial; pero hasta entonces no había un ministerio profesional local. Se recibía a todos los que tuvieran un don que fuera de utilidad a la congregación. ¿Ha acertado la iglesia o no en eso de establecer un ministerio profesional? Está claro que es esencial en nuestra época, tan ajetreada, en la que la gente se preocupa tanto de las cosas materiales, el que se aparte a alguien para que viva cerca de Dios y les traiga a sus compañeros la verdad, y la dirección, y el consuelo que Dios le dé. Pero existe el peligro obvio de que, cuando una persona llega a ser un predicador profesional, se encuentre a veces en la situación de tener que decir algo cuando realmente no tiene nada que decir. Sea como sea, debería seguir siendo verdad que si una persona tiene un mensaje para sus semejantes, ni reglas ni normas eclesiásticas le impidan darlo. Es un error pensar que el ministerio profesional es el único que puede transmitir la verdad de Dios.

(ii) Es indiscutible que había una cierta flexibilidad en la liturgia de la Iglesia Primitiva. Todo era lo suficientemente libre como para permitir a cualquier persona que creía que tenía un mensaje el que lo pudiera transmitir. Puede que exageremos ahora la dignidad y la solemnidad, y que nos esclavicemos a un cierto orden de culto. Lo realmente característico del culto de la Iglesia Primitiva debe de haber sido que casi cualquier persona consideraba que tenía el privilegio y la obligación de

contribuir con algo en él. Nadie iba con la única intención de escuchar pasivamente; sino más bien con la de recibir y aportar. Está claro que eso tenía sus peligros; porque nos da la impresión de que en Corinto había personas a las que les gustaba demasiado hacerse oír; pero, con todo y con eso, la iglesia era entonces asunto de los cristianos de a pie más que ahora. Puede que la iglesia perdiera algo cuando delegó tanto en el ministerio profesional que no le quedó casi nada para el que no era más que miembro de la iglesia. Y puede que no fuera tanto la culpa del ministerio el que acabara anexionándose tantos derechos, sino del laicado por abandonarlos. Porque no se puede negar que muchos miembros de la iglesia piensan más en lo que ésta puede hacer por ellos que en lo que ellos puedan hacer por ella, y están más dispuestos a criticar lo que se hace que a asumir ninguna responsabilidad del trabajo de la iglesia por sí mismos.

INNOVACIONES DESACONSEJABLES

1 Corintios 14:34-40

Que las mujeres guarden silencio en la congregación; porque no les está permitido hablar, sino tienen que estar sometidas como dice también la ley. Si quieren aprender algo, que les pregunten a sus maridos en casa. Es vergonzoso que una mujer hable en la congregación. ¿Es que habéis sido vosotros los originadores de la Palabra de Dios? ¿O habéis sido sus únicos destinatarios?

Si alguno se cree proclamador de la verdad, o poseedor de algún don especial, que reconozca lo que os escribo, porque es un mandamiento del Señor. Y el que no quiera entenderlo, allá él.

Así que, hermanos, mostrad interés en poseer el don de proclamar la verdad, y no prohibáis el hablar en lenguas. Pero que todo se haga como es debido y en orden.

Había algunas innovaciones que amenazaban con introducirse en la iglesia corintia que no le gustaban a Pablo. Llega a preguntarles qué derecho se creían que tenían para aceptarlas. ¿Habían sido ellos los iniciadores de la Iglesia Cristiana? ¿Tenían el monopolio de la verdad evangélica? Sencillamente, habían recibido una tradición, y tenían que seguirla.

Ninguna persona ha conseguido nunca remontarse totalmente por encima de la época en que ha vivido y la sociedad en la que se ha educado; y Pablo, en su concepción del lugar de la mujer en la iglesia, era incapaz de desembarazarse de las ideas que había conocido toda la vida.

Ya hemos dicho que la mujer ocupaba un estrato inferior en el mundo antiguo. En el mundo griego, Sófocles había dicho: «El silencio confiere gracia a las mujeres.» Las mujeres, a menos que fueran muy pobres o de una moralidad dudosa, llevaban una vida muy retirada en Grecia. Los judíos aún tenían una idea más baja de las mujeres. Entre los dichos rabínicos se encuentran muchos que minimizan su lugar en la sociedad. «En cuanto a enseñarle la ley a una mujer, es lo mismo que enseñarle la impiedad.» El enseñar la ley a una mujer era «echarles perlas a los cerdos.» El Talmud lista entre las plagas del mundo «la viuda charlatana y preguntona, y la doncella que se pasa el tiempo rezando.» Estaba prohibido hasta el hablar con una mujer en la calle. «Uno no debe pedirle un favor a una mujer, ni saludarla.»

Fue en una sociedad así donde Pablo escribió este pasaje. Lo más probable es que lo que tenía más presente en la mente era el estado moral sumamente laxo de Corinto, y el sentimiento de que no se debía hacer absolutamente nada que pudiera acarrearle a la joven iglesia la más mínima sospecha de inmoralidad. No cabe duda que sería un error injustificable el sacar estas palabras de su contexto e imponerlas como una regla universal para la iglesia.

Pablo continúa hablando con cierta gravedad. Está completamente seguro de que, aunque uno tenga dones espirituales, eso no le da derecho a rebelarse contra la autoridad. Se da

cuenta de que el consejo que ha dado y las reglas que ha establecido le han llegado de Jesucristo y Su Espíritu; y, si

alguien se negara a reconocerlo, lo haría a su propio riesgo; y lo mejor que se podría hacer sería dejarle en su voluntaria ignorancia.

Así llega Pablo a la conclusión. Deja bien claro que no tiene ningún interés en anular el don de nadie; lo único que le mueve de veras es el deseo del buen orden de la iglesia. La gran regla

que establece en efecto es que uno ha recibido de Dios cualesquiera dones que posea, no para su propio provecho exclusivamente, sino para el de toda la iglesia. Cuando una persona

puede decir: < ¡Gracias a Dios! ¡A El sea la gloria!», entonces y sólo entonces usará sus dones como Dios manda en la iglesia y fuera de ella.

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS Y LA NUESTRA

1 Corintios 15 es, al mismo tiempo, uno de los capítulos más grandes y de los más difíciles del Nuevo Testamento. No sólo es difícil en sí, sino que ha transferido al credo una frase que muchas personas encuentran difícil afirmar; porque es de este capítulo del que sacamos principalmente la idea de la *resurrección del cuerpo*. Este capítulo nos resultará menos difícil si lo estudiamos en su trasfondo, y hasta esa frase problemática nos será fácil de comprender y aceptable cuando nos demos cuenta de lo que Pablo quería decir. Así que, antes de estudiar el capítulo, hay ciertas cosas que haremos bien en tener en mente.

(i) Es sumamente importante recordar que los corintios no negaban la Resurrección de Jesucristo, sino la resurrección del

cuerpo; y que en lo que Pablo insistía era en que, si se negaba la resurrección del cuerpo, se negaba también la Resurrección de Jesucristo, y por tanto se vaciaba el Evangelio de su verdad y la vida cristiana de su realidad.

(ii) En todas las primeras iglesias cristianas debe de haber habido dos trasfondos; porque habría en todas judíos y griegos. En primer lugar, consideremos el trasfondo judío. Hasta entonces, los saduceos negaban taxativamente que hubiera ninguna vida después de la muerte. Había, por tanto, una línea del pensamiento judío que negaba tanto la inmortalidad del alma como la resurrección del cuerpo (*Hechos 23:8*). En el Antiguo Testamento hay muy poco que respalde la esperanza en nada que pueda llamarse la vida después de la muerte. Según la fe general del Antiguo Testamento, todas las personas sin distinción van al Seol cuando se mueren. El Seol, a veces erróneamente traducido por *infierno*, era una tierra sombría debajo de ésta, en la que los muertos < vivían > una existencia sombría, sin fuerza, sin luz, separados por igual de Dios y de la humanidad. El Antiguo Testamento está lleno de este lúgubre y macabro pesimismo en relación con lo que pueda haber después de la muerte.

*Porque en la muerte no hay memoria de Ti;
en el Seol, ¿quién Te alabará?* (Salmo 6:5).

¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará Tu verdad?
(Salmo 30:9).

¿Manifestarás tus maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro Tu misericordia, o Tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas Tus maravillas, y Tu justicia en la tierra del olvido? (Salmo 88:10-12).

*No alabarán los muertos a JAH,
ni cuantos descienden al silencio* (Salmo 115:17).

*Porque el Seol no Te exaltará,
ni Te alabará la muerte;
ni los que descienden al sepulcro
esperarán Tu verdad.* (Isaías 38:18).

*Déjame, y tomaré fuerzas,
antes que vaya y perezca.* (Salmo 39:13).

*Aún hay esperanza para aquel que está entre los vivos;
porque mejor es perro vivo que león muerto.
Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido.*

*Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas,
porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo,
ni ciencia ni sabiduría.* (Eclesiastés 9:4, 5, 10).

¿Quién alabará al Altísimo en la tumba?
(Eclesiástico 17:27).

Los muertos que están en la tumba, cuyo aliento ha sido tomado de su cuerpo, no darán al Señor ni gloria ni integridad. (Baruc 2:17).

J. E. McFadyen, un gran investigador del Antiguo Testamento, dice que esta falta de fe en la inmortalidad del Antiguo Testamento era debida < al poder con que aquellos fieles se aferraban a Dios en este mundo. > Y añade: < Hay pocas cosas más maravillosas que ésta en la larga historia de la religión: durante siglos, la gente vivía vidas de lo más nobles, cumpliendo con sus deberes y soportando sus pruebas sin esperar ninguna recompensa en la vida futura; y lo hacían porque en todas sus idas y venidas estaban muy seguros de Dios. >

Es verdad que en el Antiguo Testamento hay unas pocas, muy pocas, vislumbres de una vida real por venir. Hubo momentos en los que una persona sintió que, si Dios era de veras Dios, tendría que haber algo que le diera la vuelta a los incomprensibles veredictos de este mundo. Así Job clamó:

*Todavía, conozco a Uno que será mi Campeón al final, que asumirá mi causa en la Tierra.
Este cuerpo mío puede que se deshaga; pero aun entonces mi vida tendrá una visión de Dios* (Job 19:25-27 Moffatt).

El sentimiento real de los santos era que aun en esta vida se podía entrar en una relación tan íntima y preciosa con Dios que ni siquiera la muerte podría romperla.

Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarán mi alma en el Seol, ni permitirás que Tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; en Tu presencia hay plenitud de gozo;

delicias a Tu diestra para siempre.(Salmo 16:9-11).

Me tomaste de la mano derecha.

Me has guiado según Tu consejo,

y después me recibirás en gloria. (Salmo 73:23-24).

También es verdad que la esperanza inmortal se desarrolló en Israel. Dos cosas contribuyeron a ese desarrollo: (a) Israel era el pueblo escogido; y, sin embargo, su historia era una cadena ininterrumpida de desastres. Los israelitas empezaron a creer que se requería otro mundo para deshacer los entuertos de este. (b) Durante muchos siglos es posible decir que el individuo apenas existía. Dios era el Dios de la nación, y el individuo era una unidad sin importancia. Pero, con él paso de los siglos, la religión se fue haciendo algo más y más personal. Dios llegó a ser, no tanto el Dios de la nación, sino el Amigo de cada persona; y así empezaron a creer de una manera vaga e imprecisa que una vez que una persona conoce a Dios y es conocida de Dios, se ha creado una relación que ni siquiera la muerte podrá romper.

(iii) Cuando volvemos la mirada al mundo griego, tenemos que captar firmemente una cosa que está detrás de todo este capítulo. Los griegos tenían un temor instintivo a la muerte. Eurípides escribió: «Sin embargo los mortales, aquejados de innumerables males, aún aman la vida. Anhelan cada nuevo amanecer, contentos de soportar lo que conocen, antes que la muerte desconocida» (*Fragmento 813*). Pero en conjunto, los

griegos, y la parte del mundo que estaba bajo la influencia del pensamiento griego, creían en la inmortalidad del alma. Pero, para ellos, la inmortalidad del alma suponía la total disolución del cuerpo.

Tenían un refrán: « El cuerpo es una tumba.» «Soy una pobre alma -decía un griego- encarcelada en un cadáver.» « Me dio por inquirir en la eternidad del alma -decía Séneca. ¡No! ¡Por creer en ella! Me rindo a esa gran esperanza.» Pero también decía: «Cuando llegue el día en que haya de deshacerse esta mezcla de divino y humano, aquí, donde lo encontré, dejaré mi cuerpo, y yo me devolveré a los dioses.» Epicteto escribía: «Cuando Dios no suple lo que se necesita, es que está dando el toque de retirada: ha abierto la puerta y te dice: « ¡Ven!» Pero, ¿adónde? A nada terrible, sino allí de donde viniste, a lo que te es querido y próximo, a los elementos. Lo que en ti era fuego, volverá al fuego; tierra, a tierra; agua, a agua.» Séneca habla de las cosas en la muerte «disolviéndose en sus antiguos elementos.» Para Platón « el cuerpo es la antítesis del alma, como la fuente de todas las debilidades se opone a lo que solo es capaz de independencia y bondad.» Donde podemos ver esto mejor es en la fe estoica. Para los estoicos, Dios era un espíritu de fuego, más puro que nada en la Tierra. Lo que les daba la vida a los seres humanos era la chispa de fuego divino que venía a morar en el cuerpo humano. Cuando moría una persona, su cuerpo sencillamente se disolvía en los elementos de los que estaba compuesto, pero la chispa divina volvía a Dios y era reabsorbida en la divinidad de la que formaba parte.

Para los griegos, la inmortalidad consistía precisamente en desembarazarse del cuerpo. Por eso les resultaba inconcebible la resurrección del cuerpo. La inmortalidad personal no existía realmente, porque lo que les daba la vida a las personas era absorbido otra vez en Dios, la fuente de toda vida.

(iv) El punto de vista de Pablo era completamente diferente. Si empezamos por un hecho inmenso, el resto aparecerá claro. La fe cristiana es que la individualidad sobrevive después de

la muerte, que tú seguirás siendo tú, y yo seguiré siendo yo. Junto a esto debemos colocar otro hecho inmenso. Para los griegos, el cuerpo no se podía consagrar. No era más que materia; y, como tal, la fuente de todo mal, la cárcel del alma. Pero para el cristiano, el cuerpo no es malo. Jesús, el Hijo de Dios, asumió un cuerpo humano y, por tanto, no es despreciable, porque Dios lo ha escogido como Su morada. Para el cristiano, por tanto, la vida por venir incluye la totalidad de la persona, cuerpo y alma.

Ahora bien, era fácil malentender y caricaturizar la doctrina de la resurrección del cuerpo. Celso, que vivía hacia el año 220 d.C. y era un furibundo enemigo del Cristianismo, lo hizo sistemáticamente en su tiempo. ¿Cómo es posible que los que han muerto resuciten con sus cuerpos intactos?, preguntaba. «¡Realmente, es la esperanza de los gusanos! Porque, ¿qué alma humana querría volver a un cuerpo que se ha podrido?» Es fácil citar el caso de una persona cuyo cuerpo ha quedado destrozado en un accidente o que ha muerto de cáncer.

Pero Pablo no dijo nunca que hubiéramos de resucitar con el cuerpo que teníamos antes de la muerte. Lo que decía era que tendremos un cuerpo espiritual. Lo que quería decir realmente era que *la personalidad* de cada hombre y mujer sobreviviría. Es casi imposible concebir la personalidad sin un cuerpo, porque es a través de un cuerpo como se expresa la personalidad. Lo que Pablo está defendiendo es que el individuo permanece después de la muerte. Él no había heredado el desprecio griego del cuerpo, sino que creía en la resurrección de la persona total. Él seguiría siendo el mismo; sobreviviría como persona. Eso era lo que Pablo quería decir con la resurrección del cuerpo. Todo lo del cuerpo y del alma que sea necesario para constituir una persona humana sobrevivirá; pero, al mismo tiempo, todas las cosas serán nuevas, y el cuerpo y el espíritu serán ambos muy distintos de las cosas terrenales, porque ambos serán divinos.

EL SEÑOR RESUCITADO

I Corintios 15:1-11

Hermanos: Quiero dejaros bien clara la naturaleza del Evangelio que os prediqué, que vosotros recibisteis, en el que os mantenéis firmes y por medio del cual habéis recibido la Salvación. Quiero dejaros bien claro el contenido del Evangelio que os transmití, que es lo que os puede salvar si lo retenéis con firmeza, es decir, si no creísteis sin orden y concierto.

En lugar preponderante os transmití lo que yo mismo había recibido: que Cristo había muerto por nuestros pecados conforme a las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras, y que Le vieron Cefas, y luego los Doce, y luego Le vieron más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven todavía, aunque algunos ya han dormido. Después Le vio Santiago, y luego todos los apóstoles, y el último de todos, como un aborto de la familia apostólica, Le vi yo también.

Porque yo soy el menor de los apóstoles; de hecho no merezco que se me llame apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. Soy lo que soy exclusivamente por la gracia de Dios, que no ha sido improductiva en mí, porque me he esforzado más que todos los demás. Pero no he sido yo realmente el que he logrado nada, sino la gracia de Dios obrando en mí.

El caso es que, sea yo el predicador o sean ellos, esto es lo que predicamos y lo que vosotros habéis creído.

Pablo está haciendo la recapitulación del Evangelio que él fue el primero en llevarles a los corintios. No era una noticia que él se había inventado, sino que se le había comunicado: la noticia del Señor Resucitado.

En los versículos 1 y 2, Pablo dice una serie de cosas de suprema importancia e interés acerca de la Buena Noticia.

(i) Era algo que los corintios *habían recibido*. Nadie había inventado el Evangelio; en cierto sentido, nadie lo descubre por su cuenta, sino que es algo que todos recibimos. Ahí es donde está la misión de la Iglesia: es la depositaria y transmisora del Evangelio. Como decía uno de los antiguos padres: «Nadie puede tener a Dios por Padre a menos que la Iglesia sea su madre.» La Buena Nueva se recibe en comunidad.

(ii) Era algo en lo que los corintios *se mantenían firmes*. La primera función de la Buena Noticia es dar estabilidad a las personas. En un mundo resbaladizo necesitamos algo que nos afirme los pies. En un mundo tentador, poder para resistir. En un mundo hiriente, algo que nos permita soportar sin rendirnos un corazón doliente y un cuerpo agonizante. Moffatt traduce bellamente *Job 4:4*: «Tus palabras han mantenido en pie a muchos.» Eso es precisamente lo que hace el Evangelio.

(iii) Era algo por lo que *se estaban salvando*. Es interesante notar que en griego se usa el presente, no el pasado. Sería estrictamente correcto traducirlo, no «por lo que habéis sido salvos,» sino «por lo que estáis siendo salvados.» La Salvación va de gloria en gloria. No alcanza su culminación en este mundo. Hay muchas cosas en esta vida que podemos agotar, pero el contenido de la Salvación es inagotable.

(iv) Era algo a lo que *había que aferrarse tenazmente*. Hay muchas cosas en la vida que intentan quitarnos la fe. Cosas que nos suceden a nosotros, o a otros, que desarticulan el entendimiento; la vida tiene sus problemas, que parecen insolubles; la vida tiene sus lugares tenebrosos en los que no se puede hacer más que resistir. La fe es siempre *la victoria* del alma que mantiene tenazmente su arraigo en Dios.

(v) Era algo que no se debía mantener *sin orden ni concierto*. La fe que se desmorona es la que no ha pensado las cosas a fondo y hasta sus últimas consecuencias. Para muchos de nosotros, desgraciadamente, la fe es algo superficial. Tendemos a aceptar las cosas porque nos las dicen, y a adquirirlas

de segunda mano. Si pasamos la agonía del pensamiento, habrá mucho que tendremos que descartar; pero lo que nos quede nos pertenecerá de una manera que ya nada nos lo **podrá quitar**.

En la lista que hace Pablo de las apariciones del Señor Resucitado hay dos especialmente interesantes.

(i) Está la aparición a *Pedro*. En el relato más antiguo de la Resurrección, las palabras del mensajero en la tumba vacía son: «Id a decirles a Sus discípulos y a *Pedro*.» (*Marcos 16:7*). En *Lucas 24:34*, los discípulos dicen: « ¡Es un hecho que ha resucitado el Señor, y se le ha aparecido a *Simón!*» Es algo maravilloso el que una de las primeras apariciones del Señor Resucitado fuera al discípulo que Le había negado. Aquí está toda la maravilla de la gracia y el amor de Jesucristo. Otros habrían descartado a Pedro para siempre; pero Jesús no quería más que levantar a su discípulo errático y afirmarle sobre sus pies. Pedro Le había fallado a Jesús, y había llorado hasta echar el corazón; y el único deseo de este maravilloso Jesús era consolarle del dolor de su deslealtad. El amor no puede llegar a más que a pensar más en el quebrantamiento del ofensor que en la ofensa recibida.

(ii) Está la aparición a *Santiago*. No hay duda que este era « el hermano del Señor». Está bien claro en el relato de los evangelios que la familia de Jesús no creía en El, y Le eran hasta hostiles. *Marcos 3:21* dice que hicieron lo posible por impedirle que siguiera adelante con Su ministerio porque creían que había perdido el juicio. *Juan 7*: S nos dice claramente que Sus hermanos no creían en Él. Uno de los más antiguos de aquellos evangelios que no lograron entrar en el canon del Nuevo Testamento es el *Evangelio según los hebreos*. Sólo se conservan de él algunos fragmentos. Uno de ellos, preservado por Jerónimo, dice: «Ahora bien: el Señor, después de darle el paño de lino al siervo del sacerdote, se dirigió a Santiago y se le apareció (porque Santiago había jurado no probar bocado desde que bebió el cáliz del Señor hasta que Le viera resucitado de entre los que duermen).» Así que, sigue diciéndonos la historia, Jesús se dirigió a Santiago y dijo: «Poned

la mesa, y poned pan.» Y tomó el pan, y lo bendijo, y lo partió, y le dio a Santiago el Justo diciéndole: «Hermano mío: Come tu pan, porque el Hijo del Hombre se ha levantado de entre los durmientes.» Sólo podemos hacer conjeturas. Puede que en los últimos días el desprecio de Santiago se transformara en maravillada admiración de forma que, cuando llegó el final, estaba tan quebrantado de remordimiento por la manera en que había tratado a su Hermano que juró que se moriría de hambre si Jesús no volvía a perdonarle. Aquí tendríamos una vez más la gracia y el amor maravillosos de Cristo. Volvió a traerle la paz al alma turbada del que Le había tomado por loco y había estado en contra Suya.

Es una de las cosas más conmovedoras de toda la historia de Jesús el que dos de Sus primeras apariciones después de Su Resurrección fueran para dos hombres que Le habían hecho daño y que lo sentían. Jesús le sale al encuentro al corazón penitente hasta más allá de la mitad del camino.

Por último, este pasaje arroja mucha luz sobre el carácter del mismo Pablo. Para él era la cosa más preciosa el que Jesús se le hubiera aparecido a él. Eso había sido el gran cambio y el momento dinámico de su vida. Los versículos 9-11 nos dicen mucho acerca de él.

(i) Nos hablan de su *humildad* a ultranza. Se consideraba el menor de los apóstoles; había sido agraciado con una misión de la que no era digno. Pablo no habría pretendido nunca ser un hombre que se había hecho a sí mismo. Era por la gracia de Dios por lo que era lo que era. Tal vez estaba citando un dicitio que le habrían dirigido otros. Parece que era un hombre pequeño y poco agraciado (2 Corintios 10:10). Puede que los cristianos judíos que querían imponerles la ley a los convertidos del paganismo y que odiaban la doctrina de la gracia declararan que, lejos de ser un nacido de nuevo, Pablo era un aborto. Él, por su parte, era tan consciente de su propia indignidad que no creía que nadie pudiera decir nada de él que fuera exagerado. Charles Gore dijo una vez: «Al hacer una revisión general de nuestra vida, difícilmente podremos considerar que

estamos sufriendo desgracias que no hayamos merecido.» Eso pensaba Pablo. No tenía nada de ese orgullo que se ofende ante las críticas o las burlas de los demás, y sí mucho de la humildad que las considera merecidas.

(ii) Nos muestran al mismo tiempo que era *consciente de su propio valer*. Se daba cuenta de que había trabajado más que todos los demás. La suya no era una falsa modestia. Pero, con todo y con eso, no hablaba de lo que él mismo había hecho, sino de lo que Dios le había capacitado para hacer.

(iii) Nos hablan de su *sentido de equipo*. No se consideraba un fenómeno aislado con un mensaje único. Tenía el mismo mensaje que los otros apóstoles. Tenía la grandeza que une más íntimamente a la comunión de la Iglesia. Hay algo que falla en la «grandeza» que aísla a una persona de las demás.

SI CRISTO NO HUBIERA RESUCITADO

1 Corintios 15:12-19

Si estamos proclamando constantemente que Cristo ha resucitado, ¿cómo es que algunos de vosotros dicen que la resurrección no existe? Si la resurrección no existiera, Cristo tampoco habría resucitado; y si Cristo no hubiera resucitado, la proclamación del Evangelio carecería de sentido, y vuestra fe también carecería de sentido. Si fuera así, resultaría que hemos dado un testimonio falso acerca de Dios, porque hemos testificado que Dios resucitó a Cristo, a Quien no habría resucitado si fuera verdad que los muertos no resucitan. Si los muertos no resucitan, Cristo tampoco ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es inconsecuente: aún estáis sumidos en vuestros pecados; y si así son las cosas, los que han muerto confiando en Cristo se han perdido para siempre. Si el esperar en Cristo no sirve nada más que para esta vida, no hay gente más miserable que nosotros.

Pablo ataca la posición central de sus oponentes de Corinto que decían tajantemente: «Los muertos no resucitan.» La respuesta de Pablo es: «Si adoptáis esa posición, eso quiere decir que Jesucristo no ha resucitado; y, en ese caso, se desintegra la totalidad de la fe cristiana.»

¿Por qué consideraba Pablo tan esencial la fe en la Resurrección de Jesús? ¿Qué grandes valores y verdades conserva? Es la demostración de cuatro hechos fundamentales que cambian radicalmente el concepto de la vida aquí y en el más allá.

(i) La Resurrección demuestra que *la verdad es más fuerte que la falsedad*. Según el Cuarto Evangelio, Jesús les dijo a Sus enemigos: «Ahora estáis buscando la manera de matarme por la sola razón de que os he dicho la verdad» (*Juan 8:40*). Jesús trajo la idea verdadera acerca de Dios y de la bondad; Sus enemigos procuraban Su muerte porque no querían que desaparecieran sus puntos de vista equivocados. Si hubieran conseguido deshacerse de Jesús, la falsedad habría resultado más fuerte que la verdad. En cierta ocasión, el conde de Morton, que era el regente de Escocia, mandó detener al reformista Andrew Melville. «No habrá ninguna tranquilidad en este país -le dijo- hasta que ahorquemos o desterremos a la mitad de vosotros.» «¡Venga, señor! ¡Amenazad así a vuestros cortesanos! A mí me da lo mismo pudrirme en el aire o en la tierra... Pero, ¡gloria a Dios, no está en vuestro poder el ahorcar o desterrar Su verdad!» La Resurrección es la prueba definitiva de que la verdad es indestructible.

(ii) La Resurrección demuestra que *el bien es más fuerte que el mal*. Para citar otra vez el Cuarto Evangelio, en él se representa a Jesús diciéndoles a Sus enemigos: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo» (*Juan 8:44*). Las fuerzas del mal crucificaron a Jesús y, si no hubiera habido Resurrección, esas fuerzas habrían triunfado. J. A. Froude, el gran historiador, escribió: «Una lección, y sólo una, puede decirse que la Historia repite claramente: Que el mundo está fundado sobre una base moral, y que, a la larga, el bien prevalece y el mal desaparece.» Pero, si la Resurrección no hubiera tenido lugar, ese

gran principio habría fallado, y ya no podríamos estar seguros de que el bien es más fuerte que el mal.

(iii) La Resurrección demuestra que *el amor es más fuerte que el odio*. Jesús era la encarnación del amor de Dios. Por otra parte, la actitud de los que procuraron Su crucifixión era la del odio más virulento, tan amargo que acabó por atribuirle el encanto y la gracia de Su vida al poder del diablo. Si no hubiera habido Resurrección, eso habría querido decir que el odio humano había acabado por derrotar al amor de Dios. La Resurrección es el triunfo del amor sobre todo lo que el odio pueda hacer. Este poema resume todo el tema:

Oí hablar a dos soldados que bajaban la colina, la colina del Calvario, oscura, inhóspita y fría. Y uno dijo: < Ya es de noche, y no han muerto todavía. » Dijo el otro: «Me da miedo, no sé qué me atemoriza. »

Oí llorar a dos mujeres que bajaban la colina; una, una rosa tronchada; la otra, como una llamita. Dijo una: «Lamentaremos eternamente este día.» La otra: «¡Mi Hijo, mi Hijo!», entre lágrimas decía.

Oí cantar a dos ángeles, no era el alba todavía, vestidos con ropas blancas, tan blancas que relucían. Cantaban con voces de oro: «¡Ya la muerte está vencida! ¡Cielos y Tierra, gozaos! ¡El Amor vence y conquista!»

El Cantar de los cantares había dicho del amor: «Fuerte como la muerte es el amor» (8:6). Pero la Resurrección de Jesús es la prueba definitiva de que el amor es *más fuerte* que la muerte y que el odio.

(iv) La Resurrección demuestra que *la vida es más fuerte que la muerte*. Si Jesús hubiera muerto y no hubiera resucitado, habría quedado claro que la muerte podía tomar la vida más admirable y perfecta que haya conocido el mundo jamás, y destrozarla cruelmente en una Cruz.

Un día durante la II Guerra Mundial, una cierta iglesia de la ciudad de Londres estaba toda decorada para la celebración del domingo de acción de gracias por la cosecha. En medio de todos los demás frutos había un haz de trigo. El culto no llegó a celebrarse, porque hubo un bombardeo brutal aquella noche que dejó la iglesita convertida en un montón de ruinas. Pasaron los meses; llegó la primavera, y algunos se dieron cuenta de que donde había estado la iglesia todo estaba verdecito. Meses más tarde se vio que eran espigas de trigo que habían crecido entre los escombros. Ni siquiera las bombas y la destrucción de la guerra habían podido matar la vida de aquellas espigas de trigo que habían traído para el culto de acción de gracias a Dios por la cosecha. La Resurrección es la prueba definitiva de que la vida es más fuerte que la muerte.

Pablo insistía en que, si la Resurrección de Jesús no fuera un hecho, el Evangelio estaría basado en una mentira, y los muchos miles que habían muerto creyéndolo se habrían perdido para siempre, porque no habría nada después de la muerte. Sin la realidad de la Resurrección, los valores más auténticos de la vida no tienen garantía de sobrevivir. «Suprimid la Resurrección -decía Pablo-, y habréis destruido la base y la realidad del Evangelio.»

LAS PRIMICIAS DE LOS QUE DURMIERON

1 Corintios 15:20-28

¡Pero es un hecho que Cristo ha resucitado, y es las

primicias de los que duermen! Porque, como fue por un hombre como se introdujo la muerte, así también ha venido la Resurrección por un Hombre. Porque, de la misma manera que todos murieron en Adán, así también en Cristo todos volverán a la vida, cada uno en su propio turno: Cristo, las primicias; luego, los que pertenecen

a Cristo, cuando El vuelva; y por último, la gran final, cuando Cristo Le entregue el Reino a Dios, Su Padre,

después de haber reducido a la incapacidad toda otra forma de gobierno, de autoridad y de poder. Porque Él tiene que reinar hasta someter a todos Sus enemigos bajo Sus pies. La muerte será el último enemigo que será anulado. Porque Dios Le ha sujetado a Cristo todas las cosas. (Cuando decimos que todas las cosas se Le han

sometido, no se incluye, naturalmente, a Dios, Que Se las ha sujetado). Pero, cuando todas las cosas Le estén sujetas, entonces el Hijo mismo Se sujetará al Que Le sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea el todo en todos.

Este también es un pasaje sumamente difícil, porque trata de ideas a las que no estamos acostumbrados.

Habla de Cristo como «las primicias de los que duermen.» Pablo está pensando en términos de una figura que cualquier judío reconocería. La fiesta de la Pascua tenía más de un significado. Conmemoraba la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto; pero era también una gran fiesta de la cosecha. Coincidió con la recolección de la cebada. La ley establecía: «Traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de

los primeros frutos de vuestra siega. Y el sacerdote mecerá la gavilla delante del Señor para que seáis aceptos; el día después

del día de reposo la mecerá» (*Levítico 23:10-11*). Algunas gavillas de cebada se habrían segado ya en cualquier tierra comunal. No se podían traer de ninguna parcela o huerto o terreno preparado especialmente, sino de prácticamente cualquier lugar normal del país. Cuando se segaba la cebada, se traía al templo. Allí separaban el grano de la paja con cañas suaves para no destruirlo demasiado. Luego se tostaba el grano en una parrilla de forma que no lo tocara el fuego; después se aventaba, y luego se molía en un molinillo de cebada y se le ofrecía la harina a Dios. Eso eran las primicias.

Es significativo que antes de esa ceremonia no se podía comprar ni vender ni hacer pan de la nueva cosecha. Las primicias eran la señal de que había llegado el tiempo de la cosecha; y la Resurrección de Jesús fue la señal de la de los creyentes que había de venir. Como la nueva cebada no se podía usar hasta después de ofrecer las primicias en el templo, así la nueva cosecha de vida no podía empezar hasta que resucitara Jesús.

Pablo pasa a usar otra idea judía. Según la antigua historia de *Génesis 3: 1-19*, fue por medio del pecado de Adán como se introdujo la muerte en el mundo, como consecuencia directa y castigo. Los judíos creían que, literalmente, todo el género humano había pecado en Adán; vemos que su pecado podía transmitir a sus descendientes *la tendencia* al pecado. Como dijo Esquilo: «La acción impía deja tras sí una larga progenie, toda semejante a su originador.» Como escribió George Eliot: «Nuestras obras son como niños que nos nacen: viven y actúan independientemente de nosotros; además, se pueden matar los hijos, pero no las obras. Tienen una vida indestructible tanto dentro como fuera de nuestras conciencias.»

No es probable que niegue nadie que un hijo puede heredar la tendencia al pecado, y que de alguna manera « se visitan» los pecados de los padres en sus hijos. Nadie negaría que un hijo puede heredar las consecuencias del pecado de sus padres, porque sabemos muy bien que las condiciones físicas que son el resultado de una vida inmoral se pueden transmitir a la

posteridad. Pero los judíos querían decir mucho más que eso. Tenían un sentimiento tremendo de solidaridad. Estaban seguros de que nadie podía hacer nada que le afectara sólo a él

o a ella. Y mantenían que toda la humanidad pecó en Adán. Todos los seres humanos estaban, por así decirlo, en él; y cuando él pecó, todos pecaron.

Eso puede que nos suene extraño e injusto; pero los judíos lo creían. Todos habían pecado en Adán y por tanto tenían condena de muerte. Con la venida de Cristo, aquella cadena se rompió: Cristo estaba libre de pecado, y conquistó a la

muerte. Así como todos pecaron en Adán, así también todos pueden escapar del pecado en Cristo; y así como todos los seres humanos mueren en Adán, así todos conquistan la muerte en Cristo. Nuestra unidad con Cristo es tan real como nuestra

unidad con Adán, y destruye las malas consecuencias de esta. Así es que tenemos dos series de hechos opuestos. En la primera tenemos: Adán-pecado-muerte. En la segunda: Cristo-bondad-vida. Y así como todos nos vimos involucrados en el pecado del primer hombre, así también lo estamos en la victoria del que ha re-creado a la humanidad. Sea cual fuere nuestro parecer de esa manera de pensar hoy, era con-

vincente para los que la escuchaban entonces; y un hecho está fuera de toda duda: que con Jesucristo ha venido al mundo un

nuevo poder que libra del pecado y de la muerte.

Los versículos 24-28 resultan muy extraños. Solemos pen-

sar en el Padre y el Hijo en términos de igualdad; pero aquí Pablo, clara y deliberadamente, subordina el Hijo al Padre. Su pensamiento es: sólo podemos usar términos y analogías humanas. Dios le dio a Jesús una tarea: la de derrotar el pecado y la muerte y liberar a la humanidad. Llegará el día en que esa tarea quede concluida y cumplida; y entonces, para decirlo en términos pictóricos, el Hijo volverá al Padre como el general victorioso que vuelve a la Patria, y el triunfo de Dios será completo. No se trata de que el Hijo esté sujeto al Padre como un esclavo o un servidor a su amo; sino más bien, como Uno que ha cumplido la misión que se le ha confiado, que vuelve

con la corona de una perfecta obediencia. Como Dios envió a Su hijo a redimir al mundo, al fin recibirá al mundo redimido; y entonces no quedará nada en la Tierra o en el Cielo fuera de Su amor y poder.

SI NO HUBIERA RESURRECCIÓN

1 Corintios 15:29-34

Si no hubiera resurrección, ¿qué harían los que se bautizan por los muertos? Si los muertos no resucitan, ¿por qué hay algunos que se bautizan por ellos? Todos los días me estoy jugando la vida, lo juro por la satisfacción que tengo por vosotros en Jesucristo nuestro Señor. ¿Qué saco de ello -mirándolo desde un punto de vista exclusivamente humano- si tuve que pelear con las fieras en el circo en Éfeso? Si los muertos no resucitan, «¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!» No os engaños: las malas amistades destruyen los buenos caracteres. Aplicaos a una vida sobria como es vuestra obligación, y no sigáis pecando. Algunos de vosotros presumen de inteligentes, pero no tienen el menor conocimiento de Dios. Os lo digo para avergonzaros.

Una vez más, este pasaje empieza con una sección sumamente difícil. Muchos intérpretes no han sabido a qué atenerse con esto del *bautizarse por los muertos*, y todavía no se puede decir que se haya resuelto del todo el problema. La preposición *por* en la frase *por los muertos* es la palabra griega *hyper*. En general, esta palabra puede tener uno de dos significados principales. Cuando se refiere a un lugar, puede querer decir *sobre o por encima de*. Más corrientemente se usa de personas o cosas, y quiere decir *en vez de o en lugar de*. Teniendo presentes estos dos sentidos, vamos a considerar algunas de las maneras en que se ha entendido esta frase.

(i) Empezando por el sentido de *sobre o por encima de*, algunos investigadores han sugerido que se refiere a los *que se bautizan sobre las tumbas de los mártires*. La idea es que sería algo especialmente conmovedor el hecho de bautizarse en un terreno santo, sintiéndose rodeados por la nube de testigos innumerables. Es una idea interesante y simpática; pero cuando Pablo estaba escribiendo a los corintios la persecución no se había desatado tan terriblemente como en un tiempo posterior. Puede que los cristianos sufrieran ostracismo o persecución social, pero aún no había llegado la era de los mártires.

(ii) De todas maneras es mucho más natural tomar *hyper* en el sentido de *en vez de o en lugar de*. Así se nos presentan tres posibilidades.

(a) Se sugiere que la frase se refiere a los *que se bautizaban para llenar las plazas que habían dejado vacantes los muertos*. La idea es que los nuevos creyentes, los jóvenes cristianos, se incorporaban a la iglesia como nuevos reclutas para ocupar el lugar de los veteranos que habían servido en campañas anteriores y ya se habían licenciado. Hay aquí una gran idea. La Iglesia necesita siempre repuestos, y los nuevos miembros son los voluntarios que completan las filas.

(b) Se ha sugerido que la frase puede querer decir los *que se bautizan en señal de cariño y respeto por los muertos*. También aquí hay una idea bonita. Muchos de nosotros ingresamos en la iglesia porque sabíamos y recordábamos que algún ser querido murió orando por nosotros y esperando nuestra conversión. Muchos han acabado por entregarle sus vidas al Señor en respuesta a la influencia invisible de alguien que ya ha pasado al otro lado.

(c) Todos estos son pensamientos simpáticos; pero, en conclusión, creemos que esta frase únicamente se puede referir a una costumbre que ha desaparecido de la práctica de la Iglesia completamente. En la Iglesia Primitiva existía lo que se llama *el bautismo vicario*. Si moría una persona que había tenido intención de bautizarse e ingresar en la iglesia, y hasta

probablemente estaba ya siguiendo el curso de catecumenado, algunas veces otra persona se bautizaba en su nombre. La costumbre surgió de una idea supersticiosa del bautismo que suponía que, sin él, una persona quedaba irremisiblemente excluida de ir al Cielo, para prevenir lo cual otra persona se presentaba voluntaria para bautizarse, literalmente en el lugar del fallecido. Aquí Pablo, ni se muestra de acuerdo ni en desacuerdo con aquella práctica. Simplemente pregunta si tiene algún sentido cuando no se tiene la esperanza de que los muertos resuciten.

De ahí pasa Pablo a considerar uno de los grandes motivos de la vida cristiana. En efecto, pregunta: «¿Por qué había de aceptar una persona los peligros de la vida cristiana si todo acaba en nada?» Cita su propia experiencia. Diariamente estaba exponiendo su vida. Algo terrible que no se nos relata en el Nuevo Testamento le sucedió a Pablo en Éfeso. También hace otra alusión a ese mismo hecho en *2 Corintios 1:8-10*: dice allí que en Asia, la provincia romana en la que estaba Éfeso, estuvo condenado a muerte y ya daba por perdida su vida. Hasta el día de hoy hay un edificio en Éfeso que se conoce como la prisión de Pablo. Aquí especifica su peligro como *pelear con las fieras*. La palabra que usa es la que designaba las luchas de los gladiadores en la arena del circo. Leyendas posteriores nos cuentan que condenaron a Pablo a luchar con las fieras, y fue preservado milagrosamente porque las fieras no le atacaron. Pero Pablo era ciudadano romano y, como tal, no se le podía condenar a ese suplicio. Es probable que usara esa expresión refiriéndose a las amenazas de hombres que buscaban su muerte como bestias salvajes. En cualquier caso, pregunta: «¿Para qué sirven tantos peligros y sufrimientos si todo termina con la muerte?»

Los que piensan que esta es la única vida y que no hay otra, es normal que digan: «Come, bebe y pásatelo bien, porque todo acaba con la muerte.» La misma Biblia se refiere a los que hablan así. «Venid, dicen, tomemos vino, embriaguémonos de sidra; y será el día de mañana como este, o mucho más exce-

lente» (*Isaías 56:12*). *El Predicador*, para quien la muerte era la extinción, escribió: «No hay nada mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo»

(*Eclesiastés 2:24; 3:12; 5:18; 8:1 S; 9: 7*). Jesús mismo hizo la semblanza del rico insensato que no pensaba en la eternidad

y tenía por lema «Come, bebe y pásatelo bien.» (*Lucas 12:19*). La literatura clásica está llena de este espíritu. Heródoto, el gran historiador, se refiere a una costumbre de los egipcios: «En las reuniones sociales de los ricos, cuando termina el banquete, pasa entre los invitados un esclavo con un ataúd en el que hay un muñeco que representa un cadáver, tallado y pintado de la forma más realista, de uno y dos codos de largo. Al enseñárselo a cada invitado por turno, el esclavo les dice:

«Mira esto, y bebe y pásatelo bien; porque así quedarás cuando te mueras.» Eurípides escribe en *Alceste* (781-789):

Todos han de saldar su deuda con la muerte; de todos los mortales, ¿hay alguno que sepa si ha de vivir siquiera el día de mañana? Porque no dejan huella los pies de la Fortuna, ni los puede intuir el arte de los hombres. Oídme todos bien, y aprendedlo de mí: Pasadlo bien, bebed, día a día vivid, que todo lo demás cosa es de la Fortuna.

Tucídides (2:53) nos cuenta que, cuando la plaga mortal asedió Atenas, la gente cometía toda clase de crímenes vergonzosos y se aferraba ansiosamente a cualquier placer sensual; porque creían que la vida sería muy corta y no se les pediría cuenta. Horacio (*Odas 2:13; 13*) resume su filosofía diciendo: «Diles que traigan vinos y perfumes y las efímeras flores del hermoso rosal mientras las circunstancias y la edad y los hilos

negros de las tres hermanas (Parcas) todavía nos ofrecen oportunidad.» En uno de los poemas más famosos del mundo, el poeta latino Catulo escribió: «Vivamos, Lesbia mía, y amemos, y no demos una blanca por los cuentos de los viejos austeros.

Los soles se pondrán y volverán a salir; pero para nosotros, una vez que se ponga nuestra breve luz, ya no nos queda más que una perpetua noche que debemos dormir.»

Elimina el pensamiento de la vida por venir, y ésta pierde su valor. Suprime la idea de que esta vida es la preparación para otra más plena que la sigue, y los lazos del honor y de la moralidad se sueltan. Es inútil discutir que no debería ser así, y que las personas deberíamos ser buenas y honorables sin esperar ninguna recompensa. El hecho es que, para el que cree que este es el único mundo que hay, las cosas de este mundo son lo único que importa.

Así es que Pablo insiste en que los corintios no deben asociarse con los que dicen que no hay Resurrección; porque sería arriesgarse a contraer una infección que puede contaminar toda la vida. Decir que no existe la Resurrección no es señal de tener ideas elevadas, sino de no conocer a Dios en absoluto. Pablo aplica la palmeta para que la misma vergüenza haga volver a los extraviados al buen camino.

LO FÍSICO Y LO ESPIRITUAL

1 Corintios 15:35-49

Pero puede que alguien diga: «¿De qué manera resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo van a volver a la vida?»

¡Esa es una pregunta muy estúpida! Cuando siembras una semilla, no puede manifestarse la vida sin pasar por la muerte. No es el cuerpo que va a llegar a existir lo que se siembra, sino un granito que no está revestido de ninguna clase de cuerpo, sea de trigo o de cualquier otro cereal; y luego Dios le da el cuerpo que Le parece, a cada semilla el que le es propio. Las naturalezas no son todas iguales, sino que la naturaleza humana es de una manera, y la del ganado, de otra, y de otra la de las aves,

y otra la de los peces. Pues lo mismo pasa con los cuerpos: hay cuerpos celestes y cuerpos como los que conocemos en la Tierra. El esplendor de los cuerpos celestes es una cosa distinta de la naturaleza de los terrenos. El Sol tiene un brillo, y la luna otro, y las estrellas otro. Menciono las estrellas en plural porque cada una de ellas difiere de las otras en esplendor.

Pues la misma diferencia habrá entre este cuerpo y el que tendremos en la Resurrección de los muertos. Nuestro cuerpo presente es como una semilla: se siembra algo corruptible, pero resucitará incorruptible; se siembra algo vergonzoso, y resucitará glorioso; se siembra algo débil, y resucitará algo poderoso; se siembra un cuerpo físico, y resucitará un cuerpo espiritual. Porque, si existen los cuerpos físicos, también existen los cuerpos espirituales. Por eso dice la Escritura: < El primer hombre, Adán, llegó a ser una persona viva. » ¡Y el último Adán, un Espíritu que da la vida!

No es lo espiritual lo que viene primero, sino lo físico; y luego, lo espiritual. El primer hombre era de la Tierra, terrenal; el segundo Hombre es del Cielo, celestial. Los que están hechos de tierra son terrenales; pero los celestiales son como el Celestial. Como llevamos la imagen del terrenal, también llevaremos la imagen del Celestial.

Antes de empezar a intentar interpretar esta sección, haremos bien en tener presente una cosa: aquí Pablo está tratando de cosas que no conocemos experimentalmente. No está hablando de cosas que se pueden verificar, sino de cuestiones de fe. Al tratar de expresar lo inexpressable, y de describir lo indescriptible, lo hace lo mejor posible con las ideas y las palabras humanas, que son las únicas de que disponemos. Si tenemos eso presente, nos librá de una interpretación literalista cruda, y nos hará afianzar el pensamiento en los principios que subyacen en la mente de Pablo.

En esta sección, Pablo está contestando a los que dicen:

«Concedamos que haya una resurrección del cuerpo; pero, ¿con qué clase de cuerpo volverá la gente a la vida?» Y la respuesta de Pablo contiene tres principios básicos.

(i) Aplica la analogía de la semilla: esta se pone en la tierra, y muere; pero, a su debido tiempo, surge otra vez; y lo hace con un cuerpo muy diferente del que tenía cuando se sembró. Pablo muestra que, al mismo tiempo, puede haber disolución, diferencia y también continuidad. La semilla se desintegra; y luego surge otra vez, y hay una diferencia abismal en su cuerpo; pero, a pesar de la desintegración y la diferencia, es la misma semilla. Así, nuestros cuerpos mortales se disolverán; resucitaremos con una forma distinta, pero será la misma persona la que resucite. Desintegrados por la muerte, transformados por la Resurrección, pero seremos los mismos.

(ii) En el mundo, hasta tal cual lo conocemos, no hay una sola clase de cuerpos; cada parte separable de la creación tiene el suyo. Dios le da a cada cosa creada un cuerpo idóneo para su función en la creación. En ese caso, es de lo más razonable el esperar que nos dé un cuerpo adaptado a la vida resucitada.

(iii) En la vida hay desarrollo. Adán, el **primer hombre**, fue formado del polvo de la tierra (*Génesis 2:7*). Pero Jesús es mucho más que un hombre formado del polvo de la tierra: es la encarnación del mismo Espíritu de Dios. Ahora bien: bajo la vieja forma de vida, somos una cosa con Adán, compartiendo su pecado, heredando su muerte y teniendo su cuerpo; pero bajo la nueva manera de vivir, somos una cosa con Cristo y, por tanto, participamos de Su vida y de Su ser. Es verdad que tenemos un cuerpo físico para empezar; pero también lo es que un día tendremos un cuerpo espiritual.

A lo largo de toda esta sección, Pablo ha mantenido una sabia y reverente reticencia en cuanto a cómo será el tal cuerpo. Será espiritual: tal como Dios sabe que necesitaremos, y seremos semejantes a Cristo. Pero en los versículos 42-44 traza cuatro contrastes que arrojan luz sobre nuestro futuro.

(i) El cuerpo presente es corruptible, y el futuro será incorruptible. En este mundo, todo está sujeto a cambio y descomposición. < La belleza de la juventud se aja, y la gloria de la virilidad se desvanece,» como decía Sófocles. Pero en la vida venidera habrá una estabilidad en la que la belleza no perderá nunca su encanto.

(ii) El cuerpo presente es deshonoroso; el futuro será glorioso. Puede que Pablo quiera decir que en esta vida viene el deshonor por medio de los sentidos y las pasiones corporales; pero en la vida por venir, nuestros cuerpos ya no serán esclavos de pasiones e impulsos bajos, sino instrumentos para el servicio puro de Dios, mayor que el cual no existe honor.

(iii) El cuerpo presente muestra debilidad; el futuro revelará poder. Ahora está de moda hablar del poder de la persona; pero lo que aparece más a la vista es su debilidad: una leve brisa o una gota de agua la pueden matar. Nos vemos reducidos en esta vida muchas veces por las necesarias limitaciones del cuerpo. Una y otra vez, nuestra constitución física les dice a nuestros planes y visiones: «Hasta aquí, y no más.» A menudo nos sentimos frustrados por ser como somos. Pero en la vida venidera, esas limitaciones habrán desaparecido. Aquí estamos rodeados de debilidad; allí estaremos revestidos de poder.

Todo el bien que hemos esperado, deseado o soñado existirá; lo elevado que resultó excesivo, lo heroico que se pasó de duro.

En la tierra tenemos «los arcos rotos;» en la vida por venir estará « el círculo completo.»

(iv) El cuerpo presente es un cuerpo material; el futuro será un cuerpo espiritual. Puede que Pablo quisiera decir que aquí no somos más que vasijas e instrumentos imperfectos para el Espíritu; pero en la vida venidera seremos tales que el Espíritu pueda llenarnos perfectamente, como no puede ahora, y el Espíritu nos pueda usar de veras como no Le es posible ahora. Entonces podremos ofrecer a Dios el verdadero culto, el servicio obediente y el perfecto amor que ahora son sólo anhelo y sueño.

LA CONQUISTA DE LA MUERTE

1 Corintios 15:50-58

Esto sí quiero deciros, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios, ni puede la corrupción heredar la incorrupción. Fijaos bien en esto, porque os estoy hablando de cosas que sólo pueden entender los iniciados. No todos moriremos; pero todos experimentaremos una transformación en un instante, en un abrir y cerrar de ojo, cuando suene la trompeta final. Al toque de trompeta resucitarán incorruptibles los muertos, y nosotros seremos transformados. Porque esto corruptible debe asumir la incorrupción, y esto mortal debe revestirse de inmortalidad; y entonces será cuando suceda lo que está escrito: «La muerte ha sido absorbida por la victoria.» ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿Qué ha sido de tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado depende de la ley. ¡Gracias a Dios, Que nos concede la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo! Así que, queridos hermanos, mostraos firmes, inalterables, superándoos siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es nunca inútil en el Señor.

Una vez más debemos recordar que Pablo está tratando de cosas que superan el lenguaje y trascienden la expresión. Debemos leer esto como leeríamos la mejor poesía, y no como si estuviéramos analizando un tratado científico. El argumento sigue una serie de pasos hasta llegar a su clímax.

(i) Pablo insiste en que, tal como somos, no tenemos posibilidad de heredar el Reino de Dios. Puede que estemos bien dotados para enfrentarnos con la vida de este mundo, pero no lo estamos para la vida del mundo venidero. Puede que uno sea capaz de correr lo suficiente para coger el autobús; pero

tendría que ser otra persona para participar en la olimpiada. Puede que uno escriba suficientemente bien para divertir a sus amigos; pero tendría que ser otro para merecer el premio Cervantes. Una persona puede que hable bastante bien en su club; pero no podría ni empezar a hablar entre expertos en la materia. Una persona tiene que cambiar para entrar en otro nivel de vida; y Pablo insiste en que tenemos que experimentar una transformación radical para entrar en el Reino de Dios.

(ii) Además supone que ese cambio radical va a tener lugar durante su vida presente. En este punto, si lo entendemos correctamente, Pablo estaba en un error; pero no en que ese cambio tendría lugar cuando volviera Jesucristo.

(iii) De ahí pasa Pablo a proclamar triunfalmente que no hay por qué tener miedo a ese cambio. El temor de la muerte siempre ha atormentado a la gente. Asediaba al doctor Johnson, que era uno de los hombres más grandes y buenos que haya habido jamás. Una vez le dijo Boswell que había habido un tiempo en que él no temía a la muerte. Johnson le contestó < que nunca había tenido ni un solo momento en el que la muerte no le resultara algo terrible. » Una vez, la señora Knowles le dijo que no debería darle horror lo que es la puerta de la vida. Johnson le contestó: «Ningún ser humano racional puede enfrentarse con la muerte sin serias aprensiones.» Declaraba que el miedo a la muerte era tan natural a una persona, que se pasaba toda la vida intentando no pensarlo.

¿De dónde sale el temor a la muerte? En parte, del miedo a lo desconocido. Pero aún más, del sentimiento de pecado. Si creyéramos que nos podíamos encontrar con Dios sin problemas, morir nos parecería, como a Peter Pan, una gran aventura. Pero, ¿de dónde procede el sentimiento de pecado? Viene del reconocimiento de estar bajo una ley. Mientras no veamos a Dios nada más que en términos de ley de justicia, siempre nos veremos a nosotros mismos como criminales ante el tribunal, sin la menor esperanza de ser declarados inocentes. Pero eso es lo que Jesús vino a abolir. Vino a decirnos que Dios no es ley, sino amor; que no actúa por legalismo, sino por gracia; que

vamos al encuentro, no de un juez, sino de un Padre que está esperando que Sus hijos vuelvan a casa. Para eso nos dio Jesús la victoria sobre la muerte, desterrando su temor con la maravilla del amor de Dios.

(iv) Por último, al final del capítulo, Pablo hace algo a lo que nos tiene acostumbrados. De pronto, la teología se convierte en desafío; de pronto, las especulaciones adquieren un carácter intensamente práctico; de pronto, el vuelo del pensamiento pasa a ser una demanda de acción. Termina diciendo: «Si tenéis esa gloriosa perspectiva a la vista, manteneos firmes en la fe y el servicio de Dios; porque, haciéndolo así, todos vuestros esfuerzos no resultarán baldíos.» La vida cristiana no es fácil, pero la meta hace que valga la pena la lucha para llegar. «Para mí está fuera de toda duda que lo que se sufre en este mundo no tiene comparación con la gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros» (*Romanos 8:18*).

PROYECTOS PRÁCTICOS

1 Corintios 16:1-12

Por lo que se refiere a la colecta para el pueblo de Cristo, seguid vosotros también las instrucciones que les he dado a las iglesias de Galacia. Todos los domingos, que cada uno de vosotros aparte y ahorre lo que le permita su economía, para que no haya necesidad de hacer colectas cuando yo llegue.

Después de llegar, mandaré al que vosotros designéis para llevar vuestros dones a Jerusalén con una carta mía. Si es conveniente que yo vaya también, viajarán conmigo. Ya os visitaré después de pasar por Macedonia. Es posible que me quede con vosotros, y hasta que pase el invierno en vuestra compañía para que me dirijáis adonde haya de ir. No quiero veros ahora de pasada, porque espero quedarme algún tiempo con vosotros si el Señor

*lo permite. Me quedaré en Éfeso hasta Pentecostés,
porque se me ha abierto una puerta grande y efectiva,*

aunque son muchos los que están en contra.

Si llega Timoteo por ahí, aseguraros que puede quedarse con vosotros sin pegas. Él está dedicado a la obra del Señor lo mismo que yo, así que no le tratéis de cualquier manera. Ayudadle para que pueda venir adonde yo estoy con vuestra bendición de paz, pues tanto los hemiaanos como yo mismo estamos esperándole ansiosamente.

En cuanto al hermano Apolos, yo le he animado todo lo que he podido para que fuera a visitaros con los hermanos, pero él no parecía dispuesto a ir por ahora, aunque irá cuando tenga oportunidad.

Es típico del apóstol Pablo el cambio de tono tan abrupto que hay entre los capítulos 15 y 16. El capítulo 15 ha discurrido en las esferas más altas del pensamiento y la teología, y hablando de la vida del mundo venidero. El capítulo 16 trata de las cosas más prácticas de la manera más natural, y se ocupa de la vida cotidiana de este mundo y de la administración de la iglesia. No hay alturas de pensamiento demasiado elevadas para que Pablo intente alcanzarlas, ni detalles prácticos de administración demasiado insignificantes para que les dedique su atención. Estaba muy lejos de ser uno de esos visionarios que se sienten como en su propia casa en los reinos de la especulación teológica pero perdidos en los asuntos prácticos. Puede que hubiera veces que tenía la cabeza en las nubes, pero siempre tenía los pies bien plantados en la tierra.

Empieza por la colecta para los hermanos pobres de Jerusalén. Esa era una empresa que le era muy querida (cp. *Gálatas 2:10; 2 Corintios 8 y 9; Romanos 15:25; Hechos 24:17*). Había un cierto sentimiento fraternal en el mundo antiguo. En el mundo griego había asociaciones que se llamaban *éranoi*. Si una persona estaba pasando una mala racha o tenía una necesidad repentina, sus amigos se lo montarían para ofrecerle un préstamo libre de impuestos que le sacara de apuros. En la

sinagoga había responsables encargados de recoger entre los que tenían para repartirlo entre los que no tenían. Era corriente que los judíos que se habían establecido en otras ciudades y habían tenido éxito en sus empresas mandaran a Jerusalén sus aportaciones para el templo y para los pobres. Pablo no quería que la Iglesia Cristiana fuera menos que las comunidades judía y gentil en materia de generosidad.

Para él, esta colecta para los pobres de Jerusalén quería decir todavía más que eso. (i) Era una manera de demostrar la unidad de la Iglesia. Era una manera de enseñar a los cristianos desperdigados que no eran sólo miembros de una iglesia local, sino de la Iglesia en su totalidad, cada una de cuyas partes tenía obligaciones con las demás. Un enfoque estrechamente congregacionista estaba muy lejos del concepto paulino de la Iglesia. (ii) Era una manera práctica de poner en acción la enseñanza del Evangelio. Al organizar esta colecta, Pablo estaba ofreciéndoles a los creyentes una oportunidad para trasladar a la acción la enseñanza cristiana acerca del amor.

Se ha hecho notar que, en diferentes cartas y sermones, Pablo usa no menos de nueve palabras distintas para describir esta colecta.

(i) Aquí la llama *loguía*, que quiere decir *una colecta especial*. Una *loguía* era lo contrario de un impuesto que se tuviera que pagar; era una donación extra. Un cristiano no cumple sus posibilidades limitándose a satisfacer legalmente el mínimo que se le exige. La pregunta de Jesús era: «¿Qué estás haciendo más que los demás?» (*Mateo 5:47*).

(ii) A veces la llama una *járis* (*1 Corintios 16:3; 2 Corintios 8:4*). Como ya se ha visto, la característica de *járis* es que describe un regalo que se da generosamente a alguien que no lo merece. Lo más encantador es que no es nada que se le saque a nadie, por mucho que sea, sino algo que se da de corazón, por muy poco que sea. Fijémonos en que Pablo no establece una cantidad fija que deba dar cada uno de los cristianos corintios, sino les dice que deben dar como permita su prosperidad. Es el corazón de cada uno el que debe decirle cuánto ha de dar.

(iii) Algunas veces usa la palabra *koinónia* (*2 Corintios 8:4; 9:13; Romanos 15:6*). *Koinónia* quiere decir *solidaridad*, y la esencia de la solidaridad está en *compartir*. La comunión cristiana se basa en el espíritu que no puede arrebujarse lo que tiene, sino que considera todo lo que posee como susceptible de ser compartido con otros. Su pregunta prioritaria no es «¿Con qué puedo quedarme?», sino «¿Qué puedo dar?»

(iv) A veces usa la palabra *diakonía* (*2 Corintios 8:4; 9:1, 12, 13*). *Diakonía* quiere decir servicio práctico cristiano. Es una palabra que transcribimos más que traducimos a veces, lo mismo que otra de la misma raíz, *diákonos, diácono*. Puede que las limitaciones de la vida le impidan a uno a veces ofrecer el servicio personal que quisiera aportar; pero nuestro dinero puede llegar adonde no llegamos nosotros.

(v) Una vez usa la palabra *hadrotés*, cuyo significado es *abundancia* (*2 Corintios 8:20*). En ese pasaje Pablo habla de los mensajeros de la iglesia que le acompañan para garantizar que no malgaste *la abundancia* que se le ha confiado. Pablo no habría querido nunca esa abundancia para sí mismo. Estaba contento con lo que pudiera ganar con el trabajo de sus manos y el sudor de su frente. Pero estaba cordialmente contento cuando tenía abundancia para dar. Es un triste comentario sobre la naturaleza humana el que, cuando una persona está pensando en lo que podría hacer si tuviera mucho dinero, casi siempre empieza, y muchas veces también acaba, pensando en lo que se compraría para sí misma, y rara vez en lo que daría a otros.

(vi) A veces usa la palabra *euloguía*, que en este caso quiere decir *liberalidad* (*2 Corintios 9:5*). Hay una clase de dar que no tiene nada de liberal. Se da lo que sea como un penoso e inevitable deber, con fastidio y no con deleite. Todo verdadero dar es una liberalidad que estamos inmensamente contentos de poder llevar a cabo.

(vii) A veces usa la palabra *leiturguía* (*2 Corintios 9:12*). En griego clásico, esta era una palabra con una historia noble. En los días grandes de Atenas había ciudadanos generosos que ofrecían voluntariamente costear de sus propios bolsillos

alguna empresa en que estuviera comprometida la ciudad. Podía ser pagar los gastos de la preparación del coro para algún nuevo drama; o de algún equipo atlético que representara a la ciudad en los juegos olímpicos; o podía ser pagar la dotación de un trirreme o barco de guerra cuando la ciudad estuviera en peligro. *Una leiturgia* era en su origen un servicio que se hacía al estado voluntariamente. El dar cristiano debería asumirse voluntariamente. Debería considerarse un privilegio el que se le ofreciera a uno la oportunidad de ayudar de alguna manera a la familia de Dios.

(viij) Una vez habla de la colecta como *eleémosyné* (Hechos 24:17). Esa era la palabra griega para *limosna*. Tan consustancial era la idea de la limosna a la de la religión entre los judíos que, en hebreo, *limosna y justicia* se expresaban con la misma palabra, como pasa en español con la palabra *piEDAD*.

*La limosna que se le da a un padre no se borra,
y quedará inalterable como expiación por el pecado;
en el día aciago será recordada,
obliterando tus iniquidades como la escarcha»*
(Eclesiástico 14:15).

Un judío habría dicho: «¿Cómo puede un hombre demostrar su bondad mejor que siendo generoso?»

(ix) Por último, usa la palabra *prosforá* (Hechos 24:17). Lo interesante de esta palabra es que designa *una ofrenda y un sacrificio*. En el sentido más real, lo que se da a una persona necesitada es un sacrificio que se presenta a Dios. El mejor sacrificio que Le podemos ofrecer, después del de un corazón contrito y humillado, es la amabilidad que se tiene con uno de Sus hijos en angustia.

Al final de esta sección, Pablo recomienda a dos de sus colaboradores. El primero es *Timoteo*. Timoteo tenía la desventaja de ser joven. La situación de Corinto era bastante difícil para un hombre experimentado como Pablo; lo sería infinitamente más para Timoteo. La recomendación de Pablo es que

respeten a Timoteo, no por lo que es en sí, sino por la obra que está llevando a cabo. No es la persona la que glorifica la obra, sino la obra la que glorifica a la persona. No hay dignidad como la de una gran tarea. El segundo es *Apolos*. Apolos surge de este pasaje como un hombre de gran sabiduría. Al principio de esta carta vimos que había un grupo en Corinto que, sin la menor sanción de Apolos, le consideraban su dechado. Apolos lo sabía y, sin duda, quería mantenerse lejos de Corinto, no fuera que aquel partido tratara de utilizarle. Era suficientemente sabio como para saber que, cuando una iglesia está dividida por la política de los partidos, lo más sabio y previsor es mantenerse lejos.

DESPEDIDA Y SALUDOS

1 Corintios 16:13-21

Estad alerta. Manteneos firmes en la fe. Portaos como hombres. Hacedos fuertes. Que el amor presida todas vuestras relaciones.

Hermanos, os insisto: ya sabéis que la familia de Esteban fueron las primicias de la cosecha de Dios en Acaya, y que se han consagrado a ayudar a los que son de Cristo; pues que vosotros seáis también obedientes a tales personas y a todos los que participan en la obra común del Evangelio y se esfuerzan por él. Me ha dado una alegría inmensa la llegada de Esteban, Fortunato y Acaico, porque han completado la información que yo tenía sobre vosotros. Me han confortado el espíritu, como han hecho también con vosotros. Mostrad todo vuestro aprecio a personas así.

Las iglesias de Asia os mandan sus saludos. Muchos recuerdos en el Señor de Áquila y Prisca, con toda la iglesia que se reúne en su casa. Todos los hermanos os mandan sus saludos. Saludaos unos a otros de nuestra parte con un beso santo.

Aquí tenéis mi saludo, de mi puño y letra: Pablo. El que no ame al Señor Jesucristo, que se pierda. El Señor está cerca. La gracia del Señor Jesucristo sea con vosotros. Todo mi amor hacia todos vosotros en Jesucristo. Amén.

Este pasaje es interesante por su naturaleza eminentemente práctica y porque, con la máxima sencillez, arroja un torrente de luz sobre la vida cotidiana de la Iglesia Primitiva.

Pablo empieza con una serie de cinco imperativos. Es posible que los cuatro primeros tengan un trasfondo militar y sean como las órdenes de un oficial a sus soldados. < Como centinelas, estad siempre alerta. Cuando os ataquen, manteneos firmes en la fe y no retrocedáis ni un centímetro. A la hora de la batalla, portaos como héroes. Como soldados bien equipados y entrenados, pelead con bravura por vuestro Rey. » A continuación, la metáfora cambia. Cualquiera que sea la actitud del soldado cristiano para con las personas y las cosas que amenazan al Evangelio desde fuera, para con los que están dentro de la iglesia su actitud debe estar inspirada siempre por la camaradería y el amor. En la vida cristiana tienen que estar siempre presentes el coraje que no retrocede jamás y el amor que nunca falla.

En Éfeso, a Pablo le habían ido a ver Esteban, Fortunato y Acaico, y le habían llevado noticias frescas que llenaban los huecos de su información de lo que sucedía en Corinto. Su elogio de Esteban es muy interesante: Esteban merecía respeto porque se había puesto al servicio de la iglesia. En la Iglesia Primitiva el servicio voluntario y espontáneo era el principio del ministerio reconocido. Uno llegaba a ser un líder en la iglesia, no tanto por un nombramiento humano como por el hecho de que su testimonio y trabajo le señalaban como persona a la que las demás debían respetar. T. C. Edwards dice: < En la iglesia hay muchos que *hacen algo*, pero pocos que *trabajan*. » (El D.R.A.E. dice que trabajar es, entre otras cosas, «aplicarse uno con desvelo y cuidado a la ejecución de alguna cosa»).

Los versículos 19 y 20 contienen una serie de saludos. Áquila y Prisca son los únicos que se mencionan por nombre. Estos dos, marido y mujer, circulan por el escenario de las cartas de Pablo y el Libro de los Hechos como Pedro por su casa. Eran judíos y, como Pablo, fabricantes de tiendas de campaña. En un principio estaban instalados en Roma; pero el año 49 ó 50 el emperador Claudio publicó un decreto por el que expulsaba de Roma a todos los judíos. Áquila y Prisca se encaminaron a Corinto, donde encontraron a Pablo por primera vez (*Hechos 18:2*). De Corinto pasaron a Éfeso, desde donde Pablo manda ahora sus saludos a sus anteriores compañeros de Corinto. Por *Romanos 16:3* deducimos que habían vuelto a Roma y estaban establecidos otra vez allí. Una de las cosas interesantes sobre Aquila y Prisca es que nos muestra lo fácilmente que se trasladaba la gente en aquellos tiempos, especialmente tal vez los judíos. Llevados por su trabajo fueron de Palestina a Roma, de Roma a Corinto, de Corinto a Éfeso y de Éfeso otra vez a Roma.

Hay algo especial en esos dos que no debemos pasar por alto. En aquellos días no habían tal cosa como iglesias, en el sentido de locales para el culto cristiano. De hecho, no sabemos que las hubiera hasta el siglo III. Las pequeñas congregaciones se reunían en casas particulares en las que hubiera una habitación suficientemente grande y conveniente. Pues bien: dondequiera que iban Áquila y Prisca, su casa era la iglesia. Cuando estaban en Roma, Pablo manda saludos para ellos y para la iglesia que se reúne en su casa (*Romanos 16:3-5*). Cuando escribe desde Efeso, manda recuerdos de ellos y de la iglesia que se reúne en su casa. Áquila y Prisca eran dos de aquellos cristianos maravillosos que ofrecían sus hogares como centros de la luz y el amor de Cristo, recibiendo a muchos huéspedes y viandantes porque Cristo era siempre su huésped invisible, que convertía sus casas en refugios de descanso y paz y amistad para los solitarios y tentados y tristes y deprimidos. Homero dedica un gran cumplido a uno de sus personajes cuando dice de él: «Vivía en una casa al borde del

camino, y era amigo de todos los viandantes.» El peregrino cristiano siempre encontraba alojamiento acogedor donde vivían Aquila y Prisca. ¡Que Dios nos ayude a hacer que sean así nuestros hogares!

< Saludaos unos a otros de nuestra parte con un beso santo,» les dice Pablo. El beso de la paz era una costumbre preciosa de la Iglesia Primitiva. Puede que fuera una práctica judía, que los cristianos adoptaron en las iglesias. Aparentemente se daba después de las oraciones e inmediatamente antes de la Santa Cena. Era la señal y el símbolo de que estaban a la mesa del amor unidos en perfecto amor. Cirilo de Jerusalén escribe acerca de esto: «No penséis que este beso es como los que se dan los amigos en el mercado.» No era producto de la rutina ni de la sensualidad. Es verdad que en tiempo posterior no se daban besos entre hombres y mujeres sino sólo entre los hombres o entre las mujeres. A veces se daba, no en los labios, sino en la mano. Llegó a llamarse simplemente « la paz,» como ahora en muchas iglesias en las que se practica el saludo fraternal como parte del culto. Hacía falta recordarles esta buena costumbre a los corintios, porque su iglesia estaba rasgada por rivalidades y disensiones.

¿Por qué desapareció de la vida de la iglesia esa bella costumbre? En primer lugar, se fue desvaneciendo porque, con ser tan encantadora, se prestaba al abuso y, todavía más, a la maliciosa interpretación de los calumniadores paganos. En segundo lugar, cayó en desuso porque la iglesia era cada vez menos una comunidad de hermanos. En las pequeñas iglesias caseras en las que todos eran amigos estrechamente relacionados, era la cosa más natural del mundo; pero, cuando el grupito hogareño pasó a ser una reunión de muchas personas que no se conocían íntimamente, desapareció la confianza, y con ella el beso de la paz. Puede que donde hay congregaciones numerosas se pierda algo; porque, cuanto mayor y más desperdigada sea la congregación, más difícil resulta la confianza que reina donde todos se conocen y se quieren. Es verdad que la iglesia debe acoger a los forasteros y a los desarraigados; pero

una iglesia en la que todos son desconocidos o, a lo más, meros conocidos, no es una iglesia en el sentido más profundo.

En la última hoja de la carta que ha escrito a su dictado algún amanuense, Pablo escribe su propio saludo autógrafa. Les advierte en contra de los que no aman a Cristo, porque nada bueno pueden aportar en la iglesia los que llegan movidos por otros intereses que no son la verdadera entrega y lealtad al Señor. Y a continuación escribe en arameo la frase «¡Macan atha!», que quiere decir probablemente « ¡El Señor está cerca!»; o, con un ligero cambio de entonación, « ¡Ven, Señor nuestro!» Es curioso encontrarse una frase aramea en una carta escrita en griego a una iglesia griega. La explicación es que esa frase, como otras pocas tales como «aleluya» y «hosanna», se habían incorporado a la lengua de la alabanza, como sigue pasando. La que aparece aquí resumía la esperanza viva -de la Iglesia Primitiva, y los cristianos se identificaban y saludaban con ella de una manera que les era característica y exclusiva.

Dos últimas cosas envía Pablo a los de la iglesia de Corinto: la gracia de Cristo, y su propio amor. Puede que tuviera necesidad de advertir, corregir y reprender con justa indignación algunas cosas de los cristianos de Corinto; pero la última palabra es amor.

2 CORINTIOS

CONFORTADO PARA CONFORTAR

2 Corintios 1:1-7

Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Timoteo, el hermano que todos conocéis, enviamos esta carta a la iglesia de Dios que hay en Corinto, y a todo el pueblo consagrado a Dios que hay por toda Acaya:

¡Que la gracia y la paz de nuestro Padre Dios y de nuestro Señor Jesucristo estén siempre con vosotros!

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre siempre compasivo y el Dios que manda toda confortación, que nos conforta en todas nuestras aflicciones para que podamos confortar a los que estén en cualquier tipo de pruebas por medio de la confortación con que Dios nos conforta! Porque, si los padecimientos que nos alcanzan son los que rebosan de los que Cristo padeció, también la confortación que os podemos comunicar nos llega rebosando de Cristo. Si pasamos tribulación es para poder confortaros mejor y aportar-ros salvación. Si somos confortados, es para poder comunicaros mejor esa confortación cuya efectividad se demuestra en vuestra capacidad para sufrir victoriosamente las experiencias duras por las que nosotros también estamos pasando. Así que nuestra esperanza en relación con vosotros está bien fundada; porque sabemos que, así como participáis en los sufrimientos que pasamos nosotros, también participáis de la fuente de confortación que nosotros poseemos.

Detrás de este pasaje se esconde todo un sumario de la vida cristiana.

(i) Pablo escribe a los que están pasando pruebas como hombre experimentado en pruebas. La palabra que usa para aflicción es *thlipsis*. En griego corriente esta palabra describe siempre la presión física que tiene que soportar una persona. R. C. Trench escribe: «Cuando, según la antigua ley de Inglaterra, a los que se negaban a confesar se les colocaban grandes pesos en el pecho hasta el punto de morir aplastados, eso era literalmente *thlipsis*.»

A veces cae sobre el espíritu de una persona la carga y el misterio de este mundo ininteligible. En los primeros años del Cristianismo, los que se hacían cristianos se exponían a toda clase de pruebas. Podría sucederles que los abandonaran sus propios familiares, que los rechazaran sus vecinos paganos y que los persiguieran los poderes públicos. Samuel Rutherford le escribió a uno de sus amigos: «Dios te ha llamado al lado de Cristo, y la tempestad sopla ahora sobre el rostro de Cristo en esta tierra; y, puesto que estás con Él, no puedes esperar estar al socaire o en la ladera soleada del cerro.» Siempre es costoso ser cristiano de verdad, porque no hay Cristianismo sin Cruz.

(ii) La respuesta a este sufrimiento está en la resistencia. La palabra griega para resistencia o aguante es *hypomoné*. La clave de *hypomoné* no está en la ceñuda, hosca aceptación de la dificultad, sino en la victoria. Describe el espíritu que puede, no sólo aceptar el sufrimiento, sino triunfar sobre él. Alguien le dijo a uno que estaba sufriendo: « El dolor le pone color a la vida, ¿verdad?» « Sí -respondió el sufriente-, pero yo me reservo elegir el color.» Como la plata sale del fuego más pura, así el cristiano surge más real y fuerte de los días aciagos. El cristiano es un atleta de Dios cuyos músculos espirituales se fortalecen con la disciplina de la dificultad.

(iii) Pero no se nos deja arrostrar esta prueba ni aportar el aguante por nosotros mismos. Viene en nuestra ayuda la confortación de Dios. Entre los versículos 3 y 7, el nombre

confortación o el verbo *confortar* aparecen no menos que nueve veces. Con *confortación* el Nuevo Testamento siempre quiere decir mucho más que *lástima*. Esta palabra es fiel a su etimología: deriva de la raíz latina *fortis*, que quiere decir *valeroso*. La confortación cristiana es la que infunde valor, y le permite a una persona resistir o asumir lo que sea. Pablo estaba seguro de que Dios no le envía a nadie una misión que no vaya acompañada del poder para realizarla.

Aun aparte de eso, hay siempre una cierta inspiración en cualquier sufrimiento al que le conduzca a uno su fe; porque tal sufrimiento, como dice Pablo, es lo que nos llega del reboamiento de los sufrimientos de Cristo. Es una participación en los padecimientos de Cristo. En los tiempos de la caballería andante, los caballeros llegaban solicitando alguna tarea especialmente difícil mediante la cual pudieran demostrar su devoción a su dama. Sufrir por Cristo es un privilegio. Cuando llega la adversidad, el cristiano puede decir lo que dijo Policarpo, el anciano obispo de Esmirna, cuando le estaban atando al patíbulo: « Te doy gracias porque me has juzgado digno de esta hora.»

(iv) El resultado supremo de todo esto es que obtenemos la capacidad de confortar a otros que estén pasando pruebas. Pablo afirma que las cosas que le han sucedido y la confortación que ha recibido le han capacitado para ser una fuente de confortación para otros. Barrie, el creador de *Peter Pan*, nos cuenta que su madre perdió un hijito muy querido, y luego nos dice: «Así es como mi madre obtuvo sus ojos tiernos, y por lo que otras madres acudían a ella cuando perdían un hijo.» Se nos dice de Jesús: «Porque, en cuanto Él mismo fue tentado y sufrió, puede ayudar a los que están pasando pruebas» (*Hebreos 2:18*). Vale la pena experimentar el sufrimiento y el dolor si esa experiencia nos capacita para ayudar a otros cuando sean combatidos por las tempestades de la vida.

IMPULSADOS DE VUELTA A DIOS

2 Corintios 1:8-11

Quiero que sepáis, hermanos, que en Asia pasamos por una experiencia terrible en la que estuvimos abatidos más allá de lo soportable, hasta el punto de que desesperábamos de salir con vida. El único veredicto que se podía dar de nuestra condición era la condena de muerte; pero todo esto nos sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en el Dios que resucita a los muertos. Fue ÉL Quien nos rescató; y esperamos que ÉL nos siga rescatando en respuesta a vuestras oraciones, para que se den gracias por nosotros desde muchos sitios y por muchas personas por el don de la gracia de Dios que nos alcanzó.

Lo más extraordinario de este pasaje es que no tenemos absolutamente ninguna información acerca de esa terrible experiencia que pasó Pablo en Éfeso. Algo le sucedió que le condujo al último límite de su resistencia. Estaba en un peligro tan inminente que ya se consideraba condenado a muerte sin posible salida; y, sin embargo, esta alusión de pasada y algunas otras por el estilo en otras cartas suyas contienen todo lo que sabemos.

Hay una tendencia muy humana a sacar el mayor partido posible de todo lo que se tiene que pasar. A menudo una persona que ha sufrido una operación muy sencilla la usará como tema predilecto de conversación mucho tiempo. H. L. Gee nos cuenta que dos hombres se encontraron durante los días de la guerra para cierto asunto. Uno no hablaba más que del ataque de aviación que había sufrido el tren en que viajaba: lo aterrada que estaba la gente, el peligro en que se encontraban y cómo habían salido con vida por los pelos. El otro al fin dijo: «Vamos a acabar con nuestro asunto. Quisiera marcharme pronto, porque una bomba me arrasó la casa anoche.»

Los que han sufrido de veras no suelen hablar mucho de ello. El rey Jorge V de Inglaterra tenía como una de sus reglas: < Si tengo que sufrir, dejad que me retire a la soledad en silencio como un animal bien educado. » Pablo no hacía gala de sus sufrimientos; así que nosotros, que no tendremos que sufrir tanto como él, debemos seguir su ejemplo.

Pero Pablo veía que la experiencia terrible que había pasado había resultado tremendamente útil: *le había arrojado a los brazos de Dios y le había demostrado su absoluta dependencia de Él.* Los árabes tienen un proverbio: «La luz del Sol acaba por producir un desierto.» El peligro de la prosperidad es que produce una falsa independencia; nos hace creer que podemos pilotar la vida solos. Por cada oración que se eleva a Dios en los días de prosperidad se elevan diez mil en los días de adversidad. Como Lincoln decía: «Muchas veces he tenido que caer de rodillas en oración porque no tenía adónde acudir.» A menudo es en la desgracia cuando se descubre quiénes son los verdaderos amigos, y a menudo necesitamos un tiempo de adversidad para comprender cuánto necesitamos a Dios.

El resultado fue que Pablo adquirió una confianza inalterable en Dios. Ahora sabía sin la menor duda lo que Dios podía hacer por él. Si pudo sacarle con vida de aquello, podía sacarle de lo que fuera. El grito gozoso del salmista era: «¡Tú has librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas y mis pies de resbalar!» (*Salmo 116:8*). Lo que más contribuyó a la conversión de John Bunyan fue oír a unas ancianas sentadas al sol «que hablaban de lo que Dios había hecho por sus almas.» La confianza del cristiano en Dios no es cosa de teoría ni especulación; es de hecho y de experiencia. Sabe lo que Dios ha hecho por él, y por tanto no tiene miedo.

Por último, Pablo pide las oraciones de los corintios. Como ya hemos notado antes, el mayor de los santos no se avergüenza de pedir las oraciones del más pequeño de sus hermanos. Puede que podamos hacer muy poco por nuestros amigos; pero, aunque tengamos pocos bienes de este mundo, podemos dedicarles el tesoro incalculable de nuestras oraciones.

2 Corintios 1:12-14

Lo único de lo que podemos presumir es de algo en lo que también nos respalda el testimonio de nuestra conciencia: de que nos hemos conducido en el mundo, y mucho más entre vosotros, en santidad y transparencia de Dios; no con una sabiduría dominada por motivos meramente humanos, sino con la gracia de Dios. No os hemos escrito nada más que lo que podéis leer y entender, y espero que seguiréis profundizando más y más en el sentido y significado de lo que ya habéis empezado a entender por lo menos en parte. Porque estamos orgullosos de vosotros, como vosotros lo estáis de nosotros, con el Día de Cristo a la vista.

Aquí empezamos a captar los matices de las acusaciones que estaban dirigiendo los corintios contra Pablo y de las calumnias con las que estaban tratando de desacreditarle.

(i) Deben de haber estado diciendo que había más en la conducta de Pablo de lo que se veía. Su respuesta es que se ha conducido siempre en la santidad y transparencia de Dios. *No había nada escondido en la vida de Pablo.* Podríamos añadir a la lista otra bienaventuranza: «Bienaventurados los que no tienen nada que ocultar.» Hay una antigua historia de uno que iba de puerta en puerta diciendo: «¡Huid! ¡Todo se ha descubierto!», y uno se sorprendía de ver que salían huyendo los que no se habría figurado. Se cuenta que una vez un arquitecto se ofreció a construirle a un filósofo griego una casa en la que era imposible ver desde ningún sitio lo que había dentro; y el filósofo le dijo: « Te pagaré el doble de tus honorarios si me construyes una en la que todo el mundo pueda ver lo que hay en todas las habitaciones.» La palabra que hemos traducido por *transparencia* es *eilikrinía*, y es sumamente interesante. Puede describir algo que puede soportar la prueba

de ser expuesto a la luz del Sol y que se vea el Sol a través ' de ello. Bendita la persona cuyas acciones puedan soportar la luz del día y que, como Pablo, pueda asegurar que no hay segundas intenciones ocultas en su vida.

(ii) Había algunos que le estaban atribuyendo motivaciones ocultas a Pablo. Su respuesta es que toda su conducta está motivada, no por una astucia calculada, sino por la gracia de Dios. *No había motivaciones ocultas en la vida de Pablo.* El poeta escocés Robert Burns, en otra relación, señala la dificultad de descubrir < Lo que los movió a hacerlo. » Si somos honestos, tendremos que admitir que rara vez hacemos nada sin mezcla de motivos. Hasta cuando hacemos algo bien, puede estar enredado en motivos de prudencia, prestigio, exhibicionismo, temor o cálculo. La gente puede que nunca vea esos motivos; pero, como decía Tomás de Aquino, «los humanos vemos la acción, pero Dios ve la intención.» La pureza de acción puede que sea difícil, pero la pureza de intención lo es todavía más. Sólo podemos tener tal pureza cuando podemos decir como Pablo que nuestro viejo yo ha muerto, y Cristo vive en nosotros.

(iii) Había algunos que decían que Pablo no quería decir en sus cartas lo que parecía. Su respuesta fue que no *había ninguna segunda intención en sus palabras.* Las palabras son criaturas extrañas. Se pueden usar para revelar el pensamiento, o para ocultarlo. Pocos son los que pueden decir honradamente que quieren decir exactamente lo que dicen. Puede que digamos algo porque es lo que hay que decir en esa situación; puede que lo digamos para cumplir, o para quedar bien; o para no meternos en líos. Santiago, que veía los peligros de la lengua mejor que nadie, decía: « El que no comete errores en lo que dice es una persona perfecta » (*Santiago 3:2*).

En la vida de Pablo no había cosas ocultas, ni motivos ocultos, ni sentidos ocultos. Vale la pena proponerse ser así.

EL SÍ DE DIOS EN JESUCRISTO

2 Corintios 1:15-22

Fue con esta confianza como hice planes anteriormente para visitaros, para llevaros algo agradable por segunda vez, y luego seguir para Macedonia desde vosotros para que me ayudarais a ganar tiempo para ir a Judea. Así que, cuando hice ese plan, ¡no diréis que lo hice veleidosamente! ¿O podéis creer de veras que cuando hago los planes los hago como los haría un mundano diciendo que sí y que no a la vez? Podéis fiaros de Dios. Podéis estar completamente seguros de que el Mensaje que os llevamos no vacilaba entre el sí y el no; porque el Hijo de Dios, Jesucristo, a Quien proclamamos entre vosotros Silvano, Timoteo y yo mismo, no era algo que vacilaba entre el sí y el no. ¡Era un rotundo sí! El es el sí a todas las promesas de Dios. Por eso podemos decir ¡Amén! por medio de Él cuando hablamos de ello para la gloria de Dios. Pero es Dios el Que os garantiza a vosotros con nosotros en Cristo, el Dios que nos ha ungido y sellado y nos ha puesto el Espíritu Santo en el corazón como adelanto y prenda de la vida por venir.

A primera vista, este parece un pasaje difícil. Detrás de él se esconde otra acusación o calumnia contra Pablo. Pablo había dicho que les haría una visita a los corintios; pero la situación se había enrarecido tanto que él pospuso la visita para no causarles disgusto (versículo 23). Sus enemigos aprovecharon rápidamente la ocasión para acusarle de ser la clase de hombre que hacía promesas frívolas que luego no cumplía, y que nunca decía claro sí o no. Eso ya era bastante malo; pero de ahí pasaban a decir que, « Si no podemos confiar en las promesas de Pablo en cosas cotidianas, ¿cómo vamos a creer lo que nos ha dicho acerca de Dios?» La respuesta de Pablo es que

podemos fiarnos de Dios, y que Jesucristo no está cambiando de posición constantemente entre el sí y el no.

Y entonces comprime todo este asunto en una frase epigramática: < Jesucristo es el Sí a todas las promesas de Dios. » Lo que quiere decir esto es que, si Jesús no hubiera venido, podríamos haber dudado de las maravillosas promesas de Dios. Pero un Dios que nos ama tanto Que nos ha dado a Su Hijo es seguro que cumplirá todas las promesas que nos ha hecho. Jesús es la garantía personal que Dios nos da de que todas Sus promesas, desde las más grandes hasta las más pequeñas, son verdad.

Aunque los corintios estaban calumniando a Pablo, queda esta verdad saludable: la fidelidad del mensajero confirma la fiabilidad del mensaje. Predicar, se dice, es < verdad a través de personalidad; » y, si no se puede confiar en el mensajero, tampoco se puede confiar en su mensaje. Entre las normas judías en relación con la conducta y el carácter de un maestro, se establecía que no debía nunca prometerle nada a sus alumnos que no tuviera intención de cumplir. Porque eso sería acostumarlos a la falsedad. Aquí tenemos la advertencia de que no se deben hacer promesas a la ligera, porque se dejarían de cumplir con la misma ligereza. Antes de hacer una promesa se debe calcular lo que costará cumplirla, y estar seguro de que se puede y se quiere pagar ese precio.

Pablo pasa a decir dos cosas importantes.

(i) Es a través de Jesucristo como decimos «Amén» a las promesas de Dios. Solemos terminar nuestras oraciones diciendo: «Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.» Cuando concluimos una lectura bíblica también decimos a veces: «Amén.» *Amén* quiere decir *Así sea*, y la gran verdad es que no se trata de una fórmula ni de algo ritual; es la palabra que expresa nuestra convicción de que podemos ofrecer nuestras oraciones con confianza a Dios, y podemos apropiarnos con confianza todas Sus grandes promesas porque Jesús es la garantía de que nuestras oraciones serán oídas, y de que las grandes promesas de Dios son verdad.

(ii) Por último, Pablo habla de lo que la versión ReinaValera llama *las arras del Espíritu*. La palabra griega es *arrabón*, que en griego moderno quiere decir *anillo de boda*. *Arrabón* era la cantidad inicial de un pago, que se abonaba como garantía de que se pagaría el resto. Es una palabra muy corriente en documentos legales griegos. Leemos en uno de ellos que una mujer que vendía una vaca recibió 1,000 dracmas como *arrabón* de que la operación era en firme y se le pagaría el resto. En otro, unas bailarinas que se habían contratado para la fiesta de una aldea, recibieron un tanto como *arrabón*, que sería deducido del total, pero que era una garantía de momento de que el contrato se mantendría y se les pagaría lo estipulado. En otro, un cierto siervo le escribe a su amo que le ha pagado a Lampón el ratonero un *arrabón* de 8 dracmas en señal de que empezará a cazar los ratones mientras tienen las crías. Era un adelanto y una señal de que se le pagaría el resto. Todo el mundo conocía esta palabra. Cuando Pablo habla del Espíritu Santo como el *arrabón* que Dios nos ha dado quiere decir que la clase de vida que vivimos con la ayuda del Espíritu Santo es el primer plazo de la vida del Cielo, y la garantía de que algún día recibiremos la totalidad de esa vida. El don del Espíritu Santo es la señal y la garantía de algo todavía más maravilloso que está por venir.

CUANDO UN SANTO REPRENDE

2 Corintios 1:23 - 2:4

Pongo a Dios como testigo en contra de mí mismo si no es verdad que no volvía Corinto porque no quería haceros daño. No lo digo porque queramos ejercer ningún paternalismo sobre vuestra fe, sino porque deseamos seguir trabajando con vosotros para producir os alegría. Por lo que se refiere a la fe, vosotros os mantenéis firmes. Pero para mi propia tranquilidad de

conciencia llegué a esta decisión: No ir otra vez a vosotros con tristeza. Porque, si os entristezco, ¿quién me va a poner a mí alegre sino el que he entristecido con lo que he hecho? Ahora os escribo esta carta para que, cuando vaya, no me infundan tristeza los que deberían producirme alegría. Y es que, en realidad, nunca he perdido la confianza en ninguno de vosotros, y sigo seguro de que mi alegría y la de todos vosotros son la misma cosa. Si os escribí una carta con mucha aflicción y angustia de corazón, no fue sin muchas lágrimas, ni porque quisiera causaros pesar, sino porque quería que supierais cuánto os quiero especialmente a vosotros.

Aquí nos llega un eco de cosas tristes. Como hemos visto en la Introducción, la secuencia de los acontecimientos debe de haber sido la siguiente. La situación en Corinto había ido de mal en peor. La iglesia estaba dividida en partidos, y había algunos que negaban la autoridad de Pablo. Tratando de remediar el asunto, Pablo les hizo una visita que lejos de resolver los problemas los exacerbó aún más, hasta el punto de romperle el corazón. En consecuencia, escribió una carta muy severa de reprensión, con el corazón dolorido y abundantes lágrimas. Fue por esa razón por lo que no cumplió la promesa de visitarlos otra vez; porque, tal como estaban las cosas, no habría servido más que para causarles dolor, a él y a ellos.

En este pasaje se nos descubre el corazón de Pablo cuando tenía que ponerse severo con los que amaba.

(i) Usaba la severidad y la reprensión muy a su pesar. Las usaba sólo cuando se veía obligado a ello y no tenía otra salida. Hay algunas personas que parece que siempre tienen la mirada enfocada para descubrir faltas, la lengua afilada para criticar y la voz áspera e hiriente. Pablo no era así. En esto, como en otras cosas, era sabio. Si siempre estamos en clave de crítica y acusación, si estamos habitualmente agresivos y duros, si reprendemos más que alabamos, el hecho es que hasta nuestra severidad pierde efectividad. Se da por descontada por lo

frecuente. Cuanto más raro es que una persona reprenda, más eficaz es cuando lo hace. En cualquier caso, los ojos de una persona realmente cristiana buscan más los motivos de alabanza que los de condenación.

(ii) Cuando Pablo reprendía, lo hacía con amor. Nunca decía nada sólo para herir. Hay tal cosa como un placer sádico en ver cómo se estremece otro al escuchar una palabra cruel. Pero Pablo no era así. No reprendía para producir dolor, sino para devolver la alegría. Cuando John Knox estaba en el lecho de muerte, dijo: «Dios sabe que siempre he tenido la mente limpia de odio para con las personas a las que he dirigido mis juicios más severos.» Es posible odiar el pecado pero amar al pecador. La reprensión eficaz es la que se da con el brazo en los hombros de la otra persona. La reprensión con ardor de ira puede que hiera y aun que aterre; pero la reprensión de amor herido y condolido es la única que quebranta el corazón.

(iii) Cuando Pablo reprendía, lo último que quería era dominar. En una novela moderna, un padre le dice a su hijo: « ¡Te voy a meter en el cuerpo el temor al Dios de amor aunque sea a palos!» El gran peligro que asedia siempre al predicador y al maestro es el de creer que tenemos el deber de obligar a los demás a pensar exactamente como nosotros, e insistir en que si no ven las cosas como nosotros están en un error. El deber del maestro no es imponerles creencias a los demás, sino animarlos a pensar sus creencias por sí mismos. Su objetivo no es reproducirse en una serie de espejos opacos, sino contribuir a la formación de seres humanos independientes. Uno que tuvo como profesor a aquel gran maestro que fue A. B. Bruce dijo: «Cortaba las amarras, y nos permitía vislumbrar las aguas azules.» Pablo sabía que, como maestro, no debía ser paternalista, aunque sí debía guiar y disciplinar cuando fuera necesario.

(iv) Por último, a pesar de resistirse a reprender, y de su insistencia en ver lo mejor en los demás, y del amor que tenía en el corazón, Pablo reprendía cuando era necesario. Cuando John Knox se opuso al matrimonio de la reina Mary con don Carlos, al principio ella jugó la carta de la indignación y de

la majestad ofendida, y luego la de «las lágrimas en abundancia.» La respuesta de Knox fue: «Nunca me he complacido en el llanto de ninguna de las criaturas de Dios. Apenas puedo resistir las lágrimas de mis propios chicos, a los que corrijo con mi propia mano; mucho menos puedo regocijarme con el llanto de vuestra Majestad. Pero debo mantener, aunque involuntariamente, las lágrimas de vuestra Majestad antes que atreverme a violentar mi conciencia o traicionar a mi pueblo con el silencio.» No es infrecuente el refrenar la reprensión movidos por una falsa amabilidad, o para evitarnos disgusto. Pero hay situaciones en las que evitar disgusto es almacenar disgustos, y en las que pactar una paz cómoda o cobarde es cortejar un peligro todavía mayor. Si no es el orgullo, sino el amor y la consideración lo que nos guía a buscar el bien de otros, sabremos distinguir y escoger el tiempo de hablar y el de callar.

INTERCEDIENDO POR UN PECADOR

2 Corintios 2:5-11

Si alguien ha causado pesar, no ha sido a mí a quien se lo ha causado sino, y no quiero exagerar, a todos vosotros. Para tal persona, el castigo que le ha impuesto la mayoría es suficiente; de modo que, lejos de imponerle una corrección más severa, lo que debéis hacer es perdonarle y confortarle para que no se hunda en una excesiva depresión. Así que, insisto: Que lo que decidáis con respecto a él sea inspirado por el amor. Porque, cuando os escribí, lo que me proponía era ponerlos a prueba para comprobar vuestra obediencia en todo. Lo que le hayáis perdonado a una persona, si yo tenía algo que perdonar, también lo he perdonado. Porque lo que he perdonado, si es que tenía algo, que perdonar, lo he perdonado por amor a vosotros en presencia de Cristo, para que no se salga Satanás coro la suya, porque sabemos muy bien lo que pretende.

De nuevo nos encontramos ante un pasaje que es un eco de problemas y disgustos. Cuando Pablo visitó Corinto, había habido un cabecilla de la oposición que había insultado abiertamente a Pablo, y Pablo había insistido en que se le impusiera una disciplina. La mayoría de los miembros se habían dado cuenta de que la conducta de esa persona no había ofendido solamente a Pablo, sino también el buen nombre de la iglesia de Corinto. Se le había impuesto una disciplina; pero todavía había algunos que creían que no había sido lo suficientemente severa, y que querían imponerle un mayor castigo.

Y ahí es donde se muestra la suprema grandeza de Pablo. Dice que ya se ha hecho bastante. La persona se ha arrepentido; y el ejercer todavía más disciplina haría más daño que bien. Podría llevar a la desesperación a aquella persona, lo que le ofrecería a Satanás una oportunidad de apoderarse de ella. Si Pablo hubiera obrado movido por motivos meramente humanos, se podría haber complacido de la suerte que le había caído a su anterior enemigo; aquí aparece en toda su grandeza la nobleza de su carácter cuando, por la generosidad de su corazón, intercede para que se tenga piedad del que tanto le había ofendido. Aquí tenemos un ejemplo excelente de cómo se enfrenta la conducta cristiana con la ofensa y el insulto.

(i) Pablo no considera aquello como un asunto meramente personal. No era porque se hubieran herido sus sentimientos por lo que aquello era importante. Lo que más le preocupaba era el buen orden y la paz de la iglesia. Hay algunos que lo toman todo por lo personal. Toman la crítica, hasta cuando es constructiva y amable, como un insulto personal. Tales personas contribuyen más que nadie a desterrar la paz de la comunidad. A todos nos sería bueno pensar que la crítica y el consejo se nos ofrecen, no para herirnos sino para ayudarnos, no para hundirnos sino para levantarnos.

(ii) La motivación de Pablo en el ejercicio de la disciplina no era venganza sino corrección; no quería hundir a la persona, sino ayudarla a levantarse. Se proponía juzgar a la persona, no con el baremo de una justicia abstracta, sino con amor

cristiano. El hecho es que muchas veces los pecados son buenas cualidades que se han sacado de quicio. La persona que puede planificar el robo perfecto tiene iniciativa y sabe organizar los medios y el poder; el orgullo es muchas veces un exceso del espíritu de independencia; la mezquindad es la economía cuando se espiga. La finalidad de la disciplina para Pablo era, no erradicar las cualidades que pudiera tener una persona, sino uncirlas a propósitos más elevados. El propósito cristiano no es convertir al pecador en un inútil a fuerza de someterle, sino inspirarle y capacitarle para empresas dignas.

(iii) Pablo insistía en que el castigo no debe nunca sumir en la desesperación ni desanimar a la persona. Un trato equivocado puede suponer un empujón que arroja a una persona a los brazos de Satanás. La severidad excesiva puede que le aparte a uno de la iglesia y su comunión, mientras que una corrección amable es más posible que le mantenga en ella. A Mary Lamb, que sufría períodos terribles de inestabilidad mental, la trataba su madre con mucha dureza. Solía suspirar: «¿Por qué parece que nunca soy capaz de hacer nada como quisiera mi madre?» Lutero casi no podía decir el padrenuestro porque su padre había sido tan duro con él que la palabra *padre* le sugería toda clase de crueldad. Solía decir, citando *Proverbios 13: 24*: «"No uses la vara, y echas a perder a tu hijo;" sí, pero pon al lado de la vara una manzana para dársela cuando se porte bien.» La disciplina debe animar, no desanimar. En último análisis, esto sólo puede suceder cuando dejamos bien claro que, aun cuando estemos castigando a una persona, todavía creemos en ella.

EN EL TRIUNFO DE CRISTO

2 Corintios 2:12-17

Desde que llegamos a Tróade para predicar las Buenas Nuevas de Cristo, aunque se nos había abierto una puerta de oportunidad en el Señor, yo no tuve descanso para mi espíritu por no encontrar allí a mi hermano Tito; así es que me despedí de los otros y me marché para Macedonia. Pero, ¡gracias a Dios, Que siempre nos conduce en el desfile triunfal de Cristo y Que, por medio de nosotros, difunde el aroma de Su conocimiento por todos sitios! Porque nosotros somos el aroma de Cristo en el plan de Dios, para los que llevan camino de salvarse y para los que de perderse. A los unos les olemos a muerte que anuncia la muerte, y a los otros les olemos a vida y les anunciamos la vida. ¿Y quién es idóneo para estas cosas? Nosotros no comerciamos con la Palabra de Dios, como hacen tantos; sino, con absoluta pureza de motivos, como de parte de Dios y en la presencia de Dios, hablamos de Cristo.

Pablo empieza diciendo que su ansiedad por saber lo que estaba pasando en Corinto le tenía tan inquieto que no le dejó quedarse en Tróade, aunque allí tenía una parcela fértil, y le impulsó a salir al encuentro de Tito, que no había vuelto todavía. Ahí pasa a un grito de alivio y de triunfo dando gracias a Dios, Que lo condujo todo a un final feliz.

Los versículos 14 al 16 nos resultan difíciles de entender; pero, cuando los colocamos en el trasfondo del pensamiento de Pablo nos presentan toda una escena simbólica. Pablo habla de ir en el cortejo del triunfo de Cristo; y luego pasa a hablar de ser el aroma de Cristo para la gente, que a unos les parece olor de muerte y a otros de vida.

Tiene en mente la imagen de un *Triunfo* romano, y de Cristo como el Conquistador universal. El máximo honor que se le podía otorgar a un general romano victorioso era un *triunfo*. Para que se le concediera tenía que cumplir ciertas condiciones.

Tenía que haber sido el general en jefe del ejército. La campaña tenía que haberse terminado completamente, la región pacificada y la tropa haber vuelto victoriosa a la patria. Por lo menos cinco mil enemigos tenían que haber caído en el combate. Se tenía que haber conquistado algún nuevo territo-

rio, y no meramente resistido algún desastre o repelido algún 'ataque. Y la victoria tenía que haberse ganado contra un enemigo extranjero, no en una guerra civil.

En un triunfo, el desfile del general victorioso marchaba por las calles de Roma hasta el Capitolio. Primero iban los oficiales del estado y el senado; luego, la banda de trompetas; luego, el botín que se había tomado a la tierra conquistada. (Por ejemplo, cuando el general Tito conquistó Jerusalén, el candelabro de los siete brazos, la mesa de oro de los panes de la proposición, y las trompetas de oro se llevaron por las calles de Roma). Después venían cuadros pintados de la tierra conquistada y modelos de las ciudadelas y barcos. Luego iba el toro blanco para el sacrificio que se había de ofrecer. Luego iban los príncipes, gobernadores y generales cautivos encadenados, que eran conducidos a la cárcel o directamente a la ejecución. Luego iban los *lictors* portando sus varas, seguidos de los músicos con sus liras; luego, los sacerdotes turiferarios meciendo los incensarios. Después venía el general en persona, en una carroza tirada por cuatro corceles, vestido de una túnica de púrpura bordada en oro con hojas de palma sobre la que llevaba una toga purpúrea decorada con estrellas de oro. Llevaba en la mano un cetro de marfil coronado con el águila romana, y un esclavo sostendría sobre su cabeza la corona de Júpiter. Detrás de él marchaba toda su familia; y por último, todo su ejército con sus condecoraciones, gritando ¡lo *triumphe!*, su grito de victoria. Cuando un desfile avanzaba por las calles, todas decoradas y engalanadas, entre la multitud que aclamaba, aquello suponía un día tan singular que tal vez no se repitiera en toda una generación.

Ese era el cuadro que se representaba en la mente de Pablo: Ve a Cristo desfilando en triunfo por todo el mundo, y se ve a sí mismo en la comitiva victoriosa. Es un triunfo que Pablo estaba seguro de que nada ni nadie podía detener.

Ya hemos dicho que en el desfile irían los sacerdotes meciendo sus incensarios repletos. Para los vencedores, el perfume del incienso querría decir alegría, victoria y vida; pero

para los miserables cautivos que iban por delante a corta distancia, aquel perfume representaba la derrota y la muerte, porque les anunciaba su pronta ejecución. Así es que Pablo piensa en sí mismo y en sus compañeros de apostolado predicando el Evangelio del triunfo de Cristo: para los que lo aceptaran traería el aroma de la vida, como a los vencedores; para los que lo rechazaran, era olor de muerte, lo mismo que para los derrotados.

De una cosa estaba seguro Pablo: Ni siquiera todo el mundo podría resistir a Cristo. No vivía en un ambiente de derrota, sino en el glorioso optimismo de reconocer la inconquistable majestad de Cristo.

Entonces, una vez más, resuena el eco triste. Había algunos que decían que Pablo no era apto para predicar el Evangelio. Y algunos que llegaban todavía más lejos: le acusaban de utilizar el Evangelio como una excusa para llenarse bien los bolsillos. De nuevo Pablo usa la palabra *eilikrinía* con el sentido de *pureza*. Sus motivaciones podían someterse a los penetrantes rayos del Sol; su Mensaje procedía de Dios, y podía resistir el mismísimo escrutinio del propio Jesucristo. Pablo nunca le tenía miedo a lo que pudiera decir la gente, porque su conciencia le decía que tenía el beneplácito de Dios y que el mismo Jesucristo le calificaba en Su gracia con un «¡Bien hecho, siervo mío!»

CARTAS PERSONALES DE CRISTO

2 Corintios 3:1-3

¿Es que estamos empezando a recomendarnos a nosotros mismos? No creeréis que necesitamos -como algunos que andan por ahí- cartas de recomendación para vosotros o de vosotros. Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, que todo el mundo

puede conocer y leer. Está a la vista que sois cartas que Cristo ha escrito, expedidas por medio de nuestro ministerio, no escritas con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra sino en las entretelas de corazones humanos que viven y laten.

Detrás de este pasaje subyace la idea de una costumbre muy corriente en el mundo antiguo y en el mundo moderno: la de enviar o dar cartas de recomendación a las personas. Si alguien iba a una comunidad extraña, un amigo suyo que conociera a alguien en esa comunidad le daría una carta de recomendación para presentarle y dar fe de sus buenas cualidades.

Aquí tenemos una de esas cartas, encontrada entre los papiros, escrita por un cierto Aurelio Arquelao, que era *beneficiarius*, es decir, soldado privilegiado que estaba exento de todos los servicios de cuartel; iba dirigida al comandante en jefe, un tribuno militar llamado Julio Domitio, presentando y recomendando a un cierto Theón: < A Julio Domitio, tribuno militar de la legión, de Aurelio Arquelao, su *beneficiarius*: ¡Salud! Yate he recomendado antes a mi amigo Theón; y ahora te pido otra vez, señor, que le tengas bajo tu cuidado como harías conmigo. Porque es un hombre que merece que se le quiera; porque ha dejado a su gente, sus bienes y su negocio para venirse conmigo, y me ha mantenido a salvo en todas las circunstancias. Por tanto te ruego que le des permiso para ir a verte. Te podrá contar todo lo de nuestro negocio... Yo le he cogido cariño... Te deseo, señor, mucha felicidad y larga vida con tu familia y buena salud. Ten presente esta carta para que te acuerdes de lo que te digo. Que te vaya bien. Adiós.»

Ese era el tipo de cartas de recomendación, o referencias, que quería decir Pablo. Hay algunos ejemplos de ellas en el Nuevo Testamento. El capítulo 16 de *Romanos* se escribió para presentar a Febe, miembro de la iglesia de Cencreas, a la iglesia de Roma. Y, por supuesto, aunque es única en su género, la carta de recomendación que escribió Pablo a Filemón a favor del esclavo de éste, Onésimo.

En el mundo antiguo, como en el actual, a veces estos testimonios escritos no querían decir gran cosa. Un individuo le pidió una vez una de esas cartas al filósofo cínico Diógenes, y éste le contestó: < Que eres un hombre, se ve a la legua; pero el que seas bueno o malo ya lo descubrirá la persona a la que te diriges si tiene caletre; y si no lo tiene, no descubrirá la verdad aunque yo se la escriba mil veces.»

Pero en la iglesia cristiana se necesitaban esas cartas; porque hasta Luciano, el satírico pagano, se dio cuenta de que cualquier charlatán podía hacer una fortuna visitando a los ingenuos cristianos que se dejaban engañar tan fácilmente.

Las frases anteriores de la carta de Pablo sonaban un poquito a una recomendación de Pablo a Pablo; así es que declara que no tiene necesidad de tales recomendaciones. Luego echa una ojeada a los que han estado causando problemas en Corinto. «Puede que haya algunos -dice- que os trajeron cartas de recomendación o que os las pidieron.» Es más que probable que se tratara de emisarios de los judíos que habían llegado a deshacerla obra de Pablo y que habían presentado cartas de introducción del sanedrín que los acreditaban. En el pasado, el mismo Pablo, entonces Saulo, había llevado esas cartas cuando estaba haciendo todo lo posible para erradicar la Iglesia (*Hechos 9:2*). Ahora dice que su única carta de recomendación son los mismos corintios. El cambio que han experimentado en su vida y carácter es la única recomendación que necesita.

De ahí pasa a hacer una gran afirmación: Cada uno de ellos es una carta de Cristo. Mucho antes, Platón había dicho que un buen maestro no escribe su mensaje con tinta que se pueda borrar; lo escribe en las personas. Eso era lo que había hecho

Jesucristo: había escrito Su Mensaje en los corintios por medio de Su amanuense Pablo, no con tinta que se pudiera borrar sino con el Espíritu; no en tablas de piedra como las primeras en que se escribió la ley, sino en las entretelas del corazón.

Hay aquí una gran verdad que es al mismo tiempo una inspiración y una seria advertencia: todos somos cartas abiertas

de Jesucristo. Todos los cristianos, nos guste o no, somos un anuncio del Evangelio. El honor de Cristo está en las manos de Sus seguidores. Juzgamos al tendero por la clase de mercancías que vende; al artesano, por los artículos que fabrica; a la iglesia, por la clase de gente que produce; por tanto, juzgamos a Cristo por las personas que se declaran Sus seguidoras. Dick Sheppard, después de años de estar predicando al aire libre a gente de fuera de la iglesia, declaró que «la mayor pega que muchos le encuentran a la iglesia son las vidas contrahechas de muchos que se confiesan cristianos.» Cuando salimos al mundo, tenemos la aterradora responsabilidad de ser cartas abiertas de recomendación de Cristo y Su Iglesia.

LA GLORIA SUPERABLE Y LA INSUPERABLE

2 Corintios 3:4-11

Podemos creer esto con toda confianza porque lo creemos mediante Jesucristo y ala vista de Dios. No es que seamos idóneos por nuestros propios recursos para atribuirnos como mérito propio el impacto que hayamos hecho, sino que nuestra idoneidad procede de Dios, Que nos ha hecho idóneos para ser ministros de la nueva relación que ha entrado en vigor entre Dios y la humanidad. Esta nueva relación no depende de un documento escrito, sino del Espíritu. Un documento escrito puede ser letra muerta, pero el Espíritu es un poder que genera vida.

Si el ministerio que no podía producir más que muerte, que dependía de documentos escritos grabados en la piedra, se inició con tal gloria que los israelitas no podían soportar ni el mirar por un tiempo el rostro de Moisés a causa de la gloria que reverberaba, aunque era una gloria que se desvanecía al poco tiempo, es indudable que el ministerio del Espíritu estará aún más

revestido de gloria. Porque, si el ministerio que no podía producir más que la condenación fue algo glorioso, el ministerio que produce la debida relación entre Dios y la humanidad lo superará en gloria. Porque, está claro que lo que estuvo cubierto de gloria ya no la tiene debido a que ha surgido algo que lo sobrepasa en gloria. Si lo que estaba abocado a desaparecer surgió con gloria, mucho más lo que está destinado a permanecer existe con gloria.

Este pasaje se divide naturalmente en dos partes. Al principio, Pablo piensa que tal vez su afirmación de que los corintios son cartas vivas de Cristo expedidas durante su ministerio podría sonar a autoelogio. Así es que se apresura a insistir en que, lo que él haya podido hacer, no es en realidad su propia obra, sino la de Dios. Ha sido Dios Quien le ha capacitado para la tarea a la que le ha llamado. Puede que estuviera pensando en el sentido fantástico que le daban los judíos a veces a uno de los títulos de Dios, *El Shaddai*, que quiere decir *Todopoderoso*, pero que los judíos interpretaban a veces como *El Todosuficiente*. Es Él, Quien es todosuficiente, Quien ha hecho a Pablo suficiente para su labor. (La antigua Reina-Valera usaba la palabra *suficiente* en este pasaje).

Cuando Harriet Beecher Stowe publicó *La cabaña del tío Tom*, se vendieron 300,000 ejemplares en América en un año. Se tradujo a una veintena de lenguas. Lord Palmerson, que se había pasado treinta años sin leer una novela, la alabó « no sólo por el tema, sino como la obra de una gran estadista.» Lord Cockburn, miembro del Consejo Privado, declaró que había hecho más por la humanidad que ninguna otra novela. Tolstoi la colocaba entre los grandes logros de la mente humana. No cabe duda que su mayor contribución fue a la causa de la liberación de los esclavos. Herriet Beecher Stowe se negaba a adscribirse el mérito de haberlo escrito. Decía: « ¿Yo la autora de *La cabaña del tío Tom*? De ninguna manera. No podía ni controlar la historia. Se escribió sola. El Señor la escribió, y

yo no fui más que Su humilde amanuense. Todo me vino en visiones, una tras otra, y eso fue lo que yo puse en palabras. ¡A Él sea toda la gloria!»

Su capacidad le había venido de Dios. Eso pasó con Pablo. Él nunca decía: «¡Fijaos en lo que he hecho!» Sino: «¡A Dios sea la gloria!» Nunca se consideró idóneo para nada; siempre pensaba que era Dios Quien le capacitaba. Y fue precisamente por eso, consciente como era de su incapacidad, por lo que no le daba miedo encargarse de ninguna labor. Nunca tenía que hacer las cosas solo: Dios estaba con Él.

La segunda parte de este pasaje nos presenta el contraste entre el Antiguo y el Nuevo Pacto o Testamento. Un pacto quiere decir un acuerdo que hacen dos personas, mediante el cual entran en una cierta relación una con otra. No es, en el sentido bíblico, un acuerdo ordinario; porque las partes contratantes se encuentran en igualdad de términos en un pacto ordinario. Pero, en el sentido bíblico, es Dios el primer motor, y Se acerca a la humanidad para ofrecerle una relación bajo ciertas condiciones que la humanidad no puede ni iniciar ni alterar, sino solamente aceptar o rechazar.

La palabra que Pablo usa para *nuevo* cuando habla del Nuevo Pacto es la misma que usó Jesús, y es muy significativa. En griego hay dos palabras para *nuevo*. La primera, que es *néos*, quiere decir *nuevo en el tiempo* exclusivamente. Un bebé es nuevo en el mundo porque acaba de nacer. La segunda, que es *kainós*, quiere decir no solamente nuevo en relación con el tiempo sino *nuevo en cualidad*. Si algo es *kainós* es que ha introducido un nuevo elemento en la situación. La palabra *kainós* es la que usan Jesús y Pablo al hablar del Nuevo Pacto, porque no es nuevo solamente en relación al tiempo, sino porque es completamente diferente en especie del Antiguo Pacto. Produce una relación entre Dios y la humanidad que es totalmente diferente de la anterior.

¿Dónde está la diferencia?

(i) El Antiguo Pacto estaba basado en un documento escrito. Encontramos la historia de su inauguración en *Éxodo 24:1-8*.

Moisés tomó el libro del pacto y se lo leyó al pueblo, que dio su conformidad. Por otra parte, el Nuevo Pacto tiene como base el Espíritu vivificador. Un documento escrito siempre es algo externo, mientras que la obra del Espíritu produce un cambio en el corazón mismo. Una persona puede obedecer un código escrito aunque siempre desee desobedecerlo; pero cuando el Espíritu entra en el corazón y lo controla, la persona no sólo no quebranta el código sino que no quiere quebrantarlo, porque es una persona cambiada. Un código escrito puede cambiar la ley, pero sólo el Espíritu puede cambiar la naturaleza humana.

(ii) El Antiguo Pacto era una cosa muerta, porque no producía nada más que una relación legal entre Dios y las personas. De hecho decía: «Si quieres mantenerte en relación con Dios, tienes que guardar estos mandamientos.» Creaba una situación en la que Dios aparecía como el Juez, y la persona humana como el criminal, siempre culpable en el juicio.

El Antiguo Pacto era una cosa muerta porque mataba ciertas cosas.

(a) Mataba *la esperanza*. Nunca había esperanza de cumplirlo, porque la naturaleza humana es como es. Por tanto, no podía producir más que frustración.

(b) Mataba *la vida*. Bajo él, una persona no podía ganar más que la condenación, y la condenación quería decir la muerte, o algo todavía peor.

(c) Mataba *el vigor*. Era suficiente para decirle a una persona lo que tenía que hacer, pero no la ayudaba a hacerlo.

El Nuevo Pacto es totalmente diferente.

(a) Es una relación de *amor*. Surgió porque de tal manera amó Dios al mundo.

(b) Es una relación *entre Padre e hijos*. Las personas ya no son criminales culpables, sino hijos de Dios, aunque sean hijos desobedientes.

(c) Cambia la vida del ser humano, pero no imponiéndole un nuevo código de leyes, sino *cambiándole el corazón*.

(d) Por tanto, no sólo le dice a uno lo que tiene que hacer, 'sino le da la fuerza para hacerlo. Con el mandamiento *trae el poder*.

Pablo pasa a contrastar los dos Pactos. El Antiguo Pacto nació con gloria. Cuando Moisés bajó del monte con los Diez Mandamientos, que son el código del Antiguo Pacto, le lucía el rostro con tal resplandor que nadie podía mirarle (*Éxodo 34:30*). Estaba claro que aquello sería una gloria pasajera. Ni se mantuvo ni se podía mantener. El Nuevo Pacto, la nueva relación que Jesucristo ha hecho posible entre Dios y nosotros, tiene un esplendor mayor que no se desvanecerá jamás, porque produce perdón en lugar de condenación, vida en lugar de muerte.

Aquí hay una advertencia. Los judíos preferían el Antiguo Testamento, la ley; rechazaron el Nuevo, la nueva relación con Dios en Cristo. Ahora bien, el Antiguo Testamento no era nada malo, sino menos bueno, una etapa del camino. Como ha dicho un gran comentarista: < Cuando ya ha salido el Sol, no se necesitan las lámparas. > Y como se ha dicho con verdad: «Lo bueno es enemigo de lo mejor.» Los pueblos siempre tienden a mantener lo antiguo aun cuando se les ofrezca algo mejor. Durante mucho tiempo la gente, por lo que se suelen llamar «razones religiosas,» rechazó el cloroformo. Cuando surgieron Wordsworth y los poetas románticos, la crítica decía: «Esto no durará.» Cuando Wagner empezó a componer, la gente no quería su música. Las iglesias de todo el mundo se aferran a lo viejo y rechazan lo nuevo. Porque una cosa se ha hecho siempre, es buena; y porque otra cosa no se ha hecho nunca, es mala. Debemos tener cuidado con adorar las etapas en vez de la meta, y con aferrarnos a lo bueno cuando está esperándonos lo mejor. No caigamos en lo que hicieron los judíos: insistir en que lo antiguo está bien, rechazando las glorias nuevas que Dios nos abre en Jesucristo.

EL VELO QUE OCULTA LA VERDAD

2 Corintios 3:12-18

El tener esta esperanza es lo que nos permite hablar con tanta libertad. No corremos un velo sobre nada, que fue lo que tuvo que hacer Moisés al cubrirse la cara para que los israelitas no fijaran la mirada en una gloria que se había desvanecer. Pero, a pesar de eso, se les ofuscó la mente; hasta el día de hoy sigue el mismo velo sin descorrerse cuando se lee el Antiguo Testamento, velo que sólo en Cristo desaparece definitivamente. Sí: hasta el día de hoy, cuando se leen los libros de Moisés, sigue el mismo velo tapándoles el corazón. Pero, cuando se conviertan al Señor, se les descorrerá. El Señor es el Espíritu: donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así que todos nosotros, que a cara descubierta contemplamos como en un espejo la gloria del Señor, vamos cambiando esta imagen de gloria en gloria conforme obra en nosotros el Señor, que es el Espíritu.

Todas las imágenes de este pasaje surgen directamente del anterior. Pablo arranca del pensamiento de que, cuando Moisés descendió del monte, la gloria que irradiaba su rostro era tal que no se le podía mirar fijamente.

(i) Está pensando en *Éxodo 34:33*. Allí leemos que Moisés puso un velo sobre su rostro cuando acabó de hablar con ellos. Pablo interpreta que Moisés se cubría la cara con un velo para que el pueblo no viera cómo se iba desvaneciendo poco a poco la gloria que había irradiado. Su primera idea es que la gloria del Antiguo Pacto, la antigua relación entre Dios y Su pueblo, era por naturaleza perecedera. Estaba destinada a ser superada, no como lo falso por lo correcto, sino como lo incompleto por lo completo y lo provisional por lo definitivo. La revelación que vino por medio de Moisés era verdadera e importante, pero no era más que parcial; la que nos ha traído Jesucristo es

completa y definitiva. Como dijo sabiamente Agustín hace mucho tiempo: «Tratamos injustamente el Antiguo Testamento si negamos que procede del mismo Dios justo y bueno que el Nuevo. Por otra parte, tratamos injustamente el Nuevo Testamento si ponemos el Antiguo a su mismo nivel.» El uno es un paso hacia la gloria; el otro es la cima de la gloria.

(ii) Entonces la mente de Pablo se enfoca en la idea del velo, que él utiliza de diferentes maneras. Dice que, cuando los judíos escuchaban la lectura del Antiguo Testamento todos los sábados en la sinagoga, el velo que tienen delante de los ojos les impide contemplar su verdadero sentido. Debería señalarles a Jesucristo; pero el velo no les deja verlo. También a nosotros puede que se nos escape el verdadero sentido de la Escritura porque tengamos los ojos velados.

(a) Puede que nos los velen *nuestros prejuicios*. A veces, también nosotros vamos a la Escritura a buscar apoyo para nuestros puntos de vista más que para encontrar la verdad de Dios. .

(b) Puede que nos los velen *nuestras ilusiones*. Muchas veces encontramos lo que queremos encontrar, y se nos pasa lo que no queremos ver. Por ejemplo: nos encantan todas las referencias al amor y a la misericordia de Dios, pero se nos pasan las que se refieren a Su ira y juicio.

(c) Puede que nos los velen *nuestras ideas fragmentarias*. Siempre deberíamos considerar la Biblia en su conjunto. Es fácil tomar textos aislados y apropiarnoslos. También es fácil creer que ciertas partes del Antiguo Testamento están por debajo del Evangelio. Es fácil encontrar apoyo para nuestras teorías particulares escogiendo ciertos textos y pasajes, y apartando otros. Pero es la totalidad del Mensaje lo que debemos buscar; y esta es otra manera de decir que debemos leer las Escrituras a la luz de Jesucristo.

(iii) No sólo hay un velo que les impide a los judíos descubrir el verdadero sentido de las Escrituras; también hay un velo que se interpone entre ellos y Dios.

(a) A veces puede ser el velo de *la desobediencia*. Muy a menudo es una ceguera moral y no intelectual la que nos impide ver a Dios. Si persistimos en la desobediencia nos vamos haciendo cada vez menos capaces de verle. La visión de Dios es la bienaventuranza de los limpios de corazón.

(b) A veces es el velo del *espíritu que no quiere aprender*. Como decimos, < no hay peor ciego que el que no quiere ver.> El mejor maestro del mundo no puede enseñarle nada al sabelotodo que no quiere aprender. Dios nos ha dado libre albedrío y, si insistimos en nuestro camino, no podemos aprender el Suyo.

(iv) Pablo sigue diciendo que vemos la gloria del Señor a cara descubierta, y por eso nos transformamos de gloria en gloria. Posiblemente, lo que Pablo quiere decir es que, si contemplamos a Cristo, acabamos por reflejarle. Su imagen aparece en nosotros. Es ley de vida que nos llegamos a parecer a los que ad-miramos. Eso pasa con el culto a los héroes y a las figuras. Si contemplamos a Jesucristo acabaremos por reflejarle. (La N.B.E. dice: «reflejamos la gloria del Señor;» y B.C.: -«reverberando como espejos...»).

Pablo presenta a muchos un problema teológico cuando dice: « El Señor es el Espíritu.» Parece identificar al Señor Resucitado con el Espíritu Santo. Debemos tener presente que no estaba escribiendo un tratado teológico, sino expresando una experiencia. Y la experiencia del cristiano es que la obra del Espíritu y la del Señor Resucitado son la misma. La fuerza y la dirección nos vienen del Espíritu y del Señor Resucitado.

«Donde está el Espíritu --dice Pablo--,hay libertad.» Quiere decir que en tanto en cuanto nuestra obediencia a Dios está condicionada por un código de leyes, estamos en la posición de esclavos. Pero cuando viene de la obra del Espíritu en el corazón, no deseamos nada más que servir a Dios, porque ya no es la ley sino el amor lo que nos mueve. Muchas cosas que haríamos de mala gana si se nos obligara son un privilegio cuando amamos. El amor viste de gloria las más humildes tareas. « En el servicio de Dios encontramos la perfecta libertad.»

CEGUERA ESPIRITUAL

2 Corintios 4:1-6

Puesto que Dios ha tenido la misericordia de encomendarnos esta parcela de Su servicio, no nos desanimamos. Nos hemos negado a involucrarnos con métodos subrepticios o vergonzosos. No actuamos con astucia desaprensiva. No adulteramos el Mensaje que Dios nos ha encomendado predicar. Por el contrario, exponiendo la verdad con toda claridad, nos presentamos a la conciencia humana en todas sus formas a la vista de Dios. Porque, si es un hecho que la Buena Nueva que predicamos está velada para algunos, se trata de los que están condenados a perecer. En su caso, ha sido el dios de este mundo el que les ha cegado la mente a los que se niegan a creer, para que no les amanezca la luz del Evangelio que habla de la gloria de Cristo, en Quien podemos ver a Dios. No nos proclamamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como el Señor; nosotros no somos más que vuestros servidores por amor de Jesús. Esto es lo que tenemos que hacer, porque es Dios Quien ha dicho: «De las tinieblas resplandecerá la luz;» y Él la ha hecho resplandecer en nuestro corazón para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo.

En este pasaje, Pablo tiene algo que decir, ya sea directamente o por implicación, acerca de cuatro clases diferentes de personas.

(i) Empieza por sí mismo. Dice que él nunca se desanima en el cumplimiento de la gran tarea que se le ha encomendado, y por implicación nos dice por qué. Dos cosas le mantienen en activo. (a) La conciencia de una gran tarea. El que es consciente de una gran tarea es capaz de cosas sorprendentes. Una de las obras geniales de la música es el *Mesías* de Händel.

Se sabe que la totalidad de la obra la compuso y escribió en no más de *veintidós días*, durante los cuales Hándel apenas se permitió comer o dormir. Una gran tarea lleva consigo su propia fuerza. (b) Está el recuerdo de una merced recibida. Pablo tenía el propósito de pasarse la vida tratando de hacer algo en respuesta al amor que le había redimido.

(ii) Entonces, por implicación, Pablo tiene algo que decir de sus oponentes y calumniadores. De nuevo nos llega el eco de cosas desagradables. Por detrás de esto podemos descubrir que sus enemigos le habían hecho tres acusaciones. Habían dicho que usaba métodos subrepticios, que hacía uso de una astucia desaprensiva para obtener su propósito y que adulteraba el mensaje del Evangelio. Cuando se malentienden nuestros motivos, se tergiversan nuestras acciones y se retuercen nuestras palabras, es un consuelo recordar que esto también les pasó a Pablo y a Jesús.

(iii) Pablo sigue hablando de los que han rechazado el Evangelio. Insiste en que lo ha proclamado de tal manera que cualquiera que tuviera conciencia tendría que admitir su desafío e invitación. Sin embargo, algunos parecían estar sordos a la llamada y ciegos a su gloria. ¿Por qué?

Pablo dice algo muy duro de ellos. Dice que el dios de este mundo les ha cegado la mente para que no crean. En toda la Escritura, los diferentes autores son conscientes de que en este mundo hay un poder del mal. A veces lo llaman Satanás, y a veces el diablo. Tres veces Juan pone en labios de Jesús la frase el *príncipe de este mundo y su derrota* (*Juan 12:31; 14:30; 16:11*). Pablo, en *Efesios 2: 2*, habla del *príncipe de la potestad del aire, y aquí del dios de este mundo*. Hasta en la Oración Dominical hay una referencia a este poder maligno, porque es probable que la traducción más correcta de *Mateo 6:13* sea «híbranos del maligno.» Detrás de esta idea tal como aparece en el Nuevo Testamento hay ciertas influencias.

(a) La religión persa que se conoce como el zoroastrismo ve en todo el universo la batalla entre el dios de la luz y el dios de las tinieblas, entre Ormuz y Ahrimán. Lo que decide el

destino de cada persona es el bando que elija en este conflicto cósmico. Cuando los judíos estuvieron dominados por los persas entraron en contacto con esa idea, que sin duda influyó en su manera de pensar.

(b) Es característica de la fe de Israel la concepción de las dos edades: la presente y la por venir. Cuando empezó la era cristiana, los judíos habían llegado a creer que la edad presente era irremediabilmente mala y estaba destinada a la destrucción cuando amaneciera la edad por venir. Se podría decir que la edad presente estaba dominada por el dios de este mundo y en enemistad con el Dios verdadero.

(c) Hay que tener presente que esta idea de un poder maligno y hostil no es tanto una idea teológica como un hecho de experiencia. Si lo consideramos teológicamente, nos encontramos con serias dificultades. (¿De dónde salió el poder del mal en un universo creado por Dios? ¿Qué se propone?) Pero si lo consideramos como un hecho de experiencia, todos sabemos lo real que es el mal en el mundo. Robert Louis Stevenson dice en algún lugar: «¿Conoces la Estación Caledonia de Edimburgo? Una mañana fría, con viento del Este, me encontré allí con Satanás.»

Todo el mundo conoce la clase de experiencia de la que habla Stevenson. Por muy difícil que sea la idea del poder del mal, ya sea filosófica o teológicamente, la experiencia no la puede descartar. Los que no pueden aceptar el Evangelio son los que se han entregado hasta tal punto al mal que hay en el mundo que ya no pueden escuchar la invitación de Dios. No es que Dios los haya abandonado, sino que ellos mismos, con su conducta, se han vuelto insensibles a Dios.

(iv) Pablo tiene algo que decir de Jesús. La gran idea que presenta aquí es que en Jesucristo vemos a Dios tal como es. «El que me ha visto -dijo Jesús-, ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). Cuando Pablo predicaba, no decía: « ¡Miradme a mí!», sino: « ¡Mirad a Jesucristo! En Él veréis la gloria de Dios Que ha venido a la Tierra de forma que los seres humanos Le puedan conocer.»

TRIBULACIÓN Y TRIUNFO

2 Corintios 4:7-15

Pero tenemos este tesoro en cacharros de arcilla para que el poder que supera todas las cosas se vea que es de Dios y no nuestro. Estamos atacados por todas partes, pero no acorralados; desbordados, pero no desesperados; perseguidos por los hombres, pero no abandonados por Dios; sobre la lona, pero no fuera de combate. En nuestro cuerpo estamos siempre en peligro de muerte como Le pasó a Jesucristo, para que se manifieste en nuestro cuerpo la misma vida que vivió Jesús. Porque a lo largo de toda nuestra vida se nos entrega a la muerte constantemente por causa de Jesús, para que también la vida que da Jesús la puedan ver todos claramente en nuestra carne mortal. En consecuencia, la muerte actúa en nosotros, pero la vida en vosotros. Como tenemos el mismo espíritu de fe que aparece en el pasaje de la Escritura que empieza por «he creído y por tanto he hablado,» nosotros también creemos y por tanto hablamos; porque sabemos que el Que resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús, y nos presentará con vosotros.

Todo lo que nos sucede es para vuestro bien, para que la gracia abunde más y más y haga que la acción de gracias que se eleva de muchos abunde todavía más para la gloria de Dios.

Pablo empieza este pasaje expresando la idea de que podría ser que los privilegios que disfruta un cristiano le movieran al orgullo. Pero la vida está diseñada para mantenernos libres del orgullo. Por muy grande que sea su gloria, el cristiano vive todavía al nivel mortal, y es víctima de las circunstancias; está sujeto todavía a los azares y avatares de la vida humana, y a la debilidad y el dolor que conlleva un cuerpo mortal. Es como

un cacharro de arcilla, frágil y sin ningún valor, en el que se ha guardado un tesoro valiosísimo. Ahora se habla mucho del poder de la persona y las grandes fuerzas que controla; pero lo más característico de la persona humana no es su poder, sino su debilidad. Como decía Pascal: «Una gota de agua o un soplo de aire la pueden matar.»

Ya hemos visto lo grandioso y glorioso que era el triunfo de un general romano. Pero había dos ingredientes diseñados para librar del orgullo al general. Lo primero era que, cuando iba en la carroza con una corona por encima de su cabeza, la gente no sólo gritaba sus vítores sino también, de vez en cuando, «¡Mira detrás de ti y recuerda que eres mortal!» Lo segundo era que al final del desfile llegaban sus mismos soldados y hacían dos cosas mientras desfilaban: cantaban canciones en honor de su general, pero también burlas e insultos para que no se enorgulleciera más de la cuenta.

La vida nos ha cercado de debilidad, aunque Cristo nos ha rodeado de gloria, para que tengamos presente que la debilidad es cosa nuestra y la gloria es de Dios, y reconozcamos nuestra absoluta dependencia de Él.

Pablo prosigue describiendo en una serie de paradojas esta vida cristiana en la que nuestra debilidad se mezcla con la gloria de Dios.

(i) «Estamos atacados por todas partes, pero no acorralados.» Estamos sometidos a toda clase de presiones, pero no estamos nunca tan arrinconados que no tengamos salida. Es característico del cristiano el que, aunque su cuerpo esté confinado en alguna circunstancia angustiosa, su espíritu siempre puede volar libremente por los espacios de Dios en comunión con Cristo.

(ii) «Perseguidos por los hombres, pero no abandonados por Dios.» Una de las cosas más notables en los mártires es que, aun en medio de los más terribles sufrimientos, gozaban de la dulce presencia de Cristo. Como decía Juana de Arco cuando la abandonaron los que deberían haberle sido fieles: « Es mejor estar sola con Dios. Su amistad nunca me fallará,

ni Su consejo, ni Su amor. En Su fuerza osaré, y osaré, y osaré hasta la muerte.» Como decía el salmista: «Aunque me abandonaran mi padre y mi madre, el Señor me recogería» (*Salmo 27:10*). Nada puede alterar la fidelidad de Dios.

(iii) «Desbordados, pero no desesperados.» Hay momentos en los que un cristiano no sabe qué hacer; pero, aun entonces, no duda de que algo *se puede* hacer. Hay veces cuando no puede ver muy bien hacia dónde va la vida, pero no pone en duda que va hacia alguna parte. Si tiene que «lanzarse al oscuro y tremendo mar de nubes,» sabe que saldrá con bien. Hay veces en que un cristiano tiene que aprender la lección más difícil de todas, la que Jesús aprendió en Getsemaní: a aceptar lo que no puede comprender, pero decir: «Señor, Tú eres amor. Sobre eso edifico mi fe.»

Podemos estar derribados, pero no destruidos, porque entonces, tal vez más que nunca, Cristo está con nosotros.

(iv) «Sobre la lona,, pero no fuera de combate.» La suprema característica del cristiano no es que no puede caer, sino que siempre que cae se levanta otra vez. No es que no acuse los golpes, sino que no es nunca derrotado definitivamente. Puede que pierda una batalla, pero sabe que, a fin de cuentas, no puede perder la guerra. Browning describe en sus *Epilogues* a un verdadero caballero:

Es uno que jamás volvió la espalda, siempre iba con el pecho por delante; no dudó que las nubes se abrirían, ni soñó, cuando el bien iba perdiendo, que el vencedor final sería el mal; mantuvo que caer y levantarse era como dormir y despertar para poder mejor seguir luchando.

Después de detallar las grandes paradojas de la vida cristiana, Pablo pasa a revelar el secreto de su propia vida y las

razones que le permitieron llevar a cabo su obra y soportar las adversidades sin rendirse.

(i) Se daba perfecta cuenta de que si una persona está dispuesta a asumir la vida de Cristo tiene que estarlo también a asumir sus riesgos; y si quiere vivir con Cristo tiene que estar dispuesta a morir con Él. Pablo conocía, reconocía y aceptaba la ley inexorable de la vida cristiana: « No hay Corona sin Cruz.»

(ii) Arrostraba todos los embates teniendo presente el poder de Dios Que levantó a Jesucristo de entre los muertos. Podía hablar con tanto valor y coraje y con tal menosprecio de su seguridad personal porque creía que, aunque le alcanzara la muerte, Dios podía hacer que-eso no fuera su final, sino que le levantaría como levantó a Jesús. Sabía que podía depender de un poder que era suficiente para todas las necesidades de la vida y más fuerte que la muerte.

(iii) Lo soportaba todo con la convicción de que sus sufrimientos y luchas eran el medio para que otros llegaran a participar de la luz y del amor de Dios.

El gran proyecto del pantano de Dam llevó la fertilidad a muchas zonas de América que antes habían sido desiertos. En su construcción fue inevitable el que algunos perdieran la vida. Cuando se completó el pantano, se puso en uno de sus muros una lápida con los nombres de los obreros que habían muerto en la empresa, que acababa con esta inscripción: «Estos murieron para que el desierto se pudiera regocijar y florecer como la rosa.»

Pablo pudo soportar todo aquello porque sabía que no sería un sacrificio inútil, sino que serviría para llevar a otros a Cristo. Cuando una persona tiene la convicción de que todo lo que le sucede está dentro del plan de Dios y forma parte de la causa de Cristo, es capaz de hacerlo y de sufrirlo todo.

2 Corintios 4:16-18

Esa es la razón de que no nos rindamos. Pero, por supuesto: si nuestra armazón exterior se va desgastando, nuestra personalidad interior se renueva de día en día. Porque la leve aflicción que tenemos que soportar de momento nos reporta, de una manera que es imposible exagerar, un peso eterno de gloria, en tanto en cuanto no demos una importancia suprema a las cosas que se ven, sino a las que no se ven. Y es que las que se ven son pasajeras, mientras que las que no se ven son eternas.

Aquí expone Pablo el secreto de la resistencia.

(i) A lo largo de toda la vida es inevitable que la fuerza física de la persona se vaya desgastando; pero también a lo largo de toda la vida debe seguir creciendo y fortaleciéndose el alma. Los sufrimientos que dejan a una persona con un cuerpo debilitado puede que contribuyan a fortalecer los tendones de su alma. La oración del poeta era: «Hazme crecer en simpatía como crezco en edad.» Desde el punto de vista físico, la vida es un lento pero inevitable deslizamiento ladera abajo hacia la muerte; pero, desde el punto de vista espiritual, la vida es una constante escalada de la colina que conduce a la presencia de Dios. Nadie tiene por qué temer a los años; porque le acercan, no a la muerte, sino a Dios.

(ii) Pablo estaba convencido de que lo que tuviera que sufrir en este mundo sería insignificante en comparación con la gloria que disfrutaría en el mundo venidero. Estaba seguro de que Dios nunca quedaría en deuda con la humanidad. Alistair Maclean, pastor y padre del autor de H. M. S. *Ulyses y otras obras*, cuenta de una anciana de las Highlands de Escocia que tuvo que ausentarse del aire puro y de las aguas azules y las colinas purpúreas para vivir en los suburbios de una gran

ciudad. Seguía viviendo cerca de Dios, y un día dijo: «Dios me lo compensará, y me dejará ver las flores otra vez.»

En *Christmas Eve -Nochebuena-*, Browning escribe la historia de un mártir, tomándola de la tablilla de un cementerio cristiano antiguo:

Nací débil, y no teniendo nada, un pobre esclavo; pero la miseria no podía guardarnos de la envidia del César a los que Dios había dado en Su gracia la perla de gran precio. Por tanto, con las fieras en el circo luché dos veces, y otras tres sus leyes crueles sobre mis hijos se ensañaron. Pero, por fin, mi libertad obtuve, aunque tardaron en quemarme vivo. Entonces una Mano descendió, y sacando mi alma de las llamas la condujo de Cristo a la presencia, a Quien ahora veo en plena gloria. Mi hermano Sergio es el que ha escrito en la pared este mi testimonio. En cuanto a mí, ya lo he olvidado todo.

Los sufrimientos de la Tierra se olvidan en la gloria del Cielo.

Es un hecho evidente que, en toda la historia evangélica, Jesús nunca predijo Su muerte sin predecir al mismo tiempo Su Resurrección. El que sufra con Cristo compartirá Su gloria. Dios ha comprometido Su honor en esta promesa.

(iii) Esta es la razón por la que debemos fijar nuestra mirada, no en las cosas que se ven sino en las que no se ven. Las cosas que se ven, las de este mundo, duran un tiempo y dejan de ser; las cosas que no se ven, las del Cielo, permanecen para siempre.

Hay dos formas de considerar la vida. Podemos verla como un lento pero inexorable viaje cada vez más lejos de Dios.

Wordsworth, en su *Oda sobre las intuiciones de la Inmortalidad*, expone la idea de que, cuando nace un niño, trae en la memoria los recuerdos del Cielo, que va perdiendo paulatinamente a medida que va creciendo:

Dejando una estela nebulosa de gloria a este mundo venimos de Dios, que es nuestro Hogar.

Pero

Las sombras de la cárcel empiezan a cerrarse en torno del muchacho conforme va creciendo.

Y el hombre acaba por estar tan encasillado en la Tierra que olvida el Cielo. El mismo sentimiento expresaba Gaspar Núñez de Arce en su oda *Tristezas*:

Cuando recuerdo la piedad sincera con que en mi edad primera entraba en nuestras viejas catedrales, donde postrado ante la Cruz de hinojos, alzaba a Dios mis ojos, soñando en las venturas celestiales; hoy, que mi frente atónito golpeo, y con febril deseo busco los restos de mi fe perdida, por hallarla otra vez, radiante y bella, como en la edad aquella, ¡desgraciado de mí, diera la vida.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria! ¡Oh perdurable gloria! ¡Oh sed inextinguible del deseo! ¡Oh Cielo, que antes para mí tenías fulgores y armonías, y hoy tan oscuro y desolado veo!

*Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar a ti perdí el camino, y errante peregrino entre tinieblas desespero y dudo.*

Esa es nuestra suerte cuando pensamos sólo en las cosas que se ven. Pero hay otra manera de vivir. El autor de *Hebreos* decía de Moisés: «Se mantenía como si viera al Que es invisible» (*Hebreos 11:27*).

GLORIA Y JUICIO POR VENIR

2 Corintios 5:1-10

Porque sabemos que cuando se desmorone esta casa terrenal nuestra, esta tienda de campaña que es el cuerpo, tendremos un edificio que procede de Dios, una casa que no será obra de manos humanas, eterna y en el Cielo. Porque está claro que mientras estemos como estamos ahora, anhelamos ardientemente encontrarnos en nuestra morada o cuerpo celestial para no sentirnos como desnudos. Porque, mientras estemos en esta tienda de campaña que es el cuerpo físico, gemimos bajo el peso de la vida presente; porque no es tanto que deseemos vernos despojados de esta casa, sino más bien deseamos ponernos el cuerpo celestial encima del actual, para que lo que está sometido a la muerte sea absorbido por la vida.

Pero el Que nos ha diseñado para esa transformación es Dios, y El nos ha dado el Espíritu como fianza de la vida venidera. Por eso no perdemos jamás el ánimo aunque sabemos que, mientras estemos peregrinando aquí en el cuerpo, estamos ausentes del Señor; porque

vamos siguiendo nuestra ruta por la fe, no porque ya veamos nada. Pero estamos animados, y deseando partir del cuerpo y estar con el Señor.

Mientras tanto, nuestra única ambición es, estemos ausentes o presentes con Él, ser la clase de personas que Le agradan. Porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir, cada cual, el resultado de lo que hicimos mientras estábamos en el cuerpo; es decir, el veredicto que corresponda a lo que cada cual haya hecho, sea bueno o malo.

Hay en este pasaje una progresión de pensamiento muy significativa, que nos da la esencia del pensamiento de Pablo.

(i) Para él, será un gran día cuando haya acabado con el cuerpo humano. Lo considera como una tienda de campaña, es decir, un alojamiento provisional en el que se vive temporalmente hasta que llegue el día que se disuelva y entremos en la residencia verdadera de nuestras almas.

Ya hemos tenido ocasión antes de ver hasta qué punto despreciaban el cuerpo los pensadores griegos y romanos. «El cuerpo -decían- es una tumba.» Plotino llegaba a decir que le daba vergüenza tener un cuerpo. Epicteto decía de sí mismo: «Tú eres una pobre alma cargando con un cadáver.» Séneca escribía: «Soy un ser superior, nacido para asuntos más elevados que el ser esclavo de un cuerpo al que está engullida mi libertad... En tan detestable habitación mora un alma libre.» A veces, también el pensamiento judío coincidía con esta actitud: «Porque el cuerpo corruptible oprime el alma, y el tabernáculo terrenal abruma la mente que se ocupa de muchas cosas» (*Sabiduría 9:1 S*).

Pero en Pablo hay una diferencia. No está buscando un nirvana que le traiga la paz de la extinción; ni la absorción en lo divino; no está buscando la libertad de un espíritu desencarnado; está esperando el día en que Dios le dé un cuerpo nuevo, espiritual, en el que todavía podrá servir y adorar a Dios en los lugares celestiales.

Kipling escribió una vez un poema acerca de todas las grandes cosas que una persona podría hacer en el mundo venidero:

Cuando se haya pintado el último cuadro de la Tierra, y los tubos estén secos y arrugados, cuando los antiguos colores se hayan desvanecido y haya muerto el más joven de los críticos, descansaremos, y a fe que lo necesitaremos, acostados una era o dos, hasta que el Maestro de Todos los Buenos Obreros nos ponga a trabajar otra vez.

Y los que fueron buenos estarán felices; se sentarán en sillas de oro, salpicarán un lienzo de diez leguas con pinceles de pelo de cometa. Encontrarán santos auténticos en que inspirarse, Magdalena, Pedro y Pablo; trabajarán una era de una sentada sin sentir el más mínimo cansancio.

Y sólo el Maestro los alabará, y sólo el Maestro los corregirá; y no trabajará ninguno por dinero, ni ninguno para obtener la fama, sino sólo por el gozo de trabajar; cada cual en su estrella independiente pintará todo tal como lo vea, para el Dios de las cosas como son.

Ese era el sentir de Pablo. Veía la eternidad, no como una jubilación para estar permanentemente inactivo, sino como la entrada en un cuerpo en el que se pudiera realizar un servicio completo. (ii) Con todo su anhelo de la vida por venir, Pablo no despreciaba la presente. Está, nos dice, entusiasmado. La razón es que, aun aquí y ahora, poseemos el Espíritu Santo de Dios,

Que es el *arrabón* (cp. 1:22), la fianza que nos asegura la vida venidera. Pablo está convencido de que el cristiano ya puede disfrutar un adelanto de la vida eterna. Al cristiano se le ha concedido la ciudadanía de dos mundos; y en consecuencia, no desprecia este mundo, sino lo ve cubierto con el lustre de gloria que es un reflejo de la mayor gloria por venir.

(iii) Y entonces aparece la nota grave. Aun cuando estaba pensando en la vida por venir, Pablo no se olvidaba nunca de que vamos de camino, no solamente hacia la gloria, sino también hacia el juicio. < Porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo. » La palabra para *tribunal* es *béma*. Puede que Pablo estuviera pensando sencillamente en el tribunal del magistrado romano ante el que él había estado, o en el sistema griego de administración de la justicia.

Todos los ciudadanos griegos eran elegibles como jueces o, como diríamos ahora, para formar parte de un jurado. Cuando un ateniense era nombrado miembro de un jurado, se le daban dos disquitos de bronce que tenían un eje cilíndrico. Uno de los ejes era hueco, y ese disco representaba la condenación; y el otro era macizo, y representaba la absolución. En el *béma* había dos urnas. Una, de bronce, se llamaba < la urna decisiva, » porque era en ella en la que se metía el disco que representaba el veredicto. La otra, de madera, se llamaba «la urna inoperativa,» porque era donde se echaba el disco que se descartaba. Así que, al final, el jurado echaba en la urna de bronce el disco de la condenación o el de la absolución. A los espectadores les parecían exactamente iguales, y no podían adivinar cuál sería el veredicto final de los jueces. Entonces se contaban los discos y se dictaba sentencia, condenatoria o absolutoria.

Así esperaremos un día el veredicto de Dios. Cuando nos acordamos de ello, la vida se nos presenta como algo tremendamente serio y emocionante, porque en ella estamos logrando o fallando nuestro destino, ganando o perdiendo una corona. El tiempo es el campo de pruebas de la eternidad.

LA NUEVA CREACIÓN

2 Corintios 5:11-19

Por tanto, es porque sabemos lo que es el temor de Dios por lo que seguimos haciendo lo posible por persuadir a las personas; pero Dios ya nos conoce totalmente, y espero que también vosotros nos llegaréis a conocer igualmente en conciencia. No estamos tratando otra vez de recomendarnos a nosotros mismos, sino de daros ocasión para que estéis orgullosos de nosotros, para que podáis responder a los que se enorgullecen de las apariencias externas y no de las cosas del corazón.

Porque, si nos hemos comportado como locos, ha sido por causa de la obra de Dios; y si como personas sensatas, ha sido por mor de vosotros. Porque lo que nos controla es el amor de Dios; porque hemos llegado a la conclusión de que, si Uno murió por todos, eso no puede querer decir más que que todos hemos muerto. Y es indudable que Él murió por todos para que los que viven no sigan viviendo para sí mismos sino para Aquel Que murió y resucitó.

En consecuencia, desde ahora en adelante no apreciamos a las personas según la escala de valores del mundo. Hubo un tiempo cuando aplicamos ese estándar a Cristo; pero ahora ya no es así como Le conocemos. Por tanto, si una persona es cristiana -es decir, está en Cristo-, ha sido creada totalmente de nuevo. Todo lo viejo ha desaparecido; y, ¡fijaos!, todo se ha hecho nuevo. Y todo esto ha sido obra de Dios, Que nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación, cuyo mensaje es que Dios, por medio de Cristo, estaba reconciliando el mundo consigo mismo, no imputándole sus pecados, y nos ha confiado la proclamación de esta reconciliación.

Este pasaje continúa directamente el pensamiento del anterior. Pablo ha estado hablando de comparecer ante el tribunal de Cristo. Toda la vida mantuvo esa perspectiva a la vista. No es del terror a Cristo de lo que nos habla, sino del santo temor y reverencia que Él debe inspirarnos. En el Antiguo Testamento aparece con frecuencia la idea del temor purificador. Job habla del «temor del Señor que es la sabiduría» (Job 28:28). « ¿Qué pide el Señor tu Dios de ti -pregunta el autor del Deuteronomio, y contesta-, sino que temas al Señor tu Dios?» (Deuteronomio 10:12). « El temor del Señor -dice Proverbios- es el principio de la sabiduría» (Proverbios 1: 7; 9:10). «Con el temor del Señor los hombres se apartan del mal» (Proverbios 16:6). No se trata del miedo al castigo que puede sentir un esclavo, sino del sentimiento que puede hacer que hasta una persona insensata se abstenga de profanar un lugar santo, o que nos hace evitar una acción que sabemos que ha de quebrantar el corazón de alguien a quien amamos. «El temor del Señor es limpio» (Salmo 19:9). Hay un temor purificador sin el que no es posible vivir como es debido.

Pablo está tratando de convencer a sus lectores de su sinceridad. No tiene la menor duda de que, a los ojos de Dios, tiene las manos limpias y el corazón puro; pero sus enemigos han hecho todo lo posible para desacreditarle, y ahora quiere darles muestras de su sinceridad a sus amigos corintios. No por ningún deseo de vindicación egoísta, sino porque sabe que, si se pone en duda su sinceridad, se dañará el impacto de su mensaje. El mensaje de una persona se escuchará siempre en el contexto de su carácter. Por eso tienen que estar libres de toda sospecha los pastores y los maestros. Tenemos que evitar, no sólo el mal, sino todo lo que se le parezca, para que nada haga que nadie piense mal, no de nosotros, sino del Evangelio que predicamos o enseñamos.

En el versículo 13, Pablo insiste en que detrás de su conducta no ha habido nunca nada más que un motivo: servir a Dios y ayudar a los hermanos corintios. En más de una ocasión tomaron a Pablo por *loco* (Hechos 26:24). Había sido objeto

del mismo malentendido que Jesús (Marcos 3:21). El entusiasmo auténtico siempre corre peligro de parecer locura a los observadores tibios.

Kipling nos cuenta que, en uno de sus viajes, el general Booth del Ejército de Salvación se embarcaba en cierto puerto, y fue a despedirle una banda de tamborileros salvacionistas. Todo aquello le reventaba a Kipling, que tenía una idea más solemne de la religión. Más tarde conoció al General, y le dijo lo mucho que desaprobaba ese tipo de cosas.

-Joven -le contestó Booth-, si creyera que puedo ganar algún alma para Cristo haciendo el pino y tocando los platillos con los pies, aprendería a hacerlo.»

El entusiasmo auténtico no se preocupa de que le tomen por loco. Si uno quiere seguir la enseñanza de Cristo sobre la generosidad, el perdón o la lealtad suprema, siempre habrá «sabios-según-el-mundo» que no tengan pelos en la lengua para llamarle chiflado. Pablo sabía que hay un tiempo para la conducta sensata y tranquila, y también para el comportamiento que el mundo toma por locura; y estaba dispuesto a seguir cualquiera de los dos por causa de Cristo y de las personas.

Pablo llega, como acostumbraba, de una situación concreta y determinada a un principio básico de toda la vida cristiana: Cristo murió por todos. Para Pablo, un cristiano es, en su frase favorita, *una persona en Cristo*; y por tanto, la vieja personalidad del cristiano murió con Cristo en la Cruz y resucitó con Él a una nueva vida, de forma que ahora es una nueva persona, tan nueva como si Dios la acabara de crear. En esta novedad de vida, el cristiano ha adquirido una nueva escala de valores. Ya no aplica a las cosas el baremo del mundo. Hubo un tiempo en el que Pablo mismo había juzgado a Cristo según su tradición, y se había propuesto eliminar Su recuerdo del mundo. Pero ya no. Ahora tenía una escala de valores diferente. Ahora, el Que había tratado de borrar era para él la Persona más maravillosa del mundo, porque le había dado la amistad de Dios que había anhelado toda la vida.

EMBAJADOR DE CRISTO

2 Corintios 5:20 - 6:2

Así es que nosotros estamos actuando como embajadores de Cristo, porque Dios os hace llegar Su invitación por medio de nosotros. Por tanto, os rogamos de parte de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios! Él hizo que el Que no tenía nada que ver con el pecado fuera la ofrenda por nuestros pecados para que nosotros pudiéramos entrar en la debida relación con Dios. Porque lo que estamos tratando de hacer nosotros es ayudarle a ganar a las personas es por lo que os exhortamos a que no recibáis el ofrecimiento de la gracia de Dios para luego no hacerle ningún caso. Porque por eso dice la Escritura: «En el momento oportuno te oí, y en el día de la salvación te ayudé. » ¡Pues ahora es ese «momento oportuno»! ¡Ahora es «el día de la salvación»!

El cargo que Pablo dice que Dios le ha asignado para su gloria y trabajo es el de embajador de Cristo. El término griego que usa (*presbeutés*) es una gran palabra. Tenía dos acepciones que correspondían a la palabra latina de la que era traducción (*legatus*).

(i) Las provincias romanas se dividían en dos clases. Algunas estaban bajo el control directo del senado, y otras bajo el del emperador. La diferencia dependía de lo siguiente: las provincias pacíficas en las que no había tropas romanas eran las senatoriales; las levantiscas, en las que se estacionaban tropas, eran las imperiales. En estas últimas, el que administraba cada una de ellas de parte del emperador era el *legatus o presbeutés*. Así es que la palabra representaba en primer lugar a la figura del que había sido comisionado personalmente por el emperador, y Pablo se consideraba designado por Jesucristo para la obra de la Iglesia.

(ii) Pero *presbeutés* y *legatus* tenían un sentido todavía más interesante. Cuando el senado romano decidía que un país había de convertirse en provincia, le enviaban de entre sus miembros a diez *legati o presbeutai*, es decir, delegados, que, juntamente con el general victorioso, concertaban los términos de la paz con el país vencido, fijaban los límites de la nueva provincia, trazaban una constitución para su nueva administración, y por último volvían para someter sus acuerdos a la ratificación final del senado. Eran responsables de introducir nuevos pueblos en la familia del imperio romano. Así era como se consideraba Pablo: el que presentaba a otros las condiciones de Dios para que entraran a formar parte como ciudadanos de Su Reino y como miembros de Su familia.

No hay mayor responsabilidad que la del embajador.

(i) Un embajador de España es un español que reside en otro país. Pasa la vida entre personas que en muchos casos hablan una lengua diferente, tienen tradiciones diferentes y tienen otra manera de vivir. El cristiano se encuentra en ese caso: vive en el mundo; toma parte en la vida y las actividades del mundo; pero es ciudadano del Cielo. En este sentido, es un extranjero. El que no esté dispuesto a ser diferente no puede ser cristiano.

(ii) El embajador habla en nombre de su propio país. Cuando el embajador español habla como tal, su voz es la voz de España. Hay situaciones en las que un cristiano tiene que hablar en nombre de Cristo. En las decisiones y consejos del mundo, la suya debe ser la voz de Cristo que presenta Su mensaje en aquella situación.

(iii) El honor de su país está en las manos del embajador. Por él se juzga a su país. Se escuchan sus palabras y se observan sus acciones y se dice: «Eso es lo que dice y hace tal o cual país.» Lightfoot, el famoso obispo de Durham, dijo en un culto de ordenación: «El embajador cuando actúa, no actúa sólo como agente, sino como representante de su Soberano... El deber del embajador no se limita a comunicar un mensaje determinado o a seguir una cierta política, sino que también está obligado a vigilar las coyunturas, a estudiar los caracteres,

a buscar las oportunidades, para presentárselas a su audiencia de la manera más atractiva posible.» La gran responsabilidad del embajador es representar y presentar a su país a aquellos entre los que vive.

Aquí tenemos el privilegio más honroso del cristiano y su responsabilidad más sobrecogedora. El honor de Cristo y de Su Iglesia están en sus manos. Con sus palabras y con sus acciones puede hacer que se estime -o desestime- a su Iglesia y a su Soberano.

Tenemos que fijarnos en el mensaje de Pablo: < ¡Reconciliaos con Dios!> El Nuevo Testamento nunca nos habla de que Dios tenga que reconciliarse con la humanidad, sino siempre de que la humanidad tiene que reconciliarse con Dios. No se trata de aplacar a un Dios airado. Todo el plan de salvación tiene su origen en Dios. Fue porque Dios *amaba* al mundo de tal manera por lo que envió a Su Hijo. No es que Dios no tenga interés en la humanidad, sino viceversa. El mensaje de Pablo, el Evangelio, es la invitación de un Padre amante a Sus hijos descarriados para que vuelvan a casa, donde los espera el amor.

Pablo les suplica que no acepten el ofrecimiento de la gracia de Dios sin sentido. Hay tal cosa como -y es la tragedia de la eternidad- la frustración de la gracia. Pensemos en términos humanos. Supongamos que un padre o una madre se sacrifican y trabajan para darles a sus hijos las mejores oportunidades, rodearlos de amor, planificar su futuro con cuidado y hacen, en fin, todo lo posible para equiparlos para la vida. Y supongamos que esos hijos no sienten lo más mínimo su deuda de gratitud ni ninguna obligación de devolver algo de lo mucho que han recibido siendo dignos de ello. Y supongamos que los hijos fracasan, no por falta de capacidad, sino por falta de interés y de voluntad, porque no consideran el amor que les dio tanto. Eso es lo que quebranta el corazón de los padres. Cuando Dios le da a la humanidad toda Su gracia, y la humanidad la pisotea para seguir su propio camino equivocado, frustrando la gracia que podía haberla renovado y recreado, una vez más Cristo es crucificado, y quebrantado el corazón de Dios.

BORRASCA DE PROBLEMAS

2 Corintios 6:3-10

Hacemos nuestro trabajo procurando no poner obstáculos en el camino de nadie, porque no queremos que el ministerio se convierta en blanco de críticas. En todo tratamos de dar muestras de la dignidad que nos corresponde como ministros de Dios: soportando adversidades, cercados de dolorosas opresiones, en los inevitables dolores de la vida, en ansiedad, sufriendo azotes, en la cárcel, en tumultos, en trabajos, en insomnios y ayunos, con pureza, con conocimiento, con paciencia, con amabilidad, con el Espíritu Santo, con amor sincero, declarando la verdad, por el poder de Dios, con las armas de la integridad ofensivas y defensivas, con honra o con deshonra, de mala o de buena reputación; nos tienen por engañadores, pero somos auténticos; como si no se nos conociera, aunque nos conocen perfectamente; como moribundos, ¡pero seguimos vivos!; como castigados, pero no muertos; como apesadumbrados, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como si no tuviéramos nada, aunque lo poseemos todo.

En todos los azares y avatares de la vida, Pablo no se preocupaba nada más que de presentarse como ministro útil y sincero de Jesucristo. Aunque presenta sus credenciales, con la mirada de la mente recorre lo que llamaba Crisóstomo «la borrasca de problemas» por la que había pasado y en la que se debatía todavía. Cada una de las palabras de este tremendo catálogo, que alguien ha llamado « el himno del heraldo de la salvación,» representa una experiencia de la vida aventurera del apóstol Pablo.

Empieza con un término triunfal de la vida cristiana: *resistencia (hypomoné)*. A veces se traduce por paciencia; pero no

describe la actitud mental del que se sienta en un rincón con los brazos cruzados y la cabeza gacha, y deja que le pase por encima un torrente de problemas con resignación pasiva. *Hypomoné* describe más bien la capacidad de soportar las adversidades con tal actitud triunfante que las convierte en acicates. Crisóstomo le dedica a esta virtud un gran panegírico. La llama «la raíz de todos los bienes, la madre de la piedad, el fruto que nunca se agría, una fortaleza inexpugnable, un puerto a salvo de tormentas» y «la reina de las virtudes, el fundamento de las buenas acciones, paz en la guerra, calma en la tempestad, seguridad en el peligro.» Es la habilidad valerosa y triunfante que supera el límite de la resistencia sin rendirse, y recibe lo inesperado con ánimo. Es la alquimia que transforma la tribulación en fortaleza y gloria.

Pablo menciona a continuación tres grupos de situaciones, cada uno con tres cosas en las que se practica esta resistencia victoriosa.

(i) Están los conflictos internos de la vida cristiana.

(a) *Las cosas que nos oprimen dolorosamente.* La palabra que usa es *thlípsis*, que originalmente expresaba la simple presión física que sufre una persona. Hay cosas que abruman el espíritu humano, tales como las tristezas, que son una carga insoportable para el corazón, y las desilusiones, que parecen querer estrujarlo. La resistencia triunfante puede con todo.

(b) *Los inevitables dolores de la vida.* La palabra griega (*anánké*) quiere decir literalmente *las necesidades de la vida*. Algunas cargas se pueden evitar, pero otras no. Hay algunas cosas que no hay más remedio que soportar. Son el dolor en todas sus formas, porque sólo se verá libre de él la vida que nunca haya conocido el amor; y la muerte, que es la suerte de todo ser humano. La resistencia triunfante le permite a una persona arrostrar todo lo que implica ser persona.

(c) *La ansiedad.* La palabra que usa Pablo (*stenojoría*) quiere decir literalmente un paso demasiado estrecho. Se usa de un ejército atrapado en un desfiladero que no permite ni maniobrar ni escapar. Se puede usar de un navío sorprendido

por una tempestad que no le deja seguir adelante ni volver atrás. Hay momentos en los que parece que una persona está en una situación en que los muros de la vida se estrechan, amenazando con aplastarla. Pero también entonces la resistencia triunfante le permite respirar la amplitud del Cielo.

(ii) Están las tribulaciones externas de la vida.

(a) *Azotes.* Para Pablo, la vida cristiana conllevaba no sólo sufrimientos espirituales, sino también físicos. Es un hecho que, si no hubiera sido por los que estuvieron dispuestos a sufrir el tormento del fuego y de las fieras, hoy no existiría el Cristianismo. Todavía el ser cristianos supone para algunos vivir en constante agonía; y siempre es verdad que «la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.»

(b) *Cárceles.* Clemente de Roma nos dice que Pablo estuvo en la cárcel no menos de siete veces. Por *Hechos* sabemos que, antes de escribir a los corintios, había estado preso en Filipos; y después, en Jerusalén, Cesarea y Roma. El cuadro de honor de los cristianos que han estado presos por su fe se extiende desde el siglo I hasta el XX. Siempre ha habido cristianos dispuestos a perder su libertad antes que abandonar su fe.

(c) *Tumultos.* Una y otra vez encontramos cristianos que tienen que enfrentarse, no con la severidad de la ley, sino con la violencia de la multitud. John Wesley nos cuenta lo que le sucedió en Wednesbury cuando una multitud se le echaba encima como una riada. «Era en vano intentar hablarles, porque hacían un ruido como el mar en tempestad. Así es que me arrastraron hasta que llegamos al pueblo; entonces vi que estaba abierta la puerta de una casa grande, e intenté entrar; pero uno me agarró de los pelos y tiró de mí hacia el centro del gentío. No se detuvieron hasta que me habían llevado por toda la calle principal, de un lado a otro del pueblo.» George Fox cuenta lo que le sucedió en Tickhill: « Me encontré al sacerdote y a casi todos los principales de la parroquia en el coro. Me dirigí a ellos y me puse a hablarles; pero en seguida se me echaron encima; cuando yo estaba hablando, uno de los funcionarios echó mano a la biblia y me pegó en la cara con ella

con tanta fuerza que me puse a sangrar abundantemente al pie del campanario. Entonces la gente se puso a chillar: « ¡Sacadle de la iglesia!» Y, después de sacarme, me dieron una gran paliza, me tiraron al suelo y luego por encima del seto, y después me arrastraron por una casa hasta la calle, tirándome piedras y pegándome mientras me arrastraban de forma que yo estaba cubierto de sangre y de barro... Sin embargo, cuando me pude poner en pie otra vez, les declaré la Palabra de vida, y les mostré los frutos de sus maestros, que deshonoraban el Cristianismo.» La multitud ha sido muchas veces enemiga del Cristianismo; pero ahora no es tanto su violencia, sino su burla y desprecio sarcástico lo que tienen que soportar los cristianos.

(iii) Está el esfuerzo de la vida cristiana.

(a) *Trabajos*. La palabra que usa Pablo (kópos) es casi un término técnico que define la vida cristiana. Describe el trabajo que conduce al agotamiento, que requiere la totalidad del cuerpo, la mente y el espíritu que pueda aportar una persona. El cristiano es un obrero de Jesucristo.

(b) *Insomnios*. Muchas noches las pasaría en oración; otras, en situaciones de peligro o incomodidad en que era imposible dormir. En todos los casos, Pablo estaba dispuesto a velar manteniéndose alerta como fiel centinela de Cristo.

(c) *Ayunos*. No cabe duda de que Pablo no se refiere aquí a los ayunos voluntarios, sino a las muchas veces que tendría que pasarse sin tomar alimento por causa de la obra. Podemos contrastar su actitud con la de la persona que no se puede privar de una comida para asistir al culto en la casa de Dios o para realizar alguna obra de amor que Dios le envía.

Ahora Pablo pasa, de las pruebas y tribulaciones que la resistencia le ha permitido conquistar, al equipo para la vida cristiana que Dios le ha dado. Aquí también conserva la clasificación en tres grupos de tres cosas cada uno.

(i) Están las cualidades mentales que Dios nos da.

(a) *Pureza*. La palabra que usa Pablo (*hagnótés*) la definían los griegos como «evitar cuidadosamente todos los pecados contra los dioses; servir y honrar a Dios como exige la natu-

raleza.» «prudencia del máximo calibre» y «limpieza de toda mancha de carne o de espíritu.» Es de hecho la cualidad que le permite a una persona entrar a la presencia de Dios.

(b) *Conocimiento*. Esta clase de conocimiento se ha definido como «el conocimiento de las cosas que se deben hacer.» Era el conocimiento que desembocaba, no en las sutilezas de los teólogos, sino en las acciones de los cristianos de a pie.

(c) *Paciencia*. Por lo general, esta palabra (*makrothymía*) en el Nuevo Testamento se refiere a la paciencia que se tiene *con las personas*, la habilidad de soportarlas cuando están equivocadas y hasta cuando son crueles e insultantes. Es una gran palabra. En *1 Macabeos 8:4* se dice que los romanos conquistaron el mundo «con su política y su *paciencia*,» que quiere decir su invencibilidad, porque nunca aceptaban la paz en la derrota. *La paciencia* es la cualidad de la persona que puede perder una batalla, pero que nunca se dará por vencida en una campaña.

(ii) Están las cualidades del corazón que Dios nos da.

(a) *Benignidad*. En griego *jrestótés*, es una de las grandes palabras del Nuevo Testamento. Es la contraria de la severidad. Un gran comentarista la describe como « la simpática amabilidad o dulzura de temperamento que hace que los demás se sientan a gusto y que no causaría un disgusto por nada del mundo.» El gran ejemplo se encuentra en *Génesis 26:17-22*, que nos dice que Isaac no quería reñir ni altercar. Es la cualidad del que piensa más en los demás que en sí mismo.

(b) *El Espíritu Santo*. Pablo sabía muy bien que no se puede decir nada provechoso ni hacer nada bueno sin la ayuda del Espíritu Santo. Pero esta frase puede que quiera decir, no tanto el Espíritu Santo, como *un espíritu de santidad*. Puede que quiera decir que la motivación dominante de Pablo era santa, que tenía por único objeto el honor y el servicio de Dios.

(c) *Amor sincero*. La palabra que usa Pablo es *agápé*, que es característica del Nuevo Testamento. Quiere decir una benevolencia a toda prueba. Quiere decir ese espíritu que, no importa lo que otra persona le haga: no buscará jamás sino el bien

supremo de aquella persona, y así con todas; jamás abrigará pensamientos de venganza, sino recibirá los desprecios e injurias con una buena voluntad inalterable.

(iii) Está el equipo que Dios da para la obra de la predicación del Evangelio.

(a) *La declaración de la verdad.* Pablo sabía que Jesús le había dado, no sólo un Evangelio que proclamar, sino también el poder y la habilidad para proclamarlo. Le debía a Dios tanto la Palabra como la oportunidad que se le había presentado.

(b) El *poder de Dios.* Para Pablo, eso lo era todo lo que tenía. Se dice del rey Enrique V de Inglaterra después de la batalla de Agincourt: «No permitió que los juglares compusieran ni cantaran canciones por tan señalada victoria, porque no quería que se alabara ni se dieran gracias nada más que a Dios.» Pablo no habría dicho nunca con orgullo: «Yo hice eso y lo de más allá;» sino: «Dios me permitió hacerlo.»

(c) *Las armas de la integridad para la mano derecha y para la izquierda.* Lo que quiere decir armas de defensa y de ataque. A menos que se fuera zurdo, la espada y la lanza se llevaban en la derecha, y el escudo en la izquierda; y Pablo está diciendo que Dios le ha dado el poder para atacar su tarea y para defenderse de las tentaciones.

Pablo completa este pasaje lírico con una serie de contrastes. Empieza con *la honra y la deshonra.* La palabra que usa para *la deshonra* es la que se usa corrientemente en griego para la pérdida del derecho de ciudadanía (*atimía*). Pablo dice: «Puede que yo haya perdido todos los derechos y privilegios que confiere el mundo, pero sigo siendo ciudadano del Reino de Dios.» *De mala o de buena reputación.* Hailos que critican todas las acciones de Pablo y que hasta odian su nombre, pero la opinión de Dios es la que cuenta. *Nos tienen por engañadores, pero somos auténticos.* La palabra griega (*plános*) quiere decir literalmente *mangante charlatán e impostor.* Eso era lo que otros le llamaban, pero él sabía que su mensaje era la verdad de Dios. *Como si no se nos conociera, aunque nos conocen perfectamente.* Los judíos que le denigraban decían

que era un don nadie de quien nadie había oído; pero aquellos a los que había presentado a Cristo le conocían y apreciaban; y para Dios tampoco era un desconocido. *Como moribundos, ¡pero seguimos vivos!* El peligro era su compañero de viaje, y la perspectiva de la muerte su camarada; y sin embargo, por la gracia de Dios, estaba triunfalmente vivo con una vida que la muerte no podría destruir. *Como castigados, pero no muertos.* Le sucedían cosas que se habrían podido tomar como castigos de Dios, pero que no apagaban su espíritu. *Como apesadumbrados, pero siempre gozosos.* Le sucedían unas cosas que habrían quebrantado el corazón de cualquiera, pero que no podían destruir el gozo de Pablo. *Como pobres, pero enriqueciendo a muchos.* Parecía no tener ni blanca, pero llevaba siempre consigo algo que enriquecía las almas humanas. *Como si no tuviéramos nada, aunque lo poseemos todo.* Parecería que no poseía nada; pero, teniendo a Cristo, tenía todo lo que importa en este mundo y en el venidero.

EL ACENTO DEL AMOR

2 Corintios 6:11-13, y 7:2-4

Mis queridos corintios: Os hemos hablado sin reservas. Os hemos abierto de par en par nuestro corazón. Si hay algún retraimiento entre vosotros y nosotros, no se encuentra en nuestra parte sino en vuestro corazón. Corresponde a mí como es debido. Os hablo como a hijos. ¡Abridnos vuestros corazones!... ¡Hacednos sitio en ellos! No hemos perjudicado a nadie. No hemos corrompido a nadie. No nos hemos aprovechado de nadie.

No os lo estoy diciendo para echaros las culpas. Ya os he dicho que os tenemos en el corazón, así es que estoy dispuesto a morir o a vivir con vosotros. Sé que puedo presumir de vosotros. Estoy animadísimo, y rebosando de gozo en medio de todo lo que me oprime duramente.

Aquí tomamos juntos 6:11-13, y 7:2-4, omitiendo de momento 6:14 - 7:1. La razón quedará clara cuando tratemos de este pasaje.

Se perciben en las palabras de Pablo los acentos del más puro amor. Las grietas se han restañado. Se han superado las incompatibilidades, y el amor reina supremo. La frase que hemos traducido «Os hemos abierto de par en par nuestro corazón» quiere decir literalmente « Se nos ha ensanchado el corazón.» Crisóstomo aporta un comentario interesante. Dice que el calor hace que se dilaten todas las cosas, y el tempero del amor ensancha siempre el corazón humano.

La palabra que traducimos por *corazón* con la Reina-Valera y otras traducciones es en griego *splánjna*. Quiere decir literalmente las vísceras superiores, como el corazón, el hígado y los pulmones. En estos órganos se suponía que estaba la sede de las emociones y los sentimientos. Una traducción literal nos sonaría extraña; pero no tenemos más que considerar el uso actual del adjetivo *visceral* para darnos cuenta de que realmente no estamos tan lejos de esta expresión griega. Por otra parte, siempre hemos usado la palabra *melancolía*, que viene directamente del griego y quiere decir *tener el hígado negro*. En español es más corriente suponer que la base de los sentimientos es el corazón, que no es más que un órgano físico después de todo; de ahí tantas expresiones que se usan con frecuencia: tener buen, o no tener, corazón; dilatársele, encogérsele o partírsele a uno el corazón; tener un corazón de bronce, o de oro; conmovérsele a uno las entretelas del corazón, etcétera, etcétera.

Pablo presenta aquí sus credenciales: no ha perjudicado ni corrompido a nadie ni se ha aprovechado de nadie. Hacia el final de su vida, Walter Scott hizo esta gran afirmación: «No he trastornado la fe, ni he corrompido los principios de nadie.» Thackeray, también al final de su vida, escribió una oración en la que pedía a Dios «que no le permitiera escribir ninguna palabra que no estuviera de acuerdo con Su amor, o con el amor humano; o que propagara sus propios prejuicios ni

condescendiera con los de nadie; y que le permitiera decir siempre la verdad con su pluma, y no actuar por amor a la codicia.»

Hay una cosa que es peor que pecar uno mismo, y es enseñar a otros a pecar. Es una de las verdades más tenebrosas de la vida el que siempre ha de haber una persona que presente a otra la primera tentación y que le dé el primer empujón hacia el pecado; y es terrible introducir a un hermano o una hermana más joven o más débil a algo que esté mal.

Alguien contaba que un anciano estaba muy inquieto por algo en el lecho de muerte. Cuando le preguntaron qué le pasaba, contestó que una vez, de muchacho, había jugado con otros compañeros a cambiar las señales de dirección de las encrucijadas: cuando encontraban alguna que no estaba bien plantada en el suelo, le daban la vuelta y la dejaban señalando en sentido contrario. Y el anciano decía: « No puedo dejar de pensar en la cantidad de personas que se habrán perdido. y no habrán podido llegar adonde iban por culpa de lo que hicimos aquel día.»

No puede haber mayor remordimiento que el que se siente por haber enviado a una persona por un camino que no conducía a nada bueno. Pablo estaba justamente orgulloso de que su influencia y ejemplo siempre habían inducido a los demás al bien.

Acaba este pasaje diciéndoles a los corintios lo a gusto y lo rebosante de gozo que se siente, aun en medio de todos los problemas que le rodean. Seguro que no hay una prueba más clara de que las relaciones humanas son lo más importante de la vida. Si una persona es feliz en casa, puede enfrentarse con cualquier cosa fuera. Si se está en la debida relación con los amigos, se pueden resistir las pedradas y los dardos de la fortuna con una sonrisa. Como decía el autor de Proverbios: «Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que el buey engordado donde hay odio» (*Proverbios 15:17*).

QUITAOS DE EN MEDIO

2 Corintios 6:14 - 7:1

No os dejéis uncir a un yugo desigual con los no creyentes. ¿Qué camaradería puede haber entre la integridad y la ilegalidad? ¿Y qué asociación entre la oscuridad y la luz? ¿Y qué concordia entre Cristo y Belial? ¿Cómo van a ir a medias el creyente y el no creyente? ¿Qué pacto puede haber entre el templo de Dios y los ídolos?

Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Él mismo ha dicho: «Habitaré en ellos y Me moveré en ellos, y seré su Dios y ellos serán Mi pueblo. > -Así que «Salíos y separaos de ellos», dice el Señor, «y no tengáis contacto con las cosas impuras, y Yo os recibiré y seré un Padre para vosotros, y vosotros seréis como Mis hijos e hijas,» dice el Señor, Que gobierna el universo.

Así que, ya que tenemos tales promesas, purifiquémonos de toda contaminación de carne o de espíritu, y mantengamos una completa santidad en el temor de Dios.

Llegamos ahora al pasaje que omitimos anteriormente. No cabe duda que no encaja debidamente donde se encuentra. La seriedad de su tono disiente del amor alegre y jubiloso de los versículos que lo preceden y siguen.

Ya vimos en la Introducción (página 22) que Pablo había escrito una carta anterior a *1ª Corintios*. En *1 Corintios 5:9* dice: « Os escribí en mi carta que no os asociarais con personas inmorales.» Esa carta puede que se haya perdido; pero puede que este pasaje formara parte de ella. Tal vez, cuando se coleccionaron las cartas de Pablo, una hoja se encontraba fuera de su sitio. Eso no sucedió hasta allá por el año 90 d.C., y para entonces puede que ya nadie conociera el orden original. En esencia, este pasaje parece estar de acuerdo con el tema de la carta que se menciona en *1 Corintios 5:9*.

Hay algunas figuras del Antiguo Testamento detrás de este pasaje. Pablo empieza exhortando a los corintios que no se unzan con los no creyentes en yugos extraños. **Sin duda hay** aquí un reflejo del antiguo mandamiento de *Deuteronomio 22:10*: «No ararás con buey y con asno juntamente» (cp. *Levítico 19:19*). La idea es que hay ciertas cosas que son incompatibles por naturaleza y no se pueden asociar provechosamente. Es imposible que la pureza cristiana y la inmoralidad pagana formen juntas una yunta.

En la pregunta: «¿Qué pacto puede haber entre el templo de Dios y los ídolos?», el pensamiento de Pablo se retrotrae a incidentes como el de Manasés trayendo una imagen de fundición al templo de Dios (*2 Reyes 21:1-9*), o, en tiempo posterior, Josías destruyendo cosas semejantes (*2 Reyes 23:3ss*). O puede estar pensando en las abominaciones que se describen en *Ezequiel 8:3-18*. Se había intentado a veces asociar el templo de Dios con el culto a los ídolos, y las consecuencias habían sido siempre funestas.

Todo el pasaje es una llamada de atención para que no se tengan relaciones con los no creyentes. Es un desafío a los cristianos corintios para que se guarden de las contaminaciones del mundo. Se ha hecho notar que la misma esencia de la historia de Israel se resume en las palabras «¡Salid de ahí!» Esa fue la palabra del Señor que vino a Abraham: «¡Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre!» (*Génesis 12:1*). Esa fue la advertencia que recibió Lot antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra (*Génesis 19:12-14*). Hay cosas en el mundo con las que los cristianos ni deben ni pueden asociarse.

Es difícil darse cuenta de cuántas separaciones conllevaba el Evangelio para los que lo aceptaban en aquel tiempo.

(i) A menudo quería decir que una persona tenía que abandonar su *profesión*. Supongamos que se trataba de un mampostero. ¿Qué le pasaría si a su empresa le salía un trabajo de construir un templo pagano? O supongamos que era sastre. ¿Qué le pasaría si se le contratara para hacer las vestiduras de sacerdotes paganos? O supongamos que fuera soldado. A la entrada de todos los cuarteles y campamentos ardía la llama del altar consagrado a la divinidad del César. ¿Qué le pasaría cuando le correspondiera el servicio de quemar la pizquita de incienso en ese altar en señal de adoración? Una y otra vez en la Iglesia Primitiva le llegaba al cristiano la opción entre su permanencia en el empleo y su lealtad a Jesucristo. Se dice que vino uno a Tertuliano, le contó su problema y luego dijo: «Pero, después de todo, tengo que vivir.» «¿Estás seguro de que tienes que vivir?», le contestó Tertuliano.

En la Iglesia Primitiva, como en algunos otros lugares y tiempos, el hacerse cristiano suponía tener que dejar el trabajo. Uno de los ejemplos más famosos de los tiempos modernos fue F. W. Charrington. Era heredero de una fortuna amasada en destilerías de whisky. Pasaba por delante de la taberna una noche. Había una mujer esperando a la puerta. Un hombre, sin duda su marido, salió, y ella hizo todo lo posible para que no volviera a entrar. El hombre la tiró al suelo de un puñetazo. Charrington se adelantó y levantó la vista. El nombre que tenía la taberna era el suyo, y Charrington dijo: «Con aquel puñetazo, aquel hombre no sólo dejó fuera de combate a su mujer, sino me puso a mí fuera de aquel negocio para siempre.» Y entregó la fortuna que era legalmente suya, para no tocar más un dinero que se ganaba de aquella manera.

Nadie es el guardián de la conciencia de otro. Cada uno debe decidir por sí si puede llevar su negocio a Cristo y a Cristo a su negocio todos los días.

(ii) A menudo quería decir que una persona tenía que dejar *su vida social*. En el mundo antiguo, como vimos cuando estudiamos la sección dedicada a la carne ofrecida a los ídolos, muchas fiestas paganas se celebraban en el templo de algún dios. La invitación se hacía en estos términos: «Te invito a comer conmigo a la mesa del Señor Serapis.» Aunque no fuera siempre así, una fiesta pagana empezaba y terminaba con una libación, una copa de vino, que se derramaba como ofrenda a los dioses. ¿Podía un cristiano tomar parte en eso? ¿O tenía

que despedirse para siempre de la sociedad de la que había formado parte y que tanto había representado para él?

(iii) A menudo quería decir que una persona tenía que renunciar a sus *lazos familiares*. Una de las cosas más dolorosas del Cristianismo en sus primeros años era la forma en que se dividían las familias. Si una esposa se hacía cristiana, su marido podía echarla de casa. Si un marido se hacía cristiano, su mujer le podía abandonar. Si se hacían cristianos los hijos e hijas, se les podían cerrar en la cara las puertas del hogar. Era literalmente cierto que Cristo no vino a traer la paz sobre la Tierra, sino una espada divisoria; y que los hombres y las mujeres tenían que estar preparados a amarle más que a sus seres más próximos y queridos. Tenían que estar dispuestos a verse excluidos hasta de sus propios hogares.

Por muy duro que parezca, siempre será verdad que hay ciertas cosas que una persona no puede tener o hacer y ser cristiana. Hay ciertas cosas de las que todo cristiano debe salirse.

Antes de acabar con este pasaje, hay un punto que no debemos pasar por alto. En él, Pablo cita las Escrituras, no literalmente, sino mezclando una serie de pasajes diversos: *Levítico 26:11-12*; *Isaías 52:11*; *Ezequiel 20:34*; *37:27*, y *2 Samuel 7:14*. Es un hecho que Pablo rara vez cita literalmente. ¿Por qué? Debemos tener presente que, en aquellos tiempos, los libros se escribían en rollos de papiro. Un libro del tamaño de Hechos requeriría un rollo de unos cien metros de largo, y sería muy poco manejable. No había divisiones de capítulos, que fue algo que introdujo Stephen Langton en el siglo XIII. Tampoco había divisiones de versículos, que fue Stephanus, el impresor de París, en el siglo XVI, quien las introdujo. Por último, no hubo nada semejante a nuestras concordancias hasta el siglo XVI. El resultado era que Pablo hacía lo que la mayor parte de los estudiosos:

citar de memoria, conformándose con ser fiel al sentido aunque no lo fuera a las palabras. No era la letra de la Escritura lo que le importaba, sino su mensaje.

PREOCUPACIÓN Y GOZO CRISTIANOS

2 Corintios 7:5-16

Cuando llegamos a Macedonia, no teníamos tranquilidad en el cuerpo, sino estábamos dolorosamente oprimidos por todos lados. Teníamos guerras por fuera y temores por dentro. Pero Quien conforta a los humildes, quiero decir Dios, nos confortó con la llegada de Tito. Y nos confortó, no sólo con su venida, sino con la confortación que él había experimentado entre vosotros; porque trajo noticias de las ganas que tenéis de verme, de vuestra pesadumbre por lo del pasado, y de vuestro celo en darme muestras de vuestra fidelidad. El resultado fue que la alegría fue mayor de lo que habían sido los problemas. Porque, aunque os di un disgusto con la carta que os envié, no siento el habérsela mandado, aunque sí es verdad que entonces lo sentí; porque ahora veo que esa carta, aunque fuera sólo por cierto tiempo, os causó mucho pesar. Ahora me alegro, no de que os llevarais un disgusto, sino de que aquel disgusto os condujera al arrepentimiento. Fue un piadoso pesar el que sentisteis; así que no habéis salido perdiendo en nada en el trance, porque el pesar piadoso produce un arrepentimiento que conduce a la salvación y que no hay por qué lamentar. El pesar del mundo es el que produce la muerte.

Todo este asunto, este pesar piadoso, ¡fijaos qué anhelo auténtico os ha producido, qué deseo de rectificar, qué aflicción por lo que habíais hecho, qué temor, qué ansiedad, qué celo, qué medidas para imponer un justo castigo al que se lo tenía merecido! Habéis dejado bien clara vuestra limpieza en todo este asunto.

Si es verdad que os escribí, no fue para meterme con el que había cometido la fechoría, ni tampoco para darme por ofendido; sino para que quedara bien clara delante de Dios la seriedad con que os portáis con nosotros

Esto es lo que nos ha confortado. Además de esta confortación que recibimos, todavía nos llenamos más, hasta rebosar, de alegría, al ver la que sentía Tito; y es que le había refrescado el espíritu la manera como le tratasteis. Porque si yo presumí un poco acerca de él, no he quedado mal; sino que, como en todo lo demás os hemos dicho la verdad, también en lo que presumimos acerca de Tito se demostró que era la verdad. EL corazón se le sale rebosando hacia vosotros cuando se acuerda de la obediencia que le mostrasteis, cómo le recibisteis con temor y temblor. Estoy contento de estar animado en todos los sentidos en cuanto a vosotros.

El tema de este pasaje enlaza realmente con 2:12s, donde Pablo dice que no tuvo tranquilidad en Tróade porque no sabía cómo se había desarrollado la situación en Corinto, y que había salido para Macedonia al encuentro Tito para recibir las noticias lo más pronto posible. Recordemos otra vez las circunstancias. Las cosas habían ido mal en Corinto. En un intento para remediarlas, Pablo les había hecho una visita que puso las cosas peor y casi le rompió el corazón. Después de aquel fracaso, mandó a Tito con una carta excepcionalmente seria y severa. Pablo estaba tan preocupado con el resultado de todo aquel asunto tan desagradable que no pudo estar tranquilo en Tróade, aunque había mucho allí que se podía hacer; así que se puso en camino otra vez para salirle al encuentro a Tito y recibir las noticias lo antes posible. Se encontró con Tito en algún lugar de Macedonia, y comprobó lo desbordantemente feliz que venía, y que el problema se había resuelto, la herida se había cerrado y todo estaba bien. Ese era el trasfondo de acontecimientos que iluminan la lectura de este pasaje.

En él se nos dicen algunas cosas acerca del método de Pablo y acerca de la reprensión cristiana.

(i) Está claro que había llegado el momento en que era necesaria la reprensión. Cuando se deja pasar ese momento para mantener una paz inestable no se cosechan más que problemas. Cuando se deja desarrollar una situación peligrosa por no enfrentarse con ella -cuando los padres no imponen disciplina para evitar disgustos, cuando uno se resiste a coger la ortiga del peligro porque sólo quiere las florecillas de la seguridad-, no se hace más que almacenar disgustos. Los problemas son como las enfermedades: si se tratan a tiempo, a menudo se erradican; si no, se hacen incurables.

(ii) Aun admitiendo todo eso, lo que menos quería Pablo era reprender. Lo hacía sólo por obligación, y no se complacía en infligir dolor. Hay algunos que experimentan un placer sádico al contemplar los gestos de los que reciben los latigazos de su lengua viperina, y que presumen de ser justos cuando en realidad están siendo crueles. Es un hecho que la reprensión que se da con regodeo no es tan efectiva como la que se administra con amor y por necesidad.

(iii) Además, el único objetivo de Pablo al reprender era capacitar a esas personas para ser como debían. Mediante su reprensión quería que los corintios vieran lo profunda que era su relación con ellos a pesar de su desobediencia e indisciplina. Tal sistema podría de momento causar dolor, pero no era éste su fin último; no era dejarlos fuera de combate, sino ayudarlos a levantarse; no desanimarlos, sino animarlos; erradicar el mal, pero dejar crecer el bien.

Aquí se nos descubren también tres grandes alegrías.

(i) Todo este pasaje respira el gozo de la reconciliación, de la brecha restañada y de la pelea remediada. Todos recordamos momentos de nuestra niñez en que habíamos hecho algo que no estaba bien y que levantaba una barrera entre nosotros y nuestros padres. Todos sabemos que eso puede pasar otra vez entre nosotros y los que amamos. Y todos conocemos el alivio y la felicidad que nos inundan cuando las barreras desaparecen y nos encontramos otra vez en paz con nuestros seres queridos. El que se complace en la amargura se hace daño a sí mismo.

(ii) Está el gozo de ver que alguien en quien creemos confirma nuestra confianza. Pablo había elogiado a Tito, y Tito había ido a enfrentarse con una situación difícil. Pablo estaba encantado de que Tito hubiera justificado su confianza y demostrado que estaba bien fundada. Nada nos produce más satisfacción que el comprobar que nuestros hijos en la carne o en la fe van bien. La alegría más profunda que pueden proporcionar un hijo o una hija, un estudiante o un discípulo, es demostrar que son tan buenos como sus padres o maestros los consideran. Una de las más dolorosas tragedias de la vida son las esperanzas fallidas, y una de sus mayores alegrías, las esperanzas que se hacen realidad.

(iii) Está el gozo de ver que se recibe y se trata bien a alguien que amamos. Es un hecho que la amabilidad que se tiene con nuestros seres queridos nos conmueve aún más que la que se tiene con nosotros. Y lo que es verdad en nosotros es verdad en Dios. Por eso podemos mostrar el amor que Le tenemos a Dios amando a nuestros semejantes. Deleita el corazón de Dios el ver que tratan amablemente a Sus hijos. Cuando se lo hacemos a uno de ellos, Se lo hacemos a Él.

Este pasaje traza una de las más importantes distinciones de la vida: la que hay entre *el pesar piadoso* y *el mundano*.

(i) El pesar piadoso produce arrepentimiento verdadero, y el verdadero arrepentimiento se demuestra por sus obras. Los corintios mostraron su arrepentimiento haciendo todo lo posible para remediar la terrible situación que había producido su insensatez. Aborrecían el pecado que habían cometido, y procuraban deshacer sus consecuencias.

(iii) El pesar del mundo no es pesar por el pecado o por el dolor que causa a otros, sino porque se ha descubierto. Si se tuviera oportunidad de hacerlo otra vez sin sufrir consecuencias, se haría. El pesar piadoso ve el mal que se ha cometido, y no lo lamenta sólo por sus consecuencias, sino aborrece la acción. Debemos tener cuidado con que nuestro pesar por el pecado no sea sólo porque se ha descubierto, sino porque vemos su maldad, y nos proponemos no hacerlo nunca más y expiarlo el resto de nuestra vida por la gracia de Dios.

INVITACIÓN A LA GENEROSIDAD

2 Corintios 8:1-15

Hermanos, queremos que conozcáis la gracia que Dios les ha concedido a las iglesias de Macedonia. Queremos que sepáis que, hasta cuando estaban pasando una severa prueba en su fe, oprimidas por toda clase de cosas, su alegría desbordante y su extrema pobreza que llegaba al colmo de la indigencia se combinaron para desbordarse en la riqueza de su generosidad. Porque yo soy testigo de que dieron según sus posibilidades; sí, pero mucho más que eso: con toda espontaneidad, pidiéndonos por favor e insistiéndonos para que les concediéramos el privilegio de tomar parte en este servicio programado para la ayuda del pueblo dedicado a Dios. No se limitaron a ofrendar como esperábamos; sino que, en primer lugar, por la voluntad de Dios se entregaron primeramente al Señor y a nosotros. Estábamos tan impresionados con su actitud que invitamos a Tito, pues fue él quien empezó la obra en vuestro caso, a que pilotara este acto de generosidad. Pero, de la misma forma que excedéis en todo (en fe, en palabra, en conocimiento y en toda responsabilidad y en el amor que salió de vosotros para venir a reposar en nosotros), ahora os exhorto a que también os excedáis en este acto de generosidad. Esto que os digo no es una orden, sino que estoy usando el ejemplo de la consagración de otros para poner a prueba lo genuino de vuestro amor. Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo: sabéis que fue por vuestro bien por lo que, cuando era rico, se hizo pobre para enriqueceros con Su pobreza. Según mi parecer, soy yo el que os estoy dando ahora. Esto es para vuestro bien; vosotros, que desde por lo menos el año pasado fuisteis los primeros no sólo en hacerlo sino también en desear hacerlo. Así es que, acabad ahora la obra, para que vuestra buena disposición de organizar este proyecto se empareje con la manera en que lo llevéis a cabo según vuestros medios. Porque, si ya existe la voluntad de contribuir, para que llegue a ser algo totalmente aceptable se invita a cada uno a aportar en la medida de sus posibilidades, y no más allá de ellas. No se os llama a dar para que otros lo tengan fácil cuando vosotros estáis en angostura. Pero ya se nivelarán las cosas. En la situación actual, vuestra abundancia se puede usar para aliviar lo que a ellos les falta, y en otra ocasión será la abundancia de ellos la que se use para aliviar vuestras carencias, para que las cosas se nivelen como está escrito: «El que recogió todo lo que pudo no tuvo de más, y el que no recogió más que un poco no tuvo de menos.»

Uno de los proyectos que Pablo llevó más en el corazón fue la colecta que organizó para la iglesia de Jerusalén. Era la madre iglesia, pero era muy pobre; y Pablo tenía el deseo de que todas las iglesias de los gentiles contribuyeran a ayudar a la iglesia que era su madre en la fe. Así es que aquí les recuerda a los corintios su deber y los anima a ser generosos.

Usa cinco argumentos para exhortarlos a contribuir.

(i) Les cita el ejemplo de otros. Les dice lo generosas que han sido las iglesias de Macedonia, que eran muy pobres y tenían muchos problemas, pero dieron todo lo que tenían y mucho más de lo que se esperaba. En la fiesta judía del Purim se aplica la norma de, por muy pobre que sea uno, que se busque a otro que sea más pobre y le haga un regalo. No suelen ser los más ricos los más generosos; a menudo son los que tienen menos los que dan más, proporcionalmente. Se suele decir que < Son los pobres los que ayudan a los pobres.>

(ii) Les cita el ejemplo de Jesucristo. Para Pablo, el sacrificio de Cristo no empezó en la Cruz. Ni siquiera con Su nacimiento. Empezó en el Cielo, cuando se despojó de Su gloria para venir a la Tierra. El desafío de Pablo a los cristianos era: < Con tal ejemplo de generosidad, ¿cómo no ser generosos?>

(iii) Les cita su propio pasado. Habían sido los primeros en todo. ¿Se iban a quedar ahora atrás? Si las personas fuéramos fieles a nuestro nivel superior, si viviéramos a la altura de nuestros mejores momentos, ¡qué diferentes seríamos!

(iv) Les insiste en la necesidad de poner en acción los mejores sentimientos. Los corintios habían sido los primeros en recibir la invitación. Pero un sentimiento que se queda en eso, una piedad que no sale del corazón, un buen deseo que no se convierte en una buena obra es algo truncado y frustrado. Lo trágico de la vida no es que no tengamos impulsos altos, sino que no pasen a la acción.

(v) Les recuerda que la vida tiene su manera de nivelar las cosas. Con frecuencia notamos que se nos mide con la medida que aplicamos a otros. La vida paga la generosidad con generosidad, y la tacañería con tacañería.

Pablo dice algo muy hermoso de los macedonios: lo primero fue que se dieron a sí mismos, y dejaron ejemplo. Dos de ellos descollaron entre los demás. Aristarco de Tesalónica estuvo con Pablo en su último viaje a Roma (*Hechos 28:2*). Como Lucas, tiene que haber hecho una gran decisión. Pablo estaba arrestado, e iba a que le juzgara el emperador. No había más que una manera de acompañarle, y era presentándose como esclavo de Pablo. Aristarco se dio a sí mismo totalmente. El otro fue Epafrodito. Cuando Pablo estaba preso al final, fue a visitarle con un regalo de los hermanos filipenses y, mientras estaba con Pablo, se puso gravemente enfermo. Como dijo Pablo: «Casi murió en la obra de Cristo» (*Filipenses 2:26-30*).

No hay don que lo sea de veras a menos que el dador dé con él algo de sí mismo. Por eso la manera personal de dar es la más elevada, y de ella Jesucristo es el supremo ejemplo.

La cita del Antiguo Testamento con la que Pablo concluye este pasaje es de *Exodo 16:18*, que nos dice que, cuando los israelitas recogían el maná en el desierto, cogieran mucho o poco tenían bastante.

ARREGLOS PRÁCTICOS

2 Corintios 8:16-24

¡Gracias a Dios, que le ha puesto en el corazón a Tito la misma responsabilidad por vosotros que yo tengo! Su responsabilidad se demuestra en el hecho de que, no sólo aceptó de buena gana mi invitación, sino que también va a visitaros como cosa suya con su característica responsabilidad. Con él os mandamos al hermano que alaban todas las iglesias por su consagración al Evangelio. Y no sólo disfruta del aprecio universal, sino que también le han elegido las iglesias para que sea nuestro compañero de viaje en esta empresa de caridad que estamos administrando para promover la gloria de Dios y mostrar vuestra responsabilidad.

Estamos haciendo los preparativos para asegurarnos de que nadie nos critique por el manejo de la administración de este regalo tan importante. Nos proponemos seguir una conducta que sea digna, no sólo a la vista de Dios sino también a la de la gente.

Con los hermanos mencionados mandamos a nuestro hermano que ha demostrado su responsabilidad a menudo y en muchas ocasiones, y que es ahora más responsable en esta empresa por la gran confianza que tiene en vosotros. Si hay alguna pregunta que hacer acerca de Tito, que quede claro que es mi colega y colaborador en todo lo que os respecta a vosotros. Y si hay alguna pregunta que hacer sobre nuestros hermanos, que se entienda bien que son apóstoles de la iglesia y gloria de Cristo. Dadles pruebas inequívocas de vuestro amor, y muestras de que todo lo que presumimos de vosotros es cierto. Al hacerlo, estáis dejando evidencia ante todas las iglesias.

Este pasaje es sumamente interesante precisamente por su carácter práctico. Pablo sabía muy bien que tenía enemigos y críticos. Sabía que había algunos que no dudarían en acusarle de haberse embolsado parte de la colecta para su propio uso, así es que tomó medidas para ponerles difícil el acusarle de tal cosa, y se aseguró de que habría otros de toda confianza que compartieran con él la responsabilidad de llevar la colecta a Jerusalén. Quiénes eran los dos hermanos que se citan aquí pero no por nombre, no lo sabemos. El primero, «el hermano que alaban todas las iglesias por su consagración al Evangelio,» se suele identificar con Lucas. La oración correspondiente al día de san Lucas en ciertas liturgias da por sentada esta identificación: «Todopoderoso Dios, Que llamaste al médico Lucas cuya alabanza es en el Evangelio para que fuera evangelista y médico de las almas: plúgate el que, por las saludables medicinas de la doctrina que él impartió, sean sanadas todas las enfermedades de

nuestras almas.» El propósito de Pablo era dejar bien claro que quería estar limpio de sospecha no sólo delante de Dios sino también delante de los hombres.

Es sumamente interesante notar que este mismo Pablo, que sabía escribir como un gran poeta lírico y pensar como el más profundo teólogo, cuando hacía falta, actuaba con la minuciosidad meticulosa de un contable. Era suficientemente grande para hacer las cosas pequeñas y prácticas supremamente bien.

EL DADOR VOLUNTARIO

2 Corintios 9:1-5

Es superfluo el que yo os escriba acerca de este servicio diseñado para la ayuda del pueblo dedicado a Dios, porque conozco vuestra buena disposición, de la que he presumido al hablarles de vosotros a los de Macedonia; porque les he dicho que Acaya está preparada desde el año pasado, y la noticia de vuestro celo ha inflamado a la mayoría de ellos. Pero, de todas maneras, mando a los hermanos para que, en este

asunto concreto, lo que he presumido de vosotros no se quede en nada, y para que estéis preparados debidamente como he dicho que estáis. Lo hago para prevenir el caso de que los macedonios lleguen conmigo y no os encuentren preparados; y para que no suceda eso, que haría que nosotros, y no digamos vosotros, quedáramos mal. Creo que es necesario invitar a los hermanos a que sigan adelante con el asunto y obtengan la generosidad que habéis prometido con orden y a tiempo, para que esté todo listo como si fuerais vosotros los que estáis deseando dar, y no como si fuera yo el que os estoy obligando.

Como notaron muchos de los padres de la Iglesia, hay un detalle humano delicioso en el trasfondo de este pasaje. Pablo está tratando de la colecta para los santos de Jerusalén. Pero ahora resulta que ha estado animando a los corintios para que sean generosos citándoles el ejemplo de los macedonios (8:15), ¡y al mismo tiempo ha animado a los macedonios citándoles a los corintios! ¡Y ahora tiene un poco de miedo de que los corintios le dejen mal! Es típico de Pablo, y de su gran corazón. Porque lo importante es que él no criticaba nunca a una iglesia ante las demás, sino, por el contrario, alababa a todas y contaba lo bueno que tenían todas. Es una buena regla que se puede aplicar para conocer el calibre de cualquier persona el saber si se complace en contar los defectos o las virtudes de unos ante otros.

Hay por lo menos cuatro maneras en que se puede hacer un regalo.

(i) Se puede hacer *por obligación*. Se pueden cumplir las exigencias de la generosidad, pero haciéndolo como el que paga una deuda o ingresa lo que le exige la contribución. Se puede hacer como un trágico deber, como una triste gracia, de una manera que casi sería mejor que no se hiciera.

(ii) Se puede hacer sencillamente *por propia satisfacción*, pensando más en el sentimiento agradable que se tiene cuando

se queda bien que en la persona que lo va a recibir. Hay personas que le darán una moneda a un pordiosero más por el sentimiento de propia satisfacción que por deseo de ayudarlo. Esa manera de dar es en esencia egoísta; en el fondo, se dan más a sí mismos que a ninguna otra persona.

(iii) Se puede hacer por motivos *de prestigio*. La verdadera causa de ese dar no es el amor, sino el orgullo; no se da lo que sea para ayudar al necesitado, sino para glorificar al dador. De hecho, es probable que no se llegue a dar si no hay espectadores que lo vean y lo alaben después. Puede ser que se dé para tener más crédito con Dios. ¡Como si fuera posible hacer que Dios esté en deuda con nosotros!

(iv) Ninguna de estas maneras de dar son irremisiblemente malas. Como decía alguien al oír que «se pueden repartir todos los bienes para dar de comer a los pobres; pero, si no se tiene amor, no le sirve a uno de nada.» «¡No le servirá de nada al que lo da; pero sí a los pobres, a los que algo remediará!» Pero no cabe duda de que el verdadero móvil del dar *es el amor*. Es dar, no por obligación ni porque no se tiene más remedio, sino porque no se puede por menos de seguir el impulso del corazón, porque el saber de un alma en necesidad despierta un impulso que no se puede silenciar. Esta es la manera de dar de Dios: fue porque Dios *amó* al mundo de tal manera por lo que dio a Su Hijo.

El gran deseo de Pablo era que la aportación de los corintios a aquella colecta estuviera lista, para que no hubiera que andar con precipitaciones en el último minuto. Un antiguo proverbio latino decía: «El que da pronto, da dos veces.» Eso es siempre cierto -y no sólo ni principalmente refiriéndose, como se suele aplicar, a «dar el primer puñetazo». Los mejores regalos son los que se hacen antes de que se pidan y hasta de que se esperen. Fue cuando no éramos más que Sus enemigos cuando Cristo murió por nosotros. Dios escucha nuestra oración antes de que Se la dirijamos. Y debemos portarnos con los demás como Dios se ha portado con nosotros.

LOS PRINCIPIOS DE LA GENEROSIDAD

2 Corintios 9:6-15

Además, pasa lo siguiente: Con el que es tacaño a la hora de sembrar también la tierra es tacaña a la hora de producir; y la cosecha es generosa con el que es generoso en la siembra. Que cada cual aporte lo que haya decidido de corazón; no como si le doliera el dar o como si se le obligara a hacerlo, porque es el dador alegre el que Le encanta al Señor. Dios puede suplirnos con medida rebosante todas las gracias, para que de todo y en todo tiempo tengáis suficiente de forma que podáis prosperar en todo lo que está bien. Como está escrito: «Lanzó su semilla; dio de comer a los pobres; su integridad es inalterable.» Así seréis enriquecidos en todos los sentidos para que podáis seguir siendo generosos en todo con esa generosidad que, por medio de vosotros, produce una cosecha abundante de acciones de gracias a Dios.

Porque la administración de este acto de servicio voluntario, no sólo suple lo que le falta al pueblo consagrado a Dios, sino que también contribuye a la gloria de Dios con las acciones de gracias que produce. Y además, mediante vuestra generosidad dais prueba de la autenticidad de vuestro servicio a Dios de una manera tan señalada que otros glorificarán a Dios por vuestra manera de obedecer al Evangelio por la manera en que habéis compartido con ellos y con todo el mundo. Además, entonces ellos orarán por vosotros y os tendrán buena voluntad a causa de la gracia desbordante de Dios que hay en vosotros.

¡Gracias a Dios por el Don gratuito que nos ha dado, que es algo que no se puede decir con palabras!

Este pasaje nos presenta un resumen de los principios generales de la generosidad en el dar.

(i) Pablo insiste en que nadie sale perdiendo por ser generoso. Dar es como sembrar. El que es mezquino a la hora de sembrar no puede esperar más que una cosecha mezquina, mientras que el que es generoso en la siembra, a su debido tiempo recogerá una cosecha generosa. El Nuevo Testamento es un libro tremendamente práctico, y una de sus características es que no le tiene ningún miedo al tema de las recompensas. Nunca dice que la bondad no sirve para nada. Nunca se olvida de que hay algo nuevo y maravilloso que llega a la vida del que acepta la voluntad de Dios como su ley.

Pero las recompensas que prevé el Nuevo Testamento no son nunca materiales. No nos promete la riqueza del dinero, sino la del corazón y el espíritu. Entonces, ¿qué es lo que puede esperar la persona generosa?

(a) Será *rica en amor*. Más adelante volveremos a este punto. Siempre será verdad que a nadie le gustan los tacaños, y que la generosidad puede tapar muchos defectos. La gente prefiere un corazón cálido, aunque su misma temperatura le pueda llevar a excesos, a un corazón frío y calculador.

(b) Será *rica en amigos*. «El que quiera tener amigos tendrá que empezar por ser un buen amigo» (*Proverbios 18:24*). Una persona inamable no puede esperar nunca que la amen. El hombre cuyo corazón sale al encuentro de los demás siempre encontrará otros corazones que le salgan al encuentro.

(c) Será *rico en ayuda*. Siempre llega el día en que se necesita la ayuda que otros le puedan *prestar* a uno. Por cierto: eso de *prestar*, aunque no se tome literalmente, conlleva la idea de «Hoy por ti, mañana por mí.» Si hemos sido insensibles cuando

otros necesitaban nuestra ayuda, es probable que, cuando nos haga falta la suya, nos paguen con la misma moneda. La medida que usemos al ayudar a otros determinará la que se nos aplique, como dijo Jesús (*Lucas 6:38*).

(d) Será *rico para con Dios*. Jesús nos ha enseñado que lo que hagamos por los demás es como si se lo hiciéramos a Él; y llegará el Día en que todas las veces que abrimos nuestro corazón y nuestra mano darán testimonio a nuestro favor, y todas las veces que los cerramos, darán testimonio en contra nuestra (*Mateo 25: 31 ss y Lucas 12:21*).

(ii) Pablo insiste en que es el dador feliz el que Le agrada al Señor. *Deuteronomio 15:7-11* establece el deber de la generosidad para con el hermano pobre, y el versículo 10 dice: «Y no serás de mezquino corazón cuando le des.» Había un dicho rabínico que decía que recibir a un amigo poniéndole buena cara pero no darle nada era mejor que darle todo lo que fuera con cara de pocos amigos. Séneca decía que dar con duda y retraso es casi peor que no dar en absoluto.

Aquí Pablo cita el *Salmo 112:3, 9*, versículos que toma como una descripción de la persona buena y generosa. Lanza su semilla, es decir, no es tacaño sino generoso en la siembra; da a los pobres, y sus acciones son su crédito y su alegría para siempre. Carlyle cuenta que una vez, cuando era niño, vino a su puerta un mendigo. Los padres de Carlyle no estaban en casa, y él estaba solo. Movido por un impulso digno de su edad, rompió su hucha y le dio al mendigo todo lo que tenía; y nos dice que nunca antes ni después de aquello experimentó una felicidad comparable a la que le visitó entonces. No cabe duda de que hay un gozo especial en el dar.

(iii) Pablo insiste en que Dios le puede dar a una persona tanto lo que tiene que dar como el espíritu en que debe darlo. En el versículo 8 habla de la suficiencia que Dios nos otorga. La palabra que usa es *autárkia*. Era uno de los términos característicos de los estoicos. No describe la suficiencia del que tiene toda clase de cosas en abundancia, sino el estado del que dirige su vida, no a amasar riquezas, sino a eliminar necesidades. Describe a la persona que ha aprendido a contentarse con el mínimo. Está claro que esa persona podrá dar mucho más a otros porque necesita muy poco para sí. A menudo la cosa es que queremos tanto para nosotros que no nos queda nada para los demás.

Y no sólo eso. Dios nos puede dar también el espíritu en que debemos dar. Los servidores nativos de Samoa de Robert Louis Stevenson le querían mucho. Uno de los muchachos solía despertarle por las mañanas con una taza de té. En cierta ocasión vino otro chico, que le despertó, no sólo con la taza de té, sino, además, con una tortilla apetitosa. Stevenson le dio las gracias y le dijo: «¡Grande es tu previsión!» «No, mi amo -le contestó el muchacho-: Grande es mi amor.» Dios es el único que puede ponernos en el corazón el amor que es la esencia del espíritu generoso.

Pero Pablo dice más en este pasaje. Si nos introducimos en su pensamiento, descubrimos que mantiene que el dar hace cosas maravillosas para tres personas diferentes.

(i) Hace algo por los *demás*. (a) Alivia su necesidad. Muchas veces, cuando una persona está en las últimas, el regalo de otro parece nada menos que un regalo del Cielo. (b) Restablece su confianza en sus semejantes. A menudo sucede que, cuando uno está en necesidad, le parece que todo el mundo es insensible, y se siente abandonado. Entonces, esa ayuda le dice que el amor y la amabilidad no han desaparecido del mundo. (c) Les hace dar gracias a Dios. Una ayuda en tiempo de necesidad es algo que lleva, no sólo nuestro amor, sino también el de Dios a las vidas de otros.

(ii) Hace algo por nosotros. (a) Auténtica nuestra profesión cristiana. En el caso de los corintios, eso era especialmente importante. No cabe duda de que la iglesia de Jerusalén, que sería casi totalmente judía, miraría todavía con recelo a los gentiles, y se preguntaría para sus adentros si el Evangelio podía ser para ellos de veras. El hecho de la colecta de las iglesias gentiles debe haberles asegurado la autenticidad del cristianismo gentil. Si una persona es generosa, eso les hace ver a los demás que pone su cristianismo no sólo en palabras sino también en hechos. (b) Nos hace acreedores al amor y a las oraciones de otros. Lo que más se necesita en el mundo es algo que enlace a cada uno con sus semejantes. No hay nada tan precioso como la solidaridad, y la generosidad es un paso esencial en el camino de la unión real entre las personas.

(iii) Hace algo por Dios. Hace que se Le dirijan oraciones de acción de gracias. Los que ven nuestras buenas obras no

nos glorifican a nosotros sino a Dios. Es algo imponente el que podamos hacer algo para que los corazones se vuelvan hacia Dios, porque eso Le produce alegría.

Por último, Pablo dirige el pensamiento de los corintios y de todos los lectores de su carta al Don de Dios en Jesucristo, un Don tan maravilloso que no se agota jamás y cuya magnitud no se puede expresar con palabras ni cifras; y, al hacerlo, les dice y nos dice Pablo: «¿Cómo vais a poder vosotros, a quienes Dios ha tratado de una manera tan generosa, dejar de ser generosos con vuestros semejantes?»

CAPÍTULOS 10 AL 13

Antes de pasar al estudio de los capítulos 10 al 13 de esta carta, recordemos lo que ya hemos visto en la Introducción. Hay un cambio brusco sorprendente entre los capítulos 9 y 10. Hasta el final del capítulo 9; todo parece ir bien. La grieta se ha cerrado, y la pelea ha terminado. Los capítulos 8 y 9 tratan de la colecta para la iglesia de Jerusalén y, ahora que se ha concluido esa cuestión, podríamos esperar que Pablo terminara su carta. En lugar de eso, nos encontramos otros cuatro capítulos, que son los más tristes y angustiosos que Pablo haya escrito jamás. Nos hace preguntarnos cómo llegaron aquí.

Dos veces en 2 Corintios habla Pablo de una carta severa que les ha escrito, una carta tan seria que, en un punto, casi lamentó haberla escrito (2 Corintios 2:4; 7: 8). Esa descripción no corresponde a 1 Corintios. Nos quedan dos alternativas: o esa carta se ha perdido o, al menos en parte, se encuentra en estos capítulos 10 al 13. Es absolutamente verosímil el que los capítulos 10 al 13 son la carta severa, y que, cuando se coleccionaron las cartas de Pablo, se colocó aquí por equivocación. Para seguir mejor el orden de cosas deberíamos leer los capítulos 10 al 13 antes de los capítulos 1 al 9. Bien podemos suponer que estamos leyendo a partir de ahora la carta que tanto dolor y lágrimas le costó a Pablo escribir, y que lo hizo para enmendar una situación que estuvo a punto de romperle el corazón.

PABLO RESPONDE A SUS CRÍTICOS

2 Corintios 10:1-6

Aquí Pablo: Os hago un ruego apelando ala gentileza y la caballerosidad de Cristo; yo, que vosotros decís que soy un pobre hombre cuando estoy con vosotros y que presumo mucho cuando estoy ausente. Pido a Dios que, cuando vaya a veros, no tenga que ser tan atrevido con esa confianza con la que creo que puedo enfrentarme a cara descubierta con algunos que piensan que actuamos movidos por criterios exclusivamente humanos.

Es verdad que vivimos en un cuerpo humano; pero, en todo lo que hacemos, no dirigimos nuestra campaña con motivos o recursos humanos, porque las armas de nuestra milicia no son meramente humanas, sino que Dios las ha hecho poderosas para destruir fortalezas. Nuestra milicia es tal que podemos destruir plausibles falacias y todas las altaneras ideologías que se yergan contra el conocimiento que Dios ha dado; de manera que podemos llevar cautivas a la obediencia de Cristo todas las intenciones, y que estamos listos para castigar cualquier desobediencia, una vez que se haya hecho realidad vuestra obediencia.

Al principio de este pasaje ya aparecen dos palabras que marcan todo el tono que Pablo quiere adoptar. Habla de la *caballerosidad* y de la *gentileza* de Cristo.

Praytēs, caballerosidad, que solía traducirse por *mansedumbre*, es una palabra interesante. Aristóteles la definía como el término medio correcto entre ser demasiado irascible y ser demasiado pasota. Es la cualidad de la persona que controla su indignación de tal manera que se indigna cuando debe y nunca cuando no debe. Describe a la persona que no se enfurece cuando se le inflige un daño personal, ni siquiera cuando es injustamente, pero que es capaz de manifestar justa indignación cuando se abusa de otras personas. Al usar esa palabra, Pablo está diciendo al principio de su carta severa que no le impulsan a la ira las ofensas recibidas, sino que está expresándose con la caballerosidad del mismo Jesús.

La otra palabra es aún más iluminadora. En griego es *epiealceia, gentileza*, que algunos traducen por *ternura o indulgencia*. Los mismos griegos definían *epieckeia* como «lo que es justo, y aun mejor que justo.» La describían como la cualidad que debe intervenir cuando la justicia, justa en cuanto es general, está en peligro de volverse injusta. Hay veces en que la estricta justicia puede resultar injusta. Como decía un adagio latino, «La justicia a ultranza es una suprema injusticia.» A menudo la verdadera justicia no consiste en insistir en la letra de la ley, sino en dejar que una cualidad más elevada intervenga en las decisiones. La persona que tiene *epiealceia* sabe que, en último análisis, la norma cristiana no es la justicia, sino el amor.

Al usar esta palabra, Pablo quiere decir que no va a insistir en sus derechos ni en la letra de la ley, sino que va a tratar la situación con el amor de Cristo, que trasciende hasta la justicia humana más excelente.

Ahora llegamos a una sección de la carta que es francamente difícil de entender, por la sencilla razón de que estamos oyendo sólo un lado de la conversación. No conocemos más que la respuesta de Pablo. No sabemos exactamente qué acusaciones le habían hecho los corintios; tenemos que deducirlas de las contestaciones de Pablo. Pero podemos, por lo menos, intentar deducirlas.

(i) Está claro que los corintios habían acusado a Pablo de ser bastante atrevido cuando no estaba cara a cara con ellos, y de achantarse cuando estaba presente. Decían que, desde lejos, escribía cosas que no se atrevía a decirles en la cara. La respuesta de Pablo es que pide a Dios que no se le ponga en situación de tratarlos personalmente como él sabe que es muy capaz de hacerlo. Las cartas son cosas peligrosas. Puede que uno escriba alguna vez en un tono autoritario que no usaría a la cara de otra persona. Un intercambio de cartas puede hacer un montón de daño que se hubiera podido evitar en una conversación cara a cara. Pero Pablo afirma que nunca dice nada por carta que no pueda mantener en persona.

(ii) Está claro que le habían acusado de organizar su conducta dejándose llevar por motivos puramente humanos. La respuesta de Pablo es que tanto su conducta como su poder venían de Dios. Sí, era verdad que era un hombre sujeto a todas las limitaciones de la naturaleza humana, pero Dios era su guía y su fuerza.

Lo que hace difícil de entender este pasaje es que Pablo usa la palabra *sarx, carne*, en dos sentidos diferentes. (a) La usa en el sentido ordinario de *cuerpo humano*, carne en el sentido físico. «Andamos -dice- en la carne.» Aquí quiere decir sencillamente que es un ser humano como otro cualquiera. Como en *Gálatas 2:20*: «... lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios.» (b) Pero también usa esta expresión de una manera que le es característica, refiriéndose a la parte de la naturaleza humana que es una cabeza de puente para el pecado, esa debilidad esencialmente humana de la vida sin Dios. Por eso

dice: « No seguimos los dictados de la carne.» Es como si dijera: «Soy un ser humano con un cuerpo como el vuestro, pero nunca me dejó dominar por motivos puramente humanos. Nunca intento vivir sin contar con Dios.» Una persona puede vivir en un cuerpo, pero ser guiada por el Espíritu de Dios.

Pablo pasa a tocar tres puntos muy significativos.

(i) Dice que está equipado para enfrentarse con toda la astucia plausible de la sabiduría y del orgullo humanos. Existe una sencillez que es un argumento de mucho más peso que la más elaborada agudeza humana. Había en cierta ocasión una tertulia a la que asistía Huxley, el gran agnóstico victoriano. El domingo por la mañana habían quedado de acuerdo para ir al culto. Huxley le dijo a uno de los miembros del grupo:

«Supongamos que no vas a la iglesia; supongamos que te quedas en casa y me dices por qué crees en Jesús.» El hombre le contestó: «Pero usted, que es tan inteligente, podrá demoler fácilmente todo lo que le diga yo, que no sé tanto como usted.» Huxley le dijo: « No quiero discutir contigo. Lo único que quiero es que me digas lo que todo eso representa para ti.» Y así lo hicieron. Aquel hombre le dijo a Huxley, de la manera más sencilla, lo que Cristo era para él. Cuando terminó, había lágrimas en los ojos del gran agnóstico. «Daría mi brazo derecho -le dijo- por tener tu fe.» No hubo discusión; pero la absoluta sencillez y sinceridad de aquel creyente humilde le llegaron al corazón al gran pensador. En último análisis, lo más efectivo no es el sutil intelectualismo, sino la sencilla sinceridad.

(ii) Pablo habla de hacer prisionera de Cristo toda intención humana. Cristo tiene una manera maravillosa de cautivar lo que era antes pagano y someterlo a Sus propósitos. Max Warren relata una costumbre de los nativos de Nueva Guinea. En ciertos tiempos tenían cantos y danzas rituales. Tanto se acaloraban que entraban en trance, y el ritual culminaba con lo que ellos llaman «las canciones asesinas,» en las que gritaban delante de su dios los nombres de los que querían matar. Cuando aquellos nativos se convirtieron al Cristianismo, siguieron con esas costumbres y ese ritual; pero, en las canciones asesinas, ya no gritaban los nombres de las personas que odiaban, sino *los pecados* que odiaban y Le pedían a Dios que los destruyera. Una antigua costumbre pagana había sido hecha cautiva de Cristo. Jesús no quiere nunca quitarnos nuestras cualidades y habilidades y características. Lo que quiere es tomarlas y usarlas en Su obra. Nos invita a acudir a Él con todo lo que tengamos para ofrecérselo a Él, y Él nos capacitará para hacer mejor uso de nosotros mismos y de todo lo nuestro del que haríamos sin Él.

SIGUE LA DEFENSA DE PABLO

2 Corintios 10:7-18

Fijaos en lo que tenéis delante de las narices: el que crea a pie juntillas que pertenece a Cristo, que haga otra vez examen de conciencia; porque, si él pertenece a Cristo, nosotros también. Si hago lo que podría tomarse por exceso de autoridad, de esa autoridad que nos ha dado el Señor para edificaros y no para destruirlos, no permitiré que se me avergüence. Y eso es precisamente lo que voy a hacer, para que no parezca, como si dijéramos, que me pongo a meteros miedo con una serie de cartas; porque, para citar a mis oponentes, < sus cartas son duras y pesadas, pero su aspecto es insignificante, y lo que dice no vale nada. »

Que el que ha hecho esas afirmaciones tome nota de que como nos expresamos por carta cuando estamos ausentes, así es como somos en realidad cuando estamos presentes.

¡Lejos esté de nosotros el incluirnos entre algunos que se alaban a sí mismos o el compararnos con ellos! Porque no son sensatos cuando no se aplican más que su propio baremo para medirse consigo mismos y cuando no se comparan más que con ellos mismos. Por lo que se refiere a nosotros, no vamos a presumir desmesuradamente, sino de acuerdo con el baremo que Dios nos ha puesto por norma, que os incluye a vosotros también.

Porque no nos hemos pasado, como si nuestra esfera no os incluyera a vosotros; porque no cabe duda que fuimos los primeros en llevaros el Evangelio de Cristo. No presumimos más de lo que nos corresponde, sino acariciamos la esperanza de que, conforme crezca vuestra fidelidad, recibiremos una mayor participación de honor entre vosotros, en la esfera que nos corresponde, lo que nos permitirá predicar el Evangelio en las

*regiones de más allá, y no para atribuirnos lo que ya se
haya hecho en la esfera de otro.*

El que quiera presumir de algo, ¡que presuma del Señor! Porque no es el que se alaba a sí mismo el que pasa todas las pruebas de calidad, sino aquel a quien alaba el Señor.

Pablo sigue respondiendo a sus críticos. Y nos encontramos con el mismo problema de antes: que no podemos oír nada más que un lado de la conversación, y tenemos que deducir las críticas por las respuestas que da Pablo.

(i) Parece claro que por lo menos algunos de los oponentes de Pablo afirmaban que él no pertenecía a Cristo de la misma manera que ellos. Tal vez estaban todavía echándole en cara el hecho de haber sido el archiperseguidor de la Iglesia. A lo

mejor presumían de un conocimiento especial. Tal vez pretendían ser más santos que nadie. Por lo que fuera, miraban a Pablo por encima del hombro y presumían de la relación que ellos tenían con Cristo.

Cualquier religión que mueva a mirar por encima del hombro a los semejantes y a creerse mejor que nadie no tiene ningún parecido con el Cristianismo. Cuando hubo un avivamiento en las iglesias del Este de África no hace mucho, una de sus características fueron las confesiones públicas de pecados. Los nativos tomaban parte en aquellas confesiones de buena gana, mientras que los europeos se quedaban al margen, y uno de los misioneros escribió: «Se tiene el sentimiento de que el quedarse al margen es negarse a que se le identifique a uno con la compañía de los pecadores perdonados. A veces se acusa a los europeos de ser orgullosos y no estar dispuestos a compartir la comunión de esa manera.» No hay una definición mejor de la Iglesia que esta de *la compañía de los pecadores perdonados*. Cuando una persona se da cuenta de que es a esa compañía a la que pertenece, no le queda espacio para el orgullo. El problema de los cristianos arrogantes es que creen que Cristo les pertenece, y no que ellos Le pertenecen a Él.

(ii) Parecería que los corintios habían llegado tan bajo como para ridiculizar a Pablo por su apariencia personal. Su aspecto físico -bromeaban-, era flojo, y no era un gran orador.

Tal vez en parte tuvieran razón. Nos ha llegado una descripción de su figura en un libro antiguo que se llama *Los hechos de Pablo y Tecla*, fechado hacia el año 200 d.C. Es tan poco favorecedora que debe de ser verdad: describe a Pablo como «hombre de baja estatura, de poco pelo, de piernas torcidas, de buen tórax, con el entrecejo muy peludo, de nariz aguileña, agraciado, porque algunas veces parecía un hombre corriente y otras tenía cara de ángel.» Un hombre bajo, con entradas, estevado, con la nariz característica de los judíos y cejijunto... No era una figura impresionante, y es posible que los corintios, amantes como griegos de la belleza física, le tomaran a broma.

Haríamos bien en recordar que no es raro el que un gran espíritu se aloje en un cuerpo muy humilde. William Wilberforce fue el campeón de la liberación de los esclavos en el imperio británico. Era tan pequeño y debilucho que parecía que cualquier vientecillo podría acabar con él. Pero Boswell le oyó hablar en público una vez, y luego decía: «Vi a uno que parecía una gamba subirse a la mesa y, cuando empecé a escucharle, creció y creció hasta que se convirtió en una ballena.» Los corintios se rebajaron hasta la máxima descortesía e insensatez cuando se burlaron del aspecto personal de Pablo. También en la crítica que hacían de su oratoria se descubrían como griegos amantes de la forma.

(iii) Parece que acusaban a Pablo de presumir de una autoridad que no le correspondía. Probablemente dirían que Pablo trataba de hacerse el amo en otras iglesias, pero que en Corinto no tenía nada que hacer. Su respuesta fue que Corinto era parte de su esfera, porque él había sido el primero que les había traído el Evangelio de Cristo. Pablo era rabino, y puede que estuviera pensando en el derecho que se atribuían a veces los rabinos. Reclamaban y recibían un respeto muy especial. Pretendían ese respeto porque un maestro lo merecía aún más

que un padre; porque decían, «un padre da a sus hijos la vida de este mundo, pero un maestro imparte a sus discípulos la vida del mundo venidero.» Sin duda no había nadie que tuviera más derecho a ejercer autoridad en la iglesia de Corinto que el hombre que, por la voluntad de Dios, había sido su fundador.

(iv) Aquí Pablo les hace una acusación. Irónicamente les dice que él no habría soñado nunca con compararse con los que no hacen más que blasonar de sus méritos; luego, con precisión infalible, pone el dedo en la llaga. Esas personas podían presumir solamente porque su único baremo eran ellos mismos. Tomaban, como hacen tantas personas, un falso término de comparación. Un estudiante de violín puede que se crea un gran violonista; pero si se compara con Yehudi Menuhin cambiará de parecer. Uno puede que se considere un gran jugador de ajedrez; pero si se compara con Kaspárov o Kárpov tendrá que cambiar de opinión. Uno puede que se considere un gran predicador; pero, si se compara con uno de los príncipes del púlpito que ha habido en muchos países, seguro que cambiará de opinión sobre sí mismo, y puede que pierda las ganas de subirse a un púlpito o abrir la boca en público otra vez.

Es fácil decir: «¡Soy tan bueno como cualquiera!» Y puede que sea verdad. Pero, ¿podemos decir que somos tan buenos como Jesús? Él es nuestro único modelo y término de comparación; y, cuando nos medimos con Él, se nos quitan las ganas de presumir. «El autobombo -decía Pablo- no trae ningún honor.» No es cuando nos decimos a nosotros mismos: «¡Bien hecho!» sino cuando nos lo dice el Señor cuando podemos considerar que hemos aprobado la prueba.

Antes de salirnos de este pasaje debemos fijarnos en una frase que es característica del corazón de Pablo. El quería dejar las cosas como Dios manda en Corinto porque quería tomarlo como punto de partida para alcanzar *las regiones más allá* a las que no había llegado todavía el mensaje de Cristo. W. M. Macgregor solía decir que Pablo sentía la fascinación de las regiones más allá. Nunca veía un navío anclado o amarrado en un puerto sin desear embarcarse para llevar la Buena Noticia

a las regiones más allá. Nunca veía una cordillera, azul en la distancia, sin desear cruzarla para llevar la historia de la Cruz a las regiones más allá.

Kipling escribió un poema que se llama *El explorador*, que narra la historia de otro que estaba alucinado con las regiones más allá:

«No tiene ningún sentido intentar ir más allá; aquí termina la tierra que se puede cultivar.» Creí lo que me dijeron y no quise buscar más. Roturé y sembré mi campo y construí mi lagar, mis graneros y mis vallas hasta llegar al final de lo que verse podía entre los montes y el mar.

Hasta que una voz inquieta de lejos sentí llamar, molesta cual la conciencia, repitiendo sin cesar: «Hay algo que está escondido que tú puedes encontrar, más allá de las colinas que se pueden vislumbrar; está perdido a lo lejos, pero esperándote está. No te baste lo que tienes. ¡Sal otra vez a buscar!»

Eso era lo que Pablo sentía en su corazón. Se ha dicho de un gran evangelista que, al pasearse por las calles de la ciudad, no podía por menos de sentir la llamada de los miles y miles y miles y miles que estaban todavía sin Cristo. El que ama a Cristo siempre sentirá la angustia de los millones que no han oído hablar nunca del Cristo que representa tanto para él.

EL PELIGRO DE LA SEDUCCIÓN

2 Corintios 11:1-6

¡Permitidme que dé señales de desatino! Cuento coro vuestra paciencia.

Estoy celoso de vosotros, coro el celo de Dios; porque os he comprometido con un Marido, y quisiera presentaros a Él, a Cristo, como una virgen casta. Pero me temo que, como engañó la serpiente con su astucia a Eva, vuestro pensamiento se haya corrompido de la sencillez y la pureza con que se debe mirar a Cristo. Porque, si os llega uno predicándoos a otro Jesús, a un Jesús que no es el Que no os hemos predicado, y si recibís un espíritu diferente del Que ya habíais recibido, o un evangelio distinto, que no habíais recibido antes, ¡eso os parece estupendo!

Pues bien: yo no me considero inferior en nada a esos superapóstoles. Puede que no tenga un pico de oro, pero no soy ningún ignorante; y, de hecho, os presentamos con claridad el conocimiento de Dios en su totalidad.

En toda esta sección, Pablo tiene que adoptar métodos que no le agradan lo más mínimo. Tiene que hacer hincapié en su propia autoridad, que presumir de sí mismo y que compararse con los que están intentando seducir a la iglesia de Corinto. Y no le gusta hacerlo, y se disculpa siempre que tiene que adoptar ese tono, porque no le era propio hablar tanto de sí mismo. Se dijo una vez de un gran hombre: «Nunca se acordaba de su dignidad hasta que los demás la olvidaban.» Pero Pablo sabía que lo importante no era su propia dignidad y honra, sino la dignidad y honra de Jesucristo.

Empieza usando una alegoría realista de las costumbres judías de boda. La idea de Israel como la esposa del Señor es corriente en el Antiguo Testamento. «Porque tu Marido es tu Hacedor», había dicho Isaías (54:5). «Como el gozo del esposo

con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo» (Isaías 62:5). Así es que era natural el que Pablo usara la alegoría del matrimonio y pensara en la iglesia de Corinto como la prometida de Cristo.

En una boda judía había dos personas que se llamaban, con un modismo hebreo, «los hijos de la cámara nupcial,» uno de los cuales representaba al novio y el otro a la novia. Tenían ciertas obligaciones. Actuaban como representantes de ambos. Repartían las invitaciones. Pero tenían una responsabilidad muy especial: garantizar la castidad de la novia. Eso es lo que Pablo tiene en mente aquí. En la boda de Jesucristo con la iglesia de Corinto, Pablo es el amigo del novio, y es su responsabilidad el garantizar la castidad de la novia, y hará todo lo posible para mantener a la iglesia corintia pura y digna de ser esposa de Jesucristo.

Había una leyenda corriente en los tiempos de Pablo: En el Huerto del Edén, Satanás había seducido de hecho a Eva, y Caín había nacido de aquella unión. Tal vez Pablo estuviera pensando en esa antigua leyenda cuando dice que se teme que la iglesia de Corinto sea seducida.

Está claro que llegaban personas a Corinto que predicaban su propia versión del Evangelio e insistían en que era superior a la de Pablo. También está claro que se tenían por gente muy importante: «superapóstoles» los llama Pablo. Pablo dice irónicamente que los corintios estaban alucinados con ellos. Si los escuchaban tan embelesados, ¿no le querrían oír a él?

A continuación expone el contraste entre aquellos falsos apóstoles y él mismo. Pablo no era un orador profesional. La palabra que usa es *idiótes*, que en su origen quería decir un ciudadano cualquiera que no tomaba parte en la política. De ahí pasó a designar a la persona que no tenía una formación profesional; y, en este caso, lo que llamaríamos *un laico o*, mejor todavía, *un lego*. Pablo dice que esos apóstoles, falsos y arrogantes, puede que fueran mejores oradores que él, profesionales cuando él no era más que un *amateur*. Puede que tuvieran muchos títulos universitarios, mientras que él no era

más que un lego. Pero el caso era que, aunque Pablo no conociera las técnicas de la oratoria y los otros sí, él sabía de lo que hablaba y ellos no.

Hay una historia famosa de un grupo de personas que estaban comiendo juntas. Tras la comida, se decidió que cada una recitara algo. Un famoso actor se levantó y, usando todos los registros de su bien entrenada voz y su mejor técnica de arte dramático, recitó el Salmo 23, y recibió tal aplauso que más bien podría llamarse ovación. Le seguía un hombre normal y corriente que era un sencillo creyente, y también él empezó a recitar el Salmo 23, tomándolo algunos a broma al principio. Pero, conforme proseguía, todos escuchaban con atención reverente. Cuando terminó continuó el silencio, que era más elocuente que el mayor aplauso; y entonces el actor se incorporó y dijo: «Amigo, yo conozco el salmo, *pero tú conoces al Pastor.*»

Los oponentes de Pablo puede que conocieran todos los secretos de la oratoria en los que él era un lego; pero Pablo hablaba de lo que sabía por propia experiencia, porque conocía personalmente al verdadero Cristo.

DISFRAZADOS DE CRISTIANOS

2 Corintios 11:7-15

¿Es que he cometido yo algún pecado por humillarme para que vosotros fuerais encumbrados, o por el hecho de haberos predicado el Evangelio de Dios de balde? He esquilado otras iglesias y aceptado que me pagaran para servirlos a vosotros. Y cuando me encontraba entre vosotros y había llegado a la más total indigencia, no os estrujé a ninguno para que me dierais ayuda. Los hermanos que volvieron de Macedonia suplieron mi necesidad. Siempre tuve cuidado de no seros nunca carga, y pienso seguir igual. Por la verdad de Cristo que hay en mí, por lo que a mí respecta, no se

me podrá despojar de esta satisfacción en las regiones de Acaya.

¿Que por qué? ¿Porque no os amo? Dios sabe lo que os amo. Pero sigo y seguiré esta norma para no ofrecerles la oportunidad a los que están deseando demostrar que son lo mismo que nosotros, para presumir. Los tales no son más que falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. ¡Y no es extraño, porque también Satanás se disfraza de ángel de luz! No debe extrañarnos el que sus servidores también se disfracen de siervos de la justicia. Pero acabarán recibiendo lo que se merecen sus obras.

Aquí sale Pablo al paso de otra acusación que se le ha hecho. Esta vez está muy clara. No se les iba de la cabeza el hecho sorprendente de que Pablo se hubiera negado a aceptar la menor ayuda de ellos. Cuando se encontraba sin recursos, fue la iglesia de Filipos la que le proveyó de lo necesario (cp. *Filipenses 4:10-18*).

Antes de adentrarnos en este pasaje, debemos preguntarnos cómo podía Pablo mantener su actitud de absoluta independencia en cuanto a la iglesia corintia, y sin embargo aceptar donativos de la iglesia filipense. No estaba siendo inconsecuente, y la razón era muy práctica y noble. Por lo que sabemos, Pablo no aceptó nunca nada de los filipenses *cuando estaba en Filipos*. Sí cuando ya había pasado a otros lugares. La razón es obvia. Mientras estaba en un lugar, tenía que ser absolutamente independiente, sin depender de nadie. Es discutible que se pueda aceptar ayuda de nadie, y predicar la verdad con independencia, aunque sea en contra del supuesto bienhechor. Cuando estaba en medio de la comunidad filipense, Pablo no podía estarle obligado a nadie. Era otra cosa cuando ya estaba en otro lugar. Entonces ya era libre para aceptar lo que el amor de los filipenses le hiciera llegar, porque aquello ya no le podría comprometer con ninguna persona o grupo. Le habría sido imposible a Pablo, cuando estaba en Corinto, recibir sostenimiento

y al mismo tiempo mantener la independencia que requería la situación. Eso no era ser inconsecuente, sino ser prudente.

¿Por qué les sentó tan mal a los corintios la actitud de Pablo? Por una parte, según la manera de pensar de los griegos, era una deshonra para un hombre libre el trabajar con las manos. No se había descubierto, o se había olvidado, la dignidad del trabajo honrado fuera cual fuera, y los corintios no comprendían la actitud de Pablo. Por otra parte, en el mundo griego se suponía que los maestros recibían dinero por su trabajo. Jamás ha habido una época en la que pudiera hacer más dinero uno que supiera hablar. Augusto, el emperador romano, pagaba al retórico Verrio Flaco un sueldo anual de 100,000 sestercios, que serían el equivalente de 50,000,000 de pesetas. Todas las ciudades concedían total exención de todas las cargas civiles e impuestos a cierto número de maestros de retórica y literatura. La independencia de Pablo era algo incomprensible para los corintios.

En cuanto a los falsos apóstoles, ellos también acusaban a Pablo de su independencia como si fuera algo malo. Ellos sí que aceptaban ayuda sin problemas, y mantenían que el hecho de aceptarla era una señal de que eran realmente apóstoles. Sin duda mantenían que Pablo se negaba a aceptar nada porque su enseñanza no valía nada. Pero en lo más íntimo de su corazón tenían miedo de que se les vieran las intenciones, y querían arrastrar a Pablo a su nivel para que no se viera el contraste que había entre la independencia de él y la codicia de ellos.

Pablo los acusa de disfrazarse de apóstoles de Cristo. La leyenda judía era que Satanás se había disfrazado una vez como uno de los ángeles que cantaban alabanzas a Dios, y que fue entonces cuando le vio Eva y fue seducida.

Todavía sigue siendo verdad que muchos se disfrazan de cristianos, algunos conscientemente, pero todavía más inconscientemente. Su cristianismo es algo exterior que no tiene la menor realidad. El sínodo de la Iglesia de Uganda trazó las siguientes cuatro pruebas por las que uno se puede examinar a sí mismo para comprobar la autenticidad de su cristianismo.

- (i) ¿Conoces la salvación por la Cruz de Cristo?
- (ii) ¿Estás creciendo en el poder del Espíritu Santo, la oración, la meditación y el conocimiento de Dios?
- (iii) ¿Tienes un gran deseo de extender el Reino de Dios por el ejemplo, la predicación y la enseñanza?
- (iv) ¿Traes a otros a Cristo buscándolos individualmente, visitándolos y testificando en público?

En la conciencia de otros no nos podemos meter; pero podemos poner a prueba nuestro propio cristianismo, no sea que nuestra fe sea un disfraz más que una realidad.

LAS CREDENCIALES DE UN APÓSTOL

2 Corintios 11:16-33

Os lo repito: ¡Que nadie me tome por loco! O si no, tener paciencia conmigo para que, aunque sea como loco, pueda presumir yo también un poco. Yo no digo estas cosas como si hablara bajo inspiración del Señor, sino que estoy hablando con confianza presumida como un chiflado. Ya que muchos presumen de sus cualificaciones humanas, yo también haré lo mismo, ya que vosotros, que sois tan sensatos, aguantáis a los locos de buena gana.

Esto que os he dicho sé que es verdad, porque vosotros aguantáis el que se os someta a la más abyecta esclavitud, el que se os devore, el que se os meta en la red, el que se os trate con arrogancia, el que se os dé de bofetadas. Lo digo para vergüenza mía: en todo esto nosotros hemos quedado como débiles.

Pero, es lo mismo; si alguien quiere presumir - ¡no estoy diciendo más que tonterías!-, yo también tengo de qué. ¿Son ellos hebreos? ¡Yo también! ¿Son israelitas? ¡También lo soy yo! ¿Son descendientes de Abraham? ¡Pues yo lo mismo! ¿Son siervos de Cristo? - ¡Esto sí

que son delirios de loco!- ¡Yo, más que ellos! Aquí está mi hoja de servicio: He realizado hazañas más gloriosas; he estado más veces preso; he perdido la cuenta de las palizas que me han dado; moribundo, a menudo; cinco veces he recibido de manos de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces me han azotado con varas; una vez he sido lapidado; tres veces he sufrido naufragio; he estado a la deriva un día y una noche en alta mar... He estado de acá para allá a menudo; en peligro de ríos, de bandoleros, de mis compatriotas, de los paganos... En peligros en la ciudad, en los descampados, en el mar, entre falsos hermanos... En faenas y trabajos, en noches de insomnio, padeciendo de hambre y de sed, falta de alimentos muchas veces, pasando frío y vergüenza... Y aparte de todo lo que no he mencionado, el estrés de todos los días: la ansiedad por todas las iglesias. ¿Hay alguno que sea débil y yo no comparta su debilidad? ¿Hay alguno que tropiece sin que yo arda de vergüenza? ¡Si he de presumir, presumiré de mis debilidades! El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¡bendito sea eternamente!, sabe que no estoy mintiendo. En Damasco, Aretas, el gobernador del rey, impuso el toque de queda en toda la ciudad de Damasco para arrestarme, y me bajaron en un cesto por un agujero de la muralla para que me escapara de sus manos.

Totalmente contra su voluntad, Pablo se ve obligado a presentar sus credenciales de apóstol. Cree que es una soberana estupidez; y, cuando llega al punto de compararse con los superapóstoles, eso ya le parece propio de un loco de remate. Sin embargo, no por causa de sí mismo, sino por causa del Evangelio que proclama, tiene que hacerlo.

Aquí queda claro que sus oponentes eran maestros judíos que pretendían tener un evangelio y una autoridad muy superiores a los de Pablo. Les hace una caricatura en unos pocos trazos maestros cuando menciona las cosas que los corintios

están dispuestos a sufrir a sus manos. *Reducían a los corintios a la más abyecta esclavitud.* Eso harían al tratar de persuadirlos para que se sometieran a la circuncisión y a las mil y una reglitas y normillas de la ley tradicional judía, abandonando la gloriosa libertad del Evangelio de la gracia de Dios. *Los devoraban.* Los rabinos judíos podían llegar a ser tremendamente rapaces. Mantenían en teoría que un rabino no tenía que cobrar nada por la enseñanza y tenía que ganarse la vida trabajando en algún oficio; pero también enseñaban que la obra más meritoria era mantener a un rabino, y que el que lo hiciera podía estar seguro de obtener un puesto en la academia celestial. *Se portaban arrogantemente.* Trataban a los corintios como esclavos. De hecho, los rabinos exigían que se los respetara más que a los padres; y hasta reclamaban que, si el padre y el maestro de alguno de sus discípulos caían en manos de bandoleros, había que redimir al maestro antes que al padre. *Los abofeteaban.* Esto puede querer decir que los trataban despectivamente, o que les daban de bofetadas literalmente (cfr *Hechos 23:2*). Los corintios habían caído en la situación ridícula de ver en la n-fisma insolencia de sus pretendidos maestros judíos una garantía de su autoridad apostólica.

Los falsos maestros han presentado tres títulos que Pablo dice que puede por lo menos igualar.

(i) Se presentaban como *hebreos*. Este título se lo aplicaban exclusivamente los judíos que conservaban su antigua lengua, una mezcla de hebreo y arameo que perduraba en ciertos círculos tradicionalistas en tiempos de Pablo e incluso después. Había judíos desperdigados por todo el mundo; por ejemplo, había un millón en Alejandría. Muchos de los judíos de la diáspora habían olvidado la lengua antigua de su pueblo y usaban el griego; y los judíos de Palestina que habían conservado su lengua despreciaban a los que la habían perdido. Es muy probable que los oponentes de Pablo dijeran: «Ese Pablo es un ciudadano de Tarso, no un judío de pura cepa como

nosotros los que vivimos en la Tierra Santa. Es uno de esos que son más griegos que judíos.» Pero Pablo les contesta:

«¡ No! ¡Yo soy uno de los que conocen profundamente nuestra lengua ancestral!» No podían pretender sacarle ventaja en ese punto al discípulo de Gamaliel (*Hechos 22:3*).

(ii) Blasonaban de ser *israelitas*. La palabra describía a los judíos como *membros del pueblo escogido de Dios*. El artículo clave del credo judío, la frase con que empezaban todos los cultos de la sinagoga y particulares era: « ¡Oye, *Israel!*, el Señor nuestro Dios es un Señor único» (*Deuteronomio 6:4*). Sin duda estos judíos hostiles estaban diciendo: «Este Pablo no es de Palestina. Se ha apartado del pueblo escogido viviendo en tierras griegas allá en Cilicia.» Y Pablo contestaría: « ¡No!» Yo soy un israelita por los cuatro costados como el que más. Mi linaje es el del pueblo de Dios.»

(iii) Presumían de ser *descendientes de Abraham*. Con ello se declaraban descendientes directos y herederos de la gran promesa que Dios le había hecho a Abraham (*Génesis 12: 13*). Sin duda aprovecharían la ocasión para sembrar dudas sobre la ascendencia de Pablo. Al fin y al cabo, muchos judíos habían ingresado en el pueblo como prosélitos sin ser descendientes directos de Abraham. « ¡No! -les contesta Pablo- ¡Yo soy tan puro descendiente de Abraham como el que más!» (*Filipenses 3: 5*). Tampoco en ese sentido eran más que él.

A continuación, Pablo expone sus credenciales de apóstol: todo un catálogo de sufrimientos por Cristo. Cuando el Valiente-por-la-Verdad de *La Peregrina* de Juan Bunyan recibió aviso de que pronto iría con Dios, dijo: «Voy a la casa de mi Padre; y aunque con mucha dificultad he llegado hasta aquí, no me pesan los trabajos y molestias que me ha costado llegar adonde estoy. Mi espada dejo al que sea mi sucesor en la peregrinación, y mi valor y pericia al que los pueda conseguir. Mis marcas y cicatrices llevo conmigo, para que testifiquen a mi favor de que he peleado las batallas del Que ahora va a ser mi Galardonador.» Como Valiente-por-la-Verdad, Pablo tenía sus credenciales en sus cicatrices.

Cuando leemos el catálogo de lo que Pablo había pasado -aunque incompleto, porque él mismo dice que hay otras

muchas cosas que no ha mencionado-, lo que más nos debe impactar es lo poco que sabemos de él. Cuando escribió esta carta estaba en Efeso. Eso es tanto como decir que no hemos llegado nada más que al capítulo 19 de *Hechos*; y, si tratamos de verificar este catálogo de resistencia con el relato más completo que tenemos de su vida, nos encontramos con que sólo consta la cuarta parte de lo que se menciona aquí. Vemos que Pablo era un hombre mucho mayor de lo que habíamos pensado, porque *Hechos* no hace más que tratar superficialmente de lo que hizo y sufrió.

De este catálogo incompleto vamos a destacar solamente tres cosas.

(i) < Tres veces -dice Pablo- he sido azotado con varas. » Ese era un castigo romano. Los ayudantes de los magistrados se llamaban *lictors*, y estaban equipados con varas de abedul con las que se castigaba a los criminales culpables de graves delitos. Tres veces se le había aplicado aquel castigo a Pablo. No era legal que se le infligiera porque, según la ley romana, era un crimen azotar a un ciudadano romano. Pero, cuando la multitud se volvía violenta y el magistrado era débil, Pablo, aunque era ciudadano romano, tenía que sufrir este castigo.

(ii) «Cinco veces -dice Pablo- he recibido los cuarenta azotes menos uno.» Este era un castigo judío. La ley judía establecía cómo se debía administrar (*Deuteronomio 25:1-3*). La cuenta normal eran cuarenta azotes; pero no se podía pasar de esa cifra, porque si no había que aplicarle el castigo al azotador mismo. Por esa razón se reducía la cuenta a treinta y nueve, y ya se sabía que se hablaba de los azotes cuando se mencionaban «los cuarenta menos uno.» La reglamentación detallada de los azotes se encuentra en la Misná, que es el libro en el que se codificó la ley tradicional judía. «Se le atan las dos manos a un pilar a cada lado, y el ministro de la sinagoga toma la ropa del reo -arrancándosela a tirones o rasgándosela- para descubrirle el pecho. Se pone una piedra detrás del reo sobre la cual se coloca el ministro de la sinagoga con una

tira de cuero de becerro doblada y redoblada en la mano, de la que cuelgan otras dos tiras que son las que se elevan y caen. La pieza que se sujeta a la mano es de un palmo de longitud y un palmo de ancha, y su final debe llegar al ombligo (es decir, cuando se golpea al reo en el hombro, el extremo de la correa debe llegar al ombligo). Le dará una tercera parte de los latigazos por delante y dos terceras partes por detrás; y no le puede azotar cuando esté de pie o sentado sino sólo cuando esté doblado hacia abajo... y el que azota lo hace con una mano y con todas sus fuerzas. Si el reo muere en el acto, el ministro no es culpable. Pero si le da un latigazo de más y muere, el ministro debe escapar al exilio por causa de él.» Eso es lo que Pablo sufrió *cinco veces*, un azotamiento tan severo que se podía morir en él.

(iii) Una y otra vez Pablo habla de los peligros de sus viajes. Es verdad que en su tiempo las carreteras y los mares eran más seguros de lo que habían sido en tiempos anteriores, pero seguían siendo muy peligrosos. En general, a los pueblos antiguos no les entusiasmaba el mar. < ¡Qué agradable es -decía Lucrecio- estar a la orilla y ver a los pobres diablos de los marineros pasándose mal! » Séneca escribe a un amigo: < Me puedes convencer a casi todo ahora, porque hace poco me convencieron para que hiciera un viaje por mar. » Se consideraba que hacer un viaje por mar era tomar la vida en las manos. En cuanto a las carreteras, había todavía muchos bandoleros. «Uno -decía Epicteto- ha oído que las carreteras están infestadas de ladrones. No se aventura a ponerse en camino solo, sino espera a tener compañía -un legado, un quaestor o un proconsul-, con los cuales ir a salvo por la carretera.»

Pero Pablo no tendría compañía oficial. «Piensa -decía Séneca- que cualquier día te corta el cuello un bandido.» Era la cosa más corriente del mundo el que retuvieran a un viajero y exigieran rescate. Si había uno que fuera de temperamento aventurero, ese uno era Pablo.

Además, a todo esto hay que añadir «la ansiedad por todas las iglesias.» Esto incluía la carga de la administración diaria

de las comunidades cristianas; pero también mucho más que eso. Myers, en su poema *San Pablo*, pone en boca de este:

*Mareas desesperadas de la angustia de todo el vasto mundo
abriéndose paso por los canales de un solo corazón.*

Pablo llevaba las angustias y los problemas de su pueblo en el corazón.

Este pasaje termina de una manera extraña. Al parecer, uno pensaría que la huida de Damasco era un anticlímax. El incidente se nos relata en *Hechos 9:23-25*. La muralla de Damasco era suficientemente ancha como para que pudieran pasar carruajes por ella. Muchas de las casas daban a la muralla, y sería probablemente desde una de ellas desde donde bajaron a Pablo. ¿Por qué menciona precisamente este incidente? Probablemente porque todavía le dolía. Pablo era la clase de persona que consideraría aquella huida clandestina peor que una paliza. Debe de haberse resistido con todas sus fuerzas a salir huyendo por la noche como un fugitivo. Su mayor humillación había sido no poder mirar a sus enemigos a la cara.

EL AGUIJÓN Y LA GRACIA

2 Corintios 12:1-10

Ahora ya tengo que seguir presumiendo, aunque no sirva para nada; así es que pasaré a las visiones y revelaciones que el Señor me ha otorgado.

Conozco a un hombre en Cristo que, hace catorce años -si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; sólo Dios lo sabe- fue arrebatado hasta el tercer Cielo. Y sé que este hombre del que estoy hablando -si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; sólo Dios lo sabe- fue trasladado al Paraíso y escuchó cosas que no se pueden decir con palabras humanas ni le está

permitido decir a nadie. De ese hombre es del que podría estar orgulloso. Pero de mí mismo no tengo nada de que presumir; aunque, si quisiera hacerlo, no estaría tan loco, porque diría la verdad. Pero renuncié a presumir, no sea que alguien se haga una idea más elevada de mí de lo que ve en mí u oye de mí.

A causa de la naturaleza extraordinaria de la revelación que se me ha concedido y para que no me enaltezca de orgullo, tengo metida en la carne una estaca, un mensajero de Satanás que me abofetea para que no me ensoberbezca. Tres veces he orado al Señor acerca de esto, suplicándole que me la quite de encima. Y Él me ha dicho: «Con Mi gracia tienes bastante, porque el poder alcanza la madurez en la debilidad.»

En consecuencia, estoy contento de no presumir nada más que de mis debilidades, para que gracias a ellas monte su tienda sobre mí el poder de Cristo. Por eso es por lo que me alegro de las debilidades, de los insultos, de las dificultades inevitables, de las persecuciones, de las angustias; porque es cuando soy débil cuando soy fuerte.

Si tenemos sentimientos, habremos de leer este pasaje con reverencia, porque Pablo nos descubre en él su corazón y nos muestra su dolor y su gloria.

Totalmente en contra de su voluntad, sigue aquí presentando sus credenciales, y nos habla de una experiencia de la que no podemos más que maravillarnos y que no podemos ni intentar sondear. De una manera bastante extraña, Pablo parece salirse de sí mismo y contemplarse: «Conozco a un hombre» -nos dice. Ese hombre es él mismo; y, sin embargo, Pablo puede mirar a ese hombre que tuvo aquella experiencia sorprendente como desde una cierta distancia. Para el místico, la gran finalidad de toda experiencia religiosa es la visión de Dios y la unión con Él.

Los místicos siempre han aspirado a ese momento maravi-

lloso cuando, como decía Juan de la Cruz, la amada es en el Amado transformada. En sus tradiciones, los judíos decían que cuatro rabinos habían tenido esta visión de Dios. Ben Azzai había visto la gloria del Señor y había muerto. Ben Soma la contempló, y se volvió loco. Ajer la vio y «cortó las tiernas plantas,» es decir, a pesar de la visión, se volvió un hereje y estropeó el jardín de la verdad. Aquiba fue el único que ascendió en paz y volvió en paz.

No podemos ni figurarnos lo que le sucedió a Pablo. No tenemos que meternos en teorías acerca del número de cielos por el hecho de que él nos hable del tercer cielo. Nos quiere decir sencillamente que su espíritu se elevó en un éxtasis insuperable por su proximidad a Dios.

Podemos fijarnos en un detalle precioso, porque puede que nos ayude un poco. La palabra *Paraíso* viene del persa antiguo, en el que quiere decir un *jardín vallado*. Cuando un rey persa quería conferir un honor muy especial a alguna persona que le era especialmente querida, la hacía *compañera del jardín*, y le concedía el derecho de pasear con él por los jardines reales. En aquella experiencia, como nunca antes o después, Pablo había estado en íntima comunión con Dios.

Después de la gloria vino el dolor. Las versiones españolas de la Biblia suelen traducir por *espina o aguijón* la palabra a la que nos referimos. Eso es lo que puede querer decir la palabra griega *skólops*, pero es más probable que se refiera a *una estaca*. Algunas veces se empalaban los criminales en una estaca aguda. Era una estaca como esas la que Pablo sentía retorcerse en su cuerpo. ¿A qué se refería? Se han sugerido muchas respuestas. En primer lugar consideraremos las que han sugerido grandes intérpretes, pero que, a la vista de la evidencia, deben descartarse.

(i) El aguijón se ha supuesto que quería decir *tentaciones espirituales*; la tentación de la duda, o de abandonar los deberes de la vida apostólica, y el remordimiento de conciencia cuando le vencía la tentación. Ese era el punto de vista de Calvino.

(ii) Se ha considerado que se refería a la oposición y *persecución* que Pablo tenía que arrostrar, la constante batalla con los que trataban de deshacerle el trabajo. Ese era el punto de vista de Lutero.

(iii) Se ha tomado en el sentido de *tentaciones carnales*. Cuando los monjes y los ermitaños se encerraban en sus celdas o en sus lugares de penitencia, descubrían que el último instinto que había que domar era el .sexo. Los antiguos padres de la Iglesia, y en general la Iglesia Católica Romana tienen ese punto de vista.

Ninguna de estas interpretaciones puede ser correcta, por tres razones. (a) La misma palabra «estaca» sugiere un dolor casi salvaje. (b) La imagen que nos pinta es la de sufrimiento físico. (c) Fuera el aguijón lo que fuera, era intermitente; porque, aunque a veces postraba a Pablo, nunca le alejaba totalmente de su trabajo. Vamos ahora a considerar otras sugerencias.

(iv) Se ha sugerido que el aguijón era *el aspecto físico de Pablo*. «Su aspecto físico es insignificante» (2 Corintios 10:10). Se ha sugerido que sufriría alguna desfiguración que le hacía feo y dificultaba su trabajo; pero eso no justifica el agudo dolor que debe de haber sufrido.

(v) Una de las sugerencias más corrientes es que padecía *epilepsia*. Es dolorosa y recurrente; y entre ataques el que la padece puede llevar una vida normal. Produce visiones y trances. ¿Serían los que Pablo experimentaba? Puede ser repelente. En el mundo antiguo se atribuía a los demonios; cuando la gente veía a un epiléptico, escupía para mantener a raya al mal espíritu. En *Gálatas 4:14* Pablo dice que, cuando los gálatas se dieron cuenta de su enfermedad, no *le rechazaron*. La palabra griega quiere decir literalmente no *me escupisteis*. Pero esta teoría tiene consecuencias que no es fácil aceptar. Querría decir que las visiones de Pablo eran trances epilépticos, y no podemos creer que las visiones que cambiaron el mundo no fueran más que eso.

(vi) La más antigua de todas las teorías es que Pablo sufría

de *severos y postrantes dolores de cabeza*. Eso era lo que creían tanto Tertuliano como Jerónimo.

(vi_i) Eso podría conducirnos a la verdad; porque todavía hay otra teoría de que Pablo tenía *problemas con la vista*, y esto podría estar relacionado con los dolores de cabeza. Después de pasar la gloria del camino de Damasco, Pablo estuvo ciego (*Hechos 9:9*). Puede que sus ojos no se recuperaran nunca del todo. Pablo dice de los gálatas que habrían estado dispuestos a sacarse los ojos para dárselos (*Gálatas 4:15*). Y al final de Gálatas escribe: « ¡Mirad que letra tan grande escribo! » (6:11), como si estuviera describiendo la manera defectuosa de escribir de una persona que apenas podía ver.

(vi_{ii}) Con mucho lo más probable es que Pablo sufriera de ataques crónicos recurrentes de fiebres de una cierta malaria vírica que acechaba las costas del Mediterráneo oriental. Los nativos de esas regiones, cuando querían hacerle el mayor daño posible a sus enemigos, rezaban a sus dioses que los «consumieran con el ardor» de esta clase de fiebres. Uno que las padeció describía los dolores que las acompañaban como « si le atravesaran la frente con un yerro candente.» Otro hablaba «del dolor demoledor que le perforaba las sienas como la fresa de un dentista, o como si le metieran una cuña entre las mandíbulas;» y decía que, cuando se le presentaba una crisis, «llegaba al colmo de la resistencia al dolor.» Eso sí merece describirse como un agujijón, y aun como una estaca, en la carne. El hombre que soportó tantos otros sufrimientos tenía también esta agonía en su cuerpo todo el tiempo.

Pablo le pidió a Dios que se lo quitara; pero Dios contestó a esa oración como a tantas: no se lo quitó, pero le dio a Pablo las fuerzas para soportarlo. Así actúa Dios. No nos baja el listón, sino nos capacita para superarlo.

A Pablo se le concedió la promesa y la realidad de la gracia todosuficiente. Veamos en su vida unas pocas cosas para las que le bastó con aquella gracia.

(i) Era suficiente para soportar el *cansancio físico*. Le capacitó para seguir adelante. John Wesley predicó 42,000

sermones. Recorrió un promedio de 7,500 kilómetros al año. 'Cabalgaba 100 kilómetros y predicaba tres sermones al día por término medio. Cuando tenía 83 años escribió en su diario: « Yo mismo me admiro. No estoy nunca cansado, ya esté predicando, escribiendo o viajando.» Ese era el resultado de la gracia todosuficiente.

(ii) Era suficiente para soportar el dolor *físico*. Le capacitaba para soportar la cruel estaca. Una vez una persona fue a visitar a una chica que estaba en cama, muriendo de una enfermedad incurable y dolorosísima. Le llevaba un librito con lecturas para animar a los que tienen problemas, un libro gracioso, ocurrente y feliz. «Muchas gracias -le dijo la chica-, pero ya conozco ese libro.» « Ah, ¿lo has leído ya?» -le preguntó la persona que había ido a visitarla. La chica contestó: « Yo soy su *autora*.» Esa era la obra de la gracia todosuficiente.

(iii) Era suficiente para soportar *la oposición*. Pablo se pasó la vida arrojando oposición, y nunca cedió ante ella. No había nada que pudiera rendirle o hacerle volverse atrás. Esa era la obra de la gracia todosuficiente.

(iv) Le capacitó, como puede verse en toda esta carta, para arrostrar *la calumnia*. No hay nada más difícil de resistir que ser objeto de malentendidos y prejuicios conscientes. Una vez un hombre le arrojó un cubo de agua a Arquelao el Macedonio. Él no dijo ni palabra. Y, cuando un amigo le preguntó cómo podía soportarlo tan serenamente, le contestó: « No me arrojó el agua a mí, sino al hombre por el que me tomó.» La gracia todosuficiente capacitaba a Pablo para no tener en cuenta lo que los demás pensarán de él, sino sólo lo que Dios sabía que era.

La gloria del Evangelio consiste en que en nuestra debilidad podemos encontrar esta maravillosa gracia; porque cuando llegamos al fondo de nuestra indefensión es cuando se le ofrece a Dios la oportunidad de intervenir.

FINAL DE LA DEFENSA DE PABLO

2 Corintios 12:11-18

He hecho el tonto -vosotros me obligasteis. Tendríais que haber sido vosotros los que me alabarais, y no yo; porque no soy menos en nada que esos superapóstoles, aunque no sea nada. He dado señales pacientemente entre vosotros de ser apóstol con milagros y maravillas y obras de poder. ¿En qué os he hecho de menos con las demás iglesias, como no sea en que no os he estrujado para que hicierais caridad conmigo? ¡Perdonadme esta ofensa!

Fijaos: Estoy dispuesto a ir a visitaros por tercera vez, y no aceptaré caridad de vosotros. No es vuestro dinero lo que yo quiero, sino a vosotros. No son los hijos los que tienen que ahorrar para los padres, sino al revés. Con mil amores gastaré yo y me gastaré hasta el colmo por vuestras almas, aunque cuanto más os quiera menos me queráis vosotros.

Pero supongamos que digáis que no es que os haya sido una carga, sino que, como soy un tipo astuto, os metí en el bote. De los que os he enviado, ¿me aproveché de vosotros por medio de ninguno de ellos? Animé a Tito a que os fuera a ver, y mandé también con él al hermano. ¿Se aprovechó Tito de vosotros? ¿No nos portamos exactamente igual y dando los mismos pasos?

Este pasaje, en el que Pablo está llegando al final de su defensa, suena como si fueran las palabras de alguien que hubiera hecho un gran esfuerzo y estuviera cansado. Parece casi como si Pablo se hubiera quedado hecho polvo del esfuerzo tremendo realizado.

Una vez más, habla de mala gana de todo este asunto de la autojustificación; pero tenía que hacerlo, aunque fuera un mal trago. Podía no darle demasiada importancia a que le

desacreditaran; pero el que el Evangelio perdiera su eficacia era algo que Pablo no podía soportar.

(i) En primer lugar, Pablo dice que es en todos los sentidos tan buen apóstol como sus oponentes, que pretenden ser supersapóstoles. Y su afirmación se basa en una cosa: *la eficacia de su ministerio*. Cuando Juan el Bautista envió mensajeros que le preguntaran a Jesús si era de veras el Prometido o si tenían que seguir esperando a otro, la de Jesús fue: < Volved, y decidle a Juan lo que está sucediendo» (*Lucas 7: 18-22*). Cuando Pablo quiere demostrar la autenticidad del Evangelio que predicó en Corinto, hace una lista de los pecados y de los pecadores, y le añade una frase impactante: «¡Y eso es lo que erais algunos de vosotros!» (*1 Corintios 6:9-11*). Una vez felicitaron al doctor Chalmers por un gran sermón que predicó a una iglesia abarrotada, y contestó: « Sí; pero, ¿sirvió para algo? La eficacia es la prueba de la autenticidad. La realidad de una iglesia no se ve en el esplendor de su edificio o en lo elaborado de su liturgia o en la riqueza de sus ofrendas o en el tamaño de su congregación, sino en las vidas cambiadas. Y, si no hay vidas cambiadas, falta el elemento esencial de la autenticidad. La única piedra de toque que Pablo reconocería para juzgar su apostolado era su capacidad para traer a las personas la gracia de Jesucristo que transforma las vidas.

(ii) Debe de haberles sentado muy mal a los corintios el que Pablo no quisiera aceptarles ninguna ayuda económica, porque vuelve al tema una y otra vez. Aquí establece una vez más uno de los grandes principios de la generosidad cristiana. « No es vuestro dinero lo que quiero -les dice-, sino a vosotros mismos.» El dar que no es darse no es nada. Hay deudas que se pueden saldar con dinero, pero hay otras para las que el dinero no sirve.

H. L. Gee cuenta en algún sitio la historia de un vagabundo que llegó una vez pidiendo limosna a la puerta de una buena mujer. Ella entró dentro de la casa para buscar algo que darle, y descubrió que no tenía cambio. Salió, y le dijo: « No tengo nada de cambio en casa. Necesito una barra de pan. Aquí tienes

una libra. Ve a comprarme una barra de pan y, cuando vuelvas con el cambio, te daré algo.» El hombre cumplió el encargo y volvió con el cambio, y la mujer le dio una moneda.

Él la cogió con lágrimas en los ojos, y dijo: < No es por el dinero, sino por fiarse de mí. Nadie se ha fiado de mí así nunca, y no se lo puedo agradecer suficientemente.» Es fácil decir que la mujer asumió el riesgo que sólo podía correr una tonta sentimental; pero aquella mujer le dio al hombre más que dinero: le dio algo de sí misma al darle su confianza.

Turguénev cuenta que una vez le paró un mendigo en la calle. Él se hurgó en los bolsillos, y no llevaba absolutamente ningún dinero. Impulsivamente, le tendió la mano y le dijo al mendigo: «Hermano, esto es todo lo que puedo darte.» A lo que el mendigo contestó: «Me has llamado hermano. Me has dado la mano. Eso también es dar.» La manera más cómoda de cumplir con nuestra obligación con la iglesia o con la caridad de ayudar a nuestros semejantes pobres y necesitados es dar una suma de dinero y santas pascuas. No es que no sea nada, pero dista mucho de serlo todo; porque, en todo verdadero dar, el dador debe dar, no sólo lo que tiene, sino lo que es.

(iii) Parece que los corintios tenían una última acusación contra Pablo. No podían decir que se hubiera aprovechado nunca de ellos; con toda su malicia, no tenían ningún motivo para acusarle de eso. Pero parece que apuntaban a que, posiblemente, parte del dinero recogido para los pobres hermanos de Jerusalén había ido a los bolsillos de Tito o del otro emisario de Pablo, y que Pablo habría recibido así su parte. Una mente tan maliciosa se agarrará a cualquier detalle insignificante para encontrar motivos de crítica. La lealtad de Pablo a sus amigos salta en su defensa. No es lo más cómodo el ser amigo de un gran hombre. Se está expuesto a toda clase de envidias. ¡Feliz el que tiene ayudantes en los que puede confiar como confiaría en su propia alma! Pablo los necesitaba, y los tenía. Cristo también los necesita.

UNA IGLESIA QUE NO ES CRISTIANA

2 Corintios 12:19-21

A lo mejor os habéis creído que era ante vosotros ante quienes hemos estado presentando nuestra defensa. ¡Hemos hablado delante de Dios, en Cristo! Todo lo que hemos dicho, amados hermanos, ha sido para vuestra edificación; porque me temo que, cuando vaya por ahí, no os voy a encontrar como yo quisiera, ni vosotros tampoco me vais a encontrar a mí como quisierais. Me temo que, cuando vaya, haya entre vosotros peleas, envidias, ataques de ira, actitudes mercenarias, críticas, murmuraciones, toda clase de soberbia y de desorden. Me temo que, cuando vaya, Dios me va a humillar delante de vosotros y voy a tener que hacer duelo por muchos de esos que ya antes pecaron y que no se han arrepentido todavía de la impureza, de la fornicación y de la inmundicia en que han vivido.

Al acercarse al final de su defensa hay algo que impacta a Pablo. Toda esa lista de cualificaciones y de autodefensas se podrían tomar como si le importara un montón lo que los demás pensaran de él. Nada podía estar más lejos de la realidad. Mientras Pablo supiera que estaba en paz con Dios, no le preocupaba lo que la gente pensara, y lo que había dicho no se debía tomar como un intento de ganar su aprobación. En cierta ocasión, Abraham Lincoln y sus consejeros habían hecho una decisión importante. Uno de los consejeros dijo: «Bueno, Señor Presidente, espero que Dios esté de nuestra parte.» A lo que contestó Lincoln: «Lo que me preocupa no es el que Dios esté de nuestra parte, sino si estamos nosotros de parte de Dios.» El objetivo supremo de Pablo era mantenerse en la debida relación con Dios sin importarle lo que la gente pensara o dijera de él.

De ahí pasa a hablar de la visita que espera hacer a Corinto. Más bien preocupado, les dice que espera no encontrarlos como no quisiera; porque, si así fuera, podían estar seguros de encontrarle ellos también a él como no quisieran. Hay aquí una cierta amenaza. No quiere tomar medidas graves; pero, si fueran necesarias, no las evitaría. Y entonces Pablo menciona las características de lo que podría ser una iglesia que no tuviera nada de cristiana.

(i) Tiene *peleas (éris)*. Esta es una palabra de las batallas. Denota rivalidad y competencia, discordia sobre la posición y el prestigio. Es característica de la persona que se ha olvidado de que sólo el que se humilla es ensalzado.

(ii) Tiene *envidias (zélous)*. Esta es una gran palabra que ha venido a menos en el mundo. Originalmente describía una gran emoción: la de la persona que contempla con admiración una vida noble o una acción generosa y se siente movido a emularlas. Pero de tratar de seguir los buenos ejemplos se pasa a veces a envidiarlos, a desear tener lo que no nos corresponde, y se mira con malos ojos el que otros posean algo que se nos niega a nosotros. La emulación de cosas buenas es una cualidad noble; pero la envidia es la característica de una mentalidad mezquina.

(iii) Tiene *ataques de ira (thymoi)*. Esta palabra no denota una indignación controlada y prolongada, sino explosiones repentinas y acaloradas de rabia. Es la clase de ira que Basilio describía como *la intoxicación del alma* que arrastra a una persona a hacer cosas de las que luego se siente amargamente avergonzada. Los antiguos decían que tales explosiones de rabia eran más características de las bestias que de los seres humanos. La bestia no se puede controlar; la persona debería poder; y, cuando la pasión nos arrebata, nos parecemos más a las bestias irracionales y salvajes que a las personas racionales y civilizadas que se supone que somos.

(iv) Tiene *actitudes mercenarias (erithía)*. Originalmente esta palabra simplemente describía *el trabajo que se hace por un salario*, la jornada laboral de un obrero. De ahí pasó a

significar lo que se hace exclusivamente por dinero. Describe la ambición totalmente egoísta que no tiene en cuenta el servicio, sino solamente lo que pueda sacar para sí.

(v) Están *las calumnias y las murmuraciones (katalaliai y psithyrismoí)*. La primera palabra describe el ataque abierto y en voz alta, los insultos que se lanzan en público, el vilipendio público de una persona simplemente porque ve las cosas de otra manera que nosotros. La segunda palabra es todavía más repulsiva. Describe la campaña de murmuración que se propaga de boca en boca, el cuento desacreditador que se transmite en secreto. De la primera clase de ataque uno se puede al menos defender, porque lo ve venir; pero ante la segunda uno está indefenso, porque se trata de una corriente subterránea que no presenta la cara, y de una insidiosa contaminación de la atmósfera cuya fuente no se puede atacar porque se oculta.

(vi) Está *el engreimiento (fysioseis)*. En la iglesia, uno debe tener un alto concepto de su ministerio, pero no de sí mismo. Cuando los demás vean nuestras buenas obras, no será a nosotros a los que glorificarán, sino a nuestro Padre Que está en el Cielo, a Quien servimos y Que nos ha capacitado para obrar bien.

(vi_j) Están los *desórdenes (akatastasiai)*. Esta es la palabra que designa los tumultos, los líos y los jaleos. Hay un peligro sutil que acecha permanentemente a la iglesia. Una iglesia es una democracia, pero hay que tener cuidado de que no se convierta en una democracia a lo loco. Una democracia no es una situación en la que cada cual puede hacer lo que le dé la gana, sino el lugar en el que se entra en una comunión en la que la consigna no es el aislamiento individualista, sino la solidaridad interdependiente.

(vi_{jj}) Por último están los pecados de los que hasta los más recalcitrantes entre los corintios podría ser que no se hubieran arrepentido.

(a) Está *la inmundicia (akatharsía)*. La palabra describe todo lo que incapacita a una persona para entrar a la presencia

de Dios. Describe una vida que se refocila revolcándose en la suciedad del mundo. Kipling Le pedía a Dios:

Enséñanos a mantenernos siempre controlados y limpios noche y día.

Akatharsía es lo contrario de esa limpieza de corazón que es condición imprescindible para ver a Dios (*Mateo 5:8*).

(b) Está *la fornicación*. Los cristianos corintios vivían en una sociedad que no consideraba nada malo el adulterio, y que daba por sentado que todo el mundo buscaba el placer donde quería. Era muy fácil contraer el contagio o recaer en un estado que apelaba tan directa y poderosamente al lado más bajo de la naturaleza humana. Tenían que aferrarse a la esperanza que puede, como dice un poeta,

*«purificar el alma de la sensualidad y del pecado
con la pureza de la que Cristo nos ha dado ejemplo.»*

(c) Está *la deshonestidad (asélgueia)*. Aquí nos encontramos con una palabra intraducible. No quiere decir solamente impureza sexual, sino la aberración total. Como la definía Basilio: «Es la actitud del alma que nunca se ha sometido ni se someterá a ninguna disciplina.» Es la insolencia que no conoce límites, que carece del sentido de la decencia de las cosas, que se atreve a todo lo que apetezca un capricho desmedido, que no tiene en cuenta la opinión pública ni su propio buen nombre con tal que conseguir lo que quiere. Josefo se la atribuye a Jezabel, que construyó un templo a Baal en la ciudad de Dios mismo. El pecado capital por excelencia de los griegos era *hybris*, e *hybris* era la orgullosa insolencia que «ni teme a Dios ni respeta a las personas.» *Asélgueia* es el espíritu insolentemente orgulloso que ha perdido totalmente el honor y que se apodera de lo que se le antoja donde, cuando y como sea, sin tener en cuenta ni a Dios ni a nadie.

UNA ADVERTENCIA, UN DESEO, UNA ESPERANZA Y UNA BENDICION

2 Corintios 13

Voy a ir a veros por tercera vez. Todo se decidirá de acuerdo con la evidencia que aporten dos o tres testigos. A todos los que ya han pecado y a todos los demás ya os he dicho, y repito ahora lo que os dije cuando estuve con vosotros en mi segunda visita; ahora lo repito mientras estoy ausente: si voy a vosotros otra vez, no voy a ser blando con nadie. Tomaré las medidas oportunas, ya que estáis buscando una prueba de que es verdad que Cristo habla por mí, el Cristo Que no es débil en lo que a vosotros concierne, sino Que es poderoso en medio de vosotros. Sí, es verdad Que fue crucificado como una persona débil, pero está vivo por el poder de Dios.

Seguid haciendo examen de conciencia, a ver si estáis en la fe. Seguid poniéndoos a prueba. ¿O es que no sois conscientes de que Jesucristo está en vosotros -a menos que seáis unos réprobos? Pero pedimos a Dios que no hagáis nada irremediable. No es que queramos una oportunidad para probar nuestra autoridad. Lo que sí queremos es que vosotros actuéis como es debido, aunque eso quiera decir que no se nos ofrezca la oportunidad de hacer gala de nuestra autoridad.

No podemos hacer nada en contra de la verdad, sino de acuerdo con la verdad. Porque nos alegramos de ser nosotros los débiles y que vosotros seáis los fuertes. Eso es lo que Le pedimos a Dios: que alcancéis plenamente la mayoría de edad.

La razón por la que escribo estas cosas estando ausente es para que cuando esté presente no tenga que trataros con dureza según la autoridad que me ha dado el Señor para construir, y no para destruir.

Y para terminar, hermanos, ¡que os vaya bien! Seguid progresando en vuestro camino hacia la perfección. Aceptad la exhortación que os hemos brindado. Vivid en armonía unos con otros. Estad en paz, y el Dios de paz y de amor estará con vosotros.

Daos unos a otros un beso santo de nuestra parte. Todos los que pertenecen a Dios os mandan saludos.

¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con vosotros!

Pablo termina la carta severa con cuatro cosas.

(i) Termina con *una advertencia*. Va a ir a Corinto otra vez, y ésta no habrá tiempo para andarse por las ramas. Lo que se diga se atestiguará y decidirá definitivamente. Tendrá que haber una confrontación. No se debe permitir que la situación se haga crónica. Pablo sabía muy bien que hay un momento en el que hay que dar cara a las situaciones desagradables.

(ii) Termina con *un deseo*. Su deseo es que los corintios actúen como es debido. En ese caso, él no tendrá que imponer su autoridad, y eso no será ningún chasco para él sino una gran satisfacción y alegría. Pablo no quería imponer su autoridad sólo por hacer gala. Lo hacía todo para construir, y no para destruir. La disciplina debe tener siempre como objetivo el levantar a las personas, y no el hundirlas.

(iii) Termina con *una esperanza*. Espera tres cosas de los corintios. (a) Espera que sigan adelante hacia la perfección. No debe haber parones en la vida cristiana. El que no avanza, se queda atrás. Los cristianos siempre van de camino hacia Dios; por tanto cada día, por la gracia de Cristo, deben estar un poco más listos para enfrentarse con el escrutinio de Dios. (b) Espera que escuchen la exhortación que les ha dirigido. Hay que ser una persona como Dios manda para prestar atención a consejos difíciles. Estaríamos mucho mejor si dejáramos de una vez de hablar de lo que queremos y empezáramos a escuchar a los sabios, y especialmente a Jesucristo. (c) Espera que vivan en

armonía y en paz. Ninguna congregación puede dar culto al Dios de la paz con un espíritu de amargura. Tenemos que amarnos unos a otros para que el amor de Dios tenga realidad entre nosotros.

(iv) Por último, acaba con una *bendición*. Después de la severidad, de la lucha y del debate, llega la serenidad de la bendición. Una de las mejores maneras de hacer la paz con nuestros enemigos es orar por ellos; porque nadie puede odiar a una persona y orar por ella al mismo tiempo.

Y así dejamos la turbulenta historia de Pablo y la iglesia de Corinto con la bendición resonando en nuestros oídos. El camino ha sido duro, pero la última palabra ha sido *paz*.

WILLIAM B ARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 10-

Gálatas y Efesios

PRESENTACIÓN

A los lectores que no estén acostumbrados al estilo de William Barclay les advertiré que no se desanimen ante las aparentes dificultades. Las cartas a los Gálatas y a los *Efesios* no se encuentran entre los libros más fáciles de entender del Nuevo Testamento. Hay diferencias de estilo entre ellas que se comprenden al considerar las circunstancias tan distintas en que fueron escritas. Gálatas es como un torrente de montaña, que se lanza con brío contra los obstáculos y se abre paso entre las rocas, mientras que *Efesios* se parece más bien a un río caudaloso que alcanza su máxima anchura y profundidad y calma ya cerca de su desembocadura.

Estas dos cartas, más bien breves, siempre han estado entre los libros más apreciados en la piedad y en la predicación cristiana, y han ejercido una influencia decisiva en la Historia de la Iglesia. Gálatas fue clave en la Reforma, cuando se reprodujo de nuevo en cierto modo el conflicto entre las actitudes representadas por la Ley y la Gracia -por lo menos así lo entendemos los protestantes. Y *Efesios* -que no es ni mucho menos tan desgarbada como para haber dejado en español el calificativo despectivo de «adefesios», tomado de su nombre latino- ha adquirido una importancia decisiva el siglo XX, cuando la Iglesia ha asumido por la gracia de Dios la vocación a la unidad del Cuerpo de Cristo en su Cabeza, que no puede ser más que el mismo Cristo.

Que nadie piense al ver las citas y las palabras en cursiva que para usar este comentario hay que saber griego y un montón de historia y literatura clásica. Precisamente para los que no tenemos esa cultura escribió William Barclay su comentario sencillo y ameno. Pero eso sí: está claro que para entender las palabras y las ideas de algo que se escribió en griego en los

tiempos del Imperio Romano se tiene que comparar con los de los autores de entonces. Más nos pueden ayudar a comprender el mensaje del Nuevo Testamento los autores de la Iglesia Primitiva -¡y hasta los escritores paganos!- que los modernos con una formación clásica insuficiente.

Baste lo dicho para que nadie se espante con las citas de los autores clásicos. Ni con las de los más modernos; porque William Barclay, en su honradez, no quería que se tomaran como suyas las ideas e ilustraciones que había tomado prestadas de otros. Pero, eso sí: cuando no cita otras fuentes, eso quiere decir que lo que dice es de su propio caletre. No hay más que leer sus introducciones a los libros del Nuevo Testamento que comenta para darse cuenta de que sus aportaciones a la comprensión de la Sagrada Escritura son importantes y merecen figurar entre las mejores.

William Barclay, profesor en la Universidad de Glasgow de la lengua y literatura de los tiempos cuando se escribió el Nuevo Testamento, nos introduce en la sociedad de entonces, en sus hogares y en sus campos y ciudades, y nos presenta a las personas de aquel tiempo, desde el Emperador y los grandes filósofos hasta los esclavos y los niños; todos, en fin, los que nos pueden ayudar a comprender el Nuevo Testamento. Y esto nos es de capital importancia porque, por mucho tiempo que permita la paciencia de Dios que siga rodando la Tierra, nunca quedarán desfasadas ni se superarán jamás sus enseñanzas, no sólo en todo lo referente a nuestra relación con Dios sino también en la que debe haber entre los esposos, entre padres e hijos y entre patronos y obreros. Y es que la Palabra de Dios sigue teniendo actualidad y relevancia suprema para nosotros hoy, aunque las circunstancias externas y hasta las ideas hayan cambiado tanto desde entonces -y sigan cambiando, gracias a Dios, y tengan que seguir cambiando, como en lo referente a las mujeres y a los niños y a otros muchos aspectos de la vida. Las necesidades vitales y los anhelos del corazón humano siguen siendo los mismos. Y Cristo es la respuesta.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: <Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar» (Demetrio, *Sobre el estilo*, 22). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas, aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el estilo*, 22) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque

no tenemos la otra a la que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llaman *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los *papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel, en el que se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos, contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

«Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en la mar.

*En cuanto llegué a Miseno recibí del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Agato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonio» (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36).*

¡No podría figurarse Apión que estaríamos leyendo 1800 años después la carta que le escribió a su padre! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un pronto ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *El saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración: en todas sus cartas Pablo pide a Dios por las personas a las que escribe: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *El tema de la carta: de lo que trata cada una.*

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos 16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4:21 s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.*

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: < Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo. » No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se producía una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene que ser pasajera porque se escribió para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: < Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta os la mando yo. » (Ver también *Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su voluntad de ayudar.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS GÁLATAS

EL ATAQUE CONTRA PABLO

Alguien ha comparado la Carta a los Gálatas con una espada flamígera en la mano de un gran esgrimidor. Tanto Pablo como su Evangelio eran objeto de ataque. Si ese ataque hubiera triunfado, el Cristianismo no habría pasado de ser otra secta judía, dependiente de la circuncisión y de la observancia de la ley mosaica, en lugar de ser la religión de la Gracia. Es extraño pensar que, si los oponentes de Pablo se hubieran salido con la suya, el Evangelio habría sido exclusivamente para los judíos, y nosotros no habríamos tenido nunca la oportunidad de conocer el amor de Cristo.

EL ATAQUE AL APOSTOLADO DE PABLO

No es posible tener una personalidad relevante y un carácter fuerte como los de Pablo sin encontrar oposición; ni tampoco es posible que un hombre dirija una revolución del pensamiento religioso como hizo él, sin ser objeto de ataque. El primer ataque fue contra su apostolado. Había muchos que decían que Pablo no era ningún apóstol.

Desde su punto de vista tenían razón. En *Hechos 2:21-22* tenemos la definición básica de un apóstol. Judas, el traidor, había cometido suicidio; entonces se definieron las condiciones que debía cumplir el candidato a cubrir la vacante en el grupo

apostólico. Tenía que haber sido < uno de estos hombres que estuvieron con nosotros durante todo el tiempo que nuestro Señor entró y salió entre nosotros, empezando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que nos fue retirado,» y «un testigo de la Resurrección.» Para ser apóstol, un hombre tenía que haber sido seguidor de Jesús durante Su vida terrenal, y haber sido testigo presencial de Su Resurrección. Está claro que Pablo no cumplía esas condiciones. Además, no hacía tanto tiempo que había sido el superperseguidor de la Iglesia Cristiana original.

En el primer versículo de esta carta, Pablo contesta a eso. Insiste con determinación en que su apostolado no procedía de ningún origen humano, ni ninguna mano humana le había ordenado para ese ministerio, sino que había recibido la llamada directamente de Dios. Podían haber sido otras las cualificaciones que se requerían para ser considerado apóstol cuando se produjo la primera vacante en el grupo de los Doce; pero él tenía una cualificación exclusiva: Se había encontrado con Cristo cara a cara en el camino de Damasco.

INDEPENDENCIA Y COINCIDENCIA

Además, Pablo insiste en que su mensaje no dependía de ninguna persona humana. Es precisamente por eso por lo que refiere detalladamente en los dos primeros capítulos sus visitas a Jerusalén. Insiste en que no está predicando ningún mensaje de segunda mano que haya recibido de otra persona; está predicando el mensaje que ha recibido directamente de Cristo. Pero Pablo no era ningún anarquista. Insiste en que, aunque recibió su mensaje con una independencia total, sin embargo había recibido una aprobación total de los que eran los dirigentes reconocidos de la Iglesia Cristiana (2:6-10). El Evangelio que él predicaba lo había recibido directamente de Dios; pero era un Evangelio que estaba totalmente de acuerdo con la fe que se le había comunicado a la Iglesia.

LOS JUDAIZANTES

Pero ese Evangelio era igualmente objeto de ataque. Era una lucha que tenía que producirse, y una batalla que había que librar. Había judíos que habían aceptado el Cristianismo, *pero* creían que todas las promesas y los dones de Dios eran exclusivamente para los judíos; y que no se podía dar entrada a estos preciosos privilegios a ningún gentil. Por tanto creían que el Cristianismo era para los judíos, y para ellos solos. Si el Evangelio era el mayor regalo de Dios a la humanidad, razón de más para que solamente los judíos pudieran disfrutarlo. En cierto sentido, eso era inevitable. Había un tipo de judíos que se consideraban el pueblo escogido de una manera arrogante. Llegaban a decir las cosas más terribles, como: «Dios ama sólo a Israel de todas las naciones que ha hecho.» «Dios juzgará a Israel con una medida, y a los gentiles con otra.» «Aplasta las mejores serpientes; mata los mejores gentiles.» «Dios creó a los gentiles como leña para los fuegos del infierno.» Este era el espíritu que inspiraba la ley que establecía que era ilegal ayudar a una madre gentil en el momento del parto, porque eso sería contribuir a que hubiera otro gentil en el mundo. Cuando este tipo de judío veía a Pablo llevar el Evangelio a los despreciados gentiles, se disgustaba y enfurecía.

LA LEY

Todo esto tenía una salida. Si un gentil quería ser cristiano, *se tenía que hacer judío primero*. ¿Qué suponía eso? Pues que tenía que circuncidarse y asumir toda la carga de la ley mosaica. Eso era para Pablo todo lo contrario de lo que quería decir el Evangelio. Quería decir que la salvación de una persona dependía de su capacidad para cumplir la ley, y que podía ganarla por sus propios medios sin ayuda de nadie; mientras que para Pablo la salvación era algo totalmente dependiente de la Gracia. Creía que ninguna persona podía merecer nunca el

favor de Dios. Lo único que podía hacer era aceptar en un acto de fe el amor que Dios le ofrecía, sometiéndose totalmente a Su misericordia. El judío se presentaría a Dios diciéndole: < ¡Mira! Aquí está mi circuncisión, y aquí están mis **obras; dame la salvación que me he ganado.**» **Pablo diría:**

No ya he de gloriarme jamás, oh Dios mío, de aquellos deberes que un día cumplí. Mi gloria era vana: confío tan sólo en Cristo y Su sangre vertida por mí.

Por fe conociendo Su amor que redime, hoy llamo tinieblas lo que antes mi luz; mi propia justicia se torna en oprobio y clavo mis glorias al pie de Su Cruz.

¡Sí, todo lo estimo cual pérdida vana, y alego las obras del buen Salvador! ¡Oh, pueda mi alma anidar en Su seno, vivir de Su vida, gozar de Su amor!

Por más que a Tus leyes viviera sumiso, no puedo, Dios mío, llegar hasta Ti; mas sé que en Tu gracia la fe me habilita si alego las obras de Tu Hijo por mí.

(José M. de Mora).

Para él lo único esencial no era lo que una persona pudiera hacer por Dios, sino lo que Dios había hecho por ella.

< Pero --discutirían los judíos- la cosa más grande de nuestra vida nacional es la Ley. Dios le dio esa Ley a Moisés, y de ella depende toda nuestra vida.» «Espera un momento. ¿Quién fue el fundador de nuestra nación? ¿A quién dio Dios Sus más grandes promesas?» Por supuesto, la respuesta es Abraham. «Ahora bien -continuaba Pablo-, ¿cómo obtuvo

Abraham el favor de Dios? No pudo ganárselo guardando la ley, porque vivió cuatrocientos treinta años antes de que se le diera la ley a Moisés. *La obtuvo mediante un acto de fe.* Cuando Dios le dijo que dejara su pueblo y saliera, Abraham realizó un sublime acto de fe, y fue, confiando para todo solo en Dios. Fue la fe lo que salvó a Abraham, no la ley; y -seguiría diciendo Pablo- es la fe lo que debe salvarnos a todos, no las obras de la ley. El verdadero hijo de Abraham no es el que puede trazar su ascendencia directamente hasta Abraham, sino el que, cualquiera que sea su raza, hace el mismo rendimiento de fe a Dios.»

LA LEY Y LA GRACIA

Si todo esto es verdad, surge una pregunta muy seria: ¿Cuál es entonces el lugar de la Ley? No se puede negar que fue dada por Dios. ¿No la elimina sencillamente esta insistencia en la Gracia?

La Ley tiene su propio lugar en el plan de Dios. En primer lugar, le dice a la humanidad lo que es el pecado. Si no hubiera ley, nadie podría quebrantarla, y no habría por tanto tal cosa como pecado. En segundo y más importante lugar, la Ley realmente conduce a la persona a la Gracia de Dios. El problema de la Ley es que, como somos pecadores, no la podemos cumplir perfectamente nunca. Su efecto por tanto, es mostrarle a la persona su incapacidad, y conducirla a desesperar de sí misma y confiar solamente en la misericordia de Dios. La Ley nos convence de nuestra propia insuficiencia, y por último nos impulsa a admitir que lo único que nos puede salvar es la Gracia de Dios. En otras palabras: la Ley es una etapa esencial en el camino a la Gracia.

El gran tema de Pablo en esta epístola es que no podemos salvarnos a nosotros mismos, pero Dios nos ofrece la salvación en Jesucristo por Su sola Gracia.

GÁLATAS

EL TOQUE DE CLARÍN DEL EVANGELIO

Gálatas M _ S

Yo, el apóstol Pablo, con todos los hermanos que hay aquí conmigo, os escribo esta carta a las iglesias de Galacia. Mi apostolado no me fue conferido por medio de ninguna agencia o intervención humana, sino que me vino directamente de Jesucristo, y del Dios Padre Que resucitó a Jesús. Que la gracia y la paz os sean concedidas por Dios Padre y por nuestro Señor Jesucristo, Quien, porque nuestro Dios y Padre así lo quiso, dio Su vida por nuestros pecados para rescatarnos de este mundo presente con todo su mal. ¡A Él sea dada la gloria para siempre jamás! Amén.

A los miembros de las iglesias de Galacia habían llegado algunos diciéndoles que Pablo no era un verdadero apóstol, y que no tenían por qué creer lo que él les había dicho. Basaban su menosprecio de Pablo en el hecho de que él no había sido uno de los doce apóstoles originales; y que, de hecho, había sido el más salvaje perseguidor de la Iglesia; y que no tenía, como si dijéramos, ningún nombramiento oficial de los responsables de la Iglesia.

La respuesta de Pablo no fue una discusión, sino una afirmación. No debía su calidad de apóstol a ninguna persona, sino al día en que Jesucristo se le presentó cara a cara en el camino de Damasco. Su ministerio y su misión procedían directamente de Dios.

(i) Pablo estaba seguro de que Dios le había hablado. Leslie Weatherhead nos habla de un chico que decidió hacerse pastor. Le preguntaron cuándo había hecho esa decisión, y él contestó que fue después de oír un sermón en la capilla del colegio. Le preguntaron el nombre del predicador que le había hecho tanta impresión, y su respuesta fue: «No sé el nombre del predicador; pero sé que Dios me habló aquel día.»

En último análisis, ningún hombre puede hacer a otro ministro o siervo de Dios. Sólo Dios puede hacerlo. La prueba de un cristiano no es si ha pasado ciertas ceremonias y asumido ciertos votos, sino si se ha encontrado con Cristo cara a cara. Un antiguo sacerdote judío llamado Ebed-Tob decía de su ministerio: «No fue mi padre ni mi madre quien me instaló en este puesto, sino el brazo del Dios todopoderoso.»

(ii) La verdadera causa de la capacidad de Pablo para bregar y sufrir era que estaba seguro de que su misión le había sido encomendada por Dios. Consideraba todos los esfuerzos que se le exigían como privilegios que Dios le concedía.

No son solamente personas como Pablo las que reciben de Dios sus responsabilidades; Dios les da su tarea a todas las personas. Puede que sea uno a quien todos los demás conozcan y reconozcan y la Historia recuerde, o puede que sea uno de quien nadie sepa nada. Pero, en cada caso, su tarea le viene de Dios. Tagore tiene un poema en este sentido.

A medianoche, el candidato a asceta anunció:

«Ha llegado el momento de abandonar mi hogar, y buscara Dios. ¡Ah! ¿Quién me ha retenido tanto tiempo en el engaño?»

Dios le susurró: «Yo.» Pero el hombre tenía los oídos cerrados.

Con un bebé durmiendo en su pecho yacía su mujer durmiendo apaciblemente a un lado de la cama.

El hombre dijo: «¿Quiénes sois vosotros que me habéis engañado tanto tiempo?» La voz le dijo otra vez: «Son Dios.» Pero él no lo oyó.

El bebé lloró entre sueños, cobijándose cerca de su madre.

Dios mandó: «¡Detente, necio, no dejes tu hogar!» Pero él seguía sin oír.

Dios suspiró Su queja: «¿Por qué quiere Mi siervo vagar en Mi busca olvidándose de Mí?»

Muchas tareas humildes son un apostolado divino. Como decía Bums:

Crear un clima feliz en el hogar para chavales y esposa, esa es la verdadera y sublime pasión de la vida humana.

La tarea que Dios le dio a Pablo fue la evangelización del mundo; para la mayor parte de nosotros será sencillamente hacer felices a una pocas personas en el pequeño círculo de los que nos son más queridos.

A1 principio de su carta, Pablo resume sus deseos y oraciones por sus amigos de Galacia en dos tremendas palabras:

(i) Les desea *gracia*. Hay dos ideas principales en esta palabra que por suerte para nosotros se conservan en español. La primera es la de *algo sencillamente hermoso*. La palabra griega *jaris* quiere decir gracia en el sentido teológico; pero también quiere decir belleza y encanto. Y hasta cuando se usa teológicamente siempre conserva la idea del encanto. Si la vida cristiana refleja la Gracia de Dios, debe ser algo hermoso y atractivo. Desgraciadamente, muchas veces se da una bondad sin la menor gracia, y un encanto sin ninguna bondad; pero es cuando la bondad y el encanto se unen cuando se ve la obra de la gracia. La segunda idea es la de *una generosidad inmerecida*, un regalo que uno no podría ganar nunca, que le da el generoso amor de Dios. Cuando Pablo le pide a Dios gracia para sus amigos, es como si dijera: «Que la belleza del amor inmerecido de Dios sea con vosotros, de tal manera que haga vuestra vida también encantadora.»

(ii) Les desea *paz*. Pablo era judío, y tendría en mente la palabra hebrea *shalóm*, aunque escribió en griego *eiréné*. *Shalóm* quiere decir mucho más que la ausencia de problemas. Quiere decir todo lo que contribuye al bien supremo de la persona, todo lo que hace su mente pura, su voluntad firme y su corazón feliz. Es ese amor y cuidado de Dios que, aunque el cuerpo esté sufriendo, puede mantener el corazón sereno.

Por último, Pablo resume en una sola frase de contenido infinito el corazón y la obra de Jesucristo: < Él Se dio a Sí mismo... para rescatarnos.> (i) El amor de Cristo es un amor *que dio y sufrió*. (ii) El amor de Cristo es un amor *que conquistó y logró*. En esta vida, la tragedia del amor es que queda tantas veces frustrado; pero el amor de Cristo está respaldado por un poder infinito que nada puede frustrar y que puede rescatar a su ser amado de la esclavitud del pecado.

EL ESCLAVO DE CRISTO

Gálatas 1:6-10

Estoy de lo más sorprendido de que hayáis desertado tan rápidamente del Que os llamó por la Gracia de Cristo y os hayáis pasado tan pronto a un evangelio diferente, que no es en realidad un evangelio ni nada que se le parezca. Lo que ha sucedido de hecho es que algunos hombres han trastocado toda vuestra fe, y se proponen darle la vuelta al Evangelio de Cristo. Pero si alguien os predicara un evangelio distinto del que habéis recibido, aunque fuéramos nosotros mismos o hasta un ángel del Cielo, ¿que se vaya al infierno! ¿Es que estoy tratando de congraciarme con la gente, o con Dios? ¿O estoy tratando de complacer a la gente? Si después de todo lo que me ha sucedido todavía estuviera buscando la aprobación de la gente, no llevaría en mi cuerpo la divisa de esclavo de Cristo.

La verdad fundamental que se esconde en esta epístola es que el Evangelio de Pablo era el Evangelio de la Gracia. Él creía con todo su corazón que una persona no podía hacer nada para ganar el amor de Dios; y, por tanto, lo único que uno podía hacer era rendirse a merced de Dios en un acto de fe. Lo único que uno podía hacer era aceptar con admirada gratitud lo que Dios le ofrecía; lo importante no es lo que podamos hacer por nosotros mismos, sino lo que Dios ha hecho por nosotros.

Lo que Pablo había predicado a los gálatas había sido el Evangelio de la Gracia de Dios. Después de él habían llegado unos predicando una versión judía del Evangelio. Proclamaban que si se quería agradar a Dios había que circuncidarse y consagrarse a cumplir todas las reglas y normas de la Ley. Siempre que uno realizara una obra de la ley, decían, se apuntaba algo positivo en su cuenta corriente con Dios. Estaban enseñando que una persona necesitaba ganarse el favor de Dios. Para Pablo eso era imposible.

Los oponentes de Pablo declaraban que él ponía la religión demasiado fácil para congraciarse con la gente. De hecho, esa acusación era lo contrario de la verdad. Después de todo, si la religión consistiera en cumplir un conjunto de reglas y normas sería posible, por lo menos en teoría, satisfacer sus exigencias; pero Pablo presentaba la Cruz diciendo: < Así os ha amado Dios.> La religión se convierte en un asunto, no de satisfacer las exigencias de *la ley*, sino de cumplir las demandas *del amor*. Una persona puede satisfacer las exigencias de la ley, porque tienen límites estrictos y estatutarios; pero nunca podrá cumplir las demandas del amor, que son infinitas. Si una persona pudiera darle al ser querido el Sol, la Luna y las estrellas, seguiría sintiendo que todo eso era una ofrenda demasiado pequeña. Pero lo único que podían ver los oponentes judíos de Pablo era que había enseñado que la circuncisión ya no era necesaria, ni la ley pertinente.

Pablo negaba estar intentando congraciarse con la gente. No era a la gente a la que servía, sino a Dios. No le importaba lo más mínimo lo que la gente pensara o dijera de él: su único

Amo era el Señor. Y entonces presentó una prueba concluyente: «Si yo estuviera tratando de congraciarme con la gente no sería esclavo de Cristo.» Lo que tenía en mente era que un esclavo llevaba marcado en el cuerpo con un hierro candente el nombre de su amo; y él llevaba en su cuerpo las cicatrices de sus sufrimientos, que eran la marca de ser esclavo de Jesucristo. «Si -decía- no me propusiera más que ganar el favor de los seres humanos, ¿llevaría estas señales en el cuerpo?» El hecho de que estuviera marcado era la prueba definitiva de que su propósito era servir a Cristo, y no agradar a los demás.

John Gunther nos dice que los primeros comunistas de Rusia habían estado en la cárcel bajo el régimen zarista y llevaban en el cuerpo las cicatrices de lo que habían sufrido; y nos dice que, lejos de avergonzarse de sus desfiguraciones, las exhibían con el mayor orgullo. Puede que pensemos que estaban equivocados y equivocando a otros, pero no podemos poner en duda lo genuino de su lealtad a la causa comunista.

Es cuando los demás ven que estamos dispuestos a sufrir por la fe que decimos tener cuando empiezan a creer que la tenemos de veras. Si la fe no nos costara nada, los demás no la valorarían en nada.

DETENIDO POR LA MANO DE DIOS

Gálatas 1:11-17

En cuanto al Evangelio que os he predicado, quiero que sepáis, hermanos, que no se basa en un cimiento puramente humano; porque, yo no lo recibí de ninguna persona, ni me lo enseñó nadie, sino que llegó a mí por medio de una revelación directa de Jesucristo. Si necesitáis que os lo demuestre, ahí va eso: Vosotros habéis oído la clase de vida que yo llevaba antes, cuando practicaba la religión judía; una vida que me condujo a perseguir a la Iglesia de Dios más allá de todos los

límites para eliminarla. Yo les llevaba la delantera en la fe judía a muchos de mis contemporáneos y compatriotas, porque era un superfanático de las tradiciones de mis antepasados. Fue en esa situación cuando Dios, Que me había apartado para una tarea especial antes de mi nacimiento y Que me llamó mediante Su Gracia, decidió revelar a Su Hijo por medio de mí para que yo diera la Buena Noticia acerca de Él entre los gentiles. Entonces yo no lo consulté con ningún ser humano, ni subí a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles desde antes que yo, sino que me retiré a Arabia, y luego volví otra vez a Damasco.

Pablo estaba seguro y aseguraba que el Evangelio que predicaba no era algo de segunda mano; le había llegado directamente de Dios. Esa era una pretensión extraordinaria, y exigía alguna clase de prueba. Como prueba, Pablo tuvo el valor de referirse al cambio radical que había tenido lugar en su propia vida.

(i) *Había sido un superfanático de la Ley; y ahora, el centro dominante de su vida era la Gracia.* Este hombre, que había tratado de *ganarse* el favor de Dios con un apasionamiento intenso, estaba ahora contento de tomar humildemente por la fe lo que se le ofrecía amorosamente. Había dejado de presumir de lo que pudiera hacer por sí mismo, y había empezado a encontrar su gloria en lo que Dios había hecho por él.

(ii) *Había sido el superperseguidor de la Iglesia.* Había «asolado» la Iglesia. La palabra que usa es la que describe la devastación total de una ciudad. Había tratado de hacerle imposible la vida a la Iglesia; y ahora, su único objetivo, por el que estaba dispuesto a consumir su vida hasta la muerte, era extender esa misma Iglesia por todo el mundo.

Todo efecto debe tener una causa proporcionada. Cuando una persona va lanzada en un sentido, y de pronto se da la vuelta y se lanza con igual ímpetu en sentido contrario; cuando repentinamente invierte todos sus valores de tal manera que

cambia su vida de arriba abajo, tiene que haber alguna explicación. Para Pablo, la explicación era la intervención directa de Dios. Dios le había puesto Su mano en el hombro a Pablo, y le había detenido en medio de su carrera. «Esa -decía Pablo- es la clase de efecto que solo Dios puede producir.» Es algo digno de mención en Pablo el que no tuviera reparo en presentar el informe de su propia vergüenza para mostrar el poder de Dios.

Tenía dos cosas que decir acerca de esa intervención.

(i) No fue una cosa improvisada; formaba parte del plan eterno de Dios. A. J. Gossip cuenta lo que predicó Alexander Whyte cuando él, Gossip, fue ordenado al ministerio. El mensaje de Whyte era que, a lo largo de todo el tiempo y de toda la eternidad Dios había estado preparando a este hombre para esta congregación y a esta congregación para este hombre; y, en el minuto exacto, los había unido.

Dios manda a todas las personas al mundo con una misión que cumplir en Su plan. Puede que sea un papel muy importante, o un papel secundario o pequeño. Puede que sea para hacer algo que sabrá todo el mundo y que pasará a la Historia, o algo que solo sabrán unos pocos. Epicteto (2:16) dice: «Ten valor para elevar la mirada hacia Dios y decirle: "Trátame como quieras desde ahora. Soy uno contigo. Soy tuyo; no rechazo nada que Tú consideres bueno. Guíame por donde Tú quieras; vísteme con el ropaje que quieras. ¿Quieres que tenga un alto cargo, o que lo rechace; que me mantenga en mi puesto, o que huya; que sea rico, o pobre? Por todo esto Te defenderé delante de la gente."» Si un filósofo pagano podía darse tan totalmente a un Dios al que conocía de una manera tan nebulosa, ¡cuánto más nosotros!

(ii) Pablo sabía que había sido escogido para una tarea. Se sabía escogido, no para un honor, sino para un servicio; no para una vida fácil, sino para la lucha. Un general elige sus mejores soldados para las campañas más difíciles; y un profesor asigna a sus mejores estudiantes los temas más difíciles. Pablo sabía que había sido salvado para servir.

LA CARRERA DE LOS ELEGIDOS

Gálatas 1:18-25

Tres años más tarde subí a Jerusalén para visitar a Cefas, y pasé con él una quincena. No vi a ningún otro apóstol, salvo a Santiago, el hermano del Señor. En cuanto a lo que os estoy escribiendo Dios me es testigo de que no os estoy engañando. Después pasé a las regiones de Siria y de Cilicia, pero seguía siendo un desconocido para las iglesias cristianas de Judea. Lo único que sabían de mí era la noticia que les había llegado: «¡El que era antes nuestro perseguidor, ahora está predicando la fe que antes trataba de erradicar!» Así que ellos encontraban en mí una causa para glorificar a Dios.

Cuando leemos este pasaje a continuación de la sección anterior vemos lo que Pablo hizo cuando la mano de Dios le detuvo.

(i) Primero, se retiró a *Arabia*. Se retiró para estar a solas, y por dos razones. La primera, porque tenía que pensar a fondo eso tan tremendo que le había sucedido. La segunda, tenía que hablar con Dios antes de hablar a los hombres.

Desgraciadamente son los menos los que se toman tiempo para ponerse cara á cara ante sí mismos y ante Dios; ¿cómo puede uno enfrentarse con las tentaciones, los estreses y las tensiones de la vida, a menos que se haya pensado las cosas a fondo e intensamente?

(ii) Segundo, volvió a *Damasco*. Eso requería coraje. Había ido a Damasco la vez anterior para acabar con la Iglesia, y entonces Dios le detuvo; y todo Damasco lo sabía. Volvió lo antes posible para darles su testimonio a las personas que conocían muy bien su pasado.

Kipling tiene un poema famoso que se llama *Mulholland's Vow -El voto de Mulholland*. Se trata de uno que trabajaba

en un barco que transportaba ganado. Se desencadenó una tormenta, y los toros se desencadenaron también. Mulholland hizo un trato con Dios: Si le salvaba de los cuernos y las pezuñas amenazantes, Le serviría desde aquel momento toda su vida. Cuando se encontró a salvo en tierra, se propuso cumplir su parte del trato. Pero su idea era predicar la religión donde nadie le conociera. Pero la orden de Dios le llegó con toda claridad: «Vuelve a los barcos del ganado, y predica Mi Evangelio *allí*.» Dios le envió de vuelta al lugar que conocía y donde le conocían. Nuestro testimonio cristiano, como nuestra caridad, debe empezar en casa.

(iii) Tercero, Pablo fue a *Jerusalén*. De nuevo le vemos exponiendo su vida. Sus amigos judíos de antes, estarían buscando su vida, porque le consideraban un renegado. Sus víctimas de antes, los cristianos, no le querían recibir, porque les costaría creer que fuera un hombre cambiado. Pablo tuvo el valor de enfrentarse con su pasado. No nos libramos realmente de nuestro pasado huyendo de él; tenemos que asumirlo y vencerlo.

(iv) Pablo fue a *Siria y Cilicia*. Allí era donde estaba Tarso, donde se había criado. Allí estaban los amigos de su niñez y juventud. De nuevo escogió el camino más difícil. Sin duda le tendrían por loco; se enfrentarían con él con ira o, con algo aun peor, con sarcasmo. Pero él estaba preparado a que le tomaran por loco por causa de Cristo.

En estos versículos, Pablo estaba tratando de defender y demostrar la independencia de su Evangelio. No lo había recibido de ningún hombre, sino de Dios. No lo consultó con ninguna persona, sino con Dios. Pero, mientras escribía, se retrató a sí mismo inconscientemente como un hombre que tenía valor para testificar de su cambio y predicar su Evangelio en los lugares más difíciles.

UNO QUE NO SE DEJABA INTIMIDAR

Gálatas 2:1-10

Catorce años después subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a teto. Subí a consecuencia de un mensaje que había recibido directamente de Dios; y les presenté el Evangelio que tengo costumbre de predicar entre los gentiles, porque no quería pensar que el trabajo que estaba tratando de hacer y que había hecho no iba a servir para nada. Esto lo hice en una conversación privada con los que eran más considerados en la Iglesia. Pero, ni siquiera a Tito, que estaba conmigo y que era griego, le obligaron a circuncidarse. Es cierto que trataron de circuncidarlo para complacer a algunos falsos hermanos que se habían introducido furtivamente en nuestra comunidad, y habían incorporado a nuestra compañía para espiar la libertad que disfrutamos en Cristo, porque deseaban reducirnos a su propio estado de esclavitud. Pero no les rendimos sumisión ni por un instante. Permanecemos firmes para que la verdad del Evangelio siguiera con vosotros. Pero de los que eran más considerados -lo que fueran antes no me importa lo más mínimo, Dios no tiene favoritos-, esos hombres de reputación no me impartieron ningún conocimiento nuevo; pero, por otra parte, cuando vieron que a mí se me había confiado la predicación del Evangelio en el mundo no judío, exactamente igual que a Pedro se le había confiado en el mundo judío porque el Que actuó en Pedro para hacerle apóstol del mundo judío actuó también en mí para hacerme apóstol del mundo no judío y cuando se percataron de la gracia que se me había otorgado, Santiago, Cefas y Juan, a los que todos consideraban los pilares de la Iglesia, nos dieron señal de compañerismo a mí y a Bernabé, totalmente de acuerdo en que nosotros fuéramos al mundo no judío,

y ellos al mundo judío. La única cosa que nos encargaron fue que nos acordáramos de los pobres -que es algo que yo siempre tengo presente.

En el pasaje anterior, Pablo ha demostrado la independencia de su Evangelio; aquí está interesado en demostrar que esa independencia no es anarquía, y que su Evangelio no es algo cismático ni sectario ni distinto de la fe que se ha entregado a la Iglesia.

Después de un trabajo de catorce años, subió a Jerusalén llevando consigo a Tito, un joven amigo y adepto que era griego. Esa visita no fue fácil en ningún sentido. Al escribir, Pablo muestra una cierta inquietud mental. Hay un desorden de palabras en el original que es difícil de reproducir en español. El problema de Pablo era que no podía decir demasiado poco para no parecer que estaba abandonando sus principios; y no podía decir demasiado, porque parecería estar en desacuerdo con los responsables de la Iglesia. El resultado de tamaña tensión fue que la sintaxis se le quebró y desconectó a Pablo reflejando su ansiedad.

Desde el principio, los verdaderos responsables de la Iglesia aceptaron la posición de Pablo; pero hubo otros que se propusieron domesticar su espíritu ardiente. Había algunos que, como ya hemos visto, aceptaban el Evangelio, pero creyendo que Dios no concedía ningún privilegio a los que no fueran judíos; y que, por tanto, antes de que un gentil pudiera ser cristiano, tenía que ser circuncidado y asumir la totalidad de la Ley. Estos judaizantes, como se los llama, tomaron el caso de Tito como un prueba. Hay una batalla detrás de este pasaje; y parece probable que los responsables de la Iglesia presionaran a Pablo para que, por amor de la paz, cediera en el caso de Tito. Pero él se mantuvo firme como una roca. Sabía que ceder habría sido someterse a la esclavitud de la ley y dar la espalda a la libertad que hay en Cristo. Por último, la determinación de Pablo obtuvo la victoria. En principio se aceptó que llevaría a cabo su obra en el mundo no judío, y Santiago y Pedro la

suya en el mundo judío. Hay que tener muy en cuenta que no 'se trataba de predicar dos evangelios diferentes; era el mismo Evangelio el que se predicaba en dos esferas diferentes, por personas diferentes, especialmente cualificadas para hacerlo.

De este cuadro se deducen claramente ciertas características de Pablo.

(i) Era un hombre que daba a la autoridad el debido respeto. No iba por libre. Fue y habló con los responsables de la Iglesia, aunque tuviera sus diferencias con ellos. Es una ley de vida importante, y olvidada con frecuencia, que por mucha razón que tengamos, nada se puede obtener con rudeza. No hay nunca razones para que la cortesía y las firmes convicciones no puedan ir de la mano.

(ii) Era un hombre que no se dejaba intimidar. Menciona repetidas veces la reputación que disfrutaban los responsables y los pilares de la Iglesia. Pablo los respetaba y trataba con cortesía; pero permanecía inflexible. Hay tal cosa como respeto; y hay tal cosa como sumisión rastrera a los que el mundo o la iglesia considera grandes. Pablo estaba siempre seguro de que buscaba, no la aprobación de los hombres, sino la de Dios.

(iii) Era un hombre consciente de tener una tarea especial. Estaba convencido de que Dios le había confiado una tarea, y no permitía que ni la oposición desde fuera ni el desánimo desde dentro le impidieran cumplirla. La persona que sabe que Dios le ha confiado una tarea siempre descubrirá que Dios le ha dado también una fuerza suficiente para llevarla a cabo.

LA UNIDAD ESENCIAL

Gálatas 2:11-13

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, yo me opuse a él cara a cara, porque era de condenar. Antes de que llegaran unos de parte de Santiago, tenía costumbre de

comer con los gentiles. Cuando vinieron, se retrajo y se separó, porque les tenía miedo a los del bando de la circuncisión. Los demás judíos también hicieron el hipócrita con él, de tal manera que hasta Bernabé se desvió con ellos en sus posturas hipócritas.

El problema no se había terminado ni muchísimo menos. Una parte importante de la vida de la Iglesia original era una comida en común que llamaban el *Agapé*, o Fiesta del Amor. En esta fiesta, toda la congregación se reunía para participar de una comida general provista mediante un reparto de los recursos o medios que se tuvieran. Para muchos de los esclavos debe de haber sido la única comida decente que hacían en toda la semana; y expresaba de una manera muy especial la comunión de los cristianos.

Eso parece, a primera vista, una cosa muy hermosa. Pero debemos recordar el exclusivismo rígido de los judíos más fanáticos. Se consideraban el pueblo escogido de tal manera que implicaba el rechazo de todos los demás. «El Señor es misericordioso y lleno de gracia. Pero lo es solamente con los israelitas; a las otras naciones las aterra.» «Los gentiles son como estopa o paja que se quema, o como las motas que dispersa el viento.» «Si un hombre se arrepiente, Dios le acepta; pero eso se aplica solamente a Israel, y no a los gentiles.» «Ama a todos, pero odia a los herejes.» Este exclusivismo entraba en la vida diaria. Un judío estricto tenía prohibido hasta tener una relación comercial con un gentil; no debía hacer un viaje con un gentil; no debía ni dar hospitalidad ni aceptarla de un gentil.

Aquí en Antioquía surgió un problema tremendo: en vista de todo esto, ¿podían sentarse juntos los judíos y los gentiles en una comida congregacional? Si se cumplía la ley antigua, está claro que era imposible. Pedro vino a Antioquía, y, en un principio, apartándose de los antiguos tabúes en la gloria de la nueva fe, participaba de la comida en común entre judíos y gentiles. Entonces llegaron algunos de Jerusalén que eran del

bando judío tradicionalista. Usaban el nombre de Santiago, aunque seguramente no representaban su punto de vista, y se metieron tanto con Pedro que acabó por retirarse de la comida congregacional. Los otros judíos se retiraron también con él, y por último hasta Bernabé se vio implicado en esta secesión. Fue entonces cuando Pablo habló con toda la intensidad de que era capaz su naturaleza apasionada, porque vio claramente algunas cosas.

(i) Una iglesia deja de ser cristiana cuando hace discriminación de clases. En la presencia de Dios, una persona no es judía ni gentil, noble ni plebeya, rica ni pobre; es un pecador por quien Cristo murió. Si las personas comparten una común filiación, también tienen que ser hermanas.

(ii) Pablo vio que esa acción intensa era necesaria para contrarrestar la escisión que había tenido lugar. No esperó; intervino. No influía en él el hecho de que estuviera en ello el nombre y la conducta de Pedro. Era algo malo, y eso era todo lo que le importaba a Pablo. Un nombre famoso no puede nunca justificar una acción infame. La acción de Pablo nos da un ejemplo gráfico de cómo un hombre fuerte en su firmeza puede poner en jaque una desviación del curso correcto antes de que se convierta en una riada.

EL FIN DE LA LEY

Gálatas 2:14-17

Pero cuando vi que se estaban desviando del recto sendero que establece el Evangelio, le dije a Pedro delante de todos los demás: < Si tú, que eres judío de nacimiento, escoges vivir como un gentil y no como un judío, ¿por qué obligas a los gentiles a vivir como judíos? Nosotros somos judíos por naturaleza, no somos pecadores gentiles, como se los llama; y sabemos que nadie se justifica con Dios porque haya hecho lo que

establece la ley, sino solamente mediante la fe en Jesucristo: Ahora hemos aceptado esta fe en Jesucristo para estar en la debida relación con Dios, y esa fe no tiene nada que ver con las obras que establece la ley, porque nadie puede llegar a estar en relación con Dios haciendo las obras que manda la ley. Ahora bien, si en nuestra búsqueda de llegar a estar en la debida relación con Dios por medio de Jesucristo nosotros también nos encontramos como los que se llaman pecadores, ¿vais a decir que Cristo está al servicio del pecado? ¡No lo permita Dios!»

Aquí se llega por fin a la verdadera raíz del asunto. Se estaba imponiendo una decisión que no se podía aplazar mucho más. El hecho del asunto era que la decisión de Jerusalén había sido una componenda; y, como todas las componendas, tenía en sí misma el germen de la discordia. En efecto, la decisión había sido que los judíos seguirían viviendo como judíos, observando la circuncisión y la ley, pero que los gentiles eran libres de estas obligaciones. Estaba claro que las cosas no podían seguir así, porque la consecuencia inevitable era que se produjeran dos tipos de cristianos, y dos clases distintas dentro de la Iglesia. El razonamiento de Pablo seguía este camino. Le dijo a Pedro: « Tú compartiste la mesa con los gentiles; tú comiste como ellos; por tanto, tú aceptaste en principio que no hay nada más que un camino tanto para los judíos como para los gentiles. ¿Cómo puedes ahora volverte atrás, y querer que los gentiles se circunciden y se sometan a la ley?» Aquello no tenía sentido para Pablo.

Aquí debemos estar seguros del sentido de una palabra. Cuando los judíos aplicaban la palabra *pecadores* a los gentiles, no estaban pensando en sus cualidades morales, sino en la observancia de la ley. Para dar un ejemplo: *Levítico 11* establece los animales que se pueden comer, y los que no. Una persona que comiera liebre o cerdo, quebrantaba estas leyes, y se convertía en un *pecador* en este sentido del término. Así

es que Pedro respondería a Pablo: «Pero, si yo como con los gentiles y como lo mismo que ellos, me convierto en un pecador.» La respuesta de Pablo era doble. Primero, decía: «Estuvimos de acuerdo hace mucho en que ninguna cantidad de cumplimiento de la ley puede hacer que una persona esté en la debida relación con Dios. Eso solo puede lograrse por Gracia. Una persona no puede ganar, sino que tiene que aceptar el ofrecimiento generoso del amor de Dios en Jesucristo. Por tanto, todo lo relativo a la ley es irrelevante.» A continuación decía: « Tú dices que el dejar de lado todo lo referente a reglas y normas te convertirá en un pecador. Pero eso es precisamente lo que Jesucristo te dijo que hicieras. No te dijo que trataras de ganar la salvación comiendo de este animal y no comiendo del otro. Te dijo que te rindieras sin reserva a la Gracia de Dios. ¿Vas a suponer entonces que Él te enseñó a convertirte en pecador?» Está claro que no podía haber nada más que una conclusión adecuada a este problema: Que la vieja ley había sido abolida.

A este punto se había llegado. No podía ser verdad que los gentiles vinieran a Dios por la Gracia, y los judíos por la Ley. Para Pablo no había más que una realidad: la Gracia, y era mediante el rendimiento a esa Gracia como todos los hombres tenían que llegar a Dios. .

Hay dos grandes tentaciones en la vida de la Iglesia; y, en cierto sentido, cuanto mejor sea una persona tanto más propensa está a caer. Primero: existe la tentación de tratar de ganar el favor de Dios; y segundo: la tentación de usar algún pequeño logro para compararse con los semejantes con ventaja propia y desventaja ajena. Pero un cristianismo al que le queda demasiado del yo como para pensar que por sus propios esfuerzos puede comprar el favor de Dios, y que por sus propios logros puede mostrarse superior a otros, no es el verdadero Cristianismo de ninguna manera.

LA VIDA CRUCIFICADA Y RESUCITADA

Gálatas 2:18-21

Si yo reconstruyo las mismas cosas que he echado abajo, no consigo más que quedar como transgresor. Porque por medio de la Ley yo he muerto a la Ley para vivir para Dios. He sido crucificado con Cristo. Es verdad que estoy vivo; pero ya no soy yo el que vive, sino Cristo el Que vive en mí. La vida que estoy viviendo ahora, aunque sigue siendo en la naturaleza humana, es una vida que vivo por fe en el Hijo de Dios, Que me amó y Se dio a Sí mismo por mí. No voy a cancelar la Gracia de Dios; porque, si yo hubiera podido llegar a estar en paz con Dios por medio de la Ley, entonces la muerte de Cristo habría sido innecesaria.

Pablo habla desde las profundidades de la experiencia personal. Para él, el reerigir toda la fábrica de la Ley habría sido cometer un suicidio espiritual. Dice que por la Ley él murió a la Ley para poder vivir para Dios. Lo que quiere decir es esto: Él había probado el camino de la Ley. Había intentado, con toda la terrible intensidad de su cálido corazón, ponerse en relación con Dios mediante una vida que buscaba obedecer cada pequeño detalle de esa Ley. Había encontrado que tal intento no producía más que un sentimiento cada vez más profundo de que todo lo que él pudiera hacer nunca le pondría en la debida relación con Dios. Lo único que había hecho la Ley era mostrarle su propia indefensión. En vista de lo cual, había abandonado inmediata y totalmente aquel camino, y se había arrojado, pecador y todo como era, en los brazos de la misericordia de Dios. Había sido la Ley lo que le había conducido a la Gracia de Dios. El volver a la Ley no habría hecho más que enredarle otra vez totalmente en el sentimiento de alejamiento de Dios. Tan grande había sido el cambio, que la única manera en que podía describirlo era diciendo que

había sido crucificado con Cristo para que muriera el hombre que había sido, y el poder viviente en su interior ahora era Cristo mismo.

< Si yo pudiera ponerme en la debida relación con Dios cumpliendo meticulosamente la Ley, ¿qué falta me haría entonces la Gracia? Si yo pudiera ganar mi propia salvación, entonces, ¿por qué tenía que morir Cristo?> Pablo estaba totalmente seguro de una cosa: de que Jesucristo había hecho por él lo que él nunca podría haber hecho por sí mismo. El otro hombre que revivió la experiencia de Pablo fue Martín Lutero. Lutero era un dechado de disciplina y penitencia, de autonegación y de autotortura. «Si alguna vez -decía- una persona pudiera haberse salvado por medio del monacato, esa persona sería yo.> Había ido a Roma. Se consideraba un acto de gran mérito el subir la Scala Sancta, la gran escalera sagrada, de rodillas. Estaba poniendo todo su empeño buscando ese mérito, y repentinamente le vino la voz del Cielo: «El justo vivirá por la fe.> La vida de paz con Dios no se podía obtener por medio de ese esfuerzo inútil, interminable, siempre derrotado. Solo se podía recibir arrojándose al amor de Dios que Jesucristo había revelado a la humanidad.

Cuando Pablo Le tomó la Palabra a Dios, la medianoche de la frustración de la Ley se convirtió en el mediodía de la Gracia.

EL DON DE LA GRACIA

Gálatas 3:1-9

¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os ha echado mal de ojo, precisamente a vosotros, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado sobre Su Cruz? Decidme simplemente esto: ¿Recibisteis el Espíritu por hacer las obras que establece la Ley, o porque escuchasteis y creísteis? ¿Es que os habéis vuelto tan torpes? Después de empezar

vuestra experiencia de Dios en el Espíritu, ¿ahora vais a tratar de completarla haciendo que dependa de lo que pueda hacer la naturaleza humana? ¿Es que no os ha servido para nada la experiencia tremenda que habéis tenido, que vais a desprenderos de ella sin recibir nada a cambio? El que os dio tan generosamente el Espíritu y obró maravillas entre vosotros, ¿lo hizo porque vosotros producíais las obras que establece la Ley, o porque oísteis y creísteis? ¿No os sucedió exactamente lo mismo que a Abraham? Abraham confió en Dios, y fue eso lo que se le contó como si hubiera sido justo. Así que debéis daros cuenta de que son los que emprenden la aventura de la fe los que son los verdaderos hijos de Abraham. La Escritura previó que sería por la fe por lo que Dios traería a los gentiles a la correcta relación consigo Mismo, y le comunicó la Buena Noticia a Abraham antes de que sucediera: «En ti serán benditas todas las naciones.» Así que son los que se embarcan en la misma aventura de la fe los que son benditos juntamente con el creyente Abraham.

Pablo usa todavía otro argumento para mostrar que es la fe lo que pone a una persona en relación con Dios, y no las obras de la Ley. En la Iglesia original, los convertidos casi siempre recibían el Espíritu Santo de una manera sensible. Los primeros capítulos de *Hechos* muestran como sucedió una y otra vez (*Cp. Hechos 8:14-17; 10:44*). Venía a ellos un nuevo brote de vida y de poder que todos podían constatar. Esa experiencia la habían tenido los gálatas; y no, decía Pablo, porque hubieran obedecido las disposiciones de la Ley, porque en aquel tiempo ni siquiera habían oído hablar de la Ley; sino porque habían escuchado la Buena Nueva del amor de Dios, y habían respondido con un acto de perfecta confianza.

La manera más fácil de captar una idea es verla encarnada en una persona. En cierto sentido, toda gran idea tiene que hacerse carne. Así que Pablo les señaló a los gálatas a un

hombre que encarnaba la fe: Abraham. El hombre al que Dios había hecho la gran promesa de que todas las familias de la Tierra serían benditas en él (*Génesis 12:3*). Fue el hombre que Dios escogió especialmente como el que Le agradó. ¿En qué fue en lo que Abraham agradó a Dios especialmente? No fue por hacer las obras de la Ley, porque en aquel tiempo la Ley ni siquiera existía; fue por tomarle la Palabra a Dios en un gran acto de fe.

Ahora bien, la promesa de bendición se les hizo a los descendientes de Abraham. En eso confiaban los judíos; mantenían que el hecho escueto de ser descendientes naturales de Abraham los colocaba en una relación con Dios totalmente distinta de la de los otros pueblos. Pablo declara que el ser un auténtico descendiente de Abraham no es cosa de la naturaleza física; el verdadero descendiente es el que hace la misma aventura de la fe que hizo Abraham. Por tanto, no son los que tratan de obtener méritos por medio de la Ley los que heredan la promesa que se le hizo a Abraham, sino los de cualquier nación que reproducen su acto de fe en Dios. Fue sin duda con un acto de fe como empezaron los gálatas. ¿Cómo iban ahora a retroceder al legalismo, y perder- su herencia?

Esta pasaje está lleno de palabras griegas con historia; palabras que transmitían un cierto ambiente y una cierta experiencia. En el versículo 1, Pablo habla acerca del *mal de ojo*. Los griegos le tenían mucho miedo al embrujo causado por el mal de ojo. Una y otra vez las cartas privadas terminan con una frase como: «Por encima de todo, rezo para que disfrutes de salud *sin sufrir daño del mal de ojo*, y que te vaya bien» (Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, N° 14).

En el mismo versículo dice que Jesucristo les fue *presentado sobre Su Cruz*. Es la palabra griega *prografein*, que se usaba con el sentido de poner un cartel. Se usaba de hecho de una noticia que ponía un padre en un sitio visible para hacer saber que ya no se hacía responsable de las deudas de su hijo; también se usaba con el sentido de poner el anuncio de una subasta.

En el versículo 4, Pablo habla de empezar la experiencia en el Espíritu, y acabar en la carne. Las palabras que usa son los términos griegos normales para iniciar y completar un sacrificio. La primera, *enárjesthai*, es la palabra para echar granos de cebada por encima y alrededor de la víctima, que era lo primero que se hacía en un sacrificio; y la segunda, *epiteleisthai*, es la palabra que se usaba para completar el ritual de cualquier sacrificio. Al usar estas dos palabras, Pablo muestra que considera la vida cristiana como un sacrificio que se ofrece a Dios.

El versículo 5 habla de la manera tan generosa como Dios había tratado a los gálatas. La raíz de esta palabra es la griega *joreguía* de *joros*, coro. En los días antiguos de Grecia, en los grandes festivales, los dramaturgos como Eurípides y Sófocles presentaban sus dramas; las obras dramáticas griegas requerían un coro; el equipar y preparar un coro era caro, y algunos griegos con conciencia pública se ofrecían generosamente a cubrir todos los gastos del coro. (Ese regalo se llamaba *joreguía*). Más tarde, en tiempo de guerra, los ciudadanos concienzudos daban aportaciones al estado, y a estas también se las designaba con el nombre de *joreguía*. Y, todavía en un griego posterior, en los papiros, esta palabra se usa corrientemente en contratos matrimoniales, y describe el mantenimiento que un marido, en su amor, se comprometía a darle a su mujer. *Joreguía* subraya la generosidad de Dios; una generosidad que nace del amor, de la que son pálidos reflejos el amor de un ciudadano a su ciudad y de un hombre a su mujer.

LA MALDICIÓN DE LA LEY

Gálatas 3:10-14

Todos los que dependen de las obras que establece la Ley están bajo una maldición, porque escrito está: «Maldito sea todo el que no obedezca y cumpla concien-

zudamente todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley. » Está claro que nadie alcanza jamás la debida relación con Dios por medio de este legalismo; porque, como dice la Biblia: «Es el hombre que está en relación con Dios mediante la fe el que vivirá.» Pero la Ley no está basada en la fe. Y sin embargo la Escritura dice: «El hombre que haga estas cosas tendrá que vivir por ellas.» Cristo nos redimió de la maldición de la Ley asumiéndola por nosotros porque está escrito: «Maldito sea todo aquel que es colgado de un madero.» Y todo esto sucedió para que la bendición de Abraham alcanzara en Cristo a los gentiles, y para que nosotros pudiéramos recibir por medio de la fe el Espíritu prometido.

El razonamiento de Pablo trata de colocar a sus oponentes en un rincón del que no se puedan escapar. < Supongamos -les dice- que decidís que vais a tratar de obtener la aprobación de Dios aceptando y obedeciendo la Ley, ¿cuáles serán las consecuencias inevitables?> En primer lugar, el que dé ese paso tendrá que mantenerse o caer por su decisión; si escoge la Ley, tiene que vivir por ella. Segundo, ninguna persona ha conseguido, ni conseguirá jamás, guardar siempre la Ley a rajatabla. Tercero, en ese caso, se está maldito, porque la misma Escritura dice (*Deuteronomio 27:26*) que el hombre que no guarde toda la Ley está bajo maldición. Por tanto, la consecuencia inevitable de tratar de llegar a la relación con Dios haciendo de la Ley el principio de la vida es decidirse por una maldición.

Pero hay otro dicho en la Escritura: «Es el hombre que está en la debida relación con Dios mediante la fe el que de veras vivirá» (*Habacuc 2:4*). La única manera de llegar a estar en la debida relación con Dios, y por tanto la única forma de alcanzar la paz, es el camino de la fe. Pero el principio de la Ley y el principio de la fe son antitéticos; no se puede dirigir la vida por los dos al mismo tiempo; hay que escoger; y la única

elección lógica es abandonar el legalismo y aventurarse en la fe de tomarle la Palabra a Dios y confiar en Su amor.

¿Cómo podemos saber que esto funciona? El Garante definitivo de esta verdad es Jesucristo; y para hacer llegar esta verdad hasta nosotros tuvo que morir en la Cruz. Ahora bien: la Escritura dice que todo el que es colgado de un madero está maldito (*Deuteronomio 21: 23*); así que, para libertarnos de la maldición de la Ley, Jesús mismo tuvo que asumirla.

Aun en su más difícil presentación, que bien puede ser esta, un hecho sencillo pero tremendo no estaba nunca lejos de la mente y el corazón de Pablo: El *costo del Evangelio cristiano*. Pablo no podía olvidar nunca que la paz, la libertad, la relación filial con Dios que poseemos, costó la vida y muerte de Jesucristo; porque, ¿cómo podríamos haber conocido nunca cómo es Dios a menos que Jesucristo hubiera muerto para mostrarnos Su gran amor?

EL PACTO QUE NO SE PUEDE ALTERAR

Gálatas 3:15-18

Hermanos: No puedo usar nada más que una analogía humana. Aquí tenéis el paralelo. Cuando un pacto está debidamente ratificado, aunque se trate del pacto de una sola persona, nadie lo anula ni le añade cláusulas adicionales. Ahora bien: las promesas se hicieron a Abraham y a su simiente. No dice: «Ya sus simientes, » como si se tratara de muchos, sino: «Y a su simiente,» como si se tratara de uno, y ese Uno es Cristo. Lo que quiero decir es que la Ley, que entró en acción cuatrocientos treinta años más tarde, no puede anular el pacto ya ratificado por Dios, dejando sin efecto la promesa. Porque, si la herencia dependiera de la Ley, dejaría de depender de la promesa; pero fine por medio de la promesa como Dios confirió Su Gracia a Abraham.

Cuando leemos pasajes como este y el próximo, tenemos que recordar que Pablo había estudiado la carrera de rabino, y era un experto en los métodos escolásticos de las academias rabínicas. Sabía hacer uso de sus métodos de razonamiento, que serían perfectamente consecuentes para un judío, por muy difícil que nos resulte a nosotros entenderlos.

Su propósito era mostrar la superioridad de la Gracia sobre la Ley. Empieza mostrando que la Gracia es anterior a la Ley. Cuando Abraham emprendió su aventura de la fe, Dios le hizo Su más grande promesa. Es decir: la promesa de Dios fue la consecuencia de un acto de fe; la Ley no empezó a existir hasta el tiempo de Moisés, cuatrocientos treinta años después. Pero -continúa Pablo-, una vez que un pacto o tratado ha sido debidamente ratificado, no se puede alterar ni anular. Por tanto, la Ley posterior no puede alterar la relación anterior de la fe. Fue la fe la que puso a Abraham en relación con Dios; y la fe es todavía el único camino para que una persona se ponga en la debida relación con Dios.

Los rabinos eran muy aficionados a usar razonamientos que dependieran de la interpretación de una palabra aislada; erigían toda una teología sobre una sola palabra. Pablo toma una palabra de la historia de Abraham, y levanta un razonamiento sobre ella. Como la antigua versión Reina-Valera traducía *Génesis 17:7-8*, Dios le dijo a Abraham: «Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu *simiente* después de ti,» y dice de Su herencia: «Y te daré a ti, y a tu *simiente* después de ti.» (*Simiente* se traduce más claramente por *descendiente*; las revisiones posteriores de la Reina-Valera ponen *descendencia*). El razonamiento de Pablo se basa en que *simiente* se usa en singular y no en plural; y que, por tanto, la promesa de Dios no se refiere a una gran multitud de gente, sino a un único individuo; y -razona Pablo-, la *única Persona* en Quien el pacto encuentra su consumación es Jesucristo. Por tanto, el camino a la paz con Dios es el de la fe, que fue el que siguió Abraham; y nosotros debemos recorrerlo mirando a Jesucristo por la fe.

Una y otra vez Pablo vuelve a este mismo punto. El problema de la vida humana es llegar a la debida relación con Dios. Mientras Le tengamos miedo, no podemos tener paz. ¿Cómo podemos obtener esta debida relación? ¿Podrá ser por medio de una obediencia meticulosa y casi torturante de la Ley, cumpliendo incontables obras y observando cada norma diminuta que la Ley establece? Si seguimos ese camino, siempre estaremos en deuda, porque la imperfección humana nunca puede satisfacer plenamente la perfección divina; pero, si abandonamos esta lucha desesperada, y nos presentamos con nuestro pecado ante Dios, Su Gracia nos abre Sus brazos, y nos encontramos en paz con un Dios que ya no es Juez, sino Padre. El razonamiento de Pablo es que esto fue precisamente lo que le sucedió a Abraham. Fue sobre esa base como Dios hizo Su pacto con Abraham; y nada que viniera después podía cambiarlo o anularlo, como nada que venga después de un contrato ratificado y sellado puede alterarlo.

ENCERRADO BAJO EL PECADO

Gálatas 3:19-22

Entonces, para qué sirve la Ley? La Ley se añadió a la situación para decidir lo que son las transgresiones, hasta que viniera la Simiente a la Que se Le había hecho la promesa, que todavía seguía vigente. La Ley fue promulgada por ángeles, y vino por medio de un mediador. Ahora bien: el mediador no lo es solo de una parte; y Dios es una parte. ¿Es que la Ley es contraria a las promesas de Dios? ¡No lo quiera Dios! Si se hubiera dado una ley que fuera capaz de dar la vida, entonces no cabría duda que la relación con Dios habría venido por medio de la ley. Pero las palabras de la Escritura lo encierran todo bajo el poder del pecado, para que la promesa se diera mediante la fe en Jesucristo a los que creen.

Este es uno de los pasajes más difíciles que Pablo escribiera jamás, ¡tan difícil que se le han dado casi trescientas interpretaciones! Empecemos por recordar que Pablo todavía está tratando de demostrar la superioridad de la Gracia y la fe sobre la Ley. Hace cuatro observaciones acerca de la Ley.

(i) ¿Por qué introducir la Ley en ningún sentido? Se introdujo, según lo expresa Pablo, *por causa de las transgresiones*. Lo que quiere decir es que, donde no hay ley, no hay pecado. No se puede condenar a una persona por hacer algo que no estaba prohibido. Por tanto, la función de la Ley es *definir el pecado*. Pero, aunque la Ley puede definir el pecado y eso es lo que hace, no puede hacer nada en absoluto para remediarlo. Es como un médico que fuera experto en diagnosticar pero incapaz de remediar la enfermedad.

(ii) La Ley no la dio Dios directamente. En el antiguo relato de *Éxodo 20*, fue dada directamente por Diosa Moisés; pero en los días de Pablo, los rabinos estaban tan impresionados con la santidad y la lejanía de Dios que creían que era totalmente imposible que El tratara directamente con los seres humanos; por tanto introdujeron la idea de que la Ley fue dada primero a los ángeles, y luego, por los ángeles a Moisés (cp. *Hechos 7:53; Hebreos 2:2*). Aquí Pablo está usando las categorías rabínicas de su tiempo. La Ley está a una doble distancia de Dios: dada primero a los ángeles, y por ellos al mediador, Moisés. Comparada con *la promesa*, que fue dada directamente por Dios, *la Ley* es una cosa de segunda mano.

(iii) Ahora llegamos a esa frase extraordinariamente difícil: «Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno» (R-V). ¿Qué estaba pensando Pablo aquí? Un tratado basado en la ley siempre implica dos partes: una persona que lo da, y otra que lo acepta; y depende de que las dos partes lo cumplan. Esa era la posición de los que ponían su confianza en la Ley: Si la Ley se quebrantaba, todo el acuerdo quedaba anulado. Pero una promesa depende de *una sola* persona. El camino de la Gracia depende totalmente de Dios: es Su promesa. El hombre no puede hacer nada para alterarla. Puede que peque, pero el

amor y la Gracia de Dios permanecen inalterables. Para Pablo, la debilidad de la Ley consistía en que dependía de *dos* personas: el Legislador, y el cumplidor; y el hombre lo había echado todo a perder. La Gracia pertenece totalmente a Dios; el hombre no la puede deshacer; y, sin duda, es mejor depender de la Gracia de un Dios inmutable que de los esfuerzos desesperados de una persona indefensa.

(iv) ¿Es, entonces, la Ley antitética de la Gracia? Pablo contestaría en buena lógica que sí; pero, de hecho, contesta que no. Dice que la Escritura ha encerrado a todos bajo pecado. Está pensando en **Deuteronomio 27:26**, donde se dice que todo el que no se ajuste a las palabras de la Ley, queda maldito. De hecho, eso quiere decir *todo el mundo*, porque no ha habido nadie, ni lo habrá, que cumpla perfectamente la Ley. ¿Cuál es entonces la consecuencia de la Ley? Es conducir a todos a la Gracia, porque demuestra la indefensión humana. Este es un pensamiento que Pablo desarrollará en el capítulo siguiente; aquí no hace más que sugerirlo. Que trate alguien de llegar a la debida relación con Dios por medio de la Ley: se dará cuenta de que no puede, y se verá guiado a ver que lo único que puede hacer es aceptar la maravillosa Gracia que Jesucristo vino a revelar a la humanidad.

LA LLEGADA DE LA FE

Gálatas 3:23-29

Antes de que apareciera la fe, estábamos bajo vigilancia, bajo el poder de la Ley, encerrados y aguardando el día en que se revelara la fe. Así que la Ley fue realmente nuestro tutor, para conducirnos a Cristo, para que pudiéramos entrar en la debida relación con Dios mediante la fe. Pero ahora que la fe se ha presentado, ya no estamos bajo un tutor; porque todos vosotros sois hijos de Dios por medio de la fe en Jesucristo. Todos

vosotros, los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay ninguna diferencia entre judíos y griegos, esclavos y libres, varones y hembras; porque todos vosotros sois una sola cosa en Cristo Jesús. Y si pertenecéis a Cristo, entonces sois la simiente de Abraham, y herederos de acuerdo con la promesa.

Pablo está pensando todavía en el papel esencial que representó la Ley en el plan de Dios. En el mundo griego había un siervo en la familia llamado el *paidagogós*. No era el maestro. Era a menudo un esclavo anciano y de confianza que llevaba mucho tiempo con la familia y tenía buen carácter. Estaba a cargo del bienestar moral del niño, y era su deber el comprobar que adquiriera las cualidades esenciales de la verdadera hombría. Tenía una obligación concreta: todos los días tenía que llevar al niño a la escuela, y luego recogerle y llevarle a casa. No intervenía de hecho en la enseñanza del niño; pero su deber era llevarle a salvo a la escuela y dejarle allí bajo la responsabilidad del maestro. Eso -decía Pablo- se parecía a la función de la Ley. Estaba para conducir a la persona a Cristo. No podía llevarle a la presencia de Cristo, pero podía llevarle a una posición desde la que pudiera entrar. Era la función de la Ley el conducir a la persona a Cristo, mostrándole que por sí misma era totalmente incapaz de guardarla. Pero una vez que una persona había llegado a Cristo, ya no necesitaba la Ley, porque ya no dependía de la Ley sino de la Gracia.

«Todos vosotros -decía Pablo- que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo.» Hay aquí dos alegorías.

El bautismo era un rito judío. Si un hombre quería aceptar la fe judía, tenía que hacer tres cosas: tenía que circuncidarse, que ofrecer sacrificio y que bautizarse. Un lavatorio ceremonial para limpiarse de la contaminación era muy corriente en las prácticas judías (*cp. Levítico, 11-15*).

Los detalles del bautismo judío eran los siguientes: el bautizando se cortaba el pelo y las uñas; se desnudaba totalmente;

el baño bautismal tenía que contener 40 seahs, es decir, unos 300 litros de agua. El agua tenía que tocar todas las partes de su cuerpo. Hacía su confesión de fe ante tres hombres que eran *sus padrinos*. Mientras permanecía en el agua se le leían partes de la Ley, se le dirigían palabras de aliento y se le impartían bendiciones. Cuando surgía del agua era un miembro del pueblo judío; había entrado en la fe judía mediante el bautismo.

Mediante el bautismo cristiano, una persona entraba en Cristo. Los cristianos originales consideraban el bautismo como algo que producía una unión real con Cristo. Por supuesto, en una situación misionera en la que los hombres llegaban directamente del paganismo, el bautismo era, en la mayor parte de los casos, bautismo de adultos que habían tenido una experiencia que un bebé no podría tener. Pero tan realmente como un converso judío estaba unido a la fe judía, el converso cristiano estaba unido con Cristo (*cp. Romanos 6: 3ss; Colosenses 2:12*). El bautismo no era un mero rito externo; era una unión real con Cristo.

Pablo dice a continuación que habían quedado revestidos de Cristo. Aquí puede que haya una referencia a una costumbre que existió posteriormente. El bautizando estaba vestido con una túnica blanca, simbólica de la nueva vida en la que se introducía. Lo mismo que el iniciado se ponía una nueva ropa blanca; su vida quedaba revestida de Cristo.

El resultado era que en la Iglesia no había diferencias entre sus miembros; todos habían- llegado a ser hijos de Dios. En el versículo 28 Pablo dice que las distinciones entre judío y griego, esclavo y libre, varón y hembra, quedaban borradas. Hay aquí algo de gran interés. En la oración judía de la mañana, que Pablo habría usado en toda su vida precristiana, un judío daba gracias a Dios porque < Tú no me has hecho ni un gentil, ni un esclavo, ni una mujer. » Pablo toma esa oración, y le da la vuelta. Las viejas distinciones habían desaparecido en el tiempo del Nuevo Testamento: todos eran una sola cosa en Cristo.

Ya hemos visto (versículo 16) que Pablo interpreta las promesas hechas a Abraham como cumplidas especialmente en Cristo; y, si estamos incorporados en Cristo, nosotros también heredamos las promesas -y este gran privilegio no nos viene por un cumplimiento legalista de la Ley, sino por un acto de fe en la Gracia gratuita de Dios.

Sólo una cosa puede borrar las distinciones marcadamente aparentes y las separaciones entre una persona y otra; cuando todos estamos en deuda con la Gracia de Dios y estamos en Cristo, solamente entonces seremos todos realmente una sola cosa. No es la fuerza de la persona, sino el amor de Dios lo que puede unir definitivamente un mundo desunido.

LOS DÍAS DE LA NIÑEZ

Gálatas 4:1-7

Esto es lo que quiero decir: Mientras el heredero es un niño, no se diferencia en nada de un esclavo, aunque es el amo de todo; pero está bajo el control de mayordomos y supervisores hasta que llega el día que ha fijado su padre. Eso es lo que sucede con nosotros: Cuando éramos niños, estábamos sujetos al conocimiento elemental que este mundo puede proveer. Pero, cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, con el propósito de redimir a los que estábamos sujetos a la Ley, para que fuéramos adoptados como hijos. Porque sois hijos, Dios envió el Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones, que clama: «¡Abba! ¡Padre!» Por consiguiente, ya no eres un esclavo, sino un hijo; y como hijo, heredero, que es lo que Dios te ha hecho.

En el mundo antiguo, el proceso del crecimiento estaba mucho más definido que ahora.

En el mundo judío, el primer sábado después de que un niño cumpliera los doce años, su padre le llevaba a la sinagoga, donde llegaba a ser *un hijo de la Ley*. El padre pronunciaba allí una bendición: < ¡Bendito seas, oh Dios, que me has relevado de la responsabilidad por este chico! » El chico hacía una oración en la que decía: < ¡Oh, mi Dios y Dios de mis padres! En este día solemne y santo, que marca mi paso de la niñez a la virilidad, yo elevo humildemente mis *ojos* a Ti, y declaro con sinceridad y verdad que, desde ahora en adelante guardaré Tus mandamientos, y asumo la responsabilidad de mis acciones ante Ti. » Había una clara línea divisoria en la vida de un joven; como de la noche a la mañana se hacía un hombre.

(ii) En Grecia, un chico estaba al cuidado de su padre desde los siete hasta los dieciocho años. Entonces llegaba a ser lo que se llamaba un *efebos*, que se podría traducir por *joven*, y estaba dos años bajo la supervisión del estado. Los atenienses estaban divididos en diez *fratriai* o clanes. Antes de que el muchacho llegara a ser un *efebos*, se le recibía en el clan en un festival llamado la *apaturía*; y en un acto ceremonial se le cortaba el pelo largo y se le ofrecía a los dioses. Una vez más, el crecimiento pasaba por un proceso totalmente definido.

(iii) Bajo la ley romana, el año en que un muchacho pasaba a ser un hombre no estaba fijado definitivamente, pero estaba siempre entre los 14 y los 17 años. En un festival sagrado para la familia que se llamaba la *liberalia*, se quitaba la *toga praetexta*, que era una toga con una estrecha banda púrpura por abajo, y se ponía la *toga virilis*, que era la toga corriente que llevaban los adultos. Entonces le llevaban sus amigos y parientes al foro, y le introducían formalmente a la vida pública. Era esencialmente una ceremonia religiosa. Y una vez más había un día totalmente definido en el que el muchacho alcanzaba la categoría de hombre. Había una costumbre romana según la cual el día que un chico o una chica alcanzaban la edad, el chico ofrecía su balón, y la chica su muñeco a Apolo para mostrar que prescindían de las cosas infantiles.

Cuando un chico era *menor de edad* a los *ojos* de la ley, podía ser el dueño de una propiedad considerable, pero no podía hacer ninguna decisión legal, ni estaba en control de su propia vida; todo se le hacía, y se le dirigía en todo; y, por tanto, para todos los efectos prácticos, no tenía más libertad que si hubiera sido un esclavo; pero cuando llegaba a ser un hombre, entraba en posesión de su herencia.

De la misma manera -sigue razonando Pablo-, en la infancia del mundo la Ley ejercía su dominio. Pero la Ley no era más que un conocimiento elemental. Para describir esto Pablo usa la palabra *stojjeía*. Un *stojjeion* (singular) era originalmente una línea de cosas; por ejemplo: se podía referir a una fila de soldados. Pero llegó a significar el abecedario, y por tanto cualquier conocimiento elemental.

Tiene otro significado que algunos sostienen que es el de aquí: los elementos de los que está formado el universo, y especialmente los cuerpos celestes. El mundo antiguo estaba asediado por la fe en la astrología. Si una persona nacía bajo una cierta estrella, su destino -eso creían- estaba decidido. Todo el mundo vivía bajo la tiranía de las estrellas y anhelaba liberarse. Algunos investigadores creen que Pablo está diciendo que hubo un tiempo en que los gálatas habían vivido bajo la tiranía de esa fe en la inevitable influencia de las estrellas. Pero todo el mensaje parece más bien sugerir que el sentido en él de *stojjeía* es el de *conocimiento rudimentario*.

Pablo dice que cuando los gálatas -e igualmente toda la humanidad- no eran más que niños, estaban bajo la tiranía de la Ley; entonces, cuando todo estuvo dispuesto, Cristo vino a liberar a la humanidad de esa tiranía. Así es que ahora las personas ya no son esclavas de la Ley; han llegado a ser hijos e hijas, y han llegado a poseer su herencia. La niñez que correspondía a la Ley había de pasar; la libertad de la humanidad ha llegado.

La prueba de que somos hijos se manifiesta en el clamor instintivo del corazón. El ser humano clama en su más profunda necesidad a Dios: < ¡Padre! » Pablo usa dos palabras:

« ¡Abba! ¡Padre!» *Abba* es la palabra aramea para *padre*; o, más exactamente, *papá*. Debe de haber estado a menudo en labios de Jesús, y su sonido era tan sagrado para los que se lo oyeron pronunciar que lo transcribieron en Su lengua original. Este clamor instintivo del corazón humano, Pablo cree que es la expresión de la obra del Espíritu Santo. Si nuestros corazones claman así, sabemos que somos hijos, y que toda la herencia de la Gracia es nuestra.

Para Pablo, el que gobernara su vida por la esclavitud a la Ley era todavía un niño; el que había aprendido el camino de la Gracia había llegado a ser una persona madura en la fe cristiana.

PROGRESO AL REVÉS

Gálatas 4:8-11

Hubo un tiempo cuando no conocíais a Dios, y erais esclavos de dioses que no son dioses ni son nada; pero ahora que conocéis a Dios -o, más bien, ahora que Dios os conoce-, ¿cómo podéis volveros otra vez a las cosas elementales, débiles e inútiles? Porque parece ser que queréis esclavizaros a ellas otra vez. Observáis meticulosamente los días y los meses y las estaciones y los años. Mucho me temo que todo el trabajo que me he tomado con vosotros no haya servido para nada.

Pablo sigue basando su argumento en la convicción de que la Ley es una etapa elemental de la religión, y que una persona madura se apoya sobre la Gracia. La Ley no estaba mal en los tiempos antiguos, cuando no se conocía nada mejor. Pero ahora hemos llegado a conocer a Dios y Su Gracia. Inmediatamente, Pablo se corrige a sí mismo: no hay nadie que pueda conocer a Dios por medios e iniciativa propios; Dios Se revela a la criatura humana en Su Gracia. Nunca podríamos buscar a Dios

si no fuera porque Él ya nos ha encontrado. Así es que Pablo pregunta: « ¿Es que vais a volver atrás a una etapa que vosotros debierais haber superado hace mucho?>

Pablo llama a las cosas elementales, la religión basada en la Ley, *débil e inútil*.

(i) Es *débil* porque no es eficaz. Puede definir el pecado; puede convencer a una persona de que es pecadora; pero no puede ni encontrar para ella el perdón de sus pecados pasados ni la fuerza para conquistar las tentaciones en el futuro.

(ii) Es *ineficaz* en comparación con el esplendor de la Gracia. Por su propia naturaleza, la Ley no puede referirse nada más que a una situación. Para cada nueva situación se necesita una nueva ley. Pero la maravilla de la Gracia es que es poikilos, que quiere decir *de muchos colores, para toda la gama de las situaciones humanas*. Es decir: no hay ninguna situación posible de la vida que la Gracia no pueda resolver; es suficiente para todas las necesidades.

Una de las características de la ley judía era la observancia de tiempos especiales. En este pasaje, *los días* son los sábados de cada semana; *los meses* son las nuevas lunas; *las estaciones* son las grandes fiestas anuales, como la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos; *los años* son los años sabáticos, es decir, cada séptimo año. El fracaso de una religión que depende de ocasiones especiales es que casi inevitablemente divide los días en sagrados y seculares; y la consecuencia casi inevitable es que cuando una persona ha cumplido meticulosamente los días sagrados, es propensa a pensar que ha cumplido sus deberes para con Dios.

Aunque eso era la religión del legalismo, estaba muy lejos de ser la religión profética. Se ha dicho que el antiguo pueblo hebreo no tenía una palabra en su lengua que correspondiera a la palabra *religión* como la usamos corrientemente ahora. La totalidad de la vida tal como ellos la veían venía de Dios, y estaba sujeta a Su Ley y gobierno. No podía haber ninguna parte separada de ella en su pensamiento que se denominara «religión.»

Jesucristo no dijo: «Yo he venido para que tengan religión,» sino: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.» Si hacemos de la religión algo que consiste en la observancia de momentos especiales, la hemos convertido en algo externo. Para el que es cristiano de veras, todos los días son el día del Señor.

Pablo tenía el temor de que las personas que habían llegado a conocer el esplendor de la Gracia se volvieran otra vez al legalismo, y que los que habían vivido una vez en la presencia del Señor limitaran Su soberanía a unos días especiales.

LA LLAMADA DEL AMOR

Gálatas 4:12-20

Hermanos, os lo suplico: Hacedos como yo, porque yo me hice como vosotros. No tengo queja de la manera como me tratasteis una vez. Vosotros sabéis que fue porque estaba enfermo por lo que os prediqué el Evangelio al principio. Tendríais la tentación de mirarme con desprecio y volverme la espalda con asco; pero no lo hicisteis, sino que me recibisteis como si fuera un ángel de Dios, como habríais recibido al mismo Jesucristo. Yo tuve una vez motivos para felicitaros. ¿Qué ha sido de esos motivos? Estoy dispuesto a dar testimonio en vuestro favor de que os habríais sacado vuestros propios ojos. para dármelos. Y, entonces, ¿qué? ¿Es que me he convertido en vuestro enemigo por deciros la verdad? No es por ninguna razón respetable por lo que esas otras personas os hacen la rosca, sino porque quieren levantar barreras para que vosotros seáis los que les hagáis el juego a ellos. Siempre está bien el ser celosos en un asunto noble, y eso no solo cuando estoy físicamente presente con vosotros. ¡Hijitos míos, por los que sigo pasando dolores de parto hasta que asumáis la forma

de cristo! ¡Cuánto me gustaría estar con vosotros ahora! Me encantaría no tener que hablaros así; pero es que me tenéis de lo más preocupado.

Pablo no les dirige una demostración teológica, sino una llamada personal. Les recuerda que por amor a ellos se había hecho como un gentil; había cortado las amarras de las tradiciones en las que se había criado, para hacerse como ellos; y su llamada es que no deben tratar de hacerse judíos, sino que hagan como él.

Aquí tenemos una referencia al «aguijón en la carne» de Pablo. Fue a causa de una enfermedad por lo que llegó a ellos por primera vez. Tratamos este asunto más extensamente en el comentario de 2 Corintios 12:7. Se ha sugerido que se trataba de la persecución de que era objeto; o de las tentaciones de la carne, que nunca dominó del todo; o de su aspecto físico, que los corintios consideraban despreciable (2 Corintios 10:10). La tradición más antigua es que Pablo sufría de horribles dolores de cabeza que le dejaban postrado. De este mismo pasaje surgen dos indicaciones.

(i) Los gálatas le habrían dado sus propios ojos si hubieran podido. Se ha sugerido que Pablo había tenido siempre problemas en la vista, porque le había deslumbrado tanto la visión del camino de Damasco que desde entonces no podía ver sino confusa y dolorosamente.

La palabra que traducimos por *no me volvisteis la espalda con asco* quiere decir literalmente *no me escupisteis*. En el mundo antiguo era costumbre escupirle a un epiléptico para evitar la influencia del mal espíritu que se suponía que poseía al enfermo. Así es que se ha sugerido que Pablo sufría epilepsia.

Si podemos descubrir simplemente cuándo vino Pablo a Galacia, puede que nos ayudara a deducir por qué vino. Es posible que *Hechos 13: 13s* describa esa llegada. Ese pasaje presenta un problema. Pablo, Bernabé y Marcos habían venido desde Chipre a la tierra firme. Llegaron a Perge de Panfilia,

donde Marcos abandonó el grupo; y entonces se dirigieron a Antioquía de Pisidia, que estaba en la provincia de Galacia. ¿Por qué no predicaron en Panfilia? Era un distrito populoso. ¿Por qué escogieron dirigirse a Antioquía de Pisidia? La carretera que conducía allá, a lo alto de la meseta central, era una de las más dificultosas y peligrosas del mundo. Tal vez fue por eso por lo que Marcos se volvió a su casa. ¿Por qué, entonces, esta huida repentina de Panfilia? La razón puede muy bien que fuera que, puesto que Panfilia y la llanura costera eran distritos en los que la malaria hacía estragos, Pablo contrajo esta enfermedad, y su único remedio sería buscar las tierras más altas de Galacia, lo que le hizo llegar a Galacia enfermo. Ahora bien, la malaria se reproduce y va acompañada de unos dolores de cabeza que inutilizan a la persona, y que se han comparado con los que produciría un hierro candente que le metieran a uno por las sienes. Puede que fuera ese dolor inaguantable el agujijón en la carne de Pablo que le torturaba cuando llegó por primera vez a Galacia.

Pablo habla de los que estaban cortejando a los gálatas para seducirlos; se refiere a los que estaban tratando de persuadirlos a que adoptaran la religión judía. Si hubieran conseguido su propósito, los gálatas habría tenido que rendirles pleitesía para que les permitieran circuncidarse e ingresar en la nación judía. Parecían muy complacientes, pero lo único que querían era ejercer control sobre los gálatas para reducirlos a una condición de esclavitud y dependencia de ellos y de la Ley.

Pablo acaba usando una metáfora gráfica. El llevar a los gálatas a Cristo le había costado verdaderos dolores de parto a él, y tenía que seguirlos pasando. Cristo estaba en ellos, pero en embrión; todavía tenía que darlos a luz de nuevo.

No se puede por menos de percibir el profundo afecto que encierran estas últimas palabras. *Hijitos míos* -los diminutivos expresan siempre ternura en griego y en latín, como en español. Juan usa a menudo esta expresión; pero Pablo, solo aquí; se le salía el corazón del pecho. Haremos bien en notar que Pablo no les echa la bronca con palabras duras; anhelaba

a sus hijillos descarriados. Se decía de la famosa misionera y máestra Florence Allshom que, cuando tenía que regañar a algunos de sus estudiantes, lo hacía rodeándolos con sus brazos. El acento del amor penetrará hasta donde los tonos de la ira no se pueden introducir.

UNA HISTORIA ANTIGUA CON UN NUEVO SIGNIFICADO

Gálatas 4:21-5:1

Decidme, los que queréis someteros a la Ley: Vosotros prestáis atención cuando se os lee, ¿no es eso? Pues bien, en ella está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno fue el hijo de la chica esclava, y el otro, de la mujer libre. El hijo de la chica esclava nació como nacen normalmente todos los niños, mientras que el hijo de la mujer libre nació en relación con una promesa. Ahora bien, en estas cosas hay una alegoría. Porque estas dos mujeres representan los dos pactos. Uno de estos pactos -el que se originó en el Monte Sinaí- engendra hijos en una condición de esclavitud y ese es el que está representado por Agar. Ahora bien: Agar representa al Monte Sinaí, que está en Arabia, y que corresponde a la Jerusalén actual; porque esta es esclava, así como sus hijos. Pero la Jerusalén de Arriba es libre, y es nuestra madre. Porque escrito está: «¡Regocíjate, oh estéril, que nunca tuviste hijos! ¡Prorrumpe en gritos de júbilo, oh tú, que no sabías lo que eran los dolores del parto de un niño! Porque los hijos de la que fue abandonada son más que los de la que tuvo marido.» Pero nosotros, hermanos, estamos en la misma posición que Isaac: somos hijos de la promesa. Pero en el tiempo de la antigüedad, el niño que había nacido conforme a la naturaleza humana persiguió al hijo que nació por una

razón espiritual; y exactamente la misma cosa sucede ahora. Pero, ¿qué dice la Escritura? «Despide a la mujer esclava y a su hijo, porque el hijo de la esclava no debe heredar con el hijo de la mujer libre. » Así que nosotros, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Es para que tengamos esta libertad para lo que Cristo nos ha libertado. Por tanto, manteneos en ella, y no os dejéis uncir otra vez al yugo de la esclavitud.

Cuando tratamos de interpretar un pasaje como este, debemos recordar que para los judíos devotos y estudiosos, y especialmente para los rabinos, la Escritura tenía más de un sentido; y que el sentido literal se consideraba a menudo el menos importante. Para los rabinos judíos, un pasaje de la Escritura tenía cuatro significados. (i) *Peshat*, su sentido sencillo y literal. (ii) *Remaz*, el sentido que sugería. (iii) *Derush*, el sentido que se deduce mediante la investigación. (iv) *Sód*, el sentido alegórico. Las letras iniciales de estas cuatro palabras -P R D S- eran las consonantes de la palabra *pardés, paraíso*; y cuando una persona conseguía penetrar en estos cuatro sentidos diferentes, ¡alcanzaba el gozo del paraíso!

Es de notar que la cima de todos los significados era el sentido *alegórico*. Por tanto, sucedía a menudo que los rabinos tomaban una porción sencilla de una narración histórica del Antiguo Testamento, y le extraían sentidos ocultos que muchas veces nos parecen fantásticos, pero que eran de lo más convincentes para las personas de su tiempo. Pablo era un rabino instruido; y eso es lo que está haciendo aquí. Toma la historia de Abraham, Sara, Agar, Ismael e Isaac (*Génesis*, capítulos 16, 17, 21), que es una narración seguida en el Antiguo Testamento, y la alegoriza para ilustrar su punto de vista.

El hilo de la historia es el siguiente: Abraham y Sara eran avanzados en años, y Sara no tenía hijos. Ella hizo lo que cualquier esposa habría hecho en aquellos tiempos patriarcales, y le dio a Abraham a su esclava Agar para que ella le diera un hijo en su representación. Agar tuvo un hijo varón, que se

llamó Ismael. Mientras tanto, Dios se había revelado a Sara, y le había prometido que tendría un hijo, lo cual era tan difícil de creer que les pareció imposible a Abraham y a Sara; pero a su debido tiempo nació Isaac. Es decir: Ismael nació como resultado de la unión carnal entre un hombre y una mujer, mientras que Isaac nació porque Dios lo prometió. Y Sara era una mujer libre, mientras que Agar era una esclava. Desde el principio, Agar se mostró inclinada a tenerse por superiora de Sara, porque la esterilidad era una lacra vergonzosa para una mujer; había un ambiente cargado de problemas en la familia. Más tarde, Sara encontró a Ismael < burlándose > (R-V) de Isaac -esto lo relaciona Pablo con la persecución de los cristianos por los judíos- e insistió en que se echara de la casa a Agar para que el hijo de la esclava no tuviera parte en la herencia con su hijo libre. Además, Arabia se consideraba una tierra de esclavos donde vivían los descendientes de Agar.

Pablo toma esa antigua historia, y la alegoriza. Agar representa el antiguo pacto de la Ley, hecho en el Monte Sinaí, que está de hecho en Arabia, la tierra de los descendientes de Agar. Agar misma era una esclava, y todos sus hijos nacían en la condición de la esclavitud; y ese pacto cuya base es la Ley hace a las personas esclavas de la Ley. El hijo de Agar nació a consecuencia de impulsos meramente humanos; el legalismo es lo mejor que un ser humano puede hacer. Por otra parte, Sara representa el nuevo pacto en Jesucristo, una nueva manera en que Dios se relaciona con las personas, no por la Ley, sino por la Gracia. Su hijo nació libre, y, como resultado de la promesa de Dios -y todos sus descendientes deben de ser libres. Como el hijo de la joven esclava persiguió al hijo de la mujer libre, los hijos de la Ley ahora persiguen a los hijos de la Gracia y de la promesa. Pero, como al final se echó de casa al hijo de la esclava para que no tuviera parte en la herencia, así al final los que son legalistas serán excluidos por Dios, y no tendrán parte en la herencia de la Gracia.

Aunque todo esto nos parezca muy extraño, encierra una gran verdad. La persona que hace de la Ley el principio de su

vida se encuentra en la posición de un esclavo; mientras que la persona que hace de la Gracia el principio de su vida es libre porque, como lo expresó un gran santo, la máxima cristiana es: < Ama a Dios, y haz lo que quieras. » Es el poder de ese amor, y no la obligatoriedad de la Ley, lo que nos mantiene en relación con Dios; porque el amor es más poderoso que la Ley.

LA RELACIÓN PERSONAL

Gálatas 5:2-12

Fijaos bien en que soy yo, Pablo, el que os estoy hablando; y os digo que, si os circuncidáis, Cristo no os sirve para nada. De nuevo, doy mi palabra a todo el que se circuncide, que está obligado a cumplir toda la Ley. Vosotros, los que tratáis de poner os en relación con Dios mediante el legalismo, os habéis colocado en una posición en la que habéis hecho que sea totalmente ineficaz todo lo que Cristo hizo por vosotros. Habéis caído de la Gracia. Porque es por el Espíritu y por la fe por lo que nosotros aguardamos anhelantes la esperanza de estar en la debida relación con Dios. Porque en Jesucristo, no tiene la menor importancia el que uno esté circuncidado o no. Lo que realmente importa es la fe que actúa por medio del amor. Vosotros corríais bien. ¿Quién os ha comido el coco para que dejéis de obedecer a la verdad? Esa persuasión a la que se os está sometiendo ahora mismo no procede del Que os llama. Un poco de levadura leuda toda la masa. Tengo confianza en vosotros y en el Señor, y estoy seguro de que no vais a seguir otro sistema. El que os está inquietando -quienquiera que se atreva a asumir su responsabilidad en el juicio. Y, por lo que a mí respecta, hermanos, si yo sigo predicando que la circuncisión es necesaria, ¿por qué me siguen persiguiendo? Así se habría eliminado el escándalo de

la Cruz, ¿no es eso? ¡Ojalá que los que os están inquietando llegaran, no solo a circuncidarse, sino a castrarse!

La postura de Pablo era que el camino de la Gracia y el de la Ley se excluían mutuamente. El camino de la Ley hace que la salvación dependa exclusivamente del esfuerzo humano; el que toma el camino de la Gracia simplemente se abandona incondicionalmente a la misericordia de Dios. Pablo pasa a exponer que si uno acepta la circuncisión, que es una parte de la Ley, lógicamente tiene que aceptar toda la Ley.

Supongamos que una persona desea llegar a ser ciudadana naturalizada de un país, y cumple rigurosamente todas las reglas y normas de ese país que se refieren a la adquisición de la nacionalidad. No puede pararse ahí, sino que está obligada a aceptar *todas* las otras leyes y disposiciones también. Así demostraba Pablo que, si un hombre se circuncidaba, adquiría el compromiso de cumplir toda la Ley a la que la circuncisión era la entrada; y, si aceptaba ese camino, le había vuelto la espalda automáticamente al camino de la Gracia y, por lo que a él le concernía, Cristo podría no haber muerto nunca por él.

Para Pablo, lo único que importaba era la fe que actúa por medio del amor. Esa es sencillamente otra manera de decir que la esencia del Cristianismo no es la Ley, sino una relación personal con Jesucristo. La fe cristiana no se basa en un libro, sino en una Persona; su dinámica no es la obediencia a ninguna ley, sino el amor a Jesucristo.

Antes, los gálatas habían sabido eso; pero ahora estaban volviendo a la Ley. «Un poco de levadura -decía Pablo leuda toda la masa.» Para los judíos, la levadura representaba casi siempre una mala influencia. Lo que Pablo quiere decir es: «Este movimiento legalista puede que no haya llegado todavía demasiado lejos, pero tenéis que desarraigarlo antes de que destruya toda vuestra vida espiritual.»

Pablo acaba con un dicho muy atrevido. Galacia estaba cerca de Frigia, y el gran culto de esa parte del mundo era el de la diosa Cibele. Los sacerdotes y los adoradores realmente

devotos de Cibeles tenían la costumbre de mutilarse mediante la castración. Pablo dice: < Si seguís por el camino que empieza en la circuncisión, bien podéis acabar castrándoos como esos sacerdotes paganos. » Es una ilustración hosca que hace que una sociedad cortés frunza las cejas; pero todo sería inmensamente real para los gálatas, que sabían todo eso acerca de los sacerdotes de Cibeles.

LA LIBERTAD CRISTIANA

Gálatas 5:13-15

Por lo que respecta a vosotros, hermanos, fue a la libertad a lo que fuisteis llamados; solamente que no debéis usar esta libertad como una cabeza de puente por la que os pueda invadir el peor lado de la naturaleza humana, sino que debéis servirlos por amor los unos a los otros; porque la totalidad de la Ley se compendia en una palabra y en una frase: «Tienes que amar a tu prójimo como te amas a ti mismo.» Pero si os arañáis y os devoráis unos a otros, cuidaos de no acabar por aniquilaros los unos a los otros.

En este párrafo, la carta de Pablo cambia de énfasis. Hasta este punto, ha sido teológica; ahora pasa a ser intensamente ética. Pablo tenía una mentalidad característicamente práctica. Hasta cuando ha estado escalando las cimas más elevadas del pensamiento, siempre termina sus cartas con una nota práctica. Para él, la teología no servía para nada a menos que pudiera vivirse. En *Romanos* escribió uno de los más grandes tratados teológicos del mundo; pero al llegar al capítulo 12, casi de repente, la teología aterriza y se proyecta hacia cuestiones prácticas. Vincent Taylor dijo una vez: < La prueba de un gran teólogo es si puede escribir un tratadito. » Es decir: Después de sus vuelos de pensamiento, ¿es capaz de reducirlo todo a

algo que la gente normal y corriente pueda entender y poner en práctica? Pablo siempre saca la nota máxima en ese examen, como vemos aquí, donde todo el asunto se reduce a la piedra de toque del vivir cotidiano.

Su teología siempre corría un peligro. Cuando proclamaba que el reinado de la Ley había llegado a su fin y que el de la Gracia había comenzado, siempre era posible que alguien le dijera: < Entonces eso quiere decir que yo puedo hacer lo que me dé la gana; todas las restricciones se han anulado, y puedo seguir mis inclinaciones hasta donde me lleven. La Ley ha dejado de existir, y la Gracia me asegura el perdón de todas maneras. » Pero para Pablo quedaban dos obligaciones que eran inamovibles. (i) Una no la menciona aquí, pero está implícita en todo su pensamiento. Es *la obligación para con Dios*. Si Dios nos amó hasta tal punto, entonces el amor de Cristo nos constriñe. Yo no puedo ensuciar ni malgastar una vida por la que Dios pagó con su propia vida. (ii) Está *la obligación para con nuestros semejantes*. Somos libres, pero nuestra libertad ama a su prójimo como a sí misma.

Los nombres de las distintas formas de gobierno son sugestivos. *Monarquía* es el gobierno a cargo de uno solo, y se origina en el interés por la eficacia, porque el gobierno a cargo de comités y juntas siempre ha tenido sus pegos. *Oligarquía* quiere decir el gobierno a cargo de los pocos, y se puede justificar diciendo que siempre son pocos los que son idóneos para gobernar. *Aristocracia* quiere decir el gobierno a cargo de los mejores, pero hay que definir quiénes son *los mejores*. *Plutocracia* quiere decir el gobierno a cargo de los ricos, y se justifica por la pretensión de que los que tienen la mayor participación en las riquezas del país es lógico que tengan derecho a gobernarlo. *Democracia* quiere decir el gobierno a cargo del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. El Cristianismo es la única democracia verdadera, porque en un estado cristiano cada uno debe pensar tanto en su prójimo como en sí mismo. La libertad cristiana no es el desmadre, por la sencilla pero tremenda razón de que el cristiano no es una persona que ha

llegado a ser libre para pecar; sino que, por la gracia de Dios, es libre *para no pecar*.

Pablo añade un consejo sombrío: «A menos que resolváis el problema de vivir juntos, os haréis la vida imposible recíprocamente.» A fin de cuentas, el egoísmo no exalta a la persona humana, sino que la rebaja, y destruye.

LAS COSAS MALAS

Gálatas 5:16-21

Tened presente lo que os digo: Que vuestra conducta y conversación estén bajo el control del Espíritu, y no dejéis que los deseos de la parte inferior de vuestra naturaleza se salgan con la suya. Porque los deseos de vuestra naturaleza inferior son todo lo contrario de los deseos del Espíritu, y los deseos del Espíritu son todo lo contrario de los de vuestra naturaleza inferior, y ambos se oponen radicalmente entre sí para que no podáis hacer lo que queráis. Las obras de la naturaleza humana inferior son bien conocidas: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, brujería, enemistad, rivalidad, celos, furia iricontrada, interés propio, disensión, divisiones heréticas, envidia, borracheras, juergas y cosas por el estilo. Os advierto, otra vez, que los que hacen cosas así no heredarán el Reino de Dios.

No hay nadie que haya sido más consciente que Pablo de la tensión que hay en la naturaleza humana. Como decía el soldado del poema de Studdert Kennedy:

Yo soy hombre, y un hombre es una mezcla desde el instante de su nacimiento: una parte procede de la tierra, y otra parte, del cielo.

Para Pablo era esencial el que la libertad cristiana no se tomara como libertad para complacer a la parte inferior de la naturaleza humana, sino para conducirse en la vida del Espíritu. Nos da todo un catálogo de cosas malas. Cada una de las palabras que usa nos presenta todo un cuadro.

Fornicación: Se ha dicho, y es verdad, que la única virtud totalmente nueva que aportó el Cristianismo al mundo fue la castidad. El Cristianismo llegó a un mundo en el que la inmoralidad sexual no solo se permitía, sino se consideraba como algo esencial a la vida normal.

Impureza: La palabra que usa Pablo (*akatharsía*) es interesante. Puede querer decir el pus de una herida infectada, o un árbol que no se ha podado nunca, o un material que no se ha colado debidamente. En su forma positiva (*katharós*, adjetivo que quiere decir *puro*) se usa corrientemente en los contratos de casa para describir una casa que se deja limpia y en buenas condiciones. Pero el uso más sugestivo de *katharós* es con referencia a la pureza ceremonial que le permite a una persona participar en los cultos a Dios. La impureza, pues, es lo que hace que una persona no esté en condiciones de acercarse a Dios, la contaminación de la vida con cosas que nos separan de Dios.

Desenfreno: Esta palabra (*asélgueia*) se traduce corrientemente por *lujuria* en la versión Reina-Valera (*Marcos 7:22; 2 Corintios 12:21; Gálatas 5:19; Efesios 4:19, libertinaje; 1 Pedro 4:3, lascivias; Judas 4, libertinaje; Romanos 13:13, y 2 Pedro 2:18, vicios*). Se ha definido como «disposición para cualquier placer.» La persona que lo practica, se dice que no tiene freno, que está desenfrenada, que hace todo lo que el capricho y la insolencia puedan sugerirle. Josefo le aplicaba esta cualidad a Jezabel cuando construyó un templo dedicado a Baal en Jerusalén. La idea que encierra es la de una persona que está tan avanzada en el deseo que ha dejado de importarle lo que los demás puedan decir o pensar.

Idolatría: Esto quiere decir el culto de dioses que han hecho las manos humanas. Es el pecado en el que las cosas materiales han desplazado a Dios y tomado Su lugar.

Brujería: Esta palabra quiere decir literalmente *el uso de drogas*. Puede querer decir el uso conveniente de drogas que hace un médico; pero también puede querer decir *envenenar*, y llegó a relacionarse muy especialmente con la utilización de las pócimas en la magia, que era muy corriente en el mundo antiguo.

Enemistad: La idea es la de una persona que es permanentemente, característicamente hostil a sus semejantes; es precisamente lo contrario de la virtud cristiana del amor a los hermanos y a todos los seres humanos.

Rivalidad: En un principio esta palabra tenía que ver principalmente con *la rivalidad para obtener premios*. Hasta se podía usar en un buen sentido en relación con las competiciones deportivas; pero mucho más corrientemente se refería a la rivalidad que se manifiesta en peleas y riñas.

Celos: Esta palabra (zélus, de la que deriva la palabra española) tenía en un principio un sentido positivo. Quería decir *emulación*, el deseo de alcanzar la nobleza que se admira. Pero se fue degenerando; llegó a querer decir el deseo de tener lo que otro tiene, un deseo malo de lo que no nos corresponde.

Furia incontrolada: La palabra que usa Pablo quiere decir explosiones de rabia. Describe, no una ira a largo plazo, sino una rabieta que se inflama y se consume pronto.

Interés propio: Esta palabra tiene una historia muy, iluminadora. Es *eritheia*, y quería decir en su origen *el trabajo de un obrero contratado (erithós)*. De ahí pasó a significar el trabajo que se hace *por una paga*. Pasó a significar *hacer campaña para obtener puestos políticos*, y describe a la persona que quiere figurar, no para prestar un servicio, sino para obtener el máximo provecho personal.

Disensión: Literalmente la palabra quiere decir *mantenerse aparte*. Después de una de sus grandes victorias, Nelson la atribuyó al hecho de que había tenido la felicidad de tener a sus órdenes a un grupo de hermanos. *Disensión* describe una sociedad en la que se produce la situación contraria, en la que los miembros se separan en lugar de acercarse cada vez más.

Divisiones heréticas: Esto se podría describir como una disensión que cristaliza. La palabra es *hairesis*, de la que se deriva la palabra española *herejía*. *Hairesis* no era en un principio una palabra negativa. Viene de una raíz que quiere decir *escoger*, y se usaba para describir a una escuela de seguidores de un filósofo, o un grupo de personas que compartían unas creencias comunes. La tragedia de la vida es que las personas que tienen puntos de vista diferentes acaban frecuentemente por no entenderse ni gustarse, no entender ni encontrar agradables, no los puntos de vista del otro, sino al otro mismo. Debería ser posible no compartir las ideas de otro y seguir siendo amigos.

Envidia: Esta palabra (*phthonos*) es una palabra rastrera. Eurípides la llamaba < la peor de todas las enfermedades humanas. » Su esencia es que no describe el espíritu que desea, noble o innoblemente, tener lo que otra persona posee, sino el espíritu que resiente el hecho de que el otro tenga esas cosas o cualidades. No es que quiera tenerlas él para -sí; simplemente quiere quitárselas al otro. Los estoicos lo definían como < el disgusto que produce el bien ajeno. » Basilio lo llamaba < disgusto ante la buena suerte del prójimo. » Es la cualidad, no tanto del celoso, sino más bien del amargado.

Borrachera: En el mundo antiguo, este no era un vicio muy corriente. Los griegos bebían más vino que leche; hasta los niños bebían vino; pero lo bebían mezclado con agua: dos partes de vino y tres de agua. Los griegos condenarían la ebriedad lo mismo que los cristianos como algo que convertía a una persona en una bestia.

Juegas: Esta palabra (*komos*) tiene una historia interesante. Un *komos* era un grupo de amigos que acompañaban al vencedor en los juegos después de la victoria. Danzaban y reían y cantaban sus alabanzas. También describía los grupos de devotos de Baco, el dios del vino. Describe lo que llamaríamos una juerga o una jarana. Quiere decir un desmadre incontrolado, un regocijo que se ha convertido en la peor disolución.

Cuando llegamos a la raíz del sentido de estas palabras vemos que la vida no ha cambiado tanto después de todo, aunque ha pasado bastante tiempo.

LAS COSAS HERMOSAS

Gálatas 5:22-26

Pero el fruto del Espíritu es el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fidelidad, la consideración y la disciplina. No hay ley que condene cualidades semejantes. Los que pertenecen a Jesucristo han crucificado sus personalidades no regeneradas con todas sus pasiones y deseos.

Si estamos viviendo en el Espíritu, guardemos el paso con el Espíritu. No os volváis buscadores de una reputación vacía, ni os provoquéis los unos a los otros, ni tampoco os envidiéis.

Como en los versículos anteriores Pablo había trazado la lista de las malas cualidades que caracterizan a la naturaleza humana sin Cristo, ahora traza la de las cualidades positivas, que son el fruto del Espíritu. De nuevo, vale la pena considerar cada palabra por separado.

Amor: La palabra que se usa en el Nuevo Testamento para *amor* es *agapé*. No es una palabra corriente en griego clásico. En griego hay cuatro palabras para *amor*. (a) *Erós* quiere decir el amor que siente un joven por una joven; es un amor que incluye la pasión. No aparece nunca en el Nuevo Testamento. (b) *Filía* es el amor cálido que sentimos hacia nuestros seres queridos; es algo del corazón. (c) *Storgué* quiere decir más bien afecto, y se usa del amor entre padres e hijos. (d) *Agapé*, la palabra cristiana quiere decir una benevolencia sin límites. Quiere decir que no importa lo que una persona nos pueda hacer por medio de insultos, ofensas o humillaciones, nosotros

nunca procuraremos sino lo mejor para ella. Por tanto es un sentimiento de la mente tanto como del corazón. Implica la voluntad tanto como las emociones. Describe el esfuerzo deliberado -que solamente podemos hacer con la ayuda de Dios- de no buscar nada más que lo mejor hasta para los que procuran hacernos todo el daño que pueden.

Gozo: La palabra griega es *jara*, y lo característico de esta palabra es que muy corrientemente describe el gozo que procede de una experiencia espiritual (cp. *Salmo 30:11; Romanos 14:17, 15:13; Filipenses 1:4, 25*). No es la alegría que nos producen las cosas materiales, menos aún el triunfar sobre otros en una competición. Es el gozo cuyo fundamento está en Dios.

Paz: En el griego coloquial contemporáneo esta palabra (*eiréné*) tenía dos usos interesantes. Se usaba de la serenidad que disfruta un país bajo el gobierno justo y benéfico de un buen emperador; y también del buen orden de un pueblo o aldea. Las aldeas tenían un funcionario que se llamaba el superintendente de la paz de la aldea, el que mantenía la paz en ella. En el Nuevo Testamento la palabra griega *eiréné* corresponde a la palabra hebrea *shalóm* en el Antiguo Testamento, que quiere decir, no solamente ausencia de problemas y de guerra, sino todo lo que contribuye al mayor bienestar humano. Aquí quiere decir la tranquilidad de corazón que se deriva de la fe en que todo está en las manos de Dios. Es interesante advertir que *Jara* y *Eiréné* se empezaron a usar pronto como nombres propios en la Iglesia original.

Paciencia, makrothymía es una gran palabra. El autor de *1 Macabeos* dice que fue por su *makrothymía* por lo que los romanos llegaron a ser los amos del mundo, por lo que quiere decir la tenacidad de los romanos, que nunca hacían la paz con los enemigos, ni siquiera después de vencerlos, una especie de paciencia victoriosa (8:4). En sentido general esta palabra no se usa en relación con la paciencia que hay que tener con las cosas o con los acontecimientos, sino con las personas. Crisóstomo decía que es la gracia de la persona que, pudiendo

vengarse, no se vengaba, sino que era lenta para la ira. Lo que más esclarece el sentido de esta palabra es que es la que se usa corrientemente en el Nuevo Testamento acerca de la actitud de Dios para con los humanos (*Romanos 2:4; 9:22; 1 Timoteo 1:16; 1 Pedro 3:20*). Si Dios hubiera sido una persona humana, ya hace mucho que habría borrado el mundo; pero Él tiene esa paciencia que soporta todas nuestras maldades y no nos deja por imposibles. En nuestras relaciones con nuestros semejantes debemos reproducir esa actitud amable, doliente, perdonadora y paciente de Dios para con nosotros.

La amabilidad y la bondad están íntimamente relacionadas. A la amabilidad corresponde la palabra original *jréstótés*. También se traduce corrientemente por *bondad* (*Romanos 3:12; 11:22; Efesios 2:7; Colosenses 3:12; Tito 3:4*). Alguna versión la traduce en *2 Corintios 6: 6* por *dulzura*. Plutarco dice que tiene una amplitud mayor que la justicia. El vino añejo se llama *jréstós*. El yugo de Cristo se nos dice que es *jréstós* (*Mateo 11:30*), que no hace daño. Encierra la idea de una bondad que es amable. La palabra que usa Pablo para *bondad* (*agathosyné*) es típica de la Biblia, y no ocurre en el griego secular (*Romanos 15:14; Efesios 5: 9; 2 Tesalonicenses 1:11*). Es la palabra más amplia, para bondad; se define como < la virtud totalmente equipada.> ¿En qué se diferencian? *Agathosyné* puede, y debe, reprender y disciplinar; *jréstótés* no hace más que ayudar. El gran lexicógrafo del Nuevo Testamento Trench dice que Jesús dio muestras de *agathosyné* cuando limpió el templo y echó a los que lo habían convertido en un bazar; pero de *jréstótés* en Su actitud para con la mujer pecadora. Los cristianos necesitamos esa bondad que es al mismo tiempo amable y fuerte.

Fidelidad. Esta palabra (*pistis*) es corriente en el griego secular con el sentido de *ser digno de confianza*. Es la característica de la persona que es de fiar.

Consideración, praytés, es la palabra más difícil de traducir. En el Nuevo Testamento tiene tres sentidos diferentes. (a) Quiere decir *sumiso a la voluntad de Dios* (*Mateo 5:5*;

11:29; 21:5). (b) Quiere decir *dócil*, es decir, que acepta la enseñanza y la disciplina (*Santiago 1:21*). (c) El sentido más corriente es el de *considerado* (*1 Corintios 4:21; 2 Corintios 10:1; Efesios 4:2*). Aristóteles definía *praytés* como el término medio entre la excesiva ira y la carencia de ira; es decir, la cualidad de la persona que se indigna cuando debe indignarse, y nunca cuando no debe. Lo que arroja más luz sobre el significado de esta palabra es que el adjetivo *prays* se usa en relación con un animal domesticado y que obedece y es fácil de dominar para su amo; así es que esta palabra refleja el dominio propio que solo Cristo puede dar.

Disciplina. La palabra original es *enkráteia*, que Platón usaba para *autocontrol*. Es el espíritu que ha dominado sus deseos y la búsqueda del placer. Se usa de la disciplina del atleta (*1 Corintios 9:25*) y del dominio del sexo que caracteriza al cristiano (*1 Corintios 7:9*). En griego secular se usa de la virtud de un emperador que nunca deja que sus intereses privados ejerzan influencia en el gobierno de su pueblo. Es la virtud de la persona que la hace tan dueña de sí que la capacita para servir a los demás.

La experiencia y la convicción de Pablo eran que el cristiano moría con Cristo y resucitaba con Cristo a una vida nueva y limpia en la que las cosas malas del viejo hombre habían desaparecido, y las preciosas cualidades del Espíritu habían empezado a desarrollarse.

SOBRELLEVANDO LAS CARGAS

Gálatas 6:1-5

Hermanos, si se sorprende a alguna persona en algún desliz moral, vosotros, los que os mantenéis bajo el control del Espíritu, debéis corregirla con espíritu de amabilidad; y, al hacerlo, tened presente que podíais haber sido vosotros mismos los que hubierais sido tentados.

Sobrellevar los unos las cargas de los otros, y cumplid así la Ley de Cristo. Porque, si alguno se considera importante aunque no tenga ninguna importancia, se está engañando a sí mismo con sus propias fantasías. Que cada persona someta a prueba su propia obra, y así cualquier base para el orgullo que tenga, será en relación consigo mismo, y no en comparación con otros. Que cada palo aguante su vela.

Pablo conocía muy-bien los problemas que surgen en cualquier sociedad cristiana. Las buenas personas también resbalan. La palabra que usa Pablo (*paráptoma*) no quiere decir un pecado consciente, sino un resbalón como el que podría dar cualquiera en una carretera helada o en un sendero peligroso. Ahora bien, el peligro de los que están tratando de vivir de veras la vida cristiana es que tienen la tendencia de jugar duramente las caídas de los demás. Hay un elemento de dureza en muchas buenas personas. Hay muchas buenas personas a las que no se puede ir a llorar en su hombro, o a confesarle una experiencia de fracaso o derrota; mostrarían muy poca simpatía. Pero Pablo dice que, si una persona da un traspiés, el verdadero deber cristiano es ayudarla a que se ponga en pie otra vez. La palabra que usa para *corregir* se usa corrientemente para realizar una reparación, y también para el trabajo de un cirujano que extirpa un tumor del cuerpo de una persona, o que pone en su sitio un miembro roto. Toda la atmósfera de la palabra hace hincapié, no en el castigo, sino en la cura; la corrección se mira, no como un castigo, sino como un remedio. Y Pablo prosigue diciendo que cuando veamos a un hermano caer en una falta haremos bien en decir: < Ese, si no hubiera sido por la gracia de Dios, sería yo.>

Luego pasa a reprender la vanagloria, y da una receta para evitarla. No compararemos nuestros logros con la obra de nuestros semejantes, sino con lo mejor que podríamos haber hecho. De esa manera no encontraremos nunca motivos para vanagloriarnos.

Pablo habla dos veces en este pasaje acerca de sobrellevar cargas. Hay una clase de carga que se le impone a una persona en los azares y avatares de la vida; es cumplir la ley de Cristo ayudar a cualquiera que tenga que llevar una de esas cargas. Pero también hay cargas que cada uno tiene que sobrellevar por sí. La palabra que usa Pablo es la que quiere decir el macuto del soldado. Hay obligaciones que nadie puede cumplir por otro, y tareas de las que cada uno debemos ser responsables personalmente.

MANTENIENDO EL NIVEL

Gálatas 6:6-10

El que está recibiendo enseñanza de la Palabra de Dios debe compartir todas las cosas buenas con el que le enseña. No os engañéis; a Dios no se le puede tomar a la ligera; lo que cada uno siembre, eso será lo que siegue. El que siembra para su propia naturaleza inferior segará de ella una cosecha mezquina. El que siembra para el Espíritu, cosechará del Espíritu la vida eterna. No os canséis nunca de obrar como es debido; porque, cuando llegue el momento, segaremos, siempre que no hayamos relajado nuestros esfuerzos. Así que, siempre que tengamos oportunidad, hagamos el bien a todo el mundo, y especialmente a los que son de la familia de la fe.

Aquí Pablo se vuelve intensamente práctico.

La Iglesia Cristiana tenía sus maestros. En aquel tiempo, la Iglesia era una institución auténticamente solidaria. Ningún cristiano podía soportar tener demasiados bienes de este mundo cuando otros tenían demasiado poco. Así es que Pablo dice: «Si hay un hermano que te está enseñando las verdades

eternas, lo menos que puedes hacer es compartir con él las cosas materiales que poseas.»

Seguidamente Pablo pasa a establecer una verdad inflexible. Insiste en que la vida mantiene la balanza en perfecto equilibrio. Si una persona se deja dominar por el lado inferior de su naturaleza, acabará por no poder esperar nada más que una cosecha de problemas. Pero, si se mantiene caminando por la senda superior, y obrando el bien, Dios la recompensará a fin de cuentas.

El Evangelio nunca suprime los peligros de la vida. Los griegos creían en Némesis; creían que, cuando una persona hacía algo que estaba mal, inmediatamente tenía a Némesis a sus talones, y más tarde o más temprano la alcanzaría. Todas las tragedias griegas son un sermón sobre el texto: < El que la hace, la paga. » Lo que nunca recordamos suficientemente es que -si es benditamente cierto que Dios puede perdonar y perdona a las personas sus pecados, también es verdad que ni siquiera Él puede borrar las consecuencias del pecado. Si una persona peca contra su cuerpo, más tarde o más temprano lo pagará con una salud quebrantada-, aunque se le perdone. Si una persona peca contra sus seres queridos, más tarde o más temprano les destrozará el corazón -aunque se le perdone. John B. Gough, el gran defensor de la abstinencia, que había vivido antes una vida desmadrada, solía advertir: «Quedan las cicatrices.» Y Orígenes, el gran erudito cristiano, que era universalista, creía que, aunque todas las personas se salvaran al final, hasta entonces quedarían las huellas del pecado. No podemos tomar a la ligera el perdón de Dios. Hay una ley moral en el universo. Si uno la quebranta, puede que se le perdone; pero no puede evitar las consecuencias.

Pablo termina recordando a sus amigos que el deber de la generosidad puede que nos resulte molesto, pero el que haya echado su pan sobre las aguas lo hallará a su debido tiempo (*Eclesiastés 11:1*).

PALABRAS FINALES

Gálatas 6:11-18

Fijaos qué letras tan grandes hago cuando os escribo de mi puño y letra. Los que quieren hacer alarde desde un punto de vista meramente humano están tratando de empujaros para que os circuncidéis, pero lo que se proponen de veras es evitar la persecución por causa de la Cruz de Cristo. Porque los que defienden la circuncisión a capa y espada tampoco cumplen ellos la Ley; lo que quieren es que os circuncidéis para presumir de la manera en que os han hecho cumplir los ritualés externos y humanos. ¡No permita Dios que yo presuma sino de la Cruz de nuestro Señor Jesucristo; por medio de Quien el mundo está crucificado para mi; y yo para el mundo! El estar circuncidado no tiene la menor importancia, y el estar sin circuncidar no hace ninguna diferencia. Lo que de veras importa es haber sido creados de nuevo. ¡Que la paz y la misericordia sean sobre todos los que se conduzcan de acuerdo con estos parámetros, y sobre el Israel de Dios! Y desde ahora, que nadie me venga con rollos; porque yo llevo en el cuerpo la divisa de Jesús.

Hermanos, que la gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Así sea.

Por lo general, Pablo añadía solamente la firma a las cartas que le había dictado a un amanuense; pero en este caso, el corazón se le sale del pecho con tal amor y preocupación por los gálatas, que les escribe este último párrafo: «Fijaos qué letras tan grandes hago cuando os escribo de mi puño y letra.» Las letras grandes pueden ser debidas a tres cosas. a) Este párrafo puede que se escribiera en letra grande a causa de su importancia, como cuando imprimimos unas palabras en negrita. b) Puede que lo escribiera en letras grandes porque Pablo

no tenía costumbre de manejar la pluma, y así era como le salía. (c) Puede que Pablo estuviera mal de la vista, o que tuviera entonces uno de los horribles dolores de cabeza que padecía, y solo podía hacer la escritura grande y desgarbada de una persona que casi no veía.

Vuelve al centro del asunto. Los que querían que los gálatas se circuncidaran tenían tres motivos. (a) Eso los salvaría de la persecución. Los romanos permitían a los judíos practicar su religión. La circuncisión era la prueba infalible de que se era judío; así es que esas personas veían en ella un pasaporte para no sufrir persecución por causa de la religión. La circuncisión los mantendría a salvo del odio de los judíos y de la ley romana juntamente. (b) En último análisis, por la circuncisión y la observancia de las reglas y normas de la Ley, esos estaban tratando de montar un espectáculo que obtuviera la aprobación de Dios. Pablo, sin embargo, está totalmente seguro de que nada que uno pudiera hacer podría merecer la salvación; así que, una vez más, señalándoles la Cruz, los invita a dejar de tratar de ganar la salvación, y confiar en la Gracia de un amor así. (c) Los que deseaban que los gálatas se circuncidaran, tampoco cumplían ellos la Ley. No hay ser humano que pueda cumplirla; pero lo que querían era presumir de que habían hecho a los gálatas sus prosélitos. Querían presumir del poder que tenían sobre la gente que habían sometido a su esclavitud legalista. Así es que Pablo, una vez más, establece con toda la intensidad de que es capaz que ni la circuncisión ni la incircuncisión importan lo más mínimo; que lo único que importa supremamente es el actuar de la fe en Cristo que le abre a la persona una nueva vida.

«Yo llevo en el cuerpo la divisa de Jesús,» decía Pablo. Esto puede querer decir dos cosas. (a) Los stigmata, estigmas, siempre han fascinado a la gente. Se dice que Francisco de Asís había estado ayunando una vez en la cima de una montaña solitaria, y vio el amor de Dios en una Cruz que se extendía sobre todo el mundo; y cuando lo contempló sintió que una espada de dolor y de compasión le atravesaba el corazón.

Cuando la visión se fue desvaneciendo, Francisco se relajó; y entonces se vieron en sus manos las señales de los clavos de Jesús, que llevó en ellas hasta el fin de su vida. Si esto sucedió de veras o es leyenda no lo sabemos; porque < hay más cosas en la Tierra y en el Cielo de las que ha soñado nuestra filosofía;» pero hay algunos que creen que Pablo había pasado la experiencia de la crucifixión de su Maestro tan realmente que él también llevaba las señales de los clavos en su cuerpo. (b) Era corriente que los amos marcaran a sus esclavos con un hierro candente, y eso parece ser lo que Pablo quería decir aquí: que las cicatrices de lo que había sufrido por Cristo eran su divisa de esclavo de Jesucristo. A fin de cuentas no es la autoridad apostólica lo que blande para que se le tenga en cuenta, sino las llagas que había sufrido en la obra de Cristo. Como el personaje de *El Peregrino Valiente-por-la-Verdad*, Pablo podía decir: «Mis marcas y cicatrices me llevo conmigo para que sean mis testigos ante Aquel que será el único Que me recompensará.»

Después de la tormenta y el estrés y la intensidad de la carta llega la paz de la bendición. Pablo ha discutido y reprendido y halagado, pero su última palabra es GRACIA, que era para él la única palabra que importaba.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS EFESIOS

LA CARTA MÁS EXCELENTE

Es un hecho reconocido por todos que la *Carta a los Efesios* ocupa un lugar muy elevado en la literatura devocional y teológica de la Iglesia Cristiana. Se la ha llamado, y con razón, «La Reina de las Epístolas.» Para muchos es sin duda la cima más alta del pensamiento del Nuevo Testamento. Cuando John Knox, el gran reformador escocés, estaba llegando al final de su vida, el libro que se le leía más frecuentemente era *Sermones sobre la Carta a los Efesios*, de Juan Calvino. Coleridge decía que *Efesios* era «la composición humana más divina.» Y añadía: «Abarca, en primer lugar, aquellas doctrinas que son características del Cristianismo; y, seguidamente, aquellos preceptos que le son comunes con la religión natural.» *Efesios* ocupa un lugar especialísimo en la correspondencia paulina. Y, sin embargo, nos plantea algunos problemas insoslayables, que no son invención de las mentes supercríticas de los investigadores del Nuevo Testamento, sino que se les presentan a todos los lectores. Sin embargo, cuando se resuelven, *Efesios* aparece aún más maravillosa, y brilla con una luz todavía más radiante.

LAS CIRCUNSTANCIAS EN QUE SE ESCRIBIÓ

Antes de enfrentarnos con las cosas dudosas, presentemos las indudables. La primera es que *Efesios* se escribió indudablemente cuando Pablo estaba en la cárcel. Él mismo se llama

< prisionero por Cristo» (3:1); es en cuanto «prisionero del Señor» como les ruega (4:1); es «un embajador en cadenas» (6:20). Fue en la cárcel, y muy cerca del final de su vida, cuando Pablo escribió *Efesios*.

Segunda, *Efesios* tiene una relación indudablemente estrecha con *Colosenses*. Parece que Tíquico fue el portador de ambas cartas. En *Colosenses*, Pablo dice que Tíquico les contará todos sus asuntos (*Colosenses* 4:7); y en *Efesios* dice que Tíquico les dará toda la información (*Efesios* 6:21). Además, hay una estrecha semejanza de contenido entre las dos cartas, hasta tal punto que más de 55 versículos aparecen exactamente igual en las dos cartas. Ya sea que, como mantenía Coleridge, *Colosenses* es lo que podríamos llamar « lo que rebosó» de *Efesios*, o que *Efesios* es una versión más extensa de *Colosenses*. A su debido tiempo llegaremos a ver que es esta semejanza la que nos da la clave del lugar exclusivo de *Efesios* entre las cartas de Pablo.

EL PROBLEMA

Así que es seguro que *Efesios* se escribió cuando Pablo estaba en la cárcel por la fe, y que tiene, por alguna razón, la relación más íntima posible con *Colosenses*. El problema surge cuando empezamos a examinar la cuestión de *quiénes eran los destinatarios de Efesios*.

En la antigüedad, las cartas se escribían en rollos de papiro. Cuando se acababa, se ataban con una guita y, si eran especialmente privadas o importantes, se lacrababan y sellaban los nudos. Pero las señas no se escribían por lo general, por la sencilla razón de que, para las personas corrientes, no había ningún sistema postal. Había un correo del gobierno; pero no estaba a disposición nada más que de la correspondencia oficial e imperial, y no de las personas corrientes. En aquel tiempo las cartas se entregaban en mano, y por tanto no era necesario poner las señas del destinatario. Así que los títulos de las cartas

del Nuevo Testamento no forman parte del texto original de las mismas. Se les insertaron después, cuando se coleccionaron y **publicaron para que las pudiera leer toda la Iglesia**.

Cuando estudiamos *Efesios* en detalle, encontramos sumamente improbable que fuera escrita a la iglesia de Éfeso. Hay razones *internas* para llegar a esa conclusión.

(a) La carta iba dirigida a gentiles. Los destinatarios eran «gentiles por naturaleza, llamados incircuncisos por los circuncidados, separados de Cristo, ajenos a la comunidad de Israel y extranjeros a los pactos de la promesa» (2:11). Pablo los exhorta a «no seguir viviendo como los gentiles» (4:17). El hecho de que fueran gentiles no excluye por sí el que la carta se pudiera haber escrito a Éfeso; pero es algo a tener en cuenta.

(b) *Efesios* es la carta más impersonal de todas las de Pablo. No contiene ningunos saludos personales, ni mensajes íntimos como los que aparecen abundantemente en otras cartas. Eso es doblemente sorprendente cuando recordamos que Pablo pasó más tiempo en Éfeso que en ninguna otra ciudad, no menos de tres años (*Hechos* 20:31). Además, no hay pasaje en todo el Nuevo Testamento que sea más íntimo y afectuoso que *Hechos* 20:17-35, donde se nos presenta el discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso antes de salir de Mileto en su último viaje. Es muy difícil creer, a la vista de todo esto, que Pablo mandara una carta tan totalmente impersonal a Éfeso.

(c) La carta nos hace ver que Pablo y los destinatarios no se conocían personalmente, sino solo por referencias. En 1:15, Pablo escribe: «Porque he tenido noticias de vuestra fe en el Señor Jesús.» La lealtad de las personas a las que estaba escribiendo era algo que sabía porque ya se lo habían dicho, no por propia experiencia. En 3:2 les escribe: «Suponiendo que sepáis de la mayordomía de la gracia de Dios que se me ha concedido en relación con vosotros.» Es decir: « Si habéis oído que Dios me ha dado la tarea y el ministerio de ser apóstol de vosotros los gentiles.» El conocimiento que tenía la iglesia de Pablo como apóstol de los gentiles era algo de lo que

habrían oído, pero que no conocían por un contacto personal con él. Así pues, la carta contiene señales que no encajan en la relación íntima y personal que tuvo Pablo con la iglesia de Éfeso.

Estos hechos se podrán explicar; pero hay un hecho externo que zanja la cuestión. En 1:1, ninguno de los manuscritos antiguos más importantes del Nuevo Testamento griego contiene las palabras *en Éfeso*. Todos dicen: «Pablo... a los santos que son también fieles en Jesucristo.» Y sabemos, por la manera como lo comentan, que esa era la forma del texto que conocían los antiguos padres griegos.

¿FUE PABLO EL AUTOR?

Algunos investigadores han llegado a encontrar todavía otra dificultad en *Efesios*. Han puesto en duda que Pablo fuera el autor de esta carta. ¿En qué razones basan sus dudas?

Dicen que *el vocabulario* es diferente del de Pablo, y es cierto que hay unas 70 palabras en *Efesios* que no se encuentran en ninguna otra de sus cartas. Eso no tiene por qué sorprendernos, porque es un hecho que en *Efesios* Pablo está hablando de cosas que no había tratado nunca antes. Estaba recorriendo un camino de pensamiento por el que no había viajado antes; y, por supuesto que necesitaba palabras nuevas para expresar nuevos pensamientos. Sería ridículo exigirle a un autor con la mente de Pablo que no usara nunca términos nuevos y se expresara siempre con las mismas palabras.

Se dice que *el estilo* no es el de Pablo. Es verdad -y eso lo podemos ver hasta en la traducción española de *Efesios*, así que mucho más en el original- que el estilo de *Efesios* es diferente del de las otras cartas paulinas. Las otras cartas las escribió para salir al paso de una situación determinada. Pero, como ha dicho A. H. McNeile, *Efesios* es «un tratado teológico, o más bien una meditación espiritual.» Hasta el lenguaje que usa es diferente. Moffatt lo expresaba diciendo que, hablando

en general, el lenguaje de Pablo es como un torrente; pero en *Efesios* tenemos «un río ancho que fluye lentamente llenando su cauce.» La longitud de las oraciones en *Efesios* es alucinante. En el original, *Efesios 1: 3-14, 15-23; 2:1-9; 3:1-7* son cada pasaje una oración larga y sinuosa. McNeile llama a *Efesios* hermosa y correctamente «un poema en prosa.» Todo esto es muy distinto del estilo normal y corriente de Pablo.

¿Qué se puede decir a todo esto? En primer lugar, tenemos el hecho general de que ningún gran escritor usa siempre el mismo estilo. Por ejemplo: Cervantes usa estilos muy diferentes en el *Quijote*, y en las *Novelas ejemplares*, y en *Persiles y Segismunda*, y en los *Sainetes y las Comedias*. Cualquier gran estilista -y Pablo era un gran estilista- acomoda su estilo a su propósito y a sus circunstancias en el momento de escribir. Es una mala crítica el decir que Pablo no escribió *Efesios* sencillamente porque se advierten en esta carta un nuevo vocabulario y un estilo nuevo.

Pero hay más. Recordemos cómo escribió Pablo la mayor parte de sus cartas. Las escribió en medio de un ministerio atareadísimo, cuando, en la mayor parte de los casos, iba de camino. Las escribió para salir al paso de un problema acuciante que había que tratar al momento. Es decir, que Pablo escribió la mayor parte de sus cartas contra reloj. Ahora recordemos que Pablo, si fue él el autor de *Efesios*, lo escribió cuando estaba en la cárcel, cuando tenía todo el tiempo del mundo para escribir. ¿Y nos sorprende que el estilo de *Efesios* no sea el de las otras cartas?

Además, esta diferencia de estilo, esta cualidad meditativa, poética, es más obvia en los tres primeros capítulos, que son *una larga oración*, que culmina en una gran doxología. No hay nada parecido en las otras cartas paulinas. Este es el lenguaje de una oración lírica, no el de la discusión o la controversia o la reprehensión.

Las diferencias están muy lejos de demostrar que *Efesios* no sea de Pablo.

EL ARGUMENTO DE LA EPÍSTOLA

Algunos investigadores llegan a decir que el tema de *Efesios* va más allá del de ninguna de las otras cartas de Pablo. Veamos cuál es ese tema. Ya hemos visto que *Efesios* está íntimamente relacionada con *Colosenses*, cuyo tema central es *la todosuficiencia de Jesucristo*. En Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (*Colosenses 2:3*); toda la plenitud de Dios mora en Él (*Colosenses 1:19*); en Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (*Colosenses 2:9*); Él solo es necesario y suficiente para la salvación (*Colosenses 1:14*). Todo el argumento de *Colosenses* se basa en la todosuficiencia de Cristo.

El argumento de *Efesios* es un desarrollo de esa idea. Se resume en dos versículos del primer capítulo en los que Pablo dice que Dios, «habiéndonos dado a conocer en toda sabiduría e intuición el misterio de Su voluntad, de acuerdo con Su propósito, que Él Se trazó en Cristo como un plan para la plenitud del tiempo, de unir todas las cosas en Él, las cosas del Cielo y las de la Tierra» (*Efesios 1:9-10*).

El pensamiento clave de *Efesios* es la recapitulación de todas las cosas en Jesucristo. En la naturaleza tal como se nos presenta aparte de Cristo, no hay nada más que desunión y desarmonía; se presenta «con las fauces y las garras ensangrentadas.» El dominio humano ha quebrantado la unión social que debería existir entre el hombre y los animales; los hombres están divididos entre sí; las clases sociales están divididas; las naciones, también; las ideologías, lo mismo; los judíos, de los gentiles. Lo que es verdad del mundo de la naturaleza exterior lo es también del de la naturaleza humana. Todos somos el campo de batalla de una guerra civil interior, desgarrados entre el deseo del bien y el deseo del mal; la persona humana odia y ama sus pecados al mismo tiempo. Según tanto el pensamiento griego como el judío de tiempos de Pablo esta desarmonía se extiende hasta los lugares celestiales. Una batalla cósmica se está librando entre los poderes del mal y los del bien, entre

Dios y los demonios. Lo peor de todo es que hay desarmonía entre la humanidad y Dios. La persona humana, que fue creada para la comunión con Dios, está alienada de Él.

Así que, en este mundo apartado de Cristo no hay nada más que desunión. Esa desunión no es el propósito de Dios, pero puede llegar a ser unidad solamente cuando todas las cosas estén unidas en Cristo. Como decía E. F. Scott: < Los innumerables cabos sueltos tenían que traerse a Cristo, reanudarse otra vez, y volver a como habían estado en el principio. » El pensamiento central de *Efesios* es la consciencia de la desunión del universo, y la convicción de que sólo puede llegarse a la unidad cuando todo se una en Cristo.

EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO DE PABLO

¿Cómo llegó Pablo a esta gran concepción de la unidad de todas las cosas en Jesucristo? Lo más probable es que llegara por dos caminos. Seguramente es la inevitable consecuencia de su convicción, expresada tan vivamente en *Colosenses*, de que Cristo es todosuficiente. Pero bien puede ser que hubiera otra circunstancia que moviera la mente de Pablo en esta dirección. Él era ciudadano romano, y estaba orgulloso de serlo. En sus viajes, Pablo había visto mucho del Imperio Romano, y ahora se encontraba en Roma, la ciudad imperial. En el Imperio Romano se había producido en el mundo una nueva unidad. La *pax romana*, la paz romana, era una realidad. Los reinos y los estados y los países, que habían luchado y guerreado entre sí, estaban reunidos en una nueva unidad en el Imperio de Roma. Puede ser que en la cárcel Pablo viera con nuevos ojos cómo se centraba toda esta unidad en Roma; y bien le puede haber parecido un símbolo de cómo se han de centrar todas las cosas en Cristo para que una creación y un mundo y una humanidad desunidos llegaran a reunirse en una nueva unidad. Seguramente, lejos de ser una concepción que desbordara el pensamiento de Pablo, su experiencia le conduciría precisamente a ella.

LA FUNCIÓN DE LA IGLESIA

Es en los primeros tres capítulos de la carta donde Pablo trata de esta concepción de la unidad en Cristo. En los tres capítulos siguientes tiene mucho que decir acerca del lugar que ocupa la Iglesia en el plan de Dios para hacer que se produzca esa unidad. Es en ellos donde Pablo lanza una de sus frases más maravillosas: La Iglesia es *el Cuerpo de Cristo*. La Iglesia está diseñada para ser las manos que realicen la obra de Cristo, los pies que corran a cumplir Sus comisiones; la boca que proclame Su mensaje. Así pues, tenemos una doble tesis en *Efesios*. Primera, que Cristo es el instrumento de Dios para la reconciliación. Segunda, que la Iglesia es el instrumento de Cristo para la reconciliación. La Iglesia debe traer al mundo a Cristo, y es dentro de la Iglesia donde han de desaparecer todas las particiones de separación. Es por medio de la Iglesia como se ha de lograr la unidad de todos los elementos discordantes. Como dice E. F. Scott: «La Iglesia representa ese propósito -de reconciliación universal para el que Cristo apareció, y en la relación de cada cristiano con los demás debe hacerse realidad esta idea formativa de la Iglesia.»

¿QUIÉN SI NO PABLO?

Este es el argumento de *Efesios*. Como ya hemos visto, hay algunos que, fijándose en el vocabulario y el estilo y el tema de esta carta, no pueden creer que Pablo la escribiera. El investigador americano E. J. Goodspeed ha propuesto una teoría interesante -pero no convincente. Es probable que fuera en Éfeso, hacia el año 90 d.C., donde se coleccionaron por primera vez las cartas de Pablo y se enviaron a toda la Iglesia. La teoría de Goodspeed es que la persona responsable de esa recopilación, algún discípulo de Pablo, escribió *Efesios* como una especie de introducción a toda la colección. Sin duda esa teoría se quiebra por un hecho inicial. Cualquier imitación es

inferior al original. Pero lejos de ser inferior, *Efesios* se puede decir que es la más importante de todas las epístolas paulinas. Si Pablo mismo no la escribió, tenemos que postular que fue la obra de alguno que era superior a Pablo. E. E. Scott pregunta muy oportunamente: < ¿Podemos creer que en la Iglesia de tiempos de Pablo hubiera un maestro desconocido de tan suprema excelencia? La conclusión natural es sin duda que una epístola tan parecida a la obra de Pablo en su mejor expresión no fuera escrita por ningún otro; sino por el mismo Pablo. » Ninguna otra persona tuvo jamás una visión más gloriosa de Cristo que esta que Le contempla como el único centro en Quien se reúnen en una unidad todas las desuniones de la vida. Ninguna persona tuvo jamás una visión más gloriosa de la Iglesia que esta que la contempla como el instrumento de Dios para esa reconciliación universal. Y bien podemos creer que no hubo nadie que se pudiera remontar a una visión semejante más que Pablo mismo.

LOS DESTINATARIOS

Ahora debemos volver a un problema que dejamos antes sin resolver. Si *Efesios* no se escribió a Éfeso, ¿a qué iglesia se escribió?

La sugerencia más antigua es que se escribió a *Laodicea*. En *Colosenses 4:16*, Pablo escribe: «Y cuando se haya leído esta carta entre vosotros, haced que se lea también en la iglesia de los laodicenses; y aseguraos de leer también vosotros la carta de Laodicea.» Esa frase deja bien claro que Pablo había mandado una carta a la iglesia de Laodicea. No figura tal carta entre las del apóstol Pablo de que disponemos. Marción fue uno de los primeros que hizo una colección de las cartas de Pablo, hacia mediados del segundo siglo; y de hecho llama a *Efesios* la *Carta a los Laodicenses*. Así que desde tiempos muy antiguos se tenía la impresión de que la iglesia a la que se envió *Efesios* en primer lugar fue la de Laodicea.

Si aceptamos esa sugerencia tan interesante y atractiva, aún tenemos que explicar cómo perdió la carta su encabezamiento original a Laodicea, y llegó a relacionarse con Éfeso. Podría haber dos explicaciones.

Puede que, cuando Pablo murió, la iglesia de Éfeso sabía que la iglesia de Laodicea poseía una carta maravillosa de Pablo; y se dirigió a Laodicea para pedirle una copia. Puede que se hiciera la copia, y se enviara a Éfeso omitiendo las palabras *en Laodicea* en el primer versículo, y dejando un espacio en blanco, que es como aparece en los manuscritos más antiguos. Casi treinta años después se coleccionaron las cartas de Pablo para ponerlas a disposición de toda la Iglesia. Ahora bien: Laodicea estaba en un distrito que era famoso por sus terremotos, y bien puede ser que todos sus archivos se destruyeran, y que, por tanto, cuando se hizo la colección, la única copia de la *Carta a los Laodicenses* fuera la que se había conservado en Éfeso. Esa carta puede que entonces llegara a conocerse como la *Carta a los Efesios*, porque fue en Éfeso donde se encontró la única copia en existencia.

La segunda explicación que se ha sugerido la propuso Harnack, el gran erudito alemán. Por aquellos días, la iglesia de Laodicea había caído lastimosamente de la gracia. En *Apocalipsis* hay una carta a Laodicea, que nos la presenta en una luz desfavorable (*Apocalipsis 3: 14-22*). En esa carta, el Señor Resucitado condena sin paliativos a la iglesia de Laodicea hasta tal

punto que le dirige la frase gráfica: «Me das ganas de vomitar» (*Apocalipsis 3:16*). Ahora bien: en el mundo antiguo existía la costumbre llamada *damnatio memoriae*, la condenación del recuerdo de una persona. Podría ser que hubiera prestado muchos servicios emblemáticos al estado, por lo que su nombre aparecería en los libros, actas, inscripciones y memorias; pero si tal persona acababa cometiendo alguna acción baja, algo que arruinara su honor, su memoria se condenaba: su nombre se borraba de todos los libros, y se raspaba de todas las inscripciones y memoriales. Harnack creía que era posible que la iglesia de laodicea hubiera sufrido *damnatio*

memoriae, de modo que hasta su nombre se borró de la historia de la Iglesia. En ese caso, las copias de la *Carta a Laodicea* no contendrían su nombre; y cuando la colección se hizo en Éfeso se le aplicó el nombre actual.

UNA CARTA CIRCULAR

Ambas sugerencias son posibles; pero todavía queda otra que es mucho más probable. Creemos que *Efesios* no se dirigió de hecho a ninguna iglesia en particular, sino que era una carta circular a todas las iglesias paulinas de Asia. Fijémonos de nuevo en *Colosenses 4:16*: < Y cuando esta carta se haya leído entre vosotros, haced que se lea también en la iglesia de Laodicea; y aseguraos de leer vosotros también la carta de Laodicea. » Pablo no dice que los colosenses deben leer la carta a Laodicea, sino la que les llegaría de Laodicea. Es como si Pablo dijera: < Hay una carta circulando; hacia el momento presente ha llegado a Laodicea; cuando os la manden desde Laodicea, aseguraos de leerla. » Eso suena como si se tratara de una carta que iba circulando por las iglesias de Asia, y creemos que esa carta era *Efesios*.

LA QUINTA ESENCIA DE PABLO

En este caso, *Efesios* es la carta más importante de Pablo. Ya hemos visto que *Efesios* y *Colosenses* se parecen mucho. Creemos que lo que sucedió fue que Pablo escribió *Colosenses* para resolver una situación concreta, el surgimiento de una herejía. Al hacerlo, se encontró inmerso en el gran tema de la todosuficiencia de Cristo; y se dijo: «Esto es algo que debo tratar de compartir con todas las iglesias.» Así es que tomó el tema que había expuesto en *Colosenses*, quitó todas las alusiones locales y temporales, y escribió una carta nueva para hablarles a todas las iglesias de la todosuficiencia de Cristo. *Efesios*, según nuestro parecer, es la única carta de Pablo que fue enviada a todas las iglesias de Oriente para decirles que la unidad de toda la humanidad y de toda la creación no se podía encontrar nunca sino en Cristo, y para hablarles de la suprema tarea de la Iglesia: la de ser el instrumento de Cristo para la reconciliación universal del hombre con el hombre, y del hombre con Dios. Por eso es por lo que *Efesios* es la Reina de las Epístolas.

EFESIOS

El argumento de Pablo está muy bien trabado y entrelazado en *Efesios*. A menudo se desarrolla en períodos largos y complicados que son difíciles de seguir. Si hemos de llegar a captar su significado de veras, hay pasajes en los que lo mejor que podemos hacer es leerlos primero en secciones bastante largas, que luego iremos separando convenientemente en otras más pequeñas para su estudio en detalle.

EL PROPÓSITO DE DIOS

Efesios 1:1-14

Esta es una carta de Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a todos los consagrados a Dios que viven en Éfeso y que son fieles a Jesucristo: ¡Gracia sea a vosotros y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo!

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con todas las bendiciones espirituales que no se pueden encontrar nada más que en el Cielo, de la misma manera que nos eligió en Sí mismo antes de la creación del mundo para que fuéramos santos e irreprochables delante de Él. El decidió en Su amor antes que empezara el tiempo adoptarnos por medio de Jesucristo como Suyos, en el buen propósito de Su voluntad, para que todos alaben la gloria del don generoso que nos ha dado gratuitamente en el Amado. Porque es en Él en Quien tenemos la liberación que costó Su vida; en Él hemos recibido el perdón de los pecados, que solamente la riqueza de Su gracia podía dar, una gracia que Él nos otorgó en abundante provisión, y que nos confirió toda la sabiduría y todo el sentido saludable. Esto sucedió porque Él nos dio a conocer el secreto de Su voluntad que había estado una vez escondido, pero que ahora es revelado, porque así Le ha placido en Su bondad. Este secreto era un propósito que El Se había formado en Su propia mente antes que empezara el tiempo, para que los períodos de tiempo fueran controlados y administrados hasta que llegaran a su pleno desarrollo, un desarrollo en el que todas las cosas en el Cielo y en la tierra sean reunidas en unidad

en Jesucristo. Fue en Cristo en Quien se nos asignó nuestra porción en este esquema, que fue determinado por decisión del Que controla todas las cosas según el propósito de Su voluntad; que nosotros, que fuimos los primeros en poner nuestra esperanza en la venida del Ungido de Dios, llegáramos a ser el medio por el cual Su gloria fuera alabada. Y fue en Cristo en Quien se determinó que vosotros también llegarais a ser el medio por el que la gloria de Dios fuera alabada, después que oyerais la Palabra que nos trae la verdad, la Buena Noticia de vuestra salvación -esa Buena Noticia en la cual, una vez que llegasteis a creer, fuisteis sellados con el Espíritu Santo Que se os había prometido, el Espíritu Que es el anticipo y la garantía de todo lo que un día heredaremos, hasta que entremos a participar de la plena redención que conlleva una posesión definitiva.

SALUDOS AL PUEBLO DE DIOS

Efesios 1:1-2

Esta es una carta de Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a todos los consagrados a Dios que viven en Éfeso y son fieles a Jesucristo: ¡Gracia sea a vosotros y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo!

Pablo empieza esta carta con las dos únicas credenciales que poseía.

(i) Es *apóstol de Cristo*. Cuando Pablo decía eso, tenía en mente tres cosas. (a) Quería decir que *pertenecía* a Cristo. Su vida no le pertenecía para hacer con ella lo que quisiera; era propiedad de Jesucristo, y tenía que vivir siempre como Jesucristo quería que viviera. (b) Quería decir que Jesucristo le había enviado. La palabra *apóstolos* procede del verbo *apostellein*, que quiere decir *enviar*. Se puede usar, por ejemplo, de un escuadrón naval que se envía en una expedición. Se puede usar de un embajador enviado por su país de origen. Describe a un hombre que es enviado con alguna misión especial. El cristiano se ve en todos los momentos de su vida como miembro de la comunidad que está al servicio de Cristo. Es un hombre con una misión: la de servir a Cristo en este mundo. (c) Quería decir que *todo el poder que tuviera la tenía por delegación*. El sanedrín era el tribunal supremo de los judíos. En cuestiones de religión, el sanedrín tenía autoridad sobre todos los judíos del mundo. Cuando el sanedrín llegaba a una decisión, esa decisión se le encomendaba a un *apóstolos* para que se la comunicara a las personas a las que concernía y para que comprobara que se cumplía. Cuando un *apóstolos* así era enviado, detrás de él y en él se hallaba la autoridad del sanedrín, cuyo representante era. El cristiano es el representante de Cristo en el mundo, pero no se le deja llevar a cabo esa tarea dependiendo de su propia fuerza y poder; la fuerza y el poder de Jesucristo están con él.

(ii) Pablo continúa diciendo que es apóstol *por la voluntad de Dios*. El tono de su voz no es aquí de orgullo, sino de simple admiración. Hasta el final de su vida Pablo estaba maravillado de que Dios hubiera escogido a un hombre como él para hacer Su obra. Un cristiano no debe nunca llenarse de orgullo por la tarea que Dios le asigna, sino llenarse de admiración de que Dios le haya tenido por digno de participar en Su obra.

Pablo pasa a dirigir su carta a los que viven en Éfeso y son fieles a Jesucristo. Un cristiano es una persona que vive siempre una doble vida. Los amigos de Pablo eran personas que vivían *en Éfeso y en Cristo*. Un cristiano tiene una dirección humana y otra divina; y ese es precisamente el secreto de la vida cristiana. Alister MacLean cuenta la historia de una señora del Noroeste de Gran Bretaña, que llevaba una vida muy dura pero vivía siempre en una serenidad perpetua. Cuando le preguntaban cuál era su secreto contestaba: «Mi secreto consiste en navegar todos los mares manteniendo siempre el corazón en el puerto.» Dondequiera que esté el cristiano, está *en Cristo*.

Pablo empieza con su saludo de costumbre: «Gracia sea a vosotros y paz.» Aquí tenemos dos grandes palabras de la fe cristiana.

Gracia tiene siempre dos connotaciones principales, como en español. La palabra griega es *jaris*, que puede querer decir *encanto*. Tiene que haber algo precioso en la vida cristiana. Cuando el Cristianismo deja de ser atractivo, deja de ser cristiano. La gracia describe siempre un regalo, y un regalo que le habría sido imposible a una persona el procurarse, y que nunca habría podido ganar o merecer de ninguna manera. Siempre que mencionamos la palabra *gracia*, debemos pensar en la absoluta amabilidad de la vida cristiana, y la absoluta generosidad inmerecida del corazón de Dios.

Cuando pensamos en la palabra *paz* en relación con la vida cristiana debemos tener cuidado. En griego la palabra es *eiréné*, que traduce la palabra hebrea *shalóm*. En la Biblia *paz* no es nunca una palabra puramente negativa. Nunca describe a secas la ausencia de guerra o de problemas. *Shalóm* quiere decir todo lo que contribuye al bien supremo de una persona. La paz cristiana es algo totalmente independiente de las circunstancias exteriores. Una persona puede que viva en abundancia y lujo y disfrutando de todo lo bueno de este mundo, puede que tenga las mejores casas imaginables, y las cuentas corrientes más abultadas, y sin embargo no tenga paz. Por otra parte, una persona puede que esté pasando necesidad en la cárcel, o muriendo en el patíbulo, o viviendo una vida carente

de toda comodidad y tranquilidad, y estar en perfecta paz. La explicación es que no hay más que una fuente de paz en todo el mundo, y está en hacer la voluntad de Dios. Cuando estamos haciendo algo que sabemos que no deberíamos hacer, siempre hay una inquietud acechándonos en el fondo de nuestra mente. Pero, si estamos haciendo algo realmente difícil, hasta algo que no queremos hacer, o que no nos ha de reportar ningún beneficio material pero que sabemos que es lo que Dios quiere que hagamos, tenemos una profunda calma en el corazón. «En Su voluntad está nuestra paz.»

LOS ESCOGIDOS DE DIOS

Efesios 1:3-4

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con todas las bendiciones espirituales que no se pueden encontrar nada más que en el Cielo, de la misma manera que nos eligió en Sí mismo antes de la creación del mundo para que fuéramos santos e irreprochables delante de Él.

En griego, el largo pasaje del versículo 3 al 14 es una sola oración. Es tan larga y complicada porque representa, no tanto una exposición razonada, como un poema lírico de alabanza. La mente de Pablo sigue adelante y adelante, no porque esté pensando en períodos lógicos, sino porque pasan delante de sus ojos don tras don y maravilla tras maravilla. Para entender este pasaje tenemos que descomponerlo y estudiarlo por secciones breves.

En esta sección Pablo está pensando en los cristianos como pueblo escogido de Dios, y su mente discurre por tres líneas.

(i) Piensa en *el hecho de la elección de Dios*. Pablo no pensaba nunca que había sido él el que había escogido hacer la obra de Dios. Siempre pensó que había sido Dios Quien le había escogido a él. **Jesús les dijo a Sus discípulos** : «No Me elegisteis vosotros a **Mí**, sino que fui Yo Quien os escogí a vosotros» (*Juan 15:16*). Aquí es donde está precisamente la maravilla. No sería tan maravilloso si fuera el hombre el que escogiera a Dios; la maravilla es que Dios escoja al hombre.

(ii) Pablo piensa en *la generosidad de la elección de Dios*. Dios nos escogió para bendecirnos con las bendiciones que no se pueden encontrar nada más que en el Cielo. Hay ciertas cosas que una persona puede descubrir por sí misma; pero hay otras que están totalmente fuera de su capacidad. Una persona puede adquirir por sí misma una cierta habilidad; puede llegar a una cierta posición; puede poseer una cierta cantidad de bienes de este mundo; pero, por sí misma, nunca puede alcanzar la bondad y la paz interior. Dios nos escogió para darnos esas cosas que solo Él puede dar.

(iii) Pablo piensa en *el propósito de la elección de Dios*. Dios nos escogió para que fuéramos santos e irreprochables. Aquí tenemos dos grandes palabras. *Santo* es en griego *haguios*, que siempre conlleva la idea de *diferencia* y de *separación*. Un templo es *santo* porque es diferente de los otros edificios; un sacerdote es *santo* porque es diferente de las demás personas; una víctima es *santa* porque es diferente de los otros animales; el sábado es *santo* por que es diferente de los otros días; Dios es supremamente *santo* porque es supremamente diferente de todos las criaturas. Así que Dios escogió a los cristianos para que fueran diferentes de las demás personas.

Aquí tenemos un desafío que las iglesias modernas se resisten a arrostrar. En la Iglesia original, los cristianos no tenían nunca la menor duda de que tenían que ser diferentes de la gente, del mundo. De hecho sabían que tenían que ser tan diferentes que lo más probable sería que el mundo los odiara, y hasta quisiera acabar con ellos. Pero la tendencia de las iglesias modernas es difuminar su diferencia con el mundo. De hecho, muchas veces se les dice a los creyentes: «Mientras vivas una vida decente y respetable, está bien que seas miembro de iglesia y que te consideres cristiano. No tienes por qué ser tan diferente de las demás personas.» De hecho, a un cristiano se le debería poder distinguir siempre en el mundo.

Tenemos que recordar siempre que esta diferencia en la que Cristo insiste no es la que *saca* a una persona del mundo; le hacen diferente *dentro de* él. Debería ser posible identificar al cristiano en la escuela, la tienda, la fábrica, el hospital, en cualquier sitio. Y la diferencia está en que el cristiano se comporta, no de acuerdo con las normas humanas, sino como le exige la ley de Cristo. Un profesor cristiano trata de cumplir la normativa, no de las autoridades educacionales o del director de su centro, sino de Cristo; y eso representa una actitud muy diferente de la corriente para con los estudiantes que tiene a su cargo. Un obrero cristiano no se conforma con cumplir las consignas del sindicato, sino las directrices de Jesucristo; y eso le hará ser sin duda una clase muy diferente de obrero, lo que puede muy bien hacer que le echen -pero siempre como persona, como obrero. Un empresario cristiano se preocupará de mucho más que de pagar el salario mínimo, o de crear las condiciones laborales mínimas. Es el simple hecho del asunto que, si los cristianos fuéramos *haguios*, diferentes, produciríamos la mayor revolución en la sociedad.

Irreprochables es la palabra griega *amómos*. Su interés radica en que es una palabra del lenguaje de los sacrificios. Bajo la ley judía, antes de ofrecer un animal en sacrificio había que inspeccionarlo; y, si se le encontraba algún defecto, se rechazaba como impropio para ofrecerlo a Dios. Solamente lo mejor era adecuado para ofrecerse a Dios. *Amómos* indica que la persona total debe ser una ofrenda a Dios. Considera todos los aspectos de nuestra vida -trabajo, placer, deporte, vida familiar,

relaciones personales-, y nos dice que deben ser tales que se los podamos ofrecer a Dios. Esta palabra no quiere decir que los cristianos deben ser respetables; quiere decir mucho más que eso: que deben ser *perfectos*. Decir que un cristiano tiene que ser *ámomos* es descartar conformarse con algo menos que lo mejor; quiere decir que el baremo del cristiano no es nada menos que la perfección.

EL PLAN DE DIOS

Efesios 1:5-6

Él decidió en Su amor antes que empezara el tiempo adoptarnos por medio de Jesucristo como Suyos, en el buen propósito de Su voluntad, para que todos alaben la gloria del don generoso que nos ha dado gratuitamente en el Amado.

En este pasaje Pablo nos habla del plan de Dios. Una de las alegorías que usa más de una vez acerca de lo que Dios hace por los hombres es la de la adopción (Cp. *Romanos 8:23; Gálatas 4:5*). Dios nos ha adoptado en Su familia como hijos.

En el mundo antiguo, donde estaba en uso la ley romana, esto resultaría todavía más claro que entre nosotros. Porque allí la familia se basaba en lo que se llamaba la *patria potestas*, la autoridad del padre. Un padre tenía poder absoluto sobre sus hijos durante toda su vida. Podía vender a un hijo suyo como esclavo, y hasta matarle. Dión Casio nos dice que < la ley de los romanos le confiere al padre una autoridad absoluta sobre sus hijos, y sobre la totalidad de la vida de sus hijos. Le confiere autoridad, si así lo desea, de meterle preso, azotarle, hacerle trabajar en sus propiedades como esclavo encadenado y hasta matarle. Ese derecho continúa existiendo aunque el hijo sea lo suficientemente mayor como para cumplir una parte activa en asuntos políticos, aunque se le haya tenido por digno de ocupar el puesto de magistrado, y aunque le tengan respeto todas las personas.> Es absolutamente cierto que, cuando un padre estaba juzgando a su hijo, se suponía que convocara a los varones adultos de la familia a consulta; pero no lo tenía que hacer por obligación.

Se daba el caso de que un padre condenara a su hijo a muerte. Salustio (*La conspiración de Catilina, 39*) dice que Aulo Fulvio se unió al rebelde Catilina. Fue apresado durante un viaje, y devuelto a su lugar de origen. Y su padre dio orden de que se le matara. El padre lo hizo aplicando su autoridad privada, dando como razón que < él le había engendrado, no para Catilina contra su país, sino para su país contra Catilina.>

Según la ley romana, un hijo no podía poseer nada; y cualquier herencia que se le legara o cualquier regalo que se le hiciera eran propiedad de su padre. No importaba la edad del hijo, ni los honores y responsabilidades que hubiera alcanzado; estaba siempre totalmente bajo el poder de su padre.

En tales circunstancias, es obvio que la adopción era una decisión muy seria. Era, sin embargo, bastante frecuente, porque se adoptaban hijos muchas veces para asegurarse de que no se extinguiera la familia. El ritual de la adopción tiene que haber sido muy impresionante. Se llevaba a cabo mediante una venta simbólica, en la que se usaban monedas y balanzas. El padre real vendía a su hijo dos veces, y dos veces le recuperaba simbólicamente; finalmente le vendía por tercera vez, y a la tercera iba la vencida. Después, el padre adoptivo tenía que ir al *praetor*, uno de los magistrados romanos principales, y solicitar la legalización de la adopción. Solamente después de completar todo esto se consideraba definitiva la adopción.

Cuando la adopción se había realizado, era totalmente vinculante. La persona que había sido adoptada tenía todos los derechos de un hijo legítimo en la nueva familia, y perdía todos los derechos que le correspondieran por su familia anterior. A los ojos de la ley era una nueva persona; hasta tal punto que hasta todas las deudas y obligaciones que le pudieran corresponder por su familia anterior quedaban abolidas como si no hubieran existido nunca.

Eso es lo que Pablo dice que Dios ha hecho por nosotros. Estábamos totalmente en poder del pecado y del mundo. Dios, por medio de Jesús, nos ha liberado de ese poder, y Su adopción borra el pasado y nos hace nuevas criaturas.

LOS DONES DE DIOS

Efesios 1:7-8

Porque es en Él en Quien tenemos una liberación que costó Su vida; en Él hemos recibido el perdón de los pecados, que solamente podía otorgarnos la magnanimidad de Su gracia, una gracia que Él nos dio con abundante provisión y que nos confiere toda sabiduría y toda prudencia.

En esta breve sección nos encontramos cara a cara con tres de las concepciones más grandes de la fe cristiana.

(i) Está *la liberación*. La palabra original es *apolytrósis*. Viene del verbo *lytrún*, que quiere decir *redimir*. Es la palabra que se usa para redimir a un prisionero de guerra o a un esclavo, o del continuo rescate que Dios otorga a Su pueblo en tiempos de

prueba. Cada caso la concepción es la liberación de una persona de una condición de la que ella misma es incapaz de liberarse, o de un castigo que no habría podido evitar de ninguna manera.

Así que, en primer lugar, Pablo dice que Dios ha libertado a los hombres de una situación de la que ellos no se habrían podido nunca libentar a sí mismos. Precisamente eso es a lo que Cristo ha hecho por nosotros. Cuando Cristo vino a este mundo, la humanidad estaba agobiada por el sentimiento de su propia impotencia. Sabía que estaba viviendo una vida totalmente desquiciada; y también que era impotente para hacer ninguna otra cosa.

Séneca está lleno de esta clase de sentimiento de frustración irremediable. Los hombres, decía, eran abrumadoramente conscientes de su incapacidad en las cosas necesarias. Decía de sí mismo que era un *homo non tolerabilis*, una persona inaguantable. Los hombres, decía con una especie de desesperación, aman sus vicios y los odian al mismo tiempo. Lo que los hombres necesitan, clamaba, es que se les tienda una mano para levantarlos. Los pensadores más grandes del mundo pagano sabían que estaban en las garras de algo de lo que eran incapaces de librarse a sí mismos. Necesitaban *liberación*.

Fue precisamente esa liberación la que trajo Jesucristo; y sigue siendo verdad que Él puede liberar a las personas de la esclavitud a las cosas que las atraen y las repelen al mismo tiempo, de la que no se pueden librar a sí mismas. Para decirlo más sencillamente: Jesús todavía puede hacer que los malos se hagan buenos.

(ii) Está *el perdón*. El mundo antiguo estaba asediado por el sentimiento de pecado. Bien se podría decir que todo el Antiguo Testamento es un desarrollo del dicho «El alma que pecare, morirá» (*Ezequiel* 18:4). Las personas eran conscientes de su propia culpabilidad y vivían en constante terror de su dios o dioses. Se dice algunas veces que los griegos no tenían sentimiento de pecado. Nada podría estar más lejos de la verdad. «Los hombres -decía Hesíodo- deleitan sus almas en la contemplación de lo que es su ruina.» Todos los dramas de Esquilo se basan en un solo texto: «El que la hace, la paga.» Una vez que una persona había hecho algo malo, tenía a Némesis a sus talones; y el castigo seguía al pecado tan irremisiblemente como la noche seguía al día. Como dice Shakespeare en *Ricardo Tercero*:

Mi conciencia tiene mil lenguas diferentes, y cada una de ellas cuenta su propia historia, y cada historia me delata como villano.

Si había una cosa que la gente conociera era el sentimiento de pecado y el miedo a Dios. Jesús cambió todo eso. Enseñó, no a odiar a Dios, sino a amar a Dios. Porque Jesús vino al mundo, las personas, aun en su pecado, descubrieron el amor de Dios.

(iii) Hay *sabiduría y prudencia*. Las dos palabras en griego son *sofía* y *frónesis*, y *Cristo* nos las trajo las dos. Esto es muy interesante. Los griegos escribieron mucho sobre estas dos palabras. Si una persona tenía ambas cosas, estaba perfectamente equipada para la vida.

Aristóteles definía *sofía* como el conocimiento de las cosas más preciosas. Cicerón la definía como el conocimiento de todo lo divino y lo humano. *Sofía* correspondía a la inteligencia investigadora. *Sola* era la respuesta a los eternos problemas de la vida y de la muerte, de Dios y del hombre, del tiempo y de la eternidad.

Aristóteles definía *frónesis* como el conocimiento de los asuntos humanos y de las cosas que es necesario planificar. Plutarco lo definía como el conocimiento práctico de todo lo que nos concierne. Cicerón lo definía como el conocimiento de las cosas que se han de buscar y de las que se han de evitar. Platón lo definía como la disposición de ánimo que nos permite juzgar qué cosas han de hacerse y cuáles no. En otras palabras, *frónesis* es el sentido práctico que permite a las personas enfrentarse con los problemas prácticos de la vida diaria, y resolverlos.

Pablo afirma que Jesús nos trajo *sofía*, el conocimiento intelectual que satisface la mente, y *frónesis*, el conocimiento práctico que nos permite resolver los problemas de la vida cotidiana. El carácter cristiano se presenta así como algo completo. Hay una clase de persona que está en su ambiente en el estudio, que se mueve con soltura entre los problemas filosóficos y teológicos, y que sin embargo se pierden en los asuntos ordinarios de la vida de cada día. Y hay otra clase de persona que se considera muy práctica, que se afana en los negocios de la vida, pero que no tiene interés en los asuntos del más allá. A la luz de los dones que Dios nos da por medio de Cristo, ambos caracteres son imperfectos. Cristo nos trae la solución de los problemas tanto de la eternidad como del tiempo.

LA META DE LA HISTORIA

Efesios 1:9-10

Esto sucedió porque Él nos dio a conocer el secreto de Su voluntad que había estado una vez oculto, pero que ahora es revelado, porque así Le ha placido en Su bondad. Este secreto era un propósito que Él se había formado en Su propia mente antes que empezara el tiempo, para que los períodos de tiempo fueran controlados y administrados hasta que llegaran a su pleno desarrollo, un desarrollo en el que todas las cosas, en el Cielo y en la Tierra, sean reunidas en unidad en Jesucristo.

Es en este punto cuando Pablo se enfrenta de veras con su tema. Dice, como lo traduce la versión Reina-Valera, que Dios nos ha dado a conocer < el misterio de Su voluntad. » El Nuevo Testamento usa la palabra *misterio* en un sentido especial. No es que sea algo misterioso en el sentido de que sea difícil de entender, sino más bien algo que se ha mantenido secreto durante mucho tiempo y que ahora se ha revelado, aunque sigue siendo incomprensible para los que no han sido iniciados en su significado.

Tomemos un ejemplo. Supongamos que llevamos a uno que no sabe absolutamente nada del Cristianismo a un culto de comunión. Para esa persona sería un completo misterio; no se enteraría ni lo más mínimo de lo que está teniendo lugar. Pero para el que conoce la historia y el significado de la última Cena, todo el culto tiene un significado que está totalmente claro. Así que en el sentido del Nuevo Testamento un misterio es algo que está oculto para los no creyentes, pero claro para los cristianos.

¿Cuál era para Pablo el misterio de la voluntad de Dios? Que el Evangelio era también para los gentiles. Dios ha revelado en Jesús que Su amor y cuidado, Su gracia y misericordia, no son solamente para los judíos, sino para todo el mundo.

En este punto, Pablo presenta en una sola frase todo su gran pensamiento. Hasta este momento, los hombres han estado viviendo en un mundo dividido. Había división entre la naturaleza animal y la naturaleza humana; entre judíos y gentiles, entre griegos y bárbaros. Por todo el mundo hay tensión y lucha. Jesús vino al mundo para borrar las divisiones. Ese era para Pablo el secreto de Dios. Era el propósito de Dios que todos los cabos y los elementos que están en guerra en este mundo fueran unidos en Jesucristo.

Aquí tenemos otro pensamiento tremendo. Pablo dice que toda la Historia ha sido el desarrollo de este proceso. Dice que a través de todas las edades ha habido una ordenación y una administración de cosas para que en este día se produjera la unidad. La palabra que usa Pablo para esta preparación es *oikonomía*, que quiere decir literalmente *la administración de la casa*. El *oikonomos* era el mayordomo que estaba a cargo de que los asuntos de la familia fueran bien.

Los cristianos estamos convencidos de que la Historia es el desarrollo de la voluntad de Dios. Eso no es ni mucho menos lo que piensan todos los historiadores y filósofos. Oscar Wilde, en uno de sus epigramas, decía: «Les dais a vuestros hijos el calendario criminal de Europa, y a eso le llamáis Historia.» G. N. Clark, en su primera clase en Cambridge, dijo: «No hay ningún secreto ni ningún plan que descubrir en la Historia. No creo que ninguna consumación futura pueda dar sentido a todas las irracionalidades de las eras precedentes. Aunque se pudieran explicar, no se podrían justificar jamás.» En la introducción a su *Una Historia de Europa*, H. A. L. Fisher escribe: «Sin embargo, a mí se me ha negado una emoción intelectual. Otros más sabios y eruditos que yo han descubierto en la Historia una trama, un ritmo, un propósito predeterminado. Estas armonías me están ocultas. Lo único que yo puedo ver son sucesos que se siguen unos a otros como las olas siguen a las olas; solamente hay un gran hecho en relación con el cual, puesto que es único, no se pueden hacer generalizaciones; solamente hay una regla segura para el historiador: que debe reconocer en el desarrollo de los destinos humanos el juego de lo contingente y de lo imprevisto.» André Maurois dice: < El universo es indiferente. ¿Quién lo creó? ¿Por qué estamos aquí nosotros, en este insignificante puñado de barro que gira en el espacio infinito? Yo no tengo ni la más ligera idea, y estoy convencido de que nadie tiene ni la más mínima idea. »

Así es que resulta que estamos viviendo en una edad en la que la gente ha perdido la fe en que el mundo tenga ningún sentido. Pero los cristianos creemos y estamos convencidos de que en este mundo, se está desarrollando el propósito de Dios; y Pablo estaba convencido de que ese propósito es que un día todas las cosas y todas las personas formarán una familia en Cristo. Según Pablo, ese misterio no se intuyó hasta que vino Jesús, y ahora la gran tarea de la Iglesia consiste en desarrollar el propósito de unidad que Dios nos ha revelado en Jesucristo.

JUDÍOS Y GENTILES

Efesios 1:11-14

Fue en Cristo en Quien se nos asignó nuestra porción en este esquema, que fue determinado por decisión de Aquel Que controla todas las cosas según el propósito de Su voluntad; que nosotros, que fuimos los primeros en poner nuestra esperanza en la venida del Ungido de Dios, llegáramos a ser el medio por el cual Su gloria fuera alabada. Y fue en Cristo en Quien se determinó que vosotros también llegarais a ser el medio por el que la gloria de Dios fuera alabada, después que oyerais la Palabra que nos trae la verdad, la Buena Noticia de vuestra salvación -esa Buena Noticia en la cual, una vez que llegasteis a creer, fuisteis sellados con el Espíritu Santo, Que es el anticipo y la garantía de todo lo que un día heredaremos, hasta que entremos a participar de la plena redención que conlleva una posesión definitiva.

Aquí nos da Pablo el primer ejemplo de la unidad que trajo Cristo. Cuando habla de nosotros quiere decir su propia nación, los judíos; cuando habla de *vosotros*, quiere decir los gentiles a los que se dirige; y cuando, en la última frase, dice *nosotros*, está pensando en los judíos y los gentiles juntos.

En primer lugar, Pablo habla de los judíos. A ellos también, se les había asignado una porción en el plan de Dios. Fueron los primeros en creer en la venida del Ungido de Dios. A lo largo de toda su historia habían esperado y anhelado al Mesías. Su porción en el esquema de las cosas fue el ser la nación de la que habría de venir el Escogido de Dios.

El gran economista Adam Smith sostenía que todo el propósito de la vida se basaba en lo que él llamaba *el reparto del trabajo*. Quería decir que la vida solo puede proseguir cuando cada persona tiene un trabajo y lo cumple, y cuando los resultados de todos los trabajos se relacionan y forman un acervo común. El zapatero hace zapatos; el panadero cuece pan; el sastre hace ropa; cada uno tiene su propio trabajo, y cada uno se dedica a lo suyo; y cuando cada uno cumple su trabajo eficazmente se produce una situación de bienestar de toda la comunidad.

Lo que es verdad de las personas también lo es de las naciones. Cada nación tiene su parte en el orden de Dios. Los griegos enseñaron lo que es la belleza del pensamiento y de la forma. Los romanos enseñaron la ley y la ciencia del gobierno y de la administración. Los judíos enseñaron la religión. Los judíos fueron el pueblo preparado especialmente para que de ellos viniera el Mesías de Dios.

Eso no es decir que Dios no preparara también a los otros pueblos. Dios había estado preparando a personas y a naciones en todo el mundo para que sus mentes estuvieran dispuestas para recibir el mensaje del Evangelio cuando llegara a ellos. Pero el gran privilegio de la nación judía fue que fueron los primeros en esperar la venida al mundo del Ungido de Dios.

A continuación Pablo se vuelve hacia los gentiles. Ve dos etapas en su desarrollo.

(i) Recibieron la Palabra; los predicadores cristianos les trajeron el mensaje del Evangelio. Esa Palabra era dos cosas. Primera, era la Palabra de la verdad; les trajo la verdad acerca de Dios y acerca del mundo en que vivían y acerca de sí mismos. Segunda, era una Buena Noticia; era el mensaje del amor y de la gracia de Dios.

(ii) Fueron sellados con el Espíritu Santo. En el mundo antiguo -y en nuestro tiempo también- cuando se enviaba un saco o un cajón o un paquete, se lacrababa con un sello para indicar de dónde procedía y a quién pertenecía. El Espíritu Santo es el sello que muestra que una persona pertenece a Dios. El Espíritu Santo al mismo tiempo nos muestra la voluntad de Dios y nos capacita para cumplirla.

Aquí Pablo dice una gran verdad acerca del Espíritu Santo. Llama al Espíritu Santo, como dice la versión Reina-Valera, «las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida.» La palabra griega, de la que deriva la española, es *arrabón*. El *arrabón* era una característica regular en el mundo griego de los negocios. Era una parte del precio de la compra o del contrato que se pagaba anticipadamente como garantía de que la operación se hacía en firme. Se han conservado muchos documentos comerciales griegos en los que aparece la palabra. Una mujer vende una vaca, y recibe tantas dracmas como *arrabón*. Se contratan algunas bailarinas para la fiesta de un pueblo, y se les paga tanto como *arrabón*. Lo que Pablo está diciendo es que la experiencia del Espíritu Santo que tenemos en este mundo es un adelanto de la bendición del Cielo, y es la garantía de que algún día entraremos en la plena posesión de la bendición de Dios.

Las experiencias más elevadas de paz y gozo cristiano que se pueden disfrutar en este mundo no son más que leves primicias o adelantos del gozo y de la paz en que entraremos un día. Es como si Dios nos hubiera dado lo bastante para aguzarnos el apetito para más, y suficiente para asegurarnos que algún día nos lo dará todo.

LAS SEÑALES DISTINTIVAS DE LA IGLESIA

Efesios 1:15-23

Como he sabido de vuestra fe en Jesucristo y de vuestro amor a todos los que están consagrados a Dios, no dejo nunca de dar gracias por vosotros y de recordaron en mis oraciones. El propósito de mis oraciones al Dios de nuestro Señor Jesucristo, Padre glorioso, es que os dé Espíritu de sabiduría, el Espíritu que os traiga una nueva revelación para que lleguéis a conocerle cada vez más plenamente. El propósito de mis oraciones es que se os iluminen los ojos del entendimiento para conocer la esperanza que os ha traído Su llamamiento, qué riqueza de gloria hay en nuestra herencia entre los santos, qué grandeza insuperable hay en Su poder para con nosotros los que creemos con una fe que produjo el poder de Su fuerza, aquel poder que obró en Cristo resucitándole de entre los muertos y situándole a la diestra de Dios en los lugares celestiales, sobre todos los gobernadores y autoridades y poderes y señoríos, sobre todas las dignidades que se honran no sólo en esta era sino también en la por venir. Dios Le ha sujetado todas las cosas y Le ha dado por

Cabeza suprema a la Iglesia, la Iglesia que es Su complemento Cuerpo, la Iglesia que pertenece al Que está ocupando todas las cosas en todos los lugares.

La parte supremamente importante, el segundo gran paso del pensamiento de Pablo, está al final de este pasaje; pero hay ciertas cosas que debemos notar en los versículos precedentes.

Aquí se nos presentan en un perfecto resumen las características de la verdadera Iglesia. Pablo ha oído de la fe en Jesucristo de los destinatarios de su carta, y del amor que tienen a todas las personas que están consagradas a Dios. Las dos cosas que deben caracterizar a cualquier verdadera Iglesia son *la lealtad a Cristo y el amor a todos los hombres*.

Hay una lealtad a Cristo que no desemboca en el amor a nuestros semejantes. Los monjes y los ermitaños tenían una cierta lealtad a Cristo que les hacía abandonar las actividades normales de la vida haciéndoles vivir solos en lugares desiertos. Los cazadores de herejías de la Inquisición española y de otros muchos lugares y tiempos tenían una cierta lealtad a Cristo que les hacía perseguir a todos los que no pensaban como ellos. Antes de que viniera Cristo, los fariseos daban muestras de una cierta lealtad a Dios que les hacía despreciar olímpicamente a todos los que ellos consideraban menos leales a Dios que ellos.

El verdadero cristiano ama a Cristo y ama a sus semejantes. Y todavía más: sabe que no puede mostrarle su amor a Cristo de ninguna otra manera que mostrándoselo a sus semejantes. Por muy ortodoxa que sea una iglesia, por muy pura que sea su teología y por muy noble que sea su liturgia, no es una iglesia verdadera en el sentido real del término a menos que se caracterice por su amor a sus semejantes. Hay iglesias que rara vez hacen pronunciamientos públicos a menos que sea para censurar o criticar. Puede que sean ortodoxas, pero no son cristianas. La verdadera Iglesia se caracteriza por un doble amor: amor a Cristo, y amor a sus semejantes.

F W Boreham cita un pasaje de *La sombra de la espada* de Robert Buchanan, en el que este autor describe la Capilla del Odio: «Estaba situada en un monte inhóspito y desierto de la Bretaña francesa hace cien años. Estaba en ruinas; los muros estaban negros y sucios con el lègamo de los siglos; alrededor del altar derruido había ortigas y otras malas hierbas de crecían hasta la altura del pecho; mientras una niebla negra preñada de lluvia se cernía noche y día sobre el lùgubre escenario. Por encima de la entrada de la capilla, pero medio borrado, estaba su nombre. Estaba dedicada a Nuestra Señora del Odio. "Aquí -dice Buchanan-, en horas de pasión y dolor, venían hombres y mujeres a lanzar maldiciones a sus enemigos: la moza a su amor falso, el amante a su querida infiel, el marido a su esposa traidora -pidiendo todos a una que nuestra Señora del Odio

los oyera, y que la persona odiada muriera dentro de aquel año."» Y entonces el novelista añade: «¡Con tal brillo y profundidad había brillado la tierna luz cristiana dentro de sus mentes!»

Una capilla del odio es una concepción horrible; y sin embargo, ¿estamos siempre tan lejos como debemos de ella? Odiamos a los comunistas o a los capitalistas; a los fundamentalistas o a los modernistas; a la persona que tiene una teología diferente de la nuestra; al católico romano o al protestante, según los casos. Hacemos declaraciones que se caracterizan, no por su amor cristiano, sino por una especie de amargura condenatoria. Haríamos bien en recordar de vez en cuando que el amor a Cristo y el amor a nuestros semejantes no pueden existir el uno sin el otro. Nuestra tragedia es que es verdad a menudo lo que dijo Swift una vez: «Tenemos suficiente religión para odiar, pero no para amar.»

LA ORACIÓN DE PABLO POR LA IGLESIA

Efesios 1:15-23 (continuación)

En este pasaje vemos lo que Pablo pide a Dios para la Iglesia que ama y que va bien.

(i) Pide el Espíritu de sabiduría. La palabra que usa para *sabiduría* es *sofia*, que ya hemos visto que es el conocimiento de las cosas profundas de Dios. Pide que la Iglesia sea conducida a mayores y mayores profundidades en el conocimiento de las verdades eternas. Para que eso suceda hacen falta ciertas cosas.

(a) Es necesario contar con personas que piensan. Boswell nos cuenta que Goldsmith le dijo una vez: «De la misma manera que adquiero mis zapatos del zapatero, y mi ropa del sastre, así adquiero mi religión del sacerdote.» Hay muchos que son así; y sin embargo la religión no es nada a menos que sea un descubrimiento personal. Como decía Platón hace mucho:

«Una vida sin examen de conciencia no vale la pena vivirla,» y una religión que no se ha examinado personalmente y a conciencia no es una religión que valga la pena tener. Es una obligación de toda persona pensante el pensar en su camino hacia Dios.

(b) Es necesario contar con un ministerio de enseñanza. William Chillingworth decía: «La Biblia, y la Biblia a secas, es la religión de los protestantes.» Eso puede que sea verdad, pero muchas veces no lo parece. La exposición de la Escritura desde el púlpito es una primera necesidad para un despertar espiritual.

(c) Es necesario que tengamos un sentido autoajustable de proporción. Es uno de los hechos extraños de la vida de la Iglesia que, en los comités eclesiásticos como las juntas de iglesia, los presbiterios y hasta las asambleas generales, se dedican veinte horas a la discusión de problemas mundanos de administración por cada hora que se dedica a cuestiones espirituales.

(ii) Pablo pide a Dios para la Iglesia una revelación y un conocimiento más plenos de Dios. Para el cristiano, el crecimiento en el conocimiento y en la gracia es esencial. Cualquier persona que tenga una profesión sabe que no se puede permitir dejar de estudiar. Ningún médico piensa que ha acabado de aprender cuando deja de asistir a las aulas de su facultad. Sabe que semana tras semana, y casi día a día, se descubren nuevas técnicas y tratamientos, y, si quiere seguir siendo de servicio a los que tienen enfermedades y sufren dolores, tiene que mantener el ritmo con ellos. Así sucede con los cristianos. La vida cristiana se podría describir como conocer mejor a Dios día a día. Una amistad que no crece en intimidad con el tiempo tiende a desvanecerse con el tiempo, y eso es lo que sucede entre nosotros y Dios.

(iii) Pide a Dios para la Iglesia una nueva concienciación de la esperanza cristiana. Es casi una característica de la edad en que vivimos que es una edad de desesperación. Thomas Hardy escribía en *Tess*: «Algunas veces pienso que los mundos

son como las manzanas **de nuestro árbol** enfermo: algunas tienen un aspecto estupendo, y otras, de pena.» Y entonces llega la pregunta: «¿En qué clase de mundo vivimos? ¿En un mundo espléndido o en uno irremisiblemente malo?» La respuesta de Tess es: « En uno de pena.» Entre las guerras, sir Philip Gibbs escribía: « Si huelo a gases asfixiantes en Edgware Road, no voy a ponerme la máscara antigás, o a meterme en un refugio antigás. Me saldré a aspirarlo a pleno pulmón, porque me daré cuenta de que *la partida ha terminado.*» H. G. Wells escribió una vez lúgubrementemente: «El ser humano, que empezó en una cueva soleada a cubierto del viento, terminará en un suburbio contaminado en ruinas.» Por todas partes resuenan las voces de los pesimistas; nunca hizo más falta que ahora el sonido de trompeta de la esperanza cristiana. Si el mensaje cristiano es verdad, el mundo no va de camino a su disolución, sino a su consumación.

(iv) Pide a Dios una nueva concienciación del poder de Dios. Para Pablo, la prueba suprema de ese poder había sido la Resurrección. Fue la demostración de que el propósito de Dios no se puede detener por ninguna acción humana. En un mundo que parece caótico, es bueno darse cuenta de que Dios sigue en control.

(v) Pablo acaba hablando de la conquista de Cristo en una esfera que no quiere decir gran cosa para mucha gente hoy. La versión Reina-Valera dice que Dios ha elevado a Jesucristo «sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra.» En los días de Pablo se creía sin la menor duda tanto en los demonios, como en los ángeles; y estas palabras que usa Pablo son los títulos de diferentes grados de ángeles. Está diciendo que no hay ningún ser en el Cielo ni en la Tierra al que Jesucristo no sea superior. En esencia la oración de Pablo es que los creyentes nos demos cuenta de la grandeza del Salvador que Dios nos ha dado.

EL CUERPO DE CRISTO

Efesios 1:15-23 (conclusión)

Llegamos a los dos últimos versículos de este capítulo, en los que Pablo expone uno de los pensamientos más aventureros y elevados que haya tenido nadie jamás. Llama a la Iglesia por su título supremo: El *Cuerpo de Cristo*.

A fin de entender lo que Pablo quiere decir, volvamos al pensamiento clave de esta epístola. El mundo tal como se nos presenta es una desunión total. Hay desunión entre judíos y gentiles, entre griegos y bárbaros; hay desunión entre diferentes personas de la misma nación; hay desunión dentro de cada persona, porque en cada uno de nosotros el bien lucha con el mal; hay desunión entre la humanidad y la naturaleza, y, sobre todo, hay desunión entre el hombre y Dios. La tesis de Pablo era que Jesús había muerto para unir en uno todos los elementos discordantes de este universo, borrar las separaciones, reconciliar al hombre con el hombre y al hombre con Dios. Jesucristo era por encima de todo el instrumento de Dios para la reconciliación.

Fue para reunir todas las cosas y a todas las personas en una sola familia para lo que Cristo murió. Pero está claro que esa unidad no existe todavía. Echemos mano de una analogía humana. Supongamos que un gran médico descubre la cura del cáncer. Una vez que se ha descubierto, la cura existe; pero antes de que esté disponible para todos los enfermos que la necesitan tiene que salir al mundo. Los médicos y los cirujanos deben tener conocimiento de ella y entrenarse para usarla. La cura existe, pero una sola persona no puede llevarla a todos los que la necesitan; un cuerpo de médicos tiene que ser el agente que se encargue de que llegue a todos los pacientes del mundo. Eso es precisamente lo que es la Iglesia de Jesucristo. Es en Jesús en Quien todos los seres humanos y todas las naciones pueden llegar a ser una sola cosa; pero antes de que eso suceda tienen que conocer a Jesucristo, y esa es la tarea de la Iglesia.

Cristo es la Cabeza; la Iglesia es el Cuerpo. La cabeza tiene que tener un cuerpo para actuar. La Iglesia es literalmente las manos para hacer la obra de Cristo, los pies para ir por Él a todas partes y la voz para proclamar Su palabra.

En la frase final del capítulo, Pablo expone dos pensamientos tremendos. Dice que la Iglesia es el complemento de Cristo. De la misma manera que las ideas de la mente no se pueden realizar sin el cuerpo, la gloria maravillosa que Cristo trajo a este mundo no se puede hacer efectiva sin la obra de la Iglesia. Pablo pasa a decir que Jesús está llenando paulatinamente todas las cosas en todos los lugares, y que esa acción la está desarrollando la Iglesia. Este es uno de los pensamientos más alucinantes del Evangelio. Quiere decir nada menos que que el plan de Dios de un mundo unido depende de la Iglesia.

Hay una leyenda antigua que nos cuenta lo que pasó cuando Jesús volvió al Cielo después de haber pasado un tiempo en la Tierra. Aun en el Cielo seguía llevando las cicatrices de Su pasión. Los ángeles estaban hablando con Él, y Gabriel dijo: < Maestro, tienes que haber sufrido terriblemente por los humanos de allí abajo. > < Es verdad, > le contestó Jesús. < Y -siguió diciéndole Gabriel-, ¿ya saben todos cuánto los has amado y lo que has hecho por ellos? > < Oh no -dijo Jesús-, todavía no. Hasta ahora solo lo saben unos pocos en Palestina. > < ¿Y qué plan has hecho dijo Gabriel- para que todos lo sepan? > Jesús dijo: < Les he pedido a Pedro y a Santiago y a Juan y a otros pocos que dediquen sus vidas a hablarles a otros de Mí; y los otros se lo dirán a otros, y así a otros, hasta que el último ser humano en el último rincón de la Tierra sepa lo que Yo he hecho. > Gabriel parecía dudar, porque sabía muy bien lo poco de fiar que somos los humanos. «Sí -dijo-, ¿pero qué si Pedro y Santiago y Juan se olvidan? ¿Y si no cumplen los que vayan detrás? ¿Qué si allá abajo, en el siglo veinte, la gente no sigue hablando de Ti? ¿Es que no has hecho ningún otro plan? > Y Jesús respondió: «Pues no, no he hecho ningún otro plan. *Cuento con ellos.*» Decir que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo quiere decir que Jesús cuenta con nosotros.

LA VIDA SIN CRISTO Y LA GRACIA DE DIOS

Efesios 2:1-10

Cuando estabais muertos en vuestros pecados y transgresiones, esos pecados y transgresiones en los que vivíais en un tiempo, viviendo la vida de la manera que la vive esta edad presente del mundo, viviendo la vida como dicta el que gobierna el poder del aire, ese espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia y en un tiempo todos nosotros también vivíamos la misma clase de vida que esos hijos de desobediencia, una vida en la que nos encontrábamos a merced de los deseos de nuestra naturaleza inferior, una vida en la que seguíamos los deseos de nuestra naturaleza inferior y nuestros propios designios, una vida en la que, por lo que se refiere a la naturaleza humana, no merecíamos nada más que la ira de Dios, lo mismo que todos los demás-. Aunque éramos todos así, digo, Dios, Que es rico en misericordia, y a causa del gran amor con que nos ha amado, nos dio la vida en Jesucristo, aun cuando estábamos muertos en transgresiones (es por gracia por lo que habéis sido salvados), y nos resucitó con Cristo, y nos concedió sentarnos en los lugares celestiales con Cristo, gracias a lo que Jesucristo hizo por nosotros. Esto hizo para que en la edad por venir pudieran demostrarse las riquezas extraordinarias de Su gracia en Su amabilidad hacia nosotros en Jesucristo. Porque es por gracia, apropiada mediante la fe, como habéis sido salvados. No ha sido por nada que vosotros hicierais. Fue un regalo que Dios os hizo. No fue el resultado de obras, porque había sido el designio de Dios que nadie tuviera motivos para enorgullecerse. Porque somos Su obra, creados en Jesucristo para buenas obras, obras que Dios preparó de antemano para que nos condujéramos en ellas.

En este pasaje, el pensamiento de Pablo fluye prescindiendo de las reglas de la gramática; empieza oraciones y no las acaba; empieza con una construcción, y a mitad de camino se desliza a otra. Esto es así porque se trata más bien de un poema del amor de Dios que de una exposición teológica sistemática. El canto del ruiseñor no se puede analizar con las reglas de la composición musical. La alondra canta por el gozo de cantar. Eso es lo que hace aquí Pablo. Está derramando el corazón, y las exigencias de la gramática tienen que ceder el paso a la maravilla de la gracia.

LA VIDA SIN CRISTO

Efesios 2:1-3

Cuando estabais muertos en vuestros pecados y transgresiones, esos pecados y transgresiones en los que vivíais en un tiempo, viviendo la vida de la manera que la vive esta edad presente del mundo, viviendo la vida como dicta el que gobierna el poder del aire, ese espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia y en un tiempo todos nosotros también vivíamos la misma clase de vida que esos hijos de desobediencia, una vida en la que nos encontrábamos a merced de los deseos de nuestra naturaleza inferior, una vida en la que seguíamos los deseos de nuestra naturaleza inferior y nuestros propios designios, una vida en la que, por lo que se refiere a la naturaleza humana, no merecíamos nada más que la ira de Dios, lo mismo que todos los demás.

Cuando Pablo habla de *vosotros*, se está refiriendo a los gentiles; cuando habla de *nosotros*, se refiere a los judíos, que eran sus compatriotas. En este pasaje muestra lo terrible que era la vida sin Cristo tanto para los gentiles como para los judíos juntamente.

(i) Dice que esta vida se vive en pecados y transgresiones. Las palabras que usa son interesantes. La palabra para *pecado* es *hamartía*; y *hamartía* es una palabra de la caza y del tiro deportivo o guerrero, y quiere decir no dar en el blanco. Cuando un tirador lanza la flecha y falla el tiro, eso es *hamartía*. El pecado es el fracaso en el intento de alcanzar una meta en la vida. Por eso precisamente es por lo que el pecado es tan universal.

Por lo general, tenemos una idea equivocada del pecado. Estaríamos de acuerdo sin duda en que el ladrón, el asesino, el violador, el borracho, el terrorista, son pecadores; pero, puesto que la mayor parte de nosotros somos ciudadanos respetables, en lo más íntimo de nuestro corazón creemos que el pecado no nos concierne gran cosa. Más bien nos ofenderíamos si se nos dijera que somos pecadores que merecemos el infierno. Pero *hamartía* nos pone cara a cara con lo que es realmente el pecado: el fracaso en ser lo que debemos y podemos ser.

¿Es un hombre tan buen marido como puede ser? ¿Trata de hacerle la vida más fácil y agradable a su esposa? ¿Le hacen sufrir a su familia sus cambios de humor? ¿Es una mujer tan buena esposa como puede? ¿Se toma de veras interés en el trabajo de su marido y trata de comprender sus problemas y preocupaciones? ¿Somos tan buenos padres como podríamos ser? ¿Dirigimos y entrenamos a nuestros hijos para la vida como es nuestro deber, o esquivamos esa responsabilidad a veces o a menudo? A medida que van creciendo nuestros hijos, ¿nos acercamos más a ellos, o los dejamos que se distancien hasta tal punto que resulta difícil la conversación, y que ellos y nosotros somos prácticamente extraños? ¿Somos tan buenos hijos como podríamos ser? ¿Tratamos de alguna manera de mostrarnos agradecidos por lo que se ha hecho por nosotros? ¿Vemos alguna vez el dolor en los ojos de nuestros padres, y sabemos que somos nosotros los que se lo hemos causado? ¿Somos tan buenos trabajadores como podríamos ser? ¿Llenamos cada hora de trabajo con una labor concienzuda y responsable, y hacemos cada tarea todo lo bien que podemos?

Cuando nos damos cuenta de lo que es el pecado vemos que no es algo que se han inventado los curas o los pastores, sino que es algo que inunda la vida. Es el fracaso en cualquier esfera de la vida de ser como debemos y podemos ser.

La otra palabra que usa Pablo, que traducimos por *transgresiones*, es *paróptoma*. Quiere decir literalmente *resbalón o caída*. Se usa de una persona que yerra el camino, y que cada vez se aleja más de lo que debería ser su destino; se usa de un hombre que se despista, y se desliza por terrenos peligrosos lejos de la verdad. Transgresión es seguir un camino equivocado cuando podríamos seguir el correcto; es faltar a la verdad que debemos conocer. Por tanto es el fracaso en alcanzar la meta que deberíamos habernos propuesto.

¿Estamos en la vida donde debemos estar? ¿Hemos alcanzado la meta de eficacia y habilidad que podían hacernos alcanzar nuestras condiciones? ¿Hemos alcanzado la meta de servicio a los demás que teníamos la obligación de alcanzar? ¿Hemos alcanzado la meta de bondad que podríamos haber alcanzado? .

La idea central de pecado es el fracaso, fracaso de acertar en la intención, fracaso de mantenernos en el camino debido, fracaso de hacer la vida lo que podríamos haberla hecho; y esa definición nos incluye a cada uno de nosotros.

LA MUERTE EN VIDA

Efesios 2:1-3 (continuación)

Pablo habla de personas que están *muertas en pecados*. ¿Qué quería decir? Algunos lo han tomado en el sentido de que sin Cristo las personas viven en un estado de pecado que en la vida por venir produce la muerte del alma. Pero Pablo no está hablando de la vida venidera; está hablando de la vida presente. Hay tres direcciones en las que el efecto del pecado es mortal.

(i) *El pecado mata la inocencia*. Nadie sigue siendo el mismo después de cometer un' pecado. Los psicólogos nos dicen que nunca olvidamos realmente nada.

Puede que no quede en nuestra memoria consciente, pero todo lo que hemos hecho o visto u oído o experimentado de alguna manera alguna vez queda enterrado en nuestra memoria inconsciente. El resultado es que el pecado produce un efecto permanente en la persona.

En la novela *Trilby* de Du Maurier se nos presenta un ejemplo de esto. Por primera vez en su vida, Little Billee ha tomado parte en una juerga de borrachos, y se ha emborrachado. < ¡Y cuando, después de dormir durante cuarenta y ocho horas o algo así los humos de ese memorable exceso navideño, descubrió que le había sucedido una cosa triste y extraña! Era como si un aliento fétido hubiera empañado su espejo del recuerdo, dejando una pequeña película por detrás, de forma que ninguna cosa del pasado que quisiera ver en él se reflejara exactamente con la misma claridad prístina. Como si el agudo, rápido filo de navaja de su poder para alcanzar y evocar el anterior encanto y el atractivo y la esencia de las cosas se le hubiera mellado y estropeado. Como si la floración de esa alegría especial, el don que él tenía de recuperar emociones y sensaciones y situaciones pasadas, y de actualizarlas de nuevo mediante un sencillo esfuerzo de voluntad, se le hubiera desvanecido para siempre. Y ya nunca recuperó el uso completo de esa facultad tan preciosa de la juventud y de la niñez feliz, y de lo que había poseído antes sin darse cuenta de una manera tan singular y excepcional.»

La experiencia del pecado le había dejado una especie de película opaca en la mente, y las cosas ya no podrían ser tan luminosas como antes. Si manchamos un traje o una alfombra, podemos mandarlos al tinte, pero no se quedan realmente como antes. El pecado hace algo a la persona; mata la inocencia; y la inocencia, una vez que se pierde, ya no se puede recuperar. Como decía el poeta,

*Morirá la primavera:
suena la gaita, - rueda la danza; mas cada año en la pradera
tornará el manto - de la esperanza.*

*La inocencia de la vida
(calle la gaita - pare la danza) no torna una vez perdida.
¡Perdí la mia I, - ¡hay, mi esperanza!*

(Pablo Piferrer, *Canción de la Primavera*).

(ii) *El pecado mata los ideales.* En las vidas de muchos hay una especie de proceso trágico. Al principio, una persona considera una mala acción con horror; la segunda etapa llega cuando tiene la tentación de hacerlo, pero, aun cuando lo está haciendo, se siente todavía desgraciado e inquieto y muy consciente de la está mal; la tercera etapa llega cuando ya ha hecho aquello tantas veces que ya se hace sin remordimientos. Cada pecado hace más fácil el siguiente. El pecado es una especie de suicidio, porque mata los ideales que hacen que valga la pena vivir la vida.

(iii) Por último, *el pecado mata la voluntad.* En un principio, uno se entrega a algún placer prohibido porque quiere; al final, se entrega a él porque no lo puede evitar. Una vez que algo se convierte en un hábito, no está lejos de ser una necesidad. Cuando uno ha permitido que le domine algún hábito, alguna permisividad, alguna práctica prohibida, llega a ser su esclavo. Como recoge un antiguo dicho: **«Siembra un hecho, y cosecharás un hábito; siembra un hábito, y cosecharás un carácter; siembra un carácter, y cosecharás un destino.»**

El pecado tiene un cierto poder asesino. Mata la inocencia; el pecado se puede perdonar, pero sus efectos permanecen. Como decía Orígenes: «Quedan las cicatrices.» El pecado mata los ideales; las personas empiezan a hacer sin remordimientos

lo que en un principio les producía horror. El pecado mata la voluntad; acaba por dominar a una persona de tal manera que ya no se puede librar de él.

LAS SEÑALES DE LA VIDA SIN CRISTO

Efesios 2:1-3 (conclusión)

En este pasaje Pablo presenta una especie de lista de las características de la vida sin Cristo.

(i) Es la vida que se vive de acuerdo con esta edad presente. Es decir: es la vida que se vive de acuerdo con los baremos y los valores del mundo. El Evangelio exige *perdonar*, pero los escritores antiguos decían que era una señal de debilidad el tener la posibilidad de vengarse de una injuria y no hacerlo. El Evangelio demanda *amar aun a nuestros enemigos*; pero Plutarco decía que la señal de un buen hombre era ser útil a sus amigos y terrible a sus enemigos. El Evangelio demanda *servir*; pero el mundo no puede comprender al misionero, por ejemplo, que va a alguna tierra extranjera para enseñar en una escuela o colaborar en un hospital por la cuarta parte del sueldo que le pagarían en su país en cualquier trabajo secular. La esencia de los baremos del mundo es que colocan al yo en el centro; la esencia del baremo cristiano es que pone a Cristo y a los demás en el centro. La esencia de una persona mundana es, como ha dicho alguien, que < conoce el precio de todo y el valor de nada. » La motivación del mundo es la ganancia; la dinámica del cristiano es el deseo de servir.

(ii) Es la vida que se vive bajo los dictados del príncipe del aire. Aquí nos encontramos de nuevo con algo que era muy real en los días de Pablo, pero que no lo es tanto para muchos ahora. El mundo antiguo creía a pies juntillas en los demonios. Creía que el aire estaba tan abarrotado de estos demonios que no había espacio ni para introducir la punta de un alfiler entre ellos. Pitágoras decía: «Todo el aire está lleno de espíritus.»

Filón decía: < Hay espíritus volando por todas partes en el aire. > < El aire es la morada de los espíritus desencarnados. > Esos espíritus no eran todos malos, pero muchos sí, y se proponían propagar el mal frustrando los propósitos de Dios, y arruinar a las almas humanas. Los que estaban bajo su influencia se encontraban en oposición a Dios.

(iii) Es una vida que se caracteriza por la desobediencia. Dios tiene muchas maneras de revelarles Su voluntad a las personas. Lo hace por medio de la conciencia, la voz del Espíritu Santo que nos habla en nuestro interior; o dándoles a las personas la sabiduría y los mandamientos de Su Libro; o por medio del consejo de personas buenas y piadosas. Pero el que vive la vida sin Cristo sigue su propio camino, aun cuando sabe cuál es el de Dios.

(iv) Es una vida que está a merced del deseo. La palabra para *deseo* es *epithymía*, que quiere decir expresamente el deseo de lo que es malo y nos está prohibido. El sucumbir a ello es llegar irremisiblemente al desastre.

Una de las tragedias del siglo XIX fue la carrera de Oscar Wilde. Tenía una inteligencia excepcional, y obtuvo los honores académicos más altos; era un escritor ingenioso, y obtuvo las más altas recompensas en literatura. Tenía todo el encanto del mundo, y era un hombre simpático por naturaleza; sin embargo, cayó en la tentación, y acabó en la cárcel y en la deshonra. Cuando estaba sufriendo las consecuencias de su caída escribió su libro *De profundis*, en el que decía: «Los dioses me habían dado casi todo. Pero yo me dejé seducir por largos períodos de abandono insensato y sensual... Cansado de estar en las cimas, descendí a las simas en busca de nuevas sensaciones. Lo que era para mí la paradoja en la esfera del pensamiento llegó a serme la perversidad en la esfera de la pasión. Dejaron de importarme las vidas de los demás. Asumí el placer donde se me antojó, y seguí adelante. Olvidé que todas las pequeñas acciones de la vida corriente hacen o deshacen el carácter, y que, por tanto, lo que uno ha hecho en la cámara secreta tendrá algún día que proclamarlo desde los tejados.

Dejé de tener control sobre mí mismo. Ya no era el capitán de mi propia alma, aunque no lo sabía. Me dejé dominar por el placer. Acabé en una horrible deshonra.»

El deseo es un mal amo, y el estar a merced del deseo es la peor esclavitud. Y el deseo no es simplemente una debilidad del cuerpo; es el ansia de la cosa prohibida.

(v) Es la vida que sigue lo que la Reina-Valera llama < los deseos de nuestra carne. > Debemos tratar de entender lo que Pablo quiere decir con esta expresión. Quiere decir mucho más que los pecados sexuales. En *Gálatas 5:19-21*, Pablo hace una lista de «las obras de la carne.» Es verdad que empieza por el adulterio y la fornicación, pero seguidamente incluye la idolatría, el odio, la ira, la rivalidad, las envidias, las sediciones, las divisiones heréticas. La carne es la parte de nuestra naturaleza que le ofrece una cabeza de puente al pecado.

El significado de « la carne » será diferente para personas diferentes. Uno puede que tenga su talón de Aquiles en el cuerpo, y su riesgo sea el pecado sexual; otro puede que lo tenga en las cosas espirituales, y su riesgo sea el orgullo; el de otro puede estar en las cosas de este mundo, y su riesgo en la ambición indigna; otro puede que lo tenga en el temperamento, y su riesgo en las envidias y las rivalidades. Todos estos son pecados de la carne. Que nadie crea que, porque se ha librado de los pecados más groseros del cuerpo ha evitado los pecados de la carne. La carne es todo lo que hay en nosotros que le ofrece una oportunidad al pecado; es la naturaleza humana sin Dios. El vivir de acuerdo con los dictados de la carne es sencillamente vivir de tal manera que nuestra naturaleza inferior, la peor parte de nosotros, domine nuestra vida.

(vi) Es una vida que no merece más que la ira de Dios. Muchas personas están amargadas porque creen que no se les ha dado nunca lo que merecen sus talentos y esfuerzos. Pero, a la vista de Dios, ninguna persona merece nada más que la condenación. Ha sido solo Su amor en Cristo lo que ha perdonado a las personas que no merecen más que Su castigo, personas que habían ofendido Su amor y quebrantado Su ley.

LA OBRA DE CRISTO

Efesios 2:4-10

Aunque todos nosotros estábamos en esa condición, digo yo, Dios, porque es rico en misericordia y porque nos ha amado con un amor tan grande, nos dio la vida en Jesucristo, aun cuando estábamos muertos en transgresiones (es por gracia como habéis sido salvados, y nos resucitó con Cristo, y nos aposentó en los lugares celestiales con Cristo, en virtud de lo que Jesucristo había hecho por nosotros. Esto lo hizo para que en la edad por venir se demostrara la riqueza superabundante de Su gracia en Su benevolencia para con nosotros en Jesucristo. Porque habéis sido salvados por gracia, recibiendo la por la fe, no por nada que hubierais hecho vosotros. Fue una don gratuito de Dios. No fue el resultado de vuestras obras, porque era el designio de Dios que ninguno tuviera motivos para enorgullecerse. Porque nosotros somos Su obra, creados en Jesucristo para buenas obras, obras que Dios preparó de antemano para que nosotros nos condujéramos por ellas.

Pablo había empezado diciendo que nos encontrábamos en una condición de muerte espiritual en pecados y transgresiones; ahora dice que Dios, en Su amor y misericordia, nos ha dado la vida en Jesucristo. ¿Qué quiere decir exactamente con eso? Ya vimos que estaban implicadas tres cosas en estar muertos en pecados y transgresiones. Jesús tiene algo que hacer con cada una de estas cosas.

(i) Ya hemos visto que el pecado mata la inocencia. Ni siquiera Jesús puede devolverle a una persona la inocencia que ha perdido, porque ni siquiera Jesús puede atrasar el reloj; pero lo que sí puede hacer Jesús, y lo hace, es librarnos del sentimiento de culpabilidad que conlleva necesariamente la pérdida de la inocencia.

Lo primero que hace el pecado es producir un sentimiento de alejamiento de Dios. Cuando una persona se da cuenta de que ha pecado, se siente oprimida por un sentimiento de que no debe aventurarse a acercarse a Dios. Cuando Isaías tuvo la visión de Dios, su primera reacción fue decir: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Porque soy un hombre de labios inmundos, y vivo entre personas que tienen los labios inmundos» (Isaías 6:5). Y cuando Pedro se dio cuenta de Quién era Jesús, su primera reacción fue: «¡Apártate de mí, porque yo soy un hombre pecador, oh Señor!» (Lucas 5:8).

Jesús empieza por quitar ese sentimiento de alejamiento. Él vino para decirnos que, estemos como estemos, tenemos la puerta abierta a la presencia de Dios. Supongamos que hubiera un hijo que hubiera hecho algo vergonzoso, y luego hubiera huido porque estaba seguro de que no tenía sentido volver a casa, porque la puerta estaría cerrada para él. Y entonces, supongamos que alguien le trae la noticia de que la puerta la tiene abierta, y le espera una bienvenida cálida en casa. ¡Qué diferentes haría las cosas esa noticia! Esa es la clase de noticia que nos ha traído Jesús. Él vino para quitar el sentimiento de alejamiento y de culpabilidad, diciéndonos que Dios nos quiere tal como somos.

(ii) Ya vimos que el pecado mata los ideales por los que viven las personas. Jesús despierta el ideal en el corazón humano.

Se cuenta de un maquinista negro que trabajaba en un transbordador de un río de América, que su embarcación era vieja, y el motor estaba descuidado y asqueroso. Este maquinista experimentó una auténtica conversión. Lo primero que hizo fue volver a su transbordador y limpiar la maquinaria hasta dejarla tan reluciente como un espejo. Uno de los pasajeros habituales comentó el cambio. «¿A qué te has dedicado?» -le dijo al maquinista. «¿Qué te ha hecho limpiar y sacarle brillo a tu vieja maquinaria?» «Señor -respondió el maquinista-, ahora tengo la gloria.» Eso es lo que Cristo hace por nosotros: nos da la gloria.' ,

Se cuenta que en la congregación de Edimburgo que pastoreaba George Matheson había una mujeruca que vivía en un sótano en unas condiciones de la mayor sordidez. Al cabo de algún tiempo de estar allí Matheson, estaba próximo el culto de comunión (que en Escocia se solía celebrar bastante de tarde en tarde), y un anciano fue a visitar a aquella mujer en su sótano; y descubrió que ya no estaba allí. Le siguió la pista, y la encontró en una guardilla pobre y sin lujos, pero tan bien iluminada y ventilada y limpia como oscuro y maloliente y sucio había estado el antiguo sótano. «Ya veo que ha cambiado usted de casa» -le dijo. «¡Pues claro que sí! -le contestó ella-. Una no puede oír predicar a George Matheson y vivir en un sótano asqueroso.» El mensaje cristiano había encendido de nuevo el ideal. Como dice un himno:

En el hondón del corazón humano pisoteados todos por el mal yacen los sentimientos enterrados y la gracia los viene a restaurar.

La gracia de Jesucristo enciende de nuevo los ideales que habían extinguido las caídas sucesivas en pecado. Y al encenderse de nuevo, la vida se convierte otra vez en una escalada.

(iii) Por encima de otras cosas, Jesucristo aviva y restaura la voluntad perdida. Ya vimos que el efecto mortífero del pecado es que destruía lento pero seguro la voluntad de la persona, y que la indulgencia que había empezado por un placer se había convertido en una necesidad. Jesús crea otra vez la voluntad.

Eso es de hecho lo que hace siempre el amor. El resultado de un gran amor es siempre purificador. Cuando uno se enamora de veras, el amor le impulsa a la bondad. Su amor al ser amado es tan fuerte que quebranta su antiguo amor al pecado.

Eso es lo que Cristo hace por nosotros. Cuando Le amamos a Él, ese amor recrea y restaura nuestra voluntad hacia la bondad. Como dice el coro:

Cristo rompe las cadenas'y nos da la libertad.

LA OBRA Y LAS OBRAS DE LA GRACIA

Efesios 2:4-10 (conclusión)

Pablo cierra este pasaje con una gran exposición de aquella paradoja que siempre subyace en el corazón de esta visión del Evangelio. Esta paradoja tiene dos caras.

(i) Pablo insiste en que es por gracia como somos salvos. No hemos ganado la salvación ni la podríamos haber ganado de ninguna manera. Es una donación de Dios, y nosotros no tenemos que hacer más que aceptarla. El punto de vista de Pablo es innegablemente cierto. Y esto por dos razones.

(a) Dios es la suprema perfección; y por tanto, solo lo perfecto es suficientemente bueno para él. Los seres humanos, por naturaleza, no podemos añadir perfección a Dios; así que, si una persona ha de obtener el acceso a Dios, tendrá que ser siempre Dios el Que lo conceda, y la persona quien lo reciba.

(b) Dios es amor; el pecado es, por tanto, un crimen, no contra la ley, sino contra el amor. Ahora bien, es posible hacer reparación por haber quebrantado la ley, pero es imposible hacer reparación por haber quebrantado un corazón. Y el pecado no consiste tanto en quebrantar la ley de Dios como en quebrantar el corazón de Dios. Usemos una analogía cruda e imperfecta. Supongamos que un conductor descuidado mata a un niño. Es detenido, juzgado, declarado culpable, sentenciado a la cárcel por un tiempo y/o a una multa. Después de pagar la multa y salir de la cárcel, por lo que respecta a la ley, es asunto concluido. Pero es muy diferente en relación con la madre del niño que mató. Nunca podrá hacer compensación ante ella pasando un tiempo en la cárcel y pagando una multa. Lo único que podría restaurar su relación con ella sería un perdón gratuito por parte de ella. Así es como nos encontramos en relación con Dios. No es contra las leyes de Dios solo contra lo que hemos pecado, sino contra Su corazón. Y por tanto solo un acto de perdón gratuito de la gracia de Dios puede devolvernos a la debida relación con 11.

(ii) Esto quiere decir que las obras no tienen nada que ver con ganar la salvación. No es correcto ni posible apartarse de la enseñanza de Pablo aquí -y sin embargo es aquí donde se apartan algunos a menudo. Pablo pasa a decir que somos creados de nuevo por Dios para buenas obras. Aquí tenemos la paradoja paulina. Todas las buenas obras del mundo no pueden restaurar nuestra relación con Dios; pero algo muy serio le pasaría al Cristianismo si no produjera buenas obras.

No hay nada misterioso en esto. Se trata sencillamente de una ley inevitable del amor. Si alguien nos ama de veras, sabemos que no merecemos ni podemos merecer ese amor. Pero al mismo tiempo tenemos la profunda convicción de que debemos hacer todo lo posible para ser dignos de ese amor.

Así sucede en nuestra relación con Dios. Las buenas obras no pueden ganarnos nunca la salvación; pero habría algo que no funcionaría como es debido en nuestro cristianismo si la salvación no se manifestara en buenas obras. Como decía Lutero, recibimos la salvación por la fe sin aportar obras; pero la fe que salva va siempre seguida de obras. No es que nuestras buenas obras dejen a Dios en deuda con nosotros, y Le obliguen a concedernos la salvación; la verdad es más bien que el amor de Dios nos mueve a tratar de corresponder toda nuestra vida a ese amor esforzándonos por ser dignos de él.

Sabemos lo que Dios quiere que hagamos; nos ha preparado de antemano la clase de vida que quiere que vivamos, y nos lo ha dicho en Su Libro y por medio de Su Hijo. Nosotros no podemos ganarnos el amor de Dios; pero podemos y debemos mostrarle que Le estamos sinceramente agradecidos, tratando de todo corazón de vivir la clase de vida que produzca gozo al corazón de Dios.

A.C. Y D.C.

Efesios 2:11-22

Así que acordaos de que antes, por lo que se refiere a la descendencia humana, vosotros erais gentiles; los que blasonan de esa circuncisión que es una cosa física que se hace con las manos os llamaban incircuncisos. Acordaos de

que entonces no teníais esperanza de un Mesías; erais extranjeros a la comunidad de Israel y ajenos a los pactos en los que se basaban las promesas de Dios; no teníais ninguna esperanza; vivíais en un mundo sin Dios. Pero, tal como ahora están las cosas, en virtud de lo que Jesucristo ha hecho, los que antes estabais lejos habéis sido acercados al precio de la sangre de Cristo. Porque es Él el Que ha hecho la paz entre nosotros; es Él el Que ha hecho de los judíos y los gentiles un solo pueblo, y el Que ha derribado la muralla intermedia de separación, y acabado con la enemistad al venir en la carne, y abolido la ley de los mandamientos con todos sus decretos. Esto lo hizo para formar con los dos una nueva humanidad haciendo la paz entre ellos para reconciliar a ambos con Dios en un solo cuerpo por medio de la Cruz, después de haber dado muerte por medio de lo que Él hizo a la enemistad que había entre ellos. Así es que vino a predicaros la paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estábamos cerca; porque por medio de Él los dos tenemos derecho de acceso a la presencia del Padre, porque venimos en un solo Espíritu. Así que ya no sois extranjeros ni residentes forasteros en una tierra que no es la vuestra, sino compatriotas del pueblo consagrado a Dios y miembros de la familia de Dios. Habéis ido levantándoos como un edificio sobre la cimentación de los profetas y de los apóstoles; y la piedra angular es Cristo mismo. Todo el edificio que se está edificando está trabado en Él, y continuará creciendo hasta que llegue a ser un templo santo del Señor, un templo de cuya edificación vosotros también formáis parte, para que lleguéis a ser la morada de Dios por obra del Espíritu.

ANTES DE QUE VINIERA CRISTO

Efesios 2:11-12

Así que acordaos de que antes, por lo que se refiere a la descendencia humana, vosotros erais gentiles; los que blasonan de esa circuncisión que es una cosa física que se hace con las manos os llamaban incircuncisos. Acordaos de que entonces no teníais esperanza de un Mesías; erais extranjeros a la comunidad de Israel y ajenos a los pactos en los que se basaban las promesas de Dios; no teníais ninguna esperanza; vivíais en un mundo sin Dios.

Pablo habla de la condición de los gentiles antes de que Cristo viniera. Pablo era el apóstol de los gentiles, pero nunca olvidó el lugar exclusivo de los judíos en el designio y la revelación de Dios. Aquí está trazando el contraste entre la vida de los gentiles y la de los judíos.

(i) A los gentiles los llamaban < la incircuncisión > los que basaban sus derechos en esa circuncisión física y hecha por los hombres.. Esta era la primera de las grandes diferencias. Los judíos sentían un inmenso desprecio hacia los gentiles. Algunos hasta decían que Dios había creado a los gentiles para usarlos como leña para los fuegos del infierno; que Dios no amaba nada más que a Israel de todas las naciones que había hecho; que como se debía aplastar la mejor de las serpientes había que matar al mejor de los gentiles. No era ni siquiera legal el prestar ayuda a una gentil en el momento del parto, porque eso no serviría nada más que para traer a otro gentil al mundo.

La barrera entre los judíos y los gentiles era absoluta. Si un judío . se casaba con una gentil, se llevaba a cabo su funeral como si hubiera muerto. Tal contacto con un gentil era el equivalente de la muerte; hasta entrar en la casa de un gentil era contraer la impureza ritual. Antes de Cristo, la barrera estaba levantada; después de Cristo, se ha suprimido.

(ii) Los gentiles no esperaban ningún Mesías. La versión Reina-Valera traduce que estaban *sin Cristo*. Esa es una traducción perfectamente posible; pero la palabra *Jristós* no es un nombre propio en primer lugar, aunque ha llegado a serlo; es un adjetivo que quiere decir *el ungido*. A los reyes se los ungía cuando se los coronaba; así que *Jristós*, la traducción literal griega del hebreo *Mashiaj*, llegó a significar *El Ungido de Dios*, el Rey esperado a Quien Dios mandaría al mundo para vindicar lo que era Suyo, y para introducir la edad de oro. Aun en los días más amargos de su historia, los judíos nunca dudaron de que el Mesías vendría. Pero los gentiles no tenían tal esperanza.

Veamos los resultados de esa diferencia. Para los judíos, la Historia siempre tenía una meta; independientemente de lo que fuera el presente, el futuro sería glorioso; el punto de vista judío de la Historia era esencialmente optimista. Por otra parte, la Historia no iba a ninguna parte para los gentiles. Para los estoicos era cíclica. Creían que se desarrollaba durante tres mil años, pasados los cuales se producía una conflagración en la que todo el universo se consumía en llamas; seguidamente, todo el proceso comenzaba de nuevo, y se repetían exactamente los mismos acontecimientos y las mismas personas. Para los gentiles, la Historia era una marcha que no iba a ninguna parte; para los judíos era una marcha hacia Dios. Para los gentiles, la vida no valía la pena; para los judíos era el camino a una vida mejor. Con la venida de Cristo, los gentiles entraron en ese nuevo punto de vista de la Historia según la cual uno está siempre de camino hacia Dios.

SIN AYUDA NI ESPERANZA

Efesios 2:11-12 (conclusión)

(iii) Los gentiles eran forasteros a la sociedad de Israel. ¿Qué quiere decir eso? El nombre que se le daba a Israel era *haguioi laos*, el pueblo *santo*. Ya hemos visto que el sentido fundamental de *haguioi* es *diferente*. ¿En qué sentido era diferente el pueblo de Israel de los otros pueblos? En el sentido de que su único Rey era Dios. Otras naciones podían gobernarse por democracia o aristocracia; Israel era una teocracia; su gobernador era Dios. Después de las victorias de Gedeón, se le acercó el pueblo y le ofreció el trono de Israel. La respuesta de Gedeón fue: < No seré señor sobre vosotros, ni lo será mi hijo. EL SEÑOR será vuestro Señor» (*Génesis 8: 23*). Cuando el salmista cantaba: < Te exaltaré, Dios mío y Rey mío» (*Salmo 145:1*), eso era realmente lo que quería decir.

Ser israelita era ser miembro de la sociedad de Dios; era tener una ciudadanía que era divina. Está claro que la vida sería completamente diferente de la de cualquier otra nación que no fuera consciente de tal destino. Se dice que cuando Pericles, el más grande de los atenienses, iba a dirigirse a la asamblea de Atenas, solía decirse a sí mismo: « Pericles, recuerda que eres ateniense, y que hablas a los atenienses.» Para el judío era posible decir: «Recuerda que eres un ciudadano de Dios, y que estás hablando al pueblo de Dios.» No se podría encontrar una conciencia semejante de grandeza en todo el mundo.

(iv) Los gentiles eran ajenos a los pactos en los que se basaban las promesas. ¿Qué quiere decir eso? Israel era por encima de todo *el pueblo del pacto*. ¿Qué quiere decir eso? Los judíos creían que Dios se había dirigido a su nación con un ofrecimiento especial: « Os tomaré como Mi pueblo y seré vuestro Dios» (*Éxodo 6:7*). Esta relación del pacto implicaba, no solo un privilegio, sino también una obligación. Conllevaba la obediencia a la ley. *Éxodo 24:1-8* nos da una descripción dramática de cómo aceptó el pacto y sus condiciones el pueblo judío: < Cumpliremos todos los mandamientos que EL SEÑOR nos ha dado» (*Éxodo 24: 3, 7*).

Si el designio de Dios tenía que desarrollarse, tendría que ser mediante una nación. El que Dios escogiera a Israel no fue por favoritismo, porque no fue una elección para un honor especial, sino para una responsabilidad especial. Pero hizo que los judíos fueran conscientes de ser el pueblo escogido de Dios. Pablo no podía olvidar, porque era un hecho histórico, que los judíos eran por encima de todo el instrumento en las manos de Dios.

(v) Los gentiles estaban sin esperanza y sin Dios. A menudo se habla de los griegos como el pueblo más luminoso de la Historia; pero había tal cosa como la melancolía griega. Acechando tras todas las circunstancias había una especie de desesperación esencial.

Esto era verdad aun en los remotos tiempos de Homero. En la *Riada* (6:146-149), Glauco y Diomedes se enfrentan en combate singular. Antes de iniciar la lucha, Diomedes quiso conocer el linaje de Glauco, que le replicó: «¿Por qué inquieres sobre mi generación? Tál como son las generaciones de las hojas son las generaciones humanas; las .hojas que son, el viento las dispersa sobre la tierra, y el bosque florece y reverdece otra vez, cuando está próxima la estación primaveral; así las generaciones de los hombres, una brota y otra cesa.» Un griego podía decir:

Brotamos y florecemos como las hojas del árbol, y nos ajamos y perecemos...

Pero no podía añadir triunfalmente:

Pero nada Te cambia a Ti.

Teognis podía escribir:

*Yo me regocijo y disfruto de mi juventud; por largo tiempo yaceré bajo la tierra, privado de la vida, tan mudo como una piedra, y abandonaré la luz del Sol que he amado; aunque soy un buen hombre, entonces ya no veré nada más.
¡Regocíjate, alma mía, en tu juventud! Pronto ocuparán otros tu puesto en la vida, y yo seré tierra negra en la muerte.*

No hay ningún mortal que sea feliz entre todos los que contempla el Sol desde su altura.

En los *Himnos homéricos*, la **asamblea del Olimpo** está encantada con las musas que cantan < de los dones inmortales de los dioses y los dolores de los humanos, con todo lo que soportan por la voluntad de los inmortales, viviendo sin sentido y sin ayuda, sin poder encontrar un remedio para la muerte, ni una defensa contra la vejez. »

En Sófocles encontramos algunos de los versos más preciosos y tristes de toda la Literatura.

La belleza de la juventud se aja, y la gloria de la virilidad se seca.

La fe muere, y la infidelidad florece como una planta;

y tampoco encontrarás nada nunca sobre las calles abiertas de los hombres,

o los lugares secretos del propio amor del corazón, un único viento es seguro que los disperse para siempre.

Era verdad que los gentiles estaban sin esperanza, porque estaban sin Dios. Israel había tenido siempre la radiante esperanza en Dios, que brillaba clara e inextinguiblemente hasta en sus días más aciagos y terribles; pero los gentiles solamente conocían la desesperación en lo más íntimo de su corazón antes de que llegara Cristo a darles esperanza.

EL FINAL DE LAS BARRERAS

Efesios 2:13-18

Pero, tal como ahora están las cosas, en virtud de lo que Jesucristo ha hecho, los que antes estabais lejos habéis sido acercados al precio de la sangre de Cristo. Porque es Él el Que ha hecho la paz entre nosotros; es Él el Que ha hecho de los judíos y los gentiles un solo pueblo, y el Que ha derribado la muralla intermedia de separación, y acabado con la enemistad al venir en la carne, y abolido la ley de los mandamientos con todos sus decretos. Esto lo hizo para formar con los dos una nueva humanidad haciendo la paz entre ellos para reconciliar a ambos con Dios en un solo Cuerpo por medio de la Cruz, después de haber dado muerte por medio de lo que Él hizo a la enemistad que había entre ellos. Así es que vino a predicar la paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estábamos cerca; porque por medio de Él los dos tenemos derecho de acceso a la presencia del Padre, porque venimos en un solo y mismo Espíritu.

Ya hemos visto que los judíos despreciaban y odiaban a los gentiles. Ahora Pablo usa dos ilustraciones que serían claras para los judíos, para mostrar cómo surge una nueva unidad.

Dice que los que estaban lejos han sido hechos cercanos. Isaías había oído decir a Dios: «Paz, paz para el que está lejos y para el que está cerca» (*Isaías 57:19*). Cuando los rabinos hablaban de recibir a un converso en el judaísmo, decían que había sido *traído cerca*. Los escritores rabínicos judíos cuentan que una mujer gentil se dirigió a rabí Eliezer. Confesaba que era pecadora, y pedía ser admitida a la fe judía. «Rabí -le dijo ella-, tráeme cerca.» El rabino se negó: le cerró la puerta en la cara a la mujer. Pero en Cristo la puerta está abierta. Los que habían estado lejos de Dios eran traídos cerca, y la puerta no se le cerraba a ninguno.

Pablo usa una ilustración aún más gráfica. Dice que se ha suprimido la barrera intermedia de separación.

Esta es una figura tomada del templo. El recinto del templo consistía en una serie de atrios, cada uno un poco más elevado que el anterior, con el templo propiamente dicho en el patio más interior. En primer lugar se encontraba el Atrio de los Gentiles; luego, el Atrio de las Mujeres; después, el Atrio de los Israelitas; después, el Atrio de los Sacerdotes, y finalmente el Lugar Santo propiamente dicho.

Los gentiles no podían entrar nada más que al primero de esos atrios, entre el cual y el de las mujeres había un muro, o más bien una especie de celosía de mármol, hermosamente trabajada, en la que se encontraban a intervalos tabletas que anunciaban que si un gentil pasaba más al interior se exponía a la muerte inmediata. Josefo dice en su descripción del templo: < Cuando se pasaba de estos primeros claustros al segundo atrio del templo, había una partición todo alrededor hecha de piedra, de tres codos (metro y medio) de altura. Su construcción era muy elegante; sobre ella había pilares a distancias regulares entre sí, con carteles en los que se exponía la ley de la pureza, algunos en letras griegas y otros en romanas, de que ningún forastero podía entrar en el santuario. (*Las guerras de los judíos*, 5, 5, 2). En otra descripción dice del segundo atrio del templo: < Este estaba rodeado de un muro de piedra a manera de partición con una inscripción que prohibía a todos los forasteros la entrada bajo pena de muerte » (*Antigüedades de los judíos*, 15, 11, 5). En 1871 se

descubrió una de esas tablas de prohibición, en la que se puede leer: «Que nadie de ninguna otra nación se acerque a la verja o a la barrera alrededor del Lugar Santo. Quienquiera que sea sorprendido haciéndolo responderá con su propia vida.»

Pablo conocía muy bien esa barrera. Cuando le arrestaron en Jerusalén se debió al hecho de que le acusaran falsamente de introducir a Trófimo, un gentil efesio, más allá de esa barrera del templo (*Hechos 21:28s*). Así que el muro intermedio, con su barrera, excluía a los gentiles de la presencia de Dios.

LAS DISCRIMINACIONES DE LA NATURALEZA HUMANA SIN CRISTO

Efesios 2:13-18 (continuación)

No se debe pensar que los judíos fueran el único pueblo que pusiera barreras y excluyera a otros. El mundo antiguo estaba lleno de barreras. Hubo un tiempo, más de cuatrocientos años antes del de Pablo, cuando Grecia estuvo en peligro de una invasión persa. Era la edad de oro de la ciudad-estado. Grecia estaba formada por ciudades famosas como Atenas, Tebas, Corinto y las demás. Y estuvo a punto de acabar en un desastre porque las ciudades se negaron a cooperar para enfrentarse al común enemigo. < El peligro estaba -escribía T R. Glover- en cada generación en el mismo hecho de las ciudades aisladas, empeñadas en su independencia a toda costa.»

Cicerón pudo 'escribir mucho más tarde: «Como dicen los griegos, toda la humanidad se divide en dos partes: los griegos, y los bárbaros.» Los griegos llamaban *bárbaros* a todos los que no sabían griego; y los despreciaban y les ponían barreras. Cuando Aristóteles estaba discutiendo la bestialidad, decía: < Se encuentra de lo más frecuentemente entre los bárbaros.» Y por bárbaros quería decir simplemente los que no eran griegos. Habla de < las tribus remotas de bárbaros que pertenecen a la- clase bestial.» La forma más vital de religión entre los griegos eran los misterios, de muchos de los cuales estaban excluidos los bárbaros. Livio escribe: «Los griegos mantienen una guerra sin cuartel contra los pueblos de otras razas, contra los bárbaros.» Platón decía que los bárbaros son «nuestros enemigos por naturaleza.»

Este problema de las barreras no se limita al mundo antiguo ni mucho menos. Rita Snowden cita dos dichos muy pertinentes. El padre Taylor de Boston solía decir: « En el mundo hay sitio para todos los pueblos que hay en él, pero no queda sitio para más barreras de esas que los separan.» Sir Philip Gibbs, en *La cruz de la paz*, escribía: < El problema de las barreras se ha convertido en uno de los más acuciantes que tiene que arrostrar el mundo. Hoy en día hay toda clase de vallas separatorias en zigzag que pasan por todas las razas y los pueblos del mundo. El progreso moderno ha convertido el mundo en una gran vecindad: Dios nos ha dado la tarea de convertirlo en una fraternidad. En estos días de muros divisorios de raza y clase y credo, nosotros tenemos que sacudir la Tierra otra vez con el mensaje del Cristo que nos incluye a todos, en Quien no hay ni siervos ni libres, ni judíos ni griegos, ni escitas ni bárbaros, sino que todos somos uno.>

El mundo antiguo tenía sus barreras. Lo mismo sucede en el nuestro. En cualquier sociedad sin Cristo no puede haber nada más que paredes intermedias de separación.

LA UNIDAD EN CRISTO

Efesios 2:13-18 (continuación)

Así que Pablo pasa a decir que en Cristo desaparecen esas barreras. ¿Cómo las ha echado abajo Cristo?

(i) Pablo dice de Jesús: < Él es nuestra paz.> ¿Qué quería decir con eso? Usemos una analogía humana. Supongamos que dos personas tienen una diferencia y acuden con ella a los tribunales; y los expertos en la ley redactan un documento que establece los derechos del caso, y piden a las dos partes contendientes que se pongan de acuerdo sobre esa base. Todas las posibilidades están en contra de que se resuelva así el problema, porque rara vez se consigue la paz por medio de documentos legales. Pero supongamos que alguien a quien aman las dos partes en conflicto se interpone, y les habla: entonces sí es posible la reconciliación. Cuando dos partes están en conflicto, la única manera en que pueden llegar a hacer las paces es mediante la intervención de alguien a quien aman los dos.

Eso es lo que Cristo ha hecho. Él es nuestra paz. Es en un común amor a Él como las personas llegan a amarse entre sí. Esa paz se ganó al precio de Su sangre, porque no hay nada que despierte el amor como la Cruz. La vista de esa Cruz despierta el amor a Cristo en los corazones de las personas de todas las naciones, y solamente cuando todos amen a Cristo se amarán entre sí. La paz no se produce mediante tratados y ligas. Sólo puede haber paz en Jesucristo.

(ii) Pablo dice que Jesucristo abolió la ley de los mandamientos con todos sus decretos. ¿Qué es lo que quería decir? Los judíos creían que una persona solo podía alcanzar la amistad de Dios guardando la ley judía. Esa ley se había desarrollado en miles y miles de mandamientos y decretos. Había que lavarse las manos de una cierta manera; había que limpiar los cacharros de una cierta manera; había página tras página acerca de lo que se podía y de lo que no se podía hacer en sábado; este y ese y aquel sacrificios se tenían que ofrecer en relación con esta y esa y aquellas situaciones de la vida. Los únicos que pretendían cumplir plenamente la ley judía eran los fariseos, que no sumaban más que unos seis mil. Una religión basada en toda clase de reglas y normas acerca de los rituales y sacrificios y días santos no puede nunca llegar a ser una religión universal. Pero, como dijo Pablo en otro lugar: < Cristo es el fin de la ley > (*Romanos 10:4*). Jesús acabó con el legalismo como principio de religión.

En su lugar Cristo puso el amor a Dios y a nuestros semejantes. Jesús vino a decirnos que no podemos ganar la aprobación de Dios guardando una ley ceremonial, sino que tenemos que aceptar el perdón y la comunión que Dios nos ofrece gratuitamente en Su misericordia. Una religión basada en el amor puede convertirse un seguida en una religión universal.

Rita Snowden cuenta una historia de la guerra. En Francia, algunos soldados y su sargento trajeron el cuerpo de un camarada muerto para enterrarle en un cementerio francés. El sacerdote les dijo amablemente que estaba obligado a preguntar si su camarada era un católico romano bautizado. Dijeron que no lo sabían. El sacerdote dijo entonces que lo sentía mucho, pero, en ese caso, no podía permitir que le enterraran en terreno sagrado. Así que los soldados se llevaron el cuerpo de su camarada entristecidos, y le enterraron al otro lado de la valla. Al día siguiente volvieron a ver si la tumba estaba bien; y, para su gran sorpresa, no la pudieron encontrar. Por mucho que buscaron no dieron con las señales de tierra removida. Ya estaban a punto de marcharse confusos, cuando se les acercó el sacerdote. Les dijo que había tenido el corazón inquieto por haberles negado el permiso de enterrar a su camarada muerto en su cementerio; así que, de madrugada, se había levantado y *había movido la valla* para incluir el cuerpo del soldado que había muerto por Francia. Eso es lo que el amor puede hacer. Las reglas y las normas ponen barreras; pero el amor las quita. Jesús removió las barreras entre las personas porque abolió toda religión fundada en reglas y normas, y trajo a las personas una religión cuyo fundamento es el amor.

LOS DONES DE LA UNIDAD EN CRISTO

Efesios 2:13-18 (conclusión)

Pablo pasa. a hablar de los dones de valor incalculable que nos trae la unidad en Cristo.

(i) Él unió a judíos y gentiles en una nueva humanidad.

En griego hay dos palabras para *nuevo*. Hay la palabra *néos*, que quiere decir sencillamente *nuevo* en relación con el tiempo. Una cosa que es *néos* ha empezado a existir hace poco, pero puede que hubiera antes en existencia millares de la misma cosa. Un lapicero que sale de una fábrica esta semana es *néos*, pero ya existían millones exactamente iguales. La otra palabra es *kainós*, que quiere decir *nuevo* en cuanto a su *cualidad*. Una cosa que es *kainós* es *nueva* en el sentido de que trae al mundo una nueva especie de cosa que no existía antes.

La palabra que usa Pablo aquí es *kainós*; dice que Jesús une a judíos y a gentiles, y produce con ellos una nueva clase de humanidad. Esto es muy interesante y muy significativo; no es que Jesús convierta a todos los judíos en gentiles, ni a todos los gentiles en judíos; produce de ambos una nueva especie de persona, aunque siguen siendo gentiles y judíos. Crisóstomo, el famoso predicador de la Iglesia Primitiva, dice que es como si uno fundiera una estatua de plata y otra de plomo, e hiciera de las dos una de oro.

Jesús no logra la unidad haciendo desaparecer todas las características raciales, sino haciendo hijos de Dios a todos los hombres y mujeres de todas las naciones. Bien puede ser que tengamos que aprender algo aquí. En muchos casos se han mandado misioneros a los países paganos para hacer que los de allí vivan como los del país que los manda. Hay algunas iglesias resultantes de la obra misionera que tienen la misma forma de culto de las iglesias madre. Sin embargo, no es el propósito de Jesús el que hagamos de toda la humanidad una sola nación, sino que haya cristianos africanos, e indios, y de todos los pueblos y razas, cuya unidad radique exclusivamente en su cristianismo. La unidad en Cristo es en Cristo y no en cambios externos.

(ii) Él reconcilió con Dios a los dos. La palabra que usa Pablo (*apokatallassein*) quiere decir hacer volver a la amistad a personas que han estado enemistadas. La obra de Cristo consiste en mostrar a todos que Dios es su amigo, y por tanto deben ser amigos los unos de los otros. La reconciliación con Dios conlleva y hace realidad la reconciliación entre los seres humanos.

(iii) Por medio de Jesús, tanto los judíos como los gentiles tenemos el derecho de acceso a Dios. La palabra que usa Pablo para *acceso* es *prosgogué*, una palabra con muchos matices. Es la palabra que se usa para presentarle a Dios un sacrificio; para introducir a personas a la presencia de Dios para que se consagren a Su servicio; para presentar a un conferenciante o a un embajador a una asamblea; y, sobre todo, es la palabra

que se usa para introducir a una persona a la presencia del rey. Había de hecho en la corte real persa un funcionario que se llamaba el *prosagóueus*, cuya función era introducir a las personas que deseaban una audiencia personal con el rey. Es una posibilidad que no tiene precio el tener el derecho de acudir a cualquier persona amable y sabia y santa en cualquier momento; el tener el derecho de contar con su atención para presentarle nuestros problemas, nuestra soledad y nuestro dolor. Ese es exactamente el derecho que nos da Jesús en relación con Dios.

La unidad en Cristo produce cristianos cuyo cristianismo trasciende todas las diferencias locales y raciales; produce personas que son amigas entre sí porque son amigas de Dios; produce hombres que son uno porque se reúnen en la presencia de Dios, a Quien todos tienen acceso.

LA FAMILIA Y LA MORADA DE DIOS

Efesios 2:19-22

Así es que ya no sois extranjeros ni residentes forasteros en una tierra que no es la vuestra, sino compatriotas del pueblo consagrado a Dios y miembros de la familia de Dios. Es sobre el cimiento-de los profetas y de los apóstoles sobre el que estáis edificados, y la Piedra angular es Jesucristo mismo. Todo el edificio que se está levantando tiene su trabazón en Él, y seguirá creciendo hasta que llegue a ser un templo santo del Señor, un templo de cuya edificación vosotros también formáis parte, para que lleguéis a ser la morada de Dios por obra del Espíritu.

Pablo usa dos ilustraciones gráficas. Dice que los gentiles ya no son extraños, sino miembros en plenitud de derechos de la familia de Dios.

Pablo usa la palabra *xenos* para *extranjero*. En todas las ciudades griegas había *xenoi* (plural), a los que no se les hacía la vida muy fácil que digamos. Uno escribía a su país de origen: «Lo mejor para uno es estar en su propia casa, sea como sea, en vez de en un país extraño.» Al extranjero se le miraba siempre con sospecha y desagrado. No tenemos más que fijar nos en lo que nos sugiere a nosotros la palabra *xenofobia*, *odio al extranjero*, y en sus manifestaciones actuales. Pablo usa la palabra *pároikos* para *forastero*. El *paroikos* estaba todavía más lejos de ser aceptado. Era un residente extranjero, uno que vivía en un lugar, pero que no se había nacionalizado; pagaba un impuesto por el privilegio de existir en una tierra que no era la suya. Tanto el *xenos* como el *pároikos* siempre eran marginados.

Así es que Pablo les dice a los gentiles: «Ya no estáis sin derechos en el pueblo de Dios; ahora sois miembros de la familia de Dios en plenitud de derechos.» Podemos decirlo todavía más sencillamente: por medio de Jesús estamos en casa con Dios.

A. B. Davidson nos cuenta que estaba de pensión en una ciudad extraña. Se sentía muy solo. Solía pasearse por las calles por la tarde. A veces, por una ventana sin visillos veía una familia reunida alrededor de la mesa o cerca de la chimenea; luego se corrían los visillos, y él se sentía solo y excluido.

Eso es lo que no puede suceder en la familia de Dios. Y lo que no debería suceder nunca en la iglesia. Gracias a Jesús hay sitio en la familia de Dios para todo el mundo. Puede que el mundo y la gente levanten barreras; las iglesias puede que celebren la comunión exclusivamente para sus miembros; pero Dios no hace eso nunca. Lo malo es que la iglesia es a menudo exclusivista cuando Dios no lo es.

El segundo ejemplo que usa Pablo es el de un edificio. Ve cada iglesia como una parte de un gran edificio, y a cada cristiano como una piedra de esa iglesia. La Piedra angular de toda la Iglesia es Jesucristo; y la piedra angular es lo que le da unidad al conjunto.

Pablo ve que este edificio se sigue edificando, y que cada parte se va incorporando a Cristo. Figuraos una gran catedral: entre los cimientos puede que haya una cripta visigótica; alguna puerta o ventana será románica; otras, góticas, y otras partes serán de la época renacentista o barroca o aún más recientes. Se combinan toda clase de estilos; pero el edificio es una unidad, porque todo él se ha usado para dar culto a Dios y encontrarse con Jesucristo.

Eso es lo que debe ser la Iglesia. Su unidad no depende de la organización, ni del ritual, ni de la liturgia, sino de Cristo: *Ubi Christus, ibi Ecclesia*, Donde está Cristo, allí está la Iglesia. La Iglesia solo presentará su unidad cuando se dé cuenta de que no existe para propagar las ideas de un grupo de personas, sino para ofrecer un hogar en el que pueda morar el Espíritu de Cristo y en el que todas las personas que aman a Cristo se puedan reunir en ese Espíritu.

LA CÁRCEL Y LOS PRIVILEGIOS

Efesios 3:1-13

Para comprender el fluir del pensamiento de Pablo en este pasaje hay que advertir que los versículos 2-13 forman un largo paréntesis. *Por esta causa*, en el versículo 14, vuelve a retomar y reanudar el tema que inició en el versículo 1, *Por esta causa*. Se ha dicho que Pablo tenía la costumbre de < desviarse en una palabra. > Una sola palabra o idea podía hacer que el pensamiento se le fuera por la tangente. Cuando habla de sí mismo como «preso de Jesucristo,» eso le hace pensar en el amor universal de Dios, y en la parte que a él le corresponde de hacer llegar ese amor a los gentiles. En los versículos 2-13, el pensamiento sigue esa bifurcación, y en el versículo 14 vuelve a lo que quería decir antes.

Es por esta causa por lo que yo, Pablo, el preso de Jesucristo por amor a vosotros los gentiles -vosotros debéis de haber oído de la participación que Dios me ha concedido en la administración de Su gracia a vosotros, porque el secreto de Dios se me ha dado a conocer por revelación directa, como acabo de escribiros, y ahora podéis volver a leerlo si queréis saber lo que yo entiendo del significado de ese secreto que Cristo nos trajo; un secreto que no les fue revelado a los seres humanos de otras generaciones de la manera que ahora ha sido revelado a los que están consagrados como apóstoles y profetas Suyos por la obra del Espíritu. Este secreto es que los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo, copartícipes de la promesa de Jesucristo, por medio de la Buena Nueva de la que yo he sido hecho servidor mediante el don gratuito de la gracia de Dios que se me concedió según el obrar de Su poder. Ha sido a mí, que soy menos que el menor de todos los que están consagrados a Dios, a quien se ha concedido este privilegio: el de predicaros a los gentiles las riquezas de Cristo, toda la historia de la que ningún ser humano puede hablar nunca; los privilegios de iluminar a todas las personas en cuanto a lo que es el significado de ese secreto, que ha estado oculto desde toda eternidad en el Dios que creó todas las cosas. Se ha mantenido secreto hasta ahora a fin de que la policroma sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los gobernadores y poderes de los lugares celestiales; y todo esto sucedió y sucederá de acuerdo con el designio eterno que Dios Se ha propuesto en Jesucristo, por medio de Quién tenemos derecho de acceso gratuito y confiado a Dios por medio de la fe en Jesucristo. Por tanto, os pido que no os desaniméis al considerar mis aflicciones por vuestra causa; porque estas aflicciones son vuestra gloria.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Efesios 3:1-7

Es por esta causa por lo que yo, Pablo, preso de Jesucristo por amor a vosotros los gentiles -vosotros debéis de haber oído de la participación que Dios me ha concedido en la administración de Su gracia a vosotros, porque el secreto de Dios se me ha dado a conocer por revelación directa, como acabo de escribiros, y ahora podéis volver a leerlo si queréis saber lo que yo entiendo del significado de ese secreto que Cristo nos trajo; un secreto que no les fue revelado a los de otras generaciones de la manera que ahora ha sido revelado a los que están consagrados como apóstoles y profetas Suyos por la obra del Espíritu. Este secreto es que los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo, copartícipes de la promesa de Jesucristo, por medio de la Buena Nueva de la que yo he sido hecho servidor mediante el don gratuito de la gracia de Dios que se me concedió según el obrar de Su poder.

Cuando Pablo estaba escribiendo esta carta se encontraba en la cárcel en Roma, esperando que le juzgara Nerón, cuando sus acusadores judíos llegaran con sus rostros hoscos y su odio envenenado y sus acusaciones maliciosas. En la cárcel, Pablo tenía algunos privilegios, porque se le permitía residir en una casa que él mismo había alquilado, y en la que podía recibir a sus amigos. Pero seguía estando preso noche y día, encadenado a la muñeca de un soldado romano, que estaba de guardia y cuya misión era asegurarse de que Pablo no se escapara.

En estas circunstancias, Pablo se llama «prisionero de Jesucristo.» Aquí tenemos otro ejemplo gráfico del hecho de que el cristiano siempre tiene una doble vida y unas señas dobles. Cualquier persona corriente habría dicho que Pablo era

«preso del gobierno romano,» y sería verdad. Pero Pablo nunca se consideró preso de Roma; siempre se veía como «prisionero de Jesucristo.»

El punto de vista de cada uno es lo que produce las mayores diferencias del mundo. Se cuenta que, cuando Sir Christopher Wren estaba edificando la Catedral de San Pablo de Londres, en una ocasión estaba pasando revista a la obra. Llegó adonde estaba un obrero trabajando, y le preguntó: «¿Qué es lo que estás haciendo tú?» El hombre contestó: «Estoy cortando esta piedra para que tenga un cierto tamaño y una cierta forma.» Llegó adonde estaba otro, y le hizo la misma pregunta. El hombre le contestó: «Estoy ganándome el sueldo en este trabajo.» Cuando le hizo la misma pregunta al tercero, el obrero estuvo callado un instante, se irguió y contestó: «Estoy ayudando a Sir Christopher Wren a construir la Catedral de San Pablo.»

Si uno está en la cárcel por alguna causa noble, puede que se lamente de los malos tratos, o puede que se considere honrado por ser el abanderado de una gran causa. El primero considera la cárcel como un castigo; el segundo, como un privilegio. Cuando estamos pasando adversidades, impopularidad y perjuicios materiales por causa de los principios cristianos, puede que nos consideremos, o víctimas de la sociedad, o campeones de Cristo. Pablo es nuestro ejemplo; él no se consideraba prisionero de Nerón, sino de Cristo.

En esta sección, Pablo vuelve a la idea que se encuentra en el mismo corazón de esta carta. Había venido a su vida la revelación del gran secreto de Dios. Y ese secreto era que el amor y la misericordia y la gracia de Dios no tenían por objeto exclusivamente a los judíos, sino que eran para toda la humanidad. Cuando Pablo se encontró con Cristo en la carretera de Damasco, le vino un relámpago repentino de revelación. Era a los gentiles a los que Dios le enviaba: «Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en Mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados» (*Hechos 26:18*).

Esto fue un descubrimiento totalmente nuevo. El pecado original de todo el mundo antiguo era el desprecio. Los judíos despreciaban a los gentiles como si no tuvieran ningún valor para Dios. En el peor de los casos existían solamente para ser aniquilados: < Porque la nación o el reino que no quiera servirte, perecerá; del todo será asolado» (*Isaías 60:12*). En el mejor de los casos existían para ser los esclavos de Israel: < El trabajo de Egipto, las mercaderías de Etiopía y los sabeos, hombres de elevada estatura, se pasarán a ti y serán tuyos; irán en pos de ti, pasarán encadenados, te harán reverencia y te suplicarán...» (*Isaías 45:14*).

Para mentalidades que pudieran pensar eso era increíble el que la gracia y la gloria de Dios fueran para los gentiles. Los griegos despreciaban a los bárbaros -y para los griegos todos los demás pueblos eran bárbaros. Como dijo Celso cuando estaba atacando a los cristianos: «Los bárbaros puede que tengan algún don para descubrir la verdad, pero hay que ser griego para entenderla.»

Este desprecio racial no desapareció con el mundo antiguo. Ni es cosa del pasado en la sociedad contemporánea.

Ya en el mundo antiguo existían barreras infranqueables. Nadie había soñado jamás que los favores de Dios fueran para todos los pueblos. Fue Pablo el que hizo el descubrimiento. Por eso es Pablo tan tremendamente importante: porque, si no hubiera existido, es posible que no habría habido una cristiandad universal, y que nosotros no seríamos cristianos hoy.

LA AUTOCONSCIENCIA DE PABLO

Efesios 3:1-7 (conclusión)

Cuando Pablo pensaba en este secreto que se le había revelado, se veía a sí mismo de ciertas maneras.

(i) Se consideraba a sí mismo como el receptor de una nueva revelación. Pablo no consideró nunca que había sido él el que

había *descubierto* el amor universal de Dios; creía que Dios se lo había *revelado*. En cierto sentido, la verdad y la belleza siempre nos las da Dios.

Se cuenta que una vez estaba Sir Arthur Sullivan en la representación de su *H. M. S. Pinafore*. Cuando oyó cantar el maravilloso dúo «*Ah! Leave me not to pine alome - ¡Ah! No me dejes anhelar a solas*»-, Sullivan se volvió hacia un amigo que estaba a su lado, y le dijo conmovido: «¿Es verdad que he escrito eso yo?»

Uno de los grandes ejemplos de musicalidad poética es *Kubla Khan*, de Coleridge. Se quedó dormido leyendo un libro, en el que se encontraban estas palabras: < Aquí Kubla Khan mandó construir un palacio con un regio jardín alrededor.» Coleridge soñó el poema, y cuando se despertó no tuvo más que escribirlo.

Cuando los hombres de ciencia hacen un gran descubrimiento, muchas veces han estado mucho tiempo pensando y experimentando; y, cuando parece que han llegado a un callejón sin salida, de pronto se les enciende la bombilla y ven claramente la solución. Es algo que les es dado por Dios.

Pablo no habría pretendido nunca ser el primer hombre que había descubierto la universalidad del amor de Dios; habría dicho que Dios le dijo a él el secreto que no le había revelado antes a ningún otro.

(ii) Pablo se consideraba transmisor de la gracia. Cuando se reunió con los responsables de la Iglesia para hablar de su misión a los gentiles, les dijo que el Evangelio de la incircuncisión se le había confiado a él, y que < a él se le había dado esa gracia» (*Gálatas 2: 7,9*). Cuando escribe a los cristianos romanos, habla de < la gracia que me ha sido dada por Dios» (*Romanos 15:15*). Pablo veía su tarea como la de ser un canal de la gracia de Dios a los hombres. Uno de los grandes hechos de la vida cristiana es que se nos han dado las cosas preciosas del Evangelio para que las compartamos con otros. Una de las grandes advertencias de la vida cristiana es que, si nos las guardamos para nosotros mismos, las perdemos.

(iii) Él se consideraba poseedor de la dignidad del servicio. Pablo dice que el don gratuito de la gracia de Dios le hizo servidor. No creía que su servicio era un deber oneroso que se le había impuesto, sino un privilegio radiante. A menudo resulta sorprendentemente difícil convencer a la gente a que sirva en la iglesia. Enseñar para Dios, cantar para Dios, llevar la administración para Dios, hablar para Dios, visitar a los enfermos y a los solitarios para Dios, dar de nuestro tiempo y talentos y dinero para Dios, no se debería considerar una obligación que se nos imponía, sino un privilegio que deberíamos estar contentos de aceptar.

(iv) Pablo se consideraba a sí mismo como alguien que sufría por Cristo. No esperaba que el camino del servicio fuera fácil; no esperaba que el camino de la lealtad estuviera libre de obstáculos. Unamuno, el gran místico español, solía decir: < Y Dios no te dé paz, y sí gloria. » E R. Maltby solía decir que Jesús prometió a Sus discípulos tres cosas: < Que serían absurdamente felices; que serían totalmente intrépidos, y que siempre se encontrarían en líos. » Cuando los caballeros andantes llegaban a la corte del rey Arturo y a la compañía de la Mesa Redonda, pedían que se les permitiera arrostrar peligros y conquistar dragones. El sufrir por Cristo no es un castigo, sino nuestra gloria; porque es compartir los padecimientos de Cristo mismo, y una oportunidad de demostrar que nuestra lealtad es real.

EL PRIVILEGIO QUE NOS HACE HUMILDES

Efesios 3:8-13

Ha sido a mí, que soy menos que el menor de todos los que están consagrados a Dios, a quien se ha concedido este privilegio: el de predicaros a los gentiles las riquezas de Cristo, toda la historia de la que ningún ser humano puede hablar nunca; los privilegios de iluminar a todas las personas en cuanto a lo que es el significado

de ese secreto, que ha estado oculto desde toda eternidad en el Dios que creó todas las cosas. Se ha mantenido secreto hasta ahora a fin de que la policroma sabiduría de Dios sea dada a conocer ahora por medio de la Iglesia a los gobernadores y poderes de los lugares celestiales; y todo esto sucedió y sucederá de acuerdo con el designio eterno que Dios Se ha propuesto en Jesucristo, por medio de Quien tenemos derecho de acceso gratuito y confiado ,a Dios por medio de la fe en Jesucristo. Por tanto, os pido que no os desaniméis al considerar mis aflicciones por vuestra causa; porque son vuestra gloria.

Pablo se veía como un hombre al que se le había concedido un doble privilegio. Se le había concedido el privilegio de descubrir el secreto de que era la voluntad de Dios el que toda la humanidad estuviera reunida en Su amor. Y se le había concedido el privilegio de darle a conocer este secreto a la Iglesia, y de ser el instrumento para que la gracia de Dios llegara a los gentiles. Pero esa conciencia de privilegio no le hacía a Pablo orgulloso; le hacía intensamente humilde. Él se maravillaba de que este gran privilegio se le hubiera concedido a él, que, según él veía las cosas, era menos que el menor de todo el pueblo de Dios.

Si alguna vez se nos concede el privilegio de predicar o de enseñar el mensaje del amor de Dios o de hacer algo por Jesucristo, debemos recordar siempre que la grandeza no depende de nosotros, sino de nuestra tarea y mensaje. Toscanini fue uno de los más grandes directores de orquesta del mundo. Una vez, cuando estaba hablando con la orquesta que estaba preparando para tocar con él una de las sinfonías de Beethoven, dijo: < Caballeros, yo no soy nada; ustedes no son nada; Beethoven lo es todo. » Sabía muy bien que su misión no era atraer la atención de la audiencia a sí mismo o a su orquesta, sino borrarle él y borrar la orquesta para que Beethoven se mostrara en toda su grandeza.

Leslie Weatherhead nos cuenta una conversación que tuvo con un escolar que había decidido consagrarse al ministerio de la Iglesia. Le preguntó cuándo había hecho esa decisión, y el muchacho le dijo que después de un culto que se celebró en la capilla de la escuela. Weatherhead, naturalmente, le preguntó quién había sido el predicador, y el muchacho le contestó que no tenía ni la menor idea; lo único que sabía era que Jesucristo le había hablado aquella mañana. Esa había sido una predicación auténtica. Lo trágico es que haya quienes se preocupen más de su propio prestigio que del prestigio de Jesucristo, y que tengan más interés en que se fije la gente en ellos que en que los demás conozcan a Jesucristo.

EL PLAN Y LA SABIDURÍA DE DIOS

Efesios 3:8-13 (conclusión)

(i) Pablo nos recuerda que la reunión de toda la humanidad era parte del propósito eterno de Dios. Eso es algo que haremos bien en recordar. Algunas veces la historia del Cristianismo se presenta de tal manera que parece que el Evangelio se les predicó a los gentiles solamente porque los judíos no lo quisieron recibir. Pablo nos recuerda aquí que la salvación de los gentiles no es un añadido en el plan de Dios; el reunir a toda la humanidad en Su amor era parte del propósito eterno de Dios.

(ii) Pablo usa una gran palabra para describir la gracia de Dios. La llama *polypoi7cilos*, que quiere decir *de muchos colores*. La idea que subyace en esta palabra es que la gracia de Dios es idónea y suficiente para cualquier situación de la vida. No hay nada de luz o de oscuridad, de brillo o de sombra para lo que no sea triunfalmente suficiente.

(iii) De nuevo Pablo vuelve a uno de sus pensamientos favoritos. En Jesús tenemos libre acceso a Dios. A veces sucede que un amigo nuestro conoce a alguna persona muy importante.

Nosotros mismos nunca habríamos tenido posibilidad de entrar en contacto con tal persona; pero podemos establecerlo por medio de nuestro amigo. Eso es lo que Jesús hace por nosotros en relación con Dios. En Su compañía tenemos una puerta abierta a la presencia de Dios.

(iv) Pablo acaba con una oración para que sus amigos no se desanimen por el hecho de que él esté preso. Podrían creer que la predicación del Evangelio a los gentiles se encontraría con grandes dificultades porque su campeón estaba en la cárcel. Pablo les recuerda que las aflicciones por las que está pasando son para el bien de ellos.

LA SINCERA ORACIÓN DE PABLO

Efesios 3:1 4-21

Es por esta causa por lo que me pongo de rodillas en oración ante el Padre, de Cuya paternalidad es reflejo toda cualidad paterna tanto celestial como terrenal, para que os conceda de las riquezas de Su gloria para que seáis fortalecidos en vuestro ser interior a fin de que Cristo pueda fijar Su residencia en vuestros corazones por medio de la fe. Pido a Dios que vuestras raíces y vuestros cimientos estén bien hondos en el amor, para que, con todo el pueblo consagrado a Dios, tengáis la necesaria vitalidad para captar plenamente el sentido de la anchura y la longitud y la profundidad y la altura del amor de Cristo, y experimentar el amor de Cristo, que es algo que sobrepasa todo conocimiento, para, que os llenéis hasta el punto de alcanzar la plenitud de Dios mismo.

A Aquel que es capaz de obrar con generosidad incalculable, muy por encima de todo lo que podamos pedir o imaginar, según el poder que obra en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia y en Jesucristo por todas las generaciones del siempre jamás.

EL DIOS QUE ES PADRE

Efesios 3:14-17

Es por esta causa por lo que me pongo de rodillas en oración ante el Padre, de Cuya paternalidad es reflejo toda cualidad paterna tanto celestial como terrenal, para que os conceda de las riquezas de Su gloria para que seáis fortalecidos en vuestro ser interior a fin de que Cristo pueda fijar Su residencia en vuestros corazones por medio de la fe.

Es aquí donde Pablo reanuda la frase que había empezado en el versículo 1, cuando se desvió por otro camino. Es por esta causa, empieza Pablo. ¿Cuál es la causa que le hace orar? De nuevo nos encontramos con la idea fundamental de la carta. Pablo ha trazado su gran cuadro de la Iglesia. Este mundo es un caos desintegrado; hay división por todas partes: entre nación y nación, entre hombre y hombre, dentro de la vida interior de cada persona. El designio de Dios es que todos los elementos discordantes se reúnan en uno en Jesucristo. Pero eso no se puede lograr a menos que la Iglesia proclame el mensaje de Cristo y del amor de Dios a todo el mundo. Por esta causa es por lo que Pablo ora. Estaba pidiéndole a Dios que los que están dentro de la Iglesia sean tales que toda la Iglesia sea el Cuerpo de Cristo.

Debemos fijarnos en las palabras que Pablo usa para describir su actitud en la oración. « Me pongo de rodillas -diceen oración a Dios.» Eso no quiere decir simplemente que se arrodilla; quiere decir que se postra. La postura normal para la oración entre los judíos era de pie, con los brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba. La oración de Pablo por la Iglesia es tan intensa que él se postra delante de Dios en una agonía de súplica.

Dirige su oración a Dios, el Padre. Es interesante fijarnos en las varias cosas que dice Pablo en esta carta acerca de Dios

como Padre, porque de ellas sacamos una idea más clara de lo que tenía en mente cuando hablaba de la paternidad de Dios.

(i) Dios es el Padre de Jesús (1:2s, 17; 6:23). No es verdad decir que Jesús fue la primera Persona que llamó Padre a Dios. Los griegos llamaban a Zeus el padre de los dioses y de los hombres; los romanos llamaban a su dios principal Júpiter, que quiere decir *deus pater*, *dios el padre*. Pero hay dos palabras íntimamente relacionadas que tienen un cierto parecido y sin embargo difieren claramente en significado.

Está la palabra *paternidad*, que se refiere a la condición de padre en el sentido puramente físico. Se puede aplicar a un hombre que ni siquiera ha visto nunca a su hijo.

Por otra parte tenemos la palabra *paternalidad*. Esta describe la entrañable relación de amor y confianza y cuidado. Cuando se usaba la palabra *padre* refiriéndose a un dios antes que viniera Jesús, se usaba con el sentido de paternidad. Se quería decir que los dioses eran responsables de la creación de la humanidad. No había en la palabra nada del amor ni de la intimidad que Jesús puso en ella. El corazón de la concepción cristiana de Dios es que es como Jesús; tan amante, tan misericordioso como Jesús. Siempre fue en Su relación con Jesús como Pablo pensó en Dios.

(ii) Dios es el Padre al que tenemos acceso (2:18; 3:12). La esencia del Antiguo Testamento es que Dios es Alguien al que estaba prohibido el acceso. Cuando Manoa, que había de ser el padre de Sansón, se dio cuenta de Quién había sido el que le había visitado, dijo: « ¡Vamos a morir sin remedio, porque hemos visto a Dios!» (*Jueces* 13:22). En el culto judío del templo, el Lugar Santísimo se consideraba la morada de Dios, en la que solo el sumo sacerdote podía entrar, y eso solamente una vez al año, el Día de la Expiación.

H. L. Gee cuenta la historia de un chiquillo cuyo padre ascendió al grado más alto del ejército. Cuando el chiquillo se enteró, se quedó callado un momento, y luego dijo: «¿Le molestará que yo le siga llamando Papá?» La esencia de la fe cristiana es el acceso ilimitado a la presencia de Dios.

(iii) Dios es el Padre de la gloria, el Padre glorioso (1:17). Aquí tenemos la otra cara de la moneda. Si habláramos solamente de la accesibilidad del amor de Dios, sería fácil caer en la sensiblería; pero la fe cristiana se goza en la maravilla de la accesibilidad de Dios, sin olvidar jamás Su santidad y Su gloria. Dios recibe al pecador, pero no para que trafique con Su amor permaneciendo en el pecado. Dios es santo, y los que buscan Su amistad deben serlo también.

(iv) Dios es el Padre de todos (4:6). Ninguna persona, ni iglesia, ni nación tiene la exclusiva en la relación filial con Dios. Ese fue el error que cometieron los judíos. La paternalidad de Dios abarca a toda la humanidad, y eso quiere decir que debemos respetar y amar a todos los seres humanos.

(v) Dios es el Padre a Quien Se deben dar gracias (5:20). La paternalidad de Dios implica la deuda humana. Es una equivocación creer que Dios no nos ayuda nada más que en situaciones extraordinarias. Como Dios prodiga Sus dones tan regularmente, se nos pasan desapercibidos. El cristiano no debe olvidar nunca que Le debe a Dios, no solamente la salvación de su alma, sino también la vida y el aliento y todas las cosas.

(vi) Dios es el dechado de toda verdadera paternalidad. Eso impone una tremenda responsabilidad a todos los padres humanos. G. K. Chesterton recordaba a su padre muy vagamente, pero sus memorias eran preciosas. Nos dice que, en su niñez, tenía un teatrillo de juguete con todos los personajes de cartón. Uno de ellos era un hombre que tenía una llave de oro. Él no se acordaba nunca de a quién representaba el hombre de la llave de oro, pero en su imaginación siempre le relacionaba con su padre: un hombre con una llave de oro que abría la puerta a toda clase de cosas maravillosas.

Enseñamos a nuestros hijos a llamar a Dios Padre, y la única idea que van -a formarse de la paternalidad de Dios es la que vean en nosotros. La paternalidad humana debe modelarse sobre la paternalidad de Dios.

LA FORTALEZA QUE VIENE DE CRISTO

Efesios 3:14-17 (conclusión)

Pablo Le pide a Dios en oración que su pueblo sea fortalecido *en el ser interior*. ¿Qué quería decir? El *ser interior* era una frase por la que los griegos entendían tres cosas.

(i) *La inteligencia* de una persona. Pablo oraba para que Jesucristo fortaleciera la inteligencia de sus amigos. Quería que estuvieran mejor capacitados para discernir entre lo erróneo y lo cierto. Quería que Cristo les diera la sabiduría que les era necesaria para mantener su vida pura y a salvo.

(ii) *La conciencia*. Pablo pedía en oración que se hiciera más sensible la conciencia de su pueblo. A veces no se tiene en cuenta la conciencia, y se le deja perder sensibilidad. Pablo pedía en oración que Jesús mantuviera nuestras conciencias tiernas y alerta.

(iii) *La voluntad*. Muchas veces sabemos lo que es correcto, y tenemos intención de seguirlo; pero nuestra voluntad no es suficientemente fuerte para respaldar nuestro conocimiento y poner en práctica nuestras intenciones.

Dame, Señor, la firme voluntad... compañera y sostén de la virtud, la que sabe en el puerto hallar quietud y en medio de las olas caridad, la que trueca en tesón la veleidad y el ocio en perennal solicitud, y las ásperas fiebres en salud y los torpes engaños en verdad! Y así conseguirá mi corazón que los favores que a Tu amor debí Te ofrezcan algún fruto en galardón... y aun Tú, Señor conseguirás así que no llegue a romper mi confusión la imagen Tuya que pusiste en mí.

(Adelardo López de Ayala, *Plegaria*)

El ser interior es la inteligencia, la conciencia y la voluntad. El fortalecimiento del ser interior viene cuando Cristo fija Su residencia permanente en el interior de una persona. La palabra que usa Pablo para el *morar* de Cristo en nuestros corazones es en griego *katoikein*, que es la que se usa para una residencia permanente, distinta de la temporal.

El secreto de la fortaleza de los cristianos está en la presencia de Cristo en lo más íntimo de nuestra vida. Cristo está dispuesto a venir a la vida de una persona -pero no contra su voluntad. Espera nuestra invitación para venir a traernos Su fuerza.

EL AMOR INFINITO DE CRISTO

Efesios 3:18-21

Pido a Dios que vuestras raíces y vuestros cimientos estén bien hondos en el amor, para que, con todo el pueblo consagrado a Dios, tengáis la necesaria vitalidad para captar plenamente el sentido de la anchura y la longitud y la profundidad y la altura del amor de Cristo, y experimentar el amor de Cristo, que es algo que sobrepasa todo conocimiento, para que os llenéis hasta el punto de alcanzar la plenitud de Dios mismo.

A Aquel que es capaz de obrar con generosidad incalculable, muy por encima de todo lo que podamos pedir o imaginar, según el poder que obra en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia y en Jesucristo por todas las generaciones del siempre jamás.

Pablo Le pide a Dios en oración que el cristiano sea capaz de captar el significado de la anchura, la profundidad, la longitud y la altura del amor de Cristo. Es como si Pablo nos invitara a mirar al universo -al cielo infinito sobre nosotros, a los horizontes ilimitados a cada lado, a la profundidad de la

tierra y de los mares por debajo de nosotros, y dijera: «El amor de Cristo es tan inmenso como todo eso.»

No es probable que Pablo tuviera en su mente ningún pensamiento distinto de la indudable magnitud del amor de Cristo. Pero muchos han tomado esta expresión, y han leído en ella significados, algunos de ellos muy hermosos. Un comentarista antiguo ve la Cruz como el símbolo de este amor. La parte superior de la Cruz señala hacia arriba; el mismo poste vertical señala hacia abajo, y los brazos señalan al horizonte lejano a cada lado. Jerónimo dijo que el amor de Cristo alcanza a incluir a los santos ángeles; que llega hasta abajo para incluir a los malos espíritus del infierno; que en su longitud abarca a los hombres que se esfuerzan por elevarse, y en su anchura cubre a las personas que vagan cada vez más lejos de Él.

Si queremos desarrollar este punto, podemos decir que en *su anchura*, el amor de Cristo incluye a todas las personas de cualquier clase, edad y mundo; en *su longitud*, el amor de Cristo estuvo dispuesto a llegar hasta la Cruz; en *su profundidad*, descendió hasta la experiencia de la muerte; en *su altura*, nos sigue amando en el Cielo, donde Él está intercediendo constantemente por nosotros (*Hebreos 7:25*). Ninguna persona queda excluida del amor de Cristo; ningún lugar está fuera de su alcance.

Entonces Pablo vuelve otra vez al pensamiento dominante de esta epístola. ¿Dónde se puede experimentar ese amor? Lo experimentamos *con todo el pueblo consagrado a Dios*; es decir: lo encontramos en la comunión de la Iglesia. Lo que dijo John Wesley es verdad: «Dios no sabe nada de una religión solitaria.» «Ninguna persona -dijo- fue nunca al Cielo en solitario.» La Iglesia puede tener sus faltas; sus miembros pueden estar muy lejos de como deberían ser; pero en la comunión de la Iglesia encontramos el amor de Dios.

Pablo termina con una doxología y con una alabanza. Dios puede hacer por nosotros mucho más de lo que soñamos, y lo hace por nosotros en la Iglesia y en Cristo.

Una vez más, antes de salirnos de este capítulo, pensemos en la descripción gloriosa que hace Pablo de la Iglesia. Este mundo no es como es debido; está desgarrado por fuerzas opuestas, como por odios y luchas. Unas naciones contra otras, unas personas contra otras, unas clases contra otras. Dentro de cada persona se mantiene una lucha entre el bien y el mal. El designio de Dios es que todas las personas y las naciones lleguen a estar unidas en Cristo. Para llegar a alcanzar esta meta, Cristo necesita que la Iglesia vaya a hablarle a todo el mundo de Su amor y Su misericordia. Y la Iglesia no podrá hacerlo a menos que sus miembros, unidos entrañablemente en comunión, experimenten el amor ilimitado de Cristo.

EFESIOS 4

Con este capítulo empieza la segunda parte de esta carta. En los primeros tres capítulos, Pablo ha tratado de las grandes y eternas verdades de la fe cristiana, y de la misión de la Iglesia en el plan de Dios. Ahora empieza a tratar de cómo debe ser cada miembro de la Iglesia para que esta lleve a cabo su parte en este plan.

Antes de empezar este capítulo, recordemos una vez más que el pensamiento central de la carta es que Jesús ha traído un camino, el camino de la unidad al mundo desunido. Este camino es por medio de la fe en Él, y es la misión de la Iglesia el proclamarle este mensaje a todo el mundo. Y ahora Pablo vuelve al pensamiento del carácter que debe tener el cristiano si la Iglesia ha de cumplir su gran tarea de ser el instrumento de la reconciliación universal de Cristo entre hombre y hombre y del hombre con Dios en el mundo.

FIELES A NUESTRA VOCACIÓN

Efesios 4:1-10

Así es que yo, el prisionero del Señor, os insisto en que os comportéis de una manera que sea digna de la vocación que habéis recibido. Os exhorto a que os conduzcáis con toda humildad, y amabilidad, y paciencia. Os exhorto a que os soportéis unos a otros con amor. Os exhorto encarecidamente a que conservéis esa unidad que el Espíritu Santo puede producir, uniendo las cosas en paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, de la misma manera que habéis sido llamados con una sola y misma esperanza de vuestra vocación. No hay más que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, Que está por encima de todos y a través de todos y en todos. A cada uno de vosotros se le ha dado la gracia según la medida del don gratuito de Cristo. Por eso dice la Escritura: «Ascendió a las alturas, y llevó a Sus cautivos consigo, y dio dones a los hombres.» (Cuando dice que ascendió, ¿qué otra cosa puede querer decir sino que Él también había descendido a un lugar más bajo de la tierra? El que descendió es la misma Persona que ascendió por encima de todos los cielos para llenarlo todo con Su presencia).

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Efesios 4:1-3

Así es que yo, el prisionero del Señor, os insisto en que os comportéis de una manera que sea digna de la vocación que habéis recibido. Os exhorto a que os conduzcáis con toda humildad, y amabilidad, y paciencia. Os exhorto a que os soportéis unos a otros con amor.

Os exhorto encarecidamente a que conservéis esa unidad que el Espíritu Santo puede producir, uniendo las cosas en paz.

Cuando una persona ingresa en cualquier sociedad, asume la obligación de vivir una cierta clase de vida; y si incumple esa obligación, entorpece los objetivos de esa sociedad y la desacredita. Aquí Pablo hace la descripción de la clase de vida que debe vivir una persona cuando entra en la comunión de la Iglesia Cristiana.

Los primeros tres versículos relucen como joyas. Aquí tenemos cinco de las palabras más grandes de la fe cristiana.

(i) La primera y principal es *la humildad*. En griego es *tapeinofrosyné*, que es una palabra que acuñó por primera vez la fe cristiana. En griego no hay una palabra para humildad que no contenga algún atisbo de mezquindad. Posteriormente, Basilio había de describirla como < el joyero de todas las virtudes; » pero antes del Cristianismo la humildad no se consideraba ni siquiera como una virtud. El mundo antiguo consideraba la humildad despreciable.

En griego hay un adjetivo para *humilde*, que está íntimamente relacionado con el nombre, *tapeinós*. Una palabra se conoce siempre por las que lleva en su compañía, y la de esta era despreciable. Solía encontrarse en compañía de los adjetivos griegos que quieren decir servil (*andrapodódés, dulikós, duloprepés*), innoble (*aguenés*), despreciable (*ádoxos*), rastrero (*jamaizélos*, que es el adjetivo que describe esa clase de plantas). En los días antes de Jesús la humildad se consideraba una cualidad cobarde, rastrera, servil e innoble; sin embargo, el Cristianismo la colocó a la cabeza de todas las virtudes. Entonces, ¿de dónde procede esta humildad cristiana, y qué conlleva?

(a) La humildad cristiana viene del *conocimiento propio*. Bernardo decía de ella: < Es la virtud por la que una persona llega a ser consciente de su propia indignidad, como resultado del más íntimo conocimiento de sí misma. »

El vernos a nosotros mismos tal como somos es la cosa más humillante del mundo. La mayor parte de nosotros nos atribuimos un papel importante en la vida. En alguna parte se cuenta la historia de un hombre que, antes de acostarse, soñaba despierto sus sueños de grandeza. Se veía como el héroe de rescates emocionantes del mar o de las llamas; como un orador que tenía alucinada a una numerosa audiencia; como un futbolista que, marcara el gol de oro en una final; siempre estaba en el centro de atención de muchos. Así somos casi todos. Y la verdadera humildad se produce cuando nos miramos a nosotros mismos, y vemos nuestras debilidades, nuestro egoísmo, nuestros fracasos en el trabajo y en las relaciones personales, etcétera.

(b) La humildad cristiana se produce cuando *nos colocamos al lado de Cristo, y cuando consideramos lo que Dios espera de nosotros*.

Dios es la suma perfección, y es imposible satisfacer a la perfección. Mientras nos comparemos con otros como nosotros, puede que no salgamos malparados de la comparación. Es cuando nos comparamos con la perfección cuando vemos nuestro fracaso. Uno puede considerarse muy buen pianista hasta que oye a alguno de los grandes intérpretes del mundo. Uno puede considerarse un buen ajedrecista hasta que se compare con cualquiera de los grandes maestros. Uno puede creerse un buen investigador hasta que conozca la vida de los grandes descubridores. Uno puede creerse un buen predicador hasta que escuche a uno de los príncipes del púlpito.

La propia satisfacción depende del nivel con el que nos comparemos. Si nos comparamos con nuestros semejantes, puede que nos demos por satisfechos. Pero el dechado cristiano es Jesucristo, y Dios nos demanda la perfección; y al colocarnos bajo ese rasero no nos queda lugar para el orgullo.

(c) Esto se puede decir de otra manera. R. C. Trench dice que la humildad viene del sentimiento constante de nuestra propia *criaturidad*. Nos encontramos en una situación de absoluta dependencia de Dios. Somos criaturas; y para la criatura

no puede haber sino humildad en la presencia del Creador. La humildad cristiana se basa en el conocimiento propio, en la contemplación de Jesucristo y en las demandas de Dios.

LA NOBLEZA CRISTIANA

Efesios 4:1-3 (continuación)

La segunda de las grandes virtudes cristianas es la que la versión Reina-Valera llamaba *mansedumbre*, y que hemos traducido por *amabilidad o cortesía*. El nombre griego es *praytēs*, el adjetivo es *prays*, y son ambas palabras de las más difíciles de traducir. *Praus* tiene dos líneas principales de significado.

(a) Aristóteles, el gran pensador y filósofo griego, tiene mucho que decir acerca del significado de *praytēs*. Tenía por costumbre definir todas las virtudes como *el término medio entre dos extremos*, entre tener esa cualidad por exceso, o tenerla por defecto. Y entre los dos extremos se encontraba la debida proporción. Aristóteles define *praytēs* como el término medio entre el exceso de ira y la total incapacidad para sentirla. El hombre que es *prays* es el que siempre se indigna en el momento adecuado, cuando es debido, y nunca cuando no tiene motivo. Para decirlo de otra manera: el hombre que es *prays* es el que siente indignación por las injusticias y los sufrimientos de los demás, pero nunca se indigna ante las injusticias y los insultos de los que es objeto. Así que el hombre que es, como decía la Reina-Valera, *manso*, es el que siempre muestra su disconformidad en el momento oportuno, y nunca cuando no hay motivo.

(b) Hay otro hecho que arroja mucha luz sobre el significado de esta palabra. *Prays* es la palabra griega que se usa para definir a un animal que ha sido domado y domesticado para obedecer y estar perfectamente controlado. Por tanto, el hombre que es *prays* es el que tiene todos los instintos y las

pasiones bajo perfecto control. No sería justo decir que tal hombre tiene un dominio propio total, porque tal cualidad rebasa la capacidad humana. Pero sí sería correcto decir que el que tiene esta cualidad vive totalmente bajo el control de Dios.

Así que esta es la segunda gran característica de un verdadero miembro de iglesia. Es el hombre que está tan controlado por Dios que se indigna cuando debe indignarse, y nunca cuando no debe.

LA PACIENCIA INVENCIBLE

Efesios 4:1-3 (continuación)

(iii) La tercera gran cualidad del cristiano es lo que la Reina-Valera llama en otros pasajes *longanimidad*. En griego es *makrothymía*. Esta palabra tiene dos direcciones principales en su significado.

(a) Describe el espíritu que nunca cede y que, porque soporta hasta el final, cosecha la recompensa. Su significado se puede ver mejor por el hecho de que un escritor judío usaba esta palabra para describir lo que él llamaba «la perseverancia romana, que no aceptaba nunca hacer la paz en condiciones de derrota.» En sus grandes días, los romanos eran inconquistables o invencibles; podía ser que perdieran una batalla, o hasta una campaña, pero era inimaginable el que perdieran una guerra. Aun en el mayor desastre, nunca se les ocurría reconocer una derrota. La paciencia cristiana es el espíritu que nunca admite la derrota, que no se da por vencido ante ninguna desgracia ni sufrimiento, por ninguna desilusión o desánimo, sino que persevera hasta el fin.

(b) Pero *makrothymía* tiene todavía un sentido más característico que ese. Es la palabra griega característica para *paciencia con las personas*. Crisóstomo la describe como el espíritu que tiene poder para vengarse, pero no se venga. Lightfoot la definía como el espíritu que se niega a la revancha. Usando una

analogía muy imperfecta diríamos que a menudo es posible ver juntos un cachorro y un perro adulto y grande. El cachorro le fastidia al perrazo, le mordisquea, y le hace toda clase de perrerías. El perro grande, que podría deshacerse del cachorro de una patada o de una dentellada, soporta sus impertinencias con una dignidad inalterable. *Makrothymía* es el espíritu que soporta los insultos y las injurias sin amargura ni queja. Es el espíritu que puede sufrir a las personas desagradables con cortesía, y a los tontos sin irritarse.

(c) Lo que nos permite conocer mejor el sentido de esta palabra es el hecho de que el Nuevo Testamento se la aplica repetidas veces a Dios. Pablo le pregunta al pecador impenitente si desprecia *la paciencia* de Dios (*Romanos 2:4*). En otro lugar habla de la perfecta *paciencia* que Jesús tuvo con él (*1 Timoteo 1:16*). Pedro habla de *la paciencia* de Dios esperando en los días de Noé (*1 Pedro 3:20*). Dice que la tolerancia de nuestro Señor es para nuestra salvación (*2 Pedro 3: 15*). Si Dios hubiera sido un hombre, habría < perdido la paciencia > con el mundo por su desobediencia hace mucho tiempo. El cristiano debe tener con sus semejantes la paciencia que Dios ha tenido con él innumerables veces.

EL AMOR CRISTIANO

Efesios 4:1-3 (conclusión)

(iv) La cuarta gran cualidad cristiana es *el amor*. El amor cristiano era algo tan nuevo en el mundo antiguo que los escritores cristianos tuvieron que inventar una palabra nueva para definirlo; o, por lo menos, tuvieron que usar una palabra muy rara en griego, dándole un sentido totalmente nuevo: *agapé*.

En griego hay cuatro palabras para *amor*. Está *erós*, que es el amor entre un hombre y una mujer que incluye la pasión sexual. Está *filía*, que es el afecto cálido que existe entre los que comparten unas mismas circunstancias. Está *storgé*, que

es la palabra que designa el amor de la familia. Y está *agapé*, que la Reina-Valera traduce por *amor*, aunque en ediciones más antiguas, siguiendo tal vez a la Vulgata, la traducía por *caridad*.

El sentido auténtico de *agapé* es una benevolencia a toda prueba. El tener *agapé* hacia una persona quiere decir que nada que esa persona haga o nos haga nos hará buscar para ella sino lo mejor posible. Aunque nos perjudique e insulte, nosotros no sentiremos nunca hacia ella más que amabilidad y benevolencia. Esto quiere decir que este *amor* cristiano no es meramente un sentimiento emocional. Este *agapé* es algo, no solamente de las emociones, sino también de la voluntad. Es la habilidad de mantener una buena voluntad inconquistable con los que no la tienen con nosotros, ni son amables, ni nos gustan. *Agapé* es esa cualidad de la mente y del corazón que impulsa a un cristiano a no sentir nunca ninguna malquerencia ni ningún deseo de venganza, sino a buscar siempre el mayor bien posible para todos, sean como sean.

(v) Estas cuatro grandes virtudes de la vida cristiana -humildad, amabilidad, paciencia y amor- desembocan en una quinta: *la paz*. El consejo y la exhortación urgente de Pablo son que los que lean su carta tengan un interés especialísimo en mantener «la sagrada unidad» que debe caracterizar a la verdadera Iglesia.

La paz se puede definir como *la debida relación entre las personas*. Esta unidad, esta paz, esta debida relación, se puede conservar solamente de una manera. Cada una de las cuatro grandes virtudes cristianas depende de la negación del yo. Mientras el yo sea el centro de todas las cosas, esta unidad no podrá existir nunca plenamente. En una sociedad en la que el yo domina, las personas no pueden ser más que una colección desintegrada de unidades individualistas en guerra. Pero cuando el yo muere y Cristo se aposenta en su lugar en nuestros corazones, entonces se produce la paz, la unidad, que es la característica suprema de la verdadera Iglesia.

Efesios 4:4-6

Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, de la misma manera que habéis sido llamados con una sola y misma esperanza de vuestra vocación. No hay más que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, Que está por encima de todos y a través de todos y en todos.

Pablo pasa a establecer las bases sobre las que se funda la unidad cristiana.

(i) Hay un solo Cuerpo. (En estas frases añado la palabra *solo/sola* porque en el original *unluna* es el numeral y no el artículo indeterminado). Cristo es la Cabeza, y la Iglesia es el Cuerpo. Ningún cerebro puede controlar un cuerpo que está desintegrado en fragmentos. Si no hay una unidad coordinada en el cuerpo, los designios de la cabeza se frustran. La unidad de la Iglesia es esencial para la obra de Cristo. Eso no quiere decir una unidad mecánica de administración y de organización humanas; sino tiene que ser una unidad basada en un común amor a Cristo y de los miembros entre sí.

(ii) Hay un solo Espíritu. La palabra *pneuma* en griego quiere decir tanto *espíritu* como *aliento*. Es de hecho la palabra corriente para aliento. A menos que haya aliento en el cuerpo, el cuerpo estará muerto; y el aliento vitalizador del Cuerpo de la Iglesia es el Espíritu de Cristo. No puede haber Iglesia sin el Espíritu; y no se puede recibir el Espíritu más que deseándolo y esperándolo en oración.

(iii) Hay una sola esperanza de nuestra vocación. Todos estamos en marcha hacia la misma meta. Este es el gran secreto de la unidad de los cristianos. Nuestros métodos, nuestra organización, hasta algunas de nuestras creencias puede que sean diferentes; pero todos nos esforzamos para alcanzar la meta de un mundo redimido en, por y para Cristo.

(iv) Hay un solo Señor. La primera forma de credo que surgió en la Iglesia Primitiva fue una breve frase: < Jesucristo es el Señor > (*Filipenses 2:11*). Pablo veía que era el sueño de Dios el que llegara un día cuando toda la humanidad hiciera esta confesión. La palabra que usa para *Señor* es *Kyrios*. Las dos formas en que se usa en el griego corriente muestran algo de lo que Pablo quería decir. Se usaba para *amo*, en contraposición a *siervo o esclavo*. Y era la manera normal de referirse al emperador romano. Los cristianos están unidos porque son propiedad y están al servicio de un Dueño y Rey.

(v) Hay una sola fe. Pablo no quería decir que hay un solo *credo*. Rara vez de hecho la palabra *fe* quiere decir *credo* en el Nuevo Testamento. Casi siempre quiere decir la entrega incondicional del cristiano a Jesucristo. Pablo quiere decir que todos los cristianos están unidos porque han decidido rendirse totalmente al amor de Jesucristo. Puede que lo describan de diferentes maneras; pero, sea como sea, la rendición es algo que todos tienen en común.

(vi) Hay un solo bautismo. En la Iglesia Primitiva el bautismo era corrientemente de adultos, porque los hombres y las mujeres llegaban directamente del paganismo a la fe cristiana. Por tanto, antes que ninguna otra cosa, el bautismo era la pública confesión de fe. No había nada más que una manera de incorporarse al ejército romano: el que quería ser soldado de Roma tenía que hacer un juramento de fidelidad hasta la muerte al emperador. De la misma manera, no había nada más que una forma de ingresar en la Iglesia Cristiana: mediante la pública confesión de fe en Jesucristo.

(vi_j) Hay un solo Dios. Veamos lo que dice Pablo acerca del Dios en Quien creemos.

(a) Dios es *el Padre* de todos; en esa frase se encierra *el amor* de Dios. Lo más grande que podemos decir del Dios de los cristianos no es que es Rey, ni que es Juez, sino que es Padre. La idea cristiana de Dios empieza por el amor.

(b) Dios está *por encima* de todas las cosas. En esa frase se encierra *el control* de Dios. Independientemente del aspecto

que presenten las cosas, Dios está en control. Puede que haya diluvios; pero «El Señor preside en el diluvio» (*Salmo 29:10*).

(c) Dios está *detrás* de todo; en esa frase se encierra la idea de *la providencia* de Dios. Dios no creó el mundo y lo puso en marcha como puede hacer un relojero con un reloj, dándole cuerda y dejándolo hasta que se le acabe. Dios está detrás de todo este mundo guiándolo, sosteniéndolo y amándolo.

(d) Dios está *en* todas las cosas; en esa frase se encierra *la presencia* de Dios en todas las criaturas. Puede ser que Pablo tomara la joya de esta idea de los estoicos, que creían que Dios era un fuego más puro que ninguno de los de la Tierra; y creían que lo que le daba a un ser la vida era que una chispa de ese fuego que era Dios venía a morar en su cuerpo. Pablo creía que Dios está en todas las cosas.

El Evangelio nos dice que vivimos en un mundo que ha sido creado por Dios y que está controlado por Dios, sostenido por Dios y lleno de Dios.

LOS DONES DE LA GRACIA

Efesios 4:7-10

A cada uno de vosotros se le ha dado la gracia según la medida del don gratuito de Cristo. Por eso dice la Escritura: «Ascendió a las alturas, y llevó a Sus cautivos consigo, y dio dones a los hombres. > (Cuando dice que ascendió, ¿qué otra cosa puede querer decir sino que Él también había descendido a lo más bajo de la tierra? El que descendió es la misma Persona Que ascendió por encima de todos los cielos para llenarlo todo con Su presencia).

Pablo vuelve a otro aspecto de su tema. Ha estado tratando de *las cualidades* de los miembros de la Iglesia de Cristo. Ahora va a hablar de *sus funciones* en la Iglesia. Empieza por

establecer lo que era para él una verdad esencial: que todo lo bueno que pueda tener una persona es don de la gracia de Cristo.

Para probar su idea de Cristo como el dador de dones, Pablo cita, con una variante muy significativa, el *Salmo 68:18*. Este salmo describe la vuelta de un rey conquistador. Asciende a las alturas: es decir, escala la carretera empinada del Monte de Sión por las calles de la Santa Ciudad. Le sigue una columna impresionante de prisioneros de guerra; es decir: desfila por las calles con sus prisioneros encadenados, que son la prueba de su poder conquistador. Y aquí viene la diferencia: El salmo habla a continuación de los dones que *recibe* el conquistador. Pablo lo cambia por *«dio dones a los hombres.»*

En el Antiguo Testamento, el rey conquistador *exigía y recibía* dones de la población; en el Nuevo Testamento, el Conquistador, Cristo, *ofrece y da* dones a los hombres. Esa es la diferencia esencial que hay entre los dos testamentos. En el Antiguo Testamento, un Dios celoso insiste en el tributo que Le deben los hombres; en el Nuevo Testamento, un Dios amante derrama Su amor hacia los hombres. Esa es, sin duda, una Buena Noticia.

Entonces, como tantas veces, la mente de Pablo se le desvía por una palabra. Ha usado la palabra *ascendió*, y eso le hace pensar en Jesús. Y le hace decir una cosa muy maravillosa: Jesús *descendió* a este mundo cuando tomó nuestra naturaleza. Jesús *ascendió* de este mundo cuando salió de él para volver a Su gloria. El gran pensamiento de Pablo es que el Cristo que ascendió y el Cristo que descendió son una misma Persona. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que el Cristo de la gloria es el mismo que el Jesús que anduvo por la tierra; sigue amando a las personas; sigue buscando al pecador; sigue sanando a los dolientes; sigue consolando a los afligidos; sigue siendo el amigo de los marginados. El Cristo ascendido sigue siendo el amante de las almas.

Hay otro pensamiento que impacta a Pablo. Jesús ascendió a las alturas, pero no para dejar el mundo abandonado;

ascendió a las alturas para llenar el mundo con Su presencia. Cuando Jesús estaba aquí personalmente, no podía estar nada más que en un sitio a la vez; Se encontraba con todas las limitaciones del cuerpo; pero cuando dejó este cuerpo y volvió a la gloria, Se vio libre de las limitaciones del cuerpo, y pudo estar en todas partes, en todo el mundo, mediante Su Espíritu. Para Pablo, la ascensión de Jesús no quiere decir que abandonó el mundo, sino que lo llenó.

LOS RESPONSABLES EN LA IGLESIA

Efesios 4:11-13

Y Él, Cristo, dio a la Iglesia a algunos como apóstoles, y a algunos, como profetas, y a algunos, como evangelistas, y a algunos, como pastores y maestros. Esto lo hizo para que pueblo consagrado a Dios esté plenamente equipado, para que la labor del servicio siga adelante, y el Cuerpo de Cristo se vaya edificando. Y esto ha de proseguir hasta que todos lleguemos a la unidad completa de la fe y del conocimiento de Dios, hasta que alcancemos la perfecta humanidad, hasta que alcancemos la estatura que se puede medir por la plenitud de Cristo.

Este pasaje tiene un interés especial porque nos da una descripción de la organización y de la administración de la Iglesia Primitiva. En la Iglesia Primitiva había tres clases de responsables. Había unos pocos cuya autoridad se extendía por toda la Iglesia. Había bastantes cuyo ministerio no estaba confinado a un lugar, sino que tenían un ministerio ambulante e iban adonde el Espíritu los movía. Había algunos cuyo ministerio se limitaba a una congregación y a un lugar.

Los apóstoles eran los que tenían autoridad en toda la Iglesia. Los apóstoles incluían a más de los doce. Bernabé era un apóstol (*Hechos 14:4,14*); Santiago, el hermano de nuestro

Señor, era un apóstol (*1 Corintios 1 S: 7; Gálatas 1:19*); Silvano era un apóstol (*1 Tesalonicenses 2:6*); Andrónico y Junias eran apóstoles (*Romanos 16:7*).

Para ser apóstol se tenían que tener dos grandes cualificaciones. La primera era haber conocido a Jesús personalmente. Cuando Pablo insiste en sus propios derechos en vista de la oposición que se le hacía en Corinto, afirma: «¿Es que yo no soy un apóstol? ¿Es que no he visto a Jesús nuestro Señor?» (*1 Corintios 9:1*). La segunda, un apóstol tenía que ser un testigo de la Resurrección del Señor. Cuando los once se reunieron para elegir al que había de tomar el puesto que dejó vacante Judas, el traidor, se decía que tenía que ser uno que hubiera sido de la compañía durante todo el ministerio terrenal de Jesús, y un testigo de Su Resurrección (*Hechos 1: 21 s*).

En un sentido, los apóstoles tenían que acabarse, porque al cabo de cierto tiempo ya se habían muerto todos los que habían conocido a Jesús y habían sido testigos de Su Resurrección. Pero, en otro sentido todavía superior, la cualificación continúa abierta. El que haya de presentar a Cristo, debe conocerle personalmente; y el que haya de manifestar el poder de Cristo a otros debe haber experimentado el poder del Cristo Resucitado.

(ii) Estaban *los profetas*. Los profetas no tenían la misión exclusiva de *pronosticar* el futuro, sino de *proclamar* la voluntad de Dios. Al proclamar la voluntad de Dios, hasta cierto punto, tenían que anunciar cosas futuras; porque anunciaban las consecuencias que traería el obedecer o desobedecer esa voluntad.

Los profetas se movían por toda la Iglesia. Su mensaje no era el resultado de su pensamiento o estudio, sino que les era revelado directamente por el Espíritu Santo. No tenían hogar ni familia ni medios de subsistencia. Iban de iglesia en iglesia proclamando la voluntad de Dios tal como Dios se la había revelado.

Los profetas, como un ministerio reconocido, desaparecieron de la Iglesia antes de mucho. Eso sucedió por tres razones.

(a) En tiempos de persecución, los profetas eran los primeros en caer; no podían ocultarse, y eran los primeros en morir por la fe. (b) Los profetas llegaron a ser un problema. A medida que las iglesias iban creciendo se desarrollaba su organización local. Cada congregación se iba volviendo una organización con un pastor permanente y una administración local. Antes de mucho, el ministerio establecido empezó a objetar a la intrusión de estos profetas ambulantes, que a menudo inquietaban a sus congregaciones. El resultado inevitable fue que los profetas fueran desapareciendo poco a poco. (c) El ministerio de profeta estaba expuesto a los abusos. Estos viajeros proféticos gozaban de un prestigio considerable. Algunos de ellos abusaban de su autoridad, y la convertían en una excusa para vivir cómodamente a expensas de las congregaciones que visitaban. El libro más antiguo de administración eclesiástica que se conoce es la *Didajé, La Enseñanza de los Doce Apóstoles*, que surgió allá por el año 100 d.C. En él se ven claramente tanto el prestigio como las sospechas que despertaban los profetas. Se establece el orden del culto de comunión, así como las oraciones que se habían de usar; y a continuación se dice que un profeta puede dirigir el culto como quiera. Pero hay algunas otras disposiciones. Se establece que un profeta ambulante puede quedarse uno o dos días en una congregación, pero si quiere quedarse tres días es un falso profeta; se establece que si un profeta ambulante, en un supuesto momento de inspiración, solicita dinero o una comida, es un falso profeta.

(iii) Estaban los *evangelistas*. Los evangelistas eran también ambulantes. Corresponden a los que nosotros llamaríamos misioneros. Pablo le dice a Timoteo: < Haz la obra de evangelista > (2 *Timoteo* 4: 5). Eran los que daban a conocer la Buena Noticia. No tenían el prestigio ni la autoridad de los apóstoles, que habían visto al Señor; ni ejercían la influencia de los profetas inspirados por el Espíritu; eran los obreros habituales de la Iglesia que llevaban la Buena Nueva a los que todavía no la conocían.

(iv) Estaban los *pastores y maestros*. Parece que estas dos palabras describen a una sola clase de personas. En cierto sentido tenían la tarea más importante de toda la Iglesia: no eran ambulantes sino fijos en una congregación. Tenían una triple función.

(a) Eran *maestros*. En la Iglesia Primitiva había pocos libros. La imprenta no se había de inventar hasta mil cuatrocientos años después. Todos los libros tenían que escribirse a mano, y un libro del tamaño del Nuevo Testamento costaría por lo menos el sueldo de todo un año de un obrero. Eso quería decir que la historia de Jesús se tenía que transmitir principalmente de viva voz. La historia de Jesús se fue contando oralmente antes de que se escribiera, y estos maestros tenían la tremenda responsabilidad de ser los depositarios de la historia del Evangelio. Era su función el conocer y el transmitir la historia de la vida de Jesús.

(b) Las personas que se incorporaban a la Iglesia procedían directamente del paganismo. No sabían absolutamente nada del Cristianismo, excepto que Jesucristo había tomado posesión de sus corazones. Por tanto, estos maestros tenían que desplegar la fe cristiana ante los conversos, tenían que explicar sus grandes doctrinas. Es a ellos a los que debemos el que la fe cristiana se mantuviera pura y no fuera distorsionada en su transmisión.

(c) Estos maestros eran también *pastores*. *Pastor* era la palabra latina que designaba, lo mismo que la española; al que cuidaba de un rebaño. Por algún tiempo la Iglesia Cristiana no era más que una isleta en un mar de paganismo. Las personas que venían a ella acababan de salir del paganismo, y estaban en constante peligro de volver a él; y el deber del pastor era guiar su rebaño y mantenerlo a salvo.

Esta palabra es antigua y honorable. En el pasado lejano de Homero, al rey Agamenón se le llamaba «el pastor de su pueblo.» Jesús se había llamado a Sí mismo El Buen Pastor (*Juan* 10:11,14). El autor de *Hebreos* llamaba a Jesús El gran Pastor de las ovejas (*Hebreos* 1 3:20). Pedro Le llama Pastor y Obispo

de vuestras almas (1 *Pedro* 2:25). También Le llama El Príncipe de los pastores (1 *Pedro* 5:4). Jesús encargó a Pedro que se cuidara de Sus ovejas (*Juan* 21:16). Pablo advirtió a los ancianos de Éfeso que guardaran el rebaño que Dios había puesto a su cuidado (*Hechos* 20:28). Y Pedro exhorta a los ancianos a que se cuiden del rebaño de Dios (1 *Pedro* 5:2).

La figura del pastor se halla indeleblemente retratada en el Nuevo Testamento. Era el que se cuidaba del rebaño y guiaba a las ovejas a lugares seguros; era el que buscaba las ovejas descarriadas y, si era necesario, exponía su vida para salvarlas. El pastor del rebaño de Dios es el hombre que lleva al pueblo de Dios en el corazón, que los alimenta con la verdad, los busca cuando se extravían y los defiende de todo lo que pueda dañar sus almas. Y a cada cristiano se le encarga que sea un poco el pastor de sus hermanos.

EL OBJETIVO DEL RESPONSABLE

Efesios 4:11-13 (conclusión)

Después de nombrar a los diferentes responsables de la Iglesia, Pablo pasa a hablar de sus objetivos y de lo que deben tratar de hacer.

Su objetivo es que los miembros de la iglesia estén debidamente equipados. La palabra que usa Pablo para *equipados* es interesante. Es *katartismós*, que viene del verbo *katartizein*. Es una palabra que se usaba en cirugía con el sentido de colocar un miembro roto, o poner en la debida posición una articulación. En política se usaba con el sentido de acercar o unir posiciones opuestas para que el gobierno pudiera proseguir su labor. En el Nuevo Testamento se usa para remendar las redes (*Marcos* 1:19), y para disciplinar a un ofensor para que vuelva a ocupar su puesto en la comunión de la iglesia (*Gálatas* 6:1). La idea básica de la palabra es la de poner algo en las condiciones debidas. Es la función de los responsables de la Iglesia

el asegurarse de que los miembros sean instruidos, guiados, cuidados, buscados cuando se desvían, para que lleguen a ser como Dios quiere.

Su cometido es que el servicio siga adelante. La palabra que se usa aquí para servicio es *diakonía*; y la idea principal que subyace en esta palabra es la del *servicio práctico*. El responsable no tiene que ser uno que habla simplemente de cuestiones de teología y de cosas de la Iglesia; está a cargo de comprobar que el servicio práctico a favor de los pobres y de los desvalidos de Dios se lleva a cabo.

Su finalidad es comprobar que el Cuerpo de Cristo es edificado. La obra del responsable es siempre la construcción, y no la destrucción. Su objetivo no es causar problemas, sino resolverlos; fortalecer siempre, y nunca debilitar la fábrica de la iglesia.

El responsable tiene todavía una misión más alta que estas, que puede decirse que son sus funciones inmediatas; pero por encima de -ellas tiene otras más importantes.

Su objetivo es que los miembros de la iglesia lleguen a la unidad perfecta. No debe permitir nunca que se formen partidos en la iglesia, ni que se haga nada que produzca diferencias en ella. Mediante la enseñanza y el ejemplo debe tratar de hacer que los miembros de la iglesia mantengan una unidad cada vez más íntima.

Su objetivo es que los miembros de la iglesia lleguen a un pleno desarrollo. La iglesia no se puede contentar nunca con que sus miembros vivan vidas respetables. Su finalidad debe ser que sean ejemplos de la perfecta hombría y feminidad cristianas.

Así que Pablo acaba con un objetivo sin igual. El objetivo de la iglesia es el que sus miembros alcancen la estatura que se mide mediante la plenitud de Cristo. La finalidad de la iglesia no es nada menos que producir hombres y mujeres que son el reflejo perfecto de Jesucristo mismo. Durante la guerra de Crimea, Florence Nightingale estaba una noche pasando revista en una sala de un hospital. Se detuvo ante una cama

y se inclinó hacia un soldado que estaba gravemente herido. El herido levantó la vista y dijo: «Tú eres Cristo para mí.» Un santo se ha definido como «alguien en quien Cristo vuelve a vivir.» Eso es lo que el verdadero miembro de iglesia debe ser.

CRECIENDO EN CRISTO

Efesios 4:14-16

Todo esto ha de hacerse para que no sigamos siendo niños en la fe, llevados y echados de acá para allá por cualquier venticillo de enseñanza manejado por algún listo astuto con malas artes para apartarnos del camino. Por el contrario: todo debe estar diseñado para hacernos abrazar la verdad en amor y hacernos crecer en todos los sentidos en Aquel que es la Cabeza -quiero decir Cristo. Es a partir de Cristo como todo el cuerpo se organiza y se integra por medio de todas las coyunturas que suplen sus necesidades, según cada miembro cumpla la función de la tarea que se le asigna. Es partiendo de Cristo como el Cuerpo crece y se edifica en amor.

En todas las iglesias hay algunos miembros a los que hay que proteger. Hay algunos que son como niños, dominados por el deseo de novedades y a merced de la última moda en religión. Es la lección de la historia que las modas populares en materia de religión vienen y van, pero la Iglesia siempre permanece. El alimento sólido de la religión siempre se ha de encontrar en la Iglesia.

En todas las iglesias hay algunas personas de las que hay que guardarse. Pablo habla de la listeza astuta de algunos. La palabra que usa (*kybeía*) quiere decir habilidad en el manejo de los dados. Siempre hay algunos que tratan de apartar a otros de la fe con argumentos ingeniosos. Una de las características de nuestro tiempo es que la gente habla de religión más que

en otras muchas épocas; y los cristianos, especialmente los cristianos jóvenes, tienen que enfrentarse a menudo con los argumentos de los que están contra la Iglesia y contra Dios. Sólo hay una manera de evitar que nos hagan perder el equilibrio con la última moda religiosa y que nos seduzcan con los argumentos peregrinos de los listos, y es creciendo constantemente en Cristo.

Pablo usa todavía otra alegoría. Dice que un cuerpo es sano y activo solamente cuando todos sus miembros están debidamente coordinados. Pablo dice que así sucede con la Iglesia; y que la Iglesia puede ser así solamente cuando Cristo es realmente la Cabeza, y cuando todos los miembros están bajo Su control. De la misma manera que todas las partes de un cuerpo sano obedecen al cerebro. La única cosa que puede mantener a un cristiano firme en la fe y seguro contra la seducción, la única cosa que puede mantener a la Iglesia sana y eficaz es la íntima conexión con Jesucristo, Que es la Cabeza y la mente directriz del Cuerpo.

LAS COSAS QUE DEBEN ABANDONARSE

Efesios 4:17-24

Esto os digo y os encargo solemnemente en el Señor: Ya no debéis vivir la clase de vida de los gentiles, que tienen la mente siempre ocupada con cosas vacías; tienen el entendimiento ofuscado; son extraños a la vida que Dios da a causa de la ignorancia que hay en ellos y de tener el corazón petrificado. Han llegado a una situación en la que se han vuelto insensibles; y en su presunción desvergonzada se han entregado a toda especie de conductas impuras en la concupiscencia insaciable de sus deseos. Pero no es esa la manera como vosotros habéis aprendido a Cristo, si Le habéis escuchado de veras y se os ha enseñado en Él según la verdadera enseñanza

que está en Jesús. Debéis dejar de vivir como vivíais antes. Debéis desembarazaros de vuestra vieja humanidad, que está abocada a la muerte, como es irremediable que suceda por efecto de los deseos engañosos. Debéis renovaros en el espíritu de vuestra mente. Debéis asumir la nueva humanidad creada de acuerdo con el modelo de Dios en integridad y auténtica santidad.

Pablo exhorta a sus conversos a que se despojen de su vieja manera de vivir y asuman la de Cristo. En este pasaje menciona lo que él considera las características de la vida pagana. Los paganos no se interesaban más que en cosas vacías, que no tenían ninguna importancia; tenían la mente ofuscada por la ignorancia. Entonces aparece la palabra sobresaliente: tienen el corazón *petrificado*.

La palabra que usa Pablo para *la petrificación* del corazón es *hosca* y terrible. Es *pórosis*. *Pórosis* viene de *póros*, que quería decir originalmente una piedra que era más dura que el mármol. Llegó a usarse como término médico, como en español *osteoporosis*, para indicar las calcificaciones que se forman en las articulaciones y que llegan a paralizarlas totalmente; y también los callos que se forman donde se ha roto un hueso y se ha vuelto a soldar, que son más duros que el hueso mismo. Por último, la palabra vino a significar la pérdida de toda sensación. Describía algo que se había endurecido o petrificado hasta el punto de perder totalmente la sensibilidad.

Eso es lo que dice Pablo acerca de la vida pagana. Se había endurecido tanto que había perdido la sensibilidad. Una de las cosas horribles del pecado es su efecto petrificador. El proceso del pecado se puede seguir fácilmente. Ninguna persona se convierte en una gran pecadora de pronto. En un principio mira el pecado con horror. Cuando peca, se le llena el corazón de remordimientos. Pero, si continúa pecando, llega a un punto en que pierde toda sensibilidad y puede hacer las cosas más vergonzosas sin ningún sentimiento de vergüenza. Se le ha cauterizado la conciencia (1 *Timoteo* 4:2).

Pablo usa otras dos expresiones terribles para describir la manera pagana de vivir. Dice que se han entregado a toda clase de conductas impuras *en la concupiscencia insaciable de sus deseos*; y que lo han hecho en su *presunción desvergonzada*.

La palabra para presunción desvergonzada es *asélgueia*. Platón la describía como < impudicia >; y otro escritor como < disposición para toda clase de placer >. Basilio la definía como cuna predisposición del alma que es incapaz de soportar el dolor de la disciplina. La gran característica de *asélgueia* es esta: uno que es malo intenta por lo general ocultar su pecado; pero el que tiene *asélgueia* en el alma no se preocupa de lo mucho que pueda escandalizar la opinión pública con tal de satisfacer sus deseos. El pecado puede tener en un *puño* a una persona hasta tal punto que le haga perder la vergüenza y la decencia. Es como con la droga que, en un principio se toma a escondidas, pero se llega a una etapa cuando se la procura abiertamente porque ya se es un drogodependiente. Uno puede llegar a ser tan esclavo del alcohol que ya no le importa que le vean bebiendo o borracho; una persona puede dar rienda suelta a sus deseos sexuales hasta tal punto que llega a ser un esclavo de ellos y no le importa quién y dónde le vea.

La persona sin Cristo hace todo esto movida por *la concupiscencia insaciable de sus deseos*. La palabra es *pleonexía*, otra palabra terrible, que los griegos definían como cuna codicia arrogante, o como «un ansia maldita de poseer», o como «el deseo ilegal de lo que pertenece a otros.» Se ha definido también como el espíritu en el que una persona siempre está dispuesta a sacrificar a sus semejantes a sus propios deseos. *Pleonexía* es el deseo irresistible de tener lo que no tenemos derecho a tener. Puede que conduzca al robo de cosas materiales; o puede conducir al espíritu que pisotea a otras personas para salirse con la suya; puede desembocar en el pecado sexual.

En el mundo pagano, Pablo veía tres cosas terribles. Veía los corazones humanos tan petrificados que ya ni se daban cuenta de que estaban pecando; veía a las personas tan

dominadas por el pecado que habían perdido y olvidado la vergüenza y la decencia; veía a las personas tan a merced de sus deseos que ya no les importaban los demás a los que pudieran perjudicar y cuya inocencia destruían con tal de satisfacer sus deseos. Estos son exactamente los pecados del mundo sin Cristo hoy en día igual que entonces, que se pueden ver invadir la vida en cualquier punto y recorriendo las calles de cualquier gran ciudad.

Pablo exhorta a sus conversos a que rompan definitivamente con esa clase de vida. Usa una manera gráfica de hablar. Dice: < Despojaos de la vieja manera de vivir como el que se quita una ropa vieja y sucia; asumid la nueva manera de vivir; despojaos de vuestros pecados y asumid la integridad y la santidad que Dios os puede dar.>

LO QUE DEBE DESTERRARSE DE LA VIDA

Efesios 4:25-32

Así que despojaos de la falsedad, y decidle la verdad cada uno de vosotros a los demás; porque somos todos miembros del mismo Cuerpo. Si os enfadáis, cuidaos muy mucho de no caer en pecado. No dejéis que se ponga el sol sin haber hecho las paces, ni le deis oportunidades al diablo. El que antes fuera ladrón, que deje definitivamente de robar; que se aficione más bien a trabajar duro, y a hacer cosas productivas con sus manos, a fin de poder compartir lo que tenga con los que tengan necesidad. Que no se os escape nunca ninguna palabra sucia, sino que todas vuestras palabras sean buenas, encaminadas a la buena edificación, para que puedan producir beneficio a los que las oigan. No hagáis que se ponga triste el Espíritu Santo de Dios con el Cual estáis sellados hasta que llegue el día de vuestra redención. Que toda clase de amargura, todas las rabietas, todo el rencor a largo

plazo, todas las griterías, todo el lenguaje insultante desaparezcan de vosotros con todas las otras clases de mal. Sed amables unos con otros, compasivos, perdonándoos mutuamente como Dios os perdonó a vosotros en Cristo.

Pablo ha estado diciendo que cuando uno se convierte a Cristo debe despojarse de la vida vieja como se quitaría de encima una ropa que ya no le sirve. Aquí habla de las cosas que hay que desterrar de la vida cristiana.

(i) Ya no debe tener cabida en ella la falsedad. Hay más de una clase de mentira en este mundo.

Existe la mentira que se dice, algunas veces deliberadamente, y otras casi sin querer. El Doctor Johnson nos da un consejo interesante en relación con la educación de los niños: < Acostumbrad a vuestros hijos continuamente a decir la verdad; si pasa algo en una ventana, y ellos cuando lo cuentan dicen que sucedió en otra, no se lo paséis por alto, sino corregidsele inmediatamente; si no, no sabéis adónde puede conducir eso de apartarse de la verdad... Es muchas veces más por descuido de la verdad que por mentira intencionada por lo que hay tanta falsedad en el mundo.>

También se puede mentir guardando silencio, y puede que sea la forma más corriente. André Maurois, en una frase memorable, habla de «la amenaza de las cosas que no se dicen.» Puede ser que en una conversación una persona muestre con su silencio estar de acuerdo o dar su aprobación a alguna manera de actuar que sabe que no es como es debido. Puede ser que una persona se calle una advertencia, o una reprobación, cuando sabe muy bien que debería darlas. Cuidado con aquello de que «el que calla otorga.»

Pablo da la razón para decir la verdad: Es porque somos todos miembros del mismo Cuerpo. Podemos vivir tranquilos solamente porque los sentidos y los nervios pasan mensajes veraces al cerebro. Si se acostumbraran a enviar mensajes falsos, y, por ejemplo, le dijeran al cerebro que algo está frío y se puede tocar cuando en realidad está muy caliente y quema,

la vida se acabaría muy pronto. Un cuerpo puede funcionar con salud solamente cuando cada uno de sus miembros le pasa mensajes veraces al cerebro. Así que si estamos todos incluidos en -un cuerpo, ese cuerpo podrá funcionar como es debido solamente si decimos la verdad.

(ii) Es normal que se tengan enfados en la vida cristiana, pero no se debe uno pasar. El mal genio no tiene disculpa; pero existe una indignación que muchas veces hace que el mundo no sea peor de lo que es. El mundo habría perdido mucho si no hubiera sido por la ardiente indignación de Wilberforce contra la trata de esclavos, o de Shaftesbury contra las condiciones laborales del siglo XIX.

El Doctor Johnson era a veces un poco áspero. Cuando creía que algo estaba mal, lo decía claro. Cuando estaba a punto de publicar su *Viaje a las Hébridas*, Hannah More le pidió que mitigara algo de sus asperezas. Ella cuenta que la respuesta de Johnson fue que «él no podía limarse las garras, ni hacer que el tigre fuera un gatito para darle gusto a nadie.» El tigre tiene su papel en la vida; y cuando el tigre se convierte en un gatito, algo se ha perdido en el mundo.

Hubo momentos cuando Jesús se enfadó terrible y majestuosamente. Se enfadó cuando los escribas y los fariseos Le estaban observando para ver si curaba al hombre del brazo seco en sábado (Marcos 3:5). No fue el que Le criticaran lo que Le molestó; se enfadó porque la ortodoxia rígida de ellos quería imponerle a un semejante un sufrimiento innecesario. Estaba enfadado cuando hizo el azote de cuerdas y echó de los atrios del templo a los cambistas de dinero y a los vendedores de animales para los sacrificios (*Juan 2:13-17*).

John Wesley decía: «Dadme cien hombres que no teman más que a Dios, y que no odien más que el pecado, y que no cozcan a nadie más que a Jesucristo, y sacudiré el mundo.»

La ira egoísta y desatada es cosa peligrosa que debe desterrarse de la vida cristiana. Pero la indignación generosa que se mantiene en la disciplina del servicio de Cristo y de nuestros semejantes es una de las grandes fuerzas bienhechoras.

LO QUE DEBE DESTERRARSE DE LA VIDA

Efesios 4:25-32 (continuación)

(iii) Pablo sigue diciendo que el cristiano no debe dejar que

se ponga el sol sobre su indignación. Plutarco decía que los discípulos de Pitágoras tenían entre las reglas de su sociedad que si durante el día la ira les había hecho hablarse despectivamente, antes de que se pusiera el sol se daban las manos, se besaban y se reconciliaban. Hubo un rabino judío que Le pedía a Dios que no le permitiera acostarse nunca con ningún pensamiento negativo contra un semejante en su mente.

El consejo de Pablo es sano, porque cuanto más aplazarnos el zanjar nuestras diferencias, menos probable es que lleguemos a remediarlas. Si hay un disgusto entre nosotros y otra persona, si hay problemas en una iglesia o en una sociedad en la que se reúne la gente, la mejor manera de resolverlos es en seguida. Cuanto más se deje crecer, más amarga se hará. Si no

hemos tenido razón, debemos pedirle a Dios que nos dé la gracia de reconocerlo; y aunque hayamos tenido razón, debemos pedirle a Dios que nos dé la gracia que nos permita dar el primer paso para remediar las cosas.

A1 lado de esta frase, Pablo coloca otro mandamiento. El original griego puede querer decir una de dos cosas. Puede querer decir: «No le deis su oportunidad al diablo.» Una disensión que no se haya zanjado es una oportunidad magnífica

para que el diablo siembre división. Muchas veces una iglesia se ha desgarrado en grupitos porque dos personas se pelearon, y dejaron que se pusiera el sol sobre su ira. Pero esta frase puede tener otro sentido. La palabra para diablo en griego es *diábolos*. Pero *diábolos* es también la palabra normal para *calumniador*. Lutero, por ejemplo, consideraba que esto quería decir: «No le hagáis sitio en vuestra vida al calumniador.» Puede ser que ese sea el verdadero sentido de lo que Pablo quiere decir. No hay persona en este mundo que pueda causar más males que un calumniador correveidile. Muchas buenas

famas se han asesinado mientras se bebían unas cañas. Cuando veas venir al correveidile, lo mejor que puedes hacer es cerrarle la puerta en las narices.

(iv) El que era ladrón debe convertirse en un trabajador honrado. Este era un consejo muy necesario, porque en el mundo antiguo el latrocinio estaba a la orden del día. Era especialmente corriente en dos sitios: en los puertos y, sobre todo, en los baños públicos. Los baños públicos eran los clubes de entonces, y el robar las pertenencias de los que se estaban bañando era uno de los crímenes más corrientes en cualquier ciudad griega.

Lo más interesante de este dicho es la razón que da Pablo para ser un honrado trabajador. No dice: «Vuélvete un honrado trabajador para que puedas mantener tu casa;» dice: « Conviértete en un honrado trabajador para que puedas tener algo que darles a los que son más pobres que tú.» Aquí tenemos una idea nueva y un nuevo ideal: el de trabajar para poder ayudar a otros.

James Agate nos habla de una carta del famoso novelista Arnold Bennett a un escritor menos afortunado. Bennett era un hombre ambicioso y, en muchos sentidos, mundano; pero en esta carta a un compañero de profesión al que apenas conocía, dice: «Acabo de mirar mi libro de cuentas, y descubro que tengo cien libras esterlinas que no necesito; te mando un cheque por esa cantidad.»

En la sociedad moderna nadie tiene demasiado para dar; pero haremos bien en recordar que el ideal cristiano es el trabajar, no para amasar riquezas, sino para compartir con los menos afortunados.

(v) Pablo prohíbe las conversaciones sucias; y a continuación pasa a recomendar lo positivo: otra manera de ayudar a los demás. El cristiano debe caracterizarse por palabras que ayudan a sus semejantes. Elifaz Temanita le dedica a Job un elogio estupendo: «Tus palabras han hecho que pudieran ir con la cabeza alta muchas personas» (*Job 4:4*). Tales son las palabras que todo cristiano debe decir.

(vi) **Pablo nos exhorta a que** no pongamos triste al Espíritu Santo. El **Espíritu Santo** es el Guía de nuestra vida. Cuando hacemos lo contrario de lo que nos aconsejan nuestros padres cuando somos jóvenes, les hacemos daño. De igual modo, el actuar de una manera contraria a la dirección del Espíritu Santo es entristecerle y herir el corazón de Dios, nuestro Padre, Que, por medio de Su Espíritu, nos envía Su Palabra.

LO QUE DEBE DESTERRARSE DE LA VIDA

Efesios 4:25-32 (conclusión)

Pablo termina este capítulo con una lista de cosas que deben desaparecer de la vida.

(a) Está *la amargura (pikría)*: Los griegos definían esta cualidad como *un resentimiento imborrable*, como el espíritu que se niega a aceptar la reconciliación. Hay muchas personas que tienen la manía de abrigar resentimientos para mantenerlos calentitos, y rumiar los insultos y las injurias que han recibido. Los cristianos debemos pedirle a Dios que nos enseñe a perdonar.

(b) Están *los teleles de pasión (thymós)* y *la ira inveterada (orgué)*. Los griegos definían *thymós* como la clase de ira que es como humo de pajas: arde en seguida y desaparece en seguida. Por otra parte, describían *orgué* como la ira que se ha convertido en un hábito. Para el cristiano están igualmente prohibidas la eclosión de mal genio y la ira inveterada.

(c) Están *el hablar a voces y el lenguaje insultante*. Cierta famoso predicador cuenta que su mujer solía aconsejarle: «En el púlpito, no levantes mucho la voz.» Siempre que en una conversación o discusión nos demos cuenta de que levantamos la voz, es el momento de callarnos. Los judíos hablaban de lo que ellos llamaban «el pecado del insulto,» y mantenían que Dios no da por inocente al que se dirige de una manera insultante a su hermano.

En la obra de Shakespeare, el rey Lear decía de Cordelia que < su voz siempre era suave, amable y sencilla: una cualidad excelente en una mujer. » Y en cualquier persona.

Se ahorrarían muchos disgustos en el mundo si aprendiéramos sencillamente a mantener el nivel de nuestra voz, y si, cuando no tenemos nada bueno que decirle a una persona, no le dijéramos nada. El argumento que hay que mantener a gritos no es tal argumento, y la discusión que se tiene que llevar a cabo con insultos no merece seguirse.

Así que Pablo llega a la cima de sus consejos. Nos dice que seamos *amables (jréstós)*. Los griegos definían esta cualidad como la disposición de la mente que tiene tanto en cuenta los asuntos del prójimo como los propios. La amabilidad ha aprendido el secreto de mirar siempre hacia fuera, y no solamente hacia dentro. Pablo nos dice que perdonemos a los demás como Dios nos ha perdonado a nosotros. Así, en una frase, Pablo establece la ley de las relaciones personales: Debemos tratar a los demás como Jesucristo nos ha tratado a nosotros.

SIGUIENDO EL EJEMPLO DE DIOS

Efesios 5:1-8

Debéis seguir el ejemplo de Dios de la manera que los hijos bien amados siguen el de sus padres. Debéis vivir en el amor de la manera que Cristo os amó y se dio a Sí mismo a Dios en sacrificio y ofrenda, un sacrificio que fue el aroma de un perfume agradable a Dios. De la inmoralidad sexual y de la manera sucia de vivir y de los deseos insaciables, ni siquiera habléis entre vosotros; no trae ningún provecho al pueblo consagrado a Dios el hablar de esas cosas. Así que ni se mencione una conducta vergonzosa. Que no haya entre vosotros conversaciones intrascendentes ni chistes que no tienen ninguna

gracia, porque estas son cosas que no corresponden a personas como vosotros. Sea vuestro hablar más bien una agradecida alabanza a Dios. Ya sabéis muy bien y estáis percatados de que ninguno que sea inmoral sexual, o que viva suciamente, o que dé rienda suelta a deseos insaciables (que es idolatría) tiene parte en el Reino de Cristo y de Dios. Que nadie os engañe con palabras vacías. Es a causa de estos vicios por lo que viene sobre los hijos desobedientes la ira de Dios. No os asociéis con ellos.

Pablo les pone a sus amigos cristianos el listón más alto del mundo: les dice que deben seguir el ejemplo de Dios. Clemente de Alejandría habría de decir más tarde sin ambages que el verdadero sabio cristiano practica el ser Dios. Cuando Pablo hablaba de seguir el ejemplo estaba usando un lenguaje que debían entender muy bien los sabios de Grecia. *Mímésis, imitación*, era lo más importante del aprendizaje de un orador. Los maestros de retórica enseñaban que el aprendizaje de la oratoria dependía de tres cosas: teoría, imitación y práctica. La parte principal de su entrenamiento era el estudio y la imitación de los maestros que los hubieran precedido. Es como si Pablo dijera: < Si os estuvierais preparando para ser oradores, se os diría que imitarais a los maestros de la palabra. Como os estáis preparando para la vida, debéis seguir el ejemplo del Señor de la verdadera vida. »

Por encima de todo, el cristiano debe imitar el amor y el perdón de Dios. Pablo usa una frase típica del Antiguo Testamento: < aroma de perfume, » que se remonta a una idea muy antigua, tanto como el sacrificio mismo. Cuando se ofrecía un sacrificio en el altar, el olor de la carne quemada subía al cielo, y el dios al que se le ofrecía el sacrificio se suponía que se deleitaba con ese olor. Un sacrificio que tuviera el aroma de un perfume era especialmente agradable y aceptable al dios al que se le ofrecía.

Pablo toma la frase que el tiempo había consagrado --casi cincuenta veces aparece en el Antiguo Testamento- y se la

aplica al Sacrificio que Jesús Le presentó a Dios en la Cruz.

El Sacrificio de Jesús Le fue sumamente agradable a Dios.

¿Cuál fue ese Sacrificio? Fue una vida de perfecta obediencia a Dios y de perfecto amor a los hombres; una obediencia tan absoluta y un amor tan infinito que aceptaron la Cruz. Lo que dice Pablo es :«Seguid el ejemplo de Dios. Eso lo podéis hacer solamente amando a los hombres con el mismo amor sacrificial con que nos amó Jesús, y perdonándolos por amor como ha hecho Dios con nosotros.»

Pablo pasa a otro tema. Se ha dicho que la castidad fue la única virtud nueva que introdujo el Cristianismo en el mundo. Desde luego, es verdad que el mundo antiguo miraba la inmoralidad con tal ligereza que no la consideraba pecado. Se daba por sentado que un hombre tuviera una querida. En lugares como Corinto, los grandes templos contaban con un personal de centenares de sacerdotisas que eran en realidad prostitutas sagradas, y cuyas ganancias contribuían al mantenimiento del templo.

En su discurso *Pro éaelio*, Cicerón decía: « Si hubiera alguien que creyera que a los jóvenes había que prohibirles totalmente el amor de las cortesanas, se consideraría que se pasaba de severo. Yo no negaría su principio, pero estaría en desacuerdo, no solamente con la permisividad de nuestra edad, sino también con las costumbres y concesiones de nuestros antepasados. ¿Cuándo no se ha consentido? ¿Cuándo se ha encontrado reprobable? ¿Cuándo se ha negado esa licencia? ¿Cuándo fue ilegal lo que ahora es legal?»

Los griegos decían que Solón había sido el primero que había permitido la introducción de las prostitutas en Atenas, y luego la construcción de burdeles. Y con las ganancias del nuevo negocio se construyó un templo a Afrodita, la diosa del amor. Bien claro deja el punto de vista griego en este asunto el hecho de que no les pareciera mal construir un templo a sus dioses con las ganancias de la prostitución.

Cuando Pablo hacía hincapié en la pureza moral, estaba colocando el listón a una altura que los paganos normales no habían soñado jamás. Por eso es por lo que los exhorta tan en serio, y establece la ley de la pureza con tal severidad. Debemos tener presente la clase de sociedad de la que procedían estos conversos cristianos, y la clase de sociedad que los circundaba. No hay nada en toda la Historia semejante al milagro moral que obró el Cristianismo.

BROMEANDO CON EL PECADO

Efesios 5:1-8 (conclusión)

Debemos fijarnos en otras dos advertencias que hace Pablo. (i) Dice que de estos pecados vergonzosos no se debe ni hablar. Los persas, según Heródoto, tenían la regla de « no permitir hablar de las cosas que no estaba permitido hacer.» El hacer chistes de algo, o el usarlo como un tema corriente de conversación es introducirlo en la mente y acercarlo a la práctica. Pablo advierte que algunas cosas son peligrosas hasta en la conversación y en los chistes. Es un hecho sombrío de la naturaleza humana el que muchos libros y comedias y películas se hayan hecho famosos simplemente porque trataban de cosas prohibidas y sucias.

(ii) Dice que sus conversos no se debían dejar engañar con palabras vacías. ¿Qué quiere decir? Había voces en el mundo antiguo, y hasta en la Iglesia Cristiana, que le enseñaban a la gente a pensar con ligereza en los pecados del cuerpo.

En el mundo antiguo hubo una línea de pensamiento llamada el gnosticismo, que partía de la base de que solo el espíritu es bueno, y la materia es siempre mala. En ese caso, resulta que solo hay que valorar el espíritu, y que la materia no es sino despreciable. Ahora bien, una persona se compone de dos partes: es *cuerpo y espíritu*. Según este punto de vista, el espíritu es lo único que importa; el cuerpo no tiene ninguna importancia. Por tanto, por lo menos algunos de los gnósticos pasaron a defender que no importaba lo que uno hiciera con

su cuerpo. No influía para nada el seguir sus caprichos. Los pecados corporales y sexuales no tenían ninguna importancia, porque eran cosas del cuerpo y no del espíritu.

El Cristianismo se enfrentó con esa enseñanza afirmando que tanto el cuerpo como el alma son importantes. Dios es el Creador de ambos, Jesucristo santificó para siempre la carne humana al asumirla, el cuerpo es el templo del Espíritu Santo, y él Cristianismo trata de la salvación de la persona completa, cuerpo, espíritu y alma.

(iii) Ese ataque le llegó a la Iglesia desde fuera; pero otro ataque aún más peligroso vino de dentro. Hubo algunos en la Iglesia que pervirtieron la doctrina de la gracia.

Escuchamos los ecos de la discusión de Pablo con ellos en *Romanos 6*. La discusión sería algo así:

Objetor.- *Acabas de decir que la Gracia de Dios es suficientemente grande para perdonar cualquier pecado.*

Pablo.- *Y lo mantengo.*

Objetor.- *Estás diciendo que la Gracia de Dios es la cosa más maravillosa del mundo.*

Pablo.- *Eso es.*

Objetor.- *Pues entonces, ¡sigamos pecando! Cuanto más pequemos, más abundará la Gracia. El pecado no importa, porque Dios lo va a perdonar de todas maneras. De hecho, aún podríamos decir más: que el pecado es algo excelente, porque le ofrece a la Gracia una oportunidad de manifestarse. La conclusión de tu razonamiento es que el pecado produce la Gracia; y por tanto tiene que ser una cosa buena, ya que produce la cosa más grande del mundo.*

El Cristianismo se enfrentó con ese argumento insistiendo en que la gracia era, no solamente un privilegio y un don; era también una responsabilidad y una obligación. Era verdad que el amor de Dios podía perdonar y perdonaría; pero el mismo hecho de que Dios nos ame nos impone la obligación de hacer todo lo posible por merecer Su amor.

El más grave perjuicio que cualquier persona puede hacerle a un semejante es inducirle a considerar el pecado con ligereza. Pablo exhorta a sus conversos a que no se dejen engañar con palabras vacías que despojan al pecado de su horror.

LOS HIJOS DE LA LUZ

Efesios 5:9-14

Porque vosotros erais antes tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Debéis comportaros como hijos de la luz; porque el fruto de la luz consiste en toda clase de benevolencia e integridad y verdad. Debéis decidir lo que es totalmente del agrado del Señor. No debéis participar de las obras estériles de la oscuridad. Más bien debéis exponerlas; porque uno se avergüenza hasta de mencionar las cosas ocultas que hacen en secreto tales personas. Todo lo que se expone a la luz, se ilumina. Y todo lo que se ilumina, se convierte en luz. Por eso se dice: «¡Despierta, durmiente, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo!»

Pablo veía la vida pagana como algo tenebroso; y la vida cristiana, como una vida radiante. Tan claro lo quería poner, que no decía que los paganos son hijos de la oscuridad, y los cristianos hijos de la luz; dice que los paganos *son* oscuridad, y los cristianos *son luz*. Tiene ciertas cosas que decir acerca de la luz que Jesucristo trae a las personas.

(i) La luz produce buen fruto. Produce benevolencia, integridad y verdad. La benevolencia (*agathósyné*) es una cierta generosidad de espíritu. Los griegos definían la integridad (*dikaiosyné*) como «dar a las personas y a Dios lo que les es debido.» La verdad (*alétheia*) no es en el pensamiento del Nuevo Testamento meramente algo intelectual que se capta con la mente; es más bien una verdad moral; no solamente algo

que *se conoce*, sino algo que *se hace*. La luz que Cristo trae nos hace ciudadanos útiles de este mundo; nos hace hombres y mujeres que no faltan nunca a su deber, humano o divino; nos hace fuertes para hacer lo que sabemos que es verdadero.

(ii) La luz nos permite distinguir entre lo que es del agrado de Dios y lo que no. Es a la luz de Cristo como se han de poner a prueba todos los motivos y todas las acciones. En los bazares orientales las tiendas no son más que pequeños espacios cubiertos, sin ventanas. Uno puede que quiera comprar un trozo de seda o un artículo de bronce. Antes de comprarlo, lo saca a la calle para verlo a la luz del día, para que la luz revele los defectos que pueda tener. Es el deber del cristiano el exponer todas las acciones, las decisiones y los motivos a la luz de Cristo.

(iii) La luz expone lo que es malo. La mejor manera de desembarazar al mundo de cualquier especie de mal es sacándolo a la luz. Mientras una cosa se haga en secreto, seguirá haciéndose; pero cuando se saca a la luz del día, muere de muerte natural. La manera más eficaz de limpiar los rincones de nuestros corazones y de cualquier sociedad. en la que estemos involucrados es exponerlos a la luz de Cristo.

Por último, Pablo dice: «Todo lo que se ilumina se convierte en luz.» Lo que parece que quiere decir es que la luz tiene en sí una cualidad purificadora. En nuestra propia generación sabemos que muchas enfermedades desaparecen simplemente cuando se las expone a la luz del sol. Así es la luz de Cristo. No debemos pensar que la luz de Cristo no trae más que la condenación; también tiene una virtud sanadora.

Pablo acaba con una cita poética. Podríamos traducirla así:

¡Despiértate, durmiente, - y surge de los muertos, de manera que Cristo - te alumbré por entero!

Pablo introduce esta cita como si todo el mundo la conociera, pero no se sabe de dónde procede. Se han hecho algunas sugerencias interesantes.

Como está en verso, es casi seguro **que se trata de un** himno cristiano antiguo. Puede que sea parte de un himno de bautismo. En la Iglesia Primitiva casi todos los bautismos eran de adultos, que confesaban su fe al pasar del paganismo al Cristianismo. Tal vez estas palabras se cantaban cuando salían del agua los bautizados, simbolizando el paso del sueño tenebroso del paganismo a la vida radiante del Cristianismo.

También se ha sugerido que estos versos son parte de un himno que expresaba la llamada del arcángel cuando sonara la trompeta final sobre la Tierra. En este caso trataría del gran despertar de la Resurrección final para recibir la vida eterna.

Estas no son más que suposiciones; pero parece seguro que en estas líneas tenemos un fragmento de uno de los primeros himnos de la Iglesia Cristiana.

LA COMUNIÓN CRISTIANA

Efesios 5:15-21

Tened mucho cuidado con cómo vivís. No viváis como los insensatos, sino como los que son prudentes. Aprovechad el tiempo con toda economía, porque vivimos en días malos. Esa es la razón por la que no debéis ser insensatos, sino debéis comprender cuál es la voluntad de Dios. No os emborrachéis de vino, que es destructor, sino llenaos del Espíritu Santo. Comunicaos entre vosotros con salmos e himnos y cánticos que el Espíritu os enseñe. Que las palabras y la música de vuestras alabanzas a Dios os salgan del corazón. Dadle gracias por todas las cosas en todo momento a Dios Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos los unos a los otros como expresión de vuestra sumisión a Cristo.

La exhortación general de Pablo termina con una llamada a sus conversos a vivir como sabios. Los tiempos en los que vivían eran malos; debían rescatar todo el tiempo que pudieran del mal uso que le daba el mundo.

Pablo pasa a presentar un contraste entre una reunión pagana y otra cristiana. Una reunión pagana solía degenerar en orgía. Es significativo que seguimos usando la palabra *simposio* con el sentido de «Conferencia o reunión en que se examina y discute determinado tema» (D.R.A.E.). La palabra griega *sympósion* quiere decir literalmente un guateque para beber. Una vez A. C. Welch estaba predicando sobre el texto «Sed llenos del Espíritu,» y empezó con una frase impactante: « ¡Uno tiene que llenarse

de algo!» Los paganos encontraban lo que buscaban emborrachándose de vino y entregándose a placeres mundanos; el cristiano encuentra la felicidad en estar lleno del Espíritu Santo.

De este pasaje podemos deducir ciertos hechos acerca de las reuniones cristianas originales.

(i) La Iglesia Primitiva era *una iglesia que cantaba*. Se caracterizaba por los salmos e himnos y canciones espirituales; estaba tan feliz que no podía por menos de cantar.

(ii) La Iglesia Primitiva era *una iglesia que daba gracias a Dios*. Le resultaba natural el darle gracias a Dios por todas las cosas, en todos los lugares y en todas las circunstancias. Crisóstomo, el gran predicador de la Iglesia un poco posterior, expone la idea curiosa de que el cristiano puede dar gracias hasta por el infierno; porque el infierno es una advertencia que nos ayuda a mantenernos en el buen camino. La Iglesia Original era una Iglesia que daba gracias porque sus miembros estaban alucinados con la maravilla de que el amor de Dios los hubiera buscado y salvado; y porque sus miembros estaban seguros de que estaban en las manos de Dios.

(iii) La Iglesia Original era una iglesia en la que los miembros se honraban y se respetaban mutuamente. Pablo dice que la razón de este mutuo honor y respeto era que honraban a Cristo. Se veían los unos a los otros, no a la luz de sus profesiones o niveles sociales, sino a la luz de Cristo; y por tanto veían la dignidad de cada persona.

EL VÍNCULO PRECIOSO

Efesios 5:22-33

Esposas, someteos a vuestros maridos como al Señor; porque el marido es el cabeza de la esposa como Cristo es el Cabeza de la Iglesia, aunque existe esta gran diferencia: que Cristo es el Salvador de todo el Cuerpo.

Pero, aun concediendo esta diferencia, como la Iglesia está bajo la autoridad de Cristo, así las esposas deben estar bajo la autoridad de sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia y Se entregó a Sí mismo por ella, para poder purificarla y consagrarla por el lavamiento del agua al hacer ella confesión de su fe, para hacer que la Iglesia esté en Su presencia en toda su gloria, sin ninguna mancha que afee ni ninguna arruga que desfigure ni ninguna otra imperfección, sino para que pueda ser consagrada e impecable.

Así deben los maridos amar a sus esposas: amarlas como aman a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa realmente es como si se amara a sí mismo. Porque nadie aborrece nunca su propia carne; más bien la alimenta y cuida. Así es como Cristo ama a la Iglesia, porque somos parte de Su Cuerpo. Por esta causa deja un hombre a su padre y a su madre, y se une con su esposa, y los dos forman una sola carne.

Esto es un símbolo que es sumamente grande -quiero decir, cuando se ve como un símbolo de la relación entre Cristo y la Iglesia. Pero tómese como se tome, que todos y cada uno de vosotros ame a su esposa como a vosotros mismos, y que la esposa respete a su marido.

Leyendo este pasaje en el siglo XX uno no se puede dar cuenta plenamente de lo maravilloso que es. A lo largo de los años, el sentido cristiano del matrimonio se ha llegado a aceptar ampliamente. La mayoría todavía lo reconocen como un ideal aun en estos días permisivos. Incluso cuando en la práctica se está muy lejos de alcanzar ese ideal; siempre ha estado presente en las mentes y en los corazones de las personas que viven en un ambiente cristiano. El matrimonio se considera la unión perfecta de cuerpo, mente y espíritu entre un hombre y una mujer. Pero las cosas eran muy diferentes cuando Pablo escribía. En este pasaje Pablo estaba proponiendo un ideal que brillaba con una pureza radiante en un mundo inmoral.

Consideremos brevemente la situación en que Pablo escribió este pasaje.

Los judíos tenían una opinión baja de las mujeres. En la oración de la mañana se incluía una frase en la que el varón judío daba gracias a Dios por no haberle hecho «gentil, esclavo o mujer.» Para la ley judía una mujer no era una persona, sino una cosa. No tenía ningunos derechos legales; era posesión absoluta de su marido, que podía hacer con ella lo que quisiera.

Los judíos tenían en teoría el ideal más alto del matrimonio. Los rabinos tenían algunos dichos como estos. «Un judío debe entregar su vida antes que cometer idolatría, asesinato o adulterio.» «El mismo altar vierte lágrimas cuando un hombre se divorcia de la mujer de su juventud.» Pero en los días de Pablo el divorcio se había generalizado trágicamente.

La ley del divorcio se resume en *Deuteronomio 24:1*. «Cuando alguien toma una mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, se la entregará en mano y la despedirá de su casa.» Está claro que todo dependía de cómo se interpretara la frase *alguna cosa indecente*. Los rabinos más estrictos, siguiendo al famoso Shammai, mantenían que quería decir adulterio, y nada más; y declaraban que, aunque la mujer fuera tan malvada como Jezabel, su marido no se podía divorciar de ella nada más que por adulterio. Los rabinos más liberales, siguiendo al igualmente famoso Hillel, interpretaban la frase de la manera más amplia posible. Decían que

quería decir que un hombre se podía divorciar de su mujer si ella le echaba a perder la comida poniendo demasiada sal, o si salía a la calle con la cabeza descubierta, o si hablaba con otros hombres en la calle, o si hablaba mal de los padres de su marido, o si era alborotadora o rencillosa o pendenciera. Un cierto Rabí Aqiba interpretaba la frase si *ella no encuentra gracia en sus ojos* en el sentido de que el marido podía divorciarse de su mujer simplemente porque había encontrado otra más atractiva. Es fácil suponer cuál de las dos escuelas de pensamiento tuvo mayor seguimiento.

Dos hechos ponían las cosas peor en la ley judía. El primero, que la mujer no tenía posibilidad legal de divorciarse, excepto si su marido contraía la lepra, o era apóstata, o se dedicaba a un negocio repugnante, como el de curtidor, que conllevaba el recoger y usar excremento de perro. Hablando en general, el marido, bajo la ley judía, podía divorciarse de su mujer por cualquier razón, pero la esposa no podía divorciarse de su marido por ninguna razón. Segundo, el procedimiento del divorcio era desastrosamente fácil. La ley de Moisés decía que el hombre que quisiera divorciarse de su mujer no tenía que hacer más que entregarle una notificación escrita que dijera: «Que esto sea la nota de divorcio y la carta de despedida y el documento de liberación para que puedas casarte con quien quieras.» Todo lo que el marido tenía que hacer era entregarle en mano a su mujer en presencia de dos testigos esa nota de divorcio, y el divorcio quedaba consumado. La otra única condición era que tenía que devolver la dote de su mujer.

En el tiempo de Jesucristo, el vínculo matrimonial estaba en peligro hasta entre los judíos hasta tal punto que la misma institución del matrimonio estaba amenazada, porque las jóvenes judías se negaban a casarse, ya que su posición como esposas era tan incierta.

EL VÍNCULO PRECIOSO

Efesios 5:22-33 (continuación)

La situación era todavía mucho peor en el mundo griego. La prostitución era una parte esencial de la vida griega. Demóstenes había establecido lo que era una norma de vida aceptada por todos: < Tenemos cortesanas para el placer, concubinas para la cohabitación diaria, y esposas para tener hijos legítimos y una guardiana en los asuntos de nuestro hogar. » La mujer llevaba una vida totalmente seclusa en las clases respetables. No tomaba parte en la vida pública; no salía nunca sola a la calle; no aparecía en banquetes o en ocasiones sociales; tenía sus habitaciones privadas a las que no tenía acceso nada más que su marido. Y todo esto, como decía Jenofonte, < para que viera lo menos posible, oyera lo menos posible y preguntara lo menos posible. »

Una mujer griega respetable estaba educada de tal manera que resultaban, imposibles la compañía y la conversación en el matrimonio con ella. Sócrates decía: < ¿Hay alguien a quien le confíes cuestiones más serias que a tu mujer? ¿Y hay alguien con quien hables menos? » Vero fue el colega imperial del gran Marco Aurelio. Su mujer le echaba en cara el que se relacionara con otras mujeres, y la respuesta de él era que ella tenía que darse cuenta de que la posición de esposa tenía que ver con el honor, no con el placer. Los griegos esperaban que la esposa gobernara el hogar y se cuidara de los hijos legítimos, pero ellos se buscaban el placer y la compañía en otro sitio.

Lo que ponía las cosas todavía peor era que no había en Grecia un procedimiento legal de divorcio. Como decía alguien, el divorcio era cuestión de capricho. La única seguridad que tenía la esposa era que había que devolver la dote. La vida de hogar y de familia estaba a punto de extinguirse, y la fidelidad ya no existía.

EL VÍNCULO PRECIOSO

Efesios 5:22-33 (continuación)

Las cosas estaban todavía peor en Roma; la degeneración era trágica. Durante los primeros quinientos años de la república romana no se había dado ni un solo caso de divorcio. El primero del que se tiene noticia fue el de Spurius Carvilius Ruga, el año 234 a.C. Pero en los días de Pablo la vida romana de familia estaba deshecha. Séneca escribe que -las mujeres se casaban para divorciarse y se divorciaban para casarse. Los habitantes de Roma no fechaban los años con números, sino con los nombres de los cónsules. Séneca dice que las mujeres fechaban los años por los nombres de sus maridos. Marcial cuenta que una mujer había tenido diez maridos; Juvenal **refiere** que una había tenido ocho maridos en cinco años; Jerónimo dice que era verdad que en Roma había una mujer que se había casado con su vigésimo tercer marido, y ella era su vigésima primera esposa. Nos encontramos con que una mujer le pedía al emperador romano Augusto que se divorciara de Livia porque ella iba a tener un hijo suyo. Encontramos que hasta Cicerón, en su ancianidad, se divorció de su mujer Terencia para casarse con una heredera joven cuyo albacea era él mismo, para disponer de la herencia de ella para pagar sus propias deudas.

Eso no es decir que no existiera la fidelidad. Suetonio cuenta que una dama romana llamada Mallonia se suicidó antes que rendirse al emperador Tiberio. Pero no es demasiado decir que el ambiente general era de adulterio. El vínculo matrimonial estaba en vías de desaparecer.

Ese era el trasfondo cuando Pablo escribía. En este precioso pasaje no estaba exponiendo ideas que todo el mundo aceptara. Estaba llamando a las personas a una nueva pureza y a una relación nueva en su vida matrimonial. No se puede exagerar el efecto purificador del Cristianismo en el hogar en el mundo antiguo, ni los beneficios que trajo a las mujeres.

DESARROLLO DEL PENSAMIENTO DE PABLO

Efesios 5:22-33 (continuación)

En este pasaje encontramos la idea final de Pablo acerca del matrimonio. Hay cosas que había escrito acerca del matrimonio que nos sorprenden y nos hacen desear que no las hubiera escrito. Y lo peor es que son esos pasajes los que se suelen citar para mostrar lo que Pablo pensaba del matrimonio.

Uno de los capítulos más extraños es 1 *Corintios*, 7. Allí Pablo está hablando acerca del matrimonio y de las relaciones entre hombre y mujer. La verdad es que Pablo enseña allí que el matrimonio se permite meramente para evitar algo peor. < A causa de la tentación de la inmoralidad -escribe-, que cada uno tenga su propia mujer, y que cada mujer tenga su propio marido» (1 *Corintios* 7:2). Permite que las viudas se casen otra vez, pero sería mejor si se quedaran como están (1 *Corintios* 7:39s). Preferiría que los solteros y las viudas no se casaran; «pero si no se pueden aguantar, deben casarse; porque es mejor casarse que estar ardiendo de pasión» (1 *Corintios* 7:9).

Había una razón para que Pablo escribiera eso. Era porque esperaba la Segunda Venida de Jesús en cualquier momento. Por tanto, estaba convencido de que los creyentes no debían comprometerse con ningún asunto terrenal, a fin de concentrarse en usar todo el tiempo disponible para prepararse para la vuelta del Señor. «El hombre soltero está entregado a los asuntos del Señor, y cómo agradarle; pero el casado está involucrado en los asuntos del mundo, cómo agradar a su mujer» (1 *Corintios* 7:32s).

Entre 1 *Corintios* y *Efesios* hay un espacio de tiempo de unos nueve años. En esos años, Pablo se dio cuenta de que la Segunda Venida no iba a ser tan pronto como él había creído, que de hecho él y su pueblo estaban viviendo, no en una situación temporal, sino en una situación más o menos permanente. Y es en *Efesios* donde encontramos la auténtica enseñanza de Pablo sobre el matrimonio: que el matrimonio

cristiano es la relación más preciosa de la vida, cuyo único paralelo es la relación entre Cristo y la Iglesia.

También es posible que el pasaje de *Corintios* esté coloreado por la experiencia personal de Pablo. Parece que cuando era un celoso judío fue miembro del sanedrín. Cuando nos habla de su conducta con los cristianos dice: < Yo daba mi voto contra ellos» (*Hechos* 26:10). También parece que una de las cuaficaciones para ser miembro del sanedrín era estar casado, y que, por tanto, Pablo debe de haber sido casado. Nunca menciona a su mujer. ¿Por qué? Bien puede ser que ella se pusiera en contra suya cuando él se hizo cristiano. Bien puede ser que cuando Pablo escribió *Corintios* estuviera hablando desde una situación en la que no solo esperaba la vuelta de Cristo, sino también se encontraba sumido en uno de sus mayores problemas y más dolorosos conflictos en su propio matrimonio; así que veía el matrimonio como un problema para el cristiano.

EL FUNDAMENTO DEL AMOR

Efesios 5:22-33 (conclusión)

Alunas veces se descoloca totalmente el énfasis de este pasaje, y se ve como si su esencia fuera la subordinación de la mujer al marido. La frase: « El marido es el cabeza de la mujer,» se cita a menudo aisladamente. Pero la base del pasaje no es el dominio, sino el amor. Pablo dice ciertas cosas acerca del amor que debe tenerle un marido a su mujer.

(i) Debe ser un amor *sacrificial*. Debe amarla como Cristo amó a la Iglesia y Se dio a Sí mismo por ella. No debe ser nunca un amor egoísta. Cristo amó a la Iglesia, no para que la Iglesia hiciera cosas por Él, sino para hacer Él cosas por ella. Crisóstomo hace un desarrollo maravilloso de este pasaje: «¿Te has dado cuenta de cuál es la medida de la obediencia? Presta atención también a la medida del amor. ¿Te gustaría que tu mujer te obedeciera como obedece la Iglesia a Cristo? Ten de ella el mismo cuidado que tiene Cristo de la Iglesia. Y, si fuera necesario que dieras tu vida por ella, o que se te descuartizara mil veces, o sufrir lo que fuera por ella, no lo rechaces... Cristo trajo a la Iglesia a Sus pies por medio del gran cuidado que tuvo de ella, no con amenazas ni con temor ni con cosas parecidas; compórtate tú así con tu mujer.»

El marido es el cabeza de la mujer -cierto, Pablo lo dice; pero también dice que el marido debe amar a su mujer como Cristo amó a la Iglesia, con un amor que nunca ejerce una tiranía de control sino que está dispuesto a hacer cualquier sacrificio por el bien de la esposa.

(ii) Debe ser un amor *purificador*. Cristo limpió y consagró a la Iglesia por medio del agua del Bautismo el día en que cada miembro de la Iglesia hizo su confesión de fe. Bien puede ser que Pablo tuviera en mente una costumbre griega. Una de las costumbres griegas del matrimonio era que, antes de que la esposa fuera llevada a su marido, se bañaba en el agua de una corriente consagrada a algún dios o diosa. En Atenas, por ejemplo, la novia se bañaba en las aguas del Calirroe, que estaba consagrada a la diosa Atenea. Pablo está pensando en el Bautismo. Mediante el agua del Bautismo y la confesión de fe, Cristo buscó hacer una Iglesia para Sí, limpia y consagrada, de tal manera que no le quedara ninguna mancha que la ensuciara ni arruga que la afeara. Cualquier amor que arrastra a una persona hacia abajo es falso. Cualquier amor que insensibiliza en lugar de suavizar el carácter, que recurre al engaño, que debilita la fibra moral, no es amor. El verdadero amor es el gran purificador de la vida.

(iii) Debe ser un amor *que cuida*. Un hombre debe amar a su mujer como ama su propio cuerpo. El verdadero amor no ama para obtener servicios, ni para asegurarse la satisfacción de sus necesidades físicas; se preocupa de la persona amada. Hay algo que no es como es debido cuando un hombre considera a su mujer, consciente o inconscientemente, simplemente como la que le hace la comida y le lava la ropa y le limpia la casa y le cuida a los hijos.

(iv) Es un amor *inquebrantable*. Por este amor un hombre deja padre y madre y se une a su mujer. Ambos llegan a ser una cola carne. Él está unido a ella como los miembros del cuerpo están unidos entre sí; y el separarse de ella sería para él como el desgarrar los miembros de su cuerpo. Aquí tenemos sin duda un ideal para una edad en la que se cambiaba -ose cambia- de cónyuge tan fácilmente como se cambia de ropa.

(v) Toda la relación se realiza *en el Señor*. En el hogar cristiano Jesús es el Huésped siempre presente, aunque invisible. En un matrimonio cristiano no están implicadas dos personas, sino tres -y la tercera es Cristo.

PADRES E HIJOS

Efesios 6:1-4

Hijos e hijas, obedeced a vuestros padres y madres como corresponde entre cristianos. «Honra a tu padre y a tu madre -que es el primer mandamiento que conlleva una promesa-, para que te vaya bien y tu vida alcance su plenitud en la Tierra. » Padres, no hagáis de rabiar a vuestros hijos, sino educadlos con la disciplina y exhortación del Señor.

Si la fe cristiana hizo mucho por las mujeres, como ya hemos visto, aún hizo más por los niños. La civilización romana contemporánea de Pablo incluía algunos aspectos que les hacían la vida muy peligrosa a los niños.

(i) Existía la *patria potestas* romana, el poder del padre. Bajo la *patria potestas*, un padre romano tenía un poder absoluto sobre su familia. Podía venderlos como esclavos, hacerlos trabajar en sus tierras hasta con cadenas, podía castigarlos como quisiera, e incluso condenarlos a muerte. Además, el poder del padre romano se extendía durante toda la vida mientras el padre viviera. Un hijo romano no alcanzaba nunca la mayoría de edad. Aunque fuera un hombre adulto, aunque fuera un magistrado de la ciudad, aunque el estado le hubiera coronado de bien merecidos favores, permanecía bajo el poder absoluto de su padre. «El gran error-escrive Becker-consistía en que el padre romano consideraba el poder que la naturaleza impone como debido a los mayores de guiar y proteger a un niño como si incluyera la libertad de este, juntamente con su vida y muerte, y a lo largo de toda su existencia.» Es verdad que el poder del padre rara vez se ejercía hasta estos límites, porque la opinión pública no lo habría permitido; pero sigue siendo verdad que en tiempos de Pablo un hijo era propiedad absoluta de su padre y estaba sometido totalmente a su poder.

(ü) Existía la costumbre de abandonar a los bebés. Cuando nacía un niño, se le colocaba a los pies de su padre y, si el padre se inclinaba y le recogía, eso quería decir que le reconocía y quería quedárselo. Si se daba la vuelta y se marchaba, quería decir que se negaba a reconocerle, y el niño se podía tirar, literalmente.

Se conserva una carta, fechada el año 1 a.C. de un hombre que se llamaba Hilario a Aris su mujer. Había ido a Alejandría, y le escribía a su mujer acerca de cuestiones domésticas:

Hilario a su mujer Aris: Saludos muy cordiales, también para mis queridos Bero y Apolonario: Sabe que continuamos hasta ahora en Alejandría. No te preocupes si me quedo aquí cuando todos los demás vuelvan. Te pido y te ruego que tengas cuidado del niño y, tan pronto como recibamos nuestra paga, te la mandaré. Si tienes suerte y lo que nace es un niño, que viva; si es niña, tirla. Le dijiste a Afrodisias que me dijera: «No te olvides de mí. > ¿Cómo me voy a olvidar de ti? Por tanto, te pido que no te preocupes.

Es una carta extraña, tan llena de afecto y, sin embargo, tan despiadada para con la criatura que había de nacer. Un bebé romano siempre corría peligro de ser repudiado y abandonado.

En los tiempos de Pablo ese riesgo era aún más pronunciado. Ya hemos visto cómo se había deteriorado el vínculo matrimonial, y que los hombres y las mujeres cambiaban de cónyuge con una rapidez alucinante. En tales circunstancias, un hijo era una desgracia. Tan pocos niños nacían que el gobierno romano llegó a promulgar una ley que decía que la herencia que pudiera recibir una pareja sin hijos era limitada. Los hijos no deseados se dejaban por lo corriente en el foro romano. Se los podía quedar el que los quisiera recoger y criar para venderlos después como esclavos o dedicarlos a la prostitución.

(iii) La civilización antigua era despiadada con los niños enfermos o deformes. Séneca escribe: «Matamos a un toro acorneador; ahorcamos a un perro rabioso; le aplicamos el cuchillo a las reses enfermas para salvar la manada; a los niños que nacen débiles o deformes los ahogamos.» Un niño que presentara síntomas de debilidad y malformación tenía pocas posibilidades de sobrevivir.

Los consejos de Pablo a los padres y a los hijos se situaban en ese trasfondo. Si se nos preguntara alguna vez qué es lo que ha hecho el Cristianismo por el mundo no tendríamos más que señalar el cambio efectuado en la condición de las mujeres y de los niños.

PADRES E HIJOS

Efesios 6:1-4 (conclusión)

Pablo les impone a los hijos que obedezcan y respeten a sus padres. Dice que este es *el primer* mandamiento. Probablemente quiere decir que era el primer mandamiento que un hijo cristiano aprendía de memoria. Para Pablo, respetar no es solamente de labios para fuera. La verdadera manera de honrar a los padres es obedecerlos, honrarlos y no darles disgustos.

Pablo ve que existe la otra cara de la moneda. Les dice a los padres que no hagan rabiar a sus hijos. Bengel, considerando por qué este mandamiento se dirige tan expresamente a los *padres*, dice que las madres tienen una especie de paciencia divina, pero que < los padres son más propensos a dejarse llevar por la ira. »

Es curioso que Pablo repita esta misma disposición, aún más expresamente, en *Colosenses 3:21*: < *Padres* -dice-, no provoquéis a vuestros hijos, *no sea que se desanimen.* » Bengel dice que la plaga de la juventud es «un espíritu quebrantado,» desanimado por la crítica y las regañinas continuas y por la disciplina demasiado estricta. David Smith cree que Pablo escribía inspirado por una experiencia personal amarga. Escribe: «Hay aquí una nota trémula de emoción personal, y da la impresión de que el corazón del anciano cautivo estaba volviendo al pasado y rememorando los años de una infancia falta de cariño. Criado en la atmósfera austera de la ortodoxia tradicional, había experimentado escasa ternura y excesiva severidad, y había conocido esa "plaga de la juventud, el espíritu quebrantado." »

Hay tres maneras de ser injustos con los hijos.

(i) Podemos olvidar que las cosas sí cambian, y que las costumbres de una generación no tienen por qué ser las de la siguiente. Elinor Mordaunt cuenta que una vez impidió a su hijita hacer algo diciéndole: « A mí no se me permitía hacer eso cuando tenía tu edad. » Y la niña respondió: «Pero tienes que acordarte, Mamá, de que tú estabas *entonces*, y yo estoy *ahora.* »__

(ii) Podemos ejercer tal control que es un insulto a la educación de nuestros hijos. El mantener a un hijo demasiado tiempo en las andaderas equivale a decirle que no nos fiamos de-él, lo que equivale a decir que no tenemos confianza en la manera como le hemos criado. Es mejor equivocarse por exceso de confianza que por defecto de confianza.

(iii) Podemos olvidar el deber que tenemos de animarlos. El padre de Lutero era muy estricto, hasta el borde de la crueldad. Lutero solía decir: « "Retén la vara, y echa a perder al niño" -eso es verdad; pero ten preparada una manzana al lado de

la vara para dársela cuando se porte bien.» Benjamín West nos cuenta cómo llegó a ser pintor. Cierta día su madre se marchó dejándole a cargo de su hermanita Sally. Durante la ausencia de su madre descubrió algunos frascos de tintas de colores, y se puso a pintar el retrato de Sally, manchando sin querer de tinta un montón de cosas. Cuando volvió su madre, vio el estropicio pero no dijo nada. Al echar mano al papel vio el dibujo: « ¡Oye! -dijo- ¡Es Sally!» Y se inclinó y le dio un beso. Después de aquello Benjamín West solía decir: «El beso de mi madre me hizo un pintor.» Ese estímulo hizo más de lo que hubiera podido lograr la regañina. Anna Buchan cuenta que su abuela tenía una frase preferida hasta cuando era muy vieja: «Nunca desanimas a un joven.»

Pablo comprendía que los hijos deben honrar a sus padres, y que los padres no deben desanimar a los hijos.

AMOS Y ESCLAVOS

Efesios 6:5-9

Esclavos: obedeced a vuestros amos humanos con temor y temblor, con sinceridad de corazón, como serviríais a Cristo mismo. No hagáis las cosas solo cuando os están viendo. No hagáis nada para congraciarnos con la gente. Hacedlo todo como esclavos de Cristo, cumpliendo de corazón la voluntad de Dios. Ofreced vuestro servicio de buena voluntad, como a Cristo, y no como a las personas. Estad seguros de que cada uno de nosotros, ya sea esclavo o libre, será recompensado por el Señor por todo lo que haya hecho bien. En cuanto a vosotros, amos, portaos igualmente con vuestros esclavos. Dejad de amenazar. Porque debéis saber muy bien que ellos y vosotros tenéis un Amo en el Cielo que no hace discriminación entre unos y otros.

Cuando Pablo escribía a los esclavos de la Iglesia Cristiana, tenía numerosos destinatarios.

Se ha calculado que había 60,000,000 esclavos en el imperio romano. En los días de Pablo, una terrible especie de pereza se cernía sobre los ciudadanos de Roma. Roma era el ama del mundo, y por tanto estaba por debajo de la dignidad de un romano el trabajar. Casi todos los trabajos los hacían los esclavos. Hasta los médicos y los maestros, los amigos más íntimos de los emperadores, los secretarios que estaban a cargo de su correspondencia y sus finanzas, eran esclavos.

A menudo había lazos de profundo aprecio y afecto entre amo y esclavo. Plinio escribe a un amigo diciéndole que estaba profundamente afectado porque algunos de sus bien amados esclavos habían muerto. Tiene dos consuelos, aunque no son suficientes para aliviar su dolor: «Siempre he estado dispuesto a manumitir a mis esclavos (porque su muerte no parece totalmente intempestiva cuando han vivido lo suficiente para recibir la libertad); el otro consuelo es que les he permitido hacer una especie de testamento, que yo cumplo tan a rajatabla como si fuera legal.» Así hablaba un amo amable.

Pero básicamente la vida del esclavo era hosca y terrible. Ante la ley no era una persona, sino una cosa. Aristóteles establece que no puede haber nunca verdadera amistad entre amo y esclavo, porque no tienen nada en común, «porque un esclavo es una herramienta viva, de la misma manera que una herramienta es un esclavo inanimado.» Varrón, escribiendo sobre agricultura, divide los aperos en tres clases: los articulados, los inarticulados y los mudos. Los articulados comprenden a los esclavos; los inarticulados, al ganado, y los mudos, los vehículos y las herramientas. El esclavo no es mejor que una bestia por el hecho de poder hablar. Catón aconseja a uno que se va a hacer cargo de una granja que pase revista y se descarte de todo lo que ya no sirva. Que se deshaga también de los esclavos viejos dejándolos morir de hambre en el montón de basura. Cuando algún esclavo se ponga enfermo, es un derroche absurdo mantenerle sus raciones normales.

La ley era absolutamente clara. El abogado romano Gayo, en sus *Instituciones*, establece: « Queremos advertir que se acepta universalmente el hecho de que el amo tiene poder de vida y muerte sobre el esclavo.» Si el esclavo intentaba escaparse, en el mejor de los casos se le marcaba en la frente con un hierro candente una F de fugitivus, y en el peor se le mataba.

Lo terrible de la condición del esclavo era que estaba totalmente a merced de los caprichos de su amo. Augusto crucificó a un esclavo porque mató su perdiz amaestrada. Vedio Polión arrojó a un esclavo vivo a las feroces lampreas de su estanque porque se le había caído y roto una copa de cristal.

Juvenal cuenta que una matrona romana mandó matar a un esclavo simplemente porque se enfureció con él. A las protestas de su marido, respondió: «¿Es que consideras persona a un esclavo? ¿Dices que no ha hecho nada malo? Bien; pues lo mando porque me da la gana: mi voluntad es razón suficiente.» A las esclavas que estaban al servicio de sus señoras a menudo estas les arrancaban el pelo a tirones y les arañaban las mejillas con sus uñas. Juvenal habla de un amo « al que le encanta el sonido de los azotes cruelmente administrados, considerándolo más dulce que el canto de las sirenas,» o «que alucina al escuchar el tintineo de las cadenas,» o «que llama al torturador a marcar con hierro candente a los esclavos porque dice que le faltan dos toallas.» Un escritor latino establece: « Lo que quiera que un amo le haga a un esclavo inmerecidamente, por ira, voluntariamente, involuntariamente, por despiste, después de cuidadosa investigación, a sabiendas, por desconocimiento -es juicio, justicia y ley.»

Es sobre ese terrible trasfondo como se ha de leer el consejo de Pablo a los amos y a los esclavos.

AMOS Y ESCLAVOS

Efesios 6:5-9 (conclusión)

El consejo de Pablo a los esclavos nos ofrece el Evangelio del obrero cristiano.

(i) No les dice que se 'rebelen'; les dice que sean cristianos donde y como estén. El gran mensaje del Cristianismo a todas las personas es que es donde Dios nos ha colocado donde debemos vivir la vida cristiana. Las circunstancias puede que nos sean contrarias, pero eso solo hace mayor el desafío. El Evangelio no nos ofrece una evasión de las circunstancias, sino la posibilidad de conquistarlas.

(ii) Les dice a los esclavos que no deben hacer bien su trabajo solamente cuando los están mirando; deben hacerlo sabiendo que Dios los ve. Cualquier parte del trabajo que realice un cristiano debe ser suficientemente buena para ofrecérsela a Dios. El problema que el mundo ha tenido que arrostrar siempre, y no menos hoy, no es fundamentalmente económico, sino religioso. Nunca haremos que los hombres sean buenos trabajadores simplemente mejorando sus condiciones de trabajo o aumentando sus salarios. Es un deber cristiano el tener en cuenta estas cosas; pero por sí no producirán nunca mejores resultados. Y aún menos lograremos buenos trabajos aumentando la vigilancia y multiplicando las sanciones. El secreto de una buena labor es que se haga para Dios.

Pablo tiene también algo que decirles a los amos. Deben recordar que ellos también están al servicio de Dios. Los amos también deben tener presente que Dios también ve todo lo que ellos hacen. Sobre todo deben recordar que llegará el día en que tanto ellos como los que están a sus órdenes se tendrán que presentar ante el juicio de Dios; y- entonces los baremos del mundo no serán los que se apliquen.

Todos los problemas laborales se resolverían si trabajadores y empresarios siguieran las instrucciones de Dios.

LA ARMADURA DE DIOS

Efesios 6:10-20

Por último os digo: Estad firmes en el Señor y en el poder de Su fuerza. Poneos la armadura de Dios para poder manteneros frente a las tretas del diablo. No es contra carne y sangre contra lo que tenéis que luchar, sino contra poderes y autoridades, contra manipuladores de este mundo tenebroso, contra fuerzas espirituales malignas en lugares celestiales. Por causa de esto debéis tomar la armadura de Dios para poder manteneros frente a todas esas cosas en el día malo, y para poder seguir firmes después de haber cumplido con vuestro deber en todas las cosas. Tened siempre ajustada la verdad como cinto. Poneos la integridad como coraza. Tened los pies calzados con la disposición a predicar el Evangelio de la paz. En todas las circunstancias mantened la fe como escudo con el que podáis apagar todas las flechas incendiarias del maligno. Poneos el casco de la salvación. Blandid la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Manteneos orando en el Espíritu en todas las crisis

con toda clase de oración y súplica a Dios. Con esa finalidad, manteneos alerta en oración perseverante por todo el pueblo consagrado a Dios. Orad también por mí, para que me sea posible hablar a boca llena y sin tapujos para dar a conocer el secreto del Evangelio, por el cual soy ahora un mensajero encadenado. Pedidle a Dios que se me conceda la libertad para declararlo como debo.

Al despedirse Pablo de sus amigos en esta carta, piensa en la importancia de la contienda que les espera. No cabe duda de que la vida era mucho más aterradora para los primeros cristianos que para nosotros hoy. Creían implícitamente en los espíritus malos que llenaban el aire y estaban empeñados en hacer daño. Las palabras que usa Pablo -poderes, autoridades,

gobernadores del mundo- son los nombres de las diferentes clases de esos espíritus malos. Para Pablo, todo el universo era un campo de batalla. El cristiano no tenía que contender exclusivamente con los ataques de otras personas, sino con los de fuerzas espirituales que luchaban contra Dios. No tenemos que tomar literalmente el lenguaje concreto de Pablo; pero nuestra experiencia nos dirá que hay un poder activo del mal en el mundo. Robert Louis Stevenson dijo una vez: «¿Conoces la estación Caledonia del ferrocarril en Edimburgo? Una mañana helada con viento del Este yo me encontré allí con Satanás.» No sabemos qué fue lo que le pasó de hecho a Stevenson, pero reconocemos la experiencia. Todos hemos sentido la fuerza de esa influencia perversa que trata de arrastrarnos al pecado.

A Pablo se le representa entonces todo un cuadro repleto de enseñanza espiritual. Por entonces estaba siempre encadenado a la muñeca de un soldado romano. Noche y día estaba allí con él, asegurándose de que no se escapaba. Pablo era literalmente un mensajero encadenado. Era la clase de hombre que se relacionaba fácilmente con todo el mundo, y sin duda hablaría con frecuencia con los soldados que estaban obligados a estar con él. Cuando estaba escribiendo, la armadura del soldado le sugirió toda una alegoría. El cristiano también tiene una armadura; y, pieza por pieza, Pablo se fija en la armadura del soldado romano y la traduce en términos cristianos.

(i) Está el cinto de la verdad. La túnica del soldado se sujetaba con un cinto del que se colgaba la espada, y que le daba libertad de movimientos. Otros puede que anden incómodos e indecisos; el cristiano se mueve con libertad y rapidez, porque conoce la verdad.

(ii) Está el peto de la integridad. Cuando uno está vestido de integridad, es invulnerable. Las palabras no nos pueden defender siempre de las acusaciones, pero sí una vida íntegra. Una vez alguien acusó a Platón de ciertos crímenes. «Bueno, pues entonces -dijo Platón-, vivamos de tal forma que demos el mentís a esas acusaciones.» La única manera de arrostrar las

acusaciones que se le hacen al cristiano es siendo todo lo bueno que puede ser.

(iii) Están las sandalias, que eran la señal de que uno estaba dispuesto para la marcha. La característica del cristiano es que está dispuesto a ponerse en camino para compartir el Evangelio con otros que no lo han recibido.

(iv) Está el escudo. La palabra que usa Pablo no designaba el escudo relativamente pequeño y redondo, sino el grande y oblongo que llevaban los guerreros fuertemente armados. Una de las armas más peligrosas en las guerras antiguas eran las flechas incendiarias. Se mojaba la punta en brea, se le prendía fuego y se lanzaba. El escudo grande tenía dos capas de madera pegadas entre sí. Cuando se le incrustaba un dardo incendiario, se hundía en la madera y se le apagaba la llama. La fe puede dar cuenta de los dardos de la tentación. Para Pablo, la fe es siempre la confianza absoluta en Cristo. Cuando caminamos cerca de Él, estamos a salvo de la tentación.

(v) Está la salvación como casco. La salvación no es solamente algo del pasado. Nos da el perdón de los pecados del pasado, y también la fuerza para conquistar el pecado en los días por venir.

(vi) Está la espada, que es la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es al mismo tiempo nuestra arma de defensa contra el pecado y nuestra arma de ataque contra los pecados del mundo. Los soldados de Cromwell peleaban con la espada en una mano y la Biblia en la otra. Nunca podremos ganar las batallas de Dios sin el Libro de Dios.

(vii) Por último, Pablo llega al arma más poderosa de todas -la oración. Notamos tres cosas que dice acerca de la oración. (a) Debe ser constante. Tendemos muchas veces a orar solamente en las grandes crisis de la vida; pero es en la oración diaria donde el cristiano encuentra la fuerza diaria. (b) Debe ser intensa. Una oración vacilante no nos llevará a ninguna parte. La oración requiere concentración de todas nuestras facultades en Dios. (c) No debe ser egoísta. Los judíos tenían un dicho: «Que cada uno se una con la comunidad para la

oración.» Creo que a menudo nuestras oraciones se concentran más de la cuenta en nosotros mismos, y tienen demasiado poco en cuenta a los demás. Tenemos que aprender a orar por los demás y con los demás tanto como a solas y por nosotros mismos.

Por último Pablo pide las oraciones de sus amigos por él mismo. Pero no les pide que oren por su comodidad o su paz, sino para que siga teniendo oportunidad de proclamar el secreto de Dios: que Su amor es para todos los seres humanos. Haremos bien en recordar que todos los obreros cristianos necesitan que su pueblo les sostenga las manos en oración.

LA BENDICIÓN FINAL

Efesios 6:21-24

Tíquico, nuestro querido hermano y fiel consiervo en el Señor, os proveerá de toda la información para que vosotros también sepáis cómo me van las cosas y cómo estoy. Para eso precisamente os le envió: para que conozcáis mis asuntos, y él os anime el corazón.

¡Que la paz sea con todos los hermanos, y el amor que acompaña a la fe de Dios Padre y del Señor Jesucristo! ¡Que la gracia sea con todos los que aman al Señor Jesús con un amor que desala a la muerte!

Como hemos visto, la *Carta a los Efesios* era una carta circular, y el que la llevaba de iglesia en iglesia era Tíquico. Al contrario que en la mayor parte de sus cartas, *Efesios* no contiene ninguna información personal de Pablo, salvo que estaba en la cárcel; pero Tíquico, al ir pasando por las iglesias, les contaría cómo le iba a Pablo, y les comunicaría un mensaje de aliento.

Pablo termina con la bendición, en la que aparecen de nuevo todas las grandes palabras y realidades cristianas. La paz que

era el bien supremo, la fe que era la total confianza y dependencia de Cristo, la gracia que era el precioso don gratuito de Dios: estas eran las cosas que Pablo pedía a Dios para sus amigos. Por encima de todo, Pablo le pide a Dios el amor, para que ellos puedan conocer el amor de Dios, para que puedan amar a los demás como Dios los ama, y para que puedan amar a Jesucristo con un amor más fuerte que la muerte.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 11-

Filipenses,
Colosenses y Tesalonicenses

PRESENTACIÓN

Nuestros conocimientos de la Iglesia primitiva en su confrontación con el paganismo, de las riquezas de Evangelio, de la Persona y la Obra de Jesucristo, y de la persona del propio Pablo habrían quedado lastimosamente menguados si no tuviéramos estas cartas. Aunque figuran entre las más breves de Pablo, no son por ello menos interesantes e importantes.

Las cuatro cartas de Pablo que se estudian en este tomo son todo lo diferentes que hacía suponer la relación tan diferente que tuvo Pablo con cada una de aquellas iglesias. La de Filipos fue la más entrañablemente vinculada con el Apóstol; la de Colosas era una que él no había fundado, ni siquiera visitado nunca, y en cuanto a la de Tesalónica, había estado allí un tiempo tan breve que, al tener que salir precipitadamente a causa de la Persecución de que era objeto, lo que más le preocupaba era si el Evangelio habría arraigado suficientemente en aquella ciudad, clave para ganar a todo un mundo para Cristo.

Filipenses -la epístola del gozo, y de las cosas excelentes- es una carta de agradecimiento por la ayuda recibida, de aliento frente a las adversidades, y de llamada a la unidad; carta que no olvidaremos nunca por el pasaje emblemático de la humillación y la exaltación de Jesucristo (2:5-11). < Para muchos de nosotros --especifica Pablo- *Filipenses* es la carta más preciosa de todas las que se conservan de Pablo.>

De *Colosenses* -«la gran carta» escrita a la iglesia de una ciudad sin importancia-, solo conociendo su trasfondo ideológico se puede comprender su grandeza. «Ninguna otra carta de Pablo presenta una enseñanza tan elevada de Jesucristo ni insiste tanto en Su plenitud y suficiencia,» -dice Barclay. *Tesalonicenses* es clave para el estudio de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, y se debe a que Pablo tuviera que escribirles a los cristianos de Tesalónica para aclarar ciertos conceptos básicos acerca de la esperanza cristiana y las responsabilidades del cristiano en la vida diaria.

Siguiendo el ejemplo de la edición original nos proponemos añadir al comentario de todos los libros del Nuevo Testamento un tomo más, que será el índice general de las palabras originales, los nombres propios y los temas que se mencionan o desarrollan en los diversos volúmenes. Un adelanto de esa herramienta de estudio bíblico ha ido apareciendo en cada tomo, y ofrece en este posibilidades especiales. Así, por ejemplo, el de los atributos del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; las causas y remedios de la desunión; la esencia del Evangelio; la oración; el Bautismo; el gozo; la Iglesia -señales de la iglesia fiel, señales de la iglesia genuina, señales de la iglesia vital-; el secreto de la intercesión; las señales de la salvación; la solidaridad cristiana, y la vida cristiana, sus señales y sus marcas.

Como en otros tomos de este comentario aparecen aquí personajes interesantes y ejemplares del relato bíblico y de la Historia de la Iglesia, como los fieles camaradas que el Apóstol menciona al final de Colosenses -Tíquico, Aristarco, Marcos, Epafras, Lucas, Demas y Ninfas, y, desde luego, Epafrodito de Filipos- y figuras de la historia de la Iglesia que Barclay trae a colación oportunamente, como el obispo Policarpo de Esmirna, Ambrosio de Milán, Juan Knox de Escocia y muchos, muchos más. Y es que William Barclay aprovecha la ocasión para recordarnos -o hacer que nos vayan sonando- nombres y temas clave del pueblo de Dios de todos los tiempos.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: «Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar» (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abría su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas, aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque no tenemos la otra a la que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de *los papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel en el que se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos, contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

< Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué a Miseno recibí del César el dinero del viaje, tres piezas de oro;

y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que

me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Ágato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonio» (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36).

¡No podría figurarse Apión que estaríamos leyendo la carta que le escribió a su padre 1800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un pronto ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *El saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1 s; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración: en todas sus cartas Pablo pide la gracia de Dios para las personas a las que escribe: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *EL tema de la carta: de lo que trata cada una.*

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos 16;*

1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4: 21 s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene que ser pasajera porque se escribió para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, - sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta os la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su voluntad de ayudar.

LA CARTA A LOS FILIPENSES

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS FILIPENSES

Podemos considerarnos afortunados por lo menos en un aspecto de nuestro estudio de *Filipenses*: no se nos presentan problemas críticos; porque no hay ningún estudioso notable del Nuevo Testamento que haya dudado nunca de que sea una carta genuina y auténtica del apóstol Pablo.

FILIPOS

Cuando Pablo escogía un lugar para predicar el Evangelio tenía siempre la cualidad de un gran estratega. Siempre escogía los que no solo eran importantes por sí mismos sino también como centro de comunicaciones de una zona. Hasta nuestros días muchos de los lugares en los que predicó Pablo siguen siendo enlaces de grandes carreteras y líneas de ferrocarril. Ese es el caso de Filipos, que tenía por lo menos tres cualidades para ser importante.

(i) Había en sus alrededores minas de oro y de plata que se llevaban explotando desde tiempos de los fenicios. Es verdad que ya estaban agotadas cuando empezó la historia de la Iglesia; pero habían convertido Filipos en un gran centro comercial del mundo antiguo.

(ii) La ciudad había sido fundada por Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, de quien había tomado su nombre. Se había construido en el emplazamiento de una ciudad antigua llamada *Krénidés*, nombre que quería decir Los Pozos o Las Fuentes. Filipo había fundado Filipos en 368 a.C. porque no había un lugar más estratégico en toda Europa. Hay una cadena de montañas que divide Europa de Asia, el Oriente del Occidente, y hay cerca de Filipos un puerto en esa cordillera que era el paso obligado de una carretera importantísima, lo que hacía que esta ciudad controlara en tráfico entre Europa y Asia. Esa fue la razón para que se librara en Filipos una de las grandes batallas de la Historia, en la que Antonio derrotó a Bruto y Casio, decisiva para el futuro del Imperio Romano.

(iii) No mucho después, Filipos recibió la distinción de ser una colonia romana. Eran las tales unas instituciones alucinantes. No eran colonia en el sentido de ser avanzadillas de la civilización en partes inexploradas del mundo. Habían empezado teniendo una importancia militar. Roma tenía la costumbre de enviar grupos de soldados veteranos, a los que se concedía la ciudadanía romana cuando se licenciaban, para que se instalaran en centros estratégicos de las carreteras. Lo corriente era que estos grupos consistieran en trescientos veteranos, con sus mujeres e hijos. Estas colonias eran focos del gran sistema romano de carreteras que permitía que pudieran llegar refuerzos rápidamente de una colonia a otra. Estaban establecidas para mantener la paz y controlar los puntos estratégicos del vasto Imperio Romano. En un principio se habían fundado en Italia; pero pronto se fueron extendiendo por todo el Imperio. Posteriormente se le concedía el título de colonia a cualquier ciudad que se quisiera honrar por algún servicio fiel.

Dondequiera que estuvieran, estas colonias eran reflejos de Roma, y el poseer la ciudadanía romana era su característica dominante. Se hablaba la lengua de Roma; se vestía como en Roma; se observaban las costumbres de Roma; sus magistrados tenían títulos romanos, y se llevaban a cabo las mismas ceremonias que en la misma Roma. Eran fanática e inalterablemente romanos, y no habrían aceptado el que se los asimilara con los pueblos circundantes. Podemos percibir el orgullo romano en la acusación que hicieron a Pablo y Silas en *Hechos 16:20*: «Estos tipos son judíos, y están tratando de enseñar e

introducir leyes y costumbres que no nos es lícito observar - ¡porque somos romanos!»

«Vosotros sois una colonia del Cielo,> les escribió Pablo a los creyentes filipenses (*Filipenses 3:20*). Lo mismo que un ciudadano de una colonia romana no olvidaba nunca en ningunas circunstancias que era romano, así debían ellos recordar siempre que eran cristianos, estuvieran donde estuvieran. No había personas que estuvieran más orgullosas de ser romanas que las de esas colonias; y así eran los filipenses.

PABLO Y FILIPOS

Fue en su segundo viaje misionero, hacia el año 52 d.C., cuando llegó Pablo a Filipos por primera vez. Motivado por la visión del varón macedonio con su petición de que pasara a Macedonia a ayudarlos, Pablo había navegado desde la Tróade Alejandrina de Asia Menor, había desembarcado en Europa en Neápolis, y pasado de allí a Filipos.

La historia de la estada de Pablo en Filipos se nos cuenta en *Hechos 16*; y es una historia bien interesante. Se centra en torno a tres personas: Lidia, la vendedora de púrpura; la muchacha esclava demente que usaban sus amos como adivina, para sacar

dinero, y el carcelero romano. Es un corte transversal alucinante de la sociedad antigua. Estas tres personas tenían distintas nacionalidades. Lidia era *asiática*, y *puede* que su nombre no fuera tanto el suyo propio como el de su procedencia, «la señora de Lidia.» La muchacha esclava era *griega* de nacimiento. Y el carcelero era ciudadano *romano*. La totalidad del Imperio estaba representada en la iglesia cristiana. Pero no eran distintas estas tres personas solamente por su nacionalidad; también procedían de diferentes estratos sociales. Lidia era vendedora de púrpura, una de las sustancias más caras del mundo antiguo, y representaba *la gran industria*. La muchacha poseída era *una esclava*, y *por* tanto, para la ley, no era una persona, sino simplemente una herramienta viva. El carcelero era un ciudadano romano, perteneciente a la sólida *clase media* de la que procedían los funcionarios. En estos tres estaban representadas la clase más alta, la más baja y la media. No hay ningún otro capítulo de la Biblia que nos presente tan claramente como este el carácter comprensivo de la fe que Jesucristo trajo al mundo.

PERSECUCIÓN

Pablo tuvo que marcharse de Filipos tras una tormenta de persecución y un encarcelamiento ilegal. La persecución la heredó después la iglesia filipense. Pablo les dice que han compartido sus cadenas y su defensa del Evangelio (1:7). Los exhorta a que no se dejen atemorizar por los adversarios, porque ellos están pasando lo que él mismo pasó y sigue pasando (1:28-30).

VERDADERA AMISTAD

Se había desarrollado entre Pablo y la iglesia filipense un nexo de amistad como no lo tenía con ninguna otra iglesia. Se enorgullecía de no haber aceptado nunca ayuda de ninguna otra persona o iglesia, y que subvenía a sus necesidades con el trabajo de sus propias manos. Sólo accedió a aceptar ayuda de los filipenses. Después de salir de Filipos pasó a Tesalónica, adonde le mandaron un regalo (4:16). Cuando siguió adelante y llegó a Corinto pasando por Atenas, ellos fueron los únicos que se acordaron de él con sus dones (2 Corintios 11:9). «Hermanos míos, queridos y anhelados -los llama-, mi gozo y mi corona en el Señor» (4:1).

I, A OCASIÓN DE ESTA CARTA

Cuando Pablo escribió esta carta estaba preso en Roma, y la escribió con ciertos propósitos definidos.

(i) Es una carta de gracias. Habían pasado los años; era entonces el año 63 ó 64 d.C., y los filipenses le han vuelto a mandar un regalo (4:10s).

(ii) Tiene que ver con Epafrodito. Parece que los filipenses le habían enviado no solo como portador del regalo, sino para que se quedara con Pablo y le fuera de ayuda. Pero Epafrodito cayó enfermo. Echaba de menos su casa, y estaba preocupado porque sabía que los suyos estaban preocupados por él. Pablo le envía de vuelta, pero tenía la preocupación de que los amigos filipenses pudieran tener la impresión de que Epafrodito les había fallado; así es que les sale al encuentro con su testimonio: «Recibidle con mucha alegría, y honrad a los que son como él, porque estuvo a punto de dar la vida en la causa de Cristo» (2:29s). Hay algo muy conmovedor en esta actitud de Pablo, preso y esperando la muerte, esforzándose por hacerle las cosas más fáciles a Epafrodito, que se había visto obligado a volver a casa inesperada e involuntariamente. Aquí tenemos el Everest de la cortesía cristiana.

(iii) Es una carta de aliento para los filipenses que están pasando pruebas (1:28-30).

(iv) Es una llamada a la unidad. De esa situación surge el gran pasaje que nos habla de la humildad generosa de Jesucristo (2:1-11). Había en la iglesia de Filipos dos mujeres que se habían peleado y estaban poniendo en peligro la paz (4:2); y había falsos maestros que estaban tratando de seducir a los creyentes filipenses para apartarlos del camino recto (3:2). Esta carta es una llamada a mantener la unidad de la Iglesia.

EL PROBLEMA

Es precisamente aquí donde surge el problema de *Filipenses*. En 3:2 hay un cambio brusco en la carta. Hasta el 3:1 todo es serenidad, y la carta parece ir fluyendo tranquilamente hacia su final; y entonces, sin previo aviso, retumba el trueno: < ¡Cuidado con los perros! ¡Cuidado con los obreros malvados! ¡Cuidado con la mutilación! » Esto no tiene ninguna relación con lo precedente. Además, 3:1 parece el final: < Para terminar, hermanos -escribe Pablo-, regocijaos en el Señor. » Y habiendo dicho < para terminar, » ¡empieza otra vez de nuevo! (Cosa que no es ni mucho menos una práctica desconocida entre predicadores).

En vista de este cambio brusco muchos estudiosos creen que *Filipenses*, tal como la tenemos, no es una carta sino dos que se han unido. Sugieren que 3:2 - 4:3 es una carta de gracias y de advertencia enviada poco después de la llegada de Epafrodito a Roma; y que 1:1 - 3:1 y 4:4-23 es otra carta que fue escrita considerablemente después y enviada con Epafrodito cuando volvió a Filipos. Eso es perfectamente posible. Sabemos que Pablo probablemente escribió más de una carta a Filipos, porque Policarpo, en su carta a la iglesia filipense, dice que Pablo, < cuando estaba ausente, os escribió *cartas*. »

LA EXPLICACIÓN

Y sin embargo nos parece que no hay razones de peso para dividir esta carta en dos. El cambio brusco entre 3:1 y 3:2 se puede explicar de dos maneras.

(i) Cuando Pablo estaba dictando la carta llegaron noticias recientes de problemas en Filipos; e ipso facto interrumpió su línea de pensamiento para salirle al paso a la nueva situación.

(ii) La explicación más sencilla es la siguiente. *Filipenses* es una carta personal que, como tal, no sigue el orden lógico

de un tratado. En estos casos escribimos las cosas conforme se nos ocurren; es como si estuviéramos charlando con amigos; y una asociación de ideas que puede resultarnos suficientemente clara al autor y a los destinatarios de la carta puede que no se lo resulte a otros que lo lean en otro lugar y momento. El cambio de tono y de tema aquí es la clase de cosa que puede ocurrir en cualquier carta personal.

UNA CARTA PRECIOSA

Para muchos de nosotros *Filipenses* es la carta más preciosa de todas las que se conservan de Pablo. Se le han dado dos títulos: *La carta de las cosas excelentes* -cosa que es sin duda-, basándose especialmente en 4:8s; y *La epístola del gozo*, porque en ella aparecen una y otra vez las palabras gozo y gozaos y regocijaos y otra vez os digo que os gocéis. Aun estando en la cárcel y en una situación angustiosa, Pablo quería dirigir los corazones de sus amigos filipenses -y los nuestros- al gozo que nadie ni nada puede arrebatar.

FILIPENSES

DE UN AMIGO A SUS AMIGOS

Filipenses 1:1s

Pablo y Timoteo, esclavos de Jesucristo, escriben esta carta a todos los que están en Filipos que están consagrados a Dios por medio de su relación con Jesucristo, juntamente con los supervisores y los diáconos:

¡Que la gracia y la paz que proceden de nuestro Padre Dios y de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros!

Las palabras introductorias definen el tono de toda la carta. Se trata de la carta de un amigo a sus amigos. Con la excepción de las cartas a los tesalonicenses y la nota personal a Filemón, Pablo empieza todas sus cartas presentándose como apóstol; por ejemplo, empieza su carta a los romanos diciendo: «Os manda esta carta Pablo, esclavo de Jesucristo, *llamado para ser apóstol*» (cp. el primer versículo de 1 *Corintios*, 2 *Corintios*, *Gálatas*, *Efesios* y *Colosenses*). Empieza las otras cartas presentando las credenciales oficiales que le confieren el derecho a escribir, y a los destinatarios el deber de prestar atención; pero no lo hace cuando escribe a los filipenses. No hacía falta. Sabía que le atenderían, y con mucho cariño. De todas sus iglesias, la de Filipos era la que estaba más en su corazón; y escribe, no como un apóstol a los miembros de su iglesia, sino como un amigo a sus amigos.

Pero hay un título del que no prescinde. Se presenta como siervo (dulos) de Jesucristo, como lo pone la Reina-Valera; pero *dulos* es más que servidor: es *esclavo*. Un servidor es libre para ir y venir; pero un esclavo es posesión exclusiva de su amo para siempre. Cuando Pablo se llama esclavo de Jesucristo hace tres cosas. (i) Asegura que es posesión exclusiva de Cristo, que le amó y compró por un precio (1 *Corintios* 6:20), y ya no puede pertenecer nunca a otro amo. (ii) Establece que debe absoluta obediencia a Cristo. El esclavo no tiene voluntad propia; la voluntad de su amo es la suya. Así también Pablo no tiene más voluntad que la de Cristo, y no obedece sino a su Salvador y Señor. (iii) En el Antiguo Testamento el título regular de los profetas es el de *siervos de Dios* (*Amós* 3:7; *Jeremías* 7:25). Ese fue el título que se dio a Moisés, a Josué y a David (*Josué* 1:2; *Jueces* 2:8; *Salmo* 78:70; 89:3,20). De hecho el máximo título de honor es *siervo de Dios*; y cuando Pablo se aplica ese título se coloca humildemente en la línea de sucesión de los profetas y de los hombres de Dios. La esclavitud del cristiano a Jesucristo no es una sumisión humillante. Como expresaba el dicho latino: *Illi servire regnare est*, ser Su esclavo es ser un rey.

LA DISTINCIÓN CRISTIANA

Filipenses 1:1s (continuación)

La carta va dirigida, como lo pone la Reina-Valera, *a todos los santos en Cristo Jesús*. La palabra que se traduce por *santos* es *háguios*; y *santos* es una traducción que confunde. A oídos modernos presenta una imagen o un cromo de una piedad otromundista. Nos habla más de las vidrieras de colores que de la plaza del mercado. Aunque es fácil comprender el sentido de *háguios* es difícil traducirlo.

Háguios, como su equivalente hebreo *qadósh*, se suelen traducir por *santo*. En el pensamiento hebreo, si algo se define como *santo*, la idea básica que sugiere es que es *diferente* de todo lo demás, que es algo *aparte*. Para entenderlo mejor, veamos cómo se usa en el Antiguo Testamento. Cuando se

establecieron las reglas referentes al sacerdocio se escribió: < *Santos* serán para su Dios > (*Levítico* 21:6). Los sacerdotes habían de ser *diferentes* de los demás hombres, porque habían sido *apartados* para una función especial. El diezmo era la décima parte de todos los productos, que se *apartaba* para Dios, y se establece: «El diezmo será *santo* para el Señor, porque pertenece al Señor» (*Levítico* 27:30,32). El diezmo era *diferente* de todo lo demás que se podía usar para unes ordinarios. La parte central del Templo era *el lugar santo* (*Éxodo* 26:33); era *distinto* de los otros lugares. La palabra se usaba especialmente en relación con la nación de Israel. Los judíos eran *una nación santa* (*Éxodo* 19:6). Eran *santos* porque pertenecían a Dios de una manera especial; Dios los había *apartado* de las demás naciones para que fueran Suyos (*Levítico* 20:26); Dios los había conocido -es decir, había tenido una relación personal con ellos- entre todas las naciones del mundo (*Amós* 3:2). Los judíos eran *diferentes* de todas las demás naciones porque ocupaban un lugar especial en el propósito de Dios.

Pero Israel se negó a hacer el papel que Dios le había asignado. Cuando vino Su Hijo al mundo, no Le reconocieron, Le rechazaron y Le crucificaron. Los privilegios y las responsabilidades que deberían haber tenido se les quitaron y se le dieron a la Iglesia, que llegó a ser el nuevo Israel, el verdadero Pueblo de Dios del Nuevo Testamento. Por tanto, de la

misma manera que los judíos habían sido *háuioi, santos, diferentes*, ahora deben serlo los cristianos. Así es que Saulo, antes de llegar a ser Pablo, era un perseguidor declarado de los *santos, los háuioi (Hechos 9:13)*; Pedro fue a visitar a los *santos, los háuioi*, de Lida (*Hechos 9:32*).

El decir que los cristianos son *santos* quiere decir por tanto que son *diferentes* de las demás personas. ¿En qué consiste la diferencia?

Pablo se dirige a sus amigos como santos *en Cristo Jesús*. No se pueden leer sus cartas sin notar lo frecuentemente que usa las frases *en Cristo, en Jesucristo, en el Señor*. *En Cristo Jesús* se encuentra 48 veces, *en Cristo* 34, y *en el Señor* 50. Está claro que para Pablo ahí estaba la esencia del Cristianismo. ¿Qué quería decir? Marvin R. Vincent dice que cuando Pablo decía que el cristiano está en Cristo quería decir que el cristiano vive en Cristo como el ave vive en el aire, el pez en el agua y las raíces del árbol están en la tierra. Lo que hace al cristiano diferente es que siempre y en todas partes es consciente de estar rodeado de la presencia de Jesucristo.

Cuando Pablo habla de *los santos en Cristo Jesús* quiere decir los que son diferentes de las otras personas y están consagrados a Dios mediante una relación especial con Jesucristo -y eso es lo que debe ser un cristiano.

EL SALUDO QUE LO INCLUYE TODO

Filipenses 1:1s (conclusión)

El saludo de Pablo a sus amigos es: Que la gracia y la paz que proceden de nuestro Padre Dios y de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros (cp. *Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3*).

Cuando Pablo pone juntas estas dos grandes palabras, *gracia y paz (járís y eiréné)*, está haciendo algo maravilloso. Estaba tomando los saludos normales de dos culturas y uniéndolos. *Járis* era la palabra con que empezaban las cartas griegas, y *eiréné* el saludo que usaban los judíos. Cada una de estas palabras tiene su propio sabor, y ambas fueron transformadas por el nuevo sentido que les infundió el Cristianismo.

Járis es una palabra preciosa; las ideas básicas que incluye son las de gozo y placer, luminosidad y belleza; los hispanohablantes tenemos la gran suerte de que nuestra palabra *gracia* contiene las mismas ideas, y es por tanto la traducción casi perfecta de *járis*. Pero con Jesucristo llega una nueva belleza que se añade a la anterior; y esa belleza nace de una

nueva relación con Dios. Con Cristo la vida se vuelve preciosa porque el ser humano deja de ser la víctima de la Ley de Dios y pasa a ser la criatura de Su amor.

Eiréné es una palabra inclusiva. La traducimos por *paz*; pero no quiere decir paz en sentido negativo como sencillamente la ausencia de guerra o de problemas. Quiere decir el bienestar total, todo lo que contribuye a la felicidad suprema de una persona.

Puede que esté relacionada con el verbo griego *eirein*, que quiere decir *unir, entretener*. Y esta paz tiene siempre que ver con las relaciones personales, la relación de una persona consigo misma, con sus semejantes y con Dios. Es siempre la paz que nace de la reconciliación.

Así es que cuando Pablo pide a Dios gracia y paz para sus amigos está pidiendo realmente que tengan el gozo de conocer a Dios como Padre y la paz de estar relacionados con Él, con los hombres y consigo mismos -y esas gracia y paz no se pueden recibir sino mediante Jesucristo.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(i) EL GOZO CRISTIANO

Filipenses 1:3-11

Siempre que me pongo a orar por vosotros Le doy gracias a mi Dios por vosotros; y siempre y en cada una de mis oraciones pido por vosotros con gozo, porque os habéis solidarizado conmigo en la extensión del Evangelio desde el primer día hasta ahora. Y en esto tengo confianza: que el Que comenzó en vosotros una buena obra la llevará a feliz término para que estéis listos para el Día de Jesucristo. Es justo que tenga este sentir acerca de vosotros, porque os llevo en el corazón; porque todos participáis conmigo de la gracia, tanto en.

mis prisiones como en la defensa y confirmación del Evangelio. Dios me es testigo de cuánto os anhelo a todos vosotros con la misma compasión de Jesucristo. Y esto es lo que pido: que vuestro amor mutuo siga aumentando cada vez más en toda plenitud de conocimiento y en toda sensibilidad de percepción, para que pongáis a prueba las diferentes alternativas, para que seáis puros y no hagáis que nadie tropiece en cuanto a la preparación para el Día de Cristo; porque vosotros tenéis henchida vuestra vida del finto que produce la integridad que procede de Jesucristo y que conduce a la gloria y la alabanza de Dios.

Es encantador cuando, como dice Ellicott, se combinan el recuerdo y la gratitud. En nuestras relaciones personales es una gran cosa no tener nada más que recuerdos felices; y ese era el sentir de Pablo con los cristianos de Filipos. Los recuerdos no conllevaban pesares, sino solo felicidad.

En este pasaje se presentan las marcas de la vida cristiana.

Está el gozo cristiano. Es con gozo como Pablo ora por sus amigos. La Carta a los Filipenses se ha llamado La *Epístola del Gozo*. Bengel comentaba en su terso latín: «*Summa epistolae gaudeo-gaudete.*» «Todo el tema de la epístola es Yo me gozo-gozaos vosotros también.» Veamos la descripción del gozo cristiano que nos presenta esta carta.

(i) En 1:4 encontramos el gozo de *la oración cristiana*, el gozo de presentar a los que amamos ante el trono de la misericordia de Dios.

George Reindrop, en su libro *No Common Task - Una tarea nada corriente-*, nos cuenta que una enfermera le enseñó una vez a orar a un hombre, cambiando así toda su vida de tal forma que el que había sido antes un tipo quejica y desanimado llegó a ser un hombre lleno de gozo. Casi todo el trabajo de la enfermera lo hacía con las manos, y las usaba como un es- quema de oración. Cada dedo representaba a alguien; el gordo era el que tenía más cerca, y le recordaba que

orara por sus más próximos. El segundo dedo es el que se usa para señalar, y representaba a todos sus profesores en la escuela y en el hospital. El tercer dedo es el más < alto», y representaba a la gente importante, los dirigentes en todas las esferas de la vida. El cuarto dedo es el más flojo, como saben muy bien los pianistas, y representaba a todos los que están en problemas y pruebas. El meñique es el más pequeño y el menos importante, y para la enfermera la representaba a ella.

Siempre debe haber gozo y paz profundos en presentarle a Dios en oración a nuestros seres queridos y a otros.

(ii) Está el gozo de que *se predica a Jesucristo (1:18)*. Cuando uno experimenta una gran bendición, su primer instinto es compartirla; y hay gozo en pensar que se predica el Evangelio en todo el mundo para que otro y otro y otro se incorporen al amor de Cristo.

(iii) Existe el gozo de *la fe (1:25)*. Si el Evangelio no nos hace felices, nada nos hará felices. Hay un tipo de supuesto cristianismo que es una verdadera tortura. El salmista decía: «Los que fijaron la mirada en Él se pusieron radiantes» (*Salmo 34:5*). Cuando bajó Moisés de la cumbre de la montaña le relucía el rostro. El Cristianismo es la fe del corazón feliz y el rostro radiante.

(iv) Existe el gozo de ver que *los cristianos están en íntima comunión (2:2)*. Eso era lo que le hacía prorrumpir en alabanzas al salmista (*Salmo 133:1*):

¡Fijaos qué cosa tan preciosa es, y cuán maravillosa, el contemplar cómo conviven los hermanos en perfecta armonía!

No existe la paz para nadie donde y cuando se han roto las relaciones humanas y hay peleas entre las personas; y no hay panorama más maravilloso que el de una familia en la que todos están vinculados en amor mutuo, o el de una iglesia cuyos miembros están unidos entre sí porque están unidos a Jesucristo su Señor. (v) Existe el gozo de *sufrir por Cristo (2:17)*. En la hora de su martirio en la hoguera, Policarpo oraba: < Te doy gracias, Padre, porque me has considerado digno de esta hora. » El sufrir por Cristo es un privilegio, porque nos ofrece la oportunidad de demostrar sin lugar a duda nuestra lealtad, y colaborar en la edificación del Reino de Dios.

(vi) Existe el gozo de *recibir noticias de nuestros seres queridos (2:28)*. La vida está llena de separaciones y de ausencias, y siempre produce gozo el tener noticias de nuestros amados de los que estamos separados temporalmente. Un gran predicador escocés habló una vez del gozo que se puede producir por el precio de un sello de correos. Vale la pena recordar lo fácil que es dar gozo a los que nos aman, y también lo fácil que es tenerlos en ansiedad, manteniéndonos en contacto con ellos o no.

(vi_j) Existe el gozo de *la hospitalidad cristiana (2:29)*. Hay hogares de puerta cerrada, y hogares de puerta abierta. La puerta cerrada es la del egoísmo; la abierta, la de la bienvenida y el amor cristiano. Es una gran cosa tener una puerta a la que puede llamar el forastero o el que tiene problemas, seguro de que no la encontrará cerrada.

(vi_j) Existe el gozo de *estar en Cristo (3:1; 4:1)*. Ya hemos visto que estar en Cristo es vivir en Su presencia como el pájaro vive en el aire, el pez en el agua y las raíces de la planta en la tierra. Nos es natural estar contentos cuando estamos con la persona amada; y Cristo es el Amador de Quien nada nos podrá separar nunca ni en el tiempo ni en la eternidad.

(ix) Existe el gozo de *la persona que ha ganado a otra para Cristo (4:1)*. Los filipenses eran el gozo y la corona de Pablo porque había sido él el instrumento para traerlos a Jesucristo. Es el gozo de los padres, los maestros y los predicadores el de traer a otros, especialmente a los niños, al amor de Jesucristo. Sin duda el que disfruta de un gran privilegio no puede estar contento hasta que lo comparte con su familia y amigos. Y es que el evangelismo cristiano no es una obligación sino un gozo.

(x) Hay gozo en *un regalo (4:10)*. Este gozo no consiste tanto en el regalo mismo, como en el hecho. de que se acuerden de uno y se preocupen por uno. Este es un gozo que podríamos producirles a otros mucho más a menudo de lo que lo hacemos.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(ii) EL SACRIFICIO CRISTIANO

Filipenses 1:3-11 (continuación)

En el versículo 6 Pablo dice que tiene confianza en que Dios, que ha empezado una buena obra en los filipenses, la llevará a feliz término para que estén preparados para el día de Jesucristo. Hay aquí todo un cuadro en griego que no es posible reproducir en una traducción. El detalle está en que las palabras que usa Pablo para *empezar (enárjesthai)* y *para completar (epitélein)* son términos técnicos que se usaban para el comienzo y el final de un sacrificio. Había un ritual de iniciación en relación con un sacrificio griego. Se encendía una tea en el fuego del altar, y se metía en un cubo de agua para limpiarlo con la llama sagrada; con el agua bendita se rociaban la víctima y las personas que la ofrecían para dejarlos purificados y santificados. A continuación seguía lo que se llamaba la *eufémia*, el silencio sagrado, en el que se suponía que el adorador ofrecía sus oraciones al dios. Por último se traía un cubo de cebada, algunos de cuyos granos se echaban sobre la víctima y por el suelo alrededor. Estas acciones eran *el principio* del sacrificio, y el término técnico para realizarlo era el verbo *enárjesthai* que usa Pablo aquí. El verbo que significaba completar todo el ritual del sacrificio era *epitélein*, que es el que usa Pablo para *completar*. Toda la frase de Pablo se mueve en la atmósfera del sacrificio.

Pablo contempla la vida del cristiano como un sacrificio dispuesto para ser ofrecido a Jesucristo. Traza la misma figura cuando exhorta a los romanos a que presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (*Romanos 12:1*).

Cuando Cristo vuelva, será como la llegada de un Rey. En tales ocasiones los súbditos estaban obligados a presentarse con dones para mostrarle su lealtad y su amor. El único don que Jesucristo desea que Le presentemos es el de nosotros mismos; así que, la suprema tarea de una persona es hacer que su vida sea idónea para ofrecérsela. Solo la gracia de Dios nos puede capacitar para lograrlo.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(iii) LA SOLIDARIDAD CRISTIANA

Filipenses 1:3-11 (continuación)

En este pasaje se hace hincapié en la idea de *la solidaridad cristiana*. Hay varias cosas que los cristianos comparten.

(i) Los cristianos son *solidarios en la gracia*. Son personas que comparten una deuda común con la gracia de Dios.

(ii) Los cristianos son *solidarios en la obra del Evangelio*. No solo comparten un don, sino también una tarea: la extensión del Evangelio. Pablo usa dos palabras para expresar la obra de los cristianos por el Evangelio: habla de *la defensa* y de la *confirmación* del Evangelio. La defensa (*apologuía*) del Evangelio quiere decir su defensa frente a los ataques que se le hacen desde fuera. El cristiano tiene que estar dispuesto para ser un defensor de la fe, y dar razón de la esperanza que tiene. La confirmación (*bebaiósis*) del Evangelio es la edificación de su fuerza desde dentro, la edificación de los cristianos. El cristiano debe extender el Evangelio defendiéndolo contra los ataques de sus enemigos y edificando la fe de sus amigos.

(iii) Los cristianos son *solidarios en el sufrimiento por el Evangelio*. Siempre que a un cristiano le toca sufrir por causa del Evangelio debe hallar fuerza y consuelo en el pensamiento

de que es uno de una gran compañía a través de todas las edades y en todas las tierras que han sufrido por Cristo antes que negar su fe.

(iv) Los cristianos son *solidarios con Cristo*. En el versículo 8 Pablo tiene un dicho sumamente gráfico. La traducción literal sería: < Os anhelo a todos con *las entrañas* de Jesucristo.> La palabra griega es *splanjna*, que designaba, lo mismo que la palabra hebrea correspondiente, *rajamim*, las entrañas maternas que se suponía que eran la sede de la ternura y de la compasión. Así es que Pablo está diciendo: < Os anhelo con la misma ternura de Jesucristo mismo.> El amor que Pablo sentía para con sus amigos cristianos no era otra cosa que el amor de Cristo mismo. J. B. Lightfoot dice escribiendo sobre este pasaje:

< El cristiano no tiene anhelos aparte de los de su Señor; su pulso late con el pulso de Cristo; su corazón palpita con el corazón de Cristo. » Cuando somos realmente uno con Jesús, su amor fluye de nosotros hacia nuestros semejantes a los que Él ama y por los que murió. El cristiano es solidario con el amor de Cristo.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(iv) LA CARRERA Y LA META DEL CRISTIANO

Filipenses 1:3-11 (conclusión)

Lo que Pablo pedía en oración para los suyos era que su amor creciera de día en día (versículos 9 y 10). Ese amor, que no era una cosa meramente sensiblera, había de crecer en conocimiento y en percepción espiritual para que llegaran a ser cada vez más capaces de distinguir entre la verdad y el error. El amor es siempre el camino al conocimiento. Si amamos algo, queremos aprender más acerca de ello; si amamos a una persona, queremos conocerla cada vez más; si amamos a Jesús, queremos aprender más acerca de Él y de Su verdad. El amor es sensible a la mente y al corazón del ser amado. Si hiere ciega o insensiblemente los sentimientos de la persona que pretende amar, no es verdadero amor. Si amamos a Jesús de veras seremos sensibles a Su voluntad y deseos; cuanto más Le amemos, más nos retraeremos instintivamente del mal y desearemos el bien. La palabra que usa Pablo para *poner a prueba* es *dokimázein*, que era la que se usaba para probar un metal para comprobar que era genuino. El verdadero amor no es ciego; nos permitirá siempre ver la diferencia entre lo falso y lo verdadero.

Así que el cristiano llegará a ser puro y no será causa de que otros tropiecen. La palabra que usa para *puro* es interesante. Es *eilikrinés*. Los griegos sugerían dos etimologías posibles, cada una de las cuales presentaba una idea gráfica. Podía venir de *eile*, la luz del sol, y de *krinein*, juzgar, y describir lo que puede resistir el escrutinio de la luz solar sin mostrar ningún defecto. Sobre esa base la palabra querrá decir que el carácter cristiano puede soportar que se le proyecte cualquier luz. La otra posibilidad es que *eilikrinés* se derive de *eilein*, que quiere decir dar vueltas y vueltas como en una criba hasta que se le quitan todas las impurezas. Sobre esa base, el carácter cristiano se va limpiando de todo mal hasta quedar totalmente puro.

Pero el cristiano no es sólo puro; es también *apróskopos*, no hace que nadie tropiece. Hay personas que son exteriormente impecables, pero tan austeras que repelen a los demás del Cristianismo. El cristiano es en sí mismo puro, pero su amor y gentileza son tales que atraen a otros al camino cristiano en lugar de repelerlos.

Por último, Pablo establece el objetivo del cristiano. Es vivir de tal manera que se den a Dios la gloria y la alabanza. El cristiano no se propone obtener honores por su bondad para sí mismo, sino para Dios. El cristiano sabe, y atestigua, que es como es, no por su propio esfuerzo y sin ayuda de nadie, sino solamente por la gracia de Dios.

LOS LAZOS QUE DESTRUYEN LAS BARRERAS

Filipenses 1:12-14

Quiero que sepáis, hermanos, que todo lo que me ha sucedido ha redundado más en el avance del Evangelio, porque le ha demostrado a toda la guardia pretoriana y a todos los demás que no estoy preso nada más que por la causa de Cristo, y que lo sobrellevo con la fuerza de Cristo; y el resultado es que, por estar yo en la cárcel, más hermanos han recibido confianza en el Señor para atreverse más abierta e intrépidamente a hablar la Palabra de Dios.

Pablo estaba preso; pero, lejos de que esa circunstancia pusiera fin a su actividad misionera, la extendió, tanto por su parte como por la de otros. De hecho, las cadenas echaron abajo las barreras. La palabra que usa Pablo para *el avance* del Evangelio es sumamente gráfica: *prokopé*, que es la que se usaría para el avance de un ejército o de una expedición militar. Es el nombre del verbo *prokóptein*, que quiere decir *cortar avanzando*, que se usa para cortar los árboles y la maleza y derribar las barreras a medida que se produce el avance de un ejército. El encarcelamiento de Pablo, lejos de cerrar la puerta, la abrió a nuevas esferas de trabajo y actividad en las que no habría penetrado de otra manera.

Pablo, viendo que no podía esperar justicia en Palestina, había apelado a César, cosa que podía hacer cualquier ciudadano romano. A su debido tiempo le habían despachado para Roma bajo escolta militar; y, cuando llegó allí, le dejaron al cuidado del < capitán de la guardia » y le permitieron vivir por su cuenta al cuidado de un soldado de guardia (*Hechos 28:16*). Por último, aunque seguía bajo guardia, se le permitió estar en una casa de alquiler (*Hechos 28:30*), lo que le permitía recibir a todos los que quisieran visitarle.

La palabra que hemos traducido por *la guardia pretoriana* es *praitórion*, que puede referirse o a un lugar o a un grupo de personas.

Cuando se refiere al lugar tiene tres significados. (i) En su origen quería decir *el puesto de mando de un general en campaña*, la tienda desde la que daba las órdenes y dirigía las operaciones. (ii) De ahí pasó naturalmente a significar la

residencia del general, que podía querer decir la del emperador; es decir, su palacio, aunque son raros los ejemplos de este uso. (iii) Con otro paso natural llegó a significar una mansión extensa o villa, la residencia de alguna persona rica e influyente. Aquí *praitórion* no puede tener ninguno de estos significados, porque está claro que Pablo se encontraba en su casa de alquiler, y no hace sentido que su casa estuviera en el palacio del emperador.

Así es que pasamos al otro sentido de *praitórion*: un cuerpo de personas, *la guardia pretoriana*, o más raramente su cuartel. Podemos dejar de lado este último significado porque no hace sentido que Pablo tuviera una residencia alquilada en el cuartel romano.

La guardia pretoriana era la guardia imperial romana. La había instituido Augusto, y constaba de un ejército de diez mil soldados escogidos. Augusto los había mantenido dispersos por toda Roma y las ciudades circundantes. Tiberio los había concentrado en Roma en un campamento especialmente construido y fortificado. Vitelio había aumentado su número a dieciséis mil. Tenían un servicio de doce, y luego de dieciséis años. Cuando se licenciaban recibían la ciudadanía romana y una cantidad de dinero equivalente a 25,000 pesetas. (Pero recuérdese que el sueldo de un obrero era de diez pesetas al día). Posteriormente llegaron a ser algo así como el cuerpo de guardia especial del emperador; y finalmente se convirtieron en todo un problema, porque estaban concentrados en Roma, y llegaron a ser los que quitaban y ponían emperador, porque era su candidato el que quedaba elegido siempre, ya que podían imponerse a la fuerza al populacho si era necesario. Fue al

prefecto de la guardia pretoriana, el comandante en jefe, al que entregaron a Pablo cuando llegó a Roma.

Pablo dice que estaba *prisionero o en cadenas*. Les dice a los cristianos romanos que, aunque no ha hecho nada malo, fue entregado *prisionero (desmios)* a manos de los romanos (*Hechos 28:17*). En *Filipenses* menciona varias veces su *prisión (Filipenses 1:7,13,14)*. En *Colosenses* dice que está en prisión, o en cadenas, por la causa de Cristo, y les pide a los colosenses que recuerden sus cadenas (*Colosenses 4:3,18*). En *Filemón* se llama a sí mismo prisionero de Jesucristo, y habla de las cadenas del Evangelio (*Filemón 9,13*). En *Efesios* vuelve a llamarse prisionero de Jesucristo (*Efesios 3:1*).

Hay dos pasajes en los que estas cadenas se definen más exactamente. En *Hechos 28:20* habla de sí mismo como *sujeto con esta cadena*; y usa la misma palabra (*halysis*) en *Efesios 6:20*, cuando se llama *embajador en cadenas*. Es en esta palabra *halysis* en la que encontramos la clave. La *halysis* era la cadena corta que unía la muñeca del prisionero a la del soldado que le guardaba para que no se pudiera escapar. La situación era la siguiente: habían entregado a Pablo al capitán de la guardia pretoriana, a la espera de que le juzgara el Emperador; se le había permitido alquilar una casa; pero, aun allí, había siempre un soldado custodiándolo, encadenado con él mediante una *halysis* todo el tiempo. Habría, por supuesto, una lista de guardias que se turnaban en este servicio; y en los dos años, uno tras otro, todos los soldados de la guardia imperial habrían estado de guardia con Pablo. ¡Qué preciosa oportunidad! Aquellos soldados oírían a Pablo predicar y hablar con sus amigos. Sin duda durante las largas horas de la guardia Pablo iniciaría la conversación acerca de Jesucristo con el soldado de turno al que estaba encadenado.

La cárcel le había ofrecido la oportunidad de predicar el Evangelio al regimiento más selecto del ejército romano. No es extraño que declarara que sus cadenas se habían hecho famosas en el pretorio y habían supuesto una oportunidad única para el avance del Evangelio en ese frente. Toda la guardia pretoriana sabría por qué estaba preso Pablo; muchos de los soldados habrían entrado en contacto con Cristo; y el saberlo habría dado a los hermanos de Filipos un nuevo coraje para predicar el Evangelio y testificar de Cristo.

Las cadenas de Pablo habían quitado las barreras y le habían dado acceso a la flor y nata del ejército romano, y sus cadenas habían sido la pócima de coraje que necesitaban los hermanos de Filipos.

LA PROCLAMACIÓN SUPREMA

Filipenses 1:15-18

A algunos lo que les mueve a predicar a Cristo son la envidia y la rivalidad, pero a otros la buena voluntad. Unos predicar a Cristo por amor, porque saben que me encuentro aquí por la defensa del Evangelio; otros predicar a Cristo con fines partidistas, no por motivos limpios, para que aún me aflija más por estar encarcelado. ¿Y entonces, qué he de pensar? Pues que el único resultado es que, sea como sea, como tapadera de otros propósitos o por amor a la verdad, se proclama a Cristo. Y de eso no puedo hacer más que regocijarme a tope siempre.

Aquí está hablando el gran corazón de Pablo. El estar él en la cárcel ha incentivado a la predicación del Evangelio. Ese incentivo actuó de dos maneras. Estaban los que le amaban; y, al saberle en la cárcel, redoblaban los esfuerzos para extender el Evangelio para que no perdiera terreno por estar Pablo inmovilizado. Sabían que la mejor manera de deleitar su corazón era hacerle ver que la obra no sufría por su lamentable ausencia. Pero otros estaban motivados por lo que Pablo llama *eritheía*, y *predicaban* por sus propios fines partidistas. *Eritheía* es una palabra interesante. En su origen no significaba más

que *trabajar por el sueldo*. Pero si uno trabaja solamente por el sueldo no tiene la motivación más elevada. No considera nada más que lo que pueda sacar para sí. De ahí que llegara a significar el espíritu mercenario y ambicioso que no hace nada nada más que para engrandecerse a sí mismo; y llegó a aplicarse a la política y a querer decir *hacer lo que fuera para ganar votos*. Así llegó a describir la ambición interesada y egoísta que no busca más que encumbrarse sin prestar atención a los medios a los que tiene que rebajarse para obtener sus fines. Así es que había algunos que predicaban a Cristo más intensamente aprovechándose de que Pablo estaba en la cárcel, porque esa circunstancia parecía ofrecerles una oportunidad enviada del cielo para aumentar su propio prestigio e influencia y disminuir los de él.

Aquí encontramos una lección. Pablo no sabía lo que eran los celos ni el rencor. Mientras se predicara a Cristo, no le importaba quién recibiera los honores o el prestigio. No le importaba lo más mínimo lo que otros predicadores dijeran de él, ni lo enemistados que estuvieran con él, o lo mucho que le despreciaran, o que trataran de sacarle ventaja. Lo único que le importaba era que se predicara a Cristo. Desgraciadamente muchas veces nos damos por ofendidos cuando alguien se alza con una posición que se nos cierra a nosotros. Es frecuente que miremos al otro como un enemigo porque ha hecho alguna crítica de nosotros o de nuestros métodos. Es corriente creer que otros no pueden hacer nada bien porque no lo hacen a nuestra manera. Demasiado a menudo los teólogos no quieren saber nada de los evangelistas, y los evangelistas critican la actitud de los teólogos. Los que creen en la evangelización mediante la educación no le encuentran sentido a la evangelización buscando decisiones personales, y éstos no les reconocen a aquéllos el derecho a creer que su enfoque consiga resultados más duraderos. Pablo es nuestro gran ejemplo: ponía la cuestión por encima de los personalismos, y todo lo que le importaba era que se predicara a Cristo.

Filipenses 1:19-20

Porque creo que esto conducirá a mi salvación gracias a vuestras oraciones y a la generosa ayuda que me presta el Espíritu Santo de Cristo; porque es mi anhelante expectación y mi esperanza el no tener que callarme por vergüenza ante nada, sino en cualesquiera circunstancias, aun ahora, tener libertad para hacer uso de la palabra para glorificar a Cristo en mi cuerpo, ya sea con mi vida o con mi muerte.

Pablo estaba convencido de que la situación en que se encontraba conduciría a su salvación. Hasta la cárcel, y la casi hostil predicación, de sus enemigos personales, acabarían por conducir a su salvación. ¿Qué quería decir con eso de su *salvación*? La palabra que usa es *sótería*, que puede tener aquí tres posibles sentidos.

(i) Puede querer decir *su seguridad*, en cuyo caso Pablo querría decir que estaba seguro de que el asunto terminaría en su liberación. Pero no es probable que quiera decir eso aquí, porque Pablo pasa a decir que no está seguro de si será mediante su vida o mediante su muerte.

(ii) Puede querer decir *su salvación en el Cielo*. En ese caso Pablo estaría diciendo que su conducta en la ocasión que le brinda esta situación será su testimonio en el día del juicio. Aquí hay una gran verdad. En cualquier situación de oportunidad o desafío, una persona no actúa para el tiempo, sino para la eternidad. La reacción de una persona en una situación en el tiempo es un testigo a su favor o en su contra en la eternidad.

(iii) Pero *sótería* puede tener un sentido más amplio que cualquiera de éstos. Puede querer decir *salud, bienestar general*. Puede que Pablo esté diciendo que todo lo que le está sucediendo en esta situación sumamente difícil es lo mejor que

le puede ocurrir tanto en el tiempo como en la eternidad. «Dios me puso en esta situación; y Dios quiere que, con todos sus problemas y dificultades, contribuya a mi felicidad y utilidad en el tiempo, y para mi gozo y paz en la eternidad.»

En esta situación Pablo sabe que tiene dos grandes ayudadores.

(i) Tiene la ayuda de las oraciones de sus amigos. Una de las cosas más preciosas de las cartas de Pablo es la manera que tiene de pedir las oraciones de sus amigos. «Hermanos -escribe a los tesalonicenses-, orad por nosotros.» «Por último, hermanos -escribe-, orad por nosotros para que la Palabra de Dios prospere y triunfe» (1 *Tesalonicenses* 5:25; 2 *Tesalonicenses* 3:1 s). Les dice a los corintios: «Ayudadnos por medio de la oración» (2 *Corintios* 1:11). Escribe que está seguro de que mediante las oraciones de Filemón volverá a estar con sus amigos (*Filemón* 22). Antes de iniciar su peligroso viaje a Jerusalén, escribe a la iglesia de Roma para pedirle sus oraciones (*Romanos* 15:30-32).

Pablo no se consideró nunca tan grande como para no necesitar las oraciones de sus amigos. Nunca hablaba a los demás como si él pudiera hacerlo todo y ellos nada; siempre les recordaba que ni él ni ellos podían hacer nada sin la ayuda de Dios. Aquí hay algo que debemos recordar. Cuando hay personas que están en aflicción, uno de sus mayores consuelos es la seguridad de que otros las están apoyando ante el trono de la gracia. Cuando tienen que arrostrar algún esfuerzo extraordinario o alguna decisión demoledora, reciben nuevas fuerzas al recordar que otros están recordándolos delante de Dios. Cuando tienen que ir a nuevos lugares y estar lejos de casa, es animador saber que las oraciones de sus seres queridos cruzan los continentes para llevarlos ante el trono de la gracia. No podemos llamar a nadie nuestro amigo a menos que oremos por él.

(ii) Pablo sabe que tiene la ayuda del Espíritu Santo. Su presencia es el cumplimiento de la promesa de Jesús de que estaría con nosotros hasta el fin del mundo.

En toda esta situación, Pablo tiene una expectación y una esperanza. La palabra que usa para *expectación* es muy gráfica e infrecuente; nadie la usó antes que Pablo, y puede ser que fuera él el que ya acuñara. Es *apokaradokía*. *Apó* quiere decir *lejos de*, *kara* es *la cabeza* y *dokein* es *mirar*; así es que *apokaradokía* es la mirada ansiosa e intensa, que se aparta de todo lo demás para fijarse en un solo objeto del deseo. La esperanza de Pablo es no tener nunca que callarse por vergüenza o por cobardía o por sentimiento de inutilidad. Pablo está seguro de que en Cristo hallará el coraje para no avergonzarse nunca del Evangelio; y de que por medio de Cristo sus trabajos resultarán eficaces para que los vean todos. J. B. Lightfoot escribe: «El derecho de hacer uso de la palabra es el emblema, el privilegio del siervo de Cristo.» El decir la verdad con valentía no es sólo el *privilegio* del siervo de Cristo, sino también su *deber*.

Así es que, si Pablo aprovecha la oportunidad valerosa y eficazmente, Cristo será glorificado en él. No importa cómo le vaya. Si muere, recibirá la corona del martirio; si vive, tendrá el privilegio de seguir predicando y testificando de Cristo. Como lo expresaba Ellicott noblemente, Pablo está diciendo: «Mi cuerpo será el teatro en el que se desplegará la gloria de Cristo.» Aquí tenemos la tremenda responsabilidad del cristiano. Una vez que hemos aceptado a Cristo, Le producimos gloria o vergüenza con nuestra vida y conducta. Al dirigente se le juzga por sus seguidores; y así a Cristo se Le juzga por nosotros.

EN VIDA O EN MUERTE

Filipenses 1:21-26

Porque para mí la vida no es otra cosa que Cristo, y la muerte es una ganancia. No obstante, ¿qué si el seguir viviendo físicamente me permitiera producir más

fruto? Entonces no sabría qué escoger; me encuentro indeciso entre dos cosas buenas; porque, por una parte, ya tengo ganas de levantar la tienda y estar con Cristo, que es lo mejor de todo; pero por causa de vosotros me resulta más importante seguir en este mundo. De esto último estoy confiadamente seguro: de que quedaré para estar con vosotros y a vuestro lado para ayudaros a proseguir vuestro camino y para aumentar el gozo de vuestra fe, para daros todavía más motivos para estar orgullosos de Cristo por causa de mí cuando vuelva a visitaros una vez más.

Como Pablo estaba en la cárcel esperando el juicio, tenía que asumir la realidad de que era impredecible si había de morir o de seguir viviendo; pero a él le daba lo mismo.

« El vivir --dice en frase lapidaria- quiere decir Cristo.» Para Pablo, Cristo había sido *el principio* de su vida, porque aquel día del camino de Damasco era como si su vida hubiera empezado totalmente de nuevo. Cristo había sido *la continuación* de su vida; no había habido nunca un día que Pablo no hubiera vivido en Su presencia, y en los más terribles momentos Cristo había estado con Él dándole ánimo (*Hechos 18:9s*). Cristo era *el fin* de su vida, porque era a Su continua presencia adonde conducía para Pablo la vida. Cristo era *la inspiración* de su vida; era *la dinámica* de su vida. Cristo había sido el Que le había dado a Pablo *la tarea* de vivir, porque había sido Él el Que le había hecho apóstol y le había enviado a evangelizar a los gentiles. Había sido Cristo el Que le había dado *la fuerza* para vivir, porque era la gracia todosuficiente de Cristo la que había alcanzado su plenitud en la debilidad de Pablo. Para él, Cristo era *la recompensa* de la vida, porque la única recompensa que valía la pena para Pablo era una comunión más íntima con su Señor. Si Cristo hubiera de desaparecer de su vida, a Pablo no le quedaría nada.

«Para mí -dice Pablo-, la muerte es una ganancia.» La muerte era la entrada en una presencia aún más íntima de

Cristo. Hay pasajes en los que Pablo parece considerar la muerte como un sueño del que todos los seres humanos despertarán en alguna resurrección general futura (1 Corintios 15: 51-52; 1 Tesalonicenses 4:14,16); pero en este momento en que sentía sobre sí el aliento de la muerte, Pablo no la veía como un quedarse dormido, sino como la entrada inmediata a la presencia de su Señor. Si creemos en Jesucristo, para nosotros la muerte es *unión y reunión*, unión con Él y reunión con los que hemos amado y perdido por un tiempo.

En consecuencia, Pablo oscilaba entre dos deseos que tiraban de él en sentidos opuestos. La palabra que usa es *synéjomai*, que se usaría para describir la situación de un viajero que se encontrara entre un muro inescalable por un lado y un precipicio por el otro, sin más salida que seguir adelante; «entre la espada y la pared» diríamos en español, aunque así se expresa el encontrarse uno entre dos males, y Pablo se encontraba entre dos bienes. Él prefería marcharse ya para estar con Cristo, que era con mucho lo mejor, salir ganando; pero por causa de sus amigos y de lo que todavía pudiera hacer por ellos deseaba seguir en esta vida. Y entonces viene el pensamiento de que la elección no depende de él, sino de Dios.

«Mi deseo es partir,» dice Pablo con una frase muy gráfica, usando la palabra *analyein*, que tiene varios significados.

(i) Es la palabra que se usa para levantar el campamento, desatar las cuerdas de las tiendas de campaña, sacar las estacas y ponerse en marcha. La muerte es el último viaje. Se dice que en los días terribles de la Segunda Guerra Mundial, cuando la aviación británica se encontraba entre su país y la destrucción, y se sacrificaban las vidas de los pilotos, nunca decían que uno de ellos había perdido la vida, sino siempre que «le habían destinado al otro puesto.» En el himno de la Falange se decía también: «Si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí.» Cada día nos encontramos una jornada más cerca de nuestro Hogar, hasta que la última levantemos la tienda definitivamente para ocupar nuestra morada permanente en el mundo de la gloria.

(ii) Es la palabra para soltar amarras, recoger el ancla y hacerse a la vela. Como decía el poeta:

Y cuando llegue el día del último viaje y esté al partir la nave que nunca ha de tornar...

La muerte es hacerse a la vela y partir en un viaje que conduce al puerto de la eternidad y a Dios.

(iii) Es la palabra para resolver problemas. La muerte aporta la solución a muchos de los problemas de la vida. Hay un lugar en el que se contestarán todas las preguntas de la vida, y donde los que han esperado comprenderán por fin.

Pablo está convencido de que *quedará y seguirá* con ellos. Hay aquí un juego de palabras en griego que no se puede reproducir en español. La palabra para *quedar* es *ménein*, y la de *continuar* es *paraménein*. Lightfoot sugiere en inglés *bide and abide*. Eso mantiene el juego de palabras pero no el sentido. El detalle está en que *ménein* quiere decir sencillamente *permanecer con*, mientras que *paraménein* (*para* quiere decir en griego *al lado de*) quiere decir esperar al lado de una persona dispuesto a ayudar. El deseo que tenía Pablo de seguir en esta vida no era para vivir para sí, sino para otros a los que podría seguir ayudando.

Así era que, si Pablo conservaba la vida para poder ir a verlos otra vez, ellos tendrían razones para sentirse orgullosos de Jesucristo. Es decir, podrían mirar a Pablo y ver en él un ejemplo luminoso de cómo, por medio de Cristo, una persona puede arrostrar lo peor sin alterarse ni atemorizarse. Es el deber de todo cristiano el confiar de tal manera que los demás puedan ver en él lo que Cristo puede hacer por una persona que Le ha entregado su vida.

Filipenses 1:27-30

Hay algo que debéis tener presente en cualesquiera circunstancias: vivid una vida que sea digna de los ciudadanos del Reino y del Evangelio de Cristo; para que, ya sea que vaya a veros o que me vaya a otro sitio, y oiga cómo os van las cosas, las noticias sean que os mantenéis innes,unidos en un mismo Espíritu, peleando unánimes la batalla de la fe del Evangelio, y sin dejaros intimidar por vuestros adversarios. Porque vuestra firmeza debe de serles una prueba de que son ellos los .que están condenados a la derrota, mientras que vosotros estáis destinados a la salvación y eso es cosa de Dios. Porque a vosotros se os ha concedido el privilegio de hacer algo por Cristo- el privilegio no sólo de creer en Él, sino también de sufrir por Él; porque vosotros tenéis la misma lucha en la que me habéis visto envuelto a mí, y que ahora oís que estoy librando.

No hay más que una cosa que sea esencial -independientemente de lo que les pase a ellos o a Pablo-:los filipenses deben vivir de una manera digna de la fe que profesan. Aquí Pablo escoge las palabras con cuidado. La versión antigua Reina-Valera decía desde la Biblia del Oso: < Solamente que converséis como es digno del evangelio de Cristo.> Eso resultaba confuso, porque ahora *conversación* y *conversar* quiere decir *hablar*; pero se deriva del latín, *conversari*, que quería decir *conducirse, conducta*. En el tiempo de Cervantes, la *conversación* de una persona no era solamente lo que hablaba con los demás, sino su comportamiento global. Por eso a partir de la revisión de 1960 se corrigió: «Solamente que os comportéis...» Eso y no otra cosa es lo que quiere decir aquí Pablo: «Que vuestra conducta sea la que corresponde a los que están consagrados a Cristo.»

Pero en esta ocasión hallamos una palabra que Pablo usa rara vez con este sentido. La que usaba corrientemente para conducirse en los asuntos normales de la vida era *peripatein*, literalmente *andar*; aquí usa *politeúesthai*, que la Vulgata tradujo por *conversari* (*Hechos 23:1* y *aquí*), pero que quiere decir etimológicamente *ser ciudadano*. Pablo estaba escribiendo desde la capital del Imperio Romano, desde Roma; él mismo era ciudadano romano, lo que le había llevado allí. Filipos era una colonia romana, y las tales eran pequeñas réplicas de Roma plantadas por todo el mundo, en las que los ciudadanos no olvidaban nunca que eran romanos: hablaban latín, llevaban ropa romana, daban nombres latinos a sus magistrados... por muy lejos que estuvieran de Roma. Así que Pablo les dice: < Vosotros y yo conocemos muy bien los privilegios y las responsabilidades de ser ciudadanos romanos. Vosotros sabéis muy bien que hasta en Filipos, a tanta distancia de Roma, debéis vivir y actuar como romanos. Pues bien, tened presente que tenéis un deber aún más elevado que ese: estéis donde estéis debéis vivir como corresponde a ciudadanos del Reino de Dios.

¿Qué era lo que Pablo esperaba de ellos? Esperaba que *se mantuvieran firmes*. El mundo está lleno de cristianos en retirada que, cuando las cosas se ponen difíciles, ponen su cristianismo al ralenti. El verdadero cristiano se mantiene firme, sin avergonzarse de su fe en ninguna compañía. Espera *unidad*; deben estar vinculados en un mismo Espíritu como una banda de hermanos. Que se pelee el mundo; los cristianos deben estar unidos. Espera una cierta *inconquistabilidad*. A menudo el mal parece invencible; pero el cristiano no debe perder nunca la esperanza ni rendirse en la lucha. Espera *un coraje templado y tranquilo*. En tiempos de crisis, otros se ponen nerviosos y se desequilibran; el cristiano se mantendrá sereno, dueño de sí mismo y de la situación.

Si pueden ser así, darán tal ejemplo que los paganos se avergonzarán de su manera de vivir, se darán cuenta de que los cristianos tienen algo de lo que ellos carecen, y tratarán de participar de ello para poder sobrevivir.

Pablo no sugiere que las cosas sean fáciles. Cuando el Evangelio llegó por primera vez a Filipos, los filipenses vieron a Pablo librar su propia batalla. Le vieron azotado y encarcelado por la fe (*Hechos 16:19*). Sabían lo que estaba pasando cuando les escribió esta carta. Pero que tuvieran presente que un general escoge a sus mejores soldados para las misiones más difíciles, y que es un honor sufrir por Cristo. Se cuenta de un soldado veterano francés que intervino en una situación desesperada en la que había un recluta temblando de miedo. «¡Vamos! -le dijo el veterano-. Que tú y yo vamos a hacer algo bonito por Francia.» Así es que Pablo les dice a los filipenses: «Nos encontramos en medio del combate. Hagamos algo que valga la pena por Cristo.»

LAS CAUSAS DE LA DESUNIÓN

Filipenses 2:1-4

Si el estar en Cristo tiene algún poder para influir en vosotros, si el amor tiene alguna capacidad persuasiva para incentivaros, si de veras participáis del Espíritu Santo, si podéis sentir compasión y piedad, completad lo que le pueda faltar a mi gozo, porque mi deseo es que estéis totalmente de acuerdo, amando las mismas cosas, unidos en el alma, con la mente en la misma cosa. No hagáis nada movidos por un espíritu de ambición egoísta, ni para ganar una estimación huera, sino con toda humildad, considerando cada uno que los demás valen más que él. No estéis siempre pendientes cada uno de sus intereses particulares, sino igualmente preocupado por los intereses de los demás.

El único peligro que amenazaba a la iglesia filipense era el de la desunión. En cierto sentido, ese es el peligro que corre cualquier iglesia sana. Es cuando los miembros están realmente en serio y sus creencias les importan de veras cuando están propensos a enfrentarse. Cuanto más entusiasmo tienen, tanto mayor peligro tienen de chocar. Pablo quiere salvaguardar a sus amigos contra ese peligro.

En los versículos 3 y 4 nos da tres causas de desunión.

Está *la ambición egoísta*. Siempre hay peligro de que las personas hagan las cosas, no para que avance la obra, sino para promocionarse a sí mismas. Es un hecho extraordinario de la Historia que una y otra vez los grandes príncipes de la Iglesia casi huyeran de los cargos en la agonía del sentimiento de su propia indignidad.

Ambrosio fue una de las grandes figuras de la Iglesia Primitiva. Era un gran erudito, gobernador de la provincia romana de Liguria y Emilia, y las gobernaba con un cuidado tan cariñoso que la gente le miraba como a un padre. Murió el obispo del lugar, y se planteó la cuestión de la sucesión. En medio de la discusión, de pronto se oyó la voz de un niño: «¡Ambrosio para obispo! ¡Ambrosio para obispo!» Y pronto lo coreó toda la multitud. Para Ambrosio aquello era inconcebible. Salió huyendo aquella noche para eludir el puesto honorable que le ofrecía la iglesia; y sólo le hizo aceptar ser obispo de Milán la intervención y orden del Emperador.

Cuando John Rough convocó públicamente desde el púlpito al gran reformador escocés John Knox al ministerio, éste se sintió apabullado. En su propia *Historia de la Reforma* escribe: «Ante lo cual, el mencionado John, confuso, rompió a llorar abundantemente, y se retiró a su habitación. Su rostro y su comportamiento desde ese día hasta el día en que se le obligó a presentarse en público para predicar declaraban claramente la preocupación y angustia de su corazón. Nadie le notó ninguna señal-de alegría, ni se le vio en compañía de nadie durante mudos días.»

Lejos de estar llenos de ambición, los grandes hombres estaban llenos de un sentimiento de su propia indignidad para los cargos elevados.

Está el deseo de *prestigio personal*. El prestigio es para muchos una tentación aún mayor que la de la riqueza. El ser admirado y respetado, en sentarse en la plataforma, que se busque la opinión de uno, que se le conozca a uno de nombre y en persona, hasta el ser adulado son para muchos las cosas más deseables. Pero el propósito del cristiano no debe ser alardear, sino pasar inadvertido. Debe hacer buenas obras, no para que la gente le alabe, sino para que glorifique a su Padre Que está en el Cielo. El cristiano debe desear que la gente fije la mirada, no en él mismo, sino en Dios.

Está *el concentrarse en el ego*. Si una persona no se preocupa nunca nada más que de sus propios intereses, es inevitable que choque con otras personas. Si su idea de la vida es la de una contienda competitiva cuyos premios se esfuerza por ganar, siempre considerará a los demás como enemigos, o por lo menos como rivales de los que tiene que desembarazarse. El concentrarse en uno mismo induce inevitablemente a eliminar a los demás; y el objeto de la vida no puede ser ayudar a los demás, sino quitarlos de en medio.

LA CURA DE LA DESUNIÓN

Filipenses 2:1-4 (continuación)

Ante el peligro de la desunión, Pablo establece cinco consideraciones que deberían prevenir la desarmonía.

(i) El hecho de que todos estamos en Cristo debería mantener la unidad. No se puede andar en desunión con los demás y en unión con Cristo. Si se tiene a Cristo de compañero de viaje, se es inevitablemente compañero de los otros viandantes. La relación de una persona con sus camaradas indica a ciencia cierta su relación con Jesucristo.

(ii) El poder del amor cristiano debe mantenernos en unidad. El amor cristiano es esa buena voluntad invencible, que no sucumbe jamás al rencor ni busca más que el bien supremo de

los demás. No es una mera actitud del corazón, como el amor humano; es la victoria de la voluntad, lograda con la ayuda de Jesucristo. No quiere decir amar solo a los que nos aman; o a aquellos que nos gustan; ni a los que son amables. Quiere decir una buena voluntad invencible hasta hacia los que nos odian, los que no nos gustan y que son todo lo contrario de amables. Esta es la misma esencia de la vida cristiana; y nos afecta tanto en el tiempo como en la eternidad. Richard Tatlock escribe en *En la casa de mi Padre*: «El infierno es la condición eterna de los que han hecho imposible la relación con Dios y con sus semejantes con vidas que han destruido el amor... El Cielo, por el contrario, es la condición eterna de los que han encontrado la vida verdadera en la relación por medio del amor con Dios y con sus semejantes.»

(iii) El hecho de compartir el Espíritu Santo debería guardar a los cristianos de la desunión. El Espíritu Santo une al ser humano con Dios y con los demás seres humanos. Es el Espíritu Santo el Que nos permite vivir esa vida de amor que es la misma vida de Dios; si una persona vive en desunión con sus semejantes da señales inequívocas de no tener el don del Espíritu Santo.

(iv) La existencia de la compasión humana debería guardarnos de la desunión. Como dijo Aristóteles hace mucho tiempo, los hombres no fueron diseñados para ser como lobos gruñéndose unos a otros, sino para vivir en armonía. La desunión rompe la estructura esencial de la vida.

(v) La última exhortación de Pablo es personal. No puede haber felicidad para uno mientras sepa que hay desunión en la iglesia que le es tan querida. Si sus amigos quieren completar su gozo, que completen su comunión. No es con amenazas como Pablo se dirige a los cristianos de Filipos, sino con la exhortación del amor, que debería ser el acento del pastor, como fue el acento de su Señor.

LA VERDADERA DIVINIDAD Y LA VERDADERA HUMANIDAD

Filipenses 2:5-11

Tened en vuestro interior la misma actitud mental que hubo en Jesucristo; porque Él era por naturaleza en la misma forma de Dios, y sin embargo no consideró el existir en igualdad con Dios como algo a lo que tenía que aferrarse, sino que Se vació de Sí mismo, y asumió la forma de un esclavo, haciéndose en todo como los hombres. Y cuando vino con una apariencia humana que todos podían reconocer, Se hizo obediente aun hasta el punto de aceptar la muerte, y nada menos que la muerte de Cruz. Y por esa razón Dios Le exaltó, y Le concedió el nombre que está por encima de todos los demás nombres, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los del Cielo, y de los de la Tierra, y de los de debajo de la Tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor a la gloria de Dios Padre.

En muchos sentidos este es el pasaje más importante y conmovedor que Pablo escribió en todas sus cartas acerca de Jesús. Contiene uno de sus pensamientos favoritos. Su esencia se encuentra en la sencilla afirmación que hizo Pablo escribiendo a los corintios: Que Jesús, aunque era rico, por amor a nosotros se hizo pobre (2 Corintios 8:9). Aquí esa misma idea se expresa en una plenitud sin paralelo. Pablo está exhortando a los filipenses a que vivan en armonía, a que dejen a un lado sus discordias, a que se despojen de sus ambiciones personales y de su orgullo y de su deseo de sobresalir, y a que tengan en su corazón aquel deseo humilde, generoso, de servir que fue también la esencia de la vida de Jesús. Su exhortación final y suprema consiste en señalar al ejemplo de Cristo.

Este es un pasaje que debemos tratar de comprender plenamente, por lo mucho que contiene para despertarnos la mente a la meditación y el corazón a la adoración. Con este fin miraremos detenidamente algunas de sus palabras originales.

El griego es una lengua considerablemente más rica que el español. Muchas veces, cuando en español no tenemos más que una palabra para expresar una idea, en griego tenemos varias. En cierto sentido estas palabras son sinónimas; pero, como nos dicen los lingüistas, no existen en ninguna lengua palabras que quieran decir exactamente lo mismo y que se puedan usar indistintamente en todos los contextos. Eso es especialmente cierto en este pasaje. Cada una de las palabras que escogió Pablo meticulosamente nos muestran dos cosas: la realidad de la humanidad y la realidad de la divinidad de Jesucristo. Tomemos las frases una por una. Las presentaremos en la versión Reina-Valera y en nuestra propia traducción, y luego trataremos de penetrar en su sentido esencial.

Versículo 6: *Siendo en forma de Dios - Él era por naturaleza en la misma forma de Dios.* Dos palabras se escogieron cuidadosamente para mostrar la inalterable divinidad de Jesucristo. La palabra que la Reina-Valera traduce por *siendo* pertenece al verbo griego *hypárjein*, que no es la palabra corriente para *ser*. Describe lo que es una persona en su propia esencia y que no puede cambiarse. Describe esa parte de una persona que, en cualesquiera circunstancias, permanece inmutable. Así es que Pablo empieza diciendo que Jesús era esencial e inmutablemente Dios.

Luego pasa a decir que Jesús era en la *forma* de Dios. Hay dos palabras griegas para *forma*: *morfé* y *sjéma*. Tenemos que traducir las dos por *forma* porque no tenemos otro equivalente en español; pero no quieren decir la misma cosa. *Morfé* es la forma esencial que nunca cambia; *sjéma* es la forma exterior que cambia con el tiempo y las circunstancias. Por ejemplo: la *morfé* de cualquier ser humano es su humanidad, y eso no cambia; pero su *sjéma* está cambiando constantemente. Un bebé, un niño, un chico, un joven, un hombre adulto, un anciano siempre tienen la *morfé* de la humanidad; pero su

sjéma exterior está cambiando todo el tiempo. Las rosas, los tulipanes, los crisantemos, las dalias, etc., tienen todas en común la *morfé* de flores; pero su *sjéma* es diferente. La aspirina y la penicilina tienen una *morfé* común de medicinas; pero tienen una *sjéma* diferente. La *morfé* no cambia nunca; la *sjéma* sí, continuamente. La palabra que usa Pablo para decir que Jesús es en la forma de Dios es *morfé*; es decir: Su esencia inalterable es la divinidad. Aunque Su *sjéma* exterior cambiara, seguía siendo de esencia divina.

Jesús no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse (Antigua versión: *no tuvo por usurpación ser igual a Dios*) - no consideró el existir en igualdad con Dios como algo a lo que tenía que aferrarse. La palabra para *usurpación* (*rapiña* en la Biblia del Oso), que hemos traducido por *cosa a que aferrarse* es *harpagmós*, que procede de un verbo que quiere decir *agarrar, arrebatar*. La frase puede querer decir una de dos cosas, que coinciden en el fondo. (a) Puede querer decir que Jesús no tuvo necesidad de arrebatar la igualdad con Dios, como trató de hacer el primer Adán, porque la tenía por naturaleza. (b) Puede querer decir que no se aferró a la igualdad con Dios, como reteniéndola celosamente para Sí, sino se despojó de ella voluntariamente por amor a la humanidad. Comoquiera que lo tomemos, hace hincapié en la divinidad esencial de Jesús.

Versículo 7: *Se despojó a Sí mismo* (Antigua versión: *se anonadó a sí mismo*) - *Se vació de Sí mismo*. El verbo griego *kenún* quiere decir literalmente *vaciar*. Se puede usar de sacar el contenido de un contenedor hasta dejarlo vacío, o de derramar su contenido hasta que no queda nada dentro. Aquí usa Pablo la palabra más gráfica posible para aclarar *el sacrificio de la Encarnación*. Jesús rindió de manera voluntaria la gloria de la divinidad para convertirse en un hombre. Se vació de Su divinidad para asumir Su humanidad. Es inútil preguntar cómo; no podemos más que permanecer henchidos de santo temor al contemplar por la fe al Que es Dios todopoderoso hambriento y cansado y en lágrimas. Aquí, en

un último esfuerzo del lenguaje humano, se atesora la verdad salvadora de que el Que era rico Se hizo pobre por amor a nosotros.

Tomó la forma de siervo - asumió la forma de un esclavo. La palabra que usa Pablo aquí es otra vez *morfé*, que ya hemos visto que quiere decir la forma esencial. Pablo quiere decir que cuando Jesús Se hizo hombre no se limitó a representar un papel, sino la pura realidad. No fue como los dioses griegos, que a veces, según la mitología, se presentaban como hombres pero guardaban sus privilegios divinos. Jesús se hizo hombre de veras. *Pero* hay algo más aquí. *Se hizo semejante a los hombres - haciéndose en todo como los hombres*. La palabra que la Reina-Valera traduce por *se hizo* y nosotros por *haciéndose* es una parte del verbo griego *guínesthai*. Este verbo describe *un estado que no es permanente*. La idea es la de *llegar a ser, hacerse*, y describe una fase de cambio que es totalmente real, pero que pasa. Es decir: la condición humana de Jesús no era un estado Suyo permanente; fue absolutamente real, pero transitorio.

Versículo 8: *Hallándose en la condición de hombre - Vino con una apariencia humana que todos podían reconocer*. Pablo insiste en lo mismo. La palabra que la versión Reina-Valera traduce por *condición*, y que nosotros hemos traducido por *apariencia* es *sjéma*, que ya hemos visto que es una forma que cambia.

Los versículos 6-8 forman un pasaje muy breve; pero no hay otro pasaje en el Nuevo Testamento que nos presente la absoluta realidad de la divinidad y de la humanidad de Jesús de una manera tan conmovedora, ni de una manera tan viva el sacrificio que Él hizo cuando se despojó de Su divinidad y asumió Su humanidad. Cómo sucedió, no lo podemos decir; pero es el misterio de un amor tan grande que, aunque no lo podamos comprender plenamente, podemos experimentarlo benditamente, y adorarlo.

LA HUMILLACIÓN Y LA EXALTACIÓN

Filipenses 2:5-II (continuación)

Debemos tener presente siempre que cuando Pablo pensaba y hablaba acerca de Jesús, su interés y su intención no eran nunca primordialmente intelectuales o especulativos, sino siempre prácticos. Para él la teología y la acción siempre iban juntas. Todo sistema de pensamiento debe convertirse por necesidad en una manera de vivir. En muchos sentidos este pasaje es uno de los vuelos más altos del pensamiento teológico del Nuevo Testamento; pero su intención era persuadir a los filipenses para que vivieran una vida en la que la desunión, la discordia y la ambición personal no tuvieran lugar.

Así es que Pablo dice de Jesús que Se humilló a Sí mismo y Se hizo obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. La gran característica de la vida de Jesús fue la humildad, la obediencia y la renuncia a Sí mismo. No deseaba dominar a los hombres, sino servir a los hombres; no deseaba seguir Su propio camino, sino el de Dios; no deseaba exaltarse a Sí mismo, sino renunciar a toda Su gloria por amor a los hombres. Una y otra vez el Nuevo Testamento se muestra seguro de que es solamente el que se humilla el que será exaltado (*Mateo 23:12; Lucas 14:11; 18:14*). Si la humildad, la obediencia y la autorrenuncia fueron las características supremas de la vida de Jesús, también deben ser las señales características del cristiano. El egoísmo, el buscar para uno mismo y el alardear de lo propio destruyen nuestra semejanza con El y nuestra relación con nuestros semejantes.

Pero la autorrenuncia de Jesucristo le condujo a una gloria aún mayor. Le aseguró que algún día, más tarde o más temprano, todas las criaturas del universo en el Cielo y en la Tierra y hasta en el infierno Le adorarán. Hay que fijarse con cuidado de dónde llega esa adoración. *Viene del amor*. Jesús Se ganó los corazones de las personas, no apabullándolas con manifestaciones de poder, sino mostrándoles un amor que no

podieron resistir. A la vista de esta Persona que Se despojó de Su gloria por los hombres y los amó hasta el punto de morir por ellos en la Cruz, los corazones humanos se derriten y se les quebranta toda resistencia. Cuando adoran a Jesucristo, caen a Sus pies maravillados de amor. No dicen: «No puedo resistir un poder semejante;» sino, con el himno: «Amor tan maravilloso, tan divino, demanda mi vida, mi alma, mi todo.» La adoración se basa, no en el temor, sino en el amor.

Además, Pablo dice que, como consecuencia de su amor sacrificial, Dios Le dio a Jesús el nombre que está por encima de todos los nombres. Una de las ideas características de la Biblia es que se da un nombre nuevo para señalar una etapa nueva en la vida de una persona. Abram fue llamado Abraham cuando recibió la promesa de Dios (*Génesis 17:5*). Jacob pasó a llamarse Israel cuando Dios inició una nueva relación con él (*Génesis 32:28*). La promesa del Cristo Resucitado tanto a Pérgamo como a Filadelfia es la de un nuevo nombre (*Apocalipsis 2:17; 3:12*).

Entonces, ¿cuál es el nuevo nombre que Dios Le dio a Jesucristo? No podemos estar del todo seguros de lo que Pablo tenía en mente, pero lo más probable es que el nombre nuevo fuera *Señor*.

El gran título por el que se conocía a Jesús en la Iglesia Primitiva era *Kyrios, Señor*, que tiene una historia iluminadora.

(i) Empezó significando *amo o propietario*.

(ii) Se tomó como el título oficial de los emperadores romanos.

(iii) Llegó a ser el título que se daba a los dioses paganos. Fue la traducción que dieron los judíos al tetragrámaton *Jehová* en la traducción al griego de sus Sagradas Escrituras. Así que, cuando los cristianos llamaban a Jesús *Kyrios, Señor*, Le reconocían como el Dueño y Propietario del universo; era el Rey de reyes y el Señor de señores, Rey y Señor por encima de toda realeza y señorío; Señor ante Quien los dioses paganos no eran más que ídolos mudos e impotentes. No era nada menos que divino.

TODO PARA DIOS

Filipenses 2:5-11 (conclusión)

Filipenses 2:11 es uno de los versículos más importantes en todo el Nuevo Testamento. En él leemos que el propósito de Dios es que un día toda lengua confiese que *Jesucristo es el Señor*. Estas cuatro palabras fueron el primer credo de la Iglesia Cristiana. Ser cristiano era confesar que Jesucristo es el Señor (cp. *Romanos 10:9*). Era un credo sencillo, pero lo abarcaba todo. Tal vez haríamos bien en volver a él. Luego se trató de definir más exactamente qué quería decir, y discutieron y se pelearon por ello llamándose unos a otros herejes y estúpidos. Pero sigue siendo verdad que si uno dice: «Para mí, Jesucristo es el Señor,» es cristiano. Si puede decirlo, quiere-decir que para él Jesucristo es único, y está dispuesto a obedecerle como a ningún otro. Puede que no sea capaz de expresar en palabras Quién y Qué es Jesús; pero, mientras exista en un corazón este amor admirado y en la vida esta obediencia incondicional, se es cristiano, porque el Cristianismo consiste menos en el entendimiento de la mente que en el amor del corazón.

Así llegamos al final de este pasaje; y, al llegar al final, volvemos a lo del principio. Llegará el día cuando la humanidad llamará a Jesús Señor, pero será *a la gloria del Padre Dios*. Todo el propósito de Jesús es, no Su propia gloria, sino la de Dios. Pablo tiene muy clara la exclusiva y suprema supremacía de Dios. En la primera carta a los corintios escribe que al final el mismo Hijo se sujetará al Que Le sometió todas las cosas (1 *Corintios 15:28*). Jesús atrae a Sí a todos los seres humanos para presentárselos a Dios. En la iglesia filipense había hombres que vivían para gratificar su propia ambición egoísta; el propósito de Jesús era servir a otros, sin importarle las simas de autorrenunciación que pudiera implicar ese servicio. En la iglesia filipense había algunos cuya finalidad era concentrar en sí mismos todas las miradas; la finalidad de Jesús era concentrar todas las miradas en Dios.

LA COOPERACIÓN EN LA SALVACIÓN

Filipenses 2:12-18

Por tanto, queridos míos, como en todas las ocasiones habéis sido obedientes, no sólo cuando yo estaba presente, ahora mucho más, tal como están las cosas, en mi ausencia, llevad a su perfecta conclusión la obra de vuestra salvación con temor y temblor; porque es Dios Quien, para llevar a cabo Su buena voluntad, hace producir efecto en vosotros tanto el querer inicial como la acción efectiva. Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, para mostraros intachables y puros, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación pervertida y retorcida, en medio de la cual resplandecéis como los luminares del mundo, reteniendo la Palabra que es la vida para que el Día de Cristo pueda tener la satisfacción de no haber corrido ni laborado en vano. Pero si mi propia vida se ha de derramar sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, para mí es un gozo, y me gozo con todos vosotros. Así que gozaos vosotros también compartiendo mi gozo.

Pablo exhorta a los filipenses mucho más que a vivir en unidad en una situación dada; los exhorta a vivir una vida que conduzca a la salvación de Dios en el tiempo y en la eternidad.

En ningún otro lugar del Nuevo Testamento se presenta la obra de la salvación de una manera tan sucinta como aquí. Como la antigua versión Reina-Valera ponía los versículos 12 y 13: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» Como siempre, Pablo escoge también aquí sus palabras cuidadosamente.

Ocupaos en vuestra salvación; la palabra que usa para *ocupaos* es *katergázesthai*, que contiene siempre la idea de llevar a su culminación. Es como si Pablo dijera: «¡No os paréis

a mitad de camino! Seguid adelante hasta que la obra de vuestra salvación se realice plenamente en vosotros.» Ningún cristiano debería conformarse con nada menos que los beneficios totales del Evangelio.

< Porque Dios es el que en vosotros *obra* así el querer como *el hacer*, por su buena voluntad.» La palabra que usa Pablo para *obrar y hacer* es la misma, el verbo *energuein*. Hay aquí dos cosas significativas; siempre se usa de *la acción de Dios*, y de *una acción efectiva*. La obra de Dios no se puede frustrar, ni quedarse a medias; tiene que ser efectiva y completa.

Como hemos dicho, este pasaje presenta perfectamente la obra de la salvación.

(i) La salvación es cosa de Dios. (a) Es Dios Quien obra en nosotros el deseo de ser salvos. Es verdad que < nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran el reposo en Él,> y también lo es que «no habríamos podido ni siquiera empezar a buscarle si no fuera porque El ya nos ha encontrado.» (Agustín). El deseo de la salvación de Dios no lo alumbraba ninguna emoción humana, sino Dios mismo. El principio del proceso de nuestra salvación lo despierta Dios. (b) La continuación de ese proceso depende de Dios. Sin Su ayuda no podemos progresar en la bondad, ni conquistar ningún pecado, ni lograr ninguna virtud. (c) El final del proceso de nuestra salvación está en Dios, porque es la amistad con Dios, cuando somos Suyos y Él es nuestro. La obra de nuestra salvación empieza, prosigue y termina en Dios.

(ii) Esto tiene otra cara. La salvación es cosa del ser humano. «Ocupaos de vuestra propia salvación,» pide Pablo. Sin la cooperación de la persona, hasta Dios es incapaz. Es un hecho que uno tiene que recibir un beneficio o un regalo. Uno puede estar enfermo, y el médico receta las medicinas que le pueden sanar; pero si no se las aplica y rechaza testarudamente toda ayuda, no tiene remedio. Así sucede con la salvación. Dios nos la ofrece; si no, no la conseguiríamos de ninguna manera. Pero nadie puede recibir la salvación a menos que responda al ofrecimiento de Dios y tome lo que Dios le da.

No puede haber salvación aparte de Dios; pero lo que Dios ofrece, el ser humano lo tiene que recibir. No es nunca Dios el que retiene la salvación, sino la persona la que se priva de ella.

LAS SEÑALES DE LA SALVACIÓN

Filipenses 2:12-18 (continuación)

Cuando examinamos la línea de pensamiento de este pasaje vemos que Pablo establece lo que podemos llamar cinco señales de la salvación.

(i) Está la señal de la *acción efectiva*. El cristiano debe dar evidencia constante en su vida diaria de que está ocupándose realmente de su propia salvación; día a día debe ir cumpliéndose más plenamente. La gran tragedia de muchos de nosotros es que no adelantamos nada nunca. Seguimos siendo víctimas de los mismos hábitos y esclavos de las mismas tentaciones y culpables de los mismos fracasos. Pero la verdadera vida cristiana debe ser un progreso continuo, porque es un viaje hacia Dios.

(ii) Está la señal del *temor y temblor*. No se trata del terror y del temblor del esclavo que tiene le tiene un miedo cerval a su amo, ni tampoco del miedo y el temblor ante la perspectiva del castigo. Procede de dos cosas. En primer lugar, de un sentimiento de nuestra propia criaturidad y de nuestra propia impotencia para enfrentarnos triunfalmente con la vida. Es decir: no es el temor y temblor que nos hace escondernos de Dios, sino más bien el temor y temblor que nos impulsa a arrojarnos en Sus brazos, con la seguridad de que sin Su ayuda no podemos enfrentarnos efectivamente con la vida. Procede, en segundo lugar, del horror de ofender a Dios. Cuando amamos de veras a una persona, tememos el mal que nos pueda hacer, sino el que le podamos hacer nosotros. El gran temor del cristiano es el crucificar a Cristo otra vez.

(iii) Está la señal de *la serenidad y la certeza*. El cristiano lo hace todo sin *murmuraciones ni discusiones*. La palabra que usa Pablo para *murmuraciones* es poco corriente, *gonguysmós*. En el griego de las Sagradas Escrituras tiene una conexión especial. Es la palabra que se usa para las murmuraciones rebeldes de los israelitas durante su peregrinación por el desierto. El pueblo murmuró contra Moisés (Éxodo 15:24; 16:2; Números 16:41). *Gonguysmós* es una palabra onomatopéyica: describe el murmullo en voz baja, amenazador, descontento, de una multitud que desconfía de sus dirigentes y que está al borde de la rebelión. La palabra que usa Pablo para *discusiones* es *dialoguismós*, que describe las disputas inútiles, y a veces malintencionadas. La vida cristiana tiene la serenidad y la certeza de la perfecta confianza.

(iv) Está la señal de *la pureza*. Los cristianos, como dice la versión Reina-Valera, han de ser *irreprochables, sencillos y sin mancha*. Cada una de estas palabras hace una contribución a la idea de la pureza cristiana.

(a) La palabra traducida por *irreprochables* es *amemptós*, y expresa *lo que es el cristiano para el mundo*. Su vida es de tal pureza que no hay nadie que pueda encontrar en ella nada que reprochar. A menudo se dice en los tribunales de justicia que los procedimientos no sólo deben *ser* justos, sino también *parecerlo*, es decir, que se vea que lo son. El cristiano no solo debe ser puro, sino que la pureza de su vida debe estar a la vista de todo el que quiera ver.

(b) La palabra traducida por *sencillo* es *akéraios*, que expresa *lo que el cristiano es en sí mismo*. *Akéraios* quiere decir literalmente *sin mezcla, no adulterado*. Se usa, por ejemplo, del vino o la leche a los que no se les ha añadido agua, o del metal que no tiene aleaciones. Cuando se usa de las personas implica que no tienen motivos bastardos. La pureza cristiana debe desembocar en una sinceridad total de pensamiento y carácter.

(c) La palabra traducida por *sin mancha* es *ámómos*, que describe *lo que es el cristiano a los ojos de Dios*. Esta palabra

se usa especialmente en relación con los sacrificios que son aptos para ofrecerse en el altar de Dios. La vida cristiana debe ser tal que se pueda ofrecer como sacrificio sin mancha a Dios.

La pureza cristiana es irreprochable a los ojos del mundo, sincera para consigo y apta para soportar el escrutinio de Dios.

(v) Está la señal del *esfuerzo misionero*. El cristiano ofrece a todos la palabra de vida, es decir, la palabra que da la vida. Este esfuerzo misionero tiene dos aspectos. (a) Es la proclamación del ofrecimiento del Evangelio con palabras claras e inconfundibles. (b) Es el testimonio de una vida que es absolutamente recta en un mundo retorcido y pervertido. Es el ofrecimiento de la luz en un mundo tenebroso. Los cristianos han de ser *luces en el mundo*. La palabra que se usa para *luces (fóstéres)* es la misma que se usa en la historia de la Creación del Sol y de la Luna, que Dios colocó en el firmamento de los cielos para que iluminaran la Tierra (*Génesis 1:14-18*). El cristiano ofrece y muestra rectitud en un mundo retorcido y luz en un mundo tenebroso.

LAS ILUSTRACIONES DE PABLO

Filipenses 2:12-18 (conclusión)

Este pasaje concluye con dos ilustraciones gráficas típicas del pensamiento paulino.

(i) Anhela el progreso cristiano de los filipenses para, al final del día, poder tener el gozo de saber que no ha corrido ni laborado en vano. La palabra que usa para *laborar* es *kopián*. Hay aquí dos posibles imágenes. (a) Puede que esté pintando el cuadro de una labor agobiante. *Vopián* quiere decir trabajar hasta el agotamiento. (b) Puede que *kopián* describa el esfuerzo del atleta en la competición, y que lo que Pablo quiere decir sea que pide a Dios que toda la disciplina del entrenamiento que se ha impuesto no haya sido inútil.

Una de las características del estilo literario de Pablo es su amor a las ilustraciones de la vida del atleta. Y no nos sorprende. En todas las ciudades griegas había un gimnasio, que era mucho más que un campo de deportes. Era en el gimnasio donde Sócrates discutía a menudo los problemas eternos; era en el gimnasio donde los filósofos y los sofistas y los maestros y predicadores ambulantes encontraban muchas veces sus audiencias. En cualquier ciudad griega, el gimnasio era no solamente el campo de entrenamiento para los deportistas, sino también el club intelectual de la ciudad. En el mundo griego había los grandes juegos ístmicos de Corinto, los grandes juegos pan jónicos de Efeso y, los más importantes de todos, los juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años. Las ciudades griegas estaban enfrentadas a menudo y a veces en guerra; pero cuando llegaban los juegos olímpicos, no importaba lo sería que fuera la disputa, se declaraba un mes de tregua para que los juegos olímpicos se llevaran a cabo deportivamente. Los atletas no eran los únicos que iban, sino también los historiadores y los poetas para dar lectura a sus últimas obras, y los escultores de fama inmortal iban a hacer estatuas de los vencedores.

No cabe duda que Pablo iría a ver estos juegos en Corinto y en Éfeso. Donde había multitudes, allí estaría Pablo tratando de ganar a los más posibles para Cristo. Pero, aparte de para predicar, había algo en aquellas contiendas atléticas que encontraba un eco en el corazón de Pablo. Conocía los combates de los boxeadores (1 *Corintios* 9:26). Conocía las carreras pedestres, las más famosas de todas las contiendas. Había visto al heraldo llamando a los corredores a la línea de salida (1 *Corintios* 9:27); había observado el esfuerzo de los corredores hacia la meta (*Filipenses* 3:14); había visto al juez conceder el galardón al final de la carrera (2 *Timoteo* 4:8); conocía la corona de laurel de los vencedores y su júbilo (1 *Corintios* 9:24; *Filipenses* 4:1). Conocía los rigores de la disciplina a la que tenía que someterse el atleta, y las reglas estrictas que tenía que observar (1 *Timoteo* 4:7s; 2 *Timoteo* 2:5).

Así es que su oración era que no le pasara lo que a un atleta que se hubiera estado entrenando sin escatimar esfuerzos y privaciones para no llegar a nada. Para él el mayor premio de la vida era saber que por medio de él otros habían llegado a conocer y amar y servir a Jesucristo.

(ii) Pero Pablo presenta otra ilustración en el versículo 17. Tenía el don de hablar de tal manera que todos le podían entender. Una y otra vez tomaba sus ilustraciones de las ocupaciones normales de las personas a las que se dirigía. Ya nos ha presentado una tomada de los juegos atléticos; ahora toma otra de los sacrificios paganos. Una de las formas más corrientes de sacrificios paganos era *la libación*, que era una copa de vino que se derramaba sobre una ofrenda a los dioses. Por ejemplo: todas las comidas paganas empezaban y acababan con una libación de éstas, como una manera de dar gracias al principio y al final de la comida. Pablo ve aquí la fe y el servicio de los filipenses como un sacrificio que ofrecían a Dios. Sabía que podía ser que su muerte no estuviera muy lejos, porque estaba escribiendo desde la cárcel y esperando ser juzgado. Así es que dice que está dispuesto a ser derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de la fe de los filipenses. En otras palabras, lo que les está diciendo a los filipenses es esto: < Vuestra fidelidad y lealtad cristiana ya son un sacrificio a Dios; y si a mí me tocara morir por Cristo, estoy dispuesto y contento de que mi vida se derrame como una libación sobre el altar en el que se ofrece vuestro sacrificio. »

Pablo estaba totalmente dispuesto a ofrecer su vida en sacrificio a Dios; y, si sucedía así, para él sería un gozo extraordinario. Y les advierte a sus amigos filipenses que no se pongan en plan de duelo ante tal perspectiva, sino que se sumen a su gozo. Para él, cualquier llamada al sacrificio y al trabajo era una llamada a mostrar su amor a Cristo; y por tanto la recibía sin quejas ni pesares, sino con gozo.

Filipenses 2:19-24

Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para enterarme de cómo os van las cosas y animarme. No tengo otro que tenga una actitud parecida, porque él es la clase de hombre que se ocupará genuinamente de vuestros asuntos; porque todos los demás no miran más que por lo que les interesa, y no por lo que Le interesa a Jesucristo. Ya conocéis su carácter probado y aprobado, y sabéis que ha compartido mi servicio en la obra del Evangelio como haría un hijo con su propio padre. Así es que espero enviárosle tan pronto como vea cómo me van las cosas. Aunque tengo confianza en el Señor de ir yo mismo a visitaros pronto.

Como Pablo no puede ir a Filipos en persona, tiene intención de enviarles a Timoteo como su representante. No tenía otro que estuviera tan de acuerdo con él en todo. Tenemos pocos detalles de Timoteo, pero el informe de su servicio con Pablo es muestra inequívoca de su fidelidad.

Era natural de Derbe o de Listra. Su madre, Eunice, era judía, y su abuela se llamaba Loida. Su padre era griego, y el hecho de que Timoteo no estuviera circuncidado parecería demostrar que fue educado a la manera griega (*Hechos 16:1; 2 Timoteo 1:5*). No podemos decir cuándo y cómo se convirtió al Evangelio; Pablo se le encontró en su segundo viaje misionero, y vio que le podía usar en el servicio de Jesucristo.

Desde aquel momento, Pablo y Timoteo fueron uña y carne. Pablo se refería a Timoteo como su hijo en el Señor (*1 Corintios 4:17*). Estuvo con Pablo en Filipos (*Hechos 16*); en Tesalónica y Berea (*Hechos 17:1-14*); y más tarde, en Corinto y Éfeso (*Hechos 18:5; 19: 21 s*); y en la cárcel de Roma (*Colosenses 1:1; Filipenses 1:1*). Estuvo asociado con Pablo al escribir no menos de cinco de sus cartas -1 y 2

Tesalonicenses, 2 Corintios, Colosenses y Filipenses; y cuando Pablo escribió a Roma, Timoteo se le unió al mandar saludos (Romanos 16:21).

La gran utilidad de Timoteo era que, siempre que Pablo quería información acerca de alguna iglesia o quería dar consejo o ánimo o reprensión, y no podía ir en persona, le enviaba a él. Así es que Timoteo fue enviado a Tesalónica (*1 Tesalonicenses 3:6*); a Corinto (*1 Corintios 4:17; 16:10s*); a Filipos. Por último, también Timoteo estaba preso por la causa de Cristo (*Hebreos 13:23*). La gran valía de Timoteo era que siempre estaba dispuesto a ir a cualquier sitio; y en sus manos estaba tan seguro un mensaje como si Pablo mismo lo llevara. Otros podían ser presa de ambición egoísta, pero Timoteo no quería más que servir a Pablo y a Jesucristo. Es el santo patrón de todos los que están contentos con ocupar un segundo lugar con tal de que los dejen prestar algún servicio.

LA CORTESÍA DE PABLO

Filipenses 2:25-30

He creído necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero y servidor de mi necesidad, porque os echa mucho de menos, y está preocupado por todos vosotros, porque sabe que os habéis enterado de que estaba enfermo. ¡Y vaya si lo estuvo, y en peligro de muerte! Pero Dios tuvo misericordia de él, y no solo de él, sino también de mí, para que no se me echara encima una tristeza sobre otra. Así es que os le envió con la presente, para que, al verle, recuperéis el gozo, y á mí se me quite un peso de encima. Recíbidle en el Señor con el mayor gozo, y tened en el debido aprecio a los que son como él; porque estuvo a las puertas de la muerte por la obra de Cristo, jugándose la vida para suplir el servicio que vosotros no me podíais prestar.

Hay una historia dramática detrás de este pasaje. Cuando los cristianos filipenses se enteraron de que Pablo estaba preso, su amante corazón los movió a la acción. Le enviaron un donativo por conducto de Epafrodito. Lo que ellos mismos no podían hacer por Pablo personalmente a causa de la distancia, delegaron en Epafrodito para que lo hiciera por ellos. No querían que se limitara a ser el portador del regalo, sino también que se quedara en Roma con Pablo para prestarle la ayuda que necesitara. Está claro que Epafrodito era un valiente; porque el que estuviera dispuesto a ofrecerse a prestar ayuda a uno que estaba pendiente de juicio por un delito grave se exponía al riesgo consiguiente y considerable de verse envuelto en la misma acusación. Es verdad que Epafrodito se jugó la vida para ayudar a Pablo.

Epafrodito cayó enfermo en Roma, posiblemente con una de las famosas fiebres romanas que barrían la ciudad de cuando en cuando como un verdadero azote, y estuvo a las puertas de la muerte. Se enteró de que la noticia de su enfermedad había llegado a Filipos, y estaba preocupado porque sabía que sus amigos lo estarían por él; y por Pablo, que, lejos de recibir ayuda, tendría que ser él el que la prestara, y tuviera muchas molestias más, como si no tuviera ya bastantes. Dios, en Su misericordia, evitó la muerte de Epafrodito, y a Pablo le evitó más angustias. Pero Pablo sabía que ya era hora de que Epafrodito volviera a Filipos, y es de suponer que sería el portador de esta carta.

Pero había un problema. La iglesia filipense había enviado a Epafrodito para que se quedara con Pablo; y, si se volvía atrás, no faltarían quienes dijeran que era un rajao. Por eso Pablo le da aquí un testimonio estupendo para acallar cualquier crítica a su regreso.

Pablo escoge cada palabra en este testimonio. Epafrodito era su hermano, su colaborador y compañero de milicia. Como dice Lightfoot, Epafrodito era uno con Pablo en simpatía, en acometer trabajos y en asumir riesgos. Había estado en la línea de fuego. Luego Pablo pasa a llamarle *vuestro mensajero* y

servidor en mi necesidad. Es imposible suplir el sabor de estas palabras en una traducción.

La palabra que usa Pablo para *mensajero* es *apóstolos*. *Apóstolos* quiere decir literalmente *uno que es enviado a un recado*, pero el uso cristiano había ennoblecido la palabra, y Pablo la usa aquí para colocar a Epafrodito a su misma altura y a la de los demás apóstoles de Cristo.

La palabra que utiliza para *servidor* es *leiturgós*. En el griego secular, esta era una palabra noble. En los antiguos días de las ciudades de Grecia había hombres que, por amor a su ciudad, se hacían cargo de los gastos de ciertos deberes cívicos, como los de una embajada, o del montaje de uno de los dramas de sus grandes poetas, o del entrenamiento de los atletas que habían de representar a su ciudad en los juegos, o de aparejar un barco de guerra y pagar a la tripulación. Estos benefactores recibían el nombre de *leiturgoi*.

Pablo toma la gran palabra cristiana *apóstolos* y la gran palabra griega *leiturgós*, y se las aplica a Epafrodito. < Dadle a un hombre de su calibre la bienvenida que se merece -les dice-. Tenedle en el debido aprecio, porque se jugó la vida por Cristo.>

Pablo le está poniendo fácil a Epafrodito la vuelta a casa. Aquí hay algo muy precioso. Es conmovedor pensar en Pablo, él mismo en el valle de sombra de muerte, en la cárcel y en espera del juicio, dando muestras de tal consideración cristiana. Él mismo estaba arrostrando la muerte; pero lo que le preocupaba era que a Epafrodito le diera corte volver a Filipos. Pablo era un verdadero cristiano en su actitud hacia los demás; porque nunca estaba tan inmerso en sus propios problemas como para no pensar en los de sus amigos.

Ocurre una palabra en este pasaje que tuvo más tarde un uso emblemático. La versión Reina-Valera dice que Epafrodito *puso o expuso su vida*; nosotros lo hemos traducido por *jugarse la vida*. La palabra original es el verbo *parabóleúesthai*; es un término de los juegos de azar, y quiere decir jugarse el todo por el todo a una baza. Pablo está diciendo que, por la causa

de Jesucristo, Epafrodito se jugó la vida. En la Iglesia Primitiva había una asociación de hombres que se llamaban los *parabolani*, los jugadores. Se ofrecían a visitar a los presos y a los enfermos, especialmente los que tenían enfermedades infecciosas o contagiosas. En el año 252 d.C. se declaró una peste en Cartago; los paganos arrojaban los cadáveres y huían aterrados. Cipriano, el obispo cristiano, reunió a su congregación y los puso a enterrar a los muertos y a atender a los enfermos en la ciudad apestada; y así salvaron la ciudad, a riesgo de sus vidas, de la destrucción y la desolación.

El cristiano debería tener ese coraje casi temerario que le predispusiera a jugarse la vida para servir a Cristo y a la humanidad.

EL GOZO INDESTRUCTIBLE

Filipenses 3:1

En cuanto a todo lo demás, hermanos, ¡gozaos en el Señor! Yo no me canso de repetiros las mismas cosas, y para vosotros es lo más seguro.

Pablo establece dos cosas muy importantes.

(i) Establece lo que podríamos llamar la indestructibilidad del gozo cristiano. Debe de haberse dado cuenta de que estaba presentándoles un desafío muy alto a los cristianos de Filipos. Era posible que sufrieran la misma clase de persecución, y aun de muerte, que le amenazaba a él. Desde cierto punto de vista parecería que el Cristianismo era un flaco negocio. Pero en él y más allá de él todo lo que había era gozo. «Vuestro gozo -dijo Jesús cuando les anunció a Sus discípulos persecucionesno os lo podrá quitar nadie» (*Juan 16:22*).

Hay una cierta indestructibilidad en el gozo cristiano; y es así porque el gozo cristiano es *en el Señor*. Su base es que el cristiano vive constantemente en la presencia de Jesucristo.

Puede perder todas las cosas, y aun las personas, pero no puede perder nunca a Cristo. Y por tanto, hasta en circunstancias en las que el gozo parecería imposible, y parecería no haber nada más que problemas y dolor, el gozo cristiano permanece, porque todas las amenazas y los terrores y los problemas de la vida no pueden apartar al cristiano del amor de Dios en Jesucristo su Señor (*Romanos 8:35-39*).

En 1756, John Wesley recibió una carta de un padre que tenía un hijo pródigo. Cuando el avivamiento se extendió por Inglaterra, aquel hijo estaba en la cárcel de York. «Plugo a Dios -escribía el padre-, no talar su vida en sus pecados. Le dio tiempo para arrepentirse; y no solo eso, sino un corazón para arrepentirse.» El joven fue condenado a muerte por sus culpas; y la carta del padre proseguía: «Su paz fue en aumento diariamente, hasta que el sábado, el día de su ejecución, salió de la habitación de los condenados a muerte vestido con el sudario, y subió al carro. Conforme iba, la alegría y la compostura de su rostro sorprendían a todos los espectadores.» El joven había hallado un gozo que ni siquiera el patíbulo le podía quitar.

Sucede a menudo que las personas pueden soportar grandes dolores y pruebas de la vida, pero se desmoronan ante inconvenientes leves. Pero este gozo cristiano le permite a una persona aceptarlos hasta con una sonrisa. John Nelson fue uno de los más famosos primeros predicadores de Wesley. Él y Wesley llevaron a cabo una misión en Comwall, cerca de Land's End, y Nelson es el que nos la cuenta: «Todo aquel tiempo, Mr. Wesley y yo estuvimos durmiendo en el suelo: él tenía mi gabán de almohada, y yo tenía como la mía las notas de Burkitt al Nuevo Testamento. Después de casi tres semanas, una madrugada a eso de las tres, Mr. Wesley se dio una vuelta, y al encontrarme despierto me dio~na palmadita diciendo: «Hermano Nelson, tengamos ánimo: ¡Todavía tengo entero todo un costado, porque no tengo despellejado nada más que el otro!»» Tenían poco también de comer. Una mañana Wesley había predicado con gran efecto: «Cuando volvimos, Mr.

Wesley detuvo su caballo para coger algunas moras diciendo: < Hermano Nelson, deberíamos estar agradecidos de que haya tantas moras; ¡porque este es el mejor país para tener un estómago, pero el peor para conseguir comida!>» El gozo cristiano le capacitaba a Wesley para aceptar los grandes golpes de la vida, y también para recibir las incomodidades menores con un chiste. Si el cristiano camina de veras con Cristo, camina con gozo.

(ii) Aquí también establece Pablo lo que podríamos llamar la necesidad de la repetición. Dice que se propone escribirles cosas que ya les ha escrito antes. Esto es interesante, porque debe querer decir que ya les había escrito otras cartas a los filipenses que no han llegado hasta nosotros. Esto no nos sorprende. Pablo estuvo escribiendo cartas desde el año 48 d.C. hasta el 64 d.C., dieciséis años, pero no se conservan más que trece. A menos que hubiera grandes períodos de su vida en los que no aplicara la pluma al papiro, tiene que haber escrito muchas más cartas que se han perdido.

Como cualquier gran maestro, Pablo no le tenía miedo a repetirse. Una de las palabras hebreas más corrientes para *enseñar* quiere decir literalmente *repetir*. Bien puede ser que una de nuestras faltas sea el prurito de ser novedosos. Las grandes verdades salvíficas del Cristianismo no cambian; y nunca se pueden oír demasiadas veces. No nos cansamos de los alimentos que son esenciales para la vida. Bebemos agua y comemos pan todos los días; y de la misma manera debemos escuchar una y otra vez las verdades que son el pan y el agua de vida. A ningún maestro debe resultarle molesto el repetir una y otra vez las grandes verdades básicas de la fe cristiana; porque esa es la manera de asegurarse de que se han enterado sus oyentes. Puede que nos agraden las chucherías, pero lo esencial para la vida son los alimentos básicos. Predicar y enseñar y estudiar los detalles curiosos puede que nos atraiga, y puede que tengan su lugar; pero uno no se puede pasar de repetir ni de escuchar las verdades fundamentales para nuestra propia seguridad.

LOS MAESTROS MALVADOS

Filipenses 3:2s

¡Guardaos de los perros, guardaos de los obreros malvados, guardaos de la secta de los mutiladores! Porque nosotros representamos la verdadera circuncisión, los que damos culto en el Espíritu de Dios, los que no estamos orgullosos nada más que de Jesucristo sin poner nuestra confianza en cosas puramente humanas.

De pronto, el acento de Pablo cambia a un tono de advertencia. Dondequiera que él enseñaba, los judíos le seguían y trataban de deshacer su enseñanza. Pablo enseñaba que somos salvos únicamente por gracia, que la salvación es un don gratuito de Dios que no podemos ganar nunca, sino solamente aceptar en humildad y adoración lo que Dios nos ofrece; y además, que el ofrecimiento de Dios es para todas las personas de todas las naciones, y que nadie está excluido. Pero aquellos judíos enseñaban que, si uno quería ser salvo, tenía que merecerlo y ganárselo cumpliendo los incontables mandamientos de la ley judía; y además, que la salvación era para los judíos exclusivamente, y que, antes que Dios mostrara el más mínimo interés en él, el hombre tenía que circuncidarse, es decir, hacerse judío. Aquí Pablo acorralla a aquellos maestros judíos que estaban intentando deshacer su trabajo. Los llama tres cosas, especialmente escogidas para devolverles sus pretensiones.

(i) < ¡Guardaos de *los perros!*>, les dice a los hermanos. Entre nosotros el perro es un apreciado animal de compañía, pero no era así en el Oriente antiguo. Los perros eran animales parias que vagaban por las calles y los campos, a veces en jaurías, que rebuscaban su alimento en los montones de basura y ladraban y gruñían a todos los que se encontraban. J. B. Lightfoot habla de < los perros que rondan por las ciudades

orientales, sin amo ni hogar, comiendo basura y porquerías de las calles, luchando entre ellos, y atacando a los que pasan.»

En la Biblia los perros representan lo más bajo que se pueda imaginar. Cuando Saúl estaba tratando de matarle, David le preguntó: «¿Contra quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga?» (1 Samuel 24:14; cp. 2 Reyes 8:13; Salmo 22:16,20). En la parábola del Rico y Lázaro, parte de la tortura de Lázaro era que los perros callejeros le molestaban chupándole las heridas (Lucas 16:21). En Deuteronomio, la Ley relaciona el precio de un perro con la paga de una prostituta para decir que ninguna de las dos cosas es apta para ofrecérsela a Dios (Deuteronomio 23:18). Y en Apocalipsis la palabra *perro* representa a los que son tan impuros que están excluidos de la Santa Ciudad (Apocalipsis 22:15). Lo santo no debe darse a los perros (Mateo 7:6). Y el pensamiento griego está de acuerdo; el perro representa todo lo desvergonzadamente sucio.

Los judíos les daban ese nombre a los gentiles. Hay un dicho rabínico: «Las naciones gentiles son como perros.» Y Pablo les aplica el mismo nombre a los maestros judíos. Es como si les dijera: «En vuestra orgullosa autojustificación llamáis perros a los otros hombres; pero sois vosotros los que sois perros, porque pervertís desvergonzadamente el Evangelio de Jesucristo.» Toma el nombre que los maestros judíos les habrían aplicado a los gentiles impuros, y se lo lanza de vuelta a ellos mismos. Todos debemos asegurarnos de no ser culpables de los mismos pecados que atribuimos a otros.

(ii) Los llama *obreros malvados*, realizadores de malas acciones. Los judíos estarían muy seguros de ser obradores de justicia. Estaban convencidos de que el cumplir las innumerables reglas y preceptos de la Ley era obrar justicia; pero Pablo estaba seguro de que la única clase de justicia que existe viene de rendirnos incondicionalmente a la gracia de Dios. La consecuencia de la enseñanza de ellos era alejar a las personas cada vez más de Dios en vez de acercárselas. Creían que estaban haciendo el bien, pero de hecho estaban obrando

maldad. Todo maestro debe estar más profundamente interesado en escuchar a Dios que en propagar sus propias ideas y opiniones, so pena de correr el riesgo de ser un obrero del mal hasta cuando se tiene por obrador de justicia.

LA ÚNICA CIRCUNCISIÓN VERDADERA

Filipenses 3:2s (conclusión)

(iii) Por último, los llama *la secta de los mutiladores*. Hay aquí un juego de palabras en griego que no se puede reproducir en español. Hay dos verbos griegos que son muy semejantes: *peritémnein*, que quiere decir *circuncidar*, y *katatémein*, que quiere decir *mutilar*, como aparece en Levítico 21:5, que describe las automutilaciones tales como el castrarse. Pablo dice: «Vosotros los judíos creéis que estáis circuncidados, cuando lo que estáis es mutilados.»

¿Qué quería Pablo resaltar? Según la creencia judía, la circuncisión se instituyó en Israel como una señal y símbolo de que era el pueblo con el que Dios había entrado en una relación especial. La historia del principio de ese signo se encuentra en Génesis 17:9-10. Cuando Dios hizo un pacto especial con Abraham, estableció la circuncisión como su señal eterna. Ahora bien: la circuncisión no es más que un signo en la carne, algo que se hace en el cuerpo de un hombre. Pero, si un hombre ha de tener una relación especial con Dios, necesita mucho más que una marca en su cuerpo. Debe tener una cierta clase de mentalidad y de carácter y de corazón. Aquí era donde por lo menos algunos de los judíos cometían una equivocación. Consideraban que la circuncisión, *en sí*, era suficiente para apartarlos especialmente para Dios. Mucho, mucho antes de esto, los grandes maestros y profetas se habían dado cuenta de que la circuncisión en la carne no era en sí misma ni mucho menos suficiente, y que **lo-que se necesitaba** era una circuncisión espiritual. En Levítico, el santo Legislador

dice que *los corazones incircuncisos* de Israel deben ser humillados para aceptar el castigo de Dios (*Levítico 26:41*). La exhortación del autor del *Deuteronomio* es: < Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz» (*Deuteronomio 10:16*). Dice que el Señor les circuncidará el corazón para hacer que Le amen (*Deuteronomio 30:6*). Jeremías habla del oído incircunciso, que se niega a escuchar la Palabra de Dios (*Jeremías 6:10*). El autor del *Éxodo* habla de labios incircuncisos (*Éxodo 6:12*).

Así es que lo que dice Pablo es: < Si no tenéis nada que mostrar más que la circuncisión de la carne, no sois circuncidados de verdad -no estáis más que mutilados. La verdadera circuncisión es la devoción del corazón y de la mente y de la vida a Dios.»

Por tanto, dice Pablo, son los cristianos los que están circuncidados de veras. Están circuncidados, no con una marca exterior en la carne, sino con la circuncisión interior de la que hablaron los grandes legisladores y maestros y profetas. Entonces, ¿cuáles son las señales de esa circuncisión verdadera? Pablo establece tres.

(i) Nosotros adoramos en el Espíritu de Dios; o, nosotros adoramos a Dios en el Espíritu. El culto cristiano no es un mero ritual, ni la observancia de los detalles de la Ley; es algo del corazón. Es perfectamente posible que uno cumpla una liturgia elaborada, y que su corazón esté sin embargo lejos de Dios. Es perfectamente posible que observe todas las reglas externas de la religión, y sin embargo tenga el corazón lleno de odio y rencor y orgullo. El verdadero cristiano da culto a Dios, no con fórmulas y normas externas, sino con la verdadera devoción y la sinceridad real de su corazón. Su culto es amor a Dios y servicio a los hombres.

(ii) Sólo estamos orgullosos de Jesucristo. El cristiano no se jacta de nada que haya hecho por sí mismo, sino sólo de lo que Cristo ha hecho por él. De lo único que puede presumir es de ser una persona por la que Cristo murió. Eso era lo que Pablo quería decir con su famoso proclama: < ¡Lejos esté de mí

el gloriarme en otra cosa que no sea la Cruz de nuestro Señor Jesucristo!» (*Gálatas 6:14*).

(iii) No ponemos nuestra confianza en cosas meramente humanas. Los judíos ponían su confianza en el emblema físico de la circuncisión y en el cumplimiento de los deberes externos de la Ley. El cristiano pone su confianza solamente en la misericordia de Dios y en el amor de Jesucristo. El judío, en esencia, confiaba en sí mismo; el cristiano, en esencia, confía en Dios.

La verdadera circuncisión no es una marca en la carne; es ese culto verdadero, esa gloria real, y esa confianza auténtica en la gracia de Dios en Jesucristo.

LOS PRIVILEGIOS DE PABLO

Filipenses 3:4-7

Y sin embargo, que quede claro que yo también tengo todos los motivos imaginables para poner mi confianza en mis condiciones meramente humanas. Si alguien tiene motivos para creer que tiene base para poner su confianza en su herencia y logros humanos, más tengo yo. Fui circuncidado al octavo día de nacer; soy de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, un hebreo de pura cepa. Por lo que se refiere a la Ley, soy fariseo; en cuanto al celo, fui perseguidor de las iglesias; en cuanto a la justicia que confiere la Ley, intachable. Pero tales cosas, que yo podría considerar ganancias según la contabilidad humana, he llegado a la conclusión de que no eran más que pérdidas en relación con Jesucristo.

Pablo acaba de atacar a los maestros judíos, y de insistir en que somos los cristianos, y no los judíos, los que tenemos la verdadera circuncisión y somos el pueblo del pacto. Sus woponents podrían haber intentado objetarle: < Pero tú eres cristiano, y no sabes de lo que estás hablando; tú no sabes lo que es ser judío.» Así es que Pablo presenta sus credenciales, no para presumir, sino para mostrar que había disfrutado de todos los privilegios de un judío, y había alcanzado todas las prerrogativas a que cualquier judío pudiera aspirar. Sabía lo que era ser judío en el más alto sentido de la palabra, pero había renunciado a todo ello a sabiendas por causa de Jesucristo. Cada frase de este catálogo de los privilegios de Pablo tiene un sentido especial; veámoslas una a una.

(i) Había sido *circuncidado a los ocho días de nacer*. Ese había sido el mandamiento que le había dado Dios a Abraham: < A los ocho días de edad será circuncidado todo varón entre vosotros» (*Génesis 17:12*); y ese mandamiento se había repetido como una ley de Israel de carácter permanente (*Levítico 12:3*). Pablo deja bien claro que no es un ismaelita, que se circuncidaban a los trece años (*Génesis 17:25*), ni un prosélito que hubiera llegado más tarde a la fe judía y se hubiera circuncidado en la madurez. Subraya el hecho de que había nacido en la fe judía, y había conocido sus privilegios y observado sus ceremonias desde su nacimiento.

(ii) Era de *la raza de Israel*. Cuando los judíos querían hacer hincapié en su relación especial con Dios en su sentido más único usaban la palabra *israelita*. *Israel* fue el nombre que Dios le dio a Jacob después de su lucha con Él (*Génesis 32:28*). Era

de Israel de quien de una manera especial recibían su herencia. De hecho, también los ismaelitas eran descendientes de Abraham, porque Ismael fue el hijo que tuvo Abraham de Agar; los edomitas también eran descendientes de Isaac, porque Esaú, el fundador de su nación, era hijo de Isaac; pero los israelitas eran los únicos que podían trazar su descendencia desde Jacob, a quien Dios había puesto el nombre de Israel. Al llamarse israelita, Pablo subrayaba la pureza absoluta de su ascendencia.

(iii) Era *de la tribu de Benjamín*. Es decir, no sólo era israelita, sino que pertenecía a la élite de Israel. La tribu de Benjamín ocupaba un lugar especial en la aristocracia de Israel. Benjamín había sido hijo de Raquel, la esposa predilecta de Jacob, y fue el único de los Doce Patriarcas que nació en la Tierra Prometida (*Génesis 35:17s*). Fue de la tribu de Benjamín de la que procedió el primer rey de Israel (1 *Samuel 9:1 s*), y sin duda fue del recuerdo de ese rey, Saúl, de donde procedía el primer nombre de Pablo, Saulo. Cuando el reino se dividió bajo Roboam, diez de las tribus se separaron con Jeroboam, y Benjamín fue la única tribu que permaneció fiel con Judá (1 *Reyes 12:21*). Cuando volvieron del exilio, fue de las tribus de Benjamín y de Judá de las que se formó el núcleo de la nación renacida (*Esdras 4:1*). La tribu de Benjamín ocupaba el puesto de honor en la formación guerrera de Israel, y el grito que guerra de Israel era: < ¡En pos de ti, Benjamín! > (*Jueces 5:14; Oseas 5:8*). La gran fiesta de Purim, que se celebraba todos los años con gran regocijo, conmemoraba la liberación que es el tema del *Libro de Ester*, y la figura central de esa historia fue Mardoqueo, un benjaminita. Cuando Pablo afirmaba que era de la tribu de Benjamín quería decir que no era un israelita de tantos, sino que pertenecía a la aristocracia de Israel.

Así es que Pablo afirmaba que era fiel a la Ley judía desde su nacimiento; que su linaje era de tal pureza que no cabía más, y que pertenecía a la tribu más aristocrática de Israel.

LOS LOGROS DE PABLO

Filipenses 3:4-7 (conclusión)

Hasta ahora, Pablo ha expuesto los privilegios que tenía de nacimiento; ahora pasa a exponer sus logros en la fe judía.

(i) Era *un hebreo nacido de padres hebreos*. Esto no es lo mismo que decir que era un verdadero israelita. El detalle es el siguiente. Los judíos habían sido dispersados por todo el mundo. Había judíos en todas las naciones, las ciudades y los pueblos del mundo. Había docenas de millares de ellos en

Roma; y en Alejandría eran más de un millón. Se negaban testarudamente a ser asimilados por las naciones donde vivían; retenían fielmente su propia religión y costumbres y leyes. Pero ocurría a menudo que olvidaban su lenguaje ancestral. Hablaban griego por necesidad porque vivían y se movían en ambientes griegos. Un hebreo era un judío que era no sólo de pura ascendencia racial sino que había conservado, a menudo laboriosamente, la lengua hebrea. Un judío de esos hablaría la lengua de su país de residencia, pero también el hebreo, que era su lenguaje ancestral.

Pablo no era sólo un judío de pura raza, sino que además hablaba hebreo. Había nacido en la ciudad gentil de Tarso, pero había ido a Jerusalén para educarse a los pies de Gamaliel (*Hechos 22:3*), y *podía*, cuando se le presentaba la ocasión, hablar a los judíos de Jerusalén en su propia lengua (*Hechos 21:40*).

(ii) Por lo que se refería a la Ley, *se había educado para ser fariseo*. Esa era una cualidad a la que Pablo se refiere más de una vez (*Hechos 22:3; 23:6; 26:5*). No había muchos fariseos, nunca más de seis mil; pero eran los atletas espirituales del judaísmo. Su nombre quería decir *Los separados*. Se habían apartado de la vida corriente y de todas las tareas ordinarias para hacer que su único objetivo fuera guardar la Ley en todos sus más mínimos detalles. Pablo declara que era, no solamente un judío que había conservado la religión ancestral, sino que había dedicado toda su vida a su más rigurosa observancia. Nadie sabía mejor que él por experiencia personal lo que era la religión judía en sus demandas más elevadas y minuciosas.

(iii) En cuanto a su celo religioso en el judaísmo había sido *un perseguidor de la Iglesia*. Para un judío, el celo era la cualidad más elevada de la vida religiosa. Finees había salvado al pueblo de la ira de Dios, y había recibido un sacerdocio a perpetuidad porque había demostrado tener celo por su Dios (*Números 25:11-13*). Y el salmista proclama: «Me consumió el celo de Tu Casa» (*Salmo 69:9*). Un celo ardiente por Dios

era la cima de la religión judía. Pablo había sido un judío tan celoso que había hecho todo lo posible por destruir a los que creía los enemigos del judaísmo. Eso era algo que él nunca olvidó. Una y otra vez habla de ello (*Hechos 22:2-21; 26:423; 1 Corintios 15:8-10; Gálatas 1:13*). No se avergonzaba de confesar su vergüenza, y de decir que antes había odiado al Cristo al que ahora amaba, y había tratado de raer la Iglesia que ahora servía. Pablo pretendía conocer el judaísmo en su ardor más intenso y hasta fanático.

(iv) En cuanto a la justicia que la Ley podía producir, *era irreprochable*. La palabra original es *ámemptos*, y J. B. Lightfoot especifica que el verbo *mémfethai*, del que deriva, quiere decir *reprochar de pecado u omisión*. Pablo pretende que no había ninguna demanda de la Ley que él no hubiera tratado de cumplir.

Así es que Pablo enumera sus logros. Había sido un judío tan leal que no había perdido la lengua hebrea; era no solamente un judío religioso, sino que formaba parte de la denominación más estricta y disciplinada; había tenido en su corazón un celo ardiente por lo que creía que era la causa de Dios, y había cumplido la Ley de tal manera que nadie le podía reprochar ni lo más mínimo.

Todas estas cosas Pablo podría haber pretendido poner en su haber; pero cuando se encontró con Cristo, las pasó a la otra hoja como nada más que malas deudas. Las cosas que había creído que eran sus glorias eran de hecho inútiles. Todo logro humano tenía que descartarse para poder aceptar la gracia gratuita de Cristo. Tenía que despojarse de toda pretensión humana de honor para poder aceptar con completa humildad la misericordia de Dios en Jesucristo.

De este modo demuestra Pablo a esos judíos que tenía derecho a hablar. No está condenando el judaísmo desde fuera. Lo había experimentado al nivel más alto; sabía que no era nada comparado con el gozo que Cristo le había dado. Sabía que el único camino a la paz era abandonar el camino de los logros humanos y aceptar el camino de la gracia.

LA INUTILIDAD DE LA LEY
Y EL VALOR DE CRISTO

Filipeases 3:8s

Sí, y aún considero que todo tiene un valor negativo comparado con el valor incalculable de lo que quiere decir conocer a Jesucristo, mi Señor. Por Su causa he tenido que llegar a un abandono total de todas las cosas, y no las considero mejores en nada que la basura que se destina al vertedero -a fin de obtener a Cristo, y que quede claro a todos que estoy en Él, no por ninguna justicia mía propia, esa justicia que se deriva de la Ley, sino por la justicia que nos viene por medio de Jesucristo, cuya fuente está en Dios mismo y cuya base es la fe.

Pablo acaba de decir que había llegado a la conclusión de que todos sus privilegios y logros judíos no eran nada más que una pérdida total. Pero, se podría argüir, que eso era una decisión precipitada, que tal vez más tarde lamentaría o invertiría. Así es que aquí dice: «Llegué a aquella conclusión -y sigo pensando lo mismo. No fue una decisión que hiciera en un momento de emoción, sino que todavía la mantengo.»

En este pasaje, la palabra clave es *justicia*. *Dikaïosyné* es siempre difícil de traducir en las cartas de Pablo. El problema no está en saber lo que quería decir, sino en encontrar una palabra española que abarque todo lo que incluye. Tratemos de ver lo que Pablo estaba pensando cuando hablaba acerca de la justicia.

El gran problema básico de la vida es llegar a estar en la debida relación con Dios, en paz y en amistad con Él. La forma de llegar a esa relación es por medio de la justicia, por medio de la clase de vida y de espíritu y de actitud hacia Él que Dios desea. Por eso justicia, casi siempre para Pablo, tiene el sentido de *la debida relación con Dios*. Teniendo esto en mente, tratemos de parafrasear este pasaje para expresar, no tanto lo que Pablo dice, sino lo que quería decir.

Dice: «Me he pasado la vida tratando de llegar a la debida relación con Dios. Traté de encontrarla mediante la estricta sumisión a la ley judía; pero encontré que la ley y todos los procedimientos eran menos que inútiles para lograr tal fin. Me resultó una pura... *skybala*. » *Skybala* tiene dos significados. En etimología popular se consideraba que derivaba de *kysi ballomena*, que quiere decir *lo que se les echa a los perros*; en el argot de la medicina quiere decir *excremento (estiércol* en la antigua Reina-Valera; *basura* desde la revisión de 1960. Ya se comprende que hay una palabra todavía más corriente que estas en español). Así es que Pablo está diciendo: «Encontré que la Ley y todos sus procedimientos no me eran más útiles para nada que los desechos que se arrojan al montón de basura para ayudarme a entrar en la debida relación con Dios. Así es que renuncié a tratar de crear una bondad que fuera mía propia; llegué a Dios con fe humilde, como me dijo Jesús que lo hiciera, y encontré esa relación que yo había estado buscando toda la vida.»

Pablo había descubierto que la debida relación con Dios no se basa en la Ley, sino en la fe en Jesucristo. No la *alcanza* ninguna persona, sino la *da* Dios; no *se gana* por *obras*, sino se acepta en *confianza*.

Así es que dice: «Por propia experiencia os digo que el método judío es erróneo e inútil. No vais a llegar nunca a entrar en la debida relación con Dios por vuestros propio esfuerzo en guardar la Ley. Podéis entrar en ella solamente tomándole la palabra a Jesucristo, y aceptando lo que Dios mismo os ofrece.»

La idea básica de este pasaje es la inutilidad de la Ley y la suficiencia del conocimiento de Cristo y de aceptar el conocimiento de la gracia de Dios. El mismo lenguaje que usa Pablo para describir la Ley -excremento- muestra el desagrado total hacia la Ley que sus propios esfuerzos frustrados para vivir de acuerdo con ella le habían reportado. Y el gozo que brilla en todo este pasaje muestra lo triunfalmente adecuada que encontró la gracia de Dios en Jesucristo. ,

LO QUE QUIERE DECIR
CONOCER A CRISTO

Filipenses 3:10s

Mi única meta es conocerle; y lo que quiero decir con eso es conocer el poder de Su Resurrección, y participar de Sus sufrimientos, mientras sigo haciéndome como Él en Su muerte, si de alguna manera lograra llegar a la Resurrección de los muertos.

Pablo ya ha hablado del valor incalculable del conocimiento de Cristo. Ahora vuelve a ese pensamiento, y define más exactamente lo que quiere decir. Es importante que nos fijemos en el verbo que usa para *conocer*. Es parte del verbo *ginóskein*, que casi siempre se refiere a un conocimiento personal. No es meramente un conocimiento intelectual, el conocimiento de ciertos hechos o principios. Es tener una experiencia personal de otra persona. Podemos ver la profundidad de esta palabra por su uso en el Antiguo Testamento. En él se usa *conocer* para expresar la relación más íntima entre marido y mujer. «Adán *conoció* a Eva su mujer; y ella concibió y dio a luz a Caín» (*Génesis 4:1*). El verbo hebreo *yada* se traduce en griego por *ginóskein*. Este verbo indica el conocimiento más íntimo de otra persona. Pablo no considera su meta *saber cosas acerca de Cristo*, sino *conocerle personalmente*. Conocer a Cristo quiere decir para él ciertas cosas.

(i) Quiere decir conocer *el poder Su Resurrección*. Para Pablo, la Resurrección no era simplemente un acontecimiento pasado de la Historia, por muy maravilloso que fuera. No era simplemente algo que Le había sucedido a Jesús, por muy importante que fuera para Él. Era un poder dinámico que actuaba en la vida de cada cristiano. No podemos saber todo lo que Pablo quería decir con esta frase; pero la Resurrección de Cristo es la gran dinámica, por lo menos en tres direcciones diferentes.

(a) Es la garantía de la importancia de esta vida y de este cuerpo en los que vivimos. Fue en el cuerpo como Cristo resucitó, y es este cuerpo el que santifica (*1 Corintios 6:13ss*).

(b) Es la garantía de la vida por venir (*Romanos 8:11; 1 Corintios 15:14ss*). Porque Él vive, nosotros también viviremos; Su victoria es nuestra victoria.

(c) Es la garantía de que en la vida y en la muerte y más allá de la muerte la presencia del Señor Resucitado está siempre con nosotros. Es la prueba de que Su promesa de estar con nosotros siempre hasta el fin del mundo es verdadera.

La Resurrección de Cristo es la garantía de que vale la pena vivir esta vida y de que el cuerpo físico es sagrado; es la garantía de que la muerte no es el final de la vida y de que hay un mundo feliz más allá; es la garantía de que nada en la vida o en la muerte nos puede separar de Él.

(ii) Quiere decir conocer *la participación en Sus sufrimientos*. Una y otra vez Pablo vuelve a la idea de que, cuando el cristiano tiene que sufrir, está participando de alguna extraña manera en el sufrimiento del mismo Cristo, y hasta completándolo (*2 Corintios 1:5; 4:10s; Gálatas 6:17; Colosenses 1:24*). El sufrir por la fe no es un castigo, sino un privilegio, porque así participamos de la obra del mismo Cristo.

(iii) Quiere decir *estar tan unidos a Cristo que día a día vamos participando más y más de Su muerte, para finalmente participar de Su Resurrección*. El conocer a Cristo quiere decir compartir con Él Su camino; compartir la Cruz que Él llevó; compartir Su muerte, y finalmente participaremos de la vida que El vive para siempre.

Conocer a Cristo no es ser experto en ningún conocimiento teórico o teológico; es conocerle con tal intimidad que al final estamos tan unidos con Él como lo estamos con los que amamos en la Tierra; y que, de la misma manera que participamos de las experiencias de ellos, así también participamos de las Suyas.

PROSIGUIENDO HACIA LA META

Filipenses 3:12-16

No es que yo lo haya obtenido ya, ni que ya esté totalmente completo; sino que prosigo tratando de agarrar aquello para lo que Cristo me agarró a mí. Hermanos, yo no me hago la cuenta de haberlo alcanzado ya; sino lo único que hago -olvidando todas las cosas que voy dejando atrás, y estirándome hacia las cosas que tengo por delante-, prosigo hacia la meta con el propósito de ganar el premio que me está ofreciendo la llamada hacia arriba de Dios en Jesucristo.

Todos vosotros que os habéis graduado en la escuela de Cristo, tened la misma actitud mental ante la vida. Y si alguno tiene otra actitud al respecto, también esta se la revelará Dios. Lo importante es que sigamos conduciéndonos siempre de acuerdo con el nivel que ya hemos alcanzado.

[En diversos manuscritos no aparece: *sintamos una misma cosa*. Nota de la versión Reina-Valera'95].

Es vital para la comprensión de este pasaje la interpretación correcta de la palabra griega *téleios*, que la versión Reina-Valera traduce por *perfecto* (versículos 12 y 15). *Téleios* tiene en griego una variedad de significados interrelacionados. Con mucho los más de ellos no significan lo que podríamos llamar una perfección abstracta, sino una especie de perfección funcional, de acuerdo con algún propósito dado. Quiere decir *completamente desarrollado* para distinguirlo de subdesarrollado; por ejemplo, se usa de un hombre plenamente desarrollado en contraposición a un joven en desarrollo. Se usa con el sentido de *maduro de*

mente, y por tanto quiere decir *uno que está cualificado en una materia* como opuesto a un mero aprendiz. Cuando se usa de ofrendas, quiere decir *sin tacha y aptas* para ser ofrecidas a Dios. Cuando se refiere a

los cristianos, a menudo quiere decir *personas bautizadas que son miembros de la iglesia en plenitud de derechos y obligaciones*, como opuesto a los que están todavía recibiendo instrucción. En los días de la Iglesia Primitiva se usaba a menudo *téleios* para describir a los *mártires*. Un mártir se dice que ha sido *perfeccionado por la espada*, y el día de su muerte se decía que era el día de su *perfeccionamiento*. La idea es que la madurez cristiana de un hombre no puede ir más allá de su martirio.

Así es que, cuando Pablo usa la palabra en el versículo 12 *-en una forma derivada, teteleíomai-* está diciendo que él no es, de ninguna manera, un cristiano completo, sino que sigue avanzando. Entonces usa dos ilustraciones gráficas.

(i) Dice que está tratando de agarrar aquello para lo que Cristo le agarró a él. Este es un pensamiento maravilloso. Pablo sentía que, cuando Cristo le detuvo en el camino de Damasco, tenía una visión y un propósito para él; y Pablo sentía que toda su vida estaba obligado a proseguir adelante, no fuera que Le fallara a Jesús y frustrara Su sueño. Toda persona es agarrada por Cristo con algún propósito; y, por tanto, toda persona debe proseguir durante toda su vida hasta agarrar aquel propósito para el que Cristo la agarró a ella.

(ii) Con ese fin, Pablo dice que hace dos cosas. Él está *olvidando las cosas que va dejando atrás*. Es decir, nunca se gloriará de ninguno de sus logros ni los usará como disculpa para relajar su esfuerzo. Lo que Pablo está diciendo es que el cristiano debe olvidar todo lo que ha hecho, y tener presente solo lo que todavía tiene por hacer. En la vida cristiana no hay sitio para los que se quieren dormir en los laureles. También está *estirándose a las cosas que tiene por delante*. La palabra que usa para *estirarse (epekteinómenos)* es muy gráfica y se usa de un corredor que se estira hacia la cinta. Lo describe con ojos que no se concentran nada más que en la meta: Describe a la persona que va *a por todas* hacia el final. Así es que Pablo dice que en la vida cristiana debemos olvidar cualquier logro pasado, y tener presente solo la meta que tenemos por delante.

Sin duda, Pablo está hablando aquí a los antinomos. Eran los que negaban que hubiera ninguna ley que afectara a la vida cristiana. Declaraban que estaban bajo la gracia de Dios; y que, por tanto, no importaba lo que hicieran con el cuerpo. Dios lo perdonaría. No hacía falta ninguna disciplina ni ningún esfuerzo más. Pablo insiste en que, hasta que alcancemos el final, la vida cristiana es como la de un atleta que se esfuerza en proseguir hacia la meta que tiene siempre por delante.

En el versículo 15 usa de nuevo *téleios*, y dice que esta debe ser la actitud de los que son *téleioi*. Lo que quiere decir es: «Todo aquel que haya llegado a ser maduro en la fe y que conozca lo que es el Cristianismo debe conocer la disciplina y el esfuerzo y la agonía de la vida cristiana.» Puede que piense de otra manera; pero, si es sincero, Dios le aclarará que no debe nunca relajar el esfuerzo o bajar el listón, sino que debe continuar esforzándose hasta llegar a la meta que siempre tendrá por delante mientras esté en este mundo.

Pablo veía que el cristiano es el atleta de Cristo.

RESIDENTES EN LA TIERRA PERO CIUDADANOS DEL CIELO

Filipenses 3:17-21

Hermanos, seguid mi ejemplo, y poned los ojos en los que viven según el ejemplo que habéis visto en nosotros. Porque hay muchos que se conducen de tal manera ya os he hablado de ellos a menudo, y ahora lo hago con lágrimas- que demuestran ser enemigos de la Cruz de Cristo. Acabarán perdiéndose; no tienen más dios que su vientre; de lo que presumen deberían avergonzarse. ¡Hombres que tienen la mente solamente en la Tierra! Pero nuestra ciudadanía está en el Cielo, de donde también esperamos anhelantes al Señor Jesucristo como Salvador, porque Él reciclará el cuerpo

que tenemos en este estado de humillación, y lo hará como Su propio cuerpo glorioso por la acción de ese poder Suyo con el que puede sujetar a Sí mismo todas las cosas.

Pocos predicadores se atreverían a hacer el llamamiento con el que Pablo empieza esta sección. J. B. Lightfoot lo traduce: «Competid entre vosotros en imitarme.» La mayor parte de los predicadores empiezan por tener que decir: «No hagáis lo que hago yo, sino lo que yo os digo.» Pablo podía decir, no sólo: «Escuchad mis palabras,» sino también «Seguid mi ejemplo.» Vale la pena notar en este pasaje lo que Bengel, uno de los más grandes intérpretes de la Escritura que haya habido nunca, traduce esto de una manera diferente: «Sed mis co-imitadores en imitar a Jesucristo.» Pero es mucho más probable -casi todos los demás intérpretes coinciden- que Pablo podía invitar a sus amigos, no simplemente a escucharle, sino también a imitarle.

Había en la iglesia de Filipos hombres cuya conducta era un escándalo manifiesto, y que, en sus vidas, daban señales de ser enemigos de la Cruz de Cristo. Quiénes eran, no estamos seguros; pero está claro que llevaban vidas glotonas e inmorales, y usaban su llamado cristianismo para justificarse. Sólo podemos suponer quiénes eran.

Puede que fueran gnósticos. Y los gnósticos eran herejes que trataban de intelectualizar el Cristianismo convirtiéndolo en una especie de filosofía. Empezaban por el principio de que, desde el principio del tiempo, había habido siempre dos realidades: el espíritu y la materia. El espíritu, decían, es totalmente bueno, y la materia es totalmente mala. Fue porque el mundo fue creado a partir de esa materia defectuosa por lo que el pecado y el mal están en él. Así que, si la materia es esencialmente mala, el cuerpo también lo es, y seguirá siendo malo hagas lo que hagas con él. Por tanto, haz lo que te dé la gana; puesto que es malo de todas maneras, es lo mismo lo que se haga con él. Así es que estos gnósticos enseñaban que la

glotonería, el adulterio, la homosexualidad y las borracheras no tenían ninguna importancia, porque no afectaban nada más que al cuerpo, que no tenía ninguna importancia.

Había otro grupo de gnósticos que mantenían una posición diferente. Argüían que una persona no podía llegar a ser completa hasta que hubiera experimentado todo lo que la vida puede ofrecer, tanto bueno como malo. Por tanto, decían, una persona tenía el deber de sumergirse en las simas del pecado lo mismo que escalar las cimas de la virtud.

Dentro de la Iglesia había dos clases de personas a las que se podían aplicar estas acusaciones. Estaban los que tergiversaban el principio de la libertad cristiana, que decían que en el Cristianismo ya no existía ninguna ley, y que el cristiano tenía libertad para hacer lo que quisiera. Convertían la libertad cristiana en una licencia descristianizada, y presumían de dar rienda suelta a sus pasiones. Estaban los que tergiversaban la doctrina cristiana de la gracia. Decían que, puesto que la gracia era suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado, uno podía pecar todo lo que quisiera sin preocuparse; todo daba lo mismo ante un Dios que lo perdonaba todo.

Así es que los que Pablo ataca puede que fueran intelectuales gnósticos que presentaban argumentos para justificar su vida de pecado, o cristianos confusos que tergiversaran las cosas más preciosas para justificar sus pecados más feos.

Quienesquiera que fueran, Pablo les recuerda una gran verdad: «Nuestra ciudadanía-les dice-está en el Cielo.» Esa era una figura que los filipenses podían entender. Filipos era una colonia romana. Por todas partes, en puntos militarmente estratégicos, los romanos establecían sus colonias. En tales lugares, los ciudadanos eran mayormente soldados que se habían licenciado después de cumplir los veintiún años de servicio, a los que Roma recompensaba con la ciudadanía plena. La característica principal de estas colonias era que, dondequiera que estuvieran, eran auténticas réplicas de Roma. Se vestía en ellas a lo romano; gobernaban magistrados romanos; se hablaba latín; se administraba justicia romana; se

observaba la moral romana. Hasta los fines de la tierra se mantenían inalterablemente romanos. Pablo les dice a los filipenses: «Lo mismo que los de las colonias romanas no se olvidan nunca de que pertenecen a Roma, vosotros no debéis olvidar nunca que sois ciudadanos del Cielo, y vuestra conducta debe corresponder a vuestra ciudadanía.»

Para terminar, Pablo habla de la esperanza cristiana. El cristiano espera anhelante la venida de Cristo, cuando todo cambiará. Aquí la versión Reina-Valera fue cambiando en sucesivas revisiones de *el cuerpo de nuestra bajeza* (1862, 1909), a *el cuerpo de la humillación nuestra* (1960), a *nuestro cuerpo mortal* (1995). En el estado en que nos encontramos ahora, nuestros cuerpos están sujetos a cambios y desgaste, a enfermedad y muerte, cuerpos de un estado de humillación comparado con el estado glorioso del Cristo Resucitado; pero llegará el día cuando dejaremos a un lado este cuerpo mortal que ahora poseemos, y seremos semejantes a Jesucristo mismo. La esperanza del cristiano es que llegará un día en que su humanidad se transformará en nada menos que la divinidad de Cristo, y en el que la necesaria bajeza de la mortalidad se cambiará en el esplendor esencial de la vida inmortal.

LAS GRANDES COSAS EN EL SEÑOR

Filipenses 4:1

Así que, hermanos míos a los que amo y anhelo, gozo y corona míos, manteneos firmes en el Señor, amados.

Todo este pasaje rezuma el calor del afecto de Pablo a sus amigos filipenses. Los ama y anhela. Son su gozo y su corona. Los que él ha traído a Cristo son su mayor gozo cuando las sombras se cierran a su alrededor. Cualquier maestro conoce la emoción de poder señalar a alguna persona que ha triunfado en la vida y poder decir: «Era uno de mis chicos.»

Hay figuras gráficas tras la palabra que usa Pablo para decir que los filipenses son su corona. Hay dos palabras griegas para *corona*, y *tienen* trasfondos diferentes. Una es *diádema*, que quiere decir *la corona real*, la corona de un rey. Y la otra es *stéfanos*, que es la que aparece aquí, que tenía dos trasfondos. (i) Era la corona que recibía el atleta vencedor en los juegos deportivos griegos. Se hacía de hojas de olivo silvestre, entretejidas con perejil verde y hojas de laurel. El ganar esa corona era la cima de las aspiraciones del atleta. (ii) Era la corona con la que se adornaban los invitados a un banquete, en alguna gran

ocasión festiva. Es como si Pablo dijera que sus amigos filipenses eran la corona de todos sus esfuerzos; es como si dijera que en el banquete final de Dios serían su corona festiva. No hay gozo en el mundo comparable al de traer otra alma a Jesucristo.

Tres veces en los primeros cuatro versículos de este cuarto capítulo aparece la frase *en el Señor*. Hay tres grandes mandamientos que da Pablo *en el Señor*.

(i) Los filipenses han de *mantenerse firmes* en el Señor. Solo con Jesucristo puede una persona resistir las seducciones de la tentación y la debilidad de la cobardía. La palabra que usa Pablo para *mantenerse firmes* (*stéete*) es la que se usaría de un soldado que tuviera que resistir el fragor de la batalla cuando el enemigo se lanzara sobre él. Sabemos muy bien que hay algunas personas en cuya compañía es fácil hacer lo que no se debe, y que hay otras en cuya compañía es fácil resistir al mal. Algunas veces, cuando miramos atrás y recordamos algún momento en que nos desviamos o caímos en tentación o perdimos nuestra dignidad, decimos anhelantes, pensando en alguien a quien amamos: < Si él o ella hubiera estado allí, aquello no me habría sucedido. > Nuestra única seguridad frente a la tentación está *en el Señor*, en sentir Su presencia a nuestro alrededor y en nosotros. La iglesia y el cristiano sólo pueden mantenerse firmes cuando están en Cristo.

(ii) Pablo exhorta a Evodia y a Síntique que *estén de acuerdo* en el Señor. No puede existir unidad si no es en Cristo.

En los asuntos corrientes de la vida diaria sucede a menudo que personas de lo más diferentes se mantienen en una cierta relación porque reconocen a un gran dirigente. Se lealtad mutua depende totalmente de su lealtad hacia él. Prescindid del dirigente, y todo el grupo se desintegraría en unidades aisladas y a menudo en guerra. Las personas no se pueden amar unas a otras a menos que amen a Cristo. La fraternidad humana es imposible aparte del señorío de Cristo.

(iii) Pablo exhorta a los filipenses a que *se regocijen* en el Señor. Lo único que todos los seres humanos necesitan aprender acerca del gozo es que no tiene nada que ver con las cosas materiales ni con las circunstancias externas. Es un hecho de la experiencia humana que una persona que viva en el regazo del lujo puede ser desgraciada, y la que viva en las simas de la pobreza puede estar rebosando de gozo. Un hombre al que aparentemente la vida no le haya asestado sus peores golpes puede ser un quejica amargado, mientras que otro al que sí se los haya asestado puede estar siempre serenamente jubiloso.

En su discurso rectoral a los estudiantes de la Universidad de Saint Andrews, J. M. Barrie citó la carta inmortal que el capitán Scott, el héroe de la expedición a la Antártida, le escribió cuando el helado aliento de la muerte se dejaba sentir en toda la expedición: < Estamos colocando estacas en un lugar desapacible... Nos encontramos en una situación desesperada -los pies helados, etc., sin combustible, a mucha distancia de los alimentos, pero le sentaría bien a tu corazón estar en nuestra tienda, escuchar nuestras canciones y nuestra conversación animada. > El secreto está en que la felicidad no depende de cosas ni de lugares, sino siempre de personas. Si estamos con la persona ideal, ninguna otra cosa importa; y si no estamos con esa persona, nada puede compensar por su ausencia. El cristiano está en el Señor, el más maravilloso de los amigos; nada puede separar al cristiano de Su presencia, así es que nada puede arrebatarle el gozo.

HACIENDO LAS PACES

Filipenses 4:2s

Exhorto a Evodia y exhorto a Síntique que estén de acuerdo en el Señor. Sí, y te pido también a ti, auténtico colega mío en la obra, que ayudes a estas mujeres; porque se han esforzado conmigo en el Evangelio, lo mismo que Clemente y mis otros colaboradores, cuyos nombres están en el Libro de la Vida.

Este es un pasaje de cuyo trasfondo nos gustaría saber mucho más. Está claro que hay un drama por detrás, dolor de corazón y grandes acciones, pero no podemos más que imaginarnos los personajes. En primer lugar, hay ciertos problemas por resolver en relación con los nombres. La antigua versión Reina-Valera siguió perpetrando la confusión que inició la Biblia del Oso llamando a estos dos personajes *Euodias* y *Syntyché*. Síntique es un nombre de mujer, y *Euodias* debería serlo de hombre. Existe la antigua conjetura de que *Euodias* y Síntique eran el carcelero filipense y su mujer (*Hechos 16:2534*), que habían llegado a estar entre los dirigentes de la iglesia, y estaban peleados. Pero es seguro que el nombre correcto no es *Euodias* sino *Euodia* o *Evodia*, como aparece en las traducciones modernas, que es un nombre de mujer. Por tanto eran dos mujeres las que estaban peleadas.

Bien puede ser que fueran mujeres en cuyas casas se reunieran dos de las congregaciones caseras de Filipos. Es muy interesante ver mujeres que representaban papeles importantes en la organización de una de las iglesias originales, porque en la cultura griega las mujeres estaban más bien, si acaso, entre bastidores. El ideal de los griegos era que las mujeres respetables < se dejaran ver y oír lo menos posible. > Una mujer respetable no aparecía nunca sola en la calle; tenía su apartamento en la casa, y nunca se reunía con la parte masculina de la familia ni para las comidas. Y mucho menos

tomaba parte en la vida pública. Pero Filipos estaba en Macedonia, donde las cosas eran muy diferentes. En ella las mujeres tenían una libertad y un protagonismo que no tenían en el resto de Grecia.

Podemos ver esto hasta en el relato que nos da *Hechos* del trabajo de Pablo en Macedonia. Su primer contacto en Filipos fue en la reunión de oración que se celebraba en el río, y habló con las mujeres presentes (*Hechos 16:13*). Lidia sería una figura importante en Filipos (*Hechos 16:14*). En Tesalónica fueron ganadas para Cristo muchas de las mujeres importantes, y lo mismo sucedió en Berea (*Hechos 17:4,12*). La evidencia de las inscripciones señala en el mismo sentido. Una mujer erigió una tumba con sus propias ganancias para sí misma y para su marido con los bienes gananciales de ambos, así es que los dos tendrían negocios. Hasta se encuentran monumentos erigidos a mujeres por cuerpos públicos. Sabemos que en muchas de las iglesias paulinas (por ejemplo, en Corinto), las mujeres se tenían que conformar con un lugar subordinado; pero vale la pena recordar, cuando estamos pensando en el lugar de la mujer en la Iglesia original y en la actitud de Pablo hacia ellas, que en las iglesias de Macedonia estaban entre los dirigentes.

Hay aquí otra duda. En este pasaje se dirige Pablo a uno al que llama leal compañero (BC, NBE) con una palabra que quiere decir literalmente *compañero de yugo*. Es posible que ese fuera su nombre, como sugieren muchos comentaristas, *Szygyos*, y la palabra para *auténtico, leal, fiel*, es *gnésios*, que quiere decir *genuino*. Puede que haya aquí un juego de palabras, que Pablo esté diciendo: < Te pido a ti, *Szygyos* -¡qué bien te va tu nombre!-, que ayudes. » Si *szygyos* no es un nombre propio, no sabemos a quién se refiere. Se han hecho toda clase de sugerencias. Se ha sugerido que el compañero de yugo, cónyuge, era la esposa de Pablo -algunos le han casado con Lidia-, o el marido de Evodia o el de Síntique, que fuera llamado/a en ayuda de su esposa/o para arreglar la contienda, o Timoteo, o Silas, o, como sugería en nota la Biblia del Oso, < el ministro o pastor. » Puede que la mejor sugerencia sea que era Epafrodito, y que así le respalda Pablo encargándole, no sólo de llevar la carta, sino también de poner paz en la iglesia de Filipos. De Clemente no sabemos nada más. Hubo más tarde un famoso Clemente que llegó a ser obispo de Roma y que puede que conociera a Pablo; pero era un nombre bastante corriente.

Hay dos cosas que conviene notar.

(i) Es significativo que cuando había una pelea en Filipos, Pablo movilizara todos los recursos de la iglesia para remediarla. Creía que no había esfuerzo demasiado grande para mantener la paz en la iglesia. Una iglesia en la que hay peleas no es una iglesia, porque Le ha cerrado las puertas a Cristo. No se puede estar en paz con Dios y en guerra con los hermanos al mismo tiempo.

(ii) ¡Es lamentable que todo lo que sabemos de Evodia y Síntique es que eran dos mujeres que estuvieron peleadas! Eso nos hace pensar. Supongamos que nuestra vida se hubiera de resumir en un versículo, ¿qué se diría de nosotros? Clemente pasó a la Historia como pacificador; Evodia y Síntique como peleadas. Supongamos que hubiéramos de pasar a la Historia por una sola cosa que se supiera de nosotros, ¿cuál sería?

LAS MARCAS DE LA VIDA CRISTIANA

Filipenses 4:4s

Regocijaos en el Señor en todo tiempo. Os lo diré otra vez: ¡Regocijaos! Que todo el mundo os reconozca por vuestra agradable gentileza. ¡El Señor está cerca!

Pablo propone a sus amigos filipenses dos grandes cualidades de la vida cristiana.

(i) La primera es la cualidad del gozo. < Regocijaos... Os lo diré otra vez: ¡Regocijaos! » Es como si al haber dicho

< ¡Regocijaos! » se le representara en la mente el cuadro de todo lo que se les echaba encima. Él mismo estaba en la cárcel, con la perspectiva de una muerte casi cierta; los filipenses estaban iniciando la carrera cristiana, y les esperaban inevitablemente días tenebrosos, peligros y persecuciones. Así es que Pablo dice: < Sé lo que estoy diciendo. He pensado en todo lo que nos puede suceder. Y todavía digo: ¡Regocijaos! » El gozo cristiano es independiente de todas las cosas de la Tierra, porque tiene su fuente en la presencia continua de Cristo. Dos amantes están siempre felices cuando están juntos, no importa dónde. El cristiano no puede nunca perder el gozo porque no puede nunca perder a Cristo.

(ii) Pablo prosigue: < Vuestra moderación sea conocida de todos los hombres. » La palabra *epieikés*, traducida por *modestia* -siguiendo a la Vulgata- hasta la R-Y09 y por *gentileza* desde R-V' 60, es una de las palabras griegas más intraducibles. La dificultad se puede ver por el número de traducciones que se le dan, de las que citamos solo unas pocas: B-C, *moderación*; NBE, *lo comprensivos que sois*; Nou Testament'79, *gent de bon tracte*; N.T.Living'72, *individubs desinteresados y considerados*; R-V'77(CLIE), *mesura*; Hispanoamericana, 1916, y RVA' 89, *amabilidad*. Se han sugerido, y usado los equivalentes en otras lenguas de: *ser comprensivos, simpatía, magnanimidad, autodominio, buenos modales, buena educación, cortesía, gracia*. Queda claro que no encontramos una sola palabra española que abarque todos estos sentidos y matices.

Los griegos mismos explicaban esta palabra como < justicia

y algo mejor que la justicia.» Decían que la *epieia* palabra gemela de la anterior, debería entrar en juego cuando la estricta justicia resultaría injusta. Puede haber ejemplos individuales en los que una ley perfectamente justa sería injusta, o en los que no sería equitativa. Una persona tiene la cualidad de *epieikeia* si sabe cuando *no* debe aplicar la estricta letra de la ley, cuando debe relajar la justicia para introducir la gracia, la misericordia.

Tomemos un ejemplo sencillo que vive un profesor casi todos los días. Tiene dos estudiantes. Corrige sus exámenes. Aplica la justicia, y descubre que uno tiene 80% y el otro 50%. Pero resulta que el primero ha tenido todas las facilidades de libros, tranquilidad y comodidad para estudiar, mientras que el segundo vive en condiciones humildes, tiene un equipo inadecuado, o ha estado enfermo, o ha pasado recientemente por experiencias dolorosas y tensas. En estricta justicia merece 50% y no más; pero *epieikeia* elevará su calificación.

Epieikeia es la cualidad del que sabe que las reglas no deben tener la última palabra, y cuándo no se debe aplicar la letra de la ley. Puede que un consejo de iglesia se reúna con el reglamento de la iglesia sobre la mesa, y tome todas las decisiones de acuerdo con las normas de su denominación; pero hay veces en que la situación exige que no se tome el libro de orden como la última palabra.

El cristiano, como lo veía Pablo, sabe que hay algo por encima de la justicia. Cuando Le trajeron a Jesús a la mujer que había sido sorprendida en adulterio, Jesús podía haber aplicado la letra de la Ley según la cual debía ser lapidada; pero Él fue más allá de la justicia. En estricta justicia, ninguno de nosotros merece nada más que la condenación de Dios; pero Él va más allá de la justicia. Pablo establece que el cristiano en sus relaciones personales con sus semejantes debe mostrar que sabe cuándo insistir en la justicia y cuándo recordar que hay algo mejor más allá de la justicia.

¿Por qué hemos de ser así? ¿Por qué hemos de tener en nuestra vida ese gozo y esa amable gentileza? Porque, dice Pablo, el Señor está cerca. Si esperamos la venida triunfal de Cristo, no podemos perder nunca la esperanza ni el gozo. Si recordamos que la vida es corta, no insistiremos en aplicar la estricta justicia que tantas veces divide a las personas, sino queremos tratarlas con amor, como esperamos que Dios nos trate. La justicia es humana, pero *epieikeia* es divina.

LA PAZ DE LA ORACIÓN CREYENTE

Filipenses 4:6s

No os preocupéis por nada; sino en todas las cosas, con oración y súplica, con acción de gracias, hacedle saber a Dios vuestras peticiones. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo lo imaginable, montará la guardia sobre vuestros corazones y mentes en Jesucristo.

Para los filipenses, la vida no podía por menos de ser preocupante. Hasta el ser un ser humano, y por lo tanto vulnerable a todos los azares y avatares de esta vida mortal es ya en sí una situación preocupante; y en la Iglesia primitiva, a las preocupaciones normales de la condición humana se añadía la preocupación de ser cristiano, lo que suponía llevar la vida en la mano. La solución de Pablo era la oración. Como dice M. R. Vincent: «La paz es el fruto de la oración creyente.» En este pasaje está comprimida toda una filosofía de la oración.

(i) Pablo insiste en que podemos llevar *absolutamente-todo* a Dios en oración. Como se ha dicho hermosamente: «No hay nada demasiado grande para el poder de Dios; ni nada demasiado pequeño para Su cuidado paternal.» Un niño puede llevarle todo a su padre o madre, seguro de que sea lo que sea lo que le suceda encontrará interés: sus pequeños triunfos o desilusiones, sus heridas o cortes pasajeros; de la misma manera podemos nosotros llevarle nuestras cosas a Dios, seguros de Su interés y ayuda.

(ii) Podemos presentarle nuestras oraciones, nuestras súplicas y nuestras peticiones a Dios; podemos orar por *nosotros mismos*. Podemos pedirle perdón por *el pasado*, podemos pedirle las cosas que necesitamos en *el presente*, y la ayuda y dirección para *el futuro*. Podemos llevar nuestro pasado y presente y futuro a la presencia de Dios. Podemos orar por *otros*. Podemos encomendar al cuidado de Dios a los que tenemos cerca y lejos que están en el ámbito de nuestra memoria y de nuestro corazón.

(iii) Pablo establece que «*la acción de gracias* debe ser el acompañamiento universal de la oración.» El cristiano debe tener el sentimiento, como ha dicho alguien, de que toda su vida está, como si dijéramos, suspendida entre bendiciones pasadas y presentes.» Todas las oraciones deben incluir, sin duda, el dar gracias por el gran privilegio de la misma oración. Pablo insiste en que debemos dar gracias *en todo*, en el dolor y en la alegría igualmente. Esto implica dos cosas: *gratitud*, y *perfecta sumisión* a la voluntad de Dios. Sólo cuando estamos totalmente convencidos de que Dios hace todas las cosas bien y para bien podemos realmente sentir hacia Él la perfecta gratitud que demanda la oración creyente.

Cuando oramos, debemos siempre recordar tres cosas. Debemos recordar *el amor de Dios*, que siempre desea sólo lo mejor para nosotros. Debemos recordar *la sabiduría de Dios*, que es el único que sabe lo que es mejor para nosotros. Debemos recordar *el poder de Dios*, que es el único que puede hacer que suceda lo que es mejor para nosotros. El que ore con una confianza perfecta en el amor, la sabiduría y el poder de Dios encontrará la paz de Dios.

El resultado de la oración creyente es que la paz de Dios será el centinela que guarde nuestros corazones. La palabra que usa Pablo (*frurein*) es el término militar para *montar la guardia*. Esa paz de Dios, dice Pablo, como dice la Reina-Valera, *sobrepasa todo entendimiento*. Eso no quiere decir que sea tan misteriosa que la mente humana no la pueda entender, aunque eso también es cierto. Quiere decir que la paz de Dios es tan preciosa que la mente humana, con toda su habilidad y conocimiento, nunca la puede producir; no es algo que uno se puede ingeniar; es exclusivamente un don de Dios. El camino a la paz consiste en confiarnos a nosotros mismos y todo lo que nos es querido en las amorosas manos de Dios.

LOS VERDADEROS PAÍSES DE LA MENTE

Filipenses 4:8s

Creo que solo me falta por decir, hermanos, que vuestro pensamiento se debe concentrar en todo lo que sea auténtico, en todo lo que esté revestido de la dignidad de la santidad, en todo lo que sea correcto, en todo lo que sea puro, en todo lo que merezca amor, en todo lo que sea bienhablado, en todo lo que se reconozca excelente, y en todo lo que gane la alabanza de las personas. Debéis perseverar en poner en práctica las lecciones que habéis recibido de mí y el ejemplo que os he dado en palabra y en acción. Así el Dios de la paz estará con vosotros.

La mente humana se tiene que concentrar en algo, y Pablo quería estar seguro de que los filipenses se concentraran en cosas que valieran la pena. Esto es algo de suprema importancia porque es una ley de vida que si uno piensa en algo con suficiente frecuencia e intensidad llegará al punto en que no pueda dejar de pensar en ello: -Sus pensamientos discurrirán literalmente por un cauce del que no se podrán salir. Es por tanto de la mayor importancia el que concentremos nuestro pensamiento en cosas buenas, y Pablo hace una lista de algunas de ellas.

Hay cosas que son *auténticas*. Muchas de las cosas de este mundo son engañosas e ilusorias, prometen lo que no pueden cumplir, ofrecen una paz imaginaria y una felicidad inalcanzable. Uno debe siempre fijar su pensamiento en cosas que no le fallen.

Hay cosas que son, como dice la Reina-Valera, *honestas*. Este es un uso clásico de la palabra en el sentido de *probo, recto, honrado*, como define el D.R.A.E. en la acepción 4. Otras traducciones ponen *decorosas* (B.C.), *respetable* (RV'77, N.B.E.), *honorable* (R-V.A.), *noble* (HA, L.B.).

Por **todo esto se puede ver que el original** (*semnós*) es difícil de traducir. Es la palabra que se usa propiamente de los dioses y de sus templos. Cuando se usa de una persona, la describe como alguien que se mueve por el mundo como si estuviera en el templo de Dios. Pero la palabra realmente describe lo *que está revestido de la dignidad de la santidad*. Hay cosas en este mundo que son ligeras, que no tienen seriedad, que no son atractivas más que para los ligeros de cascos; por el contrario, es en las cosas que son serias y dignas en las que el cristiano debe concentrar la mente.

Hay cosas que son *justas*. En griego, la palabra *da7caios* define al que da a Dios y a los hombres lo que les es debido. El juez *injusto* de la parábola se definía como uno que < ni temía a Dios ni respetaba a hombre > (*Lucas* 18:2). En otras palabras, *dclcaios* es la palabra del *deber asumido y cumplido*. Hay quienes no piensan más que en el placer, la comodidad y la buena vida. El cristiano concentra su pensamiento en sus deberes para con Dios y para con sus semejantes.

Hay cosas que son *puras*. La palabra original es *hagnós*, otra palabra de muchos matices. Define lo que está moralmente incontaminado. Cuando se refiere a los sacrificios describe lo que se ha purificado hasta dejarlo apto para ser presentado a Dios y usado en Su servicio. Este mundo está lleno de cosas que son asquerosas y desharrapadas y sucias y obscenas. Muchas personas tienen la mente en tal estado que ensucian todo lo que piensan. La mente del cristiano se concentra en lo que es puro; sus pensamientos son tan limpios que pueden resistir el escrutinio de Dios. Hay cosas que son, como dicen muchas versiones de la Biblia, *amables*. Es la traducción más exacta de la palabra original *prosfilés* si le damos su sentido original de *digno de ser amado*. Hay algunos que tienen la mente tan concentrada en el castigo y la venganza que no provocan más que amargura y miedo en otros. Hay algunos que tienen la mente tan programada para la crítica y la bronca y la burla que no provocan más que resentimiento en los demás. La mente de la persona cristiana se concentra en cosas

amables -la simpatía; la tolerancia, la comprensión- de tal manera que resulta amable para los demás: basta verla para quererla.

Hay cosas que son, como dicen la Reina-Valera y otras, *de buen nombre*. Otras traducciones proponen *bien reputadas* (B.C.), *de buena reputación* (Nou T), *de buena fama* (N.B.E.). No es fácil llegar al sentido de esta palabra, *euféma*, que quiere decir literalmente *bien habladas*, pero que se conectaba especialmente con el silencio santo al principio de un sacrificio en la presencia de los dioses. Tal vez no fuera excesivo decir que describe lo *que es apto para que Dios lo oiga*. Hay demasiadas

palabrotas y tacos y blasfemias en el mundo. En los labios y en las mentes de los cristianos debe haber solamente palabras aptas para que Dios las oiga.

Pablo prosigue: Si *hay virtud alguna* (R-V). Otros traducen la palabra original *areté* por *excelencia* en vez de *virtud*. Lo curioso es que, aunque *areté* era una de las grandes palabras clásicas, parece que Pablo la evita deliberadamente, y esta es la única vez que aparece en sus escritos. En el pensamiento clásico describía cualquier clase de excelencia. Podía referirse a la excelencia de un campo, de herramienta para cierto uso, a la excelencia física de un animal, al coraje de un soldado, a la virtud moral. Lightfoot sugiere que, con esta palabra, Pablo convoca como aliado todo lo que era excelente en el trasfondo pagano de sus amigos. Es como si estuviera diciendo: «Si la antigua idea pagana de la excelencia en la que os criasteis tiene alguna influencia sobre vosotros, incluídla en vuestro pensamiento. Pensad en vuestra vida pasada en su nivel más alto, para que os estimule a alcanzar nuevas alturas en el camino cristiano.» El mundo tiene sus impurezas y sus degradaciones, pero es indudable que tiene también sus noblezas e ideales, y es en las cosas más elevadas en las que debe pensar el cristiano.

Por último, Pablo dice: Si *alguna alabanza* (*épainos*). En un sentido, es cierto que el cristiano no tiene en cuenta la alabanza de los hombres; pero, en otro sentido, a toda persona

buena la eleva la alabanza de los buenos. Así es que Pablo dice que el cristiano debe vivir de tal manera que ni desee vanidosamente ni desprecie neciamente la alabanza de los hombres. Pero está más de acuerdo con el contexto lo que dice la Reina-Valera: Si *algo digno de alabanza* (*digne d'elogi, Nou T*). Aunque muchas veces el cristiano no estará de acuerdo en que muchas de las cosas que alaba el mundo sean dignas de alabanza, habrá casos en que sí; y le debe importar la aprobación de los suyos, y supremamente la de Dios.

LA VERDADERA ENSEÑANZA Y EL VERDADERO DIOS

Fitipenses 4:8s

En este pasaje, Pablo establece el método de la enseñanza correcta.

Habla de las cosas que los filipenses *han aprendido*. Estas eran las cosas que él mismo les había enseñado. Esto representa la interpretación personal del Evangelio que Pablo les aportó. Habla de las cosas que los filipenses *han recibido*. La palabra original es *paralambánein*, que quiere decir específicamente aceptar una tradición fijada. Esto equivale a la enseñanza de la Iglesia que Pablo les había transmitido.

De estas dos palabras podemos deducir que la enseñanza incluía dos partes. Una parte era el cuerpo de doctrina que mantenía toda la Iglesia; y otra era la explicación de esa doctrina por medio de la interpretación e instrucción del maestro. Si hemos de enseñar o de predicar debemos conocer el cuerpo de doctrina aceptada por la Iglesia; y luego lo tenemos que pasar por nuestra mente y entregárselo a otros, tanto en su sencillez original como en el sentido que nuestra propia experiencia y pensamiento le hayan dado.

Pablo pasa más adelante. Les dice a los filipenses que imiten lo que han oído y visto en él. Desgraciadamente, pocos

maestros y predicadores pueden decir eso; y sin embargo, sigue siendo verdad que el ejemplo personal es una parte esencial de la enseñanza. El maestro debe demostrar en acción la verdad que expresa en palabras.

Por último, Pablo les dice a sus amigos filipenses que, si hacen eso con fidelidad, el Dios de la paz estará con ellos. Es de gran interés estudiar los títulos que el apóstol Pablo Le da a Dios.

(i) Es *el Dios de la paz*. Este es, de hecho, su título favorito de Dios (*Romanos 16:20; 1 Corintios 14:33; 1 Tesalonicenses 5:23*). Para un judío la paz no era algo puramente negativo, como la ausencia de guerra o de problemas. Era todo lo que contribuye al bien supremo del ser humano. Sólo en la amistad con Dios puede una persona encontrar la vida como es debido. Pero también para un judío esta paz se manifestaba especialmente en *las relaciones personales correctas*. Sólo por la gracia de Dios podemos entrar en la relación correcta con Él y con nuestros semejantes. El Dios de la paz puede hacer que nuestra vida sea conforme a Su propósito, permitiéndonos entrar en las debidas relaciones consigo mismo y con nuestros semejantes.

(ii) Es *el Dios de la esperanza* (*manos 15:13*). La fe en Dios es lo único que puede guardar a una persona de la desesperación total. Sólo el sentimiento de la gracia de Dios puede guardarle a uno de desesperar de sí mismo; y sólo el sentimiento de la providencia general de Dios puede guardarle de desesperar del mundo. El salmista cantaba: <¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarle, ¡salvación mía y Dios mío!> (*Salmos 42:11; 43:5*). La esperanza del cristiano es indestructible, porque está fundada en el Dios eterno.

(iii) Es *el Dios de la paciencia y de la consolación (Romanos 15:5; 2 Corintios 1:3)*. Aquí tenemos dos grandes palabras. Paciencia es el griego *hypomoné*, que no quiere decir nunca la actitud del proverbio chino del que se sienta a su puerta a esperar que pase el cortejo fúnebre de su enemigo, sino la del que se levanta y se enfrenta y conquista las situaciones adversas. Dios es Quien nos da el poder para usar cualquier experiencia para revestir la vida de grandeza y de gloria. Dios es Aquel en Quien aprendemos a usar el gozo y el dolor, el éxito y el fracaso, el logro y la desilusión igualmente para ennoblecer y enriquecer la vida, para hacernos más útiles a los demás y para acercarnos a Él. *La consolación* es la palabra griega *paraklésis*, que es mucho más que un gesto de simpatía; es el aliento. Es la ayuda que no se limita a echar el brazo por el hombro, sino que anima a enfrentarse con el mundo; no consiste en secar las lágrimas, sino en capacitar al afligido o débil a enfrentarse con el mundo con mirada firme. *Paraklésis* es consuelo y fuerza combinados. Dios es Aquel en Quien cualquier situación se convierte en gloriosa, y en Quien puede uno encontrar la fuerza para proseguir gallardamente cuando la vida parece desmoronarse.

(iv) Es *el Dios del amor y de la paz (2 Corintios 13: II)*. Aquí llegamos al corazón del asunto. Detrás de todas las cosas está ese amor de Dios que no nos abandona nunca, que soporta todos nuestros pecados, que no nos arroja como inservibles, que no nos debilita con sensiblerías sino que nos fortalece virilmente para la batalla de la vida.

Paz, esperanza, paciencia, aliento, amor -estas son las cosas que Pablo encontró en Dios. No cabe duda de que «nuestra capacidad proviene de Dios» (2 Corintios 3:5).

EL SECRETO DE LA VERDADERA INDEPENDENCIA

Filipenses 4:10-13

Mucho gozo me produjo en el Señor el que últimamente hayáis hecho florecer otra vez vuestra preocupación por mí. Esto es algo en lo que siempre habéis tenido interés, pero no teníais oportunidad. No

lo digo como si estuviera pasando apuros, porque he aprendido a contentarme en cualquier situación que me encuentre. Lo mismo sé vivir en las circunstancias más estrechas que tener más de lo necesario. En todo y por todo he aprendido el secreto de estar bien alimentado o de pasar hambre, de tener más, o menos, de lo necesario: ¡Todo lo puedo arrostrar gracias al Que me infunde las fuerzas!

Al ir llegando al final de su carta, Pablo expresa muy cordialmente su agradecimiento por lo que le han mandado los hermanos filipenses. Sabía que le habían tenido siempre presente en su mente y oraciones, pero las circunstancias hasta el momento no les había deparado oportunidad para demostrárselo.

No era que no estuviera conforme con sus circunstancias, porque había aprendido *a ser independiente*. Pablo emplea una de las grandes palabras de la ética pagana (*autárkés*), que quiere decir *totalmente autosuficiente*. *Autárkeia*, autosuficiencia, era la meta suprema de j la ética estoica; por ella entendían los estoicos un estado mental en el que el hombre era totalmente independiente de todas las cosas y de todas las personas. Se proponían llegar a ese estado siguiendo un proceso mental.

(i) Se proponían eliminar todos los deseos. Los estoicos creían acertadamente que la autosuficiencia no consistía en poseer mucho, sino en desear poco: «Si queréis hacer feliz a un hombre decían-, no aumentéis sus posesiones, sino reducid sus deseos.» A Sócrates le preguntaron una vez quién era el hombre más rico. Contestó: « El que se contenta con menos, porque *autárkeia* es la riqueza de la naturaleza.» Los estoicos creían que la única manera de llegar a la autosuficiencia era abolir todo deseo hasta que uno llegaba a la situación en que nada ni nadie le era esencial.

(ii) Proponían eliminar toda emoción hasta que uno llegaba a la situación en la que dejaba de importarle lo que le sucediera a él o a ningún otro. Decía Epicteto: < Empieza con una taza o con cualquier otro utensilio casero. Si se te rompe, di: "No me importa." Pasa a un caballo o a un perro doméstico; si le pasa algo, di: "No me importa." Pasa a ti mismo, y si te haces daño o sufres de alguna manera, di: "No me importa." Si perseveras en esta actitud, y si la mantienes en serio, llegarás a la situación en que puedas ver sufrir y aun morir a la persona que te sea más querida, y decir: "No me importa."> La meta de los estoicos era abolir todo sentimiento del corazón humano.

(iii) Esto se tenía que hacer mediante un acto deliberado de la mente que veía en todo la voluntad de Dios. Los estoicos creían que no había absolutamente nada que pudiera suceder que no fuera la voluntad de Dios. Por muy doloroso que fuera, por muy desastroso que pareciera, era la voluntad de Dios. Por tanto, era inútil tratar de resistirse; uno tenía que endurecerse y aceptar absolutamente todo.

Para llegar a la autosuficiencia, los estoicos abolían todos los deseos y eliminaban todas las emociones. Se desarraigaba de la vida el amor y se prohibía el interés. Como dice T. R. Glover: < Los estoicos convertían el corazón en un desierto, y le llamaban paz.>

Vemos en seguida la diferencia entre los estoicos y Pablo. Los estoicos decían: < Aprenderé a ser autosuficiente mediante un acto de mi propia voluntad.> Pablo decía: < Todo lo puedo arrostrar gracias al Cristo Que me infunde las fuerzas.> Para los estoicos, la autosuficiencia era un logro humano; para Pablo era un don divino. El estoico era *auto-suficiente*; Pablo era *Dios-suficiente*. El estoicismo fracasaba porque no era humano; el Cristianismo triunfa porque está enraizado en lo divino. Pablo podía arrostrar cualquier cosa, porque en toda situación tenía a Cristo; la persona que camina con Cristo puede arrostrarlo todo.

LA VERDADERA VALÍA DE UN DONATIVO

Filipenses 4:14-20

De todas maneras, os agradezco mucho que estuvierais dispuestos a compartir la carga de mis problemas. Ya sabéis vosotros, amigos filipenses, que al principio de la labor evangelizadora, cuando salí para Macedonia, ninguna iglesia se asoció conmigo dando y recibiendo más que vosotros, porque a Tesalónica me enviasteis para ayudarme en mis necesidades, no una, sino hasta dos veces. No es que esté esperando regalos; lo que estoy buscando es el fruto de vuestra fe que acrecienta vuestra cuenta. Yo tengo ya lo necesario, y mucho más, en todos sentidos. Estoy bien provisionado ahora que he recibido por medio de Epafrodito el donativo que me ha llegado de vosotros, olor de dulce aroma, un sacrificio aceptable, agradable a Dios. Y mi Dios suplirá generosamente todas vuestras necesidades conforme a Sus riquezas en Jesucristo. ¡Gloria sea a nuestro Dios y Padre para siempre jamás! Amén.

La generosidad de la iglesia filipense con Pablo había empezado hacía un tiempo considerable. En *Hechos 16 y 17*, leemos que Pablo predicó el Evangelio en Filipos, y de ahí pasó a Tesalónica y Berea. Ya entonces la iglesia filipense dio prueba de su amor a Pablo. Él estaba en una relación única con los filipenses, porque de ninguna otra iglesia había aceptado donativos o ayuda. Eso había sido lo que había molestado a los corintios (2 *Corintios* 11:7-12).

Pablo dice algo encantador: «No es que esté buscando vuestros donativos para aprovecharme, aunque vuestra aportación me conmueve en lo más íntimo y me hace feliz. No necesito nada, porque tengo más que suficiente; pero estoy contento de que me hayáis mandado este donativo por el bien que os reporta a vosotros mismos, porque vuestra amabilidad os concede un crédito considerable a la vista de Dios.» La generosidad de sus amigos le hacía feliz, no por el propio interés de Pablo, sino por el de sus amigos filipenses. Y entonces usa palabras que definen el donativo de los filipenses como un sacrificio ofrecido a Dios: «Olor de dulce aroma,» lo llama. Esa era una frase corriente en el Antiguo Testamento hablando de un sacrificio agradable a Dios. Es como si el olor del sacrificio fuera agradable al olfato de Dios (*Génesis* 8:21; *Levítico* 1:9,13,17). La alegría de Pablo al recibir el regalo no se la produjo ningún interés egoísta, sino altruista: por el beneficio que reportaba a los donantes, porque en sí mismo y en el amor que generaba era agradable a Dios.

En la última frase, Pablo establece que el hacer un regalo nunca deja más pobre al que lo hace. La riqueza de Dios está abierta a los que Le aman y aman a sus semejantes. El que da se hace más rico, porque el dar le abre a los dones de Dios.

SALUDOS

Filipenses 4:21-23

Recuerdos en Jesucristo a todos los que están dedicados a Dios. Los hermanos que están conmigo os mandan muchos recuerdos, especialmente los que son de la casa de César. ¡Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu!

La carta llega a su final con saludos. En esta última sección hay una frase intensamente interesante. Pablo manda recuerdos especialmente de los hermanos cristianos que son de *la casa de César*. Es importante que entendamos correctamente esta frase. No quiere decir que fueran de la familia de César en el sentido corriente. La casa de César era el nombre que se daba a lo que nosotros llamaríamos el servicio civil del Imperio, que tenía miembros por todo el mundo. Los funcionarios de

palacio, los secretarios, los que estaban a cargo de los fondos imperiales, los responsables de la administración cotidiana de los asuntos del Imperio, todos estos eran la casa de César. Es del máximo interés que nos demos cuenta de que el Cristianismo ya había penetrado hasta en el mismo centro del gobierno romano y sus esferas más elevadas. Esta es la frase que nos lo revela más claramente en todo el Nuevo Testamento. Habrían de pasar otros trescientos años antes de que el Cristianismo llegara a ser la

religión del Imperio, pero ya se vislumbraban las primeras señales del triunfo definitivo de Cristo. El Carpintero que fue crucificado ya había empezado a reinar en las vidas de los que gobernaban el mayor imperio del mundo.

Y así termina la carta: «¡Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu!» Los filipenses le habían enviado su donativo a Pablo. Él no tenía más que un regalo que hacerles: su bendición. Pero, ¿qué mayor don se le puede dar a nadie que recordarle en nuestras oraciones?

LA CARTA A LOS COLOSENSES

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS COLOSENSES

LAS CIUDADES DEL VALLE DEL LICO

A unos ciento cincuenta kilómetros de Éfeso, en el valle del río Lico, cerca de donde se une con el Meandro, hubo una vez tres ciudades importantes: Laodicea, Hierápolis y Colosas. En su origen habían sido ciudades frías, pero en el tiempo que nos ocupa eran parte de la provincia romana de Asia. Casi se podían ver cada una desde las otras. Hierápolis y Laodicea estaban en orillas opuestas del río Lico que corría entre ambas, separadas solo unos diez kilómetros, a la vista la una de la otra; Colosas estaba situada a ambos lados, como una silla de montar, quince kilómetros río arriba.

El valle del Lico tenía dos características notables.

(i) Era famoso por sus terremotos. Estrabón lo describía con un curioso adjetivo, *euseistós*, *bueno para seísmos*. Laodicea había sido destruida por terremotos más de una vez; pero era una ciudad tan rica e independiente que había surgido de sus ruinas sin aceptar la ayuda que le había ofrecido el gobierno romano. Como el Juan que escribió el *Apocalipsis* había de decir de ella, sé consideraba rica y no tenía necesidad de nada (*Apocalipsis 3:17*).

(ii) Las aguas del Lico y de sus afluentes estaban impregnadas de cal. Esta cal se concentraba formando un paisaje de formas naturales de lo más alucinantes. Lightfoot escribe en su descripción del área: «Los monumentos antiguos están enterrados; la tierra fértil está cubierta de costras impenetrables; los cauces de los ríos se embozan, y las corrientes se desvían; se forman grutas fantásticas y cascadas y arcos de piedra por este poder extraño, caprichoso, a la vez creador y destructivo, que labora calladamente a través de los siglos. Fatales para la vegetación, estas incrustaciones se extienden como una mortaja pétrea sobre el suelo. Reluciendo como glaciares en las colinas, atraen la mirada de los viajeros a una distancia de treinta kilómetros, y forman un esquema impactante de escenario de belleza y grandeza nada **corrientes**.»

UNA REGIÓN RICA

A pesar de todo esto, esta era un área rica y famosa por dos características estrechamente entrelazadas. El terreno volcánico es siempre fértil; y donde no estaba cubierto de incrustaciones caliginosas había una formidable tierra de pastos, en los que se criaban grandes rebaños de ovejas que hacían que aquella área fuera probablemente el centro más importante del mundo para la industria de la lana. Laodicea era especialmente famosa por la fabricación de ropa de la mejor calidad. El negocio parejo era el de los tintes. Aquellas aguas calizas tenían una cualidad que las hacía especialmente idóneas para teñir el paño, y Colosas era tan famosa por este comercio que le daba su nombre a un cierto tinte.

Así es que estas tres ciudades se encontraban en un distrito de considerable interés geográfico y de la mayor prosperidad comercial.

UNA CIUDAD SIN IMPORTANCIA

En su origen, las tres ciudades habían tenido la misma importancia; pero, con el paso de los años, sus caminos se separaron. Laodicea se convirtió en el centro político del distrito y en el cuartel general financiero de toda aquella área, una ciudad extraordinariamente próspera. Hierápolis se convirtió

en un gran centro comercial y tenía unos baños famosísimos. En aquella área volcánica había muchas grietas en el terreno por las que se filtraban vapores y fuentes famosas por sus propiedades medicinales; y la gente iba a millares a Hierápolis a seguir un tratamiento en los baños y a beber las aguas.

Hubo un tiempo en que Colosas era tan grande como las otras dos. A sus espaldas se levantaba la cordillera de Cadmo, y Colosas controlaba las carreteras que pasaban por sus puertos. Tanto Jerjes como Ciro se habían detenido allí con sus ejércitos invasores, y Heródoto le había dado el calificativo de cuna gran ciudad de Frigia.» Pero, por alguna razón, la gloria se ausentó de ella. La grandeza de esa ausencia se puede ver por el hecho de que Laodicea y Hierápolis se pueden descubrir hasta nuestros días por las ruinas que quedan de algunos grandes edificios; pero no hay ni una piedra que recuerde dónde estaba Colosas, y su

emplazamiento sigue siendo cuestión de conjeturas. Hasta cuando Pablo escribió esta carta Colosas era un pueblo pequeño; y dice Lightfoot que era el pueblo menos importante adonde Pablo envió una carta.

El hecho indudable es que fue en este pueblo de Colosas donde surgió una herejía que, si se le hubiera permitido desarrollarse libremente, podría haber llegado a arruinar la fe cristiana.

LOS JUDÍOS DE FRIGIA

Hay que añadirle otro detalle a esta descripción para completarla. Estas tres ciudades estaban en una zona en la que había muchos judíos. Mucho tiempo atrás, Antíoco el Grande había transportado dos mil familias judías desde Babilonia y Mesopotamia a las regiones de Frigia y Lidia. Esos judíos habían prosperado y, como sucede siempre en esos casos, muchos otros compatriotas suyos habían ido a aquella zona a participar de su prosperidad. Y fueron tantos, que los judíos más estrictos se lamentaban de que tantos judíos abandonaran los rigores de su tierra ancestral para irse a gozar de < los vinos y los baños de Frigia.>

El número de judíos que residían allí se puede deducir del siguiente incidente histórico. Laodicea, como ya hemos visto, era el centro administrativo del distrito. El año 62 a.C., el gobernador romano residente allí era un tal Flaco. Trató de encontrar la manera de que los judíos dejaran de mandar dinero fuera de la provincia para pagar el tributo del Templo. Puso un embargo a la fuga de capital; y sólo en su parte de la provincia retuvo como contrabando no menos de veinte libras de oro que salían con destino al Templo de Jerusalén. Esa cantidad de oro equivaldría al tributo del Templo de no menos de 11,000 personas. Como las mujeres y los niños estaban exentos, y como muchos judíos conseguirían esquivar la vigilancia, podemos suponer que la población judía se elevaría muy cerca de los 50,000.

LA IGLESIA DE COLOSAS

La iglesia cristiana de Colosas no la había fundado Pablo, ni tampoco visitado. Él incluye a los colosenses y laodicenses entre los que no le han visto nunca personalmente (2:1). Pero no cabe duda de que su fundación había sido dirigida por él. Durante los tres años que pasó en Éfeso fue evangelizada toda la provincia de Asia, de manera que todos sus habitantes, tanto judíos como griegos, escucharon la palabra del Señor (*Hechos 19:10*). Colosas estaba a unos ciento cincuenta kilómetros de Éfeso, y sin duda fue en esa campaña de expansión cuando se fundó la iglesia de Colosas. No sabemos quién fue su fundador; pero bien puede haber sido Epafras, al que se describe como consiervo amado de Pablo y fiel ministro del Señor en aquella iglesia, y al que más adelante se relaciona también con Hierápolis y Laodicea (1:7; 4:12s). Si Epafras no fue el fundador de la iglesia cristiana de allí, fue sin duda el ministro a cargo de aquella zona.

UNA IGLESIA GENTIL

Está claro que la iglesia de Colosas era gentil en su mayoría. La frase *extraños y hostiles de mente* (1:21) es la que Pablo usaba corrientemente para referirse a los que habían estado fuera del pacto de la promesa. En 1:27 habla de dar a conocer el misterio de Cristo entre los gentiles, refiriéndose claramente a los mismos colosenses. En 3:5-7 da una lista de sus pecados antes de hacerse cristianos, que son característicamente pecados paganos. Podemos concluir con seguridad que la membresía de la iglesia colosense estaba formada en su mayoría por gentiles.

UNA AMENAZA PARA LA IGLESIA

Debe haber sido Epafras el que le trajo noticias a Pablo, que estaba preso en Roma, de la situación que se estaba desarrollando en Colosas. Muchas de las noticias eran buenas, de forma que Pablo da gracias a Dios por su fe en Cristo y su amor a los santos (1:4). Se goza del fruto cristiano que están produciendo (1:6). Epafras le ha traído noticias de su amor en el Espíritu (1:8). Se alegra de saber que se mantienen en orden y están firmes en la fe (2:5). Había problemas en Colosas, sin duda; pero no había llegado a haber una epidemia. Pablo creía que prevenir era mejor que curar, y trata el mal en esta carta antes de que se extienda.

«LA HEREJÍA COLOSENSE»

No se puede decir de seguro cuál era la herejía que amenazaba la vida de la iglesia colosense. «La herejía colosense» es uno de los problemas en el estudio del Nuevo Testamento. Lo que podemos hacer es estudiar la carta, hacer una lista de las características que nos indica, y ver si podemos encontrar alguna tendencia herética general a la que correspondan.

(i) Está claro que era una herejía que atacaba la suficiencia total y la supremacía única de Jesucristo. Ninguna otra carta de Pablo presenta una enseñanza tan elevada de Jesucristo ni insiste tanto en Su plenitud y suficiencia. Jesucristo es la imagen del

Dios invisible; en Él habita toda plenitud (1:15,19). En Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (2:2). En Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (2:9).

(ii) Pablo se esfuerza en subrayar el papel de Cristo en la Creación. Por Él fueron creadas todas las cosas (1:16); en Él subsisten todas las cosas (1:17). El Hijo fue el instrumento del Padre en la Creación del universo.

(iii) Al mismo tiempo se esfuerza en subrayar la humanidad real de Jesucristo. Fue en Su cuerpo de carne y hueso como realizó Su obra redentora (1:22). La plenitud de la divinidad mora en Él *sómatikós*, en forma corporal (2:9). A pesar de Su divinidad Jesucristo fue verdaderamente humano.

(iv) Parece que había un elemento de astrología en esta herejía. En 2:8, la versión Reina-Valera'95 pone que los herejes colosenses se conducían de acuerdo con *los elementos* del mundo, y en 2:20, que deberían haber muerto a *los rudimentos* del mundo. La palabra que se traduce por *elementos o rudimentos* es *stojieia*, que tiene dos significados.

(a) Su sentido primario es *una sucesión de cosas*; puede referirse, por ejemplo, a una fila de soldados; pero uno de sus significados más corrientes es el ABC, las letras del abecedario colocadas como en una fila. De ahí pasó a significar *los elementos constitutivos de cualquier asunto*, los rudimentos, que es el sentido que le asigna la Reina-Valera (v. notas en la edición de 1995). Si es ese el sentido correcto, Pablo quiere decir que los colosenses estaban volviéndose atrás a una especie de cristianismo elemental cuando deberían estar avanzando hacia la madurez.

(b) Creemos que el segundo significado es el más probable. *Stojieia* puede querer decir *los espíritus elementales del mundo*, y especialmente los espíritus de las estrellas y de los planetas. El mundo antiguo estaba dominado por la idea de la influencia de las estrellas; y hasta los hombres más sabios y grandes no hacían nada sin consultárselo. Se creía que todas las cosas estaban en poder de un fatalismo férreo que dependía de las estrellas; y la astrología profesaba proveer a los hombres del conocimiento secreto que podía liberarlos de la esclavitud a los espíritus elementales. Es muy probable que los falsos maestros colosenses estuvieran enseñando que se necesitaba algo más que Jesucristo para liberar a las personas de la sujeción a esos espíritus elementales.

(v) Esta herejía daba mucha importancia a los poderes de los espíritus demoníacos. Hay frecuentes referencias a los *principados y las autoridades*, que son los nombres que les da Pablo (1:16; 2:10, 15). El mundo antiguo creía implícitamente en los poderes demoníacos. El aire estaba lleno de ellos. Todas las fuerzas naturales -el viento, el rayo, el trueno, la lluvia tenían sus superintendentes demoníacos. Todos los lugares, los árboles, los ríos, los lagos, tenían su espíritu. Eran en cierto sentido intermediarios entre Dios y los hombres, y en otro sentido eran obstáculos para llegar a Él, porque la mayoría eran hostiles a los seres humanos. El mundo antiguo vivía en un universo asediado por los demonios. Los falsos maestros colosenses decían claramente que se necesitaba algo más, aparte de Jesucristo, para vencer el poder de los demonios.

(vi) Había lo que podríamos llamar el elemento filosófico de esta herejía. Los herejes pretendían ganarse a los creyentes con filosofías y vanas sutilezas (2:8). Está claro que los herejes colosenses decían que la sencillez del Evangelio necesitaba que se le añadiera un conocimiento mucho más elaborado y esotérico.

(vii) Había una tendencia en esta herejía a insistir en la observancia de ciertos días y rituales -festividades, lunas nuevas y sábados (2:16).

(viii) Está claro que había un posible elemento ascético en esta herejía. Establecía leyes acerca de la comida y la bebida (2:16). Sus lemas eran: < No uses; no comas; no toques > (2:21).

Era una herejía que pretendía limitar la libertad cristiana insistiendo en toda clase de ordenanzas legalistas.

(ix) Por otra parte esta herejía tenía por lo menos una parte de antinomismo. Tendía a hacer que las personas descuidaran la castidad que debe tener el cristiano y tomaran a la ligera los pecados del cuerpo (3:5-8).

(x) Al parecer esta herejía daba por lo menos lugar al culto de los ángeles (2:18). Al mismo tiempo que a los demonios, introducía intermediarios angélicos entre Dios y los hombres.

(xi) Por último, parece haber habido en esta herejía algo que podríamos llamar cursilería intelectual y espiritual. En 1:28 Pablo establece su propia finalidad: advertir a *todo hombre*; enseñar a *todo hombre* en *toda* sabiduría, y presentar a *todo hombre maduro* en Jesucristo. Vemos cómo reitera la frase *todo hombre*, y que se propone hacerlos a todos *maduros* en *toda* sabiduría. Claramente se implica que los herejes limitaban el Evangelio a unos pocos escogidos, e introducían una aristocracia espiritual e intelectual en la amplia invitación de la fe cristiana.

LA HEREJÍA GNÓSTICA

¿Había alguna tendencia herética general de pensamiento que incluyera todo esto? Existía lo que se llamaba *el gnosticismo*. Empezaba por dos suposiciones básicas sobre la materia. La primera, creía que solamente el espíritu era bueno, y la materia era esencialmente mala. La segunda, creían que la materia era eterna; y que el universo no fue creado partiendo de la nada -que es la creencia ortodoxa---, sino de esa materia imperfecta. Ahora bien: esta creencia básica tenía ciertas consecuencias.

(i) Tenía un efecto en la doctrina de la Creación. Si Dios era espíritu, era totalmente bueno y no podía trabajar con una materia mala. Por tanto, Dios *no* era el Creador del mundo. Dios había producido una serie de emanaciones, cada vez más

lejos de Él, hasta que al final de la serie hubo una tan distante de Dios que podía manejar la materia; y fue esa emanación la que creó el mundo. Y los gnósticos llegaban todavía más lejos. Puesto que cada sucesiva emanación estaba más distante de Dios que las anteriores, también eran cada vez más ignorantes de Dios; y al crecer la serie en ignorancia, esta se volvía hostilidad. Así es que las emanaciones más distantes de Dios eran al mismo tiempo ignorantes de Dios y hostiles a Dios. De ahí se deducía que la que creó el mundo era al mismo tiempo ignorante y hostil al verdadero Dios. Para salir al paso de la doctrina gnóstica de la Creación, Pablo insistía en que el Agente de Dios en la obra de la Creación no era un poder ignorante y hostil, sino el Hijo, Que conocía y amaba perfectamente al Padre.

(ii) Tenía un efecto en la doctrina de la Persona de Jesucristo. Si la materia era totalmente mala y Jesucristo era el Hijo de Dios, entonces no podía asumir un cuerpo de carne y sangre, argüían los gnósticos. Debía haber sido una especie de Fantasma espiritual. Así es que los relatos gnósticos dicen que Jesús no dejaba huellas en el suelo cuando andaba. Esto distanciaba a Jesús completamente de la humanidad, y hacía imposible que fuera el Salvador de los hombres. Para salir al paso de esta doctrina gnóstica Pablo insistía en el cuerpo de carne y sangre de Jesús, e insistía en que Jesús salvó a los hombres en Su cuerpo de carne.

(iii) Tenía sus efectos en el enfoque ético de la vida. Si la materia era mala, se seguía que nuestros cuerpos eran malos. Y en ese caso se seguían dos consecuencias. (a) Debemos castigar a nuestro cuerpo y privarle hasta de lo más esencial; debemos practicar un rígido ascetismo en el que el cuerpo sea sometido y se le nieguen los deseos y hasta las necesidades. (b) Era igualmente posible tomar el punto de vista opuesto. Si el cuerpo era malo, no importaba lo que se hiciera con él. El espíritu era lo que importaba. Por tanto uno podía saciar los deseos del cuerpo, porque daba lo mismo.

El gnosticismo podía, por tanto, desembocar en el ascetismo, con toda clase de reglas y restricciones; o en el antinomismo, en el que se justificaban todas las inmoralidades. Y podemos ver estas dos tendencias en acción en los falsos maestros colosenses.

(iv) A esto seguía una cosa: el gnosticismo era una manera de pensar y de vivir altamente intelectual. Había esa larga serie de emanaciones entre Dios y el hombre; y el hombre tenía que ascender laboriosamente esa larga escala para llegar a Dios. Para ello necesitaba toda clase de conocimientos secretos y enseñanza esotérica y consignas ocultas. Si tenía que practicar un ascetismo rígido, tenía que conocer las reglas; y su ascetismo habría de ser tan rígido que le impidiera dedicarse a las tareas normales de la vida. Por tanto, los gnósticos tenían muy claro que los niveles más altos de la religión no estaban al alcance más que de unos pocos elegidos. Esta convicción de tener que pertenecer a una aristocracia intelectual religiosa coincide precisamente con la situación de Colosas.

(v) Todavía queda un detalle por encasillar en este cuadro. Está claro que había un elemento judío en la falsa enseñanza que amenazaba a la iglesia colosense. Los festivales y las nuevas lunas y los sábados eran cosas características de los judíos; las leyes sobre alimentos y bebidas eran esencialmente las leyes levíticas judías. ¿Dónde entraban los judíos en esto? Es extraño que muchos judíos se sintieran atraídos por el gnosticismo. Sabían todo lo que había que saber acerca de los ángeles y los demonios y los espíritus. Pero, sobre todo, decían: < Sabemos muy bien que hay que tener un conocimiento especial para llegar a Dios. Sabemos muy bien que Jesús y Su Evangelio se pasan de sencillos -y que ese conocimiento especial no se puede encontrar más que en la Ley judía, en la Torá. Ese conocimiento especial que le permite al hombre alcanzar a Dios no es otro que nuestro ritual y nuestra ley ceremonial.> El resultado era que había, no infrecuentemente, una extraña alianza entre el gnosticismo y el judaísmo; y eso era lo que se encontraba en Colosas, donde, como ya hemos

visto, había muchos judíos. Al fin y al cabo en nuestros días sigue habiendo herejías que se caracterizan por tratar de volver al Antiguo Testamento y a prácticas y ritos y leyes dietéticas de los judíos.

Está claro que los falsos maestros de Colosas estaban teñidos de gnosticismo. Trataban de convertir el Cristianismo en una filosofía o en una teosofía; y, si lo hubieran conseguido, habrían destruido la fe cristiana.

LA AUTORÍA DE LA CARTA

Todavía nos queda una cuestión. Muchos estudiosos no creen que Pablo fuera el que escribió esta carta. Tienen tres razones.

(i) Dicen que hay en *Colosenses* muchas palabras y frases que no aparecen ninguna de las cartas indiscutibles de Pablo. Eso es perfectamente cierto. Pero no prueba nada. No podemos esperar que nadie escriba siempre de la misma manera y con el mismo vocabulario. Podemos creer que en *Colosenses* Pablo tenía cosas nuevas que decir y encontró nuevas maneras de decirlas.

(ii) Dicen que el desarrollo del pensamiento gnóstico fue, de hecho, muy posterior al tiempo de Pablo y que, si la herejía colosense se relaciona con el gnosticismo, la carta tiene que ser muy posterior a Pablo. Es verdad que los escritos de los grandes sistemas gnósticos son posteriores. Pero la idea de los dos mundos y de la maldad de la materia están profundamente entrelazadas tanto en el pensamiento judío como en el griego. No hay nada en *Colosenses* que no se pueda explicar por las tendencias gnósticas inherentes al pensamiento antiguo, aunque es verdad que la sistematización del gnosticismo tuvo lugar después.

(iii) Dicen que la presentación de Cristo en *Colosenses* es mucho más avanzada que la de las cartas paulinas auténticas. A eso se puede contestar de dos maneras.

Primera, Pablo habla de las inescrutables riquezas de Cristo. En Colosas se encontró frente a una nueva situación, y de esas riquezas inescrutables extrajo nuevas respuestas para salirle al paso. Es verdad que la cristología de *Colosenses* es más avanzada que la que encontramos en las primeras cartas de Pablo; pero eso no tiene por qué querer decir que Pablo no la escribiera, a menos que estemos dispuestos a argüir que su pensamiento se mantuvo permanentemente estático. Es verdad que una persona desarrolla las implicaciones de su fe solamente cuando las circunstancias le obligan a ello; y, al enfrentarse con un nuevo cúmulo de circunstancias, Pablo dedujo nuevas implicaciones de Cristo.

Segunda, El germen de todo el pensamiento de Pablo acerca de Cristo en *Colosenses* existe de hecho en una de sus cartas anteriores. En 1 *Corintios* 8:6 escribía: < Un solo Señor Jesucristo, por Quien son todas las cosas y por medio de Quien existimos. » En esa frase se contiene en esencia todo lo que dice en *Colosenses*. La semilla estaba en su mente, lista para brotar y florecer cuando lo requirieran un nuevo clima y nuevas circunstancias.

No tenemos por qué dudar en aceptar *Colosenses* como una carta escrita por Pablo.

LA GRAN CARTA

Queda el hecho sorprendente y maravilloso de que Pablo escribiera la carta que contiene el vuelo más alto de su pensamiento a un pueblo tan sin importancia como era entonces Colosas. Pero al hacerlo puso en jaque una tendencia que, si se hubiera dejado desarrollar, habría arruinado el Cristianismo en Asia Menor, y bien podía haber hecho un daño irreparable a la fe de toda la Iglesia.

COLOSENSES

SALUDOS CRISTIANOS

Colosenses 1:1-2a

Esta carta os la envía Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, juntamente con el hermano Timoteo, a los que estáis consagrados a Dios y sois hermanos creyentes en Cristo, que vivís en Colosas.

Un cristiano consagrado no puede escribir ni una sola frase sin dejar bien claras las grandes creencias que subyacen en todo su pensamiento. Pablo no había estado nunca personalmente en Colosas, así es que tiene que empezar por aclarar el derecho que tiene a escribirles a los colosenses una carta. Lo hace con una sola palabra: él es *un apóstol*. La palabra griega *apóstolos* quiere decir literalmente *uno que es enviado*. Pablo tiene derecho a escribir porque Dios le ha comisionado para que sea Su embajador a los gentiles. Además, es un apóstol *por la voluntad de Dios*. No tiene esa profesión porque se lo haya ganado o conseguido, sino porque Dios se lo ha dado. «No Me elegisteis vosotros a Mí -dijo Jesús-, sino que fui Yo Quien os escogí a vosotros» (*Juan 15:16*). Aquí, en la primera línea, se encuentra toda la doctrina de la gracia. Una persona no es lo que se haya hecho a sí misma, sino lo que Dios la ha hecho.

Pablo asocia consigo a Timoteo, al que da un título entrañable: le llama *hermano*, título que les da también a Cuarto (*Romanos 16:23*); a Sóstenes (*1 Corintios 1:1*); a Apolos (*1 Corintios 16:12*). Lo que se necesita fundamentalmente en el servicio y en el testimonio cristiano es *el espíritu fraternal*.

Premanand, el aristócrata indio que se hizo cristiano, recuerda en su autobiografía al padre E. F. Brown, de la Misión Oxford, en Calcuta, que era amigo de todo el mundo, pero especialmente de los conductores de coches de tracción humana, de los tranviarios, de los carreteros, de los trabajadores del servicio doméstico y de los centenares de niños pobres callejeros. Más tarde, cuando Premanand estaba viajando por la India, se encontraba a menudo con personas que habían estado en Calcuta, que siempre le preguntaban por el padre E. F. Brown diciendo: «¿Está vivo todavía aquel amigo de los niños callejeros de Calcuta, que solía pasearse del brazo con los pobres?» Sir Henry Lunn cuenta cómo solía describir su padre a su abuelo: «Era amigo de los pobres sin paternalismo, y de los ricos sin servilismo.»

Para usar una expresión moderna, la primera necesidad del servicio cristiano es que a uno «le caiga bien» todo el mundo. Timoteo no se nos describe como predicador, maestro, teólogo o administrador, sino como *hermano*. El que pasa de todo no puede ser nunca un verdadero siervo de Jesucristo.

Otro hecho significativo e interesante es que este encabezamiento se dirige a las personas consagradas a Dios, a los hermanos creyentes en Cristo de Colosas. Pablo cambió en su manera de empezar las cartas. Las primeras las dirigía siempre a *la iglesia*. *1 y 2 Tesalonicenses*, *1 y 2 Corintios* y *Gálatas* fueron todas dirigidas a *las iglesias* del distrito al que se mandaban. Pero a partir de *Romanos* las cartas de Pablo iban destinadas a las personas consagradas a Dios en tal o cual lugar. Así lo vemos

en *Romanos, Colosenses, Filipenses y Efesios*. Conforme Pablo se fue haciendo mayor llegó a ver más y más claro que lo que importaba eran las personas individuales. La iglesia no es una especie de entidad abstracta, sino hombres y mujeres y niños individuales. Conforme fueron pasando los años, Pablo empezó a ver la iglesia en términos de individuos, y de ahí su manera de empezar las cartas.

Los saludos iniciales se cierran con dos frases colocadas en paralelo significativamente. Escribe a los cristianos que están *en Colosas y que están en Cristo*. El cristiano se mueve siempre en dos esferas. Está en cierto lugar del mundo; pero está también en Cristo. Vive en dos dimensiones: en este mundo, cuyas obligaciones no trata con ligereza; pero por encima de eso vive en Cristo. En este mundo puede que se mueva de sitio en sitio; pero dondequiera que esté, está en Cristo. Por eso las circunstancias externas no influyen decisivamente en el cristiano; su paz y gozo no dependen de ellas. Por eso es por lo que pondrá todo su corazón en cualquier trabajo. Puede que sea servil, desagradable, doloroso, mucho menos distinguido de lo que esperaba; sus compensaciones puede que sean escasas, y el aprecio que le aporte, inexistente; sin embargo el cristiano lo hará todo con diligencia, sin quejarse y con alegría, porque está en Cristo y hace todas las cosas para su Señor. Todos tenemos nuestro propio Colosas, pero estamos en Cristo, y es Él Quien le pone el tono a nuestra vida.

EL DOBLE COMPROMISO

Colosenses 1:2b-8

¡Que la gracia y la paz de Dios nuestro Padre sean con vosotros! Siempre Le damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, por vosotros en nuestras oraciones; porque hemos tenido noticias de vuestra fe en Jesucristo y del amor que tenéis a todos los que están consagrados a Dios, a causa de la esperanza que os está reservada en el Cielo. De esa esperanza ya habéis oído en la palabra verdadera del Evangelio, que ha llegado hasta vosotros y lleva fruto y crece en vosotros como en todo el mundo, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios tal como es en verdad, como aprendisteis de mi querido consiervo Epafras, que es un fiel siervo de Cristo de nuestra parte, que nos ha dado a conocer vuestro amor en el Espíritu.

Aquí se nos presenta la esencia de la vida cristiana. El hecho que le deleita el corazón a Pablo y por el que da gracias a Dios es que le han dicho que los colosenses dan muestras de dos grandes cualidades en sus vidas: fe *en Jesucristo y amor a sus semejantes*.

Estas son las dos caras de la vida cristiana. El cristiano debe tener fe; debe saber lo que cree. Pero también debe amar a sus semejantes: debe convertir esa fe en acción. No basta simplemente con tener fe, porque puede haber una ortodoxia que no conozca el amor. Y tampoco basta con amar a las personas, porque sin una fe real ese amor puede no ser más que sensiblería. El cristiano tiene un doble compromiso: está comprometido con Jesucristo, y está comprometido con sus semejantes. La fe en Cristo y el amor a los hombres son los dos pilares de la vida cristiana.

Esa fe y ese amor dependen de la esperanza que se nos tiene reservada en el Cielo. ¿Qué es lo que quiere decir Pablo con esto? ¿Está pidiéndoles a los colosenses que muestren fe en Cristo y amor a los hombres solamente por la esperanza de alguna recompensa que van a recibir algún día, para que les

den -como decimos en inglés- «un pastel en el Cielo»? Aquí hay algo mucho más profundo que eso.

Piénsalo de esta manera. La lealtad a Cristo puede suponerle a una persona toda clase de pérdidas y dolores y sufrimientos. Puede que haya muchas cosas a las que tenga que decirles adiós. El camino del amor puede que les parezca a muchos el camino de los tontos. ¿Por qué gastar la vida en un servicio desinteresado? ¿Por qué no usarla para medrar como lo entien de el mundo? ¿Por qué no empujar al hermano más débil a la cuneta? La respuesta es: *por la esperanza que se nos ha propuesto*.

Como dice C. F. D. Moule, esa esperanza es la certeza de que, a pesar de los caminos del mundo, el camino de Dios, que es el camino del amor, tiene la última palabra. Como decía Bartolomé Leonardo de Argensola en su famoso soneto a la Providencia:

«Dime, Padre común: Pues eres justo, ¿por qué ha de permitir Tu Providencia que, arrastrando prisiones la inocencia, suba la fraude a tribunal augusto?»

¿Quién da fuerzas al brazo que robusto hace a Tus leyes firme resistencia, y que el celo que más la reverencia gima a los pies del vencedor injusto?»

Vemos que vibran victoriosas palmas manos inicuas, la virtud gimiendo del vicio en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando, riendo, celestial ninfa apareció y me dijo: «¡Ciego!, ¿es la Tierra el centro de las almas?»»

La esperanza cristiana es que el camino de Dios es el mejor, y que la única paz real, el único gozo verdadero, la única recompensa duradera y real han de encontrarse en Él. La lealtad a Cristo puede que nos traiga problemas aquí, pero esa no es la última palabra. El mundo puede que se ría despectivamente de la locura del camino del amor, pero la necesidad de Dios es más

sabía que la sabiduría del hombre. La esperanza cristiana es la confianza en que vale más la pena jugarse la vida por Dios que creer al mundo.

LA ESENCIA DEL EVANGELIO

Colosenses 1:2b-8 (continuación)

Estos versículos contienen una especie de resumen de lo que es y lo que hace por nosotros el Evangelio. Pablo tiene mucho que decir sobre la esperanza que los colosenses ya han oído aceptado.

(i) El Evangelio es *la buena noticia de Dios*. Es el mensaje de un Dios que es amigo y amador de las almas de los hombres. Lo primero y principal es que el Evangelio nos pone en la debida relación con Dios.

(ii) El Evangelio es *la verdad*. Todas las religiones anteriores se podrían haber llamado < suposiciones acerca de Dios. » El Evangelio cristiano no nos ofrece suposiciones, sino certezas acerca de Dios.

(iii) El Evangelio es *universal*. Es para todo el mundo. No está confinado a ninguna raza o nación particular, ni a ninguna clase o condición social. Muy pocas cosas de este mundo están abiertas a todas las personas. El calibre intelectual de una persona decide los estudios que puede emprender. La clase social de una persona decide el círculo de sus relaciones. La riqueza material de una persona determina las posesiones que puede amasar. Los dones particulares de una persona deciden las cosas que puede hacer. Pero el mensaje del Evangelio está abierto a todas las personas sin excepción.

(iv) El Evangelio es *productivo*. Lleva fruto y aumenta. Es un hecho de la Historia y de la experiencia que el Evangelio tiene poder para cambiar a las personas individuales y a la sociedad. Puede hacer de un pecador una buena persona, y puede quitar paulatinamente el egoísmo y la crueldad de la sociedad de forma que todas las personas puedan tener las oportunidades que Dios quiere que tengan.

(v) El Evangelio nos habla de *la gracia*. No es tanto el mensaje de lo que Dios exige como de lo que Dios ofrece. No nos habla tanto de Sus demandas como de Sus dones.

(vi) El Evangelio *se transmite por medio de las personas*. Fue Epafras el que se lo llevó a los colosenses. Tiene que haber un canal humano para que el Evangelio pueda llegar a las personas. Y aquí es donde entramos nosotros. El poseer la buena noticia del Evangelio conlleva la obligación de compartirla. Lo que Dios nos ha dado tiene que transmitirse por medios humanos. Jesucristo necesita que seamos las manos y los pies y los labios que lleven Su Evangelio a los que no lo han recibido todavía.

LA ESENCIA DE LA INTERCESIÓN

Colosenses 1:9-11

Eso, de hecho, es lo que nos hace orar por vosotros incesantemente desde el día que lo supimos, pidiéndole a Dios que estéis llenos de un creciente conocimiento de Su voluntad, con toda sabiduría y entendimiento espiritual, para que os podáis conducir de una manera digna de los que tienen tal Señor, y de tal manera que Le agradéis totalmente, llevando fruto de toda buena obra y creciendo en un conocimiento cada vez más pleno de Dios; y que sigáis fortaleciéndoos con todo vigor de acuerdo con Su glorioso poder para que poseáis toda fortaleza y paciencia con gozo.

Es algo de lo más precioso el escuchar las oraciones de un santo por sus amigos; y eso es lo que escuchamos en este pasaje. Bien puede decirse que nos enseña más acerca de la intercesión que casi ningún otro pasaje del Nuevo Testamento. Aquí aprendemos, como dice C. F. D. Moule, que hay dos peticiones básicas que se han de hacer en la oración: el discernimiento de la voluntad de Dios, y seguidamente el poder para cumplirla.

(i) La oración empieza por pedir que seamos llenos de un conocimiento siempre en aumento de la voluntad de Dios. Su supremo objetivo es el conocimiento de la voluntad de Dios. Se trata, no tanto de hacer que Dios nos preste atención, como de que Le escuchemos nosotros a Él; no debemos estar tratando de convencer a Dios para que haga lo que nosotros queremos, sino de descubrir lo que Él quiere que nosotros hagamos. Resulta que muchas veces lo que estamos pidiendo es: < Dios, acomoda Tu voluntad a la nuestra, » cuando lo que deberíamos pedir es: < Hágase Tu voluntad. » El primer objetivo de la oración no es tanto decirle cosas a Dios como escuchar lo que Él nos quiere decir.

Este conocimiento de Dios se ha de traducir a nuestra situación humana particular. Pedimos sabiduría y entendimiento espiritual. *La sabiduría espiritual* es en griego *sofia*, que se podría describir como *conocimiento de los primeros principios*. El conocimiento es *synesis*, que es lo que los griegos describían a veces como *un conocimiento crítico*, con lo que querían decir *la habilidad de aplicar los primeros principios a cualquier situación dada que nos pueda surgir en la vida*. Así es que, cuando Pablo pide que sus anillos tengan *sabiduría y entendimiento*, está pidiendo que puedan entender las grandes verdades del Evangelio y puedan ser capaces de aplicarlas a las decisiones y las tareas que les sobrevengan en la vida cotidiana. Uno puede

que sea profesor de teología y falle en la práctica; que pueda escribir y disertar sobre las verdades eternas, y sin embargo sea una nulidad para aplicarlas a las cosas que le salgan al paso en la vida de cada día. El cristiano tiene que saber lo que quiere decir el Cristianismo, no en el vacío, sino en los asuntos de la vida.

(iii) Este conocimiento de la voluntad de Dios y esta sabiduría deben conducir a la conducta correcta. Pablo pide que sus amigos se conduzcan de tal manera que agraden a Dios. No hay nada en el mundo más práctico que la oración. No es evasión de la realidad. La oración y la acción van de la mano. Oramos, no para evadir las responsabilidades de la vida, sino para cumplirlas.

(iv) Para esto necesitamos poder. Por tanto, Pablo pide que sus amigos sean fortalecidos con el poder de Dios. El gran problema de la vida no es saber lo que tenemos que hacer, sino hacerlo. En la mayoría de los casos somos conscientes en cualquier situación dada de lo que debemos hacer; lo difícil es poner ese conocimiento en acción. Lo que necesitamos es poder, y lo recibimos mediante la oración. Si Dios no hiciera más que decirnos cuál es Su voluntad, podríamos encontrarnos en una situación frustrante. Mediante la oración alcanzamos el mayor don del mundo: conocimiento y poder.

LOS TRES GRANDES DONES

Colosenses 1:9-11 (conclusión)

Lo que podríamos llamar la parte *intercesora* de la oración de Pablo termina con la petición de tres grandes cualidades. Pide que sus amigos colosenses posean toda *fortaleza, paciencia y gozo*.

Fortaleza y paciencia son dos grandes palabras griegas que van juntas muchas veces. *Fortaleza* es *hypomoné*, y *paciencia* es *makrothymía*. Hay una cierta semejanza y una cierta diferencia entre estas dos palabras. No sería totalmente cierto decir que siempre se observa en griego esta diferencia, pero sí cuando van juntas.

Hypomoné se traduce por *paciencia* en la Reina-Valera en casi todos los casos; pero no quiere decir paciencia en el sentido corriente de bajar la cabeza y dejar pasar la marea de los acontecimientos, sin ofrecer resistencia. Quiere decir, no solamente la habilidad de soportar cosas, sino la habilidad, al soportarlas, de cambiarlas en gloria. Es una paciencia conquistadora. *Hypomoné* es la habilidad de tratar triunfalmente cualquier cosa que la vida nos pueda hacer.

Makrothymía se suele traducir por *longanimidad* o por *paciencia* en la Reina-Valera. Quiere decir básicamente *paciencia con las personas*. Es la cualidad de mente y de corazón que le permite a uno soportar a las personas desagradables, maliciosas y crueles sin dejarse amargar, y sin que su torpeza le haga a uno desesperar, ni su necesidad le irrite, ni su desamor altere su amor. *Makrothymía* es el espíritu que no pierde nunca la paciencia con las personas, ni deja de creer y esperar en ellas.

Así es que Pablo pide para sus amigos *hypomoné*, *la fortaleza* que no se deja dominar en ninguna situación, y *makrothymía*, *la paciencia* que ninguna persona puede derrotar. Pide que los cristianos sean tales que ninguna circunstancia pueda derrotar su fuerza ni ningún ser humano pueda derrotar su amor. La fortaleza del cristiano ante los acontecimientos y su paciencia con las personas deben ser indestructibles.

Además de todo esto pide *gozo*. El camino cristiano no es una pelea lúgubre con las circunstancias y las personas, sino una actitud radiante y soleada ante la vida. El gozo cristiano se mantiene en cualesquiera circunstancias. Como C. F. D. Moule decía: «Si el gozo no está enraizado en el suelo del sufrimiento, es superficial.» Es fácil estar gozoso cuando las cosas nos van bien; pero la luminosidad cristiana es algo que no pueden ahogar todas las sombras de la vida.

Por tanto la oración cristiana es: «Dame, Señor, la victoria sobre todas las circunstancias, la paciencia con todas las personas, y el gozo que ninguna circunstancia ni persona me pueda quitar.»

LA GRAN ACCIÓN DE GRACIAS

Colosenses 1:12-14

Dadle gracias al Padre Que nos capacitó para tener parte en la herencia del pueblo consagrado a Dios en el reino de la luz; porque El nos ha rescatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de Su amado Hijo, en Quien tenemos redención y perdón de pecados.

Pablo pasa a una gozosa acción de gracias por los beneficios que ha recibido en Cristo el cristiano. Aquí hay dos ideas clave.

(i) Dios ha dado a los creyentes colosenses una parte en la herencia del pueblo consagrado a Dios. Hay en todo este pasaje una muy estrecha relación con las palabras de Pablo en *Hechos* cuando le dijo a Agripa que la obra que Dios le había dado era: «Abrirles los ojos para que se vuelvan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios, para que reciban perdón de pecados y un lugar entre los que son santificados mediante

la fe en Dios» (*Hechos 26:18*). El primer privilegio es que se *les ha dado a los gentiles una participación en la herencia del pueblo escogido de Dios. Los judíos habían sido siempre el pueblo escogido de Dios, pero ahora se les ha abierto la puerta a todos los seres humanos.

(ii) La segunda idea clave está en la frase que dice, como lo ponen algunas versiones modernas, *que Dios nos ha transferido al reino de Su Hijo amado*, o, como lo hemos traducido nosotros, que Dios nos ha *trasladado* al reino de Su Hijo amado. La palabra que usa Pablo para *transferir o trasladar* es el verbo griego *methístēmi*, que tiene un uso especial. En el mundo antiguo, cuando un imperio obtenía la victoria sobre otro, solía deportar los habitantes del imperio derrotado al país del imperio vencedor con todas sus posesiones. Así fue deportada la población del reino israelita del Norte a Asiria, y la del Sur a Babilonia. Así es que Pablo dice que Dios ha trasladado a los cristianos a Su propio Reino. Eso no era una deportación, sino un rescate, e implicaba cuatro grandes cosas.

(a) Quería decir un traslado *de las tinieblas a la luz*. Sin Dios, las personas se mueven a tientas y tropiezan como si anduvieran en la oscuridad. No saben qué hacer, ni adónde van. Viven en las sombras de la duda y en las tinieblas de la ignorancia. Cuando el mártir Bilney leyó que Jesucristo había venido al mundo para salvar a los pecadores, dijo que era como si se le hubiera hecho de día después de una noche tenebrosa. En Jesucristo, Dios nos ha dado una luz en la que podemos vivir y morir.

(b) Quería decir un traslado *de la esclavitud a la libertad*. Era una *redención*, que era la palabra para la emancipación de los esclavos y la compra de algo propio que había estado en poder de otra persona. Sin Dios las personas son esclavas de sus temores, de sus pecados y de su propia condición desesperada. En Jesucristo hay liberación.

(c) Quería decir un traslado *de la condenación al perdón*. El hombre, en su pecado, no merece más que la condenación de Dios; pero mediante la obra de Jesucristo descubre el amor y el perdón de Dios. Ahora sabe que ya no es un criminal condenado ante el tribunal de Dios, sino un hijo que se había perdido, y para el que siempre se mantendrán abiertas las puertas del hogar.

(d) Quería decir un traslado *del poder de Satanás al poder de Dios*. Por medio de Jesucristo el hombre es liberado de las garras de Satanás y admitido como ciudadano del Reino de Dios. De la misma manera que el conquistador terrenal trasladaba a los habitantes de la tierra que había conquistado a la suya propia, así Dios, en Su amor triunfante traslada a las personas del reino del pecado y la oscuridad al reino de la santidad y de la luz.

LA TOTAL SUFICIENCIA DE JESUCRISTO

Colosenses 1:15-23

Él es la imagen del Dios invisible, engendrado antes de toda creación, porque por Él fueron creadas todas las cosas en el Cielo y en la Tierra, las cosas que son visibles y las que son invisibles, sean tronos o señoríos o poderes o autoridades; todas las cosas fueron creadas por medio de Él y para Él. Él es anterior a todas las cosas, y en Él tienen coherencia. Él es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de los muertos para ser supremo en todas las cosas. Porque en Él Dios Se complació de hacer Su morada en toda Su plenitud, y reconciliar consigo mismo todas las cosas por medio de Él habiendo hecho la paz por medio de la sangre de Su Cruz. Esto se hizo por todas las cosas, estén en la Tierra o en el Cielo. Y a vosotros, que erais originalmente extraños y hostiles en vuestra mente, sumidos en malas obras, Él os ha reconciliado en Su cuerpo de carne por medio de Su muerte para presentaros delante de Él consagrados, incontaminados, irreprochables, con

que solamente permanezcáis cimentados y edificados en la fe y sin desplazaros de la esperanza del Evangelio que habéis oído, que se ha proclamado a toda criatura bajo los cielos, del cual yo, Pablo, he sido constituido servidor.

Este pasaje tiene tanta dificultad e importancia que tendremos que dedicarle un tiempo considerable. Dividiremos en secciones lo que tenemos que decir, y empezaremos por la situación que le dio origen y por la presentación total de Cristo que nos hace Pablo en esta carta.

1. LOS PENSADORES EQUIVOCADOS

Colosenses 1:15-23 (continuación)

Uno de los hechos de la mentalidad humana es que uno no piensa más de lo que, se ve obligado a pensar. Hasta que uno se encuentra con que otros se oponen a su fe y la atacan no se pone a pensar en sus implicaciones. Hasta que la Iglesia

se vio confrontada con alguna herejía peligrosa no empezó a darse cuenta de las riquezas de la ortodoxia. Es característico del Cristianismo que siempre puede producir nuevas riquezas para hacer frente a una nueva situación.

Cuando Pablo escribió *Colosenses* no estaba pensando en el vacío. Se puso a escribir, como ya hemos visto en la Introducción, para salir al paso de una situación bien definida. Había una tendencia de pensamiento en la Iglesia Primitiva que se llamaba el gnosticismo, y sus seguidores, gnósticos, lo que quiere decir poco más o menos *intelectuales o librepensadores*. Estaban insatisfechos con lo que consideraban la ruda sencillez del Cristianismo, y querían convertirlo en una filosofía que pudiera estar, en línea con los otros sistemas filosóficos de su tiempo.

Los gnósticos partían de la convicción de que la materia era absolutamente mala, y el espíritu, absolutamente bueno. Además mantenían que la materia era eterna, y que había sido de esa materia imperfecta de la que se había formado el mundo. Los cristianos, para usar la frase técnica, creen en la creación a partir de la nada, y los gnósticos creían que el universo se había formado a partir de aquella materia mala.

Ahora bien: Dios es Espíritu, y por tanto absolutamente bueno, y la materia, absolutamente mala; de ahí se deducía que el Dios verdadero no podía tocar la materia, y por tanto no era el agente de la creación. Así es que los gnósticos creían que Dios había producido una serie de emanaciones, cada una más lejos de Dios que las anteriores, hasta que por fin hubo una lo suficientemente distante de Dios para poder tocar la materia y crear el mundo.

Los gnósticos llegaban todavía más lejos. Conforme las emanaciones se fueron distanciando de Dios se volvieron cada vez más ignorantes de Él. Y en las emanaciones más distantes se daba, no solamente la ignorancia de Dios, sino la hostilidad hacia Él. Los gnósticos llegaban a la conclusión de que la emanación que creó el mundo desconocía y era hostil al verdadero Dios; y algunas veces hasta identificaban esa emanación con el Dios del Antiguo Testamento.

Esto tenía ciertas consecuencias lógicas.

(i) Tal como los gnósticos lo veían, el creador del mundo no era el Dios verdadero, sino un ser hostil a Él. Por eso Pablo insiste en que fue Dios Quien creó el mundo, y que el Agente de la Creación no fue una emanación ignorante y hostil a Dios sino el mismo Jesucristo, Su Hijo (*Colosenses 1:16*).

(ii) Como los gnósticos lo veían, Jesucristo no era ni mucho menos único. Ya hemos visto que postulaban toda una serie de emanaciones entre Dios y el mundo. Insistían en que Jesucristo era simplemente una de esas emanaciones. Puede que ocupara un lugar bastante alto, hasta posiblemente el más alto, pero era uno entre muchos. Pablo se enfrenta con esto insistiendo en que en Jesucristo habita toda plenitud (*Colosenses 1:19*); que en Él está toda la plenitud de la divinidad en forma corporal (*Colosenses 2:9*). Uno de los objetivos principales de

Colosenses es insistir en que Jesús es absolutamente único, y 'que en Él está la totalidad de Dios.

(iii) Como los gnósticos lo veían, esto tenía otra consecuencia en relación con Jesús. Si la materia era totalmente mala, se seguía que el cuerpo también lo era. Y de ahí que Aquel Que fue la revelación de Dios no podía tener un cuerpo material. No podía haber sido más que un espíritu desencarnado que se presentaba en forma corporal. Los gnósticos negaban taxativamente la humanidad real de Jesús. En sus propios escritos, por ejemplo, afirmaban que cuando Jesús iba andando no dejaba huellas en el suelo. Por eso usa Pablo una terminología tan alucinante en *Colosenses*. Habla de Jesucristo reconciliando al hombre con Dios en *Su cuerpo de carne* (*Colosenses 1:22*); dice que la plenitud de la divinidad moraba en Él *corporalmente*. En oposición a los gnósticos, Pablo insistía en la humanidad de carne y hueso de Jesús.

(iv) El fin principal del hombre es encontrar el camino hacia Dios. Como los gnósticos lo veían, ese camino estaba cerrado. Entre este mundo y Dios estaba la vasta serie de emanaciones. Antes de que el alma pudiera llegar a Dios, tenía que pasar la barrera de cada una de esas emanaciones, para lo cual se necesitaba un conocimiento especial y conocer una consigna especial; y eran esas consignas y ese conocimiento lo que los gnósticos pretendían tener. Esto quería decir dos cosas.

(a) Quería decir que se accedía a la salvación mediante *un conocimiento intelectual*. Para salir al paso de esta creencia Pablo insiste en que la salvación no es un conocimiento; es *redención y perdón de pecados*. Los maestros gnósticos mantenían que las verdades sencillas del Evangelio no eran suficientes; que para encontrar el camino a Dios el alma necesitaba mucho más que eso: el conocimiento elaborado y las consignas secretas que solo el gnosticismo podía dar. Pero Pablo insiste en que no se necesita nada más que las verdades salvíficas del Evangelio de Jesucristo.

(b) Si la Salvación dependiera de ese conocimiento tan elaborado, está claro que no sería para cualquier persona, sino solo para los intelectuales. Así es que los gnósticos dividían la humanidad en los espirituales y los terrenales; y solo los espirituales podían ser salvos de veras. La Salvación integral estaba fuera del alcance de las personas corrientes. Con eso en mente escribió Pablo el gran versículo de *Colosenses 1:28*. Su propósito era advertir a *todo hombre* y enseñar a *todo hombre*, y así presentar a *todo hombre* maduro en Jesucristo. Contra una salvación asequible solamente para una minoría intelectual, Pablo presentaba un Evangelio que era para todas las personas, por muy sencillas e iletradas que fueran, lo mismo que para los sabios y entendidos.

Así es que estas eran las doctrinas gnósticas principales; y todo el tiempo que estemos estudiando este pasaje, y hasta toda la carta, debemos tenerlas en mente; porque solo contra ese trasfondo resulta inteligible y relevante lo que dice Pablo.

2. LO QUE JESUCRISTO ES EN SÍ MISMO

Colosenses 1:15-23 (continuación)

En este pasaje dice Pablo dos cosas importantes acerca de Jesús, ambas en respuesta a los gnósticos. Los gnósticos habían dicho que Jesús no era más que uno entre muchos intermediarios; y que, por muy glorioso que fuera, era solo una revelación parcial de Dios.

(i) Pablo dice que Jesucristo es *la imagen* del Dios invisible (Colosenses 1:1 S). Usa aquí una palabra y una figura que despertaría toda clase de memorias en las mentes de sus primeros lectores. La palabra es *eikón*, e *imagen* es su traducción correcta. Ahora bien: como señala Lightfoot, una imagen puede ser dos cosas que se confunden entre sí. Puede ser *una representación*; pero una representación, si es lo bastante perfecta, puede ser *una manifestación*. Cuando Pablo usa esta palabra, establece que Jesús es la perfecta manifestación de Dios. Para comprender cómo es Dios, tenemos que mirar a

Jesús: Él representa perfectamente a Dios a los hombres de una manera que ellos pueden ver y conocer y entender. Pero es lo que hay detrás de esta palabra lo que tiene un interés supremo.

(a) El Antiguo Testamento y la literatura intertestamentaria tienen mucho que decir acerca de *la Sabiduría*. En *Proverbios*, los pasajes principales sobre la Sabiduría están en los capítulos 2 y 8. Allí se nos dice que la Sabiduría es co-eterna con Dios, y que estuvo con Dios cuando Él creó el mundo. Ahora bien: en *La Sabiduría de Salomón 7:26*, *eikón* es la palabra que se aplica a la Sabiduría. La Sabiduría es *la imagen* de la bondad de Dios. Es como si Pablo se volviera a los judíos y les dijera: < A lo largo de toda vuestra historia habéis estado soñando y escribiendo acerca de esta Sabiduría divina que es tan antigua como Dios, que hizo el mundo y que da sabiduría a los hombres. En Jesucristo, esa Sabiduría ha venido a los hombres en forma corporal para que todos la puedan ver. » Jesús es el cumplimiento de los -sueños del pensamiento judío.

(b) Los griegos estaban alucinados con la idea del *Logos*, la Palabra, la Razón de Dios. Era el Logos el que había creado el mundo, el que había puesto sentido en el universo, el que mantenía las estrellas en sus cursos, el que hacía que este fuera un mundo racional, lógico, y el que dotaba al ser humano de una mente racional. Precisamente esta palabra *eikón* fue la que usó una y otra vez Filón de Alejandría refiriéndose al Logos de Dios: < Él llama al Logos invisible y divino, que solo la mente puede percibir, *la imagen (eikón)* de Dios » (Filón: *Acerca del Creador del Mundo: 8*). Es como si Pablo les dijera a los griegos: « Los últimos seiscientos años habéis estado soñando y pensando y escribiendo acerca de la Razón, la Mente, la Palabra, el Logos de Dios; le llamabais el *eikón* de Dios; ese Logos ha venido en Jesucristo para que le podamos ver claramente. Vuestros sueños y filosofías se han cumplido en Jesucristo. »

(c) En estas conexiones de la palabra *eikón* nos hemos estado moviendo en las altas esferas del pensamiento, en las que los filósofos son los únicos que se mueven con familiaridad.

Pero hay otras dos conexiones mucho más sencillas que se les cruzarían por la mente a los que oyeran o leyeron esto por primera vez. Sus mentes se retrotraerían inmediatamente a las historias de la Creación. En ellas se nos habla del acto con el que culminó la Creación: < Y dijo Dios: < Hagamos al hombre a nuestra *imagen*... Así es que Dios creó al hombre a Su *imagen*, a *imagen* de Dios le creó » (Génesis 1:26s). Aquí se nos hace la luz. El hombre fue hecho para que fuera nada menos que *la imagen, eikón*, de Dios, porque esta es la palabra que aparece aquí en la traducción griega del Antiguo Testamento. Eso es lo que se pretendía que fuera el ser humano; pero el pecado se introdujo, y el ser humano no pudo alcanzar su destino. Al usar esta palabra hablando de Jesús, Pablo dice en efecto: « Mirad a Jesús; Él no solo os muestra lo que es Dios, sino también *lo que el hombre estaba previsto que fuera*. Aquí tenemos a la humanidad como Dios la diseñó. Jesús es la perfecta manifestación de Dios y la perfecta manifestación del hombre. » En Jesucristo tenemos la revelación de la divinidad y la revelación de la humanidad.

(d) Pero llegamos por último a algo mucho más sencillo que ninguna de estas cosas. Y sin duda sería esto lo que pensarían muchos de los más sencillos lectores de Pablo. Aunque no supieran nada de la literatura sapiencial ni de Filón ni de la historia del Génesis, sabrían esto.

Eikón -a veces en diminutivo, *eikónion*- era la palabra que se usaba en griego para *retrato*. En la carta del soldado Apión a su padre Epímaco, que reproducimos en la Introducción (pág. 12s), hacia el final, leemos: « Te envío un retratillo (*eikónion*) mío que me ha pintado Euctemón. » Es el equivalente en griego antiguo de nuestra palabra *foto*. Pero esta palabra tenía además otro sentido. Cuando se redactaba un documento legal, como un recibo o reconocimiento de deuda, siempre incluía una descripción

de las principales características y señales reconocibles de las partes contratantes para que no hubiera dudas ni errores. La palabra griega para esa descripción era *eikón*. El *eikón*, por tanto, era una especie de

sumario de las características personales y las señales distintivas de las partes contratantes. Así que es como si Pablo estuviera diciéndoles a los más sencillos: < Sabéis que cuando figuráis en un documento legal se incluye un *eikón*, una descripción por la que se os puede reconocer. Jesús es el retrato de Dios. En Él vemos las características personales y las marcas distintivas de Dios. Si queréis ver cómo es Dios, mirad a Jesús.>

(ii) La otra palabra que usa Pablo está en el versículo 19. Dice que Jesús es el *pléróma* de Dios. *Pléróma* quiere decir *plenitud, totalidad*. Esta es la palabra que se necesitaba para completar el cuadro. Jesús no es simplemente un boceto de Dios, o un resumen, o no más que un retrato sin vida de Dios. En Él no falta nada; es la revelación completa de Dios, y no necesitamos nada más.

3. LO QUE JESUCRISTO ES PARA LA CREACIÓN

Colosenses 1:15-23 (continuación)

Recordaremos que, según los gnósticos, el que llevó a cabo la obra de la creación fue un dios inferior, que desconocía al verdadero Dios y Le era hostil. La enseñanza de Pablo es que el Agente de la Creación fue el mismo Hijo, y en este pasaje tiene cuatro cosas que decirnos acerca del Hijo en relación con la Creación.

(i) Es el Primogénito de toda creación (*Colosenses 1:15*). Debemos procurar darle el verdadero sentido a esta frase. Como aparece en la Reina-Valera podría querer decir que el Hijo fue la primera persona que fue creada; pero en el pensamiento hebreo y griego la palabra *primogénito* (*prótótokos*) no tiene más que un sentido temporal muy indirecto. Hay que notar dos cosas. *Primogénito* es muy corrientemente un título de *honor*. Israel, por ejemplo, como nación es el primogénito hijo de Dios (*Éxodo 4:22*). Lo que quiere decir es que la nación de Israel es el hijo de Dios más favorecido. Segundo, debemos notar que *primogénito* es un título del *Mesías*. En el *Salmo 89:27*, según lo interpretaban los mismos judíos, la promesa en relación con el Mesías es: < Yo también Le pondré por Primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra.> Está claro que *primogénito* no se usa en un sentido temporal, sino de un honor especial. Así es que cuando Pablo dice que el Hijo es el *primogénito* de toda creación, quiere decir que el mayor honor que se encuentra en la creación Le pertenece a Él. Si queremos mantener el sentido temporal y el de honor combinados traduciríamos la frase: < Él fue engendrado antes de toda creación.>

(ii) Fue por el Hijo por Quien todas las cosas fueron creadas (versículo 16). Esto es verdad de las cosas en el Cielo y en la Tierra, de cosas visibles e invisibles. Los mismos judíos, y aún más los gnósticos, tenían una doctrina muy desarrollada de los ángeles. De los gnósticos se podía esperar, con sus largas series de intermediarios entre Dios y la humanidad. Tronos, señoríos, poderes y autoridades era diferentes categorías de ángeles que tenían sus lugares en las diferentes esferas de los siete cielos. Pablo los menciona a todos con una total indiferencia, como si les dijera a los gnósticos: «Vosotros les dais una gran importancia en vuestro pensamiento a los ángeles. Contáis a Jesucristo meramente como uno de ellos. Lejos de eso, Él fue Quien los creó.» Pablo establece que el Agente de Dios en la Creación no fue un dios secundario, inferior, ignorante y hostil, sino el mismo Hijo.

(iii) Fue para el Hijo para Quien fueron creadas todas las cosas (versículo 17). El Hijo no es solo el Agente de la Creación, sino también su meta. Es decir, que todo fue creado para ser Suyo, y para que en su culto y su amor Él encontrara Su propio honor y gozo.

(iv) Pablo emplea una frase extraña: «En Él subsisten todas las cosas.» Esto quiere decir que el Hijo es no solamente el Agente de la Creación en el principio, y la meta final de la

Creación, sino también el que mantiene el universo unido entre el principio y el fin, es decir, durante el tiempo tal como nosotros lo conocemos. Es decir, que todas las leyes que mantienen el mundo en orden y no en caos son la expresión de la mente del Hijo. La ley de la gravedad y todas las demás, las leyes que mantienen el universo en su sitio, no son simplemente leyes científicas, sino también divinas.

Así pues, el Hijo es el principio de la creación, y el fin de la creación, y el poder que mantiene la creación unida; el Creador, el Sustentador y la Meta Final del universo.

4. LO QUE JESUCRISTO ES PARA LA IGLESIA

Colosenses 1:15-23 (continuación)

Pablo establece en e4-versículo 18 lo que Jesucristo es para la Iglesia, y distingue cuatro grandes hechos en esa relación.

(i) *Es la Cabeza del Cuerpo*, es decir, de la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, es decir, el organismo por medio del cual Él actúa y que comparte todas Sus experiencias. Pero, humanamente hablando, el cuerpo está al servicio de la cabeza y es impotente sin ella. Así es que Jesucristo es el Que dirige a la Iglesia; es por Su inspiración como la Iglesia actúa y vive. La Iglesia no puede pensar la verdad sin Él, ni actuar correctamente, ni decidir su dirección. Aquí se combinan dos cosas. Está la idea del *privilegio*. Es el privilegio de la Iglesia el ser el instrumento por medio del cual Cristo obra. Y también está la idea de *advertencia*. Si una persona descuida o abusa de su cuerpo lo puede hacer inservible para cumplir los grandes propósitos de la mente; así es que la Iglesia puede inutilizarse para ser el instrumento de Cristo, Que es su Cabeza, viviendo descuidada e indisciplinadamente.

(ii) *Es el principio de la Iglesia*. La palabra griega para *principio* es *arjé*, que quiere decir *principio* en un doble sentido. Puede querer decir, no solamente lo primero en el tiempo -como, por ejemplo, A es el principio del abecedario, y 1 es el principio de la serie de los números-; también puede querer decir primero en el sentido de ser el origen del que procede algo, el poder motor que pone algo en funcionamiento. Veremos más claramente lo que Pablo pretende si recordamos lo que acaba de decir. *El mundo es la creación de Cristo; y la Iglesia es Su nueva creación*. Como dice el himno cristiano:

De la Iglesia el Fundamento es Jesús, el Salvador; por el agua y la Palabra le dio vida su Señor.

Cristo es la fuente de la vida y del ser de la Iglesia, y el Director de su continua actividad.

(iii) *Es el Primogénito de entre los muertos*. Aquí vuelve Pablo al acontecimiento que era la base y el centro de todo el pensamiento y la fe y la experiencia de la Iglesia original: La Resurrección. Cristo no es meramente alguien que vivió y murió y acerca de quien leemos y aprendemos cosas. Es Alguien Que, en virtud de Su Resurrección, vive para siempre, y Le encontramos y conocemos, no como un héroe muerto o un fundador del pasado, sino como una Presencia viva.

(iv) La consecuencia de todo esto es que *Cristo tiene la supremacía en todas las cosas*. La Resurrección de Jesucristo es Su título de señorío supremo. Con Su Resurrección ha mostrado que ha conquistado todo poder que Le fuera contrario y que no hay nada en la vida o en la muerte que Le pueda atar.

Así es que hay cuatro grandes hechos acerca de Jesucristo en Su relación con la Iglesia, que ya podemos poner en orden. Es el Señor que vive; es la fuente y el origen de la Iglesia; es el constante Director de la Iglesia, y es el Señor de todo en virtud de Su victoria sobre la muerte.

S. LO QUE CRISTO ES PARA TODAS LAS COSAS

Colosenses 1:15-23 (continuación)

En los versículos 19 y 20 Pablo establece ciertas grandes verdades acerca de la obra de Cristo por todo el universo.

(i) El objetivo de Su venida fue *la reconciliación*. Vino para remediar la brecha y puentear la sima entre Dios y la humanidad. Debemos notar claramente una cosa y retenerla siempre en nuestra memoria: La iniciativa de la reconciliación fue cosa de Dios. El Nuevo Testamento no dice nunca que Dios fuera reconciliado con los hombres, en la voz pasiva, sino, siempre, que los hombres fueron reconciliados con Dios. La actitud de Dios hacia los hombres era de amor, y no fue nunca ninguna otra. A veces se predica una supuesta teología que implica que algo que Jesús hizo cambió la actitud de Dios de la ira al amor. No hay nada en el Nuevo Testamento que justifique ese punto de vista. Fue Dios Quien empezó todo el proceso de la Salvación. Fue porque de tal manera *amó* Dios al mundo por lo que envió a Su Hijo; y Su único propósito al enviar a Su Hijo al mundo era arrullar a los hombres para que volvieran a Él; y, como dice Pablo, reconciliar con Él todas las cosas.

(ii) El medio de la reconciliación fue *la sangre de Su Cruz*. La dinámica de la reconciliación fue la muerte de Jesucristo. ¿Qué quería decir Pablo? Exactamente lo mismo que había dicho en *Romanos 8:32*: < El Que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que Le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? > En la muerte de Jesús, Dios nos está diciendo: < Así os amo Yo. Os amo hasta el punto de estar dispuesto a ver a Mi Hijo sufrir y morir por vosotros. > La Cruz es la prueba de que no hay distancia que el amor de Dios se niegue a recorrer para recuperar los corazones de los hombres; y un amor así demanda la respuesta de nuestro amor. Si la Cruz no despierta el amor en los corazones de los hombres, nada lo conseguirá.

(iii) Debemos notar que Pablo dice que en Cristo estaba Dios reconciliando consigo *todas las cosas*. En griego es el neutro (*panta*), que incluye, no solamente a las personas, sino toda la creación, visible e invisible, animada e inanimada. La visión de Pablo era un universo en el que fueran redimidas no solamente las personas sino todas las cosas. Este es un

pensamiento alucinante. No cabe duda de que Pablo estaba pensando en los gnósticos. Recordaremos que, como consideraban la materia esencial e incurablemente mala, consideraban que también el universo era malo. Pero, como Pablo lo ve, el universo no es irremisiblemente malo. Es obra de Dios, y participa de la reconciliación universal.

Aquí hay una lección y una advertencia. A menudo el Cristianismo ha desconfiado del mundo. «La Tierra es un desierto lúgubre.» Recordemos la historia del puritano. Alguien le dijo cuando iban paseando por el campo: «¡Que flores tan hermosas!» Y él contestó: «He aprendido a no llamar hermoso nada en este mundo perdido y pecador.» Lejos de ser cristiana, esa actitud es por lo menos herética. Era la actitud de los herejes gnósticos que amenazaban con destruir la fe. Este es el mundo de Dios, y es un mundo redimido, porque de alguna manera maravillosa Dios estaba en Cristo reconciliando consigo mismo todo el universo de seres humanos, de criaturas vivientes y aun de seres inanimados.

(iv) El pasaje termina con una frase curiosa. Pablo dice que esta reconciliación se extendía no solamente a las cosas de la Tierra sino también a las del Cielo. ¿Cómo es que las cosas celestiales necesitaban una reconciliación? Esto ha ejercitado el ingenio de muchos comentaristas. Veamos algunas de sus explicaciones.

(a) Se ha sugerido que hasta los lugares celestiales y los ángeles estaban bajo pecado y necesitaban ser reconciliados con Dios. En Job leemos: «Aun en Sus ángeles descubre el error» (4:18). «Ni aun los cielos son puros delante de Sus ojos» (15:15). Así es que se ha sugerido que hasta los ángeles necesitaban la reconciliación de la Cruz.

(b) Orígenes, el gran universalista, creía que la frase se refería al diablo y sus ángeles, y creía que al final hasta ellos estarían reconciliados con Dios por medio de la obra de Jesucristo.

(c) Se ha sugerido que cuando Pablo dijo que la obra reconciliadora de Cristo abarcaba todas las cosas en la Tierra y en el Cielo no quería decir nada definido, sino estaba usando simplemente una frase sonora y magnífica para presentar la total suficiencia de la obra reconciliadora de Cristo.

(d) La sugerencia más interesante la hizo Teodoro, al que siguió Erasmo. Era que lo principal no era que los ángeles celestiales fueran reconciliados con Dios, sino que fueran reconciliados con *los hombres*. La sugerencia es que los ángeles estaban enfadados con los hombres por lo que Le habían hecho a Dios, y querían destruirlos; y la obra de Cristo les quitó la ira, porque vieron lo mucho que Dios amaba a la humanidad.

Entiéndase esto como 3e, entienda, una cosa por lo menos es cierta: que el propósito de Dios era reconciliar a los hombres consigo en Jesucristo, el medio por el cual lo hizo fue la muerte de Cristo, que demostró que Su amor no tenía límites, y que la reconciliación se extiende a todo el universo, incluidos la Tierra y el Cielo.

6. LA FINALIDAD Y LA OBLIGACIÓN DE LA RECONCILIACIÓN

Colosenses 1:15-23 (conclusión)

En los versículos 21 a 23 se presentan la finalidad y la obligación de la reconciliación.

(i) La finalidad de la reconciliación es *la santidad*. Cristo llevó a cabo Su obra sacrificial de reconciliación a fin de presentarnos a Dios consagrados e irreprochables. Es fácil tergiversar la idea del amor de Dios y decir: «Bueno, si Dios me ama tanto y no quiere más que la reconciliación, el pecado no importa. Puedo vivir de cualquier manera, y Dios me seguirá amando.» Lo cierto es lo contrario. El hecho de que una persona sea amada no le da *carta blanca* para hacer lo que quiera, sino le impone la mayor obligación del mundo, la de ser digna de ese amor. En cierto sentido, el amor de Dios hace las cosas más fáciles, porque hace que no Le tengamos miedo y nos asegura que ya no somos ante Él criminales ante el tribunal, seguros de la condenación. Pero en otro sentido nos pone las cosas casi imposibles, porque nos impone la obligación final de ser dignos de tal amor.

(11) La obligación conlleva otra clase de obligación, la de permanecer firmes en la fe y no abandonar nunca la esperanza del Evangelio. La reconciliación demanda que en sol y en sombra' no perdamos nunca la confianza en el amor de Dios. De la maravilla de la reconciliación nacen la fuerza de una lealtad inquebrantable y la luminosidad de una esperanza que no puede defraudar.

EL PRIVILEGIO Y LA TAREA

Colosenses 1:24-29

Ahora me siento feliz de sufrir por vosotros, y en mi carne, por causa de Su Cuerpo, completando lo que falte de las aflicciones de Cristo. Por Su Cuerpo quiero decir la Iglesia, de la que fui hecho siervo de acuerdo con la tarea que Dios me encomendó por amor de vosotros. Esa tarea consiste en dar a conocer la Palabra de Dios en plenitud, el secreto que

había permanecido escondido a lo largo de todas las edades y generaciones, pero que ahora ha sido manifestado a los que están consagrados a Dios; porque Dios quería darles a conocer lo grande que era la riqueza gloriosa entre los gentiles de este secreto ahora revelado, que es Cristo en vosotros vuestra

gloriosa esperanza. Ese es el Cristo que proclamamos, advirtiendo a toda persona y enseñando a toda persona en toda sabiduría, para presentar a toda persona completa en Cristo. Esa es la meta por la que me afano, esforzándome con Su dinámica, que obra poderosamente dentro de mí.

Pablo empieza este pasaje con una idea atrevida. Piensa en los sufrimientos que está soportando como algo que completa los sufrimientos del mismo Jesucristo. Jesús murió para salvar a Su Iglesia; pero la Iglesia tiene que ir edificándose y extendiéndose; ha de mantenerse fuerte y pura e íntegra; por tanto, cualquiera que sirva a la Iglesia ensanchando sus fronteras, estableciendo su fe, guardándola de errores, está haciendo la obra de Cristo. Y si tal servicio implica sufrimiento y sacrificio, esa aflicción está completando y compartiendo los mismos sufrimientos de Cristo. Sufrir en el servicio de Cristo no es un castigo, sino un privilegio, porque es participar de Su obra.

Pablo presenta la esencia misma de la tarea que Dios le ha confiado. Esa tarea consiste en hacer llegar a las personas un nuevo descubrimiento, algo que se había mantenido oculto a lo largo de edades y generaciones y que ahora se ha revelado. Esta era que la gloriosa esperanza del Evangelio no era solamente para los judíos, sino para todos los seres humanos en todas partes. La gran contribución de Pablo a la fe cristiana fue llevar a Cristo a los gentiles, destruyendo para siempre la idea de que el amor y la misericordia de Dios eran el monopolio exclusivo de un pueblo o de una raza determinados. Por eso es Pablo nuestro patrón de una manera especial, y recibió el título de Apóstol de los gentiles. Si no hubiera sido por él, el Cristianismo no habría pasado de ser un nuevo tipo de judaísmo en el que nosotros y todos los demás gentiles no habríamos tenido parte.

Así es que Pablo presenta su gran proyecto. Es advertir a *toda persona*, y enseñar a *toda persona*, y presentar a *toda persona* completa en Cristo.

Los *judíos* no estarían de acuerdo en que a Dios Le importaran todas las personas; se habrían negado a reconocer que Dios era también el Dios de los gentiles. Esto les habría parecido increíble, y hasta blasfemo. Los gnósticos no habrían estado de acuerdo en que se podría advertir y enseñar y presentar a toda persona completa a Dios. Creían que el conocimiento necesario para la Salvación era tan complicado y difícil que sería el monopolio de una reducida aristocracia espiritual. E. F. Goodspeed cita un pasaje de Prefacio a la Moral de Walter Lipman: < Hasta ahora no se ha presentado ningún maestro que se considerara suficientemente sabio para enseñar su sabiduría a toda la humanidad. De hecho, los grandes maestros no han intentado nada tan utópico. Se daban perfecta cuenta de lo difícil que es la sabiduría para la mayoría, y han confesado francamente que la vida perfecta era para unos pocos selectos. Es discutible que la idea misma de enseñar la sabiduría más elevada a todas las personas sea una noción de una era humanitaria y románticamente democrática, y que sea totalmente extraña al pensamiento de todos los grandes maestros. » El caso es que siempre se ha estado de acuerdo tácita o abiertamente en que la sabiduría no es para todo el mundo.

El hecho es que lo único que es para todo el mundo es Cristo. No todos los seres humanos pueden ser pensadores. Hay dones que no se le han concedido a todo el mundo. No todos pueden dominar un arte, ni siquiera un juego. Hay algunos que son daltonianos, para quienes las bellezas de la pintura no quieren decir nada. Otros, que no tienen oído para la música, para los que este arte bien podría no existir. No todo el mundo puede ser escritor, o predicador, o cantante de ópera. No se le conceden a todas las personas los grandes amores. Hay dones que una persona no poseerá jamás; hay privilegios que una persona no disfrutará nunca; hay alturas de logros humanos que muchos no podrán escalar; pero a todas las personas se abren las puertas de la buena noticia del Evangelio, del amor de Dios en Jesucristo y el poder transformador que puede traer la santidad a la vida.

LA CONTIENDA DEL AMOR

Colosenses 2:1

Quiero que sepáis lo tremenda que es la contienda que estoy librando por vosotros, y por los de Laodicea, y por todos los que no me han visto nunca en persona.

Aquí se levanta el telón un momento, y se tiene una vislumbre impactante del corazón de Pablo: está pasando una gran lucha por aquellos cristianos a los que amaba aunque no los conocía personalmente.

Asocia a los laodicenses con los colosenses, y habla de todos los que no le han visto nunca. Está pensando en los cristianos de aquel grupo de ciudades del valle de Lico: Laodicea, Hierápolis y Colosas (ver página 119), figurándoselos con la mirada de su corazón.

La palabra que usa para contienda es muy gráfica: agón, emparentada con nuestra palabra agonía. Pablo está peleando una dura batalla por sus amigos. Debemos recordar que cuando escribió esta carta estaba preso en Roma, esperando presentarse a juicio ante el Emperador, que era muy probable que le condenara a muerte. ¿Cuál era entonces su lucha?

(i) Era la lucha de la oración. Debe de haber deseado ardientemente ir a Colosas en persona. Tiene que haber deseado enfrentarse cara a cara con los falsos maestros para refutar sus razonamientos y recuperar a los que se estaban desviando de la verdad. Pero estaba preso. Se encontraba en una situación en la que no podía hacer más que orar; lo que no podía hacer por sí mismo se lo dejaba a Dios. Así es que Pablo se debatía en oración por todos aquellos a los que no podía ver. Cuando el tiempo y la distancia y las circunstancias nos separan de aquellos a los que queremos ayudar nos queda siempre una manera de ayudarlos: mediante la oración.

(ii) Puede que se estuviera produciendo otra lucha en la mente de Pablo: era un ser humano con todos los problemas de tal. Estaba preso, esperando que le juzgara Nerón y muy probablemente la sentencia de muerte. Siempre podría desmarcarse de la verdad para salvar la vida; pero Pablo sabía muy bien que esa cobardía traería unas consecuencias desastrosas a las iglesias jóvenes. Si se enteraban de que Pablo había negado a Cristo, se habrían desanimado, y muchos se habrían perdido- para el Evangelio. La lucha de Pablo no era exclusivamente por sí mismo, sino también por todos los que tenían puesta la mirada en él como su campeón y padre en la fe. Haremos siempre bien en recordar que en cualquier situación hay quienes nos están observando, y que nuestra acción confirmará o destruirá su fe. Nuestra lucha no es nunca solo nuestra; siempre está en nuestras manos el honor de Cristo, y a nuestro cuidado la fe de otros.

LAS SEÑALES DE LA IGLESIA FIEL (i)

Colosenses 2:2-7

Lucho para que sean confortados sus corazones, para que estén unidos en amor, para que alcancen todas las riquezas de capacidad total para tomar la decisión correcta en cualquier situación, el conocimiento de la verdad que sólo pueden conocer los que pertenecen a Dios, quiero decir la verdad de Cristo, en Quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

Digo esto para que nadie os conduzca a error con razones persuasivas siguiendo un razonamiento falso. Porque, aunque estoy lejos de vosotros físicamente, estoy con vosotros en espíritu, alegrándome cuando veo que seguís en vuestro puesto y que es sólida la fortaleza de vuestra fe en Cristo.

Así que, como habéis recibido a Jesucristo como vuestro Señor, vivid en Él toda vuestra vida. Manteneos firmemente arraigados y edificados en Él. Seguid estableciéndoos más y más firmemente en la fe como se os ha enseñado, rebosando en acciones de gracias.

Aquí tenemos la oración de Pablo por la Iglesia, en la que vemos las señales que deben distinguir siempre a la Iglesia como fiel y viva.

(i) Debe ser una Iglesia de *corazones valerosos*. Pablo pide que sus corazones sean *confortados*. La palabra que usa es *parakalein*, que quiere decir algunas veces *consolar*, y otras *exhortar*; pero siempre incluye la idea de capacitar a una persona para arrostrar con confianza y coraje alguna situación difícil. Uno de los historiadores griegos la usa de una manera interesante y sugestiva. Había un regimiento griego que se había descorazonado y estaba totalmente abatido. El general mandó a un oficial para que les hablara con el propósito de que les infundiera coraje de tal manera que se rehabilitaran para actuar con heroísmo. Eso es lo que quiere decir aquí *parakalein*. Pablo ~ra para que la Iglesia se llene del coraje que le puede permitir minar cualquier situación.

(ii) Debe ser una Iglesia en la que los miembros estén *entretajidos en el amor*. No puede existir una verdadera iglesia sin amor. Los sistemas de gobierno eclesiástico y el orden de los cultos no es lo que más importa. Estas son cosas que cambian de tiempo en tiempo y según los lugares. La única señal que identifica inconfundiblemente a la Iglesia verdadera es el amor a Dios y a los hermanos. Cuando muere el amor, muere la iglesia.

(iii) Debe ser una Iglesia *equipada con toda clase de sabiduría*. Pablo usa aquí tres palabras relacionadas con la sabiduría.

(a) En el versículo 2 usa *synesis*, que la Reina-Valera traduce por *entendimiento*. Ya hemos visto que *synesis* es lo que podríamos llamar *conocimiento crítico o discernimiento*. Es la habilidad de analizar una situación y decidir las medidas prácticas que son necesarias. La Iglesia verdadera debe tener el conocimiento práctico de lo que hay que hacer cuando hay que tomar decisiones.

(b) Dice que en Jesús están escondidos todos los tesoros de *la sabiduría* y del *conocimiento*. Sabiduría es en el original *sofia*, y el conocimiento *gnósis*. Estas dos palabras no son meramente sinónimas; hay una diferencia entre ellas. *Gnósis* es la capacidad, casi intuitiva e instintiva, de captar la verdad cuando la vemos u oímos, de *re-conocerla*. Pero *sofia* es la capacidad de confirmar y respaldar la verdad con un razonamiento sabio e inteligente una vez que se ha captado intuitivamente. *Gnósis* es la capacidad de captar la verdad; *sofia* es lo que capacita a una persona para dar razón de la esperanza que hay en ella.

Así que la Iglesia verdadera ha de tener una sabiduría clarividente que pueda reconocer y captar la verdad instintivamente cuando la vea, y la sabiduría que pueda hacerle esa verdad inteligible a una inteligencia racional, y capacitarla para presentársela a otros.

Toda esta sabiduría, dice Pablo, está *escondida* en Cristo. La palabra que usa es *apókryfos*. El uso de esa palabra era un golpe dirigido a los gnósticos. *Apókryfos* quiere decir *escondido a la visión común, y por tanto secreto*. Ya hemos visto que los gnósticos creían que era necesario para la salvación mucho conocimiento secreto. Exponían ese conocimiento en sus libros, y lo llamaban *apókryfos* porque estaba escondido fuera del alcance de la gente corriente. Al usar esta única palabra Pablo está diciendo: «Vosotros, gnósticos, escondéis vuestro conocimiento de la gente corriente. Nosotros también tenemos nuestro conocimiento, pero no está escondido en libros ininteligibles, sino en Cristo, y por tanto abierto a todas las personas de todas partes.» La verdad del Evangelio no es un secreto que está escondido, sino que es revelado.

LAS SEÑALES DE LA IGLESIA FIEL (fi)

Colosenses 2:2-7 (conclusión)

(iv) La verdadera iglesia debe tener *poder para resistir la enseñanza seductora*. Es tal que nadie la puede engañar con *palabras seductoras*. *Palabras seductoras* traduce la palabra griega *pithanologuía*, que era un término jurídico para indicar el poder persuasivo del argumento del abogado que podía conseguir que el criminal se librara del castigo que merecía. La verdadera Iglesia debe tener tal dominio de la verdad que sea insensible a los razonamientos seductores.

(v) La verdadera Iglesia debe tener *una disciplina militar*. Como dice la versión Reina-Valera, Pablo se gozaba viendo *el buen orden y la firmeza* de la fe de los creyentes colosenses. Estas dos palabras trazan un cuadro claro, porque son las dos palabras militares. La que traducimos por *orden* es *taxis*, que quiere decir *una fila o una formación ordenada*. La Iglesia debería ser como un ejército disciplinado en el que cada componente está en su puesto, dispuesto a obedecer la palabra de mando. La palabra que hemos traducido por *firmeza* es *steréoma*, que quiere decir un *baluarte sólido, una falange impenetrable*. Describe a un ejército desplegado en una plaza fuerte, sólidamente impenetrable ante el choque de la carga enemiga. En la Iglesia debe haber orden disciplinado y fuerte firmeza, como los que se dan en un cuerpo de ejército bien entrenado y disciplinado.

(vi) En la verdadera Iglesia *la vida debe ser en Cristo*. Sus miembros deben caminar en Cristo; tienen que vivir sus vidas total y conscientemente en Su presencia. Deben estar *arraigados y edificados* en Él. Aquí tenemos dos figuras. La palabra para *edificados* es la que se usaría de un edificio que se levanta sobre un fundamento firme. Y así como un gran árbol tiene las raíces bien profundas en el suelo del que recibe su sustento, así el cristiano está enraizado en Cristo, que es la fuente de su vida y de su fuerza. De la misma manera que una casa se mantiene frente a las inclemencias del tiempo porque está cimentada en la roca, así la vida cristiana resiste cualquier tempestad porque está cimentada en la fuerza de Cristo. Cristo es al mismo tiempo la fuente de la vida cristiana y el fundamento de su estabilidad.

(vi_i) La verdadera Iglesia *se mantiene firme en la fe que ha recibido*. No olvida nunca lo que se le ha enseñado acerca de Cristo. Esto no quiere decir una ortodoxia inmovilista en la que toda aventura de pensamiento se convierte en herejía. Para ver lo lejos que está Pablo de esa actitud no tenemos más que recordar que traza en *Colosenses* nuevas líneas de pensamiento acerca de Jesucristo. Pero sí quiere decir que hay ciertas verdades que son fundamentales y que no pueden cambiar. Pablo podía recorrer nuevos senderos de pensamiento, pero siempre empezaba y terminaba en la verdad inalterada e inalterable de que Jesucristo es el Señor.

(vi_{ii}) La señal distintiva de la verdadera Iglesia es *una gratitud desbordante*. La acción de gracias es la nota constante y característica de la vida cristiana. Como J. B. Lightfoot decía: < La acción de gracias es la invalidación de toda conducta humana, ya se manifieste en palabras o en obras. > Lo único que se propone el cristiano es expresar en palabras y en acciones su gratitud a Dios por todo lo que Dios ha hecho por él en la naturaleza y en la gracia. Epicteto no era cristiano; pero aquel esclavo débil, anciano y cojo que llegó a ser uno de los mayores maestros morales del paganismo escribió: «¿Qué puedo hacer yo, un anciano cojo, sino cantarles himnos a Dios? Sí, por supuesto. Si fuera un ruiseñor, cantaríame como un ruiseñor; si un cisne, como un cisne; pero, como soy una criatura racional, debo cantarles a Dios himnos de alabanza. Esta es mi labor: la cumplo, y no abandono este mi puesto mientras me sea dado ocuparlo; y os exhorto a uniros conmigo en mi canción» (Epicteto, *Discursos 1.16.21*). El cristiano siempre alabará al Dios de Quien procede toda buena dádiva y todo don perfecto.

Colosenses 2:8-23

Manteneos alerta, no sea que alguien os capture y os haga esclavos insistiendo en la necesidad de una supuesta filosofía que no es más que una huera quimera, una teoría que se ha ido transmitiendo humanamente que tiene que ver con los rudimentos de este mundo pero no con Cristo; porque es en Él en Quien reside la plenitud de la naturaleza divina, y es en Él, Que es el Cabeza de todos los poderes y las autoridades, en Quien vosotros habéis hallado esta plenitud. Es en Él en Quien habéis sido circuncidados con una circuncisión no hecha con manos humanas, sino que consiste en despojaros de la totalidad de la parte de vuestra persona que está dominada por la naturaleza humana pecadora, cosa que pudisteis experimentar en la circuncisión cristiana. Fuisteis sepultados con Él en el acto del Bautismo, en el que también surgisteis a una nueva vida con Él mediante vuestra fe en la obra-eficaz de Dios, Que Le resucitó de los muertos. Ha sido Dios Quien os ha dado la vida con Cristo cuando estabais muertos en vuestros pecados y no erais más que paganos incircuncisos. Os perdonó todos vuestros pecados, y borró la lista de cargos que exponía todas las deudas que habíais reconocido, una lista de cargos que estaba basada en las ordenanzas de la Ley y que estaba totalmente en contra vuestra. Él la clavó en Su Cruz y la quitó de la vista; y también despojó de todo su poder a las potencias y autoridades, y las expuso públicamente a la vergüenza, llevándolas cautivas en Su marcha triunfal por medio de la Cruz.

Que nadie os lleve a juicio en asuntos de comida o bebida, o en relación con celebraciones anuales o lunas nuevas mensuales o sábados semanales. Estas no son más que las sombras de cosas por venir; pero el Cuerpo es el mismo Cristo. Que nadie os despoje de vuestro galardón haciendo alarde de una humildad ostentosa, de dar culto a los ángeles ni de supuestas visiones, presumiendo orgullosamente porque está dominado por su naturaleza humana pecadora y está desasido del Que es la Cabeza; de Quien todo el cuerpo, sustentado y unido por las articulaciones y los músculos, se desarrolla con el crecimiento que solo puede dar Dios.

Si habéis muerto con Cristo a los rudimentos de este mundo, ¿por qué seguís sometiéndoo a sus reglas y reglamentos como si aún estuvierais viviendo en un mundo sin Dios? « ¡No uses! ¡No pruebes! ¡No toques!» son sus consignas. Esas son reglas que se enseñan e imponen humanamente en relación con cosas que están destinadas a desaparecer tan pronto como se usan; que tienen una cierta reputación de sabiduría porque se autoimponen devoción y falsa humildad y dureza con el cuerpo, pero no tienen ninguna eficacia para remediar las tendencias de la naturaleza humana pecadora.

No cabe duda de que para nosotros este es uno de los pasajes más difíciles de todos los que escribió Pablo, pero estaría más claro que el agua para los que lo oyeran o leyeran en su tiempo. Nos resulta difícil porque está lleno de alusiones a la falsa enseñanza que amenazaba con dar al traste con la iglesia colosense. No sabemos exactamente cuál era esa enseñanza, y por tanto las alusiones nos resultan oscuras y no podemos más que suponer; pero todas las frases darían en el blanco en la mente y el corazón de los colosenses.

Es tan difícil que nos proponemos tratarlo de una manera diferente de la que tenemos por costumbre. Lo presentamos primero en conjunto, más como una paráfrasis que como una traducción. Entresacaremos las ideas clave, porque así nos será posible ver las líneas principales de la falsa enseñanza que inquietaba a los colosenses; y después de considerarlo en conjunto, lo examinaremos en secciones más pequeñas.

Una cosa que está clara es que los falsos maestros querían que los colosenses aceptaran lo que hemos titulado *las adiciones a Cristo*. Enseñaban que Jesucristo no era suficiente; que no era único; que era una entre muchas manifestaciones de Dios, y que era necesario conocer y reconocer a otros poderes divinos en adición a Él. Podemos distinguir en el texto de Pablo alusiones a cinco adiciones a Cristo que querían proponer los falsos maestros.

(i) Querían enseñar a los creyentes una *filosofía* adicional (versículo 8). Según ellos lo veían, la verdad sencilla que Jesús había predicado y que se conservaba en el Evangelio no era suficiente. Había que completarla con un sistema elaborado de pensamiento seudofilosófico que era demasiado difícil para la gente normal y corriente y que no podían entender nada más que los intelectuales.

(ii) Querían que los creyentes aceptaran un sistema de *astrología* (versículo 8). Como veremos, hay dudas acerca de su significado; pero creemos que lo más probable es que los *rudimentos del mundo* fueran los espíritus elementales del universo, especialmente de las estrellas y los planetas. Los falsos maestros enseñaban que se estaba todavía bajo estas influencias, y se necesitaba un conocimiento especial, más allá del que Jesús pudiera darles, para liberarse de aquellas.

(iii) Querían imponerles a los cristianos *la circuncisión* (versículo 11). La fe no era suficiente; había que añadirle la circuncisión. Una señal en la carne había de tomar el lugar de la actitud del corazón, o por lo menos había de añadirsele.

(iv) Querían establecer *reglas y reglamentos ascéticos* (versículos 16, 20-23). Querían introducir toda clase de reglas y normas acerca de lo que se podía comer y beber, y acerca de los días que se debían considerar de fiesta y de ayuno. Había que recuperar todas las antiguas leyes judías, y muchas más.

(v) Querían introducir *el culto a los ángeles* (versículo 18). Enseñaban que Jesús no era más que uno de muchos intermedios entre Dios y la humanidad, y que había que dar culto a todos esos intermediarios.

Se puede ver que aquí había una mezcla de gnosticismo y judaísmo. El conocimiento intelectual y la astrología procedían del gnosticismo, y el ascetismo y las reglas y normas y la circuncisión, del judaísmo. Lo que sucedía era lo siguiente. Ya hemos visto que los gnósticos creían que se necesitaba para la salvación toda clase de conocimientos especiales además del Evangelio. Y había judíos que se aliaban con los gnósticos y declaraban que el conocimiento especial que se requería era el que aportaba el judaísmo. Esto explica por qué se combinaban en la enseñanza de los falsos maestros colosenses las creencias del gnosticismo y las prácticas del judaísmo.

Lo único cierto es que los falsos maestros enseñaban que Jesucristo y Su enseñanza y obra no eran suficientes para la salvación. Estudiemos ahora este pasaje por partes.

LAS TRADICIONES Y LAS ESTRELLAS

Colosenses 2:8-10

Manteneos alerta, no sea que alguien os capture y os haga esclavos insistiendo en la necesidad de una supuesta filosofía que no es más que una huera quimera, una teoría que se ha ido transmitiendo humanamente que tiene que ver con los rudimentos de este mundo pero no con Cristo; porque es en Él en Quien reside la plenitud de la naturaleza divina, y es en Él, Que es el Cabeza de todos los poderes y las autoridades, en Quien vosotros habéis hallado esta plenitud.

Pablo empieza trazando una semblanza gráfica de los falsos maestros. Habla de los que *quieren capturaros y haceros sus esclavos*. La palabra original es *sylagoguein*, que se podría referir a un traficante de esclavos que se llevara cautivas a personas de un país conquistado para venderlas como esclavos. Para Pablo era sorprendente y trágico que los que habían sido

liberados (*Colosenses 1:12-14*) pudieran estar dispuestos a someterse a una nueva y desastrosa esclavitud.

Estos maestros ofrecían una filosofía que presentaban como necesaria además de la enseñanza de Cristo y de las palabras del Evangelio.

(i) Era una filosofía que *les había sido transmitida en una tradición humana*. Los gnósticos tenían la costumbre de pretender que su enseñanza especial procedía directamente de la boca del mismo Jesús, algunas veces de María, otras de Mateo y otras de Pedro. Decían de hecho que había cosas que Jesús no había dicho a la multitud, sino solamente a unos pocos escogidos. La acusación que Pablo les hacía a esos maestros era que su tradición era puramente humana. No tenía ninguna base en la Escritura; era un producto de la mente humana, y no un mensaje de la Palabra de Dios. El hablar así no era caer en el fundamentalismo o someterse a la tiranía de la palabra escrita, sino mantener que ninguna enseñanza puede ser verdaderamente cristiana si se aparta de las verdades básicas de la Escritura y de la Palabra de Dios.

(ii) Era una filosofía que tenía que ver con *los elementos de este mundo*. Esta es una frase que se ha discutido mucho y cuyo significado está todavía en duda. La palabra para *elementos* es *stoijeia*, que tiene dos significados.

(a) Quiere decir literalmente *cosas que se colocan en una hilera*; por ejemplo, una fila de soldados. Pero uno de sus sentidos más corrientes es las letras del alfabeto, sin duda porque forman una serie que se puede colocar en fila. De ahí que pueda querer decir también *la instrucción elemental en cualquier asunto*. Solemos hablar del A B C de un tema siempre que nos referimos a los primeros pasos en su tratamiento. Es posible que sea ese el sentido aquí. Puede que Pablo quisiera decir: «Esos falsos maestros pretenden daros un conocimiento muy avanzado y profundo, cuando en realidad no es más que algo rudimentario, porque es un conocimiento meramente humano. El verdadero conocimiento, la auténtica plenitud de Dios, está en Jesucristo. Si les prestáis atención a esos supuestos maestros, lejos de recibir un conocimiento espiritual profundo, estáis retrocediendo a una instrucción elemental que deberíais haber dejado atrás hace mucho.»

(b) *Stoijeia* tiene un segundo significado. Quiere decir los *espíritus elementales del mundo*, y especialmente los espíritus de las estrellas y los planetas. Todavía sigue habiendo personas que toman la astrología en serio. Llevan emblemas de los signos del zodiaco, y se leen las columnas de ciertas revistas que tratan de lo que suponen que pronostican los, cuerpos celestes. Pero casi nos es imposible darnos cuenta de lo dominado que estaba el mundo antiguo con la idea de la influencia de los espíritus elementales y de las estrellas. La astrología era entonces, como ha dicho alguien, la reina de las ciencias. Hasta hombres de la talla de Julio César y Augusto, tan cínicos como Tiberio y tan equilibrados como Vespasiano, no daban ningún paso sin consultarlo con las estrellas. Alejandro Magno creía en la influencia de las estrellas. Casi todo el mundo creía que sus vidas estaban determinadas por ellas. Si uno nacía bajo un signo afortunado, le iría bien; si bajo un signo desafortunado, no podía esperar la felicidad; si una empresa había de tener éxito, había que tener en cuenta las estrellas. Se era esclavo de ellas.

Había una posibilidad de escapar a su influencia: si se sabían las consignas y las fórmulas correctas; y una gran parte de la enseñanza esotérica del gnosticismo y de otras creencias y filosofías por el estilo era el conocimiento que pretendían impartir a sus fieles para que se pudieran evadir del poder de las estrellas; y es muy probable que fuera eso lo que ofrecían los falsos maestros colosenses. Decían: «Jesucristo está muy bien, puede hacer algo por vosotros; pero no puede ayudaros a escapar a la

influencia de las estrellas. Somos nosotros los únicos que tenemos ese conocimiento secreto que os lo garantiza.» Pablo, que era lo suficientemente hijo de su tiempo para creer en esos espíritus elementales, respondía: « No necesitáis más que a Cristo para vencer los poderes del universo; porque es en El en Quien se halla nada menos que la plenitud de Dios, y Él está a la cabeza de todo poder y autoridad, porque fue Él Quien los creó.»

Los maestros gnósticos ofrecían una filosofía adicional; Pablo insistía en la suficiencia triunfadora de Cristo para vencer cualquier poder en cualquier parte del universo. No se puede creer al mismo tiempo en el poder de Cristo y en la influencia ineludible de las estrellas.

LA VERDADERA CIRCUNCISIÓN

Colosenses 2:11s

Es en Él en Quien habéis sido circuncidados con una circuncisión no hecha con manos humanas, sino que consiste en despojaros de la totalidad de la parte de vuestra persona que está dominada por la naturaleza humana pecadora, cosa que pudisteis experimentar en la circuncisión cristiana. Fuisteis sepultados con Él en el acto del Bautismo, en el que también surgisteis a una nueva vida con Él mediante vuestra fe en la obra eficaz de Dios, Que Le resucitó de los muertos.

Los falsos maestros les exigían a los creyentes gentiles que se circuncidaran, porque la circuncisión era la señal del pueblo escogido de Dios. Dios, decían, le había dicho a Abraham: «Este es Mi pacto, que guardaréis entre Mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Todo varón de entre vosotros será circuncidado» (*Génesis 17:10*).

A lo largo de la historia de Israel había habido dos puntos de vista acerca de la circuncisión. Algunos decían que era suficiente en sí para poner a uno en la debida relación con Dios. No importaba que el israelita fuera bueno o no; bastaba con que fuera israelita y estuviera circuncidado. Pero los grandes dirigentes espirituales y los grandes profetas de Israel tenían un punto de vista diferente. Insistían en que la circuncisión no era más que la señal exterior de que uno estaba realmente consagrado a Dios. Usaban la palabra en sentido figurado de tener labios incircuncisos (*Éxodo 6:12*), de *un corazón* circuncidado o no (*Levítico 26:41; Ezequiel 44:7,9; Deuteronomio 30:6*); de *oídos* incircuncisos (*Jeremías 6:10*). El estar circuncidado no quería decir para ellos el que se hubiera hecho una pequeña operación en su cuerpo, sino el haber experimentado un cambio radical en su vida. La circuncisión era sin duda una señal de la persona que estaba realmente consagrada a Dios; pero esa dedicación no consistía en que le hubieran cortado una parte de su cuerpo, sino en que se había cortado de su vida todo lo que era contra la voluntad de Dios.

Esa había sido la respuesta de los profetas siglos antes; y esa seguía siendo la respuesta de Pablo a los falsos maestros. Les decía: «Demandáis la circuncisión; pero debéis recordar que la circuncisión no quiere decir quitar una parte de la piel de un hombre, sino cercenar de su vida todo lo que le separa de Dios.» Y proseguía: «Cualquier sacerdote puede circuncidar el prepucio de un hombre, pero sólo Cristo puede llevar a cabo esa circuncisión espiritual que implica extirpar de la vida todo lo que le impide ser un hijo obediente de Dios.»

Y Pablo prosigue. Para él aquello no era teoría, sino realidad. «Ese mismo hecho -decía- ya ha tenido lugar en vosotros en vuestro bautismo.» Cuando pensamos en su concepto del Bautismo debemos recordar tres cosas. En la Iglesia Primitiva, como sigue sucediendo en el campo misionero y en las áreas de extensión de la Iglesia, las personas venían al Evangelio directamente del paganismo. Estaban dejando consciente y deliberadamente una forma de vida para asumir otra; y haciendo una decisión consciente en el momento de su bautismo. Esto era, por supuesto, antes de que se generalizara el bautismo infantil, lo que no pudo ser hasta que llegó a ser realidad la familia cristiana.

El Bautismo en el tiempo de Pablo era tres cosas: era bautismo de *adultos*; era bautismo *instruido*, y, siempre que era posible, era bautismo *por inmersión*. Por tanto se manifestaba claramente el simbolismo del Bautismo. Al cerrarse las aguas sobre la cabeza del bautizado, era como si muriera; al salir otra vez del agua era como si resucitara a una nueva vida. Una parte de él había muerto y desaparecido para siempre; era una nueva persona la que surgía a una nueva vida.

Pero debe notarse que el simbolismo sólo podía llegar a ser una realidad bajo una condición: si la persona creía de veras en la muerte y resurrección de Jesucristo. Sólo podía tener lugar cuando la persona creía en la obra eficaz de Dios, Que había resucitado a Jesucristo de los muertos y podía hacer lo mismo con ella. El Bautismo era para el cristiano morir y resucitar, porque creía que Cristo había muerto y resucitado, y que él estaba entrando a participar de la experiencia de su Señor.

«Vosotros habláis de la circuncisión -decía Pablo-. La única circuncisión verdadera tiene lugar cuando una persona muere y resucita con Cristo en el Bautismo de tal manera que no es solamente una pequeña porción de su cuerpo lo que se le amputa, sino toda su naturaleza pecadora, y recibe la vida nueva y la santidad de Dios.»

EL PERDÓN TRIUNFADOR

Colosenses 2:13-1 S

Ha sido Dios Quien os ha dado la vida con Cristo cuando estabais muertos en vuestros pecados y no erais más que paganos ñncircuncisos. Os perdonó todos vuestros pecados; y borró la lista de cargos que exponía todas las deudas que habíais reconocido, una lista de cargos que estaba basada en las ordenanzas de la Ley y que estaba totalmente en contra vuestra. Él la clavó en Su Cruz y la quitó de la vista; y también despojó de todo su poder a las potencias y autoridades, y las expuso públicamente a la vergüenia, llevándolas cautivas en Su marcha triunfal por medio de la Cruz.

Casi todos los grandes maestros han pensado en imágenes; y aquí usa Pablo una serie de imágenes gráficas para mostrar lo que Dios ha hecho por nosotros por medio de Jesucristo. Su intención es demostrar que Cristo ha hecho todo lo que se podía y se tenía que hacer, y que no hay por qué introducir otros intermediarios para la plena salvación de los seres humanos. Hay aquí tres imágenes principales.

(i) Los hombres estaban muertos en sus pecados. No tenían más poder que hombres muertos para vencer el pecado o para expiarlo. Jesucristo, con Su obra, ha librado a los hombres tanto del poder como de las consecuencias del pecado. Les ha dado una vida tan nueva que sólo se puede expresar diciendo que los ha resucitado de entre los muertos. Además, según la antigua creencia, Dios solamente tenía interés en los judíos; pero este poder salvífico de Cristo llega hasta a los paganos incircuncisos. La obra de Cristo es una obra de poder, porque pone nueva vida en personas muertas; es una obra de gracia, porque alcanza a todos los que no tenían razón para esperar los beneficios de Dios.

(ii) Pero las imágenes se hacen aún más gráficas. Como dice la versión Reina-Valera, < Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la Cruz;» y nosotros lo hemos traducido por < borró la lista de cargos que exponía todas las deudas que habíamos reconocido, una lista de cargos que estaba basada en las ordenanzas de la Ley.» Hay aquí dos palabras griegas sobre las que se construye toda la ilustración.

(a) La palabra para *acta de los decretos o lista de cargos* es *jeirógrafon*, que quiere decir literalmente *autógrafo*, pero que tiene el sentido técnico -que cualquier lector de entonces entendería- de un reconocimiento de deuda firmado por el deudor. Los pecados de los hombres habían ido alargando una lista interminable de deudas que se tenían con Dios, que se podía decir que todos los hombres reconocían. Más de una vez se presenta en el Antiguo Testamento a los israelitas escuchando y aceptando las leyes de Dios e invocando maldiciones

sobre sus propias cabezas si dejaban de cumplirlas (*Éxodo 24:3; Deuteronomio 27:14-26*). En el Nuevo Testamento se nos presenta a los gentiles, que tenían, no una Ley de Dios escrita como los judíos, sino una ley grabada en sus corazones de la que les daba testimonio su conciencia (*Romanos 2:14s*). Todos estaban en deuda con Dios por sus pecados, y lo sabían. Había una condena reconocida y aceptada por ellos, una lista de acusaciones que, como si dijéramos, todos los seres humanos habían firmado y admitido como exacta.

(b) La palabra para borrar es el verbo griego *exaleifein*. Entender esta palabra es entender la maravillosa misericordia de Dios. El material en que se escribían los documentos antiguos era, o papiro, una especie de papel que se hacía con una especie de juncos, o piel de animales. Los dos eran bastante caros, y no se podían malgastar. La tinta antigua no contenía ácidos; se secaba sobre la superficie del papel sin descomponerlo como hace la tinta moderna corrientemente. Algunas veces el escriba, para ahorrar papel, usaba un papiro o pergamino de segunda mano, es decir, que ya estaba escrito. Para ello se servía de una esponja y borraba lo que estuviera escrito. Como estaba sólo en la superficie del papel, se podía dejar como nuevo. Dios, en Su maravillosa gracia, anuló el informe de nuestros pecados tan completamente como si no hubieran existido, sin dejar ni rastro.

(c) Pablo prosigue: Dios tomó el acta condenatoria y la clavó en la Cruz de Cristo. Solía decirse que en el mundo antiguo, cuando se cancelaba una ley u ordenanza, se ponía en un tablón de anuncios atravesada con un clavo; pero es dudoso que sea a eso a lo que Pablo se refiere aquí. Más bien parece ser que en la Cruz de Cristo fue crucificada-fijada a la cruzel acta condenatoria que había contra nosotros: *fue ejecutada* y dada por cumplida, de manera que no se pudiera volver a reclamar. Pablo parece haber escrutado las actividades humanas para encontrar una serie de ilustraciones que mostraran lo totalmente que Dios, en Su misericordia, había destruido el documento de nuestra condenación.

Esto es de veras la gracia. Y esa nueva era de la gracia se magnifica aún más en otra frase más bien oscura. La lista de cargos había estado *basada en las ordenanzas de la Ley*. Antes de que Cristo viniera, la humanidad estaba bajo la Ley, y todos la quebrantaban porque no había ninguno que la pudiera cumplir perfectamente. Pero ahora la Ley ha sido superada, y ha venido la gracia. El ser humano ya no es un delincuente que ha quebrantado la Ley y está a merced del juicio de Dios; es un hijo que estaba perdido y puede ahora volver a casa a dejarse abrazar por la gracia de Dios.

(iii) Otra gran escena aparece en la pantalla de la mente de Pablo. Jesús ha despojado a los poderes y autoridades, y los ha hecho Sus cautivos. Como ya hemos visto, el mundo antiguo creía en toda clase de ángeles y espíritus elementales, muchos de los cuales estaban empeñados en destruir a las personas. Eran los responsables de los casos de posesión diabólica y de cosas semejantes. Eran hostiles a la humanidad. Jesús los conquistó para siempre. Los *despojó*; la palabra que se usa aquí quiere decir quitarle las armas y la armadura a un enemigo vencido. De una vez para siempre Jesús quebrantó su poder. Los expuso a la

vergüenza pública y los llevó cautivos en su desfile triunfal. La alegoría se refiere al triunfo de un general romano que hubiera obtenido una victoria realmente señalada y se le concediera desfilar con su ejército victorioso por las calles de Roma llevando tras sí a los reyes y gobernantes de los pueblos que había vencido. Los mostraba públicamente como su botín. Pablo piensa en Jesús como conquistador desfilando en un triunfo cósmico, y lleva detrás los poderes del mal, para que todos los puedan ver derrotados para siempre.

En estos cuadros presenta Pablo la total suficiencia de la obra de Cristo. El pecado ha sido perdonado y el mal conquistado; ¿qué más se necesita? No hay nada que el conocimiento y los intermediarios gnósticos puedan hacer por la humanidad: ¡Cristo ya lo ha hecho todo!

RETROCESO

Colosenses 2:16-23

Que nadie os lleve a juicio en asuntos de comida o bebida, o en relación con celebraciones anuales o lunas nuevas mensuales o sábados semanales. Estas no son más que las sombras de cosas por venir; pero el Cuerpo es el mismo Cristo. Que nadie os despoje de vuestro galardón haciendo alarde de una humildad ostentosa, de dar culto a los ángeles ni de supuestas visiones, presumiendo orgullosamente porque está dominado por su naturaleza humana pecadora y está desasido del Que es la Cabeza; de Quien todo el cuerpo, sustentado y unido por las articulaciones y los músculos, se desarrolla con el crecimiento que solo puede dar Dios.

Si habéis muerto con Cristo a los rudimentos de este mundo, ¿por qué seguís sometiendoos a sus reglas y reglamentos como si aún estuvierais viviendo en un mundo sin Dios? «¡No uses! ¡No pruebes! ¡No toques!» son sus consignas. Esas son reglas que se enseñan e imponen humanamente en relación con cosas que están destinadas a desaparecer tan pronto como se usan; que tienen una cierta reputación de sabiduría porque se autoimponen devoción y falsa humildad y dureza con el cuerpo, pero no tienen ninguna eficacia para remediar las tendencias de la naturaleza humana pecadora.

Este pasaje contiene ciertas ideas gnósticas básicas entremezcladas. Pablo está advirtiendo en él a los creyentes que no adopten ciertas prácticas gnósticas, porque el hacerlo supondría más un retroceso que un avance en la fe. Aquí subyacen cuatro prácticas gnósticas.

(i) Está *el ascetismo* gnóstico (versículos 16 y 21). Se trataba de una enseñanza que implicaba un montón de reglas acerca de lo que se podía comer o beber. En otras palabras: se trataba de una vuelta atrás a las leyes dietéticas de los judíos, con sus listas de cosas limpias o inmundas. Según hemos visto, los gnósticos consideraban toda la materia esencialmente mala. Si la materia era mala, entonces también lo era el cuerpo. Si el cuerpo era malo, se podía llegar a una de dos conclusiones. (a) Si el cuerpo era esencialmente malo, no importaba lo que se hiciera con él. Siendo malo, se podía usar o abusar de cualquier manera, porque no había ninguna diferencia. (b) Si el cuerpo era malo, había que tenerlo sojuzgado; había que maltratarlo y debilitarlo y que aherrojar sus impulsos. Es decir: que el gnosticismo podía conducir, o a una inmoralidad total, o a un ascetismo riguroso. Y es a esta última conclusión a la que se refiere aquí Pablo.

Dice en efecto: «No tengáis nada que ver con los que identifican la religión con leyes acerca de lo que se puede o no se puede comer o beber.» El mismo Jesús había dicho que era indiferente lo que uno comiera o bebiera (*Mateo 15:10-20; Marcos 7:14-23*). Pedro tuvo que aprender a dejar de hablar de alimentos limpios o inmundos (*Hechos 10*). Pablo usa una frase bastante cruda para expresar con otras palabras lo que ya había dicho Jesús: «Estas cosas perecen tan pronto como se usan» (versículo 22). Quiere decir exactamente lo mismo que Jesús cuando dijo que los alimentos y las bebidas se ingieren y digieren y se expulsan del cuerpo y desaparecen en el alcantarillado (*Mateo 15:17; Marcos 7:19*). La comida y la bebida tienen tan poca importancia que están destinadas a deshacerse tan pronto como se ingieren. Los gnósticos querían hacer que la religión consistiera en reglas dietéticas; y sigue habiendo personas que se preocupan más de las reglas de la alimentación que del amor del Evangelio.

(ii) Estaba *la observancia de los días* de los gnósticos y de los judíos (versículo 16). Guardaban fiestas anuales, y nuevas lunas mensuales y sábados semanales. Hacían listas de los días que pertenecían especialmente a Dios, en los que había que hacer y dejar de hacer ciertas cosas. Identificaban la religión con el ritualismo.

La crítica que hace Pablo de esta insistencia en los días es clara y lógica. Dice: «Habéis sido rescatados de la tiranía de las normas legales. ¿Por qué queréis esclavizaros otra vez? ¿Por qué queréis retroceder al legalismo judío abandonando la libertad cristiana?» El espíritu que trata de reducir el Evangelio a un sistema de normas y de reglas no ha muerto todavía.

(iii) Estaban *las visiones especiales* de los gnósticos. La versión Reina-Valera habla en el versículo 18 del falso maestro «metiéndose en lo que no ha visto.» Esa traducción no es correcta. La traducción correcta debería ser: «Haciendo alarde de las cosas que ha visto.» Los gnósticos presumían de visiones especiales de realidades secretas que no estaban a la vista de hombres

y mujeres normales y corrientes. No se trata de negar las visiones de los místicos; pero es peligroso empezar a creerse que uno ha alcanzado un grado de santidad que le permite ver lo que la gente vulgar -como él la denominan puede ver; y el peligro está en que esas personas ven a menudo, no lo que Dios les revela, sino lo que ellas mismas quieren ver.

(iv) Estaba *el culto a los ángeles* (versículos 18 y 20). Como ya hemos visto, los judíos tenían una doctrina de los ángeles muy desarrollada, y los gnósticos creían en toda clase de intermediarios a los que adoraban, mientras que los cristianos saben que la adoración se debe solamente a Dios.

Pablo dedica a este punto cuatro objeciones.

(i) Dice que esta clase de cosa no es más que la sombra de la verdad, y que la realidad está en Cristo (versículo 17). Es decir, que una religión que se basa en comer y beber ciertas clases de alimentos y bebidas y de abstenerse de otras, una religión que se basa en la observancia del sábado y cosas por el estilo, no es más que una sombra de la verdadera religión, que es comunión con Cristo.

(ii) Dice que hay tal cosa como una humildad falsa (versículos 18 y 23). Cuando hablaban del culto a los ángeles, tanto los gnósticos como los judíos lo justificarían diciendo que Dios es tan grande y sublime y santo que no podemos nunca tener acceso directo a Él, y debemos contentarnos con rezar a los ángeles. Pero la gran verdad que predica el Cristianismo es, de hecho, precisamente que el camino a Dios está abierto a las personas más sencillas y humildes.

(iii) Dice que esto puede conducir a un pecado de orgullo (versículos 18 y 23). El que es tan meticuloso en la observancia de los días especiales, que guarda las leyes alimentarias y que practica la abstinencia ascética corre el grave peligro de creerse especialmente bueno y mirar a los demás por encima del hombro. Y es una verdad fundamental del Cristianismo que el que se cree bueno no lo es de veras, y menos el que se cree mejor que los demás.

(iv) Dice que esto es una vuelta a una esclavitud que no tiene nada de cristiana abandonando la libertad cristiana (versículo 20), y que en cualquier caso no le libra a uno de las concupiscencias carnales, sino solamente le mantiene a uno en la trailla (versículo 23). La libertad cristiana no viene de tratar de restringir los deseos con reglas y normas, sino de la muerte de los malos deseos y del surgir a la vida de los buenos deseos en virtud de que el cristiano está en Cristo y Cristo en el cristiano.

LA VIDA DE LA RESURRECCIÓN

Colosenses 3:1-4

Así que, puesto que habéis resucitado con Cristo, poned el corazón en las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Ocupad vuestra mente con pensamientos que se concentren en las cosas de arriba en lugar de en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuandoquiera que Cristo aparezca, vosotros también apareceréis con Él en gloria. Porque Él es vuestra vida.

Lo que quiere resaltar Pablo es lo siguiente. En el Bautismo, el cristiano muere y resucita. Al cerrarse las aguas sobre su cabeza es como si se le enterrara; cuando sale del agua es como si resucitara a una nueva vida. Ahora bien: si es así, el cristiano debe surgir del Bautismo como una persona diferente. ¿Dónde está la diferencia? En el hecho de que a partir de ese momento los pensamientos del cristiano se centran en las cosas de arriba. Deja de estar obsesionado con las cosas triviales y pasajeras de la Tierra; está totalmente implicado en las realidades del Cielo.

Debemos captar exactamente lo que Pablo quiere decir con esto. Es seguro que no está proponiendo un otromundismo que haga que el cristiano se retire de las ocupaciones y responsabilidades de este mundo para no hacer otra cosa que meditar en la eternidad. Inmediatamente después de decir esto Pablo pasa a establecer una serie de principios éticos que dejan bien claro que espera que el cristiano continúe con su trabajo de este mundo y mantenga todas sus relaciones normales; pero con esta diferencia: desde ese momento el cristiano considerará todas las cosas sobre el trasfondo de la eternidad, y ya no vivirá como si este mundo fuera lo único que importara.

Esto no podrá por menos de darle una nueva escala de valores. Las cosas que el mundo considera importantes dejarán de obsesionarle. Las ambiciones que dominan el mundo serán incapaces de impactarle. Seguirá usando las cosas del mundo, pero las usará de una manera nueva. Por ejemplo: valorará el dar por encima del obtener; servir, por encima de dominar; perdonar, por encima de vengarse. El baremo del cristiano será el de Dios, no el de los hombres.

¿Y cómo se puede cumplir eso? La vida del cristiano está escondida con Cristo en Dios. Hay por lo menos dos referencias aquí.

(i) Ya hemos visto repetidamente que los cristianos originales veían el Bautismo como un morir y un resucitar. Cuando una persona moría y era sepultada, los griegos solían decir que estaba *oculta en la tierra*; sin embargo el cristiano había experimentado una muerte espiritual en el Bautismo, y no estaba escondido en la tierra, sino *en Cristo*. La experiencia de los cristianos originales era que el mismo acto del Bautismo revestía a la persona con Cristo.

(ii) Bien puede ser que haya aquí un juego de palabras que los griegos reconocerían en seguida. Los falsos maestros llamaban a sus libros de supuesta sabiduría *apókryfoi*, los libros que *estaban escondidos* para todos menos para los iniciados.

Ahora bien, la palabra que Pablo usa aquí para decir que nuestras vidas están *escondidas* con Cristo en Dios es una parte del verbo *apokryptein*, del que procede el adjetivo *apókryfos*. Sin duda una palabra sugeriría la otra. Es como si Pablo dijera: «Para vosotros, los tesoros de la sabiduría están escondidos en vuestros libros secretos; pero para nosotros, Cristo es el tesoro de la sabiduría, y nosotros estamos escondidos en Él.»

Todavía hay aquí otro pensamiento más. La vida del cristiano está *escondida* con Cristo en Dios. Lo que está escondido está oculto; el mundo no puede descubrir el secreto del cristiano. Pero Pablo prosigue: «Llegará el día cuando Cristo vuelva en gloria; y entonces el cristiano al que nadie reconocía compartirá esa gloria y todo el mundo lo verá.» En cierto sentido Pablo está diciendo -y está diciendo una gran verdad- que algún día los veredictos de la eternidad darán la vuelta a los veredictos del tiempo, y los juicios de Dios darán la vuelta a los juicios de los hombres.

CRISTO, NUESTRA VIDA

Colosenses 3:1-4 (conclusión)

En el versículo 4 Pablo da a Cristo uno de los grandes títulos de la devoción: *Cristo, nuestra vida*. Aquí tenemos un pensamiento que le era muy querido al corazón de Pablo. Escribiendo a los filipenses les decía: «Para mí, el vivir es

Cristo» (*Filipenses 1:21*). Años antes, escribiendo a los gálatas, les decía: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo Quien vive en mí» (*Gálatas 2:20*). Según lo veía Pablo, lo más importante de la vida para el cristiano es Cristo; más aún: Él es su misma vida.

Este es el Everest de la devoción, que no podemos vislumbrar más que confusamente, ni expresar sino intermitente e imperfectamente. Algunas veces decimos de alguien: «Su vida es la música -o el deporte, o el trabajo...» Esa persona encuentra la vida y todo lo que quiere decir en esas cosas. Para el cristiano, Cristo es su vida.

Y aquí volvemos al principio de este pasaje: es precisamente por eso por lo que el cristiano centra su mente y su corazón en las cosas de arriba y no en las de este mundo. Lo juzga todo a la luz de la Cruz de Cristo, y a la luz del amor que Se entregó a Sí mismo por él. A la luz de la Cruz, la riqueza y las ambiciones y las actividades del mundo se aprecian en su justo valor; y al cristiano se le permite centrar todo su corazón en las cosas de arriba.

LO QUE QUEDA ATRÁS

Colosenses 3:5-9a

Así es que hacéis morir esa parte de vosotros que es terrenal fornicación, inmundicia, pasión, malos deseos, el deseo de obtener más de lo que nos corresponde- porque esto es una forma de idolatría que hace que la ira de Dios caiga sobre los desobedientes. Era a estas cosas a las que vosotros dedicabais vuestra vida en otro tiempo, cuando vivíais entre ellas; pero ahora os debéis despojar de todas esas cosas -rabia, genio, malicia, calumnia, expresiones soeces que salen de vuestra boca. No os mintáis unos a otros.

Aquí tiene lugar el cambio que siempre se produce en las cartas de Pablo: después de la teología viene la demanda ética. Pablo podía pensar más profundamente que ninguna otra persona que haya tratado nunca de expresar la fe cristiana; podía recorrer sendas inexploradas de pensamiento; podía escalar cimas de contemplación por las que a los teólogos mejor equipados les resulta difícil seguirle; pero siempre, al final de sus cartas, volvía a las consecuencias de todo aquello. Siempre terminaba con una exposición ineludible y clara de las demandas éticas del Evangelio en la situación en que se encontraban entonces sus amigos.

Pablo empieza con una demanda enérgica. El Nuevo Testamento no vacila nunca en exigir con cierta violencia la total eliminación de todo lo que está contra Dios. La Biblia del Oso traducía así la primera parte de esta sección: «Mortificad pues vuestros miembros que están sobre la tierra.» En el español de tiempo de Cervantes eso estaba suficientemente claro; pero ha perdido algo de su fuerza en el lenguaje moderno, lo mismo que el *amortiguad* de las primeras revisiones de la ReinaValera. Ahora *mortificar la carne* quiere decir practicar una disciplina ascética y de autonegación; pero eso no es suficiente. Lo que Pablo está diciendo es: «Dad muerte a cualquier parte de vuestro yo que esté contra Dios y os impida cumplir Su voluntad.» Sigue la misma línea de pensamiento que en *Romanos 8:13*: «Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis.» Y es exactamente lo que Jesús demandaba: que se cortara una mano o un pie o se sacara un ojo cuando impulsaran al pecado (*Mateo 5:29s*).

Podemos expresar esto de una manera más actual, como hace C. F. D. Moule. El cristiano debe matar su egotismo, y dar por muertos todos sus deseos y ambiciones egoístas. Debe haber en su vida una transformación radical de voluntad y un desplazamiento radical del yo del centro de su universo. Todo lo que le impidiera obedecer plenamente a Dios y rendirse totalmente a Cristo ha de ser eliminado quirúrgicamente.

Pablo procede a hacer una lista de algunas de las cosas que los colosenses deben suprimir de su vida.

La fornicación y la inmundicia tienen que desaparecer. La castidad fue la única virtud totalmente nueva que aportó el Cristianismo al mundo. En el mundo antiguo, las relaciones sexuales antes o fuera del matrimonio se consideraban normales y eran práctica aceptada. El deseo sexual se consideraba que había de gratificarse, no de controlarse. Esa es una actitud que no es extraña hoy en día, y que se defiende a menudo con extensos razonamientos. En su autobiografía, *Memoria a memoria*, Sir Arnold Lunn dedica un capítulo al famoso filósofo Cyril Joad, al cual conocía muy bien. Antes de convertirse al Cristianismo Joad podía escribir: < El control de la natalidad (quería decir el uso de preservativos) aumenta las posibilidades de placer humano. Al permitir que los placeres del sexo se disfruten sin sus consecuencias indeseadas se ha eliminado el más formidable impedimento, no solamente para el uso regular de la relación sexual, sino también para el uso irregular... El clérigo medio se escandaliza y enfurece ante la perspectiva de placeres ilimitados sin remordimientos ni consecuencias que el control de la natalidad ofrece a los jóvenes; y si pudiera, lo impediría. » Hacia el final de su vida Joad regresó a la religión y volvió a la familia de la Iglesia; pero no fue sin lucha, y fue la insistencia de la Iglesia Cristiana en la pureza sexual lo que le retuvo mucho tiempo de hacer su decisión final. «Es un gran paso --decía-, y no me puedo convencer de que la actitud rigurosa en cuanto al sexo que la Iglesia considera necesario adoptar está realmente justificada.» Pero la ética cristiana insiste en la castidad porque considera que la relación física entre los sexos es algo tan precioso que no se debe permitir un uso indiscriminado que acabaría por deteriorarla.

Estaban *la pasión y los malos deseos*. Hay un tipo de persona que es esclava de las pasiones (*pathos*) y que es llevada de acá para allá por el deseo de lo que no es debido (*epithymía*).

Está el pecado que la Reina-Valera llama *avaricia (pleonexía)*. *Pleonexía* es uno de los pecados más feos; pero, aunque está suficientemente claro lo que quiere decir, no es ni mucho menos tan fácil encontrar una sola palabra para traducirlo. Viene de dos palabras griegas: la primera parte, de *pleon*, que quiere decir *mas*, y la segunda parte, de *éjein*, que quiere decir *tener*. *Pleonexía* es básicamente *el deseo de tener más*. Los griegos lo definían como un deseo insaciable, y decían que era como tratar de llenar de agua un recipiente que tuviera un agujero en el fondo. Lo definían como el deseo pecaminoso de lo que pertenece a otros. Se ha descrito como egoísmo despiadado. Su idea básica es el deseo de lo que uno no tiene derecho a poseer. Es, por tanto, un pecado que tiene una gama muy amplia. Es el deseo de dinero que conduce al robo; de prestigio, que lleva a una ambición desmedida; de poder, que inspira una tiranía sádica; si es el deseo de poseer a una persona, induce al pecado sexual. C. F. D. Moule lo describe bien como «lo contrario del deseo de dar.»

Tal deseo, dice Pablo, es idolatría. ¿Cómo puede ser así? La esencia de la idolatría es el deseo de obtener. Una persona se hace un ídolo y lo adora porque desea que le proporcione algo. Para citar otra vez a C. F. D. Moule: « La idolatría es un intento de utilizar a Dios para satisfacer los deseos de uno, en lugar de entregarse uno al servicio de Dios.» La esencia de la idolatría es, de hecho, el deseo de tener más. O, para llegar a ello por otro camino, la persona cuya vida está dominada por el deseo de obtener cosas ha puesto las cosas en el lugar que sólo Le corresponde a Dios -y eso es precisamente la idolatría.

La ira de Dios no puede por menos de recaer sobre esas cosas. La ira de Dios es sencillamente la regla del universo que dice que una persona segará lo que haya sembrado, y que nadie puede evadir las consecuencias de su pecado. La ira de Dios y el orden moral del universo son la misma cosa.

LAS COSAS QUE HAY QUE DEJAR ATRÁS

Colosenses 3:5-9a (conclusión)

Pablo dice en el versículo 8 que hay ciertas cosas de las que los colosenses deben despojarse. La palabra que usa quiere decir *quitarse la ropa*. Aquí tenemos un cuadro de la vida de los cristianos originales. Cuando uno se bautizaba se quitaba la ropa antigua para bajar al agua; y cuando salía otra vez se ponía una túnica blanca nueva. Se despojaba de una clase de vida y asumía otra. En este pasaje habla Pablo de las cosas que el cristiano debe quitarse, y en el versículo 12 continúa la escena hablando de las cosas que el cristiano debe ponerse. Vamos a mirarlas una a una.

El cristiano debe despojarse de *la rabia y el genio*. Las dos palabras son en el original *orgué y thymós*, y la diferencia que hay entre ambas es la siguiente. *Thymós* es una explosión de rabia repentina que se produce de pronto y desaparece de pronto. Los griegos la comparaban con un fuego de pajas. *Orgué* es la ira que se ha vuelto inveterada; de larga duración, de lenta consunción, que se niega a ser pacificada y abraza el disgusto para mantenerlo calentito. Para el cristiano, tanto el estallido de rabia como la ira duradera son cosas prohibidas.

Está *la malicia*. La palabra que traduce es *kakía*; es difícil de traducir porque quiere decir realmente la crueldad mental de la que brotan los vicios concretos. Es una maldad inclusiva.

Los cristianos deben despojarse de *la calumnia* y de *las expresiones soeces*, y no deben *mentirse unos a otros*. La palabra para *calumnia* es *blasfemia*, que la Reina-Valera traduce por *blasfemia*. *Blasfemia* es hablar calumniosamente en general; cuando las expresiones insultantes se dirigen contra Dios, es propiamente blasfemia. En este contexto es mucho más probable que lo que se prohíbe es hablar calumniosamente de los semejantes de uno. La palabra que hemos traducido por *expresiones*

soeces es *aisjrologuía*; puede querer decir *lenguaje obsceno*. Estas tres últimas cosas prohibidas están relacionadas con el habla. Y si las ponemos en forma de mandamientos positivos en vez de prohibiciones negativas encontramos tres leyes sobre el habla cristiana.

(i) El habla cristiana debe ser *amable*. Toda manera de hablar que sea calumniosa y maliciosa está prohibida. Sigue en pie el antiguo consejo que dice que antes de repetir nada sobre cualquier persona nos debemos hacer tres preguntas: < ¿Es verdad? ¿Es necesario? ¿Es amable? > El Nuevo Testamento condena incesantemente la lengua crítica con veneno de verdad.

(ii) El habla cristiana debe ser *pura*. Puede que no haya habido en el pasado ningún tiempo en que se usara tanto el lenguaje soez como en el nuestro. Y lo trágico es que muchos se han acostumbrado de tal manera a él que ya ni se dan cuenta cuando lo están usando. El cristiano no debe olvidar nunca que tendrá que dar cuenta de cada palabra ociosa.

(iii) El habla cristiana debe ser *veraz*. El doctor Johnson creía que se dicen muchas más falsedades inconscientemente que deliberadamente; y creía que se debía corregir a un muchacho cuando se desviara lo más mínimo de la verdad. Es fácil tergiversar la verdad; se puede lograr con un cambio en el tono de voz o una mirada elocuente; y hay silencios que pueden ser tan falsos y engañosos como muchas palabras.

El habla cristiana debe ser amable, pura y veraz para con todos y en cualesquiera circunstancias.

LA UNIVERSALIDAD DEL CRISTIANISMO

Colosenses 3:9b-13

Despojaos del viejo yo con todas sus tendencias. Asumid el nuevo yo, que se está renovando continuamente hasta llegar a la plenitud del conocimiento, a semejanza de su Creador. En él no cuenta el ser griego o judío, circunciso o incircunciso, bárbaro o escita,

esclavo u hombre libre, porque Cristo es todo en todos. Así que, como escogidos de Dios, consagrados y amados, vestíos con un corazón de piedad, amabilidad, humildad, cortesía, paciencia. Aceptaos unos a otros; y si alguno tiene razones para quejarse de otro, perdonaos mutuamente; como os ha perdonado el Señor, así debéis perdonaros unos a otros.

Cuando uno se hace cristiano debe experimentar un cambio total de personalidad. Se despoja del viejo yo y asume un nuevo yo de la misma manera que el candidato al Bautismo se quita la ropa vieja y se pone la túnica blanca nueva. A menudo no tomamos suficientemente en serio la verdad en que insiste el Nuevo Testamento: que un cristianismo que no opere una transformación no es el auténtico. Además, este cambio es progresivo: hace crecer constantemente a la persona en la gracia y en el conocimiento hasta que llega a ser lo que está destinada a ser: humanidad a imagen de Dios.

Uno de los grandes efectos del Cristianismo es que derriba las barreras. En él no cuenta para nada que se sea griego o judío, circunciso o incircunciso, bárbaro, escita, esclavo u hombre libre. El mundo antiguo estaba lleno de barreras. Los griegos miraban por encima del hombro a los bárbaros; y para ellos cualquiera que no hablara griego era un bárbaro, que quiere decir literalmente el que habla diciendo «bar-bar». Se consideraban los aristócratas del mundo antiguo. Los judíos despreciaban a las demás naciones. Eran el pueblo escogido de Dios, y las otras naciones no servían más que para arder en el infierno. Los escitas eran considerados como los más despreciables de los bárbaros; más bárbaros que los bárbaros, los llamaban los griegos; casi bestias salvajes, decía de ellos Josefo. Eran proverbialmente las hordas que amenazaban al mundo civilizado con sus atrocidades bestiales. Los esclavos ni siquiera se consideraban en las leyes antiguas como seres humanos; no eran más que herramientas vivas, sin ningún derecho. El amo podía apalear o marcar o mutilar o hasta matarlos a su capricho. No tenían derecho a casarse. No podía haber ninguna relación en el mundo antiguo entre un esclavo y un hombre libre.

Todas estas barreras se han venido abajo en Cristo. J. B. Lightfoot nos recuerda que uno de los más grandes elogios que se le han hecho al Cristianismo se lo hizo, no un teólogo, sino un lingüista: Max Müller, uno de los grandes expertos en la ciencia del lenguaje. En el mundo antiguo nadie tenía interés en las lenguas extranjeras aparte del griego. Los griegos eran los intelectuales, y no se les ocurría estudiar una lengua bárbara. La ciencia del lenguaje es nueva, como lo es el interés en conocer otras lenguas. Max Müller escribió: < Hasta que la palabra *bárbaro* se excluyó del diccionario de la humanidad y se sustituyó por la palabra *hermano*, hasta que se les reconoció el derecho de ser clasificadas como miembros del género humano a todas las naciones del mundo, no podemos buscar ni los primeros principios de la ciencia del lenguaje... Este cambio lo efectuó el Cristianismo. > Fue el Cristianismo lo que aproximó a los hombres lo bastante para hacer que desearan conocer los unos el lenguaje de los otros.

T. K. Abbott indica que este pasaje resume las barreras que derribó el Cristianismo.

(i) Derribó las barreras que proceden del nacimiento y la nacionalidad. Diferentes naciones, que o se despreciaban o se odiaban mutuamente, fueron incorporadas en la misma familia de la Iglesia Cristiana. Personas de diferentes nacionalidades, que se habrían lanzado al cuello los unos de los otros, se sentaban juntas en paz a la Mesa del Señor.

(ii) Derribó las barreras procedentes de las ceremonias y del ritual. Circuncisos e incircuncisos se agrupaban en una misma comunión. Para un judío, un gentil era inmundo; al hacerse cristiano, reconoció a todos los gentiles como hermanos.

(iii) Derribó las barreras entre civilizados e incivilizados.

Los escitas eran los bárbaros ignorantes del mundo antiguo; los griegos eran los aristócratas de la cultura. Los cultos y los incultos se reunían en la Iglesia Cristiana. El mayor intelectual del mundo y el más sencillo hijo de la labor se podían sentar en* perfecta armonía en la Iglesia de Cristo.

(iv) Derribó la barrera entre las clases. El esclavo y el hombre libre se encontraban en la Iglesia. Más aún: en la Iglesia Primitiva se podía dar el caso, y se daba, de que el esclavo fuera el pastor, y el amo un simple miembro. En la presencia de Dios, las distinciones sociales del mundo dejaron de ser relevantes.

EL ATUENDO DE LA GRACIA CRISTIANA

Colosenses 3:9b-13 (conclusión)

Pablo pasa a dar su lista de las grandes gracias con las que deben vestirse los colosenses. Antes de estudiar la lista en detalle debemos notar dos cosas muy significativas.

(i) Pablo empieza dirigiéndose a los colosenses como *escogidos de Dios, consagrados y amados*. Lo significativo es que cada una de estas tres palabras pertenecía en su origen, como si dijéramos, a los judíos. Eran ellos el pueblo escogido, la nación consagrada y los amados de Dios. Pablo, el hebreo de hebreos, toma estas tres palabras preciosas, que habían sido posesión exclusiva de Israel, y se las aplica a gentiles. Así demuestra que el amor y la gracia de Dios se habían extendido hasta lo último de la tierra, y que ya no había en Su economía «una nación especialmente privilegiada.»

(ii) Es sumamente significativo notar que cada una de las gracias mencionadas tiene que ver con las relaciones personales. No se mencionan virtudes como la eficacia o la inteligencia, ni siquiera la diligencia o la industria -no porque estas cosas no sean importantes. Pero las grandes virtudes cristianas básicas son las que gobiernan las relaciones humanas. El Cristianismo es comunidad. Tiene en su lado divino el inefable don de la paz con Dios, y en su lado humano la solución victoriosa del problema de la convivencia.

Pablo empieza por *un corazón de piedad*. Si había una cosa que necesitara el mundo antiguo era la piedad. El sufrimiento de los animales no se tenía en cuenta. Los heridos y los enfermos se liquidaban. No se hacía provisión para los ancianos. El tratamiento de los dementes y de los minusválidos era sencillamente despiadado. El Cristianismo trajo la misericordia al mundo. No es pasarse el decir que todo lo que se ha hecho por los ancianos, los enfermos, los minusválidos, las mujeres, los niños, los animales, ha sido bajo la inspiración del Cristianismo.

Está *la amabilidad (jréstótés)*. Trench la llama una palabra preciosa para una cualidad preciosa. Los escritores antiguos definían *jréstótés* como la virtud de la persona para la que el bien de su prójimo le es tan deseable como el suyo propio. Josefo la usa en la descripción de Isaac, que hacía pozos y luego se los daba a otros para no pelearse con ellos y por ellos (*Génesis 26:17-25*). Se usa del vino que ha madurado con la edad y perdido la aspereza. Es la palabra que usa Jesús para decir: < Mi yugo es fácil > (*Mateo 11:30*). La bondad es a veces rígida; pero *jréstótés* es la bondad amable, aquella que mostró Jesús con la mujer pecadora que Le ungió los pies (*Lucas 7: 3750*). No cabe duda de que Simón el fariseo era un buen hombre; pero Jesús era más que bueno, era *jréstós*. Algunas versiones lo traducen por *benignidad*. Una de las características del cristiano es esa bondad amable.

Está *la humildad (tapeinofrosyné)*. Se ha dicho a menudo que la humildad fue elevada a la categoría de virtud por el Cristianismo. En el griego clásico no había una palabra para humildad que no contuviera el matiz de servilismo; pero la humildad cristiana no es nada rastrero. Está basada en dos cosas. Primero, por el lado divino, se basa en el sentimiento de *criaturidad* de la humanidad. Dios es el Creador, el ser humano es la criatura, y en la presencia del Creador la criatura no puede sentir nada más que humildad. Segundo, por el lado humano, la humildad se basa en la creencia de que todos los seres humanos son hijos de Dios; y no hay lugar para la arrogancia cuando estamos viviendo entre semejantes que son todos de linaje real.

Está *la cortesía (praytés)*. Hace mucho tiempo, Aristóteles definió *praytés* como el feliz término medio entre la rigidez y el pasotismo. La persona que es *prays* es la que se controla, porque Dios la controla, y se enoja cuando es debido y nunca cuando no. Tiene al mismo tiempo la firmeza y la dulzura de la verdadera cortesía.

Está *la paciencia (makrothymía)*. Este es el espíritu que no pierde nunca la paciencia con los demás. La torpeza y la insensatez no le producen cinismo o desesperación; los insultos y los malos tratos recibidos no le hacen resentido ni enojado. La paciencia humana es un reflejo de la paciencia divina, que soporta todo nuestro pecado y nunca nos desecha.

Está *el espíritu que soporta y perdona*. El cristiano soporta y perdona, porque el que ha sido perdonado debe perdonar siempre. Como Dios le perdonó, así debe perdonar a los demás; porque sólo perdonando se puede ser perdonado.

EL VÍNCULO PERFECTO

Colosenses 3:14-17

Sobre todas estas cualidades, revestios del amor, que es el vínculo perfecto; y que la paz de Dios sea la que lo decida todo en vuestros corazones, porque es a esa paz a la que habéis sido llamados para estar unidos en un solo Cuerpo. Que la Palabra de Dios more abundantemente en vosotros con toda sabiduría. Seguid enseñándoos y exhortándoos mutuamente con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantándole a Dios con gratitud en vuestros corazones. Y lo que quiera que estéis haciendo, ya sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dándole gracias por medio de Él a Dios Padre.

Pablo añade una más a las virtudes y las gracias: la que él llama *el vínculo perfecto del amor*. El amor es el poder que vincula y mantiene unido todo el Cuerpo de Cristo. La tendencia de cualquier cuerpo de personas es a disgregarse más tarde o más temprano. El amor es el único vínculo que puede mantenerlas en una comunión inquebrantable.

Y entonces Pablo usa una alegoría preciosa: «Que la paz de Dios sea la que lo decida todo en vuestros corazones.» Lo que quiere decir literalmente: «Que la paz de Dios sea el árbitro en vuestro corazón.» Usa un verbo que viene del campo de los deportes; es la palabra que se refiere al árbitro que decide las cosas discutibles. Si la paz de Cristo es el árbitro en nuestro corazón, entonces, cuando los sentimientos estén en conflicto y nos sintamos impulsados en dos sentidos opuestos, la decisión de Cristo nos mantendrá en el camino del amor, y la Iglesia se mantendrá como el Cuerpo que está destinada a ser. El camino del recto proceder es nombrar a Jesucristo árbitro entre las emociones conflictivas de nuestro corazón; y si aceptamos Sus decisiones, no erraremos.

Es interesante saber que la Iglesia ha sido desde el principio una Iglesia cantadora. Lo heredó de los judíos, que Filón nos dice que pasaban a menudo toda la noche cantando himnos y salmos. Una de las primeras descripciones que tenemos de la Iglesia es la de Plinio, el gobernador romano de Bitinia, que le mandó un informe de las actividades de los cristianos al emperador Trajano en el que le decía: «Se reúnen al alba para cantarle un himno a Cristo como Dios.» La gratitud de la Iglesia Cristiana siempre se ha elevado a Dios Padre en alabanza y cánticos.

Por último Pablo da el gran principio para la vida de que todo lo que hagamos o digamos ha de ser en el nombre de Jesús. Una de las mejores pruebas de una acción es: ¿Podemos hacerla invocando el nombre de Jesús? ¿Podemos hacerla pidiendo Su ayuda? Y una de las mejores pruebas de una palabra es: ¿Podemos decirle nombrando juntamente a Jesús? ¿Podemos decirle teniendo presente que Él la escucha? Si una persona

somete todas sus palabras y acciones a la prueba de la presencia de Cristo, no errará jamás.

RELACIONES PERSONALES DEL CRISTIANO

Colosenses 3:18-4:1

Casadas, sed respetuosas con vuestros maridos como corresponde en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres y no las tratéis con rudeza.

Hijos, sed siempre obedientes a vuestros padres, porque esto Le agrada al Señor. Padres, no hagáis rabiar a vuestros hijos para que no se desanimen.

Esclavos, obedeced en todo a los que son vuestros amos humanos, no sólo cuando os estén mirando, como hacen los que tratan de complacer a los hombres, sino con corazón sincero, honrando al Señor. Hagáis lo que hagáis, hacedlo de corazón, como si estuvierais haciéndolo para el Señor y no para los hombres; y no os olvidéis nunca de que recibiréis del Señor una justa retribución, que será vuestra participación en la herencia. Mostrad que sois esclavos del Señor Cristo. El que obre indebidamente recibirá su merecido conforme al mal que haya obrado; porque Dios no tiene favoritos.

Amos, tratad a vuestros esclavos de una manera justa y equitativa, recordando que también vosotros tenéis un Amo en el Cielo.

Aquí se vuelve más práctica la parte ética de la carta. Pablo trata de los resultados del Evangelio en las relaciones cotidianas. Antes de que empecemos a estudiar este pasaje en detalle, debemos notar dos grandes principios generales que están por detrás de todas sus demandas y las determinan.

(i) La ética cristiana se basa en *la obligación mutua*. No es nunca una ética en la que todos los deberes recaen sobre el mismo lado. Según lo veía Pablo, los maridos tienen obligaciones tan importantes como las mujeres; los padres están tan obligados como los hijos; los amos tienen sus responsabilidades igual que los esclavos.

Esto era algo completamente nuevo. Tomemos ahora los casos uno tras otro para verlos a la luz de este nuevo principio. Para la ley judía la mujer era una cosa, propiedad de su marido lo mismo que la casa o el ganado o el dinero. No tenía ningunos derechos legales. Por ejemplo: el marido podía divorciarse de su mujer por cualquier causa, mientras que

la mujer no podía hacer lo mismo; las únicas razones por las que se le podía conceder el divorcio a la mujer eran si su marido contraía la lepra, si apostataba de la fe judía o si violaba a una virgen. En la sociedad griega, una mujer respetable vivía en un aislamiento total; nunca salía sola a la calle, ni siquiera para ir a la compra; vivía en las habitaciones de la mujer, y no se reunía con los varones ni siquiera para las comidas. Se le exigía un sometimiento y una castidad absolutos; pero su marido podía salir todo lo que quisiera y mantener las relaciones que quisiera fuera del matrimonio sin que eso fuera ningún estigma. Bajo las leyes judía y griega todos los privilegios pertenecían al marido y todos los deberes a la mujer.

En el mundo antiguo los hijos estaban totalmente bajo el dominio de los padres. El ejemplo supremo era la *patria potestas* romana, la ley del poder del padre. Bajo ella, un padre podía hacer lo que quisiera con su hijo. Podía venderle como esclavo; hacerle trabajar como un obrero en su granja; tenía poder hasta para condenarle a muerte y ejecutar la sentencia. Todos los derechos y privilegios pertenecían al padre y todas las obligaciones al hijo.

Esto se daba aún más en el caso de los esclavos. El esclavo no era más que una cosa a ojos de la ley. No había tal cosa como un código de condiciones de trabajo. Cuando un esclavo ya no rendía en el trabajo se le abandonaba y dejaba morir. No tenía derecho a tener esposa, y si cohabitaba y tenía un hijo, este pertenecía al amo lo mismo que los corderos del rebaño.

Una vez más, todos los derechos pertenecían al amo y los deberes al esclavo.

La ética cristiana impone obligaciones mutuas en las que cada parte tiene derechos y obligaciones. Es una ética de responsabilidad mutua; y por tanto, se convierte en una ética en la que la idea de privilegios y derechos se deja atrás, y la idea de deberes y obligaciones es suprema. Toda la dirección de la ética cristiana no es preguntar: ¿Qué me deben a mí los demás?, sino: ¿Qué les debo yo?

(ii) Lo realmente nuevo en la ética cristiana de relaciones personales es que todas las relaciones son *en el Señor*. La totalidad de la vida cristiana se vive en Cristo. En cualquier hogar el tono de las relaciones personales debe ser dictado por la conciencia de que Jesucristo es el invitado invisible pero siempre presente. En cualquier relación padre-hijo la idea dominante debe ser el carácter paternal de Dios; y debemos procurar tratar a nuestros hijos como Dios trata a sus hijos e hijas. Lo que debe zanjar cualquier problema en la relación amo-siervo es que ambos son siervos de un Amo, Jesucristo. Lo nuevo es las relaciones personales en el Cristianismo es que Jesucristo es el Mediador en todas ellas.

LA OBLIGACIÓN MUTUA

Colosenses 3:18 - 4:1 (continuación)

Consideremos ahora brevemente cada una de estas tres esferas de las relaciones humanas.

(i) La casada ha de respetar a su marido; pero el marido ha de amar a su mujer y tratarla con amabilidad. El efecto de las leyes y costumbres de la antigüedad era que el marido se convertía prácticamente en un dictador indiscutible y la mujer en poco más que una esclava dedicada a criar hijos y atender a las necesidades de su marido. El efecto fundamental de la enseñanza cristiana es que el matrimonio se convierte en *un equipo*. No se forma meramente por conveniencia del marido, sino a fin de que ambos, marido y mujer, se completen mutuamente y compartan la vida con todas sus responsabilidades y alegrías. Cualquier matrimonio en el que todo se hace por conveniencia de una parte de la pareja mientras que la otra parte no existe más que para gratificar las necesidades y deseos de la primera *no* es un matrimonio cristiano.

(ii) La ética cristiana establece la obligación de los hijos de respetar a sus padres; pero hay siempre un problema en la relación entre padres e hijos. Si el padre es demasiado complaciente, el hijo crecerá indisciplinado e incapacitado para enfrentarse con la vida. Pero también existe el peligro contrario si el padre es exigente y siempre está castigando a su hijo.

Recordamos en la literatura inglesa la trágica cuestión de Mary Lamb, que acabó con la mente desquiciada: «¿Por qué parece que no puedo hacer nada nunca a gusto de mi madre?» Recordamos la punzante observación de John Newton: «Yo sabía que mi padre me quería -pero parecía que no quería que yo lo supiera.» Hay cierta clase de crítica constante que es el producto de un amor equivocado.

El peligro de todo esto está en que el hijo puede descorazonarse. Bengel habla de «la plaga de la juventud: un espíritu roto (*Fractus animus pestis iuventutis*).» Uno de los hechos trágicos de la historia de la religión es el de Martín Lutero, que toda su vida tuvo problemas para dirigirse a Dios llamándole «Padre nuestro» porque su padre había sido tan severo con él. La palabra *padre* se identificaba en su mente con la idea de la severidad. El deber de un padre es disciplinar, pero sin dejar de animar. El mismo Lutero decía: «"No apliques la vara, y echarás a perder al hijo." Es verdad. Pero ten una manzana lista para cuando se porte bien.»

Sir Arnold Lunn en *Memory to memory* cita un incidente acerca del mariscal Montgomery de un libro de M. E. Clifton James. Montgomery era considerado ordenancista -pero su personalidad tenía la otra cara también. Clifton James era su oficial «doble», y le estuvo estudiando durante un ensayo del

Día-D. «A pocos metros de donde yo estaba, un soldado muy joven, que parecía todavía mareado del viaje, venía marchando deportivamente, esforzándose por mantener el paso de sus camaradas delanteros. Yo me podía figurar que, sintiéndose como se sentía él, el equipo y el rifle le debían de pesar una tonelada. Se le atascaban las botas en la arena; pero yo veía que estaba luchando para que no se le notara lo mal que se sentía. Precisamente entonces se puso a nuestra altura, tropezó y cayó de bruces. Casi gimiendo, se incorporó y siguió la marcha deslumbrado en otra dirección. Monty -forma familiar del nombre de Montgomery- se dirigió rápidamente hacia él, y le dio la vuelta con una rápida y amistosa sonrisa. «Por aquí, hijito. Se te está dando bien, muy bien. Pero no pierdas contacto con el compi de delante.» Cuando el quinto se dio cuenta de quién era el que le había deparado aquella ayuda amistosa puso una cara de muda adoración que era todo un cuadro.» Era precisamente porque Montgomery combinaba la disciplina y el estímulo por lo que un soldado raso del Octavo Ejército se sentía tan importante como un coronel en cualquier otro ejército.

Cuanto mejor sea un padre tanto más debe evitar el peligro de desanimar a su hijo, dosificándole la disciplina y el ánimo por partes iguales.

EL TRABAJADOR CRISTIANO Y EL AMO CRISTIANO

Colosenses 3:18 - 4:1 (conclusión)

(iii) Pablo pasa a continuación al mayor problema de todos: la relación entre el esclavo y el amo. Hay que notar que esta sección es mucho más larga que las dos anteriores; y su longitud puede que sea debida a las largas conversaciones que Pablo sostuvo con el esclavo fugitivo Onésimo, a quien habría de devolver más tarde a su amo Filemón.

Pablo dice aquí cosas que deben de haber alucinado a los dos grupos.

Insiste en que el esclavo debe ser un trabajador concienzudo. Está diciéndole realmente que el Evangelio debe hacerle un esclavo mejor y más eficiente. El Cristianismo no ha ofrecido nunca en este mundo una manera de evitarse el trabajo difícil; nos hace capaces de trabajar más y mejor. No le ofrece a nadie una salida fácil de las situaciones difíciles, sino le capacita para hacerse cargo mejor de esas situaciones.

El esclavo no debe conformarse con servir al ojo; no debe trabajar sólo cuando le está mirando el capataz. No debe ser la clase de servidor que, como dice C. F. D. Moule, no limpia el polvo detrás de los adornos ni barre debajo del armario. Debe recordar que va a recibir una herencia. Aquí hay algo maravilloso. Bajo la ley romana un esclavo no podía ser propietario de nada, y aquí se le promete nada menos que la herencia de Dios. Debe recordar que llegará la hora cuando se ajustarán las cuentas, y la mala faena recibirá su castigo y la fiel diligencia su recompensa.

El amo debe tratar al esclavo no como una cosa sino como una persona, con justicia y equidad que supere la justicia.

¿Cómo lo ha de hacer? La respuesta es importante, porque contiene la doctrina cristiana del trabajo.

El trabajador debe hacerlo todo como si fuera para Cristo. No trabajando sólo por la paga, ni por ambición, ni para agradar a un amo terrenal, sino para ofrecérselo a Cristo. Todo trabajo se hace por Dios para que Su mundo siga existiendo y Sus hombres y mujeres tengan las cosas que necesitan para vivir.

El amo debe recordar que él también tiene un Amo: Cristo en el Cielo. Es responsable ante Dios exactamente lo mismo que sus trabajadores lo son ante él. Ningún amo puede decir: «Este negocio es mío, y puedo hacer con él lo que me dé la gana,» sino: «Este negocio pertenece a Dios, y Él me lo ha encargado; soy responsable ante Él.» La doctrina cristiana del trabajo es que tanto el amo como el obrero están trabajando

para Dios, y que por tanto la verdadera recompensa no se puede calcular en moneda terrenal, sino que la dará -o retendrá Dios a Su debido tiempo.

LA ORACIÓN CRISTIANA

Colosenses 4:2-4

Perseverad en la oración. Manteneos alerta en la oración, incorporando siempre en ella la acción de gracias. Y al mismo tiempo orad por nosotros para que Dios nos ofrezca oportunidad para dar el Mensaje, para que comuniquemos el secreto de Cristo que le ha sido revelado ahora a Su propio pueblo, ese secreto por el que estoy preso, para que se lo manifieste a todo el mundo como es mi obligación.

Pablo no escribía nunca una carta sin recordar a sus lectores el deber y el privilegio de orar por sus amigos.

Les dice que perseveren en la oración. Todos los creyentes pasan por épocas en las que la oración no parece producir ningún resultado, ni siquiera llegar más allá de las paredes de la habitación en que se ora. En tal tiempo el remedio no es dejarla, sino perseverar en la oración; porque la sequía espiritual no puede prolongarse en una persona que ora.

Les dice que se mantengan alerta en la oración. La palabra griega quiere decir literalmente *que estén despiertos*. La frase bien podría querer decir que Pablo les está diciendo que no se queden dormidos cuando estén orando. Puede que esté pensando en el momento del Monte de la Transfiguración cuando los discípulos se quedaron dormidos y solo cuando se despertaron vieron la gloria (*Lucas 9:32*). O puede que estuviera pensando en la escena de Getsemaní, cuando Jesús estaba orando y los discípulos se quedaron dormidos (*Mateo 26:40*). Es verdad que al final de un día de trabajo nos pasa cuando tratamos de orar; y hasta hay un cierto cansancio en nuestras oraciones. Entonces es mejor que no tratemos de orar mucho tiempo: Dios entiende las frases breves musitadas a la manera de un niño soñoliento.

Pablo les pide que oren por él. Debemos fijarnos exactamente en lo que Pablo les pide. No les pide que oren por él, sino por su trabajo. Habría muchas cosas de las que Pablo tenía necesidad -salir de la cárcel, un buen resultado en su juicio inminente, un poco de tranquilidad y la tan deseada paz. Pero les pide que oren para que se le den fuerzas y oportunidades para hacer el trabajo que Dios le ha confiado en el mundo. Cuando oramos por nosotros y por otros no debemos pedir vernos libres de adversidades y trabajos, sino más bien tener las fuerzas para llevar a feliz término el trabajo que se nos ha confiado. La oración debe ser para recibir poder, no para que se nos alivie la carga; no la liberación sino la conquista debe ser la clave de la vida cristiana.

EL CRISTIANO Y EL MUNDO

Colosenses 4:5-6

Portaos con prudencia con los de fuera de la Iglesia. Aprovechad todas las oportunidades. Hablad siempre de una manera que sea agradable a los oyentes, echándole salero a vuestras palabras, sabiendo lo que conviene decir en cada caso.

Aquí hay tres advertencias breves acerca de la vida del cristiano en el mundo.

(i) El cristiano debe comportarse con prudencia y tacto con los que están fuera de la Iglesia. Tiene que ser misionero por necesidad; pero debe saber cuándo y cuándo no hablar a otros de su religión y de la de ellos. Nunca debe dar la impresión de superioridad o de censura. A pocos se habrá ganado al Cristianismo a base de discutir. El cristiano, por tanto, debe

tener presente que no es tanto por sus palabras sino por su vida por lo que atraerá a otros al Evangelio. Se le impone al cristiano la grave responsabilidad de mostrar a Cristo a los demás en su vida diaria.

(ii) El cristiano debe siempre estar al loro para no dejar pasar la oportunidad. Debe agarrar al vuelo todas las oportunidades que se le presenten de trabajar para Cristo y de servir a sus semejantes. La vida y el trabajo cotidianos no dejan de ofrecer oportunidades de testificar de Cristo y de presentarse a las personas -pero hay muchos que evitan las oportunidades en vez de aprovecharlas. La Iglesia no deja de ofrecerles a sus miembros oportunidades de enseñar, cantar, visitar, trabajar para el bien de la congregación -y hay muchos que rechazan esas oportunidades en lugar de aceptarlas. El cristiano debe estar siempre al loro para servir a Cristo y a sus semejantes.

(iii) El cristiano debe tener gracia y simpatía en su manera de hablar para dar la respuesta que conviene en cada caso. Aquí tenemos una advertencia curiosa. Es desgraciadamente cierto que muchos consideran el Cristianismo una especie de santurronería sosa y una actitud en la que la risa es casi una herejía. Como dice C. F. D. Moule, aquí tenemos < la advertencia de que no debemos confundir la piedad con la sosería. » El cristiano tiene que presentar su Mensaje con el encanto y la gracia que tenía Jesús. Desgraciadamente hay demasiado en el cristianismo al uso que resulta indigesto, y demasiado poco que chisporrotea vida.

FIELES CAMARADAS

Colosenses 4:7-11

El querido hermano Tíquico, fiel siervo de Cristo y consiervo mío, os dará un informe completo de cómo me va. Con ese fin os le envío; para que sepáis todo lo que me está pasando y os anime el corazón.

También os mando con él al querido y fiel hermano Onésimo, que es uno de los vuestros. Ellos os contarán todo lo que ha sucedido por aquí.

Recuerdos de Aristarco, mi compañero de cárcel, y de Marcos, el primo de Bernabé. (Ya os he dado instrucciones acerca de él. Si os va a ver, recibidle bien). Muchos recuerdos también de Jesús, al que llaman Justo. Estos son todos convertidos del judaísmo, y los únicos que colaboran conmigo en la obra del Reino, y que me han dado mucho ánimo.

La lista de nombres al final de este capítulo es un cuadro de honor de héroes de la fe. Debemos tener presentes las circunstancias. Pablo estaba en la cárcel, a la espera del juicio, y siempre es peligroso estar relacionado con un preso, porque es fácil verse involucrado en su misma suerte. Requería coraje visitar a Pablo en la cárcel y dar señales de que uno estaba de su parte. Recojamos lo que sabemos de estos hombres.

Estaba *Tíquico*. Procedía de la provincia romana de Asia, y es muy probable que fuera el representante de la iglesia para llevar su ofrenda a los hermanos pobres de Jerusalén (*Hechos 20:4*). También fue el encargado de llevar a sus diferentes destinatarios la carta que llamamos *Efesios* (*Efesios 6:21*). Aquí hay un detalle muy interesante. Pablo escribe que Tíquico les informará de cómo le van las cosas. Esto deja ver lo mucho que dejaba para la comunicación oral y que Pablo no incluyó nunca en sus cartas. Por razones obvias las cartas no debían ser muy largas, y trataban de problemas de fe y conducta que amenazaban la vida de las iglesias. Los detalles personales se le dejaban al portador de la carta. Así es que Tíquico los relataría como enviado personal de Pablo.

Estaba *Onésimo*. La manera que tiene Pablo de mencionarle está llena de cortesía y cariño. Onésimo era un esclavo fugitivo que había llegado a Roma, y al que Pablo estaba enviando de vuelta a su amo Filemón. Pero Pablo no dice que fuera un esclavo fugitivo, sino le llama querido y fiel hermano. Cuando

Pablo tenía algo que decir de una persona, lo decía siempre de la mejor manera posible.

Estaba *Aristarco*. Era un macedonio de Tesalónica (*Hechos 20:4*). Aunque no se le menciona nada más que de pasada hay algo que sobresale: está claro que era la clase de buena persona que uno querría tener cerca cuando se encontrara en un callejón sin salida. Estaba allí cuando los efesios se amotinaron en el templo de Diana, y tan en primera línea estaba que le capturó el gentío (*Hechos 19:29*). Estaba allí cuando Pablo inició su viaje a Roma como prisionero (*Hechos 27:2*). Bien puede ser que se hubiera enrolado como esclavo de Pablo para que le dejaran hacer con él aquel viaje que podría ser el último. Y ahora estaba también aquí, en Roma, compañero de prisión de Pablo. Está claro que Aristarco era una persona que estaba siempre en el sitio cuando las cosas estaban más negras. Siempre que Pablo estaba en apuros, allí estaba Aristarco con él. Las referencias que tenemos nos le presentan como un compañero bueno de veras.

Estaba *Marcos*. De todos los personajes de la Iglesia original fue él el que tuvo la carrera más sorprendente. Podía ser tan leal que Pedro le llama su hijo (1 *Pedro 5:13*); y sabemos que cuando escribió su evangelio incluyó los materiales de la predicación de Pedro. Pablo y Bernabé le llevaron consigo como secretario en su primer viaje misionero (*Hechos 13:5*); pero a mitad de camino, cuando las cosas se iban poniendo difíciles, Marcos se retiró y se volvió a casa (*Hechos 13:13*). Pasó bastante tiempo antes de que Pablo se lo perdonara. Cuando estaban para iniciar su segundo viaje misionero, Bernabé quería que llevaran a Marcos otra vez, pero Pablo se negó en redondo, y por ese motivo se separaron y, por lo que sabemos, ya no volvieron a trabajar juntos (*Hechos 15:36-40*). Según la tradición, Marcos fue de misionero a Egipto y fundó la iglesia de Alejandría. No sabemos lo que sucedió entre medias; pero sabemos que estaba con Pablo en su última cárcel, y Pablo le consideraba de lo más útil (*Filemón 24*; 2 *Timoteo 4:11*). Marcos se redimió a sí mismo. Aquí, en esta breve

referencia hay un eco de la vieja historia desafortunada. **Pablo** exhorta a la iglesia colosense a que reciba afectuosamente a Marcos si iba por allí. ¿Por qué? Sin duda porque sus iglesias mirarían con recelo al que Pablo había despedido por inútil en el servicio de Cristo. Y ahora Pablo, con su cortesía y consideración habituales, se asegura de que el pasado de Marcos no le cerraría el paso, ofreciéndole su plena aprobación como amigo de absoluta confianza. El final de la carrera de Marcos es un tributo tanto para él como para Pablo.

De *Jesús, apodado Justo*, no sabemos más que su nombre.

Estos eran los ayudantes y animadores de Pablo. Sabemos que fue una bienvenida más bien fría la que le dieron los judíos de Roma (*Hechos 28:17-29*); pero tenía consigo a hombres cuya lealtad tiene que haberle caldeado el corazón.

CONTINÚA EL CUADRO DE HONOR

Colosenses 4:12-15

Recuerdos de Epafras, que es de los vuestros, servidor de Cristo, que mantiene una lucha constante en oración por vosotros para que os mantengáis firmes, perfectos y completos en la fe, consagrados a cumplir la voluntad de Dios. Doy testimonio de que ha trabajado intensamente por vosotros y por los de Laodicea y Hierápolis. Lucas, nuestro querido médico, y Demas os mandan recuerdos. Saludad de nuestra parte a los hermanos de Laodicea, y a Ninfas y la iglesia que se reúne en su casa.

El siguiente nombre que aparece en el cuadro de honor es *Epafras*. Debe de haber sido el pastor de la iglesia de Colosas (*Colosenses 1: 7*). Este pasaje parece sugerir que sería también el supervisor de las iglesias de las tres ciudades, Hierápolis, Laodicea y Colosas. Era un siervo de Dios que oraba y laboraba por los que Dios había puesto a su cuidado.

Estaba *Lucas, nuestro querido médico*, que estuvo con Pablo hasta el final (*2 Timoteo 4:11*). ¿Era un médico que había renunciado a una carrera lucrativa para asistir a Pablo en el agujón de su carne y para predicar a Cristo?

Estaba *Demas*. Es significativo que su nombre es el único que no lleva ningún título de alabanza o aprecio. Era Demas a secas. Hay toda una historia tras las breves referencias a Demas en las cartas de Pablo. En *Filemón 24* se le incluye entre los que se describen como colaboradores de Pablo. Aquí en *Colosenses 4:14* simplemente se le nombra. Y en la última referencia que se hace a él, en *2 Timoteo 4:10*, se dice que ha abandonado a Pablo porque amaba este mundo. Seguramente tenemos aquí el boceto de un estudio de degeneración, pérdida de entusiasmo y fracaso en la fe. Aquí tenemos a uno de los que se negaron a que Cristo los hiciera de nuevo.

Estaba *Ninfas* (algunos manuscritos y traducciones lo ponen en femenino, *Ninfa*) y los hermanos de Laodicea que se reunían en su casa. Debemos recordar que no hubo tal cosa como templos o capillas hasta el siglo III. Hasta entonces las congregaciones se reunían en las casas particulares de sus dirigentes. Estaba la iglesia que se reunía en la casa de Prisquilla y Áquila en Roma y en Éfeso (*Romanos 16:5; 1 Corintios 16:19*). Estaba la iglesia que se reunía en casa de Filemón (*Filemón 2*). En los primeros tiempos, la iglesia y el hogar eran la misma cosa; y sigue siendo verdad que el hogar cristiano debe ser al mismo tiempo una iglesia de Jesucristo.

EL MISTERIO DE LA CARTA A LOS LAODICENSES

Colosenses 4:16

Cuando hayáis leído esta carta entre vosotros, aseguraos de que se lea también en la iglesia de los laodicenses, y de que vosotros leáis la que os llegue de Laodicea.

Aquí tenemos uno de los misterios de la correspondencia de Pablo. La carta a Colosas se tenía que mandar después a Laodicea. Y, dice Pablo, hay otra carta que está de camino desde Laodicea a Colosas. ¿Cuál era esa *Carta a los Laodicenses*? Hay cuatro posibilidades.

(i) Puede que fuera una carta especial a la iglesia de Laodicea. En ese caso, se habrá perdido; aunque, como veremos seguidamente, todavía existe una supuesta carta a Laodicea. Seguramente Pablo escribió muchas más cartas de las que poseemos. Se conservan solamente trece, que cubren un espacio de unos quince años. Se deben de haber perdido muchas otras, entre ellas la dirigida a los laodicenses.

(ii) Puede que fuera la carta que conocemos como *a los Efesios*. Es casi seguro que *Efesios* no se le escribió a la iglesia de Éfeso, sino que era una encíclica o carta circular que debía ir recorriendo las iglesias de la provincia de Asia. Puede que esta carta circular hubiera llegado ya a Laodicea y estuviera de camino hacia Colosas.

(iii) Puede que se tratara de la *Carta a Filemón*. Esa es una posibilidad que presentamos en nuestro estudio de esa carta.

(iv) Hace muchos siglos que ha estado en existencia una supuesta carta de Pablo a la iglesia de Laodicea. No existe nada más que en latín, pero parece ser una traducción literal de un original griego. Está incluida en el *Codex Fuldensis* del Nuevo Testamento latino que perteneció a Víctor de Capua y que se fecha en el siglo VI; pero se remonta aún más, porque Jerónimo la menciona en el siglo V diciendo que era falsa y que casi todo el mundo estaba de acuerdo en que no era auténtica. Es como sigue:

Pablo, un apóstol, no por hombres ni mediante ningún hombre, sino mediante Jesucristo, a los hermanos que están en Laodicea: Gracia sea a vosotros y paz de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo.

Doy gracias a Cristo en cada una de mis oraciones de que permanezcáis firmes en Él y perseveréis en Sus

obras esperando Su promesa del Día del Juicio. No os dejéis seducir por las palabras vanas de ciertos hombres que tratan de persuadiros de que debéis apartaros de la verdad del Evangelio que yo predico... [Sigue un versículo de texto inseguro].

Y ahora las cadenas que padezco en Cristo están a la vista de todo el mundo; en ellas me deleito y gozo. Y esto me reportará una salvación eterna, lo cual me vendrá de vuestras oraciones y de la ayuda del Espíritu Santo, ya sea que viva

o que muera. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es gozo. Que El en Su misericordia haga que esto os suceda también a vosotros: que tengáis el mismo amor y que tengáis una misma mente.

Por tanto, amadísimos, como habéis oído en mi presencia, mantened así estas cosas y hacedlas en el temor de Dios, y entonces tendréis vida por la eternidad; porque Dios es Quien en vosotros obra. Y haced sin vacilar todo lo que hagáis.

Por lo demás, amadísimos, gozaos en el Señor; guardaos de los que son sucios en su deseo de ganancia material. Lleguen vuestras oraciones al conocimiento de Dios; y manteneos firmes en la mente de Cristo.

Haced las cosas que son puras, y verdaderas, y modestas, y justas, y agradables.

Manteneos firmes en lo que habéis oído y recibido en vuestro corazón, y tendréis paz.

Los santos os saludan.

La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu.

Aseguraos de que esta carta se lea a los colosenses, y que se os lea la carta a los colosenses.

Tal es la supuesta carta de Pablo a los laodicenses. Está claro que está formada con frases tomadas de *Filipenses*, y las palabras iniciales de *Gálatas*. Seguramente fue la creación de algún escritor piadoso que había leído en *Colosenses* que había habido una carta a Laodicea, y se puso a componer una carta como él se la imaginaba. Muy pocos aceptarían esta carta a los laodicenses como una carta auténtica de Pablo.

No podemos resolver el misterio de la carta a la iglesia laodicense. La explicación más aceptada es que se trata de la carta circular que conocemos como *Efesios*; pero la sugerencia que presentamos en nuestro estudio de *Filemón* es aún más romántica y atractiva.

LA BENDICIÓN FINAL

Colosenses 4:17s

Y decidle a Arquipo: «Mira que llesves a cabo la porción del servicio que te ha encargado el Señor.»

Aquí va mi saludo de mi puño y letra, Pablo.

Acordaos de mis cadenas.

La gracia sea con vosotros.

La carta concluye con una seria advertencia a Arquipo para que sea fiel al trabajo concreto que se le ha confiado. Puede que no sepamos nunca cuál era ese trabajo; puede que nuestro estudio de *Filemón* arroje algo de luz sobre él. De momento lo dejamos así.

Pablo se servía de un amanuense para escribir sus cartas. Sabemos, por ejemplo, que el que le ayudó a escribir la *Carta a los Romanos* se llamaba Tercio (*Romanos 16:22*). Pablo tenía la costumbre de escribir él mismo el saludo final y firmar, y eso es lo que hace aquí.

«Acordaos de que estoy en la cárcel,» les dice. Una y otra vez se refiere en esta serie de cartas a su encarcelamiento (*Efesios 3:1; 4:1; 6:20; Filemón 9*). No es sensiblería para inspirar lástima. Pablo terminó su carta a los gálatas diciéndoles: «Yo llevo en el cuerpo las señales de pertenecer a Jesús» (*Gálatas 6:17*). Por supuesto que hay sentimiento. Alford comenta conmovedoramente: «Cuando leemos acerca de sus

cadenas no debemos olvidar que tintinarían sobre el papel mientras estaba escribiendo (su firma). Estaba encadenado por la mano al soldado que estuviera de guardia con él. Pero Pablo no se refiere a sus sufrimientos para inspirar lástima, sino como exponentes de su autoridad y de su derecho a hablar. Es como si dijera: «Esta no es una carta de uno que no sepa lo que significa el servicio de Cristo o que esté pidiendo a otros que hagan lo que él no está dispuesto a hacer, sino de uno que ha sufrido y se ha sacrificado por Cristo. Mi único derecho a hablar es que yo también estoy llevando la Cruz de Cristo.»

Y así llega la carta a su final inevitable. Todas las cartas de Pablo finalizan con la gracia. Él siempre terminaba encomendando a otros a aquella gracia que había encontrado suficiente para todas las cosas.

LAS CARTAS A LOS TESALONICENSES

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS A LOS TESALONICENSES

PABLO LLEGA A MACEDONIA

Para cualquiera que sepa leer entre líneas, la historia de la llegada de Pablo a Macedonia es una de las más fascinantes del libro de *Los Hechos*. Lucas, con una economía magistral de palabras, nos la cuenta en *Hechos 16:6-10*. Aunque el relato es tan breve, nos da la impresión de una cadena inevitable de circunstancias que culmina en un acontecimiento estelar. Pablo había pasado por Frigia y Galacia, y tenía delante el Helesponto. A la izquierda se extendía la provincia populosa de Asia, y a la derecha la gran provincia de Bitinia; pero el Espíritu no le permitió entrar en ninguna de las dos. Había algo que le impulsaba incesantemente hacia el mar Egeo. Así es que llegó a Tróade Alejandrina, todavía indeciso sobre adónde se debía dirigir; y entonces le sobrevino una visión nocturna de un hombre que clamaba: < ¡Cruza a Macedonia a ayudarnos! > Pablo se hizo a la vela, y por primera vez el Evangelio vino a Europa.

UN MUNDO

En aquel momento Pablo debe de haber visto mucho más que un continente para Cristo. Fue en Macedonia donde desembarcó; y Macedonia había sido el reino de Alejandro Magno, el que había conquistado todo el mundo conocido y llorado porque ya no quedaban más tierras que conquistar. Pero Alejandro era mucho más que un conquistador militar. Fue casi el primer universalista. Tenía más de misionero que de soldado; soñaba con un mundo dominado e iluminado por la cultura griega. Hasta un pensador de la talla de Aristóteles había dicho que era obvio tratar a los griegos como libres y a los orientales como esclavos; pero su discípulo Alejandro declaraba que Dios le había enviado «a unir, pacificar y reconciliar al mundo entero.» Afirmaba que su propósito era «casar el Oriente con el Occidente.» Había soñado con un imperio en el que no hubiera griegos ni judíos, bárbaros ni escitas, siervos ni libres (*Colosenses 3:11*). Es difícil imaginar que Pablo no tuviera en mente a Alejandro. Había iniciado su viaje en Tróade Alejandrina, que recibía su apellido de Alejandro; llegó a Macedonia, que era el reino original de Alejandro; trabajó en Filipos, que había recibido su nombre de Filipo, el padre de Alejandro; pasó a Tesalónica, así llamada en recuerdo de la hermanastra de Alejandro. Todo el territorio estaba saturado de recuerdos de Alejandro; y Pablo pensaría, no en un país, ni en un continente, sino en un mundo para Cristo.

PABLO LLEGA A TESALÓNICA

Este sentido de los brazos extendidos del Cristianismo se le debe de haber acentuado a Pablo cuando llegó a Tesalónica. Era una gran ciudad. Su antiguo nombre había sido Thermai, que quiere decir Fuentescalientes, y que daba su nombre al Thermai'kós Kolpos, el golfo de Salónica, a cuya orilla estaba. Hacía seiscientos años, Heródoto ya la había descrito como una gran ciudad. Siempre había tenido un puerto famoso. Fue allí donde el persa Jerjes tuvo su base naval cuando invadió Europa; y hasta en tiempo del Imperio Romano era uno de los principales astilleros del mundo. En 315 a.C., Casandro había reedificado la ciudad, y la había llamado Tesalónica (Thessalonfci), el nombre de su esposa, que era hija de Filipo de Macedonia y

hermanastra de Alejandro Magno. Era una ciudad libre; es decir, que nunca había sufrido la vergüenza de que hubiera tropas romanas acuarteladas en ella. Tenía su propia asamblea popular, y sus propios magistrados. Su población alcanzaba los 200,000, y hubo un tiempo en que se dudaba si debía ser Tesalónica o Constantinopla la capital del mundo. En nuestro tiempo, conocida entre nosotros como Salónica, tiene 70,000 habitantes.

Pero la importancia suprema de Tesalónica era que estaba a caballo a ambos lados de la Via Egnatia, que se extendía desde el Dyrrachium en el Adriático hasta Constantinopla en el Bósforo, y de ahí hacia Asia Menor y el Oriente. Su calle principal era parté de la carretera que unía a Roma con Oriente. Oriente y Occidente convergían en Tesalónica; se decía que «estaba en el regazo del Imperio Romano.» Estaba inundada por el comercio de Oriente y Occidente, hasta tal punto que se decía: «Mientras no cambie la geografía, Tesalónica seguirá siendo rica y próspera.»

Es imposible exagerar la importancia de la llegada del Cristianismo a Tesalónica. Si se asentaba en ella, era de esperar que se extendiera hacia el Este por la Via Egnatia hasta conquistar toda Asia, y hacia el Oeste hasta invadir a la misma Roma, y hasta el Finis Terrae. La llegada del Cristianismo a Tesalónica fue clave para que llegara a ser una religión universal.

LA ESTANCIA DE PABLO EN TESALÓNICA

Í

Encontramos el relato de la estancia de Pablo en Tesalónica en *Hechos 17:1-10*. Ahora bien, para Pablo, lo que sucedió en Tesalónica tuvo una importancia capital. Predicó en la sinagoga tres sábados consecutivos (*Hechos 17:2*), lo que quiere decir que no permanecería allí más de tres semanas. Tuvo un éxito tan señalado que los judíos se enfurecieron y le suscitaron tantos problemas que Pablo tuvo que salir furtivamente de la ciudad, con peligro de muerte, hacia Berea, donde le sucedió lo mismo (*Hechos 17:10-12*), y Pablo tuvo que dejar tras sí a Timoteo y Silas y proseguir su huida hasta Atenas. Lo que más le inquietaba era: había estado en Tesalónica sólo tres semanas; ¿era posible hacer tal impacto en un lugar solamente en tres semanas como para que el Cristianismo arraigara tan profundamente que ya no fuera nunca desarraigado? Si era así, entonces no era un sueño irrealizable el que todo el Imperio Romano fuera ganado para Cristo. ¿O era necesario trabajar meses, o años, antes de hacer una impresión perdurable? En tal caso, no se podía ni prever vagamente cuándo llegaría a penetrar el Cristianismo en todo el mundo. Tesalónica era un caso piloto; y Pablo estaba desgarrado de ansiedad por saber cómo se desarrollarían las cosas.

NUEVAS DE TESALÓNICA

Tan ansioso estaba Pablo que, cuando se reunió con él Timoteo en Atenas, le envió de vuelta a Tesalónica para que le trajera la información sin la que no podía descansar (*1 Tesalonicenses 3:1,2,5; 2:17*). ¿Qué noticias le trajo Timoteo? ¡Buenas noticias! El afecto que le tenían a Pablo los tesalonicenses era tan fuerte como siempre; y permanecían firmes en la fe (*1 Tesalonicenses 2:14; 3:4-6; 4:9s*). Los tesalonicenses eran «su gloria y su gozo» (*1 Tesalonicenses 2:20*). Pero también había noticias preocupantes.

(i) La predicación de la Segunda Venida había producido unas consecuencias imprevistas, porque algunos habían dejado de trabajar y olvidado sus intereses corrientes para esperar la Segunda Venida con una expectación histérica. Así es que Pablo les dice que estén tranquilos y que prosigan con sus obligaciones normales (*1 Tesalonicenses 4:11*).

(ii) Estaban preocupados por lo que les sucedería a los que murieran antes de la Segunda Venida. Pablo les explica que los que duermen en Jesús no se perderán nada de la gloria que vendrá (*1 Tesalonicenses 4:13-18*).

(iii) Había una tendencia a despreciar toda autoridad legal; la propensión de los griegos a discutirlo todo siempre conllevaba el peligro de producir una democracia desmadrada (*1 Tesalonicenses 5:12-14*).

(iv) Había el peligro crónico de volver a la inmoralidad. Era difícil desaprender la actitud de generaciones y evitar el contagio del mundo pagano (*1 Tesalonicenses 4:3-8*).

(v) Había por lo menos una sección que calumniaba a Pablo. Sugerían que predicaba el Evangelio por lo que pudiera sacar (*1 Tesalonicenses 2:5,9*); y que tenía cosas de dictador (*1 Tesalonicenses 2:6s,11*).

(vi) Había una cierta medida de división en la iglesia (*1 Tesalonicenses 4:9; 5:13*).

Estos eran los problemas que tenía que tratar Pablo; y muestran que la naturaleza humana no ha cambiado tanto.

¿POR QUÉ DOS CARTAS?

Son muy parecidas, y deben de haberse escrito en un plazo de pocas semanas, tal vez de días. La segunda carta fue escrita principalmente para aclarar un malentendido acerca de la Segunda Venida. La primera insistía en que el Día del Señor vendría como ladrón en la noche, y exhortaba a estar alerta (*1 Tesalonicenses 5:2,6*). Pero esto produjo una situación malsana en la que algunos no hacían más que esperar y otear el horizonte; y por eso Pablo explica en la segunda carta qué señales han de producirse antes que llegue la Segunda Venida (*2 Tesalonicenses 2:3-12*). Los tesalonicenses habían colocado las ideas acerca de la Segunda Venida fuera de toda proporción. Como les sucede a menudo a los predicadores, a Pablo le habían malentendido la predicación, y algunas frases se habían sacado del contexto y subrayado excesivamente; y en su segunda carta trata de poner las

cosas otra vez en su debido nivel y corregir las ideas de los inquietos tesalonicenses en relación con la Segunda Venida. Por supuesto que Pablo aprovecha la ocasión en la segunda carta para repetir y hacer hincapié en mucho de lo que había aconsejado y advertido en la primera; pero su interés principal es decirles algunas cosas que calmen su histeria y les hagan esperar, no en nerviosa inactividad, sino en paciente y diligente atención a las responsabilidades normales y cotidianas. En estas dos cartas vemos a Pablo resolviendo los problemas de cada día que surgían en la Iglesia en expansión.

1 TESALONICENSES

LA INTRODUCCIÓN DEL AMOR

1 Tesalonicenses 1

Esta carta la envían Pablo y Silas y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses que está en Dios Padre y el Señor Jesucristo. Que la gracia y la paz sean con vosotros.

Damos gracias a Dios por todos vosotros siempre que nos acordamos de vosotros en nuestras oraciones, recordando la labor inspirada por vuestra fe e impulsada por vuestro amor, y de la constancia basada en vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo, delante del Dios que es también nuestro Padre.

Porque sabemos, hermanos amados de Dios, cómo fuisteis escogidos. Sabemos que nuestra Buena Noticia no os llegó solamente por medio de palabras, sino con poder y con el Espíritu Santo y con mucha convicción, de la misma manera que vosotros sabéis lo que nos mostramos ser ante vosotros por amor a vosotros. Y vosotros llegasteis a seguir nuestro ejemplo y el del Señor; porque, aunque recibisteis la Palabra con mucha aflicción, sin embargo la recibisteis también con el gozo del Espíritu Santo, de forma que llegasteis a ser un ejemplo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Porque la Palabra del Señor se difundió desde vosotros como toque de trompeta, no solo en Macedonia y Acaya, sino que la historia de vuestra fe en Dios se ha divulgado por todas partes, de manera que no tenemos necesidad de decir nada acerca de ella. Porque las personas con las que estábamos nos podían contar vuestra historia, y cómo nos introdujimos entre vosotros, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar la venida de Su Hijo desde el Cielo, Jesús, a Quien Él resucitó, Que es Quien nos rescata de la ira venidera.

Pablo envía esta carta a la iglesia de los tesalonicenses que está en Dios Padre y el Señor Jesucristo. Dios era la misma atmósfera en que vivía y se movía y tenía su existencia la iglesia. De la misma manera que el aire está en nosotros y nosotros en él, y no podemos vivir sin el aire, la verdadera Iglesia está en Dios y Dios en ella, y no hay posibilidad de verdadera vida para la Iglesia aparte de Dios. Además, el Dios en Quien vive la Iglesia es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; y, por tanto, la Iglesia no tiritaba en el temor gélido de un dios que fuera un tirano, sino se regocijaba al tempero de un Dios que es amor.

En este capítulo introductorio vemos a Pablo en su talante más simpático. Dentro de poco va a administrar advertencia y repreensión; pero empieza con una alabanza sin reservas. Hasta cuando tenía que reprender, no lo hacía para desanimar, sino para elevar. En cada persona hay algo digno, y a menudo la mejor manera de conseguir que se despoje de las cosas más bajas es alabar sus cualidades más elevadas. **La mejor manera de erradicar sus faltas es alabar sus virtudes para que florezcan más y más**; todos reaccionamos mejor a las palabras de aliento que a las de repreensión. Se cuenta del cocinero del Duque de Wellington que una vez se marchó después de la consabida notificación. Le preguntaron por qué había dejado una posición tan honorable y bien pagada, y contestó: «Cuando la comida estaba bien, el Duque nunca me lo decía; y cuando estaba mal, nunca me lo reprochaba; no valía la pena esforzarse.» **Le faltaba el estímulo.** Pablo, como buen psicólogo y con verdadero tacto cristiano, empieza reconociendo los méritos aun cuando tenga que pasar a reprender.

En el versículo 3, Pablo reúne tres grandes ingredientes de la vida cristiana.

(i) Hay *una labor inspirada por la fe*. Nada nos dice tanto acerca de una persona como su manera de trabajar. Puede que trabaje por miedo al látigo. O por la perspectiva del salario. Puede que trabaje por un sombrío sentimiento del deber. O inspirado por la fe. Su fe le dice que esa es la tarea que Dios le ha encomendado, y que la está llevando a cabo por fidelidad a Dios. Se ha dicho que la marca de la verdadera consagración es encontrar la gloria en la labor penosa.

(ii) Hay *una labor impulsada por el amor*. Bernard Newman cuenta que estaba una vez en casa de un campesino búlgaro. Todo el tiempo que estuvo allí, la hija estuvo cosiendo un vestido. Él le dijo: «¿Note cansas de coser todo el tiempo?» « ¡Qué va! -le contestó ella-. ¡Es mi traje de novia!» El trabajo que se hace por amor no cansa nunca.

(iii) Hay *una constancia basada en la esperanza*. Cuando Alejandro Magno estaba iniciando sus campañas, repartió todas sus posesiones entre sus amigos. Alguien le dijo: «No te estás dejando nada para ti mismo.» « ¡Claro que sí! -respondió él-. Me reservo mis esperanzas.» Una persona puede soportarlo todo mientras tenga esperanza; es como caminar hacia la aurora, y no hacia el poniente.

En el versículo 4, Pablo llama a los tesalonicenses *hermanos amados de Dios*. La frase *amados de Dios* solo la aplicaban los judíos a hombres supremamente grandes como Moisés y Salomón, o a la nación de Israel. Ahora, el más grande privilegio de los más grandes hombres del pueblo escogido de Dios se ha extendido a los más humildes de los gentiles.

El versículo 8 dice que la fe de los tesalonicenses había resonado *como una trompeta*. La palabra también podría querer decir *retumbar como un trueno*. Hay algo arrollador en la valentía del Cristianismo primitivo. Cuando la prudencia más elemental habría sugerido una manera de vivir que pasara inadvertida y así evitara el peligro y la persecución, los cristianos proclamaban abiertamente su fe. Nunca tenían miedo de confesar a Quién pertenecían y servían.

En los versículos 9 y 10 se usan dos palabras que son características de la vida cristiana. Los tesalonicenses *servían* a Dios y *esperaban* la venida de Cristo. El cristiano ha sido llamado a servir en el mundo y a esperar la gloria. El servicio leal y la paciente espera eran los preludios necesarios para la gloria del Cielo.

PABLO PRESENTA SU DEFENSA

1 Tesalonicenses 2:1-12

Vosotros sabéis muy bien, hermanos, que la visita que os hicimos no fue inútil; porque, como sabéis, después de padecer y sufrir malos tratos en Filipos, tuvimos coraje en nuestro Dios para daros la Buena Noticia de Dios; y bien dura que fue nuestra lucha. La llamada que os hicimos no fue el producto de ninguna fantasía, ni de motivos impuros, ni de la intención de engañar; sino que, como Dios nos ha tenido por dignos para confiarnos el Evangelio, así hablamos; no como si procuráramos agradar a la gente, sino como los que tratan de agradar a Dios, Que es el Que pone nuestros corazones a prueba. Nunca, como sabéis muy bien, usamos palabras halagüeñas, ni tampoco usamos nuestro mensaje como tapadera de la avaricia. Dios nos es testigo de que en ninguna ocasión tratamos de obtener buena fama, ni entre vosotros ni entre nadie, aunque bien hubiéramos podido reclamar puestos de honor como apóstoles de Cristo; sino que nos mostramos tiernos entre vosotros, tratándoos como una madre que cuidara a sus propios hijos. Anhelándoos así, queríamos compartir con vosotros, no solo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras mismas vidas, porque habíais llegado a sernos muy queridos. Os acordaréis, hermanos, de nuestros trabajos y fatigas; fue mientras estábamos trabajando noche y día para no seros una carga, como os proclamamos la Buena Noticia de Dios. Vosotros sois nuestros testigos, y Dios también, de lo respetuosa y justa y ejemplarmente que nos portamos con vosotros los creyentes. Como sabéis, os exhortábamos y animábamos como lo haría un padre con sus propios hijos, y os encargábamos a cada uno de vosotros que os condujeráis como corresponde al Dios que os había invitado a Su Reino y gloria.

Por debajo de la superficie de este pasaje se adivina el correr de las calumnias que divulgaban los oponentes de Pablo en Tesalónica.

(i) El versículo 2 se refiere al encarcelamiento y malos tratos de los que Pablo había sido objeto en Filipos (*Hechos 16:1640*). Sin duda había algunos en Tesalónica que decían que Pablo estaba fichado por la policía, que no era más que un delincuente que iba huyendo de la justicia, y que estaba claro que no se le debía dar crédito. Una mente realmente maligna lo tergiversa todo para producir una calumnia.

(ii) Tras el versículo 3 hay no menos de tres acusaciones.

(a) Se decía que la predicación de Pablo era una pura fantasía. Una persona realmente original siempre corre el riesgo de que la tomen por loco. Festo creyó que Pablo estaba loco algo más adelante (*Hechos 26:24*). Hubo un tiempo cuando los parientes de Jesús llegaron a tratar de llevarse a casa porque creían que se había vuelto loco (*Marcos 3:21*). Los estándares cristianos pueden ser tan diferentes de los del mundo que el que los siga con una mente sencilla y un entusiasmo ardiente puede parecerles a otras personas que está mal de la cabeza.

(b) Se decía que la predicación de Pablo procedía de motivos impuros. La palabra que se usa para impureza (*akatharsía*) tiene muchas veces que ver con la impureza sexual. Los cristianos tenían una costumbre que los paganos malinterpretaban a menudo intencionadamente: el beso de la paz (1 Tesalonicenses 5:26). Cuando los cristianos hablaban de sus fiestas del amor y del beso de la paz, no le era difícil a una mente sucia leer en estas frases lo que no contenían. Lo malo es que una mente sucia verá suciedad hasta donde no la haya.

(c) Se decía que la predicación de Pablo estaba encaminada astutamente a engañar a la gente. Los propagandistas de la Alemania de Hitler descubrieron que si se repetía una mentira con suficiente frecuencia y en voz bien alta acababa por aceptarse como verdad. De eso era de lo que acusaban a Pablo.

(iii) El versículo 4 indica que acusaban a Pablo de buscar la aprobación de la gente en vez de la de Dios. Probablemente aquello surgiría del hecho de que predicaba la libertad del Evangelio y de la gracia frente a la esclavitud del legalismo. Siempre habrá personas que no crean que son religiosas a menos que sean desgraciadas; y cualquiera que predique el Evangelio del gozo encontrará calumniadores, que es exactamente lo que sucedió con Jesús, y con Pablo.

(iv) Los versículos 5 y 9 indican que había algunos que decían que Pablo estaba metido en el negocio de la predicación por lo que pudiera sacar de él. La palabra que se utiliza para *adulación* (*kolakeia*) siempre indica la que se practica para sacar dinero. Lo malo es que en la Iglesia primitiva había quienes trataban de sacarle partido a su cristianismo. El primer libro de orden eclesiástico se llamó *La Didajé o La Doctrina de los Doce Apóstoles*, donde se dan algunas instrucciones iluminadoras. «Recibid al apóstol que vaya a visitaros como al Señor. Que se quede con vosotros un día, y, si es necesario, también el siguiente; pero si se queda tres días, es un falso profeta. Y cuando el apóstol se despida, no le deis más que pan hasta que llegue a su morada. Pero si pide dinero, es un falso profeta.» «Ningún profeta que encargue una mesa en el Espíritu comerá de ella, porque sería un falso profeta» «Si el que os llega es un viandante, socorredle con lo que podáis. Pero que no se quede con vosotros más de dos o tres días, a menos que sea por necesidad. Pero si tiene intención de quedarse entre vosotros como un artesano más, que trabaje para comer. Pero si no tiene profesión, ved la manera de que no esté ocioso entre vosotros si es cristiano. Pero si no quiere, es un traficante de Cristo: guardaos de los tales» (*Didajé*, capítulos 11 y 12). La *Didajé* se fecha hacia el año 100. Ya se conocía en la Iglesia Primitiva el problema perenne de los mangantes que se presentan como hermanos necesitados, y hasta como obreros cristianos.

(v) El versículo 6 indica que a Pablo le acusaban de buscar prestigio personal. Es el constante peligro del predicador el hacer alarde de sí mismo en vez de presentar el Mensaje. En *1 Tesalonicenses 1:5* hay algo sugestivo: Pablo no dice «Yo llegué a vosotros,» sino «*Nuestro Evangelio* llegó a vosotros.» El hombre se perdía en el mensaje.

(vi) El versículo 7 indica que a Pablo le acusaban de ser un dictador. Su gentileza era la de un padre prudente. Su amor sabía ser firme. Para él, el amor cristiano no era una sensiblería blandengue; sabía que las personas necesitaban disciplina, no para castigarlas, sino para bien de sus almas.

LOS PECADOS DE LOS JUDIOS

1 Tesalonicenses 2:13-16

Y esto es también algo por lo que damos gracias a Dios: que, cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la aceptasteis, no como palabra de hombres, sino -como es en realidad- como la Palabra de Dios, que también obra en vosotros los que creéis. Porque vosotros, hermanos, llegasteis a ser imitadores de las iglesias cristianas de Dios que hay en Judea; porque vosotros también sufristeis por parte de vuestros compatriotas las mismas cosas que ellas de los judíos; porque ellos mataron al Señor Jesús, y a los profetas, y nos persiguieron a nosotros, y no hacen la voluntad de Dios, y están en contra de todos los hombres, y tratan de hacer que dejemos de hablar a los gentiles para que se salven; y siguen haciendo todo esto para completar el catálogo de sus pecados. Pero ha venido sobre ellos la ira a ultranza.

La fe cristiana no había traído tranquilidad a los tesalonicenses, sino problemas. Su recién descubierta lealtad los había sumido en persecuciones. El método que usa Pablo para animarlos es muy interesante. En realidad equivale a decirles: «Hermanos, seguimos -el camino que transitaron los santos.» Su persecución era una garantía de honor que los incluía en los regimientos del ejército de Cristo.

Pero lo más interesante de este pasaje está en que en los versículos 15 y 16 Pablo traza una especie de catálogo de los errores y pecados de los judíos.

(i) Mataron al Señor Jesús y a los profetas. Cuando llegaban a ellos los mensajeros de Dios, los eliminaban. Uno de los hechos lúgubres en el relato evangélico es la intensidad con que los responsables de los judíos trataron de deshacerse de Jesús antes de que pudiera traerles más perjuicios. Pero nunca se ha anulado un mensaje matando al mensajero que lo comunicaba. Se cuenta de un misionero que se dirigió a una tribu primitiva, que tenía que hacer uso de los métodos primitivos para comunicarles su Mensaje; así es que pintó un cartel en el que se representaba el progreso al Cielo de un hombre que había aceptado a Cristo, y el descenso al infierno de otro que Le había rechazado. El mensaje inquietó a la tribu. No querían que fuera verdad, *así es que quemaron el cartel* y, a partir de entonces, ¡creyeron que ya no tenían problemas! Uno puede negarse a escuchar el Mensaje de Jesucristo, pero no puede eliminarlo de la estructura del universo.

(ii) Persiguieron a los cristianos. Aunque ellos mismos se negaban a aceptar el Mensaje de Cristo, podrían haber dejado que otros lo escucharan y aceptaran si querían. Hay que recordar siempre que hay más de una manera de llegar al Cielo; y que hay que guardarse de la intolerancia.

(iii) No trataban de hacer la voluntad de Dios. El problema de la Iglesia ha sido muchas veces que se ha aferrado a una religión hecha por los hombres en lugar de aceptar la fe que Dios da. Lo que las personas se han preguntado muchas veces es: <¿Qué es lo que creo yo?>, en lugar de <¿Qué es lo que Dios dice?> **Lo que importa no es nuestra lógica de hormigas, sino la revelación de Dios.**

(iv) Estaban en contra de todos los hombres. En el mundo antiguo se acusaba de hecho a los judíos de ser «enemigos de la raza humana.» Su pecado capital era la arrogancia. Se consideraban el Pueblo Escogido, y sin duda lo eran; pero se

consideraban elegidos para *un privilegio*, y no para *un servicio*. Su ilusión era que llegaría un día en que el mundo entero estaría a su servicio, no que eran ellos los que debían servir al mundo. Los que no piensan más que en sus derechos y privilegios siempre estarán en contra de todo el mundo y- lo que es todavía más serio- en contra de Dios.

(v) Querían reservarse la invitación del amor de Dios para ellos solos, y no querían que los gentiles tuvieran parte en Su gracia.

Hay algo fundamentalmente erróneo en una religión que le cierra la puerta a los demás. Si amamos de veras a Dios, ese amor debe desbordarse hacia nuestros semejantes. Lejos de querer monopolizar los privilegios, nos consumirá la pasión por compartirlos.

NUESTRA GLORIA Y NUESTRO GOZO

1 Tesalonicenses 2:17-20

Pero en cuanto a nosotros, hermanos, cuando hemos tenido que estar separados por un poco de tiempo de vosotros físicamente, pero no en el corazón-, tanto más ardíamos de deseos de volver a veros. Mucho queríamos volver a visitaros yo, Pablo, lo anhelaba una y otra vez-, pero Satanás nos bloqueó el camino. Porque, ¿dónde tenemos nuestra esperanza o nuestro gozo o nuestra gloria, sino en vosotros, en la presencia de nuestro Señor Jesucristo en Su venida? ¡Vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo!

Alguien ha dicho que 1 *Tesalonicenses* es «un clásico de la amistad;» y aquí tenemos un pasaje que rezuma el profundo afecto de Pablo hacia sus amigos. A pesar de la distancia, sobre todo en el tiempo, todavía podemos sentir los latidos de amor en estas frases.

Pablo usa dos ilustraciones interesantes en el pasaje que nos ocupa.

(i) Dice que Satanás *le bloqueó el camino* cuando quería ir a Tesalónica. La palabra que usa (*enkóptein*) es el término técnico para poner un bloque en medio de la carretera para impedir el paso de una expedición. La labor de Satanás consiste en poner obstáculos en el camino del cristiano -y la nuestra debe ser vencerlos.

(ii) Dice que los tesalonicenses eran *su corona*. En griego hay dos palabras para *corona*. Una es *diádema*, que se usa casi exclusivamente refiriéndose a la corona real. La otra es *stéfanos*, que se utiliza casi exclusivamente para designar la corona del vencedor en alguna contienda deportiva. *Stéfanos* es la palabra que usa aquí Pablo. El único premio que apreciaba realmente en la vida era ver vivir a sus convertidos de acuerdo con el Evangelio.

W. M. Macgregor solía citar el dicho de Juan cuando estaba ' pensando en los estudiantes a los que había dado clase: < No puedo yo tener un gozo mayor que el de oír que mis chicos siguen la verdad > (3 *Juan* 4). Pablo también habría dicho Amén a eso. La gloria de cualquier maestro está en sus alumnos; y si llegara el día en que le dejaran atrás en sabiduría, su gloria sería aún mayor. La mayor gloria de una persona está en las que haya puesto o ayudado en el camino de Cristo.

Samuel Rutherford pensaba, cuando estaba preso en Aberdeen y a las puertas de la muerte, que si uno de los que habían sido miembros en vida de su querida iglesia de Anwoth le saliera a recibir cuando él mismo llegara al más allá, la gloria del Cielo le parecería el doble. Nada que podamos hacer será un mérito ante Dios; pero al final, las estrellas en la corona de un siervo fiel serán los que haya guiado a Jesucristo.

EL PASTOR Y SU REBAÑO

1 Tesalonicenses 3:1-10

Fue por eso por lo que, cuando ya no podíamos soportarlo más, decidimos quedarnos solos en Atenas y enviaros a Timoteo, nuestro hermano y siervo de Dios en la Buena Nueva de Cristo, para que os fortaleciera y animara en la fe, para asegurarnos de que no erais inquietados hasta el punto de abandonar la fe por causa de estas aflicciones; porque vosotros sabéis muy bien que esta es la verdadera obra que Dios nos ha encomendado. Porque cuando estábamos con vosotros, os anunciábamos de antemano que nosotros los cristianos siempre tenemos que sufrir por nuestra fe -como ha resultado cierto y vosotros sabéis muy bien.

Así que, no pudiendo soportarlo más, mandé a ver cómo os iba con vuestra fe, no fuera que el tentador os hubiera sometido a pruebas, y nuestra labor no hubiera tenido ningún fruto. Pero ahora que Timoteo ha vuelto de vosotros a nosotros y nos ha traído buenas noticias de vuestra fe y amor, y nos ha dicho que no dejáis de pensar con cariño en nosotros y que estáis deseando vernos, lo mismo que nosotros a vosotros, ¡ahora sí que nos habéis alentado con vuestra fe, hermanos, en medio de todas nuestras angustias y aflicciones, y habéis hecho que la vida valga la pena para nosotros por el hecho de que estáis firmes en el Señor!

¡Qué de gracias debemos darle a Dios por vosotros, por todo el gozo que nos inunda en relación con vosotros delante de Dios, cuando estamos orando por vosotros sin cesar día y noche con toda la intensidad de nuestros corazones para que Dios nos conceda volver a veros y rellenar los resquicios que pueda haber en vuestra fe!

Este pasaje rezuma la verdadera esencia del espíritu del pastor.

(i) Hay en él *afecto*. No podemos nunca ejercer una influencia en las personas a menos que empecemos por que nos gusten. Carlyle dijo de Londres: «Hay tres millones y medio de gente en esta ciudad -¡casi todos estúpidos!» El que empieza por despreciar a las personas y por que no le gusten no podrá nunca hacer nada para salvarlas.

(ii) Hay en él *ansiedad*. Cuando uno ha puesto lo mejor de sí mismo en algo, cuando ha producido algo, desde un transatlántico hasta un panfleto, está ansioso hasta saber cómo va a capear el temporal la obra de sus manos y de su cerebro. Si esto es verdad de las cosas, más angustiosamente cierto lo es de las personas. Cuando un padre ha educado a su hijo con amor y sacrificio, está ansioso cuando el hijo sale al mundo a enfrentarse con las dificultades y los peligros de la vida. Cuando un maestro ha enseñado a un niño, poniendo algo de sí mismo en su enseñanza, está ansioso por ver si esa enseñanza resistirá la prueba de la vida. Cuando un pastor ha recibido a un joven como miembro de la iglesia tras años de instrucción en la escuela dominical, la clase bíblica y la de catecúmenos, está ansioso por ver cómo cumplirá los deberes y responsabilidades de la membresía en la iglesia. Así sucede aún más con Jesucristo. Él Se lo jugó todo por los hombres y los amó con tal amor sacrificial que observa y espera ver cómo van a usar Su amor. Toda persona debe mantenerse respetuoso y humilde cuando recuerda a los que en la tierra y en el Cielo la llevan en el corazón y siguen con interés su derrotero.

(iii) Hay en él *ayuda*. Cuando Pablo envió a Timoteo a Tesalónica no fue tanto para inspeccionar aquella iglesia como para ayudarla. Debería ser el interés supremo de padres, maestros y pastores, no tanto criticar y condenar por sus faltas y errores a los que están a su cargo, sino salvarlos de esas faltas y errores. La actitud cristiana para con el pecador y para con el que hace todo lo posible aunque fracase, no debe tender a condenar, sino a ayudar.

(iv) Hay en él *gozo*. Pablo estaba gozoso porque sus convertidos se mantenían firmes. Tenía el gozo del que ha creado algo que resiste los embates del tiempo. No hay gozo como el del padre que ve que su hijo ha quedado bien.

(v) Hay en él *oración*. Pablo llevaba a los suyos de corazón al trono de la gracia de Dios. Tal vez nunca sepamos de cuántos errores y pecados nos hemos librado y cuántas tentaciones hemos conquistado simplemente porque alguien ha orado por nosotros. Se cuenta de una criada que se hizo miembro de una iglesia. Le preguntaron qué obras cristianas hacía. Dijo que no tenía oportunidad de hacer mucho porque sus deberes no le dejaban tiempo, pero dijo: «Cuando me acuesto, me llevo el periódico a la cama, y leo las noticias de los nacimientos, y pido por todos los niños; y leo las noticias de matrimonios, y pido por los que se han casado, que sean felices; y leo las esquelas de los difuntos, y pido consuelo para los familiares afligidos.» Nadie sabrá las acequias de gracia que fluían de aquella buhardilla en la que tenía su cama aquella criada.

Cuando no podamos hacer nada por nadie de ninguna otra manera; cuando, como Pablo, estemos separados de los nuestros a nuestro pesar, hay algo que siempre podremos hacer: orar por ellos.

TODO PROCEDE DE DIOS

1 Tesalonicenses 3:11-13

¡Que el Que es nuestro Dios y Padre y nuestro Señor Jesucristo dirijan nuestro camino hasta vosotros! ¡Que el Señor os aumente y os haga crecer en amor entre vosotros y hacia todos los hombres, como hacemos nosotros con vosotros, para que Él os fortalezca el corazón para que seáis sin defecto en vuestra santidad delante del Dios Que es nuestro Padre cuando vuelva nuestro Señor con todos Sus santos!

En un pasaje sencillo como este es donde se ve mejor el giro instintivo de la mente de Pablo. Para él, todo procede de Dios.

(i) Pide a Dios que le abra el camino para poder ir a Tesalónica. Era a Dios a Quien acudía buscando dirección en los problemas ordinarios de la vida de cada día. Uno de los grandes errores de la vida es acudir a Dios solamente en las emergencias arrolladoras y en las crisis demoledoras.

Recuerdo haber hablado una vez con tres jóvenes que acababan de completar una expedición en yate por la costa occidental de Escocia. Uno me dijo: «¿Sabes? Cuando estamos en casa, rara vez escuchamos los pronósticos del tiempo; pero cuando estábamos en el yate los escuchábamos atentamente a todas horas.» Se puede uno pasar sin el informe del tiempo cuando vive cómoda y tranquilamente; pero es esencial escucharlo cuando puede que la vida dependa de ello.

Solemos hacer lo mismo con Dios. En las cosas normales, Le pasamos por alto, creyendo que podemos arreglárnoslas bien por nosotros mismos; pero en las emergencias nos aferramos a Él, sabiendo que no podemos prescindir de Él.

Eso no le pasaba a Pablo. Hasta en una cosa tan normal y corriente para él como un viaje de Atenas a Tesalónica-Pablo se pasó viajando una buena parte de su vida-, acudía a Dios en busca de dirección. Nosotros acudimos a Él para que nos salve la vida; Pablo acudía constantemente a Él para que dirigiera la suya.

(ii) Pide a Dios que les permita a los tesalonicenses cumplir la ley del amor en su vida diaria. Nos preguntamos a menudo por qué es tan difícil la vida cristiana, especialmente en las relaciones normales de cada día. La respuesta puede que esté en que tratamos de vivirla por nosotros mismos. El que sale por la mañana sin haber hecho oración, está diciendo en efecto: «Puedo arreglármelas solo perfectamente hoy.» El que se acuesta al final del día sin hablar con Dios, está diciendo en efecto: «Puedo asumir perfectamente solo las consecuencias del día de hoy.» John Buchan describía una vez a un ateo como «una persona que no tenía ningún apoyo invisible.» Bien puede ser que nuestro fracaso viviendo la vida cristiana sea debido a que tratamos de vivirla sin la ayuda de Dios -lo que es una empresa irrealizable.

(iii) Pablo pide a Dios estar sano y salvo. Por aquel entonces tenía la mente llena de pensamientos acerca de la Segunda Venida de Jesucristo, cuando la humanidad se tendría que presentar ante el tribunal de Dios. Le pedía a Dios que mantuviera a Su pueblo en integridad para que ese Día no se avergonzaran. La única manera de prepararse para encontrarse con Dios es vivir diariamente con El. Aquel Día será catastrófico, no para los que hayan vivido de tal manera que hayan llegado a ser amigos de Dios, sino para los que se encuentren con Él como con un terrible extraño.

LA LLAMADA A LA PUREZA

1 Tesalonicenses 4:1-8

Así es que, hermanos, para terminar, os pedimos y exhortamos en el Señor Jesús que, como ya habéis recibido instrucciones nuestras acerca de cómo debéis comportaros para agradar a Dios, que las pongáis por obra para ir creciendo de más a más. Porque sabéis muy bien las órdenes que os dimos por medio del Señor Jesús; porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros: que viváis vidas consagradas, es decir, que os guardéis de la promiscuidad sexual, que cada uno de vosotros sepa controlar su cuerpo consagrada y respetuosamente, no dejándolo a merced de deseos incontrolados, como los paganos que no conocen a Dios; que en esa clase de cosas no abuséis de vuestro hermano o tratéis de aprovecharos de él. Porque el Señor es el que hace justicia de todas estas cosas, como ya os hemos dicho y testificado. Porque Dios no nos ha llamado para que vivamos en la impureza, sino en la consagración. Por tanto, el que no haga caso de esta instrucción no está rechazando a nadie más que al Dios Que nos da Su Espíritu Santo.

Nos resulta extraño que Pablo se extienda tanto para inculcar la pureza sexual en una congregación cristiana; pero hemos de tener presentes dos cosas. La primera, que hacía poco que los tesalonicenses habían recibido la fe cristiana, y que venían de una sociedad en la que la castidad era una virtud desconocida; y seguían estado en medio de tal sociedad, cuya infección los amenazaba todo el tiempo. Les resultaría sumamente difícil desaprender lo que habían considerado natural toda la vida. La segunda, no ha habido nunca una época histórica en la que los votos matrimoniales se tomaran tan a la ligera y el divorcio fuera tan desastrosamente fácil. La frase .que hemos traducido por < que cada uno de vosotros sepa controlar su cuerpo consagrada y respetuosamente» también se podría traducir por < que cada uno de vosotros tenga su propia esposa consagrada y respetuosamente.» (Véase la nota en la Reina-Valera '95).

Entre los judíos, el matrimonio se tenía teóricamente en la más alta estima. Se decía que un judío debiera estar dispuesto a morir antes que cometer asesinato, idolatría o adulterio; pero de hecho el divorcio era trágicamente fácil. La ley del Deuteronomio establecía que uno podía divorciar a su mujer si encontraba < alguna impureza» o «algo vergonzoso» en ella (*Deuteronomio 24:1*). Lo difícil era saber qué era esa «cosa indecente», como la llama la Reina-Valera. Los rabinos más estrictos lo limitaban exclusivamente al adulterio; pero había una interpretación más laxa que ampliaba su sentido hasta incluir asuntos tales como estropear la comida poniéndole demasiada sal, o salir a la calle con la cabeza descubierta, o hablar irrespetuosamente de su familia política en presencia de su marido, o ser chillona (lo que se definía como hablar en una voz tan alta que se la pudiera oír en la casa de al lado). Como era de esperar, fue la aplicación más laxa la más aceptada.

En Roma, durante los primeros quinientos veinte años de la República, no había habido ni un solo divorcio; pero bajo el Imperio, como se ha dicho, el divorcio era un asunto de capricho. Como decía Séneca: «Las mujeres se casaban para poder divorciarse, y se divorciaban para poder casarse.» En Roma se identificaban los años por los nombres de los cónsules; pero se decía que las señoras de moda identificaban los años por los nombres de sus maridos. Juvenal cita el ejemplo de una mujer que tuvo ocho maridos en cinco años. La moralidad estaba muerta.

En Grecia, la inmoralidad siempre había ido a rienda suelta. Mucho tiempo atrás había dicho Demóstenes: «Mantenemos a las prostitutas para el placer; las concubinas, para las necesidades cotidianas del cuerpo, y las esposas, para tener hijos y para que guarden fielmente nuestros hogares.» Mientras uno mantuviera a su esposa y familia no era indecoroso mantener relaciones extramatrimoniales.

Era a hombres y mujeres que procedían de una sociedad así a los que se dirigía Pablo. Lo que a muchos les parecería un lugar común de la vida cristiana, a aquellos les parecería algo totalmente revolucionario. Una de las cosas que hizo el Cristianismo fue establecer un código totalmente nuevo en la relación entre hombres y mujeres que es el campeón de la pureza y el guardián del hogar. Esto no se puede decir suficientemente claro en nuestro propio tiempo, cuando estamos sufriendo otra revolución en el comportamiento sexual.

En su libro titulado *Lo que yo creo*, un simposio sobre las creencias básicas de hombres y mujeres famosos, Kingsley Martin escribe: < Una vez que las mujeres se emancipan y empiezan a ganarse la vida y son capaces de decidir por sí mismas si van a tener hijos o no, hay que revisar las costumbres matrimoniales por necesidad. "El control de la natalidad -me dijo una vez un conocido economista- es el acontecimiento más importante desde el descubrimiento del fuego." En principio tenía razón, porque altera fundamentalmente la relación entre los sexos, sobre la que se basa la vida familiar. El resultado en nuestro tiempo es un nuevo código sexual; ha desaparecido la vieja «moralidad» que guiñaba el ojo a la promiscuidad masculina pero fruncía el ceño a la infidelidad femenina, y la castigaba con una deshonra de por vida, y hasta, en algunas culturas puritanas, con una muerte cruel. El nuevo código tiende a hacer aceptable el que hombres y mujeres puedan vivir juntos si quieren, pero exigirles el matrimonio si deciden tener hijos.»

La nueva moralidad no es más que la vieja moralidad puesta al día. Hay una necesidad perentoria en el mundo moderno, como la había en Tesalónica, de ponerles delante a hombres y mujeres las demandas insoslayables de la moralidad cristiana, «porque Dios no nos llamó para que viviéramos en la impureza, sino en la consagración.»

LA NECESIDAD DEL TRABAJO COTIDIANO

1 Tesalonicenses 4:9-12

Vosotros ya no tenéis necesidad de que os escriba sobre el amor fraternal, porque Dios mismo os ha enseñado a amaros unos a otros, y ya lo hacéis con todos los hermanos que hay por toda Macedonia. Pero os exhortamos, hermanos, a que lo sigáis haciendo cada vez más, y que os hagáis el propósito de manteneros tranquilos y ocuparos de vuestros propios asuntos. Os exhortamos a trabajar con vuestras manos, como ya os instruimos, para que vuestro comportamiento parezca una cosa hermosa a los que están fuera de la iglesia, y así no tengáis necesidad de depender de nadie.

Este pasaje empieza con una alabanza y termina con una advertencia; y con esta llegamos a la situación inmediata detrás de la carta. Pablo animaba a los tesalonicenses a mantenerse tranquilos y a ocuparse de sus propios asuntos y a seguir realizando sus trabajos manuales. La predicación de la Segunda Venida había producido una situación extraña e imprevista en Tesalónica. Muchos de los tesalonicenses habían abandonado sus trabajos habituales y andaban por ahí en grupos emotivos, inquietándose a sí mismos y a otros, esperando que se produjera en cualquier momento la Segunda Venida de Cristo. La vida ordinaria estaba desquiciada; el ganarse la vida se dejaba de lado, así que el consejo de Pablo era preminentemente práctico.

(i) Les decía, de hecho, que la mejor manera en que Jesucristo podía encontrarlos sería tranquilos, haciendo su labor cotidiana eficiente y diligentemente. El rector Rainy solía decir: «Hoy tengo que dar clase; mañana tengo que asistir a una reunión del comité; el domingo tengo que predicar; algún día me tendré que morir. Pues bien, hagamos cada cosa cuando nos corresponda lo mejor que podamos.» El pensamiento de que Cristo volverá y la vida tal como la conocemos se acabará no es razón para dejar de trabajar, sino para trabajar más intensa y fielmente. No es una espera inútil e histérica, sino una labor tranquila y útil la que nos introducirá en el Reino.

(ii) Les dijo que, pasara lo que pasara, tenían que presentar el Evangelio á los de fuera de la iglesia mediante la diligencia y la belleza de sus propias vidas. El andar vagando por ahí, el permitir que su supuesto cristianismo los convirtiera en ciudadanos inútiles, no era más que desacreditar el Cristianismo. Pablo toca aquí una verdad tremenda. Al árbol se le conoce por sus frutos; y una religión se conoce por la clase de personas que produce. La única manera de demostrar que el Cristianismo es la mejor fe de todas es mostrando que produce las mejores personas. Cuando nosotros los cristianos mostremos que nuestro Cristianismo nos hace mejores trabajadores, amigos más leales, hombres y mujeres más amables, entonces estaremos dando testimonio de veras. El mundo exterior puede que no venga nunca a la iglesia a

escuchar un sermón, pero no puede por menos de vernos todos los días fuera de la iglesia; y nuestras vidas son los sermones que han de ganarlos para Cristo.

(iii) Les dijo que tenían que proponerse ser independientes y no vivir como parásitos de la caridad. El efecto de la conducta de los tesalonicenses era que otros tenían que sostenerlos. Hay una cierta paradoja en el Cristianismo. El cristiano tiene el deber de ayudar a otros, porque muchos, sin que sea suya la culpa, no pueden alcanzar la independencia; pero el cristiano también tiene el deber de ayudarse a sí mismo. El cristiano ha de tener una caridad amable que se deleite en dar, y una orgullosa independencia que desdeñe dejar de suplir sus necesidades con sus propias manos.

EN CUANTO A LOS QUE YA DUERMEN

1 Tesalonicenses 4:13-18

No queremos que estéis en la ignorancia, hermanos, en cuanto a los que ya duermen; porque no queremos que estéis tristes como los demás, que no tienen ninguna esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, lo mismo podemos estar seguros de que Dios traerá con Él a los que ya han quedado dormidos mediante Jesús. Y esto que os decimos, no depende de nuestra propia autoridad sino de la Palabra del Señor: Que nosotros que estamos vivos, que sobrevivamos hasta la venida del Señor, no les llevaremos ninguna ventaja a los que ya hayan caído dormidos; porque el mismo Señor descenderá del Cielo con una fuerte voz de mando, con la voz de un arcángel y con la trompeta de Dios; y los que estén muertos en Cristo resucitarán primero; y luego nosotros, los que estemos vivos, los supervivientes, seremos asumidos por las nubes juntamente con ellos para salir al encuentro del Señor en el aire. Y a partir de entonces ya estaremos siempre con el Señor. Así es que animaos mutuamente con estas palabras.

La esperanza de la Segunda Venida les había traído otro problema a los de Tesalónica. Esperaban que se produjera inmediatamente; esperaban estar vivos cuando ocurriera, pero estaban preocupados por los cristianos que ya habían muerto. No podían estar seguros de que también participaran de la gloria de ese Día. Pablo les responde que tendrán una misma gloria los que ya hayan muerto y los que estén vivos.

Les dice que no deben tener tristeza como los que no tienen ninguna esperanza. Ante la muerte, el mundo pagano se encontraba sumido en la desesperación. Se enfrentaban con ella con una sombría resignación y una árida desesperanza. Esquilo escribió: «Una vez que un hombre muere, no hay esperanza de que resucite.» Y Teócrito: «Mientras hay vida hay esperanza, pero no la hay para los muertos.» Y Catulo: «Una vez que se pone nuestra breve lumbrera, no nos queda más que una perpetua noche en la que no podemos hacer más que dormir.» En sus lápidas aparecían lúgubres epitafios: «No era; llegué a ser; ya no soy; no me importa nada.» Una de las cartas en papiro más patéticas que han llegado hasta nosotros es una carta de pésame que dice: « De Irene a Taonofis y Filón: Consolaos. Lo sentí y lloré por el difunto como había llorado por Dídimas. Todo lo que se podía hacer lo hice, como todos los míos. Epafrodito y Termutión y Filión y Apolonio y Plantas. Pero a pesar de todo no se puede hacer nada contra tales cosas. Por tanto, consolaos como podáis.»

Pablo establece un gran principio: La persona que ha vivido y muerto en Cristo sigue estando en Cristo y resucitará en Él. Entre Cristo y la persona que Le ama hay una relación que nada puede romper, que sobrepasa la muerte. Como Cristo murió y resucitó, así la persona que está unida con Cristo resucitará.

El cuadro que traza Pablo del Día de la Segunda Venida de Cristo es pura poesía, un intento de describir lo indescriptible. En la Segunda Venida Cristo descenderá del Cielo a la Tierra; dará una voz de mando, a la cual la voz de un arcángel y la trompeta de Dios despertarán a los muertos; entonces los muertos y los vivos serán asumidos igualmente en las carrozas de las nubes para darle la bienvenida a Cristo; y a partir de entonces ya estarán siempre con el Señor. No se pretende que tomemos lo que es una visión espiritual con un literalismo crudo e insensible. No son los detalles lo importante, sino que tanto en la vida como después de la muerte el cristiano está en Cristo, y esa es una unión que nada puede romper.

COMO LADRÓN EN LA NOCHE

1 Tesalonicenses 5:1-11

No tenéis ninguna necesidad, hermanos, de que se os escriba acerca de los tiempos y las sazones; porque ya sabéis muy bien que, como un ladrón en la noche, así vendrá el Día del Señor. Cuando se diga: «¡No hay novedad! ¡Todo está a salvo!», entonces, se les vendrá encima una destrucción repentina, como los dolores del parto a una mujer encinta, y no se librarán. Pero vosotros, hermanos, no estáis en la oscuridad. No estáis en un situación en la que el Día, como un ladrón, os sorprenda. Porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. No pertenecemos a la noche ni a la os-

curidad. Así que no nos durmamos como el resto de las personas, sino mantengámonos sobrios y alerta. Porque los que duermen, duermen de noche; y los que se emborrachan, se emborrachan de noche; pero por lo que se refiere a nosotros, porque pertenecemos al día, seamos sobrios y pongámonos la coraza de la fe y el amor, y tomemos como yelmo la esperanza de la salvación; porque Dios no nos ha destinado 'a la ira, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, Que murió por nuestros pecados para que, ya sea que estemos despiertos o dormidos, vivamos con Él. Así es que animaos y edificaos mutuamente - como de hecho ya lo estáis haciendo.

No conseguiremos entender las imágenes que encontramos en el Nuevo Testamento de la Segunda Venida a menos que recordemos que tienen el trasfondo del Antiguo Testamento. La concepción del Día del Señor es muy corriente en el Antiguo Testamento; y todas las figuras y la trama del Día del Señor se han aplicado a la Segunda Venida.

Para los judíos, la historia del tiempo se dividía en dos edades. Estaba esta edad presente, que era total e incurablemente mala; y la edad por venir, que sería la edad de oro de Dios. Entre las dos estaba el Día del Señor, que sería un día terrible en el que un mundo sería destruido y otro nacería.

Muchas de las más terribles descripciones del Antiguo Testamento se refieren al Día del Señor (*Isaías 22:5; 13:9; Sofonías 1:14-16; Amós 5:18; Jeremías 30:7; Malaquías 4:1; Joel 2:31*). Sus principales características son las siguientes. (i) Se produciría repentina y inesperadamente. (ii) Implicaría un cataclismo cósmico en el que el universo sería sacudido desde sus cimientos. (iii) Sería un tiempo de juicio.

Como es natural, los autores del Nuevo Testamento identificaron para todos los propósitos el Día del Señor con la Segunda Venida de Jesucristo. Haremos bien en tener presente que estas son lo que podríamos llamar figuras tradicionales. No se supone que se deben tomar literalmente. Son visiones pictóricas de lo que sucederá cuando Dios intervenga en el tiempo.

Naturalmente, se quería saber cuándo llegaría ese Día. El mismo Jesús había dicho claramente que nadie sabía el día ni la hora cuando se produciría, ni siquiera Él mismo, sino sólo el Padre (*Marcos 13:32; cp. Mateo 24:36; Hechos 1:7*). Pero aquello no hizo que algunos dejaran de especular, como se sigue haciendo, aunque es casi blasfemo el buscar conocimientos que no poseía Jesús. De esas especulaciones Pablo tiene dos cosas que decir.

Ratifica que la llegada de ese Día será repentina. Vendrá como ladrón en la noche. Pero también insiste en que eso no es razón para que nos pille desapercibidos. Será sólo a los que vivan en las tinieblas y cuyas obras sean malas a los que los sorprenda desprevenidos. El cristiano vive a la luz; y no importa cuándo se produzca ese Día, si está vigilante y sobrio le encontrará preparado. Andando o durmiendo, el cristiano ya vive con Cristo, y por tanto está siempre preparado.

Nadie sabe cuándo le llamará Dios, y hay ciertas cosas que no se deben dejar para el último momento. Ya es demasiado tarde para preparar un examen cuando se le presenta el tema a desarrollar. Ya es tarde para asegurar la casa cuando ha empezado a derrumbarse. Cuando la reina María de Orange estaba muriendo, su capellán quería hacerle una lectura. Ella le replicó: < No he aplazado esa cuestión hasta ahora. > Lo mismo sucedió con un viejo escocés a quien alguien ofrecía palabras de consuelo ya cerca del final, que dijo: «Yo ya trencé mi sogá cuando hacía buen tiempo.» Si una llamada llega repentinamente, no tiene por qué pillarnos desprevenidos. La persona que ha vivido toda la vida con Cristo está siempre dispuesta para entrar a Su más íntima presencia.

CONSEJO A UNA IGLESIA

1 Tesalonicenses 5:12-22

Os rogamos, hermanos, que tengáis consideración con los que trabajan entre vosotros y los que os presiden en el Señor y os exhortan. Tenedlos en alta estima y amor por la obra que están realizando.

Estad en paz entre vosotros.

Os insistimos, hermanos, en que advirtáis a los remolones, estimuléis a los pusilánimes, apoyéis a los débiles y tengáis paciencia con todos.

Aseguraos de que nadie devuelva mal por mal. Proponed siempre buscar el bien del otro y de todos.

Manteneos siempre gozosos.

No dejéis nunca de orar.

Sed agradecidos por todo.

Porque esta es la voluntad de Dios para vosotros en Jesucristo.

No apaguéis los dones del Espíritu, ni toméis a la ligera las manifestaciones del don de profecía.

Poned a prueba todas las cosas, no dejéis escapar lo bueno.

Manteneos bien lejos de toda clase de mal.

Pablo pone fin a su carta con una sarta de joyas de buenos consejos. Los dispone de una manera resumida, pero cada uno de ellos merece nuestra atenta consideración.

Respetad a vuestros dirigentes, dice Pablo; y la razón por la que deben respetarlos es la obra que llevan a cabo. No es cuestión de prestigio personal; es la labor lo que hace grande a una persona, y es el servicio que está prestando lo que constituye su emblema de honor.

Vivid en paz. Es imposible predicar el Evangelio del amor en un ambiente envenenado de odio. Es mejor marcharse de una congregación en la que no se es feliz ni se hace felices a otros, y buscarse una en la que se pueda vivir en paz.

El versículo 14 selecciona a los que necesitan un cuidado y una atención especiales. La palabra para *remolones* describía originalmente al soldado que había abandonado el ejército; así es que la frase quiere decir: «Advertid a los desertores.» Los *pusilánimes* son literalmente *los que tienen el alma pequeña*. En todas las comunidades hay hermanos desanimados que temen instintivamente lo peor, pero también debe haber cristianos que, siendo animosos, ayudan a otros a ser valientes. «Sed apoyo de los débiles» es un consejo precioso. En vez de dejar que el hermano débil sea arrastrado a la deriva y acabe por desaparecer totalmente, la comunidad cristiana debe hacer un esfuerzo para sujetarle para que no se pierda. Se deben forjar ligaduras de comunión y de persuasión para retener al que está en peligro de descarriarse. Ser pacientes con todos es tal vez lo más difícil de todo, porque eso de aguantar de buena gana a los tontos es una asignatura de doctorado.

No seáis vengativos, dice Pablo. Aunque haya alguien que busque nuestro mal, debemos conquistarle buscando su bien.

Los versículos 16-18 nos dan tres señales de la iglesia genuina. (i) Es *una iglesia feliz*. Hay en ella un ambiente de gozo que hace que sus miembros se sientan como disfrutando de un baño de sol. El verdadero Cristianismo es una verdadera gozada, y no un funeral. (ii) Es *una iglesia que ora*. Puede que nuestras oraciones fueran más efectivas si recordáramos que «oran mejor juntos los que oran también a solas.» (iii) Es *una iglesia agradecida*. Siempre hay algo por lo que dar gracias; hasta en el día más aciago se pueden contar las bendiciones. Debemos recordar que si vamos de cara al sol las sombras caerán detrás de nosotros, pero si le volvemos la espalda al sol todas las sombras nos irán por delante.

En los versículos 19 y 20 Pablo advierte a los tesalonicenses que no desprecien los dones espirituales. Los profetas eran los equivalentes de los predicadores de nuestro tiempo, los que llevaban el mensaje de Dios a la congregación. Pablo está diciendo realmente: «Si una persona tiene algo que decir, no se lo impedáis.»

Los versículos 21 y 22 describen el deber constante del cristiano. Debe usar a Cristo como la piedra de toque con la que probar todas las cosas; y aunque sea difícil debe seguir haciendo el bien y apartándose de todo lo que sea malo.

Cuando una iglesia vive a la altura del consejo de Pablo, alumbrada como una luz que brilla en un lugar oscuro; tiene gozo en sí y poder para ganar a otros.

QUE LA GRACIA DE CRISTO SEA CON VOSOTROS

1 *Tesalonicenses* 5:23-28

Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente; y que vuestro espíritu y alma y cuerpo sean guardados completos para que seáis irreprochables en la venida de nuestro Señor Jesucristo. Podéis depender de Aquel que os llama, Que será Quien lo haga realidad.

Hermanos, orad por nosotros.

Saludaos de nuestra parte con un beso santo.

Os encargo delante del Señor que se lea esta carta a todos los hermanos.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.

Al final de esta carta, Pablo encomienda a sus hermanos en cuerpo, alma y espíritu a Dios. Hay aquí un dicho muy precioso. < Hermanos dice Pablo-, orad por nosotros. » Es maravilloso que el mayor santo de todos ellos se sintiera fortalecido por las oraciones de los cristianos más humildes. Cuando sus amigos vinieron a felicitarle, un gran estadista que había sido nombrado para ocupar el puesto más importante que le podía ofrecer su país les dijo: < No me dediquéis vuestras felicitaciones, sino vuestras oraciones. » Para Pablo, la oración era la cadena de oro en la que él oraba por otros y otros por él.

2 TESALONICENSES

2 Tesalonicenses 1

Esta carta la envían Pablo y Silvano y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses que es en Dios nuestro Padre y en nuestro Señor Jesucristo. ¡Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo!

Hermanos: Para nosotros no es menos que un deber dar gracias siempre a Dios por vosotros como es debido, porque vuestra fe es cada vez más estable, y porque vuestro amor mutuo y general crece cada vez más, de manera que nosotros mismos hablamos con orgullo de vosotros en las iglesias de Dios sobre vuestra constancia y fe en medio de todas las persecuciones y aflicciones que sufrís -que son sin duda una prueba positiva de que el juicio de Dios era correcto en cuanto a que debíais ser considerados dignos del Reino de Dios por cuya causa estáis sufriendo. Y ese juicio es justo, al ser correcto a los ojos de Dios, como lo es, el retribuir con aflicción a los que os afligen, y con alivio con nosotros a vosotros que sois afligidos, cuando el Señor Jesucristo sea revelado desde el Cielo con el poder de Sus ángeles en una llama de fuego cuando dé el pago que les es debido a los que no reconocen a Dios ni hacen caso a la Buena Noticia de nuestro Señor Jesús. Estos son tales que recibirán el castigo de la destrucción eterna que los desterrará para siempre de la presencia del Señor y de la gloria de Su fuerza, cuando venga para ser glorificado por Sus santos y admirado por todos los creyentes - ¡porque nuestro testimonio a vosotros fue recibido con fe!- aquel Día. Con este fin oramos siempre por vosotros para que nuestro Dios os tenga por dignos de la llamada que os llegó, y lleve a feliz término por Su poder toda decisión de obrar el bien y toda obra inspirada por la fe, para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros y vosotros en él, de acuerdo con la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

Tenemos en este pasaje inicial toda la sabiduría de un verdadero maestro. Parece que los tesalonicenses le habían enviado a Pablo un mensaje lleno de dudas. Habían tenido miedo de que su fe no iba a poder resistir la prueba y que -para decirlo con la frase expresiva moderna- iban a quedar con una asignatura pendiente. La respuesta de Pablo no tenía por objeto sumirlos más en El *pantano del desaliento* mostrándose de acuerdo con ellos, sino resaltar sus virtudes y logros de tal manera que aquellos cristianos desanimados y timoratos cuadraran los hombros y dijeran: < Bien, si Pablo tiene ese concepto de nosotros debemos seguir presentando batalla.>

«Bienaventurados -decía Mark Rutherford- los que nos sanan de nuestros autodesprecios.» Y eso fue lo que hizo Pablo por la iglesia tesalonicense. Sabía que muchas veces una alabanza juiciosa puede hacer más que una crítica indiscriminada, y que una alabanza prudente nunca hace que uno se duerma en los laureles, sino más bien le llena de deseo de hacerlo mejor todavía.

Hay tres cosas que Pablo escoge como señales de la iglesia vital.

(i) *Una fe que es estable.* Es la marca del cristiano en progreso que cada vez está más seguro de Jesucristo. La fe que puede que empezara por una hipótesis culmina en una certeza. James Agate dijo una vez: « Yo no tengo una cabeza que se me deshaga y tenga que volver a hacer como una cama. Hay algunas cosas de las que estoy absolutamente seguro.» El cristiano llega a esa etapa en la que añade a la emoción de la primera experiencia la disciplina del pensamiento cristiano.

(ii) *Un amor en ascendente.* Una iglesia que crece es la que aumenta en capacidad de servicio. Uno puede que empiece sirviendo a sus semejantes por el sentimiento del deber que le impone su fe cristiana, y que culmine sirviéndolos porque ese es su mayor gozo. La vida de servicio reserva el gran descubrimiento de que la generosidad y la felicidad van de la mano.

(iii) *Una constancia que resiste.* Pablo usa una palabra magnífica, *hypomoné*, que se suele traducir por *paciencia*, pero que no quiere decir la habilidad de soportar pasivamente lo que se le venga a uno encima. Se ha descrito como < la constancia viril en la adversidad,> y describe el espíritu que no solo se mantiene firme en circunstancias difíciles, sino que las conquista. Acepta los golpes de la vida; pero, al aceptarlos, los transforma en escalones a un nuevo logro.

El mensaje animador de Pablo acaba en la visión más alentadora de todas. Acaba en lo que podríamos llamar *la gloria recíproca*. Cuando Cristo venga otra vez será glorificado *en Sus santos y admirado por los que hayan creído*. Aquí tenemos la verdad vertiginosa de que nuestra gloria es Cristo y la gloria de Cristo somos nosotros. La gloria de Cristo está en los que han aprendido en Él a resistir y a conquistar, y así a brillar como luces en un lugar oscuro. La gloria de un maestro está en los discípulos que produce; la de los padres, en los hijos que educa no solo para que se ganen la vida sino para que la enriquezcan; a nosotros se nos conceden el tremendo privilegio y la tremenda responsabilidad de que la gloria de Cristo esté en nosotros. Podemos contribuir al crédito o al descrédito del Maestro al Que pertenecemos y tratamos de servir. ¿Puede haber mayores privilegio y responsabilidad?

EL SIN LEY

2 Tesalonicenses 2:1-12

Hermanos: En relación con la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con Él, os rogamos que no os inquietéis fácilmente en vuestra mente ni estéis en un estado de excitación nerviosa por ninguna afirmación que se suponga que os llega de nosotros, ya sea en el Espíritu o de palabra o por carta, alegando que el Día del Señor ya está aquí. Que nadie os engañe con nada. El Día del Señor no llegará sin que antes tenga lugar la gran Rebelión contra Dios, y se revele el Hombre del Pecado, el Hijo de Perdición que se opone y se exalta a sí mismo contra todo lo que recibe el nombre de Dios o es hecho objeto de culto de manera que trate de poner su trono en el mismo templo de Dios y proclamarse a sí mismo como Dios. ¿No os acordáis de que cuando yo estaba todavía con vosotros os decía estas cosas? En cuanto al presente, sabéis el poder que le retiene hasta que se revele a su debido tiempo. Porque el secreto de la rebelión contra la Ley ya está en operación; pero el Hombre del Pecado aparecerá sólo cuando el que le retiene sea retirado de la escena. Y entonces El Sin Ley se revelará, y el Señor Jesucristo le destruirá con el aliento de Su boca y le dejará impotente con Su aparición y Su venida. La venida del Sin Ley es para los que están condenados. Vendrá por obra de Satanás con todo poder y señales y milagros realizados con falsedad, y con todo engaño malvado. Ellos están condenados porque no recibieron el amor de la verdad para salvarse. Por esta causa Dios les envía un poder engañoso para que crean en una mentira, para que sean juzgados todos los que no han creído sino que se han mostrado conformes con ese principio de injusticia.

Este es, sin duda, uno de los pasajes más difíciles de todo el Nuevo Testamento; y lo es porque usa términos y piensa en figuras que les eran perfectamente familiares a los que se dirigía Pablo pero que nos son totalmente extraños.

El cuadro general es este. Pablo les estaba diciendo a los tesalonicenses que debían abandonar esa espera nerviosa y tensa de la Segunda Venida. Negaba haber dicho nunca que el Día del Señor hubiera llegado. Esa era una falsa interpretación de sus palabras que no se le podía atribuir a él; y les decía que antes del Día del Señor sucederían muchas cosas.

Primero, habría una era de rebelión contra Dios; ya se había introducido en este mundo un poder maligno secreto que estaba obrando en el mundo y en los hombres para producir ese tiempo de rebelión. En algún lugar se estaba ocultando uno que era la encarnación del mal como Jesús lo era de Dios. Era el Hombre del Pecado, el Hijo de Perdición, el Sin Ley. A su debido tiempo, el poder que lo estaba reteniendo desaparecería de la escena; y entonces vendría ese demonio encarnado. Cuando viniera, reuniría a su propio pueblo de la misma manera que nuestro Señor Jesucristo había reunido al Suyo. Los que se habían negado a aceptar a Cristo estaban esperando para aceptarle a él. Entonces se produciría la última batalla, en la que Cristo destruiría totalmente al Sin Ley; el pueblo de Cristo se reuniría con Él, y los malvados que habían aceptado al Sin Ley como su maestro serían destruidos.

Tenemos que recordar una cosa. Casi todas las fes orientales creían en un poder del mal al mismo tiempo que en un poder del bien. Por ejemplo: los babilonios tenían la historia de Tiamat, el dragón, que se había rebelado contra Marduk, el creador, y que había sido destruido en la batalla final. Pablo estaba tratando de una serie de ideas que eran propiedad común. Los judíos también tenían esa idea. Llamaban al poder satánico *Belial*, o más correctamente *Beliar*. Cuando los judíos querían calificar a alguien como rematadamente malo le llamaban *hijo de Beliar* (*Deuteronomio 13:13; 1 Reyes 21:10,13; 2 Samuel 22:5*). En *2 Corintios 6:15* Pablo usa este término como el contrario a Dios. Ese mal encarnado era la antítesis de Dios. Los cristianos asumieron esas ideas, después de Pablo, dándole el título de *el Anticristo* (*1 Juan 2:18,22; 4:3*). Obviamente, tal poder no podía seguir existiendo en el universo indefinidamente, así es que había una creencia muy extendida de que habría una batalla final en la que Dios triunfaría, y esta fuerza anti-Dios sería definitivamente destruida. Ese es el cuadro que Pablo está desplegando aquí.

¿Cuál era la fuerza que estaba reteniendo y manteniendo al Sin Ley bajo control? No se puede responder a esa pregunta con absoluta certeza. Es probable que Pablo pensara que era el Imperio Romano. Una y otra vez le salvaron los magistrados romanos de la furia de las masas. Roma era el poder restrictivo que guardaba al mundo de la locura de la anarquía. Pero llegaría un día cuando ese poder sería desplazado -y entonces llegaría el caos.

Así es que Pablo describe una creciente rebelión contra Dios, la emergencia de uno que sería la encarnación del diablo como Cristo era la de Dios, y tendría lugar una batalla final en la que triunfaría definitivamente Dios.

Cuando este mal encarnado se introdujera en el mundo habría algunos que le reconocerían como su señor, los que habían rechazado a Cristo; los cuales, con su maligno jefe, serían finalmente derrotados y juzgados.

Aunque estas figuras nos parezcan muy remotas, sin embargo contienen ciertas verdades permanentes.

(i) Existe una fuerza del mal en el mundo. Aunque no puedan probar que existe el diablo, muchas personas dirían: « Sé que existe, porque me he encontrado con él.» Escondemos la cabeza en la arena si negamos que hay un poder del mal que obra en el mundo.

(ii) Dios está en control. Las cosas pueden parecer que se van precipitando hacia el caos, pero Dios está en control hasta del caos.

(iii) El triunfo definitivo de Dios es seguro. A fin de cuentas, nada puede mantenerse contra Él. El Sin Ley puede que tenga su influencia, pero llegará un momento cuando Dios diga: < Hasta aquí, y no más. > Así es que la pregunta clave es: «¿En qué lado estás? En la contienda que se libra en el corazón del universo, ¿estás de parte de Dios o de Satanás?»

LA DEMANDA DE DIOS Y NUESTRO ESFUERZO

2 Tesalonicenses 2:13-17

Siempre debemos dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, porque Dios os escogió desde el principio para la salvación mediante la consagración del Espíritu Santo y la fe en la verdad. A ese fin os llamó por la Buena Noticia que os llevamos, para que obtuvierais la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

Así pues, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que se os enseñaron, ya fuera de palabra o por carta nuestra.

Que nuestro Señor Jesucristo mismo y Dios nuestro Padre, que nos amó y nos dio en Su gracia un estímulo eterno y una buena esperanza, os anime el corazón y os haga fuertes en toda buena obra y palabra.

En este pasaje encontramos una especie de sinopsis de la vida cristiana.

(i) Empieza con la llamada de Dios. No habríamos nunca podido ni siquiera buscar a Dios si no fuera porque Él ya nos hubiera encontrado. La iniciativa es exclusivamente Suya; la base y la causa motriz de todo esto es Su amor buscador.

(ii) Esto se desarrolla en nuestro esfuerzo. El cristiano no es llamado a soñar, sino a luchar; no a quedarse quieto, sino a escalar. Es llamado, no solamente al mayor privilegio, sino también a la mayor tarea del mundo.

(iii) Este esfuerzo tiene la ayuda continua de dos cosas. (a) De la enseñanza, dirección y ejemplo de personas piadosas. Dios nos habla por medio de aquellos a los que El ya ha hablado. «Un santo -ha dicho alguien- es una persona que les hace más fácil a los demás creer en Dios.» Y hay algunos que nos ayudan, no con nada que hayan escrito o dicho, sino simplemente siendo como son, hombres y mujeres en los que nos encontramos con Dios. (b) Tiene la ayuda de Dios mismo. No se nos deja nunca solos para luchar y trabajar. El Que nos da la tarea también nos da la fuerza y la habilidad para llevarla a cabo; y más: la realiza juntamente con nosotros. No se nos lanza en medio de la batalla para que la libremos con los escasos recursos que podamos aportar nosotros mismos. Detrás de nosotros y a nuestro lado está Dios. Cuando Pablo tenía dificultades en Corinto, tuvo una visión por la noche en la que el Señor le dijo: «No tengas miedo... porque Yo estoy contigo» (Hechos 18:9s). Los que están de nuestra parte son más que los que están en contra.

(iv) Esta llamada y este esfuerzo están diseñados para producir dos cosas. (a) La consagración en la tierra. Literalmente en griego, una cosa que está consagrada está apartada para *Dios*. Están diseñadas para apartarnos de tal manera que Dios nos pueda usar en Su servicio. El resultado es que la vida de una persona ya no le pertenece para hacer con ella lo que quiera, sino que pertenece a Dios para que Él la use como quiera. (b) Están diseñados para producir la salvación en el Cielo. La vida cristiana no acaba en el tiempo; su destino es la eternidad. El cristiano puede considerar esta aflicción presente como una cosa ligera en comparación con la gloria que se manifestará. Como dice el himno Salvo en los tiernos brazos de J. B. Cabrera:

No temeré si ruge - hórrida tentación, ni causará el pecado - daño en mi corazón.

Y si tal vez hay pruebas - fáciles pasarán; lágrimas si vertiere - pronto se enjugarán.

Y cruzaré. la. noche -.lóbrega sin temor, hasta que venga el día - de perennal fulgor.

¡Cuán placentero entonces - con mi Jesús morar, y en la mansión de gloria - siempre con Él reinar!

UNA ÚLTIMA PALABRA

2 Tesalonicenses 3:1-5

Para terminar, hermanos, seguid orando por nosotros para que la Palabra de *Dios* realice su carrera y reciba su corona de gloria -como sucede entre vosotros-, y para que estemos a salvo de estos hombres malvados y malignos, porque no son todos los que tienen fe. Podéis depender del Señor, que os mantendrá firmes y os guardará del maligno. Tenemos confianza en el Señor de que hacéis y haréis lo que os ordenamos. ¡Que *Dios* dirija vuestros corazones para que sintáis el amor de *Dios* y despleguéis la resistencia que Cristo puede dar!

Una vez más Pablo llega al final de la una carta pidiendo a sus amigos que oren por él (cp. 1 Tesalonicenses 5:25; Romanos 15:30ss; Filemón 22). Hay algo profundamente conmovedor en la escena de este gigante en la fe pidiendo las oraciones de los tesalonicenses, que reconocían su propia debilidad. Aquí es donde se ve con mayor claridad la humildad de Pablo. Y el hecho de que él, como si dijéramos, se lanzaba a sus corazones, debe de haber hecho mucho para ganarse hasta a sus oponentes, porque es muy difícil no querer a una persona que te pide que ores por ella.

Pero, a pesar de su amor y confianza en las personas, Pablo era realista. La fe, decía, no es cosa de todos. Podemos estar seguros de que no lo decía con cinismo, sino con dolor. Una vez más vemos la tremenda responsabilidad del libre albedrío. Podemos usarlo para abrir nuestros corazones, o para cerrarlos. La llamada de la fe no es selectiva; se dirige a todo el mundo; pero el corazón humano puede negarse a responder.

En el último versículo de este pasaje vemos lo que podríamos llamar las características internas y externas del cristiano. La característica interior es la conciencia del amor de Dios, la profunda conciencia de que no podemos ser arrastrados más allá de Su cuidado, el sentimiento de que los brazos eternos nos rodean siempre. Una de las necesidades básicas de la vida es la de seguridad, y la encontramos satisfecha en la conciencia del amor inalterable de Dios. La característica externa es la resistencia que puede darnos Cristo. Vivimos en un mundo en el que hay más colapsos nerviosos que en ninguna otra época de la Historia. Esto es señal de que más y más personas tienen el sentimiento de que no pueden enfrentarse con la vida. La característica externa del cristiano es que, cuando otros se derrumban, permanece erguido, y cuando otros colapsan, asume su carga y prosigue adelante. Con el amor de Dios en el corazón y la resistencia de Cristo en la vida se puede arrastrar cualquier cosa.

DISCIPLINA EN EL AMOR FRATERNAL

2 Tesalonicenses 3:6-18

Hermanos: Os ordenamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo que os apartéis de cualquier hermano que se porta como un haragán en sus obligaciones y que no se conduce de acuerdo con la enseñanza que recibisteis de nosotros; porque vosotros sabéis muy bien que debéis imitarnos, porque nosotros nunca hicimos el gandul en el trabajo cuando estábamos entre vosotros ni comimos lo que recibieramos de vosotros sin pagarlo, sino que en la faena y en la labor estuvimos trabajando noche y día para no seros una carga a ninguno de vosotros. Y no es que no tuviéramos derecho a reclamar que nos mantuvierais, sino que nos mantuvimos en el trabajo para daros ejemplo que pudierais imitar, porque cuando estábamos con vosotros os dábamos esta norma: «Que el que se niegue a trabajar, tampoco coma.» Por que nos enteramos de que hay algunos entre vosotros cuyo comportamiento es el de gandules en el trabajo, que no se ocupan de nada más que de ser entrometidos. A los tales mandadles y exhortadlos en el Señor Jesucristo que se pongan a trabajar como es debido para mantenerse. Hermanos, no os canséis nunca de hacer el bien. Si alguien no obedece las instrucciones que os mandamos en esta carta, señaladle, no os asociéis con él, para que se avergüence. No le tengáis como enemigo, pero aconsejadle como a hermano.

¡Que el mismo Dios de la paz os dé siempre paz en todo! ¡Que el Señor sea con vosotros!

Aquí está mi saludo, de Pablo, de mi puño y letra, que es la señal de autenticidad en todas mis cartas. Así escribo.

¡Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros!

Aquí trata Pablo, como ya tuvo que hacerlo en la carta anterior, de la situación que producían los que adoptaban una actitud indebida en relación con la Segunda Venida. Había algunos en Tesalónica que habían dejado de trabajar y abandonado sus obligaciones cotidianas para esperar la llegada del Señor en una ociosidad histérica. Pablo usa una palabra muy expresiva para describirlos. Dos veces usa el adverbio *atáktós* y una el verbo *ataktein*, que quieren decir *hacer el vago*. Se usa, por ejemplo, en los papiros, en el contrato de un aprendiz en el que el padre está de acuerdo en que su hijo tiene que recuperar los días que haga el holgazán. Los tesalonicenses, en su excitada ociosidad, hacían novillos en el trabajo.

Para que se den cuenta, Pablo les cita su propio ejemplo. Toda la vida fue un obrero manual. Los judíos tenían en alta estima el trabajo. «El que no le enseña a su hijo una profesión -decían-, le enseña a robar.» Pablo se había graduado como rabino; pero la ley judía establecía que un rabino no podía cobrar por enseñar, sino tenía que tener una profesión secular para cubrir sus necesidades con el trabajo de sus manos. Así es que encontramos rabinos que eran panaderos, barberos, carpinteros, albañiles y toda clase de artesanos. Los judíos creían en la dignidad del trabajo honrado, y estaban seguros de que un investigador perdía algo cuando llegaba a ser tan académico y otromundista que se olvidaba de trabajar con las manos. Pablo cita un dicho: «Que el que se niegue a trabajar, tampoco coma.» Es el *negarse* a trabajar lo que es importante. No se refiere al pobre hombre que no encuentra trabajo. Esta se ha llamado «la regla de oro del trabajo.» Deissmann tiene la idea feliz de que, cuando Pablo decía eso, «estaba probablemente citando un detalle de la buena moralidad del taller, una máxima acuñada probablemente por algún honrado trabajador cuando le impedía al aprendiz holgazán que se sentara a la mesa a la hora de la comida.»

En esto tenemos el ejemplo del mismo Jesús. Era el carpintero de Nazaret, y hay una leyenda que dice que hacía los mejores yugos de Palestina, y que llegaba gente de todas partes a comprárselos. El árbol se conoce por sus frutos, y el hombre por sus trabajos. Una vez había un hombre que quería comprar una casa, y la compró sin verla siquiera. Le preguntaron cómo era que corría ese riesgo; y contestó: «Conozco al que la ha construido, y sé que pone su Cristianismo en su trabajo cuando pone los ladrillos.» El cristiano debe ser un trabajador más concienzudo que ningún otro.

A Pablo le reventaban los metomentodos. Puede que haya pecados más graves que el chismorreó, pero no hay ninguno que haga más daño en la iglesia. El que haga su trabajo con todas sus fuerzas y habilidad ya tiene bastante que hacer sin entremeterse maliciosamente en asuntos ajenos.

Pablo manda que los que no hagan caso de sus instrucciones deben ser disciplinados por la comunidad, pero que no hay que tratarlos como a enemigos, sino como a hermanos. La disciplina impuesta por alguien que mira por encima del hombro al pecador y le hace temblar cuando le reprende, puede que aterre y que ofenda, pero no conseguirá enmendar. Es más probable que produzca resentimiento que reforma. Cuando se haga necesaria la disciplina cristiana se ha de administrar por un hermano a un hermano, no con ira, y menos con desprecio, sino siempre con amor.

Al final de su carta Pablo escribe unas líneas de su puño y letra para que la reconozcan como suya. «Fijaos -les dice-: Así es como escribo. Fijaos bien para que podáis reconocer mis cartas otras veces.» Y entonces, después de exponer la verdad, con alabanza y reprensión amorosamente entremezcladas, encomienda la iglesia tesalonicense a la gracia del Señor Jesucristo.

WILLIAM B ARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 12 -

Las Cartas a.
Timoteo, Tito y Filemón

PRESENTACIÓN

En los tomos del Comentario al Nuevo Testamento que ya se han publicado ya hemos notado los conocimientos enciclopédicos que tenía William Barclay de las literaturas clásica, hebrea y cristiana primitiva, además naturalmente de la Palabra de Dios. Todo esto resalta también en este tomo; pero me permito adelantar que hay algo que brilla en él aún más que en los otros.

Si hubiéramos de escoger el carisma más representativo entre los muchos que Dios le concedió a William Barclay -profesor, conferenciante, comunicador, escritor, etc., etc.-, yo diría que fue el carisma de pastor. Tuvo una experiencia amplia en el trabajo pastoral antes de dedicarse especialmente a la enseñanza; pero, en todas sus numerosas actividades no faltó nunca, sino más bien fue el impulso y el exponente principal, el interés pastoral, y dedicó mucho de su esfuerzo a la formación de pastores, cosa que llevó a cabo consagrada y magistralmente, dejando una verdadera multitud de discípulos, no sólo en su país, sino en todo el mundo, y no sólo de los que tuvimos el privilegio de seguir sus cursos, sino de los que aprovechan la enseñanza que destiló en sus muchas publicaciones.

Y ya os he dado la clave para descubrir la nota barcliana característica de este tomo. Era de esperar, aunque Barclay siempre presenta sorpresas, que tal pastor fuera un intérprete excepcional de las Epístolas Pastorales fue es el nombre que se da generalmente a las cartas a Timoteo y Tito-, no sólo extrayendo de ellas toda la riqueza de sus veneros, sino infundiéndoles su experiencia y sensibilidad pastoral.

William Barclay nos dice que < es de lo más significativo que los misioneros nos dicen que, de todas las cartas del Nuevo Testamento, las *Epístolas Pastorales* son las que hablan más directamente a la situación de las iglesias jóvenes. » Incorpora en su comentario ejemplos gráficos tomados de los misioneros que no sólo encontraron en ellas la enseñanza que podían aplicar a las situaciones concretas que se les presentaban, sino también encontraron en esas situaciones la clave para entender y explicar el mensaje de las *Epístolas Pastorales*.

Como en todos sus libros, aquí también acerca la enseñanza y el mensaje de la Palabra de Dios a las situaciones y circunstancias de nuestro tiempo, como cuando aplica los consejos que daba Pablo a los esclavos a los muchos que trabajan ahora por cuenta ajena y a las órdenes de amos o empresarios, o cuando traslada la enseñanza acerca de la situación de la mujer en el mundo clásico y en la Iglesia Original a las circunstancias cambiantes y diversas de la mujer en las sociedades y en las iglesias actuales.

En tres áreas espero que la aportación de este libro sea de bendición abundante en nuestra lengua. La primera, en la edificación personal de los creyentes; porque Barclay no escribía sólo para los pastores o los futuros pastores, sino para todos los que quieren comprender mejor el mensaje del Evangelio, para los cristianos de a pie, normales y corrientes.

La segunda, en la formación de obreros para los diversos ministerios de las iglesias de nuestro tiempo; porque, al presentarnos los modelos bíblicos con tanta claridad, nos hace ver lo esencial que no debe cambiar con el tiempo, y nos ayuda a aplicarlo al nuestro. Y la tercera, en la fundación y organización y desarrollo de nuestras iglesias, que encontrarán en este libro abundante enseñanza acerca de la administración, los ministerios, el culto y la vida de la iglesia. Para esas tres áreas nos ofrece su jugoso y nutritivo comentario William Barclay.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: <Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar> (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque no tenemos la otra a la que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los *papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel, y en él se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos, contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

<Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué a Miseno recibí

*del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Ágato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonió> (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36) .*

¡No **podría figurarse Apión que estaríamos leyendo** la carta que le escribió a su padre 1800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un pronto ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto. Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv)

El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *EL saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1 s; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración: en todas sus cartas Pablo pide a Dios por las personas a las que escribe: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *El tema de la carta: de lo que trata cada una.*

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos 16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4:21 s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.*

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene por qué ser pasajera porque se escribiera para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta es la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino -más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su voluntad de ayudar.

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS A TIMOTEO Y TITO

CARTAS PERSONALES

1 y 2 Timoteo y Tito siempre se ha considerado que formaban un grupo aparte de cartas, diferentes de las otras de Pablo. La diferencia que está más a la vista es que, juntamente con la pequeña carta a *Filemón*, se les escribieron a *personas*, mientras que todas las otras cartas paulinas iban dirigidas a *iglesias*. El Canon de Muratori, que fue la primera lista oficial de los libros del Nuevo Testamento, dice que fueron escritas «por sentimiento y afecto personal.» Son cartas privadas más que públicas.

CARTAS ECLESIASTICAS

Pero muy pronto se empezó a ver que, aunque estas son cartas personales y privadas, tienen un significado y una importancia muy por encima de la situación inmediata. En *1 Timoteo* 3:15 se expresa su objetivo: Pablo le dice a Timoteo que le escribe «para que sepas cómo debe uno comportarse en la Casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo.» Así que llegó a verse que estas cartas no tienen solo un significado personal, sino también lo que se podría llamar un significado *eclesiástico*. El Canon de Muratori dice de ellas que, aunque son cartas personales escritas por afecto personal, «se siguen considerando como algo santo en el respeto de la Iglesia Católica y en la organización de la disciplina eclesiástica.» Tertuliano decía que Pablo había escrito «dos cartas a Timoteo y una a Tito, acerca del estado de la Iglesia (de eclesiástico statu).» No es pues sorprendente que el primer nombre que se les dio fuera Cartas Pontificales, es decir, escritas por el pontifex, el sacerdote, el responsable de la Iglesia.

CARTAS PASTORALES

Poco a poco llegaron a adquirir el nombre por el que se las sigue conociendo -Las Epístolas Pastorales. Escribiendo sobre *1 Timoteo*, Tomás de Aquino, en 1274, decía: «Esta carta es como si dijéramos una regla pastoral que el Apóstol dirigió a Timoteo.» En su introducción a la segunda carta escribe: «En la primera carta le da instrucciones a Timoteo acerca del orden eclesiástico; en esta segunda carta trata del cuidado pastoral, que debe ser tan grande como para llegar a aceptar el martirio por causa del cuidado del rebaño.» Pero este título, Las Epístolas Pastorales, no llegó a asignárseles a estas cartas hasta el año 1726, cuando el gran investigador Paul Anton dio una serie de conferencias famosas sobre ellas bajo ese título.

Así es que estas cartas tratan del cuidado y la organización del rebaño de Dios; les dicen a los miembros cómo deben comportarse en el seno de la familia de Dios, dando instrucciones acerca de cómo ha de administrarse la casa de Dios, de qué clase de personas deben ser los responsables y los pastores de las Iglesias, y cómo hay que enfrentarse con las amenazas que ponen en peligro la fe y la vida cristiana.

EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

El interés supremo de estas cartas está en que nos ofrecen, una descripción del crecimiento de la Iglesia en su primera edad. En aquellos primeros días era una isla en un mar de paganismo. Sus miembros eran la primera generación de

cristianos convertidos del paganismo. Era muy fácil recaer en las prácticas de la vieja vida. La atmósfera contaminada seguía a su alrededor. Es de lo más significativo que los misioneros nos dicen que, de todas las cartas del Nuevo Testamento, las Epístolas Pastorales son las que hablan más directamente a la situación de las iglesias jóvenes. La situación que tratan se está presentando de nuevo en la India, en África, en la China todos los días. No pierden nunca su interés, porque en ellas vemos, más que en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, los problemas que asediaban a la Iglesia Primitiva en su crecimiento.

EL TRASFONDO ECLESIAÍSTICO DE LAS PASTORALES

Estas cartas han presentado problemas desde el principio a los investigadores del Nuevo Testamento. Hay muchos que creen que, tal como han llegado hasta nosotros, no pueden venir directamente de la mano y de la pluma de Pablo. Que esto no responde a ninguna actitud moderna se puede ver por el hecho de que Marción que, aunque era un hereje, fue el primero que trazó una lista de los libros del Nuevo Testamento y no incluyó las Pastorales entre las cartas de Pablo. Veamos qué es lo que ha hecho a tantas personas dudar de la autoría paulina.

En ellas nos encontramos con una descripción de la Iglesia como una organización considerablemente desarrollada. Tiene ancianos (*1 Timoteo* 5:17-19; *Tito* 1:5-6); obispos, superintendentes o supervisores (*1 Timoteo* 3:1-7; *Tito* 1:7-16); diáconos (*1 Timoteo* 3:8-13). De *1 Timoteo* 5:17s deducimos que para entonces los ancianos eran responsables asalariados. Los ancianos que gobernarán bien debían ser tenidos por dignos de un doble sueldo, y se exhorta a las iglesias a recordar que el obrero es digno de su salario. Hay por lo menos el principio de una orden de viudas que llegó a ser muy importante más tarde en la Iglesia Primitiva (*1 Timoteo* 5:3-16). Está claro que había una estructura eclesiástica bastante elaborada, demasiado elaborada argüirían algunos, para dos días tempranos en que Pablo vivió y trabajó.

LOS DÍAS DE LOS CREDOS

También se pretende que en estas cartas podemos ver surgir el tiempo de los credos. La palabra *fe*, cambia de significado: en los primeros días era siempre *fe en una Persona*; es la relación personal de amor y confianza y obediencia más íntima posible con Jesucristo. Más adelante llegó a ser *fe en un credo*; llegó a ser la aceptación de ciertas doctrinas. Se dice que en las Epístolas Pastorales podemos ver cómo se produjo ese cambio. Posteriormente se llegó a abandonar la *fe*, y a rendir pleitesía a doctrinas de demonios (*1 Timoteo* 4:1). Un buen siervo de Jesucristo debe nutrirse de las palabras de *la fe y la buena doctrina*

(1 Timoteo 4:6). Los herejes son personas que tienen la mente corrompida, réprobos en lo tocante a *la fe* (2 Timoteo 3:8). Tito tiene la obligación de exhortar a los miembros para que sean sanos en *la fe* (Tito 1:13).

Esto aparece muy claramente en una expresión que es característica de las Pastorales. Se exhorta a Timoteo a retener «la verdad que se te ha confiado» (1 Timoteo 1:14). La palabra para lo *que se te ha confiado* es *parathéké*. *Parathéké* quiere decir *un depósito* que se le confía a un banquero o a otra persona para que lo conserve a salvo. Es esencialmente algo que hay que devolver sin que haya sufrido el más mínimo cambio. Es decir, se hace hincapié en *la ortodoxia*. En vez de ser una relación personal íntima con Jesucristo como era en los días emocionantes y palpitantes de la Iglesia Original, le fe se ha convertido en la aceptación de un credo. Hasta se mantiene que en las Pastorales tenemos ecos de los credos más antiguos:

*Dios Se ha manifestado en la carne,
ha sido justificado por el Espíritu,*

*ha sido visto por los mensajeros,
ha sido predicado a los gentiles,
ha sido creído en el mundo,
ha sido recibido arriba en la gloria* (1 Timoteo 3:16).

Esto suena al fragmento de un credo que se recita.

Acuérdate de Jesucristo, descendiente de David, resucitado de los muertos, como se predica en mi Evangelio (2 Timoteo 2:8).

Eso suena a una frase de un credo conocido.

Dentro de las Pastorales hay sin duda indicios de que el día de la insistencia en la aceptación de un credo había comenzado, y de que los días de la emoción del descubrimiento personal de Cristo estaban empezando a declinar.

UNA HEREJÍA PELIGROSA

Está claro que en la primera línea de la situación contra la que se escribieron las Epístolas Pastorales había una herejía peligrosa que amenazaba la salud de la Iglesia Cristiana. Si podemos distinguir las líneas principales de esa herejía puede que consigamos identificarla.

Se caracterizaba por *un intelectualismo especulativo*. Producía discusiones (1 Timoteo 1:4); sus adeptos proliferaban en discusiones (1 Timoteo 6:4); se discutían cuestiones necias e insensatas (2 Timoteo 2:23); había que evitar sus necias cuestiones (Tito 3:9). La palabra que se usa en cada caso para *cuestiones o discusiones* es *ekzétésis*, que quiere decir *discusión especulativa*. Esta herejía se ve que era el terreno de juego de los intelectuales, o más bien los seudeintelectuales, de la iglesia. Se caracterizaba por *el orgullo*. El hereje es orgulloso, aunque en realidad no sepa nada de nada (1 Timoteo 6:4). Hay indicaciones de que estos intelectuales se consideraban por encima de los cristianos ordinarios; de hecho, puede que hasta dijeran que la Salvación completa estaba fuera del alcance de la gente normal y corriente, y solo abierta para ellos. A veces las Epístolas Pastorales hacen hincapié en la palabra todos de una manera de lo más significativa. La gracia de Dios que trae Salvación, se ha manifestado a todos los hombres (Tito 2: 11). Es la voluntad de Dios que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Los intelectuales trataban de reservar las bendiciones más grandes del Evangelio para unos pocos escogidos; pero la verdadera fe subraya el amor universal de Dios.

Había en el seno de esa herejía dos tendencias opuestas. Una era la tendencia al ascetismo. Los herejes trataban de establecer leyes alimentarias especiales, olvidando que todo lo que Dios ha hecho es bueno (1 Timoteo 4: 4s). Catalogaban muchas cosas como impuras, olvidando que todas las cosas son limpias para los limpios (Tito 1:15). No es imposible que consideraran el sexo como algo inmundo, y que menospreciaran el matrimonio; y hasta que trataran de persuadir a los que ya estaban casados a separarse, porque en Tito 2:4 se hace hincapié en los deberes naturales de la vida matrimonial como vinculantes para el cristiano.

Pero esta herejía también conducía a la inmoralidad. Los herejes hasta invadían las casas particulares y se llevaban a las mujercillas débiles e insensatas por malos caminos (2 Timoteo 3:6). Profesaban conocer a Dios, pero Le negaban con sus obras (Tito 1:16). Se dedicaban a embaucar a la gente y a hacer dinero con su falsa enseñanza. Para ellos la piedad era rentable económicamente (1 Timoteo 6:5); enseñaban y engañaban por dinero (Tito 1:11).

Por una parte esta herejía conducía a un ascetismo nada cristiano; y por la otra producía una igualmente no cristiana inmoralidad.

Se caracterizaba también por palabras y mitos y genealogías. Estaba llena de charla seudopiadosa, y de controversias inútiles (1 Timoteo 6:20). Producía genealogías interminables, y mitos y fábulas (1 Timoteo 1:4; Tito 1:14, y 3:9).

Por lo menos de alguna manera y hasta cierto punto estaba relacionada con el legalismo judío. Entre sus adeptos estaban los de la circuncisión (Tito 1:10). Los herejes aspiraban a ser maestros de la Ley (1 Timoteo 1:7). Insistían en las fábulas judías y en los mandamientos de hombres (Tito 1:14).

Por último, estos herejes negaban la resurrección del cuerpo. Decían que cualquier resurrección que una persona hubiera de experimentar, ya había tenido lugar (2 Timoteo 2:18). Probablemente esto es una referencia a los que mantenían que la única resurrección que experimentaba el cristiano era una resurrección espiritual, cuando moría con Cristo y surgía de nuevo con Él en la experiencia del Bautismo (Romanos 6:4).

LOS PRINCIPIOS DEL Gnosticismo

¿Hay alguna herejía conocida que encaje en todos estos datos? Sí, y es el gnosticismo. Su idea fundamental era que la materia es esencialmente mala, y sólo el espíritu es bueno. Esa creencia básica tenía ciertas consecuencias.

Los gnósticos creían que la materia es tan eterna como Dios; y que, cuando Dios creó el mundo, tuvo que usar esta materia esencialmente mala. Eso quería decir que, para ellos, Dios no podía ser el Creador directo del mundo. A fin de poder tocar esta materia corrompida, Dios tuvo que producir una serie de emanaciones -ellos las llamaban eones- cada una de ellas más distante de Dios mismo que la anterior, hasta que por último hubo una emanación o un eón tan distante de Dios que pudo manejar la materia y crear el mundo. Entre el hombre y Dios se extendía una larga serie de emanaciones, cada una con su nombre y genealogía. Así es que el gnosticismo tenía literalmente un sinnúmero de fábulas y genealogías. Si uno había de llegar a Dios alguna vez, debía, como si dijéramos, ascender esta escala de emanaciones; para lo cual necesitaba una especie muy especial de conocimiento que incluyera todas las consignas que le permitieran pasar de una etapa a otra. Solamente de una persona del más elevado calibre espiritual se podía esperar que adquiriera este conocimiento tan extraordinario y que supiera todas esas consignas para llegar a Dios.

Además, si la materia era totalmente mala, el cuerpo también lo era. De ahí surgían dos actitudes opuestas. O bien el cuerpo tenía que someterse al más estricto ascetismo, en el que las necesidades del cuerpo se eliminaran en la medida de lo posible, y sus instintos, especialmente el sexual, se destruyeran lo más posible; o se podía mantener que, puesto que era malo, no importaba lo que se hiciera con el cuerpo; y se les podía dar rienda suelta a sus instintos y deseos. Por tanto, los gnósticos llegaron a ser, o bien ascetas, o personas para quienes la moralidad había dejado de tener ninguna relevancia.

Todavía más, si el cuerpo era malo, estaba claro que no podía haber tal cosa como resurrección. Lo que los gnósticos esperaban no era la resurrección del cuerpo, sino su destrucción.

Todo esto encaja exactamente con la descripción que obtenemos en las Epístolas Pastorales. En el gnosticismo tenemos el intelectualismo, la arrogancia intelectual, las fábulas y las genealogías, el ascetismo y la inmoralidad, el rechazo a esperar la posibilidad de una resurrección del cuerpo, que eran partes integrantes de la herejía contra la que se escribieron las Epístolas Pastorales.

Un elemento de esa herejía no se ha podido encajar todavía en su sitio: el judaísmo y el legalismo de los que hablan las Epístolas Pastorales. También eso encuentra su lugar. Algunas veces, el gnosticismo y el judaísmo iban de la mano. Ya hemos dicho que los gnósticos insistían en que era necesario un conocimiento muy especial para ascender por la escala de los eones hasta Dios, y que algunos de ellos insistían en que para la vida buena era esencial un ascetismo estricto. Algunos judíos pretendían que eran precisamente la Ley judía y las reglas dietéticas de los judíos lo que proveía ese conocimiento especial y ese ascetismo necesario; así que había veces que el judaísmo y el gnosticismo iban de la mano.

Está suficientemente claro que la herejía que sirve de trasfondo a las Epístolas Pastorales era el gnosticismo. Algunos han usado ese hecho para tratar de demostrar que Pablo no puede haber tenido nada que ver con estas epístolas; porque, dicen ellos, el gnosticismo no surgió hasta mucho después de Pablo. Es totalmente cierto que los grandes sistemas formales del gnosticismo conectados con nombres tales como los de Valentino y Basílides no surgieron hasta el siglo II; pero estas grandes figuras no tuvieron que hacer nada más que sistematizar lo que ya estaba allí. Las ideas básicas del gnosticismo estaban en la atmósfera que rodeaba a la Iglesia Primitiva hasta en los días de Pablo. Es fácil notar la atracción que ejercería, y también que, si se les hubiera permitido florecer sin resistencia, podrían haber convertido el Cristianismo en una filosofía especulativa y haberlo arruinado. Al enfrentarse con el gnosticismo, la Iglesia estaba arrojando uno de los peligros más graves que hayan amenazado nunca a la fe cristiana.

EL LENGUAJE DE LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

El argumento de más peso contra la autoría paulina de las Epístolas Pastorales es un hecho que resulta muy claro en griego, pero no tanto en una traducción española. El número total de las palabras de las Epístolas Pastorales es 902, de las cuales 54 son nombres propios; y de estas 902 palabras, no menos de 306 no se encuentran en ninguna otra de las cartas de Pablo. Es decir,

que más de una tercera parte de las palabras de las Epístolas Pastorales no se encuentran en las otras cartas de Pablo. De hecho, 175 palabras de las Epístolas Pastorales no aparecen en ningún otro lugar del Nuevo Testamento; aunque es justo decir que hay 50 palabras en las Epístolas Pastorales que se encuentran en las otras cartas de Pablo aunque no en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.

Además, cuando las otras cartas de Pablo y las Epístolas Pastorales tratan el mismo asunto lo presentan de maneras diferentes, usando otras palabras y frases para expresar la misma idea.

También, muchas de las palabras favoritas de Pablo faltan en las Epístolas Pastorales. Las palabras para *Cruz (staurós)* y para *crucificar (staurín)* aparecen 27 veces en las otras cartas paulinas, pero ni una sola en las Epístolas Pastorales. *Eleuthería* y derivadas que tienen que ver con *libertad* aparecen 29 veces en las otras cartas y nunca en las Epístolas Pastorales. *Hyiós, hijo y hyiothesía, adopción*, aparecen 46 veces en las otras cartas de Pablo y nunca en las Epístolas Pastorales.

Además, en griego hay muchas más palabras que en español de las que llamamos *partículas y enclíticas*. Algunas veces no indican más que el tono de la voz; cualquier frase griega está unida con la anterior por una de ellas; y suelen ser intraducibles. De estas partículas y enclíticas hay 112 que usa Pablo en conjunto 932 veces y nunca en las Epístolas Pastorales.

Aquí hay indudablemente algo que hay que explicar. El vocabulario y el estilo hacen difícil aceptar que Pablo escribiera las Epístolas Pastorales en el mismo sentido que las otras cartas.

LAS ACTIVIDADES DE PABLO EN LAS PASTORALES

Pero tal vez la más clara dificultad de las Epístolas Pastorales está en que nos presentan a Pablo realizando actividades para las que no hay sitio en su vida tal como la conocemos por el *Libro de los Hechos*. Está claro que había llevado a cabo una campaña en Creta (*Tito 1: S*). Y se propone pasar un invierno en Nicópolis, que está en Epiro (*Tito 3:12*). En la vida de Pablo tal como la conocemos no encajan esa campaña y ese invierno. Pero bien puede ser que precisamente aquí nos tropecemos con la solución del problema.

¿SALIÓ LIBRE PABLO DE SU PRISIÓN ROMANA?

Resumamos. Ya hemos visto que la organización de la Iglesia en las Epístolas Pastorales es más elaborada que en las otras cartas paulinas. Hemos visto que el énfasis en la ortodoxia suena a la segunda o tercera generación de cristianos, cuando la emoción del gran descubrimiento se va disipando, y la Iglesia lleva camino de convertirse en una institución. Ya hemos visto que se presenta a Pablo llevando a cabo una misión o misiones que no encajan en el esquema de su vida tal como lo tenemos en *Hechos*. Pero *Hechos* no aclara lo que le sucedió a Pablo en Roma. Termina diciéndonos que vivió dos años enteros en una especie de libertad vigilada, predicando el Evangelio sin dificultades (*Hechos 28:30s*). Pero no nos dice el resultado de su juicio ante el César, si Pablo salió en libertad, o fue ejecutado. Es verdad que más bien se hace suponer que terminó con su muerte; pero hay una corriente de tradición que no debemos ignorar que dice que terminó con su liberación, y que no fue hasta dos o tres años después cuando fue detenido de nuevo, y esa vez sí terminó su detención con su ejecución final hacia el año 67 d.C.

Consideremos esta cuestión, que es del mayor interés.

Primero, está claro que cuando Pablo estuvo preso en Roma no consideraba imposible quedar en libertad; de hecho, más bien parece que la esperaba. Cuando escribió a los filipenses, les dijo que les enviaba a Timoteo, y continuó: < Y confío en el Señor que yo mismo os visitaré dentro de poco > (*Filipenses 2:24*). Cuando escribió a Filemón devolviéndole al fugitivo Onésimo, dice: «Al mismo tiempo, prepárame el cuarto de los huéspedes, porque espero que por vuestras oraciones os será concedido» (*Filemón, 22*). Está claro que contaba con la posibilidad de la libertad, llegara esta o no. Segundo, recordemos el plan que le era tan querido a su corazón. Antes de ir a Jerusalén en aquel viaje en que fue arrestado escribió a la iglesia de Roma mencionándole sus planes de visitar España: «Espero veros de paso cuando vaya a España» «Iré a España pasando por ahí» (*Romanos 15:24,28*). ¿Pudo Pablo realizar aquel proyecto? Clemente de Roma, cuando escribió a la iglesia de Corinto alrededor del año 90 d.C. dijo que Pablo había predicado el Evangelio en el Este y en el Oeste; que había enseñado a todo el mundo (es decir, el Imperio Romano) la justicia; y que llegó al extremo (*terma, el término*) del Oeste antes de su martirio. ¿Qué quiso decir Clemente con *el extremo de Occidente*? Hay muchos que defienden que no quería decir más que Roma; porque es verdad que alguien que escribiera en el Este de Asia Menor consideraría que Roma era el *límite de Occidente*. Pero Clemente estaba escribiendo en Roma; y es difícil que para nadie que estuviera en Roma *el límite del Oeste* pudiera querer decir otra cosa que España. Y parece que Clemente creía que Pablo había llegado a España.

El más grande de los historiadores de la Iglesia Primitiva fue Eusebio. En su relato de la vida de Pablo escribe: «Lucas, que escribió *Los Hechos de los Apóstoles*, acabó su historia en este punto, después de relatar que Pablo había pasado dos años enteros en algo así como libertad vigilada, y había predicado la Palabra de Dios sin restricciones. Así que después de hacer su defensa, se dice que el Apóstol fue enviado otra vez en su ministerio de predicación, y que al llegar por segunda vez a Roma sufrió el martirio» (Eusebio, *Historia Eclesiástica 2.22.2*). Eusebio no especifica nada acerca de España, pero sí conocía el detalle de que Pablo había obtenido la libertad después de su primer encarcelamiento en Roma.

El Canon de Muratori, la primera lista de libros del Nuevo Testamento que ha llegado a nosotros, describe el esquema de Lucas cuando escribió *Hechos*: «Lucas le relató a Teófilo los acontecimientos de los que había sido testigo presencial, y también en otro lugar declara evidentemente el martirio de Pedro -probablemente se refiere a *Lucas 22: 31 s-* pero omite el viaje de Pablo de Roma a España.»

En el siglo V, dos de los grandes padres de la Iglesia Cristiana estaban seguros de ese viaje. Crisóstomo dice en su sermón sobre *2 Timoteo 4:20*: «San Pablo, después de su estancia en Roma, partió para España.» Jerónimo dice en su *Catálogo de Escritores* que Pablo «fue puesto en libertad por Nerón para que pudiera predicar el Evangelio de Cristo en el Oeste.»

No hay duda de que una cierta corriente de tradición mantenía **que Pablo había llegado** a España.

Este es un asunto en el que tendremos que hacer nuestra propia decisión. La única cosa **que nos hace dudar de** la historicidad de esa tradición es que en la misma España no hay ni ha habido nunca ninguna tradición fidedigna de que Pablo predicara y trabajara en ella, ni relatos acerca de él, ni lugares relacionados con su nombre. Sería de lo más extraño que se hubiera olvidado totalmente el recuerdo de tal visita. Y bien podría ser que toda esta tradición acerca de la liberación de Pablo y su viaje al Oeste hubieran surgido como una deducción natural de su intención expresa de visitar España (*Romanos 15:24,28*). La mayor parte de los investigadores del Nuevo Testamento no creen que Pablo quedara libre después de su juicio ante Nerón; el consenso general de opinión es que su única liberación le vino con la muerte.

PABLO Y LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

Entonces, ¿qué podemos decir de la relación de Pablo con estas cartas? Si podemos aceptar la tradición de su liberación y de su vuelta a la predicación y la enseñanza, y de su muerte tan tarde como en el año 67 d.C., bien podríamos creer que proceden de su mano tal como han llegado hasta nosotros. Pero, si no aceptamos esa premisa -y la evidencia está en general en contra- ¿hemos de decir que no tienen ninguna relación con Pablo?

Debemos recordar que el mundo antiguo no consideraba estas cosas como nosotros. No le parecería mala nadie que se publicara una carta bajo el nombre de un gran maestro, si se estaba seguro de que la carta contenía lo que ese maestro habría dicho en las mismas circunstancias. Para el mundo antiguo era natural y digno el que un discípulo escribiera en nombre de su maestro. A nadie le habría parecido mal el que uno de los discípulos de Pablo saliera al frente de una situación nueva y amenazadora con una carta con el nombre de Pablo. El considerarlo como un plagio es malentender la mentalidad del mundo antiguo. ¿Hemos de pasarnos completamente al otro extremo, y decir que lo que pasó fue que algún discípulo suyo publicó estas cartas en nombre de Pablo años después de su muerte, y en un momento en que la Iglesia estaba mucho más organizada que durante su vida?

Tal como nosotros lo vemos, la respuesta es que no. Es increíble que algún discípulo pusiera en boca de Pablo la afirmación de ser el primero de los pecadores (*1 Timoteo 1: 15*); su tendencia habría sido subrayar la santidad de Pablo, no hablar de su pecado. Es increíble que ninguno que escribiera en nombre de Pablo le diera a Timoteo el consejo paternal de tomar un poco de vino por causa de su salud (*1 Timoteo 5:23*). La totalidad de *2 Timoteo 4* es tan personal y tan henchida de intimidad y de detalles cariñosos, que nadie sino Pablo lo hubiera podido escribir.

Entonces, ¿dónde está la solución? Bien puede ser que sucediera algo así. Es absolutamente obvio que se perdieron muchas cartas de Pablo. Aparte de sus grandes cartas públicas, debe de haber mantenido una constante correspondencia privada de la que no ha llegado hasta nosotros nada más que la pequeña *Carta a Filemón*. Bien puede ser que en días posteriores hubiera algunos fragmentos de la correspondencia de Pablo en posesión de algún maestro cristiano. Este maestro veía la iglesia de su tiempo y de Éfeso amenazada por todas partes. La amenazaba la herejía por dentro y por fuera. Tenía la amenaza de abandonar sus propios niveles elevados de pureza y verdad. La calidad de sus miembros y el nivel de sus ministros se estaban degenerando. Tenía en su posesión breves cartas de Pablo que decían exactamente las cosas que hacía falta decir, pero en el estado en que estaban, eran demasiado cortas y fragmentarias para publicarlas. Así es que las amplió y suplementó y las hizo supremamente relevantes a la situación contemporánea y las envió por toda la Iglesia.

En las Epístolas Pastorales todavía seguimos escuchando la voz de Pablo, con su intimidad personal característica; pero creemos que la forma de las cartas se debe a algún maestro cristiano que convocó la ayuda de Pablo cuando la Iglesia de su tiempo necesitaba la dirección que solamente Pablo le podía dar.

1 TIMOTEO

EL REAL DECRETO

1 Timoteo 1:1s

Pablo, apóstol de Jesucristo por real decreto de Dios, nuestro Salvador, y de Jesucristo, nuestra esperanza, escribe esta carta a Timoteo, su auténtico hijo en la fe. Gracia, misericordia y paz te sean concedidas de nuestro Señor Jesucristo.

Nunca ha habido una persona que haya apreciado su misión tanto como Pablo. No la elevaba por orgullo, sino maravillado de que Dios le hubiera escogido para una tarea así. Dos veces en las palabras introductorias de esta carta establece la grandeza de su privilegio.

(i) Primero, se llama *apóstol de Jesucristo*. *Apóstol* es la forma española de la palabra griega *apóstolos*, del verbo *apostellein*, que quiere decir *enviar*; un *apóstolos* era *uno que era enviado*. Ya en los tiempos de Heródoto quería decir *un mensajero, un embajador*, uno que es enviado como representante de su país y de su rey. Pablo siempre se consideraba el mensajero y embajador de Cristo. Y, en verdad, esa es la tarea de todo cristiano. Es la primera obligación de todo embajador el establecer contacto entre el país al que es enviado y el país que le ha enviado. Es un enlace. Y su primera obligación es ser un enlace entre sus semejantes y Jesucristo.

(ii) Segundo, dice que es apóstol *por real decreto de Dios*. La palabra que usa es *epitagué*. Esta es la palabra que usaban los griegos para las obligaciones que le imponía a una persona alguna ley inviolable; para el decreto que le llegaba a una persona del rey; y, sobre todo, para las instrucciones que le llegaban a uno, ya fuera directamente o mediante algún oráculo, de Dios. Por ejemplo: en una inscripción, un hombre dedica un altar a la diosa Cibele *kat'epitaguén*, de acuerdo con la orden de la diosa que, nos dice, se le había aparecido en un sueño. Pablo se consideraba un hombre que había recibido una comisión del Rey.

Si uno pudiera llegar a esa seguridad de ser enviado de Dios, tendría un nuevo esplendor en su vida. Por muy humilde que fuera su papel, estaría al servicio del Rey.

La vida ya no puede parecer aburrida si de par en par hemos abierto las ventanas y visto el ancho mundo que está esperando fuera, y con recogimiento nos hemos susurrado: - ¡Se nos contrata para la empresa del gran Rey!

Es siempre un privilegio hacer aunque sea las cosas más sencillas por alguien a Quien amamos y respetamos y admiramos. El cristiano está toda la vida en el negocio del Rey.

Pablo pasa a dar a Dios y a Jesús dos grandes títulos. Habla de Dios como *nuestro Salvador*. Esta es una nueva forma de hablar. No encontramos este título de Dios en ninguna de las cartas anteriores de Pablo. Hay dos trasfondos de los que procede.

(a) Viene del trasfondo del Antiguo Testamento. Moisés acusa a Israel de que Jesurún «abandonó al Dios Que le había hecho, y menospreció a la Roca de su salvación» (*Deuteronomio 32:15*). El salmista canta del hombre que recibirá la bendición del Señor y la vindicación del *Dios de su salvación* (*Salmo 24:5*). María dice en su cántico: « ¡Engrandece, alma mía, al Señor, y regocíjate, espíritu mío, en *Dios mi Salvador!*» (*Lucas 1:46s*). Cuando Pablo llama a Dios *Salvador*, estaba volviendo a una idea que siempre había sido muy querida a Israel.

(b) Tiene un trasfondo pagano. Resulta que precisamente por este tiempo el título *sótér* estaba bastante de moda. La gente lo había usado siempre. En los días antiguos, los romanos habían llamado a su gran general Escipión «nuestra esperanza y nuestra salvación.» Pero, por este tiempo, era el título que los griegos le daban a Esculapio, el dios de la sanidad. Y era uno de los títulos que el emperador romano Nerón se había asignado. Así es que, en esta frase inicial, Pablo está tomando el título que estaba a menudo en los labios de un mundo buscador e ilusionado, y dándoselo a la única Persona a la Que pertenecía por derecho propio.

No debemos olvidar nunca que Pablo llamó a Dios Salvador. Es posible tener una idea equivocada de la Reconciliación. Algunas veces se habla de ella de una manera que indica que algo que Jesús hizo apaciguó la ira de Dios. La idea que dan es que Dios estaba decidido a destruirnos, y que de alguna manera Jesús consiguió transformar Su ira en amor. En ningún lugar del Nuevo Testamento se encuentra la más mínima insinuación de tal cosa. Fue porque *de tal manera amó Dios al mundo* por lo que envió a Jesús al mundo (*Juan 3:16*). Dios es Salvador. No debemos pensar nunca, ni predicar, ni enseñar, que Dios tuviera que ser apaciguado y persuadido a amarnos, porque todo empieza por Su amor.

LA ESPERANZA DEL MUNDO

1 Timoteo 1:1s (continuación)

Pablo usa un título que ha llegado a ser uno de los grandes títulos de Jesús -«Jesucristo, *nuestra esperanza*.» Mucho tiempo antes, el salmista se había preguntado: «¿Por qué te abates, alma mía?» Y se había respondido: « ¡Espera en Dios!» (*Salmo 43:5*). Pablo mismo habla de «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (*Colosenses 1:27*). Juan habla de la perspectiva deslumbradora que aguarda al cristiano, la de ser como Cristo; y pasa a decir: «Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo así como Él es puro» (1 *Juan 3:2s*).

En la Iglesia Primitiva este había de llegar a ser uno de los títulos más preciosos de Cristo. Ignacio de Antioquía, cuando iba de camino a su propia ejecución en Roma, escribe a la iglesia de Éfeso: «Tened buen ánimo en Dios el Padre y en Jesucristo nuestra común esperanza» (Ignacio de Antioquía: *A los Efesios 21:2*). Y Policarpo escribe: «Perseveremos por tanto en nuestra esperanza y en las arras de nuestra justicia que es Jesucristo» (*Epístola de Policarpo 8*).

(i) Los hombres encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria moral y de la conquista del yo*. El mundo antiguo conocía su pecado. Epicteto había hablado anhelantemente de «nuestra debilidad en las cosas necesarias.» Séneca había dicho que «odiamos nuestros vicios y los amamos al mismo tiempo.» Y dijo también: « No nos hemos mantenido valerosamente firmes en nuestras resoluciones; a pesar de nuestra voluntad y resistencia hemos perdido nuestra inocencia. Y no es sólo que hayamos fallado en el pasado, sino que seguiremos igual hasta el final.» El poeta latino Persio escribía impactantemente: «Que los culpables vean la virtud, y lamenten haberla perdido para siempre.» También habla del «inmundo Natta, embrutecido por el vicio.» El mundo antiguo reconocía su indefensión demasiado bien; y Cristo vino, no solamente para decirle a la humanidad lo que es correcto, sino para darle el poder para vivirlo. Cristo dio a las personas que la habían perdido la esperanza de la victoria en vez de la derrota moral.

(ii) Las personas encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria sobre las circunstancias*. El Cristianismo vino a un mundo en una edad de la más terrible inseguridad personal. Cuando el historiador latino Tácito llegó en su historia a la edad en que la Iglesia Cristiana empezó a existir escribió: «Me adentro en la historia de un período rico en desastres, entenebrecido por guerras, rasgado por sediciones; más aún, salvaje hasta en sus momentos de paz. Cuatro emperadores perecieron por la espada; hubo tres guerras civiles; hubo más guerras con los extranjeros, y algunas eran las dos cosas a un tiempo... Roma, desolada por incendios; sus viejos templos, quemados; el mismo Capitolio, ardiendo en llamas provocadas por manos romanas; profanación de los ritos sagrados; el adulterio, en los lugares más encumbrados; el mar, abarrotado de exiliados; las islas rocosas, inundadas de crímenes; y aun más salvaje era el frenesí en Roma: la nobleza, la riqueza, el rechazo de los cargos, su aceptación... todo era un puro crimen, y la virtud era el camino más seguro a la ruina. Las recompensas de los informadores no eran menos odiosas que sus obras. Uno encontraba su botín en el sacerdocio o en el consulado; otro, en un gobierno de provincia; otro, detrás del trono. Todo era un delirio de odio y terror; se sobornaba a los esclavos para que traicionaran a sus amos; a los libertos para que traicionaran a sus patronos; y el que no tenía enemigo, era traicionado por su amigo» (Tácito: *Historias 1,2*). Como decía Gilbert Murray, toda la edad sufría de «falta de nervio.» La gente anhelaba alguna muralla de defensa contra « el caos mundial que se les echaba encima.» Fue Cristo Quien en tales tiempos dio a las personas la fuerza para vivir, y el coraje, si era necesario, para morir. En la certidumbre de que nada en la tierra podía separarlos del amor que Dios les había mostrado en Jesucristo, los cristianos encontraron la victoria sobre los terrores de la edad.

(iii) Los hombres encontraron en Cristo *la esperanza de la victoria sobre la muerte*. Encontraron en Él al mismo tiempo la fuerza para las cosas mortales y la esperanza inmortal. (Cuando murió la madre de este vuestro traductor, mi padre, don Carlos Araujo García, de bendita memoria, escogió las tres palabras de este texto para la lápida que sería también la suya: «Jesucristo, nuestra esperanza»). Ese fue -y sigue siendo el grito de combate de la Iglesia.

TIMOTEO, HIJO MÍO

1 Timoteo 1:1s (continuación)

Era a Timoteo a quien se dirigía esta carta, y Pablo no podía nunca hablar de él sin poner afecto en su voz.

Timoteo era natural de Listra, en la provincia de Galacia. Era una colonia romana; se daba el nombre de < La muy esplendente Colonia de Listra,> aunque en realidad era una población pequeña al final de la tierra civilizada. Su importancia radicaba en que había allí una guarnición romana acuartelada para mantener el control de las tribus salvajes de las montañas de Isauria que se encontraban más allá. Fue en su primer viaje misionero cuando Pablo y Bernabé llegaron allí (*Hechos 14:821*). Entonces no se menciona a Timoteo en el relato; pero se ha sugerido que, cuando Pablo estuvo en Listra, tal vez se alojó en la casa de Timoteo, en vista del hecho de que conocía bien la fe y la consagración de la madre de Timoteo, Eunice, y de su abuela Loida (*2 Timoteo 1:5*).

En aquella primera visita Timoteo sería muy joven, pero la fe cristiana arraigó en él, y Pablo se convirtió en su héroe. Fue en la visita de Pablo a Listra en su segundo viaje misionero cuando empezó la vida para Timoteo (*Hechos 16:1-3*). Aunque era joven, había llegado a ser una de las promesas de la iglesia cristiana de Listra. Había tal encanto y entusiasmo en el muchacho que todos los miembros de la congregación hablaban bien de él. A Pablo le pareció que era el hombre ideal para ser su ayudante. Puede ser que ya entonces tuviera el sueño de que ese muchacho fuera la persona idónea a la que podía entrenar para que le sucediera cuando su tiempo llegara a su fin.

Timoteo era hijo de un matrimonio mixto. Su madre era judía y su padre griego (*Hechos 16:1*). Pablo le circuncidó, no porque fuera un esclavo de la Ley, ni porque viera en la circuncisión ninguna virtud especial; pero sabía muy bien que si Timoteo había de trabajar entre los judíos, habría un primer juicio inicial contra él si no estaba circuncidado; así que dio este paso como medida práctica para aumentar su utilidad como evangelista.

Desde entonces en adelante Timoteo fue el compañero constante de Pablo. Le dejó en Berea con Silas cuando él, Pablo, escapó a Atenas, y más tarde se reunió con él allí (*Hechos 17:14s. y 18:5*). Fue enviado como mensajero de Pablo a Macedonia (*Hechos 19:22*). Estaba allí cuando se hizo la colecta de las iglesias para la de Jerusalén (*Hechos 20:4*). Estaba

con Pablo en Corinto cuando Pablo escribió su carta a Roma (*Romanos 16:21*). Fue a Corinto cuando hubo problemas en aquella iglesia conflictiva (*1 Corintios 4:17; 16:10*). Estaba con Pablo cuando Pablo escribió *2 Corintios (1:1,19)*. Fue a Timoteo a quien Pablo envió a ver cómo iban las cosas en Tesalónica, y estaba con Pablo cuando escribió su primera carta a esa iglesia (*1 Tesalonicenses 1:1; 3:2,6*). Estaba con Pablo cuando este estaba preso y escribió a Filipos, adonde Pablo tenía intención de enviarle como su representante (*Filipenses 1:1; 2:19*). Estaba con Pablo cuando escribió a la iglesia de Colosas y a Filemón (*Colosenses 1:1; Filemón 1:1*). Timoteo estaba casi constantemente al lado de Pablo, y cuando Pablo tenía una tarea difícil se la encomendaba a él.

Una y otra vez vibra con afecto la voz de Pablo cuando habla de Timoteo. Cuando le envía a aquella tristemente dividida iglesia de Corinto, escribe: «Os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor» (*1 Corintios 4:17*). Cuando tiene intención de mandarle a Filipos, escribe: «Porque no tengo a ningún otro... que como hijo a padre me haya servido en el Evangelio» (*Filipenses 2:20,22*). Aquí le llama «su auténtico hijo.» La palabra que usa para *auténtico* es *gnésios*, que tiene dos sentidos: el normal de *legítimo* como opuesto a ilegítimo, y el de *genuino* como opuesto a falso.

Timoteo era el hombre en quien Pablo podía confiar y al que podía mandar adonde fuera. ¡Feliz el líder que tiene un lugarteniente semejante! Timoteo es nuestro ejemplo de cómo se debe servir. Cristo y Su Iglesia necesitan siervos así.

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ

1 Timoteo 1:1s (conclusión)

Pablo empezaba siempre sus cartas con una bendición (*Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3*). En todas sus otras cartas solo aparecen las palabras Gracia y Paz. Es solo en las cartas a Timoteo y Tito donde se nombra también Misericordia (*2 Timoteo 1:2; Tito 1:4*) Veamos estas tres grandes palabras.

(i) En *Gracia* hay siempre tres ideas dominantes.

(a) En griego clásico, la palabra *jaris* quiere decir gracia exterior o favor, belleza, atractivo, encanto. Corrientemente, aunque no siempre, se aplica a personas. (Los hispanohablantes tenemos la gran suerte de que nuestra palabra gracia tenga todos estos significados, y sea por tanto una traducción fiel de *jaris*). Gracia es característicamente algo atractivo y encantador.

(b) En el Nuevo Testamento siempre conlleva la idea de una generosidad a ultranza. Gracia es algo que no se gana ni se merece. Es lo contrario de una *deuda*. Pablo dice que al que se lo ha ganado no se le da su salario por gracia, sino porque se le debe (*Romanos 4:4*). Se opone también a *obras*. Pablo dice que la elección de Dios a Su pueblo no fue debida a obras que ellos hubieran hecho, sino a la gracia de Dios (*Romanos 11:6*).

(c) En el Nuevo Testamento siempre conlleva la idea de *universalidad*. Una y otra vez Pablo usa la palabra gracia en relación con la recepción de los gentiles en la familia de Dios. Da gracias a Dios por la gracia que se ha concedido a los corintios en Jesucristo (*1 Corintios 1:4*). Habla de la gracia que Dios ha otorgado a las iglesias de Macedonia (*2 Corintios 8:1*). Y de que los gálatas fueron llamados a la gracia de Cristo (*Gálatas 1:6*). La esperanza que recibieron los tesalonicenses vino por gracia (*2 Tesalonicenses 2:16*). Fue la gracia de Dios lo que hizo a Pablo apóstol de los gentiles (*1 Corintios 15:10*). Fue por la gracia de Dios por lo que trabajó él entre los corintios (*2 Corintios 1:12*). Fue por gracia por lo que Dios le llamó y apartó desde el vientre de su madre (*Gálatas 1:15*). Es la gracia que Dios le ha concedido lo que le hace atreverse a escribir a la iglesia de Roma (*Romanos 15:15*). Para Pablo, la gran prueba de la gracia de Dios era la entrada de los gentiles en la Iglesia y su apostolado entre ellos.

La gracia es algo encantador; es algo gratuito; y es algo universal. Como F. J. Hort escribió hermosamente: «Gracia es una palabra inclusiva, que reúne en sí todo lo que se puede suponer que puede expresarse en la sonrisa del Rey celestial mirando a Su pueblo aquí abajo.»

(ii) Paz era la palabra judía normal de saludo; y en el pensamiento hebreo expresa, no simplemente la ausencia de guerra, sino «la forma más inclusiva de bienestar.» Es todo lo que contribuye al máximo bien de la persona. Es el estado del que se encuentra arropado por el amor de Dios. F. J. Hort escribe: «La paz es la antítesis de cualquier clase de conflicto o guerra o malestar, de toda enemistad exterior o inquietud interior.»

(iii) *Misericordia* es la palabra nueva en la bendición apostólica. En griego es *éleos*, y en hebreo *jésed*. «Misericordia -decía don Juan Fliedner- es tener el corazón dispuesto para con el mísero.» Cuando Pablo pedía *misericordia* sobre Timoteo estaba diciendo sencillamente: «Timoteo, que Dios sea bueno contigo.» Pero hay más que eso en esta palabra. *Jésed* se usa en los Salmos no menos de 127 veces. Una y otra vez tiene el significado de *ayuda en tiempo de necesidad*. Denota, como dice Parry, «la intervención activa de Dios para ayudar.» Y Hort la define como «la condescendencia del

Altísimo para ayudar al indigente.» En el *Salmo 40:11* el salmista exclama con gozo: «¡Tu misericordia y Tu verdad me guardan siempre!» Y el *Salmo 57:3* dice: « Él enviará desde los cielos y me salvará... Dios enviará Su misericordia y Su verdad.» En el *Salmo 86:14-16* el salmista piensa en las fuerzas de los malvados desplegadas contra él, y se conforta con el pensamiento de que Dios es «grande en misericordia y fidelidad.» Es por Su generosa misericordia por lo que Dios nos ha hecho renacer a una esperanza viva por la Resurrección de Jesucristo (1 *Pedro 1:3*). Los gentiles deben glorificar a Dios por esa misericordia que los ha rescatado del pecado y de la desesperación (*Romanos 1 S: 9*). La misericordia de Dios es Dios actuando para salvar. Bien puede ser que Pablo añadiera misericordia a sus dos palabras corrientes, gracia y paz, porque Timoteo se encontrara en una situación difícil, y necesitara en una palabra que se le dijera que el Altísimo era la ayuda de los necesitados.

ERROR Y HEREJÍA

1 Timoteo 1:3-7

Te estoy escribiendo ahora para insistir en la petición que ya te hice cuando te exhorté a que te quedaras en Efeso mientras yo iba a Macedonia para que transmitieras la advertencia a algunos de los de allí de que no enseñaran errores novedosos, ni prestaran atención a leyendas improductivas y a genealogías interminables que solo consiguen producir vanas especulaciones más bien que la edificación efectiva del pueblo de Dios que debe basarse en la fe. La instrucción que te di estaba diseñada para producir el amor que brota de un corazón puro, de la buena conciencia y de la fe firme auténtica. Pero algunas de estas personas de las que estoy hablando no han tratado nunca de encontrar el verdadero camino, y se han desviado siguiendo vanas e inútiles discusiones en su pretensión de llegar a ser maestros de la Ley, aunque no saben de lo que están hablando ni se dan cuenta del verdadero significado de las cosas sobre las que dogmatizan.

Está claro que por detrás de las Epístolas Pastorales se encuentra alguna herejía que amenazaba a la Iglesia. Desde el mismo principio será bueno tratar de ver cuál era esa herejía. Por tanto, recojamos los datos acerca de ella.

Este mismo pasaje nos coloca cara a cara con dos de sus grandes características. Trataba de *leyendas improductivas* y *genealogías interminables*. Estas dos cosas no eran peculiares de esta herejía, sino estaban profundamente enraizadas en el pensamiento del mundo antiguo.

Primero, *las leyendas improductivas*. Una de las características del mundo antiguo era que los poetas, y aun los historiadores, se deleitaban en desarrollar historias románticas y ficticias sobre la fundación de ciudades y familias. Hablaban de algún dios que había venido a la tierra y fundado la ciudad, o tomado en matrimonio a alguna joven mortal y creado una familia. El mundo antiguo estaba lleno de historias por el estilo.

Segundo, *las genealogías interminables*. El mundo antiguo tenía verdadera pasión por las genealogías. Podemos ver esto hasta en el Antiguo Testamento, con sus capítulos de nombres, y en el Nuevo Testamento con las genealogías de Jesús que se encuentran en los evangelios de Mateo y Lucas. Un hombre como Alejandro Magno hizo que le construyeran un pedigrí totalmente artificial en el que trazaba su ascendencia por una parte hasta Aquiles y Andrómaca, y por la otra hasta Perseo y Hércules.

Sería la cosa más fácil del mundo para el Cristianismo el perderse en historias interminables y fabulosas acerca de sus orígenes, y en genealogías elaboradas e imaginarias. Ese era un peligro inherente en la situación en la que se iba desarrollando el pensamiento cristiano.

Era especialmente amenazador desde dos direcciones.

Amenazaba desde la tradición *judía*. Para los judíos no había libro en el mundo que se pudiera comparar con el Antiguo Testamento. Sus investigadores se pasaban la vida estudiándolo y exponiéndolo. Muchos capítulos y secciones del Antiguo Testamento son largas genealogías; y una de las ocupaciones favoritas de los estudiosos judíos era construir una biografía imaginaria y edificante de cada uno de los nombres de la lista; uno podía dedicarse a eso interminablemente, y puede ser que eso fuera lo que Pablo tuviera en mente. Puede que estuviera diciendo: «Cuando deberíais estar trabajando en la vida cristiana, estáis elaborando biografías y genealogías imaginarias. Estáis perdiendo el tiempo en curiosidades elegantes, cuando deberíais dedicaros a vivir íntimamente la vida cristiana.» Esta puede ser una advertencia para nosotros para que no dejemos nunca que nuestro pensamiento se pierda en especulaciones que no aprovechan.

LAS ESPECULACIONES DE LOS GRIEGOS

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

Pero este peligro presentaba una amenaza aun más grande desde el lado *griego*. En aquel tiempo de la Historia se estaba desarrollando una línea de pensamiento griego que llegó a conocerse como *el gnosticismo*. Lo encontramos especialmente en el trasfondo de las Epístolas Pastorales, la carta a los Colosenses y el Cuarto Evangelio.

El gnosticismo era totalmente especulativo. Empezaba con el problema del origen del pecado y del sufrimiento. Si Dios es totalmente bueno, no podía haberlos creado. Entonces, ¿cómo se introdujeron en el mundo? La respuesta gnóstica era que la creación no había sido de la nada, sino que desde toda eternidad había existido la *materia*. Creían que esta materia era esencialmente imperfecta, una cosa mala, y de esta materia fue creado el mundo.

Tan pronto como llegaron a este punto, se metieron en otro problema. Si la materia es esencialmente mala y Dios es esencialmente bueno, Dios no podía haber tocado esta materia. Así es que empezaron otra serie de especulaciones. Decían que Dios había producido una emanación, y esta a su vez otra, y la segunda una tercera, y así sucesivamente hasta que hubo una emanación tan distante de Dios que podía manejar la materia; y que no había sido Dios, sino esa emanación la que había creado el mundo.

Y llegaban aún más lejos. Mantenían que cada emanación sucesiva conocía menos a Dios que las anteriores, hasta el punto de que llegó una etapa en la serie cuando las emanaciones Le desconocían totalmente, y más: hubo una etapa final cuando las emanaciones, no solo no conocían a Dios, sino Le eran activamente hostiles. Así es que llegaron a la ideas de que el dios que había creado el mundo desconocía y era hostil al verdadero Dios. Más tarde llegaron aún más lejos identificando al Dios del Antiguo Testamento con ese dios creador, y al Dios del Nuevo Testamento con el verdadero Dios.

Además proveían a cada una de las emanaciones con una biografía completa. Así es como construyeron una mitología elaborada de dioses y emanaciones, cada una con su historia, y biografía, y genealogía. No cabe duda que el mundo antiguo se enredaba en esa clase de pensamientos; y que esto también penetró en la Iglesia. Hacía de Jesús si acaso la más grande de las emanaciones, la más próxima a Dios. Le catalogaba como el primer eslabón de la cadena interminable que iba desde Dios hasta el hombre.

Esta línea gnóstica de pensamiento tenía ciertas características que aparecen por todas partes en las Epístolas Pastorales como las de aquellos cuyas herejías amenazaban a la Iglesia y la pureza de la fe.

(i) El gnosticismo está claro que era altamente especulativo, y era por tanto intelectualmente cursi. Creía que toda esta especulación intelectual estaba muy por encima de la percepción mental de la gente corriente, y no era nada más que para unos pocos escogidos, la elite de la Iglesia. Así es que se advierte a Timoteo contra «la charla impía y las contradicciones de lo que llaman falsamente conocimiento» (1 Timoteo 6:20). Se le advierte contra una religiosidad de cuestiones especulativas en lugar de una fe humilde (1 Timoteo 1:4). Y se le advierte contra el hombre que está orgulloso de su inteligencia, pero que realmente no sabe nada de nada, y no hace más que inventar cuestiones y luchas de palabras (1 Timoteo 6:4). Se le dice que evite la «charla impía,» porque no produce más que impiedad (2 Timoteo 2:16). Se le dice que evite «controversias estúpidas e insensatas» que no acaban más que en peleas (2 Timoteo 2:23). Además, las Epístolas Pastorales dejan bien claro que esta idea de una aristocracia intelectual es totalmente errónea, porque el amor de Dios es universal. Dios quiere que *todos* los hombres sean salvos, y que *todos* vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). Dios es el Salvador de *todos* los hombres, especialmente de los creyentes (1 Timoteo 4:10) La Iglesia Cristiana no debe tener nada que ver con ninguna especie de fe que se base en la especulación intelectual y que presuponga una aristocracia intelectual arrogante.

(ii) El gnosticismo investigaba la larga serie de emanaciones. Le daba a cada una de ellas una biografía y un pedigrí y una importancia relativa en la cadena entre Dios y los hombres. Estos gnósticos se interesaban por «genealogías interminables» (1 Timoteo 1:4). Les encantaban «los mitos impíos y estúpidos» acerca de las emanaciones (1 Timoteo 4:7). Apartaban los oídos de la verdad, y los aguzaban a los mitos (2 Timoteo 4:4). Traficaban en fábulas como los mitos judíos (Tito 1:14). Lo peor de todo era que pensaban en términos de dos dioses, y en Jesús como uno de una serie de mediadores entre Dios y los hombres; mientras que «no hay más que un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Jesucristo» (1 Timoteo 2:5). No hay más «que un solo Rey de los siglos, inmortal, invisible; no hay más que un solo Dios (1 Timoteo 1:17). El Cristianismo tuvo que repudiar una religión que despojaba a Dios y a Jesucristo de Su unicidad.

LA ÉTICA DE LA HEREJÍA

1 Timoteo 1:3-7 (continuación)

El peligro del gnosticismo no era solamente intelectual. Tenía serias consecuencias morales y éticas. Debemos recordar que su creencia básica era que la materia era esencialmente mala, y solo el espíritu era bueno. Aquello producía dos resultados opuestos.

(i) Si la materia es esencialmente mala, el cuerpo también lo es; y hay que despreciar y humillar el cuerpo. Por tanto, el gnosticismo podía conducir a un ascetismo riguroso. Prohibía casarse, porque había que suprimir los instintos del cuerpo.

Establecía severas leyes alimentarias, porque había que suprimir las necesidades del cuerpo en la medida de lo posible. Así es que las Epístolas Pastorales hablan de los que prohíben casarse y mandan abstenerse de viandas (1 Timoteo 4:3). La respuesta a esas personas es que todo lo que Dios ha creado es bueno y se ha de recibir con acción de gracias (1 Timoteo 4:4). Los gnósticos consideraban la creación una cosa mala, la obra de un dios malo; el Cristianismo considera la creación una cosa noble, el don de un Dios bueno. El cristiano vive en un mundo en el que todas las cosas son puras; el gnóstico vivía en un mundo en el que todo era inmundo (Tito 1:15).

(ii) Pero el gnosticismo podía conducir a la actitud ética totalmente opuesta. Si el cuerpo es malo, no importa lo que se haga con él. Por tanto, se le puede permitir que sacie sus apetitos. Tales cosas no tienen ninguna importancia. Por tanto, uno puede usar su cuerpo de la manera más licenciosa, porque todo es exactamente lo mismo. Así es que las Epístolas Pastorales hablan de los que descarrían a mujeres débiles hasta que están cargadas de pecado y son víctimas de toda clase de concupiscencias (2 Timoteo 3:6). Tales hombres profesan conocer a Dios, pero Le niegan con sus obras (Tito 1:16). Usaban sus creencias religiosas como licencia para la peor inmoralidad.

(iii) El gnosticismo tenía todavía otra consecuencia. El cristiano cree en la resurrección del cuerpo. Eso no es decir que se haya creído nunca que resucitamos con este cuerpo humano mortal; pero siempre se ha creído que, después de la resurrección, una persona tendría un cuerpo espiritual provisto por Dios. Pablo trata de toda esta cuestión en 1 *Corintios* 15. Los gnósticos mantenían que no hay tal cosa como la resurrección del cuerpo (2 *Timoteo* 2:18). Después de la muerte una persona sería una especie de fantasma desencarnado. La diferencia básica está en que los gnósticos esperaban la destrucción del cuerpo; los cristianos creen en su redención. Los gnósticos creían en lo que llamarían *la salvación del alma*; los cristianos creemos en la salvación de toda la persona.

Así es que por detrás de las Epístolas Pastorales se encuentran estos herejes peligrosos que dedicaban sus vidas a especulaciones intelectuales; que veían este mundo como malo, lo mismo que al dios creador; que ponían entre el mundo y Dios una serie interminable de emanaciones y dioses inferiores, y se pasaban la vida equipando a cada una de ellas con fábulas y genealogías interminables; que reducían a Jesús a la posición de un eslabón de la cadena, y Le despojaban de Su unicidad; que vivían, o en un ascetismo riguroso o en una licencia desmadrada; que negaban la resurrección del cuerpo. Las Epístolas Pastorales se escribieron para combatir esas creencias heréticas.

LA MENTALIDAD DEL HEREJE

1 *Timoteo* 1:3-7 (continuación)

En este pasaje tenemos una clara descripción de la mentalidad del hereje. Hay una clase de herejía en la que una persona difiere de la fe ortodoxa porque ha pensado las cosas honradamente y no puede estar de acuerdo con ella. No es que se enorgullezca de ser diferente; es diferente sencillamente porque no lo puede evitar. Tal herejía no echa a perder el carácter de la persona; puede hasta llegar a elevarlo, porque ha pensado a fondo su fe, y no vive de una ortodoxia de segunda mano. Pero ese no es el hereje cuyo retrato se nos traza aquí. Aquí se distinguen cinco características del hereje peligroso.

(i) Lo que le mueve es el deseo de lo novedoso. Es como el que tiene que ir a la última moda, y experimentar la última novedad. Desprecia las cosas antiguas por la sencilla razón de que lo son, y desea cosas nuevas nada más que por serlo. El Cristianismo ha tenido siempre el problema de presentar la verdad antigua de una manera nueva. La verdad no cambia; pero cada edad tiene que encontrar su propia manera de presentarla. Un maestro y predicador debe hablar a su audiencia en el lenguaje que puede entender. La antigua verdad y la nueva presentación deben ir de la mano.

(ii) Exalta la mente a expensas del corazón. Su concepción de la religión es que es especulación y no experiencia. El Cristianismo no ha exigido nunca que una persona dejara de pensar por sí misma; pero sí exige que su pensamiento esté dominado por una experiencia personal de Jesucristo.

(iii) Se dedica a la discusión en lugar de a la acción. Está más interesado en la discusión rebuscada que en la edificación efectiva de la casa de la fe. Olvida que la verdad no es solamente lo que una persona acepta con la mente, sino también algo que se traduce en acción. Hace mucho se trazó una comparación entre los griegos y los judíos. A los griegos les encantaba la discusión como tal; no había nada que les gustara más que sentarse en un grupo de amigos, y entregarse a una serie de acrobacias mentales y gozar del «estímulo del paseo mental.» Pero no estaban especialmente interesados en llegar a conclusiones, ni en desarrollar un principio de *acción*. Al judío también le gustaba la discusión; pero quería llegar siempre a una decisión que exigiera *acción*. Siempre hay peligro de herejía cuando caemos en la fascinación de las palabras, y olvidamos las obras; porque las obras son la piedra de toque por la que se comprueba todo argumento.

(iv) La mueve la arrogancia y no la humildad. Mira por encima del hombro despectivamente a la gente sencilla que no puede seguir sus vuelos de especulación intelectual. Considera a los que no pueden llegar a comprender sus conclusiones como necios ignorantes. El cristiano tiene que combinar de alguna manera una certeza inamovible con una humildad amable.

(v) Es culpable de dogmatismo sin conocimiento. No sabe realmente de lo que está hablando, ni entiende realmente el significado de las cosas sobre las que dogmatiza. Lo extraño de la discusión religiosa es que todo el mundo se cree con derecho a

expresar su opinión dogmáticamente. En todos los otros terrenos se exige que la persona tenga un cierto conocimiento antes de establecer una ley. Pero hay algunos que dogmatizan acerca de la Biblia y su enseñanza aunque no han tratado nunca de descubrir lo que han dicho los expertos en el lenguaje y en la historia. Bien puede ser que la causa cristiana haya sufrido más por el dogmatismo ignorante que por ninguna otra causa.

Cuando pensamos en las características de los que estaban turbando a la iglesia de Efeso podemos ver que sus descendientes siguen entre nosotros.

LA MENTALIDAD DEL PENSADOR CRISTIANO

1 Timoteo 1:3-7 (conclusión)

De la misma manera que este pasaje traza el retrato del pensador que causa problemas en la Iglesia, también lo traza del verdadero pensador cristiano. También él tiene cinco características.

(i) Su pensamiento se basa en *la fe*. La fe quiere decir tomarle a Dios la palabra. Quiere decir creer que Dios es como Jesús nos Le ha presentado. Es decir: parte de la base de que Jesucristo nos ha dado la plena revelación de Dios.

(ii) Su pensamiento está motivado por *el amor*. Lo que Pablo se propone por encima de todo es producir amor. El pensar con amor siempre nos libraré de ciertas cosas. Nos libraré de pensar *arrogantemente*. Nos libraré de pensar *despectivamente*. Nos libraré de *condenar*, ya sea aquello con lo que no estamos de acuerdo, o lo que no entendemos. Nos libraré de expresar nuestros puntos de vista de tal manera que hiram a tras personas. El amor nos libra del *pensamiento destructivo* y de *hablar destructivamente*. Pensar con amor es siempre pensar con simpatía. El que conversa con amor no trata de derrotar a sus oponentes, sino de ganárselos.

(iii) Su pensamiento procede de *un corazón puro*. La palabra que se usa aquí es significativa, *katharós*, que quería decir en un principio simplemente limpio como opuesto de sucio o *inmundo*. Más tarde llegó a tener ciertos usos de lo más sugestivos. Se usaba del grano que se había trillado y aventado y estaba limpio de polvo y paja. Se usaba de un ejército que hubiera sido purgado de todos los soldados cobardes o indisciplinados hasta tal punto que no quedaban en él más que luchadores de primera clase. Se usaba de algo que no tenía ninguna mezcla que lo empobreciera. Así pues, un corazón puro es un corazón cuyos motivos son absolutamente limpios y sin mezcla. En el corazón del pensador cristiano no existe el deseo de demostrar lo inteligente que es, ni de ganar una victoria puramente polémica, ni de demostrar la ignorancia del oponente. Su único deseo es ayudar e iluminar y guiar hacia Dios. El pensador cristiano no tiene más móvil que el amor a la verdad y a las personas.

(iv) Su pensamiento viene de *una buena conciencia*. La palabra griega para *conciencia* es *syneidésis*, que quiere decir literalmente *conocer con*. El verdadero sentido de la palabra es *conocer con uno mismo*. Tener una buena conciencia es poder mirar a la cara el conocimiento que uno no comparte con nadie más que consigo mismo, y no avergonzarse. Emerson comentaba de Séneca que decía las cosas más encantadoras, pero sin tener derecho a decirlas. El pensador cristiano es aquel cuyos pensamientos y cuyas acciones le dan derecho a hablar -y esa es la prueba más definitiva de todas.

(v) El pensador cristiano es la persona de *fe auténtica*. La frase quiere decir literalmente *una fe en la que no hay hipocresía*. Eso quiere decir sencillamente que la gran característica del pensador cristiano es *la sinceridad*. Es sincero tanto en su deseo de encontrar la verdad como en el de comunicarla.

LOS QUE NO NECESITAN NINGUNA LEY

1 Timoteo 1:8-11

Todos sabemos que la ley es buena, siempre que se use legítimamente, sabiendo que no se ha establecido para tener a raya a las buenas personas, sino a los sin ley y a los rebeldes, a los irreverentes y pecadores, a los desvergonzados y contaminados, a los que han caído tan bajo que llegan hasta a golpear a su padre y a su madre, son asesinos, inmorales, homosexuales, traficantes de esclavos y secuestradores, mentirosos, perjuros, y todos los que son culpables de todo lo que es el reverso de la sana enseñanza, de la que está de acuerdo con el glorioso Evangelio del Dios bendito. Ese es el Evangelio que se me ha confiado.

Este pasaje empieza con un pensamiento favorito del mundo antiguo. La ley está para tener a raya a los malhechores. Una buena persona no necesita ninguna ley para controlar sus acciones que la amenace con castigos; y en un mundo de buenas personas no harían falta leyes.

El griego Antífanos decía; « El que no hace nada malo no necesita ley.» Aristóteles proclamaba que « la filosofía le permite a una persona hacer sin control externo lo que otros hacen por miedo a las leyes.» El gran obispo cristiano Ambrosio escribió: «El justo tiene la ley de su propia mente, de su propia equidad y de su propia justicia como su principio; y por tanto no se retiene de cometer una falta por miedo al castigo, sino por regla de honor.» Los paganos y los cristianos estaban de acuerdo en

considerar la verdadera bondad como algo que tiene su fuente en el corazón de la persona; como algo que no depende de las recompensas y los castigos de la ley.

Pero en una cosa diferían los paganos y los cristianos. Los paganos recordaban con añoranza una edad de oro pasada en la que todos eran buenos y no se necesitaban leyes. El poeta latino Ovidio trazó una de las descripciones más famosas de aquella edad de oro imaginaria: < Dorada fue la primera edad, en la que, sin nadie que lo impusiera, sin ninguna ley, por propia voluntad, se guardaba la fe y hacía lo recto. No existía el miedo al castigo, ni había que leer palabras amenazadoras en tablas de bronce; ninguna multitud suplicante miraba con temor el rostro del juez; sino, sin jueces, la gente vivía segura. Todavía no se había talado el pino de sus montañas nativas, y ya descendía de ellas a la llanura regada para visitar otras tierras; la gente no conocía más orillas que las propias. Ni tampoco había ciudades ceñidas con fosos profundos; no había trompetas de alarma, ni cornetines de bronce, ni espadas, ni cascos. No había necesidad en absoluto de gente armada, porque las naciones, libres de las alarmas de la guerra, pasaban los años en benigna paz.» (*Metamorfosis 1:90-112*). El historiador romano Tácito nos deja la misma descripción: «En los primeros tiempos, cuando las personas todavía no tenían malas pasiones, vivían vidas inocentes, intachables, sin castigos ni limitaciones. Guiados por su propia naturaleza para proponerse solamente fines virtuosos, no requerían recompensas; y, como no deseaban nada contrario al derecho, no había necesidad de penas ni castigos.» El mundo antiguo añoraba los remotos días ideales. Pero la fe cristiana no mira hacia atrás a una supuesta edad de oro pasada; mira hacia adelante, al día en que la única ley será el amor de Cristo en cada corazón; porque el día de la ley no podrá terminar hasta que amanezca el día del amor.

No tiene por qué haber más que un factor controlador en la vida de cada uno de nosotros. Nuestra bondad debe venir, no del miedo a la ley, ni siquiera del miedo del juicio, sino del temor de defraudar el amor de Cristo, y de entristecer el corazón paternal de Dios. La dinámica del cristiano viene del hecho de que sabe que el pecado es, no solamente quebrantar la Ley de Dios, sino también quebrantar Su corazón. No es la Ley de Dios, sino el amor de Dios lo que nos constriñe.

A LOS QUE CONDENA LA LEY

1 Timoteo 1:8-11 (continuación)

En un Estado ideal, cuando viniera el Reino, no habría necesidad de ninguna ley que no fuera el amor de Dios dentro del corazón humano; pero, según están las cosas, el caso es muy diferente. Y aquí Pablo traça un catálogo de pecados que la ley debe controlar y condenar. El interés del pasaje está en que nos presenta el trasfondo que había cuando la Iglesia Cristiana empezó a crecer. Esta lista de pecados es de hecho una descripción del mundo en que vivían y se movían los primeros cristianos. Esto nos muestra claramente que la Iglesia Cristiana era una isleta de pureza en un mundo vicioso. Hablamos a veces de lo difícil que es ser cristiano en la civilización moderna; no tenemos más que leer un pasaje como este para ver lo infinitamente más difícil que tiene que haber sido en las circunstancias en que la Iglesia empezó su andadura. Tomemos esta terrible lista, y veamos cada una de sus entradas.

Están *los sin ley (anomoí)*. Son los que conocen perfectamente las leyes del bien y el mal, y las quebrantan con los ojos abiertos. No se puede culpar a una persona por quebrantar una ley que no sabe que existe; pero los *sin ley* son los que violan deliberadamente las leyes con el fin de satisfacer sus propios deseos y ambiciones.

Están *los rebeldes (anypotaktói)*. Son los insubordinados que viven fuera del orden, que se niegan a obedecer cualquier autoridad. Son como soldados que se amotinan para desobedecer la voz de mando. Son, o demasiado orgullosos o demasiado indisciplinados para aceptar ningún control.

Están *los irreverentes (asebeis)*. *Asebés* es una palabra terrible. No describe ni la indiferencia ni la caída en pecado, sino < la irreligiosidad positiva y activa,» el espíritu que niega desahentadamente a Dios lo que Le pertenece. Describe a la naturaleza humana «en guerra con Dios.»

Están *los pecadores (hamartóloi)*. En su uso más corriente esta palabra describe un carácter. Se puede usar, por ejemplo, de un esclavo que tiene un carácter negligente e inútil. Describe a la persona que ha dejado de tener principios éticos.

Están *los impíos (anosíoi)*. *Hosios* (singular) es una palabra noble. Describe, como dice Trench, «las ordenanzas duraderas del derecho, que no ha constituido ninguna ley o costumbre humana, porque son previas a toda ley y costumbre.» Las cosas que son *hosios* son parte de la constitución misma del universo, las santidades perdurables. Los griegos, por ejemplo, declaraban sobrecogidos que la costumbre egipcia según la cual un hermano podía casarse con su hermana, y la costumbre de los persas según la cual un hijo podía casarse con su madre, eran *anosia*, totalmente *impías*. La persona que es *anosios* es peor que la que quebranta la ley. Es la persona que viola las últimas decencias de la vida.

Están *los corrompidos (bebéloi)*. *Bébélos* (singular) es una palabra fea con una historia curiosa. Originalmente quería decir simplemente *lo que se puede pisotear*, en contraposición a lo que está consagrado a un dios, y es por tanto inviolable.

De ahí pasó a significar *profano* en oposición a *sagrado*, y de ahí la persona que profana las cosas sagradas, que profana el día de Dios, desobedece Sus leyes y menosprecia Su culto. La persona que es *bebélos* contamina todo lo que toca.

Están *los que golpean y hasta matan a sus padres (patralóai y métralóai)*. Bajo la ley romana, a un hijo que golpeará a sus padres se le condenaba a la pena de muerte. Las palabras describen a hijos o hijas que han perdido la gratitud, el respeto y la vergüenza. Y se debe recordar que el más cruel de los golpes no es el que se da en el cuerpo, sino el que se dirige al corazón.

Están los *asesinos (androfonoí)*, literalmente *los que matan a hombres*. Pablo está pensando en los Diez Mandamientos, y ve la manera de quebrantarlos que caracteriza al mundo pagano. No debemos pensar que por lo menos esto no tiene nada que ver con nosotros, porque Jesús amplió el mandamiento hasta incluir, no solamente el acto del asesinato, sino también el sentimiento de ira contra un semejante.

Están los *fornicarios y los homosexuales (pornoí y arsenokoítai)*. Nos es difícil darnos cuenta del estado del mundo antiguo en cuestiones de moralidad sexual. Estaba resquebrajado por el vicio contra naturaleza. Una de las cosas más sorprendentes era la relación entre la inmoralidad y la religión. El templo de Afrodita, la diosa del amor, en Corinto tenía adscritas a mil sacerdotisas que eran en realidad prostitutas sagradas, y que por las tardes bajaban a las calles de la ciudad para realizar su comercio. Se dice que Solón fue el primer legislador de Atenas que legalizó la prostitución, y que con las ganancias de los burdeles públicos edificó un templo nuevo a Afrodita, la diosa del amor.

E. F. Brown fue misionero en la India, y en su comentario a las Epístolas Pastorales cita una sección extraordinaria del código penal de la India. Una sección de ese código prohibía representaciones obscenas, y a continuación decía: «Esta sección no incluye cualquier representación o escultura, grabado, pintura o representación de cualquier tipo que se encuentre en cualquier templo, o cualquier coche usado para transportar las imágenes, o que se guarde y se use para cualquier propósito religioso.» Es algo extraordinario que en las religiones no cristianas una y otra vez la inmoralidad y la obscenidad florecen bajo la protección de la misma religión. Se ha dicho a menudo, y con verdad, que la castidad fue la única virtud

completamente nueva que aportó el Cristianismo. No era nada fácil en los primeros días de la Iglesia esforzarse para vivir de acuerdo con la ética cristiana en un mundo así.

Están los *andrapodístai*. Esta palabra puede querer decir, *o traficantes de esclavos o secuestradores de esclavos*. Posiblemente aquí se incluyen los dos sentidos. Es verdad que la esclavitud era una parte integrante de la vida del mundo antiguo. Es verdad que Aristóteles declaraba que la civilización estaba fundada sobre la esclavitud, que ciertos hombres y mujeres no existían nada más que para llevar a cabo las tareas serviles de la vida para la conveniencia de las clases cultas. Pero hasta en el mundo antiguo se levantaron voces contra la esclavitud. Filón habló de los traficantes de esclavos como los que «despojan a las personas de su más preciosa posesión: su libertad.»

Pero esto se refiere más probablemente a los secuestradores de esclavos. Los esclavos eran una propiedad valiosa. Un esclavo ordinario que no tuviera dones especiales contaba de 30 a 40 dólares -para usar un equivalente actual, aunque debe recordarse que el poder adquisitivo del dinero era muy superior al actual. Un esclavo especialmente dotado podría costar tres o cuatro veces más. Los jóvenes hermosos estaban en especial demanda como pajes y camareros, y costaban hasta 1,500 ó 2,000 dólares. Marco Aurelio se dice que pagó 4,000 dólares por dos jóvenes que parecían gemelos. En los días en que Roma estaba especialmente ansiosa por aprender de Grecia y los esclavos instruidos en literatura y música y artes griegas eran especialmente valiosos, un cierto Lutatius Dafnis se vendió por 7,000 dólares. El resultado era que frecuentemente a los esclavos valiosos, o bien se los engatusaba para que dejaran a sus dueños, o los secuestraban. El secuestro de esclavos especialmente hermosos o dotados era una característica corriente de la vida antigua.

Por último estaban *los mentirosos (pseustai)* y *los perjuros (epiorkoi)*, hombres que no dudaban en tergiversar la verdad para obtener fines deshonestos.

Aquí tenemos una descripción gráfica del ambiente en que creció la Iglesia antigua. De una infección así buscaba proteger a los cristianos a su cargo el autor de las Epístolas Pastorales.

LA PALABRA PURIFICADORA

1 Timoteo 1:8-11 (conclusión)

A este mundo vino el mensaje cristiano, y este pasaje nos dice cuatro cosas acerca de él.

(i) Es doctrina *sana*. La palabra que se usa para *sana (hyguainein)* quiere decir literalmente *portadora de salud*; El Cristianismo es una religión ética. Exige de la persona, no solamente la observancia de ciertas leyes rituales, sino vivir de acuerdo con la fe. E. F. Brown traza una comparación entre el Cristianismo y el Islam. Puede que se considere a un musulmán un hombre muy santo si observa ciertas ceremonias rituales, aunque su vida moral esté muy por debajo. Cita a un escritor marroquí: < La gran mancha en el credo del Islam es que el precepto y la práctica no se espera que vayan juntos, excepto en lo que se refiere al ritual, así que uno puede ser notoriamente malvado, y sin embargo estimado como religio-

so, buscándose su bendición como la de alguien que tiene influencia con Dios, sin el más ligero sentimiento de incongruencia. La situación real me la presentó claramente un moro de Fez que me advirtió: «¿Quieres saber en qué consiste nuestra religión? Nosotros nos purificamos con agua mientras programamos adulterio; vamos a rezar a la mezquita mientras pensamos en la mejor manera de engañar a nuestro vecino; damos limosnas a la puerta y volvemos a nuestra tienda a robar; leemos nuestro Corán, y salimos a cometer pecados innombrables; ayunamos, y vamoj de peregrinación, y sin embargo engañamos y matamos.»» Se ha de recordar siempre que el Cristianismo no significa la observancia de un ritual, ni siquiera si ese ritual consiste en la lectura de la Biblia y la

asistencia a la iglesia; quiere decir vivir una vida buena. El Cristianismo, si es real, es portador de salud; es el único antiséptico moral que puede limpiar la vida.

(ii) *Es un Evangelio glorioso; es decir, es una buena noticia gloriosa.* Es la buena noticia del perdón de los pecados pasados y del poder para conquistar el pecado en los días por venir; la buena noticia de la misericordia de Dios, de la purificación de la gracia de Dios.

(iii) Es la buena noticia *que viene de Dios.* El Evangelio cristiano no es un descubrimiento hecho por el hombre, sino algo revelado por Dios. No ofrece solo una ayuda humana; ofrece el poder de Dios.

(iv) Esa buena noticia *viene por medio de personas.* Le fue confiado a Pablo el llevársela a otros. Dios hace Su ofrecimiento, y necesita mensajeros. El verdadero cristiano es la persona que ha aceptado el ofrecimiento de Dios, y se ha dado cuenta de que no puede guardarse tan buena noticia para él solo, sino que debe compartirla con otros que todavía no la han recibido.

SALVADOS PARA SERVIR

1 Timoteo 1:12-17

Doy gracias a Jesucristo, nuestro Señor, que me ha llenado de Su poder. Que ha demostrado que cree que puede confiar en mí al nombrarme para Su servicio, aunque yo fui antes blasfemo, perseguidor y hombre de violencia insolente y brutal. Pero El tuvo misericordia de mí, porque fue por ignorancia por lo que actué de esa manera en los días de mi incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor se elevó por encima de mi pecado, y yo la encontré en la fe y el amor de aquellos que viven sus vidas en Jesucristo. Este es un dicho del que nos podemos fiar y que estamos totalmente obligados a

aceptar: Que Jesucristo vino al mundo para salvar pecadores, de los cuales yo soy el primero. Por eso fui yo recibido con misericordia, para que Jesucristo pudiera desplegar en mi toda su paciencia, para que yo pudiera ser el primer boceto de los que algún día llegarían a creer en Él, para que ellos puedan encontrar la vida eterna. Al Rey, eterno, inmortal, invisible, al Dios único, sea honor y gloria por siempre jamás. Amén.

Este pasaje empieza con un himno de acción de gracias. Había cuatro cosas tremendas por las que Pablo quería dar gracias a Jesucristo.

(i) Le daba gracias porque *le había escogido*. Pablo no había tenido nunca la impresión de que había sido él el que había escogido a Cristo, sino siempre que había sido Cristo Quien le había escogido a él. Fue como si, cuando iba lanzado hacia su propia destrucción, Jesucristo le hubiera puesto la mano en el hombro y le hubiera arrestado. Fue como si, cuando él estaba empeñado en tirar su vida por la borda, Jesucristo le hubiera devuelto a la sensatez de pronto. En los días de la guerra conocía un piloto polaco. Había coleccionado más escapadas de la muerte y de cosas peores por los pelos en unos pocos años de los que la mayoría de los hombres experimentan en toda una vida. Algunas veces contaba la historia de su escapada de la Europa ocupada, de tirarse en paracaídas, de ser rescatado del mar y al final de su odisea alucinante siempre acababa diciendo con un gesto de admiración en sus ojos: « ¡Y ahora soy un hombre de Dios!» Ese era el sentimiento de Pablo, era un hombre de Cristo, porque Cristo le había escogido.

(ii) Daba gracias a Jesucristo porque *había confiado en él*. Era para Pablo una cosa alucinante el que se le hubiera escogido a él, siendo el superperseguidor, para ser misionero de Cristo. No era solamente que Jesucristo le hubiera perdonado; era que Jesucristo había puesto Su confianza en él. Algunas veces perdonamos a una persona que ha cometido alguna

equivocación o que ha sido culpable de algún pecado pero dejamos bien claro que por su pasado es imposible confiar en ella otra vez para asignarle ninguna responsabilidad. Pero Cristo, no solo había perdonado a Pablo, sino le había confiado un trabajo en el que El tenía mucho interés. El que había sido perseguidor de Cristo fue hecho embajador de Cristo.

(iii) Le daba gracias porque *le había nombrado*. Debemos tener cuidado de fijarnos en para qué sentía Pablo que se le había nombrado. Se le había nombrado para *servir*. Pablo no creyó nunca que se le había elegido para un honor, o para un puesto de autoridad en la Iglesia. Había sido salvado para servir. Plutarco cuenta que, cuando un espartano obtenía una victoria en los juegos, su recompensa era el poder estar al lado del rey en la guerra. A un luchador espartano en los juegos olímpicos le ofrecieron un soborno muy considerable para que se retirara de la contienda, pero él se negó. Finalmente, después de un esfuerzo imponente, obtuvo la victoria. Alguien le dijo: «Bien, espartano, ¿qué has ganado con la costosa victoria que has obtenido?» Él contestó: « He ganado el privilegio de estar delante de mi rey en el campo de batalla.» Su recompensa era servir a su rey y, si llegaba la ocasión, morir por él. Fue para el servicio, no para el honor, para lo que Pablo sabía que había sido elegido.

(iv) Le daba las gracias porque *le había dotado de poder*. Pablo había descubierto y experimentado que Jesucristo nunca le da a una persona una tarea sin darle también el poder para realizarla. Pablo no habría dicho nunca: « ¡Fijaos en lo que he hecho!,» sino siempre: «¡Mirad lo que Jesucristo me ha capacitado para hacer!» No hay nadie que sea suficientemente bueno, o fuerte, o puro, o sabio, para ser siervo de Cristo; pero, si se entrega a Cristo, irá, no en su propia fuerza, sino en la fuerza de su Señor.

MEDIOS PARA LA CONVERSIÓN

1 Timoteo 1:12-17 (continuación)

Hay otras dos cosas interesantes en este pasaje.

Resalta el trasfondo judío de Pablo. Dice Pablo que Jesucristo había tenido misericordia de él porque él había cometido sus pecados contra Cristo y Su Iglesia en los días de su ignorancia. A menudo se piensa que los judíos creían que el sacrificio expiaba el pecado: uno pecaba, su pecado quebrantaba su relación con Dios, y entonces el sacrificio se ofrecía y Dios se apaciguaba y se restauraba la relación.

Puede que fuera esa la opinión popular y vulgar del sacrificio; pero el pensamiento judío más elevado insistía en dos cosas. Primera, insistía en que el sacrificio no podía nunca expiar por el pecado deliberado, sino solamente por los pecados que uno cometiera por ignorancia o arrastrado por la pasión. La segunda, el pensamiento judío más elevado insistía en que ningún sacrificio podía expiar por ningún pecado a menos que hubiera contrición en la persona que lo ofrecía. Aquí Pablo está hablando desde su trasfondo judío. La misericordia de Cristo le había quebrantado el corazón; sus pecados los había cometido en los días antes de conocer a Cristo y Su amor; y por estas razones tenía la convicción de que había alcanzado misericordia.

Hay un asunto todavía más interesante, que señala E. F. Brown. El versículo 14 es difícil. En la versión Reina-Valera dice: «La gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.» La primera parte no es difícil: quiere decir sencillamente que la gracia de Dios se elevó por encima del pecado de Pablo, cubriéndolo. Pero, ¿qué es lo que quiere

decir exactamente «con la fe y el amor que es en Cristo Jesús»? E. F. Brown sugiere que es que la obra de la gracia de Cristo en el corazón de Pablo fue ayudada por la fe y el amor que él encontró en los miembros de la Iglesia Cristiana, cosas como la simpatía y la comprensión y la ama-

bilidad que le mostraron hombres como Ananías, que le devolvió la vista y le llamó «hermano» (*Hechos 9:10-19*), y Bernabé, que se puso a su lado cuando el resto de la Iglesia le miraba con fría, y razonable, sospecha (*Hechos 9:26-28*). Esta es una idea muy preciosa; y, si es correcta, podemos ver que hay tres factores que cooperan en la conversión de cualquier persona.

(i) Primero, está Dios. Fue la oración de Jeremías: «Haz que nos convirtamos a Ti, Señor, y nos convertiremos» (*Lamentaciones 5:21*). Como decía Agustín, no habríamos nunca empezado a buscar a Dios si no fuera porque Él ya nos había encontrado. El Primer Motor es siempre Dios; por detrás del primer deseo de bondad que podamos sentir nosotros, está Su amor buscándonos.

(ii) Está la propia persona. La Versión Autorizada inglesa traduce *Mateo 18:3* totalmente en pasiva: «Except ye be converted and become as little children, ye will never enter the kingdom of heaven» que podríamos traducir: «A menos que se os convierta y se os vuelva como niñitos, nunca entraréis en el reino del cielo.» En las versiones españolas se usa la forma reflexiva, más idiomática en nuestra lengua: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino del Cielo.» Debe haber una respuesta humana a la invitación divina. Dios le da a cada uno libre albedrío, que puede usar para aceptar o para rechazar Su ofrecimiento.

(iii) Está la intervención de alguna persona cristiana. Pablo estaba convencido de que había sido enviado para abrirles los ojos a los gentiles, para que se volvieran de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios, para que recibieran el perdón de sus pecados (*Hechos 26:18*). Y Santiago creía que cualquier persona que convierta al pecador del error de su camino «salvará un alma de la muerte y cubrirá una multitud de pecados» (*Santiago 5:19s*). Así que se nos impone una doble obligación. Se ha dicho que un santo es alguien que hace a otros más fácil creer en Dios, y alguien en quien Cristo vive otra vez. Debemos dar gracias por los que nos mostraron a Cristo, cuyas palabras y ejemplo nos trajeron a Él; y debemos esforzarnos para ser la influencia que traiga a otros a Él.

En esta cuestión de la conversión, se combinan la iniciativa de Dios, la respuesta de la persona, y la influencia de los cristianos.

LA VERGÜENZA INOLVIDABLE Y LA INSPIRACIÓN CONSTANTE

1 Timoteo 1:12-17 (conclusión)

Lo que resalta en este pasaje es la insistencia con que Pablo recuerda su propio pecado. Se remonta con un verdadero clímax de palabras para demostrar lo que él le hizo a Cristo y a la Iglesia. El *insultó* a la Iglesia; les había dirigido palabras ardientes y airadas a los cristianos, acusándolos de crímenes contra Dios; había sido *perseguidor*; había echado mano de todos los medios a su alcance bajo la ley judía para aniquilar la Iglesia Cristiana; y entonces viene una terrible palabra: había sido un *hombre de violencia insolente y brutal*. En griego usa la palabra *hybristés*, que indica una clase de sadismo arrogante, y describe a un hombre que se dedica a infligir dolor por el simple placer de infligirlo. El nombre abstracto correspondiente es *hybris*, que Aristóteles definía: «*Xybris* quiere decir hacer daño y afligir a las personas de tal manera que se apila vergüenza sobre el que es herido y afrentado, sin que la persona que inflige el daño y la injuria gane nada más de lo que ya posea, sino que lo haga por el placer que encuentra en su propia crueldad y en el sufrimiento ajeno.»

Así había sido Pablo en relación con la Iglesia Cristiana. No contento con palabras de insulto, llegó al límite de la persecución legal; y no contento con la persecución legal, llegó al límite de la brutalidad sádica en su intención de erradicar la fe cristiana. Recordaba aquello; y hasta el fin de su vida se consideraba el primero de los pecadores. No es que *había sido*

el primero de los pecadores; lo seguía siendo. Es verdad que no podía olvidar nunca que era un pecador perdonado; pero tampoco podía olvidar nunca que era un pecador. ¿Por qué había de recordar su pecado tan vivamente?

(i) El recuerdo de su pecado era la manera más segura de guardarse del orgullo. No podía haber tal cosa como orgullo espiritual para un hombre que había hecho las cosas que había hecho Pablo. John Newton fue uno de los grandes predicadores y autores de himnos de la Iglesia; había caído en lo más bajo a que puede llegar un hombre en los días que navegaba los mares en un barco de tráfico de esclavos. Así es que, cuando se convirtió y llegó a ser predicador del Evangelio escribió un texto en letras grandes, y lo colocó en la parte de su despacho donde no podía por menos de verlo: «Te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te rescató» (*Deuteronomio 15:15*). Y él también escribió su propio epitafio: «John Newton, empleado, antaño infiel y libertino, traficante de esclavos en Africa, fue por la misericordia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo preservado, restaurado, perdonado y nombrado para predicar la Fe que tanto había tratado de destruir.» John

Newton nunca olvidó que era un pecador perdonado; y tampoco Pablo. Y tampoco debemos olvidarlo nosotros. Es bueno para una persona recordar sus pecados; la libra del orgullo espiritual.

(ii) El recuerdo de su pecado era la manera más segura de mantener la llama de su gratitud. El recordar que hemos sido perdonados es la manera más segura de mantener vivo nuestro amor a Jesucristo. F. W. Boreham cita una carta que le escribió el antiguo puritano Thomas Goodwin a su hijo: «Cuando yo amenazaba con enfriarme en mi ministerio, y cuando sentía llegar el domingo por la mañana y que no tenía lleno el corazón con la maravilla de la gracia de Dios, o cuando me estaba disponiendo a administrar la Cena del Señor, ¿sabes lo que solía hacer? Solía darme un repaso arriba y abajo por todos los pecados de mi vida pasada, y siempre volvía con el corazón contrito y humillado, dispuesto a predicar como se predicaba antes, el perdón de los pecados.» «No creo -leciaque he subido nunca las escaleras del púlpito sin detenerme un momento al pie de ellas y darme un repaso por los pecados de mis años pasados. No creo que he preparado nunca un sermón sin darme una vuelta alrededor de mi mesa de despacho mirando atrás a los pecados de mi juventud y de toda mi vida hasta el presente; y muchas mañanas de domingo, cuando estaba con el alma fría y seca por falta de oración durante la semana, volvía a dar un repaso a mi vida pasada antes de entrar en el púlpito, quebrantaba mi duro corazón y me aplicaba el Evangelio a mi propia alma antes de empezar a predicar.» Cuando recordamos como hemos herido a Dios y a los que nos aman y a nuestros semejantes, y cuando recordamos cómo nos han perdonado Dios y los hombres, ese recuerdo debe despertar la llama de la gratitud en nuestros propios corazones.

(iii) El recuerdo de su pecado era un acicate constante para realizar un mayor esfuerzo. Es absolutamente cierto que un hombre no puede ganar nunca la aprobación de Dios, o merecer Su amor; pero es igualmente cierto que no puede nunca dejar de tratar de hacer algo para mostrar hasta qué punto aprecia el amor y la misericordia que le han hecho lo que es. Siempre que amamos a una persona no podemos evitar el tratar siempre de demostrar nuestro amor. Cuando recordamos cuánto nos ama Dios, y lo poco que lo merecemos, cuando recordamos que fue por nosotros por lo que Jesucristo pendió de la Cruz y murió en el Calvario debe impulsarnos a un esfuerzo que Le diga a Dios que nos damos cuenta de lo que ha hecho por nosotros, y que Le muestre a Jesucristo que Su Sacrificio no fue en vano.

(iv) El recuerdo de su pecado no podía por menos de ser un aliento constante para otros. Pablo usa una imagen plástica. Dice que lo que le sucedió a él era una especie de boceto de lo que les iba a suceder a los que aceptarían a Cristo en los días por venir. La palabra que usa es *hypotyposis*, que quiere decir un croquis, bosquejo, esquema, esbozo, apunte, proyecto. Es como si Pablo dijera: «¡Fijaos en lo que Cristo ha hecho por mí! Si uno como yo se puede salvar, hay esperanza para todo el mundo.» Supongamos que un hombre está sumamente grave, y tiene que someterse a una operación peligrosa; sería el máximo ánimo que se le pudiera dar si hablara con alguien que había pasado aquella operación y había quedado totalmente curado. Pablo no ocultaba tímidamente su pasado; se lo presentaba claramente a otros para que tuvieran coraje y se llenaran de esperanza de que la gracia que le había cambiado a él podía cambiarlos igualmente a ellos.

El gran-corazón de El *Peregrino* les decía a los chicos: «Tenéis que saber que el Prado del Olvido es el lugar más peligroso de todos estos parajes.» El pecado de Pablo era algo que él se negaba a olvidar; porque cada vez que recordaba la grandeza de su pecado recordaba la aún mayor grandeza de Jesucristo. No era que estuviera obsesionado de una manera enfermiza con su pecado; era que lo recordaba para regocijarse en la maravilla de la gracia de Jesucristo.

EL ALISTAMIENTO IRRENUNCIABLE

1 Timoteo 1:18-20

Te encargo esta responsabilidad, joven Timoteo, porque es la consecuencia natural de los mensajes que recibieron de Dios los profetas, y que te marcaron como el hombre preciso para esta tarea; para que, obedeciendo a estos mensajes, pelees una buena campaña, manteniendo todo el tiempo la fe y la buena conciencia, porque hay algunos que, en lo relativo a la fe, han rechazado la dirección de la conciencia y han sufrido un naufragio. Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a los cuales ya he entregado a Satanás para que por medio de la disciplina salgan de sus insultos a Dios y a Su Iglesia.

La primera sección de este pasaje está sumamente comprimida. Lo que se ve detrás de él es lo siguiente. Tiene que haber habido una reunión de los profetas de la Iglesia. Eran hombres a los que se notaba que eran de la confianza de Dios y que Él los admitía a Sus consejos. «Porque no hará nada el Señor Dios sin revelar Su secreto a Sus siervos los profetas.» (*Amós 3:7*). En la referida reunión se pensó sobre la situación que amenazaba a la iglesia, y se llegó a la conclusión de que Timoteo era el hombre ideal para hacerse cargo. Podemos ver a los profetas actuando exactamente de esta manera en *Hechos 13:13*. La Iglesia se encontraba ante la gran decisión de si llevar el Evangelio a los gentiles o no; y fueron los profetas los que recibieron el mensaje del Espíritu Santo: «Apartadme a Bemabé y a Saulo para el trabajo al que los he llamado» (*Hechos 13:7*). Eso había sido lo que había sucedido con Timoteo. Había sido señalado por los profetas como el hombre para hacerse cargo de la situación de la Iglesia. Bien puede haber sido que él se encogiera ante la grandeza de la tarea que se le presentaba; y en este pasaje Pablo le anima con ciertas consideraciones.

(i) Pablo le dice: «Tú eres el hombre que ha sido escogido, y no puedes rechazar la responsabilidad.» Algo así le sucedió al reformador escocés John Knox. Había estado enseñando en Saint Andrews. Se suponía que su enseñanza era privada, pero muchos acudían a él porque era obvio que era un hombre con un mensaje. Así es que le exhortaron a «que se hiciera cargo del ministerio de la predicación. El se negó en redondo, alegando que no podía meterse donde Dios no le había llamado... A lo cual ellos, después de tener una consulta privada con sir David Lindsay of the Mount, concluyeron que debían encargar al dicho John, y públicamente por boca de su predicador.»

Así que llegó el domingo, y Knox estaba en la iglesia, y John Rough estaba predicando. «El dicho John Rough, el predicador, dirigió sus palabras al dicho John Knox diciéndole: "Hermano, no te debes dar por ofendido de que yo te diga lo que me han encargado todos los que están aquí presentes, que es lo siguiente: En nombre de Dios, y de Su Hijo Jesucristo, y en el nombre de estos que en el momento presente te llaman por mi boca, te exhorto que no rehúses esta santa vocación, sino... que asumas la responsabilidad pública y el ministerio de la predicación, tan ciertamente como tratas de evitar la seria desaprobación de Dios y deseas que multiplique Sus gracias sobre ti." Y acabó diciendo a los que estaban presentes: "¿No fue esto lo que me encargasteis? ¿Y no aprobáis esta vocación?" Ellos respondieron: "En efecto; y nosotros lo aprobamos." A lo cual el dicho John Knox, humillado, rompió en abundantísimas lágrimas, y se retiró a su habitación. Su aspecto y comportamiento, desde aquel día hasta el día en que se vio obligado a presentarse en el lugar público de la predicación, declaraban con suficiente claridad la angustia y preocupación de su corazón; porque nadie vio la menor señal de ligereza en él, ni tampoco encontró placer en estar en compañía de nadie durante muchos días.»

John Knox fue elegido; no quería aceptar la vocación, pero tuvo que aceptar porque la elección la había hecho Dios. Años después, el regente Morton pronunció su famoso epitafio junto a la tumba de Knox: «Con respecto a cómo asumió el mensaje de Dios, porque es a Él a Quien debe atribuirse, él (aunque era débil y una criatura indigna, y un hombre tímido, no temió ante ningún hombre.» La conciencia de ser elegido le infundió el coraje que necesitaba.

Así es que Pablo le dice a Timoteo: «Tú has sido escogido; no Le puedes fallar a Dios, ni a los hombres.» A cualquiera de nosotros llega la elección de Dios; y cuando se nos convoca para un trabajo para Él, no osaremos rechazarlo.

(ii) Puede ser que Pablo estuviera diciendo a Timoteo: «Sé fiel a tu nombre.» Timoteo -la forma completa de su nombre era *Timótheos*- se compone de dos palabras griegas: *timé*, que quiere decir *honor*, y *theós*, *Dios*; así es que *Timótheos* quiere decir *el honor de Dios*. Si nos llamamos *cristianos*, del rebaño de Cristo, debemos ser fieles a ese nombre.

(iii) Por último, Pablo le dice a Timoteo: < Te encargo de esta responsabilidad. » La palabra que usa Pablo para *encargar* es *paratizesthai*, que es la que se usa para confiar algo valioso a alguien para que lo mantenga a salvo. Se usa, por ejemplo, de hacer un depósito en un banco, o de confiar algo al cuidado de alguien. Siempre quiere decir que se le ha confiado a alguien un depósito del que luego se le pedirán cuentas. Así es que Pablo dice: < Timoteo, estoy poniendo en tus manos un depósito sagrado. Mírate muy mucho que no falles. » Dios deposita Su confianza en nosotros; deja en nuestras manos Su honor y el de Su Iglesia. Nosotros también debemos asegurarnos de no fallarle.

LANZADO A LA CAMPAÑA DE DIOS

1 Timoteo 1:18-20 (continuación)

Entonces, ¿qué es lo que se le ha confiado a Timoteo? Se le ha destinado a realizar una buena campaña. La alegoría de la vida como campaña siempre ha fascinado los pensamientos de los hombres. Máximo de Tiro decía: «Dios es el general; la vida es la campaña; el hombre es el soldado.» Séneca decía: «Para mí la vida, mi querido Lucilio, es una milicia.» Cuando uno mostraba interés en convertirse en seguidor de la diosa Isis y se iniciaba en los misterios relacionados con el nombre de la diosa, la llamada que se le dirigía era: « ¡Alístate en el ejército sagrado de Isis! »

Hay tres cosas que se deben notar.

(i) No es para una batalla para lo que se nos alista; es para una campaña. La vida es una larga campaña, un servicio del que no se licencia uno; no es una lucha breve y aguda después de la cual uno puede dejar las armas y descansar en paz. Cambiando la metáfora, la vida no es un sprint; es una carrera de maratón. Ahí es donde radica su peligro. Es menester estar siempre alerta. «La vigilancia eterna es el precio de la libertad.»

Las tentaciones de la vida no cesan nunca en su búsqueda de una grieta en la armadura del cristiano. Es uno de los peligros más corrientes de la vida el proceder en una serie de espasmos. Debemos recordar que se nos alista para una campaña que se prolonga tanto como la vida.

(ii) Fue a una campaña preciosa a la que se convocó a Timoteo. Aquí tenemos de nuevo la palabra *kalós*, que gusta tanto a las Pastorales. No quiere decir solamente algo que es bueno y fuerte; quiere decir algo que es también precioso y atractivo. El soldado de Cristo no es un forzado que sirve lúgubrementemente y de mala gana. Es un voluntario que sirve con la ilusión y dedicación de un caballero andante. No es un esclavo del deber, sino un siervo de la alegría.

(iii) A Timoteo se le instruye que tome consigo dos armas como equipo. (a) Debe tomar la fe. Hasta cuando las cosas estén más negras, debe tener fe en la esencial rectitud de su causa y en el triunfo definitivo de Dios. Fue la fe lo que mantuvo firme a John Knox cuando estaba desesperado. Una vez, cuando era un galeote, su barco estaba frente a Saint Andrews. Él estaba tan débil que tuvieron que auparle para que lo viera. Le señalaron la torre de la iglesia, y le preguntaron si la conocía. < Sí -dijo-, la conozco muy bien; y estoy convencido de que, aunque ahora parezco estar más débil que nunca, no me voy a ir de este mundo hasta que mi lengua glorifique Su santo nombre en ese mismo lugar. » Escribe sus sentimientos en 1554 cuando tuvo que huir del país para escapar de la venganza de María Tudor: « No sólo los impíos, sino hasta mis hermanos fieles, sí, y hasta yo mismo, es decir todo pensamiento natural, juzgaba mi causa desesperada. La frágil carne, oprimida por el temor y el dolor, deseaba liberación, aun aborreciendo y retrayéndose de la obediencia comprometida. ¡Oh, hermanos cristianos, escribo por experiencia... Conozco las quejas lastimosas y murmuradoras de la carne; conozco la ira, la rabia y la indignación que se concibe contra Dios, invocando todas Sus promesas con dudas, y estando dispuesto en cualquier momento a apartarse irremisiblemente de Dios.

Contra lo cual permanece solamente la fe. » El soldado cristiano necesita en la hora más tenebrosa le fe que no se rinde. (b) Ha de tomar como arma defensiva *una buena conciencia*. Es decir, el soldado cristiano debe por lo menos tratar de vivir de acuerdo con su propia doctrina. La virtud se ausenta del mensaje de un hombre cuando su propia conciencia le condena cuando habla.

UNA SEVERA REPRESIÓN

1 Timoteo 1:18-20 (conclusión)

Este pasaje cierra con una seria reprensión a dos miembros de la iglesia. que habían injuriado a la iglesia, entristecido a Pablo y arruinado sus propias vidas. Himeneo se menciona otra vez en *2 Timoteo 2:17*; y Alejandro puede que sea el que se menciona en *2 Timoteo 4:14*. Pablo tiene tres quejas de ellos.

(i) Se habían apartado de la dirección de la conciencia. Habían dejado que sus propios deseos hablaran con voz más persuasiva que la de Dios.

(ii) Habían vuelto atrás, a prácticas malvadas. Una vez que abandonaron a Dios, la vida se les hizo sucia y baja. Cuando se echa a Dios de la vida, la belleza se va con Él.

(iii) Se habían entregado a una doctrina falsa. También esto era casi inevitable. Cuando una persona se desvía, su primer instinto es buscarse disculpas. Toma la enseñanza cristiana, y la tergiversa a su gusto para que le dé la razón. De lo correcto extrae argumentos retorcidos para justificar lo incorrecto. Encuentra argumentos en las palabras de Cristo para justificar los caminos del diablo. En cuanto una persona desobedece la voz de la conciencia, su conducta se rebaja y su pensamiento se retuerce.

Así es que Pablo pasa a decir que « se los ha entregado a Satanás. » ¿Qué quiere decir esta frase terrible? Hay tres posibilidades.

(i) Puede que esté pensando en la práctica judía de la excomunión. De acuerdo con la práctica de la sinagoga, si un hombre era un malhechor, primero se le reprendía públicamente. Si eso resultaba ineficaz, se le excluía de la sinagoga por un período de treinta días. Si aún seguía tozudamente impenitente, se le colocaba bajo excomunión, lo que le convertía en una persona maldita, separada de la sociedad humana y de la comunión con Dios. En tal caso se podía muy bien decir que se le había entregado a Satanás.

(ii) Puede que esté diciendo que los ha separado de la iglesia y dejado otra vez en el mundo. En una sociedad pagana era inevitable que se trazara una línea divisoria clara y dura entre la Iglesia y el mundo. La Iglesia era el territorio de Dios; el mundo, el de Satanás. Y el ser excluido de la Iglesia era quedar en el territorio que estaba bajo la dictadura de Satanás. La frase puede que quiera decir que estos dos que causaban problemas en la iglesia se abandonaban al mundo.

(iii) La tercera explicación es la más probable. Se consideraba a Satanás responsable del sufrimiento y del dolor humano. Un hombre de la iglesia de Corinto había sido culpable del terrible pecado de incesto. El consejo de Pablo fue que debía ser entregado a Satanás «para la destrucción de la carne, para que el espíritu pueda ser salvo en el día del Señor Jesús» (*1 Corintios 5:5*). La idea es que la Iglesia debe pedir a Dios que le recaiga a esa persona algún castigo físico, alguna enfermedad o dolor en su cuerpo, que le haga volver en sí. En el caso de Job fue Satanás el que le trajo sufrimientos físicos (*Job 2:6s*). En el Nuevo Testamento mismo tenemos la terrible consecuencia que sufrieron Ananías y Safira (*Hechos 5:5-10*), y la ceguera que le sobrevino a Elimas por oponerse al Evangelio (*Hechos 13:11*). Bien puede ser que Pablo pidiera a Dios que esos dos hombres experimentaran alguna dolorosa visitación que fuera para ellos tanto un castigo como una advertencia.

Es lo más probable, porque la esperanza de Pablo era que aquellos dos hombres no quedaran excluidos definitivamente y destruidos, sino disciplinados y rehabilitados. Para él, como debería ser para nosotros, el castigo no era nunca vindicativo, sino una disciplina remedial que no estaba diseñada simplemente para hacer daño, sino para curar.

LA UNIVERSALIDAD DEL EVANGELIO

1 Timoteo 2:1-7

Así pues, la primera cosa que os recomiendo encarecidamente es que ofrezcáis peticiones, oraciones, ruegos, acciones de gracias, por todos los seres humanos. Orad por los reyes y por todos los que están en autoridad, para que gocen una vida que sea tranquila y reposada y que puedan actuar con toda piedad y reverencia. Esa es la manera digna de vivir, la que cuenta con la aprobación de Dios nuestro Salvador, Que quiere que todas las personas se salven y que vengan a un conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y el hombre, el Hombre Jesucristo, Que Se dio a Sí mismo en expiación por todos. Fue así como Él dio Su testimonio de Dios en Su propio tiempo propicio, un testimonio del que yo he sido nombrado heraldo y enviado (estoy diciendo la verdad, esto no es ninguna mentira), maestro de los paganos, y mi mensaje esta basado en la fe y en la verdad.

Antes de estudiar este pasaje en detalle, debemos fijarnos en una cosa que resalta de manera que no se puede por menos de notar. Pocos pasajes de Nuevo Testamento hacen un hincapié tan claro en la universalidad del Evangelio. La oración se ha de hacer por *todos* los hombres; Dios es el Salvador Que desea que *todos* los hombres se salven; Jesús dio Su vida en rescate por *todos*. Como escribe Walter Lock, «la voluntad salvífica de Dios es tan amplia como Su voluntad creadora.»

Esta es una nota que suena una y otra vez en el Nuevo Testamento. Por medio de Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo (2 Corintios 5:18s). De tal manera amó Dios al mundo que dio a Su Hijo (Juan 3:16). Jesús tenía confianza en que, cuando fuera elevado sobre la Cruz, más tarde o más temprano atraería a todos los hombres a Sí mismo (Juan 12:32).

E. F. Brown llama a este pasaje < la carta magna de la obra misionera. » Dice que es la prueba de que todas las personas son *capax Dei*, capaces de recibir a Dios. Puede que estén perdidos, pero pueden ser encontrados; puede que sean ignorantes, pero pueden ser iluminados; puede que sean pecadores, pero pueden ser salvos. George Wishart, el precursor de John Knox, escribe en su traducción de la Primera Confesión Suiza: «El fin y el propósito de la Escritura es declarar que Dios es benevolente y amigable para con la humanidad; y que ha declarado esa amabilidad Suya en y por medio de Jesucristo, Su único Hijo; la cual amabilidad se recibe por la fe.» Por eso se deben ofrecer oraciones por todos los seres humanos. Dios quiere a todas las personas; y así, por tanto, debe querer Su Iglesia.

(i) El Evangelio incluye a los de arriba y los de abajo. Tanto el emperador en la cumbre de su poder como el esclavo en su indefensión están incluidos en el abrazo del Evangelio. Tanto el filósofo con su sabiduría como el hombre sencillo en su ignorancia necesitan la gracia y la verdad que el Evangelio les puede traer. En el Evangelio no hay diferencias de clase. El rey y el plebeyo, los ricos y los pobres, los aristócratas y los campesinos, el amo y el esclavo están todos incluidos en su abrazo ilimitado.

(ii) El Evangelio incluye a buenos y malos. Hay una extraña enfermedad que está afligiendo a la Iglesia en los tiempos modernos, que la hace insistir en que uno tiene que ser respetable antes de ser admitido, y mirar con suspicacia a los pecadores que tratan de entrar por sus puertas. Pero el Nuevo Testamento deja bien claro que la Iglesia existe, no solamente para edificar a los buenos, sino para recibir y salvar a los pecadores.

Uno de los grandes santos de los tiempos modernos, y de todos los tiempos, fue Toyohiko Kagawa. Fue a Shinkawa adonde se dirigió para buscar hombres y mujeres para Cristo, y vivió allí en los suburbios más abandonados y asquerosos del mundo.

W. J. Smart describe la situación: «Sus vecinos eran prostitutas no inscritas, ladrones que presumían de su astucia para burlar a toda la policía de la ciudad, asesinos que estaban orgullosos no solo de su ficha de crímenes sino siempre dispuestos a añadir a su curriculum nuevos delitos. Toda la gente, ya fueran débiles o retrasados mentales o criminales, vivían en condiciones de miseria abismal, en calles resbaladizas de porquería donde las ratas salían arrastrándose de las alcantarillas abiertas para morir. El aire estaba siempre cargado de hedor. Una chica idiota que vivía en la chabola de al lado de la de Kagawa tenía pinturas viles pintadas en la espalda para seducir a los hombres a su nido. Por todas partes había cuerpos humanos pudriéndose de sífilis.» Kagawa quería a las personas así lo mismo que Jesucristo, porque El quiere a *todos los seres humanos* lo mismo buenos que malos.

(iii) El Evangelio abraza a los cristianos y a los no cristianos. La oración se ha de hacer por literalmente *todos los seres humanos*. Los emperadores y gobernantes por los que esta carta nos exhorta a orar no eran cristianos; eran de hecho hostiles a la Iglesia; y, sin embargo; había que presentarlos ante el trono de la gracia en las oraciones de la Iglesia. Para el verdadero cristiano no hay tal cosa como un enemigo en todo el mundo. Nadie está fuera de sus oraciones, porque nadie está fuera del amor de Cristo ni del propósito de Dios, Que quiere que *todos los seres humanos* se salven.

EL CAMINO DE LA ORACIÓN

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

Aquí se agrupan cuatro palabras diferentes para la oración. Es verdad que no se deben distinguir abruptamente; pero cada una de ellas tiene algo que decirnos acerca del camino de la oración.

(i) La primera es *deésis*, que hemos traducido como *competiciones*. No es exclusivamente una palabra religiosa; se puede referir indistintamente a una petición que se hace a otra persona o a Dios; pero su idea fundamental es un sentimiento de necesidad. Nadie hace una petición a menos que se le haya despertado el deseo un sentimiento de necesidad. La oración empieza por ese sentimiento, con la convicción de que no podemos enfrentarnos con la vida solos. Ese sentimiento de debilidad humana es la base de que acudamos a Dios.

(ii) La segunda es *proseujé*, que hemos traducido por *oración*. La diferencia básica entre *deésis* y *proseujé* es que *deésis* se puede dirigir a un hombre o a Dios, pero *proseujé* nunca se usa nada más que en relación con Dios. Hay ciertas necesidades que sólo Dios puede satisfacer. Hay una fuerza que sólo Él puede dar; un perdón que sólo Él puede conceder; una certeza que Él sólo puede infundir. Bien puede ser que nuestra debilidad nos persiga porque presentamos nuestras necesidades donde no nos las pueden satisfacer.

(iii) La tercera es *enteuxis*, que hemos traducido como *ruegos*. De las tres palabras ésta es la más interesante. Tiene una historia alucinante. Es el nombre correspondiente al verbo *entynjánein*, que originalmente quería decir *encontrarse o dar con una persona*; de ahí paso a significar *tener una conversación íntima con una persona*; luego adquirió un significado especial, el de *entrar a la presencia de un rey para someterle una petición*. Eso nos dice mucho acerca de la oración. Nos dice que el acceso a Dios está abierto para todos y que tenemos derecho a presentarle nuestras peticiones a Uno Que es el Rey. No hay nada que sea demasiado grande o imposible para pedírselo a Tal Rey.

(iv) La cuarta es *eujaristía*, que hemos traducido como *acción de gracias*. La oración no es sólo pedirle cosas a Dios; también quiere decir darle gracias a Dios por cosas. Porque muchos de nosotros practicamos la oración como un ejercicio de quejas, cuando debería ser un ejercicio de gratitud. Epicteto, que no era un cristiano sino un filósofo estoico, decía: «¿Qué puedo hacer yo, que soy un hombrecillo viejo y cojo, sino alabar a Dios?» Tenemos derecho a presentarle nuestras necesidades a Dios; pero tenemos también el deber de presentarle nuestras acciones de gracias.

ORANDO POR LAS AUTORIDADES

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

Este pasaje nos manda especialmente orar por los reyes y emperadores y todos los que están en autoridad. Éste era un principio cardinal de la oración cristiana en comunidad. Los emperadores puede que fueran perseguidores, y los que estaban en autoridad podrían estar decididos a erradicar el Cristianismo; pero la Iglesia Cristiana nunca, ni siquiera en los tiempos cuando la estaban persiguiendo con el más cruel sadismo, dejó de orar por ellos.

Es extraordinario seguir el rastro por los primeros días, días de cruel persecución, cuando la Iglesia consideraba un deber absoluto el orar por el emperador, y los reyes y gobernadores a él subordinados. «Temed a Dios -dice Pedro-. Honrad al emperador» (1 Pedro 2:17). Y debemos recordar que aquel emperador era nada menos que Nerón, un monstruo de crueldad. Tertuliano insiste en que los cristianos piden a Dios para el emperador «una larga vida, un dominio seguro, un hogar pacífico, un senado fiel, un pueblo íntegro y un mundo en paz» (*Apología 30*). «Pedimos por nuestros gobernantes -escribía-, por el estado del mundo, por la paz de todas las cosas y por el aplazamiento del fin» (*Apología 39*). También escribía: «El cristiano no es enemigo de nadie, y menos del emperador; porque sabemos que, puesto que ha sido elegido por Dios, es necesario que le amemos, y reverenciamos, y honremos, y deseemos su seguridad, lo mismo que la de todo el Imperio Romano. Por tanto sacrificamos por la seguridad del emperador» (*Ad Scapulam 2*). Cipriano, escribiendo a Demetriano, habla de la Iglesia Cristiana «sacrificando y aplacando a Dios noche y día por vuestra paz y seguridad» (*Ad Demetrianum 20*). En el año 311 el emperador Galerio pidió expresamente las oraciones de los cristianos, y les prometió misericordia e indulgencia si oraban por el Estado. Taciano escribe: «¿Que el emperador nos manda dar tributo? Lo ofrecemos de buena voluntad. ¿El gobernador nos manda prestar servicio o servidumbre? Reconocemos nuestra servidumbre. Pero un hombre debe ser respetado como corresponde a un hombre, pero sólo hay que reverenciar a Dios» (*Apología 4*). Teófilo de Antioquía escribe: «El honor que yo le doy al emperador es tanto más grande, porque yo no le doy culto, sino oro por él. No adoro más que al verdadero y único Dios, porque sé que Él ha escogido al emperador... Los que le dan al emperador el verdadero honor son los que están bien dispuestos hacia él, a obedecerle, y que oran por él» (*Apología 1:11*). Justino Mártir escribe: «Adoramos solamente a Dios, pero en todas las otras cosas te servimos alegremente, estamos

contentos de servirte, reconociendo a los reyes y a los gobernadores de los hombres, y orando para que sean hallados actuando conforme a la verdadera razón con su poder real» (*Apología 1:14,17*).

La más grande de todas las oraciones por el emperador se encuentra en la *Primera Carta a la Iglesia de Corinto* que escribió Clemente de Roma hacia el año 90 d.C. cuando el salvajismo de Domiciano estaba todavía reciente en el recuerdo: «Tú, Señor y Maestro, has dado a nuestros gobernantes y autoridades el poder de soberanía en Tu poder excelente e indiscutible, para que nosotros, conociendo la gloria y el honor que Tú les has dado, nos sometamos a ellos en todo aquello que no se oponga a Tu voluntad. Concédeles, por tanto, oh Señor, salud, paz, concordia, estabilidad, para que administren sin falta el gobierno que Tú les has dado. Porque Tú, oh Dueño soberano, Rey de los siglos, das a los hijos de los hombres gloria y honor y poder sobre todas las cosas que están sobre la Tierra. Dirige, Señor, su consejo de acuerdo con lo que consideras bueno y agradable, para que, administrando el poder que Tú les has dado en paz y benevolencia con piedad, obtengan Tu favor. Oh Tú, que eres el único capaz de hacer estas cosas, y cosas incalculablemente mejores que estas por nosotros, te alabamos mediante el Sumo Sacerdote y Guardián de nuestras almas, Jesucristo, por medio de Quien la gloria y la majestad sean dadas a Ti tanto ahora como por todas las generaciones y por siempre jamás. Amén» (1 *Clemente 61*).

La Iglesia siempre consideró un deber inexcusable el orar por los que ocupaban puestos de autoridad en los reinos de la Tierra; y traía incluso a sus perseguidores ante el trono de la gracia como Jesucristo nos ha mandado: «Orad por los que os ultrajan y os persiguen» (*Mateo 5:44*).

LOS DONES DE DIOS

1 Timoteo 2:1-7 (continuación)

La Iglesia pedía ciertas cosas para los que estaban en autoridad.

(i) Pedía para ellos «una vida tranquila y reposada.» Ésa era la oración por liberación de guerra, de rebelión y de cualquier cosa que inquietara o disturbara la paz del reino. Ésta es la oración de un buen ciudadano.

(ii) Pero la Iglesia pedía mucho más que eso. Pedía «una vida que se vive en piedad y reverencia». Aquí se nos presentan dos grandes palabras que son clave en las Epístolas Pastorales y describen cualidades que debe ambicionar no solamente el gobernante sino todo cristiano.

La primera es la *piEDAD, eusébeia*. Esta es una de las grandes y casi intraducibles palabras griegas. Describe reverencia tanto para con Dios como para con el hombre, esa actitud de la mente que respeta al hombre y honra a Dios. Eusebio la definía como «reverencia hacia el solo y único Dios, y la clase de vida que Él quiere que vivamos.» Para los griegos, el gran ejemplo de *eusébeia* fue Sócrates, a quien Jenofonte describe con los siguientes términos: «Tan piadosa y devotamente religioso que no daría un paso fuera de la voluntad del cielo; tan justo y recto que no cometería nunca ni aun la injuria más insignificante a ningún alma viviente; tan controlado, tan templado, que nunca en ninguna ocasión escogió lo más dulce en lugar de lo más amargo; tan sensible y sabio y prudente que nunca erraba al distinguir lo mejor de lo peor» (Jenofonte: *Memorabilia, 4, 8,11*). *Eusébeia* está muy cerca de la gran palabra latina *pietas*, que Wardé Fowler describe así: «La cualidad conocida por los latinos como *pietas* se eleva a pesar de pruebas y peligros por encima de los engaños de la pasión individual y de la facilidad egoísta. La *pietas* de Eneas era un sentimiento del deber para con la voluntad de los dioses, tanto como para su padre, su hijo y su pueblo; y este deber nunca le abandona.» Está claro que *eusébeia* es una cosa tremenda. Nunca olvida la reverencia que le es debida a Dios; nunca olvida los derechos que se deben a los hombres; nunca olvida el respeto que se debe a uno mismo. Describe el carácter de la persona que nunca falla a Dios al hombre o a sí misma.

Segundo, está la *reverencia, semnótés*. Aquí nos encontramos otra vez en el reino de lo intraducible. El adjetivo correspondiente, *semnós*, se aplica constantemente a los dioses. R. C. Trench dice que el que es *semnós* «tiene una gracia y una dignidad que no presta la Tierra.» Dice que es el que, «sin pedirla, inspira reverencia.» Aristóteles fue el gran maestro griego de ética. Tenía una manera de describir cualquier virtud como el término medio entre dos extremos. A un lado estaba el extremo por exceso y al otro, por defecto; y entre los dos estaba el término medio en el que se encontraba la virtud. Aristóteles dice que *semnótés* es el término medio entre *areskia, servilismo, y authadía, arrogancia*. Bien se puede decir que para el que es *semnós* toda la vida es un acto de culto; toda la vida se vive en la presencia de Dios; se mueve por el mundo, como ha dicho alguien, como si fuera el templo del Dios vivo. Nunca olvida la santidad de Dios ni la dignidad del hombre.

Estas dos son grandes cualidades regias que cada uno debe codiciar y pedir para sí en oración.

1 Timoteo 2:1-7 (conclusión)

Pablo concluye con la afirmación de las grandes verdades de la fe cristiana.

(i) Hay un solo Dios. No vivimos en un mundo como el que los gnósticos inventaron con sus teorías de dos dioses hostiles entre sí. No vivimos en un mundo como el que suponían los paganos con su horda de dioses, a menudo rivales entre sí. Los misioneros nos dicen que uno de los grandes alivios que trae el Cristianismo a los paganos en la convicción de que no hay más que un solo Dios. Viven constantemente aterrados con los dioses y es para ellos una emancipación el descubrir que no hay más que un solo Dios cuyo nombre es Padre y cuya naturaleza es amor.

(ii) Hay un solo Mediador. Aun los judíos habrían dicho que hay muchos mediadores entre Dios y el hombre. Un mediador es uno que se coloca entre dos partes y actúa como intermediario. Para los judíos, los ángeles eran mediadores. El *Testamento de Dan* (6:2) dice: «Acércate a Dios, y al ángel que intercede por ti, porque él es un mediador entre Dios y el hombre.» Para los griegos había toda clase de mediadores.

Plutarco decía que era un insulto a Dios el concebir que estuviera de alguna manera involucrado directamente en el mundo; estaba en relación con el mundo solamente a través de ángeles y demonios y semidioses que eran, por así decirlo, sus relaciones públicas.

El hombre no tenía acceso *directo* a Dios, ni según el pensamiento judío ni según el griego. Pero por medio de Jesucristo, el cristiano tiene ese acceso directo, que nada puede interrumpir. Además, no hay más que *un solo* mediador. E. F. Brown nos dice que eso es, por ejemplo, lo que los hindúes encuentran tan difícil creer. Ellos dicen: <Vuestra religión está bien para vosotros y la nuestra para nosotros.> Pero a menos que haya un solo Dios y un solo mediador no podrá haber tal cosa como fraternidad humana. Si hay muchos dioses y muchos mediadores compitiendo por la lealtad y el amor de los humanos, la religión se convierte en algo que divide a los hombres en lugar de unirlos. Es precisamente porque hay un solo Dios y un solo mediador por lo que los hombres son hermanos entre sí.

Pablo pasa a llamar a Jesús el Que dio Su vida en rescate por todos. Eso quiere decir simplemente que Le costó a Dios la vida y la muerte de Su hijo el recuperar para Sí a los hombres. Hubo un hombre que había perdido un hijo en la guerra. Había vivido una vida de lo más descuidada y aun impía; pero la muerte de su hijo le colocó cara a cara con Dios como nada nunca antes. Llegó a ser un hombre cambiado. Cierta día estaba parado ante una lápida conmemorativa de la guerra, mirando en ella el nombre de su hijo. Y dijo muy humildemente: «Supongo que él tuvo que rebajarse hasta ese punto para elevarme a mí.» Eso es lo que hizo Jesús; dio Su vida para revelarnos el amor de Dios y traernos de vuelta a casa.

Entonces Pablo reclama para sí cuatro oficios.

(i) Es *un heraldo* de la historia de Jesucristo. Un heraldo es uno que hace un anuncio y que dice: «¡Esto es la verdad!» Es un hombre que trae una proclamación que no es suya propia, sino que le ha encargado el rey.

(ii) Es *un testigo* de la historia de Cristo. Un testigo es el que puede decir: «Esto es verdad, y yo lo sé» y también «produce resultados». Es uno que transmite, no solamente la historia de Cristo, sino también la historia de lo que Cristo ha hecho por él.

(iii) Es *un enviado*. Un enviado es uno cuyo deber es representar a su país en tierra extranjera. Un enviado en el sentido cristiano es por tanto uno que comunica la historia de Cristo a otros. Quiere comunicar la historia a otros para que represente tanto para ellos como representa para él.

(iv) Es *un maestro*. *El heraldo* es la persona que proclama los hechos; *el testigo* es la persona que proclama el poder de los hechos; *el enviado* es la persona que recomienda los hechos; *el maestro* es la persona que conduce a otros al significado de los hechos. No basta con conocer y saber que Cristo vivió y murió; debemos pensar a fondo lo que eso quiere decir. Una persona debe no sólo sentir la maravilla de la historia de Cristo; debe pensar a fondo en su significado para sí mismo y para el mundo.

BARRERAS PARA LA ORACIÓN

1 Timoteo 2:8-15

Así pues, es mi deseo que los hombres oren en todos los lugares elevando manos santas, sin ira en sus corazones ni dudas en sus mentes. De la misma manera es también mi deseo que las mujeres se adornen con modestia y discreción y ropa adecuada. Este adorno no debe consistir en peinados artificiosos y adornos de oro y perlas sino -como corresponde a mujeres que profesan reverenciar a Dios- deben adornarse con buenas obras. Que la mujer aprenda en silencio y con toda sumisión. Yo no permito enseñar o recibir el hombre de la mujer. Más bien mi consejo es que ésta mantenga silencio. Porque Adán fue formado primero y después Eva; y Adán no fue engañado, sino la mujer, que se vio envuelta en trasgresión de esa manera. Pero las mujeres serán salvas criando hijos, si se mantienen en la fe y en el amor, y si se conducen con prudencia por el camino que conduce a la santidad.

La Iglesia Primitiva adoptó la actitud judía para la oración, que era de pie, con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba. Más tarde Tertuliano había de decir que ésta reflejaba la postura de Jesús sobre la cruz.

Los judíos siempre habían sabido de ciertas barreras que impedían que las oraciones llegaran a Dios. Isaías oyó a Dios decirle a Su pueblo: «Cuando extendáis vuestros brazos, esconderé de vosotros Mis ojos; aunque elevéis muchas preces, no escucharé; vuestras manos están llenas de sangre» (*Isaías 1:15*). Aquí también se demandan ciertas condiciones.

(i) El que ore debe extender manos santas. Debe mantener elevadas hacia Dios manos que no toquen las cosas prohibidas. Esto no quiere decir ni por un momento que el pecador no tenga acceso a Dios; pero sí quiere decir que no hay realidad en las oraciones de la persona que sale a ensuciarse las manos con cosas prohibidas como si nunca hubiera orado. No se está pensando en el hombre que se encuentra en las garras de alguna pasión y desesperadamente luchando contra ella, amargamente consciente de su fracaso. Se está pensando en el hombre cuyas oraciones son un puro formulismo.

(ii) El que ore no ha de tener ira en su corazón. Se ha dicho que «el perdón es indivisible.» El perdón humano y el divino van de la mano. Una y otra vez Jesús subraya el hecho de que no podemos esperar recibir el perdón de Dios mientras estemos enemistados con nuestros semejantes. «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda» (*Mateo 5:23s*). «Pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (*Mateo 6:15*). Jesús cuenta que el siervo que se negó a perdonar se encontró con que a él tampoco se le perdonaba, y termina: «Así también Mi Padre celestial hará con cualquiera de vosotros que no perdone a su hermano de todo corazón» (*Mateo 18:35*). Para ser perdonado uno tiene que ser perdonador. *La Didajé*, el primero de los libros cristianos sobre el culto público, que data de alrededor del año 100 d.C. dice: «Que no venga a nosotros ninguno que tenga una pelea con su prójimo hasta que se reconcilien.» El rencor en el corazón de una persona es una barrera que impide que sus oraciones lleguen a Dios.

(iii) El que hace oración no debe tener dudas en la mente. Esta frase puede querer decir dos cosas. La palabra que se usa es *dialoguismós*, que puede querer decir o *discusión o duda*. Si la tomamos en el sentido de *discusión*, simplemente repite lo que precede y reitera el hecho de que el rencor y las peleas y las discusiones envenenadas son un obstáculo para la oración. Es mejor tomar el sentido de *duda*. Antes de que la oración sea contestada tiene que haber fe en que Dios contestará. Si una persona ora de una manera pesimista y sin una fe verdadera en que tiene sentido, su oración cae a tierra porque no tiene alas para remontarse. Antes de que una persona pueda ser curada, debe creer que puede ser curada; antes que una persona pueda echar mano de la gracia de Dios debe creer en esa gracia. Debemos dirigir a Dios nuestras oraciones en completa confianza de que Él escucha y contesta la oración.

LAS MUJERES EN LA IGLESIA

1 Timoteo 2:8-15 (conclusión)

La segunda parte de este pasaje trata del lugar de las mujeres en la Iglesia. No se puede leer fuera de su contexto histórico por surgir totalmente de la situación en la que se escribió.

(i) Se escribió desde un trasfondo judío. No ha habido nunca una nación que diera a las mujeres un lugar más importante en el hogar y en la familia que los judíos; pero oficialmente la posición de la mujer era muy inferior. Para la ley judía no era una persona sino una cosa; estaba totalmente a disposición de su padre o de su marido. Se le prohibía aprender la Ley; el instruir a una mujer en la Ley era echar perlas a los puercos. Las mujeres no tomaban parte en el culto de la sinagoga; estaban encerradas aparte en una sección de la sinagoga, como si dijéramos en «el gallinero» donde no se las podía ver. Un hombre iba a la sinagoga *para aprender*; pero, como mucho, una mujer iba *para oír*. La lección de la escritura la leían en la sinagoga los miembros de la congregación; pero nunca mujeres, porque eso habría sido «quitarle honor a la congregación.» Estaba prohibido el que una mujer enseñara en una escuela; ni siquiera a los niños más pequeños. Una mujer estaba exenta de las demandas concretas de la Ley. No le era obligatorio asistir a las fiestas y a los festivales sagrados. Las mujeres, los esclavos y los niños eran de la misma clase. En la oración judía de la mañana, un varón daba gracias a Dios porque no le había hecho «gentil, esclavo o mujer.» En los *Dichos de los Padres* Rabí Yosé Ben Yohanán se cita como diciendo: «Que tu casa esté siempre totalmente abierta, y que los pobres sean tu familia y no hables mucho con ninguna mujer.» De ahí que los sabios hubieran dicho: «Cualquiera que habla mucho con una mujer trae desgracia sobre sí mismo, se aparta de las obras de la Ley y por último hereda de gehena». Un estricto rabino no saludaba nunca a una mujer en la calle, aunque fuera su esposa o hija o madre o hermana. Se decía de la mujer: «Su misión es enviar los niños a la sinagoga; atender a las cuestiones domésticas; dejar libre a su marido para que estudie en las escuelas; y mantener la casa para él hasta que vuelva.»

(ii) Se escribió desde un trasfondo griego. El trasfondo griego ponía las cosas doblemente difíciles. El lugar de la mujer en la religión griega era bajo. El Templo de Afrodita en Corinto tenía mil sacerdotisas que eran prostitutas sagradas, y todas las tardes cumplían su función en las calles de la ciudad. El Templo de Diana en Éfeso tenía centenares de sacerdotisas que se llamaban *melissae*, que quiere decir *abejas*, cuya función era la misma. Una mujer griega respetable llevaba una vida muy recluida. Vivía en una parte de la casa a la que no accedía nada más que su marido. No estaba presente ni en las comidas.

Nunca se la veía sola en la calle; nunca asistía a ninguna reunión pública. El hecho es que si en un pueblo griego las mujeres cristianas hubieran tomado una parte activa y hubieran hecho uso de la palabra, la Iglesia habría ganado inevitablemente la reputación de ser una guarida de mujeres livianas.

Además, en la sociedad griega había mujeres que no vivían más que para vestirse y peinarse elaborada y lujosamente. Plinio nos cuenta que hubo una novia en Roma, Lollia paulina, cuyo vestido de boda costó el equivalente de 100 millones de pesetas o un millón de dólares. Hasta los griegos y los romanos se escandalizaban del amor a los vestidos y las joyas que caracterizaba a algunas de sus mujeres. Las grandes religiones griegas se llamaban misterios o religiones misteriosas, que tenían precisamente las mismas reglas acerca del vestir que Pablo expone aquí. Hay una inscripción que dice: < Una mujer consagrada no ha de tener adornos de oro, ni colorines, ni polvos, ni diademas, ni pelo enrevesado, ni zapatos, excepto los que se hacen de piel de ante o de las pieles de animales sacrificados. » La Iglesia Primitiva no establecía estas reglas con carácter permanente, sino como cosas necesarias en la situación en que se encontraba.

En cualquier caso hay mucho que decir de la otra parte. En la antigua historia había una mujer que fue creada en segundo lugar y que sucumbió a la seducción del tentador de la serpiente tentadora; pero fue María de Nazaret la que dio a luz y crió al niño Jesús; fue María de Magdalena la primera persona que vio al Señor resucitado; fueron cuatro mujeres de entre todos los discípulos las que se mantuvieron al pie de la cruz.

Priscila, con su marido Aquila, eran maestros apreciados en la Iglesia Primitiva, que condujeron a Apolos al conocimiento pleno de la verdad (*Hechos 18:26*). Evodia y Síntique, a pesar de sus desavenencias, eran mujeres que trabajaban en el Evangelio (*Filipenses 4:2s*). El evangelista Felipe tenía cuatro hijas que eran profetisas (*Hechos 21:9*). Las mujeres de más edad tenían que enseñar (*Tito 2:3*). Pablo consideraba a Lidia y Eunice dignas del más alto honor (*2 Timoteo 1:5*); y hay muchos nombres de mujer en el cuadro de honor de los servidores de la Iglesia en *Romanos 16*.

Todo lo de este capítulo son reglas meramente temporales para satisfacer una situación dada. Si queremos saber el punto de vista definitivo de Pablo en esta cuestión, vayamos a *Gálatas 3:28*: < No hay diferencia entre judíos o griegos, esclavos o libres, varones o mujeres, porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. » En Cristo se borran en la Iglesia las diferencias de lugar y honor y cargos.

Y sin embargo este pasaje termina con una verdad indudable. Las mujeres, dice, se salvarán criando hijos. Esto puede querer decir dos cosas. Es posible que sea una referencia al hecho de que María, una mujer, fue la madre de Jesús, y que eso quiera decir que las mujeres se salvarán -como también los hombres- por ese acto supremo de dar a luz al Mesías. Pero es mucho más probable que el sentido sea mucho más sencillo; y que aquí se quiera decir que las mujeres encontrarán la salvación, no en hablar en las reuniones, sino en la maternidad, que es su corona. Aparte de todos los otros sentidos posibles, la mujer es la reina del hogar.

No debemos leer este pasaje como una barrera para el trabajo de las mujeres en la Iglesia, sino a la luz de su trasfondo judío y griego. Y debemos buscar el punto de vista permanente de Pablo en el pasaje en que nos dice que las diferencias se han borrado, y que hombres y mujeres, esclavos y libres, judíos y gentiles, son todos igualmente elegibles en el servicio de Cristo.

LOS DIRIGENTES DE LA IGLESIA

1 Timoteo 3:1-7

Hay un dicho que todos debemos creer: Si uno aspira al cargo de supervisor de la iglesia, es un trabajo digno el que se ha propuesto. El supervisor debe ser un hombre que no esté sujeto a críticas. Debe haber estado casado solamente una vez; debe ser sobrio, prudente, de buenos modales, hospitalario y con capacidad para la enseñanza. No debe ser excesivamente aficionado al vino, ni ser la clase de persona que se enfrenta con otros, sino debe ser amable y pacífico y libre del amor al dinero. Debe tener su casa en orden, manteniendo a sus hijos bajo control con completa dignidad. (Si uno no sabe dirigir su propia casa, ¿cómo va a estar a cargo de la congregación de Dios?) No debe ser un converso reciente, no sea que se enorgullezca con un sentimiento de su propia importancia, y caiga así en la misma condenación que el diablo. Debe haberse ganado el respeto de los de fuera de la Iglesia, para que no caiga en críticas y en lazo del diablo.

Éste es un pasaje muy importante desde el punto de vista del gobierno eclesiástico. Trata del hombre al que la versión Reina-Valera y muchas otras traducciones llaman *el obispo*, y que hemos traducido por *supervisor*.

En el Nuevo Testamento hay dos palabras que describen a los dirigentes principales de la Iglesia, es decir, los encargados que se habían de encontrar en todas las congregaciones y de cuya conducta y administración dependía su buena marcha.

(i) Estaba el hombre que se llamaba *el anciano (presbyteros)*. El cargo de anciano es el más antiguo de todos los de la Iglesia. Los judíos tenían sus ancianos, y remontaban su origen a la situación en que Moisés, en el tiempo de la peregrinación por el desierto, nombró a 70 hombres para que le ayudaran en la tarea de controlar y cuidarse del pueblo (*Números 11:16*).

Todas las sinagogas tenían sus ancianos, que eran los verdaderos dirigentes de la comunidad judía. Presidían el culto de la sinagoga; administraban reprensión y disciplina cuando era necesario; zanjaban los pleitos que en otros países se habrían llevado a los tribunales.

Entre los judíos los ancianos eran hombres respetables que ejercían una supervisión paternal sobre los asuntos espirituales y materiales de cualquier comunidad judía. Pero los judíos no eran los únicos que tenían el cargo de anciano. El cuerpo rector de los espartanos se llamaba la *guerusia*, que quiere decir *la junta de los ancianos*. El Parlamento de Roma se llamaba el *Senado*, que viene de *sénex*, que quiere decir *un anciano*. En Inglaterra los hombres que se cuidaban de los asuntos de la comunidad se llamaban *aldermen*, que quiere decir *ancianos*. En los tiempos del Nuevo Testamento todas las aldeas de Egipto tenían sus ancianos que se cuidaban de los asuntos de la comunidad. Los ancianos tenían una larga historia, y tenían un lugar importante en la vida de casi todas las comunidades.

(ii) Pero algunas veces el Nuevo Testamento usa otra palabra, *episkopos*, que se suele traducir por la palabra que ha dado en español, *obispo*, y que quiere decir literalmente *supervisor o superintendente*. Esta palabra también tiene una historia larga y honrosa. La Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, la usaba para describir a los *capataces*, que estaban a cargo de las obras públicas y los proyectos de edificación (*2 Crónicas 34:17*). Los griegos la usaban para describir a los hombres nombrados para ir de la ciudad madre a regular los asuntos de una colonia recién fundada en algún lugar lejano. La usaban para describir lo que nosotros llamaríamos comisionados, nombrados para poner en orden los asuntos de una ciudad. Los romanos la usaban para describir a los magistrados nombrados para supervisar la venta de los alimentos dentro de la ciudad de Roma. Se usa de los delegados especiales nombrados por un rey para ver que las leyes que había establecido se cumplieran. *Episkopos* siempre implica dos cosas: Primera, *la supervisión* de algún área o esfera de trabajo, y segunda, *la responsabilidad* o algún poder ante autoridad superior.

La cuestión es: ¿Qué relación había en la Iglesia Primitiva entre el anciano, *presbyteros*, y el supervisor, *episkopos*.

La investigación moderna mantiene prácticamente unánimemente que en la Iglesia Original el *presbyteros* y el *episkopos* eran lo mismo. La base para esa identificación es: (a) Los ancianos se nombraban en todas las iglesias. Después del primer viaje misionero Pablo y Bernabé eligieron ancianos en todas las iglesias que habían fundado (*Hechos 14:23*). A Tito se le instruye que nombre y ordene ancianos en todas las ciudades de Creta (*Tito 1:5*). (b) Las cualificaciones de un *presbyteros* y las de un *episkopos* son idénticas en todos los sentidos (*1 Timoteo 3:2-7; Tito 1:6-9*). (c) Al principio de *Filipenses*, Pablo dirige sus saludos a los *obispos* y los *diáconos* (*Filipenses 1:1*). Es totalmente imposible que Pablo no mandara saludos a todos los *ancianos* que, como ya hemos visto, había en todas las iglesias; y por tanto los *obispos* y los *ancianos* deben ser la misma clase de personas en la iglesia. (d) Cuando Pablo estaba haciendo su último viaje a Jerusalén, mandó llamar a los *ancianos* de Éfeso para que se reunieran con él en Mileto (*Hechos 10:17*), y en el curso de su conversación con ellos les dice que Dios los ha hecho *episkopoi* para alimentar la Iglesia de Dios (*Hechos 20:28*). Es decir: Se dirige precisamente al mismo cuerpo de hombres, primero como *ancianos*, y luego como *obispos* o *supervisores*. Cuando Pedro está escribiendo a los suyos, les habla como un *anciano* a *ancianos* (*1 Pedro 5:1*), y entonces pasa a decir que su función es *supervisar* el rebaño de Dios (*1 Pedro 5: 2*), y la palabra que usa para *supervisar*, es el verbo *episkopein*, del que deriva *episkopos*. Toda la evidencia del Nuevo Testamento contribuye a demostrar que el *presbyteros* y el *episkopos*, el anciano y el obispo o supervisor, eran lo mismo y los mismos.

Surgen dos preguntas. La primera, si eran lo mismo, ¿por qué se usaban dos nombres para designarlos? La respuesta es .que *presbyteros* describía a aquellos dirigentes de la Iglesia tal como eran personalmente. Eran los hombres más ancianos, miembros respetados en la comunidad. *Episkopos*, por otra parte, describía *su función*, que era supervisar la vida y el trabajo de la iglesia. Una palabra describía al hombre; la otra describía su tarea.

La segunda pregunta es: Si el anciano y el obispo eran lo mismo en un principio, ¿cómo llegó a ser el obispo lo que llegó a ser? La respuesta es sencilla. Era inevitable que el cuerpo de los ancianos requiriera y adquiriera un moderador. Era esencial que alguien asumiera la dirección, y eso fue lo que sucedió. Cuanto más organizada llegó a estar la Iglesia tanto más era normal que surgiera tal figura. Y el anciano que sobresalía como dirigente llegó a ser conocido como el *episkopos*, el *superintendente* de la iglesia. Pero ha de notarse que era simplemente un dirigente entre iguales. Era de hecho el anciano cuyas circunstancias y cualidades personales se combinaban para hacerle dirigente de la obra de una congregación de la Iglesia Cristiana.

Se verá que el traducir *episkopos* por la palabra *obispo* en el Nuevo Testamento le da un sentido que no le corresponde. Es mejor traducirla por *supervisor o superintendente*.

EL NOMBRAMIENTO Y LOS DEBERES DE LOS DIRIGENTES DE LAS IGLESIAS

1 Timoteo 3:1-7 (continuación)

Este pasaje es interesante además porque nos dice algo del nombramiento y los deberes de los dirigentes de la Iglesia.

(i) Se los apartaba oficialmente para su responsabilidad. Tito tenía que ordenar ancianos en todas las iglesias (*Tito 1:5*). Los encargados de la iglesia no se nombraban en secreto; se los apartaba a la vista de todos; el honor de la Iglesia se ponía en sus manos públicamente.

(ii) Tenían que pasar un período de prueba. Primero tenían que ser aprobados (*1 Timoteo 3:10*). Nadie construye un puente o una maquinaria con metal que no haya sido probado. La Iglesia haría bien en ser más estricta en la prueba de los que son elegidos como dirigentes.

(iii) Se les pagaba por el trabajo que tenían que hacer. El obrero se merecía su salario (*1 Timoteo 5:18*). El dirigente cristiano no trabaja por el sueldo; pero, por otra parte, es el deber de la iglesia que le ha escogido para ese trabajo proveerle de los medios de vida.

(iv) Estaban expuestos a la crítica (*1 Timoteo 5:19-22*). En la Iglesia Primitiva los encargados tenían una doble función. Eran dirigentes de la iglesia; pero eran también servidores de la iglesia. Tenían que dar cuenta de su administración. Ningún encargado cristiano se debe considerar libre de tener que dar cuenta; es responsable ante Dios y ante la comunidad sobre la que Dios le ha encargado presidir.

(v) Tenían la obligación de *presidir* las asambleas cristianas y de *enseñar* a la congregación cristiana (*1 Timoteo 5:17*). El encargado cristiano tiene la doble obligación de *administrar* y de *instruir*. Bien puede ser que una de las tragedias de la Iglesia moderna sea que la función administrativa haya usurpado el espacio de la función docente casi totalmente. Es triste ver que pocos ancianos se ocupan activamente de la enseñanza de niños y jóvenes en la Escuela Dominical.

(vi) El encargado no tenía que ser *un converso reciente*. Se dan dos razones para esta norma. La primera está bien clara. Es «no sea que se envanezca con un sentimiento de su propia importancia.» La segunda no está tan clara. Es, como dice alguna versión: «No sea que caiga en la condenación del diablo.» Hay tres posibles explicaciones de esta frase tan extraña. (a) Fue por su orgullo por lo que Lucifer se rebeló contra Dios y fue expulsado del Cielo. Y esto puede ser sencillamente una segunda advertencia del peligro del orgullo. (b) Puede que quiera decir que si el converso que se pone en un puesto de responsabilidad demasiado pronto llega a ser culpable de orgullo, le da al diablo una oportunidad de hacer sus acusaciones contra él. Un encargado de iglesia que sea muy creído le da al diablo una oportunidad de sugerirle a los críticos de la Iglesia: «¡Fijaos! ¡Ahí tenéis a vuestro cristiano! ¡Ése es vuestro miembro de iglesia! ¡Así son todos los dirigentes!» (c) La palabra *diábolos* tiene dos significados. Quiere decir *diablo*, y ese es el sentido en que la ha tomado aquí la ReinaValera; pero también quiere decir *calumniador*. Es de hecho la palabra que se usa para *calumniador* en el versículo 11 donde se prohíbe a las mujeres que sean calumniadoras. Así es que esta frase puede querer decir que el converso reciente que ha sido nombrado para un cargo, como si dijéramos, le ha crecido la cabeza, da ocasión a los calumniadores. Su conducta indigna es una munición para todos los que están en contra de la Iglesia. No importa cómo lo tomemos; lo importante es que un dirigente de iglesia presumido es una mala inversión para la iglesia.

Pero, desde que la Iglesia lo descubrió, la responsabilidad del encargado no empezaba ni terminaba en la iglesia local. Tenía otras dos esferas de responsabilidad, y si fallaba en ellas era impenable que fallara también en la iglesia.

(i) Su primera esfera de responsabilidad era su propio hogar. Si no sabía gobernar su propia casa, ¿cómo se podía encargar de la tarea de gobernar la casa del Señor? (*1 Timoteo 3:5*). El que no hubiera conseguido hacer un hogar cristiano no se podía esperar que consiguiera hacer una congregación cristiana. El que no hubiera instruido a su propia familia está claro que no sería idóneo para instruir a la familia de la Iglesia.

(ii) La segunda esfera de responsabilidad era el mundo. Tenía que ser «bien considerado por los de fuera» (*1 Timoteo 3: 7*) Debe ser un hombre que se haya ganado el respeto de sus contemporáneos en los negocios de la vida de día a día. No hay nada que le haya hecho más daño a la Iglesia que los que son activos en ella cuya profesión y vida social desmiente la fe que profesan y los preceptos que enseñan. El encargado cristiano debe en primer lugar ser una buena persona.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 Timoteo 3:1-7 (continuación)

Acabamos de leer que el dirigente cristiano debe ser una persona que se haya ganado el respeto de todos los demás. En este pasaje encontramos una gran serie de palabras y frases que describen su carácter; y valdrá la pena considerar cada una por turno. Antes de hacerlo será interesante colocar al lado de ellas dos descripciones famosas hechas por grandes pensadores paganos acerca del carácter del buen dirigente. Diógenes Laercio (7:116-126) nos transmite la descripción estoica. Debe estar casado; debe carecer de orgullo; debe ser modesto; debe combinar la prudencia intelectual con la excelencia de la conducta exterior. Un escritor llamado Onosandro nos da la otra. Debe ser prudente, controlado, sobrio, frugal, sufrido en el trabajo, inteligente, sin

amor al dinero, ni joven ni viejo, a ser posible padre de familia, capaz de hablar competentemente, y de buena reputación. Es interesante ver hasta qué punto coinciden las descripciones pagana y cristiana.

El dirigente cristiano debe ser *un hombre al que no se le pueda criticar de nada (anepilémtos)*. *Anepilémtos* se usa de una posición que no está expuesta al ataque, de una vida que no está expuesta a la censura, de un arte o técnica que es tan perfecto que no se le puede encontrar ningún fallo, de un acuerdo que es inviolable. El dirigente cristiano no debe estar sólo libre de las faltas a las que pueda estar expuesto por acusaciones definidas; también debe tener tan buen carácter como para no estar expuesto a la crítica. Alguna versión antigua del Nuevo Testamento traduce la palabra griega por una muy inusual en inglés, *irreprehensible*, a quien no se le pueda encontrar un fallo. Los griegos mismos definían la palabra como «no ofreciendo nada que un adversario pudiera utilizar en su contra.» Aquí tenemos el ideal de la perfección. No seremos capaces de realizarlo plenamente; pero sigue en pie el hecho de que un dirigente cristiano debe tratar de ofrecerle al mundo una vida de tal pureza que no deje ninguna grieta abierta para la crítica.

El dirigente cristiano debe haber estado casado sólo una vez. El original quiere decir literalmente que debe ser < el marido de una sola mujer. » Algunos interpretan que esto quiere decir que el dirigente cristiano debe ser casado, y es posible que ése sea un sentido legítimo. Es indudablemente cierto que un hombre casado puede recibir confidencias y aportar ayudas de una manera que un soltero no puede, y que puede aportar una comprensión y simpatía especiales a muchas situaciones. Unos pocos interpretan que quiere decir que el dirigente cristiano no puede casarse por segunda vez, ni siquiera después de la muerte de su primera esposa. Citan en apoyo de esta idea la enseñanza de Pablo en I *Corintios* 7. Pero, por su contexto aquí, podemos estar seguros de que la frase quiere decir que el dirigente cristiano debe ser un marido fiel, que mantenga el matrimonio en toda su pureza. En tiempo posterior los *Cánones Apostólicos* establecían: < El que haya contraído más de un matrimonio después de su bautismo, o el que haya tomado una concubina, no puede ser elegido *epískopos, un obispo.* »

Podríamos preguntar por qué era necesario establecer algo que parece tan obvio. Debemos tener presente el estado del mundo en que se escribió esto. Se ha dicho, y con mucho acierto, que la única virtud totalmente nueva que aportó al mundo el Cristianismo fue la castidad. El mundo antiguo estaba en muchos sentidos en un estado de caos moral, incluido el mundo judío. Aunque pueda parecer alucinante, algunos judíos todavía practicaban la poligamia. En el *Diálogo con Trifón*, en el que Justino Mártir discute el Cristianismo con judíos, se dice que < es posible que un judío tenga, aún ahora, cuatro o cinco mujeres » (*Diálogo con Trifón* 134). Josefo podía escribir: «Según costumbre ancestral un hombre puede vivir con más de una mujer» (*Antigüedades de los Judíos* 17:1,2).

Totalmente aparte de estos casos raros, el divorcio era trágicamente fácil en el mundo judío. Los judíos tenían el ideal más alto del matrimonio. Decían que un hombre debe entregar la vida antes que cometer asesinato, idolatría o adulterio. Tenían la creencia de que los matrimonios se hacen en el Cielo. En la historia de la boda de Isaac y Rebeca se dice: < Este asunto procede del Señor » (*Génesis* 24:50). Esto se interpretaba que quería decir que el matrimonio lo concertaba Dios. Así que se dice en *Proverbios* 19:14: «Una esposa prudente es algo que procede del Señor. » En la historia de Tobías, el ángel dice a Tobías: «No tengas miedo, porque ella fue preparada para ti desde el principio» (*Tobías* 6:17). Los rabinos decían: «Dios se sienta en el Cielo para concertar los matrimonios.» «Cuarenta días antes de que empiece a formarse el niño una voz celestial proclama su cónyuge.»

A pesar de todo eso la ley judía permitía el divorcio. El matrimonio era por supuesto el ideal, pero el divorcio estaba permitido. El matrimonio era «inviolable pero no indisoluble.» Los judíos mantenían que una vez que el matrimonio ideal había sufrido una sacudida por crueldad o infidelidad o incompatibilidad, lo mejor era permitir un divorcio y que los dos pudieran tener un nuevo principio. La gran tragedia era que la mujer no tenía absolutamente ningunos derechos. Josefo dice: «Entre nosotros es legal que el marido disuelva el matrimonio; pero la mujer, si se aparta de su marido no puede casarse con otro, a menos que su marido anterior le conceda el divorcio» (*Antigüedades de los Judíos*, 15:8, 7). En caso de divorcio por consentimiento, en los tiempos del Nuevo Testamento, todo lo que se requería eran dos testigos, sin que se tuviera que pasar por el juzgado. Un marido podía despedir a su mujer por cualquier causa; como mucho una mujer podía solicitar al juzgado que hicieran lo posible para que su marido le escribiera la carta de divorcio; pero no se le podía obligar a darla.

En vista de la situación, las cosas llegaron a tal punto que «las mujeres se negaban a contraer matrimonio, y los hombres encanecían célibes.» Se puso el freno en este proceso mediante una legislación que introdujo Simón ben Shétaj. Una mujer judía siempre aportaba a su marido una dote que se llamaba *ketubá*. Simón estableció que un hombre podía disponer totalmente de la *ketubá* mientras siguiera casado con su mujer, pero si la divorciaba estaba obligado irremisiblemente a devolverla, aunque para ello tuviera que < vender hasta su pelo. » Esto era un freno para el divorcio; pero el sistema judío siempre estuvo viciado por el hecho de que la mujer no tenía derechos.

En el mundo gentil las cosas estaban infinitamente peor. Allí también, según la ley romana, la esposa no tenía ningún derecho. Catón decía: «Si sorprendieras a tu mujer en adulterio, podrías matarla impunemente, sin peligro a juicio; pero si tú estuvieras implicado en adulterio, ya se guardaría ella muy bien de levantar un dedo contra ti, porque sería ilegal.» Las cosas se pusieron tan mal y el matrimonio se convirtió en algo tan molesto que en 131 a.C. un romano famoso llamado Metelo Macedónico hizo un pronunciamiento que más tarde citó el propio Augusto: « Si pudiéramos pasarnos sin mujeres, nos

libraríamos de muchas molestias. Pero, puesto que la naturaleza ha decretado que no podamos vivir tranquilamente con ellas, ni tampoco sin ellas, debemos mirar más bien a nuestros intereses permanentes que al placer pasajero.»

Hasta los poetas romanos se dieron cuenta de lo terrible de la situación. «Edades ricas en pecado -escribió Horacio fueron las primeras en manchar el matrimonio y la vida familiar. De esta fuente el mal ha seguido fluyendo» «Antes se secarán los mares -dijo Propertio- y se arrebatarán las estrellas de los cielos que se reformen nuestras mujeres.» Ovidio escribió su famoso, o infame, libro *El Arte de Amar*, y ni una sola vez desde el principio hasta el fin menciona el amor conyugal. Escribió cínicamente: «Las únicas mujeres castas son las que nadie desea, y el que se enfurezca porque su mujer tiene algún amorío no es más que un rústico jabalí.» Séneca declaraba: «Las mujeres desprecian como si fuera un adolescente a cualquiera cuyos amores no sean notorios, o que no le pague a una mujer casada con otro una renta anual; de hecho los maridos se han convertido en meros juguetes para sus amantes.» < Solamente las feas -decía- son fieles.» «Una mujer que se contente con tener dos perseguidores es un dechado de virtud.» Tácito alababa a las tribus germánicas supuestamente bárbaras por « no tomar a risa el mal, y no convertir la seducción en el espíritu de los tiempos.» Cuando tenía lugar un matrimonio, el hogar de la nueva pareja se decoraba con hojas verdes de bayas. Juvenal decía que había quienes iniciaban el divorcio antes de que las hojas se hubieran secado. El 19 a.C. uno llamado Quinto Lucrecio Vespilón erigió una lápida a su mujer que decía: «Raro es el matrimonio que llega a la muerte sin divorciarse; pero el nuestro se ha mantenido felizmente durante 41 años.» Un matrimonio feliz era una excepción.

Ovidio y Plinio tuvieron tres mujeres; César y Antonio, cuatro; Sula y Pompeyo, cinco; Herodes tuvo nueve; Tulia, la hija de Cicerón, tuvo tres maridos; Nerón fue el tercer marido de Popea y el quinto de Estatila Mesalina.

No fue sin razones el que las Pastorales establecieran que el dirigente cristiano debe ser marido de una sola mujer. En un mundo en el que hasta los puestos de máxima responsabilidad estaban inundados de inmoralidad, la Iglesia Cristiana debía mostrar la castidad, la estabilidad y la santidad del hogar cristiano.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 *Timoteo* 3:1-7 (continuación)

El dirigente cristiano debe ser *sobrio (néfálios)* y *no debe darse excesivamente al vino (pároinos)*. En el mundo antiguo el vino era de uso corriente. Donde la provisión de agua era deficiente y a veces peligrosa, el vino era la bebida más natural. El vino alegra el corazón de los dioses y de los hombres (*Jueces* 9:13). En la restauración de Israel, se plantarían viñas y se bebería su vino (*Amós* 9:14). Los licores fuertes se dejaban para los que estaban a punto de perecer, y el vino para los de corazón apesadumbrado (*Proverbios* 31:6).

Esto no es decir que el mundo antiguo no se diera cuenta de los peligros del alcohol. *Proverbios* habla del desastre que sobreviene al que se queda alucinado contemplando el vino rojo (*Proverbios* 23:29-35). El vino es burlador, y los licores pendencieros (*Proverbios* 20:1). Hay historias terribles de lo que les sucedió a las personas que se entregaban demasiado al vino. Tenemos el caso de Noé, al que un clásico español llamaba « el inventor del sarmiento» (*Génesis* 9: I 5-27); de Lot (*Génesis* 19:30-38); de Amnón (2 *Samuel* 13:28s). Aunque en el mundo antiguo se usaba el vino corrientemente, esto no quiere decir que se usara en exceso. Se solía beber mezclado con agua dos partes de vino a tres de agua. Un borracho era despreciado en cualquier sociedad pagana ordinaria, y no menos en la iglesia.

Lo interesante es que ambas palabras tienen su doble sentido en esta sección. *Néfálios* quiere decir *sobrio*, pero también quiere decir *alerta y vigilante*; *pároinos* quiere decir *aficionado al vino*, pero también quiere decir *peleón y violento*. Lo que las Pastorales dejan bien claro es que el cristiano no debe permitirse nada que reduzca su vigilancia cristiana o que ensucie su conducta cristiana.

Siguen dos palabras griegas que describen dos cualidades que deben ser características del dirigente cristiano. Debe ser *prudente (sófrón)* y *de buenos modales (kósmios)*.

Hemos traducido *sófrón* por *prudente*, pero es virtualmente intraducible. Se traduce diversamente por *sano de mente, discreto, prudente, controlado, casto, en perfecto control de sus instintos sensuales*. Los griegos lo derivaban de dos palabras que quieren decir *mantener la mente sana y salva*. El nombre correspondiente es *sófrōsyné*, y los griegos escribían y pensaban mucho de esta cualidad. Es la contraria de la incontinencia y del descontrol. Platón la definía como « el dominio del placer y el deseo.» Aristóteles la definía como « el poder por el cual se usan los placeres del cuerpo como manda la ley.»

Filón la definía como «limitar y ordenar correctamente los deseos, lo que elimina los que son externos y excesivos, y adorna los que son necesarios con sazón y moderación.» Pitágoras decía que era « el fundamento sobre el que descansa el alma.» Hámbrico decía que «es la salvaguardia de los hábitos más excelentes de la vida.» Eurípides decía que era « el más precioso don de Dios.» Jeremy Taylor la llamaba « el cinto de la razón y la brida de la pasión.» Trench describe *sófrōsyné* como « la condición de total control sobre las pasiones y los deseos, que reciben no más campo de actividad que el que admiten y aprueban la ley y la recta razón». Gilbert Murray escribía de *sófrón*: «Hay una manera de pensar que destruye, y una manera que salva. El hombre o la mujer que es *sófrón* anda entre las bellezas y los peligros del mundo, sintiendo amor, gozo, ira, y el resto; y entre todas las cosas

tiene en su mentalidad aquello que salva. ¿A quién salva? No a la persona sola, sino, como si dijéramos, la situación total. Impide que el mal inminente llegue a producirse.» E. F. Brown cita como ilustración de *sófrōsyne* una oración de Tomás de Aquino pidiendo «tranquilidad en todos nuestros impulsos, carnales y espirituales.»

La persona que es *sófrōn* tiene todas las partes de su naturaleza bajo perfecto control, lo que quiere decir que la persona que es *sófrōn* es aquella en cuyo corazón Cristo reina supremo.

La palabra compañera es *kósmios*, que hemos traducido como *de buenos modales*. Si uno es *kósmios* en su conducta exterior es porque es *sófrōn* en su vida interior. *Kósmios* quiere decir *ordenado, honesto, decoroso*. Tiene dos usos especiales en griego. Es corriente en tributos e inscripciones dedicadas a los muertos. Y se usa corrientemente para describir al que es un buen ciudadano. Platón describe al hombre que es *kósmios* como « el ciudadano que está tranquilo en la tierra, que cumple fielmente en su lugar y circunstancias los deberes que le conciernen como tal.» Esta palabra describe a la persona cuya vida es hermosa y en cuya personalidad se integran armoniosamente todas las cosas.

El dirigente de la Iglesia debe ser una persona que es *sófrōn*, que tiene bajo control todos sus instintos y deseos; debe ser una persona que es *kósmios*, su control interior manifestándose en su integridad exterior. El dirigente debe ser una persona en cuyo corazón reina el poder de Cristo y en cuya vida se refleja la belleza de Cristo.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 Timoteo 3:1-7 (conclusión)

El dirigente cristiano debe ser *acogedor (filóxenos)*. Ésta es una cualidad en la que el Nuevo Testamento hace mucho hincapié. Pablo exhorta a la iglesia romana a «practicar la hospitalidad» (*Romanos 12:13*). «Practicad la hospitalidad sin murmuraciones unos con otros,» dice Pedro (1 *Pedro 4:9*). En *El Pastor de Hermas*, uno de los más antiguos escritos cristianos, se establece: « El *episcopos* debe ser acogedor, que de buena gana y en todo tiempo reciba en su casa a los siervos de Dios.» El dirigente cristiano debe ser una persona con un corazón y una puerta abiertos.

El mundo antiguo prestaba mucho cuidado a los derechos del huésped. El forastero estaba bajo la protección de Zeus Xenios, el Protector de los extranjeros. En el mundo antiguo, las posadas eran notoriamente malas. En una de las comedias de Aristófanes, Heracles le pregunta a su compañero dónde pararán esa noche; y la respuesta es: «Donde haya menos pulgas.» Platón habla de un posadero que era como un pirata que retenía a sus huéspedes como rehenes. Las posadas tendían a ser sucias y caras, y sobre todo inmorales. En el mundo antiguo había un sistema de lo que llamaban *amistades de hospedaje*. A lo largo de generaciones algunas familias habían llegado al acuerdo de darse acomodo y hospitalidad. Los miembros de las familias llegaban a menudo a acabar por ser totalmente desconocidos de los otros, y tenían que identificarse por lo que llamaban *emblemas*. El forastero que buscaba alojamiento presentaba la mitad de un cierto objeto; el anfitrión tendría la otra mitad; y si las dos mitades casaban exactamente el anfitrión sabía que el otro sería su huésped y el huésped sabía que el otro era indudablemente el amigo ancestral de su familia.

En la Iglesia Cristiana había maestros y predicadores ambulantes que necesitaban hospitalidad. Había también muchos esclavos que no tenían casa propia, para los que sería un gran privilegio que se les permitiera entrar en un hogar cristiano. Era la mayor bendición el que los cristianos tuvieran hogares cristianos siempre abiertos en los que pudieran encontrarse con personas parecidas a ellos. Vivimos en un mundo en el que hay todavía muchos que están lejos de su hogar, muchos que son extranjeros en un lugar extraño, muchos que viven en condiciones en las que es difícil ser cristiano. La puerta de un hogar cristiano y la bienvenida de un corazón cristiano deberían estar siempre abiertas.

El dirigente cristiano debe tener *facilidad para enseñar (didaktikós)*. Se ha dicho que su deber es «predicar a los inconversos y enseñar a los convertidos.» Hay que decir dos cosas acerca de esto. Uno de los desastres de los tiempos modernos es que el ministerio de la enseñanza de la Iglesia no se ejerce como es debido. Abunda la predicación sobre temas cualesquiera y la exhortación; pero sirve de poco el exhortar a ser cristiano cuando no se sabe lo que eso quiere decir. La instrucción es un deber primario del predicador y dirigente cristiano. La segunda cosa es la siguiente. La enseñanza más preciosa y más efectiva no se imparte *hablando* sino *siendo*. Hasta una persona que no tenga don de palabra puede enseñar vi-viendo de tal manera que se pueda ver en ella el reflejo del Maestro. Se ha dicho que un santo es alguien « en quien Cristo vive otra vez.»

El dirigente cristiano *no debe ser una persona que le dé la paliza a los demás (pléktés, golpeador)*. Que esta advertencia no era innecesaria se ve en una de las primeras reglas de los *Cánones Apostólicos*: «Un obispo, sacerdote o diácono que golpee a los fieles cuando yerran, o a los incrédulos cuando cometen una injuria, y que desee por tales medios atemorizarlos, recomendamos que sea depuesto; porque el Señor no nos ha enseñado esto en ningún sitio. Cuando Le insultaban, Él no devolvía el insulto, sino por el contrario. Cuando Le golpeaban, Él no devolvía el golpe; cuando sufría, no amenazaba.» No es probable que ningún dirigente cristiano ahora golpee físicamente a otro cristiano; pero sigue presentándose el hecho de ejercer violencia, ser irascible, dominante, de mal genio y acción, cosas que le están prohibidas a un cristiano.

El dirigente cristiano debe ser *benigno*. En griego se usa la palabra *epieikés*, otra de esas palabras totalmente intraducibles. El nombre es *epieic7ceia*, que Aristóteles describe como «lo que corrige la justicia» y lo que «es justo y mejor que la justicia.»

Decía que era la cualidad que corrige la ley cuando la ley yerra por ser demasiado general. Lo que quiere decir es que a veces puede ser injusto el aplicar la estricta letra de la ley. Trench decía que *epiefeia* quiere decir «retirar de la letra del derecho para preservar mejor el espíritu del derecho;» y es « el espíritu que reconoce la imposibilidad de adscribirse a toda ley formal... que reconoce el peligro que siempre acecha en la aserción de los derechos legales, para que no se empujen hasta llegar a ser errores morales... el espíritu que rectifica y endereza la injusticia de la justicia.»

Aristóteles describe plenamente la acción de *epieikeia*: «Perdonar las faltas humanas; mirar al legislador, no a la ley; a la intención, no a la acción; al todo, no a la parte; al carácter del actor en conjunto y no solamente en un momento determinado; recordar el bien antes que el mal, y el bien que uno ha recibido más bien que el que uno ha hecho; soportar la injuria; desear zanjar una cuestión con palabras mejor que con obras.» Si hay alguna cuestión en disputa, se puede resolver consultando un libro de práctica y procedimiento, o consultándose a Jesucristo. Si se trata de una cuestión en debate, se puede resolver por la ley, o por el amor. La atmósfera de muchas iglesias cambiaría radicalmente si hubiera en ellas más *epieikeia*.

El dirigente cristiano debe ser *pacífico* (*ámajos*). La palabra griega quiere decir *indispuesto a pelear*. Hay personas a las que les encanta apretar el gatillo en sus relaciones con otras personas. Pero el verdadero dirigente cristiano lo que quiere es mantener la paz con sus semejantes.

El dirigente cristiano debe estar *libre del amor al dinero*. No hace nunca nada simplemente para sacar provecho. Sabe que hay valores que están por encima **del precio del dinero**.

LOS HOMBRES DEL SERVICIO CRISTIANO

1 Timoteo 3:8-10,12s

Paralelamente, los diáconos deben ser hombres respetables, rectos, que no se permiten excesos en el vino, que no estén dispuestos a rebajarse a métodos indignos de hacer dinero; deben mantener el secreto de la fe que les ha sido revelado con limpia conciencia. A los diáconos también hay que ponerlos a prueba primeramente; y, si salen intachables de la prueba, que sean diáconos... Los diáconos deben estar casados sólo una vez; deben dirigir a sus propios hijos y sus hogares como es debido. Porque los que realizan un buen trabajo en el puesto de diáconos son dignos de un alto grado de honor, y obtienen mucha libertad en la fe de Jesucristo.

En la Iglesia Primitiva la función de los diáconos se circunscribía principalmente en la espera del servicio práctico. La Iglesia Cristiana heredó una magnífica organización de la beneficencia de los judíos. No ha habido ninguna otra nación que tuviera un sentimiento de responsabilidad comparable para con los hermanos y hermanas pobres. La sinagoga tenía una organización estable para ayudar a tales personas. Los judíos más bien desanimaban a que se diera ayuda individual a personas individuales. Preferían que la ayuda se diera por medio de la comunidad y especialmente por medio de la sinagoga.

Todos los viernes en todas las comunidades dos encargados de la colecta se daban una vuelta por los mercados y llamaban en todas las casas recogiendo donativos para los pobres en dinero y en especie. Los productos así recogidos se distribuían entre los que estaban en necesidad mediante un comité de dos o más si era necesario. A los pobres de la comunidad se les daban suficientes alimentos para catorce comidas, es decir, para dos comidas diarias durante una semana; pero nadie podía recibir de este fondo si ya tenían en su casa el alimento de la semana. Este fondo para los pobres se llamaba la *kuppá*, o *la cesta*. Además de esto se hacía una colecta diaria de alimentos de casa en casa para los que se encontraran de momento en una necesidad extrema. Este fondo se llamaba el *tamjui*, o *la bandeja*. La Iglesia Cristiana heredó esta organización de la beneficencia, y sin duda sería la tarea de los diáconos el hacerla funcionar.

Muchas de las cualidades del diácono coinciden con las del *episkopos*. Habían de ser hombres de carácter intachable; tenían que ser abstemios, o por lo menos moderados en su beber; no tenían que mancharse las manos con maneras poco recomendables de hacer dinero; tenían que someterse a prueba un cierto tiempo; debían practicar lo que predicaban, para mantener la fe cristiana con limpia conciencia.

Se añade una nueva cualidad: habían de ser *rectos*. El original dice que no debían ser *dílogos*, y *dílogos* quiere decir *hablar con dos voces*, diciéndole una cosa a uno y otra a otro. En *El Peregrino*, Juan Bunyan pone en boca de Interés-privado la descripción de las personas que viven en el pueblo Buenaspalabras. El señor Voluble, el señor Contemporizador, el señor Buenas-palabras, de quien tomó su nombre el pueblo; también los Sres. Halago, Dos-caras, Cualquier-cosa, el vicario de nuestra parroquia señor Dos-lenguas (Juan Bunyan, *El Peregrino*, capítulo 14). Un diácono que fuera corrientemente de casa en casa, y en su trato con los que necesitaran ayuda, tenía que ser recto. Una y otra vez tendría la tentación de evitar problemas con un poco de hipocresía a tiempo y de palabras suaves. Pero el que hubiera de hacer el trabajo de la Iglesia Cristiana tenía que ser recto.

Está claro que el que realiza su trabajo de diácono como es debido puede esperar que se le eleve al puesto de anciano, y ganará tal posición en la fe que le permita mirar a todos a cara descubierta.

MUJERES QUE SIRVEN EN LA IGLESIA

1 Timoteo 3:11

De la misma manera las mujeres deben ser dignas; no deben entregarse al chismorreo; deben ser sobrias; en todas las cosas, dignas de confianza.

Por lo que se refiere al texto original, esto podría referirse a las mujeres de los diáconos, o a mujeres que realizaran un servicio semejante. Parece mucho más probable que se refiera a mujeres que están comprometidas también en el trabajo de beneficencia. Tiene que haber habido obras de amabilidad y de ayuda que solo una mujer podría ofrecer adecuadamente a otra mujer. No cabe duda de que en la Iglesia Primitiva había diaconisas. Tenían el deber, probablemente entre muchos otros, de instruir a las mujeres que se convertían, y en particular presidir y ayudarlas en su bautismo, que era por inmersión.

Era necesario advertir a tales mujeres obreras del peligro del chismorreo y exhortarlas a que fueran del todo de confianza. Cuando un médico joven se gradúa y antes de empezar su práctica, se le toma el juicio hipocrático, una parte del cual es el compromiso de no repetir nunca lo que ha oído en la casa de un paciente, o acerca de un paciente, aunque lo haya oído . en la calle. En la labor de ayudar a los pobres se podrían oír fácilmente ciertas cosas que, repetidas, causarían un perjuicio tremendo. No es ningún insulto a las mujeres el que en las pastorales se les prohíba sucumbir al chismorreo. Según está montada la vida una mujer corre más peligro de chismorrear que un hombre, porque a éste el trabajo le saca al mundo, mientras que una mujer vive tradicionalmente en una esfera más estrecha y por esa misma razón tiene menos cosas de las que hablar. Esto aumenta el peligro de hablar acerca de relaciones personales de las que pueden surgir chismorreos dañinos. Ya se trate de un hombre o de una mujer, el divulgar secretos o el repetir cosas que se han dicho en confianza es algo monstruoso para una persona cristiana.

En la civilización griega era esencial el que las obreras de la Iglesia conservaran su dignidad. Una mujer griega respetable vivía en la más estricta reclusión; nunca salía sola; nunca ni siquiera participaba en las comidas con su familia. Pericles decía que el deber de una madre ateniense era vivir una vida tan retirada que no se mencionara nunca su nombre ni para alabarla ni para criticarla. Jenofonte cuenta lo que decía un caballero del país que era amigo suyo acerca de la joven esposa con la que acababa de casarse y a la que amaba entrañablemente. < ¿Qué era probable que supiera cuando yo me casé con ella? Todavía no tenía quince años cuando la introduje en mi casa, y había sido criada bajo la más estricta supervisión; en la medida de lo posible no se le había permitido ver nada, oír nada, ni hacer ningunas preguntas. » Esa era la manera en que se criaban las chicas griegas respetables. Jenofonte nos pinta el retrato de una de estas jóvenes esposas que gradualmente «iban creciendo acostumbradas a su marido y estando suficientemente domesticadas para mantener una conversación con él.»

El Cristianismo trajo la emancipación de las mujeres; las liberó de una especie de esclavitud. Pero tenía sus peligros. La mujer liberada podía usar mal su libertad recién encontrada. El mundo respetable se podría escandalizar ante tal emancipación; así es que la Iglesia tenía que establecer ciertas reglas. Era usando su libertad sabiamente como las mujeres llegarían a tener la posición respetable en la Iglesia que tienen, y van adquiriendo en mayor medida, en nuestro tiempo.

PRIVILEGIO Y RESPONSABILIDAD DE LA VIDA EN LA IGLESIA

1 Timoteo 3:14s

Te estoy escribiendo estas cosas esperando, mientras escribo, ira verte pronto. Pero te estoy escribiendo para que, si me retraso, puedas saber cómo conducirte en la casa de Dios, que es la asamblea del Dios viviente, y la columna y el baluarte de la verdad.

Aquí tenemos en una frase la razón por la que se escribieron las epístolas pastorales; se escribieron para decirles a las personas cómo debían comportarse en la iglesia. La palabra para *comportarse* es *anastrefesthai*; describe el conjunto de la vida y el carácter; pero describe especialmente a la persona en su relación con los demás. Como se ha dicho, la palabra misma establece que el carácter personal de un miembro de la iglesia debe ser excelente y que sus relaciones personales con otros deben manifestar una verdadera comunión. Una congregación cristiana es un cuerpo de personas que son amigas de Dios y amigas entre sí. Pablo pasa a usar cuatro palabras que describen cuatro grandes funciones de la Iglesia.

(i) La Iglesia es *la casa (oikos)* de Dios. Lo primero y principal es que debe ser una familia. En un informe escrito después de una sus grandes victorias navales, Nelson la atribuía al hecho de que «había tenido la dicha de mandar a una banda de hermanos.» A menos que una iglesia sea una banda de hermanos no es una verdadera iglesia. El amor de Dios sólo puede existir donde existe el amor fraternal.

(ii) La Iglesia es la asamblea (*ekklésia*) del Dios viviente. .La palabra *ekklésia* quiere decir literalmente una compañía de

personas que han sido convocadas. No quiere decir que esas personas hayan sido *seleccionadas o escogidas*. En Atenas, la *ekklésia* era el cuerpo gobernante de la ciudad; y su membresía consistía en que *todos* los ciudadanos se reunían en asamblea. Pero, muy naturalmente, en ninguna ocasión asistieron todos. Se proclamaba la llamada a asistir a la Asamblea de la ciudad pero solamente algunos ciudadanos respondían asistiendo. La llamada de Dios se ha dirigido a todas las personas; pero solamente algunos la han aceptado, y esos son la *ekklésia*, la Iglesia. No es que Dios haya sido selectivo. La invitación se dirige a todos; pero una invitación requiere una respuesta.

(iii) La Iglesia es *la columna* de la verdad (*stylos*). En Éfeso, adonde se dirigieron estas cartas, la palabra *columna* tendría un significado especial. La más grande gloria de Éfeso era el Templo de Diana o Artemisa. «¡Grande es Diana de los Efesios!» (*Hechos 19:28*). Era una de las siete maravillas del mundo. Una de sus excelencias eran sus columnas. Tenía ciento veintisiete columnas cada una de las cuales había sido el regalo de un rey. Todas eran de mármol, y algunas estaban adornadas con joyas y recubiertas de oro. Los de Éfeso sabían muy bien lo hermosa que podía ser una columna. Bien puede ser que la idea de la palabra *columna* no indique aquí tanto *el apoyo* -eso está contenido en *baluarte*- como *despliegue*. A menudo se colocaba la estatua de un personaje famoso encima de una columna para que pudiera sobresalir por encima de todas las cosas ordinarias y verse claramente, hasta desde lejos. La idea aquí es que el deber de la Iglesia es mantener bien alta la verdad de tal manera que todos puedan verla.

(iv) La Iglesia es *el baluarte* (*hedraíoma*) de la verdad. El baluarte es el apoyo de todo el edificio. Lo mantiene de pie e intacto. En un mundo que no quiere enfrentarse con la verdad, la Iglesia la mantiene en alto para que todos la puedan ver. En un mundo que muchas veces querría eliminar la verdad, la Iglesia la sostiene frente a todos los que quieran destruirla.

UN HIMNO DE LA IGLESIA ORIGINAL

1 Timoteo 3:16

Como todos han de confesar, grande es el secreto que Dios nos ha revelado en nuestra religión: El Que fue manifestado en la carne; el Que fue vindicado por el Espíritu; el Que fue visto por ángeles; el Que ha sido predicado entre las naciones; en el Que los hombres han creído en todo el mundo; el Que ha sido elevado a la gloria.

El gran interés de este pasaje consiste en que aquí tenemos un fragmento de uno de los himnos de la Iglesia Primitiva. Es la fe en Cristo puesta en poesía y en música, un himno con el que los creyentes cantaban su credo. No podemos esperar en poesía la precisión de expresión que buscaríamos en un credo; pero debemos tratar de ver lo que nos dice cada verso de este himno.

(i) *El Que fue manifestado en la carne*. Desde el mismo principio subraya la humanidad verdadera de Jesús. Dice: < Mirad a Jesús, y veréis la mente y el corazón y la acción de Dios de una manera que todos podemos entender.>

(ii) *El Que fue vindicado por el Espíritu*. Éste es un verso difícil. Hay tres cosas que puede querer decir. (a) Puede querer decir que a lo largo de toda su vida en la Tierra Jesús fue guardado del pecado por el poder del Espíritu Santo. Es el Espíritu el Que da dirección al ser humano; nuestro error consiste en que tan a menudo rehusamos Su dirección. Fue la perfecta sumisión de Jesús al Espíritu de Dios lo que le guardó del pecado. (b) Puede querer decir que las credenciales de Jesús fueron vindicadas por la acción del Espíritu que moraba en Él. Cuando los escribas y los fariseos acusaron a Jesús de realizar curas por el poder del diablo, Su respuesta fue: < Si Yo echo a los demonios *por el Espíritu de Dios*, entonces es que el Reino de Dios ha venido a vosotros» (*Mateo 12:28*). El poder que estaba en Jesús era el poder del Espíritu, y las obras de poder que Él realizaba eran la vindicación de las tremendas credenciales que Él presentaba. (c) Puede ser que esto haga referencia a la Resurrección. La humanidad tomó a Jesús y Le crucificó como a un criminal; pero por el poder del Espíritu resucitó; el veredicto de la humanidad se demostró que era falso, y Él fue vindicado. No importa cómo interpretemos este verso; su sentido es que el Espíritu es el poder que probó que Jesús es el Que declaró ser.

(iii) *El Que fue visto por ángeles*. De nuevo tenemos aquí tres posibles significados. (a) Puede que haga referencia a la vida de Jesús antes de venir a la Tierra. (b) Puede que haga referencia a Su vida en la Tierra. Aun en la Tierra los ejércitos celestiales estaban contemplando Su tremenda contienda con el mal. (c) Puede conectarse con la creencia de todos los hombres en el tiempo de Jesús de que el aire estaba lleno de poderes demoníacos y angélicos. Muchos de estos poderes eran hostiles a Dios y a la humanidad, y estaban empeñados en destruir a Jesús. Pablo expone por lo menos una vez que esos poderes trataron de destruir a Jesús por ignorancia, y que Jesús les trajo a ellos y a los hombres la sabiduría que había estado escondida desde la creación del mundo (*1 Corintios 2: 7s*). Esta frase puede que quiera decir que Jesús trajo la verdad aun a los ángeles y a los poderes demoníacos que nunca la habían conocido. De cualquier manera que lo tomemos quiere decir que la obra de Jesús es tan tremenda que incluye tanto el Cielo como la Tierra.

(iv) *El Que ha sido predicado entre las naciones*. Aquí tenemos la gran verdad de que Jesús no fue la posesión exclusiva de ninguna raza. No fue un Mesías que viniera para elevar a los judíos a una posición de grandeza universal, sino el Salvador de todo el ancho mundo.

(v) *En Quien las personas han creído en todo el mundo*.

Aquí tenemos una verdad casi milagrosa presentada con una sencillez extrema. Inmediatamente después de tener lugar la muerte y resurrección y ascensión de Jesús a Su gloria, el número de Sus seguidores no pasaba de ciento veinte (*Hechos 1:15*). Todo lo que Sus seguidores podían ofrecer era la historia de un Carpintero galileo que había sido crucificado en la cima de una colina de Palestina como un criminal. Y sin embargo, antes de que pasaran setenta años, esa historia ya había llegado al fin de la Tierra y hombres de todas las naciones habían aceptado a este Jesús crucificado como Salvador y Señor. En esta sencilla frase se encierra toda la maravilla de la expansión de la Iglesia, una expansión increíble sobre cualquier base humana.

(vi) *El Que fue elevado a la gloria.* Ésta es una referencia a la Ascensión. La historia de Jesús empieza y acaba en el Cielo. Vivió como un siervo. Fue marcado como un criminal; fue crucificado; resucitó con las cicatrices de Sus clavos y otras en Su cuerpo; pero el final fue la gloria.

AL SERVICIO DE DIOS O AL DE SATANÁS

1 Timoteo 4:1-5

El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos desertarán de la fe por prestar atención a espíritus que no pueden hacer otra cosa que descarriarlos, y a enseñanzas que vienen de los demonios, enseñanzas de hombres falsos que se caracterizan por la insinceridad, cuya conciencia lleva la impronta de Satanás, enseñanzas de los que prohíben casarse, y que mandan a las personas abstenerse de alimentos que Dios creó a fin de que se puedan tomar con gratitud en la compañía de los que son creyentes y que conocen de veras la verdad; porque todo lo que Dios ha creado es bueno, y no hay por qué rechazar nada; pero se ha de recibir con acción de gracias; porque se santifica mediante la palabra de Dios y la oración.

La Iglesia Cristiana había heredado de los judíos la creencia de que las cosas se pondrían en este mundo mucho peor antes de ponerse mejor. Los judíos siempre pensaban acerca del tiempo en términos de dos edades. Estaba *esta edad presente* que era totalmente mala y estaba en las garras de poderes malignos; y estaba *la edad por venir*, que había de ser la edad de oro de Dios y de la bondad. Pero no se pasaría de la una a la otra sin una terrible lucha convulsiva. Entre las dos edades vendría *El Día del Señor*. Ese día el mundo sería sacudido desde sus mismos cimientos; tendría lugar una última batalla suprema con el mal, un último juicio universal, y entonces amanecería el nuevo día.

Los autores del Nuevo Testamento asumieron esta perspectiva. Como eran judíos, se los había educado en ella. Uno de los aspectos que se esperaban en los últimos tiempos eran herejías y falsos maestros. «Surgirán muchos falsos profetas, que descarriarán a muchos» (*Mateo 24:11*). «Se levantarán falsos cristos y falsos profetas que obrarán señales y maravillas para descarriar, si fuera posible, hasta a los elegidos» (*Marcos 13:22*). En estos últimos días Pablo esperaba que surgiera «el hombre de pecado, el hijo de perdición,» que se enfrentaría a Dios mismo (*2 Tesalonicenses 2:3*).

A la iglesia de Éfeso tales falsos maestros ya habían llegado. La manera como se presenta en este pasaje su enseñanza fraudulenta nos debe hacer pensar muy en serio. En aquel entonces se creía en espíritus malignos que asediaban el aire y se proponían destruir a las personas. Era de ellos de quienes procedía esta falsa enseñanza. Pero, aunque venía *de* los demonios, venía *por medio de* hombres. Hombres que se caracterizaban por una hipocresía halagüeña, y cuyas conciencias habían sido marcadas por Satanás. Algunas veces sucedía que se marcaba a los esclavos con hierro candente para identificarlos como propiedad de un cierto amo. Estos falsos maestros llevaban en su conciencia el sello del mismo Satanás que los marcaba como su propiedad.

Aquí hay una cosa terrible y amenazadora. Dios está siempre buscando personas para que sean sus instrumentos en el mundo; pero el hecho terrible es que las fuerzas del mal también están buscando personas para usarlas. Aquí radica la terrible responsabilidad de la humanidad. Cada uno puede aceptar el servicio de Dios o el servicio del diablo. ¿Cuál de los dos escogerá?

DICTADORES Y BLASFEMOS

1 Timoteo 4:1-5 (continuación)

Los herejes de Éfeso estaban prepagando una herejía que tenía unas consecuencias muy definidas en la vida. Como ya se ha visto estos herejes eran gnósticos; y la esencia del gnosticismo era que el espíritu es totalmente bueno y la materia totalmente mala. Una de sus consecuencias era que había hombres que predicaban que todo lo que tuviera que ver con el cuerpo era malo, y que todo lo del mundo era malo. En Éfeso esto desembocó en dos errores definidos. Los herejes insistían en que las personas debían, hasta donde fuera posible, abstenerse de comer, porque la comida era material y por tanto mala; los alimentos servían al cuerpo, y el cuerpo era malo. También insistían en que hay que abstenerse del matrimonio; porque los instintos del cuerpo eran malos y por tanto debían reprimirse.

Esta era una herejía que siempre estaba volviendo a la Iglesia; en cada generación surgían quienes trataban de ser más estrictos que Dios. Cuando se escribieron los Cánones Apostólicos, fue necesario ponerlo en blanco y negro: « Si un supervisor, sacerdote o diácono, o cualquiera que esté en la lista sacerdotal, se abstiene del matrimonio y de la carne y del vino, no sobre la base del ascetismo (es decir por causa de disciplina), sino por aborrecimiento de ellos como malos en sí mismos, olvidando que todas las cosas son buenas y que Dios ha hecho al hombre varón y hembra, sino blasfemando y vilipendiando la obra de Dios, si no se enmienda que sea depuesto y expulsado de la iglesia. Igualmente con los laicos» (Cánones Apostólicos 51). Ireneo, escribiendo hacia finales del siglo II, dice que ciertos seguidores de Saturnino «declaraban que el matrimonio y la procreación procedían de Satanás. Muchos semejantemente se abstienen de la comida animal, y desvían a multitudes con una fingida temperancia de esta clase» (Ireneo, *Contra Herejes*, 1,24,2). Esta clase de cosa se manifestó en los monjes y los anacoretas del siglo IV. Se separaban y vivían en el desierto de Egipto totalmente desvinculados de las demás personas. Pasaban la vida mortificando su carne. Uno de ellos no comía nunca alimentos cocinados y era famoso por su abstinencia de la carne. Otro pasaba toda la noche junto a una sima amenazadora que le hacía imposible dormir. Otro se hizo famoso porque dejaba que su cuerpo estuviera tan sucio y descuidado que se le caían los parásitos conforme andaba. Otro comía aposta sal en pleno verano y se abstenía de beber agua. « Un cuerpo limpio decían quiere decir por necesidad un alma sucia.»

La respuesta que se daba a estos hombres era que estaban insultando a Dios, porque Él es el Creador del mundo, Que varias veces nos dice que Su creación era buena. «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Génesis, 1:31). «Todo lo que se mueve y está vivo os servirá de alimento» (Génesis 9:3). «Dios creó al hombre a su propia imagen... varón y hembra los creó. Y Dios los bendijo, y les dijo: «Llevad fruto y multiplicaos y henchid la Tierra» (Génesis 1:27s).

Pero todos los dones de Dios han de usarse de una manera que sea digna del Evangelio.

(i) Han de usarse recordando *que son dones de Dios*. Hay cosas que se nos ofrecen tan constantemente que llegamos a olvidar que son dones, y llegamos a considerarlos como derechos. Debemos recordar que todo lo que tenemos es don de Dios, y que no hay ningún ser vivo que pueda tener vida aparte de Él.

(ii) Han de usarse *en solidaridad*. Todo uso egoísta está prohibido. Ninguna persona puede monopolizar los dones de Dios; todas las personas deben compartirlos.

(iii) Han de usarse *con agradecimiento*. Siempre deben darse gracias a Dios antes de las comidas. Esa era la costumbre de los judíos. Tenían oraciones de acción de gracias por diferentes cosas. Cuando comían fruta decían: «Bendito seas, Rey del Universo, que has creado el fruto de los árboles.» Cuando se bebía vino se decía: «Bendito seas, Rey del Universo, que has creado el fruto de la vid.» Cuando comían verduras decían: «Bendito seas, rey del Universo, que has creado los productos de la tierra.» Cuando tomaban pan decían: «Bendito seas, Rey del Universo, que sacas el pan del suelo.» El mismo hecho de dar gracias a Dios por algo lo hace una cosa sagrada. Ni siquiera los demonios pueden tocarlo cuando ya lo ha tocado el Espíritu de Dios.

El verdadero cristiano no sirve a Dios esclavizándose con reglas y normas e insultando Su creación; Le sirve aceptando con agradecimiento Sus buenos dones, recordando que este es un mundo en el que Dios hizo todas las cosas bien, y no olvidándose de compartir con otros los dones de Dios.

CONSEJOS A UN MENSAJERO DE CRISTO

1 Timoteo 4:6-10

Si expones estas cosas a los hermanos serás un siervo de Jesucristo como es debido, si alimentas tu vida con las palabras de la fe, y la sana doctrina que has estudiado y sigues. Desentiéndete de tener nada que ver con historias irreligiosas como los cuentos de viejas que se les dicen a los niños. Entrénate para alcanzar la meta de la verdadera piedad. El entrenamiento del cuerpo es conveniente hasta cierto punto; pero el entrenamiento en la piedad tiene un valor universal para la humanidad, porque tiene la promesa de la vida en esta edad presente, y de la vida en la edad por venir. Esto es una afirmación que merece ser aceptada por todos. La razón por la que nos afanamos y luchamos tanto es que hemos puesto nuestras esperanzas en el Dios vivo, que es el Salvador de todo el mundo, y especialmente de los creyentes.

Este pasaje está abarrotado de consejos prácticos, no solo para Timoteo, sino para cualquier servidor de la Iglesia que está a cargo de un deber en la obra y de la dirección.

(i) Nos dice *cómo instruir a otros*. La palabra que se usa para *presentar* delante de los hermanos es sumamente sugestiva (*hypotithesthai*). No quiere decir *dar órdenes*, sino más bien aconsejar, sugerir. Es una palabra benigna, humilde y modesta. Quiere decir que el maestro no debe nunca establecer la ley dogmáticamente. Quiere decir que debe actuar más bien como si estuviera recordándoles cosas que ya conocieran las personas o sugiriéndoselas, no como si hubieran de aprenderlas de él, sino como si hubieran de descubrir en su propio corazón lo que es correcto. La dirección que se ofrece en benignidad siempre será

más efectiva que las instrucciones dictatoriales establecidas por la fuerza. Es posible dirigir a las personas hasta cuando se niegan a dejarse dirigir.

(ii) Nos dice *cómo enfrentarnos con la tarea de la enseñanza*. Se le dice a Timoteo que debe alimentar su vida con las palabras de la fe. **Nadie puede dar nada si antes no lo recibe. El que enseña tiene que estar aprendiendo constantemente.** Es lo contrario de la suposición de que cuando uno llega a ser maestro deja de ser alumno; debe conocer a Jesucristo cada día más y mejor antes de poderle presentar a los demás.

(iii) Nos dice lo *que debemos evitar*. Timoteo tenía que evitar los cuentos inútiles que son como los que las viejas les cuentan a los niños. Es fácil perderse siguiendo bifurcaciones y enredarse con cosas que no pasan de ser adornos. Es con las grandes verdades centrales con lo que se debe alimentar la mente y nutrir la fe.

(iv) Nos dice lo *que debemos buscar*. Se le dice a Timoteo que de la misma manera que un atleta entrena su cuerpo, así debe el cristiano entrenar su alma. No es que sea despreciable la buena forma física. La fe cristiana cree que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Pero Pablo tenía ciertas cosas en mente. Primera, que en el mundo antiguo, especialmente en Grecia, los gimnasios tenían sus peligros. Todos los pueblos tenían su gimnasio; para los jóvenes griegos entre los 16 y los 18 años de edad la gimnasia era la parte más importante de su educación. Pero el mundo antiguo estaba invadido por la homosexualidad, y los gimnasios eran notorios como semilleros de ese pecado particular. Segunda, Pablo propone un sentido de proporción. El entrenamiento físico es bueno, y hasta esencial; pero tiene una utilidad limitada. No desarrolla más que una parte de la persona; y produce unos resultados que solamente duran cierto tiempo, porque el cuerpo es pasajero. El entrenamiento en la piedad desarrolla la personalidad total en cuerpo, mente y espíritu, y sus resultados afectan no solamente en el tiempo sino también en la eternidad. El cristiano no es un atleta de gimnasio, sino un atleta de Dios. Los más grandes entre los griegos reconocían esta verdad. Sócrates escribía: < Es tan importante para un asceta el entrenar su cuerpo como para un rey el entrenar su alma. > «Entrenate someténdote voluntariamente a las pruebas para que cuando vengan sobre ti seas capaz de soportarlas.»

(v) Nos muestra *el fundamento de todo el asunto*. Nadie ha dicho que la vida cristiana fuera fácil; *pero su meta es Dios*. Porque vive en Su presencia, y porque espera estar todavía más cerca de Su presencia, el cristiano está dispuesto a sufrir lo que sea. La grandeza de la meta hace que el esfuerzo valga la pena.

MANERA DE ACALLAR LA CRÍTICA

1 Timoteo 4:11-16 .

Ocúpate en transmitir y enseñar estos mandamientos. No le des ocasión a nadie de despreciarte por ser tan joven; sino por medio de tus palabras y de tu conducta, con amor, lealtad y pureza, preséntate como un ejemplo de cómo deben ser los creyentes. Hasta que yo vaya concentra tu atención en la lectura pública de las escrituras, la exhortación y la enseñanza. No descuides el don especial que se te concedió cuando las voces de los profetas te señalaron para el cargo que se te ha confiado, cuando el cuerpo de los ancianos impusieron sus manos sobre ti. Piensa en estas cosas; encuentra en ellas toda tu vida, para que tu progreso sea evidente a todos. Ten cuidado de ti mismo y de tu enseñanza; préstale la debida atención; porque si lo haces te salvarás a ti mismo, y a los que te escuchen.

Una de las dificultades que tenía que vencer Timoteo era que era joven. No debemos pensar que fuera un muchacho. Después de todo ya hacía quince años que Pablo le había tomado como su ayudante. La palabra que se usa para *joven (neótés)* puede describir en griego a cualquier persona en edad militar, que era hasta los cuarenta años. Pero a la Iglesia le ha gustado por lo general que sus obreros fueran hombres maduros. *Los Cánones Apostólicos* establecían que uno no podía llegar a ser obispo hasta que tuviera por lo menos cincuenta años, porque para entonces «habría pasado los desórdenes de la juventud.» Timoteo era joven comparado con Pablo, y habría muchos que le miraran con ojos críticos. Cuando el anciano William Pitt estaba dando un discurso en la Cámara de los Comunes cuando tenía treinta y tres años decía: « El crimen atroz de ser un joven... que no intentaré ni paliar ni negar.» La Iglesia siempre ha mirado la juventud con una cierta suspicacia, bajo la cual caería Timoteo de forma inevitable.

El consejo que se le dio a Timoteo es el más difícil de seguir, y sin embargo era el único consejo posible. Era que debía acallar las críticas con su conducta. A Platón le acusaron una vez falsamente de conducta deshonrosa. «Bien -dijo-, viviremos de tal manera que todos puedan ver que la acusación es falsa.» Las defensas verbales puede que no silencien la crítica; pero la conducta sí lo conseguirá. ¿Cuáles habían de ser las características de la conducta de Timoteo?

(i) Primera, había de ser el *amor. Ágape*, la palabra griega para la más grande de las virtudes cristianas, es francamente intraducible. Su verdadero significado es una benevolencia incontestable. Si uno tiene *Ágape*, no importa lo que otros le hagan o digan de él, él no procurará nada más que el bien de ellos. No mostrará nunca amargura o resentimiento o deseo de venganza; nunca sucumbirá al odio; nunca dejará de perdonar. Está claro que esta es la clase de amor que requiere la totalidad de la personalidad de una persona el conseguir. Normalmente, el amor es algo que no podemos evitar. Amar a los más próximos es algo instintivo. Generalmente el amor de un hombre hacia una mujer es una experiencia involuntaria. El amor es algo del

corazón; pero está claro que este amor cristiano es algo de *la voluntad*. Es esa conquista del yo que nos conduce a un cuidado inconquistable de los demás. Así que la primera señal autenticadora del dirigente cristiano es que se preocupa por los demás, sin importarle lo que le hagan. Eso es algo en lo que debe pensar constantemente cualquier dirigente cristiano que se encabrite fácilmente ante una ofensa y que sea propenso a guardar rencor.

(ii) Segunda, está la *lealtad*. La lealtad es la fidelidad inconquistable a Cristo, sin importar el precio. No es difícil ser buen soldado si las cosas van bien; pero el soldado auténticamente de valor es el que puede pelear bien con el cuerpo cansado y el estómago vacío, cuando la situación parece desesperada y se encuentra en medio de una campaña cuyos movimientos no puede entender. **La segunda marca autenticadora del dirigente cristiano es una lealtad a Cristo que desafíe las circunstancias.**

(iii) Tercera, había de ser *la pureza*. La pureza es la aceptación incondicional de los niveles de Cristo. Cuando Plinio estaba mandándole al emperador Trajano el informe acerca de los cristiano de Bitinia, donde era gobernador, escribió: «Tienen la costumbre de vincularse entre ellos con un juramento de no cometer ni hurto, ni robo, ni adulterio; de no faltar nunca a su palabra; de no negar un depósito que se les haya confiado cuando se les solicite dar cuenta de él.» El compromiso cristiano es una vida de pureza. El cristiano debe tener un nivel de honor y honradez, de dominio propio y castidad, de disciplina y consideración, muy por encima de los niveles del mundo. El hecho escueto es que al mundo no le interesará para nada el Cristianismo a menos que pueda demostrar que produce los hombres y las mujeres mejores. La tercera marca autenticadora del dirigente cristiano es una vida que se ajusta a los niveles de Jesucristo.

LOS DEBERES DEL DIRIGENTE CRISTIANO EN LA IGLESIA

I Timoteo 4:11-16 (continuación)

Se le establecen a Timoteo, el joven dirigente designado por la Iglesia, ciertos deberes. Ha de consagrarse a la lectura pública de la escritura, a la exhortación y a la enseñanza. Aquí tenemos el esquema del culto de la Iglesia Cristiana.

La más temprana descripción de un culto cristiano que poseemos se encuentra en las obras de Justino Mártir. Allá por el año 170 d.C. escribió una defensa del Cristianismo al gobernador romano, y en ella (Justino Mártir: *Primera Apología* :67) dice: « el día llamado día del sol tiene lugar una reunión de todos los que viven en los pueblos o en los alrededores de un lugar. Se leen según el tiempo disponible las Memorias de los Apóstoles o los Escritos de los Profetas. Seguidamente el lector se detiene y el dirigente predica y exhorta a los presentes a imitar estas buenas cosas. Luego nos ponemos todos en pie y elevamos a Dios nuestras oraciones.» Así es que en el esquema de cualquier culto cristiano debía haber cuatro cosas.

(i) Debía haber *la lectura y la exposición de la Escritura*. Las personas no se reunían en última instancia para escuchar las opiniones de un predicador; se reunían para oír la Palabra de Dios. El culto cristiano está centrado en la Biblia.

(ii) Debía haber *enseñanza*. La Biblia es un libro difícil, y por tanto hay que explicarlo. La doctrina cristiana no es fácil de comprender, pero el creyente debe poder dar razones de sus esperanzas. De poco sirve exhortar a una persona a que sea cristiana si no sabe lo que quiere decir eso. El predicador cristiano ha dedicado muchos años de su vida a conseguir el equipamiento necesario para explicar a otros la fe. Se le ha liberado de los deberes ordinarios de la vida para que pueda pensar, estudiar y orar para exponer mejor la palabra de Dios. No puede haber una fe cristiana duradera en ninguna iglesia sin un ministerio de enseñanza.

(iii) Debía haber *exhortación*. El mensaje cristiano siempre debe desembocar en la acción cristiana. Ha dicho alguien que todos los sermones deberían terminar con el desafío: < ¿Qué vas a hacer con esto, amigo? > No basta presentar el mensaje cristiano como algo que hay que estudiar y entender; hay que presentarlo como algo que hay que poner por obra. El Cristianismo es verdad, pero es verdad en acción.

(iv) Debía haber *oración*. La congregación se reúne en la presencia de Dios; piensa en el Espíritu de Dios; sale al mundo en la fuerza de Dios. Ni la predicación ni la escucha durante el culto, ni la acción consiguiente en el mundo son posibles sin la ayuda del Espíritu de Dios.

No nos haría ningún daño revisar nuestros cultos modernos sobre la base de los primeros cultos de la Iglesia Cristiana.

DEBERES PERSONALES DEL PASTOR

I. Timoteo 4:11-16 (conclusión)

Aquí en este pasaje se expone de una manera sumamente práctica el deber personal del dirigente cristiano.

(i) Debe tener presente que es *un hombre apartado para una tarea especial por la Iglesia*. El dirigente cristiano no tiene sentido aparte de la Iglesia. Su comisión vino de ella; su labor la realiza dentro de su comunión; su deber es edificar a otros en ella. Por eso es por lo que la labor realmente importante de la Iglesia Cristiana no la hace nunca un evangelista itinerante, sino siempre un ministerio local.

(ii) Debe tener presente *que tiene la obligación de pensar en estas cosas*. Su gran peligro es la pereza intelectual y la mente cerrada, negarse a estudiar y permitir que su pensamiento siga fluyendo por los cauces antiguos. El peligro está en que nuevas palabras, nuevos métodos y la intención de presentar la fe en términos contemporáneos puede ser que le saque de juicio. El dirigente cristiano debe ser un pensador cristiano o fracasará en la tarea; y para ser un pensador cristiano se ha de ser un pensador aventurero mientras dure la vida.

(iii) Debe tener presente *el deber de concentrarse*. El peligro está en disipar las energías en muchas cosas que no son centrales a la fe cristiana. Se le presentan invitaciones a muchos deberes y se le confronta con las demandas de muchas esferas de servicio. Hubo un profeta que enfrentó a Acab con una especie de parábola. Dijo que en una batalla uno le había llevado un prisionero para que lo guardara, diciéndole que si el prisionero se le escapaba lo pagaría con su propia vida; pero el soldado dejó vagar su atención y < cuando tu siervo estaba ocupado por aquí y por allá el prisionero se escapó » (1° Reyes 20:35-43). Es fácil para el dirigente cristiano estar ocupado por aquí y por allá y que se le escapen las cosas centrales. La concentración es un deber primordial del dirigente cristiano.

(iv) Debe tener presente *el deber de avanzar*. Su progreso debe serle evidente a todo el mundo. Es demasiado cierto de la mayoría de nosotros que las mismas cosas nos conquistan año tras año; que conforme un año sucede a otro, nosotros no estamos más allá. El dirigente cristiano exhorta a otros a llegar a ser más como Cristo. ¿Cómo puede hacerlo honradamente a menos que él mismo llegue a ser día tras día más como el Maestro Cuyo es y a Quien trata de servir? Cuando Kagawa decidió hacerse cristiano, su primera oración fue: «Dios, hazme como Cristo.» La oración del dirigente cristiano debe ser en primer lugar que él mismo se haga más como Cristo porque sólo así podrá dirigir a otros a Él.

LA CORRECCIÓN FRATERNA

1 Timoteo 5:1-2

Si se te presenta la ocasión de reprender a un hombre de edad, no lo hagas con rudeza, sino exhortándole como lo harías con un padre. Trata a los más jóvenes como a hermanos; a las mujeres de edad, como a madres; a las mujeres más jóvenes, como a hermanas, con absoluta pureza.

Siempre es difícil reprender a alguien con benignidad; y para Timoteo habría veces que este deber fuera doblemente difícil -por tener que reprender a un hombre más mayor que él mismo. Crisóstomo escribía: «La reprensión es por su propia naturaleza ofensiva, especialmente cuando se le dirige a una persona mayor; y cuando procede de un joven también, hay un triple despliegue de atrevimiento. Por la manera y suavidad con que la administre debe hacerla más suave. Porque es posible reprender sin ofender, siempre que uno se lo proponga; requiere gran discreción, pero puede hacerse.» Es de temer que esta sea una asignatura pendiente en muchas iglesias.

La reprensión es siempre un problema. Puede que nos disguste tanto la obligación de dirigir una palabra de advertencia que la evitemos en todos los casos. Muchas personas se habrían librado del dolor y del naufragio si se les hubiera dirigido una palabra de advertencia a tiempo. No puede haber tragedia más impactante que la de oírle decir a alguien: < Yo no habría llegado nunca a encontrarme en esta situación si tú me lo hubieras dicho a tiempo. » Siempre es un error el callar la palabra que debía decirse.

Puede que reprendamos a una persona de tal manera que no haya en nuestra voz nada más que rabia ni en nuestra mente y corazón nada más que resentimiento. Una reprensión que se da solamente por ira puede que produzca temor; puede que cause dolor; pero es casi inevitable que cause resentimiento; y su última consecuencia bien puede ser que confirme a la persona equivocada en el error de su camino. La reprensión de la ira y la del enfado despectivo rara vez son eficaces, y es probable que hagan más mal que bien.

Se decía de Florence Allshorn, la gran maestra misionera, que, cuando era la directora de un colegio de mujeres, siempre reprendía a sus estudiantes, cuando hacía falta, rodeándolas con sus brazos. La reprensión que procede inconfundiblemente del amor es la única efectiva. Si alguna vez tenemos razones para reprender a alguien debemos hacerlo de tal manera que quede claro que no lo hacemos porque encontramos un placer cruel, ni porque queremos hacerlo, sino porque estamos obligados por el amor y tratamos de ayudar, no de lastimar.

EL PARENTESCO ESPIRITUAL

1 Timoteo 5:1-2 (conclusión)

Estos dos versículos definen el espíritu que se debe manifestar en el trato con personas de distintas edades en la familia de la iglesia.

(i) A las personas mayores debemos mostrarles *afecto y respeto*. A un hombre mayor hay que tratarle como a un padre y a una mujer mayor como a una madre. El mundo antiguo conocía muy bien la deferencia y el respeto que se deben a la edad. Cicerón escribía: « Es pues el deber de un joven el mostrar respeto a sus mayores, y el adscribirse a los mejores y más aprobados entre ellos para así recibir el beneficio de su consejo e influencia. Porque la falta de experiencia de la juventud requiere la sabiduría práctica de la edad para fortalecerla y dirigirla. Y esta época de la vida ha de ser protegida por encima de todo contra la sensualidad y entrenada para el trabajo y la resistencia tanto de mente como de cuerpo, para ser fuerte para cumplir los deberes del servicio militar y civil. Y aun cuando deseen relajar sus mentes y entregarse al placer, deben tener cuidado con los excesos y tener presentes las reglas de la modestia. Y esto será más fácil si los jóvenes están dispuestos a que se les unan sus mayores, aun en sus placeres» (Cicerón: *De Officiis*, 1:34). Aristóteles escribía: «A todas las personas mayores uno debe también dar el honor correspondiente a su edad, levantándose para recibirlos y encontrándoles sitios donde se sienten y cosas parecidas» (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 9:2). Es una de las tragedias de la vida que los jóvenes encuentran muchas veces a los de edad un fastidio. Una frase francesa famosa dice con un suspiro: « ¡Si los jóvenes tuvieran el conocimiento, y los de edad tuvieran el poder!» Pero cuando hay respeto y afecto mutuos, entonces la sabiduría y la experiencia de la edad pueden cooperar con el vigor y el entusiasmo de la juventud para provecho de ambas edades.

(ii) Para con los de nuestra misma edad debemos mostrar *fraternidad*. Los más jóvenes deben tratarse como hermanos. Aristóteles lo expresa: «Con los camaradas y hermanos uno puede permitirse libertad de expresión y el uso en común de todas las cosas» (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 9:2). Con los de nuestra edad debemos ser tolerantes y solidarios.

(iii) Con las personas del otro sexo nuestras relaciones deben estar marcadas siempre con *la pureza*. Los árabes tienen una frase para el verdadero caballero; le llaman < un hermano de las chicas. » Hay una frase famosa que habla de «las amistades platónicas.» El amor se debe guardar para una sola persona; es una cosa terrible que las cosas físicas dominen la relación entre los sexos y que un hombre no pueda mirar a una mujer sin pensar en términos de concupiscencia.

DEBERES CON LA IGLESIA Y LA FAMILIA

1 Timoteo 5:3-8

Honra a las viudas que se encuentran de veras en la situación de viudas necesitadas. Pero si una viuda tiene hijos y nietos, que aprendan sus hijos a empezar a cumplir los deberes de la religión en sus propios hogares; y que aprendan a devolver a sus padres algo de lo que sus padres han hecho por ellos; porque esta es la clase de conducta que obtiene la aprobación de Dios. Ahora bien, la que se encuentra genuinamente en la posición de una viuda, y que se ha quedado totalmente sola, tiene puesta su esperanza en Dios, y se dedica noche y día a las intercesiones y oraciones. Pero la que vive en una libertad desmadrada está muerta aunque parezca estar muy viva.

Comparte estas instrucciones para que los demás sean irreprochables. Si alguno deja de proveer para su propio pueblo, y especialmente para los miembros de su propia familia, ha negado la fe y es peor que un no creyente.

La Iglesia Cristiana heredó una preciosa tradición de beneficencia para con los necesitados. Ningún pueblo se ha cuidado más de sus necesitados y ancianos que los judíos. Aquí se dan consejos acerca del cuidado de las viudas. Puede que se trate de dos clases de mujeres. Había sin duda mujeres que se habían quedado viudas por la muerte de sus maridos. Pero no era extraño en el mundo pagano, en ciertos lugares, el que un hombre tuviera más de una mujer. Cuando un hombre se hacía cristiano, no podía seguir practicando la poligamia, y por tanto tenía que escoger con qué mujer iba a vivir. Eso suponía que algunas esposas tenían que ser despedidas y se encontraban en una posición muy desafortunada. Puede ser que tales mujeres también se consideraran como viudas y la Iglesia las ayudara.

La ley judía establecía que en el momento del matrimonio un hombre tenía que hacer provisión para su mujer en caso de que quedara viuda. Los primeros servidores que nombró la Iglesia Cristiana tenían entre sus deberes el de cuidarse fielmente de las viudas (*Hechos 6:1*). Ignacio estableció: «Que no se vean abandonadas las viudas. Después del Señor sé tú su guardián.» *Las Constituciones Apostólicas* exhortan al obispo: «Oh obispo, ten cuidado de los necesitados tendiéndoles una mano de ayuda y haciendo provisión para ellos como mayordomo de Dios, distribuyendo las ofrendas a su tiempo para cada uno de ellos, a las viudas, los huérfanos, los solitarios y los que pasan por aflicción.» El mismo libro contiene una instrucción interesante y amable: « Si alguno recibe algún servicio para llevar a una viuda o mujer pobre... que se lo dé el mismo día.» Como dice el proverbio: «Da dos veces el que da sin demora,» y la Iglesia se preocupaba de que los que padecían pobreza no tuvieran que esperar y padecer necesidad porque uno de los servidores de la iglesia se retrasara.

Ha de notarse que la Iglesia no se proponía asumir responsabilidad por las personas mayores que tenían hijos capaces de mantenerlos. El mundo antiguo era muy claro en cuanto al deber que tenían los hijos de mantener a sus padres ancianos y, como E. K. Simpson ha dicho muy bien: «Una confesión religiosa que caiga por debajo del nivel de deber reconocido por el mundo es un triste fraude.» La Iglesia no habría reconsentido nunca que su caridad se convirtiera en una excusa para que los hijos evadieran su responsabilidad.

Era ley griega desde los tiempos de Solón el que los hijos y las hijas estaban obligados, no sólo moralmente, sino también legalmente a mantener a sus padres. Cualquiera que incumpliera ese deber perdía sus derechos de ciudadanía. Esquines, el orador ateniense, dice en uno de sus discursos: < ¿Y a quién condenó al silencio en la Asamblea del pueblo nuestro legislador (Solón)? ¿Y dónde deja esto claro? "Que se haga dice un escrutinio de los oradores públicos, en caso de que haya alguien que hable en la Asamblea del pueblo que golpea a su padre o a su madre, o que incumple su deber de mantenerlos o darles un hogar." » Demóstenes dice: «Considero al hombre que abandona a sus padres como incrédulo y aborrecedor de los dioses tanto como de los hombres.» Filón, escribiendo acerca del mandamiento de honrar a los padres dice: «Cuando las cigüeñas viejas ya no pueden volar, se quedan en sus nidos y las alimentan sus hijos, que se someten a duros trabajos para proveerles el alimento a causa de su piedad.» Para Filón estaba claro que hasta la creación animal reconocía su obligación para con los padres ancianos, y ¡cuánto más deben hacerlo así los seres humanos! Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, establece: «Se pensaría que en lo referente al alimento debemos ayudar a nuestros padres antes que a todos los demás, puesto que les debemos nuestra nutrición a ellos, y es más honorable ayudar en este sentido a los autores de nuestro ser, aun antes que a nosotros mismos.» Según lo veía Aristóteles uno debe antes morir de hambre que dejar padecer necesidad a sus padres. Platón en *Las Leyes* expresa la misma convicción de la deuda que se tiene con los padres: «Seguidamente viene el honor de los padres amantes, a los cuales, como es debido, tenemos que pagar la primera y la más grande y más antigua de las deudas, considerando que todo lo que tiene una persona pertenece a aquellos que le dieron nacimiento y la criaron, y que debe hacer todo lo que pueda para ministrarle; primero, con sus propiedades; segundo, con su persona; y tercero, con su alma; pagando las deudas que les debe por el cuidado y trabajo que ellos le otorgaron antiguamente en los días de su infancia, y que ahora se le ofrece la oportunidad de devolverles cuando ellos son ancianos y se encuentran en una necesidad extrema.»

Lo mismo encontramos en los poetas griegos. Cuando Ifigenia estaba hablando con su padre Agamenón en la *Ifigenia en Aulis* de Eurípides, dice:

Yo fui la primera que te llamé padre, y tú a mí hija. Yo fui la que en un principio descansé mi cuerpo en tus rodillas y te di y recibí de ti dulces caricias. Y ésta era tu palabra: < Ah, mi chiquilla, me consideraré bendito cuando te vea en la casa de tu marido viviendo y floreciendo de una manera digna de mí. » Y entretejiendo mis dedos en tu barba, a la que ahora me aferro, así te respondía yo: c< ¿Y qué será de ti? ¿Le daré la bienvenida a tus canas, padre, amorosamente en mi casa, compensándote por todo el esfuerzo que tú has derramado conmigo? »

El gozo del hijo era esperar el día en que pudiera compensar a sus padres todo lo que habían hecho por él.

Cuando Eurípides cuenta cómo descubrió Orestes que un hado cruel le había hecho matar involuntariamente a su propio padre, le hace decir:

Él me crió cuando yo era un bebé y me prodigó sus besos. ¡Oh desgraciado corazón y alma míos! ¡He devuelto una paga miserable! ¿Qué velo de tinieblas puedo ponerme a la cara? Ojalá ante mí se extendiera alguna nube para esconderme de la mirada escrutadora del anciano.

Para Eurípides el más acuciante pecado del mundo era el fracaso en los deberes para con los padres.

Los escritores éticos del Nuevo Testamento estaban seguros de que el sostenimiento de los padres era una parte esencial de los deberes del cristiano. Es algo que hay que tener presente. Vivimos en un tiempo cuando hasta los deberes más sagrados se dejan de lado o se deja que los cumpla el Estado, y cuando esperamos en tantos casos que la beneficencia pública haga lo que debería hacer la piedad privada. Como lo veían las Pastorales, la ayuda que se presta a los padres tiene dos vertientes. Primera es honrar a los que la reciben. Es la única manera en que un hijo puede manifestar la estima de su corazón. Segunda es un reconocimiento de las exigencias del amor. Es devolver el amor que se recibió en tiempo de necesidad con amor dado en tiempo de necesidad; y sólo con amor se puede pagar el amor.

Todavía nos queda una cosa por decir, y no estaría bien pasarla por alto. Este preciso pasaje pasa a establecer algunas de las cualidades de las personas a las que la Iglesia es llamada a sostener. Lo que es verdad de la Iglesia es verdad dentro de la familia. Si hay que mantener a una persona, esa persona tiene que dejarse mantener. Si se lleva a un padre a la casa de su hijo y con su conducta desconsiderada no causa más que problemas, surge otra situación. Aquí hay una doble obligación; la que tiene el hijo de mantener al padre, y el deber del padre de ser tal que ese mantenimiento sea posible dentro de la estructura del hogar.

UNA HONORABLE Y ÚTIL ANCIANIDAD

1 Timoteo 5:9s

Que no se apunte a una mujer como viuda nada más que si tiene más de sesenta años de edad; si ha sido la mujer de un solo marido; si ha merecido tener una fama confirmada de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la

hospitalidad con los forasteros; si ha ayudado a los necesitados; si ha lavado los pies de los santos; si se ha dedicado a toda clase de buenas obras.

Por este pasaje se ve claramente que la iglesia tenía una lista oficial de viudas; y parece que la palabra viuda se usa aquí con un doble sentido. Mujeres que eran de edad avanzada y cuyos maridos había muerto y cuyas vidas eran preciosas y útiles eran la responsabilidad de la iglesia; pero también es verdad que, tal vez ya en un tiempo tan temprano, y ciertamente algo más tarde en la Iglesia Primitiva, había una orden oficial de viudas, una orden de mujeres mayores que se apartaban para deberes especiales.

En las disposiciones de *Las Constituciones Apostólicas*, que nos dicen cómo eran la vida y la organización de la Iglesia en el siglo III, se establece: < Se nombrarán tres viudas, dos para perseverar en la oración por los que están en pruebas, y para recibir revelaciones cuando éstas sean necesarias, pero una para ayudar a las mujeres que han sido visitadas por la enfermedad; debe estar dispuesta a prestar un servicio, con discreción, diciéndoles a los ancianos lo que se necesita, sin avaricia, no excesivamente aficionada al vino, para que pueda mantenerse sobria y ser capaz de realizar los servicios por la noche y muchos otros deberes de amor.>

Tales viudas no eran ordenadas como los ancianos y los obispos; eran apartadas mediante la oración para el trabajo que tenían que hacer. No habían de ser apartadas hasta que tuvieran más de sesenta años. Esa era una edad que el mundo antiguo también consideraba especialmente conveniente para dedicarse a la vida espiritual. Platón, en su plan para el estado ideal, mantenía que sesenta años era la edad correcta para que los hombres y las mujeres llegaran a ser sacerdotes y sacerdotisas.

Las Epístolas Pastorales son siempre intensamente prácticas; y en este pasaje encontramos siete condiciones que debían satisfacer las viudas de la Iglesia.

Tenían que haber sido mujeres de un solo marido. En una edad en la que el vínculo matrimonial se miraba con tanta ligereza y se deshonoraba casi universalmente, habían de ser ejemplos de pureza y fidelidad.

Tenían que haber ganado una buena reputación por buenas obras. Los encargados de la Iglesia, varones o mujeres, tenían a su cuidado, no solamente su propia reputación personal, sino también el buen nombre de la Iglesia. Nada desacredita tanto a una iglesia como los encargados indignos; y no hay mejor publicidad para la Iglesia que una persona responsable que aplica su cristianismo a las actividades de la vida diaria.

Tienen que haber criado hijos. Esto bien puede querer decir más de una cosa. Puede querer decir que las viudas tienen que haber dado pruebas de su piedad cristiana educando a sus propias familias cristianamente. Pero puede que quiera decir más que eso. En una edad en la que el vínculo matrimonial se había relajado mucho y los hombres y las mujeres cambiaban de cónyuge con una rapidez alucinante, los hijos se considerarían un obstáculo. Ésta era la gran edad de la exposición de los bebés. Cuando nacía un niño, se le traía y se le ponía a los pies de su padre. Si el padre se inclinaba y le levantaba, eso quería decir que le reconocía y que estaba dispuesto a aceptar responsabilidad por su crianza. Si el padre se daba la vuelta y se marchaba, al bebé se le arrojaba literalmente como si fuera una basura indeseable. Solía pasar que recogían esos niños no aceptados personas sin escrúpulos, y si eran chicas las criaban para emplearlas en los burdeles públicos, y si eran chicos, para venderlos como esclavos o entrenarlos como gladiadores en el circo. Era un deber cristiano el rescatar tales niños de la muerte o aun de cosas peores, y criarlos en un hogar cristiano. Así es que esto puede querer decir que las viudas habrían sido mujeres que habían estado dispuestas a darles un hogar a niños abandonados.

Tenían que haber practicado la hospitalidad con los forasteros. Las posadas del mundo antiguo eran notoriamente sucias, caras e inmorales. Los que abrían sus casas a viajeros o forasteros, o a los jóvenes cuyo trabajo o estudio los obligaba a estar fuera de su hogar, estaban haciendo un servicio sumamente valioso a la comunidad. La puerta abierta de un hogar cristiano es siempre una cosa preciosa.

Tenían que haber lavado los pies de los santos. Esto no hay que tomarlo literalmente, aunque el sentido literal estaría también incluido. El lavarle los pies a una persona era una tarea propia de un esclavo, el más servil de todos los deberes. Esto querría decir que las viudas cristianas tenían que haber estado dispuestas a aceptar las tareas más humildes en el servicio de Cristo y de los cristianos. La Iglesia necesitaba responsables que vivieran desahogadamente; pero no menos a los que estuvieran dispuestos a hacer las tareas que no dan importancia ni casi se agradecen.

Tenían que haber ayudado a los que tenían problemas. En los tiempos de persecución no era una cosa insignificante el ayudar a los cristianos que estaban sufriendo por su fe. Eso era identificarse con ellos y asumir el riesgo de recibir un castigo semejante. El cristiano tenía que estar al lado de los que tuvieran problemas a causa de su fe, aun en el caso de, por hacerlo así, granjearse problemas.

Tenían que haberse dedicado a toda clase de buenas obras. Todos los hombres concentraban su vida en algo; el cristiano concentraba la suya en la obediencia a Cristo y la ayuda a los demás.

Cuando estudiamos estos requisitos para las que habían de ser reconocidas como viudas, vemos que eran las cualidades de cualquier buen cristiano.

REQUISITOS Y PELIGROS DEL SERVICIO

1 Timoteo 5:9s (conclusión)

Como ya hemos dicho, si no tan pronto como en el tiempo de las Epístolas Pastorales sí en días posteriores, las viudas llegaron a ser una orden reconocida en la Iglesia Cristiana. Su posición y trabajo se tratan en los primeros ocho capítulos del tercer libro de Las Constituciones Apostólicas, y estos capítulos revelan el uso que la tal orden podía representar y los peligros que surgían inevitablemente.

(i) Se establece que las mujeres que desearan servir a la Iglesia debían ser discretas. Especialmente habían de serlo en el habla: «Que cada viuda sea humilde, callada, benigna, sincera, libre de ira, no charlatana, no chillona, no rápida para hablar, no dada a hablar mal, no suspicaz, no de doble lengua, no una metomentodo. Si ve u oye cualquier cosa que no está bien, que se porte como si no lo hubiera visto y como si no lo hubiera oído.» Tales encargados de la Iglesia deben ser muy cuidadosos cuando discuten la fe con los de fuera: «Porque los incrédulos, cuando escuchan la doctrina relativa a Cristo, no explicada como es debido, sino defectuosamente, especialmente la que se refiere a Su Encarnación o Su Pasión, la rechazarán más bien con burla, y se reirán de ella como si fuera falsa, antes que alabar a Dios por ella.»

No hay nada más peligroso que un encargado de la iglesia que hable acerca de cosas que deberían mantenerse secretas; y un encargado de la iglesia debe estar equipado para comunicar el Evangelio de una manera que haga a los oyentes pensar mejor y no peor de la verdad cristiana.

(ii) Se establece que las mujeres que sirven en la iglesia no deben ser zascandiles: «Que por tanto la viuda se reconozca como "el altar de Dios," y que se esté sentada en su propia casa y no se meta en las casas de los incrédulos en busca de nada; porque el altar de Dios nunca anda vagando por ahí, sino que está fijo en un lugar. Por tanto que la virgen y la viuda sean tales que no anden vagando por ahí, o entrando en las casas de los que son ajenos a la fe. Porque las que eso hacen son zascandiles e impúdicas.» La chismosa inquieta está mal equipada para servir a la Iglesia.

(iii) Se establece que las viudas que acepten la caridad de la iglesia no deben ser ansiosas. «Hay algunas viudas que consideran que su negocio consiste en sacar beneficio; y como piden sin vergüenza, y no están nunca contentas con lo que reciben, hacen que los demás estén menos dispuestos a dar... Una mujer así está pensando en su mente adónde se puede dirigir para obtener, o que una cierta mujer que es su amiga se ha olvidado de ella, y ella tiene algo que decirle... murmura de la diaconisa que distribuye la beneficencia diciendo: "¿Es que no ves que yo estoy en más angustia y necesidad de tu ayuda? ¿Por qué entonces la has preferido a ella antes que a mí?"» Está muy feo tratar de vivir a costa de la iglesia más bien que para la iglesia.

(iv) Se establece que tales mujeres deben hacer todo lo posible para subvenir sus necesidades: «Que haga cosas de lana y ayude a otras en lugar de ser ella la que necesite ayuda.» La beneficencia de la iglesia no existe para hacer que las personas sean perezosas y dependientes.

(v) Tales mujeres no deben ser envidiosas ni celosas: «Oímos que algunas viudas son celosas, calumniadoras envidiosas y envidiosas de la tranquilidad de otras personas... Les corresponde, cuando una de sus compañeras de viudedad es vestida por alguno, o recibe dinero, o comida, o bebida, o calzado, dar gracias a Dios por el alivio de su hermana.» Aquí tenemos al mismo tiempo una descripción de las faltas de las que la iglesia suele estar llena, y de las virtudes que deberían ser las señales de la verdadera piedad cristiana.

LOS PELIGROS DE LA OCIOSIDAD

1 Timoteo 5:11-16

Resístete a apuntar a mujeres más jóvenes como viudas, porque cuando se ponen impacientes con las restricciones de la viudedad cristiana quieren casarse, por lo que merecen la condenación, porque han quebrantado el compromiso de su primera fe; y, al mismo tiempo, aprenden a estar ociosas y a correr de casa en casa. Sí, pueden llegar a estar más que ociosas; pueden convertirse en chismosas y zascandiles, diciendo lo que no se debe repetir. Mi deseo es que las viudas más jóvenes se casen y tengan hijos, y lleven su casa y hogar, sin dar a nuestros oponentes oportunidad de crítica. Porque, tal como están las cosas, algunas de ellas se han descarriado para seguir a Satanás. Si algún creyente es pariente de alguna viuda, que la ayude, y no deje que la iglesia tenga que cargar con esa responsabilidad, para que pueda encargarse de las que están auténticamente en situación de viudas.

Un pasaje como éste refleja la situación social en que se encontraba la Iglesia Primitiva.

No es que se condene a las viudas más jóvenes por casarse otra vez. Lo que se condena es otra cosa. Se muere un marido joven; y la viuda, en la primera amargura del dolor y siguiendo el impulso del momento, decide permanecer viuda toda la vida y dedicarse a la Iglesia; pero más tarde cambia de opinión y se casa otra vez. Esa mujer se ve que ha tomado a Cristo por esposo. Al casarse otra vez se considera que está siendo infiel a su voto matrimonial con Cristo. Habría sido mejor que nunca hiciera ese voto.

Lo que complicaba mucho éste asunto era el trasfondo social de los tiempos. Era casi imposible para una mujer soltera o viuda el ganarse la vida honradamente. No había prácticamente ninguna profesión ni trabajo que le estuviera abierto. El resultado era inevitable; casi se veía impulsada a la prostitución para poder vivir. La mujer cristiana, por tanto, tenía o que casarse o que dedicar su vida completamente al servicio de la Iglesia; no había término medio.

En cualquier caso, los peligros de la ociosidad siguen siendo los mismos en cualquier edad. Estaba el peligro de sentirse *inquieta*; como esa mujer no tendría muchas cosas que hacer, podría volverse una de esas criaturas que vagan de casa en casa en un círculo social vacío. Era casi inevitable el que tal mujer se volviera *una chismosa*; como no tenía nada importante de que hablar, se dedicaría a hablar de escándalos, repitiendo cuentos de casa en casa, cada vez más bordados y con más malicia. Tal mujer corría el riesgo de volverse *una zascandil*; como no tenía nada propio para llamar la atención, estaría propensa a mostrar un interés excesivo y a interferirse excesivamente en asuntos ajenos.

Era verdad entonces, como lo es ahora, que «Satanás les encuentra algún quehacer a las manos desocupadas.» La vida plena es siempre la más segura, y la vida vacía siempre está en peligro.

Así que a las mujeres más jóvenes se les da el consejo de casarse y ocuparse en la tarea más importante de todas, la de cuidarse de una familia y hacer un hogar. Aquí tenemos otro ejemplo de uno de los principales pensamientos de las Epístolas Pastorales. Siempre están preocupadas acerca de cómo se presenta el cristiano al mundo exterior. ¿Da oportunidad de criticar a la Iglesia, o razón para admirarla? Siempre es verdad que «el más grande obstáculo que tiene la Iglesia son las vidas deficientes de los que se profesan cristianos,» e igualmente verdad que la más convincente prueba a favor del Cristianismo es una vida genuinamente cristiana.

REGLAS PRÁCTICAS DE ADMINISTRACIÓN

1 Timoteo 5:17-22

Los ancianos que cumplan bien sus deberes sean tenidos por dignos de un doble honor, especialmente los que trabajan en la predicación y en la enseñanza; porque la Escritura dice: «No le pongas bozal al buey que está trillando,» y «el obrero merece su paga.»

No aceptes una acusación contra un anciano a menos que esté respaldada por dos o tres testigos.

Reprende en presencia de todos a los que persistan en el pecado, para que los demás desarrollen un sano temor al pecado.

Te amonesto delante de Dios y de Jesucristo y de los ángeles escogidos que guardes estas normas imparcialmente y no te hagas nada movido por prejuicios o favoritismos.

No te precipites a imponerle las manos a nadie, ni a solidarizarte con los pecados ajenos. Mantén tu pureza.

Aquí tenemos una serie de disposiciones de lo más prácticas para la vida y la administración de la iglesia.

(i) Los ancianos deben ser honrados como es debido y pagados adecuadamente. Cuando se hacía la trilla en Oriente, lo mismo que en España hasta hace muy poco, las gavillas de la siega se colocaban en la era; seguidamente se hacía que parejas de bueyes y otros animales arrastraran el trillo sobre las gavillas, algunas veces atándolos a un poste central y haciéndoles dar vueltas sobre el grano; en cualesquiera formas, no se les ponía el bozal a los animales, dejándolos en libertad de comer todo lo que quisieran en recompensa por el trabajo que estaban haciendo. Esta ley concreta acerca de los bueyes de encuentra en *Deuteronomio 25:4*.

El dicho de que el obrero merece su salario es un dicho de Jesús (*Lucas 10:7*). Suena a un dicho proverbial que Él citara y todos conocieran. Cualquier trabajador merece ganarse la vida, y cuanto más trabaje, tanto más merece ganar. El Cristianismo nunca ha tenido nada que ver con la ética sentimental que reclama la igualdad para todos. La recompensa de un hombre debe ser proporcional a su trabajo.

Se ha de notar qué clase de ancianos han de ser honrados y recompensados especialmente: son los que trabajan en *la predicación y la enseñanza*. El anciano cuyo servicio consistía solamente en palabras y en discusiones y en razonamientos no es del que se trata aquí. Al que la iglesia realmente honraba era al hombre que trabajaba para edificar y construir mediante su predicación de la verdad y su educación de los jóvenes y de los nuevos convertidos.

(ii) La ley judía establecía que ninguna persona podía ser condenada por la evidencia de un solo testigo: «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (*Deuteronomio 19:15*). La Misná, la ley rabínica codificada, dice describiendo el proceso del juicio: «De la misma manera el segundo testigo era introducido y examinado. Si el testimonio de los dos se encontraba que estaba de acuerdo, se abría el turno para la defensa.» Si no constaba más que la evidencia de un solo testigo no había razón para dictar sentencia.

En tiempos posteriores las reglas de la Iglesia establecieron que los dos testigos debían ser cristianos, porque le habría sido fácil a un pagano malicioso fabricar una acusación falsa contra un anciano cristiano con el propósito de

desacreditarle, y con él a la Iglesia. En los primeros días, las autoridades de la Iglesia no dudaban en aplicar disciplina, y Teodoro de Mopsuesto, uno de los primeros padres, indica lo necesaria que era esta regla, porque los ancianos siempre estaban expuestos a no ser del gusto de todos, y estaban especialmente expuestos a ataques maliciosos < debidos a la venganza de algunos a los que hubieran reprendido por sus pecados. » Uno que hubiera sido disciplinado podría tratar de vengarse acusando maliciosamente a un anciano de alguna irregularidad o algún pecado.

Es un hecho indudable que este mundo sería mucho más feliz, y la Iglesia también, si las personas se dieran cuenta de que no es menos que un pecado el difundir historias de cuya verdad no se está seguro. La charla irresponsable, crítica y maliciosa causa un daño infinito y un infinito dolor de corazón, y tal práctica no puede seguir indefinidamente sin recibir el castigo de Dios.

REGLAS PRÁCTICAS DE ADMINISTRACIÓN

1 Timoteo 5:17-22 (conclusión)

(iii) A los que persistan en el pecado ha de reprendérseles públicamente. Esa pública reprensión tenía un doble valor. Le hacía parar mientes al pecador para considerar sus propios caminos; y hacía que otros tuvieran cuidado no fuera que se vieran en una humillación semejante. La amenaza de la publicación del pecado no es una mala cosa si mantiene a la persona en el buen camino, aunque sea por temor. Un pastor sabio conocerá el momento en que se han de mantener las cosas reservadas y el momento en que se ha de llegar a la reprensión pública. Pero suceda lo que suceda, la Iglesia no debe dar nunca la impresión de que hace la vista gorda en situaciones de pecado manifiesto.

(iv) Se exhorta a Timoteo a cumplir con su responsabilidad sin favoritismos ni prejuicios. B. S. Easton escribe: < El bienestar de cualquier comunidad depende de la disciplina imparcial. » No hay nada que origine mayores perjuicios que el que algunas personas sean tratadas como si no pudieran hacer nada malo y otras como si no pudieran hacer nada bien. La justicia es una virtud universal, y la Iglesia debe asegurarse de no caer por debajo de los niveles imparciales que hasta el mundo exige.

(v) A Timoteo se le advierte que no se precipite «en imponerle las manos a ninguno.» Eso puede querer decir una de dos cosas.

(a) Puede que quiera decir que no ha de ser demasiado rápido en imponerle las manos a nadie para ordenarle para una responsabilidad en la iglesia. Antes de conseguir un ascenso en los negocios, o en la enseñanza, o en el ejército, la marina o las fuerzas aéreas, uno tiene que demostrar que lo merece. Nadie debería nunca empezar en la cima. Esto es doblemente importante en la Iglesia; porque el que ocupa un lugar importante y fracasa, desacredita, no sólo a sí mismo, sino también a la Iglesia. En un mundo crítico, la Iglesia no puede pasarse en relación con la clase de personas que elige como sus dirigentes.

(b) En la Iglesia Primitiva había la costumbre de imponerle las manos a un pecador penitente que había dado pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento y había vuelto al rebaño de la iglesia. Se establece: «Cuando un pecador se arrepiente, y muestra frutos de arrepentimiento, imponle las manos mientras todos oran por él.» Eusebio nos dice que era la costumbre antigua el que los pecadores arrepentidos fueran recibidos otra vez mediante la imposición de manos y la oración. Si ése es el sentido aquí, sería una advertencia a Timoteo para que no se precipitara en recibir otra vez a uno que hubiera traído descrédito a la iglesia; el esperar hasta que mostrara que su penitencia era genuina, y que estaba decidido a remodelar su vida de acuerdo con su profesión de arrepentimiento. Eso no quiere decir ni un momento que tal persona había de mantenerse a cierta distancia y tratarse con suspicacia; tenía que tratarse con toda simpatía y con toda ayuda y dirección en este período de prueba. Pero sí es decir que la membresía de la iglesia no se ha de tratar nunca con ligereza y que una persona debe dar muestras de su arrepentimiento por el pasado y de su determinación para el futuro antes de ser recibida, no en *la compañía* de la iglesia, sino en su *membresía*. La compañía de la iglesia existe para ayudar a tales personas a redimirse, pero su membresía es para las que han comprometido sus vidas de veras a Cristo.

CONSEJO A TIMOTEO

1 Timoteo 5:23

Deja de beber el agua sola, y usa un poco de vino por causa de tu estómago, para que te ayude en tus frecuentes enfermedades.

Esta frase muestra toda la intimidad de estas cartas. Entre los asuntos de la Iglesia y los problemas de la administración, Pablo encuentra el momento para introducir un detalle de consejo cariñoso para Timoteo acerca de su salud.

Siempre había habido una vena de ascetismo en la religión judía. Siempre que un hombre asumía el voto nazareo (*Números 6:1-21*) se comprometía a no probar ninguna bebida fermentada (*Números 6:3s*). Los recabitas también se habían comprometido a abstenerse del vino. El *Libro de Jeremías* nos cuenta que Jeremías fue a ofrecerles a los recabitas vino, y ellos se lo rechazaron por fidelidad a su tradición ancestral (*Jeremías 35:5-7*). Ahora bien, Timoteo era judío por una parte -su madre era judía (*Hechos 16:1*)- y puede que hubiera heredado de su madre esta tendencia ascética. Por parte de su padre era griego. Ya hemos visto que en el trasfondo de las Pastorales se descubre la herejía del gnosticismo, que consideraba toda la materia como mala, y que conducía a veces al ascetismo; y bien puede ser que Timoteo estuviera influenciado inconscientemente por este ascetismo griego también.

Aquí encontramos una gran verdad que los cristianos olvidamos a veces para nuestro riesgo: Que no debemos desentendernos del cuerpo, porque el sopor y la aridez espiritual les proceden a menudo del hecho de que el cuerpo está cansado o abandonado. No hay máquina que funcione debidamente si no se la cuida; y lo mismo pasa con el cuerpo. No podemos hacer bien la obra de Cristo a menos que nos encontremos en la debida forma físicamente. No es ninguna virtud -sino más bien lo contrario- el olvidarse del cuerpo o el despreciarlo. *Mens sana in corpore sano*, una mente sana en un cuerpo sano, era un antiguo ideal latino, que coincide perfectamente con el ideal cristiano.

Este es un texto que ha llevado por la calle de la amargura a muchos abogados de la abstinencia total. Hay que recordar que no le da permiso a todo el mundo para beber alcohol en exceso; simplemente aprueba el uso del vino cuando puede ser de ayuda para la salud. Si establece algún principio de carácter general, E. F. Brown lo expresó muy bien: < Muestra que aunque la total abstinencia puede recomendarse como un consejo sabio, no debe nunca imponerse como una obligación religiosa. > Pablo quiere decir sencillamente que no hay ninguna virtud en un ascetismo que le produce al cuerpo más mal que bien.

ES IMPOSIBLE OCULTAR NADA INDEFINIDAMENTE

1 Timoteo 5:24s

Los pecados de algunas personas están a la vista de todo el mundo, y no pueden conducir más que al juicio, mientras que los pecados de otros acabarán por alcanzarlos debidamente. Pues lo mismo sucede con las buenas obras, que puede que estén a la vista de todo el mundo, mientras que hay cosas de una cualidad diferente que no se pueden ocultar.

Este dicho nos mueve a dejarle las cosas a Dios y estar tranquilos. Hay pecadores obvios, cuyos pecados los están conduciendo claramente al desastre y al castigo; mientras que hay pecadores secretos que, tras una apariencia de rectitud impecable, viven una vida que es en esencia malvada y fea. El hombre puede que no lo vea, pero Dios sí. < El hombre ve la acción, pero Dios ve la intención. > No hay manera de evitar la confrontación final con el Dios que lo ve y lo conoce todo.

Hay algunos cuyas buenas obras están a la vista de los demás, y que ya se han ganado las alabanzas y las gracias y las felicitaciones de los hombres. Hay algunos cuyas buenas obras no se notan, ni aprecian, ni agradecen, ni alaban, ni sé valoran como sería de desear. Ellos no tienen por qué sentirse ni defraudados ni disgustados. Dios conoce también las buenas obras, y Él pagará, porque no está nunca en deuda con nadie.

Aquí se nos dice que no debemos ni ponernos furiosos por el aparente escape de otros, ni amargarnos por la aparente ingratitud humana, sino debemos estar contentos de dejar todas las cosas al juicio definitivo de Dios.

CÓMO SER ESCLAVO Y CRISTIANO

1 Timoteo 6:1s

Que todos los que se encuentran sometidos al yugo de la esclavitud consideren a sus amos dignos de todo respeto para que nadie tenga ocasión de hablar mal del nombre de Dios y de la enseñanza cristiana. Si tienen amos que son creyentes, que no traten de aprovecharse de ellos porque son hermanos, sino más bien que les presten mejor servicio, porque los que tienen derecho a ese servicio son creyentes y amados.

Por debajo de la superficie de este pasaje hay ciertos principios cristianos supremamente importantes para la vida y el trabajo diarios.

El esclavo cristiano se encontraba en una situación especialmente difícil. Si era esclavo de un amo pagano, podría fácilmente dejar bien claro que consideraba a su amo abocado a la perdición y a sí mismo como heredero de la salvación. Su cristianismo le podría producir un sentimiento de superioridad intolerante que crearía una situación imposible. Por otra parte, si su amo era cristiano, el esclavo podría estar tentado a sacar ventajas de la relación usándola como una excusa para producir un trabajo

ineficaz con la esperanza de librarse del castigo. Podría ser que creyera que el hecho de que los dos, él y su amo, eran cristianos le permitía esperar una consideración especial. Ahí había un verdadero problema. Debemos fijarnos en dos cosas generales.

(i) En aquellos días la Iglesia no surgió como el posible destructor de la esclavitud por medios violentos y rápidos. Y fue sabia. Había algo así como 60 millones de esclavos en el Imperio Romano. Simplemente por su número se los consideraba siempre como enemigos en potencia. Si se producía alguna vez una revuelta de esclavos, se la liquidaba por la fuerza bruta, porque el Imperio Romano no se podía permitir consentir que los esclavos se rebelaran. Si un esclavo se escapaba y le cogían, o bien le ejecutaban o le marcaban en la frente con un hierro candente una letra F, que representaba la palabra *fugitivus*, que quiere decir *escapado*. Había hasta una ley romana que estipulaba que si un amo era asesinado todos sus esclavos podían ser interrogados bajo tortura, y hasta se los podía matar a todos como a un solo cuerpo. E. K. Simpson escribe sabiamente: «Una campaña espiritual del Cristianismo habría sido fatalmente comprometida por inflamar el rescoldo de la lucha de clases o por ofrecer un refugio en su seno a esclavos fugitivos.»

Para la Iglesia el haber animado a los esclavos a rebelarse contra sus amos habría sido fatal. Habría provocado sencillamente una guerra civil, un asesinato en masa, y su propio descrédito. Lo que sucedió fue que en el transcurso de los siglos el Cristianismo penetró de tal manera en la civilización que al final los esclavos fueron libertados voluntariamente y no por la fuerza. Aquí tenemos una lección tremenda. Es la prueba de que ni los hombres ni el mundo ni la sociedad se pueden reformar por la fuerza ni por decreto. La reforma debe venir por medio de una lenta penetración del espíritu de Cristo en la situación humana. Las cosas tienen que suceder en el tiempo de Dios, no en el nuestro. A fin de cuentas el camino lento es el único seguro, y el camino de la violencia siempre se derrota a sí mismo.

(ii) Aquí encontramos la verdad adicional de que « la igualdad espiritual no borra las diferencias civiles.» Es un peligro constante el que una persona pueda mirar inconscientemente su cristianismo como una disculpa para la flojera y la ineficacia. Porque él y su jefe son ambos cristianos, puede esperar que le trate con una consideración especial. Pero el hecho de que tanto el jefe como el hombre sean cristianos no exime al empleado de cumplir con su trabajo diario y ganarse su salario. El cristiano no está menos obligado a someterse a la disciplina de la vida y a ganarse el sueldo que cualquier otro ciudadano.

(iii) ¿Cuál es entonces el deber del esclavo cristiano según las Pastorales? Es el ser un buen esclavo. Si no lo es, si es perezoso y descuidado, si es desobediente y insolente, sencillamente provee al mundo de municiones para criticar la Iglesia. El obrero cristiano debe recomendar su Cristianismo siendo mejor obrero que los otros. En particular, su trabajo tiene que ser hecho en un espíritu nuevo. Ya no pensará en sí mismo como obligado a trabajar contra su voluntad; considerará que está prestandole un servicio a su jefe, a Dios y a sus semejantes. Su objetivo será, no a hacer lo menos que le obliguen a uno, sino lo más que se pueda, voluntariamente.

MAESTROS Y ENSEÑANZA FALSOS

1 Timoteo 6:3-5

Si alguien imparte una clase diferente de enseñanza y no se aplica a las palabras sanas (quiero decir las palabras de nuestro Señor Jesucristo) y a la enseñanza piadosa, está hinchado de orgullo. Es un hombre sin entendimiento; lo que tiene más bien es una adicción enfermiza a la especulación sutil y a la logomaquia que no puede producir más que envidia, pelea, intercambio de insultos, suspicacias malvadas, constantes altercados de personas que tienen la mente corrompida y que están destituidas de la verdad, personas que creen que la religión es un medio para hacer dinero.

Las circunstancias de la vida en el mundo antiguo le ofrecían al falso maestro una oportunidad que él no tardaba en aprovechar. Por el lado cristiano, la Iglesia estaba llena de profetas ambulantes, cuya forma de vida les confería un cierto prestigio. El culto cristiano era menos organizado que ahora en muchas iglesias. Cualquiera que creía que tenía un mensaje tenía libertad para darlo; y la puerta estaba abierta de par en

par para los que quería propagar un mensaje falso. Por el lado pagano, estaban los llamados *sofistas*, *sabios*, que se aplicaban al negocio, por así decirlo, de vender filosofía. Tenían dos tendencias. Pretendían ser capaces de enseñar a los hombres, por una paga, a discutir inteligentemente; eran hombres que con lenguas suaves y mentes despiertas estaban capacitados para «hacer que lo peor pareciera lo mejor.» Habían convertido la filosofía en una forma de hacerse ricos. La otra tendencia era hacer demostraciones de hablar en público. A los griegos siempre les había fascinado la palabra hablada; les encantaban los oradores; y esos sofistas ambulantes iban de pueblo en pueblo haciendo sus demostraciones oratorias. Trataban de hacerse la publicidad a gran escala y hasta llegaban a repartir invitaciones personales a sus actuaciones. Los más famosos entre ellos atraían a sus conferencias literalmente a miles de personas; eran en aquel tiempo los equivalentes de las estrellas pop modernas. Filostrato nos dice que Adriano, uno de los más famosos de ellos, había alcanzado tal popularidad que, cuando aparecía su pregonero con la noticia de que iba a hablar se vaciaban hasta el senado y el circo, y el ateneo se abarrotaba de personal para oírle.

Tenían tres grandes faltas. Sus conferencias eran totalmente fantásticas. Se ofrecían a hablar de cualquier asunto, por muy remoto y recóndito e improbable que fuera, que pudiera sugerir cualquier miembro de la audiencia. Veamos un ejemplo de la clase de tema que podían discutir; es un ejemplo real: Un hombre se introduce en la ciudadela del pueblo para matar al tirano que ha estado esquilmando al pueblo; no encuentra al tirano, y mata al hijo del tirano; llega el tirano y ve a su hijo muerto con el cuerpo atravesado por una espada y, movido por un dolor tremendo, se quita la vida; entonces el asesino reclama la recompensa por matar al tirano y librar al pueblo. ¿Es o no es lícito dársela? ¿Se la ha ganado, o no?

Estaban sedientos de aplauso. La competencia entre unos y otros llegaba a tal punto que se cortaban el cuello si podían. Plutarco nos cuenta lo que sucedió con un sofista ambulante

llamado Níger que llegó a un pueblo de Galacia en el que residía un famoso orador. Inmediatamente se organizó una competición entre ambos. Níger tenía que competir o perder su reputación. Se le había clavado una espina de pescado en la garganta y tenía dificultad para hablar; pero por mor de su prestigio tenía que seguir adelante. Poco después se le inflamó terriblemente la garganta, y por último murió. Dión Crisóstomo nos pinta el cuadro de un lugar público en Corinto con toda clase de competidores a tope: «Podrías oír a muchos pobres desgraciados de sofistas gritando e insultándose recíprocamente, y a sus discípulos, como los llamaban, discutiendo, y muchos poetas cantando sus poemas, y muchos juglares haciendo alarde de sus habilidades, y muchos agoreros dando el sentido de los prodigios, y un millar de retóricos tergiversando procesos, y un número no pequeño de comerciantes exhibiendo sus diversos productos.» Todo esto parece la versión antigua de la escena que pinta Leandro Fernández de Moratín en su *La derrota de los Pedantes*. Ahí tenéis precisamente el intercambio de insultos, la envidia y contienda, la constante logomaquia de hombres de mente decadente que deplora el autor de las Pastorales. «A un sofista -escribía Filostrato- le deja fuera de combate en un discurso improvisado una audiencia seria, difícil de complacer y que no aplaude.» «Todos están chalados -decía Dión Crisóstomo- por el murmullo de la multitud... Como hombres que fueran andando en la oscuridad seguían la dirección de los aplausos y de los gritos.» Luciano escribe: «Si tus amigos ven que te estás averiando, que paguen el precio de las cenas que les diste extendiendo sus brazos y dándote una oportunidad de pensar en algo que decir en los intervalos entre los turnos de aplauso.» El mundo antiguo conocía perfectamente la clase de falsos maestros que estaban invadiendo la Iglesia.

Estaban sedientos de alabanzas, y su criterio eran los números. Epicteto nos presenta una escena gráfica del sofista hablando con sus discípulos después de la representación. «"Bien; ¿qué os he parecido hoy?" "Por mi vida, señor, que

me parecisteis admirable." "¿Qué os pareció mi mejor parrafada?" "¿Cuál?" "Cuando describí a Pan y a las ninfas." "Oh, era alucinante a tope."» < "Una audiencia mucho más numerosa hoy, creo," dice el sofista. "Sí, mucho más," responde el discípulo. "Quinientos, diría yo." "¡Eso es absurdo! No pueden haber sido menos de mil." "¡Eso sería más de lo que consiguió nunca Dión! Me pregunto por qué. Y todos apreciaron lo que yo dije." "La belleza, señor, puede mover las piedras."» Estos actores sofistas eran «los niños mimados de la sociedad.» Llegaban a ser senadores, gobernadores, embajadores. Cuando morían, se les construían monumentos, con inscripciones tales como: « La reina de las ciudades al rey de la elocuencia.»

A los griegos les intoxicaba la palabra hablada. Entre ellos, si uno sabía hablar, hacía fortuna. Era en un trasfondo así donde la Iglesia iba creciendo; y no es extraño que este tipo de maestro la invadiera. La Iglesia le ofrecía una nueva área en la que ejercitar sus dones bastardos y ganar un prestigio de bisutería y un no despreciable seguimiento.

CARACTERÍSTICAS DEL FALSO MAESTRO

1 Timoteo 6:3-5 (conclusión)

En este pasaje se nos presentan las características del maestro falso.

(i) Su primera característica era la presunción. Su deseo no era presentar a Cristo, sino hacer alarde de sí mismo. Sigue habiendo predicadores y maestros que están más interesados en ganar seguidores para sí mismos que para Jesucristo, más preocupados en presentar sus propios puntos de vista que en traerles a las personas la palabra de Dios. En una conferencia sobre su antiguo maestro A. B. Bruce, W. M. McGregor dijo: «Uno de nuestros propios pastores de las Highlands dice que se había sorprendido de ver a Bruce una y otra vez durante las conferencias tomar un trocito de papel, echarle una ojeada y

seguir adelante. Un día tuvo oportunidad de ver lo que contenía el papelillo, y descubrió en él un ¡punte de las palabras: "Oh, envía tu luz y tu verdad" y así se dio cuenta con temor de que el profesor traía al aula la majestad y la plenitud de esperanza del culto.» El gran maestro no ofrece a su audiencia la iluminación de su propia lamparilla, sino la luz y la verdad de Dios.

(ii) Lo que le seducía eran las especulaciones abstrusas y recónditas. Hay una especie de cristianismo que tiene más interés en las discusiones que en la vida. El ser miembro de un grupo de discusión o de estudio bíblico y pasar horas agradables charlando sobre doctrinas no produce necesariamente cristianos. J. S. Whale, en su libro *Doctrina Cristiana*, tiene algunas cosas abrasivas que decir acerca de este intelectualismo complaciente: «Tenemos lo que Valentine dijo de Turio: "Un traficante en palabras, pero en ningún otro tesoro." En vez de quitarnos el calzado de los pies porque el lugar en que nos encontramos es tierra santa, nos ponemos a sacar fotos bonitas de la zarza ardiente desde ángulos convenientes: charlamos sobre teorías de la Expiación con los pies en la chimenea, en vez de arrodillarnos ante las heridas de Cristo.» Como lo expresaba Lutero: « El que se limita a estudiar los mandamientos de Dios (*mandata Dei*) no se conmueve gran cosa. Pero el que escucha a Dios mandando (*Deum mandantem*), ¿cómo puede dejar de aterrarse ante una majestad tan grande?» Como decía Melanchthon: «Conocer a Cristo no es especular sobre la forma de Su Encarnación, sino conocer sus beneficios salvíficos.» Gregorio de Nisa trazó un cuadro revelador de la Constantinopla de su tiempo: «Constantinopla está llena de mecánicos y esclavos que son todos ellos profundos teólogos, que predicán en las tiendas y por las calles. Si buscáis alguien que os trabaje un trozo de plata, os informa en qué difiere el Hijo del Padre; si preguntáis el precio de un pan se os dice a manera de respuesta que el Hijo es inferior al Padre; y si preguntáis si está listo el baño, la respuesta es que el Hijo fue hecho de la nada.» Los argumentos sutiles y las

fulgurantes afirmaciones teológicas no nos hacen cristianos. Esa clase de cosa puede que no sea nada más que una manera de evadir el desafío de la vida cristiana.

(iii) El falso maestro es un perturbador de la paz. Es instintivamente competitivo; sospecha de todos los que no están de acuerdo con él; cuando no puede ganar en una discusión lanza insultos a la posición teológica de su oponente, y aun a su carácter; en cualquier discusión el acento de su voz es el de la enemistad, no el del amor. No ha aprendido nunca a decir la verdad en amor. La causa de su amargura es la exaltación de su ego; porque tiende a considerar cualquier discrepancia o cualquier crítica de sus puntos de vista como un insulto personal.

(iv) El maestro falso comercializa la religión. Lo que le interesan son los ingresos. Considera su enseñanza y predicación, no como una vocación, sino como una carrera. De una cosa podemos estar seguros: de que no hay lugar para estos carreristas en el ministerio de ninguna iglesia. Las Pastorales dejan bien claro que el obrero merece su salario; pero el motivo de su trabajo debe ser el servicio público y no la ganancia privada. Su pasión es, no recibir, sino gastar y gastarse en el servicio de Cristo y de sus semejantes.

LA CORONA DEL CONTENTAMIENTO

I Timoteo 6:6-8

Es verdad que la piedad con contentamiento es una gran ganancia. No hemos traído nada al venir al mundo, y está claro que no podemos llevarnos nada tampoco al salir de él; pero, si tenemos comida y abrigo, démonos por contentos.

La palabra que se utiliza aquí para *contentamiento* es *autárkeia*. Era una de las grandes consignas de los filósofos

estoicos. Con ella querían decir una completa *autosuficiencia*. Querían decir un esquema mental totalmente independiente de todas las cosas externas y que tenía en sí mismo el secreto de la felicidad.

El contentamiento nunca depende de la posesión de cosas externas. Como escribió George Herbert: «Porque el que necesita para vivir cinco mil libras no es menos pobre que el que necesita cinco.» El contentamiento viene de una actitud interior ante la vida. En la tercera parte de *Enrique VI*, Shakespeare traza una escena del rey vagando por lugares rústicos de incógnito. Se encuentra con dos campesinos y les dice que él es un rey. Uno de ellos le pregunta: «Pero si tú eres un rey, ¿dónde está tu corona?» Y el rey le da esta gran respuesta: « Mi corona está en mi corazón, no en mi cabeza; no adornada de diamantes y de piedras de la India; no se puede ver; mi corona se llama contentamiento -una corona que rara vez llevan los reyes.»

Hace mucho tiempo los filósofos griegos ya habían encontrado el cabo de la madeja. Epicuro decía de sí mismo: «Para quien poco no es bastante, nada es bastante. Dame un panecillo de cebada y un vaso de agua, y estoy dispuesto a rivalizar con Zeus en felicidad.» Y cuando alguien le pregunta por el secreto de la felicidad, su respuesta es: « No añadas nada a las posesiones de un hombre, sino quítaselo de sus deseos.»

Los grandes hombres siempre han estado contentos con poco. Uno de los dichos de los rabinos judíos era: «¿Quién es rico? El que está contento con su suerte.» Walter Lock cita la clase de entrenamiento a que se sometía un rabino judío y la clase de vida que vivía: «Éste es el camino de la Ley. Un bocado con sal que comer, y una medida de agua que beber, y dormir en el suelo y vivir una vida dura mientras te afanas en la Ley. Si esto haces, serás feliz, y te irá bien; serás feliz en este mundo, y te irá bien en el mundo por venir.» El rabino tenía que aprender a contentarse con lo suficiente. E. F. Brown cita un pasaje del gran predicador Lacordaire: «La pega de nuestro presente es que nadie sabe vivir con poco. Los grandes hombres de la antigüedad eran pobres por lo general... siempre

me parece que la reducción de gastos inútiles, el dejar a un lado lo que uno podría llamar de relativa necesidad, es el camino real a la liberación cristiana del corazón, como lo era para el vigor antiguo. La mente que ha aprendido a apreciar la belleza moral de la vida, tanto en relación con Dios como con los hombres, no puede inquietarse mucho por los reveses de la fortuna; y lo que nuestra edad más necesita es ver a un hombre que puede que tenga de todo, pero que esté dispuesto a contentarse con poco. Por lo que a mí se refiere, humanamente hablando, no deseo nada. Un alma grande en una casa pequeña es la idea que me ha impactado siempre más que ninguna otra.»

No es que el Cristianismo defienda la pobreza. No hay ninguna virtud especial en ser pobre, o en pasar angustias para acabar el mes. Pero sí defiende dos cosas.

Apuesta por la conciencia de que no está nunca en el poder de las cosas el producir la felicidad. E. K. Simpson: < Muchos millonarios, después de ahogarse el alma con polvo de oro, han muerto de melancolía. » La felicidad siempre viene de las relaciones personales. Todas las cosas del mundo no harán feliz a un hombre que no conoce ni la amistad ni el amor. El cristiano sabe que el secreto de la felicidad se esconde, no en las cosas, sino en las personas.

Apuesta por la concentración en las cosas que son permanentes. Nada trajimos al mundo y nada podremos sacar de él. Los sabios de todos los tiempos y la fe han sabido esto. < No puedes mecía Séneca- sacar del mundo nada más de lo que has introducido. » El poeta de la antología griega decía: < Desnudo puse pie a tierra; desnudo pasaré bajo la tierra. » El proverbio español lo expresa lúgubramente: < Una mortaja no tiene bolsillos. » E. K. Simpson comenta: < Todo lo que una persona amase en su camino es en calidad de equipaje; no es parte de su verdadera personalidad, sino algo que se deja atrás en la aduana de la muerte. »

Sólo hay dos cosas que uno pueda llevar a Dios. Puede, y debe, llevarse a sí mismo; y, por tanto, su gran tarea es

edificarse a sí mismo y llevarse sin vergüenza a Dios. Puede, y debe, llevar esa relación con Dios en la que ha entrado en los días de su vida. Ya hemos visto que el secreto de la felicidad está en las relaciones personales, y la más importante de todas las relaciones personales es la que tenemos con Dios. Y la cosa suprema que uno puede llevar consigo es la convicción inquebrantable de que va a Uno que es el Amigo y el Amante de su alma.

El contentamiento viene cuando nos desmarcamos de la esclavitud de las cosas, cuando encontramos nuestra riqueza en el amor y en la comunión con nuestros semejantes, y cuando nos damos cuenta de que nuestra más preciosa posesión es nuestra amistad con Dios, hecha posible por medio de Jesucristo.

EL PELIGRO DEL AMOR AL DINÉRO

1 Timoteo 6:9s

Los que quieren hacerse ricos caen en tentación y en red, y en muchos deseos insensatos y peligrosos de cosas prohibidas, deseos que sumergen a las personas en un mar de ruina y pérdida total tanto en el tiempo como en la eternidad. Porque el amor al dinero es la raíz de la que brotan todos los males; y algunas personas, en su afán por poseerlo, han sido tristemente descarriadas, y se han visto atravesadas por innumerables dolores.

Aquí tenemos uno de los dichos de la Biblia que se citan mal más corrientemente. La escritura no dice que *el dinero* sea la raíz de todos los males; dice que *el amor al dinero* es la raíz de todos los males. Ésta es una verdad de la que los grandes pensadores clásicos eran tan conscientes como los maestros cristianos. < El amor al dinero decía Demócrito- es la metrópoli de todos los males. » Séneca habla del «deseo de lo que no nos pertenece, del cual brota todo el mal de nuestra mente.» «El amor al dinero decía Focílides- es la madre de todos los males.» Filón hablaba del «amor al dinero que es el punto de salida de las mayores transgresiones de la ley.» Ateneo cita un dicho: «El placer del vientre es el principio y la raíz de todos los males.»

El dinero no es en sí mismo ni bueno ni malo; pero el amor al dinero puede conducir al mal. Con el dinero puede que un hombre sirva egoístamente sus propios deseos; con él puede responder a la petición de ayuda de su prójimo necesitado. Con él puede facilitar el camino a las malas acciones; con él puede hacerle más fácil a otros el vivir como Dios quiere que vivan. El dinero no es en sí mismo un mal, pero sí es una gran responsabilidad. Es poderoso para el bien y poderoso para el mal. Entonces, ¿cuáles son los peligros especiales que conlleva el amor al dinero?

(i) El deseo de dinero tiende a convertirse en una sed insaciable. Había un proverbio latino que decía que la riqueza es como el agua del mar; lejos de calmar la sed, la intensifica. Cuanta más se obtiene, más se quiere.

(ii) El deseo de riqueza se basa en una ilusión. Se basa en el deseo de seguridad; pero la riqueza no puede comprar la seguridad. No puede comprar la salud, ni el verdadero amor; y no puede librar del dolor ni de la muerte. La seguridad que se basa en cosas materiales está condenada anticipadamente a fracasar.

(iii) El deseo de dinero tiende a hacer a una persona egoísta. Si lo que le mueve es el deseo de riqueza, no le importará el que otros tengan que perder para que él gane. El deseo de riqueza fija los pensamientos de una persona en sí misma, y los demás se convierten en meros medios u obstáculos en el camino de su propio enriquecimiento. Es verdad que eso *no tiene por qué* pasar; pero *pasa*.

(iv) Aunque el deseo de riqueza se basa en el deseo de seguridad no conduce más que a la ansiedad. Cuanto más tenga una persona que guardar, más tendrá que perder; y tenderá a estar obsesionado por el riesgo de perder. Hay una vieja fábula acerca de un campesino que le prestó al rey un gran servicio, por lo que le recompensó con mucho dinero. Durante algún tiempo el hombre estuvo encantado; pero llegó un día cuando fue al rey y le suplicó que le quitara todo lo que le había dado, porque se había introducido en su vida una antes desconocida ansiedad de perder todo lo que tenía.

(v) El amor al dinero es fácil que conduzca a una persona a malas maneras de conseguirlo; y por tanto, al final acabe en dolor y remordimiento. Eso es cierto incluso físicamente. Puede forzar su cuerpo tanto en su pasión por obtener que arruina su salud. Puede que descubra demasiado tarde el daño que ha causado a otros su deseo y se vea abrumado de remordimientos.

El tratar de ser independiente y de proveer prudentemente para el futuro es un deber cristiano; pero el hacer del amor al dinero el motor de la vida no puede ser más que el más peligroso de los pecados.

DESAFÍO A TIMOTEO

1 Timoteo 6:11-16

Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas. Proponte la integridad, la bondad, la fe, el amor, la paciencia, la amabilidad. Pelea la buena pelea de la fe; aférrate a la vida eterna, a la que eres llamado ahora que has testificado una noble profesión de tu fe en presencia de muchos testigos. Te encargo a la vista de Dios, que hace vivir todas las cosas, y a la vista de Jesucristo, que en los días de Poncio Pilato testificó su noble profesión, que guardes el mandamiento, que te mantengas sin mancha ni vergüenza hasta el día en que aparezca nuestro Señor Jesucristo, cuya aparición mostrará en su propio buen tiempo el bendito y único Soberano, el Rey de reyes y el Señor de señores, el único que posee la inmortalidad, que mora en luz inaccesible, a Quien ninguna persona ha visto ni puede ver nunca, a Quien sea honor y poder eterno. Amén.

La carta termina con un tremendo desafío a Timoteo, un desafío tanto más grande por la deliberada nobleza de las palabras en que está vestido.

Desde el mismo principio se pone a Timoteo en su categoría. Pablo se le dirige como hombre de Dios. Ese es uno de los grandes títulos del Antiguo Testamento. Es un título que se le da a Moisés. *Deuteronomio 33:1* habla de «Moisés, varón de Dios.» El título del *Salmo 90* es «una oración de Moisés, varón de Dios.» Es el título de los profetas y de los mensajeros de Dios. El mensajero de Dios que fue enviado a Elí era un hombre de Dios (1 *Samuel 2:27*). Samuel se describe como hombre de Dios (1 *Samuel 9:6*). Semaías, el mensajero de Dios a Roboam, es un hombre de Dios (1 *Reyes 12:22*). Juan Bunyan en *El peregrino* llama a Gran-Gracia «campeón de Dios.»

Aquí tenemos un título de honor. Cuando se le encarga la comisión a Timoteo, no se le recuerda su propia debilidad y pecado, que podrían haberle reducido a una desesperación pesimista; más bien se le desafía por el honor que es suyo de ser un hombre de Dios. Es la manera característicamente cristiana, no el deprimir a una persona definiéndola como pecadora perdida, sino más bien elevarla convocándola a ser lo que tiene en sí ser. La manera característicamente cristiana no consiste en arrojarle a uno su pasado humillante a la cara, sino presentarle el esplendor de su futuro potencial. El mismo hecho de que se dirija a Timoteo como «hombre de Dios» le haría cuadrar los hombros y levantar la cabeza a uno que ha recibido su comisión del Rey.

Las virtudes y cualidades nobles que se colocan delante de Timoteo no se han reunido casualmente. Hay un orden entre ellas. La primera que viene es la *integridad, dikaiosyné*. Esta se define como «darle tanto a los hombres como a Dios lo que les es debido.» Es la más general de las virtudes; un hombre íntegro es el que cumple con su deber para con Dios y para con sus semejantes.

En segundo lugar viene un grupo de tres virtudes que se orientan hacia Dios. *Piedad, eusébeia*, es la reverencia del que nunca deja de darse cuenta de que toda la vida transcurre en la presencia de Dios. *La fe, pistis*, aquí quiere decir *fidelidad*, y es la virtud de quien, a través de todos los azares y avatares de la vida, aun hasta las mismas puertas de la muerte, es leal a Dios. *El amor, agapé*, es la virtud de quien, aun si es probado, no podría olvidar lo que Dios ha hecho por él ni el amor de Dios a los hombres.

En tercer lugar viene la virtud que se orienta a la conducta de la vida. Es *hypomoné*. La Reina-Valera traduce esta palabra por *paciencia*, pero *hypomoné* nunca quiere decir el espíritu que se sienta con los brazos cruzados y simplemente soporta las cosas dejando que las experiencias de la vida fluyan sobre él como una marea. Es una perseverancia victoriosa. « Es una constancia firme en la fe y en la piedad a pesar de la adversidad y el sufrimiento.» Es la virtud que más que aceptar las experiencias de la vida las conquista.

En cuarto lugar aparece la virtud que se dirige a los hombres. La palabra griega es *praypathía*. Se traduce por *amabilidad*, pero es realmente intraducible. Describe el espíritu que nunca se inflama de ira por las ofensas que recibe pero que puede ser devastadoramente airado por las ofensas que reciben otros. Describe el espíritu que sabe perdonar y que sin embargo sabe librar la batalla de la integridad. Describe el espíritu que camina al mismo tiempo en la humildad y en la dignidad de su sublime llamada de Dios. Describe la virtud por la cual en todo tiempo una persona es capacitada para tratar rectamente a sus semejantes y para considerarse rectamente a sí misma.

RECUERDOS QUE INSPIRAN

1 Timoteo 6:11-16 (conclusión)

Con el desafío de las tareas para el futuro recibe Timoteo la inspiración de las memorias del pasado.

(i) Ha de recordar su bautismo y los votos que hizo entonces. En las circunstancias de la Iglesia Primitiva el bautismo era inevitablemente de adultos, para personas que venían directamente del paganismo a Cristo. Era la confesión de fe y el testimonio a todos los hombres de que la persona bautizada había tomado a Jesucristo como Salvador, Maestro y Señor. La más temprana de todas las confesiones cristianas era el sencillo credo: «Jesucristo es Señor» (*Romanos 10:9; Filipenses 2:11*). Pero se ha sugerido que detrás de estas palabras a Timoteo se esconde una confesión de fe que decía: «Creo en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la Tierra, y en Jesucristo, que sufrió bajo Poncio Pilato y volverá a juzgar; creo en la resurrección de los muertos y en la vida inmortal.» Bien puede haber sido un credo así el que usó Timoteo para confesar su fe. Así que, en primer lugar, se le recuerda que es un hombre que se ha comprometido. El cristiano es por encima de todo una persona que se ha comprometido con Jesucristo.

(ii) Se le recuerda que ha hecho la misma confesión de su fe que hizo Jesús. Cuando Jesús se encontró ante Pilato, Pilato le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Y Jesús contestó: « Tú lo has dicho» (*Lucas 23:3*). Jesús había testificado que Él era un Rey; y Timoteo siempre había testificado el señorío de Cristo. Cuando el cristiano confiesa su fe, hace lo que ya hizo su Maestro; cuando sufre por su fe, pasa por lo que pasó su Maestro. Cuando estamos comprometidos en alguna gran empresa, podemos decir: «Hermanos, estamos recorriendo el camino que anduvieron los santos,» pero cuando confesamos nuestra fe delante de los hombres, podemos decir aun más; podemos decir: «Estoy con Cristo;» y esto debe elevar nuestros corazones e inspirar nuestras vidas.

(iii) Ha de recordar que Cristo viene otra vez. Ha de recordar que su vida y obra han de ser dignas de que Él las contemple. El cristiano no trabaja para satisfacer a los hombres; trabaja para satisfacer a Cristo. La pregunta que debe hacerse siempre no es: < ¿Es esto suficientemente bueno para recibir el aprobado de los hombres?> Sino: < ¿Es esto bastante bueno para recibir la aprobación de Cristo?>

(iv) Por encima de todo ha de recordar a Dios. ¡Y qué recuerdo es este! Ha de tener presente al Que es Rey de todos los reyes y Señor de todos los señores; el único que posee el don de la vida eterna para dárselo a los hombres; el único Cuya santidad y majestad son tales que ninguna persona puede nunca osar mirarlas. El cristiano debe recordar siempre a Dios y decir: «Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?»

CONSEJOS A LOS RICOS

1 Timoteo 6:17-19

Encarga a los que son ricos en los bienes de este mundo que no sean orgullosos, y que no pongan sus esperanzas en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios que les da abundantemente todas las cosas de que disfrutan. Encárgales que hagan el bien; que encuentren su riqueza en acciones nobles; que estén prontos a compartir todo lo que tienen; que sean hombres que no olvidan nunca que son miembros de una fraternidad; que atesoren para sí el tesoro de un buen cimiento para el mundo por venir, que tomen posesión de la vida verdadera.

Algunas veces pensamos que la Iglesia Primitiva estaba formada exclusivamente por pobres y esclavos. Aquí vemos que ya entonces tenía miembros ricos. No se los condena por ser ricos, ni se les dice que renuncien a sus riquezas; pero se les dice lo que deben hacer con su riqueza y lo que no.

Su riqueza no debe hacerlos orgullosos. No deben creerse mejores que los demás porque tienen más dinero que ellos. Nada de este mundo le da a una persona derecho a mirar a los demás por encima del hombro, ni siquiera todas las posesiones de riqueza. No deben poner sus esperanzas en la riqueza. En los azares y avatares de la vida uno puede que sea rico hoy y pobre mañana; y sería locura poner la esperanza en lo que se puede perder tan fácilmente.

Se les dice que deben usar su riqueza para hacer bien; que siempre deben estar dispuestos a compartir; y que deben recordar que el cristiano es miembro de una fraternidad. Y se les dice que el uso sabio de la riqueza les proveerá de un buen cimiento en el mundo por venir. Como ha dicho alguien: < Lo que me guardo, lo pierdo; lo que doy, lo tengo.>

Hay una famosa historia rabínica judía. Un hombre llamado Monobaz había heredado una gran riqueza, pero era un hombre bueno, amable y generoso. En tiempo de hambre dio toda su riqueza para ayudar a los pobres. Sus hermanos se dirigieron a él y le dijeron: «Tus padres hicieron un capital, y se lo añadieron a lo que habían heredado de sus padres, ¿y vas a desperdiciarlo todo?» Él respondió: «Mis padres hicieron un tesoro aquí abajo; yo lo he hecho arriba. Mis padres reunieron un tesoro de Mammon; yo he hecho un tesoro de almas. Mis padres hicieron un tesoro para este mundo; yo he hecho un tesoro para el mundo por venir.»

Cada vez que podemos dar algo y no lo damos restamos a la riqueza que se nos guarda en el mundo por venir; cada vez que damos aumentamos la riqueza que se nos guarda para cuando esta vida llegue a su fin.

La enseñanza de la ética cristiana es, no que la riqueza es un pecado, sino que es una grandísima responsabilidad. Si la riqueza de una persona no contribuye a nada más que a su propio orgullo y no enriquece a nadie más que a ella misma, se convierte en su ruina, porque empobrece su alma. Pero si la usa para aportar ayuda y bienestar a otros, al hacerse más pobre, realmente se hace más rico. En las cosas del tiempo y

en las de la eternidad «es más bienaventurado el dar que el recibir.»

UNA FE QUE TRANSMITIR

1 Timoteo 6:20s

Oh Timoteo, guarda el depósito que se te ha confiado. Rehuye la charla irreligiosa vacía; y las paradojas de ese conocimiento que no merece llamarse conocimiento, que algunos han profesado, haciendo lo cual han perdido el objetivo de la fe.

La gracia sea contigo.

Bien puede ser que el nombre *Timoteo* se use aquí en la plenitud de su sentido. Viene de dos palabras griegas, *Timán*, honrar, y *Theós*, Dios, y quiere decir literalmente *el que honra a Dios*. Bien puede ser que este último pasaje empiece recordándole a Timoteo su nombre y animándole a serle fiel.

El pasaje habla de *el depósito* que se le ha encomendado. La palabra griega para *depósito* es *parathéké*. Es la palabra para el dinero que se deposita en un banco o que se le confía a un amigo. Cuando tal dinero se pedía que se devolviera, era un deber sagrado el devolverlo totalmente. Algunas veces los hijos se llamaban un *parathéké*, un depósito sagrado. Si los dioses le daban a un hombre un hijo, era su deber presentárselo a los dioses entrenado y equipado.

La fe cristiana es así: algo que hemos recibido de nuestros padres en la fe, y que debemos pasar a nuestros hijos. E. F. Brown cita un famoso pasaje de San Vicente de Lerins: «¿Qué se quiere decir por *el depósito*? (*Paratheke*). Lo que se te ha encomendado, no lo que tú te has inventado; lo que has recibido, no lo que tú has programado; algo no de la imaginación, sino de la enseñanza; no una suposición privada, sino una tradición pública; una cosa que se te ha traído, y no que la has traído tú; de la cual no eres el autor, sino el guardador; no el director, sino el seguidor. Guarda el depósito. Conserva el talento de la fe católica a salvo y sin merma; que lo que se te ha confiado permanezca contigo, y entrégalo. Has recibido oro, devuelve oro.»

Uno hace bien en recordar que tiene un deber no solamente consigo mismo sino también con sus hijos y los hijos de sus hijos. Si en nuestro tiempo la Iglesia se fuera debilitando; si la ética cristiana se fuera sumergiendo más en el mundo; si la fe cristiana se fuera tergiversando y distorsionando, no seríamos nosotros los únicos perdedores, sino se verían privados de algo infinitamente precioso los de las generaciones por venir. No somos sólo poseedores, sino también depositarios de la fe. Lo que hemos recibido también debemos transmitirlo sin merma ni deterioro.

Por último, las Pastorales condenan a los que, como dice la versión Reina-Valera, se han entregado a *las oposiciones de la falsamente llamada ciencia*. Primero, debemos fijarnos en que aquí la palabra *ciencia* se usa en su sentido original; quiere decir sencillamente *conocimiento (gnósis)*. Lo que se está condenando es un falso intelectualismo y un falso énfasis en el conocimiento humano.

Pero, ¿qué se quiere decir con *oposiciones*? La palabra griega es *antitheseis*. Mucho más tarde de esto hubo un hereje llamado Marción que produjo un libro llamado *Las antitheseis* en el que citaba textos del Antiguo Testamento y colocaba al lado textos del Nuevo Testamento que los contradecían. Esto podría querer decir muy bien: «No pierdas el tiempo buscando contradicciones en la Escritura. Usa las Escrituras como norma de vida y no como tema de discusión.» Pero hay dos sentidos más probables que éste.

(i) La palabra *antithesis* podría querer decir *controversia*; y entonces esto querría decir: «Evita las controversias, no te mezcles en discusiones inútiles y amargas.» Éste podría ser un consejo muy relevante a una congregación griega de Éfeso. Los griegos tenían verdadera pasión por ir a los tribunales.

Pleiteaban hasta entre hermanos, simplemente por gusto. Esto puede querer decir: «No convirtáis la Iglesia en un campo de batalla de discusiones y debates teológicos. El Cristianismo no es algo para discutir, sino para vivir.»

(ii) La palabra *antithesis* puede querer decir *una tesis rival*. Éste es el sentido más probable, porque se adapta igualmente a los judíos y a los gentiles. Los escolásticos de días posteriores solían discutir acerca de cuestiones: «¿Cuántos ángeles pueden estar en la punta de una aguja?» Los rabinos judíos discutían sobre puntos de la Ley horas y días y hasta años cortando pelos longitudinalmente y trezándolos. Los griegos hacían lo mismo, solamente que de una manera todavía más seria. Hubo una escuela de filósofos griegos que fue muy influyente, llamada los académicos, que mantenían que en el caso de cualquier cosa perteneciente al reino del pensamiento humano se podía llegar a conclusiones exactamente opuestas por medio de un razonamiento lógico. Por tanto concluían que no hay tal cosa como una verdad absoluta; que siempre hay dos hipótesis de igual peso. Pasaban a defender que, siendo así las cosas, el sabio nunca se decidirá totalmente acerca de nada, sino se mantendrá siempre en un estado de juicio en suspenso. El efecto era por supuesto paralizar toda acción y reducir a los hombres a una total incertidumbre. Así es que se le dijo a Timoteo: «No pierdas el tiempo en discusiones sutiles, en "esgrima mental." No te pases de listo para ser sabio. Escucha más bien la voz inequívoca de Dios que las sutiles discusiones de los superintelectuales.»

Así es que la carta se acerca a su fin con una advertencia que necesita nuestra propia generación. El razonamiento inteligente no puede ser nunca el sustituto de la acción cristiana. El deber del cristiano no es sentarse en su estudio y sopesar argumentos, sino vivir la vida cristiana en el polvo y el calor del mundo. Lo que cuenta no es la listeza intelectual sino la conducta y el carácter.

Y entonces llega la bendición final: «Que la Gracia sea contigo.» La carta finaliza con la belleza de la Gracia de Dios.

2 TIMOTEO

GLORIA Y PRIVILEGIO DE UN APÓSTOL

2 Timoteo 1:1-7

Esta es una carta de Pablo, que fue hecho apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y cuyo apostolado fue diseñado para dar a conocer a todos los hombres la promesa de Dios de la vida eterna en Jesucristo: A Timoteo, su propio amado hijo. Gracia, misericordia y paz sean contigo de parte de Dios el Padre, y de nuestro Señor Jesucristo.

Doy gracias a Dios, a Quien sirvo con limpia conciencia como Le sirvieron mis antepasados antes de mí, por todo lo que tú eres para mí, de la misma manera que en mis oraciones nunca dejo de acordarme de ti porque, recordando tus lágrimas cuando nos separamos, yo no dejo de anhelar el verte para llenarme otra vez de alegría. Y doy gracias a Dios porque he recibido un nuevo detalle de esa sincera fe que hay en ti, una fe de la misma clase que la que moró en primer lugar en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y que, estoy convencido, mora también en ti. Por eso es por lo que te mando este recuerdo para mantener el fuego del don que está en ti y que recibiste por medio de la imposición de mis manos; porque Dios no nos ha dado el espíritu de temor, sino el de poder y amor y autodisciplina.

Cuando Pablo habla de su propio apostolado hay siempre ciertas notas inconfundibles en su voz. Para él siempre representaba ciertas cosas.

(a) Su apostolado era *un honor*. Fue elegido para él por la voluntad de Dios. Todo cristiano debe considerarse un elegido de Dios.

(b) Su apostolado era *una responsabilidad*. Dios le escogió porque quería hacer algo con él. Quería hacerle el instrumento para que la noticia de la nueva vida alcanzara a todos los hombres. Ningún cristiano es nunca escogido totalmente para su propio bien, sino para lo que puede hacer por otros. Un cristiano siempre es una persona sumida en la maravilla el amor y la alabanza por lo que Dios ha hecho por él, e inflamado con la disposición de decirles a otros lo que Dios puede hacer por ellos.

(c) Su apostolado era *un privilegio*. Es sumamente significativo notar lo que Pablo consideraba su deber llevar a otros: *la promesa* de Dios, no *Su amenaza*. Para él el Cristianismo no era la amenaza de la condenación, sino la buena noticia de la salvación. Vale la pena recordar que el más grande evangelista y misionero que el mundo haya conocido nunca estaba lanzado, no para aterrar a la gente sacudiéndolos sobre las llamas del infierno, sino para moverlos a una admirada sumisión a la vista del amor de Dios. La dinámica de su Evangelio era el amor, no el temor.

Como siempre cuando hablaba a Timoteo, hay un calor de afecto cariñoso en la voz de Pablo. «Mi querido hijo,» le llama. Timoteo era su hijo en la fe. Los padres de Timoteo le habían dado la vida física; pero había sido Pablo el que le había transmitido la vida eterna. Muchas personas que no han experimentado la paternidad física han tenido el gozo y el privilegio de ser padres o madres en la fe; y no hay gozo en el mundo comparable al de traer un alma a Cristo.

LA INSPIRACIÓN DE TIMOTEO

2 Timoteo 1:1-7 (conclusión)

El propósito de Pablo al escribir esta carta es inspirar y fortalecer a Timoteo para su tarea en Éfeso. Este era joven y tenía la dura tarea de batallar contra las herejías e infecciones que iban a amenazar a la Iglesia. Así que, para mantener bien alto su coraje y a tope su esfuerzo, Pablo le recuerda a Timoteo ciertas cosas.

(i) Le recuerda su propia confianza en él. No hay mayor inspiración que la de sentir que alguien cree en nosotros. Una llamada al honor es siempre más efectiva que una amenaza de castigo. El temor a dejar mal a los que nos aman es una cosa purificadora.

(ii) Le recuerda su tradición familiar. Timoteo había recibido una buena herencia, y si fallaba, no mancharía solo su propio nombre, sino reduciría el honor del nombre de su familia también. Unos buenos padres deben ocupar un puesto muy alto entre los dones más grandes que uno puede haber recibido. Que Le dé gracias a Dios por ello, y nunca les traiga deshonor.

(iii) Le recuerda que fue separado para una responsabilidad, y el don que le fue conferido para ese fin. Una vez que un hombre entra al servicio de cualquier asociación con una gran tradición, lo que hace no le afecta sólo a él, ni lo hace solamente dependiendo de sus propias fuerzas. Está la fuerza de una tradición de la que puede recibir inspiración y el honor de una tradición que debe conservar. Eso es especialmente cierto en el caso de la Iglesia. El que la sirve tiene su honor en sus manos; el que la sirve es fortalecido por la consciencia de la comunión de todos los santos.

(iv) Le recuerda las cualidades que deben caracterizar al maestro cristiano, de las que Pablo especifica cuatro.

(a) Estaba *el coraje*. No era el miedo cerval sino el coraje lo que el servicio cristiano le infundiría a un hombre. Siempre requiere coraje ser cristiano, y ese coraje viene de la continua conciencia de la presencia de Cristo.

(b) Estaba *el poder*. En un verdadero cristiano está el poder para enfrentarse, el poder para asumir la tarea demoledora, el poder para mantenerse firme frente a la situación imprevista y terrible, el poder para retener la fe frente al dolor del alma y la desilusión agotadora. El cristiano es característicamente la persona que puede superar el límite máximo de resistencia y de paciencia.

(c) Estaba *el amor*. En el caso de Timoteo éste era el amor a los hermanos, a la congregación del pueblo de Cristo sobre la que había recibido la encomienda. Es precisamente ese amor el que le da al pastor cristiano las otras cualidades. Debe amar a su pueblo tanto que ninguna molestia le resulte demasiado dura de soportar por ellos ni ninguna situación suficientemente amenazadora para desanimarle. Ninguna persona debería entrar nunca en el ministerio de la Iglesia a menos que tenga el amor de Cristo en su corazón.

(d) Estaba *la autodisciplina*. La palabra original es *sófronismós*, una de las grandes palabras griegas intraducibles. Alguien la ha definido como < la sensatez de la santidad. > Falconer la define como < el dominio propio frente al pánico o la pasión. > Es Cristo el único que nos puede dar ese dominio propio que nos mantendrá libres tanto de ser arrebatados como de salir huyendo. Ninguna persona puede nunca dirigir a otras a menos que se haya dominado a sí misma. *Sófronismós* es ese dominio propio que Dios da que hace a una persona capaz de dirigir a otros porque ella misma es antes de nada sierva de Cristo y dueña de sí misma.

UN EVANGELIO POR EL QUE VALE LA PENA SUFRIR

2 Timoteo 1:8-11

Así que no te avergüences de dar tu testimonio de nuestro Señor; ni tampoco te avergüences de mí, Su prisionero, sino acepta conmigo el sufrimiento que conlleva el Evangelio, haciéndolo en el poder de Dios, Que nos salvó, y Que nos llamó con una vocación a la consagración, una vocación que no tenía nada que ver con nuestros propios merecimientos, sino que dependía solamente de Su propósito y de la gracia que nos fue dada en Jesucristo. Y todo esto estaba programado desde antes de la creación del mundo, pero ahora aparece plenamente desplegado por medio de la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, Que abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la incorrupción mediante la buena noticia que Él nos trajo, en el servicio de la cual yo he sido nombrado heraldo y apóstol y maestro.

Es inevitable que la lealtad al Evangelio traiga problemas. Para Timoteo, quería decir lealtad a un hombre que era considerado un criminal, porque cuando Pablo estaba escribiendo esta carta estaba preso en Roma. Pero aquí Pablo presenta el Evangelio en toda su gloria, algo por lo que vale la pena sufrir. Algunas veces por implicación y otras por afirmación directa saca a la luz elemento tras elemento de esa gloria. Pocos pasajes del Nuevo Testamento tienen en sí y tras sí tal sentimiento de la tersa grandeza del Evangelio.

(i) Es el Evangelio del *poder*. Cualquier sufrimiento que implique se soportará en el poder de Dios. Para el mundo antiguo el Evangelio era el poder para vivir. Esa misma edad en que Pablo escribía era la gran edad del suicidio. Los pensadores de principios más elevados eran los estoicos; pero tenían su propia salida cuando la vida se les hacía insoportable. Tenían un dicho: < Dios dio la vida a los hombres, pero Dios les dio el don todavía mayor de ser capaces de quitarse la vida.> El Evangelio era, y es, poder para conquistar el ego, poder para dominar las circunstancias, poder para seguir viviendo cuando la vida es invivible, poder para ser cristianos cuando el ser cristiano parece imposible.

(ii) Es el Evangelio de *la salvación*. Dios es el Dios Que nos salva. El Evangelio es redención. Es redención del pecado; libera al hombre de las cosas que le tienen en sus garras; le permite romper con los hábitos que le parecen irrompibles. El Evangelio es un poder liberador que puede hacer de hombres malos, buenos.

(iii) Es el Evangelio de *la consagración*. No es simplemente liberación de las consecuencias del pecado pasado; es una invitación a caminar la senda de la santidad. En *La Biblia en el evangelismo mundial*, A. M. Sherwin cita dos ejemplos alucinantes del poder milagrosamente transformador de Cristo.

Había en Nueva York un gánster que había estado en la cárcel poco antes por robo con violencia. Se dirigía a buscar a su antigua pandilla con la intención de tomar parte en otro robo cuando le robó la cartera a un hombre en la Quinta Avenida. Fue al Parque Central para ver lo que había conseguido robar y descubrió para su disgusto que era un Nuevo Testamento. Como no tenía nada que hacer, empezó a pasar distraídamente las páginas y a leer. Pronto se encontró absorto en la lectura, y tal efecto le hizo que pocas horas después fue a sus antiguos viejos camaradas y se separó de ellos para siempre. Para ese ex-delincuente el Evangelio fue la llamada a la santidad.

Hubo un joven árabe en Alepo que tuvo una pelea amarga con un antiguo amigo. Le dijo a un evangelista cristiano: < Le odiaba tanto que me propuse vengarme, hasta el punto de matarle. Entonces -prosiguió-, una vez me encontré con usted y usted me indujo a comprar un ejemplar de San Mateo. Yo lo compré solamente para darle gusto a usted. No tenía la menor intención de leerlo. Pero cuando me iba a acostar

aquella noche el libro se me cayó del bolsillo y yo lo recogí y empecé a leerlo. Cuando llegué al lugar donde dice: "oísteis que se dijo en la antigüedad no matarás... pero yo os digo que el que esté airado con su hermano sin causa estará en peligro del juicio," recordé el odio que estaba abrigando contra mi enemigo. Cuando seguí leyendo mi intranquilidad fue creciendo hasta que leí las palabras: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os daré el descanso. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí; porque yo soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." Entonces me sentí movido a clamar: "Dios, ten misericordia de mí, pecador." El gozo y la paz llenaron mi corazón y desapareció el odio. Desde entonces soy una nueva persona, y mi mayor delicia es leer la palabra de Dios.>

Fue el Evangelio lo que puso al ex-presidiario de Nueva York y al posible asesino en Alepo en el camino de la santidad. Es aquí donde falla mucho de nuestro cristianismo. No cambia a las personas; y por tanto no es real. El hombre que ha conocido el poder salvífico del Evangelio es un hombre cambiado, en el trabajo, en el placer, en el hogar, en el carácter. Debe haber una diferencia esencial entre el cristiano y el que no lo es, porque el cristiano ha obedecido la llamada a caminar la senda de la santidad.

UN EVANGELIO POR EL QUE VALE LA PENA SUFRIR

2 Timoteo 1:8-II (conclusión)

(iv) Es el Evangelio de *la gracia*. No es algo que hemos logrado, sino algo que hemos aceptado. Dios no nos llamó porque fuéramos santos; nos llamó para que fuéramos santos. Si tuviéramos que merecer el amor de Dios, nuestra situación sería desesperada e irremisible. El Evangelio es el don gratuito de Dios. El no nos ama porque nosotros hayamos merecido Su amor; nos ama movido por la maravillosa generosidad de Su corazón.

(v) Es el Evangelio del *propósito eterno de Dios*. Está programado desde antes que empezara el tiempo. No debemos creer nunca que Dios fuera antes ley estricta y que sólo desde la vida y muerte de Jesús Él es amor perdonador. Desde el principio del tiempo el amor de Dios ha estado buscando a los hombres y ofreciéndoles Su gracia y su perdón. El amor es la esencia de la naturaleza eterna de Dios.

(vi) Es el Evangelio de *la vida y la inmortalidad*. Pablo estaba convencido de que Jesucristo sacó a la luz la vida y la incorrupción. El mundo antiguo temía la muerte; o, si no la temía, la consideraba una extinción. El mensaje de Jesús fue que la muerte era el camino a la vida, y que lejos de separar a los hombres de Dios, los traía a Su más próxima presencia.

(vi_i) Es el Evangelio del *servicio*. Fue este Evangelio el que hizo a Pablo heraldo, apóstol y maestro de la fe. No le dejó tranquilamente sintiendo que ahora era salva su propia alma y no tenía por qué preocuparse más. Le impuso la tarea inescapable de agotarse y consumirse en el servicio de Dios y de sus semejantes. Este Evangelio le impuso a Pablo tres necesidades.

(a) Le hizo *un heraldo*. La palabra original es *kéryx*, que tiene tres líneas principales de sentido, cada una con algo que sugerir acerca de nuestro deber cristiano. El *kéryx* era el heraldo que traía el anuncio del rey. El *kéryx* era el emisario cuando dos ejércitos estaban enfrentados, que ofrecía las condiciones de rendición o la petición de tregua y paz. El *kéryx* era el que empleaba un subastador o un mercader para anunciar públicamente sus mercancías e invitar a la gente a venir a comprar. Así es que el cristiano ha de ser la persona que trae el mensaje a sus semejantes; que trae a las personas a la paz con Dios; que llama a sus semejantes a aceptar la oferta maravillosa que Dios les hace.

(b) Le hizo *un apóstol, apóstolos*, literalmente *uno que es enviado*. Esta palabra puede querer decir *un enviado o un embajador*. El *apóstolos* no hablaba por sí mismo, sino por el

que le había enviado. No iba en su propia autoridad, sino con la autoridad del que le había enviado. El cristiano es el embajador de Cristo, que habla por Él y Le representa ante los hombres.

(c) Le hizo *un maestro*. Hay un sentido muy real en que la tarea docente del cristiano y de la Iglesia es la más importante de todas. No cabe duda de que la tarea del maestro es mucho más difícil que la del evangelista. La tarea del evangelista es llamar a las personas y confrontarlas con el amor de Dios. Una persona puede que responda a la invitación en un momento de viva emoción. Pero queda por recorrer un largo camino. Debe aprender el significado y la disciplina de la vida cristiana. Se han echado los cimientos, pero hay que levantar el edificio. A la llama del evangelismo debe seguir el firme rescoldo de la enseñanza cristiana. Puede suceder que las personas se alejen de la Iglesia después de su primera decisión, por la sencilla pero fundamental razón de que no se Jes ha enseñado el sentido de la fe cristiana.

Heraldo, embajador, maestro -aquí tenemos la triple función del cristiano que quiere servir a su Señor y a su iglesia.

(vi_{ii}) Es el Evangelio de *Jesucristo*. Fue desarrollado totalmente por medio de Su *aparición*. La palabra que Pablo usa para *aparición* tiene una gran historia. Es *epifáneia* una palabra que usaban los judíos frecuentemente para hablar de las grandes manifestaciones salvíficas de Dios en los días terribles de las luchas macabeas, cuando los enemigos de Israel estaban buscando insistentemente obliterarlo.

En los días del sumo sacerdote Onías vino un cierto Heliodoro a desvalijar el tesoro del templo de Jerusalén. Ni las oraciones ni los ruegos parecían bastar para detenerle de llevar a cabo este sacrilegio. Y, así cuenta la historia, cuando Heliodoro estaba a punto de echar mano al tesoro, < el Señor de los Espíritus y Príncipe del Poder causó una gran *epifáneia*... porque se les apareció un caballo con un jinete terrible... que se acercó a pleno galope e hirió a Heliodoro con sus patas delanteras... y Heliodoro cayó repentinamente a tierra y se vio

rodeado de una gran oscuridad» (2 *Macabeos* 3:24-30). Lo que sucedió exactamente puede que nunca lo sepamos; pero en la hora de una necesidad terrible de Israel tuvo lugar esta tremenda *epifáneia* de Dios. Cuando Judas Macabeo y su pequeño ejército tenían enfrente el poder de Nicanor, oraron: «Oh Señor, Que enviaste tu ángel en tiempos de Ezequías rey de Judea, y mataste en el ejército de Senaquerib ciento ochenta y cinco mil (compárese 2 *Reyes* 19:35-36); por tanto ahora, oh Señor del Cielo, envía un buen ángel delante de nosotros para que les cause temor y espanto; y por el poder de Tu brazo haz que sean afectados de terror los que vienen contra tu propio pueblo para blasfemar.» Y entonces la historia prosigue diciendo: «Entonces Nicanor y los que estaban con él avanzaron con trompetas y canciones. Pero Judas y su compañía salieron al encuentro del enemigo con invocación y oración. Así que, peleando con sus manos y orando a Dios con sus corazones, mataron a no menos de treinta y cinco mil hombres; y por medio de la *epifáneia* de Dios fueron grandemente alentados» (2 *Macabeos* 15:22-27).

Una vez más no sabemos lo que sucedió exactamente; pero Dios realizó una aparición grande y salvadora para su pueblo. Para los judíos *epifáneia* denotaba una intervención liberadora de Dios.

Para los griegos ésta era también una gran palabra. La subida del emperador al trono se llamaba su *epifáneia*. Era su manifestación. Todos los emperadores subían al trono con grandes esperanzas; su entronización se saludaba como la aurora de un día nuevo y grande y de grandes bendiciones por venir.

El Evangelio se despliega en toda su grandeza con la *epifáneia* de Jesús; la misma palabra indica que Él era la gran intervención liberadora y la manifestación de Dios en el mundo.

CONFIANZA DIVINA Y HUMANA

Y esa es la razón por la que yo paso estas cosas ahora. Pero no estoy avergonzado, porque yo conozco a Aquel en Quien está puesta mi fe, y estoy totalmente seguro de que puede guardar a salvo lo que le he confiado hasta que llegue el último día. Mantén el esquema de las palabras vivificadoras que has recibido de mí, sin flojear jamás en la fe y el amor que hay en Jesucristo. Guarda el maravilloso depósito que se te ha confiado por medio del Espíritu Santo que mora en ti.

Este pasaje usa una palabra griega muy gráfica de una manera doblemente sugestiva. Pablo habla de aquello que él le ha confiado a Dios; y exhorta a Timoteo a salvaguardar el depósito que Dios le ha confiado. En ambos casos la palabra original es *parathéké* que quiere decir *un depósito encomendado a la guarda de alguien*. Uno podía depositar algo confiándolo a un amigo para que se lo guardara para sus hijos o seres amados; podía depositar sus objetos de valor en un templo para que se los guardaran a salvo, porque los templos eran los bancos del mundo antiguo. En cada caso la cosa depositada era un *parathéké*. En el mundo antiguo no había un deber más sagrado que el de salvaguardar tal depósito y devolverlo a su debido tiempo cuando se reclamaba.

Había una historia griega famosa que contaba precisamente lo sagrado que era un depósito semejante (*Heródoto* 6:89; *Juvenal: Sátiras* 13: 199-208). Los espartanos eran famosos por su estricto sentido del honor y de la honradez. Cierta vez un hombre de Mileto se dirigió a un cierto Glauco, de Esparta. Dijo que había tenido tan buenos informes de la honradez de los espartanos que había convertido en dinero la mitad de sus posesiones y quería depositar ese dinero, hasta que él o sus herederos lo reclamaran otra vez. Se dieron y recibieron ciertos símbolos que servirían para identificar al que tuviera derecho a reclamarlo. Pasaron los años; el hombre de Mileto murió; sus hijos fueron a Esparta a ver a Glauco, presentaron sus signos de identificación y pidieron que se les devolviera el dinero depositado. Pero Glauco pretendió no acordarse de haberlo recibido. Los hijos que habían venido de Mileto se alejaron tristes, pero Glauco fue al famoso oráculo de Delfos para ver si podía admitir el depósito o, lo que la ley griega le permitía hacer, podía jurar que no sabía nada de él. El oráculo contestó:

«Lo mejor, de momento, habría sido, oh Glauco, hacer lo que querías: hacer un juicio para quedar encima y quedarte con el botín del dinero. Jura entonces -la muerte es la suerte hasta de los que nunca juran falsamente. Sin embargo, el dios del juramento tiene un hijo sin nombre, sin pies ni manos; poderoso en fuerza se lanza a la venganza y arrasa en destrucción a todos los que pertenecen a la raza o la casa del hombre que ha perjurado. Pero los que guardan el juramento dejan tras sí una descendencia floreciente.»

Glauco comprendió; el oráculo le estaba diciendo que si quería un provecho momentáneo podía negar el depósito; pero tal negación traería consigo una pérdida eterna. Le pidió al oráculo que perdonara su pregunta; pero la respuesta era que el haber tentado al dios era tan malo como haber realizado la acción. Envío por los hijos del hombre de Mileto y les devolvió el dinero. Heródoto prosigue: < Glauco hasta el presente no tiene ni un solo descendiente; ni se le reconoce ninguna familia; ha sido quitadas raíz y rama de Esparta. Es una buena cosa por tanto, cuando un depósito se le ha confiado a uno, que ni siquiera se le pase por el pensamiento el dudar de devolverlo.> Para los griegos un *parathéké* era absolutamente sagrado.

Pablo dice que él le ha confiado un depósito a Dios. Quiere decir que le ha confiado tanto su trabajo como su vida. Podría

parecer que él había sido retirado a mitad de la carrera; el que terminara como un criminal en una cárcel romana podría parecer el final de toda su obra. Pero él había sembrado la semilla y predicado el Evangelio, y dejaba el resultado en las manos de Dios. Pablo le había confiado a Dios su vida; y estaba seguro de que estaba a salvo tanto en la vida como en la muerte. ¿Por qué estaba tan seguro? Porque conocía a Aquel en Quien había creído. Siempre debemos recordar que Pablo no dice que sabía lo *que* había creído. No había llegado a un credo o a una teología por un conocimiento intelectual, sino llegó a un conocimiento personal de Dios. Conocía a Dios personal e íntimamente; sabía cómo era en Su amor y en Su poder; y para Pablo era inconcebible el que Dios le pudiera fallar. Si hemos trabajado honradamente y hecho las cosas lo mejor posible, podemos dejarle el resultado a Dios, por muy escaso que nos parezca ese trabajo. Con Él, en éste o en cualquier otro mundo la vida está a salvo, porque nada nos puede separar del amor de Dios en Jesucristo nuestro Señor.

DEPÓSITO HUMANO Y DIVINO

2 Timoteo 1:12-14 (conclusión)

Pero el tema del depósito tiene otro lado; hay otro *parathéké*. Pablo exhorta a Timoteo que salvaguarde y mantenga inviolado el depósito que Dios le ha confiado. No somos nosotros los únicos que ponemos nuestra confianza; Él también pone Su confianza en nosotros. La idea de que Dios depende de los hombres no está nunca lejos del pensamiento del Nuevo Testamento. Cuando Dios quiere que se haga algo tiene que encontrar la persona que lo haga. Si quiere que se enseñe a un niño, que se dé un mensaje, que se predique un sermón, que se encuentre a un perdido, que se consuele a un afligido, que se sane a un enfermo, tiene que encontrar algún instrumento para hacer Su trabajo.

El depósito que Dios le había confiado en particular a Timoteo era la supervisión y la edificación de la Iglesia. Si Timoteo había de cumplir de veras esa encomienda, tenía que hacer ciertas cosas.

(i) Tenía que retener *el esquema de las palabras vivificadoras*. Es decir, tenía que comprobar que la fe cristiana se mantenía en toda su pureza, y que no se les permitía la entrada en ella a ideas falsas y engañosas. Eso no es decir que en la Iglesia Cristiana no debe haber un pensamiento renovado y un desarrollo de la doctrina y de la fe; pero sí quiere decir que hay ciertas grandes verdades que se deben preservar siempre intactas. La verdad cristiana que debe permanecer inalterable es la que está compendiada en el credo de la Iglesia Original: «Jesucristo es Señor» (*Filipenses 2:11*). Una teología que trate de desplazar a Cristo del lugar supremo o despojarle del lugar único en el esquema de la revelación y de la salvación es necesariamente equivocada. La Iglesia Cristiana debe estar siempre reformateando su fe, pero la fe que se expresa de nuevo debe ser la fe en Cristo.

(ii) No debía nunca flojear en *la fe*. La fe contiene aquí dos ideas en su corazón.

(a) Contiene la idea de *fidelidad*. El dirigente cristiano debe ser para siempre leal y verdadero para con Jesucristo. No debe nunca avergonzarse de mostrar Cúyo es y a Quién sirve. La fidelidad es la virtud más antigua y más esencial del mundo.

(b) Pero la fe también contiene la idea de *esperanza*. El cristiano no debe perder nunca su confianza en Dios; no debe desesperar nunca. No debe haber ningún pesimismo ni acerca de sí mismo ni acerca del mundo en el corazón del cristiano. Como escribió A. H. Clough:

No digas que la lucha no valía la pena, que el esfuerzo y las llagas se aplicaron en vano; que el contrario no ceja ni retrocede nunca, y que todas las cosas son lo mismo que siempre.

*Si la ilusión se engaña, el miedo es mentiroso;
¿no ocultará esa nube de humo en lontananza
a los tuyos, que alcanzan al enemigo que huye,
y que solo tú faltas por poseer la victoria?*

Mientras las olas rompen cansadas en la arena sin parecer ganar ni una sola pulgada, allá atrás la marea entre rocas y riscos avanza silenciosa entrando incontenible.

No solo las ventanas de Oriente lentamente adivinan la luz conforme el Sol se eleva; sino, ¡mirad!, a Occidente las lomas ya saltan jubilosas reflejando su luz.

(iii) No debe nunca desfallecer en *el amor*. Amar a los hombres es verlos como Dios los ve. Es negarse radicalmente a hacer nada que no contribuya a su bien supremo. -Es vencer el rencor con el perdón; es vencer el odio con el amor; es vencer la indiferencia con una pasión ardiente que no se puede apagar. El amor cristiano busca insistentemente amar a los hombres como Dios los ama y como nos ha amado a nosotros en primer lugar.

MUCHOS INFIELES Y UNO SOLO FIEL

2 Timoteo 1:15-18

Sabes muy bien que en general los que viven en Asia me desertaron, entre ellos Figelo y Hermógenes. Que el Señor tenga misericordia de la familia de Onesíforo, que me animó a menudo y no se avergonzó de mi cadena. Todo lo contrario: cuando llegó a Roma me buscó insistentemente hasta encontrarme - ¡Que el Señor le conceda misericordia del Señor en aquel día! Y tú sabes mejor que yo los muchos servicios que ha prestado en Éfeso.

Aquí tenemos un pasaje en el que se combinan el dolor y el gozo. A fin de cuentas le sucedió a Pablo lo mismo que le había sucedido a su maestro Jesús. Sus amigos le abandonaron y huyeron. En el Nuevo Testamento Asia no es desde luego el continente de Asia, sino la provincia romana que incluía la parte oeste de Asia Menor. Su capital era la ciudad de Éfeso. Cuando Pablo estaba preso, sus amigos le abandonaron -muy probablemente por temor. Los romanos nunca le habrían procesado solamente por un delito puramente religioso; los judíos tienen que haberlos persuadido de que era un enredador peligroso que atentaba contra la paz pública. No puede haber duda de que por último Pablo sería juzgado por un

delito político. El ser amigos de un hombre así era peligroso; y en su hora de necesidad sus amigos de Asia le abandonaron porque temían por su propia seguridad.

Pero a pesar de que otros le desertaran un hombre se mantuvo fiel hasta el fin; se llamaba Onesíforo, que quiere decir *provechoso*. P. N. Harrison trazó una descripción vívida de la búsqueda de Pablo por Onesíforo en Roma: «Nos parece captar detalles de un rostro determinado en medio de una multitud a la deriva y seguir con vivo interés a este extranjero de las lejanas costas del Egeo conforme iba recorriendo el laberinto de calles desconocidas, llamando a muchas puertas, siguiendo todas las claves, advertido de los peligros que estaba corriendo pero decidido a no cejar en su busca; hasta que en alguna cárcel oscura le saluda una voz conocida, y descubre a Pablo encadenado a un soldado romano. Una vez encontrado su camino, Onesíforo no se contenta con una sola visita, sino que, fiel a su nombre, se muestra incansable en sus ministraciones. Otros se habían retirado ante la amenaza y la ignominia de aquella cadena; pero este visitante considera el supremo privilegio de vida el compartir con tal criminal el escarnio de la Cruz. Una serie de vueltas y revueltas por el inmenso laberinto (de las calles de Roma) llega a conocerlo tan bien como si se tratara de su propio Éfeso.» No cabe duda de que, cuando Onesíforo buscó a Pablo y fue a verle una y otra

vez, estaba llevando su vida en la mano. Era peligroso el seguir preguntando dónde se podía encontrar a un cierto criminal; era peligroso visitarle; y era aún más peligroso el seguir visitándole; pero eso fue lo que hizo Onesíforo.

Una y otra vez la Biblia nos pone cara a cara con una cuestión que es real para cada uno de nosotros. Una y otra vez introduce y aparta de la escena de la historia a una persona con una sola frase. Hermógenes y Figelo -no sabemos absolutamente nada de ellos más que los nombres y el hecho de que fueron traidores a Pablo. Onesíforo -no sabemos nada de él excepto que en su lealtad a Pablo arriesgó -y tal vez perdió- la vida. Hermógenes y Figelo pasaron a la Historia como desertores; Onesíforo pasó a la Historia como el amigo que se mantiene más cerca que un hermano. Si senos hubiera de describir en una sola frase, ¿cuál sería? ¿Sería un veredicto de traidor, o un veredicto de discípulo que fue fiel?

Antes de dejar este pasaje debemos notar que en relación con algo en particular es el centro de la tempestad. Cada uno debe llegar a su propia conclusión, pero hay muchos que presienten que lo que se implica es que Onesíforo ya ha muerto. Es por su familia por los que ora Pablo. Ahora bien, si había muerto, este pasaje nos muestra a Pablo orando por los muertos, porque nos le presenta pidiendo a Dios que Onesíforo encuentre misericordia en el último día.

Las oraciones por los muertos constituyen un problema muy disputado que no pretendemos discutir aquí. Pero una cosa sí podemos decir -entre los judíos las oraciones por los muertos no eran ni mucho menos desconocidas. En los días de las guerras de los Macabeos hubo una batalla entre las tropas de Judas Macabeo y el ejército de Gorgias, gobernador de Idumea, que terminó con la victoria de Judas Macabeo. Después de la batalla los judíos estaban recogiendo los cuerpos de los que habían caído en la batalla. En cada uno de ellos encontraron «cosas consagradas a los ídolos de los hamnitas que les están prohibidas por la ley a los judíos.» Lo que se quiere decir es que los soldados judíos muertos llevaban amuletos paganos

que esperaban supersticiosamente que les protegieran la vida. La historia continúa diciendo que todos los que habían muerto llevaban un amuleto y fue por eso por lo que murieron. Al ver esto, Judas y todo el pueblo oraron para que el pecado de estos hombres «fuera reducido totalmente al olvido.» Entonces Judas recogió dinero e hizo una ofrenda por el pecado de aquellos que habían caído, porque creía que, como había una resurrección, no era superfluo «el orar y ofrecer sacrificios por los muertos.» La historia termina con el dicho de Judas Macabeo de que «era una cosa santa y buena el orar por los muertos. Tras lo cual hizo una reconciliación por los muertos para que fueran librados del pecado» (2 *Macabeos* 12:39-45).

Está claro que Pablo se educó en unas creencias que veían en las oraciones por los muertos no una cosa repulsiva sino una cosa buena. Éste es un tema en el que ha habido una disputa larga y amarga; pero por lo menos una cosa podemos y debemos decir -si amamos a una persona con todo nuestro corazón, y si el recuerdo de esa persona no está nunca ausente de nuestras mentes y memorias, entonces sea lo que sea lo que el intelecto de los teólogos nos diga acerca de ello, el instinto del corazón es recordar a tal persona en oración, esté en éste o en el otro mundo.

LA CADENA DE LA ENSEÑANZA

2 Timoteo 2:1s

En cuanto a ti, mi querido hijo, encuentra tu fuerza en la gracia que hay en Jesucristo; y confía las cosas que has escuchado de mí, y que están confirmadas por muchos testigos, a hombres fieles que sean competentes para enseñar también a otros.

Aquí tenemos en bosquejo dos cosas -la recepción y la transmisión de la fe cristiana.

(i) La recepción de la fe está basada en dos cosas. Se basa en el oír. Fue de Pablo que quien Timoteo escuchó la verdad de la fe cristiana. Pero las palabras que escuchó fueron confirmadas por el testimonio de muchos que estaban dispuestos a decir: « Estas palabras son verdaderas -y yo lo sé porque lo he encontrado así en mi propia vida.» Puede ser que haya muchos de nosotros que no tienen el don de la expresión, y que no pueden ni enseñar ni explicar la fe cristiana. Pero hasta esos que no tienen el don de la enseñanza pueden testificar el poder vivificador del Evangelio.

(ii) No es sólo un privilegio el recibir la fe cristiana; es un deber transmitirla. Todo cristiano debe considerarse un eslabón entre dos generaciones. E. K. Simpson escribe sobre este pasaje: « La antorcha de la luz celestial debe transmitirse sin que se apague de una generación a otra, y Timoteo debe considerarse un intermediario entre la edad apostólica y las posteriores.»

(iii) Hay que transmitir la fe a hombres fieles que a su vez se la enseñarán a otros. La Iglesia cristiana depende de una cadena ininterrumpida de maestros. Cuando Clemente de Roma estaba escribiendo a la iglesia de Corinto, extendía esa cadena. «Nuestros apóstoles nombraron a las personas mencionadas (es decir, los ancianos) y estos a su vez proveyeron una continuación después, para que, si éstos durmieran, otros hombres aprobados los sucedieran en su ministerio.» El maestro es un eslabón de la cadena viviente que se extiende ininterrumpidamente desde este presente momento hacia atrás hasta Jesucristo mismo.

Estos maestros debían ser hombres *fieles*. La palabra fiel en griego es *pistós*, una palabra que tiene una rica variedad de significados íntimamente relacionados. Uno que es *pistós* es una persona que es *creyente*, una persona que es *leal*, una persona que es *creíble*. Aquí se encuentran todos estos significados. Falconer decía que estos hombres creyentes eran tales «que no se rendirían ni a la persecución ni al error.» El corazón del maestro debe estar tan firme en Cristo que ninguna amenaza de peligro le pueda seducir del sendero de la lealtad

ni ninguna seducción de falsa enseñanza le pueda hacer desviarse del sendero recto de la verdad. Debe ser constante tanto en la vida como en el pensamiento.

EL SOLDADO DE CRISTO

2 Timoteo 2:3s

Acepta tu participación en el sufrimiento como buen soldado de Jesucristo. Ningún soldado que esté en servicio activo se involucra en asuntos civiles; deja a un lado tales cosas para agradar con un buen servicio al general que le ha alistado en su ejército.

El ejemplo de un hombre como soldado y de la vida como una campaña se encuentra frecuentemente en la literatura clásica. «Vivir -decía Séneca- es ser un soldado» (Séneca: *Epístolas* 96:5). « La vida de todo hombre decía Epicteto es una especie de campaña, y una campaña que es larga y variada» (Epicteto: *Discursos*, 3,24,34). Pablo tomó este ejemplo y se lo aplicó a todos los cristianos, pero especialmente a los dirigentes y siervos sobresalientes de la Iglesia. Exhorta a Timoteo a pelear una buena campaña (1 ° Timoteo 1:18). Llama a Arquipo, en cuya casa se reunía una Iglesia, un compañero de milicia (*Filemón* 2). Llama a Epafrodito, el mensajero de la iglesia filipense, « mi compañero de milicia» (*Filipenses* 2:25). Está claro que Pablo veía en la vida del soldado una ilustración de la vida del cristiano. ¿Entonces, cuáles eran las características del soldado que Pablo quería ver reflejadas en la vida del cristiano?

(i) El servicio del soldado debe ser *de dedicación plena*. Una vez que una persona se ha alistado para una campaña ya no puede involucrarse en los negocios diarios ordinarios de la vida; debe concentrarse en su servicio como soldado. El código romano de Teodosio decía: «Prohibimos a los hombres

comprometidos en el servicio militar que se comprometan en ocupaciones civiles.» Un soldado es un soldado y nada más; el cristiano debe concentrarse en su Cristianismo. Eso no quiere decir que no se pueda comprometer en ninguna tarea o negocio del mundo. Todavía tiene que seguir viviendo en este mundo, y que ganarse la vida; pero sí quiere decir que debe usar cualquier tarea en la que esté comprometido para demostrar su Cristianismo.

(ii) El soldado está comprometido a *obedecer*. La primera instrucción de un soldado está diseñada para hacerle obedecer incuestionablemente la palabra de mando. Puede que llegue el momento en que tal obediencia instintiva salve su vida y las vidas de otros. En un sentido no es parte del deber del cristiano «saber la razón por la cual.» Implicado como está en medio de la batalla, no puede ver el plan total. Debe dejarle las decisiones al cuerpo de mando que ve todo el campo. El primer deber cristiano es la obediencia a la voz de Dios, y el aceptar hasta lo que no se puede entender.

(iii) El soldado está llamado al *sacrificio*. A. J. Gossip cuenta que, como capellán en la guerra de 1914-1918 se dirigía por primera vez a la primera línea. La guerra y la sangre, las heridas y la muerte eran cosas nuevas para él. De camino vio al borde de la carretera, abandonado después de la batalla, el cuerpo de un joven con la típica falda escocesa. Sorprenden-

temente tal vez se le pasaron por la mente las palabras de Cristo: «Esto es mi cuerpo quebrantado por vosotros.» El cristiano debe estar siempre dispuesto a sacrificarse a sí mismo, sus deseos y su fortuna, por Dios y por sus semejantes.

(iv) El soldado está comprometido a *la lealtad*. Cuando el soldado romano se alistaba hacía el *sacramentum*, el juramento de lealtad al emperador. Algún reportero ha transmitido la conversación entre el mariscal Foch y un oficial en la guerra de 1914-1918. «No te puedes retirar -decía Foch-, debes mantenerte cueste lo que cueste.» «Entonces -dijo el oficial solemnemente-, eso quiere decir que debemos morir todos.» Y Foch respondió: «¡Precisamente!» La suprema virtud del

soldado es que es fiel hasta la muerte. El cristiano también debe ser leal a Jesucristo en todos los azares y avatares de la vida hasta las mismas puertas de la muerte.

EL ATLETA DE CRISTO

2 Timoteo 2:5

Y si uno se inscribe en una competición atlética, no puede ganar a menos que observe las reglas del juego.

Pablo acaba de usar la imagen del soldado como figura del cristiano, y ahora usa otras dos -las del atleta y del labrador del campo. Usa las mismas tres alegorías de forma muy parecida en 1 *Corintios 9:6s, 24-27*.

Pablo dice que el atleta no gana la corona de la victoria a menos que observe las reglas de la competición. Hay un detalle muy interesante aquí en el original que es difícil reflejar en la traducción. La Reina-Valera habla de *pelear legalmente*. En griego es *athlein nomímós*. De hecho esa es la frase griega que usaban los escritores posteriores para describir a un atleta *profesional* en contraposición a otro *amateur*. El que peleaba *nomímós* era el hombre que se concentraba totalmente en su lucha. Su lucha no era un pasatiempo momentáneo, como lo era para el amateur; era una dedicación a pleno tiempo de toda su vida para alcanzar la excelencia en la contienda que había escogido. Aquí, pues, tenemos la misma idea que en el ejemplo del cristiano como soldado. La vida de un cristiano debe estar concentrada en su Cristianismo de la misma manera que la de un atleta profesional está concentrada en el deporte que ha escogido. Un cristiano de tiempo libre es una contradicción en términos. Toda la vida de una persona debe ser un esfuerzo para vivir su Cristianismo. ¿Cuáles son entonces las características del atleta que Pablo tenía en mente cuando escribió esto?

(i) Un atleta es una persona bajo *disciplina y autonegación*. Debe mantener un sistema de entrenamiento y no dejar que nada se le interponga. Habrá días cuando le gustaría dejar el entrenamiento y relajar la disciplina, pero no debe hacerlo. Habrá placeres e indulgencias que querría permitirse; pero debe rechazarlos. El atleta que quiere llegar al podio sabe que no debe permitir que nada se interfiera en el programa de forma física que se ha impuesto. Tiene que haber disciplina en la vida cristiana. Hay veces cuando un camino más fácil es muy atractivo; hay veces cuando lo correcto es lo más difícil; hay veces cuando estamos tentados a bajar el listón. El cristiano debe entrenarse para no relajar nunca en la vida el intento de hacer su alma limpia y fuerte.

(ii) El atleta es una persona que *cumple las reglas*. Después de la disciplina y de las reglas de entrenamiento llega la competición con sus reglas. Un atleta no puede ganar a menos que tome parte en la competición. El cristiano, también, se encuentra a menudo obligado a competir con sus semejantes. Debe defender su fe; debe tratar de convencer y de persuadir; tendrá que discutir y entrar en debate. Debe hacerlo conforme a las reglas cristianas. No importa lo ardiente que sea la discusión; no debe nunca olvidar la cortesía. No debe nunca ser otra cosa que honesto acerca de su posición y justo con la de su oponente. El *odium theologicum*, el odio de los teólogos, se ha convertido en un refrán. A menudo no hay rencor como el religioso. Pero el verdadero cristiano sabe que la regla suprema de la vida cristiana es el amor, y aportará ese amor a cualquier debate en que intervenga.

EL LABRADOR DE CRISTO

2 Timoteo 2:6s

El campesino que curra de veras debe ser el primero que reciba su parte de la cosecha. Fíjate en lo que te estoy diciendo, porque el Señor te dará entendimiento en todas estas cosas.

Para ilustrar la vida cristiana Pablo ha usado el ejemplo del soldado y el del atleta, y ahora usa el del campesino. No es el campesino perezoso, sino el que trabaja en serio el que debe ser el primero en recibir su parte de los frutos de la cosecha. ¿Cuáles son, entonces, las cualidades del labrador que Pablo querría ver reflejadas en la vida del cristiano?

(i) A menudo el labrador se tiene que contentar, primero, con trabajar y, luego, con esperar. Más que ningún otro trabajador, tiene que aprender que no hay tal cosa como resultados inmediatos. El cristiano también debe aprender a trabajar y esperar. A menudo tiene que sembrar la buena semilla de la palabra en los corazones y en las mentes de sus oyentes sin ver un resultado inmediato. El maestro tiene muchas veces que enseñar sin ver ninguna diferencia en los que enseña. Un padre o una madre tiene a menudo que tratar de educar y guiar, sin notar ninguna diferencia en su hijo. Es solamente con el paso de los años cuando se ve el resultado; porque sucede a menudo que cuando ese mismo o esa misma joven se ha hecho hombre o mujer, tiene que enfrentarse con alguna tentación imperiosa o con alguna decisión terrible, o con algún esfuerzo insoportable, y entonces le vuelve a la mente la palabra de Dios o algún destello de enseñanza recordada; y la enseñanza, la guía, la disciplina lleva fruto, y aporta honor donde sin ellos habría habido deshonra, salvación donde sin ellos habría habido ruina. El campesino ha aprendido a esperar con paciencia, y eso es lo que tienen que hacer el maestro y el padre cristianos.

(ii) Una cosa especial caracteriza al agricultor -debe estar dispuesto a trabajar a cualquier hora. En el tiempo de la cosecha podemos ver a los campesinos trabajando en sus campos mientras queda algo de luz; no tienen horario. Ni tampoco el cristiano. El problema de mucho cristianismo es que es intermitente. Pero desde la aurora del día hasta su

ocaso, el cristiano debe estar siempre atento a la tarea de ser cristiano.

Una cosa aparece en los tres ejemplos. Al soldado le mantiene el pensamiento de la victoria final. Al atleta, la esperanza de la corona. Al labrador, la esperanza de la cosecha. Cada uno de ellos se somete a la disciplina y al esfuerzo por mor de la gloria que será. Así sucede con el cristiano. La lucha cristiana no carece de meta; siempre se dirige a alguna parte. El cristiano puede estar seguro de que después del esfuerzo de la vida cristiana tiene el gozo del Cielo; y cuanto más dura la pelea, más grande el gozo.

EL RECUERDO ESENCIAL

2 Timoteo 2:8-10

Acuérdate de Jesucristo, resucitado de los muertos, nacido de la simiente de David, según el Evangelio que yo te he predicado; El Evangelio por el que ahora sufro hasta el punto de las cadenas, acusado de ser un criminal. Pero aunque estoy encadenado, la Palabra de Dios no está presa. Por tanto lo sufro todo por causa de los escogidos de Dios, para que también ellos obtengan la salvación que hay en Jesucristo, con la gloria eterna.

Desde el mismo comienzo de esta carta Pablo ha estado tratando de inspirar a Timoteo para su tarea. Le ha recordado su propia fe en él y la piadosa familia de la que procede; le ha mostrado la figura del soldado cristiano, del atleta cristiano y del trabajador cristiano. Y ahora llega al consejo más grande de todos -*acuérdate de Jesucristo*. Falconer llama a estas palabras «el corazón del Evangelio paulino.» Aunque fallara otra apelación a la caballería de Timoteo, el recuerdo de Jesucristo sería eficaz. En las palabras que siguen, Pablo está exhortando a Timoteo a recordar tres cosas.

(i) Acuérdate de Jesucristo, *resucitado de los muertos*. El tiempo del verbo griego no implica un acto definido en el tiempo, sino un estado continuo que dura para siempre. Pablo no está diciendo a Timoteo tanto: «Recuerda el hecho de la resurrección de Jesús;» como: «Recuerda a tu Señor resucitado y siempre presente.» Aquí está la gran inspiración cristiana. No dependemos de un recuerdo, por grande que sea. Disfrutamos del poder de una presencia. Cuando se convoca a un cristiano a una gran tarea que no puede por menos de considerar por encima de sus fuerzas, debe asumirla en la certeza de que no está solo, sino de que está con él para siempre la presencia y el poder de su Señor resucitado. Cuando los temores amenazan, cuando las dudas asedian, cuando la incapacidad deprime, recuerda la presencia del Señor resucitado.

(ii) Acuérdate de Jesucristo, *nacido de la simiente de David*. Éste es el otro lado de la cuestión. «Recuerda -le dice Pablo a Timoteo- la humanidad del Maestro.» No recordamos a Uno Que es sólo una presencia espiritual; recordamos a Uno Que recorrió esta senda, y vivió esta vida, y arrojó esta lucha, y que por tanto sabe por lo que estamos pasando. Tenemos con nosotros la presencia, no solamente del Cristo glorificado, sino también la del Cristo que experimentó la lucha desesperada de ser un hombre y siguió hasta su más amargo final la voluntad de Dios.

(iii) Acuérdate del *Evangelio, la buena noticia*. Aun cuando el evangelio demande mucho, aun cuando conduzca a un esfuerzo que parece ser superior a la capacidad humana y a un futuro que parece oscurecido por toda clase de amenaza, recuerda que es la buena noticia, y recuerda que el mundo la está esperando. Por muy dura que sea la tarea que el Evangelio conlleva, ese mismo Evangelio es el mensaje de liberación del pecado y la victoria sobre las circunstancias para nosotros y para toda la humanidad.

De este modo incita Pablo a Timoteo al heroísmo llamándole a recordar a Jesucristo, a recordar la constante presencia del Señor resucitado, a recordar la simpatía que viene de la

humanidad del Maestro, a recordar la gloria del Evangelio para sí mismo y para el mundo que nunca lo ha oído y que lo está esperando.

EL CRIMINAL DE CRISTO

2 Timoteo 2:8-10 (continuación)

Cuando Pablo escribió estas palabras se encontraba en una prisión romana, encadenado. Esto era literalmente cierto, porque todo el tiempo que estuvo preso, noche y día, estuvo encadenado al brazo de un soldado romano. Roma no corría el riesgo de que se escaparan sus presos.

Pablo estaba preso acusado de ser un criminal. Nos parece extraño que hasta un gobierno hostil pudiera considerar a un cristiano, y especialmente a Pablo, un criminal. Pablo podía parecerle un criminal al imperio romano de dos posibles maneras.

Primera, Roma tenía un imperio que casi incluía el mundo entonces conocido. Era obvio que tal imperio estaba sujeto a tensiones y presiones. Había que mantener la paz, y todo posible centro de desafección tenía que ser eliminado. Una de las cosas que Roma miraba con más recelo era la formación de asociaciones. En el mundo antiguo había muchas asociaciones. Había, por ejemplo, clubes de comidas que se reunían a intervalos establecidos. Había lo que podríamos llamar asociaciones de amigos diseñadas para practicar la beneficencia con los familiares de los socios que habían muerto. Había sociedades de entierros, para asegurar que sus miembros eran enterrados decentemente. Pero las autoridades romanas eran tan meticulosas acerca de las asociaciones que hasta éstas humildes e inofensivas tenían que recibir un permiso especial del emperador antes de que se les permitiera reunirse. Ahora bien, los cristianos eran para todos los efectos una asociación ilegal; y esa era una razón para que Pablo, como responsable de tal asociación, se encontrara en la posición muy seria de ser considerado un criminal político.

Segunda, la primera persecución de los cristianos estuvo íntimamente relacionada con uno de los más grandes desastres que acontecieran jamás a la ciudad de Roma. El 19 de julio del año 64 d.C. se produjo el gran fuego de Roma. Estuvo ardiendo seis días y siete noches, y devastó toda la ciudad. Los altares más sagrados y los edificios más famosos perecieron en las llamas. Pero peor aún -los hogares de la gente corriente fueron destruidos. Con mucho la mayor parte de la población vivía en grandes edificios construidos mayormente de madera y que ardieron como era de temer. Muchas personas murieron o quedaron impedidas; perdieron a sus seres más próximos y queridos; se quedaron destituidos sin hogar. La población de Roma se redujo a lo que alguien ha llamado «una vasta fraternidad de miserables desesperados.»

Se creyó que el mismo Nerón, el emperador, era responsable del fuego. Se dijo que lo había estado contemplando desde la torre de Mecenas y se confesaba fascinado con «la flor y el encanto de las llamas.» Se dijo que cuando el fuego daba señales de remitir había hombres prendiéndolo con teas, y que esos hombres eran los servidores de Nerón. Nerón tenía verdadera pasión por las construcciones, y se dijo que había provocado el fuego de la ciudad deliberadamente para reedificarla nueva y más noble desde sus cenizas. Fuera la historia cierta o no -y las posibilidades eran que lo era- una cosa era cierta. Nada podía acallar el rumor. Los ciudadanos de Roma estaban seguros de que Nerón había sido el responsable.

No había nada más que una salida para el gobierno romano, y era encontrar un chivo expiatorio. Y lo encontró en los cristianos. Dejemos que Tácito, el historiador romano, nos diga cómo se hizo: «Pero todos los esfuerzos humanos, todos los regalos pródigos del emperador, y las ofrendas de propiciación a los dioses no consiguieron desvanecer la siniestra creencia de que la conflagración había sido el resultado de una orden. En vista de lo cual, para desmentir los rumores, Nerón le echó

todas las culpas y le infligió las torturas más exquisitas a una casta odiada por sus abominaciones, los que el populacho llamaba cristianos» (Tácito: *Anales 15:44*). Está claro que ya estaban circulando ciertas calumnias acerca de los cristianos. Sin duda los judíos influyentes eran responsables, y los odiados cristianos cargaron con las culpas del desastroso fuego de Roma. Fue de aquel suceso del que surgió la primera gran persecución. Pablo era cristiano; más aún era uno de los máximos cabecillas de los cristianos. Y bien puede haber sido parte de la acusación contra Pablo el que él era uno de los responsables del fuego de Roma y de la miseria resultante del populacho.

Así es que Pablo estaba en la cárcel como criminal, un preso político, miembro de una asociación ilegal y dirigente de esa odiada secta de incendiarios a los que Nerón había echado las culpas de la destrucción de Roma. Se puede ver fácilmente lo desesperada que era la situación de Pablo a la vista de acusaciones semejantes.

LIBRE, AUNQUE ENCADENADO

2 Timoteo 2:8-10 (conclusión)

Aunque estaba en la cárcel acusado de delitos que hacían imposible su liberación, Pablo no estaba desanimado, y menos desesperado. Tenía dos grandes pensan-fientos alentadores.

(i) Estaba seguro de que aunque estuviera encadenado, nada podía encadenar la palabra de Dios. Andrew Melville fue uno de los primeros heraldos de la Reforma en Escocia. Un día el regente Morton envió a buscarle y denunció sus escritos: « No habrá tranquilidad en este país dijo- hasta que media docena de vosotros acaben en la horca o sean desterrados del país.» « ¡Chitón, señor! -respondió Melville- Amenazad a vuestros cortesanos de esa guisa. Para mí es lo mismo pudirme en el aire que en la tierra. La tierra es del Señor; mi patria está dondequiera que se obre el bien. He estado dispuesto a dar mi vida cuando no estaba ni la mitad de gastada que ahora, si era la voluntad de Dios. He vivido fuera de vuestro país diez años lo mismo que en él. ¡Pero, Dios sea glorificado, no está en vuestro poder el ahorcar o el exilar Su verdad!»

Se puede exiliar a una persona pero no la verdad. Se puede meter en la cárcel a un predicador, pero no la palabra que predica. El mensaje es siempre mayor que la persona; la verdad es siempre más poderosa que su portador. Pablo estaba del todo seguro que el gobierno romano no podría nunca tener una prisión en la que pudiera encerrar la palabra de Dios. Y es uno de los hechos de la Historia que si el esfuerzo humano hubiera podido aniquilar el Cristianismo, éste habría perecido hace mucho; pero los hombres no pueden matar lo que es inmortal.

(ii) Pablo estaba seguro de que lo que él estaba pasando acabaría siendo de ayuda a otras personas. Su sufrimiento no era absurdo ni inútil. La sangre de los mártires siempre ha sido la semilla de la Iglesia; y el encender las hogueras en las que fueron quemados vivos los cristianos, siempre ha equivalido a encender un fuego que ya no se podía sofocar. Cuando uno cualquiera tiene que sufrir por el Evangelio, que recuerde que su sufrimiento le hace el camino más fácil a los que vengan detrás. Al sufrir asumimos nuestra propia pequeña porción del peso de la Cruz de Cristo y cumplimos nuestra pequeña parte par atraer a la humanidad la salvación de Dios.

LA CANCIÓN DEL MÁRTIR

2 Timoteo 2:11-13

Este es un dicho digno de toda confianza:

Si morimos con Él, también viviremos con Él.

*Si sufrimos,
también reinaremos con Él.*

*Si Le negamos,
ÉL también nos negará.*

*Si somos infieles,
Él permanece fiel:
¡Él no puede negarse a sí mismo!*

Este es un pasaje especialmente precioso porque en él esta engastado uno de los primeros himnos de la Iglesia Cristiana. En los días de la persecución la Iglesia Cristiana le puso música a su fe. Puede ser que esto sea solamente un fragmento de un himno más largo. *Policarpo (5:2)* parece darnos un poquito más de él cuando escribe: Si agradamos a Cristo en el mundo presente, heredaremos el mundo porvenir; como Él ha prometido resucitarnos de los muertos, y ha dicho:

Si andamos de una manera digna de Él, también reinaremos con Él.

Hay dos posibles interpretaciones de los dos primeros versos: < Si morimos con El, también viviremos con El. > Hay algunos que toman estas líneas en referencia al Bautismo. En *Romanos 6* el bautismo se compara con morir y resucitar con Cristo. «Por tanto fuimos sepultados con Él por medio del Bautismo para muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, nosotros también podamos andar en novedad de vida. Porque si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él» (*Romanos 6:4,8*). Sin duda el lenguaje es el mismo; pero la idea del Bautismo es aquí irrelevante; lo que Pablo tiene en mente es la idea del martirio. Lutero dijo en una gran frase: «*Ecclesia haeres Crucis est*, » « La Iglesia es la heredera de la Cruz.» El cristiano hereda la Cruz de Cristo, pero también hereda Su Resurrección. Es partícipe tanto de la vergüenza como de la gloria de su Señor.

El himno continúa: « Si sufrimos, también reinaremos con Él.» Es el que sufra hasta el fin el que será salvo. Sin la Cruz no puede haber Corona.

A continuación se ve la otra cara de la moneda: < Si Le negamos, El también nos negará. » Eso es lo que dijo el mismo Jesús: < Así que a todo el que Me reconozca delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de Mi Padre Que está en el Cielo; pero al que Me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de Mi Padre Que está en el Cielo » (*Mateo 10:32s*). Jesucristo no puede comprometerse por toda eternidad, por una persona que se ha negado a tener nada que ver con El en el tiempo; pero Él es siempre fiel con la persona que, por mucho que haya fallado, ha tratado de serle fiel.

Estas cosas son así porque son parte de la misma naturaleza de Dios. Uno puede negarse a sí mismo, pero Dios no. «Dios no es un hombre para que mienta, ni un hijo de hombre para que se desdiga» (*Números 23:19*). Dios nunca le fallará a la persona que haya tratado de serle fiel, pero ni siquiera Él puede ayudar a la persona que se ha negado a tener nada que ver con Él.

Hace mucho dijo Tertuliano: «El hombre que tiene miedo de sufrir no puede pertenecer a Aquel Que sufrió» (Tertuliano: *De Fuga, 14*). Jesús murió para ser leal a la voluntad de Dios; y el cristiano debe seguir esa misma voluntad, brille la luz o caigan las sombras.

EL PELIGRO DE LAS PALABRAS

2 Timoteo 2:14

Recuérdale a los tuyos estas cosas y encárgales delante del Señor que no se enzarquen en batallas de palabras -cosa que no sirve para nada y que solamente puede contribuir a deshacer a los que se dedican a escucharlo.

De nuevo vuelve Pablo a tratar de la inutilidad de las palabras. Debemos recordar que las Epístolas Pastorales se escribieron frente al trasfondo de aquellos gnósticos que inventaban palabras largas y teorías fantásticas y trataban de convertir el Cristianismo en una filosofía esotérica en vez de en una aventura de fe.

Las palabras pueden producir fascinación y traer peligros al mismo tiempo. Se pueden convertir en un sustituto de las obras. Hay personas que tienen más interés en hablar que en actuar. Si se hubieran podido resolver los problemas del mundo mediante discusiones, ya se habrían resuelto hace mucho. Pero las palabras no pueden sustituir a las obras. El doctor Johnson fue uno de los grandes conversadores de todo tiempo; John Wesley fue uno de los grandes hombres de acción de todo tiempo. Se conocían el uno al otro, y Johnson no tenía más que una queja de Wesley: « La conversación de John Wesley es buena, pero nunca tiene tiempo. Siempre tiene que irse a una cierta hora. Esto es muy desagradable para uno al que le encanta cruzar las piernas y desplegar su conversación como hago yo. » Pero el hecho es que Wesley, el hombre de acción escribió su nombre por toda Inglaterra de una manera que no consiguió Johnson, el hombre de palabras.

No es ni siquiera verdad que la conversación y la discusión puedan resolver totalmente los problemas intelectuales. Una de las cosas más sugestivas que dijo Jesús fue: « Si uno quiere hacer Su voluntad, sabrá si la enseñanza es de Dios (*Juan 7:17*). Muchas veces hablando no se entiende la gente, pero sí haciendo. Según la vieja frase latina, *solvitur ambulando*, la cosa se resolverá sola sobre la marcha. Sucede a menudo que la mejor manera de entender las profundidades del Cristianismo es embarcarse en los inconfundibles deberes de la vida cristiana.

Todavía nos queda algo por decir. El hablar más de la cuenta y el discutir en exceso tiene dos efectos peligrosos.

Primero, puede que den la impresión de que el Cristianismo no es nada más que una colección de temas de discusión y de problemas en busca de una solución. El círculo de discusión es un fenómeno característico de esta edad. Como dijo una vez G.K. Chesterton: < Ya hemos hecho todas las preguntas que se pueden hacer. Ya es hora de que dejemos de buscar preguntas, y empecemos a buscar respuestas. » En cualquier sociedad, el círculo de discusión debe equilibrarse con un grupo de acción.

Segundo, la discusión puede ser vigorizadora para los que quieren acceder a la fe cristiana por la vía intelectual, para los que tienen un trasfondo de conocimiento y de cultura, o los que tienen un conocimiento real o un interés en la teología. Pero algunas veces sucede que una persona sencilla se encuentra en un grupo que está barajando herejías y proponiendo preguntas incontestables, y su fe, lejos de recibir ayuda, es inquietada. Bien puede ser que fuera eso lo que Pablo quería decir cuando hablaba de esas batallas de palabras que pueden deshacer a los que las escuchan. La palabra que se usa normalmente para edificar a una persona en la fe cristiana es la misma que se usa para *edificar una casa*; la palabra que usa Pablo aquí para deshacer (*katastrofé*) es la que podríamos usar para *la demolición* de una casa. Y puede que suceda que la discusión inteligente, sutil, especulativa, intelectualmente despiadada tenga el efecto de demoler y no de edificar la fe de alguna persona sencilla que resulte que está involucrada en la discusión. Como en todas las cosas, hay un tiempo para discutir y un tiempo para guardar silencio.

EL CAMINO DE LA VERDAD
Y EL DEL ERROR

2 Timoteo 2:15-18

Moviliza todo esfuerzo para presentarte a Dios habiendo pasado la prueba, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, como el que divide rectamente la palabra de la verdad.

Evita esas charlas impías, porque los que se involucran en ellas solamente progresan más y más en la impiedad, y su habla se introduce en la Iglesia como una úlcera engangrenada.

Entre tales personas están Himeneo y Fileto, que, por lo que se refiere a la verdad, han perdido el camino, cuando dicen que la resurrección ya ha tenido lugar, y que por tales afirmaciones trastruecan la fe de algunos.

Pablo exhorta a Timoteo a que se presente, entre los falsos maestros, como verdadero maestro de la verdad. La palabra que usa para *presentarse* es *parastésai*, que se usa especialmente con el sentido de *presentarse uno para un servicio*. Las siguientes palabras y frases todas desarrollan esta idea de utilidad para el servicio.

El original para *uno que ha pasado la prueba* es *dókimos*, que describe cualquier cosa que ha sido probada y hallada útil para el servicio. Por ejemplo, describe oro o plata que han sido purificados de toda aleación en el fuego. Aplicada esta palabra al dinero quiere decir que es genuino o, como diríamos, *de curso legal*. Es la palabra que se usa para una piedra que vale para colocarse en un cierto lugar del edificio. Una piedra que tuviera un defecto se marcaría con una A mayúscula que representaba *adókimastos*, que quiere decir probada y encontrada defectuosa. Timoteo había de ser probado para poder ser un instrumento idóneo para la obra de Cristo, y por tanto un obrero que no tiene de qué avergonzarse.

Además, se exhorta a Timoteo con una famosa frase a *dividir rectamente* la palabra de la verdad. La palabra griega que traducimos por *dividir rectamente* es interesante. Es *orthotomein*, que quiere decir literalmente *cortar correctamente*. Tiene muchas referencias. Calvino la conectaba con un padre repartiendo la comida y haciendo las particiones para que cada miembro de la familia recibiera la porción correcta. Beza la conectaba con cortar las víctimas sacrificiales para que cada parte se destine correctamente al altar o al sacerdote. Los

griegos mismos usaban la palabra en tres contextos diferentes. La usaban para trazar una carretera recta a través del campo, para arar un surco derecho en un terreno, y para el trabajo de un mampostero consistente en cortar y ajustar una piedra para que encajara correctamente en un lugar de la estructura del edificio. Así es el que el hombre que divide rectamente la palabra de la verdad traza una carretera derecha a través de la verdad y se niega a dejarse seducir por senderos agradables pero irrelevantes; ara un surco derecho en el campo de la verdad; toma cada sección de la verdad y la coloca en su posición correcta, como un mampostero hace con una piedra, no permitiendo que ninguna parte usurpe o se coloque indebidamente desequilibrando toda la estructura.

Por otra parte, el falso maestro se dedica a lo que Pablo llama «charlas impías.» A continuación Pablo usa una frase muy gráfica. Los griegos tenían una palabra favorita para hacer un progreso, (*prokóptein*). Quiere decir literalmente *cortar debidamente delante*; quitar los obstáculos de una carretera para que sea posible el progreso recto e ininterrumpido. Pablo dice de estos conversadores insensatos que su progreso avanza más y más hacia la impiedad. Progresan al revés. Cuanto más hablan más lejos se sitúan de Dios. Así que aquí está la prueba. Si al acabar nuestra conversación estamos más cerca unos de otros y de Dios, entonces está bien; pero si hemos erigido barreras entre nosotros y hemos puesto a Dios más distante, entonces no está bien. El objetivo de toda discusión cristiana y de toda acción cristiana es traer al hombre cada vez más cerca de sus semejantes y de Dios.

PERDERSE LA RESURRECCIÓN

2 Timoteo 2:15-18 (conclusión)

Entre los falsos maestros Pablo menciona especialmente a Himeneo y Fileto. No sabemos quiénes eran estos hombres,

pero se nos menciona un punto de sus enseñanzas: decían que la resurrección ya había tenido lugar. Esto no se refiere, por supuesto a la resurrección de Jesús; se refiere a la resurrección de los cristianos después de la muerte. Sabemos de dos falsos puntos de vista acerca de la resurrección de los cristianos que tuvieron alguna influencia en la Iglesia primitiva.

(i) Se pretendía que la verdadera resurrección del cristiano tenía lugar en el Bautismo. Es verdad que en *Romanos 6* Pablo había escrito gráficamente acerca de cómo el cristiano muere en el momento del bautismo y surge a una nueva vida. Había algunos que enseñaban que la resurrección tenía lugar en ese momento del bautismo y que era la resurrección a una nueva vida en Cristo aquí y ahora, no después de la muerte.

(ii) Había algunos que enseñaban que el sentido de la resurrección individual no era nada más que el que una persona seguía viviendo en sus hijos.

El problema era que esta clase de enseñanza encontraba un eco tanto en el lado judío de la Iglesia como en el lado griego. En el lado judío, los fariseos creían en la resurrección del cuerpo, pero los saduceos no. Cualquier enseñanza que suprimiera la idea de una vida después de la muerte atraería a los saduceos; el problema con los saduceos era que eran materialistas ricos, que tenían tantos intereses en este mundo que no estaban interesados en ningún mundo por venir.

Por el lado griego, el problema era mucho más grande. En los primeros días del Cristianismo, los griegos, hablando en general, creían en la inmortalidad pero no en la resurrección del cuerpo. La fe más elevada era la de los estoicos. Creían que Dios era lo que podría llamarse un espíritu de fuego. La vida de la persona era una chispa de ese espíritu, una chispa de Dios mismo, una *scintilla* de la deidad. Pero creían que cuando la persona moría esa chispa volvía a Dios y era reabsorbida en Él. Ésa era una noble creencia, pero abolía la supervivencia *personal* después de la muerte. Además, los griegos creían que el cuerpo era totalmente malo. Tenían como lema un juego de palabras: «*Sóma séma*, > «*el cuerpo es una tumba*.» Lo último que deseaban o creían era la resurrección del cuerpo; y por tanto ellos también estaban abiertos para recibir cualquier enseñanza acerca de la resurrección que encajara en sus creencias.

Está claro que el cristiano no cree en la resurrección de *este* cuerpo. Nadie podría concebir que una persona que ha sido destrozada en un accidente, o que ha muerto de cáncer, despertara en el Cielo con el mismo cuerpo. Pero el cristiano sí cree en la supervivencia de la identidad personal; cree con absoluta firmeza que después de la muerte uno continúa siendo el mismo. Cualquier enseñanza que aparta esa certeza de la supervivencia personal de cada individuo atenta contra las mismas raíces de la fe cristiana.

Cuando Himeneo y Fileto y sus semejantes enseñaban que la resurrección ya había tenido lugar, ya fuera en el momento del bautismo o en los hijos, estaban enseñando algo que los judíos saduceos y los filósofos griegos no encontrarían repugnante ni mucho menos aceptar; pero también estaban enseñando algo que minaba una de las creencias centrales de la fe cristiana.

EL FUNDAMENTO FIRME

2 Timoteo 2:19

Pero el firme fundamento de Dios permanece inalterable con esta inscripción: «El Señor conoce a los que son suyos,» y «Que todo aquel que invoque el nombre del Señor se aparte de la impiedad.»

En español usamos la palabra *fundamento* en un doble sentido. La usamos para referirnos al cimiento sobre el que se erige un edificio; y también en relación con una asociación, una institución, una ciudad que ha sido *fundada* por alguien. *Fundar*, *fundación* y *fundamento* pertenecen a la misma familia

de palabras, y tienen esa doble referencia. Los griegos usaban la palabra *themélios* en los mismos dos sentidos; y la *fundación* de Dios aquí quiere decir *la Iglesia*, la asociación que Él ha fundado.

Pablo pasa a decir que la Iglesia tiene una cierta *inscripción*. La palabra que usa es *sfraguís* cuyo sentido primario es *sello*. La *sfraguís* es el sello que prueba que algo es genuino o que pertenece a alguien. El sello en un saco de mercancías demostraba que el contenido era genuino y que no había sufrido manipulaciones; y también indicaba quién era el propietario y la fuente y el origen de la mercancía. Pero *sfraguís* tenía otros usos. Se usaba para designar la marca que nosotros llamaríamos *la marca registrada*. El médico griego Galeno habla de la *sfraguís* que había en un cierto recipiente de colirio, refiriéndose a la marca que mostraba la clase de colirio que contenía el frasco. Además, la *sfraguís* era *la marca del arquitecto*. En un monumento o estatua o edificio el arquitecto siempre ponía su marca para mostrar que él era el responsable del diseño. La *sfraguís* puede también ser la inscripción que indica el propósito para el que se construyó un edificio.

La Iglesia tiene una *sfraguís* que muestra claramente para lo que está diseñada. El signo de la Iglesia nos lo da Pablo con dos citas. Pero la manera en que se hacen estas dos citas es muy iluminadora en relación con la manera en que usaban la Escritura Pablo y la Iglesia Primitiva. Las dos citas son: < El Señor conoce a los que son Suyos,» y «Que todo el que invoque el nombre del Señor se aparte de la injusticia.» Lo interesante es que ninguna de las dos frases es una cita literal de ninguna parte de la Escritura.

La primera es una reminiscencia de un dicho de Moisés a los amigos y asociados rebeldes de Coré en los días del desierto. Cuando todos se reunieron en contra de él, Moisés dijo: « El Señor mostrará quién es Suyo» (*Números 16:5*). Pero ese texto del Antiguo Testamento se leyó a la luz del dicho de Jesús en *Mateo 7:22*: «Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y echamos fuera demonios en Tu nombre, e hicimos muchos milagros en Tu nombre?" Y entonces yo les declararé: "Yo no os conozco de nada. ¡Apartaos de Mí, malhechores!"» El texto del Antiguo Testamento se presenta de nuevo, como si dijéramos, en las palabras de Jesús.

La segunda es otra reminiscencia de la historia de Coré. El mandamiento de Moisés al pueblo fue: «Apartaos, os ruego, de las tiendas de estos malvados, y no toquéis nada suyo» (*Números 16:26*). Pero eso, también, se lee a la luz de las palabras de Jesús en *Lucas 13:27*, donde dice a los que pretenden falsamente ser Sus seguidores: « ¡Apartaos de Mí, todos vosotros, obradores de iniquidad!»

De aquí surgen dos cosas. Los primeros cristianos siempre leían el Antiguo Testamento a la luz de las palabras de Jesús; y no estaban interesados en curiosidades verbales, sino que aportaban el sentido general de toda una serie de escrituras a cualquier problema que tuvieran. Éstos siguen siendo unos principios excelentes para leer y usar la Escritura.

Los dos textos nos dan amplios principios acerca de la Iglesia.

El primero nos dice que la Iglesia consta de los que pertenecen a Dios, que se han dado a Él de tal manera que ya no se pertenecen a sí mismos; y el mundo tampoco los posee, sino sólo Dios.

El segundo nos dice que la Iglesia consta de los que se han apartado de la injusticia. Eso no es decir que consta de personas perfectas. Si así fuera, no habría Iglesia. Se ha dicho que Dios está sumamente interesado, no tanto en lo que el hombre ha conseguido, sino en la dirección que lleva en su vida. Y la Iglesia consta de aquellos cuyos rostros están orientados hacia la integridad. Puede que caigan a menudo, y que la meta les parezca inquietantemente lejana, pero sus rostros están orientados en la dirección correcta.

La Iglesia consta de aquellos que pertenecen a Dios y se han dedicado a sí mismos a la lucha por la integridad.

FUENTES DE HONOR Y DE DESHONRA

2 Timoteo 2:20s

En cualquier casa grande hay vasijas no sólo de oro y plata; también las hay de madera y de cerámica. Y algunas están destinadas a un uso noble, y otras, vulgar. El que se purifique a sí mismo de estas cosas será una vasija apta para un uso noble, dispuesta para toda buena obra.

La conexión entre este pasaje y el inmediatamente anterior es muy práctica. Pablo acababa de dar una definición grande y elevada de la Iglesia como la comunidad de los que pertenecen a Dios y están en el camino de la integridad. Se le podría hacer la objeción: ¿Cómo explicas la existencia de los herejes charlatanes en la Iglesia? ¿Cómo explicas la existencia de Himeneo y Fileto? La respuesta de Pablo es que en cualquier casa grande hay toda clase de utensilios; hay cosas de metales preciosos y cosas de metales vulgares; hay cosas que tienen un uso deshonroso y cosas que tienen un uso honorable. Así debe ser en la Iglesia. En tanto en cuanto es una institución terrena debe ser una mezcla. En tanto en cuanto consta de hombres y mujeres, debe seguir siendo una sección representativa de la humanidad. Algo así encierra el dicho español: «De todo hay en la viña del Señor».

Esa es una verdad práctica que Jesús había establecido mucho antes en la Parábola del Trigo y la Cizaña (*Mateo 13: 24-30, 36-43*). La enseñanza de esa parábola es que el trigo y la cizaña crecen juntos y, en las primeras etapas, son tan semejantes entre sí que es imposible separarlos. Él lo expresó otra vez en la Parábola de la Red (*Mateo 13:47s*). La red barreadora recogía *toda clase* de peces. En ambas parábolas Jesús enseña que la Iglesia ha de ser por necesidad una mezcla y que hay que suspender el juicio humano, pero que el juicio de Dios hará al final las separaciones necesarias. Los que critican a la Iglesia porque hay en ella personas imperfectas están criticándola porque está formada por hombres y mujeres. No nos corresponde a nosotros juzgar; el juicio pertenece a Dios.

Pero es el deber de todo cristiano el mantenerse fuera del alcance de las influencias contaminantes. Y si lo hace, su recompensa no es un honor o un privilegio especiales, sino un servicio especial.

Aquí tenemos la verdadera esencia de la fe cristiana. Un hombre realmente bueno no considera que su bondad le da derecho a un honor especial; su único deseo será tener más y más trabajo que hacer, porque su trabajo será su mayor privilegio. Si es bueno, la última cosa que querrá hacer será buscar el aislamiento de sus semejantes. Más bien tratará de estar entre ellos, y de servir a Dios sirviéndolos a ellos. Su gloria no estará en la exención de ciertos servicios; estará en un servicio cada vez más riguroso. Ningún cristiano debería nunca pensar en ocupar un puesto por el honor que confiere, sino siempre como una oportunidad de servicio.

CONSEJOS A UN DIRIGENTE CRISTIANO

2 Timoteo 2:22-26

Huye de las pasiones juveniles; corre en persecución de la integridad en la compañía de los que invocan al Señor con una limpia conciencia. No tengas nada que ver con las discusiones necias y estúpidas, porque tú sabes que no producen más que peleas. El siervo del Señor no debe ser peleón, sino más bien amable con todos, idóneo para enseñar, soportando, disciplinando a sus oponentes con cortesía. Puede que así Dios les conceda que se arrepientan, para que lleguen a conocer la verdad, y así escapen del lazo del diablo, cuando sean capturados vivos por un siervo de Dios para hacer la voluntad de Dios.

Aquí tenemos un pasaje de consejos prácticos para el dirigente y maestro cristiano.

Debe huir de los deseos juveniles. Muchos comentaristas han hecho sugerencias en cuanto a lo que son estos deseos juveniles. Son mucho más que las pasiones de la carne. Incluyen esa *impaciencia* que no aprende nunca a «apresurarse despacio» y que todavía tiene que descubrir que la excesiva precipitación puede producir mucho más daño que bien; esa *auto-afirmación*, que es intolerante en sus opiniones y arrogante en su expresión de ellas, y que todavía no ha aprendido a ver lo bueno en los puntos de vista distintos de los propios; ese *afán de disputar*, que tiende a discutir largamente y actuar escasamente, y que pierde la noche hablando sin que quede más que una cesta de papeles de problemas sin resolver; esa *pasión por lo novedoso*, que tiende a condenar una cosa sencillamente porque es vieja y a desear una cosa sencillamente porque es nueva, infravalorando el valor de la experiencia. Una cosa hay que notar aquí -los fallos de la juventud son los fallos del idealismo. Es simplemente la frescura y la intensidad de la visión lo que hace que la juventud se precipite a estas equivocaciones. Tales fallos son asuntos no para una condenación austera sino para una corrección comprensiva, porque hay una virtud escondida en cada uno de ellos.

El maestro y dirigente cristiano tiene que aspirar a *la integridad*, que quiere decir darle tanto a los hombres como a Dios lo que les es debido; a *la fe*, que quiere decir lealtad y fiabilidad que vienen ambas de la confianza en Dios; al *amor*, que es la determinación inquebrantable de no buscar nunca nada más que el bien supremo para nuestros semejantes, sin importarle lo que ellos nos hagan, y que ha desterrado para siempre todo rencor y todo deseo de venganza; a *la paz* que es la debida relación de amorosa comunión con Dios y con los hombres. Todas estas cosas se han de buscar *en la compañía de los que invocan al Señor*. El cristiano no debe buscar nunca vivir separado y aislado de sus semejantes. Debe encontrar su fuerza y su alegría en la compañía cristiana. Como decía John Wesley: «Una persona debe tener amigos o hacérselos; porque nadie ha ido nunca al Cielo a solas.»

El dirigente cristiano no debe nunca involucrarse en las controversias insensatas que son la maldición de la Iglesia. En las Iglesias modernas las discusiones cristianas son generalmente doblemente insensatas, porque rara vez son sobre grandes asuntos de la vida y la doctrina y la fe, sino casi siempre acerca de cosas sin importancia como tazas de café y cosas semejantes. Una vez que un responsable se ha enredado en controversias insensatas e incrísticas, ha perdido todo derecho a dirigir.

El dirigente cristiano debe ser *amable* con todo el mundo; hasta cuando tenga que criticar y mostrar una falta, debe hacerlo con la cortesía que nunca quiere herir. Debe ser *idóneo para enseñar*; debe no sólo conocer la verdad, sino también ser capaz de comunicarla, y eso lo hará no tanto hablando acerca de ella como viviendo de tal manera que muestre a Cristo a los demás. Debe ser *comprensivo*; como su Maestro, si le insultan, no debe devolver los insultos; debe poder aceptar insultos e injurias, desprecios y humillaciones, como los aceptó Jesús. Puede que haya pecados mayores que las susceptibilidades, pero no los hay que causen más daños en la Iglesia Cristiana. Debe disciplinar a sus oponentes con *cortesía*; como un cirujano, tiene que ser infalible para encontrar el punto enfermo, pero nunca causando dolores innecesarios ni por un momento. Debe amar a las personas, no someterlas a la verdad a fuerza de golpes.

La última frase de este pasaje está en un griego muy apelmazado, pero parece ser una esperanza de que Dios despierte el arrepentimiento y el deseo de la verdad en los corazones de las personas para que los que están atrapados en la red del diablo puedan ser rescatados mientras sus almas estén todavía vivas y traídos a la obediencia a la voluntad de Dios por la labor de Su siervo. Es Dios el que despierta el arrepentimiento; es el dirigente cristiano el que abre la puerta de la Iglesia al corazón penitente.

TIEMPOS DE TERROR

2 Timoteo 3:1

Debes darte cuenta de esto: en los últimos días vendrán tiempos difíciles.

La Iglesia original vivía en una era en la que se presentía un final inminente; se esperaba la Segunda Venida en cualquier momento. El Cristianismo se había acunado en el judaísmo y pensaba naturalmente sobre todo en imágenes y en términos judíos. El pensamiento judío tenía una concepción básica. Los judíos dividían toda la historia del tiempo en *esta era presente y la edad por venir*. Esta edad presente era totalmente mala; y la edad por venir sería la edad de oro de Dios. Entre ambas estaba *el Día del Señor*, un día en que Dios intervendría personalmente y sacudiría el mundo a fin de hacerlo de nuevo. Aquel Día del Señor iría precedido por un tiempo de terror, cuando el mal se reuniría para dar el asalto final contra el bien, y el mundo se sacudiría hasta sus cimientos morales y físicos. Pablo está pensando en este pasaje en términos de estos últimos días.

Dice que en ellos se producirán tiempos *difíciles*. *Difícil* es la palabra griega *jalepós*. Es la palabra griega normal para *difícil*, pero tiene algunos usos que explican el significado que tiene aquí. Se usa en *Mateo 8:28* para describir los dos demoníacos gergesenos que le salieron al encuentro a Jesús de entre las tumbas. Eran violentos y peligrosos. La usaba Plutarco para describir lo que llamaríamos una herida *fea*. Lo usaban los escritores antiguos de astrología para describir lo que llamaríamos una conjunción *amenazadora* de los cuerpos celestes. Conlleva esta palabra la idea de amenaza y de peligro. En los últimos días

vendrían tiempos que amenazarían la misma existencia de la Iglesia Cristiana y de la misma bondad, una especie de último asalto tremendo del mal antes de su derrota final.

En las descripciones judías de estos últimos tiempos terribles obtenemos exactamente la misma clase de pintura que vemos aquí. Vendría una especie de florecimiento terrible del mal, cuando parecería que los mismos fundamentos de la moral eran sacudidos. En la literatura intertestamentaria obtenemos cuadros como este:

Por tanto, hijos míos, sabed que en los últimos tiempos vuestros hijos abandonarán la sencillez y se adherirán a deseos insaciables; despojándose de la inocencia, se adscribirán a la malicia; olvidarán los mandamientos del Señor, se harán seguidores de Beliar. Abandonarán la agricultura, y seguirán sus técnicas malvadas. Serán dispersados entre los gentiles, y servirán a sus enemigos.

(Testamento de Isacar, 6:1-2).

En 2 Baruc tenemos una descripción todavía más gráfica del caos moral de los últimos tiempos:

La honorabilidad se volverá desvergüenza, y la virtud se rebajará hasta hacerse despreciable, y la probidad será destruida, y la belleza se tornará fealdad... y la envidia surgirá en los que no se tenían en cuenta, y la pasión se apoderará de los pacíficos, y muchos serán incentivados a la ira para dañar a muchos; y se levantarán ejércitos para derramar sangre, y todos acabarán pereciendo juntos.

(2 Baruc 27).

En este cuadro que Pablo traza está pensado en términos familiares para los judíos. Se iba a producir un despliegue final de las fuerzas del mal.

Ahora tenemos que reciclar estas viejas pinturas en términos modernos. Nunca se pretendió que fueran nada más que visiones; hacemos violencia al pensamiento judío y al cristiano primitivo si los tomamos con un literalismo crudo. Pero es verdad que atesoran la verdad permanente de que alguna vez tiene que venir la consumación cuando el mal se enfrente con Dios en una colisión frontal y se produzca el triunfo definitivo de Dios.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 Timoteo 3:2-5

Porque la gente vivirá una vida centrada en el yo; serán amadores del dinero, fanfarrones, arrogantes, dados a los insultos, desobedientes a sus padres, desagradecidos, descuidados hasta de la decencia más básica de la vida, sin afectos humanos, implacables en el odio, revolcándose entre calumnias, ingobernables en sus pasiones, salvajes, no sabiendo lo que es el amor al bien, traidores, osados en palabra y en obra, hinchados de orgullo, amadores del placer como su dios. Mantendrán una apariencia externa de religión, pero desmentirán su eficacia. Evita a tales personas.

Aquí tenemos una de las descripciones más terribles que nos da el Nuevo Testamento de cómo sería un mundo impío, con las terribles cualidades de la impiedad desplegadas en una serie macabra. Veámoslas una a una.

No es ninguna casualidad que la primera de estas características sea *una vida centrada en el yo*. El adjetivo que se usa es *filautos*, que quiere decir *amador de uno mismo*. El amor del yo es el pecado básico del que fluyen todos los demás. En el momento en que una persona pone su propia voluntad en el centro de su vida, las relaciones divinas y humanas se destruyen, y se hacen imposibles la obediencia a Dios y la solidaridad con las personas. La esencia del Cristianismo no es la entronización, sino la rendición del yo.

Las personas se convertirían en *amadoras del dinero (filárguyros)*. Debemos recordar que el trabajo de Timoteo se centraba en Éfeso, tal vez el mayor mercado del mundo antiguo. En aquellos días el comercio tendía a fluir a lo largo de los grandes ríos; Éfeso se encontraba en la desembocadura del río Caístro, y dominaba el comercio de una de las tierras interiores más ricas de toda Asia Menor. En Éfeso se encontraban algunas de las carreteras más importantes del mundo antiguo. Estaba la gran ruta comercial del valle del Eufrates que pasaba por Colosas y Laodicea y vertía la riqueza del Oriente en el regazo de Éfeso. Estaba la carretera del Norte de Asia Menor y Galacia que venía vía Sardis. Estaba la carretera del Sur que concentraba el comercio del valle del Meandro en Éfeso. Se llamaba a Éfeso < la Casa del Tesoro del mundo antiguo, > «la Feria de las Vanidades de Asia Menor.» Se ha señalado que es posible que el autor de *Apocalipsis* estuviera pensando en Éfeso cuando escribió el inquietante pasaje que describe el mercado humano: «Mercadería de oro y plata; de piedras preciosas y perlas; de lino fino, púrpura, seda y escarlata; de toda madera olorosa, todo objeto de marfil, todo objeto de madera preciosa; de cobre, hierro y mármol; canela y especias aromáticas; incienso, mirra y olíbano; vino y aceite; flor de harina y trigo; bestias y ovejas; caballos y carros; esclavos

y almas de hombres» (*Apocalipsis* 18:12s). Efeso era la ciudad de una civilización próspera y materialista; era la clase de ciudad donde una persona podía perder el alma fácilmente.

Hay peligros cuando se identifica la prosperidad con las cosas materiales. Se ha de recordar que una persona puede perder su alma mucho más fácilmente en la prosperidad que en la adversidad; y lleva camino de perder su alma cuando juzga el valor de la vida por la cantidad de cosas que posee.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 *Timoteo* 3:2-5 (continuación)

En estos terribles días la gente será *fanfarrona* y *arrogante*. Los escritores griegos solían poner juntas estas dos palabras; son las dos pintorescas.

Fanfarrón tiene una etimología interesante. Es la palabra *alazón*, que deriva de *alee*, que quiere decir *un vagabundo*. En un principio el *alazón* era un charlatán ambulante. Plutarco usa la palabra para describir a un curandero. El *alazón* era un charlatán que iba por ahí con medicinas y encantos y métodos de exorcismo que pretendía que eran panaceas para todas las enfermedades. Todavía se pueden ver personas así en las ferias y en los mercados de algunos lugares, pregonando las virtudes de una pócima que tiene propiedades milagrosas. Luego la palabra amplió su significado hasta querer decir *fanfarrón*.

Los moralistas griegos escribieron muchas cosas acerca de esta palabra. Las *Definiciones Platónicas* describían el nombre correspondiente (*alazonía*) como: «la pretensión de cosas buenas que una persona no posee realmente.» Aristóteles (*Ética a Nicómaco* 7:2) definía al *alazón* como «el hombre que pretende poseer cualidades maravillosas que no tiene realmente, o que posee en menor grado del que pretende.» Jenofonte nos relata cómo Ciro, el rey persa, definía el *alazón*: «El nombre *alazón* parece aplicarse a los que pretenden ser más ricos o más valientes de lo que son, y a los que prometen hacer lo que no pueden hacer, y especialmente cuando es evidente que lo hacen para conseguir algo u obtener alguna ganancia» (Jenofonte: *Ciropedia* 2,2,12). Jenofonte dice en las *Memorabilia* que Sócrates condenaba irremisiblemente a tales impostores. Sócrates solía decir que se podían encontrar en todos los estratos de la vida, pero que los peores exponentes estaban en la política. «Con mucho el mayor fantoche de todos, y el más peligroso, es el que ha convencido a su ciudad de que está capacitado para dirigirla.»

El mundo, sigue lleno de esos fantoches hasta nuestros días; el astuto sabelotodo que engaña a la gente para que crea que es un sabio, los políticos que pretenden que sus partidos tienen un programa que hará realidad la Utopía y que ellos son los únicos que han nacido para gobernar a los demás, los que abarrotan las columnas de anuncios con pretensiones de dar belleza, conocimiento o salud con sus sistemas, las personas que se encuentran en las iglesias que pretenden tener cierta clase de bondad ostentosa.

Estrechamente aliados con los fantoches, pero -como veremos- aún peores son los *arrogantes*. Aquí se usa la palabra *hyperéfanos*. Deriva de dos palabras griegas que quieren decir *mostrarse uno por encima*. El que es *hyperéfanos*, decía Teofrasto, tiene una especie de desprecio para todo el mundo excepto para sí mismo. Es culpable del < pecado de un corazón altanero. » Es la persona a la que Dios resiste, porque se dice repetidamente en las Escrituras que Dios recibe a los humildes pero resiste a los orgullosos, *hyperéfanos* (*Santiago* 4:6; *1 Pedro* 5:5, *Proverbios* 3:24). Teofilacto llamaba a esta clase de orgullo *acrópolis kakón*, la ciudadela de los males.

La diferencia entre el fantoche y el arrogante es ésta. El primero es una criatura vacilante, que trata de arrollar en su camino hacia el poder y la eminencia. Es un tipo inconfundible. Pero el pecado de la persona que es *arrogante* está en su corazón. Podría hasta parecer humilde; pero en lo íntimo de su corazón desprecia todo lo demás. Alimenta un orgullo que todo lo invade y todo lo consume; y en su corazón hay un altarcillo en el que él se rinde homenaje a sí mismo.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 *Timoteo* 3:2-5 (continuación)

Estas cualidades mellizas de la persona engreída y arrogante conducen inevitablemente al *deleite en el insulto* (*blasfemia*).

. *Blasfemia* es la palabra que hemos transliterado en español como *blasfemia*, que asociamos corrientemente con un insulto dirigido a Dios, pero que en griego puede referirse a un insulto a una persona humana o a Dios de la misma manera. El orgullo siempre engendra el insulto. Engendra el desprecio a Dios, creyendo que no Le necesita y que sabe las cosas mejor que Él. Engendra un desprecio de las personas que puede desembocar en acciones y en palabras hirientes. Los rabinos judíos catalogaban muy alto en la lista de los pecados lo que llamaban *el pecado del insulto*. El insulto que viene de la ira es malo, pero es perdonable, porque se produce en el ardor del momento; pero el insulto frío que viene de un orgullo arrogante es algo feo e imperdonable.

Las personas serán *desobedientes a sus padres*. El mundo antiguo colocaba muy alto el deber a los padres. Las leyes griegas más antiguas condenaban irremisiblemente a la persona que golpear a sus padres; el golpear a un padre era para la ley romana tan malo como el asesinato. En la ley judía el honrar a padre y madre figura bien arriba entre los Diez Mandamientos. Es la señal de una civilización supremamente decadente el que los jóvenes pierdan todo respeto a la edad y dejen de reconocer su deuda impagable y su deber básico para con los que les han dado la vida.

Las personas serán *desagradecidas (ajáristos)*. Se negarán a reconocer la deuda que tienen con Dios y con los hombres. La extraña característica de la ingratitud es que es el más hiriente de todos los pecados, porque es el más ciego. Las palabras del rey Lear siguen siendo ciertas: < ¡Más agudo que el diente de la serpiente - es tener un hijo desagradecido! >

Es la señal de una persona decente el pagar sus deudas; y toda persona tiene una deuda con Dios y con sus semejantes que debe recordar y reconocer y pagar.

La gente *se negará a reconocer aun las decencias más fundamentales de la vida*. La expresión griega es que los hombres se volverán *anósios*. *Anósios* no quiere decir tanto que los hombres quebrantarán las leyes escritas, como que no respetarán ni siquiera las leyes no escritas que son el fundamento de la misma esencia de la vida. Para los griegos era *anósios* el negarse a sepultar a los muertos; el casarse un hermano con su hermana, o un hijo con su madre; el hombre que es *anósios* ofende las decencias fundamentales de la vida. Tal ofensa puede suceder y sucede ya. La persona que está dominada por sus pasiones más bajas las gratificará de la manera más desvergonzada como se puede ver en las calles de cualquier gran ciudad cuando avanza la noche. La persona que ha agotado los placeres normales de la vida y sigue insatisfecha buscará su satisfacción en placeres que son anormales.

Las personas estarán *privadas de todo afecto humano (astorgós)*. *Storgué* es la palabra que se usa especialmente para *el amor familiar*, el amor del hijo para sus padres y de los padres para su hijo. Si no existen los afectos humanos, la familia no puede existir. En los últimos tiempos terribles las personas estarán tan centradas en sí mismas que hasta los lazos más íntimos no les querrán decir nada.

La gente será *implacable en sus odios (aspondós)*. *Spondé* es la palabra para una tregua o un acuerdo. *Aspondós* puede querer decir dos cosas. Puede querer decir que una persona está tan dominada por su odio que nunca aceptará una tregua con la persona con la que se ha peleado. O puede querer decir que la persona es tan deshonesta que quebrantaré los términos del acuerdo que ha hecho. En cualquier caso la palabra describe tal dureza de mente que separa a una persona de sus semejantes con una amargura inflexible. Puede ser que, puesto que no somos más que humanos, no podemos vivir totalmente sin tener diferencias con nuestros semejantes; pero el perpetuar estas diferencias es uno de los peores -y también de los más corrientes- de todos los pecados. Cuando estemos tentados a ser o a obras así, debemos oír de nuevo la voz de nuestro bendito Señor diciendo en la cruz: «Padre, perdónalos.»

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 *Timoteo* 3:2-5 (continuación)

En estos terribles últimos días los hombres serán *calumniadores*. La palabra griega para *calumniadores* es *diábolos* que es precisamente la palabra castellana *diablo*. El diablo es el patrón de todos los calumniadores y el jefe de todos ellos. En cierto sentido la calumnia es el más cruel de todos los pecados. Si a uno le roban sus cosas, puede ponerse a construir de nuevo su fortuna; pero si le quitan su buen nombre, se le ha hecho un daño irreparable. Una cosa es ponerse en marcha un rumor malo e incierto por su camino malicioso y otra totalmente distinta el detenerlo. Como decía Shakespeare:

El buen nombre en un hombre o en una mujer, mi querido señor, es la joya más íntima de sus almas:

El que me roba el dinero roba basura; es poca cosa, nada; era mío, es suyo, y ha estado al servicio de miles: pero el que me hurta mi buen nombre me despoja de algo que a él no le enriquece y me deja a mí pobre de veras.

Muchos hombres y mujeres, a los que nunca se les pasa por la cabeza no le dan importancia -y hasta encuentran placer en ello- a transmitir una historia que arruina el buen nombre de algún otro, sin hacer el menor esfuerzo por comprobar si es o no cierta. Hay suficientes calumnias en muchas iglesias como para hacer llorar al ángel encargado de apuntarlas.

Las personas serán *ingobernables en sus deseos (akratés)*. El verbo griego *kratein* quiere decir *controlar*. Una persona puede llegar a una situación en que, lejos de controlarlo, se convierte en esclava de algún hábito o deseo. Ese es el camino que conduce inevitablemente a la ruina, porque nadie puede dominar nada a menos que primero se domine a sí mismo.

Las personas serán *salvajes*. La palabra original es *anémeros*, y se aplica más adecuadamente a las fieras que a los seres humanos. Denota un salvajismo que no tiene ni sensibilidad ni compasión. Las personas pueden ser salvajes en la reprensión y salvajes en la acción despiadada. Hasta un perro puede sentir lástima, puede sentir el haberle hecho daño a su amo; pero hay personas que en su trato con los demás, pueden haber llegado a perder totalmente la simpatía y el sentimiento humano.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IMPIEDAD

2 Timoteo 3:2-5 (conclusión)

En estos últimos terribles días las personas llegarán a *no sentir amor por las cosas buenas ni por las personas buenas (afilághos)*. Puede llegar un tiempo en la vida de una persona cuando la compañía de la buena gente y la presencia de las cosas buenas sean una contrariedad. El que alimenta su mente con literatura barata puede acabar por no ser capaz de leer ninguna obra maestra. Pierde el paladar mental. Una persona se ha hundido de veras cuando encuentra hasta la presencia de buenas personas algo que no querría más que evitar.

Las personas serán *traidoras*. La palabra griega (*prodótés*) quiere decir nada menos que *un traidor*. Debemos recordar que esto se escribió precisamente al principio de los años de persecución, cuando estaba llegando a ser un crimen el ser cristiano. En este tiempo en particular una de las maldiciones de Roma en cuestiones políticas era la existencia de *los informadores (delatores)*. Las cosas estaban tan mal que Tácito podía decir: < El que no tenía enemigos era traicionado por sus amigos. > Había algunos que se vengaban de sus enemigos acusándolos. Lo que Pablo está pensando aquí es más que la infidelidad en la amistad -aunque eso ya es suficiente herida-; está pensando en los que para devolver una antigua ofensa informarían contra los cristianos al gobierno romano.

Las personas serían *lanzadas* en palabras y acciones. La palabra original es *propetés*, precipitadas. Describe a la persona que es arrebatada por la pasión y el impulso hasta tal punto que es totalmente incapaz de pensar con sensatez. Se hace más daño por no pensar que casi de ninguna otra manera. Muchos y muchas veces se librarían de hacer daño a otros y herirlos si pudieran sencillamente pararse a pensar.

Las personas estarán *hinchidas de presunción (tetýfómenos)*. Estarán envanecidos con un sentimiento de su propia importancia. Siguen existiendo los dignatarios eclesiásticos que no piensan más que en su propia dignidad; pero el cristiano es un seguidor de Aquel Que era manso y humilde de corazón.

Serán *amadores de los placeres más que de Dios*. Aquí volvemos adonde empezamos; tales personas colocan sus propios deseos en el centro de su vida. Se adoran a sí mismos en lugar de a Dios.

La condición final de estas personas es que conservan el aspecto exterior de la religión pero niegan su poder. Es decir, hacen todos los movimientos correctos y mantienen todas las formas externas de la religión; pero no conocen el Evangelio como un poder dinámico que cambia las vidas de las personas. Se dice que, después de escuchar un sermón evangélico, Lord Melbourne hizo una vez la observación: < Las cosas tienen que haber llegado al colmo cuando se le permite a la religión invadir la esfera de la vida privada. >

Bien se puede decir que el obstáculo más grande al Evangelio no es el pecador grosero sino el devoto rastrero de una ortodoxia impecable y de unos convencionalismos dignificados, que se horroriza cuando se sugiere que la verdadera religión es un poder dinámico que cambia la vida personal de un hombre.

SEDUCCIÓN EN NOMBRE DE RELIGIÓN

2 Timoteo 3:6s

Porque de entre éstos proceden los que se meten por las casas, y se llevan cautivas a mujercillas cargadas de pecados y llevadas a la deriva por diversos deseos, dispuestas a escuchar a cualquier maestro pero incapaces de llegar al conocimiento de la verdad.

La emancipación cristiana de las mujeres trajo inevitablemente sus problemas. Ya hemos visto lo recluida que era la vida de las mujeres griegas respetables, cómo se las criaba bajo estricta supervisión y no se les permitía < ver nada, oír nada, ni hacer preguntas; > cómo nunca aparecía ni siquiera para hacer compras sin compañía, y no se les permitía ni siquiera asistir a una reunión pública. El Cristianismo cambió todo eso y surgió una nueva serie de problemas. Era de esperar que algunas mujeres no supieran cómo usar su nueva libertad. Hubo falsos maestros que se aprovecharon rápidamente para sacar sus ventajas.

Ireneo traza una descripción gráfica de los métodos de precisamente un maestro de sus días. Es verdad que está hablando de algo que sucedió en un tiempo posterior, pero la historia malhadada se habría parecido bastante (Ireneo: *Contra los Herejes, I,13,3*). Hubo un cierto hereje llamado Marción que practicaba la magia. « Se dedica especialmente a las mujeres, a las que están bien educadas y elegantemente vestidas, y de gran riqueza. » Les dice a esas mujeres que con sus ensalmos y encantamientos las hará capaces de profetizar. La mujer protesta que ella no lo ha hecho nunca ni lo puede hacer. Él dice: « Abre la boca, di lo que quiera que se te ocurra y profetizarás. » La mujer, emocionada a tope, lo hace y se sugestióna hasta creer que puede profetizar de veras. « Entonces hace un esfuerzo para recompensar a Marcus, no sólo con el regalo de sus posesiones (que se ha hecho de esa manera con una muy considerable fortuna), sino también entregándole su propia persona, deseando estar unida con él en todos los sentidos, para llegar a ser totalmente una con él. » La técnica sería la misma en los días de Timoteo como lo fue después en los días de Ireneo... y, tal vez, bastante después.

Los herejes de tiempo de Timoteo ejercían su malvada influencia de dos maneras. Debemos recordar que eran gnósticos, y que el principio básico del gnosticismo era que el espíritu era totalmente bueno y la materia totalmente mala. Ya hemos visto que esa enseñanza desembocaba en una de dos cosas. Los herejes gnósticos enseñaban, o que, puesto que la materia es totalmente mala, hay que practicar un ascetismo rígido y eliminar lo más posible todas las cosas del cuerpo, o que no importa lo que hagamos con el cuerpo, y que se pueden satisfacer sus deseos sin límite, porque no tienen importancia. Los gnósticos enseñarían estas doctrinas a mujeres impresionables. El resultado sería a menudo, o que la mujer interrumpía sus relaciones matrimoniales con su marido para dedicarse a vivir la vida ascética, o que daba rienda suelta a sus instintos más bajos y se entregaba a toda clase de relaciones promiscuas. En cualquiera de los dos casos se destruían el hogar y la vida familiar.

Todavía sigue siendo posible que un maestro ejerza una influencia indebida y malsana sobre otras personas, especialmente si son impresionables.

El diagnóstico de Pablo era que tales personas «están dispuestas a aprender de cualquiera, pero no son capaces de llegar nunca al conocimiento de la verdad.» E. F. Brown ha indicado el peligro de lo que él llama «curiosidad intelectual sin seriedad moral.» Hay algunas personas que están dispuestas a discutir cualquier nueva teoría, que siempre se pueden encontrar involucradas en el último movimiento religioso de moda, pero que no están dispuestas a aceptar la disciplina de cada día de la vida cristiana. Toda la curiosidad intelectual del mundo no puede tomar nunca el lugar de la seriedad moral. No se supone que tenemos que abarrotarnos la mente con las últimas fantasías intelectuales, sino que tenemos que purificarnos y fortalecernos para la batalla moral que es vivir la vida cristiana.

LOS QUE SE OPONEN A DIOS

2 Timoteo 3:8s

De la misma manera que Janes y Jambres se opusieron a Moisés, éstos también se oponen a la verdad; son hombres de mentalidad corrompida, y cuya fe es pura falsedad. Pero no llegarán muy lejos, porque pronto todos se darán cuenta de su necedad como sucedió con aquellos antiguos impostores.

Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se escribieron muchos libros judíos que desarrollaban las historias del Antiguo Testamento. En alguno de esos libros Janes y Jambres figuraban extensamente. Esos nombres correspondían a dos magos de la corte del Faraón que se opusieron a Moisés y a Aarón cuando éstos iban a sacar a los israelitas de su condición de esclavos en Egipto. Al principio estos magos podían igualar las maravillas que hacían Moisés y Aarón, pero al final fueron derrotados y desacreditados. En el Antiguo Testamento no se los menciona por nombre, pero se alude a ellos en *Éxodo 7:11; 8: 7; 9: 11*.

Toda una colección de historias se reunió alrededor de estos nombres. Se dijo que eran dos siervos que acompañaron a Balaam cuando fue desobediente a Dios (*Números 22:22*); se dice que eran parte de la gran multitud mezclada que salió de Egipto con los israelitas (*Éxodo 12:38*); algunas historias decían que habían perecido al cruzar el Mar Rojo; otras historias decían que fueron Janes y Jambres los que estuvieron detrás de que se hiciera el becerro de oro y que perecieron entre los que fueron muertos por aquel pecado (*Éxodo 32:28*).

Todavía otras historias decían que acabaron siendo prosélitos del judaísmo. Entre todas las historias sobresale un hecho -Janes y Jambres llegaron a ser figuras legendarias que tipificaban a todos los que se opusieron a los propósitos de Dios y a la obra de sus verdaderos siervos.

Al responsable cristiano no le faltarán nunca oponentes. Siempre habrá algunos que tendrán sus propias ideas tergiversadas de la fe cristiana, y que querrán ganar a otros a sus creencias equivocadas. Pero de una cosa estaba Pablo seguro: Los días de los engañadores estaban contados. Se demostraría su falsedad y recibirían su merecido.

La historia de la Iglesia Cristiana nos enseña que la falsedad no tiene larga vida. Puede que florezca por un tiempo, pero cuando se expone a la luz de la verdad se consume y desaparece. No hay más que una prueba para la falsedad: < Por sus frutos los conoceréis.> La mejor manera de vencer y desterrar lo falso es vivir de tal manera que el encanto y la gracia de la verdad estén a la vista de todos. La derrota del error depende, no de la habilidad en la controversia, sino de la demostración en la vida del camino más excelente.

DEBERES Y CUALIDADES DE UN APÓSTOL

2 Timoteo 3:10-13

Pero tú has sido mi discípulo en mi enseñanza, mi preparación, mi objetivo en la vida, mi fe, mi paciencia, mi amor, mi aguante, mis persecuciones, mis sufrimientos; lo que me sucedió en Antioquía, en Iconio, en Listra, en las

persecuciones que soporté; y el Señor me rescató de todo aquello. Y es que todos los que quieran vivir una vida piadosa en Jesucristo serán perseguidos; mientras que los hombres malvados y los impostores irán de mal en peor engañándose a sí mismos y engañando a otros.

Pablo contrasta la conducta de su leal discípulo Timoteo con la de los herejes que estaban haciendo todo lo posible por destruir la Iglesia. La palabra que hemos traducido por *ser un discípulo* incluye tanto que desborda cualquier única palabra española. Es en griego *parakoluthen* y quiere decir literalmente *seguir todo a lo largo*; pero se usaba con una magnífica amplitud de sentido. Quiere decir seguir a una persona *físicamente*, vincularse con ella a las duras y a las maduras. También quiere decir seguir a una persona *intelectualmente*, atender con diligencia a su enseñanza y comprender plenamente el significado de lo que dice. También quiere decir seguir a una persona *espiritualmente*, no solamente entender lo que dice sino también poner en práctica sus ideas y ser la clase de persona que quiere que seamos. *Parakoluthen* es sin duda la palabra para el discípulo, porque incluye la lealtad a ultranza del verdadero camarada, el total entendimiento del verdadero alumno y la completa obediencia del siervo consagrado.

Pablo pasa a listar las cosas en que Timoteo ha sido su discípulo; y el interés de esa lista está en que representa la trama sobre la cual se teje la vida y la obra de un apóstol. En ella encontramos *los deberes, las cualidades y las experiencias* de un apóstol.

En primer lugar, están los *deberes* de un apóstol. Está *la enseñanza*. Nadie puede enseñar lo que no conoce, y por tanto, antes de que uno pueda enseñar a Cristo a otros, debe conocerle personalmente. Cuando el padre de Carlyle estaba discutiendo la clase de pastor que necesitaba su parroquia decía: « Lo que esta parroquia necesita es un hombre que conozca a Cristo más que de segunda mano.» La verdadera enseñanza siempre nace de la experiencia real. Está *el entrenamiento*. La vida cristiana no consiste exclusivamente en saber algo; consiste mucho más en ser algo. La tarea del apóstol no se limita a comunicar la verdad; también incluye el ayudar a ponerla por obra. El verdadero dirigente da el entrenamiento viviendo.

En segundo lugar, están *las cualidades* del apóstol. Lo primero y principal es que tiene *un objetivo en la vida*. Dos

hombres estaban hablando de un gran satírico que estaba henchido de sinceridad moral. < Le iba pegando patadas al mundo -decía uno- como si fuera un futbolista.> < Cierta -decía el otro-, pero siempre conseguía llevarlo a la meta.> Como individuos, algunas veces nos hacemos estas preguntas: < ¿Tenemos algún objetivo en la vida?> Como maestros deberíamos preguntarnos a veces: «¿Adónde pretendo llevar a estas personas a las que enseño?» Una vez le preguntaron a Jesilao, el rey de Esparta: «¿Qué debemos enseñarles a los chicos?» Su respuesta fue: « Lo que les sea más útil cuando sean hombres.» ¿Son conocimientos o la vida real lo que estamos tratando de transmitir?

Como miembros de la Iglesia deberíamos a veces preguntarnos qué estamos tratando de hacer en ella. No basta con darnos por satisfechos cuando la Iglesia zumba como un motor y celebra una reunión abarrotada todas las noches. Deberíamos preguntarnos: ¿Cuál, si alguno, es el propósito unificador que armoniza todas estas actividades? En toda vida no hay nada tan creativo de esfuerzo realmente productivo como una clara conciencia del objetivo.

Pablo pasa a otras cualidades de un apóstol. Está *la fe*, creer totalmente que los mandamientos de Dios son vinculantes y que sus promesas son fidedignas. Está *la paciencia*. La palabra que se usa aquí es *makrothymía*; y *makrothymía*, como la usaban los griegos, quena decir por lo general *paciencia con las personas*. Es la habilidad de no perder la paciencia cuando las personas son tontas, no perder los estribos cuando parecen incapaces de aprender. Es la habilidad de aceptar la tontería, la perversidad, la ceguera, la ingratitud de las personas y seguir siendo amable, y seguir esforzándose. Está *el amor*. Ésta es la actitud de Dios para con los hombres. Es la actitud que soporta todo lo que los hombres puedan hacer y se niega a enfadarse o a darse por ofendido, y que nunca busca sino el bien supremo de los que ama. Amar a las personas es perdonarlas y cuidarse de ellas como Dios perdona y se cuida -y sólo Él puede capacitarnos para hacerlo.

EXPERIENCIAS DE UN APÓSTOL

2 Timoteo 3:10-13 (conclusión)

Pablo completa la lista de las cosas en que ha participado Timoteo, y debe compartir con él, hablando de *las experiencias* de un apóstol; e introduce esa lista de experiencias presentando la cualidad de *el aguante*. La palabra griega es *hypomoné*, que no quiere decir sentarse pasivamente y soportar las cosas, sino encararlas triunfalmente de tal manera que hasta del mal pueda salir el bien. Describe, no el espíritu que *acepta* la vida, sino el espíritu que *conquista*.

Y esa cualidad de resistencia conquistadora es necesaria, porque la persecución es parte integrante de la experiencia de un apóstol. Pablo cita tres ejemplos que tuvo que sufrir por Cristo. Le arrojaron de Antioquía de Pisidia (*Hechos 13:50*). Tuvo que huir de Iconio para evitar el linchamiento (*Hechos 14:5s*). En Listra le lapidaron y dejaron por muerto (*Hechos 14:19*). Es verdad que estas cosas sucedieron antes de que el joven Timoteo entrara definitivamente en el camino cristiano, pero todas

sucedieron en el distrito del que él era natural; y es posible que él fuera testigo presencial de ellas. Bien puede ser una prueba del coraje y la consagración de Timoteo el que, habiendo visto muy claramente lo que podía sucederle a un apóstol, no dudara en asociarse con Pablo.

Pablo estaba convencido de que el verdadero seguidor de Cristo no puede escapar la persecución. Cuando empezaron a tener problemas los tesalonicenses, Pablo les escribió: «Cuando estábamos con vosotros, ya os dijimos de antemano que habíamos de sufrir persecución; como ha sucedido, y vosotros sabéis» (1 *Tesalonicenses* 3:4). Es como si les dijera: «Yo ya os lo había advertido.» Pablo volvió después de su primer viaje misionero para visitar a las iglesias que había fundado, «fortaleciendo las almas de los discípulos, exhortándolos a continuar en la fe, y diciéndoles que por medio de muchas tribulaciones hemos de entrar en el Reino de Dios» (*Hechos*

14:22). El Reino tenía su precio. Y Jesús mismo había dicho: «Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia» (*Mateo* 5:10). El que se proponga aceptar una serie de principios totalmente diferentes de los del mundo, está abocado a encontrar problemas. El que se proponga introducir en su vida una lealtad que sobrepasa todas las lealtades terrenales está abocado a sufrir choques. Y eso es precisamente lo que el Cristianismo demanda de una persona.

Vendrán la persecución y las dificultades; pero Pablo está seguro de dos cosas.

Está seguro de que Dios rescatará a la persona que ponga su confianza en Él. Está seguro de que es mejor sufrir con Dios y lo correcto que prosperar con el mundo y lo equivocado. Absolutamente seguro como está de la persecución temporal, esta igualmente seguro de la gloria final.

Está seguro de que los impíos irán de mal en peor y de que literalmente no hay futuro para la persona que se niega a aceptar el camino de Dios.

UTILIDAD DE LAS ESCRITURAS

2 *Timoteo* 3:14-17

Pero por lo que se refiere a ti, mantente leal a las cosas que has aprendido, y en las que se ha confirmado tu fe; porque tú sabes de quién las has aprendido, y que desde la niñez has conocido las Sagradas Escrituras que pueden darte la sabiduría que te traiga la salvación por medio de la fe que ponemos en Jesucristo. Toda Escritura inspirada por Dios es útil para enseñar, para convencer del error, para corregir, y para entrenar en la integridad, para que el hombre de Dios esté completo, plenamente equipado para toda buena obra.

Pablo concluye esta sección con una llamada a Timoteo para que permanezca leal a toda la enseñanza que ha recibido. Timoteo era judío por parte de madre, aunque su padre había sido griego (*Hechos* 16:1); y está claro que fue su madre la que le educó en la fe. Era la gloria de los judíos que sus hijos desde la más temprana edad eran entrenados en la Ley. Aseguraban que sus hijos aprendían la Ley desde que llevaban pañales, y la bebían con la leche de su madre. Aseguraban que la Ley estaba tan impresa en el corazón y la mente de un niño judío que antes se olvidaría de su propio nombre que de ella. Así es que Timoteo había conocido las Sagradas Escrituras desde su primera edad. Debemos tener presente que las Escrituras de las que escribe Pablo eran las del Antiguo Testamento; todavía no había llegado a ser el Nuevo Testamento. Si lo que él dice de la Escritura es verdad del Antiguo Testamento; mucho más lo es de las todavía más preciosas palabras del Nuevo.

Debemos notar que Pablo hace aquí una distinción. Habla de < toda Escritura inspirada por Dios.> Los gnósticos tenían sus propios libros fantásticos; todos los herejes se referían a su propia literatura para apoyar sus ideas. Pablo consideraba esas cosas como meramente humanas; pero los grandes libros para el alma humana eran los inspirados por Dios que la tradición y la experiencia de los creyentes había santificado.

Veamos lo que dice Pablo de la utilidad de la Escritura.

(i) Dice que las Escrituras dan *la sabiduría que trae la salvación*. A. M. Chirgwin en *La Biblia en el Evangelismo Mundial* cuenta la historia de una enfermera del pabellón de los niños en un hospital de Inglaterra. Hacía tiempo que encontraba la vida, como ella misma decía, inútil y sin sentido. Había leído muchos libros y estudiado muchas filosofías tratando de encontrar satisfacción. Nunca había probado la Biblia, porque una amiga la había convencido con argumentos sutiles de que la razón no podía estar en ella. Cierta día llegó un visitante a la sala y dejó algunos evangelios. Convenció a la enfermera para que leyera un ejemplar de *San Juan*.

< Brillaba y relucía con la verdad -dijo-, y todo mi ser respondió a ella. Las palabras que acabaron por decidirme fueron las de *Juan* 18:37: "Para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye Mi voz." Así es que escuché esa voz, y oí la verdad, y encontré a mi Salvador.>

Una y otra vez la Escritura les ha abierto a hombres y mujeres el camino a Dios. A decir verdad, nadie que esté buscando la verdad tiene derecho a prescindir de leer la Biblia. Un libro con ese historial no se puede tomar a la ligera. Hasta un incrédulo no está jugando limpio a menos que trate de leerla. Si lo hace, las cosas más sorprendentes le pueden suceder, porque contiene una sabiduría salvadora que no hay en ningún otro libro.

(ii) Las Escrituras son útiles *para enseñar*. Solamente en el Nuevo Testamento tenemos una descripción de Jesús, un relato de Su vida y una exposición de su enseñanza. Por esa misma razón es indiscutible que, sea lo que sea lo que se pueda discutir acerca del resto de la Biblia, es imposible para la Iglesia el pasarse sin los Evangelios. Es absolutamente cierto -como hemos dicho a menudo- que el Cristianismo no está fundado sobre un libro impreso sino sobre una Persona viva. El hecho sigue en pie de que el único lugar en todo el mundo en el que obtenemos un informe de primera mano acerca de esa Persona y de Su enseñanza es el Nuevo Testamento. Por eso la Iglesia que no tiene un estudio bíblico es una Iglesia en la que falta un elemento esencial.

(iii) Las Escrituras son valiosas para *reprender*. No se quiere decir que las Escrituras valgan para *sacar faltas*; lo que sí se quiere decir es que son valiosas para convencer a una persona de que está en el error e indicarle el camino correcto. A.M. Chirgwin tiene una historia tras otra sobre cómo las Escrituras llegaron por casualidad a manos de personas y cambiaron sus vidas.

En Brasil, signor Antonio de Minas compró un Nuevo Testamento, y se lo llevó a casa para quemarlo. Cuando llegó a su casa se encontró con que el fuego estaba apagado. Deliberadamente lo encendió. Echó en él el Nuevo Testamento. No ardía. Abrió las páginas para que ardiera más fácilmente. Lo abrió por el Sermón del Monte. Le echó una ojeada cuando lo echaba al fuego. Le captó la mente. Lo volvió a coger. «Siguió leyendo, olvidándose del tiempo, todas las horas de la noche, y cuando estaba rompiendo la aurora se puso en pie y declaró: "Creo."»

Vicente Quiroga de Chile encontró unas pocas páginas de un libro que había traído la marea sobre la playa después de un terremoto. Las leyó y ya no pudo descansar hasta que consiguió el resto de la Biblia. No sólo se hizo cristiano; sino que dedicó el resto de su vida a la distribución de las Escrituras en las aldeas olvidadas del Nordeste de Chile.

Una noche oscura en un bosque de Sicilia un bandolero detuvo a un colporteur a punta de revólver. Le ordenó que encendiera una hoguera y quemara sus libros. Encendió el fuego y entonces preguntó si podía leer un poco de cada libro antes de arrojarlo a las llamas. Leyó el Salmo 23 para empezar; luego, de otro libro, la parábola del Buen Samaritano; de otro, el Sermón del Monte; de otro, 1 Corintios 13. Al final de cada lectura, el bandolero decía: «Ése es un buen libro; no lo quemaremos; dámelo.» Por último, no se quemó ni un sólo libro; el bandolero dejó al colporteur y se internó en la oscuridad con los libros. Años más tarde apareció otra vez en escena aquel mismo bandolero, pero ya no era el mismo. Esta vez era un pastor cristiano, y era a aquella lectura de los libros a lo que atribuía su cambio.

Está fuera de toda duda que las Escrituras pueden convencer a una persona de su error y del poder de Cristo.

(iv) Las Escrituras son útiles para *la corrección*. El verdadero significado de esto es que todas las teorías, todas las teologías, todas las éticas, han de ponerse a prueba en la piedra de toque de la Biblia. Si contradicen la enseñanza de la Biblia, hay que rechazarlas. Tenemos la obligación de usar la mente y aun de lanzarla a la aventura; pero la prueba siempre debe

ser el estar de acuerdo con la enseñanza de Jesucristo como nos la presentan las Escrituras.

(v) Pablo hace una última observación. El estudio de las Escrituras entrena a la persona en integridad hasta equiparla para toda obra buena. Aquí tenemos la conclusión esencial. No se deben estudiar nunca las Escrituras con un fin egoísta, simplemente para hacer bien al alma de cada uno. Una conversión que no hace pensar nada más que en el hecho de que *uno* es salvo, no es una verdadera conversión. El cristiano debe estudiar las Escrituras para hacerse útil a Dios y a sus semejantes. Nadie es salvo a menos que esté apasionadamente entregado a salvar a otros.

LAS BASES PARA LA LLAMADA DE PABLO

2 Timoteo 4:1-5

Te encargo delante de Dios y de Jesucristo, Que va a juzgar a los vivos y a los muertos -te encargo por su aparición y por Su Reino- proclama la Palabra; sé insistente en sazón y en desazón; convence, reprende, exhorta, y hazlo todo con una paciencia y una enseñanza que no fallen nunca. Porque vendrá un tiempo cuando las personas se negarán a escuchar la sana doctrina, y que más bien, por tener oídos que tienen que estar vibrando constantemente con novedades, se enterrarán bajo una montaña de maestros cuya enseñanza esté de acuerdo con sus propios deseos de cosas prohibidas. Apartarán el oído de la verdad y lo prestarán a historias extravagantes. En cuanto a ti, sé estable en todas las cosas; acepta los sufrimientos que se te echen encima; haz el trabajo de un evangelista; no dejes sin cumplir ningún acto de servicio.

Conforme Pablo se aproxima al final de su carta, quiere animar y desafiar a Timoteo para que cumpla con su tarea. Para ello le recuerda tres cosas acerca de Jesús.

(i) Jesús es el Juez de los vivos y de los muertos. Algún día se someterá a prueba la obra de Timoteo, por nadie más que por Jesús mismo. Un cristiano debe hacer todo su trabajo de tal manera que se lo pueda ofrecer a Cristo. No le deben preocupar ni la crítica ni el veredicto de la gente. La única cosa que anhela es el «¡Bien hecho!» de Jesucristo. Si todos nosotros hiciéramos nuestro trabajo en ese espíritu la diferencia sería incalculable. Nos libraría de ese espíritu suspicaz que se ofende ante la crítica; nos libraría del espíritu superimportante que se preocupa del prestigio y de los derechos personales; nos libraría del espíritu egocéntrico que exige gracias y alabanzas por cada acción; y nos libraría aun de darnos por ofendidos por la ingratitud humana.

(ii) Jesús es el Conquistador Que ha de volver. < Te encargo -dice Pablo- por Su *aparición*. La palabra original es *epifáneia*. *Epifáneia* se usaba de dos maneras. Se usaba de la intervención manifiesta de algún dios; y se usaba especialmente en relación con el emperador romano. Su entronización era *su epifáneia*; y en particular -y éste es el trasfondo del pensamiento de Pablo aquí- se usaba de su visita a cualquier provincia o ciudad. Está claro que cuando el emperador iba a visitar algún lugar, todo se ponía en perfecto orden. Se barrían las calles y se adornaban las casas y se ponían al día todos los trabajos para que el lugar estuviera apto para la *epifáneia*. Así es que Pablo le dice a Timoteo: «Tú sabes lo que sucede cuando una ciudad está esperando la *epifáneia* del emperador; tú estás esperando la *epifáneia* de Jesucristo. Haz tu trabajo de tal manera que todas sus partes estén dispuestas para cuando El aparezca.» El cristiano debe ordenar su vida de tal manera que en cualquier momento esté dispuesto para la venida de Cristo.

(iii) Jesús es el Rey. Pablo exhorta a Timoteo a actuar recordando el Reino de Jesucristo. Llega el día cuando los reinos del mundo serán el Reino del Señor; así que Pablo le dice a Timoteo: < Vive y trabaja de tal manera que quedes como un ciudadano fiel cuando venga el Rey. »

Nuestro trabajo debe ser tal que pueda resistir el escrutinio de Cristo. Nuestras vidas deben ser tales que reciban la aparición del Rey. Nuestro servicio debe ser tal que demuestre la realidad de nuestra ciudadanía en el Reino de Dios.

EL DEBER DEL CRISTIANO

2 Timoteo 4:1-5 (continuación)

Puede que haya pocos pasajes en el Nuevo Testamento en los que se presenten los deberes del maestro cristiano tan claramente como aquí.

El maestro cristiano debe ser *insistente*. El mensaje que presenta es literalmente una cuestión de vida o muerte. Los maestros que consiguen de veras que su mensaje haga impacto son los que tienen esta nota de seriedad en su voz. Spurgeon sentía una admiración tremenda por Martineau, que era un unitario y por tanto negaba la divinidad de Jesucristo en la que Spurgeon creía con intensidad apasionada. Alguien le dijo en una ocasión a Spurgeon: «¿Cómo puede usted admirar a Martineau? Usted no cree lo que él predica.» « No -dijo Spurgeon- *pero él sí.* » Cualquier persona con esta nota de urgencia en su voz demanda, y captará, la atención de su audiencia.

El maestro cristiano debe ser *insistente*. Ha de presentar las prerrogativas de Cristo « en sazón y en desazón. » Como ha dicho alguien: «Aprovecha o crea tu oportunidad.» Como decía Teodoro de Mopsuesto: « El cristiano debe considerar cada momento una oportunidad para hablar de Cristo. » Se decía de George Morrison, de la Iglesia de Wellington en Glasgow, que para él, empezara la conversación donde empezara llegaba directamente a Cristo. Esto no quiere decir que no escojamos nuestro tiempo para hablar, porque debe haber cortesía en la evangelización lo mismo que en cualquier otro contacto humano; pero sí quiere decir que tal vez seamos demasiado tímidos para hablarles a otros de Jesucristo.

Pablo pasa a hablar del efecto que debe producir el testimonio cristiano.

Debe *convencer*. Debe hacer que el pecador se dé cuenta de su pecado. Walter Bagehot dijo una vez: «El camino a la perfección pasa por una serie de disgustos.) De una manera u otra hay que hacer que el pecador sienta disgusto por su pecado. Epicteto traza un contraste entre el filósofo falso, que no busca más que la popularidad, y el filósofo verdadero, cuya única meta es el bien de los oyentes. El filósofo falso maneja la adulación y fomenta la autoestima. El verdadero filósofo dice: «Venid a que se os diga que vais por mal camino.» « La clase del filósofo -decía- es un quirófano; cuando sales de ella no debieras sentir placer, sino dolor. » Alcibíades, el joven de moda brillante pero mimado en Atenas, solía decirle a Sócrates: «Sócrates, te odio porque cada vez que me encuentro contigo me haces verme tal como soy. » La primera cosa esencial es hacer que una persona se vea tal como es.

Debe *reprender*. En los grandes días de la Iglesia había una magnífica intrepidez en su voz; y por eso sucedían cosas. E. F. Brown cuenta un incidente de la India. Cierta noble joven en los apartamentos del virrey en Calcuta se hizo famoso por su mala vida. El obispo Wilson cierto día se puso sus vestiduras rituales, se dirigió a la casa del gobierno y le dijo al virrey: «Excelencia: Si el señor... no se marcha de Calcuta antes del domingo que viene, le denunciaré desde el púlpito de la Catedral.» Antes que llegara el domingo aquel joven había desaparecido.

Ambrosio de Milán fue una de las grandes figuras de la Iglesia Primitiva. Era amigo íntimo del emperador Teodosio, que era cristiano pero tenía un genio de mil demonios. Ambrosio no tenía pelos en la lengua para decirle la verdad al emperador. «¿Quién -preguntaba- se atreverá a decirnos la

verdad si no lo hace un sacerdote?» Teodosio había nombrado a uno de sus amigos íntimos, Botérico, gobernador de Tesalónica. Botérico, un buen gobernador, tuvo ocasión de meter en la cárcel a un famoso auriga por conducta infame. La popularidad de aquellos aurigas era increíble y el populacho armó un alboroto y mató a Boterich. Teodosio estaba loco de ira. Ambrosio intercedió con él para que fuera justo en su castigo, pero Rufino, el Ministro de Estado, atizó apostando su ira de tal manera que Teodosio envió órdenes de que se hiciera una masacre de venganza. Más tarde retiró la orden, pero demasiado tarde para que la nueva orden llegara a Tesalónica a tiempo. El teatro estaba abarrotado con las puertas cerradas y los soldados de Teodosio fueron abriéndose paso por el interior matando hombres mujeres y niños durante tres horas. Más de siete mil personas fueron muertas. La noticia de la masacre llegó a Milán, y cuando Teodosio se presentó en el culto de la Iglesia el domingo siguiente, Ambrosio le negó la entrada. El Emperador pidió perdón. Ocho meses después volvió a la Iglesia, y de nuevo Ambrosio le negó la entrada. Por último el emperador de Roma tuvo que postrarse en el suelo con los penitentes antes de que se le permitiera participar del culto con la Iglesia otra vez. En sus grandes días la Iglesia era intrépida para reprender.

En nuestras relaciones personales, una palabra de advertencia o de repreensión salvaría a menudo a un hermano del pecado y del naufragio. Pero, como ha dicho alguien, esa palabra tiene que darse como « de un hermano corrigiendo a su hermano.» Tiene que darse con la conciencia de una común culpabilidad. No nos corresponde colocarnos por encima de nadie como jueces; pero es nuestro deber dar la palabra de advertencia cuando se necesita.

Debe *exhortar*. Aquí tenemos la otra cara de la moneda. Ninguna repreensión debe ser nunca tal que deje al otro en la desesperación y sin coraje y esperanza. No sólo se ha de reprender; también se ha de animar.

Además, el deber cristiano de convencer, de reprender y de animar ha de llevarse a cabo con *una paciencia* incansable. La palabra original es *makrothymía* que describe el espíritu que nunca se irrita, nunca desespera y nunca considera a nadie incapaz de salvarse. El cristiano cree pacientemente en las personas porque cree invenciblemente en el poder transformador de Cristo.

UNA AUDIENCIA ESTÚPIDA

2 Timoteo 4:1-5 (conclusión)

Pablo pasa a describir la audiencia estúpida. Advierte a Timoteo de que se está llegando a que la gente se niegue a escuchar la sana doctrina y se amontone maestros que le hagan cosquillas en los oídos con precisamente las cosas fáciles y cómodas que quieren oír.

En los días de Timoteo era trágicamente fácil encontrar tales maestros. Se llamaban *sofistas*, y *vagaban* de ciudad en ciudad ofreciéndose a enseñar cualquier cosa por dinero. Y Sócrates decía de ellos: «Tratan de atraerse discípulos cobrando poco y prometiendo mucho.» Estaban dispuestos a enseñar la totalidad de la virtud por 1,500 o 2,000 pesetas. Le enseñaban a uno a discutir con sutileza y a usar las palabras con tal astucia que hicieran lo peor parecer lo mejor. Platón los describía sin ambages: «Andan cazando jóvenes ricos y de posición, con una educación descafeinada como cebo, y una matrícula como su objetivo para hacer dinero mediante un uso seudocientífico de los sofismas en la conversación privada, dándose cuenta de que lo que estaban enseñando era basura.»

Competían por clientes. Dión Crisóstomo describía así las ferias de las grandes ciudades: «Se puede oír a muchos desgraciados sofistas dándose voces e insultándose entre sí, y a sus discípulos, como ellos los llaman, discutiendo, y muchos autores de libro leyendo sus estúpidas composiciones, y muchos poetas cantando sus poemas, y muchos juglares exhibiendo

sus trucos, y muchos magos revelando el significado de prodigios, y miríadas de retóricos enrevesando pleitos, y un sin número de comerciantes ofreciendo sus mercancías.»

En los días de Timoteo había por todas partes maestros falsos pregonando conocimientos de pacotilla. Su táctica era ofrecer argumentos por los que una persona se pudiera justificar por hacer lo que quisiera. Cualquier maestro, hasta el mismo día de hoy, cuya enseñanza tienda a hacer que las personas den menos importancia al pecado es una amenaza para el Cristianismo y para la humanidad.

En oposición a aquello, había que imponerle a Timoteo ciertas obligaciones.

Tenía que ser *estable en todas las cosas*. La palabra original (*néfein*) quiere decir que ha de ser sobrio y controlado como un atleta que tiene sus pasiones y apetitos y nervios bien bajo control. Hort dice que esa palabra describe < un estado mental libre de toda perturbación y obsesión... con todas las facultades plenamente controladas, para mirar a la cara todos los hechos y todas las circunstancias. » El cristiano no ha de ser víctima de modas; el equilibrio ha de ser su norma en un mundo desequilibrado y a menudo insensato.

Ha de *aceptar cualquier sufrimiento que le sobrevenga*. El Cristianismo costará algo, y el cristiano ha de pagar el precio sin murmuraciones ni reparos.

Ha de hacer *la labor de evangelista*. A pesar de la acusación y de las burlas el cristiano es esencialmente *portador de buenas noticias*. Si insiste en la disciplina y la autonegación es porque se puede obtener una felicidad más grande que la que aportan los placeres baratos.

No ha de dejar *ningún acto de servicio sin cumplir*. El cristiano no debe tener más que una ambición: ser útil a la Iglesia de la que forma parte y a la sociedad en la que vive. La oportunidad que no dejará pasar por nada no es la de un provecho barato sino la de ser de servicio a su Dios, su Iglesia y sus semejantes.

PABLO LLEGA A LA META

2 Timoteo 4:6-8

Porque mi vida ha llegado al punto en que ha de ser sacrificada, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena batalla; he completado la carrera; he guardado la fe. Por lo demás, me espera la corona de integridad que me dará el Juez justo, en aquel Día del Señor; y no sólo a mí, sino también a todos los que han amado Su aparición.

Para Pablo el final estaba muy próximo y él lo sabía. Cuando Erasmo se iba haciendo viejo, dijo: «Soy un veterano y me he ganado la licencia, y debo dejar la milicia a los más jóvenes.» Pablo, el anciano luchador, está despojándose de sus armas para que las tome Timoteo.

No hay pasaje en todo el Nuevo Testamento que contenga más figuras gráficas que éste.

«Mi vida dice Pablo- ha llegado al punto en que debe ser sacrificada.» La palabra que usa para *sacrificada* es el verbo *spéndesthai*, que quiere decir literalmente *derramar como libación a los dioses*. Todas las comidas romanas terminaban con una especie de sacrificio. Se tomaba una copa de vino y se derramaba (*spéndesthai*) a los dioses. Es como si Pablo estuviera diciendo: «El día ha terminado; es hora de levantarse y partir; y mi vida debe ser derramada como un sacrificio a Dios.» No pensaba que le iban a ejecutar, sino más bien que era él mismo el que iba a ofrecer su vida a Dios. Desde su conversión Pablo se lo había ofrecido todo siempre a Dios -su dinero, su educación, su tiempo, el vigor de su cuerpo, la agudeza de su mente, la devoción de su corazón. La vida era lo único que le quedaba por ofrecer, e iba a ponerla sobre el altar sin el menor reparo y con la mayor alegría.

Pasa a decir: «El tiempo de mi partida ha llegado.» La palabra que usa para partida (*analysis*) es muy gráfica. Contiene

muchas imágenes, cada una de las cuales nos dice algo acerca de dejar esta vida. (a) Es la palabra para desatar a un animal de yugo de los palos del carro o del arado. La muerte era para Pablo el descanso de la brega. Como decía Spenser, tranquilidad después del trabajo, puerto después de los mares tempestuosos, muerte después de la vida, son cosas preciosas. (b) Es la palabra para quitarle a uno las cadenas. La muerte era para Pablo una liberación. Iba a cambiar los confines de una prisión romana por la gloriosa libertad de las cortes celestiales. (c) Es la palabra para soltar las cuerdas de una tienda de campaña. Para Pablo era el momento de levantar el campamento otra vez. Había hecho muchos viajes por los caminos de Asia Menor y de Europa. Ahora estaba poniéndose en marcha para el último y el más grande viaje; iba a ponerse en camino hacia Dios. (d) Es la palabra para soltar las amarras de un navío. Pablo tenía experiencia de dejar puertos y de hacerse a la mar. Ahora sí que iba a lanzarse a alta mar de veras, haciéndose a la vela para cruzar las aguas de la muerte y llegar al puerto de la eternidad.

Así que, para el cristiano, la muerte es despojarse de la carga para descansar; es ser desencadenado para ser verdaderamente libre; es levantar la tienda para residir en los lugares celestiales; es soltar las amarras que nos sujetan a este mundo para hacernos a la vela en el viaje que termina en la presencia de Dios. ¿Por qué tenerle miedo?

GOZO DE LA CONTIENDA BIEN LIBRADA

2 Timoteo 4:6-8 (conclusión)

Pablo prosigue todavía hablando con estas imágenes gráficas de las que era tal maestro: «He peleado la buena batalla; he completado la carrera; he guardado la fe.» Es probable que no estuviera usando tres figuras diferentes de tres esferas diferentes de la vida, sino que las tres se refieran a los juegos atléticos.

«He peleado la buena batalla» La palabra que usa para batalla es *agón*, que es la que se usaba para una pelea en la arena del circo. Cuando un atleta puede decir de veras que ha dado de sí todo lo que lleva dentro siente una profunda satisfacción en su corazón. Pablo ha llegado al final y sabe que ha hecho un buen papel. Cuando murió la madre de Barrie, él le dedicó un gran elogio: «No puedo mirar atrás dijo- y ver la menor cosa que dejara sin hacer.» No hay satisfacción en todo el mundo comparable a la de saber que lo hemos hecho lo mejor posible.

(ii) «He terminado la carrera.» Es fácil empezar algo, ahora bien, es difícil concluirlo. La única cosa que se necesita en la vida es la perseverancia, y es lo de que mucha gente carece. Se le sugirió a cierto hombre muy famoso que se escribiera su biografía mientras estaba vivo. Se negó rotundamente a permitirlo, y su razón era: « He visto a muchos caerse en la recta final.» Es fácil arruinar una vida noble o un informe brillante con una necedad final. Pero Pablo afirmaba que había terminado la carrera. Produce una profunda satisfacción llegar a la meta.

Tal vez la carrera más famosa del mundo es el maratón. La batalla de Maratón fue una de las más decisivas del mundo. En ella los griegos se enfrentaron a los persas; y, si los persas hubieran salido victoriosos, la gloria de Grecia nunca se habría extendido por el mundo. A pesar de terribles desventajas, los griegos obtuvieron la victoria; y, después de la batalla, un soldado griego fue corriendo a Atenas, día y noche, con la noticia. Se dirigió a los magistrados. « ¡Alegraos! -musitó; ¡Hemos conquistado!» Y en cuanto dio la noticia cayó muerto. Había completado su carrera y cumplido su misión, y ya podía morir en paz.

(iii) «He guardado la fe.» Esta frase puede tener más de un significado. Si nos mantenemos en la alegoría de los juegos es lo siguiente. La gran ocasión deportiva de Grecia eran los Juegos Olímpicos. A ellos acudían todos los grandes atletas del mundo. El día antes de los Juegos, todos los competidores

se reunían y hacían un juramento solemne ante los dioses que se habían entrenado no menos de diez meses y que cumplirían todas las reglas. Así es que Pablo puede que estuviera diciendo: « He guardado las reglas; he participado en la contienda.» Sería para nosotros una cosa maravillosa el morir sabiendo que no hemos quebrantado nunca las reglas del honor en la carrera de la vida.

Pero esta frase puede tener otros significados. También es una frase del lenguaje comercial. Era la expresión corriente en griego para: « He observado las condiciones del contrato; he sido fiel a mi compromiso.» Si Pablo la usó de esa manera, quería decir que se había comprometido a servir a Cristo y había cumplido su compromiso sin fallarle nunca. Además, podría querer decir: «He mantenido mi fidelidad: no he perdido nunca la confianza o la esperanza.» Si Pablo usó esta frase con este sentido, quería decir que a las duras y a las maduras, en la libertad y en la cárcel, en todos los peligros por tierra y por mar, y ahora ante la misma muerte, no había perdido nunca la confianza en Jesucristo.

Pablo pasa a decir que le está reservada la corona. En los juegos, el máximo galardón era una corona de laurel, con la que se coronaba al vencedor; y el llevarla era el más grande honor que podía recibir un atleta. Pero esa corona se secaría en unos pocos días. Pablo sabía que le esperaba una corona que no se desharía jamás.

En este momento Pablo pasa del veredicto de los hombres al veredicto de Dios. Sabía que dentro de muy poco estaría ante el tribunal romano y que su juicio no podía tener más que un resultado. Sabía cual había de ser el veredicto de Nerón, pero también sabía cual sería el veredicto de Dios. Aquel cuya vida está dedicada a Cristo considera con indiferencia el veredicto de los hombres. No se preocupa si le condenan, porque lo único que le interesa es oírle decir a su Maestro: « ¡Bien hecho!»

Pablo hace sonar todavía otra nota: Esa corona no sólo le espera a él, sino a todos los que esperan con impaciencia la venida del Rey. Es como si le dijera al joven Timoteo: «Timoteo, el final de mi vida está cerca; y sé que voy a recibir mi recompensa. Si sigues mis pasos, tendrás la misma confianza y el mismo gozo que yo cuando llegues tú también a tu final.» El gozo de Pablo está abierto a cualquier persona que también pelea esa batalla y termina esa carrera y guarda esa fe.

CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15

Haz lo posible por venir a verme pronto. Demas me ha desertado, porque amaba este mundo presente y se ha ido a Tesalónica. Crescente se ha marchado a Galacia, Tito a Dalmacia. Lucas es el único que se ha quedado conmigo. Toma a Marcos y tráetele, porque me es muy útil en el servicio. He enviado a Tíquico a Éfeso.

Cuando vengas, tráete el capote que me dejé en Tróade en casa de Carpo, y también los libros, especialmente los pergaminos.

El herrero Alejandro me ha hecho un montón de daño. El Señor le recompensará conforme a sus hechos. En cuanto a ti, no bajas la guardia con él, porque se ha opuesto a nuestras palabras todo lo que ha podido.

Pablo traza un cuadro de honor y de deshonor de sus conocidos. Algunos no son más que nombres para nosotros; de algunos sabemos algo por *Hechos* y por las epístolas paulinas. Algunas de las historias podemos reconstruir si se nos permite usar un poco la imaginación.

LA PEREGRINACIÓN ESPIRITUAL DE DEMÁS

El primero de la lista es Demas. Se le menciona tres veces en las cartas de Pablo, y bien puede ser que puntúen una tragedia. (i) En *Filemón 24* se le incluye entre un grupo de hombres que Pablo llama sus *colaboradores*. (ii) En *Colosenses 4:14* se le menciona sin comentario. (iii) Aquí había abandonado a Pablo porque amaba este mundo presente. Primero, Demas el colaborador; luego, simplemente Demas, y finalmente, Demas el desertor que amaba este mundo. Aquí tenemos la historia de una degradación espiritual. Poco a poco, el colaborador llegó a ser el desertor, y el título de honor se convirtió en un nombre de vergüenza.

¿Qué le sucedió a Demas? No podemos decirlo de seguro, pero podemos suponerlo.

(i) Puede ser que empezara a seguir a Cristo sin calcular el precio; y puede ser que no fuera del todo culpa suya. Hay una clase de evangelismo que anuncia: «¡Acepta a Cristo y tendrás paz y descanso y gozo!» En cierto sentido, el más profundo de todos, eso es auténtica y benditamente cierto; pero también es verdad que cuando aceptamos a Cristo empezamos a tener problemas. Hasta ese momento hemos vivido de acuerdo con el mundo y sus principios. La vida nos era fácil, porque seguíamos la línea de menor resistencia e íbamos con la mayoría. Pero, una vez que uno acepta a Cristo, acepta una serie de principios totalmente nuevos, y se compromete a una clase de vida totalmente nueva en el trabajo, en sus relaciones personales, en sus placeres... y tiene que haber colisiones. Puede que Demas se sintiera atraído a la Iglesia en un momento de emoción, sin tener tiempo para pensar las cosas a fondo; y cuando la impopularidad, la persecución, el sacrificio, la soledad y la cárcel se le presentaron, se salió porque no era eso lo que él esperaba. Cuando uno se compromete a seguir a Cristo, lo esencial es que sepa lo que está haciendo.

Halliday Sutherland cuenta cómo se sintió cuando recibió el título de doctor. Si en la calle, o en cualquier compañía, se escuchaba la llamada: «¿Hay aquí algún médico?», se emocionaba, orgulloso y ansioso por salir al frente a ayudar. Pero conforme fueron pasando los años, una llamada así se convirtió en una molestia. Había desaparecido el encanto.

W. H. Davies, el vagabundo que fue también uno de los más grandes poetas, tiene un pasaje acerca de sí mismo de lo más revelador. Se había dirigido a ver la abadía Tintem veintisiete años después de la vez anterior. Dijo: «Al encontrarme allí otra vez, veintisiete años después, y comparar el entusiasmo de aquel chicuelo con mis tibios sentimientos presentes, no me di por satisfecho de mí mismo. Por ejemplo: la vez anterior yo habría sacrificado la comida o el sueño para ver una cosa tan maravillosa; pero ahora, en mi madurez, no iba buscando cosas bellas, y sólo cantaba a las cosas que me encontraba por casualidad.»

El deán Inge predicó una vez sobre el *Salmo 91:6*: «La mortandad que en medio del día destruye,» que él llamaba «El peligro de la edad media.» No hay amenaza más peligrosa para los ideales de una persona que la de los años; y la única manera de tenerla a raya es vivir constantemente en la presencia de Jesucristo.

Pablo dijo de Demas que «amaba este mundo.» Su problema puede que fuera bien simple, pero terrible. Puede que fuera sencillamente que amaba la comodidad más que a Cristo, el camino fácil más que el que conduce a las estrellas pasando por la Cruz.

Pensemos en Demas, no condenándole, sino simpatizando con él; porque muchos somos como él.

Es posible que esto no sea ni el principio ni el final de la historia de Demas. El nombre *Demas* es la forma abreviada y familiar de Demetrio, y encontramos dos veces a un Demetrio en el Nuevo Testamento. Está el Demetrio que dirigió el motín de los plateros de Éfeso y quería linchar a Pablo porque les estaba estropeando el negocio del templo de Diana (*Hechos 19:25*). Está el Demetrio del que escribió Juan, de quien todos tenían buena opinión, y la verdad también, un hecho del que Juan daba testimonio de buen grado y con firmeza (*3 Juan 12*).

¿Podría ser ese el principio y el fin de la historia de Demas? ¿Encontró el platero Demetrio algo en Pablo y en Cristo que le apresó el corazón? ¿Se convirtió a Cristo el cabecilla de aquel motín? ¿Desertó por un tiempo del camino cristiano y se convirtió en el desertor Demas, que amaba este mundo? ¿Y le echó mano otra vez la gracia de Dios, haciéndole volver y volverse el Demetrio de Efeso de quien Juan escribió que era un siervo de la verdad de quien todos hablaban bien? Eso puede que no lo sepamos nunca; pero es emocionante pensar que la acusación de desertor puede que no fuera el último veredicto sobre la vida de Demas.

CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15 (continuación)

EL GENTIL DEL QUE TODOS HABLABAN BIEN

Después de mencionar Pablo al desertor pasa a hablar del hombre que fue fiel hasta la muerte. «Lucas es el único que está conmigo,» dice. Sabemos muy poco acerca de Lucas; pero hasta de ese poco surge como uno de los personajes más preciosos del Nuevo Testamento.

(i) Una cosa podemos deducir: que Lucas acompañó a Pablo en su último viaje a Roma y a la cárcel. Él fue el autor del *Libro de los Hechos*. Ahora bien: vemos algunos pasajes de *Hechos* que están escritos en primera persona de plural, *nosotros*, así es que podemos estar seguros de que Lucas está describiendo situaciones en las que él mismo estuvo presente. *Hechos 27* nos presenta a Pablo arrestado poniéndose en camino hacia Roma, y este es uno de los pasajes *nosotros*; así es que sabemos que Lucas estaba con Pablo. De ahí podemos deducir otra cosa. Se cree que cuando un detenido iba de camino para que le juzgaran en Roma no se le permitía más acompañamiento que dos esclavos, lo que hace probable que Lucas se enrolara como esclavo de Pablo para que se le permitiera acompañarle a Roma y en la cárcel. No nos sorprende que Pablo hable de él con amor en la voz. La lealtad de Lucas no podía haber llegado más lejos.

(ii) Hay sólo otras dos referencias a Lucas en el Nuevo Testamento. En *Colosenses 4:14* se le describe como *el querido médico*. Pablo le debía mucho a Lucas. Toda la vida estuvo soportando aquel terrible aguijón en su carne; y Lucas debe de haber usado su profesión para aliviarle el sufrimiento y permitirle seguir adelante. Lucas era por encima de todo una persona amable. Por el silencio de *Hechos* podríamos pensar que no fue una gran figura de la Iglesia Original; pero debemos recordar que él era el autor de ese libro, y probablemente el no mencionarse fue debido más bien a su humildad. De todas maneras hizo su contribución en términos de servicio personal. Dios le había puesto en las manos la habilidad de sanar, y Lucas se la dedicó a Dios. La amabilidad es la cualidad que levanta a una persona por encima del nivel corriente. La elocuencia se olvida; la inteligencia puede que sobreviva en la página impresa; pero la amabilidad perdura entronizada en los corazones.

El doctor Johnson tuvo algunos contactos con un joven que se llamaba Harry Harvey, que era rico y bastante calavera. Pero tenía una casa en Londres en la que siempre encontraba acogida Johnson. Más tarde se hablaba despectivamente de Harry Harvey; y Johnson dijo: «Era un hombre vicioso, pero fue amable conmigo. Aunque le llamen perro, yo le querré siempre.» La amabilidad cubre una multitud de pecados.

Lucas fue leal a Pablo, y era amable.

(iii) La otra referencia a Lucas se encuentra en *Filemón 24*, donde Pablo le llama su *colaborador*. Lucas no se conformaba simplemente con escribir ni con ayudar como médico; trabajaba en lo que fuera. La Iglesia está llena de personas que hablan, y de gente que está allí más por lo que pueda sacar que

pára aportar nada; Lucas era uno de esos inapreciables -los obreros de la Iglesia.

(iv) Hay otra posible referencia a Lucas en el Nuevo Testamento. *2 Corintios 8:18* menciona al «hermano que es famoso en todas las iglesias.» Desde los primeros tiempos se ha identificado a este anónimo como Lucas. Era el hombre de quien todos hablaban bien. Era el hombre que era leal hasta la muerte, esencialmente amable, dedicado a la obra. De un hombre así hablan bien todos los hermanos.

EL CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15 (continuación)

Todavía nos queda en este cuadro otro nombre con una historia oculta pero emocionante.

EL HOMBRE QUE SE REDIMIÓ A SÍ MISMO

Pablo le insiste a Timoteo que se lleve consigo a Marcos, «porque me es útil para el ministerio.» La palabra *ministerio* no se usa aquí en su sentido eclesiástico especializado, sino en el más amplio de *servicio*. «Tráeme a Marcos dice Pablo-, porque es muy útil para prestar servicios.» Como lo pone E. F. Scott: «Trae a Marcos, que puede echar una mano en muchas cosas.» O, como diríamos coloquialmente: «Tráete a Marcos, que es una persona que conviene tener a mano.»

Marcos tuvo una carrera de casillas blancas y negras como un tablero de ajedrez. Era muy joven cuando empezó la Iglesia, pero vivió en su mismo centro. Fue a la casa de María, la madre de Marcos, adonde Pedro dirigió sus pasos cuando escapó misteriosamente de la cárcel, y podemos deducir que esa casa era el lugar de reunión de la iglesia de Jerusalén (*Hechos 12:12*).

Cuando Pablo y Bemabé se pusieron en camino en su primer viaje misionero llevaron consigo a Marcos -Juan Marcos era su nombre completo- como ayudante (*Hechos 13:5*). Parecía elegido para una gran carrera en la compañía de Pablo y en el servicio de la Iglesia. Pero entonces sucedió algo. Cuando Pablo y Bemabé salieron de Panfilia y prosiguieron tierra adentro por el difícil y peligroso camino que conducía a la meseta central de Asia Menor, Marcos los dejó y se marchó a su casa (*Hechos 13:13*). Le fallaron los nervios, y se volvió atrás.

Pablo tomó aquella defección muy en serio. Cuando estaban a punto de iniciar su segundo viaje misionero, Bemabé -que era pariente de Marcos (*Colosenses 4:10*)- propuso que llevaran a Marcos con ellos otra vez, pero Pablo se negó en redondo a tener nada que ver por segunda vez con aquel rajado, y hubo tal desacuerdo entre Pablo y Bemabé por el asunto de Marcos que se separaron y ya no volvieron a trabajar juntos por lo que sabemos (*Hechos 15:36-40*). Así es que hubo un

tiempo cuando Pablo no quiso saber nada de Marcos, porque le consideraba un malqueda de poco fiar y no le quería tener en su equipo.

No sabemos lo que pasó con Marcos después de aquello. La tradición cuenta que fue a Egipto y fundó allí la iglesia cristiana. Pero, hiciera lo que hiciera, lo cierto es que se redimió a sí mismo. Cuando Pablo se pone a escribir *Colosenses* desde la cárcel romana, Marcos estaba con él, y Pablo le recomienda a la iglesia colosense y les encarga que le reciban. Y ahora, cuando está llegando a su fin, el hombre que Pablo quiere tener cerca, junto a su querido Timoteo, es Marcos, porque es un hombre útil para tener a mano. El desertor se había convertido en el hombre servicial que podía echarle una mano a Pablo en cualquier cosa de la obra del Evangelio.

Fosdick tiene un sermón con el título animador de «Nadie tiene por qué seguir siendo el mismo.» Marcos es la prueba: es nuestro ánimo e inspiración, porque falló pero se rehabilitó. Jesucristo sigue pudiendo hacer a los espíritus cobardes

valerosos, e infundir nervio para la lucha al brazo flojo. Puede despertar al héroe dormido en el alma de cada persona, y trocar la vergüenza del fracaso en el gozo del servicio triunfante.

EL CUADRO DE HONOR Y DE DESHONOR

2 Timoteo 4:9-15 (conclusión)

AYUDADORES Y OBSTACULIZADORES Y PETICIÓN FINAL

Así es que la lista de nombres continúa. De Crescente no sabemos absolutamente nada. Tito fue otro de los lugartenientes más fieles de Pablo. «Mi verdadero hijo,» le llama Pablo (Tito 1:4). Cuando le preocupaba la situación de la iglesia corintia, Tito fue uno de los emisarios de Pablo en la lucha para remediar las cosas (2 Corintios 2:13; 7:6,13; 12:18). A Tíquico le había encargado llevar las cartas a los colosenses (*Colosenses* 4: 7), y a los efesios (*Efesios* 6:21). El grupito de ayudantes se iba dispersando por toda la Iglesia; porque, aunque Pablo estaba en la cárcel, la obra tenía que proseguir, y Pablo tenía que quedarse solo para que su pueblo diseminado pudiera ser fortalecido y guiado y confortado.

Y entonces aparece la mención de uno que había obstaculizado más que ayudado: «El cobrero Alejandro me hizo un montón de daño.» No sabemos lo que había hecho Alejandro; pero tal vez lo podamos deducir. La palabra que utiliza Pablo para *hacer* mucho mal es en griego *endeaWnysthai*. Ese verbo quiere decir literalmente *desplegar*, y se usaba de hecho a menudo para *aportar información* contra una persona. Los informadores eran una de las grandes maldiciones de Roma por aquel tiempo. Y bien puede ser que Alejandro fuera un cristiano renegado que acudiera a los magistrados aportando

información, falsa o verdadera, que se podía usar contra Pablo, en su deseo de desacreditarle y destrozarle de la manera más deshonrosa posible.

Pablo tiene algunas peticiones que hacer. Necesita el capote que se había dejado en casa de Carpo en Tróade. El capote (*failónés*) era una pieza grande circular, con un agujero en medio para la cabeza, que le tapaba a uno como una tienda de campaña desde la cabeza hasta los pies. Se usaba en invierno, y sin duda Pablo estaba sintiendo los embates del frío invernal en la cárcel romana.

Quería *los libros*; en el original es *biblia*, que quiere decir literalmente rollos de papiro; y bien puede ser que contuvieran los bosquejos iniciales de los evangelios. También quería *los pergaminos*, que podrían ser una de dos cosas: los documentos legales de Pablo, especialmente su certificado de ciudadano romano; o más probablemente copias de las Escrituras del Antiguo Testamento, porque los judíos escribían sus libros en tiras de pergamino hechas con piel de animales. Eran las palabras de Jesús y la Palabra de Dios lo que Pablo quería por encima de todo cuando estaba preso, esperando la ejecución.

Algunas veces se repite la historia de una manera curiosa. Mil quinientos años después de esto, William Tyndale estaba preso en Vilvorde esperando la ejecución por haber osado darle al pueblo la Biblia en su propio lenguaje. Era un invierno frío y húmedo cuando le escribió a un amigo: «Por amor de Jesús, mándame una gorra más calentita, algo para taparme las piernas, una camisa de lana, y sobre *todo toda mi biblia hebrea*. » Cuando estaban en apuros y les llegaba el frío de la muerte, los grandes hombres de Dios querían más que nada y nadie la Palabra de Dios para que les infundiera en el alma fuerza y coraje.

ÚLTIMAS PALABRAS Y SALUDOS

2 Timoteo 4:16-22

En mi primera defensa no estuvo nadie conmigo, sino que todos me abandonaron. ¡Que no se les tenga en cuenta! Pero el Señor sí estuvo a mi lado fortaleciéndome, de forma que hice la proclamación del Evangelio en su totalidad para que la pudieran escuchar los paganos. Así es que fui rescatado de la misma boca del león. El Señor me rescatará de todo mal, y me mantendrá a salvo para Su Reino celestial. ¡Gloria sea a Él por siempre jamás, amén!

Recuerdos a Prisca y Áquila, y a la familia de Onesíforo. Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo le dejé en Mileto. Eubulo te manda recuerdos, lo mismo que Prudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.

Que el Señor sea con tu espíritu.

La gracia sea con vosotros.

Los juicios romanos empezaban por un interrogatorio inicial para formular las acusaciones específicas contra el preso. Cuando llevaron a Pablo para ese interrogatorio preliminar, ninguno de sus amigos estaba con él. Era demasiado peligroso presentarse como amigos de uno al que estaban juzgando para ponerle la pena de muerte.

Una de las cosas curiosas de este pasaje es el número de reminiscencias que contiene del *Salmo 22*: «¿Por qué me has desamparado?(1) - Todos me desampararon.» «No hay quien me ayude (11) - No tuve a ninguno a mi lado» «Sálvame de la boca del león (21) - Fui rescatado de la misma boca del león.» «Volverán al Señor todos los confines de la Tierra (27) - **Para que los gentiles lo escucharan.**» «**Del Señor es el Reino (28)** - El Señor me mantendrá a salvo para Su Reino celestial.» Parece que las palabras de este salmo iban pasando por la mente de Pablo. Y lo maravilloso es que este salmo también estuvo presente en la mente de Jesús en la Cruz. Al enfrentarse con la muerte, Pablo alentaba su corazón con el mismo salmo que su Señor usó en circunstancias semejantes.

Tres cosas le infundían ánimo a Pablo en aquella hora solitaria.

(i) Todos los hombres le habían abandonado, pero el Señor estaba con él. Jesús había dicho que no dejaría ni abandonaría a los suyos, y que estaría con ellos hasta el fin del mundo. Pablo es testigo de que Jesús cumple Su promesa. Si ser como es debido es quedarse solo, como dijo Juana de Arco: < Es mejor estar sola con Dios.>

(ii) Pablo usaba hasta un tribunal romano para proclamar el mensaje de Cristo. Cumplía su propio principio: A tiempo y a destiempo presentaba las credenciales de Cristo al mundo. Estaba tan ocupado pensando en la tarea de predicar el Evangelio que se olvidaba del peligro. El que está inmerso en su tarea ha conquistado el miedo.

(iii) Estaba completamente seguro de la liberación final. En el tiempo puede que pareciera una víctima de las circunstancias y un criminal condenado por la justicia romana; pero Pablo veía más allá del tiempo, y sabía que le estaba asegurada la salvación eterna. Siempre es mejor estar en peligro un momento y a salvo por toda eternidad que seguro por un momento y en riesgo por toda eternidad.

¿UNA HISTORIA DE AMOR?

2 Timoteo 4:16-22 (conclusión)

Para terminar se mandan recuerdos de y para los hermanos. En primer lugar para Prisca y Áquila -Prisca era el diminutivo familiar de Prisca, y Áquila se pronunciaba < ácuila>, que ha dado en español < águila> . Formaban una pareja en cuyo hogar estaba la iglesia siempre y dondequiera que estuvieran, y que se habían jugado el cuello por Pablo

(*Hechos 18:2; Romanos 16:3; 1 Corintios 16:19*). Hay recuerdos para el caballero Onesíforo, que había buscado a Pablo por toda Roma hasta encontrarle en la cárcel (*2 Timoteo 1:16*) y que puede que pagara su lealtad con la vida. Hay recuerdos para Erasto, a quien Pablo había mandado una vez como emisario a Macedonia (*Hechos 19:22*), y que puede que estuviera después en la iglesia de Roma (*Romanos 16:23*). Hay recuerdos para Trófimo, a quien acusaron a Pablo de introducir en el Templo de Jerusalén siendo gentil, un incidente que fue la causa de que detuvieran a Pablo y luego le mandaran a Roma (*Hechos 20:4; 21; 29*). Finalmente se mandan recuerdos de Lino, Prudente y Claudia. En listas posteriores figura Lino como el primer obispo de Roma.

En torno a los nombres de Prudente y Claudia se ha tejido una novela rosa. La historia puede que sea imposible, o por lo menos improbable, pero es demasiado interesante para no citarla. Marcial fue un famoso poeta latino, autor de epigramas, que floreció entre los años 66 y 100 d.C. Dos de sus epigramas celebran las bodas de un noble y distinguido romano llamado Prudente, con una dama llamada Claudia. En el segundo epigrama se dice que Claudia era extranjera en Roma, y que procedía de Inglaterra. Ahora bien: Tácito nos dice que el año 52 d.C., bajo el emperador Claudio, ciertos territorios al Sudeste de Gran Bretaña se le dieron a un rey inglés llamado Cogidubnus por su lealtad a Roma; y en 1723 se descubrió una lápida de mármol en Chichester que conmemoraba la construcción de un templo pagano por el rey Cogidubnus y su hijo Prudente. En la inscripción se da el nombre completo del rey, y sin duda en honor del emperador romano encontramos que había tomado el nombre de Tiberius Claudius Cogidubnus. Si ese rey tenía una hija, se llamaría

Claudia, porque ese sería el nombre que heredaría de su padre. Aún podemos llevar la historia más adelante. Puede ser que Cogidubnus mandara a su hija Claudia a Roma. Es casi seguro que lo hizo; porque, cuando un rey extranjero hacía alianza con Roma, como había hecho Cogidubnus, mandaba a algunos miembros de su familia como prendas de que guardaría el acuerdo. Si Claudia fue a Roma, estaría probablemente en casa de un cierto romano llamado Aulus Plautius, que había sido gobernador de Inglaterra entre los años 43 y 52 d.C., y a quien Cogidubnus había prestado fieles servicios. La mujer de Aulus Plautius era una dama llamada Pomponia, de la que nos dice Tácito que había estado procesada ante los tribunales romanos en el año 57 d.C. porque estaba < infectada de una superstición extranjera,» que muy bien pudiera ser el Cristianismo. Puede que Pomponia fuera cristiana, y que la princesa británica Claudia también se convirtiera a Cristo.

No podemos asegurar que estas suposiciones fueran históricas; pero sería interesante que la Claudia que manda saludos en la carta de Pablo fuera la princesa inglesa que había ido a Roma y se había hecho cristiana, y que Prudente fuera su marido.

Pablo termina la carta encomendando a sus amigos a la presencia y el Espíritu de su común Señor; y, como siempre, su última palabra es gracia.

TITO

LAS FUENTES DEL APOSTOLADO

Tito 1:1-4

Esta es una carta de Pablo, esclavo de Dios y enviado de Jesucristo, cuya labor consiste en despertar la fe en los escogidos de Dios y equiparlos con un conocimiento más pleno de la verdad que permite a la persona vivir una vida realmente religiosa y cuya obra total está fundada en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no es posible que mienta, prometió antes que empezara el tiempo. En Su propio buen tiempo Dios presentó Su mensaje de tal manera que todos pudieran comprenderlo mediante la proclamación que se me ha confiado por real decreto de Dios nuestro Salvador. Esta carta es para Tito, su verdadero hijo en la fe que ambos comparten: ¡Que la gracia sea contigo, y la paz de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Salvador!

Cuando Pablo llamaba a uno de sus oficiales a una misión, siempre empezaba estableciendo su propio derecho a hablar y, como si dijéramos, echando de nuevo los cimientos del Evangelio. Así es que aquí empieza por decir algunas cosas acerca de su apostolado.

(i) Le colocó en *una gran sucesión*. En el mismo principio Pablo se llama < esclavo (*dulos*) de Dios.» En ese título se mezclaban la más auténtica humildad y el orgullo más legítimo. Quería decir que su vida estaba totalmente sometida a Dios; y al mismo tiempo -y aquí es donde entra el orgullo era el título que se daba a los profetas y a los grandes hombres del pasado en Israel. Moisés era el esclavo de Dios (*Josué 1: 2*); y Josué, su sucesor, no habría aspirado a un título más elevado (*Josué 24:29*). Era a los profetas, Sus esclavos, a los que Dios revelaba todas Sus intenciones (*Amós 3: 7*); era a Sus esclavos los profetas a los que Dios había enviado repetidamente a Israel a lo largo de toda su historia (*Jeremías 7:25*). El título *esclavo de Dios* era el que le daba a Pablo el derecho de formar parte de una gran sucesión.

Cuando uno ingresa en la Iglesia, no entra a formar parte de una institución que empezó ayer. La Iglesia tiene siglos de historia humana en su haber, y se remonta a la eternidad en la mente y el propósito de Dios. Cuando uno se encarga de la predicación, o la enseñanza, o el servicio de la Iglesia, no ingresa en una actividad sin tradición; transita la senda por la que marcharon- los santos.

(ü) Eso le daba *una gran autoridad*. Era el enviado de Jesucristo. Pablo no consideró nunca que su autoridad procediera de su propia excelencia intelectual, y menos de su bondad moral. Hablaba con la autoridad de Cristo. El que predica el Evangelio de Cristo o enseña Su verdad, si está dedicado de veras, no da sus propias opiniones ni ofrece sus propias conclusiones; trae el mensaje de Cristo y la palabra de Dios. El verdadero enviado de Jesucristo ha pasado la etapa de los *quizás y puede que, y habla* con la certeza del que sabe.

EL EVANGELIO DE UN APÓSTOL

Tito 1:1-4 (continuación)

Además, en este pasaje podemos ver la esencia del Evangelio de un apóstol y las cosas que eran centrales en su misión.

(i) Todo el mensaje del apóstol está fundamentado en la *esperanza de la vida eterna*. Esta frase, *la vida eterna*, recorre las páginas de todo el Nuevo Testamento. La palabra griega para *eterno* es *aiónios*; y, con absoluta propiedad, la única Persona en todo el universo a la Que se Le puede aplicar correctamente es Dios. Lo que el cristiano ofrece es nada menos

que la participación en la misma vida de Dios. Es el ofrecimiento del poder de Dios a nuestra frustración, de la serenidad de Dios a nuestra desazón, de la verdad de Dios a nuestro andar a tientas, de la bondad de Dios a nuestro fracaso moral, de la luz de Dios a nuestra lobreguez. El Evangelio no ofrece en primer lugar a las personas un credo intelectual o un código moral; les ofrece vida, la vida del mismo Dios.

(ii) Para permitir a una persona entrar en esa vida son necesarias dos cosas. El apóstol tiene que despertar *la fe* en las personas. Para Pablo la fe siempre quiere decir una cosa -confianza absoluta en Dios. El primer paso de la vida cristiana es darnos cuenta de que no podemos hacer nada más que recibir. En todas las esferas de la vida, no importa lo precioso que sea el ofrecimiento, sigue inoperante hasta que se recibe. La primera obligación del obrero cristiano es persuadir a otros de que tienen que aceptar el ofrecimiento de Dios. En último análisis, no podemos convencer a nadie de la verdad del Cristianismo. Lo único que podemos hacer es decirle: < ¡Pruébalo, y verás! >

(iii) También es la misión del apóstol el equipar a otras personas con *conocimiento*. La evangelización y la educación en el Evangelio siempre tienen que ir de la mano. La fe tiene que empezar por ser una respuesta del corazón, pero debe llegar a ser una posesión de la mente. Hay que pensar a fondo el Evangelio cristiano antes de ponerlo a prueba de veras. No se puede vivir permanentemente en la cresta de una ola de emoción. La vida cristiana debe ser un diario amar a Cristo más y comprenderle mejor.

(iv) El resultado de la fe y el conocimiento debe ser *una vida realmente religiosa*. La fe debe siempre desembocar en la vida, y el conocimiento cristiano no es meramente intelectual, sino *saber vivir*. Ha habido muchos grandes eruditos que eran verdaderas nulidades en las cosas ordinarias de la vida, y fracasos totales en las relaciones personales. Una vida realmente religiosa es aquella que mantiene una relación real y constante con Dios, con uno mismo y con los demás. Es una vida que puede asumir tanto los grandes momentos como las obligaciones cotidianas. En una vida en la que Jesucristo vive en nosotros.

El obrero cristiano está obligado a ofrecer a las personas la vida de Dios, despertar la fe en sus corazones y estimular el conocimiento en sus mentes; permitirles, en fin, vivir de tal manera que otros vean el reflejo del Maestro en ellos.

EL PROPÓSITO Y EL TIEMPO DE DIOS

Tito 1:1-4 (continuación)

Este pasaje nos habla del propósito de Dios, y de Su manera de llevarlo a cabo.

(i) El propósito de Dios para el ser humano ha sido siempre de salvación. Su promesa de la vida eterna está en pie desde antes que empezara el mundo. Es importante notar que Pablo aplica aquí el título de Salvador tanto a Dios como a Jesús. Algunas veces se presenta el Evangelio de una manera que parece hacer una distinción entre un Jesús benigno, amoroso y generoso, y un Dios duro, grave y severo. A veces se nos presenta como si Jesús hubiera hecho algo para alterar la actitud de Dios hacia los seres humanos y convencerle para que dejara a un lado Su ira y no los castigara. No tiene justificación bíblica posible esa presentación del Evangelio. Detrás de todo el proceso de salvación está el amor eterno e inalterable de Dios, y fue ese amor el que Jesús vino a revelar a la humanidad. Dios es característicamente un Dios Salvador, Cuyo deseo supremo no es condenar, sino salvar. Es el Padre Que solo desea que Sus hijos vuelvan al hogar para estrecharlos amorosamente contra Su pecho.

(ii) Pero este pasaje habla de algo más que el propósito eterno de Dios; habla también de Su método. Nos dice que El envió Su mensaje a Su debido tiempo. Eso quiere decir que toda la Historia fue la preparación para la venida de Jesús. No podemos enseñar a una persona ninguna clase de conocimiento hasta que esté preparada para recibirlo. En todo conocimiento humano hay que empezar por el principio; así tenía que estar preparada la humanidad para la venida de Jesús. Toda la historia del Antiguo Testamento y toda la búsqueda de los filósofos griegos eran preparativos para ese acontecimiento. El Espíritu de Dios Se estaba moviendo entre los judíos y todos los demás pueblos para que estuvieran preparados para recibir al Hijo de Dios cuando viniera. Debemos ver toda la Historia como el método de Dios para educar a la humanidad.

(iii) Además, el Evangelio vino a este mundo cuando le era posible propagarse. Había cinco elementos en la situación mundial que facilitaron su difusión.

(a) Prácticamente todo el mundo sabía griego. Eso no quiere decir que hubieran olvidado su propio lenguaje tradicional, sino que el griego había llegado a ser la lengua internacional. Era el lenguaje del comercio, de la diplomacia y de la cultura. Si uno iba a tomar parte en la vida y en las actividades públicas tenía que saber griego. Muchos eran bilingües, y la primera etapa del Cristianismo fue extraordinariamente propicia para su extensión porque los misioneros no tenían problemas de lenguaje que resolver.

(b) Para todos los propósitos, no había fronteras. El Imperio Romano coincidía en extensión con el mundo conocido. Dondequiera que fuera un viajero, se encontraba dentro del imperio. Hasta hace muy poco, si uno quería recorrer Europa tenía que tener un pasaporte, y que detenerse en las fronteras... y podía encontrarse ante < telones de acero >. En la primera etapa del Cristianismo un misionero podía trasladarse sin dificultades de un extremo a otro del mundo conocido.

(c) Viajar era relativamente fácil. Ciertamente que era lento, sobre todo si se compara con nuestro tiempo, porque no había tal cosa como vehículos mecánicos, y la mayor parte de los viajes se tenían que hacer a pie, o al paso de animales lentos de transporte o de carga. Pero los romanos habían construido una red extensa de carreteras de unos países a otros, y en general las habían limpiado de bandoleros como a los mares de piratas. Por lo menos podemos decir que el viajar era más fácil de lo que había sido nunca antes.

(d) La primera etapa del Cristianismo fue una de las pocas en que el mundo estuvo considerablemente en paz. Si hubiera habido guerras rugiendo por toda Europa el progreso de la obra misionera se habría hecho imposible. Pero la *pax romana* se mantuvo, y los viajeros se podían mover por el Imperio Romano con relativa seguridad.

(e) Era un mundo consciente de sus necesidades. Las viejas creencias se habían desmoronado, y las nuevas filosofías estaban por encima de las cabezas de la gente normal y corriente. Se oteaba, como decía Séneca, *ad salutem*, hacia la salvación. Se era cada vez más consciente de «la debilidad en las cosas esenciales.» Esperaban «una mano que se les tendiera para levantarlos.» Buscaban «una paz, no de parte del César, sino de Dios.» Nunca hubo un tiempo en que los corazones estuvieran más abiertos a recibir el mensaje de Salvación que les llevaban los misioneros cristianos.

No fue por accidente que el Cristianismo llegara cuando llegó. Llegó en el buen tiempo de Dios; toda la Historia había sido la preparación para él, y las circunstancias eran idóneas para que entrara la marea.

UN FIEL LUGARTENIENTE

Tito 1:1-4 (conclusión)

No sabemos mucho de Tito, el destinatario de esta carta; no se le menciona en *Hechos*; pero de las escasas referencias que se hacen a él surge el retrato de un hombre que era uno de los más fiables y valiosos para Pablo. Pablo le llama «mi verdadero hijo,» porque es probable que fuera uno de sus conversos, tal vez en Iconio.

Tito fue el compañero de Pablo en un tiempo extraño y difícil. Cuando Pablo hizo la visita a Jerusalén, a una iglesia que le miraba con suspicacia, desconfianza y desagrado, fue a Tito al que llevó consigo juntamente con Bernabé (*Gálatas 2:1*). Decía del famoso escocés Dundas uno de sus amigos: «Dundas no es ningún orador; pero se embarcará contigo en cualquier clase de tiempo.» Así era Tito. Cuando Pablo lo tenía difícil, Tito estaba a su lado.

Tito era el hombre para una misión difícil. Cuando el problema de Corinto estaba en lo más alto, fue a él al que Pablo mandó, con una de las cartas más severas que Pablo escribió nunca (*2 Corintios 8:16*). Está claro que Tito tenía el equilibrio mental y la firmeza de carácter que le permitían arrostrar y pilotar una situación difícil. Hay dos clases de personas: los que pueden empeorar cualquier mala situación, y los que pueden sacar orden del caos y paz de la pelea. A Tito se le podía mandar adonde había problemas. Tenía el don de la administración práctica. La iglesia debería dar gracias a Dios por personas a las que se puede acudir cuando se necesita un trabajo práctico bien hecho.

Pablo le da a Tito algunos títulos notables.

(i) Le llama su *hijo verdadero*. Eso debe de querer decir que Tito era su convertido e hijo en la fe (*Tito 1:4*). No hay nada en el mundo que les dé más gozo a un predicador o a un maestro que ver que alguien a quien han enseñado llega a ser útil en la Iglesia. Tito era el hijo que le producía gozo en el corazón a Pablo, su padre en la fe.

(ii) Le llama su *hermano* (*2 Corintios 2:13*) y su *colaborador en el trabajo y en la lucha* (*2 Corintios 8:23*). El gran día para un predicador o maestro es aquel en que su hijo en la fe llega a ser su hermano en la fe, cuando uno al que ha enseñado está listo para ocupar su puesto en la obra de la Iglesia, no ya como principiante, sino como responsable.

(iii) Dice que Tito *se conducía en el mismo espíritu* (*2 Corintios 12:18*). Sabía que Tito trataría los asuntos como los habría tratado él mismo. Feliz la persona que tiene un lugarteniente a quien puede confiar su trabajo, con la seguridad de que lo hará de la misma manera que ella lo habría hecho.

(iv) Le encarga a Tito una gran tarea: le manda a Creta como *ejemplo* para los cristianos de allí (*Tito 2:7*). El mayor cumplimiento que le hizo Pablo a Tito fue enviarle a Creta, no para que les *hablara* de cómo tienen que ser los cristianos, sino para que se lo *mostrara*. No puede haber mayor responsabilidad ni cumplimiento que ese.

Se ha hecho una sugerencia muy interesante. *2 Corintios 8:18* y *12:18* dicen que cuando Pablo mandó a Tito a Corinto fue otro hermano con él, que se describe en el pasaje anterior como «el hermano que es famoso en todas las iglesias,» y que se suele identificar con Lucas. Se ha sugerido que Tito era hermano de Lucas. Es sorprendente que a Tito no se le mencione ni una sola vez en *Hechos*; pero sabemos que Lucas fue el que lo escribió, y a menudo cuenta la historia en la primera persona de plural, diciendo: «Hicimos esto» o «Hicimos lo otro.» Y se ha sugerido que en tales situaciones Tito se encontraba con Lucas. Si fue así o no no lo podemos asegurar; pero Lucas y Tito tienen un parecido familiar en eso de ser hombres aptos para servicios prácticos.

En la iglesia de Occidente se conmemora el día de Tito el 4 de enero, y en la de Oriente el 25 de agosto.

EL ANCIANO DE LA IGLESIA

Tito 1:5-7a

La razón por la que te dejé en Creta era para que corrigieras las deficiencias en la organización de la iglesia, y para que nombraras ancianos en cada ciudad como yo te instruí. Un anciano es un hombre cuya conducta debe estar libre de toda crítica, marido de una sola mujer, con hijos que sean también creyentes y que no se puedan acusar de libertinaje ni sean indisciplinados. Porque el que tenga a su cargo la supervisión de la iglesia de Dios debe ser irreprochable, como corresponde a un mayordomo de Dios.

Ya hemos estudiado en detalle las calificaciones del anciano como las presenta Pablo en 1 *Timoteo* 3:1-7. No nos es necesario examinarlas de nuevo en detalle.

Pablo tenía la costumbre de ordenar ancianos tan pronto como se fundaba una iglesia (*Hechos* 14:23). Creta era una isla con muchas ciudades. «Creta de las Cien Ciudades» la llamaba Homero. Pablo tenía el principio de animar a las iglesias a mantenerse independientes lo más pronto posible.

En esta lista repetida de las calificaciones de un anciano se subraya especialmente una cosa: debe ser un hombre que haya enseñado la fe a su propia familia. Más tarde, el Concilio de Cartago establecería: «Los obispos, ancianos y diáconos no serán ordenados para el ministerio antes de hacer que todos los miembros de sus familias sean miembros de la Iglesia Universal.» El Cristianismo empieza en casa. No es ninguna virtud el estar tan ocupado con el trabajo de fuera que se abandona el de casa. Todo lo que se haga por la iglesia en el mundo no puede expiar el abandono de la propia familia.

Pablo usa una palabra muy gráfica. La familia del anciano debe estar libre de acusaciones de *libertinaje*. La palabra griega es *asótia*, que es la que se usa en *Lucas* 15:13 refiriéndose al hijo pródigo que malgastó su dinero viviendo *perdidamente*. El que es *asóto* no puede ahorrar; es manirroto y derrochón, y malgasta su hacienda en caprichos personales; destruye su hacienda y acaba por destruirse a sí mismo. Aristóteles, que siempre describía las virtudes como el punto medio entre dos extremos, declara que por una parte está la tacañería, y por la otra la *asótia*, la extravagancia egoísta y desmadrada; la virtud en este caso es la liberalidad. La casa del anciano no debe nunca ser culpable del mal ejemplo de malgastar desafortunadamente en placeres personales.

Además, la familia del anciano no debe ser *indisciplinada*. No hay nada que compense la falta de control parental. Falconer cita un dicho acerca de la familia de Thomas More: «Controla su familia con la misma mano suave: sin tragedias, sin peleas. Si empieza una discusión, la zanja en seguida. Toda su casa respira felicidad, y no hay nadie que entre que no salga mejor de lo que entró.» El verdadero campo de entrenamiento para el anciano está tanto en casa como en la iglesia.

CÓMO NO DEBE SER EL ANCIANO

Tito 1:7b

No debe ser obstinadamente testarudo; no debe ser una persona irascible; no debe ser dado a hábitos de bebedor ni pendenciero; no debe ser un hombre dispuesto al llegar a las manos; no debe andar buscando dinero de manera deshonrosa.

Aquí tenemos un resumen de las cualidades de las que debe estar libre el anciano de la iglesia; y cada una de ellas se describe con una palabra gráfica.

(i) No debe ser *obstinadamente testarudo*. La palabra griega es *authádés*, que quiere decir literalmente *que se da gusto a sí mismo*. El que es *authádés* se ha descrito como una persona que está tan contenta consigo misma que no le agrada nada más ni le importa agrada a nadie más. R. C. Trench decía de tal persona que «siempre mantiene obstinadamente su opinión, insiste en sus derechos, mientras es desconsiderado con los derechos, las opiniones y los intereses de los demás.»

Los autores éticos griegos tenían mucho que decir de este defecto de la *authadeía*. Aristóteles colocaba en un extremo al que agrada a todo el mundo (*areskós*), y en el otro al que no agrada a nadie (*authádés*), y entre ambos al que se conducía en su propia vida con la debida dignidad (*semnós*). Decía del *authádés* que era el que no quería contar ni asociarse con nadie. Eudemo decía que el *authádés* era «el que regulaba su vida sin tener en cuenta a los demás, a los que despreciaba.» Eurípides decía de él que era «insostenible con sus conciudadanos por falta de cultura.» Filodemo decía que su carácter se componía en partes iguales de presunción, arrogancia y desprecio. La presunción le hacía tener una opinión demasiado alta de sí; el desprecio, ser mezquino en su juicio de los demás, y la arrogancia, actuar en consecuencia.

Está claro que el que es *authádés* es un tipo desagradable: intolerante, condenando todo lo que no puede entender y creyendo que no hay mejor manera de hacer las cosas que la suya. Tal cualidad, como decía Lock, es fatal en el que ha de gobernar personas libres.» Nadie que sea intolerante, despectivo y arrogante es apto para ocupar un puesto de responsabilidad en la iglesia.

(ii) No debe ser *una persona irascible*. En griego es *orguilos*. Hay dos palabras en griego para ira. Está *thymós*, que es la ira que arde y se apaga como fuego de paja; y está *orgué*, el nombre relacionado con el adjetivo *orguilos*, que quiere decir ira inveterada. No es la que se apodera de uno y desaparece de repente, sino la que se abriga para mantenerla caliente. Un momento de rabia es desagradable; pero esta ira de larga vida, mantenida a propósito, es mucho peor. El que abriga la ira contra otro no es apto para ocupar un puesto de responsabilidad en la iglesia.

(iii) No debe ser *dado a hábitos de bebedor ni pendenciero*. La palabra original es *pároinos*, que quiere decir *dado al uso excesivo del vino*; pero amplió su significado para describir la conducta pendenciera. Los judíos, por ejemplo, usaban esta palabra para referirse a la conducta de los judíos que se casaban con mujeres madianitas; los cristianos, para referirse a los que crucificaron a Cristo. Describe el carácter de la persona que, hasta en sus momentos sobrios, actúa tan escandalosamente como los borrachos.

(iv) No debe ser un hombre *dispuesto a llegar a las manos*. La palabra original es *pléktés*, que quiere decir literalmente *golpeador*. Parece que en la Iglesia Primitiva había obispos que se pasaban de celosos y que castigaban a los miembros descarriados de su rebaño con violencia física, porque los *Cánones Apostólicos* establecen: «Ordenamos que el obispo que golpee a un creyente descarriado sea depuesto.» Pelagio decía: «No debe golpear a ninguno que sea discípulo de aquel Cristo Que, cuando Le golpeaban, no devolvía los golpes.» Los mismos griegos ampliaron el sentido de esta palabra para incluir, no solamente la violencia de hecho, sino también la de palabra. La palabra llegó a designar al que intimida a sus semejantes, y puede ser que así debiera traducirse aquí. El que abandona el amor y recurre a la violencia, en hechos o en palabras, no es apto para ocupar puestos de responsabilidad en la iglesia.

(v) No debe *andar buscando dinero de manera deshonrosa*. La palabra original es *aisjrokerdés*, que describe a la persona a la que no le importa cómo hacer dinero con tal de hacerlo. Resulta que esta era la falta por la que eran famosos los cretenses. Dice Polibio: «Son tan dados a hacer dinero de maneras reprochables y codiciosas que entre los cretenses no se le pone mala cara a ningún negocio sucio.» Plutarco decía que se pegaban al dinero como las moscas a la miel. Los cretenses apreciaban las ganancias más que la honradez y el honor. No les importaba lo que les costaba su dinero; pero el cristiano sabe que hay cosas que cuestan demasiado. La persona cuya única finalidad en la vida es amasar riquezas, sin importarle cómo, no es apta para ocupar un puesto de responsabilidad en la iglesia.

CÓMO DEBE SER EL ANCIANO

Tito 1: 8s

Por el contrario, lo que debe ser es hospitalario, debe amar todas las cosas buenas y a todas las personas buenas, debe ser prudente, justo, piadoso, controlado, con un buen dominio del mensaje verdaderamente fiable que le confió la enseñanza cristiana, que esté bien capacitado para animar a los miembros de la iglesia con enseñanza salutífera, y para redargüir a los que se oponen a la fe.

El pasaje anterior presentaba las cosas que el anciano de la iglesia no debe ser; este presenta cómo debe ser. Estas cualidades necesarias se distribuyen en tres grupos.

(i) Primero, están las cualidades que debe desplegar el anciano de la iglesia *con otras personas*.

Debe ser *hospitalario*. En el original griego es *filóxenos*, que quiere decir literalmente *amador de los extranjeros*. En el mundo antiguo siempre había gente que se estaba trasladando. Las posadas eran caras, sucias e inmorales; y era esencial que el cristiano forastero pudiera encontrar una puerta abierta en la comunidad cristiana. En nuestro tiempo sigue siendo verdad que nadie necesita tanto la solidaridad cristiana como el que es extranjero en un lugar extraño para él.

Debe ser también *filágathos*, que puede querer decir *amador de las cosas buenas* o *amador de las personas buenas*, palabra que usa Aristóteles con el sentido de *altruista*, es decir, *amador de las buenas acciones*. No tenemos que escoger uno solo de estos tres significados, porque están incluidos los tres. El pastor debe ser una persona que responda de corazón a la bondad que se pueda encontrar en cualquier persona, lugar o acción.

(ii) Segundo, viene un grupo de términos que nos hablan de las cualidades que debe tener el pastor cristiano *para consigo mismo*.

Debe ser *prudente (sófrón)*. Eurípides llamaba a esta prudencia «el don más precioso que han dado los dioses a los hombres.» Sócrates la llama «la piedra fundamental de la virtud.» Jenofonte decía que era el espíritu que rehuye el mal, no solo el que se puede ver, sino también cuando nadie lo ve. Trench la definía como «el dominio total de las pasiones y deseos, a los que no permite más de lo que la ley y la recta razón admiten y aprueban.» *Sófrón* es el adjetivo que se debe aplicar a la persona, decían los griegos, cuyos pensamientos son salutíferos. El pastor debe ser una persona que controla sabiamente todos sus instintos.

Debe ser *justo (dclzaios)*. Los griegos definían al justo como el que le da a Dios y a los hombres lo que les es debido. El pastor cristiano debe ser tal que les da a Dios la reverencia, y a las personas el respeto, que les son debidos.

Debe ser *piadoso (hosios)*. La palabra griega es difícil de traducir, porque describe a la persona que respeta las decencias fundamentales de la vida, las que van más allá de ninguna ley hecha por los hombres.

Debe ser *controlado (enkratés)*. La palabra griega describe a la persona que ha alcanzado un dominio propio completo. El que haya de servir a otros debe antes ser dueño de sí mismo.

(iii) Finalmente está la descripción de las cualidades del pastor cristiano *dentro de la iglesia*.

Debe poder *animar* a los miembros de la iglesia. La marina tiene una regla que dice que ningún oficial debe hablar despectivamente a ningún otro en el ejercicio de sus deberes. Hay algo que no es como es debido en la predicación o la enseñanza cuyo efecto es desanimar a la congregación. La función del verdadero predicador o maestro cristiano no es sumir en la desesperación, sino elevar a la esperanza.

Debe tener la capacidad para *redargüir* a los que se oponen a la fe. En griego es *elénjein*, una palabra henchida de sentido. Quiere decir reprender a una persona de tal manera que se ve obligada a admitir su error. Trench dice que quiere decir «reprender a otro, con tan efectivo manejo de los brazos -victoriosos de la verdad, que la lleva, si no siempre a la confesión, al menos a la convicción de su pecado.» Demóstenes decía que describe la situación en que una persona demuestra incontestablemente la verdad de las cosas que ha dicho. Aristóteles decía que quiere decir probar que las cosas no pueden ser de otra manera que como se han presentado. La reprensión cristiana quiere decir mucho más que lanzarle palabras airadas o condenatorias a otro. Quiere decir hablarle de tal manera que comprende su error y acepta la verdad.

LOS FALSOS MAESTROS DE CRETA

Tito 1 :10-11

Hay muchos que son indisciplinados, charlatanes hueros, farsantes. Especialmente los que son de la circuncisión. Habría que ponerles un bozal. Son la clase de gente que trastorna casas enteras enseñando lo que no conviene solamente para obtener una ganancia de vergüenza.

Aquí tenemos el retrato de los falsos maestros que causaban problemas en Creta. Los peores parece ser que eran los judíos. Trataban de convencer a los conversos cretenses de dos cosas. Trataban de persuadirlos de que la simple historia de Jesús y de la Cruz no era suficiente, sino que, para ser realmente sabios, necesitaban todas las historias sutiles y las largas genealogías y las elaboradas alegorías de los rabinos. Además trataban de enseñarles que la gracia no era suficiente, sino que, para ser realmente buenos, tenían que asumir todas las reglas y normas acerca de los alimentos y de los lavatorios que eran tan características del judaísmo. Los falsos maestros estaban tratando de persuadir a las personas de que necesitaban más que a Cristo y más que la gracia para salvarse. Eran intelectualistas para quienes la verdad de Dios era demasiado buena y sencilla para ser verdad.

Una tras otra desfilan ante nosotros las características de estos falsos maestros.

Eran *indisciplinados*; eran como los soldados desleales que se niegan a obedecer la palabra de mando. Se negaban a aceptar el credo o el control de la Iglesia. Es absolutamente cierto que la Iglesia no trata de hacer pasar a nadie por el rasero de una uniformidad de creencias; pero hay algunas verdades que uno debe creer si realmente quiere ser cristiano, la mayor de las cuales es la todosuficiencia de Cristo. La disciplina no se elimina totalmente ni siquiera en las iglesias protestantes.

Eran *charlatanes hueros*; la palabra griega es *mataiológoi*, formada por el adjetivo *mátaios*, *vano*, *vacío*, *inútil*, que se aplicaba al culto pagano. La idea era que era un culto que no producía ninguna bondad de vida. Aquellas personas de Creta podían hablar con mucha pretendida elocuencia, pero que no servía para acercarle a uno ni un paso a la bondad. Los cínicos solían decir que el conocimiento que no sirve para fomentar la virtud es vano. El maestro que no hace más que ofrecerles a sus discípulos un foro de agradable discusión intelectual o especulativa, enseña en vano.

Eran *farsantes*. En lugar de conducir a las personas a la verdad, las alejaban de ella.

Su enseñanza *trastornaba casas enteras*. Aquí hay que notar dos cosas. Primera, su enseñanza era fundamentalmente inquietante. Es verdad que la verdad tiene que hacer a menudo que una persona repiense sus ideas, y que el Cristianismo no camufla las dudas ni las preguntas sino las encara lisa y limpiamente; pero también es verdad que la enseñanza que no conduce más que a dudas y preguntas es una mala enseñanza. En la verdadera enseñanza, de la inquietud mental se debe llegar a una nueva y mayor certidumbre. Segunda, trastornaba los hogares. Es decir, producía un mal efecto en la vida familiar. Cualquier enseñanza que tiende a desarticular la familia es falsa, porque la Iglesia Cristiana está edificada sobre la base de la familia cristiana.

_ Su enseñanza estaba diseñada para obtener *una ganancia vergonzosa*. Tenían más interés en lo que podían sacarle a la gente que en lo que les podían aportar. **Parry ha dicho que esta** es de hecho la tentación básica del maestro profesional. Cuando considera su enseñanza simplemente como una carrera designada para su promoción y provecho personal, se encuentra en una situación peligrosa.

A esas personas *habría que ponerles un bozal*. Eso no debe implicar que hay que silenciarlas mediante la violencia o la persecución. El original (*epistomízein*) quiere decir *amordazar*, pero se usaba corrientemente con el sentido de *hacer callar con la razón a una persona*. La manera de combatir la falsa enseñanza es ofreciendo la auténtica, y lo único realmente incontestable es la enseñanza mediante una vida cristiana.

UNA MALA REPUTACIÓN

Tito 1:12

Uno de ellos, profeta de su pueblo, ha dicho:

«Los cretenses son unos embusteros, salvajes y malas bestias, vagos triperos!» Si ellos lo dicen...

Los cretenses tenían asegurado el premio limón entre todos los pueblos. El mundo antiguo hablaba de las tres C's como lo peor de lo peor: Cretenses, Cilicios y Capadocios. Los cretenses eran famosos por borrachos, insolentes, infiables, embusteros y glotones.

Su avaricia era proverbial. Polibio decía: «Los cretenses, a causa de su avaricia innata, viven en perpetuo estado de peleas privadas y contiendas públicas y conflictos civiles... y no sería fácil encontrar en ninguna otra parte personajes más tramposos y falsos que los de Creta.» Y escribía de ellos:

< Aprecian tanto el dinero que su posesión se considera, no solo necesaria, sino altamente acreditada; y de hecho la avaricia y la codicia son tan naturales del suelo de Creta que son el único pueblo del mundo entre los que es sin tacha cualquier forma de hacer dinero. »

Polibio habla de un cierto convenio que hizo el traidor Bolis con el gobernador Cambylus «con toda la sutileza de un cretense.» «Eso llegó a ser tema de discusión entre ellos en un espíritu verdaderamente cretense. Nunca tuvieron en consideración el salvar a una persona en peligro, ni sus obligaciones de honor para con los que les habían confiado la empresa, sino limitaban la discusión enteramente a cuestiones de su propia seguridad y ventaja. Como eran los dos cretenses no tardaron en llegar a un acuerdo unánime.»

Tan notorios eran los cretenses que los griegos inventaron el verbo *krétizein*, *cretizar*, que quería decir *mentir y engañar*; y tenían un refrán: *Krétizein pros kréta*, «cretizar contra un cretense,» que quería decir *oponer mentiras con mentiras*, como el diamante se corta con el diamante.

La cita que hace Pablo está tomada de un poeta griego llamado Epiménides, que vivió hacia el año 600 a.C. y era uno de los Siete Sabios de Grecia. La primera frase, «Los cretenses son mentirosos crónicos,» la había hecho famosa un poeta posterior e igualmente famoso llamado Calímaco. Había un monumento en Creta que se llamaba *La tumba de Zeus*. Se suponía que el más grande de los dioses sería inmortal, y Calímaco citaba esto como el ejemplo perfecto de las mentiras cretenses. En su *Himno a Zeus* escribió:

Los cretenses son embusteros crónicos, porque edificaron una tumba, oh Rey, y la llamaron tuya; pero tú no mueres, sino que vives para siempre.

Los cretenses eran famosos mentirosos y tramposos y glotones y traidores, pero aquí está lo maravilloso. Sabiendo

aquello, y hasta habiéndolo comprobado, Pablo no le dice a Timoteo: < Abandónalos a su suerte. No tienen remedio, como todo el mundo sabe. » Dice: «Son malos, y todo el mundo lo sabe. *Ve a convertirlos.* » Pocos pasajes muestran más a las claras el optimismo divino del evangelista cristiano, que se niega a considerar a ninguna persona un caso desesperado. Cuanto mayor es el mal, mayor es el desafío. El cristiano está convencido de que no hay pecado demasiado grande para que lo conquiste la gracia de Jesucristo.

LOS PUROS DE CORAZÓN

Tito 1:13-16

Por esa misma razón corrígelos con severidad para que crezcan sanos en la fe y no presten atención a fábulas judías ni a reglas y normas hechas por los hombres que se empeñan en volver la espalda a la verdad.

«Todas las cosas son limpias para los limpios.»

Pero a los que están contaminados por la incredulidad nada les es limpio, porque tienen contaminadas la mente y la conciencia. Profesan conocer a Dios, pero lo desmienten con sus obras, porque son repulsivos y desobedientes e inútiles para ningún trabajo.

La peculiaridad de la fe judía era la multiplicación de reglas y normas. Esto, lo otro y lo de más allá estaban catalogados como inmundos; este, ese y aquel alimentos se mantenía que eran tabú. Cuando se aliaban el judaísmo y el gnosticismo, hasta el cuerpo se volvía inmundo, y los instintos naturales del cuerpo se tenían por malos. El resultado inevitable era que se estaban creando constantemente listas interminables de pecados. Era pecado tocar esto o aquello; o comer este o aquel alimento; hasta casarse y tener hijos era pecado. Cosas que eran buenas en sí mismas o completamente naturales se consideraban inmundas.

Así es que Pablo acuña el gran principio: < Todas las cosas son limpias para los limpios. » Ya había dicho eso, hasta más enfáticamente, en *Romanos 14:20*, cuando dijo a los que estaban discutiendo interminablemente acerca de alimentos limpios e inmundos: «Todas las cosas son limpias.» Puede que esta frase no sea sólo un proverbio, sino un dicho de Jesús. Cuando estaba hablando de las innumerables reglas y normas de los judíos dijo: «Nada hay fuera de la persona que la pueda contaminar entrando en ella; pero lo que sale de la persona, eso es lo que la contamina» (*Marcos 7:15*).

Lo que cambia las cosas es el corazón. Si uno es puro de corazón, todas las cosas le son puras; si es inmundo de corazón, entonces hace inmundo todo lo que piensa o dice o toca. Este es un principio que expresaron a menudo los grandes autores clásicos. « A menos que el vaso esté limpio -decía Horacio-, todo lo que echas en él se corromperá.» Y Séneca decía: « Lo mismo que un estómago enfermo altera la comida que recibe, así una mente tenebrosa convierte todo lo que le confías en su propia carga y ruina. Nada puede venirle a las personas que son malas que sea un bien para ellas; no, ni nada puede venirles que no les haga daño. Vuelven de su misma naturaleza todo lo que los toca. Y hasta las cosas que serían de provecho a otros, les resultan dañinas.» El que tiene una mente sucia lo ve todo sucio. Puede tomar las cosas más inocentes, y cubrirlas de tizne. Pero el que tiene la mente limpia, encuentra limpias todas las cosas.

Se dice de aquellos hombres que tenían contaminadas tanto *la mente* como *la conciencia*. Una persona llega a sus decisiones y conclusiones usando dos facultades. Una, *la inteligencia*, para pensar las cosas; y otra, la conciencia, para escuchar la voz de Dios. Pero si tiene la inteligencia pervertida hasta tal punto que no ve más que el lado sucio de todo, y si tiene la conciencia oscurecida y enmudecida por consentir continuamente el mal, no puede tomar ninguna decisión correcta.

Cada uno tiene que mantener limpio el escudo blanco de su inocencia. Si deja que la impureza le infecte la mente, lo verá todo a través de una niebla sucia. La mente le ensuciará todos los pensamientos que entren en ella; la imaginación le llenará de concupiscencia todas las imágenes que forme; malentenderá todos los motivos; le dará un doble sentido a todo lo que se diga. Para huir de esa impureza debemos caminar en la presencia purificadora de Jesucristo.

LA VIDA FEA E INÚTIL

Tito 1:13-16 (conclusión)

Cuando una persona cae en ese estado de impureza, puede que conozca a Dios intelectualmente, pero su vida desmiente ese conocimiento. Aquí se especifican tres cosas acerca de esa persona.

(i) Es *repulsiva*. La palabra original es *bdelyktós*, que se usa especialmente para caracterizar las imágenes y los ídolos paganos. Es la palabra de la que se deriva *bdélygma*, *abominación*. Hay algo repelente en la persona que tiene una mente obscena, que hace chistes lascivos y es un maestro en insinuaciones sucias.

(ii) Es *desobediente*. Una persona así no puede obedecer la voluntad de Dios. Tiene la conciencia entenebrecida. Se ha hecho tal que ya apenas si puede oír la voz de Dios, así es que mucho menos obedecerla. Una persona así no puede ser más que una mala influencia, y está descalificada para ser un instrumento en las manos de Dios.

(iii) Eso es otra manera de decir que se hace *inútil* para sus semejantes y para Dios. La palabra que se usa para *inútil* es interesante, *adókimos*. Se usa para describir una moneda falsa que no tiene el peso ni el metal debidos. Se usa para describir a un soldado cobarde que falla a la hora de la batalla. Se usa para un candidato que se rechaza para un puesto, alguien a quien sus conciudadanos consideran un inútil. Se usa de una piedra que rechazan los edificadores. (Si tenía un defecto se la marcaba con la letra A de *adókimos*, y se la dejaba a un lado como inservible para ser colocada en el edificio). La prueba definitiva de la vida es la utilidad, y la persona que tiende siempre a lo inmundo no le sirve para nada a sus semejantes ni a Dios. En vez de ayudar a la obra de Dios en el mundo, la entorpece; y la inutilidad invita al desastre.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(i) Los hombres de edad

Tito 2:1s

Debes hablar como corresponde a la sana doctrina. Debes exhortar a los de edad avanzada a que sean sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe y el amor y la firmeza.

Todo este capítulo trata de lo que podríamos llamar El *carácter cristiano en acción*. Considera a las personas por edades y condiciones, y establece cómo deben ser en el mundo. Empieza por *los hombres de edad*.

Deben ser *sobrios*. La palabra original es *néfalios*, que quiere decir literalmente *sobrio* en contraposición a *dado a excesiva indulgencia en cuanto al vino*. Lo importante es que cuando un hombre ha llegado a la edad de la madurez debe ya haber aprendido cuáles son y cuáles no son los verdaderos placeres. Los hombres de edad deben haber aprendido que los placeres de indisciplina personal cuestan mucho más de lo que valen.

Deben ser *personas serias*. La palabra original es *semnós*, que describe al que es serio en el buen sentido. No se refiere a ser un lúgubre aguafiestas, sino a que sea una persona que

sepa que vive a la luz de la eternidad, y que no pasará mucho tiempo antes que pase de la compañía de las personas a la compañía de Dios.

Deben ser *prudentes*. La palabra original es *sófrón*, que describe al hombre que lo tiene todo bajo control. Con los años, la persona de edad debe haber adquirido ésa fuerza de la razón purificadora y salvadora que ha aprendido a gobernar todos los instintos y las pasiones para que ocupen su lugar adecuado y no más.

Tomando las tres palabras juntas se obtiene el sentido de que la persona de edad debe haber aprendido lo que puede llamarse *la seriedad de la vida*. En la juventud se puede perdonar una cierta medida de precipitación y de improvisación, pero los años deben contribuir a la sabiduría. Una de las cosas más trágicas de la vida es la persona que no parece haber aprendido nada con los años.

Además, hay tres grandes cualidades en las que un hombre de edad debe ser sano.

Debe ser sano en *la fe*. Si uno vive realmente cerca de Cristo, el paso de los años y las experiencias de la vida, lejos de quitarle la fe se la harán más fuerte. Los años nos deben enseñar, no a confiar menos en Dios, sino a confiar más en Él.

Debe ser sano en *el amor*. Bien puede ser que el mayor peligro de la edad sea que nos arrastre al critiquero y la hi percritica. Algunas veces los años se llevan la simpatía. Desgraciadamente es posible que uno se afine en sus maneras hasta tal punto que lleguen a fastidiarle todas las cosas y las ideas nuevas. Pero los años deberían aportar, no una intolerancia creciente, sino una creciente simpatía hacia los puntos de vista y los errores de otros.

Debe ser sano en *la firmeza*. Los años debieran templarle a uno como al acero, capacitándole para soportar más y más, y surgir más y más como vencedor de las pruebas de la vida.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(ii) *Las mujeres de edad*

Tito 2:3-5

De la misma manera, debes exhortar a las mujeres de edad para que se comporten como corresponde a las que están dedicadas a las cosas sagradas. Debes encargarles que no divulguen historias difamatorias, que no sean esclavas de la permisividad en cuanto al vino, que sean maestras de cosas buenas, para que entrenen a las jóvenes a dedicarse a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, buenas amas de casa y administradoras del hogar, amables, obedientes a sus maridos, para que nadie tenga razones para hablar mal de la Palabra de Dios.

Esta claro que en la Iglesia Primitiva se les concedía a las mujeres de edad avanzada una posición respetable y responsable. E. F. Brown, que había sido misionero en la India y conocía a fondo la sociedad angloindia del pasado, relata una cosa de lo más interesante. A un amigo suyo de permiso en Inglaterra le preguntaron: «¿Qué es lo que te gusta más de la India?» Y su respuesta sorprendente fue: «Las abuelas.» En el pasado había pocas mujeres de edad avanzada en la sociedad angloindia, porque los encargados de la administración del país casi invariablemente llegaban al final de su servicio y volvían al Reino Unido todavía bastante jóvenes; y la falta de mujeres de edad era una deficiencia seria. E. F. Brown continúa diciendo: «Las ancianas cumplen una función muy importante en la sociedad; tan importante que uno no se da cuenta hasta que es testigo de una vida social de la que están casi ausentes. Las amables abuelas y las solteras simpáticas y caritativas son las consejeras naturales de los jóvenes de ambos sexos.» Las mujeres de edad avanzada a las que los años les han dado serenidad y simpatía y comprensión tienen un papel importante

en la vida de la iglesia y de la comunidad que les corresponde por derecho propio.

Aquí se establecen las cualidades que las caracterizan. Su porte debe ser el que corresponde a las que se dedican a las cosas sagradas. Como bien se ha dicho: «Deben aportar a la vida diaria el porte de las sacerdotisas en un templo.» Como decía

Clemente de Alejandría: «El cristiano debe vivir como si toda la vida fuera una convocación sagrada.» Es fácil comprender la diferencia que harían a la paz y a la comunión de la Iglesia el que se recordara siempre que nos dedicamos a cosas santas. Mucho de las discusiones amargadas y de las suspicacias y la intolerancia que caracterizan tan a menudo las actividades de las iglesias se desvanecería como la niebla al salir el sol.

No deben divulgar historias difamatorias. Es una pésima característica de la naturaleza humana el que la mayor parte de la gente prefiere escuchar y repetir una historia maliciosa antes que una que haga pensar bien de alguien. No es mala resolución el comprometernos interiormente a no decir nada en absoluto acerca de nadie a menos que sea una cosa buena.

Las ancianas deben enseñar y entrenar a las más jóvenes. Algunas veces parece que el único don que les aporta la experiencia a algunos es el de echar un jarro de agua fría a los sueños y los planes de los demás. Es un deber cristiano el usar siempre la experiencia para guiar y animar, y no para acobardar y desalentar.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(iii) *Las mujeres más jóvenes*

Tito 2:3-5 (continuación)

A las mujeres más jóvenes se las exhorta a dedicarse a sus maridos e hijos; a ser prudentes, castas, buenas amas de casa; a portarse bien con sus criadas y obedecer a sus maridos; y el objeto de tal conducta es que nadie tenga razones para hablar mal de la Palabra de Dios.

En este pasaje tenemos algo coyuntural y algo que tiene un carácter permanente.

En el antiguo mundo griego la mujer respetable llevaba una vida completamente recluida. Tenía sus propias habitaciones en la casa, y rara vez salía de ellas, ni siquiera para comer con los varones de la familia; y no entraba en sus habitaciones nada más que su marido. Nunca asistía a las asambleas y las reuniones públicas; rara vez aparecía en la calle, y desde luego nunca sola. De hecho se ha dicho que una mujer no tenía ninguna manera decente de ganarse la vida. Ningún oficio ni profesión le estaban permitidos; si trataba de ganarse la vida, no tenía más salida que la prostitución. Si las mujeres de la Iglesia hubieran salido de repente al mundo rompiendo las limitaciones impuestas desde siempre, el único resultado habría sido el descrédito de la Iglesia y el que se dijera que el Cristianismo corrompía a las mujeres. La vida que se les fija aquí parece estrecha y limitada; pero hay que leer esto sobre el trasfondo de las circunstancias de aquel tiempo.

En ese sentido este pasaje tiene un carácter temporal; pero en otro sentido tiene un carácter permanente. Es un hecho que no hay tarea, responsabilidad ni privilegio más importante que el de formar un hogar. Puede ser que, cuando las mujeres están agobiadas bajo la carga de las mil y una responsabilidades que conllevan el hogar y los hijos, digan: «Si me pudiera librar de todo esto, podría vivir una vida realmente religiosa.» Pero es un hecho que no hay ningún lugar en el mundo donde se pueda vivir una vida realmente religiosa mejor que en el hogar. En último análisis no hay carrera más importante que la de hacer un hogar. A muchos hombres que han llegado lejos en su profesión y en su vida, les ha sido posible sencillamente porque había alguien en casa que los amaba y los atendía. Es infinitamente más importante el que la madre esté en casa para acostar a sus hijos y oírles decir sus oraciones, que el que asista a todas las reuniones públicas y de la iglesia del mundo.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(iv) *Los hombres más jóvenes*

Tito 2:6

De la misma manera, impón a los hombres más jóvenes el deber de la prudencia.

El deber de los hombres más jóvenes se resume en una sola frase, aunque henchida. Se les encarga recordar el deber de la prudencia. Como ya hemos visto, el que es *prudente, sófrón*, tiene la cualidad personal que mantiene la vida a salvo. Tiene la seguridad que viene de tener todas las cosas bajo control.

La juventud es por necesidad un tiempo de peligros.

(i) En la juventud se tiene la sangre más caliente y las pasiones pretenden dar las órdenes. La marea de la vida fluye más arrolladoramente en la juventud, y amenaza con arrasarlo todo, incluida la propia persona.

(ii) En la juventud se tienen más oportunidades de cometer errores. Los jóvenes se encuentran en los ambientes en los que la tentación habla con voz más dominante. A menudo tienen que estudiar o que trabajar lejos de casa y de las influencias que los pueden proteger. No han asumido todavía las responsabilidades del hogar y la familia, ni se han cargado con las hipotecas de la

fortuna; todavía no poseen el timón y las anclas que mantienen a los mayores en posición o en ruta mediante un simple sentimiento de obligación. En la juventud hay muchas más oportunidades de naufragar en la vida.

En la juventud se tiene a veces la confianza que viene de la falta de experiencia. En casi todas las esferas de la vida, un joven será más temerario que sus mayores, por la sencilla razón de que todavía no ha descubierto todas las cosas que pueden fallar. Para dar un ejemplo sencillo, un joven conduce el coche a mucha más velocidad sencillamente porque no ha descubierto lo fácilmente que se puede producir un accidente o lo frágil

que es el metal del que depende la **seguridad del vehículo**. A menudo asumirá una responsabilidad con un espíritu mucho más descuidado que un mayor, porque todavía no conoce las dificultades ni ha experimentado lo fácilmente que se produce un naufragio. Nadie puede comprar la experiencia; es algo que solo se adquiere con los años. Hay un riesgo y una gloria en ser joven.

Por eso, la primera cosa a la que debe aspirar un joven es al dominio propio. Nadie puede ayudar a otros si no ha conseguido dominarse a sí mismo. < El que domina su espíritu es mejor que el que conquista una ciudad» (Proverbios 16:32).

La autodisciplina no es una de las virtudes más atractivas, pero es la urdimbre de la vida. Algo realmente grande entra en la vida cuando la decisión de la juventud se fortifica con la solidez del dominio propio.

EL CARÁCTER CRISTIANO

(v) El maestro cristiano

Tito 2: 7s

Y todo el tiempo que estés haciendo estas cosas debes presentarte como dechado de buena conducta; en tu enseñanza debes desplegar absoluta pureza de motivos, dignidad, sana enseñanza que nadie pueda reprobar... para que tus oponentes se tengan que avergonzar porque no pueden encontrar nada malo que decir de nosotros.

Para que la enseñanza de Tito sea eficaz tiene que estar respaldada por el testimonio de su vida. El mismo tiene que ser la demostración de lo que enseña.

(i) Debe estar claro que sus incentivos son absolutamente limpios. El maestro y el predicador cristianos se enfrentan con ciertas tentaciones. Siempre tienen el peligro del autobombo,

.de demostrar lo listo que es uno y tratar de concentrar la atención en uno mismo en vez de en el Mensaje de Dios. Siempre existe la tentación del poder. El maestro, el predicador, el pastor siempre se enfrentan con la tentación de convertirse en dictadores. Deben ser guías, pero nunca dictadores. Descubrirán que hay que guiar a las personas, pero no conducirlos. Si hay algún peligro que se les presenta al maestro y al predicador cristiano más que ningún otro es el de proponerse unos estándares equivocados de éxito. Puede suceder a menudo que un hombre de quien no se ha oído hablar fuera de su esfera de trabajo sea a los ojos de Dios un éxito incalculablemente superior a aquel otro cuyo nombre está en las bocas de todo el mundo.

(ii) Debe tener dignidad. Esto no quiere decir frialdad ni arrogancia ni orgullo; es la conciencia de tener la tremenda responsabilidad de ser embajador de Cristo. El sacerdote Lope de Vega se sentía sobrecogido ante la grandeza y santidad de sus prerrogativas y su propia pequeñez e indignidad. Mutatis mutandis puede también todo maestro y predicador evangélico tener un sentin-tiento paralelo:

Cuando en mis manos, Rey eterno, Os miro, y la cándida Víctima levanto, de mi atrevida indignidad me espanto y la piedad de Vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro, tal vez la doy al amoroso llanto; que, arrepentido de ofenderos tanto, con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos, que por las sendas de mi error siniestras me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las desdichas nuestras que, a quien Os tuvo en sus indignas manos, Vos le dejéis de las divinas Vuestras.

Otros puede que se rebajen a lo insignificante; el maestro o el predicador deben estar por encima de ciertas cosas. Otros hombres puede que guarden inquina; él no debe. Otros hombres puede que sean quisquillosos acerca de su posición; él debe tener la humildad de olvidarse de que tiene una posición. Otros puede que se molesten y hasta irriten en una discusión; él debe guardar una serenidad inalterable. Nada daña la causa de Cristo tanto como los responsables de la iglesia y los pastores del rebaño que se rebajan a una conducta y a una manera de hablar indignas de un embajador de Cristo.

(iii) Debe tener un mensaje sano. El maestro o predicador cristiano debe estar seguro de propagar las verdades del Evangelio, y no sus propias ideas. Nada más fácil para él que pasar el tiempo en materias secundarias; bien puede hacer suya la oración: < Dios, dame el sentido de la proporción.» Las verdades centrales de la fe no se le agotarán en toda una vida de

predicación o enseñanza. Pero, tan pronto como se convierta en un propagandista de sus propias ideas o de algún interés particular, dejará de ser un predicador efectivo o un maestro de la Palabra de Dios.

El deber que se le impone a Tito es una tarea tremenda: no la de hablarle de Cristo a la gente, sino la de mostrarle a Cristo. El mayor cumplido que se le puede hacer a un maestro es decir de él: «Primero obró, y luego enseñó.»

EL CARÁCTER CRISTIANO

(vi) *El obrero cristiano*

Tito 2:9s

Incúlcales a los esclavos el deber de obedecer a sus amos. Impúlsalos a hacer lo posible por dar satisfacción en todas sus tareas, sin discutir, sin sisar, sino desplegando una fidelidad total con corazones de buena

voluntad, aprovechando todas las oportunidades para adornar la enseñanza que les ha confiado Dios nuestro Salvador.

En la Iglesia Primitiva, el problema del esclavo cristiano era muy agudo. Se presentaba en dos sentidos.

Si el amo era pagano, la responsabilidad que se le imponía al esclavo era muy grave, porque probablemente sería solo por medio de su conducta como el amo podría llegar alguna vez a saber lo que era el Cristianismo. El esclavo tenía la tarea de mostrarle al amo cómo era un cristiano; y esa responsabilidad todavía sigue recayendo sobre el obrero cristiano. Hay muchas personas que probablemente nunca pisan voluntariamente el umbral de una iglesia; un pastor no tiene oportunidad de hablar con ellos: ¿Cómo puede el Evangelio establecer contacto con ellos? La única manera posible es que un compañero de trabajo les *muestre lo* que es el Cristianismo. Hay una historia famosa de san Francisco. Un día le dijo a uno de sus frailes jóvenes: < Bajemos a lá aldea a predicarle a la gente.> Y bajaron. Pararon para hablar con uno y con otro. Pidieron un mendrugo de pan en esta puerta y en la de más allá. Francisco se detuvo para jugar con los niños, y cruzaron un saludo con algunos viandantes. Y luego se volvieron a casa. «Pero, padre -dijo el novicio-, ¿cuándo vamos a predicar?» «¿Predicar? -sonrió Francisco-. Cada paso que hemos dado, cada palabra que hemos dicho, cada cosa que hemos hecho ha sido un sermón.»

El problema tenía otra cara. Si el amo era cristiano, al esclavo le asaltaba otra tentación: la de sacarle partido a su cristianismo. Podría pensar que, como él era cristiano, podría esperar algunas ventajas. Podría esperar salirse con la suya en ciertos casos ya que su amo y él eran miembros de la misma iglesia. Tendría la tentación de comerciar con su cristianismo -y no hay peor publicidad para el Cristianismo que el que alguien haga eso.

Pablo lista las cualidades del esclavo, es decir, del obrero cristiano.

Es *obediente*. El cristiano no es nunca una persona que está por encima de recibir órdenes. Su Cristianismo le enseña a servir. Es *eficiente*. Está decidido a cumplir con su deber de manera satisfactoria. El empleado cristiano no puede nunca contribuir con menos de lo mejor a cualquier tarea que se le encargue. Es *respetuoso*. No piensa que su Cristianismo le da derecho a ser indisciplinado. El Cristianismo no borra los esquemas necesarios de autoridad en el mundo de la industria y el comercio. Es *honrado*. Otros puede que se rebajen a las trampas de las que el mundo está lleno. Tiene las manos limpias. Es *fiel*. Su superior puede depender de su lealtad.

Bien puede suceder que el que lleva su Cristianismo al trabajo se meta en problemas; pero, si lo mantiene, acabará por ganarse el respeto de todos.

E. F. Brown cuenta una cosa que sucedió en la India. «A un siervo cristiano en la India le mandó una vez su amo con un mensaje verbal que él sabía que no era cierto. Se negó a comunicarlo. Aunque su amo se puso furioso entonces, a partir de entonces respetó a su siervo más que antes, porque se convenció de que siempre podía confiar en él.»

La verdad es que a fin de cuentas el mundo llega a ver que el obrero cristiano es el que más vale la pena tener. En un sentido, es difícil ser cristiano en el trabajo; pero en otro, es más fácil de lo que pensamos, porque no hay amo bajo el sol que no esté buscando desesperadamente obreros de cuya honradez, lealtad y eficacia se pueda fiar.

EL PODER MORAL DE LA ENCARNACIÓN

Tito 2:11-14

Porque la gracia de Dios, que trae la Salvación a todos los seres humanos, se ha manifestado, discipulándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanales de cosas prohibidas, y a vivir en este mundo

prudente, justa y reverentemente, porque esperamos anhelantes la realización de nuestra bendita esperanza -quiero decir la gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, Que Se dio a Sí mismo por nosotros para

redimirnos del poder de toda injusticia, y purificarnos como pueblo especial de Su propiedad, un pueblo anhelante de hacer buenas obras.

Este es uno de los pasajes del Nuevo Testamento que nos presentan con mayor claridad el poder moral de la Encarnación. Hace hincapié supremamente en el milagro del cambio moral que Jesucristo puede realizar en los que ponen su confianza en Él.

Este milagro se expresa aquí repetidamente de la manera más interesante y significativa. Isaías exhortó una vez a su pueblo: «Dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien» (*Isaías 1:16s*). Primeramente está el lado negativo de la bondad: el abandonar lo que es malo y la liberación de todo lo que es bajo; y en segundo lugar el lado positivo: la adquisición de las virtudes luminosas que caracterizan la vida cristiana.

Primero, está la renuncia a toda impiedad y a los deseos mundanales. ¿Qué quería decir Pablo con esto de los deseos mundanales? Crisóstomo decía que las cosas mundanales son las que no podemos llevarnos al Cielo, sino que se desintegran con todo lo del mundo presente. Uno es muy miope si pone todo su corazón y aplica todo su esfuerzo a cosas que debe dejar atrás cuando salga de este mundo. Pero una interpretación aún más sencilla de *los deseos mundanales* es que son los de cosas que no podemos mostrarle a Dios. Solo Cristo puede hacer que no solo nuestra vida exterior sino también lo más íntimo de nuestro corazón lleguen a ser aptos para que Dios los vea con agrado.

Ese era el lado negativo del poder moral de la Encarnación; ahora llegamos al lado positivo. Jesucristo nos capacita para vivir con *la prudencia* que lo tiene todo bajo perfecto control, y que no deja a ninguna pasión o deseo más espacio del que le corresponde; con *la justicia* que nos permite darles tanto a Dios como a nuestros semejantes lo que les es debido; con *la reverencia* que nos hace vivir conscientes de que este mundo no es otra cosa que el templo del Dios vivo.

La dinámica de esta nueva vida es la expectación de la venida de Jesucristo. Cuando se espera una visita real, todo se limpia y se decora y se pone de tal manera que sea digno de que lo vea el rey. Los cristianos somos personas que estamos siempre listos para la venida del Rey de reyes.

Por último Pablo pasa a resumir lo que ha hecho Jesucristo, y también lo presenta primero de forma negativa y luego positivamente.

Jesús nos ha redimido del poder de la injusticia, el poder que nos hace pecar; y puede purificarnos hasta hacernos aptos para ser el pueblo propio de Dios. La palabra que hemos traducido por *especial de Su propiedad (periúsios)* es interesante. Quiere decir *reservado para*; y se usaba especialmente para la parte del botín de una batalla o campaña que el rey apartaba para sí mismo. Mediante la obra de Jesucristo, el cristiano llega a ser idóneo para ser la posesión especial de Dios.

El poder moral de la Encarnación constituye una idea impresionante. Cristo no sólo nos ha librado del castigo de los pecados pasados; nos puede capacitar para vivir la perfecta vida en este mundo espaciotemporal; y puede limpiarnos para que seamos idóneos para ser la posesión especial de Dios.

LA TRIPLE TAREA

Tito 2:15

Que estas cosas sean la sustancia de tu mensaje. Infúndeles el ánimo y la repreensión con toda la autoridad que la comisión regia te confiere. Que nadie le quite valor a tu autoridad.

Pablo le presenta sucintamente a Tito la triple tarea de predicador, maestro y pastor.

Es una tarea de *proclamación*. Hay un mensaje que hay que proclamar. Hay algunas cosas que no se pueden discutir. Hay veces cuando se ha de decir: < Así dice el Señor. >

La tarea incluye *animar*. Un predicador que se limitara a infundirle a su audiencia un frío desaliento habría fracasado en su tarea. Hay que declararle a las personas su pecado, no para que vean que su caso es desesperado, sino para conducirlos a la gracia que es mayor que todo su pecado.

Hay cosas que hay que *reprender*. Hay que hacerle ver al pecador su pecado; hay que guiar la mente del equivocado para que se dé cuenta de su error; y despertar como sea el corazón del descuidado. El mensaje cristiano no es ningún opio para hacer dormir a la gente, sino más bien una luz que despierta. a las personas y les hace ver cómo son de veras, y cómo es Dios.

EL CIUDADANO CRISTIANO

Tito 3:1s

Recuérdales que se sometan como es debido a los que están en el poder y la autoridad, que obedezcan cada disposición particular, que estén dispuestos a aceptar cualquier trabajo siempre que sea bueno, que no difamen a nadie, que no sean agresivos, sino amables y corteses con todas las personas.

Aquí se establecen los deberes cívicos del cristiano; una enseñanza que era especialmente relevante para los cretenses, que eran agresivos y peleones y resentidos de toda autoridad que se les impusiera. El historiador griego Polibio dijo de ellos que siempre se estaban involucrando en «insurrecciones, asesinatos y guerras intestinas.» Este pasaje establece seis cualificaciones del buen ciudadano.

El buen ciudadano vive *de acuerdo con la ley*. Reconoce que a menos que se cumplan las leyes la vida es un caos. Presta el debido respeto a los que están en autoridad, y cumple las disposiciones que le conciernen. El Cristianismo no enseña que uno tiene que dejar de ser un individuo, pero sí insiste en que tenga presente que es también un miembro de la sociedad. «El hombre -decía Aristóteles- es un animal político,» con lo que quería decir que como mejor expresa el hombre su personalidad no es en un individualismo aislado, sino en el marco de la sociedad.

El buen ciudadano *está dispuesto a prestar servicios*. Está dispuesto a aceptar cualquier trabajo con tal que sea bueno. La enfermedad característica de nuestro tiempo es el aburrimiento, que es el resultado directo del egoísmo. Mientras uno viva de acuerdo con el principio de < ¿Por qué lo tengo que hacer yo? ¡Que lo haga otro!,> está abocado a estar aburrido. Es el servicio lo que hace la vida interesante.

El buen ciudadano *pone cuidado en lo que dice*. No tiene por qué difamar a nadie. Nadie debiera decir de los demás lo que no le gustaría que dijeran de él. El buen ciudadano debe poner tanto cuidado en lo que dice como en lo que hace.

El buen ciudadano es *tolerante*. No es agresivo. La palabra griega es *ámajos*, que quiere decir *no peleón*. Esto no quiere decir que el buen ciudadano no defienda los principios que cree que son correctos, sino que no es nunca tan porfiado como para creer que no hay más camino que el suyo. Concede a los demás el mismo derecho que reclama para sí mismo de tener sus propias convicciones.

El buen ciudadano es *amable*. La palabra original es *epieikés*, que describe a la persona que no se basa en la letra de la ley. Aristóteles decía de esta cualidad que denota una consideración indulgente con las flaquezas humanas,» y la habilidad «de considerar no solo la letra de la ley, sino también la mentalidad y la intención del legislador.» El que es *epieikés* siempre está dispuesto a evitar la injusticia de la extrema justicia, de pasarse de justo» (*Eclesiastés 7:16*).

El buen ciudadano es *cortés*. La palabra griega es *prays*, que describe a la persona que controla su genio; que sabe cuándo debe enfadarse, y cuándo no; que soporta pacientemente las ofensas que se le hacen, pero que está dispuesta a salir en ayuda de otros cuando son ofendidos.

Cualidades como estas son solo posibles para la persona en cuyo corazón reina supremo Cristo. El bienestar de cualquier comunidad depende de la aceptación por los cristianos que viven en ella del deber de mostrarle al mundo la nobleza de la ciudadanía cristiana.

LA DOBLE DINÁMICA

Tito 3:3-7

Porque nosotros también éramos en un tiempo insensatos, desobedientes, descarriados, esclavos de toda clase de deseos y placeres, viviendo en malicia y envidia, detestables y detestándolo todo y a todos. Pero cuando apareció la bondad y el amor a la humanidad de Dios nuestro Salvador, nos salvó, no porque hubiéramos obrado nosotros con justicia, sino por Su sola misericordia. Ese acto salvífico se nos aplicó eficazmente por medio del lavatorio por el cual nos vienen el nuevo nacimiento y la renovación que son la obra del Espíritu Santo Que ha sido derramado sobre nosotros mediante Jesucristo nuestro Salvador. Y la finalidad de todo esto era que volviéramos a estar en la debida relación con Dios por medio de Su gracia, y entrar así en posesión de la vida eterna que se nos ha enseñado a esperar.

La dinámica de la vida cristiana es doble.

Procede en primer lugar de la convicción del converso cristiano de no haber sido en el pasado en nada mejor que sus prójimos paganos. La bondad cristiana no le hace a uno orgulloso, sino agradecido. No mira a los demás con desprecio; dice, como Whitefield al ver a un criminal que llevaban a la horca: < Ese, si no fuera por la gracia de Dios, sería yo.>

Procede de la convicción de lo que Dios ha hecho por la humanidad en Jesucristo. Tal vez no haya otro pasaje en el Nuevo Testamento que presente de una manera tan resumida, y sin embargo tan completa como este, la obra de Cristo por los hombres. Hay aquí siete hechos sobresalientes acerca de esa obra.

(i) Jesús nos puso en una nueva relación con Dios. Hasta que Él vino, se creía que Dios era el Rey al Que todos temían, el Rey ante Quien todo el mundo se encogía de terror, el Potentado al Que solo se podía considerar con miedo. Jesús vino a decirles a los hombres que Dios es el Padre que tiene el corazón abierto y los brazos extendidos de amor. Vino a hablarles, no de la justicia que los perseguiría por siempre jamás, sino del amor que no los abandonaría nunca.

(ii) El amor y la gracia de Dios son dones que nadie podría ganarse nunca; solo se pueden aceptar con perfecta confianza y con un naciente amor. Dios les ofrece Su amor a los hombres solamente por la incalculable bondad de Su corazón, y el cristiano no piensa nunca en lo que ha ganado, sino en lo que Dios le ha dado. La clave de la vida cristiana debe ser siempre una gratitud admirada y humilde, nunca una orgullosa autosatisfacción. Todo el proceso se debe a dos grandes cualidades de Dios.

Es debido a Su *bondad*. La palabra original es *jréstótés*, que quiere decir *benignidad*. Quiere decir ese espíritu que, por pura bondad, está siempre dispuesto a dar todo lo que sea necesario. *Jréstótés* es la amabilidad que todo lo abarca y abraza, que se manifiesta no solo en un sentimiento cálido sino también en una actitud siempre generosa.

Es debido al *amor de Dios a los hombres*. La palabra original es *filanthrópía*, que se define como *el amor al ser humano en cuanto tal*. Los griegos apreciaban mucho esta hermosa palabra. La usaban refiriéndose a la amabilidad de un hombre

bueno hacia sus semejantes, a la generosidad de un rey bueno hacia sus súbditos, a la activa compasión de un hombre caritativo hacia los que estaban en cualquier angustia, y especialmente a la compasión que movía a un hombre a redimir a un semejante que había caído cautivo.

Detrás de todo esto no hay mérito alguno por parte del hombre, sino solo la benigna amabilidad y el amor universal del corazón de Dios.

(iii) El amor y la gracia de Dios se transmiten a la humanidad por medio de la Iglesia. Nos llegan a través del sacramento del Bautismo. Esto no es decir que no puedan venir de otra manera, porque Dios no Se encuentra limitado por Sus sacramentos; pero la puerta al amor y a la gracia siempre está abierta en Su Iglesia. Cuando pensamos en el Bautismo de los primeros días de la Iglesia debemos recordar que los que eran bautizados eran hombres y mujeres hechos y derechos que llegaban directamente del paganismo. Dejaban deliberadamente una forma de vida para asumir otra. Cuando Pablo escribe a la iglesia corintia dice: «Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados» (1 Corintios 6: II). En la carta a los efesios les dice que Jesucristo tomó por Esposa a la Iglesia «para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra» (Efesios 5:26). En el Bautismo venía el poder purificador, recreador, de Dios.

En relación con esto Pablo usa dos palabras.

Habla del *nuevo nacimiento* (*palinguenesía*). Aquí tenemos una palabra que tenía muchas asociaciones. Cuando se recibía un prosélito en la comunidad judía, después de ser bautizado se le trataba como si fuera un bebé. Era como si acabara de nacer otra vez, y la vida empezara para él de nuevo. Los pitagóricos usaban esta palabra frecuentemente. Creían en la reencarnación, en que los hombres vuelven a la vida de muchas maneras hasta que son aptos para ser liberados. Cada retorno era un nuevo nacimiento. Los estoicos también usaban esta palabra. Creían que el mundo se destruía en una gran conflagración cada tres mil años para renacer después de nuevo, un mundo nuevo. Cuando se entraba en las religiones misteriosas se decía que se había < nacido de nuevo para la eternidad. » Lo importante es que cuando uno acepta a Cristo como Salvador y Señor, la verdadera vida empieza para él. Hay una calidad nueva en la vida que solo se puede expresar diciendo que se ha experimentado un nuevo y superior nacimiento.

Habla de *una renovación*. Es como si la vida estuviera desgastada; y, cuando una persona descubre a Cristo, tiene lugar un acto de renovación, que no se consuma en un momento de tiempo sino que se repite cada día.

CAUSA Y EFECTO

Tito 3:3-7 (conclusión)

(iv) El amor y la gracia de Dios se transmiten a la humanidad por medio de la Iglesia, porque en ella actúa todo el poder del Espíritu Santo. Toda la obra de la Iglesia, todas sus palabras, todos sus sacramentos serían inoperantes si no fuera por el poder del Espíritu Santo. Por muy excelentemente que esté organizada una iglesia, por muy espléndidas que sean sus ceremonias, por muy hermosos que sean sus edificios, todo sería ineficaz sin ese poder. La lección está clara. El avivamiento no viene a la Iglesia de una creciente eficacia en la organización, sino de esperar en Dios. No es que la eficacia no sea necesaria; pero no hay eficacia que pueda insuflar vida en un cuerpo del que se ha apartado el Espíritu.

(v) El efecto de todo esto es triple. Trae el perdón de los pecados pasados. En Su misericordia, Dios no nos los tiene en cuenta. Una vez había un hombre lamentándole lúgubrementemente sus pecados a Agustín. < ¡Pero, hombre -le dijo Agustín-, deja ya de contemplar tus pecados, y pon tu mirada en Dios! » No es que uno no deba estar arrepentido de sus pecados toda su vida, sino que su mismo recuerdo debería moverle a maravillarse de la misericordia perdonadora de Dios.

(vi) El efecto es también la vida presente. El Cristianismo no limita su oferta a las bendiciones del mundo venidero; ofrece a cada cual aquí y ahora una vida de una calidad que no había conocido antes. Cuando Cristo entra en la vida, empieza a vivir de veras por primera vez.

(vi₁) Por último, está la esperanza de cosas aún mayores. Los cristianos son personas para las que lo mejor está todavía por venir; saben que, por muy maravillosa que sea la vida presente con Cristo, la vida venidera lo será incalculablemente más. Los cristianos conocen la maravilla de que sus pecados hayan sido perdonados, la emoción de la vida presente con Cristo, y la esperanza de una vida más plena por venir.

LA NECESIDAD DE LA ACCIÓN Y EL PELIGRO DE LA DISCUSIÓN

Tito 3:8-11

Este es un hecho que estamos abocados a creer y quiero que sigas afirmando estas cosas-: que los que han puesto su fe en Dios deben pensar y planificar cómo practicar las buenas obras. Estas son cosas hermosas y útiles a las personas. Pero no tengas nada que ver con las especulaciones estúpidas y las genealogías y las peleas contenciosas y legalistas, porque no le hacen bien a nadie ni sirven para nada práctico. Evita al contencioso y testarudo después de advertírselo una o dos veces; porque debes darte buena cuenta de que se trata de una persona pervertida que no es más que un pecador autocondenado.

Este pasaje hace hincapié en la necesidad de cultivar la acción cristiana, y advierte del peligro de cierta clase de discusión.

La palabra que hemos traducido por *practicar* las buenas obras es *proístasthai*, que quiere decir literalmente *estar de pie delante*, y era la palabra que se usaba para un tendero que se ponía delante de su tienda voceando sus productos. La frase puede querer decir una de dos cosas. Podría ser una orden a los cristianos para que no se dedicaran más que a oficios respetables y útiles. Había ciertas profesiones que la Iglesia Primitiva insistía en que se debían abandonar aun antes de solicitar el ingreso en la iglesia. Pero es más probable que la frase tenga el sentido más amplio de que un cristiano debe practicar buenas obras que sean útiles a otros.

La segunda parte del pasaje advierte contra las discusiones inútiles. Los filósofos griegos pasaban el tiempo discutiendo problemas imaginarios; y los rabinos judíos, construyendo genealogías imaginarias de los personajes del Antiguo Testamento. Los escribas judíos pasaban las horas muertas discutiendo lo que se podía y lo que no se podía hacer en sábado, y lo que era y lo que no era inmundo. Se ha dicho que existe el peligro de que uno se considere religioso porque discute cuestiones religiosas. Es mucho más fácil discutir cuestiones teológicas que ser amable y considerado y ayudar en casa, o eficiente y diligente y honrado en el trabajo. No tiene ningún mérito sentarse a discutir profundas cuestiones teológicas cuando están sin hacer las tareas sencillas de la vida cristiana. Tales discusiones puede que no sean más que disculpas para no cumplir los deberes cristianos.

Pablo estaba seguro de que la verdadera misión del cristiano estaba en la acción cristiana. Eso no es decir que no cabe la discusión cristiana; pero la discusión que no conduce a la acción es casi siempre tiempo perdido.

Pablo aconseja evitar al contencioso y testarudo. La antigua versión Reina-Valera le llamaba *hombre hereje*. En griego es *hairetikós*. El verbo *hairein* quiere decir *escoger*; y *haireisis* quiere decir partido, escuela o secta. En un principio la palabra no tenía un sentido negativo; este aparece cuando uno erige su propia opinión contra la enseñanza, el consenso y la tradición de la Iglesia. Un hereje es sencillamente un hombre que ha decidido que tiene razón y los demás no. La advertencia de

Pablo es contra el que ha convertido sus ideas en la piedra de toque de toda la verdad. Una persona debe siempre tener cuidado con cualquier opinión que la separe de la comunión con sus hermanos en la fe. La verdadera fe no separa a las personas, sino las une.

SALUDOS FINALES

Tito 3:12-15

Cuando te mande a Artemas o a Tíquico, date prisa para reunirte conmigo en Nicópolis, que es donde he decidido pasar el invierno.

Haz todo lo posible para ayudar al abogado Zenas y a Apolos en su camino. Comprueba que no carecen de nada.

En cuanto a los nuestros, que aprendan también a cultivar las buenas obras, para que puedan suplir todas las necesidades y no vivan vidas improductivas.

Todos los que están conrriigo te mandan recuerdos. Saluda a todos los que nos aman en la fe.

La gracia sea con todos vosotros. Amén.

Como era su costumbre, Pablo termina esta carta con recuerdos y saludos de y para los hermanos. De Artemas no sabemos nada. Tíquico fue uno de los mensajeros de Pablo en los que más confiaba. Fue el portador de las cartas a las iglesias de Colosas y Éfeso (*Colosenses 4: 7; Efesios 6:21*). Nicópolis estaba en el Epiro, y era el mejor centro para el trabajo en la provincia romana de Dalmacia. Es interesante recordar que fue allí donde el gran filósofo estoico Epicteto tuvo su escuela años más tarde.

Apolos era un maestro muy conocido (*Hechos 18:24*). De Zenas tampoco sabemos nada. Aquí se le llama *nomikós*, que puede querer decir dos cosas. Es la palabra corriente para un *escriba*, y es posible que Zenas fuera un rabino judío convertido. También es la palabra para *abogado*; y, si es ese el sentido aquí, Zenas sería el único abogado que se menciona en todo el Nuevo Testamento.

El último consejo de Pablo es que los cristianos cultiven las buenas obras para llegar a ser independientes y estar en la posición de ayudar a otros más necesitados. El obrero cristiano trabaja, no solo para tener bastante para sí, sino también para poder dar a otros en necesidad.

A continuación viene el saludo final; y por último, como en todas sus cartas, la palabra final de Pablo es gracia.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A FILEMÓN

UNA CARTA DIFERENTE

En un sentido esta es una carta diferente de todas las demás de Pablo: es la única *carta privada* suya que poseemos. Es de suponer que Pablo escribiría muchas cartas privadas, pero *Filemón* es la única que ha sobrevivido. Aparte de la gracia y el encanto que rezuma, este hecho le confiere una significación especial.

ONÉSIMO, EL ESCLAVO FUGITIVO

Hay dos posibles construcciones de lo que sucedió. Una es sencilla y directa; la otra, conectada con el nombre de E. J. Goodspeed, es algo más complicada y dramática. Veamos primero la más sencilla.

Onésimo era un esclavo fugitivo, y probablemente un ladrón por añadidura. < Si te ha causado algún perjuicio -le dice Pablo a Timoteo-, o si te debe algo, ponlo en mi cuenta, que yo te lo pagaré» (versículos 18s). Como fuera, el esclavo fugitivo llegó a Roma, probablemente con la intención de pasar inadvertido entre los numerosos habitantes y visitantes de la gran ciudad; pero, como fuera, llegó a estar en contacto con Pablo, y se convirtió a Cristo -el hijo que Pablo tuvo cuando estaba en la cárcel (versículo 10).

Entonces sucedió algo fuera de serie. Estaba claro que Pablo no podía seguir escondiendo a un esclavo fugitivo, y además sucedió algo que complicó el problema. Tal vez fuera la llegada de Epafras. Puede que Epafras reconociera a Onésimo porque le hubiera conocido antes en Colosas, y que entonces se descubriera toda la historia; o puede que, con la llegada de Epafras, a Onésimo le movió su conciencia a dar la cara a su vergonzoso pasado.

PABLO MANDA DE VUELTA A ONÉSIMO

Durante el tiempo que estuvieron juntos, Onésimo llegó a hacerse tan indispensable a Pablo, que habría querido seguir contando con su presencia. «Me habría gustado seguir teniéndole conmigo,» escribe (versículo 13), pero no quiso hacer nada sin el consentimiento de Filemón, el amo de Onésimo (versículo 14); así es que se le devolvió. Nadie sabía mejor que Pablo el riesgo que corría. Un esclavo no era una persona, sino una herramienta viva. Un amo tenía poder absoluto sobre sus esclavos. «Podía apalearlos, o condenarlos a trabajos durísimos -por ejemplo, haciéndolos trabajar encadenados en sus tierras, o en una especie de prisión de trabajos forzados. O podía azotarlos con varas, palos o látigos; podía marcarlos con hierro candente en la frente si eran ladrones o fugitivos, o hasta, si consideraba que no tenían remedio, crucificarlos.» Plinio cuenta cómo trató Vedio Polio a un esclavo que llevaba una bandeja de copas de cristal, y se le cayó y rompió una. Polio mandó que le arrojaran inmediatamente a una piscina que había en el jardín llena de voraces lampreas, que le destrozaron. Juvenal hace el retrato literario de una señora que se complacía en apalea a sus esclavas por puro capricho, y de un amo que «se deleitaba con el sonido del látigo y los lamentos del azotado

más que con el canto de las sirenas,» y que nunca estaba tan contento «como cuando llamaba al verdugo para que marcara a alguien con el hierro candente por robar un par de toallas,» «que se alucinaba con el tintineo de las cadenas.» El esclavo estaba constantemente a merced de su amo o ama.

. Lo que todavía empeoraba más la situación era que los esclavos eran oprimidos por la ley. Había en el Imperio Romano 60,000,000 de esclavos, y siempre existía el peligro de que se revelaran. Sus levantamientos se eliminaban pronto. Y si un esclavo huía, lo mejor que le podía pasar era que le marcaran con hierro candente en la frente con una F -que representaba la palabra fugitivus ; y lo peor que le podía suceder era que le crucificaran. Pablo sabía muy bien todo esto, y que la esclavitud era parte tan integrante del mundo antiguo que hasta devolverle a Onésimo a su amo cristiano Filemón era correr un serio riesgo.

LA APELACIÓN DE PABLO

Así es que Pablo le dio a Onésimo esta carta. Hace en ella un juego de palabras con el nombre de Onésimo: Onésimos quiere decir literalmente en griego *provechoso o útil*. Onésimo había sido un inútil en el pasado, pero ahora era útil (versículo 11). Ahora podría decirse que no es Onésimo sólo de nombre, sino también de carácter. Puede que Filemón le perdiera por un tiempo para recuperarle para siempre (versículo 15). Debe recibirle, no como esclavo, sino como hermano en Cristo (versículo 16). Ahora es hijo de Pablo por la fe, y Filemón debe recibirle como recibiría al mismo Pablo.

EMANCIPACIÓN

Así es que esta es la apelación de Pablo. Muchas personas se han sorprendido de que Pablo no dijera nada en esta carta en contra de la esclavitud. No la condena; ni siquiera le dice a Filemón que le dé la libertad a Onésimo; quiere que le reciba como a un esclavo. Hay algunos que han criticado a Pablo por no aprovechar la oportunidad para condenar la esclavitud sobre la que estaba construido el mundo antiguo. Lightfoot dice:

< Parece que tiene la palabra *emancipación* en la punta de la lengua, pero no llega a pronunciarla. » Había razones para guardar silencio.

La esclavitud era una parte integral del mundo antiguo; toda la sociedad estaba construida sobre ella. Aristóteles mantenía que era natural el que ciertos hombres fueran esclavos, leñadores y aguadores, para servir a las clases superiores de la sociedad. Bien puede ser que Pablo aceptara la institución de la esclavitud, porque entonces no se podía imaginar una sociedad sin ella. Además, si el Cristianismo hubiera animado a los esclavos a revelarse o a abandonar a sus amos, la única consecuencia previsible habría sido la tragedia. Cualquier revolución sería aplastada salvajemente; cualquier esclavo que se buscara la libertad sería castigado sin misericordia; y el Cristianismo habría sentado cátedra de revolucionario y subversivo. Dada la fe cristiana, era inevitable que llegara la emancipación -pero el tiempo no estaba maduro; y el haber animado a los esclavos a esperarla, o a asirla, habría producido más mal que bien. Hay ciertas cosas que no se pueden obtener de pronto, que el mundo tendrá que esperar, dándole tiempo a la levadura para hacer su obra en la masa.

LA NUEVA RELACIÓN

Lo que hizo el Cristianismo fue introducir una nueva relación entre hombre y hombre en la que se abolen todas las diferencias externas. Los cristianos somos un cuerpo, judíos o gentiles, siervos o libres (1 *Corintios 12:13*). En Cristo no hay judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, varones o mujeres (*Gálatas 3:28*). En Cristo no hay griegos ni judíos, circuncisión ni incircuncisión, bárbaros ni escitas, esclavos ni libres (*Colosenses 3:11*). Fue como esclavo como se escapó Onésimo, y como esclavo como volvió; pero ya no era sólo un esclavo, sino además un amado hermano en el Señor. Cuando entra en la vida una relación así, los grados y las castas dejan

de importar. Los mismos nombres como esclavos y amos se convierten en irrelevantes. Si el amo trata al esclavo como Cristo le habría tratado; si el esclavo sirve al amo como serviría a Cristo, entonces no importa llamar al uno *amo y al otro esclavo*, porque su relación no depende de ninguna clasificación humana, sino de que ambos están en Cristo.

El Cristianismo no atacó la esclavitud en sus primeros tiempos; el haberlo hecho habría sido desastroso. Hizo más que eso: introdujo una nueva relación en la que los grados humanos dejaron de importar. Se ha de notar que esta nueva relación no le dio nunca al esclavo la oportunidad de aprovecharse: le convertía en un esclavo mejor y más eficaz, porque ahora debía hacer las cosas de tal manera que se las pudiera ofrecer a Cristo. Ni tampoco quería decir que el amo tuviera que ser suave y tolerante y complaciente, dispuesto a aceptar un trabajo mal hecho y de calidad inferior; sino quería decir que ya no trataría al esclavo como una cosa, sino como una persona y como hermano en Cristo.

Hay dos pasajes en los que Pablo establece los deberes de esclavos y amos *Efesios 6: 5-9* y *Colosenses 3:22 - 4:1*. Pablo los escribió cuando estaba preso en Roma, y es muy probable que fuera cuando Onésimo estaba con él, y que reflejen mucho de las largas conversaciones que Pablo tuvo con el esclavo fugitivo que se había convertido a Cristo.

Según este parecer, *Filemón* es una carta privada, enviada por Pablo a Filemón cuando le devolvió a su esclavo fugitivo; y la escribió para exhortar a Filemón a recibir a Onésimo, no como recibiría un amo pagano a un esclavo fugitivo, sino como un cristiano recibe a otro.

ARQUIPO

Pasemos ahora a considerar la otra teoría sobre esta carta. Podemos empezar considerando el lugar de Arquipo. Se le menciona en *Colosenses* y en *Filemón*. En *Filemón* se mandan saludos a Arquipo, *nuestro compañero de milicia* (versículo 2); y ese título hace suponer que Arquipo era el pastor de la comunidad cristiana en cuestión. También se le menciona en *Colosenses 4:17*: < Decidle a Arquipo: "Mira que cumplas el ministerio que has recibido del Señor".> Ahora bien, esa advertencia viene después de una serie completa de referencias muy definidas, no a Colosas, sino a *Laodicea* (*Colosenses 4:13,1 Ss*). ¿Podría ser que el hecho de que aparezca entre pasajes relativos a Laodicea implicara que Arquipo fuera también de Laodicea? ¿Por qué había de recibir él este mensaje personal? Si estaba en Colosas, oiría la carta cuando se leyera cuando todos los demás de allí. ¿Por qué había de enviársele esta advertencia personal? Sin duda es posible que la respuesta sea que no estaba en Colosas sino en Laodicea.

En ese caso, esto quiere decir que la casa de Filemón estaba en Laodicea, y que Onésimo era un esclavo fugitivo laodicense. Esto debe de querer decir que la carta a Filemón iba dirigida de hecho a Laodicea; y en ese caso, la carta perdida a Laodicea que se menciona en *Colosenses 4:16* no sería otra que la *Carta a Filemón*. Esto resolvería varios problemas.

Recordemos que en la sociedad antigua, con su opinión propia de la esclavitud, Pablo asumía un riesgo considerable al devolverle a Onésimo a su amo. Así que se puede opinar que *Filemón* no es realmente sólo una carta personal. Es verdad que va dirigida a Filemón y a la *iglesia que está en su casa*. Y además tenía que leerse en Colosas. ¿Qué estaba haciendo Pablo? Sabiendo el riesgo que asumía al hacer volver a Onésimo, estaba movilizándolo a su favor la opinión de la Iglesia tanto en Laodicea como en Colosas. La decisión acerca de Onésimo no se le podía dejar exclusivamente a Filemón; había de ser la decisión de toda la comunidad cristiana. Resulta

que hay un pequeño, pero importante detalle lingüístico que apoya esta teoría. En el versículo 12 la versión Reina-Valera hace escribir a Pablo que *ha enviado de nuevo* a Onésimo a Filemón. El verbo griego es *anapempein*; este es el verbo que se usa regularmente con el sentido de referir un caso a alguien

oficialmente para una decisión. Y el versículo 12 debería traducirse muy probablemente: < Elevo este caso a vuestra consideración para que lleguéis a una decisión,» es decir, no solamente a Filemón, sino también a la iglesia que se reunía en su casa.

Hay mucho que decir a favor de esta teoría. Sólo tiene una dificultad. En *Colosenses 4:9* se cita a Onésimo como *uno de vosotros*, lo que parece indicar que era colosense. Pero E. J. Goodspeed, que presenta esta teoría con tal erudición y persuasión, arguye que Colosas, Hierápolis y Laodicea estaban tan próximas, y formaban hasta tal punto una misma iglesia, que se las podía considerar una comunidad; y que, por tanto, *uno de vosotros* no tenía que querer decir necesariamente que Onésimo fuera de Colosas, sino simplemente que venía de aquel grupo íntimamente relacionado. Si estamos dispuestos a aceptar esto, se le elimina el último obstáculo a esta teoría.

LA CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA

Goodspeed no se detiene aquí, sino sigue reconstruyendo la historia del Onésimo que fuera una vez esclavo fugitivo de una manera sumamente conmovedora.

En los versículos 13 y 14 Pablo deja muy claro que le habría gustado mucho seguir teniendo a Onésimo consigo. < Yo habría estado encantado de quedármelo, para que él me pudiera servir como vuestro representante durante mi encarcelamiento por el Evangelio; pero he preferido no hacer nada sin tu consentimiento para que tu amabilidad no fuera por compromiso, sino por tu propia libre voluntad. » Le recuerda a Filemón que le debe su misma alma (versículo 19). Dice, con una gracia encantadora: < ¡Déjame que me aproveche yo ahora de ti un poco! » (versículo 20). Dice: < Confiando en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás más de lo que yo te diga » (versículo 21). ¿Se puede suponer que Filemón rechazara tal

solicitud? A la vista de un lenguaje así, ¿podría él hacer otra cosa que devolverle a Onésimo otra vez a Pablo con su bendición? Goodspeed da por seguro que Onésimo volvió con Pablo y que llegó a ser su ayudante en la obra del Evangelio.

EL OBISPO DE ÉFESO

Avancemos cosa de cincuenta años. Ignacio de Antioquía, uno de los grandes mártires cristianos, es conducido a Roma para ser ejecutado. En su viaje escribe cartas -que se han conservado- a las iglesias de Asia Menor. Se detiene en Esmirna, desde donde escribe a la iglesia de Éfeso, y en el primer capítulo de esa carta tiene mucho que decir acerca del maravilloso obispo de Éfeso. ¿Y cómo se llamaba aquel obispo? Onésimo; e Ignacio hace exactamente el mismo juego de palabras que había hecho Pablo -es Onésimo, no sólo de nombre, sino también de naturaleza, hombre provechoso para Cristo. Bien puede ser que el esclavo fugitivo llegara a ser con el paso de los años el gran obispo de Éfeso.

LO QUE CRISTO HIZO POR MÍ

En este caso, hay otra incógnita más que se nos resuelve. ¿Cómo fue que sobrevivió esta carta breve, escrita en una sola hoja de papiro, y por qué llegó a incluirse en la colección de las cartas de Pablo? No trata de ninguna gran doctrina, ni ataca ninguna gran herejía; es la única carta personal entre las cartas indiscutibles de Pablo. Es prácticamente seguro que la primera colección de las cartas de Pablo se hizo en Éfeso, hacia- finales del siglo I o principios del siglo II. Era precisamente entonces cuando Onésimo era el obispo de Éfeso, y bien puede ser que fuera él el que insistiera en que esta carta se incluyera en la colección, aunque era breve y personal, para que todos pudieran saber lo que la gracia de Dios había hecho por él. Por

medio de esta carta el gran obispo quiso que todo el mundo conociera que él había sido una vez un esclavo fugitivo, y que le debía su vida a Jesucristo por medio de Pablo.

¿Volvió Onésimo a Pablo con la bendición de Filemón? ¿Llegó a ser el gran obispo de Éfeso el que había sido un esclavo fugitivo? ¿Insistió él en que esta cartita se incluyera en la colección paulina para dar testimonio de lo que Cristo, por medio de Pablo, había hecho por él? Probablemente nunca lo sabremos con absoluta seguridad, pero es una historia preciosa de la gracia de Dios en Cristo -¡y quisiéramos que hubiera sido verdad!

FILEMÓN

UN HOMBRE AL QUE ERA FÁCIL APELAR

Filemón 1-7

Esta es una carta de Pablo, preso de Jesucristo, y del hermano Timoteo, a nuestro muy querido Filemón nuestro colaborador, juntamente con la hermana Apia, y Arquipo nuestro compañero de milicia, y la iglesia que está en tu casa: ¡Que la gracia y la paz de nuestro Padre Dios y del Señor Jesucristo sean con vosotros!

Siempre Le doy gracias a Dios cuando te menciono en mis oraciones porque oigo del amor y de la fe que tienes en el Señor Jesús y para con todos los que están consagrados a Dios. Le pido que las obras amables de beneficencia a las que te mueve la fe sean poderosamente efectivas para aumentar tu conocimiento de todo lo bueno que hay en nosotros y que cada vez nos acerca más a Jesucristo. Me has hecho sentir mucho gozo y ánimo; porque, hermano mío, has alentado los corazones del pueblo de Dios.

Esta carta a Filemón es extraordinaria, porque vemos en ella a Pablo pidiendo un favor. No ha habido nadie que pidiera menos favores que Pablo; pero en esta carta está pidiendo uno, no para sí, sino para Onésimo, que se había descarriado y a quien Pablo estaba ayudando a volver al camino. El principio de esta carta también es sorprendente. Pablo se solía identificar como *apóstol*; pero en esta ocasión está escribiendo como un

amigo a otro, y omite el título oficial. No escribe como *el apóstol* Pablo, sino como Pablo *el anciano y preso de Cristo*. Desde el principio de esta carta Pablo aparca toda referencia a su autoridad y hace su petición apelando exclusivamente a la simpatía y al amor.

No sabemos quiénes eran Apia y Arquipo, pero se ha sugerido que Apia sería la mujer y Arquipo el hijo de Filemón, porque ellos también tendrían mucho interés en la vuelta de Onésimo, su esclavo fugitivo. No cabe duda que Arquipo había estado en la obra de Cristo con Pablo, porque este le llama su compañero de campaña.

Está claro que Filemón era un hombre al que era fácil pedirle un favor. Todos los creyentes conocían su fe en Jesucristo y su amor a los hermanos, cuya noticia había llegado hasta la misma Roma, donde Pablo estaba preso. Su casa debe de haber sido como un oasis en el desierto, porque Pablo dice que allí recibían aliento los corazones del pueblo de Dios. Es precioso pasar a la Historia como hombre en cuya casa podía descansar y cobrar aliento el pueblo de Dios.

En este pasaje hay un versículo que es muy difícil de traducir, y acerca del cual se ha escrito mucho. Es el versículo 6, que la versión Reina-Valera traduce: < Pido para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en

vosotros por Cristo Jesús.» La frase *la participación de tu fe* es muy difícil. En griego es *koinónia písteós*. Por lo que podemos ver hay tres interpretaciones posibles. (a) *Koinónáa* puede querer decir *compartir*; por ejemplo, puede referirse a compartir un negocio. En ese caso puede que quiera decir *tu participación en la fe cristiana*; y *podría* ser una oración para que la fe que comparten Filemón y Pablo conduzca a Filemón a cada vez mayores profundidades de la fe cristiana. (b) *Koinónia* puede querer decir *comunión*; y esto puede ser una oración para que *la comunión cristiana* conduzca a Filemón cada vez más hondo en la verdad. (c) *Koinónia* puede querer decir *el acto de compartir*; en ese caso el versículo querría decir: «Es mi oración que tu manera de compartir

generosamente todo lo que posees te conduzca cada vez a mayores profundidades del conocimiento de las cosas buenas que conducen a Cristo.»

Creemos que el tercer sentido es el correcto. Es obvio que la generosidad cristiana era una cualidad de Filemón; tenía amor al pueblo de Dios, y en su casa descansaban y recuperaban fuerzas los hermanos. Y ahora Pablo le va a pedir a este hombre tan generoso que sea aún más generoso. Aquí hay una gran idea, si nuestra interpretación es correcta. Quiere decir que aprendemos más y más de Cristo ayudando a otros. Quiere decir que vaciándonos de nosotros mismos, nos llenamos de Cristo. Quiere decir que el tener las manos y el corazón abiertos es la manera más segura de aprender más y más de las riquezas de Cristo. El que conoce mejor a Cristo no es el investigador intelectual, ni siquiera el santo que pasa la vida en oración, sino el que se conduce en amorosa generosidad para con sus semejantes.

LA SÚPLICA DEL AMOR

Filemón 8-17

Yo podría atreverme a darte órdenes en Cristo en relación con tus deberes, pero por mor del amor prefiero hacerlo en forma de súplica, yo, Pablo, tal como soy, ahora ya un hombre de edad y además un preso de Cristo. Lo que te pido es para el hijo que me ha nacido estando yo preso -quiero decir Onésimo, que te fue inútil una vez, pero que ahora nos puede ser útil a ti y a mí. Te le estoy enviando de vuelta, lo que es para mí como enviarte un trozo de mi propio corazón. Yo habría querido seguir teniéndole a mi lado, para que me sirviera en tu lugar en el encarcelamiento que me ha venido por causa del Evangelio; pero no quise hacer nada sin tu consentimiento, para que no te sintieras obligado a hacerme el favor que te pido, sino me lo concedieras de buena gana. Puede que se apartara de ti por un tiempo para que le recuperaras para siempre; y no ya como esclavo, sino como un hermano querido, especialmente para mí, y aún más para ti, tanto como hombre como como cristiano. Si me tienes por colega, recíbele como me recibirías a mí.

Pablo, por ser Pablo, podía haberle exigido a Filemón lo que hubiera querido; pero prefiere pedirselo humildemente. Un regalo tiene que darse con libertad y de voluntad; si se da por obligación, ya no es un regalo.

En el versículo 9 Pablo se describe a sí mismo. La versión Reina-Valera -que seguimos aquí- traduce < Pablo, ya anciano, y ahora, además, prisionero de Jesucristo. » Buen número de expertos proponen sustituir por otra la palabra *anciano*. Se arguye que Pablo no podía realmente describirse como anciano. Seguramente todavía no tenía ni sesenta años. Se encontraba entre los cincuenta y cinco y los sesenta. Pero sobre esa base, los que objetan a la traducción *anciano* están equivocados. La palabra que se aplica Pablo es *presbytés*, y el gran escritor médico griego Hipócrates dice que un hombre es *presbytés* desde los cuarenta y nueve hasta los cincuenta y seis años de edad; y solo después llegaba a ser un *guerón*, la palabra griega para *viejo*.

Pero, ¿qué otra traducción se sugiere? Hay dos palabras que son muy semejantes; sólo se diferencian en una letra, y se pronunciaban exactamente igual. Son *presbytés*, *anciano*, y *presbeutés*, *embajador*. Es el verbo correspondiente a esta última el que usa Pablo en Efesios 6:20, cuando dice: «Yo soy un *embajador* en cadenas.» Si creemos que la palabra original sería *presbeutés*, Pablo está diciendo: «Soy un *embajador*, aunque soy un *embajador* en cadenas.» Pero es mucho más probable que debamos retener la traducción *anciano* porque Pablo está apelando en esta carta todo el tiempo, no a ningún puesto que ocupara o a ninguna autoridad que poseyera, sino

solamente al amor. No es un *embajador* el que está hablando, sino un hombre que ha llevado una vida dura, y ahora se encuentra solo y cansado.

Pablo hace su petición en el versículo 10, y es por Onésimo. Advertimos cómo difiere el pronunciar el nombre de Onésimo, casi como si quisiera evitarlo. No presenta ningunas disculpas por él; admite abiertamente que era un tipo inútil; pero hace la salvedad de que ahora es útil. El Cristianismo, como solía decir James Denney, es el poder que hace buenos a los malos.

Es significativo notar que Pablo pretende que en Cristo la persona inútil se hace útil. La última cosa que el Cristianismo está diseñado para producir es gente indiferente e ineficaz; produce personas que son útiles y que pueden hacer un trabajo mejor de lo que habrían podido hacerlo si no conocieran a Cristo. Se decía de Alfonso X el Sabio que < de mirar tanto al cielo se le cayó la corona. » El verdadero Cristianismo produce personas que asuran al Cielo para ser útiles en la Tierra.

Pablo llama a Onésimo el hijo que le ha nacido en la cárcel. Un dicho rabínico decía: < Si uno le enseña la Ley al hijo de su prójimo, la Escritura le considera lo mismo que si le hubiera engendrado. » El llevar a una persona a Jesucristo es por lo menos tan importante como el haberla traído a este mundo. ¡Felices los padres que le dan la vida de este mundo a sus hijos, y también los conducen a la vida eterna; porque entonces son los padres de sus hijos por partida doble!

Como ya hemos advertido en la introducción a esta carta, el versículo 12 tiene un doble sentido. Pablo escribe: < Estoy enviándote de vuelta. » Pero el verbo *anapémpein* no quiere decir solamente *enviar de vuelta*, sino también *elegir un caso a la autoridad competente*; y Pablo le está diciendo a Filemón: < Te remito este caso de Onésimo a ti, para que des sobre él el veredicto que esté de acuerdo con el amor que debes tener. » Onésimo debe haberle llegado a ser muy querido a Pablo en aquellos meses de prisión, porque le hace el elogio de decirle a Filemón que se le envía como si se tratara de un pedazo de su propio corazón.

Y entonces llega la súplica. Pablo habría querido quedarse con Onésimo, pero se le devuelve a Filemón para no hacer nada sin su consentimiento. Aquí volvemos a tener otro detalle significativo. El Cristianismo no pretende ayudar a una persona a escapar de su pasado y huir de él, sino permitirle a uno arrostrar su pasado y elevarse por encima de él. Onésimo se había fugado. Pues bien, entonces tenía que volver atrás, asumir las consecuencias de lo que había hecho y elevarse por encima de ellas. El Cristianismo no es nunca una evasión; es siempre una conquista.

Pero Onésimo vuelve atrás con una diferencia. Se escapó como esclavo pagano; vuelve como hermano en Cristo. Va a serle difícil a Filemón el ver en el esclavo fugitivo a un hermano; pero eso es precisamente lo que le pide Pablo: < Si estás de acuerdo en que tú y yo somos socios en la obra de Cristo, y en que Onésimo es mi hijo en la fe, debes recibirle como me recibirías a mí. »

Aquí encontramos otra cosa muy significativa. El cristiano siempre debe recibir a la persona que vuelve atrás después de cometer una equivocación. Demasiadas veces miramos con suspicacia a la persona que se ha descarriado, y le hacemos ver que no estamos dispuestos a otorgarle otra vez nuestra confianza. Creemos que Dios puede perdonarla, y que la perdona; pero a nosotros nos resulta demasiado difícil. Se ha dicho que lo más alentador de Jesucristo es que confía en nosotros en el mismo terreno en que hemos sido derrotados. Cuando una persona ha cometido una equivocación, la vuelta atrás le puede ser muy dura; y Dios no puede perdonar a la ligera a la persona que, pagada de su propia justicia o carente de simpatía, le hace todavía más difícil la rehabilitación al que vuelve arrepentido.

ÚLTIMA PETICIÓN Y BENDICIÓN FINAL

Filemón 18-25

Si Onésimo te ha perjudicado de alguna manera o te debe algo, ponlo en mi cuenta. Yo, Pablo, lo escribo de mi puño y letra, y yo lo pagaré. Por no decirte que eres tú el que te me debes a ti mismo. Sí, hermano mío, déjame aprovecharme de ti cristianamente. ¡Animame el corazón cristianamente! Te escribo con absoluta confianza en tu buena disposición, porque sé muy bien que harás más de lo que te pido.

Al mismo tiempo, ve preparándome alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones se os concederá el que vaya a visitaros.

Te saludan Epafras, mi compañero de cárcel por Jesucristo, lo mismo que mis colaboradores Marcos, Aristarco, Demas y Lucas.

¡La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu! Amén.

Es una de las leyes de la vida que alguien tiene que pagar el precio del pecado. Dios puede perdonar, y perdona; pero ni siquiera Él puede librar a una persona de las consecuencias de lo que ha hecho. La gloria de la fe cristiana es que, exactamente de la misma manera que Jesucristo asumió los pecados de todos los hombres, así también hay algunos que, por amor, están dispuestos a ayudar a pagar las consecuencias de los pecados de aquellos que les son queridos. El Cristianismo no ha permitido nunca a nadie no pagar sus deudas.

Onésimo tiene que haberle robado a Filemón, además de escapársele. Si no se había apropiado de algún dinero de Filemón, es difícil comprender cómo consiguió hacer el largo viaje hasta Roma.

Pablo escribe de su puño y letra que se hace responsable de la deuda, y la pagará hasta la última peseta.

Es interesante notar que este es un ejemplo preciso de un *jeirógrafon*, la clase de recibo que se menciona en Colosenses 2:14. Se trata de un documento autógrafo contra Pablo, de una obligación voluntariamente aceptada y firmada.

Es interesante saber que Pablo podía pagar las deudas de Onésimo. Una y otra vez encontramos sugerencias que nos muestran que Pablo no estaba totalmente falto de recursos económicos. Félix le mantuvo prisionero porque tenía esperanzas de cobrar un rescate (Hechos 24:26); Pablo pudo alquilar una casa el tiempo que estuvo detenido en Roma (Hechos 28:30). Bien puede ser que, si no hubiera escogido la vida de misionero de Cristo, podría haber vivido cómoda y tranquilamente de sus propios recursos. Esta puede muy bien ser otra de las cosas a las que renunció por Cristo.

En los versículos 19-20 escuchamos hablar a Pablo con un destello de humor: «Filemón, tú me debes a mí el alma, porque fui yo el que te trajo a Cristo. ¿Me dejas que me aproveche de ti ahora un poco?» Con una sonrisa afectuosa, Pablo le está diciendo: « Filemón, tú me has sacado a mí un montón. ¡Déjame que saque yo algo de ti!» El versículo 21 es típico de la manera que tenía Pablo de tratar con la gente. Siempre seguía la regla de esperar lo mejor de los demás; no dudó realmente nunca de que Filemón accedería a su petición. Es una buena regla. El esperar lo mejor de otras personas esa menudo encontramos a mitad de camino de conseguirlo; y es también ayudar a los otros la mitad del camino a tomar su decisión. Si dejamos suponer que esperamos poco, eso será lo que consigamos, si acaso.

En el versículo 22 tenemos una muestra del optimismo de Pablo. Aun en la cárcel, cree posible que se le devuelva la libertad en respuesta a las oraciones de sus amigos. Ahora había cambiado de plan. Antes de que le metieran preso había tenido la intención de dirigirse a la lejana España (Romanos 15: 24,28). Puede que después de años en la cárcel, dos en Cesarea y otros dos en Roma, Pablo comprendiera que debía dejarles los lugares lejanos a los más jóvenes, y que para él,

al acercarse al final de su carrera, el mantener sus contactos con los viejos amigos era lo mejor.

En el versículo 23 hay una lista de personas que mandan recuerdos, que son los mismos camaradas que aparecen en Colosenses, y así se llega al final con la bendición encomendando a la gracia de Dios a Filemón y a Onésimo al mismo tiempo.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 13-

Carta a los Hebreos

PRESENTACIÓN

Cuando leemos *La Carta a los Hebreos* nos damos cuenta de que es diferente del resto del *Nuevo Testamento*. En las biblias antiguas españolas se leía que era del apóstol Pablo, pero en las más recientes se la deja como anónima. Tampoco sabemos a quiénes iba dirigida, porque el título < A los Hebreos» se le puso más tarde, a falta de otro.

De los hebreos de Palestina tenemos muchos reportajes gráficos en los *Evangelios* y en el *Libro de los Hechos*; pero aquí ni siquiera se mencionan los fariseos y los saduceos, los romanos y los publicanos, el sanedrín y el templo, entre otras muchas cosas que esperaríamos; y sí se habla de otras de las que no trata ningún otro libro del *Nuevo Testamento*, como el Sacerdocio de Melquisedec, el Tabernáculo del desierto, el Día de la Expiación y el mismo Nuevo Testamento. Esto nos hace suponer que los cristianos del pueblo de Israel a los que se dirige este «mensaje de aliento» (13:22) -porque no cabe duda que se escribió para judíos que habían aceptado a Jesús de Nazaret como el Mesías- no eran los de Palestina, sino los de la diáspora, a los que pertenecería también el autor. Estos judíos, aunque mantenían contacto con «la madre patria», habían olvidado ya hacía mucho tiempo el hebreo y el arameo, y usaban en sus sinagogas la traducción al griego que se había hecho hacía ya tres siglos de las Escrituras del pueblo de Israel, entre las que incluían otros libros que ya se habían escrito originalmente en griego, algunos de los cuales heredó la Iglesia Primitiva.

Este es el ambiente en el que nos introducimos cuando leemos *La Carta a los Hebreos*. Para explorar sus secretos necesitaremos un guía experto en los vericuetos del judaísmo

del período intertestamentario; alguien que nos explique las palabras, alusiones, leyendas y técnicas interpretativas de aquellos hebreos que vivían en tres mundos: el de la Ley de Israel, el de la filosofía griega y el del Imperio Romano.

Y somos muy afortunados; porque «es verdad que tenemos el guía ideal que necesitábamos y que nos convenía tener» William Barclay. A sus reconocidas dotes de comunicador, adjunta aquí sus conocimientos enciclopédicos de la antigüedad clásica, que fue su primera carrera universitaria; y, sobre todo, de la lengua y cultura helenística, de lo que era profesor en la Universidad de Glasgow. Con su estilo conversacional característico nos reconstruye ese periodo que, nos dice, «los cristianos debemos estudiar con interés especial; porque, si sus enemigos hubieran conseguido destruir totalmente la fe de Israel, como se propusieron, ¿cómo se habrían hecho realidad las promesas de Dios?»

En muchas cosas se identifican el autor y el comentarista de *La Carta a los Hebreos*. A William Barclay también se le puede aplicar, lo que él dice de aquél: «El autor de *Hebreos* llega aquí a las consecuencias prácticas de todo lo que ha estado diciendo. De la teología pasa a la exhortación práctica. Es uno de los teólogos más profundos del *Nuevo Testamento*, pero toda su teología está gobernada por el sentido pastoral. No piensa sólo para sentir la emoción de la aventura intelectual, sino para apelar con más fuerza a los hombres para que entren en la presencia de Dios.»

Tampoco tienen los dos nada más que un «tema», que es Jesús, al que nos presentan en esta cantera inagotable de piedad y doctrina cristiana como El gran Pastor de las ovejas, Nuestro Precursor, El Pionero de nuestra Salvación, Ministro del Santuario, El Autor y Consumador de nuestra Fe, Rey y Sumo Sacerdote supremo, Apóstol de nuestra Confesión, Sacrificio definitivo e irrepitable, y otros títulos gloriosos que sólo Le pertenecen a Él, que podremos saborear y asimilar en la lectura y estudio de este libro.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS HEBREOS

DIOS SE REALIZA DE MUCHAS MANERAS

La religión no es la misma cosa para todas las personas. «Dios -como dijo Tennyson- se realiza de muchas maneras.» George Russell dijo: «Hay tantas maneras de subir a las estrellas como personas dispuestas a intentarlo.» Hay un dicho corriente en inglés que expresa muy bien esta gran verdad: «Dios tiene su pasadizo secreto para entrar en todos los tipos de corazones.» Hablando en general, hay cuatro grandes concepciones de la religión.

(i) Para algunas personas es *una íntima comunión con Dios*. Es una unión con Cristo tan estrecha y tan íntima que el cristiano puede decir que vive en Cristo y Cristo vive en él. Esa era la concepción que Pablo tenía de la religión. Para él era algo que le unía místicamente con Dios.

(ii) Para algunas personas la religión es lo que les da *un estándar para la vida y un poder para alcanzarlo*. En términos generales eso era la religión para Santiago y Pedro. Era algo que les mostraba lo que debería ser la vida, y que los capacitaba para alcanzarlo.

(iii) Para algunas personas la religión es *lo que satisface sus mentes al más alto nivel*. Con su inteligencia buscan y buscan hasta encontrar que pueden descansar en Dios. Fue Platón el que dijo que «no vale la pena vivir sin discernimiento.» Hay personas para las que el sentido de la vida consiste en entender

o morir. En conjunto, eso es lo que la religión era para Juan. El primer capítulo de su *Evangelio* es uno de los intentos más grandes del mundo para presentar la religión de una manera que satisfaga plenamente a la mente.

(iv) Para algunas personas la religión es acceso a Dios. Es lo que quita los obstáculos y abre la puerta a Su presencia viva. Eso es lo que era la religión para el autor de la Carta a los *Hebreos*. *Esa* era la idea que le dominaba. Encontró en Cristo al único que le podía introducir a la misma presencia de Dios. Todo lo que entendía por religión se resume en el gran pasaje de *Hebreos 10:19-23*:

«Por tanto, puesto *que tenemos* confianza para entrar en el santuario por la Sangre *de Cristo*, por el camino nuevo y vivo *que Él nos abrió* a través del velo, *es decir, de su propia carne... acerquémonos* con corazón sincero y con la plena confianza *que nos da la fe.* »

Si el autor de *Hebreos* tuviera una expresión característica sería: < ¡Acerquémonos! »

EL DOBLE TRASFONDO

El autor de *Hebreos* tenía un doble trasfondo, en cuyas dos partes aparece esta misma idea. Tenía un trasfondo griego. Desde los tiempos de Platón, quinientos años antes, los griegos habían estado fascinados con el contraste entre lo real y lo irreal, lo visible y lo invisible, lo temporal y lo eterno.

Los griegos pensaban que, en algún lugar, había un mundo real del que éste no es más que una copia imperfecta. Platón creía que, en algún lugar, había un mundo de formas, o *ideas*, o modelos, de los que todo lo de este mundo no era más que una reproducción. Por ejemplo: en algún lugar se encontraba el modelo de la silla perfecta, de la que todas las sillas de este mundo serían copias imperfectas. Platón decía: « El Creador del

mundo ha diseñado y desarrollado Su obra de acuerdo con un modelo inalterable y eterno del que el mundo es simplemente una copia.» Filón, siguiendo a Platón, decía: «Dios sabía desde el principio que una copia perfecta no se puede hacer nada más que de un modelo perfecto; y que ninguno de los objetos perceptibles a los sentidos podría ser sin falta a menos que se modelara conforme a un arquetipo y a una idea espirituales; así que, cuando hizo los preparativos para crear el mundo visible, formó primero el mundo ideal, para luego constituir lo corpóreo de acuerdo con el dechado incorpóreo y divino.» Cuando Cicerón estaba hablando de las leyes que la humanidad conoce y usa en la Tierra, dijo: « No tenemos una semejanza real y viva de la ley real y de la justicia verdadera; todo lo que tenemos son sombras y bocetos.»

Todos los pensadores del mundo antiguo tenían esta idea de que, en algún lugar, hay un mundo real del que éste es sólo una especie de copia imperfecta. Aquí no podemos hacer más que suponer o andar a tientas, valiéndonos de copias y reproducciones imperfectas. Pero, en el mundo invisible, están las cosas reales y perfectas. Cuando murió Newman, le erigieron una estatua en cuyo pedestal se leen las palabras latinas: *Ab umbris et imaginibus ad veritatem*, « De las sombras y las copias, a la verdad.» Si es así, está claro que la gran tarea de esta vida es salir de las sombras y las reproducciones y alcanzar la *realidad*. *Exactamente* esto es lo que el autor de la Carta a los *Hebreos* nos dice que Jesucristo nos capacita para hacer. A los griegos les decía: «Os habéis pasado la vida tratando de pasar de las sombras a la- realidad. Eso es precisamente lo que Jesucristo puede capacitaros para hacer.

EL TRASFONDO HEBREO

El autor de *Hebreos* tenía también un trasfondo *hebreo*. Para los judíos siempre era peligroso acercarse demasiado a Dios. « El hombre no puede verme y seguir vivo » -le dijo Dios

a Moisés (*Éxodo 33:20*). La alucinada exclamación de Jacob en Peniel fue: « ¡He visto a Dios cara a cara, y no he perdido la vida!» (*Génesis 32:30*). Cuando Manoa se dio cuenta de Quién había sido el Que le había visitado, le dijo a su mujer, aterrado: «Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto» (*Jueces 13:22, R-V*). El día más solemne del año litúrgico judío era el Día de la Expiación. Era el único día del año que el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, en el que se creía que moraba la misma presencia de Dios. Nadie entraba allí excepto el sumo sacerdote, y sólo ese día, Cuando lo hacía, la Ley establecía que no debía permanecer en el Lugar Santísimo más de lo imprescindible, «para que no se aterrara Israel.» Era peligroso entrar a la presencia de Dios, y si uno se quedaba allí más de la cuenta podía caer fulminado.

En vista de esto entró en el pensamiento judío la idea del *pacto*. Dios, en Su Gracia y de una manera totalmente inmerecida por el hombre, se acercó a la nación de Israel y le ofreció una relación especial con Él. Pero este acceso exclusivo a Dios estaba condicionado a la observancia de la Ley que Dios había dado al pueblo. Podemos ver cuándo entró Israel en esta relación y aceptó la Ley en la dramática escena de *Éxodo 24:3-8*.

Así es que Israel tenía acceso a Dios, *pero sólo si cumplía la Ley*. El quebrantarla era pecado, y el pecado levantaba una barrera que impedía el acceso a Dios. Fue para quitar esa barrera para lo que se estableció el sistema del sacerdocio levítico y de los sacrificios. Dios dio la Ley; el hombre pecaba; se levantaba la barrera, y se hacía el sacrificio para abrir otra vez el camino a Dios que había cerrado el pecado. Pero la experiencia de la vida era que eso era precisamente lo que el sacrificio no podía hacer. Esa era la prueba de la ineficacia del sistema: que no se acababa nunca de ofrecer sacrificios. Era una batalla perdida e ineficaz para suprimir la barrera que había levantado el pecado entre Dios y el hombre.

EL PERFECTO SACERDOTE Y EL PERFECTO SACRIFICIO

Lo que la humanidad necesitaba era *un sacerdote perfecto y un sacrificio perfecto*, alguien que fuera capaz de ofrecerle a Dios un sacrificio que abriera el camino de acceso a Él de una vez para siempre. Eso, decía el autor de *Hebreos*, es exactamente lo que Cristo ha hecho. Él es el Sacerdote perfecto porque es al mismo tiempo perfectamente humano y perfectamente divino. En Su humanidad lleva al hombre a Dios, y en Su divinidad trae a Dios al hombre. No tiene pecado. El Sacrificio perfecto que presenta a Dios es el Sacrificio de Sí mismo, un Sacrificio tan perfecto que no necesita repetirse nunca. A los judíos les decía el autor de *Hebreos*: « Os habéis pasado la vida buscando al Sacerdote perfecto que puede ofrecer el Sacrificio perfecto y daros acceso a Dios. Le tenéis en Jesucristo, y sólo en Él.»

A los griegos, el autor de *Hebreos* les decía: «Estáis buscando el camino que os lleve de las sombras a la realidad; lo encontraréis en Jesucristo.» Y a los judíos les decía: «Estáis buscando el Sacrificio perfecto que abra el camino a Dios que han cerrado vuestros pecados; lo encontraréis en Jesucristo.» Jesús es el único que da acceso a la realidad y a Dios. Ese es el pensamiento clave de toda esta carta.

EL ENIGMA DEL NUEVO TESTAMENTO

Hasta aquí lo que está claro; pero cuando pasamos a otras cuestiones de la introducción de *Hebreos* todo parece estar envuelto en misterio. E. F. Scott escribió: «*La Epístola a los Hebreos* es en muchos sentidos el enigma del *Nuevo Testamento*.» *Cuándo* se escribió, a quién y por quién son preguntas a las que sólo podemos contestar tentativamente. La misma historia de esta carta muestra que este misterio se ha tratado

siempre con una cierta reserva y suspicacia. Pasó bastante tiempo hasta que *Hebreos* llegó a ser uno de los libros incuestionables del *Nuevo Testamento*. La primera lista de éstos, el *Canon de Muratori*, compilado hacia el 180 d.C., ni siquiera lo menciona. Los grandes eruditos alejandrinos Clemente y Orígenes, conocían y amaban *Hebreos*, pero estaban de acuerdo en que se discutía su inclusión en las Sagradas Escrituras. De los grandes padres africanos, Cipriano nunca lo menciona, y Tertuliano sabía que se discutía su aceptación. Eusebio, el gran historiador de la Iglesia, dice que estaba entre los libros discutibles. Hasta el tiempo de Atanasio, a mediados del siglo

IV, no se aceptó *Hebreos* como libro del *Nuevo Testamento*, y aun Lutero no estaba muy seguro acerca de él. Es extraño que este gran libro tuviera que esperar tanto tiempo para ser reconocido y aceptado.

¿CUÁNDO SE ESCRIBIÓ?

La única información que tenemos procede de la misma carta. Está claro que iba dirigida a lo que podríamos llamar una segunda generación de creyentes (2:3). Los destinatarios habían recibido el Evangelio de los que habían escuchado al Señor. La comunidad a la que se dirige no era nueva en la fe cristiana; ya deberían ser mayores de edad en la fe (5:12). Deben de haber tenido una historia larga, porque se les exhorta a recordar el pasado (10:32). Tenían una gran tradición y mártires heroicos que ellos deberían recordar para recibir inspiración (13:7).

Lo que nos ayudará más a fechar esta carta son sus referencias a la persecución. Está claro que hubo un tiempo en que sus líderes habían muerto por la fe (13:7). Está claro que ellos mismos todavía no habían sufrido la peor persecución, porque no habían tenido que resistir hasta el punto de derramar su sangre (12:4); pero está claro que habían sufrido malos tratos, porque los habían despojado de sus bienes (10:32-34). Y el

tono y desarrollo de la carta dejan bien claro que hay peligro de que tengan que arrostrar otra persecución. Por todo lo cual se puede decir que esta carta debe de haberse escrito entre dos persecuciones, en días en los que no se perseguía de hecho a los cristianos pero tampoco se los miraba con buenos ojos. Ahora bien: la primera persecución fue en el tiempo de Nerón, en el año 64 d.C.; y la siguiente fue en el tiempo de Domiciano, hacia el 86 d.C. No creemos equivocarnos mucho si decimos que entre estas dos fechas, probablemente más cerca de la segunda, sería cuando se escribió esta carta.

¿A QUIÉNES IBA DIRIGIDA?

En esto también tenemos que depender de detalles que encontramos en la misma carta. Una cosa es cierta: no parece que se mandara a una de las grandes iglesias, porque en tal caso no se habría perdido tan completamente el nombre del lugar. Vamos a establecer lo que sabemos. La carta iba dirigida a una iglesia que hacía tiempo que se había establecido (5:12); que había sufrido persecución en el pasado (10:32-34); que había tenido grandes momentos y grandes maestros y líderes (13:7); que no había sido fundada por ninguno de los apóstoles (2:3), y que se caracterizaba por su generosidad (6:10).

Tenemos una alusión bastante concreta. Entre los saludos finales encontramos la frase, como aparece en la versión Reina-Valera: «Los de Italia os saludan.» (13:24). Según esta referencia, la carta puede que se escribiera, *o desde* Italia, o a Italia; lo segundo más probablemente. Supongamos que yo me encuentro en Glasgow y estoy escribiendo a un lugar del extranjero. No sería normal que dijera: «Todos los de Glasgow os mandan recuerdos.» Pero suponed que estoy en algún lugar del extranjero donde hay una pequeña colonia de gente de Glasgow; entonces sí diría: «Todos los de Glasgow os mandan recuerdos.» Así es que podemos decir que la carta iba dirigida *a Italia*; y, en tal caso, casi seguro que sería a Roma.

Pero igualmente seguro es que no sería para la iglesia de Roma en general, porque en tal caso no habría perdido el título. Además, nos da la impresión inconfundible de que iba dirigida a un grupo reducido de personas que tenían mucho en común. Y todavía más: era un grupo de personas con buena preparación intelectual. Del 5:12 podemos deducir que hacía tiempo que estaban recibiendo enseñanza y se estaban preparando para ser maestros de la fe cristiana. Y además, *Hebreos* requiere tal conocimiento del *Antiguo Testamento* y de la religión judía que debe de haberlo escrito un profesor para estudiantes aventajados. Resumiendo todo lo dicho, podemos establecer que *Hebreos* es la carta de un gran maestro a un grupo reducido, o seminario, de estudiantes cristianos de Roma. El autor era su maestro; temporalmente estaba ausente, y temía que se desviarán de la fe, por lo cual les dirige esta carta. Es más una charla que una carta. No empieza como las cartas de Pablo, aunque sí se les parece al final en los saludos. El autor mismo la llama < un mensaje de exhortación. > (13:22).

¿QUIÉN LA ESCRIBIÓ?

Tal vez el problema del autor de esta carta sea el más difícil de resolver. Precisamente eso fue lo que mantuvo esta carta tanto tiempo pendiente de admisión definitiva en el *Nuevo Testamento*. Su título desde el principio era sencillamente «A los *Hebreos*.» No tenía nombre de autor, y nada la conectaba especialmente con el de Pablo. Clemente de Alejandría pensaba que Pablo había podido escribirla en hebreo, y que Lucas la habría traducido, porque el estilo es diferente del de Pablo. Orígenes hizo una observación que se ha hecho famosa: «Quién escribió la *Carta a los Hebreos* sólo Dios lo sabe a ciencia cierta.» Tertuliano creía que había sido Bernabé. Jerónimo decía que la iglesia latina no la consideraba de Pablo, y añade: < El que escribió *A los Hebreos*, quienquiera que fuera... > Agustín tenía el mismo sentir. Lutero declaró que no

podía haber sido Pablo el que la hubiera escrito, porque no refleja su pensamiento. Calvino decía que no podía llegar a pensar que esta carta fuera de Pablo.

En ningún momento de la historia de la Iglesia se pensó realmente que Pablo fuera el autor de *Hebreos*. Entonces, ¿cómo llegó a atribuírsele? Muy sencillo: cuando el *Nuevo Testamento* llegó a tener su contenido definitivo, se había discutido mucho, desde luego, qué libros se debían incluir y cuáles no. Para zanjar la cuestión se les aplicó una prueba: ¿Era el libro en cuestión obra de un apóstol o, por lo menos, de alguien que hubiera estado en contacto directo con alguno? Ya entonces se conocía y amaba *Hebreos* en toda la Iglesia. Casi todos los cristianos estaban de acuerdo con Orígenes en que sólo Dios sabía quién lo había escrito, pero lo amaban y creían que *debía* formar parte del *Nuevo Testamento*; y la única manera de conseguirlo era atribuírsele a Pablo. *Hebreos* se ganó la entrada en el *Nuevo Testamento* sencillamente por su calidad; pero para entrar tenía que incluirse entre las cartas de Pablo y figurar bajo su nombre. Todos sabían muy bien que no era de Pablo, pero lo incluyeron entre sus cartas para asegurarle la entrada, porque nadie sabía quién lo había escrito.

ELLA AUTORA DE HEBREOS

¿Podríamos adivinar quién fue el autor? Se han presentado muchos candidatos. Vamos a considerar sólo tres de ellos.

(i) Tertuliano decía que lo había escrito Bernabé. Bernabé era de Chipre; los chipriotas eran famosos por lo bien que conocían el griego, y *Hebreos* está escrito en el mejor griego del *Nuevo Testamento*. Era levita (*Hechos* 4: 36), y de todos los hombres del *Nuevo Testamento* sería el que tuviera un conocimiento más directo del sistema sacerdotal y sacrificial en el que se basa todo el pensamiento de esta carta. Se le llama *hijo de consolación (R-V)*; la palabra griega es *paraklésis*; y *Hebreos* se llama una palabra de *paraklésis* (13:22). Fue uno de

los pocos hombres aceptables para los judíos y para los griegos, y se sentía como en su propia casa en ambos mundos de pensamiento. Puede que fuera Bemabé el que escribiera esta carta; pero en tal caso es extraño que se perdiera tan completamente su nombre.

(ii) Lutero estaba seguro de que el autor había sido Apolos, que según el *Nuevo Testamento* era judío, natural de Alejandría, elocuente y poderoso en las Escrituras (*Hechos 18:24ss.; 1 Corintios 1:12; 3:4*). El que escribió esta carta conocía las Escrituras; era elocuente, y pensaba y razonaba de la manera típica de los Alejandrinos. El autor de *Hebreos* era, sin duda, una persona como Apolos en pensamiento y trasfondo.

(iii) La conjetura más romántica es la del gran investigador alemán Harnack, que creía que tal vez habían escrito esta carta Aquila y Priscila, entre los dos. Aquila era un maestro de la iglesia (*Hechos 18:26*). Su casa de Roma era una iglesia (*Romanos 16:5*). Harnack pensó que es por eso por lo que la carta no empieza con saludos y por lo que se ha perdido el nombre del autor: porque el autor principal de *Hebreos* había sido una autora, y a las mujeres no se les permitía enseñar.

Pero, cuando llegamos al final de las conjeturas tenemos que coincidir con lo que dijo Orígenes hace mil setecientos años: que sólo Dios sabe quién escribió *Hebreos*. El autor sigue siendo una voz, y nada más; pero debemos dar gracias a Dios por la obra de este gran anónimo que escribió con incomparable habilidad y belleza acerca de Jesús, Que es el camino a la Realidad y a Dios.

EL FIN DE LO FRAGMENTARIO

Hebreos 1:1-3

Dios había hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas de la antigüedad; pero al final de estos días que estamos viviendo nos ha hablado a nosotros por medio de Uno que es un Hijo, un Hijo al Que Dios ha destinado para que entre en posesión de todas las cosas, un Hijo por medio de Quien Dios hizo el universo. Era la misma refulgencia de la gloria de Dios; era la expresión exacta de la misma esencia de Dios; llevó adelante todas las cosas con Su poderosa Palabra y, después de haber hecho purificación por los pecados humanos, asumió el trono real a la diestra de la Gloria en las alturas.

Este es el pasaje escrito en el más sonoro griego de todo el *Nuevo Testamento*, que habría sido el orgullo de cualquier orador griego clásico. El autor de *Hebreos* aporta todos los recursos de palabra y de ritmo que podía contribuir la bella y flexible lengua griega. Las dos expresiones que hemos traducido por *en muchas ocasiones y de muchas maneras* están formados por una sola palabra cada una: *polyméros* y *polytropós*. Poly- en tales combinaciones quiere decir *muchos/as*, y los grandes oradores griegos, como Demóstenes, el más grande de todos, solían entretrejer tales palabras sonoras en el primer párrafo de sus discursos. El autor de *Hebreos* creía que, como iba a hablar de la suprema revelación de Dios a la humanidad,

debía vestir sus pensamientos en el lenguaje más **noble que pudiera encontrar**.

Aquí hay algo que nos llama la atención. El que escribió esta carta debe de haber recibido una preparación en oratoria griega. Cuando se convirtió a Cristo, no se deshizo de su preparación, sino *usó en el servicio de Jesucristo el talento que tenía*. Es muy conocida la encantadora leyenda francesa del Juglar de la Virgen. Estaba en un convento, y uno de los monjes le vio entrar en la cripta y ponerse a ofrecerle a la Virgen todas sus mejores gracias y acrobacias, hasta quedar agotado. Y entonces el oculto espectador vio que la imagen de la Virgen cobraba vida, se bajaba de su pedestal y se ponía a enjugar cariñosamente el sudor de la frente de su devoto que le había ofrecido lo mejor, tal vez lo único que sabía hacer. Cuando una persona se hace cristiana, no se le pide que abandone todos los talentos que tenía antes, sino que los use en el servicio de Jesucristo y de Su causa.

La idea básica de esta carta es que sólo Jesucristo trae a los hombres la revelación completa de Dios, y que sólo Él nos capacita para entrar a la misma presencia de Dios. El autor empieza contrastando a Jesús con los profetas de tiempo antiguo. Dice que Él vino *al final de estos días que estamos viviendo*. Los judíos dividían todo el tiempo en dos edades: la presente, y la por venir. Entre ambas colocaban el Día del Señor. La edad presente era totalmente mala; la edad por venir iba a ser la edad de oro de Dios. El Día del Señor sería como los dolores de alumbramiento de la nueva era. Así es que el autor de *Hebreos* dice: «El tiempo antiguo está pasando; la era de lo fragmentario ha terminado; ha llegado a su final el tiempo del suponer y del andar a tientas; la nueva era, la edad de oro de Dios ha amanecido con Jesucristo.» Ve entrar el mundo y el pensamiento de los hombres, como si dijéramos, en un nuevo principio con Cristo. Con Jesús, Dios ha entrado en la humanidad, la eternidad ha invadido el tiempo y nada puede ser ya como era antes.

Contrasta a Jesús con los profetas, que se creía que estaban

en los consejos secretos de Dios. Hacía mucho, Amós había dicho: «El Señor Dios no hace nada sin antes revelarle Su plan a Sus siervos los profetas» (*Amós 3: 7*). Filón había dicho: «El profeta es el intérprete del Dios Que habla en lo interior.» Y también: «Los profetas son los intérpretes de Dios, Que los usa como instrumentos para revelar a la humanidad Su voluntad.» En años posteriores esta doctrina se había mecanizado totalmente. Atenágoras decía que Dios movía las bocas de los profetas como un músico que toca un instrumento, y que al inspirarlos con su Espíritu era como un flautista tocando la flauta. Justino Mártir decía que lo divino que descendía del Cielo y pasaba por los profetas era como el plectro que se mueve por el arpa o el laúd. Se acabó por decir que los profetas no tenían más que ver con el mensaje que un instrumento con la música que se tocaba en él, o una pluma con el mensaje que se escribía con ella. Eso era mecanizar excesivamente la cosa; porque hasta el más excelente músico está hasta cierto punto a merced de su instrumento, y no puede producir buena música en un piano desafinado o al que le faltan notas, lo mismo que el que escribe está a merced del utensilio del que se vale para escribir... y no se diga si es un P.C. Dios no puede revelar más de lo que la humanidad puede comprender. Su revelación tiene que pasar por las mentes y los corazones de las personas. Eso es exactamente lo que vio y dijo el autor de *Hebreos*.

Dice que la revelación de Dios la transmitieron los profetas

en muchas ocasiones (polymerós) y de muchas maneras (polytropós). Aquí hay dos ideas.

(i) La revelación de los profetas tenía una grandeza multiforme que la hacía algo tremendo. De edad en edad habían hablado, siempre en sazón, nunca como algo extemporáneo. Al mismo tiempo, esa revelación era *fragmentaria*, y había que presentarla de tal manera que se pudiera entender en las limitaciones de cada tiempo. Es algo sumamente interesante el ver cómo una y otra vez los profetas se caracterizan por una idea. Por ejemplo, *Amós es una llamada a la justicia social*. *Isaías* había captado *la santidad de Dios*. *Oseas*, partiendo de su

propia amarga experiencia familiar, había comprendido la maravilla del *amor perdonador de Dios*. Cada profeta, de su propia experiencia de la vida y de su experiencia de Israel, había captado y expresado *un fragmento* de la verdad de Dios. Ninguno había abarcado la totalidad del orbe de la verdad. Pero en el caso de Jesús era diferente: Él no era un fragmento de la verdad, ni siquiera el más nuevo, sino la Verdad total. En Él Dios mostraba, no algún aspecto de Su carácter, sino la totalidad de Su Ser.

(ii) Los profetas usaron muchos métodos. Usaban *la palabra*; y, cuando este método fallaba, usaban *la acción dramática* (Cp.1 Reyes 11:29-32; Jeremías 13:1-9; 27:1-7; Ezequiel 4:13; 5:1-4). El profeta tenía que usar métodos humanos para transmitir su parte de la Verdad de Dios. Y de nuevo notamos que con Jesús era diferente: revelaba a Dios *siendo Él mismo*. No era tanto por lo que Jesús decía o hacía como nos mostraba a Dios, sino por cómo era Él, Jesús mismo.

La revelación de los profetas era grande y multiforme, pero era fragmentaria, y presentada por los métodos que los profetas tenían a su disposición y podían usar efectivamente. La revelación de Dios en Jesús es completa, y presentada en el mismo Jesús. En una palabra: los profetas eran *amigos* de Dios; pero Jesús era otra cosa: era Su *Hijo*. Los profetas captaron *una parte* de la mente de Dios; pero Jesús *era esa Mente*. Hay que advertir que el autor de *Hebreos* no tenía la más mínima intención de quitar importancia a los profetas; lo que sí quería era presentar la supremacía de Jesucristo. No está diciendo que hay *una solución de continuidad* entre la revelación del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento; está subrayando el hecho de que hay *continuidad*, pero es la continuidad que conduce a *la consumación*.

El autor de *Hebreos* usa dos grandes figuras para describir cómo era Jesús. Dice que era el *apáygasma* de la gloria de Dios. *Apáygasma* puede querer decir una de dos cosas en griego. Puede querer decir *la refulgencia*, la luz que se irradia, como la del Sol; o puede querer decir *el reflejo*, la luz que se refleja,

como la de la Luna. Aquí probablemente quiere decir lo *prime.ro*, *refulgencia*. Jesús es el resplandor de la gloria de Dios entre los hombres.

Dice que Jesús era el *jaraktér* de la misma esencia de Dios. En griego, *jaraktér* quiere decir dos cosas: la primera, *un sello*; y la segunda, *la impresión* que se hace con el sello en la cera, el lacre o el papel. La impresión es la reproducción exacta del sello; así es que, cuando el autor de *Hebreos* dice que Jesús es el *jaraktér* de la misma esencia de Dios, quiere decir que es la perfecta imagen de Dios. Exactamente como cuando miramos a la impresión sabemos con toda seguridad cómo era el sello con el que se hizo, así cuando miramos a Jesús sabemos exactamente cómo es Dios.

C. J. Vaughan ha señalado seis grandes cosas que nos dice este pasaje sobre Jesús.

(i) La gloria original de Dios Le pertenece. Aquí nos encontramos con una idea maravillosa: Jesús es la gloria de Dios; por tanto, vemos con sorprendente claridad que la gloria de Dios no consiste en aplastar a los seres humanos o en reducirlos a una esclavitud envilecedora, sino en servirlos y amarlos y, por último, morir por ellos. No es la gloria de un poder que aniquila todo lo que se le opone, sino la de un amor que comparte el sufrimiento y que redime.

(ii) El imperio programado Le pertenece a Jesús. Los escritores del *Nuevo Testamento* nunca pusieron en duda Su triunfo final. Tenedlo presente: estaban pensando en el Carpintero de Nazaret que fue ajusticiado como criminal en una cruz a las afueras de Jerusalén. Ellos mismos también arrostraban una persecución salvaje y eran gente de lo más humilde. Como Sir William Watson dijo de ellos,

Así fue sacrificado al lobo furioso del Odio el rebañito jadeante y acurrucado cuyo crimen era Cristo.

Y sin embargo, nunca pusieron en duda la victoria final. Estaban seguros de que el amor de Dios estaba respaldado por

Su poder, y al final todos los reinos del mundo serán los reinos del Señor y de Su Cristo.

(iii) La acción creadora Le pertenece a Jesús. La Iglesia Primitiva mantenía que el Hijo había sido el Agente de Dios en la Creación, que Dios había creado el mundo originalmente por medio de Él. Estaban seguros de que el Que había creado el mundo era el mismo Que lo había redimido.

(iv) El poder sustentador Le pertenece a Jesús. Aquellos cristianos originales se aferraban valerosamente a la doctrina de *la Providencia*. No creían que Dios se había limitado a crear el mundo para abandonarlo después. Veían en todo el Poder que sostenía al mundo y a cada vida hasta el fin señalado. Creían

< que nada marcha a la deriva; ninguna vida se perderá ni se tirará como basura al vacío cuando Dios haya completado Su montón.»

(v) A Jesús Le pertenece la obra redentora. Él ha pagado el precio del pecado con Su Sacrificio; con Su continua presencia libra del pecado.

(vi) A Jesús Le pertenece la exaltación mediadora. Ha ocupado el lugar que Le corresponde a la diestra de la Gloria; pero la idea maravillosa del autor de *Hebreos* es que, cuando entremos a la presencia de Dios, veremos que Jesús no estará allí como fiscal para formular la acusación; sino como Abogado, intercediendo por nosotros con amor entrañable.

POR ENCIMA DE LOS ÁNGELES

Hebreos 1:4-14

Era superior a los ángeles por cuanto había recibido una dignidad muy superior a la de ellos. Porque, ¿a qué ángel había dicho Dios nunca: «Mi Hijo es lo que Tú

eres; soy Yo Quien hoy te imparto Mi propia vida.» Y

otra vez: < Yo seré para Él un Padre, y El será para mí un Hijo.» Y de nuevo, cuando introduce a Su Elegido en el mundo de los hombres, dice: «¡Que le rindan pleitesía todos los ángeles de Dios!» En cuanto a los ángeles, dice: «Él hace a los vientos Sus mensajeros, y a las llamas de fuego Sus servidoras.» Pero refiriéndose al Hijo, dice: «Dios es Tu trono para siempre jamás, y cetro de integridad es el cetro de Tu Reino. Por cuanto has amado la justicia y aborrecido la iniquidad Dios Te ha ungido; sí, Tu Dios, con óleo de exaltación por encima de tus compañeros.» Y también dice del Hijo: «En el principio Tú, oh Señor, echaste los cimientos de la Tierra, y los cielos son obra de Tus manos. Ellos perecerán, pero Tú permaneces inalterable. Todos ellos se pondrán viejos como la ropa, y como se hace con un manto los doblarás y cambiarás. Pero Tú eres siempre Tú mismo, y Tus años no se agotarán.» ¿A cuál de los ángeles dijo Dios nunca: «Siéntate a Mi diestra hasta que Te ponga a Tus enemigos por estrado»? ¿No es verdad que no son más que ministros espirituales a los que Dios manda constantemente en misiones al servicio de los que están destinados a entrar en posesión de la Salvación?»

En el pasaje anterior, el autor se ocupaba de demostrar la superioridad de Jesús sobre los profetas. Ahora se propone demostrar Su superioridad sobre los ángeles. El que considere que vale la pena hacerlo demuestra la importancia que tenían los ángeles en el pensamiento judío de-aquel tiempo. Entonces estaban en ascendente. La razón era que cada vez causaba más impresión lo que se llama *la trascendencia* de Dios. Se sentía cada vez más la distancia y la diferencia infinita que hay entre Dios y el hombre. El resultado era que se consideraba a los ángeles como mediadores entre Dios y los hombres. Se llegó a creer que los ángeles salvaban la sima que existía entre Dios

y los hombres; que Dios hablaba a los hombres por medio de los ángeles, y los ángeles llevaban las oraciones de los hombres a la presencia de Dios. Este proceso queda claro en un ejemplo: En el *Antiguo Testamento* leemos que Dios dio la Ley directamente a Moisés sin necesidad de ningún intermediario. Pero en los tiempos del *Nuevo Testamento* los judíos creían que Dios había dado la Ley en primer lugar a los ángeles para que se la pasaran a Moisés, y esto porque se consideraba inconcebible que existiera una comunicación directa entre Dios y un hombre (*Cp. Hechos 7:53, y Gálatas 3:19*).

Si consideramos algunas de las ideas básicas de los judíos acerca de los ángeles veremos que reaparecen en este pasaje. Dios vivía rodeado de huestes celestiales (*Isaías 6; 1 Reyes 22:19*). Algunas veces se toman los ángeles como el ejército de Dios (*Josué 5:14s*). La palabra griega para ángeles es *ángeloi*, y en hebreo *mal'akim*. En las dos lenguas estas palabras quieren decir *mensajeros* además de *ángeles*, y de hecho se usan más corrientemente con ese sentido. Se creía que los ángeles eran realmente los instrumentos que Dios usaba para enviar Su palabra y hacer Su voluntad en el mundo de los seres humanos. Se decía que estaban hechos de una sustancia etérea semejante al fuego, como la luz. Fueron creados o el segundo o el quinto día de la Creación. No comían ni bebían ni tenían hijos. A veces se creía que eran inmortales, aunque, por supuesto, Dios los podía aniquilar; pero había otra creencia acerca de su existencia que ahora veremos. Algunos de ellos, los *serafim*, los *kerubim* y los *ofanim* (-*im* es la terminación de plural de los nombres masculinos en hebreo) estaban siempre alrededor del trono de Dios. Se creía que tenían más conocimiento que los hombres, especialmente acerca del futuro; pero no por sí mismos, sino porque oían cosas a veces «detrás del velo.» Se los consideraba como una especie de séquito, o como *la familia* de Dios. También se los consideraba a veces como una especie de senado celestial; Dios no hacía nada sin consultárselo. Por ejemplo, cuando Dios dijo: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen...*» (*Génesis 1:26*) estaba hablando con Su

senado angélico. A veces los ángeles protestaban o hacían objeciones a los planes de Dios. En particular, objetaron a la creación del género humano, por lo que fueron aniquiladas muchas de sus tropas; y también objetaron a que se les diera la Ley a los hombres, y hasta atacaron a Moisés cuando subía al monte Sinaí. Esto fue porque se pusieron celosos, y no querían compartir ninguna de sus prerrogativas con otra criatura. Había millones y millones de ángeles. Los nombres de algunos de ellos no aparecen hasta épocas posteriores. Estaban, en particular, los siete «ángeles de la presencia», que eran los arcángeles, los principales de los cuales eran Rafael, Uriel, Fanuel, Gabriel -que era el que traía los mensajes de Dios a los humanos- y Miguel -el ángel encargado de los asuntos del pueblo de Israel. Los ángeles tenían muchas obligaciones. Traían los mensajes de Dios a los hombres, y después desaparecían (*Jueces 13:20*). Intervenían por orden de Dios en los acontecimientos de la Historia (*2 Reyes 19:35s*). Había doscientos ángeles que controlaban los movimientos de las estrellas y las mantenían en sus cursos. Había un ángel encargado de la sucesión de los años, los meses y los días. Había un ángel, un poderoso príncipe, que estaba al cuidado del mar. Había ángeles de la escarcha, del rocío, de la lluvia, de la nieve, del granizo, del rayo y del trueno. Había ángeles que eran conserjes del infierno y de las torturas de los condenados. Había ángeles secretarios que escribían todas las palabras que decían los hombres. Había ángeles destructivos y castigadores. Estaba Satán, que era el ángel fiscal, que todos los días menos el Día de la Expiación Le presentaba las acusaciones a Dios. Estaba el ángel de la muerte, que sólo salía cuando Dios se lo mandaba y que llevaba la cita a buenos y malos igualmente. Cada nación tenía su ángel de la guarda que tenía la *prostasia*, la presidencia, sobre ella. Cada individuo tenía su ángel de la guarda. Los niños también tenían sus ángeles (*Mateo 18:10*). Había tantos ángeles que los rabinos decían que cada hojita de hierba tenía el suyo.

Había una creencia especial que sólo tenían algunos, a la que tal vez se hace referencia indirectamente en el pasaje que

estamos estudiando. La creencia general era que los ángeles eran inmortales; pero algunas personas creían que los ángeles no vivían nada más que un día. En algunas escuelas rabínicas se enseñaba que < Dios crea todos los días una nueva compañía de ángeles que cantan una canción delante de Él y dejan de ser. > < Los ángeles se renuevan cada mañana, y cuando han alabado a Dios vuelven a la corriente de fuego de donde salieron. > *Esdras 8:21* habla de Dios «ante Quien el ejército del Cielo permanece en terror y a Cuya palabra se convierten en viento y en fuego.» Una homilía rabínica hace decir a uno de los ángeles: «Dios nos cambia cada hora... Unas veces nos hace fuego, y otras veces viento.» Tal vez era eso lo que quería decir el autor de *Hebreos* cuando menciona que Dios hace a Sus ángeles viento y fuego, aunque preferimos la traducción que hemos propuesto, de acuerdo con el *Salmo 104*, el salmo de la obra de Dios en la naturaleza.

Con una angelología tan amplia podría haber peligro de que los ángeles se convirtieran, en el pensamiento de algunos, en intermediarios entre Dios y los hombres. Era necesario mostrar que el Hijo estaba incalculablemente por encima de los ángeles. El autor de *Hebreos* lo hace citando lo que considera que son textos prueba en los que se da al Hijo una posición muy superior a la de los ángeles. Los textos que cita son: *Salmo 2: 7*; *2 Samuel 7:14*; *Salmo 97:7*, o *Deuteronomio 32:43*; *Salmo 104:4*; *Salmo 45: 7s*; *Salmo 102:26s*; *Salmo 110:1*. Algunos de estos textos difieren de las versiones que conocemos porque el autor de *Hebreos* los citaba de la Septuaginta, la versión griega del *Antiguo Testamento*, que no siempre coincide exactamente con el original hebreo del que son traducción las nuestras. Algunos de los textos de cita nos sorprenden. Por ejemplo: *2 Samuel 7:14* en el original es sencillamente una referencia a Salomón y no se refiere al Hijo o Mesías. El *Salmo 102:26s* se refiere a Dios y no al Hijo. Pero es que siempre que los primeros cristianos encontraban un texto con la palabra *hijo* o con la palabra *Señor*, consideraban que se refería a Jesús.

Había un peligro que el autor de *Hebreos* quería evitar a toda costa. La doctrina de los ángeles es algo muy hermoso, pero tiene un peligro. Introduce a una serie de seres aparte de Jesús por medio de los cuales se supone que el hombre se puede acercar a Dios. El autor de *Hebreos* deja bien clara la gran verdad de que no necesitamos a ningún ser espiritual para que nos introduzca: Jesucristo ha derribado todas las barreras y abierto un camino directo a la presencia de Dios.

LA SALVACIÓN QUE NO DEBEMOS DESCUIDAR

Hebreos 2:1-4

Debemos, por tanto, prestar atención con sumo interés a lo que se nos ha comunicado. Porque, si la Palabra que se transmitió por medio de los ángeles se confirmó que estaba certificada como válida, y si toda transgresión y desobediencia a ella recibía justa sanción, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos tan gran Salvación, una Salvación de tal dignidad que tuvo su origen en las palabras del Señor, y luego llegó a nosotros con la garantía de los que la habían escuchado de Sus labios, al mismo tiempo que Dios mismo le adjuntaba Su propio testimonio con señales y milagros y muchas obras poderosas, y dándonos una participación del Espíritu Santo de acuerdo con Su voluntad?

El autor hace un argumento *a fortiori*, de menos a más, que era característico de la enseñanza rabínica. Tiene en mente dos revelaciones. La primera fue la revelación de la Ley, que se transmitió *por medio de ángeles*; es decir, los Diez Mandamientos. A cualquier transgresión de aquella Ley seguía un castigo estricto y justo. Y la otra revelación es la que se nos ha transmitido directamente *por medio de Jesucristo, el Hijo*. Por venir en y a través del Hijo es infinitamente más importante

que la revelación de la verdad de Dios que trajeron los ángeles; y, por tanto, cualquier transgresión a ella debe ser seguida de un castigo mucho más terrible. Si no se debe descuidar la revelación que vino *por medio de ángeles*, ¡cuánto menos se deberá descuidar la que vino *por medio del Hijo!*

En el primer versículo puede que haya una figura todavía más gráfica que la de la traducción corriente. Las dos palabras clave son *prosejein* y *pararrein*. Hemos tomado *prosejein* en el sentido de *prestar atención*, que es una de sus acepciones corrientes. *Pararrein* tiene muchos significados. Se usa de algo que fluye o que resbala R-V: «no sea que nos deslicemos»; se puede decir de un anillo que *se le sale a uno* del dedo; de una partícula de comida que *se le va a uno por la otra vía*; de un tema que *se introduce casualmente* en la conversación; de un punto que *se le escapa* a alguien en un razonamiento; de algún dato que *se le ha ido* a uno de la mente; de algo que se ha traspapelado; es decir, de algo que se ha dejado que se pierda por descuido.

Pero estas dos palabras tienen también un sentido marinerero. *Prosejein* puede querer decir *amarrar un barco*; y *pararrein* se puede decir de un barco que se ha dejado por descuido que pasara de largo el puerto porque el marinero no ha contado con el viento, o con la corriente, o con la marea. Así es que el primer verso se podría traducir de una manera más gráfica: «Por tanto, debemos tener cuidado de anclar nuestras vidas a lo que se nos ha enseñado, no sea que el barco de la vida se nos pase el puerto a la deriva, y acabemos en un naufragio.» Es una imagen gráfica de un barco que va a la deriva a su propia destrucción porque el marinero está dormido.

Para la mayor parte de nosotros el peligro no está tanto en lanzarnos al desastre como en dejarnos llevar al pecado sin darnos cuenta. Son menos los que le dan la espalda a Dios en un momento determinado y deliberadamente, que los que se dejan llevar a la deriva día tras día y cada vez más lejos de Dios. No son tantos los que cometen algún pecado desastroso; pero son muchos los que, casi imperceptiblemente, se dejan involucrar en alguna situación hasta que despiertan para encontrarse con

que han hecho trizas su propia vida y el corazón de alguien más. Debemos estar constantemente en guardia ante el peligro de vivir a la deriva.

El autor de *Hebreos* clasifica bajo dos epígrafes los pecados que atraen el castigo de la Ley; los llama *transgresión y desobediencia*. La primera de estas palabras es en griego *parábasis*, que quiere decir literalmente *cruzar una línea*, «pasarse de la raya». El conocimiento y la conciencia han trazado una línea, y el pasarla es pecado. La segunda palabra es *parakoé*. *Parakoé* significó en su origen *oír mal*, como, por ejemplo, uno que es medio sordo. Luego pasó a significar *oír descuidadamente*, «como quien oye llover», de una manera que, por falta de atención, o malentendiendo o no capta lo que se le ha dicho. Y acaba por querer decir *indisposición a oír*, y, por tanto, *desobediencia a la voz de Dios*. Es cerrar los oídos deliberadamente a Sus mandamientos, advertencias e invitaciones.

El autor de *Hebreos* acaba este párrafo mencionando tres cosas por las que la revelación cristiana es única.

(i) Es única por *su origen*. Procede directamente de Jesucristo mismo. No consta de suposiciones y tentativas acerca de Dios; es la misma voz de Dios que viene a nosotros en Jesucristo.

(ii) Es única por *su transmisión*. Había llegado a las personas a las que se escribió *Hebreos* de otras que lo habían escuchado directamente de los labios de Jesús. La única persona que puede pasarles a otras la Verdad cristiana es la que conoce a Cristo «más que de segunda mano.» Para enseñar a otros tenemos que saber a ciencia cierta; y sólo podemos presentar a Cristo si Le conocemos personalmente.

(iii) Es única por su *efectividad*. Se manifestó con señales y milagros y muchas obras poderosas. Alguien felicitó una vez a Thomas Chalmers después de una de sus grandes conferencias. «Sí -respondió él-; pero, *¿qué efecto tuvo?*» Como Denney solía decir, la finalidad última del Cristianismo es hacer buenos a los malos; y la prueba del Cristianismo auténtico es que cambia las vidas. Los milagros morales del Evangelio están a la vista de todo el mundo.

RECUPERACIÓN DEL DESTINO HUMANO

Hebreos 2:5-9

No fue a los ángeles a los que Dios sujetó el orden de cosas por venir del que estamos hablando. En cierto lugar de la Escritura hay alguien que da testimonio de este hecho: «¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él? ¿O el hijo del hombre, para que le visites? Por un poco de tiempo le pusiste por debajo de los ángeles; le coronaste de gloria y honor; le pusiste por encima de la obra de Tus manos; sometiste todo bajo sus pies.» El hecho de que todo le esté sometido quiere decir que no hay nada que no lo esté. Pero, como están las cosas, no vemos que todas le estén sometidas. Pero vemos al Que por un poco de tiempo fue puesto por debajo de los ángeles, a Jesús mismo, coronado de gloria y honor a causa de su mortal sufrimiento, un sufrimiento que Le sobrevino a fin de que, por la Gracia de Dios, pudiera beber por todos los seres humanos hasta la última gota de la copa de la muerte.

Tal vez no sea éste un pasaje fácil de entender; pero cuando lo conseguimos, es maravilloso. El autor empieza con una cita del Salmo 8:4-6. Tenemos que darnos cuenta de una cosa: *el Salmo 8 entero se refiere al ser humano*. Canta la gloria que Dios le ha dado. No está claro que se refiera al Mesías.

Hay una frase en el salmo que nos despista un poco. Es la referencia al *hijo del hombre*. Tenemos tanta costumbre de ver aplicada esta frase a Jesús que pensamos que siempre se tiene que referir a Él. Pero en hebreo *un hijo de hombre* es sencillamente *un hombre*. Por ejemplo: en el libro de *Ezequiel*, más de ochenta veces Dios se dirige al profeta llamándole *hijo de hombre*. «Hijo de hombre, pon tu rostro contra Jerusalén» (*Ezequiel 21:2*). «Hijo de hombre, profetiza y di...» (*30:2*).

En el salmo que se cita aquí hay dos frases paralelas que

quieren decir lo mismo: «¿(qué es el hombre para que Te acuerdes de él?), y «¿O el hijo del hombre para que le visites?» El salmo es un gran canto lírico a la gloria del ser humano tal como Dios quiere que sea: es realmente un desarrollo de la promesa de Dios en la Creación según *Génesis 1:28*, cuando Dios le dijo a la primera pareja: «... Tened dominio sobre los peces del mar, las aves de los cielos, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.»

La gloria del ser humano, incidentalmente, es aún mayor de lo que nos hace suponer la versión Reina-Valera, que dice: «Le has hecho poco menor que los ángeles» (*Salmo 8:5*). Esa es la traducción correcta del *griego*, pero no del *original hebreo*, en el que se dice que el hombre ha sido hecho poco menor que *Elóhim*; y *ElóMm* es la palabra más corriente para *Dios*. Lo que escribió el salmista acerca del ser humano fue realmente: «Tú le has hecho poco menos que Dios», como traducen o indican en nota otras biblias. Así es que este salmo canta la gloria del ser humano, que fue creado poco menos que divino, y que Dios quiso que gobernara toda la creación.

Pero, continúa diciendo el autor de *Hebreos*, la situación real es muy diferente. El propósito original era que el ser humano tuviera dominio sobre todo, *pero no lo tiene*. Es una criatura frustrada por las circunstancias, derrotada en las tentaciones, ceñida de debilidades. El que debía ser libre está preso; el que debía ser rey es un esclavo. Como dijo G. K. Chesterton, una cosa es cierta: que el hombre no es lo que estaba previsto que fuera.

El autor de *Hebreos* continúa: A esta situación vino Jesucristo, sufrió y murió; y porque sufrió y murió entró en la gloria. Y ese sufrimiento, y esa muerte, y esa gloria son para el ser humano, porque Él murió para hacerle lo que debe ser. Murió para librar al ser humano de su frustración y esclavitud y debilidad, y colocarle en la posición que debe ocupar. Murió para recrear a la humanidad hasta que llegue a ser lo que fue creada para ser. En este pasaje hay tres grandes ideas básicas. (i) Dios creó al hombre, varón y hembra (*Génesis 1:27*), sólo

un poco menor que Él mismo, para que gobernara la creación. (ii) El hombre, por el pecado, entró en derrota en vez de en señorío. (iii) A este estado de derrota vino Jesús, a fin de hacer al hombre lo que fue creado para ser, por medio de Su vida, y muerte, y gloria.

Dicho de otra manera: El autor de *Hebreos* nos muestra tres cosas. (i) Nos muestra *el ideal de lo que el hombre debe ser* -semejante a Dios y señor del universo. (ii) Nos muestra *el estado actual del hombre* -la frustración en vez del señorío, el fracaso en vez de la gloria. (iii) Nos muestra *cómo se puede cambiar lo actual por lo ideal por medio de Jesucristo*. El autor de *Hebreos* ve en Cristo al Que, por Sus sufrimientos y Su gloria, puede hacer al hombre lo que era el propósito original de Dios, que sin Cristo jamás hubiera podido ser.

EL SUFRIMIENTO ESENCIAL

Hebreos 2:10-18

Porque, para cumplir Su propósito de traer muchos hijos a la gloria, estaba de acuerdo con el carácter de Aquél por Quien y por medio de Quien todo existe el hacer al Pionero de la Salvación perfectamente adecuado para Su misión por medio del sufrimiento. Porque el Que santifica y los que son santificados deben tener la misma filiación; razón por la cual no duda en llamarlos hermanos, como cuando dice: «Les diré Tu Nombre a mis hermanos; Te cantaré himnos en medio de la reunión de Tu pueblo.» Y en otro lugar: «Pondré en Él toda mi confianza.» Y de nuevo: «¡Aquí estamos, Yo y los hijos Suyos que Dios me dio!» Los que aquí llama hijos tienen una naturaleza de carne y hueso; así es que Él la compartió plenamente con ellos para, por Su muerte, aniquilar al diablo, que tiene el poder de la muerte, y libertar a todos los que, por miedo a la muerte, estaban

sujetos toda la vida a una existencia de esclavos. Porque . supongo que no es a los ángeles a los que ayuda, sino a la descendencia de Abraham. Así es que Él tenía que llegar a ser en todo como Sus hermanos para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en todas las cosas que tienen relación con Dios para ganar el perdón de los pecados de Su pueblo. Porque, en cuanto El mismo fue tentado y sufrió, puede ayudar a los que están pasando pruebas.

Aquí usa el autor de *Hebreos* uno de los grandes títulos de Jesús. Le llama *Pionero (arjégós) de gloria*. La misma palabra se le aplica a Jesús en *Hechos 3:15; 5:31; Hebreos 12:2*. Corrientemente quiere decir *el cabeza o jefe*. Así se dice de Zeus, el *cabeza* de los dioses griegos, o de un general como *cabeza* de su ejército. Puede querer decir *fundador, o iniciador*. Se usa del fundador de una ciudad o de una dinastía o de una escuela filosófica. Se puede usar con el sentido de *fuentes u origen*. Así, de un buen gobernador se dice que es el *arjégós* de la paz, o de uno malo, que es el *arjégós* de la confusión.

En todos estos usos se adhiere a la palabra una idea básica: un *arjégós* es el que inicia algo con el fin de que otros puedan participar después. Inicia una familia en la que nacerán otros; una ciudad en la que residirán otros; una escuela filosófica en la que otros le seguirán en la búsqueda de la verdad y la paz que él mismo ha encontrado; es el autor de bendiciones en las que otros entrarán después. Un *arjégós* es el que abre un camino que otros van a seguir. Alguien ha usado esta analogía: suponed que un barco ha encallado en unas rocas, y que la única manera de rescatar a los pasajeros es ir nadando hasta la orilla con una maroma para asegurarla y que otros puedan salvarse agarrándose a ella. El que tiene que nadar a la orilla el primero es el *arjégós* de la salvación de los demás. Esto es lo que el autor de *Hebreos* quiere decir cuando llama a Jesús el *arjégós* de nuestra Salvación. Jesús ha abierto el camino hacia Dios que todos podemos seguir.

¿Cómo llegó Jesús a eso? La versión Reina-Valera de 1960 y alguna otra dice que Dios < perfeccionase por aflicciones>; las revisiones anteriores conservaban lo **que puso Casiodoro de Reina, «hiciese consumado por aflicciones», que siguen** varias traducciones modernas españolas. El verbo que R-V60 traduce por *perfeccionar* es *teleiún*, que deriva del adjetivo *téleios*, que la *Vulgata*, a la que siguen muchas, tradujo por *perfecto*. Pero en el *Nuevo Testamento téleios* tiene un sentido muy especial, que no tiene nada que ver con la perfección abstracta, metafísica o filosófica. Se usa, por ejemplo, de un animal que no tiene defectos y que puede por tanto ofrecerse en sacrificio; de un estudiante que ya no es un principiante; de un ser humano que ha llegado a la mayoría de edad; de un cristiano que se ha incorporado plenamente a la iglesia y está bautizado. El principal sentido de *téleios* en el *Nuevo Testamento* es siempre el de una cosa, animal o persona que *cumplen plenamente el propósito que se les ha asignado*. Por tanto, el verbo *teleiún* querrá decir, no tanto *perfeccionar* como *hacer perfectamente adecuado para la tarea que se le ha asignado*. Así que, lo que el autor de *Hebreos* quiere decir es que Jesús, por medio del sufrimiento, llegó a ser totalmente idóneo para la tarea de ser, el Pionero de nuestra Salvación. ¿Por qué?

(i) Fue en el sufrimiento como *se identificó* realmente con la raza humana. El autor de *Hebreos* cita tres textos del *Antiguo Testamento* que anuncian la identificación del Mesías con la humanidad: *Salmo 22:22; Isaías 8:17 y 18*. Si Jesús hubiera venido a este mundo de una forma que no pudiera sufrir, habría sido distinto de los demás seres humanos, y no habría podido ser su Salvador. Como dijo Jeremy Taylor: «Cuando Dios quiso salvar a los hombres, lo hizo por medio de un Hombre.» De hecho, esta identificación con nosotros es la esencia de la idea cristiana de Dios. Cuando los griegos pensaban en la relación de sus dioses con la humanidad, su idea clave era *la indiferencia*; pero la idea clave del Evangelio es *la identificación*. Por medio del sufrimiento, Jesucristo se ha identificado con la naturaleza humana. No había otra manera.

(ii) La identificación capacita a Jesucristo para *simpatizar* con nosotros. Esta palabra quiere decir etimológicamente *sentir con otro*. Es casi imposible comprender el dolor o el sufrimiento de otra persona si no lo hemos pasado nosotros. Una persona que no sufra de los nervios no puede entender las torturas que sufren los que padecen de los nervios. Una persona que está completamente sana no puede *simpatizar* con la que se cansa fácilmente, ni la que nunca ha sufrido dolores con la que los sufre. El que aprende fácilmente no comprende al que tiene dificultades en el estudio. Una persona que nunca ha estado afligida no entiende el dolor de corazón de la persona a la que ha alcanzado la aflicción. Una persona que no ha amado nunca no puede comprender, ni la gloria repentina, ni la dolorida soledad del corazón amante. Antes de poder *simpatizar* con nadie, tenemos que pasar por su misma experiencia, ¡y eso es precisamente lo que hizo Jesús!

(iii) Porque Jesús ha compartido nuestros sufrimientos, puede compartir nuestros sentimientos; y puede *ayudarnos*. Ha asumido nuestros dolores y nuestras tentaciones; y el resultado es que sabe qué ayuda necesitamos, y puede dárnosla.

MÁS GRANDE QUE EL MAYOR

Hebreos 3:1-6

Hermanos que estáis consagrados a Dios, que compartís el llamamiento celestial: por todo lo dicho debéis fijar vuestra atención en Jesús, en Quien creéis como Apóstol y Sumo Sacerdote de Dios, Que fue fiel al Que Le nombró, como Moisés lo fue sobre toda la Casa de Dios. Pero a Él se Le consideró digno de mayor honor que a Moisés, porque el que edifica y equipa una casa tiene mayor honor que la casa misma. Todas las casas han tenido alguien que las ha construido y equipado; pero Dios es el Que construye y equipa todo el universo.

Moisés fue fiel en toda la Casa, pero su papel era el de un servidor, y su misión era dar testimonio de las cosas que algún día se iban a confirmar; pero Cristo fue fiel sobre toda la Casa porque es Hijo, y nosotros somos Su Casa si nos mantenemos firmes hasta el final en nuestra confianza y en nuestra gloriosa esperanza.

Recordemos la convicción con que empieza el autor de *Hebreos*. La base de su pensamiento es que la suprema revelación de Dios ha venido por medio de Jesucristo, y que sólo por medio de Él tenemos acceso directo a la presencia de Dios. Empezó demostrando que Jesús es superior a los profetas; luego siguió demostrando que Jesús es superior a los ángeles, y ahora se propone demostrar que Jesús es superior a Moisés.

A primera vista esto nos parece un anticlímax; pero no lo sería para los judíos, porque Moisés ocupaba un lugar absolutamente único. Era el hombre con quien Dios había hablado cara a cara, como se habla con un amigo. Fue el que recibió directamente los Diez Mandamientos, la misma Ley de Dios. La Ley era para los judíos la cosa más grande del mundo, y Moisés y la Ley estaban inseparablemente unidos. En el siglo II d.C., un maestro judío llamado José ben Jalafta, comentando este mismo pasaje en el que se dice que Moisés fue fiel en toda Su casa, dijo: «Dios llama a Moisés fiel en toda Su casa, y así le ensalza por encima de todos los mismos ángeles servidores.» Para los judíos, el orden que está siguiendo el autor de *Hebreos* es el único lógico e inevitable. Ha demostrado que Jesús es superior a los ángeles; ahora debe demostrar que también es superior a Moisés, que era superior a los ángeles.

De hecho, esta cita que usa para hablar de la grandeza de Moisés es la prueba de la posición única que le asignaban los judíos. «Moisés fue fiel en toda Su casa» (*Números 12:6s*). Ahora bien, la base del argumento de *Números* es que Moisés es diferente de todos los profetas. A éstos Dios Se les da a conocer por visiones; pero habla con Moisés «cara a cara». Para un judío habría sido imposible concebir que nadie pudiera

estar más cerca de Dios que Moisés; y, sin embargo, el autor de *Hebreos* nos dice que Jesús siempre ha estado más cerca de Dios que Moisés.

Exhorta a sus lectores a que *fijen su atención* en Jesús. La palabra que usa (*katanoein*), es sugestiva. Quiere decir más que mirar o fijarse en algo. Se puede mirar una cosa y hasta fijarse en ella sin verla de veras. La palabra quiere decir fijar la atención en algo hasta penetrar en su significado y percibir la lección que encierra, para aprenderla. En *Lucas 12:24* Jesús usa la misma palabra cuando dice: «*Considerad* los cuervos.» No quiere decir simplemente «*Mirad* los cuervos», sino «*Mirad* los cuervos y *enteraos y aprended* la lección que Dios está tratando de enseñaros por medio de ellos.» Si hemos de llegar a entender el Evangelio, una mirada de reojo no bastará; tiene que haber una observación concentrada en la que «*ceñimos los lomos de nuestro entendimiento*» en un esfuerzo decidido para descubrir el significado que tiene para nosotros.

En cierto sentido, la razón está implícita en la manera de dirigirse a sus lectores como hermanos «que comparten el llamamiento celestial.» El llamamiento que recibimos los cristianos tiene un doble sentido: es un llamamiento *desde* el Cielo, y *hacia* el Cielo; es una voz que nos viene *de* Dios para que nos pongamos en marcha *hacia* Dios. Es un llamamiento que exige atención concentrada tanto por su origen como por su destino. No nos podemos permitir despachar con una mirada desinteresada la invitación *de* Dios *hacia* Dios.

¿Qué vemos cuando fijamos nuestra atención en Jesús? Vemos dos cosas.

(i) Vemos al gran *Apóstol*. Esta es la única vez que se llama *Apóstol* a Jesús en el *Nuevo Testamento*. Que el autor de *Hebreos* lo hace intencionadamente está claro porque no da este título a ningún hombre; lo reserva para Cristo.

¿Qué quiere decir con esta palabra? *Apóstolos* en griego quiere decir literalmente *uno que es enviado*. En la terminología judía se usaba para describir a los enviados del Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos: los *apostoloi* que enviaba

estaban revestidos de su autoridad y eran portadores de sus órdenes. En el mundo griego *apóstolos* solía querer decir *embajador*. Así es que Jesús es el Embajador supremo de Dios, cargo que tiene dos características relevantes.

(a) El embajador está revestido de la autoridad del Rey que le envía. En una ocasión, el rey de Siria Antíoco Epifanes invadió Egipto. Roma quería pararle los pies, y envió a un mensajero que se llamaba Popilio, para que le dijera que abandonara su proyecto de invasión. Popilio alcanzó a Antíoco en la frontera de Egipto y se pusieron a hablar, porque ya se conocían de Roma. Popilio no tenía un cuerpo de ejército, ni siquiera una guardia personal. Finalmente Antíoco le preguntó para qué había venido. Popilio le dijo tranquilamente que había venido a decirle que Roma quería que abandonara la invasión y que se volviera a casa. «Lo consideraré» -le respondió Antíoco-. Popilio sonrió inexorablemente; cogió el bastón y trazó un círculo alrededor de Antíoco. «Considéralo -le dijo- y haz tu decisión antes de salir de este círculo.» Antíoco se lo pensó unos segundos, y dijo: «Está bien; me iré a casa.» Popilio mismo no tenía soldados a su disposición; pero detrás de él estaba todo el poder de Roma. Así es como vino Jesús de parte de Dios, y toda la Gracia y la misericordia y el amor y el poder de Dios estaban *en Su Apóstolos*.

(b) La voz del embajador es la voz del rey o del país que le envía. En un país extranjero la voz del embajador de España es la voz de España. Jesús vino con la voz de Dios, y Dios habla por medio de Él.

(ii) Jesús es el gran *Sumo Sacerdote*. ¿Qué quiere decir eso? Es una idea a la que el autor de *Hebreos* volverá una y otra vez. Por lo pronto vamos a sentar las bases simplemente de lo que eso quiere decir. La palabra latina para sacerdote es *pontifex*, que quiere decir *el que construye un puente*. El sacerdote es la persona que construye un puente entre Dios y el hombre. Para hacerlo tiene que conocer al hombre y a Dios. Debe poder hablar a los hombres por Dios, y a Dios por los hombres. Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto porque es perfectamente

Hombre y perfectamente Dios; puede representar al hombre ánte Dios, y a Dios ante los hombres. Es la Persona en la que el hombre viene a Dios y Dios al hombre.

Entonces, ¿de qué depende la superioridad de Jesús sobre Moisés? La imagen que está en la mente del autor de *Hebreos* es la siguiente: Concibe el mundo como la casa y la familia de Dios. Usamos la palabra *casa* en dos sentidos: en el sentido de un edificio, y en el de una familia. Los griegos usaban la palabra *oikos* en el mismo doble sentido. El mundo, entonces, es la casa de Dios, y la humanidad es la familia de Dios. Pero ya nos ha presentado a Jesús como el Creador del universo. Ahora bien, Moisés era sólo una parte del universo de Dios, parte de la casa. Pero Jesús es el Creador de la casa, y el Creador tiene que ser más que la casa que es Su obra. Moisés no creó la Ley; sólo fue el intermediario para que se promulgara. Tampoco creó la casa; solamente sirvió en ella. Moisés no habló de sí mismo; todo lo que dijo era un-anuncio de las grandes cosas que Jesús diría y haría un día. Moisés, en resumen, era *el servidor*; pero Jesús es *el Hijo*. Moisés sabía un *poco acerca de Dios*; Jesús es Dios. Ahí está el secreto de Su superioridad.

Ahora el autor de *Hebreos* usa otra, figura. Ciertamente, todo el mundo es la casa de Dios; pero, en un sentido especial, la Iglesia es la Casa de Dios, porque Dios la ha hecho con ese fin especial. Los judíos llamaban al templo *la Casa*, y dividen la Historia de Israel en varias *casas* según el templo que hubiera entonces. Esa es una figura muy querida para los autores del *Nuevo Testamento* (cp. *1 Pedro 4:17*; *1 Timotea 3:15*, y especialmente *1 Pedro 2:5*). El edificio de la Iglesia permanecerá indestructible siempre que sus piedras vivas estén firmes; es decir, siempre que todos sus miembros estén fuertes en la gloriosa y confiada esperanza que han puesto en Jesucristo. Cada uno de nosotros es como una piedra de la Iglesia; si una piedra es débil, el Edificio no está completo. La Iglesia permanece firme sólo cuando todas sus piedras vivas están arraigadas y fundadas por la fe en Jesucristo.

Hebreos 3:7-19

Así pues, como dice el Espíritu Santo: «Si oís hoy Mi voz, no endurezcáis el corazón como en la Provocación, como sucedió el día de la Tentación en el desierto, cuando intentaron probarme vuestros antepasados y, en consecuencia, pasaron cuarenta años experimentando lo que Yo podía hacer. Así es que se inflamó Mi ira contra aquella generación, y dije: «Siempre divagan en sus corazones; no conocen Mis caminos. » Así que juré en Mi ira: < ¡De ninguna manera entrarán en Mi reposo! » Tened cuidado, hermanos, para que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo y desobediente en semejante estado de rebelión contra el Dios vivo. Más bien seguid exhortándoos día a día mientras usemos la palabra < hoy », no sea que a algunos de vosotros se les endurezca el corazón por la seducción del pecado; porque habéis llegado a participar de Cristo si de veras os mantenéis aferrados al principio de vuestra confianza, firmes hasta el final. Mientras sea posible seguir oyendo que se dice: «Si hoy oís Mi voz,» no endurezcáis el corazón como en la Provocación. Porque ¿quiénes fueron los que oyeron y provocaron a Dios? ¿No fueron todos los que habían salido de Egipto bajo la dirección de Moisés? ¿Y contra quiénes se inflamó la ira del Señor aquellos cuarenta años? ¿No fue contra los que habían pecado, cuyos huesos se calcinaron en el desierto? ¿A quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a los que Le fueron desobedientes? Así que vemos que fue por su desobediencia por lo que no pudieron entrar.

El autor de *Hebreos* ha estado esforzándose en demostrar la exclusiva supremacía de Jesús, y ahora cambia del argumento a la exhortación. Ahora insiste en las inevitables consecuencias

de esa absoluta supremacía. Si Jesús es tan exclusivamente grande, está claro que se Le debe una completa confianza y una obediencia total. Si endurecemos el corazón y nos negamos a darle la obediencia que Le debemos, las consecuencias no pueden ser más que terribles.

La manera en que nuestro autor refuerza su argumento con citas del *Antiguo Testamento* nos exige un cierto estudio. Empieza haciendo una cita del *Salmo 95:7-11*. Ese salmo apela a los que lo oigan para que no sean como los israelitas; pero la versión Reina-Valera traduce: «No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación.» Ahora bien, las dos frases, *la provocación* y el día de *la tentación* traducen dos palabras hebreas que son nombres de lugares: Masah y Meriba. Es una referencia a la historia que se cuenta en *Éxodo 17:1-7* y *Números 20:1-13*. Estos pasajes cuentan un incidente de la peregrinación de los israelitas. Estaban pasando sed en el desierto, y se enfrentaron con Moisés, lamentando haber salido de Egipto y abjurando de su confianza en Dios. En la versión de *Números* Dios le dijo a Moisés que hablara a la roca y brotaría el agua. Pero Moisés, con rabia, no *habló* a la roca, sino *la hirió*. El agua brotó, pero por este acto de desconfianza y desobediencia Dios declaró que no se le permitiría a Moisés introducir al pueblo en la Tierra Prometida. « De ninguna manera entrarán en Mi reposo » quiere decir «De ninguna manera entrarán en *la Tierra Prometida*. » Para los peregrinos del desierto, la Tierra Prometida era el lugar de reposo, y por eso se la llama a veces *el reposo* (*Deuteronomio 12:9*). La enseñanza es que la desconfianza y la desobediencia de Israel le impidieron entrar entonces a gozar de las bendiciones de Dios.

El autor de *Hebreos* dice a sus lectores: «Tened cuidado con caer en la misma desobediencia y desconfianza en Dios que mostraron vuestros antepasados, no sea que perdáis las bendiciones que esperáis, como les pasó a ellos.» En efecto, dice: < Mientras hay tiempo, mientras podéis seguir hablando de "hoy", dadle a Dios la confianza y la obediencia que Le

debéis.» Para cada persona «hoy» quiere decir «mientras esté viva»; y lo que dice realmente el autor de *Hebreos* es que «mientras tienes oportunidad, dale a Dios la sumisión que Le debes. Dásela antes que se te acabe el día.» Hay algunas serias advertencias aquí.

(i) Dios les hace un ofrecimiento a los hombres. Como les ofreció a los israelitas las bendiciones de la Tierra Prometida, les ofrece a todos los seres humanos las bendiciones de una vida que es incalculablemente mejor que la vida sin Él.

(ii) Pero, para obtener las bendiciones de Dios hacen falta dos cosas. (a) Es necesaria *la confianza*. Tenemos que creer que lo que Dios dice es verdad. Tenemos que estar dispuestos a hacer que nuestra vida dependa de Sus promesas. (b) Es necesaria *la obediencia*. Es como si nos dijera un médico: «Te puedo curar si obedeces mis instrucciones al pie de la letra.» O como el profesor que dice: «Puedo hacer de ti un investigador si sigues mi currículo con absoluta fidelidad.» O como el entrenador que le dice al atleta: «Te puedo hacer campeón si no te desvías de la disciplina que te impongo.» En cualquier esfera de la vida el éxito depende de la obediencia a la palabra de un experto. Dios, si podemos decirlo así, es el Experto en la vida, y la verdadera felicidad depende de que Le obedezcamos.

(iii) El ofrecimiento de Dios tiene un límite, que es la duración de la vida. Nunca sabemos cuándo llegará ese límite. Hablamos fácilmente del «mañana»; pero ese día puede que no llegue para nosotros. Lo único que tenemos es el «hoy», el «ahora mismo». Alguien ha dicho: «Deberíamos vivir cada día como si fuera toda nuestra vida.» El ofrecimiento de Dios se ha de aceptar hoy; la confianza y la obediencia se deben dar hoy: ¡porque no podemos estar seguros de que habrá un mañana para nosotros!

Aquí tenemos el supremo ofrecimiento de Dios; pero es sólo para los que están dispuestos a darle una confianza perfecta y una obediencia total, y hay que aceptarlo ahora mismo, o puede que sea demasiado tarde.

EL REPOSO QUE NO OSAREMOS PERDER

Hebreos 4:1-10

Es verdad que la promesa que ofrece la entrada en el reposo de Dios todavía nos sigue abierta; pero tened cuidado, no sea que alguno de vosotros se encuentre excluido. Por supuesto, es cierto que a nosotros se nos ha predicado el Evangelio, como a los antiguos; pero a ellos no les sirvió de nada la Palabra que oyeron, porque no les caló hasta las entretelas de su ser median te la fe. Somos nosotros, los que hemos hecho la decisión de la fe, los que entramos en el reposo; porque de aquellos dijo Dios: «Juré en Mi ira: ¡De ninguna manera entrarán en Mi reposo!» Esto dijo Dios, aunque Sus obras estaban concluidas desde la fundación del mundo; porque, en algún lugar de la Escritura se dice así del séptimo día: «Y reposó Dios de todas Sus obras en el séptimo día. > Y dice en este lugar: «De ninguna manera entrarán en Mi reposo.» Entonces, como aún falta que algunos entren, y como no entraron aquellos a los que se predicó el Evangelio en la antigüedad por su falta de confianza, Dios fija otra vez un día cuando dice por medio de David después de un espacio considerable de tiempo: «¡Hoy!» -exactamente como había dicho antes-, « Si oís hoy Mi voz, no endurezáis el corazón.» Si Josué los hubiera introducido en el reposo, entonces Dios no estaría después hablando de otro día. Así es que queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. El que ha entrado en este reposo ha descansado de todas sus obras, como Dios descansó de las Suyas.

En un pasaje tan complicado como éste es mejor tratar de captar las líneas generales del pensamiento antes de mirar algunos de sus detalles. El autor usa la palabra reposo (*katá paxis*) en tres sentidos diferentes. (i) Como si dijéramos *la paz*

de Dios. Es lo más grande del mundo el entrar en la paz de Dios. (ii) Como la usó en 3:12 queriendo decir *La Tierra Prometida*. Para los israelitas que llevaban tanto tiempo vagando por el desierto la Tierra Prometida era sin duda el reposo de Dios. (iii) La usa del *reposo de Dios* después del sexto día de la Creación, cuando terminó todas Sus obras. Esto de usar una palabra en dos o tres sentidos diferentes, jugando con ella hasta sacarle todo su jugo, era característico del pensamiento culto y académico de los días en que escribió el autor de *La Carta a los Hebreos*.

Ahora, veamos los pasos del argumento. Será más sencillo enumerarlos uno **por uno**.

(i) La promesa del reposo de Dios todavía sigue abierta para Su pueblo; el peligro consiste en dejar de alcanzarla.

(ii) Los israelitas de la antigüedad dejaron de entrar en el reposo de Dios. Aquí la palabra *reposo* se usa en el sentido del asentamiento en la Tierra Prometida después de los años del desierto. La referencia esa *Números* 13 y 14. Estos capítulos cuentan la llegada de los israelitas a la frontera de la Tierra Prometida; la misión de los doce exploradores que habían de inspeccionar la tierra; que diez de los doce volvieron con el veredicto de que la tierra era buena pero las dificultades eran insuperables; que Caleb y Josué solos estaban a favor de entrar a conquistarla en el poder del Señor; que el pueblo siguió el consejo de los cobardes, y que el resultado fue que aquella generación de cobardes desconfiados quedó definitivamente descartada para entrar al reposo y la paz de la Tierra Prometida. No confiaron en que Dios los sacaría con bien de las dificultades que tenían por delante; y, por tanto, no llegaron a disfrutar del reposo que hubiera podido ser suyo.

(iii) Ahora el autor pasa al sentido de la palabra *reposo*. Es verdad que los del pasado se perdieron el reposo que hubieran podido disfrutar; pero, aunque se lo perdieron, *el reposo siguió existiendo*. Detrás de este argumento subyace una de las concepciones favoritas de los rabinos. El séptimo día, después que la Creación fue completada, Dios descansó de sus labores. En

la historia de la Creación de *Génesis* 1 y 2, hay un detalle curioso. De los primeros seis días se dice que «fue la tarde y la mañana» -según la manera judía de medir el día, que empezaba a la puesta, no a la salida del Sol-. Es decir: que todos los días tuvieron un principio y un fin. Pero el día séptimo, el del reposo de Dios, *no se mencionan la tarde y la mañana*. De aquí los rabinos sacaban la conclusión de que, aunque los otros días terminaron, el día del reposo de Dios no tenía fin; el reposo de Dios era para siempre. Por tanto, aunque hacía mucho tiempo los israelitas fracasaron en su oportunidad de entrar en ese reposo, todavía se sigue ofreciendo.

(iv) De nuevo el autor vuelve al sentido del *reposo* como la Tierra Prometida. Llegó el día, después de cuarenta años de deambular por el desierto, cuando, al mando de Josué, el pueblo de Israel consiguió entrar en la Tierra Prometida. Entonces, la Tierra Prometida fue *el descanso*, y se podría pensar que entonces se cumplió la promesa.

(v) Pero no; la promesa no se agotó, porque, en el *Salmo* 95:7-11, David oye la voz de Dios que le dice al pueblo que puede entrar en Su *reposo* si no endurece el corazón. Es decir: siglos *después de que* Josué introdujera al pueblo en el *reposo* de la Tierra Prometida, *todavía* Dios sigue llamando a entrar en Su *reposo*. Este *reposo* ya no se refiere a entrar a vivir en la Tierra Prometida.

(vi) Y aquí llega el llamamiento final. Dios sigue llamando a no endurecer el corazón y a entrar en Su reposo. El «hoy» de Dios no ha terminado, y la promesa sigue abierta; pero «hoy» no va a durar siempre; la vida llega a su fin; uno se puede perder la promesa; por tanto, dice nuestro autor: « ¡Aquí y ahora, por la fe, entrad en el verdadero reposo de Dios! »

Hay una cuestión muy interesante de sentido en el versículo 1. Hemos adoptado la traducción: *tened cuidado, no sea que alguno de vosotros se encuentre excluido*. Es decir: «Tened cuidado, no sea que vuestra desobediencia y falta de fe tenga como consecuencia que se os cierre la entrada en el reposo y la paz que Dios os ofrece.»

Esa puede ser la traducción correcta; pero otra posibilidad muy interesante sería: «Tened cuidado, no sea que creáis que habéis llegado demasiado tarde para entrar a disfrutar ya nunca del reposo de Dios.»

En la segunda traducción hay una advertencia. Es muy fácil llegar a pensar que los grandes días de la religión ya han pasado. Se cuenta que un niño, cuando le contaron alguna de las grandes historias del *Antiguo Testamento*, dijo con añoranza: «Dios era mucho más emocionante entonces.» Hay una tendencia constante en la iglesia a mirar atrás y pensar que el poder de Dios ha disminuido y que los días dorados se han terminado. El autor de *Hebreos* nos dirige su toque de atención: « ¡No creáis que habéis llegado demasiado tarde! No creáis que los días de las grandes promesas y de las grandes hazañas han quedado atrás. Todavía es "el hoy de Dios". Dios te ofrece una bendición tan grande como las de los santos del pasado, y te propone una aventura tan maravillosa como las de los héroes de la fe del pasado. Nuestro Dios es tan grande como ha sido siempre.»

Hay dos verdades permanentes en este pasaje.

(i) Una palabra, aunque sea muy grande, no sirve para nada a menos que llegue a formar parte de la persona que la oye. Hay muchas maneras de oír en el mundo: indiferente, desinteresada, crítica, escéptica, cínicamente. El oír que importa es el que escucha con interés, cree, y pone en acción. Las promesas de Dios no son meras piezas hermosas de literatura; son promesas en las que a uno le va la vida.

(ii) En el primer versículo, el autor de *Hebreos* exhorta a sus lectores para que tengan cuidado de no perder la promesa. La palabra que hemos traducido como *tener cuidado* quiere decir literalmente *temer* (*fobeisthai*). Este temor cristiano no es el miedo que le hace a uno salir huyendo de una tarea; ni el que le reduce a uno a una inactividad paralizada; es el temor que le hace a uno poner toda la carne en el asador en un esfuerzo para no perder aquello que de veras vale la pena.

EL TEMOR A LA PALABRA

Hebreos 4:11-13

Por tanto, esforcémonos para entrar en ese reposo, no sea que nos pase lo mismo que a aquellos israelitas y caigamos en la misma clase de desobediencia. Porque la Palabra de Dios está henchida de vida; es efectiva; es más aguda que una espada de doble filo; penetra hasta lo más íntimo de la división entre alma y espíritu, las coyunturas y el tuétano, y escudriña los deseos e intenciones del corazón. No hay cosa creada que pueda permanecer oculta a su vista; todo está descubierto ante Él, y no puede evitar encontrarse ante los ojos de Aquel a Quien tenemos que rendir cuentas.

La lección de este pasaje es que la Palabra de Dios ha venido al mundo, y es tal que no se puede ignorar. Los judíos tenían siempre una idea muy especial acerca de las palabras. Una vez que se decía una palabra, tenía una existencia independiente. No era simplemente un sonido con un cierto significado; era un poder que se liberaba y producía resultados. Isaías Le oyó decir a Dios que la Palabra que salía de Su boca no sería nunca ineficaz, sino que realizaría aquello para lo que Él la destinaba.

Podemos entender algo de esto si pensamos en la importancia tremenda que han tenido las palabras en la Historia. Un líder acuña una frase, y ésta se convierte en un toque de trompeta que mueve a las personas a sacrificios y hazañas. Algún gran hombre envía un manifiesto, y éste produce un efecto que puede hacer o deshacer naciones. Una y otra vez en la Historia la palabra que ha dicho algún líder o pensador ha salido y ha obrado grandes cosas. Si así sucede con las palabras humanas, cuánto más con la Palabra de Dios.

El autor de *Hebreos* describe la Palabra de Dios en una serie de expresiones maravillosas.

(i) *La Palabra de Dios está henchida de vida.* Algunas cuestiones que tuvieron importancia en el pasado están tan muertas como una piedra; algunos libros famosos ya no tienen ninguna vida ni interés. Platón fue uno de los grandes pensadores del mundo, pero es dudoso que hoy hubiera interés para una serie de estudios diarios sobre su pensamiento. Una de las cosas maravillosas de la Palabra de Dios es que es un tema vivo para las personas de todos los tiempos. Otras cosas se sumen en el olvido; otras cosas pueden adquirir un interés académico o histórico; pero la Palabra de Dios es algo con lo que todos nos hemos de enfrentar, y su ofrecimiento es algo que hemos de aceptar o rechazar.

(ii) *La Palabra de Dios es efectiva.* Es uno de los hechos innegables de la Historia que siempre que se ha tomado en serio la Palabra de Dios han empezado a suceder cosas. Así sucedió en Europa en el siglo XVI: no tenemos más que abrir un libro de Historia para darnos cuenta de lo que sucedió cuando se descubrió la Palabra de Dios que había estado oculta. Y en una época mucho más cercana a nosotros, los grandes cambios que se notan tienen sin duda una relación íntima con la publicación de la Biblia en la lengua del pueblo y el florecimiento de los estudios bíblicos. Cuando tomamos en serio la Palabra de Dios nos damos cuenta en seguida de que no es solamente un libro que se puede leer y estudiar, sino *una Palabra viva que hay que poner por obra.*

(iii) La Palabra de Dios es *penetrante.* El autor aporta diversas frases que muestran lo penetrante que es. Penetra hasta la frontera entre *el alma y el espíritu.* En griego, *el alma, psyjé,* es el principio vital. Todos los seres vivos tienen *psyjé,* vida física. En griego, *el espíritu, pneuma,* es lo que es característico de los seres humanos, lo que nos permite pensar y razonar y mirar más allá de la Tierra, a Dios. Es como si el autor de *Hebreos* estuviera diciendo que la Palabra de Dios pone a prueba la vida terrena y la existencia espiritual del hombre. Dice que la Palabra de Dios *escudriña los deseos e intenciones del corazón.* *EL deseo (enthymésis)* es la parte *emocional* de la

persona, y la *intención (énnoia)* la parte intelectual. Es como si dijera: «Tu vida emocional e intelectual deben someterse por igual al escrutinio de Dios.»

Por último, el autor de *Hebreos* resume varias cosas. Dice que todo está *descubierto* para Dios y *no puede por menos de encontrarse ante Sus ojos.* Usa dos palabras interesantes. La palabra para *desnudo* es *gymnós.* Lo que quiere decir es que, como personas humanas, solemos ocultarnos bajo un disfraz exterior; pero ante Dios estas cosas desaparecen y tenemos que enfrentarnos con Él tal como somos. La otra palabra es aún más gráfica: *tetrajélismenos.* No es una palabra corriente, y su significado no se conoce con absoluta certeza. Parece que se usaba de tres maneras diferentes.

(i) Es un término técnico de la lucha, y quiere decir agarrar al contrario de tal manera que no se puede mover. Puede que creamos que hemos conseguido evitar a Dios por un cierto tiempo; pero llega el momento en que nos agarra de tal manera que ya no podemos evitar encontrarnos cara a cara con Él. Llega el momento en que no podemos evadirnos más de Dios.

(ii) Es la palabra que se usaba con el sentido de despellejar animales. Éstos se colgaban, y se les quitaba la piel. La gente puede que nos juzgue por nuestra conducta y apariencia exteriores, pero Dios ve lo más secreto de nuestro corazón.

(iii) Algunas veces, cuando se llevaba a un criminal a juicio o a ejecución se le ponía un puñal con la punta debajo de la barbilla para obligarle a mantener la cara levantada para que todos pudieran ver su deshonra. Cuando se le hacía eso se decía que el hombre estaba *tetrajélismenos.* A fin de cuentas tenemos que enfrentarnos con la mirada de Dios. Tal vez nos podamos esconder de las personas a las que nos daría vergüenza enfrentarnos; pero *no podremos evitar* mirar a Dios cara a cara. Kermit Eby escribe en su *El Dios en Ti:* « En algún momento, uno tiene que dejar de correr de sí mismo y de Dios -probablemente porque ya no tiene adónde huir-.» A todas las personas les llega el momento en que tienen que encontrarse con ese Dios ante Cuyos ojos nada se puede ocultar.

Hebreos 4:14-16

Por tanto, como tenemos un Sumo Sacerdote grande por naturaleza que ha pasado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos firmes en nuestra confesión de fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda sentir con nosotros en nuestras debilidades, sino Uno que ha pasado por todas las tentaciones exactamente como nosotros, pero sin sucumbir al pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente a Su trono de Gracia para recibir misericordia y encontrar gracia que nos ayude como lo requiera la necesidad.

Aquí nos introducimos en el meollo de la gran concepción característica de *Hebreos*: que Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto. Su misión es traer al hombre la Palabra de Dios, e introducir al hombre en la presencia de Dios. El Sumo Sacerdote tiene que conocer perfectamente y al mismo tiempo a Dios y al hombre. Esta es la misión de Jesús que esta epístola nos presenta magistralmente.

(i) Este pasaje empieza haciendo hincapié en la sublime grandeza y en la absoluta divinidad de Jesús. Él es grande por naturaleza; no por los honores que Le hayan concedido los hombres ni por adornos exteriores, sino por la misma esencia de Su ser. Ha pasado los cielos; esto puede querer decir dos cosas. En el *Nuevo Testamento* encontramos diversos sentidos de la palabra *cielo*. Uno era el cielo del aire, de las nubes y de las estrellas, lo que podríamos llamar *el firmamento*. Otro era el de la presencia de Dios, el tercer Cielo al que Pablo fue admitido en la experiencia a la que alude en *2 Corintios 12:2*. Puede referirse a los cielos de las nubes y de las estrellas, y puede referirse al Cielo de la presencia de Dios. Esto puede querer decir que Jesús ha pasado a través de todos los cielos que pueda haber, y está en la misma presencia de Dios; puede

querer decir lo que la poetisa Christina Rossetti cuando dijo: «El Cielo no le puede contener.» Jesús es tan grande que hasta el Cielo es demasiado pequeño para Él. Nadie ha presentado la sublime grandeza de Jesús como el autor de *Hebreos*.

(ii) Y entonces vuelve a otro plano más próximo a nosotros. Nadie ha estado más seguro de la total identificación de Jesús con los hombres. Él pasó por absolutamente todo lo que un hombre tenga que pasar, y es como nosotros en todo, *excepto que superó todas las pruebas sin contaminarse de pecado*. Antes de que volvamos a examinar más de cerca el sentido de esto, debemos tomar nota de algo. El hecho de que Jesús fuera sin pecado quiere decir que Él conoció honduras y tensiones y asaltos de la tentación que nosotros no conoceremos nunca. Lejos de ser Su batalla más fácil, fue incalculablemente más difícil. ¿Por qué? Por esta razón: nosotros sucumbimos a la tentación mucho antes de que el tentador haya agotado todos los recursos de su poder. No conocemos nunca lo más feroz de la tentación porque nos rendimos mucho antes de llegar a ese punto. Pero Jesús fue tentado con mucha más fuerza, porque en Su caso el tentador empleó absolutamente toda su astucia y su fuerza en el asalto. Vamos a compararlo con lo que sucede con el dolor físico: hay un grado de dolor que un ser humano puede soportar; y, cuando se pasa ese grado, se pierde el conocimiento; de modo que hay agonías de dolor que no se experimentan nunca. Eso es lo que pasa con la tentación: nos rendimos ante ella al llegar a un cierto punto; pero Jesús llegó a nuestro límite, y mucho más adelante, y no sucumbió. Es verdad que fue tentado en todos los sentidos como nosotros; pero también es verdad que ninguno de nosotros será tentado hasta el punto que lo fue Jesús.

(iii) Esta experiencia de Jesús tuvo tres consecuencias.

(a) Le dio *el don de la simpatía*. Aquí hay algo que debemos comprender, pero que nos resulta muy difícil. La idea cristiana de Dios como un Padre amante forma ya parte de las entretelas de nuestro pensamiento y sentimiento; pero *entonces era totalmente nueva*. Para los judíos, la idea básica acerca de Dios era

la santidad, que quiere decir que Dios es totalmente *diferente* de nosotros. En ningún sentido se puede decir que Dios comparte nuestra experiencia humana; Dios es de hecho incapaz de compartirla precisamente porque es Dios.

Esto era aún más claro para los griegos. Los estoicos, los pensadores griegos más elevados, decían que el principal atributo de Dios era la *apatheia*, por lo que entendían una incapacidad esencial para sentir nada en absoluto. Lo razonaban diciendo que, si una persona puede sentir dolor o alegría por algo, eso quiere decir que tal cosa puede influir en ella y, por tanto, por lo menos en esa ocasión, es superior a ella. Nada ni nadie debe poder afectar a Dios, porque eso querría decir que es superior a Él. Dios está más allá de todo sentimiento.

La otra escuela griega era la de los epicúreos, que decían que los dioses viven en perfecta felicidad en lo que llamaban *intermundia*, el espacio entre los mundos; y ni siquiera sabían que hubiera un mundo con personas que sufrían en él.

Los judíos tenían un Dios que era *diferente*; los estoicos, dioses que eran *insensibles*; los epicúreos, dioses totalmente *desconectados*. A esos mundos de pensamiento vino el Evangelio con la idea de un Dios que había sufrido voluntariamente todas las experiencias humanas. Plutarco, uno de los griegos más religiosos, declaraba que era blasfemia implicar a los dioses en los asuntos de este mundo. El Cristianismo describe a Dios, no solamente implicado, sino *identificado* con el sufrimiento del mundo. Nos es imposible darnos cuenta de la revolución que trajo el Cristianismo en lo referente a la relación de Dios con la humanidad. Hacía siglos que no se hablaba más que de un dios inasequible; y ahora descubrían a un Dios que compartía y asumía el sufrimiento humano.

(b) Eso tenía dos consecuencias. Le daba a Dios *la cualidad de la misericordia*. *Es fácil* comprender por qué: porque Dios *comprende*. Algunas personas llevan una vida protegida; no están expuestas a las tentaciones que les sobrevienen a los que viven una vida que no tiene nada de *fácil*. Algunas personas tienen una naturaleza que es *fácil* de controlar; otras tienen

pasiones ardientes que hacen peligrosa la vida. A la persona que ha llevado una vida protegida o que no tiene una naturaleza inflamable le resulta difícil comprender las caídas de las otras personas. Le resultan inexplicables, y no puede evitar el condenar lo que no puede comprender. *Pero Dios sí puede comprender*. < *Conocerlo* todo es perdonarlo todo > -de nadie puede decirse tan verdaderamente como de Dios.

John Foster cuenta en uno de sus libros que, cuando llegó a su casa de Escocia cierto día de los años treinta, se encontró a su hija llorando a lágrima viva ante el aparato de radio. Le preguntó por qué lloraba, y ella le contestó que se había dicho en las noticias que los tanques japoneses habían entrado en Cantón, China, aquel día. Para la mayor parte de los británicos aquella noticia no pasaría de ser triste sólo hasta cierto punto. Los políticos tal vez la escucharon como una advertencia de peligros que acechaban; pero a muchas otras personas aquello ni les iba ni les venía. ¿Por qué estaba llorando tanto la hija de John Foster? Porque ella había nacido en Cantón, y aquel nombre le traía a la memoria el hogar, la escuela y los amigos de su infancia. Para muchos era un lugar lejano y desconocido; pero ella *había vivido allí*. En eso estaba la diferencia. Y no hay ninguna experiencia humana de la que Dios no pueda decir: «Yo he estado allí.» Cuando tenemos algo muy triste que contar, cuando la vida nos ha calado hasta los huesos con sus lágrimas, no acudimos a un dios que es incapaz de comprender lo que nos ha sucedido, sino que acudimos a un Dios que ha estado allí. Por eso mismo, si podemos decirlo así, a Dios Le resulta tan *fácil* comprender, y ayudar, y perdonar.

(c) Esto hace que Dios *nos pueda ayudar*. Conoce nuestros problemas porque ha pasado por ellos. La persona que mejor te puede aconsejar y ayudar en un viaje es la que lo ha hecho antes que tú. Dios puede ayudar porque lo ha experimentado.

Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto porque es perfectamente Dios y perfectamente hombre. Porque ha vivido nuestra vida puede darnos simpatía, misericordia y poder. Él trajo a Dios a los hombres, y puede llevar a los hombres a Dios.

IDENTIFICADO CON LA HUMANIDAD Y CON DIOS

Hebreos 5:1-10

El sumo sacerdote se elige entre los hombres para que los represente en las cosas que tienen relación con Dios. Su cometido consiste en presentar ofrendas y sacrificios por los pecados, ya que él mismo puede sentir compasión de los ignorantes y de los descarriados, puesto que él también está revestido de debilidad humana. A causa de esta misma debilidad, le corresponde, de la misma manera que ofrece sacrificios por los demás, hacerlo también en su propio favor por sus propios pecados. Nadie se apropia esta honorable posición por su cuenta, si no es llamado por Dios a ocuparla, como sucedió con Aarón. Exactamente de la misma manera, Cristo no se apropió la gloria de ser el Sumo Sacerdote, sino que fue el Dios Que le había dicho: «Tú eres mi amado Hijo; hoy Te comunico Mi propia vida y naturaleza», Quien Le dijo también en otro pasaje: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.» En los días que vivió esta nuestra vida humana, ofreció oraciones y súplicas con mucho clamor y muchas lágrimas al Dios Que Le podrá sacar de la muerte a salvo; y cuando fue escuchado por Dios por el santo temor que mostró, aunque era Hijo, aprendió lo que cuesta la obediencia por los sufrimientos que tuvo que pasar; y cuando llegó a estar perfectamente capacitado para la misión que se Le había encomendado, llegó a ser el Autor de la Salvación eterna de todos los que Le obedecen, porque había sido designado por Dios Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec.

Ahora *Hebreos* se pone a desarrollar el tema que es su contribución especial a la doctrina cristiana: el Sumo

Sacerdocio de Jesucristo. Este pasaje establece tres *cualificaciones* para los sacerdotes de cualquier edad o generación.

(i) Un sacerdote se elige entre los hombres para que los represente en las cosas que tienen relación con Dios. A. J. Gossip solía contar a sus alumnos que, cuando fue ordenado como pastor, sintió como si la gente le estuviera diciendo: «Nosotros estamos inmersos en el polvo y el calor del día; tenemos que pasar el tiempo atendiendo a los campos, las máquinas o las oficinas para que se muevan la industria y el comercio. Queremos apartarte para que entres por nosotros en el lugar secreto de Dios, y salgas a nosotros los domingos con la Palabra de Dios.» El sacerdote es el que hace de-enlace o puente entre Dios y los hombres.

En Israel, el sacerdote tenía que ofrecer sacrificios por los pecados del pueblo. El pecado interrumpía la relación con Dios y levantaba una barrera. Los sacrificios se ofrecían para suprimir esa barrera y restaurar la relación con Dios.

Pero debemos fijarnos en algo que los judíos tenían muy claro, y era que los pecados por los que se hacía expiación en los sacrificios eran los *pecados de ignorancia*. No estaba prevista la manera de obtener el perdón de pecados que se cometieran con pleno conocimiento. El mismo autor de *Hebreos* dice: «Porque si pecamos a sabiendas después de haber recibido el conocimiento de la verdad, *ya no queda ningún sacrificio por los pecados*» (*Hebreos 10:26*). Esta es una convicción que aparece una y otra vez en las leyes de los sacrificios del *Antiguo Testamento*. Muchos pasajes empiezan: «Cuando alguna persona pecare por yerro en alguno de los mandamientos...» (*Levítico 4:2, 13*). *Números 15:22-31* es un pasaje clave. En él se establecen los sacrificios que se requieren «si el pecado fue hecho por yerro con ignorancia de la congregación.» Pero al final se establece: «Mas la persona que hiciere algo con soberbia... ultraja al Señor... será cortada de en medio de su pueblo: ... su iniquidad caerá sobre ella.» *Deuteronomio 17:12* establece: «Y el hombre que procediere *con soberbia*... el tal morirá.»

El pecado de ignorancia se puede perdonar; pero el pecado de soberbia, no. Sin embargo, debemos comprender que los judíos entendían por ignorancia más que simplemente falta de conocimiento. Incluían en esta categoría los pecados que se cometen cuando uno está fuera de sí dominado por la ira, la pasión o por alguna tentación muy fuerte, y también se podían perdonar los pecados de los que uno se arrepintiera sinceramente. Entendían por pecado de soberbia el pecado frío, calculado, cometido con los ojos abiertos contra Dios y que no va seguido del menor dolor.

Así pues, el sacerdote existía para abrirle al pecador el camino de vuelta a Dios, siempre que el pecador quisiera volver.

(ii) El sacerdote debe estar identificado con los hombres. Tiene que haber pasado por las experiencias humanas, y debe sentir simpatía por los hombres. En este punto el autor de *Hebreos* se detiene para indicar que el sacerdote humano está tan unido a los demás en todo que tiene necesidad de ofrecer sacrificios por sus propios pecados antes de ofrecerlos por los de los demás. Más tarde mostrará que en esto también Jesucristo es superior a todos los sacerdotes terrenales. El sacerdote debe estar unido a los demás seres humanos en todas las cosas de la vida. En relación con esto usa una palabra maravillosa: *metriopathein*, que se ha traducido como *sentir compasión*; pero es realmente imposible de traducir.

Los griegos definían la virtud como el término medio entre dos extremos. A ambos lados estaban los extremos en los que se podía caer; y entre ellos estaba la actitud correcta. Según esto, los griegos definían *metriopatheía* (el nombre correspondiente) como el término medio entre un pesar extravagante y una indiferencia extrema. Era tener el sentimiento correcto acerca de los hombres. W. M. Macgregor lo definía como «el término medio entre la explosión de la ira y el consentimiento indulgente.» Plutarco hablaba de esa *paciencia* que era la hija de la *metriopatheía*. La definía como el sentimiento de simpatía que le permite a uno levantar a otro y salvarle, ser indulgente y prestar atención. Otro griego le echa en cara a un

hombre el no tener *metriopatheía*, y no estar dispuesto a reconciliarse con otro con el que tenía ciertas diferencias. Es una palabra maravillosa. Se refiere a la habilidad de soportar sin perder los estribos con los demás cuando no quieren aprender y cometen los mismos errores interminablemente. Describe la actitud hacia los demás que no desemboca en la ira a causa de sus faltas, y que tampoco las aprueba; pero que pacientemente se entrega, con una simpatía que es gentil pero también firme, que acaba por dirigir al descarriado al buen camino. Un sacerdote no puede ayudar a sus semejantes a menos que tenga ese don de Dios de la *metriopatheía*. fuerte y paciente.

(iii) La tercera característica esencial de un sacerdote es esta:

ninguno se nombra a sí mismo, sino es nombrado por Dios.

El sacerdocio no es un oficio que una persona escoge, sino un privilegio y una gloria a los que es llamada. El ministerio de Dios entre los hombres no es un empleo ni una carrera, sino una *vocación*. El ministro de Dios debería mirar atrás y decir, no < Yo escogí este trabajo», sino < Dios me escogió y me dio este ministerio» -es decir, servicio a Él y a los hombres.

El autor de *Hebreos* muestra a continuación que Jesucristo cumple las grandes condiciones del sacerdocio.

(i) Empieza por la última. Jesús no escogió su tarea; Dios Le escogió para ella. Cuando fue bautizado por Juan Le vino a Jesús una voz que Le decía: < Tú eres mi amado Hijo; hoy te comunico Mi propia vida y naturaleza» (*Salmo 2:7*).

(ii) Jesús ha pasado por las experiencias más amargas y nos comprende en todas nuestras cualidades y debilidades. El autor de *Hebreos* tiene cuatro grandes pensamientos sobre Jesús.

(a) Recuerda a Jesús en Getsemaní. Eso es lo que está pensando cuando habla de las oraciones y súplicas, del clamor y las lágrimas de Jesús. La palabra que usa para *clamor* (*kraygué*) es muy significativa. Indica un grito que la persona no quiere lanzar, que < se le escapa» de la garganta en el estrés de un dolor insoportable. Así que el autor de *Hebreos* dice que no hay agonía del espíritu humano que no haya pasado Jesús. Los rabinos tenían un dicho: «Hay tres clases de oración, cada

una más elevada que la anterior: oración, clamor y lágrimas. La oración se hace en silencio; el clamor, elevando la voz; pero las lágrimas lo vencen todo.» Jesús conoció hasta la oración desesperada de las lágrimas.

(b) Jesús aprendió de todas las experiencias porque las arrojó con reverencia santa. La frase griega para < Aprendió de lo que sufrió» es como un trabalenguas -*émathen af hón épathen*. Este es un pensamiento que aparece a menudo en los pensadores griegos. Esquilo, el primero de los grandes dramaturgos griegos, tenía un lema característico: < Aprender viene de sufrir» (*páthei máthos*). Llamaba al sufrimiento una especie de *gracia salvaje* de los dioses. Herodoto por su parte declaraba que sus sufrimientos eran *ajárista mathérnata*, una ingrata forma de aprender. Y un poeta moderno dice de los poetas: < Aprendemos en el sufrimiento lo que enseñamos en la canción.»

Dios nos habla en las experiencias de la vida, y especialmente en las que acrisolan el corazón y el alma; pero sólo podemos oír Su voz cuando aceptamos con temor reverente lo que viene a nosotros. Si lo recibimos con resentimiento, los gritos de nuestro corazón nos hacen sordos a la voz de Dios.

(c) Por medio de las experiencias que pasó, la versión Reina-Valera dice de Jesús que *habiendo sido perfeccionado (teleiún)*. *Teleiásn* es el verbo del adjetivo *téleios*. *Téleios* puede traducirse correctamente por *perfecto* siempre que recordemos lo que los griegos entendían por perfección. Para ellos el que una cosa fuera *téleios* quería decir que cumplía exactamente el propósito para el que fue diseñada. Cuando usaban la palabra no pensaban en la perfección abstracta o metafísica, sino en términos de su *funcionalidad*. Lo que el autor de *Hebreos* quiere decir es que todas las dolorosas experiencias que pasó Jesús le capacitaron para ser el Salvador que la humanidad necesitaba.

(d) La Salvación que obró Jesús es *una salvación eterna*. Es algo que nos pone a salvo en el tiempo y en la eternidad. El hombre está a salvo con Cristo para siempre. No hay circunstancias que le puedan arrancar de la mano de Cristo.

RESISTIRSE A CRECER

Hebreos 5:11-14

La historia que se me ha encargado que os transmita sobre esta cuestión es larga, difícil de contar y de comprender, porque os habéis vuelto duros de oído. Porque, por supuesto: a estas alturas ya deberíais ser maestros, por todo el tiempo que ha pasado desde que escuchasteis el Evangelio por primera vez; y, sin embargo, todavía necesitáis que se os digan los sencillos elementos del principio del Mensaje de Dios. Os habéis sumido en un estado en el que necesitáis leche en lugar de alimento sólido; porque, está claro que si alguien está en la etapa de la lactancia, no puede saber de veras qué es la integridad cristiana, porque no es más que un bebé. Pero el alimento sólido está para los que han alcanzado la mayoría de edad, para los que, por el desarrollo de la debida clase de hábito, ya han llegado a la etapa en que tienen la percepción entrenada para distinguir entre el bien y el mal.

Aquí el autor de *Hebreos* trata de las dificultades que se le presentan al intentar presentarles a sus lectores un concepto adecuado del Evangelio.

Tiene que enfrentarse con dos dificultades. La primera, que el orbe completo de la fe cristiana no es en absoluto nada fácil de entender, ni se puede entender en un día. La segunda, que la percepción de sus lectores está *embotada*: La palabra que usa (*nóthrós*) está henchida de significado. Quiere decir la mente lenta, obtusa, torpe para entender, dura de oído y distraídilla para retener. Se usa esta palabra para los miembros insensibles de un animal enfermo. Se usa también de una persona que tiene la percepción y cerrazón de una piedra. Ahora bien: esto parece que se refiere a los que se dedican a predicar y a enseñar; pero, en realidad, se puede aplicar a todos

los que piensan, es decir, que son personas. Sucede a menudo que esquivamos enseñar lo que es difícil; nos defendemos diciendo que es que nuestros alumnos no lo van a entender. Es una de las tragedias de la iglesia que se hace tan poco esfuerzo para enseñar nuevos conocimientos y pensamientos. Es verdad que eso tiene sus dificultades. Es verdad que a veces se enfrenta uno con el «muermo» de las mentes perezosas y con los prejuicios militantes de las mentes cerradas. Pero la tarea nos sigue desafiando. El autor de *Hebreos* no se desmarcaba de dar su mensaje, aunque fuera difícil, y torpe la mente de los alumnos. Consideraba que su suprema responsabilidad era transmitir las verdades que conocía.

Su queja era que hacía mucho tiempo que sus lectores eran cristianos, pero seguían siendo bebés, lejos todavía de la mayoría de edad. El contraste entre el cristiano maduro y el niño, o entre la leche y el alimento sólido, aparece con cierta frecuencia en el *Nuevo Testamento* (1 Pedro 2: 2; 1 Corintios 2: 6; 3:2; 14:20; Efesios 4:13ss). *Hebreos* dice que, para entonces, ya deberían ser maestros. Esto no hay que tomarlo literalmente. El decir que una persona estaba capacitada para enseñar era la manera griega de decir que dominaba suficientemente un asunto. El autor dice que siguen necesitando que alguien les enseñe *los sencillos elementos (stojieia) del Evangelio*. Esta palabra griega tiene una variedad de significados. En gramática quiere decir las letras del alfabeto, el A B C; en física, los cuatro elementos básicos que componen el mundo; en geometría, los elementos como el punto y la línea recta; en filosofía, los principios elementales con los que empieza el estudiante.

Al autor de *Hebreos* le da pena que, aunque hace bastantes años que sus alumnos son cristianos, todavía no han salido de los rudimentos; son como niños, que no saben la diferencia entre lo bueno y lo malo. Aquí nos encontramos cara a cara con un problema que acecha a la Iglesia en cada generación: el de *la iglesia que se niega a crecer*.

(i) El cristiano que se niega a crecer en conocimiento. Puede que haya caído en lo que alguien ha llamado «la incapacidad

culpable que es el resultado de no aprovechar la oportunidad.» Hay personas que siempre están diciendo que lo que era bastante bueno para sus padres también lo es para ellos. Hay cristianos que no han desarrollado su fe desde hace treinta o cuarenta o cincuenta o sesenta años. Hay cristianos que se niegan a rajatabla a intentar entender los descubrimientos que se han hecho en la investigación bíblica y el pensamiento teológico. Son mayores en edad y en otras cosas, pero se dan por contentos con una estatura espiritual que no ha desarrollado. Son cristianos bonsáis.

Son como un cirujano que se negara a usar las nuevas técnicas y los diversos equipos con los que se están salvando tantas vidas y remediando tantos males, porque dijera: «Lo que era bastante bueno para Galeno, también lo es para mí.» Son como un médico que se negara a usar las nuevas medicinas y técnicas de diagnóstico y de tratamiento, y dijera: «Lo que aprendí en la universidad hace cincuenta años sigue siendo bastante para mí.» En las cosas espirituales es todavía peor. Dios es infinito; Sus riquezas son inestrutables, y mientras dure el día debemos seguir avanzando.

(ii) Hay personas que no han crecido en conducta. Se le puede perdonar a un chaval que se chupe el dedo o que coja una rabieta; pero hay muchos que tienen aspecto de adultos y muchas cosas de niños. Sería bueno que todos pudiéramos hacer nuestras las palabras de Pablo: «Cuando me hice mayor, dejé las cosas de niño» (1 Corintios 13:11).

Los casos de falta de desarrollo son patéticos; y el mundo está lleno de gente cuya vida espiritual se ha detenido. Dejaron de aprender hace años, y su conducta espiritual es la de un niño. Es verdad que Jesús dijo que el espíritu de un niño es la cosa más grande del mundo; pero hay una diferencia tremenda entre la auténtica actitud de, la infancia y el infantilismo. Peter Pan es un personaje encantador de cuentos; pero la persona que se niega a crecer da grima. Cuidémonos de no seguir en la infancia espiritual cuando ya deberíamos haber alcanzado la mayoría de edad en la fe.

LA NECESIDAD DE PROGRESAR

Hebreos 6:1-3

Así que, dejemos ya atrás la enseñanza cristiana elemental, y dejémonos llevar adelante hacia la plena madurez; porque no nos podemos eternizar echando los cimientos, y enseñando acerca del arrepentimiento de las obras muertas, y dando información acerca de los lavatorios, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y la sentencia que perdura por toda eternidad. Dios mediante, eso será lo que hagamos.

El autor de *Hebreos* está seguro de que el progreso es necesario en la vida cristiana. Ningún maestro llegaría a nada si no hiciera más que empezar por el principio una y otra vez cuando se pusiera a enseñar. El autor de *Hebreos* dice que sus alumnos deben proseguir adelante hacia lo que él llama *teleiotes*. La versión *Reina-Valera* traduce esta palabra por *perfección*. Pero *téleios*, el adjetivo, y las demás palabras de la misma familia, tienen un sentido técnico. Pitágoras dividía a sus alumnos en *hoi manthanontes*, los que están aprendiendo, y *hoi téleioi*, los mayores. Filón dividía a sus alumnos en tres clases diferentes: *hoi arjomenoi*, los principiantes; *hoi prokoptontes*, los que están avanzando, y *hoi teleiomenoi*, los que están empezando a alcanzar la mayoría de edad. *Teleiotes* no implica un conocimiento completo, sino una cierta mayoría de edad en la fe cristiana.

El autor de *Hebreos* quiere decir dos cosas por mayoría de edad. (i) Algo que tiene que ver con la mente. Quiere decir que, conforme una persona va avanzando en edad, debe pensarse las cosas por sí misma. Por ejemplo: debe ser capaz de decir mejor Quién cree que es Jesús. Debe tener una comprensión más profunda, no sólo de los hechos, sino también del significado de la fe cristiana. (ii) Algo que tiene que ver con la vida.

Conforme uno se va haciendo mayor, debe haber más y más reflejo de Cristo en él. Tiene que estar desembarazándose todo el tiempo de viejas faltas, y adquiriendo nuevas virtudes. Deben amanecer cada día en su vida una nueva serenidad y una nueva nobleza. Como dice la Oración de una monja del siglo XVII, de fuente desconocida:

SEÑOR: Tú sabes mejor que yo que me voy haciendo mayor, y algún día seré vieja. Guárdame del hábito fatal de creer que siempre tengo que decir algo sobre todos los asuntos y en todas las situaciones. Líbrame de empeñarme en arreglarles la vida a los demás. Hazme reflexiva, pero no maniática; dispuesta a ayudar, pero no a mangonear. Con un arsenal de sabiduría como el mío parece una lástima no usarlo todo; pero Tú sabes, Señor, que quiero conservar algunos amigos hasta el final.

Mantén mi mente libre del recital de detalles interminables; dame alas para ir derecha al grano. Sella mis labios a mis angustias y dolores. Crecen como los hongos, y el desplegarlos le va resultando a una cada vez más dulce con el paso de los años. No me atrevo a pedir la gracia suficiente para escuchar con interés las historias de los males de los demás, pero ayúdame a soportarlas con paciencia.

No me atrevo a pedir mejor memoria, pero sí una humildad creciente y no tanta seguridad cuando mis recuerdos parecen estar en conflicto con los de otros.

Enséñame la gloriosa lección de que a lo mejor estoy equivocada.

Manténme razonablemente dulce; no quiero ser una santa -con algunos de ellos no se podía vivir-; pero una vieja gruñona es una de las más logradas obras maestras del diablo. Dame la capacidad de descubrir cosas buenas en lugares inesperados, y talentos en personas insospechadas. Y dame, Señor, la gracia de decírselo. AMÉN.

Uno no se puede parar en la vida cristiana. Se dice de Cromwell que tenía en su biblia de bolsillo un lema en latín: *Qui cessat esse melior cessat esse bonus* -El que deja de ser mejor, deja de ser bueno.

Este pasaje nos permite ver qué era lo que la Iglesia Primitiva consideraba el Cristianismo básico.

(i) Está *el arrepentimiento de las obras muertas*. La vida cristiana empieza por *el arrepentimiento*; y el arrepentimiento (*metánoia*) es literalmente *un cambio de mentalidad*. Conlleva una nueva actitud para con Dios, la gente, la vida y el yo. Es un *arrepentimiento de obras muertas*. ¿Qué entiende el autor de *Hebreos* por esta extraña frase? Hay muchas cosas que puede que quiera decir, todas relevantes y sugestivas. (a) Puede que las obras muertas sean *acciones que traen la muerte*. Puede que sean las acciones inmorales, egoístas, impías, desamadas, sucias, que conducen a la muerte. (b) Puede que sean *obras que contaminan*. Para un judío, lo que más contaminaba era tocar un cuerpo muerto. El hacerlo le dejaba a uno en estado de impureza ritual, y le impedía el acceso al culto hasta que se purificara. Las obras muertas puede que sean las que contaminan el carácter y le separan a uno de Dios. (c) Puede que sean *obras que no tienen ninguna relación con el carácter*. Para los judíos, la vida era el ritual; si observaban las debidas ceremonias a su debido tiempo, eran buenos. Pero ninguna de estas cosas tenía ninguna influencia en su carácter. Puede que el autor de *Hebreos* quisiera decir que el cristiano ha roto con los rituales sin sentido y con los convencionalismos de la vida para dedicarse a las cosas que ahondan el carácter y desarrollan el alma y la vida.

(ii) Está *la fe que mira hacia Dios*. La primera cosa esencial de la vida cristiana es mirar hacia Dios. El cristiano decide sus acciones, no por el veredicto de los hombres, sino por el de Dios. No busca la salvación en sus propios méritos, sino sólo en la Gracia de Dios.

(iii) Está *la información acerca de los lavatorios*. Esto quiere decir que el cristiano debe darse cuenta de lo que quiere

decir de veras el bautismo. El primer libro de enseñanza cristiana para los que estaban a punto de entrar en la iglesia y el primer libro de orden de cultos se llama *La Didajé, La enseñanza de los Doce Apóstoles*. Se escribió alrededor del año 100 d.C., y establece las reglas para el bautismo cristiano. Para entonces todavía no había surgido el bautismo infantil. Las personas venían directamente del paganismo, y el bautismo era la entrada en la iglesia y la confesión de fe. *La Didajé* empieza por seis capítulos cortos acerca de la fe y de la vida cristiana. Empieza diciéndole al candidato al bautismo lo que debe creer y cómo debe vivir. Y luego, a partir del capítulo siete, prosigue:

< Por lo que se refiere al bautismo, bautizarás de la siguiente manera: Cuando hayas instruido al candidato sobre todas estas cosas, bautízale en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua corriente. Si no dispones de agua corriente, bautízale en cualquier clase de agua. Sino le puedes bautizar en agua fría, úsala caliente. Si no puedes obtener ninguna de las dos, derrama agua tres veces sobre la cabeza del candidato en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Antes de bautizarle, haz que ayunen el candidato y el que le va a bautizar, y que los que puedan hagan lo mismo. Debes exhortar al bautizando a que ayune dos o tres días antes de la ceremonia.»

Esto es interesante. Demuestra que el bautismo de la Iglesia Primitiva era, si se podía, por inmersión total. Nos cuenta que a la persona que iba a recibir el bautismo, o se la sumergía, o se le derramaba agua tres veces, en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Tomamos nota de que al bautismo precedía un tiempo de instrucción, porque había que practicar la fe y la vida cristiana antes de recibir el sacramento del bautismo. El candidato tenía que preparar, no sólo su mente, sino también su espíritu, mediante el ayuno. En aquellos días nadie entraba en la iglesia sin saber lo que hacía. Por eso el autor de *Hebreos* dice: < Antes de recibir el bautismo, ya se os

instruyó acerca de las cosas fundamentales de la fe cristiana. No debe haber necesidad de volver a ellas. Ahora tenéis que edificar una fe más plena sobre ese cimiento.»

(iv) Está *la imposición de manos*. En la práctica judía, esto tenía tres significados. (a) Era la señal de la transferencia de la culpa. El sacrificador ponía las manos sobre la cabeza de la víctima para simbolizar el hecho de que transfería su culpa al animal que ofrecía. (b) Era la señal de la transferencia de la bendición. Cuando un padre bendecía a su hijo, ponía sus manos sobre la cabeza del hijo como una señal de que le transmitía su bendición. (c) Era la señal de que se apartaba a una persona para una tarea especial. A un hombre se le imponían las manos cuando se le ordenaba para el ministerio.

En la Iglesia Primitiva se le imponían las manos al que había sido bautizado, para que recibiera el Espíritu Santo (*Hechos* 8:17; 19:6). Esto no se ha de entender en sentido material. En aquellos días se miraba a los apóstoles con reverencia porque habían sido los amigos de Jesús en la Tierra. Era realmente emocionante que le tocara a uno una persona que había estado con Jesús y había tocado Sus manos. El efecto de la imposición de manos no dependía de la posición del que las imponía, sino de su carácter y de lo cerca que estaba de Jesús.

(v) Está *la resurrección de los muertos*. Desde el principio, el Cristianismo fue una religión de inmortalidad. Le daba al hombre dos mundos en los que vivir; le enseñaba que lo mejor estaba todavía por venir, lo que hacía este mundo un lugar de entrenamiento para la eternidad.

(vi) Está *la sentencia que perdura por toda eternidad*. El Cristianismo fue desde el principio una religión de juicio. A ningún cristiano se le dejaba olvidar que, al final, tendría que encontrarse con Dios, y que lo que Dios pensara de él era infinitamente más importante que lo que pensara la gente, entre otras cosas porque sus consecuencias *perdurarían por toda eternidad*.

CRUCIFICAR A CRISTO OTRA VEZ

Hebreos 6:4-8

Porque los que fueron iluminados ya una vez, y saborearon el don gratuito del Cielo, y llegaron a participar del Espíritu Santo, y saborearon la maravillosa Palabra de Dios y los poderes de la era venidera... y se han vuelto atrás, es imposible que pasen otra vez por la renovación del arrepentimiento; porque lo que están haciendo éstos es crucificar por sí mismos otra vez al Hijo de Dios y hacer de Él un espectáculo grotesco. Porque, cuando la tierra ha bebido la lluvia que viene regularmente sobre ella y produce verduras que son útiles a los que la cultivan, participa de la bendición de Dios; pero, cuando no produce más que espinos y cardos, se la abandona y deja como cosa maldita, y al final se la destina al fuego.

Este es uno de los pasajes más terribles de la Escritura. Empieza con una especie de lista de los privilegios de la vida cristiana.

El cristiano ha sido *iluminado*. Esta es una de las ideas favoritas del Nuevo Testamento. Sin duda tiene su origen en la figura de Jesús como la Luz del mundo, la Luz que ilumina a todas las personas que vienen al mundo (*Juan* 1:9; 9:5). Como dijo el mártir Bilney: < Cuando oí las palabras: "Jesucristo vino al mundo a salvar pecadores", fue como si rompiera el día de pronto en medio de la más oscura noche. > La luz del conocimiento, del gozo y de la dirección amanece cuando se encuentra a Cristo. Tan íntimamente entretejida con el Cristianismo llegó a estar esta idea que *la iluminación (fótismós)* llegó a ser sinónima de *bautismo*, y *el ser iluminado (fótízeisthai)*, de *ser bautizado*. De hecho, eso es lo que muchos han entendido, y han considerado que este pasaje quiere decir que no hay posibilidad de perdón para los pecados que se cometen después

de haber sido bautizado. De ahí que haya habido tiempos y lugares en los que el bautismo se ha pospuesto hasta el momento de la muerte para mayor seguridad. Más adelante discutiremos esa idea.

El cristiano ha saboreado *el don gratuito que viene del Cielo*. Sólo en Cristo podemos encontrar la paz con Dios. El perdón no es algo que se puede ganar; es un don gratuito. Sólo cuando venimos a la Cruz, nuestra carga rueda sima abajo. El cristiano conoce por experiencia el inconmensurable alivio que nos trae el perdón de Dios. Como cantó El *Peregrino*:

Vine cargado con la culpa mía de lejos, sin alivio a mi dolor; mas en este lugar, ¡oh, qué alegría!, mi solaz y mi dicha comenzó.

Aquí cayó mi carga, y su atadura en este sitio rota yo sentí. ¡Bendita Cruz, bendita sepultura! ¡Y más bendito Quien murió por mí!

El cristiano *participa del Espíritu Santo*. Tiene en su vida una nueva dirección y un poder nuevo. Ha descubierto la presencia de un poder que no sólo le dice lo que tiene que hacer, sino que le ayuda a hacerlo.

El cristiano *saborea la maravillosa Palabra de Dios*. Esta es otra manera de decir que ha encontrado la verdad. Es característico de los seres humanos el buscar la verdad a tientas, como los ciegos. Es parte del castigo y del privilegio de ser seres humanos el no poder descansar hasta que hemos descubierto el sentido de la vida. En la Palabra de Dios encontramos la Verdad y el sentido de la vida.

El cristiano *saborea los poderes de la era venidera*. Los judíos creían que el tiempo se dividía en dos eras: la era presente (*ho nyn aión*), que era totalmente mala, y la era por venir (*ho mellón aión*), que sería totalmente buena. Algún día Dios intervendría; vendría una sacudida destructora, y el Día

del Señor. Entonces terminaría esta era presente, y empezaría la era por venir. Pero el cristiano saborea ya, aquí y ahora, las bendiciones de la era por venir, del Reino de Dios. Aun en el tiempo prueba, saborea ya anticipadamente la eternidad. El autor de *Hebreos* completa así su brillante catálogo de las bendiciones del cristiano; y después, de pronto, resuena como un trueno: «¡Pero se vuelven apóstatas, se vuelven atrás!»

¿Qué quiere decir con eso de que es imposible que los que se han convertido en apóstatas no pueden ser renovados para arrepentimiento? Muchos pensadores han tratado de darle la vuelta a esta palabra *imposible (adynaton)*. Erasmo sostuvo que había que tomarla en el sentido de «difícil hasta el punto de casi imposible.» Bengel adujo que lo que es imposible para el hombre es posible para Dios, y que debemos encomendar los que han caído en esta condición a la misericordia del amor singular de Dios. Pero, cuando leemos este pasaje, debemos recordar que *se escribió en una época de persecución*: y en tiempos así la apostasía es el pecado capital. En cualquier tiempo de persecución, uno puede «salvar la vida» renegando de Cristo; pero eso querría decir que estima su vida más que a Jesucristo, Que nos advirtió lealmente de ese peligro y de sus consecuencias, y nos dejó el ejemplo supremo: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de Mí y del Evangelio, la salvará» (*Marcos 8:35*).

Esta manera clara y tajante de decir las cosas siempre ha surgido en tiempos de persecución. Doscientos años después de escribirse esta carta tuvo lugar la terrible persecución de tiempos del emperador Diocleciano. Cuando llegó la calma después de la tempestad, la única prueba que se aplicaba a los miembros de la iglesia que habían sobrevivido era: «¿Renegaste de Cristo para salvar la vida?» Si había renegado de su Señor, desde entonces tendría cerrada la puerta de la iglesia. Kermit Eby cuenta que un eclesiástico francés, cuando le preguntaron qué había hecho durante la Revolución Francesa, musitó: «Sobrevivir.»

Esta es la condenación del que ama su vida más que a Cristo. No se dijo para establecer la doctrina de que no hay perdón para los pecados que se cometan después del bautismo. ¿Quién es capaz de decirle a otro que está más allá del límite del perdón de Dios? Lo que se quería mostrar era la terrible seriedad de escoger la supervivencia en este mundo a costa de la lealtad a Cristo.

El autor de *Hebreos* dice a continuación una cosa terrible. Los que cometen apostasía *crucifican a Cristo otra vez*. Este es el tema de la gran leyenda de *Quo vadis*. Nos cuenta que la persecución de Nerón sorprendió a Pedro en Roma, y le falló el valor. Iba bajando la Vía Apia para escapar con vida, cuando, de pronto, se encontró con una figura en el camino. Era Jesús mismo. «*Quo vadis, Domine?*» -preguntó Pedro. Y Jesús contestó: «Vuelvo a Roma para ser crucificado otra vez; esta vez en tu lugar.» Y Pedro, a quien la vergüenza le devolvió el valor, se dio la vuelta y se dirigió a Roma para morir como mártir.

Más adelante en la historia de Roma hubo un emperador que trató de atrasar el reloj: Juliano quería acabar con el Cristianismo y traer otra vez a los dioses del paganismo. Ibsen le hace decir: «¿Dónde está Él ahora? ¿Ha estado trabajando en otra parte desde que sucedió *aquello* en Gólgota?... ¿Dónde está El ahora? ¿Y qué si *eso*, lo del Gólgota, cerca de Jerusalén, fue un suceso de cuneta, algo que pasó, por así decirlo, de pasada? ¿Qué si Él sigue, y sigue, sufriendo y muriendo y conquistando una y otra vez, mundo tras mundo?»

Hay aquí una verdad segura. Detrás del pensamiento del autor de *Hebreos* hay una concepción tremenda. Veía la Cruz como un acontecimiento que abría una ventana al corazón de Dios. La veía como revelando, en un momento del tiempo, el amor sufrido que hay siempre en ese corazón. La Cruz decía a los hombres: «Así es como Yo os he amado y os amaré siempre. Esto es lo que me hace vuestro pecado. Esta es la única manera en que puedo llegar a redimiros.»

En el corazón de Dios hay siempre, mientras exista el pecado, esta agonía de amor dolorido y redentor. El pecado no

quebranta sólo la Ley de Dios; también quebranta Su corazón. En verdad, cuando renegamos, crucificamos otra vez a Cristo.

Además, el autor de *Hebreos* dice que cuando renegamos *hacemos de Cristo un espectáculo grotesco*. ¿Cómo puede ser eso? Si pecamos, el mundo dirá: «Así es que para eso es para lo que sirve el Cristianismo. Eso es todo lo que ese Cristo puede hacer. Eso es todo lo que consiguió la Cruz.» Ya está bastante mal el que, cuando un miembro de la iglesia cae en pecado, queda en una situación vergonzosa y desacredita a la iglesia; pero lo que es peor con mucho es que hace que la gente se burle *de Cristo*.

Por último, vamos a tomar nota de una cosa. Se ha indicado que en la *Carta a los Hebreos* hay cuatro cosas imposibles. Aparte de *la imposibilidad* de este pasaje, las otras tres son: (i) Es imposible que Dios mienta (6:18). (ii) Es imposible que la sangre de los becerros y de los chivos quite el pecado (10:4). (iii) Sin fe es imposible agradar a Dios (11:6).

EL LADO MÁS LUMINOSO

Hebreos 6:9-12

Queridos hermanos: Aunque os hemos hablado así, estamos convencidos de que hay cosas mejores para vosotros; sí, cosas que tienen que ver con la Salvación. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra, y el amor que habéis desplegado poniéndoos activamente al servicio de los que están consagrados a Dios, en el pasado y en el presente. Esperamos de todo corazón que todos y cada uno de vosotros desplegaréis el mismo celo hasta hacer que lo que esperáis se haga realidad, y que seguiréis portándoos como ahora hasta el final, para no caer en un letargo inactivo, sino seguir el ejemplo de los que, a base de fe y paciencia, reciben en herencia lo que se les había prometido.

Hay una cosa que sobresale aquí. Este es el único pasaje de toda la carta en el que el autor se dirige a sus lectores llamándolos *queridos hermanos*. Y esto viene inmediatamente a continuación del pasaje más duro; como si dijera: «Si no os quisiera tanto como os quiero no os hablaría con tanta severidad.» Crisóstomo parafrasea la idea de la siguiente manera: « Es mejor que os haya metido miedo con mis palabras que que tuvierais que lamentar los hechos.» Dice la verdad; pero, por muy dura que sea, la dice con amor.

Además, su misma manera de decirlo muestra lo individual que era su amor. «Esperamos -dice- *que todos y cada uno de vosotros* desplegaréis el mismo celo hasta hacer que lo que esperáis se haga realidad.» No está pensando en ellos como gente, sino como personas individuales. El doctor Paul Tournier, en su *Libro de consulta de un médico*, tiene un párrafo precioso sobre lo que él llama *el personalismo* de la Biblia. Dios le dice a Moisés: « Yo te conozco por nombre» (*Éxodo* 33:17). Y a Ciro: «Soy Yo, el Señor, el que te llamo por tu nombre» (*Isaías* 45:3). A uno le impacta, al leer la Biblia, la importancia que se da a los nombres personales. Se dedican capítulos enteros a largas genealogías. Cuando yo era pequeño pensaba que bien se hubieran podido omitir en el canon de la Sagrada Escritura; pero, desde entonces, me he dado cuenta de que estas ristas de nombres propios son un testimonio de que, en la perspectiva bíblica, el hombre no es ni una abstracción, ni una cosa, ni un fragmento de la masa como le consideran los marxistas, sino una persona. Cuando el autor de *Hebreos* escribió esas cosas tan serias no estaba reprendiendo a una iglesia, sino suspirando por hombres y mujeres, como hace Dios mismo.

Hay dos cosas interesantes que están implícitas en este pasaje.

(i) Se nos da a entender que, aun si estas personas a las que se escribe no han crecido en la fe cristiana y en el conocimiento como debían, y aun si han dejado que se les enfriara el primer entusiasmo, no han fallado en el servicio práctico a

sus hermanos en la fe. Aquí hay una gran verdad práctica. A 'veces, en la vida cristiana, pasamos por momentos áridos; no sacamos gran cosa de los cultos; nuestra participación en la enseñanza de la escuela dominical, o en el coro, o en diversos comités, se convierte en algo rutinario, sin alegría. En esas circunstancias tenemos dos alternativas: podemos dejar de asistir a los cultos y de colaborar; pero, si lo hacemos así, estamos perdidos. O podemos continuar con determinación, y la experiencia general es que la alegría y el entusiasmo y el gozo vuelven a su debido tiempo. En los momentos áridos, lo mejor que podemos hacer es seguir con los hábitos de la vida cristiana y de la iglesia. Si así lo hacemos, podemos estar seguros de que el Sol volverá a brillar.

(ii) Nuestro autor le dice a su público que sigan el ejemplo de los que, a base de fe y paciencia, reciben en herencia lo que se les había prometido. Lo que quiere decirles es: «No sois los primeros que se han embarcado en las glorias y los peligros de la fe cristiana. Otros arrojaron los peligros y soportaron las tribulaciones antes que vosotros, y vencieron.» Les está diciendo que sigan adelante, dándose cuenta de que otros han salido victoriosos de la lucha y han ganado la victoria. El cristiano no va por un camino totalmente desconocido, sino por el que han recorrido los santos.

LA ESPERANZA QUE NO FALLA

Hebreos 6:13-20

Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, como no podía jurar por otro mayor que Él, juró por Sí mismo: < Te aseguro -dijo- que te bendeciré y te multiplicaré.> Abraham, después de practicar la paciencia, recibió lo que Dios le había prometido. Los humanos juramos por alguien que es mayor que nosotros; y un juramento se acepta como garantía que no admite discusión. Pero en

esta ocasión, Dios, con un deseo verdaderamente excepcional de dejarles bien claro a los herederos de la promesa el carácter inalterable de Su intención, añadió un juramento, para que por dos cosas inalterables, en las que es imposible que Dios mienta, los que hemos huido hacia Él en busca de protección estemos firmemente animados a asirnos a la esperanza de lo que esperamos. Esta esperanza es para nosotros como un ancla segura y estable, que entra con nosotros al aposento interior que está detrás del velo, al que ya ha entrado Jesús como nuestro Precursor cuando asumió el cargo de Sumo Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.

Dios le hizo más de una promesa a Abraham. *Génesis 12: 7* nos relata la que le hizo cuando le llamó a salir de Ur y le envió a lo desconocido y a la tierra prometida. *Génesis 17-5, 6* es la promesa de que muchos descendientes van a heredar su bendición. *Génesis 18:18* es una repetición de esta última. Pero la promesa que Dios selló con un juramento se encuentra en *Génesis 22:16-18*. El sentido verdadero de esta primera frase es: «Dios le hizo muchas promesas a Abraham, y por último le hizo una que confirmó con un juramento.» Esa promesa era, por así decirlo, doblemente segura. Era la palabra de Dios, que en sí ya es segura; pero, además, Dios la confirmó con un juramento. Ahora bien, esa promesa era que todos los descendientes de Abraham serían benditos; por tanto era para la Iglesia Cristiana, que es el verdadero Israel de Dios y la verdadera descendencia de Abraham. Esa bendición se hizo realidad en Jesucristo. Es verdad que Abraham tuvo que practicar la paciencia antes de recibir lo prometido. No fue sino hasta veinticinco años después de salir de Ur cuando nació su hijo Isaac. Abraham era ya viejo, y Sara, estéril; la peregrinación fue larga, pero Abraham no perdió nunca la esperanza ni la confianza en la promesa de Dios.

En la antigüedad, *el ancla* era el símbolo de la esperanza.

Epicteto dijo: «Así como un barco no debe depender de una sola **ancla, tampoco una vida de una sola esperanza.**» Pitágoras dijo: «La riqueza es un ancla floja, y la fama, más floja todavía. ¿Cuáles son las anclas que son fuertes? La sabiduría, el gran corazón, el coraje: estas son las anclas que ninguna tempestad puede hacer vacilar.» El autor de *Hebreos* insiste en que el cristiano tiene la mejor ancla-esperanza del mundo.

Esa esperanza, dice, es una que entra en la corte interior más allá del velo. En el templo, el lugar más sagrado de todos era el Lugar Santísimo. Tenía un velo que cubría la entrada. En el Lugar Santísimo se creía que moraba la misma presencia de Dios. Sólo había un hombre que podía entrar allí, y era el sumo sacerdote; y aun él no podía entrar en el Lugar Santísimo nada más que una vez al año, el Día de la Expiación.

Entonces, estaba establecido, no debía detenerse mucho, porque era peligroso y terrible entrar en la presencia del Dios vivo. Lo que dice el autor de *Hebreos* es lo siguiente: «Bajo la vieja religión judía nadie podía entrar a la presencia de Dios nada más que el sumo sacerdote, y sólo una vez al año; pero ahora Jesucristo ha abierto el camino para todos los hombres.»

El autor de *Hebreos* usa una palabra muy expresiva acerca de Cristo. Dice que entró en la presencia de Dios como nuestro *Precursor*. La palabra griega es *prodromos*. Su significado pasa por tres etapas. (i) Quiere decir *uno que se apresura*. (ii) *Un pionero*. (iii) Un explorador que se adelanta para ver si el terreno está bien para que puedan avanzar las tropas. Jesús entró en la presencia de Dios para que todos los seres humanos Le pudieran seguir a salvo.

Vamos a decirlo más sencillamente de otra manera. Antes de que viniera Jesús, Dios era el Extranjero distante al que muy pocos judíos se podían acercar a riesgo de sus vidas. Pero, gracias a lo que Jesús ha hecho, Dios es ahora Amigo de todo el mundo. Hubo un tiempo en que la gente pensaba que Dios les tenía cerrada la puerta; pero ahora sabemos que la tiene abierta, y quiere que la pasemos para encontrarnos con Él como nuestro Padre celestial.

EL SUMO SACERDOTE
DE LA ORDEN DE MELQUISEDEC

Hebreos 7

Llegamos ahora a un pasaje de tal importancia para el autor de *Hebreos*, y tan difícil de entender para nosotros, que tenemos que tratarlo con especial atención. El capítulo 6 terminaba con la afirmación de que Jesús había sido establecido como Sumo Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec. Este sacerdocio de la orden de Melquisedec es la idea más característica de *Hebreos*. Detrás de ella subyacen formas de pensamiento, de razonamiento y de utilización de la Escritura que nos resultan extrañas, pero que debemos tratar de entender. El mejor punto de partida será reunir todo lo que el autor de *Hebreos* tiene que decir sobre el sacerdocio de la orden de Melquisedec, y leerlo en conjunto antes de dividirlo en pasajes más cortos para su estudio en detalle. Así es que ahora trataremos de entender adónde se dirige el autor de *Hebreos*, antes de estudiar este capítulo en detalle.

Así pues, reunimos primero los pasajes que tratan de esta idea. El primero es *Hebreos 5:1-10*.

El sumo sacerdote se elige entre los hombres para que los represente en las cosas que tienen relación con Dios. Su cometido consiste en presentar ofrendas y sacrificios por los pecados, ya que él mismo puede sentir compasión de los ignorantes y de los descarriados, puesto que él también está revestido de debilidad humana. A causa de esta misma debilidad, le corresponde, de la misma manera que ofrece sacrificios por los demás, hacerlo también en su propio favor por sus propios pecados. Nadie se apropia esta honorable posición por su cuenta, sino es llamado por Dios a ocuparla, como sucedió con Aarón. Exactamente de la misma manera, no fue Cristo el que se apropió la gloria de ser sumo

sacerdote, sino que fue el Dios Que le había dicho: < Tú eres mi amado Hijo; hoy Te comunico Mi propia vida y naturaleza>, ese mismo Dios Le dijo también en otro pasaje: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec. » En los días que vivió esta nuestra vida humana, ofreció oraciones y súplicas con mucho clamor y muchas lágrimas al Dios Que Le podía sacar de la muerte a salvo; y cuando fue escuchado por Dios por el santo temor que mostró, aunque era Hijo, aprendió lo que cuesta la obediencia por los sufrimientos que tuvo que pasar; y cuando llegó a estar perfectamente capacitado para la misión que se Le había encomendado, llegó a ser el Autor de la Salvación eterna de todos los que Le obedecen, porque había sido designado por Dios Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec.

El segundo pasaje que trata de esta idea es todo el capítulo 7; así que vamos a leerlo seguido, recordando que en el último versículo del capítulo 6 ya se ha dicho que Jesús es *Sumo Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec*.

Ahora bien, este Melquisedec era rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. Le salió al encuentro a Abraham, que volvía de derrotar a los reyes, y le bendijo; y Abraham apartó para él una décima parte del botín. En primer lugar, la interpretación de su nombre es Rey de Justicia; y, en segundo lugar, Rey de Salem quiere decir Rey de Paz. No se mencionan los nombres de su padre y de su madre, ni hay ningún dato de su genealogía; tampoco se menciona cuándo empezó su vida, ni cuándo terminó; es exactamente como el Hijo de Dios, y queda como sacerdote para siempre. Fijaos ahora qué grande era este hombre, que Abraham le dio la décima parte del botín de la victoria, y Abraham era nada menos que el patriarca de nuestra nación. Ahora, fijaos en la diferencia: cuando los hijos de Leví reciben

el sacerdocio, reciben también el mandamiento que establece la Ley de exigirle diezmos al pueblo. Es decir, que imponen los diezmos a sus hermanos, porque son todos descendientes de Abraham. Pero este hombre, cuya ascendencia no coincide con la de ellos en nada, recibió los diezmos de Abraham, y llegó a bendecir al que había recibido las promesas. Es indiscutible que es el menor el que recibe la bendición del mayor. Asimismo, por una parte, son hombres que mueren los que reciben los diezmos; pero en este caso se trata de un hombre que está demostrado que está vivo. Además, por decirlo de alguna manera, a través de Abraham también Leví, el mismo que recibe los diezmos, se los entregó, porque todavía estaba en el cuerpo de su padre cuando le salió al encuentro Melquisedec. Entonces, si se hubiera podido lograr el efecto deseado por el sacerdocio levítico porque fue sobre la base de ese sacerdocio como Israel llegó a ser el pueblo de la Ley-, ¿qué necesidad había de establecer otro sacerdote, y llamarle sacerdote de la orden de Melquisedec, y no de la orden de Aarón? Una vez que se alteraba el sacerdocio, se seguía por necesidad el alterar también la ley; porque la Persona a la que se hace referencia pertenece a una tribu totalmente diferente, de la que nadie estuvo nunca al servicio del altar. Es obvio que fue de la tribu de Judá de la que surgió nuestro Señor; y Moisés no dijo nunca nada de esa tribu en relación con el sacerdocio. Y hay cosas que están todavía más indiscutiblemente claras: si se instaura un Sacerdote diferente, un Sacerdote de la orden de Melquisedec, un Sacerdote que llegó a serlo, no según la ley de mera descendencia humana, sino según el poder de una vida que es indestructible porque el testimonio de la Escritura en relación con este punto es: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec»-, si así están las cosas, surgen dos conclusiones. Por una parte, se presenta la abrogación del

anterior mandamiento por su propia insuficiencia e inutilidad (porque la Ley no consiguió nunca producir el efecto que se le había asignado) y, por otra parte, se presenta la introducción de una esperanza mejor por medio de la cual podemos acercarnos a Dios. Y como en todo esto intervino un juramento porque los sacerdotes levíticos se ordenaban sin juramento; pero Él con un juramento, como dice la Escritura refiriéndose a Él: «El Señor lo juró, y no se volverá atrás: "Tú eres Sacerdote para siempre"»- Jesús es el garante de un mejor Pacto. Además, había que seguir ordenando más y más sacerdotes levíticos porque la muerte les impedía seguir ejerciendo; mientras que Él tiene un sacerdocio que no se acabará jamás, porque Él permanece para siempre. Por eso mismo Le es posible en todas las circunstancias y en todo tiempo, ya que está vivo para siempre, salvar a los que vienen a Dios por medio de Él. ¡Ese era el Sumo Sacerdote que necesitábamos! Uno que es santo, que jamás ha hecho daño a nadie, que es sin mancha, distinto de los pecadores y que está por encima del mismo Cielo. Al contrario de lo que pasaba con los otros sumos sacerdotes, Él no tiene por qué ofrecer sacrificio todos los días en primer lugar por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Esto lo hizo de una vez para siempre cuando se ofreció en Sacrificio a Sí mismo. Porque la Ley nombraba sumos sacerdotes a hombres sujetos a debilidades; pero la palabra del juramento que ha venido después de la **Ley ha nombrado a Uno que es Hijo y que está totalmente capacitado para ejercer su Ministerio para siempre.**

Estos son los pasajes en los que el autor de *Hebreos* describe a Jesús como *Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec*. Vamos a ver ahora lo que está tratando de decir cuando usa esa terminología.

Debemos empezar por entender la posición general en la que empieza. Empieza por la idea básica de que *religión es acceso a Dios*. Era para hacer posible ese acceso a Dios para lo que existían dos cosas. En primer lugar, *la Ley*. La idea básica de la Ley es que, siempre que el hombre cumpla fielmente sus mandamientos, está en una posición de amistad con Dios y tiene la puerta abierta a Su presencia. Pero los hombres no pueden cumplir la Ley y, por tanto, están interrumpidos el acceso a Dios y la amistad con Él. Y era precisamente para resolver esa situación de extrañamiento para lo que existía la segunda cosa: *el sacerdocio y todo el sistema de sacrificios*. La palabra latina para *sacerdote* es *pontifex*, que quiere decir *el que establece un puente*; el sacerdote era un hombre cuya función era construir un puente entre los hombres y Dios por medio del sistema de sacrificios. Una persona quebrantaba la Ley; su comunión con Dios quedaba interrumpida e impedido su acceso a Dios; mediante el ofrecimiento del sacrificio correcto se hacía expiación por esa ofensa, y así se restablecía la comunión y se quitaba la barrera.

Esa era la teoría del asunto. Pero, en práctica, la vida demostraba que eso era precisamente lo que no podían hacer el sacerdocio y los sacrificios. La separación de Dios que era la consecuencia del pecado del hombre no tenía salida; y el problema era que todos los esfuerzos del sacerdocio y todos los sacrificios del mundo no podían restablecer la relación perdida. Por tanto, el argumento del autor de *Hebreos* es que, lo que se necesita, es un nuevo y diferente sacerdocio y un Sacrificio nuevo y eficaz. Y ve en Jesucristo el único Sumo Sacerdote que puede abrir el camino hacia Dios; y llama al sacerdocio de Jesús *el sacerdocio de la orden de Melquisedec*.

Esta idea la sacó de dos pasajes del *Antiguo Testamento*. El primero es el *Salmo 110:4*, donde está escrito:

El Señor ha jurado, y no se volverá atrás: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.»

El segundo es *Génesis 14:17-20*, donde se nos relata la historia del Melquisedec original:

Y el rey de Sodoma le salió al encuentro (a Abraham) en el valle de Save (que es el valle del rey). Y Melquisedec, el rey de Salem, trajo pan y vino; era sacerdote del Dios Altísimo. Y bendijo a Abraham diciendo: «¡Bendito sea Abram del Dios Altísimo, Creador del Cielo y de la Tierra, y bendito sea el Dios Altísimo que te ha entregado a tus enemigos en tus manos!» Y Abram le dio una décima parte de todo.

El autor de *Hebreos* hace aquí lo que haría cualquier rabino judío experto, y sigue el método rabínico de interpretación de la Escritura. Para entender ese método tenemos que tener presentes dos cosas.

(i) Para un judío versado en las Escrituras, cualquier pasaje tenía *cuatro* sentidos, a cada uno de los cuales daba un nombre. (a) El primero, *peshat*, que quiere decir el sentido literal y concreto. (b) Segundo, *remaz*, que es el sentido figurado que se sugiere. (c) Tercero, *derush*, que es el sentido al que se llega después de una seria investigación. (d) Cuarto, *sod*, que es el sentido alegórico o espiritual. El sentido más importante para los judíos era, con mucho, el *sod*, el sentido profundo. No estaban tan interesados en el sentido literal y material de un pasaje como en el sentido alegórico y místico que pudiera encerrar, aunque no tuviera nada que ver con el sentido literal. Eso es lo que hace aquí el autor de *Hebreos*.

(ii) En segundo lugar, debemos darnos cuenta de que los intérpretes judíos consideraban totalmente justificado el sacar conclusiones, no sólo de *las palabras*, sino también de los *silencios* de la Escritura; es decir, de lo que se dice y de lo que no se dice. De hecho, el autor de *Hebreos* basa su argumento por lo menos tanto en lo que no se dice en este pasaje como en lo que se dice acerca de Melquisedec.

Ahora vamos a ver en qué se diferencia el **sacerdocio de la orden de Melquisedec del aarónico**.

(i) *Melquisedec no tiene genealogía*; no tiene padre ni madre (versículo 3). Advertimos inmediatamente que este es un argumento sacado del *silencio de la Escritura*, porque no encontramos en ella la genealogía de Melquisedec. Esto resultaba extraño por dos razones. (a) Es lo contrario de lo que encontramos corrientemente en *Génesis*, donde abundan las largas listas de los antepasados de los personajes. Pero Melquisedec aparece en escena como si no viniera de ninguna parte. (b) Todavía más importante: esto es lo contrario de las reglas que regían el sacerdocio aarónico, que dependía totalmente de la ascendencia. Bajo la Ley judía nadie podía llegar al sacerdocio a menos que presentara un pedigrí certificando que se remontaba a Aarón. El carácter y la habilidad no tenían nada que ver; lo único importante era el pedigrí. Cuando los judíos volvieron a Jerusalén del exilio, algunas familias no pudieron presentar sus partidas generacionales, y fueron destituidas del sacerdocio para siempre (*Esdras 2:61-63; Nehemías 7: 6365*). Por otra parte, si un hombre podía presentar un pedigrí que se remontara a Aarón, excepto por ciertos defectos físicos que establecía la Ley, no había nada en el mundo que le impidiera ser sacerdote. La genealogía era, literalmente, el todo.

Así que la primera diferencia entre los dos sacerdocios era esta: *el sacerdocio aarónico dependía de la descendencia generacional; el sacerdocio de Melquisedec dependía exclusivamente de las cualidades personales*. El sacerdocio de Melquisedec se basaba en lo que *se era*, no en lo que *se había heredado*. Como ha dicho alguien, la diferencia estaba en que uno se basaba en la *legalidad*, y otro en la *personalidad*.

(ii) *Hebreos 7.-1-3* recoge otras cualidades de Melquisedec. El nombre *Melquisedec* quiere decir literalmente *Rey de Justicia*, y la palabra *Salem* quiere decir *Paz*; por tanto era también *Rey de Paz*. Hemos visto que no tenía genealogía, y de nuevo el autor de *Hebreos* deduce su argumento del silencio de la

Escritura. No se nos dice cuándo empezó o terminó su sacerdocio Melquisedec, ni la fecha de su nacimiento ni de su muerte: por tanto, de ahí se deduce que no tuvo principio ni fin, y que su sacerdocio es perpetuo.

De aquí deducimos cinco grandes cualidades del sacerdocio de Melquisedec. (a) Es un sacerdocio de *justicia*. (b) Es un sacerdocio de *paz*. (c) Es un sacerdocio *real*, porque Melquisedec era rey. (d) Es *personal y no heredado* porque no tiene genealogía. (e) Es *eterno*, porque no tiene nacimiento ni muerte, y su sacerdocio no tiene principio ni fin.

(iii) Suponiendo que todo esto sea históricamente cierto, ¿cómo se puede demostrar que el sacerdocio de Melquisedec es superior al aarónico? *Hebreos* resalta dos puntos de la historia de Melquisedec en *Génesis*.

Primero, se dice que *Abraham le dio a Melquisedec los diezmos de todo*. Los sacerdotes cobraban los diezmos; pero hay dos diferencias. Los sacerdotes se los cobraban a sus hermanos del pueblo de Israel, y en cumplimiento de un mandamiento de la Ley. Pero Melquisedec recibió los diezmos de Abraham, con el que no tenía ninguna relación de raza, y que era el patriarca y fundador del pueblo de Israel; y además, recibió los diezmos, no porque la Ley le daba ese derecho, sino por un incuestionable derecho personal. Está claro que todo esto le colocaba muy por encima del sacerdocio ordinario.

Segundo, se dice que *Melquisedec bendijo a Abraham*. Es siempre el superior el que bendice al inferior; por tanto, Melquisedec era superior a Abraham, aunque Abraham era el fundador del pueblo de Israel y el único recipiente de las promesas de Dios. Todo esto, sin duda, le da a Melquisedec una categoría que no podía ser más alta.

A. B. Bruce resume como sigue los puntos en los que Melquisedec era superior al sacerdocio levítico. (a) Recibió los diezmos de Abraham, así es que era superior a él. Abraham fue el primero de los patriarcas; los patriarcas son superiores a sus descendientes; por tanto Melquisedec es más importante que los descendientes de Abraham; los sacerdotes ordinarios

eran los descendientes de Leví, bisnieto de Abraham; por tanto, Melquisedec es mayor que ellos. (b) Melquisedec es mayor que los hijos de Leví porque ellos reciben los diezmos de acuerdo con la Ley, pero él por un derecho personal que no le ha sido dado por ningún hombre. (c) Los levitas recibían los diezmos como hombres mortales; él los recibió de Abraham como uno que vive para siempre (*Hebreos 7:8*). (d) Leví, el patriarca de los sacerdotes a los que los israelitas dan los diezmos, puede decirse que pagó los diezmos a Melquisedec, porque fue el bisnieto de Abraham y estaba todavía en su cuerpo cuando le pagó los diezmos a Melquisedec.

(iv) Desde *Hebreos 7:11* se nos muestra *dónde radica la superioridad del nuevo sacerdocio*.

(a) *El mismo hecho de que se había prometido un nuevo sacerdocio (Hebreos 7:11) es señal de que el antiguo era inadecuado*. Si éste hubiera cumplido su misión de llevar a los hombres a la presencia de Dios, no habría habido necesidad de ningún otro. Además, la introducción de un nuevo sacerdocio era una revolución. Según la Ley, todos los sacerdotes tenían que ser de la tribu de Leví; pero Jesús era de la tribu de Judá. Esto es señal de que todo el antiguo sistema está superado. Algo más grande que la Ley ha ocupado su lugar. (b) *El nuevo sacerdocio es para siempre (Hebreos 7:15-19)*. Bajo el antiguo sistema, había que sustituir a los sacerdotes, porque se morían; pero este Sacerdote vive para siempre. (c) *El nuevo sacerdocio ha entrado en vigor por un juramento de Dios*. El Salmo 110:4 dice: < El Señor ha jurado, y no se volverá atrás: "Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec." > Está claro que Dios no jura con ligereza. No introdujo así el antiguo sacerdocio. Esto es algo nuevo y de gran importancia. (d) *El nuevo Sacerdote no ofreció ningún sacrificio por Sí mismo (Hebreos 7:27)*. Los sacerdotes ordinarios siempre tenían que ofrecer sacrificios por sus *propios* pecados antes de poder hacerlo por los del pueblo. Pero Jesucristo, el nuevo Sumo Sacerdote, era sin pecado y no tenía necesidad de ofrecer sacrificio por Sí mismo. (e) *El nuevo*

Sacerdote no tiene que repetir los sacrificios indefinidamente

(Hebreos 7:27). Ofreció un Sacrificio perfecto que no hay necesidad de repetir porque ha abierto el camino a la presencia de Dios para siempre.

Ahora resumimos brevemente lo que estaba en la mente del autor de *Hebreos* cuando pensaba en Jesús como el prometido Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec. Tengamos presente que estas son sólo las ideas principales.

(i) Jesús es el Sumo Sacerdote Cuyo ministerio no depende de Su genealogía sino de Él mismo.

(ii) Jesús es el Sumo Sacerdote Que vive para siempre.

(iii) Jesús es el Sumo Sacerdote sin pecado, Que no tiene por tanto que ofrecer sacrificio por su propio pecado.

(iv) Jesús es el Sumo Sacerdote Que, al ofrecerse a Sí mismo, hizo el Sacrificio perfecto que abrió de una vez para siempre el camino hacia Dios. Ya no hay que hacer más sacrificios.

Habiendo visto las ideas generales que tenía en mente el autor de *Hebreos* sobre Jesús como Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec, ahora vamos a estudiar este capítulo en más detalle por secciones.

EL REY Y SACERDOTE AUTÉNTICO

Hebreos 7:1-3

Ahora bien, este Melquisedec era rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. Le salió al encuentro a Abraham, que volvía de derrotar a los reyes, y le bendijo; y Abraham apartó para él una décima parte del botín. En primer lugar, la interpretación de su nombre es Rey de Justicia; y, en segundo lugar, Rey de Salem quiere decir Rey de Paz. No se mencionan los nombres de su padre y de su madre, ni hay ningún dato de su genealogía; tampoco se menciona cuándo empezó su vida, ni cuándo terminó; se nos presenta cómo una figura del Hijo de Dios, que queda como Sacerdote para siempre.

Como ya hemos visto, los dos pasajes en los que el autor de *Hebreos* basa su argumento son *Salmo 110:4* y *Génesis 14:18-20*. En la historia del *Génesis*, Melquisedec es una figura extraña y casi misteriosa. Aparece como llovido del cielo; no se dice nada de su vida, nacimiento, muerte o genealogía. Sencillamente, aparece. Le da a Abraham pan y vino, cosa que, para nosotros que leemos la historia desde el Nuevo Testamento, tiene un matiz sacramental. Bendice a Abraham. Y seguidamente, se desvanece de la escena de la Historia tan repentinamente como había entrado. No nos sorprende que el autor de *Hebreos* haya encontrado en él un símbolo de Cristo.

Melquisedec era por su nombre Rey de Justicia, y por su reino Rey de Paz. El orden es tanto significativo como inevitable. *La justicia debe siempre preceder a la paz*. Sin justicia no puede haber verdadera paz. Como dice Pablo en *Romanos 5:1*: < *Justificados*, pues, por la fe, tenemos *paz* para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo > (R-V). Y otra vez en *Romanos 14:17*: < El Reino de Dios es... *Justicia, paz y gozo* en el

Espíritu Santo. El orden es siempre el mismo: primero justicia, y luego paz (Cp. *Salmos* 72:7; 85:10; *Isaías* 32:17).

Podría decirse que toda la vida es -una búsqueda de la paz, y también que los hombres insisten en buscarla donde no puede encontrarse.

(i) Buscan la paz en *el escape*. Pero lo malo del escape es que siempre tenemos que volver al punto de partida. A. J. Gossip traza un cuadro de una mujer descuidada, que vivía en una casa destartada. Salía una tarde de su casa, y se iba al cine. Se escapaba una o dos horas al mundo del lujo y el encanto de las películas... y luego tenía que volver a casa. Es verdad que era un escape; pero tenía que volver a la realidad. W. M. Macgregor cuenta de una anciana que vivía en un suburbio terrible de Edimburgo que se llama Pans. Cada cierto tiempo se sentía tan asqueada de su barrio que hacía un recorrido por las casas de sus amigas, y les sacaba uno o dos peniques a cada una. Con el producto cogía una borrachera de muerte. Cuando se lo echaban en cara, contestaba: «¿Me vais a discutir la única

oportunidad que tengo de salir de Pans con un sorbo de whisky?» Era un escape, pero tenía que volver. Siempre es posible encontrar una cierta clase de paz por la vía del escape, pero no dura mucho. El doctor Johnson solía insistir en que todas las personas debemos tener un «hobby», porque debemos poder apartarnos un poco de los quehaceres y problemas; pero ya se supone que es para volver a ellos con nuevo vigor. El escape no tiene por qué ser malo; puede que sea hasta necesario para conservar la salud física y mental; pero es siempre un paliativo, y no una cura.

(ii) No hay paz en *la evasión*. Muchos buscan la paz huyendo de sus problemas, encerrándolos en el inconsciente o siguiendo la táctica del avestruz. Aquí hay que decir dos cosas. La primera es que está por darse el primer caso de que se resuelvan los problemas a menos que se asuman. Por más que tratemos de evadirlos, ahí están. Los problemas son como las enfermedades: cuanto más tardemos en tratarlos, más graves se harán. Así se llega a las enfermedades incurables y a los problemas insolubles. La segunda cosa puede que sea todavía más seria. La psicología nos dice que hay una parte del cerebro que no deja nunca de trabajar. Con la parte consciente de nuestra mente puede que estemos evadiendo un problema, pero nuestro subconsciente sigue dándole vueltas. Sigue ahí, como esos trocitos de metralla que van recorriendo el cuerpo; pueden destrozar la vida. Lejos de traer la paz, la evasión la destruye.

(iii) No hay paz en *la componenda*. Es posible lograr algún tipo de paz llegando a un acuerdo forzoso. De hecho, es una de las formas más corrientes de «hacer las paces» en este mundo. Podemos buscar la paz matizando algún principio, o mediante una componenda en la que ninguna de las dos partes queda satisfecha. Kermit Eby dice que podemos mantener un acuerdo de esos por cierto tiempo, pero más tarde o más temprano llega el momento en que uno tiene que dar la cara y hablar claro si quiere dormir tranquilo. La componenda, por tanto, produce tensión, aunque no esté a la vista. Así es que la componenda es uno de los grandes enemigos de la paz.

(iv) Está el camino de *la justicia*, o, para decirlo de otra manera, de *la voluntad de Dios*. No puede haber verdadera paz hasta que digamos: «Hágase Tu voluntad.» Y una vez que se ha dicho de veras, la paz inunda el alma. Así le sucedió a Jesús. Fue a Getsemaní con una tensión tal que le hacía sudar sangre. En aquel huerto aceptó la voluntad de Dios, y obtuvo la paz. Seguir el camino de la justicia, aceptar la voluntad de Dios es quitar la raíz de inquietud y encontrar el camino de la verdadera paz duradera.

El autor de *Hebreos* amontona palabras para demostrar que Melquisedec no tuvo ascendientes. Lo hace contrastando el nuevo sacerdocio de Jesucristo con el antiguo de Aarón. Ningún judío podía ser sacerdote a menos que sus ascendientes se remontaran ininterrumpidamente hasta Aarón; y, si cumplía esa condición, nada le podía impedir ser sacerdote, salvo que padeciera alguno de ciertos defectos físicos que enumeraba la Ley. Si se casaba con una hija de sacerdote, ella tenía que presentar su pedigrí por lo menos de cuatro generaciones; y, si no era hija de sacerdote, por lo menos de cinco generaciones. Es un hecho extraño y casi increíble que el sacerdocio judío dependiera hasta tal punto de la genealogía. Las cualidades personales no se tenían en cuenta. Pero Jesucristo era el verdadero Sacerdote, no por lo que había heredado de los hombres, sino por ser Quien era.

Algunas de las palabras que *Hebreos* amontona aquí son sorprendentes. Dice que Melquisedec *no tenía genealogía* (*aguenealoguétos*), palabra que no se encuentra en ningún otro texto griego y que es posible que nuestro autor inventara para hacer hincapié en que el ministerio de Jesús no dependía de sus antepasados. Probablemente se trata de una palabra nueva para representar una idea nueva. Dice que Melquisedec no tenía padre (*apatór*) ni madre (*amétór*). Estas palabras son muy interesantes. En griego corriente se usaban en relación con niños desamparados o con gente de baja estofa. Además, *apatór* tiene una acepción técnica legal en el griego contemporáneo de los papiros. Era la palabra que se usaba en documentos

legales, especialmente en partidas de nacimiento, para *de padre desconocido* y, por tanto, *ilegítimo*. Hay, por ejemplo, un papiro que menciona a «Jairémón, *apatór*, padre desconocido, cuya madre es Thasés.» Es alucinante que el autor de *Hebreos* usara estas palabras para recalcar lo que quería decir. Los autores cristianos tenían una habilidad especial para redimir palabras, lo mismo que a hombre y mujeres. Ninguna expresión le parecía demasiado fuerte al autor de *Hebreos* para hacer resaltar el hecho de que la autoridad de Jesús dependía solamente de Su Persona, y no de ninguna otra.

Hebreos 7:4-10

Fijaos ahora qué grande era este hombre, que Abraham le dio la décima parte del botín de la victoria, y Abraham era nada menos que el patriarca de nuestra nación. Ahora, fijaos en la diferencia: cuando los hijos de Leví reciben el sacerdocio, reciben también el mandamiento que establece la Ley de exigirle diezmos al pueblo. Es decir, que imponen los diezmos a sus hermanos, porque son todos descendientes de Abraham. Pero este hombre, cuya ascendencia no coincide con la de ellos en nada, recibió los diezmos de Abraham, y llegó a bendecir al que había recibido las promesas. Es indiscutible que es el menor el que recibe la bendición del mayor. Asimismo, por una parte, son hombres que mueren los que reciben los diezmos; pero en este caso se trata de un hombre que está demostrado que vive. Además, por decirlo de alguna manera, a través de Abraham también Leví, el mismo que recibe los diezmos, se los entregó a Melquisedec; porque todavía estaba en el cuerpo de su antepasado cuando le salió al encuentro Melquisedec.

El autor de *Hebreos* va a demostrar la superioridad del sacerdocio de Melquisedec sobre el aarónico. Introduce el tema de los diezmos porque Abraham le dio a Melquisedec una décima parte del botín de la victoria. La Ley de los diezmos está en *Números* 18:20, 21. Allí se le dice a Aarón que a los levitas no se les darán tierras, pero recibirán la décima parte de todo por su servicio. «Y el Señor dijo a Aarón: De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. YO soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel. Y he aquí Yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel por heredad, por su ministerio, por cuanto ellos sirven en el ministerio del tabernáculo de reunión» (R-V).

Así que ahora, en una serie de contrastes, el autor de *Hebreos* elabora la superioridad de Melquisedec sobre los sacerdotes levíticos. Establece cinco puntos. (i) Los levitas reciben diezmos de la gente, y es un derecho que sólo ellos tienen. Melquisedec recibió diezmos de Abraham aunque no era de la tribu de Leví, que no existía todavía. Se podría objetar que, aunque eso le puso al nivel de los levitas, no prueba que fuera superior a ellos; así es que nuestro autor añade otros cuatro puntos. (ii) Los levitas reciben los diezmos de sus hermanos israelitas. Melquisedec no era israelita -todavía no existía el pueblo de Israel-, sino un extranjero; y no fue un israelita cualquiera el que le dio los diezmos, sino nada menos que Abraham, el fundador de la nación. (iii) Era un mandamiento de la Ley lo que confería a los israelitas el derecho de recibir diezmos; pero Melquisedec los recibió por ser quien era. Tenía tal grandeza personal que no necesitaba de ningún mandamiento que le autorizara a recibir diezmos. (iv) Los levitas reciben los diezmos como hombres mortales que son; pero Melquisedec porque vive para siempre. (v) Finalmente presenta una razón tan curiosa que pide disculpas antes de mencionarla. Leví era descendiente directo de Abraham, su bisnieto, y el único legalmente autorizado para recibir diezmos en las personas de los otros descendientes. Ahora bien, si fue más tarde descendiente de Abraham, eso quiere decir que entonces aún estaba

en el cuerpo de Abraham. Por tanto, cuando Abraham le dio los diezmos a **Melquisedec, Leví también se los dio, porque estaba incluido en Abraham, y esta es la prueba final de que Melquisedec era superior** a Leví. Es un razonamiento sumamente sorprendente, pero no cabe duda de que era convincente para los que lo leían.

Aunque nos parezca extraño, este argumento comporta la gran verdad de que lo que hace una persona revierte en sus descendientes. Si comete algún pecado, puede transmitir a sus descendientes la tendencia o alguna debilidad física que es su consecuencia. Si adquiere un carácter noble, transmite una buena herencia a sus sucesores. Leví, según este argumento, recibió el efecto de lo que había hecho Abraham. Ahí subyace, entre las aparentes fantasías del razonamiento rabínico, la verdad de que ninguna persona vive para sí sola, sino que transmite algo de sí misma a los que la siguen.

EL NUEVO SACERDOTE Y EL NUEVO CAMINO

Hebreos 7:11-20

Entonces, si se hubiera podido lograr el efecto deseado por medio del sacerdocio levítico porque fue sobre la base de ese sacerdocio como Israel llegó a ser el pueblo de la Ley-, ¿qué necesidad habría habido de establecer otro sacerdocio, y llamarle de la orden de Melquisedec, en vez de de la orden de Aarón? Una vez que se alteraba el sacerdocio, se seguía por necesidad el alterar también la ley; porque la Persona a la que se hace referencia pertenece a una tribu totalmente diferente, de la que nadie estuvo nunca al servicio del altar. Es obvio que fue de la tribu de Judá de la que surgió nuestro Señor; y Moisés no dijo nunca nada de esa tribu en relación con el sacerdocio. Y hay cosas que están todavía más indiscutiblemente claras: si se instaura un Sacerdote diferente, un Sacerdote de la orden de Melquisedec, un Sacerdote que llegó a serlo, no según la ley de la mera descendencia humana, sino según el poder de una vida que es indestructible porque el testimonio de la Escritura en relación con este punto es: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec»-, si así están las cosas, surgen

dos conclusiones: Por una parte, se presenta la abrogación del anterior mandamiento por su propia insuficiencia e inutilidad (porque la Ley no consiguió nunca producir el efecto para el que se había promulgado) y, por otra parte, se presenta la introducción de una esperanza mejor por medio de la cual podemos acercarnos a Dios.

Al leer este pasaje tenemos que recordar la idea básica de la religión que nunca se le va de la mente al autor de *Hebreos*: para él, religión es acceso a la presencia de Dios como amigos, sin ningún impedimento. La antigua religión judía estaba diseñada para producir esa relación de dos maneras. Primera, por la obediencia a la Ley; el que cumplía la Ley era amigo de Dios. Segunda, se reconocía que esa obediencia perfecta estaba fuera de las posibilidades de cualquier persona; y ahí entraba el sistema sacrificial. Cuando una persona era culpable de haber quebrantado la Ley, se suponía que el sacrificio correspondiente remediaba esa ruptura. Cuando el autor de *Hebreos* dice que el pueblo de Israel llegó a ser el pueblo de la Ley sobre la base del sacerdocio levítico, quiere decir que sin los sacrificios levíticos que expiaban los pecados la Ley habría sido totalmente imposible. Pero, de hecho, estaba demostrado que el sistema levítico sacrificial era incapaz de restablecer la relación con Dios que el hombre había perdido. Así es que se necesitaba un nuevo sistema: el de la orden de Melquisedec.

Dice que ese sacerdocio difiere del antiguo en que no depende en absoluto de la estructura humana -*carnal* sería la palabra original-, sino del poder de una vida que es indestructible. Lo que quiere decir es que cada una de las reglas que

regían el antiguo sistema tenía que ver con el cuerpo físico del sacerdote. Para serlo, tenía que ser descendiente directo de Aarón. Luego había ciento cuarenta y dos defectos físicos que le descalificarían si tuviera alguno de ellos. Algunos se detallan en *Levítico 21:16-23*. La ceremonia de ordenación se perfila en *Levítico 8*. (i) Se le bañaba en agua para quedar ritualmente limpio. (ii) Se le vestía con los cuatro artículos sacerdotales (los calzones de lino, la túnica tejida de una pieza, la tiara y el cinto). (iii) Se le ungía con óleo. (iv) Se le ponía en el lóbulo de la oreja derecha, en el dedo pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho, sangre de ciertos sacrificios que se habían hecho. Cada detalle afectaba al cuerpo del sacerdote. Una vez ordenado tenía que cumplir muchas abluciones con agua y unciones con óleo; tenía que cortarse el pelo de cierta manera. El sacerdocio aarónico dependía de cosas físicas desde el principio hasta el fin. El carácter, la habilidad y la personalidad no entraban para nada. Pero el nuevo sacerdocio dependía de *una vida que es indestructible*. El sacerdocio de Cristo no dependía de cosas físicas, sino de lo que Él era en Sí mismo. Aquí tenemos una verdadera revolución; ya no eran las ceremonias ni las observancias externas lo que hacía al Sacerdote, sino el valor interior.

Además, había otro gran cambio de consecuencias fundamentales. La Ley era tajante en cuanto a que todos los sacerdotes tenían que ser de la tribu de *Leví* y descendientes de Aarón. Pero Jesús pertenecía a la tribu de *Judá*. Por tanto, el hecho de que Él es el nuevo Sumo Sacerdote implica que la Ley se ha cambiado; se ha suprimido. La palabra que se usa para la cancelación es *athetesis*; es la que se usa para la anulación de un tratado, la abrogación de una promesa, la supresión de un nombre del registro y para dejar una ley o regla sin efecto. Toda la parafernalia de la ley ceremonial quedó borrada en el sacerdocio de Jesús.

Por último, Jesús puede hacer lo que el antiguo sacerdocio no podía: puede darnos acceso a Dios. ¿Cómo? ¿Qué es lo que le impide al hombre el acceso a Dios? (i) *El miedo*. Mientras

Dios le inspire terror al hombre, éste no puede confiar en Dios. Jesús vino para mostrarles a los hombres el amor infinito y tierno del Dios cuyo Nombre es Padre... ¡y el horrible terror desapareció! Ahora sabemos que Dios quiere que volvamos a casa, no para castigarnos, sino para recibirnos con los brazos abiertos. (ii) *El pecado*. Jesús ofreció en la Cruz el Sacrificio perfecto que expía el pecado. El miedo ha desaparecido; el pecado ha sido conquistado; el camino hacia Dios está abierto para todos.

EL SACERDOCIO SUPREMO

Hebreos 7:21-25

Y como en todo esto se interpuso un juramento porque los sacerdotes levíticos se ordenaban sin juramento, pero Él con un juramento, como dice la Escritura refiriéndose a Él: «El Señor lo juró, y no se volverá atrás: "Tú eres Sacerdote para siempre"» -Jesús es el garante de un mejor Pacto. Además, en el Antiguo Pacto había que seguir ordenando más y más sacerdotes levíticos porque la muerte les impedía seguir ejerciendo; mientras que Él tiene un sacerdocio que no se acabará nunca, porque Él permanece para siempre. Por eso mismo Le es posible en todas las circunstancias y en todo tiempo, ya que está vivo para siempre, salvar a los que vienen a Dios por medio de Él.

El autor de *Hebreos* acumula pruebas de la superioridad del sacerdocio de la orden de Melquisedec, el de Jesús, sobre el antiguo sacerdocio levítico. Aquí aduce otras dos pruebas.

Primera: hace hincapié en el hecho de que la institución del sacerdocio de la orden de Melquisedec fue confirmada por un juramento de Dios, cosa que no había sucedido con el levítico. La cita es del *Salmo 110:4*: «*El Señor ha jurado, y no se*

volverá atrás: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.»» La idea de que Dios haga un juramento ya es alucinante. Hace mucho, ya Filón lo había advertido. Señaló que la única razón para hacer un juramento es porque la palabra de un hombre a secas no es garantía de credibilidad; pero si se jura, entonces sí. Dios no necesita nunca hacer un juramento, porque es imposible que no sea creíble Su palabra. Por tanto, si Dios llega a confirmar Su palabra con un juramento, lo que dice debe de ser de importancia capital. Así que es posible que desaparezca el sacerdocio ordinario; pero el sacerdocio de Jesucristo nunca podrá dejar de existir, porque Dios ha jurado que será para siempre.

Como Su sacerdocio ha sido confirmado con un juramento, Jesús es *garante de un Pacto mejor*. Recordemos que la misión del sacerdote y de toda religión es abrir el camino de acceso a Dios. Aquí nos encontramos con la palabra *pacto*. Pronto tendremos que examinarla en más detalle; de momento es suficiente decir que un pacto es en esencia un acuerdo entre dos personas o partes que se comprometen a cumplir mutuamente ciertas condiciones.

Había un Antiguo Pacto entre Israel y Dios: que si los israelitas obedecían fielmente la Ley de Dios, el camino de acceso a Su amistad siempre estaría abierto para ellos. En *Éxodo 24:1-8* vemos cómo entró la nación de Israel en aquel Pacto con Dios: Moisés tomó el libro de la Ley y se lo leyó al pueblo, que respondió con las palabras: «Haremos todas las cosas que el Señor ha dicho, y obedeceremos» (versículo 7). El antiguo acuerdo estaba basado en la obediencia a la Ley; y seguía vigente siempre que los sacerdotes siguieran haciendo sacrificios para expiar las desobediencias a la Ley.

Jesús es el garante de un Nuevo Pacto mejor, de una nueva relación entre el hombre y Dios. Y la diferencia es que, el Antiguo Pacto estaba basado en la ley, la justicia y la obediencia; el Nuevo Pacto está basado en el amor y en el perfecto Sacrificio de Jesucristo. El Antiguo Pacto estaba basado en lo que el hombre tenía que hacer; y el nuevo, en el amor de Dios.

¿Qué quiere decir el autor de *Hebreos* con eso de que Jesús es *el garante (énguyos)* del Nuevo Pacto? Un *énguyos* es uno que da seguridad. Se usa, por ejemplo, de una persona que garantiza o sale fiadora (R-V) o avala el préstamo de un banco; es la seguridad de que se pagará el dinero. Se usa de alguien que responde por un prisionero: que garantiza que el prisionero se presentará a juicio. El *énguyos* es el que garantiza que el acuerdo se va a respetar.

Entonces, ¿qué quiere decir el autor de *Hebreos*? Se podría preguntar: «¿Cómo sabemos que el Antiguo Pacto ya no está vigente? ¿Y que el acceso a Dios ya no depende de lo que el hombre pueda alcanzar con su obediencia, sino de recibir sencillamente el amor de Dios?» La respuesta es: «Jesucristo sale fiador (R-V) de que es así. Él es el garante que promete que el amor de Dios cumplirá su parte, sencillamente con que Le tomemos la Palabra.» Para decirlo de la manera más sencilla que nos es posible: Tenemos que creer que, cuando miramos a Jesús en todo Su amor, estamos viendo cómo es Dios.

El autor de *Hebreos* introduce una segunda prueba de la superioridad del sacerdocio de Jesús. El antiguo sacerdocio no tenía estabilidad. Los sacerdotes morían, y otros tenían que ocupar su puesto; pero el sacerdocio de Jesús es para siempre. Lo que importa en este pasaje son los matices y las implicaciones de las palabras del autor que casi no se pueden traducir.

Dice que el sacerdocio de Jesús *nunca será desfasado (aparabatos)*. *Aparabatos* es un término legal. Quiere decir *inviolable*. Un juez establece que su decisión debe permanecer *aparabatos, inalterable*. También quiere decir *intransferible*. Describe algo que pertenece a una persona y que no se puede transferir a ninguna otra. Galeno, el autor de obras de medicina, la usa para describir una ley absolutamente científica, que no se puede violar, como los principios sobre los que está fundado y se mantiene unido el universo. Así que, cuando el autor de *Hebreos* dice que el sacerdocio de Jesús es algo de lo que no se Le puede despojar, ni puede poseer ningún otro, es algo tan estable como las leyes que mantienen el universo.

Jesús es y seguirá siendo siempre el único camino hacia Dios. El autor de *Hebreos* usa otra palabra maravillosa acerca de Jesús, y dice que *Él permanece para siempre (paramenein)*. Ese verbo tiene dos matices característicos. Primero, quiere decir *seguir en oficio*. Nadie podrá jamás despojar a Jesús Su ministerio; para toda eternidad Él seguirá siendo el único que puede introducir los hombres a Dios. Segundo, quiere decir *continuar en la capacidad de siervo*. Gregorio Nacianceno hace provisión en su testamento para que sus hijas *permanezcan (paramenein)* con su madre todo el tiempo que ella viva. Habrán de quedarse con ella y ser su ayuda y su apoyo. Un papiro habla de una chica que debe *permanecer (paramenein)* en una tienda tres años para saldar con su trabajo una deuda que no puede pagar. Hay un contrato en un papiro que trata de un chico que se admite como aprendiz, que debe *permanecer (paramenein)* con su maestro tantos días extra como ha hecho novillos. Cuando el autor de *Hebreos* dice que Jesús *permanece para siempre*, en esa frase está envuelta la idea maravillosa de que *Jesús estará siempre al servicio de la humanidad*. En la eternidad, como cuando estaba en el tiempo. Por eso es el único y suficiente Salvador. En la Tierra sirvió a los hombres y dio Su vida por ellos; en el Cielo, todavía está para interceder por ellos. Es Sacerdote para siempre, el único que estará siempre abriendo la puerta de la amistad con Dios y es para siempre el gran Servidor de la humanidad.

EL SUMO SACERDOTE QUE NECESITÁBAMOS

Hebreos 7:26-28

¡Ese era el Sumo Sacerdote que necesitábamos! Uno que es santo, que jamás ha hecho daño a nadie, que es sin mancha, distinto de los pecadores y que está por encima del mismo Cielo. AL contrario de lo que pasaba

con los otros sumos sacerdotes, Él no tiene por qué ofrecer sacrificio todos los días en primer lugar por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Esto lo hizo de una vez para siempre cuando Se ofreció en Sacrificio a Sí mismo. Porque la Ley nombraba sumos sacerdotes a hombres sujetos a debilidades; pero la palabra del juramento que ha venido después de la Ley ha nombrado a Uno que es Hijo y que está totalmente capacitado para ejercer su ministerio para siempre.

El autor de *Hebreos* continúa desarrollando el pensamiento de Jesús como Sumo Sacerdote. Empieza este pasaje usando una serie de grandes palabras y frases para describirle.

(i) Dice que Jesús es *santo* (*hosios*). Esta palabra se aplica a Jesús en *Hechos* 2:27 y 13:35; se usa del Señor en *Apocalipsis* 15:4 y 16:5; del obispo cristiano en *Tito* 1:8; de las manos que el hombre debe presentar a Dios en oración en *1 Timoteo* 2:8. Esta palabra encierra una idea especial. Siempre describe a la persona que cumple fielmente su deber para con Dios. La describe, no tanto como les parece a sus semejantes, sino como es para Dios. *Hosios* contiene la más grande de todas las bondades, la que es pura a la vista de Dios.

(ii) Dice de Jesús *que jamás ha hecho daño a nadie* (*ákakos*, *inocente* quiere decir lo mismo- en R-V). *Kakía* es la palabra griega para *maldad*; por tanto, *ákakos* describe al que está tan libre de todo mal que no queda en él sino bondad. Describe a la persona en su comportamiento con sus semejantes. Sir Walter Scott pedía que se le reconociera que, como escritor, él no había corrompido la moralidad ni dañado la fe de nadie. El que es *ákakos* está tan limpio, que su presencia es como un antiséptico; y en su corazón no hay nada más que el amor misericordioso de Dios.

(iii) Dice que Jesús es *sin mancha* (*amíantos*). *Amíantos* describe a aquella persona que está totalmente libre de toda clase de defectos que pudieran impedirle acercarse a Dios. Una víctima que tuviera algún defecto ya no podía ofrecérselo a

Dios; el hombre contaminado no podía acercarse a Él; sin embargo el que es *amíantos* está capacitado para entrar en Su presencia.

(iv) Dice que Jesús es *distinto de los pecadores*. Esto no quiere decir que Jesús no fuera realmente un hombre. Era distinto de los pecadores porque, aunque sufrió todas las tentaciones de un hombre, las venció a todas y se mantuvo sin pecado. La diferencia entre Él y cualquier hombre radica, no en que no fuera completamente humano, sino en que es el Único en el Que se encuentra perfecta la humanidad.

(v) Dice que Jesús *está por encima del mismo Cielo*. En esta frase expresa la exaltación de Jesús. Si la frase anterior presentaba la perfección de Su humanidad, ésta presenta la perfección de Su divinidad. El Que fue un hombre entre los hombres ha sido exaltado a la diestra de Dios, a la gloria que tuvo antes que el mundo fuese (*Juan* 17:5).

El autor de *Hebreos* introduce ahora otro aspecto en el que el sacerdocio de Jesús es infinitamente superior al levítico. Antes de ofrecer sacrificio por los pecados del pueblo, el sumo sacerdote tenía que ofrecerlo *por sus propios pecados*, porque él también era pecador.

El autor está pensando especialmente en el Día de la Expiación. Este era el gran día en que se hacía expiación por todos los pecados del pueblo, el día en que el sumo sacerdote cumplía su ministerio exclusivo. Por lo general era el único día en que era él el que ofrecía los sacrificios. Todos los demás días lo hacían los sacerdotes subordinados; pero el Día de la Expiación oficiaba el sumo sacerdote en persona.

El primer acto del ritual era el sacrificio por los pecados del sumo sacerdote. Se lavaba las manos y los pies; se quitaba la ropa lujosa, y se vestía de lino blanco purísimo. Entonces le traían el becerro que él mismo había comprado con su propio dinero. Ponía las dos manos en la cabeza del becerro para transferirle sus pecados, y hacía la siguiente confesión: < Ah, Señor Dios, he cometido iniquidad; he cometido transgresión; he pecado, yo y mi casa. Oh Señor, Te suplico que cubras las iniquidades, transgresiones y pecados que he cometido, cometiendo transgresión y pecado delante de Ti, yo y mi casa. »

El más grande de todos los sacrificios levíticos empezaba con el sacrificio de un becerro por los pecados del sumo sacerdote. Ese era un sacrificio que Jesús no tenía necesidad de hacer, porque Él no tenía pecado. El sumo sacerdote levítico era un hombre pecador que ofrecía sacrificios de animales por el pueblo pecador; Jesús era el Hijo de Dios sin pecado, ofreciéndose a Sí mismo por el pecado de toda la humanidad. Era la Ley la que había nombrado al sumo sacerdote levítico; pero fue el juramento de Dios lo que dio a Jesús Su ministerio; y por ser Él Quien era, el Hijo de Dios sin pecado, estaba dotado para su ministerio como nunca lo podía estar ningún sumo sacerdote levítico.

Aquí hace el autor de *Hebreos* lo que ya ha hecho varias veces en esta carta: deja una señal para indicar la dirección que va a tomar. Dice de Jesús que *se ofreció a Sí mismo*. En un sacrificio hacían falta dos: el sacerdote y la víctima. El autor de *Hebreos* ha demostrado mediante un largo y complicado argumento que Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto; ahora va a pasar a otro pensamiento: que *Jesús es también la ofrenda perfecta*. Sólo Jesús podía abrir el camino que conduce hacia Dios, porque Él era el perfecto Sumo Sacerdote y ofreció el Sacrificio perfecto: el de Sí mismo.

Hay mucho en este argumento que nos resulta difícil de comprender. Se nos habla en términos de ritual y de ceremonias de hace mucho tiempo; pero hay algo eterno que permanece. El hombre busca la presencia de Dios; su pecado ha levantado una barrera entre él y Dios, pero está inquieto hasta que encuentre su descanso en Dios; y Jesús es el único Sacerdote que puede presentar la Ofrenda que abre de nuevo el camino para que los hombres vuelvan a Dios.

EL ACCESO A LA REALIDAD

Hebreos 8:1-6

El meollo de lo que estamos diciendo es el siguiente: ¡Tal es el Sumo Sacerdote que tenemos, Que se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad en el Cielo, un Sumo Sacerdote que ministra en el verdadero Santuario y Tabernáculo que ha establecido el Señor y no el hombre! Porque todos los sumos sacerdotes son elegidos para que ofrezcan dones y sacrificios; por tanto, era necesario que Él tuviera también algo que ofrecer. Si hubiera estado en la Tierra, ni siquiera habría sido sacerdote, porque para eso están los que ofrecen los dones que prescribe la Ley, que son hombres cuyo ministerio no es más que un tenue boceto del orden celestial, según las instrucciones que recibió Moisés cuando estaba a punto de completar el tabernáculo: «Mira -se le dijo-, que lo hagas todo según el modelo que se te ha mostrado en el monte.» Pero, según son las cosas, Jesucristo ha recibido un ministerio más excelente, de la misma manera que es el Mediador de un mejor Pacto, un Pacto que se ha establecido sobre la base de promesas superiores.

El autor de *Hebreos* acaba de describir el sacerdocio de la orden de Melquisedec en toda su gloria. Lo ha descrito como un sacerdocio que es para siempre, sin principio ni fin; el sacerdocio que Dios confirmó con un juramento; el sacerdocio que se basa en la grandeza personal, y no en ningún nombramiento legal ni en requisitos raciales; el sacerdocio que la muerte no puede afectar; el sacerdocio que puede ofrecer un Sacrificio que no hay que repetir; el sacerdocio que es tan puro que no tiene necesidad de ofrecer sacrificio por sus propios pecados. Ahora hace y subraya la gran declaración: «¡Es precisamente un Sacerdote así el que tenemos en Jesús!»

A continuación dice dos cosas de Jesús. (i) Se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad de Dios en el Cielo.

¡A Ti la gloria - oh nuestro Señor! ¡A Ti la victoria - gran Libertador!
Te alzaste triunfante - lleno de poder, más que el Sol radiante - al amanecer.
¡A Ti la gloria - oh nuestro Señor! ¡A Ti la victoria - gran Libertador!

No puede haber mayor gloria que la del Jesús ascendido y exaltado. (ii) Dice que Jesús es el Ministro del Santuario. Es la prueba de Su *servicio*. Es único en majestad y en servicio.

Jesús nunca consideró que la majestad era algo que se podía disfrutar egoístamente. Uno de los emperadores romanos más grandes fue Marco Aurelio; como administrador no tuvo rival. Murió a los cincuenta y nueve años, después de haberse agotado en el servicio de su pueblo. Fue uno de los santos estoicos. Cuando le eligieron para que ocupara el puesto supremo del imperio, su biógrafo Capitolino nos dice: «Se sintió abrumado más que jubiloso; y, cuando se le dijo que se mudara a la residencia privada del emperador Adriano, le costó trabajo abandonar la villa de su madre. Cuando los miembros de su familia le preguntaron por qué sentía tanto recibir la adopción imperial, les enumeró los quebraderos de cabeza que conllevaba la soberanía.» Marco Aurelio veía la realeza en términos del servicio, no de la majestad.

Jesús es el único ejemplo de majestad divina y de servicio divino combinados. Sabía que se le había dado la posición suprema, no para que la retuviera en aislamiento espléndido, sino más bien para permitir a otros alcanzarla y compartirla con Él. En Él se combinan la majestad y el servicio supremos.

La idea de que la religión es fundamentalmente *acceso a Dios* nunca estuvo lejos de la mente del autor de *Hebreos*. Por tanto, el ministerio supremo del Sacerdote es abrirle a la humanidad el camino hacia Dios. Jesús ha suprimido las barreras

que había entre Dios y el hombre, y nos ha dejado un camino o un puente, que es Él mismo, por el que el hombre puede llegar a la presencia de Dios. Pero esto lo podemos decir de otra manera: en vez de *acceso a Dios* podemos llamarlo *acceso a la-realidad*. Todos los escritores religiosos tienen que buscar términos que puedan entender sus lectores. Tienen que presentar su mensaje en un lenguaje y en unos términos que lleguen al lector porque le son familiares o, por lo menos, pulsan una cuerda en su inteligencia. Los griegos tenían una idea básica del universo: pensaban en términos de dos mundos, el real y el irreal -que era *éste*. Creían que este mundo del espacio y el tiempo no era más que una reproducción imperfecta del mundo real. Esa era la doctrina fundamental de Platón, el más grande de los filósofos griegos. Creía en lo que él llamaba *las formas*. Había un mundo en algún lugar en el que estaban desplegadas las formas perfectas de las que son copias imperfectas todas las cosas de este mundo. Algunas veces llamaba a las formas *ideas*. En algún lugar está la idea de una silla, de la que son copias imperfectas todas las sillas concretas. En algún lugar existe la idea de un caballo, de la que son reflejo deficiente todos los caballos. A los

griegos les fascinaba esta concepción del mundo real -*el otro mundo*- del que éste no es más que una reproducción imperfecta y aproximada. En este mundo nos movemos entre sombras; pero en algún lugar existe la realidad. El mayor problema de la vida es pasar del mundo de las sombras al mundo de las realidades.

A este problema alude y ofrece solución el autor de *Hebreos*. El templo terrenal es un pálido trasunto del verdadero Templo de Dios; el culto terrenal es un reflejo remoto del verdadero Culto; el sacerdocio terrenal es una copia inadecuada del verdadero Sacerdocio. Todas las cosas que conocemos señalan, más allá de sí mismas, a la realidad de la que no son más que reproducciones insatisfactorias. El autor de *Hebreos* encuentra la base para esa manera de pensar en el *Antiguo Testamento*. Cuando Moisés recibió instrucciones para la construcción del tabernáculo con todo su mobiliario, Dios le dijo: «Mira que los hagas de acuerdo con el modelo que se te ha mostrado en el monte» (Éxodo 25:9, 40). Dios le había mostrado a Moisés el modelo real del que todo culto terrenal es sólo una copia difusa; así que el autor de *Hebreos* dice que los sacerdotes terrenales cumplen un ministerio que no es más que *un boceto confuso* del orden celestial. Para la expresión *boceto confuso* combina dos palabras griegas: *hypodeigma*, que quiere decir *espécimen*, o, más exactamente, *boceto*; y *skiá*, que quiere decir *sombra*, reflejo, fantasma, silueta. El sacerdocio terrenal es irreal, y no puede guiar a los hombres a la realidad; pero Jesús, *sí puede*. Podemos decir que Jesús nos introduce a la presencia de Dios, o que Jesús nos introduce a la realidad; ambas expresiones quieren decir lo mismo. Cuando el autor de *Hebreos* hablaba de *la realidad*, estaba usando un término que sus contemporáneos entendían perfectamente.

En lo mejor que puede ofrecer este mundo hay siempre imperfección. Nunca llega a lo que creemos que puede ser. Nada de lo que experimentamos o logramos aquí alcanza al ideal que nos atrae. El mundo real está más allá. Llámalo Cielo, o llámalo realidad; llámalo idea o forma; o llámalo Dios... Siempre está más allá.

Como lo vio el autor de *Hebreos*, sólo Jesús nos puede guiar, de la frustrante actualidad, a la plenamente satisfactoria realidad. Por eso Le llama *Mediador (Mesitês)*. *Mesitês* viene de *mesos*, que, en este caso, quiere decir *en medio*. Un *mesitês* es, por tanto, *uno que se coloca entre dos personas que están enemistadas, y las reconcilia*. Cuando Job clamaba en su angustia por poder presentar su caso ante Dios, grita desalentado: « ¡No hay entre nosotros árbitro (*mesitês*) - que ponga su mano sobre nosotros dos!» (*Job* 9:33, R-V). Pablo llama a Moisés *mesitês* (*Gálatas* 3:19) porque hizo de mediador para traer la Ley, de Dios a los hombres. En el período clásico de Atenas había un grupo de hombres -ciudadanos de no menos de sesenta años- a los que se podía llamar para que actuaran como mediadores cuando había una disputa entre dos ciudadanos, y su misión principal era lograr la reconciliación. En

Roma estaban los *arbitri*. El juez decidía en cuestiones legales, pero los *arbitri* resolvían cuestiones de equidad, y su deber era poner punto final a los litigios. Además, en griego jurídico, *mesitês* era el *avalista, garante o fiador*. Salía fiador por un amigo que estaba procesado; respondía de una deuda o descubierto. El *mesitês* era el que estaba dispuesto a pagar la deuda de un amigo para arreglar las cosas.

El *mesitês* es el que se pone en medio e interviene entre las dos partes para lograr una reconciliación. Jesús es nuestro perfecto *Mesitês*: se coloca entre nosotros y Dios. Abre el camino a la realidad y a Dios, y es el único que puede efectuar la reconciliación entre el hombre y Dios, y entre lo real y lo irreal. En otras palabras: Jesús es el único que nos puede introducir a la vida real.

LA NUEVA RELACIÓN CON DIOS

***Hebreos* 8:7-13**

Porque, si el primer Pacto, que vosotros conocéis tan bien, hubiera sido infalible, no habría habido necesidad de que le cediera el puesto a un segundo. A manera de reprensión les dice: «Fijaos bien en que se acercan los días -dice el Señor- en que consumaré un nuevo Pacto con las casas de Israel y de Judá. No será como el que hice con sus antepasados cuando los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; tiene que ser así porque ellos no se rigieron por mi Pacto, y Yo los dejé que se fueran por su camino -dice el Señor-. Será diferente, porque éste será el Pacto que Yo haré con la casa de Israel cuando pasen estos días -dice el Señor-: Pondré mis leyes en el interior de sus mentes, y las inscribiré en las entretelas de sus corazones. Seré para ellos todo lo que un Dios debe ser, y ellos serán para Mí todo lo que un pueblo debe ser. Y nadie enseñará a su compatriota ni a su hermano diciéndole: « ¡Conoce a Dios!», porque todos Me conocerán, sean pequeños o mayores; porque yo perdonaré generosamente sus iniquidades, y ya no me acordaré más de sus pecados.» Al llamar a ese Pacto Nuevo, ha dejado el primer Pacto fuera de fecha; y lo que está pasado de fecha y cayendo en desuso, está a punto de pasar a la historia definitivamente.

Aquí *Hebreos* empieza a tratar de una de las grandes ideas bíblicas, la del *pacto*. En la Biblia, la palabra griega que se usa para pacto es *diathékê*, y hay una razón para usar esta palabra bastante poco corriente. Por lo general, un pacto es un acuerdo en

el que entran dos personas o partes. Dependerá de las condiciones que se acuerden; y, con que una de las partes las incumpla, el pacto quedará anulado. A veces se usa esta palabra en el *Antiguo Testamento* en su sentido corriente. Por ejemplo, se usa de la *alianza* que quisieron hacer los gabaonitas con Josué (*Josué 9: 6, 11*); del *pacto* que les estaba prohibido hacer con los habitantes de la tierra de Canaán (*Jueces 2:2*), y del *pacto* entre David y Jonatán (*1 Samuel 23: 18*). Pero su uso característico es el que describe la relación entre Dios y el pueblo de Israel. «Guardaos de olvidaros del *Pacto* del Señor vuestro Dios» (*Deuteronomio 4:23*). En el *Nuevo Testamento* se usa también la misma palabra.

Pero hay un detalle curioso que requiere explicación. La palabra griega para los usos normales de acuerdo es *synthéké*; por ejemplo, para un contrato o lazo matrimonial, o un acuerdo entre dos estados. Además, en griego normal *diatMM* no quiere decir acuerdo, sino *testamento*. ¿Por qué había de usar el *Nuevo Testamento* esta palabra para pacto? La razón es que *synthéké* siempre se refiere a un acuerdo en términos iguales entre dos partes que están en un mismo nivel; pero entre Dios y el hombre no puede haber igualdad de condiciones. En el sentido bíblico del pacto, la iniciativa es por entero a Dios. El hombre no puede discutirle a Dios los términos del pacto; sólo puede aceptar o rechazar el ofrecimiento que Dios le hace.

El ejemplo supremo de esta clase de acuerdo es *el testamento*. Las condiciones de una *última voluntad o testamento* no se acuerdan entre las dos partes, sino son decisión única del testador, y la otra parte no puede alterar las condiciones, sino solamente aceptar o rechazar la herencia que se le ofrece.

Por eso se usa la palabra *diathéké* para describir nuestra relación con Dios, porque es la clase de pacto en el que sólo una de las partes es responsable de los términos. Esta relación se nos ofrece solamente por la iniciativa y la gracia de Dios. Como decía Filón: «A Dios Le corresponde el dar, y a un hombre sabio el recibir.» Cuando usamos la palabra *pacto* debemos tener siempre presente que no quiere decir que hemos llegado a un acuerdo con Dios en igualdad de condiciones. Siempre quiere decir que toda la iniciativa pertenece a Dios.

Los términos del pacto los ha fijado Él, y el hombre no puede modificarlos en lo más mínimo. El Antiguo Pacto -el Antiguo Testamento- que los judíos conocían muy bien, era el que Dios había hecho con el pueblo de Israel después de sacarlo de una situación de esclavitud en Egipto y al darle la Ley. Dios se dirigió en Su Gracia al pueblo de Israel, y le ofreció una relación exclusiva con Él; pero esa relación dependía de la obediencia a la Ley. Vemos a los israelitas aceptando esa condición en *Éxodo 24:1-8*. El argumento del autor de *Hebreos* es que aquel Antiguo Pacto o Testamento se ha anulado, y que Jesús ha iniciado una nueva relación con Dios.

En este pasaje podemos distinguir algunas de las marcas del Nuevo Pacto o Testamento que Jesús ha inaugurado.

(i) El autor de *Hebreos* empieza por puntualizar que la idea de un Nuevo Pacto no es peregrina ni revolucionaria. Ya se encontraba en *Jeremías 31:31-34*, que cita textualmente. Además, el mismo hecho de que la Escritura hable de un Nuevo Pacto muestra bien a las claras que el Antiguo no era plenamente satisfactorio. Si lo hubiera sido, no se habría tenido ni que mencionar un Nuevo Pacto. La Escritura preveía un Nuevo Pacto, y por tanto, ella misma indicaba que el Antiguo no era perfecto.

(ii) Este Pacto será no sólo *Nuevo*, sino también *diferente en calidad y en especie*. En griego hay dos palabras para *nuevo*. *Néos* describe una cosa que es nueva en cuanto al tiempo; puede que sea una copia exacta de sus predecesoras, pero, como se ha hecho después que las otras, es *néos*. La otra palabra, *kainós*, quiere decir no sólo nuevo en lo referente al tiempo sino en cuanto a su especie. Una cosa que es simplemente una reproducción de algo que ya existía es *néos*, pero no es *kainós*. Este Pacto que Jesús establece es *kainós*, y no meramente *néos*; es nuevo y también diferente del Antiguo Testamento. El autor de *Hebreos* usa dos palabras para describir al Antiguo Pacto: dice que es *guéraskón*, que quiere decir no sólo *que se hace viejo*, sino también *que se queda inservible*. También dice que es *afanismós*, que es la palabra que se usa para borrar una inscripción, abolir una ley o arrasar una ciudad. Así es que el Pacto que establece Jesús es nuevo en su especie y cancela definitivamente el anterior.

(iii) ¿En qué es Nuevo este Pacto? Es *nuevo en su extensión*: va a incluir *la casa de Israel y la casa de Judá*. Hacía mil años, en los días de Roboam, el pueblo de Israel se había dividido en dos partes: Israel al Norte, con diez tribus, y Judá al Sur, con las otras dos; y estos dos reinos no se habían vuelto a unir. El Nuevo Pacto iba a unir lo que había estado dividido milenariamente; los que antes eran enemigos estarían unidos.

(iv) Es *nuevo en su universalidad*. Todos los seres humanos conocerían a Dios, desde el más pequeño hasta el más grande. Eso era algo completamente nuevo. En la vida ordinaria de los judíos había muchas escisiones. Por una parte estaban los fariseos y los ortodoxos que se regían por la Ley; y por otra, los llamados despectivamente < la gente de la tierra >, personas ordinarias que no cumplían la ley ceremonial en todos sus detalles. Se los despreciaba. Estaba prohibido tener ninguna relación con ellos; el permitir que una joven se casara con uno de ellos se decía que era como dejarla a merced de las fieras; estaba prohibido hacer un viaje con ellos, e incluso, hasta donde fuera posible, tener ningún trato o relación laboral o

comercial con ellos. Para los estrictos cumplidores de la Ley, la gente ordinaria estaba fuera de la sociedad; pero en el Nuevo Pacto estas escisiones no existirían. Todas las personas -sabios y analfabetos, grandes y pequeños- conocerían al Señor. Las puertas que habían estado cerradas se abrirían de par en par.

(v) Y habría una diferencia todavía más fundamental: el Antiguo Pacto dependía de la obediencia a una Ley impuesta desde fuera; pero *el Nuevo Pacto estaría escrito en los corazones y en las mentes de las personas*, que obedecerían a Dios, no por miedo al castigo, sino por amor. Le obedecerían, no porque la Ley los obligaba a hacerlo, quisieran o no, sino porque tendrían escrito en el corazón el deseo de obedecerle.

(vi) Sería un Pacto *que realmente produciría el perdón*.

Mirad cómo se haría realidad el perdón: *Dios había dicho que mostraría Su Gracia en las iniquidades de ellos y que perdonaría sus pecados*. Ahora bien, todo era cosa de Dios. La nueva relación está basada exclusivamente en Su amor. Bajo el Antiguo Pacto, uno podía mantener la relación con Dios solamente mediante el cumplimiento de la Ley; es decir, por su propio esfuerzo. Ahora, todo depende, no del esfuerzo humano, tan falible, sino solamente de la Gracia de Dios. El Nuevo Pacto pone a los hombres en relación con un Dios Que, como descubrió Lutero, no es justo y sin embargo Salvador, sino justo y por tanto Salvador. Lo más tremendo del Nuevo Pacto es que hace que la relación del hombre con Dios ya no dependa de la dudosa y vacilante fidelidad humana, sino de la segura e inmutable fidelidad de Dios.

Una cosa falta por decir. En las palabras de Jeremías acerca del Nuevo Pacto no se menciona el sacrificio. Parece que Jeremías consideraba que en la nueva era el sacrificio sería abolido como irrelevante; pero el autor de *Hebreos* piensa en términos del sistema sacrificial, y muy pronto pasará a hablar de Jesús como el Sacrificio perfecto, Cuya muerte es lo único que hace posible para la humanidad el Nuevo Pacto.

LA GLORIA DEL TABERNÁCULO

Hebreos 9:1-5

Ahora bien: el primer tabernáculo también tenía su liturgia y santuario, que eran un símbolo terrenal de realidades celestiales. Porque el primer tabernáculo estaba preparado con el candelabro y la mesa de los panes de la proposición en lo que se llamaba el Lugar Santo. Detrás de la segunda cortina estaba la parte del tabernáculo que se llamaba el Lugar Santísimo. Se accedía a él por el altar de oro del incienso, y allí estaba el Arca del Pacto, cubierta de oro por todas partes, que contenía una urna de oro con maná, la vara de Aarón que reverdeció y las Tablas del Pacto. Por encima del Arca estaban los querubines gloriosos que daban sombra al propiciatorio; pero no es éste el lugar para hablar de todas estas cosas en detalle.

El autor de *Hebreos* ha estado tratando de Jesús como el Que nos introduce en el mundo de la realidad. Ha hecho uso de la idea de que, en este mundo, no tenemos más que copias imperfectas de lo que es verdaderamente real. El culto que puede ofrecer la humanidad no es más que una sombra fantasmagórica del Culto real que sólo puede ofrecer Jesús, el verdadero Sumo Sacerdote. Pero, aunque está pensando en eso, se retrotrae con el pensamiento al tabernáculo -no el templo, téngase en cuenta-. Recuerda conmovido su belleza; se detiene a considerar cariñosamente sus preciosos componentes. Y la idea que sobresale entre todas es: Si el culto terrenal era tan hermoso, ¿cómo será el verdadero Culto? Si todas esas cosas preciosas del tabernáculo eran sólo una sombra de la realidad, ¿cuán superior será la belleza de la realidad misma! No se detiene en los detalles del tabernáculo; sólo alude a algunos de sus tesoros. Era todo lo que necesitaba de momento, porque sus lectores conocían todas las glorias del tabernáculo y las

tenían bien grabadas en la memoria. Pero nosotros no las conocemos tan bien; así es que, veamos cómo era la belleza del tabernáculo terrenal, teniendo siempre presente que era sólo un pálido reflejo de la realidad.

La descripción principal del tabernáculo del desierto se encuentra en *Éxodo 25-31 y 35-40*. Dios le dijo a Moisés: «Hazme un santuario para que more entre ellos» (*Éxodo 25:8*). Se construyó con las ofrendas voluntarias de la gente (*Éxodo 25:1-7*), que dio con tal generosidad que hubo que decirle que ya no hacía falta más (*Éxodo 35:5-7*).

El atrio del tabernáculo tenía 50 metros de largo por 25 de ancho (calculando que el codo tenía medio metro aproximadamente; más exactamente se calcula que eran 45 cm.). Estaba rodeado con una valla de cortina de lino torcido, de dos metros y medio de altura. El lino blanco se usaba para el Lugar Santísimo que rodeaba la presencia de Dios. Sostenían la cortina veinte columnas en cada uno de los lados Norte y Sur, y diez en los lados Este y Oeste. Las columnas descansaban en basas de bronce y tenían capiteles de plata. Había sólo una entrada, al Este, de diez metros de ancho por dos y medio de alto. Estaba hecha de lino fino torcido con azul, púrpura y carmesí. En el Atrio había dos cosas: el *altar de bronce*, cuadrado, de dos metros y medio de lado por metro y medio de altura, de madera de acacia recubierta de bronce; encima tenía una reja de bronce sobre la que se colocaban los sacrificios; y tenía cuatro cuernos en las cuatro esquinas a los que se ataban las víctimas. Estaba *la fuente de bronce*, que se hizo «de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de Reunión» (*Éxodo 38:8*). (No existían en aquellos tiempos espejos de vidrio). No se nos dan las medidas de la fuente, en la que se bañaban los sacerdotes antes de llevar a cabo sus deberes sagrados.

El tabernáculo mismo estaba construido con cuarenta y ocho vigas de madera de acacia de 5 metros de alto por 75 centímetros de ancho. Estaban recubiertas de oro puro, y se apoyaban en basas de plata. Estaban unidas por fuera por medio

de barras de madera, y por una barra que les pasaba por el centro. El tabernáculo estaba dividido en dos partes. La primera -los tercetos partes del total- era el *Lugar Santo*; la parte interior -el otro tercio- era un cubo de 5 metros de lado que era el *Lugar Santísimo*. Cinco pilares de bronce sostenían el velo que había delante del *Lugar Santo*, que estaba hecho de lino torcido azul, púrpura y carmesí.

En el *Lugar Santo* había tres cosas. (i) *El Candelabro de Oro*. Estaba colocado en el lado Sur; hecho de un talento de oro puro labrado a martillo; sus siete lamparillas se alimentaban con aceite de oliva puro, y siempre estaban encendidas. (ii) En el lado del Norte estaba *La Mesa de los Panes de la Proposición*. Estaba hecha de madera de acacia cubierta de oro, y tenía un metro de largo, setenta y cinco centímetros de ancho y noventa centímetros de alto. Sobre ella se colocaban todos los sábados doce panes, en dos filas de seis, hechos con la harina más pura, que sólo los sacerdotes podían comer cuando se colocaban nuevos el sábado siguiente. (iii) Estaba *El Altar del Incienso*. Era de madera de acacia recubierta de oro, de medio metro cuadrado por un metro de alto, y en él se quemaba incienso todas las mañanas y tardes, lo que simbolizaba las oraciones del pueblo que se elevaban al Cielo.

Delante del *Lugar Santísimo* estaba *El Velo* de azul, púrpura, carmesí y lino torcido con querubines bordados. Sólo el sumo sacerdote entraba en el *Lugar Santísimo*, sólo una vez al año, el Día de la Expiación, y sólo después de una preparación elaboradísima. En el *Lugar Santísimo* estaba *El Arca del Pacto*, en la que se guardaban tres cosas: la urna de oro que contenía maná, la vara de Aarón que reverdecía y las Tablas de la Ley. Estaba hecha de madera de acacia recubierta de oro por dentro y por fuera. Tenía dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto. Recordamos que se calcula que el codo tendría 45 centímetros. La cubierta se llamaba *El Propiciatorio*, y sobre ella había dos querubines de oro con las alas extendidas. Era allí donde estaba la misma presencia de Dios, porque Él había dicho: «De allí Me

declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el Arca del Testimonio» (*Éxodo 25:22*).

En toda esta belleza estaba pensando el autor de *Hebreos*... sin olvidar que era sólo una mera sombra de la realidad. Tenía en mente otra cosa de la que había de hablar otra vez: un israelita no podía pasar de la puerta del atrio del tabernáculo; los sacerdotes y los levitas sí podían entrar en el atrio; sólo los sacerdotes podían entrar en el *Lugar Santo*; y el sumo sacerdote era el único que podía entrar en el *Lugar Santísimo*. Todo era muy hermoso; pero las personas corrientes no podían acercarse a la presencia de Dios. Jesucristo quitó la barrera y abrió de par en par el acceso a la presencia de Dios para toda la humanidad.

EL ÚNICO ACCESO A LA PRESENCIA DE DIOS

Hebreos 9:6-10

Una vez preparadas todas estas cosas, los sacerdotes no hacen más que entrar ininterrumpidamente en la primera parte del tabernáculo para llevar a cabo los diferentes actos de culto; pero en la segunda parte, el sumo sacerdote es el único que entra, y sólo una vez al año y no sin sangre, que ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo. Así daba a entender el Espíritu Santo que todavía no estaba abierto el acceso al Lugar Santísimo mientras siguiera en pie el primer tabernáculo. Ahora bien: el primer tabernáculo está por la era presente, según cuya liturgia se ofrecen sacrificios que no pueden perfeccionar la conciencia de los que ofrecen ese culto; y que, como está basado en comidas y bebidas y diversas clases de abluciones, no son más que ordenanzas materiales, establecidas hasta el tiempo en que llegue el nuevo orden de cosas.

Sólo el sumo sacerdote podía entrar en el *Lugar Santísimo*, y eso sólo el *Día de la Expiación*. El autor de *Hebreos* está aquí pensando en las ceremonias de ese día tan especial. No tenía que describírselas a sus lectores porque las conocían muy bien. Para ellos eran las ceremonias más sagradas del mundo. Tenemos que tener en mente su desarrollo y sentido si queremos entender el pensamiento de nuestro autor. La principal descripción del Día de la Expiación está en *Levítico 16*.

En primer lugar debemos preguntarnos: ¿qué sentido tenía el Día de la Expiación? Como ya hemos visto, la relación entre Israel y Dios era la del Pacto. El pecado por parte de Israel interrumpía esa relación, y todo el sistema sacrificial existía para hacer expiación por el pecado y restaurar la relación perdida. Pero, ¿qué sucedía si quedaban algunos pecados por los que no se había hecho expiación? ¿Y qué sucedía si ni siquiera se era consciente de esos pecados? ¿Qué sucedería si el mismo altar hubiera quedado profanado? Es decir, ¿qué pasaría si todo el sistema sacrificial no estuviera cumpliendo su misión?

El Día de la Expiación se resume en *Levítico 16:33, 34*:

Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel.

Era un gran acto general de expiación por todos los pecados. Era un gran día, en el que todo el pueblo y todas las cosas se limpiaban, para que pudiera continuar la relación entre Dios e Israel. Con ese fin, era un día de humillación. < Afligiréis vuestras almas» (*Levítico 16:29*), que era otra manera de decir que *ayunaran*. Toda la nación ayunaba ese día, hasta los niños; y los judíos realmente devotos se preparaban para ese día ayunando los diez anteriores. El Día de la Expiación es diez

días después del día de Año Nuevo del calendario judío, que es a primeros de septiembre del nuestro. Era con mucho el día más importante del año, para el sumo sacerdote especialmente.

Veamos, entonces, lo que sucedía en él. Por la mañana muy temprano, el sumo sacerdote se purificaba con un baño. Se ponía las santas vestiduras impresionantes que sólo usaba ese día, que se nos describen en *Exodo 28 y 33*: los pantalones de lino fino y la toga larga que le llegaba hasta los pies, tejida de una pieza; *el manto del efod*, largo, todo de azul oscuro, con una orla en la que se alternaban granadas de azul, púrpura y carmesí con campanillas de oro; sobre este manto se ponía el efod, que era probablemente una especie de túnica de lino, bordada en púrpura, carmesí y oro, con un cinto elaborado. Llevaba en los hombros las dos piedras de ónice en las que estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel, seis en cada una. Llevaba sobre la túnica el pectoral, de un palmo cuadrado, con doce piedras preciosas en las que estaban grabados los nombres de las tribus de Israel. De esta manera llevaba el sumo sacerdote al pueblo sobre sus hombros y sobre su corazón. En el pectoral estaban los *Urim y Tumim*, que se ha traducido por *luces y perfecciones* (*Éxodo 28:30*), pero que no se sabe exactamente qué eran; sólo que el sumo sacerdote los usaba cuando quería consultar la voluntad de Dios. En la cabeza llevaba una mitra alta, de lino fino, en la cual había una lámina de oro sujeta con una cinta azul en la que estaba grabado: «SANTIDAD AL SEÑOR.» Nos podemos figurar el aspecto deslumbrador que tendría el sumo sacerdote ese su gran día.

El sumo sacerdote empezaba por hacer lo que se hacía todos los días. Quemaba el incienso de la mañana, hacía el sacrificio de la mañana, y se encargaba de recortar las mechas de las lámparas del Candelabro de los siete brazos, uno de los grandes símbolos de Israel. Luego se pasaba a la primera parte del ritual especial de ese día. Todavía con sus ropas solemnes, sacrificaba un becerro y siete corderos y un carnero (*Números 29:7, 8*). Entonces se quitaba las ropas solemnes, se lavaba otra vez y se ponía la ropa sencilla de lino blanco. Se le traía un becerro que él había comprado con su propio dinero; colocaba las manos en la cabeza del becerro a la vista de todo el pueblo, y confesaba su propio pecado y el de su casa:

«Ah, Señor Dios, he cometido iniquidad; he cometido transgresión; he pecado, yo y mi casa. Oh Señor, Te suplico que cubras las iniquidades, transgresiones y pecados que he cometido, cometiendo transgresión y pecado delante de Ti, yo y mi casa, como está escrito en la Ley de Tu siervo Moisés: "Porque ese día, Él cubrirá (hará expiación) para ti dejándote limpio. De todas tus transgresiones delante del Señor serás limpiado. "»

Se dejaba un momento el becerro ante el altar; y entonces se procedía con una de las ceremonias únicas del Día de la Expiación. Se presentaban dos machos cabríos, y una urna con dos suertes: una estaba marcada *Para Jehová*; y la otra *Para Azazel* -que algunas veces se traduce por *chivo expiatorio*.

Se echaban las suertes, y se colocaba cada una en la cabeza de cada macho cabrío. Un trozo de tela escarlata, como una lengua, se ponía en el cuerno del macho cabrío para *Azazel*; y se dejaban los dos un momento. Entonces el sumo sacerdote se volvía hacia el becerro que estaba delante del altar, y lo mataba haciendo una incisión en el cuello y echando la sangre en un cacharro que tenía un sacerdote; había que estar moviendo el cacharro para que no se coagulara la sangre. Entonces llegaba el primero de los grandes momentos: el sumo sacerdote cogía carbones encendidos del altar y los ponía en el incensario; luego cogía incienso, y lo ponía en un recipiente especial; luego entraba en el Lugar Santísimo para quemar el incienso en la presencia de Dios. Estaba estipulado que no debía permanecer más tiempo del necesario < para no hacer que se aterrara el pueblo. » La gente estaba esperando, conteniendo literalmente el aliento; y cuando salía de la presencia de Dios todavía con vida, el suspiro general de alivio producía una ráfaga de aire.

Cuando salía el sumo sacerdote del Lugar Santísimo, cogía el cuenco de la sangre del becerro, volvía a entrar en el Lugar Santísimo y rociaba siete veces por arriba y otras siete por abajo. Salía, mataba el macho cabrío marcado *para Jehová*, entraba con su sangre otra vez al Lugar Santísimo y rociaba otra vez. Entonces salía, mezclaba las sangres del becerro y del macho cabrío y rociaba siete veces los cuernos del altar del incienso y el mismo altar. Lo que quedaba de la sangre se ponía al pie del altar del holocausto. Así se purificaban el Lugar Santísimo y el altar de cualquier contaminación que pudieran tener.

Y entonces llegaba la ceremonia más conmovedora: se traía el chivo expiatorio; el sumo sacerdote le imponía las manos y confesaba su pecado y el pecado del pueblo, y el chivo era conducido al desierto, < a tierra deshabitada », cargado con los pecados del pueblo, y allí se le soltaba para que se marchara lo más lejos posible, o quedara a merced de las fieras.

Luego, el sumo sacerdote se volvía al becerro y al chivo muertos, y los preparaba para el sacrificio. Todavía vestido de lino leía la Escritura: *Levítico 16; 23:27-32*, y repetía de memoria *Números 29:7-11*. Entonces oraba por el sacerdocio y por el pueblo. Una vez más se lavaba con agua y se ponía las vestiduras solemnes. Sacrificaba primero un cabrito por los pecados del

pueblo; luego hacía los sacrificios normales de la tarde; luego sacrificaba las partes ya preparadas del becerro y del macho cabrío. A continuación se lavaba otra vez, se quitaba las vestiduras solemnes, se ponía las de lino blanco, y entraba por cuarta y última vez en el Lugar Santísimo para retirar el incensario que había estado ardiendo allí todo el tiempo. De nuevo se lavaba, se ponía las vestiduras solemnes, quemaba la ofrenda de incienso de la tarde, recortaba las mechas de las lamparillas del candelabro y daba por terminado su trabajo del día. Por la noche daba una fiesta para celebrar que había estado en la presencia de Dios y seguía vivo.

Ese era el ritual del Día de la Expiación, el día señalado para purificar de pecado todas las cosas y al pueblo. Esto era lo que tenía en mente e iba a explicar a continuación el autor de *Hebreos*. Pero también estaba pensando en otras cosas.

Todos los años había que repetir esta ceremonia. A todos les estaba prohibido entrar a la presencia de Dios menos al sumo sacerdote, y a él era algo que le producía terror. La purificación era meramente externa, con lavatorios de agua. El sacrificio consistía en animales y en su sangre. Todo aquello era un fracaso, porque tales cosas no pueden expiar el pecado. En todo ello, el autor de *Hebreos* ve un reflejo difuso de la realidad, una reproducción fantasmagórica del único Sacrificio verdadero: el de Cristo. Era un ritual impresionante, digno y hermoso; pero no era más que una sombra ineficaz. Jesucristo es el único Sacerdote y el único Sacrificio que pueden ofrecer el acceso a Dios a toda la humanidad.

EL SACRIFICIO QUE NOS DA ACCESO A DIOS

Hebreos 9:11-14

Pero cuando apareció Cristo, Sumo Sacerdote de las cosas buenas por venir, por medio de un Tabernáculo mayor y más capaz de producir los resultados para los que fue diseñado, un Tabernáculo no hecho por manos humanas -es decir, un Tabernáculo que no pertenece a este mundo-, y no por la sangre de machos cabríos o de becerros, sino por la Suya propia, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, asegurándonos una Redención eterna. Porque, si la sangre de machos cabríos y becerros y las cenizas de una becerra podían, al rociarse, purificar a los inmundos para que sus cuerpos quedaran limpios, ¡cuánto más la sangre de Cristo, Que por el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin defecto a Dios, limpiará vuestra conciencia para que podáis dejar las obras que producen muerte y seáis servidores del Dios vivo!

Para entender este pasaje debemos tener presentes tres cosas que eran básicas en el pensamiento del autor de *Hebreos*. (i) Religión es acceso a Dios. Su misión es introducir al hombre a la presencia de Dios. (ii) Este es un mundo de sombras difusas y de copias imperfectas; el mundo de las realidades está más allá. El propósito de toda clase de culto es poner a los seres humanos en contacto con las realidades eternas. Eso era lo que se suponía que podía hacer el culto del tabernáculo; pero el tabernáculo terrenal y su culto eran copias imperfectas del Tabernáculo real y de su Culto; y solamente el Tabernáculo y el Culto verdaderos pueden dar acceso a la realidad. (iii) No puede haber religión sin sacrificio. La purificación ha de ser costosa; el acceso a Dios requiere pureza; el pecado humano tiene que ser expiado, y su inmundicia tiene que ser limpiada. Con estas ideas en mente, el autor de *Hebreos* prosigue a demostrar que Jesús es el Sumo Sacerdote que ofrece el único Sacrificio que puede dar acceso a Dios, que es el Sacrificio de Sí mismo en perfecta obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz (Cp. *Filipenses 2:8*).

Para empezar, se refiere a algunos de los grandes sacrificios que los judíos tenían costumbre de ofrecer a Dios en el Antiguo Pacto. (i) Estaban los sacrificios de *becerros* y de *machos cabríos*. Aquí se está refiriendo a dos de los grandes sacrificios del Día de la Expiación -el del becerro que tenía que ofrecer el sumo sacerdote por sus propios pecados, y el del chivo expiatorio que se llevaba al desierto cargado con los pecados del pueblo (*Levítico 16:15, 21, 22*). (ii) Estaba el sacrificio de *la vaca alazana*. Este extraño ritual se nos describe en *Números 19*. Según la ley ceremonial judía, si alguien tocaba un cuerpo muerto, quedaba inmundo, excluido del culto; y todo lo que tocara o le tocara quedaba contaminado. Para purificarse se había prescrito un método: una vaca alazana se mataba fuera del campamento; el sacerdote salpicaba la sangre de la vaca delante del tabernáculo siete veces; luego se quemaba el cuerpo del animal con cedro, hisopo y un paño escarlata. Las cenizas que quedaban se dejaban fuera del campamento en un lugar

limpio, y constituían una purificación del pecado. Este ritual debe de ser muy antiguo, porque no se explican ni su origen ni su significado. Los judíos de tiempos más recientes contaban que una vez le preguntó un gentil a Yojanán ben Zakkai qué quería decir ese rito, porque a él le parecía mera superstición; y el rabino le contestó que había sido establecido por el Santo Dios, y que no teníamos que preguntar las razones, sino dejar la cosa como estaba, aunque no lo entendiéramos. El hecho es que era uno de los grandes ritos de los judíos.

El autor de *Hebreos* hace referencia a estos sacrificios, y seguidamente declara que el Sacrificio que ofreció Jesús es incalculablemente mayor y más efectivo. Debemos preguntarnos antes qué entiende por el mayor y más efectivo Tabernáculo no hecho con manos humanas. Esa es una pregunta a la que no se puede dar una respuesta indiscutible; pero casi todos los teólogos de la antigüedad coincidieron en decir que este nuevo Tabernáculo que introduce a la humanidad a la misma presencia de Dios no es sino el Cuerpo de Cristo. Sería otra manera de decir: < El que Me ha visto ha visto al Padre > (*Juan 14:9*). El culto del antiguo tabernáculo tenía la finalidad de introducir al pueblo de Israel a la presencia de Dios, cosa que no podía hacer sino

de una forma difusa e imperfecta. La venida de Jesús trajo a Dios realmente al mundo e hizo que los hombres estuvieran en presencia de Dios.

La gran superioridad del Sacrificio que ofreció Jesús radica en tres cosas.

(i) Los sacrificios antiguos limpiaban el cuerpo humano de la impureza ceremonial; el Sacrificio de Jesús limpia el alma. Debemos tener esto siempre presente: en teoría, los sacrificios no limpiaban más que de las transgresiones de la ley ritual; no otorgaban el perdón de los pecados del corazón rebelde. Fijaos en el sacrificio de la vaca alazana: no era una impureza *moral* la que se limpiaba con este sacrificio, sino la impureza *ritual* que se contraía al tocar un cuerpo muerto. El cuerpo de una persona podía estar ritualmente limpio, y su corazón estar lleno de suciedad moral. Esa persona se podía sentir libre para entrar

en el tabernáculo, y sin embargo estar muy lejos de la presencia de Dios. El Sacrificio de Jesús libera la *conciencia* humana del peso del pecado porque nos trae el perdón de Dios. Los sacrificios animales del Antiguo Pacto podían dejar a los que los ofrecían a una distancia insalvable de Dios; el Sacrificio de Jesús nos presenta a un Dios que nos espera siempre con los brazos abiertos y en cuyo corazón no hay más que amor.

(ii) El Sacrificio de Jesús obtuvo una Redención eterna. La humanidad estaba bajo el dominio del pecado; y, de la misma manera que había que pagar un precio para liberar a un hombre de la condición de esclavo, así también había que pagar un precio para liberar a un hombre del dominio del pecado.

(iii) El Sacrificio de Cristo permite al hombre dejar las obras de muerte y llegar a ser servidor del Dios vivo. Es decir: no solamente gana el perdón de los pecados pasados, sino permite vivir en adelante una vida nueva, limpia y útil. El Sacrificio de Jesús hizo más que pagar una deuda; ganó la victoria sobre el pecado. Lo que *hizo* Jesús pone al hombre en la debida relación con Dios; y lo que Jesús *hace* le permite al hombre seguir en la debida relación con Dios. La Obra de la Cruz trae a los hombres el amor de Dios de tal manera que los libra del terror que Le tenían antes; la presencia del Cristo vivo les trae el poder de Dios que les permite ganarle la batalla al pecado diariamente y en todas las situaciones.

Westcott indica cuatro maneras en las que el Sacrificio de Sí mismo que ofreció Jesús difiere de los sacrificios animales del Antiguo Pacto.

(i) El Sacrificio de Jesús fue *voluntario*. A los animales se les quitaba la vida; Jesús *dio* Su vida. Voluntariamente la ofreció por sus amigos (Cp. *Juan 10:18; 15:13, 14*).

(ii) El Sacrificio de Jesús fue *espontáneo*. El sacrificio de los animales era *el producto de la Ley*; el Sacrificio de Jesús fue *el producto del amor*. Pagamos nuestras deudas a un comerciante porque tenemos que hacerlo; le hacemos un regalo a un ser querido porque le queremos. No era la Ley, sino el Amor lo que estaba detrás del Sacrificio de Cristo.

(iii) El Sacrificio de Jesús fue *racional*. La víctima animal no sabía lo que estaba sucediendo; Jesús sabía todo el tiempo lo que estaba haciendo. Murió, no como una víctima ignorante a merced de circunstancias que no entendía y sobre las cuales no tenía ningún control, sino con los ojos abiertos.

(iv) El Sacrificio de Jesús era *moral*. El sacrificio de los animales era mecánico; pero Jesús ofreció Su Sacrificio *por el Espíritu eterno*. Lo que sucedió en el Calvario no era una cuestión de ritual prescrito y llevado a cabo mecánicamente; era algo que Jesús hacía en obediencia a la voluntad de Dios y por los hombres. Detrás estaba, no la mecánica de la Ley, sino la libre elección del Amor.

LA ÚNICA MANERA DE OBTENER EL PERDÓN

Hebreos 9:15-22

Es por medio de ÉL como se instituye el Nuevo Pacto entre Dios y la humanidad; y el propósito que subyace detrás de este Nuevo Pacto es que los que han sido llamados reciban la herencia eterna que se les ha prometido; pero esto sólo podía suceder después de producirse una muerte, cuyo propósito sería rescatarlos de las consecuencias de las transgresiones que se habían cometido bajo las condiciones del Antiguo Pacto. Porque, tratándose de un testamento, es necesaria la evidencia de la muerte del testador para que entre en vigor. Es con la muerte de las personas como se confirma un testamento, porque no cabe duda de que no puede ser operativo mientras el testador continúe vivo. Por eso es por lo que hasta el Antiguo Pacto-Testamento no se inauguró sin sangre. Porque, después de anunciar Moisés a todo el pueblo todos y cada uno de los mandamientos que establece la Ley, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y

roció el libro mismo y también a todo el pueblo, mientras decía: < Esta es la sangre del Pacto cuyas condiciones Dios os manda que cumpláis. > Y también roció con sangre el tabernáculo y todos los instrumentos que se usaban en su culto. Bajo las condiciones que establece la

*Ley, se puede decir que casi todo se purifica con sangre.
Sin derramamiento de sangre no puede haber perdón.*

Este es uno de los pasajes más difíciles de toda la carta, aunque no lo sería para los primeros destinatarios, que estaban familiarizados con los detalles del ritual sacerdotal así como con estos métodos de exégesis y de expresión.

Como ya hemos visto, la idea del *pacto* es fundamental en el pensamiento del autor, que entiende por él la relación entre Dios y el hombre. El primer Pacto dependía del cumplimiento de la Ley por parte del hombre; en cuanto se quebrantaba la Ley, el Pacto quedaba sin efecto. Recordemos que, para nuestro autor, *Religión quiere decir acceso a Dios*. Por tanto, el significado básico del *Nuevo Pacto* que ha establecido Jesús es que el hombre puede tener acceso a Dios; o, para decirlo de otra manera, puede vivir en *relación* con Él. Pero aquí está la dificultad. Las personas ya llegan al Nuevo Pacto manchadas por los pecados que han cometido en el Antiguo Pacto, que el antiguo sistema sacrificial era impotente para expiar. Por tanto, el autor de *Hebreos* tiene una idea luminosa, y dice que el Sacrificio de Cristo es retroactivo; es decir, es eficaz para borrar los pecados que se cometieron bajo el Antiguo Pacto, y para inaugurar la relación que se promete en el Nuevo.

Todo eso parece muy complicado, pero detrás de ello hay dos grandes verdades eternas. La primera, que el Sacrificio de Jesús obtiene el perdón para los pecados pasados. Debería castigárenos por lo que hemos hecho e impedido hacer a Dios; pero, en virtud de lo que Jesús ha hecho, la deuda queda saldada, la desobediencia perdonada y la barrera retirada. La segunda verdad es que el Sacrificio de Jesús abre una nueva vida hacia el futuro: abre el acceso a la comunión con Dios.

El Dios al Que nuestro pecado había convertido en un extranjero, es ahora nuestro Amigo por el Sacrificio de Cristo. Gracias a Su Obra, la carga del pasado se nos ha quitado de encima, y ahora podemos vivir con Dios.

El siguiente paso del argumento nos parece una manera extraña de razonar. La cuestión que tenía en mente el autor es por qué esta nueva relación con Dios exigía *la muerte* de Cristo. Y la contesta de dos maneras.

(i) La primera respuesta se encuentra en el sentido de la palabra *diathéké*, que ha llegado a ser el más frecuente en la literatura cristiana. Todos nos hemos acostumbrado a hablar del *Antiguo y Nuevo Testamento (Diathéké)* en lugar de *pacto o alianza*, y debemos esta terminología a este pasaje de la *Carta a los Hebreos*. Hasta el versículo 16 se ha venido usando *diathéké* en el sentido bíblico corriente de *pacto*; pero a partir de aquí se le aplica el sentido de *última voluntad o testamento*. Como un testamento no llega a ser operativo hasta que muere el testador, el autor de *Hebreos* dice que el Nuevo *Diathéké* no puede darse por definitivo sin la muerte de Cristo.

(ii) La segunda respuesta se remonta al sistema sacrificial del Antiguo Testamento y a *Levítico 17:11*: *< Porque la vida de la carne en la sangre está, y Yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; porque es la sangre la que hace expiación. >* *< Sin derramamiento de sangre no puede haber expiación por el pecado >*, era un principio bien conocido entre los judíos. Así es que el autor de *Hebreos* se retrotrae a la inauguración del primer Pacto, en tiempos de Moisés; al momento en que el pueblo aceptó la Ley como la condición de su especial relación con Dios. Se nos dice que se hicieron sacrificios, y que Moisés *«tomó la mitad de la sangre y la puso en vasijas; y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar.»* Después de leer el libro de la Ley y que el pueblo lo aceptara, Moisés tomó la sangre que quedaba y la roció sobre el pueblo y dijo: *« He aquí la sangre del pacto que el Señor ha hecho con vosotros de acuerdo con todas estas*

palabras» (Éxodo 24:1-8). Al parecer aquí el autor de *Hebreos* introduce en la cita los becerros y machos cabríos y la lana escarlata y el hisopo que aparecen en el pasaje del Día de la Expiación, y menciona el tabernáculo, que todavía no se había construido; probablemente lo hace porque todo estaba presente en su mente y tiene relación con el tema que viene desarrollando. La idea fundamental es que no puede haber purificación ni ratificación de ningún pacto sin derramamiento de sangre. *Por qué* haya de ser así no hace falta explicarlo; basta con que lo afirme la Escritura. La razón que se implica y alude aquí es que la sangre es la vida, y la vida es lo más precioso que hay en el mundo, por lo que sólo se ha de ofrecer a Dios.

Todo esto se remonta al ritual del Antiguo Testamento, que no tiene más que un interés histórico; pero detrás de ello hay un principio eterno: *El perdón es costoso. EL perdón humano* es costoso. Un hijo o una hija se pueden descarriar, y puede que el padre o la madre los perdonen; pero ese perdón conlleva lágrimas, canas en el pelo, arrugas en el rostro, angustia y dolor de corazón. No se puede decir que no cueste nada. *El perdón de Dios* es costoso. Dios es amor, pero también es *santo*. *Él* es el Que menos puede quebrantar las grandes leyes morales sobre las que está construido el universo. El pecado debe recibir su castigo, o se desintegrará la misma estructura de la vida. Y Dios es el único que puede pagar el terrible precio que cuesta el perdón de la humanidad. Perdonar no es nunca decir: *< Está bien. No importa. >* Es lo más costoso del mundo. Sin el derramamiento de la sangre del corazón no puede haber perdón de pecados. Nada le hace a uno recapacitar con más fuerza que el ver el efecto que ha producido su pecado en alguien que le ama en este mundo, o en Dios, Que le ama por toda eternidad; y el decirse: *«Eso es lo que costó perdonar mi pecado.»* Donde ha de haber perdón, alguien ha de ser crucificado.

LA PURIFICACIÓN INTEGRAL

Así que, si era necesario que las cosas que no son más que copias de las realidades celestiales se purificaran por tales procesos, es necesario que las realidades celestiales mismas se purifiquen por medio de sacrificios más excelentes que los que hemos venido estudiando. No ha sido a un santuario de fabricación humana donde ha entrado Cristo -cosa que no habría sido nada más que un mero símbolo de las cosas reales. ¡Ha sido en el mismo Cielo donde ha entrado, para presentarse esta vez como nuestro representante ante la misma presencia de Dios! Y no va a tener que ofrecerse repetidamente, como entra el sumo sacerdote año tras año en el Lugar Santísimo con sangre que no es suya propia. Si así fuera, Cristo habría tenido que sufrir una y otra vez desde que empezó el mundo. Ahora, de veras, una vez para siempre, al fin del tiempo presente, Él se ha presentado con el Sacrificio de Sí mismo, para cancelar la deuda de nuestros pecados. Y, de la misma manera que está establecido que los hombres no mueran más que una vez por todas para después presentarse ajuicio, así también Cristo, después de ser sacrificado de una vez para siempre para sobrellevar la carga de los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, no ya para resolver el problema del pecado, sino para traer la Salvación a todos los que Le están esperando.

El autor de *Hebreos* sigue pensando en la suprema eficacia del Sacrificio de Jesús; y comienza con un vuelo de pensamiento que es alucinante hasta para un escritor tan aventurero como él. Recordemos otra vez la idea básica de la carta, de que el culto de este mundo no es más que una copia confusa del Culto real. El autor dice que, en este mundo, los sacrificios levíticos

estaban diseñados para purificar los medios del culto; por ejemplo: los sacrificios del Día de la Expiación purificaban el tabernáculo, el altar y el Lugar Santísimo. Ahora pasa a decir que la Obra de Cristo purifica *no sólo la Tierra, sino también el Cielo*. Tiene el pensamiento grandioso de una especie de Redención cósmica que purifica todo el universo, visible e invisible.

Así que procede a subrayar una vez más en qué son supremos la Obra y el Sacrificio de Cristo.

(i) Cristo no entró en ningún santuario de fabricación humana, sino en la misma presencia de Dios. Debemos pensar en el Evangelio, no en términos de membresía de una iglesia, sino en términos de íntima comunión con Dios.

(ii) Cristo entró a la presencia de Dios, no solamente por Sí mismo, sino también como nuestro Representante. Entró para abrirnos el camino a nosotros, y para defender nuestra causa. En Cristo se da la paradoja más grande del mundo: la paradoja de la más excelsa gloria y del más humilde servicio, la paradoja de Uno por Quien existe todo el universo y Que existe para el universo, la paradoja del Rey eterno y del eterno Servidor.

(iii) El Sacrificio de Cristo no es necesario que se repita nunca. Año tras año se tenía que seguir el ritual del Día de la Expiación, porque había que expiar nuevamente las cosas que bloqueaban el camino hacia Dios; pero ya, gracias al Sacrificio de Cristo, el camino que conduce a Dios está abierto para siempre. Los hombres siempre han sido pecadores, y siempre lo serán; pero eso no quiere decir que Cristo tenga que seguir ofreciéndose a Sí mismo una y otra vez. El acceso está abierto de una vez para siempre. Podemos poner un ejemplo sencillo: Hacia mucho tiempo que cierta operación quirúrgica se consideraba imposible; pero un buen día, un buen cirujano descubre la manera de salvar las dificultades, y desde ese día el camino está abierto, y la operación es posible. Podemos decir que nunca habrá nada que añadir a la Obra de Cristo para abrir el camino que conduce a los pecadores a la presencia de Dios.

Por último, el autor de *Hebreos* traza un paralelismo entre la vida del hombre y la vida de Cristo.

(i) El hombre muere, y después viene el juicio. Eso ya era un golpe para los griegos, que pensaban que todo terminaba con la muerte. «Una vez que la tierra bebe la sangre de una persona dijo Esquilo-, ya no hay más que muerte, sin resurrección.» Y Eurípides: «No puede ser que los muertos vuelvan a la luz.» Homero hace decir a Aquiles cuando llega a las sombras: «Preferiría vivir sobre la tierra como jornalero de otro, con alguien que no tenga tierras y que viva con poco, antes que estar a la cabeza de todos los muertos que ya no son.» Mímmerno escribe con desesperación:

¡Oh Amor dorado! ¿Qué vida, qué gozo hay como el tuyo? ¡Venga la muerte cuando te hayas ido! ¡Ponga punto final!

Hay un sencillo epitafio griego:

¡Adiós, tumba de Melité; aquí yace la mejor de las mujeres, que amó a su amante marido Onésimo; tú fuiste la más excelente, por tanto, él te anhela después de tu muerte, porque fuiste la mejor de las esposas! ¡Adiós a ti también, amado esposo! Sólo, ama a mis hijos...»

Como G. Lowes Dickinson hace notar, en griego, la primera y la última palabra de un epitafio es «¡Adiós!» La muerte es el fin. Cuando Tácito está escribiendo su tributo en la biografía del gran Agrícola, lo único que puede decir al final es «Si...»

Si hubiera alguna morada para los espíritus de los justos; si, como desean los sabios, las almas grandes no perecieran con el cuerpo, ¡descansa en paz!

« Si » es la única palabra. Marco Aurelio decía que, cuando muere un hombre y su chispa vuelve a perderse en Dios, todo lo que queda es «polvo, cenizas, huesos y hedor.» Lo

significativo de este pasaje de *Hebreos* es su certeza de que el hombre resucitará; y la advertencia de que resucita para ser juzgado.

(ii) Con Cristo es diferente: murió, resucitó y volverá otra vez, no para ser juzgado sino para juzgar. La Iglesia Primitiva no se olvidó nunca de la esperanza en la Segunda Venida. Latía en toda su fe. Pero para los incrédulos era una perspectiva terrible. Como leemos en *Enoc* acerca del Día del Señor antes que Cristo viniera: «Para todos vosotros, pecadores, no hay salvación, sino que lo que vendrá sobre vosotros será la destrucción y la maldición.» De alguna manera habrá de venir la consumación. Ese día, si Cristo viene como Amigo, no puede ser más que un día glorioso; si viene como un extraño o como Uno al Que hemos considerado un enemigo, sólo puede ser un día de juicio. Uno puede esperar el fin de todas -las cosas con gozosa expectación, o con desesperado terror. La diferencia sólo depende de cómo estemos con Cristo.

EL ÚNICO SACRIFICIO ACEPTABLE A DIOS

Hebreos 10:1-10

Como la Ley no es más que una sombra imprecisa de las bendiciones que están por venir y no la verdadera imagen de estas cosas, no puede nunca realmente capacitar para la comunión con Dios a los que hacen lo posible por acercarse a Su presencia por medio de los sacrificios, que hay que seguir ofreciendo indefinidamente año tras año. Porque, si ese fin se pudiera conseguir con esos medios, ya se habría conseguido y se habrían dejado de ofrecer sacrificios; porque los que hacen ese culto ya habrían llegado de una vez para siempre a un estado de pureza tal que habrían dejado de tener conciencia de pecado. Pero, lejos de eso, año tras año celebran este memorial del pecado. Porque es imposible que la sangre de becerros y de machos cabríos quite el pecado. Por eso dice Él al entrar en el mundo: «Tú no deseabas sacrificio y ofrenda; es un cuerpo lo que has preparado para Mí. A Ti no te complacían holocaustos y ofrendas por el pecado. Así es que Yo dije: "Para eso vengo -en la cubierta del libro está escrito refiriéndose a Mí-, para hacer, oh Dios, Tu voluntad. "» Al principio de este pasaje dice: «Tú no deseabas ni sacrificios ni ofrendas ni holocaustos ni ofrendas por el pecado, ni te producían ningún placer», y es precisamente eso lo que prescribe la Ley. Por eso dice a continuación: «Mira, vengo a hacer Tu voluntad.» Así cancela la clase de ofrendas a las que se hace referencia en la primera cita a fin de establecer la clase de ofrenda a la que se refiere la segunda. Es por medio de la voluntad como hemos sido purificados; por medio de la Ofrenda hecha de una vez para siempre del cuerpo de Cristo.

Para el autor de *Hebreos*, todo el asunto de los sacrificios no era más que una copia imprecisa del Culto verdadero. El cometido de la religión es poner al hombre en íntima relación con Dios, y eso es algo que no podían realizar nunca aquellos sacrificios. Todo lo que podían conseguir era darle al hombre un contacto distante y espasmódico con Dios. Usa dos palabras clave para indicar lo que quiere decir. Dice que estas cosas no son más que *una sombra imprecisa*. La palabra que usa es *skiá*, la palabra griega para *sombra*, que quiere decir un reflejo nebuloso, una mera silueta, una forma sin realidad. Dice que no dan *una imagen real*. Usa la palabra *eikón*, que quiere decir *una representación completa, una reproducción detallada*. Significa realmente *un retrato*, y *podría* haber significado *una fotografía* si las hubiera habido en aquel tiempo. Lo que realmente dice es: «Sin Cristo no podéis llegar más allá de las sombras de Dios.»

Presenta pruebas. Año tras año se sucedían los sacrificios del tabernáculo, y especialmente los del Día de la Expiación.

Una cosa que funciona no se tiene que repetir tanto; el mismo hecho de la repetición de estos sacrificios es la prueba final de que no purifican el alma *ni* conceden un acceso definitivo y pleno a Dios. Nuestro autor llega más lejos: dice que son *un memorial del pecado*. Lejos de purificar al hombre, lo que hacen es recordarle su impureza, y que sus pecados siguen bloqueando su acceso a Dios.

Pongamos un ejemplo. Una persona está enferma. Se le prescribe una botella de medicina. Si esa medicina le devuelve la salud, cada vez que la vea después, dirá: «Eso es lo que me devolvió la salud.» Pero si, por el contrario, la medicina no produce ningún efecto, cada vez que vea la botella le recordará que sigue enfermo y que el supuesto remedio fue ineficaz.

Por eso el autor de *Hebreos* dice con vehemencia profética: « El sacrificio de animales es impotente para purificar al hombre y darle acceso a Dios. Para lo único que sirve es para recordarle su pecado, y que la barrera que levanta entre él y Dios sigue ahí.» Lejos de borrar el pecado, lo subraya.

El único Sacrificio efectivo es el de Jesucristo. Para aclarar y explicar lo que está en su mente, el autor de *Hebreos* hace una cita del *Salmo 40:6-9*, que dice en el original:

*Tú no deseas ni sacrificio ni ofrenda, pero me has dado un oído abierto.
Holocausto y expiación por el pecado no has demandado. Entonces dije: ¡Mírame, ya vengo!
En el envoltorio del libro está escrito de Mí:
«Mi delicia es hacer Tu voluntad, oh Dios mío.»*

Es posible que « me has dado un oído abierto», o «has abierto mis oídos» sea una referencia a lo que se hacía con el que quería seguir siendo esclavo de un señor (Cp. *Éxodo 21:6; Deuteronomio 15:17*), lo que aludiría a la voluntaria obediencia de Jesús, el Siervo del Señor; y «en el envoltorio del libro está escrito de Mí» (antigua Reina-Valera) posiblemente alude a la cubierta de los libros, que entonces se escribían en la forma de rollos, y sería como el lema o título de la vida del Siervo del Señor: < Mi delicia es hacer Tu voluntad, oh Dios mío.>

El autor de *Hebreos* lo pone un poco diferente en la segunda línea: «Es un cuerpo lo que has preparado para Mí.» La explicación es que no citaba del original hebreo, sino de la *Septuaginta*, la traducción griega del *Antiguo Testamento* que se empezó en Alejandría hacia el año 270 a.C. No cabe duda de que, en el mundo antiguo, muchos más podían leer griego que hebreo, hasta entre los judíos de la diáspora de los que parece haber sido el autor de *Hebreos*. En cualquier caso, el sentido de las dos frases es el mismo. «Tú me has dado un oído abierto» quiere decir «Tú me has tocado de tal manera que obedezco todo lo que me dices.» Es el oído obediente lo que menciona el salmista, porque *oír* y *obedecer* eran ideas muy próximas en hebreo. « Es un cuerpo lo que has preparado para Mí» quiere decir realmente: «Tú me has dotado de un cuerpo para que haga Tu voluntad en él y con él.» En esencia, las dos frases quieren decir lo mismo.

El autor de *Hebreos* toma las palabras del salmo y las pone en boca de Jesús « al entrar en el mundo». Lo que quiere decir es que Dios no quiere sacrificios de animales sino *obediencia a Su voluntad*. Los sacrificios son gestos por medio de los cuales se toma algo que se aprecia mucho y se le da a Dios como muestra de amor. Pero, como la naturaleza humana es como es, era fácil que la idea se degenerara, y se pensara que al ofrecer sacrificio se compraba el perdón de Dios.

En cierto sentido, el autor de *Hebreos* no estaba diciendo nada tan totalmente nuevo; hacía mucho tiempo que los profetas se habían dado cuenta de que los sacrificios se habían degenerado, y le habían dicho al pueblo que lo que Dios quería no era la carne y la sangre de los animales, sino la obediencia de la vida entera del hombre. Ese era precisamente uno de los pensamientos más nobles del Antiguo Testamento.

*Y Samuel dijo: ¿Se complace el Señor tanto en los
holocaustos y las víctimas como en que se obedezca a*

*las palabras del Señor? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los
carneros (1 Samuel 15:22).*

*Sacrifica a Dios alabanza, y paga tus votos al Altísimo
(Salmo 50:14).*

*Porque Tú no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu
quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás Tú, oh Dios (Salmo 51:16, 17).*

Porque misericordia quiero, y no sacrificio; y conocimiento de Dios más que holocaustos (Oseas 6:6).

*¿Para qué Me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo
de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos... No Me traigáis más vana ofrenda; el
incienso Me es abominación... Cuando extendáis vuestras manos, Yo esconderé de vosotros Mis ojos; asimismo, cuando
multiplicéis la oración, Yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos... Dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien
(Isaías 1:11-20).*

*¿Con qué me presentaré ante el Señor, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con holocaustos, con becerros
de un año? ¿Se agrada el Señor de millares de carneros, o de miríadas de arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi
rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el
Señor de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y conducirte humildemente con tu Dios (Miqueas 6:6-8).*

Siempre había habido voces que proclamaban que el único sacrificio agradable a Dios era la obediencia. Nada más que la obediencia podía abrir el acceso a Dios; la desobediencia era lo que levantaba la barrera que no podía apartar ningún sacrificio de animales. Jesús fue el Sacrificio *perfecto porque cumplió perfectamente la voluntad de Dios*. Se presentó ante Dios, y Le dijo: «Aquí me tienes. Haz conmigo lo que quieras.» Él Le ofreció a Dios en representación de la humanidad lo que no había podido ofrecerle ningún ser humano: la obediencia perfecta, que es el Sacrificio perfecto.

Si hemos de mantener una relación filial con Dios, la obediencia es el único medio. Jesús Le ofreció a Dios el perfecto Sacrificio que ninguna persona podía ofrecer. En Su humanidad perfecta ofreció el Sacrificio perfecto de la obediencia perfecta. Así quedó abierto de una vez para siempre para todos nosotros el camino hacia Dios.

CRISTO ES DEFINITIVO

Hebreos 10:11-18

También, todos los sacerdotes están de pie ocupados en su servicio; están de pie ofreciendo una y otra vez los mismos sacrificios, que son de una clase que no puede eliminar el pecado. Pero Cristo ofreció un único Sacrificio por el pecado, y seguidamente tomó asiento para siempre a la diestra de Dios, donde permanece sentado a la espera de que todos sus enemigos sean puestos a Sus pies. Porque con una sola Ofrenda eficaz para todo el tiempo nos dio la purificación que necesitamos para entrar a la presencia de Dios. El Espíritu Santo es nuestro testigo en esto; porque, después de decir: «Este es el Pacto que Yo haré con ellos después de estos días -dice el Señor-: Pondré Mis leyes en sus corazones; se las escribiré en la mente,» -dice seguidamente-: «Y no me

acordaré ya jamás de sus pecados ni de sus transgresiones.» Está claro que, si ha habido un perdón general, ya no hacen ninguna falta los sacrificios por los pecados.

Una vez más, el autor de *Hebreos* traza una serie de contrastes implícitos entre el Sacrificio que ofreció Jesús y los de animales del sacerdocio aarónico.

(i) Subraya *el carácter definitivo del Sacrificio de Jesús*. Lo ofreció una sola vez, pero es efectivo para siempre. Los sacrificios levíticos tenían que repetirse todos los días y, a pesar de eso, no eran realmente efectivos. Mientras el templo estuvo en pie, tenían que ofrecerse los siguientes sacrificios (*Números 28:3-8*): Todas las mañanas y las tardes, un cordero de un año que no tuviera ningún defecto se ofrecía en *holocausto*, juntamente con *la ofrenda de harina*, que era la décima parte de un *efa* -37 litros- de flor de harina amasada con un cuarto de *hin* ---6,2 litros-de aceite de olivas machacadas. Se hacía también *la libación*, que era un cuarto de hin de vino.

Además estaba *la ofrenda diaria de harina del sumo sacerdote*, que consistía en un décimo de efa de flor de harina mezclada con aceite y cocido en un cacharro plano; la mitad por la mañana y la otra mitad por la tarde. Además se ofrecía *incienso* antes de las otras ofrendas, mañana y tarde. Era una rutina continua y fatigosa. El proceso no tenía fin y lo malo era que dejaba al pueblo tan culpable de pecado y alejado de Dios como antes.

Por el contrario, Jesús ofreció el Sacrificio que ni podía ni necesitaba repetirse.

(a) *No podía* repetirse. Hay algo irreplicable en todas las grandes obras. Se pueden repetir las cancioncillas populares o de moda *ad infinitum*, una tras otra; pero no se pueden repetir las grandes sinfonías de Beethoven; no se escribirá jamás nada semejante. Se pueden repetir los versos de las tarjetas de felicitación o de las revistas sensibleras; pero no se pueden repetir los exámetros de la *Iliada* de Homero, o las liras de Juan de la Cruz. Quedan como cosas únicas, irreplicables. ¡Con cuánta más razón el Sacrificio de Cristo! Es su *generis*, una de esas obras maestras que no se pueden hacer otra vez.

(b) *No hay necesidad* de repetirlo. Por una parte, *el Sacrificio de Jesús muestra el amor de Dios de una manera definitiva*.

En aquella vida de servicio y en aquella muerte de amor, se nos despliega totalmente el corazón de Dios. Mirando a Jesús podemos decir: «Así es Dios.» Por otra parte, *la vida y muerte de Jesús fueron un acto de obediencia perfecta y, por tanto, el único Sacrificio perfecto*. Toda la Escritura, en sus inalcanzables alturas y en sus insondables profundidades, declara que el único sacrificio que Dios desea es la obediencia; y, en la vida y muerte de Jesús, ése precisamente fue el Sacrificio que Dios recibió. La perfección no se puede mejorar. En Jesús se dan unidas la perfecta revelación de Dios y la perfecta ofrenda de obediencia. Por tanto, Su Sacrificio ni se puede ni hay por qué repetirlo nunca. Los sacerdotes deben y pueden seguir con su fatigosa rutina interminable; pero el Sacrificio de Cristo se hizo una vez para siempre.

(ii) Subraya *la exaltación de Jesús*. Escoge las palabras con cuidado, cosa que no se ve con claridad en la Reina-Valera. Los sacerdotes *están de pie* para ofrecer sacrificios; no se dice que se sentaran nunca mientras cumplían su ministerio en el templo, y mucho menos el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo. Pero Cristo *ha tomado asiento* a la diestra de Dios, donde permanece sentado. La postura de los sacerdotes es la que corresponde a los siervos; la Suya es la propia de un Monarca. Jesús es el Rey que ha vuelto a Su palacio, después de cumplir Su misión y de obtener la victoria. Hay una *totalidad* en la vida de Jesús que tal vez deberíamos considerar más. Su vida sería incompleta sin Su muerte; Su muerte, sin Su Resurrección; Su Resurrección, sin Su vuelta a la Gloria. Es el mismo Jesús el que vivió, y murió, y resucitó, y está a la diestra de Dios. No es meramente un santo que vivió una vida ejemplar, ni un mártir que sufrió una muerte heroica, ni una figura que ha vuelto a la compañía de los suyos. Es el Señor de la Gloria. Su vida es como una serie de tapices en los que se representa

una historia; mirando uno solo no comprendemos el significado; hay que mirarlos todos, en su conjunto, para captar su grandeza.

(iii) Subraya *el triunfo final de Jesús*, Que está a la espera del sometimiento final de sus enemigos; al final, habrá un universo en el que Él reinará supremo. Cómo se haya de llegar a eso no lo podemos comprender ahora; pero puede que ese sometimiento final no quiera decir la extinción de Sus enemigos, sino su sumisión a Su amor. Será el amor el que obtenga la victoria final.

Finalmente, como es su costumbre, el autor de *Hebreos* refuerza su argumento con una cita de la Sagrada Escritura. Jeremías, al hablar del Nuevo Pacto -que no se le impondrá a nadie desde fuera, sino que estará escrito en el corazón-, acaba diciendo: « No me acordaré más de su pecado» (*Jeremías 31:34*). Gracias a Jesús, la barrera del pecado ha desaparecido.

QUIÉN ES CRISTO PARA NOSOTROS

Hebreos 10:19-25

Así que, hermanos, como podemos entrar con confianza en el Lugar Santísimo en virtud de lo que la Sangre de Jesús ha hecho por nosotros, por el Camino nuevo y vivo que Jesús ha inaugurado para nosotros a través del Velo -es decir, a través de su humanidad-; y, puesto que tenemos tal Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios, acerquémonos a la presencia de Dios con un corazón en el que more la sinceridad y con la plena convicción de la fe, con el corazón rociado para que esté limpio de toda conciencia de maldad y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengamos firme y sin desviaciones la esperanza de nuestra profesión de fe, porque podemos depender absolutamente del Que nos ha hecho las promesas; y apliquemos nuestra mente a la tarea de estimularnos mutuamente al amor y a las buenas obras. No descuidemos el reunirnos con los hermanos, que es algo que algunos han tomado por costumbre; sino animémonos unos a otros, y mucho más cuando vemos que se acerca el Día.

El autor de *Hebreos* llega aquí a las consecuencias prácticas de todo lo que ha estado diciendo. De la teología pasa a la exhortación práctica. Es uno de los teólogos más profundos del Nuevo Testamento, pero toda su teología está gobernada por el sentido pastoral. No piensa sólo para sentir la emoción de la aventura intelectual, sino para apelar con más fuerza a los hombres para que entren en la presencia de Dios.

Empieza diciendo tres cosas de Jesús.

(i) *Jesús es el Camino vivo a la presencia de Dios*. Entramos a la presencia de Dios a través del Velo, es decir, la humanidad de Jesús. Es una idea difícil, pero lo que quiere decirnos es lo siguiente: En el tabernáculo, había un velo delante del Lugar Santísimo que ocultaba la presencia de Dios. Para que los hombres entráramos a esa presencia, el velo tenía que ser rasgado. La humanidad de Jesús era lo que velaba Su divinidad. Fue cuando fue rasgado Su cuerpo físico en la Cruz cuando los hombres pudimos ver realmente a Dios. Jesús mostró a Dios a lo largo de toda Su vida; pero fue en la Cruz donde se reveló a las claras y totalmente el amor de Dios. Como al rasgarse el velo del Lugar Santísimo quedó abierto el acceso a la presencia de Dios, así al rasgarse en la Cruz la humanidad de Cristo se reveló plenamente la grandeza de Su amor y se abrió definitivamente el acceso a Dios.

(ii) *Jesús es el gran Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios en el Cielo*. Como hemos visto a menudo, la misión del sumo sacerdote era tender un puente entre Dios y el hombre. Esto quiere decir que Jesús, no sólo nos muestra el camino hacia Dios, sino que también nos introduce a Su misma -presencia. Cualquiera puede indicar a otra persona el camino al palacio real, pero no introducirla a la presencia del Rey. Pero Jesús sí.

(iii) *Jesús es el único que puede limpiar de veras la mancha del pecado*. En el ritual sacerdotal, las cosas santas se purificaban rociándose con la sangre de los sacrificios. El sumo sacerdote se tenía que bañar una y otra vez en el *mar de bronce* con agua limpia. Pero estas cosas eran ineficaces para quitar la verdadera contaminación del pecado. Jesús es el único que puede limpiar de veras al hombre. La Suya no es una purificación meramente externa; con Su presencia y con Su Espíritu limpia los pensamientos y los deseos más íntimos de una persona hasta que queda totalmente limpia. De aquí pasa el autor de *Hebreos* a hacer una triple exhortación.

(i) *Acerquémonos a la presencia de Dios*. Es decir, no nos olvidemos nunca de darle culto. A toda persona humana se le permite vivir en dos mundos: el del espacio y el tiempo, y el de las cosas eternas. Pero corremos peligro de estar tan ocupados en las cosas de este mundo que olvidamos el otro. Al empezar y al terminar el día y de cuando en cuando en medio de nuestras actividades debemos apartarnos, aunque sólo sea un momento, y entrar en la presencia de Dios. Todos llevamos siempre con nosotros nuestro santuario íntimo, así que no nos olvidemos de entrar en él. O, lo que es lo mismo: no Le tengamos esperando indefinidamente a la puerta, como confesaba Lope de Vega en un famoso soneto:

¡Cuántas veces el ángel me decía: -¡Alma, asómate ahora a la ventana, verás con cuánto amor llamar porfía! Y cuántas, Hermosura soberana, -¡Mañana Le abriremos! -respondía, para lo mismo responder mañana.

(ii) *Mantengamos firme y sin desviarnos la esperanza de nuestra profesión de fe.* Es decir, no nos soltemos de lo que creemos: Voces cínicas tratarán de apartarnos de nuestra fe; los materialistas intentarán con sus argumentos hacer que nos olvidemos de Dios; los azares y avatares de la vida conspirarán

para sacudir nuestra fe. Stevenson decía que él creía tanto en la decencia suprema de las cosas que, si se despertara en el infierno, seguiría creyendo igual; debemos mantenernos tan agarrados a la fe que nada nos haga soltarnos.

(iii) *Apliquemos nuestra mente ala tarea de estimularnos mutuamente al amor y alas buenas obras.* Es decir: acordémonos de que somos cristianos no sólo por cuenta propia, sino también por cuenta ajena. Nadie conseguirá salvarse si no está pendiente nada más que de salvarse; pero muchos se han salvado preocupándose tanto por los demás que se olvidaron de sí mismos. Es fácil acomodarse en un cristianismo fácil; pero el Cristianismo y el egoísmo son incompatibles. El autor de *Hebreos* pasa a trazar nuestro deber para con los demás de una manera de lo más práctica, en tres direcciones.

(i) *Debemos animarnos mutuamente a vivir con nobleza.* La mejor manera de hacerlo es con el ejemplo. Podemos hacerlo recordándoles a los otros sus tradiciones, sus privilegios y sus responsabilidades cuando estén en peligro de olvidarlos. Se ha dicho que un santo es alguien en quien Cristo vive otra vez; y debemos tratar siempre de animar a otros a la bondad mostrándoles a Cristo. Acordémonos del soldado moribundo que fijaba la mirada en la enfermera cristiana Florence Nightingale y murmuraba: « Tú eres Cristo para mí.»

(ii) *No descuidemos el reunirnos con los hermanos en el culto.* Había algunos entre los destinatarios de la *Carta a los Hebreos* que habían abandonado el hábito de reunirse con los hermanos. Es posible que alguien se considere cristiano y, sin embargo, deje de reunirse con el pueblo de Dios para dar culto a Dios en la casa de Dios en el día de Dios. Puede que trate de ser lo que llamaba Moffatt «una partícula piadosa», un cristiano en solitario. Moffatt especifica tres razones que hacen que una persona deje de reunirse con sus hermanos en el culto.

(a) Puede que no vaya a la iglesia por *miedo*. Puede que le dé vergüenza que le vean ir a la iglesia. Puede que viva o trabaje con gente que se ríe de los que van. Puede que tenga amigos que no tienen tiempo para esas cosas, y tema sus críticas o

burlas. Así es que puede que trate de ser un discípulo secreto; pero se ha dicho con mucha razón que eso es imposible, porque, o «el discípulo» acaba con < el secreto», o < el secreto» acaba con « el discípulo». Debemos tener presente que, aparte de otras cosas, el ir a la iglesia es dar muestras de fidelidad. Aunque los sermones nos parezcan aburridos y los cultos sosos, el asistir nos da ocasión de dar testimonio de nuestra fe.

(b) Puede que no vaya, o que deje de ir, por *tiquismiquis*. Puede que le fastidie relacionarse con gente que « no es como uno.» Hay iglesias que son más clubes que congregaciones. Puede que estén en barrios que han venido a menos, y a los que siguen siendo miembros no les hace ilusión que vaya todo el mundo; o viceversa, es decir, que los que van a la iglesia son gente vulgar. No debemos olvidar que no hay *vulgo* para Dios. Fue por *todos* por los que Cristo murió, y no sólo por la gente respetable.

(c) Puede que no vaya por *engreimiento*. Puede que se crea que no necesita de la iglesia, o que está por encima de lo que se hace y dice allí. El esnobismo social ya es malo; pero el intelectual, y no se diga el espiritual, son mucho peor. El más sabio sabe que es un ignorante para Dios; y el más fuerte, que es débil ante la tentación. Nadie puede vivir la vida cristiana si descuida la comunión de la iglesia. El que crea que puede, debe recordar que no se va a la iglesia sólo *para recibir*, sino también para dar. Si cree que la iglesia tiene faltas, su deber sería ir a ayudar a superarlas.

(iii) *Debemos animarnos mutuamente.* Uno de los deberes humanos más elevados es el del estímulo. Hay una regla en la marina británica que dice: «Ningún oficial dirá nada que infunda desánimo a otro oficial en el cumplimiento de su deber.» Elifaz le reconoció a regañadientes a Job una buena cualidad, que Moffatt tradujo: «Tus palabras han mantenido en pie a otros» (*Job* 4:4). Barrie le escribió una vez a Cynthia Asquith: «Tu primer impulso siempre es telegrafiar a Jones para decirle aquello tan bueno que Brown le dijo de él a Robinson. Con eso has sembrado mucha felicidad.» Es fácil

reírse de los ideales de otros, o darle un baño de agua fría a su entusiasmo para desanimarlos; pero nosotros tenemos el deber cristiano de animar a los hermanos. Muchas veces una palabra de aprecio o de gracias o de alabanza le ha mantenido a uno en pie. Bienaventurados los que saben decirla.

Por último, el autor de *Hebreos* dice que el deber que tenemos los unos para con los otros es más urgente porque el tiempo es corto. «Mucho más cuando vemos que se acerca el Día.» Está pensando en la Segunda Venida de Cristo, cuando llegará el fin de las cosas tal como las conocemos ahora. La Iglesia Primitiva vivía con esa expectación. ¿Vivimos nosotros igual? En cualquier caso, debemos darnos cuenta de que ninguno sabemos « el día ni la hora» en que se nos llamará a dar cuenta. Mientras tengamos tiempo tenemos la obligación de hacerles todo el bien que podamos a todas las personas que podamos de todas las maneras que podamos.

EL PELIGRO QUE ENCIERRAN TODAS LAS COSAS

Hebreos 10:26-31

Porque, si pecamos a sabiendas después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, ya no hay más sacrificio por el pecado. Lo único que nos queda es esperar aterrados el juicio y la ira ardiente que consumirá a los adversarios de Dios. Cualquiera que toma la Ley de Moisés como letra muerta muere sin piedad con que dos o tres testigos den evidencia. ¡Cuánto peor castigo -¿no creéis?- merecerá el que haya pisoteado al Hijo de Dios, o haya tomado como algo sin importancia la Sangre del Nuevo Pacto que le hizo apto para estar en la presencia de Dios, y se haya burlado del Espíritu Santo por medio de Quien viene a nosotros la Gracia! Porque nosotros sabemos Quién es el Que dijo: «A Mí corresponde hacer venganza; soy Yo Quien ha

de dar el merecido»; y otra vez: «El Señor juzgará a Su ' pueblo.» ¡Es aterrador el caer en las manos del Dios vivo!

De cuando en cuando, el autor de *Hebreos* habla con una dureza que casi no tiene paralelo en el *Nuevo Testamento*. Pocos escritores tienen un sentimiento comparable del absoluto horror del pecado. En este pasaje, sus pensamientos vuelven a las instrucciones inexorables de *Deuteronomio* 17:2-7. Allí se establece que, si se demuestra que una persona ha ido tras dioses extraños y les ha dado culto, «sacarás a tus puertas al hombre o a la mujer que hubiere hecho esta mala cosa, sea hombre o mujer, y los apedrearás, y así morirán. Por dicho de dos o tres testigos morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo. La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo; así quitarás el mal de en medio de ti.»

El autor de *Hebreos* tiene tal horror al pecado por dos razones.

(a) La primera es porque vivía en un tiempo cuando la Iglesia había sufrido persecución y pronto volvería a sufrirla otra vez. Su mayor peligro era el mal vivir y la apostasía de sus miembros. Una iglesia en tales circunstancias no se podía permitir tener miembros que no dejaran en buen lugar la fe cristiana. Sus miembros tenían que ser fieles. Eso sigue siendo verdad. Dick Shepperd pasó la mayor parte de la vida predicando al aire libre a gente hostil o indiferente a la iglesia. De sus preguntas, discusiones y críticas, dijo que había aprendido que «la mayor pega que le encuentran a la iglesia son las vidas insatisfactorias de los que se confiesan cristianos.» Eso es lo que mina los mismos cimientos de la iglesia.

(b) La segunda razón es que estaba seguro de que el pecado se había vuelto doblemente peligroso por el nuevo conocimiento de Dios y de Su voluntad que nos ha traído Jesús. Uno de los antiguos maestros de la Iglesia escribió una especie de catecismo, que termina preguntando qué pasará si la humanidad no presta atención al ofrecimiento de Jesucristo; y contesta que se atraerá la condenación, < y mucho más *por haber leído tú este libro.*» Cuanto mayor es el conocimiento, mayor es el pecado. El autor de *Hebreos* estaba convencido de que, si bajo la vieja Ley la apostasía era tan terrible, se había vuelto doblemente terrible ahora que Cristo había venido.

Nos da tres definiciones del pecado.

(i) *El pecado es pisotear a Cristo.* No es meramente cometer un acto de rebeldía contra la Ley, sino herir al amor. Una persona puede soportar casi cualquier ataque a su cuerpo; lo que le puede es que le hieran el corazón. Se dice que en los días del terror de Hitler había un hombre en Alemania al que arrestaron, juzgaron, torturaron y metieron en un campo de concentración. Todo lo arrostró valerosamente, y salió erguido y entero. Pero entonces descubrió por accidente quién le había delatado, que había sido su propio hijo. Aquello le deshizo, y acabó con su vida. Pudo soportar el ataque de sus enemigos; pero la traición de un ser amado le mató. Cuando asesinaron a César, dio la cara a sus asesinos con un valor despectivo; pero cuando vio entre ellos a su amigo Bruto listo para herirle, dijo: «¿Tú también, hijo mío?»; se cubrió el rostro con la túnica y murió. Una vez que ha venido Cristo, el horror del pecado no está en quebrantar la Ley, sino en pisotear el amor de Cristo.

(ii) *El pecado es negarse a ver lo sagrado de las cosas sagradas.* El sacrilegio es la cosa más horrible. Lo que dice realmente el autor de *Hebreos* es: «Mirad lo que habéis hecho; mirad la Sangre derramada y el Cuerpo destrozado de Cristo; mirad lo que costó restaurar vuestra relación con Dios... ¿Podéis tratarlo como algo que no tiene importancia? ¿No veis lo sagrado que es todo esto?» El pecado es negarse a ver lo sagrado de aquel Sacrificio en la Cruz.

(ji) *El pecado es un insulto al Espíritu Santo,* Que nos habla desde dentro de nosotros mismos para decirnos lo que está bien y lo que está mal, tratando de hacernos parar cuando estamos en el camino del pecado, y de animarnos a proseguir cuando corremos peligro de pararnos o despistarnos o dejarnos llevar

a la deriva. No prestar atención a esas voces es insultar al Espíritu Santo y entristecer el corazón de Dios.

En todo este pasaje hay algo que resalta. El pecado no es desobediencia a una ley impersonal; es echar a perder una relación personal y herir el corazón del Dios que es un Padre.

El autor de *Hebreos* termina su exhortación con una cita de *Deuteronomio* 32:35, 36 donde se ve claramente la seriedad de Dios. En el corazón del Evangelio siempre habrá una advertencia. Pretender ignorarla es despojar a la fe de su importancia. No se nos dice que a fin de cuentas todo da lo mismo. No se puede evadir el hecho de que al final habrá un juicio.

EL PELIGRO DE RESBALAR

Hebreos 10:32-39

Recordad los días pasados. Acordaos de cómo, después de conocer la luz, tuvisteis que pasar dura lucha y sufrimiento; en parte, porque estuvisteis expuestos a insultos e involucrados en aflicción, y en parte porque os identificasteis con los que lo estaban pasando mal; porque os compadecisteis de los que estaban en la cárcel, y soportasteis con gozo el que se os despojara de lo vuestro, porque sabíais que teníais en posesión algo mucho mejor y más duradero. No tiréis por la borda vuestra confianza, porque es una confianza que acarrea una gran recompensa. Necesitáis entereza para, después de hacer la voluntad de Dios, recibir lo que se os ha prometido. Porque dentro de poco, de muy poco, < El Que ha de venir vendrá sin dilación. Y Mi justo vivirá por la fe; pero si resbala hacia atrás no me hará ninguna gracia. » No seamos de los que se dejan llevar a la deriva hacia atrás y naufragan, sino de los que tienen una fe que los capacita para mantenerse en control de sí mismos.

Había habido un tiempo en el que los destinatarios de esta carta lo habían tenido muy difícil. Cuando se convirtieron, experimentaron persecución y expolio; aprendieron lo que suponía identificarse con los que eran sospechosos e impopulares. Se habían enfrentado con esa situación con nobleza y honor; y ahora, cuando se encontraban en peligro de desviarse, el autor de *Hebreos* les recuerda su fidelidad anterior.

Es un hecho innegable que, en muchos casos, es más fácil arrostrar la adversidad que la prosperidad. Las facilidades han arruinado muchas más vidas que las dificultades. El ejemplo clásico es lo que sucedió con el ejército de Aníbal.

El cartaginés Aníbal era el único general que había derrotado a las legiones romanas. Pero llegó el invierno, y la campaña tuvo que interrumpirse. Aníbal y sus tropas invernaron en la lujosa ciudad de Capua, que habían capturado. Y un invierno en Capua hizo lo que no habían podido hacer las legiones romanas: el lujo drenó de tal manera la moral de las tropas cartaginesas que, cuando llegó la primavera y se reanudó la campaña, no pudieron resistir al ejército romano.

La vida fácil debilitó a los que la lucha había endurecido. Eso pasa a menudo en la vida cristiana. Muchas veces una persona puede arrostrar con honor la gran hora de la prueba y de la lucha; y, sin embargo, deja que el tiempo de los vientos favorables debilite sus fuerzas y reduzca su fe.

La llamada del autor de *Hebreos* va dirigida a todos. En efecto, dice: «Sé como fuiste en tus mejores momentos.» Si fuéramos siempre como somos en nuestros mejores momentos, la vida sería muy diferente. El Evangelio no nos exige lo imposible; pero, si fuéramos siempre tan honrados, amables, valientes y corteses como podemos ser, la vida se transformaría.

Para eso necesitamos algunas cosas.

(i) *Necesitamos mantener nuestra esperanza siempre delante de nosotros.* El atleta puede hacer el gran esfuerzo porque la meta le espera y le inspira. Se someterá a la disciplina del entrenamiento porque tiene el fin a la vista. Si la vida no consiste nada más que en hacer día tras días las cosas rutinarias,

podemos dejarnos llevar por la corriente; pero si vamos a recibir la corona del Cielo, siempre hemos de dar el máximo.

(ii) *Necesitamos entereza.* La constancia es una de las virtudes menos románticas. La mayor parte de la gente sabe empezar bien, y casi todos podemos tener buenas rachas. A todos se nos concede a veces remontarnos como las águilas; en nuestros mejores momentos todos podemos correr sin agotarnos; pero la mejor cualidad es saber mantener la marcha sin desmayar.

(iii) *Necesitamos tener presente el final.* El autor de *Hebreos* hace una cita de *Habacuc 2:3*. El profeta le dice a su pueblo que, si se mantienen firmes en su lealtad, Dios los sacará de la situación angustiada del presente. La victoria sólo llega a la persona que se mantiene fiel.

Para el autor de *Hebreos* la vida consistía en estar en camino a la presencia de Cristo. Por tanto, no era nunca algo que se podía dejar que fuera a la deriva; lo que hacía tan importante el proceso de la vida era su objetivo, y sólo el que perseverara hasta el fin sería salvo (*Marcos 13:13*).

Aquí tenemos el reto a no ser nunca menos de lo mejor que podemos ser; y a recordar siempre que ha de llegar el fin. Si la vida es el camino a Cristo, nadie puede permitirse perderlo ni detenerse a mitad de camino.

LA ESPERANZA CRISTIANA

Hebreos 11:1-3

La fe es lo que nos hace estar seguros de lo que esperamos, y convencidos de lo que no vemos. Fue por su fe por lo que los de tiempo antiguo recibieron la aprobación de Dios. Es por la fe por lo que entendemos que el universo fue formado por la Palabra de Dios, de manera que las cosas visibles procedieron de lo que no se veía.

Para el autor de *Hebreos* la fe está absolutamente segura de que lo que cree es verdad, y lo que espera sucederá. No es una esperanza que se hace ilusiones en cuanto al porvenir, sino que mira al porvenir con absoluta convicción. En los primeros días de la persecución trajeron a un humilde cristiano a los jueces, y él les dijo que no podían hacer nada para hacerle vacilar, porque él creía que, si era fiel a Dios, Dios lo sería con él. <¿Te crees de verdad -le preguntó el juez- que los que son como tú van a ir a Dios y a Su gloria?> «No es que me lo creo -respondió el hombre-, sino que lo sé.» Hubo un tiempo cuando Juan Bunyan, el autor de *El Peregrino*, estaba angustiado por la inseguridad. «Todos piensan que su religión es la verdadera -se dijo-; los judíos, los moros y los paganos... y, ¿qué si a fin de cuentas la fe, y Cristo, y las Escrituras no son más que una de esas cosas de «creo que sí?»» Pero cuando recibió la luz, salió gritando: «¡Ahora estoy seguro, lo sé!» La fe cristiana es una esperanza que se ha vuelto certeza.

Esta esperanza cristiana es tal que inspira toda la conducta de una persona. Se vive con ella y se muere con ella; su posesión es algo que hace actuar.

Moffatt distingue tres direcciones en las que actúa la esperanza cristiana.

(i) *Es creer en Dios frente al mundo.* Si seguimos los parámetros del mundo puede que tengamos facilidades y comodidades y prosperidad; si seguimos los parámetros de Dios, lo más probable es que experimentemos dolores, pérdidas y marginación. El cristiano está convencido de que es mejor sufrir con Dios que prosperar con el mundo. En el libro de *Daniel*, Sadrac, Mesac y Abed-nego tienen que escoger entre obedecer a Nabucodonosor y dar culto a la imagen del rey, u obedecer a Dios y que los echen al horno. Y no dudaron en escoger a Dios (*Daniel* 3). Cuando iban a juzgar a Bunyan, dijo: «Con el consuelo de Dios en mi pobre alma, antes de descender a los jueces Le pedí a Dios que, si podía hacer más bien en libertad que en la cárcel, que me pusieran en libertad; y si no, que se hiciera Su voluntad.» La actitud cristiana es

que, en términos de la eternidad, es mejor jugarnos el todo por él todo con Dios que confiar en las recompensas del mundo.

(ii) La esperanza cristiana es *creer en el Espíritu frente a los sentidos.* Los sentidos dicen que escojamos el placer del momento, pero el Espíritu nos dice que hay algo que vale mucho más. El cristiano cree al Espíritu más que a los sentidos.

(iii) La esperanza cristiana es *creer en el futuro frente al presente.* Hace mucho, Epicuro decía que el fin principal de la vida era el placer. Pero no quería decir lo que muchos piensan; insistía en que debemos tener una visión dilatada. Lo que parece atractivo al momento puede traernos dolor en el futuro; lo que nos hace un daño terrible en el momento puede que nos traiga la felicidad a la larga. El cristiano está seguro de que, a la larga, nadie puede desterrar la verdad, porque «grande es la verdad, y al final prevalecerá.»

Parecía que los jueces habían eliminado a Sócrates, y que Pilato había acabado con Cristo; pero el veredicto del futuro le dio la vuelta al del momento. Fosdick dice en alguna parte que Nerón condenó a muerte a Pablo; pero, pasados los años, llamamos Pablo a nuestros hijos y Nerón a nuestros perros.

Es fácil discutir: «¿Por qué he de renunciar al seguro placer del momento por un futuro incierto?» La respuesta cristiana es que el futuro *no* es incierto, porque está en las manos de Dios; y basta con que Dios lo haya mandado y prometido.

El autor de *Hebreos* sigue diciendo que fue precisamente porque los grandes héroes de la fe procedieron conforme a ese principio por lo que Dios aprobó su manera de vivir. Todos y cada uno de ellos rehusaron lo que el mundo llama grandeza y se lo jugaron todo con Dios -y la Historia les da la razón.

El autor de *Hebreos* llega más lejos. Dice que es un acto de fe el creer que Dios creó el universo, y añade que las cosas visibles procedieron de cosas que no se ven. Esto era dar un golpe definitivo a la creencia entonces corriente de que Dios hizo las cosas de una materia ya existente que, siendo imperfecta por necesidad, imponía el que el mundo fuera imperfecto desde su principio. El autor de *Hebreos* insiste en que Dios no trabajó con una materia ya existente, sino que creó el mundo de la nada. Al afirmar esto no estaba interesado en el lado científico de la cuestión; lo que quería subrayar era que *éste mundo pertenece a Dios.*

Si podemos captar ese hecho, le siguen dos consecuencias. La primera es que lo usaremos como tal. Recordaremos que todo lo que hay en él es de Dios, y trataremos de usarlo como Dios quiere que lo usemos. La segunda es que recordemos que Dios sigue en control. Si creemos que este mundo pertenece a Dios, habrá en nuestras vidas un nuevo sentido de responsabilidad y una nueva capacidad de aceptación; porque todo es de Dios y está en Sus manos.

LA FE DE LA OFRENDA ACEPTABLE

Hebreos 11:4

Fue por la fe por lo que Abel Le ofreció a Dios un sacrificio más completo que Caín, y por ello obtuvo el veredicto de ser un hombre justo; porque Dios mismo dio testimonio de ese hecho sobre la base de los dones que presentó: y aunque murió a causa de su fe, todavía nos habla.

El autor de *Hebreos* empieza la lista de honor de la fe con el nombre de Abel, cuya historia se encuentra en *Génesis 4:1-15*. Caín era labrador, y Le trajo a Dios una ofrenda de los productos de la tierra; Abel era pastor, y Le trajo a Dios una ofrenda de sus ganados. Dios prefirió la de Abel a la de Caín y éste, amargado por la envidia, mató a su hermano y se convirtió en un paria. En el original, el sentido de la historia es difícil. Nada indica por qué Dios prefirió la ofrenda de Abel a la de Caín. Puede muy bien ser porque lo único que una persona puede ofrecer a Dios es su más preciada posesión, y ésta es *la vida misma*; para los hebreos la vida estaba en la

sangre. Podemos entenderlo; porque, cuando la sangre se derrama, la vida se apaga. Según ese principio, el único verdadero sacrificio a Dios era un sacrificio cruento, es decir, de sangre: Abel ofreció el sacrificio de una criatura viviente, y Caín no; por tanto, el sacrificio de Abel era más aceptable.

Tal vez el autor de *Hebreos* esté pensando en las leyendas de la tradición judía. Los judíos encontraron sorprendente esta historia, y la elaboraron para encontrar la razón por la que Dios rechazó el sacrificio de Caín y éste mató a su hermano Abel. La leyenda más antigua nos cuenta que siempre que Eva daba a luz tenía mellizos, un niño y una niña, que a su tiempo formaban pareja como marido y mujer. En el caso de Abel y Caín, Adán intentó hacer un cambio y decidió darle a Abel como esposa a la hermana melliza de Caín. Caín se mostró sumamente disgustado con la decisión. Para zanjar la cuestión les dijo Adán: «Id, hijos míos, a hacerle un sacrificio al Señor; y el que ofrezca el sacrificio que sea agradable a Dios, se quedará con la chica. Llevad cada uno vuestras ofrendas e id, sacrificad al Señor, y Él decidirá.» Así que Abel, que era pastor, llevó su mejor cordero al lugar del sacrificio; pero Caín, que era agricultor, llevó la peor gavilla de trigo que pudo encontrar y la puso encima del altar. Entonces descendió fuego del cielo que consumió la ofrenda de Abel sin dejar ni las cenizas, y ni tocó la ofrenda de Caín. Entonces Adán dio la muchacha como esposa a Abel, y Caín se quedó totalmente frustrado. Un día estaba Abel dormido en una montaña, y Caín le aplastó la cabeza con un pedrusco. Luego se echó el cadáver a los hombros y se puso a llevarlo, porque no sabía qué hacer con él. Vio dos cuervos que estaban peleándose, y que uno mató al otro; luego hizo un hoyo con el pico y lo enterró. Caín se dijo: «No tengo ni el sentido de este pájaro. Yo también enterraré a mi hermano en la tierra.» Y así lo hizo.

Los judíos tenían otra historia para explicar el primer asesinato. Caín y Abel no se podían poner de acuerdo sobre lo que había de poseer cada uno. Abel tuvo una idea para poner fin al desacuerdo. Caín se quedó con la tierra y todos los bienes inmuebles, y Abel tomó para sí todo lo que se movía. Pero la envidia seguía amargando el corazón de Caín. Un día le dijo a su hermano: «Quita el pie de ahí. Estás pisando mi propiedad, el llano es mío.» Abel huyó a las colinas; pero Caín le persiguió gritando: «¡Las colinas son mías!» Abel se refugió en las montañas; pero Caín seguía persiguiéndole y gritando: «¡Las montañas también son mías!» Y así, por envidia, Caín fue persiguiendo a su hermano hasta que le mató.

Esta historia encierra dos grandes verdades.

(a) La primera, *la envidia*. Los griegos también reconocían su horror. Demóstenes decía: «La envidia es la señal de una naturaleza que es totalmente mala.» Eurípides dijo: «La envidia es la peor de todas las enfermedades humanas.» Había un proverbio griego que decía: «La envidia no cabe en el coro de Dios.» La envidia conduce a la amargura; la amargura, al odio; el odio, al asesinato. La envidia es una cosa que puede envenenar toda la vida y matar todo lo bueno.

(b) La segunda verdad es que se tiene la impresión horripilante de que Caín descubrió un nuevo pecado. Uno de los antiguos padres griegos dijo: «Hasta ese momento no había muerto ningún ser humano para que Caín supiera matar. El diablo se lo enseñó en un sueño.» Fue Caín el que introdujo en el mundo el asesinato. Hay condenación para el pecador; pero hay una condenación aún mayor para el que enseña a otros a pecar. El tal, como le sucedió a Caín, es desterrado de la presencia de Dios.

El autor de *Hebreos* dice: «Aunque murió Abel a causa de su fe, todavía nos habla.» Moffatt comenta bellamente: «La muerte no es nunca la última palabra de la vida del justo.» Cuando una persona sale de este mundo, deja algo en él. Puede que sea algo malo que crezca y se extienda como un cáncer; o algo hermoso que brota y florece sin fin. Deja una influencia para bien o para mal; todos, cuando morimos, seguimos hablando. Que Dios nos conceda dejar, no un germen de maldad, sino algo precioso que produzca bendición en las vidas de los que vengan detrás.

CAMINANDO CON DIOS

Hebreos 11:5, 6

Fue por su fe por lo que Enoc fue trasladado de este mundo al otro sin pasar por la muerte, sino simplemente desapareciendo de la vista de las demás personas; y esto porque fue Dios Quien le llevó de esta vida a la otra. Porque, antes de experimentar ese cambio, se dio testimonio de que había agradado a Dios. De otra manera que no sea mediante la fe es imposible agradar a Dios; porque, el que busca a Dios tiene que empezar por creer que Dios existe, y que recompensa a los que Le buscan en su vida.

En el *Antiguo Testamento* se nos resume la vida de Enoc en una frase: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (*Génesis 5:24*). Muchas leyendas se han reunido en torno a su nombre. Se decía que había sido el primer hombre

experto en costura y sastrería, y que enseñó a la humanidad a cortar las pieles debidamente para hacer ropa. También se decía que había sido el primero que había enseñado a hacer calzado para proteger los pies. Y también que había sido el inventor de la escritura, y de los libros que sirven para instruir a los demás.

Una leyenda nos dice que el ángel de la muerte hizo un trato de amistad con Enoc. Enoc le hizo tres peticiones: la primera, morir y volver otra vez a la vida, para saber cómo era la muerte; la segunda, ver la morada de los malvados, para saber cuál era el castigo del mal. Ambas se le concedieron. La tercera era que se le dejara ver el Paraíso para saber lo que disfrutaban los bienaventurados. También esto se le concedió; y, una vez que se encontró en el Paraíso, se quedó allí y ya no volvió.

La sencilla afirmación de *Génesis* tiene una cierta calidad mística. En sí no nos dice que Enoc no murió, sino simplemente que, cuando a Dios le pareció, Enoc desapareció de la Tierra.

De esto hay dos interpretaciones especialmente famosas. (i) En el libro de la *Sabiduría* 4:10ss se expone la idea de que Dios se llevó a Enoc consigo cuando todavía era joven, para librarle de las contaminaciones de este mundo. «Fue llevado mientras vivía entre pecadores... Fue arrebatado para que el mal no cambiara su entendimiento, o la astucia engañara su alma.» Es una manera de expresar lo del antiguo dicho clásico: «Los amados de los dioses mueren jóvenes.» Considera la muerte como una recompensa. Quiere decir que Dios amó tanto a Enoc que se le llevó antes de que la edad y la degeneración se le echaran encima.

(ii) Filón de Alejandría, vio en Enoc el gran ejemplo del *arrepentimiento*. El arrepentimiento le cambió de una vida separada de Dios a una vida de caminar con Dios.

De la sencilla afirmación del pasaje del *Antiguo Testamento* el autor de *Hebreos* deduce la idea de que Enoc no murió, sino que Dios le llevó consigo sin que pasara por la muerte. Es posible que el significado sea aún más sencillo, y encierre una lección para todos nosotros: En una generación corrompida y malvada, Enoc caminó con Dios de tal manera que, cuando llegó al final de su vida en este mundo, no hubo para él una interrupción ni un cambio radical; la muerte simplemente le trasladó a una presencia más íntima con Dios. Como Enoc caminaba con Dios cuando la otra gente se alejaba de Él, diariamente se encontraba más cerca de Dios, y la muerte no fue más que el último paso que le introdujo a la presencia del Dios con el Que siempre había caminado.

No podemos pensar en Enoc sin considerar las diferentes actitudes que hay sobre la muerte. La tersa serenidad del pasaje del *Antiguo Testamento*, tan sencillo y conmovedor, señala hacia la actitud cristiana.

(i) Hay algunos que piensan en la muerte como algo *misterioso e inexplicable*. Bacon decía: «A muchos les da miedo la muerte, como a los niños la oscuridad.» Para algunos es algo terrible y desconocido que inspira lo que llamaba Hamlet «el temor de lo que pueda haber después de la muerte.»

(ii) Hay quienes ven la muerte sólo como *lo más inevitable de la vida*. Como dice Quevedo en la segunda parte de un famoso soneto:

Todo corto momento es paso largo que doy a mi pesar en tal jornada, pues parado y durmiendo siempre aguijo.
Breve suspiro, y último, y amargo, es la muerte forzada y heredada; mas, si es ley y no pena, ¿qué me aflijo?

La muerte es inevitable, y no se gana nada luchando contra ella. Lo mejor que uno puede hacer es aceptarla y rendirse.

(iii) Muchos han visto la muerte como *la liberación*. Keats dijo que había estado «medio enamorado de la liberadora muerte.» Shakespeare dice en uno de sus sonetos: «Cansado de todo esto clamo por el reposo de la muerte.» Y Nicholas Rowe: «La muerte es el privilegio de la naturaleza humana.» Los estoicos mantenían que los dioses habían dado a los humanos el don de la vida, y el derecho aún más grande de quitársela cuando se convertía en una carga insostenible. Hay algunos para los que la muerte es un bien, porque es el final de una vida que les resulta insostenible.

(iv) Algunos ven en la muerte *una transición* -no un final, sino una etapa del camino; no una puerta que se cierra, sino una que se abre. Longfellow dijo poéticamente: «Esta vida de aliento mortal es sólo un suburbio del Cielo, cuyo portal llamamos muerte.» Y George Meredith escribió que, cuando le salió al paso la muerte, vio al otro lado el amanecer.

Para éstos la muerte ha sido siempre una invitación a subir más arriba, a cruzar de las tinieblas al amanecer.

(v) Algunos han visto la muerte como *una aventura*. Como Barrie, el creador de Peter Pan, le hizo decir a su personaje: «Morir será una aventura estupenda.» Charles Frohman, que tan bien conociera a Barrie, se hundió con el *Lusitania* en el desastre del 7 de mayo de 1915. Sus últimas palabras fueron:

< ¿Por qué temer la muerte? Es la mejor aventura de la vida. > Un antiguo pensador, cuando estaba muriendo, se volvió hacia sus amigos y les dijo: «¿Os dais cuenta de que dentro de una o dos horas voy a saber todas las respuestas que hemos estado buscando toda la vida?» Para los tales la muerte es la aventura del descubrimiento supremo.

(vi) Por encima de todo, hay algunos que, como Enoc, han visto la muerte como la *entrada en la más íntima presencia* con Aquel con Quien han vivido siempre. Si hemos vivido con Cristo, moriremos con la seguridad de que vamos a estar para siempre con nuestro Señor.

En este pasaje, el autor de *Hebreos* establece además los dos hechos fundamentales de la fe cristiana.

(i) *Tenemos que creer en Dios.* No puede haber tal cosa como una religión sin esa fe. La religión empezó cuando los seres humanos se dieron cuenta de que existe Dios, y cesa cuando viven una vida en la que no se Le tiene en cuenta.

(ii) *Tenemos que creer que Dios tiene interés en nosotros.* El autor de *Hebreos* lo expresa diciendo que Dios recompensa a los que Le buscan insistentemente.

En el mundo antiguo había quienes creían en los dioses, pero creían que vivían allá lejos, en el espacio entre los mundos, totalmente desapercibidos de estos extraños animales llamados humanos. «Dios -dijo Epicuro como uno de sus principios- no hace nada.» Hay muchos que creen que hay Dios, pero que no creen que Le importamos. Se ha dicho que ningún astrónomo puede ser ateo; pero también se ha dicho que el Dios en el que creen los astrónomos es un Matemático. O, como dicen los masones, es «el Arquitecto del Universo». Un Dios así no tiene por qué preocuparse. Se ha llamado a Dios «El Primer Principio», «La Primera Causa», «La Energía Creadora», «La Fuerza Vital». Todos estos nombres y muchos más Le dan las personas que creen en Él, pero no necesariamente como el Dios que se preocupa de nosotros.

Cuando le preguntaron a Marco Aurelio por qué creía en los 'dioses, dijo: «Es verdad: los dioses no se pueden discernir con la vista humana, pero tampoco he visto yo mi propia alma, y sin embargo la respeto. Así es que creo en los dioses y los honro, porque he experimentado su poder una y otra vez.» No

había sido la lógica, sino la vida lo que le había convencido. Séneca decía: «La primera condición para dar culto a los dioses es creer que existen... y conocer a esos dioses que presiden el mundo, porque controlan el universo con su poder al mismo tiempo que conocen a cada persona individual.» Y Epicteto

decía: «Debéis saber que lo más importante de la reverencia a los dioses es tener una creencia correcta acerca de su existencia y de que ellos son los que ordenan todo bien y justamente.»

Si aquellos que no conocían al único Dios tenían ese certero instinto religioso, mucho más debemos nosotros creer, no solamente que Dios existe, sino también que está implicado en la situación humana. Para nosotros es fácil, porque Dios ha venido al mundo en Jesucristo para decirnos lo mucho que Le importamos y nos ama.

UNO QUE CREYÓ LO QUE DIOS LE DIJO

Hebreos 11:7

Fue por la fe por lo que Noé, una vez que Dios le

informó de cosas que todavía no se veían, aceptó con reverencia el mensaje y construyó el arca para que se pudiera salvar su familia. Por la fe se dio cuenta de que

el mundo estaba sentenciado, y llegó a recibir la herencia de la justicia que es el resultado de la fe.

La historia de Noé se encuentra en el libro del *Génesis*, capítulos 6 a 8. La humanidad estaba tan corrompida que Dios decidió que había que destruirla. Le comunicó a Noé Su propósito de juicio y le dio instrucciones para que construyera un arca en la que se pudieran salvar su familia y representantes de toda la creación animal. Con respeto y obediencia Noé le tomó la palabra a Dios, y así se salvó y salvó a su familia.

Como en otros casos, la leyenda añade muchos detalles a esta historia. El autor de *Hebreos* debe de haber conocido estas leyendas, que completarían su cuadro mental. Una de esas nos cuenta que Noé estaba en duda acerca de la forma que debía darle al arca, y Dios le reveló que tenía que modelarla como el cuerpo de un ave y hacerla de madera de teca. Noé plantó una teca que creció lo suficiente en veinte años para construir de ella toda el arca. Otra historia nos cuenta que, después que Dios le advirtió, Noé se construyó una campana de madera de metro y medio de altura, y la tocaba todos los días por la mañana, al mediodía y por la tarde. Cuando le preguntaron por qué lo hacía respondió: «Para advertiros de que Dios va a mandar un diluvio para destruirnos a todos.» Otra historia nos cuenta que, cuando Noé estaba construyendo el arca, la gente se reía de él y le tenía por loco; pero él les decía: «Aunque os riáis de mí ahora, llegará el día en que sea yo el que me ría de vosotros; porque os daréis cuenta a vuestra costa de Quién es el que castiga a los malvados en este mundo y les reserva más castigo en el mundo venidero.» Tal vez por esto se llama a Noé «pregonero de justicia» en *2 Pedro 2:5*.

Aún más que Abel y Enoc, Noé es hombre de fe.

(i) *Noé Le tomó la palabra a Dios.* Creyó el mensaje que Dios le comunicó. De momento podía parecer una tontería; pero Noé lo creyó y se jugó el todo por el todo. Está claro que para tomar en serio la palabra de Dios tenía que dejar de lado sus

actividades normales para concentrarse en lo que Dios le había dicho que hiciera. La vida de Noé se convirtió en una continua y concentrada preparación para lo que Dios le había dicho que sucedería.

A todos nos llega la ocasión de prestar o no prestar atención al Mensaje de Dios. Podemos vivir como si ese Mensaje no tuviera la menor importancia, o como si fuera la cosa más importante del mundo para nosotros. O, para decirlo de otra

manera: Noé fue el hombre que prestó atención a la advertencia de Dios, y gracias a ello se salvó del desastre. Nos puede venir la advertencia de Dios de muchas maneras: de nuestra propia conciencia; de alguna palabra de Dios que nos llega derecha al alma; del consejo o la reprensión de alguna persona buena y piadosa, o saltándonos del Libro de Dios o desafiándonos en algún sermón. Si la desoímos será a nuestro riesgo.

(ii) *A Noé no le desanimaron las burlas de la gente.* Cuando brillaba el Sol, su conducta tiene que haber parecido una locura. ¿Quién sino un loco de remate acometería la construcción de tal carcamán en tiempo seco y lejos de la mar? El que Le toma la palabra a Dios puede que emprenda a veces una actividad que parezca una locura.

No tenemos más que pensar en los primeros días de la Iglesia. Uno se encuentra con un amigo, y le dice: < He decidido hacerme cristiano. » El otro le contesta: « ¿Pero es que no sabes lo que les pasa a los cristianos? ¡Están fuera de la ley! Los meten en la cárcel, se los echan a los leones, los crucifican, los queman vivos... » El primero dice: « Sí, ya lo sé. » Y el otro: « ¡Estás loco de remate! »

Tenemos que estar preparados a que nos tomen por locos por causa de Jesús. No debemos olvidar que hubo un tiempo en que Sus amigos vinieron a buscarle para llevarsele a casa, porque pensaban que estaba mal de la cabeza. La sabiduría de Dios muchas veces le parece locura a la gente.

(iii) *La fe de Noé fue el juicio de los otros.* Por eso es por lo que, por lo menos en un sentido, es peligroso ser cristiano. No es que los cristianos se crean más justos que nadie, o que sean criticones; ni que vayan por ahí fijándose en lo que los demás hacen mal; ni que digan: « Yate lo decía yo. » A menudo lo que sucede es que, sencillamente por ser cristianos, traemos juicio sobre los que no lo son. Alcibiades, aquel joven brillante pero salvaje de Atenas, le decía a Sócrates: « Sócrates, te odio, porque siempre que me encuentro contigo me haces verme tal como soy. » Uno de los atenienses más simpáticos y ejemplares fue Aristides, al que llamaban « el Justo »; pero le condenaron al ostracismo. Cuando le preguntaron a uno por qué lo había votado, contestó: < Porque estoy harto de que le llamen « el Justo. » > Ante la bondad, el mal queda condenado.

(iv) *Noé fue justo por la fe.* Sucede que es el primero al que se llama *dikaios, justo*, en la Biblia (*Génesis 6:9*). Su bondad consistió en que Le tomó la palabra a Dios. Cuando otros quebrantaban los mandamientos de Dios, Noé los cumplía; cuando otros se hacían los sordos a las advertencias de Dios, Noé les hacía caso; cuando otros se reían de Dios, Noé Le respetaba. Se ha dicho de Noé que, « con su luminosa fe en Dios, puso al descubierto el sombrío escepticismo del mundo. » En un tiempo cuando la gente pasaba de Dios, Noé Le honraba y Le consideraba la suprema Realidad del mundo.

LA AVENTURA Y LA PACIENCIA DE LA FE

Hebreos 11:8-10

Fue por su fe por lo que Abraham, cuando Dios le llamó, demostró su obediencia al marcharse al lugar que iba a recibir en herencia, aunque marchó sin saber adónde había de ir. Fue por su fe por lo que vivió como forastero en la tierra que se le había prometido, como si se tratara de una tierra extranjera, viviendo en tiendas de campaña, lo mismo que hicieron después Isaac y Jacob, que fueron sus coherederos en aquella promesa; porque esperaba una ciudad con fundamentos cuyo arquitecto y constructor es Dios.

La vocación de Abraham se nos cuenta con sencillez dramática en *Génesis 12:1*. En torno al nombre de Abraham se fueron tejiendo leyendas judías y orientales, algunas de las cuales debe de haber conocido el autor de *Hebreos*. Esas leyendas nos cuentan que Abraham era el hijo de Téráj (R-V, *Thare o Taré*), general del ejército de Nemrod (R-V *Nimrod*). Cuando

nació Abraham apareció en el cielo una estrella tan brillante que parecía borrar todas las otras. Nemrod trató de matar al niño Abraham, pero le escondieron en una cueva y le salvaron la vida. Fue precisamente en esa cueva donde tuvo la primera visión de Dios. Cuando era joven salió de la cueva y se quedó mirando el desierto a lo lejos. Salía el Sol en toda su gloria, y Abraham dijo: « ¡No cabe duda de que el Sol es Dios, el Creador! » Y entonces se arrodilló y adoró al Sol. Pero, cuando llegó la tarde, el Sol se puso por el Oeste y Abraham dijo: « ¡No! ¡El Autor de la creación no se puede poner! » Salió la Luna por el Este, y aparecieron las estrellas. Entonces Abraham dijo: « ¡La Luna debe de ser Dios, y las estrellas su ejército! » Así que se arrodilló y adoró a la Luna; pero, cuando pasó la noche, la Luna se puso y apareció otra vez el Sol; y Abraham dijo: « Está claro que éstos no son más que cuerpos celestes, y que no son dioses, porque obedecen una ley. Adoraré al Que les impuso la ley. »

Los árabes tienen una leyenda diferente. Cuentan que Abraham vio muchos ganados y manadas, y le preguntó a su madre: « ¿Quién es el señor de todo esto? » Su madre le dijo: « Tu padre, Téráj. » « ¿Y quién es el señor de Téráj? », volvió a preguntar el

muchacho. «Nemrod» -le contestó su madre. «¿Y quién es el Señor de Nemrod?» -volvió a preguntar Abraham. Su madre le dijo que dejara de preguntar tanto; pero Abraham ya estaba buscando con el pensamiento al Que es el Señor de todo. Las leyendas nos siguen contando que Téráj no sólo adoraba doce ídolos, uno por cada mes del año, sino que además era fabricante de ídolos. Un día, Abraham se quedó a cargo de la tienda, atendiendo a los que venían a comprar ídolos. Abraham les preguntaba cuántos años tenían, y le contestaban que cincuenta, o sesenta. «¡Pobre hombre el de tal edad -dijo Abraham-, que adora lo que se hace en un día!» Un hombre fuerte y robusto de setenta años entró. Abraham le preguntó su edad y le dijo: «¡Eres un tonto en adorar a un dios que es más joven que tú!» Una mujer trajo un plato de carne para los dioses. Abraham cogió un palo y destrozó todos los ídolos menos uno, en cuyas manos dejó el palo. Cuando Téráj volvió, se enfadó mucho; y Abraham le dijo: «Padre, una mujer trajo este plato de carne para tus dioses; como todos lo querían, el más fuerte les quitó la cabeza de un golpe a los demás, no fuera que no le dejaran nada.» «¡Eso es imposible -dijo Téráj-, porque no son más que pedazos de madera o de piedra!» Y Abraham le contestó: «¡Deja que oiga tu oído lo que ha dicho tu boca!»

Todas estas leyendas nos dan una imagen gráfica de Abraham buscando a Dios, insatisfecho con la idolatría de su pueblo. Así es que, cuando recibió la llamada de Dios, ¡estaba dispuesto a adentrarse en lo desconocido para encontrarle! Abraham es el ejemplo supremo de la fe.

(i) La fe de Abraham era *la fe que está dispuesta para la aventura*. La llamada de Dios suponía dejar hogar y familia y ocupación; y sin embargo fue. Tenía que salir a lo desconocido, y fue. Hasta los mejores de nosotros tenemos algo de timoratos. Nos da miedo lo que nos pueda suceder si nos atrevemos a tomarle la palabra a Dios y obramos de acuerdo con Sus mandamientos y promesas.

El obispo Newbigin nos cuenta los trámites que llevaron a la formación de la Iglesia Unida del Sur de la India. Él mismo tomó parte en las negociaciones y largas discusiones que fueron necesarias. A menudo las cosas se detenían por la «prudencia» de algunos que querían saber a qué conduciría cada paso; hasta que el moderador recordó a todos que un cristiano no tiene derecho a preguntar adónde va.

Muchos de nosotros vivimos una vida cautelosa de acuerdo con el principio de que la seguridad es lo primero; pero, para vivir la vida cristiana, hace falta estar dispuestos a arriesgarse a la aventura. Si la fe pudiera prever todos los pasos del camino, no sería realmente fe. A veces el cristiano tiene que ponerse en camino adonde la voz de Dios le llama sin saber cuáles serán las consecuencias. Como Abraham, tiene que salir sin saber adónde va.

(ii) La fe de Abraham era *la fe que tiene paciencia*. Cuando llegó a la Tierra Prometida, no se le permitió tomarla como

suya. Tuvo que vivir en ella como forastero, en tienda de campaña, como sus descendientes habían de vivir después en el desierto. En la vida de Abraham las promesas de Dios nunca se hicieron realidad; y, sin embargo, nunca perdió la fe.

Es característico de casi todos nosotros que siempre tenemos prisa. Esperar nos es más difícil que aventurarnos. Y el tiempo más difícil es el de en medio. En el momento de la decisión hay entusiasmo y emoción; al llegar a la meta está el resplandor y la gloria de la satisfacción; pero en el tiempo intermedio hay que saber esperar y velar y trabajar, aunque parece que no pasa nada. Es entonces cuando se abandonan tantas esperanzas, y se reducen tantos ideales, y nos hundimos en la apatía de los sueños muertos. La persona de fe es la que mantiene viva la esperanza y el esfuerzo a tope hasta en los días grises en los que parece que no se puede hacer nada más que esperar.

(iii) La fe de Abraham era *la fe que mira más allá de este mundo*. Leyendas más tardías creían que a Abraham se le había concedido vislumbrar la Nueva Jerusalén. En el *Apocalipsis de Baruc* Dios dice: «Se la mostré a mi siervo en la noche» (4:4). En *4 Esdras* dice su autor: «Sucedió que, cuando estaban practicando la impiedad delante de Ti, escogiste a uno entre ellos cuyo nombre era Abraham; le amaste y le revelaste a él solo el fin de los tiempos, secretamente, de noche» (4:13). Nadie ha hecho nunca nada que valiera la pena sin una visión que le permitiera arrostrar las dificultades y los desalientos del camino. A Abraham se le concedió la visión; y, hasta cuando su cuerpo estaba deambulando por Palestina, su alma estaba en comunión con Dios. Dios no puede darnos una visión si no Le dejamos que nos la dé; pero, si esperamos en Él, aunque sea en los desiertos de la Tierra, nos enviará la visión; y, con ella, la faena y la lucha del camino de cada día valdrán la pena.

CREER LO INCREÍBLE

Hebreos 11:11-12

Fue por su fe por lo que Sara también recibió poder para quedarse embarazada y dar a luz aunque ya se le había pasado el tiempo con mucho; porque creyó que se podía confiar plenamente en el Que lo había prometido. Y así, de un solo hombre, y un hombre cuyo cuerpo había perdido ya toda la vitalidad, nació una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y tan incontable como la arena de las playas.

La historia de la promesa que Dios les hizo a Abraham y Sara de que tendrían un hijo se cuenta en *Génesis 17:15-22; 18:9-15; 21:1-8*. Lo maravilloso es que Abraham y Sara eran muy ancianos, y hacía mucho que se les había pasado la edad de engendrar y concebir hijos; pero, según la antigua historia, Dios les hizo la promesa, y la cumplió.

La reacción de Abraham y Sara tuvo tres etapas.

(i) Empezó por la más completa *incredulidad*. Cuando Abraham oyó la promesa se llevó las manos a la cabeza y se echó a reír (*Génesis 17:17*). Cuando la oyó Sara se rió para sus adentros (*Génesis 18:12*). Al escuchar por primera vez las promesas de Dios, la reacción humana es a menudo pensar que son demasiado buenas para ser verdad.

No hay misterio en toda la creación que se pueda comparar con el amor de Dios. Que ame a la humanidad y sufra y muera por ella es algo que nos mueve a la más absoluta incredulidad. Por eso el Mensaje de Cristo es *Evangelio, Buena Noticia*; tan buena que nos parece increíble.

(ii) De ahí pasó al *amanecer del darse cuenta*. Después de la incredulidad vino el amanecer de que *era Dios el Que les había hablado*, y Dios no puede mentir. Los judíos solían establecer como ley primaria para un maestro que no debe prometerles nunca a sus alumnos lo que no tiene intención o

posibilidad de cumplir; el hacerlo sería enseñarles a faltar a su palabra. Cuando recordamos que el que hace la promesa es Dios, nos damos cuenta de que tiene que ser cierta.

(iii) Y culminó en la *capacidad de creer lo imposible*. El que Abraham y Sara tuvieran un hijo, humanamente hablando era imposible. Como dijo Sara: <¿Quién iba a decir que Sara iba a dar de mamar a hijos?> (*Génesis 21:7*). Pero, por la gracia y el poder de Dios, lo imposible se hizo realidad. Hay algo aquí que eleva y ablanda cualquier corazón. Cavour dijo que lo más esencial de un estadista es <el sentido de lo imposible.> Cuando oímos a los hombres planificar y discutir y pensar en voz alta, nos da la impresión de que un gran número de cosas de este mundo que son deseables tienen que descartarse como imposibles. La gente se pasa la mayor parte de la vida poniéndole trabas al poder de Dios. La fe es la capacidad de echar mano de esa Gracia que es suficiente para todas nuestras necesidades, de tal manera que lo que era *humanamente* imposible se vuelve *divinamente* posible. Todo es posible para Dios y, por tanto, la palabra *imposible* no figura en el diccionario del cristiano ni de la Iglesia Cristiana.

FORASTEROS Y APÁTRIDAS

Hebreos 11:13-16

Todos éstos murieron sin llegar a poseer lo prometido. Solamente lo oteaban en la distancia y lo saludaban desde lejos, confesándose apátridas y forasteros en la Tierra. Ahora bien, los que hablan así dejan bien claro que están buscando una patria; y, si estuvieran pensando en la que dejaron atrás, tiempo tenían de volver a ella. Pero, está claro que lo que buscaban era algo mejor; quiero decir, la patria celestial. Por eso mismo a Dios no le daba vergüenza que le llamaran su Dios, porque les tenía preparada esa ciudad que estaban buscando.

Ninguno de los patriarcas llegó a tomar posesión de la Tierra Prometida. Fueron nómadas toda la vida, y no vivieron nunca como residentes en ningún sitio. De aquí sacamos ciertas lecciones de carácter permanente.

(i) Vivieron siempre como extranjeros. El autor de *Hebreos* les aplica tres palabras griegas muy gráficas.

(a) En 11:13 los llama *xenoi* (pl.). *Xenos* (sing.) es la palabra griega para *un extraño o extranjero*, de la que deriva la española *xenofobia* entre otras. La suerte de los tales era dura en el mundo antiguo. Se los miraba con desprecio, con suspicacia y hasta con odio. En Esparta *xenos* equivalía a *bárbaro*. Uno escribe quejándose de que le despreciaban «porque soy un *xenos*». Otro escribe que, por muy pobre que sea su hogar, es mejor que vivir *epi xenés*, en el extranjero. Cuando los clubes celebraban sus comidas, los comensales se dividían en *miembros y xenoi*. *Xenos* quería decir a veces *refugiado*. Los patriarcas se pasaron la vida como extranjeros en una tierra que no era la suya.

(b) En 11:9 usa la palabra *paroikein*, «habitar como extranjero» (R-V60), de Abraham. Un *pároikos* era *un residente extranjero*. Se aplica esta palabra a los judíos que fueron deportados a Babilonia y a Egipto. Un *pároikos* no era mucho más que un esclavo en la escala social. Tenía que pagar un impuesto como extranjero. Siempre era un extraño, y sólo si pagaba formaba parte de la comunidad hasta cierto punto.

(c) En 11:13 usa la palabra *parepídemos*. Un *parepídemos* era uno que estaba parando temporalmente, pero que tenía la residencia permanente en algún otro sitio. A veces su estancia era limitada estrictamente. Un *parepídemos* estaba de pensión, no tenía hogar propio donde le había echado la vida. Los patriarcas fueron toda la vida personas que no tenían un lugar fijo que pudieran llamar su hogar. Eso era una cosa humillante en los tiempos antiguos, y aún lo sigue siendo en muchos lugares. Era llevar siempre un estigma. En la *Carta de Aristeo* se dice: «Es magnífico vivir y morir en la tierra donde se ha nacido; una tierra extranjera produce desprecio a los pobres y

vergüenza a los ricos, porque siempre se tiene la sospecha de que los habrán desterrado por algo malo que han hecho.» En *Eclesiástico 29:22-28* hay un pasaje lleno de añoranza:

Mejor vive un pobre que se cobija en un pajar que el que se aloja suntuosamente en casa de extraños.
Conténtate con lo poco como con lo mucho: y no tendrás que soportar el oprobio de la vida nómada.
Mala vida es ir de casa en casa, y donde eres extranjero no puedes abrir la boca.
En caso de que seas extranjero beberás desprecios; y además tendrás que escuchar cosas amargas:
-¡Ven aquí, forastero, y ponme la mesa, y sírveme lo que tengas!
-¡Lárgate, forastero, de este lugar respetable; ha venido mi hermano y necesito la casa!
¡Cosas dolorosas para hombre entendido, censuras en cuanto al alojamiento,
y las burlas del prestamista!

En cualquier tiempo es una desgracia ser forastero en tierra extraña; pero en los tiempos antiguos se añadía a las incomodidades naturales la amargura de la humillación:

Los patriarcas fueron toda la vida forasteros en tierra ajena. La figura del forastero se ha convertido en la representación de la vida cristiana. Tertuliano dijo del cristiano: «Sabe que en la Tierra no es más que un peregrino; pero su dignidad está en el Cielo.» Y Clemente de Alejandría: «No tenemos patria en la Tierra.» Y Agustín: «Somos transeúntes exilados de nuestra patria.» Eso no quería decir que los cristianos eran unos estúpidos que vivían en las nubes, desconectados de la vida y el trabajo de este mundo; sino que siempre tenían presente que eran un pueblo de caminantes. Hay un dicho atribuido a Jesús que no se conserva en los *Evangelios*: «El mundo es un puente. El sabio pasará por él, pero no construirá sobre él su morada.» El cristiano se considera un peregrino de la eternidad.

(ii) A pesar de todo, estos hombres no perdieron nunca la visión ni la esperanza. Aunque tuviera que pasar mucho tiempo para que esa esperanza se hiciera realidad, su luz brillaba siempre en sus ojos. Aunque el camino fuera muy largo, no se detenían nunca. Robert Louis Stevenson decía: «Es mejor viajar esperanzadamente que llegar.» Nunca se rindieron; vivían en esperanza y murieron en expectación.

(iii) A pesar de todo, nunca quisieron volver atrás. Sus descendientes, cuando estaban en el desierto, a menudo querían volverse «a las ollas de Egipto.» Pero no los patriarcas. Habían emprendido el camino, y ni se les ocurría volver atrás. En el vuelo existe lo que se llama *el punto sin retorno*. Cuando el avión ha llegado a ese punto, ya no puede volver atrás. Su reserva de combustible ha llegado a un nivel que no le permite más que seguir adelante. Una de las tragedias de la vida es el número de personas que se vuelven atrás un poquito demasiado pronto. Otro esfuerzo, una pequeña espera de otro poquito, harían que el sueño se hiciera realidad. En el momento en que un cristiano se lanza a alguna empresa que Dios le envía, debe considerar que ha pasado el punto sin retorno.

(iv) Estos hombres podían seguir adelante porque los atraía lo que estaba todavía más allá. El que quiere ver mundo se siente atraído por los países que no conoce. Al gran artista o compositor le impulsa la idea de una interpretación o una producción como nunca se ha hecho, y se pregunta si lo logrará. Stevenson nos cuenta que un viejo vaquero que pasaba todos los días limpiando la basura de los establos. Alguien le preguntó si no se cansaba nunca de hacer siempre lo mismo, y él respondió: «El que tiene algo más allá no tiene por qué cansarse.» Los patriarcas tenían algo más allá... y nosotros también.

(v) Como estos hombres eran como eran, Dios no se avergonzaba de que Le llamaran su Dios. Por encima de todo, Dios es el Dios del noble aventurero. Le encantan los que están dispuestos a aventurarse por Su Nombre. El prudente comodón es lo opuesto del hombre de Dios. El que se lanza a lo desconocido y sigue adelante llegará a Dios al final.

EL SACRIFICIO SUPREMO

Hebreos 11:17-19

Fue por su fe por lo que Abraham estuvo dispuesto a ofrecer en sacrificio a Isaac cuando Dios le puso a prueba. Estaba dispuesto a ofrecer en sacrificio hasta a su hijo único, aunque se le había dicho: «Será por la línea de Isaac por la que tendrás descendencia.» Estuvo dispuesto a hacer aquello porque consideraba que Dios podía devolverle a su hijo. Y así fue como le recibió otra vez, lo que es una parábola de la Resurrección.

La historia de Isaac, que se nos cuenta en *Génesis 22:1-18*, es el relato sumamente dramático de cómo Abraham asumió la prueba suprema de que se le demandara la vida de su único hijo. En cierto sentido esta historia ha caído en descrédito. Se la

excluye de programas de educación cristiana porque se considera que enseña algo inaceptable de Dios. O se mantiene que todo sucedió solamente para que Abraham aprendiera que Dios no quiere sacrificios humanos. No cabe duda de que eso es verdad; pero, si queremos ver esta historia en toda su grandeza y como la vio el autor de *Hebreos*, tenemos que tomarla en su valor facial. Fue la respuesta de un hombre al que se pidió que Le ofreciera a Dios a su propio hijo.

(i) Esta historia nos enseña que debemos estar dispuestos a sacrificar lo que nos es más querido por nuestra fidelidad a Dios. Ha habido muchos que le han sacrificado la carrera a lo que consideraban que era la voluntad de Dios. J. P. Struthers era pastor de la Iglesia Reformada Presbiteriana en Greenock, una congregación pequeña que, no es ni falso ni descortés decir, tenía un gran pasado pero no tenía futuro. Si hubiera estado dispuesto a dejar la iglesia de sus padres, hubiera podido escoger el mejor púlpito del país, con las más considerables ventajas económicas; pero lo sacrificó todo por lo que consideraba su fidelidad a la voluntad de Dios.

A veces uno tiene que sacrificar sus relaciones personales. Puede que se sienta llamado por Dios a una tarea en una esfera difícil y en un lugar poco atractivo, y tal vez su novia no está dispuesta a arrostrarlo con él. Él tiene que escoger entre lo que cree la voluntad de Dios y unas relaciones que significan mucho para él. Cuando Bunyan estaba en la cárcel, le preocupaba lo que sería de su familia si le ejecutaban. Especialmente, no le dejaba el recuerdo de su hijita ciega, a la que quería tanto. < ¡Oh! -decía-, me veía en aquellas circunstancias como un hombre que tuviera que derribar su propia casa sobre las cabezas de su mujer y de sus hijos; y creía que tenía que hacerlo, que tenía que hacerlo.»

Abraham era un hombre que estaba dispuesto a sacrificarle a Dios hasta lo que le era más querido. Esto sucedía una y otra vez en la Iglesia Primitiva. En una familia, uno de los miembros se hacía cristiano y los otros no; los hijos se convertían a Cristo, y los padres no. La espada descendía sobre aquella casa; y, a menos que hubiera habido personas que amaban a Cristo más que a todo lo demás, hoy no existiría la Iglesia.

Dios debe ocupar el primer puesto en nuestras vidas, o no estará en ellas. Se cuenta de dos niños a los que dieron como regalo un arca de Noé de juguete. Habían oído contar la historia del *Antiguo Testamento*, y decidieron que ellos también querían hacer un sacrificio. Pasaron revista a los animales del arca de juguete, y por último se decidieron por una oveja que tenía *una pata rota*. Lo único que estaban dispuestos a darle a Dios era un juguete roto que no les importaba. Así es como mucha gente está dispuesta a sacrificarle algo a Dios; pero sólo lo más querido y lo mejor es bastante bueno para dárselo a Él.

(ii) Abraham es el modelo del que acepta lo que no puede entender. Dios le hizo aquella demanda incomprensible. Dios le había prometido que, por medio de Isaac, sus descendientes se multiplicarían hasta llegar a ser una nación poderosa por la que vendría bendición a todas las demás. El cumplimiento de la promesa dependía de la vida de Isaac; y parecía que Dios quería acabar con esa vida. Como dijo Crisóstomo: «Las cosas

de Dios parecían luchar con las cosas de Dios, y la fe luchar con la fe, y el mandamiento luchar con la promesa.» A todos nos llega alguna vez algo que parece que no tiene razón de ser y que desafía toda explicación. Es entonces cuando uno pelea la batalla más difícil: el aceptar lo que no puede entender. Entonces a uno no le queda más que obedecer, y decir: < ¡Dios, Tú eres amor! En eso afianzo mi fe.»

(iii) Abraham es el modelo del hombre que, en la prueba, encontró la salida. Si le tomamos la palabra a Dios y nos lo jugamos todo por Él, hasta cuando parezca que nos encontramos ante un muro negro se abrirá una salida.

LA FE QUE VENCE A LA MUERTE

Hebreos 11:20-22

Fue por la fe por lo que Isaac bendijo a Jacob y a Esaú en lo referente al futuro. Fue por la fe por lo que Jacob, cuando se sentía morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y oró apoyándose en el puño de su bordón. Fue por la fe por lo que José, cuando estaba llegando al final de su vida, tuvo en cuenta los días cuando los israelitas saldrían de Egipto, y dejó instrucciones de lo que tenían que hacer con sus huesos.

Hay algo que enlaza estos ejemplos de fe: en cada caso se trata de la fe de uno que está a punto de morir. La bendición que dio Isaac está en *Génesis 27:28, 29, 39, 40*. La dio poco después de decir: «Mirad, yo ya soy viejo, y no sé cuándo me voy a morir» (*Génesis 27:2*). Y fue: «Dios te dé del rocío del cielo, y de las grosuras de la tierra, y abundancia de trigo y de vino. Que haya pueblos que te sirvan, y naciones que se te sometan.» La bendición de Jacob se encuentra en *Génesis 48: 9-22*. Se nos acaba de decir que «llegó el tiempo de la muerte de Israel» (*Génesis 47:29*). La bendición fue: < Sea perpetuado en ellos mi nombre, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac, y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra» (*Génesis 48:15, 16*). El incidente de la vida de José se encuentra en *Génesis 50:22-26*. Cuando José estaba al final de su vida, hizo que los israelitas le juraran que no dejarían sus huesos en Egipto, sino que se los llevarían con ellos cuando marcharan para poseer la Tierra Prometida, cosa que a su tiempo cumplieron (*Éxodo 13:19, y Josué 24:32*).

Lo que el *Autor de Hebreos* quiere subrayar es que aquellos tres hombres murieron sin que se cumpliera la promesa que Dios había hecho de darles la Tierra de Promisión y de hacer de Israel una gran nación. Isaac fue un nómada toda la vida; Jacob estaba exiliado en Egipto; José había alcanzado una posición importante, pero seguía siendo un forastero en tierra extranjera; y, sin embargo, nunca pusieron en duda que la promesa se cumpliría. No murieron desesperados, sino esperanzados. Su fe venció a la muerte.

Aquí hay algo de permanente grandeza. Todos estos hombres tenían en mente la misma verdad: < La promesa de Dios es verdad, porque Él jamás incumple Sus promesas. Puede que yo no lo vea, y que muera antes de que se haga realidad; pero soy un eslabón para su cumplimiento. El que se cumpla o no depende de mí. » Aquí tenemos una de las razones supremas de la vida. Puede que nuestras esperanzas no se realicen durante nuestra vida, pero debemos vivir de tal manera que apesuremos su cumplimiento. Puede que no se le conceda a todo el mundo el entrar a gozar de todas las promesas de Dios; pero se le concede vivir con tal fidelidad que se acerque el día en que otros las experimenten. A todos nosotros nos corresponde la tarea de ayudar a Dios a hacer realidad Sus promesas.

LA FE Y SUS SECRETOS

Hebreos 11:23-29

Fue por la fe por lo que a Moisés, cuando nació, sus padres le tuvieron escondido tres meses, porque vieron lo bonito que era; y no se dejaron atemorizar por el edicto del faraón. Fue por la fe por lo que Moisés, cuando se hizo hombre, rechazó que le consideraran hijo de la hija del faraón, y prefirió sufrir penalidades con el pueblo de Dios a disfrutar de los placeres transitorios del pecado; porque consideraba que una vida de oprobio por causa del Mesías valía más que todos los tesoros de los egipcios, y es que tenía la mirada fija en la verdadera recompensa. Fue por la fe por lo que salió de Egipto, impasible ante la rabia inflamada del faraón; porque podía arrostrar lo que fuera como si pudiera ver al Que es invisible. Fue por la fe por lo que llevó a cabo la Pascua y marcó las casas con la sangre para que el ángel destructor no tocara a los primogénitos de su pueblo. Fue por la fe por lo que atravesaron el mar Rojo como si fuera tierra seca, cosa que intentaron los egipcios pero se los tragó el mar.

Moisés era la figura suprema de la historia de los judíos. Fue el líder que los rescató de la esclavitud y que recibió la Ley de manos del mismo Dios. Para el autor de la *Carta a los Hebreos* Moisés fue, por encima de todo, un hombre de fe. En esta historia, como señala Moffatt, hay cinco actos de fe distintos. Como con los otros grandes personajes cuyos nombres figuran en este cuadro de honor de los fieles de Dios, muchas leyendas y elaboraciones se reunieron en torno al nombre de Moisés, que es posible que conociera y tuviera presentes el autor de esta carta.

(i) Estaba la fe de los padres de Moisés. Su parte en la historia se encuentra en *Exodo 2:1-10. Éxodo 1:15-22* nos cuenta que el faraón, en su odio, trató de acabar con el pueblo de Israel matando a los que iban naciendo. Una leyenda nos cuenta que Amram y Jocabed, los padres de Moisés (*Éxodo 6:20*), tuvieron problemas por culpa del decreto del faraón. Amram se divorció de su mujer, no porque dejara de quererla, sino para evitarle el dolor de ver morir a sus hijos. Estuvieron divorciados tres años; pero entonces Miriam profetizó: «Mis padres tendrán otro hijo, que libertará a Israel de manos de los egipcios.» Y le dijo a su padre: « ¿Qué has hecho? Has despedido a tu mujer porque no podías confiar en el Señor Dios, Que protegería al hijo que te naciera.» Así es que Amram, sintiendo vergüenza de su incredulidad, recuperó la confianza en Dios y volvió a convivir con su mujer; y a su debido tiempo nació Moisés. Era un niño tan precioso que sus padres decidieron esconderle en su casa, lo que hicieron durante tres meses. Entonces, cuenta la leyenda, los egipcios organizaron una trama horrible. El faraón había decidido que se buscaran los niños que estuvieran escondidos, y se mataran. Es un hecho que, cuando un niño oye llorar a otro, se pone a llorar también. Así es que mandaron madres egipcias con sus bebés a las casas de los israelitas, y allí los pellizcaban para que lloraran. Esto hacía que los niños israelitas también lloraran, y así los descubrían y mataban. En vista de esto, Amram y Jocabed decidieron hacer una arquilla y confiar a su hijo al río Nilo.

El que Moisés llegara a nacer ya fue un acto de fe; y el que siguiera viviendo, otro. Empezó por ser un hijo de la fe.

(ii) El segundo acto de fe fue la lealtad de Moisés a su pueblo. La historia se nos cuenta en *Éxodo 2:11-14*. De nuevo nos encontramos con leyendas que iluminan el cuadro. Cuando confiaron a Moisés a las aguas del Nilo, le encontró la hija del faraón, que se dice que se llamaba Bithia, o más corrientemente Thermutis. Se quedó alucinada con la belleza del niño. La leyenda dice que, cuando sacaron del agua la arquilla, el arcángel Gabriel le dio unos cachetitos al bebé para que llorara, y se le ablandara el corazón a Thermutis al ver aquella carita tan preciosa con pucheritos y con lágrimas en los ojillos.

Thermutis, bien a su pesar, era estéril; el caso es que se llevó a casa al bebé Moisés, y le cuidó como si fuera suyo. Moisés iba creciendo tan bonito que la gente se volvía en la calle, y hasta paraba de trabajar para mirarle. Era tan listo que superaba con mucho a todos los otros chicos en conocimientos y en inteligencia. Cuando todavía era pequeño, Thermutis le llevó al faraón, y le contó cómo le había encontrado. Le colocó en los brazos de su padre, que se mostró tan encantado con el niño que le abrazó;

y, a petición de Tharmutis, prometió hacerle su sucesor. En broma, se quitó la corona y se la puso a Moisés en la cabeza; pero el niño se la quitó y la tiró al suelo y se puso a pisotearla. Los sabios del faraón presagieron que aquel niño pisotearía algún día el poder real de Egipto, y querían matarle allí mismo. Pero se propuso una prueba: le pusieron delante al niño Moisés un cacharro lleno de piedras preciosas y otro lleno de ascuas. Si extendía la mano y tocaba las joyas, eso demostraría que era peligroso por ser demasiado listo; y, si tocaba las ascuas, eso probaría que era suficientemente tonto para no ser ningún peligro. El niño Moisés estaba a punto de tocar las joyas cuando Gabriel le cogió la mano y se la desvió hacia los carbones. Se quemó un dedito; se lo metió en la boca y se quemó la boca; por eso se decía más tarde que no era buen orador (Éxodo 4:10), y que fue tartamudo toda la vida.

El caso es que Moisés siguió con vida. Se crió con toda clase de lujos. Era el heredero del reino. Se convirtió en uno de los mayores generales egipcios; conquistó a los etíopes, que eran una amenaza para Egipto, y después se casó con una princesa etíope. Pero nunca se olvidó de sus compatriotas; y llegó el día en que decidió solidarizarse con los israelitas oprimidos y despedirse del futuro de riquezas y realeza que le esperaba en Egipto.

Moisés renunció a la gloria terrenal por amor al pueblo de Dios. Cristo dejó Su gloria por amor a la humanidad; aceptó los azotes, y la vergüenza y la muerte más terrible. Moisés, en su día y generación, compartió los sufrimientos de Cristo, escogiendo la lealtad que conducía a los sufrimientos en lugar de las facilidades que conducían a la gloria terrenal. Sabía que los premios de la Tierra eran despreciables comparados con la última recompensa de Dios.

(iii) Llegó el día en que Moisés, por haber intervenido a favor de su pueblo, tuvo que salir de Egipto y refugiarse en Madián (Éxodo 2:14-22). Por el orden que se viene siguiendo debe de ser a eso a lo que se refiere el versículo 27. Algunos intérpretes encuentran dificultades aquí, porque la narración de *Éxodo* dice que Moisés huyó a Madián porque tuvo miedo del faraón (Éxodo 2:14), mientras que *Hebreos* dice que se marchó < impasible ante la rabia incendiaria del faraón. > No tiene por qué haber una contradicción. El autor de *Hebreos* sencillamente profundizó en la historia. Para Moisés, el retirarse a Madián no fue un acto de n-fiedo, sino de valor. Muestra el valor de un hombre que ha aprendido a esperar.

Los estoicos eran sabios; decían que una persona no debe arriesgar innecesariamente su vida provocando la ira de un tirano. Séneca escribió: «El sabio no provocará jamás la ira de los poderosos; antes la esquivará, de la misma manera que los marineros no juegan a sabiendas con el peligro de la tempestad.» En aquella ocasión, Moisés habría podido lanzarse, pero el pueblo no estaba preparado. El haberlo hecho temerariamente habría supuesto perder la vida, y la liberación de Egipto no habría podido llevarse a cabo. Tuvo la grandeza y el valor de esperar a que Dios dijera: «Ahora es el momento.»

Moffatt cita un dicho de A. S. Peake: « El valor de abandonar una acción en la que se ha puesto el corazón y de aceptar alegremente la inacción como la voluntad de Dios es de la más elevada e infrecuente calidad, y lo puede crear y sostener solamente la visión espiritual más clara.» Cuando nuestro instinto de pelea dice: « ¡Adelante!», hay que ser grande y valiente para esperar. Es humano el temer perder la oportunidad; pero es grande esperar el momento de Dios -¡hasta cuando parece que es desaprovechar la oportunidad!

(iv) Llegó el día en que Moisés tenía que hacer todos los preparativos para la primera Pascua. El relato se encuentra en

Éxodo 12:12-48. Había que hacer el pan sin levadura; había que matar el cordero pascual; había que pintar el dintel de las puertas con la sangre del cordero para que el ángel de la muerte la viera y pasara de largo sin matar al primogénito de aquella familia. Pero lo más alucinante fue que, según el relato de *Éxodo*, Moisés no sólo hizo todos los preparativos para la noche en que los israelitas habían de salir de Egipto, sino que también dispuso que *tenían que observarlos anualmente en el futuro*. Es decir: que no tenía la menor duda de que aquella empresa tendría éxito, el pueblo sería librado de la esclavitud de Egipto y algún día llegarían a la Tierra de Promisión. Ahí tenemos a una multitud de infelices esclavos hebreos a punto de emprender un viaje por un desierto desconocido a una tierra desconocida que se les había prometido, y ahí estaba todo el ejército de Egipto a sus talones; y sin embargo, Moisés nunca puso en duda que Dios los conduciría hasta el final sanos y salvos. Moisés era, por encima de todo, el hombre que tuvo fe en que, si Dios le había dado a Su pueblo una orden, también le daría la fuerza para llevarla a cabo. Moisés estaba seguro de que Dios no encarga a Sus siervos una tarea para luego dejarlos en la estacada, sino que va con ellos cada paso del camino.

(v) Llegó el gran acto del cruce del mar Rojo. La historia se nos cuenta en *Éxodo 14*. Ahí leemos que los israelitas pudieron cruzar milagrosamente, y los egipcios se ahogaron cuando intentaron hacer lo mismo. Fue en aquel momento cuando la fe de Moisés se le comunicó a todo el pueblo, guiándolos hacia adelante cuando hubieran podido volverse atrás. Aquí tenemos la fe de un líder y de un pueblo dispuestos a intentar lo imposible al mandato de Dios, dándose cuenta de que el mayor obstáculo del mundo no es tal si Dios está presente para ayudarnos a superarlo. El libro *Como en Adán* contiene esta frase: «El sentido de la vida consiste en saltar vallas, no en tumbarse a lamentarse al lado de acá.» Para Moisés correspondía a la fe intentar superar las que parecían barreras insuperables en la seguridad de que Dios ayudaría al que se hiciera el propósito de seguir adelante.

Por último, este pasaje no sólo nos habla de la fe de Moisés, sino también de *la fuente de esa fe*. El versículo 27 nos dice que pudo arrostrar todo aquello «como si viera al Que es invisible.» La característica sobresaliente de Moisés era la íntima relación que tenía con Dios. En *Éxodo 33:9-11* leemos cómo entraba en el tabernáculo: «El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como

-el que habla con un amigo.» En *Números* 12:7, 8 leemos el veredicto de Dios cuando algunos se querían rebelar contra Moisés: «Con él Yo hablo de boca a boca.» Para decirlo claramente: el secreto de la fe de Moisés era que conocía personalmente a Dios. Salía a enfrentarse con cualquier tarea de la presencia de Dios.

Se dice que, antes de una gran batalla, Napoleón se quedaba solo en su tienda; mandaba a buscar a sus comandantes, uno a uno; cuando entraban, él no les decía palabra, pero los miraba a los ojos y les daba la mano; y ellos salían dispuestos a morir. por el general al que amaban. Eso era lo que pasaba con Moisés y Dios. Moisés tenía la fe que tenía porque conocía a Dios como Le conocía. Cuando salimos de la presencia de Dios, no hay nada que nos pueda vencer. Nuestro fracaso y nuestro miedo se deben a menudo a que tratamos de hacer las cosas solos. El secreto de una vida victoriosa es estar cara a cara con Dios antes de estar cara a cara con los hombres.

LA FE QUE DESAFÍA A LOS HECHOS

Hebreos 11:30, 31

Fue por la fe por lo que se derrumbaron las murallas de Jericó después de rodearlas siete días. Fue por su fe por lo que la prostituta Rahab no pereció entre los desobedientes, porque había ofrecido hospitalidad a los exploradores israelitas.

El Autor de Hebreos ha venido citando la fe de las grandes figuras de antes de que entrara Israel en la Tierra de Promisión. Ahora pone dos ejemplos del período de la lucha, cuando los israelitas estaban conquistando aquella tierra.

(i) El primero es el de la toma de Jericó. Esta historia inusitada se encuentra en *Josué* 6:1-20. Jericó era una ciudad amurallada y fortificada. Parecía imposible conquistarla. Dios mandó que el pueblo marchara en silencio alrededor de ella, siguiendo a siete sacerdotes con trompetas de cuerno de carnero, seis días, una vez al día. El séptimo día tenían que darle siete vueltas a la ciudad, y entonces los sacerdotes tocarían las trompetas y la gente gritaría a pleno pulmón, «y las murallas se derrumbarían». Y así sucedió.

Aquella historia dejó una huella indeleble en la memoria de Israel. Siglos después, Judas Macabeo y sus hombres se encontraban ante la ciudad de Caspis, tan segura de su fuerza que los defensores se reían de los atacantes. «Ante lo cual, Judas y su compañía, invocando al gran Señor del Universo Que sin arietes ni máquinas de guerra derribó Jericó en el tiempo de Josué, asaltaron las murallas y tomó la ciudad por la voluntad de Dios» (2 *Macabeos* 12:13-16). Israel no olvidó nunca del todo lo que Dios había hecho por ellos y, cuando se requería valor y esfuerzo, se animaban recordándolo.

Aquí tenemos el detalle que el autor de *Hebreos* quería resaltar. La toma de Jericó fue el resultado de un acto de fe. La realizaron hombres que pensaban, no en lo que ellos podían hacer, sino en lo que Dios podía hacer por ellos. Estaban preparados a creer que Dios podía hacer que obtuvieran resultados increíbles, a pesar de su indiscutible pequeñez y debilidad. Después de la derrota de la Armada Invencible se erigió en Plymouth Hoe un monumento con la siguiente inscripción: «Dios envió su viento, y fueron desparramados.» Cuando los ingleses vieron la manera en que la tormenta había hecho añicos la Armada Invencible, dijeron: «Dios fue el Que lo hizo.» Cuando nos tenemos que enfrentar con una tarea grande, arriesgada y decisiva, Dios es el Aliado del Que no podemos prescindir. Lo que para nosotros solos es imposible es siempre posible con Él.

(ii) La segunda historia a la que hace referencia aquí el autor de *Hebreos* es la de Rahab, que se nos cuenta en *Josué* 2:121, y continúa en *Josué* 6:25. Cuando Josué envió a unos espías para que observaran la situación de Jericó, encontraron alojamiento en casa de una prostituta que se llamaba Rahab, que los protegió y les facilitó la huida; más tarde, cuando tomaron Jericó, Rahab y su familia se libraron de la matanza general. Es extraordinario cómo se grabó Rahab en la memoria del pueblo de Israel. *Santiago* 2:25 la cita como ejemplo de las buenas obras que demuestran la fe. Los rabinos estaban orgullosos de decir que eran sus descendientes; y es admirable comprobar que el suyo es uno de los pocos nombres femeninos que aparecen en la genealogía de Jesús (*Mateo* 1:5). Clemente de Roma la cita como caso extraordinario de una persona que se salvó < por la fe y la hospitalidad. »

Cuando el autor de *Hebreos* la menciona, lo que quiere subrayar es que Rahab, a la vista de los hechos, creyó en el Dios de Israel. Dijo a los espías que acogió y escondió: «Sé que el Señor os ha dado esta tierra... porque el Señor vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la Tierra» (*Josué* 2: 9-11). Cuando estaba diciendo eso parecía que no había una probabilidad en un millón de que los israelitas conquistaran Jericó. Aquellos nómadas del desierto no tenían artillería ni arietes. Y sin embargo, Rahab creyó, y se jugó la vida y el futuro a que Dios haría posible lo imposible. Cuando el sentido común sentenciaba aquella situación como desesperada, ella tenía el sentido poco común de ver más allá de la situación. La fe verdadera y el verdadero valor están en los que se ponen del lado de Dios cuando parece que es el que está condenado al fracaso. El cristiano cree que nadie que esté de parte de Dios va a salir perdiendo; porque, aunque sufra derrotas en la Tierra, le espera la victoria definitiva en el Cielo.

Hebreos 11:32-34

¿Y qué más puedo decir? Me faltaría tiempo para contar las historias de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, que por la fe dominaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron lo que Dios les había prometido, cerraron bocas de leones, extinguieron el poder del fuego, se libraron del filo de las espadas, sacaron fuerzas de flaqueza, se hicieron fuertes en batallas, derrotaron a ejércitos extranjeros.

En este pasaje, nuestro autor recorre la historia de su pueblo; y de ella se le presentan a la memoria unas figuras emblemáticas tras otras. No las pone en ningún orden especial; pero, cuando consideremos las cualidades sobresalientes de cada una, advertiremos la línea de pensamiento que las enlaza. La historia de Gedeón se nos cuenta en *Jueces 6 y 7*. Con sólo trescientos hombres Gedeón venció a los madianitas, que tenían atemorizado a Israel, obteniendo una victoria que quedó grabada indeleblemente en la memoria de su pueblo. La historia de Barac está en *Jueces 4 y 5*. Bajo la inspiración de la profetisa Débora, Barac reunió a diez mil hombres jóvenes, y se enfrentó con los terribles cananeos con sus novecientos carros de hierro, y obtuvo una victoria casi increíble. Fue algo así como si una compañía de infantería casi desarmada hubiera derrotado a una división de tanques. La historia de Sansón, el que siempre peleó solo, se encuentra en *Jueces 13 a 16*. En la soledad de su espléndida fuerza, una y otra vez arrostró las situaciones más adversas, y siempre salió vencedor. Fue el azote de los filisteos. La historia de Jefté está en *Jueces 11 y 12*. Era hijo ilegítimo, lo que le redujo a una situación de destierro y a una vida fuera de la ley; pero cuando los amonitas tenían atemorizado a Israel, se le pidió que volviera, y obtuvo una tremenda victoria, aunque su voto le costó la vida de su

hija. Luego se menciona a David que, para sorpresa de muchos y suya propia, de zagalejo llegó a ser preferido a sus hermanos y ungido rey (1 *Samuel 16:1-13*). Luego se menciona a Samuel, que le nació a su madre como respuesta a la oración y después de larga esterilidad (1 *Samuel 1*), y que una y otra vez aparece solo como el único hombre de Dios fuerte y fiel en medio de un pueblo atemorizado, descontento y rebelde. Y luego vienen los profetas, que uno tras otro dieron fiel testimonio personal de Dios.

La lista completa nos presenta a hombres que arrostraron dificultades increíbles en su fidelidad a Dios. Eran hombres que no creían que Dios estaba de parte de los grandes batallones, y que estaban dispuestos a asumir riesgos tremendos y hasta aterradores por Él. Se trataba de hombres que aceptaron alegre, valiente y confiadamente, las tareas que Dios les encomendó, que eran irrealizables en términos humanos. Eran hombres que no tenían miedo de quedarse solos y de arrostrar dificultades tremendas por ser leales a Dios. El cuadro de honor de la Historia incluye a los que prefirieron estar en la minoría con Dios antes que en la mayoría con el mundo.

En la segunda parte del pasaje, el autor de *Hebreos* dice, en frases que parecen una ráfaga de ametralladora, lo que hicieron estos hombres y otros como ellos. Para la mayor parte de nosotros se pierde gran parte del impacto porque no nos damos cuenta de que *cada una de estas frases es un epígrafe*. Para los que conocían bien las Escrituras en la versión griega, cada una de estas frases haría sonar la campanilla del recuerdo. La palabra que usa para *dominar reinos* es la que usa el historiador judío Josefo refiriéndose a David. La frase para *hacer justicia* es la descripción de David en 2 *Samuel 8:15*. La expresión para *cerrar bocas de leones* es la que se usa de Daniel en *Daniel 6:18, 23*. La frase *extinguieron el poder del fuego* se refiere directamente a Sadrac, Mesac y Abed-pego en *Daniel 3:19-28*. Cuando dice que *se libraron del filo de las espadas* dirige el pensamiento a la forma en que se libró Elías de la amenaza de muerte según 1 *Reyes 19:1 ss*, y Eliseo según

2 *Reyes 6:31 ss*. El clarinazo *se hicieron fuertes en batallas, derrotaron a ejércitos extranjeros*, retrotraería el pensamiento inmediatamente a las hazañas inolvidables de los macabeos.

La frase *sacar fuerzas de flaqueza* traería a la pantalla de la memoria muchas escenas. Nos recuperaría la de la extraordinaria curación de Ezequías, cuando ya se había vuelto de cara a la pared para morir (2 *Reyes 20:1-7*). Y, tal vez más probablemente cuando estaba escribiendo nuestro autor, sus lectores se acordarían del épico y sangriento incidente de *Judit*, uno de los libros del *Antiguo Testamento* griego. Hubo un tiempo cuando Israel estaba amenazado por los ejércitos de Nabucodonosor al mando de su general Holofernes. El pueblo judío de Betulia había decidido rendirse al cabo de cinco días, porque se le habían acabado las reservas de comida y de agua. En el pueblo vivía una viuda judía llamada Judit. Era muy rica y muy hermosa, pero había vivido en luto solitario desde que murió su marido Manasés. Se puso su ropa más vistosa, y convenció a su pueblo para que la dejara ir al campamento de los asirios. Consiguió entrar a la presencia de Holofernes, y le hizo creer que estaba convencida de que la derrota de su pueblo era el castigo por sus pecados. Se ofreció a introducirle subrepticamente en Jerusalén; y, una vez que se había ganado su confianza, cuando él se quedó dormido después de mucho beber, ella le mató con su propia daga, le cortó la cabeza y se la llevó a su pueblo. Los traidores fueron silenciados, y la derrota inminente se transformó en una victoria tumultuosa. La debilidad femenina se había tomado fortaleza.

El autor de *Hebreos* está tratando aquí de inspirar nuevo valor y un sentido de responsabilidad nuevo recordándoles a sus lectores su pasado. No lo hace de una manera obvia, sino con un arte exquisito. No les recuerda abiertamente las cosas, sino les da pistas para que las recuerden por sí mismos. Cuando Oliver Cromwell estaba haciendo los preparativos para la educación de su hijo Richard, dijo: «Me gustaría que aprendiera un poco de Historia.» Cuando estemos desanimados, recordemos, y nos animaremos. A Dios no se Le ha achicado el brazo, ni se Le ha disminuido el poder. Lo que hizo una vez, puede hacerlo de nuevo; porque el Dios de la Historia es el mismo que adoramos hoy.

EL DESAFÍO DEL SUFRIMIENTO

Hebreos 11:35-40

A las mujeres se les devolvieron los suyos que habían perdido resucitados de los muertos. Otros fueron crucificados al negarse a aceptar el rescate; porque esperaban una mejor resurrección. Otros soportaron burlas y palizas; sí, y cadenas y cárceles. A otros los apedrearon; a otros, los serraron vivos; otros pasaron por toda clase de pruebas; y otros murieron asesinados a espada. Algunos fueron vestidos de pieles de ovejas o de cabras; pasaron necesidades, fueron oprimidos, maltratados por un mundo que no era digno de ellos... Vagaron por los desiertos y por las montañas viviendo en cuevas y en cavernas de la tierra. Y todos estos, aunque tenían la confirmación por la fe, no recibieron lo que estaba prometido; porque Dios tenía algo mejor para nosotros, de forma que ellos, sin nosotros, no habrían podido alcanzar el cumplimiento de los propósitos de Dios.

El autor de *Hebreos* mezcla en este pasaje diferentes períodos de la historia de Israel. Algunas veces toma sus ilustraciones del *Antiguo Testamento* hebreo; pero más a menudo del período de los macabeos, que se encuentra entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*.

En primer lugar vamos a fijarnos en las cosas que se pueden explicar desde el trasfondo del *Antiguo Testamento*. En las vidas de Elías (*1 Reyes 17:17ss*) y de Eliseo (*2 Reyes 4:8ss*) leemos cómo, por el poder y la fe de los profetas, hubo mujeres que recuperaron a sus hijos que ya se habían muerto.

2 Crónicas 24:20-22 nos dice que el profeta Zacarías fue apedreado por su propio pueblo porque les dijo la verdad. Una leyenda nos cuenta que a Jeremías le apedrearon sus compatriotas en Egipto. Otra leyenda nos cuenta que a Isaías le serraron vivo. Cuando Ezequías, el buen rey, murió, le sucedió en el trono Manasés, que dio culto a los ídolos y trató de obligar a Isaías a que tomara parte en su idolatría y la aprobara. Isaías se negó, y el rey le condenó a que le serraran vivo con una sierra de madera. Mientras sus enemigos intentaban hacerle renegar de su fe, él seguía desafiándolos y profetizando su destrucción. < Y, mientras la sierra le iba cortando la carne, Isaías no profería quejas ni derramaba lágrimas; pero no dejó de mantenerse en comunión con el Espíritu Santo hasta que la sierra le llegó a la mitad del cuerpo.>

Pero el autor de *Hebreos* recorre con el pensamiento aún más los días terribles y heroicos de la lucha de los macabeos. Ese es un período que los cristianos debemos estudiar; porque, si sus enemigos hubieran destruido la fe de Israel, Jesús no habría podido venir. La historia es como sigue.

Hacia el año 170 a.C. ocupaba el trono de Siria un rey que se llamaba Antíoco Epífanés. Fue un buen político; pero tenía un amor casi anormal a todo lo griego, y se consideraba un misionero de la manera griega de vivir. Intentó introducir todo esto en Palestina, no sin éxito, porque había algunos que querían aceptar la cultura griega, con sus obras dramáticas y juegos atléticos. Los atletas griegos se entrenaban y competían desnudos, y algunos sacerdotes llegaron hasta a operarse para quitarse del cuerpo la señal de la circuncisión y helenizarse del todo. Hasta entonces, lo único que había conseguido Antíoco había sido causar una división en el pueblo de Israel. La mayor parte de los judíos permanecían inalterablemente fieles a su religión, y no se los podían cambiar. Todavía no se habían usado la fuerza y la violencia.

Entonces, hacia 168 a.C., el problema alcanzó su clímax. Antíoco tenía interés en Egipto. Preparó un ejército e invadió ese país. Para su humillación, los romanos le hicieron que se volviera a su tierra. No mandaron un ejército para resistirle; el poder de Roma era tal que no tenían necesidad de llegar a eso. Enviaron a un senador que se llamaba Popilio Lena, con un pequeño séquito sin armas. Popilio y Antíoco se encontraron cerca de la frontera de Egipto. Como ya se conocían de Roma y habían sido amigos, hablaron. Y entonces, muy gentilmente, Popilio le dijo a Antíoco que Roma quería que no prosiguiera con la campaña y que se volviera a casa. Antíoco dijo que ya se lo pensaría. Popilio cogió el bastón, trazó un círculo en la arena alrededor de Antíoco y le dijo tranquilamente: < Piénsatelo de prisa; tienes que darme la respuesta antes de salir de este círculo.> Antíoco se lo pensó un momento, y se dio cuenta de que era imposible desafiar a Roma; así es que dijo: « Me vuelvo a casa.» Era una humillación demoledora para un rey.

Antíoco se volvía a su tierra, medio loco de rabia, y de camino se desvió y atacó a Jerusalén, capturándola casi sin esfuerzo. Se dice que murieron 80.000 judíos, y otros 10.000 fueron vendidos como esclavos. Pero aún tenían que ponerse peor las cosas.

Saqueó el templo. Se llevó los altares de oro de los panes de la proposición y del incienso, el candelabro de oro, los instrumentos y vasijas de oro y hasta los velos y las cortinas. Saqueó el tesoro del templo. Y aún peor: en el altar de los holocaustos ofreció a Júpiter sacrificios de puerco, y convirtió en burdeles las salas del templo. No omitió ningún sacrilegio imaginable. Y todavía peor: prohibió la circuncisión y la posesión de las Escrituras y de la Ley. Ordenó que obligaran a los judíos a comer carne que consideraban inmunda y a ofrecer sacrificios a los dioses griegos. Puso inspectores que recorrieran todo el país comprobando que se cumplieran estas órdenes; y, si se encontraba gente que las desafiara, «le hacían pasar grandes miserias y crueles tormentos; porque los azotaban con varas y les destrozaban el cuerpo; los crucificaban mientras estaban todavía vivos y respirando; estrangulaban a las mujeres y a sus hijos circuncidados como había mandado el rey, colgándoles los hijos por el cuello como si estuvieran en cruces. Y si encontraban algún libro de la Ley, lo destruían

miserablemente, juntamente con los que lo poseyeran» (Josefo, *Antigüedades de los Judíos*, 12:5,4). Probablemente este es el plan más sádico que ha habido para acabar con una religión.

Es fácil comprender que este pasaje se podía leer en relación con los terribles acontecimientos de aquellos días. El *Cuarto Libro de los Macabeos* tiene dos historias famosas que estarían sin duda en la mente del autor de *Hebreos* cuando escribió esta lista de lo que habían tenido que sufrir los hombres de fe.

La primera historia es la del anciano sacerdote Eleazar (4 *Macabeos* 5-7). Le trajeron ante Antíoco, que le mandó comer carne de cerdo bajo amenaza de las peores torturas si se negaba. Él se negó. «Nosotros, Antíoco -le dijo-, que estamos convencidos de que vivimos bajo una Ley divina, no consideramos que haya nada que nos obligue más que la obediencia a nuestra Ley.» El no cumpliría las órdenes del rey. «Ni aunque me saques los ojos o me abrases las entrañas.» Le desnudaron y le azotaron con látigos, mientras un heraldo le repetía: «¡Obedece las órdenes del rey!» Le rasgaron la carne con látigos de forma que la sangre le corría por, todo el cuerpo y tenía los costados abiertos de heridas. Cayó al suelo, y uno de los soldados le dio de patadas en el estómago para obligarle a levantarse. Por último, hasta los guardias se sintieron movidos a compasión, y le sugirieron traerle carne que no fuera de cerdo para que la comiera como si lo fuera. El rehusó. «Así nos convertiríamos en un ejemplo de impiedad ante los jóvenes, si les diéramos una excusa para comer lo inmundo.» Por último le llevaron, y le arrojaron al fuego, «quemándole con instrumentos de sofisticada crueldad y echándole líquidos hediondos por la nariz.» Así murió, declarando: «Muerdo en tormentos rabiosos por amor a la Ley.»

La segunda historia es la de los siete hermanos (4 *Macabeos* 8-14). También a ellos les presentaron la misma alternativa y les advirtieron con las mismas amenazas. Les presentaron «ruedas y potros y garfios y catapultas y braseros y sartenes y torniquetes de dedos y manos de hierro y cuñas y brasas.» El primer hermano se negó a comer cosas inmundas. Le azotaron con látigos y le ataron a la rueda hasta dislocarle y fracturarle todos los miembros. «Hicieron un montón de leña y le prendieron fuego mientras le estiraban aún más en la rueda. Y la rueda estaba toda embadurnada de sangre, y el fuego se extinguió del goteo de sangre coagulada, y trozos de carne volaban por los ejes de la máquina.» Pero él soportó las torturas y murió fiel. Ataron al segundo hermano a las catapultas. Se pusieron guantes de pinchos de hierro. «Aquellas bestias salvajes, fieras como panteras, primero le rasgaron toda la carne que cubre los tendones con los guantes de hierro hasta las mandíbulas y le arrancaron la piel de la cabeza.» También él murió fiel. Hicieron avanzar al tercer hermano. «Los oficiales, impacientes ante su firmeza, le dislocaron las manos y los pies con aparatos de tortura, y lo mismo hicieron con todos sus miembros. Luego le fracturaron los dedos, las manos, las piernas y los codos.» Por último le partieron el cuerpo en la catapulta y le despellejaron vivo. También él murió fiel. Al cuarto hermano le cortaron la lengua antes de someterle a torturas semejantes. Al quinto hermano le ataron a la rueda y le doblaron hasta el límite; luego le sujetaron con grilletes a la catapulta y le destrozaron completamente. Al sexto quebrantaron en la rueda «mientras un fuego le abrasaba por debajo. Luego calentaban espetones agudos y se los aplicaban a la espalda; y atravesándole los costados le quemaban las entrañas.» Al séptimo hermano asaron vivo en una sartén inmensa. Éstos murieron fieles también.

Estas eran las cosas que el autor de *Hebreos* tenía en mente, y que nosotros haremos bien en recordar. Fue la fe de estas personas lo que hizo que la religión judía no fuera destruida totalmente. Si esa religión hubiera desaparecido, ¿qué habría sido del propósito de Dios? ¿Cómo podría haber nacido Jesús en el mundo si la religión judía hubiera dejado de existir? En un sentido muy real debemos el que el Evangelio se pudiera cumplir a estos mártires de los tiempos cuando Antíoco Epífanés se propuso acabar con la religión judía a toda costa.

Llegó un día cuando la situación explotó. Los agentes de

Antíoco habían ido a un pueblo llamado Modín, y habían erigido un altar para obligar a los habitantes a que ofrecieran sacrificios a los dioses griegos. Los emisarios de Antíoco trataron de convencer a un cierto Matatías para que diera ejemplo ofreciendo sacrificio, porque era un hombre distinguido y respetado, pero él se negó, enfurecido. Pero otro judío, tratando de congraciarse y salvar la vida, salió al frente y estaba a punto de sacrificar. Matatías cogió una espada y mató al apóstata, y al emisario del rey también.

La bandera de la rebelión se desplegó. Matatías, sus hijos y todos los que pensaban como ellos, se echaron a las montañas; y aquí también las frases que se usaron para describir su vida estaban en la mente del autor de *Hebreos*, que las transmite como un

eco una y otra vez. «Así es que Matatías y sus hijos huyeron a las montañas, dejando en la ciudad todo lo que tenían» (1 Macabeos 2:28). «Judas Macabeo y sus amigos se retiraron al desierto y vivieron en las montañas, como viven los animales salvajes» (2 Macabeos 5:27). «Otros, que se habían reunido en cuevas por allí cerca para guardar el sábado a escondidas, fueron descubiertos... y quemados vivos todos juntos» (2 Macabeos 6:11). «Vivieron en las montañas, y en guaridas como las fieras» (2 Macabeos 10:6). Por último, bajo Judas Macabeo y sus hermanos, los judíos recuperaron su independencia, y el templo fue purificado y la fe floreció otra vez.

En este pasaje, el autor de *Hebreos* hace lo que otras veces. No menciona las cosas abiertamente; era mucho mejor el que sus lectores las recordaran por sí mismos al oír ciertas frases.

Al final dice una cosa muy importante. Todos esos héroes de la fe murieron antes de que se cumpliera la promesa de Dios y viniera Su Mesías al mundo. Fue como si Dios hubiera arreglado las cosas de tal manera que el pleno resplandor de Su gloria no se revelara hasta que nosotros y ellos lo pudiéramos disfrutar juntos. El autor de *Hebreos* está diciendo: « ¡Mirad! La gloria de Dios ha venido, pero fijaos en lo que costó el que pudiera venir. Esa fe preparó el camino del Evangelio. ¿Qué otra cosa podéis hacer sino ser fieles a una herencia así?»

LA CARRERA Y LA META

Hebreos 12:1, 2

Por tanto, puesto que estamos rodeados de tal nube de testigos, despojémonos de todo peso y desembaracémonos del pecado que nos asedia tan constantemente, ¡y corramos con entereza inalterable la carrera que se nos ha asignado!; y, al hacerlo así, mantengamos la mirada fija en Jesús, en Quien nuestra fe tiene su punto de partida y su meta; Quien, para ganar el gozo que tenía por delante, sufrió la Cruz con entereza, sin dejarse impresionar por la terrible vergüenza que implicaba, y ahora ha ocupado Su puesto ala diestra del trono de Dios.

Este es uno de los pasajes grandes y conmovedores del *Nuevo Testamento*, en el que su autor nos da un resumen casi perfecto de la vida cristiana.

(i) En la vida cristiana tenemos *una meta*. El cristiano no es un paseante que anda despreocupadamente por los senderos de la vida, sino un viandante que sabe adónde va. No es un turista que vuelve a pasar la noche a su punto de partida, sino un peregrino que siempre va de camino. La meta es nada menos que la semejanza con Cristo. La vida cristiana tiene un destino, y estaría bien que al final de cada día nos preguntáramos: « ¿Cuánto he avanzado?»

(ii) En la vida cristiana tenemos *una inspiración*. Estamos inmersos en una nube invisible de testigos; y son testigos en un doble sentido: porque han testificado de su fe en Jesucristo, y porque ahora son espectadores de nuestra actuación. El cristiano es como un corredor que compite a la vista del público. Cuando está echando el resto, los espectadores le miran con interés; y esos espectadores son los que han ganado la corona en ocasiones anteriores.

. En la gran obra *Tratado acerca de lo sublime*, atribuida a Longino, hay una receta para la grandeza en la empresa literaria. «Es bueno formar en nuestras almas la pregunta: «¿Cómo habría dicho esto Homero? ¿Cómo lo habrían elevado Platón o Demóstenes al nivel de lo sublime? ¿Cómo lo habría incluido Tucídides en su Historia?» Porque, cuando los rostros de estas personas se nos representan en nuestro deseo de emularlos, como si dijéramos, iluminan nuestro camino y nos elevan el estándar de perfección que nos hemos imaginado en nuestras mentes. Y aún sería mejor que sugiriéramos a nuestra inteligencia: « ¿Cómo le sonaría esto que he dicho a Homero si estuviera aquí presente, o a Demóstenes, y cómo habrían reaccionado?» Realmente, sería la prueba suprema el imaginar tal tribunal y audiencia para nuestras producciones personales y, con la imaginación, someter muestras de nuestros escritos al criterio de tales maestros.»

Un actor representaría su papel con doble autenticidad si supiera que le está escuchando entre los espectadores un famoso maestro del arte dramático. Un atleta se esforzaría doblemente si supiera que el estadio estaba lleno de famosos campeones olímpicos que estaban allí para presenciar su actuación. Es algo esencial en la vida cristiana el hecho de que se vive ante la mirada de los héroes que vivieron, sufrieron y murieron por la fe en su generación. ¿Cómo vamos a dejar de esforzarnos para hacerlo lo mejor posible cuando nos está observando una audiencia tal?

(iii) En la vida cristiana tenemos algo en contra. Es verdad que estamos inmersos en la grandeza del pasado, pero también en los estorbos de nuestro propio pecado y las imperfecciones de nuestro tiempo. Nadie se pondría a escalar el Everest con la mochila cargada de toda clase de cosas pesadas e inútiles. Si queremos llegar lejos tendremos que viajar ligeros. En la vida tenemos muchas veces que desembarazarnos de cosas. Puede que sean hábitos, o placeres, o excesos, o contactos que nos condicionan. Debemos despojarnos de ellos como hace el atleta con el chándal cuando se dirige a la línea de salida; y no será raro que necesitemos la ayuda de Cristo para hacerlo.

(iv) En la vida cristiana necesitamos *equilibrio*. Eso es lo que quiere decir *entereza inalterable*. La palabra *hypomoné* no se refiere a la paciencia que acepta las circunstancias, sino a la que las domina. No es nada meramente romántico lo que nos da alas para sobrevolar las dificultades y los obstáculos, sin prisas pero sin indolencia, sino la determinación que persiste en el

esfuerzo y rechaza el desánimo. Los obstáculos no la intimidan, y las dificultades no le quitan la esperanza. Es una entereza inaltable que se mantiene hasta alcanzar la meta.

(v) En la vida cristiana tenemos *un ejemplo*, que es el mismo Jesús. Para alcanzar la meta que se le había propuesto, lo soportó todo; para llegar a la victoria tenía que pasar por la Cruz. El autor de *Hebreos* tiene una gran intuición cuando dice de Jesús *que no se dejó impresionar por la terrible vergüenza que implicaba la Cruz*. Jesús era sensible; nunca ha habido una persona con un corazón más sensible. La Cruz era algo humillante, reservado para los peores criminales y para los que la sociedad consideraba escoria -pero Jesús la aceptó. Felipe Neri aconsejaba *spernere mundum, spernere te ipsum, spernere te spemi-* «despreciar el mundo, despreciarte a ti mismo y despreciar el hecho de que te desprecien.» Si Jesús lo pudo soportar, nosotros también podremos con Su ayuda.

(vi) En la vida cristiana tenemos *una presencia*, la presencia de Jesús, Que es al mismo tiempo la meta y el compañero de viaje, hacia el Que nos dirigimos y con Quien vamos. Lo maravilloso de la vida cristiana es que proseguimos adelante rodeados de santos, sin interés en nada más que en la gloria de la meta, y siempre en compañía del Que ha recorrido el camino y alcanzado la meta, Que nos espera para darnos la bienvenida cuando llegemos al fin de la carrera.

EL NIVEL DE COMPARACIÓN

Hebreos 12:3, 4

Tened presente al Que sufrió resueltamente tamaña oposición por parte de los pecadores, y comparad vuestra vida con la Suya, para no desmayar ni flojear en vuestro espíritu. En vuestra lucha contra el pecado no habéis llegado hasta el punto de morir por vuestra fe.

El autor de *Hebreos* usa dos palabras muy gráficas cuando habla de *desmayar y flojear*. Son las que usa Aristóteles refiriéndose a un atleta que se deja caer en el suelo de puro agotamiento *después de* alcanzar la meta; así es que aquí se nos dice: «No os rindáis antes de tiempo; no os hundáis hasta que hayáis pasado la línea de meta.»

Para animar a sus lectores usa dos argumentos.

(i) Para ellos la contienda cristiana no había llegado al punto de sacrificar la vida. Cuando habla de «resistir hasta la sangre» (R-V) usa la misma frase que los líderes macabeos cuando les decían a sus tropas que lucharan hasta la muerte. El autor de *Hebreos* se lo dice a sus lectores, comenta Moffatt, no para echarles nada en cara, sino para avergonzarlos. Cuando piensan en lo que los héroes del pasado habían pasado para hacer su fe posible, no se sumirían en la pasividad ni se arredrarían ante el conflicto.

(ii) Los exhorta a que comparen lo que tienen que sufrir con lo que sufrió Jesús. El abandonó la gloria que Le pertenecía; se sumió en todas las estrecheces de la vida humana; arrojó la hostilidad de los hombres; por último, dio su vida en la Cruz. Así que, de hecho, el autor de *Hebreos* demanda: «¿Cómo te atreves a comparar lo que tienes que sufrir con lo que sufrió Jesús? Él lo hizo todo por ti... ¿Qué estás tú dispuesto a hacer por Él?»

Estos dos versículos subrayan lo costoso de la fe cristiana. Costó la vida de los mártires, y costó la vida del Hijo de Dios. Una cosa que ha costado tanto no se puede tomar a la ligera. Una herencia así no se puede transmitir contaminada. Estos dos versículos expresan la demanda que recibe todo cristiano: «¡Muéstrate digno del Sacrificio que hicieron por ti tantos hombres y Dios mismo!»

LA DISCIPLINA DE DIOS

Hebreos 12:5-11

¿Es que habéis olvidado ya lo que se os ha advertido? Una advertencia que se os dirige como a hijos: < Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina que te viene del Señor, ni te desanimes cuando Él te pone a prueba; porque el Señor disciplina al que ama, y castiga a todos los que recibe como hijos. » Debéis soportarlo todo como disciplina. Dios os envía estas cosas porque os trata como a hijos. ¿Qué clase de hijo sería el que no recibiera la educación de su padre? Si se os dejara sin disciplina, esa disciplina que corresponde a todos, sería porque no sois hijos legítimos. Sin duda es verdad que tenemos padres humanos que nos educan, y los respetamos. Pues, cuánto más debemos someternos al Padre de los espíritus humanos; porque ésa es la única manera de encontrar la vida real. Fue sólo durante un poco de tiempo cuando nuestros padres humanos nos educaron, y eso de la manera que les parecía mejor; pero Dios nos educa para nuestro bien supremo, para capacitarnos para que participemos de Su propia santidad. La disciplina no le parece agradable a nadie, especialmente cuando la está pasando; pero después produce un fruto que es para nuestro bien supremo: el fruto de una vida de integridad les está reservado a los que se entrenan con esa disciplina.

El autor de *Hebreos* establece aún otra razón por la que sus lectores deben estar dispuestos a soportar la aflicción cuando los alcanza. Les ha exhortado a soportarla porque así lo hicieron los grandes santos del pasado. Les ha exhortado a soportarla porque todo lo que tengan que sufrir es poco comparado con lo que Jesucristo sufrió por ellos. Y ahora dice que deben soportar las adversidades porque Dios nos las envía para nuestra educación, sin la que la vida no valdría gran cosa.

Al estudiar este pasaje debemos tener presente la íntima relación que existe entre las palabras *disciplina* y *discípulo* y *discipulado*. Su primer sentido es el de *aprendizaje* o *educación*. Es verdad que también tienen el sentido de *castigo*; pero, como se ve claramente por este pasaje, no es el castigo que la ley penal inflige a los malvados, sino el castigo paterno que tiene por objeto la corrección. En general podemos comprender que disciplina quiere decir educación; pero no una educación permisiva y consentidora, sino que recurre al castigo cuando es necesario para bien del hijo. Es también provechoso considerar el sentido militar y deportivo de la disciplina, que tantas veces se presenta como un ejemplo a considerar en la vida cristiana.

Un padre siempre disciplina a su hijo. No sería señal de amor dejarle hacer lo que le diera la gana sin preocuparse; más bien sería señal de que el padre no considera a esos chicos como sus propios hijos, de los que se siente responsable. Nos sometemos a la disciplina que un padre terrenal nos aplica por poco tiempo, hasta que llegamos a la mayoría de edad, y que a veces es bastante arbitraria. El padre terrenal es aquel al que le debemos nuestra vida física; pero, cuánto más debemos someternos a la disciplina de Dios, a Quien debemos nuestro espíritu, que es inmortal, y Que, en Su sabiduría, no busca sino nuestro bien supremo.

Hay un curioso pasaje en la *Ciropedia* de Jenofonte. Hay una discusión sobre cuál es más útil al mundo, si el que hace reír a los hombres o el que les hace llorar. Aglaitidas dice: « El que hace reír a sus amigos me parece que les hace un flaco servicio comparado con el que les hace llorar; si lo consideras detenidamente, tú también te darás cuenta de que estoy diciendo la verdad. En cualquier caso, los padres desarrollan el autodomínio de sus hijos al hacerles llorar, y los maestros les enseñan buenas lecciones a sus discípulos de la misma manera, y las leyes también hacen que los ciudadanos sigan la justicia haciéndoles llorar. Pero, ¿podrías decir que los que nos hacen reír nos hacen más capaces el cuerpo o la mente para dirigir nuestros asuntos o los del estado? » El punto de vista de Aglaitidas era que es el hombre que impone la disciplina el que de veras hace bien a sus semejantes.

Sin duda este pasaje produciría un doble impacto a los que lo leyeran por primera vez, porque todo el mundo conocía esa cosa tan importante que era la *patria potestas*, el poder del padre. El padre romano tenía por ley un poder absoluto sobre su familia. Si el hijo se casaba, el padre seguía teniendo poder absoluto sobre él y sobre los nietos que nacieran. Esto empezaba desde el principio: un padre romano podía quedarse con el hijo recién nacido o rechazarle si quería. Podía atar y apalear a su hijo; o venderle como esclavo; o hasta quitarle la vida. Es verdad que, cuando un padre estaba a punto de adoptar serias medidas contra un miembro de su familia, normalmente convocaba una reunión de todos los miembros adultos varones; pero no tenía por qué hacerlo. También es verdad que, más adelante, la opinión pública no permitía que un padre ejecutara a su hijo; pero eso sucedió ya en los tiempos de Augusto. Salustio, el historiador latino, nos cuenta un incidente durante la conspiración de Catilina. Catilina se rebeló contra Roma, y entre los que salieron para unirse a sus fuerzas estaba Aulo Fulvio, hijo de un senador romano. A Aulo Fulvio le arrestaron y trajeron a Roma, y su propio padre le juzgó y condenó a muerte. Para la *patria potestas* un hijo no alcanzaba nunca la independencia; podía haberse dedicado a la carrera política, estar a cargo de altas magistraturas, ser honrado por todo el país... pero, nada de eso le hacía estar fuera, ni siquiera en parte, de la autoridad de su padre mientras éste viviera. Si ha

habido un pueblo que supiera lo que era la disciplina paterna, eran los romanos; y cuando el autor de *Hebreos* escribía acerca de la disciplina de un padre terrenal, los destinatarios de su carta sabían muy bien de lo que estaba hablando.

Así que el autor insiste en que debemos ver las pruebas de la vida como la disciplina de Dios, y como enviadas, no para nuestro daño, sino para nuestro bien supremo y último. Para demostrar su argumento cita *Proverbios 3:11, 12*. La disciplina que Dios nos manda se puede considerar de muchas maneras.

(i) Se puede *aceptar* resignadamente. Eso era lo que decían los estoicos. Mantenían que absolutamente nada sucede en el mundo fuera de la voluntad de Dios; por tanto, inferían, no podemos hacer más que aceptarla. Hacer otra cosa sería machacarse la cabeza contra los muros del universo. Es posible que sea ésta la decisión más sabia; pero no se puede negar que se trata de aceptar el poder, y no el amor, del Padre.

(ii) Se puede aceptar la disciplina *con el sentido ceñudo de acabar con ella lo más pronto posible*. Cierta famoso romano decía: «No voy a dejar que nada me interrumpa la vida.» Si se acepta así la disciplina, se la considera una imposición que hay que pasar a regañadientes, pero no con agradecimiento.

(iii) Se puede aceptar la disciplina *con un complejo de víctima que conduce al derrumbamiento final*. Hay personas que, cuando se encuentran en una situación difícil, dan la impresión de ser los únicos a los que la vida trata con dureza. Sólo piensan en compadecerse a sí mismos.

(iv) Uno puede aceptar la disciplina *como un castigo que se le impone*. Es curioso que, por aquel tiempo, los romanos veían en los desastres personales y nacionales simplemente la venganza de los dioses. Lucano escribió: « ¡Feliz sería Roma, y benditos serían sus habitantes, si los dioses estuvieran tan interesados en cuidar de los humanos como parecen estarlo en infligir

venganza!» Tácito mantenía que los desastres de la nación eran prueba de que los dioses estaban más interesados en el castigo que en la seguridad de los humanos. Todavía hay quienes consideran vengativo a Dios. Cuando les sucede algo a ellos o a sus seres queridos, se preguntan: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?» Y hacen la pregunta en un tono que delata su convicción de que Dios se ha equivocado o pasado en el castigo. Nunca se les ocurre preguntar: «¿Qué está enseñándome Dios mediante esta experiencia?»

(v) Hemos llegado a la última actitud. Se puede aceptar la disciplina *porque nos viene de un Padre amoroso*. Jerónimo dijo una paradoja que encierra un gran verdad: «La peor ira de Dios sería que dejara de enfadarse con nosotros cuando pecamos.» Quería decir que el supremo castigo sería que Dios nos dejara por imposibles. El cristiano sabe que «la mano del Padre nunca causará a Su hijo una lágrima innecesaria», y que todo vale para hacerle a uno más sabio y mejor persona.

Dejaremos de compadecernos de nosotros mismos si recordamos que no hay disciplina de Dios que no venga del manantial de Su amor y que no sea para nuestro bien.

DEBERES, OBJETIVOS Y PELIGROS

Hebreos 12:12-17

Así que, ¡arriba esos brazos caídos! ¡Firmes esas rodillas temblonas! Encaminad vuestros pasos por senderos derechos para que no se os disloquen los huesos de tanto cojear, sino se curen. Haced de la paz vuestro objetivo, y todos a una; y proponed esa santidad sin la que nadie puede ver al Señor. Guardaos de perder ninguno la Gracia de Dios. Guardaos de que ninguna influencia perniciosa se desarrolle y os envuelva en problemas, y guardaos de que el cuerpo principal de vuestro pueblo se contagie de tal cosa. Guardaos de caer ninguno en impureza sexual o volver a la vida del mundo como hizo Esaú, que renunció a sus derechos de primogénito a cambio de una comida. Ya sabéis muy bien que, cuando quiso después reclamar la bendición

que podría haber heredado, se le rechazó; es decir, que ya no tuvo oportunidad para cambiar de actitud aunque buscó esa bendición con lágrimas.

En este pasaje el autor de *Hebreos* trata de los problemas de la vida diaria del cristiano. Sabía que a veces se le concede a uno el remontarse con alas de águila; sabía que a veces le es posible a uno correr sin fatigarse para perseguir algún gran objetivo; pero también sabía que lo más difícil es recorrer fielmente la distancia de cada día sin desmayar (*Isaías 40:31*).

Aquí está pensando en la lucha cotidiana del cristiano.

Empieza recordándoles a sus lectores sus *deberes*. En todas las iglesias y sociedades cristianas hay algunos que son más flojos y más propensos a despistarse y a abandonar la lucha. Es la obligación de los más fuertes el inyectar nuevo vigor en los brazos caídos y fuerza fresca en los pies vacilantes. La frase que se usa para *brazos flojuchos* es la misma que se usa para describir a los israelitas cuando querían abandonar los rigores del viaje por el desierto y volverse atrás, a lo que entonces les parecía la comodidad y la abundancia de Egipto.

Los Salmos de Salomón 6:14ss contienen una descripción del trabajo de los verdaderos servidores y ministros:

Han humedecido los labios resecos, y han elevado la voluntad desmayada... y los miembros decaídos han fortalecido y confirmado.

Una de las mayores glorias de la vida es la de animar al que está al borde de la desesperación e infundirle fuerza al que se encuentra agotado. Para ayudar a estas personas tenemos que enderezarles y allanarles el camino. El cristiano tiene un doble deber: hacia Dios y hacia sus semejantes. *EL testimonio de Simeón 5:2, 3*, contiene una iluminadora descripción del deber del hombre bueno: «Haz que tu corazón sea bueno a la vista de Dios, y tus caminos derechos a la vista de los hombres; así hallarás favor a la vista de Dios y a la de los hombres.»

A Dios se Le debe presentar un corazón limpio; y, a los hombres, una vida íntegra. Es un deber cristiano el mostrarles a los hombres un camino recto para andar, mantenerlos en el buen camino mediante el ejemplo personal, quitar del camino todo lo que les pueda hacer tropezar, facilitarles la marcha a los que tienen pies débiles o inseguros. Uno debe ofrecer el corazón a Dios, y su servicio y ejemplo a sus semejantes.

(ii) El autor de *Hebreos* pasa luego a los *objetivos* que se debe proponer siempre el cristiano.

(a) Debe proponerse como objetivo *la paz*. En la lengua y el pensamiento hebreos la paz no era una condición negativa, sino intensamente positiva. No era sólo la ausencia de guerra, sino dos cosas. La primera, todo lo que contribuye al sumo bien del hombre. Como lo veían los hebreos, el sumo bien era el encontrarse en obediencia a Dios. *Proverbios* dice: «Hijo mío, no te olvides de Mi Ley, sino guarde tu corazón Mis mandamientos: porque te añadirán abundancia de días y longitud de vida y paz» (3:1, 2). Uno de los objetivos del cristiano debe ser esa completa obediencia a Dios en la que la vida encuentra la mayor felicidad y bien y realización: su paz. La segunda cosa que quiere decir la paz es la perfecta relación entre las personas.

Representa un estado del que se ha desterrado el odio y todos buscan el bien de los demás. *Hebreos* dice: «Proponeos la perfecta convivencia que debe ser característica de los cristianos, en la unidad real y verdadera que viene de vivir en Cristo.»

La paz que buscamos es la que viene de la obediencia a la voluntad de Dios, la que eleva la vida humana a su más alta realización y nos permite vivir en perfecta relación con los demás, y hacer que esta relación se desarrolle.

Hay otra cosa en que debemos fijarnos: hay que *estudiar detenidamente* esa clase de paz. Esto requiere un esfuerzo; no es una cosa que se da sin más ni más. Requiere esfuerzo y sudor mental y espiritual.

Dios nos da Sus dones, pero no por nada; tenemos que *ganármolos*, porque sólo los podemos recibir si cumplimos las condiciones de Dios, y la condición suprema es *la obediencia*.

(b) Debe proponerse como objetivo *la santidad (haguiasmris)*. *Haguiasmós* es de la misma familia que el adjetivo *háguios*, que se suele traducir por *santo*. La raíz significa *diferencia y separación*. Aunque vive en el mundo, el que es *háguios* siempre es diferente de él en algún sentido, y está separado de él. Sus categorías no son las de este mundo, ni tampoco su conducta. Su objetivo no es quedar bien con los hombres, sino con Dios. *Haguiasmós*, según la precisa definición de Westcott, es < la preparación para la presencia de Dios. » La vida del cristiano tiene como meta suprema entrar y estar en la presencia de Dios.

(iii) El autor de *Hebreos* prosigue señalando los *peligros* que amenazan a la vida cristiana.

(a) Está el peligro de *perder la Gracia de Dios*. La palabra que usa se podría parafrasear por *fallar o dejar de mantenerse en la Gracia de Dios*. El antiguo comentarista griego Teofilacto lo interpreta en términos del viaje de una compañía que comprueba de cuando en cuando: « ¿Se nos ha perdido alguno? ¿Se ha quedado alguien atrás? » (Cp. *Reina-Valera*: « no sea que alguno deje de alcanzar »). En *Miqueas 4:6* tenemos un texto gráfico: « En aquel día, dice el Señor, juntaré la que cojea, y recogeré la descarnada. » Moffatt traduce: « Recogeré a los rezagados ». Es fácil despistarse o rezagarse en vez de proseguir la marcha, y así perder la Gracia de Dios como el que pierde el tren. En esta vida no hay oportunidad que no se pueda perder. La Gracia de Dios nos presenta la oportunidad de hacernos a nosotros mismos lo que Dios quiere que seamos, y la vida lo que Dios quiere que sea. Puede que uno, por letargo, despiste, imprevisión o procrastinación, pierda las oportunidades que le ofrece la Gracia. Contra tal peligro debemos mantenernos siempre en guardia.

(b) Está el peligro de lo que la versión Reina-Valera expresa diciendo: « que brotando alguna raíz de amargura os estorbe, y por ella muchos sean contaminados », y otras traducciones la llaman « una raíz que produce fruto venenoso y amargo. » La frase procede de *Deuteronomio 29:18*, y *allí* describe al que

se aparta tras dioses extraños y anima a otros a hacer lo mismo, convirtiéndose en una influencia perniciosa para la vida de la comunidad. El autor de *Hebreos* advierte del peligro de las malas influencias. Hay algunos que piensan que los principios cristianos son innecesariamente estrictos y minuciosos, y que no ven por qué no hemos de aceptar los criterios del mundo. Esto sucedía también en la Iglesia Primitiva. Era una isleta de Cristianismo rodeada de un mar de paganismo. Sus miembros eran en muchos casos cristianos de la primera generación. Era fácil retroceder a los viejos niveles. Esta es una advertencia del peligro de infección del mundo que se puede introducir y extender, deliberada o inconscientemente, en la sociedad cristiana.

(c) Está el peligro de *caer en la inmoralidad o volver ala manera de vivir del mundo (bébélos, R-V « profano »)*. La palabra original tiene un trasfondo interesante. Se aplicaba al terreno que era *profano*, en oposición al terreno *consagrado*. En el mundo antiguo había religiones en las que solamente los iniciados podían participar. *Bébélos* era cualquier persona que no estuviera iniciada ni interesada, en contraposición con el que era *devoto*. Se aplicaba a hombres como Antíoco Epifanes, que se dedicó sistemáticamente a acabar con la verdadera religión; y también se aplicaba a los judíos apóstatas que habían renegado de Dios. Westcott resume esta palabra diciendo que describe al hombre cuya mente no reconoce la existencia de nada por encima de la Tierra, para el que nada es sagrado, que no tiene respeto a lo invisible. Una vida profana es la que no tiene en cuenta a Dios ni tiene interés en El. En sus pensamientos, proyectos y placeres se limita exclusivamente a lo material. Debemos tener cuidado, no sea que nos dejemos llevar a la deriva a una actitud de mente y de corazón que no tiene más horizontes que los de este mundo, porque por ese camino sucumben la castidad y la dignidad humana.

Para resumir lo dicho, el autor de *Hebreos* cita el ejemplo de Esaú. Realmente pone dos historias juntas: *Génesis 25:2834* y *Génesis 27:1-39*. En la primera se nos presenta a Esaú

volviendo del campo con un hambre atroz, y vendiendo la primogenitura a Jacob por una parte de la comida que estaba preparando. La segunda historia nos cuenta cómo se las arregló Jacob para robarle astutamente a Esaú la primogenitura haciéndose pasar por él cuando Isaac estaba viejo y ciego, ganando así la bendición que pertenecía a Esaú por haber nacido el primero de los dos. Fue cuando Esaú buscó la bendición que Jacob le había usurpado, y supo que ya no podía ser suya, cuando se puso a gritar y a llorar (*Génesis 27:38*).

Hay aquí más de lo que aparece en la superficie. En las leyendas hebreas y en las elaboraciones de los rabinos se había llegado a considerar a Esaú un hombre absolutamente sensual que no ponía nada por encima de sus necesidades y apetencias corporales. Una leyenda hebrea dice que, mientras Jacob y Esaú, que eran mellizos, estaban en el vientre de su madre, Jacob le dijo a Esaú: « Hermano mío, hay dos mundos delante de nosotros, éste y el por venir. En este mundo la gente come y bebe y comercia y se casa y cría hijos e hijas, pero todo eso no tiene parte en el mundo venidero. Si quieres, quédate con este mundo, y

yo me quedaré con el otro.» Y Esaú se dio por contento de quedarse con este mundo, porque no creía que había otro. Aquel mismo día que Jacob le usurpó la bendición de Isaac, dice la leyenda que Esaú había cometido cinco pecados: «Había tomado parte en un culto idolátrico; había derramado sangre inocente; había perseguido a una joven que estaba comprometida; había negado la vida del mundo venidero y había despreciado su primogenitura.»

La interpretación hebrea veía a Esaú como un hombre sensual, que no reconocía más placeres que los groseros de este mundo. Cualquier hombre así vende su primogenitura, porque uno rechaza su herencia cuando rechaza la eternidad.

El autor de *Hebreos* dice, según la versión Reina-Valera, que Esaú « no hubo oportunidad para el arrepentimiento.» La palabra griega para *arrepentimiento* es *metánoia*, que quiere decir literalmente *un cambio de actitud, o de mentalidad*. Es mejor decir que a Esaú le era imposible cambiar de opinión

o de mentalidad. No es que se le impidiera el acceso al perdón de Dios, sino, sencillamente, que es un hecho inexorable que hay ciertas decisiones de las que no se puede volver atrás, y ciertas consecuencias que no se pueden evitar. Un ejemplo sencillo: si un hombre pierde su pureza, o una mujer su virginidad, voluntariamente, esa pérdida no se puede reponer. Se ha tomado una decisión, y queda una situación irreversible. Dios quiere y puede perdonar, pero no volver atrás el reloj. Haremos bien en tener presente que hay cosas que son decisivas en la vida. Si, como Esaú, seguimos el camino de este mundo y consideramos que lo único que cuenta son las cosas del cuerpo; si escogemos los placeres del tiempo por encima de las bendiciones eternas, Dios puede y quiere perdonar, pero habrá cosas que se han hecho y que no se pueden deshacer. Hay ciertas situaciones en las que ya no se puede cambiar de mentalidad, y se ha de seguir en la línea de las decisiones que se han tomado.

EL TERROR DEL ANTIGUO PACTO Y LA GLORIA DEL NUEVO

Hebreos 12:18-24

No es a algo que se puede tocar a lo que habéis venido, ni al fuego llameante, la niebla y la oscuridad y la tempestad terrible, ni a los trompetazos, ni a la voz que decía tales cosas que los que la oían suplicaban que no se les dijera ni una palabra más, porque no podían soportar la orden: «Al que toque el monte, aunque sea sólo un animal, hay que apedrearlo.» Tan aterrador era lo que se veía que Moisés dijo: «Estoy temblando de miedo.» Por el contrario, habéis venido al Monte de Sión y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, con sus miriadas de ángeles reunidos en jubilosa asamblea; habéis venido a la asamblea de los distinguidos

cuyos nombres figuran en los registros del Cielo, al Dios que es el Juez de todos, a los espíritus de los justos que han alcanzado la meta para la que fueron creados... ¡y a Jesús, el Mediador del Nuevo Testamento, y a la Sangre rociada, que pregona un Mensaje más glorioso que la sangre de Abel!

En este pasaje se nos presenta el contraste entre el Antiguo Pacto, que se estableció con la promulgación de la Ley en el Monte Sinaí, y el Nuevo Pacto, del que Jesús es Mediador. Hasta el versículo 21 nos llega un eco tras otro de la historia de la promulgación de la Ley, que *Deuteronomio 4:11* nos describe diciendo: «Y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad. Y el Señor habló con vosotros desde en medio del fuego.» *Éxodo 19:12, 13* habla de aquella terrible montaña inasequible: « Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocara el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando se haga un toque largo de trompeta, subirán al monte.» *Deuteronomio 5:23-27* cuenta que el pueblo temía tanto oír la voz de Dios directamente, que le pidieron a Moisés que fuera él y les trajera el mensaje de Dios: « Si oímos otra vez la voz del Señor nuestro Dios, nos moriremos.» *Deuteronomio 9:19* alude al terror de Moisés, pero el autor de *Hebreos* ha transferido estas palabras a la escena de la promulgación de la Ley, aunque en la historia original las pronunció Moisés cuando bajó de la montaña y se encontró con que el pueblo estaba adorando el becerro de oro. Todo el pasaje hasta el versículo 21 incluye reminiscencias de la historia del Monte Sinaí; y todos los detalles subrayan el horror de la escena. En tres cosas se hace hincapié. (i) *La majestad soberana de Dios*. Es Su poder lo que se manifiesta, no Su amor. (ii) *La absoluta inaccesibilidad de Dios*. Lejos de estar abierto el acceso a Dios, el que intente acercarse a Él encontrará

la muerte. (iii) *El absoluto terror de Dios*. Aquí no hay más que un temor sobrecogedor que tiene miedo de mirar y aun de oír.

Y entonces, a partir del versículo 22, vemos la diferencia. La primera sección trata de todo lo que el hombre podía esperar bajo el Antiguo Pacto: un Dios de majestad solitaria, separado absolutamente del hombre y que inspira un terror demoledor. Pero el cristiano ha entrado en un Nuevo Pacto y en una relación nueva con Dios que es amor.

Hebreos hace una especie de lista de las nuevas glorias que esperan al cristiano.

(i) Le espera la Nueva Jerusalén. Se acaba este mundo, con toda su transitoriedad, sus miedos, sus misterios y sus separaciones, y al cristiano se le ofrece una vida nueva.

(ii) Le esperan los ángeles, reunidos en jubilosa asamblea. La palabra es *panéguyris*, que se usaba para hablar de una jubilosa asamblea nacional en honor de los dioses. Describía para los griegos un día de fiesta muy alegre en el que todo el mundo se lo pasaba estupendamente. Para el cristiano, el gozo del Cielo es tal que hace que hasta los ángeles se pongan jubilosos.

(iii) Le espera el pueblo escogido de Dios. El autor de *Hebreos* usa dos palabras para describirlo. Dice literalmente que son *los primogénitos*. Lo que caracteriza al *primogénito* es que le corresponden la herencia y el honor. Dice que son aquellos cuyos nombres figuran en los registros del Cielo. En la antigüedad, los reyes guardaban un registro de los ciudadanos fieles. Así es que al cristiano le esperan todos los que Dios ha distinguido y ha considerado súbditos fieles de Su Reino.

(iv) Le espera Dios el Juez. El autor de *Hebreos* no olvida nunca que, al final de todo, el cristiano tendrá que presentarse ante el tribunal de Dios. Allí está la gloria; pero permanece el temor de Dios. El Nuevo Testamento no corre nunca peligro de convertir la idea de Dios en algo sensiblero.

(v) Le esperan los espíritus de los justos que han alcanzado su meta. Antes le rodeaban como una nube invisible; al fin, el cristiano será uno de ellos; se habrá reunido con aquellos cuyos nombres están en el cuadro de honor de Dios.

(vi) Por último, el autor de *Hebreos* dice que allí le espera Jesús, el Que inició este Nuevo Pacto e hizo posible esta nueva relación con Dios. Fue Él, el Sumo Sacerdote perfecto y el perfecto Sacrificio, el que hizo accesible lo inaccesible, y eso al precio de Su Sangre. Así es que la sección termina con el curioso contraste entre la sangre de Abel y la de Jesús. Cuando Abel fue asesinado, su sangre pedía venganza desde la tierra (*Génesis 4:10*); pero cuando Jesús fue asesinado, Su Sangre abrió el camino de la reconciliación. Su Sacrificio hizo que los hombres pudieran ser amigos de Dios.

La humanidad había vivido bajo el terror de la Ley; Dios estaba a una distancia infranqueable de terror paralizador. Pero, cuando Jesús vino y vivió y murió, el Dios tan distante se hizo cercano, y se abrió el acceso a Su presencia.

LA OBLIGACIÓN SUPREMA

Hebreos 12:25-29

Cuidaos mucho de resistiros a escuchar Su voz; porque, si los que se resistieron a escuchar al que traía los oráculos de Dios a la Tierra no escaparon impunes, con mucha más razón no escaparemos nosotros si prestamos oídos sordos al Que nos habla desde el Cielo. En aquella ocasión Su voz sacudió la Tierra; pero ahora, la palabra de la promesa dice: «Aún una vez más, y sacudiré no sólo la Tierra, sino también el Cielo.» La frase «aún una vez más, etc.» se refiere a la mutación de las cosas que se pueden sacudir, porque no son más que cosas creadas, para que queden las que son incommovibles. Por tanto, démosle gracias a Dios porque hemos recibido un Reino que no se puede hacer vacilar, un Reino en el que debemos adorar a Dios de una manera que Le sea aceptable, con reverencia y con temor; porque nuestro Dios es también fuego devorador.

Aquí el autor empieza con un contraste que es también una advertencia. Moisés trajo a la Tierra los oráculos de Dios. La palabra que usa (*jrématiszein*) implica que Moisés fue sólo el que *transmitió* aquellos oráculos, el instrumento que Dios usó para hablar; pero, a pesar de todo, el que quebrantaba aquellos mandamientos no escapaba al castigo. Por otra parte, está Jesús. La palabra que se usa en relación con Él (*lalein*) implica una comunicación directa de Dios. Jesús no era simplemente un transmisor de la voz de Dios, sino *la misma voz de Dios*. Siendo así, ¡con cuánta más razón recibirá castigo el que se niega a obedecerle! Si una persona merecía la condenación por no prestar atención al mensaje incompleto de la Ley, ¡cuánto más la merecerá el que no presta atención al perfecto mensaje del Evangelio! Como el Evangelio es la plena revelación de Dios, el que lo oye tiene una doble y seria responsabilidad; y su condenación será tanto mayor si lo rechaza.

Hebreos sigue desarrollando otro pensamiento. Cuando se promulgó la Ley, la Tierra fue conmovida. «Todo el Monte Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera» (*Éxodo 19:18*). « ¡Tiembra, Tierra, en la presencia del Señor! » (*Salmo 114:7*). « La Tierra tembló, y los cielos derramaron lluvia ante la presencia del Señor » (*Salmo 68:8*). « La voz de tu trueno estaba en el torbellino; tus relámpagos iluminaron el mundo; se estremeció y tembló la Tierra » (*Salmo 77:18*).

El autor de *Hebreos* encuentra otra referencia a un temblor de tierra en *Hageo 2:6*. Allí, la traducción griega del *Antiguo Testamento* dice: «Una vez más, dentro de algún tiempo -el texto hebreo dice «muy pronto»-, sacudiré los cielos y la Tierra y el mar y la tierra seca.» El autor de *Hebreos* lo toma como un anuncio del día en que esta Tierra pasará y empezará la nueva era. Ese día se destruirá todo lo mutable; lo único que quedará serán las cosas inmutables, entre las que ocupa el primer lugar nuestra relación con Dios.

Todas las cosas pueden ser destruidas; el mundo, tal como

lo conocemos, puede ser desarraigado; la vida, como la experimentamos, puede llegar a su fin; pero una cosa permanecerá eternamente: la relación que el cristiano tiene con Dios.

Hebreos 13:1-6

Que no falte nunca entre vosotros el amor fraternal. No dejéis de practicar la hospitalidad; porque hubo algunos que, al cumplir con este deber, acogieron a ángeles sin darse cuenta.

Acordaos de los que están presos; porque ya sabéis por propia experiencia lo que es eso. Acordaos de los que sufren malos tratos, porque lo mismo os puede suceder a vosotros mientras estéis en el cuerpo.

Que el matrimonio sea respetado entre todos vosotros, sin dejar que se corrompa la relación matrimonial. Dios juzga a los que son adúlteros e inmorales en su conducta. Manteneos libres del amor al dinero. Contentaos con lo que tenéis; porque Dios ha dicho: «No te voy a fallar ni a olvidar nunca.» Así es que podemos decir con confianza: «El Señor es el Que me ayuda: no tendré miedo. ¿Qué me pueden hacer los hombres?»

Al llegar al final de la carta, el autor de *Hebreos* trata de algunos asuntos prácticos. En esta sección bosqueja cinco cualidades esenciales de la vida cristiana.

(i) Está *el amor fraternal*. Las mismas circunstancias en que vivía la Iglesia Primitiva ponían en peligro a veces el amor fraternal. El mismo hecho de tomar tan en serio su fe era, en cierto sentido, un peligro. En una iglesia que está amenazada desde fuera y desesperadamente en serio por dentro, se presentan siempre dos peligros. Uno es el de «la caza de brujas»; es decir, el complejo de herejía. El mismo deseo de conservar la pureza de la fe provoca el que algunos se dediquen afanosamente a descubrir y eliminar al hereje y al que se ha desviado de la fe. Y el segundo peligro es el de tratar con dureza y despego al que le han faltado la fe o los nervios. La misma necesidad de una lealtad sin contemplaciones en medio de un mundo pagano y hostil tiende a añadir rigor en el trato con el que no tuvo valor para permanecer fiel a la fe en la hora de la crisis. Es una gran cosa mantener la fe en toda su pureza; pero, cuando el deseo de mantenerla nos convierte en inquisidores duros y despiadados; es que ha desaparecido el amor fraternal, y llegamos a una situación que es peor que la que queríamos evitar. Sea como sea, tenemos que combinar dos cosas: la seriedad en las materias de la fe y la amabilidad hacia la persona que se ha desviado.

(ii) Está *la hospitalidad*. El mundo antiguo respetaba y amaba la hospitalidad. Los judíos tenían un dicho: «Hay seis cosas cuyo fruto come el hombre en este mundo y por las que su estado se eleva en el mundo venidero.» Y la lista empieza por: «Ofrecer hospitalidad al forastero y visitar al enfermo.» Los griegos le daban a Zeus, como uno de sus títulos favoritos, el de *Zeus Xenios*, que quiere decir, «Zeus, el dios de los forasteros.» El viandante y el forastero estaban bajo la protección del rey de los dioses. La hospitalidad, como dice Moffatt, era un artículo de la religión antigua.

Las posadas eran sucias, caras, inseguras y de mala fama. Los griegos se resistían a que la hospitalidad dependiera del dinero; la profesión de posadero se tenía por sospechosa. En *Las Ranas*, de Aristófanes, Dioniso le pregunta a Heracles, cuando están hablando de buscar hospedaje, si sabe dónde habrá menos pulgas. Platón, en *Las Leyes*, habla de un posadero que retenía a los huéspedes hasta que le pagaban el rescate. No deja de ser significativo el que Josefo diga que Rahab, la prostituta que acogió a los exploradores de Josué en Jericó, «tenía una posada.» Cuando Teofrasto describió a un hombre de cuidado en su libro de bocetos de caracteres, dijo que era apto para encargarse de una posada o de un burdel.

En el mundo antiguo había un sistema alucinante de lo que llamaban «amistades de hospedaje.» A lo largo de los años, las familias, hasta cuando habían dejado de estar en contacto, tenían el acuerdo de que, cuando fuera necesario, se ofrecerían hospitalidad mutuamente. Esto era aún más necesario entre cristianos. Los esclavos no tenían un hogar propio al que pudieran ir. Los predicadores y los profetas itinerantes siempre estaban de camino. Por los asuntos normales de la vida, los cristianos tenían que hacer viajes. Las posadas públicas no eran solución, tanto por lo caras e inseguras como por lo inmorales. Habría en aquel tiempo muchos cristianos aislados que peleaban una vida solitaria. El Cristianismo tenía que ser, y ahora también tendría que ser, la religión de la puerta abierta. El autor de *Hebreos* dice que los que dieron hospitalidad a forasteros, a veces, sin saberlo, acogieron a ángeles de Dios. Está pensando en el ángel que vino a Abraham y Sara para decirles que iban a tener un hijo (*Génesis 18:1 ss*), y en el que vino a Manoa con un mensaje parecido (*Jueces 13:3ss*).

(iii) Está *la solidaridad con los que tienen problemas*. Es aquí donde vemos la Iglesia Primitiva en su aspecto más encantador. Sucedió a menudo que a un cristiano le metían en la cárcel, o algo peor. Podía ser por la fe, pero también por deudas, porque muchos de los cristianos eran pobres, o porque los hubieran capturado piratas o bandoleros. Entonces entraba la iglesia en acción.

Tertuliano escribe en su *Apología*: «Si resulta que hay algunos en las minas; o desterrados a las islas, o encerrados en la cárcel sólo por su fidelidad a la causa de la Iglesia de Dios, se convierten en los protegidos de su confesión.» El orador pagano Aristides decía de los cristianos: «Si se enteran de que uno de su número está en la cárcel o en dificultades por ser cristiano, todos le ofrecen ayuda en su necesidad y, si se le puede redimir, le procuran la libertad.» Cuando Orígenes era joven, se dijo de

él: « No sólo estaba al lado de los santos mártires en la cárcel y hasta que los condenaban, sino, cuando los llevaban a la muerte, los acompañaba sin temor al peligro.»

Algunas veces condenaban a los cristianos a las minas, que era como mandarlos a Siberia. *Las Constituciones Apostólicas* establecían: «Si los impíos condenan a un cristiano a las minas por causa de Cristo, no os olvidéis de él, sino mandarles de los ingresos de vuestro trabajo y sudor para su sustento y apoyo como soldado que es de Cristo.» Los cristianos buscaban a sus hermanos en la fe hasta en las selvas. De hecho había una comunidad cristiana en las minas de Fenón.

A veces había que rescatar a los cristianos que caían en poder de ladrones o bandidos. *Las Constituciones Apostólicas* establecen: «Todo el dinero que podáis reunir de vuestro trabajo honrado, destinadlo a la redención de los santos, comprando la libertad de esclavos, cautivos o prisioneros, personas maltratadas o condenadas por los tiranos.» Cuando los ladrones de Numidia se llevaron a sus amigos cristianos, la iglesia de Cartago reunió una cantidad entonces astronómica para rescatarlos, y prometió más. Hasta se daba el caso de cristianos que se vendían a sí mismos como esclavos para que se reuniera el dinero necesario para el rescate de sus anfitrionos.

Estaban preparados hasta a pagar para poderse introducir en la cárcel. Los cristianos se hicieron tan notorios por su ayuda a los presos que, al principio del siglo IV, el emperador Licinio publicó una nueva ley según la cual «nadie podía mostrar amabilidad a los condenados a prisión llevándoles comida, ni tener compasión de los que estaban muriéndose de hambre en la cárcel.» Y se añadía que, a los que descubrieran haciéndolo, se los condenaría a sufrir la misma condena que los que trataban de ayudar.

Estos ejemplos están tomados de la obra de Harnack *La expansión del Cristianismo*, y se podrían añadir otros muchos. En los primeros tiempos, ningún cristiano que sufriera por su fe se vería abandonado u olvidado por sus hermanos.

(iv) Estaba *la pureza*. Lo primero, el matrimonio se respetaba universalmente. Esto podía querer decir una de dos cosas casi opuestas. (a) Había ascetas que despreciaban el

matrimonio. Algunos, hasta llegaban a castrarse para llegar a lo que ellos consideraban la pureza. Orígenes, por ejemplo, llegó a ese extremo para poder enseñar el Evangelio también a las jóvenes. Hasta un pagano como el médico Galeno se dio cuenta de que los cristianos «incluyen a hombres y mujeres que se abstienen de cohabitar toda la vida.» El autor de *Hebreos* insiste, frente a esos ascetas, en que hay que honrar, y no despreciar, el matrimonio. (b) Había quienes estaban en peligro de volver a la inmoralidad. El autor de *Hebreos* usa dos palabras. Una denota vivir en adulterio; la otra, toda clase de impureza, tal como el vicio contra naturaleza. Los cristianos trajeron al mundo un ideal nuevo de pureza. Hasta los paganos lo reconocían. Galeno, en el pasaje antes citado, añade: «También hay en su número individuos que, en el control y dominio de sí mismos y en su seria búsqueda de la virtud, han alcanzado un nivel no inferior al de los verdaderos filósofos.» Cuando Plinio, el gobernador de Bitinia, examinaba a los cristianos e informaba al emperador Trajano, tenía que admitir, aunque estaba buscando razones para condenarlos, que en sus reuniones en el día de su Señor, «se comprometen bajo juramento, no a cometer ningún crimen, sino a no cometer robos ni hurtos ni adulterios, ni faltar a su palabra o negarse a devolver un depósito cuando se les reclama.» En los primeros tiempos, los cristianos presentaban al mundo tal ejemplo de pureza que hasta sus críticos o sus enemigos no podían por menos de admirar.

(v) Está *el contentamiento*. El cristiano tenía que mantenerse libre del amor al dinero. Tenía que estar contento con lo que tuviera; ¿y cómo no estarlo si tenía la constante presencia de Dios? *Hebreos* cita dos grandes pasajes del *Antiguo Testamento* *Josué 1: 5* y *Salmo 118:6*- para mostrar que el hombre de Dios no necesita nada más porque tiene siempre consigo la presencia y la ayuda de Dios. Nada que se le pudiera dar sería mayor riqueza.

LOS LÍDERES Y EL LÍDER SUPREMO

Hebreos 13:7, 8

Acordaos de vuestros líderes, los que os comunicaron la Palabra de Dios. Considerad cómo se despidieron de esta vida, y seguid el ejemplo de su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y para siempre.

Aquí tenemos una implícita descripción del verdadero líder. (i) El verdadero líder de la iglesia predica a Cristo y así le lleva a las personas. Leslie Weatherhead cuenta en alguna parte la historia de un chico en edad escolar que decidió hacerse pastor. Le preguntaron cuándo lo había decidido, y dijo que cuando oyó un sermón en la capilla del colegio. Le preguntaron cómo se llamaba el predicador, y dijo que no se acordaba. Lo único que sabía era que le había presentado a Jesús. Un verdadero predicador se las arregla para que le olviden a él pero no puedan olvidar al Cristo que les ha predicado.

(ii) El verdadero líder de la iglesia vive la fe, y así trae a Cristo a las vidas de las personas. Se ha definido a un santo como «una persona en la que Cristo vuelve a vivir.» El deber de un verdadero predicador no es tanto hablarles a las personas de Cristo como mostrarles a Cristo en su propia vida. La gente no presta tanta atención a lo que dice como a cómo se es.

(iii) El verdadero líder está dispuesto a morir por su fe. Da ejemplo de cómo se debe vivir y de cómo se debe morir. «Jesús, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin» (*Juan 13:1*); y el verdadero líder, habiendo amado a Jesús, Le ama hasta el fin. Su lealtad no se detiene a mitad de camino.

(iv) El verdadero líder les deja a sus seguidores dos cosas: un ejemplo y una inspiración. Quintiliano, el maestro latino de la oratoria, dijo: < Es una cosa buena saber y darle vueltas en la mente a las cosas ilustres que se hicieron en el pasado. » Epicuro aconsejaba constantemente a sus discípulos que se acordaran de los que habían vivido en la virtud en el pasado.

Si hay una cosa que la iglesia y el mundo necesiten más que ninguna otra en cada generación es un liderato así.

De aquí pasa el autor de *Hebreos* a otro gran pensamiento. Es una de las cosas de la vida que todos los líderes terrenales vienen y van. Tienen un papel que representar en el drama de la vida, y luego baja el telón. Pero Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y para siempre. Su preeminencia es permanente; su liderato, para siempre. Ahí radica el secreto del liderato terrenal: el líder verdadero es el que es liderado por Jesucristo. El Que anduvo por los caminos de Galilea es tan poderoso como siempre para vencer al pecado y amar al pecador; y, como entonces escogió a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a hacer Su trabajo, así ahora está buscando los que han de traerle a Él a los hombres, y a los hombres a Él.

EL VERDADERO Y EL FALSO SACRIFICIO

Hebreos 13:9-16

No os dejéis arrastrar por doctrinas extrañas y peregrinas, porque lo que importa es fortalecer el corazón en la gracia, y no con comer o dejar de comer diferentes clases de alimentos, que son cosas que nunca les sirvieron para nada a los que seguían esa línea de conducta. Nosotros tenemos un Altar del que no tienen derecho a comer los que sirven en el tabernáculo. Digo esto porque los cuerpos de los animales cuya sangre lleva el sumo sacerdote al Lugar Santísimo como ofrenda por el pecado, esos cuerpos se queman fuera del campamento. Por eso fue por lo que Jesús sufrió la muerte fuera de las puertas de Jerusalén: para hacer aptos a los hombres mediante Su propia Sangre para la presencia de Dios. Así que, salgamos a Él fuera del campamento, compartiendo su oprobio; porque no tenemos aquí residencia permanente, sino vamos en busca de la ciudad por venir. Así que presentemos siempre a Dios por medio de Jesucristo sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que confiesan constantemente su fe en Su Nombre. Y tampoco os olvidéis de hacer el bien y de compartirlo todo, porque esos son los sacrificios que son del agrado de Dios.

Puede que nunca se descubra el sentido exacto de este pasaje. Está claro que se estaban introduciendo doctrinas raras y falsas en la iglesia cuando se escribió esta carta. El autor de *Hebreos* no tenía necesidad de nombrarlas; sus lectores sabían muy bien a lo que se refería, porque algunos de ellos habían sucumbido, y todos estaban en peligro. Sólo podemos suponer de lo que se trataba.

Podemos empezar con un hecho esencial. El autor de *Hebreos* está convencido de que la única fuerza verdadera le viene al corazón del hombre sólo de la gracia de Dios, y que lo que se come y bebe no tiene nada que ver con su fuerza espiritual. Así es que, en la iglesia a la que estaba escribiendo había algunos que daban mucha importancia a cuestiones alimentarias. Hay varias posibilidades.

(i) Los judíos tenían leyes rígidas de alimentación, expuestas ampliamente en *Levítico 11*. Creían que podían servir y agradar a Dios comiendo o dejando de comer ciertas cosas. Es posible que hubiera en esa iglesia algunos que estaban dispuestos a abandonar la libertad cristiana para volver a someterse al yugo de las reglas y los estatutos judíos, creyendo que de esa manera adquirirían más fuerza espiritual.

(ii) Algunos griegos tenían unas ideas muy definidas acerca de la comida. Hacía tiempo que Pitágoras había dado enseñanzas en este sentido. Creía en la reencarnación; es decir, que el alma de una persona tenía que vivir en un cuerpo tras otro hasta merecer la liberación. Esa liberación se podía adelantar mediante la oración, la meditación, la disciplina y el ascetismo; así es que los pitagóricos eran vegetarianos. También estaban los que se llamaban *gnósticos*, que creían que la materia es

totalmente mala, y que hay que concentrarse en el espíritu, que es totalmente bueno. Creían por tanto que el cuerpo es esencialmente malo, y que se ha de tratar con rigor y austeridad. Reducían la comida al mínimo, y también se abstendían de comer carne. Así es que había bastantes griegos que creían que con lo que comieran o dejaran de comer fortalecían su vida

espiritual y liberaban su alma.

(iii) Ninguna de estas cosas parece encajar del todo. Aquí

el comer y beber tiene algo que ver con el Cuerpo de Cristo. El autor de *Hebreos* se retrotrae a las ceremonias del Día de la Expiación, según las cuales el cuerpo del becerro que se ofrecía por los pecados del sumo sacerdote y el cuerpo del chivo que se ofrecía por los pecados del pueblo debían consumirse totalmente en el fuego en un lugar fuera del campamento (*Levítico 16:27*). Eran ofrendas por el pecado; y la cosa era que,

aunque los que tomaran parte en aquel culto quisieran participar de la carne de los sacrificios, no les estaba permitido. El

autor de *Hebreos* ve en Jesús el perfecto Sacrificio. El paralelismo es completo para él, porque también Jesús fue sacrificado «fuera de la puerta», es decir, fuera de las murallas de Jerusalén. Las crucifixiones siempre se llevaban a cabo fuera de los pueblos. Jesús era la Ofrenda por el pecado del Pueblo; y de ahí se sigue que, de la misma manera que nadie podía comer la carne del animal que se había ofrecido por los pecados el Día de la Expiación, nadie pueda comer la carne de Jesús.

Puede que aquí tengamos la clave. Puede que hubiera algún

grupo en esa iglesia que, ya fuera en la celebración de la Cena del Señor o en las comidas congregacionales, cuando se consagraban los alimentos a Jesús, mantenían que estaban comiendo de hecho el Cuerpo de Cristo. Puede que estuvieran convencidos de que, como habían consagrado sus alimentos a Cristo, Su Cuerpo había entrado en ellos. Eso era lo que algunos griegos religiosos creían que pasaba con sus dioses. Cuando los paganos ofrecían un sacrificio; les devolvían parte de la

carne, con la que hacían una fiesta, a veces en el mismo templo; y creían que, cuando comían la carne del sacrificio, el dios al que se lo habían ofrecido estaba en aquella carne y así entraba en ellos. Puede que algunos de aquellos griegos hubieran importado esas ideas a la iglesia, y hablaban de comer el Cuerpo de Cristo.

El autor de *Hebreos* creía con toda la intensidad de su ser que no es lo que entra, por la boca lo que puede traer a Cristo a nuestra vida, y que El sólo viene por gracia y se recibe por fe. Es probable que tengamos aquí la reacción a un sacramentalismo excesivo. Es curioso que el autor de *Hebreos* no menciona nunca los sacramentos; parece que no entraban en el tema e intención de esta carta. Es probable que, ya tan pronto, había algunos que tenían una opinión mecánica de los sacramentos, olvidando que no hay sacramento en el mundo que sirva para nada en sí mismo, y que su efectividad depende del encuentro de la gracia de Dios con la fe del hombre. No es la carne, sino la fe y la gracia lo que importan.

Este extraño argumento ha hecho pensar al autor de *Hebreos*. Cristo fue crucificado fuera de las puertas de la ciudad. Fue apartado de los hombres y contado con los transgresores. Ahí el autor de *Hebreos* ve todo el cuadro. Nosotros también tenemos que separarnos de la vida del mundo y estar dispuestos a soportar el mismo oprobio que soportó Jesús. El aislamiento y la humillación pueden salirle al encuentro al cristiano como pasó con su Salvador.

Hebreos va más adelante. Si el cristiano no puede volver a ofrecer el Sacrificio de Cristo, ¿qué es lo que puede ofrecerle a Dios? Nuestro autor dice que le puede ofrecer algunas cosas.

(i) Puede ofrecerle su continua alabanza y acción de gracias. Los antiguos afirmaban a veces que una ofrenda de acción de gracias era más aceptable a Dios que una ofrenda por el pecado, porque cuando uno ofrecía un sacrificio por el pecado estaba tratando de obtener un beneficio para sí, mientras que la ofrenda de acción de gracias era sólo la expresión de un corazón agradecido. El sacrificio de la gratitud es uno que todos podemos y debemos ofrecer a Dios.

(ii) El cristiano Le puede ofrecer a Dios la pública y gozosa

confesión de su fe en el Nombre de Cristo. Esa es la ofrenda de lealtad. El cristiano siempre Le puede ofrecer a Dios una vida que no se avergüenza de mostrar a Quién pertenece y sirve.

(iii) El cristiano Le puede ofrecer a Dios las obras de amabilidad que hace a sus semejantes. De hecho, eso era algo que los judíos sabían muy bien. Después del año 70 d.C., los sacrificios del templo ya no se podían ofrecer, porque el templo había sido destruido. Los rabinos enseñaron que con el templo había desaparecido el ritual; pero la teología, la oración, la penitencia, el estudio de la Ley y la caridad eran sacrificios que se podían ofrecer y que eran equivalentes a los anteriores. Rabí Yojanán ben Zakkai llegó al convencimiento en aquellos tristes días de que «la práctica de la caridad era un sacrificio válido por el pecado.» Un antiguo escritor cristiano dice: «Esperaba que tu corazón diera fruto y que adoraras a Dios el Creador de todo y que Le ofrecieras continuamente oraciones como medios de compasión; porque la compasión que los hombres

muestran a los hombres es un sacrificio incruento y agradable a Dios.» Después de todo, Jesús mismo dijo: « En cuanto lo hicisteis por uno de los más pequeños de estos Mis hermanos, lo hicisteis por Mí» (*Mateo 25:40*). El mejor de todos los sacrificios que Le podemos ofrecer a Dios es la ayuda que prestamos a Sus hijos necesitados.

OBEDIENCIA Y ORACIÓN

Hebreos 13:17-20

Obedeced a vuestros líderes y someteos á ellos, porque ellos se privan del sueño para velar por vuestras almas, conscientes de que tendrán que dar cuenta de lo que se les ha confiado. Hacedlo así para que puedan cumplir su misión con gozo en vez de tristeza; porque, si les sois causa de tristeza, no sacaréis de ello ningún provecho.

Seguid orando por nosotros, porque creemos tener la conciencia tranquila; porque queremos vivir en todos sentidos de forma que nuestra conducta sea ejemplar. Os exhorto a que lo hagáis especialmente para que se me conceda volver a vosotros más pronto.

El autor de *Hebreos* establece el deber de la congregación hacia sus líderes presentes y su líder ausente.

A los líderes presentes la congregación les debe obediencia. Una iglesia es una democracia, pero no enloquecida; debe obediencia a los que ha escogido como guías. La obediencia no se les otorga a los líderes para gratificar su sentimiento de poder o para aumentar su prestigio. Se les debe para que al final del día pueda verse que los líderes no han perdido ninguna de las almas que fueron confiadas a su cuidado. El mayor gozo del líder de una comunidad cristiana es ver que los que lidera están establecidos en la vida cristiana. Como escribió Juan: < No puedo tener un gozo mayor que el de oír que mis hijos siguen la Verdad> (*3 Juan 4*). La mayor tristeza para un líder de comunidad cristiana es ver que sus liderados están cada vez más lejos de Dios.

Para con el líder ausente el deber de la congregación es la oración. Es un deber cristiano el traer al Trono de la Gracia a nuestros seres queridos ausentes, y recordar diariamente allí a todos los que ocupan puestos de liderato y de autoridad. Cuando Stanley Baldwin fue nombrado primer ministro del Reino Unido, sus amigos se agolparon a su alrededor para felicitarle; pero él dijo: < Lo que necesito no son vuestras felicitaciones, sino vuestras oraciones.>

Debemos respeto y obediencia a los que están en autoridad en la iglesia cuando están con nosotros, y debemos recordarlos en nuestras oraciones también cuando están ausentes.

ORACIÓN, SALUDO Y BENDICIÓN

Hebreos 13:20-24

Que el Dios de la paz, Que devolvió de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas con la Sangre del Pacto Eterno, a nuestro Señor Jesucristo, os equiepe con todo lo bueno para que hagáis Su voluntad, y cree en vosotros por medio de Jesucristo lo que es agradable a Su vista. A Él sea la gloria por siempre jamás. Amén.

Hermanos, os pido encarecidamente que soportéis esta exhortación mía; porque no es más que una breve carta lo que os envío.

Quiero que sepáis que nuestro hermano Timoteo está en libertad otra vez. Si viene pronto, os iré a ver con él. Recuerdos para todos vuestros líderes y todos los que están consagrados a Dios. Los de Italia os mandan saludos. La Gracia sea con todos vosotros. Amén.

La gran oración de los dos primeros versículos de este pasaje traza un retrato perfecto de Dios y de Jesús.

(i) Dios es el Dios de la paz. Hasta en la situación más inquietante, Dios puede darnos la paz en el corazón. Si en una comunidad hay división es porque las personas se han olvidado de Dios, y lo único que puede devolver la paz perdida es el recuerdo de Su presencia. Cuando la mente y el corazón de una persona están distraídos, y se encuentra desgarrada entre los dos lados de su propia naturaleza, lo único que le puede hacer conocer la paz es entregar su vida al control de Dios. El Dios de la paz es el único Que puede darnos la paz con nosotros mismos, con los demás y con Él.

(ii) Dios es el Dios de la vida. Fue Dios el Que devolvió a Jesús de entre los muertos. Su amor y Su poder son lo único que puede darle a un hombre la paz durante la vida y la victoria en la muerte. Jesús murió en obediencia a la voluntad de Dios, y fue esa misma voluntad la que Le devolvió de entre los

muertos. Para el que obedece la voluntad de Dios no hay tal cosa como un desastre final; hasta la misma muerte es la entrada en la Tierra conquistada.

(iii) Dios es el Dios Que nos revela Su voluntad y Que nos equipa para cumplirla. Él nunca nos asigna una tarea sin darnos al mismo tiempo el poder para cumplirla. Cuando Dios nos envía, nos envía equipados con todo lo que necesitamos.

La pintura de Jesús también es triple.

(i) Jesús es el gran Pastor de las ovejas. La alegoría de Jesús como el buen Pastor nos es muy preciosa; pero, aunque nos sorprenda, Pablo nunca la usa, y el autor de *Hebreos* sólo aquí. Hay una leyenda encantadora de Moisés que nos cuenta lo que hizo cuando había huido de Egipto y estaba cuidando las ovejas de Jetro en el desierto. Una oveja se le perdió. Moisés la buscó pacientemente hasta que la encontró bebiendo en un arroyuelo de montaña. Se le acercó, y se la echó a los hombros. «Así es que tenías sed, y por eso te extraviaste» -le dijo Moisés cariñosamente y sin guardarle rencor por el trabajo que le había dado; y así la llevó a casa. Cuando Dios lo vio, se dijo: « Si Moisés es tan compasivo con una oveja descarriada que ni siquiera es suya, es el hombre que Yo quiero como líder de mi pueblo.» Un pastor es uno que está dispuesto a dar su vida por las ovejas; las soporta por su estupidez y nunca deja de quererlas. Eso es lo que Jesús hace por nosotros.

(ii) Jesús es el Que ha establecido el Nuevo Pacto y ha hecho posible una nueva relación entre Dios y el hombre, ha quitado el terror y nos ha mostrado el amor de Dios.

(iii) Jesús es el Que murió. El mostrarnos a los hombres cómo es Dios, y abrirnos el acceso a Él, Le costó la vida. Su Sangre fue el precio de esta nueva relación.

La carta termina con algunos saludos personales. El autor de *Hebreos* medio se disculpa por su longitud. Si hubiera desarrollado estos tópicos tan profundos, nunca habría llegado al final de la carta. Es corta -Moffatt nos dice que la podemos leer en menos de una hora- en comparación con la grandeza de las verdades eternas que nos presenta.

No se sabe a qué viene la referencia a Timoteo, pero suena como si él también, el autor, hubiera estado preso por causa de Jesucristo.

Y así termina la carta, con una bendición. En toda ella ha

hablado de la Gracia de Cristo que abre el camino de acceso a Dios, y termina con la oración de que esa maravillosa Gracia se cierna y descanse sobre sus lectores.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 14-

Santiago y Pedro

PRESENTACIÓN

William Barclay dedica a las tres cartas que comenta en este volumen las introducciones más extensas y detalladas. En cuanto empezamos a leerlas nos damos cuenta de que es porque suscitan algunos problemas de autoría, lugar y tiempo a los que se han dado respuestas diversas. William Barclay, como en todas sus obras, se decanta por las explicaciones clásicas; pero no por mero tradicionalismo, sino después de cuidadoso estudio de los textos, de las circunstancias históricas y de los datos y las opiniones que nos han llegado de los primeros intérpretes de las Escrituras de la Iglesia Cristiana. Pero, eso sí: aunque William Barclay no nos deja en la menor duda en cuanto a cuál es su posición, presenta con cortesía académica las demás, dejando, como era siempre su costumbre, que el lector, debidamente informado, adopte su postura, aunque no coincida con la de Barclay.

Si cita frecuentemente a otros comentaristas, no es para hacer alarde de erudición, sino todo lo contrario: en su honradez no consentiría que se le atribuyeran como propias ideas y explicaciones que ha tomado prestadas de otros. Esa era la cualidad que William Barclay se reconocía por encima de ninguna otra: la de ser un mero transmisor de los hallazgos de las ciencias bíblicas, que rara vez llegan a los cristianos de a pie, que fue a los que *nos* dedicó casi todas sus obras. Lo mismo hace con los autores clásicos contemporáneos del *Nuevo Testamento*, imprescindibles para comprender las circunstancias y las ideas de sus autores y primeros lectores. Casi nunca da las referencias de sus citas; pero, cuando lo hace, es para dejar bien claras las que son casi de dominio público aunque no se conocen textualmente, como es el caso de la opinión de Lutero sobre la Epístola *de* Santiago.

Tal vez no sea ya, afortunadamente, tan grave causa de separación entre católicos y protestantes la supuesta discrepancia entre Santiago y Pablo acerca de la justificación por la fe o por las obras; pero su recta comprensión sigue siendo un desafío para todos los cristianos, y Barclay nos plantea la cuestión con su característica claridad, haciéndonos ver que, Santiago no se oponía al verdadero Pablo, y que Santiago y Pablo están totalmente de acuerdo en que la fe viva siempre produce obras, y ambos condenan por igual la fe muerta.

William Barclay hace comprensibles y actuales las Escrituras y presenta el mensaje del Evangelio para nosotros y para nuestro tiempo. De ahí que sus referencias no sean sólo al pasado, sino a nuestras circunstancias, necesidades y luchas actuales, en las que podemos aplicar los mismos principios que nos dejaron el Señor Jesucristo y Sus primeros testigos. Aprovecha la aparición de los grandes temas en el pasaje que comenta para darnos un verdadero estudio bíblico, como hace con el nuevo nacimiento, la Segunda Venida, la importancia de, los ancianos en la Iglesia Primitiva y en el mundo antiguo, las diversas formas de predicación en el judaísmo y el helenismo, y tantos otros temas importantes.

Pero el propósito principal de Barclay, como deja bien claro en todas sus obras, es dar testimonio de que Jesucristo no es el personaje de un libro, que vivió y murió hace mucho tiempo, sino Alguien Que está presente; y que no hay mejor manera de emplear la vida que en «conocer a Jesucristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente,» como decía un hombre de Dios inglés del siglo XIII al que William Barclay cita en las introducciones a sus libros.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN A LA CARTA DE SANTIAGO

Santiago es uno de los libros que tuvieron dificultades para entrar en el Nuevo Testamento. Hasta después de reconocerse como parte de la Sagrada Escritura se seguía tratando con reserva y suspicacia; y, hasta en el siglo XVI, Lutero lo habría excluido con gusto del Nuevo Testamento.

LAS DUDAS DE LOS PADRES

En la parte de la Iglesia que usaba el latín no aparecen citas de *Santiago* hasta mediado el siglo IV en los escritos de los padres. La primera lista de los libros del Nuevo Testamento que se trazó fue el llamado *Canon de Muratori*, fechada alrededor del año 170 d.C., y en él no figura *Santiago*. Tertuliano escribía a mediados del siglo III, y citaba profusamente la Escritura; se encuentran en sus escritos 7,258 citas del Nuevo Testamento, pero ni una sola de ellas es de *Santiago*: La primera vez que se encuentra *Santiago* en la literatura cristiana en latín es en un manuscrito llamado *Códice carbeense*, que es de alrededor de 350 d.C.; que atribuye su autoría a Santiago hijo de Zebedeo; y 4o incluye, no entre los libros indiscutibles y universalmente aceptados del Nuevo Testamento, sino entre otros tratados religiosos escritos por los antiguos padres. Así salió a la luz *Santiago*, pero no se aceptaba sin reservas. El primer escritor latino que lo cita es Hilario de Poitiers, en su obra *Sobre la Trinidad*; escrita hacia el año 357 d.C.

Entonces, si se tardó tanto en reconocer *Santiago* en la iglesia latina, y si, hasta después de reconocerlo, se miraba con cierto recelo, ¿cómo llegó a ser incluido en el Nuevo Testamento? Fue decisiva la influencia de Jerónimo, que no tuvo reparos en incluirlo en la Vulgata. Pero hasta entonces hay ciertas dudas. En su libro *Sobre hombres famosos*, escribía Jerónimo: «Santiago, al que se llama el hermano del Señor... no escribió más que una epístola, que es una de las siete epístolas católicas, y que algunos dicen que fue otro el que la publicó bajo el nombre de Santiago.» Jerónimo aceptaba plenamente esta carta como Escritura, pero percibía que había ciertas dudas en cuanto a su autoría: Esas dudas se disiparon definitivamente por el hecho de que Agustín aceptara *Santiago* sin reservas; y no dudara de que el Santiago en cuestión fuera el hermano del Señor.

El reconocimiento de *Santiago* fue tardío en la iglesia latina; durante mucho tiempo se le colocaba una especie de signo de interrogación; pero, el que Jerónimo, lo incluyera: ea la Vulgata y Agustín lo aceptara sin reservas puso punto final a la cuestión, aunque después de no poca lucha.

LA IGLESIA: SMUACA:

Se habría supuesto que la iglesia siríaca habría sido la primera en **aceptar** *Santiago*, si es verdad que se escribió en Palestina y que fue la obra del hermano del Señor; pero en la iglesia siríaca: hubo, las mismas oscilaciones. La Biblia oficial de la iglesia siríaca se llama la Pesitta, que quiere decir «la simple»; como en latín «vulgata». La tradujo Rábbula, obispo de Edesa, hacia el año 412, y fue entonces cuando se tradujo por primera vez *Santiago* al siríaco. Y hasta el año 451 no hay rastro de *Santiago* en la literatura cristiana siríaca. Desde entonces se aceptó *Santiago* ampliamente; pero en 545 d.C. Pablo de Nisibis todavía ponía en duda su derecho a formar parte del Nuevo Testamento. De hecho, no fue sino hacia mediados del siglo VIII cuando la gran autoridad de Juan Damasceno hizo por *Santiago* en la iglesia siríaca lo que había hecho Agustín en la latina.

LA IGLESIA GRIEGA

Aunque *Santiago* surgió antes en la iglesia griega que en la latina o siríaca, no obstante fue también bastante tarde. El primero en citarlo por nombre fue Orígenes, el cabeza de la escuela de Antioquía. Escribiendo a mediados del siglo III dice: « Si la fe se llama fe, pero existe aisladamente de las obras, tal fe está muerta, como leemos en la carta que se atribuye a Santiago.» Es verdad que en otras obras la cita como si no tuviera duda que fuera de Santiago, el hermano del Señor; pero otra vez aparece la sombra de la duda. Eusebio, el gran maestro de Cesarea, investigó la posición de los diferentes libros del Nuevo Testamento y sus aledaños a mediados del siglo IV. Coloca *Santiago* entre los libros «disputados»; y escribe: « La primera de las epístolas llamadas católicas se dice que es suya (de Santiago); pero debe tenerse en cuenta que algunos la consideran espuria; y no cabe duda que es cierto que son pocos los escritores antiguos que la citan.» De nuevo la sombra de la duda. Eusebio mismo aceptaba *Santiago*, pero se daba cuenta de que había otros que no. El momento decisivo en la iglesia de habla griega llegó el 367 d.C., cuando Atanasio publicó su famosa Carta de Pascua de Resurrección en Egipto. Su intención era informar a los cristianos de qué libros eran Sagrada Escritura y cuáles

no, porque parece que había muchos que se leían y se consideraban Sagrada Escritura sin serlo. En esa carta se incluye *Santiago* sin reservas, y desde entonces su posición quedó asegurada.

Así que en la Iglesia Primitiva no se ponía en duda el valor de *Santiago*; pero apareció tardíamente en todas las ramas de la Iglesia, y tuvo que pasar un tiempo en que se discutía su derecho a formar parte del Nuevo Testamento.

De hecho, la historia de *Santiago* tiene que verse todavía en relación con la Iglesia Católica Romana. En 1546, El Concilio de Trento estableció de una vez para siempre la composición de la biblia católica. Se dio una lista de libros a la que no se podía añadir ni sustraer ninguno, y que había que leer exclusivamente en la Vulgata. Los libros aparecían en dos categorías: los *protocanónicos*, es decir, los que se han aceptado incondicionalmente desde el principio; y los *deuterocanónicos*, es decir, los que gradualmente se ganaron la inclusión en la biblia católica. Aunque la Iglesia Católica Romana nunca tuvo dudas acerca de *Santiago*, sin embargo lo puso en la segunda categoría.

LUTERO Y SANTIAGO

En nuestro tiempo es cierto que *Santiago*, por lo menos para la mayoría, no está entre los libros más importantes del Nuevo Testamento. Pocos le atribuirían la misma autoridad que a *Juan*, o *Romanos*, o *Lucas*, o *Gálatas*. Todavía hay muchos que tienen reservas en relación con *Santiago*. ¿Por qué? No puede tener nada que ver con las dudas de la Iglesia Primitiva, porque no son muchos los que conocen esas cuestiones históricas en las iglesias evangélicas modernas. La razón parece ser la siguiente: en la Iglesia Católica Romana, la posición de *Santiago* se zanjó definitivamente con el edicto del Concilio de Trento; pero en el Protestantismo su historia siguió siendo turbulenta, y hasta más que eso, porque Lutero lo atacó y lo habría excluido del Nuevo Testamento. En su edición del Nuevo Testamento en alemán, Lutero puso un índice en el que se asignaba un número a los libros principales. Al final de la lista estaban *Santiago*, *Judas*, *Hebreos* y *Apocalipsis*, sin número, por considerarlos secundarios.

Lutero fue especialmente severo con *Santiago*, y el juicio adverso de un gran hombre puede ser como colgarle al libro una piedra de molino de la que ya no se libre nunca. En el

último párrafo de su *Prefacio al Nuevo Testamento* es donde se encuentra el famoso veredicto de Lutero sobre *Santiago*:

En resumen: El evangelio y la primera epístola de san Juan, las epístolas de san Pablo, especialmente Romanos, Gálatas y Efesios, y la primera epístola de Pedro son los libros que os presentan a Cristo. Os enseñan todo lo que necesitáis saber para vuestra salvación, aunque no vierais u oyerais -ningún otro libro o enseñanza. En comparación con estos, la epístola de Santiago es una epístola llena de paja, porque no contiene nada evangélico. Más sobre este asunto en otros prefacios.

Cumpliendo su palabra, Lutero desarrolló este veredicto en el *Prefacio a las Epístolas de Santiago y san Judas*. Empieza diciendo: «Tengo en alta estima la epístola de *Santiago*, y la considero muy valiosa, aunque fue rechazada en los primeros días. No desarrolla doctrinas humanas; sino hace mucho hincapié en la ley de Dios. Sin embargo, para dar mi parecer sin prejuicios contra lo que pueda opinar otro, yo no la considero apostólica.» -Y a continuación pasa a dar sus razones para rechazarla.

La primera es que, en oposición a Pablo y al **resto** de la Biblia, *Santiago* atribuye la justificación a las obras, citando equivocadamente a Abraham como si hubiera sido justificado por medio de ellas. Esto ya prueba que la epístola no puede tener un origen -apostólico.

La segunda es que ni una sola vez da a los cristianos ninguna instrucción ni hace ninguna referencia a la Pasión, Resurrección o Espíritu de Cristo. No le menciona más que dos veces. De ahí pasa Lutero -a exponer su principio para probar la apostolicidad de un libro: «La verdadera piedra de toque para probar cualquier libro es descubrir si hace hincapié en la soberanía de Cristo o no... Lo que no enseña acerca de Cristo no es apostólico, aunque lo hayan escrito Pedro o Pablo. Por otra parte, lo que presenta a Cristo es apostólico, aunque lo haya dicho Judas, Anás, Pilata ó Herodes.» En ese examen *Santiago* no obtiene el aprobado; así es que Lutero prosigue: «La epístola de *Santiago* no hace más que guiarnos a la ley y a sus obras. Mezcla una cosa con otra hasta tal punto que me hace sospechar que algún hombre bueno y piadoso compiló unas cuantas cosas que dijeron los discípulos de los apóstoles, y las puso por escrito; o tal vez esta epístola la escribió con notas que había tomado de un sermón de Santiago. Llama a la ley «ley de la libertad» (*Santiago 1:25; 2:12*), aunque san Pablo la llama «ley de esclavitud, ira, muerte y pecado» (*Gálatas 3: 23s; Romanos 4:15; 7:10s*).

Así es que Lutero llega a la siguiente conclusión: «En resumen: *Santiago* quiere hacer que se esté en guardia contra los que dependen de la fe sin pasar a las obras; pero no tiene ni el espíritu ni el pensamiento ni la elocuencia que requeriría tal empresa. Hace violencia a la Escritura, y así contradice a Pablo y toda la Escritura. Trata de conseguir haciendo hincapié

en la ley lo que los apóstoles logran atrayendo a las personas al amor. Por tanto, no le concedo un puesto entre los escritores del verdadero canon de la Biblia; pero no me opongo a que otro lo coloque o eleva hasta donde guste, porque la epístola contiene muchos pasajes excelentes. Una persona aislada- no cuenta ni siquiera a los ojos del mundo; ¿cómo va a contar este escritor único y aislado frente a Pablo y todo el resto de la Biblia?> . .

Lutero no tiene compasión de *Santiago*; y *puede* que, cuando hayamos estudiado esta carta, pensemos que, por una vez, Lotero dejó que el prejuicio personal afectara el sano juicio. .

Tal fue la historia turbulenta de *Santiago*. Ahora debemos tratar, de contestar las cuestiones que plantea en relación con el autor y la fecha.

LA IDENTIDAD DE SANTIAGO

El autor de esta carta no nos da prácticamente ninguna información acerca de sí mismo. Se llama a sí mismo sencillamente < Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo> (*Santiago 1:1*). ¿Quién era? En el Nuevo Testamento parece que hay por lo menos cinco personas con ese nombre.

(i) Está el Santiago que era el padre del miembro de los Doce que se llamaba Judas, no el Iscariote (*Lucas 6:16*). De ese no sabemos más que el nombre, y no puede haber tenido ninguna relación con esta carta.

(ii) Está el Santiago hijo de Alfeo, que era uno de los doce (*Mateo 10:3; Marcos 3:18, Lucas 6:15; Hechos 1:13*). -La comparación de *Mateo 9:9* con *Marcos 2:14* nos lleva a la conclusión de que Mateo y Leví eran la misma persona. De Leví también leemos que era hijo de Alfeo, así es que Mateo y este Santiago deben de ser hermanos. Pero de Santiago hijo de Alfeo no sabemos nada más; así es que tampoco sería este el autor de nuestra carta.

(iii) Está el Santiago que se llama *Santiago el Menor*, y que se menciona en *Marcos 15:40* (cp. *Mateo 27:56; Juan 19:25*). Tampoco de este sabemos nada más, así es que no debe de ser el autor de esta carta.

(iv) Está el Santiago, hermano de Juan e hijo de Zebedeo, miembro de los Doce (*Mateo 10:2; Marcos 3:17; Lucas 6:14; Hechos 1:13*). En la historia evangélica nunca se menciona a Santiago independientemente de su hermano Juan (*Mateo 4:21; 17:1; Marcos 1:19, 29; 5:37; 9:2; 10:35, 41; 13:3; 14:33; Lucas 5:10; 8:51; 9:28, 54*). Fue el primero de la compañía de los apóstoles que sufrió el martirio, porque fue decapitado por orden de Herodes Agripa 1 el año 44 d.C. Se le ha relacionado con la carta. El *Códice latino corbeicense* del siglo IV, al final de la epístola tiene una nota en la que la adscribe claramente a Santiago hijo de Zebedeo. El único lugar en el que se tomó en serio esta adscripción de autoría fue la iglesia española, que le siguió considerando el autor hasta el fin del siglo XVII. Esto fue debido al hecho de que Santiago de Compostela, el santo patrón de la católica España, se identificaba con Santiago hijo de Zebedeo; y era natural que la iglesia española estuviera predispuesta a querer que el patrón de su país fuera el autor de un libro del Nuevo Testamento. Pero el martirio de Santiago se produjo demasiado pronto para que tuviera tiempo de escribir la carta, y además no hay más alusión que la del *Códice corbeicense* que le relacione con ella.

(v) Por último, está el Santiago al que se llama hermano de Jesús. Aunque la primera vez que se establece una conexión entre él y la carta no surge hasta Orígenes, en la primera mitad del siglo III, esta es la hipótesis que se mantiene tradicionalmente. La Iglesia Católica Romana está de acuerdo con ella, porque en 1546 el Concilio de Trento estableció que *Santiago* es un libro canónico y fue escrito por un apóstol.

Vamos a reunir la evidencia acerca de este Santiago. Por el Nuevo Testamento sabemos que era uno de los hermanos de Jesús (*Marcos 6:3; Mateo 13:55*). Más adelante discutiremos en qué sentido se ha de tomar la palabra *hermano*. Durante el ministerio de Jesús está claro que su familia no le comprendía ni simpatizaba con Él, y habría querido impedirle que cumpliera Su obra (*Mateo 12:46-50; Marcos 3:21, 31-35; Juan 7:3-9*). *Juan* dice claramente que «Sus hermanos no creían en Él» (*Juan 7:5*). Así que, durante el ministerio terrenal de Jesús, Santiago era uno de Sus opositores.

Con *Hechos* se presenta un cambio repentino e inexplicable. Cuando empieza *Hechos*, la Madre y los hermanos de Jesús forman parte del pequeño grupo de cristianos (*Hechos 1:14*). Desde entonces, está claro que Santiago ha llegado a ser el líder de la iglesia de Jerusalén, aunque no se nos explica cómo se produjo esa situación. Es a Santiago a quien Pedro manda la noticia de que está fuera de la cárcel (*Hechos 12:17*). Santiago preside el concilio de Jerusalén que abrió las puertas de la Iglesia Cristiana a los creyentes gentiles (*Hechos 15*). Fue con Santiago y Pedro con los que se reunió Pablo cuando fue por primera vez a Jerusalén después de su conversión; y fue con Santiago, Pedro y Juan, las columnas de la Iglesia, con los que Pablo decidió la esfera de su trabajo (*Gálatas 1:19; 2:9*). Fue a Santiago a quien se dirigió Pablo con la colecta de las iglesias gentiles en su visita a Jerusalén que habría de ser la última y que habría de conducir a su detención y envío a Roma para ser juzgado por el César (*Hechos 21:18-25*). Este último episodio es importante, porque nos presenta a Santiago en tal simpatía con los judíos cristianos que todavía cumplían la ley judía, y tan interesado en que los escrúpulos de estos no se exacerbaban, que convenció a Pablo para que diera muestras de su lealtad a la ley asumiendo responsabilidad por los gastos de algunos cristianos judíos que estaban cumpliendo el voto de los nazareos.

Como se ve, está claro que Santiago era el líder de la iglesia de Jerusalén. Como sería de esperar, eso era algo que la tradición desarrollaría considerablemente. Hegesipo, el historiador tempranero, dice que Santiago fue el primer obispo de la iglesia de Jerusalén. Clemente de Alejandría añade que le escogieron para ese ministerio Pedro y Juan. Jerónimo, en su libro *Sobre hombres famosos*, dice: «Inmediatamente después de la pasión del Señor, los apóstoles consagraron a Santiago como obispo de Jerusalén... cuya iglesia gobernó durante treinta años, es decir, hasta el año séptimo del reinado de Nerón.» Las *Recognitiones clementinae* dan el último paso del desarrollo de la leyenda al decir que Santiago fue ordenado obispo de Jerusalén nada menos que por el mismo Jesús. Clemente de Alejandría refiere una extraña tradición que aplica al principio de la Iglesia lo que decían los judíos sobre la Torá (*Dichos de los padres*, de la *Mishná*): «El Señor impartió conocimiento después de la Resurrección a Santiago el Justo, a Pedro y a Juan; ellos se lo transmitieron a los demás apóstoles, y estos a los setenta.» El desarrollo posterior no hay por qué aceptarlo; pero queda el hecho escueto de que Santiago fue el cabeza indiscutible de la iglesia de Jerusalén.

SANTIAGO Y JESÚS

Tal cambio debe tener alguna explicación. Bien puede ser que la tengamos en una frase del Nuevo Testamento. En la primera lista de las apariciones del Señor Resucitado, que es la que escribió Pablo, encontramos estas palabras: «Después Le vio Santiago» (1 *Corintios* 15:7). A esto puede ser que se hiciera referencia en el *Evangelio según los hebreos*, que fue uno de los primeros evangelios, que no se incluyó en el Nuevo Testamento pero que, a juzgar por los fragmentos que se conservan, tenía un valor indudable. Jerónimo nos transmite el siguiente pasaje:

Ahora bien: el Señor, después de darle el paño de lino al siervo del sumo sacerdote, se dirigió a Santiago y se le apareció. (Parque Santiago había jurado que -no tomaría alimento desde el momento en que tomó la copa del Señor hasta que Le viera resucitado de entre los que duermen). Y después de un poquito, dijo el Señor: «Poned la mesa y traed pan.» E inmediatamente después se añade que «tomó el pan, y lo bendijo, y lo partió, y se lo dio a Santiago el Justo mientras le decía: «Hermano, come tu pan; porque el Hijo del Hombre ha resucitado de entre los que duermen.»

Ese pasaje no carece de dificultades. Al principio parece querer decir que Jesús, después de resucitar y de salir de la tumba, entregó el sudario de lino con el que había sido sepultado al siervo del sumo sacerdote, y fue a reunirse con Su hermano Santiago. También parece implicarse que Santiago estuvo presente en la última Cena. Pero, aunque el pasaje está confuso, una cosa sí está clara: Algo acerca de Jesús en Sus últimos días u horas en la Tierra había impactado el corazón de Santiago de tal manera que este había jurado no probar bocado hasta que Jesús resucitara; así que Jesús volvió a él, y le dio la seguridad que esperaba. Que hubo un encuentro entre el Señor Resucitado y Santiago es indudable. Los detalles, tal vez no los sabremos nunca: Pero, sí sabemos que a partir de ese momento Santiago, que había estado tan en contra de Jesús, fue Su servidor durante todo el resto de su vida, y Su mártir en el momento de su muerte.

SANTIAGO, MÁRTIR DE CRISTO

Que Santiago murió mártir es una afirmación consecuente en la tradición antigua. Los relatos presentan variantes en las circunstancias y en los detalles, pero coinciden en que acabó su vida como mártir de Cristo. El relato de Josefo es muy breve (*Antigüedades* 20:9.1):

Así es que Anano, como era esa clase de hombre y creía que se le ofrecía una buena oportunidad después de la muerte de Festo y antes de la llegada de Albino, convocó un consejo judicial, le presentó al hermano del Jesús al que llamaban el Cristo, que se llamaba Santiago, y a algunos otros, acusándolos de violar la ley, y los entregó para que los lapidaran.

Anano era el sumo sacerdote judío; Festo y Albino eran los procuradores de Palestina, en el puesto que había ostentado Pilato. El detalle de la historia es que Anano aprovechó el interregno entre la muerte de uno y la llegada de su sucesor para eliminar a Santiago y a otros líderes de la Iglesia Cristiana. Esto coincide perfectamente con el carácter de Anano por lo que sabemos de él; y supondría que el martirio de Santiago tuvo lugar en el año 62 d.C.

Hegesipo nos dejó en su historia un relato mucho más extenso. La obra de Hegesipo se ha perdido, pero Eusebio nos ha conservado su relato de la muerte de Santiago en su totalidad (*Historia Eclesiástica* 2:23). Es largo; pero de tal interés que debe citarse completo.

Jacobo, el hermano del Señor, es el sucesor, con los apóstoles, del gobierno de la iglesia. A éste todos le llaman «Justo» -ya desde el tiempo del Señor y hasta nosotros, porque muchos se llamaban Jacobo.

No obstante, sólo él fue santo desde el vientre de su madre; no bebió vino ni bebida fermentada; ni tocó carne; no pasó navaja alguna sobre su cabeza ni fue ungido con aceite; y tampoco usó del baño.

Sólo él tenía permitido introducirse en el santuario, porque su atuendo no era de lana, sino de lino. Asimismo, únicamente él entraba en el templo, donde se hallaba arrodillado y rogando por el perdón de su pueblo, de manera que se encallecían sus rodillas como las de un camello, porque siempre estaba prosternado sobre sus rodillas humillándose ante Dios y rogando por el perdón de su pueblo.

Por la exageración de su justicia le llamaban «Justo» y «Oblías», que en griego significa protección del pueblo y justicia, del mismo modo que los profetas dan a entender acerca de él.

Algunas de las siete sectas del pueblo, las que ya mencioné antes (en las Memorias), procuraban aprender de él acerca de la puerta' de Jesús, y él les decía que se trataba del Salvador. Unos cuantos de ellos creyeron que Jesús era el Cristo. Pero las sectas, a las que hemos aludido; no creyeron en la resurrección ni en su inminente regreso para pagar a cada uno según sus obras; no obstante, todos los que creyeron lo hicieron por medio de Jacobo:

Muchos fueron los convertidos, incluso entre los principales; y por ello hubo alboroto entre los judíos, los escribas y los fariseos, y decían que el pueblo peligraba aguardando al Cristo. Reuniéndose entonces ante Jacobo

‡ La palabra puerta usada aquí por Eusebio significa el medio cristiano de acceso a Dios por Jesucristo.

le decían: «Te lo rogamos: sujeta al pueblo, pues se encuentran engañados acerca de Jesús y creen que él es el Cristo. Te rogamos que aconsejes, acerca de Jesús, a cuantos acudan el día de la Pascua, pues todos te obedecemos. Porque nosotros y todo el pueblo damos testimonio de que tú eres justo y no haces acepción de personas. Así pues, persuade a la multitud para que no yerre acerca de Cristo. Pues todo el pueblo y nosotros te obedecemos. Mantente en pie sobre el pináculo del templo, para .que desde esa altura todo el pueblo te vea y oiga tus palabras. Ya que por la Pascua se unen todas las tribus, incluyendo a los gentiles.»

De este modo los aludidos escribas y fariseos colocaron a Jacobo sobre el pináculo del templo, y estallaron a gritos diciendo: «¡Tú, el Justo!, al que todos nosotros debemos obedecer, explícanos cuál es la puerta de Jesús, pues todo el pueblo está engañado, siguiendo a Jesús el Crucificado.»

Entonces él contestó con voz potente: «¿Por qué me interrogáis acerca del Hijo del Hombre? ¡El está sentado a la diestra del gran Poder, y pronto vendrá sobre las nubes del cielo!»

Y muchos creyeron de corazón y, por el testimonio de Jacobo, alabaron diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!»; pero entonces de nuevo los mismos escribas y fariseos comentaban: «Hemos actuado erróneamente al procurar un testimonio tan grande en contra de Jesús, pero subamos y arrojemos a éste, para que se confundan y no crean en él.»

Así, gritaban diciendo: «¡Oh l, ¡oh!, también el Justo anda en error, » y con este acto cumplieron la escritura en Isaías: «(Saquemos al Justo, porque nos es embarazoso.) Entonces cometerán los frutos de sus obras.»'

Entonces subieron y lanzaron abajo al Justo. Luego comentaban: «Apedreemos a Jacobo el Justo, » y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto al ser arrojado. Pero él, volviéndose, hincó las rodillas diciendo: «Señor, Dios Padre, te lo suplico: perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Mientras lo apedreaban, un sacerdote de los hijos de Recab, hijo de Recabín, de los que el profeta Jeremías dio testimonio, rompió a gritar diciendo: «¡Deteneos!, ¿qué hacéis? El Justo pide por nosotros.»

Y cierto hombre entre ellos, un batanero; golpeó al Justo en la cabeza con el mazo que usaba para batir las prendas, y de este modo fue martirizado Jacobo. Y allí le enterraron al lado del templo, y su columna todavía permanece cerca del templo. Fue un testigo verdadero para los judíos y griegos de que Jesús es el Cristo: E inmediatamente Vespasiano asedió Jerusalén. »

(Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, 2. 23. Texto y notas de la edición CLIE, 1988).

EL HERMANO DEL SEÑOR

Hay otra cuestión acerca de la personalidad de Santiago que debemos tratar de resolver. En *Gálatas 1:19* Pablo habla de él como *el hermano del Señor*. En *Mateo 13:55* y en *Marcos 6:3* se menciona a un Santiago (R-V: Jacobo) entre los hermanos de Jesús; y en *Hechos 1:14*, aunque no se dan los nombres, se dice que los hermanos de Jesús estaban entre los primeros cristianos en la iglesia de Jerusalén. Hemos de plantear la cuestión de lo que quiere decir aquí la palabra *hermano*, porque la Iglesia Católica Romana le da una gran importancia a la respuesta que se dé. Desde los tiempos de Jerónimo ha habido en la Iglesia mucha discusión sobre esta cuestión. Hay tres teorías en relación con el parentesco de estos «hermanos» de Jesús que vamos a considerar una tras otra.

LA TEORÍA JERONIMIANA

Recibe su nombre del de Jerónimo, el traductor de la Vulgata latina. Fue él el que desarrolló la teoría de que los «hermanos» de Jesús eran en realidad sus *primos*; y es lo que se cree en la Iglesia Católica Romana, que lo tiene como artículo de fe. La expuso Jerónimo en el año 383 d.C., y captaremos mejor su complicado razonamiento si lo vamos siguiendo en una serie de pasos.

(i) Santiago el hermano del Señor se incluye entre los apóstoles. Pablo escribe refiriéndose a él: «Pero no vi a ninguno de los demás apóstoles salvo a Santiago el hermano del Señor» (*Gálatas 1:19*).

(ii) Jerónimo insiste en que el título de *apóstol* se usaba sólo con los Doce. En tal caso debemos buscar a Santiago entre ellos. No puede ser el mismo que el hermano de Juan e hijo de Zebedeo porque, entre otras razones, ya había sufrido el martirio cuando se le menciona en *Gálatas 1:19* y en *Hechos 12:2*. Por tanto, habrá que identificarle con el otro Santiago que formaba parte de los Doce, Santiago hijo de Alfeo.

(iii) Jerónimo pasa a hacer otra identificación. En *Marcos 6:3* leemos: «¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago y de José?» Y en *Marcos 15:40* encontramos al pie de la Cruz a María, la madre de Santiago el Menor y de José. Como Santiago el Menor es hermano de Joaé e hijo de María debe de ser la misma persona que el Santiago de *Marcos 6:3* que es el hermano del Señor. Por tanto, según Jerónimo, Santiago el hermano del Señor, Santiago hijo de Alfeo y Santiago el Menor son la misma persona en relación con otras tantas.

(iv) Jerónimo basa el siguiente y final paso de su razonamiento en la deducción de la lista de mujeres que estaban al pie de la Cruz de Jesús. Vamos a considerar esa lista como nos la dan tres evangelistas.

En *Marcos 15:40* incluye a María Magdalena, María la madre de Santiago y José, y Salomé.

En *Mateo 27:56* se menciona a María Magdalena; María la madre de Santiago el Menor y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

En *Juan 19:25* tenemos a la Madre de Jesús, la hermana de Su Madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena.

Analicemos ahora estas listas. En cada una de ellas se nombra a María Magdalena. Es segura la identificación de Salomé con la madre de los hijos de Zebedeo. Pero el verdadero problema es *cuántas mujeres hay en la lista de Juan*. Se puede leer de la manera siguiente:

- (i) La Madre de Jesús;
- (ii) La hermana de la Madre de Jesús;
- (iii) María, mujer de Cleofás;
- (iv) María Magdalena.

O se puede leer de esta otra manera:

- (i) La Madre de Jesús;
- (ii) La hermana de la Madre de Jesús, María, mujer de Cleofás;
- (iii) María Magdalena:

Jerónimo insiste en que la segunda manera es la correcta; y por tanto la hermana de la Madre de Jesús y María la mujer de Cleofás son la misma persona. En ese caso tiene que ser la misma que en las otras listas figura como la madre de Santiago y de José. El Santiago que es su hijo es el que se conoce como Santiago el Menor, y como Santiago el hijo de Alfeo, y como Santiago el hermano del Señor. Esto quiere decir que Santiago es el hijo de la hermana de María, y por tanto primo de Jesús.

Hasta aquí el argumento de Jerónimo, al que se pueden oponer por lo menos cuatro objeciones.

(i) Una y otra vez se llama a Santiago *hermano* de Jesús; o se le cuenta entre los *hermanos* de Jesús. La palabra que se usa en todos los casos es *adelphós*, que generalmente quiere decir

hermano. Es verdad que puede describir a personas que pertenecen a una cierta comunión, como hacemos corrientemente entre cristianos. Y también es verdad que se puede usar afectuosamente con una persona con la que nos une una gran intimidad personal. Pero cuando se usa dentro de la familia es, para decir lo menos, muy dudoso que quiera decir *primo*. Si Santiago era *primo* de Jesús, es muy poco probable, por no decir imposible, que se le conociera como el *adelphós* de Jesús.

(ii) Jerónimo se equivocó al suponer que el término *apóstol* sólo se les aplicaba a los Doce. Pablo era un apóstol (*Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; Gálatas 1:1*). Bernabé era un apóstol (*Hechos 14:14; 1 Corintios 9:6*). Silas también era apóstol (*Hechos 15:22*): Andrónica y Junias eran apóstoles (*Romanos 16:7*). Es imposible limitar el título de apóstol a los Doce; y si no hace falta buscar a Santiago el hermano del Señor entre los Doce, el argumento de Jerónimo se viene abajo.

(iii) A la vista de los hechos es mucho más--probable que *Juan -19:25* sea una lista de cuatro mujeres y no de tres; porque, si María de Cleofás fuera hermana de María la Madre de Jesús, habría dos hermanas con el mismo nombre, lo cual es sumamente improbable.

(iv) Hay que recordar que la Iglesia no sabía nada de esta teoría hasta, el año 383 d.C. cuando Jerónimo la pergeñó. Y es absolutamente cierto que la propuso por la única razón de garantizar la doctrina de la virginidad perpetua de María. La teoría de que los llamados hermanos de Jesús eran de hecho Sus primos tiene que descartarse a la vista de los hechos. --

LA TEORÍA EPIFÁNICA

La segunda de las grandes teorías acerca del parentesco de Jesús con Sus < hermanos » propone que estos eran, de hecho, Sus «hermanastros» si acaso, hijos de José de un matrimonio anterior pero no de María, mientras que Jesús era hijo de María pero no de José. El nombre de esta teoría se deriva del de Epifanio, que la propuso enfáticamente hacia el año 370 d.C. No fue él quien la diseñó. Ya existía desde bastante antes, y puede decirse que era la opinión más corriente en la Iglesia Primitiva.

En líneas generales ya aparece en un libro apócrifo llamado el *Libro de Santiago* o el *Protoevangelio*, que data de mediados del siglo II. Ese libro cuenta que había una pareja piadosa, Joaquín y Ana, cuyo único dolor era que no tenían hijos. Para su gran alegría, les nació en su ancianidad una niña, cosa que, al parecer, se consideró un nacimiento virginal. Llamaron a la niña María, la que habría de ser la Madre de Jesús. Joaquín y Ana consagraron a su hija al Señor; y, cuando llegó a los tres años de edad, la llevaron al templo y la dejaron allí a cargo de los sacerdotes. María creció en el templo; y, cuando llegó a la edad de doce años, los sacerdotes hicieron planes para casarla. Reunieron a los viudos del pueblo, diciéndoles que trajera cada uno su bastón. Entre ellos vino José el carpintero. El sumo sacerdote recogió los bastones, y el de José fue el último. Con los demás no pasó nada, pero del de José salió volando una paloma que fue a posarse sobre su cabeza. De esta manera reveló Dios que José había de tomar a María por esposa. Al principio, José no estaba muy conforme. «Tengo hijos -dijo- y ya soy un anciano, mientras que ella es una joven; no quiero ser el hazmerreír de los hijos de Israel» (*Protoevangelio 9:1*). Pero, por último, la tomó por esposa en obediencia a la voluntad de Dios, y a su debido tiempo nació Jesús. El contenido del *Protoevangelio* es, por supuesto, legendario; pero es señal de que a mediados del siglo II ya existía la teoría que había de conocerse bajo el nombre de Epifanio.

No hay ninguna evidencia directa que apoye esta teoría, y todas las razones a su favor tienen un carácter indirecto.

(i) Se pregunta: ¿Habría confiado Jesús **Su Madre** al cuidado de Juan si ella hubiera tenido otros hijos además de Él? (Juan 19:26s). La respuesta sería que, o lo que sabemos, la familia de Jesús no simpatizaba con Él- lo más mínimo, y no habría tenido ningún sentido el confiársela.

(ii) Se objeta que el comportamiento de los «hermanos» de Jesús para con Él parecía el de los hermanos mayores para con el menor entre ellos. Pusieron en duda Su sensatez, y quisieron *llevársele a casa* (*Marcos 3:21, 31-35*); Le eran hostiles (Juan 7:1-5). Pero también podría entenderse que pensaban que estaba metiendo a la familia en líos, independientemente de Su edad o la de ellos.

(iii) Se da por supuesto que José tiene que haber tenido más edad que María porque desaparece totalmente de la historia evangélica, lo que hace suponer que ya habría muerto cuando empezó el ministerio público de Jesús. La Madre de Jesús estaba en las bodas de Caná de Galilea, pero no se menciona a José (Juan 2:1). A Jesús se Le llama, por lo menos a veces, el hijo de María, lo que hace suponer que José ya había muerto y María era viuda (*Marcos 6:3*; pero cp. *Mateo 13:55*). Por último, la permanencia de Jesús en Nazaret hasta la edad de treinta años (Lucas 3:23) se explica suponiendo que José había muerto, y Jesús quedó a cargo de una familia en la que había varios de menos edad que Él. Pero el hecho de que José fuera mayor que María (lo que no deja de ser una suposición, aun en el caso de que muriera mucho antes), no demuestra que no tuviera otros hijos de ella; y el hecho de que Jesús se quedara en Nazaret a cargo del taller de carpintero para mantener a Su familia parecería indicar mucho más naturalmente que Él era el hijo mayor, y no el más pequeño de todos.

A estos argumentos Lightfoot añade dos más de carácter general. El primero es que esta es la teoría de la tradición cristiana; y el segundo, que cualquier otra explicación sería «escandalosa para el sentimiento cristiano.» Pero lo básico de esta teoría procede del mismo origen que la teoría jeronimiana. Su intención es garantizar la virginidad perpetua de María, de la que no hay ni evidencia ni sugerencia en el Nuevo Testamento, y es la razón por la cual surgieron estas explicaciones posteriores.

LA TEORÍA HELVIDIANA

Así se llama la tercera teoría. Afirma sencillamente que los hermanos y hermanas de Jesús eran en realidad Sus hermanos y hermanas en el sentido más pleno de la palabra; que, para usar el término técnico, eran Sus hermanos uterinos. No se sabe nada del Helvidius de quien toma nombre esta teoría, excepto que escribió un tratado en su defensa, al que contestó Jerónimo con otro en el que la rebatía enfáticamente. ¿Qué se puede decir en su favor?

(i) Ninguna persona que leyera el Nuevo Testamento sin presuposiciones teológicas sacaría otra conclusión. A la vista de los hechos, la historia evangélica no da a entender que hubiera ningún misterio en el parentesco de los hermanos y hermanas de Jesús.

(ii) Los relatos de la Navidad, tanto en *Mateo* como en *Lucas*, dan por sentado que María tuvo otros hijos. *Mateo* escribe: «Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús» (*Mateo 1:24s, R- V*; la palabra primogénito falta en algunos manuscritos y traducciones): La implicación obvia es que José hizo vida marital normal con María después del nacimiento de Jesús. De hecho Tertuliano cita este pasaje para demostrar que tanto la virginidad como el matrimonio están santificados en Cristo por el hecho de que María fue primero virgen y luego esposa en el sentido pleno de la palabra. *Lucas*, escribiendo acerca del nacimiento de Jesús dice: «Y dio a luz a su hijo primogénito» (*Lucas 2:-7*). Al llamar a Jesús su hijo primogénito se indica claramente que tuvo otros hijos después:

(iii) Como ya hemos dicho, el hecho de que Jesús se quedara en Nazaret como carpintero hasta la edad de treinta años es por lo menos una indicación de que era el hijo mayor y tenía que asumir la responsabilidad del mantenimiento de la familia después de la muerte de José.

Creemos que los hermanos y hermanas de Jesús eran realmente Sus hermanos y hermanas. Cualquier otra teoría surge de un deseo de glorificar el ascetismo y de demostrar que María permaneció siempre virgen. Es indudablemente más hermoso creer en la santidad del hogar que creer en el celibato como un estado superior al matrimonio. Así pues, creemos que Santiago, al que llamaban el hermano del Señor, era en todos los sentidos Su hermano.

SANTIAGO, EL AUTOR DE ESTA CARTA

¿Podemos decir entonces que fue este Santiago- el autor de esta carta? Vamos a recoger la evidencia a favor de esta idea.

(i) Si es verdad que Santiago escribió una carta, sería de esperar que fuera una epístola general, como lo es esta. Santiago no era como Pablo, viajero y hombre de muchas congregaciones. Era el moderador de la sección judía de la Iglesia; y la clase de carta que esperaríamos de él sería una especie de encíclica dirigida a todos los cristianos judíos.

(ii) Nos costaría encontrar nada en esta carta que -no fuera aceptable para cualquier buen judío; hasta tal punto que hay intérpretes que dicen que se trata de hecho de un tratado ético judío que se ha introducido en el Nuevo Testamento. A. H. McNeile indica que se encuentran en Santiago frases tras frases que se podrían tomar tanto en un sentido cristiano como judío. Las Doce Tribus de la- Diáspora (1:1) se podría referir tanto a los judíos exiliados esparcidos por todo el mundo como a la Iglesia Cristiana, el nuevo Israel de Dios (*Gálatas 6:16*; cp. *Apocalipsis 21:12 y 14*). «El Señor» se puede entender una y otra vez en esta carta tanto refiriéndose a Jesús como a Dios. (1:7; 4:10, 15; 5:7, 8, 10, 11, 14, 15). El que Dios nos engendrara o hiciera nacer por la Palabra de Su Verdad para que fuéramos los primeros frutos de Su Creación (1:18) se puede entender igualmente bien en relación con la primera Creación de Dios y con la re-creación en Jesucristo. La perfecta ley y

la ley regia (1:25; 2:8) se- pueden entender igualmente bien como la ley ética de los Diez Mandamientos o como la nueva ley de Cristo (Cp.1 *Corintios* 9:21). Los ancianos de la iglesia, la *ekklésia* (5:14), se pueden entender igualmente bien como los ancianos de la iglesia cristiana o como los ancianos judíos, porque en la *Septuaginta*, *ekklésia* es el título del pueblo es cogido de Dios. En 2:2, «vuestra congregación» traduce *synagogue*, que puede querer decir *sinagoga* más normalmente que *congregación cristiana*. La costumbre de dirigirse a sus lectores como *hermanos* es totalmente cristiana, pero también totalmente judía. La venida del Señor y la descripción del Juez esperando a la puerta (5:7, 9) son tan corrientes en el pensamiento cristiano como en el judío: La acusación de haber matado al justo (5:6) es una frase que aparece una y otra vez en los profetas, pero que los cristianos entenderían como una referencia a la Crucifixión de Cristo: No hay nada en esta carta que un judío ortodoxo no pudiera aceptar cordialmente si la leía desde su entorno:

Se podría decir que todo esto le va perfectamente a Santiago: era el líder de lo que podríamos llamar la cristiandad judía, y el cabeza de la parte de la Iglesia con sede en Jerusalén. Tiene que haber habido un tiempo en que la Iglesia estaba muy próxima al judaísmo y parecía un judaísmo reformado más que otra cosa. Hubo una clase de cristianismo que no tenía la amplitud universalista que aportó la mente de Pablo. El mismo Pablo decía *que* la esfera gentil le correspondía a él, y la judía a Pedro, Santiago y Juan (*Gálatas* 2:9). La carta de Santiago puede que represente una clase de cristianismo que se mantenía en su forma más primitiva. Esto explicaría dos cosas:

(a) Explicaría -la frecuencia con que *Santiago* repite la enseñanza del Sermón del Monte. Podríamos, entre muchos otros ejemplos, comparar *Santiago* 2:12s con *Mateo* 6:14s; *Santiago* 3:11-13 con *Mateo* 7:16-20; *Santiago* 5:12 con *Mateo* 5:34-37. Sería normal esperar que cualquier cristiano judío mostrara un interés especial en la enseñanza ética de la fe cristiana.

(b) Ayudaría a explicar la relación de esta carta con la enseñanza de Pablo. En una primera lectura, *Santiago* 2:14-26 parece un ataque frontal al paulinismo. «Toda persona se justifica por las obras, y no por la fe exclusivamente» (*Santiago* 2:24) parece estar en flagrante oposición a la doctrina paulina de la justificación por la fe sola. Pero lo que *Santiago* está atacando es una mal llamada fe que no tiene resultados éticos; y una cosa está meridianamente clara: que cualquiera que acusara a Pablo de haber predicado tal «fe» no es posible que hubiera leído sus cartas sin prejuicios. Estas están llenas de exigencias éticas, como ilustra, por ejemplo, el capítulo 12 de Romanos. Ahora bien: Santiago murió el año 62 d.C., y por tanto no podía haber leído las cartas que no llegaron a ser propiedad universal de la Iglesia hasta el año 90 d.C. Por tanto, lo que *Santiago* ataca no es sino un malentendido de lo que Pablo decía, y una tergiversación de ello; y en ningún sitio era más probable que surgiera ese malentendido o esa tergiversación que en la misma Jerusalén, donde el hincapié que hacía Pablo en la fe y en la gracia, y su presentación del Evangelio como opuesto al legalismo judío se mirarían con más suspicacia que en ningún otro sitio.

(iii) Se ha hecho notar que *Santiago* y la carta del Concilio de Jerusalén a las iglesias gentiles tienen por lo menos dos curiosas semejanzas. Las dos empiezan con la palabra *Saludos* (*Santiago* 1:1; *Hechos* 15:23). La palabra griega es *jairein*, que era la manera corriente de empezar una carta en griego, pero que no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento salvo en la carta del jefe militar Claudio Lisias al gobernador de la provincia (*Hechos* 23:26-30). La segunda coincidencia es la frase que se aplica a *todos los gentiles sobre los cuales es invocado mi nombre* (*Hechos* 15:17), *el buen nombre que fue invocado sobre vosotros* (*Santiago* 2:7). Es curioso que la carta del Concilio de Jerusalén, que redactaría probablemente Santiago, y la epístola que lleva su nombre, sean los únicos lugares del Nuevo Testamento en los que aparecen estas dos frases características.

Así es que hay evidencias que le dan credibilidad a la creencia de que Santiago fue la obra de Santiago, hermano del Señor y cabeza de la iglesia de Jerusalén.

Por otra parte, hay hechos que nos hacen ponerlo en duda.

(i) Si el autor fue el hermano del Señor, habríamos esperado que hiciera alguna referencia a ese hecho. El único título que se aplica es «siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (1: 1). Tal referencia no habría sido para su gloria personal en ningún sentido, sino sencillamente para prestarle autoridad a su carta. Y tal autoridad habría sido especialmente útil fuera de Palestina, en países en los que no se le conocería. Si el autor era de veras el hermano del Señor, nos sorprende que no haga referencia a ese hecho, directa o indirectamente.

(ii) Faltando la referencia a su parentesco con Jesús, se habría esperado que se la hiciera al hecho de que era un apóstol. Era costumbre de Pablo el empezar sus cartas haciendo referencia a su apostolado. No se trata de una cuestión de prestigio personal, sino de garantía de autoridad para escribir.- Si este Santiago era el hermano del Señor y el cabeza de la iglesia de Jerusalén, habríamos esperado que mencionara al principio de su carta que la escribía en calidad de apóstol.

(iii) Lo más sorprendente de todo es lo que hizo que Lutero pusiera en duda el derecho de esta carta a estar en el Nuevo Testamento: la casi total carencia de referencias al Señor Jesucristo mismo. Sólo dos veces en toda la carta se menciona Su nombre, y las dos veces son casi idénticas (1:1; 2:1).

No hace la menor referencia a la Resurrección de Cristo. Sabemos muy bien que la Iglesia Primitiva se levantaba sobre la base de la fe en el Cristo Resucitado. Si esta carta era la obra de Santiago, es contemporánea de los acontecimientos de *Hechos*; donde la Resurrección se menciona no menos de veinticinco veces. Lo que lo hace todavía más sorprendente es que Santiago tenía un motivo personal para escribir acerca de las apariciones de Jesús, una de las cuales cambió radicalmente el curso de su vida. Es sorprendente que nadie que escribiera en ese tiempo de la historia de la Iglesia no hiciera referencia

a la Resurrección de Jesús; y doblemente si el autor era Santiago el hermano del Señor.

Tampoco hace referencia a Jesús como el Mesías. Si Santiago, el cabeza -de la iglesia de Jerusalén, estaba escribiendo a los judíos cristianos en aquellos días tempranos, uno habría creído que su objetivo principal habría sido presentara Jesús como el Mesías, o que por lo menos habría dejado bien clara su fe en ello; pero la carta ni lo menciona.

(iv) Está claro que el autor de esta carta está empapado del Antiguo Testamento; y también que conoce íntimamente la literatura sapiencial, cosas ambas -que se podían esperar en Santiago. Hay en su carta veintitrés posibles citas del Sermón de la Montaña, cosa que también se puede entender fácilmente porque, desde el principio, desde antes que se escribieran los evangelios, deben de haber circulado compendios de las enseñanzas de Jesús. Algunos suponen que tiene que haber conocido las cartas de Pablo a los Romanos y a los Gálatas para decir lo que dice acerca de la fe y las obras, pero a eso se objeta razonablemente que un judío que nunca hubiera salido de Palestina y que hubiera muerto el año 62 d.C. no tendría por qué haber conocido esas cartas. Como ya hemos visto, esas suposiciones no se pueden mantener, porque la crítica de la doctrina de Pablo en Santiago podría haber surgido sólo de alguien que no había leído esas cartas de primera mano, y que estaba enfrentándose con algo que no era más que un malentendido o una tergiversación de la doctrina paulina. Pero la frase en 1:17: «Toda buena dádiva y todo don perfecto,» es un perfecto verso exámetro que tiene todo el aspecto de ser una cita de algún poeta griego; y la frase en 3:6: «el ciclo de la naturaleza» puede ser una expresión órfica procedente de las religiones misteriosas. ¿De dónde se habría sacado un judío que no hubiera salido de Palestina tales citas?

Hay cosas difíciles de explicar si se da por seguro que Santiago el hermano del Señor fue el autor de esta carta. La evidencia a favor o en contra está muy equilibrada. Dejamos este asunto para tratar de otras cuestiones.

LA FECHA DE LA CARTA

Cuando consideramos la evidencia para la fecha de la carta la encontramos igualmente equilibrada. Es posible deducir que es muy temprana, e igualmente que es tardía.

(i) Cuando Santiago estaba escribiendo, está claro que la esperanza de la Segunda Venida de Cristo era aún muy real (5:7-9). Esta esperanza no se perdió nunca en la Iglesia Primitiva, pero sí se desvaneció en parte del centro de su pensamiento cuando parecía que se atrasaba considerablemente. Esto sugeriría una fecha temprana.

(ii). En los primeros capítulos de *Hechos* y en las cartas de Pablo hay un trasfondo continuo de controversia- con los judeocristianos para aceptar a los gentiles en la Iglesia sobre la base de la sola fe. Dondequiera que iba Pablo le seguían los judaizantes, y la aceptación de los gentiles no fue una batalla que se ganara fácilmente. En Santiago no hay ni una sugerencia de esta controversia judeo-gentil, hecho doblemente sorprendente si recordamos que Santiago el hermano del Señor representó un papel decisivo en la decisión del Concilio de Jerusalén. En ese caso, esta carta podría ser o muy temprana, anterior a la mencionada controversia, o tardía y escrita cuando ya se había acallado el último eco de la controversia. El hecho de que esta no se mencione se puede usar a favor de cualquiera de las dos fechas.

(iii) La evidencia del orden eclesiástico que se refleja en la carta también es conflictiva. El lugar donde se reúne la iglesia todavía se llama *synagógue* (2:2), lo que indicaría una fecha temprana; más tarde los cristianos usaron sistemáticamente *ekklésia*, porque el término judío se había descartado. Los ancianos de la iglesia se mencionan (5:14), pero no los obispos ni los diáconos, cosa que parece indicar fecha temprana otra vez, y posiblemente la continuación del orden judío, ya que los ancianos eran una institución judía antes de serlo cristiana. Santiago está preocupado con la existencia de *muchos* maestros (3:1), que es otro detalle que puede apuntar a una situación

muy temprana, antes de que la Iglesia sistematizara su ministerio e introdujera ningún tipo de orden; aunque también podría indicar una fecha tardía, en la que los falsos maestros habían invadido la Iglesia como una plaga.

Hay dos hechos de carácter general que parecen indicar más bien una fecha tardía. El primero que, como ya hemos visto, apenas se menciona a Jesucristo. El tema de esta carta son, de hecho, las inconveniencias e imperfecciones, y los pecados y errores de los miembros de la iglesia. Esto parece apuntar a una fecha bastante tardía. La predicación original irradiaba la gracia y la gloria del Cristo Resucitado; la posterior pasó a ser, como sucede ahora, una diatriba contra las imperfecciones de los miembros de la iglesia. El segundo hecho general es la condenación de los ricos (2:1-3; 5:1-6). La discriminación a su favor y su arrogancia parecen haber sido un verdadero problema cuando se escribió esta carta. Ahora bien: en la Iglesia original había muy pocos ricos, si es que había alguno (1. Corintios 1:26s). Santiago parece ser el exponente de un tiempo en que la Iglesia, antes pobre, se veía amenazada por la mundanalidad.

LOS PREDICADORES DEL MUNDO ANTIGUO

Nos ayudará a fechar esta carta llamada de Santiago, y a identificar a su autor, el colocarla en su contexto del mundo antiguo.

El sermón se identifica con la Iglesia Cristiana, pero no fue ni mucho menos su invención. Tenía sus raíces tanto en el mundo helenístico como en el judío; y cuando comparamos Santiago con los sermones helenísticos y judíos no podemos por menos de sorprendernos de sus semejanzas.

1. Consideremos en primer lugar a los predicadores griegos y sus sermones. El filósofo ambulante era una figura corriente en el mundo antiguo. Algunas veces era estoico, pero las más de las veces cínico. Dondequiera se reunía la gente, se le podía

encontrar exhortando a la virtud, ya fuera en una esquina o en una plaza, en las grandes concentraciones de público que se reunían para los juegos, hasta en las **luchas de gladiadores**, y a veces hasta dirigiéndose al emperador para reprenderle por su lujo o tiranía y exhortarle a la virtud y a la justicia. El antiguo predicador, el filósofo-misionero, era una figura frecuente en el mundo antiguo. Había habido un tiempo cuando la filosofía era asunto de escuelas, pero en este su voz y sus exigencias éticas se podían oír diariamente en las plazas públicas.

Estos sermones antiguos tenían ciertas características. El método, era siempre el mismo; y ese método había influido profundamente en la presentación que hacía Pablo del Evangelio., y Santiago tenía los mismos precursores. Alistaremos algunos de los trucos comerciales de esos predicadores antiguos advirtiéndolos cómo se presentan en Santiago, y tendremos presente cómo escribía Pablo a las iglesias. El principal objetivo de esos predicadores antiguos, debe recordarse, no era descubrir ninguna nueva verdad, sino despertar a los pecadores del error de su camino, e impulsarlos a mirar las verdades que ya conocían pero habían olvidado o abandonado. Su propósito. era desafiar a la gente con la vida noble para apartarla de la vida irresponsable e impía.

(i) Frecuentemente sostenían una conversación imaginaria con oponentes imaginarios, manteniendo lo que se llama una especie de «diálogo truco». Santiago también usa ese método en 2:18s y 5:13s.

(ii) Solían efectuar la transición de una parte del sermón a otra mediante una pregunta que introducía un tema nuevo. También Santiago lo hace en 2:14 y 4:1.

(iii) . Eran muy aficionados a los imperativos, con los que mandaban a sus oyentes que abandonaran sus errores e iniciaran la acción correcta. En los 108 versículos de Santiago hay casi 60 imperativos.

(iv) Eran muy aficionados a lanzar preguntas retóricas a sus audiencias. Santiago emplea frecuentemente tales preguntas (cp. 2:4, 5, 14-16; 3:11, 12; 4:4).

(v) Solían apostrofar a menudo, dirigiéndose en particular a sectores de su audiencia. Así hace Santiago con los comerciantes ávidos de negocios y con los ricos arrogantes (4:13; 5:6).

(vi) Les gustaba personificar las virtudes y los vicios, los pecados y las gracias. Así personifica Santiago el pecado (1:15); la misericordia (2:13) y la ira (5:3).

(vii) Buscaban despertar el interés de sus audiencias con anécdotas y tipos de la vida cotidiana. La figura de la rienda, el timón y el fuego del bosque son lugares comunes en los sermones antiguos (cp. 3:3-6). Entre muchas otras, Santiago presenta gráficamente la figura del paciente granjero (5:7).

(viii) Solían per ejemplos de. hombres y mujeres famosos para ilustrar su enseñanza moral. Eso es lo que hace Santiago al presentar los ejemplos de Abraham (2:21-23); de Rahab (2:25); de Job (5:11), y de Elías (5:17).

(ix) Los antiguos predicadores tenían la costumbre de empezar sus sermones con una paradoja que llamara la atención de sus oyentes. Santiago lo hace diciéndole a la gente que se considere afortunada cuando se encuentre rodeada de problemas (1:2). Así era como los antiguos predicadores presentaban a menudo la verdadera bondad como el reverso de lo que pensaba la gente. Así Santiago insiste en que la felicidad de los ricos consiste en venir a menos (1:10). Usaban el arma de la ironía como hace Santiago (2:14-19; 5:1-6).

(x) Los antiguos predicadores sabían hablar con dureza y seriedad. Santiago también se dirige a su lector llamándole «¡Estúpido!», y moteja a los que le escuchan «vacíos de mollera» y «almas adúlteras.» Los antiguos predicadores azotaban con la lengua, y Santiago hace lo mismo.

(xi) Los predicadores antiguos tenían ciertas formas estándar de construir sus sermones.

(a) A menudo concluían una sección con una antítesis gráfica, colocando el bien y el mal frente a frente. Santiago tiene la misma costumbre (cp. 2:13, 26).

(b) A menudo probaban su razonamiento mediante una pregunta inquietante que les disparan a los oyentes (cp. 4:12).

(c) A menudo hacían citas en sus predicaciones. También Santiago (5:20; 1:11, 17; 4:6; 5:11).

Es verdad que no encontramos en *Santiago* la amargura, el sarcasmo, el humor frívolo y hasta soez de los predicadores griegos; pero está a la vista que usa todos los otros trucos y métodos que usaban los predicadores ambulantes helenísticos para abrirse camino hasta llegar a la mente y el corazón de sus audiencias.

2. El mundo judío también tenía su tradición de predicación. Los que predicaba en los cultos de la sinagoga solían ser los rabinos. Tenían muchas de las características de la predicación de los filósofos ambulantes griegos. Usaban las preguntas retóricas, los imperativos y los ejemplos tomados de la vida diaria, y las citas de los héroes de la fe: Pero la predicación judía tenía una característica curiosa: era deliberadamente dispersa y desconectada. Los maestros judíos enseñaban a sus discípulos a no permanecer durante mucho tiempo tratando el mismo asunto, sino a pasar rápidamente de uno a otro para mantener el interés de los oyentes. De ahí que uno de los nombres que daban a la predicación era *jaraz*, que quiere decir *sarta de perlas*. El sermón judío era frecuentemente una sucesión de verdades morales y de exhortaciones aisladas. Este es precisamente el estilo de *Santiago*. Es difícil, si no imposible, discernir en él un tema continuo y coherente. Sus secciones se siguen sin aparente conexión. Goodspeed dice: «El desarrollo se ha comparado con una cadena en la que cada eslabón va unido al anterior y al siguiente. Otros han comparado su contenido con las cuentas de un collar... Y tal vez *Santiago* no es tanto una cadena de pensamientos o cuentas como un manojo de perlas que se dejan caer una a una en la mente del lector.»

Santiago, ya lo miremos desde el trasfondo helenístico o desde el judío, es un buen ejemplo de un sermón antiguo. Y ahí está probablemente la clave de su autoría. Con todo esto en mente, volvamos ahora a preguntarnos quién fue su autor.

EL AUTOR DE SANTIAGO

Hay cinco posibilidades.

(i) Empezamos con una teoría que desarrolló en detalle Meyer hace cosa de un siglo, y que reavivó Easton en la nueva *Interpreter's Bible*. Una de las cosas más corrientes en el mundo antiguo era publicar libros bajo el nombre de alguna gran figura del pasado. La literatura judía entre los dos Testamentos estaba llena de obras seudoepigráficas; es decir, que se atribuían a Moisés, los Doce Patriarcas, Baruc, Enoc, Isaías y otros de posición semejante, para que esa autoridad adicional atrajera a más lectores. Esta era una práctica aceptada. Uno de los libros más famosos de los Apócrifos es la *Sabiduría de Salomón*, en la que un sabio de época posterior atribuye nueva sabiduría al más sabio de los reyes.

Recordemos tres cosas de *Santiago*.

(a) No contiene nada que un judío ortodoxo no pudiera aceptar, si se omiten las dos menciones del nombre de Jesús en 1:1 y 2:1, cosa que podría hacerse sin que se notara.

(b) El nombre griego de Santiago es *lakóbos*, que no es más que una transcripción del *Jacob* del Antiguo Testamento.

(c) El libro va dirigido a «las doce tribus que están -diseminadas por el extranjero.» Esta teoría sostiene que *Santiago* no es otra cosa que un escrito judío, publicado bajo el nombre del patriarca Jacob y dirigido a los judíos de la Diáspora para animarlos a la fe en medio de las pruebas que tienen que pasar en tierra de gentiles.

Esta teoría se elabora más detalladamente como sigue. En *Génesis 49* encontramos el último discurso de Jacob a sus hijos. Consiste en una serie de descripciones breves en las que los hijos se caracterizan sucesivamente. Meyer profesaba ser capaz de encontrar en *Santiago* alusiones a las descripciones de cada uno de los patriarcas, y por tanto de cada una de las doce tribus, del discurso de Jacob. Veamos algunas de las identificaciones propuestas.

Aser es el rico mundano; *Santiago 1: 9-11; Génesis 49: 20.*
Isacar es el que hace buenas obras; *Santiago 1:12; Génesis 49:14s.*
Rubén es las primicias; *Santiago 1:18; Génesis 49:3.*
Simeón representa la ira; *Santiago 1:19s; Génesis 49:5-7.*
Leví es la tribu- especialmente relacionada con la religión, y a la que se alude en *Santiago 1:26s.*
Neftalí se caracteriza por la paz; *Santiago 3:18; Génesis 49:21.*
Gad simboliza las guerras y las luchas; *Santiago 4:1s; Génesis 49:19.*
Dan representa la espera de la salvación; *Santiago 5:7; Génesis 49:18.*
José representa la oración; *Santiago 5:13-18; Génesis 49:22-26.*
Benjamín es el nacimiento y la muerte; *Santiago 5:20; Génesis 49:27.*

Es una teoría sumamente ingeniosa. No parece que se puede ni aceptar ni rechazar del todo. Sin duda explicaría de una manera muy natural la referencia de 1:1 a las doce tribus de la Diáspora. Se completaría diciendo que algún cristiano encontró este tratado judío escrito bajo el nombre de Jacob a todos los exiliados judíos, y le impresionó tanto su valor moral que le hizo algunos ajustes y adiciones y lo publicó como libro cristiano>- No cabe duda de que esta, es una teoría atractiva... pero tal vez se pasa de ingeniosa.

(ii) Lo mismo. que los -judíos, los cristianos ,escribieron también muchos libros bajo los nombres de las grandes figuras de la Iglesia Cristiana. Hay evangelios que se publicaron bajo los nombres de Pedro, de Tomás y del mismo Santiago; hay, una epístola .de Bernabé; hay evangelios de Nxcodemo y de Bartolomé; y hay . hechos. de Juan, . de Pablo, :de Andrés, de Pedro, de Tomás, de Felipe y de otros. El término_técnico que se da a estos libros es el de *seudónimos*, es decir, escritos bajo un *nombre falso*.

Se ha sugerido que *Santiago* fue escrito por alguien bajo el nombre del -hermano del Señor. Eso parece haber sido lo que pensó Jerónimo cuando dijo que esta carta < la publicó alguno bajo el nombre de Santiago.» Pero, independientemente de

la obra en sí, esa suposición no puede mantenerse; porque, cuando alguien escribía bajo un seudónimo, ponía empeño en dejar bien claro quién era el que había de suponerse que lo había escrito; es decir, que habría dejado más claro que el autor era Santiago el *hermano del Señor*, cosa.que ni se insinúa en el texto.

(iii) Moffatt se inclinaba a favor de la teoría de que el autor no era el hermano del Señor, ni ningún otro Santiago conocido, sino simplemente un maestro llamado Santiago de cuya vida no tenemos la menor información. Eso no es ni mucho menos imposible, porque el nombre de Jacobo o Santiago era tan corriente entonces como ahora; pero sería difícil entender cómo tal libro consiguió entrar en el.Nuevo Testamento, y cómo se relacionó con el hermano del Señor.

(iv) El punto de vista tradicional es que fue Santiago el hermano del Señor el que escribió esta carta. Ya hemos visto que parece extraño que no contenga más que dos referencias accidentales a Jesús, y ninguna a Su Resurrección o a Él como el Mesías. Otra dificultad aún más seria es la siguiente. *Santiago* está escrito en buen griego. Ropes dice que el griego tiene que haber sido la lengua materna del que lo escribió; y Mayor, que era un gran experto en griego, dice: < Yo me inclinaría a calificar el griego de esta epístola como el que más se acerca a la pureza clásica de todos los libros del Nuevo Testamento con la excepción tal vez de la Epístola a los Hebreos.» Sin embargo, no cabe duda de que la lengua materna de Santiago era el arameo, y no el griego; y podemos estar seguros de que no dominaría el griego clásico. Su educación ortodoxa judía le haría despreciarlo y evitarlo, como lengua gentil y, además, como la de los perseguidores de su pueblo. Es casi imposible creer que Santiago fuera el autor de esta carta.

(v) Y llegamos a la quinta posibilidad. Recordemos cuánto se parece *Santiago* a un sermón. Es posible que sea, en esencia, un sermón predicado por Santiago, que otro tomó, diríamos, casi taquigráficamente, y luego tradujo al griego, puliéndolo y decorándolo ligeramente, y publicándolo después para que

toda la Iglesia pudiera beneficiarse. Eso explicaría su formó, y cómo llegó a adscribirse a Santiago. También explicaría la escasez de referencias a Jesús el Mesías y a Su Resurrección, porque tal vez en ese sermón no trató esos puntos. En un sermón es natural que no se toquen todos los temas fundamentales de la ortodoxia, sino que se insista más en los deberes morales que en la teología. Nos parece que esta es la única teoría que explica los hechos sin violentarlos.

Una cosa es segura: puede que nos aproximemos a esta breve carta creyéndola uno de los libros menos importantes del Nuevo Testamento; pero, si la estudiamos con interés, acabaremos dándole gracias a Dios porque se ha conservado para nuestra edificación e inspiración.

SANTIAGO

SALUDOS

Santiago 1:1

Santiago, el esclavo de Dios y del Señor Jesucristo, envía saludos a las doce tribus que están esparcidas por todo el mundo.

Santiago se identifica al principio de su carta con el título que encierra todo su honor y su única gloria, *el esclavo de Dios y del Señor Jesucristo*. Con la excepción de Judas, es el único autor del Nuevo Testamento que se atribuye ese término (*duelos*) sin más cualificación. Pablo se describe como esclavo y apóstol de Jesucristo (*Romanos 1:1; Filipenses 1:1*). Pero Santiago no pasa de llamarse el esclavo de Dios y del Señor Jesucristo. Este título tiene por lo menos cuatro implicaciones.

(i) Implica *una obediencia absoluta*. El esclavo no tiene más ley que la palabra de su amo; no tiene derechos propios; es propiedad absoluta de su amo, y está obligado a rendirle a su amo una obediencia incondicional.

(ii) Implica *una humildad absoluta*. Es la condición de un hombre que no piensa en sus privilegios sino en sus deberes, no en sus derechos sino en sus obligaciones. Es la palabra que describe a un hombre que se ha perdido a sí mismo en el servicio de Dios.

(iii) Implica *una lealtad absoluta*. Es la posición de un hombre que no tiene intereses propios, porque todo lo que hace

lo hace para Dios. Su provecho y sus preferencias =personales no entran en sus cálculos: Le debe su lealtad a Dios.

(iv) Sin embargo, en esta palabra de encierra su *gloria*. Lejos de ser un título deshonroso es el que se aplicaba a las grandes figuras del Antiguo Testamento. Moisés era el *dulos*, en hebreo *`ébed*, de Dios (1 Reyes 8:53; Daniel 9:11; Malaquías 4:4); así se llamaban también Josué y Caleb (Josué 24:29; Números 14:24); así también los grandes patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob (Deuteronomio 9:27); y Job (Job 1: 8); e Isaías (Isaías 20:5); y *dulos* es el título distintivo por el que se conocían los profetas (Amós 3:7; Zacarías 1:6; Jeremías 7: 25). Al tomar el título de *dulos*, Santiago se coloca en la gran línea sucesoria de los que hallaron la libertad y la paz y la gloria en la perfecta sufisión a la voluntad de Dios. La única grandeza a la que un cristiano puede aspirar es a la de ser esclavo de Dios.

Hay algo poco corriente en el saludo inicial de esta carta. Santiago manda saludos a sus lectores usando la palabra *jairein*, que es la que se solía usar en las cartas personales en griego. Pablo no la usa nunca, sino siempre el saludo distintivo de los cristianos «Gracia y paz» (Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3). El saludo corriente griego sólo aparece dos veces en el resto del Nuevo Testamento: en la carta que dirige el oficial romano Claudio Lisias a Félix para garantizar la seguridad del viaje de Pablo (Hechos 23:26), y en la carta general que se mandó a todas las iglesias gentiles con la decisión del Concilio de Jerusalén que les garantizaba la admisión en la Iglesia (Hechos 15:23). Esto es interesante, porque fue Santiago el que presidió aquel Concilio (Hechos 15:13). Puede que usara el saludo más general porque la carta iba dirigida a un círculo muy amplio de gentiles.

LOS JUDÍOS ESPARCIDOS POR EL MUNDO

Santiago 1:1 (continuación)

La carta va dirigida a *las doce tribus que están esparcidas por el extranjero*; literalmente, *en la Diáspora*, que era la palabra técnica que designaba a los judíos que vivían fuera de Palestina. Todos los millones de judíos que había, por la razón que fuera, fuera de la Tierra Prometida, eran la *Diáspora*. Esta dispersión de los judíos por todo el mundo fue de importancia capital para la extensión del Cristianismo, porque quería decir que había sinagogas en todas las ciudades principales, que era donde empezaban su labor los predicadores cristianos; y también quería decir que había grupos -de hombres y mujeres por todo el mundo que ya conocían el Antiguo Testamento, y que habían hecho que algunos gentiles se interesaran por la fe de Israel. Veamos cómo se había producido esa dispersión.

Algunas veces, y así fue como empezó todo el proceso, los judíos fueron exiliados de su tierra y obligados a vivir en otros lugares. Hubo tres grandes deportaciones.

(i) La primera tuvo lugar cuando el Reino del Norte, con su capital en Samaria, fue conquistado por los asirios, y sus habitantes fueron llevados cautivos a Asiria (2 Reyes 17:23; 1 Crónicas 5:26). Esos eran las diez tribus perdidas, que no volvieron a Palestina. Los judíos creían que, al final de todas las cosas, todos los judíos se reunirían en Jerusalén; pero creían que, hasta que llegara el fin del mundo, esas diez tribus no volverían. Fundaban esa creencia en una interpretación bastante fantástica de un texto del Antiguo Testamento. Los rabinos lo argüían de la siguiente manera: «Las diez tribus no volverán nunca, porque se dice de ellas: "Los arrojó a otra tierra, como hoy se ve" (Deuteronomio 29:28). Como "hoy" acaba y nunca vuelve, así ellos partieron y nunca volverán. Como "hoy" se oscurece y vuelve a amanecer otra vez, así también el día amanecerá para que vuelvan las diez tribus que ahora están en las tinieblas.»

(ii) La segunda gran deportación fue alrededor del año 580 a.C., después que los babilonios conquistaron el Reino del Sur, cuya capital era Jerusalén, y llevaron cautivos a Babilonia a los mejores del pueblo (2 Reyes 24:14-16; Salmo 137). Aquellos judíos se comportaron en Babilonia de una manera muy diferente: se resistieron a ser asimilados y perder su identidad. Se dice que estaban principalmente en las ciudades de Nahardea y de Nisibis. Fue precisamente en Babilonia donde floreció el enciclopedismo judío y se produjo el *Talmud Babli* o babilonio, exposición masiva de la ley judía en sesenta inmensos volúmenes. Cuando Josefo escribió su *Guerras de los judíos*, la primera edición no fue en griego sino en arameo, e iba dirigida a los judíos intelectuales de Babilonia. Él nos dice que los judíos alcanzaron tal poder allí que en un tiempo la provincia de Mesopotamia estaba gobernada por ellos. Sus dos gobernadores judíos fueron Asideo y Anileo; y al morir Anileo se dijo que fueron masacrados no menos de 50,000 judíos.

(iii) La tercera deportación tuvo lugar mucho más tarde. Cuando Pompeyo derrotó a los judíos y tomó Jerusalén en 63 a.C., se llevó esclavos a Roma a muchos judíos. Su adhesión rígida a su propia ley ceremonial y su inflexible cumplimiento de la ley del sábado hacían que fueran difíciles hasta como esclavos, por lo que fueron manumitidos. Se asentaron en una especie de barrio propio a la otra orilla del Tiber. Al poco tiempo se los vio florecer por toda la ciudad. Dió Casio dice de ellos: «Fueron oprimidos con frecuencia, pero a pesar de todo se multiplicaron hasta tal punto que consiguieron hasta que se les respetaran sus costumbres.» Julio César fue su gran protector, y leemos que se pasaron toda la noche de duelo junto a su ataúd. También leemos que estaban presentes en gran número cuando Cicerón estaba defendiendo a Flaco. En el año 19 d.C., toda la comunidad judía fue desterrada de Roma al ser acusada de haberle robado a una prosélita rica pretendiendo que el dinero era para el templo, y en aquella ocasión fueron llamados a filas para luchar contra los bandidos de Cerdeña; mas pronto regresaron. Cuando los judíos de Palestina enviaron

su diputación a Roma para quejarse del gobierno de Arquelao, leemos que se les unieron 8,000 judíos que residían en la ciudad. La literatura latina está llena de referencias sarcásticas contra los judíos, porque el antisemitismo no es nada nuevo; y el mismo número de referencias es prueba del papel que representaban en la vida de la ciudad.

Las deportaciones llevaron millares de judíos a Babilonia y a Roma; pero aún fueron muchos más los que se marcharon de Palestina por su propia voluntad, en busca de tierras más cómodas y productivas. Dos países en particular recibieron a miles de judíos. Palestina estaba como en un bocadillo entre dos grandes poderes: Siria y Egipto; y estaba en peligro, por tanto, de convertirse en campo de batalla: Por esa razón, muchos judíos se fueron, ya a Siria, ya a Egipto.

En tiempos de Nabucodonosor hubo un éxodo voluntario de muchos judíos a Egipto (2 Reyes 25:26). Allá para el año 650 a.C., el rey Samético se decía que tenía mercenarios judíos en sus ejércitos. Cuando Alejandro Magno fundó Alejandría, se ofrecieron privilegios especiales a los que se instalaran allí, y llegaron gran número de judíos. Alejandría se dividía en cinco distritos administrativos, y dos de ellos estaban habitados por judíos, que sumaban en esa sola ciudad más de un millón. Los asentamientos judíos en Egipto llegaron a tal punto que, hacia el año 50 a.C., se construyó una réplica del templo de Jerusalén en Leontópolis para los judíos egipcios.

Muchos judíos se trasladaron también a Siria. La concentración más importante fue en Antioquía, donde se predicó el Evangelio por primera vez a los gentiles, y los seguidores de Jesús recibieron el mote de cristianos. En Damasco leemos que masacraron a 10,000 judíos en una ocasión.

Así que Egipto y Siria tenían numerosas poblaciones judías. Pero otros se instalaron más lejos. En Cirene, al Norte de Africa, leemos que la población estaba dividida entre ciudadanos, agricultores, residentes extranjeros y judíos. Mommsen, el historiador de Roma, escribe: «Los habitantes de Palestina no eran más que una parte, y no la más importante, de los

judíos; las comunidades judías de Babilonia, Siria, Asia Menor y Egipto eran muy superiores a la de Palestina.» La mención de Asia Menor nos conduce a otra esfera en la que los judíos eran numerosos. Cuando se desmembró el imperio de Alejandro Magno a su muerte, Egipto correspondió a los Tolomeos, y Siria y los territorios adyacentes a Seleuco y sus sucesores los seléucidas. Estos tenían dos características principales. Seguían una política deliberada de fusión de poblaciones con vistas a ganar seguridad y acabar con los nacionalismos. Y también eran inveterados fundadores de ciudades. En estas ciudades se necesitaban residentes, lo que hacía que se ofrecieran atractivos y privilegios especiales a los candidatos. Los judíos aceptaron a millares la nacionalidad de estas ciudades. Por toda Asia Menor, en las grandes ciudades de la costa del Mediterráneo y en los grandes centros comerciales, los judíos eran numerosos y prósperos. Hasta había trasplantes obligatorios: Antíoco el Grande se llevó a 2,000 familias judías de Babilonia y las reasentó en Lidia y en Frigia. De hecho, la salida de Palestina tomó tales proporciones que los judíos palestinos se quejaban de sus hermanos que abandonaban las austeridades de Palestina para disfrutar de los baños y de las fiestas de Asia y de Frigia; y Aristóteles nos cuenta que se encontró a un judío en Asia Menor que era < griego, no sólo en la lengua, sino también en el alma.»

Está claro que había judíos en todas las partes del mundo. El geógrafo griego Estrabón escribe: «Cuesta trabajo encontrar un lugar en todo el ancho mundo que no esté ocupado y dominado por judíos.» Y el historiador judío Josefo escribe: «No hay ciudad, ni tribu, ya sean griegas o bárbaras, en la que no hayan arraigado la ley y las costumbres judías.» Los *Oráculos sibílicos*, escritos hacia el año 140 a.C., dicen que todas las tierras y todos los mares están llenos de judíos. Hay una carta que se supone que le mandó Agripa a Calígula, que cita Josefo, en la que se dice que Jerusalén no es sólo la capital de Judea, sino de la mayor parte de los países, por las colonias que ha instalado en ocasiones propicias en los países cercanos

de Egipto, Fenicia, Siria, Celesiria, y en los más remotos de Parifilia y Cilicia, en la mayor parte de Asia hasta llegar a Bitinia y el Ponto; también en Europa: Tesalia, Boecia, Macedonia, Etolia, Ática, Argos, Corinto y en las mejores partes del Peloponeso. Y no sólo estaba lleno de asentamientos judíos el continente, sino también las islas más importantes: Eubea, Chipre, Creta. y no digamos las tierras más allá, del Éufrates, en todas las cuales había habitantes judíos.

La Diáspora judía era coextensiva con el mundo; y fue el factor más importante para la extensión del Cristianismo.

LOS DESTINATARIOS DE LA CARTA

Santiago 1:1 (conclusión)

Santiago escribe a *das doce tribus de la Diáspora*. ¿A quiénes tiene en mente al escribir? Las *doce tribus de la Diáspora* podría querer decir cualquiera de las tres cosas siguientes.

(i) Podría representar a todos los judíos de fuera de Palestina. Ya hemos visto que suponían millones. Había de hecho muchos más judíos por toda Siria y Egipto y Grecia y Roma y Asia Menor y todas las tierras del Mediterráneo y más allá de Babilonia, que en Palestina. En las condiciones del mundo antiguo sería totalmente imposible mandar un mensaje a una circunscripción tan extensa y desparramada.

(ii) Podría querer decir los judíos cristianos fuera de Palestina. En este caso incluiría probablemente a los judíos en los países alrededor de Palestina, tal vez particularmente los de Siria y Babilonia. No cabe duda de que si alguno hubiera de escribir una carta a esos judíos sería Santiago, porque era el líder reconocido de la cristiandad judía.

(iii) La frase podría tener un tercer significado. Para los cristianos, la Iglesia Cristiana era el Nuevo Israel. Al final de *Gálatas* Pablo manda su bendición al *Israel de Dios (Gálatas 6:16)*. La nación de Israel había sido el pueblo escogido

especialmente por Dios; pero se habían negado a aceptar su lugar, su responsabilidad y su tarea. Cuando vino el Hijo de Dios, Le rechazaron. Por tanto, todos los privilegios que les habían correspondido pasaron a la Iglesia Cristiana, que es el nuevo pueblo de Dios. Pablo (*Romanos 9:7s*) había desarrollado esta idea hasta sus últimas consecuencias. Era su convicción que los verdaderos descendientes de Abraham no eran los que podían remontar su ascendencia física hasta él, sino los que habían emprendido la misma aventura de fe que emprendió Abraham. El verdadero Israel se componía, - no de ninguna nación o raza en particular, sino de los que habían aceptado a Jesucristo por la fe. Así pues, esta frase podría muy bien querer decir *la Iglesia Cristiana en general*.

Podemos escoger entre el segundo y el tercer significado, cada uno de los cuales hace perfecto sentido. Santiago puede que escribiera a los judíos cristianos esparcidos por las naciones circundantes; o al nuevo Israel, la Iglesia Cristiana.

PROBADOS Y APROBADOS

Santiago 1:2-4

Hermanos míos: considerad un gran privilegio siempre que os veáis involucrados en toda clase de pruebas; porque sabéis muy bien que la prueba de vuestra fe produce una constancia a toda prueba. Y dejad que esa constancia alcance su plenitud haciéndoos perfectos y completos y en nada insuficientes.

Santiago no sugería nunca a sus lectores que el Cristianismo sería para ellos un camino fácil. Les advierte que se verán envueltos en lo que la antigua versión Reina-Valera llamaba *diversas tentaciones*. La palabra que se traducía por *tentaciones* es *peirasmós*, cuyo sentido hemos de entender bien para comprender la esencia misma de la vida cristiana.

Peirasmós no es *tentación* en el sentido que le damos a este término, sino *prueba* (como corrigen las revisiones posteriores). *Peirasmós* es una prueba que se hace con un fin, que no es sino que el que es sometido a la prueba surja de ella más fuerte y más puro. El verbo correspondiente, *peirázein*, que la versión antigua solía traducir por *tentar*, tiene el mismo sentido. La idea no es la de la seducir al pecado, sino la de fortalecer y purificar. Por ejemplo: se dice que un ave joven *prueba* (*peirázein*) las alas; o que la Reina de Seba vino a probar (*peirázein*) la sabiduría de Salomón. Se dice que Dios probó (*peirázein*) a Abraham, cuando pareció exigirle el sacrificio de Isaac (*Génesis 22:1*). Cuando Israel entró en la Tierra Prometida, Dios no quitó del todo a los que la habían habitado antes. Los dejó para poner a prueba a Israel (<*peirázein*) en su lucha contra ellos (*Jueces 2:22; 3:1;4*). Las experiencias de Israel eran pruebas que contribuían a formar al pueblo de Dios (*Deuteronomio 4:34; 7:19*).

Aquí tenemos un gran pensamiento alentador. Hort escribe: «El cristiano debe esperar que las pruebas le metan a empellones en la vida cristiana.» Se nos presentarán todas las experiencias imaginables. Habrá la prueba del dolor y de las desilusiones que tratarán de quitarnos la fe: Vendrá también la prueba de las seducciones que tratarán de inducirnos a dejar el buen camino. Estarán las pruebas de los peligros, los sacrificios, la impopularidad que supone muchas veces el camino cristiano. Pero nada de eso nos viene para hundirnos, -sino para remontarnos. No pretenden vencernos, sino que las vencamos; ni debilitarnos, sino fortalecernos. La vida cristiana: es como la de un atleta: cuanto más **duro el entrenamiento**; -**más** animado está, porque sabe que así estará dispuesto para realizar un esfuerzo que le conduzca a la victoria. Como decía Browning, debemos «acoger con alegría cualquier revés que hace más áspero, el camino suave;» porque si cuesta es porque vamos cuesta arriba, hacia la cima.

Santiago 1.:2.4 (conclusión)

Santiago describe el proceso de la prueba con la palabra *dokimion*. Es una palabra interesante. Es la palabra que se usa para la moneda de curso legal, genuina y sin aleaciones. La finalidad de la prueba es purificarnos de toda impureza.

Si nos, enfrentamos con la prueba con la actitud debida, producirá en nosotros una constancia (o firmeza) a toda prueba. La palabra es *hypomoné*, que la Reina-Valera traduce (siguiendo, como tantas, -a la Vulgata) por *paciencia*; pero la paciencia es demasiado pasiva. *Hypomoné* no es simplemente la actitud de soportar las cosas, sino la habilidad de transformarlas en grandeza y en gloria. Lo que alucinaba a los paganos en los siglos de la persecución era que los mártires no morían lúgubrememente, ¡sino cantando! Uno sonreía en las llamas; le preguntaron a qué estaba sonriendo y contestó: «Veía la gloria de Dios, y me sentía feliz.» *Hypomoné* es la cualidad que hace capaz a una persona, no sólo de sufrir la adversidad, sino de conquistarla y vencerla: El resultado de la prueba soportada con la debida actitud es la fuerza para soportar aún más y conquistar en batallas todavía más duras.

Esta constancia a toda prueba consigue hacer a una persona tres cosas.

(i) La hace *perfecta*. En griego es *téleios*, y tiene generalmente el sentido de *perfección para un fin determinado*. Un animal para el sacrificio era *téleios* si era idóneo para ofrecerlo a Dios. Un estudiante era *téleios* ni estaba formado. Una persona era *téleios* si había llegado a su pleno desarrollo. Esta constancia que nace de la prueba debidamente aceptada hace a una persona *téleios* en el sentido de hacerla idónea y capaz para realizar la tarea para la que vino al mundo. Aquí tenemos una gran idea. Por la forma en que nos enfrentamos con las experiencias de la vida, nos estamos capacitando o incapacitando para la labor que Dios quiere que realicemos.

(ii) La hace *completa*. Es griego, *holókléros*, -que quiere -decir *íntegra, perfecta. en todas sus partes*. Se usa del animal que es idóneo para ofrecérselo a Dios en sacrificio, y del sacerdote que es apto para el ministerio. Quiere decir que el animal o la persona no tiene ningún defecto que le desfigure o descalifique. Gradualmente, esta constancia a toda prueba desplaza las debilidades y las imperfecciones del carácter de una persona; la capacita diariamente a conquistar antiguos pecados, a desembarazarse de viejas vergüenzas y a obtener nuevas virtudes; hasta que, al fin, llega a, ser perfectamente idónea para el servicio de Dios y de la humanidad:

(iii) Hace que- sea *en nada insuficiente*. En griego, *leípesthai*, que se usa de la derrota de un ejército, de la rendición en una contienda,- del fracaso en alcanzar el nivel que se establece. Si una persona se enfrenta con la prueba con la debida actitud, si desarrolla de día en día esta constancia a toda prueba, vivirá de día en día más victoriosamente y llegará- más cerca del nivel del mismo Jesucristo.

LO QUE LA PERSONA PIDE Y DIOS DA

Santiago 1: 5-8

Si cualquiera de vosotros saca insuficiente en sabiduría, que se la pida a Dios -Que da generosamente a todo el mundo sin humillar a nadie-, y se le dará. Que la pida con fe, sin albergar dudas en su mente; porque el que se debate entre dudas es como el oleaje del mar, impulsado por el viento de acá para allá. Que no se crea esa persona que va a recibir nada del Señor, una persona de mentalidad dividida, inconstante en todo lo que emprende.

Hay una íntima relación entre este pasaje y el anterior. Santiago acaba de decirles a sus lectores que, si usan todas las

experiencias que son pruebas en la vida de una manera debida, saldrán de ellas con la constancia a toda prueba que es la base de todas las virtudes. Pero; inmediatamente, surge la pregunta: «¿Dónde puedo. yo encontrar la sabiduría y la inteligencia que necesito para usar estas experiencias probatorias de la manera debida?» La respuesta de Santiago es: « Si uno se da cuenta de que no tiene la sabiduría necesaria para usar debidamente las experiencias de la vida -y no hay nadie que la posea por sí mismo-, que se la pida a Dios.»

Hay algo que sobresale aquí. Para Santiago, el maestro cristiano con un trasfondo judío, la sabiduría es una cosa práctica. No es la especulación filosófica o el conocimiento intelectual; su esfera son las cosas de la vida. Los .estoicos definían la sabiduría como «el conocimiento de lo humano ,y lo divino.» Pero Ropes define esta sabiduría cristiana como «la cualidad suprema y divina del alma. que le permite a la persona conocer y practicar la integridad.» Hort la define como «ese talento del corazón y de la mente que se necesita para vivir como Dios manda.» En la sabiduría cristiana hay, desde luego, un conocimiento de las cosas profundas de Dios; pero es esencialmente práctico. Es un conocimiento tal que pasa a la acción en las decisiones y relaciones personales de la vida cotidiana. Cuando una persona Le pide a Dios esta sabiduría, debe tener presentes dos cosas.

(i) Debe recordar cómo da Dios: da generosamente y sin humillar a nadie. «Toda sabiduría -decía Jesús ben Siráviene del Señor y está con Él para siempre» (Eclesiástico PI). Pero los sabios judíos se daban perfecta cuenta de que el mejor regalo del mundo se puede echar a perder por la forma de darlo. Tenían mucho que decir acerca de la manera de dar que tienen los tontos. «Hijo mío, no estropees tus buenas obras, ni uses palabras impertinentes cuando das algo... Fíjate: ¿No es una palabra mejor que un regalo? Pero las dos cosas se encuentran en un hombre generoso. Un idiota reprende groseramente, y el regalo del envidioso consume los ojos» (=«produce lágrimas») (*Eclesiástico 18:15-18; cp. 20:14s*). El mismo escritor

advierte contra «las reprimendas ante los amigos» (*Eclesiástico 41:22*). Hay una clase de dar que se practica con la intención de obtener más de lo que se da. El que no da nada más que para satisfacer su propia vanidad y su complejo de superioridad, colocando al que recibe bajo una obligación que no podrá olvidar jamás; el que da, y luego no deja de echar en cara lo que ha dado.

Pero Dios da con generosidad. Filemón, el poeta griego, llamaba a Dios «el Que arpa los regalos,» no en el sentido de que Le guste recibir regalos,, sino de que Le encanta darlos. Y Dios no echa luego en cara nada de lo que da. Da con todo el esplendor de Su amor, porque Le es absolutamente natural el dar.

(ii) Debe recordar *cómo debe pedir el necesitado*: Debe pedir sin dudas. Debe estar seguro, tanto de que Dios puede, como de que tiene voluntad de dar. Si lo pide con dudas, su mente está como el oleaje, a merced del viento que lo impulsa de un lado para otro. Mayor dice, que es como un corcho arrastrado por las olas, ahora cerca de la playa, luego cada vez más lejos. Tal persona es inestable en todas sus actuaciones. Hort sugiere que se trata de la imagen de uno que va borracho, dando traspiés de un lado a otro de la calle y sin que se pueda saber adónde va. Santiago dice claramente que tal .persona es *dípsyjos*, que quiere decir literalmente que tiene dos almas, o dos mentes, en su interior: una cree., y la otra no cree; y es corro una guerra civil en persona; porque la confianza y la desconfianza en Dios están librando una batalla continua la una.contra la otra.

Si vamos a usar las experiencias de la vida como es debido para obtener un carácter íntegro, tenemos que pedirle a Dios sabiduría. Y cuando Se la pidamos, debemos tener presente la generosidad absoluta que Le caracteriza, y estar seguros de que pedimos creyendo que vamos a recibir lo que Dios sabe que es bueno y conveniente que tengamos.

SEGÚN LA NECESIDAD DE CADA CUAL

Santiago 1:9.11

Que el hermano sencillo esté orgulloso de su dignidad; y el hermano rico, de su insignificancia porque se pasará como la florecilla del campo. Amanece el día con viento solano, y se seca, la hierba, y su flor se marchita, y toda su hermosura queda en nada. Así se ajará el rico con todas sus empresas.

Según lo vio Santiago, el Evangelio le trae a cada uno lo que necesita. Como decía Mayor: «Como el pobre desprecia do aprende a respetarse.a sí mismo, así el orgulloso rico a despreciarsé.s> .^k

El Evangelio le trae al pobre un. nuevo sentido de su propia *valía*. (a) Aprende que él importa *en la iglesia*: En la Iglesia Primitiva no había diferencia de~clases. Podía suceder que un esclavo fuera el pastor de la congregación; el que predicaba y administraba los sacramentos; mientras•que.su amo no era más que un- simple.miembro. En la Iglesia se borran las dignida=*des* sociales del mundo, y ninguno importa más que otro. (b) Aprende que él importa *en el mundo*. *El* Evangelio, enseña que todas las personas tienen una tarea que realizar en el mundo. Cada uno Le es útil a Dios; y aunque esté confinado en el lecho del dolor; el poder de su oración puede . seguir actuando en el mundo de la gente. (c) Aprende.que Le importa *a Dios*. Como dijo Mureto tiempo ha: « No llaméis indigno a ninguno .por quién Cristo murió.»

r: (m) El EvángelioAe trae al. rico un sentido nuevo de autodesprecio. El gran peligro de .la riqueza, es que tiende a darle a- la persona un falso sentido de seguridad. Se siente segura;, se e que tiene los recursos para enfrentarse con todo y para redimirse de cualquier situación adversa.

Santiago traza un cuadro pictórico que sería muy familiar en Palestina. En los descampados, si hay un chubasco alguna vez, brotan las delgadas hojas de la hierba verde; pero el ardor -del sol la agosta en un solo día como si no hubiera existido. El viento solano es el *kausón*, el viento abrasador del Sudeste, el simún. Venía derecho del desierto y se lanzaba sobre Palestina como la bocanada que sale de. un horno ardiendo cuando se abre la compuerta. En una hora quemaba la vegetación como si fuera papel de fumar.

Esa es la descripción de lo que sucede con una vida que depende de la riqueza. El que pone su confianza en la riqueza confía en algo que le pueden arrebatar los azares y avatares de la vida en cualquier momento. La misma vida es incierta. Detrás de las palabras de Santiago se encuentra la expresión poética de Isaías: «Toda criatura es hierba, y- toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; la gente no es más que hierba» (*Isaías 40: 6s; cp. Salmo 103:1 S*).

El mensaje de Santiago es que, si la vida es tan insegura y el hombre tan vulnerable, las calamidades y los desastres se nos pueden echar encima en cualquier momento. En ese caso, es estúpido poner toda nuestra confianza .en cosas, como la riqueza, que se pueden perder en cualquier momento. El sabio es el que pone su confianza en lo que. no se puede perder.

Así que Santiago exhorta al rico a que deje de confiar en lo que puede atesorar por su propio esfuerzo, a que reconozca su humana indefensión y ponga su confianza humildemente en Dios, Que es el único que no cambia y es para siempre.

LA CORONA DE LA VIDA

Santiago 1:12

¡Feliz el que se enfrenta con la prueba con firme constancia! Porque, cuando haya dado muestra de su auténtica valía, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que Le aman.

El que se enfrenta con la prueba como es debido tiene la felicidad aquí y en el más allá. >

(i) En esta vida da muestra de su auténtica valía. Eí *dókimos*; el metal auténtico sin mezcla de impurezas. Se ha templado su carácter, y surge de la prueba fuerte y puro.

(ii) En la vida venidera recibe la *corona de la vida*. Aquí se esconde más de lo que se ve. En el mundo antiguo; la corona (*stéfanos*) tenía por lo menos cuatro grandes asociaciones.

(a) La corona de flores se usaba en los días alegres, en las bodas y en las fiestas (*cp. Isaías 28:1s; Cantares 3:11*).

(b) La corona era el signo de la realeza, y la usaban los reyes. Algunas veces era de oro, y otras consistía en una banda de lino alrededor de la frente (*Salmo 21:3; Jeremías 13:181*;

(c) La corona de laurel era el premio del vencedor en los juegos, el más codiciado por los atletas (*cp. 2 Timoteo 4:8*):

(d) La corona era un emblema de honor y dignidad. La instrucción de los padres puede reportar una corona de gracia a los que la cumplen (*Proverbios 1: 9Y*; la sabiduría proporciona una corona de gloria (*Proverbios 4: 9*):

No tenemos que escoger entre esos sentidos; todos están incluidos. El cristiano tiene una *felicidad* que no tiene nadie más. La vida es para él como un estar siempre de fiesta. Participa de una *realeza* que nadie más conoce; porque; aunque sea humilde en la Tierra, es hijo de Dios. Tiene una *victoria* que otros no pueden ganar, porque se enfrenta con la vida y todas sus demandas con el poder conquistador de la presencia de Jesucristo. Tiene una nueva *dignidad*, porque se da cuenta de que Dios le valoró al precio de sangre de Jesucristo.

¿Qué es la corona? La *corona de la vida*. Y esa frase quiere decir *la corona que consiste en la vida*. La corona del cristiano es una nueva clase de vida que es la vida verdadera; mediante Jesucristo ha entrado en una vida más abundante.

Santiago dice que si el cristiano se enfrenta con las pruebas de la vida con la firme constancia que Cristo da, la vida se le convierte en algo infinitamente más espléndido que antes. La lucha es el camino a la gloria, y la misma lucha es ya gloria.

ECHARLE LAS CULPAS A DIOS

Santiago 1:13-1 S

Que nadie diga cuando es tentado: «¡Esta tentación es cosa de Dios!» Porque a Dios no Le puede tentar el mal, ni Él tienta a nadie. La tentación ataca a las personas cuando sus propios deseos les tienden la trampa y las seducen; luego el deseo concibe y da a luz el pecado, y cuando el pecado ha llegado a su pleno desarrollo genera la muerte.

Tras este pasaje se encuentra una idea judía a la que somos propensos todos en cierta medida. Santiago está corrigiendo aquí a los que Le echan las culpas de la tentación a Dios.

La teología hebrea se debatía ante la división interior que se da en todas las personas. Era el problema que acechaba a Pablo: < Me encanta la Ley de Dios en lo más íntimo de mi ser, pero descubro otra ley en mis miembros que le hace la guerra a la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado que habita en mis miembros» (*Romanos 7:22s*). Hay dos fuerzas que tiran de la persona en sentidos opuestos. Simplemente como una interpretación de su experiencia personal, los judíos llegaron a la doctrina de las dos tendencias. Las llamaban *yétser ha-tób* y *yétser ha-rá*; *la tendencia al bien y la tendencia al mal*. Era una manera de plantear el problema, pero no de resolverlo. En particular, no decía de dónde procedía la tendencia al mal; así es que el pensamiento judío se propuso explicarlo.

El autor del *Eclesiástico* estaba profundamente impresionado con la confusión que crea la tendencia al mal. < ¿Oh, *Yétser ha-Rál*, ¿por qué se te permitió llenar la Tierra con tus engaños?» (*Eclesiástico 37:3*). Según su punto de vista, la tendencia al mal venía de Satanás, y la defensa del hombre era su propia razón. «Dios hizo al hombre en el principio, y le entregó en manos del que le hizo su presa. Le dejó en poder de su albedrío.

Si es tu voluntad, observarás los mandamientos, y la fidelidad depende de lo que tú quieras» (*Eclesiástico 15:14s*).

Había autores judíos que remontaban esta tendencia al mal al Jardín del Edén. En el libro apócrifo *Vida de Adán y Eva* se cuenta así la historia: Satanás tomó la forma de un ángel y, hablando por medio de la serpiente, puso en Eva el deseo del fruto prohibido y la hizo jurar que también le daría el fruto a Adán. < Cuando me hizo jurarlo -decía Eva- se subió al árbol. Pero en el fruto que me dio a comer *puso el veneno de su malicia*, es decir, de su concupiscencia. Porque la concupiscencia es el principio de todo pecado. E inclinó la rama hacia la tierra, y yo tomé el fruto y lo comí.» Aquí fue el mismo Satanás el que consiguió introducir la tendencia al mal en el hombre, que se identifica con la concupiscencia de la carne. Un desarrollo posterior de la historia fue que el principio de todo pecado fue el deseo que Satanás tenía de Eva.

El Libro de Enoc tiene dos teorías. Una es que los ángeles caídos fueron los responsables del pecado (85). La otra, que el responsable fue el mismo hombre. « El pecado no se envió a la Tierra, sino que el mismo hombre lo creó» (98:4).

Pero, todas esas teorías simplemente empujan el problema otro paso más atrás. Satanás puede que pusiera la tendencia al mal en la persona humana; o lo hicieron los ángeles caídos; o puede haber sido el mismo ser humano el que se lo introdujo. Pero, ¿de dónde procede *en última instancia*?

Para resolver este problema, algunos rabinos dieron un paso atrevido y peligroso. Arguyeron que, como Dios había creado todas las cosas, tiene que haber creado también la tendencia al mal. De ahí los dichos rabínicos «Dios dijo: «Me arrepiento de haber creado la tendencia al mal en el hombre; porque, si no lo hubiera hecho, no se habría rebelado contra Mí. Yo creé la tendencia al mal, creé la Ley como un remedio. Si te ocupas de la Ley, no caerás en su poder. Dios colocó la tendencia al bien en la mano derecha del hombre, y la tendencia al mal en su izquierda.» El peligro es obvio. Quiere decir que en último análisis el hombre puede echarle las culpas a Dios por su propio

pecado. Puede decir, como dijo Pablo: < Ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en uní» (*Romanos 7:15-24*). De todas las doctrinas extrañas, la más extraña es la que hace a Dios responsable del pecado en última instancia.

LA EVASIÓN DE LA RESPONSABILIDAD

Santiago 1:13-15 (conclusión)

Desde el principio del tiempo, el instinto del hombre lea sido echarle las culpas de su pecado a otro. El antiguo autor que escribió la historia del primer pecado en el Jardín del Edén era un psicólogo estupendo con un conocimiento profundo del corazón humano. Cuando Dios enfrentó a Adán con su primer pecado, la respuesta de Adán fue: «La mujer que me diste para que estuviera conmigo me dio del árbol, y por eso lo comí.» Y cuando Dios enfrentó a la mujer con su acción, Le contestó: «Fue la serpiente la que me engañó para que comiera.» Adán dijo: « Yo no tengo la culpa. Fue Eva.» Y Eva dijo: « Yo no tengo la culpa. Fue la serpiente» (*Génesis 3:12s*).

Los humanos siempre hemos sido expertos en el arte de la evasión. Les echamos las culpas a las circunstancias, a los demás, hasta a nuestro propio temperamento, por el pecado del que somos culpables.

Santiago reprende firmemente ese punto de vista. Para él, lo único que es responsable del pecado son los malos deseos de cada uno. El pecado sería inoperante si no hubiera nada en la persona a lo que apelara. El deseo es siempre algo que se puede alentar o rechazar. Se puede controlar y hasta, por la gracia de Dios; eliminar, si no se deja para mañana. Pero si dejamos que los pensamientos se nos vayan por ciertos senderos, y los pasos nos lleven a ciertos lugares, y los ojos se fijen en ciertas cosas... fomentamos el deseo. Uno siempre puede entregarse a Cristo y ocuparse de cosas buenas tan totalmente que no le quede ni tiempo ni sitio para los malos

pensamientos. Es para los desocupados para los que Satanás encuentra faenas que hacer. Son la mente indisciplinada y el corazón no comprometido los que son vulnerables. Si se alienta el deseo suficientemente, seguro que traerá consecuencias. El *deseo engendra la acción*.

Además, la enseñanza judía decía que el pecado produce la muerte. *La vida de Adán y Eva* cuenta qué, en cuanto Eva comió el fruto, percibió un atisbo de la muerte. La palabra que usa Santiago en el versículo 15, y que la versión Reina-Valera traduce *engendra (1909) o da a luz la muerte (1960)* es la palabra que se usa con los animales cuando *desovan o paren*. Dominado por el deseo, el hombre se rebaja al nivel de la creación irracional.

El gran valor de este pasaje está en que atribuye al hombre su verdadera responsabilidad por el pecado. Ninguno nacemos libres de deseos por cosas prohibidas; y, si animamos y alimentamos esos deseos hasta que llegan a ser grandes y monstruosamente fuertes, desembocarán inevitablemente en acciones que son pecado -y ese es el camino que conduce a la muerte. Esta idea -y toda la experiencia humana admite que es verdad- debe lanzarnos a los brazos de la gracia de Dios, que es lo único que nos puede hacer y mantener limpios, y que está al alcance de todos.

LA CONSTANCIA DE DIOS EN EL BIEN

Santiago 1:1(-18)

Queridos hermanos, no os engaños: todos los dones buenos y los beneficios perfectos nos bajan del Padre de las luces, en Quien no hay la mutabilidad que procede de las sombras fugaces. De acuerdo con Su plan nos ha dado la vida por medio de la Palabra de la verdad para que llegáramos a ser, como si dijéramos, las primicias de las cosas creadas.

Una vez más Santiago hace hincapié en la gran verdad de que todos los dones que Dios envía son buenos. El versículo 17 podría traducirse: < Todo dar es bueno. > Es decir, que no hay nada que venga de Dios que no sea bueno.

La frase que hemos traducido por «todos los dones buenos y los beneficios perfectos» es, de hecho, un perfecto verso exámetro en poesía. O Santiago tenía un sentido extraordinario del ritmo poético, ó está citando aquí no sabemos de dónde.

En lo que está insistiendo es en la inmutabilidad de Dios. Para ello hace uso de dos términos de astronomía. La palabra que usa para *mutabilidad* es *paral.lagué*, y la palabra para *las sombras fugaces* es *tropé*. Las dos palabras expresan los cambios de los cuerpos celestes, las variaciones en la duración del día y de la noche, en el recorrido del Sol, las fases. de la Luna, las diferencias de brillo de las estrellas y los planetas en diferentes épocas. La variabilidad es una característica de todas las cosas creadas. Dios es el Creador de las lumbreras celestes. La oración judía de la mañana dice: «Bendito sea el Señor Dios, que ha hecho las lumbreras.» Estas cambian, pero el Que las ha hecho no.

El propósito de Dios es la manifestación de Su gracia. *La Palabra de la verdad* es el Evangelio; y el propósito de Dios al enviarlo es que el hombre nazca de nuevo a una nueva vida. Las sombras desaparecen cuando la Palabra de verdad aparece.

Ese nuevo nacimiento nos introduce en la familia y propiedad de Dios. En el Antiguo Testamento era ley el que todos los primeros frutos eran consagrados a Dios. Se Le ofrecían a Dios en un culto de acción de gracias, porque Le pertenecían. Así que, cuando nacemos de nuevo por la Palabra verdadera del Evangelio, pasamos a ser propiedad de Dios, como se hacía con los primeros frutos de la cosecha.

Santiago insiste en que, lejos de tentar al hombre, los dones de Dios son invariablemente buenos. En todos los azares y avatares de un mundo cambiante, nunca cambian. Y el fin supremo de Dios es re-crear la vida mediante la verdad del Evangelio para que la humanidad sepa que Le pertenece a Él.

Todo esto ya lo sabíais, queridos hermanos. Que cada cual esté siempre dispuesto para oír, pero se lo piense cuando debe hablar y no se precipite cuando esté indignado; porque la ira del hombre no produce la justicia que quiere Dios.

Ha habido pocos sabios- que no se hayan dado cuenta de los peligros que entraña el estar demasiado dispuestos para hablar y demasiado poco para escuchar. Se podría trazar una lista interesante de cosas en las que es mejor ser rápido y de cosas en las que es mejor ser lento. En *Los dichos de los padres* de la *Mishná* leemos: «Hay cuatro clases de discípulos: los rápidos para escuchar y rápidos para olvidar (lo que ganan por un lado lo pierden por otro); lentos para escuchar y lentos para olvidar (compensan lo que pierden con lo que ganan); rápidos para escuchar y lentos para olvidar (esos son los sabios), y lentos para escuchar y rápidos para olvidar (no valen para nada).» Ovidio recomendaba a los hombres que fueran lentos para castigar, pero rápidos para preñar. Filón aconsejaba a un hombre que fuera rápido para beneficiar a los demás, y lento para hacerles ningún daño.

En particular, a los sabios les impresionaba la necesidad de ser lentos para hablar. Rabí Simeón decía: «Todos mis días he crecido entre los sabios, y no he encontrado nada tan bueno para un hombre como el silencio... El que multiplica las palabras da ocasión al pecado.» Jesús ben Sirá escribe: « Sé rápido para escuchar la palabra para poder entender... Si tienes entendimiento, responde a tu vecino; si no, tápate la boca con la mano, no sea que se te sorprenda en una palabra impertinente y quedés mal» (*Eclesiástico S:lls*). *Proverbios* está lleno de los peligros de precipitarse a hablar. «Cuando se multiplican las palabras, no falta la transgresión; pero el prudente refrena

sus labios» (10:19). < El que controla la boca conserva la vida; él que abre los labios más de la cuenta acaba en ruina» (13:3). «Hasta a un necio que guarda silencio se le toma por sabio» (17:28). «¿Te fijas en el que se precipita a hablar? Más se puede esperar de un tonto que de él» (29:20).

Hort dice que el que es bueno de veras está más deseoso de escuchar a Dios que de pregonar sus opiniones gárrula, estridente y arrogantemente. Los autores clásicos tenían la misma idea. Zenón decía: «Tenemos dos orejas, pero una sola boca para que aprendamos a oír más y hablar menos.» Cuando le preguntaron a Demonax cómo se podía gobernar mejor, contestó: «Sin ira, hablando poco y escuchando mucho.» Bías decía: « Si aborreces el hablar precipitadamente, no caerás en el error.» Una vez alabaron a un gran lingüista diciendo que podía guardar silencio en siete idiomas diferentes. Muchos de nosotros haríamos bien en hablar menos y escuchar más.

El consejo de Santiago es que también debemos ser *lentos para indignarnos*. Probablemente está saliendo al paso de algunos que dicen que a veces tienen que ponerse incandescentes de ira para reprender o denunciar el mal. Y hay mucho de verdad en eso, porque el mundo estaría peor todavía sin los que exponen y condenan los abusos y las tiranías del pecado. Pero demasiado a menudo se despotrica petulantemente y con una actitud intolerante y condenatoria.

El maestro tiene la tentación de enfadarse con los lentos y torpes, y todavía más con los perezosos. Pero, excepto en las más raras ocasiones, conseguirá mejores resultados animando que azotando, aunque sea sólo con la lengua. *El predicador* tendrá la tentación de enfurecerse. Pero « ¡No echés la bronca!» es un buen consejo que se le puede dar siempre, porque perderá su autoridad siempre que deje de mostrar con sus gestos o sus palabras que ama a su gente. Cuando la ira en el púlpito da la impresión de disgusto o desprecio, no puede convertir las almas. *Los padres* tienen la tentación de ponerse furiosos; pero eso es más probable que produzca una actitud más testaruda de resistencia a dejarse controlar o dirigir. El acento del amor

tiene siempre más poder que el de la ira; y cuando la ira se convierte en una constante irritación y en un disgusto petulante, hace más mal que bien.

El ser lentos para hablar, lentos para airarnos, pronto para escuchar, es siempre una buena táctica en la vida.

EL ESPÍRITU DÓCIL

Santiago 1:21

Así que despojaos de toda inmundicia y excrecencia de vicio, y recibid con gentileza la Palabra implantada que puede salvar vuestras almas.

Santiago usa una serie de palabras y figuras gráficas.

Les dice a sus lectores que se despojen de todos los vicios e inmundicias. La palabra que usa para *despojarse* es la que se usa para *quitarse la ropa*. Exhorta a sus lectores a que se desembaracen de toda corrupción como el que se quita de encima una ropa asquerosa, o como la serpiente que se desembaraza de la piel vieja.

Las dos palabras que usa para *inmundicia* son gráficas. La que hemos traducido por *inmundicia* es *ryparía*; se puede referir a la suciedad que mancha la ropa y ensucia el cuerpo; pero tiene otra connotación muy interesante. Se deriva de *rypos*; y cuando *rypos* se usa en un contexto médico quiere decir el cerumen de los oídos. Es posible que tenga aquí ese sentido; y entonces sería que Santiago está diciendo a sus lectores que se limpien de todo lo que les cierre los oídos a la verdadera Palabra de Dios. Cuando se acumula la cera en los oídos puede dejarle a uno sordo; y los pecados pueden hacer que una persona sea insensible a la voz de Dios. Además, Santiago habla de la *excrecencia (perisseía)* del vicio. Piensa en el vicio como un crecimiento canceroso que hay que cortar para salvar la vida.

Les exhorta a recibir *la palabra implantada* con gentileza. La palabra para *implantada*, es *émfytos*, que tiene dos significados principales.

(i) Puede querer decir *congénita o innata*, lo contrario de adquirida. Si Santiago la usaba en ese sentido estaba pensando lo mismo que Pablo cuando decía que los gentiles hacen las obras de la ley de una manera natural porque tienen una especie de ley en sus corazones (*Romanos 2:14s*); es la misma figura que encontramos en el Antiguo Testamento de la ley «muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón» (*Deuteronomio 30:14*). Es prácticamente lo mismo que nuestra palabra *conciencia*. Si es este el sentido aquí, Santiago está diciendo que hay un conocimiento instintivo del bien y del mal en el corazón humano cuya dirección deberíamos obedecer siempre.

(ii) Puede querer decir *implantada*, como la semilla que se planta en el suelo. En *4 Esdras 9:31* leemos que Dios dice: «Mirad: Yo planto Mi ley en vosotros, y seréis glorificados en ella para siempre.» Si Santiago está usando esta palabra en este sentido, la idea se remontaría a la Parábola del Sembrador (*Mateo 13:1-8*), que nos dice que la semilla de la Palabra se siembra en los corazones. Por medio de los profetas y de los predicadores, y sobre todo por medio de Jesucristo, Dios siembra Su verdad en los corazones, y los que son sabios la reciben y la aceptan.

Puede muy bien ser que no se requiera de nosotros que escojamos uno de los dos significados. Puede que Santiago implique que el conocimiento de la verdadera Palabra de Dios nos viene de dos fuentes: de lo profundo de nuestro ser, y del Espíritu de Dios y la enseñanza de Cristo y la predicación de los hombres. De dentro y de fuera de nosotros nos llegan las voces que nos indican el Camino; y los sabios las escuchan y obedecen.

Se ha de recibir la Palabra con *gentileza*. *Gentileza* es un intento de traducir la palabra intraducible *praytés*. Es una gran palabra griega que no tiene equivalente exacto en español. Aristóteles la definía como el término medio entre la ira excesiva y la excesiva pasividad; es la cualidad de la persona que tiene sus emociones y sentimientos bajo perfecto control. Andrónico de Rodas, comentando a Aristóteles, escribe: «*Praytés* es moderación en relación con la ira... Se podría definir como la serenidad y la capacidad para no dejarse llevar por las emociones, sino controlarlas como dicta la correcta razón.» Las *Definiciones* platónicas dicen que *praytés* es la regulación del movimiento del alma causado por la ira. Es el temperamento (*krasis*) de un alma en la que todo está mezclado en la debida proporción.

No se podría encontrar una palabra española para traducir lo que es un sumario en una sola palabra del espíritu dócil, *que se deja enseñar*. Ese espíritu es *dócil y tratable* y, por tanto, suficientemente humilde para aprender. El espíritu dócil *no tiene resentimiento ni ira* y es, por tanto, capaz de enfrentarse con la verdad hasta cuando hiere y condena. El espíritu dócil no se deja cegar por sus propios *prejuicios* dominantes, sino percibe la verdad con mirada limpia. El espíritu dócil no se deja seducir por *la pereza*, sino está tan controlado que puede aceptar voluntaria y fielmente la disciplina del aprendizaje. *Praytés* describe la perfecta conquista y control de todo lo que hay en la naturaleza humana que sería un obstáculo para ver, aprender y obedecer la verdad.

OÍR Y HACER

Santiago 1:22-24

Demostrad que sois realizadores del Evangelio, y no sólo oidores; porque los que creen que con oír ya es bastante se engañan a sí mismos. Porque, si uno oye el Mensaje y no actúa en consecuencia, es como el que se mira en el espejo la cara que le dio la naturaleza; le echa una ojeada y se va, y se olvida en seguida de la clase de hombre que es.

De nuevo nos presenta Santiago con su maestría pictórica probada dos de sus cuadros gráficos. Lo primero de todo, nos presenta al que va a la reunión de la iglesia, y oye la lectura y la exposición del Evangelio, y cree que con eso ya es cristiano. Tiene los ojos cerrados al hecho de que lo que se lee y se oye en la iglesia tiene que vivirse. Todavía se suele identificar el ir a la iglesia y el leer la Biblia con el Cristianismo, pero eso no es ni la mitad del camino. Lo realmente importante es trasladar a la acción lo que hemos escuchado.

En segundo lugar, Santiago dice que esa persona es como la que se mira en el espejo -los espejos no se hacían entonces de vidrio, sino de metal pulimentado--, ve los defectos que le desfiguran el rostro y desmelenan el cabello, y se va y se olvida de su aspecto, así es que no hace nada para mejorar. Al escuchar la Palabra de la verdad se le revela a uno cómo es y cómo debería ser. Ve lo que está mal; y lo que tiene que hacer para remediarlo; pero, si no hace más que oír, se queda como estaba, y no le ha servido de nada.

Santiago nos recuerda que lo que oímos en la iglesia lo tenemos que vivir fuera -o no tiene sentido que lo oigamos.

LA VERDADERA LEY

Santiago 1:25

El que mira a fondo la perfecta ley, que es aquella en cuyo cumplimiento se encuentra la libertad, y se mantiene en ella y da muestras de no ser un oidor olvidadizo sino un realizador activo del Mensaje, ese recibirá bendición en todo lo que haga.

Esta es la clase de pasaje jacobeo que desagradaba tanto a Lutero. Le desagradaba la idea de la ley; porque habría dicho con Pablo: < ¡Cristo acabó con la ley! > (Romanos 10:4). < Santiago dice Lutero- nos arrastra otra vez a la ley y a las obras. > Y, sin embargo, no hay duda, Santiago tiene razón en un sentido. Hay una ley ética que el cristiano tiene que esforzarse por cumplir. Esa ley se encuentra primero en los Diez Mandamientos; y también en las enseñanzas de Jesús.

Santiago llama dos cosas a esta ley.

(i) La llama *perfecta ley*. Hay tres razones por las que la ley es perfecta. (a) Es la ley de Dios, promulgada y revelada por Él. La manera de vivir que Jesús estableció para Sus seguidores está de acuerdo con la voluntad de Dios. (b) Es perfecta porque no se puede mejorar. La ley evangélica es la ley del amor; y no se pueden satisfacer plenamente las demandas del amor. Cuando amamos a alguien, sabemos muy bien que aunque, le diéramos todo el mundo y estuviéramos a su servicio toda la vida, no nos daríamos, por satisfechos o consideraríamos que merecemos su amor. (c) Pero queda otra razón. La palabra griega *téleios* casi siempre describe la perfección con vistas a un fin determinado. Ahora bien, si una persona obedece la ley de Cristo, cumple el propósito para el que Dios la puso en el mundo; es la persona que debe ser, y hace la contribución que le corresponde hacer al mundo. Es perfecta en el sentido de que, obedeciendo la ley de Dios, cumple el destino que Dios le había asignado.

(ii) La llama *ley de libertad*; es decir: la ley en cuyo cumplimiento se encuentra la verdadera libertad. Todos los grandes hombres han estado siempre de acuerdo en que es sólo cuando se obedece la ley de Dios cuando se es libre de veras. < El obedecer a Dios -decía Séneca- es la libertad. > «Sólo el sabio es libre -decían los estoicos- y todos los ignorantes son esclavos.» Filón decía: «Todos los que están sometidos a la tiranía de la ira o del deseo o de cualquier otra pasión son esclavos totales; los que viven con ley son libres.» Cuando uno tiene que obedecer a sus pasiones, emociones y deseos, no es más que un esclavo. Es cuando acepta la ley de Dios cuando es libre -porque es entonces cuando es libre para ser lo que debe ser. Su servicio es la perfecta libertad, y en hacer Su voluntad está nuestra paz.

EL VERDADERO CULTO

Santiago 1:26-27

Si hay alguien que se tenga por muy religioso porque le da rienda suelta a la lengua, el servicio que Le presta a Dios es una cosa vacía, aunque él crea lo contrario. Este es el culto puro y limpio como Dios Padre lo ve: proveer para los huérfanos y las viudas, y mantenerse limpio de los contagios del mundo.

Debemos tener cuidado de entender lo que dice aquí Santiago. La versión Reina-Valera traduce la frase el principio del versículo 27: < La religión pura y sin mácula. » La palabra que se traduce por *religión* es *thréskeía*, que quiere decir más bien *el culto* en el sentido de la expresión externa de la religión en el ritual y la liturgia y la ceremonia. Lo que quiere decir Santiago es: < El ritual más apropiado y la liturgia más elevada que se le pueden ofrecer a Dios son el servicio a los pobres y la pureza personal. » Para él el culto verdadero no consistía en túnicas elaboradas o en música impresionante o en cultos cuidadosamente organizados, sino en el servicio práctico a la humanidad y en la pureza de la propia vida personal. Es perfectamente posible, desgraciadamente, que una iglesia esté tan pendiente de la belleza de sus edificios y el esplendor de su liturgia que no le quede tiempo ni dinero para el servicio cristiano práctico; y eso es ` lo que Santiago condena.

De hecho, Santiago condena lo mismo que habían condenado los profetas mucho tiempo antes. « Dios -había dicho el salmista- es Padre de huérfanos y defensor de viudas » (*Salmo 68: S*). La denuncia de Zacarías era que la gente se encogía de hombros y cerraba el corazón a cal y canto a las exigencias de la verdadera justicia, a tener misericordia y compasión de sus semejantes, a no oprimir a las viudas, los huérfanos, los forasteros y los pobres, y a no albergar malos pensamientos contra los demás en el corazón (*Zacarías 7:6-10*). Y Miqueas

proclamaba que todos los sacrificios rituales eran inútiles cuando no se hacía justicia, ni se amaba la misericordia ni se caminaba humildemente delante de Dios (*Miqueas 6:6-8*).

A lo largo de toda la Historia, los pueblos han tratado de hacer del ritual y la liturgia el sustituto del sacrificio y del servicio. Han hecho de la religión una cosa espléndida *dentro* de los templos, a expensas de olvidarla *fuera*. Esto no es decir ni mucho menos que sea nada malo ofrecerle a Dios el culto más noble y espléndido en la casa de Dios; pero sí es decir que el culto se convierte en algo vacío e inútil a menos que mande a los adoradores al mundo a amar a Dios amando a sus semejantes y a conducirse con más limpieza frente a las diversas tentaciones del mundo.

HACER DISCRIMINACIÓN

Santiago 2:1

Hermanos, no podéis creer que tenéis fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo, y sin embargo seguir haciendo discriminaciones.

La frase «hacer acepción de personas» se encuentra frecuentemente en muchas biblias; quiere decir obrar con parcialidad a favor de alguien porque es rico o influyente -o popular. Es una falta que toda la Biblia condena insistentemente. Los líderes ortodoxos judíos no tuvieron más remedio que admitir que Jesús no hacía acepción de personas (*Lucas 20:21; Marcos 12:14; Mateo 22:16*). Después de la visión del lienzo con animales limpios e inmundos, Pedro aprendió que Dios no hace acepción de personas (*Hechos 10:34*). Pablo estaba convencido de que los judíos y los gentiles reciben el mismo juicio de Dios, porque Dios no tiene favoritos (*Romanos 2:11*). Esta es una verdad en la que Pablo insiste a menudo (*Efesios 6:9; Colosenses 3:25*).

La palabra original es curiosa: *prosópolémpsía*. El nombre viene de la expresión *prosópon lambánein*. *Prosópon* es la cara; y *lambánein* quiere decir aquí *levantar*. La expresión griega es una traducción literal de la hebrea *nasá panim*, que quiere decir exactamente lo mismo. El levantar la cara de alguien, en lugar de hacer *que bajara la cabeza* o que *se le cayera la cara de vergüenza*, era tratarle favorablemente.

En su origen no era una expresión mala. Simplemente quena decir *aceptar a una persona como buena*. Malaquías pregunta si al gobernador le caerán bien y aceptará *las personas* de los que le traigan regalos indignos (*Malaquías 1:8s*). Pero la expresión adquirió rápidamente un sentido malo. Pronto llegó a significar, no tanto el favorecer a una persona como el mostrar favoritismo, dejarse uno influir indebidamente por la posición social, el prestigio, el poder o la riqueza de una persona. Malaquías pasa a condenar ese mismo pecado cuando Dios acusa a Su pueblo de no cumplir Sus leyes y de ser *parciales en sus juicios* (*Malaquías 2: 9*). La gran característica de Dios es Su absoluta imparcialidad. En la ley estaba escrito: «No cometerás injusticia, en el juicio, ni favoreciendo al pobre ni complaciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo» (*Levítico 19:15*). Aquí se hace hincapié en algo que es de capital importancia. Un juez puede ser injusto, tanto por someterse al poderoso, como para presumir de, favorecer al pobre. «El Señor -decía Ben Sirá- es Juez, y no hace acepción de personas» (*Eclesiástico 35:12*).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento condenan la parcialidad en el juicio y el favoritismo en el trato que proviene de darle una importancia indebida a la posición social, riqueza o influencia. Y es una falta a la que todos somos más o menos propensos. «El rico y el pobre se encontraron; a ambos los hizo el Señor» (*Proverbios 22:2*). «No está bien -dice Ben Sirá- despreciar al pobre que tiene entendimiento; ni tampoco engrandecer al pecador porque tiene dinero» (*Eclesiástico 10:23*). Haremos bien en recordar que es tan discriminatorio consentir a la multitud como doblegarse al tirano.

EL PELIGRO DE LA CURSILERÍA
EN LA IGLESIA

Santiago 2:2-4

Porque, si entra uno en vuestra reunión con todos los dedos llenos de anillos de oro y vestido con ropa elegante, y entra otro pobre vestido de cualquier manera, y os deshacéis en atenciones con el elegante y le decía:

- ¿Hace usted el favor de acomodarse aquí?

Y al pobretón le decís:

- ¡Tú quédate ahí de pie! -0-: ¡Ponte en cuclillas en el suelo por debajo de mi estrado!

Al obrar así, ¿no habéis hecho discriminación con vuestra actitud, y os habéis erigido en jueces movidos por malos pensamientos?

Santiago temía que el esnobismo pudiera invadir la iglesia. Traza la caricatura de dos hombres que entran en la reunión, uno vestido lujosamente y con los dedos llenos de anillos de oro, y el otro; como podía. Los más ostentosos- llevaban anillos en todos los dedos menos el corazón, y hasta más de uno en cada dedo. A veces hasta alquilaban anillos para lucirlos cuando querían dar la impresión de que eran muy, ricos. «Adornamos nuestros dedos con anillos --decía Séneca-, y nos colocamos joyas hasta en los nudillos.» Clemente de Alejandría recomendaba que los cristianos no llevaran más que un anillo, y en el dedo meñique. Debería llevar algún emblema cristiano, como una paloma, un pez o un ancla; y se podría justificar su uso si servía de sello.

Llega a la reunión un tipo elegante con más anillos que dedos. Y llega también un pobre, con la única ropa que tiene y sin joyas ni adornos: Al rico se le acomoda ceremoniosa y respetuosamente en un lugar especial, mientras que al pobre se le dice que se quede de pie o que se ponga en cuclillas en algún rincón; no se le ofrece ni un taburete para sentarse.

No daremos por sentado que se trata de una exageración si nos fijamos en las indicaciones que se dan en algunos libros de orden eclesiástico. Ropes cita un pasaje típico del tratado etíope *Estatutos de los apóstoles*: < Si entra un hombre o una mujer vestidos lujosamente, ya sean del lugar o de fuera, que son hermanos, tú, presbítero, cuando expongas la Palabra de Dios o cuando leas, no hagas discriminación ni abandones tu ministerio para asegurarte de que se les asignan buenos sitios, sino quédate tranquilo, que ya los recibirán los hermanos; y si no queda sitio, cualquiera que tenga amor a los hermanos se levantará y les dejará el suyo... Y si un pobre o una pobre del distrito o de fuera entrara y no hubiera sitio para ellos, tú, presbítero, búscalos un lugar de todo corazón, aunque tengas que ser tú el que se siente en el suelo, para que no se le dé la máxima importancia a nadie nada más que a Dios.> Aquí tenemos la misma escena. Hasta se sospecha que el que esté dirigiendo el culto se sienta inclinado a interrumpirlo para llevar al recién llegado rico a un sitio honorable.

No cabe duda que habría. problemas sociales en la Iglesia Primitiva. La iglesia era el único lugar del mundo antiguo en el que no existían diferencias. Al principio tiene que haber habido alguna timidez inicial cuando el amo se sentaba en el mismo banco que su esclavo, o cuando llegaba el amo y se encontraba que era su esclavo el que estaba dirigiendo el culto y administrando los sacramentos. La sima entre el esclavo -que para la ley no era más que una herramienta viva- y el amo era tan profunda que causaría problemas por los dos lados. Además, en sus principios la Iglesia era predominantemente pobre y humilde; y por tanto, si un rico se convertía e incorporaba a la comunión fraternal, existiría la tentación de darle importancia y tratarle como un trofeo especial del Señor.

La iglesia debe ser el único lugar en el que desaparecen todas esas diferencias. No puede haber diferencias de rango y prestigio cuando las personas se reúnen en presencia del Rey de la gloria. No puede haber diferencias de méritos cuando las personas se reúnen en la presencia de la suprema santidad de

Dios. En Su presencia, todas las diferencias terrenales son menos que polvo, y toda dignidad humana como trapos de inmundicia. En la presencia de Dios, la humanidad es solo una.

En el versículo 4 hay un problema de traducción. La palabra *diakrithéte* puede tener dos significados. (i) Puede querer decir: «Estás dando bandazos en tus juicios si actúas de esa manera.» Es decir. « Si tratas con más honores a los ricos, estás vacilando entre las escala de valores del mundo y la de Dios, y no puedes estar seguro de cuál es la que debes aplicar.» (ii) O puede querer decir: «Eres culpable de hacer diferencias de clase, que no deben existir en la comunidad cristiana.» Preferimos el segundo significado, porque Santiago pasa a decir: « Si obráis así, sois como jueces que tienen malos pensamientos.» Es decir: «Estáis quebrantando el mandamiento del Que dijo: «No juzguéis, y no seréis juzgados» (Mateo 7:1).

LA RIQUEZA DE LA POBREZA Y LA POBREZA DE LA RIQUEZA

Santiago 2:5-7

Escuchadme bien, queridos hermanos: ¿Es que no fue a los que son pobres según el mundo a los que Dios escogió para que sean ricos por su fe y herederos del Reino que ha prometido a los que Le aman? ¿Y vosotros despreciáis a los pobres? ¿Es que no son precisamente los ricos los que os oprimen, y os arrastran a los tribunales? ¿Y no son ellos los que blasfeman el Nombre glorioso por el que habéis sido llamados?

«Dios -decía Abraham Lincoln- tiene que querer mucho a las personas sencillas, porque ha hecho un montón.» El Evangelio siempre ha concedido prioridad a los pobres. En el primer sermón de Jesús en la sinagoga de Nazaret, su proclama fue: « ¡Dios me ha ungido para que les anuncie la Buena

Noticia a los pobres!» (Lucas 4:18). Su respuesta a la pregunta del perplejo Juan de si era Él el Escogido de Dios culminó en la afirmación: « ¡Y a los pobres se les proclama el Evangelio!» (Mateo 11:5). La primera de las Bienaventuranzas fue: « ¡Bienaventurados los pobres- en espíritu, porque suyo es el Reino del Cielo!» (Mateo 5:3). Y Lucas es aún más concreto: «¡Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios!» (Lucas 6:20). Durante el ministerio de Jesús, cuando Le cerraron las puertas de las sinagogas y salió a los caminos, los cerros y las costas, fue a las multitudes de hombres y mujeres corrientes a los que dirigió Su mensaje. En los días de la Iglesia Primitiva era a las multitudes , a las que se dirigían los predicadores callejeros. De hecho, el Evangelio proclamaba que eran los que no les importaban a los poderosos ni a los ricos los que Le importaban supremamente a Dios. «Porque, hermanos, tened presente quiénes sois los que Dios ha llamado -decía Pablo-: no había muchos entre vosotros que fuerais lo que el mundo considera sabios, o poderosos, o aristócratas» (1 Corintios 1:26).

No es que Cristo y la Iglesia no quieran a los grandes y a los ricos y a los sabios y a los poderosos; tenemos que estar en guardia contra la cursilería contraria, como ya hemos visto. Pero estaba claro que el Evangelio ofrecía tanto a los pobres y exigía tanto de los ricos que eran los pobres los que estaban más dispuestos a entrar en la iglesia. Era también la gente corriente la que escuchaba a Jesús de buena gana, y el joven rico el que se retiró con tristeza, porque tenía muchas posesiones. Santiago no les cierra la puerta a los ricos ni mucho menos; _ está diciendo que el Evangelio de Cristo les resulta especialmente atractivo a los pobres, porque son bien recibidos los que no tenían a nadie que los recibiera, y porque se sienten apreciados los que el mundo considera que no valen nada.

En la sociedad en la que vivía Santiago, los ricos oprimían a los pobres. Los arrastraban a los tribunales, probablemente por deudas. En el límite inferior de la escala social la gente era

tan pobre que a duras penas podía vivir, y los prestamistas eran abundantes y despiadados. En el mundo antiguo existía la costumbre del arresto sumario. Si un acreedor se encontraba con un deudor en la calle, le podía agarrar por el cuello de la ropa, casi ahogándole, y llevarle a rastras literalmente al tribunal. Eso era lo que los ricos hacían con los pobres. No tenían compasión; querían hasta el último céntimo. No es la riqueza lo que condena Santiago, sino la conducta de los ricos despiadados.

Eran los ricos los que blasfemaban el Nombre que invocaban los pobres. Tal vez se refiera al nombre de *cristianos* que los de Antioquía les pusieron de mote burlesco a los seguidores de Cristo; o puede que fuera el nombre de Cristo que se pronunciaba sobre los cristianos en el bautismo. La palabra que usa Santiago es *epikaléisthai*, que era la que se usaba cuando una mujer tomaba el nombre del marido al casarse, o un chico, al que se ponía el nombre del padre cuando le reconocía. El cristiano toma el nombre de Cristo; se llama *cristiano* por su relación con *Cristo*, como si en el bautismo naciera y fuera reconocido como miembro de la familia de Cristo.

Los ricos y los amos tendrían muchas razones para injuriar el nombre de cristiano. Un esclavo que se hacía cristiano daba muestras de una nueva *independencia*; ya no se arrastraría ante el poder de su amo, el castigo dejaría de atemorizarle y aparecería ante el amo revestido de una nueva personalidad. Tendría una nueva *honradez*. Eso le haría mejor hasta como esclavo, pero querría decir que ya no sería un instrumento dócil de su amo para las acciones bajas y miserables como tal vez lo había sido antes. Tendría un nuevo sentido de *la adoración*; e insistiría en dejar su trabajo temporalmente el Día del Señor para ir al culto con el pueblo de Dios. Al amo no le faltarían razones para insultar el nombre de cristiano y para maldecir a Cristo.

LA LEY DEL REINO DE DIOS

Santiago 2:8-11

Si cumplís de veras la ley regia como se encuentra en la Escritura: «Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo,» hacéis bien. Pero si hacéis discriminación con las personas, cometéis pecado y sois culpables de haber quebrantado la ley. Porque, si una persona cumple toda la ley a excepción de un solo punto en el que falla, es culpable de haber quebrantado la ley en general. Porque el Que dijo: «No cometas adulterio, » también dijo: «No mates. » Si no cometes adulterio pero matas, ya eres transgresor de la ley.

La conexión de este pensamiento con el anterior es la siguiente: Santiago ha condenado la actitud de los que tratan con un respeto especial a los ricos que entran en su iglesia.

-Pero -podrían contestarle-, la ley me manda amar a mi prójimo como a mí mismo. Por tanto, tenemos la obligación de recibir cortésmente a los que vienen a la iglesia.

-Está bien -responde Santiago-; si tratas con cortesía a esa persona porque la amas como a ti mismo, y le das la bienvenida que querrías que te dieran a ti en su caso, eso está bien. Pero, si le das una bienvenida especial porque es rico, ese acto de discriminación es pecado, y lejos de estar guardando la ley, lo que estás haciendo es quebrantarla. Tú no amas a tu prójimo; porque no tratarías con desprecio al pobre si le amaras. Lo que amas es la riqueza... ¡y eso sí que no es lo que manda la ley!

Santiago llama al gran mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos *la ley regia*. Eso puede querer decir varias cosas. Puede querer decir que es *la ley de suprema excelencia*; o que es *la ley dada por el Rey de reyes; o la reina de todas las leyes; o la ley que hace reyes a los hombres y que es digna de reyes*. El cumplir esa ley suprema es llegar a ser

rey de uno mismo y un rey entre los demás. Es una ley diseñada para los que tienen una dignidad regia, y que se la confiere a las personas.

Santiago prosigue estableciendo un gran principio acerca de la ley de Dios. El quebrantar cualquier parte de ella es ser un transgresor. Los judíos solían considerar la ley como una serie de mandamientos independientes. El guardar uno era adquirir un crédito; el quebrantarlo era incurrir en una deuda. Uno podía sumar los que guardaba y restar los que desobedecía, y tener un balance positivo o negativo. Había un dicho rabínico: «Al que sólo cumple una ley, se le asigna una cosa buena; se le alarga la vida, y heredará la tierra.» También muchos rabinos mantenían que «El sábado pesa más que todos los demás preceptos;» por tanto, el que guardaba el sábado era como si hubiera cumplido toda la ley.

Santiago veía que *la totalidad de la ley* era la voluntad de Dios; el quebrantar cualquiera de sus partes era infringir esa voluntad y, por tanto, cometer un pecado. Eso no cabe duda de que es cierto. El quebrantar cualquier parte de la ley es ser un transgresor en principio. Hasta bajo las leyes humanas, uno es considerado culpable cuando ha incumplido una ley determinada. Así es que Santiago colige: «No importa lo bueno que seas en otras áreas; si haces discriminación cuando tratas a las personas, has actuado contra la voluntad de Dios y has quebrantado Su ley.»

Hay aquí una gran verdad que es pertinente y práctica. Podemos expresarla más sencillamente. Uno puede ser en casi , todos los sentidos una buena persona; pero se puede echar a perder sólo por una falta. Puede que sea moral en sus acciones, puro en su conversación, meticoloso en su religión; pero, si es rígido y antipático, intolerante y creído, eso echa a perder todas sus virtudes.

Haríamos bien en recordar que, aunque pretendamos haber hecho muchas buenas obras y haber resistido muchas malas influencias, puede que haya algo en nosotros que estropea todo lo demás.

LA LEY DE LA LIBERTAD Y DE LA MISERICORDIA

Santiago 2:12-13

Hablad y obrad como los que habéis de ser juzgados bajo la ley de la libertad. Porque el que obra sin misericordia se enfrentará con un juicio sin misericordia. La misericordia triunfa sobre el juicio.

Al llegar al final de esta sección, Santiago les recuerda a sus lectores dos grandes hechos de la vida cristiana.

(i) El cristiano vive bajo la ley de la libertad, y es de acuerdo con ella como se le juzgará. Lo que quiere decir es lo siguiente. Al contrario que los fariseos y los judíos ortodoxos, el cristiano no es una persona cuya vida se rija por las presiones exteriores de toda una serie de reglas y de normas que se le imponen desde fuera, sino por la obligación interior del amor. Sigue el buen camino, que es el del amor a Dios y a sus semejantes, no porque se lo imponga ninguna ley externa o porque le aterre la amenaza de los castigos, sino porque el amor de Cristo que tiene en el corazón le hace desearlo.

(ii) El cristiano debe tener siempre presente que sólo el que tiene misericordia encontrará misericordia. Este es un principio de se encuentra en toda la Sagrada Escritura. Ben Sirá escribía: «Perdónale a tu prójimo el perjuicio que te ha causado, para que también a ti se te perdonen tus pecados. Una persona le tiene odio a otra; ¿y busca el perdón de Dios? No tiene misericordia de uno que es como él, ¿y pide perdón por sus propios pecados?» (*Eclesiástico 28:2-5*). Jesús decía: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (*Mateo 5:7*). «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no les perdonáis sus ofensas a vuestros semejantes, tampoco vuestro Padre os perdonará las vuestras» (*Mateo 6:14s*). «No juzguéis, y no se os someterá a juicio; porque el juicio que se os aplicará será el que hayáis pronunciado vosotros» (*Mateo 7:1 s*). Y también nos cuenta Jesús la sentencia condenatoria que le cayó al siervo que se negó a perdonar a su consiervo, aunque su Amo le había perdonado a él una deuda mucho mayor; y termina la parábola diciendo: «Eso es lo que os hará vuestro Padre celestial a cada uno de vosotros si no perdonáis de corazón a vuestro hermano» (*Mateo 18:22-35*).

La enseñanza de la Escritura es unánime en el sentido de que, el que quiera que se tenga misericordia de él, deberá tenerla de sus semejantes. Y Santiago llega aún más lejos: porque acaba diciendo que la misericordia triunfa en el juicio; con lo que quiere decir que el Día del Juicio, el que haya tenido misericordia verá que su misericordia ha llegado hasta a borrar sus propios pecados.

LA FE Y LAS OBRAS

Santiago 2:14-26

Hermanos míos: ¿Para qué sirve el que uno pretenda tener fe si no lo demuestra con obras? ¿Es que una fe a secas puede salvar a alguien? Si un hermano o una hermana no tienen qué ponerse, o no tienen lo necesario para mantenerse de día en día, y uno de vosotros les dice: cc¡Vete en paz, y que te calientes y alimentos!», pero no los ayuda con lo que

necesitan para su existencia, ¿qué provecho reporta una actitud así? Pues eso es lo que pasa cuando la fe no produce obras que se vean; en sí misma es una cosa muerta.

Pero a esto dirá alguien: «¿Y tú tienes fe?» Y mi respuesta es: «Tengo obras. Enséñame tu fe independientemente de las obras, que yo te enseñaré mi fe por medio de mis obras. Tú dices que crees que hay Dios. ¡Excelente! Eso también lo creen los demonios... y se mueren de miedo.»

¿Necesitas una prueba, cabeza de chorlito, de que la fe sin obras no sirve para nada? ¿Es que nuestro padre Abraham no demostró su integridad en virtud de obras, cuando estuvo dispuesto a ofrecer a su propio hijo Isaac en el altar? Ya ves hasta qué punto su fe cooperaba con sus obras, y que su fe llegó a su plenitud en las obras, haciéndose así realidad el pasaje de la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y eso se le contó como integridad, porque era amigo de Dios.» Ya ves que es en las obras como una persona demuestra que es cabal, y no sólo por la fe.

Y lo mismo Rahab, la prostituta, ¿no demostró que estaba de parte de Dios cuando acogió a los mensajeros y luego los envió por otro camino?

Y es que, como un cuerpo que no respira está muerto, así una fe que no produce obras está muerta.

Este es un pasaje que debemos tomar en conjunto antes de estudiarlo por partes, porque se usa muy a menudo para demostrar que Santiago y Pablo no estaban de acuerdo. Se supone que Pablo hace hincapié en que somos salvos por la fe sola, y que las obras no cuentan para nada en el proceso salvífico. «Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley» (*Romanos 3:28*). «...sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo... por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado» (*Gálatas 2:16*). A veces se afirma que Santiago, no sólo difiere de Pablo, sino que le contradice abiertamente. Esta, es una cuestión que debemos investigar.

(i) Empezamos por advertir que el punto de vista de Santiago es el de todo el Nuevo Testamento en general. Juan el Bautista predicaba que la gente tenía que demostrar la autenticidad de su arrepentimiento con la excelencia de sus obras (*Mateo 3:8; Lucas 3:8*). Jesús predicaba que había que vivir de tal manera que el mundo viera las buenas obras de Sus seguidores y dar la gloria a Dios (*Mateo 5:16*). Insistía en que

a las personas se las conocía por sus frutos lo mismo que a los árboles, y que una fe que no se manifiesta nada más que de palabra nunca podría tomar el lugar de la que se expresa haciendo la voluntad de Dios (*Mateo 7:15-21*).

Tampoco echamos de menos este énfasis en el mismo Pablo. Aparte de todo lo demás, pocos maestros habrá habido que hayan hecho más hincapié que él en el efecto ético del Evangelio. Por muy doctrinales y teológicas que nos parezcan sus cartas, no dejan nunca de terminar con una sección en la que se insiste en las obras como la expresión de la fe cristiana. Aparte de esa su general costumbre, Pablo expresa repetidas veces la importancia que asigna a las obras como parte de la vida cristiana. Habla del Dios Que «pagará a cada uno conforme a sus obras» (*Romanos 2:6*). Insiste en que «cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (*Romanos 14:12*). Exhorta a todos a despojarse de las obras de las tinieblas y vestirse las armas de la luz (*Romanos 13:12*). «Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (*1 Corintios 3:8*). «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo» (*2 Corintios 5:10*). El cristiano se ha despojado del viejo hombre con sus hechos (*Colosenses 3:9*).

El hecho de que el Cristianismo se tiene que demostrar con hechos es una parte esencial de la fe cristiana según todo el Nuevo Testamento.

(ii) Pero el hecho es que Santiago sigue pareciendo como si no estuviera de acuerdo con Pablo; porque, a pesar de todo lo que ya hemos dicho, Pablo hace hincapié especialmente en la gracia y la fe, mientras que Santiago lo hace sobre la acción y las obras. Pero hay que decir una cosa: lo que Santiago ridiculiza no es el paulinismo, sino una perversión de él. La posición esencialmente paulina se contiene en la frase: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (*Hechos 16: 31*). Pero está claro que el sentido que adscribamos a esta demanda dependerá totalmente del que le demos a *creer*. Hay dos maneras de creer.

(a) Hay una manera de creer que es puramente intelectual. Por ejemplo: yo creo que el cuadrado de la hipotenusa en un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los dos catetos; y si se me 'exigiera, podría demostrarlo; pero no tiene la más mínima influencia en mi vida: lo acepto, pero no tiene ningún efecto en mí.

(b) Y hay otra manera de creer. Yo creo que cinco y cinco suman diez y, por tanto, me niego a pagar más de diez pesetas por dos chupa-chups que cuestan cinco cada uno. Llevo esa convicción; no sólo en la mente, sino a la vida y la acción.

A lo que Santiago se opone es a la clase de creencia que consiste en aceptar un hecho sin dejarle que tenga la más mínima influencia en nuestra vida. Los demonios también están convencidos intelectualmente de la existencia de Dios; de hecho, hasta tiemblan de miedo cuando piensan en Él; pero su creencia no los cambia en lo más mínimo. Para Pablo creer en Jesucristo quería decir llevar esa fe a cada porción de la vida, y vivir de acuerdo con ella.

Es fácil tergiversar el paulinismo y castrar *la fe* de todo su valor efectivo; pero no es realmente el paulinismo, sino una forma malentendida de él lo que Santiago ridiculiza. Condena la profesión sin la práctica, y con esa condenación Pablo habría estado totalmente de acuerdo.

(iii) Aun concediendo eso, aún se advierte una diferencia entre Santiago y Pablo: *empezaron en diferentes momentos de la vida cristiana*. Pablo empieza *por el principio*. Insiste en que nadie puede nunca ganarse el perdón de Dios. El primer paso es el que da la soberana gracia de Dios; una persona no puede hacer más que aceptar el perdón que Dios ofrece en Jesucristo.

Santiago empieza mucho más tarde, *por el que ha hecho profesión de cristiano*, por la persona que confiesa haber recibido ya el perdón y encontrarse en una nueva relación con Dios. Tal persona, dice Santiago con toda la razón, debe vivir una nueva vida, porque es una nueva criatura. Ha sido *justificada*; ahora debe demostrar que está *santificada*.

El hecho es que nadie se puede salvar por las obras; pero es igualmente cierto que nadie se puede salvar sin producir obras. Con mucho la mejor analogía es la de un gran amor humano. El que se sabe amado está seguro de que no ha podido merecer esa dicha; pero también está seguro de que debe pasar la vida tratando de ser digno de ese amor.

La diferencia entre Santiago y Pablo depende de su punto de partida. Pablo empieza por el gran hecho básico del perdón de Dios que nadie puede merecer o ganar; Santiago empieza por el que es ya cristiano, e insiste en que debe demostrar que lo es en, sus obras. No somos salvos *por* hacer las obras; somos salvos *para* hacer las obras; estas son las verdades gemelas de la vida cristiana. Pablo insiste en la primera, y Santiago en la segunda. De hecho, no se contradicen, sino se complementan; y el mensaje de ambos es esencial a la fe cristiana en su forma más plena. Como decía Lutero: «La fe salva sin obras; pero la fe que salva va siempre seguida de obras.»

PROFESIÓN Y PRÁCTICA

Santiago 2:14-17

Hermanos míos: ¿Para qué sirve el que uno pretenda tener fe si no lo demuestra con obras? ¿Es que una fe a secas puede salvar a alguien? Si un hermano o una hermana no tienen qué ponerse, o no tienen lo necesario para mantenerse de día en día, y uno de vosotros les dice: «¡Vete en paz, y que te calientes y alimentos!», pero no los ayuda con lo que necesitan para su existencia, ¿qué provecho reporta una actitud así? Pues eso es lo que pasa cuando la fe no produce obras que se vean; en sí misma es una cosa muerta.

Lo que Santiago no puede soportar es la profesión sin la práctica, las palabras sin acciones. Escoge una ilustración muy clara de lo que quiere decir. Supongamos que hay uno que no 'tiene ni ropa que ponerse ni alimento que llevarse a la boca; y supongamos que tiene un supuesto amigo que le expresa su identificación con su difícil situación, pero lo hace sólo con palabras y sin hacer el más mínimo esfuerzo para aliviar la necesidad de su desafortunado amigo, ¿qué utilidad tiene una actitud así? ¿Para qué sirve una compasión que no pasa a la ayuda práctica? La fe sin obras es una cosa muerta. Este es un pasaje que tendría sentido especialmente para los judíos.

(i) Para un judío, la limosna tenía una importancia suprema. Tanto era así que se usaba la misma palabra para limosna y para justicia o integridad. La limosna se consideraba como la única defensa de una persona cuando Dios la juzgara. < El agua apaga un fuego llameante -escribe Ben Sirá-; y la limosna hace expiación por el pecado» (*Eclesiástico 3:30*). En *Tobías* leemos: «Todos los que practiquen la limosna verán el rostro de Dios, como está escrito: "Contemplaré Tu rostro gracias a la limosna"» (*Tobías 4:8-10*). Cuando los líderes de la iglesia de Jerusalén dieron su conformidad a que Pablo se dirigiera a los gentiles, la única condición que le pusieron fue que no se olvidaran de los pobres (*Gálatas 2:10*). Esta insistencia en la ayuda práctica era una de las grandes y buenas señales de la piedad judía.

(ii) 'Había una tendencia en la religiosidad griega a la que esta insistencia en la compasión y la limosna resultarla extraña. Los estoicos tendían a la *apatheia*, la total carencia de sentimientos. La finalidad de la vida era la serenidad. La emoción disturba la serenidad. El camino a la perfecta calma era la supresión de toda emoción> La piedad era una mera alteración de la distante calma filosófica en la que uno debería proponerse vivir. Así, Epicteto establece que sólo el que desobedece los mandamientos divinos sentirá alguna vez lástima o piedad (*Discursos 3:24, 43*). Cuando Virgilio (en las *Geórgicas 2:498*) hace el retrato del hombre perfectamente feliz, menciona que no tiene piedad de los pobres, ni compasión de los afligidos; porque tales emociones desequilibrarían su serenidad. Esa

actitud es la opuesta a la judía. Para los estoicos, la bienaventuranza consistía en mantenerse arropado en su propia calma filosófica y desconectada; para los judíos quería decir involucrarse voluntaria y activamente en las desgracias ajenas.

(iii) En su planteamiento de este asunto, Santiago es profundamente correcto. No hay nada más peligroso que la experiencia repetida de una emoción sutil que no conduce a la acción. Es un hecho que cada vez que uno siente un noble impulso y no lo lleva a la práctica se hace menos probable el que llegue nunca a realizarlo. En cierto sentido es cierto que nadie tiene derecho a sentir compasión a menos que por lo menos haga lo posible por concretarla en acción. Una emoción no es nada, en lo que nos podamos regodear; sino algo que, al precio del esfuerzo, la disciplina y el sacrificio, debe convertirse en la misma sustancia de la vida.

NO «UNA U OTRA», SINO «LAS DOS COSAS»

Santiago 2:18-19

Pero a esto dirá alguien: «¿Y tú tienes fe?» Y mi respuesta es: «Tengo obras. Enséñame tu fe separada de las obras, que yo te enseñaré mi fe por medio de mis obras. Tú dices que crees que hay Dios. ¡Excelente! Eso también lo creen los demonios... y se mueren de miedo.»

Santiago está pensando en un posible objetor que le dice: « La fe está muy bien; pero también las obras están muy bien. Las, dos cosas son manifestaciones genuinas de la actitud verdaderamente religiosa. Pero no le es necesario a una sola persona el tener las dos cosas. Uno tendrá fe, y otro tendrá obras. Así que, está bien; tú sigue con tus obras, y yo seguiré con mi fe; y los dos somos sinceros a nuestra manera.» El punto, de vista del objetores que la fe y las obras son distintas

alternativas en la expresión de la religión cristiana. Pero Santiago no admitiría eso. No es cosa de o fe u obras, sino por necesidad de *tanto* fe coreo obras.

Desgraciadamente, el Cristianismo se les presenta falsamente a muchos como una cuestión de o.: o, cuando la realidad es que es *tanto... como*.

(i) En una vida bien equilibrada debe haber *pensamiento y acción*: Es corriente y tentador el pensar que uno es *un pensador, o un hombre de acción*. El pensador se sienta en su despacho considerando las grandes cuestiones; el hombre de acción-sale a la calle a hacerlo que puede: Pero eso no es cierto: El pensador no es más que medio hombre a menos que traduzca sus pensamientos a acciones. No llegará ni a inspirar al hombre de acción a menos que salga de, su torre de marfil y se meta en la liza con él. Como decía Antonio Machado:

¿Tu vedad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. ¡La tuya, guárdetela!

Ni tampoco puede ser uno un hombre de acción si no ha pensado los grandes principios en los que se inspiran y basan las obras:

(ii) En una- vida bien equilibrada debe haber *oración y esfuerzo*. También aquí existe la tentación a dividir los santos en dos categorías: los que se pasan la vida retirados dei mundanal ruido, de rodillas y en constante devoción, y los currantes que se meten en el polvo y el barro y el calor del día. Pero eso no vale. Se dice que Martín Lutero era muy an-iigo de otro fraile que estaba tan convencido como él de la necesidad de la Reforma; y llegaron a un acuerdo: Lutero se metería en el mundo a pelear allí, y el otro se quedaría en su celda rezando por el éxito de las labores de Lutero. Pero una noche, el otro fraile tuvo un sueño: Vio a un segador solitario arrostrando la tarea imposible de segar él solo todo un campo inmenso. El segador solitario volvió la cabeza y el fraile le reconoció como

Martín Lutero; y reconoció que tenía que salir de su celda e ir en su ayuda. Desde luego, es cierto que hay algunos que, por causa de la salud o de la edad, no pueden hacer más que orar, y sus oraciones son necesarias y eficaces. Pero, si una persona normal cree que la oración puede ocupar el lugar del esfuerzo y el riesgo, su vida de oración puede que sea simplemente una forma de evasión. La oración y el esfuerzo deben ir codo con codo.

(iii) En una vida bien equilibrada debe haber fe y obras. *Es solamente en las obras como se muestra y demuestra la fe; y es solamente por la fe como se emprenderán y realizarán las obras. La fe no puede por menos de rebosar en la acción, y la acción empieza sólo cuando una persona tiene fe en alguna gran causa o en algún gran principio que Dios le presenta.*

LA PRUEBA DE LA FE

Santiago 2:20-26

¿Necesitas una prueba, cabeza de chorlito, de que la fe sin obras no sirve para nada? ¿Es que nuestro padre Abraham no demostró su integridad en virtud de obras, cuando estuvo dispuesto a ofrecer su propio hijo Isaac en el altar? Ya ves hasta qué punto su fe cooperaba con sus obras, y que su fe llegó a su plenitud en las obras, haciéndose así realidad el pasaje de la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y eso se le contó como integridad, porque era amigo de Dios.» Ya ves que es en las obras como una persona demuestra que es cabal, y no sólo por la fe.

Y lo mismo Rahab, la prostituta, ¿no demostró que estaba de parte de Dios cuando acogió a los mensajeros y luego los envió por otro camino?

Y es que, como un cuerpo que no respira está muerto, así una fe que no produce obras está muerta.

Santiago presenta dos ilustraciones del punto de vista en el que está insistiendo. Abraham es el gran ejemplo de la fe, pero patentizó su fe cuando estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo único Isaac cuando entendió que Dios se lo demandaba. Rahab, por otra parte, era una figura famosa en las leyendas judías. Dio refugio a los espías israelitas que habían ido a observar la Tierra Prometida (*Josué 2:1-21*). La leyenda posterior dijo que Rahab se hizo prosélita de la fe judía, que se casó con Josué y que fue una antepasada directa de muchos sacerdotes y profetas; entre ellos Ezequiel y Jeremías. Fue el trato que les dio a los espías lo que demostró que tenía fe.

Tanto Pablo como Santiago tienen razón aquí. Si Abraham no hubiera tenido fe, no habría respondido a las llamadas de Dios. Si Rahab no hubiera tenido fe, nunca habría corrido el riesgo de comprometer su futuro con la suerte de Israel. Pero también, si Abraham no hubiera estado dispuesto a obedecer a Dios hasta lo último, su fe habría sido irreal; y a menos que Rahab hubiera estado dispuesta a arriesgarse a ayudar a los espías israelitas indefensos, su fe habría sido inútil.

Estos dos ejemplos demuestran que la fe y las obras no son actitudes opuestas; de hecho, son inseparables. Ninguna persona se sentirá nunca movida a la acción si no tiene fe; y su fe no será genuina a menos que la mueva a la acción. La fe y las obras son los dos lados de la moneda que representa nuestra experiencia de Dios.

EL PELIGRO DEL MAESTRO

Santiago 3:1

Hermanos míos, sería una equivocación el que muchos de vosotros os hicierais maestros, porque debéis daros cuenta de que los que enseñamos estamos expuestos a recibir una condenación más severa.

Los maestros tenían una importancia de primer orden en la Iglesia Primitiva. Siempre que se los menciona, es con honor. En la iglesia de Antioquía se los equipara a los profetas, y juntos mandaron a Pablo y Bernabé a su primer viajes misionero (*Hechos* 13:1). En la lista que nos da Pablo de los que tenían un ministerio importante en la Iglesia se los menciona a continuación de los apóstoles y los profetas (1 *Corintios* 12:28; . cp. *Efesios* 4:11). Los apóstoles y los profetas eran ministerios itinerantes. Su campo era toda la Iglesia; y no se quedaban mucho tiempo en cada congregación. Pero los maestros tenían un ministerio local; estaban adscritos a una congregación, y su suprema importancia dependía del hecho de que era a ellos a los que correspondía instruir y edificar a los convertidos en las verdades del Evangelio. A ellos les correspondía la responsabilidad decisiva de poner el sello de su fe y conocimientos en los que llegaban a la iglesia.

En el Nuevo Testamento mismo tenemos atisbos de maestros que fallaron en su responsabilidad y se convirtieron en falsos maestros. Había maestros que trataban de hacer del Evangelio una especie de judaísmo, y trataban de introducir la circuncisión y la observancia de la ley del Antiguo Testamento (*Hechos* 1 S: 24). Había maestros que no vivían nada de la verdad que enseñaban, cuya conducta estaba en contradicción con su instrucción y que no hacían más que deshonestar la fe que representaban (*Romanos* 2:17-29). Había algunos que trataban de enseñar antes de llegar ellos mismos a saber nada(] *Timoteo* 1:6s); y otros que no querían más que satisfacer los deseos vanos de la gente (2 *Timoteo* 4:3).

Pero, aparte de los falsos maestros, Santiago está convencido de que la enseñanza es una ocupación peligrosa. Su instrumento es la palabra, y su agente, la lengua. Ropes dice que Santiago se preocupa de advertir < la responsabilidad de los maestros y lo peligroso del instrumento que tienen que usar.»

El maestro cristiano entraba en posesión de una herencia peligrosa; tomaba el lugar de los rabinos judíos. Hubo muchos rabinos sabios y santos; pero los rabinos recibían un trato que

podía arruinar el carácter de cualquiera. Rabí quería decir < mi Grande.» Dondequiera que iba se le trataba con el máximo respeto. Se decía que las obligaciones que se tenían con un rabino excedían a las que se tenían con un padre, porque a los padres se debe la existencia en este mundo, pero a los rabinos en el mundo venidero. Hasta se decía que si fueran apresados por el enemigo los padres y el maestro de una persona, esta tenía obligación de rescatar en primer lugar a su maestro. Es verdad que a los rabinos no se les permitía recibir dinero por su enseñanza y que se suponía que se ganaba la vida trabajando en su oficio secular; pero se creía igualmente que era especialmente meritorio y piadoso el mantener a un rabino. Era tremendamente fácil para un rabino convertirse en la clase de persona que Jesús describía: un tirano espiritual, un traficante en la piedad, un enamorado de las distinciones y de que se le mostrara un respeto servil en público (*Mateo* 23:4-7). Cualquiera maestro corría peligro de convertirse en < el Señor Oráculo.» No hay profesión más propensa a general orgullo intelectual y espiritual.

Hay dos peligros que deben evitar los maestros. En virtud de su ministerio puede que le corresponda enseñar a los que son más jóvenes de edad o en la fe. Por tanto, debe esforzarse en evitar dos cosas. Debe asegurarse de que está enseñando la verdad y no sus propias opiniones y aun prejuicios. Es fatalmente fácil para un maestro el tergiversar la verdad y enseñar, no la versión de Dios, sino la suya propia. Debe tener mucho cuidado de no contradecir sus enseñanzas con su vida; de no caer en el < Haced lo que yo os digo, pero no lo que yo hago.» Como decían los rabinos judíos: < No el aprendizaje, sino la puesta por obra es la base, y el que multiplica las palabras multiplica el pecado» (*Dichos de los padres* 1:18).

La advertencia de Santiago es que el maestro ha entrado voluntariamente en una posición especial; y está, por tanto, en peligro de una mayor condenación si falla. Las personas a las que Santiago estaba escribiendo codiciaban el prestigio del maestro; Santiago les recuerda su responsabilidad.

EL PELIGRO UNIVERSAL

Santiago 3:2

Hay muchas cosas en que todos resbalamos; si hay alguien que no resbale con la lengua, es un tipo perfecto capaz de llevar las riendas de todo su cuerpo.

Santiago concreta dos ideas que estaban entretejidas en la literatura y el pensamiento judíos.

(i) No hay persona en el mundo que no cometa ningún pecado. La palabra que usa Santiago quiere decir literalmente *resbalar*: «La vida -decía el gran marino Lord Fisher- está regada de cáscaras de plátano:» El pecado muchas veces no es deliberado, sino el resultado de un resbalón que nos ha pillado desprevenidos. La universalidad del pecado aparece en toda la Biblia. «Nadie es justo, ni siquiera uno -cita Pablo-; porque todos hemos pecado y hemos perdido la gloria de Dios» (Romanos 3:10, 23). «Si decimos que no hemos pecado -dice Juan- nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros» (1 Juan 1:8). No hay ninguno en la Tierra que sea justo, que haga siempre el bien y que no peque nunca», decía el Predicador (Eclesiastés 7:20). «No hay nadie -dice un sabio judío- entre todos los nacidos que nunca haya obrado con maldad; y aun entre los fieles, no hay nadie que no haya obrado imperfectamente» (2 Esdras 8:35). No cabe el orgullo en la vida humana, porquemo hay ser humano en la Tierra que no tenga ningún defecto del que avergonzarse. Hasta los escritores paganos tienen la misma conciencia de pecado. «Es propio de la naturaleza humana el pecar, tanto en la vida privada como en la pública,» decía Tucídides (3:45). «Todos nosotros pecamos -decía Séneca-; unos con más-malicia, y otros más a la ligera (Sobre la clemencia 1:6).

(ii) No hay pecado en el que sea más fácil caer ni de peores consecuencias que los pecados de la lengua. También esta idea se encuentra entretejida en el pensamiento judío. Jesús nos ha

advertido que tendremos que dar cuenta de toda palabra ociosa 'que se nos escape. «Por tus palabras se te exculpará o se te inculpará» (Mateo 12: 36s). «Una respuesta suave aplaca la ira, pero la expresión áspera. la provoca... Una lengua gentil es como un árbol de vida; pero una perversa quebranta el espíritu» (Proverbios 15:1-4).

De todos los sabios judíos, Jesús Ben Sirá, el autor del *Eclesiástico*, era el que más impresionado estaba con las potencialidades aterradoras de la lengua. «La honra y la vergüenza están en la conversación; y en la lengua del hombre está su caída. Que no se diga que eres chismoso, ni aceches con la lengua; porque como al ladrón le espera una vergüenza difamante, así también una mala condenación al de doble lengua... No te conviertas en enemigo en vez de en amigo; porque si no heredarás mala fama, vergüenza y reproches; eso es lo que le pasa al pecador que tiene una doble lengua» (Eclesiástico 5:13 - 6:1). «Bendito sea el hombre que no resbala con la boca» (14:1). «¿Quién es aquel que no ha ofendido con la lengua?» (19:15). «¿Quién le pondrá guarda a mi boca, y un sello de sabiduría a mis labios, para que no caiga de repente por su culpa, y mi propia lengua me destruya?» (22:27).

Tiene un pasaje extenso que es tan noble y apasionado que vale la pena citarlo completo:

¡Maldito sea el murmurador y el de doble lengua! Porque han destruido a muchos que vivían en paz. Una lengua de víbora ha robado la tranquilidad a muchos, desterrándolos de nación en nación; ha derribado fuertes ciudades, y arrasado las casas de grandes hombres. Ha descuartizado las fuerzas del pueblo, y destrozado naciones fuertes. Una lengua viperina ha desechado a mujeres virtuosas, privándolas de sus labores. Quienquiera que le preste atención, no conocerá el reposo, ni vivirá nunca ya tranquilo, ni tendrá un amigo a quien pueda confiarse. El latigazo deja una cicatriz en el cuerpo; pero el golpe que se da con la lengua rompe los huesos. Muchos han caído afilo de espada; pero no tantos como los que han sido víctimas de la lengua. Bien se encuentra el que está a cubierto de ella, y no ha pasado por su veneno; el que no ha llevado su yugo, ni ha sido uncido a su carreta. Porque su yugo es férreo; y sus correas, bronceas. La muerte que causa es sobremanera cruel; mejor sería la tumba que caer en sus manos... Cuidate de cercar tus posesiones de espinos, y atar bien tu plata y tu oro, y pesar en balanza tus palabras y ponerle brida a tus labios y atrancar la puerta de tu boca. Manténte en guardia para no resbalar con ella, no sea que caigas ante el que yace al acecho, y tu caída sea tan irremediable como la muerte (Eclesiástico 28:13-26).

PEQUEÑA, PERO PODEROSA

Santiago 3:3-Sa

Cuando les ponemos el freno a los caballos en la boca para que nos obedezcan, así podemos controlar todos los movimientos de su cuerpo. Fijaos en los navíos también: por muy grandes que sean y aunque los impulsen vientos

impetuosos, cómo se puede gobernar su curso con un timón relativamente muy pequeño por donde quiere el timonel. Pues así es la lengua: un miembro del cuerpo pequeño pero matón.

Se le podría discutir a Santiago el terror que le tiene a la lengua, tratándose de una parte del cuerpo tan pequeña que no se la **puede tener en cuenta** ni darle tanta importancia. Para **contestar a esa objeción**, Santiago pone dos ejemplos *de cosas pequeñas que controlan otras muy grandes*.

-(i) .A los caballos les ponemos el freno en la boca porque sabemos que, si les controlamos la boca, podemos dirigir todo

su cuerpo. De la misma manera, dice Santiago, si podemos controlar la lengua, tenemos el resto del cuerpo a nuestras órdenes; y si no podemos controlar la lengua, todo lo demás de la vida irá por mal camino.

(ii) El timón es muy pequeño en comparación con todo el navío; y sin embargo, al hacer presión en ese instrumento tan pequeño, el timonel puede dirigir el rumbo del navío y llevarlo al puerto. Mucho antes, ya Aristóteles había usado esta misma ilustración cuando estaba hablando de la ciencia de la mecánica: «Un timón es pequeño, y se encuentra situado en el último extremo de la nave; pero tiene tal poder que, por medio de él, y con la fuerza de una sola persona -y ejercida esa fuerza moderadamente- se puede dirigir la mole considerable de los barcos.»

La lengua también es pequeña, pero puede dirigir todo el curso de la vida de una persona, y más.

Filón llamaba a la mente el conductor y el piloto de la vida de una persona. Cuando la mente está en control de cada palabra, y ella misma está controlada por Cristo, la vida está a salvo.

Santiago no dice de momento que el silencio sea mejor que las palabras. No está defendiendo una manera trapense de vivir, en la que la conversación esté prohibida. Lo que sí propone es que se mantenga a raya la lengua. El griego Aristipo tuvo un dicho agudo: « El que domina el placer no es el que nunca lo experimenta, sino el que lo controla como el jinete guía al caballo o el timonel el barco, dirigiéndolo adonde quiera que vaya.» La abstención de una cosa no es nunca un sustituto completo del control de su uso. Santiago no propone que guardemos silencio cobarde o culpablemente, sino que usemos el lenguaje con sabiduría.

UN FUEGO DEVASTADOR

Santiago 3:5b-6

Fijaos en cómo se puede extender un pequeño fuego por todo un gran bosque. Pues la lengua es como ese pequeño fuego, que representa en medio de nuestros miembros todo lo malo que hay en el mundo; porque contamina todo el cuerpo, y le prende fuego al círculo recurrente de la creación, y ella misma arde con el fuego del infierno.

El daño que puede causar la lengua es como el de un fuego en el bosque. La figura del fuego del bosque es frecuente en la Biblia. El salmista Le pide a Dios que haga que los malos sean como la paja ante el viento; y que Su tempestad los destruya como el fuego arrasa el bosque y la llama hace arder las montañas (*Salmo 83:13s*). Isaías dice que « la maldad prende como el fuego, devorando cardos y espinos; y arde en la espesura de la breña» (*Isaías 9:18*). Zacarías habla de « un brasero ardiendo donde hay mucha leña, y un hachón de fuego en medio de las gavillas» (*Zacarías 12:6*). Apunta a algo que los judíos de Palestina conocían muy bien. En la estación seca, la maleza y el monte bajo ardían tan fácilmente como la estopa. Si se producía un fuego, las llamas se extendían como una ola imposible de detener.

La imagen de la lengua como un fuego también es comente en la literatura hebrea. «El hombre perverso cava en busca del mal, y en sus labios hay como llama de fuego» (*Proverbios 16:27*). «Porque el hombre iracundo encenderá la quistión... Conforme a la materia, así se encenderá el fuego; y conforme a la vehemencia de la quistión se encenderá el ardor... La contienda apresurada enciende el fuego... Si soplares la centella, encenderseha [como fuego] ...» (*Eclesiástico 28:11-14, Biblia del Oso*). Hay dos razones por las que el daño que causa la lengua es como un incendio.

(i) Llega muy lejos. La lengua puede causar daño a distancia. Una palabra casual que se deja caer en un extremo de la ciudad o del país acaba por llevar el dolor o el perjuicio hasta el otro extremo. Los rabinos judíos usaban esta ilustración: «La vida y la muerte están en la mano de la lengua. ¿Es que la lengua tiene mano? No; pero como la mano puede matar, así también la lengua. La mano mata únicamente a corta .distancia; la lengua se compara con una flecha porque puede matar desde muy lejos. Una flecha puede matar a cuarenta o cincuenta pasos, pero de la lengua se dice (*Salmo 73:9*): Los malos "ponen su boca contra el cielo, y su lengua se pasea por toda la Tierra." Abarca toda la Tierra y alcanza hasta los cielos.»

Ese es realmente el peligro de la lengua. Se puede esquivar un puñetazo, porque el que te lo quiere dar está cerca; pero una palabra maliciosa que se deja caer, o una calumnia que se repite acerca de alguien que está muy lejos o que tal vez ni se conoce, es- algo que le puede producir un perjuicio incalculable, y que no se puede evitar ni esquivar porque no se ve venir ni se sabe de dónde viene.

(ii) Es incontrolable. En el clima seco de Palestina, como de gran parte de España, un fuego en el bosque llegaba a estar fuera de control casi inmediatamente; y así de incontrolable es el daño que se causa con la lengua. «Tres cosas no vuelven a su origen: la flecha que se lanza, la palabra que se dice y la oportunidad que se pierde.» No hay nada más difícil de apagar que un rumor; no hay nada más difícil de borrar que una historia maliciosa y falsa. Antes de hablar, recordemos que una vez que decimos algo, ya sale de la esfera de lo que podemos controlar. Y pensemos antes de decir nada porque, aunque después ya no podremos recuperar lo dicho, no cabe duda que tendremos que responder de ello.

LA POLUCIÓN INTERIOR

Santiago 3:5b-6 (*conclusión*)

Debemos dedicarle un poco más de tiempo a este pasaje, porque contiene dos frases especialmente difíciles.

(i) La lengua, dice la versión Reina-Valera, es «un mundo de maldad.» Debería decir «*el mundo de la maldad.*» Es decir: en nuestro cuerpo, la lengua representa todo el mundo malvado. La frase griega es *ho kósmos tés adikias, y llegaremos mejor a su significado recordando que kósmos puede querer decir dos cosas.*

(a) Puede querer decir *ornamento* (de ahí, en español, *cosmético*, etc.), aunque este sentido no es el más corriente. En tal caso, la frase querría decir que la lengua es *el ornamento del mal*. Es decir: el órgano que puede hacer atractivo el mal. Con la lengua se puede hacer que lo peor aparezca como lo mejor; con la lengua se puede disculpar y justificar la mala conducta; con la lengua pueden las personas inducirse al pecado. No cabe duda de que todo esto tiene sentido y es verdad; pero es dudoso que sea lo que la frase quiere decir en este contexto.

(b) *Kósmos* puede querer decir *mundo* (de ahí el español *cosmopolita, ciudadano del mundo*). En casi todo el Nuevo Testamento *kósmos sé* refiere al mundo incluyendo el matiz de mundo *malo*. El mundo no puede recibir al Espíritu (*Juan 14:17*). Jesús se manifiesta a Sus discípulos, pero no al mundo (*Juan 14:22*). El mundo Le odia; y, por tanto, también odia a Sus discípulos (*Juan 15:18s*). El Reino de Jesús no es de este mundo (*Juan 18:36*). Pablo condena la sabiduría de este mundo (*1 Corintios 1:20*). El cristiano no debe amoldarse a este mundo (*Romanos 12:2*). Cuando se usa *kósmos* en este sentido quiere decir *el mundo sin Dios*, el mundo que ignora, y a menudo es hostil, a Dios. Por tanto, si llamamos a la lengua el *kosmos* malo, queremos decir que es el compendio de todos los males. Una lengua descontrolada es un mundo hostil a Dios.

(ii) La segunda frase difícil es la que la versión Reina-Valera traduce por «la rueda de la creación» (*trójos tés guenéseós*).

El mundo antiguo usaba la figura de la rueda para describir la vida en cuatro sentidos diferentes.

(a) La rueda es un círculo, una entidad redonda y completa y, por tanto, la rueda de la vida puede querer decir *la totalidad de la vida*.

(b) Cualquier punto de la rueda siempre se está moviendo hacia arriba o hacia abajo. Por tanto, la rueda de la vida representa los *altibajos de la vida*. En este sentido la frase quiere decir casi siempre la rueda de la fortuna, siempre cambiando y siempre mudable.

(c) La rueda es circular; siempre está volviendo al punto de partida; o, si así lo preferimos, a un punto por el que ya ha pasado antes; por tanto, la rueda representa *la repetición cíclica de la vida*, el aburrido giro de una existencia que no hace más que repetirse, sin avanzar jamás.

(d) La frase tenía un uso técnico especial. La religión órfica creía que el alma humana estaba pasando un proceso constante de nacimiento, muerte y reencarnación; y lo que había que procurar era salir de esa rueda de molino para entrar en el ser infinito. Así que el fiel órfico que lo conseguía podía decir: «Me he escapado de la rueda cansina y dolorosa.» En este sentido, la rueda de la vida puede corresponder a *la fatigosa rutina de las reencarnaciones interminables*.

Es prácticamente imposible que Santiago supiera nada del concepto órfico de la reencarnación. No es nada probable que ningún cristiano pensara en términos de una vida cíclica que no iba a ninguna parte. No es tampoco probable que un cristiano tuviera miedo de los altibajos de la vida. Por tanto, lo más probable es que la frase quiera decir *la totalidad de la vida y del vivir*. Lo que Santiago está diciendo es que la lengua puede provocar y extender un incendio destructor que puede arrasarse toda la vida; y que la lengua misma está inflamada con el fuego del mismísimo infierno. De ahí su terrible potencia.

COMPLETAMENTE INDOMABLE

Santiago 3:7-8

Se puede domar toda clase de fieras, aves, reptiles y aun animales acuáticos, y de hecho se han domado para el servicio de los seres humanos; pero no hay persona que pueda dominar la lengua, que es un mal incontrolable lleno de veneno mortal.

La idea de domesticar la creación animal para servicio humano aparece -a menudo en la literatura judía. Ya la encontramos en la historia de la Creación. Dios dijo del hombre: < Señoree en los peces del mar, en las aves de los-cielos, en las bestias, en

toda la tierra y en todo animal que se arrastra sobre la tierra» (*Génesis 1:26*). Ese es el pasaje que Santiago tiene en mente de una manera especial. La misma promesa se le repitió a Noé: «El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra y en todos los peces del mar; y en vuestra mano son entregados» (*Génesis 9:2*). El autor del *Eclesiástico* repite la misma idea: «Dios puso el miedo al hombre sobre toda carne, y le dio dominio sobre bestias y aves» (*Eclesiástico 17:4*). El salmista tenía el mismo pensamiento: «Le hiciste señorear sobre las obras de Tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies; ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar» (*Salmo 8:6-8*). El mundo romano conocía los peces domesticados, que se tenían en piscinas en el patio central o *atrium* de las casas romanas. La serpiente era el emblema de Esculapio, y en sus templos había serpientes amaestradas reptando en libertad; que se suponía que eran reencarnaciones del dios. Los enfermos pasaban una noche en el templo de Esculapio; y, si una de esas serpientes domésticas les pasaba por encima, se suponía que habían experimentado el contacto sanador del dios.

Los **hombres se las han ingeniado para domar todos los animales salvajes en el sentido de controlarlos** y servirse de ellos; eso, **dice Santiago, es lo que ningún ser humano, por mucho que lo intente, puede hacer con la lengua.**

BENDICIÓN Y MALDICIÓN

Santiago 3:9-12

Con la misma lengua bendecimos a Dios Padre, y maldecimos a las personas que están hechas a Su imagen. De la misma boca salen bendición y maldición, cosa que no debería suceder, ¿verdad, hermanos? Seguro que del mismo manantial, que brota de la misma hendidura de la peña, no fruyen agua dulce y agua salada al mismo tiempo. Seguro, hermanos, que una higuera no da aceitunas, ni higos una parra, ni el manantial de agua salada agua dulce, ¿verdad?

Sabemos muy bien por propia experiencia que hay una quiebra en la naturaleza humana. Todos tenemos algo de ángeles y algo de simios, algo de héroes y algo de villanos, algo de santos y mucho de pecadores. Santiago está convencido de que donde se presenta esta contradicción más evidentemente es en la lengua.

Con ella, dice, bendecimos a Dios. Esto era especialmente importante para los judíos. Siempre que se mencionaba el nombre de Dios, los judíos exclamaban: «¡Bendito sea!» Tres veces al día, el judío practicante tenía que repetir las *Semoné* Esré, las famosas dieciocho *euloguías*, *bendiciones*, cada una de las cuales empezaba: «Bendito seas, oh Dios.» Dios era, sin duda, *euloguetós*, *bendito*, al que se bendecía continuamente. Y, sin embargo, las mismas bocas y lenguas que bendecían a Dios de manera frecuente y piadosa, maldecían a las personas. Para Santiago eso era absolutamente antinatural, tanto como que una misma fuente fluyera agua dulce y agua salada, o un árbol diera frutos totalmente distintos. Aquello podría estar muy mal y ser contrario a la naturaleza, pero era y es trágicamente corriente.

Pedro podía decir: «Aunque tenga que morir contigo, ¡no Te negaré!» (*Mateo 26:35*), y esa misma lengua suya negaría a Jesús poco tiempo después con juramentos y maldiciones (*Mateo 26:69-75*). El Juan que dijo: «Hijitos, amaos unos a otros,» era el mismo que había querido una vez hacer que lloviera fuego del cielo y arrasara una aldea samaritana (*Lucas 9:51-56*). Hasta las lenguas de los apóstoles podían decir cosas totalmente contradictorias. Juan Bunyan nos dice que «Charlatán» de *El Peregrino* «Era un santo de puertas para fuera, y un demonio en casa.» Muchos hablan con impecable cortesía a los extraños, y hasta predicán el amor y la amabilidad, y saltan y se ponen furiosos por nada con su familia. No es una cosa del otro mundo el usar una lengua muy piadosa el domingo y otra soez y blasfema el lunes. No es nada del otro jueves el que una persona exprese los sentimientos más piadosos un día, y repita las historias más denigrantes al siguiente. Nadie se hace de nuevas cuando una persona habla con dulce misericordia en una reunión de la iglesia, y cuando sale masaca la reputación de alguien con lengua de víbora.

Las cosas, dice Santiago, no deberían ser así. Es cierto que algunas drogas son curativas en casos y venenosas a veces; son bendiciones para el que las usa por prescripción médica, pero perjudiciales hasta no poder más cuando se toman incontroladamente. Así la lengua puede bendecir y maldecir; puede producir o mitigar el dolor; puede decir las cosas más delicadas, o las más ofensivas. Es uno de los deberes más difíciles y obvios el impedir que la lengua no se contradiga a sí misma, sino que diga siempre tales cosas, y de tal manera, como querriamos que Dios pudiera oír.

UNO QUE NO DEBERÍA SER MAESTRO

Santiago 3:13-14

¿Hay alguien entre vosotros que sea sabio e inteligente? Pues que demuestre por la amabilidad de su conducta que todo lo que hace lo hace con buena intención. Pero, si tenéis en el corazón un celo amargo y una ambición egoísta, no os chuleéis arrogantemente de vuestros triunfos, porque estaríais falsificando la verdad.

Santiago vuelve, como si dijéramos, al principio del capítulo. Su razonamiento sigue el siguiente curso: «¿Hay alguien entre vosotros que quiera ser un verdadero sabio y un auténtico maestro? Pues que viva una vida tan llena de gracia que demuestre a todos que la amabilidad es la que gobierna su vida y es el poder controlador de su corazón. Porque, si está lleno de fanatismo, y a todas luces controlado por una ambición personal y egoísta, entonces, todo lo que pretenda en su arrogancia, todo lo que haga, estará lejos de la verdad que profesa enseñar.»

Santiago usa aquí dos palabras interesantes. La que usa para *celo* es *zélus*. *Zélus* no tiene por qué tener un sentido malo. Podría querer decir, como *celo* en español, la noble emulación que uno siente cuando se encuentra ante la personificación de la grandeza y de la bondad. Pero a veces hay una línea muy tenue entre la noble emulación y la vulgar envidia. La palabra que usa para *ambición egoísta* es *eritheia*, que tampoco tenía originalmente un sentido peyorativo. En un principio quería decir *contratar como hilandera*, y se empleaba para designar a las asistentes en general. De ahí pasó a significar cualquier trabajo que se hace a sueldo; y luego, la clase de trabajo que no se hace más que por la paga. Luego se introdujo en el campo de la política, y llegó a significar la ambición egoísta que no busca más que el propio encumbramiento, y que está dispuesta a utilizar cualesquiera medios para conseguir su fin.

Maestros y profesores tienen siempre una doble tentación.

(i) Los ataca la tentación de *la arrogancia*. Era el pecado característico de los rabinos. Los más elevados maestros de Israel eran plenamente conscientes de ese peligro. En los *Dichos de los padres* leemos: «El que es arrogante en sus decisiones es estúpido, malvado, orgulloso de espíritu.» Uno de los sabios aconsejaba: «Tus colegas son libres para seguir o no tu parecer; no se lo tienes que hacer tragar.» Pocos están en tan constante peligro espiritual como los maestros y los predicadores. Están acostumbrados a que los escuchen y a que se acepten sus palabras. Sin darse cuenta llegan a la actitud que ironizaba Shakespeare:

*¡Yo soy el Señor Oráculo,
y cuando abro los labios, que no ladre perro alguno!*

Es muy difícil ser maestro o predicador y seguir siendo sencillo; pero es absolutamente necesario.

(ii) Los ataca la tentación de *la agresividad*. Sabemos lo fácilmente que «la discusión intelectual engendra pasión.» Se conoce también el *odium theologicum*. Sir Thomas Browne tiene un pasaje sobre el salvajismo que reina entre los investigadores: «Son gente de paz, no llevan armas, pero tienen la lengua más afilada que una navaja de afeitar; llegan más lejos con sus plumas, y hacen más ruido que el trueno; yo preferiría enfrentarme con el ataque de un basilisco antes que a la furia de su pluma despiadada.» Y en España decía alguien a unos extranjeros que objetaban a la crueldad de las corridas de toros, que eso no era nada comparado con la que se desplegaba en las oposiciones a cátedras de universidad. Una de las cosas más difíciles del mundo es discutir sin pasión, y enfrentarse con los razonamientos sin herir. El estar totalmente convencido de lo que uno cree sin ridiculizar lo que creen otros es sumamente difícil; pero es de primera necesidad para el profesor o el maestro cristiano. Podemos encontrar en este pasaje cuatro características del magisterio que no es como es debido.

(i) Es *fanático*. Defiende su verdad con violencia desequilibrada más que con convicción razonada.

(ii) Es *agresivo*. Considera a sus oponentes como enemigos a los que tiene que aniquilar, y no como amigos a los que tiene que convencer.

(iii) Es *egoístamente ambicioso*. Tiene más interés en desplegarse a sí mismo que en desplegar la verdad; la única victoria que le interesa es la de sus opiniones personales, y no la de la verdad.

(iv) Es *arrogante*. Está orgulloso de lo que sabe, y no humilde por lo que no sabe. El verdadero intelectual será mucho más consciente de lo que no sabe que de lo que sabe.

UNA FORMA EQUIVOCADA DE SABIDURÍA

Santiago 3:15-16

Esa sabiduría no es la que viene de lo Alto, sino otra que es terrenal, característica del hombre natural, inspirada por el diablo; porque donde hay envidia y ambición egoísta, hay también desorden y toda clase de mal.

Esa llamada sabiduría, agresiva y arrogante, es muy distinta de la sabiduría real. Primeramente, Santiago la describe como es en sí, y después en sus efectos. En sí misma es tres cosas.

- (i) Es terrenal. Su nivel y su origen son terrenales. Mide el éxito en términos mundanos; como lo son también sus fines.
- (ii) Es característica del hombre natural. La palabra que usa Santiago es difícil de traducir. Es *psyjikós*, que viene de *psyjé*. Los antiguos dividían la persona en tres partes: cuerpo, alma y espíritu. El cuerpo (*sóma*) es nuestro componente físico de carne y sangre -o de carne y hueso, como decimos más corrientemente en español-; el alma (*psyjé*) es la vida física que compartimos con todos los seres vivos, y el espíritu (*pneuma*) es lo característico de la persona, lo que la distingue de los animales y la hace una criatura racional y semejante a Dios. Esto es todo un poco confuso para nosotros, porque tenemos la costumbre de hablar del *alma* en el sentido que se le daba antiguamente a la palabra *espíritu*. Santiago está diciendo que esa falsa sabiduría no es más que algo animal; es la clase de sabiduría que hace rugir y atacar a un animal que no tiene más intención que hacer presa o sobrevivir.
- (iii) Es demoníaca. Su origen no está en Dios, sino en el demonio. Crea la clase de situaciones que le gustan al demonio, no a Dios.

Santiago pasa a describir esta sabiduría arrogante y agresiva por sus efectos. Lo más característico de ella es que desemboca en desorden. Es decir: en lugar de relacionar a las personas, las separa; en vez de producir la paz, produce incompatibilidad y enemistad. Hay una clase de personas que son indudablemente inteligentes y que tienen una mente aguda y una lengua hábil; pero sus efectos, a pesar de todo, en cualquier compañía (ya sea una junta directiva, una iglesia o cualquier grupo) son siempre actitudes que causan problemas y que hacen difíciles las relaciones personales. Es humillante el tener que reconocer que la sabiduría que despliegan esas personas es demoníaca más que divina.

LA VERDADERA SABIDURÍA (1)

Santiago 3:17-18

La sabiduría que procede de lo Alto es, en primer lugar, pura; también, pacificadora, considerada, dispuesta a ceder, llena de misericordia y de buenos frutos, sin doblez ni hipocresía. Porque la semilla que en su día produce la cosecha que lleva consigo la integridad sólo se puede sembrar cuando las relaciones humanas son como es debido, y por aquellos cuya conducta produce esas relaciones.

Los sabios judíos siempre estuvieron de acuerdo en que la verdadera sabiduría venía de Arriba. No era un logro humano, sino un don de Dios. El libro de la *Sabiduría* describe a esta sabiduría como < el aliento del poder de Dios, y una influencia pura que fluye de la gloria del Todopoderoso > (*Sabiduría de Salomón 7:25*). El mismo libro le pide a Dios: «Dame la sabiduría que se sienta junto a Tu trono» (*Sabiduría 9:4*); y otra vez: «Oh, envíala desde Tu santo Cielo, y desde el trono de Tu gloria» (*Sabiduría 9:8*). Ben Sirá empezó su libro con la frase: «Toda sabiduría viene del Señor, y está con Él para siempre» (*Eclesiástico 1:1*); y hace decir a la Sabiduría: «Yo procedía de la boca del Altísimo» (*Eclesiástico 24:3*). Los sabios judíos proclamaban a una voz que la sabiduría les viene a los seres humanos de Dios.

Santiago usa ocho palabras para describir esta sabiduría, en cada una de las cuales hay toda una escena.

(i) La verdadera sabiduría es *pura*. En griego, *hágnos* y el sentido de esa raíz contiene la idea de *suficientemente puro para acercarse a los dioses*. En un principio tenía sólo un sentido ceremonial, y se refería exclusivamente a la persona que había pasado por el ritual correcto de la purificación. Así, por ejemplo, Eurípides hace decir a uno de sus personajes: «Mis manos están purificadas, pero mi corazón no.» En esta etapa, *hágnos* describe una pureza ritual, pero no necesariamente moral; pero, conforme el tiempo fue avanzando, llegó a describir la pureza moral que es necesaria para tener acceso a los dioses. A la entrada del templo de Esculapio en Epidauro había esta inscripción: «El que quiera entrar este templo divino debe ser puro (*hágnos*); y la pureza consiste en tener una mente que sólo tiene pensamientos santos.» La verdadera sabiduría está tan limpia de todo motivo bastardo o egoísta que ha llegado a ser suficientemente pura para ver a Dios. La sabiduría humana desearía escapar de la vista de Dios; la verdadera sabiduría puede soportar Su escrutinio.

(ii) La verdadera sabiduría es *eirénikós*. Hemos traducido *pacificadora*, pero tiene un sentido muy especial. *Eiréné* quiere decir *paz*, y cuando se usa en un contexto humano tiene el sentido básico de *la correcta relación entre hombre y hombre y entre hombre y Dios*. La verdadera sabiduría produce relaciones correctas. Hay una clase de sabiduría aguda y arrogante que separa a las personas, y que hace que se mire con desprecio a los demás. Hay también una clase de sabiduría cruel que se deleita en asañear a otras personas con palabras agudas e hirientes. Y hay una clase de sabiduría depravada que aparta seductoramente a las personas de su lealtad a Dios. Pero la verdadera sabiduría atrae a las personas más cerca de sus semejantes y de Dios.

(iii) La verdadera sabiduría es *epieikés*. Esta es la palabra griega más difícil de traducir de todas las del Nuevo Testamento. Aristóteles la definía como < lo que está más allá de la ley establecida >, y como *cuna justicia que es mejor que la justicia*, y como < aquella actitud que interviene para corregir las cosas cuando la misma ley se hace injusta >. La persona que es *epieikés* es la que sabe cuándo sería injusto aplicar la estricta letra de la ley. Sabe perdonar cuando la justicia implacable le da perfecto derecho a condenar. Sabe hacer concesiones, no insistir en sus derechos, temperar la justicia con la misericordia, acordarse siempre de que hay cosas en el mundo que son más importantes que las normas y las reglas. Es prácticamente imposible encontrar una palabra castellana que traduzca esta cualidad. Matthew Arnold la llamaba en inglés «sweet reasonableness» -ser

«dulcemente razonable»-, y es la habilidad de extender a los demás la amable consideración que querríamos que se tuviera con nosotros.

LA VERDADERA SABIDURÍA (2)

Santiago 3:17-18 (conclusión)

(iv) La verdadera sabiduría es *eupeithés*. Aquí tenemos que escoger entre dos significados. (a) *Eupeithés* puede que quiera

decir *siempre listo para obedecer*. La primera de las leyes para la vida de William Law era: < Tener bien grabado en la mente que no tengo más que una empresa entre manos: buscar la felicidad eterna haciendo la voluntad de Dios. » Si tomamos la palabra en este sentido, quiere decir que la persona verdaderamente sabia está dispuesta a obedecer siempre que le llegue la voz de Dios. (b) *Eupeithés* puede querer decir fácil *de persuadir*, no en el sentido de ser voluble y manejable, sino en el de no ser testarudo y atender a razones. Viniendo como viene a continuación de *epieikés*, probablemente tiene este segundo significado. La verdadera sabiduría no es rígida, sino está dispuesta a tomar las cosas en consideración, y es experta en saber cuando tiene que ceder sabiamente.

(v) Vamos a tomar juntos los dos términos siguientes. La verdadera sabiduría es *llena de misericordia (éleos) y de buenos frutos*. *Éleos* es una de las palabras que adquirió un nuevo significado con la llegada del Cristianismo. Los griegos la definían como *piEDAD para con la persona que está sufriendo injustamente*; pero en el Evangelio quiere decir mucho más que eso.

(a) En el pensamiento cristiano *éleos* quiere decir misericordia para con la persona que está pasando por dificultades, aunque sea por su propia culpa. La piedad cristiana es el reflejo de la piedad de Dios; y esta se manifestó, no sólo cuando estábamos sufriendo injustamente, sino aun cuando estábamos sufriendo por nuestra culpa. Solemos decir de alguien que está pasándolo mal: «Es por su culpa. Se lo tiene merecido.» Y, en ese caso, no nos sentimos llamados a intervenir en su ayuda. La misericordia cristiana se solidariza con cualquier persona que está en apuros, aunque sea ella la que se los ha echado encima.

(b) En el pensamiento cristiano *éleos* quiere decir la misericordia que desemboca en buenos frutos; es decir, que ofrece ayuda práctica. La piedad cristiana no es una emoción que no llega nunca a la acción. Nunca debemos decir que nos da pena de alguien, y no hacer lo posible por ayudarlo.

(vi) La verdadera sabiduría es *adiákritos, sin doblez*. Esto quiere decir que no duda ni vacila; sabe lo que piensa, elige su curso de acción y lo mantiene. Hay personas que creen que es más inteligente no llegar a ninguna decisión sobre nada. Dicen que tienen una mente abierta, y que suspenden el juicio. Pero la sabiduría cristiana se basa en las certezas cristianas que nos llegan de Dios mediante Jesucristo.

(vii) La verdadera sabiduría es *anypókritos, sin hipocresía*. Es decir: no es una pose, ni una actitud fingida. Es sincera; no pretende ser lo que no es, ni hace el papel para conseguir su propio fin.

Por último, Santiago dice algo que todas las iglesias y grupos cristianos deben llevar en el corazón. La versión Reina Valera traduce correcta y literalmente el texto original: < Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. » Esta es una frase muy comprimida. Recordemos que paz, *eiréné*, quiere decir *la debida relación entre las personas*. Así que, lo que Santiago está diciendo es: «Todos estamos tratando de cosechar el resultado de una vida como Dios quiere. Pero la semilla que produce la mejor cosecha no puede fructificar en cualquier ambiente, sino sólo cuando hay buenas relaciones entre las personas. Y los únicos que pueden sembrar esa semilla y cosechar sus frutos son los que han dedicado la vida a producir esa relación que es como es debido.»

Es decir: nada bueno puede crecer en un ambiente en el que las personas están en constante rivalidad y desacuerdo. Un grupo en el que hay agresividad y pelea es terreno estéril en el que no pueden germinar ni producir las semillas de la justicia. La persona que disturba las relaciones personales y es responsable de las peleas y de la rivalidad se ha excluido a sí misma voluntariamente de la recompensa que Dios da a los que viven sabiamente la vida que Él les da.

MI GUSTO O LA VOLUNTAD DE DIOS

Santiago 4:1-3

¿De dónde proceden las riñas y las peleas entre vosotros? ¿No es verdad que brotan del ansia de placer que mantiene una constante campaña bélica en vuestros miembros? Deseáis, pero no conseguís; asesináis; codiciáis, pero no lográis. Peleáis y guerreáis, pero no poseéis porque no pedís. Pedís, pero no recibís, porque no pedís como es debido; porque no queréis más que gastar en vuestros placeres lo que recibís.

Santiago les plantea a sus lectores una cuestión fundamental: si la finalidad de su vida es someterse a la voluntad de Dios o satisfacer el ansia de placeres de este mundo. Les advierte que, si el placer es el objetivo de su vida, lo único que van a

conseguir son peleas, y odio, y divisiones. Dice que el resultado de una ansiosa búsqueda de placeres es *polemoi* (guerras) y *majai* (batallas). Quiere decir que la búsqueda febril de placeres desemboca en unos resentimientos interminables que son como guerras, y en unas explosiones repentinas de enemistad que son como batallas. Los antiguos moralistas habrían estado totalmente de acuerdo con él.

Cuando miramos a la sociedad humana, vemos a menudo una masa hirviente de odios y peleas. Filón decía: «Considerad la guerra continua que prevalece entre las personas, hasta en tiempo de paz, y que existe no sólo entre naciones, países y ciudades, sino también entre casas familiares o, para decirlo mejor, está presente en cada individuo; observad la tempestad indeciblemente rugiente que se produce en las almas humanas, excitada por el violento acoso de los asuntos de la vida; y os preguntaréis si hay alguien que disfrute de tranquilidad en tal tempestad, o que mantenga la calma en medio de las olas turgentes de tal mar.»

La raíz de este conflicto incesante y violento no es otra cosa que el deseo. Filón advierte que los Diez Mandamientos culminan en la prohibición de desear o codiciar, porque esa es la peor de todas las pasiones del alma. «¿No es por esta pasión por lo que se rompen las relaciones y se cambia la buena voluntad natural en enemistad desesperada; y los países grandes y populosos quedan desolados por cuestiones domésticas; y tierra y mar se llenan de nuevos desastres de batallas navales y campos de batalla? Porque las famosas y trágicas guerras... todas surgieron de la misma fuente: el deseo de dinero, o de gloria, o de placer. Estas son las cosas que enloquecen a la humanidad.» Luciano escribe: «Todos los males que le vienen al hombre -revoluciones y guerras, asechanzas y matanzas surgen del deseo. Todas estas cosas proceden del manantial del deseo de más.» Platón escribe: «La sola causa de las guerras y revoluciones y batallas no es otra que el cuerpo y sus deseos:» Y Cicerón: «Son los deseos insaciables los que trastornan, no sólo a las personas, sino a familias enteras, y que hasta demuelen el estado. De los deseos surgen los odios, divisiones, discordias, sediciones y guerras.» El deseo es la raíz de todos los males que arruinan la vida y causan divisiones entre las personas.

El Nuevo Testamento presenta con toda claridad el hecho de que este deseo arrollador de los placeres del mundo es siempre un peligro amenazador para la vida espiritual. Son los cuidados y las riquezas y los placeres de esta vida los que se asocian para sofocar la buena semilla (*Lucas 8:14*). Una persona puede llegar a estar tan dominada por las pasiones y placeres que la malicia y la envidia y el odio invaden su vida y se apoderan de ella totalmente (*Tito 3:3*).

La disyuntiva clave de la vida está en agradar a nuestra naturaleza caída o agradar a Dios; y un mundo en el que el fin principal del hombre es agradarse a sí mismo es un campo de batalla para la barbarie y la división.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA VIDA DOMINADA POR EL PLACER

Santiago 4:1-3 (conclusión)

Una vida dominada por el placer tiene ciertas consecuencias inevitables.

(i) Hace que las personas se lancen al cuello las unas de las otras. Los deseos, como dice Santiago, son poderes bélicos en potencia. No quiere decir que guerreen en el interior de la persona-aunque esto también es cierto-, sino que hacen que las personas estén en guerra unas con otras. Desean fundamentalmente las mismas cosas -dinero, poder, prestigio, posesiones terrenales, gratificación de las concupiscencias corporales. Cuando todos se esfuerzan por poseer las mismas cosas, la vida se convierte inevitablemente en un campo de batalla. Se pisotean unos a otros para llegar antes; harán lo que sea para eliminar a un rival. La obediencia a la voluntad de Dios agrupa a las personas, porque Su voluntad es que se amen y se sirvan mutuamente; pero la sumisión al ansia de placer distancia a las personas, porque las convierte en rivales potenciales para obtener las mismas cosas.

(ii) El ansia de placer arrastra a las personas a acciones vergonzosas. Las impulsa a la envidia y a la enemistad; y hasta al asesinato. Para llegar a conseguir lo que desea, una persona tiene que tener una fuerza motriz en el corazón. Podrá privarse de cosas que su deseo de placer le impida hacer; pero, mientras tenga ese deseo en el corazón, no está a salvo. Puede explotar en cualquier momento haciendo algo que traiga ruina.

Los pasos del proceso son sencillos y terribles. La persona se permite desear algo. Aquello empieza a dominarle el pensamiento; se encuentra pensando en ello involuntariamente, tanto en la vigilia como en el sueño. Llega a ser para ella lo que se llama propiamente *una pasión dominante*. Empieza a imaginar maneras para obtenerlo, que pueden implicar eliminar a los que se interpongan. Esto puede mantenerse en su mente

cierto tiempo; y de pronto, de la imaginación pasa a la acción; y puede que se encuentre dando pasos terribles que son necesarios para la consecución del objeto de su deseo. Todos los crímenes del mundo empiezan por un deseo que en un principio no es más que un sentimiento del corazón pero que, abrigado largo tiempo, acaba por llegar a la acción.

(iii) El ansia de placer acaba por cerrar la puerta de la oración. Si las oraciones de una persona se limitan a aquellas cosas que pueden gratificar sus deseos, son esencialmente egoístas; y, por tanto, no es posible que Dios las conceda. El fin verdadero de la oración es decirle a Dios: «Hágase Tu voluntad.» La oración de la persona dominada por el deseo del placer es: «Que se

cumplan mis deseos.» Es indudable que los egoístas no pueden orar como es debido; nadie podrá nunca orar como se debe orar si no ha desplazado su ego del centro de su vida, y ha dejado que sea Dios Quien lo ocupe.

En esta vida tenemos que escoger entre nuestros deseos y la voluntad de Dios. Si escogemos nuestros deseos, nos alejamos de nuestros semejantes y de Dios.

INFIDELIDAD PARA CON DIOS

Santiago 4:4-7

¡Infieles a lo que habéis prometido! ¿Es que no sabéis que amar a este mundo es enemistarse con Dios? El que se propone llevarse bien con el mundo se convierte ipso facto en enemigo de Dios. ¿Creéis que la Escritura dice por nada: «Dios anhela celosamente el espíritu que ha hecho habitar en vosotros?»

Pero Dios da mayor gracia. Por eso, también dice la Escritura: «Dios se opone a los soberbios, pero concede Su gracia a los humildes.» Por tanto, someteos a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros; manteneos cerca de Dios, y El estará cerca de vosotros.

La antigua versión Reina-Valera (1909) hacía este pasaje todavía más difícil de lo que es. En ella se dirigía la advertencia a *adúlteros y adúlteras*. En el original se encuentra sólo esta palabra en femenino, por lo que la revisión de 1960 traducía *almas adúlteras*. Es verdad que no se pretendía que la palabra tuviera aquí su sentido literal; no se hace referencia al adulterio físico, sino espiritual. La idea se basa en la concepción corriente en el Antiguo Testamento de que el Señor es el esposo de Israel, e Israel la esposa del Señor. «Porque tu marido es tu Hacedor; el Señor de los ejércitos es Su nombre» (*Isaías 54:5*). «Pero como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra Mí, oh casa de Israel, dice el Señor» (*Jeremías 3:20*). Esta idea del Señor como el marido y de la nación de Israel como la esposa explica la manera en que expresa constantemente el Antiguo Testamento la infidelidad espiritual en términos de adulterio físico. El hacer un pacto con los dioses de tierras extrañas, y el ofrecerles sacrificios, y el celebrar matrimonios con extranjeros era prostituirse (*Éxodo 34:15s*). Dios le advirtió a Moisés que llegaría el día en que el pueblo se levantaría y se prostituiría con los dioses de la tierra en que iba a morar, y Le dejaría (*Deuteronomio 31:16*). Oseas se queja de que el pueblo se ha prostituido y ha olvidado a Dios (*Oseas 9:1*). Es en este sentido espiritual en el que el Nuevo Testamento habla de una generación *adúltera* (*Mateo 16:4; Marcos 8:38*). La alegoría pasó al pensamiento cristiano, en el que se presenta a la Iglesia como la esposa de Cristo (*2 Corintios 11:1 s; Efesios 5:24-28; Apocalipsis 19:7; 21:9*).

Esta manera de hablar puede escandalizar a algunos oídos modernos; pero contiene una idea preciosa. Quiere decir que el desobedecer a Dios es como romper la promesa matrimonial; que todo pecado es un pecado contra el amor; que nuestra relación con Dios no es distante, como entre un rey y sus súbditos o un amo y sus esclavos, sino íntima como la de marido y mujer. Cuando pecamos quebrantamos el corazón de Dios, como se quebranta el corazón de un cónyuge por la desertión del otro.

LA AMISTAD CON EL MUNDO
ES ENEMISTAD CON DIOS

Santiago 4:4-7 (continuación)

Santiago nos dice en este pasaje que amar al mundo es enemistarse con Dios; y, por tanto, el que es muy amigo del mundo se coloca en la posición de enemigo de Dios. Es importante entender lo que quiere decir.

(i) Esto no se dice por desprecio al mundo; ni desde el punto de vista que considera la Tierra como un desierto inhóspito y que denigra el mundo natural. Un puritano estaba dando un paseo por el campo con un amigo. Este se fijó en una flor, muy hermosa que había al borde del camino, y se lo hizo notar a aquel; a lo que el puritano replicó: «He aprendido a no apreciar nada de lo que contiene este mundo perdido y pecador.» Eso no era lo que quería decir Santiago, que habría estado de acuerdo en que este mundo es creación de Dios; y, como Jesús, se habría complacido en su belleza.

(ii) Ya hemos visto que el Nuevo Testamento usa a menudo la palabra *kósmos* en el sentido de *el mundo que está apartado de Dios*. Hay dos pasajes en el Nuevo Testamento que ilustran lo que Santiago quiere decir. Pablo dice: «Porque el estar pendiente de las cosas que fascinan a nuestra naturaleza humana pecadora implica enemistad con Dios... Los que viven una vida exclusivamente mundana no pueden agrandar a Dios» (*Romanos 8: 7s*). Lo que quiere decir es que los que se empeñan en juzgarlo todo conforme a una escala de valores puramente humana están por necesidad en desacuerdo con Dios. Y el segundo pasaje es uno de los más impactantes epitafios sobre la vida cristiana que se encuentran en ninguna literatura: « Demas me ha desertado, porque está enamorado de este mundo» (*2 Timoteo 4:10*). Se refiere a *la mundanidad*: si uno dedica totalmente su vida a las cosas materiales, está claro que no se la puede dedicar a Dios. En ese sentido, el que le dedica su vida a este mundo está enemistado con Dios.

(iii) El mejor comentario a este dicho es el de Jesús: < Nadie puede estar al servicio de dos amos» (*Mateo 6:24*). Hay dos actitudes ante las cosas de este mundo y tiempo: podemos estar tan dominados por ellas que el mundo llega a ser nuestro amo; o podemos usarlas para servir a nuestros semejantes y prepararnos para la eternidad, en cuyo caso el mundo no es nuestro amo, sino nuestro servidor. Una persona puede, o servirse del mundo, o estar a su servicio. Usar el mundo para servir a Dios y a la humanidad es ser amigo de Dios, porque eso es lo que Dios quiere que hagamos. Pero dejarnos usar por un mundo dictador y tirano de la vida es estar en enemistad con Dios, porque eso es algo que Dios no quiere que sea el mundo.

DIOS COMO ESPOSO CELOSO

Santiago 4:4-7 (continuación)

El versículo 5 es extremadamente difícil. Para empezar, se nos presenta como una cita de la Escritura, pero no sabemos de dónde se ha tomado, porque no se puede reconocer. Podemos suponer que Santiago está citando algún libro que se ha perdido y que él consideraba parte de la Sagrada Escritura; o que está resumiendo en una frase mucho del sentido del Antiguo Testamento sin referirse a ningún pasaje en particular.

Además, es difícil de traducir. Ofrece dos alternativas que, a fin de cuentas, dan casi el mismo sentido. « Él -es decir, Dios- anhela celosamente la devoción del espíritu que ha hecho morar en nosotros;» o: «El Espíritu que Dios ha hecho morar en nosotros celosamente anhela la plena devoción de nuestros corazones.»

En cualquier caso, el sentido es que Dios es un Esposo celoso, que no consiente competidor. El Antiguo Testamento no tenía nunca reparo en aplicarle a Dios la cualidad de *celoso*. Moisés decía de Dios a Su pueblo: « Le provocaron celos con los dioses ajenos» (*Deuteronomio 32:16*). Y oye a Dios decir:

«Ellos me provocaron a celos con lo que no es Dios» (*Deuteronomio 32:21*). Insistiendo en Su derecho exclusivo a recibir adoración, Dios dice en los Diez Mandamientos: «Yo, el Señor vuestro Dios, soy un Dios celoso» (*Éxodo 20:5*). «No te has de inclinar a ningún otro dios; pues el Señor, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es» (*Éxodo 34:14*). Basándose en este versículo, y comparando las consonantes del tetragrámaton con otras lenguas semíticas, se le sugirió que el nombre de Jehová quiere decir *Celoso*. Zacarías oyó decir a Dios: «Así dice el Señor de los ejércitos: "Celé a Sión con gran celo, y con gran ira la celé"» (*Zacarías 8:2*). La palabra española *celoso* viene del griego *zélus*, que contiene la idea de calor ardiente. El sentido es que Dios ama a la humanidad con tan ardiente pasión que no puede soportar ningún otro amor supremo en los corazones de los seres humanos.

Puede que ahora nos sea difícil conectar la cualidad de celoso con el carácter de Dios, porque ha adquirido un significado que no es elevado; pero detrás de esta palabra se encierra la verdad sorprendente de que Dios ama de tal manera las almas humanas. Hay un sentido en el que el amor se debe difundir entre todas las personas y por toda la creación de Dios; pero hay también un sentido en el que el amor exige y da una devoción exclusiva a una sola persona. Es profundamente cierto que una persona no puede estar enamorada nada más que de una persona a la vez. Si no está de acuerdo, es que no se ha enterado de lo que es el amor.

LA GLORIA DE LA HUMILDAD Y LA TRAGEDIA DEL ORGULLO

Santiago 4:4-7 (conclusión)

Santiago sale al encuentro de una reacción casi inevitable a su descripción de Dios como un enamorado celoso. Si Dios es así, ¿cómo podrá nadie ofrecerle la devoción que Él exige?

Y la respuesta de Santiago es que, si Dios hace una gran demanda, también da gran gracia para cumplirla; y cuanto más grande la demanda, mayor es la gracia que Dios da.

Pero la gracia tiene una característica constante: una persona no puede recibirla hasta que se da cuenta de que la necesita, y acude a Dios solicitando humildemente Su ayuda. Por tanto, siempre será verdad que Dios está en contra de los soberbios y da Su gracia pródigamente a los humildes: «Dios se opone a los soberbios, pero da gracia a los humildes.» Es una cita de *Proverbios 3:34*; y reaparece otra vez en *1 Pedro 5:5*.

¿Qué es este *orgullo* demoleedor? La palabra griega es *hyperéfanos*, que quiere decir literalmente *el que se coloca por encima de los demás*. También los griegos aborrecían el orgullo. Teofrasto lo describía como « un cierto desprecio de todos los demás.» Teofilacto, autor cristiano, lo llamaba «la ciudadela y la cima de todos los males.» Lo más terrible es que se esconde en el corazón. Quiere decir *altanería*; pero el que la padece puede parecer de lo más humilde, cuando en realidad siente en el corazón un desprecio olímpico hacia todos sus semejantes. Se cierra a Dios por tres razones.

(i) *Jamás reconoce su propia necesidad*. Se admira a sí mismo hasta tal punto que no se reconoce ninguna necesidad.

(ii) *Le encanta ser autosuficiente.* No tiene obligaciones para con nadie, ni siquiera para con Dios.

(iii) *No reconoce su propio pecado.* Está tan ocupado pensando en su propia excelencia que no le queda tiempo para descubrirse ningún pecado del que, tenga que librarse. Un orgullo así no puede recibir ayuda, porque no sabe que la necesita, y por tanto no la busca ni acepta.

La humildad de que habla Santiago no consiste en rebajarse. Tiene dos características.

(i) Sabe que si una persona se enfrenta abiertamente con el diablo, este le dejará por cobarde. «El diablo -manifestaba Hermás- puede pelear con el cristiano, pero no le puede abatir.» Esta es una verdad que les encantaba a los cristianos, porque Pedro dice lo mismo (*I Pedro 5:8s*). El gran ejemplo

y la gran inspiración es Jesús en Sus tentaciones. En ellas Jesús dejó bien claro que el diablo no es invencible; cuando se enfrenta con la Palabra de Dios, tiene que huir. El cristiano tiene la humildad de saber que tiene que pelear sus batallas con el tentador, no con su propio poder, sino con el poder de Dios.

(ii) Sabe que tiene el mayor privilegio, que es el acceso a Dios. Esto es algo imponente, porque el derecho de acceso a la presencia de Dios en el antiguo orden de cosas era una exclusiva de los sacerdotes (*Éxodo 19:22*). El ministerio del sacerdote le permitía acercarse a Dios para ayudar a los que estaban manchados de pecado (*Ezequiel 44:13*). Pero por la obra de Jesucristo, cualquier creyente puede acercarse con confianza al trono de Dios, seguro de que encontrará misericordia y gracia que le ayuden en el momento de la necesidad (*Hebreos 4:16*). Hubo un tiempo cuando sólo el sumo sacerdote podía entrar en el lugar santísimo; pero nosotros tenemos un Camino nuevo y vivo y una mejor esperanza que nos permite acercarnos a Dios (*Hebreos 7:19*).

Los cristianos debemos ser humildes; pero es una humildad que nos da un valor invencible y que sabe que el acceso a Dios está abierto hasta para el santo más tímido.

LA PUREZA PIADOSA

Santiago 4:8-ID

Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros. Limpiaos las manos, pecadores, y purificad vuestros corazones, vosotros los indecisos. Afligios, y haced duelo y llorad. Que vuestra risa se convierta en aflicción, y vuestra alegría deje paso a la tristeza. Humillaos ante el Señor para que sea Él Quien os ensalce.

Las exigencias éticas del Evangelio no están nunca lejos del pensamiento de Santiago. Ha hablado de la gracia que Dios da

a los humildes, y que permite a las personas responder a Sus grandes demandas. Pero Santiago está seguro de que hay algo que se necesita además del pedir y recibir pasivamente. Está seguro de que el esfuerzo moral es de primera necesidad.

Dirige su exhortación a los pecadores. La palabra que usa es *hamartólos*, que quiere decir el pecador empedernido, aquel cuyo pecado es obvio y notorio. *Suidas* define *hamartóloi* (plural) como «los que escogen vivir en compañía con la desobediencia a la ley, y que aman una vida corrupta.» De los tales, Santiago demanda una reforma moral que abarque tanto su conducta exterior como sus deseos íntimos. Les exige tanto manos limpias como corazones puros (*Salmo 24:4*).

La frase *limpiaos las manos* no quería decir en un principio más que la purificación ceremonial, el lavado ritual de manos con agua que hacía ser a una persona apta ceremonialmente para participar del culto. Los sacerdotes se tenían que lavar y bañar antes de entrar de servicio (*Éxodo 30:19-21; Levítico 16:4*). Los judíos ortodoxos tenían que lavarse las manos ritualmente antes de comer (*Marcos 7:3*). Pero se llegó a comprender que Dios requería mucho más que ese lavado exterior; así es que la frase llegó a significar la pureza moral. «Lavaré en inocencia mis manos,» dice el salmista (*Salmo 26:6*). Isaías demandaba: «Lavaos y limpiaos,» lo que equivalía a «dejad de hacer lo malo» (*Isaías 1:16*). En la carta a Timoteo se insiste en que las manos que se eleven a Dios en oración estén limpias (*I Timoteo 2:8*). Al acabar la Guerra Civil española se decía que no tenían nada que temer los que no tuvieran las manos manchadas de sangre. Estaba claro que no se había de entender esa expresión literalmente. Así, la historia de la frase muestra una concienciación progresiva de lo que Dios demanda. Se empezó pensando en términos de una ablución externa y ritual, y se acabó por ver que la demanda de Dios era moral, y no meramente ritual.

El mensaje bíblico exige una limpieza cuádruple. (a) Una limpieza de labios (*Isaías 6: Ss*). (b) Una limpieza de manos (*Salmo 24:4*). (c) Una limpieza de corazón (*Salmo 73:13*).

(d) Una limpieza demente (*Santiago 4:8*). Es decir: que las exigencias éticas de la Biblia agrupan la purificación de las palabras, las obras, las emociones y los pensamientos. La persona tiene que ser limpia interior y exteriormente, porque sólo los limpios de corazón verán a Dios (*Mateo 5:8*).

LA AFLICCIÓN PIADOSA

Santiago 4:8-10 (continuación)

En su demanda de aflicción piadosa, Santiago se retrotrae al dicho de Jesús: «Bienaventurados los que *están de duelo*, porque serán consolados» (*Mateo 5:4; Lucas 6:20-26*). No debemos descubrir en este pasaje lo que Santiago no quería decir. No está excluyendo el gozo de la vida cristiana. No está exigiendo una vida lóbrega en un mundo tenebroso. Está haciendo dos cosas. Está proponiendo la sobriedad en lugar de la superficialidad, y lo hace con toda la intensidad de quien es naturalmente puritano; y está describiendo, no *el fin*, sino *el principio* de la vida cristiana. Exige tres cosas.

(i) Exhorta a lo que él llama *la aflicción*. El verbo griego es *talaipórein*, que puede describir -como cuando lo utiliza Tucídides- la experiencia de un ejército al que se le han terminado los víveres y que no se puede abrigar de las inclemencias del tiempo. Lo que Santiago demanda es una abstinencia voluntaria de lujos innecesarios y comodidades blandengues. Está hablando con personas que están enamoradas del mundo; y les está exhortando a que no hagan del lujo y de la comodidad su baremo para juzgar la vida. Es la disciplina lo que produce al intelectual; es el entrenamiento riguroso lo que produce al atleta, y es la abstinencia sabia la que produce al cristiano que sabe usar el mundo sin dejarse usar por el mundo.

(ii) Exhorta a *que hagan duelo*, que su risa se les convierta en aflicción, y que su alegría deje paso a la tristeza. Aquí,

repetimos, Santiago está describiendo *el primer paso* de la vida cristiana, que se da cuando uno se encuentra cara a cara con su propio pecado y con Dios.

Esa es una experiencia amedrentadora. Cuando Wesley estaba predicando a los mineros de Kingswood, se sintieron movidos por tal aflicción que las lágrimas hacían canalillos al correr por sus rostros mugrientos.

Pero eso no es el fin, ni mucho menos, de la vida cristiana. Del terrible dolor de la conciencia de pecado se pasa al gozo exuberante del perdón de los pecados. Pero para pasar al segundo paso hay que dar el primero. Santiago exige a sus oidores o lectores autosuficientes, amadores del lujo y despreocupados, que se enfrenten con sus pecados, y se avergüencen y conduelan y amedrenten; porque sólo entonces podrán alcanzar la gracia y pasar a un gozo que satisface mucho más plenamente que los placeres mundanos.

(iii) Exhorta al *llanto*. Tal vez no sea exagerado decir que Santiago puede estar pensando en *lágrimas de misericordia*. Hasta ese momento estos enamorados del lujo habían vivido egoístamente, insensibles a lo que un poeta llamaba «la lluvia de lágrimas del mundo.» Santiago insiste en que los dolores y las necesidades de los demás deben atravesar la armadura de la comodidad y el placer propios. No somos cristianos hasta que percibimos el grito angustioso de la humanidad por la que Cristo murió.

Así pues, con palabras especialmente escogidas para despertar a los indiferentes de su profundo sueño, Santiago exhorta a que sus oyentes o lectores sustituyan el exceso del lujo por la disciplina de la abstinencia; a que reconozcan sus pecados y hagan duelo por ellos, y a que se identifiquen con el dolor del mundo y lloren por él.

LA HUMILDAD DE LA PIEDAD

Santiago 4:8-10 (conclusión)

Santiago concluye esta exhortación con una llamada a la humildad que es conforme a la piedad. Por toda la Biblia fluye la convicción de que los humildes son los únicos que pueden experimentar las bendiciones de Dios. Dios quiere salvar a los humildes (*Job 22:29*). El orgullo de una persona la degrada; pero el honor ensalza a los humildes de espíritu (*Proverbios 29:23*). Dios habita en la altura, pero también con el humilde y contrito de espíritu (*Isaías 57:15*). Los que tienen temor de Dios humillarán sus almas en Su presencia, y cuanto más grande sea una persona tanto más debe humillarse si quiere hallar gracia a los ojos de Dios (*Eclesiástico 2:17; 3:17*). Jesús mismo declaró en diversas ocasiones que es el que se humilla el que será exaltado (*Mateo 23:12; Lucas 14:11*).

Para buscar la dirección de Dios, una persona se tiene que dar cuenta de su propia ignorancia. Solamente cuando uno se da cuenta de su pobreza en las cosas que más importan estará dispuesto a pedir las riquezas de la gracia de Dios. Solamente cuando una persona es consciente de su propia debilidad en las cosas necesarias acudirá a proveerse de la fuerza de Dios. Sólo cuando uno reconoce su pecado reconocerá también su necesidad de un Salvador y del perdón de Dios.

En la vida hay un pecado que se puede considerar la base de todos los demás; y es olvidar que somos criaturas, y que Dios es el Creador. Cuando una persona se da cuenta de su esencial criaturidad, se da cuenta de su indefensión radical, y acude a la fuente de la que puede satisfacer su necesidad.

Tal dependencia genera la única independencia real; porque es entonces cuando la persona se enfrenta con la vida, no dependiendo de sus propias fuerzas, sino de las de Dios, y obtiene la victoria. Mientras una persona se considere independiente de Dios, está expuesta a sufrir el colapso final y la derrota definitiva.

EL PECADO DE CRITICAR A LOS DEMÁS

Santiago 4:11-12

Sois hermanos. Dejad de hablar mal los unos de los otros. El que habla mal del hermano o le critica, está hablando mal de la ley y criticándola; y si te eriges en juez de la ley, ya no eres de los que se someten, sino de los que se oponen a ella. Uno solo es el Legislador y el Juez, Que puede salvar y destruir. Pero tú, ¿quién eres para hacer de juez de tu prójimo?

La palabra que emplea Santiago para *hablar mal*, o difamar, es *katalalein*. Este verbo casi siempre quiere decir calumniar a una persona que no está presente para defenderse. El pecado de la calumnia (el nombre es *katalalía*) se condena en toda la Biblia. El salmista acusa al malvado: «Tomabas asiento y hablabas contra tu hermano; contra el hijo de tu madre ponías infamia» (*Salmo 50:20*). El salmista oye decir a Dios: «Al que solapadamente infama a su prójimo, Yo lo destruiré» (*Salmo 101:5*). Pablo lo incluye entre los pecados que son característicos del mundo pagano (*Romanos 1:30*); y es uno de los que teme encontrarse en la conflictiva iglesia de Corinto (*2 Corintios 12:20*). Es significativo el que en estos dos pasajes *la difamación* aparece en íntima relación con *la murmuración*. *Katalalía* es el pecado de los que se reúnen en las esquinas y forman grupitos y se transmiten detalles confidenciales de información que pueden destruir el buen nombre de los que no están allí para defenderse. Pedro también condena este pecado (*1 Pedro 2:1*).

Esta advertencia es muy necesaria. No nos damos cuenta en seguida de que hay pocos pecados que la Biblia condene tan tajantemente como el de la murmuración maliciosa e irresponsable. Hay pocas actividades que atraigan tanto a la gente vulgar y corriente como esta; el escuchar y el transmitir historias denigrantes -especialmente sobre alguna persona distinguida- es **una actividad fascinante para la** mayoría de la gente. Haremos bien en recordar lo que Dios piensa de ello. Santiago lo condena por dos razones fundamentales.

(i) Es una violación de la ley regia de amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos (*Santiago 2:8; Levítico 19:18*). Está claro que uno no puede amar a su prójimo como a sí mismo y difundir calumnias acerca de él. Ahora bien: el que quebranta una ley a sabiendas, se coloca por encima de la ley; es decir, que se pone de juez sobre la ley. Pero a lo que estamos obligados es a cumplir la ley, no a juzgarla. Así que el que habla mal de su prójimo se erige en juez y se atribuye el derecho a quebrantarla -y, por tanto, se condena a sí mismo.

(ii) Es una violación de la prerrogativa de Dios. El calumniar a nuestro prójimo es, de hecho, sentenciarle. Y ningún ser humano tiene derecho a juzgar a otro; ese derecho Le pertenece y corresponde solamente a Dios.

Dios es el único que puede exculpar o inculpar. Esta Su prerrogativa se encuentra en toda la Biblia. «Yo hago morir, y Yo hago vivir», dice Dios (*Deuteronomio 32:39*). «El Señor mata, y El da vida», dice Ana en su oración (*1 Samuel 2:6*). «¿Soy yo Dios, que mate y dé vida?» pregunta alucinado el rey israelita al que acude Naamán para que le cure de la lepra (*2 Reyes 5:7*). Jesús mismo nos advierte que no debemos temer a los que lo peor que nos pueden hacer es quitarnos la vida física, sino que debemos temer al Que puede destruir tanto el cuerpo como el alma (*Mateo -10:28*). Como decía el salmista, Dios es el único que tiene dominio en las cuestiones de vida o muerte (*Salmo 68:20*). El juzgar a otro es usurpar un derecho que sólo pertenece a Dios; y hace falta ser rematadamente malo para pretender infringir las prerrogativas de Dios.

Podríamos creer que el hablar mal de otro no es un pecado muy grave; pero la Escritura lo considera uno de los peores, porque es quebrantar la ley regia e infringir los derechos que sólo pertenecen a Dios.

EXCESO DE CONFIANZA

Santiago 4:13-17

¡Venga ya, los que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y nos quedaremos allí un año, y comerciaremos y haremos negocio!» Los que son como vosotros no saben lo que pasará mañana. ¿Qué es vuestra vida? Una neblina que aparece por un poco de tiempo, y después se desvanece. Y sin embargo, habláis de esa manera en vez de decir: «Si Dios quiere, estaremos vivos, y haremos esto o lo otro.» Pero hacéis vuestros planes arrogantemente como si fuerais los amos del mundo. Todas esas chulerías no son nada bueno. Así que, si uno sabe lo que está bien, y no lo hace, ese es el que peca.

Aquí tenemos otro cuadro contemporáneo, que los lectores de Santiago reconocerían, y en el que hasta podrían descubrir su propio retrato. Los judíos eran los mayores comerciantes del mundo antiguo; y en muchos sentidos, ese mundo les dio todas las oportunidades necesarias para poner en práctica sus habilidades comerciales. En aquel tiempo se fundaron muchas ciudades; y era corriente que los dignatarios que las fundaban estuvieran buscando ciudadanos que las ocuparan. A los judíos se les ofreció muchas veces generosamente la ciudadanía porque, donde ellos iban, iban también el dinero y los negocios. Así que esta escena nos presenta a unos cuantos hombres mirando un mapa. Uno de ellos señala un punto en él y dice: «Aquí hay una nueva ciudad de grandes oportunidades comerciales. Vamos allá. Empezaremos desde cero; pero, después de un año o así, habremos hecho fortuna, y podremos volver ricos.» Y Santiago contesta que no se pueden hacer así los planes para el futuro; porque no sabemos ni lo que pasará el día de mañana. El hombre propone, y Dios dispone.

La esencial incertidumbre del futuro siempre ha estado grabada en la mente de todos los pueblos. El sabio hebreo escribía: «No te jactes del día de mañana; porque no sabes ni lo que dará de sí el día de hoy» (*Proverbios 27:1*). Jesús contó la historia de un rico insensato que hizo fortuna e hizo planes para el futuro y se olvidó de que se le podía reclamar el alma aquella misma noche (*Lucas 12:16-21*). Ben Sirá escribía: «Hay quien se hace rico a base de agotarse y privarse, y eso es todo lo que saca; porque mientras está diciendo: «Me he ganado una vida de descanso, y ahora no voy a hacer más que disfrutar de lo que es mío.» ¡Y no sabe lo que le va a pasar, y que la muerte está de camino, y que tiene que dejarles todo eso a otros, y él morir!» (*Eclesiástico 11:18s*). Séneca decía: «¡Qué estúpido es. hacer planes para la vida de uno, cuando ni siquiera el mañana tiene bajo su control!» Y en otro lugar: «No hay nadie que tenga amigos tan ricos que le puedan prometer el mañana.» Los rabinos tenían un proyecto: «No te preocupes por el día de mañana, porque no sabes lo que te deparará. Tal vez ni lo sepas mañana.» Denis Mackail era amigo de Sir James Barrie, y nos dice que, conforme Barrie se iba haciendo viejo, no quería nunca aceptar compromisos para una fecha un poco distante. «¡Sólo a corto plazo!», solía decir.

Santiago prosigue. Esta incertidumbre de la vida no debe conducirnos ni al miedo ni a la inactividad, sino a una total dependencia de Dios. Siempre ha sido la característica de las personas serias y responsables el hacer sus planes en esa dependencia de la que Pablo habla a los corintios: «Iré a veros pronto, si es la voluntad del Señor» (*1 Corintios 4:19*). «Espero pasar algún tiempo con vosotros, si el Señor me lo concede» (*1 Corintios 16:7*). Jenofonte escribe: «Sean así todas estas cosas, si así lo quieren los dioses. Y si alguien se pregunta por qué encontramos a menudo esta frase escrita, "si los dioses quieren," yo le haría saber que, si hubiera experimentado los riesgos de la vida, no se sorprendería tanto.» Platón cuenta una conversación entre Sócrates y Alcibiades. Alcibiades dice: «Haré eso si quieres, Sócrates.» Y Sócrates le contesta: Alcibiades, esa no es manera de hablar.» «¿Cómo tendría que haber dicho?» «Pues, "Si Dios quiere."» Minucio Félix escribe:

«¡Que Dios lo quiera! A una persona normal le sale instintivamente el hablar así.» Entre los árabes se oye frecuentemente: «Im sa Allah» -«Si Allah quiere», de donde se dice que viene la palabra española *ojalá*. Lo curioso es que los judíos no parece que tuvieran una expresión equivalente. En este sentido tenían que aprender de los otros pueblos.

La actitud verdaderamente cristiana no es vivir paralizados por el miedo a la incertidumbre del futuro, sino el dejarlo en las manos de Dios con todos nuestros planes, contentos de que no se lleven a cabo si no son la voluntad de Dios.

El que no tiene esto presente es culpable de arrogante presunción. La palabra original es *alazoneía*. *Alazoneía* era en un principio la actitud del charlatán, que ofrecía curas milagrosas que no curaban nada y presumía de cosas que no podía hacer. El futuro no está en las manos de los hombres, y ninguno puede pretender arrogantemente que tiene poder para decidirlo.

Santiago acaba con una advertencia. Si uno sabe que algo está mal pero sigue haciéndolo, comete un pecado. Lo que quiere decir es que, si se nos ha advertido, y se nos ha hecho ver la verdad, y seguimos disponiendo de nuestra propia vida sin tener en cuenta que el futuro está en las manos de Dios, escogemos seguir viviendo en un error culpable.

LA INUTILIDAD DE LAS RIQUEZAS

Santiago 5:1-3

¡Venga ya, ricos! Llorad y lamentad las miserias que se os vienen encima. Vuestra riqueza está podrida, y vuestras ropas apolilladas; vuestro oro y vuestra plata están totalmente roñosos, y eso os prueba lo inútiles que os serán. Su roña va a devorar vuestra carne como fuego. ¡Un tesoro que habíais amasado para que os durara toda la vida!

En los primeros seis versículos de este capítulo, Santiago se propone dos cosas. La primera, mostrar lo totalmente inútiles que son las riquezas terrenales; y la segunda, mostrar el carácter detestable de los que las poseen. Al hacerlo, espera prevenir a sus lectores para que no pongan sus esperanzas en las cosas terrenales.

Si supierais lo que hacéis, les dice a los ricos, lloraríais y lamentaríais el terror del juicio que se os viene encima el Día del Señor. La palabra que usa para lamentar aumenta el realismo del cuadro. Es el verbo *odolythein*, palabra onomatopéyica que sugiere el sentido por su sonido. Quiere decir aún más que lamentar: chillar, aullar (como dice la Reina-Valera), dar alaridos, ulular; describe el terror pánico de los que se tienen que enfrentar con el juicio de Dios (*Isaías 13:6; 14:31; 15:2s; 16:7; 23:1*,

14; 65:14; Amós 8:3). Podríamos decir que es la palabra que describe a los que pasan los tormentos dantescos de los condenados.

En todo este pasaje encontramos palabras pictóricas y escogidas cuidadosamente. En Oriente había tres fuentes principales de riqueza, y Santiago usa una palabra para describir la descomposición de cada una. La palabra para pudrirse (sépein) sugiere que se trata de los cereales y los alimentos en general. Las ropas también eran una riqueza en Oriente. José les dio mudas de ropas a sus hermanos (Génesis 45:22). Fue el hermoso manto babilónico el que hizo que Acán atrajera el juicio de Dios sobre la nación y la muerte sobre su familia entera (Josué 7: 21). Fue una muda de ropa el premio que prometió Sansón al que descifrara su acertijo (Jueces 14:12). Y fue la ropa que trajo Naamán como regalo para el profeta de Israel lo que despertó la codicia de Guiezi (2 Reyes 5:5, 22). Pablo aseguraba que no había codiciado el dinero ni la ropa de nadie (Hechos 20:33). La polilla echará a perder esa ropa tan espléndida (sétoβrōtos, cp. Mateo 6:19).

El clímax de la descomposición llega al final de la lista. Hasta el oro y la plata se corroerán totalmente (katiústhai). Lo extraordinario es que el oro y la plata son incorruptibles; pero

Santiago advierte de la manera más viva que hasta lo más precioso y aparentemente indestructible será destruido.

La roña (N.B.E.) es la prueba de que todas las cosas terrenales no tienen permanencia ni valor reales. Más aún: son una advertencia de la muerte. El deseo de estas cosas es como una roña mortal que se va apoderando de los cuerpos y las almas. Y entonces llega el sádico sarcasmo. ¡Pues sí que es un tesoro precioso el que ha amasado el que pone su delicia en estas cosas, que piensa que le va a durar siempre! Todo lo que quedará de él será un fuego devorador que lo aniquilará todo y a él mismo totalmente.

Santiago está convencido de que el concentrarse en las cosas materiales es no sólo entregarse a fantasías fugaces, sino a cosas que generan la destrucción total de la -persona.

LA PASIÓN SOCIAL DE LA BIBLIA

Santiago 5:1-3 (continuación)

Ni siquiera un lector casual de la Biblia puede dejar de advertir la pasión social que rezuman todas sus páginas. No hay libro que condene la riqueza deshonesto y egoísta con una pasión semejante. El profesor J. E. McFadyen llamaba al libro del profeta Amós < Un clamor por justicia social.> Amós condena a los que almacenan violencia y rapiña en sus palacios (Amós 3:10). Condena a los que pisotean a los pobres, teniendo ellos casas de piedra labrada y jardines paradisíacos -que, por la ira de Dios, no gozarán jamás (Amós 5:11). Despliega su ira contra los que dan menos peso y medida escasa, que compran a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de zapatos, y que venden abusivamente hasta los desechos del trigo. «No me olvidaré jamás de todas sus obras,» dijo Dios (Amós 8:4-7). Isaías acusa a los que se construyen grandes propiedades añadiendo casa a casa y terreno a terreno (Isaías 5: 8). El sabio insiste en que el que confía en las riquezas caerá (*Proverbios* 11:28). Lucas cita lo que dijo Jesús: «¡Ay de vosotros los ricos!» (*Lucas* 6:24). Los ricos tienen difícil el entrar en el Reino de Dios (*Lucas* 18:24). La riqueza es una red: los ricos están expuestos a concupiscencias estúpidas y peligrosas que conducen a la ruina, porque el amor al dinero es la raíz de todos los males (*1 Timoteo* 6:9s).

En la literatura intertestamentaria resuena la misma nota. « Ay de vosotros, los que adquirís plata y oro injustamente... Perecerán con sus posesiones, y sus espíritus serán arrojados con vergüenza al horno de fuego» (*Enoc* 97: 8). En la *Sabiduría de Salomón* hay un pasaje salvaje en el que el sabio hace hablar al rico egoísta sobre su forma de vivir comparada con la de los justos. « ¡Venga ya! Disfrutemos de las cosas buenas del presente, y démonos prisa a usar de las cosas creadas como en la juventud. Llenémonos de vinos costosos y de ungüentos; y que no se nos escape ninguna flor de la primavera. Coronémonos de rosas antes que se sequen. Que no haya prado que no atraviere nuestro lujo. Que ninguno de nosotros se prive de nada en materia de placeres; dejemos señales de nuestro regocijo en todos los lugares; porque esta es nuestra parte, y nuestra suerte. Oprimamos al pobre que sea justo, no tengamos compasión de la viuda, ni respeto a las canas del anciano... Por tanto, acechémos a los íntegros; porque no es de los nuestros, y sí contrario a todo lo que hacemos; nos acosa con nuestras desobediencias a la ley, y objeta a nuestra infamia, los pecados de nuestra manera de vivir» (*Sabiduría de Salomón* 2:6-12).

Uno de los misterios del pensamiento social es el que la religión cristiana llegara a considerarse « el opio del pueblo,» o tomarse por un asunto otro-mundista. No hay libro en ninguna literatura que hable tan explosivamente de la injusticia social como la Biblia, ni que haya actuado tan poderosamente en la dinámica social. No condena la riqueza como tal; pero no hay libro que insista más en la responsabilidad de la riqueza y en los peligros que acechan al que tiene abundancia de las cosas de este mundo.

EL CAMINO DEL EGOÍSMO Y SU FIN

Fijaos: el jornal de los obreros que segarón vuestras tierras, que vosotros les retuvisteis fraudulentamente, clama contra vosotros, y los gritos de vuestros cosechadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en la tierra desenfrenadamente en medio de lujos rebuscados; habéis satisfecho todos vuestros caprichos como se ceban los animales para la matanza; habéis inculcado y matado al justo sin que él os pusiera resistencia.

Aquí tenemos la condenación de la riqueza egoísta y avasalladora, y el fin al que conduce.

(i) Los ricos egoístas han obtenido su riqueza injustamente. La Biblia no deja lugar a dudas de que el obrero es digno de su salario (*Lucas 10:7; 1 Timoteo 5:18*). Los jornaleros vivían entonces en Palestina al borde de la pobreza. El jornal era escaso; les resultaba imposible ahorrar nada; y si se les retenía el jornal, aunque fuera sólo por un día, sencillamente ni él ni su familia podían comer. Era por eso por lo que las misericordiosas leyes de la Escritura insistían una y otra vez en el pago puntual del salario del jornalero. « No oprimirás al jornalero pobre y menesteroso, ya sea de tus hermanos o de los extranjeros que habitan en tu tierra dentro de tus ciudades; en su día le darás su jornal, y no se pondrá el sol sin dárselo; pues es pobre, y con él sustenta su vida; para que no clame contra ti al Señor, y sea en ti pecado» (*Deuteronomio 24:14s*). «No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana» (*Levítico 19:13*). « No digas a tu prójimo: Anda, y vuelve, y mañana te daré, cuando tienes contigo qué darle» (*Proverbios 3:28*). «¡Ay del que edifica su casa sin justicia, y sus salas sin equidad, sirviéndose de su prójimo de balde, y no dándole el salario de su trabajo!» (*Jeremías 22:13*). «Los que defraudan en su salario al jornalero» están bajo el juicio de Dios (*Malaquías 3:5*). « El pan de los menesterosos es la vida de los pobres; el que de él los defrauda, es varón de sangres. El que al prójimo quita el mantenimiento, lo mata; y el que defrauda al jornalero de su jornal, sangre derrama» (*Eclesiástico 34:25s, Biblia del Oso*). « No quede contigo el jornal de cualquiera que hubiere obrado por ti; mas antes se lo paga luego» (*Tobías 4:15, B.O.*).

La ley de la Biblia no es en nada menos que la constitución para los obreros. La preocupación social de la Biblia se expresa en palabras de la Ley y de los Profetas y de los Sabios por igual. ¡Santiago dice que los gritos de los cosechadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos! Los ejércitos son los ejércitos de los cielos, las estrellas y los cuerpos celestes. La Biblia enseña en todas sus partes que el Señor del universo- se preocupa de los derechos de los trabajadores.

(ii) Los ricos egoístas usan egoístamente sus riquezas. Viven en la tierra desenfrenadamente en medio de lujos rebuscados. La palabra que traducimos por *vivir en lujos rebuscados* es *tryfán*. Viene de una raíz que significa *destronar*; y describe la vida fácil que acaba por socavar y destruir la fibra moral de las personas. La palabra que traducimos por *desenfrenadamente* es un verbo, *spatalán*, («darse la buena vida», N.B.E.). Es una palabra mucho peor; quiere decir vivir en lascivo desenfreno. Les viene la condenación a los ricos egoístas porque han usado sus riquezas para gratificar su propia ansia de lujo. y sus pasiones más bajas, y han olvidado sus deberes con los demás.

(iii) El que escoge ese camino escoge también su fin. El destino del ganado engordado es la matanza; y los que no han buscado más que el lujo desbordado y los excesos egoístas se han engordado a sí mismos para el Día del Juicio. El egoísmo siempre conduce a la destrucción del alma.

(iii) Los ricos egoístas han asesinado al justo que no les ofrecía resistencia. Es dudoso a quién se refiere esto. Podría ser a Jesús. «Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida» (*Hechos 3:14*). Y Esteban

acusó a los judíos de haber matado siempre a los mensajeros de Dios aun antes de la venida del Justo (*Hechos 7:52*). Y Pablo declara que Dios escogió a los judíos para que vieran al Justo, aunque ellos Le rechazaron (*Hechos 22:14*). Pedro dice que Cristo sufrió por nuestros pecados, el Justo por los injustos (*Pedro 3:18*). El Siervo doliente del Señor no ofreció resistencia. No abrió su boca, y como cordero ante sus trasquiladores estuvo mudo (*Isaías 53:7*), un pasaje que Pedro cita en su descripción de la pasión de Jesús (*1 Pedro 2:23*). Puede que Santiago esté diciendo que, en su opresión de los pobres y de los justos, los ricos egoístas han crucificado a Cristo otra vez. Todas las heridas que el egoísmo inflige a los que son de Cristo son heridas que se le infligen a Él.

Puede que Santiago no esté pensando especialmente en Jesús al hablar del justo, sino en el odio instintivo de los malos a los buenos. Ya hemos citado el pasaje de la *Sabiduría de Salomón* que describe la conducta de los ricos. Así prosigue: « Él (el justo) profesa tener el conocimiento de Dios, y se llama a sí mismo hijo del Señor. Fue puesto para reprender nuestros pensamientos. Nos resulta ofensivo hasta verle: porque su vida no es como la de los otros hombres, y sus caminos son de otra hechura. Él no nos considera más que falsificaciones: él se abstiene de nuestros métodos como de lo inmundo: él proclama que el final del justo es para bendición, y presume de que Dios es su Padre. Veamos si sus palabras son verdaderas: y probemos lo que le sucederá al final. Porque, si el justo es el hijo de Dios, Dios le ayudará y librárá de la mano de sus enemigos. Examinémosle con desprecios y tortura, para que conozcamos su humildad y probemos su paciencia. Condenémosle a una muerte vergonzosa: porque según él mismo ha dicho, será respetado» (*Sabiduría de Salomón 2:13-30*). Estas, dice el Sabio, son palabras de hombres a los que ha cegado su maldad.

Alcíbiades, el amigo de Sócrates, vivía desenfrenadamente. A veces le decía: « Te odio; porque siempre que te veo me haces verme tal como soy.» El malvado eliminaría con gusto al bueno, porque le recuerda cómo es y cómo debería ser.

ESPERANDO LA VENIDA DEL SEÑOR

Santiago 5:7-9

Hermanos, tened paciencia con respecto a la venida del Señor. Fijaos en cómo espera el labrador los preciosos frutos de la tierra; los espera con paciencia hasta que llegan las lluvias tempranas y las tardías. Y vosotros también, sed pacientes. Manteneos firmes en vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca.

Hermanos, no os quejéis los unos de los otros, para no ser condenados. ¡Atención! El Juez está a las puertas.

La Iglesia Primitiva vivía en constante expectación de la Segunda Venida de Jesucristo; y Santiago exhorta a los suyos a seguir esperando con paciencia, porque ya faltaba poco. El campesino tiene que esperar las lluvias tempranas y las tardías. Las primeras y las postreras lluvias se mencionan con frecuencia en la Escritura, porque tenían una gran importancia en Palestina (*Deuteronomio. 11:14; Jeremías 5:24; Joel 2:23*). Las lluvias tempranas eran las de otoño, sin las que la semilla no germinaría; y las lluvias tardías, las de primavera, sin las que no maduraría. El campesino necesita tener paciencia para dejar que la naturaleza haga su obra; y el cristiano necesita tener paciencia para esperar el regreso de Cristo.

Durante esa espera, hay que confirmar la fe. No se pueden echar las culpas unos a otros por los problemas de la situación en que se encuentran; porque, si lo hacen, quebrantarán el mandamiento que prohíbe a los cristianos el juzgarse unos a otros (*Mateo 7: 1*); y si quebrantan ese mandamiento, serán condenados. Santiago no tiene la menor duda de que la vuelta de Cristo está cerca. El Juez está a las puertas, dice usando la misma frase que Jesús (*Marcos 13:29; Mateo 24:33*).

La Iglesia Primitiva se equivocó. Jesucristo no volvió durante aquella generación. Pero será interesante y provechoso reunir la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la Segunda

Venida de Cristo, para que veamos la verdad esencial que encierra esta esperanza.

Podemos empezar por fijarnos en que el Nuevo Testamento usa tres palabras diferentes para describir la Segunda Venida de Jesucristo.

(i) La más corriente es *parusía*, palabra que ha pasado tal cual al castellano con el sentido del «advenimiento glorioso de Jesucristo al fin de los tiempos» (*D.R.A.E.*). Se usa en *Mateo 24:3, 27, 37, 39; 1 Tesalonicenses 2:19; 3:13; 4:15; 5:23; 2 Tesalonicenses 2:1; 1 Corintios 15:23; 1 Juan 2:28; 2 Pedro 1:16; 3:4*). En griego secular esta era la palabra normal para la presencia o la llegada de alguien. Pero tiene otros dos usos, uno de los cuales se convirtió en un término técnico. Se usa de la invasión de un país por un ejército; y especialmente se usa de la visita del rey o del gobernador a una provincia de su imperio. Así que, cuando se usa esta palabra de Jesucristo, quiere decir que Su Segunda Venida será la invasión definitiva de la Tierra por el Cielo, y la llegada del Rey para recibir la sumisión y adoración finales de Sus súbditos.

(ii) El Nuevo Testamento usa también la palabra *epifaneía* (*Tito 2:13; 2 Timoteo 4:1; 2 Tesalonicenses 2:9*). En griego corriente esta palabra tiene dos usos especiales. Se usa de la aparición de un dios a su adorador; y también se usa de la subida al trono imperial de un nuevo emperador romano. Así que, cuando se Le aplica a Jesús esta palabra, quiere decir que Su Segunda Venida es la aparición de Dios a Su pueblo, incluyendo los que Le están esperando y los que Le desdeñan.

(iii) Por último, el Nuevo Testamento usa la palabra *apokalypsis* (*1 Pedro 1:7, 13*). *Apokalypsis*, en griego ordinario quiere decir *descubrir, poner de manifiesto*; y cuando se usa de Jesús, que Su Segunda Venida será la revelación del poder y de la gloria de Dios a la humanidad.

Así es que aquí tenemos una serie de grandes cuadros. La Segunda Venida de Jesús es la llegada del Rey; es Dios presentándose a Su pueblo y ascendiendo a Su trono eterno; es Dios dirigiendo al mundo el resplandor de Su gloria celestial.

LA LLEGADA DEL REY

Santiago 5:7-9 (conclusión)

Vamos a agrupar brevemente la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la Segunda Venida, y los diversos usos que hace de esta idea.

(i) El Nuevo Testamento deja bien claro que no hay nadie que sepa el día o la hora en que Cristo ha de volver. Tan se creto está ese tiempo que el mismo Jesús lo ignoraba; sólo Dios lo sabe (*Mateo 24:36; Marcos 13:32*). A partir de este hecho fundamental, otra cosa queda clara. Las especulaciones humanas sobre el tiempo de la Segunda Venida son, no solamente inútiles, sino hasta blasfemas; porque no se debe intentar descubrir lo que el Padre ha reservado exclusivamente para Sí.

(ii) Lo único que dice el Nuevo Testamento acerca de la Segunda Venida es que será tan repentina como el relámpago, y tan inesperada como el ladrón nocturno (*Mateo 24:27, 37, 39; 1 Tesalonicenses 5:2; 2 Pedro 3:10*). No podemos esperar para prepararnos cuando Él venga; tenemos que estar preparados para cuando Él venga.

De ahí que el Nuevo Testamento imponga a los creyentes ciertas obligaciones.

(i) Tienen que estar siempre alerta (*1 Pedro 4: 7*). Como los siervos del señor que se ha ausentado y que, no sabiendo cuándo volverá exactamente, deben tenerlo todo dispuesto para cuando vuelva, ya sea por la mañana, o al mediodía, o por la tarde (*Mateo 24:35-51*).

(ii) La larga espera no debe producir desesperación ni olvido (*2 Pedro 3:4*). Dios no ve el tiempo como nosotros. Para Él, mil años son como una de las vigilias de la noche; y el que pasen los años no quiere decir que haya cambiado de plan o se haya olvidado.

(iii) Las personas tenemos que usar el tiempo de que disponemos para prepararnos para la llegada del Rey. Debemos

ser sobrios (*1 Pedro 4:7*). Debemos obtenerla santidad (*1 Tesalonicenses 3:13*). Por la gracia de Dios debemos mantenernos intachables de cuerpo y de espíritu (*Tesalonicenses 5:23*). Debemos despojarnos de las obras de las tinieblas y vestirnos la armadura de la luz ya que el día va llegando a su fin (*Romanos 13:11-14*). Debemos usar el tiempo que se nos da para llegar a ser tales que podamos recibir con gozo y sin vergüenza al Rey que venga.

(iv) Cuando llegue ese momento, debemos estar en comunión. Pedro usa la idea de la Segunda Venida para exhortar a los creyentes al amor y a la mutua hospitalidad (*Pedro 4: 8s*). Pablo recomienda que todo se haga con amor *Maran athael* Señor está al llegar (*Corintios 16:14, 22*). También dice que todos deben saber por nuestra *gentileza* que el Señor está al llegar (*Filipenses 4:5*). La palabra que traducimos *gentileza* es *epieikés*, que quiere decir el espíritu que está más dispuesto a perdonar que a pedir justicia. El autor de *Hebreos* exhorta a la ayuda mutua, a la mutua comunión cristiana y a darse ánimo mutuamente, porque el Día se acerca (*Hebreos 10: 24s*). El Nuevo Testamento está seguro de que, ante la inminencia de la Llegada de Cristo, nuestra relación con nuestros semejantes debe ser como es debido. El Nuevo Testamento exhorta a que no dejemos que termine ningún día sin resolver nuestros desacuerdos, no sea que esa noche venga el Señor.

(v) Juan usa el tema de la Segunda Venida como una razón para exhortar a los creyentes a permanecer en Cristo (*Juan 2:28*). Sin duda, la mejor preparación para salir al encuentro del Señor es vivir cerca de El día a día.

Mucho de la imaginaria que se adscribe a la Segunda Venida procede de las ideas tradicionales que tenían los judíos acerca del fin del mundo. Hay muchas cosas que no tenemos por qué tomar literalmente; pero la gran verdad que hay detrás de todas las descripciones temporales de la Segunda Venida es que este mundo no va a la deriva, sino se dirige hacia una consumación, y que hay un gran acontecimiento divino hacia el cual se mueve la creación entera.

LA PACIENCIA TRIUNFADORA

Santiago 5:10-11

Hermanos, seguid el ejemplo de paciencia en la adversidad que nos dejaron los profetas que hablaron en nombre del Señor. Fijaos: tenemos por bienaventurados a los que resisten. Habéis oído de la firme resistencia de Job, y habéis visto cómo terminaron las pruebas que el Señor le hizo pasar, y tenéis pruebas de que el Señor es muy benigno y misericordioso.

Siempre es un consuelo saber que otros han pasado por lo que nosotros tenemos que pasar. Santiago les recuerda a sus lectores que los profetas y los hombres de Dios no habrían podido cumplir su ministerio ni dar testimonio si no hubieran sido capaces de resistir pacientemente. Les recuerda que Jesús mismo había dicho que el que persevere hasta el fin será bienaventurado, porque será salvo (*Mateo 24:13*).

A continuación les cita el ejemplo de Job, de quien habrían oído hablar a menudo en los discursos de la sinagoga. Solemos hablar de la *paciencia* de Job, que es la palabra que usa aquí la Reina-Valera. Pero *paciencia* es una palabra demasiado pasiva. En cierto sentido, Job era todo menos paciente. Leyendo el drama de su vida, le vemos protestando apasionadamente de lo que se le ha venido encima, cuestionando apasionadamente los argumentos convencionales de los supuestos amigos, agonizando apasionadamente con la terrible suposición de que Dios le hubiera olvidado. Pocas personas se han expresado tan apasionadamente; pero lo fundamental acerca de él es que, pese a todas las preguntas agonizantes que le rasgaban el corazón, nunca perdió la fe en Dios. «He aquí, aunque Él me matare, en Él esperaré» (*Job 13:15*). «Mas he aquí que en el Cielo está mi Testigo, y mi testimonio en lo Alto» (*Job 16:19*). « ¡Yo sé que tengo un Redentor Que está vivo! » (*Job 19:25*). La suya no fue una sumisión muda y pasiva; peleó, y preguntó, y a veces hasta desafió; pero la llama de su fe nunca se extinguió.

La palabra que se le aplica aquí es esa gran palabra del Nuevo Testamento, *hypomoné*, que describe, no una paciencia pasiva, sino ese espíritu caballeresco que arrostra a pecho descubierto la marea de la duda y del dolor y del desastre, y surge al otro lado con una fe aún más fuerte. Puede que exista una fe que nunca se queja ni cuestiona; pero más grande es la que surge

del asedio de las dudas todavía creyendo. Fue la fe que se mantuvo firme la que salió triunfante por la otra orilla; porque «el Señor bendijo el postrer estado de Job más que el primero» (*Job 42:12*).

Habrán momentos en la vida cuando pensemos que Dios se ha olvidado de nosotros; pero, si nos aferramos a los restos de nuestra fe, al final, nosotros también, comprobaremos que Dios es muy benigno y misericordioso.

LA INUTILIDAD Y LA LOCURA DE LOS JURAMENTOS

Santiago 5:12

Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis ni por el Cielo ni por la Tierra ni por ninguna otra cosa. Que vuestro «sí» sea simplemente < sí», y vuestro «no» sea un simple c<no», para que no caigáis bajo juicio.

Santiago repite aquí la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte (*Mateo 5:33-37*), que era sumamente necesaria en los días de la Iglesia Primitiva -y probablemente no menos en los países hispánicos de todos los tiempos. Santiago no está pensando en lo que nosotros llamamos «tacos» o «palabrotas» -que es un sentido corriente de *to swear* en inglés-, sino en la manera de confirmar una afirmación o una promesa o un compromiso interponiendo un juramento, que es «poner a Dios por testigo.» En el mundo antiguo había dos prácticas perniciosas en relación con el tema de los juramentos.

(i) Se hacía una distinción -especialmente en el mundo judío- entre juramentos que obligaban. y juramentos que no obligaban. Cualquier juramento en el que se mencionara el nombre de Dios se consideraba obligante por necesidad; pero si no se mencionaba expresamente a Dios, se decía que no obligaba. La idea era que, una vez que se mencionara expresamente el nombre de Dios, Él era el garante de la transacción; pero no si no se le nombraba expresamente. El resultado fue que la cosa se convirtió en una práctica habilidosa y aguda para parecer que uno se comprometía a algo cuando en realidad no tenía intención de cumplirlo. Lo cual convirtió el asunto de los juramentos en un juego burlesco de palabras.

(ii) Los juramentos se habían proliferado en aquel entonces. Esto ya es en sí suficientemente malo. Por una parte, la importancia de un juramento depende en gran medida del hecho de que es raramente necesario acudir a él. Cuando los juramentos se pusieron de moda, dejaron de tener ninguna importancia. Por otra parte, la costumbre de tomar juramentos por cualquier cosa no era más que una prueba de lo frecuente que era mentir y defraudar. En una sociedad honrada no hacen falta juramentos. Es sólo cuando no se puede uno fiar de la palabra de nadie cuando se recurre a los juramentos.

En esto estaban de acuerdo con Jesús los antiguos escritores de ética. Filón dice: «Los frecuentes juramentos no pueden por menos de generar perjurio e impiedad.» Los rabinos judíos decían: «No te acostumbres a los votos, porque más tarde o más temprano harás falsos juramentos.» Los esenios prohibían toda clase de juramentos. Decían que si una persona necesitaba jurar para decir la verdad, es que no era digno de confianza. Los grandes griegos mantenían que la mayor garantía de la verdad de una afirmación no era el juramento, sino el carácter de la persona que la hiciera; y que el ideal era ser tales que nadie pensara en exigirnos un juramento porque no se pondría en duda que decíamos la verdad.

El punto de vista del Nuevo Testamento es que todas las palabras se dicen en la presencia de Dios y deben, por tanto,

ser ciertas; y estaría de acuerdo en que al cristiano se le debe conocer como persona de honor, y sería totalmente innecesario tomarle juramento. El Nuevo Testamento no condena taxativamente todos los juramentos; pero deplora la tendencia humana a la falsedad que los hace a veces necesarios.

UNA IGLESIA QUE CANTABA

Santiago 5:13-15

¿Hay alguien entre vosotros que tenga problemas? ¡Que haga oración! ¿Hay alguien que esté de buenas? ¡Pues que cante un himno! ¿Hay alguno entre vosotros que esté enfermo? Pues que llame a los ancianos de la iglesia, y le unguirán con aceite en el nombre del Señor y orarán por él; y mediante la oración de fe se le restaurará la salud, y el Señor le capacitará para que se levante del lecho; y si había cometido algún pecado, recibirá el perdón.

Aquí se nos presentan algunas características dominantes de la Iglesia Primitiva.

Era una *iglesia que cantaba*; los cristianos originales siempre estaban listos para romper a cantar. En la descripción que nos hace Pablo de las reuniones de la iglesia de Corinto, encontramos que el canto era una parte integral(*Corintios 14:15, 26*). Cuando piensa en la gracia de Dios saliendo al encuentro de los gentiles, le recuerda el dicho jubiloso del salmista: «Te alabaré entre los gentiles, y cantaré a Tu nombre» (*Romanos 15:9, cp. Salmo 18:49*). Los cristianos se hablaban entre sí con salmos e himnos y canciones espirituales, cantando y tañendo en sus corazones al Señor (*Efesios 5:19*). La Palabra de Cristo moraba en

ellos, y se enseñaban y exhortaban entre sí mediante salmos e himnos y canciones espirituales, cantando de gratitud en sus corazones al Señor (*Colosenses 3:16*).

Tenían tal alegría en el corazón que se les salía por los labios en cánticos de alabanza por la misericordia y la gracia de Dios.

Es un hecho que el mundo pagano siempre ha estado lúgubre, cansado y atemorizado. En contraste con él, el acento del cristiano es la canción jubilosa. Eso fue lo que impresionó a Juan Bunyan cuando escuchó a las cuatro ancianas pobres que estaban hablando, sentadas al sol a la puerta de una casa: «Me parecía que hablaban como impulsadas por la alegría.» Cuando el mártir Bilney captó la maravilla de la gracia redentora, dijo: «Fue como si amaneciera de pronto en medio de una noche oscura.» Archibald Lang Fleming, el primer obispo del Ártico, cita el dicho de un cazador esquimal: «Antes de que usted viniera, el camino estaba oscuro y teníamos miedo. Ahora ya no lo tenemos, porque las tinieblas se han disipado y todo está luminoso yendo por el camino de Jesús.»

La Iglesia ha sido siempre cantarina. Cuando Plinio, el gobernador de Bitinia, escribió al emperador Trajano el año 111 d.C. para informarle acerca de la nueva secta de los cristianos, le dijo: «Tienen costumbre de reunirse en días señalados antes que se haga de día, y cantar alternadamente un himno a Cristo como un Dios.» En la sinagoga ortodoxa judía, no hay música desde la caída de Jerusalén el año 70 d.C.; porque, cuando hacen el culto, recuerdan una tragedia; pero en la Iglesia Cristiana, desde sus comienzos hasta ahora, no falta la música de alabanza, porque los cristianos recuerdan un amor infinito, y disfrutaban una gloria presente.

UNA IGLESIA QUE SANABA

Santiago 5:13-15 (conclusión)

Otra característica notable de la Iglesia Primitiva era que era una iglesia *sanadora*. En eso heredó la tradición del judaísmo: Cuando un judío estaba enfermo, iba al rabino antes que al médico; y el rabino le ungía con aceite -que el médico

griego Galeno llamaba «la mejor de todas las medicinas»- y oraba por él. Pocas comunidades habrá habido tan pendientes de sus enfermos como la Iglesia Primitiva. Justino Mártir escribía que los cristianos curaban a innumerables endemoniados que los otros exorcistas habían sido incapaces de curar y todos los tratamientos habían resultado ineficaces. Ireneo, escribiendo ya avanzado el segundo siglo, nos cuenta que los enfermos se curaban mediante la imposición de manos. Tertuliano, que escribe a mediados del siglo III, dice que nada menos que el emperador romano Alejandro Severo fue sanado mediante la unción que le administró un cristiano que se llamaba Torpacio, y que, por gratitud a éste, le tuvo de huésped en el palacio hasta el día de su muerte.

Uno de los primeros libros de orden eclesiástico es el de *los Cánones de Hipólito*, que data de finales del siglo II o principios del III. Allí se establece que los que tengan el don de sanidad han de ordenarse como presbíteros o ancianos después de que se haga una investigación para asegurarse de que realmente poseen ese don y que procede de Dios. El mismo libro contiene una oración noble que se usaba en la consagración de los obispos locales, parte de la cual decía: «Concédele, oh Señor, ...el poder para romper todas las cadenas del poder malo de los demonios, para sanar a todos los enfermos y para someter rápidamente a Satanás bajo sus pies.» En las *Cartas Clementinas* se determinan los deberes de los diáconos, que incluyen la regla: «Que los diáconos de la Iglesia se muevan inteligentemente y actúen como ojos para el obispo... Que descubran a los que estén enfermos en la carne, y los traigan a la noticia del cuerpo principal que no los conozca, para que los visiten y suplan sus necesidades.» En la *Primera Carta de Clemente*, la oración de la iglesia es: «Sana a los enfermos; levanta a los débiles; anima a los desalentados.» Un código muy antiguo establece que cada congregación debe nombrar por lo menos a una viuda para que se cuide de las enfermas. La Iglesia usó la unción regularmente durante siglos como un medio para sanar a los enfermos. De hecho, es importante notar

que el sacramento de la unción se aplicaba siempre en los primeros siglos para efectuar la curación, no como una preparación para la muerte como se practica ahora en la Iglesia Católica Romana. Fue en el año 852 d.C. cuando este sacramento se convirtió en el de la extremaunción, o viático, que tiene por objeto preparar al paciente para la muerte.

La Iglesia se ha cuidado siempre de sus enfermos; y siempre ha tenido el don de sanidad. El evangelio social no es un apéndice del Cristianismo, sino parte integrante de la fe y práctica cristiana.

UNA IGLESIA QUE ORABA

Santiago 5:16-18

Confesaos vuestros pecados los unos a los otros, y orar unos por otros para que seáis sanados. La oración de una persona que sea buena, cuando empieza a obrar, es muy poderosa. Elías tenía las mismas emociones que nosotros, y

cuando oró insistentemente que no lloviera, se pasó sin llover en la tierra tres años y medio; y oró otra vez, y los cielos volvieron a dar lluvia, y la tierra a producir cosechas.

En este pasaje hay tres ideas básicas de la religión judía. (i) La de que toda enfermedad es consecuencia de pecado. Era una creencia firmemente arraigada en el judaísmo que, donde había enfermedad y sufrimiento, tenía que haber habido pecado. «No hay muerte sin culpa -decían los rabinos-, ni sufrimiento sin pecado.» Los rabinos por tanto creían que, antes de que un enfermo se pusiera bien, Dios tenía que perdonarle sus pecados. Rabí Alexandrai decía: «Nadie se cura de su enfermedad hasta que Dios le perdona todos sus pecados.» Por eso Jesús inició la curación del paralítico diciéndole: «Hijo mío, tus pecados te son perdonados» (*Marcos 2:5*). Los

judíos relacionaban siempre el sufrimiento con el pecado. Ahora no los relacionamos tan mecánicamente; pero sigue siendo verdad que no se puede recibir la sanidad completa del alma, de la mente o del cuerpo, hasta que uno se encuentra en paz con Dios.

(ii) Se tiene la idea de que, para ser eficaz, la confesión de pecados se ha de hacer a hombres, y especialmente a la persona que se ha ofendido, además de a Dios. Realmente, es mucho más fácil confesarle los pecados a Dios que a las personas; pero en cuanto al pecado, hay que deshacer dos barreras: la que se ha establecido entre nosotros y Dios, y la que hay entre nosotros y nuestros semejantes. Si se han de quitar ambas, deberá hacerse una doble confesión. Esta era, de hecho, la costumbre de la iglesia morava, que Wesley adoptó en las primeras clases metodistas. Se solían reunir dos o tres veces a la semana «para confesarse sus faltas unos a otros y orar los unos por los otros para ser sanados.» Está claro que este es un principio que hay que usar con sabiduría. Es totalmente cierto que puede haber casos en los que la confesión de pecados de unos a otros es más perjudicial que beneficiosa; pero, cuando se ha erigido una muralla con un mal que se ha cometido, uno tiene que ponerse en paz con Dios y con su semejante al que ha ofendido.

(iii) Sobre todo, se tiene la idea de que el poder de la oración es ilimitado. Los judíos tenían el refrán de que el que practica la oración rodea su casa con una muralla más fuerte que el hierro. Decían: «La penitencia puede hacer algo; pero la oración lo puede hacer todo.» Para ellos, la oración era ponerse en contacto con el poder de Dios; era el canal por el que fluyen hacia nosotros la fuerza y la gracia para remediar todos los problemas de la vida. ¡Cuánto más debe esto ser verdad para un cristiano!

*¡Oh, qué Amigo nos es Cristo! Él llevó nuestro dolor, y nos manda que llevemos todo a Dios en oración.
¿Vive el hombre desprovisto de paz, gozo y santo amor? Esto es porque no llevamos todo a Dios en oración.*

Como creían los judíos, y sin duda es verdad, para curar los males de la vida tenemos que estar en paz con Dios y con nuestros semejantes, y tenemos que aplicar a las personas y a las situaciones mediante la oración el poder y la misericordia de Dios.

Antes de dar por terminado este pasaje debemos tomar nota de un hecho técnico interesante. Cita a Elías como ejemplo del poder de la oración. Aquí tenemos un ejemplo excelente de cómo desarrollaba la exégesis rabinica el sentido de la Escritura. Encontramos la historia completa en *1 Reyes 17 y 18. Los tres años y medio* -un tiempo que se cita también en *Lucas 4:25*- se deducen de *1 Reyes 18:1*. Además, al relato del Antiguo Testamento no dice que la sequía o su terminación fueran debidas a la oración de Elías; él fue, sencillamente, el profeta que anunció su principio y su fin. Pero los rabinos estudiaban la Escritura con lupa. En *1 Reyes 17:1* leemos: «¡Vive el Señor, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra!» Ahora bien: lo que los judíos entendían por oración era *estar en la presencia de Dios*; así que en esta frase encontraron los rabinos lo que era para ellos una indicación de que la sequía había sido el resultado de las oraciones de Elías. En *1 Reyes 18:42* leemos que Elías subió al monte Carmelo, y postrándose *en tierra, puso su rostro entre las rodillas*. Aquí también descubrieron los rabinos la actitud de la oración angustiada; y de ahí dedujeron que había sido la oración de Elías lo que había puesto fin a la sequía.

LA VERDAD ES PARA HACERLA

Santiago 5:19-20

Queridos hermanos: Si alguno de vosotros se descarria de la verdad, y otro le hace volver al buen camino, sepa este último que el que ha conseguido que se arrepienta un pecador de su conducta descarriada salvará de la muerte el alma de su hermano y hace expiación por muchos de sus propios pecados.

En este pasaje se establece la gran característica diferencial de la verdad cristiana. Es algo de lo que uno puede *extraviarse*. No es sólo intelectual, filosófica y abstracta, sino siempre una verdad moral.

Esto se nos presenta claramente cuando vamos al Nuevo Testamento y nos fijamos en las expresiones que se usan en relación con la verdad: es algo que uno tiene que *amar* (*2 Tesalonicenses 2:10*); que *obedecer* (*Gálatas 5:7*); que *manifestar* (*2*

Corintios 4:2); que *hay que decir con amor* (*Efesios 4:15, R-V: seguir*); de lo que *hay que dar testimonio* (*Juan 18:37*); que se debe *manifestar en una vida de amor* (*1 Juan 3:19*); que *libera* (*Juan 8:32*); que es *el don del Espíritu Santo* (*Juan 16:13s*).

Lo más claro de todo es lo que leemos en *Juan 3:21: El que practica la verdad*. Es decir: *La verdad del Evangelio es algo que hay que poner por obra*. No es solamente el objetivo de una búsqueda intelectual, sino siempre una verdad moral que desemboca en la acción. No es meramente algo que se estudia, sino que se hace; no algo a lo que hay que someter sólo la mente, sino toda la vida.

EL SUPREMO LOGRO HUMANO

Santiago 5:19-20 (conclusión)

Santiago concluye su carta con uno de los pensamientos más elevados y edificantes del Nuevo Testamento; y que, además, aparece más de una vez en la Biblia.

Supongamos que uno yerra y se extravía; y supongamos que un hermano suyo en la fe le rescata de su error y le devuelve al buen camino. Este último no sólo ha salvado de la muerte el alma de su hermano, sino que ha expiado una multitud de sus propios pecados.. (R-V pone aquí cubrir, que es el sentido literal de la palabra hebrea que se traduce por *expiar*).

Mayor señala que Orígenes tiene un pasaje maravilloso en una de sus *Homilias* en el que indica seis maneras de obtener el perdón de pecados: mediante el bautismo, el martirio, la limosna (*Lucas 11:41*), perdonando a otros (*Mateo 6:14*), el amor (*Lucas 7:47*), y *convirtiendo* (es decir, haciendo volver) a un pecador de su mal camino. Dios le perdonará muchas cosas al que ha sido el instrumento para que otro hermano vuelva a El.

Este es un pensamiento que aparece radiante una y otra vez en las páginas de la Escritura. Jeremías dice: «Si entresacas lo precioso de en medio de lo vil, serás como Mi boca» (15:19). Daniel escribe: «i,os entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (12:3). El consejo de Pablo al joven Timoteo era: «Ten cuidado contigo mismo y con lo que enseñas; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen» (1 Timoteo 4:16)

Uno de los *Dichos de los padres* judíos es: « El pecado no prevalece sobre el que hace justo a otro.» Clemente de Alejandría dice que el verdadero cristiano tiene más en cuenta lo que beneficia a sus semejantes que su propia salvación. Cuentan que una señora superevangélica le preguntó a Wilberforce,

el campeón de la liberación de los esclavos, si era salvo. Y él le contestó: < Señora, he estado tan ocupado tratando de salvar las almas de los demás que no he tenido tiempo de pensar en la mía.» Se ha dicho que los que traen la luz a las vidas de otros no la pueden dejar fuera de la suya propia; y, desde luego, si Le traen a Dios las vidas de otros no Le pueden dejar fuera de las suyas. El honor más grande que Dios puede dar se lo otorga al que guía a otro hasta Él; porque, el que lo hace, consigue nada menos que participar de la obra de Jesucristo, el Salvador de la humanidad.

LAS CARTAS DE PEDRO

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA CARTA DE PEDRO

LAS EPÍSTOLAS UNIVERSALES O CATÓLICAS

Primera de Pedro forma parte del grupo de cartas del Nuevo Testamento que se conocen como las *Epístolas universales o católicas*. Se han propuesto dos explicaciones a ese título.

(i) Se ha sugerido que estas cartas recibieron ese nombre porque van dirigidas a la Iglesia en general, al contrario que las cartas paulinas, que iban dirigidas a iglesias o personas individuales. Pero no es así. *Santiago* iba dirigido a una comunidad determinada, aunque muy extendida: las doce tribus de la diáspora (*Santiago 1:1*). No admite discusión que la *Segunda y Tercera de Juan* iban dirigidas a comunidades determinadas; y, aunque *Primera de Juan* no tiene ningún encabezamiento específico, está claro que fue dirigida a una comunidad que tenía ciertos peligros y necesidades. *Primera de Pedro* misma se les escribió a los extranjeros diseminados por todo el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (*1 Pedro 1:1*). Es verdad que estas epístolas universales tienen una audiencia más amplia que las cartas de Pablo; pero también que tienen presente a una comunidad determinada.

(ii) Así es que debemos pasar a la segunda explicación: la de que estas cartas se llamaron *universales o católicas* porque fueron aceptadas como Sagrada Escritura por toda la Iglesia, en contraposición a ese extenso número de cartas que gozaron de un reconocimiento local y temporal, pero nunca fueron consideradas Escritura universalmente. Cuando se estaban

escribiendo estas cartas, había una floración de correspondencia en la Iglesia. Todavía se conservan muchas de las cartas que se escribieron por aquel entonces: la carta de Clemente de Roma a los Corintios, la de Bernabé, las cartas de Ignacio de Antioquía y la de Policarpo. Todas eran muy apreciadas en las iglesias a las que iban dirigidas, pero nunca se les reconoció autoridad en toda la Iglesia; por otra parte, las Epístolas *universales o católicas* se introdujeron gradualmente en la Sagrada Escritura y fueron reconocidas por toda la Iglesia. Esa es la verdadera explicación de su título.

UNA CARTA PRECIOSA

De todas las Epístolas universales, la *Primera de Pedro* es probablemente la más apreciada y leída. Nadie ha tenido nunca la menor duda en cuanto a su encanto. Moffatt escribió de ella: «El espíritu hermoso de la pastoral irradia en cualquiera de las traducciones del original. "Afectiva, amable, sencilla y humilde" fueron los cuatro adjetivos con los que Izaak Walton describió las epístolas de Santiago, Juan y Pedro; pero es *Primera de Pedro* la que los merece preeminentemente.» Es la producción del amor del corazón de un pastor para ayudar a los que están pasando dificultades, y aún les esperan peores.

«La clave -sigue diciendo Moffatt es el aliento constante a la resistencia en la conducta y la inocencia del carácter.» Se ha dicho que su característica distintiva es *el calor*. E. J. Goodspeed escribió: «*Primera de Pedro* es una de las piezas más conmovedoras de la literatura de la persecución.» Hasta hoy en día es una de las cartas del Nuevo Testamento que nos resultan más fáciles de leer, porque no ha perdido su encanto conquistado para el corazón humano.

LA DUDA MODERNA

Hasta hace comparativamente poco tiempo nadie habría suscitado ninguna duda en cuanto a la autoría de *Primera de Pedro*. Renan, que era todo menos conservador, escribió de ella: «La Primera Epístola es uno de los escritos del Nuevo Testamento que se han citado como genuinos desde siempre y unánimemente.» Pero en tiempos recientes, la autoría petrina de esta carta se ha cuestionado ampliamente. El comentario de F. W. Beare, publicado en 1947, llega hasta a decir: «No cabe la menor duda de que Pedro es un seudónimo.» Es decir, que Beare no tiene la menor duda de que algún otro escribió esta carta bajo el nombre de Pedro. Procederemos a investigar honradamente esa opinión; pero empezaremos por exponer el punto de vista tradicional -que aceptamos sin la menor duda- de que *Primera de Pedro* fue escrita desde Roma por el mismo Pedro hacia el año 67, es decir, en los días que siguieron inmediatamente a la primera persecución de los cristianos por Nerón, e iba dirigida a los cristianos de las partes de Asia Menor que se mencionan en el encabezamiento. ¿Cuál es la evidencia que tenemos para esa fecha temprana y, por consiguiente, para la autoría petrina?

LA SEGUNDA VENIDA

En esta carta nos encontramos con que la esperanza de la Segunda Venida aparece en primera fila. Los cristianos son guardados para la Salvación que se revelará en el tiempo postrero (1:5). Los que se mantengan firmes en la fe estarán a salvo del juicio venidero (1:7). Los cristianos tienen que esperar la gracia que vendrá con la revelación de Jesucristo (1:13). Se espera el día de la visitación (2:12). El final de todas las cosas está cerca (4:7). Los que sufran con Cristo se regocijarán con Él cuando se revele Su gloria (4:13). El juicio ha de comenzar por la casa de Dios (4:17). El mismo autor está seguro de que participará de la gloria por venir (5: 1). Cuando el Pastor Supremo aparezca, el cristiano fiel recibirá una corona de gloria (5:4).

En toda esta carta es evidente que se espera la Segunda Venida. Es la razón para mantenerse firmes en la fe, y vivir lealmente la vida cristiana, y resistir noblemente en medio de los sufrimientos que han venido y que vendrán después.

Sería inexacto decir que la Segunda Venida desapareció alguna vez de la fe cristiana; pero sí dejó de estar en primera línea conforme fueron pasando los años y Cristo no volvió. Es significativo, por ejemplo, que en *Efesios*, una de las últimas cartas de Pablo, ni siquiera se menciona. Sobre esta base es razonable suponer que *Primera de Pedro* es temprana, y procede del tiempo cuando los cristianos esperaban ansiosamente la vuelta de su Señor en cualquier momento.

SENCILLEZ DE LA ORGANIZACIÓN

Está claro que *Primera de Pedro* representa un tiempo en el que la organización de la iglesia era muy sencilla. No se citan los diáconos; ni el *episkopos*, el obispo, que empieza a aparecer en las Epístolas pastorales, y llega a ser prominente en las cartas de Ignacio de Antioquía, en la primera mitad del siglo II. Los únicos ministros que se mencionan son los ancianos: «Exhorto a los ancianos que haya entre vosotros, como compañero de ministerio...» (5:1). Por esta razón también es lógico suponer que *Primera de Pedro* surgió en una época temprana.

LA TEOLOGÍA DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Lo más significativo es que la teología de *Primera de Pedro* es la de la Iglesia en sus orígenes. E. G. Selwyn ha hecho un estudio detallado. de este punto, y ha demostrado incuestionablemente que las ideas teológicas de *Primera de Pedro* son

exactamente las mismas que las que nos encontramos en los sermones de Pedro en los primeros capítulos de *Hechos*.

La predicación de la Iglesia Primitiva se basaba en cinco ideas principales. Una de las mayores contribuciones de C. H. Dodd al estudio del Nuevo Testamento fue la formulación de ellas. Forman el esquema de todos los sermones de la Iglesia Primitiva como los encontramos en *Hechos*; y son el fundamento del pensamiento de los autores del Nuevo Testamento. Al sumario de estas ideas básicas se le ha dado el nombre de *Kérygma*, que quiere decir el anuncio o la proclamación de un heraldo.

Estas son las ideas fundamentales que proclamaba la Iglesia en sus comienzos. Vamos a tomarlas una a una, con las citas correspondientes en *Hechos* y en *Primera de Pedro*; y haremos el descubrimiento significativo de que las ideas básicas de los sermones de la Iglesia Primitiva y la teología de *Primera de Pedro* son exactamente las mismas. No decimos tanto como que los sermones de *Hechos* reproducen verbalmente lo que se predicó en cada ocasión; pero creemos que dan, en sustancia, el mensaje de los primeros predicadores.

(i) Ha amanecido la era del cumplimiento; la edad mesiánica ha comenzado. Esta es la última palabra de Dios. Se está inaugurando un orden totalmente nuevo, y se convoca a los elegidos a unirse a la nueva comunidad. *Hechos 2:14-16; 3:12-26; 4:8-12; 10:34-43; 1 Pedro 1:3, 10-12; 4:7.*

(ii) Esta nueva era ha venido por medio de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, las cuales son el cumplimiento directo de las profecías del Antiguo Testamento y son, por tanto, el resultado del plan y del conocimiento anticipado de Dios. *Hechos 2:20-31; 3:13-14; 10:43; 1 Pedro 1:20-21.*

(iii) En virtud de Su resurrección, Jesús ha sido exaltado a la diestra de Dios y es el Cabeza mesiánico del nuevo Israel. *Hechos 2:22-26; 3:13; 4: 11; 5:30-31; 10:39-42; 1 Pedro 1:21; 2:7; 2:24; 3:22.*

(iv) Estos acontecimientos mesiánicos alcanzarán pronto su consumación con la vuelta de Cristo en gloria y el juicio de los vivos y los muertos. *Hechos 3:19-23; 10:42; 1 Pedro 1:5,7,13;4:5,13,17,18;5:1,4.*

(v) Estos hechos se presentan como la base para hacer una llamada al arrepentimiento, y el ofrecimiento del perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo y la promesa de la vida eterna. *Hechos 2:38-39; 3:19; 5:31; 10:43; 1 Pedro 1:13-25; 2:1-3; 4:1-5.*

Estas declaraciones son las cinco plantas del edificio de la predicación original cristiana como se encuentra en los sermones de Pedro en los primeros capítulos de *Hechos*. Son también las ideas dominantes de *Primera de Pedro*. La correspondencia es tan ajustada y constante entre ambas fuentes que podemos ver en ellas con un alto grado de probabilidad la misma mano y la misma mente.

CITAS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

Podemos añadir otro testimonio a la evidencia de que *Primera de Pedro* es temprana; desde muy al principio los padres y predicadores de la Iglesia Primitiva empezaron a citarla. El primero que la citó por nombre fue Ireneo, que vivió del 130 d.C. hasta bien entrado el siglo siguiente. Cita dos veces *1 Pedro 1:8*: «Sin haberle visto, Le amáis; aunque ahora no Le veáis, creéis en Él y os regocijáis con una alegría indescriptible y gloriosa.» Y cita una vez *1 Pedro 2:16*, con el mandamiento de no usar la libertad como tapadera para la malicia. Pero, aun antes, los padres de la Iglesia ya citaban *Primera de Pedro*, aunque sin citar su fuente. Clemente de Roma, que escribió hacia el año 95 d.C., habla de « la sangre preciosa de Cristo,» una frase entonces poco corriente que probablemente procedía de la afirmación de Pedro de que somos redimidos por la sangre preciosa de Cristo (1:19). Policarpo, que dio su vida como mártir el año 155 d.C., cita continuamente a Pedro sin usar su nombre. Podemos seleccionar tres pasajes suyos para mostrar lo literalmente que emplea las palabras de *Primera de Pedro*.

Por tanto, ciñendo vuestros lomos, servid a Dios con temor... creyendo en el Que levantó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo y Le dio gloria (Policarpo, A los Filipenses 2:1).

Jesucristo, Que asumió nuestros pecados en Su propio cuerpo en el árbol, Que no cometió pecado ni se ha-

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento por medio de Él tenéis con fianza en Dios, Que Le levantó de los muertos y Le dio gloria (1 Pedro 1: 13, 21).

EL Cual no hizo pecado, ni se halló engaño en Su boca Quien llevó Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo

lló engaño en Su boca
(Policarpo 8:1).

Teniendo vuestra conducta irreprochable entre los gentiles (Policarpo 10:2).

sobre el árbol (1 Pedro 2:22;
24).

Manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles (1 Pedro 2:12).

No cabe duda que Policarpo estaba citando *Primera de Pedro*, aunque no da la referencia. Requiere un cierto tiempo el que un libro adquiera tal autoridad y familiaridad que se pueda citar casi inconscientemente, entretejiendo su lenguaje en el de la Iglesia. De nuevo vemos que *Primera de Pedro* tiene que haber sido un escrito muy temprano.

LA EXCELENCIA DEL GRIEGO

Sin embargo, si defendemos la autoría petrina de esta carta, hay un problema con el que nos tenemos que enfrentar: el griego excelente en que está escrita. Parece imposible que sea la obra de un pescador galileo. Los investigadores del Nuevo Testamento son unánimes en su aprecio del griego de esta carta. F. W. Beare escribe: «La epístola es claramente la obra de un hombre de letras, hábil en el manejo de los recursos de la retórica, y en el de un vocabulario extenso y aun literario.. Es un estilista de capacidad nada ordinaria, y escribe algo del mejor griego de todo el Nuevo Testamento, mucho más suave, y literario que el del letrado Pablo.» Moffatt se refiere aU «lenguaje plástico y el gusto por la metáfora» de esta carta. Mayor dice que *Primera de Pedro* no tiene igual en el Nuevo Testamento por la «calidad sostenida de su ritmo.» Bigg ha comparado algunas de las frases de *Primera de Pedro* con los escritos de Tucídides. Selwyn habla de «la ternura eurípidesca» y de la habilidad esquilesca de acuñar palabras compuestas de *Primera de Pedro*. El autor de *Primera de Pedro* no es indigno de figurar entre los maestros de esa lengua. Es difícil, si no imposible, imaginarse a Pedro escribiendo así en griego.

La misma carta ofrece una solución a este problema. En la breve sección final, Pedro mismo dice: «Por conducto de Silvano... os he escrito brevemente» (1 Pedro 5:12). *Por conducto de Silvano -día Silvanu-* es una frase extraña. El original quiere decir que Silvano fue el agente de Pedro en la confección de la carta; fue más que el taquígrafo de Pedro.

Vamos a acercarnos a esto desde dos ángulos. Primero, veamos lo que sabemos de Silvano. (La evidencia se expone más detalladamente en el comentario de 1 Pedro 5:12). Muy probablemente se trata de la misma persona que el Silvano que aparece en las cartas de Pablo y que el Silas de *Hechos*, ya que Silas es una forma abreviada y familiar de Silvano.

Cuando examinamos los pasajes en que se le menciona descubrimos que Silas o Silvano no era ninguno del montón, sino una figura representativa de la vida y la actividad de la Iglesia original. Era profeta (*Hechos 15:32*); era uno de los «varones principales entre los hermanos» en el concilio de Jerusalén, y uno de los dos que fueron elegidos para llevar las decisiones del concilio a la iglesia de Antioquía (*Hechos 15: 22, 27*). Fue el compañero que Pablo escogió para su segundo viaje misionero, y estuvo con él en Filipos y en Corinto (*Hechos 15:37-40; 16:19, 25, 29; 18:5; 2 Corintios 1:19*). Se

le menciona con Pablo en los saludos iniciales de 1 y 2 *Tesalonicenses*. Era ciudadano romano (*Hechos 16:37*).

Así es que Silvano era una persona notable en la Iglesia original; fue más el colega que el ayudante de Pablo; y, como era ciudadano romano, es por lo menos probable que fuera un hombre con una cultura que Pedro no habría podido obtener.

Ahora, añadamos una segunda idea. En una situación misionera, cuando el misionero puede hablar una lengua suficientemente bien pero no escribirla, es muy corriente que haga una de dos cosas para mandar un mensaje a su pueblo. O bien lo escribe lo mejor posible, y luego le pide a un nativo que corrija sus errores gramaticales y mejore el estilo; o, si tiene un colega nativo de su absoluta confianza, le dice lo que quiere decir, y le deja que ponga el mensaje en forma escrita, y firma el resultado.

Podemos imaginarnos fácilmente que eso fue lo que aportó Silvano a la edición de *Primera de Pedro*. O bien corrigió y embelleció el griego necesariamente inadecuado de Pedro, o escribió él mismo con sus propias palabras y estilo lo que Pedro quería decir, a lo que Pedro daría el visto bueno final y añadiría el último párrafo personal.

Los pensamientos son los de Pedro; pero el estilo es el de Silvano. Así pues, aunque el griego es tan excelente, no es necesario negar que la carta viene del mismo Pedro.

LOS DESTINATARIOS DE LA CARTA

Los destinatarios de *Primera de Pedro* eran los exiliados (un cristiano es siempre un peregrino en el mundo) diseminados por todo el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia.

Casi todas estas palabras tienen un doble significado. Representaban a reinos antiguos, y también a provincias romanas a las que se les había dado el nombre antiguo; y ambas comunidades no siempre cubrían el mismo territorio. Ponto no fue nunca una provincia. Había sido originalmente el reino de

Mitridates, parte del cual se incorporó a Bitinia y parte a Galacia. Esta había sido originalmente el reino de los galos en el área de las tres ciudades de Ancira, Pesino y Tavio; pero los romanos lo habían convertido en una zona administrativa mucho más amplia, que incluía secciones de Frigia, Pisidia, Licaonia e Isauria. El reino de Capadocia se había convertido en provincia romana el año 17 d.C. casi con sus límites originales. Asia no era lo que entendemos ahora por ese nombre. Había sido un reino independiente, cuyo último rey, Atalo III, se lo había regalado a Roma el año 133 a.C. Abarcaba el centro de Asia Menor, y limitaba al Norte con Bitinia, al Sur con Licia, y al Este con Frigia y Galacia. En lenguaje popular, era la parte de Asia Menor que se extendía por las costas del mar Egeo.

No sabemos por qué se escogieron estos distritos en particular; pero una cosa es cierta: abarcaban un área extensa con una población muy numerosa; y el hecho de que se los cite juntos es una de las pruebas supremas de la inmensa actividad misionera de la Iglesia original, aparte por supuesto de la actividad misionera de Pablo.

Todos estos distritos se encuentran en el extremo nororiental de Asia Menor. Por qué se nombran justos y precisamente en este orden, no lo sabemos. Pero una ojeada al mapa nos mostrará que, si el portador de esta carta -que puede haber sido el mismo Silvano- navegó desde Italia y desembarcó en Sinope, al Nordeste de Asia Menor, el viaje alrededor de estas provincias seguiría una ruta circular para terminar otra vez en Sinope, en Bitinia. Desde allí iría hacia el Sur a Galacia, luego más al Sur a Capadocia, al Oeste a Asia, Norte otra vez a Bitinia, y al Este luego para regresar a Sinope.

Está claro por la misma carta que los destinatarios eran principalmente gentiles. No se menciona ninguna cuestión de la ley de las que siempre surgían cuando había un trasfondo judío. La condición previa de aquellos cristianos había sido de pasiones carnales (1:14; 4:3-4), lo que corresponde más bien a paganos que a judíos. Antes no habían sido pueblo -gentiles fuera del pacto-, pero ahora eran el pueblo de Dios (2:9-10).

La forma de su nombre que usa Pedro también es señal de que se suponía que los lectores de su carta serían gentiles, porque usa el nombre de *Pedro*, que era su nombre griego. Pablo le llama Cefas (*Kefá*, 1 Corintios 1:12; 3:22; 9:5; 15:5; Gálatas 1:18; 2:9, 11, 14); entre sus compatriotas judíos se le conocía como Simón o Simeón (*Hechos 15:14*), que es el nombre que se usa en *Segunda de Pedro 1:1*. Puesto que usa aquí su nombre griego, parece lógico deducir que estaba escribiendo a los de cultura griega.

LAS CIRCUNSTANCIAS DETRÁS DE LA CARTA

Está suficientemente claro que esta carta se escribió cuando la Iglesia estaba en peligro de persecución.' Los destinatarios estaban en medio de diversas pruebas (1:6). Corrían peligro de que se les acusara de malhechores (3:16). Una prueba de fuego está a punto de sorprenderlos (4:12). Cuando sufran, deben encomendarse a Dios (4:19). Bien puede ser que sufran por causa de la justicia (3:14). Están compartiendo las aflicciones que la fraternidad cristiana es llamada a sufrir en todo el mundo (5:9). Detrás de esta carta advertimos una prueba de fuego, una campaña de calumnias y un sufrimiento por causa de Cristo. ¿Podemos identificar esa situación?

Hubo un tiempo cuando los cristianos no tenían nada que temer del gobierno romano. En *Hechos* son muchas veces los magistrados, oficiales y soldados romanos los que le salvan la vida a Pablo de la furia tanto de los judíos como de los paganos. Como decía Gibbon, el tribunal de los magistrados paganos demostró ser un refugio seguro contra la furia de la sinagoga. La razón era que en los primeros días el gobierno romano no sabía distinguir entre judíos y cristianos. En el imperio romano había lo que se llamaba *religio licita*, una religión permitida, y los judíos tenían plena libertad para celebrar sus cultos a su manera. Y no fue porque los judíos no intentaran informar a los romanos en cuanto a los hechos de la nueva situación; eso fue lo que hicieron en Corinto, por ejemplo (*Hechos 18:12-17*). Pero durante cierto tiempo los romanos sencillamente tomaron a los cristianos como una secta judía, y por tanto no los molestaron.

El cambio tuvo lugar en los días de Nerón, y podemos seguir casi todos los detalles de la historia. El 19 de julio del año 64 d.C. se declaró el gran fuego de Roma. Roma era una ciudad con muchas calles estrechas y edificios de madera, lo que hacía los incendios sumamente peligrosos. El gran fuego estuvo ardiendo tres días y tres noches, se controló, y otra vez volvió a declararse con violencia redoblada. El populacho romano no tenía la menor duda en cuanto al responsable, y le echó las culpas al emperador. Nerón tenía una verdadera adicción a construir; y la gente creía que había sido él el que había prendido fuego a Roma aposta para reconstruirla totalmente. La responsabilidad de Nerón debe quedar para siempre en el terreno de la conjetura; pero es seguro que él estuvo contemplando el furioso infierno desde la torre de Mecenas, y se confesó entusiasmado con la flor y la belleza de las llamas. Se aseguraba que se ponían dificultades intencionadamente a los que trataban de extinguir el fuego, y que se veían hombres prendiéndolo otra vez cuando parecía que ya se iba apagando. La gente estaba más que angustiada. Las antiguas particiones y los altares ancestrales habían desaparecido; los templos de la Luna, el Ara Máxima (el gran altar), el templo de Júpiter Stator, el altar de Vesta... sus dioses domésticos se habían desvanecido: Habían perdido sus hogares y no quedaba más que lo que ha llamado Farrar «una hermandad desesperada de desventurados.»

El resentimiento de la gente era incontrolable. Nerón tenía que desviar de su propia persona las sospechas; había que buscar un chivo expiatorio, y ese papel se les asignó a los cristianos. Tácito, el historiador romano, cuenta así la historia (*Anales* 15.44):

Ni la ayuda humana en forma de regalos imperiales, ni los intentos de apaciguar a los dioses, podían acallar el rumor siniestro de que el fuego se había debido a las órdenes del mismo Nerón. Así es que, con la esperanza de disipar el rumor, falsamente desvió la acusación a una clase de gente que se conocían vulgarmente como los cristianos, que eran aborrecidos por las abominaciones que perpetraban. El fundador de la secta, un tal Cristo, había sido ejecutado por Poncio Pilato en el reinado de Tiberio; y la nociva superstición, aunque sofocada de momento, brotó otra vez no sólo en Judea, cuna original de aquella peste, sino hasta en Roma, donde se recoge y practica todo lo vergonzoso y horrible que surja.

Está claro que Tácito no creía que los cristianos fueran los culpables del fuego, y que Nerón los había elegido y señalado como cabeza de turco que pagaran por el crimen de él.

¿Por qué escogió Nerón a los cristianos, y cómo es que era posible ni siquiera sugerir y que se creyera que fueran responsables del fuego de Roma? Hay dos posibles respuestas.

(i) Los cristianos ya eran víctimas de ciertas calumnias.

(a) La gente los identificaba o relacionaba con los judíos. El antisemitismo no es nada nuevo, y le era fácil al populacho romano el adscribirles crímenes a los judíos y, por tanto, a los cristianos.

(b) La Santa Cena era un rito secreto, por lo menos en cierto sentido. No podían participar nada más que los miembros de la Iglesia. Y algunas frases relacionadas con ella eran caldo de cultivo para las calumnias paganas, como las que hablaban de comer la carne de Alguno y beber Su sangre. Eso bastaba para suscitar el rumor de que los cristianos eran caníbales. Con el tiempo se fue desarrollando hasta convertirse en la historia de que los cristianos mataban y se comían a un gentil, o un niño recién nacido. En la Santa Cena, los cristianos se daban el beso de la paz (1 *Pedro* 5:14). Sus reuniones se llamaban *ágapes*, fiestas del amor. Eso bastaba para que se difundiera que las reuniones cristianas eran orgías de vicio.

(c) Siempre se acusaba a los cristianos de descomponer las familias. Tanto se extendió ese rumor que el Cristianismo llegó a ser sinónimo de familias divididas, cuando algunos miembros de una familia se hacían cristianos y los otros no. Una religión que producía esos efectos estaba condenada a ser impopular.

(d) El caso era que los cristianos hablaban del Día del Juicio, cuando el mundo se disolvería en llamas. Es probable que algunos predicadores cristianos describieran con colores tenebrosos la Segunda Venida y el fin de todas las cosas (*Hechos* 2:19-20). No sería difícil echarles las culpas del fuego de Roma a los que anunciaban tales desastres.

Había abundantes materiales que se podrían tergiversar a disposición de los que quisieran inculpar maliciosamente a los cristianos.

(ii) La religión judía siempre había atraído por su alto nivel moral, especialmente a las mujeres, en un mundo en el que la castidad no existía. Había, por tanto, muchas mujeres aristocráticas que habían abrazado la religión judía. Los judíos no dudaron en manipular a esas mujeres para que influyeran en sus maridos en contra de los cristianos. Tenemos un ejemplo claro de ello en lo que les sucedió a Pablo y su compañero en Antioquía de Pisidia. Fue allí donde los judíos suscitaron la oposición contra ellos utilizando la influencia de mujeres nobles (*Hechos* 13:50). Dos favoritos en la corte de Nerón eran prosélitos judíos: Aliturus, su actor favorito, y Popea, su querida. Es probable que los judíos influyeran en Nerón por medio de ellos para que tomara medidas contra los cristianos.

En cualquier caso, se les echó la culpa del fuego de Roma a los cristianos, y se desencadenó contra ellos una persecución salvaje. No se trataba simplemente de una persecución usando los medios legales. Lo que Tácito llamó una *ingens multitudo*, una multitud ingente, de cristianos perecieron por los medios más sádicos. Se embadurnaba a los cristianos de brea y se les prendía fuego para que sirvieran como antorchas vivientes en

los jardines de Nerón. Se los vestía con pieles de animales salvajes y se les echaban los perros de caza para que los descuartizaran vivos. Tácito escribe:

*Sadismo de-todas clases se añadía a su ejecución. Cubiertos con las pieles de animales, eran descuartizados por los perros hasta perecer; o se los clavaba a cruces; o se los condenaba a ser quemados vivos; o a servir de iluminación nocturna cuando se disipaba la luz del día. Nerón ofrecía sus jardines para el espectáculo, y exhibía una función de circo en la que él mismo se mezclaba entre la gente vestido de auriga o permanecía solo en un carruaje. Aun considerando que se trataba de criminales que merecieran un castigo extremado y ejemplar, surgía entre la gente un sentimiento de compasión; porque no se los destruía, como se pretendía, por el bien público, sino para saciar la crueldad de un hombre. (Tácito, *Anales* 15:44).*

La misma terrible historia la cuenta el historiador cristiano posterior, Sulipio Severo en su *Crónica*:

Mientras tanto, cuando el número de los cristianos era ya considerable, sucedió que Roma fue destruida por un incendio mientras Nerón estaba estacionado en Antio. Pero la opinión de todos le echó las culpas al Emperador, que se creía que lo había provocado para buscarse la gloria de construir una nueva ciudad. Y, de hecho, Nerón no consiguió, aunque lo procuró por todos los medios, deshacerse de la acusación de que el fuego se había producido cumpliendo sus órdenes. Por tanto él desvió la acusación contra los cristianos, y por consiguiente se les infligieron a los inocentes las más crueles torturas. Sí: hasta se inventaron nuevas formas de dar muerte, tales como, vistiéndolos de pieles de animales salvajes, hacer que los devoraran los perros, o crucificando a muchos, o haciéndolos morir en la hoguera, o, a la caída del día, sirviendo de antorchas vivientes durante la noche, suplicio que correspondió a no pocos de ellos. De esta manera empezó a desatarse la crueldad contra los cristianos. Luego, su religión fue prohibida con leyes que se promulgaron, y edictos proclamaron por doquier que los cristianos estaban fuera de la ley.

Es verdad que esta persecución estuvo confinada originalmente a Roma; pero así se abrió la puerta de la persecución, y por todas partes fueron los cristianos víctimas del populacho. Moffatt escribe:

Después de que la marea nerónica hubo pasado de la capital, su inundación alcanzó las últimas costas de las provincias; la dramática publicidad del castigo debe de haber extendido el nombre de cristiano urbi et orbi, a lo ancho y a lo largo de todo el imperio; las provincias recibirían pronto la noticia, y cuando desearan una conflagración similar a costa de los leales cristianos, todo lo que necesitarían sería un procónsul que quisiera gratificar sus deseos y algún discípulo sobresaliente que sirviera de víctima.

Porque, a partir de entonces, los cristianos habrían de vivir bajo esa amenaza. El populacho de las ciudades romanas sabía lo que había sucedido en Roma, y siempre habría malsines que hicieran su blanco a los cristianos. Había situaciones en las que la masa deseaba la sangre, y había gobernadores dispuestos a complacer su ansia sanguinaria. No era sólo la ley romana, sino también el deseo de linchar a quien fuera lo que amenazaba a los cristianos.

De entonces en adelante, los cristianos estaban en peligro de muerte. Podrían pasar años sin que sucediera nada; y, de pronto, una chispa podría provocar una explosión, y empezaría

el terror. Esa era la situación de trasfondo de la *Primera de Pedro*; por eso Pedro llama a los suyos a la esperanza, y al valor, y a esa maravillosa vida cristiana que es lo único que puede dar el mentís a las calumnias con las que los atacaban, y que eran la razón para que se tomaran medidas contra ellos. *Primera de Pedro* no se escribió para salir al paso de ninguna herejía, sino para fortalecer a hombres y mujeres que estaban en constante peligro de muerte.

LAS DUDAS

Hemos expuesto extensamente los argumentos a favor de que Pedro fue realmente el autor de la primera carta que lleva su nombre. Pero, como ya dijimos, no pocos comentaristas de primera clase han considerado que no puede haber sido así. Nosotros creemos que Pedro fue el autor de la carta; pero, honradamente, tenemos que presentar el otro punto de vista; y lo haremos siguiendo al capítulo que dedica B. H. Streeter a *Primera de Pedro* en su libro sobre *La Iglesia Primitiva*.

EXTRAÑOS SILENCIOS

Bigg escribe en su introducción: «No hay otro libro en el Nuevo Testamento que tenga una confirmación más antigua, segura y mejor que *Primera de Pedro*. » Es verdad que Eusebio, el gran investigador e historiador de la Iglesia del siglo IV, incluye *Primera de Pedro* entre los libros aceptados universalmente en la Iglesia Primitiva como parte de la Sagrada Escritura (Eusebio, *Historia eclesiástica* 3:25.2). Pero hay que señalar algunas cosas.

(a) Eusebio aduce ciertas citas de autores anteriores para demostrar su convicción de que *Primera de Pedro* se aceptaba universalmente. Esto nunca lo hace en relación con los evangelios o las cartas de Pablo; y el mismo hecho de que se sienta llamado a presentar esta evidencia en el caso de *Primera de Pedro* podría indicar que aquí sí tenía que demostrarlo, aunque no en relación con los otros libros mencionados. ¿Tenía Eusebio sus dudas? ¿O había otras personas a las que tenía que convencer? ¿O no era tan unánime la aceptación universal de *Primera de Pedro* después de todo?

(b) En su libro *EL canon del Nuevo Testamento*, Westcott notaba que, aunque nadie había cuestionado el derecho de *Primera de Pedro* a formar parte del Nuevo Testamento, sorprende que fueran pocos entre los primeros padres los que la citaran; y aún más sorprendente, muy pocos de los primeros padres occidentales y especialmente en Roma. Tertuliano citaba la

Sagrada Escritura pródigamente. En sus escritos hay 7,258 citas del Nuevo Testamento, pero sólo dos de ellas son de *Primera de Pedro*. Si fue Pedro el que la escribió, y desde Roma, esperaríamos que allí se conociera bien, y que se usara ampliamente en la Iglesia de Occidente.

(c) La primera lista oficial de los libros del Nuevo Testamento que se conoce es el *Canon de Muratori*, del nombre del cardenal que la descubrió. Incluye los libros del Nuevo Testamento que se aceptaban en la iglesia de Roma hacia el año 170 d.C. Es un hecho sorprendente que *Primera de Pedro* no aparece. Se puede decir razonablemente que el *Canon de Muratori* tal como lo poseemos es defectuoso y que originalmente puede que incluyera una referencia a *Primera de Pedro*; pero esa objeción queda debilitada por lo siguiente.

(d) Es un hecho que *Primera de Pedro* no estaba todavía en el Nuevo Testamento de la iglesia siria hacia el año 373 d.C. No se incluyó hasta que se hizo la versión siríaca de la Biblia, Pesitta, hacia el 400 d.C. Sabemos que fue Taciano el que llevó los libros del Nuevo Testamento a la iglesia de habla siríaca; y los llevó a Siria desde Roma cuando fue a Edesa y fundó la iglesia allí en el año 172 d.C. Podría decirse, por tanto, que el *Canon de Muratori* es correcto tal como lo poseemos, y que *Primera de Pedro* todavía no formaba parte del Nuevo Testamento de la iglesia de Roma hacia el año 170 d.C. Esto es

difícil de explicar si fue Pedro el que la escribió, y precisamente en Roma.

Cuando se agrupan todos estos hechos, parece que hay ciertos extraños silencios en relación con *Primera de Pedro*, y que su confirmación puede que no sea tan firme como se pensaba.

1 PEDRO Y EFESIOS

Además, hay cierta relación entre *Primera de Pedro* y *Efesios*. Hay muchos paralelos de pensamiento y expresión entre las dos cartas, de los que seleccionamos algunos.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Que según Su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos (1 Pedro 1:3).

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado (1 Pedro

1:13)

Jesucristo, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros (1 Pedro

1:20).

Quien habiendo subido al Cielo está a la diestra de Dios; y a Él están sujetos ángeles, autoridades y potestades (1 Pedro 3:22).

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1: 3).

, Estad, pues, firmes, ceñid los vuestros lomos con la verdad (Efesios 6:14).

Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4).

Dios Le hizo sentarse a Su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío (Efesios 1:20-21).

Además, las exhortaciones a los esclavos, maridos y mujeres en *Primera de Pedro* y en *Efesios* son muy similares.

Se sugiere que *Primera de Pedro* está citando a *Efesios*. Aunque *Efesios* tiene que haberse escrito alrededor del año 64 d.C., las cartas de Pablo no se editaron hasta eso del año 90 d.C. Si Pedro estaba escribiendo hacia el año 64 d.C. también, ¿cómo podría conocer *Efesios*?

Este es un planteamiento al que se puede contestar de varias maneras. (a) Las exhortaciones a los esclavos, maridos y mujeres son parte de una enseñanza ética estandarizada que se daba a todos los conversos en todas las iglesias. Pedro no estaba tomándolo prestado de Pablo; los dos estaban usando fuentes comunes. (b) Todas las semejanzas citadas se pueden explicar

fácilmente por el hecho de ser expresiones corrientes en la Iglesia Primitiva. Por ejemplo: «¡Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!» era parte del lenguaje devocional universal de la Iglesia Primitiva, que tanto Pedro como Pablo conocerían y usarían sin tomarlo el uno del otro. (c) Aun en el caso de que hubiera préstamos personales, no es ni mucho menos cierto que *Primera de Pedro* lo tomara de *Efesios*; el préstamo podría haber sido a la inversa, que es lo más probable, porque *Primera de Pedro es mucho más sencilla que Efesios*. (d) Por último, aunque *Primera de Pedro* reprodujera algo de *Efesios*, si Pedro y Pablo estaban en Roma por el mismo tiempo, es perfectamente posible que Pedro pudiera haber visto una copia de *Efesios* antes que se enviara a Asia Menor, y puede que conversara con Pablo acerca de algunas de sus ideas.

La sugerencia de que *Primera de Pedro* tiene que ser posterior porque cita de *Efesios* nos parece muy poco segura, y probablemente equivocada.

VUESTRO COMPAÑERO EN EL MINISTERIO DE ANCIANO

Se objeta que no es comprensible que Pedro escribiera la frase: «Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos» (1 *Pedro* 5:1). Se mantiene que Pedro no podría llamarse sencillamente anciano; era apóstol, y como tal tenía un ministerio distinto del de los ancianos. El ministerio de apóstol se caracterizaba por tener una obra y una autoridad que no se limitaban a una congregación local como los ancianos, sino que se extendían por toda la Iglesia.

Eso es perfectamente cierto; pero conviene recordar que entre los judíos no había puesto más honrado universalmente que el de anciano, que tenía el respeto de toda la comunidad y de quien toda la comunidad buscaba dirección en sus problemas y decisión en sus disputas. Pedro, como judío, no consideraría que estaba diciendo nada inexacto al llamarse anciano; además, al hacerlo así estaba evitando la pretensión consciente de una autoridad que el título de apóstol conllevaría, e identificándose cortésmente con los destinatarios de su carta.

TESTIGO DE LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO

Se objeta que Pedro no podía atribuirse el ser testigo de la pasión de Cristo, porque huyó con los demás después del prendimiento en Getsemaní (*Mateo* 26:56); y, aparte del Discípulo amado, ningún otro fue testigo de la Cruz (*Juan* 19: 26s). Se podría llamar testigo de *la resurrección*, que era una de las características de los apóstoles (*Hechos* 1:22); pero no fue testigo de la Cruz. En cierto sentido, eso no se puede negar. Pero Pedro no pretende aquí haber sido testigo de la crucifixión, sino de los padecimientos de Cristo, y es cierto que él vio a Cristo sufrir al ser rechazado constantemente por los hombres, en los momentos angustiosos de la última Cena y de Getsemaní, y en aquel momento inolvidable para él cuando, después de negarle, Su Maestro se volvió hacia él y le miró (*Lucas* 22:61). Será una crítica pedestre e insensible la que le niegue a Pedro el derecho a decir que había sido testigo de los padecimientos de Cristo.

PERSECUCIÓN POR EL NOMBRE

La principal razón para asignarle a *Primera de Pedro* una fecha tardía son sus referencias a la persecución. Se supone que en *Primera de Pedro* se implica que ya era un crimen ser cristiano, y que los cristianos eran llevados a los tribunales por el solo delito de su fe. *Primera de Pedro* habla de ser vituperados por el nombre de Cristo (4:14); y de sufrir como cristianos (4:16). Se dice que no se llegó a ese estado hasta después del año 100 d.C., ya que antes la persecución se hacía sobre la base de una supuesta culpabilidad, como en tiempos de Nerón.

No hay duda que esta era la ley hacia el año 112 d.C. Por entonces Plinio, gobernador de Bitinia y amigo personal del emperador Trajano, le escribió informándole y pidiéndole consejo sobre cómo debía tratar a los cristianos. Plinio se daba cuenta perfectamente de que eran ciudadanos leales a los que no se podía acusar de ningún crimen. Le decían que < tenían costumbre de reunirse ciertos días antes de salir el sol, y cantar alternadamente himnos a Cristo como Dios; que se habían comprometido mediante juramento, no para realizar ningún crimen, sino para no cometer fraude, ni robo, ni asalto, ni adulterio, ni a faltar a su palabra ni negar un depósito cuando se les demandara. » Plinio aceptaba todo eso; pero, cuando se los presentaban a juicio, él no les hacía más que una pregunta: < Les he preguntado si eran cristianos. A los que se confesaban tales, se lo preguntaba una segunda y una tercera vez, amenazándolos con castigarlos. A los que persistían, daba orden de que los condujeran a su ejecución. » Su único crimen era ser cristianos.

Trajano contestó a Plinio que eso era lo que había que hacer, y que el que negara ser cristiano y lo demostrara sacrificando a los dioses debía ser puesto en libertad inmediatamente. Por esa correspondencia sabemos que había muchas acusaciones contra los cristianos; y Trajano estableció que no había que tener en cuenta ni actuar sobre la base de cartas anónimas de acusación (Plinio, *Cartas* 96 y 97).

Se supone que esta etapa de la persecución no se presentó hasta el tiempo de Trajano; y que *Primera de Pedro*, por tanto, implica una situación que debe ser por lo menos de ese tiempo.

La única forma de zanjar esto es trazando el progreso de la persecución y las razones para ella en el imperio romano. Podemos hacerlo exponiendo un hecho fundamental y tres desarrollos de él.

(i) Bajo el sistema romano, las religiones se dividían en dos clases. Estaban las que se llamaban *religiones licitae*, religiones permitidas; eran reconocidas por el estado, y cualquier persona las podía practicar. Y estaban las *religiones illicitae*, que estaban prohibidas por el estado y era ilegal su práctica bajo la ley penal. Se debe hacer constar que la tolerancia romana era muy considerable; y que cualquier religión que no afectara la moralidad ni el orden público podía permitirse.

(ii) El judaísmo era *religio licita*; y en un principio, los romanos, como es natural, no advertían la diferencia entre el judaísmo y el Cristianismo. El Cristianismo, por lo que podían comprender, no era más que una secta del judaísmo; y cualquier tensión que surgiera entre ambos era cuestión de rivalidad privada en la que no quería meterse el gobierno. Debido a esto, el Cristianismo no corrió peligro de ser perseguido en los primeros tiempos. Gozaba de la misma libertad de culto que el judaísmo, porque se suponía que era *religio licita*.

(iii) La intervención de Nerón cambió la situación. Se produjera como fuera, muy probablemente por la directa intervención de los judíos, el gobierno romano descubrió que el judaísmo y el Cristianismo eran diferentes. Es verdad que Nerón empezó a perseguir a los cristianos, no por ser cristianos, sino por atribuirles la autoría del fuego de Roma. Pero el hecho era que el gobierno había descubierto que el Cristianismo era otra religión distinta del judaísmo.

(iv) La consecuencia fue inmediata e inevitable: el Cristianismo se convirtió en una religión prohibida y los cristianos se encontraron fuera de la ley. En el escritor latino Suetonio tenemos evidencia directa de que eso fue exactamente lo que sucedió. Nos da una especie de lista de las reformas legislativas iniciadas por Nerón:

Durante su reinado, se castigaron severamente y se suprimieron muchos abusos, y se promulgaron no pocas nuevas leyes. Se puso un límite a los gastos: los banquetes públicos se redujeron a distribución de alimentos; porque se prohibió la venta de cualquier tipo de comidas precocinadas en las tabernas a excepción de legumbres y verduras, mientras que antes se exponían a la venta toda clase de tapas. Se impusieron castigos a los cristianos, una clase de personas dadas a una nueva superstición malévolas. Puso fin a las diversiones de los conductores de carrozas, que reclamaban el derecho adquirido de armar movidas y divertirse engañando y robando a la gente. Los actores de pantomimas y sus partidarios fueron desterrados de la ciudad.

Hemos citado este pasaje completo porque es la prueba de que en tiempos de Nerón el castigo de los cristianos había llegado a ser una cuestión policial como otra cualquiera. Está suficientemente claro que no tenemos que esperar hasta el tiempo de Trajano para que el solo ser cristiano fuera un crimen. En cualquier tiempo a partir de Nerón, un cristiano estaba expuesto a castigo y muerte simplemente por el nombre que llevaba.

Esto no quiere decir que la persecución fuera constante ni consecuyente; pero sí que cualquier cristiano podía ser ejecutado en cualquier momento como un asunto policial. En un área, un

cristiano podía acabar sus días en paz, mientras que en otra habría brotes de persecución cada pocos meses. Dependía principalmente de dos cosas: de que el gobernador dejara a los cristianos en paz, o que pusiera en movimiento la ley contra ellos. También dependía de los delatores. Podía ser que el gobierno no quisiera meterse con los cristianos; pero, si se presentaban acusaciones, tenía que hacerlo; y había tiempos en los que la gente quería sangre, se presentaban denuncias y se hacía una carnicería de cristianos para celebrar una fiesta romana.

Comparando la posición legal de los cristianos y la actitud de la ley romana hacia ellos con algo actual y de relativamente insignificante importancia diríamos que ahora y en los países modernos hay ciertas acciones que son ilegales -por ejemplo, aparcar un coche parcialmente en la acera-, pero que se pueden consentir muchas veces. Pero, si las autoridades deciden tomar acción contra esa costumbre, o si se convierte en un quebrantamiento abusivo de la ley, o si alguien se queja y presenta denuncia, la ley se pondrá en acción e impondrá las sanciones oportunas. Esa era la posición de los cristianos en el imperio romano, porque todos estaban técnicamente fuera de la ley. De hecho, no se podían tomar medidas contra ellos; pero tenían una especie de espada de Damocles suspendida sobre la cabeza. Ninguno sabía cuando se produciría la denuncia que le costara la vida. Y esa situación se había vuelto normal desde la acción de Nerón. Hasta entonces, las autoridades romanas no se habían dado cuenta de que el Cristianismo era una nueva religión; pero entonces quedó automáticamente fuera de la ley.

Veamos ahora la situación que se trasluce en ***Primera de Pedro***. Los cristianos estaban pasando dificultades (1:6). Su fe tenía que ser probada como el metal que se pasa por el fuego (1:7). Está claro que se estaba llevando a cabo una campaña de calumnias en la que se les atribuían maliciosamente toda clase de acusaciones vulgares y denigrantes (2:12, 15; 3:16; 4:4). En aquel preciso momento estaban en medio de un brote de persecución por el crimen de ser cristianos (4: 12, 14, 16; 5:9). Ese sufrimiento era de esperar, y no debería sorprenderles (4:12). En cualquier caso, les aporta la bendición de sufrir por la causa de la justicia (3:14, 17), y de participar de los sufrimientos de Cristo (4:13).

No hay que adelantarse al tiempo de Trajano para encontrarse con una situación semejante. Los cristianos se encontraban diariamente en ella en todo lo ancho y largo del imperio una vez que se había descubierto por la acción de Nerón cuál era su situación ante la ley romana. La situación de persecución en *Primera de Pedro* no nos obliga de ninguna manera a fecharla en un tiempo posterior al de la vida de Pedro.

HONRAD AL REY

Pero ahora tenemos que seguir con el razonamiento de los que no pueden aceptar la autoría petrina. Se afirma que, en la situación creada por la acción de Nerón, Pedro no podría haber escrito: «Por causa del Señor, someteos a toda institución humana, ya sea al Emperador como supremo magistrado, o a los gobernadores, como enviados suyos para castigar a los malhechores y premiar a los bienhechores... Temed a Dios. Honrad al emperador» (2:13-17). El hecho es que, a pesar de todo, esta es precisamente la enseñanza que se encuentra en Romanos 13:1-7. En todo el Nuevo Testamento -a excepción de Apocalipsis, donde se condena a Roma- se enseña unánimemente que el cristiano debe ser un ciudadano leal y demostrar con la excelencia de su conducta la falsedad de las acusaciones que se le hacen (*1 Pedro 2:15*). Hasta en tiempo de persecución, los cristianos reconocieron totalmente su obligación de ser buenos ciudadanos; y su sola defensa contra la persecución era dar muestras mediante su comportamiento de que no merecían tal trato. No es ni mucho menos imposible el que Pedro mismo hubiera escrito eso.

UN SERMÓN Y UNA PASTORAL

¿Qué opinión tienen los que no pueden aceptar que *Primera de Pedro* es obra del mismo Pedro?

En primer lugar, se sugiere que el encabezamiento (1:1-2) y la salutación final (5:12-14) son adiciones posteriores que no formaban parte de la carta original.

Se ha sugerido que *Primera de Pedro* tal como la tenemos ahora está formada por dos documentos completamente diferentes. En 4:11 encontramos una doxología, lo que parece indicar que, ahí terminaba algo; y se sugiere que 1:3 - 4:11 es la primera de las dos obras que componen *Primera de Pedro*. También se sugiere que esta primera parte era un sermón de bautismo. Es verdad que se hace referencia al Bautismo que nos salva (3:21); y la exhortación a los esclavos, los maridos y las mujeres (2:18 - 3:7) sería apropiada para los que entraban a formar parte de la Iglesia Cristiana procedentes del paganismo para vivir en novedad de vida.

Se sugiere que la segunda parte de *Primera de Pedro*, 4:12 - 5:11, contiene el resumen de una carta pastoral escrita para animar y confortar durante un tiempo de persecución (4:12-19). Entonces los ancianos eran muy importantes; de ellos dependía la resistencia de la Iglesia. El autor de esta pastoral teme que se vayan introduciendo la codicia y la arrogancia (5:1-3), y los anima a cumplir fielmente su tarea (5:4).

Según este punto de vista, *Primera de Pedro* está formada por dos obras separadas y diferentes -un sermón bautismal y una carta pastoral escrita durante una persecución-, ninguna de las cuales se debe al apóstol Pedro.

ASIA MENOR, NO ROMA

Si *Primera de Pedro* es un sermón bautismal y una carta pastoral en tiempo de persecución, ¿cuál fue su lugar de origen? Si la carta no era de Pedro, no hay necesidad de relacionarla con Roma; y, en cualquier caso, parece que la iglesia de Roma no conocía ni usaba *Primera de Pedro*. Vamos a tomar algunos hechos en su conjunto.

(a) Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (1 :1) están en *Asia Menor*, centrados en Sinope.

(b) El primero que citó extensamente *Primera de Pedro* fue Policarpo, obispo de Esmirna, también en *Asia Menor*.

(c) Algunas frases de *Primera de Pedro* nos recuerdan inmediatamente frases paralelas de otras partes del Nuevo Testamento. En *1 Pedro 5:13*, la Iglesia se llama < la que ha sido elegida, > y en *2 Juan 13* se la describe como < hermana elegida. > *1 Pedro 1:8* habla de Jesucristo < a Quien amáis sin haberle visto; y, aunque ahora no Le veáis, creéis en Él y os regocijáis con una alegría inexpresable y exaltada. > Esto nos dirige el pensamiento naturalmente al dicho de Jesús a Tomás en el Cuarto Evangelio: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron» (*Juan 20:29*). *Primera de Pedro* exhorta a los ancianos a atender (es decir, a pastorear), el rebaño de Dios (*1 Pedro 5: 2*), que nos recuerda la encomienda de Jesús a Pedro de que apacentara Sus corderos y Sus ovejas (*Juan 21:15-17*), y el discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso, encargándoles que se cuidaran del rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los había puesto como supervisores (*Hechos 20:28*). Todo esto es decir que las memorias que despierta *Primera de Pedro* son del Cuarto Evangelio, de las Cartas de Juan y de Pablo en Éfeso. El Cuarto Evangelio y las Cartas de Juan se escribieron probablemente en Éfeso, que también está en *Asia Menor*. Parece ser que en el caso de *Primera de Pedro* todas las carreteras conducen a Asia Menor.

OCASIÓN EN QUE SE PUBLICÓ PRIMERA DE PEDRO

Suponiendo que *Primera de Pedro* tuviera su origen en Asia Menor, ¿podemos sugerir alguna ocasión para que se escribiera? Fue en un tiempo de persecución. Sabemos por las

cartas de Plinio que en Bitinia, hacia el año 112 d.C. hubo una seria persecución de cristianos, y Bitinia es una de las provincias que se mencionan en la dedicatoria de *Primera de Pedro*. Podemos suponer que se publicó para dar ánimo a los cristianos en aquel lugar y entonces. Puede ser que en aquel tiempo alguien de Asia Menor encontró esos dos documentos, y los envió con el nombre de Pedro: Eso no se consideraría un plagio. Era costumbre tanto entre los judíos como entre los griegos el adscribir escritos a los autores famosos del pasado.

EL AUTOR DE PRIMERA DE PEDRO

Si no fue Pedro el que escribió *Primera de Pedro*, ¿podemos suponer quién fue el autor? Vamos a reconstruir algunas de sus cualificaciones esenciales. Nuestra primera sugerencia es que debe de haber sido de Asia Menor. Sobre la base de *Primera de Pedro* misma, tenía que ser un *anciano y un testigo presencial de los sufrimientos de Cristo (1 Pedro 5:1)*. ¿Hay alguien que encaje en estos requisitos? Papias, obispo de Hierápolis -también en Asia Menor- hacia el año 140 d.C., que se pasó la vida recogiendo toda la información que pudo acerca de los primeros días de la Iglesia, dice acerca de sus métodos y fuentes: « Yo tampoco dudaría, juntamente con mis propias interpretaciones, en comunicarte todo lo que aprendí y recordé cuidadosamente de los ancianos garantes de la verdad... Más aún: si sucedía que llegaba alguien que de veras había sido seguidor de los ancianos, yo le preguntaba lo que ellos decían: lo que contaban Andrés o Pedro, o Felipe, o Tomás o Santiago, o Juan o Mateo, o cualquier otro de los discípulos del Señor, como también lo que decían Aristión o el anciano Juan, discípulos del Señor. Porque suponía que las cosas que se sacan de los libros no me serían de tanto provecho como los dichos de una viva voz que estaba todavía con nosotros.» Aquí tenemos a un cierto Aristión, discípulo del Señor y testigo de Sus sufrimientos. ¿Hay algo que le conecte con *Primera de Pedro*?

ARISTIÓN DE ESMIRNA

Cuando volvemos a las *Constituciones apostólicas* nos encontramos con que uno de los primeros obispos de Esmirna se llamaba Aristón -que es el mismo nombre que Aristión. Volvamos a preguntarnos. ¿Quién fue el que citó más *Primera de Pedro*? Precisamente Policarpo, un obispo posterior de Esmirna. ¿Qué cosa podría ser más natural que el que Policarpo citara lo que debe de haber sido un clásico devocional de su propia iglesia?

Busquemos ahora las cartas a las Siete Iglesias de Asia en el *Apocalipsis*, y leamos la que iba dirigida a Esmirna: < No temas lo que estás a punto de padecer. He aquí que el diablo está para meter a algunos de vosotros en la cárcel para poneros a prueba, y tendréis tribulación durante diez días. Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida» (*Apocalipsis 2:10*). ¿Puede ser esta la misma persecución que fue el trasfondo de *Primera de Pedro*? Y fue para esta persecución para la que Aristión, obispo de Esmirna, escribió la carta pastoral que después pasó a formar parte de *Primera de Pedro*?

Esta es la sugerencia que hace B. H. Streeter. Cree que *Primera de Pedro* consta de un sermón bautismal y de una carta pastoral de Aristión, obispo de Esmirna. Originalmente, la carta pastoral fue escrita para confortar y animar a los de Esmirna el año 90 d.C., cuando la persecución anunciada en *Apocalipsis* amenazaba la iglesia. Estos escritos de Aristión llegaron a ser clásicos devocionales y atesorados como preciosas posesiones por la iglesia de Esmirna. Algo más de veinte años después, una persecución más extensa e intensa se desencadenó en Bitinia y se extendió por todo el Norte de Asia Menor. Alguien se acordó de la carta pastoral y el sermón bautismal de Aristión, comprendió que eran precisamente lo que necesitaba la Iglesia en la hora de prueba, y los envió juntos bajo el nombre de Pedro, el gran apóstol.

LA CARTA DE UN APÓSTOL

Ya hemos expuesto extensamente los dos puntos de vista acerca del origen, fecha y autoría de *Primera de Pedro*. Es impresionante el ingenio de la teoría que propuso B. H. Streeter, o de las de los que sugieren una fecha posterior con razonamientos dignos de consideración. Por nuestra parte, sin embargo, no vemos razones para dudar de que la carta sea obra del mismo Pedro, que la escribiría no mucho después del gran fuego de Roma y la primera persecución de los cristianos para animar a los de Asia Menor a mantenerse firmes cuando les alcanzara la ola de la persecución que trataría de anegarlos y de deshacer su fe.

1 PEDRO

LA GRAN HERENCIA

1 Pedro 1:1-2

Pedro, apóstol de Jesucristo, al Pueblo Escogido de Dios diseminado como exiliados por todo el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. Yo soy un apóstol, y vosotros sois elegidos de acuerdo con el conocimiento anticipado de Dios, por medio de la consagración del Espíritu, para la obediencia y para ser rociados con la sangre de Jesucristo. ¡Que la gracia y la paz se os multipliquen!

Sucede una y otra vez en el Nuevo Testamento que la verdadera grandeza de un pasaje no se encuentra solamente en la superficie y en lo que se dice de hecho, sino en las ideas y convicciones que subyacen ocultas. Eso es particularmente cierto en este caso.

Está claro que esta carta iba dirigida a personas de la gentilidad. Habían sido liberadas de la manera de vivir insustancial que habían aprendido de sus antepasados (1:15). Los que antes no eran un pueblo habían llegado a ser nada menos que el Pueblo de Dios (2:10). En tiempos anteriores habían vivido de acuerdo con la voluntad y los deseos mundanos de los gentiles (4:3). Pero lo extraordinario de este pasaje está en que toma palabras y concepciones que originalmente se habían adscrito sólo a los judíos, el Pueblo Escogido, y se aplican a los gentiles, que anteriormente se había creído que estaban excluidos de la misericordia de Dios. Algunos judíos habían dicho que «Dios había creado a los gentiles para usarlos como leña para los fuegos del infierno.» Se había dicho que, como con las mejores serpientes no se puede hacer otra cosa que aplastarlas, así había que destruir hasta a los mejores de los gentiles y que Dios no amaba nada más que a Israel de todas las naciones de la Tierra. Pero ahora, la misericordia, los privilegios y la gracia de Dios se habían extendido por toda la Tierra y a todos los seres humanos, hasta a aquellos que nunca los habrían esperado.

(i) Pedro llama a las personas a quienes escribe *los elegidos, el Pueblo Escogido de Dios*. Anteriormente ese había sido el título que pertenecía exclusivamente a Israel: «Porque tú eres un pueblo santo del Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha escogido para que seas Su pueblo especial, entre todos los pueblos que hay sobre la superficie de la Tierra» (*Deuteronomio 7: 6; cp. 14:2*). El profeta dice que Dios llama a Israel « Mi elegido» (*Isaías 45:4*). El salmista habla de «los hijos de Jacob, Sus escogidos» (*Salmo 105:6, 43*).

Pero la nación de Israel falló en lo que Dios le había asignado; porque, cuando Dios envió a Su Hijo al mundo, Le rechazaron y crucificaron. Cuando Jesús contó la parábola de los Viñadores Malvados, dijo que la heredad de Israel se les iba a quitar y dar a otros (*Mateo 21:41; Marcos 12:9; Lucas 20:16*). Esa es la base de la gran concepción novotestamentaria de la Iglesia Cristiana como el Nuevo Israel, el Israel de Dios (*cp. Gálatas 6:16*). Todos los privilegios que antes habían pertenecido a Israel, ahora pertenecían a la Iglesia Cristiana. La misericordia de Dios se había extendido hasta cubrir toda la Tierra, y todas las naciones habían visto la gloria y experimentado la gracia de Dios.

(ii) Aquí hay otra palabra que antes pertenecía exclusivamente a Israel. La dirección de la carta dice literalmente: « A los escogidos extranjeros de la Diáspora por todo el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia.» *Diáspora*, literalmente *dispersión*, era el nombre técnico de los judíos diseminados en el exilio por todos los países fuera de las fronteras de Palestina. Algunas veces en su turbulenta historia, los judíos habían sido deportados a la fuerza de su tierra natal; otras veces se habían trasladado voluntariamente para trabajar, y a menudo prosperar, en otras tierras. Esos judíos constituían la *Diáspora*. Pero ahora, la verdadera Diáspora no son los judíos, sino la Iglesia Cristiana diseminada por todas las provincias del imperio romano y las demás naciones del mundo. Hubo un tiempo cuando los que eran extraños eran los judíos; ahora eran los cristianos. Son el pueblo cuyo Rey es Dios, cuyo hogar es la eternidad, y que están exiliados en el mundo.

LOS ESCOGIDOS DE DIOS Y LOS EXILIADOS DE LA ETERNIDAD

1 Pedro 1:1-2 (continuación)

Lo que acabamos de decir significa que los dos grandes títulos en los que hemos estado pensando nos pertenecen a nosotros los cristianos.

(i) Somos *el Pueblo Escogido de Dios*. Aquí hay algo que *eleva*. Seguro que no puede haber mayor distinción o privilegio en el mundo que el ser escogidos de Dios. La palabra *eklektós* puede describir cualquier cosa que sea especialmente escogida; puede referirse a fruta selecta, artículos especialmente elegidos por estar excepcionalmente hechos, tropas seleccionadas para una misión distinguida. Tenemos el honor de haber sido escogidos especialmente por Dios. Pero hay también *desafío y responsabilidad* aquí. Dios escoge siempre para un servicio. El honor que confiere a una persona es el de usarla en Su propósito. Fue precisamente ahí donde fallaron los judíos, y debemos poner todo nuestro empeño para que no marque nuestra vida la tragedia de un fracaso semejante.

(ii) Somos *exiliados de la eternidad*. Esto no es decir nunca que debemos retirarnos del mundo, sino que debemos de la manera más realista estar en el mundo y no ser del mundo. Se ha dicho sabiamente que el cristiano debe ser una persona *aparte*, pero no estar *apartada* del mundo. Dondequiera que los exiliados judíos se asentaban, sus ojos se dirigían a Jerusalén. En los países extranjeros construían sus sinagogas de forma que cuando entraba la congregación estaban orientados hacia Jerusalén. Por muy útil que fuera un judío como ciudadano en su país de adopción, su lealtad suprema era para con Jerusalén.

La palabra griega para un residente temporal en un país extraño era *pároikos*. Un *pároikos* era el que se encontraba en otro país, aunque con el pensamiento siempre estuviera en el suyo. Tal forma de residencia se llamaba *paroikía*; y *paroikía* es la palabra de la que deriva la española *parroquia*. Los cristianos en cualquier lugar son un grupo de gente cuya mirada se dirige siempre hacia Dios y cuya lealtad suprema está en el más allá. < Aquí -decía el autor de *Hebreos*- no tenemos ciudad de residencia estable, sino que buscamos la que está por venir» .(*Hebreos 13:14*).

Debemos repetir que. esto no quiere decir que nos retiremos del mundo, sino que el cristiano lo ve todo a la luz de la eternidad, y la vida como un viaje hacia Dios. De esto depende la importancia que concede a las cosas; es esto lo que dicta su conducta. Es la piedra de toque y la dinámica de su vida.

Hay un famoso dicho tradicional de Jesús -un *ágrafon*, es decir, *no escrito* en el Nuevo Testamento-: «El mundo es un puente. El sabio pasa por él, pero no construirá en él su morada.» Este es el pensamiento que hay detrás del famoso pasaje de la *Epístola de Diogneto*, uno de los escritos más conocidos de la era posapostólica: «Los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad por su país o lengua o costumbres... Viven en ciudades tanto griegas como bárbaras, cada uno como le corresponde, siguiendo las costumbres de la región en cuanto a la ropa o la comida y en las cosas exteriores de la vida en general; sin embargo manifiestan el carácter maravilloso y abiertamente paradójico de su propio estado.

Habitaban las tierras de su nacimiento, pero como residentes temporales de las mismas; asumen su parte de todas las responsabilidades como ciudadanos, y sobrellevan todas las incomodidades como forasteros. Todas las tierras extranjeras son sus tierras nativas, y todas las tierras nativas les son extranjeras... Pasan la vida en la Tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo.»

Sería erróneo pensar que esto hace que los cristianos sean malos ciudadanos en la tierra de su residencia. Precisamente porque ven todas las cosas bajo el punto de vista de la eternidad son los mejores ciudadanos; pues es sólo a la luz de la eternidad como se puede descubrir el verdadero valor de las cosas.

Nosotros, como cristianos, somos el Pueblo Escogido de Dios; somos exiliados de la eternidad. Ahí están nuestro inapreciable privilegio y nuestra inescapable responsabilidad.

LOS TRES GRANDES HECHOS DE LA VIDA CRISTIANA

1 Pedro 1:1-2 (conclusión)

En el versículo 2 se nos presentan tres grandes hechos de la vida cristiana.

(i) El cristiano es *elegido de acuerdo con el conocimiento anticipado de Dios*. C. E. B. Cranfield nos ofrece un hermoso comentario a esta frase: « Si concentramos toda nuestra atención en la hostilidad o la indiferencia del mundo o lo éxiguo de nuestro propio progreso en la vida cristiana, bien podemos sentirnos desanimados. En tales momentos necesitamos que se nos recuerde que nuestra elección es *de acuerdo con el conocimiento anticipado de Dios Padre*. La Iglesia no es simplemente una organización humana -aunque, por supuesto, también lo es. Su origen no se encuentra en la voluntad de la carne, o en el idealismo de algunos hombres, o en aspiraciones y proyectos humanos, sino en el propósito eterno de Dios.»

Cuando estemos desanimados bien podemos recordar que la Iglesia Cristiana llegó a ser de acuerdo con el propósito y el plan de Dios y, si le es fiel, a fin de cuentas no puede nunca acabar en el fracaso.

(ii) El cristiano es *elegido para ser consagrado por el Espíritu*. Lutero decía: «Creo que no puedo con mi propia razón o esfuerzo creer en mi Señor Jesucristo o acudir a El.» Para el cristiano, el Espíritu Santo es esencial en todos los aspectos de la vida cristiana y en cada uno de sus pasos en ella. Es el Espíritu Santo quien despierta dentro de nosotros los primeros débiles anhelos de Dios y de bondad. Es el Espíritu Santo quien nos redarguye de pecado y nos guía a la Cruz de Cristo donde podemos encontrar el perdón. Es el Espíritu Santo quien nos capacita para ser librados de los pecados que nos tienen bajo su dominio, y para alcanzar las virtudes que son el fruto del Espíritu. Es el Espíritu Quien nos da la seguridad de que nuestros pecados son perdonados, y de que Jesucristo es el Señor. El principio, el medio y el final de la vida cristiana son la obra del Espíritu Santo.

(iii) El cristiano es *elegido para la obediencia, y para ser rociado con la sangre de Jesucristo*. En el Antiguo Testamento hay tres ocasiones en las que se menciona la aspersion con sangre. Puede que Pedro tenga en mente los tres, y que los tres tengan algo que contribuir al pensamiento que encierran estas palabras.

(a) Cuando un leproso se curaba, se le rociaba con la sangre de una avecilla (*Levítico 14:1-7*). El rociar con sangre era por tanto símbolo de la *purificación*. Por el sacrificio de Cristo, el cristiano es purificado del pecado.

(b) El rociar con sangre era parte del ritual de la consagración de Aarón y de los sacerdotes (*Éxodo 29:20-21; Levítico 8:30*). Era la señal de que *se apartaban* para el servicio de Dios. El cristiano es apartado especialmente para el servicio de Dios, no sólo dentro del templo, sino también en el mundo.

(c) La gran escena de la aspersion nos llega de la promulgación del pacto entre Dios e Israel. En el pacto, Dios, por Su voluntad misericordiosa, se acercó a Israel para que fuera Su pueblo, y Él sería su Dios. Pero esa relación dependía de que los israelitas aceptaran las condiciones del pacto y obedecieran la ley. La obediencia era una condición necesaria del pacto, y la desobediencia quebrantaba la relación del pacto entre Dios e Israel. Así es que se leyó el libro del pacto a oídos del pueblo, y este lo asumió diciendo: «Haremos todas las cosas que el Señor nos ha dicho que hagamos.» Como señal de la relación de obediencia del pueblo para con Dios, Moisés tomó la mitad de la sangre del sacrificio y roció con ella el altar, y con la otra mitad roció al pueblo (*Éxodo 24:1-8*). La aspersion significaba *obediencia*.

Mediante el sacrificio de Jesucristo, el cristiano entra en una nueva relación con Dios en la que sus pecados pasados son perdonados y él se compromete a obedecer a Dios en lo sucesivo.

El cristiano es llamado conforme al propósito de Dios. Su vida es consagrada a Dios mediante la obra del Espíritu Santo. Por la aspersion de la sangre de Cristo es limpiado de los pecados del pasado y dedicado a la obediencia a Dios.

EL NUEVO NACIMIENTO DEL CRISTIANO

1 Pedro 1:3-5

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo Que por Su gran misericordia ha producido en nosotros este nuevo nacimiento que nos introduce a una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo, una herencia imperecedera, incontaminable e inmarcesible, guardada a salvo en el Cielo para nosotros, que somos protegidos por el poder de Dios mediante la fe hasta que llegue esa liberación que está lista para manifestarse en el último tiempo!

Nos llevará un tiempo considerable el apropiarnos las riquezas **de este pasaje, porque** hay pocos en el Nuevo Testamento donde se reúnan tantas grandes ideas fundamentales.

Empieza con una doxología dirigida a Dios, pero es una doxología sui géneris. Para los judíos, la manera más comente de empezar una oración era: «¡Bendito eres Tú, oh Señor, Rey del Universo!» Los cristianos asumieron esa oración, pero con una diferencia. Empezaban: « ¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!» Los cristianos no oramos a un Dios distante y desconocido, sino al Dios que es como Jesús, y a Quien, por medio de Jesucristo, podemos acudir con confianza filial.

Este pasaje empieza con la idea del *nuevo nacimiento*; el cristiano es una persona que ha nacido de nuevo, engendrado otra vez por Dios para vivir una nueva clase de vida. Entre otras cosas esto quiere decir que, cuando nos hacemos cristianos, se produce en nuestra vida un cambio tan radical que de la única manera que se puede describir es diciendo que la vida ha empezado para nosotros completamente otra vez. Esta idea del nuevo nacimiento recorre todo el Nuevo Testamento. Vamos a tratar de reunir lo que se nos dice de él.

(i) El nuevo nacimiento cristiano sucede por la voluntad y la acción de Dios (*Juan 1:13; Santiago 1:18*). No es algo que hace la persona, como no lo fue tampoco su nacimiento físico.

(ii) Otra manera de expresarlo es decir que este nuevo nacimiento es la obra del Espíritu (*Juan 3: 1-15*). Le sucede a una persona, no por su propio esfuerzo, sino cuando se entrega a que tome posesión de ella el Espíritu y la cree de nuevo interiormente.

(iii) Sucede por la Palabra de la Verdad, es decir, por el Evangelio (*Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23*). En el principio, fue la Palabra de Dios la Que creó el Cielo y la Tierra y todo lo que hay en ellos. Dios habló, y el caos se convirtió en el universo, y el universo se equipó para y con la vida. Es la Palabra creadora de Dios en Jesucristo lo que produce este nuevo nacimiento en la vida humana.

(iv) El resultado de este nuevo nacimiento es que la persona que lo experimenta llega a ser primicia de una nueva creación (*Santiago 1:18*). La eleva de este mundo de espacio y tiempo, de cambio y caducidad, de pecado y derrota, y la pone en contacto aquí y ahora con la eternidad y la vida eterna.

(v) La persona nace de nuevo a una esperanza viva(] *Pedro 1:3*). Pablo describe el mundo gentil como algo sin esperanza (*Efesios 2:12*). Sófocles escribió: «No nacer en absoluto es con mucho la mejor fortuna; lo segundo mejor es, tan pronto como se nace, regresar rápidamente allá de donde se vino.» Para los gentiles, el mundo era un lugar en el que todo se aja y decae; podría ser suficientemente agradable en sí, pero no conduce más que a la oscuridad sin fin. Para el mundo antiguo la característica cristiana era la esperanza, que procedía de dos cosas. (a) El cristiano percibía que había nacido; no de simiente corruptible, sino incorruptible (*1 Pedro 1:23*). Tenía en sí mismo algo de la misma naturaleza de Dios; y, por tanto, tenía una vida que ni el tiempo ni la eternidad podrían destruir. (b) Aquello procedía de la resurrección de Jesucristo(] *Pedro 1:3*). El

cristiano tiene para siempre a su lado -aún más, es una cosa con- este Jesucristo Que ha conquistado aun la muerte y, por tanto, no hay nada a lo que deba tener miedo.

(vi) El nuevo nacimiento del cristiano le introduce en la integridad (1 *Juan* 2:29; 3: 9; 5:18). Por este nuevo nacimiento es purificado de sí mismo, de los pecados que le encadenaban y de los hábitos que le dominaban; y recibe un poder que le permite caminar en integridad. Eso no es decir que el nacido de nuevo ya no peca más; pero sí que cada vez que caiga recibirá poder y gracia para levantarse otra vez.

(vi_i) El nuevo nacimiento del cristiano le introduce en el amor (1 *Juan* 4: 7). Como el Don de Dios está en él, es limpiado de toda la amargura del resentimiento esencial de la vida egocéntrica, y hay en él algo del amor sacrificial y perdonador de Dios.

(vi_{ii}) Por último, el nuevo nacimiento del cristiano le introduce en la victoria(] *Juan* 5:4). La vida deja de ser derrota y empieza a ser victoria sobre el yo y el pecado y las circunstancias. Como la vida de Dios está en el cristiano, aprende el secreto de la vida victoriosa.

LA GRAN HERENCIA

1 Pedro 1:3-5 (continuación)

Además, el cristiano ha recibido una gran *herencia* (*kléronomía*). Aquí tenemos una palabra con una gran historia, porque es la palabra que se usa corrientemente en Antiguo Testamento griego para la herencia de Canaán, la Tierra Prometida. Una y otra vez se habla en el Antiguo Testamento de la tierra que Dios le ha dado a Su pueblo *por heredad para que la tome en posesión* (*Deuteronomio* 15:4; 19:10). Para nosotros *herencia* tiende a querer decir algo que será nuestro en el futuro; pero la Biblia usa esta palabra en el sentido de una posesión segura. Para los judíos, la gran posesión definitiva era la Tierra Prometida, convicción que no ha dejado de producir problemas hasta el tiempo presente.

Pero la herencia cristiana es algo aún mayor. Pedro usa tres palabras que presentan tres cualidades que la describen. *Es imperecedera* (*afthartós*). Esta palabra quiere decir *imperecedera*, pero también *indestructible por ejércitos invasores*. Muchas veces Palestina había sido arrasada por ejércitos extranjeros, que habían guerreado para conquistarla, o despojarla, o destruirla. Pero el cristiano posee una paz y un gozo que ningún ejército invasor puede asolar ni destruir. *Es incorruptible*. La palabra original es *amíantos*, y el verbo *miainein* del que deriva quiere decir *contaminar* con impureza impía. Muchas veces Palestina había sido corrompida por el culto falso a dioses falsos (*Jeremías* 2:7, 23; 3:2; *Ezequiel* 20:43). Las cosas que contaminaban habían dejado su impronta en la Tierra Prometida; pero el cristiano tiene una pureza que no puede infectar el pecado del mundo. *Es inmarcesible* (*amárantos*). En la Tierra Prometida, como en cualquier otra, hasta la florecilla más preciosa se aja y muere. Pero el cristiano ha sido elevado a un mundo en el que no hay cambio ni caducidad, y en el que su paz y gozo están fuera del alcance de las suertes y las fases de la vida.

¿Cuál es, entonces, esa heredad que posee el cristiano nacido de nuevo? Puede que haya muchas respuestas secundarias a esa pregunta, pero sólo una primaria: la heredad del cristiano es Dios mismo. El salmista lo dijo: < El Señor es la porción de mi herencia y de mi copa... y es hermosa la heredad que me ha tocado » (*Salmo* 16:5s). Dios era su porción para siempre (*Salmo* 73: 23-26). «Mi porción es el Señor, dijo mi alma; por tanto, en Él esperaré» (*Lamentaciones* 3:24).

Porque el cristiano es la posesión de Dios y Dios es la posesión del cristiano, éste tiene una herencia imperecedera, incontaminable e inmarcesible.

PROTEGIDO EN EL TIEMPO Y A SALVO EN LA ETERNIDAD

1 Pedro 1:3-5 (conclusión)

La heredad del cristiano, la plenitud del gozo de Dios, le espera en el Cielo; y de esto tiene Pedro dos grandes cosas que decir.

(i) En nuestro viaje a través del mundo hacia la eternidad somos protegidos por el poder de Dios mediante la fe. La palabra que usa Pedro para *proteger* (*frurein*) es una palabra militar. Quiere decir que nuestra vida está guarnecida por Dios, y que Él es el centinela que nos guarda todos nuestros días. El que tiene fe, nunca duda, aunque no pueda verle con los ojos de la cara, que Dios está presente entre las sombras, montando la guardia sobre los Suyos. No es que Dios los libre de los problemas y los dolores de la vida, sino que nos capacita para que los conquistemos y sigamos adelante.

(ii) La Salvación final se revelará al final del tiempo. Aquí tenemos dos concepciones que están a la base del pensamiento del Nuevo Testamento. En él se habla frecuentemente del último día o de los últimos días o del tiempo del fin. Por detrás de todo esto está la manera en que los judíos dividían la Historia en dos edades: la presente, que está totalmente bajo el dominio del mal, y la por venir, que será la edad de oro de Dios. Entre las dos vendría el Día del Señor, cuando el mundo sería destruido

y rehecho y tendría lugar el Juicio Final. Ese tiempo intermedio es el de los últimos días o el tiempo del fin en que el mundo tal como lo conocemos llegará a su fin.

No se nos ha concedido saber cuándo llegará ese tiempo ni qué pasará entonces; pero podemos reunir lo que el Nuevo Testamento nos dice sobre este tema.

(i) Los primeros cristianos creían que ya estaban viviendo en los últimos días. < Hijitos, ya es el último tiempo » -les dice Juan a los suyos (1 Juan 2:18). El autor de *Hebreos* habla de la plenitud de la revelación que ha venido a la humanidad en Cristo < en estos postreros días » (*Hebreos* 1:2). Los primeros cristianos veían que Dios había invadido ya el tiempo, y el fin era inminente.

(ii) Los postreros días habría un derramamiento del Espíritu de Dios sobre las personas (*Hechos* 2:17). Los primeros cristianos vieron el cumplimiento de esa esperanza el día de Pentecostés, y a la Iglesia llena del Espíritu Santo.

(iii) Era la convicción normal de la Iglesia Primitiva que, antes del fin, los poderes del mal lanzarían un último ataque, y que surgirían toda clase de falsos maestros (2 *Timoteo* 3:1; 1 *Juan* 2:18; *Judas* 18).

(iv) Los muertos resucitarían. Jesús prometió que al final resucitaría a los suyos (*Juan* 6:39s, 44, 54; 11:24).

(v) Inevitablemente, habría un tiempo de juicio cuando la justicia de Dios se impondría, y Sus enemigos recibirían su justa condenación y castigo (*Juan* 12:48; *Santiago* 5:3).

Tales son las ideas de los autores del Nuevo Testamento cuando hablan del *tiempo del fin* o de los *últimos días*.

Sin duda para muchos ese sería un tiempo de terror; pero para los cristianos no era de terror, sino de liberación. La palabra *sózein* quiere decir *salvar* en mucho más que un sentido teológico. Es la palabra corriente para *rescatar de un peligro* y *sanar de una enfermedad*. Charles. Bigg indica en su comentario que en el Nuevo Testamento *sózein*, *salvar*, y *sótéría*, *salvación*, tienen cuatro campos de significación diferentes pero íntimamente relacionados. (a) Describen liberación de un peligro (*Mateo* 8:25). (b) Describen liberación de enfermedad (*Mateo* 9:21). (c) Describen la liberación de la condenación de Dios (*Mateo* 10:22; 24:13). (d) Describen liberación de la enfermedad y el poder del pecado (*Mateo* 1:21). La Salvación es una realidad que tiene muchos aspectos: liberación de peligro, de enfermedad, de la condenación y del pecado. Es eso, y nada menos que eso, lo que el cristiano espera en el tiempo del fin.

EL SECRETO DE LA RESISTENCIA

1 Pedro 1:6-7

Ahí radica vuestro gozo, aunque si es necesario de momento y por poco tiempo estéis afligidos por diversos tipos de pruebas; porque el objeto de tales pruebas es que vuestra fe probada y confirmada (más preciosa que el oro, que es perecedero aunque se purifica por medio de fuego), obtenga alabanza y gloria y honor cuando aparezca Jesucristo.

Pedro se sitúa en las circunstancias concretas de la vida en que se encuentran sus lectores. Su Cristianismo los había hecho siempre impopulares, pero ahora los acechaba una persecución más que probable. Pronto se desataría la tormenta, y la vida se convertiría en una agonía. Ante esa situación amenazadora, Pedro les recuerda tres razones por las que ellos podrán resistir cualquier cosa que se les venga encima.

(i) Pueden resistirlo todo a causa de lo que pueden esperar. Al fin y al cabo, tienen una herencia magnífica: la vida con Dios. De hecho, así es como interpreta Westcott la frase *en el tiempo postrero (en kairó esjató)*. Nosotros la hemos tomado en el sentido de *en el momento en que llegue a su fin el mundo tal como lo conocemos*; pero en el original puede significar *cuando las cosas lleguen a lo peor*. Es entonces, dice Westcott, cuando todo llegue al límite, cuando se desplegará el poder salvador de Cristo.

En cualquier caso, el sentido resultante es el mismo. Para el cristiano, la persecución y la prueba no son el final; más allá se encuentra la gloria y en la esperanza de esa gloria se puede sufrir todo lo que la vida nos depare. A veces sucede que una persona tiene que sufrir una grave operación o curso de tratamiento; pero acepta el dolor o las molestias porque espera recuperar una salud y unas fuerzas renovadas que la esperan al otro lado. Es uno de los hechos fundamentales de la vida que lo que se puede sufrir está en función de lo que espera -y el cristiano espera un gozo indescriptible.

(ii) Se puede soportar cualquier cosa que le sobrevenga a uno si se tiene en cuenta que la aflicción es realmente una prueba. Para purificar al oro, hay que someterlo al fuego. Las pruebas que le sobrevienen a una persona prueban su fe, que sale de ellas más fuerte de lo que era antes. Los rigores que un atleta tiene que soportar no pretenden colapsarle, sino capacitarle para desarrollar más fuerza y habilidad. Las pruebas de este mundo no están diseñadas para agotar nuestra resistencia, sino para incrementarla.

En relación con esto hay una cosa sumamente sugestiva en el lenguaje que usa Pedro. Dice que el cristiano, *de momento* puede que tenga que sufrir *diversos tipos* de pruebas. En griego dice *poikilos*, que quiere decir literalmente *de muchos colores*.

Pedro usa esta palabra solamente otra vez, y es para describir la gracia de Dios (1 *Pedro* 4:10). Nuestras adversidades puede que tengan muchos colores, pero también la gracia de Dios; no hay color en la situación humana con el que la gracia de

Dios no pueda hacer juego. Hay una gracia que le va a cada prueba, y no hay prueba a la que no le corresponda alguna gracia.

(iii) Pueden soportarlo todo porque, al acabar todo, cuando aparezca Jesucristo, recibirán de Él alabanza y gloria y honor. Una y otra vez en la vida hacemos un esfuerzo supremo no para que nos lo paguen ni recompensen, sino para ver la luz en los *ojos* de alguien y escuchar sus palabras de aprecio. Estas valen más que nada en el mundo. El cristiano sabe que, si resiste la prueba, Le oirá decir al Maestro: < ¡Bien hecho! >

Esta es la receta para resistir cuando la vida y la fe se ponen difíciles. Podemos aguantar lo que sea por la grandeza que esperamos, porque cada adversidad es otra prueba para fortalecer y purificar nuestra fe, y porque al final de todo Jesucristo está esperando decir a todos Sus siervos fieles: < ¡Bien hecho! >

NO LE HEMOS VISTO,
PERO LE CONOCEMOS

1 Pedro 1:8-9

Aunque nunca Le habéis visto, Le amáis; aunque ahora tampoco Le veis, creéis en Él. Y os regocijáis con un gozo indecible y glorioso porque estáis recibiendo lo que es el objetivo de vuestra fe: la salvación de vuestras almas.

Pedro está trazando un contraste implícito entre él mismo y sus lectores. Él había tenido el privilegio inapreciable de conocer a Jesús en Su vida en la Tierra. Sus lectores no habían tenido ese gozo; pero, a pesar de eso, Le amaban; y aunque no Le veían con los *ojos* de la cara, creían en Él. Y esa fe les producía un gozo que trascendía la expresión y que estaba revestido de gloria, porque aun aquí y ahora les aseguraba el bienestar definitivo de sus almas.

E. G. Selwyn distingue en su comentario cuatro etapas en la aprehensión de Cristo por nosotros.

(i) La primera es una etapa de esperanza y anhelo, la etapa de los que soñaron con la venida del Rey en todas las edades. Como Jesús mismos les dijo a Sus discípulos: «Muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros estáis viendo, pero no lo vieron» (*Lucas 10:23s*). Hubo días de un anhelo y una expectación que no se habían realizado.

(ii) La segunda etapa fue la de aquellos que conocieron a Jesús en Su vida terrenal. Eso es lo que tiene en mente Pedro aquí. Eso era lo que estaba pensando cuando le dijo a Comelio: «Nosotros somos testigos de todo lo que Él hizo, tanto en el país de los judíos como en Jerusalén» (*Hechos 10:39*). Hubo algunos que convivieron con Jesús, y de cuyo testimonio dependemos para saber cómo era y qué hizo.

(iii) Hay personas en todas las naciones y en todos los tiempos que ven a Jesús con los ojos de la fe. Jesús le dijo a Tomás: «¿Has creído porque Me has visto? ¡Benditos los que no han visto, y sin embargo creen!» (*Juan 20:29*). Esta manera de ver a Jesús es posible solamente porque Él no es simplemente alguien que vivió y murió y ahora no es más que el protagonista de un libro; sino que es Alguien que vivió y murió y resucitó y vive para siempre. Se ha dicho que «ninguno de los apóstoles se acordaba nunca de Cristo.» Es decir: Jesús no es sólo un recuerdo; es una Persona Que conocemos.

(iv) Está la visión beatífica. Pedro estaba seguro de que Le vería como Él es (1 *Juan* 3:2). «Ahora dice Pablo- vemos borrosamente como en un espejo; pero entonces, cara a cara» (1 *Corintios* 13:12). Si la mirada de fe permanece, día llegará en que Le veamos cara a cara, y Le conozcamos como Él nos conoce.

No ya con ojos de la fe, sin velo allí contemplaré el rostro del Dios mío; del alto Rey la majestad,

*la gloria de Su santidad,
de cerca ver confío.*

*Tanto - cuanto
fue escondido - al sentido,
bella, pura,
celestial, alta hermosura.*

(Philip Nicolai - Tr. Federico Fliedner).

EL ANUNCIO DE LA GLORIA

1 Pedro 1:10-12

Los profetas que anunciaron la gracia que os habría de venir, inquirieron e indagaron sobre esa Salvación, tratando de descubrir cuándo y cómo el Espíritu de Cristo que estaba en ellos les decía que había de suceder, testificando anticipadamente acerca de los sufrimientos que Le estaban destinados a Cristo y las glorias que habrían de seguirlos. A ellos les fue revelado que el ministerio que estaban ejerciendo acerca de esas cosas no era para sí mismos, sino para vosotros; las cosas que ahora os han sido proclamadas por medio de los que os han predicado el Evangelio en el poder del Espíritu Santo enviado desde el Cielo, que son cosas que los ángeles anhelan vislumbrar.

Aquí tenemos otra vez un pasaje henchido de riquezas. La maravilla de la Salvación que había de venir a la humanidad en la Persona de Jesucristo era tal que los profetas inquirieron e indagaron acerca de ella; y hasta los ángeles estaban ansiosos por vislumbrarla. Pocos pasajes tienen tanto que decirnos sobre cómo escribieron los profetas y cómo eran inspirados.

(i) Se nos dicen dos cosas de los profetas. La primera, que inquirieron e indagaron sobre la Salvación que iba a venir. La segunda, el Espíritu de Cristo que estaba en ellos les habló acerca de Cristo. Aquí tenemos la gran verdad de que la inspiración depende de dos cosas: la mente investigadora de la persona, y el Espíritu revelador de Dios. Se solía decir a veces que los que escribieron las Sagradas Escrituras eran como plumas en las manos de Dios, o como flautas por las que soplabla el Espíritu o liras por las que Se movía. Es decir: se afirmaba que no eran más que instrumentos, casi inconscientes, en las manos de Dios. Pero este pasaje nos dice que la verdad de Dios sólo viene al que la busca. En la inspiración hay un elemento humano, y otro divino; es el producto, a la vez, de la búsqueda de la mente humana y de la revelación del Espíritu de Dios.

Además, este pasaje nos dice que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, siempre ha estado activo en el mundo. Siempre que las personas han vislumbrado la belleza, o han alcanzado la verdad, o han sentido el anhelo de Dios, era por la acción del Espíritu de Cristo. Nunca ha habido ningún momento en la historia de una nación cuando el Espíritu Santo no estuviera moviendo a las personas a buscar a Dios, y guiándolas para que Le encontraran. Algunas veces la gente estaba ciega y sorda, o malentendían esa dirección; a veces no captaba más que fragmentos de ella; pero siempre el Espíritu revelador estaba guiando a la mente buscadora.

(ii) Este pasaje nos dice que los profetas hablaron de los sufrimientos y de la gloria de Cristo. Pasajes tales como el Salmo 22 e Isaías 52:13 - 53:12 encontraron su consumación y cumplimiento en los sufrimientos de Cristo. Pasajes tales como los Salmos 2, 16:8-11, o 110 encontraron su cumplimiento en la gloria y el triunfo de Cristo. No tenemos que creer que los profetas tuvieron visiones del Hombre Jesús de manera anticipada. Lo que sí previeron fue que Uno vendría un día en Quien se harían realidad y cumplirían sus sueños y visiones.

(iii) Este pasaje nos dice para quién hablaron los profetas. Era el mensaje de la gloriosa liberación de Dios lo que ellos trajeron a la humanidad. Esa era una liberación que ellos mismos no llegaron a experimentar. A veces Dios le da una visión a una persona, pero le dice: «¡Pero todavía no!» Llevó a Moisés a la cima del Pisga, y le mostró toda la Tierra Prometida y le dijo: «Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá» (*Deuteronomio* 34:1-4). Alguien cuenta que a la caída de la tarde había un ciego encendiendo las farolas. Iba guiándose con el bastón de farola en farola llevando una luz que él mismo no habría de ver. Como los profetas sabían, era un gran privilegio tener una visión, aunque su cumplimiento fuera para otros en el futuro.

EL MENSAJE DEL PREDICADOR

1 Pedro 1:10-12 (conclusión)

Este pasaje nos habla, no sólo de las visiones de los profetas, sino también del mensaje de los predicadores. Habían sido los predicadores los que habían llevado el mensaje de Salvación a los lectores de la carta de Pedro.

(i) Nos dice que predicar es anunciar la Salvación. La predicación puede cambiar de sistema o de aspecto según los tiempos, pero fundamentalmente es la proclamación del Evangelio, la Buena Noticia. Puede que el predicador tenga a veces que advertir, amenazar y condenar; puede que tenga que recordarles a las personas que hay tal cosa como el juicio y la ira de Dios; pero básicamente, por encima de todo, su mensaje es el anuncio de la Salvación.

(ii) Nos dice que predicar es por medio del Espíritu Santo enviado del Cielo. El mensaje del predicador no es algo suyo, sino que le es dado. Él presenta, no sus propias opiniones y hasta prejuicios, sino la verdad que le ha dado el Espíritu Santo. Como el profeta, tendrá que indagar e inquirir, que estudiar y que aprender; pero debe fundamentalmente esperar que le llegue la dirección del Espíritu Santo.

(iii) Nos dice que el mensaje del predicador es acerca de cosas que los ángeles querrían vislumbrar. Es inexcusable la trivialidad en la predicación. No hay disculpas para presentar un mensaje embadurnado de tierra y desamable, sin interés ni emoción. La Salvación de Dios es una cosa tremenda.

Es con el mensaje de Salvación y la inspiración del Espíritu de Cristo como debe siempre presentarse el predicador.

LA VIRILIDAD NECESARIA PARA LA FE CRISTIANA

1 Pedro 1:13

Así que, ceñid los lomos de vuestro entendimiento; sed sobrios; llegad ala decisión final de poner vuestra esperanza en la gracia que se os va a traer cuando Se revele Jesucristo.

Pedro ha estado hablando acerca de la grandeza y la gloria que el cristiano espera; pero el cristiano no puede nunca perderse en sueños de futuro; tiene siempre que ser viril en la batalla del presente. Así es que Pedro le envía a su gente tres desafíos.

(i) Les dice *que se ceñan los lomos de la mente*. Esta es una frase deliberadamente gráfica. En Oriente era comente que los hombres llevaran túnicas largas y sueltas más aptas para mantenerse frescos que para avanzar rápido o trabajar arduamente. El cinturón, colocado donde su nombre indica, no arreglaba mucho las cosas; mejor era y es la faja que probablemente heredamos de ellos los campesinos españoles. Se sugiere que el equivalente moderno podría ser *remangarse o quitarse la chaqueta*. Pedro está diciéndoles a los suyos que hay que estar dispuestos para una ardua tarea intelectual. No se debe nunca contentar uno con una fe difuminada e inconcreta; hay que proponerse pensar las cosas en serio y a fondo.

Puede que eso nos lleve a descartar algunas cosas. Puede que sé cometan errores; pero lo que le quede a uno será suyo de una manera que nada ni nadie se lo podrá quitar nunca.

(ii) Les dice *que sean sobrios*. La palabra griega, como la española puede tener dos sentidos. Puede querer decir sencillamente que no se está borracho, y también puede querer decir que se tiene una mente equilibrada. Es decir: que no deben intoxicarse ni con bebidas intoxicantes ni con ideas intoxicantes; deben mantener un juicio equilibrado. Le es fácil al cristiano dejarse llevar por este, ese o aquel entusiasmo repentino y emborracharse con la última moda o manía. Pedro les exhorta a que mantengan la compostura esencial que les es propia a los que saben lo que creen.

(iii) Les dice que *pongan su esperanza en la gracia que se les va a dar cuando venga Jesucristo*. Es la gran característica del cristiano el vivir en esperanza; y porque vive en esperanza puede soportar las pruebas del presente. Cualquiera puede soportar la lucha y el esfuerzo y el trabajo si está seguro de que conduce a alguna parte. Es por eso por lo que el atleta se somete al duro entrenamiento y el estudiante al estudio. Para el cristiano, lo mejor siempre está por venir. Puede vivir con agradecimiento por todas las misericordias del pasado, con resolución de aceptar los desafíos del presente y con una esperanza segura de que, en Cristo, lo mejor es lo que está todavía por venir.

LA VIDA SIN CRISTO Y LA VIDA LLENA DE CRISTO

1 Pedro 1:14-25

Sed hijos obedientes. No sigáis viviendo una vida de acuerdo con los deseos que teníais en los días de vuestra ignorancia anterior, sino mostraos santos en la forma que os conducis en todos los aspectos de vuestra vida, como es santo el Que os ha llamado; porque escrito está: «Sed santos, porque Yo soy santo.» Si llamáis Padre al Que juzga a cada uno conforme a su obra con una imparcialidad total, conduciós con reverencia todo el tiempo de vuestra peregrinación por el mundo; porque sabéis que no fue con cosas perecederas como plata u oro como fuisteis rescatados de la manera vana de vivir que habíais aprendido de vuestros padres, sino con la sangre preciosa de Cristo, como la de un cordero sin mancha ni contaminación. Fue antes de la creación del mundo cuando fue predestinado para esta obra; ha sido al fin de las edades cuando ha aparecido, por amor a vosotros, que por medio de Él habéis llegado a creer en Dios, Que Le levantó de los muertos y Le ha dado gloria, para que pongáis en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Ahora que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad -una purificación que debe desembocar en un amor fraternal sincero-, amaos los unos a los otros de corazón y con constancia, porque habéis nacido de nuevo, no de simiente mortal, sino inmortal, por medio de la Palabra viva y permanente de Dios. Porque «toda carne es hierba, y su belleza como la florecilla del campo. La hierba se seca, y la flor se mustia; pero la Palabra de Dios permanecerá para siempre.» Y esa es la Palabra cuya buena noticia ha llegado hasta vosotros.

En este pasaje hay tres grandes líneas de enfoque que debemos considerar una a una. En primer lugar Pedro nos habla de Jesucristo como Redentor y Señor.

1. JESUCRISTO, REDENTOR Y SEÑOR

(i) Jesucristo es el Emancipador, por medio de Quien somos libertados de la esclavitud del pecado y de la muerte; es el

Cordero sin mancha ni contaminación (versículo 19). Cuando Pedro hablaba así de Jesús, su mente se retrotraía a dos imágenes del Antiguo Testamento: a *Isaías 53*, con su descripción del Siervo doliente por medio de cuyo sufrimiento somos salvados y sanados, y sobre todo a la del Cordero Pascual (*Éxodo 12:5*). En aquella noche memorable cuando dejaron atrás la esclavitud de Egipto, se mandó a los israelitas que tomaran un cordero, y lo sacrificaran, y marcaran con su sangre el dintel y los dos postes de las puertas; y, cuando el ángel de la muerte pasara por la tierra matando a los primogénitos de los egipcios, < pasaría por alto > -eso es lo que quiere decir *pascua*- las casas así marcadas. Ese cuadro del Cordero Pascual contiene las ideas gemelas de la emancipación de la esclavitud y liberación de la muerte. No importa cómo lo interpretemos: costó la vida y la muerte de Jesucristo el libertarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte.

(ii) Jesucristo personifica el eterno propósito de Dios. Fue antes de la creación del mundo cuando fue predestinado para la Obra que se Le encomendó (versículo 20). Aquí tenemos un gran pensamiento. A veces tendemos a pensar en Dios primero como Creador y luego como Redentor, como si Él hubiera creado el mundo y después, cuando se Le rebeló, encontró la manera de rescatarlo mediante Jesucristo. Pero aquí se nos presenta a Dios como Redentor *antes* de ser Creador. Su propósito redentor no fue una salida de emergencia a la que se vio obligado cuando las cosas se Le pusieron mal; estaba ahí desde el principio, desde antes de la Creación.

(iii) Pedro tiene un curso de pensamiento que es general en todo el Nuevo Testamento. Jesucristo no es sólo el Cordero que fue sacrificado: es también el Resucitado y el Triunfador a Quien Dios dio la gloria. Los pensadores del Nuevo Testamento rara vez separan la Cruz de la Resurrección; rara vez piensan en el *sacrificio* de Cristo sin pensar en Su *triunfo*. Edward Rogers, en su libro *Para que tengan Vida*, nos dice que en una ocasión recorrió atentamente toda la historia de la Pasión y la Resurrección de Cristo para encontrar la manera

de representarla dramáticamente; y prosigue: «Empecé a darme cuenta de que hay algo equivocado sutil y trágicamente en cualquier énfasis que se haga en la agonía de la Cruz que pudiera nublar la gloria de la Resurrección, cualquier sugerencia de -que lo que aseguró la salvación del mundo fue el dolor soportado pacientemente más bien que el amor triunfador de la vida y de la muerte.» Se pregunta dónde concentran la mirada los creyentes desde el principio de la cuaresma, qué es lo que más vemos. « ¿Es la oscuridad que cubrió la Tierra al mediodía, rodeando el dolor y la angustia de la Cruz? ¿O es la deslumbradora misteriosa brillantez del amanecer que irradió desde la tumba vacía? » Y sigue: «Hay formas de predicación evangélica seria y devota, y de obras teológicas que dan la impresión de que, de alguna manera, la Cruz ha ensombrecido la Resurrección, y que todo el propósito de Dios se cumplió en el Calvario. La verdad, que se nubla a nuestro grave riesgo espiritual, es que la Crucifixión no se puede interpretar ni entender más que a la luz de la Resurrección.»

Con Su muerte Cristo emancipó a la humanidad de la esclavitud al pecado y la muerte; pero con Su Resurrección le da una vida gloriosa e indestructible como la Suya. Su Resurrección nos da fe y esperanza en Dios (versículo 21).

En este pasaje vemos a Jesús como el gran Emancipador al precio del Calvario; vemos en Jesús el eterno propósito redentor de Dios; vemos a Jesús como el Vencedor glorioso de la muerte y Señor de la vida, el dador de la vida que la muerte no puede tocar, y de una esperanza que nada puede arrebatar.

2. LA VIDA SIN CRISTO

Pedro escoge tres características de la vida sin Cristo.

(i) Es una vida de *ignorancia* (versículo 14). El mundo pagano estaba siempre asediado por la incognoscibilidad de Dios. Lo único que podían los seres humanos era buscar Su

misterio a tientas en la oscuridad. «Es difícil -decía Platón- investigar y hallar al Diseñador y Padre del universo; y, si se Le pudiera encontrar, sería imposible explicárselo a otros de manera que lo pudieran comprender.» Aristóteles hablaba de Dios como la Causa suprema, soñado por todos pero a Quien no conocía nadie. El mundo antiguo no dudaba que hubiera un Dios o dioses, pero creía que era imposible conocerle o conocerlos, y que no tenían ningún interés en la humanidad o en el mundo. En un mundo sin Cristo, Dios era un misterio y un poder, pero no un amor; no había Nadie a Quien elevar los brazos en busca de ayuda, o los ojos, de esperanza.

(ii) Es una vida *dominada por el deseo* (versículo 14). Al leer los reportajes del mundo al que vino el Cristianismo, no podemos por menos de sentirnos apabullados por la brutal carnalidad de su vida. Existía una pobreza desesperada en el límite inferior de la escala social; pero en el superior, leemos acerca de banquetes multimillonarios en los que se servían sesos de pavos reales y lenguas de ruiseñores, y donde el emperador Vitelio colocó en la mesa en un solo banquete dos mil pescados y siete mil aves. La castidad era cosa olvidada. Marcial habla de una mujer que había llegado a tener diez maridos; Juvenal, de una mujer que había tenido ocho maridos en cinco años, y Jerónimo nos cuenta que en Roma había una mujer casada con su marido vigésimo tercero, del que ella era la vigésima primera esposa. Tanto en Roma como en Grecia, la práctica de la homosexualidad era tan corriente que ya se consideraba natural. Era un mundo dominado por el deseo, cuya meta era encontrar nuevas y más salvajes formas de satisfacer la concupiscencia.

(iii) Era una vida caracterizada por *la inutilidad*. Su problema de raíz era que no iba a ninguna parte. Catulo escribe a su Lesbia solicitándole las delicias del amor. Le ruega que atrape el momento con sus goces fugaces. «Los soles pueden salir y ponerse de nuevo; pero una vez que se ponga nuestra breve luz, ya no queda nada más que una noche interminable de la que no se despierta.» Si una persona había de morir como un perro, ¿por qué no vivir como tal? La vida era un negocio inútil, con unos pocos breves años a la luz del Sol; y luego, la nada eterna. No había nada por lo que vivir ni morir. La vida no puede por menos de ser inútil si no hay nada al otro lado de la muerte.

3. LA VIDA LLENA DE CRISTO

Pedro encuentra tres características de la vida llena de Cristo, y razones impulsoras para cada una de ellas.

(i) La vida llena de Cristo es una vida de *obediencia y de santidad* (versículos 14-16). El ser escogidos de Dios es entrar, no sólo en un gran privilegio, sino también en una gran responsabilidad. Pedro recuerda el antiguo mandamiento que estaba a la base de toda la religión hebrea. Dios insistía en que Su pueblo fuera santo, porque Él es santo (*Levítico 11:44; 19:2; 20:7, 26*). La palabra para *santo* es *haguíos*, y el sentido de la raíz es *diferente porque pertenece a Dios*. En este sentido, el templo y el sábado eran santos, y los cristianos son santos porque son diferentes de todos los demás porque pertenecen a Dios, Que es el único Santo por antonomasia. Un cristiano es una persona que pertenece a Dios, porque Dios la ha elegido para una labor en el mundo y para un destino en la eternidad. Ha sido elegido para vivir para Dios en el tiempo, y con Él en la eternidad. En el mundo tiene que obedecer Sus leyes y reproducir Su vida. Al cristiano se le encomienda la tarea de ser diferente.

(ii) La vida llena de Cristo es una vida de *reverencia* (versículos 17-21). La reverencia es la actitud mental de la persona que es consciente de estar en la presencia de Dios. En estos cinco versículos, Pedro escoge tres razones para esta reverencia. (a) El cristiano es un forastero en este mundo. Vive su vida a la sombra de la eternidad; tiene en mente siempre, no sólo dónde está, sino también adónde se dirige. (b) Va a

Dios; cierto: puede llamar Padre a Dios, pero ese mismo Dios al Que llama Padre es también el Que juzga a todas las personas con estricta imparcialidad. El cristiano es una persona que tendrá que rendir cuentas. Tiene un destino que ganar o perder. La vida en este mundo adquiere una importancia tremenda porque conduce a la del más allá. (c) El cristiano debe vivir con reverencia su vida porque costó muy cara, nada menor que la vida y la muerte de Jesucristo. Entonces, como la vida tiene un valor tan incalculable, no se puede perder o desperdiciar. Ninguna persona respetable malgasta lo que tiene un infinito valor humano.

(iii) La vida llena de Cristo es una vida de *amor fraternal*. Debe manifestarse en un amor a los hermanos que es sincero, cordial y firme. El cristiano es una persona que ha nacido de nuevo, no de simiente mortal, sino inmortal. Eso puede que quiera decir una de dos cosas. Puede querer decir que el que el cristiano sea hecho de nuevo no se debe a intervención humana, sino a la de Dios, lo que es otra manera de decir lo que Juan dijo al hablar de < los que son nacidos, no de sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (*Juan 1:13*). O, más probablemente, quiere decir que el cristiano es hecho de nuevo al penetrar en él la semilla de la Palabra de Dios; y la representación es la de la Parábola del Sembrador (*Mateo 13:1-9*). La cita que Pedro hace está tomada de *Isaías 40:6-8*, y la segunda interpretación encaja mejor. Lo tomemos como lo tomemos, el sentido es que el cristiano es una persona hecha de nuevo. Porque ha nacido de nuevo, la vida de Dios está en él. La característica suprema de la vida de Dios es el amor, así es que el cristiano tiene que mostrar a los demás ese amor divino.

El cristiano es una persona que vive una vida llena de Cristo, una vida que es diferente, que nunca olvida la infinitud de su obligación, y que hace hermosa el amor de Dios que le dio nacimiento.

QUÉ DEJAR Y QUÉ ANHELAR

1 Pedro 2:1-3

Así que despojaos de todo lo malo del mundo pagano y de todo lo engañoso, actuación hipócrita y sentimientos de envidia, de todo chismorreo despectivo de los demás; y, como bebés recién nacidos, desead la leche sin adulterar de la Palabra para crecer hasta alcanzar la Salvación. Estáis obligados a ello si habéis saboreado la amabilidad del Señor.

Ningún cristiano se puede quedar como está, así es que Pedro exhorta a los suyos a romper con todo lo malo, y afirmar el corazón en todo lo que puede alimentar de veras la vida espiritual.

Hay cosas de las que uno tiene que *despojarse*. *Apotheisthai* es la palabra para quitarse uno la ropa. Y hay cosas de las que un cristiano tiene que desvestirse como de la ropa sucia.

Ha de quitarse de encima *todo lo malo del mundo pagano*. La palabra para lo malo es *kakía*; es la palabra más general para maldad, e incluye todas las maneras malas del mundo sin Cristo. Las otras palabras son ilustraciones y especificaciones de esa *kakía*; y hay que advertir que son todas faltas del carácter que hieren la gran virtud del amor fraternal. No puede haber amor fraternal mientras existan estas cosas malas.

Está *el engaño (dolos)*. *Dolos* es el truco del que se dedica a engañar a los demás para conseguir lo que se propone, el vicio de la persona que no tiene nunca miras limpias.

Está *la hipocresía (hypókrisis)*. *Hypokrités (hipócrita)* es una palabra que tiene un historia curiosa. Es el nombre correspondiente al verbo *hypokrinesthai*, que quiere decir sencillamente *contestar*; un *hypokrités* no es más, en un principio, que uno que contesta. De ahí pasa a querer decir *un actor*, el que toma parte en un diálogo en la escena. Y de ahí pasa a significar *un farsante*, alguien que no hace más que representar,

manteniendo ocultos su verdaderos motivos. El hipócrita es aquí el que pretende ser cristiano para sacar algún provecho y prestigio, no para servicio y gloria de Cristo.

Está *la envidia (fthonos)*. Bien se puede decir que la envidia es el último pecado en morir. Asomaba su sucia cabeza hasta en el grupo de los apóstoles. Los otros diez les cogieron envidia a Santiago y a Juan cuando parecía que éstos les habían tomado la delantera en reservarse los puestos de honor en el Reino por venir (*Marcos 10.-4*). Hasta en la última Cena, los discípulos estaban discutiendo quiénes habían de ocupar los puestos más honorables (*Lucas 22:24*). Mientras el yo siga actuando en el corazón de la persona, habrá envidia en su vida. E. G. Selwyn llama a la envidia < la plaga endémica de todas las organizaciones voluntarias, y no menos de las religiosas. » C. E. B. Cranfield dice que «no tenemos que pasar mucho tiempo en lo que llamamos «el trabajo de la iglesia» para comprobar lo perenne fuente de problemas que es la envidia.»

Está *el chismorreo despectivo de los demás (katalalia)*. *Katalalia* es una palabra que tiene un sabor desmido. Quiere decir *hablar mal*; es casi siempre el fruto de la envidia; por lo general aparece cuando su víctima no está presente para defenderse. No hay muchas cosas que sean tan atractivas como escuchar o .repetir chismes jugosos. El chismorreo despectivo es algo que todos declaran que está mal, pero que al mismo tiempo casi todos practican y disfrutan. No cabe duda de que hay pocas cosas que produzcan tantos problemas y angustias y que sean tan destructivas del amor fraternal y de la unidad de la iglesia.

Estas son, pues, cosas que una persona nacida de nuevo debe quitarse de encima; puesto que, si sigue permitiéndoles que actúen libremente en su vida, dañarán la unidad de los hermanos.

EN QUÉ AFIRMAR EL CORAZÓN

1 Pedro 2:1-3 (conclusión)

Pero hay algo en lo que el cristiano debe afirmar el corazón. Debe anhelar *la leche sin adulterar de la Palabra*. El sentido de esta frase presenta alguna dificultad. Esa dificultad está en la palabra *loguikós*, que hemos traducido, con algunas versiones, *de la Palabra*. La Reina-Valera y otras tienen: *la leche espiritual*.

Loguikós es el adjetivo que se deriva del nombre *logos*, y la dificultad consiste en que tiene tres traducciones perfectamente posibles.

(a) *Logos* es la gran palabra estoica para la razón que guía el universo; *loguikós* es una palabra favorita de los estoicos que describe lo que tiene que ver con esta razón divina que gobierna todas las cosas. Si esta es la conexión de esta palabra no cabe duda de que *espiritual* es su significado.

(b) *Logos* es la palabra normal en griego para *mente o razón*; por tanto, *loguikós* tiene a menudo el sentido de *razonable o inteligente*. La Reina-Valera traduce esta palabra en *Romanos 12:1* por *racional*.

(c) *Logos* quiere decir en griego también *palabra*, y *loguikós* quiere decir *lo que pertenece a la palabra*. Este es el sentido que dan algunas traducciones, y nosotros creemos que es correcto. Pedro ha estado hablando de la Palabra de Dios, que permanece para siempre (*1 Pedro 1:23-25*). Es esa Palabra la que tiene en mente, y creemos que lo que quiere decir es que el cristiano debe desear con todo su corazón el alimento que procede de la Palabra de Dios, que es el que le puede hacer crecer hasta alcanzar la misma Salvación. En vista de todo el mal que hay en el mundo pagano, el cristiano debe fortalecer su alma con el alimento puro de la Palabra de Dios.

Este alimento de la Palabra *no está adulterado (ábolos)*. Es decir, no tiene ni la más ligera mezcla de nada malo. *Ábolos* es casi un término técnico para describir el grano totalmente

limpio de polvo y paja, o cualquier cosa que lo pueda dañar. En toda sabiduría humana hay algo de mezcla de cosas inútiles o dañinas; sólo la Palabra de Dios es totalmente buena.

El cristiano debe anhelar esta leche de la Palabra; *anhelar es epipothein*, que es una palabra robusta. Es la que se usa para el ciervo que brama de sed por las corrientes de las aguas (*Salmo 42:1*), o para el salmista que *desea* (R-V) la Salvación del Señor (*Salmo 119:174*). Para el sincero cristiano, el estudio de la Palabra de Dios no es un trabajo, sino un deleite, porque sabe que allí encontrará su corazón el alimento que anhela.

La metáfora del cristiano como un bebé recién nacido y la Palabra de Dios como la leche que le alimenta es frecuente en el Nuevo Testamento. Pablo se compara con la nodriza que cuida de los cristianos infantiles de Tesalónica (*1 Tesalonicenses 2:7*). O se refiere a la atención que presta a los corintios al alimentarlos con leche porque todavía no pueden digerir la carne (*1 Corintios 2:2*); y el autor de la *Carta a los Hebreos* culpa a sus lectores por seguir en la etapa de la leche cuando ya deberían dar señales de más madurez (*Hebreos 5:12; 6:2*). Para simbolizar el nuevo nacimiento en la Iglesia Primitiva, los recién bautizados se vestían con ropas blancas, y a veces se les daba leche como si fueran bebés. Es esta alimentación con la leche de la Palabra lo que hace crecer a un cristiano hasta llegar a la Salvación.

Pedro termina esta introducción con una alusión al *Salmo 4:8*: < Estáis obligados a ello -les dice- si habéis saboreado la amabilidad del Señor.> Aquí tenemos algo de la mayor significación. El hecho de que Dios sea tan paciente y generoso con nosotros no es excusa para que vivamos como queramos, dependiendo de que Él nos lo pase por alto; sino que nos impone la obligación de esforzarnos para merecer Su generosidad y amor. La amabilidad de Dios no es una excusa para la pereza en la vida cristiana, sino el mayor de todos los incentivos imaginables para el esfuerzo.

LA NATURALEZA Y MISIÓN DE LA IGLESIA

1 Pedro 2:4-10

Venid a Él, Piedra viva desechada por los hombres pero escogida y preciosa para Dios; y sed vosotros edificados, como piedras vivas, formando parte de una casa espiritual hasta que lleguéis a ser un sacerdocio santo para ofrecer mediante Jesucristo sacrificios espirituales que sean agradables a Dios; porque hay un pasaje de la Escritura que dice: «¡Fijaos! Yo coloco en Sión una Piedra escogida, una Piedra angular preciosa, y el que crea en Ella no quedará mal.» Así que esa Piedra es algo precioso para vosotros los que creéis; pero para los que no creen, < la Piedra que rechazaron los constructores ha llegado a ser la Piedra angular principal>, y «una Piedra en la Que tropezarán y que les será un obstáculo.» Tropiezan, porque desobedecen a la Palabra -un destino que les estaba reservado. Pero vosotros sois una raza escogida, un sacerdocio regio, un pueblo consagrado a Dios, una nación que es posesión exclusivamente Suya para proclamar las excelencias del Que os llamó de las tinieblas a Su gloriosa luz; vosotros, que antes no erais ni pueblo y ahora sois el pueblo del Señor; que antes estabais sin misericordia y que ahora habéis encontrado la misericordia.

Pedro expone la naturaleza y la misión de la Iglesia. Hay tanto en este pasaje que vamos a dividirlo en cuatro secciones.

1. LA PIEDRA QUE RECHAZARON LOS CONSTRUCTORES

La idea de *la piedra* es rica en contenido. Vamos a estudiar tres pasajes del Antiguo Testamento donde aparece.

(i) El principio del tema se remonta a las palabras del mismo Jesús. Una de las parábolas más iluminadoras entre todas las Suyas fue la de los Viñadores Malvados. En ella contó que los viñadores malvados mataron a un servidor tras otro y, al final, mataron hasta al Hijo. Estaba presentando el hecho de que la nación de Israel se había negado a prestar atención a los profetas y los había perseguido, y que esa rebeldía llegaría a su punto culminante con Su propia muerte. Pero más allá de la muerte contempló el triunfo, y lo expresó con palabras de los *Salmos*: < La misma Piedra que los constructores habían rechazado ha llegado a ser la Piedra angular; esto ha sido obra del Señor, y nos parece maravilloso > (*Mateo 21:42; Marcos 12:10; Lucas 20:17*).

Esa es una cita del *Salmo 118:22*. En el original, hace referencia a la nación de Israel. A. K. Kirkpatrick escribe acerca de esto: «Israel es < "la piedra angular principal" > Los poderes del mundo la desecharon como inútil, pero Dios la destinó para el lugar más honorable e importante del edificio de Su Reino en el mundo. Las palabras expresan la conciencia que Israel tenía de su misión y destino en el plan de Dios.» Jesús tomó estas palabras, y Se las aplicó a Sí mismo. Parecía que era totalmente

rechazado por la humanidad; pero en el propósito de Dios era la Piedra angular del edificio de Su Reino, honorable por encima de todas.

(ii) En el Antiguo Testamento hay otras referencias a esta Piedra simbólica, y los escritores de la Iglesia original las usaron para sus propósitos. El primero es *Isaías 28:16*: «Por tanto, el Señor Dios dice así: He aquí que Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.» Aquí también se hace referencia a Israel. La piedra segura y preciosa es la relación inalterable de Dios con Su pueblo, una relación que había de culminar en la venida del Mesías. De nuevo vemos que los escritores de la Iglesia original tomaron este pasaje y Se lo aplicaron a Jesucristo como la Piedra fundamental, preciosa e inamovible de Dios.

(iii) El segundo de estos pasajes también se encuentra en *Isaías*: «En cuanto al Señor de los ejércitos, a Él considerarán santo; a Él es a Quien debéis temer y reverenciar. Y Él llegará a ser por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra de tropiezo y por roca de escándalo, y por lazo y red a los habitantes de Jerusalén» (*Isaías 8:13-14*). El sentido es que Dios está ofreciendo Su señorío al pueblo de Israel; que, para los que Le acepten, Él será santuario y salvación; pero a los que Le rechacen Se volverá un terror y una destrucción. De nuevo, los escritores de la Iglesia original tomaron este pasaje y Se lo aplicaron a Cristo. Para los que Le acepten, Jesús es Salvador y Amigo; para los que Le rechacen, juicio y condenación.

(iv) Para comprender este pasaje tenemos que incluir una referencia del Nuevo Testamento a estos pasajes del Antiguo. No parece posible que Pedro pudiera hablar de Jesús como la Piedra angular y de los cristianos como piedras vivas del edificio de una casa espiritual unida en Él sin pensar en las propias palabras que Jesús le dirigió a él. Cuando hizo su gran confesión de fe en Cesarea de Filipo, Jesús le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca. edificaré Mi Iglesia» (*Mateo 16:18*). Es sobre la fe del creyente leal donde se edifica la Iglesia.

Estos son los orígenes de los cuadros de este pasaje.

2. LA NATURALEZA DE LA IGLESIA

En este pasaje aprendemos tres cosas acerca de la misma naturaleza de la Iglesia.

(i) Se compara al cristiano con una piedra viva, y a la Iglesia con un edificio vivo en el que se incorporan los creyentes, las piedras vivas (versículo 5). Está claro que esto quiere decir que *Cristianismo es comunidad*; el cristiano individual encuentra su verdadero lugar sólo cuando es edificado en un edificio. «La religión solitaria» queda descartada como una imposibilidad. C. E. B. Cranfield escribe: «Los francotiradores cristianos, que quieren ser cristianos pero se consideran por encima

de eso de pertenecer a una iglesia visible en la Tierra en 'cualquiera de sus formas, son sencillamente una contradicción en términos.»

Hay una historia famosa acerca de Esparta. Un rey espartano presumía de las murallas de Esparta ante un rey que le visitaba. Este miró por todas partes, pero no vio ni señal de las murallas; y le dijo al espartano: «¿Dónde están esas murallas de las que tanto presumes?» Su anfitrión le señaló sus guardaespaldas, una tropa estupenda. «Estos -le contestó- son las murallas de Esparta: cada soldado, una piedra.»

La lección está clara: mientras un ladrillo esté solo, no sirve para nada; sólo es útil cuando se le incorpora a un edificio. Así sucede con el cristiano individual: para hacer realidad su destino, no debe permanecer aislado, sino ser edificado en la estructura de la Iglesia.

Supongamos que alguien dijera en tiempo de guerra: «Yo quiero defender a mi patria y defenderla de sus enemigos.» Si trata de llevar a cabo su resolución a solas, no consigue nada. Sólo puede ser eficaz en su propósito manteniéndose codo con codo con sus semejantes. Así sucede con la Iglesia. Un cristianismo individualista es un absurdo; el Cristianismo es comunidad dentro de la comunión de la Iglesia.

(ii) Los cristianos son un sacerdocio santo (versículo 5). El sacerdote tenía dos características importantes.

(a) Era una persona que tenía acceso a Dios y cuya tarea consistía en llevar a Dios a otras personas. En el Antiguo Testamento ese acceso a Dios era el privilegio de los sacerdotes profesionales, y especialmente del sumo sacerdote, que era el único que podía entrar en el Lugar Santísimo. Mediante Jesucristo, el Camino nuevo y vivo, el acceso a Dios es el privilegio de cada cristiano, por fácil que nos parezca. Además, la palabra latina para sacerdote es *pontifex*, que quiere decir *constructor de puentes*; el sacerdote es el que hace un puente o hace de puente para que otros puedan acudir a Dios; y el cristiano tiene el deber y el privilegio de traer a otros al Salvador a Quien él ha conocido y ama.

(b) El sacerdote es un hombre que presenta ofrendas a Dios. El cristiano también debe presentar constantemente sus ofrendas a Dios. Bajo la antigua dispensación, las ofrendas que se presentaban eran sacrificios animales; pero los sacrificios del cristiano son sacrificios *espirituales*. Hace de *su trabajo* una ofrenda a Dios. Todo se puede hacer para Dios; así que, hasta la tarea más sencilla se reviste de gloria. El cristiano hace que *su culto* sea una ofrenda a Dios; así el culto de la casa de Dios se convierte, no en una carga, sino en un gozo. El cristiano se hace a *sí mismo* una ofrenda a Dios. «Presentad vuestros cuerpos -dice Pablo- como un sacrificio vivo a Dios» (*Romanos 12:1*). Lo que Dios desea por encima de todo es el amor de nuestros corazones y el servicio de nuestras vidas. Ese es el sacrificio perfecto que ha de hacer todo cristiano.

(iii) La misión de la Iglesia es *proclamar las excelencias* de Dios. Es decir: testificar a las personas acerca de las obras maravillosas de Dios. Con su misma vida aún más que con sus palabras, el cristiano debe testificar de lo que Dios en Cristo ha hecho por él.

3. LA GLORIA DE LA IGLESIA

En el versículo 9 leemos acerca de las cosas de las que el cristiano es testigo.

(i) Dios ha llamado al cristiano de las tinieblas a Su gloriosa luz. *El cristiano es llamado a salir de las tinieblas para entrar en la luz.* Cuando uno llega a conocer a Jesucristo, llega a conocer a Dios. Ya no necesita suponer ni andar a tientas. «El que Me ha visto -dice Jesús- ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). En Jesús está la luz del conocimiento de Dios. Cuando uno llega a conocer a Jesús, llega a conocer *la bondad*. En Cristo tiene un rasero por el que pueden medirse todas sus acciones y motivos todos. Cuando uno llega a conocer a Jesucristo, llega a conocer *el camino*. La vida ya no es un descampado sin sendero ni luz que guíe. En Cristo, el camino se presenta claro.

Cuando uno llega a conocer a Jesucristo, llega a conocer *el poder*. De poco nos serviría conocer a Dios si no recibiéramos poder para servirle. De poco nos serviría conocer la bondad si siguiéramos impotentes para alcanzarla. De poco nos serviría ver el auténtico camino si no lo pudiéramos seguir. En Jesucristo tenemos *tanto* la visión *como* el poder.

(ii) Dios ha hecho que los que no eran ni siquiera un pueblo fueran el pueblo de Dios. Aquí Pedro está citando a *Oseas 1: 6, 9, 10; 2:1, 23*). Esto quiere decir que *el cristiano es llamado de ser una persona insignificante a ser una persona representativa*. Esto es algo que sucede constantemente en este mundo: que la grandeza de una persona no depende de ella misma, sino de lo que se le ha confiado. La grandeza del cristiano depende del hecho de que Dios le ha escogido para que sea Suyo y para que haga Su obra en el mundo. Ningún cristiano es una persona ordinaria, sino un hombre o una mujer de Dios.

(iii) *El cristiano es llamado de la no misericordia a la misericordia*. La gran característica de las religiones no cristianas es el temor de Dios. El cristiano ha descubierto el amor de Dios, y sabe que ya no tiene que tenerle miedo, porque le va bien a su alma.

4. LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Pedro usa en el versículo 9 toda una serie de frases que son un compendio de las funciones de la Iglesia. Llama a los cristianos «raza escogida, sacerdocio regio, pueblo consagrado a Dios, nación que es posesión exclusivamente Suya.» Pedro está inmerso en el Antiguo Testamento, y todas estas frases son grandes descripciones del pueblo de Israel. Proceden de dos fuentes especiales. *Isaías 43:21*, donde Isaías oye decir a Dios: «Este pueblo he creado para Mí.» Pero aún más, de *Éxodo 19: 5-6*, donde se oye la voz de Dios decir: «Ahora, pues, si diereis oído a Mi voz, y guardareis Mi pacto, vosotros seréis Mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque Mía es toda la Tierra. Y vosotros Me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa.» Las grandes promesas que Dios le hizo a Su pueblo Israel se cumplen en la Iglesia, el nuevo Israel. Cada uno de estos títulos está henchido de sentido.

(i) Los cristianos somos *un pueblo escogido*. Aquí volvemos a la idea del pacto. *Éxodo 19:5-6* es parte de un pasaje que describe cómo hizo Dios un pacto con Israel. En Su pacto, Dios le ofreció a Israel una relación especial con Él; pero ese pacto dependía de que Israel aceptara sus condiciones y guardara la Ley. La relación se mantendría sólo < si diereis oído a Mi voz, y guardareis Mi pacto» (*Éxodo 19:5*).

De aquí aprendemos que el cristiano es escogido para tres cosas. (a) Es escogido para *un privilegio*. Se le ofrece en Jesucristo una comunión nueva e íntima con Dios. Dios llega a ser su Amigo, y él el de Dios. (b) Es escogido para *la obediencia*. El privilegio conlleva la responsabilidad. El cristiano es elegido para llegar a ser un hijo obediente de Dios. Es escogido, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de Dios. (c) Es escogido para *el servicio*. Este honor le hace siervo de Dios. Su privilegio consiste en ser usado en el propósito de Dios. Sólo puede ser usado así cuando Le rinde a Dios la obediencia que El desea. Escogido para un privilegio, para la obediencia y para el servicio: estos tres hechos son inseparables.

(ii) Los cristianos son *un sacerdocio regio*. Ya hemos visto que esto quiere decir que tienen el derecho de acceso a Dios; y que deben ofrecerle su trabajo, su culto y a sí mismos.

(iii) Los cristianos son lo que llama la versión Reina-Valera. una *nación santa*. Ya hemos visto que el sentido primario de *haguios* (santo) es *diferente*. El cristiano ha sido escogido para ser diferente de los demás. Esa diferencia consiste en que está consagrado a la voluntad y al servicio de Dios. Otras personas pueden que sigan las normas del mundo, pero para él las únicas normas son las de Dios. Uno no puede ni entrar en el camino cristiano a menos que se dé cuenta de que eso le obligará a ser diferente de todos los demás.

1 Pedro 2:11-12

Queridos hermanos: Os exhorto, como a extranjeros y forasteros, que os abstengáis de los deseos carnales que prosiguen su campaña contra el alma. Haced que vuestra conducta entre los gentiles sea amable, para que en todos los asuntos en que os vilipendian como a malhechores, vean por vuestras buenas obras cómo sois realmente, y glorifiquen a Dios en el día que ha de visitar la Tierra.

El mandamiento clave de este pasaje es que el cristiano debe *abstenerse de los deseos carnales*. Es de la mayor importancia el que veamos lo que Pedro quiere decir con esto. Las frases *pecados de la carne y deseos carnales* se han ido reduciendo en significado a *pecado sexual*; pero en el Nuevo Testamento son mucho más generales que eso. La lista de los pecados de la carne que da Pablo en *Gálatas 5:19-21* incluyen < inmoralidad, impureza, promiscuidad, idolatría, brujería, enemistad, peleas, celos, rabia, orgullo, disensión, sectarismo, envidia, borrachera, orgías, y cosas semejantes. » Hay mucho más que pecados *corporales* aquí.

En el Nuevo Testamento, *la carne* representa mucho más que la naturaleza física del hombre; incluye también la *naturaleza humana aparte de Dios*; quiere decir la naturaleza humana sin redimir; la vida que se vive aparte de los niveles, la ayuda, la gracia y la influencia de Cristo. *Los deseos carnales y los pecados de la carne*, por tanto, incluyen no solamente los pecados más groseros, sino todo lo que es característico de la naturaleza humana caída. De estos pecados y deseos se debe abstener el cristiano. Como Pedro lo ve, hay dos razones para esta abstinencia.

(i) El cristiano debe abstenerse de estos pecados porque es un extranjero y un peregrino. Las palabras originales son *pároikos y parapidémos*. Son muy corrientes en griego, y describen a alguien que reside sólo temporalmente en un lugar, y cuyo hogar está en otra parte. Suelen describir a los patriarcas en sus peregrinaciones, y especialmente a Abraham, que salió no sabiendo adónde iba, y que lo que buscaba era la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios (*Hebreos 11:9, 13*). Solían usarse para describir a los israelitas cuando eran esclavos y extranjeros en Egipto antes de entrar en la Tierra Prometida (*Hechos 7:6*).

Estas palabras contienen dos grandes verdades sobre el cristiano. (a) Hay un sentido real en el que se es un extranjero en el mundo; y por esta causa no puede aceptar las leyes y las maneras y las categorías del mundo. Otros puede que las acepten; pero el cristiano es súbdito del Reino de Dios, y es por las leyes de ese Reino por las que debe dirigir su vida. Debe asumir toda su parte de la responsabilidad por vivir en la Tierra; pero su ciudadanía está en el Cielo, y las leyes del Cielo son supremas para él. (b) El cristiano no es un residente fijo de la Tierra. Está de camino hacia un país que está más allá. Por tanto no debe hacer nada que le impida alcanzar su meta final. Nunca debe involucrarse en el mundo hasta tal punto que no pueda escaparse de sus garras; nunca debe ensuciarse hasta tal punto que se descalifique para entrar a la presencia del Dios santo a Quien se dirige.

LA MEJOR CONTESTACIÓN Y DEFENSA

1 Pedro 2:11-12 (conclusión)

(ii) Pero había para Pedro otra razón todavía más práctica para que el cristiano se abstuviera de los deseos carnales. La Iglesia original se encontraba bajo fuego en-tigo. Constantemente le estaban lanzando acusaciones calumniosas; y la única manera verdaderamente efectiva de refutarlas era vivir vidas tan encantadoras que hicieran absurdas las acusaciones.

La antigua versión Reina-Valera usaba aquí una palabra confusa para los oídos modernos. Decía: < Teniendo vuestra conversación honesta entre los gentiles. » Parece que quiere decir que el cristiano siempre tiene que decir la verdad; pero la palabra que se traducía por *conversación* es *anastrofê*, que quiere decir *toda la conducta de una persona*, y no simplemente su manera de hablar. Eso era, de hecho, lo que quería decir la palabra *conversación* en los siglos XVI y XVII, y la palabra que se traducía por *honesto* es *kalós*. En griego hay dos palabras para *bueno*. Una es *agathós*, que quiere decir simplemente bueno de cualidad; y la otra, *kalós*, que quiere decir no solamente *bueno*, sino también *amable* -agradable, atractivo, simpático. Eso es lo que *honestus* quería decir en latín. Lo que Pedro está diciendo es que el cristiano debe procurar que toda su manera de vivir sea tan amable y tan buena que dé el mentís a las calumnias de sus enemigos paganos.

Aquí tenemos una verdad intemporal. Nos guste o no, todos los cristianos somos un anuncio del Evangelio; con nuestra vida hacemos que los demás lo aprecien o lo desprecien. La más poderosa fuerza misionera que hay en el mundo es la vida cristiana.

En los tiempos de la Iglesia original, esta demostración del encanto de la vida cristiana era absolutamente necesaria, por las calumnias que los paganos arrojaban deliberadamente contra la Iglesia Cristiana. Veamos cuáles eran algunas de estas calumnias.

(i) En un principio, el Cristianismo estaba íntimamente relacionado con el judaísmo. Racialmente, Jesús era judío; Pablo era judío; el judaísmo fue la cuna del Cristianismo, y naturalmente muchos de sus primeros conversos eran judíos. Durante un cierto tiempo, el Cristianismo se consideraba una secta del judaísmo. El antisemitismo no es nada reciente. Friedlander da una

selección de las calumnias que se repetían constantemente contra los judíos en *su La vida y las maneras romanas en el primer imperio*: «Según Tácito, los judíos enseñaban a sus prosélitos por encima de todo a despreciar a sus dioses, a renunciar a su patria, a dejar de querer a sus padres, hijos, hermanos y hermanas. Según Juvenal, Moisés enseñó a los judíos que no indicaran a nadie un camino, ni guiaran a un viajero sediento a la fuente, a menos que fuera judío. Apión declara que, en el reinado de Antíoco Epifanes, los judíos engordaban todos los años a un griego y le ofrecían solemnemente en sacrificio un día determinado en cierto bosque, devoraban sus entrañas y juraban eterna hostilidad a los griegos.» Este tipo de cosas eran las que los paganos estaban convencidos de que eran verdad acerca de los judíos, e inevitablemente los cristianos heredaron ese odio.

(ii) Aparte de estas calumnias dirigidas originalmente a los judíos, había otras que se les dirigían particularmente a los mismos cristianos. Los acusaban de canibalismo. Esta acusación tuvo su origen en la perversión de las palabras de la última Cena: «Esto es Mi cuerpo,» y «Esta copa es el Nuevo Pacto en Mi sangre.» A los cristianos los acusaban de matar y comer a un niño en sus fiestas.

También los acusaban de inmoralidad y hasta de incesto. Esta acusación tenía su origen en el hecho de que ellos llamaban a sus reuniones «ágapes», que quiere decir «fiestas del amor.» Los paganos pervertían ese nombre haciéndolo significar que las fiestas cristianas -eran orgías sensuales en las que se cometían obras nefandas.

A los cristianos los acusaban de estropear los negocios. Esa fue la acusación de los plateros de Éfeso (*Hechos 19:21-41*).

Los acusaban de «inmiscuirse en relaciones familiares» porque, con frecuencia, de hecho, se dividían los hogares cuando algunos miembros de la familia se convertían y los otros no.

Los acusaban de hacer que los esclavos se volvieran contra sus amos, porque no cabe duda que el Cristianismo le daba un nuevo sentido de dignidad y aprecio a todas las personas.

Los acusaban de «aborrecer a la humanidad», porque no cabe duda que a veces los cristianos hablaban como si el mundo y la Iglesia fueran totalmente incompatibles.

Por encima de todo los acusaban de ser desleales al César, porque ningún cristiano daría culto a la divinidad del emperador, o quemaría la pizca de incienso declarando que César era señor; porque, para él, Jesucristo era el único Señor.

Tales eran las acusaciones que se dirigían contra los cristianos. Para Pedro no había más que una sola manera de refutarlas, y era viviendo de tal forma que la vida cristiana demostrara que estaban equivocados. Cuando le dijeron a Platón que cierto individuo había estado haciendo acusaciones calumniosas contra él, respondió: «Viviré de tal manera que nadie crea lo que ese ha dicho de mí.» Esa era también la solución de Pedro.

Jesús también había dicho, y sin duda Pedro tenía en mente Sus palabras: «Dejad que vuestra luz brille ante la gente de tal manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el Cielo» (*Mateo 5:16*). Esta era una manera de pensar que los judíos conocían muy bien. En uno de los libros que se escribieron entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se dice: «Si ponéis por obra lo que está bien, hijos míos, tanto las personas como los ángeles os bendecirán; y Dios será glorificado entre los gentiles por causa de vosotros, y el diablo huirá de vosotros» (*Testamento de Neftalí 8:4*).

Lo sorprendente de la historia es que, de hecho, los cristianos derrotaron las calumnias de los paganos con sus vidas. En la primera parte del siglo III, Celso hizo el ataque más famoso y sistemático contra los cristianos, en el que los acusaba de ignorancia y estupidez y superstición y toda clase de cosas, *pero nunca de inmoralidad*. En la primera parte del siglo IV, Eusebio, el gran historiador de la Iglesia, podía escribir: «Pero el esplendor de la Iglesia universal y única verdadera, que es siempre la misma, creció en magnitud y poder, y reflejó su piedad y sencillez y libertad, y la modestia y pureza de su vida y filosofía inspiraban a todas las naciones, tanto de griegos como de bárbaros. Al mismo tiempo, las acusaciones calumniosas que se habían hecho contra toda la Iglesia también se desvanecieron, y no quedó más que nuestra enseñanza, que ha prevalecido en toda la línea, y que se reconoce que es superior a todas en dignidad y templanza, y en doctrinas teológicas y filosóficas. De tal manera que ninguna de ellas se aventura ya a proferir ninguna baja calumnia contra nuestra fe, o ninguna de las falsas acusaciones que nuestros antiguos enemigos se deleitaban en proferir contra nosotros anteriormente» (*Eusebio, Historia Eclesiástica 4. 7. 15*). Es verdad que no -se habían terminado todavía los terrores de la persecución, porque los cristianos nunca admitirían que César era señor; pero la excelencia de sus vidas había silenciado las calumnias contra la Iglesia.

Aquí están nuestro desafío y nuestra inspiración. Es con el encanto de nuestra vida y conducta diaria como debemos -testificar del Evangelio a todos los que no lo creen.

EL DEBER DEL CRISTIANO

1 Pedro 2:13-15

Someteos a todas las instituciones humanas por causa del Señor, ya sea al rey, que ocupa el primer lugar, o a los gobernadores, a los que él envía para castigar a los que obran el mal o recompensar a los que obran el bien; porque la voluntad de Dios es que, haciéndolo así, le pongáis un bozal a la ignorancia de gente estúpida.

1. COMO CIUDADANO

Pedro considera el deber del cristiano en las diferentes esferas de la vida; y empieza por su deber como ciudadano del país en el que está viviendo.

Nada más lejos del pensamiento del Nuevo Testamento que cualquier clase de anarquía. Jesús había dicho: < Por tanto, dad al César lo que le pertenece; y a Dios, lo que Le pertenece» (*Mateo 22:21*). Pablo estaba seguro de que los que gobernaban la nación eran enviados de Dios; ante Quien eran responsables, y no inspiraban, por tanto, terror a la persona que vivía una vida honorable (*Romanos 13:1-7*). En las Cartas Pastorales se instruye al cristiano que debe orar por los reyes y por todos los que están en autoridad (*Timoteo 2:2*). La enseñanza del Nuevo Testamento es que el cristiano tiene que ser un ciudadano bueno y útil del país en el que desarrolla su vida.

Se ha dicho que fue el miedo el que construyó las ciudades, y que la gente se acurrucaba detrás de las murallas para sentirse segura. Las personas se agrupan y están dispuestas a vivir bajo ciertas leyes para que los buenos puedan vivir en paz y realizar su trabajo y emprender sus negocios, y a los malos se los mantenga a raya y se les impida hacer el mal. Según el Nuevo Testamento, la vida se supone que ha sido ordenada por Dios, y el estado ha sido ordenado por Dios para proveer y mantener ese orden.

El punto de vista del Nuevo Testamento es perfectamente lógico y justo. Mantiene que una persona no puede aceptar los privilegios que proporciona el estado sin aceptar al mismo tiempo las responsabilidades y los deberes que le impone. Por honor y decencia no puede limitarse exclusivamente a nada.

¿Cómo podemos traducir todo esto a nuestra situación moderna? C. E. B. Cranfield ha hecho ver con toda claridad que hay una diferencia fundamental entre el estado en los tiempos del Nuevo Testamento y el estado tal como lo conocemos ahora en Europa y en muchos países del mundo. En los tiempos del Nuevo Testamento el estado era *autoritario*. El gobernador tenía un poder absoluto; y el único deber del ciudadano era rendir una obediencia absoluta y pagar los impuestos (*Romanos 13:6-7*). En estas condiciones, la nota clave no podía por menos de ser *sumisión al estado*. Pero nosotros vivimos en un estado *democrático*; y en una democracia se hace necesaria mucho más que una actitud de sumisión incuestionable. El gobierno no es solamente el gobierno *del* pueblo; es también *por y para* el pueblo. La demanda del Nuevo Testamento es que el cristiano debe cumplir su responsabilidad para con el estado. En un estado autoritario, eso consistía exclusivamente en *sumisión*. Pero, ¿cuál es esa obligación en circunstancias totalmente diferentes, como las de una democracia?

En cualquier estado tiene que haber una cierta medida de sumisión. Como C. E. B. Cranfield lo expresa, tiene que haber una subordinación voluntaria de la persona a los demás, poniendo el interés y el bienestar de los demás por encima del propio, prefiriendo dar más bien que recibir, servir más bien que ser servido.» Pero en un estado democrático, la nota clave debe ser, no *sumisión*, sino *cooperación*, porque el deber del ciudadano no es sólo someterse a que le gobiernen, sino asumir la parte que le corresponde en el gobierno. Así que, si el cristiano ha de cumplir su deber para con el estado, debe asumir su parte en el gobierno. Debe también asumir su responsabilidad en el gobierno local y en la vida del sindicato o de la asociación que incluya su trabajo, profesión o actividad. Es trágico el que tan pocos cristianos realmente cumplan con su deber para con el estado y la sociedad en los que viven.

Todavía nos falta por decir que el cristiano tiene una obligación por encima aun de la que tiene para con el estado. Aunque debe darle al César lo que es del César, debe también darle a Dios lo que es de Dios. A veces debe dejar bien claro que tiene que guardar fidelidad a Dios más bien que a los hombres (*Hechos 4:19; 5:29*). Puede que haya ocasiones, por tanto, en las que el cristiano cumplirá su obligación superior para con el estado rehusando obedecerle e insistiendo en obedecer a Dios. Haciéndolo así, por lo menos testificará de la verdad; y, en el mejor de los casos, puede que dirija al estado a tomar el camino de Cristo, y en el peor, que tenga que sufrir por su actitud.

EL DEBER DEL CRISTIANO

1 Pedro 2:16

Tenéis que vivir como personas libres, pero no usando vuestra libertad como una tapadera para hacer el mal, sino como esclavos de Dios.

2. EN LA SOCIEDAD

Cualquier gran doctrina cristiana se puede pervertir, convirtiéndola en una excusa para hacer el mal o no hacer el bien. La doctrina de la gracia se puede pervertir convirtiéndola en una excusa para pecar a gusto de cada uno. La doctrina del amor de

Dios se puede sentimentalizar hasta el punto de que llegue a ser una excusa para quebrantar Su ley. La doctrina de la vida por venir se puede pervertir convirtiéndola en una excusa para tener en menos la vida de este mundo. Y no hay doctrina tan fácil de pervertir como la de la libertad cristiana.

Hay indicios que nos indican que eso ya pasaba en los tiempos del Nuevo Testamento. Pablo les dice a los gálatas que han sido llamados a la libertad, pero que no deben usar esa libertad como una disculpa para satisfacer los caprichos de la carne (*Gálatas 5:13*). En *Segunda de Pedro* leemos que algunos les prometían a los demás la libertad, pero ellos mismos eran esclavos de la corrupción (*2 Pedro 2:19*). Hasta los grandes pensadores paganos veían claramente que la perfecta libertad es, de hecho, el producto de la perfecta obediencia. Séneca decía: <Nadie es libre si es esclavo de su cuerpo.> Y: «La libertad consiste en obedecer a Dios.» Cicerón decía: «Somos siervos de las leyes para poder ser libres.» Plutarco insistía en que todos los malos son esclavos; y Epicteto declaraba que ningún malo puede ser nunca libre.

Para decirlo todavía más claro: La libertad cristiana siempre está condicionada por la responsabilidad cristiana. La responsabilidad cristiana siempre está condicionada por el amor cristiano. El amor cristiano es el reflejo del amor de Dios. Y por tanto, la libertad cristiana se puede resumir en la memorable frase de Agustín: < Ama a Dios, y haz lo que quieras.>

El cristiano es libre porque es siervo de Dios. La libertad cristiana no quiere decir ser libre para hacer lo que a uno le dé la gana. Quiere decir ser libre para actuar como es debido, para vivir como Dios manda.

En este asunto tenemos que volver a la gran verdad central que ya hemos visto: El *Cristianismo es comunidad*. El cristiano no es un individuo aislado, sino un miembro de una comunidad dentro de la cual opera su libertad. La libertad cristiana, por tanto, es la libertad para servir. Solamente en Cristo es una persona liberada de sí misma y del pecado de forma que pueda llegar a ser tan buena como debe. La libertad se produce cuando una persona recibe a Cristo como Rey de su corazón y Señor de su vida.

RESUMEN DEL DEBER DEL CRISTIANO

1 Pedro 2:17

Respetada todas las personas; amad a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey.

Aquí tenemos lo que podríamos llamar el resumen de las obligaciones del cristiano para con los demás en cuatro puntos.

(i) *Respetad a todas las personas*. Nos puede parecer que eso no haría falta decirlo; pero cuando Pedro escribió esta carta era algo completamente nuevo. Había 60,000,000 de esclavos en el imperio romano, que eran considerados por la ley, no como personas, sino como cosas, sin el menor derecho a nada. De hecho, lo que Pedro está diciendo es: «Tened en cuenta los derechos de todas los seres humanos y la dignidad de todas las personas.» Todavía hay quienes tratan a los demás como cosas.

Un empresario puede que considere a sus empleados como otras tantas máquinas humanas capaces de realizar un cierto trabajo. Hasta en el estado del bienestar, cuya finalidad es hacer todo lo posible por el bienestar físico de las personas, se corre peligro de considerar a las personas como números de una lista o como tarjetas de un sistema de informática.

John Lawrence, en su libro *Hechos duros: cómo ve un cristiano el mundo*, dice que una de las mayores necesidades del estado del bienestar es «ver más allá de las listas y los impresos por triplicado a las criaturas de Dios que están al otro extremo de la cadena de organización.» El peligro consiste en dejar de ver a los hombres y a las mujeres como personas. Esto llega hasta los hogares. Cuando vemos al otro como si no existiera más que para contribuir a nuestra comodidad o para hacer que tengan éxito nuestros planes, estamos mirándole, no como una persona, sino como una cosa. El más trágico peligro de todos es que así podemos llegar a considerar a nuestros más próximos e íntimos: como si no existieran nada más que para nuestra conveniencia, lo que equivale a tratarlos como cosas.

(ii) *Amada los hermanos*. Dentro de la comunidad cristiana, el respeto que debemos tener para con todas las personas se hace más cálido e íntimo: se vuelve amor. La atmósfera dominante de la Iglesia debe ser siempre el amor. Una de las definiciones más acertadas de la Iglesia es que es « la extensión de la familia.» La Iglesia es la familia más amplia de Dios, y el vínculo que la une debe ser el amor. Como dijo el salmista:

¡Fijaos, qué cosa tan estupenda y tan encantadora es el estar conviviendo como hermanos en armonía y unidad! (Salmo 133:1).

(iii) *Temed a Dios*. El autor de *Proverbios* decía: «El temor del Señor es el principio del conocimiento» (*Proverbios 1:7*). Tal vez una traducción mejor sería, no que el temor del Señor es *el principio* del conocimiento, sino que el temor del Señor es *la parte más importante*, el verdadero *cimiento* del conocimiento. *Temor* no quiere decir *terror*, sino veneración y reverencia. Es indudable que jamás reverenciaremos a nadie hasta que reverenciamos a Dios. Es sólo cuando Le reconocemos a Dios el lugar que Le pertenece en el centro, cuando todas las cosas se colocan en el lugar que les corresponde.

(iv) *Honrad al rey*. De las cuatro exhortaciones de este versículo, esta es la más sorprendente; porque, si fue de veras Pedro el que escribió esta carta, el rey en cuestión no era otro que Nerón. La enseñanza del Nuevo Testamento es que el gobernante es enviado por Dios para mantener el orden entre la gente, y que ha de ser respetado, aunque sea Nerón.

EL CRISTIANO COMO SIERVO

1 Pedro 2:18-25

Siervos, someteos a vuestros amos con todo respeto, no sólo a los que son buenos y justos, sino también a los perversos; porque es una señal auténtica de gracia el que una persona soporte el trance de un sufrimiento injusto a causa de su conciencia para con Dios. Es a esta clase de vida a la que habéis sido llamados; porque Cristo también sufrió por nosotros dejándonos la estela de Su ejemplo para que sigamos Sus pisadas. Él no había cometido ningún pecado, ni se había descubierto nunca ninguna falsedad en Sus palabras. Cuando Le insultaban, no respondía con insultos. Cuando sufría no profería amenazas, sino Se encomendaba al único Que juzga con justicia. Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros nos apartemos de los pecados y vivamos para la integridad. Gracias a Sus heridas habéis sido sanados; porque vosotros estabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Protector de vuestras almas.

Aquí tenemos un pasaje que sería pertinente para la mayor parte de los primeros lectores de esta carta, porque Pedro escribe a siervos y a esclavos, que eran los que formaban la mayor parte de la Iglesia Primitiva. La palabra que usa Pedro para *siervos* no es *duloi*, que es la más corriente para *esclavos*, sino *oiketai*, la palabra que designaba a los esclavos domésticos o de la familia. Para entender el sentido real de lo que Pedro está diciendo tenemos que saber algo de la naturaleza de la esclavitud en los tiempos de la Iglesia Primitiva. En el imperio romano había tantos como 60,000,000 de esclavos. La esclavitud empezó con las conquistas romanas, y los esclavos fueron en un principio principalmente prisioneros de guerra. En los tiempos más primitivos de Roma había pocos esclavos, pero para los tiempos del Nuevo Testamento se contaban por millones.

No eran exclusivamente, ni mucho menos, los trabajos rudos los únicos que realizaban los esclavos. Los médicos, maestros, músicos, actores, secretarios y mayordomos eran esclavos. De hecho, todo el trabajo lo hacían los esclavos en Roma. La actitud romana era que no tenía ningún sentido ser el amo del mundo si uno tenía que hacer su propio trabajo. Que los hicieran los esclavos, para que los ciudadanos pudieran vivir en una ociosidad ininterrumpida e inmolestada. La provisión de esclavos nunca estaba en crisis.

A los esclavos no se les permitía casarse; pero cohabitaban, y los hijos que nacían de tales relaciones eran propiedad del amo, no de los padres, lo mismo que los corderos que parían las ovejas pertenecían al dueño del rebaño y no a las ovejas.

Sería equivocado pensar que la suerte de los esclavos era siempre desgraciada y miserable, y que se los trataba siempre con crueldad. Muchos esclavos eran miembros de la familia romana -más amplia que las nuestras-, a los que se quería y en los que se confiaba; pero había un hecho decisivo e inescapable que dominaba toda la situación: para la ley romana, un esclavo no eran una persona, sino una cosa que no tenía

absolutamente ningún derecho legal. Por tal razón, no podía haber nada que se asemejara a la justicia en relación con los esclavos. Aristóteles decía: < No puede haber ni amistad ni justicia con las cosas inanimadas; ni siquiera con un caballo o un toro, ni tampoco con un esclavo en tanto que esclavo.

Porque el amo y el esclavo no tienen nada en común; un esclavo es una herramienta viva, así como una herramienta es un esclavo inanimado.» Varrón divide los instrumentos de la agricultura en tres clases: los articulados, los inarticulados y los mudos; «los articulados incluyen a los esclavos; los inarticulados, el ganado, y los mudos, las herramientas.» La única diferencia que hay entre un esclavo y una acémila o un arado es que el esclavo puede hablar. Pedro Crisólogo resume el asunto de esta manera: «Lo que el amo le hace al esclavo, inmerecidamente, por ira, voluntaria o involuntariamente, por olvido o después de meditarlo, a sabiendas o sin darse cuenta, es juicio, justicia y ley.» En cuanto al esclavo, la voluntad de su amo, o hasta el capricho de este, son la única ley.

El factor determinante de la vida de un esclavo era, por tanto, aun si se le trataba bien, que seguía siendo una cosa. No tenía ninguno de los más elementales derechos de la persona, y para él la justicia ni siquiera existía.

EL PELIGRO DE UNA NUEVA SITUACIÓN

1 Pedro 2:18-25 (continuación)

A esta situación llegó el Cristianismo con su mensaje de que toda persona es preciosa a los ojos de Dios. El resultado fue que dentro de la Iglesia las barreras sociales desaparecieron. Calisto, uno de los primeros obispos de Roma, era un esclavo; Perpetua, la aristócrata, y Felicitas, la muchacha esclava, fueron juntas al martirio. La gran mayoría de los cristianos originales eran gente humilde, y muchos de ellos esclavos. Era perfectamente posible en los primeros tiempos de la Iglesia

que un esclavo fuera el presidente de la congregación, y su amo, sencillamente un miembro. Esta era una situación nueva y revolucionaria. Tenía su gloria, pero también tenía sus peligros. En este pasaje, Pedro exhorta al esclavo a que sea un buen esclavo y un fiel obrero; porque veía dos peligros.

(i) Supongamos que el amo y el esclavo se hacían cristianos; surgiría el peligro de que el esclavo presumiera de la nueva relación, y la convirtiera en una disculpa para escurrir el bulto en el trabajo, asumiendo que, como tanto su amo como él eran cristianos, siempre podía salirse con la suya. Esa situación no sería el fin de los problemas. Todavía hay personas que comercian con la buena voluntad de un jefe cristiano, y creen que el hecho de que tanto ellos como sus jefes sean cristianos les da derecho a evitar la disciplina y el castigo. Pero Pedro lo pone bien claro. La relación entre cristiano y cristiano no elimina la relación entre hombre y hombre. El cristiano debe, por supuesto, ser mejor trabajador que nadie. Su cristianismo no es una razón para reclamar la exención de la disciplina; por el contrario, le obliga a una mayor autodisciplina y le hace más concienzudo que los demás.

(ii) Había el peligro de que la nueva dignidad que el Cristianismo le confería hiciera que el esclavo fuera rebelde y buscara abolir totalmente la esclavitud. Algunos estudiantes se sorprenden de que ningún autor del Nuevo Testamento defendiera nunca la abolición de la esclavitud, o ni siquiera dijera claramente que era un mal. La razón era muy sencilla. El haber animado a los esclavos a levantarse contra sus amos habría conducido rápidamente al desastre. Había habido tales levantamientos antes, que siempre habían sido aplastados rápida y salvajemente. En cualquier caso, tal enseñanza le habría reportado al Cristianismo la reputación de ser una religión subversiva. Hay cosas que no pueden suceder de la noche a la mañana; hay situaciones en las que la levadura tiene que obrar, y la prisa sólo demoraría el resultado deseado. La levadura del Cristianismo tenía que obrar en el mundo durante muchas generaciones antes que la abolición de la esclavitud

llegara a ser una posibilidad práctica. Pedro tenía interés en que los esclavos cristianos le demostraran al mundo que el Evangelio no los hacía rebeldes o insumisos, sino más bien obreros que habían encontrado una nueva inspiración para realizar su trabajo día-río honradamente. Todavía sucederá a menudo que, cuando no se puede cambiar inmediatamente una situación, el deber del cristiano sea ser cristiano en esa situación y aceptar lo que no se puede cambiar hasta que haya obrado la levadura.

LA NUEVA ACTITUD ANTE EL TRABAJO

1 Pedro 2:18-25 (continuación)

Pero el Cristianismo no se limitó a aplazar este asunto. Introdujo tres grandes principios nuevos en la actitud del hombre como siervo y como trabajador.

(i) El Cristianismo introdujo una nueva relación entre el amo y el esclavo. Cuando Pablo le devolvió a Filemón a su esclavo fugitivo Onésimo, no le sugirió siquiera que le dejara en libertad. No insinuó que Filemón debería dejar de ser el amo, y Onésimo el esclavo. Lo que sí dijo fue que Filemón tenía que recibir a Onésimo, no ya como siervo, sino como hermano querido (*Filemón 16*). El Cristianismo no abolió las diferencias sociales; pero introdujo una relación nueva de fraternidad en la que esas diferencias quedaban superadas y transformadas. Donde hay verdadera fraternidad no importa que se llame a uno amo y a otro esclavo. Hay entre ellos un vínculo que transforma las diferencias que imponen las circunstancias de la vida. La solución de los problemas del mundo se encuentra en la nueva relación entre las personas que hace posible el Evangelio del amor de Dios manifestado en Jesucristo.

(ii) El Cristianismo introdujo una nueva actitud ante el trabajo. El Nuevo Testamento expresa la convicción de que todo trabajo se ha de hacer como para Jesucristo. Y Pablo

escribe: < Cualquiera que sea vuestra actividad, ya sea de palabra o de obra, hacedla en el nombre del Señor Jesús > (*Colosenses 3:17*). < Si coméis o bebéis o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios > (*1 Corintios 10:31*). En el ideal

cristiano, el trabajo no se hace para un amo terrenal o para obtener prestigio o para hacer dinero; se hace para Dios. Es verdad, por supuesto, que hay que trabajar para ganar un sueldo, y que se debe cumplir con el que le emplea a uno; pero, por encima de eso, el cristiano tiene la convicción de que tiene que hacer su trabajo bien para que no le dé vergüenza presentárselo a Dios.

(iii) Pero, cuando estos ideales elevados se colocaban en el contexto de la Iglesia Primitiva -y la situación no cambia del todo en nuestro tiempo-, surgía una gran pregunta. Supongamos que una persona tiene la actitud cristiana para con los demás y para con el trabajo, y se la trata con injusticia, insulto y afrenta. ¿Qué se debe hacer entonces? La gran respuesta de Pedro es que eso fue lo que Le sucedió a Jesús. Él no era sino el *Siervo Doliente*. Los versículos 21-25 abundan en ecos y referencias a *Isaías* 53, el supremo cuadro del Siervo Doliente de Dios que se hizo realidad en la vida de Jesús. Él era sin pecado, y sin embargo Le insultaron y lo sufrió; Él aceptó los insultos y sufrimientos con sereno amor, y los soportó por los pecados de la humanidad.

De esa manera nos dejó un ejemplo para que sigamos Sus pisadas (versículo 21). La palabra que usa Pedro para *ejemplo* es muy sugestiva: *hypogrammós*, que procede del lenguaje escolar e indica la manera que se usaba en el mundo antiguo =y se sigue usando- para enseñar a los niños a escribir. El *hypogrammós* podía tener dos formas: una línea modélica que el alumno tenía que ir recorriendo y rellenando, o una escritura a la cabeza de la página que el alumno tenía que copiar en las líneas sucesivas. Jesús nos ha dejado el modelo que debemos seguir. Si tenemos que sufrir insultos o injusticias o injurias, únicamente tenemos que recorrer lo que Él ya ha pasado. Puede que Pedro tuviera en mente el atisbo de una verdad tremenda. Los sufrimientos de Jesús fueron por causa del pecado humano; sufrió para hacer volver la humanidad a Dios. Y puede que cuando el cristiano sufre con firmeza, sin quejarse y con amor inalterable, insultos o injurias, está mostrando a los otros una vida que los puede hacer volver a Dios.

DOS PRECIOSOS NOMBRES DE DIOS

1 Pedro 2:18-25 (continuación)

En el último versículo de este capítulo encontramos dos de los grandes nombres de Dios: Pastor y Obispo de nuestras almas, como dice la versión Reina-Valera.

(i) Dios es *el Pastor de las almas*. En griego, *poimén*. *Pastor*, es una de las descripciones clásicas de Dios. El salmista lo plasmó en su famoso salmo: «El Señor es mi Pastor» (*Salmo* 23:1). *Isaías* dice: «Como un pastor apacentará Su rebaño; en Su brazo llevará los corderos, y en Su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas» (*Isaías* 40:11).

El gran Rey Que Dios iba a mandar a Israel sería el Pastor de Su pueblo. Ezequiel escucha la promesa de Dios: « Y levantaré sobre ellas a un Pastor Que las apacentará; a Mi siervo David, para que las apaciente y les sea por Pastor» (*Ezequiel* 34:23; 37:24).

Este fue el título que Jesús Se aplicó cuando Se llamó el Buen Pastor y cuando dijo que el Buen Pastor da Su vida por las ovejas (*Juan* 10:1-18). Para Jesús, las personas que no conocían a Dios y que estaban esperando lo que Él les diera eran como ovejas sin pastor (*Marcos* 6:34). El gran privilegio que se otorga al siervo y ministro de Cristo es ser pastor del rebaño de Dios (*Juan* 21:16; *Hechos* 20:28; *1 Pedro* 5:2).

Tal vez nos sea difícil a los que vivimos en zonas urbanas y en una civilización industrial el captar la grandeza de esta imagen; pero en Oriente, y más entonces, sería muy gráfica, especialmente en Judea, en la que había una meseta central

estrecha y bordeada de peligros, que era donde se apacentaban las ovejas. La hierba era escasa; no había vallas protectoras, y las ovejas vagaban. El pastor, por tanto, tenía que velar por ellas atenta y constantemente, no fuera que le acechara algún peligro al rebaño.

En su *Geografía histórica de la Tierra Santa*, George Adam Smith describe al pastor de Judea: «Entre nosotros, en Escocia, las ovejas se dejan a su aire; pero no recuerdo haber visto nunca en Oriente un rebaño de ovejas sin su pastor. En tales parajes como Judea, donde el pasto del día está desperdigado por una franja de tierra sin vallar, llena de senderos engañosos, todavía frecuentada por fieras y bordeada por el desierto, el hombre y su carácter son indispensables. En algún monte escarpado en el que ululan las hienas por la noche, cuando te le encuentras insomne, con la vista en la lejanía, curtido por la intemperie, armado, apoyado en su cayado y vigilando sus ovejas dispersas con cada una de ellas en el corazón, te das cuenta de por qué el pastor de Judea saltó al frente de la historia de su pueblo; por qué le dieron su nombre a sus reyes, y le hicieron un símbolo de la Providencia; por qué Cristo le adoptó como tipo de autosacrificio.»

Esta palabra *pastor* nos habla gráficamente de la incesante vigilancia y autosacrificio del amor que Dios nos tiene a los que somos Su rebaño. «Pueblo Suyos somos, y ovejas de Su prado» (*Salmo* 100:3).

DOS PRECIOSOS NOMBRES DE DIOS

1 Pedro 2:18-25 (conclusión)

(ii) La versión Reina-Valera habla de Dios como el Pastor y *Obispo* de nuestras almas; pero ahora *Obispo* corresponde inadecuadamente al original griego *episkopos*.

Episkopos es una palabra que tiene un gran historia. En la *Iliada* de Homero, a Héctor, el gran campeón de los troyanos, se le llama *episkopos* porque durante toda su vida defendió la ciudad de Troya y mantuvo a salvo a las nobles esposas y niños. *Episkopos* se aplica a los dioses que son los guardianes de los tratados que hacen los hombres y de los acuerdos a los que llegan, y que son los protectores de las casas y de los hogares. La justicia, por ejemplo, es el *episkopos* que se encarga de que la persona pague el precio del mal que ha hecho.

En las *Leyes* de Platón, los guardianes del estado son los que tienen el deber de supervisar los deportes, la alimentación y la educación de los menores para que sean «sanos de pies y manos, y de ninguna manera, si es posible, estropeen su naturaleza con sus hábitos.» Los funcionarios a los que Platón llama inspectores de los mercados son *episkopoi* que «supervisan la conducta personal, manteniendo el ojo en el comportamiento desordenado e indisciplinado para castigar a los que lo necesitan.»

En las leyes y la administración de Atenas, los *episkopoi* eran gobernadores y administradores e inspectores enviados a los estados súbditos para que se cumplieran la ley, el orden y la lealtad. En Rodas, los principales magistrados eran cinco *episkopoi* que presidían el buen gobierno, la ley y el orden del estado.

Episkopos es, por tanto, una palabra polivalente pero siempre noble. Quiere decir protector de la seguridad pública, guardián del honor y la honradez, supervisor de la correcta educación y de la moral pública, administrador de la ley y el orden público.

Así que el llamar a Dios *Episkopos* de nuestras almas es decir que Él es nuestro Guardián, Protector, Guía y Director.

Dios es el Pastor y el Protector de nuestras almas. Nos cuida con Su amor; nos protege con Su poder, y nos guía por el buen camino con Su sabiduría.

LA PREDICACIÓN CALLADA DE UNA VIDA HERMOSA

1 Pedro 3: 1-2

Y vosotras lo mismo, esposas: tened respeto a vuestros maridos para que, si el de alguna rechaza creer en el Evangelio, pueda ser ganado para Cristo sin recurrir a las palabras al ver vuestro comportamiento puro y reverente.

Pedro vuelve a los problemas domésticos que el Evangelio producía inevitablemente. Sucedería muchas veces que uno de los cónyuges se convertía y el otro seguía impermeable a la llamada del Evangelio; y era inevitable que esa situación creara dificultades.

Puede parecer extraño que el consejo de Pedro a las esposas sea seis veces más largo que el que dedica a los maridos; pero se comprende, porque la posición de la esposa era mucho más difícil que la del marido. Si un marido se hacía cristiano, podía llevar a su mujer a la iglesia automáticamente y sin problemas. Pero, si una mujer se hacía cristiana y su marido no, eNtaba dando un paso sin precedentes y que producía los problemas más agudos.

En cualquier esfera de las civilizaciones antiguas, la mujer no tenía derechos. Bajo la ley judía, una mujer era una cosa; propiedad de su marido exactamente lo mismo que las ovejas o las cabras; de ninguna manera podía dejarle, aunque él sí se podía divorciar cuando quisiera. El que una mujer cambiara de religión sin que lo hiciera su marido era inconcebible.

En la civilización griega, el deber de una mujer era «no salir de casa y ser obediente al marido.» Era propio de una buena mujer el ver, oír y preguntar lo menos posible. No tenía ninguna clase de existencia independiente ni de inteligencia que le fueran propias, y el marido se podía divorciar de ella cuando quisiera, con sólo devolver la dote.

Bajo la ley romana, la mujer no tenía derechos. Ante la ley siempre era menor de edad. Cuando vivía con su padre, estaba bajo la *patria potestas*, la autoridad paterna, que le confería al padre poder hasta de vida o muerte; y cuando se casaba, pasaba a estar en la misma situación con su marido: totalmente sometida y a merced de él. Catón el Censor, un romano típico de la vieja usanza, escribió: «Si pillas a tu mujer en un acto de infidelidad, puedes matarla impunemente sin sentencia judicial.» A las matronas romanas se les prohibía beber vino, y Egnatius mató a la suya de la paliza que le dio cuando la encontró haciéndolo. Sulpicius Gallus despidió a su mujer por aparecer una vez en la calle sin velo. Antistius Vetus se divorció de la suya porque la vio hablando amigablemente con una liberta en público. Publius Sempronius Sophus se divorció de su mujer porque fue una vez a las competiciones deportivas. La actitud general de las civilizaciones antiguas era que ninguna mujer se podía permitir hacer ninguna decisión por sí misma

¿En qué consistían, entonces, los problemas de una mujer casada que se hacía cristiana, si su marido permanecía fiel a la religión ancestral? Casi nos es imposible darnos cuenta de cómo sería la vida para una mujer que tuviera el valor de hacerse cristiana.

¿Qué consejo da Pedro en ese caso? Empezaremos por decir lo que *no* aconseja.

No aconseja que la mujer abandone al marido. Aquí tiene exactamente la misma actitud que Pablo (1 Corintios 7:13-16). Tanto Pablo como Pedro están seguros de que la esposa cristiana debe seguir con su marido pagano siempre que él no la eche de

casa. Pedro no dice que la mujer debe predicar o discutir. No le dice que insista en que no hay diferencia entre esclavos y libres, gentiles y judíos, varones o mujeres, sino que todos son lo mismo ante el Cristo al que ha llegado a conocer. Le dice una cosa bien sencilla: que sea una buena esposa. Será mediante la predicación silenciosa de la hermosura de su vida como haga caer las barreras de prejuicio y hostilidad, y gane a su marido para su Señor.

Debe ser *sumisa*. No se trata aquí de una sumisión pasiva, sino de lo que alguien ha llamado acertadamente «una consciente renuncia al egoísmo.» Es la sumisión que se basa en la muerte al orgullo y el deseo de servir. No es la sumisión del miedo, sino la del perfecto amor.

Debe ser *pura*. Debe haber en su vida una preciosa castidad y fidelidad basadas en el amor.

Debe ser *reverente*. Debe vivir con la convicción de que todo el mundo es el templo del Dios viviente, y de que toda la vida se vive en la presencia de Cristo.

LOS AUTÉNTICOS COSMÉTICOS

1 Pedro 3:3-6

Que vuestro verdadero encanto no dependa de cosas externas, como los peinados complicados o las joyas o los vestidos lujosos, sino del ornamento interior del corazón, que es la gracia perenne de un carácter amable y apacible, que es lo que Dios aprecia. Porque así era como se ataviaban las santas de antaño que ponían su esperanza en Dios manteniéndose bajo la autoridad de sus maridos. Así era como Sara obedecía a su marido Abraham, al que llamaba su señor; y vosotras habéis llegado a ser sus descendientes si obráis el bien y no sois presa de miedos que roban la calma.

Bengel habla del «trabajo que se dedica al vestido, que consume tanto tiempo.» Eso no es exclusivo de nuestro tiempo. Ya hemos visto que en el mundo antiguo las mujeres no tomaban ninguna parte en la vida social; no se dedicaban a nada, razón por la cual se comentaba a veces que se les tenía que permitir el interés en vestidos y cosméticos. Catón el Censor insistía en la sencillez; Lucio Valerio le contestaba: «¿Por qué tienen los maridos que escatimarles a sus mujeres los adornos y la ropa? Ellas no pueden tener cargos públicos, ni religiosos, ni ganar premios. No se pueden ocupar en nada. ¿Qué van a hacer sino dedicar su tiempo a los ornamentos y los vestidos?» Un interés desmesurado en el propio embellecimiento ya era entonces, como ahora, señal de que la persona no tenía otras cosas más importantes en que ocuparse.

Los antiguos moralistas condenaban no menos que los maestros cristianos el lujo excesivo. Quintiliano, el maestro de la oratoria latina, escribió: «Un vestido de calidad y buen gusto, como nos dice el poeta griego, añade dignidad a la persona que lo lleva; pero un atuendo afeminado y lujoso no adorna el cuerpo de veras, y no hace más que revelar la sordidez de la inteligencia.» El filósofo Epicteto, pensando en la vida mezquina a la que se veían condenadas las mujeres en el mundo antiguo, decía: «En cuanto tienen catorce años, los hombres las llaman "damas". Así que, cuando se dan cuenta de que no valen para nada más que para compartir la cama con los hombres, empiezan a embellecerse y a poner todas sus esperanzas en ello. Por tanto, vale la pena tomarse la molestia de hacerles comprender que lo que las hace verdaderamente respetables es que sean modestas y se hagan respetar.» Epicteto y Pedro están de acuerdo.

Hay por lo menos un pasaje del Antiguo Testamento en el que se hace una lista de las distintas piezas de ornamentos femeninos y se amenaza con el día del juicio en que serán destruidos. Se encuentra en Isaías 3:18-24: «Las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, las cofias, los atavíos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, las gasas y los tocados.»

En el mundo de los griegos y los romanos es interesante coleccionar las referencias a los adornos personales. Había tantas maneras de arreglar el cabello como abejas en Hybca. El pelo se rizaba y teñía, a veces de negro pero más frecuentemente de rubio. Se llevaban pelucas, sobre todo rubias, que

se encuentran hasta en las catacumbas cristianas; el pelo del que se fabricaban se importaba de Alemania, y hasta de la India. Sujetadores de pelo, peinetas, horquillas y peines se hacían de marfil o de boj, y de concha de tortuga; a veces también de oro con joyas engastadas.

La púrpura era el color favorito para la ropa. Una libra (algo menos de medio kilo) de la mejor lana púrpura de Tiro, colada dos veces, costaba 1,000 *denarii*. (Recuérdese para calcular el equivalente actual que el denario era el sueldo de un día). Un chaquetón tirdo de la mejor púrpura costaría más del doble de esa cantidad. Las sedas, perlas, aromas y joyas que se importaron de la India en un año costaron unos 250,000,000 de pesetas. Otras importaciones similares venían de Arabia.

Diamantes, esmeraldas, topacios, ópalo y sardónices eran las piedras preciosas favoritas. Struma Nonius tenía un anillo valorado en unos 5,000,000 de pesetas. Las perlas eran lo que más se apreciaba. Julio César le compró a Servilia una perla que le costó unos 15,000,000 de pesetas. Se hacían pendientes de perla, y Séneca habla de mujeres que llevaban dos o tres fortunas

colgando de las orejas. También se usaban incrustadas en zapatillas; Nerón hasta tenía una habitación con las paredes cubiertas de perlas. Plinio vio a Lollia Paulina, la mujer de Calígula, con un vestido tan cubierto de perlas y esmeraldas que había costado unos 100,000,000 de pesetas.

El Evangelio vino a un mundo en el que se combinaban el lujo y la decadencia.

En vista de todo esto, Pedro insiste en las gracias que adornan el corazón, que son las que Dios aprecia. Esas eran las joyas que adornaban a las santas mujeres de antaño. Isaías había llamado a Sara la madre del pueblo fiel a Dios (Isaías 51:2); y si las esposas cristianas se adornaban con las mismas gracias de modestia, humildad y castidad, eran también sus hijas en la familia del pueblo fiel de Dios.

Una mujer cristiana de aquellos tiempos vivía en una sociedad en la que estaría tentada a toda clase de extravagancias insensatas, y por el miedo a los caprichos de su marido pagano; pero había de vivir para el servicio generoso, en bondad y confianza serena. Ese sería el mejor sermón de evangelización que le podría predicar a su marido. Hay pocos pasajes en los que se subraye más claramente el valor de una vida cristianamente hermosa.

LAS OBLIGACIONES DEL MARIDO

1 Pedro 3:7

Por lo que a vosotros respecta, maridos, convivid sensatamente con vuestras mujeres, teniendo presente que son el sexo débil y asignándole el honor que les es debido como coherederas de la gracia de la vida, para que no se bloqueen vuestras oraciones.

Aunque este pasaje es corto, contiene mucho de la quintaesencia de la ética cristiana. Esta ética es lo que podría llamarse una ética *recíproca*. Nunca coloca toda la responsabilidad en uno de los lados. Si habla de los deberes de los esclavos, también habla de los de los amos. Si trata de las obligaciones de los hijos, también lo hace de las de los padres (*cp. Efesios 6:1-9; Colosenses 3:20 - 4:1*). Pedro acaba de establecer los deberes de las esposas; ahora establece los de los maridos. El matrimonio se basa en una obligación recíproca. Un matrimonio en el que todos los privilegios estuvieran en una parte y todas las obligaciones en la otra estaría abocado a ser imperfecto y con las mayores probabilidades de fracaso. Ésta era una concepción nueva en el mundo antiguo. Ya hemos notado la absoluta falta de derechos de la mujer y citado la afirmación de Catón de los del marido. Pero no terminamos esa cita, cosa que hacemos ahora: «Si pillas a tu mujer en **un acto de infidelidad, puedes matarla impunemente** sin sentencia judicial; pero si es ella la que te sorprende a ti, ya se guardaría de poner ni un dedo en el asunto, porque no tiene

el menor derecho.» En el código moral romano todas las obligaciones eran para la esposa, y todos los privilegios para el marido. La ética cristiana nunca concede un privilegio sin la obligación correspondiente.

¿Cuáles eran las obligaciones del marido?

(i) Debe ser *comprensivo*. Debe ser considerado y sensible a los sentimientos de su mujer. La madre de Somerset Maugham era una mujer hermosa que tenía el mundo a sus pies, pero su padre no tenía ningún atractivo. Alguien le preguntó a ella alguna vez: «¿Por qué sigues fiel a ese feo tipejo con el que te casaste?» Su respuesta fue: «Porque nunca hace nada que me moleste.» La comprensión y la consideración habían forjado un vínculo inquebrantable. La crueldad más difícil de soportar no es a menudo deliberada, sino el resultado de hacer las cosas sin pensarlas.

(ii) Debe ser *caballeroso*. Debe tener presente que la mujer es el sexo débil y tratarla con cortesía. En el mundo antiguo, la caballerosidad con las mujeres era casi desconocida. Era, y todavía es, algo muy corriente en Oriente el ver a un hombre montado en el burro mientras la mujer va a pie. Fue el cristianismo el que introdujo la caballerosidad en las relaciones entre hombres y mujeres.

(iii) Debe recordar que la mujer tiene *los mismos derechos espirituales*. Es coheredera de la gracia de la vida. Las mujeres no participaban en los actos de culto de los griegos y los romanos. Aun en la sinagoga judía no tomaban parte en el culto, y todavía es igual en las sinagogas ortodoxas. Cuando se las admitía en la sinagoga de alguna manera, estaban segregadas de los hombres y ocultas detrás de una pantalla. Aquí, en el cristianismo surgió el principio revolucionario de que las mujeres tienen iguales derechos espirituales, con lo cual cambió radicalmente la relación entre los sexos.

(iv) A menos que el hombre cumpla con estas obligaciones, hay una barrera que impide que sus oraciones lleguen a Dios. Como dice Bigg: «La imagen de una esposa injuriada se encuentra entre las oraciones del marido y la escucha de Dios.»

Aquí hay una gran verdad. Nuestra relación con Dios nunca puede ser como es debido si no lo es nuestra relación con nuestros prójimos. Es cuando estamos de consuno con los demás cuando podemos estarlo con Él.

1 Pedro 3:8-12

Por último, estad siempre en armonía; simpatizad siempre con los demás y vivid el amor fraternal; sed compasivos y humildes; no paguéis el mal con el mal, ni los insultos con insultos; por el contrario reaccionad siempre con bendiciones; porque es para dar y para heredar bendición para lo que habéis sido llamados.

Que el que quiera amar la vida, y ver días buenos, guarde su lengua del mal y sus labios de hablar astucias; que se aparte bien lejos del mal y haga el bien; que busque la paz y se la proponga siempre; porque los ojos del Señor están sobre los íntegros, y atentos Sus oídos a sus oraciones; pero el Señor Se encara con los que hacen el mal.

Pedro, como si dijéramos, reúne las grandes cualidades de la vida cristiana.

(i) Al frente de todas coloca *la unidad cristiana*. Vale la pena recopilar los grandes pasajes del Nuevo Testamento sobre la unidad, a fin de ver cuán grande lugar ocupa en el pensamiento del Nuevo Testamento. La base de todo el tema está en las palabras de Jesús que pidió que Su pueblo fuera una sola cosa, como lo son El y el Padre (*Juan 17:21-23*). En

los fascinantes primeros días de la Iglesia, esta oración se cumplía, porque eran todos «de un corazón y un alma» (*Hechos 4:32*). Una y otra vez Pablo exhorta a los creyentes a esta unidad y ora por ella. Recuerda a los cristianos de Roma que, aunque eran muchos, eran un solo cuerpo, y los exhorta a que estén unánimes (*Romanos 12:4, 16*). Al escribir a los cristianos de Corinto usa la misma ilustración de los creyentes como miembros de un cuerpo a pesar de todas sus cualidades y dones diferentes (*1 Corintios 12:12-31*). Exhorta a los díscolos corintios que no haya entre ellos divisiones y que se mantengan perfectamente unidos «en una misma mente y un mismo parecer» (*1 Corintios 1:10*). Les dice que las contiendas y las divisiones son cosas de la carne, señales de que siguen viviendo a un nivel meramente humano, sin la mente de Cristo (*1 Corintios 3:3*). Por haber participado del un pan, deben ser un cuerpo (*1 Corintios 10:17*). Les dice que deben ser «de un mismo sentir, y vivir en paz» (*2 Corintios 13:11*). Las barreras divisorias se han derrumbado en Jesucristo, y judíos y griegos están unidos en un mismo pueblo (*Efesios 2:13s*). Los cristianos deben mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, recordando que hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos (*Efesios 4:3-6*). Los filipenses tienen que mantenerse firmes en un mismo espíritu conteniendo unánimes por la fe del Evangelio; completan la felicidad de Pablo teniendo el mismo amor y la misma actitud; exhorta a Evodia y Síntique a que «sean de un mismo sentir en el Señor» (*Filipenses 1:27; 2:2; 4:2*).

En todo el Nuevo Testamento resuena esta exhortación a la unidad cristiana. Es más que una exhortación; es el anuncio de que nadie puede vivir la vida cristiana a menos que esté en unidad en sus relaciones personales con sus semejantes; y que la iglesia no puede ser verdaderamente cristiana si hay divisiones en ella. Es trágico el ver lo lejos que se encuentran muchos de hacer realidad esta unidad en sus vidas personales, y lo lejos que está la Iglesia de hacerla realidad dentro de sí misma. C. E. B. Cranfield lo expresa tan hermosamente que no podemos por menos de citar todo su comentario, aunque es extenso: «El Nuevo Testamento no trata nunca la unidad en Cristo como si fuera un lujo espiritual altamente deseable pero innecesario, sino como algo esencial a la verdadera naturaleza de la Iglesia. Las divisiones, ya sean desacuerdos entre miembros individuales o la existencia de grupos o partidos y -¡cuánto más!- las denominaciones del presente, constituyen una puesta en duda del mismo Evangelio y una señal de que los que están involucrados son carnales. Cuanto más en serio tomamos el Nuevo Testamento, tanto más urgente y doloroso llega a ser nuestro sentimiento del pecado de las divisiones, y más serios nuestros esfuerzos y oraciones por la paz y la unidad de la Iglesia en la Tierra. Eso no quiere decir que la unanimidad a la que aspiramos tenga que ser una uniformidad mecánica de la clase tan apreciada por los burócratas. Más bien ha de ser una unidad en la que las tensiones poderosas se mantengan unidas por una lealtad a ultranza, y las fuertes antipatías de raza y color, temperamento y gusto, posición social e interés económico, sean superadas en una adoración común y una común obediencia. Tal unidad sólo llegará cuando los cristianos sean suficientemente humildes y osados para aferrarse a la unidad ya dada en Cristo y tomarla más en serio que su propia auto-importancia y pecado, y hacer de estas profundas diferencias de doctrina, que se originan en nuestra imperfecta comprensión del Evangelio y que no osaríamos minimizar, no una excusa para desligarnos o mantenernos aparte del otro, sino más bien un incentivo para una búsqueda más concienzuda de escuchar y obedecer la voz de Cristo en íntimo compañerismo.» Así y aquí habla la voz profética a nuestra condición.

LAS MARCAS DE LA VIDA CRISTIANA (2)

1 Pedro 3:8-12 (conclusión)

(ii) En segundo lugar Pedro coloca *la simpatía* --en griego, *sentir con*-. Aquí también todo el Nuevo Testamento nos recuerda esta obligación. Debemos alegrarnos con los que están alegres y llorar con los que lloran (*Romanos 12:15*). Cuando

sufre un miembro del cuerpo, todos los demás sufren con él; y cuando un miembro recibe honores, todos los otros se congratulan (1 *Corintios 12:26*), y así debe ser entre los cristianos, que son el Cuerpo de Cristo. Una cosa resulta clara, y es que la simpatía y el egoísmo no pueden coexistir. Mientras el yo sea lo más importante del mundo no puede haber verdadera simpatía; esta depende de la voluntad de olvidar el yo e identificarse con el dolor y el sufrimiento de otros. La simpatía viene al corazón cuando Cristo reina en él.

(iii) En tercer lugar coloca Pedro *el amor fraternal*. Este asunto también se remonta a las palabras de Jesús. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros... Así sabrán todos que sois Mis discípulos: si os amáis unos a otros» (*Juan 13:34s*). Aquí habla el Nuevo Testamento definitivamente y directamente de una manera que casi espanta. «Reconocemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos. El que no ama sigue en la muerte. El que aborrece a su hermano en un asesinato» (1 *Juan 3:14s*). «Si alguien dice: "Yo amo a Dios", pero aborrece a su hermano, es un mentiroso» (1 *Juan 4:20*). Es un hecho que amar a Dios y a nuestros semejantes son inseparables; no pueden existir el uno sin el otro. La prueba más sencilla de la autenticidad del Cristianismo de una persona o iglesia es si las hace amar a sus semejantes o no.

(iv) Pedro coloca en cuarto lugar *la compasión*. En cierto sentido la piedad corre peligro de ser una virtud del pasado. Las actuales condiciones de vida tienden a dejar roma la sensibilidad de la mente a la piedad. Como dice C. E. B. Cranfield: «Nos acostumbramos a escuchar por la radio la incursión de

mil bombarderos mientras desayunábamos. Nos acostumbramos a la idea de que millones de personas se convierten en refugiados.» Podemos leer las cifras de los accidentes de tráfico sin inmutarnos, aunque sabemos que quieren decir cuerpos y corazones destrozados. Es fácil perder el sentimiento de piedad, y aún más fácil darse por satisfecho con la sensiblería de un momento de dolor cómodo que no conduce a hacer nada. La piedad es de la misma esencia de Dios, y la compasión, de la de Jesucristo; una piedad tan grande que Dios envió a Su único Hijo a morir por nosotros, una compasión tan intensa que llevó a Cristo a la Cruz. No puede haber Cristianismo sin compasión.

(v) En quinto lugar coloca Pedro *la humildad*. La humildad cristiana viene de dos cosas. Viene, en primer lugar, del sentimiento de criaturidad. El cristiano es humilde porque es consciente constantemente de su total dependencia de Dios, y de que por sí no puede hacer absolutamente nada. Viene, en segundo lugar, del hecho de que el cristiano tiene un nuevo nivel de comparación. Puede ser que cuando se compare con sus semejantes no salga perdiendo en la comparación. Pero el nivel de comparación del cristiano es Cristo; y, comparado con Su impecable perfección, siempre está en deuda. Cuando el cristiano recuerda su dependencia de Dios, y mantiene ante sí el dechado de Cristo, no puede por menos de ser humilde.

(vi) Por último, como clímax, Pedro coloca *la capacidad de perdonar*. Es a recibir el perdón de Dios y a perdonar a sus semejantes a lo que es llamado el cristiano. Lo uno no puede existir sin lo otro; es sólo cuando les perdonamos a otros el mal que nos han hecho cuando Dios nos perdona los pecados que hemos cometido contra Él (*Mateo 6:12, 14, 15*). Lo característico del cristiano es que perdona a los demás como Dios le ha perdonado a él (*Efesios 4:32*).

Como tenía por costumbre, Pedro resume este tema citando la Sagrada Escritura; aquí el *Salmo 34*, que describe a la persona que Dios acepta y a la que Dios rechaza.

LA SEGURIDAD CRISTIANA EN UN MUNDO EN PELIGRO

1 Pedro 3:13-15a

¿Quién será el que os pueda hacer daño si amáis entrañablemente la bondad? Aun en el caso de que tengáis que sufrir por causa de la justicia, ¡felices vosotros! No les tengáis miedo; ni tampoco os inquietéis, sino dadle a Cristo en vuestro corazón el lugar supremo que Le pertenece.

En este pasaje podemos ver hasta qué punto estaba Pedro empapado del Antiguo Testamento; aquí hay dos pasajes fundamentales. No es tanto que los cite de hecho como que no habría podido escribir esta pasaje a menos que los hubiera tenido presentes en su mente. El primero es una reminiscencia de *Isaías 50:9*: «He aquí que el Señor Dios me ayudará; ¿quién puede haber que me condene?» Y también, cuando Pedro está hablando de desterrar el miedo, está pensando en *Isaías 8:13*: «Pero es al Señor de los ejércitos al que debéis considerar santo; a Él es al único que debéis tener miedo, y tener como el objeto de vuestro temor.»

Hay tres grandes concepciones en este pasaje.

(i) Pedro empieza insistiendo en un amor entrañable a la bondad. Una persona puede tener más de una actitud ante la bondad. Puede ser para ella una carga, o un aburrimiento, o algo que desea vagamente pero cuyo precio no está dispuesta a pagar en términos de esfuerzo. La palabra que hemos traducido por *amar entrañablemente* es *zélótés*, que se traduce corrientemente por *celota*. Los celotas eran patriotas fanáticos que se juramentaban para usar todos los medios a su alcance para liberar al pueblo de Israel del poder extranjero. Estaban dispuestos a jugarse la vida, a sacrificar la tranquilidad y la comodidad, el hogar y a sus seres queridos por un amor apasionado a su país. Lo que Pedro está diciendo es: «Amad la

bondad con la intensidad apasionada con que aman a su país los más fanáticos patriotas.» John Seeley decía: < Un corazón no puede ser puro si no es apasionado; ni una virtud segura si no es entusiasta. » Sólo cuando uno se enamora de la bondad pierden su fascinación y su poder sobre él las cosas mundanas.

(ii) Pedro pasa a hablar de la actitud cristiana ante el sufrimiento. Ya se ha hecho notar suficientemente que estamos cercados por dos clases de sufrimiento. Está el sufrimiento al que estamos expuestos a causa de nuestra *humanidad*. Por ser personas, nos alcanza el sufrimiento físico, la muerte, la preocupación, la angustia de la mente y el cansancio y el dolor del cuerpo. Pero hay también un sufrimiento en el que nos vemos involucrados a causa de nuestro *Cristianismo*. Puede que sea la impopularidad, la persecución, el sacrificio por los principios y la elección deliberada del camino difícil, la disciplina y la brega necesarias de la vida cristiana. Sin embargo, la vida cristiana tiene una cierta bienaventuranza que la acompaña siempre. ¿Por qué razón?

(iii) La respuesta de Pedro es que el cristiano es una persona para quien Dios y Jesucristo son supremos en su vida; su relación con Dios en Cristo es lo de más valor en su vida. Si el corazón de una persona está anclado en cosas terrenales como las posesiones, la felicidad, el placer, la buena vida... es un ser lastimosamente vulnerable. Porque, tal como son las cosas, puede perderlas en cualquier momento. Tal persona sufre con la máxima facilidad. Por otra parte, el que Le da a Jesucristo el lugar único y exclusivo en su vida que Le pertenece, lo más precioso para él es su relación con Dios, y nada se la puede quitar. Por tanto, está completamente a salvo.

Así que, hasta en el sufrimiento es bendecido el cristiano. Cuando se está sufriendo por Cristo, se Le está mostrando fidelidad y se está participando de Su sufrimiento. Cuando el sufrimiento es parte de la condición humana, no puede privar al cristiano de las cosas más preciosas de la vida. Nadie puede evadir el sufrimiento; pero para el cristiano no puede tocar las cosas que le importan supremamente.

LA APOLOGÍA CRISTIANA

1 Pedro 3:15b-16

Estad siempre listos para presentar vuestra defensa ante cualquiera que os pida cuentas de la esperanza que hay en vuestra vida; pero hacedlo con cortesía y respeto. Que vuestra conciencia no os acuse de nada; para que, cuando os insulten, sean los mismos que os llenan de injurias los que se tengan que avergonzar.

En un mundo hostil y suspicaz era inevitable que se llamara al cristiano a defender la fe que confesaba y la esperanza por la que vivía. Aquí Pedro tiene ciertas cosas que decir acerca de la defensa cristiana.

(i) Debe ser *razonable*. Es un *logos* que el cristiano debe dar, y un *logos* es una afirmación razonable e inteligente de su posición. Un griego culto creía que era la señal de un hombre inteligente el poder dar y recibir un *logos* acerca de sus acciones y creencias. Como dice Bigg, se esperaba «que fuera capaz de discutir inteligente y templadamente cuestiones de conducta.» Para hacerlo tenemos que saber lo que creemos; tenemos que haberlo pensado a fondo; tenemos que ser capaces de exponerlo inteligente e inteligiblemente. Nuestra fe debe ser un descubrimiento de primera mano y no una historia de segunda mano. Una de las tragedias de la situación moderna es que hay muchos miembros de iglesia que, si se les preguntara lo que creen, no podrían decirlo, y que, si se les preguntara por qué lo creen, estarían igualmente en blanco. El cristiano tiene que pasar la labor mental y espiritual de pensar a fondo su fe para poder decir lo que cree y por qué.

(ii) Debe hacer su defensa *con cortesía*. Hay muchas personas que exponen sus creencias con una especie de beligerancia arrogante. Su actitud es que el que no esté de acuerdo con ellos, o es tonto o es un canalla, y tratan de hacerles tragar sus creencias a los demás. La defensa del Cristianismo debe presentarse con simpatía y con amor, y con esa sabia tolerancia que se da cuenta de que no se le concede a nadie poseer la verdad total. «Hay tantos caminos para llegar a las estrellas como personas dispuestas a escalarlos.» Se puede introducir a otros en la fe cristiana con amabilidad, pero no a lo bestia.

(iii) Debe hacer su defensa *con reverencia*. Es decir: cualquier argumento en el que esté implicado el cristiano debe llevarlo a cabo en un tono que Dios se pueda complacer de escuchar. No hay debates tan belicosos como los teológicos; no hay diferencias que causen tanta amargura como las diferencias religiosas. En cualquier presentación del Cristianismo y en cualquier argumento en defensa de la fe cristiana no debe faltar el acento del amor.

(iv) El único argumento convincente es el de la vida cristiana. Actúe cada uno de tal manera que tenga limpia la conciencia. Oponga a las críticas una vida que no esté expuesta a ellas. Tal conducta hará callar la calumnia y desarmará la crítica. «Un santo -como ha dicho alguien- es alguien cuya vida le hace más fácil a los demás creer en Dios.»

LA OBRA SALVÍFICA DE CRISTO

1 Pedro 3:17 - 4:6

Más vale sufrir por hacer el bien, si es esa la voluntad de Dios, que por hacer el mal. Cristo también murió una vez por todas y por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Padeció la muerte en la carne, pero resucitó a la vida en el Espíritu, en el Que también fue a predicar a los espíritus que estaban en prisión, los que habían sido desobedientes en un tiempo, cuando la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé mientras se construía el arca; en la que unos pocos -es decir, ocho personas- alcanzaron la salvación por medio del agua. Y es el agua lo que

*ahora os salva a los **que representaban simbólicamente** Noé y su compañía; quiero decir el agua del Bautismo, que no consiste en lavar la suciedad del cuerpo, sino en el compromiso con Dios de mantener una buena conciencia mediante la Resurrección de Jesucristo, Que está a la diestra de Dios, porque fue al Cielo después que se Le sometieron los ángeles, las autoridades y los poderes.*

Así que, de la misma manera que Cristo sufrió en Su naturaleza humana, vosotros también debéis estar pertrechados con la misma convicción de que el que ha sufrido en su propia carne ha terminado para siempre con el pecado, y en consecuencia su propósito es vivir lo que le quede de vida en la carne, no ya para obedecer a las pasiones humanas, sino a la voluntad de Dios. Porque ya es bastante que hayáis vivido como los paganos en el pasado, una vida de desmadre, lujuria, borracheras, juergas, jaranas e idolatría abominable. A la gente les extraña que ya no corráis a reunirlos con ellos en la misma inundación de vicio, y se burlan de vosotros por no hacerlo. Pero ellos tendrán que dar cuenta al Que está dispuesto para juzgar a los que sigan vivos y a los que ya hayan muerto. Porque para esto se les ha predicado el Evangelio hasta a los muertos: para que, aunque ya han sido juzgados en la naturaleza humana, puedan vivir en el Espíritu con la vida de Dios.

Este no es sólo uno de los pasajes más difíciles de la *Primera de Pedro*, sino de todo el Nuevo Testamento; y además es también la base de uno de los artículos más difíciles del Credo: «Descendió a los infiernos.» Por tanto, es mejor leerlo todo seguido en un principio, y pasar luego a estudiarlo en varias secciones.

EL EJEMPLO DE LA OBRA DE CRISTO

1 Pedro 3:1718a

Más vale sufrir por hacer el bien, si es esa la voluntad de Dios, que por hacer el mal. Cristo también murió una vez por todas y por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

Aunque-este pasaje es uno de los más difíciles del Nuevo Testamento, empieza con algo que todos podemos comprender. Lo que Pedro presenta es que, aun cuando el cristiano se vea obligado a sufrir injustamente por su fe, no está haciendo más que recorrer el camino que anduvo su Señor y Salvador. El cristiano que sufre debe siempre recordar que tiene un Señor que sufre. En el reducido espacio de estos dos versículos Pedro incluye las cosas más profundas que se pueden decir acerca de la obra de Cristo.

(i) Establece que la obra de Cristo fue *única* y no se puede repetir. Cristo murió *una vez por todas* por los pecados. El Nuevo Testamento dice esto a menudo. Cuando Cristo murió, murió una vez por todas (*Romanos 6:10*). Los sacrificios del templo tenían que repetirse diariamente, pero Cristo hizo el perfecto Sacrificio una vez por todas cuando Se ofreció a Sí mismo (*Hebreos 7:27*). Cristo fue ofrecido una vez por todas para llevar el pecado de muchos (*Hebreos 9:28*). Somos santificados por medio de la ofrenda del cuerpo de Cristo una vez por todas (*Hebreos 10:10*). El Nuevo Testamento está totalmente seguro de que algo sucedió en la cruz que no ha de suceder nunca más, y que allí el pecado fue derrotado definitivamente. Dios trató en la cruz con el pecado humano de manera adecuada para todos los pecados, para todos los hombres, para todos los tiempos.

(ii) Establece que el Sacrificio fue *por el pecado*. Cristo murió una vez por todas *por los pecados*. Esto, de nuevo, se dice frecuentemente en el Nuevo Testamento. Cristo murió por

nuestros pecados conforme a las escrituras[*Corintios 15:3*]. Cristo Se dio a Sí mismo por nuestros pecados (*Gálatas 1:4*). El ministerio del sumo sacerdote, y Cristo es el perfecto Sumo Sacerdote, es ofrecer sacrificio por los pecados (*Hebreos 5:1,3*). Él es la expiación por nuestros pecados (*1 Juan 2:2*).

En griego, *por los pecados* es o *hyper* o *peri hamartión*. Resulta que en la traducción griega del Antiguo Testamento la frase regular para *una ofrenda por el pecado* es *peri hamartías* (*Hamartías* es el singular de *hamartión*), como, por ejemplo, en *Levítico 5:7* y *6:30*. Es decir: Pedro afirma que la muerte de Cristo es el Sacrificio que expía el pecado de la humanidad.

Podría decirse que el pecado es lo que interrumpe la relación que debería existir entre Dios y la humanidad. La finalidad del sacrificio es restaurar la relación perdida. La muerte de Cristo en la Cruz, comoquiera que la expliquemos, basta para restaurar la relación perdida entre Dios y la humanidad.

Puede que nunca lleguemos a estar totalmente de acuerdo con todas las teorías acerca de lo que sucedió realmente en la Cruz; porque, desde luego, como dice Charles Wesley en uno de sus himnos: «¡Todo es un misterio!» Pero en una cosa podemos estar todos de acuerdo: Gracias a lo que sucedió allí podemos entrar en una nueva relación con Dios.

(iii) Afirma que el Sacrificio fue *vicario*. Cristo murió una vez por todas por los pecados, *el Justo por los injustos*. Que el Justo hubiera de sufrir por los injustos es algo extraordinario. A primera vista parece una injusticia. Como dice Edwin H. Robinson: «Solamente un perdón sin razón puede compensar un pecado sin excusa.» El sufrimiento de Cristo fue por nosotros; y el misterio consiste en que el Que no merecía sufrir soportó el sufrimiento por nosotros que merecíamos sufrir. Él Se sacrificó a Sí mismo para restablecer nuestra perdida relación con Dios.

(iv) Establece que la obra de Cristo fue *para llevarnos a Dios*. Cristo murió una vez por todas por los pecados, el Justo por los injustos, *para llevarnos a Dios*. La palabra *para llevarnos* es *proságuein*. Tiene dos trasfondos vívidos.

(a) Tiene un trasfondo judío. Se usaba en el Antiguo Testamento de llevar a Dios a los que habían de ser sacerdotes. Era la norma divina: <llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del tabernáculo de la reunión> (*Éxodo 29:4*). La lección es: Como lo entendían los judíos, solamente los sacerdotes tenían el derecho de acceder a Dios. En el templo, los laicos podían llegar hasta cierto punto; podían pasar por el atrio de los Gentiles, el de las Mujeres y el de los Israelitas, pero allí se tenían que parar. No podían entrar en el atrio de los Sacerdotes, a la presencia más íntima de Dios; y de los sacerdotes, sólo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo. Pero Jesucristo *nos* lleva a Dios; abre el acceso a la más íntima Presencia para *todos*.

(b) Tiene un trasfondo griego. En el Nuevo Testamento se usa tres veces el nombre correspondiente *prosagógué*. *Proságuein* quiere decir *introducir*; *prosagógué* quiere decir el derecho de *acceso*, el resultado de *introducir*. Por medio de Cristo tenemos *acceso a la gracia* (*Romanos 5:2*). Por medio de Él tenemos *acceso a Dios el Padre* (*Efesios 2:18*). Por medio de Él tenemos seguridad y acceso y *confianza* para venir a Dios (*Efesios 3:12*). En griego esto tenía un sentido especializado. En el salón de los reyes, había un oficial llamado el *prosagógueus*, el *introductor*, el que *permite el acceso*, cuya función era decidir quién podía ser admitido a la presencia del rey y quién no. Como si dijéramos, tenía la llave de acceso. Es Jesucristo, en virtud de su obra, Quien nos permite acceder a Dios.

(v) Cuando pasemos estos dos versículos y nos adentremos en el pasaje, podremos añadir dos grandes verdades más a lo que Pedro nos dice acerca de la obra de Cristo. En 3:19 dice que Jesús predicó a los espíritus en prisión; y en 4:6 dice que el Evangelio fue predicado a los que ya estaban muertos. Como pasaremos a ver, lo más probable es que esto quiera decir que entre Su muerte y Su Resurrección Jesús predicó el Evangelio en la morada de los muertos; es decir, a los que no habían tenido oportunidad de oírlo en vida. Aquí hay un pensamiento

tremendo. Quiere decir que la obra de Cristo es infinita en su aplicación. Quiere decir que ninguna persona que haya vivido nunca está fuera de la Gracia de Dios.

(vi) Pedro ve la obra de Cristo en términos de *un triunfo completo*. Dice que después de Su Resurrección Jesús entró en el cielo y está a la diestra de Dios, y que los ángeles, las autoridades y los poderes se Le han sometido (3:22). Lo que quiere decir que no hay nada ni en la Tierra ni en el Cielo fuera del imperio de Cristo. Para todas las personas trajo una nueva relación con Dios; en Su muerte aun llevó la Buena Noticia a los muertos; en Su Resurrección conquistó la muerte; hasta los poderes angélicos y demoníacos Le están sujetos; y comparte el mismo poder y trono de Dios. Cristo, el Que sufrió, ha llegado a ser Cristo, el Que venció; Cristo el Crucificado ha llegado a ser Cristo el Coronado.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (1)

1 Pedro 3:18b-20; 4:6

Padeció la muerte en la carne, pero resucitó a la vida en el Espíritu, en el Que también fue a predicar a los espíritus que estaban en prisión, los que habían sido desobedientes en un tiempo, cuando la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé mientras se construía el arca... Porque para esto se les ha predicado el Evangelio hasta a los muertos: para que, aunque ya han sido juzgados en la naturaleza humana, puedan vivir en el Espíritu con la vida de Dios.

Ya hemos dicho que nos encontramos de cara aquí con uno de los pasajes más difíciles, no sólo de la *Primera de Pedro*, sino de todo el Nuevo Testamento; y si hemos de captar su significado, debemos seguir el consejo del mismo Pedro y ceñirnos bien los lomos del entendimiento para estudiarlo.

Este pasaje está alojado en el Credo en la frase «descendió a los infiernos.» En primer lugar debemos advertir que esta frase es muy confusa. La idea del Nuevo Testamento no es que Jesús descendió al *infierno*, sino que descendió al *hades*. *Hechos 2:27*, como todas las traducciones modernas muestran correctamente, debe traducirse, no: «No dejarás mi alma en el infierno,» como decía la antigua versión Reina-Valera, sino: «No dejarás mi alma en el Hades,» como corrigió la revisión de 1960. La diferencia es ésta: el infierno es el lugar de castigo de los malvados; el hades era el lugar donde estaban todos los muertos.

Los judíos tenían una concepción muy sombría de la vida más allá de la tumba. No pensaban en términos de Cielo e infierno, sino del mundo de las sombras en el que los espíritus de los seres humanos que ya habían muerto se movían como fantasmas grises en una penumbra perdurable y donde no había ni fuerza ni alegría. Tal era el hades al que los espíritus de todas las personas iban después de la muerte. Isaías escribe: «Porque el Seol no Te exaltará, ni Te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperaran Tu verdad» (*Isaías 38:18*). El salmista escribió: «Porque en la muerte no hay memoria de Ti; en el Seol, ¿quién Te alabará? (*Salmo 6:5*). «¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará Tu verdad?» (*Salmo 30:9*). «¿Manifestarás Tus maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro Tu misericordia, o Tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas Tus maravillas y Tu justicia en la tierra del olvido?» (*Salmo 88:10-12*). «No alabarán los muertos al Señor, ni cuantos descienden al silencio» (*Salmo 115:17*) «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría» (*Eclesiastés 9:10*). La concepción judía del mundo más allá de la muerte era este mundo gris de sombras y de olvido, en el que las personas estaban separadas de la vida y de la luz y de Dios.

Conforme fue pasando el tiempo surgió la idea de etapas y divisiones en esa tierra de las sombras. Para algunos, duraría para siempre; para otros, era una especie de prisión en la que se estaría hasta que el juicio final de la ira de Dios los desintegrara (*Isaías 24: 21 s*; *2 Pedro 2:4*; *Apocalipsis 20:1-7*). Así que debe recordarse en primer lugar que todo este tema se refiere, no al infierno, tal como entendemos esta palabra, sino que Cristo fue a los muertos que estaban en su mundo tenebroso.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (2)

1 Pedro 3:14-20; 4:6 (continuación)

Esta doctrina del descenso a los infiernos, como la llamaremos desde ahora, se base en dos frases del presente pasaje. Dice que Jesús fue y predicó a los espíritus que estaban en prisión (3:19); y habla de que el Evangelio les fue predicado a los muertos (4:6). En relación con esta doctrina siempre ha habido actitudes divergentes entre los pensadores.

(i) Hay algunos que querían eliminarla totalmente. Es la actitud de *la eliminación*. Algunos quieren eliminarla totalmente y proponen hacerlo de dos maneras.

(a) Pedro dice que en el Espíritu, Cristo predicó a los espíritus en prisión, que habían sido desobedientes en el tiempo en que la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé, cuando se estaba construyendo el arca. Se sugiere que lo que esto quiere decir es que fue *en tiempos del mismo Noé* cuando Cristo hizo esta predicación; que en el Espíritu, largas edades antes de ésta, hizo su llamada a los malvados de tiempos de Noé. Esto quitaría de en medio totalmente la idea del descenso al hades. Muchos grandes investigadores han aceptado este punto de vista; pero no creemos que es el que sugieren naturalmente las palabras de Pedro.

(b) Si miramos la traducción de Moffatt nos encontramos con algo totalmente diferente. Traduce: « En la carne Él (Cristo) recibió la muerte, pero vino a la vida en el Espíritu. Fue en el Espíritu como Enoc también fue a predicar a los espíritus prisioneros que habían desobedecido en el tiempo cuando la paciencia de Dios se contuvo durante la construcción del arca en los días de Noé.» ¿Cómo llega Moffatt a esta traducción? El nombre de Enoc no aparece en ningún manuscrito griego. Pero al considerar el texto de cualquier autor griego, los investigadores a veces usan un proceso que se llama *enmendar*. Creen que se ha introducido alguna incorrección en el texto tal como lo encontramos, que algún escriba tal vez se equivocó al copiarlo; y por tanto ellos sugieren que habría que cambiar o añadir alguna palabra. Rendel Harris sugirió en este pasaje que faltaba la palabra *Enoc* en las copias de *Primera de Pedro* y debería restaurarse.

(Aunque esto es meternos en el griego, puede que algunos lectores tengan interés en saber cómo llegó Rendel Harris a esta famosa enmienda. En la línea superior transcribimos en cursiva el griego del pasaje, y ponemos debajo la traducción literal al español:

thanátōtheis men sarki zóopoiétheis
habiendo sido matado en la carne habiendo sido levantado a la vida

de pneumati en hó kai tois en fylaké pneumasi
en el Espíritu en el cual también a los en prisión espíritus

poreutheis ekéryxen
habiendo ido predicó.

(*Men y de son lo que se llama partículas; no se traducen, meramente marcan el contraste entre sarki y pneumati*). La sugerencia de

Rendel Harris fue que se había omitido la palabra *Enój* entre kai y tois. Su explicación era que, como la copia de los manuscritos se solía hacer al dictado, los escribas estaban expuestos a perderse palabras que fueran en sucesión si sonaban de una manera parecida. En este pasaje

en hó kai y Enój

sonaban casi igual, y Rendel Harris pensó que era muy probable que *Enój* se omitiera equivocadamente por esa razón).

¿Qué razones hay para suponer que se mencionaba a Enoc en este pasaje? Siempre había sido una figura fascinante y misteriosa. < Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (*Génesis 5:24*). Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgieron muchas leyendas sobre Enoc, y se escribieron libros famosos e importantes en su nombre. Una de las leyendas era que Enoc, aunque era un hombre, actuó como < enviado de Dios» a los ángeles que pecaron al venir a la Tierra y seducir lascivamente a las mujeres mortales (*Génesis 6:2*). En el *Libro de Enoc* se dice que fue enviado desde el Cielo a esos ángeles para anunciarles su condenación (*Enoc 12:1*) y que proclamó que para los hombres, a causa de su pecado, nunca habría paz ni perdón (*Enoc 12 y 13*).

Así que, según la leyenda judía, Enoc fue al hades a predicar condenación a los ángeles caídos; y Rendel Harris pensó que este pasaje se refería, no a Jesús, sino a Enoc; y Moffatt estaba lo suficientemente de acuerdo con él como para introducir a Enoc en su traducción. Es una sugerencia sumamente interesante e ingeniosa, pero no cabe duda que hay que rechazarla. No la sostiene ninguna evidencia; y no es natural introducir a Enoc, porque de lo que se trata es de la obra de Cristo.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (3)

1 Pedro 3:18b-20; 4:6 (continuación)

Ya hemos visto que el intento de aplicar la *eliminación* a este pasaje no tiene un resultado satisfactorio.

(ii) La segunda actitud es la de *la limitación*. Esta actitud -que, por cierto, es la que adoptan algunos grandes intérpretes del Nuevo Testamento- cree de veras que Pedro está diciendo que Jesús fue al hades y predicó; pero no a todos los habitantes del hades ni mucho menos. Los diferentes intérpretes limitan aquella predicación de diferentes maneras.

(a) Se mantiene que Jesús predicó en el hades *solamente* a los espíritus de las personas que fueron desobedientes en los días de Noé. Los que mantienen este punto de vista llegan a menudo a discutir que, puesto que esos pecadores fueron tan desobedientes que Dios acabó por mandar el diluvio y destruirlos (*Génesis 6:12s*), podemos creer que nadie está totalmente fuera de la misericordia de Dios. Eran los peores de todos los pecadores; y, sin embargo, se les dio una nueva oportunidad para arrepentirse; por tanto, las peores personas siguen teniendo una oportunidad en Cristo.

(b) Se mantiene que Jesús predicó a los ángeles caídos; pero les predicó, no la Salvación, sino la terrible condenación final. Ya hemos mencionado a esos ángeles. Su historia se nos relata en *Génesis 6:1-8*. Fueron tentados por la belleza de las mujeres mortales; vinieron a la Tierra, las sedujeron y les engendraron hijos; y a causa de su acción, se infiere, la maldad humana llegó al colmo, y sus pensamientos eran siempre malos. *2 Pedro 2:4* habla de estos ángeles pecadores que están presos en el infierno esperando el juicio. De hecho, fue a ellos a los que predicó Enoc; y algunos piensan que lo que quiere decir este pasaje no es que Cristo predicó la misericordia y una segunda oportunidad, sino que, en señal de Su triunfo definitivo, predicó la terrible condenación de aquellos ángeles que habían pecado.

(c) Se mantiene que Cristo predicó *solamente* a los que habían sido íntegros, y que los condujo del hades al Paraíso de Dios. Ya hemos visto que los judíos creían que todos los muertos iban al hades, la sombría tierra del olvido. Se mantiene que *antes* de Cristo era esa la situación; pero Él le abrió las puertas del Paraíso a la humanidad; y, al hacerlo, fue al hades y les dio la buena noticia a todos los justos de todas las generaciones pasadas y los sacó de allí y Se los llevó a Dios. Este es un cuadro maravilloso. Los que mantienen este punto de vista suelen pasar a decir que, gracias a Cristo, ya no hay que pasar tiempo en las sombras del hades, y está abierto el camino al Paraíso tan pronto como se sale de este mundo.

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS» (4)

1 Pedro 3:18b-20; 4:6 (conclusión)

(iii) Algunos aceptan que lo que Pedro está diciendo es que Jesucristo, entre Su muerte y Resurrección, fue al mundo de los muertos y predicó allí el Evangelio. Pedro dice que Jesucristo fue matado en la carne pero levantado a la vida en el Espíritu, y que fue en el Espíritu como también predicó. El sentido es que Jesús vivió en un cuerpo humano y estuvo bajo todas las limitaciones de tiempo y espacio en los días de Su carne; y murió con el cuerpo destrozado y sangrando en la Cruz. Pero cuando resucitó, surgió con un cuerpo espiritual, en el que estaba libre de las debilidades necesarias de la humanidad y liberado de las

necesarias limitaciones de tiempo y espacio. Fue en esta condición espiritual de perfecta libertad como realizó la predicación a los muertos.

Como se suele formular esta doctrina, se usan categorías que están anticuadas. Se habla de *descender* al hades, y la misma palabra *descender* sugiere un universo de tres pisos en el que el Cielo está localizado por encima de la atmósfera y el hades debajo de la tierra. Pero, dejando a un lado las categorías físicas de esta doctrina, podemos encontrar en ella verdades que son eternamente válidas y preciosas, tres en particular.

(a) Si Cristo descendió al hades, entonces Su muerte no fue una ficción. No se puede explicar en términos de un desmayo en la Cruz ni nada parecido. Jesús realmente experimentó la muerte y resucitó. Mirándola sencillamente, la doctrina del descenso al hades subraya la total identificación de Cristo con nuestra condición humana, hasta la muerte.

(b) Si Cristo descendió al hades, esto quiere decir que Su triunfo es universal. Esta, de hecho, es una verdad inseparable del Nuevo Testamento. Era el sueño de Pablo que al nombre de Jesús se doblaría toda rodilla, de las cosas del Cielo, y de las de la Tierra y de las de debajo de la tierra (*Filipenses 2:10*).

En el *Apocalipsis* el himno de alabanza viene de todas las criaturas que están en el Cielo, y en la Tierra y debajo de la tierra (*Apocalipsis 5:13*). El Que ascendió al Cielo es el Que antes había descendido a las partes más bajas de la tierra (*Efesios 4:9s*). La total sumisión del universo a Cristo está entretejida en todo el pensamiento del Nuevo Testamento.

(c) Si Cristo descendió al hades y predicó allí, no hay rincón del universo al que no haya llegado el Mensaje de Gracia. En este pasaje tenemos la solución de uno de los interrogantes inquietantes que suscita la fe cristiana: ¿Qué les sucederá a los que vivieron antes de Jesucristo y a aquellos a los que nunca alcanzó el Evangelio? No puede haber salvación sin arrepentimiento; pero, ¿cómo pueden arrepentirse los que nunca se han visto confrontados con el amor y la santidad de Dios? Si no hay otro nombre por el que la humanidad pueda salvarse, ¿qué les sucederá a los que nunca lo han oído? Esta es la verdad a la que se aferraba Justino Mártir hace mucho tiempo: < El Señor, el santo Dios de Israel, se acordó de Sus muertos, los que estaban durmiendo dentro de la tierra, y descendió a ellos para proclamarles la Buena Nueva de Salvación. » La doctrina del descenso al hades conserva la preciosa verdad de que ninguna persona que haya vivido nunca ha quedado excluida al ofrecimiento de la Salvación de Dios.

Muchos, al repetir el Credo, han encontrado la frase < Descendió a los infiernos » o sin sentido o alucinante, y han llegado a la conclusión tácitamente de dejarla de lado y olvidarla. Podría ser que debiéramos pensar en ello como un cuadro pintado en términos poéticos más bien que como una doctrina expresada en términos teológicos. Pero contiene estas tres grandes verdades: Que Jesucristo no sólo probó la muerte y apuró su copa hasta las heces, sino que el triunfo de Cristo es universal y no hay rincón del universo que no haya alcanzado la Gracia de Dios.

EL BAUTISMO DEL CRISTIANO

1 Pedro 3:18-22

Cristo también murió una vez por todas y por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Padeció la muerte en la carne, pero resucitó a la vida en el Espíritu, en el Que también fue a predicar a los espíritus que estaban en prisión, los que habían sido desobedientes en un tiempo, cuando la paciencia de Dios estaba esperando en los días de Noé mientras se construía el arca; en la que unos pocos -es decir, ocho personas- alcanzaron la salvación por medio del agua. Y es el agua lo que ahora os salva a los que representaban simbólicamente Noé y su compañía; quiero decir el agua del Bautismo, que no consiste en lavar la suciedad del cuerpo, sino en el compromiso con Dios de mantener una buena conciencia mediante la Resurrección de Jesucristo, Que está a la diestra de Dios, porque fue al Cielo después que se Le sometieron los ángeles, las autoridades y los poderes.

Pedro ha estado hablando acerca de los malvados que fueron desobedientes y corruptos en los días de Noé, que fueron finalmente destruidos. Pero en la destrucción por el diluvio, ocho personas -Noé y su mujer, sus hijos Sem, Cam y Jafet y sus mujeres- salieron sanos y salvos del arca. Inmediatamente, la idea de *salir sanos y salvos del agua* hace volver el pensamiento de Pedro al Bautismo cristiano, que es también quedar a salvo por medio del agua. Lo que Pedro dice literalmente es que el Bautismo es el *antitipo* de Noé y su gente en el arca.

Esta palabra nos introduce en una manera especial de considerar el Antiguo Testamento. Hay dos palabras íntimamente relacionadas. Está el *typos*, tipo, que quiere decir un *sello*, y está el *antitypos*, antitipo, que quiere decir la *impresión del sello*. Está claro que entre el sello y su impresión existe la más íntima correspondencia posible. Así es que hay personas y acontecimientos y costumbres en el Antiguo Testamento que _ son tipos, y que se corresponden con sus antitipos en el Nuevo Testamento. El acontecimiento o la persona del Antiguo Testamento son como el sello; el acontecimiento o persona del Nuevo Testamento son como la impresión; los dos se corresponden. Podríamos expresarlo diciendo que el acontecimiento del Antiguo Testamento representa y anuncia simbólicamente el acontecimiento del Nuevo Testamento. La ciencia de descubrir tipos y antitipos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento está muy desarrollada. Pero, para tomar ejemplos muy sencillos y obvios, el

codero pascual y el chivo expiatorio que llevaban los pecados del pueblo, son tipos de Jesús; y el ministerio del sumo sacerdote al hacer sacrificio por los pecados del pueblo es un tipo de Su obra salvífica. Aquí Pedro ve el quedar sanos y salvos por medio de las aguas de Noé y su familia como un tipo del Bautismo.

En este pasaje Pedro tiene tres grandes cosas que decir acerca del Bautismo. Hay que tener presente que en esta etapa de la historia de la Iglesia se trataba del bautismo de adultos, de personas que habían llegado al Cristianismo del paganismo y que estaban asumiendo una nueva clase de vida.

(i) El Bautismo no es meramente una limpieza física; es una limpieza espiritual de todo el corazón y alma y vida. Sus efectos deben estar en la misma alma de la persona y en la totalidad de su vida.

(ii) Pedro llama al Bautismo *el compromiso de una buena conciencia para con Dios* (versículo 21). La palabra que usa Pedro para compromiso es *eperótéma*. En cualquier contrato había una pregunta y una respuesta que hacían que el contrato fuera en firme. La pregunta era: «¿Aceptas los términos de este contrato y te comprometes a cumplirlos?» Y la respuesta, ante testigos era: «Sí.» Sin esa pregunta y respuesta el contrato no era válido. El término técnico para esa pregunta y respuesta era *eperótéma* en griego, *stipulatio* en latín.

Pedro está diciendo en realidad que en el bautismo Dios le preguntaba a la persona que llegaba al Cristianismo directamente del paganismo: «¿Aceptas los términos de Mi servicio? ¿Aceptas sus privilegios y promesas, y asumes sus responsabilidades y demandas?» Y en el acto del bautismo, el candidato respondía: «Sí.»

Solemos usar la palabra *sacramento*. La palabra *sacramento* procede del latín *sacramentum*, que era el *juramento de fidelidad del soldado* al entrar en el ejército. Aquí tenemos básicamente el mismo cuadro. No podemos aplicar muy bien esta pregunta y respuesta en el caso del bautismo infantil, a menos que sea a los padres; pero, como hemos dicho, el bautismo en la Iglesia original era de hombres y mujeres adultos que venían a la Iglesia espontáneamente del paganismo. El paralelo moderno es la entrada en la iglesia con plena membresía. Cuando lo hacemos Dios nos pregunta: «¿Aceptas las condiciones de Mi servicio, con todos sus privilegios y responsabilidades, con todas sus promesas y demandas?» Y respondemos: «Sí.» Estaría bien que todos entendiéramos claramente lo que estamos haciendo cuando asumimos la membresía de la iglesia.

(iii) Toda la idea y la eficacia del bautismo depende de la Resurrección de Jesucristo. Es la Gracia del Señor Resucitado lo que nos limpia; Es al Señor Resucitado y Vivo al que nos comprometemos; es al Señor Resucitado y Vivo al que pedimos fuerzas para cumplir la promesa que Le hacemos. Una vez más, cuando se trata del bautismo infantil, debemos tomar estas grandes concepciones y aplicarlas al momento en que se entra en la plena membresía de la iglesia.

LA OBLIGACIÓN DEL CRISTIANO

1 Pedro 4:1-5

Así que, de la misma manera que Cristo sufrió en Su naturaleza humana, vosotros también debéis estar pertrechados con la misma convicción de que el que ha sufrido en su propia carne ha terminado para siempre con el pecado, y en consecuencia su propósito es vivir lo que le quede de vida en la carne, no ya para obedecer, a las pasiones humanas, sino a la voluntad de Dios] Porque ya es bastante que hayáis vivido como los paz, ganos en el pasado, una vida de desmadre, lujuria, borracheras, juergas, jaranas e idolatría abominable. A la gente les extraña que ya no corráis a reuniros con ellos en la misma inundación de vicio, y se burlan de vosotros por no hacerlo. Pero ellos tendrán que dar cuenta al Que está dispuesto para juzgara los que sigan vivos y a los que ya hayan muerto.

El cristiano se compromete a abandonar los caminos del paganismo y a vivir como Dios quiere que viva.

Pedro dice: «El que ha sufrido en la carne ha terminado con el pecado.» ¿Qué quiere decir exactamente eso? Hay tres posibilidades diferentes.

(i) Hay una línea firme en el pensamiento judío de que el sufrimiento es en sí un gran purificador. En el *Apocalipsis de Baruc* el escritor, hablando de las experiencias del pueblo de Israel dice: «Así que, entonces, fueron castigados para ser santificados» (13:10). Con referencia a la purificación de los espíritus humanos, *Enoc* dice: «Y conforme el ardor de su cuerpo se vaya haciendo más severo, un cambio correspondiente tendrá lugar en su espíritu para siempre jamás; porque delante del Señor de los espíritus ninguno podrá proferir una palabra mentirosa» (67:9). Los sufrimientos terribles de aquel tiempo se describen en *2 Macabeos*, y su autor dice: «Ruego a todos los que lean este libro que no se desanimen, atemoricen o vacilen por estas calamidades, sino que juzguen estos castigos, no para su destrucción, sino para la purificación de nuestra nación. Porque es una señal de Su gran bondad, cuando a los malhechores no se les permite proseguir en sus caminos por largo tiempo, sino son castigados pronto. Porque no como

con las otras naciones, a las que el Señor espera pacientemente para castigar hasta que llegue el Día del Juicio y lleguen a la plenitud de sus pecados; así nos trata Él, no sea que, habiendo llegado al colmo del pecado, seguidamente tomara venganza de nosotros. Y aunque Él castigue a los pecadores con adversidad, sin embargo nunca olvida a Su pueblo» (6:12-16). La idea es que el sufrimiento santifica y que el no ser castigado es el mayor castigo que Dios puede imponer a nadie. «Bienaventurado el hombre a quien Tú, Señor, corriges.» dijo el salmista (*Salmo 94:12*). «He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga.» dijo Elifaz (*Job 5:17*). «Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (*Hebreos 12:6*).

Si esta es la idea, quiere decir que el que ha sido disciplinado por el sufrimiento se ha curado del pecado. Ese es un gran pensamiento. Nos permite, como dijo Browning, «recibir con agrado toda adversidad que suaviza lo áspero de la tierra.» Nos permite dar gracias a Dios por las experiencias que hieren pero salvan el alma. Pero, aunque éste es un gran pensamiento no es estrictamente pertinente aquí.

(ii) Bigg cree que Pedro está hablando en términos de la experiencia que tuvo su pueblo de sufrir por la fe cristiana. Lo expresa como sigue: «El que ha sufrido en humildad y en temor, el que ha soportado todo lo que la persecución puede producirle antes que asociarse con los malos caminos, se puede confiar que obrará íntegramente; es manifiesto que la tentación no tiene poder sobre él.» La idea es que, si una persona ha soportado la persecución y no ha negado el nombre de Cristo, ha salido por la otra orilla con un carácter tan probado y una fe tan fortalecida que la tentación ya no le puede tocar más.

De nuevo encontramos aquí un gran pensamiento: el de que toda prueba y tentación nos viene para hacernos más fuertes y mejores. Toda tentación resistida nos hace más fácil resistir la siguiente; y cada tentación conquistada nos hace más capaces de vencer el siguiente ataque. Pero aquí también es dudoso que esta idea sea pertinente aquí.

(iii) La tercera explicación es muy probablemente la correcta. Pedro acaba de hablar del Bautismo. Ahora bien, el gran pasaje del Nuevo Testamento sobre el Bautismo es *Romanos 6*. En ese capítulo, Pablo dice que la experiencia del bautismo es como ser sepultados con Cristo en muerte, y resucitados con Él a novedad de vida. Creemos que esto es lo que está pensando Pedro aquí. Ha hablado del bautismo; y ahora dice: «El que en el bautismo ha compartido los sufrimientos y la muerte de Cristo, ha resucitado con Él a tal novedad de vida que el pecado ya no ejerce más dominio sobre él» (v. *Romanos 6:14*). De nuevo debemos tener presente que éste es el bautismo al que una persona viene voluntariamente del paganismo al Cristianismo. En ese acto del bautismo se identifica con Cristo; comparte sus sufrimientos y hasta su muerte; y comparte su vida de resurrección y poder y es, por tanto, vencedor del pecado.

Cuando ha sucedido esto, la persona le ha dicho adiós a su anterior manera de vivir. El gobierno del placer, el orgullo y la pasión ha desaparecido, y ha empezado el de Dios. Esto no era fácil de ninguna manera. Los anteriores compañeros se reirían de ese nuevo puritanismo que había entrado en su vida. Pero el cristiano sabe muy bien que el juicio de Dios vendrá, cuando se dará la vuelta a los juicios del mundo y los placeres que son eternos compensarán mil veces por los placeres transitorios que tuvo que abandonar en esta vida.

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

1 Pedro 4:6

Porque para esto se les ha predicado el Evangelio hasta a los muertos: para que, aunque ya han sido juzgados en la naturaleza humana, puedan vivir en el Espíritu con la vida de Dios.

Este pasaje tan difícil acaba con un versículo muy difícil. De nuevo nos encontramos la idea de que el Evangelio les fue predicado a los muertos. Por lo menos tres significados diferentes se han adscrito a los *muertos*. (i) Se ha tomado como refiriéndose a los *muertos en el pecado*, no los que están físicamente muertos. (ii) Se ha tomado como *los que mueran antes de la Segunda Venida de Cristo*; pero que oyeron el Evangelio antes de morir y no se perderán la gloria. (iii) Se ha tomado, sencillamente, por *todos los muertos*. No cabe la menor duda de que este tercer sentido es el correcto; Pedro acaba de hablar del descenso de Jesús al lugar de los muertos, y aquí vuelve a la idea de Cristo predicando a los muertos.

No se le ha encontrado nunca un sentido plenamente satisfactorio a este versículo; pero creemos que la mejor explicación es la siguiente. Para las personas mortales, la muerte es el castigo del pecado, como dijo Pablo: «Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombre, por cuanto todos pecaron» (*Romanos 5:12*). La muerte es ya en sí un juicio. Así que Pedro dice que todas las personas ya han sido juzgadas al morir; a pesar de eso, Cristo descendió al mundo de los muertos y predicó allí el Evangelio, dándoles otra oportunidad para vivir en el Espíritu de Dios.

De alguna manera éste es uno de los versículos más maravillosos de la Biblia; porque da una visión conmovedora del Evangelio de la segunda oportunidad.

EL FINAL INMINENTE

1 Pedro 4:7a

El final de todas las cosas se aproxima.

Aquí aparece una nota que suena con frecuencia en todo el Nuevo Testamento. Es el toque de diana de Pablo que ya es hora de que nos despertemos del sueño, porque la noche está en las últimas y el día está al llegar (*Romanos* 13:12). < El Señor: está al llegar,» escribe a los filipenses (*Filipenses* 4:5). < La~ venida del Señor está al llegar,» escribe Santiago (*Santiago*: 5:8). Juan dice que los días en que estaban viviendo los suyos: era la última hora (1 *Juan* 2:18). «El tiempo está cerca,» dice Juan en el *Apocalipsis*, y oye testificar al Señor Resucitado: «No os quepa la menor duda de que voy a venir muy pronto; (*Apocalipsis* 1:3; 22:20).

Tales pasajes constituyen un problema para muchos; por-: que, si se toman literalmente, los autores del Nuevo Testamen-; to se equivocaron; ya han pasado mil novecientos y pico de años, y el fin no ha llegado todavía. Hay cuatro maneras de considerar estos pasajes.

(i) Podemos mantener que, de hecho, los autores del Nuevo. Testamento estaban equivocados. Esperaban la vuelta de Cristo y el fin del mundo en su tiempo y generación; y esos acontecimientos no tuvieron lugar. Lo curioso es que la Iglesia, Cristiana siguió manteniendo esas palabras, aunque no habría sido difícil suprimirlas discretamente de los documentos del Nuevo Testamento. No fue hasta avanzado el segundo siglo cuando empezó a dársele al Nuevo Testamento la forma en que lo tenemos hoy; y sin embargo, afirmaciones como estas llegaron a ser parte incuestionable de él. La única conclusión evidente es que los miembros de la Iglesia Primitiva seguían, creyendo que estas palabras eran ciertas.

(ii) Hay una línea firme de pensamiento en el Nuevo Testamento que, en efecto, mantiene que el fin *ha* llegado. La consumación de la Historia fue la venida de Jesucristo. Con Él, la eternidad invadió el tiempo. En Él, Dios entró en la situación humana. En Él se cumplieron las profecías. En Él ha llegado el fin. Pablo habla de sí mismo y de su gente como aquellos en los que se ha hecho realidad el fin de las edades (*1 Corintios* 10:11). Pedro, en su primer sermón, habla de la profecía de Joel acerca del derramamiento del Espíritu Santo y de todo lo que había de suceder en los últimos días, y

entonces dice que en ese mismo momento la humanidad estaba viviendo realmente en esos últimos días (*Hechos* 2:16-21).

Si lo aceptamos así, quiere decir que en Jesucristo ha llegado el final de la Historia. La batalla se ha ganado; no quedan más que escaramuzas con los últimos restos de la oposición: Quiere decir que en este mismo momento estamos viviendo en el tiempo del fin, lo que ha llamado alguien « el epílogo de la Historia.» Ese es un punto de vista bastante frecuente; pero el problema sigue desafiando los hechos. El mal es tan osado como siempre; el mundo sigue sin haber aceptado a Cristo como Rey. Puede que sea « el tiempo del fin,» pero la aurora parece tan distante como siempre.

(iii) Tal vez tengamos que interpretar *cerca* a la luz de la Historia como un proceso de casi inimaginable longitud. Se ha planteado de la siguiente manera. Supongamos que todo el tiempo se representa en una columna de la longitud del obelisco londinense que se conoce popularmente como « La Aguja de Cleopatra», en cuyo extremo colocáramos un sello de correos; pues bien, la longitud de la historia de la humanidad que conocemos estaría representada por el grueso del sello, y la parte del tiempo que la precedió, por la altura de la columna. Cuando pensamos en el tiempo en términos así, *cerca* se convierte en una palabra totalmente relativa. El salmista tenía toda la razón cuando dijo que a la vista de Dios mil años son como una de las vigiliias de la noche (*Salmo* 90:4). En ese caso, *cerca* puede abarcar siglos, y ser sin embargo correcto. Pero es indudable que los autores bíblicos no usaron la palabra *cerca* en ese sentido, porque no tenían ese concepto de la «historia del tiempo.»

(iv) El hecho escueto es que detrás de esto se encuentra una verdad inescapable y sumamente personal. *Para cada uno de nosotros, el tiempo está cerca.* Lo único que podemos decir cada uno es que tenemos que morir. Para cada uno de nosotros el Señor está cerca. No podemos decir el día ni la hora cuando iremos a encontrarnos con Él; y por tanto, toda vida transcurre a la sombra de la eternidad.

< El tiempo del fin está cerca,» decía Pedro. Los primeros pensadores puede que se equivocaran si pensaban que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina, pero nos dejaron la advertencia de que, para cada uno de nosotros personalmente, el fin está cerca. Y esa advertencia es tan verdadera para nosotros como lo haya sido nunca.

VIVIR A LA SOMBRA DE LA ETERNIDAD

1 Pedro 4:7b-8

Así que manteneos firmes y sobrios de mente para poder orar realmente como debéis. Y, sobre todo, abrigaos mutuamente con un amor que sea constante e intenso, porque el amor oculta una multitud de pecados.

Cuando una persona se da cuenta de la proximidad de Jesucristo, está obligada a adoptar una cierta clase de vida. En vista de esa proximidad Pedro hace cuatro demandas.

(i) Dice que debemos estar firmes en nuestra mente. Podríamos traducirlo: «Mantened vuestra sensatez.» El verbo que utiliza Pedro es *sófronein*; relacionado con ese verbo está el nombre *sófrosyné*, que los griegos derivaban del verbo *sózein*, *mantenerse a salvo*, y el nombre *frónésis*, *la mente*. *Sófrosyné* es la sabiduría que caracteriza a una persona que es pre- eminentemente sana; y *sófronein* quiere decir *conservar la sensatez*. La gran característica de la sensatez es que ve las cosas en su propia perspectiva; ve qué cosas son importantes y cuáles no; no se deja arrebatar por un entusiasmo repentino y transitorio; no es propensa ni a un fanatismo desequilibrado ni a una indiferencia irrealista. Es sólo cuando vemos los asuntos terrenales a la luz de la eternidad cuando los vemos en su justa proporción; es cuando Le damos a Dios el lugar que Le corresponde cuando todo se coloca en su lugar adecuado.

(ii) Dice que debemos ser sobrios de mente. Podríamos traducirlo: < Mantened vuestra sobriedad.> El verbo que usa Pedro es *néfein*, que originalmente quería decir *ser sobrio* en contraposición a *estar borracho*, y luego llegó a querer decir *actuar sobria y sensatamente*. Esto no quiere decir que el cristiano tiene que perderse en una insensibilidad sombría; pero sí quiere decir que su planteamiento de la vida no debe ser frívolo e irresponsable. El tomar las cosas seriamente es darse cuenta de su verdadera importancia y el prestar atención a sus consecuencias en el tiempo y en la eternidad. Es enfrentarse con la vida, no como un juego, sino como un asunto serio del cual tendremos que dar cuenta.

(iii) Dice que debemos hacerlo así a fin de orar como debemos. Podríamos traducirlo: «Preservar vuestra vida de oración.» Cuando una persona tiene la mente desequilibrada y su planteamiento de la vida es frívolo e irresponsable, no puede orar como debe. Aprendemos a orar sólo cuando tomamos la vida tan sabiamente y tan en serio que empezamos a decir en todas las situaciones: «Hágase Tu voluntad.» La primera necesidad de la oración es el sincero deseo de descubrir la voluntad de Dios para nuestra vida.

(iv) Dice que debemos querernos con un amor constante e intenso. Podríamos traducirlo: «Conservad vuestro amor.» La palabra que Pedro usa para describir este amor es *ektenés* que tiene dos significados que hemos incluido en la traducción. Quiere decir *extenso* en el sentido de *consistente*; el nuestro debe ser el amor que nunca falla. También quiere decir que se estira como el corredor hacia la meta. Como C.E.B. Cranfield nos recuerda, describe un caballo a pleno galope y denota « el músculo tenso por el esfuerzo intenso y sostenido, como el de un atleta.» Nuestro amor debe ser vigoroso. Aquí tenemos una verdad cristiana fundamental. El amor cristiano no es una reacción facilona y sensiblera. Demanda todo lo que tiene una persona de energía mental y espiritual. Quiere decir amar lo desamado y lo desamable; quiere decir amar a pesar del insulto y de la injuria; quiere decir amar cuando el amor no se devuelve. Bengel traduce *ektenés* por la palabra latina *vehemens*, *vehemente*. El amor cristiano es el amor que nunca falla y al que se dirigen todos los átomos de la energía personal.

El cristiano, a la luz de la eternidad, debe conservar la sensatez, la sobriedad, las oraciones y el amor.

EL PODER DEL AMOR

1 Pedro 4:7b-8 (conclusión)

«El amor -dice Pedro- oculta una multitud de pecados.» Hay tres cosas que puede querer decir esta frase; y no tenemos necesidad de rechazar ninguna, porque están las tres aquí.

(i) Puede querer decir que *nuestro* amor puede pasar por alto muchos pecados. « El amor cubrirá todas las faltas,» dice el escritor de *Proverbios (10:12)*. Si amamos a una persona, nos es fácil perdonar. No es que el amor es ciego, sino que ama a la persona tal como es. Con amor resulta fácil tener paciencia. Es mucho más fácil tener paciencia con nuestros hijos que con los de los extraños. Si amamos de veras a nuestros semejantes, podemos aceptar sus faltas, y soportar su cortedad, y hasta su descortesía. Es verdad que el amor puede cubrir una multitud de pecados.

(ii) Puede querer decir que, si amamos a otros, Dios pasará por alto una multitud de pecados en nosotros. En la vida nos encontramos con dos clases de personas. Nos encontramos con algunos que no tienen faltas las que se pueda poner el dedo; son morales, ortodoxos, y supremamente respetables; pero son duros y austeros e incapaces de entender por qué otros hacen equivocaciones y caen en pecado. También nos encontramos con algunos que tienen toda clase de faltas; pero son amables y simpáticos, y rara vez o nunca condenan. Es con la segunda clase de personas con la que uno se siente naturalmente en simpatía; y con toda reverencia podemos decir que así pasa

con Dios. El perdonará mucho a la persona que ama a sus semejantes.

(iii) Puede querer decir que el amor *de Dios* cubre la multitud de nuestros pecados. Es bendita y profundamente cierto. Es la maravilla de la Gracia el que, pecadores como somos, Dios nos ama; por eso envió a Su Hijo.

LA RESPONSABILIDAD CRISTIANA

1 Pedro 4:9-10

Sed hospitalarios unos con otros sin echarlo en cara nunca. Conforme cada cual haya recibido un don de Dios, que todos los usen en el servicio de los demás como buenos administradores de la gracia de Dios.

La mente de Pedro está dominada en esta sección por la convicción de que el fin de todas las cosas está cerca. Es sumamente interesante y significativo notar que no usa esa convicción para exhortar a la gente a que se retire del mundo y entre en una especie de campaña privada para salvar su propia alma; la usa para exhortar a entrar en el mundo y servir a nuestros semejantes. Tal como Pedro lo ve una persona será feliz si el final la encuentra, no viviendo como un ermitaño, sino sumergida en el mundo sirviendo a sus semejantes.

(i) En primer lugar, Pedro exhorta a su gente a practicar el deber de la hospitalidad. Sin hospitalidad la Iglesia Primitiva no podría haber existido. Los misioneros ambulantes que extendieron la buena noticia del Evangelio tenían que encontrar algún sitio donde parar, y no podía ser más que en los hogares de los cristianos. Las posadas que había eran imposiblemente caras, asquerosamente sucias y notoriamente inmorales. Así que encontramos a Pedro alojándose con un cierto Simón curtidor (*Hechos 10:6*), y Pablo y su compañía con un cierto Mnason, de Chipre, uno de los primeros discípulos (*Hechos 21:16*). Muchos hermanos anónimos de la Iglesia Primitiva hicieron posible la obra misionera abriendo la puertas de su hogar.

No eran los misioneros los únicos que necesitaban hospitalidad; las iglesias locales también. Durante doscientos años no hubo tal cosa como edificios de iglesia. La congregación se veía obligada a reunirse en la casa de los que tuvieran habitaciones grandes y estuvieran dispuestos a prestarlas para los cultos. Así leemos de la iglesia que estaba en la casa de Áquila y Priscilla (*Romanos 16:5*; *1 Corintios 16:19*), y de la iglesia que estaba en la casa de Filemón (*Filemón 2*). Si no hubiera sido por la hospitalidad de aquellos que estaban dispuestos ofrecer sus hogares la Iglesia original no se habría podido reunir para hacer el culto.

No nos sorprende que una y otra vez se recuerde en el Nuevo Testamento a los cristianos el deber de la hospitalidad. El cristiano debe entregarse a la hospitalidad (*Romanos 12:13*). El obispo debe practicar la hospitalidad, (*1 Timoteo 3:2*). Las viudas de la iglesia deben haber alojado a extranjeros (*1 Timoteo 5:10*). El cristiano no debe olvidar acoger a extranjeros y debe recordar que algunos que lo hicieron recibieron en sus casas a ángeles sin darse cuenta (*Hebreos 13:2*). El obispo debe amar la hospitalidad (*Tito 1:8*). Y debemos recordar siempre que se les dijo a los de la mano derecha: «Fui extranjero, y me disteis la bienvenida;» mientras que la condenación de los de la izquierda fue, entre otras cosas, porque: «Fui un extranjero y no me disteis la bienvenida» (*Mateo 25: 35, 43*).

En sus primeros días, la iglesia dependía de la hospitalidad de sus miembros; y hasta el día de hoy, no se puede hacer nada mejor que dar la bienvenida en un hogar cristiano a un extranjero en un lugar extraño.

(ii) Los dones que tenga una persona debe ponerlos sin regañadientes al servicio de la comunidad. Esta es también una idea favorita del Nuevo Testamento que Pablo expande en *Romanos 12:3-8* y *1 Corintios 2:12*. La iglesia necesita todos los dones que pueda tener una persona. Puede que sea el de

hablar en público, el de la música, el de la habilidad para visitar. Puede ser una habilidad o maña que se puede usar en el servicio práctico de la iglesia. Puede que sea una casa que alguien tenga, o el dinero que ha heredado. No hay dones que no se puedan poner al servicio de Cristo.

El cristiano tiene que considerarse un administrador de Dios. En el mundo antiguo, el administrador era muy importante. Puede que fuera un esclavo, pero tenía en sus manos la hacienda de su amo. Había dos clases principales de administradores: El *dispensator*, el mayordomo que era responsable de todos los asuntos domésticos de la familia y repartía las provisiones de la casa; y el *vilicus*, que estaba a cargo de todos los negocios de su amo y actuaba en su representación con sus arrendatarios. El mayordomo sabía muy bien que ninguna de esas cosas sobre las que ejercía control le pertenecía; todas pertenecían a su amo. Y de todo lo que hacía tenía que dar cuenta a su amo, cuyos intereses debía servir.

El cristiano siempre debe tener la convicción de que nada de lo que posee de bienes materiales o de cualidades personales es suyo propio; todo pertenece a Dios y debe usarlo en el interés de Dios ante Quien siempre es responsable.

LA FUENTE Y EL OBJETIVO DE TODO ESFUERZO CRISTIANO

1 Pedro 4:11

El que tiene el ministerio de la Palabra, que hable comunicando dichos enviados de Dios. El que presta un servicio cualquiera, que lo realice como el que lo ha recibido de la fuerza que Dios suplente, de manera que Dios reciba la gloria en todas las cosas que se hacen mediante Jesucristo, a Quien pertenecen la gloria y el poder por siempre jamás. Amén.

Pedro está pensando en las dos grandes actividades de la iglesia cristiana: la predicación y el servicio cristiano. La palabra que usa para *dichos* es *loguía*. Esta es una palabra con un trasfondo divino. Los paganos la usaban para los oráculos que les venían de sus dioses; los cristianos la usaban para las palabras de la Escritura y de Cristo. Pedro está diciendo: «Si uno tiene el ministerio de la predicación, que no lo ejerza ofreciendo sus opiniones particulares o propagando sus propios prejuicios, sino como el que transmite un mensaje de Dios.» Se dijo de un gran predicador: «Primero escuchaba a Dios, y entonces hablaba a la gente.» Se decía de otro que, de cuando en cuando se paraba, «como para escuchar una voz.» Aquí está el secreto del poder de la predicación.

Pedro sigue diciendo que si un cristiano se ocupa del servicio práctico debe cumplirlo con la fuerza que Dios suple. Es como si dijera: «Cuando te has comprometido a realizar un servicio cristiano, no debes hacerlo como si estuvieras prestando un favor personal o distribuyendo bienes de tu propio almacén, sino siendo consciente de que lo que das lo has recibido tú antes de Dios.» Tal actitud protege al que da, del orgullo, y al que recibe, de la humillación.

La finalidad de todo es que Dios sea glorificado. La predicación no se hace para que el predicador despliegue sus cualidades sino para poner a la gente cara a cara con Dios. El servicio no se otorga para conferir prestigio al dador sino para volver los pensamientos de las personas a Dios. E. G. Selwyn nos recuerda que el lema de la gran orden benedictina son cuatro letras: IOGD, (*ut in omnibus glorificetur Deus (para que en todas las cosas Dios sea glorificado)*). Una nueva gracia y gloria entrarían en la iglesia si todos los miembros dejaran de hacer las cosas por sí mismos y las hicieran para Dios.

LA PERSECUCIÓN INEVITABLE

1 Pedro 4:12-13

Queridos hermanos: No toméis la prueba de fuego que estáis pasando y que os ha sobrevenido para poneros a prueba como nada extraño; como si fuera algo del otro mundo; sino estad contentos de compartir los sufrimientos de Cristo, porque así podréis participar de la felicidad total cuando se revele Su gloria.

Sería natural que la persecución fuera una experiencia mucho más demoledora para los gentiles que para los judíos. Un gentil medio tendría muy poca experiencia de ella; pero los judíos habían sido siempre el pueblo más perseguido de la Tierra. Pedro está escribiendo a cristianos que eran gentiles, y tenía que tratar de ayudarlos mostrándoles la persecución en sus auténticos colores. Nunca es fácil ser cristiano. La vida cristiana conlleva su propio aislamiento, su propia impopularidad, sus propios problemas, sus propios sacrificios y sus propias persecuciones. Conviene, por tanto, tener en mente ciertos grandes principios.

(i) Pedro está convencido de que la persecución es inevitable. Es algo natural en los seres humanos el mirar con suspicacia y rechazar todo y a todos los que son diferentes; el cristiano es necesariamente diferente de la persona del mundo. El impacto particular de la diferencia cristiana hace más agudo este asunto. El cristiano trae al mundo los parámetros de Jesucristo. Eso es lo mismo que decir que es inevitablemente una especie de conciencia para la sociedad en la que se mueve; y muchos eliminarían de buena gana los tics molestos de la conciencia. La misma bondad del Cristianismo puede ser una ofensa para el mundo, en el que la bondad es un obstáculo.

(ii) Pedro está convencido de que la persecución es una prueba, y esto en un doble sentido. La devoción de una persona a un principio se puede medir por su voluntad de sufrir por

él; por consiguiente, cualquier clase de persecución es una prueba de la fe de la persona. Pero es igualmente cierto que es solamente el cristiano auténtico el que es perseguido. No so: persigue al cristiano que hace componendas con el mundo. En un doble sentido la persecución es la prueba de la autenticidad de la fe.

(iii) Ahora llegamos a cosas que elevan el ánimo. La persecución es estar en solidaridad con los sufrimientos de Jesucristo. Cuando una persona tiene que sufrir por su cristianismo, está andando por el camino que recorrió su Maestro y compartiendo la Cruz que llevó su Maestro. Este es un pensamiento favorito del Nuevo Testamento. Si sufrimos con Él, seremos glorificados con Él (*Romanos 8:17*). Pablo deseaba estar en solidaridad con los sufrimientos de Cristo (*Filipenses 3:10*). Si sufrimos con Él, reinaremos con Él (*2 Timoteo 2:12*). Si tenemos esto presente, cualquier cosa que tengamos que sufrir por causa de Cristo se convertirá en un privilegio y no en un castigo.

(iv) La persecución es el camino a la gloria. La Cruz es el camino a la corona. Jesucristo no quedará en deuda con nadie, y Su gozo y corona esperan a la persona que, contra viento y marea, Le permanece fiel.

LA BIENAVENTURANZA DE SUFRIR POR CRISTO

1 Pedro 4:14-16

Si os desprecian e insultan porque lleváis el nombre de Cristo, ¡bienaventurados vosotros!, porque la presencia de la gloria y el Espíritu de Dios reposan sobre vosotros. Que ninguno de vosotros sufra por ser un asesino, o un ladrón, o un malhechor, o un metomentodo. Pero si sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que dé gloria a Dios por serlo.

Aquí dice Pedro la cosa más grande de todas. Si una persona sufre por Cristo, *la presencia de la gloria* descansa sobre ella. Esta es una frase misteriosa. Creemos que no puede querer decir más que una cosa. Los judíos tenían la concepción de la *Sejiná, el resplandor glorioso de la misma presencia de Dios*. Esta concepción aparece constantemente en el Antiguo Testamento «A la mañana -dijo Moisés- veréis la *gloria* del Señor» (*Éxodo 16:7*). «La *gloria* del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días,» cuando la ley le fue entregada a Moisés (*Éxodo 24:16*). En el tabernáculo Dios se había de reunir con Israel, y había de ser santificado con Su *gloria* (*Éxodo 29:43*). Cuando el tabernáculo estuvo terminado, «entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la *gloria* del Señor llenó el tabernáculo» (*Éxodo 40:34*). Cuando el arca del pacto se trajo al templo de Salomón, «la nube llenó la casa del Señor. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la *gloria* del Señor había llenado la casa dei Señor» (*1 Reyes 8:10s*). Esta idea de la *Sejiná*, la gloria luminosa de Dios, ocurre repetidamente en el Antiguo Testamento.

Pedro está convencido de que ese resplandor de gloria descansa sobre la persona que sufre por Cristo. Cuando estaban juzgando a Esteban para condenarle a muerte, «todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (*Hechos 6:1 S*).

Pedro pasa a indicar que es como cristiano como uno debe sufrir, y no como malhechor. Las maldades que especifica están suficientemente claras hasta que llegamos a la última. Un cristiano, dice Pedro, no tiene que sufrir por ser un *al. lotriepiskopos*. El problema es que esta palabra no aparece en ningún otro texto griego, y puede que Pedro se la inventara. Puede tener tres posibles significados, todos los cuales serían pertinentes. Viene de dos palabras *al.lotrios*, *perteneciente a otro*, y *episkopos*, *el que mira sobre o el que mira dentro de*. Por tanto, quiere decir literalmente *mirar sobre, o dentro de lo que le pertenece a otro*.

(i) El mirar sobre lo de otro puede ser mirarlo con ojos codiciosos. Así es como tanto la biblia latina como Calvino tomaron esta palabra: que el cristiano no debe ser *codicioso*

(ii) El mirar sobre lo que le pertenece a otro bien puede querer decir estar más interesado de la cuenta en los negocios ajenos y ser un fastidioso metomentodo. Ese es con mucho el sentido más probable. Hay cristianos que hacen un montón de daño con sus intromisiones y críticas erróneas. Esto querría decir que el cristiano no debe ser un *zascandil metomentodo*. Eso tiene sentido y ofrece, creemos, el mejor sentido.

(iii) Hay una tercera posibilidad. *Al.lotrios* quiere decir lo *que pertenece a otro*; es decir, lo *que a uno le es extraño*. Siguiendo esta idea, *al.lotriepiskopos* querría decir *supervisar lo que le es extraño a uno*. Lo cual se podría referir a un cristiano que se mete en asuntos que no corresponden a la vida cristiana. Eso querría decir que un cristiano nunca debería inmiscuirse en cosas que son ajenas a la vida que debería vivir.

Aunque los tres sentidos son posibles, creemos que el tercero es el correcto.

La enseñanza de Pedro es que si un cristiano tiene que sufrir por Cristo, debe ser de tal manera que su sufrimiento traiga gloria a Dios y al nombre que lleva. Su vida y conducta deben ser la mejor demostración de que no merece el sufrimiento que le ha sobrevenido, y su actitud hacia él debe honrar el nombre que lleva de cristiano.

DEJAR TODA LA VIDA EN LAS MANOS DE DIOS

1 Pedro 4:17-19

Porque ya es hora de que empiece el juicio por la casa de Dios. Y, si empieza por nosotros, ¿en qué acabarán los que no hacen caso de la Buena Noticia que nos ha venido de Dios? Y, si el justo se salva por los

pelos, ¿dónde irán a parar el impío y el pecador? Así que, los que sufran por vivir conforme a la voluntad de Dios, que Le encomienden sus almas al Que es nuestro Creador y de Quien podemos depender, y que sigan haciendo el bien.

Tal como Pedro lo veía, era tanto más necesario el que el cristiano hiciera lo que es debido por cuanto el juicio estaba a punto de empezar.

Y empezaría por la casa de Dios. Ezequiel oyó la voz de Dios proclamando el juicio de Su pueblo: «Y comenzaréis por Mi santuario» (*Ezequiel 9:6*). Donde se ha tenido el mayor privilegio, el juicio será el más severo.

Si el juicio ha de recaer sobre la casa de Dios, ¿cuál será la suerte de los que han sido totalmente desobedientes a la invitación y al mandamiento de Dios? Pedro confirma esta llamada con una cita de *Proverbios 11:31*: «Si el justo recibe su merecido en la tierra, ¡cuánto más el malvado y el pecador!»

Por último, Pedro exhorta a los suyos a confiarle sus vidas a Dios, el Creador en Quién pueden confiar de veras. La palabra que usa para confiar es *paratíthesthai*, que es el término técnico para *depositar dinero con un amigo de confianza*. En la antigüedad no había bancos, y pocos lugares realmente seguros donde uno pudiera depositar dinero. Así que, antes de emprender un largo viaje, muchos solían dejar su dinero al cuidado de un amigo de confianza. Tal depósito se consideraba una de las cosas más sagradas de la vida. El amigo estaba totalmente comprometido por su honor y su religión a devolver el depósito intacto.

Heródoto (6:86) cuenta la historia de uno de esos depósitos. Cierta milesio fue a Esparta, porque había oído que los espartanos cumplían estrictamente con su honor, y le confió su dinero a un cierto Glauco. Le dijo que a su debido tiempo sus hijos lo reclamarían, presentando pruebas que identificaran su identidad sin dejar lugar a dudas. Pasó el tiempo, y los hijos se presentaron. Traicioneramente, Glauco dijo que no se acordaba de que se le confiara ningún dinero, y dijo que necesitaba cuatro meses para pensárselo. Los milesios partieron, tristes y apesadumbrados. Glauco consultó a los dioses lo que debía hacer, y le advirtieron que tenía que devolver el dinero. Así lo hizo; pero al cabo de no mucho tiempo murió, y toda su familia le siguió, y en los días de Heródoto no quedaba vivo ni un solo miembro de su familia, porque los dioses se habían ofendido de que hubiera contemplado quebrantar la confianza que se había depositado en él. Aun pensar en incumplir tal confianza era un pecado mortal.

Si una persona se encomienda a Dios; Dios no le fallará. Si un depósito así era sagrado para los hombres, ¡cuánto más para Dios! Esta es la misma palabra que usó Jesús cuando dijo en la Cruz: «Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu» (*Lucas 21:46*). Jesús no vaciló en confiarle Su vida a Dios, seguro de que no Le fallaría... y nosotros podemos hacer lo mismo. El añejo consejo sigue siendo un buen consejo: «confía en Dios, y obra como es debido.»

LOS ANCIANOS DE LA IGLESIA

1 Pedro 5:1-4

Así que, como un anciano más entre vosotros y testigo de los sufrimientos de Cristo y copartícipe de la gloria que se va a revelar, exhorto a los ancianos que hay entre vosotros: Apacentad el rebaño de Dios que está a vuestro cargo, no porque os sentís obligados a hacerlo, sino por vuestra libre elección, que es como Dios quiere que lo hagáis; no por lo que podáis sacar de ello, sino con entusiasmo; no portándoos como tiranuelos de los que han sido asignados a vuestro cuidado, sino cumpliendo con vuestro deber como ejemplos del rebaño. Y cuando aparezca el Mayoral, recibiréis la inmarcesible corona de la gloria.

Pocos pasajes muestran tan claramente como éste la importancia de los ancianos en la Iglesia Primitiva. La palabra griega que los designa es **presbyteros**; que ha **dado la palabra presbítero** y sus derivados, que en la Iglesia Católica Romana y-en general en las episcopales es lo mismo que *sacerdote*, pero que en el Nuevo Testamento se suele traducir por *anciano*: Es a ellos a los que Pedro dirige especialmente su carta; y él, que era el principal de los apóstoles,-no duda en llamarse compañero de ministerio de los ancianos. Valdrá la pena ver algo del trasfondo,e historia de los ancianos, el ministerio más antiguo e importante de la- Iglesia.

(i) Tiene untrasfondo judío. Los judíos trazaban el principio de los ancianos desde los días en que los israelitas viajaban por el desierto hacia la Tierra Prometida. Llegó. un momento en que la carga del liderato era demasiado pesada para que Moisés la llevara solo; y, para ayudarle, se separaron setenta ancianos a los que se concedió una participación del espíritu de Dios (*Números 11:16-30*). Desde entonces los ancianos llegaron a ser una característica permanente de la vida judía. Los encontramos como los amigos de los profetas (*2 Reyes 6:32*); como los consejeros de los reyes (*1 Reyes 20:8; 21:11*); como los colaboradores de los príncipes en la administración de los asuntos de la nación (*Esdras 10:8*). Todos los pueblos y ciudades tenían sus ancianos; se reunían a la puerta, y dispensaban justicia al pueblo (*Deuteronomio 25:7*). Los ancianos eran los administradores de la sinagoga; no predicaban, pero eran responsables del buen gobierno y orden de la sinagoga, y ejercían la disciplina sobre sus miembros. Los ancianos formaban una gran sección del sanedrín, el tribunal supremo de los judíos, y se los menciona regularmente con los sumos sacerdotes y los gobernadores y los escribas y los fariseos (*Mateo 16:21; 21:23; 26: 3, 57; 27:1, 3; Lucas 7: 3; Hechos 4: 5; 6:12; 24:1*). En la visión de los lugares celestiales en *Apocalipsis* hay veinticuatro ancianos alrededor del trono. Los ancianos estaban entretrejididos en la misma estructura del judaísmo, tanto en los asuntos civiles como en los religiosos.

(ii) El cargo de anciano tenía un trasfondo griego. Especialmente en las comunidades egipcias encontramos que los ancianos eran los líderes de la comunidad y los responsables de la conducta en asuntos públicos, como los concejales hoy en día. Encontramos a una mujer que había sufrido un asalto apelando a los ancianos por justicia. Cuando se recogían los

cereales como tributo por la visita de un gobernador, encontramos que «los ancianos de los agricultores» eran los oficiales responsables. Los encontramos en relación con la promulgación de edictos públicos, del alquiler de tierras para pastos, de la recogida de impuestos. En Asia Menor, también, los miembros de los consejos se llamaban ancianos. Aun en las comunidades religiosas del mundo pagano encontramos «sacerdotes». que eran responsables de la disciplina. En cierto templo encontramos a los ancianos -sacerdotes resolviendo el caso de un sacerdote al que se acusaba de dejarse el pelo demasiado largo y de usar, ropa de lana -un lujo afeminado del que un sacerdote no debiera haber sido culpable.

Podemos ver que mucho antes que el Cristianismo adoptara el cargo de *anciano* ya- era un título de honor, tanto en el judaísmo como en el mundo grecorromano.

LOS ANCIANOS DE LA IGLESIA

1 Pedro 5:1-4 (continuación)

Cuando volvemos a la Iglesia Cristiana encontramos que el cargo de anciano era su ministerio básico.

Pablo tenía la norma de ordenar ancianos en todas las comunidades en las que predicaba y en todas las iglesias que fundaba. En su primer viaje misionero, ordenó ancianos en todas las iglesias (*Hechos 14:14-23*). Dejó a Tito en Creta para ordenar ancianos en todas las ciudades (*Tito 1:5*). Los ancianos estaban a cargo de la administración económica de la iglesia; es a ellos a quienes Pablo y Bernabé entregaron el dinero que

se mandaba para aliviar a los pobres de Jerusalén en el tiempo del hambre (*Hechos 11:30*). Los ancianos eran los consejeros y administradores de la iglesia. Los encontramos asumiendo el papel de líderes en el Concilio de Jerusalén, en el que se decidió abrir de par en par las puertas de la Iglesia a los creyentes gentiles. En ese Concilio se mencionan juntos los ancianos y los apóstoles como las principales autoridades de la Iglesia (*Hechos 15:2; 16:4*). Cuando llegó Pablo a Jerusalén en su última visita, fue a los ancianos a los que informó, y ellos los que sugirieron el curso de acción a seguir (*Hechos 21:18-25*). Uno de los pasajes más conmovedores del Nuevo Testamento es el de la despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso. Allí encontramos que los ancianos, como él los consideraba, eran los supervisores -*episkopoi*- del rebaño de Dios y los defensores de la fe (*Hechos 20:28s*). Aprendemos de *Santiago* que los ancianos tenían una función sanadora en la iglesia mediante las oraciones y la unción con aceite (*Santiago 5:14*). En las Epístolas Pastorales aprendemos que eran gobernantes y maestros, y para entonces ya eran ministros pagados (*Timoteo 5:17*; la frase *doble honor* se traduciría mejor por *doble sueldo*).

Cuando un hombre era elegido anciano no se le confería un honor pequeño, porque entraba en el ministerio religioso más antiguo del mundo, cuya historia se puede trazar por toda la del Cristianismo y judaísmo durante cuatro mil años; y asumía una responsabilidad nada pequeña, porque se le ordenaba pastor del rebaño de Dios y defensor de la fe.

LOS PELIGROS Y PRIVILEGIOS DE LOS ANCIANOS

1 Pedro 5:1-4 (continuación)

Pedro expone en una serie de contrastes los peligros y los privilegios que conllevaba el cargo de anciano; y todo lo que dice es aplicable, no sólo a la ancianidad, sino también a todos los servicios cristianos dentro y fuera de la iglesia.

El anciano ha de aceptar su cargo, no por obligación, sino voluntariamente. Esto no quiere decir que uno tenga que echar mano del cargo o entrar en él sin autoexamen. Cualquier cristiano tendrá un cierto reparo en aceptar un alto cargo, porque conoce demasiado bien su indignidad e incapacidad. En cierto sentido será por obligación por lo que uno acepte un cargo y entre en el servicio cristiano. < Me es impuesta necesidad --dice Pablo=; y ¡hay de mí si no anunciara el Evangelio! (*1 Corintios 9:16*). < El amor de Cristo nos constriñe» -decía (*2 Corintios 5:14*). Pero, por otra parte, se puede aceptar un cargo y cumplir un servicio como si fuera un deber sombrío X desagradable. Puede que uno se someta al cargo de una manera tan desangelada que se estropea toda la acción. Pedro no dice que se debe estar ansioso de cargos orgullosa o irresponsablemente; sino que todo cristiano debe estar dispuesto a prestar el servicio que pueda, aunque plenamente consciente de lo indigno que es para hacerlo.

El anciano ha de aceptar el cargo, no para sacar un provecho vergonzoso, sino con entusiasmo. La palabra para *sacar un provecho vergonzoso* es el adverbio *aisjrokerdés*. El nombre correspondiente es *aisjrokerdeía*, que era una cualidad que a los griegos les repelía. Teofrasto, el gran delineador griego del carácter, hace una caricatura de la *aisjrokerdeía*. *La mezquindad* -como podríamos traducirlo- es el deseo de ganancia inmoral. El mezquino es el que nunca sirve suficiente comida a sus invitados y que se sirve a sí mismo una ración doble cuando está trinchando la pechuga. Agua el vino; va al teatro sólo cuando le invitan. Nunca tiene bastante dinero para pagar el billete y tiene que pedirselo prestado a los compañeros de viaje. Cuando

vende grano usa una medida con el culo hundido hacia arriba, y aun entonces mantiene cuidadosamente el nivel por arriba. Cuenta los medios rábanos que quedan después de la comida no sea que los siervos se coman alguno. Antes que hacer un regalo, no irá a una boda.

La mezquindad es un defecto feo. Está tan claro como el agua que había personas en la iglesia original que acusaban a los predicadores y a los misioneros de mantenerse en el puesto por lo que pudieran sacarle. Pablo declara repetidas veces que no ha codiciado la riqueza de nadie y que ha trabajado con sus manos para subvenir a sus propias necesidades para no serle carga a nadie (*Hechos 20:33; 1 Tesalonicenses 2: 9; 1 Corintios 9:12; 2 Corintios 12:14*). Es seguro que el sueldo que cualquier obrero recibía entonces era lastimosamente pequeño, y las repetidas advertencias acerca de que los obreros no deben ser codiciosos de torpes ganancias descubre que había algunos que querían más (*1 Timoteo 3:3, 8; Tito 1:7, 11*). Lo que Pedro está tratando de decir -y es siempre válido- es que nadie debe atreverse a aceptar un cargo o prestar un servicio por lo que pueda sacar. Su deseo debe ser siempre dar en vez de recibir.

El anciano ha de aceptar el cargo, no para ser un tiranuelo, sino para ser el pastor y el ejemplo del rebaño. La naturaleza humana es tal que para muchas personas el prestigio y el poder son aún más atractivos que el dinero. Hay algunos a los que les encanta ejercer autoridad, aunque sea en una esfera limitada. El Satanás de Milton prefería reinar en el infierno a servir en el Cielo. Shakespeare hablaba del hombre orgulloso, revestido de una mezquina y breve autoridad, recurriendo a trucos tan fantásticos ante el Cielo que harían llorar a los mismos ángeles. La gran característica del pastor es su cuidado desinteresado y amor sacrificial hacia las ovejas. El que acepta un cargo por deseo de preeminencia no se ha enterado de la misa la media. Jesús les dijo a sus discípulos: < Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos, porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar Su vida en rescate por todos» (*Marcos 10:42-45*).

EL IDEAL DE LOS ANCIANOS

1 Pedro 5:1-4 (continuación)

Hay una cosa en este pasaje que desafía la traducción y sin embargo es una de las cosas más preciosas y significativas en él, que es lo que hemos traducido por < tiranuelos sobre los que han confiado a vuestro cuidado.» En la frase que hemos traducido por *que os han confiado* es curiosa en griego; es tón klérón, el genitivo plural de tón kléros, una palabra extraordinariamente interesante.

(i) Empieza por . significar un *dado* o una *suerte*. De este modo se usa en *Mateo 27:35*, que nos dice que los soldados al pie de la Cruz se jugaron a los dados (*kléroí*) la túnica inconsutil de Jesús.

(ii) En segundo lugar quiere decir un puesto que se obtiene o asigna por *suerte*. Es la palabra que se usa en *Hechos 1:26*, que nos dice que los discípulos echaron a suertes quién había de heredar el puesto de Judas el traidor.

(iii) Luego pasa a significar una heredad que se lega, como en *Colosenses 1:12* para la *heredad* de los santos.

(iv) En griego clásico quiere decir a menudo una asignación pública o parcela de tierra. Estas asignaciones las distribuían las autoridades civiles entre los ciudadanos; y a menudo la distribución se hacía echando a suertes los varios terrenos disponibles para distribución.

Si no hubiéramos de pasar de aquí, esto querría decir que el cargo de anciano y, de hecho, cualquier forma de servicio que se nos ofrece, no se *gana* nunca por méritos propios, sino nos es *asignada* por Dios. No es nunca nada que hayamos merecido sino siempre algo que nos asigna Dios por gracia.

Pero *podemos* ir más lejos con esto. *Kléros* quiere decir algo que se le asigna a una persona. En *Deuteronomio 9:29* leemos que Israel es la *heredad* (*kléros*) de Dios. Es decir, que Israel es el pueblo que Se ha asignado Dios por propia elección. Israel es el *kléros* de Dios; la congregación es el *kléros* del anciano.

Como Israel Le está asignado a Dios así le son asignados al anciano sus deberes en la congregación. Esto debe querer decir que la actitud global del anciano hacia su pueblo debe ser la misma que la de Dios hacia el Suyo.

Aquí tenemos otra gran idea. En el versículo 2 hay una frase en los mejores manuscritos griegos que no está en la versión Reina-Valera. La hemos traducido: < pastores del rebaño de Dios, que está a cargo de vosotros, no porque se os obligó a ello, sino por vuestra propia libre voluntad *como Dios quería que hicierais.*» *Como Dios quería que hicierais* es en griego *kata Theon*, lo que podría querer decir simplemente como Dios. Pedro les dice a los ancianos: < Pastoread. a vuestro pueblo *como Dios.*» De la misma manera que Israel es la asignación especial de Dios, las personas que tenemos que servir en la Iglesia o donde sea so_i,,, nuestra asignación especial; y nuestra actitud hacia ellas debe ser la actitud de Dios.

¡Qué gran ideal! ¡Y que responsabilidad! Nuestro cometido es mostrarle a la gente la paciencia, el perdón, el amor buscador, el servicio ilimitado de Dios. Dios nos ha asignado una tarea y nosotros debemos cumplirla como Él lo haría. Ese es el supremo ideal de servicio en la Iglesia Cristiana.

EL RECUERDO DE JESÚS

1 Pedro 5: 1-4 (conclusión)

Una de las cosas encantadoras de esta pasaje es la actitud de Pedro en todo él. Empieza, como si dijéramos, colocándose en el mismo nivel de sus lectores. < Vuestro compañero en el ministerio de anciano» se llama a sí mismo. No se coloca por encima de ellos, sino comparte la experiencia y los problemas cristianos con ellos. Pero en una cosa es diferente: Pedro tiene recuerdos de Jesús que son lo que colorea todo este pasaje. Hasta cuando está hablando, se le vienen a la mente y se la llenan.

(i) Se describe a sí mismo como testigo de los sufrimientos de Cristo. A primera vista podríamos sentirnos inclinados a cuestionar esa afirmación, porque se nos dice que, después del arresto en el huerto, «todos los discípulos Le abandonaron y huyeron» (*Mateo 26:56*). Pero si lo pensamos un poco mejor nos damos cuenta que a Pedro se le concedió ver el sufrimiento de Jesús de una manera todavía más entrañable que a ninguna otra persona. Él siguió a Jesús hasta el patio de la casa del sumo sacerdote donde por debilidad negó tres veces a su Maestro. El juicio llegó a su fin y se llevaron a Jesús; y allí encontramos lo que puede muy bien ser la frase más dramática del Nuevo Testamento: «Y el. Señor se volvió y miró a Pedro... y Pedro salió y lloró amargamente» (*Lucas 22: 61 s*). En aquella mirada vio Pedro el sufrimiento del corazón de un. Líder al Que había fallado Su seguidor en la hora de Su más amarga necesidad. Pedro fue el testigo del sufrimiento que tiene Cristo cuando Le negamos; y por eso tenía tanto interés en que su pueblo fuera incommovible en su lealtad y fiel en su servicio.

(ii) Se describe a sí mismo como participante en la gloria que se va a revelar. Esa afirmación contiene una mirada atrás y adelante. Pedro había tenido ya un atisbo de esa gloria en el monte de la trasfiguración. Allí los tres durmientes habían despertado y, como dice Lucas «Se quedaron despiertos y vieron Su gloria» (*Lucas 9:32*). Pedro había visto la gloria. Pero también sabía que había una gloria por venir, porque Jesús les había prometido a Sus discípulos una participación en la gloria cuando el Hijo del Hombre viniera a sentarse en Su glorioso trono (*Mateo 19:28*). Pedro recordaba la experiencia y la promesa de gloria.

(iii) No cabe la menor duda que, cuando Pedro habla de pastorear el rebaño de Dios, está recordando la tarea que Jesús le dio cuando le encargó apacentar Sus ovejas (*Juan 21:15-17*). El nombramiento de pastor fue una recompensa de amor; y Pedro lo recordaba así.

(iv) Cuando Pedro- habla de Jesús como el Mayoral o Pastor Principal debe de haber tenido muchos recuerdos en la mente.

Jesús Se había comparado a Sí mismo con el pastor que busca la oveja perdida a riesgo de su vida (*Mateo 1.8:12-14; Lucas 15:4-7*). Había enviado a Sus discípulos a allegar las ovejas perdidas de la casa de Israel (*Mateo 10:6*). Jesús se había conmovido misericordiosamente al contemplar las multitudes como ovejas sin pastor (*Mateo 9:36; Marcos 6:24*). Sobre todo, Jesús Se había comparado al Buen Pastor Que estaba dispuesto a dar Su vida por las ovejas (*Juan 10:1-18*). La imagen de Jesús como el Pastor era especialmente preciosa, y el privilegio de ser pastor del rebaño de Cristo era para Pedro el más grande privilegio que podría disfrutar un siervo de Cristo.

EL MANTO DE LA HUMILDAD

1 Pedro 5: S

Y vosotros los más jóvenes, aplicaos el cuento: manteneos bajo la autoridad de los más ancianos.

Y así todos, en vuestras relaciones recíprocas, no os revistáis más que con el manto de la humildad; porque Dios se opone a los soberbios, pero concede Su gracia a los humildes.

Pedro vuelve de nuevo a la idea de que la negación de uno mismo debe ser la marca característica del cristiano. Confirma su argumento con una cita del Antiguo Testamento: «Ciertamente Él escarnece a los escarnecedores, y da gracia a los humildes» (*Proverbios 3:34*).

De nuevo es posible que el recuerdo de Jesús esté en el corazón de Pedro y ponga su colorido en todo su pensamiento y lenguaje. Le dice a su gente que deben *revestirse* con el manto de la humildad. La palabra que usa para *revestirse* es poco corriente; es *enkombusthai*, que se deriva de *kombos* que describe cualquier cosa que se ata con un nudo. En relación con esto está *enkombóna*, túnica que se sujeta con un nudo. Se usaba corrientemente como ropa de protección; se usaba para un par de mangas que se ponían encima de la túnica y se ataban por detrás del cuello. También se usaba para el delantal de un esclavo. Hubo una ocasión en que Jesús se lo puso como delantal. En la última Cena, Juan dice que Jesús tomó una toalla y se la ciñó, y tomó agua y se puso a lavar los pies de Sus discípulos (*Juan 13:4s*). Jesús se ciñó con el delantal de la humildad y así deben hacer Sus seguidores.

Resulta que el *enkombusthai* se usa de otra clase de ropa. Se usa de ponerse una túnica larga, semejante a una estola, que era señal de honor y preeminencia.

Para completar el cuadro tenemos que poner las dos imágenes juntas. Jesús se puso una vez el delantal del esclavo y se encará del más humilde de todos los deberes: lavar los pies de Sus discípulos; así que nosotros debemos en todas las situaciones ponernos el delantal de la humildad en el servicio de Cristo y de nuestros semejantes; pero ese mismo delantal de la humildad se convertirá en un atuendo honorable para nosotros, porque es el que se hace siervo de todos el que es el más grande en el Reino del Cielo.

LAS NORMAS DE LA VIDA CRISTIANA (1)

1 Pedro 5:6-11

Así que adoptad una actitud humilde bajo la poderosa mano de Dios para que sea Él Quien os exalte cuando Le parezca bien.

Descargad sobre Él toda vuestra ansiedad; porque Él tiene cuidado de vosotros.

Sed sobrios. Manteneos alerta. Vuestro adversario, el diablo, está merodeando a vuestro alrededor como león rugiente a ver a quién se puede devorar. Hacedle frente, firmes en la fe, sabiendo pagar el tributo del sufrimiento lo mismo que vuestros hermanos que siguen en el mundo.

Y después que hayáis padecido lo vuestro un poco de tiempo, el Dios de todas las gracias Que os llamó a Su gloria eterna por medio de Jesucristo, os restaurará, establecerá, fortalecerá y afirmará.

Suyo sea el dominio para siempre jamás. Amén.

Aquí Pedro habla en imperativos, estableciendo ciertas leyes para la vida cristiana.

(i) Está la ley de la humildad delante de Dios. El cristiano debe mantenerse humilde bajo Su poderosa mano. La frase *la poderosa mano de Dios* es corriente en el Antiguo Testamento; y se usa muy a menudo en relación con la liberación que -Dios obró con Su pueblo cuando lo sacó de Egipto. «Con mano poderosa -dijo Moisés- el Señor os sacó de Egipto» (*Éxodo 13:9*). «Señor Dios, Tú has comenzado a mostrar a Tu siervo Tu grandeza y Tu mano poderosa» (*Deuteronomio 3:24*). Dios sacó a Su pueblo de Egipto a la libertad con mano poderosa (*Deuteronomio 9:26*). La idea es que la poderosa mano de Dios está sobre el destino de Su pueblo, si éste acepta Su dirección humilde y fielmente. Después de todas las diversas experiencias de su vida, José pudo decirles a sus hermanos que una vez habían tratado de eliminarle: «Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó a bien» (*Génesis 50:20*). El cristiano nunca siente resentimiento por las experiencias de la vida, ni se revela contra ellas, porque sabe que la poderosa mano de Dios está al timón de su vida.

(ii) Está la ley de la serenidad cristiana para con Dios. El cristiano debe descargar toda su ansiedad en Dios. «Echa sobre el Señor tu carga y Él te sostendrá» (*Salmo 55:22*). «No os angustiéis por el día de mañana,» dijo Jesús (*Mateo 6:25-34*). La razón por la que podemos hacerlo con confianza es que estamos seguros de que Dios cuida de nosotros. Como decía Pablo, podemos estar seguros de que el Que nos dio a Su Hijo único nos dará también con Él todas las cosas (*Romanos 8:32*). Podemos estar seguros, puesto que Dios cuida de nosotros, de que la vida no está diseñada para deshacernos sino para hacernos; y con esa seguridad podemos aceptar cualquier experiencia que nos venga, sabiendo que en todo Dios obra para el bien de los que Le aman (*Romanos 8:28*).

(iii) Está la ley del esfuerzo cristiano y de la vigilancia cristiana. Debemos ser sobrios y estar alerta. El hecho de que nos descarguemos en Dios de todo no nos da derecho a sentarnos cómodamente y no hacer nada. Cromwell aconsejaba a sus tropas: «¡Confíad en Dios, y mantened seca la pólvora!» Pedro sabía lo difícil que es esta vigilancia, porque se acordaba de que en Getsemaní se habían dormido sus condiscípulos y él cuando debieran haber estado velando con Jesús. (*Mateo 26:38-46*). El cristiano es una persona que confía, pero al mismo tiempo aplica todo su esfuerzo y toda su vigilancia al negocio de vivir para Cristo.

(iv) ¡Pst! la ley de la resistencia cristiana. El diablo siempre está acechando a ver a quién puede arruinar. De nuevo Pedro debe de estar acordándose de cómo el diablo le había vencido para que negara a su Señor. La fe de una persona debe ser como una muralla contra la que se estrellan en vano los ataques del diablo. El diablo, como cualquier agresor, acaba por retirarse cuando se le resiste valientemente con el poder de Jesucristo.

LAS NORMAS DE LA VIDA CRISTIANA (2)

1 Pedro 5: ó II (conclusión)'

(v) Por último, Pedro habla de la ley del sufrimiento cristiano. Dice que, después que el cristiano ha pasado por el sufrimiento, Dios le restaura, establece, fortalece y afirma. Hay todo un cuadro detrás de cada una de las palabras que usa Pedro aquí. Cada una nos dice algo acerca de lo que el sufrimiento está diseñado que haga por la persona.

(a) Por medio del sufrimiento Dios *restaura* a una persona. La palabra para *restaurar* es difícil de traducir en este caso.

Es *kartarizein*, que se usa corrientemente para arreglar una 'fractura, la palabra que se usa en *Marcos 1:19* para remendar las redes. Quiere decir suplir lo que falta, arreglar lo que está roto. Así es que el sufrimiento, si se acepta con humildad, confianza y amor, puede reparar las debilidades de carácter de una persona y suplir la grandeza que todavía no tiene. Se dice que Sir Edward Edgar estaba una vez oyendo cantar a una joven un solo de una de sus composiciones. Tenía una voz con una pureza, claridad y gama excepcionales, y una técnica casi perfecta. Cuando ella acabó, Sir Edward dijo suavemente: «Será realmente grande cuando le suceda algo que le rompa el corazón.» Barrie cuenta cómo perdió su madre a su hijo favorito, y entonces dice: «Así fue como obtuvo mi madre la ternura de sus ojos, que hacía que otras madres acudieran a ella cuando perdían un hijo.» El sufrimiento había hecho algo por ella que no podría haber producido una vida fácil. El sufrimiento está diseñado por Dios para añadir las notas de la gracia a la vida.

(b) Por medio del sufrimiento Dios *establece* a una persona. La palabra es *stérizein*, que quiere decir hacer tan sólido como el granito. El sufrimiento del cuerpo y el dolor del corazón hacen una de estas dos cosas a la persona: o le hacen colapsarse o le dejan con una solidez de carácter tal que nunca habría podido obtener de otra manera. Si se enfrenta con ellos con una constante confianza en Cristo, surge como el acero que ha sido templado al fuego.

(c) Por medio del sufrimiento Dios *fortalece* a una persona. La palabra griega es *sthenún*, que quiere decir *llenar de fuerza*. Aquí se usa con ese sentido. Una vida sin esfuerzo y sin disciplina inevitablemente se vuelve blandengue. No sabemos realmente lo que nuestra fe representa para nosotros hasta que ha sido templada en el horno de la aflicción. Hay algo doblemente precioso en una fe que ha salido victoriosa del dolor y de la aflicción y de la desilusión. El viento extingue una llanita débil, pero atiza una llama fuerte haciéndola una hoguera mayor. Así sucede con la fe.

(d) Por medio del sufrimiento Dios afirma a una persona. La palabra griega es *themeliim*, que quiere decir *echar el cimiento*. Cuando tenemos que enfrentarnos con la aflicción y el sufrimiento, ahondamos hasta el mismo lecho rocoso de la fe. Entonces descubrimos cuáles son las cosas incommovibles. Es en la hora de la prueba cuando descubrimos las grandes verdades en las que se funda la vida verdadera.

El sufrimiento está lejos de hacer estas cosas preciosas por cualquier persona. Bien puede conducir a una persona a la amargura y a la desesperación; bien puede arrebatarle la fe que tuviera. Pero si se acepta con la confiada seguridad de que la mano de un Padre nunca le produce al hijo una lágrima innecesaria, entonces salen cosas del sufrimiento que no puede sacar a *Irz* nunca una vida fácil.

UN FIEL AYUDANTE DE LOS APÓSTOLES

1 Pedro 5:12

Os he escrita esta breve carta con la ayuda de Silvanos ad que yo tengo por un fiel hermano, para animaros y atestiguaros que esta es la verdadera Gracia de Dios. Manteneos firmes en ella.

Pedro da testimonio de que lo que ha escrito es de veras la gracia de Dios, y exhorta a su pueblo a que permanezcan firmes en medio de las dificultades.

Dice que ha escrito *por medio de Silvano*. La frase griega (*dia Siluanu*) quiere decir que Silvano fue su amanuense. Silvano es la forma completa del nombre Silas, y es casi seguro que sea el Silvano de las cartas de Pablo y el Silas de *Hechos*. Cuando recopilamos las referencias a Silas o Silvano, encontramos que fue uno de los pilares de la Iglesia original.

Juntamente con Judas Barsabás, Silvano fue enviado a Antioquía con la decisión que hizo época del Concilio de Jerusalén de abrir las puertas de la Iglesia a los creyentes gentiles; y en el relato de esa misión, se llama a Silvano y Judas hombres principales entre los hermanos (*Hechos 15:22, 27*). No se limitaron simplemente a comunicar el mensaje sino que lo expusieron con palabras poderosas como profetas que eran (*Hechos 15:32*). Durante el primer viaje misionero Marcos dejó a Pablo y Bernabé y se volvió a casa desde Panfilia (*Hechos 13:13*); al programar el segundo viaje misionero, Pablo se negó a llevar otra vez a Marcos; el resultado fue que Bernabé tomó a Marcos de compañero, y Pablo a Silvano (*Hechos 15:37-40*). Desde aquel momento Silvano fue mucho tiempo el brazo derecho de Pablo. Estuvo con Pablo en Filipos, donde fueron arrestados y encarcelados (*Hechos 16:19, 25, 29*).- Se reunió con Pablo en Corinto y predicó con él el Evangelio allí (*Hechos 18:5; 2 Corintios 1:19*). Estuvo relacionado con Pablo tan estrechamente que las dos cartas a los tesalonicenses las mandaron los dos juntos (1 *Tesalonicenses 1:1*). Esta claro que Silvano fue un hombre notable en la Iglesia original.

Como vimos en la introducción es muy probable que Silvano fuera mucho más que el amanuense que escribió esta carta al dictado de Pedro, y su portador posteriormente. Uno de los problemas de *Primera de Pedro* es la excelencia de su griego. Es un griego con tal calidad clásica que parece imposible que Pedro, el pescador galileo, lo hubiera escrito por sí mismo: Ahora bien, Silvano era no sólo un hombre de peso en la Iglesia original; era también ciudadano romano (*Hechos 16:37*) y habría recibido una educación muy superior a la de Pedro. Es más que probable que hiciera una importante contribución a la composición de esta carta. Se nos dice que en China, cuando un misionero quería enviar un mensaje, lo escribía a menudo lo mejor que pudiera en chino, y luego se lo pasaba a un cristiano chino para que lo corrigiera y pusiera en la forma debida; o podría ser que sencillamente le dijera al cristiano chino lo que quería decir dejándole que lo pusiera en forma literaria para su aprobación. Eso fue muy probablemente lo que hizo Pedro. O bien le dio su carta a Silvano para que pusiera su estilo, o bien le dijo a Silvano lo que quería decir y le dejó que lo escribiera él, añadiendo los tres últimos versículos como su saludo personal.

Silvano fue una de esas personas sin las que nunca se puede pasar, la iglesia. Estaba contento de ocupar un segundo lugar y de servir casi en el anonimato siempre que fuera para que se hiciera la obra de Dios. Le bastaba con ser el ayudante de Pablo, manteniéndose a su sombra. Le bastaba con ser el amanuense de Pedro, aunque eso sólo le permitiera que figurara su nombre al final de la carta. A pesar de todo no es insignificante el pasar a la Historia como el fiel ayudante de quien tanto Pedro como Pablo dependieron. La Iglesia siempre tiene necesidad de personas como Silvano, y muchos que no pueden ser Pedros o Pablos sí pueden ayudar a los Pedros y Pablos en su trabajo. . .

SALUDOS

1 Pedro 5:13

La que está en Babilonia, que ha sido elegida lo mismo que vosotros, os manda saludos, y mi hijo Marcos igual.

Aunque parece tan sencillo, éste es un versículo problemático. Nos presenta algunas cuestiones difíciles de resolver.

(i) ¿Quién manda esos saludos? La versión Reina-Valera pone «la iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, os saluda.» Pero «la iglesia que está» no tiene equivalente en el original, que dice simplemente «la elegida juntamente con vosotros en Babilonia» y la frase está en femenino. Hay dos posibilidades.

(a) Es perfectamente posible que la Reina-Valera sea correcta. Así lo toma Moffatt cuando traduce «vuestra iglesia hermana en Babilonia.» La frase se podría explicar como una alusión al hecho de que la Iglesia es la Esposa de Cristo, y se

puede hablar así de ella.- En general el punto de vista más corriente es que se trata de una iglesia.

(b) Pero sí hay que recordar que no hay realmente una palabra para *iglesia* en griego, y esta frase femenina también se podría referir a alguna dama cristiana bien conocida. Si es así, con mucho la mejor sugerencia es que hace referencia a la mujer de Pedro. Sabemos que le acompañaba normalmente en sus viajes misioneros (1 *Corintios 9:5*). Clemente & Alejandría (*Stromateis 7.11.63*) nos dice que ella murió mártir, ejecutada a la vista del mismo Pedro, que la animaba diciéndole: «Acuérdate del Señor.» Está claro que era una figura muy conocida en la Iglesia original.

No queríamos hablar dogmáticamente sobre esta cuestión. Tal vez es más probable que la referencia sea a la iglesia; pero no es imposible que Pedro asociara a su mujer y compañera evangelista en los saludos que envía.

(ii) ¿Desde dónde se mandó esta carta? Los saludos se mandan de *Babilonia*. Hay tres posibilidades.

(a) Había una Babilonia en Egipto, cerca del Cairo: Había sido fundada por refugiados babilónicos venidos de Asiria que la llamaron con el nombre de su ciudad ancestral. Pero para este tiempo era casi exclusivamente un gran campamento militar; y en cualquier caso el nombre de Pedro no se ha conectado nunca con Egipto, así es que hay que descartar esta Babilonia.

(b) Estaba la Babilonia oriental a la que habían llevado cautivos a los judíos. Muchos nunca volvieron de allí, y se convirtió en un centro de cultura judía. El gran comentario de la ley judía se llama *Talmud Babli* o babilónico. Tan importantes eran los judíos de Babilonia que Josefo había hecho una edición especial de sus historias para ellos. No cabe duda de que había una numerosa e importante colonia de judíos allí; y sería perfectamente normal el que Pedro, el apóstol de los judíos, hubiera ido allí a predicar y trabajar. Pero no encontramos nunca el nombre de Pedro en relación con Babilonia, y no hay rastro de que hubiera estado allí. Estudiosos tan

grandes como Calvino y Erasmo creyeron que esta Babilonik; era la gran ciudad oriental; pero, en general, creemos que la mayor probabilidad está en contra de esta hipótesis.

(c) Corrientemente llamaban Babilonia a Roma, tanto los judíos como los cristianos. Ese es sin duda el caso en Apocalipsis, donde Babilonia es la gran ramera, ebria de la sangre de los santos y de los mártires (capítulos 17 y 18). La impiedad; concupiscencia y lujo de la antigua Babilonia, como si dijéramos, se habían reencarnado en Roma. No cabe duda que la tradición conecta a Pedro con Roma; y lo más probable es que era allí donde se escribió la carta. ,

(iii) ¿Quién es el Marcos a quien Pedro llama su hijo y de quien envía saludos? Si consideramos que la señora elegida era la mujer de Pedro, Marcos bien podría ser literalmente su hijo Pero es mucho más probable que fuera el Marcos que escribió el evangelio. La tradición siempre ha conectado estrechamente: a Pedro con Marcos, y ha transmitido la historia de que estuvieron íntimamente relacionados en la producción del evangelio de Marcos. Papias, que vivía a principios del siglo II y fue un gran coleccionista de tradiciones antiguas, describe el evangelio de Marcos de la siguiente manera: «Marcos, que fue intérprete de Pedro, tomó nota cuidadosamente aunque no en orden de todo lo que recordaba de lo que Cristo había dicho o hecho: Porque él no fue uno de los que Le escucharon o siguieron; él fue seguidor de Pedro, como ya he dicho, posteriormente, y Pedro adaptaba sus enseñanzas a las necesidades prácticas, sin intentar dar las palabras del Señor sistemáticamente. Así que Marcos no cometió errores al escribir algunas de las cosas dependiendo de su memoria, porque su única preocupación era no omitir ni falsificar nada que hubiera oído.» Según Papias el evangelio de Marcos no es otra cosa que los materiales de la predicación de Pedro. Con un talante similar, Ireneo dice que después de la muerte de Pedro y Pablo en Roma «Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, también nos transmitió por escrito lo que Pedro había estado predicando.» Es la consecuente tradición que Marcos, el evangelista, fue de veras como

un hijo para Pedro, y toda la probabilidad apunta a que estos saludos eran de él.

Así que podemos reunir las posibilidades. < La que está en Babilonia y que ha sido escogida lo mismo que vosotros, » puede ser o la iglesia o la mujer de Pedro, que fue mártir. Babilonia puede ser la Babilonia del Este, pero es más probable que sea la gran y malvada ciudad de Roma. Marcos puede que fuera un hijo de Pedro, de quien no sabríamos nada más; pero es más probable que se trate de Marcos, el autor del evangelio, que fue como un hijo para Pedro.

TODOS EN PAZ CON TODOS

1 Pedro 5:14

Saludaos unos a otros de mi parte con un beso de amor. ¡Que la paz sea con todos los que estáis en Cristo!

Lo más interesante de aquí es el encargo de que se den recíprocamente el beso de amor. Durante siglos esto fue una parte integrante y preciosa de la comunión y el culto cristianos; y su historia y gradual eliminación son del mayor interés.

Entre los judíos era costumbre que el discípulo besara a su rabino. en la mejilla poniéndole las manos en los hombros. Eso fue lo que hizo Judas con Jesús (*Marcos 14:44*). El beso era un saludo de bienvenida y de respeto, y podemos ver cuánto lo valoraba Jesús por Su tristeza cuando no se Le daba (*Lucas 7:45*). Las cartas de Pablo terminan frecuentemente recordando a sus lectores el deber de saludarse recíprocamente con el beso santo (*Romanos 16:16; 1 Corintios 16:20; 2 Corintios 13:12; 1 Tesalonicenses 5:26*).

En la Iglesia Primitiva el beso llegó a ser una parte esencial del culto cristiano. « ¿Cómo se puede dar por terminada una reunión de oración si se excluye el beso santo? -pregunta Tertuliano-. ¿Qué clase de sacrificio sería uno del que los miembros se retiraran sin la paz? » (*De Oratione* 18). El beso, vemos aquí, se llamaba *la paz*. Era especialmente una parte del culto de comunión. Agustín dice que cuando los cristianos se disponían a comulgar «demostraban su paz interior mediante el beso» (*De Amicitia* 6). Se daba corrientemente después de retirarse los catecúmenos, cuando sólo estaban

presentes los miembros comulgantes, y después de la oración que se hacía antes de traer los elementos. Justino Mártir dice: «Cuando hemos acabado de orar, nos saludamos recíprocamente con un beso. Entonces se le trae pan y una copa de vino al presidente» (1:65). Al beso precedía la oración «por el don de la paz y el amor sincero, incontaminado de hipocresía o engaño,» y era la señal de que «muestras almas están unidas, y han desterrado todo recuerdo de agravios» (Cirilo de Jerusalén, *Sermones catequéticos* 25.5.3). El beso era la señal de que las injurias se habían olvidado, los agravios perdonado, y los que se sentaban a la Mesa del Señor eran una sola cosa en el Señor.

Esta era una costumbre preciosa, y sin embargo está claro que estaba tristemente expuesta a abusos. También dejan claro las frecuentes advertencias que se introducían los abusos. Atenágoras insiste en que el beso debe darse con el máximo cuidado; porque «si va mezclado con la menor contaminación de pensamiento, nos excluye de la vida eterna» (*Legatio Christianis* 32). Orígenes insiste en que el beso de la paz debe ser «santo, casto y sincero,» no como el beso de Judas (*Commentaria in Epistolam B. Pauli ad Romanos* 10:33). Clemente de Alejandría condena el uso desvergonzado del beso, que debe ser místico, porque con el beso «algunas personas hacen retumbar a las iglesias, y así provocan sucias suspicacias e informes vergonzosos» (*Paedagogus* 3:11). Tertuliano menciona el reparo natural del marido pagano al pensar que saludan así a su mujer en la iglesia cristiana (*Ad Uxorem* 2:4).

En la Iglesia de Occidente, estos problemas inevitables provocaron gradualmente el final de esta preciosa costumbre. Para el tiempo de las *Constituciones apostólicas* del siglo IV, el beso estaba confinado entre los del mismo sexo -los

clérigos saludaban al obispo, los hombres a los hombres y las mujeres a las mujeres. De esa forma se mantuvo el beso de la paz en la Iglesia de Occidente hasta el siglo XIII. Algunas veces se sustituía por otras cosas. En algunos lugares se usaba una tablita de madera o metal con una representación de la Crucifixión. La besaba primero el sacerdote, y luego se pasaba a la congregación, besándola cada miembro y pasándosela después al de al lado en señal de su mutuo amor a Cristo y en Cristo. En las iglesias orientales sigue la costumbre; no se ha extinguido en la Iglesia Griega; la Iglesia Armenia ha sustituido el beso por una inclinación cortés.

Podemos fijarnos en otros usos del beso en la Iglesia Primitiva. En el bautismo besaban a la persona bautizada, primero el que la había bautizado y luego toda la congregación, en señal de bienvenida a la casa y familia de Cristo. Un obispo recién consagrado recibía «el beso en el Señor.» La ceremonia del matrimonio se ratificaba con un beso, una cosa muy natural que se adoptó del paganismo. Los que estaban muriendo besaban primero la cruz y luego a todos los presentes. Se besaba a los difuntos antes de enterrarlos.

En algunas de nuestras iglesias el beso de la paz parecerá cosa del pasado. Se practicaba cuando la iglesia era realmente una familia, y los miembros se conocían entre sí. Es una tragedia que muchas iglesias modernas, a menudo con numerosos miembros que no se conocen de nada ni lo echan de menos, no podrían usar el beso de la paz como no fuera como un rito. Era una costumbre preciosa que estaba abocada a desaparecer cuando la realidad de la comunión se perdió en la Iglesia.

«La paz sea con todos los que estáis en Cristo» dice Pedro; y así deja a los suyos en la paz de Dios, que es más poderosa que todos los problemas que pueda haber en el mundo.

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA CARTA DE PEDRO

EL LIBRO ARRUMBADO Y SU CONTENIDO

Segunda de Pedro es uno de los libros olvidados del Nuevo Testamento. Pocos pretenderán haberlo leído, y aún menos haberlo estudiado en detalle. E. F. Scott dice: «Es con mucho inferior en todos los aspectos a *Primera de Pedro*; es el menos valioso de todos los escritos del Nuevo Testamento.» Tuvo las mayores dificultades para entrar en el Nuevo Testamento, y pasaron muchos años sin que la Iglesia Cristiana pareciera haberse dado cuenta de su existencia. Pero, antes de considerar su historia, echémosle una ojeada a su contenido.

LOS HOMBRES DESPIADADOS

Segunda de Pedro se escribió para combatir las creencias y actividades de ciertas personas que eran una amenaza para la Iglesia. Empieza insistiendo en que los cristianos se han desconectado de la corrupción del mundo (1:4), y deben tener presente siempre que han sido purificados de sus antiguos pecados (1:9). Se les impone el deber de la bondad moral, que culmina en la gran virtud cristiana del amor (1:5-8).

Vamos a reseñar las características de las personas a las que se opone *Segunda de Pedro*. Tergiversan las Escrituras para que estén de acuerdo con sus propios propósitos (1:20; 3:16). Desacreditan la fe cristiana (2:2). Codician ganancias materiales y explotan a sus semejantes (2:3, 14s). Están condenados y compartirán la suerte de los ángeles rebeldes (2:4), de la generación que precedió al diluvio (2:5), de los habitantes de Sodoma y Gomorra (2:6) y del falso profeta Balaam (2:15). Son criaturas bestiales, gobernadas por sus bajos instintos (2:12) y dominadas por la concupiscencia (2:10, 18). Tienen los ojos llenos de adulterio (2:14). Son presuntuosos, soberbios y arrogantes (2:10, 1-8). Pasan hasta las horas del día en orgías de lujuria incontrolada (2:13). Hablan mucho de libertad, pero lo que llaman libertad es realmente una permisividad sin límites, y ellos mismos son esclavos de sus vicios (2:19). No sólo están engañados, sino que engañan y descarrían a los demás (2:14, 18).

LA NEGACIÓN DE LA SEGUNDA VENIDA

Además, estos hombres malvados negaban la Segunda Venida (3:3s). Discutían que este es un mundo estable en el que las cosas permanecen inalterablemente las mismas y que Dios retrasa las cosas de tal manera que es posible suponer que la Segunda Venida no va a suceder nunca. La respuesta de *Segunda de Pedro* es que este no es un mundo estable; que, de hecho, ya fue destruido por el agua en el diluvio y que será destruido por el fuego en la conflagración final (3:5-7). Lo que aquellos hombres consideraban retraso era de hecho que Dios estaba reteniendo Su mano con paciencia para darle a la humanidad todavía otra oportunidad para que se arrepienta (3:8s). Pero el día de la destrucción está próximo (3:10). Cielos nuevos y una nueva Tierra están a punto de aparecer; por tanto, la bondad es una necesidad absoluta si una persona ha de ser salva el Día del Juicio (3:11-14). Con esto estaba de acuerdo Pablo, aunque sus cartas fueran difíciles de entender, y como quiera que los falsos maestros las malinterpretaran deliberadamente (3:15s). El deber del cristiano es mantenerse firme, inalterablemente fundado en la fe y crecer en la gracia y en el conocimiento de Jesucristo (3:17s).

LAS DUDAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Tal es el contenido de la carta. Durante mucho tiempo se la miraba con dudas y hasta con una especie de suspicacia. No hay ni rastro de ella hasta después del año 200 d.C. No se la menciona en el *Canon de Muratori* de 170 d.C., que fue la primera lista oficial de los libros del Nuevo Testamento. No existía en la antigua versión latina de las Escrituras; ni en el Nuevo Testamento de la Iglesia Siria primitiva.

Los grandes maestros de Alejandría, o no la conocían o tenían dudas acerca de ella. Clemente de Alejandría, que escribió los resúmenes de los libros de la Escritura, no parece haber incluido *2 Pedro*. Orígenes dice que Pedro nos dejó una epístola que es universalmente aceptada; < tal vez también una segunda, pero esta es una cuestión disputada. > Dídimo el Ciego, siglo IV, la comentó, pero concluyó su libro diciendo: < No se debe olvidar que esta carta es espúrea; se puede leer en público; pero no es parte del canon de la Escritura. >

Eusebio, el gran maestro de Cesarea, que hizo una cuidadosa investigación de la literatura cristiana de su tiempo, llega a la conclusión de que: < De Pedro, una epístola, que se llama su epístola anterior, que todos reconocen; de ella hicieron los antiguos presbíteros un uso frecuente en sus escritos como indiscutiblemente genuina; pero en cuanto a la que circula como su segunda epístola, hemos recibido que no es canónica aunque, puesto que parecía serles útil a muchos, se ha leído diligentemente con las otras escrituras. >

Hasta bien entrado el siglo IV la *Segunda de Pedro* no fue incluida definitivamente en el canon del Nuevo Testamento.

LAS OBJECIONES

Es el parecer casi universal de los estudiosos, tanto antiguos como modernos, -que Pedro no fue el autor de *Segunda de Pedro*. Hasta Juan Calvino consideraba imposible el que Pedro

podiera haber hablado de Pablo como *Segunda de Pedro* habla de él (3:15s), aunque estaba dispuesto a creer que alguna otra persona escribió la carta a petición de Pedro. Entonces, ¿cuáles son las razones contra la autoría petrina?

(i) Está la extremada lentitud, y hasta reticencia, de la Iglesia Primitiva para aceptarla. Si hubiera sido verdaderamente de Pedro, no cabe la menor duda que la Iglesia la habría recibido y honrado desde el principio. Pero el caso fue muy diferente. Durante los dos primeros siglos de la Iglesia no se citó nunca de una manera cierta; se la consideraba con dudas y sospechas durante más de otro siglo; y solamente se la aceptó ya avanzado el siglo IV.

(ii) El contenido hace difícil creer que era de Pedro. No hace mención de la Pasión, la Resurrección y la Ascensión de Jesucristo y no menciona la Iglesia como el verdadero Israel; no menciona la fe que es una combinación invencible de la esperanza y la confianza; no menciona al Espíritu Santo, ni la oración ni el Bautismo; y no expone el deseo apasionado de llamar a las personas al supremo ejemplo de Jesucristo. Si uno suprimiera estas grandes verdades de *Primera de Pedro* no quedaría ni mucho ni nada, y sin embargo ninguna de ellas reaparece en *Segunda de Pedro*.

Es totalmente diferente en carácter y estilo de *Primera de Pedro*. Esto se ha reconocido desde los tiempos de Jerónimo, que escribió: «Simón Pedro escribió dos epístolas que se llaman católicas, la autenticidad de la segunda de las cuales niegan muchos por su diferencia de estilo con la primera.» El estilo griego de esta carta es muy difícil. Clogg lo considera ambicioso, artificial y a menudo oscuro, y advierte que es el único libro del Nuevo Testamento que se mejora en las traducciones. El obispo Chase escribe: «La epístola produce la impresión de ser una obra de retórica más bien artificial. Da señales de ser un esfuerzo consciente. El autor parece ser ambicioso al escribir con un estilo que está más allá de su capacidad literaria.» Concluye que es difícil conciliar el carácter literario de esta carta con la suposición de que fue Pedro

quien la escribió. Moffatt dice: «*Segunda de Pedro* es más periódica y ambiciosa que *Primera de Pedro*, pero su lingüística y sus esfuerzos estilísticos sólo revelan con su oscuridad farragosa la clara inferioridad de concepción que la separa y distancia de *Primera de Pedro*.»

Se podría proponer, como hizo Jerónimo, que, mientras Pedro usó a Silvano para *Primera de Pedro*, usó a un amanuense distinto para *Segunda de Pedro*, lo cual explicaría el cambio de estilo. Pero J. B. Mayor compara las dos cartas. Cita algunos de los pasajes de *Primera de Pedro*, y entonces dice: «Creo que ninguno que lea estas palabras puede por menos de sentir que, ni aun en Pablo, ni aun en Juan, se puede encontrar una descripción más bella o más viva del secreto del Cristianismo primitivo, de la fuerza que venció al mundo, que en el perfecto cuarteto de fe y esperanza y amor y gozo, que rezuma toda la primera epístola (es decir, *Primera de Pedro*). Nadie podría afirmar lo mismo acerca de *Segunda de Pedro*: Aunque es bien pensada e interesante, le falta esa intensa simpatía, esa llama de amor, que caracterizan a *Primera de Pedro*... Ningún cambio de circunstancias puede justificar el cambio de tono del que somos conscientes al pasar de una epístola a la otra.» La conclusión de ese gran investigador conservador es que ninguna explicación, a no ser la diferencia de autor, puede explicar, no tanto la diferencia de estilo como la de atmósfera entre *Primera y Segunda de Pedro*. Es verdad que desde el punto de vista puramente lingüístico hay 369 palabras que aparecen en *Primera de Pedro* que no están en *Segunda de Pedro*; y hay 230 palabras que aparecen en *Segunda de Pedro* y no en *Primera de Pedro*. Pero hay más que una diferencia de estilo. Un autor puede cambiar su estilo y su vocabulario para acercarse a su audiencia en una ocasión determinada. Pero la diferencia entre las dos cartas en atmósfera y actitud es tan amplia que es difícilmente posible que la misma persona pudiera haber escrito las dos.

(iv) Algunas cosas de *Segunda de Pedro* apuntan casi irresistiblemente a una fecha tardía. Ha pasado tanto tiempo que algunas personas han empezado a abandonar la esperanza de la Segunda Venida totalmente (3:4). Se habla de los apóstoles como de figuras del pasado (3:2). Los padres, es decir los fundadores de la fe cristiana, son ahora figuras de un pasado casi difuso y distante; han pasado generaciones entre el origen de la fe cristiana y esta carta (3:4).

Hay referencias que sólo se pueden explicar por el paso del tiempo. La referencia a la próxima muerte de Pedro procede de la profecía de Jesús en *Juan 21:18s*, y el Cuarto Evangelio no estuvo terminado hasta alrededor del año 100 d.C. La afirmación de que Pedro va a dejar algo que continúe su enseñanza después que se haya ido parece una referencia al Evangelio de Marcos (1:12-14).

Y, sobre todo, tenemos la referencia a las cartas de Pablo (3:15s). U.ella se deduce claramente que las cartas de Pablo eran conocidas y usadas por toda la Iglesia. Eran propiedad pública y además se las consideraba ya como Escritura y al mismo nivel que «las otras Escrituras» (3:16). Las cartas de Pablo no se coleccionaron y publicaron hasta por lo menos el año 90 d.C., y pasarían bastantes años antes que adquirieran el reconocimiento de Sagrada Escritura. Es prácticamente imposible el que nadie pudiera escribir así hasta mediado el s. II d.C.

Toda la evidencia converge para probar que *Segunda de Pedro* es un libro tardío. No empezó a citarse hasta el siglo III: Los grandes maestros de la Iglesia Primitiva no la consideraban de Pedro, aunque no ponían en duda su utilidad. La carta hace referencias que requieren el paso de los años para explicarse: El gran interés de *Segunda de Pedro* está en el mismo hecho de que sea el último libro del Nuevo Testamento que se escribió y el último que consiguió entrar en el Nuevo Testamento.

EN NOMBRE DE PEDRO

Entonces, ¿cómo llegó a asignársele el nombre de Pedro? La respuesta es que se le asignó *deliberadamente*. Esto puede

que nos parezca un proceder extraño, pero en el mundo antiguo era una práctica corriente. Las cartas de Platón no fueron escritas por Platón, sino por un discípulo suyo en el nombre de su maestro. Los judíos usaron este método repetidas veces. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, se escribieron libros bajo los nombres de Salomón, Isaías, Moisés, Baruc, Esdras, Enoc y otros muchos. Y en los tiempos del Nuevo Testamento hay toda una literatura en torno al nombre de Pedro: El Evangelio de Pedro, la Predicación de Pedro, el Apocalipsis de Pedro.

Un hecho innegable hace este método de escribir todavía más inteligible. Los herejes lo usaron. Publicaron libros confusos y perniciosos bajo los nombres de los grandes apóstoles, pretendiendo que contenían la enseñanza secreta de los grandes fundadores de la Iglesia que les había sido transmitida oralmente. Al enfrentarse con esto, la Iglesia reaccionó usando el mismo método y publicó libros en los que sus autores expusieron para su propia generación las cosas que estaban totalmente seguros de

que los apóstoles habrían dicho si se hubieran encarado con esa nueva situación. No hay nada extraño ni vergonzoso en que un libro fuera publicado bajo el nombre de Pedro, aunque no fuera Pedro su autor. El autor, con toda humildad, estaba adscribiendo el mensaje que le había dado el Espíritu Santo a Pedro porque él consideraba que su propio nombre no era digno de aparecer en el libro.

No encontraremos *Segunda de Pedro* fácil de leer.

Pero es un libro de importancia capital porque se escribió a personas que estaban socavando la ética y la doctrina cristianas y a los que había que parar para que no destruyeran la fe cristiana con su perversión de la verdad.

2 PEDRO

EL HOMBRE QUE ABRÍA PUERTAS

2 Pedro 1:1

Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, os escribe esta carta a los que habéis sido agraciados con una fe igual en honor y privilegio a la nuestra propia por la justicia imparcial de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.

La carta empieza con una alusión muy sutil y hermosa para los que tengan ojos para verla y suficiente conocimiento del Nuevo Testamento para captarla. Pedro escribe a «los que se les ha concedido una fe igual en honor y privilegio a la nuestra» -y se llama a sí mismo *Symeon Pedro*. ¿Quiénes eran los destinatarios? Realmente no puede haber más que una respuesta. Deben de haber sido en el pasado gentiles, a diferencia de los judíos que eran el único pueblo escogido de Dios. Los que no habían sido un pueblo en el pasado son ahora el pueblo escogido de Dios (*1 Pedro 2:10*); antes eran forasteros y extranjeros a la comunidad de Israel, y estaban muy lejos; pero ahora se los ha traído cerca (*Efesios 2:11-13*).

Pedro expresa esto muy gráficamente, usando una palabra que haría vibrar inmediatamente una cuerda en las mentes de los que la oyeran. Su fe era *igual en honor y privilegio*. La palabra griega es *isótimos*; *isos* quiere decir *igual* y *time* quiere decir *honor*. Esta palabra se usaba especialmente en relación con los extranjeros que tenían una ciudadanía completa igual a la de los nativos. Josefo, por ejemplo, dice que en Antioquía

se hizo a los judíos *isotimoí*, *iguales en honor y privilegio*, a los macedonios y a los griegos que vivían allí. Así que Pedro dirige su carta a los que habían sido anteriormente gentiles despreciables, pero que ahora habían recibido derechos de ciudadanía iguales a los de los judíos, y aun a los de los mismos apóstoles, en el Reino de Dios (Cp. *Efesios 2:19*).

Dos cosas hay que notar acerca de este gran privilegio que se había extendido a los gentiles. (a) Se les había *concedido o asignado*. Es decir, no se lo habían ganado; se les había agraciado no por ningún mérito propio, sino como al que le toca un premio en la lotería. En otras palabras su nueva ciudadanía se debía exclusivamente a la Gracia. (b) Les había llegado por medio de la justicia imparcial de su Dios y Salvador Jesucristo. Les había venido porque para Dios no hay cuna cláusula de nación mas favorecida»; Su Gracia y favor alcanzan imparcialmente a todas las naciones de la Tierra.

¿Qué tiene esto que ver con el nombre *Symeon*, que Pedro se llama aquí? En el Nuevo Testamento, se le llama más generalmente Pedro; se le llama a menudo Simón, que era, desde luego, su nombre original antes de que Jesús le diera el nombre de Cefas o Pedro (*Juan 1: 41 s*); pero solamente una vez en el resto del Nuevo Testamento se le llama *Symeon*. Es en el relato del Concilio de Jerusalén de *Hechos 15* que decidió que había de abrirse de par en par la puerta de la Iglesia a los creyentes gentiles. Allí dijo Santiago: < Simeón ha relatado la manera en que Dios visitó por primera vez a los gentiles para tomar de ellos un pueblo para Su nombre» (*Hechos 15:14*). En esta carta, que empieza con saludos para los gentiles a los que se han concedido, por la gracia de Dios, privilegios de ciudadanía en el Reino iguales a los de los judíos y los apóstoles, Pedro se llama por el nombre de *Symeon*; y la única otra vez que se llama así es cuando aparece como el instrumento principal mediante el cual se concedió ese privilegio.

Simeón Pedro fue el que abrió la puerta a Cornelio, el centurión gentil (*Hechos 10*); y aplicó su autoridad para que se abriera la puerta en el Concilio de Jerusalén (*Hechos 15*).

EL GLORIOSO SERVICIO

2 Pedro 1:1 (conclusión)

Pedro se llama a sí mismo *siervo* de Jesucristo. La palabra original es *dulos*, que quiere decir realmente *esclavo*. Aunque nos parezca extraño, se trata de un título, aparentemente humillante, que los más grandes hombres asumieron como un título del mayor **honor**. Moisés, el gran líder y legislador, fue el *dulos* de Dios (*Deuteronomio 34:5*; *Salmo 105:26*; *Malaquías 4:4*). Josué, el gran general, fue el *dulos* de Dios (*Josué 24:29*). David, el más grande de los reyes, era el

dolos de Dios (2 Samuel 3:18; Salmo 78:70). En el Nuevo Testamento, Pablo es el *dulos* de Jesucristo (Romanos 1:1; Filipenses 1:1; Tito 1:1), un título que Santiago (Santiago 1:1) y Judas (Judas 1) también se aplican. En el Antiguo Testamento, los profetas eran los *duloi* de Dios (Amos 3:7; Isaías 20:3). Y en el Nuevo Testamento, los cristianos se llaman frecuentemente *duloi* de Cristo (Hechos 2:18; 1 Corintios 7:22; Efesios 6:6; Colosenses 4:12; 2 Timoteo 2:24). Esto tiene un profundo significado.

(i) Llamar al cristiano *dulos* de Dios quiere decir que es Su posesión inalienable. En el mundo antiguo el amo poseía sus esclavos de la misma manera que poseía sus herramientas. Un siervo podía cambiar de amo; pero un esclavo no. El cristiano pertenece inalienablemente a Dios.

(ii) El llamar al cristiano *dulos* de Dios quiere decir que está incondicionalmente a Su disposición. En el mundo antiguo, el amo podía hacer lo que quisiera con su esclavo; tenía hasta poder de vida o muerte sobre él. El cristiano no tiene derechos propios porque se los ha rendido a Dios.

(iii) El llamar al cristiano *dulos* de Dios quiere decir que debe estar constantemente a Su servicio. En el mundo antiguo el esclavo no tenía literalmente tiempo propio, ni vacaciones, ni ocio. Todo su tiempo pertenecía a su amo. El cristiano no puede, ni deliberada ni inconscientemente, programar su vida con las horas y las actividades que pertenecen a Dios, y las horas y actividades en las que puede hacer lo que quiera. El cristiano es necesariamente una persona cuyos momentos todos están al servicio de Dios.

Notamos otro punto más. Pedro habla de la justicia imparcial de *nuestro Dios y Salvador Jesucristo*. Algunas versiones bíblicas traducen: «La justicia de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo.» como refiriéndose a dos personas, -Dios y Jesús; pero, como deja ver bien claro la Reina-Valera, en griego se implica que hay una sola persona, y la frase se traduce correctamente *nuestro Dios y Salvador Jesucristo*. Su gran interés está en que en el Nuevo Testamento rara, muy rara vez, se llama a Jesús Dios. El único paralelo verdadero de éste está: en el grito de adoración de Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20:28). Esta no es una cuestión a discutir; ni siquiera una cuestión de teología; para Pedro y Tomás, el llamar Dios a Jesús no era una cuestión de teología, sino una eclosión de adoración. Era sencillamente que se daban cuenta de que los términos humanos no podían contener a esta Persona que conocían como su Señor.

EL SUPREMO CONOCIMIENTO

2 Pedro 1:2

¡Que la gracia y la paz se os multipliquen por el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesucristo!

Pedro expresa esto de una manera inusual. La gracia y la paz han de venir del *conocimiento*, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, nuestro Señor. ¿Hace depender la experiencia cristiana del conocimiento? ¿O tiene esto algún otro sentido? En primer lugar, veamos la palabra que usa para conocimiento (*epígnosis*). Se puede interpretar en dos direcciones.

(a) Puede querer decir *un conocimiento creciente*. *Gnosis*, la palabra griega normal para *conocimiento*, va precedida aquí

de la preposición *epi* que quiere decir *hacia, en la dirección de*. *Epígnosis*, pues, podría interpretarse como un conocimiento que está siempre en movimiento hacia lo que desea conocer. La gracia y la paz se le multiplican al cristiano que llega a conocer a Jesucristo cada vez mejor. Como se ha expresado: «Cuanto más se da cuenta el cristiano de lo que significa Jesucristo, tanto más capta el significado de la gracia y la experiencia de la paz.»

(b) *Epígnosis* tiene un segundo significado. A menudo quiere decir en griego *conocimiento pleno*. Plutarco, por ejemplo, la usa del conocimiento científico de la música en oposición al conocimiento del mero aficionado. Así que puede ser que lo que implica aquí sea que el conocimiento de Jesucristo es lo que podríamos llamar «la ciencia capital de la vida.» Las otras ciencias pueden que contribuyan una nueva habilidad, un nuevo conocimiento, nuevas capacidades; pero la ciencia capital, el conocimiento de Jesucristo, es lo único que puede traer a la humanidad la gracia que necesita y la paz que anhela.

Hay todavía más. Pedro tiene una manera de usar palabras que eran corrientes entre los paganos de su tiempo, pero cargándolas con un nuevo significado. El conocimiento era una palabra muy utilizada en el pensamiento religioso pagano de aquellos días en que se escribió esta carta. Para tomar solamente un ejemplo: los griegos definían *sofia, sabiduría*, como el conocimiento de las cosas divinas y humanas. Los buscadores de Dios griegos buscaban ese conocimiento por dos procedimientos principales.

(a) Lo buscaban por medio de la especulación filosófica. Trataban de alcanzar a Dios mediante el mero poder del pensamiento humano. Aquí encontraban dificultades previsibles. En primer lugar, Dios es infinito; la mente humana es finita; y lo finito no puede nunca abarcar lo infinito. Mucho tiempo ha, Zofar había preguntado: «¿Descubrirás tú (por especulación) los secretos de Dios?» (Job 11-7). Si Dios ha de llegar a ser conocido, debe ser conocido, no porque la mente humana Le descubra, sino porque Él decida revelarse. Además, si la

religión se basara en la especulación filosófica, sólo podrían aspirar a alcanzar sus alturas unos pocos, porque no todos podemos ser filósofos. Cualquiera que fuera lo que Pedro entendiera por *conocimiento*; no quería decir eso.

(b) Lo buscaban por la experiencia mística de lo divino hasta poder decir: < Yo soy Tú y Tú eres yo.> Este era el camino de las religiones místicas. Todas ellas consistían en representaciones de pasión: la historia dramáticamente representada de algún dios que sufría y moría y resucitaba. Se preparaba cuidadosamente al iniciado con la instrucción del sentido íntimo de la historia, y mediante largo ayuno y continencia, y mediante un proceso conducente a la tensión psíquica. El auto se representaba con una liturgia impresionante, una música inspiradora, unja iluminación cuidadosamente calculada y el uso de incienso. Lo que se pretendía era que el iniciado, al observarlo, entrara de tal manera en esta experiencia que llegara a identificarse con el dios que sufría, moría y resucitaba eternamente triunfante. También aquí había problemas. Por una parte, no todo el mundo es capaz de tener una experiencia mística. Por otra parte, cualquier experiencia tal es necesariamente pasajera; puede que deje un efecto, pero no puede ser una experiencia continua. La experiencia mística es privilegio de los menos.

(c) Si este conocimiento de Jesucristo no se adquiere por especulación filosófica ni por experiencia mística, ¿qué es y cómo viene? En el Nuevo Testamento, el conocimiento es característicamente un conocimiento *personal*. Pablo no dice: «Yo sé lo que he creído;» sino: «Yo sé *en Quién* he creído (2 Timoteo 1:12). El conocimiento cristiano de Cristo es una relación personal con Él; es conocerle como se conoce a una persona y entrar día a día en una relación más íntima con Él.

Cuando Pedro habla de la gracia y la paz que nos vienen por medio del conocimiento de Dios y de Jesucristo, no está intelectualizando la religión; esta diciendo que el Cristianismo quiere decir una relación personal cada vez más íntima con Jesucristo.

LA GRANDEZA DE JESUCRISTO PARA LA HUMANIDAD

2 Pedro 1:3-7

Como Su poder divino nos ha concedido todas las cosas que son necesarias para la vida verdadera y para la verdadera religión por medio del conocimiento de Aquel Que nos llamó a Su propia gloria y excelencia; y como por medio de estos dones se nos han concedido unas promesas preciosas y grandísimas para que por ellas podamos escapar de la corrupción del mundo causada por los deseos innobles, y llegar a ser partícipes de la naturaleza divina; puesto que todo esto es así, aplicad toda vuestra energía a la tarea de equipar vuestra fe con coraje; vuestro coraje, con conocimiento; vuestro conocimiento, con autodomínio; vuestro autodomínio, con estabilidad; vuestra estabilidad, con piedad; vuestra piedad, con afecto fraternal; vuestro afecto fraternal, con amor cristiano.

En los versículos 3 y 4 encontramos una tremenda y comprehensiva descripción de Jesucristo.

(i) Él es el *Cristo de poder*. En Él radica el poder divino que no puede ser derrotado ni frustrado en última instancia. En este mundo, una de las tragedias de la vida es que el amor está con frecuencia tan falto de recursos que no puede dar lo que quiere dar, ni puede hacer lo que quiere hacer; y debe, muy a menudo, mostrarse y quedar impotente mientras la persona amada se enfrenta con el desastre. Pero el amor de Cristo siempre está respaldado por Su poder; y es, por tanto, un amor victorioso.

(ii) Él es el *Cristo de la generosidad*. Él nos otorga todas las cosas necesarias para la vida verdadera y la verdadera religión. La palabra que usa Pedro para religión es *eusébeia*, cuyo sentido característico es *religión práctica*. Pedro está diciendo que Jesucristo nos **dice lo que** es la vida y entonces nos capacita para vivirla como es debido. Él nos da una religión que no es evasión de la vida sino triunfante implicación o inserción en ella.

(iii) Él es el *Cristo de preciosas y grandísimas promesas*. Eso no quiere decir tanto que Él nos trae grandes y preciosas promesas como que en Él estas promesas se hacen realidad. Pablo expresa la misma idea de manera un poco diferente cuando dice que todas las promesas de Dios son Sí y Amén en Jesucristo (2 Corintios 1:20). Eso es decir que Cristo dice: «Sí, así sea,» a estas promesas; Él las confirma y garantiza. Esto se ha expresado también de la siguiente manera: Una vez que conocemos a Jesucristo, siempre que nos encontramos en la Sagrada Escritura una promesa que empieza con las palabras «quienquiera que,» nosotros podemos decirnos inmediatamente: «Ese soy yo.»

(iv) Él es el *Cristo por Quien nos evadimos de la corrupción del mundo*. Pedro tenía que enfrentarse con los antinomistas, que usaban la gracia de Dios como una licencia para pecar. Proclamaban que la gracia era suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado; tergiversaban la doctrina evangélica de la justificación del pecador por la fe en Jesucristo convirtiéndola en la justificación del pecado. El que una persona hable así sólo puede significar que *quiere* pecar. Pero Jesucristo es la Persona que puede ayudarnos a vencer la seducción de los deseos del mundo y limpiarnos con Su presencia y poder. Mientras vivamos en

este mundo, el pecado no perderá nunca del todo su fascinación sobre nosotros; pero tenemos la defensa contra ella en la presencia de Cristo.

(v) Él es el Cristo *Que nos hace participantes de la naturaleza divina*. Aquí Pedro está usando otra vez una expresión que los pensadores paganos conocían muy bien. Ellos hablaban mucho de participar de la naturaleza divina. Pero había esta diferencia: ellos creían que el hombre tiene una participación en la naturaleza divina en virtud de ser hombre. Todo lo que las personas tienen que hacer es vivir de acuerdo con la naturaleza divina de la que ya participan. El problema es que la experiencia lo contradice abiertamente. Por todas partes vemos amargura, odio, vicio, crimen; por todas partes vemos el fracaso moral, la impotencia y la frustración. El cristianismo dice que la humanidad *puede llegar a* participar de la naturaleza divina. Considera con realismo la condición humana, pero al mismo tiempo no le pone límites a su potencialidad. «Yo he venido -dijo Jesús- para que tenga vida, y la tengan en abundancia» (*Juan 10:10*). Como dijo uno de los primeros grandes padres de la Iglesia: «Él se hizo lo que nosotros somos para hacernos lo que Él es.» El hombre tiene en sí la capacidad para participar de la naturaleza de Dios -pero esa potencialidad sólo se puede hacer realidad en Jesucristo.

PERTRECHOS PARA EL CAMINO

2 *Pedro* 1:3-7 (continuación)

Pedro dice que debemos aplicar todas nuestras energías *para equiparnos* con una serie de grandes cualidades. La palabra que usa para *equipar* es *epijoréuein*, que usa otra vez en el versículo 11 hablando de ser *generosamente agradados** con el derecho de entrada en el Reino eterno.

Esta es una de las muchas palabras griegas que tienen un trasfondo pictórico. El verbo *epijoréuein* viene del nombre *jorégos*, que quiere decir literalmente *el director de un coro*. Tal vez la mayor contribución que hizo Grecia, y especialmente Atenas, al mundo fueron los grandes dramas de hombres como Esquilo, Sófocles y Eurípides, que todavía figuran entre nuestras más apreciadas posesiones. Todos estos dramas necesitaban coros numerosos y era, por tanto, muy caro montarlos. En los grandes días de Atenas había ciudadanos pudientes y generosos que asumían voluntariamente el deber de reunir, mantener, entrenar y equipar tales coros a sus propias expensas. Estos dramas se representaban en las grandes fiestas religiosas.

Por ejemplo, en la ciudad de Dionysia se ponían tres tragedias, cinco comedias y cinco ditirambos- Había que encontrar personas que proveyeran los coros para todo esto, lo que podía elevarse a 3.000 dracmas. Los que se hacían cargo de esa empresa a costa de su propio bolsillo y por amor a sus ciudades se llamaban *jorégoi*, y *joréuein* era el verbo que se usaba para designar esa empresa. La palabra sugiere hasta un cierto derroche. No quería decir equipar a lo pobre o miserablemente, sino aportando generosamente todo lo necesario para una representación noble *Epijoréuein* salió al ancho mundo y amplió su significado, no solamente al equipamiento de un coro, sino a asumir responsabilidad por cualquier clase de equipamiento. Puede querer decir equipar a un ejército con las provisiones necesarias; o equipar a un alma con todas las virtudes necesarias para la vida. Pero siempre subyace en ello esta idea de una generosidad desbordante en la provisión que se hace para el equipamiento.

Así es que Pedro exhorta a sus lectores a que equipen, sus vidas con todas las virtudes; y ese equipamiento no debe limitarse al mínimo necesario, sino ser abundante y generoso. La misma palabra estimula a no contentarse con nada menos que la vida más preciosa y espléndida.

Pero hay algo más detrás de esto. En los versículos 5 y 6 Pedro sigue diciéndonos que debemos, como dice la versión Reina-Valera, *añadir* nuevas virtudes hasta que todo culmina en el amor cristiano. Detrás de esto hay una idea estoica. Los estoicos insistían en que en la vida debe haber continuamente lo que ellos llamaban *prokopé*, *progreso moral*. *Prokopé* se puede usar para *el avance de un ejército hacia su objetivo*. En la vida cristiana tiene que haber un avance moral constante. Moffatt cita un dicho: «La vida cristiana no debe ser un espasmo inicial seguido por una inercia crónica.» Desgraciadamente, eso es lo que es a veces: un momento de entusiasmo, cuando uno se da cuenta de la maravilla del Cristianismo, y luego un fracaso en poner por obra la vida cristiana mediante un progreso continuo.

Esto nos conduce todavía a otra idea básica. Pedro dice a sus lectores que *apliquen toda su energía* a esta empresa. Es decir: En la vida cristiana; el supremo esfuerzo personal debe cooperar con la gracia de Dios. Como dice Pablo: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el Que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad (*Filipenses 2:12s*). Es verdad que todo es por fe; pero una fe que no desemboca en vida no es verdadera fe, como Pablo habría admitido cordialmente. La fe no es sólo entrega confiada a las promesas de Cristo; también es entrega obediente a Sus demandas.

Bigg señala que Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, dice que hay tres teorías sobre el origen de la felicidad. (i) Es algo que se puede obtener mediante la disciplina, la educación y la formación de hábitos correctos. (ii) Es cuestión de asignación divina, don de Dios. (iii) Todo es cuestión de suerte.

La verdad es que, como lo ve el cristiano, la felicidad depende tanto del don de Dios *como* de nuestro propio esfuerzo. No nos ganamos la Salvación, pero al mismo tiempo tenemos que aplicar todas nuestras energías para conseguir el objetivo de una vida de amor. Bengel, comentando este pasaje, nos pide que lo comparemos con la parábola de las Diez Vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco insensatas. Escribe: « La llama es lo que Dios nos imparte sin ningún esfuerzo por nuestra parte; pero el aceite es lo que cada persona debe aportar a la vida mediante su propio estudio y esfuerzo fiel, para que la llama se alimente y crezca.» .

La fe no nos exime de hacer las obras; la generosidad de Dios no absuelve a la persona del esfuerzo. La vida alcanza su nivel más noble y elevado cuando nuestro esfuerzo coopera con la gracia de Dios para producir el resultado necesario y deseado.

LA ESCALA DE LAS VIRTUDES (1)

2 Pedro 1:3-7 (Continuación),

Consideremos la lista de virtudes que tienen que irse añadiendo las unas a las otras. Vale la pena notar que en el mundo antiguo tales listas eran muy corrientes. Era un mundo en el que los libros no eran ni muchos menos tan baratos y fáciles de adquirir como lo son ahora. La instrucción, por tanto, tenía que llevarse a cabo en la mente del alumno; y las listas que se memorizaban fácilmente eran una de las maneras más corrientes de inculcar instrucción. Una forma ingeniosa de enseñarle a un niño los nombres de las virtudes era por medio de un juego de fichas que se podían ganar o perder, cada una de las cuáles llevaba el nombre de una de las virtudes. Las listas de virtudes eran corrientes en los primeros escritos cristianos. Pablo nos da la de los frutos del Espíritu: Amor; gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fidelidad, amabilidad, dominio propio (*Gálatas 5:22s*). En las Epístolas Pastorales se exhorta al hombre de Dios a que se proponga la integridad, la piedad, la fe, el amor, la firmeza, la gentileza (*1 Timoteo 6: 11*). En *El Pastor de Hermás (Visiones 3.8.1-7)*, fe, autodomínio, sencillez, inocencia y reverencia; comprensión y amor son hijas las unas de las otras. En la *Epístola de Bernabé (2)*, el temor y la resistencia son los ayudadores de la fe; la paciencia y el autodomínio son nuestros aliados; y cuando éstos están presentes una persona puede desarrollar y poseer sabiduría, prudencia, comprensión y conocimiento. Miremos ahora una a una las etapas del crecimiento cristiano que nos da la lista de virtudes de esta carta.

(i) Empieza por *la fe (pistis)*; todo arranca de ella. Para Pedro la fe es la convicción de que lo que Jesucristo dice es verdad y que nosotros nos podemos entregar a Sus promesas y consagrar a Sus demandas. Es de una certeza incuestionable que el camino a la felicidad y a la paz y a la fuerza en la Tierra y en el Cielo es aceptar Su palabra.

(ii) A la fe hay que añadir lo que la Reina-Valera llama virtud, y nosotros hemos llamado *coraje*. La palabra griega es *areté*; es muy rara en el Nuevo Testamento, pero es la palabra griega suprema para virtud en cualquier sentido de la palabra. Quiere decir *excelencia*. Tiene dos direcciones especiales en las que se mueve su sentido. (a) *arete* es lo que podríamos llamar *excelencia operativa y eficiente*. Para dar dos ejemplos de su uso tomados de esferas muy diferentes: se puede usar de una tierra que es fértil; y se puede usar de las obras poderosas de los dioses. *Arete* es la virtud que hace que una persona sea buena ciudadana y amiga; es la virtud que nos hace expertos en la técnica de vivir como es debido. (b) *Areté* quiere decir a menudo *coraje*. Plutarco dice que Dioses una esperanza de *arete*, no una excusa para la cobardía. En *2 Macabeos 6:31* leemos que Eleazar murió antes que ser falso a las leyes de Dios y de sus padres; y la historia termina con el dicho de que dejó en su muerte un ejemplo de noble coraje (*arete*) y un memorial de virtud, para los jóvenes y para toda la nación.

En este pasaje no es necesario escoger entre los dos sentidos; están los dos ahí. La fe debe conducir, no a la vida retirada del claustro o la celda, sino a una vida efectiva en el servicio de Dios y de la humanidad; y debe conducir al valor de mostrar siempre a Quién se pertenece y sirve.

(iii) Al coraje debe añadirse *conocimiento*. La palabra griega es *gnósis*. En el lenguaje ético griego hay dos palabras que tienen un significado similar aunque con una diferencia significativa. *Sofía* es sabiduría, en el sentido de «conocimiento de las cosas divinas y humanas y de sus causas.» Es el conocimiento de las primeras causas y de las cosas profundas y últimas. *Gnósis* es *conocimiento práctico*; es la habilidad de aplicar el conocimiento último que da *sofía* a las situaciones particulares. *Gnósis* es el conocimiento que le permite a una persona decidir rectamente y actuar honorable y eficazmente en las circunstancias de la vida cotidiana. Así que a la fe hay que añadirle coraje y eficacia; al coraje y la eficacia debe añadirse la sabiduría práctica para andar por la vida.

LA ESCALA DE LAS VIRTUDES (2)

2 Pedro 1:3-7 (conclusión)

(iv) Al conocimiento práctico hay que añadir *autocontrol o dominio propio*. La palabra griega es *enkráteia*, que quiere decir literalmente *la habilidad de tener las riendas de uno mismo*. Ésta es una virtud de la que hablaron y pensaron y

escribieron mucho los griegos. Con respecto a la persona y sus pasiones Aristóteles distingue cuatro estados en la vida. Está *sófrosyné*, en la que la pasión ha sido totalmente sojuzgada a la razón; podríamos llamarla *perfecta templanza*. Está *akolasía*, que es precisamente lo opuesto; es el estado en el que la razón está totalmente sometida a la pasión; podríamos llamarlo *concupiscencia incontrolable*. Entre estos dos estados está *akrasía*, en la que la razón lucha pero la pasión prevalece; podríamos llamarlo *incontinencia*. Está *enkráteia*, en la que la razón lucha contra la pasión y prevalece; lo llamamos *autocontrol, o dominio propio*.

Enkráteia es una de las grandes virtudes cristianas; y el lugar que ocupa es un ejemplo del realismo de la ética cristiana. Esa ética no contempla una situación en la que una persona está desposeída de toda pasión, sino una situación en la que las pasiones permanecen, pero están bajo perfecto control y a su servicio, y no como sus tiranas.

(v) Al autodominio debe añadirse *firmeza*. La palabra griega es *hypomoné*. Crisóstomo llamaba a *hypomoné* «la Reina de las Virtudes.» En la Reina-Valera se traduce corrientemente por *paciencia*; pero *paciencia* es una palabra demasiado pasiva. *Hypomoné* siempre tiene un trasfondo de coraje. Cicerón definía *patientia*, su equivalente latino como: «El sufrir voluntario y cotidiano de cosas duras y difíciles por causa del honor y de la utilidad.» Didimo de Alejandría escribe sobre el temple de Job: «No es que el hombre justo no deba tener sentimientos, aunque debe soportar pacientemente todo lo que le aflija; pero es una virtud auténtica cuando una persona siente profundamente las cosas con las que lucha, pero sirí embargo desprecia el dolor por causa de Dios.» *Hypomoné* no se limita a aceptar y sufrir; siempre mira hacia delante. Se dice de Jesús, por el autor de *Hebreos*, que por el gozo que tenía por delante, soportó la cruz despreciando la vergüenza (*Hebreos 12:2*). Eso es *hypomoné*, la firmeza cristiana. Consiste en aceptar con coraje todo lo que la vida nos pueda hacer, y transformar hasta el peor suceso en otro paso adelante y hacia arriba.

(vi) A la firmeza hay que añadir *piedad*. La palabra griega es *eusébeia*, que es imposible de traducir. Hasta *piedad* es inadecuada, porque conlleva a veces la sugerencia de algo que no es totalmente atractivo: la beatería. La gran característica de *eusébeia* es que mira en dos direcciones. La persona que tiene *eusébeia* siempre adora a Dios correctamente y Le da lo que Le es debido; pero también sirve siempre correctamente a sus semejantes y les da lo que les es debido. La persona que es *eusebés* (el adjetivo correspondiente) está en la debida relación tanto con Dios como con sus semejantes. *Eusébeia* es *piedad*, pero en su aspecto más práctico.

La mejor manera de ver el significado de esta palabra será considerando al hombre que los griegos tenían como su más pristino ejemplo. Ese hombre era Sócrates, a quien Jenofonte describe como sigue: «Era tan piadoso y devotamente religioso que no daría un paso fuera de la voluntad del Cielo; tan justo y recto que jamás profirió la injuria más insignificante a ningún alma viviente; tan en control de sí mismo, tan templado, que nunca ni en ninguna situación escogió lo más agradable en lugar de lo mejor; tan sensato, tan sabio, y tan prudente que nunca erraba al distinguir lo mejor de lo peor» (Jenofonte: *Memorabilia 1.5.8-11*).

En latín la palabra es *pietas*; y Warde Fowler describe la idea romana del hombre que poseía esa cualidad: «Está por encima de las seducciones de la pasión individual y de la tranquilidad egoísta; (*pietas* es) un sentimiento del deber que nunca abandona a la persona; en primer lugar para con los dioses, después para con el padre y la familia, el hijo y la hija; el pueblo y la nación.»

i -1

Eusébeia es la palabra griega más próxima a *religión*; y cuando empezamos a definirla, vemos el carácter intensamente práctico de la religión cristiana. Cuando una persona se **hace** cristiana, asume una doble obligación: para con Dios, y para con sus semejantes.

(vi_j) A la *piedad* hay que añadir *afecto fraternal*. La palabra original es *filadelfia*, que quiere decir literalmente *el amor de los hermanos*. Su enseñanza es que hay una clase de devoción religiosa que separa a la persona de sus semejantes. Los derechos de sus semejantes se convierten en una intromisión en su vida de oración, de estudio de la Palabra de Dios y meditación. Las demandas ordinarias de las relaciones humanas se hacen molestas. Epicteto, el gran filósofo estoico, no se casó nunca. Decía medio en broma que hacía mucho más por el mundo siendo un filósofo por libre que si hubiera producido < dos o tres mocosos.> < ¿Cómo puede el que tiene que enseñar a la humanidad salir corriendo para traer algo con que calentar el agua para el baño de su bebé?> Lo que Pedro está diciendo aquí es que hay algo que no funciona como es debido cuando la religión considera molestas las exigencias de las relaciones personales.

(vi_ü) La escala de las virtudes cristianas debe culminar en el amor cristiano. El afecto a los hermanos no es bastante; el cristiano debe aspirar a un amor que es tan amplio como el amor de Dios, Que hace salir Su sol sobre los justos y los injustos, y envía Su lluvia sobre los malos y los buenos. El cristiano debe mostrar a todas las personas el amor que Dios le ha mostrado a él.

DE CAMINO

Porque, si estas cualidades existen y crecen en vosotros, no dejarán que seáis ineficaces ni improductivos en vuestro progreso hacia el pleno conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no posee estas cualidades es ciego, corto de vista, y se ha olvidado de que los pecados de su vieja manera de vivir ya están borrados.

Así que, hermanos, mostrad el -máximo empeño en confirmar vuestro llamamiento y elección; porque, si practicáis estas virtudes, no resbalaréis nunca, sino se os dotará, ampliamente con el derecho de entrada al Reino eterno de nuestro Señor Jesucristo.

Pedro exhorta seriamente a los suyos a que se esfuercen por ascender esta escala de las virtudes que les ha presentado. Cuanto mejor conocemos cualquier asunto tanto más estamos capacitados para conocer. En todas las esferas de la experiencia es cierto que «al que tiene, se le dará más.» El progreso es un camino que conduce a más progreso. Moffatt dice acerca de nosotros y de Jesucristo: «Aprendemos de Él cuando vivimos con Él y para Él.»

El mantenernos ascendiendo la escala de las virtudes es acercarnos al conocimiento de Jesucristo; y cuanto más escalamos, tanto más podemos escalar.

Por otra parte, si nos resistimos a hacer el esfuerzo de seguir hacia arriba, ciertas cosas sucederán. (a) Nos iremos quedando ciegos; nos quedaremos sin la lámpara del conocimiento de Jesucristo que ilumina el camino. Como Pedro lo veía, el caminar sin Cristo es andar en la oscuridad y no poder distinguir el camino. (b) Nos volvemos lo que Pedro llama *Myópazón*. Esta palabra puede tener uno de dos significados. Puede querer decir *corto de vista* (Cp. español *miope*). Es fácil volverse corto de vista en la vida, ver las cosas sólo como se presentan en el momento y ser incapaz de verlas en la debida perspectiva, tener *los- ojos* tan fijos en la tierra que nunca pensamos en nada más allá. También puede querer decir *guiñar, entornar los ojos*. De nuevo, es fácil en la vida cerrar los *ojos* a lo que no queremos ver y andar, como si dijéramos, con anteojeras. Caminar sin Cristo es estar en peligro de tener un punto de vista *miope -o. estrecho. de miras*.

Además, el fallar en la ascensión de la escala de las virtudes es olvidar que los pecados de la antigua manera de vivir se han borrado totalmente. Pedro está pensando en el Bautismo. En aquel tiempo era bautismo de creyentes; era un acto deliberado de decisión personal el dejar la vieja manera de vivir y asumir la nueva. La persona que, después del bautismo, no empieza la escalada hacia la cima ha olvidado, o nunca ha comprendido, el significado de la experiencia por la que ha pasado. Para muchos de nosotros lo correspondiente al bautismo de creyentes en este sentido es la incorporación a la Iglesia Cristiana como miembros. El hacer nuestra entrega y luego seguir exactamente lo mismo es dejar de comprender lo que significa la membresía en la iglesia, porque nuestra entrada en ella debería ser el principio de la ascensión.

En vista de todo esto, Pedro exhorta a los suyos a que hagan todo posible esfuerzo para confirmar su vocación en Dios. Aquí tenemos una demanda sumamente significativa. Por una parte, todo es de Dios; es la llamada de Dios la que nos da entrada en la comunión de Su pueblo; sin Su gracia y Su misericordia no podríamos hacer ni esperar nada. Pero eso no nos absuelve de todo posible esfuerzo.

Tomemos una analogía que, aunque no perfecta, puede ayudarnos a entender. Supongamos que un hombre rico y amable escoge a un pobre chico que no habría podido tener otra oportunidad, y le ofrece el privilegio de una educación universitaria. El benefactor le está dando al chico algo a lo que no habría podido llegar por sí mismo; pero el chico no puede hacer uso de ese privilegio a menos que esté preparado a esforzarse,

y cuanto más se esfuerce más entrará en el privilegio que se le ofrece. El gratuito ofrecimiento y el duro esfuerzo personal deben combinarse para que el privilegio sea del todo efectivo.

Así pasa con nosotros y Dios. Dios nos ha llamado en Su gran misericordia y gracia inmerecida; pero al mismo tiempo tenemos que aplicar todo nuestro esfuerzo para proseguir adelante y hacia arriba en el camino.

Si mantenemos la ascensión; dice Pedro, acabaremos siendo agraciados generosamente con el derecho de entrada en el Reino eterno; y no resbalaremos en el camino. Con esto, Pedro no quiere decir que nunca pecaremos. La imagen que tiene en mente es la de una marcha, y quiere decir que nunca . nos saldremos del camino ni nos quedaremos atrás. Si tomamos la salida en esta carrera adelante y hacia arriba, el esfuerzo será grande pero la ayuda de Dios también; y a pesar de todo el esfuerzo, Él nos permitirá continuar hasta que lleguemos al final del viaje.

EL CUIDADO DEL PASTOR

2 Pedro 1:12-15

Por esa razón es por lo que me propongo recordaros constantemente estas cosas, aunque ya las sabéis y ya estáis firmemente establecidos en la verdad que poseéis. Creo que es justo que, mientras yo continúe en la tienda de campaña del cuerpo, siga recordándooslo todo para animaros; porque sé que se está aproximando mi hora de levantar la tienda,

como ya nuestro Señor Jesucristo me ha advertido. Sí; y haré mi cometido el asegurarme de que tengáis un medio de recordar constantemente estas cosas después de mi partida.

Aquí habla el cuidado del pastor. Pedro nos muestra en este pasaje dos cosas acerca de la predicación y la enseñanza. Primero, la predicación consiste muchas veces en recordar a:° las personas lo que ya saben. Es traer a la memoria la verdad: que se ha olvidado, o que nos resistimos a ver, o cuyo significado no se ha apreciado debidamente. Segundo, Pedro va a pasar a una reprensión y advertencia abiertas, pero empieza con algo que parece un cumplido. Dice que los suyos ya poseen la verdad y están firmemente establecidos en ella. Siempre conseguirá más un predicador, o un maestro, o un padre animando que regañando. Hacemos más para reformar a la gente y guardarlos a salvo, como si dijéramos, recordándoles sus honores que despellejándolos con acusaciones. A Pedro le sobra sabiduría para saber que lo más esencial para conseguir que le prestaran atención era demostrarles que creía en ellos.

Pedro miraba con expectación su muerte próxima. Habla de su cuerpo como una tienda de campaña, lo mismo que Pablo (2 Corintios 5:4). Esta era una imagen favorita entre los primeros escritores cristianos. *La Epístola a Diogneto* dice: «El alma inmortal mora en una tienda mortal.» La figura procede de los viajes de los patriarcas en el Antiguo Testamento. No tenían residencia permanente, sino: vivían en tiendas porque iban de camino a la Tierra Prometida. El cristiano sabe muy bien que su residencia definitiva no está en este mundo, y que está de camino hacia el mundo más allá. Sacamos la misma idea del versículo 15. Allí Pedro habla de su cercana muerte como su éxodo, su partida. *Éxodos* es, por supuesto, la palabra griega que se usa para la salida de los israelitas de Egipto, y su puesta en marcha hacia la Tierra Prometida. Pedro ve la muerte, no como el fin, sino como el tomar la salida hacia la Tierra Prometida de Dios.

Pedro dice que Jesucristo le ha dicho que para él el final llegará pronto. Esto puede ser una referencia a la profecía de *Juan 21:18s*, donde Jesús anuncia que llegará un día en que también Pedro extenderá sus brazos sobre una cruz. El momento está para llegar.

Pedro dice que tomará medidas para que, cuando él ya falte, lo que él tiene que decirles se les mantendrá en la memoria.

Eso bien puede ser una referencia al Evangelio según san Marcos. La tradición insiste en que contiene los materiales de la predicación de Pedro. Ireneo dice que, después de la muerte de Pedro y Pablo, Marcos, que había sido su discípulo e intérprete, dejó por escrito las cosas que Pedro acostumbraba predicar. Papias, que vivió a principios del siglo II y coleccionó muchas tradiciones acerca de los primeros días de la Iglesia, pasó la misma tradición acerca del evangelio de Marcos: «Marcos, que fue intérprete de Pedro, tomó nota exactamente, aunque no por orden, de todo lo que recordaba de lo que Cristo había dicho y hecho. Porque él no escuchó al Señor, ni fue Su seguidor; lo fue de Pedro, como ya he dicho, en una fecha posterior; y Pedro adaptaba su enseñanza a las necesidades prácticas, sin tratar nunca de transmitir las palabras del Señor sistemáticamente. Así que Marcos no se equivocó al escribir algunas cosas de esta manera de memoria, porque lo único que le concernía era no omitir ni falsear nada de lo que había oído.» La referencia de este versículo bien puede querer decir que la enseñanza de Pedro estaría a disposición de su pueblo en el evangelio de Marcos después de su muerte.

En cualquier caso, el propósito del pastor era llevarle a su pueblo la verdad de Dios durante su vida y tomar medidas para que no la olvidaran después de su muerte. Escribió, no para que se conservara su propio nombre, sino el nombre de Jesucristo.

EL MENSAJE Y EL DERECHO A DARLO

2 Pedro 1:16-18

Porque no eran fábulas inventadas artificialmente las que seguíamos cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino que lo hicimos como testigos presenciales de Su majestad que habíamos sido constituidos. Eso nos sucedió en aquella ocasión en que Él recibió honor y gloria de Dios Padre,.) cuando esta voz Le llegó desde la Gloria majestuosa:

«Este es Mi Hijo, el Amado, en Quien Me complazco totalmente. » Esta fue la voz que oímos, venida del Cielo; cuando estábamos con Él en el monte santo.

Pedro llega al mensaje que había sido su principal propósito traerle a su pueblo, relativo al < poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo. » Como veremos con toda claridad en lo, sucesivo, el gran propósito de esta carta era recordarles a los creyentes la seguridad de la Segunda Venida de Jesucristo. Los herejes a los que Pedro ataca ya no creían en ella; se había retrasado tanto que la gente había empezado a creer que no: sucedería nunca.

Tal, pues, era el mensaje de Pedro. Después de enunciarlo; pasa a hablar de su derecho a exponerlo; y hace algo que es, por lo menos a primera vista, sorprendente. Su derecho a hablar es que él estuvo con Jesús en el Monte de la Transfiguración y que allí vio la gloria y el honor que se Le dieron y oyó la voz de Dios que Le hablaba. Es decir: Pedro usa la historia de la Transfiguración, no como un adelanto de la Resurrección de Jesús, como se suele considerar, sino como un adelanto de la gloria

triumfal de la Segunda Venida. La historia de la Transfiguración se nos cuenta en *Mateo 17:1-8; Marcos 9: 2-8; Lucas 9:28-36*. ¿Estaba Pedro en lo cierto al ver en ella un adelanto y anuncio de la Segunda Venida más bien que de la Resurrección?

Hay algo particularmente significativo acerca de la historia de la Transfiguración. En los tres evangelios sigue inmediatamente a la profecía de Jesús que dijo que algunos de los que estaban allí no pasarían de este mundo hasta que hubieran visto al Hijo del Hombre viniendo en Su Reino (*Mateo 16:29; Marcos 9:1; Lucas 9:27*). Eso parece indicar que había alguna relación entre la Transfiguración y la Segunda Venida.

Dígase lo que se diga, una cosa por lo menos es segura: que el gran interés de Pedro al escribir esta carta fue recordarle a su pueblo la fe viva en la Segunda Venida de Cristo, y que basa su derecho a hacerlo en lo que vio en el Monte de la Transfiguración.

En el versículo 16 hay una palabra interesante. Pedro dice: «nos convertimos en *testigos presenciales* de Su majestad.» La palabra que usa para *testigos presenciales* es *epóptés*. En el uso del griego de los días de Pedro, éste era un término técnico. Ya hemos hablado de las religiones místicas. Consistían en una especie de autos de pasión, en los que se representaba la historia de un dios que había vivido, sufrido, muerto y resucitado. Al adorador se le permitía estar presente en el auto de pasión y se le ofrecía la experiencia de identificarse con el dios que moría y resucitaba, solamente después de un largo curso de instrucción y preparación. Cuando llegaba a ese punto, era un iniciado y la palabra técnica que le describía era *epóptés*; era un testigo presencial privilegiado de las experiencias del dios. Así que Pedro dice que el cristiano es un testigo presencial de los sufrimientos de Cristo porque ha visto la Cruz con los ojos de la fe; ha muerto con Cristo al pecado y resucitado a la justicia en el acto del bautismo. Su fe le ha hecho uno con Jesucristo en Su muerte y en Su vida resucitada y poderosa.

LAS PALABRAS DE LOS PROFETAS

2 Pedro 1:19-21

Así es que esto hace que la palabra de los profetas sea todavía más cierta para nosotros; y vosotros haréis bien en prestarle atención cuando relumbra como una lámpara en un lugar tenebroso, hasta que amanezca el día y salga la Estrella de la Mañana en nuestros corazones. Porque debéis daros cuenta, primero y principalmente, que ninguna profecía de la Escritura es cosa de interpretación privada; porque ninguna profecía se nos ha comunicado por voluntad humana a secas, sino que los profetas hablaban de parte de Dios y movidos por, el Espíritu Santo.

Este es un pasaje particularmente difícil, porque en sus dos mitades el griego puede querer decir cosas bastante diferentes. Vamos a ver estas posibilidades, y en cada caso consideraremos en primer lugar la menos probable.

(i) La primera frase puede querer decir: «En la profecía tenemos una garantía aún más segura, es decir, de la Segunda Venida.» Si esto es lo que dijo Pedro, quería decir que las palabras de los profetas son una garantía aún más segura que la realidad de la Segunda Venida que su propia experiencia en el Monte de la Transfiguración.

Por muy poco probable que nos parezca, no es ni mucho menos imposible que fuera esto lo que dijera. Cuando escribió esta carta había un interés tremendo en las palabras de profecía cuyo cumplimiento en el Cristianismo se veía como una prueba de su verdad. Tenemos un caso tras otro de personas que se convirtieron en los días de la Iglesia Primitiva leyendo los libros del Antiguo Testamento y viendo que sus profecías se habían cumplido en Jesús. Estaría de acuerdo con esa actitud el declarar que la demostración más convincente de la Segunda Venida estaba en que los profetas la habían anunciado.

(ii) Pero creemos que ha de preferirse la segunda posibilidad: «Lo que vimos en el Monte de la Transfiguración hace aún más seguro que lo que se anunció en los profetas acerca de la Segunda Venida tiene que ser verdad.»

Como quiera que lo tomemos, el sentido es que la gloria de Jesús en la cima de la montaña y las visiones de los profetas se combinan para certificar que la Segunda Venida es una realidad viviente que la humanidad debe esperar y para la cual se debe preparar.

También hay una doble posibilidad acerca de la segunda parte de este pasaje. «Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada,» como dice la Reina-Valera.

(i) Muchos de los primeros estudiosos interpretaron que esto quería decir: «Cuando cualquiera de los profetas interpretaba una situación histórica o decía cómo se iba a desarrollar la Historia, no estaba expresando una opinión privada suya propia, sino comunicando una revelación que Dios le había dado.» Este es un sentido perfectamente posible. En el Antiguo Testamento, la señal de que un profeta era falso era que hablaba *por sí mismo*, como si dijéramos, *privadamente*, y no diciendo lo que Dios le había dicho que dijera. Jeremías condena a los falsos profetas: «Hablan visión de su propio corazón, no de la boca del Señor» (*Jeremías 23:16*). Ezequiel dice: «¡Ay de los profetas insensatos que andan en pos de su propio espíritu y que nada han visto!» (*Ezequiel 13:3*). Hipólito describe así cómo venían las palabras de los verdaderos profetas: «No hablaban por su propia capacidad, ni proclamaban lo que ellos mismos deseaban que sucediera; sino, primero, se les daba recta comprensión por la Palabra, y luego eran instruidos mediante visiones.»

Según este punto de vista, el mensaje de los profetas no era su opinión particular; era una revelación de Dios y, por tanto, hay que prestar suma atención a sus palabras.

(ii) La segunda manera de tomar este pasaje es con relación a *nuestra* interpretación de los profetas. Pedro se enfrentaba con que los herejes y los malvados estaban interpretando en su propio interés a los profetas. Según esta opinión, con la que estamos de acuerdo, Pedro está diciendo: «Nadie puede ir a la Escritura e interpretarla como le convenga.»

Esto tiene una importancia práctica de primera. Pedro está diciendo que nadie tiene derecho a interpretar la Escritura, para usar su propia palabra *privadamente*. Entonces, ¿cómo hay que interpretarla? Para contestar a esa pregunta debemos hacernos otra: ¿Cómo recibían los profetas su mensaje? Lo recibían del Espíritu. Alguna vez hasta se ha dicho que el Espíritu de Dios usaba a los profetas como un escritor usa la pluma o un músico su instrumento. En cualquier caso, el Espíritu le daba al profeta Su mensaje. La conclusión obvia es que solamente con la ayuda de ese mismo Espíritu se puede comprender el mensaje profético. Como ya había dicho Pablo, las cosas espirituales se han de discernir espiritualmente (1 *Corintios 2:14s*). Los judíos consideraban que el Espíritu Santo tenía dos funciones: Traía la verdad de Dios a los hombres, y les permitía entender esa verdad cuando se la comunicaba. Así que la Escritura no se ha de interpretar con inteligencia o prejuicios privados, sino con la ayuda del Espíritu Santo Que la dio.

Prácticamente esto quiere decir dos cosas.

(a) A lo largo de todas las edades el Espíritu ha estado obrando en personas estudiosas y consagradas que, bajo la dirección de Dios, han abierto las Escrituras a la humanidad. Así que, si queremos interpretar la Escritura, no debemos nunca insistir arrogantemente en que nuestra propia interpretación debe ser correcta; debemos ir humildemente a las obras de los estudiosos para aprender lo que pueden enseñarnos porque el Espíritu les ha enseñado a ellos.

(b) Hay más que esto. El único lugar en que el Espíritu mora y opera de una manera especial es la Iglesia; y, por tanto, la Escritura debe interpretarse a la luz de la enseñanza, la fe y la tradición de la Iglesia. Dios es nuestro Padre en la fe, pero la Iglesia es nuestra madre en la fe. Si una persona encuentra que su interpretación de la Escritura no esta de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia, debe examinarse humildemente a sí misma y preguntarse si su dirección no habrá venido de sus propios deseos más que del Espíritu Santo.

Pedro insiste en que la Escritura no consiste en las opiniones privadas de nadie, sino en la revelación de Dios por medio de Su Espíritu; y que, por tanto, su interpretación no debe depender de las opiniones privadas de nadie sino siempre ser guiada por el mismo Espíritu Que sigue siendo especialmente operativo dentro de la Iglesia.

LOS FALSOS PROFETAS

2 Pedro 2:1

A veces surgían falsos profetas de entre el pueblo, lo mismo que habrá entre vosotros falsos maestros, hombres que introducirán insidiosamente herejías destructivas y negarán al Señor que los compró; al obrar así atraerán sobre sí mismos una pronta destrucción.

El que surgieran falsos profetas en la Iglesia era algo que se podía esperar, porque en todas las generaciones había habido falsos profetas en Israel, responsables de haber descarriado al pueblo de Dios y de que vinieran desastres a la nación. Vale la pena estudiar la historia de los falsos profetas del Antiguo Testamento, porque sus características recurrían otra vez en tiempo de Pedro y siguen recurriendo todavía hoy.

(i) Los falsos profetas estaban más interesados en hacerse populares que en decir la verdad. Su política era decirle al pueblo lo que este quería oír. Los falsos profetas decían: «"Paz, paz," ¡pero no hay paz!> (*Jeremías 6:14*). Veían visiones de paz cuando el Señor Dios decía que no había paz (*Ezequiel 13:16*). En los días de Josafat, Sedequías, el falso profeta, se puso sus cuernos de hierro y dijo que Israel acorrearía a los sirios quitándolos de en medio como él lo hacía gráficamente; Miqueas, el profeta verdadero, predecía desastre si Josafat iba a la guerra. Por supuesto que Sedequías era popular y se aceptaba su mensaje; pero Josafat fue a la guerra con los sirios y pereció trágicamente (1 *Reyes 22*). En los días de Jeremías, Hananías profetizó el repentino fin del poder de Babilonia, mientras que Jeremías profetizaba que Israel la serviría; y de nuevo el profeta que le decía a la gente lo que quería oír era el más popular (*Jeremías 28*). Diógenes, el gran filósofo cínico, hablaba de los falsos maestros de su tiempo cuyo método consistía en seguir lo que condujera al aplauso de la multitud.

Una de las primeras características del falso profeta es que le dice a la gente lo que esta quiere oír y no la verdad que necesita oír.

(ii) Los falsos profetas iban tras la ganancia personal. Como dijo Miqueas: «Sus sacerdotes enseñan por precio, sus profetas adivinan por dinero» (*Miqueas 3:11*). Enseñan por ganancia deshonesto (Tito 1: 11), e identifican la bondad con la ganancia, convirtiendo la religión en un negocio sucio (1 *Timoteo 6:5*). Podemos ver a estos explotadores de la obra en la Iglesia Primitiva. En *La Didajé, La Enseñanza de los Doce Apóstoles*, que es lo que podríamos llamar el primer reglamento de la Iglesia, se establece que el profeta que pide dinero o que le pongan la mesa es un falso profeta. «Traficantes de Cristo» llama a

los tales *La Didajé (II)*. El falso profeta es un tipo codicioso que ve en las personas presas que puede explotar para sus propios fines.

(iii) Los falsos profetas eran disolutos en su vida personal. Isaías escribe: « El sacerdote y el profeta erraron por la sidra, fueron trastornados por el vino» (*Isaías 28:7*). Jeremías dice: «En los profetas de Jerusalén he visto cosas terribles: cometen adulterios, andan con mentiras y fortalecen las manos de los malos... hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas» (*Jeremías 23:14-32*). El falso profeta es en sí mismo una seducción al mal en vez de una inspiración al bien.

(iv) El falso profeta era sobre todo un hombre que apartaba a las personas más y más de Dios en lugar de acercarlas a Él. El profeta que invita al pueblo a ir tras dioses ajenos debe ser destruido sin piedad (*Deuteronomio 13:1-5;18-20*). El falso profeta se lleva a la gente en una dirección errónea.

Estas eran las características de los falsos profetas en la antigüedad y en los días de Pedro; y continúan siendo sus características.

LOS PECADOS DE LOS FALSOS PROFETAS Y CÓMO ACABAN ESTOS

2 Pedro 2:1 (conclusión)

En este versículo Pedro tiene algunas cosas que decir acerca de estos falsos profetas y sus acciones.

(i) Introducen insidiosamente herejías destructivas. La palabra griega para *herejía* es *haíresis*. Viene del verbo *haireisthai*, que quiere decir *escoger*; y fue en su origen una palabra perfectamente respetable. Quería decir sencillamente una línea de fe y acción que una persona había escogido para sí. En el Nuevo Testamento se mencionan las *hairéseis* de los saduceos, los fariseos y los nazarenos (*Hechos 5:17; 15:5; 24:5*). Se podía hablar perfectamente de la *haíresis* de Platón sin querer decir por ello nada más que lo que pensaban los platonistas. Era perfectamente posible hablar de un grupo de médicos que practicaban un cierto método de tratamiento como una *haíresis*. Pero esta palabra cambió muy pronto de sentido en la Iglesia Cristiana. En el pensamiento de Pablo, las herejías y los cismas iban juntos como cosas condenables (*1 Corintios 11:18s*); *hairéseis* son parte de las obras de la carne; al hereje hay que advertirle y aun darle una segunda oportunidad, pero luego rechazarle (*Tito 3:10*).

¿Por qué este cambio? La razón es que antes de la venida de Jesús, que es el camino, la verdad y la vida, no había tal cosa como una verdad definitiva y dada por Dios. A uno se le presentaba un número de alternativas, cada una de las cuales se era perfectamente libre para escoger creer. Pero con la venida de Jesús vino la verdad de Dios a la humanidad, que la puede aceptar o rechazar. Un hereje, entonces, llegó a ser una persona que creía lo que *ella* quería creer en vez de aceptar la verdad de Dios que debería creer.

Lo que estaba sucediendo en el caso de los lectores de Pedro era que algunos autodesignados profetas estaban persuadiendo insidiosamente a la gente a creer lo que ellos querían que fuera verdad, más bien que lo que Dios ha revelado como verdad. No se presentaban como enemigos del Cristianismo. Lejos de ello. Se presentaban como los mejores exponentes del pensamiento cristiano; y era así como, gradual y sutilmente, seducían a la gente apartándola de la verdad de Dios y llevándola a las opiniones privadas de otros, que es lo que es la herejía.

(ii) Estas personas negaban al Señor que los había comprado. Esta idea de que Cristo se comprara personas para Sí mismo se extiende por todo el Nuevo Testamento. Viene de Su propia palabra de que había venido para dar su vida en rescate por muchos (*Marcos 10:45*). La idea es que esas personas eran esclavas del pecado y Jesús las compró para Sí al precio de Su vida, para hacerlas libres. «Por precio fuisteis comprados,» dice Pablo (*1 Corintios 7:23*). «Cristo nos redimió~ (no compró) de la maldición de la ley» (*Gálatas 3:13*). En el nuevo cántico del *Apocalipsis* la multitud del Cielo dice que Jesucristo los compró con Su sangre de todo linaje, lengua, pueblo y nación (*Apocalipsis 5:9*). Está claro que esto quiere decir dos cosas. Quiere decir que el cristiano, por derecho de compra, pertenece absolutamente a Cristo; y quiere decir que una vida que costó tanto no se puede malgastar en el pecado o en cosas sin valor.

Los herejes de la carta de Pedro estaban *negando* al Señor que los había comprado. Eso puede querer decir que estaban diciendo que no conocían a Cristo; y puede querer decir que estaban negando Su autoridad. Pero no es tan sencillo; se podría decir que no es tan honrado. Hemos visto que esas personas **pretendían** ser cristianas; más: pretendían ser los cristianos más sabios y avanzados. Tomemos una analogía humana. Supongamos que un hombre dice que ama a su mujer, y sin embargo le es continuamente infiel. Con sus acciones de infidelidad niega, da el mentís, a sus palabras de amor. Supongamos que un hombre proclama tener una amistad eterna con otro, y sin embargo le es desleal sistemáticamente. Sus acciones niegan, dan el mentís a sus protestas de amistad. Lo que estas personas que le hacían la vida imposible a los lectores

de Pedro estaban haciendo era decir que amaban y servían a Cristo, mientras las cosas que enseñaban y hacían eran una clara negación de Él.

(iii) El fin de estas malas personas sería la destrucción. Estaban introduciendo insidiosamente herejías destructivas, pero estas herejías acabarían por destruirlos a ellos. No hay un camino más seguro a la condenación final que el enseñar a otros a pecar.

LA OBRA DE LA FALSEDAD

2 Pedro 2:2-3

Y habrá muchos que sigan el sendero de sus desvergonzadas inmoralidades, trayendo descrédito al verdadero Camino. En su perversa ambición, los falsos maestros os explotarán con razonamientos forjados con astucia. Su sentencia ya está dictada desde antaño y sigue vigente, así que su destrucción no se duerme.

En este breve pasaje vemos cuatro cosas acerca de los falsos maestros y su enseñanza.

(i) Vemos la *causa* de la falsa enseñanza: la *mala ambición*. La palabra griega es *pleonexía*; *pleon* quiere decir *más* y *xía* viene del verbo *éjein*, que quiere decir *tener*. *Pleonexía* es el deseo de poseer más, pero adquiere un cierto sabor. El desear poseer más no es un pecado ni mucho menos siempre; se dan muchos casos en los que es un deseo perfectamente honorable, como en el caso de la virtud, del conocimiento, o de la habilidad. Pero *pleonexía* viene a significar el deseo de poseer lo que uno no tiene derecho a desear, y mucho menos a apropiarse. Así que puede querer decir un deseo codicioso del dinero o las cosas de otras personas; el deseo concupiscente de alguna persona; la ambición diabólica de prestigio y poder. La falsa enseñanza viene del deseo de poner las ideas propias en lugar de la verdad de Jesucristo; el falso maestro es culpable de nada menos que de usurpar el lugar de Cristo.

(ii) Vemos el *método* de la enseñanza falsa. Es usar astutamente razonamientos forjados. La falsedad se resiste fácilmente cuando se presenta como falsedad; es cuando se disfraza ¡verdad cuando se hace más peligrosa. No hay más que una pie-i, dra de toque. La enseñanza de cualquier maestro debe resistir: la prueba de las palabras y la presencia del mismo Jesucristo:

(iii) Vemos el *efecto* de la falsa doctrina. Era doble. Animaba a la gente a seguir el camino de una inmoralidad desvergonzada. La palabra griega es *asélgueia*, que describe la actitud de la persona que ha perdido totalmente la vergüenza y no le importa el juicio ni de Dios ni de los hombres. Debemos, recordarlo que había detrás de esta falsa doctrina. Era la perversión de la Gracia de Dios como justificación, no del pecador, sino del pecado mismo. Los falsos maestros le decían a la gente que la gracia es inagotable y que, por tanto, eran libres para pecar todo lo que quisieran porque para eso estaba la Gracia.

Esta falsa enseñanza tenía un segundo efecto. Desacreditaba el Cristianismo. En los primeros tiempos, exactamente como ahora, todo cristiano era un anuncio bueno o malo del Cristianismo y de la Iglesia Cristiana. Pablo acusaba a los judíos de que habían traído descrédito sobre el nombre de Dios con sus actitudes y obras (**Romanos 2:24**). En las Epístolas Pastorales se exhorta a las mujeres más jóvenes a que se comporten modesta y castamente para que la Iglesia no caiga en descrédito (*Tito 2:5*). Cualquier enseñanza que repela a las personas del Cristianismo en lugar de atraerlas es una doctrina falsa y la obra de los enemigos de Cristo.

(iv) Vemos que el *fin último* de la enseñanza falsa es que conduce a la destrucción. Se dictó sentencia contra los falsos profetas mucho tiempo atrás; el Antiguo Testamento pronunció su condenación (*Deuteronomio 13:1-5*). Podría parecer que esa sentencia había quedado inoperante o latente, pero era todavía válida y llegaría el día cuando los falsos maestros pagaran el

terrible precio de su falsedad. Nadie que guíe a otros por el camino del error escapará a su propio juicio.

LA SUERTE DE LOS MALVADOS Y EL RESCATE DE LOS INTEGROS

2 Pedro 2:4-11

Si Dios no dejó impunes ni siquiera a los ángeles que

habían pecado, sino los condenó a lo más profundo del infierno y los entregó a los pozos de las tinieblas donde permanecen a la espera del juicio; y si no dejó impune al mundo antiguo, pero mantuvo a salvo a Noé, el pre-

dicador de la justicia, con otros siete, cuando desató el diluvio sobre un mundo de gente impía; y si redujo a cenizas a las ciudades de Sodoma y Gomorra cuando las sentenció a destrucción, dando así un ejemplo de lo que les sucedería a los que hubieran de actuar impiamente en cualquier tiempo, pero rescató al justo Lot, que se angustiaba por la

conducta desvergonzadamente inmoral de la gente sin ley, porque era de tal manera íntegro en todo lo que oía y veía, que era uncí tortura para su alma íntegra el vivir día a día entre tal gente y tales acciones inmorales...

Si así sucedió entonces, podéis estar seguros de que el Señor sabe rescatar de la prueba a los que son sinceramente religiosos, y mantener a los injustos a la espera del castigo hasta que llegue el Día del Juicio, y especialmente a aquellos que tienen la vida dominada por los deseos que contaminan la carne y que desprecian los poderes celestiales. Son hombres osados y ególatras; no se privan de hablar mal de las glorias angélicas,

cuando los ángeles, que les son superiores en fuerza y poder, no profieren acusaciones contra ellas en la presencia del Señor.

Aquí tenemos un pasaje que nos presenta un poder indudable y una oscuridad no menos indudable. El rojo vivo de su intensidad retórica reverbera a través de él hasta nuestros días; pero suscita alusiones que serían atterradoramente eficaces para aquellos que las escucharan por primera vez, aunque ya han dejado de sernos familiares. Cita tres notorios ejemplos de pecado y su destrucción; y en dos de ellos muestra como, cuando fue obliterado el pecado, los íntegros fueron rescatados y preservados por la misericordia y la gracia de Dios. Veamos esos ejemplos uno a uno.

1. EL PECADO DE LOS ÁNGELES

Antes de referir la historia que subyace bajo esto en la leyenda judía hay dos palabras independientes que debemos considerar.

Pedro dice que Dios condenó a los ángeles rebeldes a las profundidades más bajas del infierno. Literalmente, el griego dice que Dios *condenó* a los ángeles al *tártaro* (*tartarún*). Tártaro no era una concepción hebrea, sino griega. En la mitología griega, el tártaro era el infierno más bajo; estaba tan por debajo del hades como el Cielo por encima de la Tierra. En particular era el lugar al que habían sido lanzados los titanes que se habían rebelado contra Zeus, el padre de los dioses y de los hombres.

La segunda palabra es la que nos habla de los pozos de oscuridad. Aquí hay una duda. Hay dos palabras griegas, ambas bastante infrecuentes, que se mezclan en este pasaje. Una es *siros* o *seiros*, que quería decir originalmente un gran cántaro de arcilla para guardar grano. Luego pasó a significar los grandes pozos subterráneos en los que se guardaba el grano y que servían como graneros. *Siros* ha dado en español por vía del provenzal la palabra *silo*, que todavía describe las torres en las que se almacena el grano. Todavía más tarde la palabra pasó a significar un pozo que era una trampa para lobos u otras

fieras. Si creemos que ésta es la palabra que usa Pedro, lo que confirman los mejores manuscritos, esto quiere decir que los ángeles malvados fueron arrojados a grandes pozos subterráneos donde permanecen en la oscuridad como castigo. Esto está de acuerdo con la idea de un tártaro muy por debajo del hades.

Pero hay una palabra muy parecida, *seira*, que quiere decir una *cadena*. Ésta es la traducción que se adoptaba en las ediciones antiguas de la Reina-Valera (versículo 4, «cadenas de oscuridad»). Los manuscritos griegos de *Segunda de Pedro* varían entre *seiroi*, *pozos* y *seirai*, cadenas. Pero los mejores manuscritos tienen *seiroi*, y *pozos de oscuridad* hace mejor sentido que *cadenas de oscuridad*; así que estamos de acuerdo con la Reina-Valera desde la revisión de 1960.

La historia de la caída de los ángeles está profundamente arraigada en el pensamiento hebreo y experimentó mucho desarrollo con el paso de los años. La historia original se encuentra en *Génesis 6:1-5*. Allí se llama a los ángeles los *hijos de Dios*, como es corriente en el Antiguo Testamento. En *Job*, los *hijos de Dios* vienen a presentarse delante del Señor, y Satanás está entre ellos (*Job 1:6; 2:1; 38:7*). El salmista habla de los hijos de los dioses (*Salmo 89:6*). Estos ángeles vinieron a la Tierra y sedujeron a las mujeres mortales. El fruto de estas extrañas uniones fue la raza de los gigantes; y por medio de ellos se introdujo en la Tierra la maldad. Está claro que esta es una antigua, antigua historia, que pertenece a la infancia de la raza.

Esta historia estaba ya considerablemente desarrollada en el *Libro de Enoc*, de donde Pedro extrajo sus alusiones, porque en sus días ese era un libro que conocía todo el mundo. En *Enoc* se llama a los ángeles *Los Guardianes*. El líder de su rebelión fue Semyaza o Azazel. Instigados por él descendieron al Monte Hermón en los días de Jared, el padre de Enoc. Tomaron esposas mortales a las que instruyeron en la magia y en artes que les daban poder. Originaron la raza de los gigantes, y los gigantes a los *nefLdim*, los gigantes que habitaban la tierra de Canaán y a los que los israelitas les tenían miedo (*Números 13:33*).

Estos gigantes se volvieron caníbales, y fueron culpables de toda clase de malos deseos y crímenes, y especialmente de una arrogancia insolente con Dios y con los hombres. La literatura judía hace muchas referencias a ellos y a su orgullo. *Sabiduría 14:6* dice cómo perecieron los orgullosos gigantes. *Eclesiástico 16:7* cuenta cómo cayeron por la misma fuerza de su estupidez. No tenían sabiduría y perecieron en su necedad (*Baruc 3:26-28*). Josefo dice que eran arrogantes y despectivos con todo lo bueno y sólo confiaban en su propia fuerza (*Antigüedades 1.3.1*). *Job* dice que Dios acusó a sus ángeles de necedad (*Job 4:18*).

Esta antigua historia hace una extraña y fugaz aparición en las cartas de Pablo. En *1 Corintios 11:10*; Pablo dice que las mujeres deben llevar la cabeza cubierta en la iglesia *por causa de LOS ángeles*. Detrás de este dicho extraño se encuentra la antigua creencia de que fue el encanto del pelo largo de las mujeres de la antigüedad lo que despertó el deseo de los ángeles; Pablo quiere evitar que se repita la historia.

Por último, hasta los ángeles se quejaron del dolor y la miseria que habían traído al mundo aquellos gigantes por medio del pecado de los ángeles. En consecuencia, Dios envió a Sus arcángeles. Rafael ató de pies y manos a Azazel y le encerró en las tinieblas; Gabriel mató a los gigantes; y los Guardianes, los ángeles rebeldes, fueron encerrados en los abismos de oscuridad por debajo de las montañas durante setenta generaciones y luego confinados para siempre en el fuego eterno. Esta es la historia que Pedro tenía en mente, y que sus lectores conocían muy bien. Los ángeles habían pecado y Dios había enviado su destrucción, y fueron encerrados para siempre en los pozos de oscuridad y en las profundidades del infierno. A eso conduce el pecado de la rebelión.

La historia no se detuvo ahí; reaparece en otra de sus formas en este pasaje de *Segunda de Pedro*. En el versículo 10, Pedro habla de los que llevan vidas dominadas por deseos contaminantes de la carne y que desprecian los *poderes celestiales*. La palabra original es *kyriotés*, que es el nombre de uno de los

rangos de ángeles. Hablan mal de las *glorias angélicas*. La palabra original es *doxai*, que también designa a uno de los rangos de ángeles. Se burlan de los ángeles y los ponen en ridículo.

Aquí es donde se introduce el segundo plano de la historia. Está claro que esta historia de los ángeles es muy primitiva y, con el paso del tiempo, llegó a ser una historia peregrina y embarazosa por atribuir a los ángeles concupiscencia. Así que en el pensamiento posterior judío y cristiano se desarrollaron dos líneas. La primera, se negó que la historia implicara en absoluto a los ángeles. Los hijos de Dios se dijo que eran hombres buenos que pertenecían a los descendientes de Set, y las hijas de los hombres se dice que eran las malas mujeres descendientes de Caín que corrompieron a los hombres buenos. No hay la menor evidencia (escritura) para esta distinción y esta salida de emergencia. En segundo lugar, se alegorizó toda la historia. Sugirieron, por ejemplo Filón, que nunca se pretendió que se tomara literalmente, que describía la caída del alma humana bajo el ataque de las seducciones de los placeres sensuales. Agustín declaraba que no se podía tomar esta historia literalmente ni hablar así de los ángeles. Cirilo de Alejandría dijo que no se podía tomar literalmente porque, ¿no dijo Jesús que en la otra vida las personas serían como los ángeles y no se casarían? (*Mateo 22:30*). Crisóstomo dice que si la historia se tomara literalmente, no estaría lejos de ser blasfemia. Y Cirilo llegó a decir que la historia no era otra cosa que un incentivo al pecado si se tomaba como literalmente cierta.

Está claro que se empezó a ver que esta era una historia bastante peligrosa. Aquí tenemos la clave de lo que Pedro quiere decir cuando habla de las personas que desprecian los poderes celestiales y traen descrédito sobre las glorias angélicas hablando despectivamente de ellas. Los hombres a los que Pedro combatía estaban convirtiendo su religión en una excusa para la inmoralidad desbordada. Cirilo de Alejandría deja muy claro que en su tiempo la historia se podía usar como un incentivo al pecado. Muy probablemente eso era lo que estaba sucediendo con los hombres malvados en tiempos de Pedro que citaban el ejemplo de los ángeles como una justificación para su propio pecado. Estaban diciendo: «Si los ángeles vinieron del Cielo y tomaron mujeres mortales, ¿por qué no nosotros?» Estaban haciendo la conducta de los ángeles una excusa para su propio pecado.

Tenemos que seguir adelante con este pasaje. Acaba muy oscuramente en el versículo 11. Dice que los ángeles, que son más grandes en fuerza y en poder que nosotros, no pronunciaron una acusación despectiva contra ellos en la presencia de Dios. Una vez más Pedro está aludiendo a cosas que serían suficientemente claras para los de su tiempo pero que son oscuras para nosotros. Su referencia puede ser a una de dos historias.

(a) Puede que se estuviera refiriendo a la misma historia que Judas en *Judas 9*; que al arcángel Miguel se le encargó el entierro del cuerpo de Moisés. Satán reclamaba el cuerpo sobre la base de que eso le correspondía a él ya que Moisés había matado una vez a un Egipcio. Miguel no alegó un cargo de calumnia contra Satanás; todo lo que dijo fue: «Que el Señor te reprenda.» La enseñanza es que hasta un ángel tan grande como Miguel no proferiría una acusación contra un ángel tan oscuro como Satanás. Le dejó el asunto a Dios. Si Miguel se retrajo de reprender a un ángel malo, ¿cómo pueden algunos hacer acusaciones denigrantes contra los ángeles de Dios?

(b) Puede que estuviera haciendo referencia a un desarrollo posterior de la historia de *Enoc*. *Enoc* cuenta que cuando la conducta de los gigantes se hizo intolerable en la Tierra, los hombres presentaron sus quejas a los arcángeles Miguel, Uriel, Gabriel y Rafael. Los arcángeles llevaron esta queja a Dios; Pero ellos no se volvieron contra los ángeles malos que eran los responsables de todo; simplemente elevaron el caso a Dios para que Él decidiera (*Enoc 9*).

Por lo que podemos ver ahora, la situación tras las alusiones de Pedro es que los hombres malvados que eran esclavos de

la concupiscencia pretendían que los ángeles habían sido sus ejemplos y su justificación, y así los calumniaban; Pedro les recuerda que ni siquiera los arcángeles se atrevieron a hablar despectivamente de otros ángeles, y les preguntaba cómo podían atreverse a hacerlo los hombres.

Este es un pasaje difícil y extraño; pero el sentido está claro. Aun los ángeles, cuando pecaron, fueron castigados. ¡Cuánto más los seres humanos! Los ángeles no se podían rebelar contra Dios y evadir las consecuencias. ¿Cómo las podrán evitar los hombres? Y estos no tienen por qué buscar la manera de echarles la culpa a otros, ni siquiera a los ángeles; lo único que es responsable de su pecado es su propia rebeldía.

2. LA GENTE DEL DILUVIO Y EL RESCATE DE NOÉ

La segunda ilustración de destrucción de malvados que escoge Pedro podría decirse que procede de la primera. El pecado que introdujeron en el mundo los ángeles rebeldes condujo a aquella situación intolerable que acabó con la destrucción del diluvio (*Génesis 6:5*). En medio de la destrucción, Dios no se olvidó de los que estaban de Su parte. Noé se salvó con otros siete: Su mujer; sus hijos, Sem, Cam y Jafet, y las mujeres de estos. Noé ocupaba un lugar muy especial en la tradición judía. No sólo se le consideraba el único que se había salvado; también como el predicador que había hecho todo lo posible para apartar a los hombres de sus malos caminos. Josefo dice: «Muchos ángeles de Dios yacieron con mujeres y engendraron hijos, que fueron violentos y despreciaron todo bien, por culpa de confiar en su propia fuerza... Pero Noé, disgustado y apenado por el comportamiento de ellos, trató de inducirlos a cambiar y mejorar sus actitudes y conducta» (*Antigüedades 1.3.1*).

En este pasaje, la atención se concentra, no tanto en los que fueron destruidos como en el hombre que se salvó. Noé se presenta como el tipo de los que, en medio de la destrucción de los malvados, reciben la salvación de Dios. Sus cualidades sobresalientes son dos.

(i) En medio de una generación pecadora, él permaneció fiel a Dios. Más tarde Pablo había de exhortar a los suyos a no conformarse al mundo sino transformarse en algo distinto (*Romanos 12:2*). Bien podría decirse que a menudo el pecado más peligroso de todos es la conformidad. El ser como todo el mundo es siempre fácil; y el ser diferente, difícil. Pero desde los días de Noé hasta ahora, el que quiera ser un siervo de Dios debe estar preparado a ser diferente del mundo.

(ii) La leyenda posterior escogió otra característica de Noé. Fue predicador de la integridad. La palabra para predicador que se usa aquí es *kéryx*, que quiere decir literalmente un heraldo. Epictetollamaba al filósofo el *kéryx* de los dioses. El predicador es el que trae a los demás un anuncio de parte de Dios. Aquí hay algo de un sentido muy considerable. El que es bueno se preocupa no sólo de salvar su propia alma sino igualmente de salvar las almas de los demás. Para preservar su propia pureza, no vive aparte de los demás. Se preocupa de traerles el mensaje de Dios. Uno no debiera nunca guardarse para sí la gracia que ha recibido. Siempre es nuestro deber llevar la luz a los que están en tinieblas, guiar al descarriado y advertir a todos los que van por mal camino.

3. LA DESTRUCCIÓN DE SODOMA Y GOMORRA Y EL RESCATE DE LOT

El tercer ejemplo es la destrucción de Sodoma y Gomorra y el rescate de Lot.

Esta terrible y dramática historia se nos cuenta en *Génesis 18 y 19*. Empieza con la intercesión de Abraham para que Dios no destruya a los íntegros con los culpables y su petición de que, aunque no haya más que diez justos en las ciudades, éstas sean libradas (*Génesis 18:16-33*). A esto sigue uno de los relatos más sombríos del Antiguo Testamento.

Los visitantes angélicos vinieron a Lot y él los persuadió para que pararan en su casa; pero los hombres de Sodoma rodearon la casa exigiendo que les sacaran a esos extranjeros para satisfacer en ellos su concupiscencia antinatural (*Génesis 19:1-11*). Con aquella acción terrible -al mismo tiempo violación de la hospitalidad, ofensa a los ángeles y furia del vicio contra natura- quedó sellada la condenación de aquellas ciudades. Lot y su familia quedaron a salvo de la destrucción del Cielo excepto su esposa, que se quedó atrás volviendo la vista con añoranza y se convirtió en un pilar de sal (*Génesis 19:12-26*). «Así, cuando Dios destruyó las ciudades de la llanura, se acordó de Abraham, y sacó a Lot de en medio de la destrucción con que asoló las ciudades donde Lot estaba» (*Génesis 19:29*). Aquí tenemos de nuevo una historia de la destrucción por el pecado y del rescate de los íntegros. Como en el caso de Noé, vemos en Lot las características de un hombre íntegro.

(i) Lot vivía en medio del mal, cuya mera contemplación era una aflicción para él. Moffatt nos recuerda el dicho de Newman: «Nuestra gran seguridad contra el pecado consiste en que nos escandaliza.» Aquí tenemos algo muy significativo. Sucede a menudo que, cuando los males surgen por primera vez, la gente se escandaliza; pero, con el paso del tiempo, dejan de escandalizarse de ellos y los aceptan como cosa normal. Hay muchas cosas de las que deberíamos escandalizarnos. En nuestra propia generación hay problemas de prostitución y promiscuidad, de alcoholismo y drogadicción, de una extraordinaria fiebre de juego que tiene al país en sus garras, la rotura del vínculo matrimonial, violencia, vandalismo y crimen, terrorismo, muerte en las carreteras, chabolismo y otras miserias que siguen esperando solución.

En muchos casos, lo trágico es que estas cosas han dejado de escandalizarnos y se aceptan como parte del orden normal de las cosas. Para bien del mundo y de nuestras almas debemos mantener alerta la sensibilidad que se escandaliza del pecado.

(ii) Lot vivía en medio del mal, y sin embargo escapó a su contagio. En medio del pecado de Sodoma él permaneció fiel a Dios. Si no se olvida, se tiene en la gracia de Dios un antiséptico que preserva de la infección del pecado. No se tiene por qué ser esclavo del entorno en que uno se encuentra.

(iii) Cuando las cosas llegaron a sus peores consecuencias, Lot estuvo dispuesto a cortar por lo sano con su entorno. Estuvo dispuesto, por mucho que no quisiera hacerlo, a dejarlo para siempre. Fue porque su esposa no estaba tan dispuesta a cortar definitivamente con la situación por lo que pereció. Hay un versículo extraño en la historia del Antiguo Testamento. Dice que, como Lot se demoraba, los seres angélicos los asieron de la mano (*Génesis 19:16*). Hay veces en que la influencia del Cielo trata de obligarnos a salir de una situación mala. Puede pasarle a cualquier persona esto de tener que escoger entre la seguridad y empezar de nuevo; y hay veces en que una persona sólo puede salvar su alma desasíndose totalmente de su situación presente y empezando otra vez a partir de cero. Fue precisamente así como Lot encontró su salvación; y fue al fracasar en hacerlo cómo su mujer perdió la suya.

RETRATO DE UN MALVADO

2 Pedro 2:4-11 (conclusión)

Los versículos 9-11 nos presentan el retrato del malvado. Pedro, con unos pocos trazos rápidos y enérgicos de su pluma nos describe las características sobresalientes del que merece ser tenido por una mala persona.

(i) Es una *persona dominada por el deseo*. Su vida está bajo el control de los deseos de la carne. Tal persona es culpable de dos pecados.

(a) La naturaleza de una persona tiene dos lados. Tiene un lado físico: instintos, pasiones e impulsos que comparte con la creación animal. Estos instintos son buenos *si se mantienen en su propio lugar*. Son incluso necesarios para preservar la vida individual y la continuación de la raza. La palabra

temperamento quiere decir literalmente una *mezcla*. El cuadro que hay detrás es que la naturaleza humana consiste en una gran variedad de ingredientes, todos mezclados y revueltos. Está claro que la eficacia de cualquier mezcla depende de que cada ingrediente se halle en su debida proporción. Cuando se hallan en exceso o en defecto, la mezcla no es como es debido. La persona humana tiene una naturaleza física y también una naturaleza espiritual; y su humanidad depende de la correcta mezcla de las dos. La persona dominada por el deseo ha permitido que su naturaleza animal usurpe un lugar que no le corresponde; ha dejado que los ingredientes se salgan de su justa proporción, y la receta de su humanidad se ha desquiciado.

(b) Hay una razón para esta falta de proporción: *el egoísmo*. El mal raíz de la vida dominada por la concupiscencia es que parte de la suposición de que nada importa más que la gratificación de sus propios deseos y la expresión de sus propios sentimientos. Ha dejado de tener en cuenta o respetar a los demás. El egoísmo y el deseo van de la mano.

Una persona mala es la que ha permitido que un lado de su naturaleza ocupe un lugar mucho mayor de lo que debería, y esto porque es esencialmente egoísta.

(ii) Es una *persona osada*. El término griego es *tolmetes*, del verbo *tolmán, osar*. Hay, dos maneras de ser atrevido. Hay una audacia noble, característica del verdadero coraje. Y hay una osadía desvergonzada, que se complace en lanzarse a hacer cosas que ofenden la decencia y el derecho. Como decía un personaje de Shakespeare: < Oso hacer todo lo que corresponde a un hombre. El que pretende hacer más, no lo es. > La mala persona es la que tiene la osadía de desafiar lo que sabe que es la voluntad de Dios.

(iii) Es una *persona para la que no cuenta más que su voluntad*. Ésta no es realmente una traducción adecuada. La palabra original es *authádés*, derivada de *autós, el yo, y hedomai, agradar, y se usa de una persona que no tiene idea de nada más que de agradarse a sí misma*. En ella hay siempre un elemento de obstinación. Si una persona es *authádés*, no habrá lógica ni sentido común, ni apelación, ni sentido de la decencia que le impida hacer lo que quiere. Como dice R. C. Trench: < Al mantener obstinadamente su propia opinión, o insistir en sus propios derechos, pasa por encima de los derechos, opiniones e intereses de los demás. > El que es *authádés* se empeña tozuda y arrogante y hasta brutalmente en seguir su propio camino. Los malos son los que no tienen consideración ni para la apelación humana ni para la dirección divina.

(iv) Es una *persona que desprecia a los ángeles*. Ya hemos visto que esto se retrotrae a alusiones a la tradición hebrea que nos resultan oscuras. Pero tiene un sentido más amplio. El malo insiste en vivir en un solo mundo. Para él no existe el mundo espiritual, y nunca escucha las voces del más allá. Es- de lft Tierra, terrenal. Ha olvidado que hay Cielo, y está ciego y sordo a las señales y sonidos del Cielo que se abren paso hasta él.

ENGAÑARSE A UNO MISMO Y A OTROS

Pero éstos, como bestias salvajes que no reconocen más ley que la de sus instintos, nacidas para ser apresadas y destruidas, hablan mal de lo que no saben; su propia corrupción los destruirá a ellos; y llegarán a sentirse defraudados, perdiendo hasta la recompensa que se prometían con su iniquidad. Consideran un placer el libertinaje a la luz del día. Son manchas y defectos, regodeándose en sus disipaciones, andando de parranda con sus camarillas entre vosotros. Tienen los ojos repletos de adulterio, insaciables de contemplar el pecado. Atrapan las almas que no están firmemente cimentadas en la fe. Tienen corazones entrenados para

*la ambición a rienda suelta de cosas que no tienen
derecho a tener. Son criaturas malditas.*

Pedro se lanza a una invectiva imponente que reverbera un ardor feroz y una indignación moral llameante.

Los malvados son como bestias brutas, esclavos de sus instintos animales. Pero la bestia nace para la cautividad y la muerte, dice Pedro; no puede tener otro destino. Aún así hay algo autodestructivo en el placer carnal. El hacer de tal placer el todo y la finalidad de la vida es una táctica suicida y, a fin de cuentas, hasta el placer se pierde. La enseñanza de Pedro aquí es esta, y es eternamente válida. Si una persona se dedica a estos placeres carnales, acaba por destruirse en su salud física y en su carácter intelectual y espiritual, pero ni siquiera a ese precio puede disfrutar. El glotón acaba por destruir su apetito, el borracho su salud, el sensual su cuerpo, el autopermisivo su carácter y paz mental.

Estas personas se refocilan en las orgías a plena luz del día, en las jaranas disolutas y en el libertinaje desmadrado. Son manchas en la comunidad cristiana; son como los defectos de los animales, que los descalifican para ser ofrecidos a Dios. Una vez más debemos notar que lo que Pedro está diciendo no es solamente verdad religiosa sino también sano sentido común. Los placeres del cuerpo está demostrado que están sujetos a la ley de rendimientos decrecientes. Por sí mismos pierden su emoción de tal manera que con el-paso del tiempo se vuelven menos y menos gratificantes. El lujo tiene que volverse más y más lujoso; el vino tiene que fluir más y más abundante; hay que llegar a todo para hacer la emoción más aguda e intensa. Además uno se hace menos y menos capaz de gozar esos placeres. Se ha entregado a una vida que no tiene futuro y a un placer que acaba en dolor.

Pedro prosigue. En el versículo 14 usa una frase extraordinaria que estrictamente no se puede traducir. La hemos traducido: «Tienen ojos llenos de adulterio.» La traducción literal sería: < Tienen *ojos* que están llenos de una adúltera. » El sentido más probable es que ven a una posible adúltera en cualquier mujer, planteándose cómo pueden persuadirla para gratificar sus deseos. < La mano y el *ojo* -dicen los maestros judíos- son los agentes de bolsa del pecado. » Como dijo Jesús, tales personas miran para codiciar (*Mateo 5:28*). Han llegado a tal punto que no pueden mirar a nadie sin una incitación lujuriosa.

Como Pedro lo expresa, hay en todo esto una deliberación terrible. Tienen *corazones entrenados en una ambición a rienda suelta para cosas que no tienen derecho a poseer*. Nos ha requerido toda una frase el traducir una sola palabra, *pleonexía*, que quiere decir el deseo de tener más de las cosas que uno no tiene derecho ni a desear, menos aún de tener. El cuadro es terrible. La palabra que usa para *entrenado* se usa de los atletas que se ejercitan para los juegos. Aquellas personas han entrenado sus mentes de hecho para que no se concentren más que en deseos prohibidos. Han peleado deliberadamente con su conciencia hasta destruirla; han luchado intencionadamente con sus mejores sentimientos hasta conseguir estrangularlos.

Todavía queda en este pasaje una acusación más. Ya sería bastante malo el que estas personas se engañaran a sí mismas; todavía es peor el que engañen a los demás. Atrapan las almas que no están fundadas firmemente en la fe. La palabra que se usa para *atrapar* es *deleázein*, que quiere decir *pescar con cebo*. Una persona llega a ser realmente mala cuando se propone hacer igualmente malos a los demás. Cada persona debe cargar con la responsabilidad de sus propios pecados; pero el añadirse la responsabilidad por los pecados de otros es asumir una carga insoportable.

POR MAL CAMINO

2 Pedro 2:15-16

Han dejado el buen camino y van a la deriva siguiéndole los pasos a Balaam hijo de Beor, al que te encantaba la ganancia que produce la injusticia, y que estaba convicto de rebeldía. Una acémila muda le habló con voz humana, dándole el alto a la locura del profeta.

Pedro compara a las personas malas de su tiempo con el profeta Balaam. En la mente popular judía, Balaam había llegado a representar a todos los falsos profetas. Su historia se nos cuenta en *Números 22-24*. Balac, rey de Moab estaba alarmado ante el avance continuo y aparentemente irresistible de los israelitas. Intentando controlarlo mandó buscar a Balaam para que viniera y le maldijera a los israelitas, ofreciéndole grandes recompensas. Balaam se negó a ello todo lo que pudo; pero su corazón codicioso anhelaba las ricas recompensas que le ofrecía Balac. A petición renovada de éste, Balaam jugó con fuego y estuvo

dispuesto a encontrarse con él. En el camino, su burra se paró viendo al ángel del Señor que estaba cerrándole el paso, y reprendió a Balaam.

Es verdad que Balaam no sucumbió al soborno de Balac; pero si ha habido alguna vez un hombre que haya querido aceptar soborno, ese hombre era él. En *Números 25* sigue otra historia. Nos dice que los israelitas fueron seducidos para dar culto a Baal y fornicar con las mujeres moabitas. Los judíos creían que Balaam había sido el responsable de aquello; y cuando llegaron a poseer la tierra, < También mataron a espada a Balaam hijo de Beor» (*Números 31:8*). En vista de todo esto, Balaam se convirtió cada vez más en el prototipo del falso profeta. Tenía dos características que se repetían en los malvados de tiempos de Pedro.

(i) Balaam era codicioso. La historia de *Números* nos hace ver cómo le picaban los dedos por coger el oro de Balac. Es verdad que no lo tomó; pero lo deseaba. Los malvados del tiempo de Pedro eran codiciosos; dispuestos a apropiarse lo que pudieran y a explotar su membresía en la iglesia para obtener ganancias.

(ii) Balaam *enseñó a pecar a Israel*. Sacó al pueblo del camino derecho al camino tortuoso. Persuadió a los israelitas a olvidarse de lo que Le habían prometido a Dios. Los malvados de tiempos de Pedro seducían a los cristianos a salir del camino cristiano y les hacían quebrantar las promesas de lealtad que Le habían hecho a Jesucristo.

La persona que ama la ganancia y que seduce a otros al mal queda condenada para siempre.

LOS PELIGROS DE LA RECAÍDA

2 Pedro 2:17-22

Esa gente no son más que fuentes sin agua, nieblas que disipa el turbión, a las que está reservada una densísima oscuridad que no se levanta nunca. Con una charla a la vez arrogante y vacía, enredan con sus invitaciones a la desverguenza las pasiones sensuales de los que acaban de apartarse de la compañía de los que viven en el error, prometiéndoles la libertad, aunque ellos mismos están esclavizados a la corrupción moral; porque una persona se encuentra en un estado de esclavitud en las garras de todo lo que la reduce a la impotencia.

Si habían escapado de la corrupción del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, y se dejan enredar otra vez en todo lo anterior quedando reducidos por ello a la impotencia moral, acaban todavía peor de como estaban en un principio. Más cuenta les habría traído no haber conocido el camino de la integridad, que el haberlo conocido y luego volverse atrás de lo que habían recibido como lo que Dios

manda. En ellos se cumple el refrán: «El perro vuelve ' a su vómito, » y «La puerca lavada vuelve a revolcarse en la ciénaga.»

Pedro sigue profiriendo sus tremendas denuncias a los malvados.

Halagan sólo para engañar. Son como pozos sin agua y como nieblas que barre y disipa el viento. Pensemos en un viajero por el desierto al que se dice que hay una fuente más adelante en la que puede calmar la sed, y que cuando llega allí se la encuentra seca. Pensemos en un labrador que anhela la lluvia para sus cosechas resacas, y ve que el viento le arrebató la nube que prometía lluvia: Como dice Bigg: «Un maestro que no tiene conocimiento. es como una fuente sin agua.» Estos hombres son como los pastores de-Milton, cuyas «hambrientas ovejas levantan la vista pero no .son apacentadas.» Prometen un evangelio,.; pero a fin de cuentas no tienen nada que ofrecer al alma sedienta.

Su enseñanza es una combinación de arrogancia y futilidad. La libertad cristiana siempre conlleva peligro. Pablo les dice a los suyos que es de veras que han sido llamados a la libertad, pero que no deben usarla como una oportunidad para la carne (*Gálatas 5:13*). Pedro les dice a los suyos que es de veras que son libres, pero que no deben usar su libertad como «cobertura de malicia» (1 *Pedro 6:16*, antigua R-V). Estos falsos maestros ofrecían la libertad, pero era la libertad para pecar todo lo que quisieran. No apelaban a lo mejor de la persona, sino a lo peor. Pedro tenía muy claro que lo hacían porque eran esclavos de sus propias concupiscencias. Séneca decía: « El estar esclavizado a uno mismo es la más onerosa de todas las esclavitudes.» Persio hablaba de las concupiscencias disolutas de su tiempo como «los amos que crecen dentro de ese pecho enfermo vuestro.» Estos maestros estaban ofreciendo la libertad cuando ellos mismos eran esclavos, y la libertad que ofrecían era la libertad de hacerse esclavos de la sensualidad. Su mensaje era *arrogante* porque era la contradicción del mensaje de Cristo;

era *fútil* porque el que lo siguiera se encontraría en la esclavitud. Aquí tenemos otra vez en el trasfondo la herejía fundamental que convierte la gracia en una justificación del pecado en vez de un poder y una llamada a la nobleza.

Si habían llegado a conocer el verdadero camino de Cristo y habían recaído en esto, estaban peor que nunca. Eran como el hombre de la parábola cuyo estado postrero era peor que el primero (*Mateo 12:45; Lucas 11:26*). Si uno no ha conocido nunca el buen camino, no se le puede condenar por no seguirlo; pero, si lo ha conocido, y después ha tomado otro deliberadamente, ha pecado contra la luz; mejor le hubiera sido no haber conocido nunca la verdad, porque su conocimiento de ella se ha convertido en su condenación. Una persona no debería olvidar nunca la responsabilidad que conlleva el conocimiento.

Pedro termina despectivamente. Esos malvados son como los perros que vuelven a comerse lo que han vomitado (*Proverbios 26: 11*), o como la puerca que han cepillado bien y que vuelve a revolcarse en el cieno. Han visto a Cristo, pero están tan degenerados moralmente por su propia elección que prefieren refocilarse en las honduras del pecado antes que ascender a las cimas de la virtud. Es una advertencia terrible el que una persona pueda llegar a tal estado que ya no se pueda desenredar de los tentáculos del pecado que la oprimen, y la virtud haya perdido para ella todo su encanto.

LOS PRINCIPIOS DE LA PREDICACIÓN

2 *Pedro* 3:1-2

Queridos hermanos, esta es ya la segunda carta que os escribo, y mi propósito en ambas ha sido suscitar con el recuerdo vuestra pura inteligencia para que tengáis presentes las cosas que hablaron los profetas de tiempo antiguo y el mandamiento del Señor y Salvador que os transmitieron vuestros apóstoles.

En este pasaje se nos presentan claramente los principios de la predicación que Pedro cumplía.

(i) Creía en el valor de la *repetición*. Sabía que es necesario que se diga una cosa una y otra vez hasta que penetre en la mente. Cuando Pablo estaba escribiendo a los filipenses, dijo que el repetir lo mismo una y otra vez a él no le cansaba, y para ellos era lo más seguro (*Filipenses 3:1*). Es por una continua repetición como se introducen y asientan en la mente del niño los rudimentos del conocimiento. Aquí hay algo significativo. Bien puede ser que a veces estemos demasiado interesados en las novedades, demasiado ansiosos de -decir cosas nuevas, cuando lo que se necesita es una repetición de las verdades eternas que la gente olvida tan rápidamente y cuyo significado muy a menudo se resisten a ver. Hay ciertos alimentos de los que uno no se cansa nunca; son necesarios para su sustento diario, y se le presentan todos los días. Hablamos a menudo de nuestro *pan cotidiano*. Y hay ciertas grandes verdades cristianas que hay que repetir una y otra vez y que nunca se deben arrumbar por un deseo de novedad.

(ii) Creía en la *necesidad de recordar*. Una y otra vez el Nuevo Testamento deja bien claro que la predicación y la enseñanza consisten muy a menudo no en introducir nuevas verdades, sino en recordar lo que ya se sabe. Moffatt cita un dicho del doctor Johnson: < No se tiene presente suficientemente que la gente necesita a menudo, más que se le recuerde, que que se la informe. » Los griegos hablaban del « tiempo que enjuga todas las cosas, » como si la mente humana fuera una pizarra y el tiempo una esponja que pasa por ella borrando las huellas del pasado. A menudo nos encontramos en una situación en que lo que necesitamos no es tanto que se nos enseñe como que se nos recuerde lo que ya sabemos.

(iii) Creía en el *valor de un elogio*. Su intención era suscitar *su mente pura*. La palabra que usa para puro es *eilikrinés*, que puede tener uno de dos sentidos. Puede que quiera decir lo que se ha cribado para no dejarle ninguna mezcla de paja; o puede querer decir lo que está tan libre de faltas que se puede exponer a la luz del sol. Platón usa la misma frase -*eilikrinés diánoia*- en el mismo sentido de *razón pura, la que no ha sido afectada por la influencia seductora de los sentidos*. Al usar esta frase Pedro apela a su pueblo para que tengan mentes que no estén contaminadas por la herejía. Es como si les dijera: « Vosotros sois de veras buenas personas... si lo recordarais simplemente. » El enfoque del predicador debería ser a menudo no tratar a sus oyentes como si fueran criaturas despreciables que merecen condenarse, sino criaturas espléndidas que deben salvarse. No son como la basura, con la que no se puede hacer más que quemarla, sino como joyas que hay que rescatar del cieno: en el que han caído. Donald Hankey cuenta -del « querido capitán » cuyos **hombres** estaban dispuestos a seguirle adonde fuera. Los miraba, y ellos le miraban a él y se llenaban de decisión y determinación de ser lo que él creía que eran. Solemos sacar más de personas en las que creemos que de las que despreciamos.

(iv) Creía en la *unidad de la Escritura*. Descubría un plan en la Escritura; La Biblia era un libro centrado en Cristo. El Antiguo Testamento anuncia a Cristo; los Evangelios cuentan de Jesucristo; los Apóstoles traen el mensaje de Cristo a la humanidad.

Para empezar, ya estáis advertidos de que en los últimos días vendrán burladores haciendo de las suyas, guiando sus pasos por la sola ley de su propia sensualidad y diciendo: «¿Qué ha sido de la promesa de Su Venida? Porque desde el día que durmieron nuestros padres el sueño de la muerte todo sigue igual que ha estado desde la creación del mundo.»

La característica de los herejes que más preocupaba a Pedro era el que negaran la Segunda Venida de Jesús. Literalmente, su pregunta era: < ¿Dónde está la promesa de Su Venida?> Esa era una expresión hebrea que implicaba que lo que se preguntaba no existía en absoluto. «¿Dónde está el Dios de justicia?» Preguntaban los malvados en tiempos de Malaquías (*Malaquías 2:17*). « ¿Dónde esta vuestro Dios?» le preguntaban los paganos al salmista (*Salmo 42:3; 79:10*). «¿Dónde está la palabra del Señor?» le preguntaban a Jeremías sus enemigos (*Jeremías 17:15*). En todos estos casos la pregunta implica que la cosa o la persona por la que se pregunta no existe. Los herejes del tiempo de Pedro negaban que Jesucristo hubiera de volver otra vez. Será mejor que aquí resumamos el argumento de ellos y la respuesta que Pedro les da.

El razonamiento de los oponentes de Pedro era doble (versículo 4). « ¿Qué ha pasado -preguntaban- con la promesa de Su Segunda Venida?» Su primer argumento era que la promesa se había atrasado tanto que lo más seguro era considerar que no se cumpliría nunca. Su segunda animación era que sus padres habían muerto y el mundo seguía exactamente como siempre. Su argumento era que éste es característicamente un universo estable, y que cataclismos convulsivos como la Seguntia Venida no sucedían en tal universo.

La respuesta de Pedro es también doble. Trata del segundo argumento en primer lugar (versículos 5-7). Su argumento es que, de hecho, éste no es un universo estable, ya que fue destruido una primera vez por agua en el tiempo del diluvio, y una segunda destrucción, esta vez por fuego, está para producirse.

La segunda parte de su respuesta está en los versículos 8 y 9. Sus oponentes hablaban de un retraso tan prolongado que se podía suponer que la Segunda Venida no iba atener lugar jamás. La respuesta de Pedro es doble. (a) Debemos ver el tiempo como Dios lo ve. Para Él un día es como mil años y mil años como un día. «Dios no paga todos los viernes por la tarde.» (b) En cualquier caso, la aparente lentitud de Dios para

actuar no es una mera tardanza. Es, de hecho, misericordia. Dios contiene Su mano a fin de darles a los pecadores otra oportunidad para arrepentirse y salvarse.

Pedro llega a la conclusión (versículo 10). La Segunda Venida está para producirse y vendrá con un terror repentino y una destrucción que disolverá el universo con un fuego que lo fundirá.

Por último llega su demanda práctica en vista de todo esto. Si estamos viviendo en un universo al que Jesucristo va a descender y que se apresura hacia la destrucción de los malvados, sin duda nos corresponde vivir en santidad para poder librarnos cuando llegue ese día terrible. La Segunda Venida se usaba como una seria advertencia para la enmienda moral para que todos se prepararan para encontrarse con Dios.

Tal, pues, es el esquema general de este capítulo, y ahora podemos estudiarlo sección por sección.

LA DESTRUCCIÓN POR EL DILUVIO

Lo que no quieren ver aposta es que hace mucho tiempo se crearon los cielos y se compuso la tierra saliendo del agua y manteniéndose mediante el agua; y fue por medio de esas mismas aguas como pereció el mundo antiguo cuando se anegó en las aguas del diluvio.

El primer argumento de Pedro es que el mundo no es eternamente estable. Lo que está tratando de decir es que el mundo antiguo fue destruido por agua, exactamente como el mundo presente va a ser destruido por fuego. El detalle de este pasaje es difícil sin embargo.

Dice que la Tierra se formó del agua y a través del agua. Según la narración del *Génesis*, en el principio había una especie de caos acuático. «El Espíritu de Dios se movía sobre

la superficie de las aguas... Dios dijo: Que haya un firmamento en medio de las aguas, que separe las aguas de las aguas» (*Génesis 1:2,6*). El mundo surgió de ese caos acuoso. Además, es el agua lo que sostiene el mundo, porque la vida se mantiene por medio de la lluvia que descende de los cielos. Lo que Pedro quiere decir es que el mundo fue formado del agua y se sostiene por el agua; y fue este mismo elemento el que destruyó el mundo antiguo.

Además, para clarificar este pasaje, tenemos que advertir que la leyenda del diluvio se fue desarrollando. Como en otros casos en *Segunda de Pedro* y en *Judas*, el cuadro que sirve de trasfondo aquí no viene directamente del Antiguo Testamento sino del *Libro de Enoc*. En *Enoc 83:3-5*, Enoc tiene una visión: < Vi en una visión como se colapsaban los cielos y caían sobre la tierra y, donde caían a la tierra, vi cómo un gran abismo se tragaba la tierra. » En leyendas más tardías el diluvio supuso no solamente la destrucción de los pecadores sino la de los cielos y la Tierra. Según eso, la advertencia que Pedro trasmite se podría expresar diciendo: < Vosotros decís que tal como son las cosas han sido siempre y seguirán siendo siempre. Vosotros edificáis vuestras esperanzas sobre la idea de que éste es un universo inalterable. Estáis equivocados porque el mundo antiguo fue formado del agua y sostenido por el agua, pero pereció en el diluvio. »

Podríamos decir que esto no es más que una vieja leyenda más que medio enterrada en las antigüedades del pasado. Pero no podemos decir que un pasaje como éste no tiene ningún sentido para nosotros. Cuando lo despojamos de los elementos de la antigua leyenda judía y su desarrollo posterior, aún nos quedamos con la verdad permanente de que el que lea la Historia con los ojos abiertos podrá descubrir en ella la ley moral en acción y la manera que tiene Dios de tratar con la humanidad. Froude, el gran historiador, decía que la Historia es una voz que resuena a través de los siglos diciendo que a fin de cuentas siempre les va mal a los malvados y bien a los buenos. Cuando Oliver Cromwell estaba organizando la educación de

su hijo Richard dijo: «Querría que supiera un poco de Historia.» De hecho, la lección de la Historia es que hay un orden moral en el universo y que el que lo desafía lo hace a su propio riesgo.

LA DESTRUCCIÓN POR EL FUEGO

2 *Pedro* 3:7

Pero por la misma Palabra, los cielos y la tierra del presente se están reservando para el fuego del Día del Juicio y de la destrucción de los impíos.

Pedro estaba convencido de que, como el mundo antiguo fue destruido por agua, el mundo presente sería destruido por fuego. Dice que eso está establecido por la misma Palabra. Lo que quiere decir es que el Antiguo Testamento cuenta la historia del diluvio en el pasado y advierte de la destrucción por fuego en el futuro. Hay muchos pasajes de los profetas que él tomaría literalmente y que habrán estado en su mente. Joel previó un tiempo en que Dios haría ver sangre, y fuego, y columnas de humo (*Joel 2:30*). El salmista presenta un cuadro en el que, cuando Dios venga, un fuego devorador Le precederá (*Salmo 50:3*). Isaías habla de una llama de fuego devorador (*Isaías 29:6; 30:30*). El Señor vendrá con fuego; con el fuego y con Su espada tratará el Señor con toda carne (*Isaías 66:15s*). Nahum dice que las colinas se derretirán y la tierra se quemará ante Su presencia; Su furia será derramada como fuego (*Nahum 1:5s*). En el cuadro de Malaquías, el Día del Señor arderá como un horno (*Malaquías 4:1*). Si las antiguas figuras se toman literalmente, Pedro tiene abundantes materiales para su profecía.

Los estoicos también tenían una doctrina de la destrucción del mundo por fuego; era algo tenebroso. Mantenían que el universo completaba un ciclo; que las llamas lo consumían; y

que todo empezaba entonces de nuevo exactamente como había sido. Tenían la extraña idea de que al final del ciclo los planetas estaban exactamente en la misma posición que cuando empezó el mundo. «Esto produce la conflagración y destrucción de todo lo que existe -dice Crisipo. Entonces el universo es restaurado de nuevo otra vez con una organización precisamente similar a la anterior... Sócrates y Platón y todos los individuos vivirán otra vez, con los mismos amigos y compatriotas. Pasarán por las mismas experiencias y emprenderán las mismas actividades. Todas las ciudades y aldeas y campos serán restaurados, exactamente como fueron antes. Y esta restauración del universo tiene lugar, no una vez, sino una y otra vez, por toda eternidad, sin fin... porque nunca habrá nada nuevo y distinto de lo que ha sido antes, sino todo se repite hasta en sus más mínimos detalles.» La Historia como un eterno molino; la recurrencia incesante de los pecados, los dolores y las equivocaciones de los hombres... ese es uno de los conceptos más tenebrosos de la Historia que la mente humana haya concebido jamás.

Hay que recordar siempre que, como los profetas judíos lo vieron y Pedro también, este mundo será destruido con la conflagración de Dios, pero el resultado no será la obliteración y la sombría repetición de lo que ha sido antes; el resultado será un nuevo Cielo y una nueva Tierra. Según el punto de vista bíblico del mundo hay algo más allá de la destrucción; hay una nueva creación de Dios. Lo peor que el profeta puede concebir no es la muerte agónica del viejo mundo sino los dolores del parto de una nueva era.

LA MISERICORDIA DEL RETRASO DIVINO

2 Pedro 3:8-9

Queridos hermanos: No debéis cerrar los ojos al hecho de que, para el Señor, un día es como mil años, y mil años como un día. No es que Dios se retrase en el cumplimiento de Su promesa, como algunos Le atribuyen; sino que, por causa de vosotros, retiene Su mano porque no quiere que ninguno se pierda, sino que todos se encaminen al arrepentimiento.

Hay en este pasaje tres grandes verdades que alimentan la mente y traen descanso al corazón.

(i) El tiempo no es lo mismo para Dios y para las personas. Como decía el salmista: «Mil años delante de Tus ojos son el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliass de la noche» (*Salmo 90:4*). Cuando pensamos en los centenares de miles de años de existencia del mundo, nos sentimos reducidos a la insignificancia de enanos; cuando pensamos en la lentitud del progreso -humano, es fácil desanimarse y volverse pesimista. Hay consuelo en pensar en un Dios que tiene toda la eternidad para hacer Su obra. Solamente cuando consideramos las cosas en el trasfondo de la eternidad aparecen en sus debidas proporciones y asumen su valor real.

(ii) También podemos ver en este pasaje que el tiempo debe considerarse siempre como una oportunidad. Como Pedro lo veía, los años que Dios le dio al mundo fueron una nueva oportunidad para que las personas se arrepintieran y se volvieran a Él. Cada nuevo día es un don de la misericordia de Dios. Es una oportunidad para desarrollarnos; para prestar algún servicio a nuestros semejantes; para dar un paso que nos acerque más a Dios.

(iii) Por último, hay otro eco de una verdad que subyace muy a menudo bajo el pensamiento del Nuevo Testamento. Dios, dice Pedro, no quiere que nadie se pierda. Dios, dice Pablo, ha encerrado a todos juntos en la incredulidad para poder tener misericordia de todos (*Romanos 11:32*). Le dice a Timoteo en una frase estupenda que Dios quiere que todos los hombres se salven (*Timoteo 2:4*). Ezequiel oye preguntar a Dios: «¿Acaso quiero yo la muerte del impío, y no más bien que se vuelva de su camino y viva?» (*Ezequiel 18:23*).

Una y otra vez ilumina en la Escritura el destello de una esperanza más amplia. No se nos prohíbe creer que, de alguna manera y en algún momento, el Dios que ama al mundo de tal manera lo atraerá a Sí.

EL DÍA TEMIDO

2 Pedro 3:10

Pero cuando venga, el Día del Señor llegará por sorpresa como un ladrón, y en él los cielos se desvanecerán con un rugido estrepitoso; las estrellas se inflamarán y fundirán, y la Tierra y todas sus obras desaparecerán.

Es inevitable y sucede siempre que una persona tiene que pensar y hablar en los términos que conoce. Eso es lo que Pedro está haciendo aquí. Está hablando de la doctrina novotestamentaria de la Segunda Venida de Jesucristo, pero está describiéndola en términos de la doctrina veterotestamentaria del Día del Señor.

El Día del Señor es una concepción que recorre todos los libros proféticos del Antiguo Testamento. Los judíos concebían el tiempo en términos de dos edades: *Esta edad presente*, que es totalmente mala e irremediable; y la *edad por venir*, que sería la edad de oro de Dios. ¿Cómo había que pasarse de la una a la otra? El cambio no podría suceder por esfuerzo humano o por un proceso de desarrollo, porque el mundo estaba abocado a la destrucción. Como lo veían los judíos, había solamente una manera para que el cambio tuviera lugar: había de ser por la directa intervención de Dios. Al tiempo de esa intervención llamaban el Día del Señor. Había de venir sin advertencia. Había de ser un tiempo en el que se sacudieran los mismos cimientos del universo. Había de ser un tiempo cuando tuviera lugar el juicio y la destrucción de los pecadores y por tanto sería un tiempo de terror. «He aquí el Día del Señor viene: Día terrible, de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad y raer de ella a sus pecadores» (*Isaías 13:9*). «Viene el Día del Señor, está cercano: Día de tinieblas y de oscuridad, Día de nube y de sombra» (*Joel 2:1s*). «Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento» (*Sofonías 1:14-18*). «El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el Día, grande y espantoso, del Señor» (*Joel 2:30s*). «Las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor... Porque haré estremecer los cielos y la tierra se moverá de su lugar por la indignación del Señor de los ejércitos, en el día del ardor de su ira» (*Isaías 13:10-13*).

Lo qué hicieron Pedro y muchos de los autores de Nuevo Testamento fue identificar las imágenes del Día del Señor del Antiguo Testamento con la concepción de la Segunda Venida de Jesucristo del Nuevo Testamento. El cuadro de la Segunda Venida de Jesús que nos pinta aquí Pedro reproduce los colores del Día del Señor del Antiguo Testamento.

Usa una frase muy gráfica. Dice que los cielos se desvanecerán con un crujido terrible (*roizédón*). Esa palabra se aplica al batir de las alas de un ave, o al silbido de una flecha al pasar por el aire, o al crepitar de las llamas en un fuego del bosque.

No tenemos por qué tomar estos detalles con un literalismo crudo. Bástenos notar que Pedro ve la Segunda Venida como un tiempo de terror para los enemigos de Cristo.

Una cosa tenemos que conservar en la memoria. Toda la concepción de la Segunda Venida está henchida de dificultad. Pero una cosa es segura: Hay un día en que Dios irrumpe en todas las vidas, porque llega el día en que tenemos que morir; y tenemos que estar preparados para ese día. Puede que digamos que consideramos la Segunda Venida de Cristo como un acontecimiento del futuro distante; puede que la consideremos una doctrina que podemos dejar de lado; pero no podemos eludir el encuentro con Dios.

LA DINÁMICA MORAL

2 Pedro 3:11-14

Puesto que todas estas cosas se van a disolver así, ¿qué clase de personas debéis ser, llevando una vida de constante santidad y piedad auténtica, vosotros los que estáis esperándolo ansiosamente y haciendo todo lo posible para acelerar la llegada del Día del Señor, ante cuyo efecto los cielos arderán y se desharán, y las

estrellas se inflamarán y derretirán? Porque son los nuevos cielos y la nueva Tierra los que esperamos, como nos ha prometido, en los cuales tiene su hogar la justicia. Así pues, queridos hermanos, puesto que estas

son las cosas que esperáis impacientemente, esforzaos para que os hallen en paz y sin mancha ni defecto.

La única cosa en la que Pedro está supremamente interesado es la dinámica moral de la Segunda Venida. Si estas cosas van a suceder y el mundo se precipita al juicio, es obvio que debemos vivir una vida de piedad y de santidad. Si va a haber nuevos cielos y una nueva Tierra y si esos cielos y Tierra van a ser el hogar de la justicia, está claro que una persona debe tratar con toda su mente y corazón y alma y fuerzas de estar preparada para morar en ese nuevo mundo. Para Pedro, como lo expresaba Moffatt, «era imposible renunciar a la esperanza del advenimiento sin que se produjera un deterioro ético.» Pedro tenía razón. Si no hay nada en la naturaleza de una Segunda Venida, nada en la naturaleza de un objetivo hacia el que se mueve toda la creación, entonces la vida no se dirige a ninguna parte. Esa, de hecho, era la posición pagana. Si no hay meta ni para el mundo ni para la vida individual más que la extinción, ciertas actitudes ante la vida llegan a ser casi inevitables. Estas actitudes surgen en epitafios paganos.

(i) Si no hay nada por venir, una persona puede muy bien decidir disfrutar lo más posible de los placeres de este mundo. Así llegamos a un epitafio como éste: «Yo no era nada: No soy nada. Así es que tú que todavía estás vivo, come, bebe, y pásatelo bien.»

(ii) Si no hay nada por lo que vivir, una persona puede ser totalmente indiferente. Nada importa gran cosa si el final de todo es la extinción, en la que una persona ni siquiera se dará cuenta de que se ha extinguido. Así es que encontramos un epitafio que dice: «Una vez yo tenía existencia; ahora no la tengo. No me doy cuenta de ello. No me concierne.»

(iii) Si no hay nada por lo que vivir más que la extinción, y el mundo no va a ninguna parte, puede entrar en la vida una especie de sentimiento de perdición. La persona deja de ser en ningún sentido un peregrino, porque no hay ningún sitio al que uno pueda ir en peregrinación. No le queda más que dejarse llevar a -la deriva en una situación de perdición, no viniendo de ningún sitio ni encontrándose de camino a ningún sitio. Así que nos encontramos con un epitafio en ese sentido en Calímaco: «"Caridas, ¿qué hay abajo?" "Una profunda oscuridad." "Pero, ¿que hay de los senderos hacia arriba?" "Todo era una mentira" "¿Y Plutón?" (El dios del mundo subterráneo). "Cosa de palabras" "Entonces estamos perdidos".» Hasta los paganos se daban cuenta de que una vida sin objetivo tiene una casi intolerable cualidad.

Cuando hemos despojado a la doctrina de la Segunda Venida de toda su imaginería temporal y local, la tremenda verdad que conserva es que la vida se dirige a algo -y sin esa convicción no hay nada por lo que valga la pena vivir.

APRESURANDO EL DÍA

2 Pedro 3:11-14. (conclusión)

Todavía nos queda en este pasaje una gran concepción. Pedro habla del cristiano como no solamente esperando impaciente la venida de Cristo sino también apresurándola. El

Nuevo Testamento nos habla de algunas maneras en que esto puede hacerse.

(i) Se puede hacer por *la oración*. Jesús nos enseñó a pedir: «Venga tu Reino» (*Mateo 6:10*). La ferviente oración del corazón cristiano apresura la venida del Reino. Aunque no fuera de otra manera, lo hace de ésta: el que ora le abre su propio corazón a la llegada del Rey.

(ii) Se puede hacer mediante la *predicación*. Mateo nos dice que Jesús dijo: «Y este Evangelio del Reino será predicado por todo el mundo como testimonio a todas las naciones; y entonces llegará el final» (*Mateo 24:14*). Todas las personas deben tener la oportunidad de conocer y amar a Jesucristo antes que se alcance el fin de la creación. La actividad misionera de la Iglesia acelera la venida del Rey.

(iii) Se puede hacer mediante *el arrepentimiento y la obediencia*.-Entre todos los medios, éste sería el que estuviera más cerca de la mente y el corazón de Pedro. Los rabinos tenían dos dichos: «Son los pecados del pueblo los que impiden la venida del Mesías. Si los judíos se arrepintieran auténticamente un sólo día, el Mesías vendría.» La otra forma del dicho quiere decir lo mismo: «Si Israel cumpliera perfectamente la Ley un solo día el Mesías vendría.» Con un verdadero arrepentimiento y una obediencia sincera una persona le abre el corazón a la venida del Rey y la acerca a todo el mundo. Haremos bien en recordar que nuestra frialdad de corazón y nuestra desobediencia retrasan la venida del Rey.

LOS QUE TERGIVERSAN LAS ESCRITURAS

2 Pedro 3:15-16

Considerad el que el Señor esté dispuesto a esperar como una oportunidad para la salvación, como nuestro querido hermano Pablo os ha escrito con la sabiduría que se le ha concedido, y como dice en todas sus cartas cuando toca este tema, cartas que contienen algunas cosas difíciles de entender, que tergiversan los que no tienen conocimiento ni un firme cimiento en su fe, como lo hacen también con el resto de las Escrituras, para su propia destrucción.

Pedro cita aquí a Pablo aludiendo a que enseñaba las mismas cosas que él mismo. Puede ser que la cita se refiera a que Pablo estaba de acuerdo en que una vida piadosa y santa es necesaria a la vista de la proximidad de la Segunda Venida del Señor. Pero más probablemente cita a Pablo, que estaba de acuerdo en que el que Dios retuviera Su mano no se debía considerar como indiferencia de parte de Dios, sino como oportunidad para arrepentirse y aceptar a Jesucristo. Pablo habla de los que rechazan las riquezas de la bondad y la

paciencia de Dios, olvidando que Su amabilidad tiene el propósito de conducirnos al arrepentimiento (*Romanos 2:4*). Más de una vez, Pablo hace hincapié en la tolerancia y la paciencia de Dios (*Romanos 3:25; 9:22*). Pedro y Pablo estaban de acuerdo en que el hecho de que Dios contenga Su mano no se debe usar nunca como una excusa para pecar, sino siempre como una invitación al arrepentimiento y una oportunidad para la enmienda.

Por su referencia a Pablo, con cierto tono de crítica, éste es uno de los pasajes más intrigantes del Nuevo Testamento. Fue este pasaje lo que hizo que Juan Calvino estuviera seguro de que Pedro no escribió *Segunda de Pedro*, porque dice que Pedro nunca habría hablado así de Pablo. ¿Qué podemos aprender de todo esto?

(i) Aprendemos que por entonces las cartas de Pablo se conocían y usaban en toda la Iglesia. Se hace referencia a ellas de una manera que deja claro que se habían coleccionado y publicado, y que estaban disponibles y se leían ampliamente. Estamos bastante seguros de que fue hacia el año 90 d.C. cuando se recogieron y publicaron en Éfeso las cartas de Pablo. Esto quiere decir que *Segunda de Pedro* no puede haberse

escrito antes y, por lo tanto, no puede ser obra de Pedro, que sufrió el martirio a mediados de los años sesenta del primer siglo:

(ii) Nos dice que las cartas de Pablo se consideraban Escritura. Los que estaban causando problemas las tergiversaban de la misma manera que hacían con las otras Escrituras. También esto contribuye a demostrar que *Segunda de Pedro* debe de haber surgido en un tiempo más avanzado de la historia de la Iglesia Primitiva, porque requeriría varias generaciones el que las cartas de Pablo se colocaran al mismo nivel que las Escrituras del Antiguo Testamento.

(iii) Es un poco difícil determinar con precisión la actitud a Pablo que refleja este pasaje. Escribía «con la sabiduría que se le había dado.» ¡Bigg dice claramente que esta frase se puede tomar lo mismo como una recomendación que como una advertencia! La verdad es que Pablo sufrió la suerte de todos los hombres extraordinarios. Tuvo y tiene sus críticos. Sufrió

la suerte de todos los que se enfrentan sin miedo con la verdad y sin miedo la declaran. Algunos le consideraban grande pero peligroso.

(iv) Hay cosas en las cartas de Pablo que son difíciles de entender y que los ignorantes tergiversan para su propia ruina. La palabra que usa para *difíciles de entender* es *dysnóetos*, que se usaba de los pronunciamientos de los oráculos. Éstos eran a menudo ambiguos. Tenemos el ejemplo clásico del rey que estaba a punto de ir a la guerra y que consultó al oráculo -en Delfos y recibió esta respuesta: < Si vas a la guerra, destruirás una gran nación.> Él la tomó como una profecía de que destruiría a sus enemigos; pero lo que sucedió fue que sufrió tal derrota que su propio país quedó destruido. Esto era típico de la peligrosa ambigüedad de los antiguos oráculos. Esa es la palabra que usa Pedro refiriéndose a los escritos de Pablo. Hay en ellos cosas que son tan difíciles de entender como los antiguos pronunciamientos de un oráculo. No sólo, dice Pedro, hay cosas en la escritos de Pablo que son difíciles de entender; también hay cosas que uno puede tergiversar para su propia destrucción. Tres cosas acuden inmediatamente a nuestra mente. La doctrina de Pablo de *la gracia* se tergiversó convirtiéndola en una excusa y aún razón para pecar (*Romanos 6*). La doctrina de Pablo sobre la *libertad* cristiana fue tergiversada convirtiéndola en una excusa para un libertinaje que no tenía nada de cristiano (*Gálatas 5:13*). La doctrina de Pablo de *la justificación por la fe* fue tergiversada para demostrar que la acción cristiana no tenía ninguna importancia, como vemos en *Santiago (2:14-26)*.

G. K. Chesterton dijo una vez que la ortodoxia era como andar entre riscos: Un paso hacia cualquiera de los lados provocaría un desastre. Jesús es. ;Dios y - hombre; Dios es amor y santidad; el Cristianismo es gracia y moralidad; el cristiano. vive en este mundo y también en el mundo de la eternidad. El exagerar cualquier lado en estas verdades. dobles produce una herejía destructiva. Una de las cosas más trágicas de la vida es tergiversar la verdad cristiana y la Sagrada Escritura convirtiéndolas en una excusa y aún razón para hacer lo que se quiere en lugar de tomarlas como guías para hacer lo que Dios quiere que hagamos.

UN CIMIENTO FIRME Y UN CRECIMIENTO CONSTANTE

2 Pedro 3:17-18

*Pero, por lo que se refiere a vosotros, queridos hermanos, ya estabais advertidos de antemano. Por tanto debéis estar alerta para que no os sorprenda el error de los malvados, cayendo así de vuestra firme posición; más bien debéis procurar crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.
¡A Él sea la gloria ahora y hasta el día de la eternidad! Amén.*

Como conclusión Pedro nos dice ciertas cosas acerca de la vida cristiana.

(i) El cristiano es una persona que ha sido advertida. Es decir, no puede alegar ignorancia. Sabe cuál es el verdadero camino y sus recompensas; conoce el camino erróneo y sus desastres. No tiene derecho a esperar un camino fácil, porque se le ha dicho que Cristianismo quiere decir Cruz, y se le ha advertido que siempre habrá personas dispuestas a atacar y a pervertir la fe. Ser advertido es estar prevenido; pero es también una grave responsabilidad, porque el que conoce el bien y hace el mal merece una doble condenación.

(ii) El cristiano es una persona con una base en su vida. Debe estar arraigada y cimentada en la fe. Hay ciertas cosas de las que puede estar absolutamente seguro. James Agate declaró una vez que su mente no era una cama que se pudiera hacer y deshacer una y otra vez, sino que en ciertas cosas estaba hecha definitivamente. Hay una cierta inflexibilidad en la vida cristiana; hay una cierta base de fe que nunca cambia. El cristiano no dejará nunca de creer que «Jesucristo es Señor» (*Filipenses 2:11*); y nunca dejará de ser consciente de que se le impone el deber de hacer que su vida armonice con su fe.

(iii) El cristiano es una persona con una vida en desarrollo. La inflexibilidad de la vida cristiana no es la rigidez de la muerte. El cristiano tiene que experimentar diariamente la maravilla de la gracia, y crecer diariamente en los dones que esa gracia puede producir; y debe penetrar diariamente más y más en la maravilla que es Jesucristo. Un gran edificio tiene que tener un fundamento firme y sólido para elevarse en el aire; y sólo cuando tiene raíces profundas puede un gran árbol remontarse con sus ramas hacia el cielo. La vida cristiana es al mismo tiempo una vida con un fundamento firme y con un crecimiento constante hacia fuera y hacia arriba.

Y así termina la carta, dando gloria a Cristo, tanto ahora como por toda la eternidad.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 15 -

1, 2, 3 Juan y Judas

PRESENTACIÓN

Nos encontramos en las cartas que se estudian en este volumen -salvo tal vez la *Primera de Juan*- en un terreno nebuloso y desconocido para muchos serios lectores del Nuevo Testamento. Supongo que algunos de vosotros os veríais en apuros si se os preguntara en qué circunstancias y con qué propósito se escribieron. Como en los otros volúmenes, William Barclay nos descubre, en primer lugar, los problemas que nos presentan -de muchos de los cuales ni nos habíamos dado cuenta, pero ya es hora de que nos los planteemos-, para luego ofrecernos concisa y claramente las soluciones que se han sugerido en épocas y por personas distintas, entre las cuales suele aparecer la suya propia.

Tampoco deja de sorprendernos en su comentario de *Primera de Juan*, sin duda una de las cartas del Nuevo Testamento más queridas, leídas y citadas. Tal vez algunos tengáis que confesar conmigo que, aunque nos sabíamos de memoria algunos de sus versículos desde nuestra niñez espiritual, no nos habíamos dado cuenta de su profundidad, amplitud y madurez, tal creyendo que la entendíamos por la misma sencillez de su lenguaje. William Barclay nos presenta con su característica sencillez magistral los grandes temas fundamentales que se enuncian en *Primera de Juan*, ayudándonos a profundizar en ellos en nuestro estudio bíblico: la naturaleza de Dios, Luz y Amor; la Persona y la Obra de Cristo, el Que era desde el principio, el Hijo de Dios, el verdadero y perfecto Hombre, el Sacrificio expiatorio, el Dador de la Vida, el Salvador de mundo, el Abogado ante el Padre; Su Encarnación, Su perfecta humanidad, Su victoria sobre el pecado y la muerte; los temas bíblicos que son característicos de Juan, como la oposición entre la luz y las tinieblas, la verdad y la falsedad, el Cristo y el Anticristo -figura esté última que no se menciona por su nombre nada más de en la literatura joanina-; el mundo y la Iglesia.

Con su maestría habitual nos presenta los problemas del tiempo en que se escribieron estas cartas, el peligro de la herejía gnóstica, y los que era normal se presentaran en el crecimiento y desarrollo de la Iglesia. Nos descubre, o reconstruye, en *Segunda y Tercera de Juan*, las dificultades que era normal que surgieran entre los ministerios local y ambulante, y entre las autoridades local y remota; llama a escena y nos presenta como personajes vivos e interesantísimos a Gayo, Diótrefes y Demetrio, que tal vez no eran más que nombres impersonales para algunos de..nosotros. Y, como ya nos tiene acostumbrados, William Barclay nos presenta las lecciones del pasado, no como curiosidades arqueológicas, sino en su innegable relevancia para nuestro tiempo y circunstancias.

Pero tal vez es en su presentación de Judas y de su carta donde más nos descubre y nos sorprende y nos edifica -¡y nos desafía!- con su permanente actualidad. Tal vez habíamos seguido con esta carta la táctica más fácil: dejarla *arrumbada* y no pretender entenderla. William Barclay nos descubre su curso subterráneo, nos revela las objeciones que siempre se le han hecho, nos presenta a su autor y a sus destinatarios, lo que leían y creían y esperaban. Para algunos de nosotros será un verdadero descubrimiento lo que William Barclay nos dice acerca de la literatura judía intertestamentaria, y de su influencia en las ideas que se tenían acerca del Mesías y del Día del Señor, del mundo y del más allá. Sin la ayuda de los que hayan buceado en esa literatura, entre ellos William Barclay, es imposible entender muchas de las referencias del Nuevo Testamento, y corremos peligro de malentender algunas de sus enseñanzas. ¡Arriégate a descubrir cosas nuevas y cosas viejas otra vez con William Barclay!

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA CARTA DE JUAN

UNA CARTA PERSONAL Y SU TRASFONDO

Primera de Juan se llama una carta, aunque no tiene nombre de destinatarios ni acaba con saludos como las cartas de Pablo. Y hasta nuestros días nadie puede leerla sin percibir su carácter intensamente personal. No cabe la menor duda que el que la escribió tenía presente una situación concreta y a un grupo definido de personas. Tanto la forma como el carácter personal de *Primera de Juan* se explican si la consideramos como lo que ha llamado alguien < un sermón cariñoso y preocupado > escrito por un pastor que amaba a su pueblo y enviado a las iglesias que tenía a su cargo.

Una carta de estas características se escribe en relación con una situación puntual fuera de la cual no se puede entender totalmente. Entonces, si queremos entender *Primera de Juan*, tenemos antes que tratar de reconstruir la situación en que se produjo, recordando que se escribió en Éfeso algo después del año 100 d.C.

LA DESERCIÓN

Hacia el año 100 d.C. habían ocurrido ciertas cosas en la Iglesia, sobre todo en una ciudad como Éfeso.

(i) Muchos de los miembros de la Iglesia eran ya cristianos de la segunda o la tercera generación. La ilusión de los primeros días había pasado, por lo menos hasta cierto punto. Wordsworth dijo de uno de los grandes momentos de la historia moderna:

Fue una bendición estar vivo en aquella aurora.

En los primeros días del Cristianismo había gloria y esplendor; pero hacia el año 100 d.C. el Cristianismo se había convertido en una costumbre «tradicional, medio sincera, nominal.» Los cristianos se habían acostumbrado al Evangelio, y algo de su maravilla se había perdido. Jesús conocía a las personas, y había dicho: « El amor de muchos se enfriará» (*Mateo 24:12*). Juan estaba escribiendo en un tiempo cuando, por lo mego para algunos, la primera emoción había pasado, y el pábilo de la devoción humeaba pero no iluminaba.

(ii) Una de las consecuencias era que había miembros de la iglesia que encontraban los estándares que exigía el Cristianismo pesados y fatigosos. No querían ser *santos* en el sentido del Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento la palabra para *santo* es *haguios*, que se traduce corrientemente por *santo*, pero su verdadero sentido es *diferente*. El Templo era *haguios* porque era *diferente* de los otros edificios; el Sábado era *haguios* porque era *diferente* de los demás días; el pueblo judío era *haguios* porque era *diferente* de los otros pueblos, y el , cristiano es *haguios* porque es llamado a ser *diferente* de las ` demás personas. Siempre hubo una separación indudable entre el cristiano y el mundo. En el Cuarto Evangelio Jesús nos dice: « Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que Yo os elegí separándoos del mundo, por eso os aborrece el mundo» (*Juan 15:19*). «Yo les he dado Tu Palabra, y el mundo les ha tomado odio porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo» (*Juan 17:14*).

Todo esto conllevaba una demanda ética. Demandaba un nuevo estándar de pureza moral, una nueva amabilidad, un nuevo servicio, un nuevo perdón -y era difícil. Y una vez que pasaron la primera ilusión y el primer entusiasmo, se fue haciendo cada vez más difícil estar fuera del mundo y negarse a aceptar los estándares y prácticas en curso.

(iii) Se ha de notar que *Primera de Juan* no nos da ninguna indicación de que la iglesia a la que se dirigió fuera perseguida. El peligro, como ha dicho alguien, no era la persecución, sino la seducción; venía de dentro. También eso lo había previsto Jesús: «Surgirán muchos falsos profetas -dijo Jesús y descarriarán a muchos» (*Mateo 24:11*). Este era el peligro del que Pablo había advertido a los líderes de la iglesia de Éfeso cuando les dirigió sus palabras de despedida: «Yo sé -les digo que después de mi marcha se introducirán entre vosotros lobos rapaces que no tendrán compasión del rebaño; y de entre vosotros mismos surgirán hombres que hablarán cosas perversas para llevarse tras sí a los discípulos» (*Hechos 20:29s*).

El problema que trata de combatir *Primera de Juan* no vino de nadie que estuvieran fuera y que quisieran destruir la fe cristiana, sino de hombres que pretendían mejorarla. Venía de hombres cuya finalidad era hacer el Cristianismo intelectualmente respetable. Conocían las tendencias intelectuales prevalentes en su día, y creían que había llegado el momento de que el Cristianismo llegara a un acuerdo con la filosofía secular y con el pensamiento contemporáneo.

LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

¿Cuáles eran la filosofía y el pensamiento contemporáneos con los que los falsos profetas y los maestros equivocados querían armonizar la fe cristiana? Por todo el mundo griego había una tendencia de pensamiento a la que se ha dado el nombre general de gnosticismo. La idea básica de todo el pensamiento gnóstico era que sólo es bueno el espíritu, y la materia es esencialmente mala. Los gnósticos, por tanto, despreciaban olímpicamente el mundo, puesto que era materia. Y particularmente despreciaban el cuerpo, que, por ser material, era esencialmente malo. El espíritu del hombre estaba prisionero en este cuerpo. El espíritu era una simiente de Dios, que era totalmente buena. Así que la finalidad de la vida debía ser liberar esta semilla celestial prisionera en el cuerpo malo. Esto no se podía hacer más que por medio de un conocimiento secreto y un ritual elaborado que solamente los verdaderos gnósticos podían comunicar. Aquí había una tendencia de pensamiento que estaba enraizada inextricablemente en el pensamiento griego -y que no ha dejado nunca de existir. Su base es la convicción de que toda materia es mala, y sólo el espíritu es bueno; y que el único propósito de la vida es liberar el noble espíritu del hombre del vil cuerpo en que está prisionero.

LOS FALSOS MAESTROS

Teniendo lo dicho en mente, pasemos a *Primera de Juan* para recoger la evidencia en cuanto a quiénes eran y qué enseñaban estos falsos maestros. Habían estado dentro de la Iglesia, pero se habían separado de ella. «Salieron de nosotros, pero no eran de los nuestros» (1 *Juan* 2:19). Eran personas influyentes, porque pretendían ser profetas: «Muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1 *Juan* 4:1). Aunque habían salido de la Iglesia, todavía trataban de diseminar sus enseñanzas dentro de ella y de desviar a sus miembros de la verdadera fe (1 *Juan* 2:26).

LA NEGACIÓN DEL MESIAZGO DE JESÚS

Por lo menos algunos de estos falsos maestros negaban que Jesús fuera el Mesías: «¿Quién es el mentiroso más que el que niega que Jesús es el Cristo?» (1 *Juan* 2:22). Es muy probable que estos falsos profetas no fueran gnósticos puros, sino judíos. Siempre habían tenido las cosas difíciles los judíos cristianos; pero los últimos sucesos históricos se las hacían doblemente difíciles. Le era muy difícil a un judío llegar a creer en un Mesías crucificado, pero, suponiendo que hubiera empezado a creer, sus dificultades nos habían terminado ni mucho menos. Los cristianos creían que Jesús volvería pronto para vindicar a Su pueblo. Está claro que eso sería una esperanza especialmente preciosa para los corazones de los judíos. Y entonces, en el año 70 d.C., Jerusalén fue capturada por los romanos, que estaban tan enfurecidos con la prolongada intransigencia y resistencia suicida de los judíos que arrasaron la Santa Ciudad hasta el punto de hacer pasar un arado por toda ella. En vista de eso, ¿cómo podía un judío aceptar fácilmente la esperanza de que Jesús vendría para salvar a Su pueblo? La Ciudad Santa estaba desolada; los judíos estaban exiliados por todo el mundo. A la vista de todo eso, ¿cómo podría ser verdad que hubiera venido el Mesías?

LA NEGACIÓN DE LA ENCARNACIÓN

Había otra cosa que era todavía más seria. Había una enseñanza falsa que procedía directamente de un intento surgido en el interior de la Iglesia de poner el Cristianismo en armonía con el gnosticismo. Debemos recordar el punto de vista gnóstico de que sólo el espíritu era bueno, y la materia era completamente mala. *Dado ese punto de vista, cualquier encarnación real era imposible.* Eso fue exactamente lo que Agustín indicó siglos después. Antes de hacerse cristiano, era instruido en las filosofías de diversas escuelas. En sus *Confesiones* (6:9) nos dice que en algún lugar de los escritores paganos había leído en una u otra forma casi todas las ideas del Cristianismo; pero había un gran dicho cristiano que nunca encontró, ni encontraría nadie nunca, en ningún escritor pagano: «La Palabra Se hizo carne, y habitó entre nosotros» (*Juan* 1:14). Como los pensadores paganos creían en la esencial maldad de la materia, y por tanto, del cuerpo, eso era algo que no dirían nunca.

Está claro que los falsos maestros contra los que Juan escribió esta primera carta negaban la realidad de la Encarnación y del cuerpo físico de Jesús. «Todo espíritu -escribe Juan- que confiese que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiese a Jesús, no es de Dios» (1 *Juan* 4:2s; R-V sigue otro texto ligeramente diferente).

En la Iglesia Primitiva esta repulsa a admitir la realidad de la Encarnación tomaba, hablando en general, dos formas.

(i) En su forma más radical y total se llamaba *docetismo*, que Goodspeed sugería que se podría traducir por *Seemism* -en inglés, que en español sería *parecismo*. El verbo griego *dokein* quiere decir *parecer*; y los docetistas enseñaban que Jesús solamente *parecía* tener un cuerpo. Insistían en que era un Ser puramente espiritual que no tenía sino la apariencia de un cuerpo. Uno de los libros apócrifos que se escribieron desde este punto de vista es *Los Hechos de Juan*, que data de alrededor del año 160 d.C. En él se presenta a Juan diciendo que algunas veces, cuando tocaba a Jesús, le parecía un cuerpo material; pero otras, «la sustancia era inmaterial, como si no existiera en absoluto;» y también que cuando Jesús andaba nunca dejaba huellas en el suelo. La forma más simple del docetismo era la total negación de que Jesús tuviera nunca un cuerpo físico.

(ii) Había una variante de esta teoría, más sutil y tal vez más peligrosa, conectada con el nombre de Cerinto. Según la tradición, Juan y Cerinto eran enemigos acérrimos. Eusebio (*Historia Eclesiástica* 4:14.6) transmite una historia que nos cuenta

que una vez fue Juan a los baños públicos de Efeso, y cuando vio que estaba allí Cerinto se negó hasta a entrar en el edificio. « ¡Huyamos -exclamó, no sea que se hundan los baños, porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está dentro!» Cerinto trazaba una distinción definida entre el Jesús humano y el Cristo divino. Decía que Jesús era un hombre nacido de la manera natural. Vivió en especial obediencia a Dios, y en Su bautismo descendió sobre Él el Cristo en la forma de una paloma de aquel Poder que es sobre todo poder, y entonces trajo a la humanidad la Noticia del Padre que era hasta entonces desconocida. Cerinto no se detenía allí. Decía que, al final de la vida de Jesús, el Cristo se retiró de nuevo de Él, así es que el Cristo nunca sufrió. Fue el Jesús humano el que sufrió, murió y resucitó. Esto sale de nuevo en las historias de los evangelios apócrifos, escritos bajo la influencia de este punto de vista. En el *Evangelio de Pedro*, escrito alrededor del año 130 d.C., se dice que Jesús no daba señales de tener ningún dolor en la Cruz, y que Su grito fue: « ¡Mi Poder, Mi Poder!, ¿Por qué Me has abandonado?» Fue en ese momento cuando el Cristo divino dejó al Jesús humano. *Los Hechos de Juan* llegan más lejos. Dicen que, cuando estaban crucificando al Jesús humano en el Calvario, Juan estaba hablando con el Cristo divino en una cueva en la ladera del monte, y que el Cristo le dijo: «Juan, para la multitud allá abajo en Jerusalén me están crucificando y atravesando con cañas y con lanzas, y me dan vinagre y hiel a beber. Pero estoy hablando contigo, y préstame atención a lo que te digo: Nada, por tanto, de las cosas que dirán de mí las he sufrido» (*Hechos de Juan 97*).

Se puede ver hasta qué punto se había extendido esta manera de pensar en las cartas de Ignacio de Antioquía. Las escribió a un grupo de iglesias de Asia Menor que deben de haber sido las mismas a las que iba dirigida *Primera de Juan*. Ignacio las escribió cuando le llevaban preso a Roma para sufrir el martirio despedazado por las fieras en el circo. Escribió a los tralianos: < Sed sordos, por tanto, cuando alguien os hable de fuera de Jesucristo, Que fue de la familia de David y de María, Que nació de veras, comió y bebió, fue realmente perseguido bajo Poncio Pilato, fue crucificado realmente y murió... Que también resucitó realmente de los muertos... Pero si, como algunos afirman que no son de Dios -es decir, que son incrédulos, Su sufrimiento fue sólo en apariencia... ¿por qué estoy yo preso?» (Ignacio, *A los Tralianos, 9 y 10*). A los cristianos de Esmirna escribió: «Porque Él sufrió todas estas cosas por nosotros para que alcanzáramos la salvación, y Él murió realmente de la misma manera que también verdaderamente resucitó, no como dicen algunos incrédulos que dicen que Su pasión fue una mera semejanza» (*A los Esmirniotas, 2*). Y Policarpo, escribiendo a los filipenses, usó las mismas palabras de Juan: < Porque cualquiera que no confiese que Jesucristo ha venido en la carne es un anticristo» (*A los Filipenses, 7:1*).

Esta enseñanza de Cerinto también se opone en *Primera de Juan*. Juan escribe de Jesús: «Este es el Que vino mediante agua y sangre, Jesucristo; *no con el agua solamente, sino con el agua y la sangre*» (*1 Juan 5:6*). La razón de este versículo es que los maestros gnósticos habrían estado de acuerdo en que el Cristo divino vino por *agua*, es decir, en el bautismo de Jesús, pero habrían negado que viniera por *sangre*, es decir, por la Cruz; porque ellos insistían en que el Cristo divino dejó al Jesús humano antes de Su crucifixión.

El gran peligro de esta herejía es que viene de lo que no se puede llamar más que una veneración equivocada. Tiene miedo de atribuirle a Jesús una humanidad plena. Considera irreverente pensar que Él tuviera un cuerpo físico. Es una herejía que no ha muerto del todo, y que se sigue encontrando hasta este día, por lo general inconscientemente, entre no pocos devotos cristianos. Pero hay que recordar, como Juan vio tan claramente, que nuestra salvación depende de la plena identificación de Jesucristo con nosotros. Como uno de los grandes primeros padres expresó de manera inolvidable: «Se hizo lo que nosotros somos para hacernos lo que Él es.»

(iii) Esta creencia gnóstica tenía ciertas consecuencias prácticas en las vidas de los que la sustentaban.

(a) La actitud gnóstica hacia la materia y hacia todas las cosas creadas producía una cierta actitud hacia el cuerpo y las cosas del cuerpo. Esa actitud podía tomar tres formas diferentes.

(1) Podía tomar la forma de ascetismo, con ayuno y celibato y rígido control, y aun maltrato deliberado del cuerpo. El punto de vista de que el celibato es mejor que el matrimonio y que el sexo es pecaminoso se remonta a la influencia y fe gnóstica -y este es un punto de vista que todavía se mantiene en ciertos lugares. No se hace la menor referencia a ese punto de vista en esta carta.

(2) Podía tomar la forma de que el cuerpo no importaba, y que, por tanto, sus apetitos se podían gratificar sin límite. Puesto que el cuerpo era malo de todas maneras, era indiferente lo que se hiciera con él. Hay ecos de esto en *Primera de Juan*. Juan condena como mentiroso al que diga que conoce a Dios, y sin embargo no guarde Sus mandamientos; la persona que dice que permanece en Cristo debe andar como Cristo anduvo (*1 Juan 1:6; 2:4-6*). Había sin duda gnósticos en estas comunidades que pretendían tener un conocimiento especial de Dios, pero cuya conducta estaba muy lejos de las demandas de la ética cristiana.

En algunos lugares esta actitud gnóstica llegaba aún más lejos. Los gnósticos eran personas que tenían *gnosis, conocimiento*. Algunos sostenían que el verdadero gnóstico debía por tanto conocer el bien lo mismo que el mal, y debía entrar en todas las experiencias de la vida, tanto las más elevadas como las más degradadas. Casi se podría decir que tales personas mantenían que era una obligación el pecar. Hay una referencia a esta clase de actitud en la carta a Tiatira en el *Apocalipsis*, donde el Cristo resucitado se refiere a los que han conocido «las profundidades de Satanás» (*Apocalipsis 2:24*). Y bien puede ser que Juan se esté refiriendo a estas personas cuando insiste en que «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él» (*1 Juan 1: S*). Estos gnósticos concretos habrían mantenido que en Dios había, no sólo una luz deslumbrante, sino también profundas tinieblas -y que uno había de penetrar ambas cosas. Es fácil ver las desastrosas consecuencias de tal actitud.

(3) Había una tercera clase de fe gnóstica. El verdadero gnóstico, se consideraba a sí mismo como un hombre completamente espiritual, que se había despojado de todas las cosas materiales de la vida y había liberado su espíritu de la esclavitud de la materia. Tales gnósticos sostenían que eran tan espirituales que estaban por encima y más allá del pecado, y que habían alcanzado la perfección espiritual. Es a ellos a los que se refiere Juan cuando habla de los que se engañan a sí mismos diciendo que no tienen pecado (1 Juan 1:8-10).

Cualquiera que fuera de estas tres formas la que tomara la fe gnóstica, sus consecuencias eran peligrosas en extremo; y está claro que las dos últimas se encontraban en las iglesias a las que Juan escribió.

(b) Además, este gnosticismo desembocaba en una actitud hacia las personas que producía la destrucción de la comunión cristiana. Ya hemos visto que los gnósticos aspiraban a la liberación del espíritu de la prisión del cuerpo malo mediante un conocimiento elaborado y esotérico. Está claro que tal conocimiento no era para todo el mundo. La gente ordinaria estaba demasiado involucrada en la vida diaria y el trabajo del mundo para tener tiempo para la disciplina y el estudio necesarios; y, aunque hubieran tenido tiempo, muchos eran intelectualmente incapaces de captar las especulaciones implicadas en la llamada teosofía y filosofía gnóstica.

Esto producía un resultado inevitable. Dividía a las personas en dos clases: los que eran capaces de una vida realmente espiritual, y 'lo que no. Los gnósticos daban nombre a estas dos clases de personas. Los antiguos dividían generalmente el ser del hombre en tres partes. Estaba el *sóma*, el *cuerpo*, -la parte física de la persona. Estaba la *psyjé*, que solemos traducir por *alma*, pero debemos tener cuidado, porque no quiere decir lo que solemos entender por el alma. Para los griegos la *psyjé* era el principio de la vida física. Todo lo que tiene vida física tiene *psyjé*. *Psyjé* era ese principio vital que el ser humano tiene en común con todos los seres vivos. Estaba el *pneuma*, el *espíritu*, y era el espíritu la parte que sólo el ser humano poseía, y que le hacía semejante a Dios.

La finalidad del gnosticismo era liberar el *pneuma* del *sóma*; pero esa liberación no se podía alcanzar nada más que tras un largo y arduo estudio que solamente podían emprender los intelectuales ociosos. Los gnósticos por tanto dividían a las personas en dos categorías: los *psyjikoi*, que no podían nunca sobrepasar el principio de la vida física ni alcanzar ninguna otra cosa que lo que para todos los sentidos y propósitos era la vida animal. Y los *pneumatikoi*, que eran los verdaderamente espirituales y verdaderamente semejantes a Dios.

El resultado estaba claro: los gnósticos producían una aristocracia espiritual que miraba por encima del hombro y aun aborrecía a los hombres inferiores. Los *pneumatikoi* consideraban a los *psyjikoi* como despreciables criaturas terrenales que no podrían nunca saber lo que era la verdadera religión. La consecuencia era obviamente la aniquilación de la comunión cristiana. Por eso Juan insiste en toda su carta en que la verdadera prueba del Cristianismo es el amor a los hermanos. Si andamos de veras en la luz, tenemos comunión entre nosotros (1:7). El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está de hecho en las tinieblas (2:9-11). La prueba de que hemos pasado de las tinieblas a la luz es que amamos a los hermanos (3:14-17). Las marcas del Cristianismo son la fe en Cristo y el amor a los hermanos (3:23). Dios es amor, y el que no ama no conoce a Dios en absoluto (4:7s). Porque Dios nos ha amado, nosotros debemos amarnos unos a otros; es cuando nos amamos unos a otros cuando Dios mora en nosotros (4:10-12). El mandamiento es que el que ame a Dios debe también amar a su hermano, y el que diga que ama a Dios aborreciendo al mismo tiempo a su hermano es un mentiroso (4:20s). Los gnósticos, para decirlo bien a las claras, habrían dicho que la cualidad distintiva de la verdadera religión es el desprecio a la gente ordinaria. Juan insiste en todos los capítulos en que la cualidad distintiva de la verdadera religión es el amor a todos.

Aquí, pues, tenemos una descripción de estos herejes gnósticos. Hablaban de ser nacidos de Dios, de andar en la luz, de no tener pecado, de morar en Dios y de conocer a Dios. Estos eran sus lemas. No se proponían destruir la Iglesia y la fe; lo que pretendían era limpiar la Iglesia de la escoria y convertir el Cristianismo en una filosofía intelectualmente respetable, apta para mantenerse al lado de los grandes sistemas del día. Pero la consecuencia de esta enseñanza era negar la Encarnación, eliminar la ética cristiana y hacer imposible la comunión dentro de la Iglesia. No debe sorprendernos que Juan, con una devoción pastoral tan ferviente, tratara de defender de un ataque tan insidioso que les venía a las iglesias que amaba desde dentro de ellas. Esta era una amenaza mucho más peligrosa que cualquier persecución pagana; lo que estaba en peligro era la misma existencia de la fe cristiana.

EL MENSAJE DE JUAN

Primera de Juan es una carta breve, y no debemos buscar en ella una exposición sistemática de la fe cristiana. Sin embargo, será del mayor interés para nosotros el examinar las creencias básicas subyacentes con las que Juan confronta a aquellos que amenazaban con dar al traste con la fe cristiana.

EL PROPÓSITO DE LA CARTA

El propósito de Juan al escribir esta carta era doble, y sin embargo uno solo. Escribe para que el gozo de su pueblo sea completo (1:4), y para que no caigan en pecado (2:1). Ve claramente que por muy atractivo que sea el camino falso, no conduce a la felicidad. Producirles gozo y preservarlos del pecado es una y la misma cosa.

LA IDEA DE DIOS

Juan tiene dos grandes cosas que decir acerca de Dios. Dios es luz, y en Él no caben las tinieblas (J:5). Dios es amor, y eso Le movió a amarnos antes de que nosotros Le amáramos a Él, y a enviar a Su Hijo como el remedio para nuestros pecados (4:7-10, 16). Juan está convencido de que Dios Se revela a Sí mismo y Se da a Sí mismo. Dios es luz y no tinieblas; es amor y no odio..

LA IDEA DE JESÚS

Como el ataque principal de los falsos maestros era a la Persona de Cristo, esta carta, que se propone contestarles, es especialmente rica y de ayuda por lo que tiene que decir acerca de El.

(i) Jesús es el Que era desde el principio (1:1; 2:14). Cuando una persona se encuentra cara a cara con Jesús, está ante lo eterno.

(ii) Otra manera de expresarlo sería decir que Jesús es el Hijo de Dios, y para Juan era esencial estar convencido de eso (4:15; 5:5). La relación de Jesús con Dios es única, y en Él se ve el corazón siempre buscador y siempre perdonador de Dios.

(iii) Jesús es el Cristo, el Mesías (2:22; 5:1). De nuevo encontramos que esto era para Juan un artículo esencial de la fe. Puede que parezca que aquí entramos en un mundo de ideas que es mucho más estrecho, y de hecho específicamente judío; pero aquí nos encontramos con algo esencial. Decir que Jesús es desde el principio y que es el Hijo de Dios es mantener Su conexión con *la eternidad*. Decir que El es el Mesías es mantener Su relación con *la Historia*. Es ver Su venida como el acontecimiento hacia el cual se iba moviendo el plan de Dios, y desarrollándose en Su pueblo escogido.

(iv) Jesús era verdadera y totalmente hombre. El negar que Jesús viniera en la carne era estar bajo la influencia del espíritu del anticristo (4:2s). El testimonio de Juan es que Jesús era tan verdaderamente humano que él mismo Le había conocido y tocado y experimentado (1:1,3). Ningún escritor del Nuevo Testamento subraya con más intensidad la plena realidad de la Encarnación. No solamente el Hijo de Dios se hizo hombre, sino que sufrió por los hombres. Vino por agua y por sangre (5:6) y ofreció. Su vida por los hombres (3:16).

(v) La venida de Jesús, Su Encarnación, Su vida, Su muerte, Su Resurrección y Su Ascensión se combinan todas para tratar el pecado humano. Jesús era sin pecado (3:5); y el hombre es esencialmente pecador, aunque en su arrogancia pretenda ser sin pecado (1:8-10); y sin embargo el único sin pecado vino a desplazar de los pecadores el pecado (3:5). En relación con el pecado humano Jesús es dos cosas.

(a) Es nuestro *Abogado* con el Padre (2:1). La palabra que se usa es *paráklétos*. Un *paráklétos* es alguien que es llamado para ayudar. La palabra se podía aplicar a un médico; se usaba a menudo de un testigo convocado para dar evidencia a favor de alguien en un juicio, o de un abogado convocado para defender a alguien bajo acusación. Jesús aboga nuestra causa con Dios; Él, el único sin pecado, es el Defensor de los pecadores.

(b) Pero Jesús es más que eso. Juan Le llama dos veces *expiación* por nuestros pecados (2:2; 4:10). Cuando uno peca, la relación que debería existir entre él y Dios se rompe. Un sacrificio expiatorio es el que restaura esa relación; o, más bien, un sacrificio en virtud del cual se restaura esa relación. Es un sacrificio *reconciliador*, un sacrificio que vuelve a hacer que el hombre y Dios *se aúnen*. Así pues, por medio de lo que Jesús era e hizo, la relación entre Dios y el hombre, rota por el pecado, es restaurada. Jesús no solamente defiende la causa del pecador; le coloca en estrecha relación filial con Dios. La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado (1:7).

(vi) En consecuencia de todo esto, por medio de Jesucristo los creyentes tienen vida (4:9; 5:11 s). Esto es verdad en un doble sentido. Tienen la vida en el sentido de que son librados de la muerte; y tienen la vida porque para ellos el vivir ya no es un mero existir, sino que se ha convertido en la verdadera vida.

(vii) Todo esto se puede resumir diciendo que Jesús es el Salvador del mundo (4:14). Aquí tenemos algo que tiene que presentarse plenamente en su totalidad. «El Padre envió al Hijo para que fuera el Salvador del mundo» (4:14). Ya hemos dicho que Jesús aboga la causa de la humanidad delante de Dios. Si dejáramos así la cosa, se podría pensar que Dios quería condenar a la humanidad, y cambió de intención a causa del sacrificio personal de Jesucristo. Pero esa no es la verdad,

porque para Juan, como para todos los autores del Nuevo Testamento, la iniciativa y el proyecto fueron cosa de Dios. Fue Él el Que dio a Su Hijo para que fuera el Salvador de la humanidad.

En el breve espacio de esta carta se nos presenta en toda su plenitud la maravilla y la gloria y la gracia de Cristo.

EL ESPÍRITU

En esta carta Juan tiene menos que decir acerca del Espíritu; para su enseñanza más completa acerca de Él debemos volver al Cuarto Evangelio. Se podría decir que en *Primera de Juan* la función de Espíritu es la de ser de alguna manera el enlace entre Dios y el hombre. Es el Espíritu el Que nos hace conscientes de la presencia permanente de Dios en nosotros por medio de Jesucristo (3:24; 4:13). Se podría decir que es el Espíritu el Que nos capacita para aceptar la preciosa comunión con Dios que se nos ofrece.

EL MUNDO

El mundo en el que vive el cristiano es hostil; es un mundo sin Dios. No conoce a los cristianos, porque tampoco conoció a Cristo (3:1). Aborrece a los cristianos de la misma manera que aborreció a Cristo (3:13). Los falsos maestros son del mundo y no de Dios, y como hablan el lenguaje del mundo, el mundo está dispuesto a escucharlos y aceptarlos (4:4s). Todo el mundo, dice Juan abierta y comprensivamente, está en poder del maligno (5:19). Esa es la razón por la que el cristiano ha vencido al mundo, y su arma en esta lucha con el mundo es la fe (5:4).

El mundo hostil está condenado. El mundo y todos sus deseos son pasajeros (2:17). Por esta razón, está claro que es una necedad darle nuestro corazón al mundo. El mundo lleva camino de desintegrarse. Aunque el cristiano vive en un mundo hostil que está en vías de desaparecer, no hay por qué desesperar o temer. Las tinieblas han pasado, y ya alumbró la verdadera luz (2:8). Dios Se ha introducido en el mundo en la Persona de Cristo; la nueva edad ya ha comenzado. No ha alcanzado todavía su plenitud, pero su consumación es segura.

El cristiano vive en un mundo malo y hostil, pero posee algo con lo que puede vencer al mundo; y, cuando llegue el fin inevitable del mundo, el cristiano estará a salvo, porque ya posee lo que le hace miembro de la nueva comunidad en la nueva edad.

LA CÓMUNIÓN DE LA IGLESIA

Juan no se limita a moverse por las altas esferas de la teología; tiene algunas cosas inmensamente prácticas que decir acerca de la Iglesia Cristiana y de la vida cristiana. Ningún otro autor del Nuevo Testamento subraya tan insistente y enfáticamente la necesidad de la comunión cristiana. Juan estaba convencido de que los cristianos no están vinculados solamente con Dios, sino también entre sí. Cuando andamos en la luz, tenemos comunión unos con otros (1:7). El que pretenda andar en la luz pero aborrezca a su hermano, en realidad está andando en las tinieblas; es el que de veras ama a su hermano el que está realmente en la luz (2:9-11). La prueba de que una persona ha pasado de las tinieblas a la luz es el hecho de que ama a sus hermanos. El odiar a un hermano es en esencia ser un asesino, como lo fue Caín. Si uno tiene recursos propios para ayudar a su hermano en su pobreza, y no lo hace, es ridículo que pretenda tener el amor de Dios. La esencia de la religión es creer en el nombre del Señor Jesucristo, y amarnos unos a otros (3:11-17, 23). Dios es amor; y, por tanto, el que ama, participa de la naturaleza de Dios. Dios nos ama, y esa es la mejor razón para amarnos unos a otros (4:7-12). Si uno dice que ama a Dios, y al mismo tiempo aborrece a su hermano, es un mentiroso. El mandamiento es que el que ame a Dios debe amar también a su hermano (4:20s).

Juan estaba convencido de que la única manera en que podemos demostrar que amamos a Dios es amando a nuestros hermanos; y que ese amor no debe ser meramente una emoción sensiblera, sino una dinámica que nos mueva a la ayuda práctica.

LA INTEGRIDAD DEL CRISTIANO

No hay otro escritor del Nuevo Testamento que haga una llamada ética tan insistente como Juan, ni que condene más enérgicamente una supuesta religión que no desemboque en la acción ética. Dios es justo, y la vida de todos los que Le conozcan debe reflejar Su justicia (2:29). El que permanezca en Cristo y sea nacido de Dios, no peca; el que no obra como es debido no es de Dios (3:3-10); y la característica de esta justicia es que se manifiesta en el amor a los hermanos (3:10s). Mostramos que amamos a Dios y a nuestros semejantes cuando guardamos los mandamientos de Dios (5:2). Quienquiera que sea nacido de Dios, no peca (5:18).

Para Juan, el conocimiento de Dios y la obediencia a Sus mandamientos deben ir siempre de la mano. Es guardando Sus mandamientos como probamos que conocemos de veras a Dios. El que diga que Le conoce y no guarde Sus mandamientos, es un mentiroso (2:3-5).

De hecho esta obediencia es la base de la oración efectiva. Recibimos lo que Le pedimos a Dios porque guardamos Sus mandamientos y hacemos lo que a Él Le agrada (3:22).

Los dos distintivos que caracterizan el verdadero Cristianismo son el amor a los hermanos y la obediencia a los mandamientos revelados de Dios.

LOS DESTINATARIOS DE LA CARTA

Hay algunos problemas alucinantes en relación con los destinatarios de la carta. La carta misma no nos da ninguna clave en cuanto a dónde iba dirigida. La tradición la relaciona con Asia Menor, y especialmente con Éfeso, donde según la tradición Juan vivió muchos años. Pero hay algunos otros hechos curiosos que hay que explicar de alguna manera.

Casiodoro dice que la *Primera de Juan* se titulaba *Ad Parthos*, A los Partos; y Agustín tiene una serie de diez tratados sobre la Epístola de Juan *ad Parthos*. Un manuscrito de Ginebra complica la cosa todavía más titulado la carta *Ad Sparthos*. No existe que se sepa la palabra *Sparthós*. Hay dos posibles explicaciones de este título improbable. (i) Es remotamente posible que quiera decir *Ad Sparsos*, que querría decir *A los cristianos diseminados*; y (ii), en griego *Ad Parthos* sería *Pros Parthus*. Ahora bien, en los primeros manuscritos no había ningún espacio entre las palabras, y estaba todo escrito en letras mayúsculas; así que el título podría haber sido *PROSPARTHUS*. Un amanuense que estuviera escribiendo al dictado podría muy fácilmente ponerlo como *PROSSPARTHUS*, especialmente si no sabía lo que quería decir el título. *Ad Sparthos* se puede eliminar como una mera errata.

Pero, ¿de dónde salió eso de *A los partos*? Hay una posible explicación. *Segunda de Juan* nos dice adónde iba destinada: se le escribió a *La señora elegida y sus hijos (2 Juan 1)*. Veamos el final de *Primera de Pedro*. La Reina-Valera dice: < La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan» (1 *Pedro* 5:13). La palabra *iglesia* se ponía en cursiva en las revisiones anteriores a 1960 para indicar que no está en el original. Alguna otra traducción pone < La que está en Babilonia, que es igualmente elegida, os envía saludos.» Por lo que se refiere al original sería perfectamente posible y hasta natural el tomar esto como una referencia, no a una *iglesia*, sino a una *señora*. Eso precisamente fue lo que hicieron algunos de los investigadores de la Iglesia Primitiva. Ahora aparece *la señora elegida* otra vez en *Segunda de Juan*. Era fácil identificar las dos señoras elegidas y suponer que *Segunda de Juan* también se escribió a Babilonia. El gentilicio natural de los habitantes de Babilonia era el de *partos, y aquí*. tenemos la explicación del-curioso título.

El proceso llegó más lejos. *La señora elegida* es en griego *hé eklekté*. Ya hemos visto que los primeros manuscritos estaban escritos en letras mayúsculas; y sería posible tomar *EKLEKTÉ*, no como un adjetivo que significa *elegida*, sino como nombre propio, *Eklekta*. Esto sería, de hecho, lo que habría hecho Clemente de Alejandría; porque tenemos información de que él decía que las cartas joaninas iban dirigidas a una cierta señora de Babilonia llamada Eklekta y a sus hijos.

Bien puede ser entonces que el título *Ad Parthos* surgiera de una serie de malentendidos. *La elegida* de *Primera de Pedro* es seguramente la iglesia, como traduce correctamente la Reina-Valera. Moffatt tradujo: < Tu iglesia hermana en Babilonia, elegida como vosotros, os saluda.» Además, es casi seguro que en cualquier caso *Babilonia* era el nombre que se daba a *Roma*, que los primeros cristianos identificaban con Babilonia, la gran ramera, borracha de la sangre de los santos (Cp. *Apocalipsis* 17:5). El título *Ad Parthos* tiene una historia muy interesante, pero está claro que surgió de un malentendido.

Hay otra complicación adicional. Clemente de Alejandría se refería a las cartas de Juan como < escritas a vírgenes.» Eso es extraño, porque no hay nada en ellas que lo sugiera. Ahora bien, ¿de dónde salió esa idea? El griego sería *Pros Parthenus*, que se parece mucho a *Pros Parthus*; y resulta que a Juan se le llamaba frecuentemente *Ho Parthenos*, el virgen, porque no se casó nunca y por la pureza de su vida. Este nuevo título debe de haber salido de una confusión entre *Ad Parthos* y *Ho Parthenos*.

Este es un caso en el que podemos considerar que la tradición es correcta, y que todas las teorías ingeniosas están equivocadas. Podemos considerar que estas cartas se escribieron en Éfeso, e iban dirigidas a las iglesias próximas de Asia Menor. Cuando Juan las escribió, sería al distrito en el que se reconocía su autoridad, que eran Éfeso y el territorio circundante. Nunca se le menciona en relación con Babilonia.

EN DEFENSA DE LA FE

Juan escribió su gran primera carta para salir al paso de una situación amenazadora y en defensa de la fe. Las herejías que atacaba no son meros < ecos de viejas cosas desdichadas y peregrinas, y batallas de mucho tiempo ha; > están todavía bajo la superficie, y algunas veces hasta asoman la cabeza. El estudiar esta carta nos confirmará en la verdadera fe, y nos permitirá tener a mano una defensa contra lo que nos quiera seducir a apartarnos de ella.

1 JUAN

EL PROPÓSITO DEL PASTOR

Lo que os estamos diciendo es lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros propios ojos, lo que observamos y tocamos con nuestras propias manos. Os estamos hablando acerca de la Palabra de Vida. (Y la Vida se nos apareció, y La vimos y testificamos; y os estamos ahora trayendo el Mensaje de esta Vida eterna Que estaba con el Padre y Que Se nos ha presentado). El Mensaje que os traemos es acerca de lo que hemos visto y oído, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; porque nuestra comunión es con el Padre y con Jesucristo, el Hijo. Y os estamos escribiendo estas cosas para que vuestro gozo llegue a su plenitud.

Cualquier persona, cuando se sienta para escribir una carta o se levanta para predicar un sermón, tiene algún objetivo a la vista, quiere producir algún efecto en las mentes y corazones y vidas de su audiencia. Y aquí, al principio de su carta, Juan especifica sus objetivos al escribir a su pueblo.

(i) Es su deseo producir comunión entre los hombres y comunión con Dios (versículo 3). El propósito del pastor siempre debe ser traer a las personas a una comunión más íntima entre sí, y también con Dios. Cualquier mensaje que produzca división, es un mensaje falso. El mensaje cristiano puede resumirse por sus dos grandes objetivos: el amor al prójimo y el amor a Dios.

(ii) Es su deseo traerle gozo a los suyos (versículo 4). El gozo es la esencia del Cristianismo. Un mensaje cuyo único efecto sea deprimir y desanimar a los que lo oigan se ha quedado a menos de la mitad del camino. Es completamente cierto que a menudo la finalidad del predicador y del maestro debe ser despertar un sano reconocimiento doloroso que conduzca a un verdadero arrepentimiento. Pero después de producir el sentimiento de pecado, hay que conducir a los oyentes al Salvador en Quien se perdonan los pecados. La nota definitiva del mensaje cristiano es el gozo.

(iii) Con ese fin a la vista, su propósito es presentarles a Jesucristo. Un gran maestro solía siempre decirles a sus estudiantes que su único objetivo como predicadores debía ser «decir algo bueno de Jesucristo.» Y se decía de otro gran santo que dondequiera que empezara su conversación, siempre se las arreglaba para dirigirla lo más pronto posible a Jesucristo.

El hecho fundamental es que si las personas han de encontrar comunión unas con otras y con Dios, y si han de encontrar alguna vez el verdadero gozo, deben encontrarlos en Jesucristo.

EL DERECHO DEL PASTOR A HABLAR

1 Juan 1:1-4 (continuación)

Aquí, al principio de su carta, Juan expone su derecho a hablar, que consiste en una cosa: su experiencia personal de Cristo (versículos 2 y 3).

(i) Dice que ha *oído* a Cristo. Mucho tiempo antes Sedequías le había preguntado a Jeremías: «¿Hay alguna palabra de parte del Señor?» (*Jeremías 37:17*). La gente no tiene interés en oír las opiniones y suposiciones de nadie, sino una palabra de parte del Señor. Se decía de un gran predicador, que primero escuchaba a Dios, y después hablaba a las personas; y se decía de John Brown of Haddington -el antepasado escocés de la querida familia evangélica española Fliedner- que, cuando estaba predicando, hacía una pausa de vez en cuando, como si estuviera escuchando una voz. El verdadero maestro es el que tiene un mensaje de parte de Jesucristo porque ha oído Su voz.

(ii) Dice que ha *visto* a Cristo. Se cuenta del gran predicador escocés Alexander White, que alguien le dijo una vez: < Hoy ha predicado usted como si viniera derecho de la presencia de Dios.> Y White le contestó: < Puede que fuera así.> Nosotros no podemos ver a Cristo en la carne como Le vio Juan, pero seguimos pudiendo verle con los ojos de la fe.

(iii) Dice que ha *observado* a Cristo. ¿Qué diferencia hay entre *ver* a Cristo y observarle? En el original griego el verbo para *ver* es *horán*, que quiere decir sencillamente ver con la vista física. El verbo para *observar* es *theasthai*, y quiere decir fijar la mirada en alguien o algo hasta que se capta el significado de esa persona o cosa. Así Jesús, dirigiéndose a las multitudes de Juan el Bautista, les preguntó: « ¿Qué fue lo que salisteis a ver (*theasthai*) al desierto?> (*Lucas 7:24*); y en esa palabra describe cómo salían las multitudes como rebaños a observar a Juan y plantearse quién y qué podría ser aquel hombre. Hablando de Jesús en el prólogo de su evangelio, Juan dice: «Vimos Su gloria» (*Juan 1:14*). El verbo es aquí también *theasthai*, y la idea que sugiere no es la de una ojeada pasajera, sino la de una observación insistente que trata de descubrir algo del misterio de Cristo.

(iv) Dice que sus manos de hecho *tocaron* a Cristo. Lucas nos dice que, cuando Jesús volvió a Sus discípulos después de Su Resurrección, les dijo: «Ved por Mis manos y Mis pies que soy Yo mismo; palpad y comprobadlo, porque un fantasma no tiene carne y hueso como veis que Yo tengo» (*Lucas 24:39*). Aquí Juan está pensando en aquellas personas llamadas docetistas que eran tan «espirituales» que insistían en que Jesús no tuvo nunca un cuerpo de carne y hueso como todos los seres humanos, sino que era un fantasma en forma humana. Se negaban a creer que Dios pudiera llegar a ensuciarse asumiendo la carne y sangre humanas. Juan insiste aquí en que el Jesús Que él había conocido era realmente un hombre entre los hombres. Se daba cuenta de que no había en el mundo nada más peligroso -como veremos- que dudar de que Jesús fuera plenamente humano.

EL MENSAJE DEL PASTOR

1 Juan 1:1-4 (conclusión)

El mensaje de Juan es acerca de Jesucristo; y tiene tres grandes cosas que decir sobre Él. La primera, dice que Jesús *era desde el principio*. Es decir, en Él la eternidad entró en el tiempo; en Él el Dios eterno entró personalmente en el mundo de la humanidad. Segundo, esa entrada en el mundo de la humanidad fue real; fue una humanidad real la que Dios asumió. Tercera, mediante aquella acción vino a la humanidad la palabra de la Vida, la palabra que puede cambiar la muerte en vida y la mera existencia en verdadero vivir. Una y otra vez en el Nuevo Testamento, el Evangelio se llama la palabra; y es del mayor interés para nosotros el ver las diferentes conexiones en que se usa este término.

(i) El nombre que se le da más frecuentemente al Evangelio es *la palabra de Dios* (Hechos 4:31; 6:2,7; 11:1; 13:5,7,44; 16:32; Filipenses 1:14; 1 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 13:9; Apocalipsis 1:2,9; 6:9; 20:4). No es un descubrimiento humano; viene de Dios. Es la Noticia de Dios que el hombre no podría haber descubierto por sí mismo.

(ii) El mensaje del Evangelio se llama frecuentemente *la palabra del Señor* (Hechos 8:25; 12:24; 13:49; 15:35; 1 Tesalonicenses 1:8; 2 Tesalonicenses 3:1). No se aclara siempre si el Señor es Dios o Jesús, aunque lo más frecuente es que se refiera a Jesús. Por tanto, el Evangelio es el mensaje que Dios no podría haber mandado a la humanidad más que por medio de Su Hijo.

(iii) El mensaje del Evangelio se llama dos veces *la palabra del oír* (logos akoés) (1 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 4:2).

Eso es decir que depende de dos cosas: de una voz dispuesta a proclamarlo, y de un oído dispuesto a escucharlo.

(iv) El mensaje del Evangelio es *la palabra del Reino* (Mateo 13:19). Es el anuncio del Reino de Dios, y la llamada a responder a Dios con la obediencia que nos hace ciudadanos de ese Reino.

(v) El mensaje del Evangelio es *la palabra del Evangelio* (Hechos 15:7; Colosenses 1:5). *Evangelio* quiere decir *buena noticia*. Y el Evangelio es esencialmente una buena noticia a la humanidad acerca de Dios.

(vi) El Evangelio es *la palabra de la Gracia* (Hechos 14:3; 20:32). Es la buena noticia del amor generoso e inmerecido de Dios al hombre; es la noticia de que el hombre no está abrumado bajo la tarea imposible de ganar el amor de Dios, sino que se le ofrece gratuitamente.

(vi;j) El Evangelio es *la palabra de la Salvación* (Hechos 13:26). Es el ofrecimiento del perdón de los pecados pasados y del poder para vencer el pecado en el futuro.

(vi;j;j) El Evangelio es *la palabra de la Reconciliación* (2 Corintios 5:19). Es el mensaje de que la relación perdida entre el hombre y Dios se restaura en Jesucristo, Que ha derribado la pared intermedia de separación que había erigido el pecado entre el hombre y Dios.

(ix) El Evangelio es *la palabra de la Cruz* (1 Corintios 1:18). En el corazón del Evangelio está la Cruz, en la que se da a la humanidad la prueba final del amor perdonador, sacrificado, buscador, de Dios.

(x) El Evangelio es *la palabra de la Verdad* (2 Corintios 6:7; Efesios 1:13; Colosenses 1:5; 2 Timoteo 2:15). Con la venida del Evangelio, ya no es necesario andar con suposiciones o a tientas, porque Jesucristo nos ha traído la verdad acerca de Dios.

(xi) El Evangelio es *la palabra de la Justicia* (Hebreos 5:13). Es el poder del Evangelio lo que capacita a una **persona para librarse del poder del mal** y alcanzar la justicia que es agradable a Dios.

(xii) El Evangelio es *la palabra salútfera* (2 Timoteo 1:13; 2:8). Es el antídoto que cura el veneno del pecado, y la medicina que derrota la enfermedad del mal.

(xiii) El Evangelio es *la palabra de la Vida* (Filipenses 2:16). Por su poder somos librados de la muerte y se nos permite entrar en la vida que es la vida verdadera.

DIOS ES LUZ

1 Juan 1:5

Y este es el mensaje que hemos oído de Él y que os transmitimos: Que Dios es luz, y no hay tinieblas en Él.

El carácter de una persona está determinado necesariamente por el carácter del dios al que adora; y, por tanto, Juan empieza estableciendo la naturaleza del Dios y Padre de Jesucristo a Quien adoran los cristianos. Dios, nos dice, es luz, y no hay tinieblas en Él. ¿Qué nos quiere decir con esto?

(i) Nos dice que Dios es esplendor y gloria. No hay nada más glorioso que el resplandor de la luz atravesando las tinieblas. Decir que Dios es luz nos habla de Su inefable esplendor.

(ii) Nos dice que Dios Se revela a Sí mismo. La luz se ve por encima de todas las cosas; e ilumina las tinieblas a su alrededor. Decir que Dios es luz es decir que no hay nada escondido ni furtivo en Él; quiere ser visto y conocido de los hombres.

(iii) Nos habla de la pureza y santidad de Dios. No hay tinieblas que puedan camuflar el mal en Él. Que Él es luz nos habla de Su pureza diáfana, y de Su prístina santidad.

(iv) Nos habla de la dirección de Dios. Una de las grandes funciones de la luz es mostrar el camino. La carretera que está bien iluminada es la más segura. Decir que Dios es luz es decir que ofrece Su dirección a los pasos humanos.

(v) Nos habla de la cualidad reveladora de la presencia de Dios. La luz es el elemento más revelador. Las faltas y las manchas que están ocultas a la sombra aparecen a la luz. La luz revela las imperfecciones de cualquier obra o materia. Así que las imperfecciones de la vida se hacen visibles en la presencia de Dios. Nunca podremos conocer, ni la profundidad a la que ha caído la vida, ni la altura a la que puede remontarse, hasta que las veamos a la luz reveladora de Dios.

LA OSCURIDAD HOSTIL

1 Juan 1:5 (conclusión)

En Dios, dice Juan, no hay ningunas tinieblas. A lo largo de todo el Nuevo Testamento, las tinieblas representan lo que se opone a la vida cristiana.

(i) Las tinieblas representan la vida sin Cristo. Representan la vida que una persona llevaba antes de conocer a Cristo, o la que vive si se separa de Él. Juan escribe a su pueblo que, ahora que Cristo ha venido, las tinieblas han pasado, y la verdadera luz ya está alumbrando (1 Juan 2:8). Pablo escribe a sus amigos cristianos que hubo un tiempo cuando eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor (Efesios 5:8). Dios nos ha librado del poder de las tinieblas y trasladado al Reino de Su amado Hijo (Colosenses 1:13). Los cristianos no están en las tinieblas, porque son hijos del día (1 Tesalonicenses 5:4s). Los que sigan a Cristo no andarán en tinieblas como los demás, sino que tendrán la luz de la vida (Juan 8:12). Dios ha llamado a los cristianos para que pasen de las tinieblas a Su maravillosa luz (1 Pedro 2:9).

(ii) La oscuridad es hostil a la luz. En el prólogo de su evangelio escribe Juan que la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido (Juan 1:5). Nos presenta el cuadro de las tinieblas tratando de borrar la luz -pero incapaces de dominarla. La oscuridad y la luz son enemigas naturales.

(iii) Las tinieblas representan la ignorancia de la vida sin Cristo. Jesús convoca a sus amigos a andar en la luz, no sea que las tinieblas se les echen encima; porque el que camina en tinieblas no sabe adónde va (*Juan 12:35*). Jesús es la luz, y ha venido para que los que crean en Él no anden en tinieblas (*Juan 12:46*). La oscuridad representa la perdición esencial de la vida sin Cristo.

(iv) Las tinieblas representan el caos de la vida sin Dios. Dios, dice Pablo pensando en el primer acto de la Creación, mandó que Su luz brillara en medio de las tinieblas (2 *Corintios 4:6*). Sin la luz de Dios el mundo se encuentra en un caos en el que la vida está sin orden ni concierto.

(v) Las tinieblas representan la inmoralidad de la vida sin Cristo. Pablo exhorta a sus creyentes a que se despojen de las obras de las tinieblas (*Romanos 13:12*). Los hombres, porque sus obras eran malas, amaban las tinieblas más que la luz (*Juan 3:19*). Las tinieblas representan la manera en que la vida sin Cristo está llena de cosas que buscan las sombras porque no pueden soportar la luz.

(vi) Las tinieblas son típicamente infructuosas. Pablo habla de las obras infructuosas de las tinieblas (*Efesios 5:11*). Si se priva de la luz a las cosas que crecen, su crecimiento se detiene. Las tinieblas son la atmósfera sin Cristo, en la que no puede nunca crecer ningún fruto del Espíritu.

(vii) Las tinieblas se relacionan con el desamor y el odio. Si alguien odia a su hermano, eso es señal de que anda en tinieblas (1 *Juan 2: 9-11*). El amor es luminosidad, y el odio, oscuridad.

(viii) La oscuridad es la morada de los enemigos de Cristo y el destino final de los que se niegan a aceptarle. La lucha del cristiano y de Cristo es contra los gobernadores hostiles de las tinieblas de este mundo (*Efesios 6:12*). Los pecadores rebeldes y recalcitrantes son aquellos para los cuales está reservada la niebla tenebrosa (2 *Pedro 2:9; Judas 13*). Las tinieblas son la vida separada de Dios.

LA NECESIDAD DE ANDAR EN LA LUZ

1 Juan 1:6s

Si decimos que estamos en comunión con Él y al mismo tiempo andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad; pero si andamos en la luz como El está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Su Hijo Jesucristo nos limpia constantemente de todo pecado.

Aquí está escribiendo Juan para contrarrestar una manera herética de pensar. Había algunos que pretendían ser muy avanzados intelectual y espiritualmente, pero cuyas vidas no daban señales de ello. Pretendían haber avanzado tanto en el camino del conocimiento y de la espiritualidad que para ellos el pecado había dejado de tener importancia, y las leyes, de existir. Napoleón dijo una vez que las leyes eran para la gente ordinaria, pero no para las personas como él. Aquellos herejes pretendían ser tan elevados que, aunque pecaran, no tenía ninguna importancia. Posteriormente Clemente de Alejandría nos dice que había herejes que decían que era indiferente cómo viviera una persona. Ireneo nos dice que declaraban que un hombre verdaderamente espiritual era totalmente incapaz de incurrir nunca en ninguna contaminación, independientemente de la clase de cosas que hiciera.

En respuesta, Juan insiste en ciertas cosas.

(i) Insiste en que para tener comunión con el Dios que es luz, una persona debe andar en la luz; y que, si está todavía andando en las tinieblas morales y éticas de la vida sin Cristo, no puede tener esa comunión. Esto es precisamente lo que había dicho el Antiguo Testamento siglos antes. Dios dijo: «Seréis santos; porque Yo, el Señor vuestro Dios, soy santo» (*Levítico 19:2; cp. 20:7,26*). El que quiera encontrarse en comunión con Dios se compromete a una vida de bondad que refleje la bondad de Dios. C. H. Dodd escribe: « La Iglesia es

una sociedad de personas que, creyendo en un Dios de pura bondad, aceptan la obligación de ser buenas como Él.> Esto no quiere decir que una persona debe ser perfecta para poder tener comunión con Dios; porque, en ese caso, todos estaríamos excluidos. Pero sí quiere decir que toda su vida reconocerá sus obligaciones, y se esforzará en cumplirlas, y se arrepentirá cuando falle. Querrá decir que nunca pensará que el pecado no tiene importancia; que, cuanto más cerca se encuentre de Dios, más terrible le parecerá el pecado.

(ii) Insiste en que estos pensadores equivocados tienen una idea errónea de la verdad. Dice que, si los que pretenden estar especialmente avanzados siguen andando en tinieblas, no están *haciendo* la verdad. Exactamente la misma frase se usa en el Cuarto Evangelio cuando se habla del que *hace* la verdad (*Juan 3:21*). Psto quiere decir que, para el cristiano, la verdad no es nunca exclusivamente intelectual; es siempre moral. No es algo que ejercita solamente la mente, sino algo en lo que está implicada toda la personalidad. La verdad no es sólo el descubrimiento de cosas abstractas; es la vida concreta. No consiste solamente en pensar, sino también en actuar. Las palabras que usa el Nuevo Testamento juntamente con *verdad* son significativas. Habla de *obedecer* a la verdad (*Romanos 2:8; Gálatas 3:7*); *seguir* la verdad (*Gálatas 2:14; 3 Juan 4*); *oponerse* a la verdad (*2 Timoteo 3:8*); *extraviarse* de la verdad (*Santiago 5:9*). Hay algo que podría llamarse «Cristianismo de tertulia.» Es posible considerar el Cristianismo como una serie de problemas intelectuales que hay que resolver, y en la Biblia como un libro sobre el cual hay que apilar información y datos. Pero el Cristianismo es algo que hay que vivir, y la Biblia es un libro que hay que obedecer. Es posible que la eminencia intelectual y el fracaso moral vayan de la mano. Para el cristiano, la verdad es algo, primero, que hay que descubrir; y luego, que hay que obedecer.

LAS PRUEBAS DE LA VERDAD

1 Juan 1:6s (continuación).

Para Juan hay dos grandes pruebas de la verdad.

(i) La verdad es la creadora de la comunión. Si estamos realmente andando en la luz, tenemos comunión unos con otros. Ninguna creencia que separe a una persona de las demás puede ser plenamente cristiana. Ninguna iglesia puede ser exclusiva, y seguir siendo Iglesia de Cristo. Lo que destruye la comunión no puede ser verdadero.

(ii) La sangre de Jesús le va limpiando cada día más y más del pecado al que de veras conoce la verdad. La Reina-Valera es bastante correcta aquí, pero se puede malentender. Dice: < La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado.> Eso se puede tomar como un gran principio; pero se refiere a lo que debería suceder en la vida individual. Lo que quiere decir es que todo el tiempo, día a día, constante y consistentemente, la sangre de Jesucristo lleva a cabo un proceso purificador en la vida del cristiano individual.

La palabra griega para *limpiar* es *katharizein*, que era en su origen una palabra ritual que describía las ceremonias y lavatorios que cualificaban a un hombre para acercarse a sus dioses. Pero la palabra, conforme fue desarrollándose la religión, adquirió un sentido moral, y describe la bondad que permite a una persona entrar a la presencia de Dios. Así es que, lo que Juan está diciendo es: « Si realmente sabes lo que ha obrado el sacrificio de Cristo, y estás experimentando de veras Su poder, día a día irás añadiendo santidad a tu vida, y capacitándote más para entrar a la presencia de Dios.>

Aquí se nos presenta una gran concepción. Considera el sacrificio de Cristo como algo que, no solamente expía los pecados pasados, sino que nos equipa de santidad día a día.

La verdadera religión es la que acerca más y más, día a día, a la persona a sus semejantes y a Dios. Produce la comunión con Dios y con los hombres. Y no existe la una sin la otra.

LA TRIPLE MENTIRA

1 Juan 1:6s (conclusión)

Juan acusa cuatro veces en su carta sin ambages a los falsos maestros de ser mentirosos; y la primera de estas cuatro se encuentra en este pasaje.

Los que pretenden tener comunión con el Dios Que es totalmente luz, y sin embargo andan en la oscuridad, están mintiendo (versículo 6). Un poco más tarde repite esta acusación de una manera un poco diferente. El que diga que conoce a Dios, y sin embargo no guarde Sus mandamientos, es un mentiroso (*1 Juan 2:4*). Juan está estableciendo la verdad indiscutible de que el que diga una cosa con sus labios y otra con sus 3bras es un mentiroso. No está pensando en la persona que hace todo lo posible, pero a veces falla. < Uno -dice H. G. Wells- puede que sea un mal músico, y sin embargo esté apasionadamente enamorado de la música.> Y uno puede que sea muy consciente de sus fallos, y sin embargo esté apasionadamente enamorado de Cristo y de Su camino. Juan está pensando en la persona que presenta las más elevadas pretensiones de conocimiento, de eminencia intelectual y espiritual, y que sin embargo se permite cosas que sabe muy bien que están prohibidas. El que profese amar a Cristo y Le desobedezca a sabiendas es culpable de falsedad.

(ii) El que niegue que Jesús es el Cristo es un mentiroso (*1 Juan 2:22*). Aquí tenemos algo que discurre por todo el Nuevo Testamento. La piedra de toque definitiva de una persona es su reacción a Jesús. La pregunta clave que Jesús dirige a cada persona es: <¿Quién dices tú que soy Yo?> (*Mateo 16:13*). Cuando uno se encuentra cara a cara con Cristo no puede por menos de ver Su grandeza; y si la niega, es un mentiroso.

(iii) El que diga que ama a Dios, y al mismo tiempo aborrezca a su hermano, es un mentiroso (*1 Juan 4:20*). El amor a Dios y el odio a un semejante no pueden coexistir en la misma

persona. Si hay rencor en el corazón de alguien hacia algún otro, eso es prueba de que no ama de veras a Dios. Todas nuestras protestas de amor a Dios son inútiles y falsas si hay odio en nuestro corazón hacia algún otro.

EL PROPIO ENGAÑO DEL PECADOR

1 Juan 1:8-10

Si decimos que no hay pecado en nosotros, nos engañamos a nosotros mismos y en nosotros no está la verdad. Si reconocemos nuestros pecados, podemos fiarnos de que Él, en Su justicia, nos perdone nuestros pecados y nos deje limpios de toda injusticia.

Si decimos que no hemos hecho nada malo, Le dejamos a Él por mentiroso, y Su Palabra no tiene cabida en nosotros.

En este pasaje Juan describe y condena otros dos errores fatales de pensamiento.

(i) Hay personas que dicen que no tienen pecado. Eso puede querer decir una de dos cosas.

Puede que describa al hombre que dice que no tiene responsabilidad por su pecado. Es bastante fácil encontrar excusas tras las cuales uno trata de esconderse. Podemos echarle las culpas de nuestros pecados a nuestra herencia biológica, a las circunstancias, a nuestro temperamento, a nuestra condición física.

Podemos pretender que fue otro el que nos indujo a pecar, y nos descarrió. Es característico de la naturaleza humana el tratar de sacudirse la responsabilidad por el pecado. O puede que describa al hombre que pretende que puede cometer pecado sin sufrir las consecuencias.

Juan insiste en que, cuando una persona ha pecado, sus excusas y justificaciones son irrelevantes. La única actitud que nos permite hacer frente a la situación es la confesión humilde y penitente a Dios y, si es necesario, a los hombres.

A continuación dice Juan una cosa alucinante. Dice que podemos depender de que Dios, *en Su justicia*, nos perdone si confesamos nuestros pecados. A primera vista habríamos pensado que Dios, *en Su justicia*, estaría más dispuesto a castigar que a perdonar. Pero el hecho es que Dios, porque es justo, nunca quebranta Su palabra; y la Escritura está llena de promesas de misericordia para con la persona que acude a Dios con un corazón arrepentido. Dios ha prometido no despreciar nunca el corazón contrito, y no va a quebrantar Su palabra. Si confesamos nuestros pecados con humildad y arrepentimiento, Él nos perdonará. El mismo hecho de presentar excusas y de tratar de autojustificarnos nos excluye de recibir el perdón, porque nos excluimos del arrepentimiento; el mismo hecho de la confesión humilde es el que abre la puerta para el perdón, porque solamente el que tiene un corazón arrepentido puede reclamar las promesas de Dios.

(ii) Hay personas que dicen que realmente no han pecado. Esa actitud no es ni mucho menos tan infrecuente como podríamos pensar. Incontables personas no creen realmente que han pecado, y hasta se ofenden de que se las llame pecadoras. Su equivocación es que creen que el pecado es sólo la clase de cosa que sale en los periódicos. Olvidan que *pecado es hamartía*, que quiere decir literalmente *no dar en el blanco*. Dejar de ser tan buen padre, madre, esposo, esposa, hijo, hija, obrero, persona como podríamos ser es *pecar*; y eso nos incluye a todos.

En cualquier caso, el que dice que no ha pecado está realmente nada menos que dejando a Dios por mentiroso, porque, según las Escrituras, Dios ha dicho claramente que todos hemos pecado.

Así es que Juan condena al que pretende estar tan avanzado en el conocimiento y en la vida espiritual que el pecado ha dejado de afectarle. Condena al que se exime de la responsabilidad por su pecado, o que mantiene que el pecado no

le afecta lo más mínimo. Condena al que ni siquiera se ha dado cuenta de que es un pecador. La esencia de la vida cristiana es, en primer lugar, darnos cuenta de nuestro pecado; y, seguidamente, acudir a Dios para recibir ese perdón que puede borrar el pasado y esa limpieza que puede hacer nuevo el futuro.

LA PREOCUPACIÓN DE UN PASTOR

1 Juan 2:1s

Hijitos míos, estoy escribiéndoos estas cosas para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos al Que defenderá nuestra causa ante el Padre, Jesucristo el Justo. Porque Él es el sacrificio propiciatorio por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por todo el mundo.

La primera cosa que debemos notar en este pasaje es el afecto sincero. Juan empieza por llamar a sus lectores «hijitos míos.» Tanto en latín y griego como en español los diminutivos denotan un afecto especial. Son palabras que se usan, como si dijéramos, con una caricia. Juan es un hombre muy anciano; debe de ser de hecho el último superviviente de su generación, el último hombre vivo de los que habían andado y hablado con Jesús en los días de Su carne. Desgraciadamente, muy a menudo los ancianos no simpatizan con los jóvenes, y hasta desarrollan una irritabilidad impaciente frente a las maneras nuevas y más libres de la generación más joven. Pero no Juan; en su ancianidad no da muestras nada más que de ternura para con los que son sus hijitos en la fe. Les está escribiendo para decirles que no deben pecar, pero no les echa la bronca. No tienen filo sus palabras; quiere conducirlos a la bondad a fuerza de amarlos. En estas palabras introductorias se ve el anhelo, la ternura afectiva de un pastor hacia las personas a las que ha conocido largo tiempo en todas sus debilidades y flaquezas, y sigue amando.

Su propósito al escribirles es que no pequen. Hay aquí una doble línea de pensamiento -con lo que precede y con lo que sigue. Hay un doble peligro de que piensen con ligereza en el pecado.

Juan dice dos cosas acerca del pecado. La primera, acaba de decir que el pecado es universal; cualquiera que diga que no ha cometido ningún pecado, es un mentiroso. Segunda, que hay perdón para los pecados en lo que Jesucristo ha hecho y sigue haciendo por los hombres. Ahora bien, sería posible usar estas dos afirmaciones como una excusa para pensar en el pecado con ligereza. Si todos hemos pecado, ¿por qué armar tanto jaleo acerca de ello, y de qué sirve luchar contra algo que es en cualquier caso una parte inevitable de la condición humana? Además, si hay perdón de pecados, ¿para qué preocuparse?

A la vista de esto Juan, como señala Westcott, tiene dos cosas que decir.

Primera, el cristiano es el que ha llegado a conocer a Dios; y el compañero inseparable del conocimiento debe ser *la obediencia*. Volveremos a esto más en detalle; pero de momento notamos que conocer a Dios y obedecer a Dios deben ser, como Juan deja bien claro, partes gemelas de la misma experiencia.

Segunda, el que pretenda permanecer en Dios (versículo 6) y en Jesucristo, debe vivir la misma clase de vida que Jesús vivió; es decir: la unión con Cristo conlleva necesariamente *la imitación* de Cristo.

Así es que Juan establece sus dos grandes principios éticos: el conocimiento conlleva la obediencia, y la unión conlleva la imitación. Por tanto, en la vida cristiana nunca puede haber nada que nos induzca a pensar en el pecado con ligereza.

JESUCRISTO, EL PARÁCLITO

1 Juan 2:1s (continuación)

Nos llevará un tiempo considerable el estudio de estos dos versículos, porque puede que no haya en todo el Nuevo Testamento otros dos versículos que expongan tan sucintamente la obra de Cristo.

Empecemos por plantear el problema. Está claro que el Cristianismo es una religión ética; eso es algo en lo que Juan hace hincapié. Pero también está claro que el hombre es a menudo un fracaso ético. Confrontado con las demandas de Dios, las admite y las acepta -y entonces fracasa en cumplirlas. Aquí, pues, hay una barrera infranqueable entre Dios y el hombre. ¿Cómo puede el hombre, un pecador, entrar alguna vez a la presencia del Dios tres veces santo? Ese problema se resuelve en Jesucristo. Y Juan usa en este pasaje dos grandes palabras acerca de Jesucristo que debemos estudiar, no simplemente para adquirir conocimiento intelectual, sino para comprender y así entrar a participar en los beneficios de Cristo.

Llama a Jesucristo *nuestro Abogado con el Padre*. La palabra es *paráklétos*, que en el Cuarto Evangelio traduce la Reina-Valera por Consolador (de acuerdo con el D.R.A.E., que define *paráclito* como «Nombre que se da al Espíritu Santo, enviado para consolador de los fieles»). Véase nota a *Juan 14:16* en la R-V'95). Es una palabra tan grande y tiene tras sí un pensamiento tan grande que debemos examinarla en detalle. *Paráklétos* procede del verbo *parakalein*. Hay algunos contextos en los que *parakalein* quiere decir *confortar*. Se usa con este sentido, por ejemplo, en *Génesis 37: 35*, donde se dice que todos los hijos e hijas de Jacob acudieron a *consolarle* por haber perdido a José. En *Isaías 61:2*, donde se dice que la función del profeta es *consolar* a todos los que están de luto; y en *Mateo 5:4*, donde se dice que los que lloran recibirán *consolación*. Pero ese no es, ni el más corriente ni el más literal sentido de *parakalein*; su sentido más corriente es *llamar a alguien al lado de uno* para usarle de alguna manera como ayuda y consejero. En griego ordinario ese es un uso muy corriente. Jenofonte (*Anábasis 1.6.5*) dice que *Ciro convocó (parakalein)* a Plearcos a su tienda para que fuera su consejero,

porque a Clearcos le tenían en muy alta estima. El orador griego Esquines protesta de que sus oponentes llamaran a su gran rival Demóstenes, y dice: «¿Por qué tenéis que llamar a Demóstenes en vuestra ayuda? Hacer eso es pedir que venga un retórico tramposo a seducir los oídos del jurado.» (*Contra Ctesifonte*, 200).

La palabra *paráklétos* está en la voz pasiva, y quiere decir literalmente *alguien que es llamado al lado de uno*; pero como siempre lo más importante es la razón por la que se llama, la palabra, -Aunque de forma pasiva, tiene un sentido activo, y llega a querer decir *ayudador, sustentador, y sobre todo testigo a favor de alguien, abogado* en la defensa de alguien. También es una palabra corriente en el griego secular ordinario. Demóstenes (*De Fals. Leg. 1*) habla de las oportunidades y del espíritu de partido de *abogados (paráklétoi)* que están al servicio de intereses privados en vez del bien público. Diógenes Laercio (x..50) menciona un dicho cáustico del filósofo Bión. Una persona muy charlatana buscó su ayuda en cierto asunto. Bión le dijo: «Haré lo que desees, con tal de que me mandes a alguien que me exponga tu caso (es decir, envía un *paráklétos*), pero tú mantente bien lejos.» Cuando Filón está hablando de la historia de José y sus hermanos dice que, cuando José les perdonó el mal que le habían hecho, dijo: « Os ofrezco una amnistía por todo lo que me hicisteis; no necesitáis otro *paráklétos*» (*Vida de José* 40). Filón nos dice que los judíos de Alejandría estaban siendo oprimidos por un cierto gobernador y decidieron presentarle su caso al emperador. « Debemos encontrar -dijeron- un *paráklétos* más poderoso que induzca al emperador Gayo a una actitud favorable a nosotros» (*Leg. in Flacc. 968 B*).

Tan corriente era esta palabra que pasó a otras lenguas simplemente transcrita. En el mismo Nuevo Testamento, las versiones siríaca, egipcia, árabe y etiópica conservan todas la palabra *paráklétos* sin traducirla. Especialmente los judíos adoptaron la palabra y la usaron con el sentido de *abogado, ad-vocatus*, alguien que defiende la causa de uno. La usaban como la contraria de *acusador, fiscal, y los rabinos* tenían este dicho acerca de lo que sucederá el Día del Juicio de Dios: « El hombre que guarde un mandamiento de la Ley se ha conseguido un *paráklétos*; el hombre que quebranta un mandamiento de la Ley se ha buscado un acusador.» También decían: «Si un hombre es citado ante el tribunal sobre un asunto capital necesita poderosos *paráklétoi* (el plural de la palabra) que le salven; el arrepentimiento y las buenas obras son *sus paráklétoi* en el juicio de Dios.» «Toda la justicia y la misericordia que haga un israelita en este mundo son gran paz y gran *paráklétoi* entre él y su Padre en el Cielo.» Decían que la ofrenda por el pecado era el *paráklétos* de un hombre ante Dios.

Así que la palabra entró en el vocabulario cristiano. En los días de las persecuciones y los mártires, un acusado cristiano llamó a Vetio Epagato para que defendiera hábilmente el caso de los que fueran acusados de ser cristianos. «Fue un abogado *paráklétos*- para los cristianos, porque tenía al Abogado en su vida, al Espíritu Santo» (Eusebio, *Historia Eclesiástica* 5:1). La *Carta de Bernabé* (20) habla de hombres malos que son los *abogados* de los ricos y los jueces injustos de los pobres. El autor de *Segunda de Clemente* pregunta: «¿Quién será vuestro *paráklétos* si no está claro que vuestras obras son justas y santas?» (2 *Clemente* 6:9).

Un *paráklétos* se ha desmido como «uno que presta su presencia a sus amigos.» Encontramos en el Nuevo Testamento más de una vez esta gran concepción de Jesús como el amigo y el defensor del hombre. En un juicio marcial, el oficial que defiende al soldado bajo acusación se llama el amigo del preso. Jesús es nuestro amigo. Pablo escribe acerca de ese Cristo que está a la diestra de Dios y «que intercede por nosotros» (*Romanos* 8:34). El autor de la *Carta a los Hebreos* habla de Jesucristo como el Que «siempre está vivo para hacer intercesión» por los hombres (*Hebreos* 7:25); y también habla de Él como «compareciendo en la presencia de Dios por nosotros» (*Hebreos* 9:24).

Lo más tremendo de Jesús es que no ha perdido nunca Su interés y Su amor por los hombres. No hemos de pensar en Él como alguien que ha pasado por la vida sobre la tierra, y la muerte en la Cruz, y ha terminado con la humanidad. Sigue asumiendo en Su corazón la preocupación por nosotros; sigue intercediendo por nosotros; Jesucristo es el amigo del preso para todos.

JESUCRISTO, LA PROPICIACIÓN

a

1 Juan 2:1s (conclusión)

Juan pasa a decir que Jesús es *la propiciación por nuestros pecados*. La palabra original es *hilasmós*. Esta es una imagen que nos es sumamente difícil captar. La figura del *abogado* es universal, porque todo el mundo tiene experiencia de un amigo que viene en su ayuda; pero la figura de *la propiciación* procede del *sacrificio*, y era más natural para los judíos que para nosotros. Para entenderla tenemos que captar las ideas básicas que subyacen en ella.

La gran finalidad de toda religión es la relación con Dios, conocerle como Amigo y entrar con gozo, no con miedo, a Su presencia. De aquí se sigue que el problema supremo de la religión es el pecado, que es lo que interrumpe la relación con Dios. Para resolver ese problema, surge todo el sistema del sacrificio. Por él se restaura la relación con Dios. Por eso los judíos ofrecían el sacrificio por el pecado; no por ningún pecado en particular, sino por el ser humano como pecador; y mientras existió el Templo se hizo esta ofrenda a Dios por la mañana y por la tarde. Los judíos ofrecían a Dios también sacrificios por los

pecados, es decir, por los pecados particulares. También tenían el Día de la Expiación, cuyo ritual estaba diseñado para expiar *todos* los pecados, conocidos o no. Este es el trasfondo con el que tenemos que ver en esta figura de la propiciación.

Como ya hemos dicho, la palabra griega para *propiciación* es *hilasmós*, y el verbo correspondiente es *hiláskesthai*. Este verbo tiene tres significados. (i) Cuando el sujeto es un hombre quiere decir *aplacar o pacificar* a alguien que ha sido dañado u ofendido, pero se usa sobre todo para aplacar a un dios. Es traer un sacrificio o cumplir un ritual por el que un dios, que ha sido ofendido por el pecado, se aplaca. (ii) Si el sujeto es Dios, el verbo quiere decir *perdonar*, porque entonces el significado es que Dios mismo provee el medio por el cual se restablece la relación perdida entre Él y los hombres. (iii) El tercer significado está relacionado con el primero. El verbo quiere decir a menudo realizar alguna obra por la que se quita la mancha de la culpa. Una persona peca; inmediatamente adquiere la mancha del pecado; le hace falta algo que, para usar la metáfora de C. H. Dodd, le *desinfecte* al hombre de esa mancha, y le permita volver a entrar a la presencia de Dios. En ese sentido *hiláskesthai* quiere decir, no propiciar, sino *expiar*; no tanto pacificar a Dios como desinfectar al hombre del contagio del pecado y capacitarle así de nuevo para estar en relación con Dios.

Cuando Juan dice que Jesús es el *hilasmós* por nuestros pecados está reuniendo en uno todos estos significados diferentes. Jesús es la persona por medio de Quien se eliminan la culpa por los pecados pasados y la infección del pecado presente. La gran verdad básica tras esta **palabra es que por medio de Jesucristo se restaura** y mantiene la relación con Dios.

Notemos todavía otra cosa. Según Juan lo ve, esta obra de Jesús fue realizada, no solamente por nosotros, sino por todo el mundo. Hay en el Nuevo Testamento una línea constante de pensamiento en la que se subraya la universalidad de la Salvación de Dios. De tal manera amó Dios *al mundo* que envió a Su Hijo (*Juan 3:16*). Jesús está seguro de que, cuando sea elevado en la Cruz, atraerá a Sí *a todos los hombres* (*Juan 12:32*). Dios quiere que *todos los hombres* sean salvos (*1 Timoteo 2:4*). Sería una osadía ponerle límites a la gracia y al amor de Dios o a la eficacia de la obra y el sacrificio de Jesucristo. Es verdad que el amor de Dios es más amplio que nuestras ideas, y en el mismo Nuevo Testamento se intuye una Salvación cuyos brazos abarcan a todo el mundo.

EL VERDADERO CONOCIMIENTO DE DIOS

1 Juan 2:3-6

Y es por esto por lo que sabemos que hemos llegado a copocerle: si guardamos Sus mandamientos. El que diga: «Yo he llegado a conocerle, > y no guarde Sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no tiene cabida en su vida. El amor de Dios llega a su plenitud en cualquier persona .que guarda Su Palabra. Esta es la manera de saber si estamos en Él: el que pretenda permanecer en él, debe vivir la misma clase de vida que Él vivió.

Este pasaje contiene frases y pensamientos que eran muy familiares en el mundo antiguo. Habla acerca de *conocer a Dios*, y de *estar en Dios*. Es importante que veamos dónde está la diferencia entre el mundo pagano en toda su grandeza y el judaísmo y el Cristianismo. Conocer a Dios, permanecer en Dios, tener relación con Dios siempre ha sido el anhelo del corazón humano, porque Agustín tenía razón cuando decía que Dios nos ha hecho para Sí mismo, y que nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran su reposo en Él. Podemos decir que en el mundo antiguo había tres líneas de pensamiento en relación con el conocimiento de Dios.

(i) En la gran era clásica de su pensamiento y literatura, en los siglos VI y V antes de Cristo, los griegos estaban convencidos de que podían llegar a Dios por un proceso de razonamiento y búsqueda intelectual. En *El mundo del Nuevo Testamento*, T. R. Glover tiene un capítulo sobre Los *griegos* en el que brillante e interesantemente bosqueja el carácter de la mente griega en sus grandes días, cuando los griegos glorificaban el intelecto. < Sería difícil encontrar un pensador más profundo y preciso que Platón,» decía Marshall Macgregor. Jenofonte nos cuenta la conversación que tuvo Sócrates con un joven. «¿Cómo sabes tú eso? -preguntó Sócrates-. ¿Lo sabes de veras, o lo supones?» El joven tuvo que confesar: « Lo supongo.» «Muy bien -respondió Sócrates-. Cuando hayamos pasado del suponer al saber podremos hablar de esto.» Las suposiciones no eran suficientemente buenas para el pensador griego.

Para el griego clásico la curiosidad no era un defecto, sino la más grande de las virtudes, porque era la madre de la filosofía. Glover escribe sobre esta actitud: «Hay que examinarlo todo; el mundo entero es el campo de estudio del hombre; no hay pregunta que le sea impropio al hombre hacer; la naturaleza tiene que acabar por dar la cara y responder; Dios mismo tiene que explicarse a Sí mismo; porque, ¿es que no hizo así al hombre?» Para los griegos de la gran era clásica el camino hacia Dios pasaba por la inteligencia.

Hay que notar que un enfoque intelectual a la religión no tiene que ser ético por necesidad. Si la religión es una serie de problemas mentales, si Dios es la meta que nos espera al final de una actividad mental intensa, la religión se convierte en algo así como las matemáticas superiores. Llega a ser cuestión de satisfacción intelectual y no de acción moral; y el hecho escueto es que muchos de los grandes pensadores griegos no eran precisamente morales. Aun hombres tan grandes como Platón y Sócrates

no veían nada malo en la homosexualidad. Uno podía conocer a Dios en el sentido intelectual, pero eso no tenía por qué hacerle una buena persona.

(ii) Los griegos posteriores, en el trasfondo inmediato del Nuevo Testamento, trataban de encontrar a Dios en la experiencia emocional. El fenómeno religioso característico de aquellos días eran las religiones misteriosas. Sea cual fuere nuestro punto de vista de la historia de la religión, tenían unas características sorprendentes. Su objetivo era la unión con lo divino, y todas tomaban la forma de autos de pasión. Se fundaban en la historia de algún dios que vivía, y sufría terriblemente, y moría cruelmente, y resucitaba. Al iniciado se le daba un largo curso de instrucción; se le hacía practicar la disciplina ascética. Se le trabajaba emocionalmente, guiándole a un punto álgido de expectación y sensibilidad emocional. Entonces se le permitía pasar al auto de pasión en el que se representaba en la escena la historia de un dios doliente, que moría, y que resucitaba. Todo estaba diseñado para producir una atmósfera emocional. Había una iluminación sofisticada, una música sensual; un perfume de incienso, una liturgia maravillosa. En esta atmósfera se representaba la historia, y el iniciado se identificaba con las experiencias del dios hasta que podía exclamar: « ¡Yo soy tú, y tú eres yo!»; hasta que compartía el sufrimiento del dios y también su victoria e inmortalidad. Esto no era tanto *conocer* a Dios como *sentir* a Dios. Pero era una experiencia altamente emocional; y, como tal, era pasajera por fuerza. Era una especie de droga religiosa. Pretendía encontrar a Dios en una experiencia anormal, y su objetivo era escapar de la vida ordinaria.

(iii) Por último estaba la manera judía de conocer a Dios, que estaba íntimamente relacionada con la manera cristiana. Para el judío, el conocimiento de Dios venía, no de la especulación humana, ni por una experiencia exótica de emoción, sino por la propia revelación de Dios. El Dios que Se revelaba a Sí mismo era un Dios santo, y Su santidad conllevaba la obligación para el adorador de ser él también santo. A. E. Brooke dice: «Juan no puede concebir ningún conocimiento real de Dios que no desemboque en la obediencia.» El conocimiento de Dios se puede demostrar solamente por la obediencia a Dios; y el conocimiento de Dios se puede ganar solamente mediante la obediencia a Dios. C. H. Dodd dice: «Conocer a Dios es experimentar Su amor en Cristo, y devolver ese amor en obediencia.»

Aquí estaba el problema para Juan. En el mundo griego estaba frente a personas que veían a Dios como un ejercicio intelectual, y que podían decir: « Yo conozco a Dios» sin ser conscientes de ninguna obligación ética. En el mundo griego se enfrentaba con personas que habían tenido una experiencia emocional, y que podían decir: «Yo estoy en Dios y Dios está en mí,» y que sin embargo no veían a Dios en términos de mandamientos en absoluto.

Juan está decidido a establecer de manera inequívoca y sin compromiso alguno que la única manera en que podemos mostrar que conocemos a Dios es obedeciéndole, y la única manera en que podemos mostrar que estamos unidos a Cristo es la imitación de Cristo. El Cristianismo es la religión que ofrece el mayor privilegio y que impone la mayor obligación. El esfuerzo intelectual y la experiencia emocional no se menosprecian -¡lejos de ello!- pero deben combinarse para desembocar en la acción moral.

EL MANDAMIENTO VIEJO Y NUEVO

1 Juan 2:7s

Amados, no es ningún mandamiento nuevo el que os estoy transmitiendo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio. El mandamiento antiguo es la Palabra que habéis oído. Pero también es un nuevo mandamiento el que os estoy transmitiendo, algo que es verdadero en Él y en vosotros; porque las tinieblas van pasando, y la luz ya está brillando.

Amados es una palabra favorita de Juan al dirigirse a su pueblo (cp. 3:2,21; 4:1,7; 3 Juan 1:2,5,11). El acento dominante de sus escritos es el amor. Como decía Westcott: «San Juan, cuando insiste en el mandamiento del amor, aporta su ejemplo.» Hay aquí algo muy precioso. Mucho de esta carta es una advertencia; y parte de ella, una reprobación. Cuando estamos advirtiendo o reprendiendo a otros, es tan fácil adoptar un tono fríamente crítico; es tan fácil echar la bronca; es hasta posible complacerse en ver a los otros achicarse bajo el látigo verbal. Pero, hasta cuando tiene que decir cosas dolorosas, el acento de la voz de Juan es el amor. Había aprendido la lección que debe aprender todo padre, o predicador, o maestro, o líder: a decir la verdad con amor.

Juan habla de un mandamiento que es al mismo tiempo viejo y nuevo. Algunos tomarían esto como una referencia al mandamiento que se implica en el versículo 6, que el que permanezca en Jesucristo debe vivir la misma clase de vida que su Maestro. Pero es casi seguro que Juan está pensando en las palabras de Jesús en el Cuarto Evangelio: « Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros; como Yo os he amado, que también os améis los unos a los otros» (Juan 13:34). ¿En qué sentido era ese mandamiento tanto antiguo como nuevo?

(i) Era antiguo en el sentido de que ya estaba en el Antiguo Testamento. ¿No decía la Ley: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo?» (Levítico 19:18). Era antiguo en el sentido de que esta no era la primera vez que la audiencia de Juan lo había

escuchado. Desde el mismísimo primer día de su incorporación a la vida cristiana les habían enseñado que la ley del amor había de ser la ley de su vida. Este mandamiento había recorrido un largo camino en la Historia, y también en las vidas de los destinatarios de esta carta.

(ii) Era nuevo porque se había elevado a un nivel completamente nuevo en la vida de Jesús -y era como Jesús había amado a los hombres como los hombres habían ahora de amarse unos a otros. Bien podría decirse que la humanidad no sabía realmente lo que era el amor hasta que lo vio en Jesús. En todas las esferas de la vida es posible que una cosa sea antigua en el sentido de que ha existido desde mucho antes, y sin embargo alcance un nivel totalmente nuevo por la actuación de alguien. Un juego puede llegar a ser nuevo para

una persona cuando ha visto jugarlo a un gran maestro. Una pieza de música puede llegar a ser algo nuevo para una persona que se la ha escuchado a una gran orquesta bajo la batuta de un gran director. Hasta un plato de comida puede llegar a ser una cosa nueva para el que lo prueba cuando lo ha preparado alguien que tiene el genio de la cocina. Una cosa antigua se puede convertir en una nueva experiencia en las manos de un maestro. En Jesús, el amor llegó a ser nuevo en dos direcciones.

(a) Llegó a ser nuevo por *la amplitud que alcanzó*. En Jesús el amor alcanza hasta *al pecador*. Para el rabino judío ortodoxo, el pecador era una persona a la que Dios quería destruir. «Hay gozo en el Cielo -decían- cuando un pecador desaparece de la tierra.» Pero Jesús fue el amigo de los marginados y de los pecadores, y estaba seguro de que había gozo en el Cielo cuando un pecador volvía al hogar. En Jesús el amor alcanza hasta *a los gentiles*. Según algún rabino lo veía, «los gentiles fueron creados por Dios para servir de leña en los fuegos del infierno.» Pero para Jesús Dios amaba *al mundo* de tal manera que dio a Su Hijo. El amor llegó a ser algo nuevo en Jesús porque Él extendió sus fronteras hasta que no quedó nadie fuera de su abrazo.

(b) Llegó a ser nuevo por *los límites a los que llegó*. Ninguna falta de reacción, nada que pudiéramos hacerle nunca podía convertir en odio el amor de Jesús. Él pudo hasta pedir a Dios que tuviera misericordia de los que Le estaban clavando a la Cruz.

El mandamiento del amor era antiguo en el sentido de que se conocía desde hacía mucho; pero era nuevo porque en Jesucristo el amor alcanzó un nivel que no había alcanzado nunca antes, y era conforme a ese nivel como nos mandaba amar.

LA DERROTA DE LA OSCURIDAD

1 Juan 2:7s (conclusión)

Juan pasa a decir que este mandamiento del amor se ha hecho realidad en Jesucristo y también en las personas a las que dirige su carta. Para Juan, como ya hemos visto, la verdad no es solamente algo que hay que captar con la mente, sino algo que hay que poner por obra. Lo que quiere decir es que el mandamiento del amor mutuo es la verdad suprema; en Jesucristo podemos ver ese mandamiento en toda la gloria de su plenitud; en Él ese mandamiento se hace verdad; y en el cristiano podemos verlo, no en la plenitud de su verdad, pero sí llegando a ser realidad. Para Juan, el Cristianismo es un progreso en el amor.

Pasa luego a decir que la luz ya está brillando, y las tinieblas están pasando. Esto hay que leerlo en su contexto histórico. Para cuando Juan estaba escribiendo, al final del primer siglo, las ideas estaban cambiando. En los primeros días de la Iglesia se había estado esperando la Segunda Venida de Jesús como un acontecimiento repentino e inminente. Cuando aquello no tuvo lugar, no abandonaron la esperanza, sino permitieron que la experiencia la cambiara. Para Juan la Segunda Venida de Cristo no es un acontecimiento dramático y repentino, sino un proceso en el cual las tinieblas van siendo derrotadas paulatinamente por la luz; y el final del proceso será un mundo en el que las tinieblas hayan sido derrotadas totalmente, y la luz haya triunfado en toda la línea.

En este pasaje y en los versículos 10 y 11, la luz se identifica con el amor, y la oscuridad con el odio. Eso es decir que el fin de este proceso es un mundo en el que reine el amor, y el odio haya sido desterrado. Cristo ha entrado en el corazón de una persona cuando toda su vida es gobernada por el amor; y Él habrá entrado en el mundo de los hombres cuando todos obedezcan Su mandamiento del amor. La Venida y el Reino de Jesús son equivalentes a la venida y el reinado del amor.

AMOR Y ODIO, LUZ Y OSCURIDAD

1 Juan 2:9-11

El que diga que está en la luz, y al mismo tiempo aborrezca a su hermano, está todavía en las tinieblas. El que ame a su hermano permanece en la luz, y no hay nada en él que le haga vacilar. El que aborrezca a su hermano está en las tinieblas y anda en las tinieblas, y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

Lo primero que nos impacta en este pasaje es que Juan ve las relaciones personales en blanco y negro. En relación con nuestro hermano hombre no hay más que amor u odio; según lo ve Juan, no hay tal cosa como neutralidad en las relaciones personales. Según lo expresa Westcott: «La indiferencia es imposible; no hay crepúsculos en el mundo espiritual.»

Hay que notar además que de lo que está hablando Juan es de la actitud de un hombre hacia su *hermano*; es decir, el vecino de al lado, el que vive y trabaja con él, con el que está en contacto todos los días. Hay una supuesta actitud cristiana que predica con entusiasmo el amor a las gentes de otras tierras, pero que nunca busca ninguna clase de relación con el vecino de al lado, ni tan siquiera vivir en paz con el propio círculo familiar. Juan insiste en el amor hacia la persona con la que estamos diariamente en contacto. Como decía A. E. Brooke, esto no es «una filosofía insípida, ni un pretendido cosmopolitismo;» es algo inmediato y práctico.

Juan tiene toda la razón del mundo cuando traza una aguda distinción entre la luz y la oscuridad, el amor y el odio, sin matices intermedios. No podemos pasar por alto a nuestro hermano; es parte de nuestra circunstancia. La cuestión es, *¿cómo* le consideramos?

(i) Podemos considerar a nuestro hermano hombre como *prescindible*. Podemos hacer todos nuestros planes sin incluirle

de ninguna manera en nuestros cálculos. Podemos vivir con la suposición de que su necesidad y su dolor y su bienestar y su salvación no tienen nada que ver con nosotros. Una persona puede ser tan egocéntrica -a menudo inconscientemente- que lo único que le importa en el mundo es ella misma.

(ii) Podemos mirar a nuestro hermano hombre con *desprecio*. Le podemos tratar como un necio en comparación con nuestros logros intelectuales, y como alguien de cuya opinión podemos prescindir totalmente. Puede que le consideremos, como los griegos a los esclavos, una casta inferior aunque necesaria, bastante útil para las tareas vulgares de la vida, pero que no se puede comparar con nosotros.

(iii) Podemos considerar a nuestro hermano hombre como *un fastidio*. Puede que reconozcamos que la ley y los convencionalismos le han dado un cierto derecho sobre nosotros, pero que no es nada más que una desgraciada imposición. Así es que uno puede considerar como lamentable cualquier contribución que tenga que hacer a la caridad, y cualquier impuesto que tenga que pagar para el bienestar social. Algunos consideran en lo más íntimo de su corazón que los que se encuentran en una condición de pobreza o de necesidad, lo mismo que todos los demás marginados, no son más que un fastidio.

(iv) Puede que consideremos a nuestro hermano hombre *un enemigo*. Si consideramos que la competencia es el principio fundamental de la vida, tendrá que ser así. Cualquier otra persona de la misma profesión o negocio es un competidor en potencia, y por tanto un enemigo en potencia.

(v) Puede que consideremos a nuestro hermano hombre *un hermano*; sus necesidades, como si fueran nuestras; sus intereses, como si fueran nuestros, y el estar en la debida relación con él como el verdadero gozo de la vida.

EL EFECTO DEL AMOR Y DEL ODIO

1 Juan 2:9-II (conclusión)

Juan tiene algo más que decir. Tal como él lo ve, nuestra actitud hacia nuestro hermano hombre tiene un efecto, no sólo en él, sino también en nosotros.

(i) Si amamos a nuestro hermano, estamos caminando en la luz y no hay nada en nosotros que nos haga tropezar. El original griego podría querer decir que, si amamos a nuestro hermano, no habrá nada en nosotros que *le* haga tropezar; y, por supuesto, eso sería perfectamente cierto. Pero es mucho más probable que lo que Juan quiere decir sea que, si amamos a nuestro hermano, no hay nada en nosotros que nos haga, *a nosotros*, tropezar. Es decir, que el amor nos permite hacer progreso en la vida espiritual, y el odio lo hace imposible. Cuando pensamos en ello, eso es perfectamente obvio. Si Dios es amor, y si el mandamiento nuevo de Cristo es el amor, entonces el amor nos acerca a las personas y a Dios, y el odio nos separa de las personas y de Dios. Deberíamos recordar siempre que el que tiene odio o resentimiento en su corazón no puede nunca crecer en la vida espiritual.

(ii) Juan pasa a decir que el que odia a su hermano camina en tinieblas y no sabe adónde va porque las tinieblas le ciegan. Es decir, que el odio vuelve a las personas ciegas; y esto también es perfectamente obvio. Cuando uno tiene odio en el corazón, se le oscurece la capacidad de juicio; no puede ver claramente una situación. No es nada raro ver a una persona oponerse a un buen proyecto simplemente porque no le cae bien la persona que lo presenta. Una y otra vez el progreso en algún esquema de iglesia o de cualquier otra sociedad se interrumpe por animosidades personales. Nadie puede dar un veredicto sobre nada si tiene odio en su corazón, ni tampoco dirigir su propia vida como debe cuando le domina el odio.

El amor le permite a uno andar en la luz; el odio le deja a uno en la oscuridad -aunque no se dé cuenta.

RECORDANDO QUIÉNES SOMOS

1 Juan 2:12-14

Os estoy escribiendo a vosotros, hijitos, porque se os han perdonado vuestros pecados por causa de Su nombre.

Os estoy escribiendo a vosotros, padres, porque habéis llegado a conocer al Que es desde el principio.

Os estoy escribiendo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno.

Os he escrito a vosotros, pequeñitos, porque habéis llegado a conocer al Padre.

:Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis llegado a conocer al Que es desde el principio.

Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno.

Este es un pasaje precioso; y sin embargo, a pesar de toda su belleza, presenta sus problemas de interpretación. Empezaremos por notar dos cosas que son seguras.

Primera, en cuanto a su forma, este pasaje no es exactamente poesía, pero sí es algo que se le parece. Y esto se ha de tener en cuenta en su interpretación.

Segunda, en cuanto a su contenido, Juan le ha estado advirtiendo a su pueblo de los peligros de la oscuridad y de la necesidad de andar en la luz, y ahora dice que en todos los casos su mejor defensa está en recordar lo que son y lo que se ha hecho por ellos. Sean quienes sean, sus pecados les han sido perdonados; sean quienes sean, conocen al Que es desde el principio; sean quienes sean, tienen la fuerza que puede enfrentarse al Maligno y vencerle. Cuando aconsejaron a Nehemías que buscara cobardemente su seguridad, su respuesta fue: «¿Un hombre como yo ha de huir?» (*Nehemías 6:11*). Y cuando el cristiano es tentado, su respuesta bien puede ser:

«¿Debe un hombre como yo rebajarse a esta locura, o mancharse las manos con esta guarrería?» La persona que ha sido perdonada, que conoce a Dios y que es consciente de que puede reclamar una fuerza superior a la suya tiene una gran defensa contra la tentación al recordar sencillamente estas cosas.

Pero en este pasaje hay problemas. El primero es bien sencillo. ¿Por qué dice Juan tres veces *estoy escribiendo*, y otras tres veces *Os he escrito*? La Vulgata traduce ambas por el presente, *scribo*; y se ha sugerido que Juan cambia de tiempo simplemente para evitar la monotonía que producirían seis tiempos presentes seguidos. También se ha sugerido que los tiempos pasados son lo que se llama en griego *el aoristo epistolar*. Los autores de cartas griegas tenían la costumbre de usar el pasado en vez del presente para ponerse en la posición del lector. Para *el escritor* de una carta, una cosa puede que fuera *presente*, porque estaba sucediendo en ese momento; pero para *el lector* de la carta sería *pasada*, porque para entonces ya habría sucedido. Para poner un ejemplo sencillo: Un escritor de carta griega podría decir igualmente bien: «Hoy voy al pueblo,» u «Hoy fui al pueblo.» Ese es el *aoristo epistolar* o del *autor de cartas*. Si fue así aquí, no hay realmente ninguna diferencia entre el *estoy escribiendo* y el *he escrito* de Juan.

Es más probable que la interpretación sea la siguiente. Cuando Juan dice *estoy escribiendo* está pensando en lo que está escribiendo en ese preciso momento y lo que todavía tiene que decir; pero cuando dice *he escrito* está pensando en lo que ya les ha escrito a sus corresponsales, y ellos lo han leído. El sentido sería entonces que la totalidad de la carta, la parte ya escrita, la que se está escribiendo y la que está por escribirse, todo está diseñado para recordarles a los cristianos quién y cuyos son, y qué se ha hecho por ellos.

Para Juan tenía una importancia suprema el que el cristiano recordara su posición y los beneficios que tenía en Jesucristo, porque estas cosas serían su defensa contra el error y contra el pecado.

EN CADA ETAPA

1 Juan 2:12-14 (continuación)

El segundo problema que se nos presenta es más difícil, y también más importante. Juan usa tres títulos para dirigirse a los que está escribiendo: los llama *hijitos*; en el versículo 12. la palabra griega es *teknía*, y en el versículo 13 *paidía*; *teknía* indica un niño pequeño de edad, y *paidía* un niño pequeño en experiencia y, por tanto, necesitado de enseñanza y disciplina. Los llama *padres*. Los llama *jóvenes*. La cuestión es: ¿A quién está escribiendo Juan? Se han propuesto tres respuestas.

(i) Se ha sugerido que debemos tomar estas palabras como representando a tres grupos de edades en la iglesia -niños, padres y jóvenes. *Los niños* tienen la dulce inocencia de la niñez y del perdón. *Los padres* tienen la sabiduría madura que se alcanza con la experiencia cristiana. *Los jóvenes* tienen la fuerza que les permite ganar su batalla personal con el Maligno. Esto es de lo más atractivo; pero hay tres razones que nos hacen dudar de adoptarlo como el único sentido del pasaje.

(a) *Hijitos* es una de las expresiones favoritas de Juan. La usa también en 2:1,28; 3:7; 4:4; 5:21; y está claro que en los otros casos no está pensando en *niños* en términos de edad, sino en cristianos de los que él mismo es el padre espiritual. Para entonces debe de encontrarse muy cerca de los cien años de edad; todos los miembros de sus iglesias pertenecían a una generación mucho más joven, y para él eran todos niñitos de la misma manera que un maestro o profesor puede seguir hablando de sus *chicos* cuando ya son hombres hechos y derechos.

(b) El hecho de que el pasaje es poético nos hace pensar dos veces antes de adoptar una interpretación literal y prosaica tomando como intencionada una clasificación tan seca y exacta. El literalismo y la poesía no se dan fácilmente juntos.

(c) Tal vez la mayor dificultad está en que las bendiciones de las que habla Juan no son posesión exclusiva de ninguna

edad. El perdón no pertenece exclusivamente a los niños; un cristiano puede ser joven en la fe y tener sin embargo una madurez maravillosa; la fuerza para vencer al tentador no pertenece -a Dios gracias- exclusivamente a la juventud. Estas bendiciones pertenecen a toda la vida cristiana y no solamente a una cierta edad.

No decimos que no haya una idea de grupos por edades en este pasaje. La hay sin duda; pero Juan tiene una manera de decir las cosas que se puede tomar de dos formas, una más estrecha y otra más amplia; y, aunque el sentido más estrecho también está aquí, debemos ir más allá de él para encontrar el significado pleno.

(ii) Se ha sugerido que hemos de encontrar aquí dos grupos. El razonamiento es que *hijitos o niñitos* describe a *los cristianos en general*, y que los cristianos en general se dividen en dos grupos: los padres y los jóvenes, es decir, los jóvenes y los ancianos, los maduros y los que no lo son todavía. Eso es perfectamente posible, porque el pueblo de Juan debe de haberse acostumbrado hasta tal punto a que él los llamara *hijitos* míos que no relacionarían esta expresión con una edad determinada, y todos se incluirían en esa categoría.

Se sugiere que en cada caso las palabras incluyen a *todos* los cristianos, y que no se pretende ninguna clasificación. *Todos* los cristianos parecen chiquillos, porque todos pueden recuperar la inocencia por el perdón de Jesucristo. *Todos los* cristianos son como padres, plenamente maduros, responsables, que pueden pensar y aprender su camino cada vez más profundamente hacia el pleno conocimiento de Jesucristo. Todos los cristianos son como los jóvenes, con una energía vigorosa para luchar y ganar sus batallas contra el tentador y su poder. Podemos empezar por tomar estas palabras como una clasificación de los cristianos en tres grupos, por edades; pero llegamos a ver que las bendiciones de cada grupo son las de todos los grupos, y que cada uno de nosotros se encuentra incluido en todos los grupos.

LOS DONES DE DIOS EN CRISTO

1 Juan 2:12-14 (conclusión)

Este pasaje presenta claramente los dones de Dios a todos los hombres en Jesucristo.

(i) Está el don del *perdón por medio de Jesucristo*. Este era el mensaje esencial del Evangelio y de los primeros predicadores. Fueron enviados a predicar el arrepentimiento y el perdón de los pecados (*Lucas 24:47*). Fue el mensaje de Pablo en Antioquía de Pisidia que a todos los hombres se proclamaba mediante Jesucristo el perdón de pecados (*Hechos 13:38*). Ser perdonado es estar en paz con Dios, y ese es precisamente el don que; Jesús trajo a los hombres.

Juan usa la curiosa frase *por medio de Su nombre* (versículo 12). El perdón viene *por medio del nombre* de Jesucristo. Los judíos usaban *el nombre* de una manera muy especial. El nombre no es simplemente la palabra por la que se llama a una persona; representa todo el carácter de una persona en tanto en cuanto se ha dado a conocer a los demás. Este uso es muy corriente en el *Libro de los Salmos*. «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre» (*Salmo 9:10*). Está claro que esto no quiere decir que los que saben que Dios se llama *Jehová* pondrán su confianza en Él, sino que los que conocen la naturaleza de Dios en tanto en cuanto ha sido revelada a los hombres estarán dispuestos a poner su confianza en Él, porque saben cómo es. El salmista ora: «Por amor de Tu nombre, oh Señor, perdona mi culpa» (*Salmo 25:11*), que, para todos los intereses y propósitos quiere decir *por causa de Tu amor y misericordia*. La base de la oración del salmista es el carácter de Dios como él sabe que Dios es. «Por amor de Tu nombre -dice el salmista-, condúceme y guíame» (*Salmo 31:3*). Puede presentar su petición solamente porque conoce *el nombre* -el carácter de Dios. «Algunos presumen de carros de combate -dice el salmista-, y otros de su caballería; pero nosotros confiamos en el nombre del Señor nuestro Dios»

(*Salmo 20:7*). Algunas personas ponen su confianza en las cosas terrenales; pero nosotros confiaremos en Dios, porque conocemos Su naturaleza.

Así es que Juan quiere decir que se nos asegura el perdón porque conocemos el carácter de Jesucristo. Sabemos que en Él vemos a Dios. Vemos en Él el amor sacrificial y la paciente misericordia; por tanto sabemos que así es Dios, y por tanto podemos estar seguros de que hay perdón para nosotros.

(ii) Está el don del *creciente conocimiento de Dios*. Sin duda Juan estaba pensando en su propia experiencia. Ya era un hombre muy anciano; estaba escribiendo alrededor del año 100 d.C. Había vivido con Cristo setenta años, en los cuales había pensado en Él y llegado a conocerle mejor de día en día. Para los judíos, el conocimiento no era algo meramente intelectual. Conocer a Dios no era simplemente conocerle con el conocimiento del filósofo; era conocerle como se conoce a un amigo. En hebreo *conocer* se usa de la íntima relación entre el esposo y la esposa, y especialmente el acto sexual, la más íntima de todas las relaciones (cp. *Génesis 4:1*). Cuando Juan habla del creciente conocimiento de Dios no quería decir que el cristiano llegara a ser un teólogo eminente; quería decir que a lo largo de los años llegaría a una relación más íntima con Dios.

(iii) Está el *don de la fuerza victoriosa*. Juan considera la lucha con la tentación como una lucha personal. No habla en abstracto de conquistar el mal; habla de conquistar al Maligno. Ve el mal como un poder personal que trata de apartarnos de Dios. Una vez Robert Louis Stevenson, hablando de una experiencia que él nunca contó en detalle dice: «¿Conocéis la estación de ferrocarril de Edimburgo? Una vez yo me encontré allí con Satanás.» Seguramente no hay nadie que no haya experimentado el ataque del tentador, el asalto personal sobre su virtud o su lealtad. Es en Cristo en Quien recibimos el poder para resistir y vencer este ataque. Para tomar una analogía humana muy sencilla -todos sabemos que hay algunas personas en cuya presencia es fácil ser malo, y otras en cuya presencia es necesario ser **bueno. Cuando andamos con Jesús,**

estamos andando con Alguien Cuya compañía nos puede permitir vencer los asaltos del Maligno.

COMPITIENDO POR EL CORAZÓN HUMANO

1 Juan 2:15-17

No améis el mundo ni las cosas del mundo. Si uno ama el mundo, el amor del Padre no está en él; porque todo lo que hay en el mundo -el deseo de la carne, el deseo de los ojos, la vanagloria de la vida-no proceden del Padre, sino del mundo. Y el mundo y las cosas del mundo que deseamos son pasajeros; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Era característico del mundo antiguo ver el mundo en términos de dos principios en conflicto. Lo vemos muy claramente en el zoroastrismo, la religión de los persas.. Era una religión con la que los judíos habían estado en contacto, y que había dejado su impronta en el pensamiento judío. El zoroastrismo veía el mundo como el campo de batalla entre las fuerzas opuestas de la luz y de la oscuridad. El dios de la luz era Ahura-Mazdá, y el de la oscuridad Angra-Mainyu. Y la decisión suprema de la vida era qué lado se iba a servir. Todas las personas tenían que decidir aliarse ya fuera a la luz o a la oscuridad; ese era un dilema que los judíos conocían muy bien.

Pero para los cristianos la escisión entre el mundo y la Iglesia tenía otro trasfondo. Los judíos tenían desde hacía muchos siglos una creencia básica que dividía el tiempo en dos edades: *esta edad presente*, que era totalmente mala, y la *edad por venir*, que era la edad de Dios y, por tanto, totalmente buena. Era una creencia básica de los cristianos que en Cristo la era por venir había llegado, el Reino de Dios estaba ya aquí; pero el Reino de Dios no se había introducido en el mundo,

ni había venido para el mundo, sino solamente a la Iglesia y para la Iglesia. De ahí que el cristiano estuviera abocado a trazar un contraste. La vida del cristiano dentro de la Iglesia era la de la era por venir, que era totalmente buena; por otra parte, el mundo estaba todavía viviendo en esta era presente, que era totalmente mala. La consecuencia inevitable de esta dualidad era una completa escisión entre la Iglesia y el mundo, entre los cuales no podría nunca haber ningún entendimiento, ni siquiera por compromiso temporal.

Pero debemos procurar entender debidamente lo que Juan quería decir por el mundo, el *kosmos*. El cristiano no odiaba *el mundo como tal*. Era la creación de Dios, y Dios lo había hecho bien. Jesús había amado la belleza del mundo; ni siquiera Salomón, con toda su gloria, se había vestido como una de las amapolas que florecían y morían en un día. Una y otra vez Jesús tomaba sus ilustraciones del mundo. En ese sentido el cristiano no odiaba el mundo. La Tierra no pertenecía al diablo, sino era del Señor, con todo lo que contenía. Pero *kosmos* adquirió un sentido moral. Empezó por querer decir *el mundo que está separado de Dios*. C. H. Dodd define este sentido del *kosmos* diciendo: < Nuestro autor se refiere a la sociedad humana que se organiza sobre principios falsos y se caracteriza por deseos bajos, falsos valores y egoísmo. » En otras palabras: para Juan *el mundo no era más que la sociedad pagana*, con sus falsos valores y dioses falsos.

El mundo en este pasaje no quiere decir el mundo en general, porque Dios amaba al mundo que había hecho; quiere decir el mundo que, de hecho, había olvidado al Dios que lo había hecho.

Sucedía que había un factor en la situación del pueblo de Juan que hacía aún más peligrosas las circunstancias. Está claro que, aunque los cristianos fueran impopulares, no los estaban persiguiendo. Por tanto estaban bajo la tentación peligrosa de llegar a un acuerdo con el mundo. Siempre es difícil ser diferente de los demás, y el serlo se les hacía especialmente difícil a los cristianos en aquellas circunstancias.

Hasta día de hoy el cristiano no ha podido nunca evadirse de la obligación de ser diferente del mundo. En este pasaje Juan ve las cosas como siempre las veía: en blanco y negro. Como lo expresó Westcott: < No puede haber un vacío en el alma. » Esta es una cuestión en la que no cabe la neutralidad: o se ama el mundo, o se ama a Dios. Jesús mismo lo dijo: «Nadie puede servir a dos amos» (Mateo 6:24). La decisión definitiva sigue siendo la misma. ¿Vamos a aceptar los principios del mundo, o los de Dios?

UNA VIDA SIN FUTURO

1 Juan 2:1517 (conclusión)

Juan tiene dos cosas que decir acerca del que ama el mundo y se compromete con él.

Primera, presenta tres pecados que son típicos del mundo.

(i) Está *el deseo de la carne*. Esto quiere decir mucho más que lo que nosotros entendemos por los *pecados de la carne*. Muchas veces esto se limita exclusivamente a los pecados sexuales. Pero en el Nuevo Testamento *la carne* es la parte de nuestra naturaleza que, cuando está fuera de la gracia de Jesucristo, ofrece una cabeza de puente al pecado. De hecho incluye los pecados de la carne, pero también todas las ambiciones mundanas y los objetivos egoístas. El estar sujeto al deseo de la carne es juzgar todo lo que hay en el mundo con un baremo puramente materialista. Es vivir una vida dominada por los sentidos. Es ser glotón en la comida, rebuscado en el lujo, esclavo del placer, codicioso y relajado en la moral, egoísta en el uso de las posesiones, desinteresado en todos los valores espirituales, extravagante en la gratificación de los deseos materiales. El deseo de la carne no tiene en cuenta los mandamientos de Dios, ni Su juicio, ni Sus principios, ni aun la misma existencia de Dios. No tenemos por qué considerar estos como los pecados de los pecadores más groseros.

Cualquiera que busque un placer que pueda ser la ruina de cualquier otra persona; cualquiera que no tenga respeto a las personalidades de los demás cuando se trata de la gratificación de sus propios deseos; cualquiera que viva en lujo mientras otros vivan en pobreza; cualquiera que haya hecho un dios de su propia comodidad y ambición en cualquier parte de la vida, es siervo del deseo de la carne.

(ii) Está *el deseo de los ojos*. Este, como C. H. Dodd especifica, «es la tendencia a dejarse cautivar por las apariencias.» Es el espíritu que identifica la ostentación excesiva con la prosperidad real; que no puede ver nada sin desear poseerlo y que, una vez que lo posee, se pavonea y hace gala de ello. Es el espíritu que cree que la felicidad se halla en las cosas que se compran con dinero y que se pueden ver con los ojos; que no reconoce otros valores que los materiales.

(iii) Está *la vanagloria de la vida*. Aquí usa Juan una palabra griega de lo más gráfica, *alazoneía*. Para los antiguos moralistas, el *alazón* era el hombre que pretendía tener más que nadie y valer más que nadie. El *alazón* era el fanfarrón; y C. H. Dodd llama a la *alazoneía* un *egotismo desmedido*. Teofrasto, el gran maestro griego del estudio de los caracteres, tiene una viñeta del *alazón*. Cuando está en un puerto, presume de los barcos que tiene en la mar; manda ostentosamente a un mensajero al banco, cuando no tiene ni una peseta en su cuenta; habla de los amigos que tiene entre los poderosos, y de las cartas de famosos que recibe; detalla extensamente sus contribuciones a la beneficencia y a los servicios del estado. Vive en una casa de alquiler, pero habla de comprar una casa más grande para poder celebrar fiestas lujosas. Su conversación versa continuamente en presumir de cosas que no posee, y se pasa la vida tratando de impresionar a todos los que encuentra con su importancia inexistente.

Según lo ve Juan, el hombre de mundo es el que lo juzga todo por sus apetencias, el que es esclavo de la ostentación desmedida, el presumido fanfarrón que trata de presentarse como mucho más de lo que es.

Y entonces viene la segunda advertencia de Juan. La persona que se adscribe a las metas y las maneras del mundo está dedicando la vida a cosas que, literalmente, no tienen ningún futuro. Todas estas cosas son pasajeras, y no tienen ninguna permanencia; pero la persona que ha puesto a Dios como el centro de su vida se entrega a cosas que duran para siempre. La persona del mundo está condenada a la desilusión; la que pertenece a Dios tiene seguro un gozo que nunca se acaba.

EL TIEMPO DE LA ÚLTIMA HORA

1 Juan 2:18

Hijos, ya es el tiempo de la última hora; y ya han surgido numerosos anticristos; precisamente como habéis oído que el Anticristo había de venir. Por eso sabemos que estamos en la última hora.

Es importante que entendamos lo que Juan quiere decir cuando habla del tiempo de la última hora. La idea de los últimos días y de la última hora aparece en toda la Biblia; pero su significado tiene un desarrollo de lo más interesante.

(i) La frase se encuentra frecuentemente en los primeros libros del Antiguo Testamento. Jacob, por ejemplo, antes de su muerte reunió a sus hijos para decirles lo que les sucedería en los últimos días (*Génesis 49:1; cp. Números 24:14*). En aquel tiempo, los últimos días se refería a cuando el pueblo de Israel entrara en la Tierra Prometida, y llegara por fin a disfrutar de las bendiciones prometidas por Dios.

(ii) La frase aparece frecuentemente en los profetas. En los últimos días el Monte del Señor será establecido como el más alto de los montes, y se remontará por encima de las colinas, y todas las naciones fluirán hacia él (*Isaías 2:2; Miqueas 4:1*). En los últimos días la Santa Ciudad de Dios será suprema. E

Israel ofrecerá a Dios la perfecta obediencia que Le es debida (*cp. Jeremías 23:20; 30:24; 48:47*). En los últimos días se manifestará la soberanía de Dios.

(iii) En el Antiguo Testamento mismo y en el período entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, los últimos días llegaron a asociarse con el Día del Señor. Esta es una concepción que se encuentra entrelazada en la Escritura. Los judíos habían llegado a creer que todo el tiempo estaba dividido en dos edades. Entre *esta edad presente*, que era totalmente mala, y *la edad por venir*, que sería el tiempo dorado de la supremacía de Dios estaba el Día del Señor, los últimos días, que serían un tiempo de terror, de disolución cósmica y de juicio, los dolores de parto de la nueva edad.

La última hora no quiere decir un tiempo de aniquilación cuyo final fuera la gran nada total que hubo antes del principio. En el pensamiento bíblico, el último tiempo es el final de una edad y el principio de otra. Pero conduce, no a la destrucción del mundo, sino a la re-creación del mundo.

Aquí está el centro de la cuestión. Entonces se plantea la pregunta: <¿Será un hombre borrado en el juicio de lo viejo, o entrará en la gloria de lo nuevo?> Esa es la alternativa con que Juan -como todos los autores bíblicos- confronta a los hombres. Los hombres tienen la posibilidad de aliarse con el mundo antiguo, que está abocado a la disolución, o de aliarse con Cristo y entrar en el nuevo mundo, el verdadero mundo de Dios. Aquí está la urgencia. Si fuera un asunto sencillo de obliteración social, no se podría evitar; pero es cuestión de recreación, y el que una persona entre o no en el nuevo mundo depende de que Le dé su vida a Cristo o no.

De hecho, Juan estaba equivocado. Aquella no era la última hora para el mundo. Han transcurrido diecinueve siglos, y el mundo sigue existiendo. ¿Pertenece toda esta idea a una esfera de pensamiento que hay que descartar? La respuesta es que en ella se encuentra algo de importancia eterna. *Todas las horas son la última hora*. Hay un conflicto continuo en el mundo entre el bien y el mal, entre Dios y lo que es anti-Dios. Y cada

momento y en cada decisión una persona se enfrenta con la decisión de aliarse, ya sea con Dios, o con las fuerzas malas que están contra Dios; y de ahí saldrá, o dejará de salir, su participación en la vida eterna. El conflicto entre el bien y el mal no acaba nunca; por tanto, en un sentido muy real, cada hora es la última hora.

EL ANTICRISTO

1 Juan 2:18 (continuación)

En este versículo encontramos una referencia al *Anticristo*. *Anticristo* es una palabra que no encontramos en el Nuevo Testamento nada más que en las cartas de Juan (*1 Juan 2:22; 4:3; 2 Juan 7*); pero es la expresión de una idea que es tan antigua como la religión misma.

Por su etimología, *Anticristo* puede tener dos significados. *Anti* es una preposición griega que puede querer decir, o *contra*, o *en lugar de*. *Stratégos* es la palabra griega para *general*, y *antistratégos* puede querer decir, o *el general enemigo*, o *el representante del general*. *Anticristo* puede querer decir, o el que se opone a Cristo, o uno que trata de ponerse en el lugar de Cristo. En este caso, el significado es casi el mismo, pero con una diferencia. Si tomamos el significado de *uno que se opone a Cristo*, la oposición está bien clara. Si tomamos el significado de *uno que trata de ponerse en el lugar de Cristo*, *Anticristo* puede ser uno que trata sutilmente de tomar el lugar de Cristo desde dentro de la Iglesia y de la comunidad cristiana. Uno representa una oposición abierta; el otro, una infiltración sutil. No tenemos necesidad de escoger entre estos dos significados, porque el *Anticristo* puede actuar de cualquiera de las dos maneras.

La manera más sencilla de considerarlo es **que Cristo es la encarnación de Dios y de la bondad, y el Anticristo es la encarnación del diablo y del mal.**

Ya hemos dicho que esta es una idea tan antigua como la religión misma; los hombres siempre han tenido la impresión de que en el universo hay un poder que está en oposición a Dios. Una de sus formas más antiguas se encuentra en la leyenda babilónica de la creación, según la cual hubo en el mismo principio un monstruo marino primigenio llamado Tiamat; este monstruo marino fue sometido por Marduk, pero no matado; estaba solamente dormido, y la batalla final estaba todavía pendiente. Esa idea mítica del monstruo primigenio aparece en el Antiguo Testamento una y otra vez, donde se le llama corrientemente Rahab o la serpiente astuta o Leviatán. «Tú quebrantaste a Rahab como a un herido de muerte,» dice el salmista (*Salmo 89:10*). «Su mano traspasó a la serpiente tortuosa,» dice Job (*Job 26:13*). Isaías dice hablando del Brazo del Señor: «¿No eres Tú el que despedazó a Rahab, el Que hirió al dragón?» (*Isaías 51:9*). Isaías también escribe: «En aquel día castigará el Señor con Su espada dura, grande y fuerte a Leviatán, la serpiente veloz, a Leviatán, la serpiente tortuosa; y matará al dragón que está en el mar» (*Isaías 27:1*). Esta idea pertenece a la niñez de la humanidad, y la idea a su base es que en el universo hay un poder hostil a Dios.

En su origen, este poder se concebía como el dragón. Inevitablemente, conforme fue pasando el tiempo, llegó a personificarse. Siempre que surgía un hombre malvado que parecía colocarse frente a Dios y empeñarse en destruir a Su pueblo había la tendencia a identificarle con esta fuerza antiDios. Por ejemplo, hacia el año 168 a.C. surgió la figura de Antíoco Epífanes, rey de Siria. Decidió hacer todo lo posible para eliminar el judaísmo: invadió Jerusalén, mató a millares de judíos y vendió docenas de millares como esclavos. El circuncidar a un niño o el poseer un ejemplar de la Ley se convirtió en un crimen que se castigaba con una muerte inmediata. Se erigió en los atrios del Templo un gran altar a Zeus, en el que se ofrecía carne de cerdo. Las cámaras del Templo se convirtieron en burdeles públicos. Aquí tenemos un esfuerzo a sangre fría para desarraigar la religión judía. Fue Antíoco

el que Daniel llamó < la abominación que produce desolación» (*Daniel* 11:31; 12:11). Aquí, pensaron los judíos, estaba la fuerza anti-Dios hecha carne.

Fue esta misma frase la que se tomó en los días del evangelio de Marcos para hablar de < la abominación de desolación» -«el Horror Demoledor,» como lo tradujo Moffatt- que estaba instalado en el Templo (*Marcos* 13:14; *Mateo* 24:15). En este caso la referencia era a Calígula, el emperador romano más que medio loco que quería instalar su propia imagen en el Santo de los Santos del Templo. Se tenía la impresión de que esto era un acto del anti-Dios encarnado.

En 2 *Tesalonicenses* 2:3s, Pablo habla del «hombre de pecado,» el que se exalta por encima de todo lo que se considera divino y de todo lo que recibe culto, y que se coloca en el mismo Templo de Dios. No sabemos a quién se refería Pablo, pero tenemos de nuevo este pensamiento de uno que era la encarnación de todo lo que se opone a Dios.

En *Apocalipsis* encontramos la bestia (13:1; 16:13; 19:20; 20:10). Aquí se trata probablemente de otra figura. Todo el mundo consideraba a Nerón un monstruo humano. Sus excesos repugnaban a los romanos, y su salvaje persecución torturaba a los cristianos. A su debido tiempo murió; pero había sido tan horriblemente malo que no se podía creer que hubiera muerto de veras. Así es que surgió la leyenda del *Nero redivivus*, Nerón resucitado-, que decía que Nerón no estaba muerto, sino que había ido a Partia, y volvería con las hordas partas para lanzarse sobre la gente. Es la bestia, el Anticristo, la encarnación del mal.

A lo largo de toda la Historia se han venido haciendo estas identificaciones de figuras humanas con el Anticristo: el Papa, Napoleón, Mussolini, Hitler, han sido en su día identificados con esta figura. Pero el hecho es que el Anticristo no es tanto una persona como un principio, el principio que está activamente en contra de Dios y que bien se puede considerar encarnado en esos hombres de cada generación que han sido los enemigos declarados de Dios.

LA BATALLA DE LA MENTE

1 Juan 2:18 (conclusión)

Juan tiene un punto vista del Anticristo que le es característico. Para él la señal de que el Anticristo está en el mundo es la doctrina falsa y la enseñanza peligrosa de los herejes. La Iglesia había recibido suficientes advertencias de que en los últimos días surgirían falsos maestros. Jesús había dicho: «Vendrán muchos en Mi nombre diciendo: "Yo soy el Cristo;" y engañarán a muchos» (*Marcos* 13:6; cp. *Mateo* 24:5). Antes de marcharse, Pablo había advertido a sus amigos de Éfeso: «Después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí discípulos» (*Hechos* 20:29s). La situación que había sido anunciada había surgido.

Pero Juan tenía una opinión especial de esta situación. No pensaba en el Anticristo como una figura única e individual, sino más bien como un poder de falsedad que hablaba por medio de los falsos maestros. De la misma manera que el Espíritu Santo inspiraba a los verdaderos maestros y profetas, también había un mal espíritu inspirando a los falsos maestros y profetas.

El gran interés y relevancia de esto es que para Juan *el campo de batalla era la mente*. El espíritu del Anticristo estaba luchando con el Espíritu de Dios por la posesión de las mentes humanas. Lo que hace que esto sea tan significativo es que podemos ver exactamente este proceso en operación hoy. Se ha hecho una ciencia de la técnica de introducir ideas en la mente humana. Vemos a personas que toman una idea, y la repiten y la repiten y la repiten hasta que se asienta en las mentes de otros que empiezan a aceptarla como verdadera simplemente porque la han oído tan a menudo. Esto es hoy más fácil que nunca debido a la proliferación de los medios de comunicación de masas -libros, periódicos, radio, televisión, ordenadores y

los innumerables recursos modernos de publicidad. Un propagandista habilidoso puede tomar una idea e infiltrarla en las mentes de las personas hasta que, sin ellos darse cuenta, la aceptan como propia. No decimos que Juan previera todo esto; pero sí vio la mente como el campo de operaciones del Anticristo. Juan ya no pensaba en términos de una figura demoníaca individual, sino en términos de una fuerza de maldad buscando insistentemente introducirse en las mentes de las personas. Y no hay nada más potente que esto para el mal.

Si hay una tarea especial que se le presente a la Iglesia hoy es aprender a usar el poder de los medios de comunicación de masas para contrarrestar las malas ideas con que se están bombardeando las mentes.

LA CRIBA DE LA IGLESIA

1 Juan 2:19-21

Han salido de entre nosotros, pero no son de nuestro número. Si hubieran sido de nuestro número, habrían permanecido con nosotros. Pero las cosas han sucedido como han sucedido para que quede demostrado claramente que todos ellos no son de nosotros. Pero vosotros habéis recibido la Unción del Santo, y todos poseéis conocimiento. No os he escrito esta carta como si no conocierais la verdad, sino precisamente porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad.

Por cómo se han producido las cosas, Juan ve en la Iglesia un tiempo de zarandeo. Los falsos maestros habían salido voluntariamente de la comunidad cristiana; y ese hecho había dejado bien claro que realmente no formaban parte de ella. Eran ajenos, y su propia conducta lo había demostrado.

La última frase del versículo 19 puede tener uno de dos significados.

(i) Puede querer decir, como en nuestra traducción: «Todos ellos no son de nosotros,» o, como podríamos decir mejor: «Ninguno de ellos es de nosotros.» Es decir: que, por muy simpáticos que se hicieran algunos de ellos, y por muy elevada que pareciera su enseñanza, eran todos juntamente ajenos a la Iglesia.

(ii) Es posible que lo que la frase quiere decir sea que estos hombres habían salido de la Iglesia para dejar bien claro que «no todos los que están en la Iglesia pertenecen a ella realmente.» Como C. H. Dodd lo expresa: «La membresía de la Iglesia no es garantía de que una persona pertenezca a Cristo y no al Anticristo.» O como dice A. E. Brooke -aunque no está de acuerdo con que es ese el sentido del original-: «La membresía externa no es prueba de la unión interna.» Como Pablo había dicho: «Porque no todos los que son descendientes de Israel pertenecen a Israel» (*Romanos 9:6*). Un tiempo como el que había venido sobre el pueblo de Juan tenía su valor, porque cribaba lo falso de lo verdadero. .

En el versículo 20, Juan pasa a recordarle a su pueblo que todos ellos poseen conocimiento. Los que habían salido eran gnósticos, que pretendían que se les había dado a ellos un conocimiento secreto, especial y avanzado, que no estaba a disposición de los cristianos ordinarios. Juan les recuerda a los suyos que, en asuntos de fe, el más humilde cristiano no tiene por qué tener ningún sentimiento de inferioridad ante el investigador más erudito. Es verdad que hay asuntos de investigación técnica, de lenguaje, de historia, que hay que reservar al experto; pero las cosas esenciales de la fe son posesión de cada uno.

Esto condujo a Juan al último punto de esta sección. Les escribe; no porque no conocieran la verdad, sino porque la conocían. Westcott lo expresa de la siguiente manera: «El objetivo del apóstol al escribir no era comunicar un conocimiento nuevo, sino sacar a un uso activo y decisivo el conocimiento que ya poseían sus lectores.» La más grande defensa cristiana consiste sencillamente en recordar lo que ya sabemos.

Lo que nos hace falta no es una nueva verdad, sino que la verdad que ya conocemos se convierta en activa y efectiva en nuestra vida.

Este es un enfoque que Pablo usa constantemente. Les escribe a los tesalonicenses: «Acercas del amor fraternal no tenéis necesidad de que se os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios a amaros unos a otros» (1 *Tesalonicenses* 4:9). Lo que necesitaban no era una nueva verdad, sino poner en práctica la verdad que ya conocían. Escribe a los romanos: «En cuanto a mí, estoy satisfecho por lo que respecta a vosotros, hermanos míos, de que estéis llenos de bondad, henchidos de todo conocimiento, y seáis capaces de instruirnos mutuamente. Pero sobre algunas cuestiones me he atrevido a escribiros, por la gracia de Dios que se me ha concedido, para haceros recordar» (*Romanos* 15:14s). Lo que necesitaban no era tanto que se les enseñara como que se les recordara.

Es un hecho indiscutible de la vida cristiana que las cosas cambiarían inmediatamente conque nosotros pusiéramos en práctica lo que ya sabemos. Eso no es decir que no tenemos necesidad de aprender ninguna cosa nueva; pero sí es decir que, aun como somos, tenemos suficiente luz para caminar en ella si estamos dispuestos a usarla.

LA MENTIRA CAPITAL

1 Juan 2:22s

¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Ungido de Dios? El Anticristo es el que niega al Padre y al Hijo. El que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre; y el que reconozca al Hijo, tiene también al Padre.

Como ha dicho alguien, negar que Jesús es el Cristo es la mentira capital, la mentira *par excellence*, la mentira más grande de todas las mentiras.

Juan dice que, el que niegue al Hijo, tampoco tiene al Padre. Lo que se encuentra tras este dicho es lo siguiente. Los falsos maestros presentaban su postura diciendo: «Puede ser que tengamos ideas diferentes de las vuestras acerca de *Jesús*; pero vosotros y nosotros tenemos la misma doctrina acerca de *Dios*. » La respuesta de Juan es que esa es una postura imposible; ninguna persona puede negar al Hijo si pretende tener al Padre; o negar al Padre si pretende tener al *Hijo*. ¿Cómo llega a esta conclusión?

Llega a ella porque nadie que acepte la enseñanza del Nuevo Testamento puede llegar a otra. Es la enseñanza consecuente del Nuevo Testamento, y es lo que Jesús dice acerca de Sí mismo: que, aparte de Él, nadie puede conocer a Dios. Jesús dijo claramente que nadie conoce al Padre excepto el Hijo, y aquel a quien el *Hijo* le revele ese conocimiento (*Mateo* 11:27; *Lucas* 10:22). Jesús dijo: «El que cree en Mí, no cree sólo en Mí, -sino también en el Que Me envió; y el que Me vea Mí, ve al Que Me envió» (*Juan* 12:44s). Cuando, hacia el fin de Su vida, Felipe dijo que se conformaban con que Jesús les mostrara al Padre, la respuesta de Jesús fue: «El que Me ha visto, ha visto al Padre» (*Juan* 14:6-9). Es a través de Jesús como se llega a conocer a Dios; es en Jesús donde se puede uno acercar a Dios. Si Le negamos a Jesús el derecho a hablar, si negamos Su conocimiento especial y su relación especial con Dios, no podemos seguir teniendo confianza en lo que Él dice. Sus palabras no pasarían de ser las suposiciones que podría hacer cualquier hombre bueno y grande. Aparte de Jesús no tenemos ningún conocimiento seguro de Dios; negarle a Él es al mismo tiempo perder todo contacto con Dios.

Jesús afirma que la reacción que se tenga con Él es la misma que se tiene con Dios, y que de ella depende el destino en el tiempo y en la eternidad. Jesús dijo: «A cualquiera que Me confiese delante de los hombres, Yo también le confesaré delante de Mi Padre que está en el Cielo; y a cualquiera que Me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de Mi Padre que está en el Cielo» (*Mateo* 10:32s).

Negar a Jesús es estar separado de Dios, porque nuestra relación con Dios depende de nuestra reacción a Jesús.

Negar a Jesús es sin duda *la mentira capital*, porque es perder totalmente la fe y el conocimiento que Él solo hace posible.

Podemos decir que hay tres confesiones de Jesús en el Nuevo Testamento. Está la confesión de que Él es *el Hijo de Dios* (Mateo 16:16; Juan 9:35-38); está la confesión de que Él es *el Señor* (Filipenses 2:11); y está la confesión de que Él es *el Mesías* (1 Juan 2:22). La esencia de cada una de ellas es la afirmación de que Jesús tiene una relación única con Dios. Y negar esa relación es negar la certeza de que todo lo que Jesús dijo acerca de Dios es verdad. La fe cristiana depende de la relación única de Jesús con Dios. Juan, por tanto, tiene razón: el que niegue al Hijo, también ha perdido al Padre.

EL PRIVILEGIO UNIVERSAL

1 Juan 2:24-29

Si lo que habéis oído desde el principio permanece dentro de vosotros, vosotros también permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que Él os ha hecho: la vida eterna.

Os estoy escribiendo estas cosas para advertiros acerca de los que están tratando de descarriaros. En cuanto a vosotros, si esa Unción que habéis recibido de Él permanece en vosotros, no tenéis necesidad de que nadie os enseñe. Pero, como Su Unción os enseña acerca de todas las cosas y es verdadera y no es mentira, y como Él os ha enseñado, permaneced en Él. Así que, hijitos, permaneced en Él para que, cuando aparezca, tengáis confianza y no os escondáis de Él avergonzados en Su Venida. Como sabéis que Él es justo, debéis daros cuenta de que cualquiera que obra justicia es nacido de Él.

Juan está exhortando a los suyos para que permanezcan en las cosas que han aprendido; porque así permanecerán en Cristo. El gran interés de este pasaje se encuentra en una expresión que Juan ha usado ya. En el versículo 20 ya ha hablado de *la unción* que los suyos han recibido del Santo y por medio de la Cual todos ellos están equipados con conocimiento. Aquí habla de la unción que ellos han recibido y que les enseña todas las cosas. ¿Qué pensamiento hay detrás de esta palabra, *unción*? Tendremos que remontarnos considerablemente en el pensamiento hebreo para descubrirlo.

En la práctica y el pensamiento hebreos la unción se relacionaba con tres clases de personas. (i) *Los sacerdotes* eran ungidos. La prescripción ritual dice: «Luego tomarás el aceite de la unción, lo derramarás sobre su cabeza y le ungirás» (Éxodo 29:7; cp. 40:13; Levítico 16:32). (ii) *Los reyes* eran ungidos. Samuel ungió a Saúl como rey de la nación (1 Samuel 9:16; 10:1). Más tarde Samuel también ungió a David como rey (1 Samuel 16: 3,12). A Elías se le ordenó que ungiera a Hazael y a Jehú (1 Reyes 19:15s). La unción equivalía a la coronación. (iii) *Los profetas* eran ungidos. A Elías se le mandó que ungiera a Eliseo como sucesor suyo (1 Reyes 19:16). El Señor había ungido al Profeta para que diera buenas nuevas a la nación (Isaías 61:1).

Así es que aquí encontramos la primera cosa significativa. En los días antiguos, el recibir la unción había sido el privilegio de unos pocos escogidos: los sacerdotes, los reyes y los profetas; pero ahora es el privilegio de todos los cristianos, por muy humildes que sean. Así es que la unción representa el privilegio que tiene el cristiano en Jesucristo.

Al sumo sacerdote se le llamaba *el ungido*; pero el supremo *Ungido* era *el Mesías* (*Mesías* es la palabra hebrea que quiere decir *el Ungido*, lo mismo que *Jristós* en griego). Así es que Jesús fue *el Ungido* en grado superlativo. Entonces surgió la cuestión: ¿Cuándo fue ungido Jesús? La respuesta que ha dado siempre la Iglesia es que *en Su bautismo* Jesús fue ungido con el Espíritu Santo (Hechos 10:38).

En el mundo griego también se conocía y practicaba la unción. Era una de las ceremonias de iniciación en las religiones misteriosas que pretendían ofrecer al hombre un conocimiento especial de Dios. Sabemos que por lo menos algunos de los falsos maestros pretendían tener una unción especial que les aportaba un conocimiento especial de Dios. Hipólito nos dice que esos falsos maestros decían: < Nosotros somos los únicos entre todos los cristianos que completamos el misterio en el tercer portal y somos allí ungidos con una unción inefable. » La respuesta de Juan es que es el cristiano normal y corriente el que tiene la única verdadera unción, la unción que da Jesús.

¿Cuándo recibió esa unción el cristiano, y en qué consiste?

La primera pregunta es fácil de contestar. No había nada más que una ceremonia por la que todos los cristianos pasaban, y era *el bautismo*; de hecho era costumbre en un tiempo algo posterior el ungir al bautizado con el óleo santo, como nos dice Tertuliano.

La segunda pregunta no es tan fácil. Hay, de hecho, dos respuestas igualmente aceptables.

(i) Puede ser que la unción quiera decir la venida del Espíritu sobre el cristiano sobre el bautismo. En la Iglesia Primitiva aquello sucedía de una manera constatable (*Hechos 8:17*). Si en este pasaje sustituyéramos *la unción* por *el Espíritu Santo* obtendríamos un sentido excelente.

(ii) Pero hay otra posibilidad. Los versículos 24 y 27 son casi exactamente paralelos en la expresión. En el 24 leemos: < Que lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. » Y en el 27 leemos: < Pero la unción que recibisteis de Él permanece en vosotros. » *Lo que habéis recibido desde el principio y la unción* son expresiones paralelas. Por tanto, bien puede ser que la unción que recibe el cristiano sea la instrucción en la fe cristiana que se le da desde el principio de su entrada en la Iglesia.

Bien puede ser que no tengamos que escoger entre estas dos interpretaciones, y que las dos estén presentes en este pasaje.

Esto querría decir algo muy valioso: que tenemos dos comprobantes por los que podemos juzgar cualquier nueva enseñanza que se nos ofrezca. (i) ¿Está de acuerdo con la tradición cristiana que se nos ha enseñado? (ii) ¿Está de acuerdo con el testimonio interno del Espíritu Santo?

Aquí tenemos dos criterios cristianos de la verdad. Hay una comprobación *externa*. Toda enseñanza debe estar de acuerdo con la tradición que nos han transmitido la Escritura y la Iglesia. Hay una comprobación *interna*. Toda enseñanza debe pasar la prueba del testimonio del Espíritu Santo en nuestro corazón.

PERMANECIENDO EN CRISTO

1 Juan 2:24-29 (conclusión)

Antes de salir de este pasaje debemos notar dos grandes cosas prácticas.

(i) En el versículo 28, Juan exhorta a los suyos a permanecer constantemente en Cristo para que cuando Él vuelva en poder y gloria no tengan que acobardarse ante Él avergonzados. Con mucho la mejor manera de estar preparados para la venida de Cristo es vivir con Él todos los días. Si lo hacemos así, Su Venida no será ninguna sorpresa terrible, sino simplemente la entrada en una presencia más próxima de Alguien con Quien hemos vivido largo tiempo.

Aunque tengamos dudas y dificultades acerca de la Segunda Venida física de Cristo, esto sigue siendo cierto: que para cualquier persona la vida llegará algún día a su fin. La cita con Dios llega a todos para que nos levantemos y digamos adiós a este mundo. Si no hemos pensado nunca en Dios, y si Jesús no ha sido para nosotros más que una memoria imprecisa y distante, la Suya será como una llamada a un viaje terrible a un lugar desconocido; pero si hemos vivido conscientemente en la presencia de Cristo y día a día hemos andado y hablado

con Dios, esa será una llamada para volver a casa y entrar a una presencia más íntima con Uno que no es un extraño, sino un Amigo.

(ii) En el versículo 29 Juan vuelve al pensamiento que no está nunca lejos de su mente. La única manera en que una persona puede demostrar que permanece en Cristo es por la integridad de su vida. Lo que una persona profese ser lo probará o desmentirá su manera de vivir.

RECUERDA LOS PRIVILEGIOS DE LA VIDA CRISTIANA

1 Juan 3:1s

¡Fijaos qué clase de amor nos ha concedido el Padre: que se nos llamara dos hijos de Dios! -Y eso es lo que somos en realidad. La razón por la que el mundo no nos reconoce es que no Le reconoció a Él.

Amados, aun tal como están las cosas, somos los hijos de Dios; y todavía no se ha aclarado lo que seremos. Sabemos que, cuando se aclaren, seremos como Él, porque Le veremos como Él es.

Juan empieza demandando que los suyos recuerden sus privilegios. Es un privilegio el que nos llamen *los hijos de Dios*. Hay algo importante hasta en el nombre. Crisóstomo, en un sermón sobre *Criar hijos*, aconseja a los padres que den a su hijo algún gran nombre bíblico, y que le enseñen insistentemente la historia del que llevó originalmente ese nombre, y así le den un modelo al que ajustar su vida cuando se haga mayor. Así que el cristiano tiene el privilegio de ser llamado hijo de Dios. De la misma manera que el pertenecer a una gran escuela, a un gran regimiento, a una gran iglesia, a una gran familia es una inspiración para vivir dignamente, así también, y aún más, el llamarse con el nombre de la familia de Dios es

algo que debe ayudar a mantener los pies en el buen camino, y a seguir adelante y hacia arriba.

Pero, como Juan señala, no se trata solamente de que *se nos llame* los hijos de Dios; *somos* los hijos de Dios.

Hay aquí algo que debemos notar. Es don de Dios el que una persona llegue a ser hija de Dios por naturaleza. Uno es *criatura* de Dios, pero por gracia *llega a ser* hijo de Dios. Hay dos palabras lingüísticamente relacionadas, pero semánticamente diferentes: *paterno* y *paternal*. *Paterno* describe una relación en la que un hombre es responsable de la existencia física de un hijo; y *paternal* describe una relación íntima amorosa. En el sentido de la *paternidad*, todos los seres humanos son hijos de Dios; pero en cuanto a la *paternalidad*, *solo* son hijos de Dios cuando Él inicia en Su gracia la relación con ellos, y ellos responden.

Hay dos imágenes, una en el Antiguo Testamento y la otra en el Nuevo, que presentan esta relación clara y gráficamente. En el Antiguo Testamento encontramos *la idea del pacto*. Israel es el pueblo del pacto con Dios; lo que esto quiere decir es que Dios, por propia iniciativa, se había acercado especialmente a Israel para ser exclusivamente su Dios, y que ellos fueran exclusivamente Su pueblo. Como parte integral del pacto, Dios dio la Ley a Israel, y la relación del pacto dependía de que Israel cumpliera la Ley.

En el Nuevo Testamento encontramos la idea de *la adopción* (*Romanos 8:14-17; 1 Corintios 1:9; Gálatas 3:26s; 4:6s*). Aquí encontramos la idea de que por un deliberado hecho de adopción de parte de Dios el cristiano entra en Su familia.

Mientras que todos los hombres son hijos de Dios en el sentido de que Le deben la vida a Él, llegan a ser Sus hijos en el sentido íntimo y amoroso del término solamente por un acto de la gracia íntima de Dios y la respuesta de sus corazones.

Automáticamente surge la pregunta: Si los seres humanos reciben ese gran honor cuando se hacen cristianos, ¿por qué los desprecia tanto el mundo? La respuesta es que están experimentando simplemente lo que Jesucristo experimentó antes.

Cuando Él vino al mundo, no Le reconocieron como el Hijo de Dios; el mundo prefería sus propias ideas, y Le rechazó. Lo mismo ha de sucederle a cualquier persona que decida libremente embarcarse en la empresa de Jesucristo.

RECUERDA LAS POSIBILIDADES DE LA VIDA CRISTIANA

1 Juan 3:1s (conclusión)

A continuación, Juan comienza a recordarles a los suyos los privilegios de la vida cristiana. Pasa a presentarles lo que es en muchos sentidos una verdad todavía más tremenda: el gran hecho de que *esta vida es solo el principio*. Aquí muestra Juan el único agnosticismo verdadero. Tan grande es el futuro y su gloria que él ni siquiera se atreve a suponer cómo será, o a tratar de expresarlo con palabras, que serían por fuerza inadecuadas. Pero hay ciertas cosas que sí dice acerca de ese futuro.

(i) Cuando Cristo aparezca en Su gloria, seremos como Él. Sin duda Juan tenía en mente el dicho de la antigua historia de la Creación de que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios (*Génesis 1:26*). Ese era el propósito de Dios; y ese era el destino del hombre. No tenemos más que mirarnos al espejo para ver lo lejos que ha caído el hombre de ese destino. Pero Juan cree que en Cristo el hombre lo alcanzará por fin, y tendrá la imagen y la semejanza de Dios. Juan cree que solamente por medio de la obra de Cristo en el alma puede una persona llegar a la verdadera humanidad que Dios tenía previsto que alcanzara.

(ii) Cuando Cristo aparezca, Le veremos y seremos como Él. La meta de todas las almas grandes ha sido siempre la visión de Dios. El fin de toda devoción es ver a Dios. Pero la visión beatífica no es para la satisfacción de la inteligencia; es para que lleguemos a ser como Él. Hay aquí una paradoja: no

podemos llegar a ser como Dios a menos que Le veamos, y no podemos verle a menos que seamos puros de corazón, porque solamente los puros de corazón verán a Dios (*Mateo 5:8*). Para ver a Dios necesitamos la pureza que solamente Él puede dar. No hemos de pensar en esta visión de Dios como algo que solamente pueden disfrutar los grandes místicos. Existe en algún lugar la historia de un hombre pobre y sencillo que iba a menudo a orar en una catedral; siempre se ponía a orar de rodillas delante del crucifijo; pero alguien notó que, aunque estaba arrodillado en actitud de oración, nunca movía los labios ni parecía decir nada. Le preguntó qué estaba haciendo así de rodillas, y el hombre contestó: «Yo Le miro a Él, y Él me mira a mí.» Esa es la visión de Dios en Cristo que puede tener al alma más sencilla; y el que mira suficientemente a Jesucristo llega a parecerse a Él.

Todavía debemos notar otra cosa. Juan está pensando aquí en términos de la Segunda Venida de Cristo. Puede ser que podamos pensar en los mismos términos; o puede ser que no podamos creer tan literalmente en la Venida de Cristo en gloria. Sea como fuere, vendrá para cada uno de nosotros el día cuando veamos a Cristo y contemplemos Su gloria. Aquí hay siempre un velo de sentido y tiempo, pero el día llegará cuando también el velo se rasgará. Esa es la esperanza cristiana, y la inefable perspectiva de la vida cristiana.

LA OBLIGACIÓN DE LA PUREZA

1 Juan 3:3-8

Cualquiera que tenía esta esperanza en Él se va purificando así como El es puro. Todo el que comete pecado quebranta la Ley, porque el pecado es transgresión de la Ley; y sabéis que Él apareció para quitar nuestros pecados, y que no hay pecado en Él. Todo el que mora en Él no peca. El que peca, no Le ha visto ni

Le conoce. Hijitos, que nadie os engañe: El que obra con integridad es íntegro, lo mismo que Él es íntegro. El que peca habitualmente es del Diablo, porque el Diablo es pecador desde el principio. Para lo que apareció el Hijo de Dios fue para destruir las obras del Diablo.

Juan acaba de decir que el cristiano está de camino hacia ver a Cristo y ser como Él. No hay nada que ayude tanto a una persona a resistir la tentación como un gran objetivo. Cierta novelista traza el retrato de un joven que siempre se negaba a tomar parte en los placeres más bajos a los que sus camaradas le invitaban a menudo y hasta le desafiaban. Su explicación era que algún día algo maravilloso iba a entrar en su vida, y que debía mantenerse preparado para ello. El que sabe que Dios está esperándole al final del camino hará que toda su vida sea una preparación para ese encuentro.

Este pasaje se dirige contra los falsos maestros gnósticos. Como ya hemos visto, presentaban más de una razón para justificar el pecado. Decían que el cuerpo era malo de todas maneras, y que por tanto no había ningún peligro en satisfacer sus deseos, porque lo que sucediera con el cuerpo no tenía importancia. Decían que el hombre realmente espiritual estaba tan pertrechado por el Espíritu que podía pecar todo lo que le diera la gana sin sufrir ningún daño. Hasta decían que los verdaderos gnósticos tenían la obligación, tanto de escalar las alturas como de sondear las simas, para así poder decir que conocía todas las cosas. Por detrás de la respuesta de Juan hay una especie de análisis del pecado.

Empieza por insistir en que no hay nadie que esté por encima de la ley moral. Nadie puede decir que no corre riesgos al permitirse ciertas cosas, aunque sean peligrosas para otros. Como lo expresa A. E. Brooke: < La prueba del progreso está en la obediencia. » El progreso no nos confiere el privilegio de pecar; cuanto más avanzado esté un hombre, tanto más disci-

plinado será su carácter. Juan pasa a deducir ciertas verdades básicas acerca del pecado.

(i) Nos dice lo *que es el pecado*. Es quebrantar conscientemente una ley que se conoce. El pecado es obedecerse a uno mismo en lugar de obedecer a Dios.

(ii) Nos dice lo *que hace el pecado*. deshace la obra de Cristo. Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (*Juan 1:29*). El pecado vuelve a traer lo que Él vino al mundo a abolir.

(iii) Nos dice lo *porqué del pecado*. Viene de no conseguir permanecer en Cristo. No tenemos por qué pensar que esta es una verdad solamente para los místicos avanzados. Quiere decir sencillamente esto: siempre que recordemos la presencia continua de Jesús con nosotros, no pecaremos; es cuando olvidamos esa presencia cuando pecamos.

(iv) Nos dice lo *dónde procede el pecado*. Procede del Diablo, y el Diablo es el que peca, como si dijéramos, por principio. Es probable que sea ese el sentido de la frase *desde el principio* (versículo 8). Nosotros pecamos por el placer que suponemos que nos producirá; el Diablo peca por cuestión de principio. El Nuevo Testamento no trata de explicar el origen y la naturaleza del Diablo; pero está completamente convencido -yes un hecho de la experiencia universal- de que hay en el mundo un poder hostil a Dios; y pecar es obedecer a ese poder en lugar de a Dios.

(v) Nos dice lo *cómo se conquista el pecado*. Se conquista porque Jesucristo, ha destruido las obras del Diablo. El Nuevo Testamento presenta a menudo al Cristo que se enfrentó con los poderes del mal y los conquistó (*Mateo 12:25-29; Lucas 10:18; Colosenses 2:15; 1 Pedro 3:22; Juan 12:32*). Él ha quebrantado el poder del Diablo, y con Su ayuda esa misma victoria puede ser nuestra.

EL QUE HA NACIDO DE DIOS

1 Juan 3:9

El que ha nacido de Dios no comete pecado, porque Su simiente mora en él; y no puede ser un pecador constante y deliberado porque ha nacido de Dios.

Este versículo está erizado de dificultades; y sin embargo está claro que es de primera importancia el descubrir lo que quiere decir.

En primer lugar, ¿qué quiere decir Juan con la frase: «*Porque Su simiente mora en él*»? hay tres posibilidades.

(i) La Biblia usa corrientemente la palabra *simiente* queriendo decir la familia y los descendientes de un hombre. Abraham y su *simiente* han de guardar el pacto de Dios (*Génesis 17:9*). Dios hizo Su promesa a Abraham y a su *simiente* para siempre (*Lucas 1:55*). Los judíos pretenden ser la *simiente* de Abraham (*Juan 8:33,37*). En *Gálatas 3*, Pablo habla acerca de la *simiente* de Abraham (*Gálatas 3:16,29*). Si tomamos la palabra *simiente* en ese sentido aquí, tenemos que tomar él como refiriéndose a Dios, y entonces obtenemos un sentido muy bueno: «Cualquiera que es nacido de Dios no peca, porque la familia de Dios mora constantemente en Dios.» La familia de Dios vive tan cerca de Él que puede decirse que habita en Él. El hombre que vive así tiene una fuerte defensa contra el pecado.

(ii) Es la simiente humana la que produce la vida humana, y el hijo se puede decir que tiene la simiente de su padre en sí. Ahora bien, el cristiano es nacido de nuevo mediante Dios, y por tanto tiene la simiente de Dios en sí. Esta era una idea con la que los del tiempo de Juan estaban muy familiarizados. Los gnósticos decían que Dios había plantado semillas en este mundo, y por la acción de estas semillas el mundo se iba perfeccionando, y pretendían que eran los gnósticos verdaderos los que habían recibido estas semillas. Algunos gnósticos decían que el cuerpo del hombre era algo material y vil; pero

en algunos cuerpos la Sabiduría había sembrado secretamente semillas, y los hombres verdaderamente espirituales tenían estas semillas de Dios por almas. Esto estaba íntimamente relacionado con la creencia estoica de que Dios era un Espíritu de fuego, y el alma humana, lo que le daba la vida y la razón, era una chispa (*scintilla*) de ese fuego divino que había venido de Dios para residir en un cuerpo humano.

Si tomamos las palabras de Juan en este sentido quieren decir que todo nacido de nuevo tiene la simiente de Dios en él, y que, por tanto, no puede pecar. No cabe duda de que los lectores de Juan conocerían esta idea.

(iii) Hay una idea mucho más sencilla. Por lo menos dos veces en el Nuevo Testamento *la palabra de Dios* es la que se dice que produce el nuevo nacimiento. Santiago escribe: «Él, de Su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de Sus criaturas» (*Santiago 1:18*). La palabra de Dios es como la simiente de Dios que produce nueva vida. Pedro expresa esta idea aún más claramente: «Pues habéis nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino incorruptible: la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre» (*1 Pedro 1:23*). Aquí *la palabra de Dios* se identifica claramente con *la simiente incorruptible de Dios*. Si lo tomamos en este sentido, Juan quiere decir que el que es nacido de Dios no puede pecar porque tiene la fuerza y la dirección de la palabra de Dios en su interior. Este tercer sentido es el más sencillo, y en general el mejor. El cristiano está protegido del pecado por el poder de la palabra de Dios que mora en él.

EL QUE NO PUEDE PECAR

1 Juan 3:9 (conclusión)

En segundo lugar, este versículo nos presenta un problema cuando lo comparamos con algunas otras cosas que ya ha dicho

Juan acerca del pecado. Pongamos este versículo tal como se encuentra en la versión Reina-Valera '95:

Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.

Tomándolo en su valor facial, esto quiere decir que es imposible que peque el que es nacido de Dios. Ahora bien, Juan ya ha dicho: « Si decimos que no hay pecado en nosotros, nos engañamos a nosotros mismos y en nosotros no está la verdad;» y «Si decimos que no hemos hecho nunca nada malo, Le dejamos a Él por mentiroso;» y nos exhorta a confesar nuestros pecados (1 Juan 1:8-10). Luego pasa a decir: «Si pecamos, tenemos un abogado con el Padre en la persona de Jesucristo.» Según parece, aquí hay una contradicción. En un lugar, Juan está diciendo que el hombre no puede ser nada más que pecador, y que hay una expiación por su pecado. En el otro lugar está diciendo, lo mismo de claro, que el hombre que es nacido de Dios no puede pecar. ¿Cuál es la explicación?

(i) Juan pensaba en categorías judías, porque no podía hacer otra cosa. Ya hemos visto que conocía y aceptaba el esquema judío de las dos edades, *esta edad presente, y la edad por venir*. Ya hemos visto también que Juan creía que, fuera como fuera el mundo, los cristianos, en virtud de la obra de Cristo, ya habían entrado en la nueva edad. Era precisamente una de las características de la nueva edad el que los que vivieran en ella estarían libres del pecado. En *Henoc* leemos: «Entonces también se concederá sabiduría a los elegidos, y vivirán todos *sin pecar jamás otra vez*, ni por ignorancia ni por orgullo» (*Henoc* 5:8). Si eso es cierto de la nueva edad, debería ser verdad de los cristianos que ya estamos viviendo en ella. Pero, de hecho, no es todavía cierto, porque los cristianos no han escapado todavía del poder del pecado. Podríamos entonces decir que en este pasaje Juan está estableciendo el *ideal* de lo que debería ser, y en los otros dos pasajes reconoce *la actualidad* tal como

es. Podríamos decir que conoce el ideal y confronta con él a 'los hombres; pero también encara los hechos, y ve la cura que hay en Cristo para ellos.

(ii) Eso puede que sea así; pero hay más en ello. En el original griego hay una diferencia sutil en los términos que introduce una gran diferencia en el sentido. En 1 Juan 2:1, la exhortación de Juan es *que no pequéis*. En ese versículo *pecar* está en el tiempo *aoristo*, que indica un hecho particular y definido. Así que lo que Juan está diciendo claramente es que los cristianos no deben cometer pecados concretos; pero si resbalan en algún pecado, tienen en Cristo un abogado que defiende su causa, y un sacrificio que les otorga el perdón. Por otra parte, en este pasaje, *pecar* está en el *presente*, e indica una acción habitual.

Lo que Juan está diciendo se puede colocar en cuatro etapas. (a) El ideal es que en la nueva edad el pecado haya desaparecido para siempre. (b) Los cristianos deben tratar de hacer eso realidad, y con la ayuda de Cristo luchar para evitar actos individuales de pecado. (c) De hecho todos tenemos recaídas, y cuando nos sucede esto debemos humildemente confesárselo a Dios, que siempre perdonará al corazón contrito y humillado. (d) A pesar de eso, ningún cristiano debe ser un pecador deliberado y constante. Ningún cristiano debe vivir una vida en la que el pecado domine sus acciones.

Juan no está colocando delante de nosotros un perfeccionismo aterrador; pero está demandando una vida que esté siempre vigilante contra el pecado, una vida en la que el pecado no sea normalmente aceptado, sino que se produce a veces en un momento anormal de debilidad. Juan no está diciendo que el que mora en Dios no pueda pecar; pero está diciendo que el que habita en Dios no puede seguir siendo un pecador consciente y voluntario.

CARACTERÍSTICAS DE LOS HIJOS DE DIOS

-1 Juan 3:10-18

En esto se distinguen los hijos de Dios de los hijos del Diablo; el que no actúa con integridad, no es de Dios, ni tampoco el que no ame a su hermano, porque el mensaje que hemos oído desde el principio es el mensaje de que debemos amarnos mutuamente, y no ser como Caín, que procedía del Maligno, y mató a su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran malvadas, y las de su hermano justas. No os sorprendáis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en muerte. El que odia a su hermano es un asesino. No posee la vida eterna morando en su interior. En esto reconocemos Su amor: en que Él dio Su vida por nosotros; así nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. El que tenga bastantes cosas de este mundo para mantenerse, y vea a su hermano en necesidad, y cierre su corazón contra él, ¿cómo va a morar el amor de Dios en él? Queridos hijos, no hagáis del amor un asunto de conversación y de charla, sino amad de hecho y en verdad.

Este es un pasaje que tiene un tema bien trabado y una especie de paréntesis en medio.

Como decía Westcott: «La vida revela a los hijos de Dios.» No hay manera de decir qué clase de árbol es uno más que por sus frutos, y no hay manera de decir qué es una persona aparte de su conducta. Juan establece que cualquiera que no obre con integridad, demuestra que no es de Dios. De momento omitiremos el paréntesis para proseguir con el tema. -

Aunque Juan es un místico, tiene una mentalidad muy práctica; y, por tanto, no deja la integridad como algo vago e

indefinido. Alguien podría decir: «Muy bien, acepto el hecho de que la única cosa que prueba que una persona pertenece a Dios es la integridad de su vida; pero, ¿qué es integridad?» La respuesta de Juan es clara y contundente: *Ser íntegro es amar a nuestros hermanos*. Eso, dice Juan, es un deber que no deja lugar a dudas. Y pasa a aportar varias razones por las que ese mandamiento es tan central y tan vinculante.

(i) Es una obligación que se ha inculcado en el cristiano desde el momento en que entró en la iglesia. La ética cristiana se puede resumir en una palabra, amor, y desde el momento que una persona se rinde a Cristo se compromete a hacer del amor la línea central de su vida.

(ii) Por esa misma razón, el hecho de que una persona ame a sus hermanos es la prueba definitiva de que ha pasado de muerte a vida. Como dice A. E. Brooke: «La vida es una oportunidad para aprender a amar.» La vida sin amor es muerte. Amar es estar en la luz; aborrecer es continuar en la oscuridad. No necesitamos más pruebas que mirarle a la cara a una persona que esté enamorada, y a otra que esté llena de odio; mostrarán la gloria o la negrura de su corazón.

(iii) Además, no amar es convertirse en asesino. No cabe duda de que Juan está pensando en las palabras de Jesús en el Sermón del Monte (*Mateo 5:21s*). Jesús dijo que la antigua ley prohibía asesinar, pero la nueva Ley declaraba que la ira y la amargura y el desprecio eran pecados igualmente serios. Siempre que haya odio en el corazón de una persona, la convierte en un asesino en potencia. El permitir que el odio se asiente en el corazón es quebrantar un mandamiento concreto de Jesús. Por tanto, el que ama es seguidor de Cristo, y el que aborrece no es de los Suyos.

(iv) De ahí se sigue todavía otro paso en este razonamiento bien trabado. Alguien puede que diga: «Reconozco la obligación de amar, y trataré de cumplirla; pero no sé lo que implica.» La respuesta de Juan (versículo 16) es: « Si quieres ver lo que es este amor, mira a Jesucristo. En Su muerte por los hombres en la Cruz se despliega plenamente.» En otras

palabras, la vida cristiana es la imitación de Cristo. «Haya esta actitud entre vosotros que tenéis en Jesucristo» (*Filipenses 2:5*). «Nos dejó Su ejemplo para que sigamos Sus pisadas» (1 *Pedro 2:21*). No hay nadie que pueda mirar a Cristo y decir que no sabe en qué consiste la vida cristiana.

(v) Juan resuelve otra posible objeción más. Alguien podría decir: «¿Cómo puedo yo seguir las pisadas de Cristo? El dio Su vida en la Cruz. Usted dice que yo debería dar mi vida por mis hermanos; pero esas oportunidades tan dramáticas no se dan corrientemente en la vida. ¿Qué tengo que hacer entonces?» La respuesta de Juan es: « Es cierto. Pero cuando veas a tu hermano en necesidad, y tú tengas bastante, el darle de lo que tienes es seguir a Cristo. El cerrarle el corazón y las manos es demostrar que el amor de Dios que se manifestó en Jesucristo no tiene lugar para ti.» Juan insiste en que podemos encontrar innumerables oportunidades para demostrar el amor de Cristo en la vida de todos los días. C. H. Dodd escribe hermosamente sobre este pasaje: «Había ocasiones en la vida de la Iglesia Primitiva, como hay también algunas ocasiones trágicas en el momento presente, para una obediencia casi literal del precepto (es decir, dar la vida por los hermanos). Pero la vida no es siempre tan trágica; y sin embargo el mismo principio de conducta se debe aplicar siempre. Puede movernos sencillamente a gastar algún dinero que hubiéramos podido gastar para nosotros mismos para aliviar la necesidad de otro más necesitado. Es, después de todo, el mismo principio de acción, aunque a un nivel más bajo de intensidad: es estar dispuestos a rendir algo que tiene valor para nuestra propia vida para enriquecer la de otro. Si tal mínima respuesta a la Ley del Amor que nos llega en una situación diaria y normal está ausente, entonces es inútil pretender que formamos parte de la familia de Dios, el reino en el que el amor es operativo como el principio y la señal de la vida eterna.»

Las palabras bonitas nunca ocuparán el lugar de las buenas obras; y ninguna cantidad de palabras sobre el amor cristiano ocupará el lugar de una acción amable, que implique algún

sacrificio propio, a una persona en necesidad; porque en esa acción vuelve a estar operativo el principio de la Cruz.

EL RESENTIMIENTO DEL MUNDO AL CAMINO CRISTIANO

1 Juan 3:10-18 (conclusión)

En este pasaje había un paréntesis; volvamos ahora a él. El paréntesis se encuentra en el versículo 11, y la conclusión a la que conduce, en el 12. El cristiano no debe ser como Caín, que mató a su hermano.

Juan pasa a preguntar por qué mató Caín a su hermano; y su respuesta es que fue porque sus obras eran malvadas, y las de su hermano eran buenas. Y entonces deja caer la observación: « No os sorprendáis, hermanos, si el mundo os aborrece.»

Un malvado aborrecerá instintivamente a un hombre bueno. La integridad provoca siempre hostilidad en aquellos cuyas acciones son viles. La razón es que el hombre bueno es una reprensión andante para el malo. Aunque nunca le diga ni una sola palabra, su vida dicta sentencia callada. Sócrates era un hombre bueno *par excellence*. Alcibiades era brillante, pero errático y a menudo ,gamberro. Solía decirle a Sócrates: «Sócrates, te odio porque cada vez que me encuentro contigo me haces verme tal como soy.»

La Sabiduría de Salomón tiene un pasaje severo (2:10-20). En él se hace expresar al malvado su actitud ante el bueno: «Montémosle asechanzas al íntegro; porque él no es de los nuestros, y está siempre en contra de nuestras acciones... Se caracteriza por oponerse a nuestros planes. Nos resulta fastidioso hasta contemplarle; porque su vida no es como la de los demás, sus maneras son de otra calaña. Nos considera unos falsos; se desmarca de nuestros caminos como de la peste.» Sólo el ver al hombre bueno hacía que el malvado odiara le odiara.

Dondequiera que esté el cristiano, aunque no diga palabra, actúa como conciencia de la sociedad; y por esa misma razón el mundo le aborrecerá a menudo.

En la antigua Atenas, el noble Arístides fue condenado a muerte injustamente; y, cuando le preguntaron a uno del jurado cómo había sido capaz de dar su voto en contra de tal hombre, su respuesta fue que estaba harto de oír llamar a Arístides < el Justo. » El odio del mundo al cristiano es un fenómeno ubicuo, y se debe al hecho de que el mundano ve en el cristiano su propia condenación: lo que él no es y lo que en lo más íntimo de su corazón sabe que debería ser; y, como no quiere cambiar, trata de eliminar al que le recuerda su bondad perdida.

LA ÚNICA PRUEBA

1 Juan 3:19-24a

Por esto sabemos que somos de la verdad, y por esto afirmaremos nuestro corazón delante de Él. Cuando nos remuerde la conciencia, Dios está por encima de ella y sabe todas las cosas. Amados, si la conciencia no nos acusa de nada, podemos acudir confiadamente a Dios, y recibir de Él lo que Le pidamos, porque guardamos Sus mandamientos y hacemos lo que a Él agrada. Y este es el mandamiento: Que creamos en el nombre de Su Hijo Jesucristo, y que nos amemos mutuamente, como Él nos lo dijo en Su mandamiento. Y el que guarde Su mandamiento mora en Él, y Él en él.

Al corazón humano no se puede evitar que le surjan dudas. Cualquiera persona con una mente y un corazón sensibles a veces se pregunta si es realmente cristiana. La prueba de Juan es bien simple, y de amplia gama: es el amor. Si sentimos que brota el amor hacia nuestros semejantes dentro de nuestro corazón, podemos estar seguros de que el corazón de Cristo

está en nosotros. Juan habría dicho que un supuesto hereje cuyo corazón rebosara de amor y cuya vida estuviera adornada con el servicio estaba mucho más cerca de Cristo que se supusiera ortodoxo y sin embargo se mantuviera frío y remoto ante las necesidades de otros.

Juan pasa a decir algo que, según el original, puede querer decir dos cosas. Ese sentimiento de amor puede confirmarnos la presencia de Dios. Puede que nos remuerda la conciencia, pero Dios está por encima de ella. La pregunta sería: ¿Qué quiere decir esta última frase?

(i) Podría querer decir: Puesto que nuestra conciencia nos condena, y Dios está infinitamente por encima de nuestra conciencia, Dios nos condenará infinitamente más. Si lo tomamos en ese sentido, nos deja sumidos en el temor a Dios y sin poder decir nada más que: «Dios, sé propicio a mí, pecador.» Esa es una traducción posible, y sin duda es verdad; pero no es lo que Juan está diciendo en el contexto, porque aquí está pensando en nuestra confianza en Dios, y no en nuestro temor de Dios.

(ii) El pasaje quiere decir por tanto lo siguiente. Nuestra conciencia nos condena -eso es inevitable. Pero Dios está por encima de nuestra conciencia. Él sabe todas las cosas. Él no solamente conoce nuestros pecados; también conoce nuestro amor, nuestro anhelo, la nobleza que nunca desaparece del todo, nuestro arrepentimiento; y la grandeza de Su conocimiento Le da la simpatía que es capaz de entender y de perdonar.

Es este mismo conocimiento que Dios tiene de nosotros lo que constituye nuestra esperanza. « El hombre -como decía Tomás de Kempis- ve la obra, pero Dios conoce la intención. » Los hombres nos pueden juzgar solamente por nuestras acciones; pero Dios nos juzga por las aspiraciones que nunca se concretaron en acciones y por los sueños que nunca se hicieron realidad. Cuando Salomón estaba dedicando el templo, habló de lo mucho que David había querido construirle a Dios una Casa, y cómo se le había negado aquel privilegio. « Mi padre David tuvo en su corazón edificar una casa al nombre

del Señor Dios de Israel. Pero el Señor dijo a David mi padre: "En cuanto a haber tenido en tu corazón el edificar una casa a Mi nombre, bien has hecho en tener tal deseo"> y (1 Reyes 18:17s). El proverbio francés dice: < Saberlo todo es perdonarlo todo.> Dios nos juzga por las profundas emociones del corazón; y, si hay amor en nuestro corazón, entonces, por muy débil e imperfecto que sea, podemos entrar confiadamente a Su presencia. El conocimiento perfecto, que pertenece a Dios y sólo a Él, no es nuestro terror, sino nuestra esperanza.

LOS MANDAMIENTOS INSEPARABLES

1 Juan 3:19-24a (conclusión)

Juan pasa a hablar de las dos cosas que son agradables a Dios, los dos mandamientos de. cuya obediencia depende nuestra relación con Dios.

(i) Debemos creer en el nombre de Su Hijo Jesucristo. Aquí tenemos el uso de la palabra *nombre* que es característico de los escritores bíblicos. No quiere decir simplemente el nombre por el que se conoce a una persona; quiere decir toda la naturaleza y el carácter de esa persona en tanto en cuanto nos son conocidos. El salmista escribe: < Nuestra ayuda es en el nombre del Señor> (*Salmo 124:8*). Está claro que no quiere decir que nuestra ayuda esté en el hecho de que Dios Se llama Jehová; quiere decir que nuestra ayuda está en el amor y la misericordia y el poder que se nos han revelado como la naturaleza y el carácter de Dios. Así que creer en el nombre de Jesucristo quiere decir creer en la naturaleza y el carácter de Jesucristo. Quiere decir creer que Él es el Hijo de Dios, que Él está en una relación con Dios de una manera que no ha estado ni puede estar nunca ninguna otra persona del universo, que puede revelar perfectamente a la humanidad a Dios, y que es el Salvador de nuestras almas. Creer en el nombre de Jesucristo es aceptarle como el Que realmente es.

(ii) Debemos amarnos unos a otros, según el mandamiento que Él nos dio. Este mandamiento está en *Juan 13:34*. Debemos amarnos mutuamente con ese mismo amor generoso, sacrificado, perdonador, con que Cristo nos ha amado.

Cuando ponemos juntos estos dos mandamientos encontramos la gran verdad de que la vida cristiana depende de una fe correcta y una conducta correcta combinadas. No podemos tener la una sin la otra. No puede haber tal cosa como una teología cristiana sin una ética cristiana; ni tampoco una ética cristiana sin una teología cristiana. Nuestra fe no es real a menos que conduzca a la acción; y nuestra acción no tiene justificación ni dinámica a menos que esté basada en la fe.

No podemos empezar la vida cristiana hasta aceptar a Jesucristo por lo que El es, y no Le habremos aceptado en ningún sentido real de la palabras hasta que nuestra actitud hacia nuestros semejantes sea como Su propia actitud de amor.

LOS PRIVILEGIOS DE LA VIDA EXHUBERANTE DEL ESPÍRITU

1 Juan 3:24-4:1

Así es como sabemos que Él mora en nosotros: por el Espíritu Que Él nos ha dado. Amados, no creáis a cualquier espíritu; sino probad los espíritus para ver si proceden de Dios; porque han salido por el mundo muchos falsos profetas.

Detrás de esta advertencia se encuentra una situación de la que sabemos muy poco o nada en muchas iglesias modernas. En la Iglesia original hubo un brotar vigoroso de la vida del Espíritu que conllevaba sus propios principios. Había tantas y tan diversas manifestaciones espirituales que se necesitaba alguna clase de comprobación. Tratemos de trasladarnos con el pensamiento a aquella atmósfera eléctrica.

(i) Ya en los tiempos del Antiguo Testamento se detectaron los peligros de los falsos profetas, que eran hombres con un cierto poder espiritual. *Deuteronomio 13:1-5* demanda que el falso profeta que trató de seducir al pueblo para que se apartara del verdadero Dios fuera muerto; pero admite franca y abiertamente que este puede prometer señales y milagros, y realizarlos. El poder espiritual podía ser malvado y mal dirigido.

(ii) En la Iglesia original, el mundo considerado espiritual estaba muy cerca. Todo el mundo creía en un universo abarrotado de demonios y espíritus. Cada roca, y árbol, y río, y bosquecillo, y lago, y montaña tenían su poder espiritual; y estos poderes espirituales estaban siempre tratando de introducirse en los cuerpos y mentes de las personas. En los tiempos de la Iglesia original se vivía en un mundo obsesionado con los fenómenos espirituales en el que todos se sentían rodeados y acechados por poderes espirituales.

(iii) Ese mundo antiguo era muy consciente de la existencia del poder personal del mal. No especulaba acerca de su origen, pero estaba convencido de que existía, y de que estaba buscando personas para usarlas como instrumentos a su servicio. En consecuencia, no solamente el universo, sino también las mentes humanas eran el campo de batalla en el que contendían el poder de la luz y el poder de las tinieblas.

(iv) En la Iglesia original la venida del Espíritu era un fenómeno mucho más visible de lo que es corriente para muchos en nuestros días. Se relacionaba generalmente con el bautismo; y cuando el Espíritu venía, sucedían cosas que cualquiera podía constatar. La persona que recibía el Espíritu era afectada visiblemente. Cuando los apóstoles bajaron a Samaria después de la predicación de Felipe y confirieron el don del Espíritu a los nuevos convertidos, el efecto era tan sorprendente que el mago local, Simón, quería comprar el poder para producirlo (*Hechos 8:17s*). La venida del Espíritu sobre Comelio y los de su casa fue algo que todos pudieron constatar (*Hechos 10: 44s*). En la Iglesia original, la venida del Espíritu iba acompañada de efectos sensibles y obvios.

(v) Esto tenía sus efectos en la vida congregacional de la Iglesia original. El mejor comentario a este pasaje de Juan sería *1 Corintios 14*. Por el poder del Espíritu algunas personas hablaban en lenguas. Es decir: les salía un torrente de sonidos dados por el Espíritu que no correspondían a ninguna lengua conocida, que nadie podía entender a menos que hubiera en la congregación alguno que tuviera el don dado por el Espíritu de interpretar. Tan extraordinario era este fenómeno que Pablo no duda en decir que si un extraño entrara en la congregación cuando se estaba practicando pensaría que se encontraba en una reunión de locos (*1 Corintios 14:2,23,27*). Hasta los profetas, que daban su mensaje en la lengua corriente, constituían un problema. Eran tan movidos por el Espíritu que no podían esperarse hasta que terminara el que estaba hablando, y cada uno se ponía en pie de un salto decidido a proclamar el mensaje que el Espíritu le daba (*1 Corintios 14:26s,33*). Un culto de adoración en alguna de las primeras congregaciones cristianas sería distinto de la mayor parte de los cultos de las iglesias modernas, tan plácidas. Tan diversas eran las manifestaciones del Espíritu que Pablo incluye *el don del discernimiento de espíritus* entre los dones espirituales que podía poseer un cristiano (*1 Corintios 12:10*). Podemos figurarnos lo que podría suceder en tal caso cuando Pablo menciona la **posibilidad de** que alguien maldijera a Cristo hablando en un espíritu (*1 Corintios 12:3*).

Cuando llegamos algo más adelante en la historia de la Iglesia encontramos el problema todavía más agudizado. *La Didajé, La enseñanza de los Doce Apóstoles*, es el primer libro de orden eclesiástico, y se puede fechar no después del año 100 d.C. Contiene reglas acerca de cómo se han de tratar los apóstoles y profetas ambulantes que iban y venían por las congregaciones cristianas. «No todos los que hablen por un espíritu son profetas, sino sólo los que hablen de acuerdo con el Señor» (*Didajé 11 y 12*). El problema alcanzó su cima y *ne plus ultra* cuando, en el siglo III, Montano irrumpió en la Iglesia pretendiendo ser nada menos que el Paráclito prometido, y

proponiéndose decirle a la Iglesia las cosas que Cristo había dicho a Sus apóstoles que no podían recibir entonces.

La Iglesia Primitiva estaba llena de esta vida desbordante del Espíritu. La exuberancia de la vida no se había podido organizar desde la Iglesia. Era una gran edad; pero su misma exuberancia tenía sus peligros. Si había un poder personal del mal, podía usar a algunas personas. Si había espíritus malos al mismo tiempo que el Espíritu Santo, podían habitar en algunos. Algunos podían engañarse produciéndose experiencias totalmente subjetivas en las que pensaban -honradamente- que tenían un mensaje del Espíritu.

Juan tenía todo esto en mente; y a la vista de esa atmósfera electrificada de vida espiritual desbordante presenta sus criterios para discriminar entre lo verdadero y lo falso. Nosotros, por nuestra parte, puede que tengamos el sentimiento de que, con todos sus peligros, la exuberante vitalidad de la Iglesia Primitiva era mucho mejor que la apática placidez de la vida de la iglesia moderna. Era mejor que se esperara al Espíritu en todo que que no se Le espere en nada.

Nota sobre la traducción de 1 Juan 4:1-7.

Hay una frase que aparece en este pasaje que no es ni mucho menos fácil de traducir. Es la que la versión Reina-Valera traduce indefectiblemente por *de Dios*. Se trata de los lugares siguientes:

Versículo 1: Probad los espíritus si son *de Dios*.

Versículo 2: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es *de Dios*.

Versículo 3: Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es *de Dios*.

Versículo 4: Hijitos, vosotros sois *de Dios*.

Versículo 6: Nosotros somos *de Dios*... El que no es *de Dios*, no nos oye.

Versículo 7: El amor es *de Dios*.

La dificultad se ve claramente; y sin embargo es de primera importancia el adscribir un sentido preciso a esta frase. En griego es *ek tú Theú*. *Ho Theós* quiere decir *Dios*, y *tú Theú* es el genitivo después de la preposición *ek*. *Ek* es una de las preposiciones griegas más corrientes, y quiere decir *desde o fuera de*. Decir que un hombre viene *ek tés póleós* quiere decir que viene *desde o fuera de* la ciudad. Ya se comprende que no es así como lo diríamos en castellano, tan impreciso como es comparado con el griego o con el inglés. Aquí nos serviríamos de la preposición *de*, como se ve en casi todas las traducciones, dejando que cada cual decida si se trata de *origen* o de *posesión*. Entonces, ¿qué quiere decir que una persona o un espíritu o una cualidad es *ek tú Theú*? En inglés se suele traducir por *from*, pero en castellano sería imposible usar *desde*. Sin embargo está claro que quiere decir que la persona o el espíritu o la cualidad *tiene su origen en Dios*. Viene de Dios en el sentido de que tiene su origen en Él y deriva de Él su vida. Así es que Juan exhorta a los suyos a que analicen los espíritus para comprobar si proceden realmente de Dios.

Citamos algunas de las variantes de algunas versiones españolas como muestra de la dificultad y del sincero esfuerzo para traducir fielmente el sentido. Aun traduciendo de la Vulgata, Scío ya puso: < la caridad procede de Dios > (7). La Biblia de Jerusalén tiene: «Examinad si los espíritus vienen de Dios»(1). La Nueva Biblia Española: «No deis fe a toda inspiración; sometedlas a prueba para ver si vienen de Dios»(1), «procede de Dios»(2,3), « el amor viene de Dios»(7). Bover: « El amor procede de Dios»(7). R.V.A.: «procede de Dios» (2, 3). R.V. Clie '77: « si los espíritus proceden de Dios»(1), «procede de Dios»(2, 3), «Hijitos, vosotros procedéis de Dios»(4).

Esta nota era necesaria para justificar el apartarnos de la forma tan conocida y aceptada -y, probablemente, bien entendida- de la R-V, y el seguir otra forma reiterativa y menos corriente en castellano.

LA HEREJÍA CAPITAL

1 Juan 4:2s

Así es como reconoceréis el espíritu que procede de Dios: todo espíritu que reconoce abiertamente que Jesús ha venido en la carne y es el Mesías, procede de Dios. Y todo espíritu que es tal que no hace esta confesión acerca de Jesús, no procede de Dios; y este es el espíritu del Anticristo, acerca del cual habéis oído que había de venir, y que ahora ya está presente en el mundo.

Para Juan, la fe cristiana se podía resumir en una sola frase: < La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros» (*Juan 1:14*). Cualquier espíritu que negara la realidad de la Encarnación, no procedía de Dios. Juan establece dos pruebas de fe.

(i) Para que se vea que es de Dios, un espíritu debe reconocer que Jesús es el Cristo, el Mesías. Según lo veía Juan, el negarlo sería negar tres cosas acerca de Jesús. (a) Sería negar que Él es el centro de la Historia, Aquel para quien toda la Historia anterior había sido una preparación. (b) Sería negar que Él es el cumplimiento de las promesas de Dios. A lo largo de todas sus luchas y sus derrotas, los judíos se habían adherido a las promesas de Dios. Negar que Jesús es el Mesías prometido es negar que esas promesas sean verdad.- (c) Sería negar Su Reino. Jesús vino, no sólo a sacrificarse, sino a reinar; y negar Su mesiazgo es excluirle de Su realeza esencial.

(ii) Para proceder de Dios un espíritu debía reconocer que Jesús ha venido en la carne. Era precisamente esto lo que los gnósticos no podrían aceptar nunca. Puesto que, según su punto de vista, la materia era totalmente mala, una Encarnación real era totalmente imposible, porque Dios nunca podría asumir la carne. Agustín habría de decir más tarde que podría encontrar paralelos en los filósofos paganos para todo lo del Nuevo Testamento excepto una cosa: < El Logos Se hizo carne.» De acuerdo con el punto de vista de Juan, el negar la completa

humanidad de Jesucristo era atacar la fe cristiana en sus mismas raíces.

El negar la realidad de la Encarnación tiene ciertas consecuencias definidas.

(i) Es negar que Jesús pudiera ser nunca nuestro ejemplo. Si no era realmente un hombre, viviendo en las mismas condiciones humanas, no podría nunca mostrar a los hombres cómo vivir.

(ii) Es negar que Jesús pudiera ser el Sumo Sacerdote Que abre el acceso a Dios. El verdadero Sumo Sacerdote, como vio el autor de la *Carta a los Hebreos*, debía ser en todas las cosas semejante a nosotros, conociendo nuestras debilidades y nuestras tentaciones (*Hebreos 4:14s*). Para guiar a los hombres a Dios, el Sumo Sacerdote debía ser un hombre; porque, de otra manera, les indicaría un camino que les sería imposible seguir.

(iii) Es negar que Jesús fuera, en ningún sentido real, el Salvador. Para salvar a los hombres tenía que identificarse con los que había venido a salvar.

(iv) Es negar la salvación del cuerpo. La enseñanza cristiana es totalmente clara en que la Salvación es la Salvación de toda la persona, del cuerpo tanto como del alma. El negar la Encarnación es negar la posibilidad de que el cuerpo pueda nunca llegar a ser el templo del Espíritu Santo.

(v) Con mucho lo más serio y terrible es que sería negar que pueda nunca haber ninguna unión real entre Dios y el hombre. Si el Espíritu es totalmente bueno y el cuerpo es totalmente malo, Dios y el hombre no se pueden encontrar nunca mientras el hombre siga siendo hombre. Se podrían encontrar si el hombre se desprendiera del cuerpo y se convirtiera en un espíritu *desencarnado*. Pero la gran verdad de la Encarnación es que aquí y ahora puede haber una comunión real entre Dios y el hombre.

No hay nada en el Cristianismo que sea más central que la realidad de la humanidad de Jesucristo.

ESCISIÓN ENTRE EL MUNDO Y DIOS

1 Juan 4:4-6

Vosotros procedéis de Dios, queridos chiquillos, y habéis obtenido la victoria sobre ellos porque ese poder que hay en vosotros es mayor que el poder que hay en el mundo. Es por esto por lo que la fuente de lo que ellos hablan es el mundo, y es la razón de que el mundo los escuche. Nuestra fuente está en Dios; el que conoce a Dios nos presta atención. El que no procede de Dios no nos escucha. Así es como distinguimos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.

Juan establece en este pasaje una gran verdad, y encara un gran problema.

(i) El cristiano no tiene por qué tenerle miedo al hereje. En Cristo se ganó la victoria sobre todos los poderes del mal. Los poderes del mal Le hicieron todo el mal que pudieron, hasta el punto de matarle en la Cruz; pero Él surgió victorioso. La victoria le corresponde al cristiano. Sea cual fuere el aspecto de las cosas, los poderes del mal están peleando una batalla perdida. Como expresaba el proverbio latino: «Grande es la verdad, y acabará por prevalecer.» Todo lo que tiene que hacer el cristiano es tener presente la verdad que ya conoce, y aferrarse a ella. La verdad es aquello por lo que viven los hombres; el error es a fin de cuentas lo que hace que los hombres mueran.

(ii) Sigue el problema de que los falsos maestros ni escucharán ni aceptarán la verdad que ofrece el verdadero cristiano. ¿Cómo se puede explicar eso? Juan vuelve a su antítesis favorita: la oposición entre el mundo y Dios. El mundo, como ya hemos visto antes, es la naturaleza humana aparte de Dios y en oposición a Él. El hombre que tiene su origen en Dios recibirá la verdad; el hombre que tiene su origen en el mundo, la rechazará.

Cuando llegamos a pensar en ello, es una verdad obvia. ¿Cómo puede una persona cuya consigna es la competencia empezar a entender una ética cuya clave es el servicio? ¿Cómo puede una persona cuya finalidad es la exaltación del yo, y que mantiene que los más débiles deben ir al paredón, empezar a entender una enseñanza cuyo principio vital es el amor? ¿Cómo puede una persona que cree que este es el único mundo, y que, por tanto, las cosas materiales son las únicas que importan, empezar a entender una vida que se vive a la luz de la eternidad, en la que las cosas invisibles poseen los valores supremos? Una persona no puede escuchar nada más que lo que se ha entrenado a escuchar, y puede estar absolutamente incapacitada para escuchar el mensaje cristiano.

Eso es lo que Juan está diciendo. Ya hemos visto una y otra vez que es característico de él el ver las cosas en blanco y negro. Su pensamiento no se para en matices. Por una parte está el hombre cuya fuente de origen es Dios, y que puede oír la verdad; por otra parte está el hombre cuya fuente y origen es el mundo, y que es incapaz de oír la verdad. Ahí surge un problema que es muy probable que Juan ni siquiera reconociera. ¿Hay personas para las que toda predicación es fatalmente inútil? ¿Hay personas cuyas defensas no se pueden penetrar nunca, cuya sordera no les permite nunca oír, y cuyas mentes están cerradas para siempre a la invitación y al mandamiento de Jesucristo?

La respuesta debe de ser que no hay límites para la gracia de Dios, y que hay tal Persona como el Espíritu Santo. La vida nos enseña que el amor de Dios puede derribar cualquier barrera. Es verdad que una persona se puede resistir; puede que sea verdad que una persona se puede resistir hasta lo último; pero lo que es también verdad es que Cristo está siempre llamando a la puerta de todos los corazones, y es posible que una persona oiga la voz de Cristo, aun por encima de las muchas voces del mundo.

EL AMOR HUMANO Y EL DIVINO

1 Juan 4:7-21

Amados, amémonos unos a otros, porque el amor tiene su fuente en Dios; y todo el que ama tiene a Dios como la fuente de su nacimiento y conoce a Dios. El que no ama, no ha empezado a conocer a Dios.

En esto se despliega el amor de Dios dentro de nosotros: en que Dios envió a Su único Hijo al mundo para que por medio de Él pudiéramos vivir. En esto consiste el amor: no en qué nosotros amemos a Dios, sino en que Él nos amó y envió a Su Hijo para que fuera el sacrificio expiatorio por nuestros pecados. Hermanos, si Dios nos amó así, nosotros también debemos amarnos unos a otros. Nadie ha visto nunca a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros, y Su amor llega a su plenitud en nosotros. Es por, esto por lo que sabemos que moramos en Él y Él en nosotros: porque Él nos ha dado una porción de Su Espíritu.

Nosotros hemos visto y testificamos que el Padre envió al Hijo como Salvador del mundo. El que reconoce abiertamente que Jesús es el Hijo de Dios, Dios mora en él y él en Dios. Nosotros hemos llegado a conocer y a poner nuestra confianza en el amor que Dios tiene en nuestro interior. Dios es amor, y el que mora en amor mora en Dios, y Dios mora en él.

En nosotros el amor llega a su culminación en esto: en que tengamos confianza sobre el Día del Juicio; porque, como Él es, así somos nosotros también en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el perfecto amor descarta el temor, porque el temor está relacionado con el castigo, y el que teme no ha llegado al perfecto estado del amor. Nosotros amamos porque Él nos amó primero. Si alguien dice: «Yo amo a Dios,» pero aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque

el que no ama a su hermano a quien ha visto, no puede amar a Dios, a Quien no ha visto. Es este mandamiento el que tenemos de Él: que el que ame a Dios, ame también a su hermano.

Este pasaje está tan íntimamente entrelazado que será mejor que lo leamos en su conjunto y luego saquemos poco a poco sus enseñanzas. En primer lugar veamos su enseñanza sobre el amor.

(i) El amor tiene su origen en Dios (versículo 7). Es desde el Dios Que es amor desde donde fluye todo amor. Como dice A. E. Brooke: «El amor humano es un reflejo de algo que hay en la naturaleza divina misma.» Cuando más cerca estamos de Dios es cuando amamos. Clemente de Alejandría dijo con una frase sorprendente que el verdadero cristiano «practica el ser Dios.» El que mora en amor mora en Dios (versículo 16). El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios (*Génesis 1:26*). Dios es amor; y, por tanto, para ser semejante a Dios y ser lo que debe ser, el hombre también debe amar.

(ii) El amor tiene una doble relación con Dios. Es sólo conociendo a Dios como aprendemos a amar; y es sólo amando como aprendemos a conocer a Dios (versículos 7 y 8). El amor procede de Dios, y conduce a Dios.

(iii) Es por el amor como se conoce a Dios (versículo 12). No podemos ver a Dios, porque Dios es Espíritu; lo que sí podemos ver es Su efecto. No podemos ver el viento, pero podemos ver lo que hace. No podemos ver la electricidad, pero podemos ver los efectos que produce. El efecto de Dios es el amor. Es cuando Dios entra en una persona cuando la persona está revestida con el amor de Dios y el amor del hombre. Dios Se conoce por Su efecto en esa persona. Se ha dicho: «Un santo es una persona en quien Cristo vive otra vez.» Y la mejor demostración de Dios no viene de la discusión, sino de una vida de amor.

(iv) El amor de Dios se demuestra en Jesucristo (versículo 9). Cuando miramos a Jesús vemos dos cosas acerca del amor

de Dios. (a) Es un amor que no se reserva nada. Dios estuvo dispuesto en Su amor por los hombres a dar a Su Hijo único y a hacer un sacrificio que es absolutamente imposible superar. (b) Es un amor totalmente inmerecido. No sería tan extraordinario si nosotros Le amáramos a Él por todas las cosas que Él nos ha dado, hasta aparte de Jesucristo; lo maravilloso es que Él ame a criaturas desagradas y desobedientes como nosotros.

(v) El amor humano es la respuesta al amor divino. Nosotros amamos porque Dios nos amó. Es la visión de Su amor lo que despierta en nosotros el deseo de amarle como Él nos amó a nosotros antes, y de amar a nuestros semejantes como Él los ama.

(vi) Cuando llega el amor, el temor se tiene que marchar (versículos 17 y 18). El temor es la emoción característica de alguien que espera que le castiguen. Mientras veamos a Dios como el Juez, el Rey, el Legislador, no puede haber en nuestro corazón nada más que temor, porque ante un Dios así no podemos esperar nada más que el castigo. Pero una vez que conocemos la verdadera naturaleza de Dios, el amor absorbe el temor. El único temor que permanece es el temor de ofender Su amor por nosotros.

(vi) El amor de Dios y el amor del hombre están indisolublemente vinculados (versículos 7, 11, 20s). Como dice hermosamente C. H. Dodd: < La energía del amor se descarga por líneas que forman un triángulo cuyos vértices son ,Dios, el yo y el prójimo. » Si Dios nos ama, estamos obligados a amarnos unos a otros; porque nuestro destino es reproducir la vida de Dios en la humanidad, y la vida de la eternidad en el tiempo. Juan dice, con una claridad casi cruda, que el que pretenda amar a Dios y aborrezca a su hermano, no es nada más que un mentiroso. La única manera de probar que amamos a Dios es amando a los hombres, a los que Dios ama. La única manera de probar que Dios está en nuestros corazones es mostrar constantemente el amor a los hombres en nuestras vidas.

DIOS ES AMOR

1 Juan 4:7-21 (continuación)

En este pasaje encontramos lo que es probablemente la más grande afirmación acerca de Dios en toda la Biblia: que Dios *es amor*. Es maravilloso descubrir la cantidad de puertas que abre esa sencilla afirmación, y la cantidad de preguntas que contesta.

(i) Es la explicación de *la Creación*. Algunas veces no podemos evitar preguntarnos por qué creó Dios este mundo. La desobediencia, la falta de respuesta de los hombres, son un constante dolor para Él. ¿Por qué había Dios de crear un mundo que no Le habría de reportar nada más que problemas? La respuesta es que la Creación era esencial a Su misma naturaleza. Si Dios es amor, no puede existir en una soledad aislada. El amor necesita tener a alguien que amar, y a alguien que le ame.

(ii) Es la explicación del *libre albedrío*. A menos que el amor sea una respuesta libre, no es amor. Si Dios no hubiera sido nada más que Ley, podría haber creado un mundo en el que las personas se movieran como autómatas, sin más libertad que la de las máquinas. Pero, si Dios hubiera hecho así a los hombres, no habría habido ninguna posibilidad de una relación personal entre Él y ellos. El amor es por necesidad la libre respuesta del corazón; y, por tanto, Dios, mediante un acto deliberado de autolimitación, tenía que dotar a los hombres de libre albedrío.

(iii) Es la explicación de *la Providencia*. Si Dios no hubiera sido más que mente y orden y ley, habría, por así decirlo, creado el universo, le habría dado cuerda, lo habría puesto en marcha, y lo habría dejado. Hay artículos y máquinas que se nos invita a comprar simplemente porque podemos ponerlas en funcionamiento y olvidarlas. Su cualidad más atractiva es que funcionan automáticamente. Pero, porque Dios es amor, a Su acto creador siguió Su cuidado constante.

(iv) Es la explicación de la *Redención*. Si Dios no hubiera sido más que Ley y Justicia, habría dejado a los hombres a las consecuencias de su pecado. La ley moral operaría: el alma que pecare, moriría; y la justicia eterna distribuiría los castigos inexorablemente. Pero el mismo hecho de que Dios es amor quiere decir que tenía que buscar y salvar lo que se había perdido. Tenía que encontrarle un remedio al pecado.

(v) Es la explicación de la *otra* vida. Si Dios fuera simplemente Creador, los seres humanos viviríamos nuestro breve espacio, y moriríamos para siempre. La vida que acababa en la Tierra sería solamente otra florecilla más que la escarcha de la muerte helaría bien pronto. Pero el hecho de que Dios es amor hace cierto que los azares y avatares de la vida no tienen la última palabra, y que Su amor ajustará de nuevo los desequilibrios de esta vida.

HIJO DE DIOS Y SALVADOR DEL MUNDO

1 Juan 4:7-21 (conclusión)

Antes de dejar este pasaje debemos notar que tiene también grandes cosas que decir acerca de Jesucristo.

(i) Nos dice que Jesús es *el Que trae* la vida. Dios Le envió para que pudiéramos tener la vida por medio de Él (versículo 9). Hay una diferencia abismal entre la existencia y la vida. Todas las criaturas tienen existencia, pero no todas tienen vida. Y lo mismo se puede decir de las personas. La misma ansiedad con que los hombres buscan el placer prueba que hay algo que falta en sus vidas. Un famoso doctor dijo una vez que la humanidad llegaría a encontrar la cura del cáncer más rápidamente que la cura del aburrimiento. Jesús le da a la persona una razón para vivir; le da fuerza para vivir, y le da paz para vivir. Vivir con Cristo convierte la mera existencia en plenitud de vida.

(ii) Nos dice que Jesús es *el Restaurador de la relación perdida con Dios*. Dios Le envió para que fuera el sacrificio expiatorio por el pecado (versículo 10). No nos movemos en un mundo de pensamiento en el que los sacrificios animales sean una realidad; pero podemos comprender plenamente lo que el sacrificio quería decir. Cuando una persona peca, su relación con Dios se interrumpe; y el sacrificio era la expresión del arrepentimiento, diseñado para restaurar la relación perdida. Jesús, por Su vida y muerte, hizo posible que el hombre entrara en una nueva relación de paz y de amistad con Dios. Hizo un puente a través de la terrible sima que había abierto el pecado entre Dios y el hombre.

(iii) Nos dice que Jesús es *el Salvador del mundo* (versículo 14). Cuando Él vino al mundo, la humanidad no era consciente de nada tanto como de su propia debilidad e indefensión. Los hombres, decía Séneca, estaban buscando *ad salutem*, salvación. Eran desesperadamente conscientes de < su debilidad en las cosas necesarias. » Necesitaban « una mano que se les tendiera para levantarlos. » Sería totalmente inadecuado pensar en la salvación como una mera liberación del castigo del infierno. Los hombres necesitaban ser salvos de sí mismos; necesitaban ser salvos de los hábitos que habían llegado a ser sus cadenas; necesitaban ser salvos de sus tentaciones; necesitaban ser salvos de sus temores y ansiedades; necesitaban ser salvos de sus locuras y errores. En cada caso Jesús ofrece salvación a los hombres; Él aporta lo que les permite enfrentarse con el tiempo y encarar la eternidad.

(iv) Nos dice que Jesús es *el Hijo de Dios* (versículo 15). Tómese como se tome, esto quiere decir fuera de toda duda que Jesucristo está en una relación con Dios que no ha tenido nunca ni tendrá jamás ninguna otra persona. Él es el único que puede mostrarle a la humanidad cómo es Dios; Él es el único que puede traer a la humanidad la gracia, el amor, el perdón y la fuerza de Dios.

Hay otra cosa que surge en este pasaje. Nos ha enseñado acerca de Dios y acerca de Jesús; y nos enseña también acerca

del Espíritu. En el versículo 13, Juan dice que sabemos que moramos en Dios porque tenemos una participación del Espíritu. Es la obra del Espíritu lo que nos hace buscar a Dios en un principio; es la obra del Espíritu lo que nos hace conscientes de la presencia de Dios; es la obra del Espíritu lo que nos da la certeza de que estamos de veras en paz con Dios. Es el Espíritu en nuestros corazones el que nos hace atrevernos a dirigirnos a Dios como Padre (*Romanos 8:15s*). El Espíritu es el testigo interior que, como dice C. H. Dodd, nos da < la consciencia inmediata, espontánea, inanalizable, de una presencia divina en nuestras vidas.>

EL AMOR EN LA FAMILIA DE DIOS

1 Juan 5:1s

Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha experimentado el nacimiento que viene de Dios; y todo el que ama al padre, ama al hijo. Así es como sabemos que debemos amar a los hijos de Dios, siempre que amemos a Dios y guardemos Sus mandamientos.

Cuando Juan escribía este pasaje tenía dos cosas en el trasfondo de la mente.

(i) Estaba el gran hecho que era la base de todo su pensamiento: el hecho de que el amor a Dios y el amor al hombre son partes inseparables de la misma experiencia. En respuesta a la pregunta del escriba, Jesús había dicho que había dos grandes mandamientos: el primero establecía que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón y alma y fuerzas; y el segundo, que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. No hay ningún mandamiento mayor que estos (*Marcos 12:28-31*). Juan tenía en mente esta palabra de su Señor.

(ii) Pero también tenía en mente una ley natural de la vida humana. El amor de la familia es parte de la naturaleza. El hijo ama naturalmente a sus padres; y también naturalmente, a sus hermanos. La segunda parte del versículo 1 dice literalmente: < Todo el que ama al que ha engendrado, ama al que es engendrado por él.> Para decirlo más sencillamente: < Si amamos a un padre, también amamos a su hijo.> Juan está pensando en el amor que vincula naturalmente a una persona al padre que la engendró y a los otros hijos que el padre ha engendrado.

Juan transfiere esto al reino de la experiencia y del pensamiento cristiano. El cristiano pasa por la experiencia de nacer de nuevo; el Padre es Dios, y el cristiano está obligado a afinar a Dios por todo lo que ha hecho por su alma. Pero uno nace siempre en una familia, y el cristiano nace de nuevo en la familia de Dios. Como sucedió con Jesús, así ha sucedido con él -los que hacen la voluntad de Dios, como él mismo, llegan a ser su madre, sus hermanas y sus hermanos (*Marcos 3:35*). Así que, si el cristiano ama a Dios Padre que le engendró, también debe amar a los otros hijos que Dios ha engendrado. Su amor a Dios y su amor a sus hermanos y hermanas en Cristo deben ser las dos caras del mismo amor, tan íntimamente entrelazados que no se pueden separar nunca.

Como se ha dicho: < Una persona no nace solamente *para amar*, sino también *para ser amada*. » A. E. Brooke lo expresa diciendo: < Todo el que ha nacido de Dios debe amar a los que han tenido el mismo privilegio.>

Mucho antes de esto había dicho el salmista: < Dios hace habitar en familia a los desamparados> (*Salmo 68:6*). El cristiano, en virtud de su nuevo nacimiento, se encuentra en la familia de Dios; y, como ama al Padre, debe también amar a los hijos que forman parte de la misma familia que él.

LA OBEDIENCIA IMPRESCINDIBLE

1 Juan 5:3-4a

Porque esto es el amor de Dios: que guardemos Sus mandamientos; y Sus mandamientos no son gravosos, porque todo lo que es nacido de Dios conquista al mundo.

Juan vuelve a una idea que nunca está muy lejos de su mente: *la obediencia es la única prueba del amor*. No podemos demostrarle nuestro amor a nadie nada más que tratando de agradarle y de producirle satisfacción.

Entonces Juan dice repentinamente una cosa de lo más sorprendente. Los mandamientos de Dios, dice, no son gravosos. Aquí debemos fijarnos en dos cuestiones generales.

Desde luego que no quiere decir que la obediencia a los mandamientos de Dios sea fácil de alcanzar. El amor cristiano no es una cuestión superficial. No es nunca fácil amar a personas que no nos gustan, o que hieren nuestros sentimientos, o que nos injurian. Nunca es fácil resolver los problemas de la convivencia; y, cuando se convierten en el problema de vivir juntos a la altura del nivel cristiano de la vida, es una tarea de dificultad inmensa.

Además, hay en este dicho un contraste implícito. Jesús decía que los escribas y los fariseos ataban fardos pesados y difíciles de llevar, y se los cargaban a los demás (*Mateo 23:4*). La masa de reglas y de normas de los escribas y fariseos podía ser una carga insoportable para los hombros de cualquiera. No hay duda que Juan estaba recordando el dicho de Jesús: « Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga » (*Mateo 11:30*).

Entonces, ¿cómo se puede explicar esto? ¿Cómo se puede decir que las tremendas demandas de Jesús no son una carga pesada? Se puede responder a esta pregunta de tres maneras.

(i) Dios nunca le impone un mandamiento a nadie sin darle también las fuerzas para cumplirlo. Con la visión viene el poder; con la necesidad vienen las fuerzas. Dios no nos da Sus

mandamientos y luego Se retira, dejándonos a nuestros escasos recursos. Sigue allí, a nuestro lado, para capacitarnos para cumplir lo que nos ha mandado. Lo que es imposible para nosotros se hace posible con Dios.

(ii) Pero aquí hay otra gran verdad. Nuestra respuesta a Dios debe ser la respuesta del amor; y no hay deber demasiado molesto, ni tarea demasiado pesada para el amor. Lo que no haríamos nunca por un extraño lo intentamos para alguien que nos es querido; lo que sería un sacrificio imposible si nos lo pidiera un extraño se convierte en una contribución voluntaria cuando lo necesita ser amado.

Hay una vieja historia que es una especie de parábola que viene a cuento. Alguien se encontró una vez a un chico que iba a la escuela, en aquellos tiempos en que no había transporte escolar, llevando a sus espaldas a otro chico más pequeño que estaba impedido y no podía andar. El extraño le dijo al chico: «¿Le llevas así a la escuela todos los días?» < Sí, » le contestó el muchacho. «Eso es una carga muy pesada para ti,» dijo el extraño. «No es una carga -dijo el chico-. Es mi hermano.»

El amor hacía que la carga no lo fuera en realidad. Así debe pasar entre nosotros y Cristo. Sus mandamientos no son gravosos, sino un privilegio y una oportunidad para demostrar nuestro amor. Son difíciles, pero no son gravosos; porque Cristo nunca le impuso a nadie un mandamiento sin darle las fuerzas para cumplirlo; y un mandamiento nos provee de otra oportunidad de demostrar nuestro amor.

Debemos dejar la tercera respuesta para la próxima sección.

LA CONQUISTA DEL MUNDO

1 Juan 5:4b-5

Y esta es la conquista que ha conquistado al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que conquista al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Ya hemos visto que los mandamientos de Jesucristo no son gravosos, porque con el mandamiento se nos da el poder, y porque los aceptamos con amor. Pero aquí hay otra gran verdad. Hay algo en el cristiano que le capacita para conquistar el mundo. El *kosmos* es el mundo separado de Dios y en oposición a Él. Lo único que nos capacita para conquistar al *kosmos* es la fe.

Juan identifica esta fe conquistadora con creer que Jesús es el Hijo de Dios. Es la fe en la Encarnación. ¿Por qué ha de conferir eso la victoria? Si creemos en la Encarnación, eso quiere decir que creemos que Jesucristo entró en el mundo y asumió nuestra vida humana. Si eso fue lo que hizo, quiere decir que *Le importaban* tanto los hombres como para echarse sobre Sí las limitaciones de la humanidad, que es el acto de amor que sobrepasa el entendimiento humano. Si Dios hizo eso, quiere decir que *toma parte* en todas las diversas actividades de la vida humana, y conoce por experiencia los muchos dolores y pruebas y tentaciones de este mundo. Quiere decir que Dios comprende perfectamente todo lo que nos sucede, y que Él está involucrado en la empresa de vivirlo con nosotros. La fe en la Encarnación es la convicción de que Dios comparte y se preocupa y se identifica con nosotros. Cuando tenemos esa fe se producen ciertos resultados.

(i) Tenemos una defensa para resistir las infecciones del mundo. Por todos lados nos oprimen los estándares y los motivos mundanos; de todas partes nos llegan las fascinaciones de cosas malas. De dentro y de fuera nos asaltan las tentaciones que son parte de la situación humana en un mundo y una sociedad que no están interesados en Dios, sino que hasta le son hostiles. Pero, una vez que nos damos cuenta de la presencia constante de Dios en Jesucristo con nosotros, tenemos un profiláctico fuerte contra las infecciones del mundo. Es un hecho de la experiencia que la práctica de la bondad es más fácil cuando se está en compañía de gente buena; y, si creemos en la Encarnación, tenemos con nosotros la presencia continua de Dios en Jesucristo.

(ii) Tenemos fuerza para resistir los ataques del mundo. La situación humana está llena de cosas que tratan de apartarnos de nuestra fe. Están los dolores y perplejidades de la vida; las desilusiones y las frustraciones; los fracasos y los desalientos... Pero, si creemos en la Encarnación, creemos en un Dios Que ha pasado por todo esto hasta llegar a la Cruz, y Que puede, por tanto, ayudar a los que lo tengan que pasar.

(iii) Tenemos la esperanza indestructible de la victoria final. El mundo Le hizo todo el mal que pudo a Jesús. Le acosó, Le persiguió y Le calumnió; Le acusó de hereje y amigo de pecadores; Le juzgó y Le crucificó y Le enterró. Hizo todo lo humanamente posible para eliminarle -¡y fracasó! Después de la Cruz vino la Resurrección; después de la vergüenza vino la gloria. Ese es el Jesús Que está con nosotros, Que vio la vida en su aspecto más tenebroso, a Quien la vida trató mal a más no poder, Que murió, Que conquistó la muerte y Que nos ofrece participar en esa victoria que Él ganó. Si creemos que Jesús es el Hijo de Dios tenemos siempre con nosotros al Cristo Vencedor que nos hace vencedores.

EL AGUA Y LA SANGRE

1 Juan 5:6-8

Este es el Que vino por medio de agua y sangre -Jesucristo. No fue sólo por agua por lo que vino, sino por agua y por sangre. Y es el Espíritu el Que testimonia de esto; porque el Espíritu es la verdad; porque hay tres que testifican, el Espíritu y el agua y la sangre, y los tres concuerdan como uno solo.

Al principio de su comentario sobre este pasaje Plummer dice: < Este es uno de los pasajes más alucinantes de la epístola, y uno de los más complicados del Nuevo Testamento. » Sin duda, si conociéramos las circunstancias en que Juan estaba escribiendo, y tuviéramos un conocimiento completo de las herejías de las que estaba defendiendo a su pueblo, el sentido aparecería más claro; pero, tal como están las cosas, no podemos hacer más que suponer. Sí sabemos bastante, sin embargo, del trasfondo, para estar razonablemente seguros de que podemos llegar al sentido de las palabras características de este pasaje de Juan.

Está claro que las palabras *agua y sangre* en relación con Jesús tenían para Juan un significado especialmente, místico y simbólico. En su historia de la Cruz hay un curioso par de versículos:

«Uno de los soldados Le atravesó el costado con la lanza, e inmediatamente salieron sangre y agua. Y el que da testimonio de esto lo vio, y lo que dice es cierto; y él sabe que está diciendo la verdad para que vosotros también creáis» (Juan 19:34).

Está claro que Juan adscribe una importancia particular a ese incidente, y lo garantiza con un certificado de evidencia muy especial. Para él las palabras *agua y sangre* en relación con Jesús comunicaban una parte esencial del Evangelio.

El primer versículo del pasaje se expresa oscuramente: «Este es el Que vino por medio de agua y sangre -Jesucristo.» El sentido es que Este es el Que entró en Su mesiazgo, o Se mostró que era el Cristo, mediante agua y sangre.

En relación con Jesús, *agua y sangre* no pueden referirse nada más que a dos acontecimientos de Su vida. El *agua* debe referirse a *Su Bautismo*. *La sangre*, a Su Cruz. Juan está diciendo que el Bautismo y la Cruz de Jesús son *ambos* partes esenciales de Su mesiazgo. Pasa a decir que no fue sólo por agua por lo que Él vino, sino por *agua y por sangre*. Está claro que algunos decían que Jesús vino por agua, pero no por sangre; en otras palabras: que Su Bautismo era una parte esencial de Su mesiazgo, pero no Su Cruz. Esto es lo que nos da la clave del trasfondo de este pasaje.

Ya hemos visto una y otra vez que tras esta carta se trasluce la herejía del gnosticismo. Y también hemos visto que los gnósticos, creyendo que el espíritu era totalmente bueno y la materia totalmente mala, negaban que Dios viniera en la carne. Así es que tenían la creencia -de la que nos habla Ireneo en relación con el nombre de Cerinto, uno de sus principales representantes y contemporáneo de Juan- de que el Cristo divino había descendido en el Bautismo sobre el hombre Jesús en forma de paloma; Jesús, asociado como si dijéramos con el Cristo que había descendido sobre Él, trajo a los hombres el mensaje del Dios que era un desconocido hasta entonces, y vivió en perfecta virtud; pero en Getsemaní el Cristo divino se apartó del hombre Jesús y volvió a Su gloria, y fue solamente el hombre Jesús el que fue crucificado en el Calvario y después resucitó. Podríamos decir más sencillamente que Cerinto enseñaba que Jesús llegó a ser divino en Su Bautismo, pero que esa divinidad Le dejó antes de la Cruz, y que murió como un hombre y nada más.

Está claro que tal enseñanza despoja la vida y la muerte de Jesús de todo su valor para nosotros. Tratando de proteger a Dios del contacto con el dolor humano, Le excluye de la obra de la redención.

Lo que Juan está diciendo es que la Cruz es una parte esencial del significado de Jesús, y que Dios estuvo presente en la muerte de Jesús exactamente lo mismo que lo estuvo en toda Su vida.

EL TRIPLE TESTIMONIO

1 Juan 5:6-8 (conclusión)

Juan pasa a hablar del triple testimonio.

Está el testimonio *del Espíritu*. En este punto Juan está pensando en tres cosas. (i) El relato del Nuevo Testamento es claro en que en el Bautismo de Jesús el Espíritu descendió sobre Él de una manera muy especial (*Marcos 1:9-11; Mateo 3:16s; Lucas 3: 21 s; Hechos 10:38; Juan 1:32-34*). (ii) El Nuevo Testamento es igualmente claro en que, mientras que Juan vino a bautizar con agua, Jesús vino a bautizar con el Espíritu (*Marcos 1:8; Mateo 3:11; Lucas 3:16; Hechos 1:5; 2:33*). Vino para traer a los hombres el Espíritu con una plenitud y poder desconocidos hasta entonces. (iii) La historia de la Iglesia Original es la prueba de que esta no fue una vana pretensión. Empezó en Pentecostés (*Hechos 2:4*), y se repitió una y otra vez en la historia y experiencia de la Iglesia (*Hechos 8:17; 10:44*). Jesús tenía el Espíritu, y podía dar el Espíritu a los hombres; y la continua evidencia del Espíritu en la Iglesia era -y es- un testimonio incontestable del continuo poder de Jesucristo.

Está el testimonio *del agua*. En el Bautismo de Jesús hubo el testimonio del Espíritu descendiendo sobre Él. Fue precisamente ese acontecimiento lo que le reveló a Juan el Bautista Quién era Jesús. Lo que Juan quiere subrayar es que ese testimonio se mantenía en la Iglesia Original en el Bautismo cristiano. Debemos recordar que en los orígenes de la historia de la Iglesia el Bautismo era de adultos, ya que se trataba de hombres y mujeres que ingresaban en la Iglesia mediante confesión de fe, porque venían directamente del paganismo, y empezaban una vida totalmente nueva. En el Bautismo cristiano ocurrían cosas. La persona era sumergida en el agua, y moría con Cristo; y surgía del agua resucitada con Cristo a una nueva vida. Por tanto, el Bautismo cristiano era un testimonio del poder continuo de Jesucristo. Era un testimonio de que Él seguía estando vivo, y de que Él era sin duda divino.

Está el testimonio de *la sangre*. La sangre era la vida. En cualquier sacrificio, la sangre se consagraba a Dios y sólo a Él. La muerte de Cristo fue el perfecto Sacrificio; en la Cruz derramó Su sangre en sacrificio a Dios. La experiencia de los hombres era que el sacrificio era eficaz y los redimía y reconciliaba con Dios dándoles la paz con Dios. Continua y regularmente se observaba -y se observa- la Cena, la Eucaristía.

En ella se representa plenamente el sacrificio de Cristo; y en ella se da a las personas la oportunidad, no sólo de darle gracias a Cristo por Su Sacrificio, hecho una vez por todas, sino también de apropiarse los beneficios y de recibir Su poder sanador. Eso sucedía en el tiempo de Juan. A la Mesa del Señor los creyentes se encontraban con Cristo y experimentaban Su perdón y la paz con Dios que Él traía. Y seguimos teniendo esa experiencia; y por tanto la fiesta es un testimonio continuo del poder reconciliador del Sacrificio de Jesucristo.

El Espíritu y el agua y la sangre se combinan para mostrar como el perfecto Mesías, el perfecto Hijo de Dios y el perfecto Salvador a este Hombre Jesús en Quien Dios Se nos ha manifestado. El don continuado del Espíritu, la

continuada muerte y resurrección del Bautismo, la continuada disponibilidad del Sacrificio de la Cruz a la Mesa del Señor siguen siendo los testigos de Jesucristo.

Nota sobre 1 Juan 5:7

En la versión Reina-Valera hay un versículo que hemos omitido. Dice: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.»

Las versiones modernas no incluyen este texto. Véase la nota de la versión Bover-Cantera. Es seguro que no formaba parte del texto original.

Los hechos son los siguientes. Primero, que no aparece en ninguno de los manuscritos griegos anteriores al siglo XIV. Los manuscritos clave pertenecen a los siglos III y IV, y este versículo no aparece en ninguno de ellos. Ninguno de los primeros padres de la Iglesia dio señales de conocerlo. La versión original de la Vulgata de Jerónimo no lo incluye. La primera persona que lo cita es el hereje español Prisciliano, que murió en el año 385 d.C. Después se fue introduciendo gradualmente en el texto latino del Nuevo Testamento, aunque, como hemos visto, no aparece en los manuscritos griegos.

Entonces, ¿cómo llegó a formar parte del texto? En su origen debe de haber sido una glosa o comentario que un copista añadió al margen, y el siguiente pensó que estaba allí porque se había omitido involuntariamente. Como parecía ofrecer una buena base para la doctrina de la Trinidad, con el tiempo llegó a ser aceptado por los teólogos como parte del texto, especialmente en aquellos días tempranos de la investigación bíblica anterior al descubrimiento de los grandes manuscritos.

Pero, ¿cómo se mantuvo y llegó a formar parte de la Reina-Valera y otras traducciones clásicas como la Autorizada inglesa? El primer texto del Nuevo Testamento griego que se publicó fue el de Erasmo, en 1514, aunque el de la Biblia Políglota Complutense del cardenal Cisneros se imprimió antes, pero no salió al público hasta después. Erasmo fue un gran erudito; y, sabiendo que este versículo no formaba parte del texto original, no lo incluyó en su primera edición. Pero para entonces, sin embargo, los teólogos ya estaban usándolo. Se había incluido, por ejemplo, en la Vulgata Latina de 1514. A Erasmo se le criticó por omitirlo. Su respuesta fue que si se le mostraba algún manuscrito griego que lo incluyera, lo imprimiría en la edición siguiente. Alguien le mostró un texto muy tardío y deficiente en el que el versículo aparecía en griego; y Erasmo, fiel a su palabra pero muy en contra de su juicio y voluntad, imprimió el versículo en su edición de 1522.

El paso siguiente fue que en 1550 Stephanus imprimió su gran edición del Nuevo Testamento griego. Esta edición de Stephanus se llamó, mejor dicho, él mismo le dio el nombre de *Textus receptus*, texto tradicional, que fue la base de la Biblia del Oso y de tantas otras traducciones clásicas y del texto griego durante siglos. Así es como este versículo llegó a la Reina-Valera. Por supuesto que no hay nada en él que esté mal, pero la investigación moderna ha dejado bien claro que Juan no fue el que lo escribió, y que es un comentario muy posterior y una añadidura a sus palabras. Y por eso la mayor parte de las traducciones modernas lo omiten.

EL TESTIMONIO DE MAYOR EXCEPCIÓN

1 Juan 5:9s

Si aceptamos el testimonio de los hombres, con mucha más razón el testimonio de Dios. Y este es el testimonio de Dios acerca de Su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene ese testimonio dentro de sí. El que no cree a Dios, Le ha dejado por mentiroso, porque no da crédito al testimonio que Dios ha dado de Su Hijo.

Hay dos ideas básicas por detrás de este pasaje.

Está la idea del Antiguo Testamento de lo que constituye un testimonio aceptable. La Ley era absolutamente clara: < No se tendrá en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se tendrá en cuenta la acusación» (*Deuteronomio 19:15; cp. 17:6*). Un triple testimonio humano era suficiente para establecer cualquier hecho. ¡Cuánto más se debe considerar convincente el triple testimonio divino, el del Espíritu, el agua y la sangre!

Segundo, la idea del testimonio es una parte esencial del pensamiento de Juan. Encontramos en su evangelio diferentes testimonios que convergen en la Persona de Jesucristo. Juan el Bautista es un testigo de Jesús (*Juan 1:15, 32-34; 5:33*). Las obras de Jesús son un testimonio de Él (*Juan 5:36*). Las Escrituras dan testimonio de Él (*Juan 5:39*). El Padre Que Le envió es Su Testigo (*Juan 5:30-32, 37; 8:18*). El Espíritu es testigo de Jesús: «Cuando venga el Ayudador, al Que Yo os mandaré desde el Padre (Me refiero al Espíritu de la Verdad, Que procede del Padre), Él será Mi testigo» (*Juan 15:26*).

Juan pasa a usar una frase que es una de las favoritas de su evangelio. Habla de la persona que «cree en el Hijo de Dios.» Hay una amplia diferencia entre *creer a* una persona, y *creer en* ella. Si *creemos a* una persona, no hacemos más que aceptar como verdadero lo que esté diciendo en aquel momento. Si

creemos en una persona, la aceptamos totalmente con todo lo que representa con completa confianza. Estaríamos dispuestos, no sólo a confiar en lo que nos dice, sino también en ella. Creer en Jesucristo es mucho más que aceptar como cierto lo que Él nos dice. Es además entregarnos en Sus manos para toda la vida y la eternidad.

Cuando una persona hace eso, el Espíritu Santo testifica en su interior de que está haciendo lo que es correcto. Es el Espíritu Santo el que le da la convicción del valor supremo y definitivo de Jesucristo, y le asegura de que actúa rectamente al hacer este acto de entrega a Él. El que se niegue a hacerlo está rechazando los impulsos del Espíritu Santo en su corazón.

Si una persona se niega a aceptar la evidencia de otras que han experimentado lo que Cristo puede hacer, la evidencia de las obras de Cristo, de las Escrituras, del Espíritu Santo y de Dios mismo, en efecto está llamando mentiroso a Dios, lo cual es el colmo de la blasfemia.

LA ESENCIA DE LA FE

1 Juan 5:11-13

Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado la vida eterna, la cual está en Su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo, no tiene la vida.

Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios para que sepáis que tenéis la vida eterna.

Con este párrafo llega a su fin la carta propiamente dicha. Lo que sigue es más bien una posdata. El final es la afirmación de que la esencia de la vida cristiana es *la vida eterna*.

La palabra para *eterna* es *aiónios*. Quiere decir mucho más que simplemente que no se acaba nunca. Una vida que durara para siempre, que no tuviera fin, podría considerarse una

maldición y no una bendición, una carga intolerable y no un regalo maravilloso. Hay solamente Uno a Quien se puede aplicar adecuadamente *aiónios*, y es Dios. En el verdadero sentido de la palabra, Dios es el único que posee y habita la eternidad. La *vida eterna* no es otra cosa que *la vida de Dios mismo*. Lo que se nos promete es que aquí y ahora se nos puede conceder participar de la misma vida de Dios.

En Dios hay *paz*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *serenidad*. Quiere decir una vida liberada de los temores que asedian la situación humana. En Dios hay *poder*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *la derrota de la frustración*. Quiere decir una vida llena del poder de Dios, y por tanto victoriosa sobre las circunstancias. En Dios hay *santidad*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *la derrota del pecado*. Quiere decir una vida revestida de la pureza de Dios e impenetrable a las infecciones contaminantes del mundo. En Dios hay *amor*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *el final del rencor, la amargura y el odio*. Quiere decir una vida que tiene en el corazón el amor de Dios, y el invencible amor del hombre en todos sus sentimientos y en todas sus acciones. En Dios hay *vida*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *la derrota de la muerte*. Quiere decir una vida que es indestructible porque tiene en sí la indestructibilidad de Dios mismo.

Juan está convencido de que tal vida nos viene por medio de Jesucristo y no de ninguna otra manera. ¿Por qué había de ser así? Si la vida eterna es la vida de Dios, quiere decir que podemos poseer esa vida sólo cuando conocemos a Dios y somos capacitados para acceder a Él y descansar en Él. Podemos hacer estas dos cosas solamente en Jesucristo. El Hijo es el único que conoce plenamente al Padre; y por tanto es el único que puede revelarnos plenamente cómo es Dios. Como decía Juan en su evangelio: <Nadie ha visto nunca a Dios. Es el único, Que es Dios, Que está en el seno del Padre, Quien nos lo ha dicho todo acerca de Dios> (*Juan 1:18*). Y Jesucristo es el único Que nos puede traer a Dios. Es en Él en Quien se nos abre el camino nuevo y vivo a la presencia de Dios (*Hebreos*

10:19-23). Podemos usar una analogía sencilla. Si queremos llegar a alguien a quien no conocemos, y que se mueve en un nivel totalmente diferente del nuestro, podemos conseguirlo solamente si encontramos a alguien que le conozca y esté dispuesto a presentárnosle. Eso es lo que Jesús hace por nosotros en relación con Dios. La vida eterna es la vida de Dios, y sólo podemos encontrarla por medio de Jesucristo.

LA BASE Y EL PRINCIPIO DE LA ORACIÓN

1 Juan 5:14s

Y esta es la confianza que tenemos en relación con Él: Que, si pedimos alguna cosa que esté de acuerdo con Su voluntad, Él nos oye; y, si sabemos que Él nos oye en lo que Le hayamos pedido, sabemos que disponemos de las peticiones que Le hayamos hecho.

Aquí se nos establecen al mismo tiempo la base y el principio de la oración.

(i) *La base de la oración* es el simple hecho de que Dios escucha nuestras oraciones. La palabra que usa Juan para *confianza* es interesante. Es *parrésia*. En su origen, *parrésia* quería decir *libertad de palabra*, la libertad para hablar libremente que existe en una verdadera democracia. Más tarde vino a denotar cualquier clase de confianza. Con Dios tenemos libertad para hablar; Él está siempre a la escucha, más dispuesto a oír de lo que nosotros estamos a orar. No tenemos que vencer ninguna dificultad para llegarnos a Su presencia, ni que inducirle a prestarnos atención. Él está esperando que nos dirijamos a Él. Sabemos lo que es a veces estar esperando la llegada del cartero o la llamada de teléfono que nos traiga noticias de algún ser amado. Con toda reverencia podemos decir que así está Dios esperando noticias nuestras.

(ii) *El principio* de la oración es que para que sea contestada debe estar *de acuerdo con la voluntad de Dios*. Tres veces establece Juan en sus escritos lo que podría llamarse las condiciones de la oración. (a) Dice que *la obediencia* es una condición de la oración. Recibimos lo que pidamos, porque guardamos Sus mandamientos (1 Juan 3:22). (b) Dice que *permanecer en Cristo* es una condición de la oración. Si habitamos en Él, y Sus palabras habitan en nosotros, pediremos lo que necesitemos, y se nos concederá (Juan 1 S: 7). Cuanto más cerca vivamos de Cristo, más oraremos como es debido. Y cuanto más correctamente oremos, mayor será la respuesta que recibamos. (c) Dice que *orar en Su nombre* es una condición de la oración. Si pedimos alguna cosa en Su nombre, Él la hará (Juan 14:14). La prueba definitiva de cualquier petición es: *¿Podemos decirle a Jesús: «Dame esto por causa de Ti y en Tu nombre?»*

La oración debe ser *de acuerdo con la voluntad de Dios*. Jesús nos enseña a pedir: «Hágase Tu voluntad,» y no: «Cámbiese Tu voluntad,» «Haz conmigo lo que Tú quieras,» y no lo que yo quiero. Jesús mismo, en el momento de Su gran agonía y crisis, oro: «No como Yo quiero, sino lo que Tú... Hágase Tu voluntad» (Mateo 26:39, 42). Aquí tenemos la misma esencia de la oración. C. H. Dodd escribe: «La oración, entendida como es debido, no es un truco para emplear los recursos de la Omnipotencia para cumplir nuestros propios deseos, sino un medio por el cual nuestros deseos se reciclen de acuerdo con la mente de Dios, y lleguen a ser canales para las fuerzas de Su voluntad.» A. E. Brooke sugiere que Juan pensaba en la oración como «incluyendo solamente peticiones para el conocimiento y la conformidad con la voluntad de Dios.» Hasta los grandes paganos lo entendían así. Escribía Epicteto: «Ten valor para elevar la vista hacia Dios y decirle: "Trátame como Tú quieras desde ahora en adelante. Yo soy uno contigo; soy Tuyo; no me aparto de nada que Tú consideres bueno. Guíame por donde Tú quieras; vísteme como Tú quieras. ¿Quieres que asuma un cargo, o que lo rechace, que permanezca o que huya, que sea rico o pobre? Por todo esto yo estaré de Tu parte ante todo el mundo"»

Aquí hay algo que debemos meditar y asumir. Somos propensos a creer que la oración es pedirle a Dios lo que queramos, cuando la verdadera oración es pedirle lo que Él quiera. La oración es, no sólo hablar con Dios; sino, sobre todo, escucharle.

ORANDO POR EL HERMANO QUE PECA

1 Juan 5:16s

Si alguien ve cometer a su hermano un pecado que no es de los que conducen a la muerte, que pida vida para él, y se le concederá; me refiero a los que cometen un pecado que no es de los que conducen a la muerte.

Hay pecados que conducen a la muerte; no es por esos por los que os decía que se debe pedir. Toda maldad es pecado; pero hay pecados que no conducen a la muerte.

Sin duda este es uno de los pasajes más difíciles e inquietantes. Antes de enfrentarnos con sus problemas, consideremos sus certezas.

Juan acaba de hablar acerca del privilegio cristiano de la oración; y ahora pasa a referirse específicamente a la oración por el hermano que necesita que se ore por él. Es muy significativo que, cuando Juan habla acerca de una clase de oración, no es la oración por nosotros mismos, sino por otros. Nuestra oración no debe ser nunca egoísta; no debe concentrarse exclusivamente en nosotros mismos y nuestros problemas y necesidades. Debe ser una actividad hacia fuera de nosotros. Como decía Westcott: «La meta de la oración es la perfección de todo el Cuerpo de Cristo.»

Una y otra vez hacen hincapié los autores del Nuevo Testamento en la necesidad de esta oración de intercesión. Pablo escribe a los tesalonicenses: « Hermanos, orad por

nosotros» (1 Tesalonicenses 5:25). El autor de Hebreos dice: «Orad por nosotros» (Hebreos 13:18s). Santiago dice que, si alguien está enfermo, debe llamar a los ancianos para que oren por él (Santiago 5:14). El consejo de Pablo a Timoteo es que se haga oración por todo el mundo (1 Timoteo 2:1). El cristiano tiene el tremendo privilegio de llevar a su hermano al trono de la gracia. Hay tres cosas que decir sobre esto.

(i) Naturalmente que debemos orar por los que están enfermos, e igualmente por los que se apartan de Dios. Debería ser lo mismo de natural el orar por la sanidad de las almas como lo es por la sanidad de los cuerpos. Puede ser que no haya nada más

grande que podamos hacer por la persona que se descarna y que está en peligro de naufragar en su vida espiritual que encomendarla a la gracia de Dios.

(ii) Pero hay que tener presente que, cuando hemos orado por la persona, ahí no termina nuestra responsabilidad. En esto, como en todas las demás cosas, nuestra primera responsabilidad es buscar la manera de que nuestras oraciones se hagan realidad. A menudo será nuestro deber hablar con la persona. No debemos conformarnos con hablarle a Dios acerca de ella, sino también con ella acerca de sí misma. Dios necesita un canal por el que pueda fluir Su gracia y un agente mediante el cual actuar; y bien puede ser que hayamos de ser Su voz e instrumento en ese caso.

(iii) Ya hemos pensado antes sobre la base y el principio de la oración; pero aquí nos encontramos con una limitación de la oración. Bien puede ser que Dios quiera contestar nuestra oración; bien puede ser que oremos con toda la sinceridad de nuestro corazón, pero el propósito de Dios y nuestra oración los puede frustrar la persona por la que oramos. Si oramos por un enfermo que desobedece a sus médicos y actúa estúpidamente, nuestra oración se frustrará. Puede que Dios impulse, insista, advierta, ofrezca; pero ni siquiera Dios puede violar la libertad de acción que Él mismo nos ha dado a todos. Es a menudo la insensatez de la persona la que frustra nuestras oraciones y cancela la gracia de Dios.

EL PECADO QUE CONDUCE A LA MUERTE

1 Juan 5:16s (continuación)

En este pasaje se nos habla del pecado que conduce a la muerte y del que no. Algunas traducciones, entre ellas la Autorizada inglesa, lo traducen por el pecado < mortal >. La Reina-Valera lo llama < pecado de muerte >.

Se han hecho muchas sugerencias sobre lo que quiere decir. Los judíos distinguían dos clases de pecados. Había pecados que una persona cometía involuntariamente o, por lo menos, no deliberadamente. Estos eran los pecados que se podían cometer por ignorancia, o dominados por algún impulso arrollador, o en algún momento de intensa emoción en que las pasiones son demasiado fuertes para que las sujete la voluntad en la trailla. Por otra parte estaban los pecados de la mano levantada y el corazón soberbio, los pecados que uno cometía deliberadamente, en los que seguía su propio camino sabiendo que era contrario al de Dios. Era por la primera clase de pecados por los que el sacrificio hacía expiación; pero por los pecados del corazón soberbio y de la mano alzada no se podía hacer expiación de ninguna manera.

Plummer recoge tres sugerencias. (i) Los pecados de muerte puede que sean pecados que *se castigan* con la muerte. Pero está claro que este pasaje no está considerando los pecados que son una infracción de leyes hechas por los hombres, por muy serios que sean. (ii) Los pecados de muerte puede que sean pecados que Dios visita con la muerte. Pablo escribe a los corintios que, a causa de su conducta indigna a la Mesa del Señor, hay muchos entre ellos enfermos y muchos que han dormido, es decir, que han muerto (1 *Corintios 11:30*); y *se* sugiere que se refiere a los pecados que son tan serios que Dios envía la muerte. (iii) Los pecados de muerte puede que sean los que se castigan con la excomunión de la Iglesia.

Cuando Pablo escribe a los corintios acerca de un pecador notorio al que no han tratado adecuadamente, demanda que sea

< entregado a Satanás >. Esa era la fórmula de la excomunión. Pero Pablo pasa a decir que, aunque este castigo es muy severo y doloroso, y aunque sus consecuencias pueden ser temibles, lo que se desea es salvar el alma de la persona en el Día del Señor Jesús (1 *Corintios 5:5*). Es un castigo que no acaba en muerte. Ninguna de estas explicaciones nos satisface del todo.

Hay otras tres sugerencias para la identificación de este pecado de muerte.

(a) Hay una línea de pensamiento en el Nuevo Testamento que apunta al hecho de que algunos mantenían que no había perdón para el pecado después del bautismo. Creían que el Bautismo limpiaba de todos los pecados pasados, pero que después del Bautismo ya no se perdonaban más. Hay un eco de esa línea de pensamiento, o su causa, en *Hebreos*: < Es imposible restaurar otra vez mediante arrepentimiento a los que ya han sido iluminados, que han saboreado el don celestial y han llegado a entrar en la comunión del Espíritu Santo, y han saboreado la dulzura de la Palabra de Dios y los poderes de la edad por venir, si entonces cometen apostasía > (*Hebreos 6:4-6*). En la terminología cristiana original *el ser iluminado* se usaba frecuentemente como un término técnico para *ser bautizado*. Era de hecho esa creencia lo que hacía que muchos pospusieran su bautismo lo más posible. Pero la esencia de esa afirmación de *Hebreos* es que la restauración se hace imposible cuando se hace imposible el arrepentimiento. No se refiere tanto al Bautismo como al arrepentimiento. Más tarde, en la Iglesia Primitiva, hubo una línea fuerte de pensamiento que declaraba que la apostasía no se perdonaba nunca. En los días de las grandes persecuciones, algunos decían que los que por miedo o bajo tortura habían negado su fe no podían ser restaurados, porque Jesús había dicho: < A1 que Me niegue ante los hombres, Yo también le negaré ante Mi Padre Que está en el Cielo > (*Mateo 10:33*; cp. *Marcos 8:38*; *Lucas 9:26*). Pero se debe recordar siempre que el Nuevo Testamento cuenta la terrible negación de Pedro, y su total restauración. Como sucede a menudo, Jesús era más benigno que Su Iglesia.

(c) Se podría argüir sobre la base de esta misma carta de Juan que el más terrible de todos los pecados era la negación de que Jesús vino realmente en la carne; porque ese pecado era nada menos que la marca del Anticristo (1 *Juan 4:3*). Si el pecado de muerte se ha de identificar con cualquier pecado concreto, sería con ese. Pero creemos que se trata de algo todavía más grave que eso.

LA ESENCIA DEL PECADO

1 Juan 5:16s (conclusión)

En primer lugar, tratemos de fijar más exactamente el sentido del *pecado de muerte*. En griego se dice que es el pecado *pros thánaton*. Eso quiere decir *el pecado que va hacia la muerte*, el pecado cuyo fin es la muerte, el pecado que, si se continúa en él, debe acabar en muerte. Lo terrible de él no es tanto lo que es en sí mismo sino dónde termina si uno persiste en él.

Es un hecho de experiencia que hay dos clases de pecadores. Por una parte está la persona que se puede decir que peca contra su voluntad; peca porque es arrastrada por la pasión o el deseo, que en ese momento son demasiado fuertes para ella. Su pecado no es tanto cuestión de elección como de impulso irresistible. Por otra parte está la persona que peca deliberadamente, siguiendo a propósito su propio camino, aunque plenamente consciente de que es equivocado.

Ahora bien, estas dos personas fueron iguales en un principio. Es la experiencia de todos nosotros que la primera vez que se hace algo malo se hace con retraimiento y temor; y, después de haberlo hecho, se siente dolor y remordimiento y pesar. Pero, si se permite una y otra vez coquetear con la tentación y caer, en cada ocasión el pecado se hace más fácil; y, si cree evitar las consecuencias, en cada ocasión el disgusto y el remordimiento y el arrepentimiento se hacen cada vez

menores; y por último se alcanza un estado en el que se puede pecar sin ningún temor. Es precisamente ese el pecado que conduce a la muerte. Mientras una persona, en lo más íntimo de su corazón, aborrezca el pecado y se aborrezca a sí misma por caer en él; mientras se dé cuenta de que está pecando, no se encuentra demasiado lejos del arrepentimiento; y, por tanto, nunca está fuera de la esfera del perdón; pero una vez que empieza a complacerse en el pecado y a considerarlo el curso de acción de su vida, va de camino a la muerte, porque se dirige a un estado en el que la idea del arrepentimiento no puede entrar en sus cálculos.

El pecado de muerte es el estado de la persona que ha escuchado el pecado y se ha negado a escuchar a Dios tan a menudo que ama su pecado y lo considera la cosa más normal y agradable del mundo.

LA TRIPLE CERTEZA

1 Juan 5:18-20

Sabemos que el que ha recibido su nacimiento de Dios no peca, sino que Aquel Cuyo nacimiento fue de Dios le guarda, y el Maligno no le puede tocar.

Sabemos que es de Dios de Quien recibimos nuestro ser, y todo el mundo yace bajo el dominio del Maligno.

Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado discernimiento para llegar a conocer al Verdadero; y estamos en el Verdadero por medio de Su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y esta es la Vida Eterna.

Juan se acerca al final de su carta con una afirmación de la triple certeza cristiana.

(i) El cristiano está emancipado del poder del pecado. Debemos poner interés para ver lo que esto significa. No quiere decir que el cristiano no peque nunca; pero sí quiere decir que no es un esclavo del pecado. Como lo expresa Plummer: «Un hijo de Dios puede que peque, pero su condición normal es resistir al mal.» La diferencia estriba en esto: El mundo pagano era consciente por encima de todo de su derrota moral. Conocía su propio mal, y tenía el sentimiento de que no tenía remedio. Séneca hablaba de «nuestra debilidad en las cosas necesarias.» Decía que las personas «odiaban sus pecados, pero no podían desprenderse de ellos.» Persio, el satírico latino, en una famosa descripción hablaba del « asqueroso Natta, un hombre sentenciado a muerte en el vicio, que no tiene sentimiento de pecado, ni conocimiento de lo que se está perdiendo; que está tan hundido que ya no lanza ni pompas a la superficie.» El mundo pagano estaba completamente derrotado por el pecado.

Pero el cristiano es una persona que nunca puede perder la batalla. Porque es un ser humano, cae en pecado a veces; pero no podrá nunca experimentar la derrota moral total del pagano. La razón de que el cristiano sea invencible está en que *Aquel Cuyo nacimiento fue de Dios* le guarda. Es decir, Jesús le guarda. Como lo expresaba Westcott: « El cristiano tiene un enemigo activo, pero tiene también un guardián vigilante.» El pagano es un hombre que ha sido derrotado por el pecado y ha aceptado la derrota; el cristiano es un hombre que puede que peque, pero nunca acepta el hecho de la derrota. «Un santo -ha dicho alguien- no es el que nunca tiene una caída; sino el que, cada vez que cae, se levanta y prosigue su camino hacia adelante.»

(ii) El cristiano está de parte de Dios frente al mundo. La fuente de nuestro ser es Dios, pero el mundo yace bajo el poder del Maligno. En los primeros días, la escisión entre la Iglesia y el mundo era mucho más clara de lo que lo es ahora. Por lo menos en el mundo occidental vivimos en una civilización impregnada de principios cristianos. Aunque no se practiquen, por lo menos se aceptan los ideales de castidad, misericordia, servicio y amor. Pero el mundo antiguo no sabía

nada de la castidad, y poco de la misericordia y del servicio y del amor. Juan dice que el cristiano sabe que está con Dios, mientras que el mundo está en las garras del Maligno. No importa lo que haya podido cambiar la situación; la elección sigue presentándose a las personas sobre si se alinearán con Dios o con las fuerzas que están en contra de Dios.

(iii) El cristiano se da cuenta de que ha entrado en la Realidad que es Dios. La vida está llena de ilusiones y de inestabilidades; por sí mismo, el hombre no puede hacer más que suponer; pero en Cristo tiene acceso al conocimiento de la Realidad. Jenofonte cuenta una conversación entre Sócrates y un joven: «¿Cómo sabes tú eso? -dice Sócrates-. ¿Lo sabes o te lo figuras?» «Lo supongo.» «Muy bien -dice Sócrates-. Cuando hayamos pasado del suponer al saber, ¿quieres que volvamos a hablar del asunto?» «¿Quién soy yo? ¿Qué es la vida? ¿Qué es Dios? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Qué es la verdad y dónde está el deber? Estas son las preguntas a las que no se puede contestar nada más que con suposiciones aparte de Jesucristo; pero en Él alcanzamos la Realidad que es Dios. Ha pasado el tiempo de suponer y ha llegado el tiempo de saber.

EL PELIGRO CONTINUO

1 Juan 5:21

Hijos, guardaos de los ídolos.

Con esta repentina y aguda advertencia, Juan pone el punto final a su carta. Aunque es breve, hay un mundo de sentido en esta frase.

(i) En griego la palabra *ídolo* conlleva una sensación de irrealidad. Platón la usaba para las ilusiones de este mundo como opuestas a las realidades inmutables de la eternidad. Cuando los profetas del Antiguo Testamento hablaban de los ídolos de los paganos querían decir que eran falsos dioses, opuestos al único y verdadero Dios. A esto bien puede querer decir, como lo entendía Westcott: «Guardaos de todos los objetos de falsa devoción.»

(ii) Un ídolo es cualquier cosa de este mundo que se trata como si fuera Dios. Uno puede hacer un ídolo de su dinero, de su carrera, de su seguridad, de su placer. Para citar a Westcott otra vez: «Un ídolo es cualquier cosa que ocupa el lugar que Le es debido a Dios.»

(iii) Es probable que Juan quiera decir algo más concreto. Era en Éfeso donde estaba escribiendo, y estaría pensando en las condiciones de Éfeso. Es probable que quiera decir sencilla y claramente: «Guardaos de las contaminaciones del culto pagano.» No había otra ciudad en el mundo antiguo que tuviera tantas vinculaciones con las historias de los dioses paganos, ni que estuviera tan orgullosa de ellos. Tácito escribía acerca de Efeso: «Los efesios pretenden que Diana y Apolo no habían nacido en Delos como se suponía corrientemente. Tenían la corriente Cencrea y la gruta Ortigia en la que Latona, estando de parto, se había apoyado en un olivo que hay allí, y había dado a luz a estas deidades... Fue allí donde el mismo Apolo, después de matar al Cíclope, había escapado de la ira de Júpiter; y también donde el padre Baco, después de su victoria, les había perdonado la vida a las suplicantes amazonas que habían ocupado su altar.»

Además, estaba en Éfeso el gran templo de Diana, una de las maravillas del mundo antiguo. Había por lo menos tres cosas en relación con el templo que justificarían la seria advertencia de Juan sobre el peligro de la idolatría.

(a) El templo era el centro de ritos inmorales. Los sacerdotes recibían el nombre de *Magabyzi*. Eran eunucos. Se decía que la diosa era tan caprichosa que no podía soportar a ningún macho cerca; otros decían que era tan lasciva que les era peligroso a los varones acercarse a ella. El gran filósofo Heráclito era natural de Éfeso. Le llamaban «el filósofo llorón,» porque no se le había visto nunca sonreír. Decía que la

oscuridad del acceso al altar del templo era la oscuridad de la vileza; que la moral del templo era peor que la de las bestias; que los habitantes de Éfeso no merecían más que ahogarse, y que la razón de que no pudiera ni sonreír era que vivía en medio de una suciedad tan terrible. Para un cristiano, el tener cualquier contacto con todo eso era tocar la infección.

(b) El templo tenía el derecho de asilo. Cualquier criminal que llegara a su término estaba a salvo. El resultado era que era la guarida de muchos criminales. Tácito acusaba a Éfeso de proteger los crímenes de los hombres llamándolos el culto de la diosa. El tener algo que ver con el templo de Diana era estar asociado con los desechos de la sociedad.

(c) El templo de Diana era el centro de la venta de las cartas efesias, que eran fetiches que se llevaban como amuletos, y que se suponía que hacían que se cumplieran los deseos de los que los llevaban. Éfeso era «preeminentemente la ciudad de la astrología, la brujería, los encantamientos, los exorcismos y todas las demás formas de falsedades mágicas.» El tener algo que ver con el templo de Diana era estar en contacto con la superstición comercializada y con las negras artes.

Nos es difícil figurarnos hasta qué punto estaba Éfeso dominado por el templo de Diana. No le sería fácil a un cristiano guardarse de los ídolos en una ciudad así, pero Juan demanda que se cumpla. El cristiano no debe nunca perderse en las ilusiones de la religión pagana. No debe nunca erigir un altar en su corazón a un ídolo para que tome el lugar de Dios; debe guardarse del contagio de las falsas creencias; y únicamente lo podrá hacer caminando con Cristo.

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS

SEGUNDA Y TERCERA DE JUAN

La misma brevedad de estas dos cartas es la mejor garantía de su autenticidad. Son tan cortas y comparativamente sin importancia que nadie se habría metido en problemas para inventarlas ni para atribuírselas a Juan. Una hoja corriente de papiro mediría unos 30 por 20 centímetros, lo suficiente para escribir cada una de estas cartas.

EL ANCIANO

Cada una de ellas dice venir del < Anciano> . Segunda *de Juan* empieza: < Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos.> Tercera *de Juan* empieza: < Del anciano, al querido Gayo.> Es lo menos probable que *el anciano* sea un título eclesiástico u oficial. Los ancianos eran los responsables de una congregación, y su jurisdicción no se extendía fuera de ella, mientras que el autor de estas cartas da por sentado que tiene, derecho a hablar, y que su palabra será aceptada en congregaciones en las que no está presente. Habla como quien tiene autoridad en la Iglesia universal. La palabra original es *presbyteros*, que quería decir en su origen *anciano*, no en el sentido eclesiástico, sino en el sentido natural de la edad. No es de su posición en la Iglesia sino de su edad y cualidades personales de las que el autor de esta carta deriva su autoridad.

De hecho sabemos que en Éfeso había un anciano llamado Juan que tenía una posición muy especial. En los días de la Iglesia Primitiva hubo un eclesiástico llamado Papías que vivió entre los años 70 y 146 d.C. Estaba especialmente interesado en recoger toda la información que pudiera encontrar acerca de los primeros días de la Iglesia. No era un gran investigador. Eusebio le despacha como «un hombre de inteligencia muy limitada;» pero nos transmite alguna información de lo más interesante. Llegó a ser obispo de Hierápolis, pero mantuvo una relación estrecha con Éfeso, y nos habla de sus propios métodos para adquirir información. Usa frecuentemente la palabra anciano refiriéndose a los primeros padres de la Iglesia, y menciona a un anciano especialmente distinguido que se llamaba Juan. «No dudaré -escribe- en tomar nota para vosotros, juntamente con mis propias interpretaciones, de cualesquiera cosas que haya aprendido alguna vez con todo cuidado de los ancianos, y recordado cuidadosamente para garantizar su verdad. Porque yo no me complacía, como la mayoría, en los que hablan mucho, sino en los que enseñan la verdad; no en los que relatan mandamientos extraños, sino en los que transmiten los mandamientos dados por el Señor en relación con la fe, y que surgen de la verdad misma. Así que, si llegaba alguien que había sido seguidor de los ancianos, yo le preguntaba acerca de las palabras de los ancianos -lo que habían dicho Andrés o Pedro, o Felipe o Tomás o Santiago o Juan o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor; y las cosas que decían Aristión o el anciano Juan. Porque yo no creía que lo que se obtiene de los libros me aprovecharía tanto como lo que provenía de la voz viva y permanente.» Está claro que el anciano Juan era una figura notable en Éfeso, aunque se le distingue claramente del apóstol Juan.

Debe de haber sido este Juan el que escribió estas dos breves cartas. Para entonces era un hombre muy mayor, uno de los últimos nexos que quedaban con Jesús y Sus discípulos. Era un hombre que tenía autoridad de obispo en Éfeso y en su comarca; y, cuando vio que la Iglesia estaba amenazada por problemas y herejías, escribió con corrección generosa y amorosa a su pueblo. Aquí tenemos dos cartas de un santo

anciano, uno de los últimos supervivientes de la primera generación de cristianos, un hombre a quien todos amaban y respetaban.

COMUNIDAD DE AUTOR

No cabe duda de que las dos cartas proceden de la misma mano. Aunque son breves, tienen mucho en común. -Segunda de Juan empieza: «Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos, a los que amo en la verdad.» Tercera de Juan empieza: «Del Anciano, al querido Gayo, al que amo en la verdad.» Segunda de Juan prosigue: «Me produce una alegría inmensa comprobar que algunos de tus hijos siguen la verdad» (versículo 4); y Tercera de Juan prosigue: « No hay para mí mayor alegría que oír que mis hijos siguen la verdad» (4). Segunda de Juan termina: «Aunque tengo mucho de -que escribirte, prefiero no usar papel y tinta, porque espero ir a verte y hablar contigo cara a cara, lo que completaría nuestra alegría» (versículo 12). Tercera de Juan acaba: «Tenía mucho que escribirte, pero prefiero no escribirte con pluma y tinta; espero verte pronto para que hablemos cara a cara» (13s). Existe la mayor semejanza posible entre las dos cartas.

Además existe la conexión más estrecha imaginable entre la situación de estas cartas y la de Primera de Juan. En 1 Juan 4:3 leemos: «Todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios. Este es el espíritu del Anticristo, del que ya habéis oído que estaba viniendo, y ahora ya está en el mundo.» En 2 Juan 7 leemos: «Muchos engañadores han salido por el mundo, hombres que no quieren reconocer la venida de Jesucristo en la carne; los tales son engañadores y el Anticristo.»

Está claro que Segunda y Tercera de Juan están íntimamente relacionadas entre sí; y ambas están íntimamente relacionadas con Primera de Juan. Tratan de la misma situación, los mismos peligros y las mismas personas.
EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA CARTA

Estas dos cartitas nos presentan unos pocos problemas. El único real es decidir si la Segunda Carta iba dirigida a una persona o a una iglesia. Empieza: < Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos. » El problema se centra en la frase *la señora elegida*. En griego es *eklekté kyria*, que se puede entender de tres maneras.

(i) Es remotamente posible, aunque no probable, que *eklekté* sea un nombre propio, y que *kyria* sea una manera afectuosa de dirigirse a ella. *Kyrios* -la forma masculina- tiene muchos sentidos. El más corriente es *señor* como título de respeto; también quiere decir *amo o dueño*, de esclavos o posesiones; en un nivel mucho más alto quiere decir *Señor*, y es la palabra que se usa para traducir el tetragrámaton Jehová del Antiguo Testamento o refiriéndose a Jesús. En las cartas *kyrios* tiene un uso especial. Es prácticamente el equivalente del castellano *querido*. Así, por ejemplo, un soldado le escribe a su padre llamándole *Kyrie mu patér, Mi querido padre*. Es una palabra que combina el afecto y el respeto. Así es que es posible que esta carta fuera dirigida a *Mi querida Eklekté*. Rendel Harris llegó a decir que *Segunda de Juan* no es otra cosa que una carta cristiana de amor. Esto no es probable, como veremos, por más de una razón. Pero hay algo claramente en contra. *Segunda de Juan* termina: < Los hijos de tu hermana elegida te saludan. » En griego aparece de nuevo *eklekté*; y, si es un nombre propio al principio de la carta, también lo será al final. Eso querría decir que había dos hermanas con el mismo extraño nombre de *Eklekté* -lo cual es sencillamente increíble.

(ii) También es posible tomar *Kyria* como nombre propio, porque hay ejemplos de este uso. En tal caso tomaríamos *eklekté* en su sentido normal en el Nuevo Testamento, y la carta se habría dirigido a *la elegida Kyria*. Las objeciones son triples. (a) Parece improbable que se dirigiera la carta a una sola persona con la expresión *amada por todos los que han conocido la verdad* (versículo 1). (b) El versículo 4 dice que

Juan se regocijó cuando vio que algunos de los hijos de ella andaban en la verdad, lo que implicaría que otros no andaban en la verdad. Esto parece referirse a un número mayor del que podría contener la familia de una mujer. (c) La objeción de finitiva es que en toda la carta el autor se dirige a *Eklekté Kyria* unas veces en singular y otras en plural. En singular aparece en los versículos 4, 5 y 13; y en plural en 6, 8, 10, 12. Es casi imposible el que se dirija uno a un individuo de esas dos maneras.

(iii) Así es que debemos llegar a la conclusión de que *la señora elegida* quiere decir *una iglesia*. Hay de hecho buena evidencia de que la expresión se usaba con ese sentido. 1 *Pedro*, en la Reina-Valera, termina con saludos de «la iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros» (1 *Pedro* 5:13). En la *Antigua versión*, las palabras *iglesia que está* aparecían así, en cursiva, para indicar que no estaban en el original y que se habían añadido para aclarar el sentido. El griego dice literalmente: < la elegida en Babilonia. » Pocos han puesto en duda que la frase quiere decir < la iglesia que está en Babilonia, » que es también como debemos tomarla en la carta de Juan. Sin duda el título de *La Señora Elegida* se remonta a la idea de la Iglesia como la Esposa de Cristo. Podemos estar seguros de que *Segunda de Juan* no se escribió a una persona, sino a una iglesia.

EL PROBLEMA DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Segunda y Tercera de Juan arrojan un haz de luz sobre el problema que más tarde o más temprano tenía que surgir en la organización de la Iglesia Primitiva. Veamos si podemos reconstruir la situación que hay detrás de ellas. Está claro que el Anciano Juan considera que tiene derecho a actuar como guía y consejero, y aportar advertencias y reprensiones en las iglesias cuyos miembros son sus hijos espirituales. En *Segunda de Juan* escribe a los que se están portando bien (versículo 4) y, por implicación sugiere que hay otros que no están actuando de manera tan satisfactoria. Además, deja bien claro que hay maestros itinerantes en el distrito, algunos de los cuales van predicando doctrina falsa y peligrosa, y da órdenes para que los tales no sean aceptados (versículos 7-11). Así es que aquí Juan está ejerciendo lo que considera su derecho incuestionable a dar órdenes a sus iglesias, y está tratando de protegerlas frente a una situación en la que los maestros itinerantes de falsedad pueden llegar en cualquier momento.

La situación tras *Tercera de Juan* es algo más complicada. La carta va dirigida a un tal Gayo, cuyo carácter y acciones Juan aprueba totalmente (versículo 3-5). Habían venido a la iglesia unos misioneros ambulantes que eran colaboradores de la verdad, y Gayo les había ofrecido una hospitalidad cristiana auténtica (versículos 6-8). En la misma iglesia había otro hombre, Diótrefes, al que le encantaba ser el mandamás (versículo 9). Diótrefes se nos presenta como un dictador que no admite rivales. Se había negado a recibir a los maestros ambulantes de la verdad, y había tratado de echar de la iglesia a los que los recibían. No quería tener nada que ver con los maestros ambulantes, aunque fueran verdaderos predicadores de la Palabra (versículo 10). Entonces se introduce en escena un hombre llamado Demetrio, de quien Juan da un testimonio personal positivo, y al que hay que ofrecer hospitalidad (versículo 12). La explicación más sencilla de es que Demetrio de-

be de ser el líder de un grupo ambulante de maestros que van de camino a la iglesia a la que Juan está escribiendo. Diótrefes se negará a tener nada que ver con ellos, y tratará de echar a los que los reciban; y Juan está escribiendo a Gayo para exhortarle a que reciba a los maestros ambulantes, y no se deje intimidar por Diótrefes, con quien Juan tratará debidamente cuando visite la iglesia en cuestión (versículo 10). La situación se centra en torno a la recepción de los maestros ambulantes. Gayo ya los ha recibido antes, y Juan exhorta a recibirlos otra vez, así como a su líder Demetrio. Diótrefes les ha cerrado la puerta, y ha desafiado la autoridad del anciano Juan.

EL TRIPLE MINISTERIO

Todo esto parece una situación desafortunada, y lo era. Sin embargo, era inevitable que surgiera. Tal como son las cosas, era de esperar que surgiera en la Iglesia un problema de ministerios. En sus primeros días, la Iglesia tenía tres clases diferentes de ministros.

(i) Únicos, y por encima de todos los demás, estaban los *apóstoles*, los que habían formado parte de la compañía original de Jesús y sido testigos de Su Resurrección. Eran los líderes incuestionables de la Iglesia. Su autoridad abarcaba toda la Iglesia; en cualquier país y en cualquier congregación, su ministerio era supremo.

(ii) Estaban *los profetas*. No estaban adscritos a una congregación determinada. Eran predicadores ambulantes que iban adonde el Espíritu los movía, y daban en las iglesias el mensaje que el Espíritu de Dios les daba. Habían dejado hogar, ocupación, comodidad, seguridad de la vida sedentaria para ser los mensajeros ambulantes de Dios. Ellos también ocupaban un lugar muy especial en la Iglesia. *La Didajé*, o como se suele traducir en español *La Enseñanza de los Doce Apóstoles*, es el primer libro de orden eclesiástico que surgió hacia el año 100 d.C. En él queda bien clara la posición única de los profetas. Se establece el orden del culto de comunión, y se dan instrucciones acerca de sus partes. El culto acababa con una oración de acción de gracias que se da por escrito completa; y entonces viene la frase: < Pero dejad que los profetas den gracias todo lo que quieran» (*Didajé* 10:7). Los profetas no tenían que sujetarse a las reglas y normas que gobernaban a los demás ministros. Así que la Iglesia tenía dos clases de personas cuya autoridad no se limitaba a una sola congregación, y que tenían derecho de entrada en todas.

(iii) Estaban *los ancianos*. En su primer viaje misionero, parte de la labor de Pablo y Bernabé fue ordenar ancianos en todas las iglesias locales que habían fundado (*Hechos* 14:23). Los ancianos eran los responsables de las comunidades locales; su cometido estaba circunscrito a sus congregaciones, y no se dedicaban a nada del exterior. Está claro que eran la espina dorsal de la organización de la Iglesia Original; de ellos dependía el trabajo regular, el funcionamiento y la solidez de las congregaciones locales.

EL PROBLEMA DE LOS PREDICADORES AMBULANTES

La posición de los apóstoles no, presentaba ningún problema real; eran únicos, y su posición no se podía poner en duda. Pero los profetas ambulantes presentaban un problema. Su posición era tal que se prestaba extraordinariamente al abuso. Tenían un prestigio enorme; y era posible que personajes indeseables se introdujeran en una manera de vivir en la que se movían de un lugar a otro viviendo con una comodidad considerable y a expensas de las congregaciones locales. Un pícaro astuto podía ganarse la vida muy cómodamente presentándose como profeta itinerante.

Hasta los satíricos paganos se dieron cuenta de la situación. El autor griego Luciano en su obra titulada *Peregrinus* traza el retrato de cierto tipo que había descubierto la manera más fácil de ganarse la vida sin trabajar. Era un charlatán itinerante que vivía a cuerpo de rey viajando y visitando las diversas comunidades de cristianos, deteniéndose donde le convenía y viviendo lujosamente a sus expensas.

La Didajé vio claramente este peligro, y estableció normas definidas para controlarlo. Estas normas son algo extensas, pero bien merece la pena citarlas textualmente, porque arrojan mucha luz sobre la vida y los problemas de la Iglesia Primitiva (*Didajé* 11 y 12).

Por tanto, al que venga a enseñaros todas las cosas mencionadas, recibidle. Pero si ese maestro se pone a enseñaros otra doctrina para pervertiros, no le escuchéis.

Eso sí: para crecer en integridad y conocimiento del Señor, recibidle como al Señor. Por lo que se refiere a los apóstoles y profetas, actuar conforme a las normas del Evangelio. Recibid a cada apóstol que llegue a vosotros como al Señor; y que esté con vosotros un día y, si fuere necesario, también el siguiente; pero si se queda tres días, es un falso profeta. Y cuando se vaya, que no se lleve nada más que pan hasta llegar a su siguiente destino; pero si pide dinero es un falso profeta. Y a todo profeta

que hable en el Espíritu no trataréis de juzgarle: porque se puede perdonar cualquier pecado menos este. Pero no todo el que hable en el espíritu es un profeta, sino el que tenga las maneras del Señor. Por tanto, será por sus maneras por lo que se distinguirá al verdadero del falso profeta. Y ningún profeta que mande en el espíritu que se le ponga la mesa comerá de ella, porque en tal caso será un falso profeta. Y todo profeta que enseñe la verdad, si no actúa conforme a lo que enseña, es un falso profeta... Al que diga en el espíritu que se le dé dinero, o cualquier otra cosa, no le hagáis caso; pero si os dice que deis para otros que estén en necesidad, que nadie le juzgue.

Al que venga en el nombre del Señor, recibidle; y entonces, cuando le hayáis probado, sabréis, porque tendréis entendimiento para distinguir entre la mano derecha y la izquierda. Si el que llega es un peregrino, socorredle en la medida de vuestras fuerzas; pero no habrá de quedarse entre vosotros más de dos o tres días, a menos que su necesidad sea notoria. Pero, si tiene voluntad de quedarse entre vosotros, y es un artesano, que trabaje para comer. Y si no tiene oficio, seguid vuestra discreción para que no viva sin trabajar entre vosotros siendo cristiano. Y si no quiere, es que quiere vivir a costa de Cristo: ¡Guardaos de los tales!

*La Didajé llega hasta a inventar la palabra *traficante en Cristo, Jristémporos*, para definir a tales personas.*

Juan estaba totalmente justificado en advertir a su pueblo acerca de una clase falsa de profetas ambulantes que podrían llegarle reclamando hospitalidad, y en decirles que de ninguna manera habían de recibirlos. No cabe duda de que en la Iglesia primitiva estos profetas ambulantes se habían convertido en un problema. Algunos de ellos eran maestros heréticos, aunque estuvieran convencidos sinceramente de su propia enseñanza. Algunos no eran nada más que mangantes plausibles, que habían encontrado la manera de vivir cómodamente sin trabajar. Este es el trasfondo que se encuentra detrás de *Segunda de Juan*.

EL CHOQUE DE MINISTERIOS

Pero la situación tras *Tercera de Juan* es en cierto sentido todavía más seria. El personaje problema es Diótrefes. Es el hombre que no quiere tener nada que ver con los maestros ambulante, y que echa a todos los que se atrevan a recibirlos y darles hospitalidad. Es el hombre que se niega a aceptar la autoridad de Juan, y a quien Juan acusa de dominante. Hay mucho más detrás de esto de lo que se ve a primera vista. Esto no era una tormenta en una taza de té; era una escisión fundamental entre el ministerio local y el itinerante.

Es obvio que la estructura total de la Iglesia dependía de un fuerte ministerio local. Es decir: su misma existencia dependía de un presbiterio fuerte y con autoridad. Conforme fue pasando el tiempo, el ministerio local estaba abocado a chocar con el control remoto hasta de alguien tan famoso como el anciano Juan, y a resentirse de las invasiones, posiblemente inquietantes, de los profetas y evangelistas ambulantes. No era ni mucho menos imposible que, por muy bien intencionados que fueran, estos itinerantes pudieran aportar más problemas que soluciones, más daño que bien.

Aquí tenemos la situación detrás de *Tercera de Juan*. Juan representa el viejo control remoto apostólico; Demetrio y su equipo de misioneros representan a los profetas y predicadores ambulantes; Diótrefes representa el ministerio local de los ancianos que querían dirigir sus congregaciones sin intromisiones, y que miraban con recelo a los predicadores ambulantes como metijones peligrosos; Gayo representa al hombre de buena intención que se encuentra desgarrado entre los dos, y no puede decidirse por ninguno.

Lo que sucedía en este caso, no lo sabemos; pero el fin del asunto en la Iglesia fue que los predicadores ambulantes desaparecieron de la escena, y los apóstoles, como era natural, pasaron también de este mundo; y el ministerio residente se convirtió en el ministerio de la Iglesia. En cierto sentido, en la iglesia moderna tampoco se ha resuelto completamente el problema entre los evangelistas itinerantes y el ministerio local; pero estas dos cartas son del interés más fascinante, porque muestran la situación de la Iglesia en una época de transición, cuando el choque entre el ministerio itinerante y el local estaba empezando a surgir y -¿quién sabe?- Diótrefes puede que no fuera tan malo como se le suele pintar ni estuviera totalmente equivocado.

2 JUAN

LA SEÑORA ELEGIDA

2 Juan 1-3

Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos, a los que amo en la verdad (y no soy yo el único que os ama a ti y a ellos, sino también todos los que aman la verdad) por la verdad que habita en nosotros que estará con nosotros para siempre. La gracia, la misericordia y la paz estarán con nosotros de Dios Padre y de Jesucristo el Hijo del Padre, en la verdad y en el amor.

El autor se identifica sencillamente con el título de El Anciano. *Anciano* puede tener tres sentidos diferentes.

(i) Puede querer decir sencillamente *un hombre más viejo*, que por razón de sus años y experiencia merece afecto y respeto. Aquí _ la palabra tiene algo de ese sentido. El autor y remitente de esta carta era un siervo de edad avanzada en Cristo y en la Iglesia.

(ii) En el Nuevo Testamento los ancianos son *los responsables de las iglesias locales*. Fueron los primeros de todos los cargos eclesiásticos, y Pablo ordenaba ancianos en sus iglesias en sus viajes misioneros tan pronto como le era posible (*Hechos 14:21-23*). La palabra no es posible que se use en ese sentido aquí, porque esos ancianos eran responsables locales, cuya autoridad y obligaciones no rebasaban la propia congregación, mientras que El Anciano de esta carta tenía una autoridad que se extendía a un área mucho más amplia. Se abroga el derecho de aconsejar a las congregaciones en lugares donde él mismo no reside.

(iii) Es casi seguro que esta carta se escribió en Éfeso, en la provincia romana de Asia. En aquella iglesia *anciano* se usaba con un sentido especial. Los ancianos eran hombres que habían sido discípulos directos de los apóstoles; Papías e Ireneo, que vivieron y trabajaron y escribieron en Asia, nos dicen que fue de los ancianos de los que recibieron su información. Los ancianos eran los nexos directos entre los que habían conocido a Cristo en la carne y los cristianos de la segunda generación. Es indudable que es en este sentido en el que se usa aquí el término. El autor de la carta es uno de los últimos nexos directos con Jesucristo; y de ahí le viene su derecho a hablar.

Como hemos dicho en la Introducción, *La Señora Elegida* presenta un cierto problema. Se han hecho dos sugerencias.

(i) Hay algunos que mantienen que la carta iba dirigida a *una persona determinada*. En griego se usa la frase *Eklekté Kyria*. *Kyrios* (la forma masculina) es una expresión de respeto, y *Eklekté* podría ser -aunque no es probable- un nombre propio, en cuyo caso la carta iría dirigida a *Mi querida Eklekté*. *Kyria*, además de ser una expresión de respeto, también podría ser un nombre propio, en cuyo caso *eklekté* sería un adjetivo, y la carta iría dirigida a *La Elegida Kyria*. Es también posible que *ambas* palabras fueran nombres propios, en cuyo caso la carta iría dirigida a una señora llamada *Eklekté Kyria*.

Pero, si esta carta fuera para una sola persona, es mucho más probable que ninguna de las dos palabras fuera un nombre propio, y que la versión Reina-Valera sea correcta al traducir la frase como *la señora elegida*. Se ha especulado mucho acerca de quién podría ser La Señora Elegida. Veremos solo dos sugerencias. (a) Se ha sugerido que *La Señora Elegida* es María, la Madre de nuestro Señor. Ella había de ser como una madre para Juan, y él su hijo (*Juan 19:26s*), y bien podría ser que se tratara de una carta personal de Juan a María. (b) *Kyrios* quiere decir *Señor*; y *Kyria*, aun como nombre propio, querría decir *Señora*, en latín *Domina*, y en arameo *Marthcí*. También se ha sugerido que se trata de Marta de Betania.

(ii) Es mucho más probable que fuera dirigida a *una iglesia*. Es mucho más probable que fuera una iglesia que amaban todos los que conocían la verdad (versículo 1). El versículo 4 dice que algunos de sus hijos se conducían en la verdad. En los versículos 6, 8, 10 y 12 se usa el pronombre *vosotros*, lo que sugiere una iglesia. Pedro también usa casi exactamente la misma frase cuando envía saludos de La Elegida (en femenino) que está en Babilonia (1 *Pedro 5:13*).

Bien puede ser que el nombre del destinatario se dejara indefinido intencionadamente. La carta se escribió cuando se podía producir una persecución repentina. Si fuera a parar a otras manos, podría haber problemas. Y bien puede ser que la carta fuera dirigida de tal manera que su destino estuviera claro para los de dentro, pero que a los de fuera les sonara como una carta de un amigo a una amiga.

EL AMOR Y LA VERDAD

2 Juan 1-3 (conclusión)

Es sumamente interesante notar que en este pasaje *el amor y la verdad* están inseparablemente entrelazados. Es *en la verdad* como el Anciano ama a la Señora Elegida. Es *a causa de la verdad* como ama y escribe a la iglesia. En el Cristianismo aprendemos dos cosas acerca del amor.

(i) La verdad cristiana nos dice la manera como debemos amar. *Agapé* es la palabra que se usa en el original para el amor cristiano. *Agapé* no es una pasión con sus altos y bajos, su llamarada y su rescoldo; ni ninguna sensiblería facilona. No es fácil de adquirir ni de poner en práctica. *Agapé* es una buena voluntad invencible; es la actitud hacia los demás que, independientemente de lo que le hagan, nunca se convierte en amargura ni dejará de buscar lo que sea para ellos el sumo bien. Hay un amor que trata de poseer; hay un amor que ablanda y excita; hay un amor que le hace a uno retirarse de la lucha; hay un amor que cierra los ojos a las faltas y las cosas que conducen a la ruina. Pero el amor cristiano siempre busca el mayor bien para los demás, y arrostra todas las dificultades, todos los problemas y todo el trabajo que suponga esa búsqueda. Es significativo que Juan escriba por amor para advertir.

(ii) La verdad cristiana nos dice la razón para la obligación del amor. Juan la establece claramente en su primera carta. Ha hablado del amor doliente, sacrificado, increíblemente generoso de Dios; y entonces dice: < Queridos, si Dios nos ha amado así, nosotros también debemos amarnos unos a otros > (1 *Juan 4: 11*). *El cristiano debe amar porque es amado*. No puede aceptar el

amor de Dios sin mostrar amor a las personas que Dios ama. Porque Dios nos ama es por lo que debemos amar a los otros con el mismo amor generoso y sacrificial.

Antes de dejar este pasaje tenemos que notar otra cosa. Juan empieza esta carta con un saludo bastante particular. Dice: «La gracia, la misericordia y la paz *estarán* con nosotros.» En todas las otras cartas del Nuevo Testamento el saludo tiene la forma de un deseo u oración. Pablo suele poner: «La gracia sea con nosotros y la paz.» Pedro pone: «Que la gracia y la paz se os multipliquen» (1 *Pedro* 1:2). Judas dice: «Que la misericordia, la paz y el amor se os multipliquen» (*Judas* 2). Pero aquí el saludo es *una afirmación*: «La gracia, la misericordia y la paz *estarán* con nosotros.» Juan está tan seguro de los dones de la gracia de Dios en Jesucristo que no pide que sus amigos los reciban; les asegura que los recibirán. Aquí está la fe que no duda nunca de las promesas de Dios en Jesucristo.

EL PROBLEMA Y EL REMEDIO

2 Juan 4-6

Me dio una gran alegría descubrir que algunos de tus hijos se conducen en la verdad según el mandamiento

que hemos recibido del Padre. Y ahora, Señora, no como si te estuviera escribiendo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento que hemos tenido desde el principio, te ruego que nos amemos unos a otros. Y esto es el amor: que nos conduzcamos según Sus mandamientos; y este es el mandamiento, como lo habéis oído desde el principio: que nos conduzcamos de acuerdo con él.

En la iglesia a la que está escribiendo Juan hay cosas que le alegran el corazón y cosas que se lo entristecen. Le produce alegría saber que algunos de sus miembros viven de acuerdo con la verdad; pero esa misma afirmación supone que algunos no. Es decir, que en la iglesia hay división, porque se han escogido caminos diferentes. Juan tiene el remedio para todas las cosas, que es el amor. No es ningún remedio nuevo, ni un mandamiento nuevo; es la palabra del mismo Jesús: «Os doy un nuevo mandamiento: Que os améis unos a otros; que también vosotros os améis entre vosotros como Yo os he amado; en esto es en lo que todos reconocerán que sois discípulos Míos: Si existe ese amor entre vosotros» (*Juan* 13:34s). Solo el amor puede remediar una situación en la que se han roto las relaciones personales. La reprensión y la crítica es probable que ,no despierten más que el resentimiento y la hostilidad; la discusión y la controversia puede que no hagan más que ensanchar la división; el amor es lo único para restañar la brecha y restaurar la relación perdida.

Pero es posible que digan los que han escogido el camino equivocado para Juan: «Nosotros por supuesto que amamos a Dios.» Los pensamientos de Juan se retrotraen inmediatamente a otro dicho de Jesús: «Si Me amáis, guardaréis Mis mandamientos» (*Juan* 14:1 S). El mandamiento concreto de Jesús era el del amor mutuo; y, por tanto, cualquiera que no guarde este mandamiento no ama realmente a Dios, por mucho que lo pretenda. La única prueba de nuestro amor a Dios es nuestro amor a los hermanos. Este es el mandamiento, dice Juan, que hemos oído desde el principio, y en el que debemos andar.

Conforme vayamos adelante veremos que esto tiene otra cara, y que no hay ninguna sensiblería blandengue en la actitud de Juan hacia los que están seduciendo a otros para apartarlos de la verdad; pero es significativo que su primera cura para todos los problemas de la iglesia es el amor.

LA AMENAZA DEL PELIGRO

2 Juan 7-9

Hay mucha más razón para hablar así porque han salido por el mundo muchos engañadores, hombres que no confiesan que Jesús es el Cristo, ni Su venida en -la carne. Una persona así es el engañador y el Anticristo. Mirabs bien que no arruinéis lo que hemos trabajado, sino aseguraos de recibir una recompensa completa. EL que pretenda avanzar demasiado sin permanecer en la enseñanza de Cristo, no tiene a Dios; es el que permanece en esa enseñanza el que tiene tanto al Padre como al Hijo.

Ya, en 1 *Juan* 4: 2, Juan ha tratado de los herejes que niegan la realidad de la Encarnación. Hay una dificultad. En 1 *Juan* 4:2 el original dice que Jesús *ha* venido en la carne. La idea se expresa con el participio en el tiempo pasado. Es el hecho de que la Encarnación ha tenido lugar lo que se subraya. Aquí hay una diferencia: el participio está en el tiempo presente: la traducción literal sería que Jesús *viene* en la carne. Esto podría querer decir una de dos cosas.

(i) Podría querer decir que Jesús siempre está viniendo en la carne, que la Encarnación tiene una especie de permanencia, que no fue solamente un hecho que terminó en treinta años durante los cuales Jesús estuvo en Palestina, sino que es algo fuera

del tiempo. Esa podría ser una gran idea, y querría decir que ahora y siempre Jesucristo, y Dios por medio de Él, se introduce en la situación y en la vida humana.

(ii) Podría ser una referencia a *la Segunda Venida*, y *podría* querer decir que Jesús *viene otra vez* en carne. Bien puede ser que hubiera la creencia en la Iglesia Primitiva que había de haber una Segunda Venida de Jesús en la carne, una especie de encarnación en gloria que seguiría a la Encarnación de la humillación. Esa sería también una gran idea.

Pero bien puede ser que C. H. Dodd tenga razón cuando dice que en un escritor griego posterior al período clásico, como Juan, que no conocía el griego de los grandes escritores, no podamos hacer tanto hincapié en los tiempos de los verbos, y que lo mejor sea interpretar que quiere decir lo mismo que en *1 Juan 4:2*. Es decir, que estos engañadores niegan la realidad de la Encarnación, y por tanto niegan que Dios pueda entrar plenamente en la vida humana.

Es intensamente significativo notar que los grandes pensadores de la Iglesia Cristiana se han aferrado siempre con todas sus fuerzas a la realidad de la Encarnación. En el siglo II d.C., Ignacio insiste una y otra vez en sus escritos en que Jesús nació *de veras*, que se hizo hombre *de veras*, que sufrió *de veras* y que murió *de veras*. Vincent Taylor, en su libro sobre *La persona de Cristo*, nos recuerda dos grandes afirmaciones acerca de la Encarnación. Martín Lutero decía de Jesús: «Él comía, bebía, dormía, andaba; se cansaba, se apenaba, se alegraba; lloraba y reía; experimentaba hambre y sed y sudor; hablaba, trabajaba, oraba... de tal manera que no había diferencia entre Él y otros hombres salvo solamente en esto: en que Él era *Dios*, y no tenía pecado.» Emil Brunner cita ese pasaje de Lutero, y prosigue: «El Hijo de Dios en Quien podemos creer tenía que ser Tal que fuera posible confundirle con una persona corriente.»

Si Dios hubiera entrado en la vida solamente como un fantasma desencarnado, el cuerpo seguiría siendo despreciado para siempre; entonces no podría haber verdadera comunión entre lo divino y lo humano; entonces no podría haber una verdadera Salvación. Tenía que hacerse lo que somos para hacernos lo Que Él es.

En los versículos 8 y 9 escuchamos tras las palabras de Juan las pretensiones de los falsos maestros.

Pretendían *desarrollar* el Cristianismo. Juan insiste en que estaban destruyéndolo, y destrozando los cimientos que se habían echado y sobre los que debía construirse todo.

El versículo 9 es interesante y significativo. Hemos traducido la primera frase por *El que pretenda avanzar demasiado*. En griego encontramos *proagón*. Ese verbo quiere decir *proseguir hacia adelante*. Los falsos maestros pretendían ser progresistas, avanzados, personas de mente abierta y aventurera. El mismo Juan era uno de los pensadores más aventureros del Nuevo Testamento; pero insiste en que, por mucho que una persona pueda avanzar, debe permanecer en la enseñanza de Jesucristo, o perderá contacto con Dios. Así es que aquí tenemos una gran verdad. Juan no está condenando el pensamiento avanzado; lo que dice es que Jesucristo debe ser la piedra de toque de todo pensamiento, y que todo lo que pierda contacto con Él no se puede mantener en la verdad. Juan diría: «Pensad -pero llevad vuestro pensamiento a la piedra de toque de Jesucristo y de la presentación que se nos hace de Él en el Nuevo Testamento.» El Cristianismo no es ninguna teosofía nebulosa e inaprehensible; está anclado en la figura histórica de Jesucristo.

SIN COMPONENTAS

2 Juan 10-13

Si os llega alguien que no lleva esta enseñanza, no le recibáis en vuestra casa ni le saludéis por la calle; porque si lo hacéis os hacéis cómplices de sus malas acciones.

Aunque tengo muchas cosas que escribiros, no quiero depender del papel y la tinta, sino que espero ir a

veros y hablar con vosotros cara a cara para que tengamos una alegría completa.

Los hijos de tu Hermana Elegida te envían saludos.

Aquí vemos con toda claridad el peligro que veía Juan en aquellos falsos maestros. No se les debía ofrecer hospitalidad; el que se les negara sería la manera más eficaz de detener su influencia. Juan llega más lejos: no hay ni que saludarlos en la calle. El hacerlo sería dar señales de que se los reconocía en cierta medida. Debe dejarse bien claro a todo el mundo que la Iglesia no tolera a los que destruyen la fe con su enseñanza. Este pasaje puede que parezca contradecir el amor cristiano; pero C. H. Dodd tiene algunas cosas muy sabias que decir acerca de él.

No faltan paralelos. Cuando el santo Policarpo se encontró con el hereje Marción, este le dijo: «¿Me reconoces?» «Reconozco al primogénito de Satanás,» respondió Policarpo. El propio Juan salía huyendo de los baños públicos cuando llegaba el hereje Cerinto. «¡Salgamos de aquí a toda prisa, no sea que se nos hunda el edificio decía-, porque Cerinto, el enemigo de la verdad está aquí!»

Tenemos que recordar la situación. Hubo un tiempo cuando parecía que faltaba poco para que las especulaciones de los herejes pseudofilosóficos destruyeran la fe cristiana. Estaba en peligro su misma existencia. La Iglesia no se atrevía ni a parecer que corría peligro de hacer componendas con esta corrosiva destrucción de la fe.

Esta era, como indica C. H. Dodd, una norma de emergencia, y «las normas de emergencia nunca hacen buenas leyes.» Puede que reconozcamos la necesidad de esta actitud en la situación en que se encontraban Juan y los suyos, sin mantener en lo más mínimo que debamos tratar de la misma manera a los pensadores equivocados. Y sin embargo, para volver a C. H. Dodd, una tolerancia de buen humor nunca puede resultar suficiente. «El problema está en encontrar una manera de vivir con personas cuyas convicciones difieren de las nuestras

sobre las cuestiones más fundamentales, sin ni faltar a la caridad ni ser infieles a la verdad.» Ahí es donde el amor debe encontrar un camino. La mejor manera de destruir a nuestros enemigos, como decía Abraham Lincoln, es hacerlos nuestros amigos. Nunca podemos llegar a un acuerdo con los maestros equivocados, pero nunca estamos libres de la obligación de tratar de conducirlos a la verdad.

Así llega Juan al final de su carta. No quiere escribir más, porque espera ir a ver a sus amigos y hablar con ellos cara a cara. Tanto en griego como en hebreo se dice, no *cara a cara*, sino *boca a boca*. En el Antiguo Testamento Dios dice de Moisés: «Cara a cara -literalmente "boca a boca"- hablaré con él» (*Números 12:8*). Juan era sabio, y sabía que las cartas pueden ser motivo para que se tergiverse una situación; y que se puede conseguir más en cinco minutos de conversación de corazón a corazón que con una pila de cartas. En muchas relaciones de iglesia y personales las cartas no han conseguido más que exacerbar una situación; porque la carta escrita más cuidadosamente puede interpretarse mal, mientras que una breve conversación directa puede arreglar las cosas. Cromwell no entendió nunca al cuáquero John Fox, y no le caía nada bien. Pero cuando se encontró con él, y después de hablar con él personalmente, le dijo: «Si tú y yo pasáramos una hora juntos seríamos los mejores amigos.» Los comités eclesiásticos y los cristianos haríamos bien en hacernos el propósito de no escribir cuando podemos hablar.

La carta se cierra con saludos de la iglesia de Juan a los amigos a los que escribe; saludos, como si dijéramos, de los hijos de una hermana a los de otra; porque todos los cristianos somos miembros de la familia de la fe.

3 JUAN

EL GOZO DEL MAESTRO

3 Juan 1-4

Del Anciano, al querido Gayo, al que amo en la verdad.

Querido, pido a Dios que todo te vaya bien, y que tengas buena salud de cuerpo así como le va bien a tu alma. Me dio una gran alegría la llegada de algunos hermanos, que atestiguaron la verdad de tu vida, como te conduces en la verdad. No hay noticia que me produzca mayor alegría que la de escuchar que mis hijos están caminando en la verdad.

Ninguna carta del Nuevo Testamento muestra mejor que esta que las cartas cristianas seguían exactamente el modelo de todas las cartas de tiempo de la Iglesia Primitiva. Hay un papiro que contiene una carta de Ireneo, un capitán de barco, a su hermano Apolinario:

De Ireneo a su hermano Apolinario: ¡Se te saluda! Rezo constantemente para que tengas salud; yo disfruto de buena salud. Quiero que sepas que llegué a tierra el 6 del mes de Epeif, y acabé de descargar el 18 del mismo mes, y subí a Roma el 25 del mismo mes, y allí se nos recibió como Dios quiso. Estamos esperando todos los días que nos dejen partir; porque hasta el día de hoy, a ninguno de los que estamos en el servicio del grano se le ha permitido salir. Saludos personales para tu esposa, y para Sereno, y para todos los que te aman. Adiós.

La forma de la carta de Ireneo es exactamente la misma que la de Juan. Lo primero es el saludo; luego la oración por la buena salud; después el cuerpo principal de la carta, con las noticias, y por último los saludos finales. Las cartas cristianas primitivas no eran remotas y eclesiásticas, sino la clase de cartas que se escribían en aquellos días.

Juan le escribe a un amigo llamado Gayo. En el mundo del Nuevo Testamento Gayo era uno de los nombres más corrientes. En el Nuevo Testamento hay otros tres con ese nombre. Está Gayo, el macedonio que juntamente con Aristarco estuvo con Pablo en el motín de Efeso (*Hechos 19:29*). Está el Gayo de Derbe, que fue el delegado de su iglesia para llevar la colecta para los pobres de Jerusalén (*Hechos 20:4*). Está el Gayo de Corinto, que había sido el anfitrión de Pablo y que era una persona tan hospitalaria que se le podría llamar el hospedador de toda la iglesia (*Romanos 16:23*), y que fue una de las pocas personas que Pablo bautizó personalmente (*1 Corintios 1:14*), y que, según la tradición, llegó a ser el primer obispo de Tesalónica. Gayo era un nombre de lo más corriente; y por tanto no hay necesidad de identificar este Gayo con ninguno de los otros tres. Según la

tradicción, Juan le consagró obispo de Pérgamo. Aquí se nos presenta como un hombre que tenía siempre abiertas las puertas de su casa y de su corazón.

Dos veces en los primeros dos versículos usa Juan la palabra *querido*, en griego *agapétos*. En este grupo de cartas Juan usa *agapétos* no menos de diez veces. Este es un hecho muy notable. Estas cartas son cartas de advertencia y reprensión; y sin embargo su acento es el del amor. Un gran erudito y predicador aconsejaba: < No le echés nunca la bronca a tu congregación. » Aunque tenga que reprender, Juan nunca habla con rabia. Toda la atmósfera de su carta es la del amor.

El versículo 2 nos muestra el cuidado amplio del pastor bueno y consagrado. Está interesado tanto en la salud física como en la salud espiritual de Gayo. Juan era como Jesús: nunca se olvidaba de que las personas tenemos cuerpos y no sólo almas, y que los cuerpos también son importantes.

En el versículo 4 habla Juan de la mayor alegría del maestro. Es la de ver que sus alumnos caminan en la verdad. La verdad no es simplemente algo que asimilamos intelectualmente; es el conocimiento que llena la mente de una persona y la caridad que reviste su vida. La verdad es lo que hace que una persona piense y actúe como Dios manda.

LA HOSPITALIDAD CRISTIANA

3 Juan 5-8

Querido Gayo, es una obra de verdadera fe cualquier servicio que prestas a los hermanos forasteros, y ellos atestiguan vuestro amor ante la iglesia. Será una amabilidad aún mayor el que los despidas en su viaje de una manera que sea como Dios manda. Porque ellos han salido por causa del Nombre, y no reciben ninguna ayuda de los paganos. Es nuestra obligación el sostener a tales personas para mostrarnos colaboradores de la verdad.

Aquí llegamos al propósito principal de esta carta. Hay un grupo de misioneros que van de camino a la iglesia de la que es miembro Gayo, y Juan le exhorta a recibirlos, a darles su apoyo y a despedirlos cristianamente.

La hospitalidad era un deber sagrado en el mundo antiguo. Los extranjeros estaban bajo la protección de Zeus Xenius, el dios de los extranjeros (*xenos* es la palabra griega para *extranjero*, que ha dado algunos derivados en español, como *xenofobia*). En el mundo antiguo las posadas eran notoriamente deficientes. A los griegos les disgustaba instintivamente cobrar dinero a cambio de la hospitalidad; y por tanto la profesión de mesonero era muy poco apreciada. Las posadas estaban sucias e infestadas de pulgas. Los posaderos eran célebres por su rapacidad, hasta el punto de que Platón los comparaba con piratas que retuvieran a los huéspedes como rehenes hasta cobrar el rescate. En el mundo antiguo había un sistema de *amistades de hospedaje* mediante el cual distintas familias de partes distintas del país se comprometían a darse hospitalidad cuando fuera necesario. Esta relación de familias se prolongaba a través de generaciones, y cuando se solicitaba, el solicitante tenía que presentar un *symbolon* o *señal* que le identificaba ante su anfitrión. Algunas ciudades tenían un *proxenos* al que acudían por hospitalidad o protección los que tenían que emprender viajes.

Si el mundo pagano aceptaba la obligación de la hospitalidad, era de esperar que los cristianos la tomaran aún más en serio. Pedro recordaba: «Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones» (1 Pedro 4:9). « No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hebreos 13:2). En las Epístolas Pastorales se dice que hay que respetar a una viuda que haya practicado la hospitalidad (1 Timoteo 5:9). Pablo exhorta a los romanos a «practicar la hospitalidad» (Romanos 12:13).

La hospitalidad iba a ser una de las características de los responsables de la iglesia. Un obispo debía ser hospedador (1 Timoteo 3:2; cp. Tito 1:8). Cuando llegamos al tiempo de Justino Mártir (170 d.C.) encontramos que el Día del Señor las familias acomodadas contribuían conforme a su voluntad y posibilidades, y el presidente de la congregación estaba obligado « a socorrer a los huérfanos y a las viudas, y a los que tuvieran necesidades por causas de enfermedad u otras, y a los que estaban presos y a los forasteros que se encontraban entre nosotros» (Justino Mártir, *Primera Apología* 1:67).

En la Iglesia Primitiva, un hogar cristiano tenía siempre la puerta abierta y estaba dispuesto para recibir al forastero. Habrá pocas obras más nobles que la de darle hospitalidad a un forastero en un hogar cristiano. El círculo familiar cristiano debería ser siempre lo suficientemente amplio como para hacerle sitio a un extranjero, independientemente de su origen o del color de su piel.

LOS AVENTUREROS CRISTIANOS

3 Juan 5-8 (conclusión)

Además, este pasaje nos habla de los misioneros ambulantes que dejaban su hogar y comodidad para llevar más lejos la Palabra de Dios. En el versículo 7, Juan dice que se han puesto en camino por causa del Nombre, y no aceptan ayuda de

los paganos. (Es posible que este versículo se refiera a los que dejaban el paganismo sin llevarse nada consigo, los que por causa de su fe habían dejado su hogar y trabajo y amigos, y no tenían medios de subsistencia). En el mundo antiguo eran muy conocidos «los frailes mendicantes,» con su bolsita. Hay referencias, por ejemplo, a uno que se denominaba «el esclavo de la diosa siria,» que salía a pedir limosna y aseguraba que nunca volvía con menos de setenta bolsas de dinero para su diosa. Pero los predicadores ambulante cristianos no aceptaban nada de los paganos, aunque se lo ofrecieran.

Juan recomienda a estos aventureros de la fe a la hospitalidad y generosidad de Gayo. Dice que es un deber ayudarlos para mostrar que somos colaboradores de la verdad (8).

Hay aquí una gran idea cristiana. Las circunstancias de una persona pueden ser tales que no le sea posible llegar a ser misionero o predicador. La vida puede que le haya puesto en una situación en la que tiene que continuar con el trabajo secular, seguir en el mismo lugar y con las obligaciones rutinarias de la vida; pero adonde él no puede ir, su dinero y sus oraciones y su ayuda práctica pueden llegar. No todo el mundo puede estar, por así decirlo, en primera fila; pero manteniendo a los que están allí, uno puede convertirse en aliado de la verdad. Cuando recordamos eso, todo dar para la Obra más amplia de Cristo y de Su Iglesia debe considerarse no una obligación sino un privilegio, no un deber sino un placer. La Iglesia necesita personas que salgan con la verdad, pero también necesita a los que sean aliados de la verdad en casa.

LA LLAMADA DEL AMOR

3 Juan 9-15

Ya he escrito acerca de esto a la iglesia; pero Diótrefes, que se empeña en ser el mandamás, no acepta nuestra autoridad. Así que, cuando vaya por ahí, ya le recordaré lo que está haciendo hablando insensatamente contra nosotros; y además se niega a recibir a los hermanos, e intenta impedirselo a los demás amenazándolos con echarlos de la iglesia.

Querido Gayo, no imites lo malo sino lo bueno. El que hace el bien tiene en Dios el manantial de su vida; el que hace el mal no tiene ni idea de Dios.

Todo el mundo da testimonio del mérito de Demetrio, y la verdad misma también. Y nosotros también testificamos, y tú sabes que nuestro testimonio es verídico.

Tengo muchas cosas que escribirte, pero no quiero comunicártelas con tinta y pluma. Espero verte pronto y que hablemos cara a cara.

La paz sea contigo. Los amigos mandan sus saludos. Saluda personalmente a los amigos.

Aquí llegamos al propósito de esta carta, y se nos presentan dos de los personajes importantes de la historia.

Está Diótrefes. Ya hemos visto en la Introducción cuál era la situación en que estaban implicados Juan y Diótrefes y Demetrio. En la Iglesia Primitiva había un doble ministerio. Estaban los apóstoles y los profetas, cuya esfera no se limitaba a ninguna congregación local, y cuya autoridad se extendía a toda la Iglesia. Y estaban también los ancianos, que eran los responsables permanentes y las espinas dorsales de las congregaciones locales. En los primeros días de la Iglesia esto no suponía ningún problema, porque las congregaciones locales eran todavía en gran parte como bebés, que no habían aprendido a andar por sí mismas y a manejar sus propios asuntos.

Pero, conforme fue pasando el tiempo, se produjo una tensión entre las dos clases de ministerio. Conforme las iglesias locales se fueron haciendo más fuertes y más conscientes de su identidad, fueron estando cada vez menos dispuestas a someterse al control remoto o a la invasión de los extranjeros.

Este problema sigue existiendo en parte entre nosotros. Existe el evangelista itinerante, que bien puede ser que tenga una teología y una metodología muy diferentes de las de la iglesia local establecida. En las iglesias jóvenes se vive la cuestión de hasta cuándo deben permanecer los misioneros en control y cuándo se considerará que ha llegado el momento de que se retiren y dejen que las iglesias indígenas gobiernen sus propios asuntos.

En esta carta, Diótrefes es el representante de la congregación local. No está dispuesto a aceptar la autoridad de Juan, el varón apostólico, ni a recibir a los misioneros itinerantes. Está tan decidido a que la iglesia local dirija sus propios asuntos que llega hasta a echar a los que están dispuestos a aceptar la autoridad de Juan y a recibir a los predicadores ambulantes. No podemos decir exactamente lo que representa Diótrefes. Por supuesto que no es un obispo en el sentido moderno de la palabra. Puede que fuera un anciano con carácter. O un miembro agresivo de la congregación, que fuera barriendo a todos los que se pusieran a su paso con la fuerza de su personalidad. Es indudable que surge como un personaje fuerte y dominante.

Demetrio es muy probablemente el líder de los predicadores ambulantes, y probablemente el portador de esta carta. Juan se excede recomendándole por su carácter y capacidad, y bien puede ser que hubiera alguna circunstancia en torno a él que diera base a la oposición de Diótrefes.

Demetrio no es, ni mucho menos, un nombre poco corriente. Se ha intentado identificarle con dos personajes del Nuevo Testamento. Se le ha identificado con el platero de Éfeso y jefe de la oposición a Pablo (*Hechos 19: 21 ss*). Puede que posteriormente se hiciera cristiano, y que su pasado se recordara en su contra. Se le ha identificado con Demas (una abreviatura de *Demetrio*), que había sido en tiempos colaborador de Pablo, pero que le había abandonado porque amaba este mundo (*Colosenses 4:14; Filemón 24; 2 Timoteo 4:10*). Puede que Demas volviera a la fe, y que su anterior deserción se le tuviera en cuenta en su contra.

Juan interviene en esta situación, y su autoridad se pone en duda; y Gayo es un alma amable pero probablemente débil comparado con el agresivo Diótrefes, y Juan está tratando de respaldarle porque, dejado a sus recursos, bien podría sucumbir frente a Diótrefes.

Esta parece ser la situación. Puede que estemos en simpatía con Diótrefes; puede que creamos que estaba adoptando una postura que más tarde o más temprano habría de prevalecer; pero, con toda su fuerza de carácter, tenía un defecto -fallaba por su falta de amor. Como C. H. Dodd lo ha expresado: «No hay tal cosa como una experiencia religiosa verdadera que no se exprese mediante la caridad.» Por eso es por lo que, a pesar de todos sus poderes de liderazgo y su carácter dominante, Diótrefes no era, para Juan, un verdadero cristiano. El verdadero líder cristiano debe siempre tener presente que la fuerza y la amabilidad deben ir de la mano, lo mismo que la autoridad y el amor. Diótrefes era como muchos responsables de la iglesia; puede que tuviera razón; pero seguía un método erróneo para alcanzar su fin, porque la fuerza de carácter no puede nunca ocupar el lugar del amor del corazón.

No sabemos a ciencia cierta cuál era el problema en esta situación; pero Juan termina con amor. Pronto irá a hablar de tú a tú, y su presencia hará lo que no puede hacer una carta; y, de momento, mandó sus saludos y su bendición. Podemos creer que «la paz sea con vosotros» del anciano Anciano lograría producir la calma en la iglesia conflictiva a la que escribía.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA DE JUDAS

LA CARTA DIFÍCIL Y ARRUMBADA

Bien se puede decir que para la mayoría de los lectores modernos la breve *Carta de Judas* es una empresa más sorprendente que provechosa. Hay dos versículos que todo el mundo conoce -la sonora y magnífica doxología con la que termina:

A Aquel Que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén.

Pero, aparte de estos dos versículos, *Judas* es mayormente desconocida y rara vez leída. La razón de su dificultad es que se escribió desde un trasfondo de pensamiento, el desafío de una situación, en imágenes y con citas, que nos resultan totalmente extrañas. Está fuera de toda duda que impactaría a los que la leyeran por primera vez como un martillazo. Sería como la llamada de un toque de trompeta a defender la fe. Moffatt llama a *Judas* cuna cruz flamígera para levantar las iglesias.» Pero, como J. B. Mayor, uno de sus grandes editores, ha dicho: «Al lector moderno le resulta más curiosa que edificante, salvo su principio y su final.»

Esta es una razón más que suficiente para emplearnos en el estudio de *Judas*; porque, cuando entendemos el pensamiento de Judas y desentrañamos la situación en la que estaba escribiendo, su carta adquiere el mayor interés para la historia de la Iglesia Primitiva, y nada le falta de relevancia para la de hoy. Ha habido tiempos en la historia de la Iglesia, y especialmente en sus avivamientos, cuando Judas no estaba lejos de ser el libro más relevante del Nuevo Testamento. Empecemos por establecer sencillamente la sustancia de la carta sin esperar a resolver sus dificultades.

SALIENDO AL ENCUENTRO DE LA AMENAZA

Judas había tenido la intención de escribir un tratado sobre la fe que todos los cristianos compartimos; pero tuvo que dejar a un lado esa tarea en vista de la aparición de personas cuya conducta y pensamiento eran una amenaza para la Iglesia Cristiana (versículo 3). En vista de esta situación, la necesidad perentoria no era la de exponer la fe, sino la de convocar a los cristianos en su defensa. Algunos que se habían introducido en la iglesia se aplicaban a fondo a convertir la gracia de Dios en una excusa para la más flagrante inmoralidad, y negaban al único Dios verdadero y al Señor Jesucristo (versículo 4). Estos hombres eran inmorales en su conducta y heréticos en su doctrina.

LAS ADVERTENCIAS

Judas organiza sus advertencias contra tales hombres. Que tengan presente la suerte de los israelitas. Habían sido sacados a salvo de Egipto, pero no se les permitió entrar en la Tierra Prometida a causa de su incredulidad (versículo 5). Hace referencia

a *Números* 13:26 -14:29. Aunque uno haya recibido la gracia de Dios, puede perder la salvación eterna si se desvía a la desobediencia y a la incredulidad. Algunos ángeles que poseían la gloria del Cielo vinieron a la Tierra y corrompieron

con su concupiscencia a las mujeres mortales (*Génesis* 6:2); y ahora están aprisionados en el abismo de oscuridad esperando el juicio (versículo 6). El que se rebele contra Dios tendrá que arrostrar el juicio. Las ciudades de Sodoma y Gomorra se habían entregado a la concupiscencia y al vicio contra la naturaleza de tal manera que su destrucción por fuego es una advertencia para todos los que se descarríen de manera parecida (versículo 7).

LA VIDA MALVADA

Estos hombres son visionarios de sueños malvados; contaminan su carne; hablan mal de los ángeles (versículo 8). Ni siquiera el arcángel Miguel se atrevía a proferir maldición contra los ángeles malvados. Se le había encargado enterrar el cuerpo de Moisés. El diablo había tratado de impedirlo y reclamar el cuerpo para sí. Miguel no dijo nada en contra del diablo, ni siquiera en tales circunstancias, sino dijo sencillamente: < ¡Que el Señor te reprenda! > -(versículo 9). Hay que respetar a los ángeles, aunque sean malos y hostiles. Estos hombres malvados condenan todo lo que no entienden, y las cosas espirituales sobrepasan su comprensión. De lo único que entienden es de instintos carnales, y se gobiernan por ellos como hacen los animales irracionales (versículo 10).

Son como Caín, el asesino cínico y egoísta; son como Balaam, cuyo único deseo era la ganancia material, y que condujo al pueblo de Israel a pecar contra Dios; son como Coré, que se rebeló contra la autoridad legítima de Moisés, y se le tragó la tierra como castigo por su desobediencia arrogante (versículo 11).

Son como las rocas ocultas que pueden hacer naufragar un barco; tienen su propia camarilla en la que se asocian con personas como ellos, destruyendo así la comunión cristiana; engañan a otros con sus promesas, como las nubes que prometen la lluvia largo tiempo esperada, pero que pasan de largo; son como árboles estériles y sin raíz, que no producen fruto; como la rociada de espuma de las olas que arroja algas y restos de naufragios a las playas, así espumajean sus obras desvergonzadas; son como las estrellas errantes que se niegan a mantenerse en su órbita y que están condenadas a perderse en la oscuridad infinita (versículo 13). Hace mucho tiempo, el profeta Henoc había descrito a estas personas y profetizado su destrucción divina (versículo 15). Murmuran contra toda autoridad y disciplina auténticas como los hijos de Israel murmuraron contra Moisés en el desierto; están descontentos con la suerte que Dios les ha asignado; sus concupiscencias son lo único que gobierna sus vidas; su habla es arrogante y orgullosa; son pelotilleros que adulan para sacar partido (versículo 16).

PALABRAS A LOS FIELES

Después de fustigar a los malvados con el torrente de sus invectivas, Judas se dirige a los fieles. Deberían haber esperado todo esto, porque los apóstoles de Jesucristo ya habían anunciado de antemano que surgirían hombres malos (versículos 18 y 19). Pero el deber del verdadero cristiano es edificar su vida sobre la base de la santísima fe, aprender a orar en el poder del Espíritu Santo; recordar las condiciones del pacto al que nos ha llamado el amor de Dios, y esperar la misericordia de Jesucristo (versículos 20 y 21).

En cuanto a los falsos pensadores y los de vida perdida -algunos de ellos puede que se salven con piedad, mientras están todavía dudando al borde de sus malos caminos; a otros hay que rescatarlos como a astillas del fuego; y en toda su obra de rescate, el cristiano debe tener aquel santo temor que le hará amar al pecador pero odiar el pecado, evitando contaminarse de los males de los que trata de salvar (versículos 22 y 23).

Y todo el tiempo estará con él el poder de ese Dios Que puede guardarle de caer, y conducirlo con pureza y gozo a Su presencia (versículos 24 y 25).

LOS HEREJES

¿Quiénes eran los herejes a los que Judas critica tan duramente, y cuáles sus creencias y forma de vida? Judas no nos lo dice claro nunca; él no era ningún teólogo, sino, como dice Moffatt, < un líder de la Iglesia, sencillo y honrado. > «Denuncia más que describe» la herejía que ataca. No trata de discutir ni de refutar, porque escribe como el «que sabe cuándo la ardiente indignación es más elocuente que la discusión.» Pero de la carta misma podemos deducir tres cosas sobre estos herejes.

(i) Eran antinomistas. El antinomismo -de *ariti* y *nomos*, *ley*- es la «doctrina que enseña, en nombre de la supremacía de la gracia, el indiferentismo con respecto a la ley» (*Enciclopedia Larousse*). Los antinomistas han existido en todas las épocas de la Iglesia. Son personas que pervierten la gracia. Su posición es que la ley ha terminado, y ellos están bajo la gracia. Las prescripciones de la ley puede que se les apliquen a otros, pero ya no se les aplican a ellos. Pueden hacer, literalmente, lo que les dé la gana. La gracia es suprema; puede perdonar cualquier pecado; cuanto más se peque, más oportunidades se le dan a la gracia para sobreabundar (*Romanos* 5:20ss). El cuerpo no tiene ninguna importancia; lo que importa es el interior de la persona.

Todas las cosas pertenecen a Cristo, y, por tanto, todas las cosas les pertenecen a ellos. Así es que para ellos no hay nada prohibido.

Por tanto, los herejes de *Judas* convierten la gracia de Dios en una excusa para la inmoralidad más flagrante (versículo 4); hasta practican vicios desvergonzados contra la naturaleza como hacían los de Sodoma (versículo 7). Corrompen la carne, y no lo consideran ningún pecado (versículo 8). Dejan que los instintos animales gobiernen sus vidas (versículo 10). Con sus maneras sensuales, hay peligro de que hagan naufragar las fiestas del amor de la iglesia (versículo 12). Son sus propios deseos malos los que dirigen sus vidas (versículo 16).

LA NEGACIÓN DE DIOS Y DE JESUCRISTO

(ii) Acerca del antinomismo y la inmoralidad flagrante de los herejes a los que condena Judas no cabe la menor duda. Las otras dos faltas de las que los acusa no son tan fáciles de detectar. Los acusa de que, como dice la versión *Reina-Valera'95* «niegan a Dios, el único Soberano, y a nuestro Señor Jesucristo,» y añade en una nota: «Otra posible traducción: *A nuestro único soberano y señor, Jesucristo*» (versículo 4). La doxología final se dirige al «al único y sabio Dios,» una frase que se encuentra también en *Romanos 16:27; 1 Timoteo 1:17, y cp. 6: 15*). La reiteración de la palabra *único* es significativa. Si Judas habla acerca de nuestro *único* Soberano y Señor, y del *único* Dios, es natural suponer que habría quienes cuestionaran la *unicidad* de Jesucristo y de Dios. ¿Podemos trazar una línea de pensamiento parecida en la Iglesia Primitiva y, en caso afirmativo, coincide con cualquier otra evidencia que la misma carta pueda suplir?

Como sucede tan a menudo en el Nuevo Testamento, nos encontramos frente a ese tipo de pensamiento que llegó a conocerse como *gnosticismo*. Su idea básica era que este es un universo dualista, con dos principios eternos. Desde el principio del tiempo ha habido siempre espíritu y materia. El espíritu es esencialmente bueno; la materia, esencialmente mala. De esa materia corrompida se creó el mundo. Ahora bien: Dios es puro espíritu, y por tanto no podía manejar esta materia esencialmente mala. ¿Cómo se pudo efectuar la creación? Dios produjo una serie de eones o emanaciones, sucesivamente cada vez más lejos de Él. Al final de esta larga cadena hubo un eón, ya lo bastante distante de Dios para poder tocar la materia, que fue el que se encargó de la creación del mundo.

Esto no era todo lo que creían los gnósticos. Conforme los eones de la serie se iban alejando más y más de Dios cada vez Le conocían menos; y se iban haciendo más y más hostiles a Dios. El eón creador, al final de la serie, era al mismo tiempo ignorante y totalmente hostil a Dios.

Al llegar a ese punto, los gnósticos dieron otro paso: identificaron al verdadero Dios con el Dios del Nuevo Testamento; y al dios ignorante y hostil, con el del Antiguo Testamento. Para ellos, el Dios de la creación era distinto del dios de la revelación y de la redención. El Cristianismo, por otra parte, cree en el *único* Dios: el Dios de la Creación, y de la Providencia, y de la Redención.

Esta era la explicación que daban los gnósticos del pecado. Tenía su origen en el hecho de que la creación había surgido, en primer lugar, de una materia mala; y, en segundo lugar, la había producido un dios ignorante, y de ahí que existieran el pecado y el sufrimiento y la imperfección.

Esta línea de pensamiento gnóstica tenía un resultado curioso, pero perfectamente lógico. Si el dios del Antiguo Testamento era ignorante del verdadero Dios y hostil a El, debe deducirse de ahí que las personas a las que aquel dios ignorante perseguía eran en realidad *buenas* personas. Está claro que el dios hostil también sería hostil a las personas que eran los verdaderos siervos del verdadero Dios. Por tanto los gnósticos, por así decirlo, ponían el Antiguo Testamento patas arriba, y consideraban a sus héroes villanos, y a sus villanos héroes. Había hasta una secta de gnósticos llamados los ofitas ---del griego *ofis*, *serpiente*--- porque adoraban ala serpiente del Edén; y algunos que consideraban a Caín, y a Coré, y a Balaam como grandes héroes. A esos mismos se refiere Judas poniéndolos como trágicos y terribles ejemplos de pecado.

Así es que podemos dar por sentado que los herejes a los que ataca Judas eran gnósticos que negaban la unicidad de Dios, que consideraban que el Dios de la creación era diferente del Dios de la redención, que veían en el Antiguo Testamento a un dios ignorante del verdadero Dios y Su enemigo, y que, por tanto, ponían el Antiguo Testamento patas arriba para considerar pecadores a los verdaderos siervos del verdadero Dios, y a Sus santos como siervos del dios hostil.

Estos herejes no solamente negaban la unicidad de Dios, sino también a «nuestro único Soberano y Señor Jesucristo.» Es decir, negaban la unicidad de Jesucristo. ¿Cómo encaja eso con las ideas gnósticas que nos son conocidas? Ya hemos visto que, según las creencias gnósticas, había una serie de eones entre Dios y el mundo. Los gnósticos consideraban a Jesucristo como uno de estos eones, no como nuestro *único* Soberano y Señor; era solamente uno entre muchos mediadores entre Dios y el hombre, aunque pudiera ser el más elevado y el más próximo a Dios.

Tenemos todavía otra referencia a estos herejes de *Judas*, que también encaja perfectamente en lo que sabemos de los gnósticos. En el versículo 19, Judas los describe como «los que introducen divisiones.» Los herejes introducían alguna especie de distinciones de clase entre los miembros de la Iglesia. ¿Cuáles eran esas distinciones?

Ya hemos visto que entre Dios y el hombre decían que se extendía una interminable serie de eones. El objetivo del hombre debe ser llegar al contacto con Dios. Para alcanzar su fin, el alma tiene que atravesar esta serie interminable de eslabones entre Dios y el hombre. Los gnósticos mantenían que para conseguirlo se requería un conocimiento muy especial y esotérico. Tan profundo era ese conocimiento que eran muy pocos los que podían alcanzarlo.

Los gnósticos, por tanto, dividían a los miembros de la Iglesia en dos clases: los *pneumatikoi* y los *psyjikoi*. El *pneuma* era el espíritu humano, lo que le hace semejante a Dios; y los *pneumatikoi* eran personas *espirituales*, cuyos espíritus eran tan desarrollados e intelectuales que podían ascender la larga escala y llegar hasta Dios. Estos *pneumatikoi*, los gnósticos pretendían que estaban tan equipados intelectual y espiritualmente que podían llegar a ser tan buenos como Jesús -Ireneo dice que algunos de ellos creían que los *pneumatikoi* podían llegar a ser *mejores* que Jesús, y alcanzar la unión directa con Dios.

Por otra parte, la *psyjé* era simplemente el principio de la vida física. Todos los seres vivos tenían *psyjé*. Era algo que el hombre compartía con la creación animal y aun vegetal. Los

psyjikoi eran gente ordinaria; tenían la vida física, pero su *pneuma* estaba sin desarrollar, y eran incapaces de alcanzar nunca la sabiduría intelectual que les permitiría escalar el largo camino hacia Dios. Los *pneumatikoi* eran una minoría reducida y selecta; los *psyjikoi* eran la inmensa mayoría de gente vulgar y corriente.

Es fácil ver que esta clase de creencias producía inevitablemente una cursilería y un orgullo supuestamente espirituales. Introducía en la Iglesia la peor especie de distinción de clases.

Así que los herejes que ataca Judas eran hombres que negaban la unicidad de Dios, y Le desdoblaban en un dios ignorante y creador, y un Dios verdaderamente espiritual; que negaban la unicidad de Jesucristo, y Le veían como uno de los eslabones entre Dios y el hombre; que suscitaban distinciones de clase dentro de la Iglesia, y limitaban la comunión con Dios a unos pocos intelectuales.

LA NEGACIÓN DE LOS ÁNGELES

(iii) Además se implica que estos herejes negaban e insultaban a los ángeles. Se dice que «rechazan la autoridad, e injurian a los gloriosos» (versículo 8). Las palabras «autoridad» y «los gloriosos» describen rangos de la jerarquía judía de los ángeles. El versículo 9 hace referencia a la historia de *La ascensión de Moisés*, en la que se dice que a Miguel se le encomendó la tarea de enterrar el cuerpo de Moisés. El diablo trató de impedirsele y de reclamar el cuerpo. Miguel no hizo ninguna acusación contra el diablo ni le dirigió palabras insultantes; solamente dijo: « ¡Que el Señor te reprenda!» Si el arcángel Miguel, en tales circunstancias, no dijo nada contra el príncipe de los ángeles malos, está claro que nadie puede hablar mal de ellos.

Las creencias judías acerca de los ángeles eran muy elaboradas. Cada nación tenía su ángel protector; cada persona, cada niño tenía su ángel. Todas las fuerzas de la naturaleza, el viento y el mar y el fuego y todas las demás, estaban bajo el control de ángeles. Hasta se podía decir: «Cada brizna de hierba tiene su ángel.» Está claro que los herejes atacaban a los ángeles. Es probable que dijeran que los ángeles eran los servidores del dios creador ignorante y hostil, y que un cristiano no debe tener nada que ver con ellos. No podemos estar totalmente seguros de lo que subyace bajo todo esto; pero a todos sus errores los herejes añadían el desprecio de los ángeles; y para Judas esto era sin duda reprochable.

JUDAS Y EL NUEVO TESTAMENTO

Ahora debemos examinar las cuestiones acerca de la fecha y el autor de *Judas*.

Judas tuvo algunas dificultades para entrar en el Nuevo Testamento; es uno de los libros cuya posición estuvo mucho tiempo insegura y que fueron tardíos en obtener una plena aceptación como parte del Nuevo Testamento. Resumamos brevemente las opiniones de los grandes padres e investigadores de la Iglesia Primitiva.

Judas estaba incluido en el Canon de Muratori, compuesto hacia el año 170 d.C., y que se puede considerar como la primera lista semioficial que ha llegado hasta nosotros de los libros aceptados por la Iglesia. La inclusión de *Judas* resulta extraña si recordamos que el Canon de Muratori no incluía en su lista *Hebreos y Primera de Pedro*. Pero a partir de entonces se habla largo tiempo de *Judas* con dudas. A mediados del siglo III, Orígenes la conocía y usaba, pero era plenamente consciente de que había muchos que ponían en duda su derecho a ser Escritura. Eusebio, el gran erudito de mediados del siglo IV, hizo un examen exhaustivo de la posición de varios libros que estaban en uso, y clasificó *Judas* entre los libros discutidos.

Jerónimo, el traductor de la Vulgata, tenía sus dudas acerca de *Judas*, y nos da las razones para las dudas que se tenían.

Lo extraño de *Judas* es la forma en que cita como autoridades libros que estaban *fuera* del Antiguo Testamento. Usa como Escritura algunos libros que se escribieron entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, y que no se consideraron nunca

como Escritura. Aquí tenemos dos ejemplos determinados. La referencia en el versículo 9 a Miguel discutiendo con el diablo sobre el cuerpo de Moisés está tomada del libro apócrifo *La Asunción de Moisés*. En los versículos 14 y 15 Judas confirma su posición con una cita de una profecía, como era costumbre de todos los autores del Nuevo Testamento; pero la cita de Judas está tomada del *Libro de Henoc*, que él parece considerar Escritura. Jerónimo nos dice que Judas tenía la costumbre de usar libros que no eran de la Escritura como si lo fueran, cosa que hacía que algunas personas lo aceptaran con reservas; y hacia el fin del siglo III en Alejandría era precisamente de esa misma acusación de la que Dídimio le defendía. Lo más extraño de Judas es probablemente eso de usar libros que no eran de la Escritura como los otros autores del Nuevo Testamento usaban a los profetas; y en los versículos 17 y 18 hace uso de un dicho de los apóstoles que no se ha podido identificar.

Judas; pues, fue uno de los libros que tuvieron que esperar más tiempo para asegurarse su lugar en el Nuevo Testamento; pero para el siglo IV ya parece que lo tenía seguro.

LA FECHA

Hay claras indicaciones de que Judas no es un libro muy temprano. Habla de «la fe que ha sido una vez dada a los santos» (versículo 3), refiriéndose, al parecer, a un tiempo pasado, desde un presente en el que había un cuerpo de doctrinas que se consideraban ortodoxas. En los versículos 17 y 18 exhorta a sus lectores a recordar las palabras de los apóstoles del Señor Jesucristo. Eso suena a un tiempo cuando los apóstoles ya no estaban entre ellos, y la Iglesia recordaba su pasada enseñanza. La atmósfera de *Judas* es la de un libro que mira hacia atrás.

Ya hemos mencionado el hecho de que nos parece que *Segunda de Pedro* hace uso de *Judas* considerablemente. Se puede ver que su segundo capítulo tiene una relación indiscutible con *Judas*. Es bastante seguro que uno de ellos tomó prestado del otro. Por razones de carácter general, es mucho más probable que el autor de *Segunda de Pedro* incorporara la totalidad de *Judas* en su obra que que Judas tomara, sin razón aparente, una sección de *Segunda de Pedro*. Ahora bien, si creemos que *Segunda de Pedro* la usa, *Judas* no puede ser muy tardía, aunque no sea tampoco muy temprana.

Es verdad que *Judas* recuerda como pasado el tiempo de los apóstoles; pero también es verdad que, con la probable excepción de Juan, todos los apóstoles habrían muerto hacia el año 70 d.C. Tomando juntamente el hecho de que *Judas* es posterior a los apóstoles y el de que *Segunda de Pedro* la usa, una fecha entre los años 80 y 90 parece razonable.

EL AUTOR DE JUDAS

¿Quién era el Judas, o Judá, que escribió esta carta? Se identifica como «siervo de Jesucristo y hermano de Santiago.» En el Nuevo Testamento hay cinco que se llamaban Judas.

(i) Está el Judas de Damasco en cuya casa estaba orando Saulo después de su conversión en el camino de Damasco (*Hechos 9:11*).

(ii) Está Judas Barsabás, una de las autoridades de los concilios de la Iglesia que, juntamente con Silas, fue portador a Antioquía de la decisión del Concilio de Jerusalén cuando se abrió la puerta de la Iglesia a los creyentes gentiles (*Hechos 15:22,27,32*). Este Judas era también profeta (*Hechos 15:32*).

(iii) Está Judas Iscariote.

Ninguno de estos tres se ha considerado en serio que pudiera ser el autor de esta carta.

(iv) Está el segundo Judas del grupo apostólico. Juan le llama < Judas, no el Iscariote > (Juan 14:22). En la lista que nos da Lucas de los Doce figura un apóstol al que la versión Reina-Valera llama < Judas hermano de Jacobo > (*Lucas 6:16; Hechos 1:13*). Si hubiéramos de depender solamente de la versión Reina-Valera creeríamos que teníamos aquí un serio candidato a la autoría de esta carta.; y, de hecho, Tertuliano llama al autor «el apóstol Judas.» Pero en el original griego a este se le llama simplemente «Judas de Santiago.» Este es un modismo muy corriente en griego, y casi siempre quiere decir, no «hermano de» sino «hijo de;» así que «Judas de Santiago» no es en la lista de los Doce «Judas, el hermano de Santiago,» sino «Judas, el hijo de Santiago,» como muestran todas las traducciones más recientes.

(v) Está el Judas que era hermano de Jesús (*Mateo 13:35; Marcos 6:3*). Si alguno de los Judas del Nuevo Testamento fue el autor de esta carta, tiene que haber sido este, porque sólo él podría ser llamado en verdad «el hermano de Santiago.»

¿Se ha de tomar esta breve carta como de Judas el hermano del Señor? En ese caso merecería un interés especial. Pero existen objeciones.

(i) Si Judas para usar la forma de su nombre con la que estamos más familiarizados- era hermano de Jesús, ¿Por qué no lo dice? ¿Por qué se identifica como «Judas, el hermano de Santiago» y no como «Judas, el hermano del Señor?» Sin duda es una explicación suficiente el decir que se resistía a aplicarse un título tan honorable. Aun siendo cierto que era hermano de Jesús, prefería, por humildad, llamarse Su siervo; porque Jesús era, no sólo su hermano, sino también su Señor. Además, Judas el hermano de Santiago no es probable que saliera nunca de Palestina. La Iglesia que conocía sería la de Jerusalén, de la que Santiago era la cabeza indiscutible. Si estaba escribiendo a las iglesias de Palestina, su relación con Santiago sería la que se

subrayara más naturalmente. Después de pensarlo un poco, nos sorprendería más el que Judas se llamara «el hermano de Jesús» más bien que « el siervo de Jesucristo.»

(ii) Se ha objetado a que Judas se llamara siervo de Jesucristo, lo que equivaldría a llamarse apóstol. «Siervos de Dios» era el título de los profetas del Antiguo Testamento. «Porque no hará nada el Señor Dios sin revelar Su secreto a Sus siervos los profetas» (*Amos 3: 7*). Lo que había sido un título profético en el Antiguo Testamento se convirtió en un título apostólico en el Nuevo Testamento. Pablo se identifica como siervo de Jesucristo (*Romanos 1:1; Filipenses 1:1*). Se le llama el siervo de Dios en las Epístolas Pastorales (Tito 1: 1), y ese mismo título se lo aplica Santiago (*Santiago 1:1*). Se concluye por tanto que al llamarse «siervo de Jesucristo» Judas está aplicándose el título de apóstol.

A esto se le pueden dar dos respuestas. La primera, que el título «siervo de Jesucristo» no está confinado a los Doce, porque se lo da Pablo a Timoteo (*Filipenses 1:1*). La segunda, que aun cuando se considerara un título apostólico en el sentido más amplio de la palabra, encontramos a los hermanos del Señor asociados con los Once después de la Ascensión (*Hechos 1:14*), y Judas, como Santiago, bien puede haber figurado entre ellos; y se nos dice que «los hermanos de Jesús» eran importantes en la obra misionera de la Iglesia (*1 Corintios 9:5*). La evidencia de que disponemos tiende a demostrar que Judas, el hermano de nuestro Señor, fue uno de los miembros del círculo apostólico; y, por tanto, el título «siervo de Jesucristo» se le puede aplicar perfectamente.

(iii) Se discute que el Judas de Palestina que era hermano de Jesús pudiera escribir el griego de esta carta, porque sería arameo-parlante. Ese no es un razonamiento conclusivo. Judas conocería probablemente el griego, porque era *la lingua franca* del mundo antiguo, que casi todo el mundo conocía y usaba además de su lengua materna. El griego de *Judas* es áspero y vigoroso. Puede haber estado dentro de la capacidad de Judas el escribirlo por sí mismo; y si no, usaría a algún **ayudante y traductor como hizo Pedro** con Silvano.

(iv) También se puede argüir que la herejía que ataca Judas es el gnosticismo, y que este era una manera griega de pensar

más bien que judía- ¿y a santo de qué se puso el Judas de Palestina a escribir a los griegos? Pero es un hecho sorprendente acerca de esta herejía que es lo opuesto del judaísmo ortodoxo. La regla de toda la vida judía era la Santa Ley; la creencia básica de la religión judía era que no hay más que un solo Dios; la creencia judía en los ángeles se había desarrollado considerablemente. No es ni mucho menos difícil de suponer que, cuando algunos judíos entraran en la fe cristiana, se pasaran al otro extremo. Es fácil imaginar que un judío que hubiera sido toda la vida un siervo de la Ley, que descubriera de pronto la gracia, se entregara al antinomismo como reacción contra su anterior legalismo; y reaccionara de manera parecida contra la fe judía tradicional en un Dios único y en ángeles. Es de hecho fácil ver en los herejes a los que ataca Judas a judíos que habían entrado en la Iglesia Cristiana más bien como renegados del judaísmo que como cristianos verdaderamente convencidos.

(v) Por último, se podría objetar que, si se hubiera sabido que esta carta era obra de Judas el hermano de Jesús no habría tardado tanto en entrar en el Nuevo Testamento. Pero antes del final del siglo I la Iglesia era mayoritariamente gentil, y a los judíos se los consideraba enemigos y calumniadores de la Iglesia. Durante la vida de Jesús, Sus hermanos habían sido Sus enemigos; y bien podría haber sucedido que una carta tan judía como *Judas* tuviera que vencer mucha resistencia para ser incluida en el Nuevo Testamento, aunque su autor fuera hermano de Jesús.

JUDAS, EL HERMANO DE JESÚS

Si esta carta no es obra de Judas, el hermano de Jesús, ¿cuáles son las alternativas que se sugieren? En general, podemos considerar dos.

(i) Esta carta es la obra de un hombre llamado Judas, de quien no se sabe nada más. Esta teoría se enfrenta con una doble dificultad. Primera, tenemos la coincidencia de que este Judas era también el hermano de Santiago. Segunda, es difícil explicar por qué una carta tan breve llegó a tener ninguna autoridad si era la obra de un desconocido.

(ii) Esta carta es seudónima. Es decir, la escribió cualquier otra persona, pero se le atribuyó a Judas. Esa era una práctica corriente en el mundo antiguo. Entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento se escribieron docenas de libros que se atribuyeron a personajes como Moisés, Henoc, Baruc, Isaías, Salomón y muchos otros. A nadie le parecía que aquello estuviera mal. Pero debemos advertir dos cosas acerca de *Judas*.

(a) En el caso de tales publicaciones, el nombre al que se atribuía un libro era famoso; pero Judas, el hermano de nuestro Señor, fue un casi desconocido; no se le contaba entre las grandes figuras de la Iglesia Primitiva. Se cuenta que en los días del emperador Domiciano hubo un intento deliberado de asegurarse de que el Cristianismo no se extendiera. Llegaron noticias a las autoridades romanas de que algunos de la familia de Jesús vivían todavía; entre ellos los nietos de Judas. Los romanos consideraron la posibilidad de que pudiera surgir alguna rebelión en conexión con esas personas, y dieron órdenes de que comparecieran ante los tribunales romanos. Cuando así lo hicieron, se vio que se trataba de trabajadores de manos encallecidas, y se los despidió como personas sin importancia e inofensivas. Está claro que Judas era casi un desconocido, y no existía razón alguna para atribuirle un libro a una persona a la que nadie conocía.

(b) Cuando se escribía un libro seudónimo, no se dejaba al lector en ninguna duda en cuanto a la persona a la que se le atribuía. Si esta carta se hubiera publicado como obra de Judas el hermano del Señor, se le habría mencionado en el título de manera que nadie pudiera confundirle con otro; y, sin embargo, de hecho, no se presenta nada claramente quién es el autor.

Judas es típicamente judía. Sus referencias y alusiones son tales que solamente un judío las podría entender. Es sencilla y tosca, gráfica y pictórica. Está claro que es la obra de un pensador sencillo, y no de un teólogo. Le encaja bien a Judas el hermano de nuestro Señor. Se atribuye a su nombre, y no

es fácil imaginar por qué se le iba a atribuir a menos que él fuera su verdadero autor.

Es nuestra opinión que esta breve carta es realmente obra de Judas el hermano de Jesús.

JUDAS

LO QUE QUIERE DECIR SER CRISTIANO

Judas 1, 2

Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, envía esta carta a los llamados, que son amados en Dios y guardados por Jesucristo. Que la misericordia y la paz y el amor se os multipliquen.

Pocas cosas dicen tanto de una persona como la manera como habla de sí misma; pocas cosas son tan reveladoras como **LOS** títulos por los que desea que le conozcan. Judas se llama a sí mismo siervo de Jesucristo y hermano de Santiago. Así nos dice dos cosas acerca de sí mismo.

(i) Judas era un hombre que estaba contento con ocupar un segundo lugar. No era tan conocido como Santiago; y se contentaba con que le conocieran como *el hermano de Santiago*. En esto se parecía a Andrés, que era el hermano de Simón Pedro (*Juan 6:8*). También él se identificaba por su relación con un hermano más famoso que él. Judas y Andrés podrían haber sentido rencor por vivir a la sombra de sus hermanos; pero los dos tenían el don de aceptar con buena voluntad el lugar subordinado.

(ii) El único título de honor que Judas se permitía era el de *siervo de Jesucristo*. En griego es *dulos*, que quiere decir *esclavo* más que siervo o servidor. Es decir: Judas consideraba que no tenía más que un objetivo y una distinción en la vida: el estar siempre a disposición de Jesús para servirle en Su causa. La más grande gloria que ningún cristiano puede alcanzar es la de serle útil a Jesucristo.

En esta introducción usa Judas tres palabras para describir a los cristianos.

(i) Los cristianos son personas a las que *Dios ha llamado*. En griego *llamar* es *kalein*; y *kalein* tiene tres grandes áreas de uso. (a) Es la palabra que se usa para convocar a una persona *a una misión, a un deber, a una responsabilidad*. El cristiano es llamado a un deber, a una responsabilidad en el servicio de Cristo. (b) Es la palabra que se usa para invitar a una persona *a una fiesta o a una celebración*. Es la palabra para una invitación a una ocasión alegre. Un cristiano es una persona que ha sido invitada a la alegría de ser huésped de Dios. (c) Es la palabra para citar a una persona *a juicio*. Es la palabra para convocar a una persona a rendir cuentas. El cristiano está convocado para presentarse ante el tribunal de Cristo.

(ii) Los cristianos son personas a las que *Dios ama*. Es este gran hecho el que determina la naturaleza de la llamada. La llamada a las personas es para ser amadas y para amar. Dios llama a las personas a una tarea, pero esa tarea es un honor y no una carga. Dios llama a las personas a un servicio; pero es el servicio de la solidaridad, no de la tiranía. Por último, Dios llama a las personas a juicio; pero es el juicio del amor, y no solo de la justicia.

(iii) Los cristianos son personas a las que *Cristo guarda*. El cristiano no está nunca abandonado; Cristo es su constante centinela y su compañero de viaje.

LA LLAMADA DE DIOS

Judas 1, 2 (conclusión)

Antes de pasar a otro pasaje, pensemos un poco más sobre la llamada de Dios, y tratemos de ver algo de lo que quiere decir.

(i) Pablo habla de ser llamado para ser *apóstol* (*Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1*). La palabra que usa en griego es *apóstolos*, que viene del verbo *apostellein*, *enviar*, y por tanto un apóstol es *uno que es enviado*. Es decir: que un cristiano es embajador de Cristo. Es enviado al mundo para hablar de Cristo, para actuar por Cristo, para vivir para Cristo. Mediante su vida presenta a Cristo a otras personas.

(ii) Pablo habla de ser llamados para ser *santos* (*Romanos 1:7; 1 Corintios 1:2*). La palabra para *santo* es *haguios*, que quiere decir literalmente *diferente*. El sábado es santo porque es diferente de los demás días; Dios es supremamente Santo porque es absolutamente diferente de los hombres. El ser llamados para ser *santos* es ser llamados para ser *diferentes*. El mundo tiene sus propios baremos, y sus propias escalas de valores. La diferencia para el cristiano consiste en que Cristo es el único estándar, y la lealtad a Cristo, el único valor.

(iii) El cristiano es llamado *conforme al propósito de Dios* (*Romanos 8:28*). La llamada de Dios se dirige a todas las personas, aunque no todas la aceptan. Y esto quiere decir que Dios tiene un propósito para cada persona. El cristiano es el que se somete al propósito que Dios tiene para él.

Pablo tiene mucho que decir acerca de esta llamada de Dios, y podemos exponerlo sólo muy sumariamente. Pone delante de cada persona una gran esperanza (*Efesios 1:18; 4:4*). Debería ser una influencia unificadora que vinculara a las personas mediante la convicción de que todos tienen parte en el propósito de Dios (*Efesios 4:4*). Es una llamada *hacia arriba* (*Filipenses 3:14*), que le hace a una persona iniciar la marcha hacia las estrellas. Es una llamada *celestial* (*Hebreos 3:1*), que hace que uno piense en las cosas que son invisibles y eternas. Es una llamada *santa*, una llamada a consagrarnos a Dios. Es una llamada que incluye la tarea cotidiana normal de cualquier persona (*1 Corintios 7:20*). Es una llamada que no cambia, porque Dios no cambia de idea (*Romanos 11:29*). No reconoce las distinciones humanas, ni su escala de importancias (*1 Corintios 1:26*). Es algo de lo que el cristiano debe ser digno (*Efesios 4:1; 2 Tesalonicenses 1:11*); y toda la vida debe ser un esfuerzo prolongado para asegurarla (*2 Pedro 1:10*).

La llamada de Dios es el privilegio, el desafío y la inspiración de la vida cristiana.

DEFENDIENDO LA FE

Judas 3

Amados: Cuando yo estaba decidido a dedicar toda mi energía a escribiros acerca de la fe que todos nosotros compartimos, me sentí impulsado a escribiros una carta para exhortaros a que os comprometáis en la lucha por la defensa de la fe que fue encomendada al pueblo consagrado de Dios de una vez para siempre.

Aquí tenemos las circunstancias en que se escribió la carta. Judas había estado ocupado escribiendo un tratado acerca de la fe cristiana; pero llegaron noticias de que algunos malvados y descarriados habían estado difundiendo una enseñanza destructiva. Entonces llegó a la convicción de que debía dejar de lado de momento su tratado, y escribir esta carta.

Judas asumía plenamente su obligación de ser el vigía del rebaño de Dios. La pureza de la fe estaba en peligro, y él se apresuró a defender tanto a sus ovejas como la fe. Eso implicaba dejar a un lado el trabajo en que había estado ocupado; pero a menudo es mucho mejor escribir una carta para salir al paso de la necesidad del momento presente que un tratado para el futuro. Nede ser que Judas no volviera a tener otra oportunidad de escribir el tratado que tenía en mente; pero el hecho es que hizo más por la Iglesia escribiendo esta urgente, breve carta de lo que posiblemente habría hecho dejándonos un extenso tratado sobre la fe.

En este pasaje hay ciertas verdades acerca de la fe que sustentamos y nos sustenta.

(i) La fe es *algo que se nos ha confiado*. Los hechos de la fe cristiana no son nada que hayamos descubierto por nosotros mismos. En el verdadero sentido de la palabra son *tradición*, algo que se ha transmitido de generación en generación hasta llegar a nosotros. Se remontan en una cadena ininterrumpida hasta Jesucristo mismo.

Hay algo que añadir a esto. Los hechos de la fe son desde luego algo que no hemos descubierto nosotros. Es por tanto verdad que la tradición cristiana no es nada que se transmita mediante la fría impresión de libros; es algo que se transmite de persona a persona a través de generaciones. La cadena de la tradición cristiana es una cadena viva cuyos eslabones son hombres y mujeres que han experimentado la maravilla de los hechos.

(ii) La fe cristiana es *algo que se nos ha confiado de una vez para siempre*. Hay en ella una cualidad inalterable. Eso no es decir que cada edad no tenga que redescubrir la fe cristiana; pero sí es decir que hay un núcleo inalterable en ella -y su centro permanente es que Jesucristo vino al mundo y vivió y murió para traer la Salvación a la humanidad.

(iii) La fe cristiana es *algo que se le ha confiado al pueblo consagrado a Dios*. Es decir: la fe cristiana no es la posesión de ninguna persona individual, sino de la Iglesia. Se transmite dentro de la Iglesia; se mantiene dentro de la Iglesia, y se entiende dentro de la Iglesia.

(iv) La fe cristiana es *algo que hay que defender*. Todo cristiano debe ser un defensor de ella. Si la tradición cristiana se transmite de generación en generación, cada generación debe pasarla incorrupta e incontaminada. Hay tiempos cuando esto es

difícil. La palabra que usa Judas para *defender* es *epagónizesthai*, que contiene la raíz de la palabra española *agonía*. La defensa de la fe bien puede ser algo costoso; pero esa defensa es un deber que incumbe a cada generación de la Iglesia.

EL PELIGRO DESDE DENTRO

Judas 4

Porque ciertos hombres se han introducido subrepticamente en la Iglesia, que ya estaban señalados para el juicio desde mucho antes, porque son criaturas impías, que tergiversan la gracia de Dios convirtiéndola en una justificación para la más flagrante inmoralidad, y que niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo.

Aquí encontramos el peligro que hizo que Judas dejara a un lado el tratado que estaba a punto de escribir, y tomara la pluma para escribir esta carta flamígera. El peligro venía *de dentro de la Iglesia*.

Ciertos hombres < se habían introducido subrepticamente.> En griego *pareisdyein*- es una palabra muy expresiva. Se usa de las palabras halagüeñas y seductoras de un contendiente astuto que se filtran gradualmente en el interior de las mentes del juez y del jurado; se usa de un fuera-de-la-ley que vuelve secretamente al país del que ha sido expulsado; se usa de la lenta pero segura y sutil intrusión de innovaciones en la vida del Estado que acaban por socavar y resquebrajar las leyes ancestrales. Siempre indica una insinuación sinuosa de algo malo en una sociedad o situación.

Ciertos hombres malvados se habían introducido en la Iglesia. Eran la clase de personas para las que estaba preparado el juicio. Eran criaturas impías, despiadadas en su pensamiento y en su vida. Judas menciona dos de sus características.

(i) Pervierten la gracia de Dios convirtiéndola en licencia para una inmoralidad flagrante. La palabra griega que hemos traducido por *inmoralidad flagrante* es una palabra hosca y terrible, *aselgueia*. El adjetivo correspondiente es *aselgués*. La mayor parte de la gente trata de ocultar sus pecados; tienen suficiente respeto a la decencia como para arriesgarse a que se

los descubra. Pero el *aselgués* es el que ha perdido hasta tal punto la vergüenza que no le importa que se conozcan sus crímenes. No es que arrogante y orgullosamente presume de ellos, sino sencillamente que puede hacer públicamente las cosas más desvergonzadas porque ha dejado de importarle la dignidad.

Estos hombres estaban sin duda contaminados de gnosticismo y su creencia de que, puesto que la gracia de Dios era suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado, uno podía pecar cuanto quisiera. Cuanto más pecara, mayor era la gracia; por tanto, ¿por qué preocuparse? Pervertían la gracia convirtiéndola en una licencia para pecar.

(ii) Negaban a nuestro único Señor y Soberano Jesucristo. Se puede negar a Jesucristo de muchas maneras. (a) Se Le puede negar para evitar la persecución. (b) Se Le puede negar por conveniencia. (c) Se Le puede negar con la vida y la conducta. (d) Se Le puede negar difundiendo ideas falsas acerca de Él.

Si estos hombres eran gnósticos, tendrían dos ideas equivocadas acerca de Jesús. La primera, que puesto que el cuerpo, por ser materia, era malo, Jesús solamente *parecía* tener un cuerpo, pero era una especie de fantasma con la apariencia de un hombre. La palabra griega para *parecer* es *dokein*; y estos hombres se llamaban *docetistas*. Negaban la humanidad real de Jesucristo. La segunda, negaban también Su unicidad. Creían que había muchas etapas entre la materia mala de este mundo y el Espíritu perfecto que es Dios; y creían que Jesús era solamente una de las muchas etapas del camino.

No nos extraña que Judas se alarmara. Se encontraba con una situación en la que se habían introducido subrepticamente en la Iglesia personas que estaban tergiversando la gracia de Dios y convirtiéndola en una justificación, y hasta en una razón, para pecar de la manera más desvergonzada y desaforada; y que negaban tanto la humanidad como la unicidad de Jesucristo.

LOS EJEMPLOS TERRIBLES

Judas 5-7

Me propongo recordaros -aunque vosotros ya poseéis un conocimiento pleno y definitivo de todo lo que hace al caso- que, después de sacar el Señor al pueblo de Egipto a salvo, a continuación destruyó a los que fueron incrédulos; y, que colocó bien guardados con cadenas eternas en el abismo de las tinieblas, pendientes del juicio que tendrá lugar en el gran Día, a los ángeles que no conservaron su propia dignidad, sino que abandonaron el lugar que les correspondía. Así también Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas que de la misma manera que ellas se refocilaron en los pecados sexuales y se descarriaron tras una inmoralidad sexual perversa, son una advertencia por la manera en que pagaron el castigo del fuego eterno.

1. EL DESTINO DE ISRAEL

Judas les hace una advertencia a los malvados que estaban pervirtiendo las creencias y la conducta de la Iglesia. Les dice que, en realidad, no está haciendo nada más que recordarles las cosas de las que son plenamente conscientes. En cierto sentido es verdad que la predicación cristiana no es tanto presentar nuevas verdades como enfrentar a la audiencia con la verdad que ya conocen, pero que han olvidado o están descuidando.

Para entender los dos primeros ejemplos que cita Judas de la Historia debemos tener presente una cosa. Los malvados que estaban corrompiendo la Iglesia no se consideraban enemigos de la Iglesia ni del Cristianismo, sino pensadores avanzados, una categoría superior de cristianos, una elite espiritual. Judas escoge sus ejemplos para dejar bien claro que, aunque una persona haya recibido los mayores privilegios, todavía puede acabar mal, y aun aquellos que hayan recibido los más grandes privilegios de Dios no se pueden considerar a sí mismos totalmente fuera de peligro, sino deben estar en guardia contra los posibles errores.

El primer ejemplo está tomado de la historia de Israel. Acude a buscarlo Judas a *Números* 13 y 14. La mano poderosa de Dios había librado al pueblo de la esclavitud de Egipto. ¿Qué mayor acto de liberación se podría recordar? La dirección de Dios había guiado al pueblo a salvo a través del desierto hasta las puertas de la Tierra Prometida. ¿Qué mayor prueba de Su Providencia podría haber? Así es que en la misma frontera de la Tierra Prometida, en Cades-barrea, se enviaron exploradores para que inspeccionaran la tierra antes de emprender la invasión final. Con la excepción de Caleb y Josué, los exploradores volvieron con la idea de que los peligros que les esperaban eran tan terribles, y el pueblo de la tierra tan fuerte, que no podrían conseguir entrar en la Tierra Prometida. El pueblo rechazó el informe de Josué y Caleb, que eran partidarios de seguir adelante, y aceptaron el de los que insistían en que la empresa era desesperada. Este fue un claro acto de desobediencia a Dios y de absoluta falta de fe en Él. La consecuencia fue que Dios sentenció que aquellas personas, a excepción de Josué y Caleb, todos los de más de veinte años de edad, no entrarían en la Tierra Prometida, sino vagarían por el desierto hasta morir (*Números* 14:32s; 32:10-13).

Esta era una historia que había impresionado vivamente también a Pablo y al autor de *Hebreos* (*1 Corintios* 10:5-11; *Hebreos* 3:18-4:2). Es la prueba de que hasta el hombre que haya tenido el mayor privilegio puede encontrar el fracaso antes de llegar a la meta si se aparta de la obediencia y de la fe. Johnstone Jeffrey contaba el ejemplo de cierto hombre famoso que se negaba a que se escribiera su vida antes de su muerte, «porque, decía, he visto a muchos caer en la recta final de la carrera.» John Wesley advertía: «Por tanto, que nadie presuma de las misericordias pasadas, como si ya estuviera fuera de peligro.» Juan Bunyan vio en su sueño que desde las mismas puertas del Cielo había un camino al infierno.

Judas advertía a aquellos hombres que, por muy grandes que fueran sus privilegios, debían tener cuidado, no fuera que les sobrecogiera el desastre. Es una advertencia que haremos bien en escuchar.

LOS EJEMPLOS TERRIBLES

2. EL DESTINO DE LOS ÁNGELES

Judas 5-7 (continuación)

El segundo ejemplo terrible que aduce Judas está tomado de la caída de los ángeles.

Los judíos tenían una angelología muy desarrollada. Entre otras cosas creían que cada nación tenía su ángel de la guarda. En *La Septuaginta*, la versión griega de las Escrituras hebreas, *Deuteronomio* 32:8 dice: < Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando separó a los hijos de Adán, puso límites a las naciones según el número de los ángeles de Dios. > Es decir: para cada nación había un ángel.

Los judíos creían en la caída de los ángeles, acerca de la cual se dice mucho en el *Libro de Henoc*, que parece haber estado a menudo tras el pensamiento de Judas. En relación con esto había dos tradiciones diferentes.

(i) La primera consideraba que la caída de los ángeles había sido debida al orgullo y a la rebelión. Esa leyenda se centraba en torno al nombre de Lucifer, el productor de la luz, el hijo de la mañana. Como lo encontramos en la versión Reina Valera, Isaías escribe: < ¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! Derribado fuiste a tierra, tú que debilitabas a las naciones > (*Isaías* 14:12). Cuando volvieron los Setenta con gozo de su misión y Le contaron su éxito a Jesús, Él les advirtió del peligro del orgullo: < Yo vi a Satanás caer del Cielo como un rayo > (*Lucas* 10:18). La idea que se tenía era que había habido una guerra civil en el Cielo. Los ángeles se levantaron contra Dios, y fueron arrojados; y Lucifer fue el jefe de la rebelión.

(ii) La segunda tradición se hacía eco de la Escritura en *Génesis* 6:1-4. Según esta línea de pensamiento los ángeles, atraídos por la belleza de las mujeres mortales, abandonaron el Cielo para seducirlas, y así pecaron.

En el primer caso la caída de los ángeles fue debida al orgullo; en el segundo, al deseo de cosas prohibidas.

En realidad Judas toma las dos tradiciones y las une. Dice que los ángeles abandonaron su dignidad; es decir, que aspiraron a un oficio que no era para ellos. Y también dice que dejaron su morada; es decir, que vinieron a la Tierra para vivir con las mujeres.

Todo esto nos parece muy extraño; se mueve en un mundo de ideas y tradiciones muy remoto del nuestro. Pero la advertencia de Judas está clara. Dos cosas produjeron la caída de los ángeles: el orgullo y la concupiscencia. A pesar de ser ángeles, y

de tener el Cielo como su morada, sin embargo pecaron y quedaron pendientes de juicio por su pecado. Para los que leyeran las palabras de Judas por primera vez, estaba clara su línea de pensamiento, porque *Henoc* tenía mucho que decir acerca del destino de aquellos ángeles caídos. Así es que Judas estaba hablando a su pueblo en términos que podían entender muy bien, y les estaba diciendo que, si el orgullo y la concupiscencia trajeron la ruina a los ángeles a pesar de todos sus privilegios, podían arruinarlos a ellos también. Aquellos malvados dentro de la Iglesia eran suficientemente orgullosos para creer que sabían más de lo que la Iglesia enseñaba, y eran lo suficientemente codiciosos para pervertir la gracia de Dios convirtiéndola en una licencia para su inmoralidad. Sea cual fuera el trasfondo antiguo de sus palabras, la advertencia de Judas sigue siendo válida. El orgullo que cree saber más que Dios, y el deseo de cosas prohibidas, son el camino de la ruina en el tiempo y en la eternidad.

LOS EJEMPLOS TERRIBLES

3. SODOMA Y GOMORRA

Judas 5-7 (conclusión)

El tercer ejemplo que escogió Judas es la destrucción de Sodoma y Gomorra. Famosas por sus pecados, estas ciudades fueron obliteradas por el fuego de Dios. En su *Geografía histórica de la Tierra Santa*, George Adam Smith señala que ningún otro incidente de la Historia hizo un impacto comparable en la memoria del pueblo judío, y que Sodoma y Gomorra se usan una y otra vez en la Escritura como ejemplos *par excellence* del pecado humano y del juicio divino; así los citó también el mismo Jesús (*Deuteronomio 29:23; 32:32; Amós 4:11; Isaías 1:9; 3:9; 13:19; Jeremías 23:14; 49:18; 50:40; Sofonías 2:9; Lamentaciones 4:6; Ezequiel 16:46, 49, 53, 55; Mateo 10:15; 11:24; Lucas 10:12; 17:29; Romanos 9:29; 2 Pedro 2:6; Apocalipsis 11:8*). « El reflejo de Sodoma y Gomorra se extiende por toda la historia de la Escritura.»

La historia de la corrupción a ultranza de Sodoma y Gomorra se nos cuenta en *Génesis 19:1-11*, y el trágico relato de su destrucción en el pasaje inmediatamente posterior (*Génesis 19:12-28*). El pecado de Sodoma es uno de los relatos más terribles de la Historia. Ryle lo llamó « un incidente repulsivo.» El verdadero horror del incidente está velado ligeramente en la versión Reina-Valera mediante un giro típicamente hebreo. A Lot le habían llegado dos visitantes angélicos. Ante la insistencia de Lot, entraron en su casa para ser sus huéspedes. Cuando estaban allí, los habitantes de Sodoma cercaron la casa exigiéndole a Lot que sacara a sus visitantes para *conocerlos*. En hebreo, *conocer* puede querer decir también *tener relación sexual*. Se dice, por ejemplo, que Adán *conoció* a su mujer, y ella concibió y dio a luz a Caín (*Génesis 4:1*). Lo que los habitantes de Sodoma se proponían era tener relación homosexual con los dos visitantes de Lot -*Sodomía*, es la palabra que designa tradicionalmente este pecado, y *sodomitas* a los que lo cometen.

Fue después de esto cuando fueron obliteradas de la faz de la tierra. Las ciudades vecinas eran Zoar, Adma y Zeboim (*Deuteronomio 29:23; Oseas 11:8*). Este desastre se localizó en el terrible desierto de la región del mar Muerto, una región que George Adam Smith llama «esa hondonada terrible, esa parcela de las regiones infernales salida a la superficie, ese averno agostado por el sol.» Fue allí donde se decía que habían estado las ciudades; y se decía que bajo ese suelo calcinado y estéril seguía ardiendo un fuego eterno de destrucción. El suelo es bituminoso a causa del petróleo de debajo, y George Adam Smith supone que lo que sucedió fue que «en este suelo bituminoso tuvo lugar una de esas terribles explosiones y conflagraciones que se han producido en la geología similar de Norteamérica. En tales suelos se forman depósitos subterráneos de petróleo y de gas, liberados repentinamente por su propia presión o por un terremoto. El gas explota, elevando en el aire masas de petróleo que vuelven a caer como lluvia de fuego, y son tan inextinguibles que siguen ardiendo flotando sobre el agua.» Fue tal vez por una erupción de fuego así como fueron destruidas Sodoma y Gomorra. Ese terrible desierto estaba sólo a un día de camino de Jerusalén, y los judíos nunca olvidaron este juicio divino sobre el pecado.

Así pues, Judas les recuerda a estos malvados el destino de aquellos que en los tiempos pasados desafiaron la ley moral de Dios. Es razonable suponer que los que Judas denuncia también habían descendido a la sodomía, y estaban pervertiendo la gracia de Dios para justificarla.

Judas insiste en que deberían recordar que el pecado y el juicio van de la mano, y deberían arrepentirse antes que fuera demasiado tarde.

EL DESPRECIO A LOS ÁNGELES

Judas 8 y 9

De la misma manera, estos también contaminan la carne con sus sueños, y menosprecian a los poderes celestiales, y hablan mal de las glorias angélicas. Cuando el arcángel Miguel mismo estaba disputando con el diablo el cuerpo de

Moisés, no se aventuró a lanzar contra él una acusación condenatoria, sino dijo simplemente: < ¡Qué el Señor te reprenda! »

Judas empieza este pasaje comparando a los hombres malvados con los falsos profetas a los que la Escritura condena. *Deuteronomio* 13:1-5 establece lo que se ha de hacer con «un profeta o soñador de sueños» que corrompa a la nación y aparte al pueblo de su lealtad a Dios. Tal profeta debe morir irremisiblemente. Estos hombres a los que Judas ataca son falsos profetas, soñadores de falsos sueños, seductores del pueblo, y han de ser tratados como tales. Su falsa enseñanza producía dos resultados.

(i) Les hacía contaminar la carne. Ya hemos visto la doble dirección de su enseñanza sobre la carne. Primero, la carne era totalmente mala, y por tanto no tenía ninguna importancia; así es que los instintos del cuerpo se podían satisfacer sin ningún control. Segundo, la gracia de Dios lo perdonaba todo; y, por tanto, el pecado no importaba, puesto que la gracia perdonaba todos los pecados. El pecado no era más que un medio para que la gracia tuviera oportunidad de obrar.

(ii) Despreciaban a los ángeles. Los poderes celestiales y las glorias angélicas eran rangos en la jerarquía angélica. Esto sigue inmediatamente después de la referencia a Sodoma y Gomorra como ejemplos terribles; y parte del pecado de Sodoma fue el deseo de sus habitantes de abusar de los visitantes angélicos (*Génesis* 19:1-11). Los hombres que Judas ataca hablaban mal de los ángeles. Para demostrar lo terrible que eso era cita Judas un ejemplo del libro apócrifo *La Asunción de Moisés*. Una de las cosas que extrañan de *Judas* son las citas de los libros apócrifos. A nosotros nos sorprenden; pero esos libros se usaban ampliamente en el tiempo en que Judas estaba escribiendo, y las citas que se hicieran de ellos serían muy efectivas.

El relato de *La Asunción de Moisés* es como sigue. La historia sorprendente de la muerte de Moisés se encuentra en *Deuteronomio* 34:1-6. *La Asunción de Moisés* sigue el tema hablando de la tarea de enterrarle, que se le confió al arcángel Miguel. El diablo le disputó a Miguel la posesión del cuerpo de Moisés. Basaba su pretensión en dos razones. Primera, que el cuerpo de Moisés era materia; la materia era mala; y, por tanto, le pertenecía a él, porque la materia era su dominio. Segunda, que Moisés era un asesino, porque había matado al egipcio que estaba maltratando al hebreo (*Éxodo* 2:11s). Y, si era un asesino, el diablo tenía derecho a su cuerpo. La lección que Judas ve en esto es que Miguel estaba ocupado en una tarea que le había asignado Dios; el diablo estaba tratando de impedirlo, presentando unos derechos que en realidad no tenía. Pero, hasta en un conjunto de circunstancias así, Miguel no habló mal del diablo, sino simplemente le dijo: « ¡Que el Señor te reprenda! » Si el más importante de los ángeles buenos se negó a hablar mal del mayor de los ángeles malos, hasta en circunstancias tales, no hay duda que ningún ser humano puede hablar mal de ningún ángel.

Lo que estaban diciendo acerca de los ángeles los hombres que Judas está atacando, no lo sabemos. Tal vez decían que no existían; o que eran malos. Este pasaje no tiene mucho sentido para nosotros; pero sin duda contenía una seria reprensión para aquellos a los que Judas se lo dirigió.

UN EVANGELIO CARNAL

Judas 10

Pero estas personas hablan mal de todo lo que no entienden, mientras que se permiten corromperse por el conocimiento que les reportan sus instintos, viviendo a merced de ellos como bestias irracionales.

Judas dice dos cosas de los hombres malos a los que está atacando.

(i) Critican todo lo que no entienden. Consideran sin valor e irrelevante cualquier cosa que esté fuera de su órbita y de su experiencia: Como decía Pablo: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente» (1 *Corintios* 2:14). Ellos no tenían discernimiento espiritual, y por tanto eran ciegos y despreciaban todas las realidades espirituales.

(ii) Se dejaban contaminar por las únicas cosas que entendían. No entendían más que de los instintos carnales que tenían en común con las bestias irracionales. Su forma de vida consistía en dejar que esos instintos se salieran con la suya; su escala de valores era exclusivamente carnal. Judas describe a hombres que han perdido toda conciencia de las cosas espirituales, y para quienes las cosas que buscan los instintos animales son las únicas que cuentan.

Lo terrible es que la primera condición es el resultado directo de la segunda. Lo trágico es que no hay nadie que nazca sin un cierto sentido para las cosas espirituales; pero lo puede perder hasta tal punto que dejan de existir para él. Uno puede perder cualquier facultad si se niega a usarla. Eso lo descubrimos en cosas tan sencillas como los juegos y las habilidades. Si dejamos de practicar un juego, perdemos la capacidad de jugarlo. Si abandonamos la práctica de una facultad -como, por ejemplo, tocar el piano, la perdemos.

Esto lo descubrimos en cosas como las habilidades. Puede que sepamos algo de una lengua extranjera; pero, si nunca la hablamos o leemos, la perdemos. Cualquier persona puede oír la voz de Dios; y cualquier persona tiene los instintos animales de los que depende la supervivencia de la raza. Pero, si se niega insistentemente a escuchar a Dios, y hace que

sus instintos sean la única dinámica de su conducta, acabará por no poder oír la voz de Dios, y no le quedarán para guiar su vida nada más que sus deseos brutales. Es terrible que uno llegue a una etapa en la que es sordo para Dios y ciego para la bondad; y esa es la etapa a la que habían llegado los hombres a los que se dirigía Judas.

LECCIONES DE LA HISTORIA

Judas 11

¡Ay de ellos, porque van por el camino de Caín! Se lanzan al error de Balaam, y perecen en la oposición a Dios de Coré.

Judas pasa ahora a la historia hebrea para encontrar paralelos de los hombres malvados de su propio tiempo. Y de ella saca los ejemplos de tres notorios pecadores.

(i) Primero, está Caín, el asesino de su hermano Abel (*Génesis 4:1-15*). En la tradición hebrea Caín representaba dos cosas. (a) Fue el primer asesino de la historia universal; y, como *La Sabiduría de Salomón* decía: « Él mismo pereció en la furia que le movió a matar a su hermano» (*Sabiduría 10: 3*). Bien puede ser que Judas quisiera decir que los que seducen a otros no son sino asesinos de sus almas; y, por tanto, los descendientes espirituales de Caín. (b) Pero en la tradición hebrea Caín llegó a representar algo más que eso. Para Filón era el prototipo del egoísmo. En la enseñanza rabínica Caín es el prototipo del cínico. En el *Talmud de Jerusalén* se le representa diciendo: «No existen ni el juicio ni el Juez; no hay otro mundo; ninguna buena recompensa se les dará a los buenos, ni se aplicará castigo a los malvados; ni tampoco hay ninguna piedad en la creación o en el gobierno del mundo.» Para los pensadores hebreos Caín era el incrédulo, cínico, materialista, que no creía ni en Dios ni en el orden moral del mundo; y que, por tanto, hacía exclusivamente lo que quería. Así es que Judas está acusando a sus oponentes de desafiar a Dios y de negar el orden moral del mundo. Continúa siendo verdad que la persona que escoge pecar tiene que habérselas con Dios; y que aprender, siempre, con dolor y a veces con tragedia, que nadie puede desafiar impunemente el orden moral del mundo.

(ii) Segundo, está Balaam. En el pensamiento del Antiguo Testamento, en la enseñanza judía, y hasta en el Nuevo Testamento (cp. *Apocalipsis 2:14*) Balaam es el gran ejemplo de los que enseñaron a pecar a Israel. En el Antiguo Testamento hay dos historias acerca de él. Una es bien clara, y vívida y dramática; la otra es más confusa, pero mucho más terrible; y es esta última la que dejó su impronta en el pensamiento y la enseñanza de los judíos.

La primera se encuentra en *Números 22 a 24*. Allí se nos dice que Balac intentó persuadir a Balaam para que maldijera al pueblo de Israel porque temía su poder, ofreciéndole cinco veces grandes recompensas. Balaam se resistió a dejarse convencer por Balac; pero su codicia era lo que descollaba, y está claro que fue solo el miedo a lo que Dios pudiera hacerle lo que le detuvo de hacer un convenio terrible. Balaam descuella como un personaje detestable.

En *Números 25* tenemos la segunda historia. Israel es seducido a dar culto a Baal con terribles y repulsivas consecuencias morales. Más tarde leemos (*Números 31:8,16*) que fue Balaam el responsable de esa seducción, y él mismo pereció miserablemente por haber enseñado a otros a pecar.

De esta historia compuesta surge Balaam como el representante de dos cosas: (a) Representa al hombre codicioso que está dispuesto a pecar para obtener algún beneficio material. (b) Representa al malvado que es culpable del más grande de los pecados: el de enseñar a otros a pecar. Así es que Judas declara a los malvados de su tiempo que ellos también están dispuestos a abandonar el camino de la integridad por una ganancia material; y que están enseñando a otros a pecar. Pecar para obtener una ganancia material es malo; pero enseñar a otros a pecar es lo peor de todo.

(iii) Tercero, está Coré. Su historia se nos cuenta en *Números 16:1-35*. El pecado de Coré fue que se rebeló contra la dirección de Moisés cuando los hijos de Aarón y la tribu de Leví fueron reconocidos como los sacerdotes de la nación. Esa fue una decisión que Coré no estaba dispuesto a aceptar. Quería ejercer una función a la que no tenía ningún derecho; y cuando lo hizo, pereció trágicamente, juntamente con todos sus compinches. Coré representa al que se niega a aceptar la autoridad, y se lanza a cosas a las que no tiene ningún derecho. Así es que Judas está acusando a sus oponentes de desafiar la autoridad legítima de la Iglesia, y por tanto de preferir su propio camino al de Dios. Debemos recordar que si tomamos ciertas cosas que el orgullo nos incita a tomar, las consecuencias pueden ser desastrosas.

EL RETRATO DE LOS INICUOS

Judas 12-16

Estas personas son rocas ocultas que amenazan hacer zozobrar vuestras Fiestas del Amor. En ellas arman juergas con sus pandillas sin el más mínimo remordimiento. No tienen el menor sentimiento de responsabilidad con nadie más que consigo mismos. Son nubes que no traen ni una gota de lluvia, sino que pasan de largo arrastradas por los vientos.

Son árboles sin fruto aun en el tiempo de la cosecha de otoño, muertos por partida doble y desarraigados. Son fieras olas del mar que espumarajan sus propias obras desvergonzadas. Son estrellas errantes a las que esperan para siempre los abismos de la oscuridad. Fue de ellos de los que profetizó Henoc, el séptimo descendiente de Adán, cuando dijo:

«¡Fijaos! El Señor ha venido con miríadas de Sus santos para dictar sentencia contra todos y para condenar a todos los impíos por todas sus acciones impías que han cometido impiamente, y por las palabras blasfemas que los pecadores impíos han dicho contra Él. >

Estos son quejicas que no hacen más que protestar lastimeramente de todo lo que Dios les ha asignado en la vida. Lo único que gobierna su conducta son sus caprichos. No sueltan por la boca nada más que palabras altisonantes. Adulan a la gente para sacar partido.

Esta es una de las grandes invectivas del Nuevo Testamento, surgida de una indignación moral al rojo vivo. Como lo expresaba Moffatt: < Se acude a los cielos, a la tierra y al mar para hacer una descripción del carácter de estos hombres. > Aquí tenemos una serie de cuadros vívidos, todos con su sentido particular. Considerémoslos uno a uno.

(i) Son como rocas ocultas que amenazan hacer zozobrar las Fiestas de Amor de la Iglesia. Este es el único caso en que hay dudas acerca de lo que Judas quiere decir; pero de una cosa no hay duda: los malvados son un peligro para las Fiestas del Amor. La Fiesta del Amor, el *Agapé*, era una de las primeras características de la Iglesia. Era una comida fraternal que se tenía el Día del Señor. A ella traía cada uno lo que podía, y todos participaban. Era una idea preciosa el que los cristianos de cada grupito casero se sentaran juntos a la mesa el Día del Señor para comer juntos. Sin duda habría algunos que no podrían contribuir con mucho, y algunos con nada más que un poquito. Para muchos de los esclavos sería probablemente la única comida decente de la semana.

Pero los *Agapés* empezaron a deteriorarse muy pronto. Podemos ver los problemas que se iniciaron en la iglesia de Corinto, porque Pablo declara que en sus Fiestas de Amor no había más que división. Se dividían en grupos y secciones; algunos tenían demasiado, y otros se quedaban con hambre; y la ocasión se había convertido para algunos en una juerga inmoral (1 *Corintios 11: 17-22*). A menos que el *Agapé* fuera una verdadera fraternidad, era una parodia, y muy pronto empezó a desmentir su nombre.

Los oponentes de Judas estaban convirtiendo las Fiestas del Amor en una parodia. La versión Reina-Valera dice que Judas los llama < manchas en vuestros ágapes > (versículo 12); y eso coincide con el pasaje paralelo de 2 *Pedro 2:13*: «inmundicias y manchas.» Hemos traducido la expresión de Judas por < rocas ocultas. >

Lo difícil es que Pedro y Judas no usan la misma palabra, pero sí palabras muy parecidas. La palabra de 2 *Pedro* es *spilos*, que quiere decir incuestionablemente *una mancha*; pero la palabra de Judas es *spilás*, que es bastante rara. Puede que quiera decir *una mancha*, porque en griego posterior se podía usar para las manchas o las vetas de una piedra de ópalo; pero en el griego contemporáneo su significado más frecuente era *una roca sumergida, o mediosumergida, en la que un barco podía naufragar fácilmente*. Creemos que el segundo significado es aquí el más probable.

En las Fiestas del Amor los miembros de la iglesia estaban muy unidos de corazón, y se daban el beso de la paz. Estos malvados usaban las Fiestas del Amor como ocasión para gratificar su concupiscencia. Es terrible que entren personas a la iglesia y usen las oportunidades que da su comunión para sus propios fines pervertidos. Estas personas eran como rocas ocultas en las que la comunión de las Fiestas del Amor corría peligro de naufragar.

EL EGOÍSMO DE LOS MALVADOS

Judas 12-16 (continuación)

(ii) Estos malvados arman juergas por grupos y no tienen sentimiento de responsabilidad para con nadie más que consigo mismos. Estas dos cosas van juntas, porque las dos subrayan su egoísmo a ultranza.

(a) Arman juergas en sus pandillas sin el menor remordimiento. Esta era exactamente la misma situación que Pablo condenó en 1 *Corintios*. La Fiesta del Amor se suponía que era un acto de comunión; y la comunión se demostraba compartiendo todas las cosas. En vez de compartir, los malvados se mantenían apartados en sus grupitos, y guardaban para sí todo lo que tenían. En 1 *Corintios* Pablo llega hasta a decir que las Fiestas del Amor se convertían para algunos en borracheras, en las que cada uno se apropiaba de todo lo que podía (1 *Corintios 11:21*). Ninguna persona que esté en la iglesia para aprovecharse y mantenerse dentro de su grupito puede pretender que se ha enterado de lo que quiere decir ser miembro de la Iglesia.

(b) Hemos traducido la frase siguiente: < No tienen sentimiento de responsabilidad para con nadie más que consigo mismos. > El original quiere decir literalmente < pastorearse a sí mismos. > El deber de un responsable de la iglesia es ser un pastor del rebaño de Dios (*Hechos 20:28*; 1 *Pedro 5:2s*). El falso pastor se cuidaba mucho más de sí mismo que de las ovejas que se suponía que estaban a su cuidado. Ezequiel describe a los falsos pastores, a los que debían quitarse los privilegios: «¡Tan cierto como que Yo estoy vivo! -ha dicho el Señor Dios-, que Mi rebaño ha estado expuesto al robo, y Mis ovejas a ser presa de todas las fieras del campo, porque no tenían pastor; porque Mis pastores no buscaron a Mis ovejas, sino que se

apacentaron a sí mismos y no apacentaron a Mis ovejas." Por eso, pastores, oíd palabra del Señor. Así ha dicho el Señor Dios: "¡Yo estoy contra los pastores y demandaré Mis ovejas de su mano, y haré que dejen de apacentar Mis ovejas!"> (*Ezequiel* 34:8-10). El hombre que no siente ninguna responsabilidad por el bienestar de nadie más que el de sí mismo es culpable.

Así es que Judas condena el egoísmo que destruye la comunión, y la falta de sentido de responsabilidad hacia los demás.

(iii) Los malvados son como nubes que el viento arrastra sin que llueva ni una gota, y como árboles en el tiempo de la cosecha que no tienen ningún fruto. Estas dos frases van juntas, porque describen a las personas que pretenden ofrecer grandes cosas pero que son esencialmente inútiles. Había veces en Palestina -corito en España- que el pueblo oraba por la lluvia. Algunas veces se podían ver pasar las nubes por el cielo despertando la esperanza de la lluvia, pero no caía ni una gota. Las nubes pasaban volando, y la lluvia no llegaba. En cualquier tiempo de la cosecha había árboles que parecía que estaban cargados de fruta, pero que, cuando los cosechadores se acercaban a ellos no encontraban ni una.

En estos ejemplos se presenta una gran verdad. La promesa sin cumplimiento es inútil, y en el Nuevo Testamento no hay nada que se condene tanto como la inutilidad. Ningún despliegue de alarde externo o de palabras bonitas puede ocupar el lugar de la utilidad para los demás. Como se ha dicho: < Si uno no sirve a nadie, no sirve para nada.>

EL RESULTADO DE LA DESOBEDIENCIA

Judas 12-16 (continuación)

Judas pasa a hacer una descripción muy gráfica de estos malvados. «Son fieras olas del mar que espumarajean sus propias obras desvergonzadas.» La imagen es la siguiente. Después de una tormenta, cuando las olas han estado azotando la orilla con sus rociadas y espuma, siempre queda en la orilla

una cinta de algas y de maderas de todas clases y toda clase de feos desechos del mar. Esa es siempre una escena desagradable; pero en el caso de cierto mar lo es aún más que en ningún otro. Las aguas del mar Muerto pueden ser azotadas formando olas, y estas olas, también, echan desechos a la orilla; pero en este ejemplo se da una circunstancia exclusiva. Las aguas del mar Muerto están tan saturadas de sal que se comen la corteza de todos los troncos, que, cuando son arrojados a la orilla, relucen de puro blancos, más como huesos que como maderos. Las obras de los malvados son como los desechos inútiles y horripilantes que dejan las olas desperdigados sobre la orilla después de una tormenta, y recuerdan las reliquias macabras de las tormentas del mar Muerto. Así retrata Judas vívidamente la fealdad de las acciones de sus oponentes.

Judas usa otra ilustración más. Los malvados son como estrellas errantes que se sumen en un abismo de oscuridad por su desobediencia. Esta es una figura tomada directamente del *Libro de Henoc*. En ese libro se identifican a veces las estrellas con los ángeles; y hay una descripción del destino de las estrellas que, desobedientes a Dios, se apartaron de la órbita que se les había señalado, y fueron destruidas. En su viaje por todo el mundo, Henoc llegó a un lugar donde no vio < ni los cielos por arriba ni la tierra firmemente fundada, sino un lugar caótico y horrible.> Y prosigue: < Y allí vi siete estrellas del cielo que estaban atadas juntas, como grandes montañas, y ardiendo con fuego. Entonces yo dije: "¿Por qué pecado están atadas, y en razón de qué las han arrojado aquí?" Y dijo Uriel, uno de los santos ángeles, que estaba conmigo y que estaba a cargo de aquellas: "Henoc, ¿por qué preguntas y por qué anhelas la verdad? Este es un número de estrellas del cielo que han transgredido el mandamiento del Señor, y están atadas aquí hasta que pasen diez mil años, el tiempo señalado hasta que sus pecados hayan transcurrido."> (*Henoc 21:1-6*). El destino de las estrellas errantes es característico del de las personas que desobedecen los mandamientos de Dios y, como si dijéramos, siguen su propio camino.

Judas confirma entonces todo esto con una profecía; pero la profecía está tomada también de *Henoc*. El pasaje dice exactamente: < ¡Y fijaos! Él viene con miríadas de Sus santos a ejecutar juicio sobre todos, y a destruir a todos los impíos; y a condenar a toda carne por todas las obras impías que han perpetrado impiamente; y por todas las palabras duras que los pecadores impíos han hablado contra El> (*Henoc 1:9*).

Esta cita ha suscitado muchas preguntas con respecto a *Judas y Henoc*. No cabe duda que en los días de Judas, y en los días de Jesús, *Henoc* era un libro muy popular, que todos los judíos piadosos conocían y leían. Es normal que, cuando los autores del Nuevo Testamento querían confirmar sus palabras, echaran mano de citas del Antiguo Testamento usándolo como la Palabra de Dios. ¿Habremos de considerar *Henoc* como Sagrada Escritura ya que Judas lo usa exactamente como usaría cualquiera de los profetas? O ¿hemos de tomar el punto de vista que menciona Jerónimo, que *Judas* no se puede considerar Escritura porque comete la equivocación de usar como Escritura un libro que no lo es en realidad?

No tenemos por qué gastar tiempo en este debate. El hecho es que Judas, un judío piadoso, conocía y amaba el *Libro de Henoc*, y se había criado en un círculo en el que era considerado con respeto y hasta con reverencia; y lo cita con perfecta naturalidad, sabiendo que sus lectores lo reconocerían y respetarían. En realidad, el canon hebreo del Antiguo Testamento no se cerró hasta finales del siglo I después de Cristo, siendo una de las razones que impulsaron a ello el hecho de que la Iglesia Cristiana usaba como Escritura libros de los judíos de la Diáspora que no se habían escrito o se conservaban en hebreo. Judas

hizo en realidad lo mismo que todos los autores del Nuevo Testamento, y que todos los escritores hacen en todas las épocas: se dirigió a su audiencia en el lenguaje que se podía reconocer y entender.

CARACTERÍSTICAS DE LOS MALVADOS

Judas 12-16 (conclusión)

En el versículo 16 Judas especifica tres últimas características de los malvados.

(i) Son protestones, permanentemente descontentos con la vida que Dios les ha asignado. En este cuadro Judas usa dos palabras, una de las cuales que les sería muy familiar a sus lectores judíos, y la otra, a los griegos.

(a) La primera es *gonguystés*. Esta palabra describe las voces descontentas de los murmuradores y es la misma que aparece frecuentemente en la traducción griega del Antiguo Testamento para *las murmuraciones* de los israelitas contra Moisés cuando los guiaba por el desierto (*Éxodo 15:24; 17: 3; Números 14:29*). Parece reproducir onomatopéyicamente el susurro de descontento resentido que surgía del pueblo rebelde. Estos malvados del tiempo de Judas eran la contrapartida moderna de los murmuradores israelitas del desierto, personas llenas de quejas malhumoradas contra la mano guiadora de Dios.

(b) La segunda es *mempísimoiros*. Está formada por dos palabras griegas: *mémfesthai*, que quiere decir *echar las culpas*, y *moira*, *la suerte o la vida de uno*. Un *mempísimoiros* era un hombre que estaba siempre quejándose de la vida en general. Teofrasto, el gran maestro en la descripción de personajes, tiene un estudio cómico y burlesco del *mempísimoiros* que vale la pena citar completo:

El quejumbroso es el que se pasa de quejarse indebidamente de su suerte en todos los casos. El quejumbroso le dirá al amigo que le trae una porción de su propia mesa: «Esto es una muestra de lo tacaño que eres conmigo, porque no has querido invitarme a comer contigo en persona. » Cuando su amante le está dando un beso, él le dice: «Me pregunto si me estarás besando de corazón, o porque quieres algo de mí. » Está disgustado con

Zeus, no porque no le mande la lluvia, sino porque ha tardado algo en mandársela. Cuando se encuentra una cartera en la calle, se pone: «¡Ah! No me encuentro nunca un tesoro que valga la pena. » Cuando ha comprado un esclavo barato después de regatearle el precio al vendedor hasta agotarlo, exclama: «¡No será una ganga cuando me lo ha dejado tan barato!» Cuando le dan la buena noticia de que le ha nacido un niño, entonces es que: « Si me dices que esto me va a costar la mitad de mi fortuna me habrás dicho la verdad.» Si gana un pleito mediante un veredicto unánime, está seguro de encontrarle faltas al que ha hecho su defensa por omitir muchas circunstancias que le eran favorables. Y si se ha hecho una suscripción a su favor entre sus amigos, y uno de ellos le dice: «¡Alegra esa cara 1, » él le responde: «¿De qué, si se lo voy a tener que devolver a todos y el chollo será para ellos?»

Aquí, trazado hábilmente por la pluma sutil de Teofrasto, tenemos el retrato de uno de esos que encuentran siempre algo de que quejarse en cada situación. Puede encontrarle alguna pega al mejor dé los negocios, al más amable de los gestos, al más redondo de los éxitos, a la buena suerte más voluminosa. «Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento» (*1 Corintios 6:6*); pero los malvados están siempre descontentos con la vida y con todo lo que Dios les asigna. Hay pocas personas que sean menos populares que el quejica crónico, y los tales harían bien en tener presente que su actitud equivale a un insulto a Dios.

(ii) Judas reitera un detalle de estos malvados, que ya ha señalado una y otra vez: su conducta está gobernada por sus deseos. Para ellos la disciplina y el dominio propio no sirven para nada. Para ellos la ley moral no es más que una carga y un fastidio; el honor y el deber no les incumben; no tienen ningún deseo de servir, ni ningún sentido de responsabilidad; no valoran más que el placer, y su única dinámica es el deseo. Si todo el mundo fuera así, el mundo sería un completo caos.

(iii) Hablan con orgullo y arrogancia, y sin embargo al mismo tiempo están dispuestos a halagar a los grandes si piensan creen que pueden obtener algún beneficio. Es perfectamente posible que una persona sea al mismo tiempo un tipo rimbombante con las personas a las que trata de impresionar, y un adulator halagüeño con las personas que considera importantes. Los oponentes de Judas se ensalzaban a sí mismos y adulaban a los demás según demandara la ocasión; y su progenie se encuentra a veces entre nosotros.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ERROR (1)

Judas 17-19

Pero vosotros, queridos hermanos, debéis recordar las palabras que os hablaron en su tiempo los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; debéis recordar que nos dijeron: «En los últimos tiempos habrá burladores, cuya conducta estará gobernada por sus propios deseos impíos.» Estos son los que provocan divisiones -tipos carnales, sin el Espíritu.

Judas les indica a los suyos que no ha sucedido nada que no estuviera previsto. Los apóstoles les habían advertido que en los últimos tiempos surgirían hombres malvados como los que estaban ya entre ellos. Las palabras que cita Judas no se encuentran en ningún libro del Nuevo Testamento. Puede que esté haciendo una de tres cosas: que esté citando algún libro apostólico que no poseemos; o no de un libro, sino de alguna tradición oral de la predicación apostólica, o de algún sermón que él puede haberles oído a los apóstoles; o que esté dando el sentido general de un pasaje como el de 1 *Timoteo 4:1-3*. En cualquier caso, está diciéndoles a los suyos que el error se podía esperar en la Iglesia. De este pasaje podemos deducir algunas de las características de estos malvados.

(i) Se burlan de la bondad, y su conducta está gobernada por sus propios deseos malos. Las dos cosas van juntas. Estos oponentes de Judas tenían dos características, como ya hemos visto. Creían que el cuerpo, por ser materia, era malo; y que, por tanto, no importaba que se saciaran sus deseos. Además, argüían que, puesto que la gracia podía perdonarlo todo, el pecado no importaba. Estos herejes tenían una tercera característica. Creían que eran pensadores avanzados; y consideraban a los que cumplían la ley moral tradicional como anticuados y pasados de moda.

Ese punto de vista no ha muerto ni mucho menos. Sigue habiendo personas que creen que los principios de moralidad y fidelidad tradicionales, especialmente en materia de sexo, están totalmente anticuados. Hay un texto terrible en el Antiguo Testamento: < Dice el necio para sus adentros: "¡Dios no existe!" > (*Salmo 53:1*). En el original, *necio*, en hebreo *nabal*, no quiere decir una persona ignorante, sino que pasa del tema. Y el hecho de que diga que no existe Dios es debido exclusivamente al deseo de su corazón. Sabe que, si existe Dios, él está equivocado, y le espera el juicio; por tanto, elimina la idea de Dios de su horizonte. En último análisis, los que eliminan la ley moral y dan rienda suelta a sus pasiones y deseos egoístas lo hacen porque quieren vivir a su aire. Escuchan la voz de sus deseos en lugar de escuchar la voz de Dios -y olvidan que vendrá un día cuando no tendrán más remedio que escucharle.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ERROR (2)

Judas 17-19 (*conclusión*)

Estos malvados tienen una segunda característica: Provocan divisiones -son carnales, sin el Espíritu. Aquí hay una idea de lo más significativa -provocar divisiones dentro de la Iglesia es siempre un pecado. Estos lo hacen de dos maneras.

(a) Como ya hemos visto, hasta en las Fiestas del Amor tenían sus propios grupitos. Con su conducta estaban destruyendo sistemáticamente la comunión ° dentro de la Iglesia. Estaban trazando un círculo que excluía a los demás en lugar de incluirlos.

(b) Pero llegaban más lejos. Había algunos pensadores en la Iglesia Primitiva que tenían una manera de considerar la naturaleza humana que dividía esencialmente a las personas en dos categorías. Para entender esto debemos conocer algo de la psicología griega. Para los griegos, el ser humano se componía de cuerpo (*sóma*), alma (*psyjé*) y espíritu (*pneuma*). *Sóma* era sencillamente la constitución física de la persona. *Psyjé* nos es más difícil de entender; para los griegos, el alma (*psyjé*) era sencillamente la vida física; todos los seres vivos, los animales y las plantas, tenían *psyjé*. *Pneúma, espíritu*, era totalmente diferente; pertenecía exclusivamente al ser humano, y era lo que le hacía una criatura inteligente, semejante a Dios, capaz de hablar con Dios y de escucharle.

Estos pensadores pasaban a argüir que todos los hombres poseían *psyjé*, pero muy pocos poseían realmente *pneuma*. Solamente los verdaderamente intelectuales, la elite, poseían *pneuma*; y por tanto solamente muy pocos podían alcanzar la verdadera religión. El resto tenía que contentarse con moverse en los niveles más bajos de la experiencia religiosa. Ellos por tanto dividían a las personas en dos clases. Estaban los *psyjikoí*, que estaban físicamente vivos pero intelectual y espiritualmente muertos. Los podríamos llamar *carnales*. Todo lo que poseían era la vida de carne y hueso; el progreso intelectual y la experiencia espiritual no estaban a su alcance. Y estaban los *pneumatikoí*, que eran capaces de un conocimiento intelectual real, de un conocimiento real de Dios y de una experiencia espiritual real. Aquí tenemos la base de una aristocracia intelectual y espiritual por encima del rebaño de las personas vulgares y corrientes.

Además, estas personas que se creían *pneumatikoí*, creían que estaban exentas de todas las leyes ordinarias que gobiernan

la conducta humana. La gente ordinaria podría ser que tuviera que cumplir los principios aceptados, pero ellos estaban por encima de eso. Para ellos no existía el pecado; eran tan avanzados que podían hacer lo que les diera la gana sin ser por ello peores. Haremos bien en recordar que sigue habiendo personas que creen que están por encima de las leyes, que se dicen para sus adentros que eso no les podría suceder a ellos, y que creen que pueden salirse siempre con la suya.

Ahora podemos ver lo inteligentemente que trata Judas con estas personas que dicen que el resto de la humanidad son los *psyjikoi*, mientras que ellos son los *pneumatikoi*. Judas toma sus palabras y les da la vuelta. «Sois vosotros -les truenalos que sois *psyjikoi*, los dominados por la carne; sois vosotros los que no tenéis *pneuma*, ni conocimiento real ni experiencia de Dios.» Judas les dice a estas personas que, aunque se crean los únicos verdaderamente religiosos, no tienen ni lo más mínimo de tales. Los que ellos desprecian son de hecho mucho mejores que ellos.

La verdad acerca de estos supuestos intelectuales y espirituales era que deseaban pecar, y tergiversaban la religión para convertirla en una licencia para pecar.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA BONDAD

Judas 20 y 21

Pero vosotros, queridos hermanos, debéis edificaros sobre el fundamento de vuestra santísima fe; debéis orar en el Espíritu Santo; debéis manteneros en el amor de Dios; mientras esperáis la misericordia de nuestro Señor Jesucristo que os llevará a la vida eterna.

En el pasaje anterior, Judas describió las características del error; en este pasaje pasa a describir las características de la bondad.

(i) El hombre bueno edifica su vida sobre el cimiento de la santísima fe. Es decir: la vida del cristiano está cimentada, no en algo que se ha fabricado por sí mismo, sino en algo que ha recibido. Hay una cadena en la transmisión de la fe. La fe llegó de Jesús a los apóstoles; de los apóstoles, a la Iglesia; y nos llega de la Iglesia a nosotros. Aquí hay algo tremendamente importante. Quiere decir que la fe que sustentamos -o, mejor dicho, que nos sustenta- no es meramente la opinión personal de uno mismo, sino la revelación que vino de Jesucristo y fue conservada y transmitida dentro de la Iglesia, siempre bajo el cuidado y la dirección del Espíritu Santo, de generación en generación.

Esa fe es *una fe santísima*. Una y otra vez hemos visto el significado de la palabra *santo*. El sentido de su raíz es *diferente*. Lo que es *santo* es *diferente* de otras cosas, como el sacerdote es diferente de los demás del pueblo, el Templo es diferente de los otros edificios, el sábado diferente de los otros días, y Dios supremamente diferente de los hombres.

Nuestra fe es diferente en dos sentidos. (a) Es diferente de otras fes y de las filosofías en que no es hecha por los hombres, sino dada por Dios; no es opinión, sino revelación; no es suposición, sino certeza. (b) Es diferente en que tiene poder para hacer diferentes a los que creen. No es sólo algo que cambia las ideas, sino algo que cambia las vidas; no es simplemente una creencia intelectual, sino también una dinámica moral.

El hombre que es bueno es un hombre de oración. Se ha expresado esto diciendo: «La religión, en el sentido verdadero, quiere decir *dependencia*.» La esencia de la religión es la conciencia de nuestra total dependencia de Dios; y la oración es el reconocimiento de esa dependencia, y el acudir a Dios para recibir la ayuda que necesitamos. Como decía Moffatt en una definición magnífica: «La oración es el amor en necesidad apelando al Amor en poder.» El cristiano debe ser un hombre de oración por lo menos por dos razones. (a) Sabe que debe someterlo todo a la voluntad de Dios, y por tanto tiene que

presentárselo a Dios para Su aprobación. (b) Sabe que por sí mismo no puede hacer nada, pero que con Dios todas las cosas son posibles; y por tanto tiene que estar llevando constantemente su insuficiencia a la suficiencia de Dios.

La oración, dice Judas, ha de ser *en el Espíritu Santo*. Lo que quiere decir es que nuestras oraciones humanas es inevitable que sean, por lo menos a veces, egoístas y ciegas. Solamente cuando el Espíritu Santo toma plena posesión de nosotros nuestros deseos son purificados y nuestras oraciones son correctas. La verdad es que, como cristianos, debemos orar a Dios, pero sólo Él nos puede enseñar cómo y por qué debemos orar.

(iii) El hombre bueno se mantiene en el amor de Dios. En lo que Judas está pensando aquí es en la relación del Antiguo Pacto entre Dios y Su pueblo como se nos describe en *Éxodo 24:1-8*. Dios se dirigió a Su pueblo prometiéndole que sería su Dios y ellos serían Su pueblo; pero esa relación dependería de que ellos aceptaran y obedecieran la Ley que Él les dio. < El amor de Dios -comenta Moffatt- tiene también sus propios términos de comunión. » En cierto sentido es verdad que no podemos salirnos del amor y el cuidado de Dios; pero también es verdad que, si deseamos permanecer en íntima comunión con Dios, debemos ofrecerle el perfecto amor y la perfecta obediencia que van siempre de la mano.

(iv) El hombre bueno espera anhelantemente. Espera la venida de Jesucristo en misericordia, amor y poder; porque sabe que el propósito de Cristo para él es traerle a la vida eterna, que no es otra cosa que la vida de Dios mismo.

A algunos de ellos debéis convencerlos de su error para que se aparten mientras están todavía indecisos. A otros debéis rescatarlos arrebatándolos del fuego. De otros debéis tener lástima y temor al mismo tiempo, aborreciendo hasta la ropa que está contaminada por la carne.

Los distintos traductores dan traducciones diferentes de este pasaje. La razón es que hay muchas dudas en cuanto al verdadero texto griego. Hemos dado la traducción que creemos más próxima al sentido del pasaje.

Hasta con los peores herejes, aun los que se han alejado más en el error, y los que tienen creencias peligrosas, el cristiano tiene la obligación ineludible, no de destruir, sino de salvar. Su propósito debe ser, no desterrarlos de la Iglesia Cristiana, sino conquistarlos para la comunión cristiana. James Denney decía, para presentar el Evangelio de la manera más sencilla posible, que Jesús vino para hacer buenas a las malas personas. Sir John Seeley decía: «Cuando el poder de reclamar a los perdidos desaparece de la Iglesia, es que ha dejado de ser la Iglesia.» Como hemos tomado este pasaje, Judas divide los problemas de la Iglesia en tres clases, cada una de las cuales reclama un enfoque diferente.

(i) Hay algunos que coquetean con la falsedad. Se sienten claramente atraídos por el mal camino, y están a punto de entregarse al error, pero siguen dudando antes de dar el paso decisivo. Hay que sacarlos del error antes que sea demasiado tarde. De aquí se deducen dos obligaciones.

(a) Debemos estudiar para poder defender la fe y dar razón de la esperanza que hay en nosotros. Debemos saber lo que creemos para poder enfrentarnos al error con la verdad, y debemos capacitarnos para defender la fe de tal manera que podamos ganar a otros a ella con nuestra simpatía y sinceridad. Para hacerlo debemos desterrar de nuestra actitud toda insinceridad, y toda arrogancia e intolerancia de nuestro contacto con otros.

(b) Debemos estar dispuestos a hablar a tiempo. Muchas personas se podrían salvar del error de pensamiento y de acción

si se les hablara a tiempo. Algunas veces tenemos reparo de hablar; pero muchas veces el silencio es cobarde, y puede hacer más daño que el que harían las palabras. Una de las grandes tragedias de la vida es cuando alguien nos dice: «Yo no habría llegado a esta terrible situación si alguien -tal vez tú- me hubiera hablado.»

(ii) Hay algunos a los que hay que arrebatarse del fuego. Ya han empezado a recorrer el camino del error, y hay que pararlos, digamos, como sea; y aun contra su voluntad. Está muy bien el decir que debemos respetar la libertad de los demás, y que tienen derecho a cometer sus propios errores. Todas estas cosas son ciertas en un sentido, pero hay veces en que hay que salvar a una persona de sí misma aunque sea a la fuerza.

(iii) Hay algunos a los que debemos compadecer y temer al mismo tiempo. Aquí está pensando Judas en algo que es indudablemente cierto. El pecador corre peligro; pero también lo corre el que intente rescatarlo. El que trate una enfermedad infecciosa corre peligro de contraerla. Judas dice que debemos aborrecer la ropa contaminada por la carne. Es casi seguro que aquí está pensando en las disposiciones de *Levítico 13:47-52*, donde se establece que la ropa que ha usado una persona que se descubre que sufre de lepra debe quemarse. El viejo dicho sigue siendo cierto: «Debemos amar *al pecador, pero aborrecer el pecado.» Antes que una persona pueda rescatar a otras debe estar suficientemente fuerte en la fe: Debe tener los pies bien firmes y seguros en la tierra seca antes de lanzarle el salvavidas al que es probable que arrastre la corriente. Es un hecho que el rescate de los que están en el error no lo puede acometer cualquiera. Los que quieran ganar a otros para Cristo deben estar muy seguros en Él; y los que hayan de librar batalla con la enfermedad del pecado deben tener el fuerte antiséptico de una fe sana. La ignorancia nunca se puede enfrentar con la ignorancia, ni siquiera con un conocimiento parcial; hay que enfrentarla desde la afirmación: «Yo sé en Quién he creído.»

DOXOLOGÍA FINAL

A Quien es poderoso para guardaros de toda caída y para haceros estar presentes sin mancha delante de su gloria llenos de gozo, al Dios único, nuestro Salvador, por medio de nuestro Señor Jesucristo, sean la gloria, la majestad, el dominio y el poder, desde siempre y ahora y para siempre. Amén.

Judas llega al final con una tremenda adscripción de alabanza.

Tres veces en el Nuevo Testamento se da alabanza al *Dios Que es poderoso*. En *Romanos 16:25* Pablo da alabanza al Dios que es poderoso para fortalecernos. Dios es la única Persona Que puede dar un fundamento a nuestra vida que nada ni nadie pueda sacudir jamás. En *Efesios 3:20* Pablo da gloria al Dios que es poderoso para hacer mucho más de lo que podamos nunca pedir o ni siquiera soñar. El es el Dios Cuya gracia nadie ha agotado jamás, y en relación con Quien ninguna expectación puede resultar exagerada.

Aquí ofrece Judas su alabanza al Dios que es poderoso.

(i) Dios es poderoso para guardarnos sin caída. La palabra original es *áptaistos*. Se usa lo mismo de un caballo seguro de remos, que no tropieza ni resbala nunca, como de una persona que no cae en el error. < No dará tu pie al resbaladero,» es la manera en que el *Salmo 121* expresa la misma convicción. Caminar con Dios es caminar seguros y a salvo hasta en el sendero más peligroso y resbaladizo. En el montañismo, los escaladores se atan unos a otros para que, si alguno resbala, otro compañero firme pueda resistir su peso y salvarle. De la misma manera, cuando estamos atados con Dios, Él nos mantiene a salvo.

(ii) Dios puede hacernos permanecer intachables en la presencia de Su gloria. La palabra original para intachables es

ámómos. Este es especialmente un término que se refiere a los sacrificios, y se usa corriente y técnicamente de un animal que no tiene mancha ni defecto, y por tanto puede ofrecerse a Dios. Lo sorprendente es que cuando nos sometemos a Dios, Su gracia puede hacer nuestras vidas nada menos que un sacrificio idóneo para ofrecérselo a Él.

(iii) El nos puede llevar a Su presencia con un gozo exultante. Lo más natural es pensar en entrar a la presencia de Dios con temor y vergüenza; pero, por la obra de Jesucristo y la gracia de Dios sabemos que podemos acercarnos a Dios con gozo y sin el menor resto de miedo. Por medio de Jesucristo, Dios, el Juez severo, nos es conocido como nuestro Padre amante.

Notemos un último detalle. Solemos asociar la palabra *Salvador* con Jesucristo; pero aquí Judas Se la aplica a Dios. Y no es el único que lo hace, porque a Dios Se le llama Salvador a menudo en el Nuevo Testamento (*Lucas 1:47; 1 Timoteo 1:1; 2:3; 4:10; Tito 1:3; 2:10; 3:4*). Así es que acabamos con la certeza maravillosa y consoladora de que detrás de todo está el Dios Cuyo nombre es Salvador. El cristiano tiene la gozosa certidumbre de que en este mundo vive en el amor de Dios, y en el por venir va a ese amor. El amor de Dios es al mismo tiempo la atmósfera y la meta de todo nuestro vivir.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 16 -

El Apocalipsis (I)

PRESENTACIÓN

Es oportuno el que este Comentario al Apocalipsis --documentado, equilibrado y edificante, como era de esperar de William Barclay-- aparezca en edición española a finales del segundo milenio de la era cristiana, cuando se están produciendo extremismos comparables a los del llamado < terror quiliástico> de finales del primer milenio, al mismo tiempo que cataclismos naturales de magnitud extraordinaria como el Niño y el Mitch de Centroamérica, entre innumerables holocaustos y guerras genocidas que bien se pueden llamar < del fin del mundo,» alguna incluso al otro lado del Éufrates, en cuyos reportajes televisivos parecía verse lo que expresó con símbolos el Vidente de Patmos.

Una cosa no debería hacer falta advertir en vísperas del año 2,000: Si bien en El Apocalipsis se nos habla de los mil años que Jesucristo reinará en la Tierra antes del Juicio Final, que como tanto en este libro es posible que tenga un sentido figurado, en ningún lugar del Apocalipsis ni de toda la Biblia se nos da pie para pensar que ese Milenio haya de coincidir con el de un nuevo milenio de la Historia de la Humanidad, ni siquiera de la era cristiana. Bien claro nos dejó el asunto el mismo Jesucristo cuando nos dijo: < Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el Cielo, ni el Hijo, sino el Padre» (Marcos 13:32).

Eso sí: existe la costumbre de dedicar el fin de cada año a hacer balance del anterior y proyectos para el siguiente. En ese sentido no estaría de más el que la Iglesia Cristiana aprovechara el fin del siglo XX y del II milenio después de Cristo para revisar sus cuentas, y no solamente por miedo a que se

las ajusten irremisiblemente, y plantearse de nuevo y en serio su misión en la Tierra, en la que sigue habiendo tanto dolor, necesidad e injusticia.

William Barclay nos dice en la Introducción que El Apocalipsis es un libro indiscutiblemente extraño, pero que vale la pena estudiar. Nos lo sitúa maravillosamente presentándonos el género al que pertenece: la literatura apocalíptica, que floreció tan profusamente en el período entre los dos Testamentos. Y nos presenta el principio que va a aplicar en su comentario: «El Apocalipsis debe interpretarse sobre el trasfondo de su propio tiempo» (página 37). Para ello se necesita un experto; y eso es lo que tenemos en William Barclay. Pero, como siempre, lo que más nos impresiona de él no es su erudición, con ser tan respetable y admirable, sino su conocimiento personal del Señor Jesucristo al Que con tanto amor y claridad nos presenta.

Bien colocado está El Apocalipsis; detrás no solo de los evangelios sino también de las epístolas, al final del Nuevo Testamento, como último acto del Evangelio, sin el que este quedaría incompleto; claro que tiene que ser distinto del resto del Nuevo Testamento, porque es el único libro de la Biblia que trata del fin que aún está por cumplirse, que anuncia Pablo al hablar de la victoria de Cristo: «Luego, el fin: cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que Él reine, hasta que haya puesto a todos Sus enemigos bajo Sus pies.» (1 Corintios 15:25s). En El Apocalipsis «vemos coronado de gloria y de honor a causa del padecimiento de la muerte a Aquél Que fue hecho por un poco de tiempo menor que los ángeles para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos» (Hebreos 2:9; cp. Filipenses 2:5-11). Vemos al Cristo que era, y Que es, y Que ha de venir.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL APOCALIPSIS DE JUAN

EL LIBRO EXTRAÑO

Cuando un estudiante del Nuevo Testamento se embarca en el estudio del Apocalipsis le da la impresión de que se encuentra en otro mundo. Aquí tenemos algo totalmente diferente del resto del Nuevo Testamento. El Apocalipsis es no solo diferente, sino también notoriamente difícil de entender para el hombre moderno. En consecuencia, se ha abandonado muchas veces como totalmente ininteligible, y algunas veces se ha convertido en el terreno reservado de los excéntricos religiosos, que lo usan para trazar el calendario celestial de lo por venir, o encuentran en él evidencias para sus propias excentricidades. Un comentarista abrumado decía que *El Apocalipsis* tiene tantos enigmas como palabras; y otro, que para estudiar *El Apocalipsis* hace falta estar loco, o querer estarlo.

Lutero le habría negado con gusto al Apocalipsis el derecho a formar parte del Nuevo Testamento. Juntamente con Santiago, Judas, Segunda de Pedro y Hebreos, lo relegó a una lista separada al final de su Nuevo Testamento. Declaraba que no hay en él más que figuras y visiones que no se encuentran en ningún otro lugar de la Biblia. Se quejaba de que, a pesar de la oscuridad de su tema, el autor había tenido la osadía de añadir amenazas y promesas a los que desobedecieran o guardaran sus palabras, como si hubiera alguien que las pudiera entender. En Apocalipsis ni se enseña ni se reconoce a Cristo; y no se percibe en él la inspiración del Espíritu Santo. Zuinglio estaba igualmente en contra del Apocalipsis. < Con el Apocalipsis -escribe- no tenemos nada que ver, porque no es un libro de la Biblia... No tiene el aroma de la boca ni de la mente de Juan. Puedo, si quiero, no estar conforme con sus testimonios. » Muchos han hecho hincapié en la ininteligibilidad del Apocalipsis, y no pocos han discutido su derecho a formar parte del Nuevo Testamento.

Por otra parte hay algunos en cada generación que aman este libro. T. S. Kepler cita y hace suyo el veredicto de Philip Carrington: < En el caso del Apocalipsis nos encontramos con un artista mayor que Stevenson o Coleridge o Bach. San Juan tiene mejor sentido de la palabra idónea que Stevenson; mejor dominio de la belleza ultraterrena y sobrenatural que Coleridge, y un sentido más rico de la melodía y el ritmo y la composición que Bach. Es la única obra maestra de arte puro que encontramos en el Nuevo Testamento... Su plenitud y riqueza y armónica diversidad lo colocan muy por encima de las tragedias griegas. »

Ya contamos con que este libro nos resultará difícil y alucinante; pero sin duda nos resultará también que valía la pena enzarzarnos con él en la lucha hasta que nos dé su bendición y nos descubra sus riquezas.

LA LITERATURA APOCALÍPTICA

Debemos tener presente en nuestro estudio del Apocalipsis que, aunque único en el Nuevo Testamento, es sin embargo el representante de una clase de literatura que fue de lo más corriente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Apocalipsis es la transcripción de su nombre en griego, Apocalýpsis, que significa Revelación. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se desarrolló una gran masa de lo que llamamos Literatura apocalíptica, producto de una esperanza judía inextinguible.

Los judíos no podían olvidar que eran el pueblo escogido de Dios. Para ellos aquello implicaba la certeza de llegar algún día a la supremacía mundial. En su primera historia esperaban la llegada de un rey de la dinastía de David que reuniría la nación y la conduciría a la grandeza. Había de brotar un vástago del tocón de Isaí (Isaías 11:1,10). Dios había de suscitar a David un renuevo justo (Jeremías 23:5). Algún día, el pueblo de Israel serviría a David, su rey (Jeremías 30:9). David sería su pastor y su rey (Ezequiel 34:23; 37:24). El tabernáculo de David volvería a levantarse (Amós 9:11); de Belén vendría un gobernador que sería grande hasta los fines de la tierra (Miqueas 5:2-4).

Pero toda la historia de Israel había dado el mentís a esas esperanzas. Después de la muerte de Salomón, el reino, bastante pequeño para empezar, se dividió en dos bajo Roboam y Jeroboam y perdió su unidad para siempre. El reino del Norte, con su capital en Samaria, desapareció en el último cuarto del siglo VIII a.C. ante el asalto de los asirios, y ya no volvió a aparecer en la Historia, y sus diez tribus se perdieron. El reino del Sur, con su capital en Jerusalén, fue reducido a la esclavitud y al destierro por los babilonios en la primera parte del siglo VI a.C. Luego estuvo sometido a los persas, los griegos y los romanos. La Historia era para los judíos un catálogo de desastres por los que se iba haciendo claro que ningún libertador humano podría rescatarlos.

LAS DOS EDADES

El pensamiento judío se adhería con determinación a la convicción de ser el pueblo escogido de Dios, pero tenía que ajustarse a los hechos de la Historia. Y lo hizo desarrollando un esquema propio de la Historia. Los judíos dividían la historia del tiempo en dos edades. Estaba esta edad presente, que era absolutamente e irremediabilmente mala, que acabaría en una

destrucción total. Así es que los judíos esperaban el fin de las cosas tal como son ahora. Y estaba la edad por venir, la edad de oro de Dios, en la que todo sería paz, prosperidad y justicia, y el pueblo escogido de Dios sería vindicado por fin y ocuparía el lugar que le correspondía por derecho propio.

¿Cómo iba esta edad presente a convertirse en la edad por venir? Los judíos creían que el cambio no se podría producir nunca por intervención humana, y por tanto esperaban una intervención directa de Dios. Él Se presentaría en el escenario de la Historia para desterrar de la existencia este mundo presente e introducir Su edad de oro. El -día de la intervención de Dios se llamaba *EL Día del Señor*, y sería un tiempo terrible de terror y destrucción y juicio que serían los dolores de parto de la nueva era.

Toda la literatura apocalíptica trataba de estos acontecimientos: el pecado de esta edad presente, los terrores del tiempo intermedio y las bendiciones de la edad por venir. Se compone exclusivamente de sueños y visiones del fin del mundo, lo que hace que toda la literatura apocalíptica sea críptica por necesidad. Siempre está tratando de describir lo indescriptible, de decir lo indecible.

Otro hecho complicaba todavía más las cosas. Era sencillamente natural que estas visiones apocalípticas inflamaran aún más las mentes de las personas que vivían bajo tiranía y opresión. Cuanto más los oprimía algún poder extranjero, más soñaban con la destrucción de ese poder y con su propia vindicación. Pero no habría hecho más que empeorar la situación el que el poder opresor hubiera podido entender esos sueños; se habrían interpretado como obras de revolucionarios rebeldes. Tales libros, por tanto, se solían escribir en código, revistiéndose a propósito en un lenguaje ininteligible para los de fuera; y hay muchos casos en que deben haber seguido siendo ininteligibles porque se ha perdido la clave del código secreto. Pero, cuanto más sabemos del trasfondo histórico de tales libros, mejor los podemos interpretar.

EL APOCALIPSIS

Todo esto se aplica al *Apocalipsis* como anillo al dedo. Hay un sinnúmero de apocalipsis judíos *Henoc, Los Oráculos sibilinos, Los Testamentos de los Doce Patriarcas, La Ascensión de Isaías, La Asunción de Moisés, El Apocalipsis de Baruc, El Cuarto Libro de Esdras...*- Nuestro *Apocalipsis* es un apocalipsis cristiano, el único que hay en el Nuevo Testamento, aunque hubo muchos otros que no se incluyeron. Se escribió siguiendo exactamente el esquema judío y la concepción básica de las dos edades. La única, pero fundamental, diferencia es que sustituye el Día del Señor por la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. No sólo el esquema, sino también los detalles son los mismos. Los apocalipsis judíos tenían un aparato de acontecimientos que habían de suceder en el fin del mundo, acontecimientos que tienen su lugar en el *Apocalipsis*.

Antes de pasar a delinear ese esquema de acontecimientos hemos de mencionar otra cuestión. Tanto *la apocalíptica* como *la profecía* tratan de acontecimientos que están por venir. Entonces, ¿qué diferencia hay entre ambas?

APOCALÍPTICA Y PROFECÍA

La diferencia entre los profetas y los apocaliptistas era muy real. Había dos diferencias principales, una en cuanto al mensaje y otra en cuanto al método.

(i) El profeta pensaba en términos del mundo presente. Su mensaje era a menudo un clamor por justicia social, económica y política; y era siempre una llamada a obedecer y servir a Dios en el mundo presente. Para el profeta era este mundo el que había que reformar y al que había de venir el Reino de Dios. Esto se ha expresado diciendo que el profeta vivía en la Historia. Creía que era en sus acontecimientos en los que se iba desarrollando el propósito de Dios. En cierto sentido, el profeta era optimista porque, por muy seriamente que condenara las cosas como estaban, sin embargo creía que se podían remediar si los hombres aceptaban la voluntad de Dios. Para el apocaliptista el mundo ya no tenía remedio; creía, no en su reforma, sino en la desaparición de este mundo presente. Contemplaba la creación de un mundo nuevo cuando este ya hubiera sido deshecho por la ira vengativa de Dios. En un sentido, por tanto, el apocaliptista era pesimista, porque no creía que se pudieran sanar las cosas tal como eran. Ciertamente que estaba seguro de que la edad dorada había de venir; pero para ello tenía que ser destruido este mundo.

(ii) El mensaje del profeta era hablado; el del apocaliptista era siempre escrito. La apocalíptica es una producción rterana. Si se hubiera comunicado oralmente, nadie habría entendido su mensaje. Es difícil, enrevesada, a menudo ininteligible; hay que estudiarla y meditarla seriamente antes de poder entenderla. Además, el profeta siempre hablaba personalmente, identificándose; pero todos los escritos apocalípticos -excepto el del Nuevo Testamento- son pseudoepigráficos: se ponen en boca de los grandes hombres del pasado, como Noé, Henoc, Isaías, Moisés, los Doce Patriarcas, Esdras o Baruc. Hay algo patético en esto. Los que escribieron la literatura apocalíptica tenían el sentimiento de que la grandeza había desaparecido de la Tierra; desconfiaban demasiado de sí mismos para dar sus nombres a sus escritos, así es que se los atribuían a los grandes hombres del pasado, tratando así de darles una autoridad mayor de la que le podrían dar sus propios nombres. Como dice Jülicher: < La apocalíptica es la senilidad -«la chochez»- de la profecía. >

EL APARATO DE LA APOCALÍPTICA

La literatura apocalíptica tiene un esquema; trata de describir las cosas que sucederán en los últimos tiempos y las bendiciones que vendrán después; y las mismas imágenes aparecen una y otra vez. Siempre, por así decirlo, trabaja con los mismos

materiales; y estos materiales tienen su lugar en el *Libro del Apocalipsis*.

(i) En la literatura apocalíptica, el Mesías era una figura divina, preexistente, otromundista, de poder y de gloria, esperando descender al mundo para iniciar su carrera conquistadora. Existía en el Cielo desde antes de la creación del mundo, antes de que fueran hechos el Sol y la Luna y las estrellas, y estaba reservado en la presencia del Todopoderoso (*Henoc 48:3,6; 62:7; 4 Esdras 13:25s*). Vendrá a abatir a los poderosos de sus alturas, a destronar a los reyes de la tierra y a romperles los dientes a los pecadores (*Henoc 42:2-6; 48:2-9; 62:5-9; 69:26-29*). En la apocalíptica no había nada humano ni benigno en el Mesías; era una figura divina de gloria y poder vengativo ante quien la tierra temblaba de terror.

(ii) La venida del Mesías sería precedida por la vuelta de Elías, que le prepararía el camino (*Malaquías 4:5s*). Elías se pondría sobre las colinas de Israel, decían los rabinos, y anunciaría la llegada del Mesías con una voz que resonaría desde un extremo a otro de la tierra..

(iii) El terrible último tiempo se conocía como < el parto del Mesías.> La llegada del Mesías se presentaría tan repentinamente como los dolores a la mujer encinta. En los evangelios se presenta a Jesús prediciendo las señales del fin con estas palabras: < Todas estas cosas serán el principio de los dolores > (*Mateo 24:8; Marcos 13:8*). La palabra para, dolores es *ódinai*, que quiere decir literalmente *dolores de parto*.

(iv) Los últimos días serían un tiempo de terror. Hasta los hombres recios llorarían amargamente (*Sofonías 1:14*); los habitantes de la tierra temblarían (*Joel 2:1*); las gentes estarán aterradas de miedo, buscando algún sitio donde esconderse, sin encontrarlo (*Henoc 102:1,3*).

(v) Los últimos días serían un tiempo en el que el mundo sería sacudido, un tiempo de cataclismo cósmico en el que el universo, tal como se conoce, se desintegraría. Las estrellas se extinguirían; el Sol se volvería tinieblas, y la Luna sangre (*Isaías 13:10; Joel 2: 30s; 3:15*). El firmamento se descompondría en ruinas; habría cataratas de fuego devorador, la creación se volvería una masa fundida (*Oráculos sibilinos 3:83-89*). Las estaciones no guardarían su orden, y no habría noche ni aurora (*Oráculos sibilinos 3:796-806*).

(vi) Los últimos días serían un tiempo cuando las relaciones humanas se destruirían. El odio y la enemistad reinarían sobre la tierra. Cada cual levantaría la mano contra su prójimo (*Zacarías 14:13*). Los hermanos se matarían entre sí; los padres asesinarían a sus propios hijos; desde la salida hasta la puesta del sol los hombres se matarían unos a otros (*Henoc 100:1s*). El honor se tornaría vergüenza, la fuerza humillación y la belleza fealdad. El más humilde ardería de envidia, y la pasión se apoderaría del que antes era pacífico (*2 Baruc 48:31-37*).

Los últimos días serían un tiempo de juicio. Dios vendría como fuego purificador, ¿y quién podría soportar el día de Su venida? (*Malaquías 3:1-3*). Sería con la espada y con el fuego como Dios juzgaría a la humanidad (*Isaías 66:15s*). El Hijo del Hombre destruiría a los pecadores de la tierra (*Henoc 69: 27*), y el olor a azufre impregnaría todas las cosas (*Oráculos sibilinos 3:58-61*). Los pecadores perecerían abrasados como la antigua Sodoma (*Jubileos 36:10s*).

(viij) En todas estas visiones los gentiles ocupan un lugar, pero no es siempre el mismo.

(a) Algunas veces la, visión es que los gentiles serán totalmente destruidos. Babilonia se convertirá en tal desolación que el árabe errante no encontrará entre sus ruinas un lugar donde poner su tienda, ni el pastor donde apacentar sus ovejas; no será más que un desierto donde viven las fieras (*Isaías 13:19-22*). Dios hollará a los gentiles en Su ira (*Isaías 63:6*). Los gentiles vendrán encadenados a Israel (*Isaías 45:14*).

(b) Algunas veces se prevé una última concentración de los gentiles contra Jerusalén, y una última batalla en la que serán destruidos (*Ezequiel 38:14 - 39:16; Zacarías 14:1-11*). Los reyes de las naciones se lanzarán contra Jerusalén; tratarán de expoliar el altar del Santo; colocarán sus tronos alrededor de la ciudad rodeados de infieles; pero eso solo les reportará su propia destrucción (*Oráculos sibilinos 3:663-672*).

(c) Algunas veces se describe la conversión de los gentiles mediante Israel. Dios ha dado a Israel como luz a los gentiles, para que sea la salvación de Dios hasta lo último de la tierra (*Isaías 49:6*). Las islas esperarán en Dios (*Isaías 51:5*); los fines de la tierra están invitados a contemplar a Dios y ser salvos (*Isaías 45:20-22*). El Hijo del Hombre será una luz para los gentiles (*Henoc 48:4s*). Las naciones paganas vendrán de los fines de la tierra a Jerusalén para contemplar la gloria de Dios (*Salmos de Salomón 17:34*).

De todas las visiones en relación con los gentiles, la más corriente es la de su destrucción y la exaltación de Israel.

(ix) En los últimos días, los judíos que hayan sido esparcidos por toda la tierra serán reunidos en la Santa Ciudad otra vez. Volverán de Asiria y de Egipto a adorar a Dios en Su monte santo (*Isaías 27:12s*). Las colinas serán allanadas y los valles

hinchidos, y hasta los árboles se reunirán para hacerles sombra cuando vuelvan (*Baruc 5:5-9*). Hasta los que hayan muerto en el exilio en países remotos serán traídos de vuelta.

(x) En los últimos días, la Nueva Jerusalén, que ya está preparada en el Cielo con Dios (*4 Esdras 10:44-59; 2 Baruc 4:2-6*), descenderá a la humanidad. Será incomparablemente hermosa, con basas de zafiros y capiteles de ágata y puertas de carbunclos sobre pasillos de piedras preciosas (*Isaías 54:12s; Tobías 13:16s*). El último Templo será mucho más glorioso que los del pasado (*Hageo 2:7-9*).

Una parte esencial de la descripción apocalíptica de los últimos días era la resurrección de los muertos. «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua» (*Daniel 12:2s*). El Seol y la tumba devolverán lo que se les ha confiado (*Henoc 51:1*). La amplitud de la resurrección variaba. Algunas veces se suponía que se aplicaba sólo a los justos de Israel; otras, a todo Israel, y otras a todos los muertos. Cualquiera que fuera la forma que tomara, es verdad decir que es entonces cuando aparece por primera vez una firme esperanza en la vida más allá de la muerte.

(xii) Había diferencias en cuanto a la duración que había de tener el reinado del Mesías. El punto de vista más natural -y más corriente- era que duraría para siempre. El reino de los santos es un reino sempiterno (*Daniel 7:27*). Algunos creían que el reino del Mesías duraría cuatrocientos años. Llegaban a esa cifra comparando Génesis 15:13 y Salmo 90:15. En Génesis, se le dice a Abraham que el período de aflicción de los israelitas será de cuatrocientos años; y la oración del salmista es que Dios alegre al pueblo conforme a los días que le afligió y los años que vieron el mal. En Apocalipsis se prevé que habrá un reinado de los santos del Altísimo que durará mil años, y luego tendrá lugar la batalla final con los poderes reunidos del mal, y después vendrá la edad de oro de Dios.

Tales eran los acontecimientos de los últimos días que describían los autores apocalípticos; y prácticamente todos se hallan en las visiones del Apocalipsis. Para completar el cuadro vamos a resumir brevemente las bendiciones de la era por venir.

LAS BENDICIONES DE LA ERA POR VENIR

(i) El reino dividido se unirá otra vez. La casa de Judá volverá a caminar con la casa de Israel (*Jeremías 3:18; Isaías 11:13; Oseas 1:11*). Las viejas divisiones se restañarán, y el pueblo de Dios será uno.

(ii) Habrá en la tierra una fertilidad alucinante. El desierto se convertirá en un campo de cultivo (*Isaías 32:15*), será como el Huerto del Edén (*Isaías 51:3*); el desierto se regocijará y florecerá como el azafrán (*Isaías 35:1*). La tierra producirá diez mil veces más frutos; en cada vid habrá mil sarmientos, y en cada sarmiento mil racimos, y en cada racimo mil uvas, y cada uva dará un coro (220 litros) de vino (*2 Baruc 29:5-8*). Habrá una abundancia como no la ha conocido nunca el mundo, y los hambrientos se regocijarán.

(iii) Un elemento constante de los sueños de la nueva edad era que en ella cesarían las guerras. Los hombres convertirían las espadas en rejas de arado y las lanzas en hoces (*Isaías 2:4*). No habría espadas ni toques de alarma. Habría una ley común para todos los hombres y una gran paz por toda la tierra, y los reyes serían amigos entre sí (*Oráculos sibilinos 3:751-760*).

(iv) Una de las ideas más preciosas acerca de la nueva edad era que en ella cesaría la enemistad entre los animales. El leopardo y el cabritillo, la vaca y la osa, el león y el buey jugarían y dormirían juntos (*Isaías 11:6-9; 65:25*). Habría un nuevo pacto entre los hombres y los animales salvajes (*Oseas 2:18*). Hasta un niño de pecho podría jugar cerca de las cuevas de las serpientes venenosas (*Isaías 11:8; 2 Baruc 73:6*). En toda la naturaleza habría un reinado de amistad universal en el que nadie querría hacer daño a nadie.

(v) En la era por venir se acabarían el cansancio, la aflicción y el dolor. Dejaría de haber ninguna clase de dolor (*Jeremías 31:12*); tendrían gozo perpetuo sobre sus cabezas (*Isaías 35:10*). No habría tal cosa como una muerte prematura (*Isaías 65:20-22*); nadie diría: < Estoy enfermo > (*Isaías 33:24*); la muerte sería absorbida en la victoria, y Dios enjugaría las lágrimas de todos los rostros (*Isaías 25:8*). La enfermedad se retiraría; la ansiedad, la angustia y el lamento pasarían; no habría dolores de parto; el segador no se fatigaría, ni se agotaría el constructor (*2 Baruc 73:2 - 74:4*). La edad por venir cesaría lo que llamaba Virgilio < las lágrimas de las cosas >.

(vi) La edad por venir sería un tiempo de justicia. Todas las personas vivirían en perfecta santidad. La humanidad estaría representada por una generación buena, que viviría en el temor del Señor en los días de la misericordia (*Salmos de Salomón 17:28-49; 18:9s*).

Apocalipsis es el representante en el Nuevo Testamento de todas estas obras de la literatura apocalíptica que describen los terrores que precederán al final de los tiempos, y las bendiciones que los seguirán en la era por venir; y usa todas las figuras

familiares. A menudo nos resultará difícil de entender, y hasta ininteligible; pero usa expresiones e ideas que conocerían y entenderían sus primeros lectores.

EL AUTOR DEL APOCALIPSIS

(i) El autor del Apocalipsis se llamaba Juan. Empieza diciendo que Dios envió a Su siervo Juan las visiones que va a relatar (1:1). Empieza el cuerpo del libro diciendo que lo envía Juan a las Siete Iglesias de Asia (1:4). Se identifica como el hermano Juan, compañero de tribulación de aquellos a los que escribe (1:9). «Yo, Juan dice-, soy el que oyó y vio estas cosas» (22:8).

(ii) Este Juan fue un cristiano que vivió en Asia en la misma esfera que los cristianos de las Siete Iglesias. Se identifica como hermano de los destinatarios de su carta; y dice que él está pasando por las mismas tribulaciones que ellos (1:9).

(iii) Probablemente era un judío de Palestina que se había trasladado a Asia Menor ya de mayor. Podemos deducirlo por el griego que escribe: vivo, poderoso y pictórico; pero desde el punto de vista de la gramática es con mucho el más deficiente del Nuevo Testamento. Comete incorrecciones que ningún escolar griego cometería. El griego está claro que no era su lengua materna; y a menudo se intuye que estaba escribiendo en griego, pero pensando en hebreo. Estaba empapado en el Antiguo Testamento: lo cita o alude 245 veces. Esas citas proceden de unos veinte libros del Antiguo Testamento. Sus favoritos eran *Isaías, Daniel, Ezequiel, Salmos, Éxodo, Jeremías, Zacarías*. No solo conocía el Antiguo Testamento íntimamente, sino estaba familiarizado con la literatura apocalíptica que floreció entre los dos Testamentos.

(iv) Se identifica como profeta, y en ello basa su derecho a hablar. El mandamiento que recibió del Cristo Resucitado fue que profetizara (10:11). Es por medio del espíritu de profecía como Jesús da Su testimonio a la Iglesia (19:10). Dios es el Dios de los santos profetas, y envía Su ángel para mostrar a Sus siervos lo que ha de suceder en el mundo (22:6). El ángel le habla a Juan de sus hermanos los profetas (22:9). Su libro se define como un libro de profecía, o como las palabras de profecía (22:7,10,18s).

Aquí es donde radica la autoridad de Juan. No se identifica como apóstol, como hace Pablo cuando quiere reclamar su derecho a hablar. No tiene una posición < oficial > o administrativa en la Iglesia; es un profeta. Escribe lo que ve; y como lo que ve viene de Dios, su palabra es fiel y verdadera (1:11,19).

Cuando Juan estaba escribiendo, los profetas tenían un lugar muy especial en la Iglesia. Escribía, como veremos, hacia el año 90 d.C. Por aquel entonces la Iglesia tenía dos clases de ministros. Estaba el ministerio local, y los que lo ejercían estaban afincados permanentemente en una congregación; eran los ancianos, los diáconos y los maestros. Y estaba el ministerio itinerante de aquellos cuya esfera de trabajo no se limitaba a ninguna congregación en particular. A este ministerio pertenecían los apóstoles, cuya autoridad abarcaba toda la Iglesia, y los profetas, que eran predicadores ambulantes. Se los respetaba grandemente; el poner en duda las palabras de un profeta verdadero era pecar contra el Espíritu Santo, dice la *Didajé* (11:7). El orden del culto de comunión se establece en la *Didajé*, pero se añade: «Pero permitid que los profetas celebren la Eucaristía como a ellos les parezca» (10:7). Se reconocía a los profetas como hombres de Dios en un sentido exclusivo, y Juan era uno de ellos.

(v) No es probable que fuera un apóstol, porque en tal caso no se había identificado como profeta. Además, habla de los apóstoles como si pertenecieran al pasado, como los fundamentos principales de la Iglesia. Dice que en los doce cimientos de la muralla de la Ciudad Santa estaban inscritos los nombres de los Doce Apóstoles del Cordero (21:14). No habría hablado así de los apóstoles si él hubiera sido uno de ellos.

Esta conclusión resulta aún más clara por el título del libro. La antigua versión Reina-Valera, desde la Biblia del Oso, lo llamaba *El Apocalipsis o Revelación de San Juan el Teólogo*. Revisiones y traducciones posteriores omiten *el Teólogo, theólogos* en griego, porque falta en los manuscritos más antiguos; pero tiene una antigüedad considerable. La misma adición de este título parece encaminada a distinguirlo del apóstol Juan.

Tan tempranamente como 250 d.C., el gran investigador Dionisio, que era el cabeza de la escuela cristiana de Alejandría, vio que era prácticamente imposible que hubiera sido el mismo el que escribió el Cuarto Evangelio y el *Apocalipsis*, aunque no fuera más que porque tenían un griego diferente. El del Cuarto Evangelio es sencillo pero correcto; el del *Apocalipsis* es áspero y gráfico, pero notoriamente incorrecto. Además, el autor del Cuarto Evangelio evita intencionadamente mencionar su propio nombre, mientras que el autor del *Apocalipsis* lo hace repetidas veces. Y todavía más: las ideas de los dos libros son diferentes. Las grandes ideas del Cuarto Evangelio -luz, vida, verdad y gracia- no ocupan un lugar dominante en *Apocalipsis*. Al mismo tiempo se advierten suficientes semejanzas de pensamiento y lenguaje como para dejar bien claro que ambos libros proceden del mismo centro y del mismo mundo de pensamiento.

LA FECHA DEL APOCALIPSIS

Tenemos dos fuentes que nos permiten fijar la fecha.

(i) La tradición nos ofrece un relato. Nos dice que Juan fue desterrado a Patmos en tiempos de Domiciano; que tuvo allí las visiones; a la muerte de Domiciano fue liberado y volvió a Éfeso, donde escribió las visiones que había tenido. Victorino,

escribiendo hacia finales del siglo III d.C., dice en su comentario al *Apocalipsis*: < Juan, cuando vio estas cosas, estaba en la isla de Patmos, condenado a las minas por el emperador Domiciano. Fue allí donde tuvo la revelación... Cuando fue liberado de las minas más tarde, transmitió esta revelación que había recibido de Dios. » Jerónimo es todavía más detallado: < En el año 14 después de la persecución de Nerón, Juan fue desterrado a la isla de Patmos, y allí escribió el *Apocalipsis*... A la muerte de Domiciano, al ser revocados sus actos por el Senado a causa de su excesiva crueldad, volvió a Éfeso cuando era emperador Nerva. » Eusebio dice: «El apóstol y evangelista Juan relató estas cosas a las iglesias cuando volvió del destierro en la isla después de la muerte de Domiciano.» La tradición asegura que Juan tuvo estas visiones en su destierro en Patmos; lo único que es dudoso -y no tiene excesiva importancia- es si las escribió durante su estancia en el destierro o cuando regresó a Éfeso. Basándonos en esta evidencia no erraremos mucho si fechamos *Apocalipsis* hacia el año 95 d.C.

(ii) La segunda línea de evidencia son los datos que encontramos en el mismo libro. Hay una actitud totalmente nueva hacia Roma y el Imperio Romano.

En *Hechos*, el tribunal del magistrado romano fue a menudo el refugio más seguro de los misioneros cristianos frente al odio de los judíos y la furia del populacho. Pablo estaba orgulloso de ser ciudadano romano, y una y otra vez reclamó los derechos que le correspondían como tal. En Filipos se sobrepuso a los magistrados locales revelando su ciudadanía (*Hechos* 16:36-40). En Corinto, Galión desestimó las quejas que había contra Pablo con imparcial justicia romana (*Hechos* 19:13-41). El Jerusalén, el tribuno romano le rescató de lo que hubiera llegado a ser un linchamiento (*Hechos* 21:30-40). Cuando el tribuno romano de Jerusalén supo que iba a haber un intento de matar a Pablo de camino a Cesarea, tomó todas las medidas oportunas para asegurar su seguridad (*Hechos* 23:12-31). Cuando Pablo llegó a desesperar de que se le hiciera justicia en Palestina, hizo uso de su derecho de ciudadano y apeló directamente al César (*Hechos* 25: 10s). Cuando escribió a los romanos, los exhortó a que obedecieran a los poderes establecidos, porque estaban ordenados por Dios; y eran el terror solamente de los malos, pero no de los buenos (*Romanos* 13:1-7). El consejo de Pedro es exactamente el mismo. Hay que obedecer a los gobernadores y a los reyes, porque Dios mismos los ha puesto en oficio. El cristiano está obligado a temer a Dios y a honrar al emperador (1 Pedro 2:12-17). Al escribir a los tesalonicenses es probable que Pablo se refiriera al poder de Roma como el que contenía el caos que amenazaba al mundo (2 Tesalonicenses 2:7).

En *Apocalipsis* no encontramos más que un odio ardiente a Roma, la nueva Babilonia, la madre de las ramerías, ebria con la sangre de los santos y mártires (*Apocalipsis* 17:5s). Juan no espera sino la destrucción total del Imperio Romano.

La explicación de este cambio de actitud se encuentra en el -amplio desarrollo del culto al César que, unido a la persecución que originó, es el trasfondo de *Apocalipsis*.

Cuando se escribió *Apocalipsis* el culto al César era una religión que cubría todo el Imperio Romano; y fue por negarse a someterse a sus exigencias por lo que fueron perseguidos y muertos los cristianos. Su principio era que el emperador reinante, como personificación del espíritu de Roma, era un dios. Una vez al año, todos los habitantes del Imperio Romano tenían que presentarse a los magistrados para quemar una pizquita de incienso a la divinidad del César y decir: «César es Señor,» después de lo cual podían ir cada uno a adorar a sus dioses, siempre que no atentaran al orden público; pero tenían que pasar por aquella ceremonia so pena de ser considerados desafectos al régimen.

La razón era bien sencilla. Roma tenía un vasto imperio heterogéneo, que se extendía de un extremo a otro del mundo conocido. Incluía muchas razas, lenguas y tradiciones. El problema era cómo soldar esa masa tan diversa para formar una unidad consciente. No hay fuerza unificadora como una religión común, pero ninguna de las religiones nacionales se podía pensar que se convirtiera en universal. El culto al César sí. Era el único acto común y la única creencia que convertía el imperio en una unidad. El negarse a quemar ese poco de incienso y a decir «César es Señor» no era un acto de incredulidad, sino de deslealtad política. Por eso los romanos actuaban con tal severidad contra el que no dijera «César es Señor.» Y ningún cristiano podría darle el título de Señor a nadie que no fuera Jesucristo. Ese era el centro de su credo.

Debemos ver cómo se desarrolló este culto al César hasta llegar a alcanzar su cima cuando se escribió *Apocalipsis*.

Hay que notar un hecho básico. El culto al César no se le impuso a la gente desde arriba. Surgió del pueblo; hasta se podría decir que se desarrolló a pesar de los esfuerzos que hicieron los primeros emperadores para detenerlo, o por lo menos limitarlo. Y se ha de notar que, de todos los habitantes del imperio, sólo los judíos estaban exentos.

El culto al César empezó como una expresión espontánea de agradecimiento a Roma. Los habitantes de las provincias sabían muy bien lo mucho que le debían a Roma. La justicia romana imparcial había desplazado la opresión tiránica y caprichosa; la seguridad, a la inseguridad. Las grandes carreteras romanas se extendían por todo el mundo; y se mantenían a salvo de bandoleros, y los mares, de piratas. La pax romana, la paz romana, era la cosa más grande que había sucedido en el mundo antiguo. Como decía Virgilio, Roma creía que su destino era «rehabilitar a los caídos y sojuzgar a los soberbios.» Había un nuevo orden en el mundo. E. J. Goodspeed escribe: «Esto era la pax romana. El provinciano se encontraba bajo la soberanía de Roma en posición de dirigir su propio negocio, proveer para su familia, enviar sus cartas y hacer sus viajes con toda seguridad gracias a la mano poderosa de Roma.»

El culto al César no empezó por convertir en un dios al emperador, sino por divinizar a Roma. El espíritu del imperio se divinizó bajo el nombre de la diosa Roma. Roma representaba todo el poder fuerte y benevolente del imperio. El primer templo dedicado a Roma se erigió en Esmirna hacia el año 195 a.C. De ahí no había más que un paso para considerar que el espíritu de

Roma se encarnaba en el emperador. El culto al emperador empezó con el de Julio César después de su muerte. El año 29 a.C., el emperador Augusto dio permiso a las provincias de Asia y Bitinia para erigir templos en Éfeso y Nicea para el culto simultáneo de la diosa Roma y del divinizado Julio César. Se animaba y hasta exhortaba a los ciudadanos romanos a dar culto en esos templos. Entonces se dio otro paso: Augusto permitió a los provincianos que no eran ciudadanos romanos erigir templos en Pérgamo de Asia y en Nicomedia de Bitinia donde se diera culto a Roma y a él mismo. Al principio se consideraba que el culto al emperador reinante les estaba permitido a los provincianos que no eran ciudadanos romanos, pero no a los que tenían esa dignidad.

Hubo un desarrollo inevitable. Es humano eso de adorar a un dios al que se puede ver, mejor que a un espíritu. Poco a poco la gente empezó a dar culto más y más al emperador mismo en vez de a la diosa Roma. Todavía se requería un permiso especial del senado para erigir un templo al emperador reinante; pero a mediados del siglo I d.C. se daba ya ese permiso con bastante libertad. El culto al César se fue convirtiendo en la religión universal del Imperio Romano. Se instituyó un sacerdocio, y el culto se organizó en presbiterios, cuyos oficiales eran tenidos en alto honor.

Este culto no se pretendía que desplazara a las otras religiones. Roma era esencialmente tolerante. Uno podía dar culto al César y a otros dioses. Pero más y más, el culto al César se convirtió en una prueba de lealtad política; llegó a ser, como ha dicho alguien, el reconocimiento del dominio del César sobre el alma y la vida de las personas. Tracemos, pues, el desarrollo de este culto hasta la aparición de Apocalipsis y algo después.

(i) Augusto, que murió el año 14 d.C., permitió el culto de Julio César, su gran predecesor. Permitted a los que no eran ciudadanos romanos en las provincias darle culto a él mismo, pero no permitió que lo hicieran los ciudadanos; y no hizo nada para animar ese culto.

(ii) Tiberio (14-37 d.C.) no pudo detener el culto al César. Prohibió que se edificaran templos y que se ordenaran sacerdotes para darle culto a él; en una carta a Gitón, una ciudad de Laconia, se negó en redondo a que le rindieran homenaje

como a un dios. Lejos de promover el culto al César, lo que hizo fue frenarlo.

(iii) Calígula (37-41 d.C.), el siguiente emperador, era epiléptico, un chalado y megalómano. Insistió en reclamar honores divinos. Hizo lo posible por imponerles el culto al César hasta a los judíos, que siempre habían estado y habrían de estar exentos. Hizo planes para colocar su propia imagen en el lugar santísimo del templo de Jerusalén, lo que habría provocado una rebelión inevitable. Por fortuna murió antes de llevar a cabo su plan; pero en su reinado tenemos un episodio en el que el culto al César se convirtió en una exigencia imperial.

(iv) A Calígula le sucedió Claudio (41-54 d.C.), que le dio la vuelta totalmente a esa política insensata. Escribió al gobernador de Egipto -había un millón de judíos sólo en Alejandría- aprobando totalmente el rechazo de los judíos a llamar al emperador un dios, y concediéndoles libertad total para practicar su propio culto. Cuando ascendió al trono, escribió a Alejandría diciendo: «Lamento que se haya nombrado un sumo sacerdote para darme culto a mí y que se construyan templos, porque no quiero ofender a mis contemporáneos y creo que los altares sagrados y cosas semejantes se han dedicado en todas las edades a los dioses inmortales como honores que les eran debidos.»

(v) Nerón (54-68 d.C.) no tomaba su divinidad en serio, ni tampoco hizo nada para insistir en el culto al César. Es verdad que persiguió a los cristianos; pero no fue porque se negaran a darle culto, sino ante la necesidad de encontrar chivos expiatorios por el gran fuego de Roma.

(vi) Tras la muerte de Nerón hubo tres emperadores en dieciocho meses -Galba, Otón y Vitelio, y en aquel tiempo caótico ni siquiera surgió la cuestión del culto al César.

(vi_i) Los dos emperadores siguientes, Vespasiano (69-79 d.C.) y Tito (79-81 d.C.), fueron gobernadores prudentes que no insistieron en el culto al César.

(vi_{ii}) La llegada de Domiciano (81-96 d.C.) trajo un cambio radical. Era un demonio. Y lo peor de todo: un perseguidor de sangre fría. Con la excepción de Calígula, fue el primer emperador que tomó en serio su divinidad y exigió el culto al César. La diferencia estaba en que Calígula era un demonio insensato, mientras que Domiciano era un demonio cuerdo, que es mucho más aterrador. Erigió un monumento al divinizado Tito, hijo del divinizado Vespasiano.» Inició una campaña de persecución cruel contra todos los que no adoraran a los antiguos dioses -«los ateos» los llamaba. En particular dirigió su odio contra los judíos y los cristianos. Cuando llegaba al teatro con su emperatriz, la multitud tenía que ponerse en pie y gritar: «¡Toda la gloria para nuestro Señor y su Señora!» Actuaba como si fuera un dios. Informaba a todos los gobernadores de las provincias que los anuncios y las proclamaciones del gobierno tenían que empezar: «Nuestro Señor y Dios Domiciano ordena...» Cualquiera que se dirigiera a él de palabra o por escrito había de empezar: «Señor y Dios.»

Aquí tenemos el trasfondo del Apocalipsis. Por todo el imperio todos tenían que llamar diosa Domiciano -o morir. El culto al César era una política deliberada. Todos tenían que decir: «El César es Señor.» No había escapatoria.

¿Qué podían hacer los cristianos? ¿Qué esperanza tenían? No eran muchos de ellos sabios ni poderosos. No tenían ni influencia ni prestigio. Se había levantado contra ellos el poder de Roma, que ninguna nación había podido resistir. Se enfren-

taban con la alternativa César o Cristo. Para animar a los cristianos en tales circunstancias se escribió Apocalipsis. Juan no cerraba los *ojos* a los terrores; vio cosas terribles que estaban sucediendo, y otras aún más terribles que se les echaban encima; pero por encima de ellas vio la gloria que esperaba a los que desafiaron al César en su amor a Cristo. Apocalipsis nos llega de una de las épocas más heroicas de toda la Historia de la Iglesia Cristiana. Es verdad que el sucesor de Domiciano, Nerva (96-98 d.C.), revocó aquellas leyes salvajes; pero el daño estaba hecho, los cristianos estaban fuera de la ley, y Apocalipsis es un toque de clarín a ser fieles hasta la muerte para ganar la corona de la vida.

UN LIBRO QUE VALE LA PENA ESTUDIAR

No se pueden cerrar los *ojos* a las dificultades del Apocalipsis. Es el libro más difícil de la Biblia; pero vale la pena estudiarlo, porque contiene la fe radiante de la Iglesia Cristiana en días en que la vida era una pura agonía y los creyentes esperaban el fin de los cielos y de la tierra que conocían, pero creían que más allá del terror estaba la gloria, y por encima de los hombres furiosos estaba el poder de Dios.

APOCALIPSIS

LA REVELACIÓN DE DIOS A LOS HOMBRES

Apocalipsis 1:1-3

Esta es la revelación que reveló Jesucristo, la revelación que Dios Le dio para que la mostrara a Sus siervos, la revelación que se refiere a las cosas que deben suceder próximamente. Esta revelación la envió y explicó Jesucristo por medio de Su ángel a Su siervo Juan, que dio testimonio de todo lo que vio de acuerdo con la palabra enviada por Dios y atestada por el testimonio que dio Jesucristo.

¡Bendito sea el que lea, y los que escuchen las palabras de esta profecía, y los que guarden las cosas que están escritas en ella! Porque el tiempo está cerca.

Este libro se llama en algunas versiones *Revelación* y en otras *Apocalipsis*. Empieza con las palabras «La revelación de Jesucristo.» lo que quiere decir, no la revelación *acerca de* Jesucristo, sino la revelación hecha *por* Jesucristo. La palabra griega para *revelación* es *apokálypsis*, que tiene una larga historia.

(i) *Apokálypsis* se compone de dos partes. *Apo* quiere decir *lejos de*, y *kálypsis* es un *velo*. *Apokálypsis* quiere decir, por tanto, *desvelar*, *revelar*. No era en un principio una palabra religiosa; quería decir sencillamente el descubrimiento de cualquier hecho. Plutarco la usa de una manera interesante en *Cómo distinguir a un adulator de un amigo*, 32. Cuenta que una vez Pitágoras regañó mucho en público a un discípulo suyo muy fiel, y este fue y se ahorcó. «Desde aquel momento Pitágoras no volvió a regañar nunca a nadie cuando había alguien más presente. Porque el error se ha de tratar como una enfermedad repulsiva, y toda amonestación y revelación (*apokálypsis*) debe hacerse en secreto.» Pero *apokálypsis* llegó a ser una palabra especialmente cristiana.

(ii) Se usa para la revelación de la voluntad de Dios en relación con lo que tenemos que hacer en un momento dado. Pablo dice que subió a Jerusalén por *apokálypsis*. Es decir, que fue porque Dios le hizo saber que eso era lo que Él quería que hiciera (*Gálatas 2:2*).

(iii) Se usa de la revelación de la verdad de Dios a los hombres. Pablo no había recibido su Evangelio de los hombres, sino por *apokálypsis* de Jesucristo (*Gálatas 1:12*). En la asamblea cristiana, el mensaje del predicador es una *apokálypsis* (*1 Corintios 14:6*).

(iv) Se usa de la revelación que hace Dios a los hombres de Sus propios misterios, especialmente en la Encarnación de Jesucristo (*Romanos 16:25; Efesios 3:3*).

(v) Se usa específicamente de la revelación del poder y de la santidad de Dios que ha de venir en los últimos tiempos. Ese será un desvelamiento de juicio (*Romanos 2:5*); pero para los cristianos lo será de alabanza y de gloria (*1 Pedro 1:7*); de gracia (*1 Pedro 1:13*); de gozo (*1 Pedro 4:13*).

Antes de recordar usos más técnicos de *apokálypsis* debemos notar dos cosas.

(i) Esta revelación está conectada especialmente con la obra del Espíritu Santo (*Efesios 1:17*).

(ii) No podemos por menos de ver que aquí tenemos un cuadro de la totalidad de la vida cristiana. No hay parte de ella que no sea iluminada por la revelación de Dios. Dios nos revela lo que hemos de decir y hacer; en Jesucristo, Él Se nos revela a Sí mismo, porque el que ha visto a Jesucristo ha visto al Padre (*Juan 14:9*); y la vida discurre hacia la gran revelación final en la que habrá juicio para los que no se hayan sometido a Dios, pero gracia y gloria y gozo para los que estén en Jesucristo. La revelación no es una idea técnica teológica; es lo que Dios está ofreciéndoles a todos los que Le quieran escuchar.

Veamos ahora el sentido técnico de *apokálypsis*, que está especialmente conectado con este libro.

Los judíos hacía mucho que habían dejado de esperar que serían vindicados como el pueblo escogido por medios humanos. En este tiempo ya no esperaban nada menos que una directa intervención de Dios. En ese sentido dividían la historia del tiempo en dos edades -*esta edad presente*, totalmente entregada al mal; y la *edad por venir*, la edad de oro de Dios. Entre las dos habría de haber un tiempo de prueba terrible. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos, los judíos escribieron muchos libros que eran visiones del tiempo terrible del fin, y de la bendición que vendría después. Estos libros se llamaban *Apokálypses*; y eso es lo que es el *Apocalipsis*. Aunque no hay otro como él en el Nuevo Testamento, pertenece a una clase de literatura que fue muy abundante entre los Testamentos. Todos esos libros son peregrinos e ininteligibles, porque tratan de describir lo indescriptible. El mismo tema del *Apocalipsis* nos da la razón de su dificultad.

LOS INTERMEDIARIOS DE LA REVELACIÓN DE DIOS

Apocalipsis 1:1-3 (continuación)

Esta breve sección nos presenta un relato conciso acerca de cómo llega a los hombres la revelación de Dios.

(i) La revelación tiene su origen en Dios, fuente de toda verdad. Toda verdad que descubren las personas es dos cosas: un descubrimiento de la mente humana, y un don de Dios. Pero se debe tener presente siempre que las personas no *crean* la verdad sino que *la reciben* de Dios. Y también debemos tener presente que esa recepción se realiza de dos maneras. Es el resultado de *una búsqueda sincera*. Dios nos ha dado la mente a las personas, y es a menudo a través de la mente como nos habla. No le concede Su verdad al que es demasiado perezoso para pensar. Y viene tras *una espera reverente*. Dios envía Su verdad a la persona que, no solo piensa intensamente, sino que también espera reposadamente en oración y devoción. Pero hay que recordar que la oración y la devoción no son meramente pasivas. Consisten en estar consagradamente a la escucha de la voz de Dios.

(ii) Dios da Su revelación a Jesucristo. La Biblia nunca, como si dijéramos, hace de Jesús un segundo Dios; más bien subraya Su absoluta dependencia de Dios. « Mi enseñanza -dijo Jesús-, no es mía, sino del Que Me envió» (*Juan 7:16*). «Yo no hago nada por Mí mismo, sino que, según Me enseñó el Padre, así hablo» (*Juan 8:28*). «Yo no hablo por Mí propia cuenta; el Padre, Que Me envió, Él Me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar» (*Juan 12:49*). Es la verdad de Dios lo que Jesús trae a los hombres; y por eso Su enseñanza es única y definitiva.

(iii) Jesús envía Su revelación a Juan por medio de Su ángel (*Apocalipsis 1:1*). Aquí se muestra el autor de *Apocalipsis* como un hijo de su tiempo. En aquel tiempo de la Historia los hombres eran especialmente conscientes de la trascendencia de Dios. Es decir, les impresionaba sobre todas las cosas la diferencia que hay entre Dios y el hombre. Hasta tal punto que creían que era imposible la comunicación directa entre Dios y el hombre, y que siempre había de haber algún intermediario. En la historia del Antiguo Testamento, Moisés recibió la Ley directamente de las manos de Dios (*Éxodo 19 y 20*); pero dos veces se nos dice en el Nuevo Testamento que la Ley fue dada por medio de ángeles (*Hechos 7:53; Gálatas 3:19*).

(iv) Por último, la revelación se le da a Juan. Es muy alentador recordar el papel que representan las personas en la llegada de la revelación de Dios. Dios tiene que encontrar una persona para confiarle Su verdad y usarla como Su boca.

(v) Notemos ahora *el contenido* de la revelación que viene a Juan. Es la revelación de «las cosas que deben suceder próximamente» (*Apocalipsis 1:1*). Hay aquí dos palabras importantes. Está la palabra *deben*. La Historia no es un mero azar; tiene un propósito. Y está la palabra *próximamente*. Aquí tenemos la prueba de que es totalmente equivocado usar el *Apocalipsis* como una especie de horario misterioso de lo que fuera a ocurrir miles de años después. Según lo ve Juan, las cosas de que trata están para desarrollarse inmediatamente. El *Apocalipsis* debe interpretarse sobre el trasfondo de su propio tiempo.

LOS SIERVOS DE DIOS

Apocalipsis 1:1-3 (continuación)

Dos veces aparece la palabra *siervo* en este pasaje. La revelación de Dios les fue enviada a Sus *siervos* por medio de *Su siervo* Juan. En griego es *dulos*, y en hebreo *`ébed*, que son difíciles de traducir satisfactoriamente. La traducción normal de *dulos* es *siervo, esclavo*. *El verdadero obrero* de Dios es de hecho *Su esclavo*. Un obrero puede dejar su empleo cuando quiera; tiene horas fijas de trabajo y también fuera del trabajo; trabaja por un sueldo; tiene una mente propia, y puede llegar a un convenio en cuanto a cuándo y a qué dedicar su trabajo. Un siervo no puede hacer ninguna de esas cosas: es la posesión absoluta de su amo, y no tiene ni voluntad ni tiempo propios. *Dulos* y *`ébed* expresan lo absolutamente que debemos rendirle nuestra vida a Dios.

Es de sumo interés notar a quiénes se aplican estas palabras en la Escritura. Abraham era un siervo de Dios (*Génesis 26:24; Salmo 105:26; Daniel 9:11*). Jacob era un siervo de Dios (*Isaías 44: 1 s; 45:4; Ezequiel 37: 25*). Caleb y Josué eran siervos de Dios (*Números 14:24; Josué 24:29; Jueces 2:8; 2 Crónicas 24:6; Nehemías 1: 7; 10:29; Salmo 105:26; Daniel 9:11*). David

ocupa el segundo lugar, inmediatamente después de Moisés, como siervo típico de Dios (*Salmo 132:10; 144:10; 1 Reyes 8:66; 11:36; 2 Reyes 19:34; 20:6; 1 Crónicas 17:4*; en los epígrafes de los *Salmos 18 y 36; Salmo 89:3; Ezequiel 34:24*). Elías era un siervo de Dios (*2 Reyes 9:36; 10:10*). Isaías era un siervo de Dios (*Isaías 20:3*). Job era un siervo de Dios (*Job 1:8; 42:7*). Los profetas eran siervos de Dios (*2 Reyes 21:10; Amós 3: 7*). Los apóstoles eran siervos de Dios (*Filipenses 1:1; 7lto 1:1; Santiago 1:1; Judas 1:1; Romanos 1:1; 2 Corintios 4:5*). Un hombre como Epafras era un siervo de Dios (*Colosenses 4:12*). Todos los cristianos son también siervos de Dios (*Efesios 6:6*).

De esto se deducen dos cosas.

(i) Los hombres más importantes consideraban su más alto honor el hecho de ser siervos de Dios.

(ii) Debemos notar la amplitud de este servicio: Moisés, el legislador; Abraham, el aventurero peregrino; David, el zagal, el dulce cantor de Israel, el rey de la nación; Josué y Caleb, soldados y hombres de acción; Elías e Isaías, profetas y hombres de Dios; Job, fiel en la adversidad; los apóstoles, que comunicaron a la humanidad la historia de Jesús; todos los cristianos - somos todos *siervos de Dios*. No hay nadie a quien Dios no pueda usar si se somete a Su servicio.

LOS BENDITOS DE DIOS

Apocalipsis 1:1-3 (conclusión)

Este pasaje finaliza con una bendición triple.

(i) La persona que lea estas palabras será bienaventurada o bendita. El *lector* que se menciona aquí no es el lector privado, sino el que lee públicamente la Palabra de Dios en presencia de la congregación. La lectura de la Escritura era el centro de cualquier culto judío (*Lucas 4:16; Hechos 13:15*). La Escritura se leía en las sinagogas judías a la congregación por siete miembros normales de la misma, aunque si estaban presentes un sacerdote o un levita se les concedía prioridad. La Iglesia Cristiana adoptó esta costumbre del orden de la sinagoga, y la lectura de la Escritura siguió ocupando una parte central del culto. Justino Mártir nos ha dejado la descripción más antigua de cómo era un culto en la Iglesia Primitiva; e incluía la lectura de «las memorias de los apóstoles (es decir, los evangelios) y los escritos de los profetas» (*Justino Mártir 1:67*). El *lector* llegó a ser con el tiempo un cargo oficial en la Iglesia. Una de las quejas de Tertuliano sobre las sectas heréticas era la manera en que una persona podía llegar demasiado pronto a un cargo sin tener la debida formación. Escribe: «Así es que sucede que hoy hace uno de obispo, y mañana otro; hoy es uno diácono, y mañana *lector* (Tertuliano, *Sobre la prescripción contra los herejes*, 41).

(ii) La persona que oiga estas palabras será bendita. Haremos bien en recordar cuán gran privilegio es escuchar la palabra de Dios en nuestra propia lengua, privilegio por el que se ha pagado un precio muy elevado. Ha habido quienes han muerto para que pudiéramos tenerlo; y el clero profesional luchó mucho tiempo para reservárselo. Hasta el día de hoy se sigue luchando para dar las Escrituras en su propia lengua a todo el mundo.

(iii) El que guarde estas palabras será bendito. Oír la Palabra de Dios es un privilegio; obedecerla, es un deber. No es un cristiano verdadero el que oye la Palabra y la olvida o descuida deliberadamente. (Cp. *Mateo 7:26s*).

Esto es mucho más relevante porque el tiempo es corto. El tiempo del cumplimiento está cercano (versículo 3). La Iglesia Original vivía en la expectación de la Segunda Venida de Jesucristo, y esa expectación era «la base de la esperanza en la adversidad y de la constante llamada a mantenerse alerta.» Totalmente aparte de eso, nadie sabe cuando recibirá la llamada para salir de este mundo; y, para encontrarse con Dios con confianza, se ha de añadir al escuchar con el oído el obedecer con toda la vida.

Hay siete *benditos o bienaventurados* en *Apocalipsis*.

(i) Están los *bienaventurados* que acabamos de estudiar. Podemos llamar a esta la bendición de leer, escuchar y obedecer la Palabra de Dios.

(ii) Son bienaventurados los que mueran en el Señor desde ahora en adelante (14:13). Podríamos llamar a esta la bienaventuranza en el Cielo de los amigos de Cristo en la Tierra.

(iii) Es bienaventurado el que se mantiene alerta y guarda sus vestiduras (16:15). Podríamos llamarla la bienaventuranza del peregrino vigilante.

(iv) Son bienaventurados los que están invitados a la cena de bodas del Cordero (19:9). Podríamos llamarla la bienaventuranza de los convidados de Dios.

(v) Es bienaventurada la persona que forma parte de la primera resurrección (20:6). Podríamos llamarla la bienaventuranza de la persona a la que no la puede tocar la muerte.

(vi) Es bienaventurado el que guarde las palabras de la profecía de este libro (22:7). Podríamos llamarla la bienaventuranza del lector sabio de la Palabra de Dios.

(vi;j) Son bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas de la ciudad celestial (22:14). Podríamos llamarla la bienaventuranza de los que viven con limpieza conforme a la voluntad de Dios.

Esta bendición se ofrece a todos los cristianos.

EL MENSAJE Y SUS DESTINATARIOS

Apocalipsis 1:4-6

Aquí Juan, escribiendo a las siete iglesias que hay en Asia: Que la gracia sea con vosotros, y la paz, de El Que Es y Era y Ha De Venir, y de los siete Espíritus que están delante de Su trono, y de Jesucristo, el Testigo fidedigno, el Primogénito de entre los muertos, el Soberano de los reyes de la tierra. AL Que nos ama, y nos ha hecho libres de nuestros pecados al precio de Su propia sangre, y nos ha constituido en un reino de sacerdotes para Su Dios y Padre, a Él sean la gloria y el dominio para siempre. Amén.

Apocalipsis es una carta, escrita a las siete iglesias que hay en Asia. En el Nuevo Testamento, Asia no es el continente, sino la provincia romana. Había sido en tiempos el reino de Atalo 111, que se lo había legado a los romanos en su testamento. Incluía la costa occidental de Asia Menor, a orillas del Mediterráneo, limitando con Frigia, Misia, Caria y Licia hacia el interior; y su capital era la ciudad de Pérgamo.

Las siete iglesias se nombran en el versículo 11: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Estas no eran las únicas iglesias que había en Asia. Había también en Colosas (*Colosenses 1:2*); Hierápolis (*Colosenses 4:13*); Tróade (*2 Corintios 2:12*; *Hechos 20:5*); Mileto (*Hechos 20:17*); Magnesia y Tralles, como se ve por las cartas de Ignacio, obispo de Antioquía. ¿Por qué especificó Juan solamente estas siete? Puede que haya más de una razón para esta selección.

(i) Estas iglesias se podrían considerar los centros de siete distritos postales, colocadas en una especie de carretera circular que recorría el interior de la provincia. Tróade estaba fuera de las rutas comentadas; pero Hierápolis y Colosas estaban a una distancia de a pie de Laodicea; y Tralles, Magnesia y Mileto estaban cerca de Éfeso. Las cartas que llegaran a estas siete ciudades podrían circular fácilmente por las zonas circundantes; y como las cartas se tenían que escribir a mano, cada una se mandaría adonde pudiera alcanzar más fácilmente al mayor número de lectores.

(ii) Una lectura, aunque sea de corrido, de *Apocalipsis*, muestra la preferencia que tiene Juan por el número siete. Aparece cincuenta y cuatro veces. Hay siete candelabros (1:12), siete estrellas (1:16), siete lámparas (4:5), siete sellos (5:1), siete cuernos y siete ojos (5:6), siete truenos (10:3), siete ángeles, siete plagas y siete copas (15:6-8). Los pueblos antiguos consideraban el siete como el número perfecto; y se encuentra por todo *Apocalipsis*.

De este hecho sacaron algunos de los primeros intérpretes una conclusión interesante. Siete es el número perfecto porque representa *la plenitud*. Por tanto, se sugiere que cuando Juan escribió a las *siete* iglesias, de hecho estaba escribiendo a *toda* la Iglesia en general. La primera lista que ha llegado a nosotros de los libros del Nuevo Testamento, que es el *Canon de Muratori*, dice de *Apocalipsis*: «Porque también Juan, aunque escribió en *Apocalipsis* a siete iglesias, sin embargo habla a todas ellas.» Esto resulta aún más probable si recordamos lo que Juan repite: «El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu les dice a las iglesias» (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22).

(iii) Aunque las razones que hemos aducido para esta elección de siete iglesias pueda ser válida, todavía puede serlo más el que las escogiera porque tuviera una responsabilidad especial en ellas; que fueran, en un sentido especial, sus iglesias, y que al dirigirse a ellas en primer lugar mandaba su mensaje a los que más conocía y amaba, y a partir de ellos a todas las iglesias de todos los tiempos.

LA BENDICIÓN Y SU ORIGEN

Apocalipsis 1:4-6 (continuación)

Empieza mandándoles la bendición de Dios.

Les manda *la gracia*, que quiere decir todos los dones inmerecidos del amor maravilloso de Dios. Les envía *la paz*, que R. H. Charles describe hermosamente como «la armonía entre Dios y el hombre restaurada mediante Cristo.» Pero hay dos cosas extraordinarias en este saludo.

(i) Juan envía la bendición de El Que Era, y Es, y Ha De Venir. Ese es ya en sí un título corriente de Dios. En Éxodo 3:14, la palabra de Dios a Moisés es: «Yo soy el Que soy.»

Los rabinos judíos explicaban esta frase diciendo que Dios quería decir: «Yo fui; Yo sigo siendo, y seré en el futuro.» Los griegos decían de «Zeus que fue, que es, y que será.» Los adoradores órficos decían: «Zeus es el primero y Zeus es el último; Zeus está a la cabeza y Zeus está en el centro; y de Zeus proceden todas las cosas.» Eso es lo que *Hebreos* dice tan hermosamente: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (*Hebreos 13:8*).

Pero para obtener el significado total de esto debemos considerarlo en griego, porque Juan revienta aquí los límites de la gramática para mostrar su reverencia hacia Dios. Traducimos la primera frase por *de El Que Es*; en español es bastante correcto, pero no en griego. Un nombre o pronombre griego está en caso nominativo cuando es el sujeto de la oración; pero, cuando lleva delante una preposición, cambia de caso y *de forma*, como sucede en español con yo, que se cambia en *me o mí* cuando es

complemento. Cuando Juan dice que la bendición viene *de El Que Es -ho ón*, participio del verbo *ser-*, debería haberlo puesto en genitivo después de la preposición *de*; pero, contra la ley de la gramática, lo deja en la forma del nominativo. Es como si pusieramos en español *de yo*, en vez de *de mí*. Juan tiene tal respeto a Dios que se niega a alterar Su nombre aunque lo exijan las reglas gramaticales.

Y no acaba aquí el uso alucinante que hace Juan del lenguaje. La segunda frase es *de El Que Era*. Lo mismo que en la frase anterior, *El Que Era* debería ser en griego un participio; pero lo curioso es que el verbo *eimí, ser*, no tiene participio pasado, en lugar del cual se usa *guenómenos*, del verbo *guígnomai*, que quiere decir no solo *ser* sino también *llegar a ser*. *Llegar a ser* implica cambio, y Juan se niega en redondo a aplicarle a Dios una palabra que implique cambio; así es que usa una frase griega que es gramaticalmente imposible y que no se había usado nunca.

En los días terribles en que estaba escribiendo, Juan afirmaba su corazón en la inmutabilidad de Dios, y desafiaba la gramática para hacer hincapié en su fe.

EL ESPÍRITU SÉPTUPLO

Apocalipsis 1:4-6 (continuación)

Cualquiera que lea este pasaje no podrá por menos de sorprenderse de la manera en que se nos presenta aquí la Trinidad. Hablamos de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aquí tenemos a Dios el Padre, y a Jesucristo el Hijo; pero en vez del Espíritu Santo nos encontramos con los *siete Espíritus que* están delante de *Su trono*. Estos siete Espíritus se mencionan más de una vez en Apocalipsis (3:1; 4:5; 5:6). A esto se han ofrecido tres explicaciones principales.

(i) Los judíos hablaban de los siete ángeles de la presencia, a los que daban el bonito nombre de «los primeros siete blancos» (1 Henoc 90:21). Eran lo que solemos llamar los arcángeles, que «están al servicio de Dios y tienen acceso ante el Señor de la gloria» (Tobías 12:15, N.B.E.). No siempre se les dan los mismos nombres, pero los más corrientes son Uriel, Rafael, Ragüel, Miguel, Gabriel, Saicael y Jeremiel. Estaban a cargo de los elementos del mundo -fuego, aire y agua- y eran los ángeles de la guarda de las naciones. Eran los más ilustres y los más íntimos servidores de Dios. Algunos intérpretes creen que son los siete Espíritus que se mencionan aquí; pero eso no puede ser, porque, por muy grandes que fueran los arcángeles, eran seres creados.

(ii) La segunda explicación los relaciona con el famoso pasaje de *Isaías* 11:2, que decía en la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento: «El Espíritu del Señor reposará sobre Él, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de piedad; por este Espíritu estará lleno del temor de Dios.» Este pasaje es la base de la gran concepción de los *séptuplos dones del Espíritu* que aparece en la liturgia y en la himnología cristiana.

El Espíritu, como decía Beato, es uno en nombre pero séptuplo en virtudes. Si pensamos en el séptuplo don del Espíritu no nos es difícil pensar en el Espíritu como siete Espíritus, cada uno el dador de un gran don a la humanidad. Así es que se ha sugerido que la concepción de los séptuplos dones del Espíritu fue el origen de la idea de los siete Espíritus que están delante del trono de Dios.

(iii) La tercera explicación conecta la idea de los siete Espíritus con las siete iglesias. En *Hebreos* 2:4 leemos que Dios da «repartimientos del Espíritu Santo.» La palabra original ahí es *merismós*, que quiere decir *porciones*, como si la idea fuera que Dios reparte Su Espíritu entre las personas. Así es que la idea aquí sería que los siete Espíritus representan la porción del Espíritu que Dios dio a cada una de las siete iglesias. Querría decir qué no se deja a ninguna comunión cristiana sin la presencia y el poder y la iluminación del Espíritu Santo.

LOS TÍTULOS DE JESÚS

Apocalipsis 1:4-6 (continuación)

En el presente pasaje se le aplican a Jesucristo tres grandes títulos.

(i) Es el Testigo al que podemos dar crédito. Es una idea favorita del Cuarto Evangelio que Jesús es testigo de la verdad de Dios. Jesús le dijo a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo que de lo que sabemos, hablamos, y de lo que hemos visto, testificamos» (Juan 3:11). Y a Pilato: «Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Juan 18:37). Un testigo es esencialmente una persona que habla de algo que conoce de primera mano. Por eso Jesús es el testigo de Dios. Es la Persona que tiene un conocimiento exclusivo y de primera mano de Dios.

(ii) Es el Primogénito de entre los muertos. La palabra original para *primogénito* es *prótótokos*, que puede tener dos significados. (a) Puede querer decir literalmente *primer nacido*. Si se usa en este sentido, se refiere a la Resurrección. Mediante Su Resurrección Jesús obtuvo una victoria sobre la muerte de la que pueden participar todos los que creen en Él. (b) Como el primogénito era el hijo que heredaba el honor y el poder del padre, *prótótokos* viene a querer decir *Uno con poder y honor, Que ocupa el primer lugar*, un príncipe entre los seres humanos. Cuando Pablo le llama a Jesús el Primogénito de toda la Creación

(*Colosenses 1:15*), quiere decir que Le corresponde a Él el primer lugar de honor y de gloria. Si tomamos la palabra en este sentido -como probablemente debemos quiere decir que Jesús es el Señor de los que ya han muerto como lo es de los que todavía están vivos. No hay parte del universo, de este mundo ni de ningún otro, ni de la vida ni de la muerte, de la que Jesucristo no sea Señor.

(iii) Es el Soberano de los reyes de la tierra. Aquí debemos notar dos cosas. (a) Hay aquí una reminiscencia del *Salmo 89:27*: « Yo también Le pondré por Primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra.» Los eruditos judíos siempre consideraron que aquí se hacía referencia al Mesías por venir; y por consiguiente, decir que Jesús es el Soberano de los reyes de la tierra es proclamarle el Mesías. (b) Swete señala hermosamente la conexión entre este título de Jesús y el relato de Sus tentaciones en el desierto, en el que se nos dice que el Diablo subió a Jesús a una montaña muy alta y Le mostró todos los reinos de la tierra y su gloria, y Le dijo: « Te los daré todos si Te postras y me rindes pleitesía» (*Mateo 4:8s; Lucas 4:6s*). El Diablo pretendía que se le habían entregado a él todos los reinos de la tierra (*Lucas 4:6*); y Le hacía la propuesta a Jesús que, si hacía un trato con él, le daría una parte, en ellos. Lo alucinante es que lo que Le propuso el Diablo a Jesús -que no habría podido cumplir-, lo ganó Jesús para Sí por el sufrimiento de la Cruz y el poder de la Resurrección. Sin componendas con el mal, sino mediante la lealtad inquebrantable y el amor indefectible con que aceptó la Cruz, Jesús llegó al señorío universal.

LO QUE HIZO JESÚS POR LA HUMANIDAD

Apocalipsis 1:4-6 (conclusión)

Pocos pasajes presentan con igual esplendor lo que hizo Jesús por la humanidad.

(i) El nos ama y nos hace libres de nuestros pecados al precio de Su propia sangre. La Reina-Valera comete aquí un error. Dice: «Al que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con Su sangre...» Las palabras para *lavar* y *libertar* son muy semejantes en griego. *Lavar* es *lúein*, y *libertar* es *lyein*; pero no cabe duda de que los manuscritos griegos más antiguos y mejores ponen *lyein*. También *con Su sangre* es una traducción defectuosa. La palabra que se traduce por *con* es en griego *en*, que aquí es una traducción del hebreo *be*, que quiere decir *al precio de*.

Lo que Jesús hizo, según lo veía Juan, es que nos libertó de nuestros pecados al precio de Su propia sangre. Esto es exactamente lo que dice más adelante cuando habla de los que fueron redimidos por Dios por la sangre del Cordero (5:9). Es exactamente lo que Pablo quería decir cuando hablaba de que hemos sido *redimidos* de la maldición de la Ley (*Gálatas 3:13*); y cuando hablaba de *redimir* a los que estaban bajo la Ley (*Gálatas 4:5*). En estos casos la palabra que se usa es *exagorázein*, que quiere decir *sacar algo comprándolo*, es decir, pagar el precio para comprar a una persona o cosa sacándola de la posesión del que la tenía bajo su poder.

Esta es una corrección muy interesante e importante a la versión Reina-Valera. Se encuentra en todas las traducciones más recientes -N.B.E.'75; R-V'77 CLIE; R.VA.'1989, etc., etc.- lo que quiere decir que las frases trilladas como «ser lavados en la sangre del Cordero» tienen poca base escritural. Esas frases pintaban un cuadro inquietante; y puede que traiga un cierto alivio a muchos el saber que lo que dijo Juan fue que somos libertados del poder de nuestros pecados al precio de la sangre, es decir, de la vida ofrendada de Jesucristo.

Aquí hay otra cosa muy significativa. Debemos poner atención en los tiempos de los verbos. Juan dice que Jesús nos *ama* y nos *libertó*. *Ama* está en el *presente*, y *quiere* decir que el amor de Dios en Jesucristo es constante e invariable. Nos *libertó* está en el pasado, el aoristo en griego, lo que indica que es una acción completada en el pasado, y quiere decir que en el único acto de la Cruz se logró nuestra liberación del pecado. Es decir, que lo que sucedió en la Cruz fue una acción definitiva y eficaz en el tiempo, que era la expresión del amor eterno de Dios.

(ii) Jesús nos ha constituido en un reino y nos ha hecho sacerdotes de Dios. Esta es una cita de *Éxodo 19:6*: < *Vosotros Me seréis un reino de sacerdotes y gente santa.*» Jesús ha hecho dos cosas por nosotros.

(a) Nos ha conferido la realeza. Por medio de Él llegamos a ser verdaderos hijos de Dios; y si somos hijos del Rey de los reyes, pertenecemos a un linaje de realeza sin igual.

(b) Nos ha constituido sacerdotes. El tema es el siguiente. Bajo la antigua dispensación, el sacerdote era el único que tenía derecho de acceso a Dios. Cuando un judío entraba en el Templo, podía atravesar el Atrio de los Gentiles, el Atrio de las Mujeres y el Atrio de los Israelitas -pero allí se tenía que detener; no podía entrar en el Atrio de los Sacerdotes, ni acercarse más al Lugar Santísimo. En la visión de los grandes días por venir, Isaías había dicho: «Se os llamará sacerdotes del Señor» (*Isaías 61:6*). Ese día, todos los del pueblo serían sacerdotes y tendrían acceso a Dios. Eso es lo que Juan quería decir; en virtud de lo que Jesucristo ha hecho, está abierto el acceso a la presencia de Dios para todas las personas. Existe el sacerdocio de todos los creyentes. Podemos acudir con confianza al Trono de la Gracia (*Hebreos 4:16*), porque tenemos un camino nuevo y vivo a la presencia de Dios (*Hebreos 10:19-22*).

LA GLORIA POR VENIR

Apocalipsis 1:7

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo Le verá, y Le verán los que Le traspasaron; y todas las tribus de la tierra se lamentarán por Él. ¡Sí! ¡Amén!

Desde ahora en adelante tendremos que notar en casi todos los pasajes el uso que hace Juan constantemente del Antiguo Testamento. Estaba tan empapado del Antiguo Testamento que casi no podía escribir un párrafo sin citarlo. Esto es interesante y significativo. Juan vivía en un tiempo cuando ser cristiano era estar en constante peligro de muerte. Él mismo experimentó el destierro y la cárcel y los trabajos forzados; y muchos experimentaron la muerte en sus formas más crueles. La mejor manera de mantener el coraje y la esperanza en tal situación era recordar que Dios no había fallado nunca en el pasado; y que Su poder no había disminuido en el presente.

En este pasaje presenta Juan el lema y el texto de todo su libro, su confianza en el glorioso retorno de Cristo, Que había de rescatar a los angustiados cristianos de la crueldad de sus enemigos.

(i) Para los cristianos, el retorno de Cristo es *una promesa con la que alimentan sus almas*. Juan toma su imagen del retorno de la visión de *Daniel* de los cuatro poderes bestiales que han mantenido el mundo en sus garras (*Daniel 7:1-14*). Estaban Babilonia, la potencia que era como un león con alas de águila (7:4); Persia, la potencia que era como un oso salvaje (7:5); Grecia, la potencia que era como un leopardo con cuatro alas (7:6). Y estaba Roma, la bestia de dientes de hierro, realmente indescriptible (7:7). Pero el día de estas potencias bestiales llegó a su fin, y se le dio el dominio a un poder benigno como un hijo de hombre. «Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de Días, y le hicieron acercarse delante de Él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran» (7:13s). Es de ese pasaje de *Daniel* de donde procede la frecuente imagen del Hijo del Hombre que viene en las nubes (*Marcos 13:26; 14:62; Mateo 24:30; 26:64*). Cuando lo despojamos de sus aderezos puramente temporales -por ejemplo, ya no pensamos en el Cielo como un lugar ubicado por encima de los cielos- nos quedamos con la verdad inalterable de que llegará un día cuando Jesucristo será el Señor de todo el universo. En esa esperanza ha estado la fuerza y el consuelo de los cristianos para los que la vida era difícil y su fe los llevaba a la muerte.

(ii) Para Sus enemigos, *el retorno de Cristo es una amenaza*. Para aclarar este punto, Juan cita otra vez el Antiguo Testamento, en *Zacarías 12:10*: «Cuando miren al que traspasaron, harán duelo por él como se haría por un hijo único, y le llorarán amargamente como se llora a un primogénito.» La historia que hay detrás del dicho de *Zacarías* es que Dios le había dado a Su pueblo un buen pastor; pero el pueblo, en su desobediente locura, le mató, y se buscaron pastores malvados y egoístas. Pero llegaría un día cuando, por la gracia de Dios, se arrepentirían con dolor, y ese día se acordarían del buen pastor al que habían traspasado, y lamentarían apesadumbrados su pérdida y lo que le habían hecho. Juan toma esta imagen, y se la aplica a Jesús. Los hombres Le crucificaron; pero llegará el día cuando Le vean otra vez, y entonces Él no será una figura quebrantada en una cruz, sino una figura regia a la que se haya entregado el dominio universal.

La primera referencia de estas palabras es a los judíos y a los romanos que crucificaron de hecho a Jesús. Pero en todo tiempo, todos los que pecan Le crucifican otra vez. Llegará el día cuando los que despreciaron y se opusieron a Jesucristo Le verán como Señor del universo y juez de sus almas.

Juan cierra el pasaje con dos exclamaciones: « ¡Sí, desde luego! ¡Que sea así!» Al usar la expresión tanto en griego como en hebreo, Juan subraya su terrible solemnidad.

EL DIOS EN QUIEN CONFIAMOS

Apocalipsis 1:8

Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el Que es y el Que era y el Que ha de venir, el Todopoderoso.

Aquí tenemos una descripción maravillosa del Dios en Quien confiamos y al Que adoramos.

(i) Es el alfa y la omega. *Alfa* es la primera letra, y *omega* la última del alfabeto griego; y la frase *de alfa a omega* expresa plenitud. La primera letra del alfabeto hebreo es el *álef*, y la última la *tau*; y los hebreos tenían un dicho paralelo. Los rabinos decían que Adán transgredió la Ley del *álef* ala *tau*, y que Abraham la cumplió del *álef* ala *tau*. Decían que Dios había bendecido a Israel del *álef* ala *tau*. Esta expresión indica que Dios es absolutamente completo: tiene en Sí lo que llamaba H. B. Swete «la vida ilimitada que lo abarca y lo trasciende todo.»

(ii) Dios es el Que es y el Que era y el Que ha de venir. Es decir: es el Eterno. Era antes de que empezara el tiempo; es ahora, y seguirá siendo cuando acabe el tiempo. Ha sido el Dios de todos los que han confiado en Él; es el Dios en Quien podemos poner nuestra confianza en el momento presente, y no puede haber ningún acontecimiento ni tiempo en el futuro que nos pueda separar de Su amor. «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades,

ni lo presente ni lo porvenir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor que Dios nos ha mostrado en Jesucristo nuestro Señor» (*Romanos 8:38s*).

(iii) Dios es Todopoderoso. La palabra griega para Todopoderoso es *Pantokrátór*, que describe al Que tiene dominio sobre todas las cosas.

Es un hecho sugestivo que esta palabra aparece siete veces en el Nuevo Testamento. Se encuentra una vez en *2 Corintios 6:18* en una cita del Antiguo Testamento, y las otras seis en *Apocalipsis*. Esta palabra es característica de Juan. Pensemos en las circunstancias en que estaba escribiendo. El poder aguerrido de Roma se había erguido para aplastar a la Iglesia Cristiana. Ningún imperio había podido resistir a Roma; ¿qué posibilidad podía tener «el rebañito jadeante y acurrucado cuyo crimen era Cristo?» Humanamente hablando, la Iglesia Cristiana no podía sobrevivir; pero, si los hombres pensaban de esa manera era porque dejaban fuera de sus cálculos el Factor más importante: Dios el *Pantokrátór*, en Cuya mano están absolutamente todas las cosas.

Esta es la palabra que describe en el Antiguo Testamento griego al Señor de Sabaot, el Señor de los Ejércitos (*Amós 9:5; Oseas 12:5*). Es la palabra que usa Juan en el texto extraordinario: «¡El Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!» (*Apocalipsis 19:6*).

A las personas que están en las manos de Dios, nada ni nadie Se las puede arrebatar. Si tal Dios está detrás de la Iglesia Cristiana, mientras la Iglesia sea fiel a Su Señor nada ni nadie la podrá destruir.

*Castillo fuerte es nuestro Dios - defensa y buen escudo;
con Su poder nos libraré - en este trance agudo.
Con furia y con afán - acósanos Satán.
Por armas deja ver - astucia y gran poder,
cual él no hay en la Tierra.
Nuestro valor es nada aquí, - por él todo es perdido,
mas por nosotros lucharé - de Dios el Escogido.
¿Sabéis Quién es? ¡Jesús, - el Que venció en la Cruz,
Señor de Sabaot! - Y pues Él solo es Dios,
Él triunfa en la batalla.*

POR LA TRIBULACIÓN AL REINO

Apocalipsis 1:9

Yo Juan, vuestro hermano y camarada en la tribulación, en el Reino y en esa resistencia inalterable que sólo la vida en Cristo puede dar, estaba en la isla que se llama Patmos por causa de la Palabra que Dios nos dio y que Jesucristo nos confirmó.

Juan se presenta, no con títulos oficiales sino como *vuestro hermano y camarada en la tribulación*. Basaba su derecho a hablar en el hecho de haber pasado por todo lo que estaban pasando los destinatarios de su mensaje. Ezequiel escribe en su libro: «Y vine a los cautivos en Tel-Aviv, que moraban junto al río Quebar, y me senté allí atónito junto a ellos» (*Ezequiel 3:15*). Nadie escuchará a uno que predique resistencia desde un cómodo sillón, o coraje heroico desde una prudente seguridad. Sólo puede ayudar a los que están pasando pruebas el que las ha pasado en persona. Como dicen los indios: «Nadie puede criticar a otro hasta andar un día en sus mocasines» -«hasta estar en su pellejo.» Juan y Ezequiel podían hablar porque se habían sentado donde sus hermanos.

Juan agrupa tres palabras: tribulación, reino y resistencia inalterable. *Tribulación* es en griego *thlipsis*. Originalmente quiere decir sencillamente *presión*, y *podría* describir, por ejemplo, el peso de una losa sobre el cuerpo de una persona. En un principio se usaba literalmente, pero en el Nuevo Testamento llegó a significar la presión de acontecimientos tales como la persecución. *La resistencia inalterable es hypomoné*, que no se refiere a la paciencia que se somete pasivamente a la marea de los acontecimientos, sino que describe el espíritu de coraje y conquista que impulsa a la caballerosidad y que transforma aun el sufrimiento en gloria. La situación de los cristianos era tal que estaban en *thlipsis* y, según lo veía Juan, en medio de los acontecimientos que precedían al fin del mundo. Estaban esperando ilusionadamente el Reino, *basileía*, en el que deseaban entrar y en el que habían puesto el corazón. No había más que un camino de *thlipsis* a *basileía*, de la aflicción a la gloria, y era *hypomoné*, la resistencia conquistadora. Jesús había dicho: «El que resista hasta lo último se salvará» (*Mateo 24:13*). Pablo les decía a los suyos: «Si resistimos, reinaremos con Él» (*2 Timoteo 2:12*).

El camino al Reino es el camino de la resistencia. Pero antes de dar por terminado este pasaje debemos notar una cosa. Esa resistencia se encuentra en Cristo. Él resistió hasta el fin, y por tanto puede capacitar a los que caminan con Él a alcanzar la misma resistencia y la misma meta que Él.

LA ISLA DEL DESTIERRO

Apocalipsis 1:9 (conclusión)

Juan nos dice que cuando tuvo las visiones de *Apocalipsis* estaba en Patmos. Era una tradición unánime de la Iglesia Primitiva que había sido desterrado a Patmos en el reinado de Domiciano. Jerónimo dice que Juan fue desterrado en el año decimocuarto después de Nerón, y liberado a la muerte de Domiciano (*Sobre los hombres ilustres, 9*). Esto querría decir que fue desterrado a Patmos el año 94 y liberado hacia el 96.

Patmos, una isleta rocosa desértica que forma parte del archipiélago de las Espóradas, tiene 15 kilómetros de largo por 8 de ancho, y una forma de media luna con los cuernos hacia el Este. Su forma la hace un buen puerto natural. Se encuentra a cuarenta millas de la costa de Asia Menor, y era importante porque era el último puerto de la travesía de Roma a Éfeso y el primero en sentido contrario.

El destierro a una isla remota era una condena corriente en los tiempos del Imperio Romano. Se les imponía a los presos políticos en lugar de castigos peores. Tales destierros conllevaban la pérdida de los derechos civiles y de las propiedades a

excepción de las necesarias para la mera existencia. Los así desterrados no sufrían malos tratos ni estaban metidos en la cárcel en la isla que les correspondiera, y tenían libertad de movimiento dentro de ciertos límites. Tal habría sido el destierro de los presos políticos; pero sería muy otra cosa para Juan: él era un dirigente de los cristianos, y los cristianos eran delincuentes comunes. Lo extraño es que no le ajusticiaran inmediatamente. El destierro para él supondría trabajos forzados en las canteras. Sir William Ramsay dice que su castigo «iría precedido de azotes, marcado con constantes cadenas, poca ropa, comida insuficiente, dormir en el suelo desnudo, una prisión oscura y trabajar bajo el látigo de supervisores militares.»

Patmos dejó sus marcas en la escritura de Juan. Hasta este día se enseña a los visitantes una cueva en el acantilado que da al mar en la que se dice que se escribió *Apocalipsis*. Hay una vista magnífica del mar desde Patmos y, como dice Strahan, *Apocalipsis* está lleno «las perspectivas y los sonidos del mar infinito.» La palabra *thálassa*, mar, aparece en *Apocalipsis* no menos de veinticinco veces. Strahan escribe: «En ningún sitio es "el sonido de las muchas aguas" más musical que en Patmos; en ningún lugar forma el sol naciente y poniente un espejo más espléndido de «mar de vidrio mezclado con fuego;» pero tampoco hay en ningún otro sitio un anhelo natural semejante de que el mar separador deje de ser.»

Fue a todas las angustias y al dolor y al agotamiento del destierro y a los trabajos forzados de Patmos adonde fue desterrado Juan *por causa de la Palabra que Dios nos dio*. Por lo que se refiere al original, esa frase puede tener tres interpretaciones. Podría querer decir que Juan fue a Patmos *a predicar* la Palabra de Dios; o que se retiró a la soledad de Patmos para *recibir* la Palabra de Dios y las visiones de *Apocalipsis*; pero es casi seguro que quiere decir que fue por su lealtad inquebrantable a la Palabra de Dios y por su insistencia en predicar en Evangelio de Jesucristo por lo que se le impuso la condena del destierro a Patmos.

EN EL ESPÍRITU EN EL DÍA DEL SEÑOR

Apocalipsis 1:10s

Estaba yo en el Espíritu en el Día del Señor, cuando oí detrás de mí una voz tan fuerte que parecía un toque de trompeta que me decía: < Escribe en un libro lo que vas a ver, y envíaselo a las siete iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Datira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.>

Históricamente este es un pasaje muy interesante, porque es la primera vez que se hace referencia al Día del Señor.

Ya nos hemos referido varias veces al Día del Señor como el día de ira y de juicio en que esta era presente con todos sus males terminará definitivamente para dejar paso a la era por venir. Algunos creen que Juan está diciendo que se sintió transportado en una visión al Día del Señor, y que vio anticipadamente todas las cosas maravillosas que sucederán entonces. Son pocos los que sustentan esa interpretación, que no nos parece que hace justicia a las palabras.

No cabe duda que cuando Juan usa esta expresión del Día del Señor lo hace con el mismo sentido que le damos nosotros -*el domingo*, del latín *dominicus* [dies, día] del Señor-. Es la primera vez que se menciona así en la literatura.

¿Cómo dejó de observar el sábado la Iglesia Cristiana, y pasó a observar el domingo? El sábado conmemoraba el descanso de Dios después de completar la obra de la Creación; y el domingo conmemora la Resurrección de Jesucristo.

Las tres referencias más tempranas al Día del Señor bien puede ser que sean las siguientes. *La Didajé, La Doctrina de los Doce Apóstoles*, el primer manual de cultos y enseñanza cristiana, dice de la Iglesia: « El Día del Señor nos reunimos y partimos el pan» (*Didajé 14:1*). Ignacio de Antioquía, escribiendo a los magnesios describe a los cristianos como los que « ya no viven para el sábado, sino para el Día del Señor» (Ignacio, *A los magnesios, 9:1*). Melitón de Sardes escribió un

. tratado *Acerca del Día del Señor*. A primeros del siglo II ya se había sustituido el sábado por el domingo cristiano.

Una cosa parece cierta. Todas estas referencias proceden de Asia Menor, donde se introdujo la observancia del Día del Señor. Pero, ¿qué fue lo que sugirió a los cristianos que guardaran *semanalmente* el primer día de la semana? En el Oriente había un día del mes y un día de la semana llamado *Sebasté*, que quiere decir *El Día del Emperador*; fue sin duda esto lo que hizo que los cristianos decidieran dedicar a su Señor el primer día de la semana.

Juan estaba *en el Espíritu*. Esta frase quiere decir que estaba en un éxtasis en el que se sintió elevado de las cosas del espacio y el tiempo al mundo de la eternidad. «El Espíritu me elevó -dijo Ezequiel (3:12)-, y oí detrás de mí el ruido de un gran terremoto.» Para Juan era como el toque de una trompeta. El toque de trompeta está entrelazado en el lenguaje del Nuevo Testamento (*Mateo 24:31; 1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16*). Sin duda Juan tenía aquí en mente otra figura del Antiguo Testamento. En el relato de la promulgación de la Ley se dice: < Hubo truenos y relámpagos, una espesa nube cubrió el monte y se oyó un sonido como un toque de trompeta muy fuerte» (*Éxodo 19:16*). La voz de Dios sonaba con la claridad inconfundible e impelente de un toque de trompeta. « Si el toque de trompeta no fuera claro, ¿quién se prepararía para la batalla?» (*1 Corintios 14:8*).

A Juan se le dice que escriba la visión que vea. Su obligación es compartir el mensaje que Dios le dé: Uno debe primero oír, y luego transmitir a cualquier precio. Puede que uno tenga que retirarse para recibir la visión, pero también debe salir a comunicarla.

Dos frases van juntas. Juan estaba *en Patmos*, y estaba *en el Espíritu*. Ya hemos visto cómo era Patmos, y lo que Juan tuvo que soportar allí. No importa dónde esté uno, ni lo difícil que le sea la vida, ni lo que esté pasando; siempre le es posible estar en el Espíritu. Y si está en el Espíritu, aun en Patmos, le alcanzarán la gloria y el mensaje de Dios.

EL MENSAJERO DIVINO

Apocalipsis 1:12s

Entonces me volví para ver la voz que me había hablado; y al volverme vi siete candelabros de oro en medio de los cuales estaba uno que parecía un hijo de hombre vestido de una túnica que le llegaba a los pies y con el pecho ceñido con un cinto de oro.

Ahora empezamos con la primera de las visiones de Juan; y veremos que su mente estaba tan saturada de las Sagradas Escrituras que uno tras otro de los elementos del cuadro tiene un trasfondo y una contrapartida del Antiguo Testamento.

Dice que se volvió para *ver la voz*. Nosotros diríamos: «Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba.»

Cuando se volvió, vio *siete candelabros de oro*. Juan no se limita a aludir al Antiguo Testamento, sino que toma porciones de muchas de sus partes y las compone en su escena. La imagen de los siete candelabros de oro tiene tres fuentes.

(a) Procede de la imagen del candelabro de oro puro que había en el Tabernáculo. Había de tener seis brazos, tres a cada lado, y siete lámparas para alumbrar (*Éxodo 25:31-37*).

(b) Procede de la imagen del Templo de Salomón. En él había de haber cinco candelabros de oro puro a la derecha y cinco a la izquierda (*1 Reyes 7:49*).

(c) Procede de la visión de Zacarías, que vio «un candelabro de oro macizo, con un depósito arriba, con sus siete lámparas» (*Zacarías 4:2*).

Cuando Juan tiene una visión, la ve en términos de escenas de los lugares y ocasiones del Antiguo Testamento en que Dios Se reveló a Su pueblo. Sin duda hay aquí una lección. La mejor manera de prepararse para una revelación nueva de la verdad es estudiar la revelación que ha dado Dios en el pasado.

En medio de los candelabros vio a uno *que parecía un hijo de hombre*. Aquí nos encontramos en la descripción de *Daniel*

7:13, en la que el reino y el poder y el dominio se los da el Anciano de Días a uno semejante a un hijo de hombre. Como sabemos por el uso que hace Jesús de este título, Hijo de Hombre llega a ser nada menos que un título del Mesías; y al usarlo aquí Juan deja bien claro que la revelación que va a recibir procede del mismo Jesucristo.

Esta figura estaba vestida con *una túnica que le llegaba a los pies y con el pecho ceñido con un cinto de oro*. Aquí tenemos otras tres referencias al Antiguo Testamento.

(a) La palabra que describe la túnica es *podérés, que le llegaba a los pies*. Esta es la palabra que usa el Antiguo Testamento griego para describir la túnica del sumo sacerdote (*Éxodo 28:4; 29:5; Levítico 16:4*). Josefo también describe detalladamente las vestiduras que usaban los sacerdotes y los sumos sacerdotes cuando ejercían su ministerio en el Templo. Llevaban «una túnica larga que les llegaba a los pies,» y al pecho «por encima de los codos,» llevaban un cinto suelto que les daba varias vueltas. Este cinto estaba bordado con colores y flores entrelazados de oro (Josefo, *Las antigüedades de los judíos*, 3.7:2,4). Todo esto quiere decir que la descripción de la túnica y el cinto del Cristo glorificado se corresponden casi exactamente con las vestiduras de los sacerdotes y los sumos sacerdotes. Así es que aquí tenemos el símbolo del carácter sumosacerdotal de la obra del Señor Resucitado. Un sacerdote, y especialmente el sumo sacerdote, eran hombres que tenían acceso a Dios y que les abrían el camino a los demás hombres para que pudieran dirigirse a Él; hasta en los lugares celestiales Jesús, el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, está llevando a cabo Su ministerio, abriéndoles el camino a todas las personas a la presencia de Dios.

(b) Pero había otras personas además de los sacerdotes que llevaban túnicas largas hasta los pies y un cinto alto. Eran las vestiduras de los nobles, los príncipes y los reyes. *Podérés* es la descripción de la túnica de Jonatán (*1 Samuel 18:4*); de Saúl (*1 Samuel 24:5, II*); de los soberanos del mar (*Ezequiel 26:16*). La túnica que llevaba el Cristo Resucitado representaba Su

realeza. Ya no era un delincuente en una cruz; estaba vestido como Rey.

Cristo, nuestro Sacerdote y Rey.

(c) Y aun nos falta otra referencia. En la visión de Daniel, la figura divina que se le dirigió para decirle la verdad acerca de Dios estaba vestida de lino fino (el Antiguo Testamento griego llama esta vestidura *podérés*) y *ceñida* de oro fino (*Daniel 10:5*). Así es que esta era la vestidura del mensajero de Dios, que nos presenta a Jesucristo como el supremo Mensajero de Dios.

Aquí tenemos una figura impresionante. Cuando trazamos los orígenes del pensamiento de Juan vemos que mediante la descripción de las vestiduras del Señor Resucitado nos Le está presentando como revestido de Su triple ministerio eterno de Profeta, Sacerdote y Rey, el Que trae la verdad de Dios, el Que nos permite entrar a la presencia de Dios y el Que ha recibido de Dios el poder y el dominio para siempre.

LA FIGURA DEL CRISTO RESUCITADO

Apocalipsis 1:14-18

Tenía la cabeza y el pelo blancos, tan blancos como la lana, o más, como la nieve; los ojos, como fuego llameante; los pies, como bronce pulido refinado a fuego en un crisol; y Su voz era como el estruendo de muchas aguas; tenía en Su diestra siete estrellas, y Le salía de la boca una espada aguda de doble filo; Su rostro era como el Sol cuando está en la plenitud de su resplandor.

Cuando Le vi, caí como muerto a Sus pies. Y Él me puso encima Su mano derecha y me dijo:

Deja de tener miedo. Yo soy el Primero y el Último; y soy el Viviente, aunque estuve muerto; y he aquí que estoy vivo para siempre jamás; y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Antes de empezar a estudiar este pasaje en detalle, hay dos hechos generales que debemos considerar.

(i) Es fácil dejar de ver lo cuidadosamente elaborado que está *Apocalipsis*. No es un libro que se compusiera precipitadamente; es un conjunto íntimamente entrelazado y literariamente artístico. En este pasaje tenemos toda una serie de descripciones del Cristo Resucitado; y lo interesante es que cada una de las cartas a las Siete Iglesias que aparecen en los dos próximos capítulos, con la sola excepción de la carta a Laodicea, empieza con una descripción del Cristo Resucitado tomada de este capítulo. Es como si en él resonara una serie de temas que llegaran a ser después los textos de las cartas a las Iglesias. Pongamos por orden los principios de las primeras seis cartas para ver cómo se corresponden con la descripción del Cristo Resucitado de este pasaje.

Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso: «Loas palabras del Que sostiene las siete estrellas en Su mano derecha» (2:1).

Escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna: «Las palabras del Primero y el último, Que murió y volvió a la vida» (2:8).»

Escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo: «Las palabras del Que tiene la espada aguda de doble filo» (2:12).

Escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira: «Las palabras del Hijo de Dios, Que tiene ojos coma fuego llameante y Cuyos pies son como bronce bruñido» (2:18).

Escribe al ángel de la Iglesia de Sardis: «Las palabras del Que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas» (3:1).

Escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia: «Las palabras del Santo y Verdadero Que tiene la llave de David, Que abre y nadie puede cerrar, Que cierra y nadie puede abrir» (3:7).

Esta es artesanía literaria de la mejor calidad.

(ii) La segunda cosa que debemos notar es que Juan toma títulos en este pasaje que se aplican a Dios en el Antiguo Testamento y se los adscribe al Cristo Resucitado.

Tenía la cabeza y el pelo blancos, tan blancos como la lana, o más, como la nieve.

En *Daniel 7:9* esa descripción corresponde al Anciano de Días.

Su voz era como el estruendo de muchas aguas.

En *Ezequiel 43:2* se describe así la voz del mismo Dios.

Tenía en Su diestra siete estrellas.

En el Antiguo Testamento es Dios mismo Quien controla las estrellas. Dios mismo le pregunta a Job: «¿Podrás tú anudar los lazos de las Pléyades, o desatar las ligaduras de Orión?» (*Job 38:31*).

Yo soy el Primero y el último.

Isaías oyó decir a Dios: «Yo soy el Primero, y Yo soy el último» (*Isaías 44:6*; cp. *48:12*).

Yo soy el Viviente.

En el Antiguo Testamento Dios es «el Dios vivo» por antonomasia (*Josué 3:10*; *Salmo 42:2*; *Oseas 1:10*).

Tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Los rabinos decían que había tres llaves que Le pertenecían a Dios y que Él no compartiría con ningún otro: las del nacimiento, la lluvia y la resurrección.

No tenía Juan mejor manera de demostrar la reverencia que sentía por Jesucristo. Le aplica nada menos que los títulos que se dan a Dios en el Antiguo Testamento.

De gloria coronado está el Rey y Vencedor Que hubo un día de llevar corona de dolor.

No habrá más digno ni alto honor que el Cielo pueda dar que el que a Jesús correspondió: eterno Rey de Paz.

(Thomas Kelley - Tr. Federico J. Pagura).

LOS TÍTULOS DEL SEÑOR RESUCITADO (1)

Apocalipsis 1:14-18 (continuación)

Consideremos brevemente cada uno de los títulos que corresponden al Señor Resucitado.

Tenía la cabeza y el pelo blancos, tan blancos como la lana, o más, como la nieve.

Esto, tomado de la descripción del Anciano de Días de *Daniel 7: 9*, representa dos cosas. (a) Representa una gran edad; y nos habla de la existencia eterna de Jesucristo. (b) Nos habla de Su pureza divina. La nieve y la lana blanca son los emblemas de la pureza inmaculada. «Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (*Isaías 1:18*). Aquí tenemos los símbolos de la preexistencia y la impecabilidad de Cristo.

Tenía los ojos como fuego llameante.

Juan tiene siempre en mente a *Daniel*, y esta es parte de la descripción de la figura divina que le trajo la visión a Daniel. «Sus ojos antorchas de fuego» (*Daniel* 10:6). Cuando leemos la historia evangélica sacamos la impresión de que el que había visto una vez *los ojos* de Jesús ya no los podía olvidar. Una y otra vez se nos describen recorriendo un círculo de personas (*Marcos* 3:34; 10:23; 11: II); a veces, llameando de ira (*Marcos* 3: S); a veces, fijándose con amor en alguien (*Marcos* 10:21); y a veces inundados de dolor por las heridas que Le habían infligido en lo más íntimo Sus amigos (*Lucas* 22:61).

Tenía los pies, como bronce pulido refinado a fuego en un crisol.

La palabra que traducimos por *bronce pulido* es *jalkola?banon*. *Ivo* se sabe a ciencia cierta qué metal era. Tal vez se trataba del fabuloso compuesto llamado *electrum*, que los antiguos creían que era una aleación de oro y plata, y más preciosa que cualquiera de los dos. Aquí de nuevo es el Antiguo Testamento el origen de la visión de Juan. En *Daniel* se nos dice del mensajero divino que eran «sus pies -¿o piernas? como de color de bronce bruñido» (*Daniel* 10:6); en *Ezequiel* se dice de los seres angélicos que les centelleaban los pies a manera de bronce muy bruñido (*Ezequiel* 1:7). Puede ser que debamos ver dos cosas en esta figura. El bronce representa *la fuerza*, la estabilidad de Dios; y los rayos resplandecientes, *la velocidad*, la prontitud de Dios para venir en ayuda de los Suyos o para castigar el pecado.

Su voz era como el estruendo de muchas aguas.

Esta descripción corresponde a la voz de Dios en *Ezequiel* 43:2. Pero puede ser que podamos captar un eco de la isleta de Patmos. Como dice H. B. Swete: «El rugido del Egeo estaba

en los oídos del vidente.» Y añade a continuación que la voz de Dios no se reduce a una sola nota. Aquí es como el rugido del mar, pero también puede ser como «el silbo apacible y delicado» (*1 Reyes* 19:12), o, como lo interpretó la versión griega del Antiguo Testamento, como una brisa benigna. Puede tronar una reprensión; o musitar consuelo tranquilizador como una nana materna a un bebé inquieto.

Tenía en Su diestra siete estrellas.

De nuevo tenemos aquí algo que es prerrogativa exclusiva de Dios. Pero es también algo precioso. Cuando el vidente cayó de temor reverente ante la visión, el Cristo Resucitado le tendió Su diestra y la puso suavemente sobre él diciéndole que no tuviera miedo. La mano de Cristo es suficientemente poderosa para sostener los cielos, y suficientemente benigna para enjugar nuestras lágrimas.

LOS TÍTULOS DEL SEÑOR RESUCITADO (2)

Apocalipsis 1:14-18 (conclusión)

Le salía de la boca una espada aguda de doble filo.

La espada a la que se hace referencia no era larga y estrecha como la de un esgrimidor, sino corta, con la forma de la lengua, que se usaba en el combate cuerpo a cuerpo. De nuevo vemos que el vidente ha acudido aquí y allá al Antiguo Testamento para encontrar la figura. Isaías decía de Dios: «Herirá la tierra con la vara de Su boca» (*Isaías* 11:4); y de Su Siervo: «Puso mi boca como espada afilada» (*Isaías* 49:2). Este símbolo nos, habla de la cualidad penetrante de la Palabra de Dios. Si la escuchamos, no habrá escudo de autodecepción que la pueda resistir; desnuda nuestros propios engaños y nuestros pecados, y nos conduce al perdón. « La Palabra de

Dios es viva, eficaz y más cortante que ninguna espada de doble filo: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien, todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a Quien tenemos que dar cuenta» (*Hebreos 4:12s*).

Su rostro era como el Sol cuando está en la plenitud de su resplandor.

En *Jueces* tenemos un cuadro imponente que bien puede ser que Juan tuviera en mente aquí. Los enemigos de Dios han de perecer, «pero Tus amigos serán como el sol cuando sale en su esplendor» (*Jueces 5:31*). Si eso es verdad de los que aman a Dios, ¡cuánto más lo será del amado Hijo de Dios! Swete ve aquí algo todavía más hermoso, nada menos que un recuerdo de la Transfiguración. En aquella ocasión, Jesús se transfiguró en presencia de Pedro, Santiago y Juan, « y resplandeció Su rostro como el sol» (*Mateo 17:2*). Nadie que Le hubiera contemplado entonces podría olvidar Su resplandor; y, si el autor de este libro es el mismo Juan, tal vez vio otra vez en el rostro del Cristo Resucitado la gloria que había intuido en el Monte de la Transfiguración.

Cuando Le vi, caí como muerto a Sus pies.

Esta fue también la experiencia de Ezequiel cuando Dios le habló (*Ezequiel 1:28; 3:23; 43:3*). Pero también podemos recordar otra historia evangélica de la que puede ser reflejo. Aquel día en Galilea cuando pescaron tantos peces y Pedro intuyó Quién era Jesús, cayó de rodillas ante Él abrumado por el sentimiento de que él no era más que un pecador (*Lucas 5:11*). Hasta el fin de nuestro camino no podemos sentir más que reverencia en la presencia de la santidad y la gloria del Cristo Resucitado.

-Deja de tener miedo.

Sin duda aquí nos encontramos también con ren-fincencias de la historia evangélica, porque estas fueron palabras que los discípulos oyeron más de una vez de los labios de Jesús. Fueron las que les dirigió cuando se dirigió a ellos por el agua (*Mateo 14:27; Marcos 6:50*); y sobre todo fueron las que les habló en el Monte de la Transfiguración, cuando estaban aterrados por haber escuchado la voz divina (*Mateo 17:7*). Hasta en el Cielo, cuando lleguemos cerca de la gloria inaccesible, Jesús nos dirá: «Estoy aquí, no tengáis miedo.»

Yo soy el Primero y el último.

En el Antiguo Testamento esta no es sino la descripción que hace Dios de Sí mismo (*Isaías 44:6; 48:12*). Jesús nos promete que Él está al principio y al final, en el momento del nacimiento y en el de la muerte, cuando iniciamos nuestro camino cristiano y cuando terminamos la carrera.

Soy el Viviente, aunque estuve muerto; y he aquí que estoy vivo para siempre jamás.

Aquí hay tanto la credencial como la promesa de Cristo, la credencial del Que ha conquistado la muerte y la promesa del Que está vivo para siempre para estar con Su pueblo.

Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

La muerte tiene sus puertas (*Salmo 9:13; 107.18; Isaías 38:10*); y Cristo tiene las llaves de esas puertas. Ha habido algunos, y todavía los hay, que han tomado estas palabras como una referencia al *descendimiento a los infiernos* (*1 Pedro 3:18-20*). La Iglesia antigua tenía la idea de que, cuando Jesús descendió al Hades, abrió sus puertas y sacó de allí a Abraham y a todos los fieles de Dios que habían vivido y muerto en

generaciones pasadas; pero nosotros lo tomamos en el sentido aún más amplio de que Jesucristo ha abolido la muerte y sacado a luz la inmortalidad por el Evangelio (2 *Timoteo 1:10*); de que porque Él vive, nosotros también viviremos (*Juan 14:19*), y de que, por tanto, para los que Le amamos ya ha pasado para siempre la amargura de la muerte.

LAS IGLESIAS Y SUS ÁNGELES

Apocalipsis 1:20

Aquí está el sentido secreto de las siete estrellas que has visto en Mi diestra y de los siete candelabros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias.

Este pasaje empieza con una palabra que se usa en todo el Nuevo Testamento con un sentido específico. La versión Reina-Valera, y otras muchas, habla del *misterio* de las siete estrellas y de los siete candelabros de oro. La palabra griega *mysterion* no quiere decir *misterio* en el sentido que le damos corrientemente, sino algo que no tiene sentido para el que está fuera, pero sí lo tiene, y mucho, para el que está iniciado y tiene la clave. Así es que aquí el Cristo Resucitado pasa a dar el sentido íntimo de las siete estrellas y de los siete candelabros de oro.

Los siete candelabros son las siete estrellas. Uno de los grandes títulos del cristiano es la luz del mundo (*Mateo 5:14; Filipenses 2:15*). Pero uno de los antiguos comentaristas griegos ofrece una interpretación aguda en este punto. Dice que las iglesias son llamadas a ser, no la luz misma, sino la palmatoria en la que se coloca la luz. No son las mismas iglesias las que producen la luz; el Que da la luz es Jesucristo, y las iglesias no son más que las vasijas en las que brilla la luz. La luz cristiana es siempre una luz prestada.

Uno de los grandes problemas del *Apocalipsis* es decidir lo que Juan quiere decir con los *ángeles de las iglesias*. Se han propuesto varias explicaciones.

(i) La palabra *ángelos* tiene dos sentidos. Puede querer decir *ángel*; pero mucho más frecuentemente quiere decir *mensajero*. Se ha sugerido que los mensajeros de todas las iglesias se habían reunido para recibir un mensaje de Juan y transmitírselo a sus congregaciones. Si es así, cada carta empezaba: «Al mensajero de la Iglesia de...» Por lo que se refiere al original esto es perfectamente posible; y hace buen sentido; pero la dificultad está en que *ángelos* se usa en *Apocalipsis* unas cincuenta veces aparte de aquí y en las cartas a las siete iglesias, y siempre quiere decir *ángel*.

(ii) Se ha sugerido que *ángelos* quiere decir el obispo de cada iglesia. Se ha sugerido, o que los obispos de las iglesias se habían reunido para tener un encuentro con Juan, o que Juan les está dirigiendo a ellos estas cartas. A favor de esta teoría se citan las palabras de Malaquías: «Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque es mensajero del Señor de los Ejércitos» (*Malaquías 2:7*). En el Antiguo Testamento griego *mensajero* es *ángelos*; y se sugiere que el título se podría haber aplicado a los obispos de las iglesias. Son los mensajeros de Dios a las iglesias, y es a ellos a los que se dirige Juan. Esta explicación también da buen sentido; pero está expuesta a la misma objeción que la primera: aplica *ángelos* a una persona humana, que es algo que Juan no hace en el resto del libro.

(iii) Se ha sugerido que tiene relación con la idea de los ángeles de la guarda. Según el pensamiento hebreo, cada nación tenía su ángel (*cp. Daniel 10:13,20s*). Miguel, por ejemplo, era el ángel de la guarda de Israel (*Daniel 12:1*). Las personas también tenían cada una su ángel de la guarda. Cuando Rode llegó con la noticia de que Pedro había salido de la cárcel, no la creyeron y dijeron que sería su ángel (*Hechos 12:15*). El mismo Jesús habló de los ángeles que están al cuidado de los niños (*Mateo 18:10*). Si lo tomamos en ese

sentido, la dificultad está en que se reprende y advierte de castigo a los ángeles guardianes por los pecados de sus iglesias respectivas. De hecho, Orígenes creía que de eso se trataba. Decía que el ángel de la guarda de una iglesia era como el tutor de un niño: si este se descarriaba, el responsable eran el tutor; y si una iglesia se desviaba, Dios en Su misericordia culpaba de ello a su ángel. La dificultad subyace en que, aunque se menciona al ángel de la iglesia en la dirección de cada mensaje, este se dirige sin duda a los miembros de la iglesia.

(iv) Tanto los griegos como los judíos creían que todas las cosas terrenales tenían una contraparte celestial; y se sugiere que el ángel es el ideal de la iglesia; y que los mensajes se dirigen a las iglesias en su ser ideal para llevarlas al camino verdadero.

Ninguna de las explicaciones satisface plenamente; pero puede que la mejor sea la última, porque no cabe duda que en las cartas el ángel y la iglesia son una misma cosa.

Ahora vamos a estudiar las cartas a las Siete Iglesias. En cada caso daremos un bosquejo de la historia y el trasfondo contemporáneo de la ciudad en la que estaba la iglesia, y una vez que hayamos estudiado ese trasfondo general procederemos al estudio de cada carta en detalle.

LA CARTA A ÉFESO

Apocalipsis 2:1-7

-Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso:

Estas cosas las dice el Que sostiene las siete estrellas en Su mano derecha y anda en medio de los siete candelabros de oro.

Yo conozco tus obras; es decir, tu brega y tu firme constancia; y sé que no puedes soportar a los malos, y que has puesto a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo, y has demostrado que son mentirosos. Sé que tienes firme constancia. Sé todo lo que has soportado por amor de Mi nombre, y sé que tus esfuerzos no te han agotado. A pesar de todo tengo esto contra ti: que has descuidado el mantener tu primer amor. Así es que recuerda de dónde has caído, y arrepíentete, y haz que tu conducta sea como al principio. Si no, vengo a ti para quitar tu candelero de su lugar, si no te arrepientes.

Pero sí tienes a tu favor una cosa: que aborreces las obras de los nicolaítas, que Yo también aborrezco.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. Al que obtenga la victoria Yo le concederé que coma del árbol de la vida que hay en el Paraíso de Dios.

ÉFESO, PRIMERA Y SUPREMA

Apocalipsis 2:1-7

Si sabemos algo de la historia de Éfeso y de sus condiciones en aquel tiempo nos será fácil comprender por qué ocupa el primer lugar en la lista de las Siete Iglesias.

Pérgamo era la capital de la provincia de Asia, pero Éfeso era con mucho la ciudad más importante. Blasonaba orgulosamente de su título: < La primera y la más grande metrópoli de Asia. » Un autor latino la llamó *Lumen Asiae*, La Luz de Asia. Veamos cuáles fueron los factores que le confirieron su grandeza preeminente.

(i) En los tiempos de Juan, Éfeso era el puerto más importante de Asia. Todas las carreteras del valle del Caistro, que era el río a cuya orilla estaba edificada, convergían en ella. Pero las carreteras venían de mucho más lejos. Era en Éfeso donde llegaban al Mediterráneo las carreteras del lejano Éufrates y de Mesopotamia, pasando por Colosas y Laodicea. Era en Éfeso donde la carretera de Galacia llegaba al mar pasando por Sardis. Y del Sur subía la carretera del rico valle del Meandro. Estrabón, el gran geógrafo de la antigüedad, llamaba a Éfeso «El Mercado de Asia,» y es posible que Juan estuviera describiendo las riquezas del mercado de Éfeso en *Apocalipsis* 18:12s.

Éfeso era el pósito de Asia. Una de sus distinciones, establecida por decreto, era que cuando el procónsul romano venía a hacerse cargo del gobierno de Asia, debía desembarcar en Éfeso e introducirse en la provincia desde allí. Para todos los viajeros y el comercio, desde los valles del Caistro y el Meandro, Galacia, el Éufrates y Mesopotamia, Éfeso era el paso obligado para ir a Roma. En tiempo posterior, cuando conducían a los cristianos desde Asia para echárselos a los leones en el circo romano, Ignacio de Antioquía llamó a Éfeso el Camino Real de los Mártires.

Su ubicación convertía a Éfeso en la ciudad más rica e importante de Asia, y se la ha llamado adecuadamente La Feria de las Vanidades del mundo antiguo.

(ii) Éfeso tenía ciertas distinciones políticas. Era *una ciudad libre*. En el Imperio Romano algunas ciudades eran libres; se les había conferido ese honor por servicios prestados al Imperio. Una ciudad libre tenía un gobierno independiente hasta cierto punto, y estaba exenta de albergar guarnición de tropas romanas. Era *una ciudad judicial*. Los gobernadores romanos pasaban revista periódicamente por las provincias; y en algunas ciudades y pueblos especialmente escogidos se establecían tribunales para juzgar los casos más importantes. Además, en Éfeso se celebraban los juegos atléticos más famosos de Asia, que atraían a personas de toda la provincia.

(iii) Éfeso era el centro del culto de Artemisa o, como se la llama en la Reina-Valera, Diana de los efesios. El Templo de Artemisa era una de las siete maravillas del mundo antiguo. Tenía 425 pies de largo por 220 de ancho; tenía 120 columnas, cada una de 60 pies de altura que había sido el regalo de un rey, 36 de las cuales estaban cubiertas e incrustadas de oro. Los templos antiguos consistían en columnatas cubiertas solo en la parte central. Esta parte estaba cubierta de madera de ciprés. La imagen de Artemisa era una de las más sagradas del mundo antiguo. No era ni mucho menos hermosa, sino tenía una figura rechoncha, negra y con muchos pechos; tan antigua que nadie conocía su origen. No tenemos más que leer *Hechos 19* para darnos cuenta de lo mucho que apreciaban los efesios a Artemisa y su templo. Éfeso tenía también templos famosos dedicados a la divinidad de los emperadores romanos Claudio y Nerón, y posteriormente también a Adriano y Severo. La religión pagana tenía toda su fuerza en Éfeso.

(iv) Éfeso era un centro famoso de superstición pagana. Era famosa por *las cartas efesias*, amuletos y encantamientos que se tenían por remedios infalibles contra la enfermedad, la esterilidad y la mala suerte en los negocios; y venía gente de todo el mundo para comprarlas.

(v) La población de Éfeso era muy mezclada. Sus ciudadanos estaban divididos en seis tribus. Formaban una los descendientes de los primeros habitantes del país; otra, los descendientes de los primeros colonizadores venidos de Atenas; tres, los otros griegos, y la otra, probablemente, los judíos. Además de ser un centro de culto, el Templo de Artemisa era también una guarida de crimen y de inmoralidad. El área del templo tenía derecho de asilo: cualquier criminal era inmune si podía llegar a ella. El templo tenía centenares de sacerdotisas, que eran en realidad una especie de prostitutas sagradas. Todo esto se combinaba para hacer de Éfeso un lugar notoriamente malo. A Heráclito, uno de los filósofos presocráticos más famosos, que era de Éfeso, se le conocía por el mote de < el filósofo llorón. » La explicación que daba de sus lágrimas era que no se podía vivir en Éfeso sin llorar su inmoralidad.

Tal era Éfeso; sería difícil imaginar un suelo menos prometedor para sembrar en él la semilla del Evangelio; y sin embargo fue allí donde la Iglesia Primitiva obtuvo algunos de sus mayores triunfos. R. C. Trench escribe en su comentario: < En ningún otro lugar encontró la Palabra de Dios un suelo tan receptivo, echó raíces tan profundas y dio frutos tan sazonados de fe y de amor. »

Pablo permaneció en Éfeso más tiempo que en ninguna otra ciudad (*Hechos 20:31*). Fue con Éfeso con la ciudad que estuvo más conectado Timoteo, hasta el punto de que se le considera su primer obispo (*1 Timoteo 1:3*). Es en Éfeso donde nos encontramos con Aquila, Priscilla y Apolos (*Hechos 18:19,24,26*). Seguramente en ningún otro lugar estuvo Pablo tan íntimamente relacionado como con los ancianos efesios, como revela hermosamente su discurso de despedida (*Hechos 20:17-38*). Posteriormente, Juan fue la figura señera en Éfeso. Cuenta la leyenda que llevó allí consigo a María, la Madre de Jesús, y que ella fue enterrada allí. Cuando escribió a Éfeso Ignacio de Antioquía, de camino a sufrir el martirio en Roma, dijo: «Vosotros habéis estado siempre unidos en una misma mente con los apóstoles en el poder de Jesucristo.»

Pocos lugares podrán mostrar mejor que Éfeso el poder conquistador de la fe cristiana.

Debemos fijarnos también en otra cosa. Ya hemos dicho que Éfeso era el puerto más importante de Asia. Hoy no se conservan de Éfeso más que unas ruinas que están a unos diez kilómetros del mar. La costa es ahora una línea ininterrumpida de playa arenosa a la que no se puede acercar ningún barco.» Lo que era una vez el Golfo de Éfeso y su puerto es ahora una zona pantanosa llena de cañas y de juncos.» Siempre fue costoso mantener abierto el puerto de Efeso a causa del sedimento que arrastra el río Caistro. Se perdió la batalla, y Éfeso se desvaneció de la escena.

ÉFESO, CRISTO Y SU IGLESIA

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

Juan empieza su carta a Éfeso con dos descripciones del Cristo Resucitado.

(i) Él sostiene las siete estrellas en Su mano derecha. Eso es decir que Cristo sostiene en Su mano las Iglesias. La palabra para *sostener* es *kratein*, que es una palabra fuerte. Quiere decir que Cristo tiene completo control sobre la Iglesia. Si la Iglesia se somete a ese control, nunca errará; y más que eso: nuestra seguridad está en el hecho de que estamos en la mano de Cristo. «No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano» (*Juan 10:28*).

Hay otro punto aquí que solo surge en griego. *Kratein* se construye normalmente con el genitivo (el caso que normalmente expresamos en español con la preposición *de*). Porque cuando *sos-tenemos* una cosa, rara vez la sostenemos *en su totalidad*; más bien es *parte de ella*. Cuando *kratein* va seguido del acusativo, quiere decir que se sostiene la totalidad del objeto. Aquí *kratein* va con el acusativo, y quiere decir que

Cristo tiene en Su **mano la totalidad de** las siete estrellas, lo que quiere decir *la totalidad de la Iglesia*.

Haremos bien en recordar esto. No es solo *nuestra* iglesia la que está en la mano de Cristo; *la totalidad* de la Iglesia está en Su mano. Cuando se ponen barreras entre las Iglesias se hace algo que Cristo no hace jamás.

(ii) Él anda en medio de los siete candelabros de oro. Los candelabros son las Iglesias. Esta expresión nos habla de la incansable actividad de Cristo en medio de Sus Iglesias. No Se limita a una de ellas; dondequiera que se reúnen las personas para adorar en Su nombre, allí está Cristo.

Juan pasa a decirnos algo acerca de los miembros de la Iglesia de Éfeso.

(i) El Cristo Resucitado los alaba por su *brega*. La palabra original es *kopos*, que es una palabra favorita en el Nuevo Testamento. Tifena, Tifosa y Pérsida, todas *bregaban* en el Señor (*Romanos 16:12*). Lo único que Pablo pretende es *haber bregado más* que los otros apóstoles (*1 Corintios 15:10*). Teme que los gálatas se vuelvan atrás, haciendo que su *brega* fuera en vano (*Gálatas 4:11*). En cada caso -y hay muchos otros- la palabra original es *kopos* o el verbo correspondiente *kopián*. La peculiaridad de estas palabras es que describen la clase de labor que requiere toda la concentración y el esfuerzo que se le puedan aplicar. El Cristianismo no es para el que no quiera cansarse o sudar. El cristiano ha de bregar por Cristo; y, cuando la brega física no le sea posible, siempre podrá bregar en oración.

(ii) El Cristo Resucitado los alaba por su *firme constancia*. Aquí tenemos la palabra *hypomoné*, que ya nos hemos encontrado una y otra vez. No es la paciencia negativa que acepta las cosas resignadamente, sino la galanura corajuda que asume el sufrimiento y la dificultad y los transforma en gracia y gloria. Se dice a menudo que el sufrimiento le da color a la vida; pero cuando nos enfrentamos con la vida con la *hypomoné* que Cristo nos imparte, el color de la vida no es nunca gris ni negro; siempre tiene los matices de la gloria.

ÉFESO, CUANDO LA ORTODOXIA CUESTA DEMASIADO

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

El Cristo Resucitado pasa a alabar a los cristianos de Éfeso porque han puesto a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo, y han demostrado que son mentirosos.

Muchos malvados se introducían en las pequeñas congregaciones de la Iglesia original. Jesús había advertido contra los falsos profetas que son lobos disfrazados de ovejas (*Mateo 7:15*). En su discurso de despedida a los ancianos de esta misma iglesia de Éfeso, Pablo les había advertido que habría lobos rapaces que invadirían el rebaño (*Hechos 20:29*). Estos hombres malvados eran de muchas clases. Había emisarios de los judíos que trataban de enredar a los cristianos en la Ley y que seguían a Pablo por todas partes tratando de deshacer su obra. Había quienes trataban de convertir la libertad en libertinaje. Había profesionales de la mendicidad que abusaban de la caridad de las congregaciones cristianas. La iglesia de Éfeso estaba más expuesta a esos mangantes ambulantes que las demás iglesias. Estaban en la carretera de Roma y el Oriente, y lo que R. C. Trench llamaba «toda la chusma de los malhechores» se le podía echar encima.

Más de una vez se insiste en el Nuevo Testamento en la necesidad de poner a prueba. Juan, en su primera epístola insiste en que hay que poner a prueba los espíritus que pretenden venir de Dios comprobando si aceptan la Encarnación en toda su plenitud (*1 Juan 4:1-3*). Pablo insiste en que los cristianos tesalonicenses deben poner a prueba todas las cosas para quedarse solo con lo que es bueno (*1 Tesalonicenses 5:21*). También insiste en que, cuando predique un profeta, los demás profetas deben someter a prueba lo que diga (*1 Corintios 14:29*). Uno no puede proclamar sus propios puntos de vista privados en la asamblea del pueblo de Dios; debe mantenerse en la tradición de la Iglesia. Jesús demandaba la

prueba más dura: < Será por sus frutos por lo que los reconozcáis» (Mateo 7:15-20).

La iglesia de Éfeso había aplicado sus pruebas fielmente y se había desbrozado de todos los malos y descarriados; pero el problema era que había perdido algo en el proceso. «Tengo esto contra ti: que has descuidado el mantener tu primer amor.» Eso se puede entender de dos maneras.

(a) Puede querer decir que había perdido su primer entusiasmo. Jeremías hablaba de la devoción de Israel a Dios en los primeros días. Dios le dice a la nación que se acuerda de « la devoción de tu juventud, de tu amor de novia» (Jeremías 2:2). Había habido un tiempo de luna de miel, pero la primera llamarada de entusiasmo se había apagado. Puede ser que el Cristo Resucitado esté diciendo que ha desaparecido todo el antiguo entusiasmo de la religión de la iglesia de Éfeso.

Pero es mucho más probable que quiera decir que se había perdido el primer ardor de amor por la fraternidad. En sus primeros días, los miembros de la iglesia de Éfeso habían estado unidos por un verdadero amor; la disensión no había asomado nunca su fea cabeza; el corazón estaba dispuesto para inflamarse, y la cabeza para ayudar. Pero algo se había echado a perder. Bien puede ser que la caza de herejes hubiera matado el amor, y la ortodoxia se había mantenido a costa de la fraternidad. Cuando pasa eso, la ortodoxia ha costado demasiado. Toda la ortodoxia del mundo no puede compensar la pérdida del amor.

ÉFESO, LOS PASOS DEL CAMINO DE VUELTA

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

Algo se había echado a perder en Éfeso. La brega dedicada continuaba; la constancia galana también, lo mismo que la ortodoxia impecable; pero el amor había desaparecido. Así es

que el Cristo Resucitado hace Su llamamiento exhortando a que se den los tres pasos del camino de vuelta.

(i) Primero, dice: *Recuerda*. No está hablando con ninguno que no ha estado nunca en la iglesia, sino a los que están en ella, pero han perdido el camino de alguna manera. El recuerdo puede ser muchas veces el primer paso del camino de regreso. En el país lejano, el hijo pródigo se acordó de pronto del hogar (Lucas 15:17).

O'Henry, el maestro de los relatos breves, tiene uno acerca de un chico que se había criado en una aldea; y en la escuela de la aldea había estado sentado al lado de una aldeana dulce e inocente. El chico se las arregló para irse a vivir a la ciudad; cayó en malas compañías; se hizo carterista. Un día estaba en la calle; acababa de robar una cartera -lo había hecho con limpieza- y estaba satisfecho de sí mismo. De pronto vio a la chica que se sentaba a su lado en la escuela. Todavía era la misma -dulce e inocente. Ella no le vio; ya se cuidó él de que le viera. Pero de pronto recordó lo que había sido, y se dio cuenta de lo que había llegado a ser. Apoyó la frente ardiente en el hierro frío de un farol. « ¡Dios mío -se dijo-, me doy asco!» El recuerdo le estaba invitando a iniciar el camino de vuelta. También Gaspar Núñez de Arce, el amigo y consejero literario de don Federico Flíedner, escribió:

*Cuando recuerdo la piedad sincera con que en mi edad primera entraba en nuestras viejas catedrales, donde
postrado ante la cruz de hinojos alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales; hoy, que mi frente atónito golpeo y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida, por hallarla otra vez, radiante y bella como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí!, diera la vida.*

Una poesía así puede que no suene más que a remordimiento y tragedia, pero de hecho puede ser el primer paso del camino de vuelta; porque el primer paso a la enmienda es darnos cuenta de que hemos perdido algo.

(ii) Segundo, dice: *Arrepiéntete*. Cuando descubrimos que algo se ha echado a perder, podemos tener más de una reacción. Podemos tener el sentimiento de que nada puede conservar su lustre original, así es que debemos aceptar lo que consideramos inevitable. Puede que nos embargue un sentimiento de resentimiento y que le echemos las culpas a la vida en lugar de enfrentarnos con nosotros mismos. Puede que decidamos que la vieja emoción ha de encontrarse yendo por senderos prohibidos, y tratemos de encontrarle el sabor a la vida en el pecado. Pero el Cristo Resucitado dice: < ¡Arrepiéntos! > El arrepentimiento es reconocer que somos nosotros los que tenemos la culpa, y sentir dolor por ello. La reacción del pródigo es: < Me levantaré e iré a mi padre y le diré que he pecado > (*Lucas 15:18*). El clamor angustioso del corazón de Saúl cuando se da cuenta de su necesidad es: «He obrado neciamente, he cometido un gran error» (*1 Samuel 26:21*). Lo más difícil del arrepentimiento es aceptar la responsabilidad personal por nuestro fracaso; porque, una vez que se acepta la responsabilidad, el dolor piadoso seguirá en breve.

(iii) Tercero, dice: *Haz*. El dolor del arrepentimiento está diseñado para conducir a una persona a dos cosas. La primera, tiene la misión de movernos a arrojarnos en la gracia de Dios diciendo solamente: «Dios, sé propicio a mí, tan pecador como soy.» Y segunda, tiene la misión de conducirnos a la acción para que produzcamos frutos dignos del arrepentimiento. Uno no se ha arrepentido de veras si sigue haciendo las mismas cosas. Fosdick decía que la gran verdad del Cristianismo es que «nadie tiene por qué quedarse lo mismo que estaba.» La prueba del arrepentimiento es una vida cambiada por nuestro esfuerzo en colaboración con la gracia de Dios.

ÉFESO, UNA HEREJÍA DESTRUCTIVA

Apocalipsis 2:1-7 (continuación)

Nos encontramos aquí con una herejía que el Cristo Resucitado dice que Él odia, y que Él alaba a Efeso por odiar también. Puede parecer extraño esto de atribuir odio al Cristo Resucitado; pero debemos recordar dos cosas. La primera que, si amamos a alguien apasionadamente, odiaremos por necesidad cualquier cosa que amenace destruir a esa persona. La segunda, que es necesario odiar el pecado pero amar al pecador.

Los herejes que encontramos aquí son los nicolaítas. Sólo se los nombra, no se los define. Nos los encontramos otra vez en Pérgamo (versículo 15), donde se los relaciona muy estrechamente con los < que mantienen la enseñanza de Balaam, > que a su vez se relaciona con comer cosas sacrificadas a los ídolos y con la inmoralidad (versículo 14). Nos encontramos con exactamente el mismo problema en Tiatira, donde la malvada Jezabel se dice que hace que los cristianos practiquen la inmoralidad y coman cosas sacrificadas a los ídolos. Podemos fijarnos en primer lugar en que este peligro no procede de fuera de la iglesia, sino de su interior. Estos herejes pretendían que no estaban destruyendo el Cristianismo, sino presentándolo en una versión mejorada.

Podemos notar en segundo lugar que los nicolaítas y los que mantenían la enseñanza de Balaam eran de hecho los mismos. Hay aquí un juego de palabras. El nombre *Nicolays*, el fundador de los nicolaítas, se podría derivar de dos palabras griegas: *nikán*, *conquistar*, y *laos*, *pueblo*. *Balaam* podría derivarse de dos palabras hebreas: *bela*, *conquistar*, y *ha-'am*, *el pueblo*. Así es que los dos nombres son el mismo, y puede que describan a un maestro malvado que ha obtenido la victoria sobre el pueblo subyugándolo con una enseñanza herética que puede acabar por destruirlo.

En *Números 25:1-5* tenemos una historia extraña en la que los israelitas son seducidos a entrar en relaciones ilegales y sacrílegas con mujeres moabitas y a dar culto a Baal-Peor; una seducción que, si no se hubiera anulado seriamente, podría haber destruido la religión y hasta la nación de Israel. Cuando pasamos a *Números 31:16* encontramos que aquella seducción se atribuye indiscutiblemente a la mala influencia de Balaam, que pasó a ser identificado en la historia de Israel como el malvado que sedujo al pueblo a pecar.

Veamos ahora lo que tienen que decirnos los primeros historiadores de la Iglesia acerca de estos nicolaítas. La mayoría los identifican como los seguidores de Nicolás, prosélito de Antioquía, que fue uno de los Siete llamados diáconos (*Hechos 6: 5*). Lo que se supone es que Nicolás se desvió y cayó en la herejía. Ireneo dice que los nicolaítas «llevaban una vida de permisividad ilimitada» (*Contra los herejes, 1:26.3*). Hipólito dice que Nicolás era uno de los Siete, y que «se apartó de la sana doctrina y adquirió la costumbre de inculcar el indiferentismo en materias de comida y de vida» (*Refutación de los herejes, 7:24*). *Las constituciones apostólicas, 6:8*, describen a los nicolaítas como «desvergonzados en su impureza.» Clemente de Alejandría dice que «se abandonaban al placer como cabras... llevando una vida de autoindulgencia.» Pero exculpa a Nicolás de toda responsabilidad diciendo que pervertían su dicho diciendo «que se puede abusar de la carne,» cuando lo que quería decir Nicolás era que hay que sojuzgar el cuerpo; los herejes pervertían este dicho para hacer que significara que la carne se puede usar tan desvergonzadamente como se quiera (*Misceláneas, 2:20*). No cabe duda que los nicolaítas daban rienda suelta al libertinaje.

Veamos si podemos identificar un poco más su punto de vista y su enseñanza. La carta a Pérgamo nos dice que inducían a las personas a comer carne sacrificada a los ídolos y a la práctica de la inmoralidad. Cuando volvemos al decreto del Concilio de Jerusalén encontramos que había dos condiciones que se debían cumplir para que los gentiles fueran admitidos

a la Iglesia: que se abstuvieran de lo sacrificado a los ídolos y de la inmoralidad (*Hechos 15; 28s*). Estas eran las dos cosas que quebrantaban los nicolaítas.

Eran probablemente hombres que argumentaban de la siguiente manera. (a) La Ley ha terminado; por tanto, ya no hay leyes, y podemos vivir como nos dé la gana. Confundían la libertad cristiana con la promiscuidad pagana. Eran la clase de personas a las que Pablo advertía que no usaran la libertad como una oportunidad para vivir conforme a la carne (*Gálatas 5:13*). (b) Probablemente argüían que el cuerpo es malo de todas maneras, y que no tiene importancia lo que se haga con él. (c) Probablemente argüían también que el cristiano estaba tan defendido por la gracia que podía hacer todo lo que fuera sin sufrir daño.

¿Qué separaba la perversión nicolaíta de la verdad del Evangelio? El problema era mantener la diferencia esencial entre el Cristianismo y la sociedad pagana circundante. Los paganos no objetaban a comer la carne ofrecida a los ídolos que se les ofrecía en innumerables ocasiones sociales. ¿Podía un cristiano participar de esas fiestas? Los paganos no tenían idea de la castidad, y las relaciones sexuales fuera del matrimonio se consideraban perfectamente normales. ¿Tenían que ser tan diferentes los cristianos? Los nicolaítas sugerían que se podía llegar a un acuerdo con el mundo. Sir William Ramsay describe su enseñanza de la siguiente manera: «Era un intento de llegar a un acuerdo con las costumbres normales de la sociedad grecorromana reteniendo lo más posible de esas costumbres en el sistema cristiano de vida.» Esta enseñanza afectaba mayormente a las clases altas, que eran las que podían perder más si cumplían las demandas cristianas. Para Juan, los nicolaítas eran peores que los paganos, porque eran los enemigos dentro de las puertas.

Los nicolaítas no estaban dispuestos a ser diferentes; eran los más peligrosos de todos los herejes desde un punto de vista práctico; porque, si su enseñanza hubiera tenido éxito, el mundo habría cambiado el Cristianismo, en lugar de al revés.

ÉFESO
LA GRAN RECOMPENSA

Apocalipsis 2:1-7 (conclusión)

Por último, el Cristo Resucitado hace Su gran promesa a los que obtengan la victoria. En este cuadro hay dos concepciones muy hermosas.

(i) Está la concepción del *árbol de la vida*. Esto es parte de la historia del Huerto del Edén, en medio del cual estaban el árbol de la vida y el del conocimiento del bien y del mal (*Génesis 2:9*); y se le impidió a Adán comer del árbol de la vida después de su desobediencia para que no viviera para siempre (*Génesis 3:22-24*).

En el pensamiento judío posterior, el árbol de la vida llegó a representar lo que podía dar al hombre la vida verdadera. La sabiduría es árbol de vida para los que de ella echan mano (*Proverbios 3:18*); el fruto del justo es árbol de vida (*Proverbios 11:30*); el deseo cumplido es árbol de vida (*Proverbios 13:12*); la lengua apacible es árbol de vida (*Proverbios 15:4*).

A esta se añade otra figura. Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, y se les cerró el acceso para siempre al árbol de la vida. Pero los judíos creían que cuando viniera el Mesías y amaneciera la nueva era, el árbol de la vida estaría en medio de los hombres, y los que hubieran sido fieles comerían de él. El sabio decía: «Los que hagan las cosas que Te agradan recibirán el fruto del árbol de la inmortalidad» (*Eclesiástico 19:19*). Los rabinos describían el árbol de la vida en el Paraíso. Sus ramas daban sombra a todo el Paraíso; tenía quinientos mil perfumes fragantes, y su fruto otros tantos sabores diferentes. La idea era que lo que Adán había perdido lo restauraría el Mesías. Comer del árbol de la vida quiere decir participar de todas las alegrías que tendrán los justos que hayan obtenido la victoria cuando Cristo reine supremo.

(ii) Está la concepción del Paraíso, cuyo nombre es ya precioso. Puede que nosotros no le adscribamos un sentido

especial; pero, cuando estudiamos Historia, nos encontramos con las ideas más aventureras que haya conocido jamás el mundo.

(a) En su origen, *paraíso* era una palabra persa. Jenofonte escribió mucho acerca de los persas, y fue él el que introdujo esa palabra en la lengua griega. En su origen quería decir un jardín agradable. Cuando Jenofonte está describiendo cómo vivía el rey de Persia dice que se preocupaba de que hubiera *paraísos* donde viviera, llenos de todas las cosas buenas y hermosas que puede producir el suelo (Jenofonte, *Ecumenicus*, 4:13). Paraíso es una hermosa palabra que describe un lugar de serena belleza.

(b) En la Septuaginta *paraíso* se usa con dos sentidos. Primero, se usa regularmente para *el Jardín del Edén* (*Génesis 2:8*, y *3:1*). Segundo, para cualquier jardín especial. Cuando Isaías habla de *un jardín* que no tiene agua, se usa la palabra *paraíso* (*Isaías 1:30*). Es la palabra que se usa cuando Jeremías dice: «Plantad *huertos* y comed del fruto de ellos» (*Jeremías 29:5*). Es la palabra que se usa cuando el Predicador dice: «Me hice huertos y jardines, y planté en ellos toda clase de árboles frutales» (*Eclesiásticos 2:5*).

(iii) En el pensamiento cristiano primitivo, la palabra tenía un significado específico. En el pensamiento judío tradicional, después de la muerte el alma de todos iba indistintamente al Hades, una morada gris y sombría. El pensamiento cristiano primitivo concibió un estado intermedio entre la tierra y el Cielo al que iban todas las personas y en el que permanecían hasta el Juicio Final. Tertuliano concebía este lugar como una caverna extensa debajo de la tierra. Pero había una parte especial en la que estaban los profetas y los patriarcas que era *el Paraíso*. Filón lo describe como «un lugar al que no afectan ni la lluvia ni la nieve ni las olas, sino que refresca el suave céfiro del océano.» Según se lo figuraba Tertuliano, sólo una clase de personas iban directamente allí, y eran los mártires. «La única llave -decía- que le abre a uno las puertas del Paraíso es su propia sangre» (Tertuliano, *Sobre el alma*, 55).

Orígenes fue uno de los pensadores más aventureros que haya producido la Iglesia. Escribió lo siguiente: < Creo que todos los santos (*santos* quiere decir *cristianos*) que partan de esta vida permanecerán en algún lugar situado en la Tierra que la Sagrada Escritura llama Paraíso como lugar de instrucción y, por así decirlo, aula o escuela de las almas... El que sea puro de corazón y santo de mente y más aventajado en la percepción hará un progreso más rápido, ascendiendo pronto a un lugar en el aire, y llegando al Reino del Cielo a través de estas mansiones (*etapas*) que los griegos llaman *esferas* y que la Sagrada Escritura llama *cielos*... Así llegará al final a seguir al Que ha pasado a los Cielos, Jesús el Hijo de Dios, Que dijo: "Quiero que donde Yo esté, estén estos también." Era de esta diversidad de lugares de los que hablaba cuando decía: "En la casa de Mi Padre hay muchas moradas"> (Orígenes, *De principiis*, 2:6).

Los grandes pensadores de la Iglesia primitiva no identificaban el Paraíso con el Cielo; el Paraíso era un lugar intermedio donde las almas de los justos se preparaban para entrar a la presencia de Dios. Esta es una idea muy preciosa. ¿Quién no ha pensado que el salto de la Tierra al Cielo es demasiado grande para que se dé de una sola vez, y que se necesita un acceso gradual a la presencia de Dios?

(iv) Por último, el Paraíso dejó de contener esta idea del estado intermedio, y llegó a ser equivalente al Cielo. Recordemos las palabras de Jesús al ladrón arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lucas 23:43*). Nos encontramos ante misterios sobre los que sería irreverente dogmatizar; pero, ¿hay mejor descripción del Paraíso que decir que es vivir para siempre en la presencia de nuestro Señor?

En las regiones inmaculadas, ricas mansiones que el Señor da, hay muchas cosas grandes y amadas y muy preciosas: ¡Cristo allí está!

(Mateo Cosidó).

LA CARTA A ESMIRNA

Apocalipsis 2:8-11

-Escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna:

Estas cosas las dice el Primero y el último, el Que pasó por la muerte y volvió otra vez a la vida.

Yo conozco la aflicción y la pobreza que sufres -a pesar de lo cual tú eres rico- y sé las calumnias que proceden de los que dicen que son judíos, pero que no son más que la sinagoga de Satanás. No tengas miedo de lo que vas a tener que pasar. ¡Fíjate! El diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para someteros a prueba, y tendréis un tiempo de aflicción que se prolongará durante diez días. Muéstrate leal hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. El que obtenga la victoria no sufrirá daño de la segunda muerte.

ESMIRNA,
LA CORONA DE ASIA

Apocalipsis 2:8-11

Si era inevitable que Éfeso ocupara el primer lugar en la lista de las Siete Iglesias, era igualmente natural que Esmirna, su gran rival, ocupara el segundo. De todas las ciudades de Asia, Esmirna era la más encantadora. Se la llamaba el adorno de Asia, la corona de Asia y la flor de Asia. Luciano dijo que era «la más bonita de las ciudades de Jonia.» Aristides, que cantó las alabanzas de Esmirna con tal esplendor, habló de «la gracia que la orla como un arco iris... la luminosidad que la rodea por todas partes y que alcanza hasta los cielos como el brillo de la armadura de bronce de Homero.» Añadía al encanto de Esmirna el que el viento del Oeste, el céfiro blando, siempre soplabla por sus calles. «El viento -decía Aristides- sopla por toda la ciudad refrescándola como si fuera un soto de árboles.» El continuo viento del Oeste tenía un solo inconveniente: el alcantarillado de la ciudad vertía en el golfo en cuya orilla estaba construida, y el viento tendía a hacerlo retroceder en lugar de impulsarlo mar adentro.

Esmirna estaba maravillosamente situada. Se encontraba al final de la carretera que cruzaba Frigia y Lidia y se dirigía al lejano Oriente, y controlaba el comercio del rico valle del Hermo. Era inevitable que fuera una ciudad comercial. La misma ciudad estaba al final de un largo brazo de mar que acababa en un pequeño puerto encerrado en la tierra y en el corazón de la ciudad. Era el más seguro de todos los puertos y el más conveniente; y tenía la ventaja adicional de que en tiempo de guerra se podía cerrar fácilmente mediante una cadena de lado a lado de la boca. Era apropiado el que en las monedas de Esmirna se representara un barco mercante dispuesto a hacerse a la mar.

La situación de la ciudad era igualmente hermosa. Empezaba en el puerto; atravesaba el estrecho pie de las colinas, y

entonces surgía detrás de la ciudad el Pago, una colina cubierta de templos y nobles edificios que se describían como «La corona de Esmirna.» Un viajero moderno lo describe como «una ciudad regia coronada de torres.» Aristides comparaba a Esmirna con una gran estatua con los pies en el mar, el cuerpo en el llano y en las colinas y la cabeza, coronada de grandes edificios, en el Pago trasero. La llamaba «una flor de belleza tal que ni el sol ni la tierra le han mostrado jamás a la humanidad nada igual.»

Su historia no tenía poco que ver con la belleza de Esmirna, porque era una de las pocas ciudades del mundo planificadas a propósito. Se había fundado como una colonia griega allá por el año 1,000 a.C. Alrededor del año 600 a.C. le había sobrevenido una desgracia, porque los lidios la habían asaltado por el Este y destruido. Quedó prácticamente convertida en una serie de aldehuelas durante cuatrocientos años, hasta que la reedificó Lisímaco como un conjunto bien planificado. Se construyó con calles amplias y rectas. Estrabón habla de la belleza de sus calles, la excelencia de su pavimentación y los grandes bloques rectangulares de su construcción. La más famosa de sus calles era la Calle del Oro, que empezaba en el templo de Zeus y acababa en el templo de Cibeles. Daba la vuelta al pie de la colina del Pago; y, si los edificios que coronaban el Pago eran la corona de Esmirna, la calle del Oro era el collar que rodeaba el cuello de la colina.

Aquí tenemos un hecho interesante y significativo que muestra el cuidado y el conocimiento con que Juan establece sus cartas del Cristo Resucitado. Al Cristo Resucitado se le llama «El Que murió y volvió a la vida.» Ese era un eco de la experiencia de la misma Esmirna.

Esmirna tenía otras credenciales de grandeza aparte de su ciudad. Era una ciudad libre, y sabía lo que era la lealtad. Mucho antes de que Roma llegara a ser la indiscutible señora del mundo, Esmirna le había dado su voto, y nunca le había fallado en su lealtad. Cicerón llamaba a Esmirna «una de nuestras más antiguas y fieles aliadas.» En las campañas contra

Mitridates en el Oriente lejano, las cosas le iban mal a Roma. Y cuando los soldados romanos estaban sufriendo hambre y frío, el pueblo de Esmirna se despojó de sus ropas para enviárselas.

Tal era la reverencia que sentía Esmirna por Roma que ya hacia 195 a.C. fue la primera ciudad del mundo que erigió un templo a la diosa Roma. Y en el año 26 d.C., cuando las ciudades de Asia Menor se disputaban el honor de edificar un templo a la divinidad de Tiberio, fue elegida Esmirna aun por encima del mismo Éfeso.

No solo era grande Esmirna en comercio, belleza y eminencia política y religiosa; también era una ciudad en la que florecía la cultura. Apolonio de Tiana había convencido a Esmirna de que solamente sus hombres podían hacer grande a una ciudad. Dijo: «Aunque Esmirna es la más hermosa de todas las ciudades que hay bajo el Sol, y que es la señora del mar, y que ejerce señorío sobre las fuentes del céfiro, aún es mayor encanto estar coronada de hombres que de pórticos y escenarios y oro más allá del nivel de toda la humanidad: porque los edificios se ven solo en su lugar, pero los hombres se conocen por doquiera, y se habla de ellos por doquiera, y hacen a su ciudad tan amplia como el ámbito de los países que pueden visitar.» Así es que Esmirna tenía un estadio en el que se celebraban juegos atléticos famosos todos los años; una biblioteca pública imponente; un odeón que era el hogar de la música, y un teatro que era uno de los más grandes de Asia Menor. En particular, Esmirna era una de las ciudades que pretendían ser la cuna de Homero; tenía un edificio en su memoria llamado el Homerión, y ponía la efigie de Homero en sus monedas. Esta era una atribución tan discutida como la de ser la cuna de Cervantes en España. Thomas Heywood, un poeta del siglo XVII, escribió un epigrama famoso en la literatura inglesa:

*Siete ciudades guerrearon por Homero ya muerto,
quien, cuando vivo, no tuvo techo que cobijara su cabeza.*

En tal ciudad esperaríamos encontrar una arquitectura magnífica, y así era en Esmirna, donde había una legión de templos -a Cibeles, Zeus, Apolo, Némesis, Afrodita, y Esculapio.

Esmirna tenía una dotación especial de las características comunes a todas las ciudades griegas. Mommsen dice que Asia Menor era «un paraíso de vanidad municipal,» y Esmirna era famosa entre todas las ciudades «por su rivalidad municipal y por su orgullo local.» Cada uno de sus habitantes quería exaltar a Esmirna y llegar a la cima de su árbol municipal. No carece de importancia el que en el encabezamiento de la carta del Cristo Resucitado se le llame « El Primero y el Último.» En comparación con Su gloria, todas las distinciones terrenales son fútiles.

Aún nos queda por mencionar una característica de Esmirna que resalta en la carta y que tuvo serias consecuencias para sus cristianos. Los judíos eran especialmente numerosos e influyentes (versículo 9). Encontramos, por ejemplo, que contribuyeron 10,000 *denarii* para el embellecimiento de la ciudad. Está claro que en Esmirna fueron los judíos especialmente hostiles a la Iglesia Cristiana, sin duda porque fue de entre ellos y de entre los interesados en el judaísmo de donde procedían muchos de los convertidos al Cristianismo. Así es que podemos terminar nuestro estudio de Esmirna con la historia del más famoso martirio cristiano, que sucedió allí.

Policarpo, obispo de Esmirna, fue martirizado el sábado 23 de febrero del año 155 d.C. Fue en el tiempo de los juegos atléticos; la ciudad estaba abarrotada, y toda la gente estaba excitada. De pronto surgió el grito: «¡Mueran los ateos! ¡Busquemos a Policarpo!» Seguramente Policarpo habría podido huir; pero ya había tenido una visión en sueños en la que vio que la almohada bajo su cabeza estaba ardiendo, y se despertó para decirles a sus discípulos: «Es necesario que me quemem vivo.»

Un esclavo declaró bajo tortura dónde se encontraba Policarpo. Fueron a arrestarle. Él ordenó que les dieran una

comida y puso a su disposición todo lo que quisieran tomar, pidiéndoles a cambio que le concedieran el privilegio de pasar una hora en oración. Ni siquiera el capitán de la policía quería ver morir a Policarpo. En el breve viaje a la ciudad trató de persuadir al anciano: < ¿Qué tiene de mal el decir "César es señor" y ofrecer sacrificio y salvar la vida?> Pero Policarpo era inamovible en su convicción de que para él el único Señor era Jesucristo.

Cuando entró en la arena del circo vino una voz del Cielo que decía: < Sé fuerte, Policarpo, y pórtate como un hombre.> El procónsul le dio a escoger entre maldecir el nombre de Cristo y ofrecer sacrificio al César, o morir. «Ochenta y seis años Le he servido -le contestó Policarpo-, y Él no me ha hecho nunca ningún mal. ¿Cómo voy a blasfemar de mi Rey Que me salvó?» El procónsul le amenazó con la hoguera, y Policarpo replicó: « Tú me amenazas con un fuego que arde sólo un momento y se sofoca en seguida, porque no conoces el fuego que les espera a los malvados en el juicio por venir y en el castigo eterno. ¿A qué esperas? ¡Venga, haz lo que quieras conmigo!»

El gentío llegó de las tiendas y de los baños con teas, y los judíos, aun quebrantando el descanso sabático al llevar tales cargas, fueron los primeros en allegar la leña. Iban a atarle al poste del patíbulo; pero él dijo: «Dejadme como estoy; porque el Que me da poder para soportar el fuego me concederá permanecer inmóvil en medio de las llamas sin la seguridad de vuestros clavos.» Así es que le dejaron atado pero sin apretarle en las llamas, y Policarpo hizo su gran oración:

Señor Dios Todopoderoso, Padre de Tu amado y bendito Hijo Jesucristo, por medio de Quien hemos recibido pleno conocimiento de 77, Dios de los ángeles y poderes, y de toda la creación, y de toda la familia de los rectos que viven ante Ti, yo Te bendigo por concederme este día y hora el poder participar, entre el número de los mártires, del cáliz de Tu Cristo, por la Resurrección

a vida eterna tanto de cuerpo como de alma en la inmortalidad del Espíritu Santo. Sea yo recibido hoy entre ellos delante de Ti como sacrificio rico y aceptable, como Tú, el Dios de verdad y sin engaño, has preparado de antemano y mostrado y cumplido. Por esta razón yo también Te alabo por todas las cosas, Te bendigo, Te glorifico, mediante el Sumo Sacerdote eterno y celestial Jesucristo, Tu amado Hijo, mediante Quien sea dada gloria a Ti con Él y el Espíritu Santo, tanto ahora como por todas las edades que están por venir. Amén.

Hasta aquí los hechos escuetos; a continuación se nos dice que las llamas hicieron una especie de tienda alrededor de Policarpo sin llegar a tocarle. Por último el verdugo le atravesó para ejecutar lo que las llamas no pudieron hacer. « Y cuando hizo esto salió una paloma, y mucha sangre, hasta tal punto que apagó el fuego, y toda la multitud se maravilló de la diferencia que hay entre los incrédulos y los elegidos.»

De lo que no cabe duda es de que Policarpo murió como un mártir, testigo, de la fe.

No podía ser un fácil compromiso ser cristiano en Esmirna; y sin embargo la carta a Esmirna es una de las dos en las que el Cristo Resucitado alaba a la iglesia sin reservas.

ESMIRNA, BAJO LA PRUEBA

Apocalipsis 2:8-11 (continuación)

La iglesia de Esmirna tenía dificultades y era inminente que se le presentara otra prueba.

Hay tres cosas que dice la carta acerca de esta prueba.

(i) Es thlipsis, *aflicción*. Thlipsis quería decir originalmente estar oprimido bajo un peso. La presión de los acontecimientos recae sobre la iglesia de Esmirna.

(ii) Es *ptójeía*, *pobreza*. En el Nuevo Testamento la pobreza y el Cristianismo están íntimamente relacionados. «¡Afortunados vosotros los pobres,» dijo Jesús (*Lucas 6:20*). Pablo describía a los cristianos de Corinto como pobres, pero que enriquecían a muchos (*2 Corintios 6:10*). Santiago dice que Dios ha escogido a los pobres de este mundo para que sean ricos en la fe (*Santiago 2:5*).

En griego hay dos palabras para *pobreza*. *Penía* describe la condición de una persona que no es rica, pero que, como los griegos lo definían, satisfacía sus necesidades con el trabajo de sus manos. Como decía Jorge Manrique, la sociedad constaba de dos clases: «Los que viven por sus manos - y los ricos.» *Ptójeía* describía una destitución total. Se ha explicado de la siguiente manera: *penía* describe el estado de la persona que no tiene nada superfluo; *ptójeía* describe el estado del que no tiene absolutamente nada.

La pobreza del cristiano se debía a dos factores. Al hecho de que la mayor parte de los cristianos pertenecían a la clase más baja de la sociedad. La sima entre la cumbre y el fondo de la escala social era muy pronunciada. Sabemos, por ejemplo, que los pobres se morían literalmente de hambre en Roma cuando los vientos contrarios retrasaban la llegada de los barcos que traían cereales de Alejandría y no quedaban reservas.

Había otra razón para la pobreza de los cristianos. A veces sufrían el despojo de sus bienes (*Hebreos 10:34*). Había veces que la chusma pagana atacaba inesperadamente a los cristianos y les destrozaba las casas. La vida no era nada fácil para los cristianos de Esmirna o de cualquier otro lugar del mundo antiguo.

(iii) Estaba *el que los metieran en la cárcel*. Juan predice un encarcelamiento de *diez días*. Esto no hay que tomarlo literalmente. *Diez días* podía querer decir un breve tiempo que pasaría pronto. Así es que esta profecía es al mismo tiempo advertencia y promesa. El encarcelamiento se va a producir; pero el tiempo de la prueba, aunque agudo, sería corto. Aquí hay que notar dos cosas.

La primera, que era precisamente así como se producían las persecuciones. Los cristianos estaban fuera de la ley, pero la persecución no era continua. Podía ser que se dejara a los cristianos en paz bastante tiempo; pero en cualquier momento podía ser que a un gobernador le diera la vena de aplicar la ley, o al gentío la de ponerse a gritar que se buscara a los cristianos -y entonces se producía la tempestad. El terror de ser cristiano estaba en la inseguridad.

La segunda, la cárcel no nos parece a nosotros tan terrible. Puede que dijéramos: «¿La cárcel? Bueno, eso no es tan malo como la muerte.» Pero en el mundo antiguo la cárcel era algo así como el preludio de la muerte. Uno estaba preso hasta que se le sacaba a ajusticiar.

ESMIRNA, LA CAUSA DEL PROBLEMA

Apocalipsis 2:8-11 (continuación)

Los instigadores de la persecución fueron los judíos. Una y otra vez vemos en *Hechos* que los judíos influían en las autoridades en contra de los predicadores cristianos. Así sucedió en Antioquía (*Hechos 13:50*); Iconio (*Hechos 14:2,5*); Listra (*Hechos 14:19*), y *Tesalónica* (*Hechos 17:5*).

La historia de lo que sucedió en Antioquía nos muestra cómo consiguieron los judíos a menudo influir en las autoridades para que tomaran medidas contra los cristianos (*Hechos 13:50*). En los alrededores de la sinagoga se reunían muchos «temerosos de Dios,» es decir, gentiles que no estaban dispuestos a llegar a la decisión de hacerse prosélitos y adoptar totalmente el judaísmo sometiéndose a la circuncisión, pero que se sentían atraídos por la pureza de la ética judía en comparación con la vida pagana. Especialmente las mujeres eran atraídas al judaísmo por estas razones. A menudo se trataba de mujeres de la aristocracia, esposas de magistrados

y de gobernadores, y era a través de ellas cómo los judíos llegaban a las autoridades y las inducían a perseguir a los cristianos.

Juan llama a los judíos *la sinagoga de Satanás*, tomando una expresión favorita de los judíos y aplicándosela a los mismos. Cuando los israelitas se reunían, les encantaba llamarse < la asamblea del Señor » (*Números 16:3; 20:4; 31:16*). *Sinagoga* es el griego *synagógue*, que quiere decir literalmente asamblea o congregación. Es como si Juan dijera: < Os llamáis la asamblea de Dios cuando de hecho sois la asamblea del diablo. » Una vez Juan Wesley dijo de ciertos hombres que presentaban una figura indigna de Dios: < Vuestro Dios es para mí el diablo. » Es algo terrible cuando la religión se convierte en el medio para cosas malas. Ha sucedido. En los días de la Revolución Francesa, Madame Roland lanzó su famoso grito: < ¡Libertad, qué de crímenes se cometen en tu nombre! » Ha habido tiempos trágicos en que eso se podía decir de la religión.

Se solían lanzar seis acusaciones contra los cristianos.

(i) Sobre la base de las palabras de la Comunión -«esto es Mi cuerpo, esto es Mi sangre»- se difundió el rumor de que los cristianos eran caníbales.

(ii) Como los cristianos llamaban a sus celebraciones *agapé, la fiesta del amor*, se decía que se trataba de orgías.

(iii) Como el Cristianismo producía a veces rotura en las familias cuando unos miembros se hacían cristianos y otros no, se acusaba a los cristianos de «involucrarse en cuestiones familiares.»

(iv) Los paganos acusaban a los cristianos de ateísmo porque no podían comprender un culto sin imágenes y porque negaban la existencia de los dioses paganos.

(v) A los cristianos se los acusaba de ser desafectos al régimen porque se negaban a decir: «El César es el Señor.»

(vi) A los cristianos se los acusaba de incendiarios porque anunciaban que el mundo acabaría en llamas.

No les era difícil a los maliciosos diseminar peligrosas calumnias acerca de la Iglesia Cristiana.

ESMIRNA, DERECHO Y DEMANDA DE CRISTO

Apocalipsis 2:8-11 (continuación)

Ya hemos visto que la iglesia de Esmirna se estaba enfrentando con dificultades, y con amenazas aún peores por venir. En vista de eso la carta a Esmirna empieza con dos títulos impresionantes del Cristo Resucitado que revelan lo que Él le puede ofrecer a una persona que tiene que arrostrar una situación como la que se le presentaba a los cristianos de Esmirna.

(i) Cristo es el Primero y el último. En el Antiguo Testamento ese era un título que se aplicaba exclusivamente a Dios. < Yo soy el Primero y Yo soy el último » (*Isaías 44:6; 48:12*). Este título tiene dos aspectos. Para el cristiano es una promesa estupenda. Venga lo que venga, desde el primer día de la vida hasta el último, el Cristo Resucitado está con nosotros. Así pues, ¿de quién o de qué hemos de tener miedo?

Pero para los paganos de Esmirna era una advertencia. Amaban su ciudad, a la que llamaban « la primera de Asia, » y todos y cada uno de ellos se esforzaban por ser mejores que sus vecinos. El Cristo Resucitado dijo: «Yo soy el Primero y el Último.» Aquí está la muerte del orgullo humano. Al lado de la gloria de Cristo todos los títulos humanos son hueros, y todas las pretensiones humanas ridículas. Cuando el emperador romano Juliano, el Apóstata, fracasó en su intento de acabar con el Cristianismo y restaurar los viejos dioses del paganismo, y cuando llegó a la muerte en el intento, dijo: «El desplazar a Cristo del lugar supremo no era para mí.»

(ii) Cristo es el Que fue muerto y está vivo otra vez. Los tiempos del verbo tienen una importancia capital. En griego para *fue* es *guenómenos*, que quiere decir *el que llegó a ser*. Describe lo que podríamos llamar una fase pasada. Cristo llegó a estar muerto; fue un episodio por el que pasó. En griego el verbo que traduce la versión Reina-Valera por *vivió* es el

aoristo, que describe una acción que se completa en el pasado. La traducción correcta es *volvió otra vez a la vida*, como dicen muchas traducciones modernas, haciendo referencia al suceso de la Resurrección. El Cristo Resucitado es el Que experimentó la muerte y volvió otra vez a la vida en el acontecimiento triunfal de la Resurrección, y está vivo para siempre. También esto tiene dos aspectos.

(a) El Cristo Resucitado es el Que *ha experimentado* lo peor que la vida Le podía hacer. Murió en la agonía de la Cruz. Fuera lo que fuera lo que les sucediera a los cristianos de Esmirna, Jesucristo había pasado por ello. Él puede ayudar porque sabe lo que es la vida en su peor aspecto, y ha experimentado la amargura de la muerte, y de la muerte de Cruz.

(b) El Cristo Resucitado *ha conquistado* lo peor que la vida puede hacer. Ha triunfado del dolor y de la muerte; y nos ofrece y abre a través de Sí mismo el camino de la vida victoriosa.

En este pasaje hay también una demanda, la de *la lealtad*, ser leales hasta cuando sea la muerte el precio que se haya de pagar. La lealtad era una cualidad de la que sabía algo el pueblo de Esmirna, porque su ciudad se había jugado el todo por el todo con Roma cuando la grandeza de Roma no era más que una posibilidad lejana, y nunca había vacilado en su fidelidad, en la calma y en las tormentas. Si se colocaran todas las otras nobles cualidades de la vida en el otro platillo de la balanza, todavía las superaría la lealtad. R. L. Stevenson le pedía a Dios que «en todos los vaivenes de la fortuna, y hasta las puertas de la muerte,» fuéramos «leales y cariñosos unos con otros.»

ESMIRNA LA RECOMPENSA PROMETIDA

Apocalipsis 2:8-11 (conclusión)

Jesucristo no quedará en deuda con nadie, y el serle leal reporta su propia recompensa. En este pasaje se mencionan dos recompensas.

(i) Está *la corona de la vida*. Una y otra vez se menciona en el Nuevo Testamento la corona del cristiano. Aquí y en *Santiago 1:12* se menciona la corona *de la vida*. Pablo habla de la corona de *la integridad* (*2 Timoteo 4:8*), y de la corona *de que enorgullecerse* (*1 Tesalonicenses 2:19*). Pedro menciona la corona *de la gloria* (*1 Pedro 5:4*). Pablo contrasta la corona inmortal del cristiano con la corona caduca de laurel que era el premio del vencedor en los juegos atléticos (*1 Corintios 9:25*), y *Pedro* menciona otra vez la corona imperecedera de la gloria (*1 Pedro 5:4*).

De en cada una de estas frases quiere decir *que consiste en*. Ganar la corona de la justicia o de la gloria o de la vida es ser coronado con la integridad o la gloria o la vida. Pero debemos entender la idea que hay detrás de esta palabra *corona* (*stéfanos*). En griego hay dos palabras para *corona*: *diádema*, que es *la corona real*, y *stéfanos*, que conlleva las ideas de gozo y de *victoria*. No es la corona real la que se le ofrece al cristiano, sino la corona del gozo y de la victoria. *Stéfanos* tiene muchas asociaciones, y todas ellas contribuyen algo a la riqueza de pensamiento que conlleva.

(a) Lo primero que se nos viene a la mente es la corona del vencedor en los juegos atléticos. Esmirna celebraba unos juegos que eran famosos en toda Asia. Como en los juegos olímpicos, la recompensa que recibía el atleta vencedor era una corona de laurel. El cristiano puede ganar la corona de la victoria en la contienda de la vida.

(b) Cuando uno había realizado su trabajo de magistrado fielmente, al final del tiempo que estaba en activo se le

concedía una corona. El que sirva fielmente a Jesucristo y a sus semejantes a lo largo de toda su vida recibirá su corona.

(c) En el mundo pagano era costumbre ponerse coronas de flores en los banquetes. Al final del día, si el cristiano ha sido leal, tendrá el gozo de sentarse como invitado en el banquete de Dios.

(d) Los adoradores paganos tenían la costumbre de ponerse coronas cuando iban a los templos de sus dioses. Al final del día, si el cristiano ha sido fiel, tendrá el gozo de entrar a la presencia más íntima con su Dios.

(e) Algunos investigadores han visto en esta corona una referencia al halo o nimbo que se suele poner en los cuadros alrededor de la cabeza de los seres divinos o de los santos. Si es así, quiere decir que el cristiano, si es fiel, será coronado con la vida que pertenece a Dios mismo. Como dijo Juan: < Seremos semejantes a Él, porque Le veremos como Él es en realidad» (*I Juan 3:2*).

En esta vida puede ser que la lealtad del cristiano le traiga una corona de espinas; pero en la vida por venir le reportará la corona de la gloria.

(ii) Cipriano usa dos grandes frases para describir a los que son fieles hasta la muerte. Los describe como < ilustres en la heráldica de un nombre bueno,» y los llama < la cohorte vestida de blanco de los soldados de Cristo.» A los fieles se les hace todavía otra promesa: no sufrirán ningún daño de *la muerte segunda*. *La segunda muerte* es una frase misteriosa que no aparece nada más que aquí y en *Apocalipsis 20:6, 14; 21:8*. Los rabinos hablaban de < la segunda muerte que padecen los malvados en el siglo venidero.» La frase puede tener uno de dos orígenes.

(a) Los saduceos creían que después de la muerte no hay absolutamente nada; los epicúreos mantenían la misma doctrina. Esta creencia se encuentra hasta en el Antiguo Testamento, porque el libro pesimista del *Eclesiastés* fue la obra de un saduceo. «Mejor es perro vivo que león muerto; porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos no saben

nada» (*Eclesiastés 9:4s*). Para los saduceos y los epicúreos la muerte era la extinción. Para el judío ortodoxo esto era demasiado simple, porque quería decir que al sabio y al necio les esperaba el mismo fin (*Eclesiastés 2:15s; 9: 2*). Ellos, por tanto, llegaron a creer que había, por así decirlo, dos muertes -la muerte física que ha de pasar toda persona, y después otra muerte que era el juicio de Dios.

(b) Esto está íntimamente relacionado con las ideas que hemos tocado cuando estudiamos la palabra *paraíso* (2:7). Vimos que muchos de los pensadores judíos y cristianos primitivos creían que había un estado intermedio en el que permanecían todas las personas hasta el Juicio Final. En ese caso, no cabe duda que habría dos muertes: la muerte física, que es inevitable, y la muerte espiritual, por la que pasarían los malvados después del Juicio Final.

Acercas de tales cosas no se nos ha concedido poder hablar con seguridad; pero, cuando Juan decía que los fieles no sufrirían daño de la segunda muerte se refería exactamente a lo mismo que Pablo cuando decía que nada en la vida ni en la muerte, en el tiempo o en la eternidad puede separar de Jesucristo a los que Le aman. Esa persona está a salvo de todo lo que la vida o la muerte le puedan hacer (*Romanos 8:38s*).

LA CARTA A PÉRGAMO

Apocalipsis 2:12-17

-Escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo:

Estas cosas las dice el Que tiene la espada aguda de doble filo.

Sé dónde tienes tu hogar. Sé que es donde está el trono de Satanás; y sin embargo mantienes Mi nombre y no me has retirado tu fidelidad, ni siquiera en los días de mi fiel mártir Antipas, al que mataron en medio de vosotros donde Satanás tiene su hogar.

Pero tengo una pocas cosas contra ti. Tienes ahí algunas personas que siguen la doctrina de Balaam, el que enseñó a Balac a poner tropezaderos en el camino de los israelitas, a comer carne sacrificada a los ídolos y a cometer fornicación. Y también tienes los que de manera parecida siguen las enseñanzas de los nicolaítas. Así es que arrepíentete; porque si no, vengo a ti rápido para hacerles frente con la espada de Mi boca.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias. Yo le concederé al que obtenga la victoria que participe del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca en la que esté escrito un nombre nuevo que nadie conozca más que el que lo reciba.

PÉRGAMO,
LA SEDE DE SATANÁS

Apocalipsis 2:12-17

Pérgamo ocupaba un lugar único en Asia. No se encontraba en ninguna de las grandes carreteras como Éfeso y Esmirna; pero históricamente era la ciudad más importante de Asia. Estrabón la llamaba < ciudad ilustre » (*epifanés*), y *Plinio* « con mucho la ciudad más famosa de Asia » (*longe clarissimum Asiae*). La razón era que, en el tiempo en que estaba escribiendo Juan, Pérgamo hacía casi cuatrocientos años que era la capital. Allí por el año 282 a.C. se la hizo la capital del reino de los Seléucidas, una de las partes en que se desmembró el imperio de Alejandro Magno, y siguió siendo la capital hasta el año 133 a.C., año en que murió Atalo III dejándole sus dominios a Roma. De esos dominios Roma formó la provincia de Asia, y Pérgamo siguió siendo la capital.

Su posición geográfica aún hacía a Pérgamo más impresionante. Estaba construida en una alta colina cónica que dominaba el valle del río Caico, desde la cima de la cual se podía ver el Mediterráneo a veinticinco kilómetros. Sir William Ramsay la describe de la manera siguiente: « Más que todas las otras ciudades de Asia Menor, Pérgamo le da la impresión al viajero de ser una ciudad regia, la sede de la autoridad; la colina rocosa sobre la que está construida es tan imponente que domina la amplia llanura del Caico orgullosa y agresivamente. » La Historia y el honor se dieron cita alrededor de Pérgamo. Resumamos sus características sobresalientes.

(i) Pérgamo no podría llegar nunca a tener la importancia comercial de Éfeso o de Esmirna, pero como centro cultural las sobrepasaba a ambas. Era famosa por su biblioteca, que contenía no menos de 200,000 rollos de pergamino. Sólo la superaba la biblioteca realmente única de Alejandría.

Es interesante advertir que la palabra *pergamino* se deriva de *Pérgamo*. En el mundo antiguo se llamaba *hé pergaméné jarta*, la hoja *pergamina*, nombre que tiene una historia interesante. Durante muchos siglos, los antiguos rollos, los antepasados de los libros, se escribían en papiros, hojas hechas de la médula de unos juncos grandes que crecían en las orillas del Nilo. Se extraía la médula, se cortaba en tiras, se prensaba y suavizaba, y así se obtenía un producto parecido al papel de estraza, que era lo que se usaba universalmente para escribir. En el siglo IR a.C., un rey de Pérgamo llamado Eumenes estaba muy interesado en hacer la biblioteca realmente extraordinaria. Con este fin persuadió a Aristófanes de Bizancio, que era el bibliotecario de Alejandría, para que se viniera a la de Pérgamo. Tolomeo de Egipto, furioso, metió rápidamente en la cárcel a Aristófanes y sometió a embargo las exportaciones de papiros a Pérgamo. Ante esa situación, los eruditos de Pérgamo inventaron el *pergamino* o *vitela*, que se hace de piel de animales, especialmente de oveja y cabra, suavizada y pulimentada. De hecho el *pergamino* en muy superior al *papiro* para conservar la escritura y, aunque no inmediatamente, llegó por último a desplazar al *papiro*.

(ii) Pérgamo era uno de los grandes centros religiosos. Tenía en particular dos famosos altares. En la carta del Cristo Resucitado se dice que Pérgamo es el lugar donde tiene su sede Satanás. Está claro que esto se refiere a algo que la Iglesia Cristiana consideraba particularmente malo. Algunos han supuesto que aquí se hace referencia al esplendor religioso de Pérgamo.

(a) Pérgamo se consideraba la custodia de la manera griega de vivir y del culto griego. Hacia 240 a.C. había obtenido una gran victoria contra los salvajes invasores gálatas o galos. En memoria de esa victoria se había construido un gran templo de Zeus delante del templo de Atenea que se remontaba doscientos metros sobre la colina cónica de Pérgamo. A quince metros de

altura, se erguía sobre un saliente de la roca que parecía un trono inmenso en la montaña. Todo el día estaba subiendo el humo de los sacrificios que se ofrecían a Zeus. Alrededor de su base se había tallado en la roca una de las obras escultóricas

más notables del mundo: el friso que mostraba la Batalla de los Gigantes, en la que los dioses de Grecia obtuvieron la victoria frente a los gigantes de la barbarie. Se ha sugerido que este gran altar era el trono de Satanás; pero es improbable que un autor cristiano lo llamara así, porque para entonces ya eran anacrónicos los viejos dioses griegos, y habría sido un derroche de pólvora el disparar la invectiva cristiana para atacarlos.

(b) Pérgamo estaba especialmente conectada con el culto de Asclepio -para los latinos Esculapio-, hasta tal punto que se le conocía como < el dios pergamino. » Cuando Galeno estaba mencionando invocaciones populares, dijo que la gente juraba corrientemente por Artemisa de Éfeso, o por Apolo de Delfos, o por Asclepio de Pérgamo. Asclepio era el dios de la sanidad, y sus templos eran la versión primitiva de los hospitales en el mundo antiguo. La gente acudía en manadas a Pérgamo en busca de alivio para sus males. R. H. Charles ha llamado a Pérgamo «La Lourdes del mundo antiguo.» La labor de la sanidad era en parte el trabajo de los sacerdotes; y en parte el de los médicos -Galeno, sólo superado por Hipócrates en la historia de la medicina antigua, había nacido en Pérgamo-; y en parte, del propio Asclepio. ¿Había algo en su culto que moviera a los cristianos a llamar el templo de Asclepio la sede de Satanás? Sí, había tres cosas.

Primera, el emblema de Asclepio era la serpiente, que se sigue usando en muchos emblemas médicos y farmacéuticos. Muchas de las monedas de Pérgamo tienen la serpiente de Asclepio como parte de su efigie. Bien podía ser que los judíos y los cristianos consideraran satánica una religión que tenía la serpiente como emblema de su culto. Pero esta explicación parece poco probable. Como ya se ha señalado, los cristianos considerarían el lugar al que iba la gente a curarse -y a menudo se curaba- con compasión más que con indignación. El culto de Asclepio no era una base suficiente para llamar a Pérgamo la sede de Satanás.

Así es que parece que debemos buscar en otro sitio la explicación de esta frase.

(iii) Pérgamo era el centro administrativo de Asia. Eso quería decir que era el centro del culto del César para toda la provincia. Ya hemos descrito el culto del César y el dilema perentorio en que colocaba a los cristianos (véanse páginas 24-30).

Estaba organizado en un centro y una administración provincial como los de un presbiterio o una diócesis. El punto clave aquí es que Pérgamo era el centro de ese culto para toda la provincia de Asia. Sin duda era por eso por lo que Pérgamo era la sede de Satanás: era el lugar en que se obligaba a las personas bajo pena de muerte a tomar el nombre de Kyrios, *Señor*, y *aplicárselo* al César en vez de a Cristo; y eso era algo que un cristiano no haría jamás, porque no podía ser más satánico.

Y aquí tenemos la explicación del comienzo de la carta a Pérgamo. El Cristo Resucitado se dice que es *el que tiene la espada aguda de doble filo*. Los gobernadores romanos se dividían en dos clases: los que tenían el *ius gladii*, el derecho de la espada, y los que no. Los que tenían el derecho de la espada tenían poder de vida o muerte; su palabra era la sentencia que se ejecutaba en el lugar y en el momento. Hablando humanamente, el procónsul, que tenía el cuartel general en Pérgamo, tenía el *ius gladii*, y en cualquier momento podía usarlo contra los cristianos; pero esta carta demanda de los cristianos que no olviden que la última palabra la tiene siempre el Cristo Resucitado, Que es el Que tiene la verdadera espada aguda de doble filo. El poder de Roma podía ser satánicamente poderoso; el poder del Cristo Resucitado es incalculablemente mayor.

PÉRGAMO, , UN COMPROMISO MUY DIFÍCIL

Apocalipsis 2:12-17 (continuación)

Ser cristiano en Pérgamo era arrostrar lo que llamaría Cromwell «un compromiso muy difícil.»

Ya hemos visto la concentración de la religión pagana que tenía su centro en Pérgamo. Había centros de culto de Atenea y de Zeus, con su imponente altar que dominaba la ciudad; de Asclepio, que atraía enfermos de cerca y de lejos; y, sobre todo, centraba las demandas del culto al César, que era como una espada de Damocles suspendida constantemente sobre las cabezas de los cristianos.

Así es que el Cristo Resucitado les dice a los cristianos de Pérgamo: «Yo sé dónde estás.» La palabra para *estar* es aquí *katoikein*; y quiere decir residir con carácter permanente en un lugar. Es una palabra muy poco frecuente aplicada a los cristianos en el mundo. La palabra que se usa más corrientemente es *paroikein*, que quiere decir ser forastero. Pedro les escribe su carta a los *forasteros* que se encuentran por todas las provincias de Asia Menor. Pero aquí se considera la cuestión desde otro punto de vista. Los cristianos de Pérgamo tienen su residencia permanente, por lo que se refiere a este mundo, en Pérgamo -donde es más fuerte el dominio de Satanás.

Aquí hay algo de suma importancia. El principio de la vida cristiana no es la retirada sino la conquista. Puede que nos parezca que sería más fácil ser cristiano en otro lugar y en otras circunstancias, pero el deber del cristiano es dar testimonio de Cristo donde la vida le ha colocado. Una vez supimos de una chica que se convirtió en una campaña de evangelización. Trabajaba en un periódico secular, y su primera decisión después de su conversión fue buscarse otro trabajo en un pequeño

periódico cristiano, donde se encontraba permanentemente entre cristianos practicantes. Era extraño que lo primero que hizo después de su conversión fuera salir huyendo. Cuanto más difícil sea ser cristiano en cualquier cúmulo de circunstancias, mayor será la obligación de permanecer en aquella situación. Si los cristianos de los primeros días hubieran salido huyendo cada vez que se les presentaba un compromiso difícil, no habría existido la posibilidad de un mundo para Cristo.

Los cristianos de Pérgamo demostraron que era perfectamente posible ser cristianos en aquellas circunstancias. Hasta cuando el martirio estaba a la vista, no se acobardaban. De Antipas no sabemos nada; Tertuliano nos transmite una leyenda tardía según la cual murió asado lentamente encerrado en un toro de bronce. Pero hay un detalle sumamente sugestivo en el original que es imposible reproducir en español. El Cristo Resucitado llama a Antipas < mi fiel *martys*. » Lo hemos traducido por *mártir*; pero hay que tener presente que *martys* es la palabra griega normal para *testigo*. En la Iglesia primitiva, ser testigo y ser mártir eran la misma cosa, El *testimonio* conllevaba con frecuencia *el martirio*. Aquí hay una seria advertencia. Hay muchos que están dispuestos a dar testimonio en círculos cristianos, pero no cuando tendrían que enfrentarse con oposición o burlas o dificultades.

Debemos tomar nota de otra cosa. El Cristo Resucitado llama a Antipas Mi *fiel martys*, compartiendo así con él Su propio título de honor. En *Apocalipsis 1: S y 3:14*, Cristo mismo es llamado *el fiel martys*; A los que Le son fieles les da nada menos que Su propio nombre.

PÉRGAMO, LA SUERTE DEL ERROR

Apocalipsis 2:12-17 (continuación)

A pesar de la fidelidad de la iglesia de Pérgamo, había error. Había quienes seguían la doctrina de Balaam y de los nicolaítas. Ya hemos hablado de estas personas en relación con Éfeso, y nos las hemos encontrado otra vez cuando estudiábamos la carta a Tiatira. Trataban de persuadir a los cristianos de que no había nada malo en adaptarse prudentemente al mundo.

El que no esté dispuesto a ser diferente no tiene por qué iniciar el camino cristiano. La palabra más corriente para *cristiano* en el Nuevo Testamento es *háguios*, que quiere decir básicamente *diferente o aparte*. El Templo es *háguios* porque es *diferente* de los demás edificios; el sábado es *háguios* porque es diferente de los otros días; Dios es supremamente *háguios* porque es totalmente diferente de los hombres, y el cristiano, porque es diferente de las demás personas.

Debemos tener claro en qué consiste esa diferencia, porque aquí hay una paradoja. Pablo exhortaba a los cristianos corintios a ser diferentes del mundo. «Salid de en medio de ellos» (2 *Corintios 6:17*). Esta diferencia del mundo no implica separación física, ni odio. Pablo le escribe a la misma iglesia: « A todos me he hecho de todo para de esa manera salvar a algunos» (1 *Corintios 9:22*). Pablo aseguraba que podía llevarse bien con todo el mundo; pero -y ahí está el detalle- el llevarse bien con todos era *para salvar a algunos*. No era cuestión de rebajar el nivel del Cristianismo, sino de elevarlos a ellos. El fallo de los nicolaítas era que seguían una política de componenda solamente para ahorrarse dificultades.

El aviso del Cristo Resucitado es que va a hacerles la guerra. Debemos fijarnos en que no dijo: «Os haré la guerra,» sino: < *Les* haré la guerra. » No estaba airado con toda la iglesia, sino con los que trataban de seducirla; para con los descarriados no tenía sino piedad.

La amenaza del Cristo Resucitado es que peleará contra ellos con *la espada de Su boca*. El Cristo de la espada es una figura alucinante. Pensando en los conquistadores del pasado y comparándolos con Jesucristo, un poeta escribió:

Y se desvanecieron de la escena como sombras fugaces en cristal, y conquistando recorrió los siglos Cristo, sin una espada, sobre un asno.

¿Cuál es la espada de Cristo? El autor de *Hebreos* dice que la Palabra de Dios es más afilada que ninguna espada de doble filo (*Hebreos 4:12*); y Pablo dice que « la espada del Espíritu es la Palabra de Dios» (*Efesios 6:17*). La espada de Cristo es la Palabra de Cristo.

En la Palabra de Cristo hay *convicción de pecado*; en ella somos confrontados con la verdad, y con nuestro fracaso en obedecerla. En la Palabra de Cristo está *la invitación de Dios*; convence al hombre de pecado, y entonces le invita a volver al amor de Dios. En la Palabra de Cristo hay *promesa de Salvación*; convence al hombre de pecado, le conduce a la Cruz, y le da la seguridad de que « no hay otro nombre debajo del Cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos» (*Hechos 4:12*). La conquista de Cristo es Su poder para ganar a las personas al amor de Dios.

PÉRGAMO, EL PAN DEL CIELO

Apocalipsis 2:12-17 (continuación)

En esta carta, el Cristo Resucitado promete dos cosas a la persona que obtenga la victoria: la primera es participar *del maná escondido*. Aquí tenemos una concepción judía que tiene dos aspectos.

(i) Cuando los israelitas no tenían comida en el desierto, Dios les dio a comer maná (*Éxodo 16: 11-15*). Cuando ya no fue necesario, su recuerdo no se desvaneció. Un cacharro lleno de maná se puso en el arca, y se dejó allí en la presencia de Dios en el Lugar Santísimo del Tabernáculo y luego del Templo (*Éxodo 16:33s; Hebreos 9:4*). A principios del siglo VI a.C., el templo que había construido Salomón fue destruido; y los rabinos transmitieron la leyenda de que, cuando sucedió aquello, Jeremías escondió el cacharro del maná en una grieta del Monte Sinaí, y que, cuando viniera el Mesías, Jeremías

yolvería y restituiría el cacharro del maná. Para un judío, «comer del maná escondido» significaba gozar de las bendiciones de la era mesiánica; y para un cristiano, entrar en la bendición del nuevo mundo que surgiría cuando viniera el Reino de Dios.

(ii) Es posible que haya un sentido más amplio y más general. Del maná se dice: «Este es el pan que el Señor os da para comer» (*Éxodo 16:15*). El maná se llamaba «trigo del Cielo» (*Salmo 78:24*); y se dice que era «el pan de los ángeles» (*Salmo 78:25, LXX*). Aquí el maná puede que quiera decir *comida celestial*. En ese caso, Juan estaría diciendo lo siguiente: «En este mundo no podéis participar con los paganos en sus fiestas, porque no os podéis sentar a comer una carne que ha sido parte de un sacrificio que se ha ofrecido a un ídolo. Puede que creáis que os toca renunciar a muchas cosas; pero el día vendrá en que participaréis del banquete del Cielo con comida celestial.» En ese caso, el Cristo Resucitado está diciendo que una persona se tiene que abstener de las seducciones de la Tierra si quiere gozar de las bendiciones del Cielo.

(iii) Esto tiene otra posible interpretación. Algunos han sugerido que el maná es el pan de Dios que toma el cristiano en la Comunión. Juan nos dice que cuando los judíos le dijeron a Jesús que sus padres habían comido el maná en el desierto, que era el pan del Cielo, Jesús les dijo: «Yo soy el pan de la vida» (*Juan 6:31-35*). Si el maná escondido y el pan de la vida son la misma cosa, el maná escondido no es sólo el pan de la Comunión, sino representa al mismo Cristo, el pan de la vida; y esta es la promesa: que, al que sea fiel, Cristo se le dará a Sí mismo.

PÉRGAMO,
LA PIEDRECITA BLANCA
Y EL NOMBRE NUEVO

Apocalipsis 2:12-17 (continuación)

La promesa final de Cristo a los fieles de Pérgamo es que les dará la piedrecita blanca que contenga su nombre nuevo. Este es un pasaje al que se han dado casi innumerables interpretaciones. En el mundo antiguo, una piedrecita blanca podía querer decir muchas cosas.

(i) Según una leyenda rabínica, durante la peregrinación por el desierto caían piedras preciosas del cielo juntamente con el maná. La piedra blanca podría representar sencillamente los preciosos dones de Dios a Su pueblo.

(ii) En el mundo antiguo se usaban piedras de colores para hacer las cuentas en las calculadoras de la época. Esto querría decir que los cristianos son contados en el número de los fieles.

(iii) En los tribunales antiguos se usaban piedrecitas negras y blancas para registrar el veredicto de los jurados; las blancas, para inocente, y las negras, para culpable. Esto querría decir que el cristiano es declarado inocente ante Dios gracias a la obra de Jesucristo.

(iv) En el mundo antiguo se usaban mucho unos objetos que se llamaban en latín *tesserae*. Una *tessera* era una tablilla de madera o de metal o de piedra en la que había algo escrito; y hablando en general, la posesión de una *tessera* le confería a uno alguna clase de privilegio. Tres de estas *tesserae* añaden algo a la figura.

(a) En Roma, las casas grandes tenían sus *clientes*, dependientes que recibían todas las mañanas de su patrón comida y dinero para pasar el día. A menudo se les daba una *tessera* que les servía para identificarse como personas que tenían derecho a los dones gratuitos. Esto querría decir que los cristianos tenían derecho a los dones espirituales gratuitos para sostener la vida que Cristo da.

(b) El obtener una victoria en los juegos atléticos era uno de los mayores honores que se podían alcanzar en el mundo antiguo. A los vencedores sobresalientes les daba el director de los juegos una *tessera* que en los días por venir les confería el derecho de entrar gratis a todos los espectáculos públicos. Esto querría decir que el cristiano, como atleta victorioso de Cristo, participa de la gloria de su Señor.

(c) En Roma, un gran gladiador era el héroe popular más admirado. A menudo un gladiador tenía que seguir luchando hasta que le mataban en un combate. Pero si había tenido una carrera ilustre, cuando se hacía mayor se le permitía retirarse honorablemente. A tales personajes se les daba una *tessera* con las letras SP. SP representaba la palabra latina *spectatus*, que

quiere decir *hombre cuyo valor está demostrado sin lugar a duda*. Esto querría decir que el cristiano, como gladiador de Cristo, cuando ha demostrado su valor en las batallas de la vida se le permite entrar en el reposo que Cristo concede honorablemente.

(v) En el mundo antiguo se llamaba a un día especialmente dichoso *un día blanco*. Plutarco cuenta que cuando Pericles estaba sitiando Samos, sabía que el asedio había de ser largo; no quena que su ejército se cansara; así en que lo dividió en ocho partes; todos los días, las ocho compañías echaban suertes; una era una judía blanca, y la compañía que la sacaba estaba exenta de servicio ese día y podía pasárselo como quisiera. Así fue como un día de fiesta llegó a llamarse *un día blanco* (Plutarco, *Vida de Pericles* 64). Plinio le cuenta a un amigo en una de sus cartas que ese día había tenido la alegría de oír en los tribunales a dos jóvenes oradores magníficos en cuyas manos estaba a salvo la oratoria latina; y dice, esa experiencia hizo que aquel día se marcara como *candidissimo calculo*, con la más blanca de las piedras (Plinio, *Cartas 6: II*). Se decía que los tracios y los escitas guardaban en sus casas una urna en la que echaban una piedrecita blanca cada día feliz, y negra los infelices; al final de sus vidas se contaban las piedrecitas, y según hubiera más blancas o negras se decía que había llevado una vida dichosa o desgraciada. Esto podría querer decir que por medio de Jesucristo el cristiano puede tener el gozo que nadie le puede quitar (*Juan 16:22*).

(vi) Aquí hay otra interpretación que es la más probable. Una de las costumbres más corrientes del mundo antiguo era llevar amuletos o reliquias, que podían estar hechos de piedras o metales preciosos, pero que a menudo no eran más que piedrecitas en las que estaba escrito el nombre sagrado; el saber el nombre de ese dios era tener un cierto poder sobre él, poder llamarle en ayuda propia en momentos de dificultad y tener dominio sobre los demonios. Tales amuletos se creía que eran doblemente eficaces si nadie más que el propietario sabía el nombre que estaba escrito en él. Muy probablemente lo que Juan quiere decir es: < Tus amigos paganos llevan amuletos con inscripciones supersticiosas que creen que los pueden mantener a salvo. Vosotros no necesitáis nada de eso: vosotros estáis a salvo en la vida y en la muerte porque conocéis el Nombre que es sobre todo nombre, y conocéis al Dios verdadero.>

PÉRGAMO, EL NOMBRE NUEVO QUE DIOS DA

Apocalipsis 2:12-17 (conclusión)

Es posible que debamos buscar el sentido del nombre nuevo y de la piedrecita blanca en una dirección totalmente diferente.

Las palabras *blanco* y *nuevo* son características de *Apocalipsis*. R. H. Charles ha dicho que en *Apocalipsis* «blanco es el color y el ropaje del Cielo.» La palabra que se usa no describe una blancura sosa y corriente, sino una blancura que destella como la nieve al sol del invierno. Así es que se nos habla en el *Apocalipsis* de vestiduras blancas (3:5); de túnicas blancas (7:9); de lino blanco (19:8,14); y del gran trono blanco de Dios mismo (20:11). Así pues, el blanco es el color característico del Cielo.

En griego hay dos palabras para *nuevo*. Está *néos*, que quiere decir nuevo en cuanto al tiempo. Una cosa puede ser *néos*, y *sin* embargo ser igual que otras muchas. Por otra parte está *kainós*, que es nuevo no sólo en cuanto al tiempo sino también en cuanto a la cualidad; no se conocía nada igual antes. Así nos encontramos en *Apocalipsis* la nueva Jerusalén (3:12); el cántico nuevo (5:9); los nuevos cielos y la nueva Tierra (21:1); y Dios hace todas las cosas nuevas (21:5). Con esto en mente se sugieren dos nuevas líneas de pensamiento.

Se ha sugerido que la piedrecita blanca es la misma persona; que el Cristo Resucitado les está prometiendo a Sus fieles una nueva identidad, limpia de todas las manchas terrenales y reluciente con la pureza del Cielo.

En cuanto al nombre nuevo, una de las características del Antiguo Testamento es que se les daba a las personas un nombre nuevo para marcar una nueva condición. Así Abram se convierte en Abraham cuando se le hace la gran promesa de que va a ser el padre de muchas naciones, y cuando adquiere, por así decirlo, una nueva posición en el plan de Dios para la humanidad (*Génesis 17:5*). De la misma manera, después de la lucha en Peniel, Jacob se convierte en Israel, que quiere decir Príncipe de Dios, porque había prevalecido frente a Dios (*Génesis 32:28*). Isaías oyó a Dios prometerle a la nación de Israel: «Entonces verán las naciones tu justicia y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo que la boca del Señor te pondrá» (*Isaías 62:2*).

Esta costumbre de poner un nombre nuevo para definir una nueva identidad también se conocía en el mundo pagano. El nombre del primero de los emperadores romanos fue Octavio; pero cuando pasó a ser emperador se le dio el nombre de Augusto para mostrar su nueva dignidad.

Había un curioso paralelo en la vida campesina de Palestina. Cuando una persona estaba muy enferma y en peligro de muerte, se le ponía el nombre de alguien que hubiera vivido una larga y santa vida, como si eso le comunicara una nueva personalidad sobre la que la enfermedad no tuviera poder.

Sobre esta base de interpretación, Cristo promete una nueva identidad a los que Le son fieles.

Esto es atractivo. Sugiere que la piedrecita blanca quiere decir que Jesucristo le da a la persona que Le es leal un nuevo ser, y que el nuevo nombre quiere decir una nueva posición de gloria en la que entrará el que haya sido fiel a Cristo cuando termine

esta vida y empiece la por venir. Nos queda decir que, aunque esta interpretación es atractiva, el punto de vista que refiere la piedrecita blanca y el nuevo nombre al uso de los amuletos es el que es más probable que sea el correcto.

LA CARTA A TIATIRA

Apocalipsis 2:18-29

Escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira:

Estas cosas las dice el Hijo de Dios, el Que tiene ojos como fuego llameante y los pies como bronce pulido.

Yo conozco tus obras; es decir, tu amor y tu lealtad y tu servicio y tu firme constancia; y sé que tus últimas obras son más que las primeras.

Pero tengo contra ti que no haces ningún esfuerzo para poner en su debido lugar a esa mujer Jezabel, que se considera profetisa, y cuyas enseñanzas pervertidas hacen que Mis siervos comitan fornicación y coman carne ofrecida a los ídolos. Yo le he dado un tiempo para que se arrepienta, pero se niega a arrepentirse de su fornicación. He aquí que voy a hacer que tenga que guardar cama, y voy a entregar a sus amantes a gran tribulación, a menos que se arrepientan de las obras de ella; y a sus hijos entregaré a la muerte, y todas las iglesias se darán cuenta de que Yo soy el Que escudriña los deseos y los pensamientos más íntimos del ser de las personas; y os daré a cada uno su merecido.

En cuanto al resto de vosotros los de Hatira, a todos los que no siguen esa enseñanza ni han experimentado lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, Yo os digo esto: No os voy a imponer ninguna carga más; lo que sí os digo es que mantengáis lo que tenéis hasta que Yo venga.

Al que obtenga la victoria y mantenga Mis obras hasta el fin Yo le concederé autoridad sobre las naciones para herirlas con cetro de hierro y desmenuzarlas como vasijas de alfarero, porque esta es la autoridad que Yo he recibido de Mi Padre; y le daré la estrella de la mañana.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias.

TIATIRA

EL PELIGRO DE LA COMPONENTA

Apocalipsis 2:18-29

La más larga de las siete cartas va dirigida a la menos importante de las siete ciudades. Sin embargo, el problema que arrojaba Tiatira y el peligro que la amenazaba eran los que se involucran universalmente en la posición de los cristianos de Asia.

Tiatira está ubicada en el largo valle que conecta los valles de los ríos Hermo y Caico por los que ahora pasa el ferrocarril; y era su posición geográfica lo que le daba su importancia.

(i) Tiatira está en la carretera que conecta Pérgamo con Sardis, y que seguía hasta Filadelfia y Laodicea, conectándolas con Esmirna y Bizancio. Era la carretera por la que se desplazaba el correo imperial; y estaba abarrotada con el comercio de Asia y de Oriente. Por tanto, lo primero y principal era que Tiatira era una gran ciudad comercial.

(ii) Estratégicamente, la importancia de Tiatira le venía de ser la puerta de acceso a Pérgamo, la capital de la provincia. Lo primero que oímos de Tiatira es que es una guarnición armada, a cargo de una compañía de tropas macedonias apostadas allí como avanzada para proteger a Pérgamo. La dificultad estaba en que Tiatira no podía encargarse de una defensa prolongada. Estaba en un valle abierto. No tenía alturas que se pudieran fortificar; y todo lo que Tiatira podía esperar hacer era detener al enemigo hasta que Pérgamo estuviera lista para enfrentarse con los invasores.

(iii) Tiatira no tenía ninguna importancia por motivos religiosos. Su héroe-dios local se llamaba Tyrimnus, al que se representa en las monedas a caballo y blandiendo un hacha de guerra y un garrote. Lo único notable acerca de Tiatira desde el punto de vista religioso era que tenía un altar de adivinación que presidía una pitonisa llamada Sambathé. La iglesia de Tiatira no corría peligro de sufrir persecución.

(iv) Entonces, ¿cuál era el problema de Tiatira? Sabemos menos acerca de Tiatira que acerca de ninguna otra de las siete ciudades, y por tanto tenemos serias dificultades para reconstruir la situación. Lo único que sabemos es que era un gran centro comercial, especialmente de la industria del tinte, y del comercio de artículos de lana. Era de Tiatira de donde procedía Lidia, la vendedora de púrpura (*Hechos 16:14*). Por las inscripciones que se han descubierto sabemos que tenía un montón de gremios comerciales. Estos eran asociaciones de ayuda mutua y de diversiones para los que se dedicaban a ciertos negocios. Había gremios de trabajadores de la lana, la piel, el lino y el bronce, fabricantes de ropa exterior, tintoreros, alfareros, panaderos y traficantes de esclavos.

Aquí nos parece que estaba el problema de la iglesia de Tiatira. El negarse a formar parte de uno de esos gremios sería comparable a mantenerse fuera de los sindicatos de nuestros días. Querría decir renunciar a todas las perspectivas de existencia

comercial. ¿Por qué se había de negar un cristiano a formar parte de uno de esos gremios? En todos ellos se celebraban comidas de socios. Estas se celebrarían muchas veces en un templo; y aunque no fuera así, de todas maneras empezarían y terminarían con un sacrificio a los dioses, y la carne que se comiera se habría ofrecido antes a los ídolos. Además, sucedía a menudo que estas comidas gremiales se convertían en borracheras y orgías. ¿Le estaba permitido a un cristiano participar de tales reuniones?

Aquí estaba el problema de Tiatira. La amenaza venía de dentro de la iglesia. Había un movimiento fuerte, dirigido por una mujer a la que Juan llama Jezabel, que proponía llegar a un acuerdo con los principios del mundo en interés del comercio y el negocio, manteniendo, sin duda, que el Espíritu Santo podía guardarlos de todo mal. La respuesta del Cristo Resucitado fue inequívoca: el cristiano no debe tener que ver nada con esas cosas.

TIATIRA, EL ESTADO DE LA IGLESIA

Apocalipsis 2:18-29 (continuación)

R. H. Charles indica que la más larga de las siete cartas va dirigida a la iglesia de la menos importante de las siete ciudades; pero su problema no era el menos importante.

De todas las siete cartas esta es la más enigmática. Nuestro problema es que tenemos muy poca información directa de Tiatira y que se nos presenta una serie de cuatro cuestiones: ¿Cuál era la situación de la iglesia de Tiatira? ¿Quién era Jezabel? ¿Qué enseñaba? ¿Qué quieren decir las promesas que se le hacen a la iglesia de Tiatira?

(1) La carta empieza con una descripción del Cristo Resucitado que contiene una amenaza: Sus *ojos son* como fuego llameante y Sus pies como bronce bruñido. La descripción está tomada de la del mensajero angélico de *Daniel 10:6*: «Su rostro parecía un relámpago, sus *ojos* como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies como el fulgar del bronce bruñido.» Los ojos llameantes tienen que representar dos cosas: la ira ardiente contra el pecado, y la terrible penetración de esa mirada que despoja de los disfraces y penetra hasta lo más íntimo de la persona. Los pies de bronce tienen que representar el poder inmovible del Cristo Resucitado. Un mensaje que empieza así no es precisamente un tranquilizante.

La carta continúa en términos de la más alta alabanza. El amor y la lealtad y el servicio y la constancia de la iglesia de Tiatira invitan a una felicitación. Debemos fijarnos en que estas grandes cualidades van en parejas. El servicio es la manifestación del amor, y la firme constancia el producto de la lealtad.

A continuación viene la condenación de la mujer Jezabel, con todos sus métodos y enseñanza: y apenas se puede evitar la conclusión de que ella tenía una influencia muy considerable en la iglesia de Tiatira.

La conclusión inevitable parece ser la siguiente. Exteriormente, la iglesia de Tiatira era fuerte y floreciente. Si un forastero llegaba, se quedaría impresionado con su abundante energía y su generosa liberalidad y su aparente firmeza. Pero, a pesar de todo eso, faltaba algo esencial.

Aquí está la advertencia. Una iglesia abarrotada de miembros y que es una colmena de energía no es de necesidad una iglesia real. Es posible que esté abarrotada porque sus miembros vienen a pasar el rato en lugar de a instruirse, y a estar tranquilos en lugar de a enfrentarse con el hecho del pecado y el ofrecimiento de salvación; puede que sea un club cristiano de mucho éxito en vez de una verdadera congregación.

TIATIRA LA FUENTE DEL ERROR

Apocalipsis 2:18-29 (continuación)

(2) El origen del problema de Tiatira se centraba en torno a la mujer que se llama Jezabel en la carta. Se ha propuesto una gran variedad de respuestas a la pregunta de su identidad.

(i) Empezaremos con una respuesta que es muy interesante, aunque es dudoso que sea posible. La versión Reina-Valera la llama *esa mujer Jezabel*. Moffatt traduce lo que sería en español *cesa Jezabel de mujer*.» En griego es *tén guynaika lezábel*. Unos pocos manuscritos tienen después de *guynaika* la palabra *su*, que quiere decir *tu*. El nombre *guyné* tiene los dos mismos sentidos que *mujer* en español, y entonces sería *tu mujer Jezabel*.

Más atrás ya vimos que *el ángel* de la iglesia podría ser *el obispo* de la iglesia. Entonces, si la carta va dirigida al obispo de la iglesia de Tiatira, y se hace referencia a *tu mujer Jezabel*, ¿eso quiere decir que la causa del problema es la mujer del obispo! Eso iluminaría de refilón el problema de una de las

congregaciones cristianas primitivas, y no sería la última vez que las mujeres de los ministros de la iglesia causaron problemas en la congregación. Pero esta interpretación no es aceptable, porque la evidencia de la inserción de su en el texto no es suficientemente probable.

(ii) Una de las atracciones que podía ofrecer Tiatira era una pitonisa llamada *la Sambathé*, una mujer que echaba la buenaventura. Los griegos usaban los oráculos con mucha frecuencia. El oráculo de Delfos era famoso internacionalmente, y la expresión *un oráculo de Delfos* se había hecho proverbial, algo así como cuando decimos en español: < Eso es el Evangelio. > Puede que esta pitonisa fuera judía, porque los judíos eran los que se dedicaban en el mundo antiguo al negocio de echar la buenaventura. Hay algunos que ven en esta Sambathé la mala influencia que amenazaba a la iglesia de Tiatira; pero hay que rechazar también esto, porque está bien claro que la tal Jezabel era miembro de la iglesia, y su influencia la ejercía desde dentro.

(iii) Algunos, sin ninguna base, han identificado a Jezabel con Lidia, la vendedora de púrpura de Tiatira, a la que Pablo conoció y convirtió en Filipos. Se sugiere que volvió a Tiatira y llegó a ser una mala influencia en la iglesia por su gran riqueza e intereses comerciales. Esa teoría no es más que una calumnia contra Lidia.

(iv) La única conclusión razonable es que no tenemos ni idea de quién era la tal Jezabel, aunque sí podemos trazar con certeza la clase de persona que era.

Que pretendiera ser profetisa no es muy sorprendente. Es verdad que Pablo no permitía a las mujeres hablar en la iglesia (*1 Corintios 14:34*); aunque es posible que ese versículo se refiera a hacer preguntas o comentarios durante el culto, ya que en la misma carta (11:5) establece que pueden orar o profetizar siempre que tengan cubierta la cabeza. Pero también es cierto que tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo había profetisas. En el Antiguo Testamento están Miriam (*Éxodo 15:20*), Débora (*Jueces 4:4*) y Hulda (*2 Reyes 22:14*); y en

el Nuevo Testamento están Ana (*Lucas 2:36*), y las cuatro hijas vírgenes de Felipe (*Hechos 21:9*).

A esta mujer se la llama Jezabel, nombre poco probable que se le pusiera a una mujer, porque la Jezabel del Antiguo Testamento fue el compendio de la maldad. Era hija de Et-baal, rey de los sidonios (*1 Reyes 16:31*). Cuando llegó de Sidón se trajo sus propios dioses, y consiguió que Acab y el pueblo de Israel dieran culto a Baal. Jezabel mató a los profetas del Señor, y mantuvo a sus expensas a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal (*1 Reyes 18:13,19*). Fue una pésima influencia en el reinado de Acab, y la responsable del asesinato de Nabot (*1 Reyes 21*). Pasó a la historia como responsable de fornicaciones y de muchas hechicerías (*2 Reyes 9:22*).

Todo esto nos hace pensar que la Jezabel de Tiatira fue una mala influencia en la vida y el culto de la iglesia cristiana. Puede suponerse que no trataba de destruir la iglesia, sino que lo que quería era incorporar formas que eran corrientes en la sociedad pagana, que se podían considerar exigencias de la vida social y comercial -pero que eran, de hecho, destructivas para la fe.

TIATIRA, LA ENSEÑANZA DE JEZABEL (1)

Apocalipsis 2:18-29 (continuación)

(3) Esta Jezabel de mujer es acusada de enseñar dos cosas: comer carne ofrecida a los ídolos, y cometer fornicación.

(a) Uno de los grandes problemas de la Iglesia Cristiana, con el que se enfrentaban los cristianos a diario, era el de la carne ofrecida a los ídolos. Cuando una persona hacía un sacrificio en un templo griego, lo que se quemaba en el altar no era más que una pequeña parte de la víctima; a veces tan poco como unos pocos pelos que se cortaban de la frente del animal. Los sacerdotes recibían una parte de la carne del animal

como sus gajes; y el adorador recibía el resto, con el que hacía una de dos cosas. Podía celebrar una fiesta con sus amigos en el recinto del templo; una invitación corriente entonces era: «Te invito a comer conmigo a la mesa de nuestro Señor Serapis.» O podía llevarse la carne a casa y celebrar la fiesta allí. Aquí estaba el problema para los cristianos. ¿Podía uno, en un templo pagano o en cualquier otro sitio, comer carne que se había ofrecido a un ídolo? Pablo discute este problema en *1 Corintios 8-10*.

El problema se complicaba por el hecho de que hasta la carne que se vendía en las carnicerías podía ser que antes se le hubiera consagrado a un ídolo. Los sacerdotes del templo no podían consumir toda la carne que les correspondía, y por tanto vendían mucho de su parte a las carnicerías. Tal carne era de la mejor calidad, porque a los dioses no se les podía ofrecer una víctima con defecto. ¿Qué debía hacer un cristiano en ese caso?

La Iglesia no tenía la menor duda en cuanto a lo que los cristianos tenían que hacer. El abstenerse de cosas que se hubieran ofrecido a los ídolos fue una de las condiciones que se les impusieron a los gentiles para tener derecho a ingresar en la Iglesia Cristiana (*Hechos 15:29*).

La prohibición de comer carne sacrificada a los ídolos tenía una consecuencia de largo alcance. Contribuía a aislar a un cristiano de todas las ocasiones sociales con los no cristianos; había pocas ocasiones sociales, y casi ningún banquete, en los que pudiera participar con los paganos.

Esto tenía otra consecuencia que, como ya hemos dicho, creemos que estaba en el trasfondo de la situación de Tiatira. Quería decir que el cristiano no podía vincularse a ningún gremio profesional, porque todos los gremios tenían una comida en común como el centro de sus prácticas, que bien podía ser que se celebrara en un templo pagano y que consistiera mayormente de carne ofrecida a un ídolo. El mantenerse al margen de la membresía del gremio casi equivalía a un suicidio comercial.

Aquí era donde entraba Jezabel. Les decía a los cristianos que no tenían por qué aislarse de la sociedad o excluirse de los gremios. Cuando ella lo decía, no lo hacía movida por ningún principio, sino simplemente tratando de proteger sus intereses comerciales. Jezabel pertenecía al grupo de los que consideran que los derechos del éxito comercial deben tener más peso que los principios cristianos.

TIATIRA, LA ENSEÑANZA DE JEZABEL (2)

Apocalipsis 2:18-29 (continuación)

(b) La otra parte de la enseñanza de Jezabel no está tan clara. Se dice que enseñaba a las personas a cometer fornicación (versículo 20); se la exhorta a arrepentirse de su fornicación (versículo 21); y sus amantes y sus hijos son amenazados juntamente con ella (versículos 22s). ¿Hay que tomar esta referencia literalmente, o el sentido metafórico que es tan corriente en las Escrituras? Es decir, ¿como una referencia a la inmoralidad sexual, o a la infidelidad espiritual?

(i) No cabe duda que en la Escritura la infidelidad a Dios se expresa en términos de fornicación y adulterio. Israel es la esposa del Señor (*Isaías 54:5; Jeremías 3:20*); y en el Nuevo Testamento la Iglesia es la esposa de Cristo (*2 Corintios 11:1 s; Efesios 5:24-28*). Una y otra vez en el Antiguo Testamento se dice que los israelitas «se prostituyen siguiendo a dioses extraños» (*Éxodo 34:15s; Deuteronomio 31:16; Oseas 9:1*). En el Nuevo Testamento la edad que es infiel a Jesucristo es «una generación malvada y adúltera» (*Mateo 12:39; 16:4; Marcos 8:38*). ¿Es la fornicación que la enseñanza de Jezabel inculca una infidelidad espiritual a Jesucristo? Si ese es el sentido, sus *amantes* (versículo 22) serán los que coquetean con esta clase de enseñanza, y sus *hijos* de ella (versículo 23) los que la han aceptado.

Bien puede ser que la enseñanza de Jezabel fuera que los cristianos no tienen necesidad de ser exclusivos en su culto a Jesucristo y, sobre todo, que no tienen por qué negarse a decir: «César es Señor,» y quemar la pizquita de incienso. Si la Iglesia Cristiana en su conjunto hubiera aceptado esa forma de enseñanza, la consecuencia inevitable habría sido que el Cristianismo se habría convertido en una religión más de las que ya poblaban el Imperio Romano. La pretensión del Cristianismo no es que Jesucristo es uno de los salvadores, ni siquiera que es el principal de todos ellos, sino que es el único Salvador.

(ii) Hay una cosa en esta carta que milita contra ese punto de vista. Leemos que los seguidores de Jezabel pretendían conocer *las profundidades de Satanás* (versículo 24). Algunos investigadores creen que esto es la descripción despectiva que da el Cristo Resucitado de la falsa enseñanza. El cristiano verdadero sabe lo que Pablo llamaba «lo profundo de Dios» (*1 Corintios 2:10*); lo que saben Jezabel y su compañía son las profundidades de Satanás. Pero esa explicación no satisface, porque la carta habla inconfundiblemente de «lo que ellos llaman "las profundidades de Satanás."» Esta es sin lugar a dudas una referencia a una clase de creencia que no era infrecuente entre los herejes. Algunos de ellos mantenían que era un deber experimentar toda clase de pecados. Lo que decían que se debían proponer era dejar que el cuerpo se regodeara en el pecado, y mantener el alma impoluta. Los que conocían las profundidades de Satanás eran los que habían sondeado las profundidades del mal. Jezabel puede que enseñara que era un deber pecar.

Nos parece que en este caso todos los hilos se atan y no hay necesidad de escoger entre puntos de vista. Lo más probable es que Jezabel enseñara que un cristiano debe acomodarse al mundo; en otras palabras, impulsaba a la iglesia a la infidelidad espiritual que conduciría irremisiblemente a la fornicación física. Por la misericordia de Dios la enseñanza de Jezabel y sus semejantes no llegó a ser el punto de vista de la

Iglesia. Si hubiera llegado a serlo, la Iglesia se habría convertido en una clase agradable de paganismo. Sobre esto dijo Pablo: < No os conforméis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente» (*Romanos 12:2*). Y Jesús dijo la última palabra sobre este asunto: < Nadie puede servir a dos amos... No podéis servir a Dios y a mamón» (*Mateo 6:24*). La vieja disyuntiva sigue siendo la alternativa actual: < Escogeos hoy a quién vais a servir» (*Deuteronomio 30:19; Josué 24:1 S*).

TIATIRA, PROMESAS Y AMENAZAS

Apocalipsis 2:18-29 (conclusión)

(4) La carta a Tiatira se cierra con una serie de grandes amenazas y grandes promesas. A Jezabel se le han dado todas las oportunidades que podía conceder la misericordia divina. Si no se arrepiente, acabará en el lecho del dolor, y sus amantes y seguidores compartirán su suerte. Esto les demostrará a todos, como decía la antigua Reina-Valera, que el Cristo Resucitado «escudriña los riñones y los corazones.» La frase es una traducción de *Jeremías 11:20*, donde es a Dios Quien corresponde la prerrogativa de escudriñar el corazón y los riñones, es decir, las emociones y las intenciones más íntimas; pero en *Apocalipsis*, como se hace tan a menudo, las prerrogativas exclusivas de Dios son también las prerrogativas del Cristo Resucitado.

Aunque nos parezca extraño, la psicología hebrea creía que la sede de las emociones estaba en las vísceras inferiores, los riñones y el vientre, y la del pensamiento en el corazón. Cuando el Cristo Resucitado dice que Él escudriñará los riñones y el corazón quiere decir que toda emoción y todo pensamiento están abiertos a Su mirada.

Hay aquí un punto importante. Cuando empezamos a estudiar la carta a Tiatira vimos que todos los que entraban a la iglesia por primera vez creerían que estaba desbordante de vida y fructífera de toda buena obra. Sin duda los que prosperaban en los negocios gracias a haber hecho un pacto con el mundo serían pródigos en su generosidad. Sin duda los que asistían a los gremios comerciales daban generosamente al fondo de beneficencia. *Parecían* cristianos de veras. Sin duda Jezabel les caía muy bien a muchos. Debe de haber tenido un gran dominio del lenguaje y una presencia agradable para que la consideraran profetisa. El detalle está en que el Cristo Resucitado puede ver más allá del disfraz exterior; Él sabrá si el arrepentimiento es auténtico o no.

A los que son fieles se les hace una promesa doble.

(i) La primera parte procede del *Salmo 2: 8s*: < *Pídeme*, y te daré por heredad las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como `vasija de alfarero los desmenuzarás.» Los judíos creían que este era un salmo mesiánico, referente a un Mesías conquistador que destruiría a los gentiles y extendería el dominio de Israel hasta lo último de la tierra. Pero también ha sido una de las mayores inspiraciones misioneras de la Iglesia Cristiana. Muchos misioneros han reclamado para sí esa promesa: < *Pídeme*, y te daré por heredad las naciones.»

(ii) La segunda parte es la promesa de la estrella de la mañana. A esto se le han dado cuatro explicaciones principales.

(a) Se ha tomado como una promesa de la primera resurrección. Como la estrella matutina sale después de la noche, así el cristiano se levantará después de la noche de la muerte.

(b) Se ha tomado como la conquista de Lucifer. Lucifer es el diablo, el ángel que era tan orgulloso que se rebeló contra Dios y fue arrojado desde las almenas del Cielo (*Jsaías 14:12*). *Lucifer* quiere decir *el que trae la luz*, y es el nombre de la estrella de la mañana. En ese caso, esta es la promesa del dominio definitivo sobre Satanás y el pecado.

(iii) Se ha considerado en relación con *Daniel 12:3*. *Allí* la promesa es: «Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad.» En ese caso, la estrella de la mañana es la gloria que recibirán los íntegros, y los que hayan ayudado a otros a tomar el camino de la integridad.

(iv) Todas estas aplicaciones son muy hermosas, y puede que estén todas incluidas en esta promesa; pero estamos convencidos de que la verdadera interpretación es la siguiente. El mismo *Apocalipsis* llama a Jesús «la estrella resplandeciente de la mañana» (*Apocalipsis 22:16*). La promesa de la estrella matutina es la promesa de Cristo mismo. Si el cristiano es auténtico, cuando llegue al final de esta vida tendrá a Cristo para no perderle ya nunca más.

LA CARTA A SARDES

Apocalipsis 3:1-6

-Escribe al ángel de la Iglesia de Sardes:

Estas cosas las dice el Que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas.

Yo conozco tus obras; sé que tienes fama de estar vivo, pero que en realidad estás muerto. Manténte en guardia, y fortalece lo que queda y lo que está para morir. No he encontrado tus obras concluidas delante de Mi Dios. Acuérdate por tanto de cómo recibiste y aceptaste el Evangelio, y cúmplelo, y arrepíentete. Porque si no estás en guardia, vendré como un ladrón sin que sepas a qué hora te sorprenderé.

Pero tienes unas pocas personas en Sardes que no se han ensuciado las vestiduras, y se pasearán conmigo con vestiduras blancas, porque se lo merecen. El que obtenga la victoria será vestido de ropas blancas, y Yo no borraré su nombre del Libro de la Vida, sino que reconoceré su nombre en presencia de Mi Padre y de Sus ángeles.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias.

SARDES,

ESPLENDOR AYER Y DECADENCIA HOY

Ápocalipsis 3:1-6

Sir W. M. Ramsay decía de Sardes que era el ejemplo más típico del contraste melancólico entre un pasado esplendoroso y un presente ruinoso. Sardes era la ciudad degradada.

Setecientos años antes de que se le escribiera esta carta, Sardes había sido una de las mayores ciudades del mundo. Allí reinaba el rey de Lidia sobre su imperio con esplendor oriental. Por aquel entonces Sardes era una ciudad de Oriente, y era hostil al mundo griego. Esquilo escribió de ella: < Los moradores de Tmolos decidieron aceptar el yugo de la Hélade. >

Sardes estaba en medio de la llanura del valle del río Hermo. Al Norte de esa llanura se erguía la gran sierra del Monte Tmolos, de la que salían, a manera de espolones, una serie de colinas cada una de las cuales formaba una estrecha meseta. En uno de esos espolones, unos quinientos metros monte arriba, estaba la Sardes original. Está claro que su posición la hacía casi inexpugnable. Los lados del espolón eran suaves precipicios; y solamente donde se encontraban con la cordillera del Monte Tmolos había una cierta posibilidad de acceder a Sardes, y hasta ese camino era duro y empinado. Se ha dicho que Sardes permanecía como una atalaya gigantesca vigilando el valle del Hermo. Llegó un tiempo en que el estrecho espacio en la cumbre de la meseta era demasiado pequeño para la expansión de la ciudad; y Sardes creció alrededor del pie del espolón sobre el que estaba la ciudadela. El nombre Sardes (Sardeis en griego) es en realidad un plural, porque se trataba de dos pueblos: uno en la meseta y otro abajo en el valle.

La riqueza de Sardes era legendaria. Por en medio del pueblo de abajo fluía el río Pactolo, que se decía en los días antiguos que tenía aguas auríferas de las que procedía mucha de la riqueza de Sardes. El más famoso de los reyes de Sardes

fue Creso, cuyo nombre se hizo proverbial por su riqueza. Fue bajo su reinado cuando Sardes alcanzó su cenit y se precipitó a su desastre.

No es que no se le advirtiera a Creso adónde se dirigía Sardes. Solón, el más sabio de los griegos, vino de visita y se le mostraron la magnificencia y el lujo. Vio la gran confianza de Creso y su pueblo en que nada podía poner fin a ese esplendor; pero también vio que las señales de la blandura y de la degeneración se estaban sembrando. Y fue entonces cuando pronunció su famoso dicho a Creso: < No llames feliz a nadie hasta que esté muerto. > Solón conocía demasiado bien los azares y avatares de la vida que Creso había olvidado o no tenía en cuenta.

Creso se embarcó en una guerra con Ciro de Persia que fue el final de la grandeza de Sardes. De nuevo le advirtieron a Creso, pero él desoyó la advertencia. Para llegar a los ejércitos de Ciro tenía que cruzar el río Halis. Fue a buscar consejo del famoso oráculo de Delfos, que le dijo: < Si cruzas el río Halis destruirás un gran imperio. > Creso lo tomó como una promesa de que aniquilaría a los persas; nunca se le pasó por la mente que era una profecía de que la campaña en la que se había metido sería el final de su propio poder.

Cruzó el Halis, se enzarzó la batalla y Creso fue derrotado. No se preocupó lo más mínimo, porque creía que lo único que tenía que hacer era retirarse a la ciudadela inexpugnable de Sardes, recuperarse y luchar otra vez. Ciro inició el asedio de Sardes, esperó catorce días, y entonces ofreció una recompensa especial al que descubriera una entrada en la ciudad.

La roca sobre la que estaba construida Sardes era friable, más como un paquete de barro seco que como una roca. La naturaleza de la roca hacía que se le formaran grietas. Cierta soldado persa llamado Hyeroeades vio a un soldado de Sardes al que se le había caído el yelmo de las almenas que bajaba por un sendero del precipicio a buscarlo. Hyeroeades supuso que habría una grieta de la roca por la que alguien que fuera ágil podría escalar. Aquella misma noche guió a un pelotón de soldados persas por la grieta de la roca. Cuando llegaron a las fortificaciones se las encontraron totalmente indefensas.

Los de Sardes se consideraban demasiado a salvo para tener que montar la guardia; y así fue como cayó Sardes. Una ciudad con una historia así sabía lo que le quería decir el Cristo Resucitado cuando dijo: < ¡Velad! >

Hubo unos pocos intentos de rebelión que no tuvieron éxito; pero Ciro siguió una política deliberada: prohibió a todos los habitantes de Sardes que tuvieran armas de guerra. Les mandó usar túnicas y zapatillas en vez de sandalias militares. Les ordenó que enseñaran a sus hijos a tocar la lira, a cantar y a bailar y a vender al por menor. Sardes había sido floja antes; pero el último vestigio de espíritu se desterró, y se convirtió en una ciudad degenerada.

Desapareció de la Historia bajo el dominio persa durante dos siglos. A su debido tiempo se rindió a Alejandro Magno, que la convirtió en una ciudad de cultura griega. Y entonces la historia se repitió otra vez. Después de la muerte de Alejandro Magno hubo muchos candidatos a asumir el poder. Antíoco, que se hizo con el mando de la región en la que estaba Sardes, estaba en guerra con un rival que se llamaba Aqueo, que buscó refugio en Sardes. Antíoco sitió la ciudad durante todo un año; entonces un soldado llamado Lagoras repitió la hazaña de Hyeroeades. Por la noche, con una banda de valientes, escaló los escarpados riscos. Los de Sardes habían olvidado la lección; no había nadie de guardia, y Sardes cayó otra vez por no ser vigilante.

A su debido tiempo llegaron los romanos. Sardes seguía siendo una ciudad rica. Era el centro de la industria de la lana, y pretendía haber descubierto el arte de teñirla. Llegó a ser una ciudad romana de refugio. El año 17 d.C. fue destruida por un terremoto que asoló toda la zona. El emperador romano Tiberio tuvo la amabilidad de perdonarle el tributo durante cinco años y le hizo una donación de diez millones de sestercios, como cien millones de pesetas, pero teniendo en cuenta que el jornal de un obrero era el equivalente a diez pesetas.

Cuando Juan le escribió esta carta, Sardes era una ciudad rica pero degenerada. Hasta la antes gran ciudadela ya no era más que un monumento antiguo en la cima de la colina. Era una ciudad sin vida y sin espíritu. Sus habitantes eran blandos, los descendientes de aquellos que perdieron la ciudad en dos ocasiones porque eran demasiado perezosos para estar de guardia. En esa atmósfera deprimente también la iglesia cristiana había perdido su vitalidad y era un cuerpo muerto más que una iglesia viva.

SARDES, MUERTE EN VIDA

Apocalipsis 3:1-6 (continuación)

Al principio de esta carta el Cristo Resucitado Se describe en dos frases.

(i) Él es el Que posee los siete Espíritus de Dios. Ya nos hemos encontrado esta extraña frase en *Apocalipsis 1:4*. Su significado tiene dos aspectos. (a) Denota el Espíritu con Sus siete dones, una idea basada en la descripción del Espíritu en *Isaías 11:2*. (b) Denota el Espíritu en Sus siete operaciones: Hay siete iglesias, pero en cada una de ellas el Espíritu opera con toda Su presencia y poder. Los *siete Espíritus* representan la plenitud de los dones del Espíritu y de Su presencia.

(ii) Él es el Que tiene las siete estrellas, que representan las siete iglesias y sus ángeles. La Iglesia es posesión de Jesucristo. Muchas veces los hombres actúan como si la Iglesia les perteneciera a ellos, pero pertenece a Jesucristo y todos los que hay en ella son Sus siervos. En cualquier decisión acerca de la Iglesia el factor decisivo debe ser, no lo que cualquier persona quiera que se haga, sino lo que Jesucristo quiere que se haga.

La terrible acusación que se hace contra la iglesia de Sardes es que, aunque tiene fama de estar viva, está de hecho espiritualmente muerta. El Nuevo Testamento compara frecuentemente el pecado con la muerte. En las Epístolas Pastorales leemos: « Pero la que se entrega a los placeres, viviendo, está muerta » (1 *Timoteo 5:6*). El Hijo Pródigo es el que estaba muerto y está vivo otra vez (*Lucas 15:24*). Los cristianos de Roma son personas que han pasado de estar entre los muertos a estar entre los vivos (*Romanos 6:13*). Pablo dice que sus conversos, en sus días precristianos, estaban muertos en sus delitos y pecados (*Efesios 2:1-5*).

(i) El pecado es *la muerte de la voluntad*. Si uno acepta las invitaciones del pecado durante un tiempo suficientemente largo, llega a un estado cuando ya no puede aceptar ninguna otra invitación. Los hábitos se apoderan de él de tal manera que ya no puede romper con ellos. Uno llega, como decía Séneca, a aborrecer sus pecados y a amarlos al mismo tiempo. Habrá pocos entre nosotros que no hayan experimentado el poder de algún hábito en el que hayan caído.

(ii) El pecado es *la muerte de los sentimientos*. El proceso hasta llegar a ser esclavo del pecado no transcurre de la noche a la mañana. La primera vez que una persona comete un pecado lo hace con muchos remordimientos. Pero llega el día, si sigue frecuentando lo que le está prohibido, cuando hace sin ningún remordimiento lo que en un tiempo le habría horrorizado. El pecado, como decía Bums, « petrifica el sentimiento. »

(iii) El pecado es *la muerte de todo lo amable*. Lo terrible del pecado es que puede apoderarse de las cosas más preciosas y convertirlas en algo horrible. Por medio del pecado la aspiración de lo más alto se convierte en un anhelo de poder; el deseo de servir puede llegar a ser una intoxicación de ambición; el deseo de amor puede degenerar en una pasión de concupiscencia. El pecado es el asesino de todo lo precioso que hay en la vida.

Solo por la gracia de Dios podemos escapar a la muerte del pecado.

SARDES, UNA IGLESIA SIN VIDA

Apocalipsis 3:1-6 (continuación)

La falta de vida de la iglesia de Sardes tenía un efecto extraño.

(i) La iglesia de Sardes no tenía el problema de ninguna herejía. La herejía siempre es el producto de una mente inquisitiva; es, de hecho, señal de que una iglesia está viva. No hay nada peor que el estado de uno que es ortodoxo porque es demasiado perezoso para pensar las cosas por sí mismo. Mejor cuenta le traería una herejía que le preocupara sincera e intensamente que una ortodoxia que le trajera sin cuidado.

(ii) La iglesia de Sardes no era objeto de ningún ataque desde el exterior, ni por parte de los paganos ni de los judíos. La verdad es que estaba tan muerta que no valía la pena atacarla. Las Epístolas Pastorales describen a los que se habían desviado de la fe verdadera pretendiendo tener una forma de piedad pero mostrando que no tenía ninguna eficacia (*2 Timoteo 3:5*). *El Nuevo Testamento Original* lo traduce: « Con fachada de religiosidad, pero desmintiendo su eficacia. » Y el *Nou Testament '79*: « Es donen una aparenga de pietat, però no en coneixen pas la forga transformadora. »

Una iglesia que esté viva de veras siempre estará bajo ataques. «¡Ay de vosotros -decía Jesús-, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!» (*Lucas 6:26*). Una iglesia con un mensaje positivo es impepinable que tenga que arrostrar oposición.

Una iglesia que esté tan aletargada que deje de producir una herejía está mentalmente muerta; y una iglesia que sea tan negativa como para dejar de suscitar oposición está muerta en su testimonio de Cristo.

¡SARDES, ALERTA!

Apocalipsis 3:1-6 (continuación)

Si hay algo que todavía se pueda rescatar de la ruina inminente de la iglesia de Sardes, los cristianos deben despertar del letargo mortal y mantenerse alerta. Es este el mandamiento que aparece más frecuentemente en el Nuevo Testamento.

(i) El estado de alerta debe ser la actitud constante del cristiano. «Ya es hora -dice Pablo- de despertar del sueño» (*Romanos 13:11*). «Velad, estad firmes en la fe, portaos varonilmente y esforzaos» (*1 Corintios 16:13*). Se ha dicho que «la vigilancia eterna es el precio de la libertad,» y el estado eterno de alerta es el precio de la salvación.

(ii) El cristiano debe estar vigilante frente a las tretas del diablo (*1 Pedro 5: 8*). La historia de Sardes tenía ejemplos vivos de lo que le sucede a una guarnición que se descuida en la guardia. El cristiano está bajo constantes ataques de los poderes que tratan de apartarle de Cristo. A menudo estos ataques son sutiles. Debe, por tanto, mantenerse alerta.

(iii) El cristiano debe estar en guardia contra la tentación. «Velad y orad-dijo Jesús-para no caer en tentación» (*Mateo 26:41*). La tentación espera a que bajemos la guardia para atacarnos. En la vida cristiana hay que mantener una vigilancia constante contra ella.

(iv) Repetidamente el Nuevo Testamento exhorta al cristiano a estar en guardia esperando la llegada del Señor. «Velad por tanto -decía Jesús- porque no sabéis qué día viene vuestro Señor» «Lo que os digo a vosotros se lo digo a todos: ¡Alerta!» (*Mateo 24:42s; Marcos 13:37*). «No durmamos como los demás -escribe Pablo-, sino vigilemos y seamos sobrios» (*1 Tesalonicenses 5:6*). Nadie sabe el día ni la hora en que para él la eternidad invadirá el tiempo. «El último día es un secreto decía Agustín- para que estemos alerta todos los días.»

(v) El cristiano debe estar en guardia contra la falsa enseñanza. En el mensaje de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso les advierte que hay lobos rapaces que invadirán el aprisco, y que desde dentro se levantarán personas que hablarán cosas perversas. «Por tanto, ¡velad!» (*Hechos 20:29-31*).

(vi) El cristiano tampoco debe olvidar que, aunque él esté alerta esperando a Jesucristo, Jesucristo le está vigilando a él. «No he encontrado tus obras concluidas -dice el Cristo Resucitado- a la vista de Mi Dios.» Aquí nos salen al encuentro dos grandes verdades. (a) Cristo espera algo de nosotros. A menudo Le consideramos Alguien a Quien acudimos en busca de cosas: Su fuerza, Su ayuda, Su apoyo, Su consuelo. Pero no debemos olvidar que Él espera nuestro amor, lealtad y servicio. (b) Lo que debemos hacer está en nuestra mano. El viejo dicho es cierto: «Fatalidad es lo que no tenemos más remedio que hacer; destino es lo que debemos hacer.» El cristiano no cree en una fatalidad inevitable; pero sí cree en un destino que puede aceptar o rechazar.

De cada uno de nosotros Cristo espera algo; y a cada uno de nosotros nos corresponde hacer algo.

SARDES, IMPERATIVOS DEL CRISTO RESUCITADO

Apocalipsis 3:1-6 (continuación)

En el versículo 3 tenemos una serie de imperativos.

(i) El Cristo Resucitado dice: «*Acuérdate* de cómo recibiste y aceptaste el Evangelio.» Es el imperativo de presente y quiere decir: «Mantén vivo tu recuerdo; no dejes nunca que se te olvide.» El Cristo Resucitado les está diciendo a los cristianos aletargados de Sardes que tengan presente siempre la emoción con que oyeron por primera vez la Buena Nueva. Es un hecho de la vida que hay cosas que agudizan la memoria que se ha vuelto insensible. Cuando, por ejemplo, volvemos a una tumba, el dolor al que los años han quitado el filo vuelve

a ser agudo otra vez. Una y otra vez el cristiano debe encontrarse ante la Cruz y recordar lo que Dios ha hecho por él en Jesucristo.

(ii) El Cristo Resucitado dice: «*Arrepiéntete!*» Este es un imperativo de aoristo y describe una acción concreta. En la vida cristiana debe haber un momento decisivo, cuando una persona decida dejar el viejo camino y empezar uno nuevo.

(iii) El Cristo Resucitado dice: «*Cumple* los mandamientos del Evangelio.» Aquí tenemos de nuevo un imperativo de presente que indica una acción continua. Quiere decir: «No dejes nunca de cumplir los mandamientos del Evangelio.»

Aquí tenemos una advertencia contra lo que podríamos llamar « un cristianismo discontinuo.» Muchos de nosotros somos cristianos a ratos, pero la mayor parte de las veces nos portamos como si no lo fuéramos.

(iv) Hay el mandamiento de *velar*. Hay un antiguo dicho latino: «Los dioses andan con los pies envueltos en lana.» Su llegada es silenciosa e inadvertida, hasta que uno se encuentra sin previo aviso ante la eternidad. Pero eso no les sucede a los que viven todos los días en la presencia de Cristo; al que camina con Él no le puede pillar por sorpresa Su venida.

SARDES LOS POCOS FIELES

Apocalipsis 3:1-6 (continuación)

En el versículo 4 brilla a través de la oscuridad un rayito de esperanza. Hasta en Sardes hay unos pocos fieles. Cuando Abraham estaba intercediendo ante Dios por Sodoma, Le decía: «Lejos de Ti que hagas morir al justo con el impío» (*Génesis 18:25*). En la antigua historia de los reyes, Abías fue el único de los hijos de Jeroboam que fue sepultado normalmente, porque en él se halló alguna cosa buena delante del

Señor (*1 Reyes 14:13*). Dios nunca deja de buscar a los fieles, que no se Le pierden en la multitud de los malvados.

Se dice de los fieles que «no se han ensuciado las vestiduras.» Santiago hablaba con respeto y admiración de la persona que se guardaba «sin mancha del mundo» (*Santiago 1:27*). Aquí puede haber dos alusiones.

(i) En el mundo pagano no se le permitía a ningún adorador acercarse al templo de los dioses con la ropa sucia. Para los paganos se trataba de la limpieza exterior; pero aquí puede que

describa a la persona que ha mantenido el alma limpia para poder entrar a la presencia de Dios sin ser avergonzada.

(ii) Swete cree que las vestiduras blancas representan la profesión de fe que se hacía en el bautismo; y que la frase describe a la persona que no había quebrantado sus votos

bautismales. En esta etapa de la Historia de la Iglesia el bautismo era de creyentes, y en su bautismo una persona se comprometía personalmente con Jesucristo. Esto es aún más pro-

bable porque era costumbre vestir a las personas con vestiduras limpias blancas cuando salía del agua simbolizando así la

pureza de su nueva vida. A eso alude la expresión española «estar *in albis*,» que se refiere a la inocencia de los recién bautizados. La persona que es fiel a su compromiso escuchará sin duda algún día a Dios decirle: « ¡Bien hecho!»

Para los que han sido leales la promesa es que caminarán con Dios. Aquí también hay un doble trasfondo.

(a) Puede que sea un trasfondo pagano. En la corte persa, a los favoritos del rey de más confianza se les concedía el privilegio de pasearse con él por los jardines del palacio, y se los llamaba «Los compañeros del Jardín.» Los que hayan sido

leales a Dios se pasearán algún día con Él en el Paraíso.

(b) Puede que se haga referencia a la antigua historia de

Henoc: « Can-finó, pues, Henoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» (*Génesis 5:24*). Henoc anduvo con Dios en la tierra, y siguió andando con Dios en los lugares celestiales. El que se conduce de acuerdo con Dios en la tierra gozará de Su íntima compañía cuando llegue al final de su vida presente.

SARDES, LA TRIPLE PROMESA

Apocalipsis 3:1-6 (conclusión)

A los que hayan sido fieles se les hace una triple promesa. (i) Serás vestidos con ropas blancas. Se decía de los íntegros que «resplandecerán como el Sol en el reino de su Padre» (*Mateo 13:43*); y se dice de Dios que Se cubre de luz como con una túnica (*Salmo 104:2*). ¿Qué significan las vestiduras blancas?

(a) En el mundo antiguo representaban la alegría de *las fiestas*. «Que en todo tiempo sean blancos tus vestidos -decía el Predicador-, y nunca te falte perfume en la cabeza» (*Eclesiastés 9: 8*). La ropa blanca puede que represente el hecho de que los fieles serán huéspedes en el banquete de Dios.

(b) En el mundo antiguo las vestiduras blancas representaban *la victoria*. Cuando se celebraba un triunfo romano, todos los ciudadanos se vestían de blanco; la ciudad misma se decía que era *urbs candida*, que estaba de blanco. Las vestiduras blancas puede que representen la recompensa de los que hayan obtenido la victoria.

(c) En cualquier país y época el blanco es el color de la pureza, y según esto las vestiduras blancas puede que representen la pureza cuya recompensa es ver a Dios. «Bienaventurados los puros de corazón, porque serán los que vean a Dios» (*Mateo 5:8*).

(d) Se ha sugerido que las vestiduras blancas representan *los cuerpos de la resurrección* que tendrán algún día los fieles. Los que hayan sido fieles participarán de la blancura de la luz que es la túnica de Dios mismo.

No tenemos que escoger entre estos diversos significados; bien podemos creer que están incluidos todos en la grandeza de esta promesa.

(ii) Sus nombres no serán borrados del Libro de la Vida. El Libro de la Vida es una concepción que se encuentra a menudo

en la Biblia. Moisés estaba dispuesto a que su nombre fuera borrado del libro que Dios había escrito si su sacrificio pudiera salvar a su pueblo de las consecuencias de su pecado (*Éxodo 32:32s*). El salmista esperaba que los malvados fueran borrados del libro de los vivientes (*Salmo 69:28*). Cuando llegue el juicio, los que estén escritos en el Libro de la vida serán librados (*Daniel 12:1*). Los nombres de los colaboradores de Pablo están escritos por Dios en el Libro de la Vida (*Filipenses 4:3*). El que no esté escrito en el Libro de la Vida será arrojado al lago de fuego (*Apocalipsis 20:15*); *solo los* que estén escritos en el Libro de la Vida del Cordero entrarán en la bendición eterna (*Apocalipsis 21:27*).

En el mundo antiguo los reyes guardaban un registro de sus ciudadanos. Cuando uno cometía un crimen contra el estado, o cuando moría, se tachaba su nombre de ese registro. El que el nombre de uno fuera escrito en el Libro de la Vida era que le contaran entre los fieles ciudadanos del Reino de Dios.

(iii) Jesucristo confesará sus nombres ante Su Padre y Sus ángeles. Jesús prometió que al que Le confesara delante de los hombres, Él le confesaría delante de Su Padre; y al que Le negara, Él también le negaría delante de Su Padre (*Mateo 10:32s*; *Lucas 12: 8s*). Jesucristo es eternamente fiel con la persona que Le es fiel.

LA CARTA A FILADELFIA

Apocalipsis 3:7-13

-Escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia.

Estas cosas te las dice el Que es santo, el Que es verdadero, el Que tiene la llave de David, el Que abre de manera que nadie puede cerrar, y cierra de manera que nadie puede abrir.

Yo conozco tus obras. Fíjate: Yo te presento una puerta que permanece abierta y que nadie puede cerrar; porque tienes un poco de fuerza, y porque has guardado Mi Palabra, y no has negado Mi Nombre. Fíjate: Yo te entregaré a los que pertenecen a la sinagoga de Satanás, que se tienen por judíos sin serlo, sino que mienten. Fíjate: Yo los haré venir a arrodillarse a tus pies, para que se enteren de que Yo te he amado.

Como tú has guardado mi mandamiento de mantenerte firme, Yo también te mantendré a salvo en la hora de la prueba que ha de venir sobre todo el mundo habitado para poner a prueba a todos los que moran en la tierra. Yo vengo pronto. Retén lo que tienes, para que nadie te prive de tu corona.

Al que obtenga la victoria Yo le haré un pilar en el templo de Mi Dios para que ya nunca tenga que salir, - y escribiré sobre él el Nombre de Mi Dios y el nombre de la ciudad de Mi Dios, de la nueva Jerusalén que descende del Cielo de Mi Dios, y Mi Nombre nuevo.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias.

FILADELFIA LA CIUDAD DE LA ALABANZA

Apocalipsis 3:7-13

Filadelfia era la más joven de las siete ciudades. La habían fundado unos colonizadores de Pérgamo en el reinado de Atalo II, que reinó en Pérgamo de 159 a 138 a.C. *Filádelfos* quiere decir en griego *el que ama a su hermano*. Tal era el amor que Atálo le tenía a su hermano Eumenes que se llamó Filadelfo, y de él tomó su nombre la ciudad.

Fue fundada con un propósito especial. Estaba situada en la confluencia de las fronteras de Misia, Lidia y Frigia. Pero no fue para ser una ciudad guarnición para lo que fue fundada, porque no había muchos peligros en la zona, sino con la intención deliberada de que fuera misionera de la cultura y lengua griega hacia Lidia y Frigia; y tan bien cumplió su misión que hacia el año 19 d.C. los lidios ya habían olvidado su propio lenguaje y les faltaba poco para ser griegos. Ramsay dice que Filadelfia era «el centro de difusión de la lengua y de las letras griegas en una tierra pacífica y por medios pacíficos.» Eso es lo que el Cristo Resucitado quiere decir cuando habla de la puerta abierta que les presenta a los cristianos filadelfos. Tres siglos antes se le había dado a Filadelfia una puerta abierta para que extendiera las ideas griegas en las tierras de más allá, y ahora se le presentaba otra oportunidad misionera todavía más gloriosa: la de llevar el Mensaje del amor de Jesucristo a los que no lo conocían.

Filadelfia tenía una característica que ha dejado su impronta en la carta. Estaba al borde de una gran llanura que se llamaba la *Katakekaumené*, que quiere decir la Tierra Quemada. La *Katakekaumené* era una gran llanura volcánica en la que quedaban las señales de la lava y de las cenizas de los volcanes ya extintos. Tal tierra era fértil; y Filadelfia era el centro de una gran área vitícola y de producción de vinos. Pero tal situación tenía sus peligros, que también habían dejado sus señales en Filadelfia más profundamente que en ninguna otra ciudad. El año 17 d.C. se produjo un gran terremoto que destruyó Sardes y otras diez ciudades. En Filadelfia se siguieron produciendo temblores de tierra durante otros muchos años; Estrabón la describe como cuna ciudad propensa a los terremotos.»

Sucede a menudo que cuando se produce un gran terremoto la gente lo asume con coraje y dominio propio, pero el que se sucedan temblores de tierra menores causa un verdadero pánico. Eso era lo que sucedía en Filadelfia. Estrabón describe la escena. Los temblores se habían convertido en un suceso cotidiano. Aparecían grietas amenazadoras en las paredes de las casas. Un día aparecía en ruinas una parte de la ciudad, y otro otra. La mayor parte de la población vivía fuera de la ciudad, en chalés, y tenía miedo de ir al centro por si se le caía encima una pared. Se tenía por locos a los que seguían viviendo en la ciudad; se pasaban la vida apuntalando los edificios que bradizos, y huyendo de cuando en cuando a los espacios abiertos para ponerse a salvo. Estos días terribles no se olvidaban nunca en Filadelfia, y sus habitantes siempre estaban esperando inconscientemente los terribles temblores del suelo, dispuestos a salir corriendo para salvar la vida. Los vecinos de Filadelfia sabían muy bien que su seguridad dependía de la promesa de que «ya no tendrían que salir más.»

Pero aún hay más reflejos de la historia de Filadelfia en esta carta. Cuando el gran terremoto la devastó, Tiberio fue tan generoso con Filadelfia como lo había sido con Sardes. En agradecimiento cambió su nombre por el de Neocesarea -la nueva ciudad del César. En tiempos de Vespasiano Filadelfia mostró su agradecimiento otra vez cambiándose de nombre por el de Flavia, porque el patronímico del emperador era Flavio. Es verdad que ninguno de estos nuevos nombres duró gran cosa, y se le restauró el de «Filadelfia». Pero los de Filadelfia sabían muy bien lo que era recibir «un nombre nuevo.»

De todas las ciudades, Filadelfia es la que recibe más alabanzas, lo cual es señal de que se las merecía.

En días posteriores llegó a ser una ciudad muy importante. Cuando los turcos y el mahometismo inundaron Asia Menor y todas las demás ciudades habían caído, Filadelfia se mantuvo en pie. Durante siglos fue la única ciudad cristiana libre en medio de una tierra no cristiana. Fue el último baluarte del cristianismo asiático. No cayó hasta mediado el siglo XIV; y hasta este día hay un obispo y un millar de cristianos en ella. Con la excepción de Esmirna, las otras iglesias están en ruinas; pero Filadelfia sigue enarbolando la bandera de la fe cristiana.

FILADELFIA TÍTULOS Y DERECHOS

Apocalipsis 3:7-13 (continuación)

En la introducción de esta carta el Cristo Resucitado Se identifica con tres títulos, cada uno de los cuales implica un tremendo derecho.

(i) Es el Que es santo. Santo es una descripción de Dios mismo. < Santo, Santo, Santo es el Señor de los Ejércitos,» era el himno de los serafines que oyó Isaías (*Isaías 6:3*). «¿A qué, pues, Me haréis semejante o Me compararéis?, dice el Santo» (*Isaías 40:25*). «Yo soy el Señor, vuestro Santo, el Creador de Israel, vuestro Rey» (*Isaías 43:15*). En todo el Antiguo Testamento, Dios es el Santo; y aquí se Le da ese título al Cristo Resucitado. Debemos recordar que *santo* (*háguios*) quiere decir *diferente, separado*. Dios es santo porque es diferente de los hombres; tiene esa cualidad de ser que Le pertenece exclusivamente a Él. Decir que Jesucristo es santo es decir que Él participa del ser de Dios.

(ii) Es el Que es verdadero. En griego hay dos palabras que se traducen por *verdadero*: *aléthés*, en el sentido en que una afirmación verdadera es diferente de una afirmación falsa; y *aléthinós*, que quiere decir *real* en contraposición a lo que es irreal. Es la segunda de estas dos palabras la que se usa aquí.

En Jesús se encuentra la realidad. Cuando nos encontramos cara a cara con Él, no nos encontramos ante un bosquejo confuso de la verdad, sino. con la verdad misma.

(iii) Es el Que tiene la llave de David, el Que abre de manera que nadie puede cerrar, y cierra de manera que nadie puede abrir. Notemos en primer lugar que la llave es *el símbolo de la autoridad*. Aquí tenemos la descripción de Jesucristo como el Que tiene la autoridad definitiva que nadie puede poner en duda.

Tras esto se encuentra una historia del Antiguo Testamento. Ezequías tenía un mayordomo fiel que se llamaba Eliaquim, que estaba a cargo de toda su casa, y que era el único que podía dar acceso a la presencia del rey. Isaías oyó decir a Dios acerca de este mayordomo fiel: < Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro: él abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie abrirá» (*Isaías 22:22*). Esto era lo que Juan tenía en mente. Jesús es el único que tiene autoridad para admitir a la nueva Jerusalén, la nueva Ciudad de David. Como dice el *Te Deum*: «Tú abriste el Reino del Cielo a todos los creyentes.» Él es el único camino nuevo y vivo a la presencia de Dios.

FILADELFIA, LA PUERTA ABIERTA

Apocalipsis 3:7-13 (continuación)

En los versículos 8 y 9 hay un problema de puntuación. En los manuscritos griegos más antiguos no había ninguna puntuación. El problema consiste en que las palabras «porque tienes un poco de fuerza, y porque has guardado Mi Palabra, y no has negado Mi Nombre,» van igualmente bien con lo que las precede o con lo que las sigue. Pueden expresar, o la razón por la que los cristianos de Filadelfia tienen una puerta abierta, o la razón por la que se les entregarán los que pertenecen a la sinagoga de Satanás. Las tomamos con lo que las precede.

. Es la gran promesa del Cristo Resucitado que Él ha puesto delante de los cristianos de Filadelfia una puerta abierta que nadie puede cerrar. ¿Qué significa aquí eso de una puerta abierta?

(i) Puede que sea la puerta de la oportunidad misionera. Escribiéndoles a los corintios acerca del trabajo que tenía por delante, Pablo les dice: < Porque se me ha abierto una puerta grande para una obra eficaz» (*1 Corintios 16:9*). Cuando llegó a Tróade, el Señor le abrió una puerta (*2 Corintios 2:12*). Les pide a los colosenses que oren para que se le abra una puerta para la Palabra (*Colosenses 4:3*). Cuando volvió a Antioquía de su primer viaje misionero contó cómo Dios les había abierto la puerta de la fe a los gentiles (*Hechos 14:27*).

El sentido es especialmente apropiado para Filadelfia. Ya hemos visto que era una ciudad fronteriza, situada en la confluencia de Lidia, Misia y Frigia, y había sido fundada para que fuera misionera de la lengua y cultura griega hacia los pueblos bárbaros de más allá. Estaba en la carretera del correo imperial, que salía de la costa en Tróade, llegaba a Filadelfia vía Pérgamo, Tiatira y Sardes, y se unía con la gran carretera que iba hacia Frigia. Los ejércitos del César iban por esa carretera; las caravanas comerciales también; y ahora se les abría a los misioneros cristianos.

Dos cosas surgen de aquí. (a) Hay una puerta de oportunidad misionera delante de cualquier cristiano sin necesidad de ir a ultramar a buscarla. En el hogar, en el círculo en que nos movemos, en la parroquia en que residimos, hay almas que ganar para Cristo. El usar la puerta de la oportunidad es al mismo tiempo nuestro privilegio y nuestra responsabilidad. (b) En el camino de Cristo la recompensa de un trabajo bien hecho es más trabajo para hacer. Filadelfia había dado pruebas de su fidelidad a Cristo, y su recompensa fue más oportunidades para demostrarla.

(ii) Se ha sugerido que la puerta que se le abría a Filadelfia no era otra que Jesucristo mismo. «Yo soy la puerta,» dijo Jesús (*Juan 10: 7, 9*).

(iii) Se ha sugerido que la puerta es la de la comunidad mesiánica. Con Jesucristo se inauguró el nuevo Reino de David; y, exactamente como en el antiguo reino Eliaquim tenía las llaves para admitir a la presencia del rey, así Jesús es la puerta de acceso al Reino de Dios.

(iv) Aparte de todas estas cosas, para cualquier persona la puerta de la oración siempre está abierta. Esa es una puerta que nadie nos puede cerrar, y que Jesús abrió cuando nos aseguró que el amor de nuestro Padre Dios siempre nos espera.

FILADELFIA, HEREDEROS DE LA PROMESA

Apocalipsis 3:7-13 (continuación)

En el versículo 9 la promesa del Cristo Resucitado es que algún día los judíos que calumnian a los cristianos se arrodillarán a sus pies. Este es un eco de la esperanza de los judíos que se expresa con frecuencia en el Antiguo Testamento.

Esperaban que en la nueva era todas las naciones ofrecerían un homenaje humilde a los judíos. Esta promesa aparece una y otra vez en *Isaías*. « Y vendrán a ti humillados los hijos de los que te afligieron, y a las plantas de tus pies se encorvarán» (*Isaías 60:14*). «Las labores de Egipto, las mercancías de Etiopía, y los sabeos, hombres de elevada estatura, se pasarán a ti y

serán tuyos, irán en pos de ti, pasarán encadenados, y te harán reverencias» (*Isaías 45:14*). «Reyes serán tus ayos, y sus reinas, tus nodrizas; con el rostro inclinado a tierra se postrarán ante ti y lamerán el polvo de tus pies» (*Isaías 49:23*). Zacarías tiene una visión del día en que todos los hombres de todas las naciones y lenguas se dirigirán a Jerusalén, « y se agarrarán al manto de un judío, y le dirán: "Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros"» (*Zacarías 8:22s*).

Los cristianos creían que la nación judía había perdido su lugar en el plan de Dios, y que su posición había pasado a la Iglesia. Un judío, en el sentido de Dios de ese término, no era el que pretendiera ser descendiente directo de Abraham, sino el que, de cualquier nación que fuera, había hecho la misma decisión de fe que hizo Abraham (*Romanos 9:6-9*). La Iglesia era el Israel de Dios (*Gálatas 6:16*). Era por tanto cierto que todas las promesas que se le habían hecho a Israel las había heredado la Iglesia. Era a ella a la que se humillarían algún día todos los hombres en señal de sumisión. Esta promesa es el reverso de todo lo que los judíos habían esperado, que era que las naciones se arrodillarían ante ellos; pero el día había de venir cuando ellos, entre todas las naciones, se arrodillarían ante Cristo.

Eso era lo que la iglesia filadelfia habría de ver, al menos en sus principios, si sus miembros eran fieles. Hasta ese momento lo habían sido. En una frase: «Has guardado Mi Palabra, y no has negado Mi Nombre,» ambos verbos están en el aoristo, que describe una acción determinada en el pasado; lo que implica que había habido un tiempo de prueba del que la iglesia filadelfia había salido realmente victoriosa. Puede que tuvieran sólo un poco de fuerza; sus recursos puede que fueran reducidos; pero, si son fieles, verán el albor del triunfo de Cristo.

Aunque pocos, pequeños y débiles seáis, sed fuertes en la fuerza de vuestro Capitán, lanzaos a la conquista de las regiones todas: ¡todas Suyas serán!

Lo que tiene que mantener fiel a un cristiano es la visión de un mundo para Cristo, porque tal gloriosa perspectiva depende de la fidelidad del cristiano individual.

FILADELFIA, LOS QUE GUARDAN SON GUARDADOS

Apocalipsis 3:7-13 (continuación)

La promesa del Cristo Resucitado es que todos los que guardan serán guardados. < Tú has guardado Mis mandamientos -dice-, y por tanto Yo te guardaré. » Esto nos recuerda un dicho español que suele enunciarse así: «Dice Dios: "Guárdate, y te guardaré."» No sabemos dónde ni cuándo dijo Dios eso; pero está de acuerdo con Su Palabra. La lealtad tiene una recompensa segura. En el versículo 10, en griego, la frase *Mi mandamiento de resistir* es sumamente comprimida. Literalmente se traduciría *la palabra de Mi resistencia* (Cp. R-V: *la palabra de mi paciencia*). El sentido real es que la promesa es para los que han practicado la misma clase de resistencia que desplegó Jesús en Su vida terrenal.

Cuando somos llamados a desplegar resistencia, la resistencia de Jesucristo nos supe de tres cosas. Primera, nos provee un ejemplo. Segunda, nos aporta una inspiración. Debemos caminar mirándole a Él, Que por el gozo que Le fue propuesto soportó la Cruz despreciando la vergüenza (*Hebreos 12:1 s*). Tercera, la resistencia de Jesucristo es la garantía de Su simpatía hacia nosotros cuando se nos llama a resistir. «Porque, por cuanto Él mismo padeció el ser tentado, puede siempre socorrer a los que son tentados» (*Hebreos 2:18*).

En el versículo 10 nos encontramos de nuevo con creencias típicamente judías. Como ya hemos visto a menudo, los judíos dividían el tiempo en dos edades: la presente, que es totalmente mala, y la por venir, que es totalmente buena, entre las cuales hay un tiempo de destrucción cuando caiga el juicio sobre el mundo. A ese tiempo se refiere aquí Juan. Hasta cuando el tiempo llegue a su fin, y el mundo, tal como lo conocemos, deje de existir, el que sea fiel a Cristo estará a salvo bajo Su protección.

FILADELFIA, PROMESA Y ADVERTENCIA

Apocalipsis 3:7-13 (continuación)

En el versículo 11 se combinan la advertencia y la promesa. El Cristo Resucitado les dice que está para venir pronto. Se ha dicho que en el Nuevo Testamento la Segunda Venida de Cristo se presenta con dos propósitos.

(i) Como *una advertencia para los descuidados*. Jesús mismo habla del siervo malvado, que se aprovechó de la ausencia de su amo para comportarse malvadamente, y cuyo amo volvió repentinamente sometiéndole a juicio (*Mateo 24:48-51*). Pablo advierte a los tesalonicenses del terrible castigo que les espera a los desobedientes e incrédulos cuando Jesucristo sea revelado desde el Cielo y obtenga una victoria rápida y definitiva sobre Sus enemigos (*2 Tesalonicenses 1:79*). Pedro advierte a los suyos que tendrán que dar cuenta de sus acciones al Que viene a juzgar a los vivos y a los muertos (*1 Pedro 4:5*).

(ii) Se utiliza como *un consuelo para los oprimidos*. Santiago exhorta a la resistencia paciente a sus fieles porque la Venida del Señor se aproxima (*Santiago 5:8*); pronto llegará el final de sus angustias. El autor de *Hebreos* exhorta a la paciencia, porque muy pronto vendrá el Que ha de venir (*Hebreos 10:37*).

En el Nuevo Testamento se usaba la idea de la Segunda Venida como una advertencia a los descuidados y como un consuelo para los oprimidos. Es absolutamente cierto que, literalmente, Jesucristo no volvió cuando Le esperaban aquellos a los que se les advirtió y exhortó; pero nadie sabe cuándo la eternidad invadirá el tiempo y Dios le llamará a levantarse e ir; y que se debe advertir a los descuidados para que estén preparados para salir al encuentro de su Dios, y animar a los oprimidos con la perspectiva de la gloria que está por venir al alma fiel.

Hay aquí otra advertencia. El Cristo Resucitado manda a los filadelfios que retengan lo que tienen, para que nadie les prive de su corona (versículo 11). No se trata de que nadie les robe la corona que les pertenece, sino de que Dios se la retire y se la dé a algún otro porque no sean dignos de llevarla. Trench hace una lista de personas de la Biblia que tuvieron que cederle su lugar a otros porque habían dado muestras de que no eran aptos para ocuparlo. Esaú perdió su posición ante Jacob (*Génesis 25:34; 27:36*); Rubén, inestable como el agua, ante Judá (*Génesis 49:4,8*); Saúl, ante David (*1 Samuel 16:1,13*); Sebna, ante Eliaquim (*Isaías 22:15-25*); Joab y Abiatar perdieron sus puestos ante Benaía y Sadoc (*1 Reyes 2:25,35*); Judas, ante Matías (*Hechos 1:25s*); y los judíos perdieron su posición ante los cristianos gentiles (*Romanos 11:11*).

Aquí hay una tragedia. A veces sucede que se le da a alguien una tarea a realizar que él emprende con la mayor esperanza; pero se empieza a ver que es demasiado pequeño ante la tarea y se le descalifica, dándosele esta a otro. Eso también sucede con la obra del Señor. Dios tiene una tarea para cada persona; pero si esta resulta incapaz de realizarla, se le dará a otra.

Es benditamente cierto que uno se puede redimir hasta de un fracaso -pero sólo si se rinde incondicionalmente a la gracia de Jesucristo.

FILADELFIA, MUCHAS PROMESAS

Apocalipsis 3:7-13 (conclusión)

En el versículo 12 encontramos las promesas del Cristo Resucitado a los que Le son fieles. Son muchas, y la mayor parte de ellas resultarían perfectamente claras y reales para los creyentes de Filadelfia.

(i) El cristiano fiel será un pilar en el Templo de Dios. Un pilar de la Iglesia es un soporte grande y honorable. Se nos dice que Pedro, Santiago y Juan eran los pilares de la Iglesia original de Jerusalén (*Gálatas 2:9*). Abraham decían los rabinos judíos que era el pilar del mundo.

(ii) El cristiano fiel no tendrá que salir más. Esto puede que tenga dos sentidos.

(a) Puede que sea una promesa de seguridad. Ya hemos visto que Filadelfia vivió durante años aterrada ante la perspectiva de terremotos recurrentes, y que cuando llegaban esos momentos sus ciudadanos salían huyendo a espacios abiertos para salvar la vida, y volvían aquejados de inseguridad cuando los terremotos pasaban. Se vivía en una atmósfera de inseguridad. Se da la promesa al fiel cristiano de una estabilidad serena en la paz que Jesucristo provee.

(b) Algunos investigadores creen que lo que se promete aquí es la firmeza de un carácter moral. En esta vida, hasta los mejores entre nosotros somos malos a veces; pero el que es fiel a Jesucristo llegará un tiempo en que sea como un pilar puesto en el Templo de Dios y la bondad será la atmósfera constante de su vida. Si este es el sentido, esta frase describe la vida de bondad inalterable que se vive cuando, después de las batallas de la tierra, alcanzamos la presencia de Dios.

(iii) El Cristo Resucitado escribirá en el cristiano fiel el nombre de Su Dios. Aquí puede haber tres referencias.

(a) En las ciudades de Asia Menor, y en Filadelfia, cuando moría un sacerdote después de una larga vida de fidelidad, se le honraba erigiendo un nuevo pilar en el templo en que hubiera servido e inscribiendo su nombre y el de su padre en él. Así es que esto podría referirse al honor permanente que confiere Cristo a Sus fieles servidores.

(b) También es posible que haga referencia a la costumbre de marcar con hierro candente a los esclavos con las iniciales de su amo para mostrar a quién pertenecían. De la misma manera Dios pondrá Su marca en Sus fieles servidores. Cualquiera que sea la figura aquí, el sentido es que los fieles llevarán la señal inconfundible de pertenecer a Dios.

(c) Es posible que esto se refiera al Antiguo Testamento. Cuando Dios le dijo a Moisés la bendición que Aarón y los sacerdotes habían de pronunciar sobre el pueblo le dijo: «Y pondrán Mi Nombre sobre los hijos de Israel» (*Números 6:22-26, R-V hasta 1960*). Es otra vez la misma idea; es como si la señal de pertenecer a Dios estuviera sobre Israel de tal manera que todos los hombres pudieran saber que era Su pueblo.

(iv) El nombre de la Nueva Jerusalén se escribirá sobre el fiel cristiano. Eso corresponde a la ciudadanía del fiel cristiano en la ciudad de Dios. Según Ezequiel, el nombre de la ciudad re-creada de Dios había de ser *El Señor está allí* (*Ezequiel 48:35*). Los fieles serán ciudadanos de la ciudad en la que habita la presencia de Dios.

(v) Cristo escribirá en Su fiel servidor Su propio nombre nuevo. Los habitantes de Filadelfia conocían eso de cambiar de nombre adquiriendo uno nuevo. Cuando el año 17 d.C. un terrible terremoto devastó su ciudad, y el emperador Tiberio fue generoso con ellos eximiéndolos de los impuestos y contribuyendo generosamente a la reconstrucción, en agradecimiento ellos adoptaron el nombre de Neocaesarea, la Nueva Ciudad del César; y más tarde, cuando Vespasiano los trató con benevolencia, cambiaron de nuevo su nombre por el de Flavia, que era el de la familia de Vespasiano. Jesucristo marcará a Sus fieles servidores con Su nombre nuevo; acerca de cuál sería ese nombre no tenemos por qué especular, porque nadie lo sabe (*Apocalipsis 19:12*); pero en el tiempo por venir, cuando Cristo haya conquistado todo el Universo, Sus fieles servidores llevarán la señal que muestre que Le pertenecen a Él, y participarán de Su victoria.

LA CARTA A LAODICEA

Apocalipsis 3:14-22

-Escribe al ángel de la Iglesia de Laodicea:

Estas cosas las dice el Amén, el Testigo al Que podéis dar crédito y Que es veraz, la Causa agente de la Creación de Dios.

Yo conozco tus obras; sé que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Así es que, porque eres tibio y no frío ni caliente, te bomitaré de Mi boca.

Aunque tú dices: Yo soy rico, y he amasado riqueza, y no carezco de nada -no te das cuenta de que eres tú el que eres el desventurado y miserable, el pobre y ciego y desnudo.

Yo te aconsejo que compres de Mi oro refinado al fuego para ser rico, vestiduras blancas para estar vestido y que no esté a la vista la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungirte los ojos, para que puedas ver.

Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Muestra por tanto interés, y arrepiéntete.

Fíjate: Yo estoy llamando a la puerta. Si hay alguien que oiga Mi voz y Me abra la puerta, entraré a cenar con él, y él conmigo.

Al que obtenga la victoria le concederé que se sienta conmigo en Mi trono, como Yo también vencí y Me senté con Mi Padre en Su trono.

El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias.

LAODICEA,
LA IGLESIA CONDENADA

Apocalipsis 3:14-22

Laodicea tiene la macabra distinción de ser la única iglesia de la que el Cristo Resucitado no podía decir nada positivo.

En el mundo antiguo había por lo menos seis ciudades que se llamaban Laodicea, y esta se llamaba Laodicea del Lico para distinguirla de las otras. Fue fundada hacia el año 250 a.C. por Antíoco de Siria, que le dio ese nombre por el de su mujer, Laodiké.

Debía su importancia exclusivamente a su situación. La carretera de Éfeso al Oriente y a Siria era la más importante de Asia. Arrancaba de la costa en Éfeso, y tenía que arreglárselas para subir 3,000 metros hasta la meseta central. Lo iniciaba a lo largo del valle del río Meandro hasta llegar a lo que se llamaban las Puertas de Frigia. Pasado este punto se extendía el amplio valle donde confluían Lidia, Frigia y Caria, en el que entraba el Meandro por una garganta angosta y abrupta por la que no podía pasar ninguna carretera. Por tanto la carretera rodeaba el valle del Lico, en el que se encontraba Laodicea.

Estaba literalmente a caballo en la gran carretera del Oriente que la atravesaba entrando por la puerta de Éfeso y saliendo por la de Siria. Eso ya habría sido bastante para convertir a Laodicea en uno de los centros comerciales y estratégicos del mundo antiguo. En su origen Laodicea había sido una fortaleza; pero tenía la gran pega de que toda su provisión de agua tenía que llegar por un acueducto subterráneo desde manantiales a no menos de diez kilómetros, una circunstancia peligrosa en caso de sitio. Otras dos carreteras pasaban por las puertas de Laodicea: la que iba de Pérgamo y el valle del Hermo a Pisidia y Panfilia y Perge en la costa, y la que iba de la Caria oriental a la Frigia central y occidental.

Como dice Ramsay: < Solo se necesitaba la paz para hacer de Laodicea un gran centro comercial y financiero;» y la paz

vino con el dominio de Roma. Cuando la paz romana le dio la oportunidad, Laodicea llegó a ser, como la llamaba Plinio, cuna ciudad verdaderamente distinguida.»

Laodicea tenía ciertas características que han dejado su impronta en esta carta.

(i) Era un gran centro banquero y financiero. Cuando Cicerón hizo un viaje por Asia Menor, fue en Laodicea donde hizo efectivas sus cartas de crédito. Era una de las ciudades más opulentas del mundo. El año 61 d.C. la devastó un terremoto; pero sus ciudadanos eran tan ricos e independientes que rehusaron recibir ninguna ayuda del gobierno romano, y reconstruyeron su

ciudad con sus propios recursos. Tácito escribe: < Una de las más famosas ciudades de Asia, Laodicea, fue arrasada ese mismo año por un terremoto, y se recuperó por sus propios medios sin ninguna ayuda nuestra» (Tácito, Anales 14:27). No nos sorprende que Laodicea presumiera de ser rica y haber amasado riquezas y no tener necesidad de nada. Era tan opulenta que no necesitaba ni a Dios.

(ii) Era un gran centro de confección de ropa. Las ovejas que pastaban en los alrededores de Laodicea eran famosas por su lana suave, violeta-negra, lustrosa. Producía ropa exterior barata en grandes cantidades, especialmente una túnica que se llamaba la trimita, hasta tal punto que a veces se llamaba a Laodicea Trimitaria. Laodicea estaba tan orgullosa de la ropa que fabricaba que no se daba cuenta de que estaba desnuda a los ojos de Dios.

(iii) Era un centro médico muy considerable. A veinte kilómetros al Oeste, entre Laodicea y la Puerta de Frigia, se encontraba el templo del dios cario Menón. En un tiempo, aquel templo había sido el centro social, administrativo y comercial de toda la zona. Hasta menos de cien años antes, grandes mercados tenían lugar regularmente en sus terrenos. En particular, el templo era el centro de una escuela de medicina que luego se trasladó a la misma Laodicea. Sus médicos eran tan famosos que los nombres de algunos de ellos, como Zeuxis y Alejandro Filalete, figuran en las monedas de Laodicea.

Esta escuela de medicina era famosa en todo el mundo principalmente por dos cosas: el unguento para los oídos y el colirio para los ojos. Nuestras biblias españolas no necesitan traducir esta última palabra, porque nos ha pasado directamente del griego, *kollyrion*, a través del latín y de la Vulgata, y que quería decir originalmente *panecillo*. Esta palabra surgió de la famosa *tefra frigia*, polvo de Frigia, que se exportaba a todo el mundo en tabletas solidificadas que tenían la forma de panecillos. Laodicea estaba tan orgullosa de sus habilidades médicas en el cuidado de los ojos que no reconocía que estaba ciega espiritualmente.

Las palabras del Cristo Resucitado se refieren directamente a la prosperidad y a la habilidad de las que Laodicea presumía tanto que habían eliminado la necesidad de Dios de las mentes de sus ciudadanos y aun de su iglesia.

(iv) Añadiremos un último hecho acerca de Laodicea. Estaba en una zona en la que había una muy extensa población judía. Tantos judíos habían emigrado allí que los rabinos se metían con los que iban buscando los vinos y los baños de Frigia. El año 62 a.C., el gobernador de la provincia, Flaco, llegó a alarmarse de la fuga de capital que suponía el pago del impuesto del Templo que hacían los varones judíos todos los años, y prohibió la salida de la moneda. El resultado fue que confiscó un contrabando de veinte libras de peso de oro en Laodicea y cien en Apamia de Frigia. Esa cantidad de oro equivaldría a 15,000 dracmas de plata. El impuesto judío del Templo era de medio siclo, igual a dos dracmas. Esto quiere decir que había por lo menos 7,500 varones judíos en el distrito. En Hierápolis, a diez kilómetros de Laodicea, había una «Congregación de judíos» que tenía autoridad para imponer y retener multas, y un archivo donde se guardaban documentos legales judíos. Puede que hubiera pocas zonas en las que los judíos fueran tan ricos e influyentes.

LAODICEA, LAS PRERROGATIVAS DE CRISTO

Apocalipsis 3:14-22 (continuación)

De las Siete Iglesias, la de Laodicea es la que se condena más irremisiblemente. No hay en ella ninguna cualidad redentora. Es interesante notar que en la obra del siglo III *Las Constituciones apostólicas (8:46)* se dice que Arquipo fue el primer obispo de la iglesia de Laodicea. Cuando Pablo estaba escribiendo a la vecina iglesia de Colosas, incluyó la advertencia: < Decidle a Arquipo: "Mira que lles a cabo la porción del servicio que te ha encomendado el Señor"> (*Colosenses 4:17*). Parecería que Arquipo estaba fallando en el cumplimiento de su cometido. Eso era unos treinta años antes de que se escribiera el *Apocalipsis*; pero puede que ya entonces se hubiera introducido en la iglesia de Laodicea la infección, y que un ministerio insatisfactorio había sembrado la semilla de la degeneración.

Como las otras cartas, también esta empieza con una serie de grandes títulos de Jesucristo.

(i) Él es el Amén. Este es un título extraño que puede que se remonte a dos principios.

(a) En el Cuarto Evangelio, las afirmaciones de Jesús empiezan a menudo por «De cierto de cierto os digo» (por ejemplo, *Juan 1:51; 3:3,5,11*). En griego dice *Amén*. Es posible que cuando se llama a Jesucristo el Amén sea una reminiscencia de Su manera de hablar. El sentido sería el mismo: Jesús es Aquel Cuyas promesas son dignas de todo crédito.

(b) En *Isaías 65:16*, se llama a Dios el Dios de la verdad, que en hebreo es *el Dios de Amén*. Amén es la palabra que se pone corrientemente al final de una declaración solemne para garantizar su verdad. Si Dios es el Dios de Amén, es absolutamente digno de toda credibilidad. Esto querría decir que Jesucristo es Aquel Cuyas promesas son fieles y verdaderas y fuera de toda duda.

(ii) Él es el Testigo Que es digno de toda confianza y veraz a toda prueba. Trench señala que un testigo debe cumplir tres condiciones esenciales. (a) Debe haber visto con sus propios ojos lo que atestigua. (b) Debe ser absolutamente honesto, y

reproducir con exactitud lo que ha oído o visto. (c) Debe tener la habilidad de decir lo que tiene que decir para que su testimonio produzca la impresión verdadera en los que lo oyen. Jesucristo cumple plenamente esos requisitos: puede hablarnos de Dios, porque procede de Él; podemos creer lo que nos dice, porque es el Amén, y sabe comunicar Su Mensaje, porque jamás hombre alguno habló como Él.

(iii) Como lo pone la versión Reina-Valera, Él es el Principio de la Creación de Dios. Esta frase es un poco ambigua, porque podría querer decir, o que Jesús fue la primera persona que fue creada, o que empezó el proceso de la creación, como lo pone Trench, «el principio dinámico.» Es el segundo sentido el que se pretende aquí. La palabra para *principio* es *arjé*. En los primeros escritos cristianos leemos que Satanás es el *arjé* de la muerte; es decir: la muerte tiene su origen en él; y que Dios es el *arjé* de todas las cosas; es decir: que todas las cosas tienen en Él su origen.

La conexión de la Creación con el Hijo se establece a menudo en el Nuevo Testamento. Juan empieza su evangelio diciendo de la Palabra: «Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y prescindiendo de Él no fue hecho nada de lo que fue hecho» (*Juan 1:3*). «En Él dice Pablo- fueron creadas todas las cosas» (*Colosenses 1:15,18*). La insistencia con que se afirma el papel esencial del Hijo en la Creación era debida al hecho de que los herejes enseñaban que el pecado y la enfermedad se debían a que el mundo había sido creado por un dios falso e inferior. El Cristianismo insiste en que este mundo es la creación de Dios, y que el pecado y el sufrimiento no existen por culpa de Dios, sino que los causó la desobediencia humana. Como lo vemos los cristianos, el Dios de la Creación y el Dios de la Redención son uno y el mismo.

LAODICEA, NI UNA COSA NI OTRA

Apocalipsis 3:14-22 (continuación)

La condenación de Laodicea empieza con un cuadro de gran crudeza: como los laodicensis no son ni fríos ni calientes tienen esa cualidad nauseabunda que hará que el Cristo Resucitado acabe por vomitarlos de Su boca.

Conviene fijarse en el sentido exacto de las palabras. *Frío* es *psyrós*, que puede llegar hasta la congelación. *Eclesiástico* (43:20) habla del viento *frío* del Norte que hiela la superficie de las aguas. *Caliente* es *zestós*, que llega hasta la ebullición. *Tibio* es *jliarós*. Las cosas tibias producen náuseas a menudo. Los alimentos fríos o calientes pueden ser apetitosos; pero la comida tibia a menudo revuelve el estómago. Justamente enfrente de Laodicea, al otro lado del Lico y a la vista, estaba Hierápolis, famosa por sus fuentes minerales calientes. Muchas veces las fuentes minerales calientes son nauseabundas al gusto y hacen que a la persona que las beba le den ganas de vomitar. Ese era el efecto que Le producía la iglesia de Laodicea al Cristo Resucitado. Aquí hay algo que hace pensar.

(i) La única actitud que condena irremisiblemente el Cristo Resucitado es la indiferencia. Se ha dicho que un autor puede escribir una buena biografía si ama u odia a su personaje, pero no si le es indiferente. De todas las actitudes, la más difícil de combatir es la indiferencia. El problema del evangelismo moderno no es la hostilidad al Cristianismo; mejor sería que lo fuera. El problema está en que el Cristianismo y la Iglesia han dejado de ser relevantes para tantos, y se los mira con una indiferencia total, que solo puede penetrar la demostración de que el Evangelio es un poder capaz de hacer que la vida valga la pena, y una gracia capaz de hacerla hermosa.

(ii) La única actitud que no se puede adoptar frente al Cristianismo es la neutralidad. Jesucristo obra por medio de personas; y la persona que permanezca totalmente inafectada en su actitud frente a Él se ha negado por ello a emprender la labor que Dios tiene para ella. El que no se somete a Cristo no ha hecho más que resistírsele.

(iii) Por muy duro que parezca, el sentido de esta terrible amenaza del Cristo Resucitado es que es mejor no empezar siquiera el camino cristiano que empezar y luego desviarse a un cristianismo convencional y sin sentido. Hay que mantener el fuego ardiendo. Hay un dicho atribuido a Jesús que no está en los evangelios: «El que está cerca de Mí está cerca del fuego.» Y la manera de mantenerse *inflamats per l'Esperit* (*Romanos 12:11*, Nou Test.) es vivir cerca de Cristo.

LAODICEA, LA RIQUEZA QUE ES POBREZA

Apocalipsis 3:14-22 (continuación)

La tragedia de Laodicea era que se creía muy rica y era ciega a su pobreza real. Humanamente hablando, se diría que era la ciudad más próspera de Asia Menor. Espiritualmente hablando, el Cristo Resucitado declara que era la comunidad más menesterosa. Laodicea se enorgullecía de tres cosas, cada una de las cuales consideraremos por turno.

(i) Presumía de su riqueza económica. Era rica, y había amasado riquezas, y no carecía de nada -eso creía. El Cristo Resucitado aconseja a Laodicea que compre oro refinado al fuego. Puede ser que el oro afinado al crisol represente la fe, porque

así es como la define Pedro (1 *Pedro* 1:7). Con dinero se pueden obtener muchas cosas, pero hay muchas que no se pueden conseguir. No se puede comprar la felicidad, ni la salud de cuerpo o de mente; no puede consolar en el dolor ni acompañar en la soledad. Si todo lo que se tiene para arrostrar la vida es dinero, se es pobre de veras. Pero si uno tiene una fe probada y refinada en el crisol de la experiencia, no hay nada con lo que no se pueda enfrentar, y se es rico de veras.

(ii) Laodicea presumía de su riqueza textil. Sus ropas la habían hecho famosa en todo el mundo, y la lana de las ovejas de Laodicea era un artículo de lujo que conocía todo el mundo. Pero, dice el Cristo Resucitado, Laodicea estaba espiritualmente desnuda; si quería estar vestida de veras tenía que acudir a Él. El Cristo Resucitado habla de < la vergüenza de la desnudez de Laodicea. »

Esto querría decir aún más en el mundo antiguo que ahora. Entonces, el dejarle a uno desnudo era la peor humillación. Eso fue, en parte, lo que les hizo Hanún a los siervos de David (2 *Samuel* 10:4). La amenaza a Egipto es que Asiria llevaría a los egipcios desnudos y descalzos (*Isaías* 20:4). La amenaza de Ezequiel a Israel era que sus enemigos le desnudarían (*Ezequiel* 16:37-39; 23:26-29; *cp.*: *Oseas* 2: 3, 9; *Miqueas* 1:8,11). La amenaza de Dios que transmitió Nahúm al pueblo desobediente fue: «Mostraré a las naciones tu desnudez, a los reinos tu vergüenza» (*Nahúm* 3:5). Por otra parte, el estar vestido con ropas delicadas era el mayor honor. Faraón honró a José haciéndole vestir de ropas de lino finísimo (*Génesis* 41:42). A Daniel le hizo vestir de púrpura Belsasar (*Daniel* 5:29). Al hombre cuya gloria desea el rey se le vestirá con una ropa real (*Ester* 6:6-11). Cuando vuelve el hijo pródigo se le viste con el mejor vestido (*Lucas* 15:22).

Laodicea presumía de la ropa magnífica que producía, pero espiritualmente estaba desnuda, y la desnudez es vergüenza. El Cristo Resucitado la exhorta a comprar de Él vestiduras blancas. Estas puede que representen las bellezas de la vida y del carácter que sólo puede producir la gracia de Cristo. No tiene sentido que uno adorne su cuerpo cuando no tiene nada con que adornar su alma. La mejor ropa del mundo no puede hermoear a una persona de naturaleza retorcida y feo carácter.

(iii) Laodicea presumía de su famoso colirio; pero era ciega a su propia pobreza y desnudez. Trench dice: « El principio de toda verdadera enmienda es vernos tal como somos. » Los colirios del mundo antiguo hacían escocer los ojos, y Laodicea no tenía ningunas ganas de verse tal como era.

LAODICEA, EL CASTIGO AMOROSO

Apocalipsis 3:14-22 (continuación)

El versículo 19 contiene una enseñanza que se extiende por toda la Escritura: « Yo reprendo y castigo a todos los que amo. » Es muy preciosa la manera como se dice. Es una cita de *Proverbios* 3:12, pero se cambia una palabra. En la traducción griega de la Septuaginta la palabra para *amar* es *agapán*, que expresa la actitud inalterable de buena voluntad que nada puede convertir en odio; pero es una palabra que puede que tenga más de la cabeza que del corazón; y en la cita del Cristo Resucitado cambia *agapán* por *filein*, que es la del afecto más tierno. Podríamos parafrasearlo de la manera siguiente: « Es a las personas que me son más queridas a las que les aplico la disciplina más severa. »

Empecemos por analizar la palabra *reprender*. En griego es *elénjein*, que describe la clase de reprensión que induce a una persona a reconocer su error. *Élenjos* es el nombre correspondiente, que definía Aristóteles: « Élenjos es la prueba de que una cosa no puede ser más que como decimos. » El ejemplo más claro de esta clase de reprensión es la manera que usó Natán para hacerle ver su pecado a David (2 *Samuel* 12:1-14). La reprensión de Dios es más iluminación que castigo.

Veamos ahora la idea de la disciplina que transcurre por toda la Biblia.

Es muy característica de la enseñanza de *Proverbios*. « Quien escatima la vara odia a su hijo, el que lo ama lo corrige a tiempo » (*Proverbios* 13:24, NBE). « No te resistas a castigar al muchacho, que no se te va a morir porque le des una paliza; y si le aplicas la vara le puedes librar de la muerte » (*Proverbios* 23:13s). « Fieles son las heridas que causa un amigo » (*Proverbios* 27:6). « La vara y la corrección infunden sensatez, pero el muchacho consentido será la vergüenza de su madre. Corrige a tu hijo y te producirá descanso y te alegrará

el alma » (*Proverbios* 29:15,17). « Bienaventurado el que Tú, Señor, corriges, y le instruyes en Tu Ley » (*Salmo* 94:12). « Bienaventurado el hombre al que Dios corrige; por tanto, no menosprecies la reprensión del Todopoderoso » (*Job* 5:17). « Somos castigados por el Señor para que no seamos condenados con el mundo » (1 *Corintios* 11:32): « "Hijo mío, no tengas en poco que el Señor te eduque ni te desanimes cuando te reprende; porque el Señor educa a los que ama y da azotes a los hijos que reconoce por Suyos." Lo que soportáis os educa, Dios os trata como a hijos ; y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, será que sois bastardos y no hijos » (*Hebreos* 12:6,8, NBE). « El que ama a su hijo persevera en aplicarle el vergajo para que después le produzca alegría. El que castiga a su hijo le hará un hombre de provecho, y estará orgulloso de él entre sus conocidos » (*Eclesiástico* 30:1 s).

De hecho, el último castigo de Dios es dejar por imposible a una persona. « Efraín se ha dado a los ídolos, ¡déjale! » (*Oseas* 4:17). Un hombre de Dios oraba: « ¡Señor, castíganos; pero no Te desentiendas de nosotros! » Dice Trench: « El Gran Cons-

tractor rectifica y pule con muchos golpes de cincel y de maza las piedras que acabarán por ocupar un lugar en los muros de la Jerusalén celestial... Es de las uvas aplastadas, y no de las intactas, de las que se destila el mejor licor.» No hay método más seguro de conseguir que un chico acabe en la ruina que dejarle hacer lo que le dé la gana. Es un hecho que el mejor atleta y el mejor investigador son los que han soportado el entrenamiento más riguroso. La disciplina de Dios no es algo que debemos resentir, sino algo por lo que debemos sentirnos sinceramente agradecidos.

LAODICEA,
EL CRISTO QUE LLAMA A LA PUERTA

Apocalipsis 3:14-22 (continuación)

En el versículo 20 tenemos una de las figuras más famosas de Jesucristo en el Nuevo Testamento. < Fíjate: Yo estoy a la puerta, llamando. » Esta figura se deriva de dos fuentes diferentes.

(i) Se ha tomado como una advertencia de que el fin está cerca, y la Segunda Venida de Cristo está próxima. El cristiano debe estar preparado para abrir la puerta en cuanto oiga que su Señor está llamando (*Lucas 12:36*). Cuando las señales se produzcan, el cristiano sabrá que el tiempo del fin está cerca, a la puerta (*Marcos 13:29; Mateo 24:33*). El cristiano debe vivir como Dios manda y en amor, porque el Juez está a las puertas (*Santiago 5: 9*). Es verdad que el Nuevo Testamento usa esta figura para expresar la inminencia de la Segunda Venida de Cristo. Si es eso lo que se representa aquí, esta frase contiene una advertencia, y les dice a las personas que tengan cuidado, porque Jesucristo, el Juez y Rey, está a la puerta.

(ii) No podemos decir que ese sentido sea imposible; pero no parece encajar en el contexto, porque la atmósfera del pasaje no es tanto de advertencia como de amor. Es mucho mejor tomar este dicho de Jesús como una apelación del Amado a las almas. El origen del pasaje es mucho más probable que sea *Cantares 5:2-6*, donde se representa al Amado a la puerta de su amada rogándole que le abra. < ¡Atención! ¡Mi amado está llamando! "Ábreme, hermana mía, mi amor, paloma mía, encanto mío, que tengo la cabeza cubierta de rocío, y los cabellos del relente de la noche." » Bien supo Lope de Vega, en su soneto emblemático, identificar al Amado -o, más bien, el Amante- del *Cantar de los Cantares* con el Cristo del *Apocalipsis* llamando a la puerta de los corazones esquivos de las personas.

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? ¿Qué interés se Te sigue, Jesús mío, que a mi puerta, cubierto de rocío, pasas las noches del invierno oscuras?
¡Ah, cuánto fueron mis entrañas duras pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío, si de mi ingratitud el hielo frío secó las llagas de Tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía: «Alma, asómate agora a la ventana, verás con cuánto amor llamar porfía!»
¡Y cuántas, hermosura soberana, «Mañana Le abriremos,» respondía, para lo mismo responder mañana!

Hay aquí algunas cosas esenciales a la religión cristiana. (a) Vemos a Jesús rogando. Está a la puerta del corazón humano y llama. El hecho exclusivamente nuevo que trajo el Cristianismo a este mundo es que Dios está buscando a los hombres. Ninguna otra religión presenta así a Dios.

Donald Baillie cita a tres testigos en su libro *Out of Nazareth* que atestigüen el carácter exclusivo de esta concepción.

Montefiore, el gran investigador judío, decía que la única cosa que ningún profeta o rabino judío concibió jamás es «la concepción de Dios saliendo de hecho a buscar a los hombres pecadores, que no sólo no Le estaban buscando, sino que Le habían vuelto la espalda.» El Consejo Nacional Cristiano de Japón encontró en un documento que la diferencia cualitativa del Cristianismo respecto a las otras religiones es: «Que no es el hombre el que busca a Dios, sino Dios Quien toma la iniciativa en buscar al hombre.» Allá por el siglo XII, Bernardo de Claraval solía decirles a sus monjes que < por mucho que madrugaran y se levantaran para la oración en la capilla en una fría mañana de invierno, y aun en medio de la noche, siempre encontrarían a Dios esperándoles -sí, era Él Quien los habría despertado para que buscaran Su rostro.»

Aquí tenemos la representación de Cristo buscando a los pecadores que no Le buscaban a Él. No cabe duda que el amor no puede llegar más lejos.

(b) Vemos el ofrecimiento de Cristo: «Entraré a cenar con él, y él conmigo.» La palabra que traducimos por *cenar* es *deipnein*, con su nombre correspondiente *deipnon*. Los griegos tenían tres comidas al día. Estaba el *akrátisma*, desayuno, que no era más que un trozo de pan seco mojado en vino. Estaba el *áriston*, la comida del mediodía. Los trabajadores no la tomaban en casa, sino al borde del camino o en algún pórtico o en la plaza del pueblo. Y estaba el *deipnon*, que era la comida de la tarde, la principal del día, que se alargaba agradablemente porque ya no se volvía al trabajo. Era el *deipnon lo* que Cristo compartiría con la persona que Le abriera su puerta, no una comida apresurada, sino la que se prolonga en grata compañía. Si uno Le abre la puerta, Jesucristo entrará y Se quedará sin prisa con él.

(iii) Vemos la responsabilidad humana. Cristo llama, y la persona puede responder o negarse a responder. Cristo no fuerza Su entrada; debe ser invitado. Aun en el camino de Emaús, «hizo como que iba más lejos» (*Lucas 24:28*). Holman Hunt tenía razón cuando, en su famoso cuadro *La Luz del Mundo*, pintó la puerta del corazón humano sin picaporte en el exterior, porque sólo se puede abrir desde dentro. Como dijo Trench: «Cada cual es señor de la casa de su corazón; es su fortaleza; debe ser él el que abra la puerta,» y tiene «la solemne prerrogativa y privilegio de negarse a abrir.» El que rehúsa abrir está «ciegamente en guerra con su propia bendición.» Resulta «el conquistador de su desgracia.»

Cristo ruega y ofrece; pero no reporta nada más que perjuicios el negarse a abrir la puerta.

ESTO QUIERE DECIR TÚ

Apocalipsis 3:14-22 (conclusión)

La promesa del Cristo Resucitado es que el que obtenga la victoria se sentará con Él en Su propio trono de victoria. Captaremos la imagen correctamente si tenemos presente que un trono oriental era más como un sofá que como un asiento individual. El que venza en la vida compartirá el trono del Cristo Vencedor.

Todas las cartas concluyen con las palabras: «El que tenga oídos, que preste atención a lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias.» Este decir hace dos cosas.

(i) Individualiza el mensaje de las cartas. Le dice a cada persona: «Esto se refiere a ti.» Muchas veces oímos a un predicador un mensaje, y se lo aplicamos a todos menos a nosotros mismos. En lo más íntimo de nuestro corazón creemos que las palabras graves no pueden ir dirigidas a nosotros, y que las promesas son demasiado buenas para ser para nosotros. Esta frase dice a cada uno: «Todo esto se *te* aplica a *ti*.»

(ii) Generaliza el mensaje de las cartas. Quiere decir que su mensaje no está limitado a los de cada una de las iglesias de Asia Menor de hace diecinueve siglos, sino que a través de ellas el Espíritu está hablando a cada persona de cualquier generación. Ya hemos colocado cuidadosamente estas cartas en el trasfondo particular al que iban dirigidas; pero su mensaje no es exclusivamente local y temporal, sino eterno, y en él el Espíritu sigue hablándonos a cada uno de nosotros.

EL CIELO Y LA PUERTA SE ABREN

Apocalipsis 4:1

*Después vi, fijaos, una puerta en el Cielo que estaba abierta, y se me dirigió la voz que había oído antes, hablándome como el toque de una trompeta; y el que hablaba me dijo:
- ¡Sube aquí, y te mostraré los acontecimientos que han de seguir a las cosas presentes!*

En los capítulos 2 y 3 hemos visto al Cristo Resucitado andando entre Sus Iglesias en la Tierra. Ahora cambia la escena a la corte del Cielo.

Al Vidente se le abría una puerta en el Cielo. Aquí hay dos posibilidades. (a) Puede que se le considere como ya en el Cielo, y se le abre la puerta a partes aún más santas. (b) Es mucho más probable que la puerta estaba entre la Tierra y el Cielo. El pensamiento judío primitivo concebía los cielos como una bóveda inmensa sólida, como un techo que cubría una tierra plana; y la idea aquí es que más allá de la bóveda de los cielos está el Cielo, y se abre una puerta en la bóveda para dar entrada al Cielo al Vidente.

En los primeros capítulos del *Apocalipsis* encontramos tres de las puertas más importantes de la vida.

(i) Está *la puerta de la oportunidad*. < Fíjate -le dijo el Cristo Resucitado a la Iglesia de Filadelfia-: Yo te presento una puerta que permanece abierta» (*Apocalipsis 3:8*). Esa era la puerta de la gloriosa oportunidad por la que podía llevarse el mensaje del Evangelio a las regiones más allá a las que no había llegado todavía. Dios pone delante de cada persona su propia puerta de la oportunidad.

(ii) Está *la puerta del corazón humano*. < Fíjate -dice el Cristo Resucitado-: Yo estoy a la puerta, llamando» (*Apocalipsis 3:20*). A la puerta de cada corazón llega la llamada de la mano traspasada, y cada uno puede abrir o negarse a abrir.

(iii) Está *la puerta de la revelación*. < Vi -dice el Vidente una puerta en el Cielo que estaba abierta. » Dios ofrece a cada persona la puerta que da acceso al conocimiento de Dios y a la vida eterna.

Más de una vez se dice en el Nuevo Testamento que *se abrieron los cielos*; y es de lo más significativo ver el propósito de esa apertura.

(i) Está la apertura de los cielos para *la visión*. < Los cielos se abrieron y vi visiones de Dios > (*Ezequiel 1:1*). Dios les envía a los que Le buscan la visión de Sí mismo y de Su verdad.

(ii) Está la apertura para *el descendimiento del Espíritu*. Cuando Jesús fue bautizado por Juan, vio los cielos abiertos, y al Espíritu descender sobre Él (*Marcos 1:10*). Cuando la mente y el alma de una persona se abren a lo de arriba, el Espíritu de Dios desciende a su encuentro.

(iii) Está la apertura para *la revelación de la gloria de Cristo*. Jesús le prometió a Natanael que vería los cielos abiertos y a los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del Hombre (*Juan 1:51*). Algún día los cielos se abrirán para desvelar la gloria de Cristo; e inevitablemente ese día traerá un gozo inefable a los que Le hayan amado, y un temor indescriptible a los que Le hayan despreciado.

EL TRONO DE DIOS

Apocalipsis 4:2s

De pronto me sentí bajo la influencia del Espíritu; y, fijaos: Había un trono en el Cielo en el que estaba sentado Uno. Y el Que estaba sentado en el trono era algo que parecía como piedra de jaspe y de cornalina; y había un arco iris todo alrededor del trono que tenía el aspecto de la esmeralda.

Cuando el Vidente entró por la puerta al Cielo le sobrevino un éxtasis.

En el Cielo vio un trono, y a Dios sentado en él. El trono de Dios se menciona corrientemente en el Antiguo Testamento. Un profeta dijo: < Yo vi al Señor sentado en Su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a Él > (*1 Reyes 22:19*). El salmista cantó: < Dios Se sienta en Su santo trono > (*Salmo 47:8*). Isaías vio al Señor < sentado en un trono alto y sublime > (*Isaías 6:1*). En el *Apocalipsis* se menciona el trono de Dios en todos los capítulos menos el 2, el 8 y el 9. El trono de Dios representa Su majestad. Cuando le preguntaron a Hándel cómo había podido escribir el *Mesías*, respondió: < Vi abrirse los cielos, y a Dios en Su gran trono blanco. >

Juan vio a Uno sentado en el trono. Aquí hay algo muy interesante. Juan ni siquiera intenta describir a Dios como una figura humana. Como dice Swete: < Evita rigurosamente los detalles antropomórficos. > Describe a Dios «en un relámpago de colores como de piedras preciosas,» pero no menciona ninguna clase de forma. Es la manera bíblica de ver a Dios en términos de luz. Las Epístolas Pastorales describen a Dios como «el Que mora en una luz inaccesible» (*1 Timoteo 6:16*). Y mucho antes el salmista había dicho que Dios Se cubre de luz como de un vestido (*Salmo 104:2*).

Juan ve su visión en términos de los destellos luminosos que relumbran las piedras preciosas. No sabemos exactamente cuáles eran esas piedras. Los tres nombres que se les dan aquí son jaspe, sardónice y esmeralda. Una cosa es segura: estas eran las piedras más preciosas. Platón menciona las tres juntas como representativas de las piedras preciosas (Platón, *Fedón 111 E*). Formaban parte del rico atuendo del rey de Tiro (*Ezequiel 28:13*); estaban entre las piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote (*Éxodo 28:17ss*), y entre las que formaban el cimiento de la Santa Ciudad (*Apocalipsis 21:19s*).

El *jaspe* es ahora una piedra opaca sosa, pero en el mundo antiguo parece que se daba este nombre al cristal de roca

translúcido por el que la luz pasaba con un fulgor que casi deslumbraba. Algunos creen que aquí quiere decir diamante, suposición bien posible. La *sardónice*, así llamada porque se decía que se encontraba principalmente cerca de Sardes, era roja de sangre, y se usaba frecuentemente para grabar en ella, y puede que corresponda a la moderna cornalina; según el D.R.A.E. es el < ágata de color amarillento con zonas más o menos oscuras. > La esmeralda es muy posible que correspondiera a la esmeralda verde de nuestro tiempo.

La visión que tuvo Juan de la presencia de Dios era como el destello cegador de un diamante al sol, con el brillo deslumbrante del rojo-sangre de la sardónice; y brillaba a través de ambos el verde más descansado de la esmeralda, porque sólo así podía el ojo humano soportar la visión.

Bien puede ser que el jaspe represente la insoportable luminosidad de *la pureza* de Dios; las vetas como de sangre de *la sardónice*, *Su* justa ira, y el más benigno verde de *la esmeralda* *Su* misericordia, gracias a la cual podemos mirar Su pureza y Su justicia.

LOS VEINTICUATRO ANCIANOS

Apocalipsis 4:4

Formando un círculo alrededor del trono vi veinticuatro tronos, en los que estaban sentados veinticuatro ancianos, vestidos de túnicas blancas y con coronas de oro en sus cabezas.

Estamos llegando ahora a uno de los pasajes difíciles que son característicos del *Apocalipsis*. En él nos encontramos con veinticuatro ancianos, y luego con cuatro seres vivientes; y se nos desafía a identificarlos.

Los veinticuatro ancianos aparecen repetidas veces en el *Apocalipsis*. Vamos a reunir los hechos acerca de ellos que se nos descubren. Estaban sentados alrededor del trono, vestidos de túnicas blancas y con coronas de oro (4:4; 14:3); echaron sus coronas delante del trono (4:10); adoraban y alababan a Dios constantemente (5:11,14; 7:11; 11:16; 14:3; 19:4); Le presentaban a Dios las oraciones de los santos (5:8); uno de ellos animó al Vidente cuando estaba triste (5:5); y otro actuó de intérprete de una de las visiones (7:13). Podemos encontrar cinco líneas de interpretación.

(i) En el Antiguo Testamento se hacen referencias a una especie de consejo que rodea a Dios. El profeta vio a Dios sentado en el trono con todo el ejército del Cielo junto a Él, a Su derecha y a Su izquierda (1 Reyes 22:19). En *Job*, los hijos de Dios venían a presentarsele (*Job* 1:6; 2:1). Isaías habla de Dios reinando en gloria ante Sus ancianos (Isaías 24:23). En la historia del Edén en Génesis se acusa a Adán de haber comido del fruto del árbol prohibido, llegando así a ser como uno de nosotros (Génesis 3:22). Puede que esto de los ancianos tenga que ver con la idea del consejo que rodea a Dios.

(ii) Cuando los judíos estaban en Babilonia no pudieron evitar estar en contacto con ideas de allí. Y bien puede ser que algunas veces incorporaran ideas babilónicas en su propio pensamiento; especialmente cuando eran semejantes a las suyas. Los de Babilonia tenían veinticuatro dioses estrella, porque el culto de las estrellas era una parte esencial de su religión; y se ha sugerido que esos llegaron a ser los veinticuatro ángeles que rodeaban el trono de Dios, a los que los ancianos representan aquí.

(iii) Pasemos a explicaciones que consideramos mucho más probables. Había tantos sacerdotes en Israel que era imposible que todos oficiaran en el templo al n-fismo tiempo, así es que estaban divididos en veinticuatro turnos diferentes. Cada uno tenía su presidente, que se llamaba el anciano de los sacerdotes. Algunas veces se llamaba a estos ancianos príncipes o gobernadores de la casa de Dios (1 Crónicas 24:7-18). Se sugiere que los veinticuatro ancianos representan simbólicamente los veinticuatro turnos de sacerdotes. Presentan a Dios

las oraciones de los fieles (Apocalipsis 5:8), lo que era una misión sacerdotal. Los levitas estaban divididos igualmente en veinticuatro turnos para los trabajos del templo, y alababan a Dios con arpas y salterios y címbalos (1 Crónicas 25:6-31), y los ancianos de Apocalipsis también tenían arpas (Apocalipsis 5:8). Así es que los veinticuatro ancianos puede que representen el ideal celestial del culto terrenal de los sacerdotes y levitas en el Templo.

(iv) Se ha sugerido que los veinticuatro ancianos representan a los doce patriarcas y los doce apóstoles combinados. En la Nueva Jerusalén los nombres de los Doce Patriarcas estaban en las doce puertas, y los de los Doce Apóstoles en las piedras fundacionales del muro.

(v) Creemos que la explicación más probable es que los veinticuatro ancianos representan simbólicamente al fiel pueblo de Dios. Sus vestiduras blancas son las que se les prometen a los fieles (Apocalipsis 3:4), y sus coronas (stéfanoi) son las que se les prometieron a los que fueran fieles hasta la muerte (Apocalipsis 2:10). Los tronos son los que les prometió Jesús a los que lo abandonaran todo para seguirle (Mateo 19:27-29). La descripción de los veinticuatro ancianos corresponde a las promesas hechas a los fieles.

La pregunta que quedaría sería: <¿Por qué veinticuatro?> La respuesta sería que porque la Iglesia está formada por judíos y gentiles. Había en su origen doce tribus, pero ahora es como si se hubieran doblado. Swete dice que los veinticuatro ancianos representan a la Iglesia en su totalidad. Recordemos que esta es una visión, no de lo que ya es, sino de lo que ha de ser; y los veinticuatro ancianos representan la totalidad de la Iglesia que un día en la gloria adorará en la presencia del mismo Dios.

ALREDEDOR DEL TRONO

Apocalipsis 4:5-6a

Del trono salían destellos de relámpagos, y rugidos de truenos, y voces. Había siete antorchas de fuego ardiendo delante del trono, que son los siete Espíritus de Dios. Y delante del trono había lo que yo llamaría un mar de vidrio como cristal.

Juan añade más detalles a su descripción misteriosa e impresionante del Cielo. Las voces son el rugido de truenos; los truenos y relámpagos se conectan a menudo con la manifestación de Dios. En la visión de Ezequiel los relámpagos salían del fuego resplandeciente que había alrededor del trono (*Ezequiel 1:13*). El salmista nos dice que la voz del trueno estaba en el torbellino, y los relámpagos iluminaban el mundo (*Salmo 78:18*). Dios envía Sus relámpagos hasta lo último de la tierra (*Job 37:4*). Pero lo que figura en primer término en la mente de Juan es la descripción del Monte Sinaí cuando el

pueblo esperaba la promulgación de la Ley: «Hubo truenos y relámpagos, una espesa nube cubrió el monte y se oyó un toque imponente de trompeta» (*Éxodo 19:16*). Juan está usando las imágenes que se relacionan regularmente con la presencia de Dios.

Te acercas Sí, conozco - las orlas de Tu manto en esa ardiente nube - con que ceñido estás; el resplandor conozco - de Tu semblante santo cuando, al cruzar el éter, - relampagueando vas.

Conozco de Tus pasos - las invisibles huellas del repentino trueno - en el crujiente son; las chispas de Tu carro - conozco en las centellas, Tu aliento en el rugido - del rápido aquilón.

(José Zorrilla).

Los siete candelabros son los siete Espíritus de Dios. Ya hemos encontrado los siete Espíritus delante del trono (*Apocalipsis 1: 4; 3:1*). Hay investigadores que ven influencia babilónica aquí también. Para los babilonios los siete planetas eran también seres divinos que estaban en la presencia de Dios; sería natural comparar los planetas con antorchas, y se ha sugerido que esta imagen procede de la mitología babilónica.

El «mar de vidrio» ha ejercido una extraña fascinación en las mentes de muchas personas, incluyendo a los himnólogos. En el original no se dice que hubiera un mar de vidrio, sino «como si fuera un mar de vidrio.» Era algo que trascendía toda descripción, pero que se podía comparar solamente con un gran mar de vidrio. ¿Cuál era el origen de esa figura?

(i) Puede que procediera del estrato más primitivo del Antiguo Testamento. Ya hemos visto que se concebía el firmamento como una gran bóveda sólida debajo de la cual estaba la tierra, y por encima de ella el Cielo. La historia de la Creación nos habla de las aguas que estaban bajo el firmamento, y de las aguas *por encima* del firmamento (*Génesis 1:7*). El salmista invita a las aguas que hay por encima de los cielos a alabar al Señor (*Salmo 148:4*). Se creía que por encima del firmamento, tal vez como una especie de suelo del Cielo, había un gran mar. Además, era sobre ese mar donde Dios había puesto Su trono. El salmista dice que Dios ha puesto Sus altos aposentos sobre las aguas (*Salmo 104:3*, v. R-V'95, nota).

(ii) Puede ser que el tiempo que pasó Juan en Patmos se le sugirió esta imagen. Swete sugiere que Juan vio una extensa superficie que reflejaba la luz «como el mar Egeo cuando, en los días de verano, lo miraba desde las alturas de Patmos.» Juan había visto a menudo el mar como un mar de vidrio fundido, y puede que aquello le sugiriera esta imagen.

(iii) Puede haber otra posibilidad. Según el Corán (Sura 27), Salomón tenía en su palacio un suelo de vidrio, y cuando la Reina de Seba fue a visitarle, se remangó las faldas creyendo que tenía que andar por el agua. Puede que Juan esté pensando en el trono de Dios colocado en un palacio con un suelo así.

(iv) Hay otra remota posibilidad. Juan dice que el mar de vidrio era como *crystal de roca* (*krystallos*); pero *krystallos* podría querer decir *hielo*; y en ese caso sugeriría la idea de una extensión que relucía como una pista de hielo. Es una figura excelente; pero difícilmente se puede aceptar, porque ni Juan ni sus lectores originales habrían visto en la vida nada semejante, y no les habría dicho nada.

Hay tres cosas que simboliza este mar como de vidrio reluciente.

(i) Simboliza *algo precioso*. En el mundo antiguo, el vidrio era soso y semiopaco, y un vidrio tan claro como el cristal era tan precioso como el oro. En *Job 28:17* se mencionan juntos el oro y el vidrio como cosas preciosas.

(ii) Simboliza *una pureza deslumbrante*. La luz cegadora que reflejaba el mar de vidrio sería demasiada para *los ojos* humanos, como la pureza de Dios.

(iii) Simboliza *una distancia inmensa*. El trono de Dios estaba a una distancia incalculable, como al otro extremo de un mar inmenso. Swete escribe de < la distancia insalvable que, hasta para uno que estuviera a la puerta del Cielo, había entre uno y el trono de Dios.>

Una de las grandes características del estilo del Vidente es su reverencia que, aun en los lugares celestiales, nunca osa ser excesivamente familiar con Dios, sino se expresa en términos de luz y distancia.

LOS CUATRO SERES VIVIENTES (1)

Apocalipsis 4:6b-8

Y entre el trono y los ancianos, en un círculo alrededor del trono, había cuatro seres vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. El primer ser viviente era como un león; el segundo, como un buey; el tercero tenía lo que parecía ser un rostro humano, y el cuarto era

como un águila volando. Cada uno de los seres vivientes tenía seis alas; y todo alrededor y por dentro estaban llenos de ojos. Noche y día no dejaban de decir:

- ¡Santo; Santo, Santo es el Señor, el Todopoderoso, el Que era, y el Que es, y el Que ha de venir!

Aquí llegamos a otro de los problemas simbólicos del *Apocalipsis*. Los cuatro seres vivientes aparecen con frecuencia en la escala celestial; así es que empezamos por reunir lo que *Apocalipsis dice acerca de ellos*. Se encuentran siempre cerca del trono de Dios y del Cordero (4:6; 5:6; 14:4). Tienen seis alas y están llenos de ojos (4:6,8). Se dedican a pleno tiempo a alabar y adorar a Dios (4:8; 5:9,14; 7:11; 19:4). Tienen ciertas tareas. Invitan a aparecer en escena a las terribles manifestaciones de la ira de Dios (6:1,7). Uno de ellos entrega a los siete ángeles las siete copas de oro llenas de la ira de Dios (15:7).

Aunque hay ciertas diferencias innegables, no cabe la menor duda de que encontramos a los antepasados de estos cuatro seres vivientes en las visiones de Ezequiel. En la visión de Ezequiel cada uno de los cuatro seres vivientes tenía cuatro caras -las de hombre, león, buey y águila; y sostenían el firmamento (*Ezequiel 1:6,10,22,26*); las llantas de las ruedas estaban llenas de ojos (*Ezequiel 1:18*). En *Ezequiel* tenemos todos los detalles de las figuras del *Apocalipsis*, aunque se distribuyen y asignan de manera diferente. A pesar de las diferencias es obvio el parecido de familia.

En *Ezequiel* los cuatro seres vivientes se identifican claramente como *querubines*. Esta identificación se hace en *Ezequiel 10:20,22*. Los querubines formaban parte de la decoración del templo de Salomón en el lugar de la oración y en las paredes (1 Reyes 6:23-30; 2 Crónicas 3:7). Estaban representados en el velo colgante que aislaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo (*Éxodo 26:31*). Había dos querubines en la tapa del arca, llamada el propiciatorio; y estaban colocados el uno frente al otro, extendiendo las alas a manera de dosel

sobre el propiciatorio (*Éxodo 25:18-21*). Una de las más frecuentes representaciones de Dios es sentado entre los querubines, y así es como se Le menciona en las oraciones (2 Reyes 19:25; Salmo 80:1; 99:1; Isaías 37:16). A Dios se Le representa volando sobre los querubines y sobre las alas del viento (Salmo 18:10). Eran los querubines los que guardaban el acceso al Huerto del Edén cuando Adán y Eva fueron expulsados de él (*Génesis 3:24*). En libros posteriores escritos entre los dos Testamentos, tales como *Henoc*, los querubines están en guardia junto al trono de Dios (*Henoc 71:7*).

De todo esto surge claramente una cosa: los querubines son seres angélicos que están cerca de Dios y son los guardianes de Su trono.

LOS CUATRO SERES VIVIENTES (2)

Apocalipsis 4:6b-8 (continuación)

¿Qué simbolizan estos cuatro seres vivientes?

(i) Es obvio que forman parte de la escenografía del Cielo; y que no son figuras que el autor del *Apocalipsis* creara, sino que las heredó de descripciones previas. Puede que tuvieran su origen en fuentes babilónicas, o que representaran a los cuatro signos del zodiaco o a los cuatro vientos que vienen de las cuatro esquinas de los cielos. Pero el Juan que escribió el *Apocalipsis* no era consciente de eso, y los usaba sencillamente como parte de la escenografía del Cielo al que había sido introducido.

(ii) ¿Cómo veía el mismo Juan el simbolismo de estos seres vivientes? Creemos que Swete ofrece la explicación correcta. Los cuatro seres vivientes representan todo lo más noble, fuerte, sabio y veloz de la Naturaleza. Cada uno tiene la preeminencia en su propia esfera particular: el león es supremo entre las fieras; el buey, entre el ganado; el águila, entre las aves, y el hombre entre todas las criaturas. Los animales

representan toda la grandeza y la fuerza y la belleza de la Naturaleza, a la que vemos aquí sirviendo y alabando a Dios. En los versículos que siguen vemos a los veinticuatro ancianos alabando a Dios; y cuando unimos los dos cuadros obtenemos el de la Naturaleza y la Humanidad aplicadas en una adoración constante a Dios. «La incesante actividad de la Naturaleza bajo la mano de Dios es un incesante tributo de alabanza.»

La idea de la Naturaleza alabando a Dios aparece más de una vez en el Antiguo Testamento. «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de Sus manos» (Salmo 19:1s). « ¡Benedicid al Señor, vosotras todas Sus obras, en todos los lugares de Su señorío! » (Salmo 103:22). El Salmo 148 es una cita imponente a toda la Naturaleza a que se una a la alabanza de Dios.

Hay aquí una tremenda verdad. La idea básica tras todo esto es que todo lo que está cumpliendo la misión para la que fue creado está alabando a Dios. Una de las concepciones básicas del estoicismo era que en todos los seres hay una chispa divina, scintilla. «Dios -decía Séneca- está cerca de ti, contigo, en ti; un espíritu santo se asienta en nuestro interior.» Como señala Gilbert Murray, los escépticos se reían de esto, y se burlaban de toda esta idea. « ¿Qué? decía el escéptico- ¿Está Dios en los gusanos? ¿Y en los escarabajos peloteros? » « ¿Y por qué no? » contestaban los estoicos.

¿Es que un gusano no puede servir a Dios? Acordaos del del *Libro de Jonás*, 4: 7 ¿Es que sólo puede ser un buen soldado el general? ¿No puede el soldado raso pelear lo mejor posible? ¡Dichoso tú si estás sirviendo a Dios y cumpliendo Su propósito tan fielmente como un gusano! Lo que quiera que cumpla la función para la que fue creado está así adorando a Dios.

Este es un pensamiento que despliega el panorama más magnífico. La actividad más humilde e ignorada del mundo puede ser un acto de verdadero culto a Dios. El trabajo y el culto se convierten literalmente en una sola cosa. El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre; y el hombre cumple su cometido cuando hace lo que Dios le envió a hacer en el mundo. Un trabajo bien hecho se eleva al Cielo como un himno de alabanza a Dios.

Esto quiere decir que el médico en su consulta, el hombre de ciencia en su laboratorio, el profesor en su aula, el músico en su concierto, el pintor en su estudio, el dependiente tras su mostrador, el mecanógrafo a su máquina, el ama de casa en sus quehaceres -todos los que están haciendo el trabajo del mundo como Dios manda participan en un acto de culto cósmico.

EL SIMBOLISMO DE LOS SERES VIVIENTES

Apocalipsis 4:6b-8 (continuación)

No pasó mucho tiempo antes de que la Iglesia primitiva encontrara ciertos simbolismos en los cuatro seres vivientes, en particular el de los cuatro evangelistas -una representación que se suele encontrar en las vidrieras de colores de las iglesias.

La primera y la más completa identificación la hizo Ireneo hacia el año 170 d.C. Mantenía que los cuatro seres vivientes representaban cuatro aspectos de la obra de Jesucristo, que a su vez están representados en los cuatro evangelios.

El león representa la Obra poderosa y efectiva del Hijo de Dios, Su señorío y poder soberano. *El buey* representa la proyección sacerdotal de Su Obra, porque es el animal del sacrificio. *El hombre* representa Su Encarnación. *El águila* representa el don del Espíritu Santo, con Sus alas desplegadas sobre la Iglesia. *Juan* representa «la generación original, efectiva y gloriosa del Hijo desde el Padre,» y nos dice que todas las cosas fueron hechas por Él; y por tanto está simbolizado en *el león*. *Lucas* empieza con la escena del sacerdote Zacarías, y nos cuenta la historia del ternero cebado que mataron para celebrar haber encontrado al hijo menor; y por tanto está representado en *el buey*. *Mateo* empieza dándonos la ascendencia humana de Jesús y «el carácter de un hombre manso y humilde se mantiene a lo largo de todo este evangelio;» y está

simbolizado por *el hombre*. *Marcos* empieza con una referencia 'al Espíritu de la profecía descendiendo de lo Alto sobre los hombres, lo que «apunta al carácter alado de este evangelio;» y por tanto está simbolizado en *el águila*.

Ireneo sigue diciendo que los cuatro seres vivientes representan los cuatro pactos principales que hizo Dios con la raza humana. El primero lo hizo con Adán, antes del diluvio. El segundo, con Noé, después del diluvio. El tercero, al dar la Ley a Moisés. El cuarto es el que renueva al hombre en Cristo «resucitando y llevando a los hombres en Sus alas al Reino celestial.»

Pero, como ya hemos dicho, había una variedad de identificaciones diferentes.

El esquema de Atanasio era:

Mateo = el hombre

Lucas = el león

El esquema de Victorino era:

Mateo = el hombre

Lucas = el buey

El esquema de Agustín era:

Mateo = el león

Lucas = el buey

Marcos = el buey

Juan = el águila

Marcos = el león

Juan = el águila

Marcos = el hombre

Juan = el águila

Se puede decir que, en conjunto, la identificación de Agustín llegó a aceptarse generalmente, porque responde mejor a los hechos. *Mateo* está mejor representado por *el león*, porque presenta a Jesús como el León de la tribu de Judá, Aquel en Quien se cumplieron las expectativas de los profetas. *Marcos* está mejor representado por *el hombre*, porque es el que más se parece a un reportaje de la vida humana de Jesús. *Lucas* está mejor representado por *el buey*, porque nos presenta a Jesús como el sacrificio por todas las clases y condiciones de hombres y mujeres en todas partes. *Juan* está mejor representado por *el águila*, porque es el ave que vuela más alto, y se dice que es la única criatura viviente que puede mirar al Sol sin deslumbrarse; y Juan es el evangelio que se remonta más a las alturas.

EL HIMNO DE ALABANZA

Apocalipsis 4:6b-8 (conclusión)

Noche y día, los seres vivientes no dejaban nunca de entonar su doxología de alabanza:

¡Santo, Santo, Santo es el Señor, el Todopoderoso, Que era, y Que es, y Que ha de venir!

Aquí se nos presenta la incesante alabanza de la Naturaleza. < El hombre descansa el domingo, y cuando duerme, y cuando llega a su final con la muerte; pero el ciclo de la Naturaleza es ininterrumpido e incesante en su alabanza. » No hay nunca ningún tiempo en que el mundo que Dios ha hecho no Le esté alabando.

La doxología recoge tres atributos de Dios.

(i) Le alaba por Su *santidad* (cp. *Isaías 6: 3*). Ya hemos visto repetidas veces que la idea básica de la santidad es *la diferencia*. Eso es supremamente cierto de Dios. Él es diferente de los seres humanos. Precisamente por eso somos movidos a adorarle. Si no fuera más que una persona humana glorificada, no Le podríamos alabar. Como expresaba un poeta: «¿Cómo podría alabar, si tal cual soy pudiera comprender?» El mismo misterio de Dios nos mueve a la reverente admiración en Su presencia y a un alucinado amor, el que esa grandeza se rebajara hasta ese punto por nosotros y para salvarnos.

Le alaba por Su *omnipotencia*. Dios es omnipotente. Las personas a las que iba dirigido el *Apocalipsis* vivían bajo la amenaza de Imperio Romano, un poder que ninguna persona

ni nación podía desafiar impunemente. Figuraos lo que significaría para los cristianos estar seguros de que con ellos estaba el Todopoderoso. El mismo hecho de darle ese título a Dios afirma la certeza de la seguridad del cristiano; no una seguridad que quisiera decir liberación de los problemas, sino que hacía que uno se sintiera seguro así en la vida como en la muerte.

(iii) Le alaba por Su *eternidad*. Los imperios surgen y desaparecen; aun los cielos y la tierra perecerán; pero Dios es siempre el Mismo, y Sus años no se acabarán. Por lo cual Sus siervos habitarán seguros (*Salmo 102:25-28*).

DIOS, EL SEÑOR Y EL CREADOR

Apocalipsis 4:9-11

Cada vez que los seres vivientes den gloria y honor y acción de gracias al Que está sentado en el trono y vive para siempre jamás, los veinticuatro ancianos se postrarán delante del Que está sentado en el trono y adorarán al Que vive por siempre jamás arrojando sus coronas delante del trono y diciendo:

- ¡Señor y Dios nuestro, Tú mereces recibir la gloria y el honor y el poder, porque Tú has creado todas las cosas, y por Tu voluntad existen y han sido creadas!

Aquí está la otra sección del coro de acción de gracias. Ya hemos visto que los seres vivientes representan a la Naturaleza en toda su grandeza, y los veinticuatro ancianos a la gran Iglesia unida en Jesucristo. Así es que cuando los seres vivientes y los ancianos se unen en alabanza se simboliza la Naturaleza y la Iglesia unidas alabando a Dios. Hay comentaristas que han hallado dificultades aquí. En el versículo 8, la alabanza de los seres vivientes es ininterrumpida día y noche, y en este pasaje se nos presentan brotes de alabanza en los que

los ancianos responden siempre postrándose y adorando. Pero el decir que hay una inconsecuencia es dar muestras de una crítica sin imaginación; no esperamos lógica en la poesía y sinfonía de la adoración.

Juan usa aquí una figura que conocía muy bien el mundo antiguo: Los ancianos rendían sus coronas ante el trono de Dios. En el mundo antiguo aquel gesto era la expresión de una sumisión total. Cuando un rey se rendía a otro, echaba su corona a los pies del vencedor. Algunas veces los romanos llevaban consigo una imagen de su emperador; y, cuando sometían a un monarca, hacían una ceremonia en la que el vencido tenía que rendir su corona ante la imagen del emperador. Esta escena presenta a Dios como el Conquistador de las almas, y a la Iglesia como el Cuerpo de creyentes que se Le han rendido. No puede haber fe sin sumisión.

La doxología de los ancianos alaba a Dios por dos cosas.

(i) Él es su Señor y Dios. Aquí hay algo que sería más comprensible para los del tiempo de Juan que para nosotros. La frase original para *Señor y Dios* es *Kyrios kai Theós*, que era el título oficial del emperador romano Domiciano. Era, sin duda, porque los cristianos no reconocían aquella pretensión del emperador por lo que los perseguían y mataban. Llamar sencillamente a Dios *Señor y Dios* era una confesión triunfante de fe, una proclamación de que Él ocupa el lugar supremo en todo el universo, en lo que se hacía mayor hincapié al ponerle el artículo determinado *ho* y el pronombre posesivo *hémón* a estos títulos: Él es *el Señor y el Dios nuestro*.

(ii) Dios es el Creador. Es por Su voluntad y propósito por lo que existían todas las cosas aun antes de la Creación y fueron por último traídas al ser real. El ser humano ha adquirido muchos poderes, pero no posee el de crear. Puede alterar y reformar, hacer cosas con materiales ya existentes; pero únicamente Dios puede crear de la nada. Esta gran verdad quiere decir que en su sentido más real todo el universo Le pertenece, y no hay nada que el ser humano pueda usar a menos **que Dios se lo haya dado**.

EL LIBRO EN LA MANO DE DIOS

Apocalipsis 5:1

Y en la mano derecha del Que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por las dos caras y sellado con siete sellos.

Debemos tratar de visualizar la escena que nos describe Juan. Tiene un antecedente en la visión de Ezequiel: «Miré, y vi una mano extendida hacia mí, y en ella un libro enrollado. Lo extendió delante de mí, y estaba escrito por delante y por detrás; y había escritos en él cantos fúnebres, gemidos y ayes» (*Ezequiel 2: 9s*).

Debemos fijarnos en que era *un rollo* y no *un libro* lo que Dios tenía en la mano. En el mundo antiguo, hasta el siglo II d.C., la forma en que se presentaba un escrito era el rollo, no el códice o libro tan como lo conocemos nosotros actualmente. El rollo se hacía de papiro, que se fabricaba en hojas de 20 x 14 cm. que se unían horizontalmente hasta alcanzar la longitud necesitada. Se escribía en columnas estrechas de unos diez centímetros con márgenes casi iguales por arriba y por abajo y unos tres centímetros entre las columnas. Era corriente cuando el rollo era extenso que se enrollara en dos rollizos de madera por cada extremo. Se sostenía en la mano izquierda, y se iba enrollando en uno de los palos y desenrollando en el otro a medida que se leía o para buscar la página deseada. Podemos hacernos una idea de la longitud de un rollo por las siguientes estadísticas. *Segunda y Tercera de Juan, Judas y Filemón* no ocuparían más que una hoja de papiro; *Romanos* requeriría un rollo de 4 metros de largo; *Marcos*, de 6 metros; *Juan*, de 8; *Mateo*, de 10, y *Lucas y Hechos* de 11. *Apocalipsis* ocuparía un rollo de unos 5 metros. Un rollo así sería el que vio Juan en la mano de Dios; y tenía dos características.

(i) Estaba escrito *por delante y por detrás*, es decir, por las dos caras. El papiro se hacía de la membrana interior de la planta de ese nombre que crecía en el delta del Nilo. El papiro llega a tener los cinco metros de altura, dos de ellos debajo del agua, y el grosor de la muñeca de una persona. Se sacaba la membrana interior, y se cortaba en tiras muy estrechas con un cuchillo muy afilado; se iban colocando las tiras verticalmente; luego se colocaba otra capa horizontalmente, se humedecía con agua del Nilo y se aplastaba. La sustancia resultante se abatanaba, y luego de suavizaba con piedra pómez; el producto resultante era semejante al papel de estraza.

Por esta descripción se comprenderá que la textura iría horizontalmente por un lado y verticalmente por el otro; el primero se conocía como el *recto*, y era donde se escribía, porque era más fácil escribir donde las líneas de la escritura seguían las de las fibras. El lado en el que las fibras estaban colocadas verticalmente se llamaba el *verso*, y no se solía escribir en él.

Pero el papiro era caro; así es que, si se tenía que escribir mucho, se usaba por los dos lados. Lo que se escribía por el *verso* se llamaba un *opistógrafo*, es decir, una hoja escrita por detrás. Juvenal habla de un dramaturgo bisoño que iba por ahí con el manuscrito de una tragedia sobre Orestes escrito por los dos lados; ¡era una producción interminable! Aquí, el rollo que Dios tenía en la mano estaba escrito por los dos lados; había tanto en él que se había usado tanto el *recto* como el *verso*.

(ii) Estaba *sellado con siete sellos*. Eso puede indicar una de dos cosas.

(a) Cuando se acababa un rollo, se ataba con guitas y se sellaban los nudos. El único documento ordinario que se sellaba con siete sellos era el testamento. Según el derecho romano, los siete testigos del testamento lo sellaban con sus sellos, y solo se podía abrir cuando los siete, o sus representantes legales, estaban presentes. El rollo puede que fuera lo que podríamos llamar el testamento de Dios, Su última voluntad sobre los asuntos del universo.

(b) Es más probable que los siete sellos representen sencillamente un profundo secreto. El contenido del rollo era tan

secreto que estaba sellado con siete sellos. La tumba de Jesús también fue sellada para mantenerla intacta (*Mateo 27:66*); el *Evangelio de Pedro*, apócrifo, dice que estaba sellada con siete sellos para asegurarse de que no la abriera ninguna persona que no estuviera autorizada.

EL LIBRO DE DIOS ACERCA DEL DESTINO

Apocalipsis 5:2-4

Y vi un ángel poderoso que proclamaba a gran voz:

-¿Quién es capaz de abrir el rollo y de desatar los sellos?

Y no había nadie en el Cielo ni en la Tierra ni debajo de la Tierra que pudiera abrir el rollo, ni siquiera mirarlo; y yo lloraba amargamente, porque no se encontraba a nadie que fuera capaz de abrir el rollo ni de verlo.

Cuando Juan estaba mirando a Dios con el rollo en la mano se presentó un ángel imponente para lanzar un gran desafío. Un ángel poderoso aparece otra vez en 10:1 y en 18:21. En este caso el ángel tenía que ser extraordinario para que el desafío de su

voz llegara hasta los últimos confines del universo. Citaba a que se presentara para abrir el libro a cualquiera que fuera capaz de acometer la empresa.

No cabe duda de que el contenido del libro era lo que había de suceder en los últimos tiempos. Que existía **tal libro** era firme creencia entre los judíos. Se encuentra corrientemente en el *Libro de Henoc*. El arcángel Uriel le dice a Henoc en los lugares celestiales: «¡Oh Henoc, observa la escritura de las tablas celestiales y lee lo que hay escrito en ellas y marca cada hecho individual!» Y Henoc prosigue: « Y yo observé todo lo que había en las tablas celestiales, y leí todo lo que había escrito en ellas, y lo comprendí todo, y leí el libro de todas las acciones de los humanos y de todas las criaturas que habrá sobre la tierra hasta las últimas generaciones» (1 *Henoc* 81:1 s). En el mismo *Libro de Henoc* se cuenta que Henoc tuvo una visión de la Cabeza de los Días en Su trono glorioso, «y los libros de los vivientes se abrieron en Su presencia» (1 *Henoc* 47:3). Henoc afirma conocer el misterio de los santos, porque « el Señor me mostró y me informó, y he leído las tablas celestiales» (1 *Henoc* 106:19). En esas tablas vio la historia de las generaciones todavía por venir (1 *Henoc* 107:1). La idea es que Dios tiene un libro en el que ya está escrita la historia del tiempo por venir.

Cuando estemos tratando de interpretar esta idea será conveniente tener presente que se nos presenta como una visión y en forma poética. Sería cometer una grave equivocación el tomarla demasiado literalmente. No quiere decir que todo «esté escrito» de antemano, y que nos encontremos en las garras de un fatalismo inevitable. Lo que sí quiere decir es que Dios tiene un plan para el universo, y que el propósito de Dios no fracasará.

Nadie se presentó al desafío del ángel; no había nadie que fuera capaz de abrir el rollo, por lo que Juan se echó a llorar amargamente. Había dos razones para sus lágrimas.

(i) En 4:1, la Voz le había hecho una promesa: «Yo te mostraré lo que ha de tener lugar desde ahora en adelante.» Parecía como si la promesa se hubiera frustrado.

(ii) Pero había una razón aún más profunda para su tristeza. Le parecía que no había nadie en todo el universo a quien Dios pudiera revelar Sus secretos. Esto, sin duda, era terrible. Hacía mucho que había dicho Amós: «No hará nada el Señor Dios sin revelarles Su secreto a Sus siervos los profetas» (*Amós* 3: 7). Pero aquí el mundo estaba tan lejos de Dios que no había nadie capaz de recibir Su mensaje.

Para Juan, aquel problema se resolvería triunfalmente con la llegada del Cordero. Pero detrás de este problema hay una verdad imponente y desafiante: Dios no puede comunicarle a la humanidad Su mensaje a menos que haya una persona que sea apta para recibirlo. Aquí tenemos la quintaesencia del

problema de la comunicación. Es el problema de todo maestro: no puede enseñar nada que los alumnos no estén capacitados para recibir. Es también el problema del predicador: no puede comunicar un mensaje a una congregación que no esté dispuesta a asumirlo. Es el eterno problema del amor: no puede decir sus verdades ni dar sus dones a los que no sean capaces de escuchar y de recibir. Lo que necesita el mundo son hombres y mujeres que se mantengan sensibles a Dios. Él tiene un mensaje para el mundo en cada generación; pero ese mensaje no se puede dar hasta que se encuentre la persona capaz de recibirlo. Y día a día, o nos capacitamos o nos incapacitamos para recibir el mensaje de Dios.

EL LEÓN DE JUDÁ Y LA RAÍZ DE DAVID

Apocalipsis 5:5

Entonces me dijo uno de los ancianos:

Deja de llorar. Mira: el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha obtenido tal victoria que está capacitado para abrir el libro y sus siete sellos.

Nos acercamos ahora a uno de los momentos más impresionantes del *Apocalipsis*: la entrada del Cordero en el centro de la escena celestial. Ciertas cosas conducen a este clímax.

Juan había estado llorando porque no había nadie a quien Dios pudiera revelar Sus secretos. Entonces se acerca a Juan uno de los ancianos, en función de mensajero de Cristo, y le dice: « No llores.» Estas palabras salieron en más de una ocasión de los labios de Jesús en los días de Su carne. Fueron las que le dirigió a la viuda de Naín que estaba llorando la muerte de su hijo único (*Lucas* 7:13); y a Jairo y su familia cuando estaban haciendo duelo por su hijita única (*Lucas* 8:52). La voz consoladora de Jesús nos sigue hablando desde los lugares celestiales.

Swete hace aquí un buen comentario. Juan estaba llorando, y sin embargo sus lágrimas eran innecesarias. El dolor humano muchas veces brota de un conocimiento insuficiente. Si fuéramos pacientes y confiados, veríamos que Dios tiene Sus propias soluciones para las situaciones que nos producen lágrimas.

El anciano le dice a Juan que Jesucristo ha obtenido tal victoria que está capacitado para abrir el libro y desatar sus sellos. Eso quiere decir tres cosas. Quiere decir que por Su victoria sobre la muerte y todos los poderes del mal, y por Su completa

obediencia a la voluntad de Dios está capacitado para *conocer* los secretos de Dios; está capacitado para *revelar los* secretos de Dios; y tiene el privilegio y la misión de *controlar* las cosas que han de ser. Por lo que Jesús hizo, es el Señor de la Verdad y de la Historia. Se Le aplican dos grandes títulos.

(i) Jesús es *el León de la tribu de Judá*. Este título se remonta a la bendición que dio Jacob antes de morir a sus hijos. En esa bendición llama a Judá «cachorro de león» (*Génesis 49:9*). Si el mismo Judá era un cachorro de león, es apropiado llamar al supremo miembro de su tribu *El León de Judá*. En los libros que se escribieron en el período intertestamentario, este llegó a usarse como un título mesiánico. *2 Esdras* habla de la figura de un león, y dice: «Este es el Ungido, es decir, el Mesías» (*2 Esdras 12:31*). La fuerza del león y su indiscutible posición como rey de los animales le hacía ser el emblema apropiado del todopoderoso Mesías que esperaban los judíos.

(ii) Jesús es *la Raíz de David*. Este título se remonta a la profecía de *Isaías* de que saldría un vástago del tocón de Isaí, y una raíz de Isaí sería una enseña para el pueblo (*Isaías 11:1,10*). Isaí fue el padre de David, lo que quiere decir que Jesucristo fue el Hijo de David, el Mesías prometido.

Así es que aquí tenemos dos grandes títulos que son típicamente judíos. Tienen su origen en los anuncios del Mesías por venir; y establecen que Jesucristo realizó victoriosamente la labor del Mesías y está, por tanto, capacitado para conocer y revelar los secretos de Dios, y para presidir la realización de Sus propósitos en los acontecimientos de la Historia.

EL CORDERO

Apocalipsis 5:6

Y vi a un Cordero que estaba de pie entre el trono y los cuatro seres vivientes y los ancianos. Todavía tenía las señales de haber sido sacrificado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la Tierra.

Este es el momento supremo de la visión: la presentación del Cordero en la escena del Cielo. La escena se puede tomar de dos maneras: o consideramos que los cuatro seres vivientes formaban un círculo alrededor del trono y los veinticuatro ancianos formaban un círculo más amplio, con el Cordero de pie entre los dos círculos; o, lo que es mucho más probable, que el Cordero estaba en el centro de todo el escenario.

El Cordero es una de las grandes ideas características del *Apocalipsis*, que llama así a Jesucristo no menos de veintinueve veces. La palabra que usa para *cordero* no se usa en ningún otro libro del Nuevo Testamento con referencia a Jesucristo. Juan el Bautista Le señaló como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (*Juan 1:29,36*). Pedro habla de la sangre preciosa de Cristo como la de un Cordero sin mancha ni contaminación (*1 Pedro 1:19*). En *Isaías 53:7*, el capítulo tan querido para Jesús y para la Iglesia primitiva, leemos de un Cordero llevado al matadero. Pero en todos estos casos se usa la palabra *amnós*, mientras que la que usa *Apocalipsis* es *arníon*; esta última aparece en *Jeremías 11:19*: «Yo era como un cordero inocente que llevan a degollar.» Al usar *arníon*, y tan frecuentemente, Juan quiere que veamos que es una nueva concepción la que aporta a la humanidad.

(i) El Cordero tiene todavía las señales de haber sido sacrificado. Ahí tenemos la imagen del sacrificio de Cristo, todavía visible en los lugares celestiales, donde Jesucristo es el que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

(ii) Esto tiene otro lado. Este mismo Cordero, todavía con las señales de haber sido sacrificado, es el Cordero de los siete cuernos y los siete ojos.

(a) Los siete cuernos representan la omnipotencia. En el Antiguo Testamento el cuerno simboliza dos cosas.

Primero, representa *poder*. En la bendición de Moisés, los cuernos de José son como los de un búfalo, con los que acorneará a todos los pueblos hasta los confines de la tierra (*Deuteronomio 33:17*). El profeta Sedequías se hizo cuernos de hierro para anunciar la victoria sobre los sirios (*1 Reyes 22:11*). Se advierte a los malvados que no levanten el cuerno (*Salmo 75:4*, R-V antigua). Zacarías ve en visión los cuatro cuernos que representan las naciones que han diseminado a Israel (*Zacarías 1:18*).

Segundo, representa *honor*. El salmista expresa su confianza en que Dios en Su buena voluntad ensalzará nuestro cuerno (*Salmo 89:17*, R-V antigua). El cuerno del bueno será ensalzado en gloria (*Salmo 112:9*, R-V antigua). Dios ensalzó el cuerno de Su pueblo (*Salmo 148:14*, R-V antigua).

Debemos añadir aún otro matiz a esta pintura. En los tiempos intertestamentarios, los grandes héroes de Israel fueron los Macabeos; grandes guerreros que libraron a Israel del dominio de los paganos; y se los representa como cornudos carneros (*1 Henoc 90:9*).

Aquí tenemos una gran paradoja: el Cordero lleva las heridas sacrificiales; pero al mismo tiempo está revestido del poder del mismo Dios para desbaratar a Sus enemigos. El Cordero tenía *siete* cuernos; el número *siete* representa la perfección; el poder del Cordero es perfecto más allá de toda resistencia.

(b) El Cordero tiene siete ojos, que representan a los Espíritus de Dios enviados por toda la Tierra. El antecedente se encuentra en *Zacarías*, donde el profeta ve las siete lámparas que son < los ojos del Señor, que recorren toda la Tierra> (*Zacarías* 4:2,10). Es una figura misteriosa, pero está claro que representa la omnipotencia de Dios. De forma casi inquietante

dice que no hay lugar de la Tierra que esté oculto a la mirada de Dios.

Aquí tenemos una presentación impresionante de Cristo como el cumplimiento de todas las esperanzas y los sueños de

Israel, porque es el León de la tribu de Judá y la Raíz de David; es el único Cuyo sacrificio se aplica a toda la humanidad, porque sigue llevando sus marcas en los lugares celestiales. Pero la tragedia se convirtió en victoria, y la vergüenza en gloria; y Él es el único Cuyo poder todoconquistador es irresistible, y Cuya mirada escrutadora es inescapable.

Pocos pasajes de la Sagrada Escritura muestran tan bien al mismo tiempo lo que llama Swete < la majestad y la manse-dumbre> de Jesucristo, y combinan en el mismo cuadro la humillación de Su muerte y la gloria de Su Resurrección.

MÚSICA EN EL CIELO

Apocalipsis 5:7-14

Y el Cordero Se dirigió al Que estaba sentado en el trono para recibir el rollo que tenía en Su mano derecha. Y cuando lo recibió, los cuatro seres vivientes se postraron delante del Cordero, y lo mismo hicieron los

veinticuatro ancianos, cada uno de los cuales tenía un arpa y una copa de oro llena de incienso, que son las oraciones de los que están consagrados a Dios. Y cantaron un cántico nuevo que era como sigue:

- ¡Tú mereces tomar el rollo y abrir sus sellos, porque fuiste inmolado, y así, al precio de Tu sangre vital, nos compraste para Dios de toda tribu y lengua y pueblo y raza, y nos hiciste un Reino de

sacerdotes para nuestro Dios que reinaremos sobre la Herra!

Y cuando estaba mirando oí la voz de muchos ángeles que estaban formando un círculo alrededor del trono y de los seres vivientes y de los ancianos; y su número era miríadas de miríadas y millones de millones, y cantaban a una voz:

- ¡El Cordero Que ha sido inmolado merece recibir el poder y la riqueza y la sabiduría y la fuerza y el honor y la gloria y la bendición!

Y oí decir a todas las criaturas de la creación que estaban en el Cielo y sobre la Tierra y debajo de la Tierra y en el mar y todas las cosas que hay en ellos:

- ¡La bendición y el honor y la gloria y el dominio sean para siempre jamás para el Que está sentado en el trono y para el Cordero!

Y los cuatro seres vivientes decían: < ¡Amén!> Y los ancianos se postraron y adoraron.

Es necesario leer este pasaje en conjunto antes de empezar a estudiarlo en detalle. R. H. Charles cita a Christina Rossetti: « El Cielo se le revela a la Tierra como la patria de la música.» Aquí tenemos el más impresionante coro de alabanza que escuchará jamás el universo. Llega en tres oleadas. Primero está la alabanza de los cuatro seres vivientes y de los veinticuatro ancianos. Aquí vemos a la Naturaleza y a la Iglesia unidas en la alabanza del Cordero. Luego se produce la alabanza de las miríadas de ángeles. Aquí tenemos a todos los habitantes del Cielo elevando sus voces en alabanza. Y después, Juan ve a toda la creación, en todo el universo, desde su más profunda sima hasta su más remoto confín, cantando alabanzas.

Aquí vemos que el Cielo y la Tierra y todo lo que hay en ellos está diseñado para alabar a Jesucristo; y se nos otorga el privilegio de unir nuestras voces y vidas a este coro de alabanza, que estará incompleto mientras falte en él una sola voz.

LAS ORACIONES DE LOS SANTOS

Apocalipsis 5:8

La primera sección del coro de alabanza es el himno de los cuatro seres vivientes y de los veinticuatro ancianos; que, como ya hemos visto, representan respectivamente todo lo que hay en la Naturaleza y en la Iglesia universal.

La figura de los ancianos es interesante. Tienen arpas. El arpa era el instrumento tradicional para cantar los salmos. «Aclamad al Señor con arpa,» dice el salmista (*Salmo* 33:2). «Cantad salmos al Señor con arpa; con arpa y voz de cántico»

(*Salmo 98:5*). «Cantad al Señor con alabanza, cantad con arpa a nuestro Dios» (*Salmo 147:7*). El arpa representa la música de alabanza tal como la conocían los judíos.

Los ancianos tenían también copas de oro llenas de incienso; y el incienso representa las oraciones de los que están consagrados a Dios. El comparar las oraciones con el incienso procede también de los *Salmos*. «Suba mi oración delante de Ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde» (*Salmo 141:2*). Pero lo más significativo es la idea de los intermediarios en la oración. En la literatura judía posterior, esta idea de los intermediarios celestiales que Le presentan a Dios las oraciones de los fieles es muy corriente. En el *Testamento de Dan 6:2* leemos: «Acercaos a Dios y al ángel que intercede por vosotros, porque él es el mediador entre Dios y el hombre.»

El principal de todos ellos es el arcángel Miguel, «el piadoso y paciente» (1 *Henoc 40:9*). Se dice que desciende diariamente al quinto cielo para recibir las oraciones de las personas y presentárselas a Dios (3 *Baruc 11*). En *Tobías* es el arcángel Rafael el que presenta a Dios las oraciones humanas: «Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles santos, que presento las oraciones de los santos, y que entro y salgo ante la gloria del Santo Dios» (*Tobías 12:15*). Es Gabriel el que le dice a Henoc: «Te juro que en el Cielo los ángeles te tienen presente

delante de la gloria del Grande» (1 *Henoc 104:1*). Algunas veces son los ángeles guardianes los que Le presentan a Dios las oraciones de los hombres; y se dice que a ciertas horas cada día se abren las puertas para recibir las oraciones (*Apocalipsis de Pablo 7:1*). Algunas veces todos los ángeles -o, como se los llama en *Henoc*, Los Vigilantes- están ocupados en su tarea. Es a «los Santos del Cielo» a los que las almas humanas presentan sus quejas clamando por justicia (1 *Henoc 9:3*). Los Vigilantes tienen la obligación de interceder por los hombres (1 *Henoc 15:2*). Como ya hemos visto, los ángeles se ocupan de los seres humanos para hacerles bien (1 *Henoc 104:1*). Algunas veces parece que los muertos benditos comparten esta tarea. Los ángeles y los santos en sus lugares de reposo interceden por los hijos de los hombres (1 *Henoc 39:6*). Hay algo que decir de la creencia en los intermediarios celestiales.

(i) En cierto sentido es una idea que nos anima. No estamos solos, por así decirlo, cuando oramos. Ninguna oración puede tener los pies pesados ni las alas de plomo si tiene a toda la ciudadanía del Cielo para ayudarla a elevarse hasta Dios.

(ii) Desde otro punto de vista nos parece totalmente innecesario. Tenemos delante una puerta abierta que nadie nos puede cerrar; las oraciones humanas no necesitan ninguna ayuda, porque el oído de Dios está atento para captar el más leve susurro de apelación.

(iii) Toda esta concepción de los intermediarios surge de una línea de pensamiento que ya hemos encontrado antes. Con el paso de los siglos, los judíos se fueron sintiendo más y más abrumados con la idea de la trascendencia de Dios, de Su esencial *otridad*. Empezaron a creer que no podía haber ningún contacto directo entre Dios y la persona humana, y que tenía que haber intermediarios angélicos para salvar la sima. Ese es precisamente el sentimiento que Jesucristo vino a desterrar; Él vino para decirnos que Dios «está más cerca de nosotros que nuestro aliento, más cerca que las manos o los pies;» y para ser el camino vivo por el que todas las personas, por humildes que sean, tienen acceso directo a Dios.

EL HIMNO NUEVO

Apocalipsis 5:9

El himno que cantaron los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos era *un himno nuevo*. La frase *un cántico nuevo* aparece con frecuencia en los *Salmos*; y hay siempre un cántico nuevo para las misericordias nuevas de Dios. «Cantadle cántico nuevo,» dice el salmista (*Salmo 33:3*). Dios sacó al salmista del pozo de la desesperación y del lodo cenagoso, y puso en su boca un cántico nuevo de alabanza a Dios (*Salmo 40: 3*). «Cantad al Señor cántico nuevo, porque ha hecho maravillas» (*Salmo 98:1; cp. 96:1*). «A Ti, oh Dios, cantaré un cántico nuevo» (*Salmo 144:9*). «Cantad al Señor un cántico nuevo; Su alabanza sea en la congregación de los santos» (*Salmo 149:1*). El paralelo más próximo en el Antiguo Testamento se encuentra en *Isaías*. Allí Dios anuncia cosas nuevas, y el profeta llama a las personas a cantar al Señor un nuevo cántico (*Isaías 42:9s*).

Un himno nuevo siempre tiene por tema las nuevas misericordias de Dios; y el más noble será el que cante las misericordias de Dios en Jesucristo.

Una de las características del Apocalipsis es que es un libro acerca de cosas nuevas. Hay un nombre nuevo (2:17; 3:12); una nueva Jerusalén (3:12; 21:2); un cántico nuevo (5:9; 14:3); Nuevos cielos y nueva tierra (21:1); y la gran promesa de que Dios hace todas las cosas nuevas (21:5).

Hay aquí algo muy significativo. En griego hay dos palabras para *nuevo*: *néos*, que quiere decir *nuevo en cuanto al tiempo*, y *kainós*, que quiere decir *nuevo en cuanto a la calidad*.

Lo significativo acerca de esto es que Jesucristo trae a la vida una cualidad que no había existido nunca, un gozo nuevo, una emoción nueva, nueva fuerza y nueva paz. Por eso es por lo que la vida cristiana es una vida resplandeciente. Se ha dicho que «lo contrario del mundo cristiano es un mundo que se ha vuelto viejo y triste.»

EL HIMNO DE LOS SERES VIVIENTES

Y DE LOS ANCIANOS

Apocalipsis 5:9s

Empecemos por recordar el himno:

¡Tú mereces tomar el rollo y abrir sus sellos, porque fuiste inmolado, y así, al precio de Tu sangre vital, nos compraste para Dios a los de toda tribu y lengua y pueblo y raza, y nos hiciste un Reino de sacerdotes para nuestro Dios que reinaremos sobre la Tierra!

Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos alaban al Cordero porque murió. En este himno se resumen los resultados de la muerte de Jesucristo.

(i) Fue una muerte *sacrificial*; es decir: con un propósito. No fue un accidente de la Historia; ni tampoco la muerte trágica de un hombre bueno y heroico por causa de la justicia y de Dios; fue una muerte sacrificial. La finalidad del sacrificio era restaurar la relación perdida entre Dios y el hombre; y fue con ese propósito, y con *ese resultado*, como murió Jesucristo.

(ii) La muerte de Jesucristo fue *emancipadora*. El Nuevo Testamento está lleno de principio a fin de la idea de la liberación de la humanidad que Él logró. Jesucristo dio Su vida en rescate (*lytron*) por muchos (*Marcos 10:45*). Él Se dio a Sí mismo en rescate (*antilytron*) por todos (1 *Timoteo 2:6*). Él nos redimió -literalmente, *nos compró fuera de (exagorázein)* de la maldición de la Ley (*Gálatas 3:13*). Somos redimidos (*lytrústhai*) no por dinero humano sino por la sangre preciosa de Jesucristo (1 *Pedro 1:19*). Jesucristo es el Señor Que nos compró (*agorázein*) (2 *Pedro 2:1*). Hemos sido comprados por precio (*agorázein*) (1 *Corintios 6:20; 7:23*). El Nuevo Testamento declara consecuentemente que costó la muerte de Jesucristo el rescatar a la humanidad del dilema y la esclavitud en que la había sumido el pecado. El Nuevo Testamento no

tiene una teoría «oficial» sobre cómo se llevó a cabo ese efecto; pero no deja la menor duda de que se llevó a efecto.

(iii) La muerte de Jesucristo fue *universal* en sus beneficios. Él murió por los hombres y las mujeres de todas las razas. Hubo un tiempo en que los judíos creían que Dios no Se preocupaba nada más que de ellos y no quería nada más que la destrucción de los otros pueblos. Pero en Jesucristo conocemos a un Dios Que ama a *todo el mundo*. La muerte de Cristo fue por todas las personas; y, por tanto, la Iglesia tiene la tarea de decírselo a todo el mundo.

(iv) La muerte de Jesucristo fue *efectiva*. Él no murió inútilmente. En este himno se especifican tres aspectos de la Obra de Cristo.

(a) *Él nos hizo reyes*. Abrió a los seres humanos la realeza de hijos de Dios. Siempre habían sido hijos de Dios por la creación; pero ahora hay una nueva filiación de la gracia abierta a toda persona.

(b) Nos hizo *sacerdotes*. En el mundo antiguo los sacerdotes eran los únicos que tenían derecho de acceso a Dios. Cuando entraba un judío normal y corriente en el Templo podía atravesar el Atrio de los Gentiles, el Atrio de las Mujeres, y entrar en el Atrio de Israel; pero ya no podía entrar en el Atrio de los Sacerdotes. Pero Jesucristo abrió a todos los hombres el camino de acceso a Dios: cualquier persona llega a ser un sacerdote en el sentido de que tiene derecho de acceso a la presencia de Dios.

(c) Nos dio *victoria*. Su pueblo reinará sobre la tierra. Este no es un triunfo político ni un señorío material, sino el secreto de la vida victoriosa en cualesquiera circunstancias. « En el mundo tendréis aflicción; pero confiad: Yo he vencido al mundo » (*Juan 16:33*). En Cristo hay victoria sobre el yo, sobre las circunstancias y sobre el pecado.

EL HIMNO DE LOS ÁNGELES

Apocalipsis 5:11s

Y cuando estaba mirando oí la voz de muchos ángeles que estaban de pie formando un círculo alrededor del trono, y de los seres vivientes y de los ancianos; y su número era de miríadas de miríadas y millones de millones, y cantaban a una voz:

- ¡El Cordero Que ha sido inmolado merece recibir el poder y la riqueza y la sabiduría y la fuerza y el honor y la gloria y -la bendición!

Los innumerables ejércitos de los ángeles entran aquí en el coro de la alabanza. Ya hemos visto que Juan utiliza el lenguaje del Antiguo Testamento; y aquí nos recuerda el himno de David:

¡Bendito seas Tú, Señor, Dios de Israel, nuestro Padre, por siempre jamás! Tuyos son, Señor, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y la majestad; porque todas las cosas que están en el Cielo y en la Tierra son Tuyas. Tuyo, Señor, es el reino, y Tú eres excelso como Cabeza sobre todos. La riqueza y la gloria proceden de Ti, y Tú dominas

sobre todo; en Tu mano están la fuerza y el poder; y en Tu mano está el hacer grandes y el dar fuerza a todos (1 Crónicas 29:10-12).

El himno de los seres vivientes y de los ancianos hablaba de la obra de Cristo y de Su muerte; ahora cantan los ángeles de las posesiones de Cristo en Su gloria. Hay siete grandes posesiones que pertenecen al Señor Resucitado.

(i) A Él Le pertenece *el poder*. Pablo llama a Jesús «Cristo, el Poder de Dios» (1 Corintios 1:24). Él no es alguien que haga planes irrealizables; Suyo es el poder. Podemos decir triunfalmente: «¡Él puede!»

(ii) Suya es la *riqueza*. < Aunque era rico, Se hizo pobre por amor a vosotros» (2 Corintios 8:9). Pablo habla de < las inescrutables riquezas de Cristo» (Efesios 3: 8). No hay promesa que Él no tenga los recursos para cumplir.

(iii) Suya es la *sabiduría*. Pablo llama a Cristo «la sabiduría de Dios» (1 Corintios 1:24). Él tiene la sabiduría para conocer los secretos de Dios y la solución de los problemas de la vida.

(iv) Suya es la *fuerza*. Cristo es el Fuerte Que puede desarmar al mal y despojarlo de su poder (Lucas 11:22). No hay problema que Él no pueda resolver.

(v) Suyo es el *honor*. Se acerca el día en que a Él se doblará toda rodilla, y toda lengua Le confesará Señor (Filipenses 2:11). Hasta los que no son cristianos honran a menudo a Cristo admitiendo que está en Su enseñanza la única esperanza para este mundo desquiciado.

(vi) Suya es la *gloria*. Como dice Juan: «Nosotros vimos Su gloria, la gloria que recibe de Su Padre un Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). La gloria es algo que Le pertenece a Dios por derecho exclusivo. Decir que Jesucristo posee la gloria es decir que es divino.

(vi_i) Suya es la *bendición*. Aquí llegamos al clímax inevitable de todo lo anterior. Jesucristo posee todas estas cosas, y usa cada una de ellas para servir a la humanidad por la que vivió y murió cuando Se encarnó; no se las reserva para Sí.

Por tanto, surge hacia Él de todos los redimidos un himno de acción de gracias por todo lo que ha hecho. Esa acción de gracias es lo único que Le podemos dar nosotros.

EL HIMNO DE TODA LA CREACIÓN

Apocalipsis 5:13s

Y oí decir a todas las criaturas de la creación que estaban en el Cielo y sobre la Tierra y debajo de la Tierra y en el mar y todas las cosas que hay en ellos:

- ¡La bendición y el honor y la gloria y el dominio sean para siempre jamás para el Que está sentado en el trono y para el Cordero!

Y los cuatro seres vivientes dijeron: «¡Amén!» Y los ancianos se postraron y adoraron.

Ahora el coro de alabanza llega tan lejos que ya no puede llegar más, porque alcanza a todo el universo y a la totalidad de la creación. Hay un himno universal de alabanza al Cordero. Notemos una cosa muy significativa: en este coro de alabanza Dios y el Cordero están juntos. No se podía mostrar mejor la altura de la concepción que tiene Juan de Jesucristo. En la alabanza de la creación Le asocia con el mismo Dios.

En el mismo himno debemos notar dos cosas.

Las criaturas que están en el Cielo aportan su alabanza. ¿Quiénes son? Se han propuesto varias respuestas, todas encantadoras a su manera. Se ha sugerido que se hace referencia a las aves del aire; el mismo canto de las aves es un himno de alabanza. Se ha sugerido que se refiere al Sol, la Luna y las estrellas; los cuerpos celestes alaban a Dios con su fulgor. Se ha sugerido que la frase reúne a todos los seres que están en el Cielo: los seres vivientes, los ancianos, las miríadas de ángeles y todos los otros seres celestiales.

Las criaturas que están debajo de la Tierra aportan su alabanza. Eso no puede querer decir nada más que los muertos que están en el Hades, y aquí tenemos algo totalmente nuevo. En el Antiguo Testamento se expresa repetidamente que los muertos están totalmente separados de Dios y de los hombres, y llevan una existencia sombría. « En la muerte no hay memoria de Ti; en el seol, ¿quién Te alabará?» (Salmo 6: S). «¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará Tu verdad?» (Salmo 30:9). «¿Manifestarás Tus maravillas a los muertos? ¿Se levantarán las sombras para alabarte? ¿Será proclamada en el sepulcro Tu misericordia, o Tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas Tus maravillas, o tu ayuda salvífica en la tierra del olvido?» (Salmo 88:10-12). «Pues el seol no Te exaltará,

ni Te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán en Tu verdad» (Isaías 38:18).

Esta visión barre todo eso. Ni siquiera la tierra de los muertos está excluida del Reino del Cristo Resucitado. Hasta más allá de la muerte se Le eleva el coro de alabanza.

El cuadro que se nos presenta incluye a toda la Naturaleza alabando a Dios. Hay en la Escritura muchos ejemplos magníficos de salmos e himnos en los que se presenta a toda la creación alabando a Dios, como el *Salmo 148*. Pero aún contiene mejor todo el mensaje del Nuevo Testamento y de este pasaje del *Apocalipsis* el conocido himno evangélico:

Venid, nuestras voces alegres unamos al coro celeste del trono alrededor! Sus voces se cuentan por miles de miles, mas todas son una en su gozo y su amor.

«¡Es digno el Cordero Que ha muerto proclamando verse exaltado en los Cielos así!» «¡Es digno el Cordero -decimos nosotros- pues Él por nosotros Su vida dio aquí.»

A Ti, que eres digno, se den en los Cielos poderes divinos y gloria y honor, y más bendiciones que darte podemos se eleven por siempre a Tu trono, Señor.

Que todos los seres que pueblan las nubes, la tierra y el aire y el fuego y el mar, unidos proclamen Tus glorias eternas y dente alabanzas, Señor, sin cesar.

El nombre sagrado del Dios de los Cielos a una bendiga la gran creación, y lleve al Cordero sentado en el trono, el dulce tributo de su adoración.

(Isaac Watts - Tr. José Joaquín de Mora).

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 17 -

El Apocalipsis (II)

CUANDO SE ABRIERON LOS SELLOS

Conforme el cordero fue abriendo uno tras otro los sellos del rollo, la Historia se desveló ante los ojos de Juan.

Conforme vayamos estudiando esta sección debemos tener presente un hecho general que es fundamental para entenderlo. En esta serie de visiones, Juan está viendo anticipadamente el final de terror y juicio que había de introducir la edad de oro de Dios.

Antes de estudiar esta sección en detalle, fijémonos en una característica general. En la primera serie de visiones, 6:1-8, la antigua versión Reina-Valera seguía consecuentemente una forma del texto griego que pone en boca de cada uno de los cuatro seres vivientes: < Ven y ve,» o «Ven y mira» (versículos 1, 3, 5, 7). En todos los mejores manuscritos dice simplemente «¡Ven!», como se pone en la revisión del '95. No se trata de una invitación a Juan para que vaya y vea, sino de una orden a los cuatro caballos con sus jinetes para que salgan a la escena de la Historia.

LOS CUATRO CABALLOS Y SUS JINETES

Apocalipsis 6:1-8

Y vi cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, y oí decir a uno de los cuatro seres vivientes con una voz tan potente que parecía el rugido del trueno: «¡Adelante!» Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba llevaba arco, y se le dio una corona de vencedor, y salió conquistando en toda la línea.

Y cuando abrió el segundo sello le oí decir al segundo ser viviente: < ¡Adelante!> Y salió al frente otro caballo de color rojo de sangre, y al que lo montaba se le permitió despojar de paz a la Tierra y hacer que los hombres se mataran entre sí, y se le dio una gran espada.

Y cuando abrió el tercer sello le oí decir al tercer ser viviente: «¡Adelante!» Y he aquí salió un caballo negro, y el que lo montaba llevaba una balanza en la mano. Y oí decir a algo que parecía una voz en medio de los cuatro seres vivientes: «Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario. Pero no estropees ni el aceite ni el vino.»

Y cuando abrió el cuarto sello le oí decir al cuarto ser viviente: «¡Adelante!» Y vi salir un caballo de color pálido, y el que lo montaba se llamaba la Muerte, y le seguía el Hades; y se les dieron poderes sobre una cuarta parte de la Tierra para matar a espada, de hambre y por medio de la peste y de las fieras.

Antes de embarcarnos en una interpretación detallada de esta visión tenemos que notar dos puntos importantes.

(i) Notamos que *un antecedente* de esta visión se halla en *Zacarías* 6:1-8. Zacarías ve cuatro caballos que están sueltos sobre la Tierra para hacer venganza de Babilonia y Egipto y las demás naciones que han oprimido al pueblo de Dios. < Estos son los cuatro vientos de los cielos, que salen después de presentarse delante del Señor de toda la Tierra» (*Zacarías* 6: 5). Los caballos representan los cuatro poderosos vientos que Dios está a punto de lanzar sobre la tierra con una empresa de destrucción. Juan no aplica los mismos detalles; pero para él también los caballos y sus jinetes son los instrumentos del juicio vengador de Dios.

(ii) Debemos explicar el método interpretativo que creemos que debemos usar. Los cuatro caballos y sus jinetes representan las cuatro grandes fuerzas destructivas que están dispuestas antes del final para ser enviadas contra el mundo por la justa

ira de Dios. Pero Juan ve estas fuerzas en términos de sucesos reales del mundo que conocía en el que la vida parecía un caos, y que el mundo se estaba desintegrando, y que la Tierra estaba llena de terrores. Los caballos y sus jinetes son fuerzas de destrucción y agentes de la ira; no se han de identificar con ninguna figura histórica; pero Juan vio en los sucesos de su propio tiempo símbolos y tipos de la destrucción que estaba para venir.

Nuestro método de interpretación consistirá por tanto en definir la fuerza destructora que representa cada uno de los caballos; y entonces, si es posible, descubrir las circunstancias en la historia de tiempos de propio Juan que ilustran la destrucción por venir. Además veremos que en más de un caso Juan está tratando de figuras e ideas que eran parte de los materiales que usaban los que escribían visiones acerca de los días del fin.

EL CABALLO BLANCO DE LA CONQUISTA

Apocalipsis 6:1s

Y vi cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, y oí decir a uno de los cuatro seres vivientes con una voz tan potente que parecía el rugido del trueno: «¡Adelante!» Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba llevaba arco, y se le dio una corona de vencedor, y salió conquistando en toda la línea.

Cuando cada uno de los siete sellos se cortaba y abría, un nuevo terror caía sobre la Tierra. El primer terror se simboliza bajo la forma de un caballo blanco con su jinete. ¿Qué o a quién representan? Se han sugerido dos explicaciones, una de las cuales no puede ser acertada.

(i) Se ha sugerido que el jinete del caballo blanco es el mismo Cristo victorioso. A esta conclusión se llega porque

algunos comentaristas conectan esta figura con la de *Apocalipsis* 19:11 s, que nos presenta un caballo blanco sobre el que cabalga Uno llamado Fiel y Verdadero y coronado con muchas coronas, Que es el Cristo victorioso. Ha de notarse que la corona de nuestro pasaje es diferente de la del capítulo 19.

Aquí la corona es *stéfanos*, que es la corona *del vencedor*, mientras que la de *Apocalipsis* 19 es *diádema*, la corona real. El pasaje que estamos estudiando presenta un ay tras otro y un desastre tras otro; una presentación del Cristo victorioso estaría aquí fuera de lugar. Esta imagen nos habla, no de la venida del Cristo victorioso sino de la de los terrores de la ira de Dios.

(ii) No cabe duda que el caballo blanco y su jinete representan la conquista de la guerra. Cuando un general romano celebraba un triunfo, es decir, cuando desfilaba por las calles de Roma con su ejército y sus cautivos y su botín después de una gran victoria, eran caballos blancos, el símbolo de la victoria, los que estaban uncidos a su carroza.

Pero= como ya hemos dicho en la introducción a este pasaje, Juan reviste sus predicciones del futuro con imágenes del presente que sus lectores podían reconocer. El jinete del caballo blanco llevaba en la mano *un arco*. En el Antiguo Testamento el arco siempre representa poder militar, como ha seguido sucediendo en España hasta recientemente. En la derrota final de Babilonia, sus valientes serían llevados cautivos, y sus arcos quebrados -es decir, su poder militar sería destruido (*Jeremías* 51:56). «Aquel día quebraré el arco de Israel en el valle de Jezreel» (*Oseas* 1:5). Dios quiebra el arco, destroza la lanza e incendia los carros; es decir: no Le puede resistir ningún poder militar humano (*Salmo* 46:9). El arco, entonces, siempre representaría un poder militar. Pero hay una figura en particular que los romanos y todos los habitantes de Asia reconocerían al instante. El único enemigo que temían los romanos era el poder de Partia. Los partos habitaban en las fronteras del lejano Oriente del Imperio Romano, y eran el azote de Roma. El año 62 d.C. tuvo lugar un acontecimiento sin precedentes: un ejército romano había sometido a Vologeso, el rey de los

partos. Los partos montaban caballos blancos, y eran los arqueros más famosos de la antigüedad. «Disparar la flecha del parto» sigue siendo en muchas lenguas el golpe final, irresistible y devastador, que alude tal vez a la habilidad de los jinetes partos de acribillar al enemigo disparando sus arcos por encima del hombro cuando fingían una retirada.

Así es que el caballo blanco y su jinete con arco representan el militarismo y la conquista.

Aquí tenemos algo que los hombres han tardado mucho en aprender. La conquista militar se ha representado como una gran hazaña; pero es siempre una tragedia. Cuando Eurípides quería describir la guerra en el teatro, no se traía un ejército con sus banderas, sino a una anciana encorvada y aturdida que llevaba de la mano a un niño llorando porque había perdido a sus padres. Durante la Guerra Civil española contó un reportero cómo se había dado cuenta de pronto de lo que era la guerra: estaba en una ciudad española en la que las partes contendientes llevaban a cabo una guerra de guerrillas. Vio andando por una acera a un chiquillo, que sin duda se había perdido, aturdido y aterrado, arrastrando un juguete que había perdido las ruedas. De pronto resonó el disparo de un fusil, y el niño cayó al suelo, muerto. Eso es la guerra. El primero de los trágicos terrores de los tiempos terribles, Juan coloca al caballo blanco con su jinete con arco, la visión de la tragedia de la conquista militarista.

EL CABALLO ROJO DE LA CONTIENDA

Apocalipsis 6:3s

Y cuando abrió el segundo sello le oí decir al segundo ser viviente: «¡Adelante!» Y salió al frente otro caballo de color rojo de sangre, y al que lo montaba se le permitió despojar de paz a la Tierra y hacer que los hombres se mataran entre sí, y se le dio una gran espada.

La función del segundo caballo y su jinete es despojar de la paz a la Tierra. Representan esa rivalidad destructiva que pone a las personas y a las naciones unas contra otras en un caos de trágica destrucción. Esto tiene dos trasfondos.

(i) Juan estaba escribiendo en un tiempo en el que la guerra de aniquilación mutua estaba diezmando el mundo. En los treinta años antes del reinado de Herodes el Grande, 67 a 37 a.C., solamente en Palestina no menos de 100,000 hombres perecieron en revoluciones fracasadas. En el año 61 d.C. se suscitó una rebelión en relación con el nombre de la reina Boadicea. Los romanos la aplastaron. Boadicea se quitó la vida, y perecieron 150,000 hombres.

(ii) En las figuras judías del fin del mundo, uno de los elementos esenciales es la desintegración completa de todas las relaciones humanas: < Cada uno peleará contra su hermano, y cada uno contra su prójimo; ciudad contra ciudad y reino contra reino» (*Isaías 19:2*). «Cada uno llegará a las manos con su compañero, y se levantarán las manos unos contra otros» (*Zacarías 14:13*). Se asesinarán unos a otros desde el amanecer hasta el ocaso (*Hechos 100:12*). El amigo le hará la guerra a su amigo; los amigos se atacarán repentinamente mutuamente (*4 Esdras 5: 9; 6:24*). Algunos caerán en el combate, otros morirán de angustia, y a otros los destruirán los suyos (*2 Baruc 70:2-8*). Muchos se inflamarán de ira para hacer daño a muchos, y levantarán a todos los hombres para derramar sangre, y todos acabarán por perecer juntos (*2 Baruc 48:37*).

La visión del fin describía un tiempo en el que se destruirían todas las relaciones humanas y el mundo sería un caldero hirviente de odios crueles.

Sigue siendo verdad que una nación en la que hay divisiones entre las personas y las clases sociales y el odio se basa en ambiciones competitivas y deseos egoístas está condenado a desaparecer; y el mundo en el que las naciones pelean a muerte las unas con las otras se apresura a su final.

EL CABALLO NEGRO DEL HAMBRE

Apocalipsis 6:5s

Y cuando abrió el tercer sello le oí decir al tercer ser viviente: «¡Adelante!» Y he aquí salió un caballo negro, y el que lo montaba llevaba una balanza en la mano. Y oí decir a algo que parecía una voz en medio de los cuatro seres vivientes: «Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario. Pero no estropees ni el aceite ni el vino.»

Nos ayudará a entender la idea que subyace bajo este pasaje el recordar que Juan se refiere, no al fin del mundo, sino a las señales y acontecimientos que lo precederán. Así es que aquí el caballo negro y su jinete representan el hambre, una hambruna severa y de graves consecuencias, pero que no es tan extrema como para matar. Hay trigo -aun precio prohibitivo; y no son afectados ni el vino ni el aceite.

Las tres cosechas principales de Palestina eran los cereales, el aceite y el vino, que son las que se mencionan siempre cuando se habla del producto de la tierra (*Deuteronomio 7:13; 11:14; 28:51; Oseas 2:8,22*). El jinete del caballo llevaba en la mano una romana. En el Antiguo Testamento, la frase *comer pan al peso* indica la mayor escasez. Dios amenaza que, si el pueblo es desobediente, < os devolverán el pan (que os hayan horneado) al peso» (*Levítico 26:26*). Dios amenaza a Ezequiel: < Quebrantaré el sustento de pan en Jerusalén; comerán el pan por peso y con angustia» (*Ezequiel 4:16*).

No era extraño que hubiera aceite y vino cuando faltaban los cereales. El olivo y la vid tienen las raíces más profundas que el trigo, y pueden resistir una sequía que destruye los cereales. Cuando Jacob tuvo que mandar a sus hijos a Egipto por trigo en los días del hambre de tiempos de José, todavía podía mandar frutos escogidos de la tierra (*Génesis 43:11*). Pero es cierto que una situación en la que no faltaran el aceite

y el vino pero el pan estuviera prohibitivamente caro sería la equivalente a una en la que hubiera lujos abundantes pero escaseara lo más necesario.

Podemos ver la gravedad de la escasez por la afirmación de la voz de entre los cuatro seres vivientes. Una medida de trigo o tres de cebada costaban un *denarius*. La medida era un *joinix*, que equivalía a un litro, y que se definía corrientemente en el mundo antiguo como la ración diaria de un hombre. Un *denarius* era el jornal de un obrero, que solo se podría comparar con el de los países más pobres. Normalmente un *denarius* era el precio de entre ocho y dieciséis medidas de trigo, y tres o cuatro veces más de cebada. Lo que Juan está pronosticando es una situación en la que todo el jornal de un obrero se necesitaría para comprar lo absolutamente necesario para su subsistencia personal, sin que quedara nada para las otras necesidades de la vida o para la familia. Si en vez de trigo compraba cebada podía arreglárselas para darle algo a su mujer y familia, pero no le quedaría para comprar ninguna otra cosa.

Podemos ver que, aunque Juan estaba hablando de las señales que precederían al tiempo del fin, estaba pintándolas realmente en términos de situaciones históricas que muchos reconocerían. Había habido hambres desesperadas en tiempos de Nerón que no habían afectado al lujo de los ricos. Hubo una ocasión en que llegó un barco de Alejandría a Italia. El gentío hambriento creyó que era un barco de trigo, porque todos los barcos de trigo procedían de Alejandría, y se amotinaron cuando descubrieron que el cargamento no era trigo sino una clase especial de arena del Delta del Nilo para extenderla en el circo para el espectáculo de los gladiadores. Esta pasaje tiene un eco sorprendente en ciertos sucesos del reinado de Domiciano, por el tiempo en que estaba escribiendo Juan. Hubo una escasez muy seria de grano y un exceso de vino. Domiciano adoptó la medida drástica de decretar que no se plantaran nuevas viñas y que se desarraigaran la mitad de las ya existentes en las provincias. En consecuencia de ese edicto, los de la provincia de Asia, que era donde vivía Juan, estuvieron a

punto de rebelarse, porque sus viñas eran una de sus fuentes principales de ingresos. En vista de la reacción violenta del pueblo de Asia, Domiciano rescindió el edicto y mandó que se procesara a los que dejaran de cultivar sus viñas. Aquí tenemos una situación en que escaseó el trigo y sin embargo estaba prohibido reducir la producción de vino y aceite.

Así es que esta descripción del hambre coincidía con la del lujo. Siempre ha habido algo trágicamente lamentable en una situación en la que algunos tienen demasiado y otros carecen de lo más esencial. Eso es siempre una señal de que la sociedad en la que se da está abocada a la ruina.

Hay otro detalle interesante que se ha sugerido que hay en este pasaje. Es de entre los cuatro seres vivientes de donde viene la voz hablando de los precios de hambre. Ya hemos visto que los cuatro seres vivientes puede que simbolicen lo mejor de la naturaleza; y se puede tomar esto como la protesta de la naturaleza contra el hambre en la sociedad. Lo trágico es casi siempre que la naturaleza produce bastante; y más de lo necesario, pero que hay muchas personas a las que nunca llega la abundancia. Es como si Juan indicara simbólicamente que la misma naturaleza protesta cuando sus dones se usan de manera egoísta e irresponsable contribuyendo al lujo de los pocos y a la estrechez de los más.

EL CABALLO PÁLIDO DE LA PESTE Y LA MUERTE

Apocalipsis 6:7s

Y cuando abrió el cuarto sello le oí decir al cuarto ser viviente: «¡Adelante!» Y vi salir un caballo de color pálido, y el que lo montaba se llamaba la Muerte, y le seguía el Hades; y se les dieron poderes sobre una cuarta parte de la Tierra para matar a espada, de hambre y por medio de la peste y de las fieras.

Al considerar este pasaje debemos seguir teniendo presente que no trata del fin del mundo sino de las señales que lo precederán. Por eso es la cuarta parte de la Tierra la que está implicada en la muerte y el desastre. Se trata de un tiempo terrible, pero todavía no ha llegado el momento de la destrucción total.

La descripción es sombría. El caballo tiene un color *pálido*. La palabra original es *jlórós*, que quiere decir pálido en el sentido de lívido, y se usa de un rostro lívido de terror. El pasaje se complica por el hecho de que la palabra griega *thánatos* se usa con un doble sentido. En el versículo 8 quiere decir tanto *muerte* como *peste*.

Juan estaba escribiendo en un tiempo en el que el hambre y la peste devastaban el mundo; pero en este caso está pensando en términos del Antiguo Testamento, que habla más de una vez de «los cuatro juicios terribles.» Ezequiel oyó decir a Dios que se acerca el tiempo en que Él mandará Sus «cuatro juicios terribles contra Jerusalén» -espada, hambre, fieras y peste (*Ezequiel 14:21*).

En *Levítico* hay un pasaje que habla de los castigos que Dios mandará sobre Su pueblo a causa de su desobediencia. Las fieras les arrebatarán a sus hijos y destruirán su ganado y los reducirán en número. La espada vengará su infidelidad al pacto. Cuando se reúnan en sus ciudades, se encontrarán con la peste. Les quebrantará el sustento del pan, y cuando coman no se saciarán. (*Levítico 26:21-26*).

Aquí Juan está usando un cuadro tradicional de lo que sucede cuando Dios lanza Su ira sobre Su pueblo desobediente. Tras él se encuentra la verdad permanente de que ninguna persona o nación puede escapar las consecuencias de su propio pecado.

LAS ALMAS DE LOS MÁRTIRES

Apocalipsis 6:9-11

Cuando abrió el quinto sello vi debajo del altar las almas de los que habían sido ajusticiados por causa de la Palabra de Dios y por el testimonio que habían dado. Y gritaban alzando la voz:

- ¿Hasta cuándo, Señor Santo y Verdadero, Te vas a contener de juzgar y vengar nuestra sangre sobre los que habitan en la Tierra?

Y se le dio a cada uno de ellos una túnica blanca, y se les dijo que descansaran todavía otro poco hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que habían de ser muertos.

Al romperse el quinto sello se presenta la visión de las almas de los que han muerto por la fe.

Jesús no dejó a Sus seguidores en la menor duda en cuanto a los sufrimientos y el martirio que serían llamados a sufrir. «Entonces os entregarán a tribulación, os matarán y seréis odiados por todos por causa de Mi nombre» (*Mateo 24:9; Marcos 13:9-13; Lucas 21: 12, 18*). Llegaría el día en que los que mataran a los cristianos creerían que estaban prestándole un servicio a Dios (*Juan 16:2*).

La idea de un altar en el Cielo se encuentra más de una vez en *Apocalipsis* (8:5; 14:18). No era ni mucho menos una idea nueva. Cuando se hizo el mobiliario del Tabernáculo, cada pieza se hizo conforme al modelo que Dios poseía y le mostró a Moisés (*Éxodo 25:9,40; Números 8:4; Hebreos 8:5; 9:23*). Los que escribieron acerca del Tabernáculo y del Templo estaban convencidos de que el modelo de todas las cosas santas existía en el Cielo.

Las almas de los que habían sido ajusticiados estaban allí, debajo del altar. La imagen está tomada directamente del ritual de los sacrificios del Templo. Para un judío, lo más santo de

cualquier sacrificio era la sangre, porque la sangre se identificaba con la vida, y la vida pertenecía a Dios (*Levítico 17: 11-14*). Por esa razón, se estipulaba específica la ofrenda de la sangre.

< Echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto» (*Levítico 4:7*). Es decir: la sangre se ofrecía al pie del altar.

Esto nos da el sentido de este pasaje. Las almas de los mártires están *debajo del altar*. Es decir: su sangre vital se ha derramado como una ofrenda a Dios. La idea de que la vida de los mártires es un sacrificio ofrecido a Dios estaba en la mente de Pablo. Dice que se regocijará si *es ofrecido* en el sacrificio y el servicio de la fe de los filipenses (*Filipenses 2:17*). « Yo ya estoy a punto de ser sacrificado,» le dice a Timoteo (*2 Timoteo 4:6*). En tiempos de los Macabeos los judíos sufrieron terriblemente a causa de su fe. Hubo una madre cuyos siete hijos fueron amenazados de muerte por su lealtad a la fe judía. Ella los animó a no ceder, y les recordó que Abraham no se había negado a ofrecer a Isaac. Les dijo que, cuando llegaran a la gloria, tenían que decirle a Abraham que él había construido un altar de sacrificio, pero la madre de ellos había construido siete. En el judaísmo posterior se decía que el arcángel Miguel sacrificaba en el altar del Cielo las almas de los íntegros y de los que habían sido fieles en el estudio de la Ley. Cuando Ignacio de Antioquía iba de camino a Roma para sufrir el martirio, pedía en oración ser hallado digno de ser un sacrificio para Dios.

Hay aquí una verdad grande y alentadora. Cuando una persona buena muere por causa de la bondad, puede que parezca una tragedia, o el desperdicio de una vida noble, o la acción de los malos, y por supuesto que puede que sea todas esas cosas; pero cada vida que se ofrece por el bien y por la verdad y por Dios es a fin de cuentas más que cualquiera de esas cosas: es una ofrenda que se hace a Dios.

EL CLAMOR DE LOS MÁRTIRES

Apocalipsis 6:9-11 (conclusión)

Hay tres cosas en esta sección que debemos notar.

(i) Tenemos el grito eterno de los justos dolientes -«¿Hasta cuándo?» Este era el grito del salmista. ¿Hasta cuándo se les iba a permitir a los paganos afligir al justo pueblo de Dios? ¿Hasta cuándo se les iba a consentir burlarse de Su pueblo preguntándole dónde estaba su Dios y qué estaba haciendo? (*Salmo 79:5-10*). Lo que debemos recordar es que cuando los santos de Dios lanzaron este grito estaban sorprendidos ante la aparente inactividad de Dios, pero no tenían la menor duda de que Él habría de intervenir definitivamente para vindicar a los justos.

(ii) Tenemos aquí una actitud que nos es fácil criticar. Los santos deseaban *de hecho* ver que sus perseguidores recibían su justo castigo. Nos es difícil comprender la idea de que parte del gozo del Cielo fuera ver el castigo de los pecadores en el Infierno. Un autor judío escribió en *La ascensión de Moisés* (10:10) que oyó decir a Dios:

Y tú mirarás desde las alturas, y verás a tus enemigos en Gehena.

Y los reconocerás y te regocijarás, y Le darás gracias a tu Creador y Le confesarás.

Y algo después, Tertuliano (*En relación con los espectáculos* 30) había de burlarse de los paganos con su amor a los espectáculos, y decirles que el espectáculo que esperaban los cristianos con más ilusión era ver a sus perseguidores retorcerse en el Infierno:

Os encantan los espectáculos; pero esperad el mayor de todos los espectáculos, el juicio final y eterno del universo. ¡Cómo admiraré, cómo me reiré, cómo me regocijaré,

cómo celebraré cuando contemple a tantos monarcas orgullosos, y supuestos dioses, gimiendo en el más profundo abismo de tinieblas; a tantos magistrados que persiguieron el nombre del Señor, retorciéndose en llamas más feroces que las que ellos encendieron contra los cristianos; a tantos filósofos sabihondos tostándose en rojas llamas con sus ilusos discípulos; a tantos poetas célebres temblando ante el tribunal, no de Minus, sino de Cristo; a tantos actores, más a tono en la expresión de sus propios sufrimientos; a tantos bailarines haciendo cabriolas en las llamas.

Es fácil sentir asco ante el espíritu de venganza que podía escribir cosas así; pero debemos recordar por lo que pasaron aquellos hombres: la agonía de las llamas, la arena del circo con sus fieras, las torturas sádicas que tuvieron que sufrir. Solo tenemos derecho a criticarlo si hemos pasado por la misma agonía.

(iii) Los mártires deben descansar en paz un poco más de tiempo hasta que se complete su número. Los judíos tenían la convicción de que el drama de la Historia se tenía que representar hasta su final antes de que llegara el fin. Dios no intervendría hasta que la medida señalada se hubiera alcanzado (2 Esdras 4:36). Se tenía que completar el número de los justos que habían de ser ofrecidos (Henoc 47:4). El Mesías no vendría hasta que hubieran nacido todas las almas que hubieren de nacer. El eco de la misma idea resuena en el Oficio de Sepultura del Libro de Oraciones de la Iglesia Anglicana -párrafo que no figura en el lugar correspondiente de la liturgia de la I.E.R.E.-: «Te suplicamos que sea Tu voluntad en Tu generosa bondad que se cumpla en breve el número de Tus elegidos y se apresure la venida de Tu Reino.» Es una idea curiosa, pero conlleva la de que toda la Historia está en las manos de Dios, y de que en ella y a través de toda ella Dios está cumpliendo Su propósito hacia un fin indudable.

LA SACUDIDA DEL UNIVERSO

Apocalipsis 6:12-14

Y vi cuando abrió el sexto sello que hubo un terremoto tremendo, y el Sol se puso negro como si se cubriera de cilicio, y la Luna se puso toda como sangre; y las estrellas de los cielos cayeron sobre la Tierra como cuando una higuera deja caer los higos cuando la sacude el vendaval; y los cielos se replegaron como cuando se enrolla un volumen, y las colinas y las islas fueron removidas de sus lugares.

Juan usa imágenes que eran muy familiares en la literatura apocalíptica. Los judíos creían que el fin del mundo la Tierra sería sacudida y habría catástrofes y cataclismos cósmicos. En esta descripción hay, como si dijéramos, cinco elementos que aparecen repetidamente en el Antiguo Testamento y en la literatura intertestamentaria.

(i) Hay un terremoto. A la venida del Señor, la Tierra temblará (Amós 8:8). Habrá una gran sacudida en la tierra de Israel (Ezequiel 38:19). La Tierra temblará delante de Él y los cielos se estremecerán (Joel 2:10). Dios hará temblar los cielos y la Tierra, el mar y la tierra seca (Hageo 2:6). La tierra temblará y se sacudirá hasta sus cimientos; las colinas serán sacudidas y caerán (Asunción de Moisés 10:4). La tierra se abrirá y arrojará fuego (2 Esdras 5:8). El que sobreviva a la guerra morirá en el terremoto; y el que salga del terremoto morirá en el fuego, y el que escape del fuego perecerá de hambre (2 Baruc 70:8). Los profetas y videntes judíos previeron un tiempo en que la Tierra sería sacudida y la marea destructiva barrería el mundo viejo para que naciera el nuevo.

(ii) Hay oscurecimiento del Sol y de la Luna. El Sol se pondrá al mediodía, y la Tierra se oscurecerá en el día claro (Amós 8:9). No brillarán las estrellas; el Sol se oscurecerá al nacer, y la Luna no dará su resplandor (Isaías 13:10). Dios

vestirá de oscuridad los cielos y los cubrirá de cilicio (*Isaías 50:3*). Dios hará oscurecer las estrellas de los cielos, y cubrirá el Sol de nublado (*Ezequiel 32:7*). El Sol se volverá tinieblas, y la Luna, sangre (*Joel 2:31*). Los cuernos del Sol se quebrarán, y se volverá tinieblas; la Luna no dará su luz, y se convertirá en sangre; y el círculo de las estrellas se trastocará (*Asunción de Moisés 10:4s*). El Sol se oscurecerá, y la Luna dejará de dar luz (*Mateo 24:29; Marcos 13:24; Lucas 23:45*).

(iii) Hay una lluvia de estrellas. Para los judíos, esta era una idea especialmente terrible, porque el orden de los cielos era la garantía de la fidelidad inalterable de Dios. Si quitamos la fiabilidad de los cielos, no queda más que el caos. El ángel le dice a Henoc que contemple los cielos y vea que los cuerpos celestes nunca alteran sus órbitas ni transgreden el orden establecido (*Henoc 2:1*). Henoc vio las cámaras del Sol y de la Luna, cuando salen y cuando se ponen, que nunca abandonan sus órbitas ni les añaden ni les restan nada (*Henoc 41:5*). Para los judíos era el colmo del caos un universo en el que se caían las estrellas. Pero al fin de los tiempos el ejército del Cielo se disolvería y caería como las hojas de la vid y los higos de la higuera (*Isaías 34:4*). Las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas (*Mateo 24:29*). El firmamento caerá sobre el mar, y una catarata de fuego reducirá los cielos y las estrellas a una masa fundida (*Oráculos sibílicos 3:83*). Las estrellas transgredirán su orden y alterarán sus órbitas (*Henoc 80:5s*). La salida de las estrellas cambiará (*2 Esdras 5:4*). El fin del mundo será un tiempo cuando las cosas más estables del universo se convertirán en un caos desorganizado y aterrador.

(iv) Hay la recogida de los cielos. La figura en este pasaje es la de un volumen desenrollado de extremo a extremo, que se rasga por en medio y cada mitad se repliega y enrolla en su extremo. Dios hará estremecer los cielos (*Isaías 13:13*). Los cielos se enrollarán como un volumen (*Isaías 34:4*). Se quitarán y doblarán como se muda un vestido (*Salmo 102:25s*). Al final, hasta los mismos cielos eternos se rasgarán por en medio.

(v) Hay el desplazamiento de las colinas y de las islas del mar. Los montes temblarán y todos los collados serán destruidos (*Jeremías 4:24*). Temblarán los montes y los collados se derretirán (*Nahúm 1:5*). Juan vio un tiempo en el que las cosas más inamovibles serían desplazadas, y las islas rocosas como Patmos serían arrancadas de sus cimientos.

Por muy extraña que nos parezcan las figuras de Juan no hay en ellas ni un solo detalle que no figurara en las descripciones del fin de los tiempos en el Antiguo Testamento y en los libros que se escribieron entre los dos Testamentos. No debemos pensar que estas figuras se han de tomar literalmente. Juan toma todas las cosas aterradoras que se pueden imaginar, y las amontona para dar una impresión de los terrores del fin de los tiempos. Hoy, con nuestro creciente interés científico; puede que pintáramos el cuadro de manera diferente; pero no son los colores lo que importa, sino los terrores que Juan y los videntes judíos previeron para cuando Dios invadiera la Tierra cuando se acercara el final del tiempo.

EL TIEMPO DEL TERROR

Apocalipsis 6:15-17

Los reyes de la Tierra, y los grandes, y los capitanes, y los ricos, y los fuertes, lo mismo que todos los esclavos y todos los libres, se escondieron en las cuevas y en las peñas de los collados, y dijeron a las montañas y a las rocas:

- ¡Caed sobre nosotros y escondednos del rostro del Que está sentado en el trono y de la ira del Cordero! Porque ha llegado el gran día de Su ira, ¿y quién podrá mantenerse en pie?

Tal como lo vio Juan en su visión, el tiempo del fin había de ser de terror universal. Aquí está también manejando

imágenes que les resultarían familiares a todos los que conocieran el Antiguo Testamento y los últimos escritos judíos. Cuando llegara el Día del Señor, todo el mundo estaría aterrado; angustias y dolores se apoderarían de ellos como de la mujer de parto; y se asombraría cada cual de su compañero (*Isaías 13:6,8*). Entonces, hasta los valientes gritarían de terror (*Sofonías 1:14*). Temblarían todos los habitantes de la Tierra (*Joel 2:1*). Estarían aterrados; no tendrían adónde huir ni dónde esconderse; las criaturas de la Tierra temblarían de miedo (*Henoc 102:1,3*). Dios Se presentaría como testigo contra Su pueblo pecador (*Miqueas 1:1-4*). Sería como fuego purificador, ¿y quién podría soportar el tiempo de Su venida? (*Malaquías 3:1-3*). El Día del Señor sería grande y terrible, ¿y quién podría soportarlo? (*Joel 2:11*). La gente le diría a los montes: < ¡Cubridnos! > y a los collados: < ¡Caed sobre nosotros! > (*Oseas 10:8*), palabras que citó Jesús cuando iba de camino hacia la Cruz (*Lucas 23:30*).

Este pasaje tiene dos cosas significativas que decir acerca de este terror.

(i) Es universal. El versículo 15 menciona a los reyes, los capitanes, los grandes, los ricos, los fuertes, los esclavos y los libres. Se ha hecho notar que estas siete palabras incluyen < toda la gama de la sociedad humana. > Nadie estará exento del juicio de Dios. Los grandes puede que fueran los gobernadores romanos que persiguieron a la Iglesia; los capitanes, las autoridades militares. Por muy grandes que fueran eran hombres, y por mucho poder que manejaran estaban sujetos al juicio de Dios. Por muy rica que sea una persona, por muy fuerte, por muy libre que se considere, por muy insignificante que fuera un esclavo, no escaparía al juicio de Dios.

(ii) Cuando llega el Día del Señor, Juan ve a la gente buscando dónde esconderse. Aquí tenemos la gran verdad de que el primer instinto del pecado es esconderse. En el Jardín del Edén, Adán y Eva trataron de esconderse (*Génesis 3:8*). H. B. Swete dice: < Lo que más temen los pecadores no es la muerte sino la presencia reveladora de Dios. > Lo terrible del

pecado es que convierte al hombre en un fugitivo de Dios; y lo supremo de la obra de Jesucristo es que pone al hombre en una relación con Dios en la que ya no necesita esconderse, sabiendo que puede confiarse al amor y la misericordia de Dios.

(iii) Notemos una última cosa. De lo que huye la gente es de *la ira del Cordero*. Aquí tenemos una paradoja; no asociamos fácilmente la ira con el Cordero, sino más bien la benignidad y la amabilidad. Pero la ira de Dios es la ira del amor, que no trata de destruir, sino que hasta en la indignación trata de salvar al que ama.

RESCATE Y RECOMPENSA

Apocalipsis 7:1-3

Después de esto vi a cuatro ángeles que estaban de pie en las cuatro esquinas de la Tierra conteniendo los cuatro vientos de la Tierra para que no soplara ningún viento sobre la Tierra ni sobre el mar ni sobre ningún árbol. Y vi otro ángel subiendo de donde sale el Sol con un sello que pertenecía al Dios vivo, y les gritó a gran voz a los cuatro ángeles a los que se había otorgado poder para hacer daño ala tierra y al mar:

- ¡No hagáis daño ni a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos a los siervos de nuestro Dios en la frente!

Antes de estudiar este capítulo en detalle conviene que establezcamos el esquema general que presenta.

Juan está contemplando la visión de los últimos días terribles, y en particular la gran tribulación que está para venir, que no es de comparar con ninguna otra que haya habido desde el principio del mundo hasta ahora (cp. *Mateo 24:21*; *Marcos 13:19*). En esta tribulación que ha de venir tenía que haber un

asalto final de todos los poderes del mal y una devastación final en la Tierra. Los vientos estaban esperando para cumplir su misión en esta devastación, para lo cual están siendo retenidos.

Antes que venga este tiempo de terror y devastación, los fieles han de ser marcados con el sello de Dios para que puedan sobrevivir. No es que hayan de ser eximidos, sino que han de superar la situación a salvo.

Este es un cuadro terrible; aun cuando los fieles hayan de superar este tiempo terrible, sin embargo tienen que pasarlo, y esta es una perspectiva que hace temblar hasta al más valiente.

En el versículo 9, la perspectiva de la visión de Juan se amplía todavía más, y ve a los fieles después que ha pasado la gran tribulación. Están en perfecta paz y satisfacción en la misma presencia de Dios. El tiempo del fin les traerá horrores indecibles, pero cuando los hayan pasado entrarán en un gozo igualmente indecible.

Hay realmente tres elementos en este cuadro. (i) Hay *una advertencia*. El último tiempo sin precedente e inconcebible de tribulación está próximo. (ii) Hay *seguridad*. En ese tiempo de destrucción los fieles sufrirán terriblemente, pero saldrán a salvo al otro lado porque están marcados con el sello de Dios. (iii) Hay *una promesa*. Cuando hayan pasado por ese tiempo, entrarán en la bienaventuranza en la que ya no habrá más dolor ni tristeza, sino solo paz y gozo.

LOS VIENTOS DE DIOS

Apocalipsis 7:1-3 (continuación)

Esta visión se enmarca en conceptos del mundo que eran los de los días en que Juan escribía.

La Tierra es plana y cuadrada; y en las cuatro esquinas hay cuatro ángeles esperando para desatar los vientos de la destrucción. Isaías habla de reunir a los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la Tierra (*Isaías 11:12*). Para Ezequiel «el fin viene de los cuatro extremos de la Tierra» (*Ezequiel 7:2*).

Los pueblos antiguos creían que los vientos que soplaban del Norte, del Sur, del Este y del Oeste eran todos favorables; pero los que soplaban diagonalmente a través de la Tierra eran perjudiciales. Por eso estaban los ángeles apostados en las cuatro esquinas de la Tierra. Estaban a punto de desatar los vientos que soplan diagonalmente. Era una creencia corriente que todas las fuerzas de la naturaleza estaban a cargo de ángeles; así es que leemos del ángel del fuego (*Apocalipsis 14:18*) y del ángel de las aguas (*Apocalipsis 16:5*). Estos ángeles se llamaban «los ángeles del servicio.» Perteneían al rango más bajo de los ángeles, porque estaban de guardia constantemente, y por tanto no podían guardar el Sábado como día de reposo. Los israelitas piadosos que observaban fielmente la Ley del Sábado se decía que estaban por encima de los ángeles del servicio.

A estos ángeles se había mandado que retuvieran los vientos hasta que se acabara la labor de sellar a los fieles. Esta idea tiene más de un eco en la literatura judía. En *Henoc*, Dios manda a los ángeles de las aguas que las retengan hasta que Noé haya terminado el arca (*Henoc 66:1 s*). En *2 Baruc*, se manda a los ángeles de las antorchas encendidas que contengan el fuego, cuando los babilonios estaban saqueando Jerusalén, hasta que se hubieran escondido los vasos sagrados del Templo, y estuvieran a salvo del saqueo de los invasores (*2 Baruc 6:4*). Más de una vez vemos a los ángeles conteniendo las fuerzas de destrucción hasta que se asegura que los fieles están a salvo.

Una de -las ideas interesantes y pintorescas del Antiguo Testamento es la de que los vientos son los siervos y agentes de Dios. Esto se aplicaba especialmente al siroco, el terrible viento del sureste, con ráfagas que eran tan candentes como si salieran de un horno, y que secaban y agostaban la vegetación.

Zacarías pinta las carrozas de los vientos que se ponen en marcha después de presentarse ante el Señor de toda la Tierra (Zacarías 6:1-5). Nahúm habla del Señor, Que marcha sobre la tempestad y el torbellino (el siroco) (Nahúm 1:3). El Señor avanza entre los torbellinos del Sur (Zacarías 9:14). Los vientos son los carruajes de Dios (Jeremías 4:13). Él usa los torbellinos como Sus carros (Isaías 66:15). El viento es el soplo de Dios (*Job* 37:9s). El viento rompe los montes y quiebra las peñas (1 Reyes 19:11) y agosta la hierba (Isaías 40:7,24) y seca las fuentes, los ríos y el mar (Nahúm 1:4; Salmo 18:15).

Tan terrible era el efecto del siroco que se le reservó un lugar en los cuadros de los últimos días. Uno de los terrores que habían de preceder al fin era una terrible tormenta. Dios destruiría a Sus enemigos como hojarasca delante del viento (Salmo 83:13). El Día de Dios sería un día de torbellino (Amós 1:14). La tempestad del Señor sale con toda su furia y cae sobre la cabeza de los impíos (Jeremías 23:19; 30:23). El viento del Señor, el siroco, vendrá del desierto y destruirá la fertilidad de la tierra (Oseas 13:15). Dios enviará Sus cuatro vientos sobre Elam y diseminará al pueblo (Jeremías 49:36).

Esto nos es difícil de entender a muchos; el que vive en un clima templado no conoce el terror del viento. Pero hay algo aquí mucho más trascendental y característico del pensamiento judío. Los judíos no sabían nada de causas secundarias. Nosotros decimos que las condiciones atmosféricas, los cambios de temperatura, el relieve de la tierra y la montaña, producen ciertas consecuencias. Los judíos lo atribuían todo a la intervención directa de Dios. Sencillamente decían que Dios enviaba la lluvia, soplaba el viento, tronaba y enviaba Su rayo.

Sin duda ambos puntos de vista son correctos, porque puede que nosotros creamos que Dios obra por medio de las leyes por las que se gobierna Su universo.

EL DIOS VIVIENTE

Apocalipsis 7:1-3 (conclusión)

Antes de que la gran tribulación azote la Tierra, los fieles tienen que ser marcados con el sello de Dios. Hay aquí dos cosas que señalar.

(i) El ángel con el sello viene de donde nace el Sol, del Oriente. Todas las figuras de Juan quieren decir algo, y puede que haya dos significados detrás de esta. (a) Es en el Este donde nace el Sol, el supremo proveedor material de la luz y de la vida; y el ángel puede que represente la vida y la luz que Dios da a Su pueblo aun cuando acechan la muerte y la destrucción. (b) También es posible que Juan recuerde algo de la historia del nacimiento de Jesús. Los magos llegaron a Palestina buscando al Rey que había de nacer, porque < Su estrella hemos visto en el Oriente > (Mateo 2:2). Es natural que el ángel liberador surgiera en la misma parte del cielo que la estrella que anunció el nacimiento del Salvador.

(ii) El ángel tiene el sello que pertenece al *Dios* viviente. *El Dios* viviente es una expresión en la que se complacían mucho los autores de la Escritura, y cuando la usan tienen en mente ciertas cosas.

(a) Están pensando en el Dios viviente en contraposición a los dioses muertos de los paganos. Isaías tiene un pasaje tremendo de sublimé ironía refiriéndose a los gentiles y a los dioses que se han hecho con sus propias manos (Isaías 44:9-17). El herrero toma una masa de metal, y la trabaja sirviéndose del fuego, de la maza, de las tenazas y de la fuerza de su brazo, sudando y cansándose en la tarea de hacer un dios. El carpintero tala un árbol, trabaja con la regla, los cepillos y el compás; usa parte de la madera para hacerse un fuego para calentarse o para cocer el pan y asar la carne, y otra parte la usa para hacer un dios. Los dioses de los paganos están muertos y son hechura humana; nuestro Dios está vivo y es el Creador de todas las cosas.

(b) La idea del Dios viviente se usa para dar ánimo. En medio de sus luchas, Josué le recuerda al pueblo que está con ellos el Dios viviente, Que mostrará Su poder en todos los enfrentamientos con el enemigo (Josué 3:10). Cuando un creyente se encuentra en aprietos insuperables, sabe que el Dios viviente está a su lado.

(c) Solamente se puede tener verdadera satisfacción en el Dios viviente. Es al Dios viviente al que el alma del salmista anhela y de Quien tiene sed (*Salmo 42:2*). No se puede encontrar satisfacción en las cosas, sino solo en la relación con las personas; por ello no se puede encontrar la más alta satisfacción sino en la comunión con el Dios viviente.

(d) Los autores bíblicos hacen hincapié en el privilegio de conocer y pertenecer al Dios viviente. Oseas recuerda al pueblo de Israel que hubo un tiempo en que ellos no eran ningún pueblo, pero por la misericordia de Dios habían llegado a ser hijos del Dios viviente (*Oseas 1:10*). Nuestro privilegio es que se nos ofrece la amistad, la relación, la ayuda, el poder y la presencia del Dios viviente.

(e) En la idea del Dios viviente se dan al mismo tiempo una promesa y una amenaza. *2 Reyes* nos cuenta gráficamente la historia de cuando el gran rey Senaquerib mandó a su mensajero Rabsaces a decirle a Ezequías que tenía intención de acabar con la nación de Israel.. Hablando humanamente, el pequeño reino de Judá no tenía esperanza de sobrevivir si se le echaba encima el poder de Asiria. Pero con Israel estaba el Dios viviente, Que era una amenaza para los no-dioses de Asiria y una promesa para los fieles de Israel (*2 Reyes 18:17-37*).

EL SELLO DE DIOS

Apocalipsis 7:4-8

Y oí el número de los que fueron sellados: ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de los hijos de

Israel. De la tribu de Judá, doce mil fueron sellados; de la tribu de Rubén, doce mil; de la tribu de Gad, doce mil; de la tribu de Aser, doce mil; de la tribu de Neftalí, doce mil; de la tribu de Manasés, doce mil; de la tribu de Simeón, doce mil; de la tribu de Leví, doce mil; de la tribu de Zabulón, doce mil; de la tribu de José, doce mil; de la tribu de Benjamín, doce mil.

Los que han de pasar a salvo por la gran tribulación reciben una señal en la frente. Esta figura deriva probablemente de *Ezequiel 9*. En la descripción de Ezequiel, antes de que empiece la matanza final, el hombre del tintero de escribano marca en la frente a los que son fieles, y a los verdugos se les dice que no toquen a los que están marcados (*Ezequiel 9:1-7*).

La idea del sello del rey sería muy comprensible en Oriente. Los reyes orientales llevaban colgado un anillo de sellar cuya marca se usaba para autenticar documentos que procedían del rey y para marcar lo que era propiedad exclusiva del rey. Cuando el Faraón nombró su primer ministro y representante a José, le dio su anillo de sellar como señal de la autoridad que delegaba en él (*Génesis 41:42*). Lo mismo hizo Asuero, primero con Amán y luego, cuando se descubrió la trama malvada de este, con Mardoqueo (*Ester 3:10; 8:2*). La losa que cerró el foso de los leones al que echaron a Daniel fue sellada (*Daniel 6:17*), y lo mismo la piedra con la que los judíos trataron de asegurar la tumba de Jesús (*Mateo 27:66*).

Muy frecuentemente un sello indicaba origen o posesión. Un mercader sellaba un paquete de mercancía para certificar que era suya; y el dueño de una viña sellaba las botellas de vino para mostrar que procedían de su viña y tenían su garantía.

Así es que aquí el sello era la señal de que aquellas personas pertenecían a Dios y estaban bajo Su poder y autoridad.

En la Iglesia primitiva esta figura de marcar con un sello se relacionaba especialmente con dos cosas. (a) Con el Bautismo, que se describía frecuentemente como recibir un sello. Era como si, al ser bautizada una persona, se le pusiera una señal

para mostrar que había pasado a ser propiedad y posesión de Dios. (b) Pablo habla repetidas veces acerca del cristiano que está sellado con el don del Espíritu Santo. Poseer el Espíritu Santo es la señal de pertenecer a Dios. El cristiano verdadero está marcado con el sello del Espíritu, que le permite tener la sabiduría y la fuerza para hacerse cargo de la vida de una manera que está fuera del alcance de los que no lo son.

EL NÚMERO DE LOS FIELES

Apocalipsis 7:4-8 (conclusión)

Hay algunas cosas bien generales que han de notarse aquí y que ayudarán considerablemente a entender este pasaje.

(i) Dos cosas se han de decir acerca del número 144,000. (a) Es bastante seguro que no representa el número de los fieles en cierto día y generación. Los 144,000 representan a los que en el tiempo de Juan son sellados y preservados de la gran tribulación que les sobrevendrá en cualquier momento. A su debido tiempo, como veremos en el versículo 9, se van a incluir en la multitud innumerable que procede de todas las naciones. (b) El número 144,000 representa, no la limitación, sino la plenitud y perfección. Es el producto de 12 por 12 -el cuadrado perfecto, hecho aún más inclusivo y completo al multiplicarse por 1,000. Esto no nos dice que el número de los salvos será muy pequeño, sino al contrario: que será muy grande.

(ii) La enumeración en términos de las doce tribus de Israel no quiere decir que esto se refiera exclusivamente a los judíos. Uno de los pensamientos básicos del Nuevo Testamento es que la Iglesia es el verdadero Israel, y que el Israel nacional ha pasado todos sus privilegios y promesas a la Iglesia. Pablo escribe: «No es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del

corazón, en espíritu y no según la letra. La alabanza del tal no viene de los hombres, sino de Dios» (Romanos 2:28s). «No todos los que descienden de Israel son israelitas,» dice también Pablo (Romanos 9:6s). Si una persona es de Cristo, es la simiente de Abraham y heredera según la promesa (Gálatas 3:29). Es la Iglesia la que es el Israel de Dios (Gálatas 6:16). Son los cristianos los que son la verdadera circuncisión, los que dan culto a Dios en el Espíritu, que se regocijan en Jesucristo sin poner su confianza en la carne (Filipenses 3:3). Aunque este pasaje se presente en términos de las doce tribus de Israel, se refiere a la Iglesia de Dios, el nuevo Israel, el Israel de Dios.

(iii) Sería una equivocación hacer hincapié en el orden en que se mencionan las diez tribus, porque las listas suelen variar en el orden. Pero dos cosas sobresalen. (a) Judá ocupa el primer lugar, que le corresponde a Rubén, el primogénito de Jacob. Eso se explica sencillamente por el hecho de que fue de la tribu de Judá de la que vino el Mesías. (b) Mucho más interesante es la omisión de Dan. Pero también tiene su explicación. En el Antiguo Testamento, Dan no conserva un lugar elevado, y se relaciona frecuentemente con la idolatría. En el discurso de despedida de Jacob a sus hijos, se dice: «Será Dan serpiente junto al camino, víbora junto a la senda, que muerde los talones del caballo y hace caer hacia atrás al jinete» (Génesis 49:17). En Jueces, los descendientes de Dan se dice que se hicieron un ídolo (Jueces 18:30). Los becerros de oro, que se convirtieron en un pecado, se instalaron en Betel y en Dan (1 Reyes 12:29). Y hay más. Hay un dicho curioso en Jeremías 8:16: «Desde Dan se oyó el resoplar de sus caballos; al sonido de los relinchos de sus corceles tembló toda la Tierra. Vinieron y devoraron la tierra y todo lo que en ella había.» Ese dicho se tomó como una referencia al Anticristo, la encarnación del mal que había de venir; y llegó a creerse entre los rabinos judíos que el Anticristo había de proceder de Dan. Hipólito (Sobre el Anticristo 14) dice: «Como el Cristo nació de la tribu de Judá, así nacerá el Anticristo de la tribu de Dan.»

Esa es la razón por la que se omite Dan de esta lista, completándose su número con el nombre de Manasés, que normalmente se considera incluido en José.

LA GLORIA DE LOS MÁRTIRES

Apocalipsis 7:9s

Después de esto vi, fijaos, una gran multitud, tan grande que nadie podría contar su número, procedente de todas las razas y las tribus y los pueblos y las lenguas, que estaban de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en las manos. Y gritaban a gran voz:

- ¡La Salvación es cosa de nuestro Dios, Que está sentado en el trono, y del Cordero!

Aquí tenemos el principio de la visión de la bienaventuranza futura de los mártires.

(i) Aquí hay aliento. Se les está echando encima a los fieles un tiempo de terror como no se ha conocido nunca; y Juan les está diciendo que, si lo soportan hasta el final, la gloria habrá valido la pena, cualquier pena. Está presentándoles lo infinitamente rentable que es en último extremo aceptar todo lo que implique el martirio que deba sufrir la fidelidad.

(ii) El número de los mártires es incontable. Esto bien puede ser el recuerdo de la promesa que Dios le hizo a Abraham de que sus descendientes llegarían a ser tan numerosos como las estrellas del cielo (*Génesis 15:5*), y como la arena de todas las playas (*Génesis 32:12*); al final, el número del verdadero Israel estará fuera de toda estadística.

(iii) Juan usa una frase a la que es muy aficionado. Dice que los fieles de Dios procederán de todas las razas y las tribus y los pueblos y las lenguas (Cp. *Apocalipsis 5:9; 11:9; 13:7; 14:6; 17:15*). H. B. Swete habla de «la multitud cosmopolita

y políglota que se apelonaba en el ágora o en los muelles de los puertos de las ciudades de Asia.> En cualquier puerto o mercado de Asia se reunían personas de muchas tierras, que hablaban muchos idiomas diferentes. A cualquier evangelista se le inflamaría el corazón al llevar el mensaje de Cristo a una multitud tan diversa de personas. Aquí tenemos la promesa de que llegará el día cuando toda esta multitud abigarrada de muchas naciones y lenguas llegará a ser el rebaño del Señor Jesucristo.

(iv) Es en victoria como llegan por último los fieles a la presencia de Dios y del Cordero. Aparecen, no cansados, vapuleados y gastados, ¡sino victoriosos! La túnica blanca es la señal de la victoria; un general romano desfilaba en su triunfo vestido de blanco. La palma también es un emblema de victoria. Cuando, bajo el dominio de los Macabeos, Jerusalén fue liberada de las contaminaciones de Antíoco Epífanes, el pueblo entró y desfiló con ramas y ramos y palmas y salmos (*2 Macabeos 10:7*).

(v) El grito triunfal de los fieles adscribe la Salvación a Dios. Es Dios Quien los ha sacado con bien de sus luchas y pruebas y tribulaciones; y es Su gloria la que ahora comparten. Dios es el gran Salvador, el gran Libertador de Su pueblo. Y la liberación que Él da no es la de la huida, sino la de la victoria. No es una liberación que libra a una persona de los problemas, sino que le conduce victoriosamente entre ellos. No hace que la vida sea fácil, sino la hace grandiosa. No es parte de la esperanza cristiana el buscar una vida en la que uno se vea libre de todo problema y angustia; la esperanza cristiana consiste en que una persona en Cristo puede soportar cualquier clase de dificultad y adversidad manteniéndose firme, y salir a la gloria por el otro lado.

LA ALABANZA DE LOS ÁNGELES

Apocalipsis 7:11s

Y todos los ángeles estaban en pie formando un círculo alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, y se postraron delante del trono y adoraron a Dios diciendo:

- ¡Así sea! La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza corresponden a nuestro Dios por siempre jamás. Amén.

La escena está formada por una serie de grandes círculos concéntricos de habitantes del Cielo. En el círculo exterior están todos los ángeles. Más cerca del trono, los veinticuatro ancianos; aún más cerca, los cuatro seres vivientes, y delante del trono están los mártires vestidos de blanco. Los mártires acaban de entonar su cántico de alabanza a Dios, y los ángeles entran en la alabanza y la hacen suya diciendo: « ¡Así sea!» Dicen «Amén» a las alabanzas de los mártires, y luego entonan su propio cántico, en el que todas las palabras están preñadas de sentido.

Adscriben *la bendición* a Dios; y toda la creación de Dios debe estarle bendiciendo siempre por Su bondad en la creación y en la redención y en la providencia de todo lo que ha creado. Como decía un gran santo: « Tú nos has hecho, y somos Tuyos; Tú nos has redimido, y somos, tuyos por partida doble.»

Adscriben *la gloria* a Dios. Él es el Rey de reyes y el Señor de señores; por tanto, a Él se ha de dar la gloria. Dios es amor; pero ese amor no se debe rebajar a mera sensiblería; no debemos olvidar nunca la majestad de Dios.

Adscriben *la sabiduría* a Dios. Él es la fuente de toda verdad, el dador de todo conocimiento. Si buscamos la sabiduría, solo la podemos encontrar por dos senderos: buscando con nuestra mente, y esperando en Dios -y cada uno es tan importante como el otro.

Ofrecen *la acción de gracias* a Dios. Él es el dador de la salvación y el constante proveedor de la gracia; es el Creador del mundo y el constante sustentador de todo lo que hay en él. El clamor del salmista había sido: « ¡Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de Sus beneficios!» (*Salmo 103:2*). Shakespeare decía que es más agudo que los dientes de una víbora el tener un hijo desagradecido. Debemos asegurarnos de no ser nunca culpables del más feo y desgraciado de los vicios, que es la ingratitud.

Adscriben *el honor* a Dios. Dios debe ser adorado. Puede que a veces Le consideremos como Alguien de Quien nos podemos aprovechar; pero no deberíamos olvidar el deber de la adoración, limitándonos a pedirle cosas; a Dios hemos de rendirnos con todo lo que tenemos y somos.

Adscriben *el poder* a Dios. Su poder nunca disminuye, y lo maravilloso es que lo usa con amor por los hombres. Dios cumple Su propósito en el tiempo, y al final vendrá Su Reino.

Adscriben *la fuerza* a Dios. El problema de la vida es encontrar la fuerza para cumplir sus tareas, sus responsabilidades y sus exigencias. El cristiano puede decir: «Seguiré adelante con la fuerza del Señor.»

No hay ejercicio más excelente en la vida devocional que meditar en la alabanza de los ángeles, y hacerla nuestra.

LAVADOS DEL PECADO

Apocalipsis 7:13s

Entonces uno de los ancianos me dijo:

- ¿Sabes quiénes son esos que están vestidos de túnicas blancas y de dónde vienen?

- Señor, tú sabrás -le contesté.

- Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas y las han emblanquecido mediante el poder de la sangre del Cordero.

Hay que fijarse en una cosa antes de pasar a tratar de este pasaje en detalle. La antigua versión Reina-Valera generalizaba el sentido al traducir: < Estos son los que han venido de grande tribulación. > A partir de la revisión de 1960 se ha corregido: «los que han salido de *la gran tribulación*.» El vidente está convencido de que él y su pueblo se encuentran en el tiempo final de la Historia, y que ese tiempo final va a ser más terrible de lo que se pueda imaginar. El mensaje de su visión es que a ese tiempo terrible seguirá la gloria. No es de tribulación en general de lo que está hablando, sino de la tribulación que anunció Jesús cuando dijo: «Porque aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios hizo, hasta este tiempo, ni la habrá» (*Marcos 13:19; Mateo 24:21*). Ahora leemos este pasaje como si hablara de tribulación en general, y en ese sentido lo encontramos muy precioso; y tenemos razón al entenderlo así, porque las promesas de Dios son para siempre; pero al mismo tiempo debemos recordar que originalmente se refería a las circunstancias inmediatas de las personas a las que estaba escribiendo Juan.

Este pasaje tiene dos figuras que son muy corrientes en la Biblia. Veamos primero estas figuras separadamente, y luego las juntaremos para encontrar el sentido total del pasaje.

La gran multitud de los bienaventurados están vestidos *de ropas blancas*. La Biblia tiene mucho que decir tanto acerca de la ropa blanca como acerca de la ropa sucia. En el mundo antiguo esta era una metáfora muy natural, porque estaba prohibido acercarse a un dios vestido de ropa que no estuviera limpia. La metáfora aún se intensificaba más por el hecho de que cuando un cristiano era bautizado se le ponían vestiduras blancas nuevas. Estas vestiduras simbolizaban su nueva vida, y el ensuciarlas suponía su fracaso en el cumplimiento de los votos bautismales.

Isaías dice: «Todos nosotros somos como cosa impura, y todas nuestras buenas obras como trapos inmundos» (*Isaías 64:6*). Zacarías ve al sumo sacerdote Josué cubierto con

vestiduras viles, y oye decir a Dios: < Quitadle esas vestiduras viles... Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala > (*Zacarías 3:1-5*). Como preparación para recibir los mandamientos de Dios, Moisés mandó al pueblo que se lavara la ropa (*Éxodo 19:10,14*). El salmista pide a Dios que le lave más y más de su maldad, que le purifique con hisopo, que le lave hasta que quede más blanco que la nieve (*Salmo 51:1-7*). El profeta oye la promesa de Dios de que los pecados que sean como la grana quedarán más blancos que la nieve, y los que sean rojos como el carmesí quedarán como la lana blanca (*Isaías 1:18*). Pablo recuerda a los suyos de Corinto que ya han sido lavados y santificados (*1 Corintios 6:11*).

Aquí tenemos una figura que aparece en toda la Escritura, la de un hombre que se ha ensuciado la ropa con el pecado y que ha sido limpiado por la gracia de Dios. Es de suma importancia recordar que este amor de Dios no solo perdona al hombre por tener sus vestiduras sucias, sino que también se las limpia.

LA SANGRE DE JESUCRISTO

Apocalipsis 7:13s (continuación)

Este pasaje habla de *la sangre del Cordero*. El Nuevo Testamento tiene mucho que decir acerca de la sangre de Jesucristo. Debemos poner cuidado para darle a esta frase todo su significado. Para nosotros *sangre* quiere decir *muerte*, y no cabe duda que la sangre de Jesucristo indica Su muerte. Pero para los judíos *la sangre* representaba *la vida*. Por eso los judíos ortodoxos no comían -ni comen- nada que contenga sangre (*Génesis 9:4*). La sangre es la vida, y la vida pertenece a Dios; y la sangre se le ha de sacrificar a Él. La identificación de la sangre con la vida es algo natural. Cuando uno se desangra, pierde la vida. Cuando el Nuevo Testamento habla de la sangre de Jesucristo no quiere decir solo Su muerte, sino

Su vida y muerte. La sangre de Cristo representa todo lo que Cristo hizo por nosotros y quiere decir para nosotros en Su vida y en Su muerte. Con esto en mente veamos lo que el Nuevo Testamento dice acerca de esa sangre.

Es la sangre de Jesucristo lo que nos limpia de todo pecado (*1 Juan 1:7*). Es la sangre de Jesucristo lo que hace expiación por nosotros (*Romanos 3:25*), y es mediante Su sangre como somos justificados (*Romanos 5:9*). Es por Su sangre como tenemos redención (*Efesios 1:7*), y somos redimidos con la preciosa sangre de Cristo como de un cordero sin mancha ni contaminación (*1 Pedro 1:19*). Es mediante Su sangre como obtenemos la paz con Dios (*Colosenses 1:20*). Su sangre purifica nuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios viviente (*Hebreos 9:14*).

Hay aquí cuatro ideas, y de la primera es de la que se derivan las otras.

(i) La idea principal está basada en *el sacrificio*. El sacrificio es esencialmente algo designado para restablecer la relación perdida con Dios. Dios da al hombre Su Ley. El hombre quebranta esa Ley. Eso interrumpe la relación con Dios. El sacrificio está diseñado para compensar esa ruptura y restaurar la relación perdida. La gran Obra de Jesucristo en Su vida y en Su muerte es restaurar la relación perdida entre Dios y el hombre.

(ii) Esta Obra de Cristo tiene que ver con *el pasado*. Obtiene para el hombre el perdón de sus pecados pasados y le libera de la esclavitud al pecado.

(iii) Esta Obra de Cristo tiene que ver con *el presente*. Le da al hombre aquí y ahora, en este mundo, a pesar del fracaso y del pecado, una relación nueva e íntima con Dios, en la que el miedo desaparece y el amor es el vínculo.

(iv) Esta Obra de Cristo tiene que ver con *el futuro*. Libera al hombre del poder del mal y le capacita para vivir una vida nueva en el tiempo por venir.

LOS SANTOS QUE HAN LAVADO SUS ROPAS EN LA SANGRE DEL CORDERO

Apocalipsis 7:13s (continuación)

Unamos ahora las dos ideas que hemos estudiado. Los bienaventurados han lavado sus vestiduras y las han dejado blancas en la sangre del Cordero. Tratemos de expresar todo lo sencillamente que podamos lo que esto quiere decir.

Las vestiduras blancas siempre representan dos cosas. Representan *la pureza*, la vida limpia de la suciedad del pecado pasado, la infección del pecado presente y el ataque del pecado futuro. Y representan *la victoria*, la vida que ha descubierto el secreto del vivir victorioso. Para decirlo de la manera más sencilla: esto quiere decir que los bienaventurados han encontrado el secreto de la pureza y de la victoria en todo lo que Jesucristo hizo por ellos en Su vida y en Su muerte.

Ahora tratemos de ver el sentido de *en la sangre del Cordero*. Hay dos posibilidades.

(i) Puede que quiera decir *en el poder de la sangre del Cordero o al precio de la sangre del Cordero*. Esta sería entonces una manera gráfica de decir que esta pureza y esta victoria se obtuvieron por el poder y al precio de todo lo que Jesucristo hizo por los hombres en Su vida y en Su muerte.

(ii) Pero puede que sea más probable que la imagen se haya de tomar literalmente; y que Juan conciba que los bienaventurados han lavado sus vestiduras en la sangre que fluye de las heridas de Jesucristo. Para nosotros esa es una figura extraña y puede que hasta repulsiva; y es paradójico el pensar que las ropas se puedan dejar blancas lavándolas en sangre escarlata. Pero no les parecería extraño a los del tiempo de Juan; a muchos de ellos les sonaría familiar. La fuerza religiosa mayor de la época era la de las religiones de misterio. Estas eran religiones dramáticas que mediante profundamente conmovedoras ceremonias ofrecían a los hombres un nuevo nacimiento y una promesa de vida eterna. Tal vez la más famosa era el

mitraísmo, centrado en el dios Mitra. El mitraísmo tenía devotos en todo el mundo; era la religión favorita en el ejército Romano, y hay reliquias hasta en las Islas Británicas de las capillas de Mitra en las que se reunían los soldados romanos para celebrar sus cultos. La ceremonia más sagrada del mitraísmo era el *taurobolium*, el bautismo en sangre de toro. Lo describe el poeta cristiano Prudencio: < Se cavaba una fosa, sobre la que se erigía una plataforma de placas que estaban perforadas con agujeros. Sobre esa plataforma se degollaba el toro del sacrificio. Debajo de la plataforma estaba arrodillado el adorador que iba a iniciarse. La sangre del toro sacrificado caía por los agujeros de las placas sobre el adorador, que exponía su cabeza y toda su ropa para que se saturara con la sangre; y luego se daba la vuelta y exponía el cuello para que la sangre le resbalara sobre los labios, oídos, ojos y nariz; mojaba su lengua con la sangre, y la bebía como una acción sacramental. Salía de la fosa seguro de que era *renatus in aeternum*, nacido de nuevo para toda la eternidad.>

Esto nos parecerá sin duda macabro y terrible. Justino Mártir decía que el diablo había sugerido estas ceremonias a los paganos para vacunarlos contra la verdad del Evangelio. Pero la verdad gloriosa e inmutable es que mediante la vida y la muerte de Jesucristo se le ofrece al cristiano esa pureza y victoria que no podía lograr por sí mismo, y el nacer de nuevo a la vida eterna.

EL SACRIFICIO DE CRISTO Y LA APROPIACIÓN HUMANA

Apocalipsis 7:13s (conclusión)

Aún nos queda por notar una cosa que es de importancia capital. Se dice de los bienaventurados que «habían lavado sus vestiduras y las habían dejado blancas en la sangre del Cordero.»

Aquí se establece simbólicamente la parte que corresponde a la persona en su propia salvación; los bienaventurados lavaron sus propias vestiduras. Es decir, la obra de la redención humana es de Cristo; pero su efecto no se produce automáticamente, sino que la persona tiene que apropiárselo. Puede que estén a disposición de una persona todos los medios para limpiar sus vestiduras; pero resultarán ineficaces a menos que los use por sí misma.

¿Cómo puede uno beneficiarse del sacrificio de Cristo?

Mediante *el arrepentimiento*. Debe empezar por sentir dolor por sus pecados y desear que haya un cambio en su vida. Eso lo hace mediante *la fe*. Debe creer con todo su corazón que Cristo vivió y murió por nosotros y para nuestra salvación, y que Su sacrificio tiene poder para salvar. Eso lo hace usando *los medios de gracia*. *Las Escrituras* despertarán su arrepentimiento y su fe, y le caldearán el corazón; *la oración* le mantendrá cerca de Cristo y estrechará de día en día su íntima relación con Él; *los sacramentos* serán los canales por los que la gracia renovadora fluirá a él por la fe: Eso lo hace mediante una lealtad y vigilancia diaria y viviendo con Cristo.

LA ADORACIÓN EN LA GLORIA

Apocalipsis 7:15

Por eso están delante del trono de Dios, y Le sirven día y noche en Su templo; y el Que está sentado en el trono extenderá la cobertura de Su gloria sobre ellos.

Los que hayan sido fieles tendrán acceso a la misma presencia de Dios. Jesús dijo: «Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios» (*Mateo 5:8*).

Aquí se oculta un hecho significativo. Servir a Dios día y noche era el cometido de los levitas y de los sacerdotes (*1 Crónicas 9:33*). Ahora, los que están delante del trono de Dios

en esta visión son, como ya hemos visto en el versículo 9, de toda raza y tribu y pueblo y lengua. Aquí tenemos una revolución. En el templo terrenal de Jerusalén los gentiles no podían pasar más allá del Atrio de los Gentiles bajo pena de muerte. Los israelitas podían pasar el Atrio de las Mujeres y entrar en el de los Israelitas, pero no más allá. Más dentro estaba el Atrio de los Sacerdotes, donde solo podían entrar los sacerdotes. Pero en el Templo celestial, el acceso a la presencia de Dios les está abierto a los de cualquier raza. Aquí tenemos una descripción de un Cielo sin barreras. Las distinciones de raza y de condición ya no existen; etcamino a la presencia de Dios está abierto para toda alma fiel.

Hay aquí otro hecho medio escondido. En el versículo 15 algunas versiones ponen: « El Que está sentado en el trono habitará con ellos,» o «entre ellos.» Esa es una traducción perfectamente correcta; pero aquí hay algo más de lo que aparece a simple vista. *Morar o habitar* es en griego *skénún*, que deriva de *skéné*, que quiere decir *tienda o tabernáculo*. Es la misma palabra que usa Juan para decir que el Verbo Se hizo carne y *habitó* entre nosotros (*Juan 1:14*). En hebreo existe una palabra algo parecida, con el mismo sentido, *shakán*, y su derivada *Shekiná*, la presencia de la gloria de Dios. (Transcribo estas palabras de forma que se vea la semejanza en las consonantes griegas -skn- y hebreas -shkn). Frecuentemente esa presencia tomó la forma de una nube luminosa: así, por ejemplo, cuando se promulgó la Ley, « la gloria del Señor reposó (*wayyishkón < shakán*) sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió seis días... La apariencia de la gloria del Señor era como un fuego devorador en la cima del monte» (*Éxodo 24:16-18*). Lo mismo sucedió con el Tabernáculo: la nube cubrió el Tabernáculo de la reunión, y la gloria del Señor llenó el Tabernáculo (*hammishkán < shakán*). Y Moisés no podía entrar en el Tabernáculo a causa de la gloria del Señor. Esta era la nube que guiaba a los israelitas de día y el fuego que los guiaba de noche (*Éxodo 40:34-38*). En la dedicación del templo de Salomón, leemos que la gloria del Señor lo llenó de

tal manera que los sacerdotes no podían entrar a cumplir su ministerio (*2 Crónicas 7:1-3*).

Skénún siempre hacía pensar a los judíos en *Shekiná*, y decir que Dios *habitó* en un lugar era decir que Su gloria estaba allí.

Esto fue siempre así para los judíos; pero conforme fue pasando el tiempo se hizo más general. Los judíos llegaron a creer que Dios estaba infinitamente lejos del mundo. Ni siquiera creían que se podía decir que estaba en el mundo; eso habría sido hablar en términos demasiado humanos; así es que tomaron la *Shekiná* como sustituto del nombre de Dios. Los rabinos cambiaron las palabras de Jacob en Betel: < Ciertamente el Señor está en este lugar» (*Génesis 28:16*), por: «La *Shekiná* está en este lugar.» En *Habacuc* leemos: «El Señor está en Su santo templo» (*Habacuc 2:20*); pero los judíos posteriores decían: «Plugo a Dios hacer morar Su *Shekiná* en el templo.» En *Isaías* leemos: «Han visto mis *ojos* al Rey, el Señor de los Ejércitos» (*Isaías 6:5*); los judíos lo cambiaron por: «Mis *ojos* han visto la *Shekiná* del Rey del mundo.»

Ningún judío podía escuchar la palabra *skénún* sin pensar en la *Shekiná*; y el verdadero sentido de este pasaje es que los benditos de Dios Le servirán, y vivirán bajo el mismo resplandor de Su gloria.

Esto puede ser verdad en la Tierra. El que trabaja y testimonia fielmente para Dios tiene siempre la gloria de Dios sobre sí.

LA BENDICIÓN DE LOS BIENAVENTURADOS

Apocalipsis 7:16s

Ya no pasarán hambre, ni tampoco sed; el sol no los abrumará más, ni ningún calor; porque el Cordero que está en medio del trono será su Pastor, y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios hará que ya no vuelvan a llorar nunca más.

Es imposible contar el número de los que han encontrado consuelo en este pasaje cuando han perdido a un ser querido.

Hay aquí una promesa espiritual: la de satisfacer definitivamente el hambre y la sed del alma humana. Esta es una promesa que aparece una y otra vez en el Nuevo Testamento, y especialmente en las palabras de Jesús. «¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán satisfechos!» (*Mateo 5:6*). Jesús dijo también: « Yo soy el pan de la vida; el que acude a Mí no pasará hambre, y el que cree en Mí no padecerá de sed» (*Juan 6:35*). «El que beba del agua que Yo le daré, ya no padecerá de sed, porque el agua que Yo le daré se convertirá en su interior en un manantial de agua que brotará para la vida eterna» (*Juan 4:14*). Y también dijo: « ¡Si hay alguien que tenga sed, que venga a beber de Mí!» (*Juan 7:37*). Dios nos ha hecho para Sí, dijo Agustín, y tenemos el corazón inquieto hasta que encontramos nuestro reposo en Él.

Pero también puede ser que no debamos espiritualizar totalmente este pasaje. En los primeros días, muchos de los miembros de la Iglesia eran esclavos. Sabían lo que era tener hambre siempre; sabían lo que era la sed; sabían lo que era trabajar agotadoramente bajo un sol despiadado, sin que se les permitiera descansar. Sin duda para ellos el Cielo sería un lugar en el que se satisficiera el hambre y se aplacara la sed y no se sintiera la tortura del ardor del sol. La promesa de este pasaje es que en Cristo se acaban el hambre del mundo, el dolor del mundo y la angustia del mundo.

Haremos bien en recordar que Juan recibió la inspiración de este pasaje en las palabras de Isaías: « No padecerán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá; porque el Que tiene misericordia de ellos será su Pastor, y los guiará a manantiales de agua» (*Isaías 49:10*). Este es un ejemplo supremo de un sueño del Antiguo Testamento que encuentra su cumplimiento en Jesucristo.

EL PASTOR DIVINO

Apocalipsis 7:16s (conclusión)

Aquí está la promesa del cuidado amoroso del Pastor Divino a Su rebaño.

La alegoría del Buen Pastor es algo en lo que se deleitaban los autores tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

« El Señor es mi Pastor,» empieza el salmo más querido (*Salmo 23:1*). «Pastor de Israel,» empieza otro (*Salmo 80:1*). Isaías describe a Dios apacentando Su rebaño como un pastor, abrazando Sus corderos y llevándolos en Su seno (*Isaías 40:11*). El mayor título que puede dar el profeta al Rey mesiánico es Pastor de Su pueblo (*Ezequiel 34:23; 37:24*).

Ese fue el título que Se dio a Sí mismo Jesús: « Yo soy el buen Pastor» (*Juan 10:11,14*). Pedro llama a Jesús «el Pastor y Obispo de nuestras almas» (*1 Pedro 2:25*), y el Autor de *Hebreos* habla de Él como «el gran Pastor de las ovejas» (*Hebreos 13:20*).

Esta es una figura preciosa en cualquier país y época; pero tenía más sentido en la antigua Palestina del que puede tener para los que ahora vivimos en las ciudades. Judea era como una estrecha meseta limitada por terreno peligroso por los dos lados. Tenía pocos kilómetros de ancho, con terribles precipicios y ramblas que descendían abruptamente al Mar Muerto por un lado, y por el otro a los parajes naturales de la Sepela. No había vallas ni muros, y los pastores tenían que vigilar que no se les perdieran las ovejas. George Adam Smith describe así al pastor oriental: «Entre nosotros, en Escocia, las ovejas se dejan a su aire; pero no recuerdo haber visto nunca en Oriente un rebaño de ovejas sin su pastor. En tales parajes como Judea, donde el pasto del día está desperdigado por una franja de tierra sin vallar, llena de senderos engañosos, todavía frecuentada por fieras y bordeada por el desierto, el pastor y su carácter son indispensables. En algún monte escarpado en el que ululan las hienas por la noche, cuando te le encuentras

insomne, con la vista en la lejanía, curtido por la intemperie, armado, apoyado en su cayado y vigilando sus ovejas dispersas con cada una de ellas en el corazón, te das cuenta de por qué el pastor de Judea saltó al frente de la historia de su pueblo; por qué le dieron su nombre a sus reyes, y le hicieron un símbolo de la Providencia; por qué Cristo le adoptó como prototipo de autosacrificio.>

Aquí tenemos las dos grandes funciones del Pastor Divino. Guía a las fuentes del agua viva. Como decía el salmista: «Junto a aguas de reposo me pastorea» (*Salmo 23:2*). < *Contigo* está el manantial de la vida» (*Salmo 36:9*). Sin agua, el rebaño perecería; y en Palestina los pozos eran escasos y distantes. El que el Pastor Divino guíe a fuentes de agua es el símbolo de que Él nos da las cosas sin las que es imposible la vida.

Enjuga las lágrimas de todos los ojos. Como alimenta nuestros cuerpos, así también conforta nuestros corazones; sin la presencia y el consuelo de Dios serían insoportables las angustias de la vida, y sin la fuerza de Dios hay veces en la vida cuando no podríamos seguir adelante.

El Pastor Divino nos da alimento para nuestros cuerpos y consuelo para nuestros corazones. Con Jesucristo como Pastor no nos puede suceder nada que no podamos soportar.

EL SILENCIO Y EL TRUENO DE LA ORACIÓN

Apocalipsis 8:1-5

Quando abrió el séptimo sello se produjo el silencio en el Cielo durante cosa de media hora. Y vi a los siete ángeles que están al servicio de Dios, y las siete trompetas que se les dieron. Entonces vino otro ángel, y se puso ante el altar con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para que lo añadiera a las oraciones de los santos en el altar de oro que está delante del trono. El humo del incienso subió con las oraciones de los santos de la

mano del ángel a la presencia de Dios. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó de fuego del altar, y lo arrojó sobre la Tierra. Y hubo estallidos de trueno y grandes voces y deslumbramientos de relámpagos y un terremoto.

Antes de empezar a estudiar este pasaje en detalle debemos notar algo acerca de su colocación. El versículo 2, que habla de los siete ángeles con sus siete trompetas, está claro que está fuera de sitio. Tal como está interrumpe el sentido del pasaje; debería estar inmediatamente antes del versículo 1; probablemente se trata de un error del copista.

El pasaje empieza con un silencio intensamente dramático en el Cielo que dura alrededor de media hora. La calma total es aún más efectiva que el trueno y el rayo. Este silencio puede tener dos sentidos.

(i) Puede ser una especie de respiro en la narración, un momento de preparación antes de otra revelación arrolladora.

(ii) Puede que haya en él algo mucho más hermoso. Las oraciones de los santos están a punto de elevarse a Dios; y puede ser que la idea sea que todo en el Cielo se detiene para que se puedan oír las oraciones de los santos. Como lo expresa R. H. Charles: «Las necesidades de los santos son más importantes para Dios que todas las salmodias del Cielo.» Hasta la música del Cielo y hasta el trueno de la revelación callan para que el oído de Dios pueda captar la oración susurrada de los más humildes de los que confían en Él.

El cuadro se divide en dos escenas. En la primera, un ángel mencionado a medias ofrece a Dios las oraciones de los santos. En el pensamiento judío era el arcángel Miguel el que hacía oración por el pueblo de Israel, y había otro ángel sin nombre llamado El Ángel de la Paz cuya misión era asegurarse de que Israel «no caía en el extremo de Israel» y que intercedía por Israel y por todos los íntegros. El ángel se encuentra ante el altar. El altar aparece frecuentemente en el escenario celestial del *Apocalipsis* (6:9; 9:13; 14:18). No puede ser el altar de los holocaustos, porque no hay sacrificios de animales en el Cielo;

debe de ser el altar del incienso. Este estaba delante del Lugar Santo en el Templo de Jerusalén (*Levítico 16:12; Números 16:46*). Estaba hecho de oro, y tenía una base cuadrada de medio metro de lado por un metro de altura. En cada extremo tenía cuernos; era hueco, y estaba cubierto de plancha de oro, y tenía alrededor como una barandilla, como una balaustrada en miniatura, para impedir que se cayeran los carbones encendidos. En el Templo se quemaba y ofrecía incienso antes del primer sacrificio del día y después del último. Era como si las ofrendas del pueblo ascendieran a Dios envueltas en un perfume de incienso.

Aquí tenemos la idea de que la oración es como un sacrificio que se ofrece a Dios; las oraciones de los santos se ofrecen en el altar y, como todos los otros sacrificios, se elevan a Dios envueltas en el grato olor del incienso. Puede que una persona no tenga otra cosa que ofrecerle a Dios; pero puede ofrecerle su oración, y siempre habrá manos angélicas dispuestas para presentárselas a Dios.

Este cuadro tiene otra mitad. El mismo ángel toma el incensario, lo llena de brasas del altar y lo arroja a la Tierra; y esto es el preludio del trueno y el terremoto que son el preludio de más terrores. El antecedente de esta visión es la de Ezequiel, en la que el hombre vestido de lino toma las brasas entre los querubines y las derrama sobre la ciudad (*Ezequiel 10:2*); y está relacionada con la visión de Isaías en la que sus labios son tocados con una brasa del altar (*Isaías 6:6*).

Pero esta escena nos introduce algo nuevo. Las brasas del incensario introducen nuevos ayes. H. B. Swete lo expresa como sigue: «Las oraciones de los santos vuelven a la Tierra en ira.» La idea que Juan tiene en mente es que las oraciones de los santos contribuyen a traer venganza sobre los que los han maltratado.

Puede que tengamos el sentimiento de que la oración pidiendo venganza no es propia de los cristianos; pero debemos recordar la agonía de persecución por la que estaba pasando la Iglesia cuando se escribió el *Apocalipsis*.

LOS SIETE ÁNGELES CON TROMPETAS

Apocalipsis 8:2,6

Y vi a los siete ángeles que están al servicio de Dios, y las siete trompetas que se les dieron; y los siete ángeles de las trompetas se dispusieron a tocarlas.

Estos siete ángeles, que se llaman los ángeles de la presencia, eran los arcángeles. Se llamaban Uriel, Rafael, Ragüel, Miguel, Sariel, Gabriel y Remiel (*Tobías 12:15*).

El que se los llamara ángeles de la presencia quiere decir dos cosas. Primera, que tenían un honor especial. En una corte oriental, solo los cortesanos favoritos tenían derecho a acceder a cualquier hora a la presencia del rey; ser un cortesano de la presencia era un honor especial. Segunda, aunque estar en la presencia del rey conllevaba un honor especial, más aún quería decir estar dispuesto a recibir urgentemente una comisión de servicio. Tanto Elías como Eliseo hablaban con frecuencia de «el Señor Dios de Israel en Cuya presencia estoy» (*1 Reyes 17:1; 18:15; 2 Reyes 3:14; 5:16*); lo que quiere decir realmente: «El Señor Dios de Israel, a Cuyo servicio estoy.»

Los siete ángeles tenían siete trompetas. En las visiones del Antiguo y del Nuevo Testamento la trompeta es siempre el símbolo de la intervención de Dios en la Historia. Todas estas imágenes, que son muchas, se remontan a la escena del Monte Sinaí, cuando se dio la Ley al pueblo. Había en el monte truenos y rayos y una nube oscura y un toque de trompeta estremecedor (*Éxodo 19:16,19*). Este toque de trompeta se convirtió en una parte esencial del aparato del Día del Señor. Ese día resonaría la gran trompeta para convocar a los exiliados a que volvieran de todas las tierras (*Isaías 27:13*). Ese día resonaría la trompeta en Sión, y se oiría la alarma en el monte santo (*Joel 2:1*). Ese sería un día de toques de trompeta y de alaridos (*Sofonías 1:16*). El Señor tocaría la trompeta y saldría con el torbellino del Sur (*Zacarías 9:14*).

La imagen pasó a las visiones del último Día del Nuevo Testamento. Pablo habla del Día cuando sonará la trompeta y lo corruptible se vestirá de incorrupción (1 *Corintios 15:52s*). Habla de la trompeta de Dios que resonará cuando Cristo vuelva (*Tesalonicenses 4:16*). Y Mateo también habla del gran sonido de trompeta cuando serán recogidos los elegidos (*Mateo 24:31*).

Sería extraño pensar que Dios tocará literalmente una trompeta; pero no obstante la figura contiene una verdad simbólica. El toque de trompeta puede querer decir tres cosas.

(i) Puede ser un toque de alarma, despertar del sueño o advertir de un peligro; y Dios siempre hace oír Sus advertencias a los oídos humanos.

(ii) Puede ser la fanfarria que anuncia la llegada del rey. Es un símbolo adecuado para expresar que el Rey de reyes va a invadir el tiempo.

(iii) Puede indicar zafarrancho de combate. Dios siempre está llamando a los hombres a que tomen partido en la lucha entre la verdad y la falsedad, y para que se alisten como soldados del Rey de reyes.

LOS ELEMENTOS DESATADOS

Apocalipsis 8:7-12

El primer ángel lanzó un toque de trompeta, y se produjo una lluvia de granizo y fuego mezclado con sangre cayendo sobre la tierra seca; y una tercera parte de la tierra seca quedó abrasada, y se quemaron la tercera parte de los árboles y todas las plantas verdes.

El segundo ángel lanzó un toque de trompeta, y lo que yo llamaría una gran montaña ardiendo se precipitó en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre, y la tercera parte de los animales marinos murieron, y se destruyó la tercera parte de las naves.

El tercer ángel lanzó un toque de trompeta, y un gran meteorito ardiendo como una antorcha cayó del cielo; y cayó en la tercera parte de los ríos, y en los manantiales. Y ese meteorito se llama Ajenjo; y una tercera parte del agua se convirtió en ajeno, y muchos de la humanidad murieron por la amargura del agua.

El cuarto ángel lanzó un toque de trompeta, y fue herida la tercera parte del Sol, y de la Luna, y de las estrellas, de manera que se oscureció la tercera parte de su luz, y dejó de haber luz en la tercera parte del día, lo mismo que de la noche.

Aquí tenemos una descripción de las fuerzas elementales de la naturaleza lanzadas en juicio contra el mundo. A cada toque de trompeta es atacada una parte diferente del mundo; la destrucción que se produce no es total, porque esto no es más que el prelude del fin. Primero, el toque de destrucción cae sobre la tierra (versículo 7); luego, sobre el mar (versículos 8 y 9); luego, sobre el agua dulce de los ríos y manantiales (versículos 10 y 11); luego, sobre los cuerpos celestes (versículo 12). La marea de la destrucción se desata sobre cada parte del universo creado.

Tenemos que notar, además, dónde encontró Juan sus imágenes. En su mayoría tuvieron su origen en las descripciones de las plagas que cayeron sobre Egipto cuando el Faraón se negó a dejar salir al pueblo de Israel de Egipto tal como se nos cuentan en el libro del *Éxodo*.

En la descripción de Juan, el granizo y el fuego y la sangre caen sobre la tierra seca. En *Exodo 9:24* leemos que cayó sobre Egipto fuego mezclado con granizo con un poder destructivo sin semejante. Juan añade la sangre para aumentar el terror, recordando el cuadro que pinta Joel del día en que el Sol se convierta en tinieblas y la Luna en sangre (*Joel 2:10*). En el cuadro de Juan, una tercera parte del mar se convierte en sangre, y la tercera parte de los animales marinos mueren. En *Éxodo*, cuando Moisés levantó la vara e hirió las aguas, el

agua del Nilo se volvió sangre y murieron los peces que había en el río (*Éxodo 7:20s*). En la descripción que hace Sofonías del Día del Señor, Dios amenaza: «Destruiré las personas y las bestias; destruiré las aves del cielo y los peces del mar» (*Sofonías 1:3*). No se encuentra antecedente para el detalle de la caída del meteorito en llamas, pero sí bastantes de las aguas volviéndose ajenjo.

Ajenjo es el nombre que se da a la clase de plantas conocidas como *artemisia*, que se caracterizan al gusto por su amargor. No son realmente venenosas en el sentido de ser capaces de causar la muerte, aunque son nocivas; pero los israelitas las temían por su amargura. El ajeno era el fruto de la idolatría (*Deuteronomio 29:17s*). Dios amenazó a los falsos profetas por medio de Jeremías de que les haría comer ajeno y beber agua envenenada (*Jeremías 9:14s; 23:15*). El ajeno representa siempre la amargura del juicio de Dios sobre los desobedientes.

En la descripción que hace Juan se produce un oscurecimiento de la tercera parte de las luces de los cielos. En *Éxodo*, una de las plagas fue una oscuridad que se cernió sobre toda la Tierra (*Éxodo 10:21-23*).

Como ya hemos visto varias veces, Juan está tan imbuido del Antiguo Testamento que sus visiones vuelven a él como el trasfondo natural de todo lo que tiene que decir.

En este caso no es ni mucho menos imposible que Juan esté tomando sus figuras, por lo menos en parte, de acontecimientos que él mismo había presenciado o que había oído. Una lluvia que parece de sangre se ha producido más de una vez en los países del Mediterráneo. Hay, por ejemplo, un informe de una tal lluvia que se produjo en Italia y el Sureste de Europa en 1901. Su causa era que los remolinos habían cogido arena fina y roja del desierto del Sáhara que, al caer en forma de lluvia, parecería sangre. Bien puede ser que Juan viera u oyera de algo parecido.

Además habla de una masa en llamas que cae en el mar. Esto suena como una erupción volcánica. Hubo una erupción

del Vesubio en agosto del año 79 d.C. que diezmó Nápoles y su bahía. Eso habría sucedido pocos años antes de que se escribiera el *Apocalipsis*. El mar Egeo tiene islas volcánicas y volcanes submarinos. El geógrafo griego Estrabón informa de una erupción en el mar Egeo, en el que estaba Patmos, el año 196 a.C., que produjo la formación de una nueva isla llamada *Palaia Kaumené*. Puede que Juan pensara en algo así.

En esta escena de terror, Juan tiene la visión de Dios usando las fuerzas elementales de la naturaleza para advertir a la humanidad que se acerca una destrucción final.

EL ÁGUILA VOLANDO

Apocalipsis 8:13

Y miré, y oí un águila volando por en medio del cielo, dando grandes voces:

- ¡Ay, ay, ay de los que habitan en la Tierra, a causa de lo que va a suceder cuando hablen las trompetas que faltan, que los tres ángeles están a punto de tocar!

Aquí tenemos una de las pausas de la historia que *Apocalipsis* usa tan eficazmente. Tres terribles ayes están para caer sobre la Tierra cuando los tres ángeles den los últimos toques de trompeta; pero, de momento, hay una pausa.

En esta pausa el vidente ve un águila -no un ángel, como dicen algunas traducciones, aunque la Reina-Valera' 95 ya pone *águila* en una nota. Es posible que el original quiera decir « un águila solitaria.» La expresión «por en medio del cielo» quiere decir el cenit del cielo, donde está el sol al mediodía. Aquí tenemos una figura alucinante y dramática de un cielo vacío y un águila solitaria volando a través del cenit, augurando una maldición por venir.

De nuevo Juan está **usando una idea que** no es nueva. Tenemos la misma figura en 2 *Baruc*. Cuando el autor de ese

libro ha tenido su visión, y quiere enviársela a los judíos exiliados en Babilonia junto a las aguas del Éufrates, prosigue: «Y yo llamé al águila, y le dije estas palabras: "El Altísimo te ha concedido que puedas volar más alto que todas las demás aves. Ahora pues, ve, y no te detengas en ningún lugar, ni entres en nido, ni te poses en ningún árbol, hasta que hayas pasado la anchura de las muchas aguas del río Éufrates, y hayas ido al pueblo que mora allí, y déjales caer esta epístola"» (2 Baruc 77: 21 s).

La figura no se ha de tomar literalmente, pero el simbolismo tras ella es que Dios usa la naturaleza para enviar mensajes a los hombres.

LA APERTURA DEL ABISMO

Apocalipsis 9:1s

El primer ángel lanzó un toque de trompeta, y vi caer una estrella del cielo a la Tierra, y que se le daba la llave del pozo del abismo insondable; y abrió el pozo del abismo, y subió del pozo un humo como el de un horno gigantesco que oscureció el sol y el aire.

La descripción del terror se va remontando progresivamente hasta alcanzar una intensidad aterradora. Los terrores que vienen sobre la Tierra son ahora de más allá de la naturaleza; son demoníacos; el abismo se está abriendo, y se envían sobre el mundo terrores sobrehumanos.

La escena se nos hace más clara si recordamos que Juan considera que las estrellas son seres vivientes. Esto es corriente en *Henoc*, donde, por ejemplo, leemos que las estrellas descarriadas y desobedientes son atadas de pies y manos y echadas al abismo (*Henoc 86:1; 88:1*). Para el pensamiento judío las estrellas eran seres divinos, que por desobediencia se podían volver demoníacos y malos.

En el *Apocalipsis* leemos con bastante frecuencia acerca del *abismo o el pozo sin fondo*. El abismo es el lugar intermedio de castigo de los ángeles caídos, los demonios, la bestia, el falso profeta y Satanás (9:1,2,11; 11:7; 20:1,3). El lugar final de su castigo es el lago de fuego y azufre (20:10,14,15). Para completar el cuadro de estos terrores podríamos añadir que la Gehena -que no se menciona en *Apocalipsis*- es el lugar de castigo de los hombres malvados.

La idea del abismo experimentó un desarrollo. En un principio era el lugar de las aguas aprisionadas. En la historia de la Creación las aguas primigenias rodeaban la Tierra, y Dios las separó creando el firmamento (*Génesis 1:6s*). La primera idea del abismo es que era el lugar en que Dios había confinado las aguas debajo de la tierra, una especie de gran mar subterráneo en el que las aguas estaban aprisionadas para dejar lugar a la tierra seca. En el segundo paso se convirtió en la morada de los enemigos de Dios, aunque ni siquiera allí estaban fuera de Su poder y control (*Amós 9:3; Isaías 51:9; Salmo 74:13*).

Más adelante, el abismo se concibió como una gran sima en la tierra. Vemos esta idea en *Isaías 24:21s*, donde leemos que los ejércitos desobedientes de los cielos y los reyes de la Tierra se reúnen como prisioneros en el pozo.

Esta es la clase de figura en que inevitablemente los horrores se amontonan unos sobre otros. La descripción más detallada del abismo se encuentra en *Henoc*, que fue tan influyente entre los Testamentos. Allí es la prisión de los ángeles que cayeron, que vinieron a la Tierra a seducir a las mujeres mortales, y que enseñaron a los hombres a adorar a los demonios en lugar de al Dios verdadero (*Génesis 6:1-4*). Hay descripciones horribles de ese lugar. No tiene el firmamento por encima, ni la tierra firme debajo; no tiene agua, ni aves; es un lugar desierto y horrible, el fin de los cielos y de la tierra (*Henoc 18:12-16*). Es caótico. Hay un fuego que centellea, y una hendidura incalculable que da al abismo (*Henoc 21:1-10*).

Estas cosas no se han de tomar literalmente. Lo importante es que en ese tiempo de devastación que el vidente ve venir

sobre la Tierra, los terrores no son naturales, sino demoníacos; los poderes del mal disponen de su última oportunidad para realizar su obra terrible.

LAS LANGOSTAS DEL ABISMO

Apocalipsis 9:3-12

Del humo salieron langostas por la tierra, y se les dio una fuerza como la de los escorpiones de la tierra. Se les dijo que no dañaran la hierba de la tierra, ni ninguno de los vegetales ni de los árboles, sino solo a los hombres que no tuvieran en la frente el sello de Dios. No se les permitía matarlos, sino que los torturaran cinco meses. Su tortura era como la que infligen los escorpiones cuando pican; y esos días la gente buscará la muerte pero no podrá hallarla, y anhelarán morir, pero la muerte les huirá.

Mal comparado, las langostas eran como caballos listos para la guerra; llevaban en la cabeza lo que parecían coronas de oro. Tenían caras como de seres humanos, y pelo como el de las mujeres; y sus dientes eran como los de los leones. Tenían escamas como corazas de hierro, y el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de combate cuando se lanzan a la batalla. Tenían colas como escorpiones con agujones, y tenían poder en la cola como para producir un daño a las personas durante cinco meses. Como rey sobre ellas tienen al ángel del abismo sin fondo que se llama Abadón en hebreo y Apolión en griego.

El primer ay ya ha pasado. Todavía le tienen que seguir otros dos.

Del humo que salía del pozo del abismo llegó una invasión terrible de langostas. La devastación y el terror que pueden causar las langostas es casi increíble. Por todo el Antiguo

Testamento las langostas son el prototipo de la destrucción, y la descripción—más gráfica y realista y terrible de ellas y de su poder destructivo se encuentra en los dos primeros capítulos de *Joel*, que contienen la descripción de una plaga de langostas; y es de esos dos capítulos de donde Juan toma muchos de sus materiales. Arruinaron las viñas y desnudaron los árboles de su corteza; los campos estaban arruinados, y destruyeron la cosecha de cereales; todos los árboles del campo fueron destruidos y se secaron, y las ovejas y las cabras se morían de hambre porque no quedaba pasto (*Joel 1: 7-18*). Son como un gran ejército poderoso que oscurece el mismo cielo; son tan destructivas como un incendio del que no se salva nada; son como caballos y corren como carros de combate, con un ruido como el del fuego cuando prende en la hojarasca; marchan en formación como hombres de guerra; escalan montañas, suben a las casas y entran por las ventanas haciendo temblar de miedo a toda la tierra (*Joel 2:1-11*). Es conveniente leer los dos capítulos de *Joel* para compararlos con la descripción de *Apocalipsis*.

En su comentario de *Joel*, G. R. Driver reúne los hechos acerca de las langostas en las notas y especialmenté en un apéndice especial; y muestra que las palabras de *Joel* y del *Apocalipsis* no son una exageración.

Las langostas se reproducen en lugares desiertos e invaden y devoran los cultivos. Tienen unos cinco centímetros de largo, y una envergadura en las alas de diez a doce. Son de la misma familia que el grillo casero y el saltamontes. Viajan en columnas de treinta metros de profundidad y hasta siete kilómetros de frente. Cuando aparece una nube de langostas, es como si hubiera habido un eclipse de sol, y no se pueden ver grandes edificios desde una distancia de cincuenta metros.

La destrucción que causan es increíble. Cuando han pasado por un área, no queda ni una brizna de hierba; los árboles quedan descortezados. La tierra en la que se han asentado se queda como si hubiera sido arrasada por el fuego; no queda ni un ser vivo. Su capacidad de destrucción se puede apreciar perfectamente por el hecho histórico de lo que sucedió en

Argelia en 1866 cuando la invadió una plaga de langosta, y tan total fue su destrucción que 200.000 personas murieron de hambre en los días sucesivos.

El ruido que producen millones de alas de langostas se compara con el del agua al caer en la rueda de un molino o el sonido de una gran catarata. Cuando millones de langostas se aposentan en un terreno, el sonido de sus mandíbulas devorando se ha comparado con el de un gran fuego en una llanura. Su sonido cuando están en marcha es como el que una tempestad en un bosque.

Siempre se ha notado que la cabeza de la langosta es como la de un caballo en miniatura. Por esa razón la palabra italiana para langosta es *cavaletta*, y la alemana *Heupferd*.

Cuando se trasladan avanzan inexorablemente como un ejército con sus mandos. Se han hecho zanjas, encendido fuegos, y hasta disparado cañones para intentar detenerlas, pero sin éxito; vienen arrolladoramente en columna ordenada subiendo colinas, invadiendo edificios y dejando la tierra arrasada a su paso.

No hay una visitación más destructiva en el mundo que la de las langostas, y esta es la terrible devastación que ve Juan, aunque las langostas demoníacas del abismo son diferentes de las que se conocen en el mundo.

LAS LANGOSTAS DEMONÍACAS

Apocalipsis 9:3-12 (conclusión)

En hebreo hay bastantes nombres diferentes para designar la langosta, que revelan su poder destructor. Se la llama *gazam*, desmochador o esquilador, describiendo cómo cercena toda la vegetación de la tierra; se la llama *arbel*, enjambre, tropel, describiendo la inmensidad de su número; *hasil*, consumidor o consumidor, describiendo la devastación total que produce; *solam*, engullidor o aniquilador; *hargol*, galopante, describiendo

su rápido progreso por la tierra; *tseletsel*, crujiente, por el sonido que hace al volar o al comer.

En este pasaje no es la vegetación de la tierra lo que van a atacar las langostas; de hecho, se les ha prohibido que lo hagan (versículo 4); su ataque va dirigido a las personas que no tengan el sello de Dios en la frente.

Las langostas ordinarias devastan la vegetación, pero no son peligrosas para las personas; pero las langostas demoníacas tienen el aguijón de un escorpión, uno de los azotes de Palestina. De forma, el escorpión es como un cangrejo de río pequeño, con pinzas para sujetar sus presas. Tiene una cola larga, que curva adelante por encima de la cabeza, y en su extremo hay una pinza curva con la que ataca, y que segrega un veneno cuando pica. El escorpión puede llegar a los quince centímetros de largo; abunda en las grietas de los muros, y literalmente debajo de todas las piedras. Los que van de campada nos dicen que hay que levantar todas las piedras cuando se pone la tienda para cerciorarse de que no hay escorpiones. Su picadura es peor que la del avispon; no es fatal de necesidad, pero puede causar la muerte. Las langostas demoníacas tienen adicionalmente el poder de los escorpiones.

Su ataque durará cinco meses. La explicación de esto de los cinco meses es muy probablemente que la vida de una langosta, desde que nace, luego como larva, y hasta la muerte, dura cinco meses. Es como si dijéramos que la tierra sufrirá el ataque lo que dura una generación de langostas.

El sufrimiento que causarán las langostas será tal que la gente querrá morir, pero no podrá. Job habla de la miseria suprema de los que ansían la muerte, pero no les llega (*Job 3:21*); y Jeremías habla del día cuando se preferirá morir a seguir viviendo (*Jeremías 8:3*). Un escritor latino, Comelio Gallo, dice: < Peor que ninguna herida es desear la muerte y no poder morir.>

El rey de las langostas satánicas se llama Abadón en hebreo y Apolión en griego. *Abaddón* quiere decir en hebreo *destrucción*; sale con la mayor frecuencia en las frases < muerte y

destrucción,» e < infierno y destrucción» (*Job 26:6; 28:22; 31:12; Salmo 88:11; Proverbios 15:11; 27:20*). *Apollyón* es el participio de presente del verbo griego *apollyein*, *destruir*, y por tanto quiere decir *El Destructor*. Es apropiado que el rey de las langostas demoníacas se llame *Destrucción* o *Destructor*.

LOS JINETES DE LA VENGANZA

Apocalipsis 9:13-21

El sexto ángel lanzó un toque de trompeta, y oí una voz que salía de los cuatro cuernos del altar diciéndole al sexto ángel que tenía la trompeta:

- ¡Desata los cuatro ángeles que están atados en el gran río Éufrates!

Así es que vinieron los cuatro ángeles que estaban preparados para matar a una tercera parte de la humanidad el año A, el mes M, el día D, la hora H. El número de los jinetes del arma de caballería era doscientos millones. Yo oí el número, y vi en visión a los caballos y a los que los montaban: tenían corazas rojas de fuego, y azul ahumado, y amarillo de azufre. Las cabezas de los caballos eran como de leones, y les salía de la boca fuego y humo y azufre. Con estas tres plagas mataron a la tercera parte de la humanidad, con el fuego y el humo y el azufre que les salían de la boca; porque los caballos tienen el poder en la boca y en la cola, porque sus colas son como serpientes con cabeza, y es con lo que dañan.

El resto de la humanidad, los que no murieron con las plagas, aun a pesar de esto no se arrepintieron de las obras que habían ejecutado para dejar de dar culto a los demonios y a los ídolos de oro y de plata y de bronce y de piedra y de madera, que ni oyen ni ven ni se mueven; ni tampoco se arrepintieron de sus crímenes y hechicerías e inmoralidad y robos.

El horror de la escena va en aumento. Las langostas demoníacas tenían permiso para torturar, pero no para matar; pero ahora vienen los escuadrones de la caballería demoníaca para aniquilar a la tercera parte de la humanidad.

Este es un pasaje cuya imaginería es misteriosa y cuyos detalles no se han podido explicar nunca satisfactoriamente.

No se sabe realmente quiénes eran los cuatro ángeles atados al río Éufrates. Solo podemos aportar lo que sabemos y lo que podemos suponer. El Éufrates era el límite ideal del territorio de Israel. Dios prometió a Abraham: < A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el Éufrates» (*Génesis 15:18*). Los ángeles, por tanto, venían de tierras lejanas, de los lugares ajenos y hostiles de los que habían venido en el pasado los asirios y los babilonios con destrucción sobre Israel.

Además, en el *Libro de Henoc* encontramos con frecuencia ángeles que se describen como los Ángeles del Castigo. Su misión era desatar a su debido tiempo la ira vengadora de Dios sobre el pueblo. Indudablemente estos cuatro ángeles estaban incluidos entre los Ángeles del Castigo.

A esto tenemos que añadir todavía otro hecho. Hemos visto varias veces que las descripciones de Juan están coloreadas por circunstancias históricas actuales. Los guerreros más temidos del mundo entonces eran la caballería parta; y los partos moraban más allá del Éufrates. Bien puede ser que Juan estuviera visualizando una invasión terrible de la caballería parta sobre la humanidad.

El vidente añade terror sobre terror. El número de los ejércitos de esta caballería terrible es de 200,000,000, lo que simplemente quiere decir que eran innumerables, como los carros de combate de Dios (*Salmo 68:17*). Parecen estar armados de fuego, porque sus petos son rojos de fuego como el resplandor de un horno ardiendo, azules como el humo que sube de un fuego, y amarillo como el azufre del pozo del infierno. Los caballos tienen cabezas como de leones, y colas como serpientes; exhalan fuego destructivo y humo y azufre,

y sus colas serpentinas producen daño y perjuicio. La consecuencia de todo esto es que una tercera parte de la humanidad es destruida.

Habría sido natural esperar que el resto de la humanidad comprendiera la amenaza de esta fatalidad; pero no fue así, y siguieron adorando sus ídolos y demonios, y viviendo tan mal como antes. Los autores bíblicos están convencidos de que el culto de los ídolos era nada menos que el culto al diablo, y que no podía por menos de conducir al mal y la inmoralidad.

LA REVELACIÓN INCOMUNICABLE

Apocalipsis 10:1-4

Vi otro ángel, poderoso, bajando del Cielo, vestido de una nube, con un arco iris sobre la cabeza. Tenía el rostro como el Sol, y las piernas como pilares de fuego. Tenía en la mano un librito, abierto. Puso el pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra, y clamó a voces como un león cuando rugie; y, después de clamar, rugieron los siete truenos.

*Cuando emitieron su voz los siete truenos, yo estaba a punto de escribir cuando oí una voz del Cielo que me decía:
- Ponle un sello a lo que han dicho los siete truenos, pero no lo escribas.*

10:1-11:14 es una especie de interludio entre los toques de la sexta y de la séptima trompetas. La sexta ya había sonado, pero la séptima no suena hasta 11:15, y entre las dos hay cosas terribles.

El ángel poderoso de este pasaje se describe en términos que muestran que vino directamente de la presencia de Dios y del Cristo Resucitado. Está vestido de una nube, y las nubes son la carroza de Dios, porque «Él hace las nubes Su carroza»

(*Salmo 104:3*). Tiene un arco iris sobre la cabeza, y el arco iris es parte de la gloria del trono de Dios (*Ezequiel 1:28*). El arco iris lo produce la luz del rostro del ángel al relucir a través de la nube. Su rostro es como el Sol, que es la descripción del rostro de Jesús en el Monte de la Transfiguración (*Mateo 17: 2*). Su voz era como el rugido de un león, lo que se usa a menudo como descripción de la voz de Dios: «El Señor rugie desde Sión, y lanza Su voz desde Jerusalén» (*Joel 3:16; Oseas 11:10; Amós 3:8*). Está claro que este ángel viene de la misma presencia de Dios; algunos creen que no es otro que el mismo Cristo glorificado.

El ángel tiene un pie en el mar y el otro en la tierra. Esto muestra su grandeza y poder, porque el mar y la tierra representan la totalidad del universo. También muestra que el poder de Dios permanece tan firme en el mar como en la tierra. El ángel tiene un pequeño rollo en la mano, desenrollado y abierto; es decir: le está dando a Juan una revelación limitada acerca de un período bastante pequeño de tiempo. Cuando el ángel habla, resuenan los siete truenos. Es probablemente una referencia a las siete voces de Dios del *Salmo 29*.

Naturalmente, cuando el vidente ve el rollo abierto y oye la voz del ángel se prepara para hacer un reportaje de aquello; pero se le prohíbe que lo haga. Es decir, que se le da una revelación que no ha de comunicar de momento. Tenemos exactamente la misma impresión cuando Pablo nos dice que fue arrebatado al Paraíso «donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar» (*2 Corintios 12:4*). No tenemos por qué ni empezar a especular acerca de lo que era la revelación secreta; sencillamente sabemos que Juan tuvo experiencias que no pudo comunicar a otros. Dios a veces le dice a una persona más de lo que esa persona puede decir o de lo que su generación puede comprender.

EL ANUNCIO DIVINO DEL FIN

Apocalipsis 10:5-7

El ángel que yo había visto de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó la diestra hacia el Cielo y juró por el Que vive para siempre jamás, Que creó el Cielo y todo lo que hay en él, y la Tierra y todo lo que hay en ella, y el mar y todo lo que hay en él: que ya no quedaba más tiempo; pero que en los días cuando resonara la voz del séptimo ángel, cuando tocara la trompeta, se completaría el propósito secreto de Dios, la Buena Noticia de lo que ÉL anunció a Sus siervos los profetas.

El ángel hace ahora un anuncio, y lo confirma con un juramento. Algunas veces se ha tomado el anuncio en el sentido de que < el tiempo no sería más. » Es decir: que el tiempo, tal como lo conocemos ahora, estaba a punto de concluir, y la eternidad de empezar. Es más probable que lo que quiere decir es que ya no queda tiempo, que no puede haber más retraso, que el Anticristo está a punto de irrumpir en la escena con todo su poder destructivo. Como decía el autor de *Hebreos*: «Porque aún un poco, y el que ha de venir vendrá, y no se demorará» (*Hebreos 10:37*). Ha sonado la hora cuando el hombre de pecado se manifestará (*2 Tesalonicenses 2:3*). Cualquiera que sea el significado de la frase, no cabe duda que el mensaje es que el Anticristo está a punto de invadir la Tierra; el escenario está listo para la contienda final.

Cuando esto suceda, como dice la versión Reina-Valera, «el misterio de Dios se consumará.» Esto significa que todo el propósito de Dios en la Historia humana será revelado. Hay mucho en la vida que es difícil de entender; la maldad parece triunfar siempre. Pero, según lo vio Juan, va a haber una manifestación final. Dios y el Anticristo, el bien y el mal, se enfrentarán; se obtendrá una victoria definitiva, las preguntas recibirán respuesta y los tuertos se enderezarán.

Tras las rarezas del cuadro se encuentra la verdad de que la Historia avanza hacia el triunfo inevitable de Dios y que, aunque la maldad parezca florecer, no podrá salir victoriosa cuando todo llegue a su consumación.

EL GOZO Y LA AFLICCIÓN

DEL MENSAJERO DE DIOS

Apocalipsis 10:8.-11

Y oí otra vez la voz del Cielo que había oído antes, hablándome y diciéndome:

- Ve a tomar el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra.

Y me dirigí al ángel, y le pedí que me diera el librito. Y me dijo:

- Tómalo, y cómetelo. Te amargaré el estómago, aunque te sabrá dulce como la miel.

Y tomé el librito de mano del ángel, y me lo comí; y me supo dulce como la miel en la boca; pero, cuando me lo comí, me amargó el estómago. Y me dijeron:

- Tienes que profetizar otra vez acerca de muchos pueblos y naciones y lenguas y reyes.

Antes de tratar este pasaje en detalle notemos que se le dice al vidente dos veces que *tome* el rollo. No se le entrega; ni siquiera cuando le pide al ángel que se lo dé; la respuesta es que debe tomarlo. Esto quiere decir que la revelación de Dios no se nos impone; hemos de tomarla.

Esta escena tiene un precedente en la visión de Ezequiel, a quien se dijo que se comiera el rollo y llenara sus entrañas con él (*Ezequiel 3:1,3*). El mensajero de Dios tiene que tomar el mensaje de Dios en el interior de su propia vida y ser.

La dulzura del rollo es un pensamiento que aparece repetidas veces en la Escritura. Para el salmista, los juicios de Dios

son más dulces que la miel y que el panal (Salmo 19:10). < ¡Cuán dulces son a mi paladar Tus palabras! ¡Más que la miel a mi boca! » (Salmo 119:103). Bien puede ser que se esconda tras estas palabras una agradable costumbre educacional judía. Cuando un chico judío estaba aprendiendo el alfabeto, las letras estaban escritas en la tablilla con una mezcla de harina y miel. Se le decía cuáles eran y cómo se pronunciaban. Después de la explicación, el maestro señalaba una letra y preguntaba: < ¿Qué letra es esta y cómo suena? » ¡Y si el chico contestaba correctamente se le permitía lamer la letra en recompensa! Cuando el profeta y el salmista dicen que las palabras y los juicios de Dios son más dulces que la miel, bien puede ser que estén pensando en esta costumbre.

Juan le añade a esto otra idea. Para él el rollo era a la vez dulce y amargo. Lo que quiere decir es que un mensaje de Dios puede ser a la vez para el mensajero una cosa dulce y amarga. Es dulce porque es maravilloso ser elegido como mensajero de Dios; pero el mensaje mismo puede que sea el anuncio de una desgracia, y por tanto una cosa amarga. Así es que para Juan era un privilegio infinito el ser admitido a los secretos del Cielo, pero al mismo tiempo era amargo tener que anunciar el tiempo del terror, aunque su final fuera la victoria.

EL ANTICRISTO

En los pasajes del Apocalipsis que estamos a punto de estudiar encontraremos en varias ocasiones la figura del Anticristo. Esta figura ha ejercido una extraña fascinación en muchos, y han sido muchas las especulaciones que se han hecho acerca de él. Por tanto, será conveniente en esta etapa recoger las piezas de que disponemos sobre el Anticristo y tratar de completar el rompecabezas.

Podemos establecer como un principio general que el Anticristo representa el poder contrario a Dios que actúa en el universo. Como Cristo es el Santo y el Rey Ungido de Dios,

así es el Anticristo el inmundo rey de todo lo malo. Como Cristo es la encarnación de Dios y de la bondad, así es el Anticristo la encarnación del diablo y de la maldad.

La idea de una fuerza que se opone a Dios no era nueva. El Anticristo tuvo precedentes mucho antes de los días del Nuevo Testamento; y nos será de ayuda mirar primero algunas de las representaciones antiguas, porque dejaron su impronta en la que nos presenta el Nuevo Testamento.

(i) Los babilonios tenían un mito que compartían con todos los pueblos semíticos en relación con la creación del mundo con el que los judíos deben de haber entrado en contacto. Este mito pintaba el cuadro de la creación en términos de una lucha entre Marduk, el creador, y Tiamat, el dragón, que representaba el caos primigenio. Tenían además la creencia de que esta lucha entre Dios y el caos se repetiría antes de que el mundo se acabara.

Esta vieja creencia de la lucha entre el Dios creador y el dragón del caos se introdujo en el Antiguo Testamento, lo que explica algunos de sus pasajes oscuros. Isaías habla del día en que Dios matará a Leviatán, la serpiente tortuosa, el dragón que está en el mar (Isaías 27:1). En el pensamiento judío, este antiguo dragón del caos era conocido como Rahab. Isaías dice: < ¿No eres Tú el que despedazó a Rahab, el que hirió al dragón? » (Isaías 51:9). Cuando el salmista está narrando los triunfos de Dios, dice: < Mencionaré a Rahab » (Salmo 87:4) «Tú quebrantaste a Rahab como un cadáver» (Salmo 89:10). Aquí tenemos a uno de los precedentes de la idea del Anticristo, y por eso reaparece la idea del dragón en Apocalipsis, 12:9.

Está la idea de Belial -o, como se le llama a veces, Beliar. La palabra Belial sale con frecuencia en el Antiguo Testamento como sinónimo del mal. Un mal hombre o una mala mujer se llaman hijo o hija de Belial. Los malvados hijos de Elí son hijos de Belial (1 Samuel 2:12). Cuando Ana estaba pidiéndole a Dios un hijo en oración silenciosa, Elí creyó que estaba borracha, pero ella le dijo que no la tuviera por una hija de Belial (1 Samuel 1:16). Al malvado Nabal se le llama hijo de

Belial (1 *Samuel* 25:17,25). Uno de los insultos que le dirigió Simei a David fue hijo de Belial (2 *Samuel* 16:7). Los testigos falsos que presentó Jezabel contra Nabot eran hijos de Belial (1 *Reyes* 21:10,13), lo mismo que los revolucionarios seguidores de Jeroboam (2 *Crónicas* 13:7). El sentido exacto de esta expresión es dudoso. Se suele interpretar como *príncipe del aire, irremediablemente ruin, indigno*; las traducciones españolas suelen traducirla por *malvado, perverso*. Entre los Testamentos, Belial llegó a considerarse el príncipe de los demonios. En el Nuevo Testamento aparece solamente una vez: <¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial?> (2 *Corintios* 6:15). Ahí se usa como la antítesis de Cristo. Bien puede ser que esta idea procediera, a lo menos en parte, de la religión persa, con la que los judíos estuvieron en contacto. La religión persa, el zoroastrismo, concebía todo el universo como el campo de batalla en el que peleaban Ormuz, el dios de la luz, y Ahrimán, el de las tinieblas. Aquí tenemos de nuevo la idea de una fuerza que actúa en el mundo y que es contraria a Dios y lucha contra Él.

(iii) En un sentido, es obvio que el Anticristo es Satanás, el diablo. Algunas veces se identifica a Satanás con Lucifer, el hijo de la mañana, el ángel que se rebeló contra Dios en el Cielo y fue arrojado al infierno. «¿Cómo caíste del Cielo, Lucero, hijo de la mañana!» (*Isaías* 14:12). Es fácil encontrar ejemplos en los que Satanás -cuyo nombre ya quiere decir *el Adversario*- actuó como si quisiera hacer fracasar el propósito de Dios, lo que está de acuerdo con su naturaleza. Uno de esos ejemplos fue cuando Satanás persuadió a David para que hiciera un censo del pueblo, en total desacuerdo con el mandamiento de Dios (1 *Crónicas* 21:1). Pero, aunque Satanás es el enemigo declarado de Dios, sigue siendo un ángel, mientras que el Anticristo es una figura terrenal visible en la que se ha encarnado la misma esencia del mal.

(iv) En cierto sentido, el desarrollo de la idea del Mesías hizo que se desarrollara inevitablemente la idea del anti-mesías, el Anticristo. El Mesías, el Ungido de Dios, es

inevitable que encuentre oposición; y esa oposición es totalmente probable que cristalice en una figura suprema del mal. Debemos recordar que *Mesías y Cristo* son términos totalmente equivalentes, ya que son los nombres hebreo y griego respectivamente de El *Ungido*. Donde esté el Cristo, estará también por necesidad el Anticristo, porque mientras haya pecado habrá oposición a Dios.

(v) En el Antiguo Testamento hay más de una presentación de la batalla de Dios con la concentración de las fuerzas que se Le oponen. Encontramos tal enfrentamiento en la batalla entre Dios y Magog (*Ezequiel* 38), y en la destrucción de los destructores de Jerusalén (*Zacarías* 14).

Pero, por lo que se refiere a los judíos de tiempo posterior, el no da más de la manifestación del mal estaba conectado con un episodio terrible de su historia. A esto se refiere la descripción de *Daniel* del pequeño cuerno que se engrandeció sobremanera hasta contra el Cielo, que interrumpió el sacrificio cotidiano, que demolió el santuario (*Daniel* 8:9-12). El cuerno pequeño representa a Antíoco Epífanes de Siria. Se empeñó en introducir en Palestina las costumbres griegas, la lengua y la religión griegas, porque se consideraba misionero de la cultura griega. Los judíos se resistieron. Antíoco Epífanes invadió Palestina y capturó Jerusalén. Se decía que ochenta mil judíos habían sido masacrados o vendidos como esclavos. El circuncidar a un niño o el tener un ejemplar de la Ley eran crímenes que se castigaban con la muerte. Rara vez, o nunca, ha conocido la Historia un intento tan deliberado de borrar totalmente la religión de todo un pueblo. Profanó el Templo. Erigió un altar al Zeus Olímpico en el Lugar Santo, y sacrificó cerdos en él; y convirtió las cámaras del Templo en burdeles. Por último, el heroísmo de los Macabeos restauró el Templo y venció a Antíoco; pero para los judíos fue él la encarnación de todo mal.

Se puede ver que la figura del Anticristo ya estaba formándose en el Antiguo Testamento; la encarnación del mal es una idea que ya se encuentra allí.

Ahora pasamos a la idea del Anticristo que encontramos en el Nuevo Testamento.

(i) La idea del Anticristo aparece muy poco en los Evangelios Sinópticos. La única referencia que se le hace está en los capítulos que tratan del fin y de las señales del fin. Allí se presenta a Jesús diciendo: «Entonces, si alguien os dice: "¡Fijaos, aquí está el Cristo!" o: "¡Allí está!", no le creáis. Porque surgirán falsos cristos y falsos profetas, y mostrarán grandes señales y prodigios para extraviar, si fuera posible, hasta a los elegidos» (*Mateo 24:23,44; Marcos 13:6,22; Lucas 21:8*). En el Cuarto Evangelio se representa a Jesús diciendo: «Yo he venido en el nombre de Mi Padre, y no Me recibís; si viene otro en su propio nombre, a ese sí le recibís» (*Juan 5:43*). Ahí la idea del Anticristo se relaciona con la enseñanza falsa que aparta a las personas de la verdadera lealtad a Jesucristo, una línea de pensamiento que, como veremos, sale en otros lugares del Nuevo Testamento.

(ii) Una de las principales figuras del Anticristo es la del Hombre de Pecado de *2 Tesalonicenses 2*. Pablo está recordándoles a los tesalonicenses lo que ya les había enseñado de palabra, lo que era una parte esencial de su enseñanza. Dice: «¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros os decía esto?» (*2 Tesalonicenses 2:5*). En esta situación ha de haber primero una apostasía general; entonces vendrá el hombre de pecado, que se exaltará por encima de Dios y reclamará la adoración que le pertenece a Dios por derecho propio, y realizará señales y milagros mentirosos que engañarán a muchos. Cuando Pablo está escribiendo esto hay algo que retiene esta manifestación final del mal (*2 Tesalonicenses 2: 7*). Lo más probable es que Pablo se refiera al Imperio Romano, que él veía como lo que mantenía el mundo para que no se desintegrara en el caos del último tiempo. Aquí el Anticristo se concentra en una sola persona que es la esencia misma del mal. Esto más bien se relaciona con la idea de Beliar en el Antiguo Testamento y con el conflicto entre la luz y las tinieblas del concepto persa del mundo.

(iii) La idea del Anticristo aparece en las Cartas de Juan. De hecho es solamente allí donde se le nombra expresamente. El Anticristo ha de venir en el último tiempo; cuando Juan escribe ya se han presentado muchos anticristos; por tanto, dice Juan, ya saben sus lectores que están viviendo en los últimos tiempos (*1 Juan 2:18*). El que niega al Padre y al Hijo es un anticristo (*1 Juan 2:22*). En particular, el que niega que Jesucristo ha venido en carne es un anticristo (*1 Juan 4:3; 2 Juan 7*). La característica suprema del Anticristo es la negación de la realidad de la Encarnación.

Aquí tenemos de nuevo la conexión del Anticristo con la herejía. El Anticristo es el espíritu de falsedad que seduce a las personas apartándolas de la verdad y guiándolas a ideas equivocadas que son la ruina de la fe cristiana.

(iv) Es en el *Apocalipsis* donde se nos pinta el retrato completo del Anticristo y donde se presenta en más de una forma.

(a) En 11:7 tenemos la figura de la bestia del abismo, que ha de matar a los dos testigos en Jerusalén y que ha de reinar durante cuarenta y dos meses. Esto nos presenta al Anticristo como viniendo, por así decirlo, del infierno, para tener un tiempo de poder terrible y destructivo, pero limitado. En esta figura hay por lo menos alguna relación con la de *Daniel* de Antíoco Epifanes como el pequeño cuerno. Con ese coincide el período de cuarenta y dos meses, porque esa fue la duración del terror de Antíoco y la profanación del Templo.

(b) En el capítulo 12 hay una descripción del gran dragón rojo que persigue a la mujer vestida de sol, la mujer que da a luz al hijo varón. Este dragón es finalmente derrotado y arrojado del Cielo. El dragón se identifica expresamente con la serpiente antigua y con el diablo (12:9). Está claro que esto tiene alguna especie de conexión con el antiguo mito del dragón del caos que era el enemigo de Dios.

(c) En el capítulo 13 se nos presenta la bestia de siete cabezas y diez cuernos que viene del mar, y la otra bestia de dos cuernos que viene de la tierra. No cabe duda que lo que

Juan tiene en mente es el terror y el salvajismo del culto al César; y en este caso el Anticristo es el gran generador de persecución de la Iglesia Cristiana. Aquí la idea es de un poder cruel, perseguidor, empeñado en la total destrucción de Cristo y de Su Iglesia.

(d) En 17:3 aparece la bestia escarlata de siete cabezas y diez cuernos en la que está sentada la mujer llamada Babilonia. Se nos dice que las siete cabezas son las siete colinas sobre las que se sienta la mujer. En el *Apocalipsis* Babilonia simboliza a Roma, que estaba edificada sobre siete colinas. Está claro que esta figura representa a Roma, y el Anticristo es el poder perseguidor de Roma desatado contra la Iglesia.

Es de sumo interés notar el cambio que se ha producido aquí. Como ya hemos visto, para Pablo, cuando escribió 2 *Tesalonicenses*, Roma era el único poder que contenía la llegada del Anticristo. En *Romanos* 13:1-7 Pablo escribe acerca del Estado como ordenado por Dios, y exhorta a los cristianos a ser ciudadanos leales. En 1 *Pedro* 2:13-17 se manda a los cristianos que se sometían voluntariamente al gobierno del Estado, que temen a Dios y honren al rey. En *Apocalipsis* hay un mundo de diferencia; los tiempos han cambiado; ha estallado la furia demoleadora de la persecución, y Roma se ha convertido para Juan en el Anticristo.

(v) Notemos un último elemento en la descripción del Anticristo. Con la antigua idea judía del poder anti-Dios y con la idea cristiana del poder que era la encarnación del mal se combinó otra idea del mundo grecorromano. El peor de los emperadores romanos de los primeros días fue Nerón, al que consideraban el monstruo supremo de iniquidad no solamente los cristianos, sino hasta los mismos romanos. Nerón se suicidó el año 68 d.C., y se produjo un suspiro de alivio. Pero casi inmediatamente surgió la creencia de que no estaba muerto sino que estaba esperando en Partia para lanzarse sobre el mundo con las hordas terribles de los partos para inundarlo de destrucción y terror. Esta idea se llama el *Nero redivivus*, el Nerón resucitado, un mito. En el mundo antiguo se mantuvo

más de veinte años después de la muerte de Nerón. Para los cristianos, Nerón fue una figura de maldad concentrada. Fue él el que echó las culpas del gran fuego de Roma a los cristianos; fue él el que inició la persecución; fue él el que encontró los métodos más salvajes de tortura. Muchos cristianos creían el mito del *Nero redivivus*; y frecuentemente -como en ciertas partes del *Apocalipsis*- el *Nero redivivus* y el Anticristo se identificaron, y los cristianos pensaban en la venida del Anticristo en términos de la vuelta de Nerón.

LA VISIÓN DE LAS COSAS POR VENIR

Apocalipsis 11

Entonces me dieron un bastón semejante a una vara de medir, y se me dijo:

Dispónte a medir el Templo de Dios, y el altar, y a los que dan culto allí. Pero descarta la medición del Atrio exterior, el que está fuera del Templo, porque se les ha entregado a los paganos, que hollarán la Ciudad Santa cuarenta y dos meses.

> Y Yo confiaré la tarea de profetizar a Mis dos testigos, que profetizarán mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio. Estos testigos son los dos olivos y los dos candelabros que están al servicio del Señor de toda la Tierra. Si alguien intenta hacerles daño, les sale de la boca un fuego que devora a sus enemigos; cualquiera que intente hacerles daño debe morir así.

»Estos tienen autoridad para cerrar los cielos de manera que no caiga lluvia durante el periodo que ellos hayan profetizado que habrá sequía; y tienen autoridad sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para azotar la Tierra con cualquier plaga siempre que quieran.

»Cuando hayan concluido su testimonio, la bestia que asciende del abismo les hará la guerra, y los vencerá,

y los matará. Sus cadáveres estarán tirados en la calle de la gran ciudad cuyo nombre espiritual es Sodoma y Egipto, que es también donde su Señor fue crucificado. Los de todos los pueblos y tribus y lenguas y naciones han de ver sus cuerpos tres días y medio, pero no permitirán que los entierren. Los que habitan la Tierra se regocijarán de lo que les ha pasado a los testigos, y harán fiestas y se enviarán regalos unos a otros; y es que los dos profetas torturaban a los habitantes de la Tierra. »

Después de los tres días y medio, el hálito de vida procedente de Dios entró en ellos, y se pusieron de pie, y todos los que los vieron se llenaron de miedo. Y ellos oyeron una gran voz del Cielo que les decía: «¡Subid!» Y subieron al Cielo en la nube viéndolos sus enemigos. En aquel momento hubo un terremoto tremendo, y se derrumbó la décima parte de la ciudad, por lo que murieron siete mil personas, y el resto de la gente estaban atemorizados, y dieron la gloria al Dios del Cielo.

El segundo ay ya ha pasado, y fijaos, el tercero se nos echa encima a toda prisa.

El séptimo ángel dio un toque de trompeta, y se oyeron grandes voces en el Cielo que decían:

- ¡El reino de este mundo ha llegado a ser el Reino de nuestro Señor y de Su Ungido, y Él será Rey por siempre jamás!

Los veinticuatro ancianos, que estaban sentados en sus tronos en la presencia de Dios, se postraron rostro a tierra y adoraron a Dios diciendo:

- ¡Te damos gracias, oh Señor Dios, el Todopoderoso, el Que eres y eras, porque has asumido Tu autoridad suprema y has iniciado Tu reinado! Las naciones se han enfurecido, pero Tu ira ha venido, y ha llegado el momento de juzgar a los muertos, y de darles su galardón a Tus siervos los profetas y a las personas consagradas a Dios y a los que temen Tu nombre, tanto pequeños como grandes, y de destruir a los que destruyen la Tierra.

Y se abrió en el Cielo el Templo de Dios, y se vio en él el Arca del Pacto, y hubo relámpagos y gritos y truenos y un terremoto y una granizada tremenda.

Es mejor ver este capítulo en conjunto antes de hacer ningún intento de tratarlo en detalle. Se ha dicho que es al mismo tiempo el más difícil y el más importante de todo el *Apocalipsis*. Su dificultad es obvia, y contiene problemas de interpretación de cuya solución no se tiene verdadera certeza. Su importancia radica en el hecho de que contiene un sumario deliberado del resto del libro. El vidente ha comido el rollito y recibido en su mente el mensaje de Dios; y ahora lo expone, no en detalle todavía, sino en las líneas generales de su desarrollo. Tan seguro está del curso de los acontecimientos que desde el versículo 11 cambia el tiempo de su narración y habla de cosas todavía futuras como si fueran ya pasadas, recurso literario que caracteriza a los profetas del Antiguo Testamento. Despleguemos el esquema de este capítulo, que es también el del resto del libro.

(i) Versículos 1 y 2. Aquí tenemos la escena de la medición del Templo. Como veremos, la medida es estrechamente paralela al sellado, y se realiza con un fin de protección para cuando descendan sobre la Tierra los poderes demoníacos.

(ii) Versículos 3-6. Trata de la predicación de los dos testigos, que son los heraldos del fin.

(iii) Versículos 7-10. Aquí surge por primera vez el Anticristo en la forma de la bestia del abismo, y su temporal triunfo que resulta en la muerte de los dos testigos.

(iv) Versículos 11-13. Aquí se presenta la restauración de la vida de los testigos y el consiguiente arrepentimiento y conversión de los judíos.

(v) Versículos 14-19. Por último, tenemos el primer boceto del triunfo final de Cristo, Su reinado inicial, el levantamiento y la derrota de las naciones, el juicio de los muertos y el establecimiento del Reino de Dios y de Su Ungido.

Ahora procedamos a examinar el capítulo en detalle.

LA MEDICIÓN DEL TEMPLO

Apocalipsis 11:1 s

Se le da al vidente una vara de medir que es como un bastón. La palabra para *vara de medir* es literalmente *caña*. Había ciertas plantas con tallos como los del bambú de hasta dos o tres metros de altura, que eran los que se usaban para medir. La palabra *vara* representaba la unidad de longitud entre los judíos, como era también corriente en España, y equivalía a seis codos. El codo era originalmente el espacio que va desde el codo hasta la punta del dedo corazón, que equivalía a su vez a diecisiete o dieciocho pulgadas; así es que la vara eran unos tres metros.

La escena de la medición es frecuente en las visiones de los profetas. La encontramos en *Ezequiel 40:3,6; Zacarías 2:1*, y *Amós 7:7-9*; no cabe duda que Juan tendría en mente esas visiones del pasado.

Encontramos que la idea de la medición se usa de más de una manera. Se usa como una preparación para edificar o para restaurar, y también para destruir. Pero aquí el sentido es para preservar. La medición es como el sellado que se describe en 7:2s; el sellado y la medición son ambos para la protección de los fieles de Dios en los terrores demoníacos que han de descender sobre la Tierra.

El vidente tiene que medir el Templo, pero tiene que omitir en su medición el Atrio exterior, que se les ha entregado a los gentiles. El Templo de Jerusalén estaba dividido en cuatro atrios concéntricos, que convergían, por así decirlo, en el Lugar Santísimo. Estaba el Atrio de los Gentiles, donde podían entrar los no judíos pero más allá del cual no podían pasar bajo pena de muerte. Entre él y el atrio siguiente había una balaustrada en la que se encontraban lápidas que advertían a los gentiles que el pasar más adentro suponía hacerse reos de la pena capital. El siguiente era el Atrio de las Mujeres, y éstas no podían pasar más adelante. Luego estaba el Atrio de los Israelitas, más

allá del cual no podían entrar los laicos. Por último estaba el Atrio de los Sacerdotes, donde estaban el altar de los holocaustos, de bronce, el altar del incienso, de oro, y el Lugar Santísimo; y a este atrio solo podían entrar los sacerdotes.

El vidente había de medir el Templo; pero la fecha del *Apocalipsis*, como ya hemos visto, es alrededor del año 90 d.C., y el Templo dejó de existir el año 70 d.C. ¿Cómo se podía medir el Templo?

La solución está en lo siguiente: es casi seguro que Juan está siguiendo una descripción que se conocía de antes. Seguramente este pasaje se habló o escribió *originalmente* el año 70 d.C., durante el último asedio de Jerusalén. Durante ese asedio, la denominación judía que no estaba dispuesta a admitir la derrota era la de los celotas, que preferían morir todos a una, como acabaron por hacer de hecho. Cuando los romanos abrieron brechas en los muros de la ciudad, los celotas se concentraron en el Templo para presentar allí una resistencia desesperada. Es casi seguro que algunos de sus profetas dijeron: < ¡No temáis! Los invasores puede que lleguen al Atrio de los Gentiles y lo profanen, pero no entrarán jamás en el interior del Templo. ¡Dios no lo permitirá! » Esa confianza resultó fallida; los celotas perecieron, y el Templo fue destruido; pero *originalmente* la medida de los atrios interiores y el abandono del atrio exterior representó la esperanza celota en aquellos últimos días terribles.

Juan toma esta figura, y la espiritualiza totalmente. Cuando habla del Templo, no está pensando en los edificios sagrados de los judíos, que habían sido demolidos hacía por lo menos veinte años. Para él el Templo es la Iglesia Cristiana, el Pueblo de Dios. Encontramos esta figura repetidamente en el Nuevo Testamento. Los cristianos somos piedras vivas, edificados en una casa espiritual (1 *Pedro 2: S*). La Iglesia está fundada sobre los apóstoles y los profetas; Jesús es la piedra angular; toda la Iglesia va creciendo para ser un Templo santo en el Señor (*Efesios 2: 20s*). «¿Es que no sabéis ---dice Pablo- que sois el Templo de Dios?» (1 *Corintios 3:16; cp. 2 Corintios 6:16*).

Medir el Templo es lo mismo que sellar al pueblo de Dios para eximirlos del terrible tiempo de la prueba; pero el resto están condenados a la destrucción.

LA DURACIÓN DEL TERROR

Apocalipsis 11:1s (conclusión)

El terror se prolongará cuarenta y dos meses; la predicación de los testigos se mantendrá durante mil doscientos sesenta días; sus cadáveres yacerán en la calle tres días y medio. Aquí tenemos algo que sale una y otra vez (cp. 13:5; 12:6); y en otra forma en 12:14, donde el tiempo es *un tiempo, tiempos y medio tiempo*. Esta es una famosa frase que se remonta a *Daniel 7:25*, y *12:7-7*). Tenemos que inquirir, primero, el sentido de la frase, y luego, su origen.

Quiere decir tres años y medio. Eso son los cuarenta y dos meses, y los mil doscientos sesenta días -según el cómputo judío. Un tiempo, tiempos y medio tiempo es igual a un año más dos años más medio año.

La frase procede de aquel el más terrible tiempo de la historia de los judíos cuando el rey de Siria Antíoco Epifanes trató de imponer la lengua, la cultura y la religión griegas a los judíos, que le opusieron la más enérgica y violenta resistencia. La lista de los mártires de aquel tiempo fue inmensa, pero el horrible proceso llegó a su fin con el heroico levantamiento de Judas Macabeo.

Judas y sus heroicos seguidores mantuvieron la guerrilla y obtuvieron las victorias más señaladas. Finalmente Antíoco Epifanes y sus fuerzas fueron expulsados, y el Templo fue restaurado y purificado; y ese terrible tiempo de prueba se prolongó desde junio 168 a.C. hasta diciembre 165 a.C. (Hasta el día de hoy los judíos celebran en diciembre la fiesta de la Hanujá, que conmemora la restauración y purificación del Templo). Es decir, que este tiempo terrible duró casi exacta-

mente tres años y medio. Fue durante ese tiempo cuando se cree que se escribió *Daniel*, y se acuñó la frase que quedó grabada en las mentes de los judíos indicando un período de terror y de sufrimiento y de martirio.

LOS DOS TESTIGOS

Apocalipsis 11:3-6

Siempre fue parte de la fe judía que Dios mandaría Su especial mensajero a los hombres antes de la llegada final del Día del Señor. En *Malaquías 3:1* oímos decir a Dios: «¡Atención: Yo envío Mi mensajero a prepararme el camino!» *Malaquías* de hecho identifica al mensajero con Elías: « Yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día grande y terrible del Señor» (*Malaquías 4:5*). Así que, en nuestro pasaje, tenemos la llegada de los mensajeros de Dios antes que se produzca la contienda final.

Estos mensajeros tienen la misión de profetizar; profetizarán 1,260 días, es decir, tres años y medio, que, como ya hemos visto, es el tiempo que se relaciona siempre con el terror y la destrucción de vienen. Su mensaje será sombrío, porque están vestidos de cilicio. Será un mensaje de condenación; el escucharlo será como una tortura, y la gente se alegrará cuando maten a los dos testigos (versículo 10).

(i) Algunos investigadores han alegorizado este pasaje totalmente. Identifican los dos testigos con la Ley y los Profetas, o con la Ley y el Evangelio, o con el Antiguo y el Nuevo Testamento. O ven en los dos testigos una figura de la Iglesia. Jesús les había dicho a Sus seguidores que serían Sus testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la Tierra (*Hechos 1:8*). Los que identifican los dos testigos con el testimonio de la Iglesia explican el número dos en relación con *Deuteronomio 19:15*, donde se dice que si se presenta una acusación contra alguien habrá de ser confirmada

con la evidencia de dos testigos por lo menos. Pero la escena de los dos testigos es tan definida que nos da la impresión de que se refiere a dos personas concretas.

(ii) Se ha sugerido que los dos testigos son Henoc y Elías. Se nos da a entender que ninguno de los dos murió. «Caminó, pues, Henoc con Dios, y desapareció porque Dios se le llevó» (*Génesis 5:24*); Elías fue arrebatado en un torbellino y en un carro de fuego (*2 Reyes 2: 11*); y *Tertuliano* se refiere a una creencia de que Dios los guardaba en el Cielo para que dieran la muerte al Anticristo (*Acerca del alma, 50*).

(iii) Es mucho más probable que los testigos sean Moisés y Elías, a quienes los judíos consideraban respectivamente el supremo legislador y el más grande de los profetas; y era idóneo que las dos máximas figuras de la historia religiosa de Israel fueran los mensajeros de Dios en el último tiempo. Fueron ellos dos los que se Le aparecieron a Jesús en el Monte de la Transfiguración (*Marcos 9:4*). Además, lo que se dice de los dos testigos corresponde a Moisés y Elías como a ningún otro. Se dice (versículo 6) que tienen poder para convertir el agua en sangre y para herir la Tierra con toda clase de plagas, y eso fue lo que hizo Moisés (cp. especialmente *Éxodo 7:14-18*). Se dice que echan fuego por la boca que consume a sus enemigos, y que pueden cerrar los cielos para retener la lluvia, cosas que hizo Elías con la compañía de soldados que iban a detenerle (*2 Reyes 1:9s*) y cuando le profetizó a Acab que no caería lluvia sobre la tierra (*1 Reyes 17: 1*). Ya hemos visto que se esperaba que Elías volviera como heraldo del fin; y no sería forzado considerar que la promesa de Dios de suscitar un profeta como Moisés (*Deuteronomio 18:18*) una profecía de que volvería Moisés mismo.

LA MUERTE SALVÍFICA DE LOS DOS TESTIGOS

Apocalipsis 11:7-13

Los testigos han de predicar el tiempo que se les ha señalado, y luego vendrá el Anticristo como la bestia del abismo; seguidamente los dos testigos serán cruelmente asesinados.

Esto ha de suceder en Jerusalén, que aquí recibe los terribles nombres de Sodoma y Egipto. Mucho tiempo atrás Isaías se había dirigido a los gobernantes de Jerusalén llamándolos gobernadores de Sodoma, y al pueblo de Jerusalén como el pueblo de Gomorra (*Isaías 1:9s*). Sodoma y Gomorra representan los prototipos del pecado, los símbolos de los que no habían recibido a los mensajeros (cp. la historia en *Génesis 19:4-11*) y que habían hecho esclavos a sus bienhechores (*Sabiduría 19:14s*). La maldad de Jerusalén ya había crucificado a Jesucristo, y en los días por venir ha de contemplar la muerte de Sus testigos con gozo.

Los de Jerusalén odiarán a los dos testigos hasta tal punto que dejarán sus cadáveres en la calle sin enterrar. Para los judíos era algo terrible no dar sepultura a un cadáver. Cuando los paganos atacaron al pueblo de Dios, para el salmista era la mayor tragedia de todas que no hubiera nadie que los enterrara (*Salmo 79:3*); la amenaza al profeta desobediente, que se cumplió, fue que sus restos mortales no descansarían en el sepulcro de sus padres (*1 Reyes 13:22*). Y aún peor, tal será el odio de la gente hacia los testigos de Dios que convertirán su muerte en un motivo de fiesta.

Pero la cosa no termina así. Después de tres días y medio -aquí tenemos la misma cifra- el hálito de vida entró de nuevo en los dos testigos asesinados, y se pusieron de pie. Y aún habían de suceder cosas más alucinantes: a la vista de todos, los dos testigos fueron asumidos al Cielo, representando, como si dijéramos, la primera partida de Elías al Cielo en el torbellino y el carro de fuego (*2 Reyes 2:11*).

Para añadir al terror se produjo un terremoto destructivo que arrasó una décima parte de la ciudad y produjo la muerte de siete mil de sus habitantes. El resultado fue que los que habían visto estos acontecimientos aterradores y escapado con vida dieron gloria a Dios; es decir, que se arrepintieron, porque esa era la única manera real de dar gloria a Dios.

El gran interés de este pasaje radica en el hecho de que los incrédulos fueron ganados mediante la muerte sacrificial de los testigos y por su vindicación por Dios. Aquí tenemos repetida la historia de la Cruz y la Resurrección. El mal debe ser conquistado y las personas ganadas, no por la fuerza sino por la aceptación del sufrimiento por el nombre de Cristo.

EL ANUNCIO DE LAS COSAS POR VENIR

Apocalipsis 11:14-19

Lo que hace difícil este pasaje es que parece indicar que las cosas han acabado en una victoria definitiva, cuando queda aún la mitad del libro. La explicación, como ya hemos visto, es que este pasaje es el compendio de todo lo que sigue. Los acontecimientos que se vislumbran aquí son los siguientes.

(i) Hay una victoria en la que los reinos del mundo llegan a ser los reinos del Señor y de Su Ungido. Esta es realmente una cita del *Salmo 2:2*, y es otra manera de decir que ha comenzado el Reinado Mesiánico. En vista de esta victoria, los veinticuatro ancianos, es decir, la Iglesia Universal, rompe en acciones de gracias.

(ii) Esta victoria introduce el tiempo en que Dios asume Su autoridad suprema (versículo 17). Es decir, introduce el reinado de Dios de mil años, el Milenio, un período de mil años de paz y prosperidad.

(iii) Al final del Milenio ha de producirse el ataque final de todos los poderes hostiles (versículo 18), que serán derrotados finalmente, y entonces tendrá lugar el Juicio Final.

En el versículo 19 volvemos, como si dijéramos, al presente. Hay una visión del Templo celestial abierto, y del Arca del Pacto. En esta visión están implicadas dos cosas.

(i) El Arca del Pacto estaba en el Lugar Santísimo, al cual no entraba más que el sumo sacerdote el Día de la Expiación. Pero ahora la gloria de Dios se va a manifestar plenamente.

(ii) La referencia al Arca del Pacto es como un recordatorio del pacto especial de Dios con Su pueblo. Originalmente ese pacto había sido con el pueblo de Israel; pero el Nuevo Pacto es con todos los de cualquier nación que aman a Jesús y creen en Él. Cualquiera que sea el terror que venga, Dios no será infiel a Sus promesas.

Esta es la descripción de la venida de la plena gloria de Dios, una amenaza aterradora para Sus enemigos pero una promesa alentadora para el pueblo de Su pacto.

LA MUJER Y LA BESTIA

Apocalipsis 12

Es necesario leer este capítulo en conjunto antes de examinarlo en detalle.

Entonces apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida con el Sol, y con la Luna debajo de sus pies, y con una corona de doce estrellas en la cabeza; estaba embarazada, y gritaba en el parto por los dolores del alumbramiento.

Y en el Cielo apareció otra señal: ¡fijaos!, un gran dragón del color del fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y con siete coronas reales en las cabezas. Su cola barrió la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la Tierra. Y el dragón se plantó delante de la mujer que estaba a punto de dar a luz un hijo, para devorar ese hijo en cuanto naciera.

Ella tuvo un hijo varón que está destinado a regir las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios y para Su trono.

La mujer huyó al desierto, donde Dios le había preparado un lugar, para que cuidaran de ella allí mil doscientos sesenta días.

Hubo una guerra en el Cielo en la que Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón, y el dragón y sus ángeles contra ellos. El dragón era incapaz de prevalecer, ni hubo ya lugar para él en el Cielo. El gran dragón, la antigua serpiente, que se llama Diablo y Satanás, que engaña a toda la humanidad, fue arrojado a la Tierra, y sus ángeles con él. Y oí una gran voz en el Cielo que decía:

- ¡Ahora ha venido la salvación y el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de Su Ungido, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de Dios! Ellos le han derrotado por medio de la sangre del Cordero, y por medio de la palabra de su testimonio, y porque no amaron su vida para evitar la muerte. ¡Regocijaos, Cielos, y los que habitáis en ellos! ¡Ay de la tierra y del mar!, porque el Diablo ha caído sobre vosotros con gran ira, y sabiendo que ya no le queda más que un poco de tiempo.

Cuando el Diablo vio que había sido arrojado a la Tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz el hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila para que pudiera volar a su lugar en el desierto donde la guardan de la serpiente un tiempo y tiempos y medio tiempo. Y la serpiente arrojó por su boca una riada tras la mujer para arrebatarla con ella; pero la tierra ayudó a la mujer abriendo su boca y tragándose el río que el dragón había lanzado por su boca.

El dragón se enfureció con la mujer y se marchó a hacerles la guerra al resto de su familia, los que guardan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús. Y se plantó en la arena del mar.

LA MUJER EMBARAZADA

Apocalipsis 12:1s

Juan tuvo una visión alucinante, como un cuadro en el Cielo, cuyos detalles derivaban de muchas fuentes. La mujer estaba vestida con el Sol; tenía la Luna por estrado, y estaba coronada con doce estrellas. El salmista dice de Dios que Se cubre de luz como con una túnica (*Salmo 104:2*). En el *Cantar de los Cantares* el poeta describe a su amada como hermosa como la Luna y radiante como el Sol (*Cantares 6:10*). Así es que parte del cuadro de Juan procede del Antiguo Testamento. Pero añadió algo que los paganos de Asia Menor reconocerían como parte de la descripción babilónica de la divinidad: frecuentemente representaban a sus diosas coronadas con los doce signos del zodiaco, y probablemente Juan también tiene esto en mente. Es como si tomara todos los emblemas al uso de la divinidad y de la belleza de los que pudiera echar mano y los agrupara.

Esta mujer estaba de parto para dar a luz un hijo que es sin duda el Mesías, Cristo (cp. versículo 5, donde se dice que está destinado a regir las naciones con vara de hierro. Es una cita del *Salmo 2: 9*, que los judíos consideraban como una descripción del Mesías). Así es que esta cita nos confirma que la mujer es la madre del Mesías.

(i) Si la mujer es la < madre > del Mesías, una sugerencia obvia sería identificarla con María; pero está tan claro que es una figura sobrehumana que difícilmente se puede identificar con ninguna persona individual.

(ii) La persecución de la mujer por el dragón sugiere su identificación con la Iglesia Cristiana. La objeción es que la Iglesia Cristiana no se podría llamar la madre del Mesías.

(iii) En el Antiguo Testamento, el pueblo escogido, el Israel ideal, la comunidad del pueblo de Dios, se llama a menudo la Esposa del Señor: «Porque tu marido es tu Hacedor» (*Isaías 54:5*). Es la triste queja de Jeremías que Israel se ha prostituido

en su deslealtad al Señor (*Jeremías 3:6-10*). Oseas oye decir a Dios: «Te desposaré conmigo para siempre» (*Oseas 2:19s*). En *Apocalipsis* leemos acerca de la fiesta de bodas del Cordero con Su Novia la Iglesia (*Apocalipsis 19:7; 21:9*). « Os he desposado con Cristo -dice Pablo a la iglesia corintia- para presentaros como novia pura a su Marido» (*2 Corintios 11:2*).

Esto nos ofrece una vía de acceso. Fue del pueblo escogido de donde surgió Jesucristo en cuanto a su linaje humano. Es a la comunidad ideal de los escogidos de Dios a la que representa la mujer. De esa comunidad surgió Cristo, y fue esa comunidad la que experimentó tal sufrimiento a manos de un mundo hostil. Bien podemos llamar a esta la Iglesia, si recordamos que la Iglesia es la comunidad del pueblo de Dios en *todas las edades*.

De esta figura aprendemos tres grandes cosas acerca de esta comunidad de Dios. Primera, fue de ella de la que vino Cristo; y de ella ha de seguir viniendo Cristo a los que no Le conocen. Segunda, hay fuerzas de maldad, espirituales y humanas, que están empeñadas en la destrucción de la comunidad de Dios. Tercera, por muy fuerte que sea la oposición que se le haga y por muy dolorosos que sean sus sufrimientos, la comunidad de Dios está bajo Su protección y, por tanto, nunca puede ser totalmente destruida.

EL OUDIO DEL DRAGÓN

Apocalipsis 12:3s

Aquí tenemos la figura del gran dragón de color de fuego. En nuestro estudio de los antecedentes del Anticristo vimos que los pueblos orientales representaban la creación a la luz de la lucha entre el dragón del caos y el Dios Creador del orden. En el templo de Marduk, el dios creador, había en Babilonia una gran imagen de «una serpiente escarlata reluciente» que representaba al dragón derrotado del caos. Es muy probable

que fuera de allí de donde Juan recibió esta imagen. Este dragón se nos presenta de muchas maneras en el Antiguo Testamento.

Aparece como *Rahab*. «¿No eres Tú el que despedazó a Rahab, el Que hirió al dragón?» (*Isaías 51:9*). Aparece como *Leviatán*. «Quebraste las cabezas de los dragones en las aguas. Aplastaste las cabezas del Leviatán» (*Salmo 74:12-14*). El Día del Señor, Dios castigará a Leviatán con Su espada dura, grande y fuerte (*Isaías 27:1*). Aparece en la dramática representación de *Behemot* en *Job 40:15-24*. El dragón que es el archienemigo de Dios es una figura corriente y terrible en el pensamiento oriental. Es la conexión del dragón con el mar lo que explica las riadas de agua que vomita el dragón para anegar a la mujer (versículo 15).

El dragón tiene siete cabezas y diez cuernos. Esto representa su poder extraordinario. Tiene siete corona reales. Esto representa su poder absoluto sobre los reinos de este mundo como opuestos al Reino de Dios. La figura del dragón barriendo las estrellas del cielo con la cola viene de la del cuerno pequeño de *Daniel*, que echó por tierra las estrellas, y las pisoteó (*Daniel 8:10*). La figura del dragón esperando devorar al niño procede de *Jeremías*, donde se dice de Nabucodonosor que « me tragó como un dragón» (*Jeremías 51:34*).

H. B. Swete encuentra en esta escena el simbolismo de una verdad eterna acerca de la situación humana. Hay en esta, según la ve la historia cristiana, dos figuras que ocupan el centro de la escena. Está el hombre, caído, siempre bajo el ataque de los poderes del mal pero siempre esforzándose por nacer a una vida superior; y está el poder del mal, siempre buscando su oportunidad para frustrar la tendencia ascendente del hombre. Esa lucha tuvo su culminación en la Cruz.

EL ARREBATAMIENTO DEL NIÑO

Apocalipsis 12:5

El niño que la mujer dio a luz estaba destinado a regir las naciones con vara de hierro. Como ya hemos visto, esta es una cita del *Salmo 2:9*, que los judíos consideraban mesiánico; lo que indica que el Niño era el Mesías.

Cuando nació el Niño, fue rescatado del dragón siendo arrebatado al Cielo, al mismo trono de Dios. La palabra que se usa aquí para *ser arrebatado hacia arriba* es la misma que se usa en *1 Tesalonicenses 4:17* para describir *el arrebatamiento* de los cristianos para salir al encuentro del Señor en el aire (*cp. 2 Corintios 12:2*, donde Pablo la usa para decir que él mismo fue arrebatado al tercer cielo).

En cierto sentido este es un pasaje alucinante. Como ya hemos visto, hace referencia a Jesucristo como Mesías y, según nos lo dice Juan, la historia va directamente desde Su Nacimiento a Su Ascensión; el arrebatamiento debe referirse a la Ascensión. Como dice *Hechos*: «Fue alzado» (*Hechos 1: 9*). Lo raro es la omisión total de la vida terrenal de Jesús. Esto es debido a dos razones.

Es debido al hecho de que Juan no muestra interés en este momento nada más que en el hecho de que Jesucristo fue librado por una intervención directa de Dios de los poderes hostiles que Le atacaron continuamente.

También es debido al hecho de que, en todo el *Apocalipsis*, el interés de Juan no se centra en el Jesús humano, sino en el Cristo exaltado, Que está capacitado para rescatar a Su pueblo en el tiempo de la angustia.

LA HUIDA AL DESIERTO

Apocalipsis 12:6

Aquí leemos que la mujer escapa al desierto del ataque del dragón. Con la ayuda de Dios huyó a un lugar que había sido preparado para ella, donde la alimentaron.

No cabe duda que Juan tiene muchas escenas en mente. Está la de la huida de Elías al arroyo Querit, donde le alimentaron los cuervos (*1 Reyes 17:1-7*); y cuando huyó al desierto, y le alimentó un mensajero angélico (*1 Reyes 19:1-9*). Está la escena de la huida de José y María a Egipto para escapar del plan asesino de Herodes (*Mateo 2:13*). Pero dos incidentes estaban especialmente presentes en la memoria de Juan.

(i) En tiempos de Antíoco Epifanes, cuando costaba la vida observar la Ley y dar culto al Dios verdadero, muchos < que buscaban la justicia y el juicio bajaron al desierto para morar allí» (*1 Macabeos 2:29*).

(ii) Jerusalén fue destruida por los romanos el año 70 d.C. Los años inmediatamente anteriores fueron años terribles de sangrías y revoluciones en los que cualquiera que tuviera ojos en la cara o dos dedos de frente podía prever lo que estaba a punto de suceder. Eusebio, el historiador cristiano, nos dice que, antes que llegara el desastre final, los cristianos de Jerusalén habían sido advertidos por una revelación dada a hombres aprobados que salieran de Jerusalén y cruzaran el Jordán hacia Perea para morar allí en un pueblo llamado Pella (Eusebio: *Historia Eclesiástica* 3: S). A esto se hace referencia en la transmisión de las palabras de Jesús a los discípulos acerca de los últimos tiempos: cuando vieran que se les echaban encima los últimos terrores habían de huir a las montañas (*Marcos 13:14*); eso fue exactamente lo que hicieron.

H. B. Swete ve aquí también algo simbólico. La Iglesia tuvo que huir al desierto, y el desierto es solitario. La vida de los primeros cristianos era una vida de aislamiento; estaban aislados en un mundo pagano. Hay veces cuando el testimonio

cris­tiano tiene que ser algo muy solitario -pero, aun en la soledad humana, no falta la com­pañía divina.

Los mil doscientos sesenta días son una vez más el período fijado de la prueba.

SATANÁS, EL ENEMIGO DE DIOS

Apocalipsis 12:7-9

Aquí tenemos la escena de la guerra en el Cielo entre el Dragón, la Serpiente Antigua, el Diablo, Satanás -todos estos nombres describen al ser malvado- y Miguel y todos sus ángeles. La idea parece ser que, tanto era su odio, que el dragón persiguió al Mesías hasta el mismo Cielo, donde le salió al encuentro Miguel con sus legiones celestiales, y le arrojó de allí definitivamente. Será conveniente reunir aquí lo que la Escritura tiene que decir sobre Satanás; nos presenta una descripción complicada.

(i) Tenemos el eco de la antigua historia de una guerra primigenia en el Cielo. Satanás fue un ángel que concibió < la idea imposible » de colocar su trono por encima del de Dios (*2 Henoc 29:4s*) y fue arrojado del Cielo. Los babilonios tenían la historia parecida de Istar, el dios de la estrella matutina. También él se rebeló contra Dios y fue arrojado del Cielo. Hay una clara referencia a esta antigua historia en el Antiguo Testamento. En *Isaías* leemos: « ¡Cómo caíste del cielo, Lucero del Día, hijo de la aurora! » (*Isaías 14:12*). El pecado que causó su caída del Cielo fue el orgullo. Puede que haya una referencia a esto en *1 Timoteo 3:6*, donde se exhorta al predicador cristiano se mantenga libre del orgullo no sea que caiga en la misma condenación que el diablo. Cuando Satanás fue arrojado del Cielo, su morada fue el aire, donde tenía que vagar; por eso se le llama a veces el Príncipe del Aire (*Efesios 2:2*).

(ii) Hay una fuerte línea de pensamiento en el Antiguo Testamento según la cual Satanás sigue siendo un ángel a las

órdenes de Dios y con acceso a Su presencia. En *Job* encontramos a Satanás nombrado entre los hijos de Dios y teniendo derecho de acceso a Su presencia (*Job 1:6-9: 2:1-6*); y en *Zacarías 3:1 s* le encontramos también en la presencia de Dios.

Para entender esta concepción de Satanás debemos empezar por entender lo que su nombre quiere decir. *Satán* quería decir originalmente en hebreo *adversario*. Aun el ángel del Señor que se plantó en el sendero de Balaam para detenerle en sus intenciones pecadoras se podía decir que era *un satán* para Balaam (*Números 22:22*). Los filisteos temían que David les resultara *un satán* (*1 Samuel 29:4*). Cuando Salomón subió al trono, fue tan bendecido por Dios que no tenía ningún *satán* (*1 Reyes 5:4*). Pero más tarde los reyes extranjeros Hadad y Rezón se convirtieron en sus *satanes* (*1 Reyes 11:14,23*).

En el Antiguo Testamento Satán era el ángel que hacía las veces de fiscal contra los hombres en la presencia de Dios, el adversario de ellos. Así actuó como fiscal contra Job, sugiriendo cínicamente que Job servía a Dios por la cuenta que le traía y que, si cayera en desgracia, su lealtad desaparecería (*Job 1:11 s*), y Satán obtuvo el permiso de Dios para usar cualquier desgracia menos la muerte para poner a prueba a Job (*Job 2:16*). Igualmente en *Zacarías* Satán es el acusador del sumo sacerdote Josué (*Zacarías 3: 1 s*). En el *Salmo 109:6*, la versión Reina-Valera usa de hecho la palabra *Satanás* en este sentido: < Pon sobre él al impío y Satanás esté a su diestra. » Otras versiones alteran correctamente la traducción poniendo: « Que *un acusador* le lleve a juicio. »

Así que en el Antiguo Testamento Satán era el ángel a cargo del ministerio fiscal cuando uno era juzgado ante Dios; mientras que Miguel era el abogado defensor. Entre los Testamentos parece haber habido una creencia de que había más de un satán a cargo de presentar acusaciones contra los hombres, y leemos que había un arcángel cuya misión era mantener a raya a los satanes (*1 Henoc 40:6*).

Para la mayor parte del Antiguo Testamento Satán estaba totalmente bajo la jurisdicción de Dios.

(iii) En el Antiguo Testamento no se nos dice nada del Diablo, aunque algunas veces sí de diablos; pero en el Nuevo Testamento Satanás se nos presenta como el Diablo. En griego *diábolos* quiere decir literalmente *calumniador*. No hay una clara línea divisoria entre presentar los cargos contra los hombres e inventar esos cargos y tentar a los hombres a acciones de las que luego se los pueda acusar. Así que en el Nuevo Testamento Satanás pasa a ser el que induce a los hombres a caer en pecado. Encontramos que en la historia de las tentaciones de Jesús se usan los tres nombres indistintamente. Este poder del mal es Satanás (*Mateo 4:10; Marcos 1:13*); el Diablo (*Mateo 4:1, 5, 8,11; Lucas 4: 2, 3, 5,13*); y el Tentador (*Mateo 4:3*).

En este caso encontramos a Satanás empeñado en ciertos propósitos inicuos en la historia del Nuevo Testamento. Trata de seducir a Jesús con sus tentaciones. Urde la terrible trama de la traición en la mente de Judas (*Juan 13:2,27; Lucas 22: 3*). Se propone hacer caer a Pedro (*Lucas 22:31*). Persuade a Ananías a retener parte del precio de la propiedad que ha vendido (*Hechos 5:3*). Usa todas sus asechanzas (*Efesios 6:11*) y sus maquinaciones (*2 Corintios 2:11*) para lograr sus propósitos seductores. Es la causa de la enfermedad y del dolor (*Lucas 13:16; Hechos 10:38; 2 Corintios 12:7*). Entorpece la obra del Evangelio sembrando la cizaña que ahoga la buena semilla (*Mateo 13:39*), y arrebatando la semilla de la Palabra del corazón humano antes que pueda penetrar y arraigar en él (*Marcos 4:15; Lucas 8:12*).

Así es que Satanás se nos presenta como el enemigo de Dios y del hombre, el Malvado *par excellence*, porque probablemente deberíamos traducir en la Oración Dominical: «Líbranos del Maligno» (*Mateo 6:13*).

Se le puede llamar el Príncipe de este Mundo (*Juan 12:31; 14:30; 16: 11*), porque, habiendo sido expulsado del Cielo, tiene que ejercer su malvada influencia entre los hombres. Llega a identificarse con la serpiente en recuerdo de la historia del Huerto del Edén (*Génesis 3*).

(iv) Lo extraño es que la historia de Satanás es una tragedia en cualquiera de sus versiones. En una de ellas, Satanás es el ángel de la luz, el más glorioso de los ángeles, cuyo orgullo le indujo a tratar de estar por encima de Dios, por lo que fue arrojado del Cielo. En la otra versión, Satanás era un auténtico siervo de Dios, pero pervirtió su servicio convirtiéndolo en una ocasión para pecar. Satanás es el ejemplo supremo de esa tragedia en la que lo mejor se convierte en lo peor.

EL HIMNO DE LOS MÁRTIRES

EN LA GLORIA

Apocalipsis 12:10-12

En estos versículos tenemos el himno de los mártires glorificados cuando Satanás es arrojado del Cielo.

(i) Satanás aparece como el Acusador *par excellence*; Satanás, según dice H. B. Swete, es < el cínico difamador de todo lo que Dios ha hecho.> Según Renan, es < el crítico malévolo de la creación.> Satanás representa la desvelada vigilancia del mal contra el bien.

El trasfondo histórico de la época en que se escribió el *Apocalipsis* presta relieve a la figura de Satanás. Era la gran edad del acusador, para decirlo con la palabra latina, y castellana, el *delator*. Se arrestaba constantemente a las personas, se las torturaba, se las mataba, simplemente porque alguien había presentado una denuncia contra ellas. Tácito, escribiendo algunos días antes, había dicho: «El que no tenía ningún enemigo era traicionado por un amigo.» Aquel mundo antiguo sabía demasiado bien cómo eran los acusadores malévolos, eflicios, caprichosos.

m

(ii) Esta escena nos muestra por tanto lo que podríamos llamar la limpieza del Cielo. Satanás, el malévolo Acusador, es arrojado definitivamente. Por esta razón los mártires cantan su himno de triunfo en la gloria.

Los mártires son los que han vencido a Satanás.

(a) **El martirio es ya en sí una conquista de Satanás.** El mártir se ha mostrado superior a toda seducción y a toda amenaza y hasta a la violencia de Satanás. Aquí tenemos una verdad dramática de la vida -cada vez que escogemos sufrir en lugar de ser desleales derrotamos a Satanás.

(b) La victoria de los mártires se obtiene mediante la sangre del Cordero. Esto tiene dos significados. Primero, en la Cruz y a través de la Resurrección Jesús venció para siempre lo peor que el mal Le podía hacer; y los que Le han confiado sus vidas participan de Su victoria. Segundo, por el sacrificio de Jesucristo en la Cruz, el pecado es perdonado; cuando una persona acepta por la fe lo que Jesús ha hecho por ella, sus pecados son borrados. *Y cuando uno está perdonado, no hay nada de lo que se le pueda acusar.*

Como decía Charles Wesley:

Me infunde fuerza en mi debilidad para vencer la ruda tentación; de indecibles angustias y ansiedad me saca a libertad de la prisión; en muerte y sombras me da vida y luz el poder de la sangre de Tu Cruz.

(c) Los mártires son vencedores porque han vivido el gran principio del Evangelio: No consideraron que la vida les era más preciosa que la fidelidad. «El que ama su vida, la pierde; y el que menosprecia su vida de este mundo la conservará por toda eternidad» (Juan 12:25). Este principio se extiende por todo el Evangelio (Mateo 10:39; 16:25; Marcos 8:35; Lucas 9:24; 17:33). Para muchos de nosotros esto no quiere decir literalmente morir por nuestra fe, pero sí poner nuestra lealtad a Cristo por encima de la vida fácil y cómoda.

(iii) Este pasaje finaliza con la idea de que Satanás es arrojado del Cielo y ha caído en la Tierra. Su poder en el Cielo ha sido quebrantado, pero todavía tiene poder en la Tierra; y

ruge feroz, porque sabe que no le queda más que un breve tiempo en la Tierra antes de ser totalmente destruido.

EL ATAQUE DEL DRAGÓN

Apocalipsis 12:13-17

El dragón, es decir, el Diablo, al ser arrojado del Cielo y bajar a la Tierra, atacó a la mujer que era la madre del Niño varón. Ya hemos visto que la mujer representa a la Iglesia en su sentido más amplio de Pueblo Escogido de Dios de en medio del cual vino el Ungido de Dios.

Así es que aquí hay un cierto simbolismo. El dragón puede dañar al Niño dañando a la madre; es decir, que el perjudicar a la Iglesia es perjudicar a Jesucristo. El Cristo Resucitado le dijo a Pablo en la carretera de Damasco: < ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué Me persigues? » (Hechos 9:4). Pablo había dirigido su persecución contra *la Iglesia*; pero el Cristo Resucitado dejó bien claro que perseguir a Su Iglesia es perseguirle a El. Cuando despojamos a la Iglesia de la ayuda que podíamos prestarle, despojamos a Jesús de la ayuda que podíamos prestarle; y cuando servimos a la Iglesia, servimos al mismo Jesucristo.

Ya hemos visto (versículo 6) que la huida de la mujer al desierto se refiere a la huida de la Iglesia a Pella, al otro lado del Jordán, antes de la destrucción final de Jerusalén. Pero en la huida de la mujer y en el ataque del dragón Juan usa dos figuras muy familiares para los que conocieran el Antiguo Testamento.

La mujer escapó sobre las dos alas de la gran águila. Una y otra vez en el Antiguo Testamento las alas del águila son el símbolo de los brazos sustentadores de Dios. «Habéis visto -le dijo Dios a Israel- lo que hice con los egipcios, y cómo os llevé sobre alas de águilas, y os traje hasta Mí» (Éxodo 19:4). «Como el águila que alborota su nidada, revoloteando

por encimó de sus polluelos, extiende las alas, tomándolos, cargándolos sobre sus plumas, el Señor fue el único que los guió (al pueblo de Israel)» (*Deuteronomio 32:11s*). O, como una paráfrasis escocesa interpreta *Isaías 40:31*: «Sobre alas de águila se elevan, se remontan -, sus alas son fe y amor, -hasta que superadas las regiones nebulosas de abajo - se elevan más allá, hasta alcanzar el Cielo.»

Vale la pena notar que, puestos a alegorizar la Escritura, Hipólito vio en las alas del águila el símbolo de «los dos brazos santos de Cristo extendidos sobre la Cruz.»

La segunda figura es la de las riadas que lanzó la serpiente. Ya hemos visto que el viejo dragón del caos era un dragón marino; y, por tanto, el conectar con él las inundaciones era perfectamente natural. Pero también aquí tenemos una imagen del Antiguo Testamento. Una y otra vez en él se comparan la tribulación y la persecución con aluviones incontenibles. «Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí» (*Salmo 42:7*). Y Dios le prometió al salmista que «en la inundación de muchas aguas no llegarán estas a él» (*Salmo 32:6*). Si el Señor no le hubiera ayudado, las aguas le habrían anegado y las corrientes impetuosas - habrían pasado sobre su alma (*Salmo 124:4s*). Cuando el fiel pase por las aguas, Dios mismo estará con él (*Isaías 43:2*).

El capítulo llega a su fin con otras dos figuras.

Cuando el dragón lanzó las riadas, la tierra las tragó y así se pudo salvar la mujer. No es difícil ver el precedente de esta figura. Con cierta frecuencia sucedía en Asia Menor que la tierra arenosa se tragaba los ríos, que volvían a aparecer más adelante después de fluir bajo tierra una cierta distancia. Hubo, por ejemplo, un caso cerca de Colosas, un área que Juan debe de haber conocido bien.

Pero no es tan fácil ver lo que quiere decir esta imagen. El simbolismo es probablemente que la misma naturaleza está de parte de los que son fieles a Jesucristo. Como el historiador Froude señaló, hay un orden moral en el mundo, y a la larga les va bien a los buenos y mal a los malos.

Por último, Juan nos presenta al dragón yendo a hacerles la guerra a los demás de la familia de la mujer, al resto de la Iglesia. Esto nos habla de la persecución que se habría de extender sobre toda la Iglesia.

Según lo vio Juan, Satanás, arrojado a la Tierra, está teniendo su última convulsión terrible, en la que va a abarcar toda la familia de la Iglesia en la agonía de la persecución.

EL PODER DE LA BESTIA

Apocalipsis 13

Vi una bestia que subía del mar. Tenía diez cuernos y siete cabezas; y tenía diez coronas en los cuernos; y vi en sus cabezas nombres blasfemos.

La bestia que vi era como un leopardo, con zarpas como de león y boca como de león; y el dragón delegó en ella su poder y trono y gran autoridad.

Vi que una de sus cabezas parecía como si estuviera herida de muerte; pero la herida mortal se le había curado.

La Tierra entera fue atraída por la admiración a la bestia; y adoraron al dragón que había delegado su autoridad en la bestia; y dieron culto a la bestia. Y decían:

-¿Quién hay como la bestia? ¿Quién podrá hacerle la guerra?

Y se le dio una boca que proclamaba pretensiones arrogantes y blasfemas; y se le dio autoridad para seguir haciéndolo cuarenta y dos meses. Abrió la boca para lanzar blasfemias contra Dios, para insultar Su nombre y Su morada y a los que moran en el Cielo.

Se le dio poder para hacerles la guerra a los consagrados a Dios y vencerlos; y se le dio autoridad sobre toda tribu y pueblo y lengua y raza. Todos los habitantes de la Tierra le darán culto, aquellos cuyos nombres no

se ha escrito desde la fundación del mundo en el Libro de la Vida del Cordero que fue sacrificado.

El que tenga oídos, que se dé por enterado.

Si uno ha de ser llevado cautivo, que lo sea. Si alguien mata a espada, él también morirá a espada. En esto consiste la firmeza y la lealtad de los consagrados a Dios.

Vi otra bestia que subía de la tierra, que tenía dos cuernos como un cordero pero hablaba como un dragón. Ejerce ante la primera bestia todo el poder de esta. Hace que toda la Tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, la que tenía una herida de muerte que había sanado. Realiza unos milagros tan impresionantes que hace hasta que descienda fuego del cielo para que los hombres lo vean. Engaña a los habitantes de la Tierra a causa de los milagros que tiene poder para hacer en presencia de la bestia. Dice a los habitantes de la Tierra que hagan una imagen de la bestia que tenía una herida de espada y había vuelto a vivir. Se le dio poder para dar el aliento de la vida a la imagen de la bestia deforma que hasta hablara e hiciera matar a todos los que no dieran culto a la bestia. Hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se pongan una señal en la mano derecha o en la frente. Arregla las cosas para que nadie pueda comprar ni vender a menos que tenga la señal, que consiste en el nombre de la bestia o el número de su nombre.

Aquí se requiere sabiduría. El que tenga entendimiento, que tome nota del número de la bestia, porque es como un número humano; su número es el seiscientos sesenta y seis.

Nos será mucho más fácil tratar este capítulo en su conjunto antes de emprender su estudio detallado. Eso es tanto más necesario porque este capítulo es la esencia de todo el libro.

Su sentido general es que Satanás, una vez arrojado del Cielo, sabe que le queda poco tiempo, y decide hacer todo el

daño que le sea posible. Para hacer ese daño en la Tierra delega su poder en las dos bestias que son la figuras principales de este capítulo.

La bestia que viene del mar representa el Imperio Romano, para Juan la encarnación del mal y que se describe en términos que proceden de *Daniel*. En *Daniel 7: 3-7* se nos relata la visión de cuatro grandes bestias que salen del mar; son los símbolos de los grandes imperios que han tenido un poder mundial, y de un imperio que, cuando se escribió *Daniel*, tenía el dominio del mundo. La bestia semejante a un león con alas de águila representa a Babilonia; la semejante a un oso, a Media; la semejante a un leopardo con cuatro alas, a Persia; y la cuarta, al imperio de Alejandro Magno. Según los describe el autor de *Daniel*, estos poderes mundiales eran tan salvajes e inhumanos que solo se podían representar con figuras bestiales. Era natural para un judío remontarse a esta descripción de los imperios bestiales cuando quería hacer la de otro imperio satánico que amenazaba al pueblo de Dios en su propio tiempo.

La figura de Juan en el Apocalipsis agrupa las características de las cuatro: es como un leopardo con patas de oso y boca de león. Es decir, que el Imperio Romano era para Juan tan satánico que incluía todos los terrores de los imperios malos que lo habían precedido.

Esta bestia tiene *siete cabezas y diez cuernos*. Así se representan los gobernadores y emperadores de Roma. Desde Augusto, el primer emperador romano, había habido siete emperadores: Tiberio, 14-37 d.C.; Calígula, 37-41 d.C.; Claudio, 41-54 d.C.; Nerón, 54-68 d.C.; Vespasiano, 69-79 d.C.; Tito, 79-81 d.C.; Domiciano, 81-96 d.C. Estos siete emperadores son las siete cabezas de la bestia. Pero se nos dice además que la bestia tenía *diez cuernos*. La explicación de esta segunda figura es que después de la muerte de Nerón hubo un breve período de un caos casi total. En dieciocho meses ocuparon brevemente el poder imperial tres hombres: Galba, Otón y Vitelio. No están incluidos en la lista de las siete cabezas, pero sí en la de los diez cuernos.

Juan dice que la bestia tenía en sus cabezas *nombres blasfemos*. Estos son los títulos que se otorgaron los emperadores. Todos ellos se llamaron *divus* o *sebastós*, que quieren decir *divino*. Era frecuente que se les diera el nombre de *Dios o Hijo de Dios*; y Nerón se llamó a sí mismo en sus monedas *El Salvador del Mundo*. El que un hombre se llamara divino era un insulto blasfemo a Dios. Además, los emperadores posteriores se aplicaron el título latino de *dominus*, o su equivalente griego *kyrios*, que quieren decir ambos *señor*, que en el Antiguo Testamento es el título exclusivo de Dios, y en el Nuevo Testamento, de Jesucristo.

La segunda bestia que figura en este capítulo, la que procede de la tierra, es la organización provincial total de los magistrados y sacerdocios designados para implementar el culto al César, que confrontaba a los cristianos con el dilema de decir: «César es Señor,» o morir.

Así es como nuestro cuadro encaja en su marco. Estas dos bestias salvajes, el poder de Roma y la organización del culto al César, lanzaron su ataque combinado contra los cristianos -y ninguna nación había sido capaz de resistir el poder de Roma. ¿Qué esperanza tenían los cristianos -pobres, indefensos, proscritos?

LA CABEZA HERIDA Y RESTABLECIDA

Hay otro tema que aparece varias veces en este capítulo. Entre las siete cabezas hay una que ha sido herida de muerte y restablecida a la vida (versículo 3); esa cabeza ha de recibir un culto especial (versículos 12 y 14); es el mal supremo, el supremo enemigo de Cristo.

Ya hemos visto que las siete cabezas representan a los siete emperadores romanos. Una cabeza herida y restablecida representará, por tanto, a un emperador que murió y volvió otra vez a la vida. Aquí se simboliza al *Nero redivivus*, el Nerón resucitado, leyenda que los cristianos fundieron con la del

Anticristo. En los *Oráculos Sibílicos* leemos de la expectación de los últimos días terribles de que vendría un rey de Babilonia al que todos odiaban, un rey terrible y de linaje abominable (5:143-148). Un matricida vendrá de Oriente y traerá la ruina al mundo (5:361-364). Uno que cometió la abominación del asesinato de su madre vendrá de Oriente (4:119-122). Un exiliado de Roma con diez mil espadas vendrá de más allá del Éufrates (4:137-139).

Es solamente cuando nos damos cuenta de cómo era Nerón cuando comprendemos que los cristianos consideraran su vuelta como la llegada del Anticristo.

No ha habido nadie que empezara la vida con una herencia genética peor que la de Nerón. Su padre fue Cnaeus Domitius Ahenobarbus, que se hizo famoso por su maldad. Había matado a un liberto por el crimen de rehusar seguir bebiendo con él; había atropellado a un niño en la Vía Appia; en una orgía en el foro le había sacado un ojo a un caballero romano; y acabó muriendo de hidropesía causada por su corrupción total. La madre de Nerón fue Agripina, una de las mujeres más terribles de la Historia. Cuando Ahenobarbus se enteró de que iba a tener un hijo con ella dijo cínicamente que lo único que podía salir de ellos era una abominación monstruosa. Cuando nació Nerón, Agripina fue desterrada por el emperador Calígula. Confiaron a Nerón al cuidado de su tía Lépida, que le encargó su educación a dos esclavos malvados, uno que era barbero y otro bailarín.

Bajo el emperador Claudio, Agripina volvió del destierro. Entonces no tenía más ambición que hacer que su hijo llegara a ser emperador. Le advirtieron unos adivinos que, si Nerón llegaba a ser emperador, las consecuencias serían desastrosas para ella; y respondió: «¡Que me mate, con tal de que reine!»

Agripina se puso a actuar con toda la pasión y la intriga de su naturaleza turbulenta. Claudio tenía ya dos hijos, Octavia y Británico; pero Agripina le cameló para que adoptara a Nerón cuando este tenía once años, y le convenció para que se casara con ella aunque era su tío. Agripina contrató entonces al

famoso **filósofo cordobés Séneca, y al gran soldado Afranio Burro**, para que fueran los tutores de Nerón. Británico fue marginado paulatinamente, y Nerón ocupó el centro de la escena.

El matrimonio duró cinco años, y entonces Agripina organizó que envenenaran a Claudio con un plato de setas venenosas. Cuando Claudio estaba en coma, aceleró su fin haciéndole cosquillas en la garganta con una pluma envenenada. Tan pronto como murió Claudio, Nerón fue presentado como emperador, para lo cual el ejército fue sobornado convenientemente.

Se produjo una situación curiosa. Roma fue gobernada los cinco años siguientes mejor que nunca. Nerón ocupaba todo su tiempo en pintura, teatro, escultura, música... Era un completo *diletante*; y el sabio Séneca y el íntegro Burro gobernaron el imperio.

Luego Nerón dejó de ser el culto diletante y se embarcó en una carrera de vicio y crimen. Deambulaba por las calles de noche con otros jóvenes de la nobleza atacando a todos los que encontraban. Pero lo peor estaba por venir. Asesinó a Británico como posible rival.

Ningún ni ninguna joven estaba a salvo de su concupiscencia. Era un homosexual desmadrado. Se casó públicamente, vestido como la novia, con un joven llamado Sporo, con el que hizo un viaje de luna de miel por Grecia. Estuvo < casado > con un liberto llamado Doríforo. Tomó como querida a Popea Sabina, la mujer de Oto, su íntimo amigo, y la mató a patadas cuando estaba embarazada.

Le chiflaban las extravagancias salvajes, y extraía dinero de todas partes. La corte imperial era una guarida de crímenes, asesinatos e inmoralidades.

Una de las pasiones de Nerón eran las construcciones. El año 64 d.C. tuvo lugar el gran fuego de Roma, que se pasó una semana ardiendo. No cabe la menor duda que Nerón lo inició, o que impidió que se hiciera nada para extinguirlo, para reservarse la gloria de reconstruir la ciudad. El pueblo sabía

muy bien quién era el responsable del fuego; pero Nerón les echó las culpas a los cristianos, y estalló la más sádica de todas las persecuciones. Cubría a los cristianos con pieles de fieras y les lanzaba sabuesos de caza mayor para que los despedazaran. Los metía en sacos con piedras y los arrojaba al Tíber. Los cubría de pez y les prendía fuego para que iluminaran sus fiestas en los jardines de palacio como antorchas vivientes.

La locura del mal se fue haciendo cada vez más salvaje. Obligó a Séneca a cometer suicidio; asesinó a Burro con una bebida envenenada que Nerón mismo le mandó como remedio para el dolor de garganta; cualquiera que caía en desgracia con Nerón por la menor causa era asesinado.

Agripina trató de controlarle, pero él se volvió contra ella intentando asesinarla de diversas maneras -envenenándola, haciendo que se le cayera encima el techo de su casa, mandándola al mar en un barco preparado para naufragar. Finalmente, envió a su liberto Aniceto a apuñalarla. Cuando Agripina vio la daga, descubrió su cuerpo y dijo: < ¡Atraviésame el vientre, por haber dado a luz a Nerón! >

No podía durar. Primero se rebeló en Galia Julio Vindex, y luego Galba en España. Por último, el senado le echó valor y declaró a Nerón enemigo público. Acabó suicidándose en la desgraciada villa del liberto Faón.

Esta es la cabeza de la bestia, herida y restablecida; el Anticristo que Juan preveía que se presentaría era el Nerón resucitado.

Ahora debemos mirar este capítulo sección por sección en más detalle. Esto puede que suponga algunas repeticiones; pero en un capítulo tan céntrico y tan importante la repetición contribuirá a la aclaración.

Apocalipsis 13:1-5

Empezamos resumiendo los hechos que ya se han establecido en el material introductorio a este capítulo. La bestia es el Imperio Romano; las siete cabezas son los siete emperadores en cuyo tiempo el culto del César representó un poder en el imperio -Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano, Tito y Domiciano. Las diez cabezas son estos siete emperadores juntamente con otros tres gobernadores cuyos reinados duraron solamente dieciocho meses en el tiempo de caos que siguió a la muerte de Nerón -Galba, Otón y Vitelio. La cabeza que fue herida y se restableció de nuevo a la vida simboliza la idea del *Nero redivivus*.

En este cuadro se simboliza el Imperio Romano en la bestia semejante a un leopardo con patas de oso y boca de león.

Esto indica un cambio total de actitud con respecto a Roma. Pablo no recibió más que ayuda del gobierno romano. Una y otra vez la intervención de las autoridades romanas y el hecho de ser ciudadano romano le habían salvado de la furia de los judíos. Así fue en Filipos (*Hechos 16*); en Corinto (*Hechos 18*); en Éfeso (*Hechos 19*); y en Jerusalén (*Hechos 21 y 22*). Pablo había creído y enseñado que los gobiernos estaban ordenados por Dios, y que todos los cristianos debían rendirles una obediencia responsable (*Romanos 13:1-6*). En las Epístolas Pastorales se dice que hay que orar por los reyes y por todos los que están en autoridad (1 *Timoteo 2:1*). En 1 *Pedro* se exhorta a los cristianos a ser buenos ciudadanos, sujetos a los gobernantes, a temer a Dios y honrar al emperador (1 *Pedro 2:13-17*). En 2 *Tesalonicenses 2:6s*, la explicación más probable es que se refiera al Imperio Romano la alusión a una fuerza que impide que se desintegre el mundo en el caos y que empiece a reinar el hombre de pecado.

En el *Apocalipsis* las cosas han cambiado. Ha surgido el culto al César. Los emperadores se dan nombres blasfemos

-divino, Hijo de Dios, Salvador, Señor. El poder de Roma se ha movilizó para aplastar la fe cristiana; y Roma se ha convertido en el agente del Diablo.

H. B. Swete ve en la descripción de la bestia un símbolo del poder de Roma. El Imperio tiene la vigilancia, astucia y crueldad del leopardo, siempre a punto para lanzarse sobre su presa; tiene la fuerza aplastante del oso; es como el león, cuyo rugido aterra al rebaño.

< ¿Quién hay como la bestia? > es una triste parodia del gran grito de guerra de Israel: «¿Quién como Tú, Señor, entre los dioses? ¿Quién como Tú, magnífico en santidad, imponente en maravillosas hazañas, obrador de prodigios?» (Éxodo 15: 11). H. B. Swete indica que la pretensión de la bestia a la preeminencia no se basa en ninguna grandeza moral, sino en la simple fuerza bruta. Cualquier imperio que se base en la fuerza bruta y no en la grandeza moral es anti-Dios. La descripción de la bestia haciendo afirmaciones arrogantes (versículo 5) viene de la del pequeño cuerno de *Daniel 7:8,20*.

En esta sección sobresale una gran verdad. En este mundo, un hombre o una nación tienen que escoger entre ser instrumentos de Dios o de Satanás.

EL INSULTO A DIOS

Apocalipsis 13:6-9

El versículo 6 es difícil. Dice que la bestia abrió la boca para lanzar blasfemias contra Dios y Su morada y los que moran en el Cielo.

(i) Esto se puede tomar en sentido general. Puede que quiera decir que el poder del imperio y la institución del culto al César son una blasfemia contra Dios y el Cielo y los ángeles. Si lo llevamos un paso más adelante podemos sacar más de la palabra *morada* de Dios; en griego es *skéné*, que quiere decir *tienda, tabernáculo, lugar de residencia*. Aunque no tiene

realmente conexión con ella, *skéné* le recordaba siempre a los judíos la palabra hebrea *Shejiná*, la gloria de Dios. Así es que Juan puede que esté diciendo que toda la conducta del Imperio Romano, y el culto al César en particular, es un insulto a la gloria de Dios.

(ii) Pero se puede tomar este pasaje en un sentido más particular. La bestia es el Imperio Romano. Puede ser que Juan esté pensando en *todas* las maneras -no solamente las de su propio tiempo- en que Roma había insultado a Dios y a Su morada.

A casi todos los emperadores romanos les molestaba el culto al César; pero no a Calígula, 37-41 d.C., que era un epiléptico y estaba más que medio loco. Tomó su divinidad muy en serio e insistió en que se le diera culto de manera universal.

Los judíos siempre habían estado exentos del culto al César, porque los romanos conocían muy bien su inamovible fidelidad al culto de un solo Dios. Este es un claro paralelo del hecho de que, de todos los pueblos del imperio, los judíos eran los únicos que estaban exentos del servicio militar a causa de su estricta observancia de las leyes dietéticas y del descanso sabático. Pero Calígula insistió en que se instalara una imagen suya en el Lugar Santísimo del Templo de Jerusalén. Los judíos habrían sufrido antes ser exterminados que someterse a tal profanación del Templo, pero Calígula ya había reunido un ejército para imponer su capricho cuando, afortunadamente, murió (Josefo, *Antigüedades -de los Judíos 18:8*).

Si hubo alguna vez insultos a la morada de Dios en la Tierra, esta acción de Calígula fue uno de ellos. Y bien puede ser que Juan tuviera en mente este incidente notorio cuando habla de los insultos que lanzaba la bestia contra la morada terrenal de Dios.

PELIGRO TERRENAL Y SEGURIDAD DIVINA

Apocalipsis 13:6-9 (conclusión)

Se le concedió a la bestia vencer a los que no estuvieran inscritos en el Libro de la Vida. El Libro de la Vida se menciona repetidas veces en el *Apocalipsis* (3:5; 13:8; 17:8; 20:12,15; 21:27). En el mundo antiguo los gobernadores guardaban un registro de los que eran ciudadanos de sus reinos; solo se borraban sus nombres cuando morían o perdían la ciudadanía. El Libro de la Vida es el registro de los que pertenecen a Dios.

En el versículo 10 hay una cuestión de traducción. Por lo que se refiere al original, hay dos traducciones igualmente posibles: < Aquellos cuyos nombres se han inscrito antes de la fundación del mundo en el Libro de la Vida del Cordero que fue inmolado, » o: < Aquellos cuyos nombres se han escrito en el Libro de la Vida del Cordero Que fue inmolado desde la fundación del mundo. »

(i) La primera es sin lugar a dudas la traducción del pasaje paralelo de *Apocalipsis 17:8*. Un paralelo cercano sería el de Efesios 1:4, donde Pablo dice que Dios nos ha escogido en Jesucristo antes de la fundación del mundo. El sentido sería que Dios ha escogido a los que son Suyos desde antes del principio del tiempo, y que nada en la vida o en la muerte, en el tiempo o en la eternidad, nada que puedan hacer el Diablo o el Imperio Romano nos podrá arrancar de Su mano. Esta es la traducción de la Reina-Valera en su revisión de 1995, pero en las anteriores era la otra.

(ii) La segunda traducción dice que Jesucristo es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Un paralelo exacto de esto se encuentra en 1 *Pedro 1:19s*, donde Pedro habla de Jesús y Su sacrificio como preordenado antes de la fundación del mundo. Los judíos creían que el arcángel Miguel había sido creado antes de la fundación del mundo para ser el mediador entre Dios e Israel; y que Moisés fue creado antes de la

fundación del mundo para ser el mediador del pacto entre Dios e Israel. Por tanto, no habría nada de extraño para la mentalidad judía en decir que Jesús fue ordenado antes de la fundación del mundo para ser el Redentor de la humanidad.

Tenemos en estas dos traducciones dos verdades igualmente preciosas. Pero, si hemos de escoger, debemos escoger la primera; porque no cabe duda de que así es como usa la frase Juan cuando la repite en *Apocalipsis 17:8*.

LAS ÚNICAS ARMAS DEL CRISTIANO

Apocalipsis 13:10

A primera vista este es un versículo difícil.

Si uno está para ser llevado cautivo, que lo sea. Si alguien mata a espada, él también morirá a espada. En esto consiste la firmeza y la lealtad de los consagrados a Dios.

El versículo se compone de dos citas: empieza con la de *Jeremías 15:2*, donde se le dice a Jeremías que le diga al pueblo: «Y si te preguntan: "¿Adónde iremos a parar?", les dirás que así ha dicho el Señor: "El que a muerte, a muerte; el que a espada, a espada; el que a hambre, a hambre; el que a cautiverio, a cautiverio."» La idea es que no hay manera de escapar de lo que Dios haya decretado. El versículo pasa a continuación a citar el dicho de Jesús en *Mateo 26:52*. En el Huerto de Getsemaní, cuando llegó aquella chusma a detener a Jesús y Pedro desenvainó la espada para defenderle, Jesús le dijo: «Pon la espada otra vez en su sitio; porque todos los que manejan espada morirán a espada.» Hay aquí tres cosas.

(i) Si la fe cristiana quiere decir la cárcel, el cristiano debe aceptarla sin murmurar. Cualquier cosa que sea la consecuencia de seguir a Cristo, el cristiano debe asumirla.

(ii) El cristiano no puede nunca defenderse por la fuerza; el que utiliza la espada, perece a espada. Cuando el gobierno romano empezó a perseguirlos, los cristianos llegaban tal vez a los cien mil; y sin embargo nunca se les ocurrió resistirse por la fuerza. Es una contradicción intolerable defender el Evangelio del amor de Dios usando la violencia del hombre.

(iii) Hay armas que el cristiano puede usar, y son la firmeza y la lealtad. La palabra para *firmeza* es *hypomoné*, que no quiere decir simplemente soportar pacientemente, sino aceptar valerosamente lo peor que la vida pueda hacer y transformarlo en gloria. La palabra para *lealtad* es *pistis*, que quiere decir esa fidelidad que no vacila nunca en su devoción al Maestro.

EL PODER DE LA SEGUNDA BESTIA

Apocalipsis 13:11-17

Esta pasaje trata del poder de la segunda bestia, la organización establecida para imponer el culto al emperador en todo el imperio. Se dicen ciertas cosas acerca de ese poder.

(i) Produce señales y prodigios tales como hacer que descienda fuego del cielo; hace hablar a la imagen de la bestia. Había estatuas del emperador por todas partes, ante las cuales se llevaba a cabo el acto oficial de culto. En todas las religiones antiguas los sacerdotes sabían producir señales y milagros; sabían causar la impresión de que las imágenes hablaban. El Faraón tenía sus magos en tiempos de Moisés, y el sacerdocio imperial tenía sus expertos en hacer trucos y ventrilocuismo y cosas por el estilo.

En el versículo 11 hay una frase curiosa. Esta bestia procedente de la tierra se dice que tenía dos cuernos como los de un cordero; es decir: era una ridícula parodia del Cordero en el sentido cristiano del término. Pero también se dice que *hablaba como un dragón*. Es posible que esta última frase deba traducirse por *como la serpiente*. Podría ser una referencia a

la **serpiente que sedujo a Eva en el Huerto del Edén**. El sacerdocio imperial podía usar fácilmente invitaciones seductoras: < ¡Fijaos en lo que Roma ha hecho por vosotros! Ved la paz y la prosperidad que disfrutáis; ¿habéis conocido un benefactor comparable al Emperador? Sin duda podéis expresar vuestro agradecimiento ofreciéndole este sencillo acto de culto. » Siempre hay razones convincentes para que la Iglesia se comprometa con el mundo; pero el hecho es que, cuando lo hace, traiciona a Cristo otra vez.

(ii) Esta bestia hace que se mate a los que no le den culto. Esa era, de hecho, la ley. Si un cristiano rehusaba ofrecer al emperador ese acto de culto, se le condenaba a muerte. La pena de muerte no siempre se llevaba a cabo; pero si un cristiano no tenía la señal de la bestia, no podía comprar ni vender. Es decir: si uno se negaba a dar culto al emperador, aunque se le dejara con vida, se le arruinaba económicamente. Sigue siendo verdad que el mundo sabe ejercer presión sobre los que no acepten sus estándares. Todavía a menudo una persona tiene que escoger entre el éxito material y la lealtad a Jesucristo.

LA SEÑAL DE LA BESTIA

Apocalipsis 13:11-17 (conclusión)

Los que habían rendido culto al César como mandaba la ley tenían *la señal de la bestia* en la mano derecha y en la frente. Esta señal es otra parodia ridícula de las que aparecen en este capítulo: la de una costumbre sagrada judía. Para orar, los judíos se ponían *filacterias* en el brazo izquierdo y en la frente, que eran cajitas de piel que contenían unos rollitos de pergamino con los siguientes pasajes: *Éxodo 13:1-10; 13: 11-16; Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21*.

La palabra para la señal de la bestia era *járagma*, que podía venir de más de una costumbre antigua.

(i) Algunas veces se marcaba a los esclavos domésticos con la señal de su dueño; pero corrientemente no se los marcaba más que si se habían escapado o habían sido culpables de alguna falta grave. Tal marca se llamaba *stigma*, cuyo derivado castellano conserva bastante de su sentido. Si la señal de la bestia se relacionaba con esta quería decir que se era propiedad de la bestia si se la adoraba.

(ii) A veces los soldados hacían un tatuaje con el nombre de su general en señal de su lealtad, como se sigue haciendo en nuestro tiempo con el nombre de la persona querida. Si la señal se conectaba con esto, quiere decir que los que daban culto a la bestia eran sus devotos seguidores.

(iii) En cualquier contrato de compra-venta había una *járagma*, un sello con el nombre del emperador y la fecha. Si la señal de la bestia esta relacionada con esto, quiere decir que los que dan culto a la bestia aceptan su autoridad.

(iv) Todas las monedas que se acuñaban tenían la efigie y la inscripción del emperador, mostrando que eran su propiedad. Si la señal se relaciona con esto, quiere decir de nuevo que los que la llevan son propiedad de la bestia.

(v) Cuando uno había quemado su pizca de incienso en reconocimiento de la divinidad del César recibía un certificado en el que se decía que lo había hecho. La señal de la bestia puede que sea el certificado del culto, que un cristiano no podía obtener nada más que negando a su Maestro.

EL NÚMERO DE LA BESTIA

Apocalipsis 13:18

En este versículo se nos dice que el número de la bestia es el seiscientos sesenta y seis; y podemos estar seguros de que se ha derrochado más ingenio tratando de explicar este versículo que en ningún otro de la Escritura. ¿Quién es esta bestia satánica así simbolizada? Debe recordarse que los

pueblos antiguos no tenían cifras, sino que usaban las letras del alfabeto también para indicar los números. Es como si usáramos la A para el 1, la B para el 2, la C para el 3, y así sucesivamente. Cualquier palabra, por tanto, y cualquier nombre propio en particular, podía ser también un número. Una manera romántica y encantadora de usar este método nos la cuenta Deissmann. Un amante escribió en los muros de Pompeya: «Estoy enamorado de una que tiene el número 545,» ¡identificando y ocultando al mismo tiempo a su amada!

Las sugerencias que se han hecho en cuanto al sentido de 666 son innumerables. Como es el número de la bestia, muchos lo han manipulado para que coincidiera con el de su enemigo número 1; y así el 666 se ha hecho representar al Papa, al reformador escocés John Knox, a Martín Lutero, a Napoleón y a otros muchos. El Dr. Kepler nos ofrece un ejemplo de lo que el ingenio diseñó en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Hagamos que A = 100, B = 101; C = 102; D = 103, etcétera. Entonces podemos hacer esta suma:

$$H = 107$$

$$I = 108$$

$$T = 119$$

$$L = 111$$

$$E = 104$$

$$R = 117$$

¡TOTAL, 666! (si no contamos la Ñ).

Al principio ya vimos que Apocalipsis está escrito en clave; está claro que nada se guardará más celosamente que este número que representa al archienemigo de la Iglesia. Lo curioso es que la clave debe de haberse perdido muy pronto, porque hasta un investigador tan grande como Ireneo en el siglo II d.C. no sabía lo que representaba el número.

Exponemos cuatro de las primeras sugerencias.

Ireneo sugirió que podría ser Euanthas. En números griegos: E = 5; U = 400; A = 1; N = 50; TH (la letra griega *theta*) =

9; A = 1; S = 200; y la suma es 666. Pero en cuanto a lo que quería decir Euanthas, Ireneo no tiene nada que decir; así es que sustituyó una incógnita por otra.

Otra sugerencia fue que la palabra en cuestión era *Lateinos*. L=30;A=1;T=300;E=5;I=10;N=50;O=70;S = 200; y la suma es 666. *Lateinos* podría querer decir *latín* y, por tanto, representaría el Imperio Romano.

Una tercera sugerencia era *Teitan*. T = 300; E = 5; I = 10; T = 300; A = 1; N = 50; y la suma es 666. *Teitan* podría hacerse que tuviera dos significados. Primero, en la mitología griega los titanes eran los grandes rebeldes contra Dios. Segundo, el apellido de la familia de Vespasiano, Tito y Domiciano era *Titus*, y es posible que se los llamara Los Titanes. Una cuarta sugerencia era *arnoume*. A = 1; R = 100; N = 50; O = 70; U = 400; E = 5; y la suma es 666. Es posible que *arnoume* fuera una forma de la palabra griega *ámoumai*, «yo niego.» En este caso el número representaría la negación del nombre de Cristo.

Ninguna de estas sugerencias es convincente. El capítulo mismo nos da con mucho la mejor clave. Menciona una y otra vez la cabeza que fue herida de muerte y se restableció. Ya hemos visto que esa cabeza simbolizaba la leyenda del *Nero redivivus*. Bien podemos, por tanto, suponer que el número tiene algo que ver con Nerón. Muchos manuscritos antiguos dan el número 616 en vez de 666. Si ponemos Nerón en latín y le damos el equivalente numérico tenemos:

$$N = 50$$

$$E = 6$$

$$R = 500$$

$$O = 60$$

$$N = 50$$

El total es 666; y el nombre se puede escribir lo mismo con la N final o sin ella, lo cual daría 616. En hebreo las letras de *Nero Caesar* también suman 666.

Es bastante seguro que el número de la bestia representa a Nerón; y que Juan está pronosticando la venida del Anticristo en la forma de Nerón, la encarnación de todo mal, volviendo a este mundo.

LOS QUE SON DEL PADRE

Apocalipsis 14:1

Vi, fijaos, al Cordero, Que estaba de pie en el monte de Sión, y había con Él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían escrito en la frente Su nombre y el nombre de Su Padre.

La siguiente visión de Juan se abre con el Cordero de pie en triunfo en el Monte de Sión, y con Él los ciento cuarenta y cuatro mil de los que leímos en el capítulo 7. Están marcados en la frente con Su nombre y el de Su Padre. Ya hemos pensado acerca del sentido de la señal, pero debemos considerarlo de nuevo. En el mundo antiguo, la marca que se le hubiera puesto a una persona quería decir por lo menos una de cinco cosas.

(i) Podía representar *la propiedad*. A menudo se marcaban los esclavos con un hierro candente como se hace con el ganado. Los que están en compañía con el Cordero pertenecen a Dios.

(ii) Podía representar *lealtad*. El soldado a veces se tatuaba el brazo con el nombre del general al que amaba y seguía hasta la muerte. La compañía del Cordero está formada por los veteranos que han demostrado su lealtad a su Rey.

(iii) Podía representar *seguridad*. Hay un papiro curioso del siglo III ó IV d.C. que contiene una carta de un hijo a su padre Apolos. Los tiempos son peligrosos, y el hijo y el padre están separados. El hijo manda sus saludos y mejores deseos, y entonces prosigue: «Ya te he dicho sin duda antes acerca de

mi dolor por tu ausencia entre nosotros, y mi temor de que te suceda algo terrible y no encontremos tu cuerpo. De hecho, he querido muchas veces decirte que, teniendo en cuenta la inseguridad, quería *ponerte una marca*» (P. Oxy. 680). El hijo quería ponerle una señal al cuerpo de su padre para mantenerlo seguro. Los de la compañía del Cordero están todos marcados para su seguridad en la vida o en la muerte.

(iv) Podía representar *dependencia*. Robertson Smith cita un ejemplo curioso de esto. Los grandes jeques árabes tenían sus humildes protegidos que dependían absolutamente de ellos. A menudo el jeque los marcaba lo mismo que sus camellos para que se supiera que dependían de él. La compañía del Cordero son los que dependen totalmente de Su amor y de Su gracia.

(v) Podía representar *inmunidad*. Era corriente entre los devotos de un dios el marcarse con su señal. Algunas veces aquello funcionaba de una manera cruel. Plutarco nos cuenta que después de la derrota desastrosa de los atenienses bajo Nicias en Sicilia, los sicilianos hicieron prisioneros y los marcaron en la frente con un caballo galopante, el emblema de Sicilia (Plutarco: *Nicias* 29).³ *Macabeos* nos cuenta que Tolomeo IV de Egipto mandó que «todos los judíos fueran degradados hasta lo más bajo y a la condición de esclavos; y que los que se pronunciaron en contra debían ser tomados a la fuerza y ajusticiados; y que cuando se censaran debían ser marcados con hierro candente en el cuerpo con la hoja de hiedra, el emblema de Baco» (3 *Macabeos* 2:28s).

Estos ejemplos suponían degradación y crueldad, pero había otros. Los sirios se tatuaban corrientemente las muñecas o el cuello con la marca de su dios. Pero hay un ejemplo aún más relevante: Heródoto (2:113) nos cuenta que había un templo de Hércules en la boca canópica del Nilo que tenía derecho de asilo. Cualquier criminal, ya fuera esclavo o libre, estaba allí a salvo de la venganza persecutoria. Cuando un fugitivo llegaba al templo, se le marcaba con cierta señal sagrada para mostrar que se había entregado al dios y que ya nadie podía tocarle. Eran señales de una seguridad absoluta. Recordemos

especialmente en este apartado el caso de Caín, al que Dios marcó con una señal para que no le matara cualquiera que le encontrara (*Génesis 4:15*). La compañía del Cordero son los que se han rendido a la misericordia de Dios en Jesucristo y están a salvo para siempre.

EL HIMNO QUE SOLO PUEDEN APRENDER

LOS QUE SON DE DIOS

Apocalipsis 14:2s

Y oí una voz del Cielo como el sonido de muchas aguas y como el retumbar de un trueno imponente; y la voz que oí era como la música de arpistas que estuvieran tañendo sus arpas. Y estaban cantando un himno nuevo ante el trono y los cuatro seres vivientes y los ancianos, y nadie podía aprender aquel himno más que los ciento cuarenta y cuatro mil que habían sido comprados para Dios de toda la Tierra.

Este pasaje empieza con una descripción maravillosa de la voz de Dios.

(i) Era como el sonido de muchas aguas. Aquí se nos recuerda *el poder* de la voz de Dios, porque no hay poder como la embestida de olas montañosas sobre las playas o los acantilados.

(ii) Era como el retumbar de un trueno imponente. Aquí se nos recuerda *la inconfundibilidad* de la voz de Dios. No se puede evitar oír el rugido del trueno.

(iii) Era como la música de arpistas que estuvieran tañendo sus arpas. Aquí se nos recuerda *la melodía* de la voz de Dios. Hay en ella la gracia noble de la música suave que calma el corazón angustiado.

La compañía del Cordero estaba cantando un himno que solo ellos podían aprender. Aquí tenemos una verdad que corre

por toda la vida. Para aprender ciertas cosas uno tiene que ser una cierta clase de persona. Los de la compañía del Cordero podían aprender el himno nuevo porque habían pasado por ciertas experiencias.

(a) Habían sufrido. Hay ciertas cosas que solo el dolor nos puede enseñar. Como alguien puso en la boca de los poetas: < Aprendimos en la aflicción lo que enseñamos en la canción. > La aflicción puede producir resentimiento, pero también fe y paz y un himno nuevo.

(b) Habían vivido en fidelidad. Está claro que, conforme pasan los años, el Maestro estará más cerca de sus fieles seguidores, y estos de Él; entonces les podrá enseñar cosas que los infieles o los seguidores intermitentes no pueden aprender.

(c) Esta es otra manera de decir que los de la compañía del Cordero han hecho un progreso constante en el crecimiento espiritual. Un maestro puede enseñarles cosas más profundas a los estudiantes maduros que a los principiantes inmaduros. Y Jesucristo puede revelar más tesoros de sabiduría a los que crecen en Su semejanza día a día. Un cristianismo estático es la tragedia de muchos.

LA FLOR MÁS PRECIOSA

Apocalipsis 14:4a

Estos son los que no se han contaminado con mujeres, porque son vírgenes.

Tomamos este medio versículo separadamente porque es uno de los dichos más difíciles de todo el Apocalipsis, y tiene una importancia capital el tener claro su sentido. Describe la pureza inmaculada de los que forman la compañía del Cordero; pero, ¿en qué consiste esa pureza?

(i) ¿Describe a los que han sido castos en sus relaciones sexuales? Difícilmente puede ser ese el caso, porque las

personas en cuestión se describen, no solo como puras, sino como *vírgenes*, es decir, como los que no han conocido nunca la relación sexual.

(ii) ¿Describe a los que se han guardado del adulterio espiritual, es decir, de toda infidelidad a Jesucristo? Una y otra vez encontramos en el Antiguo Testamento que se dice del pueblo de Israel que se han prostituido con dioses extraños (*Éxodo 34:15; Deuteronomio 31:16; Jueces 2:17; 8:27, 33; Oseas 9:1*). Pero este pasaje no suena a alegórico.

(iii) ¿Describe a los que han permanecido célibes? Estaban próximos los días en que la Iglesia había de glorificar la virginidad y mantener que la vida cristiana más elevada no les era posible nada más que a los que renunciaban totalmente al matrimonio. Los gnósticos mantenían que < el matrimonio y el engendrar eran cosas de Satanás. > Taciano mantenía que < el matrimonio es corrupción y fornicación. > Marción fundó iglesias para los que eran célibes, en las que se impedía la entrada a los que no lo fueran. Uno de los mayores padres de la Iglesia, Orígenes, se castró voluntariamente para estar seguro de mantener una virginidad perpetua. En *Los hechos de Pablo y Tecla (11)*, Demas acusa a Pablo de < privar a los hombres jóvenes de esposa, y a las solteras de marido diciendo que el mantenerse casto e imponer castidad a la carne es la única manera de participar de la Resurrección. > Hay un informe de un juicio romano (Ruinart: *Actas de los mártires, 27 de abril, 304*) en el que se describe a los cristianos como < personas que se imponen a las mujercillas insensatas y les dicen que no se deben casar y las persuaden a adoptar una castidad ilusoria. > Este es precisamente el espíritu que había de engendrar los monasterios y los conventos, implicando que todo lo que tenga que ver con el sexo es pecado.

Todo eso está lejos de la enseñanza del Nuevo Testamento. Jesús glorificó el matrimonio diciendo que por esta causa deja un hombre a su padre y a su madre para quedar unido tan íntimamente con su mujer que los dos forman una sola carne, y advirtiendo que lo que Dios ha unido no lo puede separar

nadie (*Mateo 19:4-6*). En su enseñanza más elevada, Pablo glorificó el matrimonio comparando la relación entre los esposos a la que existe entre Cristo y Su Iglesia (*Efesios 5:22-33*). El autor de *Hebreos* establece: < Que todos tengan el matrimonio como un estado honroso > (*Hebreos 13:4*).

Entonces, ¿qué se ha de decir de este pasaje? Si hemos de tratarlo honradamente no podemos evitar la conclusión de que alaba el celibato y la virginidad y minimiza el matrimonio. Hay dos explicaciones posibles.

(a) Posiblemente el autor del *Apocalipsis* se proponía exaltar el celibato y la virginidad; es probable que estuviera escribiendo hacia el año 90 d.C., cuando esta tendencia ya se daba en la Iglesia. En ese caso tendríamos que dejar a un lado este pasaje porque, puesto a prueba por el resto del Nuevo Testamento, no es una expresión correcta de la ética cristiana.

(b) Hay otra interpretación posible. Cuando los escribas estaban copiando los libros del Nuevo Testamento, a menudo añadían notas y comentarios al margen para explicar el texto; y a veces otros escribas posteriores que estaban copiando ese manuscrito incluían las notas en el texto creyendo que formaban parte de él y se habían puesto al margen para que no se olvidaran. En ese caso, bien puede ser que algún escriba que estaba copiando este pasaje quisiera dar su opinión en cuanto a quiénes eran los ciento cuarenta y cuatro mil; y añadió al margen: < Esto se refiere a los que no se han contaminado nunca con mujeres, sino que se han mantenido vírgenes. > Esto es tanto más probable si se tiene en cuenta que muchos de los copistas posteriores eran monjes. En tal caso la primera parte del versículo 4 no contendría palabras de Juan sino el comentario de algún escriba.

LA IMITACIÓN DE CRISTO

Apocalipsis 14:4b-5

Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Fueron comprados de entre la humanidad, un sacrificio para Dios y para el Cordero, y no se encontró falsedad en sus bocas, son sin defecto.

La compañía del Cordero son los que Le siguen dondequiera que va. La definición más sencilla del cristiano es uno que sigue a Jesucristo. « ¡Sígueme! » , le dijo Jesús a Felipe (*Juan 1:43*), y a Mateo (*Marcos 2:14*), y al joven rico (*Marcos 10:21*), y al discípulo anónimo (*Lucas 9:59*). Cuando Pedro Le preguntó qué sería de Juan, Jesús le dijo que no se preocupara de lo que les pasara a los demás, sino que se concentrara en seguirle a Él (*Juan 21:19-22*). Él nos dejó Su ejemplo, dijo Pedro, para que sigamos Sus huellas (*1 Pedro 2:21*).

Juan califica la compañía del Cordero de tres maneras.

(i) Son un sacrificio para Dios y para el Cordero. La palabra para *sacrificio* es *aparjé*. Quiere decir el sacrificio de los primeros frutos. Las primicias eran lo mejor de la cosecha; eran el símbolo de la cosecha que se recogería; y eran una dedicación simbólica a Dios de toda la cosecha. Así es el cristiano lo mejor que se puede ofrecer a Dios; cada cristiano es una primicia del tiempo cuando toda la humanidad Le será dedicada a Dios; y el cristiano es la persona que Le ha consagrado su vida a Dios.

(ii) No se encontró falsedad en sus bocas. Esta es una idea favorita de la Escritura. « Bienaventurado aquel -dice el salmista- en cuyo espíritu no hay engaño » (*Salmo 32:2*). Isaías dijo del Siervo del Señor: « Ni hubo engaño en Su boca » (*Isaías 53:9*). Sofonías dijo del resto escogido del pueblo: « Ni en la boca de ellos se encontrará una lengua engañosa » (*Sofonías 3:13*). Pedro tomó las palabras acerca del Siervo y se las aplicó a Jesús: « Ni se halló engaño en Su

boca » (*1 Pedro 2:22*). Hay algo aquí que podemos entender bien. Lo mismo que nosotros queremos que nuestros amigos sean sinceros, así también Jesucristo.

(iii) Son sin defecto. La palabra original es *ámómos*, que pertenece al lenguaje de los sacrificios. Describe el animal que no tiene tacha ni defecto, y que puede sacrificarse. Es interesante notar lo a menudo que se aplica esta palabra a los cristianos. Dios nos ha escogido para que seamos santos y sin *tacha* delante de Él (*Efesios 1:4*; *cp. Colosenses 1:22*). La Iglesia debe ser gloriosa, *sin mancha* ni arruga ni nada por el estilo (*Efesios 5:27*). Pedro habla de Jesús como un Cordero *sin tacha* ni contaminación (*1 Pedro 1:19*). Recibimos la vida para ofrecérsela a Dios como sacrificio; y lo que se Le ofrece a Dios debe ser sin tacha.

Sigue la visión de los tres ángeles: el que cita a adorar al Dios verdadero (versículos 6 y 7), el que predice la condenación de Roma (versículo 8), y el que predice al juicio y la destrucción de los que hayan negado la fe y dado culto a la bestia (versículos 9-12).

LA CITA AL CULTO DE DIOS

Apocalipsis 14:6s

Y vi volar otro ángel por en medio del cielo con un evangelio sempiterno para predicárselo a los habitantes de la Tierra en todas sus razas, tribus, lenguas y pueblos. Y decía a gran voz:

- ¡Temed a Dios y dadle la gloria, porque ha llegado la hora de Su juicio; y dadle culto al Que hizo los cielos y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas!

Una de las señales que habían de preceder al fin del mundo era que el Evangelio sería predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones (*Mateo 24:14*). Aquí tenemos

el cumplimiento de esa profecía. El ángel llega con el mensaje del Evangelio a todas las razas y tribus y lenguas y pueblos.

El ángel trae un Evangelio *perdurable*. *Perdurable* podría querer decir que el Evangelio es válido eternamente, que su verdad se mantiene hasta en un mundo en desintegración; o que el Evangelio ha existido desde toda eternidad. Pablo dice en la gran doxología de *Romanos* que Jesucristo es la revelación del misterio que había estado escondido desde el principio del mundo (*Romanos* 16:25); podría querer decir que el Evangelio es el propósito eterno de Dios para la humanidad, y que trata de las cosas eternas.

Puede que parezca extraño que al ángel con el Evangelio sigan inmediatamente los ángeles de la condenación. Pero el Evangelio tiene por necesidad un doble filo: es - la Buena Noticia para los que lo reciben, pero el juicio para los que lo rechazan. « En esto consiste la condenación: porque la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (*Juan* 3:19). La condenación está justificada porque a los que lo rechazaron se les dio la oportunidad de aceptarlo.

Las palabras del ángel son interesantes. Son una invitación a dar culto al Dios Que es el Creador de todas las cosas. Este mensaje no es específicamente cristiano, sino la base de todas las religiones. Corresponde exactamente al mensaje que trajeron Pablo y Bernabé a los de Listra cuando les dijeron que debían convertirse de las vanidades que adoraban al Dios vivo Que hizo los cielos y la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos (*Hechos* 14:15). H. B. Swete llama a esto «una apelación a la conciencia del paganismo ignorante, todavía incapaz de recibir ninguna otra.»

LA CAMA DE BABILONIA

Apocalipsis 14:8

Y otro ángel, un segundo ángel, siguió al primero diciendo:

- ¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia, la que hacía a todas las naciones beber del vino de la ira de su fornicación!

Aquí se profetiza la condenación de Roma. En todo el *Apocalipsis* Babilonia simboliza a Roma, una identificación que era corriente en la literatura intertestamentaria. El autor de *2 Baruc* empieza sus denuncias de Roma diciendo: «Yo, Baruc, digo esto contra ti, Babilonia» (*2 Baruc* 11:1). Cuando se describe en los *Oráculos sibilinos* la huida imaginaria de Nerón desde Roma, se dice: «Entonces huirá de Babilonia un rey inicuo y temerario a quien aborrecen todos los mortales y los mejores hombres» (*Oráculos sibilinos* 5:143). En los días antiguos, Babilonia había sido para los profetas la misma encarnación del poder y de la concupiscencia y del lujo y del pecado; y para los primeros cristianos judíos Babilonia parecía haber nacido de nuevo en la concupiscencia, el lujo y la inmoralidad de Roma.

La conquista de Babilonia por Ciro de Persia había sido uno de los acontecimientos alucinantes de la historia antigua. Las mismas palabras que usa *Apocalipsis* son eco de las de los antiguos profetas con las que anunciaron aquella caída. « ¡Cayó, cayó Babilonia, y los ídolos de sus dioses quebrantó en tierra!» (*Isaías* 21:9). Y Jeremías: «¡De repente cayó Babilonia y se hizo pedazos!» (*Jeremías* 51:8).

Se dice que Babilonia ha hecho beber a todas las naciones del vino de la ira de su fornicación. En esta frase se funden en una dos concepciones del Antiguo Testamento. En *Jeremías* 51:7 se dice de Babilonia: «Una copa de oro que embriagó a toda la Tierra fue Babilonia en la mano del Señor. De su vino

bebieron los pueblos; se aturdieron las naciones.» La idea es que Babilonia había sido una fuerza corruptora que había seducido a las naciones a una especie de inmoralidad demente. El trasfondo es el cuadro de una prostituta que conduce a un hombre a la inmoralidad emborrachándole para que ya no pueda resistirse a sus redes. Roma ha sido así, como una cortesana deslumbrante que sedujera al mundo. El otro cuadro es el de la copa de la ira de Dios. Job dice del malvado: «Verá con sus propios ojos su quebranto y beberá de la ira del Todopoderoso» (*Job* 21:20). El salmista habla de los malvados que tienen que beber hasta las heces de la copa sangrienta en la mano de Dios (*Salmo* 75:8). Isaías dice que Jerusalén tuvo que beber de la mano del Señor la copa de Su ira (*Isaías* 51:17). Dios instruyó a Jeremías para que tomara de Su mano la copa del vino de Su furor y se la diera a beber a las naciones (*Jeremías* 25:15).

Podríamos parafrasearlo diciendo que Babilonia hizo beber a las naciones del vino que sedujo a los hombres a la fornicación y que trae como consecuencia la ira de Dios.

Detrás de todo esto está la verdad eterna de que la nación o la persona cuya influencia es para mal no escapará a la ira vengadora de Dios.

LA CONDENACIÓN DE LA PERSONA

QUE NIEGA A SU SEÑOR

Apocalipsis 14:9-12

Y otro ángel, un tercer ángel, siguió a los otros dos diciendo en voz muy alta:

- ¡El que dé culto a la bestia y a su imagen, y reciba su marca en la frente o en la mano, también beberá del vino de la ira de Dios, mezclado y sin diluir en la copa de Su ira, y será torturado con fuego y azufre en la presencia de los santos ángeles y del Cordero! El humo

de su tormento asciende por siempre y para siempre, y los que dan culto a la bestia y su imagen no tienen reposo ni de día ni de noche, como tampoco ninguno que reciba la marca de su nombre!

Aquí está la llamada a la firmeza por parte de los que están dedicados a Dios, que guardan Sus mandamientos y se mantienen leales a El.

Ya se ha advertido del poder de la bestia y de la marca que tratará de imponerles a las personas (capítulo 13). Ahora hay una advertencia a los que fallen en este tiempo de prueba.

Es significativo que esta es la advertencia más feroz de todas. De todas las condenaciones, según el *Apocalipsis*, la peor es la de los apóstatas. La razón es que la Iglesia estaba batallando por su propia existencia. Si había de continuar, el cristiano individual debía estar preparado a enfrentarse con el sufrimiento y la persecución y la cárcel y la muerte. Si el cristiano individual se rendía, moría la Iglesia. En nuestro tiempo tiene también el cristiano individual una importancia capital, pero su función ahora no consiste en proteger la fe estando dispuesto a morir por ella, sino en presentarla estando dispuesto a vivirla diligentemente.

La condenación del apóstata se presenta con los colores más lúgubres del más terrible juicio que cayó jamás sobre la Tierra -el de Sodoma y Gomorra. «El humo subía de la Tierra como el humo de un horno» (*Génesis* 19:28). Juan recuerda las palabras de Isaías cuando describía el día de la venganza del Señor: «Los arroyos de Edom se convertirán en brea, y su suelo en azufre; su tierra se convertirá en brea ardiente. No se apagará ni de noche ni de día; su humo se elevará constantemente. De generación en generación quedará desolada, y jamás pasará nadie por ella» (*Isaías* 34:8-10).

Los malvados serán destruidos en la presencia de los santos ángeles y del Cordero. Como ya hemos visto antes, parte de la bienaventuranza del Cielo era ver el sufrimiento de los pecadores en el infierno. Como dice *2 Esdras*: «Se mostrará

el horno del infierno, y frente a él el paraíso de las delicias» (2 Esdras 7: 36). Tenemos la misma idea en el *Libro de Henoc*: «Los entregaré (a los malvados) en manos de mis elegidos; como la paja en el fuego, así arderán ellos en la presencia de los santos; como el plomo en el agua se hundirán ante el rostro de los justos sin dejar rastro» (*Henoc 48:9*). Una característica de los últimos días será «el espectáculo del justo juicio en presencia de los justos» (*Henoc 27:2s*). Cuando Crisóstomo estaba animando a Olimpias a la firmeza, le animaba prometiéndole que a su debido tiempo contemplaría la tortura divina de los perseguidores de la misma manera que vio Lázaro a Dives -el rico de la parábola- atormentado en la llama.

Puede que nos repele esta línea de pensamiento; puede que la condenemos como no cristiana -y sin duda lo es. Pero no tenemos derecho a hablar a menos que hayamos pasado por los mismos sufrimientos que los cristianos primitivos. Muchas veces los paganos habían contemplado desde las gradas abarrotadas del circo los sufrimientos de los cristianos; y los cristianos primitivos se sentían sostenidos por el pensamiento de que algún día la justicia del Cielo ajustaría la balanza de las injusticias de la Tierra.

EL DESCANSO DEL ALMA FIEL

Apocalipsis 14:13

*Y oí una voz del Cielo que decía:
- ¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor desde ahora! Sí, dice el Espíritu: Son bienaventurados porque descansan de sus trabajos, y porque sus obras continúan como ellos.*

Después de las profecías terribles de los terrores por venir, y de las terribles advertencias a los falsos, viene una promesa de gracia.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor -la idea de morir en el Señor aparece más de una vez en el Nuevo Testamento. Pablo habla de los muertos en Cristo (1 *Tesalonicenses 4:16*) y de los que han dormido en Cristo (1 *Corintios 15:18*). El sentido de todas estas frases es: *los que llegan al final todavía unidos a Cristo*. Todo se confabulaba para apartarlos de Él; pero la felicidad suprema está reservada para los que llegan al final todavía inseparablemente unidos al Maestro Que los amó y Se entregó por ellos.

Lo que se promete es el descanso: Descansarán de sus labores. El descanso es tanto más suave cuando sigue al esfuerzo más agotador.

Sus obras siguen con ellos. Parece como si *Apocalipsis* enseñara la salvación por las obras; pero debemos tener cuidado de entender bien lo que Juan entiende por las obras. Habla de las obras de los efesios -su arduo trabajo y perseverancia (2:2); de las de los de Tiatira -su amor y su servicio y su fe (2:19). Entiende por obras *el carácter*. Está diciendo en efecto: «Cuando dejéis esta tierra, todo lo que podéis llevaros es a vosotros mismos. Si llegáis al final de esta vida todavía unidos a Cristo, os llevaréis un carácter probado y aprobado como el oro, que tenga algo de Su reflejo; y si os lleváis al mundo del más allá un carácter así, sois bienaventurados.»

LA COSECHA DEL JUICIO

Apocalipsis 14:14-20

Y vi, fijaos, una nube blanca en la cual estaba sentado uno que parecía un hijo de hombre. Tenía en la cabeza una corona de vencedor de oro, y una hoz afilada en la mano. Y otro ángel salió del Templo diciéndole a voces al que estaba sentado en la nube:

- ¡Mete la hoz y ponte a segar, que ha llegado la hora de la siega y la mies de la tierra ya está madura!

Y el que estaba sentado en la nube metió la hoz en la tierra, y la tierra fue segada. Y otro ángel llegó del templo que hay en el Cielo, y este también tenía una hoz afilada, y llegó del altar otro ángel, el que controla el fuego, y llamó a gritos al que tenía la hoz afilada diciéndole:

- ¡Mete la hoz afilada y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque ya están maduras las uvas!

Así es que el ángel metió la hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. Y se pisó el lagar fuera de la ciudad, y salía sangre del lagar hasta la altura de las bridas de los caballos en un radio de mil seiscientos estadios.

La visión final de este capítulo es de juicio, descrito de una forma que era muy familiar para el pensamiento judío.

Empieza con la figura victoriosa de uno semejante a hijo de hombre. Esto procede de *Daniel 7:13s*: «Y vi en las visiones nocturnas, y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; y se llegó hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse a Él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran.»

Esta figura pasa a representar el juicio en dos metáforas familiares en la Escritura.

Lo describe en términos de *cosecha*. Cuando Joel quería decir que estaba cercano el juicio decía: « ¡Meted la hoz, que la mies está ya madura» (*Joel 3:13*). «Cuando el grano está maduro -dijo Jesús-, en seguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega» (*Marcos 4:29*). Y en la parábola del Trigo y la Cizaña usa la cosecha como una alegoría del juicio (*Mateo 13:24-30; 37-43*).

Describe el juicio en términos de lagar, que constaba de dos espacios, uno más elevado que el otro, unidos por un canal. Los espacios se podían hacer vaciando la roca o de ladrillo. Las uvas se ponían en el espacio superior, se pisaban y el

zumo fluía por el canalillo al compartimiento de más abajo. En el Antiguo Testamento se compara el juicio de Dios con la pisada de las uvas. «El Señor pisoteó a todos mis hombres fuertes en medio de mí... El Señor pisoteó, como en un lagar, a la virgen hija de Judá» (*Lamentaciones 1:15*). «He pisado Yo solo el lagar; de los pueblos nadie había conmigo; los aplasté con ira, los pisoteé con furor; su sangre salpicó mis vestidos y manché todas mis ropas» (*Isaías 63:3*).

Así es que aquí se nos describe el juicio con las dos ilustraciones familiares de la cosecha y del lagar. A esto se añade otra figura familiar: la vendimia se ha de pisar fuera de la ciudad, es decir, de Jerusalén. Tanto en el Antiguo Testamento como en la literatura intertestamentaria había una línea de pensamiento que mantenía que los gentiles serían llevados a Jerusalén y juzgados allí. Joel traza el cuadro de todas las naciones reunidas en el valle de Josafat y juzgadas allí (*Joel 3:2,12*). Zacarías pinta la escena del último ataque de los gentiles a Jerusalén y de su juicio en ella (*Zacarías 14:1-4*).

Hay dos cosas difíciles en este pasaje. La primera, está el hecho de que uno semejante a un hijo de hombre siega, y también siega un ángel. Podemos considerar que el que es semejante al hijo de hombre es el Señor resucitado y victorioso segando la cosecha de Su propio pueblo, mientras que el ángel de la hoz afilada siega la cosecha de los que están destinados al juicio.

La segunda, se dice que la sangre llegaba a la altura de las bridas de los caballos y se extendía en un radio de 1,600 estadios, unos 288 kilómetros. No se ha descubierto una explicación realmente satisfactoria de esto. La menos insatisfactoria es que 1,600 estadios es casi exactamente la longitud de Palestina de Norte a Sur; y esto querría decir que la marea del juicio inundaría todo el país. En ese caso la cifra describiría simbólicamente la amplitud del juicio de Dios.

LOS QUE HAN VENCIDO CON CRISTO

Apocalipsis 15:1s

Y vi otra señal en el Cielo, grande y maravillosa: había siete ángeles con las siete plagas finales en las que alcanza su clímax la ira de Dios. Y vi lo que no puedo llamar más que un mar de vidrio mezclado con fuego, al lado del cual vi que estaban de pie los que habían salido victoriosos en su lucha con la bestia y con su imagen y con el número de su nombre.

Se habría creído que Juan se podía haber detenido después de hablar de la siega del juicio; pero tiene todavía mucho que decir -de los horrores finales, del reinado de mil años de los santos, de la batalla final y de la bienaventuranza final.

Ya ha hablado de los siete sellos iniciales; del toque de las siete trompetas; y ahora debe hablar del derramamiento de las siete copas postreras de la ira de Dios. Su organización del material es típica de la que seguían los escritores apocalípticos, en grupos de siete y de tres, considerando que los tres grupos de siete son el colmo de la perfección.

La escena es en el Cielo. Antes de hablarnos de los siete ángeles con las siete copas de la ira, Juan ha descrito a los que pasaron por el martirio por Cristo. Están de pie junto al mar que parecía como si fuera de vidrio. Ya hemos visto este mar en 4:6. Esta vez el vidrio está mezclado con fuego, como corresponde en estas circunstancias. Este es un pasaje de juicio, y el fuego en la Escritura es a menudo el símbolo del juicio. Cae sobre Egipto granizo mezclado con fuego (*Éxodo 9:24*); la paja de la cosecha se ha de consumir en el fuego (*Mateo 3:12*); nuestro Dios es fuego consumidor (*Hebreos 12:29*). Toda la escena está lúgubremente iluminada con la hosca luz del fuego del juicio que ha de descender sobre la Tierra.

Oiremos en breve acerca del himno de Moisés, el que cantó cuando los israelitas habían pasado triunfalmente por los peligros del cruce del Mar Rojo. A pesar de todo, como dice H. B. Swete, los mártires han pasado a salvo el mar del martirio y han llegado a la orilla del Cielo.

Se dice que los mártires han surgido victoriosos _de su contienda con las fuerzas del Anticristo. Aquí hay algo muy significativo. Los mártires sufrieron las muertes más salvajes, *y sin embargo se dice que surgieron victoriosos*. Fue el hecho de morir lo que les hizo vencer; si hubieran seguido vivos siendo infieles a su fe, habrían sido derrotados. Una y otra vez los reportajes de la Iglesia Primitiva describen el día del martirio como el día de la victoria. En el relato del martirio de santa Perpetua leemos: < Amaneció el día de su victoria, y fueron de la prisión al anfiteatro como si fueran al Cielo, felices y serenos de rostro.> Jesús dijo: < Porque todo el que quiera salvar la vida, la perderá; y todo el que pierda la vida por causa de Mí, la hallará> (*Mateo 16:25*). La verdadera victoria no consiste en conservar la vida prudentemente, sino en arrostrar lo peor que el mal nos pueda hacer, siendo fieles, si es necesario, hasta la muerte. «Y Dios no te dé paz -decía Unamuno, el místico español-, y sí gloria.»

EL HIMNO DE LOS QUE HAN VENCIDO

CON CRISTO

Apocalipsis 15:3s

*Y cantaban el himno de Moisés, el siervo de Dios, y el himno del Cordero:
- ¡Grandes y maravillosas son Tus obras, oh Señor Dios todopoderoso!
¡Justos y verdaderos son Tus caminos, oh Rey de las naciones!
¿Quién habrá que no Te tema, y que no glorifique Tu nombre, oh Señor? ¡Porque Tú eres el único santo;*

porque todas las naciones han de venir a adorarte; porque Tus justos juicios se han mostrado para que todos los vean!

Los mártires victoriosos cantan dos himnos: el del Cordero, que, como ya hemos visto, son ellos los únicos que lo pueden aprender (14:3); y el de Moisés, el siervo de Dios. Este fue el himno que cantó Moisés a la gloria de Dios después de cruzar a salvo el Mar Rojo. Está en *Éxodo 15:1-19*: < El Señor es mi fortaleza y mi cántico, y Se ha mostrado como mi salvación... ¿Quién como Tú, oh Señor, entre los dioses, ¿quién es como Tú, majestuoso en santidad, temible en maravillosas obras, obrador de milagros?... ¡El Señor ha de reinar para siempre jamás! » Este himno se grabó en la memoria de los judíos. Se cantaba en el culto de todos los sábados por la tarde en la sinagoga. En todos los oficios religiosos judíos se recita la *Shemá'*, el credo de Israel, seguido de dos oraciones, en una de las cuales se hace referencia a este himno: < Es verdad que Tú eres el Señor nuestro Dios y el Dios de nuestros padres, nuestro Rey y el Rey de nuestros padres, nuestro Salvador y el Salvador de nuestros padres, nuestro Creador, la Roca de nuestra salvación, nuestra Ayuda y nuestro Libertador. Tu nombre es desde toda eternidad, y no hay ningún otro diosa Tu lado. Un himno nuevo cantaron los que fueron librados a Tu nombre a la orilla del mar; juntos Te alabaron todos y Te reconocieron como Rey, y dijeron: "¡El Señor será el Rey por los siglos de los siglos!" ¡Bendito sea el Señor, Que salva a Israel! » El himno de Moisés conmemoraba la más grande liberación de la historia de Israel, y los mártires vencedores, conducidos a través del mar de la persecución a la tierra prometida del Cielo, lo cantaron también.

Pero los mártires tenían un himno que les era propio. Dos cosas sobresalen en él.

(i) Está formado casi exclusivamente de citas del Antiguo Testamento. Coloquemos las palabras del himno, y debajo de ellas los pasajes del Antiguo Testamento que nos recuerdan.

Grandes y maravillosas son Tus obras.

¡Cuán grandes son Tus obras, oh Señor! (*Salmo 92:5*); Grandes son las obras del Señor (*Salmo 111:2*); Porque ha hecho maravillas (*Salmo 98:1*); Maravillosas son Tus obras (*Salmo 139:14*).

Justos y verdaderos son Tus caminos.

Justo es el Señor en todos Sus caminos, y misericordioso en todas Sus obras (*Salmo 145:17*).

¿Quién habrá que no Te tema, y que no glorifique Tu nombre, oh Señor?

Todas las naciones que hiciste vendrán a postrarse delante de Ti, oh Señor, y glorificarán Tu nombre (*Salmo 86:9*).

Porque Tú eres el único santo.

No hay santo como el Señor (1 *Samuel 2:2*); ¡Alaben Tu nombre grande y terrible! ¡Él es santo! (*Salmo 99:3*); ¡Santo y temible es Su nombre! (*Salmo 11:9*).

Todas las naciones han de venir a adorarte.

Todas las naciones que hiciste vendrán a postrarse delante de Ti, oh Señor (*Salmo 86:9*).

Tus justos juicios se han mostrado para que todos los vean.

El Señor ha hecho notoria Su salvación; a vista de las naciones ha descubierto Su justicia (*Salmo 98:2*).

Un pasaje como este nos hace ver lo empapado que estaba Juan en el Antiguo Testamento.

(ii) Hay ptra cosa que impacta a cualquiera en el himno de los mártires triunfantes. No hay ni una sola palabra en él acerca de sus propios méritos, ni tampoco para pedir venganza: de principio a fin no contiene nada más que alabanzas a Dios.

En el Cielo las personas se olvidan de sí mismas y no recuerdan nada más que lo que Dios ha hecho en sus vidas. Como dice hermosamente R. H. Charles: «En la perfecta visión de Dios se olvida totalmente el yo.» Y H. B. Swete lo expresa diciendo: « En la presencia de Dios los mártires se olvidan de sí mismos; su pensamiento está absorto en las nuevas maravillas que los rodean; la gloria de Dios y Su poderoso plan en el que sus sufrimientos forman una parte infinitesimal se abren delante de ellos; empiezan a ver el gran desenlace del drama del mundo, y oímos la doxología con la que saludan su primera contemplación de Dios y de Sus obras.»

1. En la célica morada - de las cumbres del Edén, donde cada voz ensalza - al Autor de todo bien, ¿el pesar recordaremos - y la triste cerrazón, tantas luchas del espíritu - con el débil corazón?

CORO. Si allí será gratisimo - en el proceder pensar del Pastor fiel y benéfico - Que nos ayudó a llegar.

2. Oración, deberes, penas, - vías que anduvimos ya, poseyendo las riquezas - que Jesús nos guarda allá, ¿la memoria retendremos - a cubierto del dolor

del camino largo, aspérrimo, - con sus luchas, su temor? /CORO. 3. La bondad con que nos mira - sin cansarse, cuando ve poco finto en nuestra vida - y tan débil nuestra fe, ¿nos acordaremos de ella - en aquel dichoso hogar de eternal aurora espléndida - e inefable bienestar? /CORO.

LOS ÁNGELES VENGADORES

Apocalipsis 15:5-7

Después de esto vi que se abría en el Cielo el Tabernáculo del Testimonio, y salieron del Templo los siete ángeles que tienen las siete plagas; estaban vestidos de lino blanco y resplandiente, y con el pecho ceñido con cintos de oro. Y uno de los cuatro seres vivientes les dio a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira del Dios Que vive para siempre jamás.

El Tabernáculo del Testimonio es un título corriente en el Antiguo Testamento para el Tabernáculo del desierto (Número 9:15; 17:7; 18:2). Está claro, por tanto, que Juan está viendo esta visión, no en términos del Templo de Jerusalén, sino en términos del antiguo Tabernáculo.

Es de dentro del Tabernáculo de donde salen los siete ángeles. En el centro del Lugar Santo, dentro del Tabernáculo, estaba el Arca del Pacto, el arcón donde se conservaban las tablas de los diez mandamientos, la esencia de la Ley. Es decir: estos ángeles salen del lugar donde descansa la Ley de Dios, y vienen a mostrar que ninguna persona ni nación puede desafiar impunemente la Ley de Dios.

Están vestidos con túnicas de un blanco resplandiente, y con el pecho ceñido con cintos de oro. Las túnicas de los ángeles representan tres cosas. (a) Son vestiduras sacerdotales. Las túnicas de lino fino blanco y los cintos bordados de oro son las vestiduras del sumo sacerdote. El sumo sacerdote se podría considerar el representante de Dios entre los hombres; y estos ángeles vienen como representantes vengadores de Dios. (b) Su atuendo es regio. El lino blanco y el cinto alto son las vestiduras de los príncipes y de los reyes; y estos ángeles están revestidos con la soberanía del Rey de reyes. (c) Sus vestiduras son celestiales. El joven en el sepulcro vacío de Cristo llevaba una túnica blanca larga (Marcos 16:5; Mateo

28:3); y los ángeles son los habitantes del Cielo, que vienen a la Tierra a ejecutar los decretos de Dios.

Es uno de los cuatro seres vivientes el que les entrega las copas de la ira de Dios. Cuando pensamos en los cuatro seres vivientes cuando aparecieron en la escena (4:7) vimos que el primero era parecido a un león, el segundo a un becerro, el tercero a un ser humano y el cuarto a un águila; y que bien puede ser que simbolicen lo más fuerte y bravo y sabio y veloz de la naturaleza. En ese caso, es apropiado que uno de ellos les entregue a los ángeles las copas de la ira. Estas han de traer desastres al mundo en la naturaleza; y el simbolismo bien puede ser que la naturaleza se está entregando a Dios para mantener Su propósito.

LA GLORIA INACCESIBLE

Apocalipsis 15:8

Y el templo se llenó de humo con la gloria de Dios y con Su poder, y no podía entrar nadie en él hasta que se completaran las siete plagas de los siete ángeles.

La idea de la gloria de Dios simbolizada en humo es corriente en el Antiguo Testamento. En la visión de Isaías, todo el templo se llenó de humo (*Isaías 6:4*).

Además, la idea de que nadie podía acercarse mientras hubiera humo es también corriente en el Antiguo Testamento. Sucedió en el Tabernáculo y en el Templo. Se dice del Tabernáculo: «Entonces la nube cubrió el Tabernáculo de Reunión, y la gloria del Señor llenó el Tabernáculo. Moisés no podía entrar en el Tabernáculo de Reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria del Señor lo llenaba» (*Éxodo 40:34s*). Y de la dedicación del Templo de Salomón se nos dice: «Al salir los sacerdotes del santuario, la nube llenó la casa del Señor. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para

ministrar a causa de la nube, porque la gloria del Señor había llenado la Casa del Señor» (*1 Reyes 8:10s*).

Aquí hay un doble concepto: el de que los propósitos de Dios estarán a menudo velados para los hombres, porque nadie puede penetrar la mente de Dios; y el de que ninguna persona se puede aproximar a la santidad y la gloria de Dios.

Pero R. H. Charles, ve aún más en este pasaje. No podía entrar nadie en el Templo hasta que se consumaran las siete plagas de los siete ángeles. Charles ve en eso una afirmación simbólica de que ningún acercamiento del hombre a Dios puede detener el juicio que viene.

LAS SIETE COPAS DE LA IRA DE DIOS

Apocalipsis 16

- 1 *Y oí una gran voz desde el Cielo que les decía a los siete ángeles:
- ¡Id a derramar sobre la Tierra las siete copas de la ira de Dios!*
- 2 *EL primer ángel fue a derramar su copa sobre la Tierra, y se produjo una epidemia de úlceras malignas y purulentas en las personas que tenían la señal de la bestia y adoraban su imagen.*
- 3 *EL segundo derramó su copa sobre el mar; y se convirtió en sangre como la de un muerto, y murieron todos los animales del mar.*
- 4 *El tercero derramó su copa sobre los ríos y las*
- 5 *fuentes de agua, y se convirtieron en sangre. Y oí decir al ángel del agua:
- ¡Tú eres justo, El Que eres y EL Que eras, oh*
- 6 *Santo, porque has hecho este juicio! Porque derramaron la sangre de los consagrados a Dios y de los profetas, Tú les has dado a beber sangre. ¡Se lo merecen!*

- 7 Y oí decir al altar:
 - ¡Sí, oh Señor, Todopoderoso! ¡Verdaderos y justos son Tus juicios!
- 8 El cuarto derramó su copa sobre el Sol, y se le dio
 9 poder para abrasar a las personas con su fuego; y la gente se quemaba tremendamente; y blasfemaban el nombre del Dios que tenía autoridad sobre las plagas, pero no se arrepentían para darle gloria a Dios.
- 10 El quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia, y las tinieblas envolvieron su reino, y la gente se mordía la lengua de angustia.
- 11 Y blasfemaban al Dios del Cielo a causa del dolor de sus heridas, pero no se arrepintieron de sus obras.
- 12 El sexto derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y se secaron sus aguas para que estuviera preparado el camino para los reyes de Oriente.
- 13 Y vi tres espíritus inmundos, como sapos, salir de la boca del dragón y de la boca de la bestia y de la
 14 boca del falso profeta, que son espíritus demoníacos que obran milagros, que se dirigen a los reyes de todo el mundo habitado para reunirlos para guerrear el gran día de Dios, el Todopoderoso.
- 15 (He aquí que vengo como ladrón. ¡Bienaventurado el que esté despierto, y guarde sus vestiduras para no andar desnudo y que se esponga su vergüenza ante los demás).
- 16 Y los reunieron en un lugar que se llama en hebreo Har-Magguedón.
- 17 El séptimo derramó su copa en el aire, y salió una gran voz del Templo, del trono, diciendo:
 - ¡Está hecho!
- 18 Y se produjeron descargas de relámpagos y voces y rugidos de truenos y un terremoto como no lo había habido igual desde que la Tierra está habitada, tan grande fue el terremoto.
- 19 Y la gran ciudad se dividió en tres partes, y las ciudades de las naciones se colapsaron. Y la gran Babilonia fue recordada en la presencia de Dios para
 20 darle la copa del vino del ardor de Su ira. Desaparecieron todas las islas, y no quedó ningún monte.
- 21 Grandes piedras de granizo que pesaban cada una más de treinta kilos cayeron del cielo sobre las personas, que blasfemaban contra Dios por la plaga del granizo, que era extraordinariamente grande.

Aquí tenemos las últimas plagas terribles. Tienen una cierta relación con las diez plagas de Egipto, y con los terrores que siguieron al toque de las siete trompetas de *Apocalipsis 8-11*. Vale la pena colocar las tres listas para ver sus semejanzas.

Primero, pongamos las diez plagas de Egipto, cuando Moisés enfrentó a Faraón con la ira de Dios.

- (i) El agua se convierte en sangre (*Éxodo 7:20-25*).
- (ii) Los sapos o ranas (*Éxodo 8:5-14*).
- (iii) Los piojos (*Éxodo 8:16-18*).
- (iv) Las moscas (*Éxodo 8:20-24*).
- (v) La plaga del ganado (*Éxodo 9:3-6*).
- (vi) Las úlceras y el sarpullido (*Éxodo 9: 8-11*).
- (vii) El trueno y el granizo (*Éxodo 9:22-26*).
- (viii) Las langostas (*Éxodo 10:12-19*). (ix) Las tinieblas (*Éxodo 10:21-23*). (x) La muerte de los primogénitos (*Éxodo 12:29s*).

Segundo, pongamos la lista de los terrores que siguieron al toque de las siete trompetas.

- (i) La caída del granizo, el fuego y la sangre, por lo que la tercera parte de los árboles y de las plantas se secaron (*Apocalipsis 8:7*).
- (ii) La montaña llameante arrojada al mar, haciendo que la tercera parte se vuelva sangre (*Apocalipsis 8:8*).

- (iii) La caída de la estrella Ajenjo en el agua, haciéndola amarga y venenosa (Apocalipsis 8:10s).
- (iv) La herida a la tercera parte del Sol, la Luna y las estrellas, haciendo que todo se oscurezca (Apocalipsis 8:12).
- (v) La llegada de la estrella que abre el pozo del abismo, del que sale humo que produce las langostas demoníacas (Apocalipsis 9:1-12).
- (vi) Se desatan los cuatro ángeles que estaban atados en el Éufrates, y la llegada de la caballería demoníaca del Oriente (Apocalipsis 9:13-21).
- (vi_i) El anuncio de la victoria final de Dios y de la ira rebelde de las naciones (Apocalipsis 11:15).

Tercero, los terrores de este capítulo.

- (i) La epidemia de las úlceras purulentas a las personas (Apocalipsis 16:2).
- (ii) El mar se pone como la sangre de un muerto (Apocalipsis 16:3).
- (iii) Los ríos y las fuentes se convierten en sangre (Apocalipsis 16:4).
- (iv) El Sol se vuelve abrasador (Apocalipsis 16:8).
- (v) Las tinieblas cubren el reino de la bestia, y su agonía (Apocalipsis 16:10).
- (vi) Se seca el Éufrates para abrirles el camino a los reyes del Oriente (Apocalipsis 16:12).
- (vi_i) La contaminación del aire y los terrores que la acompañan en la naturaleza, el trueno, el terremoto, el rayo y el granizo (Apocalipsis 16:17-21).

Es fácil ver las cosas que tienen en común estas listas -el granizo, las tinieblas, las aguas que se vuelven sangre, las heridas ulceradas, la llegada de las hordas de más allá del Éufrates. Pero en el Apocalipsis se halla esta diferencia entre los terrores que siguen a las trompetas y los que siguen al

derramar de las copas. En los primeros, la destrucción es siempre limitada, por ejemplo, a una tercera parte de la Tierra; pero en la destrucción posterior es completa para los enemigos de Dios.

En esta serie final de terrores, Juan parece haber reunido los horrores de todas las historias de la ira de Dios, lanzándolos sobre el mundo impío en un último diluvio de desastres.

LOS TERRORES DE DIOS

Apocalipsis 16:1-II

La voz del Templo es la voz de Dios mandando Sus mensajeros angélicos con Sus terrores a la humanidad.

El primer terror es el de la plaga de úlceras malignas y purulentas. La palabra es la misma que se usa para describir los granos y las llagas de la plaga de Egipto (Éxodo 9: 8-11); los dolores que siguen a la desobediencia a Dios (*Deuteronomio* 28:35); la llaga maligna de Job (Job 2:7).

El segundo terror es la conversión de las aguas del mar en sangre; este y el terror siguiente, la conversión de los ríos y de las fuentes en sangre, recuerda la plaga de Egipto cuando el agua del Nilo se volvió sangre (Éxodo 7:17-21). Puede ser que la idea de un mar de sangre le viniera a Juan en Patmos; debe de haber visto a menudo el mar como sangre a la luz del Sol poniente.

En el pensamiento hebreo todas las fuerzas naturales -el viento, el Sol, la lluvia, las aguas- tenían sus ángeles. Estos ángeles eran servidores de Dios a cargo de los diversos departamentos de la naturaleza. Puede que se creyera que el ángel de las aguas se habría enfadado al ver que las aguas se volvían sangre; pero hasta él admitía la justicia de la acción de Dios. En el versículo 6 se hace referencia a la persecución en el Imperio Romano. Los consagrados a Dios son los miembros de la Iglesia Cristiana; los profetas no son los del Antiguo Testamento, sino los de la Iglesia Cristiana (I Corintios 12:28; Hechos 13:1; Efesios 4:11), que, siendo responsables de la Iglesia, eran siempre los primeros en sufrir en tiempos de persecución. El sombrío castigo de los que han derramado la sangre de los dirigentes y de los miembros de la Iglesia es que se encontrarán sin agua y no tendrán más que sangre para beber.

En el versículo 7, la voz del altar alaba la justicia de los juicios de Dios. Esta puede que sea la voz del ángel del altar, porque el altar también tenía su ángel. O puede que quisiera decir que el altar del Cielo es el lugar donde las vidas de los mártires y las

oraciones del pueblo de Dios se Le ofrecen como sacrificio; y la voz del altar puede que sea, por así decirlo, la voz de la Iglesia doliente y orante de Cristo alabando la justicia de Dios cuando Su ira cae sobre sus perseguidores.

El cuarto terror es el calor abrasador del Sol; el quinto, la llegada de las tinieblas espesas, reminiscentes de las que cayeron sobre Egipto (*Éxodo* 10:21-23).

En los versículos 9, 11 y 21 tenemos una especie de refrán que corre por todo el capítulo. Las personas a las que les caían estos terrores maldecían a Dios -pero no se arrepentían, insensibles tanto a la bondad como a la severidad de Dios (*Romanos* 11:22). Es el retrato de las personas que no tenían la menor duda de la existencia de Dios y hasta veían Su mano en los acontecimientos -pero seguían yendo por sus propios caminos.

Estamos obligados a preguntarnos si somos nosotros diferentes. No dudamos de la existencia de Dios; sabemos que Dios está interesado en nosotros y en el mundo que Él ha hecho; somos conscientes de las leyes de Dios; conocemos Su bondad, y sabemos que el pecado tiene su castigo; y sin embargo, una y otra vez seguimos nuestro propio camino.

LAS HORDAS DE ORIENTE

Apocalipsis 16:12

Aquí, se nos pinta el cataclismo que se produce cuando se seca el Eufrates, dejando expedito el camino para la invasión de las hordas orientales.

Una de las características curiosas del Antiguo Testamento es el número de veces que el secarse las aguas se presenta como una señal del poder de Dios. Así sucedió en el Mar Rojo: El Señor hizo que el mar se retirara y quedara como tierra seca (*Éxodo* 14:21). Y otra vez, el Jordán, cuando el pueblo pasó por el cauce seco (*Josué* 3:17). En Isaías, la acción poderosa de Dios es que permitió que Su pueblo pasara por el mar de Egipto con el calzado seco (*Isaías* 11:15s). La amenaza de la venganza de Dios en Jeremías es: < Secaré su mar y haré que sus fuentes queden secas» (*Jeremías* 51:36). «Él herirá en el mar las ondas y se secarán todas las profundidades del río» (*Zacarías* 10:11).

Bien puede ser que Juan esté aquí recordando un incidente histórico famoso. Heródoto nos dice (1:191) que cuando el persa Ciro capturó Babilonia lo consiguió secando el Éufrates. El río pasa por el centro de Babilonia. Cuando Ciro llegó a ella, sus defensas eran tan fuertes que su captura parecía imposible. Ciro trazó un plan brillante. Dejó una sección de su ejército en Babilonia, y se llevó otra río arriba. Mediante una hazaña magnífica de ingeniería desvió temporalmente el curso del río a un lago; y al bajar el nivel del río, su cauce llegó a ser una carretera seca que conducía a una brecha en la defensa por la que los persas pudieron entrar a tomar la ciudad.

Juan está usando una ilustración que estaba grabada en la memoria de todos los de su generación. El mayor enemigo de Roma, la única nación que no pudo sojuzgar, eran los partos que vivían más allá del Eufrates. Tenían una caballería que era la fuerza bélica más temida del mundo. El que la caballería parta llegara arrasándolo todo desde el otro lado del Éufrates era algo que inundaba de terror al más valeroso. Además, como ya hemos visto, era a Parta adonde se decía que se había retirado Nerón; y era de Parta de donde se temía que volviera *Nero redivivus*; en otras palabras: era del otro lado del Éufrates de donde se esperaba la invasión del Anticristo.

LOS ESPÍRITUS INMUNDOS COMO SAPOS

Apocalipsis 16:13-16

Estos cuatro versículos están llenos de problemas que hay que resolver si se quiere llegar a entenderlos razonablemente.

Tres espíritus inmundos, como sapos, salieron de las bocas del dragón, la bestia y el falso profeta.

En griego hay aquí una especie de juego de palabras. Los espíritus inmundos salieron de las bocas de las fuerzas malignas. La boca es el órgano del habla, y el habla es una de las fuerzas más influyentes del mundo. Ahora bien: la palabra para *espíritu* es *pneuma*, que quiere decir también *aliento*. Por tanto, decir que un espíritu malo salió de la boca de una persona era lo mismo que decir que le salió de la boca un mal aliento. Como dice H. B. Swete, el dragón, la bestia y el falso profeta «alentaban malas influencias.»

Se dice que los espíritus inmundos eran como sapos o ranas.

(i) Las ranas recordaban las plagas. Una de las plagas de Egipto fue la de las ranas (*Éxodo* 8: 5-11). < Envió entre ellos... ranas que los destruían» (*Salmo* 78:45). < Su tierra produjo ranas hasta en las cámaras de sus reyes» (*Salmo* 105:30).

(ii) Las ranas y los sapos son animales inmundos. Aunque no se mencionan por nombre, se incluyen por definición en la lista de las cosas inmundas del agua y el mar que empieza en *Levítico* 11:10. Representan una influencia inmunda.

(iii) Las ranas son famosas por su constante y molesto croar -brekekekex lo llamaba Aristófanes. < La rana -decía Agustín-es el más locuaz de los vanidosos» (*Homilía sobre*

el Salmo 77: 27). El croar de la rana se considera universalmente como un símbolo del hablar sin sentido.

(iv) En el zoroastrismo, la religión de los persas, las ranas son las transmisoras de plagas y las agentes de Ahrimán, el dios de las tinieblas, en su lucha contra Ormuzd, el dios de la luz. Es bastante probable que Juan conociera estos detalles de la mitología persa.

Así que el decir que las ranas salieron de las bocas del dragón, la bestia y el falso profeta es decir que sus palabras eran como plagas inmundas, vanidades vacías, y aliadas del poder de las tinieblas.

EL FALSO PROFETA

Apocalipsis 16:13-16 (continuación)

El siguiente problema es el de la identificación del falso profeta. El dragón se identifica con Satanás (12:3,9). La bestia, con el Imperio Romano y con su culto al emperador, que ya ha aparecido en 13:1. Pero esta es la primera vez que aparece en escena el falso profeta. Como no considera necesario presentarle, podemos asumir que Juan cree que el lector ya tiene la clave de su identidad.

El falso profeta era una figura que el pueblo de Dios estaba advertido de que se presentaría, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento se les prohibía a los fieles escuchar al falso profeta aunque produjera señales impresionantes, y se establecía que su castigo era la pena de muerte (*Deuteronomio* 13:1-5). Era una de las obligaciones del sanedrín el juzgar al falso profeta y condenarle a muerte. A la Iglesia Cristiana se le advirtió que surgirían falsos cristos y profetas para seducir a los cristianos (*Marcos* 13:22). H. B. Swete dice de estos falsos profetas que su nombre abarca a toda una clase -«magos, impostores, fanáticos, engañadores y engañados, considerados como personas que interpretaban falsamente la mente de Dios. La verdadera religión no tiene peores enemigos, ni Satanás mejores aliados.»

El falso profeta se menciona aquí y en 19:20 y 20:10; si ponemos juntos estos pasajes encontraremos la clave de su identidad. 19:20 nos dice que al final fue capturado el falso profeta al mismo tiempo que la bestia, y se le describe como una persona que realizó milagros delante de la bestia y engañó a todos los que tenían la señal de la bestia y adoraban su imagen. En 13:13s tenemos una descripción de la segunda bestia, la que surgía de la tierra; se dice que hace grandes maravillas... y que engaña a los habitantes de la tierra por medio de los milagros que se le concede hacer en presencia de la bestia. Es decir: las obras del falso profeta y las de la segunda bestia son idénticas; así es que el falso profeta y la bestia de la tierra son uno mismo. Ya hemos visto que esa bestia se ha de identificar con la organización provincial para obligar al culto al emperador. Así pues, el falso profeta representa la organización que trata de imponer a los cristianos el culto al emperador apartándolos de la obediencia a Cristo.

Una persona que trata de introducir el culto a otros dioses y de hacer que los cristianos hagan componendas con el Estado o con el mundo, que trata de apartar del culto exclusivo al único Dios, es un falso profeta.

ARMAGEDÓN

Apocalipsis 16:13-16 (conclusión)

Todavía nos queda otro problema por resolver en este pasaje. Los espíritus malos salieron a inquietar a todos los reyes de toda la tierra para llevarlos a la batalla. La idea de un conflicto final entre Dios y las fuerzas del mal es muy antigua. La encontramos en el *Salmo* 2:2: «Se levantarán los reyes de la tierra y conspirarán los príncipes contra el Señor y contra Su Ungido.»

Esta batalla había de librarse en un lugar que la versión Reina-Valera llama Armagedón, y otras Harmagedón. Hasta el nombre es incierto.

Magedón se puede relacionar con Megido o Meguido o Megiddó en la llanura de Esdrelón, que se encontraba en la gran calzada que iba de Egipto a Damasco. Desde los más remotos tiempos hasta la Primera Guerra Mundial de 1914-18 ha sido uno de los grandes campos de batalla del mundo. Esta fue la llanura en la que Barac y Débora derrotaron a Sísara y su caballería (*Jueces* 5:19-21); donde Ocozías murió alcanzado por las flechas de Jehú (*2 Reyes* 9:27; donde el buen rey Josías murió en una batalla con el Faraón Neco (*2 Reyes* 23:29s), una tragedia que se grabó indeleblemente en la memoria de los judíos (*Zacarías* 12:11). Era un campo de batalla, como dice H. B. Swete, «familiar a los estudiantes de historia de Israel.»

Armagedón quería decir la ciudad de Megiddó, y *Harmagedón*, la Montaña de Megiddó. La última forma es la más probable, aunque el llano parece más probable como campo de batalla que la montaña. Pero hay otro dato que añadir a esto. Cuando Ezequiel estaba describiendo la última batalla con Gog y Magog, dijo que la victoria final sería en *los montes de Israel* (*Ezequiel* 38:8,21; 39:2,4,17). Bien puede ser que Juan hablara del Monte de Meguido para poner su historia de acuerdo con la antigua profecía.

Con mucho el punto de vista más probable es que la palabra sea Har-Maguedón, y que se refiera a la región cerca de Meguido en la llanura de Esdrelón que fue tal vez el más célebre de todos los campos de batalla de la historia judía.

Debemos mencionar otros dos puntos de vista acerca de esta extraña palabra. Gunkel creía que se remontaba a la antigua historia babilonia de la batalla entre Marduk, el creador, y Tiamat, el antiguo poder del caos. Pero no es probable que Juan conociera esa historia.

Otro punto de vista lo conecta con *Isaías 14:13*, donde se hace decir a Lucifer: «Sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, y en *el monte de la reunión* me sentaré.» Los babilonios creían que había una montaña llamada Aralu, al Norte del país, que, como el Olimpo en Grecia, era el hogar de los dioses. Lucifer iba a poner su trono entre los dioses; se ha sugerido que el Monte de Meguido es esa montaña, y que se hace referencia a la última batalla contra los dioses reunidos en su lugar de residencia.

LA NATURALEZA EN GUERRA

Apocalipsis 16:17-21

La séptima copa fue derramada en el aire. H. B. Swete habla «del aire que respiran todas las personas.» Si el aire estaba contaminado, se estaba atacando la vida en su misma fuente. La naturaleza se ponía en guerra con el hombre. Eso fue lo que sucedió. Hubo rayos y truenos y un terremoto. El siglo I fue notable por sus terremotos; pero Juan dice que, aunque el mundo haya conocido muchos horrores de sacudidas de la tierra, el terremoto por venir los sobrepasará.

La gran Babilonia, es decir, Roma, se divide en tres partes. Roma había creído que podía hacer lo que quisiera impunemente pero ahora se recordaba su pecado, y sus consecuencias venían de camino. Los molinos de Dios puede que muelan despacio, pero no hay manera de evitar las consecuencias del pecado.

El terremoto sumergió las islas y arrasó las montañas. La última de las características terribles fue un granizo mortífero cuyas piedras pesaban treinta kilos. Aquí tenemos otro de los detalles recurrentes de las manifestaciones de la ira de Dios. Un granizo devastador fue una de las plagas de Egipto (*Éxodo 9:24*). En la batalla con cinco de los reyes amoritas en Bet-horón, bajo Josué, cayó tal granizada sobre los enemigos de Israel que murieron más por el granizo que por la espada (Josué 10: 11). Isaías habla de la tempestad de granizo y de la tormenta destructiva que Dios mandará en Su juicio. (*Isaías*

28:2). Ezequiel habla de Dios castigando a los hombres con pestilencia y sangre, y mandándoles una lluvia torrencial, y grandes piedras de granizo, fuego y azufre (*Ezequiel 38:22*).

El vaciar las siete copas de ira sobre la tierra llega a su fin con el coro que ha resonado a lo largo de todo el capítulo. Las personas a las que sucedieron estas cosas se mantuvieron insensibles a cualquier llamada del amor de Dios o de Su ira. Dios ha dado a las personas la terrible responsabilidad de poder abrir o cerrar el corazón a Su llamada.

Los capítulos 17 y 18 nos relatan la caída de Babilonia. El capítulo 17 es uno de los más difíciles del *Apocalipsis*, es decir, de la Biblia. La mejor manera de estudiarlo es, primero, leerlo en su conjunto; luego, hacer ciertas identificaciones generales y ver así las líneas generales de pensamiento que hay en él; y, finalmente, estudiarlo en detalle. Esto supondrá una cierta medida de repetición; pero, en una sección como esta, la repetición es necesaria.

LA CAÍDA DE ROMA

Apocalipsis 17

1 Uno de los siete ángeles, los que tenían las siete copas, se acercó a mí y me dijo:

-Ven aquí, y te mostraré el juicio de la gran

*2 Ramera que está asentada sobre muchas aguas,
con la que los reyes de la tierra han cometido fornicación, y con el vino de cuyo adulterio se han emborrachado los habitantes de la tierra.*

*3 Y me llevó en el Espíritu a un lugar desierto,
donde vi a una mujer sentada sobre una bestia es
carlata, que estaba llena de nombres que eran in
sultos a Dios, y que tenía siete coronas y diez
cuernos.*

*4 La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y engalanada con oro y joyas y perlas. Tenía en la mano una copa de oro
llena de abominaciones y cosas impuras de su fornicación.*

5 Y tenía escrito en la frente un nombre cuyo sentido era secreto excepto para los que estaban iniciados en él: «Babilonia la Grande, la madre de las ramera»

y

6 de las abominaciones de la tierra.» Y vi que la mujer estaba ebria con la sangre de los consagrados a Dios y con la sangre de los mártires de Jesús. Cuando la vi quedé impactado de un gran asombro.

7 Y el ángel me dijo:

8 -¿De qué te asombras? Te diré el sentido secreto de la mujer y de la bestia que la sostiene y tiene las siete cabezas y los diez cuernos. La bestia que has visto era, pero ya no es, y está a punto de surgir del abismo, y va de camino a la destrucción; y los habitantes de la tierra cuyos nombres no estén escritos en el Libro de la vida desde la fundación del mundo estarán impactados de admiración cuando vean a la bestia, porque era, y no es, y vendrá.

9 Aquí se necesita una mente con sabiduría: Las siete cabezas son las siete colinas en las que se asienta

10 la mujer. También son siete reyes. Cinco ya han caído; uno existe en el presente; otro no ha llegado todavía; y, cuando venga, permanecerá por un breve

11 tiempo. La bestia que era y no es es el octavo. Procede de la serie de los siete y va de camino a la destrucción.

12 »Las diez cabezas que has visto son diez reyes, que todavía no han recibido la autoridad regia, pero que han de recibirla por una hora en compañía con la

13 bestia. Tienen todos una misma mentalidad, y le entregan el poder y la autoridad a la bestia.

14 »Estos Le harán la guerra al Cordero, y el Cordero

los vencerá, porque es el Señor de los señores y el Rey de los reyes, y los llamados, escogidos y leales participarán de Su victoria.

15 Y siguió diciéndome:

Las aguas que has visto, en las que se asienta la ramera, son pueblos y comunidades y naciones y lenguas.

16 »Los diez cuernos que has visto, y la bestia, aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda y le devorarán las carnes y la quemarán en

17 el fuego; porque es Dios mismo Quien ha puesto en sus mentes el llevar a cabo Su propósito, y estar de acuerdo en darle su poder real a la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios.

18 »Y la mujer que has visto es la gran ciudad que tiene dominio sobre los reyes de la tierra.

1. LA MUJER SOBRE LA BESTIA

La mujer es Babilonia, es decir, Roma. La mujer se dice (versículo 1) que está asentada sobre muchas aguas. En este escenario de Roma, Juan está usando muchas de las cosas que habían dicho los profetas sobre la antigua Babilonia. Jeremías se dirige a Babilonia como «TÚ, la que moras entre muchas aguas» (*Jeremías 51:13*). El río Éufrates corría de hecho por en medio de Babilonia, y ella era el centro de un sistema de canales de riego que se extendían en todas direcciones: Cuando esta descripción se aplica a Roma, no tiene sentido. Más tarde, en el versículo 15, Juan se da cuenta de esto y da una interpretación simbólica a las muchas aguas como las muchas naciones y lenguas y pueblos sobre los que Roma ejerce dominio. Para encontrar el origen de esta manera de hablar debemos buscarlo en el Antiguo Testamento. Cuando Isaías anuncia la invasión asiria de Palestina, escribe: « He aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, impetuosas, abundantes: el rey de Asiria con todo su poder. Él rebasará

todos sus ríos y desbordará todas sus riberas; y pasando **por Judá, inundará** y seguirá creciendo hasta llegar a la garganta» (*Isaías 8:7s*). De nuevo, cuando Jeremías está profetizando la invasión que se les echa encima, usa la misma alegoría: «Suben aguas del Norte, y se harán un torrente; inundarán la tierra y todo lo que contiene» (*Jeremías 47:2*).

En el versículo 4, la mujer se dice que está vestida de púrpura y escarlata, y engalanada con toda clase de adornos. Esto es simbólico del lujo de Roma y de las maneras cortesananas y lujuriosas a que está acostumbrada, el retrato de una cortesana lujosa, decorada con toda clase de joyas para seducir a los hombres.

La mujer se dice que tiene en la mano una copa de oro llena de abominaciones. Aquí tenemos otra descripción de Babilonia, tomada directamente de la condenación profética del Antiguo Testamento. Jeremías decía: «Una copa de oro que embriagó a toda la tierra fue Babilonia en la mano del Señor. De su vino bebieron los pueblos; se aturdieron las naciones» (*Jeremías 51:7*). Así también se dice de Roma que sostiene una copa de oro en la que está todo el poder de seducción que ha difundido la inmoralidad por toda la tierra.

La mujer se dice que tiene un nombre en la frente (versículo 5). En Roma, las prostitutas de los burdeles públicos llevaban en la frente una cinta en la que ponía su nombre. Este es otro detalle gráfico del retrato de Roma como la gran prostituta corruptora de las naciones.

En el versículo 6, la mujer se dice que está ebria con la sangre de los consagrados a Dios y con la sangre de los mártires. Esta es una referencia a la persecución de los cristianos en el Imperio Romano. Pero hace más que simplemente marcar a Roma como la gran perseguidora. Está ahíta de matanza; y se ha refocilado en esa matanza como una borracha con el vino.

En el versículo 16 ella ha de ser destruida por la invasión de los diez reyes. Esto lo discutiremos más plenamente cuando lleguemos al simbolismo de la bestia. Baste por ahora decir

que pronostica la destrucción de Roma en el levantamiento de sus naciones súbditas. Es como si dejera que la gran prostituta acabará por ser destruida por sus propios amantes, que se volverán contra ella.

2. LA BESTIA

Es mucho más difícil definir el significado de la bestia que el de la mujer, principalmente porque el significado de la bestia no se está quieto, es decir, no es unívoco. La bestia tiene una serie de significados interconexos cuyo punto de unión es que todos ellos están relacionados de alguna manera con Roma y con su imperio.

(i) La mujer está sentada en la bestia, y la bestia está llena de nombres blasfemos que son todos ellos un insulto a Dios (versículo 3). Si la mujer es Roma, está claro que la bestia es el Imperio Romano. Está llena de nombres blasfemos. Esto incluye dos cosas. Primera, es una referencia a los muchos dioses de los que estaba lleno el Imperio Romano. Todos estos nombres son insultos a Dios, porque son apropiaciones indebidas de Su autoridad suprema y única. Nadie tiene derecho al nombre de dios fuera del único Dios verdadero. Segunda, es una referencia a muchos de los títulos del emperador. El emperador era *Sebastos*, o *Augustus*, que quiere decir *ser reverenciado*; y la reverencia solo pertenece a Dios. El emperador era *divus* o *theios*, el primero en latín y el segundo en griego, que quieren decir *divino*; y ese calificativo pertenece exclusivamente a Dios. Muchos de los emperadores se llamaban también *sótér*, *salvador*, que es exclusivamente el título de Jesucristo. El más corriente de todos, el emperador era, en latín, *dominus*, y en griego *kyrios*, *Señor*, que es el mismo nombre de Dios.

(ii) La bestia tiene siete cabezas y diez cuernos (versículo 3). Esto es una repetición de lo que se dijo de la bestia en 13:1, y dentro de muy poco volveremos a su significado.

(iii) La bestia era y no es y está a punto de venir (versículo 8). Esto se remonta a 13:3,12,14, y está claro que es una referencia a la leyenda del *Nero redivivus*, que nunca se aleja demasiado de la mente de Juan. Ya hemos visto que la idea del Nerón resucitado y del Anticristo se habían interconectado inseparablemente. Por tanto, en este pasaje la bestia representa al Anticristo.

(iv) La bestia tiene siete cabezas. Estas se explican de dos maneras.

(a) En el versículo 9 las siete cabezas son las siete colinas. Aquí tenemos una identificación fácil. Roma era una ciudad construida sobre siete colinas; esto identifica la bestia como Roma.

(b) La segunda identificación es uno de los acertijos del Apocalipsis (versículos 10 y 11).

También (las cabezas) son siete reyes. Cinco ya han caído; uno existe en el presente; otro no ha llegado todavía; y, cuando venga, permanecerá por un breve tiempo. La bestia que era y no es es el octavo. Procede de la serie de los siete y va de camino a la destrucción.

Cinco ya han caído. El Imperio Romano empezó con Augusto; y los primeros cinco emperadores fueron Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Entonces, estos son los cinco que ya han caído. Ya hemos visto que después de la muerte de Nerón hubo dos años de caos en los que se siguieron Galba, Otón y Vitelio en rápida sucesión. No fueron emperadores en ningún sentido real, y no se los cuenta.

Uno existe en el presente. Este debe de ser Vespasiano, el primer emperador que devolvió la estabilidad al imperio después del caos que siguió a la muerte de Nerón; reinó entre 69-79 d.C.

Otro no ha llegado todavía; y, cuando venga, permanecerá por un breve tiempo. A Vespasiano le sucedió Tito, que no reinó más que dos años, 79-81 d.C.

La bestia que era y no es es el octavo. Procede de la serie de los siete y va de camino a la destrucción. Esto sólo puede querer decir que el emperador que siguió a Tito se identifica con Nero redivivus y el Anticristo; y ese emperador fue Domiciano.

¿Puede identificarse razonablemente Domiciano con la fuerza maligna que personificaba Nero redivivus? Volvamos a la vida de Domiciano escrita por el biógrafo latino Suetonio, teniendo presente que Suetonio no era cristiano. Domiciano, nos dice

Suetonio, fue objeto del odio y del terror de todos. Obtenemos un cuadro tenebroso de él al principio de su reinado: «Solía pasar horas recluido todos los días, no haciendo más que cazar moscas y apuñalarlas con un estilete afilado.» Cualquier psicólogo encontraría esa escena curiosamente reveladora. Era locamente celoso y suspicaz. Formó una pareja homosexual con un famoso actor llamado Paris. Uno de los alumnos de Paris se parecía tanto a Paris que no era razonable suponer que no fuera su hijo; el joven fue asesinado repentinamente. El historiador Hermógenes escribió cosas que no le gustaron a Domiciano; fue ejecutado, y el escriba que había copiado el manuscrito fue crucificado. Los senadores eran asesinados en toda la línea. El gobernador de Britania Salustio Lucelo fue ejecutado porque permitió que un nuevo tipo de lanza se llamara lucelana. Domiciano recobró la antigua forma de ejecución de desnudar a la víctima, sujetarle el cuello a una horca de madera y azotarla con varas hasta que muriera. Contuvo una guerra civil que estalló en las provincias. Suetonio continúa: «Después de su victoria en la guerra civil se volvió todavía más cruel; y, para descubrir a los conspiradores que estuvieran escondidos, torturó a muchos del partido contrario con una forma nueva de inquisición, metiéndoles fuego en el cuerpo a sus soldados y cortándoles las manos a algunos de ellos.»

Al principio de su reinado aparecía llevando una corona de oro con las figuras de Júpiter, Juno y Minerva, con el sacerdote de Júpiter sentado a su lado. Cuando recibió de vuelta a su esposa divorciada, anunció que ella había vuelto al lecho divino. Cuando entraba en el anfiteatro, le encantaba que le recibieran con el grito: < ¡Que la buena fortuna acompañe siempre a nuestro señor y a su señora! » Empezaba los edictos oficiales con: «Nuestro señor y dios ordena que se haga lo siguiente.» Al poco tiempo aquella fue la única manera de dirigirse a él.

Era tan suspicaz que nunca entregaba los prisioneros para que los interrogaran en privado; y, hasta cuando los oía con sus guardias presentes, estaban encadenados. Hasta tal punto temía por su propia vida que tenía los pasadizos y las columnadas por los que se movía recubiertos de piedra flengita, que es como un espejo, para poder ver a cualquiera que anduviera detrás de él. Por último, el 18 de septiembre del año 96 d.C., le asesinaron en las circunstancias más macabras.

A todo esto podemos añadir un hecho final: fue Domiciano el primero que hizo obligatorio el culto al César, y fue por tanto responsable de que se abrieran las compuertas de la persecución contra la Iglesia Cristiana.

Bien puede ser que Juan viera en Domiciano la reencarnación de Nerón. A otros también se les ocurrió. Juvenal escribió que Roma estaba «esclavizada a un Nerón calvo» (Domiciano era calvo), y fue exiliado, y finalmente asesinado, por su temeridad. Tertuliano llamó a Domiciano « un hombre con el tipo de crueldad de Nerón, » un veredicto que repitió Eusebio.

La única dificultad que se puede sugerir es que esto haría que Juan hubiera escrito en el reinado de Vespasiano; y sabemos que fue de hecho en el de Domiciano. Esto lo pueden explicar dos hipótesis. Puede que Juan escribiera esta visión particular años antes, en el reinado de Vespasiano, viviera para verlo cumplido y lo incorporara en su esquema final del Apocalipsis. O puede que lo escribiera todo en el reinado de Domiciano, y se retrotrajera al reinado de Vespasiano para trazar retrospectivamente la línea terrible que había seguido la historia.

Comoquiera que lo expliquemos, la escena queda clara si mantenemos que Juan vio en Domiciano la reencarnación de Nerón, la suprema encarnación de la maldad romana y el desafío a Dios; no tenemos que llegar a decir que identificó a Domiciano con el Anticristo.

Todavía nos queda un problema de identificación que es menos susceptible que los otros de recibir una solución definitiva. En los versículos 12-17 se dice que los diez cuernos son diez reyes que todavía no han recibido el poder. Lo recibirán, y entonces sucederán dos cosas. Estarán unánimemente de acuerdo en entregarle su poder a la bestia; y con ella se levantarán contra la ramera y le harán la guerra al Cordero, y finalmente serán derrotados.

Con mucho la interpretación más probable de esto es que los diez reyes son los sátrapas de los ejércitos partos, que harán causa común con *Nero redivivus* y bajo él pelearán la última

batalla en la que Roma será destruida y el Cordero someterá todas las fuerzas hostiles del universo.

LA CIUDAD QUE SE HIZO RAMERA

Apocalipsis 17: 1 s

En estos dos versículos Roma se describe como la gran ramera. Más de una vez en el Antiguo Testamento se describen como ramera las ciudades paganas y desobedientes. Así describe Nahúm a Nínive cuando habla de la multitud de las fornicaciones de la ramera de hermosa gracia (Nahúm 3:4). Así es como Isaías describe a Tiro (Isaías 23:16s). Hasta Jerusalén puede ser así descrita: « ¡Cómo te has convertido en ramera, tú, la ciudad fiel! » lamenta Isaías (Isaías 1: 21). Y Ezequiel dice en su carga: «Confiaste en tu belleza, te prostituiste» (*Ezequiel* 16:15).

Es una manera de hablar que resulta extraña a los oídos modernos; pero encierra un gran simbolismo.

(i) Detrás de ella está la idea de Dios como el Enamorado de las almas de su pueblo. Primarius, un comentarista latino antiguo, dice que se llama ramera a Roma porque «dejó a su Creador y se prostituyó con los demonios.» Cuando volvemos la espalda a Dios, no es tanto un pecado contra la Ley, sino contra el amor.

(ii) Hay otra idea detrás de esto. Beckwith sugiere que se llama la gran ramera a Roma porque ella es cuna seductora a la impiedad y a la inmoralidad.» El pecado de la ramera no es sólo que peca ella, sino que persuade a otros a pecar. Dios no dará por inocente al que induce a otros al pecado.

LA VISIÓN EN EL DESIERTO

Apocalipsis 17:3

Juan dice que fue llevado por el Espíritu a un lugar desierto.

El profeta es un hombre que vive en el Espíritu. < El Espíritu -dice Ezequiel- me elevó y me llevó» (*Ezequiel 3:14*). «El Espíritu me alzó entre el cielo y la tierra y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén» (*Ezequiel 8:3*). «Luego me levantó el Espíritu y me volvió a llevar en visión del Espíritu de Dios a la tierra de los caldeos, adonde estaban los cautivos» (*Ezequiel 11:24*). No es que el Espíritu mueva físicamente a una persona de un lugar a otro; pero, cuando se vive en el Espíritu, los horizontes se ensanchan; puede que viva en el tiempo, pero llega a ser un espectador de la eternidad. Los profetas podían ver anticipadamente adónde se dirigía la Historia porque vivían en el Espíritu.

Una de las características recurrentes de la historia bíblica es que fue en el desierto donde los grandes hombres de Dios tuvieron visiones. Fue en el desierto donde Moisés se encontró con Dios (*Éxodo 3:1*). Fue cuando se había adentrado en el desierto la distancia de un día de marcha cuando Elías se encontró con Dios y recuperó el coraje y la fe (*1 Reyes 19:4*). Fue en

el desierto donde Juan el Bautista adquirió su madurez y recibió su mensaje de Dios (*Lucas 1:80*). Fue al desierto adonde se retiró Jesús para decidir el camino que había de seguir antes de lanzarse a predicar y a enseñar y a morir por la humanidad

y por Dios (*Mateo 4:1*).

Bien puede ser que no haya suficiente tranquilidad en nuestras vidas para que podamos recibir el mensaje que Dios está ansioso por comunicar.

LA GRAN RAMERA

Apocalipsis 17:4s

Estos versículos nos presentan gráficamente a la gran ramera. Viste de púrpura y escarlata, los colores reales, los colores del lujo y del esplendor. Está adornada con oro y piedras preciosas y perlas. Tiene una copa de oro con la que emborracha a sus amantes. Tiene la banda frontal de las prostitutas con su nombre. Su nombre es *un misterio*. En griego, un *mysterion* no es necesariamente algo misterioso; es algo que

es totalmente ininteligible para los no iniciados, pero que está tan claro como el agua para los iniciados. El *misterio* en este

caso es que Babilonia quiere decir Roma; lo que el extraño no sabe, pero sí el lector cristiano, es que mientras se dice la historia como refiriéndose a Babilonia, todo tiene relación con Roma.

(i) Puede que Juan haya obtenido esta figura de las prostitutas de los templos de Asia Menor. Una de las características extrañas de la religión antigua era que muchos templos tenían

adscritas prostitutas sagradas; había, por ejemplo, mil de ellas que pertenecían al templo de Afrodita en Corinto. El tener contacto con ellas era un acto de culto que rendía homenaje a la fuerza vital.

(ii) Es posible que Juan tuviera en mente a la más famosa de todas las emperatrices romanas, Mesalina. Era la esposa del débil y medio imbécil Claudio; y se cuenta de ella que bajaba por las noches a los burdeles públicos y se comportaba como una de tantas prostitutas. Juvenal nos describe la situación con vivos colores: < Oíd lo que aguantaba Claudio. Tan pronto como su mujer se daba cuenta de que su marido estaba dormido, esta augusta ramera era suficientemente desvergonzada como para preferir el camastro del prostíbulo al lecho imperial. Poniéndose una capucha de noche, y acompañada solo por una asistente, se echaba a la calle; luego, ocultando sus bucles de cuervo bajo una mantilla de color claro, ocupaba su puesto en un burdel hediondo de colchas sobreusadas. Entrando en una habitación que tenía reservada, esperaba sus clientes, bajo el nombre supuesto de Licisca, con los pezones descubiertos y decorados, y a la vista el vientre que te había traído al mundo a ti, oh

nombre Británnicus. Aquí recibía generosamente a todos los que llegaran, pidiéndole a cada uno su paga; y cuando al fin la madre despedía a las chicas, ella se quedaba la última para cerrar su habitación, y todavía rugiendo de pasión ardiente se marchaba entristecida. Y entonces, harta de hombres pero insatisfecha, con las mejillas pringosas, y aromada del humo de las lámparas, se llevaba a la almohada imperial los olores de su propia salsa.» (*Sátira 6:114-132*).

Cuando toda una emperatriz se rebajaba hasta eso, ¿nos sorprende que Juan considerara a Roma una ramera?

La copa de la ramera Roma estaba llena de cosas inmundas. Para que no se piense que este es el veredicto de algún cristiano fanático, recuérdese que el pagano Tácito llamaba a Roma < el lugar al que fluyen de todo el mundo y adquieren popularidad las cosas más atroces y vergonzosas. » Y Séneca la llamaba «la atarjea asquerosa.» El cuadro que nos presenta Juan es moderado en comparación con algunos de los que los romanos mismos pintaban. Esta era la civilización a la que llegó el Cristianismo; y de ella se convirtieron muchas personas a la castidad. ¡Bien podemos hablar de los milagros de la Cruz!

EBRIA DE LA SANGRE DE LOS SANTOS Y DE LOS MÁRTIRES

Apocalipsis 17:6

Como ya indicamos en la introducción generala este capítulo, la manera que tiene Juan de describir la persecución romana es muy significativa. Dice que Roma está borracha de la sangre de los santos y de los mártires. Lo que se implica es que Roma no se limitó a perseguir a los cristianos por necesidad política, sino que encontró una complacencia diabólica en asediarlos hasta la muerte.

Sin duda Juan está pensando en la persecución que tuvo lugar bajo Nerón. La persecución nerónica se produjo a continuación del gran fuego del año 64 d.C. que ardió durante una semana y arrasó Roma. Los habitantes de Roma estaban convencidos de que aquel fuego no había sido un accidente; también estaban convencidos de que se había impedido la labor de los que habían tratado de extinguirlo, y de que, cuando se iba apagando, lo iniciaban otra vez; y también estaban convencidos de que el instigador del fuego había sido el propio emperador. Nerón era un apasionado de las construcciones, y la gente creía que había incendiado la ciudad deliberadamente para construirla de nuevo.

Nerón tenía que encontrar un chivo expiatorio para desviar de sí mismo las sospechas de la gente; y se fijó en los cristianos. Esta fue la primera gran persecución, y en muchos sentidos la más salvaje. Citamos la descripción de Tácito porque es una de las pocas páginas de la literatura latina en las que aparece el nombre de Cristo (*Tácito, Anales 15: 44*):

*Ni la ayuda humana en forma de regalos imperiales, ni los intentos de apaciguar a los dioses, podían acallar la sospecha siniestra de que el fuego había sido debido a las órdenes del mismo Nerón. Así es que, con la esperanza de disipar el rumor, Nerón desvió engañosamente la culpabilidad e **infligió las más exquisitas torturas** a una clase aborrecida por sus abominaciones, llamados por el populacho «Los cristianos. » El fundador de la secta, un tal Cristo, había sido ejecutado por Poncio Pilato en el reinado de Tiberio; y la nociva superstición, aunque sofocada de momento, brotó otra vez, no solo en Judea, cuna original de aquella peste, sino hasta en Roma, donde todas las cosas abominables y vergonzosas de todas las partes del mundo encuentran su centro y se hacen populares. En consecuencia, primero se hizo un arresto de todos los que se declaraban culpables; luego, por sus declaraciones, se acusó a una inmensa multitud, no tanto por el crimen de incendiar la ciudad como por odiar a la humanidad. Burlas de todas clases se añadieron a sus muertes. Cubiertos con pieles de bestias, fueron descuartizados por sabuesos hasta perecer, o fueron clavados en cruces, o condenados a las llamas y quemados vivos sirviendo de iluminación nocturna después de la puesta del sol... De ahí que, aunque fueran criminales que merecieran un castigo ejemplar, suscitaron un sentimiento de compasión; porque no era, como se presentaba, para el bien público por lo que se los torturaba y mataba, sino para saciar la crueldad de un hombre.*

LA ENCARNACIÓN DEL MAL

Apocalipsis 17:7-11

En la introducción a este capítulo ya hemos visto que la explicación más probable es que Juan esté proyectándose hacia atrás al tiempo de Vespasiano. Los cinco que han sido son Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón; el que es es Vespasiano; el que ha de venir y que va a permanecer breve tiempo es Tito; el equivalente a la cabeza herida de muerte y restablecida, que ha de ser Nerón otra vez, es Domiciano, el

hombre de una crueldad salvaje. Tras toda esta imagería hay tres verdades permanentes.

(i) Aun cuando Nerón había muerto, su maldad seguía viviendo, y Juan la ve resurgir en Domiciano, el nuevo Nerón. Todo el mundo deja algo de sí mismo en el mundo. Puede que sea un recuerdo que ayuda a todos al bien, o puede que sea una mala influencia que deja un rastro de problemas para muchas generaciones por venir. La vida de todo el mundo señala hacia algo. Nuestro deber es que señale a la bondad y a Dios.

(ii) En el versículo 8 leemos que aquellos cuyos nombres no estén escritos en el Libro de la Vida se deslumbrarán a la llegada del malvado. Siempre hay algunos a los que deslumbra el mal. La única manera de evitar su fascinación es mantener nuestros ojos en Jesucristo. Entonces se ve el mal tal como es.

(iii) En el versículo 11 leemos que la bestia va camino de la destrucción. Por muy grande que sea el éxito del mal, lleva en sí el germen de la autodestrucción. El que se asocia con el mal está siempre en el bando perdedor.

LOS PROPÓSITOS DEL HOMBRE

Y LOS DE DIOS

Apocalipsis 17:12-18

Este pasaje habla de diez reyes a los que representan los diez cuernos. Es probable que sean los sátrapas de Oriente y de Partia a los que el Nerón resucitado, el Anticristo, va a conducir contra Roma. O puede que representen sencillamente todos los poderes del mundo que acabarán por volverse contra Roma y destruirla. Notemos ciertas cosas en este pasaje.

(i) En el versículo 14 leemos que estos poderes mundanales hacen guerra contra el Cordero, pero el Cordero los destruye; y los llamados, escogidos y leales participan de la victoria del Cordero. Una de las grandes concepciones del pensamiento judío era que los santos y los mártires participarían del triunfo

final de Dios. < Los pecadores -dice Henoc- serán entregados a las manos de los justos» (*Henoc 91:12*). < ¡Tened confianza, justos -dice Henoc otra vez-, porque los pecadores perecerán repentinamente ante vosotros, y tendréis dominio sobre ellos de acuerdo con vuestros deseos» (*Henoc 96:1*). En un pasaje tenebroso del mismo libro se dice: < ¡Ay de vosotros, los que amáis las obras de injusticia...! Sabed que seréis entregados en manos de los justos, que os cortarán el cuello y os matarán y no tendrán piedad de vosotros» (*Henoc 98:12*). En la *Sabiduría de Salomón* se hace la misma promesa a los que han vivido y sufrido y muerto por Dios: < Habiendo soportado un pequeño castigo, recibirán gran bondad, porque Dios los juzgó y consideró dignos de El. Como al oro en el crisol los probó, y como un holocausto los aceptó. Y en el tiempo de su visitación resplandecerán, y como chispas entre la hojarasca volarán de acá para allá. Juzgarán a las naciones y tendrán dominio sobre los pueblos» (*Sabiduría 3:5-8*). No cabe duda que esta creencia estaba en las mentes de Santiago y de Juan cuando se dirigieron a Jesús para pedirle puestos a Su derecha y a Su izquierda cuando viniera a Su Reino (*Mateo 20:21; Marcos 10:37*).

Esta idea judía tiene dos aspectos, uno noble y otro subcristiano. El subcristiano es que había momentos en que esto no era otra cosa que sed de venganza; pero, ¿quién se atreve a criticar al perseguido por desear el día en que se cambien las tornas del mundo en la eternidad? La idea noble es que los santos y los mártires ayudarán a Cristo a triunfar y participarán de Su gloria. Es una afirmación de que también para nosotros después de la Cruz viene la corona.

(ii) El versículo 16 presenta la escena de los diez cuernos levantándose violentamente contra la ramera que había sido su querida. Devorarán sus carnes. En el Antiguo Testamento eso es lo que se dice que hará un enemigo salvaje y poderoso. El salmista se queja de que los malvados se juntaron para devorar sus carnes (*Salmo 27:2*). Los malvados de Israel, con su opresión codiciosa, le comían las carnes al pueblo de Dios (*Miqueas 3:3*). Esta es una figura de venganza terrible. La

quemarán en la hoguera. Ese es el castigo del pecado más repugnante (*Levítico 20:14*), y principalmente de la hija de un sacerdote que cayera en la inmoralidad sexual (*Levítico 21:9*).

Se ha de notar que los amantes anteriores de la ramera se volvieron contra ella. El mal conlleva un poder divisivo.

(iii) En los versículos 12 y 13 leemos que los diez reyes hacen causa común con la bestia; y en el 17, que Dios pone esto en sus corazones para que se lleven a cabo Sus propósitos y se cumplan Sus palabras. Aquí tenemos una cosa extraña. Estos poderes malignos creían que estaban cumpliendo sus propios propósitos, pero de hecho estaban cumpliendo los propósitos de Dios. R. H. Charles dice: «Hasta la ira de los hombres conduce a la alabanza de Dios.» La verdad detrás de esto es que Dios no pierde nunca el control de los asuntos humanos. En último análisis Dios hace que todas las cosas contribuyan al bien.

LA ENDECHA POR ROMA

Apocalipsis 18:1-3

Después vi a otro ángel que descendía del Cielo. Tenía una gran autoridad, y la tierra se iluminó con su gloria. Y dio grandes voces diciendo:

- ¡Caída, caída es Babilonia la Grande! ¡Se ha convertido en una guarida de demonios, y en una fortaleza de espíritus inmundos, y en un albergue de toda clase de pájaros inmundos y repugnantes, porque las naciones han bebido del vino de la ira de su fornicación, y los reyes de la tierra han cometido fornicación con ella, y los comerciantes de la tierra se han enriquecido con la riqueza de sus lascivias!

En este capítulo tenemos una forma de literatura profética, corriente en los libros proféticos del Antiguo Testamento. Es lo **que se llama una «Endecha»**, el lamento por la ciudad de Roma.

Citemos algunos paralelos del Antiguo Testamento. En *Isaías 13:19-22* tenemos la endecha por la antigua Babilonia:

Y Babilonia, la más hermosa de los reinos, el esplendor y el orgullo de los caldeos, se convertirá en algo como Sodoma y Gomorra cuando Dios las destruyó. Nunca más será habitada, ni se morará en ella por generaciones y generaciones; ningún beduino pondrá en ella su tienda, y ningún pastor apacentará en ella su rebaño. Pero las alimañas tendrán en ella sus guaridas, y sus casas estarán llenas de avestruces y en ellas saltarán las cabras. Las hienas reirán desde sus torres, y los chacales en sus lujosos palacios; su tiempo está para llegar a su fin, y no se le aplazarán sus días.

En *Isaías 34: 11-15* tenemos la elegía de Edom:

Se adueñarán de ella el pelicano y el erizo; la lechuza y el cuervo pondrán en ella sus nidos; y se hará la tira de cuerda sobre ella para arrasarla, y se le aplicarán niveles para asolarla... En sus alcázares crecerán espinos, y hortigas y cardos en sus fortalezas; y serán guarida de chacales, y refugio de avestruces. Las fieras del desierto se encontrarán con las hienas, las cabras salvajes llamarán a sus compañeros; hasta la lechuza tendrá allí su casa donde reposar. Allí anidará el búho, pondrá sus huevos, sacará sus polluelos y los cubrirá con sus alas; también irán allí los buitres, cada uno con su pareja.

Jeremías 50:39, y 51:37 son parte de una endecha por la ciudad de Babilonia:

Por tanto, en ella harán su guarida las fieras y los chacales, y crecerán los polluelos de las avestruces; ya no será habitada nunca más, ni habrá quien viva en ella por generaciones. Y Babilonia se convertirá en un montón de ruinas, guarida de chacales, un horror y una burla sin morador.

En *Sofonías 2:13-15* tenemos una elegía por Nínive:

Luego extenderá su mano contra el Norte, y destruirá a Asiria, y convertirá a Nínive en un lugar desolado, árido como un desierto. Los rebaños se echarán en ella, lo mismo que las alimañas; el pelicano y el erizo dormirán en sus dinteles, y chillarán desde sus ventanas; habrá desolación en sus puertas, y su artesonado de cedro quedará descubierto. Esta es la ciudad alegre que estaba confiada, que se decía para sus adentros: «¡Yo, y nadie más que yo!» ¡Cómo ha sido asolada, convertida en guarida de las fieras! Todos los que pasen por ella se burlarán de ella y la amenazarán con la mano.

A pesar de sus lúgubres pronósticos de ruina, estos pasajes son verdaderas joyas de poesía apasionada. Puede que aquí nos encontremos muy lejos de la actitud cristiana del perdón; pero estamos muy cerca de un corazón humano que late.

En nuestro pasaje, el ángel portador del mensaje de condenación viene revestido de la misma luz de Dios. Sin duda Juan estaba pensando en *Ezequiel 43:1 s*: «Luego me llevó a la puerta, a la que da al Este, y vi que la gloria del Dios de Israel venía del Oriente. Su sonido era como el tumulto de muchas aguas, y la tierra resplandecía por el resplandor de Su gloria.» H. B. Swete escribe acerca del ángel: «Hace tan poco que ha salido de la Presencia que a su paso trae un amplio cerco de luz a través de la tierra.»

Tan seguro está Juan de la ruina de Roma que habla de ella como si ya hubiera sucedido.

Notemos otro punto. Sin duda la parte más dramática de la descripción son los demonios acechando en sus ruinas. Los dioses paganos desterrados de su reino vagan desolados por las ruinas de sus templos donde antes gozaban de un poder supremo.

¡SALID!

Apocalipsis 18:4s

Y oí otra voz del Cielo que decía:

- ¡Salid, pueblo mío, de ella, para no estar involucrados en sus pecados, ni participar de sus plagas; porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios tiene presentes sus obras inicuas.

Se les dice a los cristianos que salgan de Roma antes que llegue el día de su destrucción, no sea que al estar involucrados en sus pecados lleguen a participar de su condenación. H. B. Swete dice que esta llamada a salir resuena a lo largo de la historia de Israel. Dios siempre está exhortando a Su pueblo a que corte su relación con el pecado y se mantenga firme con Él y por Él.

Esa fue la llamada de Dios a Abraham: «El Señor había dicho a Abraham: "Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré"» (*Génesis 12:1*). Fue la llamada a Lot antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, que él comunicó a sus yernos: « ¡Levantaos, salid de este lugar, porque el Señor va a destruir esta ciudad!» (*Génesis 19:12-14*). Fue la llamada que se dirigió a Moisés en los días de la maldad de Coré, Datán y Abiram: « ¡Apartaos de los alrededores de la tienda de Coré, Datán y Abiram... Apartaos ahora de las tiendas de estos hombres impíos!» (*Números 16:23-26*). « ¡Salid de Babilonia! -dijo Isaías- ¡Huid de entre los caldeos!» (*Isaías 48:20*). « ¡Huid de en medio de Babilonia -decía Jeremías-, salid de la tierra de los caldeos!» (*Jeremías 50:8*). « ¡Huid de en medio de Babilonia! ¡Poneos a salvo,

para que no perezcaís a causa de su maldad!» (*Jeremías 51:6*). « ¡Salid de en medio de ella, pueblo mío, y salvad vuestra vida del ardor de la ira del Señor!» (*Jeremías 51:45*). Es el grito del que resuena el eco en el Nuevo Testamento. Pablo escribe a los corintios: «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque, ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial?» (*2 Corintios 6:14s*). « ¡No te involucres en los pecados de otro! ¡Mantente limpio!» (*1 Timoteo 5:22*).

Swete señala acertadamente que este grito y desafío no supone salir en un momento determinado. Implican una cierta «independencia de espíritu en medio del tráfico del mundo.» Describen la separación del mundo que es esencial al cristiano. La palabra más corriente para *cristiano* en el Nuevo Testamento es *háguios*, cuyo sentido básico es *diferente*. El cristiano no se conforma, no toma la forma del mundo, sino se transforma en algo distinto del mundo (*Romanos 12:2*). No es cuestión de retirarse del mundo, sino de vivir de una manera diferente en medio del mundo.

LA CONDENACIÓN DEL ORGULLO

Apocalipsis 18:6-8

Págale con la misma moneda con que pagó ella a otros, y devuélvele el doble de lo que ella ha hecho. Escánciale doble medida en la copa que ella usaba con los demás. En proporción con su presunción y su desenfreno, dale otro tanto de tormento y llanto; porque ella se dice para sus adentros: «Estoy situada como una reina. No soy ninguna viuda. No experimentaré desgracias.» Precisamente por eso se le echarán encima sus plagas un día peste y lágrimas y hambre- y la quemarán viva, porque el Señor Dios Que es Quien la juzga es poderoso.

Este pasaje habla en términos de castigo; pero la orden de vengarse de Roma no va dirigida a hombres, sino a un ángel, el instrumento divino de la justicia. La venganza pertenece a Dios, y solo a Él. Aquí tenemos dos verdades que debemos tener presentes.

(i) Hay una ley en la vida según la cual uno siembra lo que luego segará. Hasta en el Sermón de la Montaña se alude a esa ley: «Con la medida con que midáis a otros se os medirá a vosotros» (*Mateo 7:2*). El doble castigo y la doble recompensa proceden del hecho de que en la ley judía frecuentemente uno que era responsable de pérdida o de daño tenía que devolver el doble. (*Éxodo 22:4,7,9*). «Hija de Babilonia, la desoladora -dice el salmista-: ¡Bendito sea el que te pague con la misma moneda lo que tú nos hiciste!» (*Salmo 137:8*). «Pagadle según sus obras -dice Jeremías de Babilonia-; conforme a todo lo que ella os hizo, haced vosotros con ella; porque contra el Señor se ensoberbeció, contra el Santo de Israel» (*Jeremías 50:29*). No se puede escapar del hecho de que el castigo sigue al pecado, y más cuando ese pecado ha supuesto tratar cruelmente a los semejantes.

(ii) Encontramos aquí la seria advertencia de que todo orgullo será humillado algún día. El pecado supremo de Roma había sido el orgullo. Juan habla en términos del Antiguo Testamento. Reproduce el antiguo juicio sobre Babilonia:

Dijiste: « ¡Para siempre seré señora!», pero no pensaste en esto, ni has tenido en cuenta cómo acabarías. Oye, pues, ahora esto, mujer voluptuosa, tú que estás asentada confiadamente, y que dices para tus adentros: «Yo soy la única, y no hay otra que me haga sombra; no quedaré viuda ni experimentaré orfandad.» Estas dos cosas te vendrán de repente, en un mismo día: orfandad y viudez. Con toda su fuerza vendrán sobre ti, a pesar de la multitud de tus hechizos y de tus muchos encantamientos.

(Isaías 47:7-9).

Nada provoca condenación tanto como el orgullo. Isaías dice sombríamente: < Por cuanto las hijas de Sión se han vuelto soberbias, y andan con el cuello erguido y los ojos desvergonzados, caminando como si estuvieran bailando haciendo sonar los cascabeles de sus tobillos, el Señor hará que se pongan tiñosas las hijas de Sión> (*Isaías 3:16s*). Tiro es condenada por haber dicho: «Tengo una hermosura perfecta» (*Ezequiel 27.3*).

Hay un pecado que se llama en griego *hybris*, que es la arrogancia que viene de creer que no se tiene necesidad de Dios. El castigo de ese pecado es la humillación final.

EL LAMENTO DE LOS REYES

Apocalipsis 18:9s

Los reyes de la tierra que cometieron fornicación con ella y que participaron de su lascivia llorarán y harán duelo sobre ella cuando vean el humo de su incendio, manteniéndose bien lejos por temor a que les alcance su tortura, mientras dicen:

- ¡Ay, ay de la ciudad que parecía tan fuerte, de Babilonia la fuerte! Porque en un momento te ha llegado el juicio.

En el resto de este capítulo tenemos las elegías de Roma; la que cantan los reyes (versículos 9 y 10), la de los comerciantes (versículos 11-16), la de los capitanes de barco y los marineros (versículos 17-19). Una y otra vez oímos de la grandeza, riqueza y lujo desmadrado de Roma.

Bien podemos preguntar si el veredicto de Juan está justificado o no es más que la condena injustificada de un fanático religioso. Si queremos encontrar un relato del lujo y el desenfreno de Roma lo encontraremos en libros tales como *La sociedad romana de Nerón a Marco Aurelio*, por Samuel Dill; *La vida y las maneras romanas*, por Ludwig Friedländer, y aún más en las Sátiras de Juvenal, las *Vidas de los césares* de Suetonio y las obras de Tácito, todos ellos latinos, y sobrecogidos por las cosas de las que escribían. Estos libros muestran que nada de lo que dijo Juan era una exageración.

Se dice en el *Talmud* que descendieron del cielo diez medidas de riqueza, y que Roma recibió nueve y el resto del mundo una. Un famoso investigador dijo que en los tiempos modernos somos bebés en la cuestión de disfrutar comparados con el mundo antiguo; y otro indicó que nuestro lujo más extravagante es pobreza comparado con la magnificencia pródiga de la antigua Roma.

En el mundo antiguo se competía desesperadamente en la ostentación. Se decía de Calígula que < se empeñaba por encima de todo en realizar lo que se considerara imposible,» y se decía que «el proponerse lo increíble» era la gran cualidad de Nerón. Dill dice: «El senador que pagaba una renta demasiado baja, o que cabalgaba por la Vía Apia o la Vía Flamínea con un cortejo reducido, hacía el ridículo y perdía imagen.»

En este primer siglo el mundo vertía sus riquezas en el regazo de Roma. Como dice Dill: « La paz prolongada, la seguridad de los mares, la libertad de comercio, habían hecho de Roma el centro comercial para los productos peculiares y las delicadezas de todas las tierras desde el Canal de la Mancha hasta el Ganges.» Plinio cuenta una comida en la que se arruinó la India, otra en la que Egipto, Cirene, Creta, etcétera. Juvenal habla de los mares poblados de grandes quillas y de grandes navíos de lujo en expediciones a todas las tierras. Aristides tiene un pasaje de púrpura acerca de la manera como llegaban las cosas a Roma. «Las mercancías llegan de todas las tierras y los mares, todo lo que genera cualquier sazón y produce cualquier país; los productos de los ríos y lagos, las artes de los griegos y de los bárbaros, para que, si alguien quiere ver todas estas cosas, o tendría que visitar todo el mundo habitado -o ir a Roma; porque llegan tantos navíos a cada hora y en cada estación de todo el mundo que Roma es como un mercado del mundo entero, porque se ven cargos de las Indias o, si se

quiere, de la Arabia Feliz, para que se pueda conjeturar que los árboles allí han sido descortezados; la ropa de Babilonia, los adornos de las tierras bárbaras, todo fluye hacia Roma: mercancías, cargamentos, los productos de la tierra, el vaciado de las minas, los productos del arte que es o que ha sido, Todo lo que se engendra y todo lo que se cultiva. Si hay algo que no se puede ver en Roma, entonces es que no existe ni ha existido nunca.»

El dinero que se tenía y el dinero que se gastaba eran cifras colosales. Uno de los libertos de Nerón miraba con desprecio a uno que tenía una fortuna millonaria como si fuera un pobre. Apicio malgastó una fortuna de centenares de millones en caprichos, y se suicidó cuando solo le quedaba el equivalente de veinte millones de pesetas porque no podía vivir con esa miseria. En un día fundía Calígula las rentas de tres provincias, que se remontaban a 20,000,000; y en un solo año desperdigó en confusión pródiga 5,000,000,000, todo esto calculado en pesetas de ahora, pero teniendo en cuenta que el jornal medio de un trabajador eran 10 pesetas. Nerón declaraba que para lo único que valía el dinero era para gastarlo, y en pocos años gastó el equivalente a 4,000,000,000. En un banquete suyo, las rosas egipcias solas costaron 8,000,000.

Dejemos que el historiador romano Suetonio nos describa a sus emperadores, y recordemos que no era ningún cristiano puritano sino un historiador pagano. De Calígula escribe: «En desmadrada extravagancia superó a los pródigos de todos los tiempos en ingenio, inventando nuevas clases de baños y variedades exóticas de comidas y fiestas; porque se bañaba en aceites

fríos y calientes, bebía perlas de gran precio disueltas en vinagre, y servía a sus convidados panes y filetes de oro.» Hasta construyó galerías con popas llenas de perlas incrustadas. De Nerón, Suetonio nos dice que obligaba a la gente a ofrecerle banquetes que costaban 4,000,000. «Nunca se ponía la misma ropa dos veces. Cuando jugaba a los dados envidaba 500,000 al punto. Pescaba con una red de oro con cuerdas de púrpura y escarlata trenzadas. Se dice que nunca hizo un viaje con una comitiva de menos de mil carrozas, con las mulas herradas con plata.»

El beber perlas disueltas en vinagre era una ostentación corriente. Se dice que Cleopatra había disuelto y bebido una perla que valía 16,000,000,000. Valerio Máximo sirvió una perla disuelta a cada uno de sus invitados en una fiesta, y él mismo -nos cuenta Horacio- se tragó la perla del pendiente de Metalla disuelta en vino para poder decir que se había tragado de un golpe un millón de sestercios.

Era una época de una glotonería insólita. Se servían a los huéspedes en los banquetes platos de sesos de pavo real y de lenguas de ruiseñor. Vitelio, que fue emperador menos de un año, consiguió gastar 1,500,000,000 principalmente en comida. Suetonio nos cuenta cuál era su plato favorito: «En él mezclaba hígado de lucio, sesos de faisán y pavo real, lengua de flamenco, y leche de lampreas, traídos por sus capitanes y trirremes de todo el imperio, desde Partia hasta el estrecho de España.» Petronio describe las escenas del banquete de Trimalco: «Un plato representaba los doce signos del zodiaco... Otro era un gran oso, con cestas de confites colgándole de los colmillos. Un gigantesco cazador barbudo le abría el costado con un cuchillo de caza, y salía de la herida una bandada de zorzales que eran cazados diestramente en redes mientras volaban por la habitación. Hacia el final de la comida los huéspedes alucinaban con los sonidos extraños del techo y el temblor de todo el salón. Cuando miraron hacia arriba vieron que el techo se abría de pronto y bajaba una gran bandeja circular con una figura de Priapo trayendo toda clase de frutas y bombones.»

Cuando Juan estaba escribiendo, había invadido Roma una especie de locura extravagante y pródiga a más no poder a la que sería difícil encontrar ningún paralelo en la Historia.

EL LAMENTO DE LOS COMERCIANTES (1)

Apocalipsis 18:11-17a

Y los comerciantes de la tierra llorarán y harán duelo por ella, porque ya no hay quien compre sus mercancías: productos de oro y plata y piedras preciosas y perlas; lino fino y púrpura y seda y escarlata; toda clase de madera de tuya, de objetos de marfil, maderas costosas, y objetos de bronce y hierro y mármol; canela y perfumes e incienso y mirra y olíbano; vino y aceite; flor de harina y trigo; ganado vacuno y lanar; caballos y carrozas, y esclavos en cuerpo y alma.

Las frutas más apetecibles han desaparecido, y todas tus delicias y tus delicadezas han perecido, para no recuperarse ya nunca más. Los comerciantes que traficaban con estos productos, que se hicieron ricos en su comercio con ella, se quedarán lejos no sea que les alcance su tortura, llorando y haciendo duelo:

- ¡Ay, ay! -dirán-. ¡Qué pena de la gran ciudad, la ciudad que se vestía de hilo y púrpura y escarlata, la ciudad que se decoraba con oro y plata y piedras preciosas y perlas; porque en un instante se ha desvanecido tanta riqueza!

Los lamentos de los reyes y de los comerciantes deberían leerse en paralelo con el lamento sobre Tiro en *Ezequiel 26 y 27* con el que tienen mucho en común.

El lamento de los comerciantes es puramente egoísta. Toda su tristeza se la produce el que haya desaparecido el mercado del que sacaban tantos beneficios. Es significativo que tanto los reyes como los comerciantes se paran lejos para observar, no sea que les alcance algo de la desgracia que le ha sobrevenido a Roma. No le echan una mano para ayudarla en su última agonía; no sintieron nunca amor por ella; su vinculación era el lujo que ella deseaba y los negocios que les producía.

Aprenderemos todavía más del lujo de Roma si miramos en detalle algunos de los productos que llegaban a ella.

En el tiempo cuando Juan estaba escribiendo esto había en Roma una pasión por las vajillas de plata. La plata llegaba especialmente de Cartagena, en España, donde había cuarenta mil hombres en las minas de plata. Platos, tazones, jarras, fruteros, estatuillas, vajillas completas se hacían de plata sólida. Lucio Craso había comprado cacharros de plata que le habían costado el equivalente de 20,000 pesetas por cada kilo de plata que había en ellos. Hasta un general guerrero como Pompeyo Paulino llevaba en sus campañas cacharros de plata que pesaban 5,000 kilos, la mayor parte de los cuales cayó en manos de los godos como botín de guerra. Plinio nos cuenta que algunas mujeres no se bañaban nada más que en baños de plata, los soldados tenían espadas con empuñaduras y vainas con cadenas de plata, aun las mujeres pobres tenían ajorcas de plata, y hasta las esclavas tenían espejos de plata. En las Saturnalias, las fiestas que caían en el tiempo que ocuparía más tarde la Navidad, y en las que se daban regalos, a menudo estos eran cucharillas de plata y cosas por el estilo, y cuanto más ricos eran los donantes más ostentosos los regalos. Roma era una ciudad de plata.

Era una época en la que gustaban apasionadamente las piedras preciosas y las perlas. Fue principalmente después de las conquistas de Alejandro Magno cuando llegaron las piedras preciosas a Occidente. Plinio decía que la fascinación de una joya consistía en que el poder mayestático de la naturaleza se cifraba en un reducido espacio.

El orden de preferencia de las piedras preciosas colocaba los diamantes en primer lugar; las esmeraldas -principalmente de Escitia- en segundo; en tercero, el berilo y el ópalo, que se usaban para adornos femeninos, y en cuarto la sardónica, que se usaba para anillos de sellar.

Una de las creencias antiguas más curiosas era que las piedras preciosas tenían propiedades curativas. La amatista se decía que era la cura del alcoholismo; es roja como el vino

tinto, y su nombre deriva de la palabra griega *methyskein*, *emborrachar*, con la *a* inicial negativa. El jaspe, una de cuyas variedades, el heliotropo, tiene manchas del color de la sangre, se decía que era la cura para las hemorragias. El jaspe verde o plasma se decía que producía la fertilidad. El diamante se decía que neutralizaba el veneno y curaba el delirio, y el ámbar llevado al cuello era la cura de la fiebre y otros males.

Las joyas que más les gustaban a los romanos eran las perlas. Como ya hemos visto, se las bebían disueltas en vino. Un cierto Struma Nonius tenía un anillo con un ópalo tan grande como una nuez, pero eso no era nada comparado con la perla que le dio Julio César a Servilia, que costó el equivalente de 15,000,000 de pesetas. Plinio dice que vio a Lolia Paulina, una de las mujeres de Calígula, en una fiesta de desposorios, con joyas de esmeraldas y perlas que le cubrían la cabeza, el pelo, las orejas, cuello y los dedos, que valían 100,000,000.

EL LAMENTO DE LOS COMERCIANTES (2)

Apocalipsis 18:11-17a (conclusión)

El lino fino procedía de Egipto. Era la tela de las vestiduras de los reyes y de los sacerdotes. Era muy caro; una túnica de sacerdote podía costar el equivalente de 100,000 pesetas.

La púrpura venía principalmente de Fenicia. El mismo nombre de Fenicia es probable que se derivara de *foinos*, que quiere decir *rojo de sangre*, y puede que se conociera a los fenicios como «los hombres púrpura», porque comerciaban esa sustancia. La púrpura antigua era mucho más roja que la moderna. Era el color regio por excelencia y el ropaje de la nobleza. El tinte de la púrpura se extraía de un molusco de su nombre llamado en latín *murex*. Solo se extraía una gota de cada animal; y había que abrir la concha tan pronto como muriera el animal, porque la púrpura venía de una venilla que se secaba casi inmediatamente cuando moría. Un kilo de lana

teñida doblemente de púrpura costaba el equivalente de 10,000 pesetas, y una chaqueta corta el doble. Plinio nos dice que por entonces había en Roma «una manía apasionada de púrpura.»

La seda puede que sea ahora bastante corriente, pero en la Roma del *Apocalipsis* tenía un precio incalculable, porque había que importarla de la lejana China. Tal era su precio que una libra de seda costaba el peso de una libra de oro. Bajo Tiberio se aprobó una ley prohibiendo el uso de cacharros de oro macizo para servir las comidas, y «el que los varones se deshonraran poniéndose ropa de seda» (Tácito, *Anales 2:23*).

La escarlata o grana, como la púrpura, se buscaba mucho por el tinte que se le extraía. Cuando pensamos en estas fábricas puede que advirtamos que uno de los muebles ostentosos de Roma eran las tapaderas para los canapés de los banquetes. Tales cubiertas costaban a menudo tanto como 1,500.000 en pesetas, y Nerón tenía cubiertas para sus canapés que habían costado más de 10,000,000 cada una.

La más interesante de las maderas mencionadas en este pasaje es la de tuya o árbol de la vida. En latín se la llamaba madera de cítrico; su nombre botánico es *thuia articulata*. Procedía del Norte de Africa, de la región del Atlas, olía muy bien y tenía una textura muy bonita. Se usaba especialmente para cubrir las mesas; pero, como los cítricos son rara vez grandes, era difícil conseguir piezas para cubiertas de mesa. Una mesa hecha de madera de tuya podía costar de 1,000,000 a 30,000,000. Se dice que Séneca, el primer ministro de Nerón, tenía trescientas de esas mesas con las patas de mármol.

El marfil se usaba mucho en decoración, especialmente entre los que querían hacer alarde de riqueza. Se usaba en escultura, estatuas, empuñaduras de espadas, muebles incrustados, sillas de ceremonia, puertas y hasta para muebles de casa. Juvenal nos describe a un rico: «Hoy en día un rico no disfruta de la comida -el rodaballo y el venado no le saben a nada, los perfumes y las rosas le huelen a podrido- a menos que las anchas tablas de su mesa de comedor descansen sobre leopardos rampantes boquiabiertos de marfil macizo.»

Las estatuillas de bronce corintio era famosas y fabulosamente caras. El hierro venía del Mar Negro y de España. Hacía mucho que se había usado el mármol en Babilonia en edificios, pero no en Roma. Sin embargo, Augusto podía presumir de haber encontrado una Roma de ladrillo y haberla dejado de mármol. Acabó por haber una agencia que se llamaba *ratio*

marmorum cuya misión era buscar por todo el mundo dónde hubiera buenos mármoles para traérselos para decorar los edificios de Roma.

La canela era un artículo de lujo procedente de la India y de cerca de Zanzibar, y alcanzaba unos precios en Roma de 30,000 pesetas el kilo.

Las especias despistan un poco aquí. La palabra griega es *ámomon*; Casiodoro de Reina pone sencillamente olores. *Ámomon* era un bálsamo de olor que se usaba especialmente para ciertos peinados y como óleo para ritos funerales.

En el Antiguo Testamento el incienso tenía un uso exclusivamente religioso para acompañar a los sacrificios del Templo. Según *Éxodo 30:34-38* el incienso del Templo se hacía de estacte, uña aromática, gálbano aromático e incienso puro, que son todas resinas olorosas o balsámicas. Según el *Talmud*, se le añadían siete ingredientes más: mirra, casia, nardo, azafrán, costus, macis y canela. En Roma se usaba el incienso como perfume con el que se daba la bienvenida a los invitados y se perfumaba el salón después de las comidas.

En el mundo antiguo se bebía vino en general en todas partes, pero la borrachera se consideraba una deshonra grave. El vino se tomaba generalmente diluido, dos partes de vino para cinco de agua. Se pisaban las uvas para extraer el mosto, una parte del cual se bebía así, sin fermentar. Otra parte se cocía para hacer gelatina que se usaba para dar cuerpo y sabor a vinos más flojos. El resto se metía en tinajas grandes y se dejaba fermentar nueve días, luego se tapaba, y se abría mensualmente para comprobar la fermentación. Hasta los esclavos tenían suficiente vino como parte de su ración diaria, porque era muy barato, a peseta el litro.

La mirra era la resina de un arbusto que crecía principalmente en el Yemen y el Norte de Africa. Se usaba medicinalmente como astringente, estimulante y antiséptico. También se usaba como perfume, como anodino por las mujeres en el tiempo de su purificación, y para embalsamar los cadáveres.

El incienso era una resina gomosa producida por un árbol del *genus Boswellia*. Se le hacía una incisión al árbol y se le quitaba una tira de corteza por debajo. La resina que exudaba el árbol era como leche. En cosa de diez o doce semanas se coagulaba en terrones, que era como se vendía. Se usaba como perfume para el cuerpo, para endulzar o aromar el vino, como aceite para las lámparas y como incienso sacrificial.

Las carrozas que se mencionan aquí -la palabra es *redéno* eran las militares ni las de las carreras. Eran carrozas privadas de cuatro ruedas, y los aristócratas ricos de Roma a menudo las chapaban de plata.

La lista se cierra con la mención de esclavos y almas de hombres. La palabra para *esclavo* es *soma*, que quiere decir literalmente *cuerpo*. El mercado de esclavos se llamaba el *sómatemporos*, *el lugar donde se venden cuerpos*. La idea era que se vendían los esclavos en cuerpo y alma a sus amos.

Nos es casi imposible entender hasta qué punto la civilización romana se basaba en los esclavos. Había 60,000,000 de esclavos en el Imperio Romano. No era raro que uno tuviera cuatrocientos esclavos. «Usa tus esclavos como los miembros de tu cuerpo -dice un escritor latino-, cada uno para su propio uso.» Había, por supuesto, esclavos para las labores domésticas; y había un esclavo para cada servicio en particular. Leemos de los portadores de antorchas, de linternas, de sillas de ruedas, asistentes en la calle, encargados de la ropa de calle. Había esclavos que eran secretarios, otros para leer en voz alta, y hasta esclavos que le buscaban los datos a uno que estuviera escribiendo un libro o un tratado. Los esclavos hasta pensaban por algunos amos. ¡Había esclavos llamados *nomenclatores* cuyo deber era recordarle al amo los nombres de sus clientes y dependientes! «Recordamos por medio de otros,» dice un

escritor latino. ¡Había hasta esclavos que le recordaban al amo que comiera o que se acostara! < Los hombres eran tan perezosos que hasta se olvidaban de que tenían hambre. » Había esclavos que iban delante de su amo y cuya misión era devolver el saludo de los amigos de este, que su amo estaba demasiado cansado o distraído para devolver por sí mismo. Un cierto ignorante incapaz de aprender o de recordar nada se hizo con una compañía de esclavos: uno se aprendía de memoria a Homero, otro a Hesíodo, otros a los poetas líricos. Era su deber estar detrás de su amo en las comidas y apuntarle las citas convenientes. Él pagaba 200,000 pesetas por cada una. Algunos esclavos eran jóvenes hermosos, < la flor de Asia, » que no hacían más que estar dando vueltas -por el salón err los banquetes para placer de la vista. Algunos eran coperos. Algunos eran alejandrinos, habilidosos en decir cosas graciosas y hasta obscenas. Los invitados querían a veces limpiarse las manos en el pelo de los esclavos. Tales esclavos hermosos costaban por lo menos 200,000 ó 400,000 pesetas. Algunos esclavos eran fenómenos -enanos, gigantes, cretinos, hermafroditas. De hecho había un mercado de monstruos -«hombres sin piernas, con los brazos cortos, con tres ojos, con cabezas puntiagudas.» Algunas veces se producían esas deformidades aposta para la venta.

Es un cuadro triste el de seres humanos que se usaban en cuerpo y alma para el servicio y el entretenimiento de otros.

Este era el mundo por el que los comerciantes hacían duelo. Lo que lamentaban eran los mercados y las ganancias que habían perdido. Esta era la Roma cuyo fin estaba anunciando Juan. Y tenía razón -porque una sociedad construida sobre el lujo, el desenfreno, el orgullo, la insensibilidad para la vida y la personalidad humana está condenada por fuerza, hasta desde el punto de vista humano.

EL LAMENTO DE LOS NAVIEROS

Apocalipsis 18:17b-19

Y todos los navieros y los que viajan en naves y los marineros y todos los que se ganan la vida en la mar, se quedaron a cierta distancia y gritaron cuando vieron el humo de su incendio diciendo:

-¿Qué ciudad ha habido nunca como la gran ciudad? -Y se echaban polvo por la cabeza y daban voces llorando y lamentando-: ¡Ay, ay, qué pena de la gran ciudad, con cuya riqueza se enriquecieron todos los que tienen naves en la mar, porque en un instante ha quedado desolada!

Primero, los reyes expresaron su lamento por Roma; luego, los comerciantes, y ahora los navieros y marineros. Juan parece inspirarse en la descripción que hace Ezequiel de la caída de Tiro, de la que toma muchos de los detalles. «Al estrépito de las voces de tus marineros temblarán las costas. Descenderán de sus naves todos los que empuñan remo: los remeros y todos los pilotos del mar se quedarán en tierra. Ellos harán oír su voz sobre ti. Gritarán amargamente, echarán polvo sobre sus cabezas y se revolcarán en ceniza.» (Ezequiel 27:28-30).

Roma, por supuesto, no estaba en la costa; pero su puerto era Ostia y, como ya hemos visto, las mercancías de todo el mundo fluían hasta el puerto de Roma.

No es extraño que los navieros y los marineros se lamenten, porque habrá desaparecido todo el comercio que les reportaba tanta riqueza.

Hay aquí algo casi patético en estos lamentos. En cada caso el lamento no es por Roma, sino por ellos mismos. Es una de las leyes de la vida que el que pone su felicidad en las cosas materiales se pierde lo más importante: el amor y la amistad de sus semejantes.

GOZO EN MEDIO DEL DUELO

Apocalipsis 18:20

¡Regójate sobre ella, Cielo! ¡Y vosotros los que estáis consagrados a Dios, y vosotros los apóstoles, y vosotros los profetas, porque Dios os ha hecho justicia contra ella!

En medio de todas las lamentaciones llega una voz de júbilo, la voz de los que se alegran de ver la venganza de Dios sobre Sus enemigos y sus perseguidores.

Esta es una nota que encontramos más de una vez en las Escrituras. «¡Alabad, naciones, a Su pueblo, porque Él vengará la sangre de Sus siervos, tomará venganza de Sus enemigos, y hará expiación por la tierra de Su pueblo!» (Deuteronomio 32:43). Jeremías dice de la condenación de la antigua Babilonia: «Los cielos y la tierra y todo lo que hay en ellos cantarán de gozo contra Babilonia, porque del Norte vendrán contra ella destructores, dice el Señor» (Jeremías 51:48).

Aquí nos encontramos muy lejos de orar por los que nos ultrajan y persiguen; pero hemos de recordar dos cosas. Primera: Comoquiera que sintamos acerca de esta voz de venganza, no es menos que la voz de la fe. Estas personas tenían una confianza absoluta en que nadie que estuviera de parte de Dios podría encontrarse a fin de cuentas entre los perdedores.

Segunda: Hay aquí poco resentimiento personal. Los que han de ser destruidos no son tanto enemigos personales como los enemigos de Dios.

Al mismo tiempo, este no es el camino más excelente que nos enseñó Jesús. Cuando le dijeron a Abraham Lincoln que era muy blando con sus enemigos, y que su deber era acabar con ellos, respondió: «¿Y no acabo con mis enemigos cuando los hago mis amigos?» La actitud verdaderamente cristiana es tratar de acabar con nuestros enemigos, no por la fuerza, sino por el poder de ese amor que obtuvo la victoria en la Cruz.

LA DESOLACIÓN FINAL

Apocalipsis 18:21-24

Y un ángel fuerte levantó una piedra tan grande como una gran piedra de molino y la arrojó al mar diciendo:

- ¡Así, con tal ímpetu será derribada la gran ciudad de Babilonia, y no se la encontrará nunca más! Ya no se volverá a oír en ti el sonido de arpistas y juglares y flautistas y trompeteros, ni se encontrará ya más en ti ningún artesano de ningún oficio, ni se oirá en ti el ruido del molino. Ya no se oirá más en ti la voz del novio y de la novia; porque tus comerciantes eran los más grandes de la tierra, y porque todas las naciones fueron descarriadas por tus hechicerías. Porque en ella se encontró la sangre de los profetas y de los consagrados a Dios y de todos los que han sido asesinados en la tierra.

Se pinta en este cuadro la desolación final de Roma.

Empieza con una acción simbólica. Un fuerte ángel levanta una gran piedra de molino y la arroja al mar, que se cierra sobre ella como si no hubiera existido nunca. Así será borrada Roma. Juan tomaba esta descripción de la destrucción de la antigua Babilonia. La Palabra de Dios vino a Jeremías: «Cuando acabes de leer este libro, le atas una piedra y lo tiras en medio del Éufrates diciendo: "¡Así se hundirá Babilonia, y no se levantará más, a causa del mal que Yo traigo sobre ella!"» (*Jeremías* 51:63s). Posteriormente el geógrafo griego Estrabón había de decir que la antigua Babilonia había sido obliterada tan totalmente que nadie se atrevería a decir que el desierto donde estuvo fue una vez una gran ciudad.

Nunca más se oír ningún sonido de alegría. La condena de Ezequiel contra Tiro dice: «Haré callar el bullicio de tus canciones, y no se escuchará más el sonido de tus cítaras» (*Ezequiel* 26:13). Los arpistas y los juglares tocaban y cantaban en ocasiones alegres; la flauta se usaba en los festivales y en

los funerales; la trompeta resonaba en los juegos atléticos y en los conciertos; pero ahora se silencia toda la música.

Nunca más se escuchará el ruido de los artesanos ejerciendo su trabajo.

Nunca más se escuchará el ruido de la actividad doméstica. La molienda era tarea de las mujeres en el hogar, valiéndose de dos grandes piedras circulares, la una encima de la otra. El grano se metía por un agujero que había en la piedra superior; se molía entre las dos piedras, y salía por la piedra de abajo. El crujido de una piedra sobre otra, que se podía oír cualquier día de la semana en cualquier casa, ya no se oír nunca más.

Ya no habrá nunca más luz en las calles ni en las casas.

Ya nunca más se escuchará el sonido alegre de una fiesta de bodas, porque el amor morirá para siempre. Jeremías usa las mismas imágenes: «Haré que desaparezca de entre ellos la voz del gozo y la voz de la alegría, la voz del novio y la voz de la novia, el ruido del molino y la luz de la lámpara» (*Jeremías* 25:10; cp. 7:34; 16:9).

Roma se va a convertir en una terrible desolación silenciosa.

Y este castigo le vendrá por ciertas razones determinadas.

Le vendrá porque rindió culto a la riqueza y al lujo, y vivió desenfrenadamente sin encontrar placer nada más que en las cosas materiales.

Le vendrá porque descarrió a las personas con sus hechicerías. Nahúm sentenciaba así a Nínive « Y todo por culpa de las fornicaciones de la ramera de hermosa gracia, maestra en hechizos, que seduce a las naciones con sus fornicaciones y a los pueblos con sus hechizos.» (*Nahúm* 3:4). Roma coqueteaba con los poderes del mal para hacer un mundo malo.

Le vendrá porque era culpable de sangres. « ¡Ay de la ciudad de sangres!», decía Ezequiel de Tiro (*Ezequiel* 24:6,9). En la misma Roma perecían los mártires, y de ella se extendió la persecución por todo el mundo.

Antes de empezar a estudiar los cuatro últimos capítulos del *Apocalipsis* en detalle, será útil exponer en líneas generales su programa de los acontecimientos.

Empiezan con el gozo universal por la destrucción de Babilonia, el poder de Roma (19:1-10). Sigue una descripción del surgimiento de un caballo blanco en el que cabalga Uno Que es Fiel y Verdadero (19:11-18). Luego viene la alianza de los poderes hostiles contra el Cristo conquistador (19:19); luego la derrota de las fuerzas contrarias; la bestia y al falso profeta son arrojados al lago de fuego y azufre, y tiene lugar la matanza del resto (19:20s).

El capítulo 20 se inicia con que el diablo es atado en el abismo por un período de mil años (20:1-3). Sigue la resurrección de los mártires para reinar con Cristo mil años, aunque el resto de los muertos no resucitan todavía (20:4-6). Al cumplirse los mil años Satanás es soltado otra vez por un breve tiempo; hay un conflicto final con los enemigos de Cristo, que son destruidos con fuego del Cielo mientras que Satanás es arrojado para siempre al lago de fuego y azufre (20:7-10). Entonces viene la Resurrección general y el Juicio Final (20:11-14); y finalmente la descripción de los nuevos cielos y la nueva tierra que ocupan el lugar de las cosas que han desaparecido (21:1-22:5).

EL TEDÉUM DE LOS ÁNGELES

Apocalipsis 19: 1 s

*Después de estas cosas oí algo que sonaba como la gran voz de una gran multitud en el Cielo, que decía:
- ¡Aleluya! ¡La salvación y la gloria y el poder pertenecen a nuestro Dios, porque Sus juicios son auténticos y justos, porque ÉL ha juzgado ala gran ramera que corrompía el mundo con su fornicación, y ha vengado en ella la sangre de Sus siervos!*

En la descripción de la destrucción total de Babilonia aparecen las palabras: «¡Alégrate sobre ella, oh Cielo, oh santos y apóstoles y profetas, porque Dios ha dictado sentencia a vuestro favor contra ella!» (*Apocalipsis* 18:20). Aquí tenemos el regocijo que se ha llamado.

Empieza con el grito de una amplia multitud en el Cielo. Ya nos hemos encontrado dos amplias multitudes en el Cielo: la de los mártires, en 7:9, y la de los ángeles, en 5:11. Aquí se trata muy probablemente de la multitud de los ángeles, primeros en el *Tedéum* de alabanza.

Este grito de gozo empieza con *aleluya*, que es una palabra muy corriente en el vocabulario religioso, pero que la única vez que aparece en el Nuevo Testamento es en las cuatro ocasiones de este capítulo. Como *Hosanna*, es una de las pocas palabras hebreas que se han establecido en el lenguaje religioso ordinario. Probablemente llegó a ser tan bien conocida hasta para el miembro más sencillo de la Iglesia por su uso especial como respuesta de alabanza en el culto de Resurrección.

Aleluya quiere decir literalmente *Alabad al Señor*. Es palabra hebrea, y está formada por el imperativo plural de *halal*, que quiere decir *alabar*, y *Yah*, forma abreviada del nombre de Dios que figura en nuestras biblias como Jehová. Aunque *Aleluya* no sale más que aquí en el Nuevo Testamento griego, aparece muchas veces en el Antiguo Testamento. Es la primera frase de los Salmos 106, 111, 112, 113, 117, 135, 146, 147, 148, 149, 150. La serie de salmos desde el 113 hasta el 118 se llamaban el *hallel*, el *alabad a Dios*, y eran parte de la educación religiosa primaria de los niños judíos. Donde aparece *aleluya* en el Antiguo Testamento quiere decir *alabad al Señor*; pero aquí se translitera en griego la frase hebrea sin traducir.

Dios es alabado porque a Él pertenecen *la salvación, la gloria y el poder*. Cada uno de estos tres atributos de Dios debe despertar la alabanza en el corazón humano. *La salvación* de Dios debe despertar *la gratitud*; *la gloria* de Dios debe despertar *la reverencia*; *el poder* de Dios es siempre ejercido en amor, y debe por tanto despertar *la confianza* en nosotros. La gratitud, la reverencia y la confianza son los tres elementos constitutivos de la verdadera alabanza.

Dios es alabado porque ha ejercido Su justo y verdadero juicio en la gran ramera. El juicio es la consecuencia inevitable del pecado. T. S. Kepler comenta: «No se puede quebrantar la ley moral más fácilmente que la ley de la gravedad; solo se puede ilustrar.» Se dice que los juicios de Dios son *verdaderos* y justos. Dios es el único perfecto en Sus juicios por tres razones. Primera, porque solo Él puede ver los pensamientos y deseos íntimos de una persona. Segunda, porque Él es el único que tiene esa pureza que puede juzgar sin prejuicios. Tercero, Él es el único que tiene la sabiduría para encontrar el juicio correcto y que tiene el poder para aplicarlo.

La gran ramera es juzgada porque corrompió al mundo. El peor de todos los pecados es el de enseñar a pecar a otros.

Hay una razón para regocijarse. El juicio de Roma es la garantía de que Dios nunca abandona a los Suyos de manera indefinida.

EL TEDÉUM DE LA NATURALEZA

Y DE LA IGLESIA

Apocalipsis 19:3-5

Y dijeron por segunda vez:

- ¡Aleluya, que el humo de ella asciende por siempre jamás!

Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron y adoraron al Dios Que está sentado en el trono.

- ¡Amén! -dijeron-. ¡Aleluya!

Y del trono salió una voz que decía:

- ¡Alabad a nuestro Dios vosotros todos Sus siervos, vosotros los que Le teméis, pequeños y grandes!

El ejército angélico canta un segundo Aleluya. Alaba a Dios porque el humo de Babilonia se eleva para siempre jamás; es decir, nunca volverá ella a surgir de sus ruinas. La imagen procede de Isaías: «Los arroyos de Edom se convertirán en brea, su polvo en azufre y su tierra en brea ardiente. No se apagará ni de noche ni de día, sino que por siempre subirá su humo; de generación en generación quedará desolada, y nunca jamás pasará nadie por ella» (*Isaías 34:9s*).

A ésa sigue la alabanza de los veinticuatro ancianos y de los cuatro seres vivientes. Los veinticuatro ancianos eran prominentes en las primeras visiones del libro (4:4,10; 5:6,11,14; 7:11; 11:16; 14:3) lo mismo que los cuatro seres vivientes (4:6,9; 5:6-14; 6:1-7; 7:11; 14:3; 15:7). Ya vimos que los veinticuatro ancianos representan a los doce patriarcas y los doce apóstoles, y por tanto representan a la totalidad de la Iglesia. Los cuatro seres vivientes, respectivamente como el león, el buey, el hombre y el águila, representan dos cosas: lo más valeroso, fuerte, sabio y rápido de la naturaleza, y a los querubines. De ahí que el himno de alabanza que entonan los veinticuatro ancianos y de los cuatro seres vivientes sea un *Tedéum* de toda el pueblo de Dios de todos los tiempos y de toda la naturaleza en toda su fuerza y belleza.

La voz que procede del Trono se ha de entender probablemente que es la de uno de los querubines. « ¡Alabad a nuestro Dios -dice la voz-vosotros todos Sus siervos, vosotros los que Le teméis!» Una vez más Juan encuentra su modelo en palabras del Antiguo Testamento, porque esa es una cita del *Salmo 135:1,20*.

Se convoca a dos grupos de personas a alabar a Dios. Primero, están Sus *siervos*. En el *Apocalipsis* se llaman *siervos de Dios* especialmente a dos clases de personas: *los profetas* (10:7; 11:18; 22:6), y *los mártires* (7:3; 19:2). Primero, entonces, esta es la alabanza de los profetas y de los mártires que han dado testimonio de Dios con sus voces y con sus vidas. Segundo, están *los pequeños y los grandes*. H. B. Swete dice que esta frase inclusiva abarca « a los cristianos de todas las capacidades intelectuales y categorías sociales, y **de todas las etapas de progreso en la vida de Cristo.**» **Es una cita universal a alabar a Dios por Sus poderosas obras.**

EL TEDÉUM DE LOS REDIMIDOS

Apocalipsis 19:6-8

Y oí una voz que sonaba como la voz de una extensa multitud y como el estruendo de muchas aguas y como los rugidos poderosos del trueno, que decía:

- ¡Alehuya, porque el Señor nuestro Dios, el Todopoderoso, ha entrado en Su Reino! ¡Regocijémonos y alegrémonos y démosle la gloria, porque las bodas del Cordero han llegado, y Su Novia se ha preparado, y se le ha concedido que se vista de lino fino, reluciente y puro!

Porque el lino fino son las obras justas del pueblo consagrado a Dios.

El grito final son las alabanzas de la multitud de los redimidos. Juan se sale de su camino para apilar símiles que describan el sonido. Era, como dice H. B. Swete, como « el clamor de un gran concurso de gente, el rugido de una catarata, el rodar del trueno.»

Una vez más, Juan encuentra su inspiración en las palabras de la Escritura. En su mente confluyen dos cosas. La primera, recuerda el *Salmo 97:1*: « ¡El Señor reina! ¡Regocíjese la tierra!» Y la segunda, dice él: «¡Regocijémonos y alegrémonos!» Hay solo otro pasaje del Nuevo Testamento en el que se encuentran juntos estos dos verbos (*jairein* y *agallián*): en la promesa de Jesucristo a los perseguidos: «¡Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el Cielo!» (*Mateo 5:12*). Es como si la multitud de los redimidos lanzara su grito de alabanza porque la promesa de Cristo a Sus perseguidos se había cumplido ampliamente en ellos.

A continuación llegan las bodas del Cordero y Su Novia. Esa escena representa la unión final entre Jesucristo y Su Iglesia. R. H. Charles dice hermosamente que el simbolismo del matrimonio «expresa la íntima e indisoluble comunión de Cristo con la comunidad que Él ha comprado con Su propia sangre,» una comunión que «primero alcanza en su plenitud el ejército de los mártires.»

La idea de la relación entre Dios y Su pueblo en términos de matrimonio se remonta al Antiguo Testamento. Una y otra vez los profetas hablaron de Israel como la esposa del Señor. «Te desposaré conmigo para siempre -oye decir a Dios Oseas-; te desposaré conmigo en justicia» (*Oseas 2:19s*). E Isaías: «Porque tu marido es tu Hacedor, El Señor de los Ejércitos es Su nombre» (*Isaías 54:5*). Jeremías también oye a Dios decir y clamar: «Convertíos, hijos rebeldes, dice el Señor, porque Yo soy vuestro esposo» (*Jeremías 3:14*). Ezequiel traza todo el cuadro de lo más plenamente en el capítulo 16.

El símbolo del matrimonio fluye por todos los evangelios. Leemos de la fiesta de bodas (*Mateo 22:2*); el salón de bodas y el vestido de bodas (*Mateo 22:10s*); de los hijos del salón de bodas (*Marcos 2:19*); del esposo (*Marcos 2:19; Mateo 25:1*); de los amigos del esposo (*Juan 3:29*). Pablo habla de sí mismo como el que ha desposado con Cristo a la iglesia corintia como una virgen pura (*2 Corintios 11:2*). Para él la relación de Cristo con Su Iglesia era el gran modelo de la relación entre marido y mujer (*Efesios 5:21-23*).

Esta puede que nos parezca una metáfora extraña; pero conserva ciertas grandes verdades. En cualquier matrimonio verdadero debe haber cuatro cosas que deben también darse en la relación entre Cristo y la Iglesia.

(i) Está *el amor*. Un matrimonio sin amor es una contradicción en términos.

(ii) Está *la íntima comunión*, tan íntima que el marido y la mujer llegan a ser una sola carne, a participar de una común personalidad. La relación del cristiano con Cristo debe ser la más íntima de la vida.

(iii) Está *el gozo*. No hay nada como el gozo de amar y ser amado. Si el Evangelio no produce gozo, no produce absolutamente nada.

(iv) Está *la fidelidad*. Ningún matrimonio puede existir sin fidelidad, y el cristiano debe ser tan fiel a Jesucristo como Jesucristo lo es con él.

EL TODOPODEROSO Y SU REINO

Apocalipsis 19:6-8 (conclusión)

Este pasaje llama a Dios de cierta manera; y dice que ha entrado en Su Reino.

Llama a Dios El *Todopoderoso*. La palabra griega es *pantokratór*, literalmente *el que controla todas las cosas*. Lo significativo de esta gran palabra es que aparece diez veces en el Nuevo Testamento. Una es una cita del Antiguo Testamento, en 2 *Corintios* 6:18; las otras nueve veces se encuentran en *Apocalipsis* (1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7,14; 19:6,15; 21:22). En otras palabras: este es un título de Dios que es característico del *Apocalipsis*.

No ha habido ningún período de la Historia en el que estuvieran coaligadas contra la Iglesia tantas fuerzas como cuando se escribió el *Apocalipsis*. No ha habido ningún otro tiempo en el que un cristiano fuera llamado a pasar por tales sufrimientos y a aceptar tan constantemente la perspectiva de una muerte cruel. Y sin embargo, en tales circunstancias, Juan llama a Dios *pantokratór*.

Esto es fe y confianza; y la grandeza de este pasaje está en que esa fe y esa confianza son vindicadas.

La Iglesia, la Esposa de Cristo, está vestida de lino fino, puro y resplandeciente. Hay un contraste con el escarlata y oro de la gran ramera. El lino fino representa las buenas obras de los consagrados a Dios; es decir, es el carácter lo que forma el vestido de la Esposa de Cristo.

EL ÚNICO A QUIEN SE DEBE ADORAR

Apocalipsis 19:9-10a

Y el ángel me dijo:

-Escribe: ¡Bienaventurados los que están invitados a la fiesta de las bodas del Cordero! -Y añadió:- Estas son auténticas palabras de Dios.

Y yo me postré a sus pies para rendirle culto; pero él me dijo:

- ¡Guárdate mucho de hacer eso! Yo soy tu consiervo, y el de tus hermanos que poseen el testimonio que dio Jesús. ¡Adora a Dios!

Los judíos tenían la idea de que, cuando viniera el Mesías, el pueblo de Dios sería invitado por Dios a un gran Banquete Mesíasico. Isaías habla de Dios preparando un «banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de sustanciosos tuétanos y vinos generosos» (*Isaías* 25:6). Jesús habla de muchos que vendrán de Oriente y de Occidente a sentarse con los patriarcas en el Reino del Cielo (*Mateo* 8:11). La palabra que se traduce por *sentarse* quiere decir en realidad *reclinarse para una comida*. La escena es la de todas las personas que participarán del Banquete Mesíasico de Dios. Jesús, en la última Cena, dijo que no bebería ya más del fruto de la vid hasta que lo bebiera nuevo en el Reino de Su Padre (*Mateo* 26:29). Jesús estaba hablando del gran Banquete Mesíasico futuro.

Bien puede ser que aquella antigua idea judía fuera el origen de la idea de la fiesta de las bodas del Cordero, porque ese sería de hecho el verdadero Banquete Mesíasico. Es una alegoría sencilla que no se ha de tomar con un literalismo pueril, sino que dice sencillamente que en el Reino de Dios todos Sus invitados disfrutarán de Su generosidad.

Pero este pasaje nos confronta con algo que llegó a ser de vital importancia en el culto de la Iglesia. Juan se sintió movido a adorar al mensajero angélico; pero el ángel le prohibió hacerlo, porque los ángeles no son más que los consiervos de los seres humanos. La adoración se Le debe solo a Dios. Juan estaba prohibiendo el culto a los ángeles; y esa era una prohibición muy necesaria, porque hubo en la Iglesia Primitiva una tendencia casi inevitable a dar culto a los ángeles -tendencia que nunca ha desaparecido del todo.

(i) En ciertos círculos del judaísmo los ángeles ocupaban un lugar muy importante. Rafael le dijo a Tobías que él era el ángel que presentaba su oración delante de Dios (*Tobías* 13:1215). En el *Testamento de Dan* (6:2) se menciona el ángel que intercede por los hombres. En el *Testamento de Leví* (5:5) se dice de Miguel que es el ángel que intercede por Israel. Un rabino del siglo IV d.C., Rabí Yehudá, dio la curiosa instrucción de que los hombres no deberían orar en arameo, ¡porque los ángeles no entendían esa lengua! La permanencia de todo esto en el judaísmo la subraya el hecho de que ciertos rabinos insistían en que hay que ofrecer las oraciones directamente a Dios, y no a Miguel o a Gabriel.

En el judaísmo se hacía cada vez más hincapié en la trascendencia de Dios, y por esa causa se sentía cada vez más la necesidad de algún intermediario. De ahí surgió la prominencia de los ángeles.

Cuando los judíos se convertían al Cristianismo, algunas veces llevaban consigo esta reverencia especial hacia los ángeles, olvidando que con la venida de Jesús no se necesita ningún otro intermediario entre Dios y la humanidad.

(ii) Un griego se incorporaba a la Iglesia viniendo de un mundo de pensamiento que hacía el culto a los ángeles especialmente peligroso. Primero, venía de un mundo en el que había muchos dioses -Zeus, Hera, Afrodita y todos los demás. Lo más fácil era conservar sus antiguos dioses convertidos en ángeles. Segundo, venía de un mundo en el que se creía que Dios no

tenía interés, sino que mantenía contacto con el mundo por medio de *daímones*, por medio de los cuales controlaba las fuerzas naturales y actuaba en la Historia. Era la cosa más fácil

del mundo el convertir los viejos *daímones* en ángeles, y luego considerarlos objeto de culto.

Juan insiste en que los ángeles no son más que siervos de Dios; y que Dios es el único que debe ser adorado. Y Jesucristo es el único Mediador.

EL ESPÍRITU DE LA PROFECÍA

Apocalipsis 19:10b

El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

Tomamos esta frase aisladamente porque es tan ambigua como importante.

La ambigüedad surge del hecho de que *el testimonio de Jesús* se puede entender en dos sentidos.

(i) Puede querer decir *el testimonio que da el cristiano de Jesucristo*. En ese sentido lo toma H. B. Swete, que dice: < La posesión del espíritu profético, lo que le hace a uno verdadero profeta, se muestra en una vida de testimonio de Jesús, lo que perpetúa Su testimonio del Padre y de Sí mismo. » El mensaje de un profeta radica en el testimonio personal de su vida, aún más que en el testimonio hablado de sus palabras.

(ii) También puede querer decir *el testimonio que da Jesucristo a las personas*. En este caso la frase querrá decir que ninguno puede hablar a otros hasta haber escuchado a Jesucristo. Se decía de un gran predicador: < Primero escuchaba a Dios, y luego hablaba a los hombres. »

Esta es la clase de doble sentido que se da a veces en griego. Bien puede ser que Juan *se propusiera* ese doble sentido; y que no tengamos por qué escoger uno y rechazar el otro, sino aceptar los dos. En este caso podemos definir al verdadero profeta como el que ha recibido de Cristo el mensaje que trae a las personas, y cuyas palabras y obras son al mismo tiempo un acto de testimonio de Cristo.

EL CRISTO CONQUISTADOR

Apocalipsis 19:11

Entonces vi que se abría el Cielo, y, fijaos: había un caballo blanco, y el Que lo monta Se llama Fiel y Verdadero, Que juzga y hace la guerra con integridad.

Aquí tenemos uno de los momentos más dramáticos del *Apocalipsis*: el surgimiento de Cristo, el Conquistador.

(i) Juan ve a Cristo como el Conquistador. Cristo es, como dice H. B. Swete, < un general en jefe con un séquito alucinante. » Aquí tenemos una presentación que es típicamente judía. Los sueños judíos estaban llenos del Mesías guerrero, que conduciría al pueblo de Dios a la victoria y arrasaría a sus enemigos. En los *Salmos de Salomón* encontramos esta figura:

Mira, oh Señor, y suscítale su rey, el Hijo de David, cuando Tú veas, oh Dios, que ha de reinar sobre Tu siervo Israel. Y ciñele de fuerza para que pueda sacudir a los gobernadores injustos, y purgar a Jerusalén de las naciones que la pisotean para destruirla. Sabiamente, justamente, arrojará a los pecadores de la heredad, destruirá el orgullo del pecador como vasija de alfarero, con vara de hierro quebrantará en piezas toda su sustancia, destruirá las naciones impías con la palabra de su boca; a su reprensión huirán las naciones delante de él, y él reprenderá a los pecadores por los pensamientos de sus corazones. (Salmos de Salomón 17:23-27).

Una descripción rabínica pinta así al Mesías: « ¡Qué hermoso es el Rey Mesías, que está a punto de brotar de la casa de Judá! Ha ceñido sus lomos y salido a la batalla contra los que le aborrecen; reyes y príncipes matará; enrojecerá los ríos con la sangre de los muertos... Sus vestiduras estarán empapadas de sangre. »

El caballo blanco es el símbolo del conquistador, porque un general romano cabalgaba en un caballo blanco cuando desfilaba en triunfo por Roma.

Será bueno recordar que todo el trasfondo de esta escena se apoya en las esperanzas judías del futuro, y tiene poco que ver con el Cristo de los evangelios, Que es manso y humilde de corazón.

(ii) Se llama *Fiel y Verdadero*. Aquí, por otra parte, hay algo que es válido para todas las edades. Se describe a Cristo con dos palabras.

(a) *Él es Fiel*. La palabra original es *pistós*, que quiere decir absolutamente digno de confianza.

(b) *Él es verdadero.* La palabra original es *aléthinós*, que tiene dos significados. Quiere decir *verdadero* en el sentido de que Jesucristo es el único Que trae la verdad y Que nunca en ningún tiempo dice nada que contenga la menor falsedad. Y quiere decir también *genuino*, como opuesto a lo que es falso. En Jesucristo entramos en contacto con *la realidad*.

(iii) *Él juzga y hace la guerra con integridad.* De nuevo Juan encuentra esta figura en las palabras proféticas del Antiguo Testamento, donde se dice del Rey escogido de Dios: «Juzgará a los pobres con integridad» (*Isaías 11:4*). La edad de Juan sabía todo lo que había que saber acerca de la perversión de la justicia; no se podía esperar justicia de un tirano pagano caprichoso. En Asia Menor, hasta el tribunal del procónsul estaba sujeto a soborno y a mala administración. Las guerras eran asuntos de ambición y tiranía y opresión más que de justicia. Pero cuando Cristo el Conquistador venga, ejercerá Su poder con justicia.

EL NOMBRE INCÓGNITO

Apocalipsis 19:12

Sus ojos son una llama de fuego; tiene en la cabeza muchas coronas reales, y un nombre escrito que nadie conoce excepto Él mismo.

Empieza la descripción de Cristo el Conquistador.

Sus ojos son una llama de fuego. Ya hemos encontrado este detalle en 1:14 y 2:18. Representa el poder irresistible de Cristo el Conquistador. Tiene en la cabeza muchas coronas: La palabra original que se usa aquí es *diádema*, que es *la corona real*, distinta de *stéfanos*, que es *la corona de la victoria*. El estar coronado con más de una corona puede que nos parezca extraño, pero en el tiempo de Juan era completamente natural. No era extraño que un monarca llevara más de una corona para mostrar que era rey de más de un país. Por ejemplo: cuando Tolomeo entró en Antioquía llevaba dos coronas o diademas -una para mostrar que era el señor de Asia, y la otra para mostrar que era el señor de Egipto (1 *Macabeos 11:13*). En la cabeza de Cristo el Vencedor hay muchas coronas, que muestran que Él es el Rey de reyes.

Tiene un nombre que no lo conoce nadie más que Él mismo. Este es un pasaje que tiene un sentido oscuro. ¿Cuál es ese nombre? Parecería inútil preguntarlo, porque ya se nos dice que solo Él lo conoce; pero se han hecho muchas sugerencias.

(i) Se ha sugerido que ese nombre es *Kyrios*, Señor. En *Filipenses 2:9-11* leemos acerca del Nombre que es sobre todo nombre que Dios Le ha dado a Jesucristo por Su total obediencia; y ahí el nombre es casi seguramente *Señor*.

(ii) Se ha sugerido que el nombre es YHWH. Ese es el tetragrámaton, el nombre inefable, impronunciable, de cuatro letras. En la escritura hebrea, como en las otras lenguas semíticas, no se representan corrientemente las vocales. No se sabe con absoluta certeza las vocales que iban con las cuatro

consonantes, ya que ese nombre no se pronunciaba nunca. Solemos transcribirlo por Jehová, pero podemos estar seguros de que esa no era su pronunciación. Las vocales de *Yehówáh* corresponden a la palabra *°dónay*, por la que se sustituía corrientemente en la lectura, y que quiere decir Señor, lo mismo que *Kyrios*, que es la palabra que traduce el tetragrámaton en la Septuaginta, y *Dominus*, en la Vulgata.

(iii) Puede ser que el Nombre se haya de revelar solamente en la unión final entre Cristo y la Iglesia. En la *Ascensión de Isaías (9:5)* se dice: «Tú no puedes soportar Su Nombre hasta que hayas ascendido fuera del cuerpo.» Los judíos creían que nadie podía conocer el nombre de Dios hasta que hubiera entrado en la vida del Cielo.

(iv) Puede ser que tengamos aquí los restos de una reliquia de la idea antigua de que conocer el nombre de un ser divino es adquirir cierto poder sobre él. En dos historias del Antiguo Testamento, la de la lucha de Jacob con el ángel en Peniel (*Génesis 32:29*), y la de la aparición del mensajero angélico a Gedeón (*Jueces 13:18*), el divino visitante se niega a revelar su nombre.

(v) Puede que nunca sepamos el simbolismo del nombre desconocido, pero H. B. Swete tiene la idea sutil de que en la esencia del ser de Cristo siempre habrá algo que esté más allá de la comprensión humana. «A pesar de la ayuda dogmática que ofrece la Iglesia, la mente fracasa al intentar captar el significado íntimo de la Persona de Cristo, que elude todo esfuerzo encaminado a encasillarla en los términos del conocimiento humano. Solamente el Hijo de Dios puede entender el misterio de Su propio Ser.» «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (*Mateo 11:27; Lucas 10:22*).

LA PALABRA DE DIOS EN ACCIÓN

Apocalipsis 19:13

Estaba vestido con una ropa empapada de sangre, y el nombre por el que se Le conoce es La Palabra de Dios.

Aquí hay otras dos figuras más. del Cristo guerrero.

(i) Está vestido con una ropa empapada de sangre, no la Suya propia, sino la de Sus enemigos. Como dice R. H. Charles, hemos de tener presente que el Jefe Celestial no es en esta escena el Inmolado, sino el Inmolador. Como de costumbre, Juan toma esta imagen del Antiguo Testamento, de la escena terrible de *Isaías 63:1-3*, donde el profeta describe a Dios volviendo de

destruir a Edom: «Los aplasté con ira, los pisoteé con furor; su sangre salpicó Mis vestidos y manché todas Mis ropas.» Este es el Mesías de la esperanza apocalíptica judía mucho más que el Mesías que dijo ser Jesús.

(ii) Su nombre es La Palabra de Dios. Aunque las palabras son las del capítulo primero del Cuarto Evangelio, el sentido es completamente diferente y mucho más sencillo. Aquí tenemos la idea puramente judía de la Palabra de Dios. Para un judío una palabra no era simplemente un sonido; hacía cosas. Como dice el doctor John Paterson en *The Book that is Alive -El Libro que está vivo*: « La palabra hablada era en hebreo atterradoramente viva. No era simplemente un vocablo o un sonido que se deja caer descuidadamente de los labios. Era *una unidad de energía cargada de poder*. Está cargada para bien o para mal.» Podemos ver esto en la vieja historia de cuando Jacob le birló a Esaú la bendición de Isaac (*Génesis 27*). La bendición, una vez dada, no se podía revocar.

Si es así con las palabras humanas, ¡cuánto más lo será con las divinas! Por la Palabra de Dios fueron creados los cielos y la tierra y todo lo que hay en ellos. Y *dijo Dios* es la frase que se repite en el relato de la Creación (*Génesis 1: 3, 6, 9, 14, 26*). La Palabra de Dios, como dijo gráficamente el profeta

Jeremías, es como un fuego, y como un martillo que quebranta la piedra (*Jeremías 23:29*).

En el *Libro de la Sabiduría* hay una descripción de las plagas de Egipto, y especialmente de la de la muerte de los primogénitos de los egipcios: «Tu Palabra Todopoderosa saltó hacia abajo desde el Cielo, desde Tu regio trono, como un feroz hombre de guerra, en medio de una tierra de destrucción, blandiendo Tu indiscutible mandamiento como espada aguda, y poniéndose en pie lo llenó todo de muerte; y tocaba el Cielo, pero estaba de pie sobre la tierra» (*Sabiduría de Salomón 18:1 Ss*). Fue la Palabra activa la que cumplió el mandamiento de Dios. Encontramos la misma idea en *Hebreos 4:12*: « La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que ninguna espada de doble filo.»

Cuando Juan llama aquí al Cristo guerrero La Palabra de Dios quiere decir que aquí está en acción todo el poder de la Palabra de Dios; todo lo que Dios ha dicho, y advertido, y prometido, está incorporado en Cristo.

LA IRA VENGADORA

Apocalipsis 19:14-16

*Los ejércitos que están en el Cielo Le seguían en caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y puro:
Por Su boca sale una espada afilada de doble filo, con la que hiere a las naciones, controlándolas con un cetro de hierro. Él pisará el lagar del ardor de la ira del Dios Todopoderoso.
Y en Su vestidura y en Su muslo tiene escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores.*

La descripción del Cristo guerrero se va completando.

Tiene consigo los ejércitos celestiales. Con esto podemos comparar las palabras de Jesús cuando fue arrestado, cuando dijo que podía haber tenido doce legiones de ángeles peleando por El (*Mateo 26:53*). Los ejércitos celestiales son ejércitos de ángeles.

Por Su boca sale una espada aguda de doble filo (cp. 1:16). Esta descripción del Cristo guerrero procede de dos pasajes del Antiguo Testamento tomados en conjunto. Isaías dice del Rey celestial: < Herirá la tierra con la vara de Su boca, y con el aliento de Sus labios matará al impío» (*Isaías 11:4*). Y el salmista dice del Rey mesiánico: < Los quebrantarás con vara de hierro, como vasija de alfarero los desmenuzarás» (*Salmo 2:9*). De nuevo debemos recordar que esta figura está trazada en términos judíos.

Él pisará el lagar del ardor de la ira de Dios. La alegoría describe al Cristo guerrero pisando las uvas para producir el vino de la ira de Dios que han de beber Sus enemigos para su perdición.

Nuestra tarea más difícil aquí es descubrir lo que se oculta tras la afirmación de que el Cristo guerrero tiene escrito el nombre Rey de reyes y Señor de señores *en Su vestidura y en Su muslo*. Se han hecho diversas sugerencias. Una de ellas, que lleva el nombre, o bordado en el cinto, o grabado en la empuñadura de la espada. Se sugiere que está en la falda de su túnica de general, porque allí sería donde se pudiera ver mejor cuando fuera cabalgando. Se sugiere que lo lleva escrito en el muslo, porque era donde se grababan a veces los títulos en las estatuas. Parece claro que el nombre está a la vista de todos; y, por tanto, probablemente la mejor solución es que estaba escrito en la falda de la túnica del Cristo guerrero, cayéndole sobre el muslo cuando iba montado en el caballo blanco. En cualquier caso, el nombre Le identifica como el más grande de todos los señores y como el único Ser divino y Rey universal.

LA CONDENACIÓN DE LOS ENEMIGOS DE CRISTO

Y vi a un ángel que estaba de pie en el Sol, que llamaba con voz potente a todas las aves que vuelan por en medio del cielo, y les decía:

- ¡Venid a reuniros para la gran fiesta que Dios os dará para que comáis carne de reyes, y de capitanes, y de hombres fuertes, y de caballos y de sus jinetes, y carne de todos los hombres, libres y esclavos, grandes y pequeños!

Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos reunirse para hacerle la guerra al Que montaba el caballo y a Su ejército. Y la bestia fue hecha prisionera, y con ella el falso profeta que realizaba en su presencia señales con las que engañaba a todos los que habían recibido la señal de la bestia y adoraban su imagen. Esos dos fueron arrojados vivos al lago de fuego ardiendo con azufre; y el resto fueron muertos a espada por el Que cabalga sobre el caballo, la espada que sale de Su boca; y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.

Aquí tenemos una escena macabra de aves de presa que son invitadas a venir de todos los cielos a hartarse de carne de cadáveres. De nuevo notamos que esta es una escena tomada directamente del Antiguo Testamento, de la descripción que hace Ezequiel de la derrota y matanza de las fuerzas de Gog y Magog: < Di a las aves de toda especie y a toda fiera del campo... "Comeréis carne de los fuertes, y beberéis la sangre de los soberanos de la tierra -le carneros, corderos, cabras y toros... Comeréis grasa hasta hartaros, y beberéis sangre hasta emborracharos en la fiesta sacrificial que os he preparado"> (Ezequiel 39:17-19). Esta escena sanguinaria está, de nuevo decimos, más de acuerdo con las expectativas apocalípticas del Antiguo Testamento que con el Evangelio de Jesucristo.

Aquí tenemos una repetición de la imaginería del capítulo 13. La bestia es Noro *redivivus*; el falso profeta es la organización provincial que administraba el culto al César; los que tienen la señal de la bestia son los que se han sometido ante el altar del César; los reyes de la tierra y sus ejércitos son los ejércitos partos que había de dirigir Nerón contra Roma y contra todo el mundo.

Así es que todas las fuerzas hostiles a Dios se reúnen; pero el Cristo guerrero ha de vencer. El Anticristo y sus aliados son arrojados al lago de fuego; y todos sus partidarios son muertos, para esperar en el Seol el Juicio Final.

El drama cósmico se acerca a su fin. Nada se ha dicho todavía de la suerte de Satanás, que es algo que vamos a ver ahora.

EL REINO MILENARIO DE CRISTO

Y DE SUS SANTOS

Puesto que la gran importancia de este capítulo consiste en que es lo que podría llamarse el documento fundacional del Milenarismo, será mejor leerlo en conjunto antes de estudiarlo en detalle.

Apocalipsis 20

- 1 *Y vi bajar del Cielo a un ángel que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano.*
- 2 *Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el*
- 3 *Diablo y Satanás, y le encadenó para mil años, y le arrojó al abismo, le encerró y le puso un sello para que no pudiera engañar a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después de ese tiempo debe ser puesto en libertad por un poco de tiempo.*
- 4 *Y vi tronos, en los que estaban sentados los que habían recibido el derecho de juzgar. Y vi las almas*

*de los que habían sido decapitados por causa de su testimonio de Jesús y por causa de la **Palabra** de Dios, y los que no habían dado culto a la bestia ni a su imagen, y los que no habían recibido la **marca** en la frente o en la mano. Y volvieron a la vida otra vez, y reinaron con Cristo mil años.*

- 5 *El resto de los muertos no volvió a la vida otra vez hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la **primera***
- 6 *resurrección. ¡Bienaventurado y santo es el que tenga parte en la primera resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes*

de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años.

7 Y cuando se cumplan los mil años, Satanás saldrá libre
8 de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones por
las cuatro esquinas de la tierra; es decir, Gog y Ma
gog, para reunir las para la guerra; y serán tan in
numerables como la arena de las playas.

9 Y subieron por la ancha llanura de la tierra, y
cercaron el campamento de los consagrados a Dios
y de la santa ciudad; y descendió fuego del Cielo que
los devoró;

10 y el Diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde estaban ya tanto la bestia como el falso
profeta, y serán torturados día y noche por siempre jamás.

11 Y vi un gran trono blanco, y al Que estaba sentado en Él. El cielo y la tierra huyeron ante Su presencia, y yano

12 hubo lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono; y se abrieron los libros. Y se abrió
otro libro, el Libro de la Vida; y fueron juzgados los muertos según lo que estaba escrito en estos libros, de acuerdo con
sus obras.

13 Y el mar devolvió los muertos que tenía, y la Muerte y

14 el Hades fueron arrojados al lago de fuego; y todos los

15 que no estaban inscritos en el Libro de la Vida fueron
arrojados al lago de fuego.

Milenio quiere decir *periodo de mil años*. Para decirlo brevemente, la forma más corriente de milenarismo nos enseña que Cristo reinará en la tierra con Sus santos durante mil años **antes del fin del mundo, después de lo cual** se producirá la batalla final, la resurrección general, el juicio final y la consumación final.

Notemos dos hechos generales. Primero, que esta es una creencia que era muy corriente en la Iglesia primitiva, y que todavía tiene seguidores. Segundo, que este es el único pasaje del Nuevo Testamento en el que se enseña claramente.

Primero se nos dice que el Diablo estará encadenado en el abismo durante mil años. Entonces, resucitarán los que dieron su vida por Cristo y confesaron Su nombre ante los hombres, aunque el resto de la humanidad, incluyendo a los cristianos que no sufrieron el martirio, no resucitará todavía. Entonces habrá un período de mil años cuando Cristo y Sus santos reinarán en la tierra. Después del Milenio, por un tiempo breve, el Diablo estará libre. Seguirá una lucha final y la resurrección general de todos los muertos. El Diablo será vencido definitivamente y arrojado al lago de fuego; sus aliados serán incinerados por un fuego que descenderá del Cielo; aquellos cuyos nombres estén en el Libro de la Vida entrarán en la bienaventuranza, pero los que no figuren en él serán también arrojados al lago de fuego.

Esta doctrina no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, pero se mantuvo durante toda la Iglesia primitiva, especialmente entre los que recibieron el Cristianismo de fuentes judías. Ahí está la clave: El origen de esta doctrina no es específicamente cristiano, sino que se encuentra en ciertas creencias judías sobre la era mesiánica que eran corrientes después del año 100 a.C.

Las creencias mesiánicas judías no formaron nunca un sistema invariable. Cambiaban de tiempo en tiempo y de pensador en pensador. La base era que el Mesías vendría a establecer sobre la tierra la nueva era en la que la nación judía sería suprema.

En los primeros tiempos era creencia general que el Reino así establecido permanecería para siempre. Dios instauraría un Reino que no sería jamás destruido; descompondría los otros reinos, pero él permanecería para siempre (*Daniel 2:44*). Había de ser un dominio eterno (*Daniel 7:14,27*).

Desde el año 100 a.C. en adelante se produjo un cambio. Se fue afirmando el sentimiento de que este mundo era tan irremisiblemente malo que el Reino de Dios no podía llegar nunca; y así fue como surgió la concepción de que el Mesías tendría un reinado limitado, y después vendría la consumación final. El *Apocalipsis de Baruc* prevé la derrota de las fuerzas del mal; luego el principado del Mesías permanecerá para siempre, *hasta que este mundo de corrupción llegue a su fin* (*2 Baruc 40:3*). Una sección de *Henoc* ve la Historia como una serie de semanas. La historia antigua ocupa siete semanas. La octava es la semana de los justos, cuando una espada les es dada a los justos, y los pecadores les son entregados en sus manos, y se reedifica la Casa de Dios. En la novena semana los malvados ya están apuntados para la destrucción, y los justos florecerán. En la décima semana llega el juicio; y solamente entonces llega el tiempo eterno de la bondad y de Dios (*Henoc 93:3-10*).

Hubo muchas discusiones rabínicas sobre la duración de la edad mesiánica antes que llegara la consumación final. Algunos decían que 40 años; otros, que 100; otros, que 600; otros, que 1,000; otros, que 2,000, y otros, que 7,000.

Consideraremos especialmente dos respuestas. *2 Esdras* es muy definido. Se representa a Dios diciendo: < Mi Hijo el Mesías será revelado, juntamente con los que están con Él, y se regocijarán los supervivientes *durante cuatrocientos años*. Y sucederá, después de esos años, que Mi Hijo el Mesías morirá, con todo lo que tiene aliento humano. Entonces volverá el

mundo a su silencio primigenio durante siete días, como en el primer principio, de forma que no quede ni una persona.» Y entonces, después de eso, vendrá la nueva era (2 *Esdras* 7:28s). Este pasaje es único en pronosticar, no solamente un reinado limitado del Mesías, sino también la muerte del Mesías. Al período de cuatrocientos años se llegaba armonizando dos pasajes del Antiguo Testamento. En *Génesis 15:13* Dios le dice a Abraham que el período de la aflicción de Israel durará cuatrocientos años. En *Salmo 90:15* la oración es: «Alégranos conforme a los días que nos afligiste, y los años que vimos el mal.» Por tanto, se mantenía que el período de bienaventuranza, como el de aflicción, duraría 400 años.

Más corrientemente se mantenía que la edad del mundo correspondería al tiempo que se invirtió en su creación, y que el tiempo de su creación habían sido 6,000 años. «Mil años delante de tus ojos son como el día de ayer» (*Salmo 90:4*). «Un día es como mil años, y mil años como un día» (2 *Pedro* 3:8). Cada día de la creación se dijo que eran 1,000 años. Por tanto, se mantenía que el Mesías vendría el año 6,000; y el séptimo millar, el equivalente al descanso sabático en la historia de la creación, sería el reinado del Mesías.

Aunque el reinado del Mesías había de ser el reinado de la justicia, a menudo se concebía en términos de prosperidad material. «La tierra también dará su fruto multiplicado por diez mil, y en una vid habrá mil ramas, y cada rama producirá mil racimos, y cada racimo producirá mil uvas, y cada uva un cor (220 litros) de vino» (2 *Baruc* 29:5s). No habrá más enfermedades, ni más muertes prematuras; las fieras serán amigas de los seres humanos, y las mujeres no pasarán dolores al dar a luz (2 *Baruc* 73).

Así es que aquí tenemos el trasfondo del Milenio. Ya los judíos habían llegado a pensar que el reinado del Mesías sería limitado, que sería el tiempo del triunfo de la justicia, y de las mejores bendiciones materiales y espirituales.

Sobre la base de este pasaje del *Apocalipsis*, el milenarismo llegó a ser una doctrina muy extendida en la Iglesia primitiva, aunque no totalmente universal.

Para Justino Mártir era una parte esencial de la fe ortodoxa, aunque él concedía que había buenos cristianos que no la aceptaban. «Yo y otros que somos cristianos equilibrados en

todos los puntos estamos seguros de que habrá resurrección de los muertos, y mil años en Jerusalén, que será entonces edificada, adornada y ampliada como declaran los profetas Ezequiel e Isaías y otros» (Diálogo con *Trifón* 80). Ireneo también mantenía firmemente la fe en el Milenio sobre la tierra. (*Contra los herejes* 5:32). Una de sus razones era la convicción de que, puesto que los mártires y los santos habían sufrido en la tierra, era simplemente justo que segaran la recompensa de su fidelidad también en la tierra. Tertuliano también insistía en la llegada del Milenio. Papias, el recopilador de tanto material sobre los evangelios en el siglo II d.C., insistía en que Jesús había enseñado la doctrina del Milenio, y transmite como palabras de Jesús un pasaje que pronostica la fertilidad maravillosa de la tierra en un tiempo por venir: «Días llegarán cuando las viñas tendrán cada una diez mil cepas, y en cada cepa habrá diez mil sarmientos, y en cada sarmiento otra vez diez mil brotes, y en cada brote diez mil racimos, y en cada racimo diez mil uvas, y cada uva, cuando la pisen, producirá veinticinco medidas de vino. Y cuando uno cualquiera de los santos le eche mano a uno de los racimos, los otros racimos gritarán: "¡Yo soy un racimo mejor, tómame a mí y bendice al Señor por mí!" De la misma manera, también un grano de trigo producirá diez mil espigas, y cada espiga diez mil granos, y cada grano diez mil kilos de flor de harina, reluciente y limpia; y los otros frutos, semillas y plantas, producirán en la misma proporción; y todos los animales, usando estos frutos que son el producto del suelo, se volverán a su vez pacíficos y mansos, obedientes a las personas con toda sujeción.» Papias da este pasaje como si fueran palabras del mismo Jesús, pero se puede advertir la estrecha semejanza que hay entre él y el de 2 *Baruc* que citamos antes.

Ya hemos dicho que, aunque muchos de los cristianos de la Iglesia primitiva aceptaban la doctrina del Milenio como parte integrante de la ortodoxia, otros muchos no. Eusebio rechaza casi despectivamente el pasaje de Papias: «Supongo que sacó esas ideas de malentender los relatos apostólicos, no dándose cuenta de que las cosas que ellos decían las decían místicamente en figuras. Porque él parece haber sido de limitada capacidad intelectual» (Eusebio: *Historia eclesiástica* 3:38).

Una de las cosas que desacreditaron el Milenio fue el hecho de que indudablemente se prestaba a una interpretación materialista en la que ofrecía placeres físicos tanto como espirituales. Eusebio dice que el gran erudito Dionisio tuvo que tratar en Egipto con un muy respetado obispo llamado Nepos que enseñaba «un milenio de lujo corporal en la tierra» (*Historia eclesiástica* 7:24). El hereje Cerinto enseñaba deliberadamente un milenio de «delicias del vientre y de la pasión sexual, comer y beber y casarse» (Eusebio: *Historia eclesiástica* 3:28). Jerónimo hablaba con desprecio de «esos mediojudíos que esperan una Jerusalén de oro y piedras preciosas del Cielo, y un reino futuro de mil años en el que todas las naciones servirán

a Israel» (*Comentario a Isaías 60:1*).

Orígenes reprendía a los que esperaban placeres corporales en el Milenio. Los santos comerán, pero será el pan de la vida; beberán, pero será la copa de la sabiduría (*Sobre los principios 2.11.2,3*). Fue Agustín, sin embargo, el que casi podemos decir que le asestó al Milenio el golpe de muerte. El mismo había sido milenarista en el pasado, aunque siempre fueron las bendiciones espirituales las que esperaba. H. B. Swete compendia la posición de Agustín: «Había aprendido a ver en la cautividad de Satanás nada más que la atadura del fuerte armado por Uno más fuerte que él como el Señor había predicho (*Marcos 3:27; Lucas 11:22*); en los mil años, el intervalo total entre el primer Adviento y el último conflicto; en el reinado de los santos, el curso total del Reino del Cielo; en el juicio que se les daba, el atar y desatar a los pecadores; en la primera resurrección, la participación espiritual en la Resurrección de Cristo que pertenece a los bautizados» (Agustín: *La ciudad de Dios 20:7*). Agustín espiritualizaba toda la idea del Milenio.

El milenarismo no ha desaparecido ni mucho menos de la Iglesia; pero no ha sido nunca una creencia universalmente aceptada. Este es el único pasaje del Nuevo Testamento que lo enseña inequívocamente. Todo su trasfondo es judío y no cristiano, y la interpretación literal siempre ha tendido a meterse en peligros y en excesos. Es una doctrina que hace mucho que han dejado atrás las corrientes principales del pensamiento cristiano y que ahora figura entre las excentricidades de la fe cristiana.

EL ENCADENAMIENTO DE SATANÁS

Apocalipsis 20:1-3

El abismo era una vasta caverna subterránea que había debajo de la tierra, algunas veces considerada como el lugar al que iban los muertos, y otras como el lugar donde ciertos pecadores estaban aguardando el castigo. Se llegaba allí por una grieta que penetraba en la tierra, que fue la que el ángel cerró para encerrar al Diablo en el abismo.

Era el abismo lo que los demonios temían más que nada. En la historia el endemoniado gadareno, los demonios pedían a Jesús que no los mandara al abismo (*Lucas 8:31*).

El sello se ponía en la grieta para asegurarse de la buena guarda del prisionero, como se puso en la tumba de Jesús para asegurarse de que no saliera de allí (*Mateo 27:66*).

El Diablo tiene que estar preso en el abismo por un período de mil años. Aun la manera en que se usa en la Escritura la palabra *mil* nos advierte del peligro de interpretarla literalmente. El *Salmo 50:10* dice que el ganado que hay en mil colinas pertenece a Dios; y en *Job 9:3* se dice que un hombre no puede contestar a Dios ni en una entre mil veces. Mil se usa sencillamente para describir un número considerablemente grande.

Cuando acabe ese período, el Diablo quedará libre por un poco de tiempo. H. B. Swete sugiere que la razón para dejar en libertad al Diablo es la siguiente. En un período de paz y de justicia, cuando la oposición, por así decirlo, no existía, sería fácil que la gente mantuviera la fe sin pensarlo. El dejar en libertad al Diablo suponía un tiempo de prueba para los cristianos, y hay veces en que un tiempo de prueba es esencial si se ha de mantener la realidad de la fe.

EL PRIVILEGIO DEL JUICIO

Apocalipsis 20:4s

En la primera resurrección sólo los que han muerto y sufrido por su fe van a resucitar. La resurrección general no ha de tener lugar hasta después del reinado milenar de Cristo en la tierra. Hay un privilegio especial para los que han dado muestras de una lealtad especial a Jesucristo.

Los que han de disfrutar de este privilegio pertenecen a dos clases. Primera, son los que han dado su vida como mártires por su lealtad a Cristo. La palabra que se usa para definir la manera en que fueron muertos quiere decir *decapitados con un hacha*, y denota la muerte más cruel. Segunda, son los que no han dado culto a la bestia ni han recibido su señal en la mano o en la frente. H. B. Swete identifica a los tales como los que, aunque no murieron de hecho como mártires, soportaron de buena voluntad el rechazo, la cárcel, la pérdida de sus bienes, la destrucción de sus hogares y relaciones personales por causa de Cristo.

En la Iglesia antigua se usaban dos términos refiriéndose a los días de persecución. *Mártires* eran los que llegaban a morir por su fe; *confesores* eran los que sufrían todo sin llegar a la muerte en su lealtad a Cristo. Tanto el que muere por Cristo como el que vive por Cristo recibirán su recompensa.

Los que hayan sido leales a Jesucristo recibirán el privilegio del juicio. Esta es una idea que encontramos más de una vez en el Nuevo Testamento. Se nos presenta a Jesús diciendo que, cuando Él vuelva para sentarse en Su trono de gloria, los doce

apóstoles se sentarán con Él en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (*Mateo 19:28*). Pablo recuerda a los litigiosos corintios que los santos están destinados a juzgar al mundo (1 *Corintios 6:2*). De nuevo no tenemos que tomar esto literalmente. La idea simbolizada es que el mundo por venir remediará los desequilibrios de éste. En este mundo el cristiano puede que sea una persona expuesta al juicio de los hombres; en el mundo por venir se cambiarán las tornas, y los que se consideraban los jueces serán los juzgados.

PRIVILEGIOS DE LOS TESTIGOS DE CRISTO

Apocalipsis 20:6

El versículo 6 describe los privilegios de los cristianos que han sido fieles a Cristo cuando su lealtad les costó muy cara.

(i) Para ellos la muerte ha sido vencida definitivamente. La segunda muerte no tiene ningún poder sobre ellos. Para ellos la muerte física no es algo que hay que temer, porque es la puerta de entrada a la vida eterna.

(ii) Van a ser sacerdotes de Dios y de Cristo. Una palabra para sacerdote en latín era *pontifex*, de la que deriva la española pontífice, que quiere decir *el que hace un puente, o mejor aún, el que hace de puente*. El sacerdote es el que construye un puente entre Dios y las personas; y es él mismo, así lo entendían los judíos, una persona que tiene derecho de acceso directo a la presencia de Dios. Los que han sido leales a Jesucristo tienen el derecho de entrada libre a la presencia de Dios; y tienen el privilegio de introducir a otros a Jesucristo.

(iii) Van a reinar con Cristo. En Cristo, hasta la persona más humilde adquiere la dignidad de la realeza.

LA LUCHA FINAL

Apocalipsis 20:7-10

Al cumplirse los mil años se suelta al Diablo, pero no ha aprendido la lección; reanuda su actividad donde la tuvo que interrumpir. Reunirá a las naciones para un último ataque contra Dios.

Un ataque final contra Jerusalén por las naciones hostiles es uno de los detalles fijos en las descripciones de los últimos tiempos en el pensamiento judío. Lo encontramos especialmente en *Daniel 11* y en *Zacarías 14:1-11*. *Los oráculos sibilinos* (3:663-672) nos dicen que los reyes de las naciones se lanzarán contra la tierra con sus ejércitos, con el resultado de que serán total y definitivamente destruidos por Dios.

Pero aquí llegamos a una figura que se grabó profunda, si bien misteriosamente, en el pensamiento judío: la figura de Gog y Magog. La encontramos por primera vez en *Ezequiel 38 y 39*. Allí Gog, de la tierra de Magog, príncipe soberano de Mesec y de Tubal, va a lanzar un ataque contra Israel y va a acabar por ser destruido totalmente. Puede ser que Gog se conectara originalmente con los escitas cuya invasión temían todos los hombres.

Conforme fue pasando el tiempo, en el pensamiento judío Gog y Magog llegaron a representar todo lo que se opone a Dios. Los rabinos enseñaban que Gog y Magog se asociarían con sus ejércitos contra Jerusalén, y acabarían cayendo por mano del Mesías.

Los ejércitos hostiles bajo la dirección del Diablo se dirigen contra el campamento del pueblo de Dios y contra la ciudad amada, es decir, Jerusalén; los ejércitos son consumidos por el fuego del Cielo, el Diablo es arrojado al lago de fuego y azufre para participar de la suerte de la bestia y el falso profeta, y el triunfo de Dios es completo y definitivo.

EL JUICIO FINAL (1)

Apocalipsis 20:11-15

Ahora llega el Juicio Final. Dios, el Juez, está sentado en Su gran trono blanco, que simboliza Su pureza inaccesible.

Puede ser que algunos encuentren un problema aquí. La presentación frecuente en el Nuevo Testamento es que Jesús es el Juez. *Juan 5:22* nos presenta a Jesús diciendo: «El Padre no juzga a nadie, sino que ha dejado todo juicio al Hijo.» En la parábola de las Ovejas y las Cabras es el Cristo glorificado el que actúa como juez (*Mateo 25:31-46*). En *2 Timoteo 4:1* Jesús es el Que está presto para juzgar a los vivos y los muertos.

Hay dos respuestas a esta dificultad aparente.

Primera, que la unidad del Padre y el Hijo es tal que no hay dificultad en adscribir la acción a Uno o a Otro. Eso es realmente lo que hace Pablo. En *Romanos 14:10* escribe: «Todos compareceremos ante el tribunal de Dios.» (Algunos manuscritos ponen «de Cristo»). Y en *2 Corintios 5:10*: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo.»

Segunda, puede que la verdadera razón de que Dios sea el Juez en el *Apocalipsis* de Juan es que todo el trasfondo del libro es judío; y para un judío, aunque se hubiera convertido al Cristianismo, Dios ocupaba un lugar exclusivo y supremo; y le resultaría natural que Dios fuera el Juez.

Según Juan, el Juicio empieza con la desaparición del mundo actual; la tierra y el cielo huyen de Su presencia. Juan está pensando en términos que eran muy corrientes en el Antiguo Testamento. Dios echó los cimientos de la tierra, y los cielos son la obra de Sus manos. Sin embargo, sigue siendo verdad que «ellos perecerán... como una vestidura se envejecerán, como un vestido los mudarás, y pasarán» (*Salmo 102:2527*). «Los cielos se desvanecerán como el humo, y la tierra se envejecerá como un vestido» (*Isaías 51:6*). «El cielo y la tierra pasarán» (*Marcos 13:31*). «Los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (*2 Pedro 3:10*). La nueva humanidad en Cristo tendrá un nuevo mundo en Cristo.

EL JUICIO FINAL (2)

Apocalipsis 20:11-15 (conclusión)

Ahora sigue el juicio de la humanidad.

Es el juicio de los grandes y de los pequeños. No hay nadie tan grande como para escapar al juicio de Dios, ni tan poco importante como para desmerecer Su vindicación.

Se mencionan dos clases de libros. El primero contiene el informe de las obras humanas. Esta es una idea corriente en la Escritura. < El Juez se sentó, y se abrieron los libros» (*Daniel 7:10*). En *Henoc* los libros sellados se abrieron delante del Señor de las ovejas (*Henoc 90:20*). *El Apocalipsis de Baruc* anuncia el día cuando < se abrirán los libros en los que están escritos todos los pecados de todos los pecadores, así como también todos los tesoros en los que está guardada la justicia de todos los que han sido justos en toda la creación» (*2 Baruc 24:1*). Cuando concluya la edad presente, se abrirán los libros a la luz del firmamento, y todos los verán (*4 Esdras 6:20*).

La idea es sencillamente que Dios guarda un archivo de todas las obras humanas. El simbolismo es que a lo largo de toda nuestra vida vamos escribiendo nuestro destino; no es tanto que Dios juzga a la persona como que cada uno escribe su propia sentencia.

El segundo libro es *El Libro de la Vida*. Este también aparece con frecuencia en la Escritura. Moisés está dispuesto a que Dios le borre del Libro de la Vida si así se salva el pueblo (*Éxodo 32:32*). El salmista ora que los malvados sean borrados del Libro de la Vida y no escritos con los justos (*Salmo 69:28*). Isaías habla de los que están escritos entre los vivos (*Isaías 4:3*). Pablo habla de sus colaboradores cuyos

nombres están escritos en el Libro de la Vida (*Filipenses 4:3*). La promesa del Cristo Resucitado a la Iglesia de Sardes es que el nombre del que salga victorioso no será borrado del Libro de la Vida (*Apocalipsis 3:5*). Aquellos cuyos nombres no estén escritos en el Libro de la Vida serán entregados a la destrucción (*Apocalipsis 13:8*). La idea detrás de todo esto es que todos los gobernantes tenían un libro de registro de los ciudadanos que vivían en su demarcación; y, por supuesto, cuando uno moría, se quitaba su nombre de ese libro. Aquellos cuyos nombres están en el Libro de la Vida son los ciudadanos vivos y activos del Reino de Dios.

En el tiempo del juicio se dice que el mar devolverá sus muertos. La idea es doble. Primero, en el mundo antiguo el entierro era de suma importancia; si un muerto no era enterrado, su espíritu vagaba, sin hogar ni en la tierra ni en el cielo. Y, por supuesto, los que morían en la mar no se podían enterrar. Juan quiere decir que hasta esos aparecerán ante el tribunal de Dios. Segundo, H. B. Swete le da un sentido más general: < Los accidentes de muerte no impedirán que nadie aparezca ante el Juez.» No importa cómo haya muerto una persona; no escapará a su castigo, ni perderá su recompensa.

Por último, la Muerte y el Hades son arrojados al lago de fuego. Como dice H. B. Swete, estos monstruos voraces que han devorado a tantos serán por último destruidos. En el juicio, los que no estén en el Libro de la Vida son condenados al lago de fuego con su amo el Diabolo; pero para los que estén en el Libro de la Vida la muerte habrá sido vencida para siempre.

LA NUEVA CREACIÓN

Apocalipsis 21:1

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar dejará de existir.

Juan ha visto la suerte de los malvados, y ahora ve la de los bienaventurados.

El sueño de unos cielos nuevos y una tierra nueva estaba profundamente arraigado en el pensamiento judío. «Porque he aquí -le dijo Dios a Isaías- que Yo crearé nuevos cielos y nueva tierra. De los pasados no habrá memoria, ni volverán al pensamiento» (*Isaías 65:17*). Isaías habla de los cielos y la tierra nuevos que Dios hará, en los que la vida será un continuo acto de adoración (*Isaías 66:22*). Esta idea es igualmente firme entre los dos Testamentos. Es la promesa de Dios: «Transformaré los cielos, haciéndolos una bendición y una luz eternas; y transformaré la tierra y la haré bendición» (*Henoc 45:4*). Habrá una

nueva creación que permanecerá por toda eternidad (*Henoc 72:1*). Los primeros cielos pasarán, y aparecerán los nuevos; la luz del cielo será siete veces más brillante; y la nueva creación permanecerá para siempre (*Henoc 91:16*). El Todopoderoso sacudirá la creación, pero será para renovarla (*2 Baruc 32:6*). Dios renovará Su creación (*2 Esdras 7:75*).

El cuadro está siempre presente, y sus elementos son siempre los mismos: El dolor se olvida, el pecado es vencido, las tinieblas llegan a su fin, la temporalidad del tiempo se convierte en la perdurabilidad de la eternidad. Esta creencia continua es testigo de tres cosas: del insaciable anhelo de inmortalidad del alma humana, del sentido inherente del pecado del hombre y de su fe en Dios.

En esta visión de la bienaventuranza, futura nos encontramos con una de las frases más famosas del *Apocalipsis*: « Y el mar dejará de existir.» Esta frase tiene un doble trasfondo.

(i) Tiene el trasfondo de las grandes creencias mitológicas del tiempo de Juan. Ya hemos visto que en la historia babilónica de la creación del mundo hay una larga lucha entre Marduk, el dios de la creación, y Tiamat, el dragón del caos. En esa historia, el mar, las aguas debajo del firmamento, llegaron a ser la morada de Tiamat. El mar era siempre un enemigo. Los egipcios lo veían como el poder que se tragaba las aguas del Nilo y dejaba los campos desiertos. La identificación

del mar con la muerte es corriente en muchas culturas, y no menos en la española:

Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar que es el morir; allí van los señoríos derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos, allegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos.

(Jorge Manrique).

(ii) Tiene mucho más que un trasfondo humano. Los pueblos antiguos odiaban el mar, aun cuando, para el tiempo de Juan, llevaban largo tiempo navegando lejos. No tenían brújulas; y, por tanto, en la medida de lo posible, se guiaban por las costas. Tenemos que llegar a la Edad Moderna para encontrarnos con personas a las que les encanta hacerse a la mar.

Matthew Arnold hablaba del «mar salado enajenante.» El Dr. Johnson observaba una vez con amargura que nadie que tuviera sentido suficiente para acabar en la cárcel escogería hacerse a la mar. Hay una vieja historia de uno que estaba cansado de batallar con la mar. Se echó un remo al hombro y se puso en camino con la intención de viajar tierra adentro hasta que encontrara gente que supiera tan poco del mar que le preguntara qué era eso tan raro que llevaba al hombro y para qué servía.

Los oráculos sibilinos (5:447) dicen que el mar se secará en el tiempo del fin. *La ascensión de Moisés (10:6)* dice que el mar volverá al abismo. En los sueños judíos el fin del mar es el fin de una fuerza hostil a Dios y al hombre.

LA NUEVA JERUSALÉN (1)

Apocalipsis 21:2

Y vi la Santa Ciudad, la nueva Jerusalén, descender del Cielo, de con Dios, como una esposa engalanada para su marido.

Aquí tenemos otra vez un sueño de los judíos que nunca murió: el sueño de la restauración de la Santa Ciudad de Jerusalén. Una vez más advertimos que esto tiene un doble trasfondo.

(i) Tiene un trasfondo que es esencialmente griego. Una de las grandes aportaciones al pensamiento filosófico universal fue la de *las ideas o formas* Platón. Enseñaba que existía en el mundo invisible la forma o idea perfecta cada cosa de la tierra, y que todas las cosas terrenales eran copias imperfectas de realidades celestiales. En ese caso, hay una Jerusalén celestial de la que es copia imperfecta la Jerusalén terrenal. Es lo que Pablo está pensando cuando habla de la Jerusalén de arriba (*Gálatas 4:26*), y también lo que tiene en mente el Autor de *Hebreos* cuando habla de Jerusalén la celestial (*Hebreos 12:22*).

Esa forma de pensamiento dejó su impronta en las visiones judías entre los dos Testamentos. Leemos que en la edad mesiánica se dejará ver la Jerusalén que es invisible (*2 Esdras 7:26*). El autor de *2 Esdras* dice que se le concedió una visión de ella hasta donde era posible para ojos humanos soportar la visión de la gloria celestial (*2 Esdras 10:44-59*). En *2 Baruc* se dice que Dios hizo la Jerusalén celestial antes que el Paraíso, que Adán la contempló antes de pecar, que se le mostró en visión a Abraham, que Moisés la vio en el Monte Sinaí, y que está ahora en la presencia de Dios (*2 Baruc 4:2-6*).

Esta concepción de las formas preexistentes puede que nos parezca extraña; pero tras ella está la gran verdad de que el ideal existe de veras. Quiere decir además que Dios es la Fuente de todos los ideales. El ideal es un desafío, que, aunque

no se realice en este mundo, todavía puede que se realice en el mundo por venir.

Apocalipsis 21:2 (conclusión)

(ii) El segundo trasfondo de la concepción de la nueva Jerusalén es totalmente judío. Los judíos siguen orando en su liturgia sinagoga:

Y vuélvete con compasión a Tu ciudad de Jerusalén, y mora en ella como has prometido; y apresúrate a reconstruirla en nuestros días con una estructura perdurable; y apresúrate a establecer allí el trono de David. ¡Bendito seas Tú, oh Señor, el Edificador de Jerusalén!

La visión que tuvo Juan de la nueva Jerusalén usa y amplía muchos de los sueños de los profetas. Copiaremos algunos de estos sueños para que quede claro de una ojeada cómo se refleja una y otra vez el Antiguo Testamento en *Apocalipsis*.

Isaías tuvo estos sueños:

¡Pobrecita, fatigada con tempestad sin consuelo! He aquí que Yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré. (Isaías 54:11s).

Extranjeros edificarán tus muros y sus reyes estarán a tu servicio... Tus puertas estarán de continuo abiertas: no se cerrarán ni de día ni de noche... Mamarás la leche de las naciones, el pecho de los reyes mamarás... En vez de bronce traeré oro, y plata en lugar de hierro; bronce en lugar de madera, y hierro en lugar de piedras... Nunca más se hablará de violencia en tu tierra, ni de destrucción o quebrantamiento en tus términos; llamarás < Salvación > a tus murallas, y a tus puertas «Alabanza.» El sol ya no te hará falta para la luz del día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor te será por luz eterna, y tu Dios será tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz eterna, y los días de tu luto se habrán acabado (Isaías 60:10-20).

Hageo tuvo este sueño:

La gloria de la segunda Casa será mayor que la de la primera, dice el Señor de los Ejércitos; y dará paz en este lugar, dice el Señor de los Ejércitos (Hageo 2:9).

Ezequiel tuvo el sueño de la Jerusalén reconstruida (capítulos 40 y 48) donde encontramos hasta el detalle de las doce puertas de la ciudad (*Ezequiel 48:31-35*).

Los autores intertestamentarios tuvieron sus sueños.

A la ciudad que Dios amó la hizo más radiante que las estrellas y el sol y la luna; y la engarzó como la joya del mundo e hizo un Templo extraordinariamente hermoso en su santuario, y lo compuso con unas medidas de muchos estadios, con una torre gigantesca que llegaba hasta las nubes a la vista de todos, para que todos los fieles y los justos vieran la gloria del Dios invisible, la visión deleitosa (Oráculos sibílicos 5:420-427).

Y las puertas de Jerusalén se edificarán con zafiro y esmeralda, y todos tus muros con piedras preciosas, las torres de Jerusalén estarán hecha de oro, y sus almenas de oro puro, las calles de Jerusalén estarán pavimentadas con carbunclos y piedras de Ofir, y las puertas de Jerusalén resonarán con himnos de alegría, y todas sus casas dirán: ¡Aleluya! (Tobías 13:16-18).

Se ve claramente que la nueva Jerusalén era un sueño constante; y que Juan recogió detalles amorosamente de diferentes visiones -las piedras preciosas, las calles de edificios de oro, las puertas siempre abiertas, la luz del mismo Dios que hacía innecesaria la del sol y la luna, la venida de las naciones trayendo sus dones a Jerusalén.

Aquí está la fe. Aunque Jerusalén había sido borrada del mapa, los judíos no perdieron nunca la confianza en que Dios la reedificaría. Es verdad que expresaban sus esperanzas en términos de riqueza material; pero esta era meramente un símbolo de la seguridad de que hay una bienaventuranza eterna para el pueblo fiel del Señor.

LA COMUNIÓN CON DIOS (1)

Apocalipsis 21:3s

Y oí decir a una gran voz del Cielo:

-Fijaos: la residencia de Dios está entre los hombres, y morará con ellos, y ellos serán Sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos; y enjugará de sus ojos todas las lágrimas, y ya no habrá más muerte, ni angustia, ni clamor, ni habrá más dolor; porque habrán desaparecido las cosas primeras.

Aquí tenemos la promesa de la comunión con Dios, con todas sus preciosas consecuencias. La voz pertenece a uno de los Ángeles de la Presencia.

Dios va a poner Su *residencia* entre los hombres. La palabra que se usa para residencia es *skéné*, literalmente *Su tienda*; pero en el uso religioso no quería decir una morada provisional. Aquí hay dos ideas principales.

(i) *Skéné* es la palabra que se usa para *Tabernáculo*. En la peregrinación por el desierto, el Tabernáculo era una tienda, la *skéné par excellence*. Así es que esto quiere decir que Dios

va a fijar Su residencia con la humanidad para siempre, va a conceder Su presencia para siempre. Aquí, en este mundo, entre las cosas del espacio y el tiempo, nuestra consciencia de la presencia de Dios es espasmódica; pero en el Cielo seremos conscientes de Su presencia permanentemente.

(ii) Hay dos palabras extrañamente relacionadas en sonido y en sentido, una hebrea y la otra griega, que llegaron a relacionarse indeleblemente en el pensamiento cristiano primitivo. *Skéné* es la griega, y *shejiná* (de la raíz *sh-k-n*) la hebrea. La relativa semejanza de sonido, como hacemos corrientemente al traducir de una lengua a otra, hacía que no se pudiera oír la una sin pensar en la otra. En consecuencia, decir que la *skéné* de Dios va a estar con la humanidad hacía pensar inmediatamente que la *shejiná* de Dios iba a estar con la humanidad. En los tiempos del Antiguo Testamento la *shejiná* tomaba la forma de una nube resplandeciente que aparecía y desaparecía. Leemos, por ejemplo, que esa nube llenó el Templo de Salomón cuando lo dedicaron (1 Reyes 8: 10s). En la nueva era la gloria de Dios no va a ser transitoria, sino morará permanentemente con el pueblo de Dios.

LA COMUNIÓN CON DIOS (2)

Apocalipsis 21:3s (conclusión)

La promesa de Dios de hacer a Israel Su pueblo y de ser el Dios de Israel resuena a lo largo de todo el Antiguo Testamento: « Yo pondré Mi morada en medio de vosotros... Andaré entre vosotros: seré vuestro Dios y vosotros seréis Mi pueblo» (*Levítico 26:11s*). En el anuncio de Jeremías del Nuevo Pacto, Dios promete: «Seré el Dios de ellos, y ellos serán Mi pueblo» (*Jeremías 31:33*). La promesa a Ezequiel es: «Estará en medio de ellos Mi tabernáculo; Yo seré el Dios de ellos, y ellos serán Mi pueblo» (*Ezequiel 37:27*). La promesa más excelente de Dios es la íntima comunión con El, que alcanzamos cuando

podemos decir: < ¡Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío! » (*Cantares 6:3*).

Esta comunión con Dios conlleva ciertas cosas en la edad dorada. Las lágrimas, la angustia, el clamor y el dolor habrán desaparecido. Ese también había sido el sueño de los profetas en los días antiguos. Isaías dijo de los peregrinos del camino celestial: < Tendrán gozo y alegría, y la tristeza y el gemido huirán de ellos » (*Isaías 35:10*). < Yo Me alegraré con Jerusalén y Me gozaré con Mi pueblo, y nunca más se oirán en ella voz de llanto ni voz de clamor » (*Isaías 65:19*). La muerte también habrá desaparecido como soñaban también los antiguos profetas. «Destruirá a la muerte para siempre, y enjugará el Señor Dios las lágrimas de todos los rostros» (*Isaías 25:8*).

Esta es una promesa para el futuro; pero aun en el mundo presente son bienaventurados los que lloran, porque recibirán consuelo, y la muerte queda absorbida en la victoria para los que conocen a Cristo y la participación de Sus padecimientos y el poder de Su Resurrección (*Mateo 5:4; Filipenses 3:10*).

Apocalipsis 21:5s

Y el Que está sentado en el Trono dijo:

-Fijaos: Yo hago nuevas todas las cosas. -Y se me dijo-: Escribe, porque estas son palabras verdaderas de confianza y verdaderas. -Y me dijo a mí-: ¡Está hecho! ¡Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin! A los sedientos les daré de la fuente del agua de la vida sin que tengan que pagar nada.

Dios habla aquí por primera vez; Él es el Dios que puede hacer nuevas todas las cosas. De nuevo nos encontramos de vuelta entre los sueños de los antiguos profetas. Isaías oyó decir a Dios: «No os acordéis de las cosas pasadas ni traigáis a la memoria las cosas antiguas. He aquí que Yo estoy haciendo algo nuevo» (*Isaías 43:18s*). Este es el testimonio de Pablo: «Si uno está en Cristo, es una nueva creación» (*2 Corintios 5:17*). Dios puede tomar a una persona y re-crearla, y algún día creará un universo nuevo para los santos cuyas vidas ha renovado.

No es Dios, sino el Ángel de la Presencia el que da la orden de escribir. Esas palabras se tienen que anotar y recordar; son verdaderas y de absoluta confianza.

«Yo soy el Alfa y la Omega -le dice Dios a Juan-, el principio y el fin.» Ya nos hemos encontrado con este pronunciamiento del Cristo Resucitado en 1:8. De nuevo Juan está oyendo la voz que habían oído los grandes profetas de la antigüedad: «Yo soy el primero y Yo soy el último, y no hay más Dios que Yo» (*Isaías 44:6*). Alfa es la primera letra del alfabeto griego, y Omega la última. Juan amplía aún más esta afirmación. Dios es el *principio* y el *fin*. La palabra para *principio* es *arjé*, que no quiere decir simplemente el primero en el tiempo, sino el primero en cuanto *origen* de todas las cosas. La palabra para *fin* es *telos*, que no quiere decir simplemente fin en cuanto a tiempo, sino *la meta*. Juan está diciendo que toda la vida empieza y termina en Dios. Pablo expresaba lo mismo cuando decía, tal vez un poco más filosóficamente: «Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas» (*Romanos 11:36*), y cuando hablaba de «un solo Dios y Padre de todos nosotros, Que es sobre todos, y por todos, y en todos» (*Efesios 4:6*).

Sería imposible decir nada más magnífico acerca de Dios. A primera vista podría parecer que Se pone a Dios a tal distancia que no somos para Él más que como las moscas en el cristal de la ventana. Pero, ¿qué viene después? «A los sedientos les daré de la fuente del agua de la vida sin que tengan que pagar nada.» Toda la inmensidad de Dios está a disposición de la criatura humana. «De tal manera amó Dios al mundo que dio...» (*Juan 3:16*). Dios usa Su grandeza para satisfacer la sed del corazón anhelante.

LA GLORIA Y LA DESHONRA

Apocalipsis 21:7s

El que salga victorioso entrará en posesión de estas cosas, y Yo seré su Dios y él será Mi hijo; pero en cuanto a los cobardes, los infieles, los contaminados, los asesinos, los inmorales, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos -su parte será el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la segunda muerte.

La bienaventuranza no es para todo el mundo, sino solo para los que se mantienen fieles cuando todo se confabula para que abandonen su lealtad.

A esa persona le hace Dios la mayor de todas las promesas: «Yo seré su Dios y él será Mi hijo.» Esta promesa, u otra muy parecida, se hizo en el Antiguo Testamento a tres personas diferentes. La primera fue Abraham: «Estableceré Mi pacto contigo -le dijo Dios- y con tus descendientes... para ser tu Dios y el de tus descendientes» (*Génesis 17:7*). La segunda se le hizo al hijo que había de heredar el reino de David: «Yo seré su Padre -dijo Dios- y él será Mi hijo» (*2 Samuel 7:14*). La tercera se hizo en un salmo que los maestros judíos interpretaron siempre que se refería al Mesías: «Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra» (*Salmo 89:27*). Aquí tenemos algo tremendo: la promesa de Dios a los que salgan victoriosos es la misma que hizo a Abraham el fundador del pueblo elegido, a David con referencia a, su hijo Salomón, y al mismo Mesías. No hay mayor honor en todo el universo que el que Dios otorga a la persona que Le es fiel.

Pero también se hace mención de los condenados. Los *cobardes* son los que amaban la tranquilidad y la comodidad más que a Cristo, y que en el día de la prueba se avergonzaron de mostrar Cúyos eran y a Quién servían. La antigua versión Reina-Valera daba una impresión falsa al traducir *deilós* por *temerosos*. No es el miedo lo que se condena, sino la cobardía, como ya corrigió la Versión Hispano-Americana (1916) y las revisiones posteriores de la Reina-Valera. La valentía más elevada se muestra cuando se está desesperadamente atemorizado, y sin embargo se hace lo que se debe y se mantiene la fidelidad. Se condena la cobardía de negar a Cristo para mantenerse a salvo. *Los incrédulos* (R-V) o *infieles* son los que se niegan a aceptar el Evangelio, o los que lo aceptan de labios para fuera, pero muestran en sus vidas que no lo han creído. *Los contaminados* son los que se han dejado saturar por

las abominaciones del mundo. *Los asesinos* puede que se refiera a los que mataban a los cristianos en las persecuciones. *Los inmorales* se refiere especialmente a la inmoralidad sexual, lacra del Imperio Romano y creciente asechanza en nuestro tiempo. Éfeso estaba lleno de *hechiceros*; *Hechos* 19:19 nos dice que, al predicar el nombre de Cristo en los primeros días, los que habían practicado la magia quemaron sus libros. *Los idólatras* son los que dan culto a dioses falsos de los que está lleno el mundo. *Los mentirosos* son los culpables de falsedad, y del silencio que es a veces una mentira.

LA CIUDAD DE DIOS

Apocalipsis 21:9-27

Será mejor que leamos completa la descripción de la ciudad de Dios antes de estudiarla en detalle.

9 Entonces se me dirigió uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las últimas siete plagas postreras, y habló conmigo diciéndome:

- ¡Ven, y te mostraré a la Novia, la Esposa del Cordero! 10 Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la Santa Ciudad de Jerusalén descendiendo del Cielo, de con Dios; y tenía la gloria de Dios.

11 Su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como la piedra de jaspe, resplandeciente como el cristal.

12 Tenía un muro grande y alto, y doce puertas, y en las puertas doce ángeles. Había nombres escritos en las puertas, que eran los de las doce tribus de los hijos de

13 Israel. Al Este había tres puertas, y al Norte otras tres, y otras tres al Sur y tres más al Oeste.

14 La muralla de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

15 El que estaba hablando conmigo tenía una vara de medir de oro para medir la ciudad y sus puertas y sus murallas.

16 La ciudad tiene una planta cuadrada, lo mismo de ancha que de larga. Él midió la ciudad con su vara de medir, y su medida era doce mil estadios. Su longitud y

17 su anchura y su altura eran las mismas. Y midió su muralla, que resultó tener una longitud de ciento cuarenta y cuatro codos en medida humana, es decir, de ángel.

18 El material del que estaba hecho el muro era jaspe, y la ciudad estaba hecha de oro puro como el vidrio.

19 Los cimientos de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspe; el segundo, de zafiro; el tercero, de

20 ágata; el cuarto, de esmeralda; el quinto, de ónice; el sexto, de coralina; el séptimo, de crisólito; el octavo, de berilo; el noveno, de topacio; el décimo, de crisopraso; el undécimo, de jacinto, y el duodécimo, de amatista.

21 Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. La calle de la ciudad era de oro puro, transparente como el vidrio.

22 No vi ningún templo en ella, porque el Señor Dios, el Todopoderoso, es su templo, y también el Cordero.

23 La ciudad no tiene necesidad de Sol ni de Luna que la iluminen, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero.

24 Las naciones caminarán en su luz, y los reyes de la

25 tierra le traerán su gloria. Sus puertas no se cerrarán nunca de día; y en cuanto a la noche, allí no hay noche.

26 Le llevarán la gloria y el honor de las naciones; pero

27 nada inmundo entrará en ella, ni nadie que practique cosas abominables o que haga uso de la falsedad, sino solo los que estén inscritos en el Libro de la Vida del Cordero.

EL PORTADOR DE LA VISIÓN

Apocalipsis 21:9s

La personalidad del portador de la visión de la Jerusalén celestial tiene que producir sorpresa. Es uno de los ángeles que tenían las siete copas con las últimas siete plagas; y la última vez que nos encontramos con un ángel así era el portador de la visión de la destrucción de Babilonia, la gran ramera. Es extraordinario que en 17:1 la invitación del ángel fuera: «Ven, que yo te mostraré el juicio de la gran ramera,» y en 21:9, tal vez el mismo ángel, dice: «Ven, que yo te mostraré a la Novia, la Esposa del Cordero.»

No se puede decir de seguro lo que representa mucho del simbolismo de este capítulo. Juan debe de haber querido decir algo al hacer que el mismo ángel fuera el portador de tan diferentes mensajes. Puede que Juan quisiera que viéramos que el siervo de Dios no escoge su misión, sino debe hacer lo que Dios le comisiona para hacer, y debe decir lo que Dios le encarga que diga.

El ángel, dice Juan, se le llevó en el Espíritu a una montaña alta. Fue de esta manera como Ezequiel también describió su experiencia: «En visiones de Dios me llevó a la tierra de Israel y me puso sobre un monte muy alto» (*Ezequiel 40:2*). H. B. Swete indica que sería erróneo tomarlo literalmente; el elevar representa la elevación de espíritu en la que una persona ve las visiones y oye las palabras que le son enviadas por Dios.

LA LUZ DE LA CIUDAD

Apocalipsis 21:11

Aquí la traducción es algo difícil. La palabra que se usa para luz es *fóstér*. La palabra griega para luz es normalmente *fós*, mientras que *fóstér* es la que se usa para las luminarias del cielo, el Sol, la Luna y las estrellas, como, por ejemplo, en el relato de la Creación en *Génesis 1:14*. ¿Es que quiere decir esto que el cuerpo que ilumina la ciudad era como una piedra preciosa? ¿O quiere decir que la radiación que irradiaba toda la ciudad era como los destellos del jaspe?

Creemos que la palabra debe de describir la radiación sobre la ciudad; más adelante se dice claramente que la ciudad no necesita de cuerpo celeste como el Sol o la Luna que le dé luz, porque Dios mismo es su luz.

Entonces, ¿cuál es el simbolismo? H. B. Swete sugiere que se trata de una referencia a *Filipenses 2:15*. Allí Pablo dice de los cristianos de Filipos: «Vosotros relucís como luces en el mundo.» La Santa Ciudad está habitada por miles y miles de santos de Dios, y bien puede ser que sea el fulgor de estas vidas santificadas lo que le dé ese resplandor maravilloso.

LA MURALLA Y LAS PUERTAS DE LA CIUDAD

Apocalipsis 21:12

La ciudad está rodeada con una muralla grande y alta. De nuevo Juan está pensando en términos de las descripciones proféticas de la Jerusalén re-creada. El himno de la tierra de Judá será: « ¡Tenemos una ciudad fuerte; salvación puso Dios por muros y antemuro! » (*Isaías 26:1*). Zacarías oyó decir a Dios: : « Yo seré para ella un muro de fuego a su alrededor » (*Zacarías 2:5*). La interpretación más sencilla de la muralla es que es < el inaccesible baluarte de la fe.> La fe es la muralla tras la cual los santos de Dios están seguros frente a los asaltos del mundo, la carne y el diablo.

La muralla tiene doce puertas con los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. La palabra para puerta es interesante. No es la palabra normal y corriente, *pylé*, sino *pylón*, que puede querer decir una de dos cosas. Una casa grande se edificaba en medio de un patio al que se entraba desde la calle por una gran puerta que había en el muro exterior, y que conducía a un vestíbulo espacioso. *Pylón* también puede querer decir la puerta torreada de una gran ciudad, como la que da acceso a un castillo fortificado.

Aquí hay que notar dos cosas.

(i) Hay doce puertas. Seguramente esto representa *la catolicidad* de la Iglesia. Una persona puede llegar al Reino de muchas maneras, porque «hay tantos caminos para llegar a las estrellas como personas dispuestas a escalarlos.»

(ii) Las puertas tienen los nombres de las doce tribus. Seguramente esto representa *la continuidad* de la Iglesia. El Dios Que Se reveló a los patriarcas es el mismo Dios Que también, de una manera mucho más completa, Se reveló en Jesucristo; el Dios del Antiguo Testamento es el Dios del Nuevo Testamento.

LAS PUERTAS DE LA CIUDAD

Apocalipsis 21:13

Hay tres puertas en cada uno de los cuatro lados de la Ciudad de Dios. Por lo menos parte de esa visión está en armonía con la de Ezequiel (*Ezequiel 48:30-35*). No sabemos lo que Juan se proponía simbolizar mediante este arreglo además de la catolicidad de la Iglesia. Hay una interpretación simbólica que no es probable que estuviera en su mente, pero que no es menos hermosa y consoladora.

Hay tres puertas que dan al *Este*, por donde sale el sol y empieza el día. Estas puertas podrían representar el acceso a la Ciudad Santa por el que llegan los que encuentran a Cristo en la alegre mañana de sus días.

Hay tres puertas que dan al Sur, que es la tierra cálida de viento suave y clima agradable. Estas puertas podrían representar el acceso a la Santa Ciudad por el que llegan los que encuentran a Cristo por medio de las emociones, cuyo amor se desborda a la vista de la Cruz.

Hay tres puertas que dan al *Norte*, la tierra del frío y del hielo. Estas puertas podrían representar el acceso a la Santa Ciudad de los que vienen al Evangelio por medio de la mente más bien que por el corazón.

Hay tres puertas que dan al *Oeste*, donde muere el día y se pone el sol. Estas puertas podrían representar el camino a la Santa Ciudad por el que llegan los que vienen a Cristo al atardecer de sus días.

LA MEDICIÓN DE LA CIUDAD

Apocalipsis 21:15-17

Esta escena tiene un antecedente en *Ezequiel 40:3*.

(i) Debemos fijarnos en *la forma* de la ciudad. Era bastante corriente que las ciudades se edificaran en cuadrado; tanto Babilonia como Nínive eran así. Pero la Santa Ciudad no era simplemente cuadrada: era perfectamente cúbica: su longitud, su anchura y su altura eran iguales. Esto es significativo. El cubo es el símbolo de la perfección. Tanto Platón como Aristóteles se refieren al hecho de que en Grecia se decía que el hombre era «cúbico» (Platón, *Protágoras* 339 B; Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1.10.11; *Retórica* 3.11).

Lo mismo se daba entre los judíos. El altar de los holocaustos, el del incienso y el pectoral del sumo sacerdote tenían la forma de un cubo (*Éxodo* 27:1; 30:2; 28:16). Una y otra vez aparece esta forma en las visiones de la nueva Jerusalén y de su nuevo templo de Ezequiel (*Ezequiel* 41:21; 43:16; 45:2; 48:20). Pero, más importante aún: en el templo de Salomón, el Lugar Santísimo era un cubo perfecto (1 *Reyes* 6:20).

No deja lugar a dudas el simbolismo que se propone Juan. Trata de hacernos comprender que la totalidad de la Santa Ciudad es el Lugar Santísimo, la morada de Dios.

(ii) Debemos fijarnos en *las dimensiones* de la ciudad. Cada lado de la ciudad tiene doce mil *estadios*. Un estadio equivale a 180 metros; por tanto, cada lado tenía 2,160 kilómetros, el área de la ciudad era de 4,665,600 kilómetros cuadrados, y el volumen total de la ciudad era de 279,936,000 kilómetros cúbicos. La Jerusalén re-creada de los sueños rabínicos era ya bastante grande. Se decía que llegaría hasta Damasco y cubriría la totalidad de Palestina. Pero una ciudad como la Santa Ciudad llegaría casi desde Londres a Nueva York, y tendría aproximadamente la extensión del océano Atlántico Norte. No cabe duda que se nos quiere hacer ver que en la Santa Ciudad *cabemos todos*. Qué contraste con la tendencia humana a poner límites a las iglesias, a excluir a los que no creen o administran de la misma manera.

Es bastante sorprendente que las cosas son diferentes cuando se trata de la muralla. Tiene una altura de 144 codos, es decir, 64' 80 metros, una altura muy considerable, pero no astronómica. La muralla de Babilonia tenía una altura de 90 metros, y los muros del Pórtico de Salomón del templo de Herodes, de 54 metros. No hay comparación entre la altura de la muralla y el tamaño de la ciudad. De nuevo encontramos aquí un simbolismo interesante. La muralla no puede ser para la defensa, porque todos los seres hostiles, humanos y espirituales, han desaparecido o han sido arrojados al lago de fuego. Lo único que se pretende de la muralla es que delimite el área de la ciudad; y el hecho de que sea relativamente baja muestra que la delimitación tiene una importancia relativa. Dios está mucho más interesado en incluir a más personas que en excluirlas. Y así debe ser Su Iglesia.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS DE LA CIUDAD

Apocalipsis 21:18-21

La ciudad misma era de oro puro, tan puro que parecía vidrio transparente. Es posible que Juan esté subrayando aquí una característica de la Jerusalén terrenal. Josefo describe así el templo de Herodes: «Ahora bien, la cara exterior del templo por la parte de la fachada no carecía de nada que pudiera sorprender mentes u ojos humanos; porque estaba totalmente cubierta con planchas de oro de gran peso, y, a los primeros rayos del sol naciente reflejaba tan fiero resplandor, que obligaba a los que querían contemplarlo a desviar la vista, como si estuvieran mirando al mismo sol. Pero este templo parecía a los extraños, cuando lo veían desde una distancia considerable, como una montaña cubierta de nieve; porque, en cuanto a las partes que no estaban cubiertas de oro, eran de un blanco insuperable» (Josefo: *Las guerras de los judíos* 5.5.6).

Juan pasa a hablar de los doce cimientos de la ciudad. Entre las doce puertas había doce espacios, y la idea es que entre estos espacios había una gran piedra fundacional. De nuevo es posible que Juan esté pensando en las grandes piedras de los cimientos del templo de Jerusalén. En el pasaje que acabamos de citar, Josefo menciona las piedras de los fundamentos del muro del templo que tenían casi veinte metros de longitud, dos y medio de altura y casi tres de anchura. En el versículo 14, Juan ha dicho

que las piedras llevan inscritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Fueron los primeros seguidores de Jesús y Sus embajadores, y fueron literalmente los cimientos de la Iglesia.

En la Ciudad de Dios, estas piedras fundacionales eran piedras preciosas. *El jaspe* no era el jaspe opaco moderno, sino un cristal de roca translúcido de color verde. *El zafiro* aparece en la historia del Antiguo Testamento como la piedra del embaldosado donde estaba Dios (*Éxodo 24:10*). Tampoco aquí se trataba del zafiro moderno. Plinio lo describe como azul celeste con vetas doradas. Era probablemente lo que llamamos lapislázuli. *La calcedonia* era un ágata o silicato verde de cobre que se encontraba en las minas cerca de Calcedonia. Se describía comparándolo con el verde del collar de algunas palomas o con la cola del pavo real. *La esmeralda* era como la moderna, que Plinio describe como la más verde de todas las piedras verdes. *El ónice* era blanco interrumpido por capas de rojo y marrón; se usaba especialmente para camafeos. *La sardónica o cornalina* tomaba su primer nombre de Sardes, donde se encontraba, y era un ágata de color de sangre; era la piedra preciosa más corriente en joyería. La identificación del *crisólito*, que quiere decir etimológicamente *piedra de oro*, no es segura; su nombre hebreo quiere decir *la piedra de Tarsis*, que es probable que fuera Tartessos, en España. Plinio la describe como de un dorado reluciente. Podría ser un tipo de berilo, o de jaspe dorado. *El berilo* es una variedad de la esmeralda; los mejores eran azul marino o verde marino. El *topacio* era una piedra transparente, verde-dorada, muy apreciada por los judíos; *Job* menciona el topacio de Etiopía (*Job 28:19*). *La crisoprassa* es un ágata de color verde manzana (D.R.A.E.). El *jacinto* lo describen los escritores antiguos como azul-púrpuravioleta. Es probable que fuera el equivalente del moderno zafiro. *La amatista* se describe como semejante al jacinto, pero más brillante.

¿Tienen estas piedras algún simbolismo?

(i) Descubrimos que ocho de ellas coinciden con otras tantas del pectoral del sumo sacerdote (*Éxodo 28:17-20*). Puede que Juan usara el pectoral de modelo.

(ii) Bien puede ser que Juan no pretendiera más que hacer notar el esplendor de la Ciudad de Dios, en la que hasta los cimientos eran piedras preciosas de precio incalculable.

(iii) Hay otra posibilidad interesante. En Oriente se creía que la ciudad de los dioses estaba en el cielo. Allí era donde vivían los dioses; el Sol y la Luna y las estrellas eran sus luces; la Vía Láctea era su calle principal; había doce puertas por las que entraban y salían las estrellas para hacer su recorrido. En

conexión con la ciudad de los dioses están los signos del Zodiaco, que < comprende los 12 signos, casas o constelaciones que recorre el Sol en su curso anual aparente > (sic. D.R.A.E.). Lo curioso es que los signos del Zodiaco tienen como sus correspondientes piedras preciosas exactamente estas doce. Pongamos en filas paralelas los signos y las piedras.

Aries - amatista
Tauro - jacinto
Géminis - crisoprassa
Cáncer - topacio
Leo - berilo
Virgo - crisólito
Libra - cornalina
Escorpión - sardónica
Sagitario - esmeralda
Capricornio - calcedonia
Acuario - zafiro
Piscis - jaspe

Por lo menos es posible que Juan estuviera pensando en la Ciudad de Dios como la consumación de la antigua idea de la ciudad de los dioses, pero infinitamente más gloriosa.

Pero hay un detalle curioso. En ese, caso, ¡Juan pone los signos del Zodiaco precisamente en orden inverso! Lo que pudiera ser el simbolismo de este hecho no se puede decir, a menos que sea la manera que tiene Juan de decir que la Ciudad de Dios es el reverso exacto de la ciudad de los dioses.

Lo más alucinante de las piedras preciosas de esta descripción es el que las puertas de la Ciudad de Dios fueran cada una una gran perla. En la antigüedad las perlas eran las joyas más valoradas. Toda la vida se pasaba el mercader buscando la perla de gran precio, y entonces vendía todo lo que tenía para adquirirla (*Mateo 13:46*). Las puertas de perla son un símbolo de una belleza inimaginable y de una riqueza incalculable.

LA PRESENCIA DE DIOS

Apocalipsis 21:22s

En el versículo 22 Juan establece una característica única de la Ciudad de Dios: no hay en ella ningún templo. Cuando recordamos el aprecio en que tenían los judíos su templo, esto nos resulta sorprendente. Pero ya hemos advertido que la Ciudad está edificada en la forma de un cubo perfecto, indicando que toda ella es el Lugar Santísimo; no tiene necesidad de ningún templo porque en toda ella está plena y constantemente la presencia de Dios.

Aquí hay un simbolismo fácil de comprender para todo el mundo. No es el edificio el que hace la iglesia, ni la liturgia, ni la forma de gobierno, ni el método de ordenación de los ministros. Lo único que hace la iglesia es la presencia de Jesucristo. Sin ella no puede haber tal cosa como una iglesia; con ella, cualquier reunión de personas es una verdadera iglesia.

La Ciudad de Dios no necesitaba una luz creada, porque Dios, la Luz increada, estaba en medio de ella. « El Señor -dijo Isaías- te será por luz eterna» (Isaías 60:19s). « En Tu luz -decía el salmista- veremos la luz» (Salmo 36:9). Solo cuando vemos las cosas a la luz de Dios las vemos como son. Algunas cosas que parecen inmensamente importantes se ve que no tienen importancia cuando se ven a la luz de Dios. Algunas cosas que parecen bastante permisibles se ve que son peligrosas cuando se ven a la luz de Dios. Algunas cosas que parecen insoportables se ve que son un sendero de gloria cuando se ven a la luz de Dios.

TODA LA TIERRA PARA DIOS

Apocalipsis 21:24-27

Un pasaje como este nos capacita -y hasta nos impulsa- a enderezar un tuerto que se comete frecuentemente con el pensamiento judío. Aquí tenemos un cuadro de todas las naciones viniendo a Dios y de todos los reyes trayéndole sus dones. En otras palabras: aquí tenemos un cuadro de la salvación universal. Se dice a menudo que los judíos no esperaban más que la destrucción de los gentiles. Es verdad que encontramos dichos como: «Dios creó los gentiles para leña para los fuegos del infierno.» Es verdad que hay una corriente de pensamiento judío que esperaba la aniquilación, o por lo menos la esclavización de los gentiles; pero hay mucho en sentido contrario, y voz tras voz que habla del tiempo cuando toda la humanidad conocerá y amará a Dios.

Isaías describe la escena cuando todas las naciones subirán al Monte de Sión para aprender la Ley para andar en los caminos de Dios (Isaías 2:2-4). Dios levantará pendón a las naciones para que vengan (Isaías 11:12). La palabra de privilegio a Israel es: «Te daré por luz a las naciones, para que Mi salvación llegue hasta lo último de la tierra» (Isaías 49:6). Las islas esperarán en el Señor y confiarán en Su brazo (Isaías 51:5). Naciones que nunca conocieron al Señor correrán a Él (Isaías 55:5). Los hijos del extranjero aprenderán a mar a Dios y a servirle. Dios reunirá a otros consigo (Isaías 56:68). La misión de Israel es proclamar la gloria del Señor entre los gentiles (Isaías 66:19). Se invita a los fines de la tierra a mirar a Dios y ser salvos (Isaías 45:22). Todas las naciones se reunirán en Jerusalén, y la reconocerán como el trono del Señor, y dejarán de seguir testarudamente su mal corazón (Jeremías 3:17). Los gentiles vendrán a Dios de los términos de la tierra, confesando sus antiguos errores y arrepintiéndose de ellos (Jeremías 16:19-21). Todos los pueblos, lenguas y naciones servirán a Uno que es como un hijo de hombre

(*Daniel 7:14*). Toda la humanidad adorará a Dios, cada persona desde su lugar, hasta todas las islas de los gentiles (*Sofonías 2:11*). Dios dará a todas las personas una lengua pura para que Le invoquen de común acuerdo (*Sofonías 3:9*). Toda carne guardará silencio en la presencia de Dios (*Zacarías 2:13*). Muchas personas y los habitantes de muchas ciudades vendrán a Jerusalén. Gente de toda raza y lengua «tomarán del manto a un judío, diciendo: "Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros"» (*Zacarías 14:9*). Llegará el día cuando el Señor será Rey sobre toda la tierra; en aquel día no habrá más que un solo Señor (*Zacarías 14:9*).

Lo que se puede decir del Antiguo Testamento también se encuentra en la literatura intertestamentaria. La visión de *Tobías* es:

*Una luz refulgente iluminará todos los fines de la tierra; muchas naciones vendrán de lejos,
y los habitantes de los fines más remotos de la tierra a Tu santo nombre;
trayendo en sus manos sus dones al Rey del Cielo
(Tobías 13:11).*

Todas las naciones que hay en toda la tierra se convertirán y temerán a Dios de todo corazón, y todas rechazarán sus ídolos (*Tobías 14:6*). *Henoc* escribe noblemente acerca del escogido de Dios:

*Será un bordón para los íntegros, en el que se apoyarán para no caer,
y será una luz para los gentiles, y la esperanza de los angustiados de corazón.
Todos los habitantes de la tierra se postrarán y adorarán delante de él,
y alabarán y bendecirán y celebrarán con himnos al Señor de los Espíritus*

(Henoc 48:4s).

El autor de *Henoc* oye decir a Dios: < Todos los hijos de los hombres se volverán justos, y todas las naciones Me ofrecerán adoración, Me alabarán, y Me adorarán » (*Henoc 10:21*).

Los Testamentos de los Doce Patriarcas están llenos de esta esperanza universal. Cuando venga el Mesías «en su sacerdocio los gentiles se multiplicarán en conocimiento sobre la tierra, y se iluminarán en la gracia del Señor» (*Testamento de Leví 18:9*). Es la Palabra de Dios: « Si obráis lo que es bueno, hijos míos, tanto los hombres como los ángeles os bendecirán; y Dios será glorificado entre los gentiles por medio de vosotros.» La misión de Israel es «congregar a los íntegros de entre los gentiles» (*Testamento de Neftalí 8: 3s*). Dios salvará a todo Israel y a todos los gentiles (*Testamento de Aser 7:3*). Los Oráculos Sibilinos tiene un noble pasaje que habla de la reacción de los gentiles cuando vean la bondad de Dios para con Israel:

Entonces dirán todas las islas y las ciudades: "¡Cuánto ama el Eterno a estas personas! Porque todas las cosas están en simpatía con ellas y las ayudan, los cielos, la carroza de Dios que es el Sol, y la Luna. " Y una dulce melodía expresarán sus labios en himnos. "¡Venid, postrémonos en tierra para suplicar al Eterno Rey, el Todopoderoso, el Eterno Dios! Vayamos en procesión a Su Templo, porque Él es el único Potentado. Y meditemos todos la Ley del Dios Altísimo, Que es el más justo de todos los que hay en la tierra. Pero nosotros nos habíamos extraviado de la senda del Eterno, y con corazón insensato adoramos la obra de manos humanas, ídolos e imágenes de personas que están muertas. "

(Oráculos sibilinos 3:710-723).

Las naciones vendrán de los fines de la tierra a contemplar la gloria de Dios (*Salmos de Salomón 17:34*).

Cuando Juan describía a las naciones caminando a la luz de la Ciudad de Dios y a los reyes trayéndole sus dones estaba pronosticando la consumación de una esperanza que siempre estuvo en los corazones de sus compatriotas más elevados.

ACOGMA Y RECHAZO

Apocalipsis 21:24-27 (conclusión)

Recogemos otros tres puntos antes de salir de este capítulo. (i) Juan insiste más de una vez en que no habrá noche en la Ciudad de Dios. Los pueblos antiguos, como los niños, tenían miedo a la oscuridad. En el nuevo mundo ya no habrá aterradora oscuridad, porque la presencia de Dios será una luz eterna. Hasta en este mundo de espacio y tiempo, donde está Dios, < la noche resplandece como el día » (*Salmo 139:12*).

H. B. Swete ve aquí más simbolismo. En la Ciudad de Dios no habrá oscuridad. Una y otra vez ha sucedido que a una época luminosa ha seguido otra de tinieblas. Pero en la nueva edad las tinieblas habrán pasado y ya no habrá más que luz.

(ii) Como los antiguos profetas, Juan menciona repetidas veces a los gentiles y sus reyes trayendo sus dones a Dios. Es verdad que las naciones trajeron sus dones a la Iglesia. Los griegos aportaron el poder de la inteligencia. Para ellos, como dijo Platón, < una vida sin discernimiento no vale la pena, » ni tampoco una fe sin discernimiento. A los griegos les debemos la teología. Los romanos fueron los mayores expertos en cuestiones de gobierno. Trajeron a la Iglesia su capacidad organizativa y administrativa y jurídica. Cuando uno ingresa en la Iglesia debe aportar su don: el escritor, sus poderosas palabras; el pintor, su habilidad con el color; el escultor, su dominio de la línea y la forma y la masa, el músico, su música, el artesano su técnica. No hay don que la Iglesia no pueda utilizar.

(iii) Al final del capítulo hay una amenaza. Los que no quieran abandonar el mal de su camino serán excluidos de la Ciudad de Dios. No es el pecador arrepentido, sino el recalcitrante el que se excluye con su actitud de la Ciudad de Dios.

EL RÍO DE LA VIDA

Apocalipsis 22:1 s

Y me mostró el río del agua de la vida, reluciente como cristal, que salían del trono de Dios y del Cordero, en medio de la calle de la ciudad. Y a ambos lados del río estaba el árbol de la vida, que produce doce clases de frutos, dando su fruto de acuerdo con cada mes; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.

Hasta ahora se ha dado la descripción del exterior de la Santa Ciudad; ahora la escena se traslada al interior.

Primero, está el río del agua de la vida. Este cuadro refleja muchos pasajes del Antiguo Testamento. En su trasfondo se encuentra el río que regaba el Huerto del Edén haciéndolo fructífero (*Génesis 2:8-16*). Aún más cerca se encuentra la descripción de Ezequiel del río que salía del templo (*Ezequiel 47:1-7*). El salmista canta al río cuyas corrientes alegran la Ciudad de Dios (*Salmo 46:4*). Y Joel dijo: « Saldrá una fuente de la Casa del Señor» (*Joel 3:18*). Y Zacarías: «Aguas vivas saldrán de Jerusalén» (*Zacarías 14:8*). Y en *2 Henoc* se describe un río del Paraíso que sale del tercer cielo, y que fluye por debajo del árbol de la vida, y que se divide en cuatro corrientes de miel, leche, vino y aceite (*2 Henoc 8:5*).

Íntimamente relacionada con esta está la figura tan corriente de la Sagrada Escritura de *la fuente de la vida*; la tenemos en 7:17; 21:6 de *Apocalipsis*. Jeremías se queja de que el pueblo haya dejado a Dios, Que es la fuente de aguas vivas, para cavarse cisternas agrietadas que no pueden retener el agua (*Jeremías 2:13*). Y *Henoc* advierte:

¡Ay de vosotros, que bebéis agua de cualquier fuente, porque os consumiréis y secaréis de repente, porque habéis abandonado la fuente de la vida

(Henoc 96:6).

« Manantial de vida es la boca del justo» (*Proverbios 10:11*).

«La instrucción del sabio es manantial de vida» (*Pr 13:14*).

« El temor del Señor es manantial de vida» (*Pr 14:27*).

«Manantial de vida es el entendimiento para el que lo posee» (*Proverbios 16:22*).

Con Dios, dice el salmista, está el manantial de la vida

(Salmo 36:9).

«Dios -decían los rabinos en sus sueños de la edad dorada- hará brotar del Lugar Santísimo un río a cuyas orillas crecerán toda clase de frutos delicados.»

H. B. Swete identifica el río de la vida con el Espíritu. En el Cuarto Evangelio dice Jesús: « El que crea en Mí, de su interior brotarán ríos de agua viva.» Y Juan lo explica: «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él» (*Juan 7:38s*).

Pero bien puede ser que aquí se trate de algo más sencillo. Los que vivimos en una civilización en la que basta con abrir un grifo para obtener agua fresca, clara y abundante apenas podemos comprender lo preciosa que era el agua en Oriente. En las tierras cálidas y en los desiertos, el agua era, y es literalmente, la vida. Y el río de la vida bien puede representar la vida abundante que Dios provee gratis para Su pueblo.

EL ÁRBOL DE LA VIDA

Apocalipsis 22:1s (conclusión)

En este pasaje hay ambigüedad en la puntuación. *En medio de la calle de la ciudad* se puede tomar, no como el final de la primera frase, sino como el principio de la segunda (como hace la Reina-Valera). No sería entonces el río el que está en medio de la calle, sino el árbol de la vida. Tomando esa frase con el primer versículo parece que presenta mejor la escena.

La figura del árbol de la vida tiene dos antecedentes: el del Huerto del Edén (*Génesis 3: 6*); y aún más el de Ezequiel: «

Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán ni faltará su fruto. Su fruto será para alimento y su hoja para medicina» (*Ezequiel 47:12*). Aquí también llegaron muy cerca los sueños rabínicos del futuro. Uno era: «En la edad por venir Dios creará árboles que producirán fruto todos los meses; y el que coma de ellos, sanará de sus enfermedades.»

El árbol da muchos frutos diferentes. Sin duda podemos ver aquí el simbolismo de los frutos del Espíritu (*Gálatas 5:22s*). En cada fruto diferente para cada mes del año, ¿no podemos ver simbolizado que en la vida que Dios da hay una gracia especial para cada edad, desde la cuna hasta la sepultura? El árbol de la vida ya no nos está vedado; está ahí, en medio de la Ciudad, para que todos tomen su fruto.

Bien expresaba la amplitud de la invitación evangélica, comparada con la exclusión que fue la consecuencia del pecado, el himno de Navidad:

Cambiaron sus funciones - los altos querubines que un tiempo los confines - guardaban del Edén. Al árbol de la vida - ahora al hombre llaman, y al Salvador proclaman - en torno de Belén.

Ni tampoco está reservado el árbol de la vida a los judíos ni a ninguna otra raza; sus hojas son para la sanidad de las naciones. Solamente en el Espíritu de Dios pueden encontrar sanidad las heridas y las grietas de las naciones.

LA BELLEZA DE LA SANTIDAD

Apocalipsis 22:3-5

Ya no existirá más ninguna cosa maldita. Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y Sus siervos le adorarán, y verán Su rostro, y tendrán Su nombre en sus frentes.

Allí ya no existirá más la noche, ni tendrán por tanto necesidad de luz de lámparas ni de sol, porque el Señor Dios los iluminará.

Y reinarán para siempre jamás.

Aquí culmina la descripción de la Ciudad de Dios.

No habrá allí ninguna cosa maldita. Es decir: no habrá más poluciones de las que antes amenazaban la vida cristiana.

Los siervos de Dios verán Su rostro. Se cumplirá la promesa de que los de corazón limpio verán a Dios (*Mateo 5:8*). Comprenderemos mejor la grandeza de esa promesa si recordamos que al cristiano se le concede el privilegio que se le negó a Moisés, a quien dijo Dios: < No podrás ver Mi rostro, porque ninguna persona puede verme y seguir viva» (*Éxodo 33:20,23*). Solo fijando la mirada de la fe en Jesús podemos ver a Dios perfectamente. Jesús dijo: < El que me haya visto a Mí, ha visto al Padre» (*Juan 14:9*).

La visión de Dios produce dos cosas. Produce una perfecta adoración; donde se ve siempre a Dios, toda la vida se convierte en un acto de culto. Produce una verdadera consagración; los habitantes de la ciudad tendrán el nombre de Dios en sus frentes, lo que será una muestra de que Le pertenecen exclusivamente a Él.

Juan vuelve a su visión de que en la Ciudad de Dios no puede haber ya nunca tinieblas ni necesidad de ninguna otra luz, porque allí está la presencia de Dios.

Al final de la visión llega la promesa de que el pueblo de Dios reinará para siempre jamás. En la perfecta sumisión a Él encontrarán los Suyos la perfecta libertad y la única verdadera soberanía.

PALABRAS FINALES

Apocalipsis 22:6-9

Y me dijo:

-Estas palabras son creíbles y verídicas, porque el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado Su ángel para mostrarles a Sus siervos las cosas que han de suceder pronto.

- ¡Atención! Yo vengo en seguida! ¡Bienaventurado el que guarde las palabras de la profecía de este libro!

Fui yo; Juan, el que oí y vi estas cosas; y cuando las oí y vi, me postré a los pies del ángel que me las mostró para adorarle. Pero él me dijo:

- ¡Guárdate de hacer tal cosa! Yo soy tu consiervo, y de tus hermanos profetas, y de los que guarden las palabras de este libro. ¡Adora solamente a Dios!

Lo que nos queda del último capítulo del *Apocalipsis* está curiosamente deshilvanado. Se ponen las cosas sin un orden aparente; hay repeticiones de cosas que han salido antes; y a veces es difícil saber quién es el que está hablando. Hay dos posibilidades. Puede ser que Juan esté sondeando otra vez algunos de los temas que ya han aparecido en el libro, y presentando en escena a algunos de los personajes para el mensaje final. Pero tal vez es más probable que no acabara de poner en orden este último capítulo y que sea solo un boceto.

Tenemos tres interlocutores.

El primero es uno de los ángeles que han sido los intérpretes de cosas divinas para Juan. Una vez más subraya la verdad de todo lo que ha visto y oído Juan. «El Dios de los espíritus de los profetas» quiere decir el Dios que inspiró las mentes de los profetas. Por tanto, los mensajes que ha recibido Juan procedían del mismo Dios que inspiró a los grandes profetas del Antiguo Testamento, y deben ser tratados con la misma seriedad.

El segundo interlocutor es Jesucristo mismo. Reitera que Su vuelta no se retrasará mucho. Y entonces pronuncia Su bendición para con todos los que lean y obedezcan las palabras del libro de Juan. Swete llama correctamente a esto - « la felicitación del devoto estudiante.» El estudiante devoto es el mejor estudiante. Hay muchos devotos que no son estudiantes, que no aceptan la disciplina del aprendizaje y que aun miran con suspicacia el conocimiento que así se adquiere. Y también hay

muchos estudiantes que no son devotos, que están demasiado interesados en el conocimiento intelectual y demasiado poco en la oración y el servicio a sus semejantes.

El último interlocutor es el mismo Juan. Se identifica como el autor del libro. Y entonces, sorprendentemente, hace exactamente la misma advertencia contra el culto a los ángeles de 19:10. O bien Juan habría suprimido este pasaje como repetición innecesaria si hubiera tenido oportunidad de revisar su libro, o era tan consciente de los peligros del culto a los ángeles que creía que era necesario hacer la misma advertencia dos veces. Es cierto que no nos deja la menor duda en cuajo a ese peligro, ni de que solo debemos adorar a Dios.

EL TIEMPO INMEDIATO Y EL PASADO

Apocalipsis 22:10s

Y me dijo:

No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. Que el que sea un malvado, siga obrando la maldad, y el que sea un guarro, que siga refocilándose en su guarrería; pero el que sea íntegro, que se mantenga en su integridad, y el que esté consagrado a Dios que se mantenga en su consagración.

Este pasaje insiste en que la venida de Cristo es inminente; debe de ser el Cristo Resucitado el Que está hablando.

En los apocalipsis más antiguos, escritos entre los Testamentos, se advierte siempre que se sellen y se guarden para un futuro lejano. En *Daniel*, por ejemplo, leemos: «Sella -R-V guarda- la visión, porque es para muchos días» (*Daniel 8:26*). Pero en este caso no es el tiempo para sellar, sino para abrir y leer; porque la venida de Cristo puede tener lugar en cualquier momento.

Entonces, ¿qué sentido tiene este curioso pasaje que parece decir que la gente se quede donde y como esté? Hay dos posibilidades.

(i) Llega un tiempo cuando ya es demasiado tarde para cambiar. En *Daniel* leemos: «Los impíos procederán impiamente» (*Daniel 12:10*). Y Ezequiel decía: «El que quiera oír, que oiga; y el que se niegue a oír, allá él» (*Ezequiel 3:27*). Una persona puede rechazar el camino de Cristo hasta tal punto que acabará por no poder seguirlo. Ese es el pecado contra el Espíritu Santo.

(ii) El antiguo comentarista Andreas dice que el Cristo Resucitado está diciendo: «Que cada cual haga lo que le parezca; Yo no obligo a nadie.» En tal caso esta sería otra advertencia de que cada persona escribe su propio destino.

LAS CREDENCIALES DE CRISTO

Apocalipsis 22:12s

¡Atención, que vengo pronto! Y traigo Mi recompensa conmigo para darle a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin.

El Cristo Resucitado anuncia una vez más Su inminente vuelta; y presenta dos credenciales imponentes.

(i) Trae consigo Su recompensa para dar a cada persona conforme sea su obra. H. S. Swete dice: «Cristo habla como el gran Mayordomo que llama a todos los jornaleros a la caída de la tarde del mundo para que reciban su salario.»

(ii) Él es el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. Esta es una repetición de los títulos usados en 1:17; 2:8; 21:6. Hay aquí más de una idea.

(a) Está la idea de *completar*. Los griegos usaban la expresión *del alfa a la omega*, y los judíos *del álef a la tau*, como nosotros *de la a a la z*, para indicar la serie completa. Aquí tenemos un símbolo de que Jesús tiene en Sí mismo absolutamente todo, y no necesita de nada de ninguna otra fuente.

(b) Está la idea de *la eternidad*. Él incluye en Sí mismo todo el tiempo, porque es el primero y el último.

(c) Está la idea de *la autoridad*. Los griegos decían que Zeus era el principio, el centro y el fin. Los rabinos judíos tomaban esta idea y se la aplicaban a Dios, con su propia interpretación. Decían que, como Dios era el principio, no recibía Su poder de ningún otro; como era el centro, no compartía Su poder con nadie; y como era el fin, no le pasaba Su poder a nadie.

LOS ACEPTADOS Y LOS RECHAZADOS

Apocalipsis 22:14s

Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas de la Ciudad. Fuera se quedan los perros y los hechiceros y los fornicarios y los asesinos y los idólatras y todos los que aman y practican la falsedad.

(i) Los que laven sus ropas tendrán derecho a entrar en la Ciudad de Dios. La versión Reina-Valera tenía, hasta la revisión del '09, en el versículo 14: *Bienaventurados los que guardan Sus mandamientos*. En griego, las dos frases pueden ser bastante parecidas. *Los que han lavado sus ropas* es en

griego *hoi plynontes tás stolás*, y *los que hacen Sus mandamientos* es *hoi poiuntes tas entolás*. En los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento se escribían todas las palabras seguidas y en mayúsculas. Si ponemos estas dos frases en mayúsculas españolas vemos que son semejantes:

HOIPLYNONTTESTASSTOLAS

HOIPOIUNTESTASENTOLAS

«Los que han lavado sus ropas» es la traducción del texto de los mejores manuscritos, pero es fácil comprender que se pudiera cometer una equivocación al copiar esta frase, sustituyéndola por otra más corriente.

Esta frase muestra la parte de cada persona en su salvación. Es Jesucristo Quien ha provisto en la Cruz esa gracia por la que solamente se puede obtener el perdón; pero cada persona tiene que apropiarse ese Sacrificio. Para poner un ejemplo sencillo: podemos ofrecer jabón y agua, pero no podemos obligar a nadie a que se lave. Los que entran en la Ciudad de Dios son los que han aceptado el Sacrificio de Jesucristo.

(ii) Sigue la lista de los que están excluidos de la Ciudad de Dios. Ya hemos considerado una lista muy parecida en 21:8 de los que fueron arrojados al lago de fuego. El nuevo término aquí es el de perros, que puede tener dos significados.

(a) El perro era el símbolo de todo lo salvaje y sucio. H. B. Swete dice: «Nadie que haya observado los perros que pululan por los barrios de las ciudades orientales se sorprenderá del desprecio y disgusto que su sola mención produce en la mente de los orientales.» Por eso llamaban perros los judíos a los gentiles. Hay un dicho rabínico: «Quienquiera que coma con un idólatra es como si comiera con un perro. ¿Quién es un perro? El que no está circuncidado.» Andreas sugiere que los perros son no solo los desvergonzados y los descreídos, sino también los cristianos que «vuelven al vómito» después del bautismo. Así es que el perro puede ser un símbolo de todo lo repugnante.

(b) Pero hay otra posibilidad. Hay una frase extraña en *Deuteronomio 23:18*. Este versículo dice: «No traerás la paga de una ramera ni el salario de un perro a la Casa del Señor tu Dios por ningún voto.» La primera parte es suficientemente clara: prohíbe ofrecer a Dios un dinero que se ha ganado en la prostitución. Pero *el salario de un perro* es más difícil (RV'95: *el precio*, v. nota). El detalle es que en algunos templos antiguos había no solamente prostitutas sagradas sino también varones prostitutos sagrados, y era a estos a los que se llamaba corrientemente *perros*. *Perro* puede designar a una persona totalmente inmoral, y es probable que ese sea su sentido aquí.

Todo el que ama o practica la falsedad está excluido. Aquí hay un eco del salmista: «No habitará dentro de Mi casa el que practica el fraude; el que dice mentiras no permanecerá en Mi presencia» (*Salmo 101:7*).

EL GARANTE DE LA VERDAD

Apocalipsis 22:16

-Yo, Jesús, os he enviado Mi ángel para testificar de estas cosas por causa de las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, y la Estrella resplandeciente de la mañana.

Jesús garantiza la verdad de todo lo que Juan ha visto y oído. La razón de esta garantía es la siguiente. El libro empieza prometiendo una revelación que ha de dar Jesucristo (1:1); esta es la confirmación que da Jesús de que la visión procedía de Él.

A continuación pasa a exponer, como si dijéramos, Sus credenciales. «Yo soy la raíz y el linaje de David,» dice. Esa es una referencia a *Isaías 11:1*: «Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.» Jesús está diciendo que en El se cumple esta profecía, que Él es al mismo tiempo

la fuente eterna del ser del que procedía David, y su descendiente prometido.

«Yo soy la Estrella resplandeciente de la mañana,» dice Jesús. El comparar a un hombre con la estrella de la mañana era colocarle muy alto en la categoría de los héroes. Los rabinos, por ejemplo, dieron a Mardoqueo ese nombre. Y más que eso: esto recordaría la gran profecía mesiánica: «Saldrá estrella de Jacob» (*Números 24:17*).

Esto despertaría otros reinos de pensamiento. La estrella de la mañana es el heraldo del día que destierra las tinieblas de la noche; ante Cristo huye la noche del pecado y de la muerte.

Sin duda esto despertaría todavía otro recuerdo. Jesús había dicho en los días de Su carne: «Yo soy la luz del mundo; el que Me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (*Juan 8:12*). Cuando el Cristo Resucitado dijo que era la Estrella de la mañana Se presentaba de nuevo como la luz del mundo y el dissipador de las tinieblas del mundo.

LA GRAN INVITACIÓN

Apocalipsis 22:17

El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!» Que el que oiga diga: «¡Ven!» Que el que esté sediento venga, y que el que quiera tome del agua de la vida gratis.

Hay dos interpretaciones diferentes de este pasaje.

H. B. Swete toma las primeras dos partes como una llamada a Cristo para que cumpla Su promesa y vuelva rápidamente a este mundo; y toma la tercera parte como una invitación al alma sedienta para que venga a Cristo. Pero parece poco probable que haya tanta diferencia entre las primeras dos partes y la tercera. Es mucho más probable que todo el pasaje sea una gran invitación a todas las personas para que acudan a Cristo. Se descompone en tres secciones.

(i) Está la invitación del Espíritu y de la Esposa. La Esposa, como sabemos, es la Iglesia. Pero, ¿que hemos de entender por el Espíritu? Puede que sea el Espíritu Que habló por los profetas y Que está siempre llamando a las personas para que vuelvan a Dios. Lo más verosímil es que Juan llame el Espíritu a la voz del mismo Jesús. La terminación regular en las cartas a las siete iglesias es la invitación a prestar atención a los que el Espíritu está diciéndoles (2:7,11,17,29; 3:6,13,22). Ahora bien: el Interlocutor a las siete iglesias es el Cristo Resucitado; está claro que el Espíritu y Cristo están identificados. < El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!" > quiere decir probablemente que Cristo y Su Iglesia se unen en extender-a todo el mundo la invitación a aceptar todo lo que Él tiene para ofrecer.

(ii) < Que el que oiga diga: "¡Ven!" > simboliza la gran verdad de que todo cristiano tiene que ser un misionero. El que ha sido hallado por Cristo debe hallar a otros para Cristo.

(iii) La tercera sección es una invitación a todas las almas sedientas para que acudan a Jesucristo para satisfacer su necesidad. Debe recordarnos la gran invitación de Dios: « ¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Aunque no tengáis dinero, ¡venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar, vino y leche!» (*Isaías 55:1*). Y también de la gran proclamación del mismo Jesús: « El que a Mí viene, nunca tendrá hambre; el que en Mí cree, no tendrá sed jamás» (*Juan 6:35*). Solamente en Cristo puede el alma anhelante encontrar plena satisfacción.

*Oí la voz del Salvador - decir con tierno amor:
«¡Ven, ven a Mí y descansarás - cargado pecador!»
Tal como era, a mi Jesús, - cansado, yo acudí;
y pronto alivio, gozo y paz, - por fe, de Él recibí. Oí la voz del Salvador - decir: «¡Venid, bebed.
Yo soy la fuente de salud - que apaga toda sed!»
Con sed de Dios, del vivo Dios - busqué a mi Emanuel;
Le hallé y Él apagó mi sed - y ahora vivo en Él.*

LA ADVERTENCIA

Apocalipsis 22:18s

Hago esta advertencia a todos los que oigan las palabras de la profecía de este libro: Si alguien les añade algo, Dios le añadirá a él las plagas de las que trata este libro; y si alguno quita algo de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y en la Santa Ciudad que se describen en este libro.

Hay algunas cosas que notar en esta advertencia solemne. (i) No se ha de interpretar con un literalismo absoluto. No se refiere a cada palabra independiente del *Apocalipsis*. De hecho, resulta que el texto está en malas condiciones, y no sabemos de seguro cuál era la forma original. Contra lo que nos advierte es contra tergiversar la enseñanza que contiene el libro. Es con mucho lo que quería decir Pablo cuando dijo: «Si alguien os está predicando un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema» (*Gálatas 1:8s*). Es la verdad, y no la expresión verbal de la verdad, lo que no se debe alterar.

(ii) Esto está lejos de ser un final insólito entre los libros antiguos. Es, de hecho, lo que los autores antiguos solían poner al final de sus libros. Encontramos advertencias parecidas en otros lugares de la Biblia. « No añadiréis a la palabra que yo os

mando ni quitaréis nada de ella; para que guardéis los mandamientos del Señor vuestro Dios que yo os mando» (*Deuteronomio* 4:2). «Toda palabra de Dios se cumple... No añadas a Sus palabras, para que no te reprenda y quedes como un mentiroso» (*Proverbios* 30:5s). En el *Libro de Henoc* el escritor demanda que nadie «cambie o quite nada de mis palabras» (*Henoc* 104:10).

La *Carta de Aristeas* relata cómo hicieron la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, los setenta maestros a petición del rey de Egipto. Cuando concluyeron su tarea, «les pidieron que pronunciaran una maldición de acuerdo con su costumbre sobre cualquiera que introdujera alguna alteración, ya fuera añadiendo algo o cambiando de alguna manera cualquiera de las palabras que se habían escrito u omitiéndola» (*Carta de Aristeas* 310s). En el prefacio de su libro *Sobre los orígenes*, Rufino conjura a la vista de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a cualquiera que lea o copie su libro, para que no añada, reste, inserte o altere nada. Eusebio (*Historia eclesiástica* 5.20.2) cita la manera en que Ireneo, el gran maestro cristiano del siglo segundo, pone fin a uno de sus libros: < Te conjuro a ti, que puede que copies este libro, por nuestro Señor Jesucristo y por Su glorioso advenimiento cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos, que compares lo que has de escribir, y lo corrijas cuidadosamente conforme a este manuscrito, y que escribas también este conjuro y lo incluyas en tu copia.>

En los días antiguos, como todos los libros se copiaban a mano y todo el mundo sabía lo fácil que era cometer errores, era costumbre insertar al final del libro una advertencia para evitar las erratas.

Es a la luz de esa costumbre como debemos leer estas palabras de Juan. El usar este pasaje como argumento a favor de la inspiración verbal es un error.

Hay que decir una palabra final acerca de este pasaje. R. H. Charles indica que esta advertencia puede que no fuera parte del libro original. No podemos por menos de advertir las veces que Juan insiste en que Cristo vendrá en cualquier momento (versículos 7,10,12,20). < ¡He aquí que vengo pronto!> es como un estribillo en este capítulo. Y sin embargo esta advertencia parecería implicar una espera prolongada en la que se leyera y copiara este libro muchas veces, cosa que Juan mismo está claro que no esperaba. No es por tanto imposible que estas palabras no fueran de Juan sino de un escriba posterior, preocupado de que nadie alterara el libro en los días por venir.

ÚLTIMAS PALABRAS

Apocalipsis 22:20s

El que atestigua la verdad de estas cosas dice: < Sí, vengo pronto. >

¡Así sea! ¡Sí, ven, Señor Jesús!

La gracia del Señor Jesucristo sea con todos vosotros.

Hay sentimiento y gloria en la manera como termina *Apocalipsis*. En medio de la terrible persecución de su tiempo, lo único que anhelaba Juan era el rápido regreso de Cristo. Esa esperanza no se materializó como él esperaba, pero no podemos dudar que Cristo cumple abundantemente Su promesa de estar con los Suyos hasta el fin del mundo (*Mateo* 28:20).

Entonces viene la gloria. Suceda lo que suceda, Juan estaba seguro de la gracia del Señor Jesucristo, y de que era suficiente para todas las cosas.

Es sin duda simbólico, y maravillosamente apropiado, el que la última palabra de la Biblia sea GRACIA.